# EL EVANGELIO COMO ME HA SIDO REVELADO

## 1

## Dios quiso un seno sin mancha

Dice Jesús:

"Hoy escribe esto sólo. La pureza tiene un valor tal, que un seno de criatura pudo contener al Incontenible, porque poseía la máxima pureza posible en una criatura de Dios.

La Santísima Trinidad descendió con sus perfecciones, habitó con sus Tres Personas, cerró su Infinito en pequeño espacio- no por ello se hizo menor, porque el amor de la Virgen y la voluntad de Dios dilataron este espacio hasta hacer de él un Cielo – y se manifestó con sus características:

El Padre, siendo Creador nuevamente de la Criatura como en el sexto día y teniendo una "hija" verdadera, digna, a su perfecta semejanza. La impronta de Dios estaba estampada en María tan nítidamente, que sólo en el Primogénito del Padre era superior. María puede ser llamada la "segundogénita" del Padre, porque, por perfección dada y sabida conservar, y por dignidad de Esposa y Madre de Dios y de Reina del Cielo, viene segunda después del Hijo del Padre y segunda en su eterno Pensamiento, que ab aeterno en Ella se complació.

El Hijo, siendo también para Ella "el Hijo" enseñándole, por misterio de gracia, su verdad y sabiduría cuando aún era sólo un Embrión que crecía en su seno.

El Espíritu Santo, apareciendo entre los hombres por un anticipado Pentecostés, por un prolongado Pentecostés, Amor en "Aquella que amó", Consuelo para los hombres por el Fruto de su seno, Santificación por la maternidad del Santo.

Dios, para manifestarse a los hombres en la forma nueva y completa que abre la era de la Redención, no eligió como trono suyo un astro del cielo, ni el palacio de un grande. No quiso tampoco las alas de los ángeles como base para su pie. Quiso un seno sin mancha.

Eva también había sido creada sin mancha., Mas, espontáneamente, quiso corromperse. María, que vivió en un mundo corrompido – Eva estaba, por el contrario, en un mundo puro – no quiso lesionar su candor ni siquiera con un pensamiento

vuelto hacia el pecado. Conoció la existencia del pecado y vio de él sus distintas y horribles manifestaciones, **las vio todas**, incluso la más horrenda: el deicidio. Pero las conoció para expiarlas y para ser, eternamente, Aquella que tiene piedad de los pecadores y ruega por su redención.

Este pensamiento será introducción a otras santas cosas que daré para consuelo tuyo y de muchos".

## 2

## Joaquín y Ana hacen voto al Señor

Veo un interior de una casa. Sentada a un telar hay una mujer ya de cierta edad. Viéndola con su pelo ahora entrecano, antes ciertamente negro, y su rostro sin arrugas pero lleno de esa seriedad que viene con los años, yo diría que puede tener de cincuenta a cincuenta y cinco años, no más.

Al indicar estas edades femeninas tomo como base el rostro de mi madre, cuya efigie tengo, más que nunca, presente estos días que me recuerdan los últimos suyos cerca de mi cama... Pasado mañana hará un año que ya no la veo... Mi madre era de rostro muy fresco bajo unos cabellos precozmente encanecidos. A los cincuenta años era blanca y negra como al final de la vida. Pero, aparte de la madurez de la mirada, nada denunciaba sus años. Por eso, pudiera ser que me equivocase al dar un cierto número de años a las mujeres ya mayores.

Ésta, a la que veo tejer, está en una habitación llena de claridad. La luz penetra por la puerta, abierta de par en par, que da a un espacioso huerto – jardín. Yo diría que es una pequeña finca rústica, porque se prolonga onduladamente sobre un suave columpiarse de verdes pendientes. Ella es hermosa, de rasgos sin duda hebreos. Ojos negros y profundos que, no sé por que, me recuerdan al del Bautista. Sin embargo, estos ojos, además de tener gallardía de reina, son dulces, como si su centelleo de águila estuviera velado de azul Ojos dulces, con un trazo de tristeza, como de quien pensara nostálgicamente en cosas perdidas. El color del rostro es moreno, aunque no excesivamente. La boca, ligeramente ancha, está bien proporcionada, detenida en un gesto austero pero no duro. La nariz es larga y delgada, ligeramente combada hacia abajo: una nariz aguileña que va bien con esos ojos. Es fuerte, mas no obesa. Bien proporcionada. A juzgar por su estatura estando sentada, creo que es alta.

Me parece que está tejiendo una cortina o una alfombra. Las canillas multicolores recorren, rápidas, la trama marrón oscura. Lo ya hecho muestra una vaga entretejedura de grecas y flores en que el verde, el amarillo, el rojo y el azul oscuro se intersecan y funden como en un mosaico. La mujer lleva un vestido sencillísimo y muy oscuro: un morado - rojo que parece copiado de ciertas trinitarias.

Oye llamar a la puerta y se levanta. Es alta realmente. Abre.

Una mujer le dice:

- Ana, ¿me dejas tu ánfora? Te la lleno.

La mujer trae consigo a un rapacillo de cinco años, que se agarra inmediatamente al vestido de Ana. Ésta le acaricia mientras se dirige hacia otra habitación, de donde vuelve con una bonita ánfora de cobre. Se la da a la mujer diciendo:

- Tú siempre eres buena con la vieja Ana. Dios te lo pague, en éste y en los otros hijos que tienes y que tendrás. ¡Dichosa tú!.

Ana suspira.

La mujer la mira y no sabe qué decir ante ese suspiro. Para apartar la pena, que se ve que existe, dice: - Te dejo a Alfeo, si no te causa molestias; así podré ir más deprisa y llenarte muchos cántaros.

Alfeo está muy contento de quedarse, y se ve el porqué una vez que se ha ido la madre: Ana le coge en brazos y lo lleva al huerto, lo aupa hasta una pérgola de uva de color oro como el topacio y dice:

- Come, come, que es buena» - y le besa en la carita embadurnada del zumo de las uvas que está desgranando ávidamente.

Luego, cuando el niño, mirándola con dos ojazos de un gris azul oscuro todo abiertos, dice:

-¿Y ahora qué me das? - se echa a reír con ganas, y, al punto, parece más joven, borrados los años por la bonita dentadura y el gozo que viste su rostro. Y ríe y juega, metiendo su cabeza entre las rodillas y diciendo:

-¿Qué me das si te doy... si te doy?... ¡Adivina! - Y el niño, dando palmadas con sus manecitas, todo sonriente, dice:

-¡Besos, te doy besos, Ana guapa, Ana buena, Ana mamá!....

Ana, al sentirse llamar "Ana mamá", emite un grito de afecto jubiloso y abraza estrechamente al pequeñuelo, diciendo:

- ¡0h, tesoro! ¡Amor! ¡Amor! ¡Amor! - Y por cada "amor" un beso va a posarse sobre las mejillitas rosadas.

Luego van a un bazar y de un plato bajan tortitas de miel.

- Las he hecho para ti, hermosura de la pobre Ana, para ti que me quieres. Dime, ¿cuánto me quieres? Y el niño, pensando en la cosa que más le ha impresionado, dice:

- Como al Templo del Señor.

Ana le da más besos: en los ojitos avispados, en la boquita roja. Y el niño se restriega contra ella como un gatito.

La madre va y viene con un jarro colmado y ríe sin decir nada. Les deja con sus efusiones de afecto.

Entra en el huerto un hombre anciano, un poco más bajo que Ana, de tupida cabellera completamente cana, rostro claro, barba cortada en cuadrado, dos ojos azules como turquesas, entre pestañas de un castaño claro casi rubio. Está vestido de un marrón oscuro.

Ana no lo ve porque da la espalda a la puerta. El hombre se acerca a ella por detrás diciendo:

- ¿Y a mí nada?

Ana se vuelve y dice:

-¡Oh, Joaquín! ¿Has terminado tu trabajo?

Mientras tanto el pequeño Alfeo ha corrido a sus rodillas diciendo:

- También a ti, también a ti- y cuando el anciano se agacha y le besa, el niño se le ciñe estrechamente al cuello despeinándole la barba con las manecitas y los besos.

También Joaquín trae su regalo: saca de detrás la mano izquierda y presenta una manzana tan hermosa que parece de cerámica, y, sonriendo, al niño que tiende ávidamente sus manecitas le dice:

- Espera, que te la parto en trozos. Así no puedes. Es más grande que tú - y con un pequeño cuchillo que tiene en el cinturón (un cuchillo de podador) parte la manzana en rodajas, que divide a su vez en otras más delgadas; y parece como si estuviera dando de comer en la boca a un pajarillo que no ha dejado todavía el nido, por el gran cuidado con que mete los trozos de manzana en esa boquita que muele incesantemente.

-¡Te has fijado qué ojos, Joaquín! ¿No parecen dos porcioncitas del Mar de Galilea cuando el viento de la tarde empuja un velo de nubes bajo el cielo?.

Ana ha hablado teniendo apoyada una mano en el hombro de su marido y apoyándose a su vez ligeramente en ella: gesto éste que revela un profundo amor de esposa, un amor intacto tras muchos años de vínculo conyugal.

Joaquín la mira con amor, y asiente diciendo:

-¡Bellísimos! ¿Y esos ricitos? ¿No tienen el color de la mies secada por el sol? Mira, en su interior hay mezcla de oro y cobre.

-¡Ah, si hubiéramos tenido un hijo, lo habría querido así, con estos ojos y este pelo!.... - Ana se ha curvado, es más, se ha arrodillado, y, con un fuerte suspiro, besa esos dos ojazos azul - grises.

También suspira Joaquín, y, queriéndola consolar, le pone la mano sobre el pelo rizado y canoso, y le dice:

- Todavía hay que esperar. Dios todo lo puede. Mientras se vive, el milagro puede producirse, especialmente cuando se le ama y cuando nos amamos». Joaquín recalca mucho estas últimas palabras.

Mas Ana guarda silencio, descorazonada, con la cabeza agachada, para que no se vean dos lágrimas que están deslizándose y que advierte sólo el pequeño Alfeo, el cual, asombrado y apenado de que su gran amiga llore como hace él alguna vez, levanta la manita y enjuga su llanto.

-¡No llores, Ana! Somos felices de todas formas. Yo por lo menos lo soy, porque te tengo a ti.

- Yo también por ti. Pero no te he dado un hijo... Pienso que he entristecido al Señor porque ha hecho infecundas mis entrañas...

-¡Oh, esposa mía! ¿En qué crees tú, santa, que has podido entristecerlo? Mira, vamos una vez más al Templo y por esto, no sólo por los Tabernáculos, hacemos una larga oración... Quizás te suceda como a Sara... o como a Ana de Elcana: esperaron mucho y se creían reprobadas por ser estériles, y, sin embargo, en el Cielo de Dios, estaba madurando para ellas un hijo santo. Sonríe, esposa mía. Tu llanto significa para mí más dolor que el no tener prole... Llevaremos a Alfeo con nosotros. Le diremos que rece. Él es inocente... Dios tomará juntas nuestra oración y la suya y se mostrará propicio.

- Sí. Hagamos un voto al Señor. Suyo será el hijo; si es que nos lo concede... ¡Oh, sentirme llamar "mamá"!.

Y Alfeo, espectador asombrado e inocente, dice:

-¡Yo te llamo "mamá"!.

- Sí, tesoro amado... pero tú ya tienes mamá, y yo... yo no tengo niño....

La visión cesa aquí.

## 3

## En la fiesta de los Tabernáculos. Joaquín y Ana poseían la Sabiduría.

Antes de proseguir hago una observación.

La casa no me ha parecido la de Nazaret, bien conocida. Al menos la habitación es muy distinta. Con respecto al huerto - jardín, debo decir que es también más amplio; además, se ven los campos, no muchos, pero... los hay. Después, ya casada María, sólo está el huerto (amplio, eso sí, pero sólo huerto). Y esta habitación que he visto no la he observado nunca en las otras visiones. No sé si pensar que por motivos pecuniarios los padres de María se hubieran deshecho de parte de su patrimonio, o si María, dejado el Templo, pasó a otra casa, que quizás le había dado José. No recuerdo si en las pasadas visiones y lecciones recibí alguna vez alusión segura a que la casa de Nazaret fuera la casa natal.

Mi cabeza está muy cansada. Además, sobre todo por lo que respecta a los dictados, olvido enseguida las palabras, aunque, eso sí, me quedan grabadas las prescripciones que contienen, y, en el alma, la luz. Pero los detalles se borran inmediatamente. Si al cabo de una hora tuviera que repetir lo que he oído, aparte de una o dos frases de especial importancia, no sabría nada más. Las visiones, por el contrario, me quedan vivas en la mente, porque las he tenido que observar por mi misma. Los dictados los recibo. Aquéllas, por el contrario, tengo que percibirlas; permanecen, por tanto, vivas en el pensamiento, que ha tenido que trabajar para advertir sus distintas fases.

Esperaba un dictado sobre la visión de ayer, pero no lo ha habido.

Empiezo a ver y escribo.

Fuera de los muros de Jerusalén, en las colinas, entre los olivos, hay gran multitud de gente. Parece un enorme mercado, pero no hay ni casetas ni puestos de venta ni voces de charlatanes y vendedores ni juegos. Hay muchas tiendas hechas de lana basta, sin duda impermeables, extendidas sobre estacas hincadas en el suelo. Atados a las estacas hay ramos verdes, como decoración y como medio para dar frescor. Otras, sin embargo, están hechas sólo de ramos hincados en el suelo y atados así ; éstas crean como pequeñas galerías verdes. Bajo todas ellas, gente de las más distintas edades y condiciones y un rumor de conversación tranquilo e íntimo en que sólo desentona algún chillido de niño.

Cae la tarde y ya las luces de las lamparitas de aceite resplandecen acá y allá por el extraño campamento. En tomo a estas luces, algunas familias, sentadas en el suelo, están cenando; las madres tienen en su regazo a los más pequeños, muchos de los cuales, cansados, se han quedado dormidos teniendo todavía el trozo de pan en sus deditos rosados, cayendo su cabecita sobre el pecho materno, como los polluelos bajo las alas de la gallina. Las madres terminan de comer como pueden, con una sola mano libre, sujetando con la otra a su hijito contra su corazón. Otras familias, por el contrario, no están todavía cenando. Conversan en la semioscuridad del crepúsculo esperando a que la comida esté hecha. Se ven lumbres encendidas, desperdigadas; en torno a ellas trajinan las mujeres. Alguna nana muy lenta, yo diría casi quejumbrosa, mece a algún niño que halla dificultad para dormirse.

Encima, un hermoso cielo sereno, azul cada vez más oscuro hasta semejar a un enorme toldo de terciopelo suave de un color negro - azul; un cielo en el que, muy lentamente, invisibles artífices y decoradores estuvieran fijando gemas y lamparitas, ya aisladas, ya formando caprichosas líneas geométricas, entre las que destacan la Osa Mayor y Menor, que tienen forma de carro con la lanza apoyada en el suelo una vez liberados del yugo los bueyes. La estrella Polar ríe con todos sus resplandores.

Me doy cuenta de que es el mes de Octubre.

Aparece en la escena Ana. Viene de una de las hogueras con algunas cosas en las manos y colocadas sobre el pan, que es ancho y plano, como una torta de las nuestras, y que hace de bandeja. Trae pegado a las faldas a Alfeo, que va parla que te parla con su vocecita aguda. Joaquín está a la entrada de su pequeña tienda (toda de ramajes). Habla con un hombre de unos treinta años, al que saluda Alfeo desde lejos con un gritito diciendo: «Papá». Cuando Joaquín ve venir a Ana se da prisa en encender la lámpara.

Ana pasa con su majestuoso caminar regio entre las filas de tiendas; regio y humilde. No es altiva con ninguno. Levanta a un niñito, hijo de una pobre, muy pobre, mujer, el cual ha tropezado en su traviesa carrera y ha ido a caer justo a sus pies. Dado que el niñito se ha ensuciado de tierra la carita y está llorando, ella le limpia y le consuela y, habiendo acudido la madre disculpándose, se lo restituye diciendo:

-¡Oh, no es nada! Me alegro de que no se haya hecho daño. Es un niño muy majo. ¿Qué edad tiene?».

- Tres años. Es el penúltimo. Dentro de poco voy a tener otro. Tengo seis niños. Ahora querría una niña... Para una mamá es mucho una niña....

-¡Grande ha sido el consuelo que has recibido del Altísimo, mujer! - Ana suspira.

La otra mujer dice:

- Sí. Soy pobre, pero los hijos son nuestra alegría, y ya los más grandecitos ayudan a trabajar. Y tú, señora - todos los signos son de que Ana es de condición más elevada, y la mujer lo ha visto - ¿Cuántos niños tienes?

- Ninguno.

-¿Ninguno! ¿No es tuyo éste?

- No. De una vecina muy buena. Es mi consuelo...

-¡Oh! - La mujer pobre la mira con piedad.

Ana la saluda con un gran suspiro y se dirige a su tienda.

- Te he hecho esperar, Joaquín. Me ha entretenido una mujer pobre, madre de seis hijos varones, ¡fíjate! Y dentro de poco va a tener otro hijo.

Joaquín suspira.

El padre de Alfeo llama a su hijo, pero éste responde: «Yo me quedo con Ana. Así la ayudo.

Todos se echan a reír.

- Déjalo. No molesta. Todavía no le obliga la Ley. Aquí o allí... no es más que un pajarito que come- dice Ana, y se sienta con el niño en el regazo; le da un pedazo de torta y, creo, pescado asado. Veo que hace algo antes de dárselo. Quizás le ha quitado la espina. Antes ha servido a su marido. La última que come es ella.

La noche está cada vez más poblada de estrellas y las luces son cada vez más numerosas en el campamento. Luego muchas luces se van poco a poco apagando: son los primeros que han cenado, que ahora se echan a dormir. Va disminuyendo también lentamente el rumor de la gente. No se oyen ya voces de niños. Sólo resuena la vocecita de algún lactante buscando la leche de su mamá. La noche exhala su brisa sobre las cosas y las personas, y borra penas y recuerdos, esperanzas y rencores. Bueno, quizás estos dos sobrevivan, aun cuando hayan quedado atenuados, durante el sueño, en los sueños.

Ana está meciendo a Alfeo, que empieza a dormirse en sus brazos. Entonces cuenta a su marido el sueño que ha tenido:

- Esta noche he soñado que el próximo año voy a venir a la Ciudad Santa para dos fiestas en vez de para una sola. Una será el ofrecimiento de mi hijo al Templo... ¡Oh! ¡Joaquín!...

- Espéralo, espéralo. Ana. ¿No has oído alguna palabra? ¿El Señor no te ha susurrado al corazón nada?

- Nada. Un sueño sólo...

- Mañana es el último día de oración. Ya se han efectuado todas las ofrendas. No obstante, las renovaremos solemnemente mañana. Persuadiremos a Dios con nuestro fiel amor. Yo sigo pensando que te sucederá como a Ana de Elcana.

- Dios lo quiera... ¡Si hubiera, ahora mismo, alguien que me dijera: "Vete en paz. El Dios de Israel te ha concedido la gracia que pides"!...

- Si ha de venir la gracia, tu niño te lo dirá moviéndose por primera vez en tu seno. Será voz de inocente y, por tanto, voz de Dios.

Ahora el campamento calla en la oscuridad de la noche. Ana lleva a Alfeo a la tienda contigua y lo pone sobre la yacija de heno junto a sus hermanitos, que ya están dormidos. Luego se echa al lado de Joaquín. Su lamparita también se apaga, una de las últimas estrellitas de la tierra. Quedan, más hermosas, las estrellas del firmamento, velando a todos los durmientes.

Dice Jesús:

- Los justos son siempre sabios, porque, siendo como son amigos de Dios, viven en su compañía y reciben instrucción de Él, de Él que es Infinita Sabiduría.

Mis abuelos eran justos; poseían, por tanto, la sabiduría. Podían decir con verdad cuanto dice la Escritura cantando las alabanzas de la Sabiduría en el libro que lleva su nombre: "Yo la he amado y buscado desde mi juventud y procuré tomarla por esposa".

Ana de Aarón era la mujer fuerte de que habla el Antepasado nuestro. Y Joaquín, de la estirpe del rey David, no había buscado tanto belleza y riqueza cuanto virtud. Ana poseía una gran virtud. Toda las virtudes unidas como ramo fragante de flores para ser una única, bellísima cosa, que era la Virtud, una virtud real, digna de estar delante del trono de Dios.

Joaquín, por tanto, había tomado por esposa dos veces a la sabiduría "amándola más que a cualquier otra mujer": la sabiduría de Dios contenida dentro del corazón de la mujer justa. Ana de Aarón no había tratado sino de unir su vida a la de un hombre recto, con la seguridad de que en la rectitud se halla la alegría de las familias. Y, para ser el emblema de la "mujer fuerte", no le faltaba sino la corona de los hijos, gloria de la mujer casada, justificación del vínculo matrimonial, de que habla Salomón; como también a su felicidad sólo le faltaban estos hijos, flores del árbol que se ha hecho uno con el árbol cercano obteniendo copiosidad de nuevos frutos en los que las dos bondades se funden en una, pues de su esposo nunca había recibido ningún motivo de infelicidad.

Ella, ya tendente a la vejez, mujer de Joaquín desde hacía varios lustros, seguía siendo para éste "la esposa de su juventud, su alegría, la cierva amadísima, la gacela donosa", cuyas caricias tenían siempre el fresco encanto de la primera noche nupcial y cautivaban dulcemente su amor, manteniéndolo fresco como flor que el rocío refresca y ardiente como fuego que siempre una mano alimenta. Por tanto, dentro de su aflicción, propia de quien no tiene hijos, recíprocamente se decían "palabras de consuelo en las preocupaciones y fatigas".

Y la Sabiduría eterna, llegada la hora, después de haberlos instruido en la vida, los iluminó con los sueños de la noche, lucero de la mañana del poema de gloria que había de llegar a ellos, María Santísima., la Madre mía. Si su humildad no pensó en esto, su corazón sí se estremeció esperanzado ante el primer tañido de la promesa de Dios. Ya de hecho hay certeza en las palabras de Joaquín: "Espéralo, espéralo... Persuadiremos a Dios con nuestro fiel amor". Soñaban un hijo, tuvieron a la Madre de Dios.

Las palabras del libro de la Sabiduría parecen escritas para ellos: "Por ella adquiriré gloria ante el pueblo... por ella obtendré la inmortalidad y dejaré eterna memoria de mí a aquellos que vendrán después de mí". Pero, para obtener todo esto, tuvieron que hacerse reyes de una virtud veraz y duradera no lesionada por suceso alguno. Virtud de fe. Virtud de caridad. Virtud de esperanza. Virtud de castidad. ¡Oh, la castidad de los esposos! Ellos la vivieron, pues no hace falta ser vírgenes para ser castos. Los tálamos castos tienen por custodios a los ángeles, y de tales tálamos provienen hijos buenos que de la virtud de sus padres hacen norma para su vida.

Mas ahora ¿dónde están? Ahora no se desean hijos, pero no se desea tampoco la castidad. Por lo cual Yo digo que se profana el amor y se profana el tálamo.

## 4.

## Ana, con una canción, anuncia que es madre. En su seno está el alma inmaculada de María.

Veo de nuevo la casa de Joaquín y Ana. Nada ha cambiado en su interior, si se exceptúan las muchas ramas florecidas, colocadas aquí y allá en jarrones (sin duda provienen de la podadura de los árboles del huerto, que están todos en flor: una nube que varía del blanco nieve al rojo típico de ciertos corales).

También es distinto el trabajo que está realizando Ana. En un telar más pequeño, teje lindas telas de lino, y canta ritmando el movimiento del pie con la voz. Canta y sonríe... ¿A quién? A sí misma, a algo que ve en su interior.

El canto, lento pero alegre, que he escrito aparte para seguirla, porque le repite una y otra vez, como gozándose en él, y cada vez con más fuerza y seguridad, como la persona que ha descubierto un ritmo en su corazón y primero lo susurra calladamente, y luego, segura, va más expedita y alta de tono, dice (y lo transcribo porque, dentro de su sencillez, es muy dulce):-¡Gloria al Señor omnipotente que ha amado a los hijos de David!

¡Gloria al Señor!
Su suprema gracia desde el Cielo me ha visitado.
El árbol viejo ha echado nueva rama y yo soy bienaventurada.
Por la Fiesta de las Luces echó semilla la esperanza;
ahora de Nisán la fragancia la ve germinar.
Como el almendro, se cubre de flores mi carne en primavera.
Su fruto, cercano ya el ocaso, ella siente llevar.
En la rama hay una rosa, hay uno de los más dulces pomos.
Una estrella reluciente, un párvulo inocente.
La alegría de la casa, del esposo y de la esposa.
Loor a Dios, a mi Señor, que piedad tuvo de mí.
Me lo dijo su luz: "Una estrella te llegará".
¡Gloria, gloria! Tuyo será este fruto del árbol,
primero y extremo, santo y puro como don del Señor.
Tuyo será. ¡Que por él venga alegría y paz a la tierra!
¡Vuela, lanzadera! Aprieta el hilo para la tela del recién nacido.
¡Él nace! Laudatorio a Dios vaya el canto de mi corazón».

Entra Joaquín en el momento en que ella iba a repetir por cuarta vez su canto.

- ¿Estás contenta, Ana? Pareces un ave en primavera. ¿Qué canción es ésta? A nadie se la he oído nunca. ¿De dónde nos viene?

- De mi corazón, Joaquín.

Ana se ha levantado y ahora se dirige hacia su esposo, toda sonriente. Parece más joven y más guapa.

- No sabía que fueras poetisa - dice su marido mirándola con visible admiración. No parecen dos esposos ya mayores. En su mirada hay una ternura de jóvenes cónyuges.

- He venido desde la otra parte del huerto oyéndote cantar. Hacía años que no oía tu voz de tórtola enamorada. ¿Quieres repetirme esa canción?

- Te la repetiría aunque no lo pidieras. Los hijos de Israel han encomendado siempre al canto los gritos más auténticos de sus esperanzas, alegrías y dolores. Yo he encomendado al canto la solicitud de anunciarme y de anunciarte una gran alegría. Sí, también a mí, porque es cosa tan grande que, a pesar de que yo ya esté segura de ella, me parece aún no verdadera...

Y empieza a entonar de nuevo la canción. Pero cuando llega al punto: "En la rama hay una rosa, hay uno de los más dulces pomos, una estrella"..., su bien entonada voz de contralto primero se oye trémula y luego se rompe; se echa a llorar de alegría, mira a Joaquín y, levantando los brazos, grita:

-¡Soy madre, amado mío! - y se refugia en su corazón, entre los brazos que él ha tendido para volver a cerrarlos en torno a ella, su esposa dichosa. Es el más casto y feliz abrazo que he visto desde que estoy en este mundo. Casto y ardiente, dentro de su castidad.

Y la delicada reprensión entre los cabellos blanco - negros de Ana:

-¿Y no me lo decías?

- Porque quería estar segura. Siendo vieja como soy... verme madre... No podía creer que fuera verdad... y no quería darte la más amarga de las desilusiones. Desde finales de diciembre siento renovarse mis entrañas profundas y echar, como digo, una nueva rama. Mas ahora en esa rama el fruto es seguro... ¿Ves? Esa tela ya es para el que ha de venir.

-¿No es el lino que compraste en Jerusalén?

- Sí. Lo he hilado durante la espera... y con esperanza. Tenía esperanza por lo que sucedió el último día mientras oraba en el Templo, lo más que puede una mujer en la Casa de Dios, ya de noche. ¿Te acuerdas que decía: "Un poco más, todavía un poco más?" ¡No sabía separarme de allí sin haber recibido gracia! Pues bien, descendiendo ya las sombras, desde el interior del lugar sagrado al que yo miraba con arrobo para arrancarle al Dios presente su asentimiento, vi surgir una luz. Era una chispa de luz bellísima. Cándida como la luna pero que tenía en sí todas las luces de todas las perlas y gemas que hay en la tierra. Parecía como si una de las estrellas preciosas del Velo, las que están colocadas bajo los pies de los querubines, se separase y adquiriese esplendor de luz sobrenatural...Parecía como si desde el otro lado del Velo sagrado, desde la Gloria misma, hubiera salido un fuego y viniera veloz hacia mí, y que al cortar el aire cantara con voz celeste diciendo: "Recibe lo que has pedido". Por eso canto: "Una estrella te llegará". ¿Y qué hijo será éste, nuestro, que se manifiesta como luz de estrella en el Templo y que dice "existo" en la Fiesta de las Luces? ¿Será que has acertado al pensar en mí como una nueva Ana de Elcana? ¿Cómo la llamaremos a esta criatura nuestra que, dulce como canción de aguas, siento queme habla en el seno con su corazoncito, latiendo, latiendo, como el de una tortolita entre los huecos de las manos?».

- Si es varón, le llamaremos Samuel; si es niña, Estrella, la palabra que ha detenido tu canto para darme esta alegría de saber que soy padre, la forma que ha tomado para manifestarse entre las sagradas sombras del Templo.

- Estrella. Nuestra Estrella, porque... no lo sé, pero creo que es una niña. Pienso que unas caricias tan delicadas no pueden provenir sino de una dulcísima hija. Porque no la llevo yo, no me produce dolor; es ella la que me lleva por un sendero azul y florido, como si ángeles santos me sostuvieran y la tierra estuviera ya lejana... Siempre he oído decir a las mujeres que el concebir y el llevar al hijo en el seno supone dolor, pero yo no lo siento. Me siento fuerte, joven, fresca; más que cuando te entregué mi virginidad en la lejana juventud. Hija de Dios, porque es más de Dios que nuestra, siendo así que nacerá de un tronco aridecido, que no da dolor a su madre; sólo le trae paz y bendición: los frutos de Dios, su verdadero Padre.

- Entonces la llamaremos María. Estrella de nuestro mar, perla, felicidad, el nombre de la primera gran mujer de Israel. Pero no pecará nunca contra el Señor, que será el único al que dará su canto, porque ha sido ofrecida a Él como hostia antes de nacer.

- Está ofrecida a Él, sí. Sea niño o niña nuestra criatura, se la daremos al Señor, después de tres años de júbilo con ella. Nosotros seremos también hostias, con ella, para la gloria de Dios.

No veo ni oigo nada más.

Dice Jesús:

- La Sabiduría, tras haberlos iluminado con los sueños de la noche, descendió; Ella, que es "emanación de la potencia de Dios, genuino efluvio de la gloria del Omnipotente", y se hizo Palabra para la estéril. Quien ya veía cercano su tiempo de redimir, Yo, el Cristo, nieto de Ana, casi cincuenta años después, mediante la Palabra, obraría milagros en las estériles y en las enfermas, en las obsesas, en las desoladas; los obraría en todas las miserias de la tierra.

Pero, entretanto, por la alegría de tener una Madre, he aquí que susurro una arcana palabra en las sombras del Templo que contenía las esperanzas de Israel, del Templo que ya estaba en la frontera de su vida. En efecto, un nuevo y verdadero Templo, no ya portador de esperanzas para un pueblo, sino certeza de Paraíso para el pueblo de toda la tierra, y por los siglos de los siglos hasta el fin del mundo, estaba para descender sobre la tierra. Esta Palabra obra el milagro de hacer fecundo lo que era infecundo, y de darme una Madre, la cual no tuvo sólo óptimo natural, como era de esperarse naciendo de dos santos, y no tuvo sólo un alma buena, como muchos también la tienen, y continuo crecimiento de esta bondad por su buena voluntad, ni sólo un cuerpo inmaculado... Tuvo, caso único entre las criaturas, inmaculado el espíritu.

Tú has visto la generación continua de las almas por Dios. Piensa ahora cuál debió ser la belleza de esta alma que el Padre había soñado antes de que el tiempo fuera, de esta alma que constituía las delicias de la Trinidad, Trinidad que ardientemente deseaba adornarla con sus dones para donársela a sí misma. ¡Oh, Todo Santa que Dios creó para sí, y luego para salud de los hombres! Portadora del Salvador, tú fuiste la primera salvación; vivo Paraíso, con tu sonrisa comenzaste a santificar la tierra.

¡Oh, el alma creada para ser alma de la Madre de Dios!... Cuando, de un más vivo latido del trino Amor, surgió esta chispa vital, se regocijaron los ángeles, pues luz más viva nunca había visto el Paraíso. Como pétalo de empírea rosa, pétalo inmaterial y preciado, gema y llama, aliento de Dios que descendía a animar a una carne de forma muy distinta que a las otras, con un fuego tan vivo que la Culpa no pudo contaminarla, traspasó los espacios y se cerró en un seno santo.

La tierra tenía su Flor y aún no lo sabía. La verdadera, única Flor que florece eterna: azucena y rosa, violeta y jazmín, helianto y ciclamino sintetizados, y con ellas todas las flores de la tierra fusionadas en una Flor sola, María, en la cual toda virtud y gracia se unen.

En Abril, la tierra de Palestina parecía un enorme jardín. Fragancias y colores deleitaban el corazón de los hombres. Sin embargo, aún ignorábase la más bella Rosa. Ya florecía para Dios en el secreto del claustro materno, porque mi Madre amó desde que fue concebida, mas sólo cuando la vid da su sangre para hacer vino, y el olor de los mostos, dulce y penetrante, llena las eras y el olfato, Ella sonreiría, primero a Dios y luego al mundo, diciendo con su superinocente sonrisa: "Mirad: la Vid que os va a dar el Racimo para ser prensado y ser Medicina eterna para vuestro mal está entre vosotros".

He dicho que María amó desde que fue concebida. ¿Qué es lo que da al espíritu luz y conocimiento? La Gracia. ¿Qué es lo que quita la Gracia? El pecado original y el pecado mortal. María, la Sin Mancha, nunca se vio privada del recuerdo de Dios, de su cercanía, de su amor, de su luz, de su sabiduría. Ella pudo por ello comprender y amar cuando no era más que una carne que se condensaba en torno a un alma inmaculada que continuaba amando.

Más adelante te daré a contemplar mentalmente la profundidad de las virginidades en María. Te producirá un vértigo celeste semejante a cuando te di a considerar nuestra eternidad. Entre tanto; piensa cómo el hecho de llevar en las entrañas a una criatura exenta de la Mancha que priva de Dios le da a la madre, que, no obstante, la concibió en modo natural, humano, una inteligencia superior, y la hace profeta, la profetisa de su hija, a la que llama "Hija de Dios". Y piensa lo que habría sido si de los Primeros Padres inocentes hubieran nacido hijos inocentes, como Dios quería.

Éste, ¡oh, hombres que decís que vais hacia el "superhombre", y que de hecho con vuestros vicios estáis yendo únicamente hacia el super-demonio!, éste habría sido el medio que conduciría al "superhombre": saber estar libres de toda contaminación de Satanás, para dejarle a Dios la administración de la vida, del conocimiento, del bien; no deseando más de cuanto Dios os hubiera dado, que era poco menos que infinito, para poder engendrar, en una continua evolución hacia lo perfecto, hijos que fueran hombres en el cuerpo y, en el espíritu, hijos de la Inteligencia, es decir, triunfadores, es decir, fuertes, es decir, gigantes contra Satanás, que habría mordido el polvo muchos miles de siglos antes de la hora en que lo haga, y con él todo su mal.

## 5

## Nacimiento de la Virgen María. Su virginidad en el eterno pensamiento del Padre.

Veo a Ana saliendo al huerto - jardín. Va apoyándose en el brazo de una pariente (se ve porque se parecen). Está muy gruesa y parece cansada, quizás también porque hace bochorno, un bochorno muy parecido al que a mí me hace sentirme abatida.

A pesar de que el huerto sea umbroso, el ambiente es abrasador y agobiante. Bajo un despiadado cielo, de un azul ligeramente enturbiado por el polvo suspendido en el espacio, el aire es tan denso, que podría cortarse como una masa blanda y

caliente. Debe persistir ya mucho la sequía, pues la tierra, en los lugares en que no está regada, ha quedado literalmente reducida a un polvo finísimo y casi blanco. Un blanco ligeramente tendente a un rosa sucio. Sin embargo, por estar humedecida, es marrón oscura al pie de los árboles, como también a lo largo de los cortos cuadros donde crecen hileras de hortalizas, .y en torno a los rosales, a los jazmines o a otras flores de mayor o menor tamaño (que están especialmente a lo largo de todo el frente de una hermosa pérgola que divide en dos al huerto hasta donde empiezan las tierras, ya despojadas de sus mieses). La hierba del prado, que señala el final de la propiedad, está requemada; se ve rala. Sólo permanece la hierba más verde y tupida en los márgenes del prado, donde hay un seto de espino blanco silvestre, ya todo adornado de los rubíes de los pequeños frutos; en ese lugar, en busca de pastos y de sombra, hay unas ovejas con su zagalillo.

Joaquín, con otros dos hombres como ayuda, está dedicado a las hortalizas y a los olivos. A pesar de ser anciano, es rápido y trabaja con gusto. Están abriendo unas pequeñas protecciones de las lindes de una parcela para proporcionar agua a las sedientas plantas. Y el agua se abre camino borboteando entre la hierba y la tierra quemada, y se extiende en anillos que, en un primer momento, parecen como de cristal amarillento para luego ser anillos oscuros de tierra húmeda en torno a los sarmientos y a los olivos colmados de frutos.

Lentamente, Ana, por la umbría pérgola, bajo la cual abejas de oro zumban ávidas del azúcar de los dorados granos de las uvas, se dirige hacia Joaquín, el cual, cuando la ve, se apresura a ir a su encuentro.

-¿Has llegado hasta aquí?.

- La casa está caliente como un horno».

- Y te hace sufrir».

- Es mi único sufrimiento en este último período mío de embarazo. Es el sufrimiento de todos, de hombres y de animales. No te sofoques demasiado, Joaquín.

- El agua que hace tanto que esperamos, y que hace tres días que parece realmente cercana, no ha llegado todavía. Las tierras arden. Menos mal que nosotros tenemos el manantial cercano, y muy rico en agua. He abierto los canales. Poco alivio para estas plantas cuyas hojas ya languidecen cubiertas de polvo. No obstante, supone ese mínimo que las mantiene en vida. ¡Si lloviera!...

Joaquín, con el ansia de todos los agricultores, escudriña el cielo, mientras Ana, cansada, se da aire con un abanico (parece hecho con una hoja seca de palma traspasada por hilos multicolores que la mantienen rígida).

La pariente dice:

- Allí, al otro lado del Gran Hermón, están formándose nubes que avanzan velozmente. Viento del norte. Bajará la temperatura y dará agua.

- Hace tres días que se levanta y luego cesa cuando sale la Luna. Sucederá lo mismo esta vez - Joaquín está desalentado.

- Vamos a casa. Aquí tampoco se respira; además, creo que conviene volver - dice Ana, que ahora se le ha puesto de improviso pálida la cara.

-¿Sientes dolor?

- No. Siento la misma gran paz que experimenté en el Templo cuando se me otorgó la gracia, y que luego volví a sentir otra vez al saber que era madre. Es como un éxtasis. Es un dulce dormir del cuerpo, mientras el espíritu exulta y se aplaca con una paz sin parangón humano. Yo te he amado, Joaquín, y, cuando entré en tu casa y me dije: "Soy esposa de un justo", sentí paz, como todas las otras veces que tu próvido amor se prodigaba en mí. Pero esta paz es distinta. Creo que es una paz como la que debió invadir, como una deleitosa unción de aceite, el espíritu de Jacob, nuestro padre, después de su sueño de ángeles. O semejante, más bien, a la gozosa paz de los Tobías tras habérseles manifestado Rafael. Si me sumerjo en ella, al saborearla, crece cada vez más. Es como si yo ascendiera por los espacios azules del cielo... y, no sé por qué, pero, desde que tengo en mí esta alegría pacífica, hay un cántico en mi corazón: el del anciano Tobit. Me parece como si hubiera sido compuesto para esta hora... para esta alegría... para la tierra de Israel que es su destinataria... para Jerusalén, pecadora, mas ahora perdonada... bueno... no os riáis de los delirios de una madre... pero, cuando digo: "Da gracias al Señor por tus bienes y bendice al Dios de los siglos para que vuelva a edificar en ti su Tabernáculo", yo pienso que aquel que reedificará en Jerusalén el Tabernáculo del Dios verdadero, será este que está para nacer... y pienso también que, cuando el cántico dice: "Brillarás con una luz espléndida, todos los pueblos de la tierra se postrarán ante ti, las naciones irán a ti llevando dones, adorarán en ti al Señor y considerarán santa tu tierra, porque dentro de ti invocarán el Gran Nombre. Serás feliz en tus hijos porque todos serán bendecidos y se reunirán ante el Señor. ¡Bienaventurados aquellos que te aman y se alegran de tu paz!...", cuando dice esto, pienso que es profecía no ya de la Ciudad Santa, sino del destino de mi criatura, y la primera que se alegra de su paz soy yo, su madre feliz...

El rostro de Ana, al decir estas palabras, palidece y se enciende, como una cosa que pasase de luz lunar a vivo fuego, y viceversa. Dulces lágrimas le descienden por las mejillas, y no se da cuenta, y sonríe a causa de su alegría. Y va yendo hacia casa entre su esposo y su pariente, que escuchan conmovidos en silencio.

Se apresuran, porque las nubes, impulsadas por un viento alto, galopan y aumentan en el cielo mientras la llanura se oscurece y tirita por efectos de la tormenta que se está acercando. Llegando al fibra! de la puerta, un primer relámpago lívido surca el cielo. El ruido del primer trueno se asemeja al redoble de un enorme bombo ritmado con el arpegio de las primeras gotas sobre las abrasadas hojas.

Entran todos. Ana se retira. Joaquín se queda en la puerta con unos peones que le han alcanzado, hablando de esta agua tan esperada, bendición para la sedienta tierra. Pero la alegría se transforma en temor, porque viene una tormenta violentísima con rayos y nubes cargadas de granizo.

- Si rompe la nube, la uva y las aceitunas quedarán trituradas como por rueda de molino. ¡Pobres de nosotros!».

Joaquín tiene además otro motivo de angustia: su esposa, a la que le ha llegado la hora de dar a luz al hijo. La pariente le dice que Ana no sufre en absoluto. Él está, de todas formas, muy inquieto, y, cada vez que la pariente u otras mujeres (entre las cuales está la madre de Alfeo) salen de la habitación de Ana para luego volver con agua caliente, barreños y paños secados a

la lumbre, que, jovial, brilla en el hogar central en una espaciosa cocina, él va y pregunta, y no le calman las explicaciones tranquilizadoras de las mujeres. También le preocupa la ausencia de gritos por parte de Ana. Dice:

- Yo soy hombre. Nunca he visto dar a luz. Pero recuerdo haber oído decir que la ausencia de dolores es fatal....

Declina el día antes de tiempo por la furia de la tormenta, que es violentísima. Agua torrencial, viento, rayos... de todo, menos el granizo, que ha ido a caer a otro lugar.

Uno de los peones, sintiendo esta violencia, dice:

- Parece como si Satanás hubiera salido de la Gehena con sus demonios. ¡Mira qué nubes tan negras! ¡Mira qué exhalación de azufre hay en el ambiente, y silbidos y voces de lamento y maldición! Si es él, ¡está enfurecido esta noche!.

El otro peón se echa a reír y dice:

- Se le habrá escapado una importante presa, o quizás Miguel de nuevo le habrá lanzado el rayo de Dios, y tendrá cuernos y cola cortados y quemados.

Pasa corriendo una mujer y grita:

-¡Joaquín! ¡Va a nacer de un momento a otro! ¡Todo ha ido rápido y bien!

Y desaparece con una pequeña ánfora en las manos.

Se produce un último rayo; tan violento, que lanza contra las paredes a los tres hombres. En la parte delantera de la casa, en el suelo del huerto, queda como recuerdo un agujero negro y humeante. Luego, de repente, cesa la tormenta. De detrás de la puerta de Ana viene un vagido (parece el lamento de una tortolita en su primer arrullo). Mientras, un enorme arco iris extiende su faja semicircular por toda la amplitud del cielo. Surge, o por lo menos lo parece, de la cima del Hermón (la cual, besada por un filo de sol, parece de alabastro de un blanco - rosa delicadísimo), se eleva hasta el más terso cielo septembrino y, salvando espacios limpios de toda impureza, deja debajo las colinas de Galilea y un terreno llano que aparece entre dos higueras, que está al Sur, y luego otro monte, y parece posar su punta extrema en el extremo horizonte, donde una abrupta cadena de montañas detiene la vista.

-¡Qué cosa más insólita!

-¡Mirad, mirad!

- Parece como si reuniera en un círculo a toda la tierra de Israel, y... ya... ¡fijaos!, ya hay una estrella y el Sol no se ha puesto todavía. ¡Qué estrella! ¡Reluce como un enorme diamante!...

-¡Y la Luna, allí, ya llena y aún faltaban tres días para que lo fuera! ¡Fijaos cómo resplandece!.

Las mujeres irrumpen, alborozadas, con un "ovillejo" rosado entre cándidos paños.

¡Es María, la Mamá! Una María pequeñita, que podría dormir en el círculo de los brazos de un niño; una María que al máximo tiene la longitud de un brazo, una cabecita de marfil teñido de rosa tenue, y unos labiecillos de carmín que ya no lloran sino que instintivamente quieren mamar (tan pequeñitos, que no se ve cómo van a poder coger un pezón), y una naricita diminuta entre dos carrillitos redondetes. Si la estimulan abre los ojitos: dos pedacitos de cielo, dos puntitos inocentes y azules que miran, y no ven, entre sutiles pestañas de un rubio tan tenue que es casi rosa. También el vello de su cabeza redondita tiene una veladura entre rosada y rubia como ciertas mieles casi blancas.

Tiene por orejas dos conchitas rosadas y transparentes, perfectas; y por manitas... ¿qué son esas dos cositas que gesticulan y buscan la boca? Cerradas, como están, son dos capullos de rosa de musgo que hubieran hendido el verde de los sépalos y asomaran su seda rosa tenue; abiertas, como están ahora, dos joyeles de marfil apenas rosa, de alabastro apenas rosa, con cinco pálidos granates por uñitas. ¿Cómo podrán ser capaces de secar tanto llanto esas manitas?

¿Y los piececitos? ¿Dónde están? Por ahora son sólo pataditas escondidas entre los lienzos. Pero, he aquí que la pariente se sienta y la destapa... ¡Oh, los piececitos! De la largura aproximada de cuatro centímetros, tienen por planta una concha coralina; por dorso, una concha de nieve veteada de azul; sus deditos son obras maestras de escultura liliputiense, coronados también por pequeñas esquirlas de granate pálido. Me pregunto cómo podrán encontrarse sandalias tan pequeñas que valgan para esos piececitos de muñeca cuando den sus primeros pasos, y cómo podrán esos piececitos recorrer tan áspero camino y soportar tanto dolor bajo una cruz. Pero esto ahora no se sabe. Se ríe o se sonríe de cómo menea los brazos y las piernas, de sus lindas piernecitas bien perfiladas, de los diminutos muslos, que, de tan gorditos como son, forman hoyuelos y aritos, de su barriguita (un cuenco invertido), de su pequeño tórax, perfecto, bajo cuya seda cándida se ve el movimiento de la respiración y se oye ciertamente, si, como hace el padre feliz ahora, en él se apoya la boca para dar un beso, latir un corazoncito... Un corazoncito que es el más bello que ha tenido, tiene y tendrá la tierra, el único corazón inmaculado de hombre. ¿Y la espalda? Ahora la giran y se ve el surco lumbar y luego los hombros, llenitos, y la nuca rosada, tan fuerte, que la cabecita se yergue sobre el arco de las vértebras diminutas, como la de un ave escrutadora en torno a sí del nuevo mundo que ve, y emite un gritito de protesta por ser mostrada en ese modo; Ella, la Pura y Casta, ante los ojos de tantos, Ella, que jamás volverá a ser vista desnuda por hombre alguno, la Toda Virgen, la Santa e Inmaculada. Tapad, tapad a este Capullo de azucena que nunca se abrirá en la tierra, y que dará, más hermosa aún que Ella, su Flor, sin dejar de ser capullo. Sólo en el Cielo la Azucena del Trino Señor abrirá todos sus pétalos. Porque allí arriba no existe vestigio de culpa que pudiera involuntariamente profanar ese candor. Porque allí arriba se trata de acoger, a la vista de todo el Empíreo, al Trino Dios - Padre, Hijo, Esposo - que ahora, dentro de pocos años, celado en un corazón sin mancha, vendrá a Ella.

De nuevo está envuelta en los lienzos y en los brazos de su padre terreno, al que asemeja. No ahora, que es un bosquejo de ser humano. Digo que le asemeja una vez hecha mujer. De la madre no refleja nada; del padre, el color de la piel y de los ojos, y, sin duda, también del pelo, que, si ahora son blancos, de joven eran ciertamente rubios a juzgar por las cejas. Del padre son las facciones — más perfectas y delicadas en Ella por ser mujer, ¡y qué Mujer!; también del padre es la sonrisa y la mirada y el modo de moverse y la estatura. Pensando en Jesús como lo veo, considero que ha sido Ana la que ha dado su estatura a su Nieto, así como el color marfil más cargado de la piel; mientras que María no tiene esa presencia de Ana (que es

como una palma alta y flexible), sino la finura del padre. También las mujeres, mientras entran con Joaquín donde se encuentra la madre feliz para devolverle a su hijita, hablan de la tormenta y del prodigio de la Luna, de la estrella, del enorme arco iris.

Ana sonríe ante un pensamiento propio:

- Es la estrella – dice Su signo está en el cielo. ¡María, arco de paz! ¡María, estrella mía! ¡María, Luna pura! ¡María, perla nuestra!.

- ¿María la llamas?.

- Sí. María, estrella y perla y luz y paz...

- Pero también quiere decir amargura... ¿No temes acarrearle alguna desventura?

- Dios está con Ella. Es suya desde antes de que existiera. El la conducirá por sus vías y toda amargura se transformará en paradisíaca miel. Ahora sé de tu mamá... todavía un poco, antes de ser toda de Dios....

Y la visión termina en el primer sueño de Ana madre y de María recién nacida.

Dice Jesús:

- Levántate y apresúrate, pequeña amiga. Siento ardiente deseo de llevarte conmigo al azul paradisíaco de la contemplación de la Virginidad de María. Saldrás de él con el alma fresca como si tú también hubieras sido recientemente creada por el Padre, una pequeña Eva antes de conocer carne; saldrás con el espíritu lleno de luz, pues te habrás abismado en la contemplación de la obra maestra de Dios; con todo tu ser repleto de amor, pues habrás comprendido cómo sabe amar Dios. Hablar de la concepción de María, la Sin Mancha, significa sumergirse en lo azul, en la luz, en el amor.

Ven y lee sus glorias en el Libro del Antepasado: "Dios me poseyó al inicio de sus obras, desde el principio, antes de la creación. Ab aeterno fui erigida, al principio, antes de que la tierra fuera hecha; aún no existían los abismos, y yo ya había sido concebida. Aún no manaba agua de los manantiales, aún no se elevaban con su pesada mole los montes, aún las colinas no eran para el Sol collares... y yo ya había nacido. Dios no había hecho todavía la tierra ni los ríos ni las columnas del mundo, y yo ya existía. Cuando preparaba los cielos, yo estaba presente, cuando con ley inmutable clausuró el abismo bajo la bóveda, cuando fijó arriba la bóveda celeste y colgó de ella las fuentes de las aguas, cuando al mar le establecía sus confines y daba leyes a las aguas, cuando daba leyes a las aguas de no sobrepasar su límite, cuando echaba los fundamentos de la tierra, yo estaba con Él ordenando todas las cosas. Siempre alegre jugueteaba ante Él continuamente, jugueteaba en el universo...". Las habéis aplicado a la Sabiduría, pero hablan de Ella: la hermosa Madre, la santa Madre, la Virgen Madre de la Sabiduría, que soy Yo, el que te habla.

He querido que escribieras, como encabezamiento del libro que habla de Ella, el primer verso de este himno, para que fuera confesado y conocido el consuelo y la alegría de Dios; la razón de la constante, perfecta, íntima alegría de este Dios Uno y Trino que os sostiene y ama y que del hombre recibió tantos motivos de tristeza; la razón de que perpetuara la raza aun cuando ésta, con la primera prueba, había merecido la destrucción; la razón del perdón que habéis recibido.

Que María le amara... ¡Oh, bien merecía la pena crear al hombre y dejarlo vivir y decretar perdonarlo, para tener a la Virgen bella, a la Virgen santa, a la Virgen inmaculada, a la Virgen enamorada, a la Hija dilecta, a la Madre purísima, a la Esposa amorosa! Mucho os ha dado, y más aún os habría dado, Dios, con tal de poseer a la Criatura de sus delicias, al Sol de su sol y Flor de su jardín. Y mucho os sigue dando por Ella, a petición de Ella, para alegría de Ella, porque su alegría se vierte en la alegría de Dios y la aumenta con destellos que llenan de resplandores la luz, la gran luz del Paraíso, y cada resplandor es una gracia para el universo, para la raza del hombre, para los mismos bienaventurados, que responden con un esplendoroso grito de aleluya a cada milagro que sale de Dios, creado por el deseo del Dios Trino de ver la esplendorosa sonrisa de alegría de la Virgen.

Dios quiso poner un rey en ese universo que había creado de la nada. Un rey que, por naturaleza material, fuera el primero entre todas las criaturas creadas con materia y dotadas de materia. Un rey que, por naturaleza espiritual, fuera poco menos que divino, fundido con la Gracia, como en su inocente primer día. Pero la Mente suprema, que conoce la totalidad de los hechos más lejanos en el tiempo, la Mente cuya vista ve incesantemente todo cuanto era, es y será, y que, mientras contempla el pasado y observa el presente, hunde su mirada en el extremo futuro, no ignorando cómo será el morir del último hombre, sin confusión ni discontinuidad, esa Mente no ignoró nunca que ese rey, creado para ser semidivino a su lado en el Cielo, heredero del Padre, cuando llegara como adulto a su Reino después de haber vivido en la casa de su madre — la tierra con la que fue hecho —, durante su niñez de párvulo del Eterno en su jornada sobre la tierra, cometería hacia sí mismo el delito de matarse en la Gracia y el latrocinio de despojarse del cielo.

¿Por qué lo creó entonces? Sin duda muchos se hacen esta pregunta. ¿Habríais preferido no existir? ¿No merece ser vivida esta jornada incluso por sí misma, a pesar de ser tan pobre y desnuda, y tan severa a causa de vuestra maldad, para conocer y admirar la Belleza infinita que la mano de Dios ha sembrado en el universo?

¿Para quién, si no, habría hecho estos astros y planetas que pasan como saetas, como flechas, rayando la bóveda del firmamento, o van — y parecen lentos —, van majestuosos con su paso veloz de bólidos, regalándoos luces y estaciones, y dándoos, eternos, inmutables aunque siempre mutables, a leer en el cielo una nueva página, cada noche, cada mes, cada año, como queriendo deciros: "Olvidaos de la cárcel, abandonad esa imagen vuestra llena de cosas oscuras, podridas, sucias, venenosas, mentirosas, blasfemas, corruptoras, y elevaos, al menos con la mirada, a la ilimitada libertad de los firmamentos; haceos un alma azul mirando tanta limpidez de cielo, haceos con una reserva de luz que podáis llevar a vuestra oscura cárcel; leed la palabra que escribimos cantando en coro nuestra melodía sideral, más armoniosa que si proviniera de un órgano de catedral, la palabra que escribimos resplandeciendo, la palabra que escribimos amando, porque siempre tenemos presente a Aquel que nos dio la alegría de existir, y le amamos por habernos dado este existir, este resplandecer, este movemos, este ser libres y bellos en medio de este cielo delicado allende el cual vemos un cielo aún más sublime, el Paraíso; a Aquel cuyo precepto de amor en su segunda parte cumplimos al amaros a vosotros, prójimo universal nuestro, al amaros proporcionándoos guía y luz, calor y belleza. Leed la palabra que decimos, la palabra a la que ajustamos nuestro canto, nuestro resplandecer, nuestro reír: Dios"?

¿Para quién habría hecho ese líquido azul: para el cielo, espejo; para la tierra, camino; sonrisa de aguas; voz de olas; palabra, también, que, con frufrú de roce de seda, con risitas de muchachas serenas, con suspiros de ancianos que recuerdan y lloran, con bofetadas de violentos, y con envites y bramidos y estruendos, siempre habla y dice: "Dios"? El mar es para vosotros, como lo son el cielo y los astros. Y con el mar los lagos y los ríos, los estanques y los arroyos, y los manantiales puros, que sirven, todos, para transportaros, para nutriros, para apagar vuestra sed y limpiaros, y que os sirven, sirviendo al Creador, sin salir a sumergiros, como merecéis.

¿Para quién habría hecho las innumerables familias de los animales, que son flores que vuelan cantando, que son siervos que trabajan, que corren, que os alimentan, que os recrean a vosotros, los reyes?

¿Para quién habría hecho las innumerables familias de las plantas y de las flores, que parecen mariposas, que parecen gemas e inmóviles avecillas; de los frutos, que parecen collares de oro y piedras preciosas o cofres de gemas? Son alfombra para vuestros pies, protección para vuestras cabezas, recreo, beneficio, alegría para la mente, para los miembros del cuerpo, para la vista y el olfato.

¿Para quién, si no, habría hecho los minerales en las entrañas de la Tierra y las sales disueltas en manantiales de álgidas aguas o de agua hirviendo: los azufres, los yodos, los bromos?... Ciertamente, para que los gozara uno que no fuera Dios, sino hijo de Dios. Uno: el hombre.

Nada le faltaba a la alegría de Dios, nada necesitaba Dios. El se basta a sí mismo. No tiene sino que contemplarse para deleitarse, nutrirse, vivir y descansar. Toda la creación no ha aumentado ni en un átomo su infinidad de alegría, de belleza, de vida, de potencia. He aquí que todo lo ha hecho para la criatura a la que ha querido poner como rey de la obra de sus manos: para el hombre.

Aunque sólo fuera por ver una obra divina de tal magnitud y por manifestarle reconocimiento a Dios, que os la otorga, merecería la pena vivir. Y debéis sentir gratitud por el hecho de vivir. Gratitud que deberíais haber tenido aunque no hubierais sido redimidos sino al final de los siglos, porque, a pesar de que hayáis sido, en los Primeros, y ahora aun individualmente, prevaricadores, soberbios, lujuriosos, homicidas, Dios os concede todavía gozar de lo bello del universo, de lo bueno del universo, y os trata como si fuerais personas buenas, hijos buenos a los cuales todo se enseña y todo se concede para hacerles más suave y sana la vida. Cuanto sabéis, lo sabéis por luz de Dios. Cuanto descubrís, lo descubrís porque Dios os lo señala. Esto, en el Bien. Los otros conocimientos y descubrimientos que llevan el signo del mal vienen del Mal supremo: Satanás.

La Mente suprema, que nada ignora, antes de que el hombre fuese, sabía que sería ladrón y homicida de sí mismo. Y, dado que la Bondad eterna no conoce límites en su ser buena, antes de que la Culpa fuera, pensó el medio para anular la Culpa. El medio, Yo; el instrumento para hacer del medio un instrumento operante, María. Y la Virgen fue creada en el pensamiento sublime de Dios.

Todas las cosas han sido creadas para mí, Hijo dilecto del Padre. Yo-Rey habría debido tener bajo mi pie de Rey divino alfombras y joyas como palacio alguno jamás tuviera, y cantos y voces, y tantos siervos y ministros en torno a Mí como soberano alguno jamás tuviera, y flores y gemas, y todo lo sublime, lo grandioso, lo fino, lo delicado que es posible extraer del pensamiento de todo un Dios. Mas Yo debía ser Carne además de Espíritu. Carne para salvar a la carne. Carne para sublimar la carne, llevándola al Cielo muchos siglos antes de la hora. Porque la carne habitada por el espíritu es la obra maestra de Dios, y para ella había sido hecho el Cielo. Para ser Carne tenía necesidad de una Madre. Para ser Dios tenía necesidad de que el Padre fuese Dios.

He aquí que entonces Dios se crea a su Esposa y le dice: "Ven conmigo. Junto a mí ve cuanto Yo hago para el Hijo nuestro. Mira y regocíjate, eterna Virgen, Doncella eterna, y tu risa llene este empíreo y dé a los ángeles la nota inicial y al Paraíso le enseñe la armonía celeste. Yo te miro, y te veo como serás, ¡oh, Mujer inmaculada que ahora eres sólo espíritu: el espíritu en que Yo me deleito! Yo te miro y doy al mar y al firmamento el azul de tu mirada; el color de tus cabellos, al trigo santo; el candor, a la azucena; el color rosa como tu epidermis de seda, a la rosa; de tus dientes delicados copio las perlas; hago las dulces fresas mirando tu boca; a los ruiseñores les pongo en la garganta tus notas y a las tórtolas tu llanto. Leyendo tus futuros pensamientos, oyendo los latidos de tu corazón, tengo el motivo guía para crear. Ven, Alegría mía, séante los mundos juguete hasta que me seas luz danzarina en el pensamiento, sean los mundos para reír tuyo. Tente las guirnaldas de estrellas y los collares de astros, ponte la luna bajo tus nobles pies, adórnate con el chal estelar de Galatea. Son para ti las estrellas y los planetas. Ven y goza viendo las flores que le servirán a tu Niño como juego y de almohada al Hijo de tu vientre. Ven y ve crear las ovejas y los corderos, las águilas y las palomas. Estate a mi lado mientras hago las cuencas de los mares y de los ríos, y alzo las montañas y las pinto de nieve y de bosques; mientras siembro los cereales y los árboles y las vides, y hago el olivo para ti, Pacífica mía, y la vid para ti, Sarmiento mío que llevarás el Racimo eucarístico. Camina, vuela, regocíjate, ¡oh, Hermosa mía!, y que el mundo universo, que en diversas fases voy creando, aprenda de ti a amarme, Amorosa, y que tu risa le haga más bello, Madre de mi Hijo, Reina de mi Paraíso, Amor de tu Dios". Y, viendo a quien es el Error y mirando a la Sin Error, dice: "Ven a mí, tú que cancelas la amargura de la desobediencia humana, de la fornicación humana con Satanás y de la humana ingratitud. Contigo me tomaré la revancha contra Satanás".

Dios, Padre Creador, había creado al hombre y a la mujer con una ley de amor tan perfecta, que vosotros no podéis ni siquiera comprender sus perfecciones; vuestra mente se pierde pensando en cómo habría venido la especie si el hombre no la hubiera obtenido con la enseñanza de Satanás.

Observad las plantas de fruto y de grano. ¿Obtienen la semilla o el fruto mediante fornicación, mediante una fecundación por cada cien uniones? No. De la flor masculina sale el polen y, guiado por un complejo de leyes meteóricas y magnéticas, va hacia el ovario de la flor femenina. Éste se abre y lo recibe y produce; no como hacéis vosotros, para experimentar al día siguiente la misma sensación, se mancha y luego lo rechaza. Produce, y hasta la nueva estación no florece, y cuando florece es para reproducirse

Observad a los animales. Todos. ¿Habéis visto alguna vez a un macho y a una hembra ir el uno hacia el otro para estéril abrazo y lascivo comercio? No. Desde cerca o desde lejos, volando, arrastrándose, saltando o corriendo, van, llegada la hora, al rito fecundativo, y no se substraen a él deteniéndose en el goce, sino que van más allá de éste, van a las consecuencias serias y santas de la prole, única finalidad que en el hombre, semidiós por el origen de gracia, de esa Gracia que Yo he devuelto completa, debería hacer aceptar la animalidad del acto, necesario desde que descendisteis un grado hacia los brutos.

Vosotros no hacéis como las plantas y los animales. Vosotros habéis tenido como maestro a Satanás, lo habéis querido y lo queréis como maestro. Y las obras que realizáis son dignas del maestro que habéis querido. Mas si hubieseis sido fieles a Dios, habríais recibido la alegría de los hijos santamente, sin dolor, sin extenuaros en cópulas obscenas, indignas, ignoradas incluso por las bestias, las bestias sin alma racional y espiritual.

Dios quiso oponer, frente al hombre y a la mujer pervertidos por Satanás, al Hombre nacido de una Mujer suprasublimada por Dios hasta el punto de generar sin haber conocido varón: Flor que genera Flor sin necesidad de semilla; sólo por el beso del Sol en el cáliz inviolado de la Azucena-María.

¡La revancha de Dios!...

Echa resoplidos de odio, Satanás, mientras Ella nace. ¡Esta Párvula te ha vencido! Antes de que fueras el Rebelde, el Tortuoso, el Corruptor, eras ya el Vencido, y Ella es tu Vencedora. Mil ejércitos en formación nada pueden contra tu potencia, ceden las armas de los hombres contra tus escamas, ¡oh, Perenne!, y no hay viento capaz de llevarse el hedor de tu hálito. Y sin embargo este calcañar de recién nacida, tan rosa que parece el interior de una camelia rosada, tan liso y suave que comparada con él la seda es áspera, tan pequeño que podría caber en el cáliz de un tulipán y hacerse un zapatito de ese raso vegetal, he aquí que te comprime sin miedo, te confina en tu caverna. Y su vagido te pone en fuga, a ti que no tienes miedo de los ejércitos; y su aliento libera al mundo de tu hedor. Estás derrotado. Su nombre, su mirada, su pureza son lanza, rayo, losa que te traspasan, que te abaten, que te encierran en tu madriguera de Infierno, ¡oh, Maldito, que le has arrebatado a Dios la alegría de ser Padre de todos los hombres creados!

Se demuestra inútil ahora el haber corrompido a quienes habían sido creados inocentes, conduciéndolos a conocer y a concebir por caminos sinuosos de lujuria, privándole a Dios, en su criatura dilecta, de ser Él quien distribuyera magnánimamente los hijos según reglas que, si hubieran sido respetadas, habrían mantenido en la tierra un equilibrio entre los sexos y las razas que hubiera podido evitar guerras entre los hombres y desgracias en las familias.

Obedeciendo, habrían conocido también el amor. Es más, sólo obedeciendo lo habrían conocido y lo habrían poseído. Una posesión llena y tranquila de esta emanación de Dios, que de lo sobrenatural desciende hacia lo inferior, para que la carne también se goce santamente en ella, la carne que está unida al espíritu y que ha sido creada por el Mismo que le creó el espíritu.

¿Ahora, ¡oh, hombres!, vuestro amor, vuestros amores, qué son? O libídine vestida de amor o miedo incurable de perder el amor del cónyuge por libídine suya y de otros. Desde que la libídine está en el mundo, ya nunca os sentís seguros de la posesión del corazón del esposo o de la esposa; y tembláis y lloráis y enloquecéis de celos, asesináis a veces para vengar una traición, os desesperáis otras veces u os volvéis abúlicos o dementes.

Eso es lo que has hecho, Satanás, a los hijos de Dios. Estos que tú has corrompido habrían conocido la dicha de tener hijos sin padecer dolor, la dicha de nacer y no tener miedo a morir. Mas ahora has sido derrotado en una Mujer y por la Mujer. De ahora en adelante quien la ame volverá a ser de Dios, venciendo a tus tentaciones para poder mirar a su inmaculada pureza. De ahora en adelante, no pudiendo concebir sin dolor, las madres la tendrán a Ella como consuelo. De ahora en adelante será guía para las esposas y madre para los moribundos, por lo que dulce será el morir sobre ese seno que es escudo contra ti, Maldito, y contra el juicio de Dios.

María, (se dirige aquí a María Valtorta) pequeña voz, has visto el nacimiento del Hijo de la Virgen y el nacimiento de la Virgen al Cielo. Has visto, por tanto, que los sin culpa desconocen la pena del dar a luz y la pena del morir. Y, si a la superinocente Madre de Dios le fue reservada la perfección de los dones celestes, igualmente, si todos hubieran conservado la inocencia y hubieran permanecido como hijos de Dios en los Primeros, habrían recibido el generar sin dolores (como era justo por haber sabido unirse y concebir sin lujuria) y el morir sin aflicción.

La sublime revancha de Dios contra la venganza de Satanás ha consistido en llevar la perfección de la dilecta criatura a una superperfección que anulara, al menos en una, cualquier vestigio de humanidad susceptible de recibir el veneno de Satanás, por lo cual el Hijo vendría no de casto abrazo de hombre sino de un abrazo divino que, en el éxtasis del Fuego, arrebola el espíritu.

¡La Virginidad de la Virgen!...

Ven. Medita en esta virginidad profunda que produce al contemplarla vértigos de abismo! ¿Qué es, comparada con ella, la pobre virginidad forzada de la mujer con la que ningún hombre se ha desposado? Menos que nada. ¿Y la virginidad de la mujer que quiso ser virgen para ser de Dios, pero sabe serlo sólo en el cuerpo y no en el espíritu, en el cual deja entrar muchos pensamientos de otro tipo, y acaricia y acepta caricias de pensamientos humanos? Empieza a ser una sombra de virginidad. Pero bien poco aún. ¿Qué es la virginidad de una religiosa de clausura que vive sólo de Dios? Mucho. Pero nunca es perfecta virginidad comparada con la de mi Madre.

Hasta en el más santo ha habido al menos un contubernio: el de origen, entre el espíritu y la Culpa, esa unión que sólo el Bautismo disuelve. La disuelve, sí, pero, como en el caso de una mujer separada de su marido por la muerte, no devuelve la virginidad total como era la de los Primeros antes del pecado. Una cicatriz queda, y duele, recordando así su presencia, cicatriz que puede siempre en cualquier momento traducirse de nuevo en una llaga, como ciertas enfermedades agudizadas periódicamente por sus virus. En la Virgen no existe esta señal de un disuelto ligamen con la Culpa. Su alma aparece bella e intacta como cuando el Padre la pensó reuniendo en Ella todas las gracias.

Es la Virgen. Es la Única. Es la Perfecta. Es la Completa. Pensada así. Engendrada así. Que ha permanecido así. Coronada así. Eternamente así. Es la Virgen. Es el abismo de la intangibilidad, de la pureza, de la gracia que se pierde en el Abismo de que procede, es decir, en Dios, Intangibilidad, Pureza, Gracia perfectísimas.

Así se ha desquitado el Dios Trino y Uno: Él ha alzado contra la profanación de las criaturas esta Estrella de perfección; contra la curiosidad malsana, esta Mujer Reservada que sólo se siente satisfecha amando a Dios; contra la ciencia del mal, esta Sublime Ignorante. Ignorante no sólo en lo que toca al amor degradado, o al amor que Dios había dado a los cónyuges, sino más todavía: en Ella se trata de ignorancia del fomes, herencia del Pecado. En Ella sólo se da la gélida e incandescente sabiduría del Amor divino. Fuego que encoraza de hielo la carne para que sea espejo transparente en el altar en que un Dios se desposa con una Virgen, y no por ello se rebaja, porque su perfección envuelve a Aquella que, como conviene a una esposa, es sólo inferior en un grado al Esposo, sujeta a Él por ser Mujer, pero, como Él, sin mancha».

## 6.

## Purificación de Ana y ofrecimiento de María, que es la Niña perfecta para el reino de los Cielos.

Veo a Joaquín y a Ana, junto a Zacarías y a Isabel, saliendo de una casa de Jerusalén de amigos o familiares. Se dirigen hacia el Templo para la ceremonia de la Purificación.

Ana lleva en brazos a la Niña, envuelta toda en fajos, toda envuelta en un amplio tejido de lana ligera, pero que debe ser suave y caliente. ¡Con cuánto cuidado y amor lleva a su criaturita! De vez en cuando levanta el borde del fino y caliente tejido para ver si María respira a gusto, y luego vuelve a taparla para protegerla del aire helador de un día sereno pero frío, de pleno invierno.

Isabel lleva unos paquetes en las manos. Joaquín lleva de una cuerda a dos corderos blanquísimos bien cebados, ya más carneros que corderos. Zacarías no lleva nada. ¡Qué apuesto con ese vestido de lino que un grueso manto de lana, también blanca, deja entrever! Es un Zacarías mucho más joven que el que se veía en el nacimiento del Bautista, entonces ya en plena edad adulta. Isabel es una mujer madura, pero todavía de apariencia fresca; cada vez que Ana mira a la Niña, se curva extasiada hacia esa carita dormida. También Isabel está guapísima con su vestido de un azul tendente al morado oscuro y con el velo que le cubre la cabeza y cae sobre los hombros y sobre el manto, que es más oscuro que el vestido.

¿Y Joaquín y Ana? ¡Ah..., solemnes con sus vestidos de fiesta! Contrariamente a lo normal, él no lleva la túnica marrón oscura, sino un largo vestido de un rojo oscurísimo (hoy diríamos: rojo S. José). Las orlas de su manto son bonitas y muy nuevas. En la cabeza lleva también una especie de velo rectangular, ceñido con una cinta de cuero. Todo nuevo y fino.

Ana... ¡oh!, hoy no viste de oscuro. Lleva un vestido de un amarillo muy tenue, casi color marfil viejo, ceñido en la cintura, cuello y muñecas, con una gruesa cinta que parece de plata y oro. Su cabeza está cubierta por un velo ligerísimo y como adamascado, sujeto a la frente con un aro sutil, valioso. En el cuello lleva un collar de filigrana; en las muñecas, pulseras. Parece una reina, incluso por la dignidad con que lleva el vestido, y especialmente el manto, amarillo tenue, orlado con una greca en bordadura muy bonita, también amarilla.

- Me pareces como en el día de tu boda. Entonces yo era poco más que una niña. Todavía me acuerdo de lo guapa y dichosa que se te veía - dice Isabel.

- Pues más feliz me siento ahora... Y he querido ponerme el mismo vestido para este rito. Lo había conservado siempre para esto... aunque ya, para esto, no tenía esperanzas de ponérmelo.

- El Señor te ha amado mucho... - dice suspirando Isabel.

- Por eso precisamente le doy lo que más quiero. Esta flor mía.

-¿Y vas a tener fuerzas para arrancártela de tu seno cuando llegue el momento?.

- Sí, porque recordaré que no la tenía y que Dios me la dio. En todo caso me sentiré más feliz que entonces. Y, sabiendo que está en el Templo, me diré: "Está orando ante el Tabernáculo, está rezando al Dios de Israel, y también por su madre". Ello me dará paz. Y más paz todavía al decir: "Ella es toda suya. Cuando estos dos felices ancianos, que la recibieron del Cielo, ya no estén en este mundo, Él, el Eterno, seguirá siendo su Padre". Créeme, tengo la firme convicción de que esta pequeñuela no es nuestra. Yo ya no podía hacer nada... Él la puso en mi seno como don divino para enjugar mi llanto y confortar nuestras esperanzas y oraciones. Por tanto, es suya. Nosotros somos los encargados, felices encargados, de cuidarla... ¡y que por ello sea bendito!.

Llegan a los muros del Templo.

- Mientras vais a la Puerta de Nicanor, yo voy a advertir al sacerdote. Luego os alcanzo - dice Zacarías; y desaparece tras un arco que introduce a un amplio patio circundado de pórticos.

La comitiva continúa adentrándose por las sucesivas terrazas (porque — no sé si lo he dicho alguna vez — el recinto del Templo no es una superficie plana, sino que sube escalonadamente en niveles cada vez más altos; a cada uno de ellos se accede mediante escalinatas, y en todos hay patios y pórticos y portones labradísimos, de mármol, bronce y oro).

Antes de llegar al lugar establecido, se paran para desenvolver las cosas que traen, o sea, tortas — me parece — muy untadas, anchas y finas, harina blanca, dos palomas en una jaulita de mimbre y unas monedas grandes de plata, tan pesadas que era una suerte que en aquella época no hubiera bolsillos, porque los habrían roto.

Ahí está la bonita Puerta de Nicanor; es por entero un bordado en pesado bronce laminado de plata. Ya está allí Zacarías, al lado de un sacerdote que está todo pomposo con su vestido de lino.

Asperjan a Ana con agua lustral — supongo — y luego le indican que se dirija hacia el ara del sacrificio. Ya no lleva a la Niña en brazos. La ha tomado en brazos Isabel, que se ha quedado a este lado de la Puerta.

Joaquín, sin embargo, entra siguiendo a su mujer, y llevando tras sí un desgraciado cordero que va balando. Y yo... hago como para la purificación de María: cierro los ojos para no ver ningún tipo de degüello.

Ana ya está purificada.

Zacarías dice en voz baja unas palabras a su compañero de ministerio, el cual, sonriendo, da señales de asentimiento y luego se acerca al grupo, rehecho de nuevo, y, congratulándose con la madre y el padre por su gozo y por su fidelidad a las promesas, recibe el segundo cordero, la harina y las tortas.

- Entonces ¿esta hija está consagrada al Señor? Que su bendición os acompañe a Ella y a vosotros. Mirad, ahí viene Ana. Va a ser una de sus maestras. Ana de Fanuel, de la tribu de Aser. Ven, mujer. Esta pequeñuela ha sido ofrecida al Templo como hostia de alabanza. Tú serás para ella maestra. A tu amparo crecerá santa.

Ana de Fanuel, ya completamente encanecida, hace mimos a la Niña, que ya se ha despertado y que observa toda esa blancura con esos inocentes y atónitos ojos suyos, y todo ese oro que el sol enciende.

La ceremonia debe haber terminado. No he visto ningún rito especial para el ofrecimiento de María. Quizás era suficiente con decírselo al sacerdote, y sobre todo a Dios, en el lugar santo.

- Querría dar mi ofrenda al Templo e ir al lugar en que el año pasado vi la luz - dice Ana.

Ana de Fanuel va con ellos. No entran en el Templo propiamente dicho. Es natural que, siendo mujeres y tratándose de una niña, no vayan ni siquiera a donde fue María para ofrecer a su Hijo. Pero, eso sí, desde muy cerquita de la puerta, que está abierta de par en par, miran hacia el semioscuro interior del que vienen dulces cantos de niñas y en el que brillan ricas lámparas, que expanden luz de oro sobre dos cuadros de flores de cabecitas veladas de blanco, dos verdaderos cuadros de azucenas.

- Dentro de tres años estarás ahí, Azucena mía - le promete Ana a María, que mira como embelesada hacia el interior y sonríe al oír el lento canto.

- Parece como si entendiera - dice Ana de Fanuel - ¡Es una niña muy bonita! La querré como si fuera fruto de mis entrañas. Te lo prometo, madre. Si la edad me lo concede.

- Te lo concederá, mujer - dice Zacarías - La recibirás entre las niñas consagradas. Yo también estaré presente. Quiero estar ese día para decirle que pida por nosotros desde el primer momento... - y mira a su mujer, la cual, habiendo comprendido, suspira.

La ceremonia ha concluido. Ana de Fanuel se retira, mientras los otros, hablando entre sí, salen del Templo.

Oigo a Joaquín que dice:

-¡No sólo dos, y los mejores, sino que habría dado todos mis corderos por este gozo y para alabar a Dios!

No veo nada más.

Dice Jesús:

- Salomón pone en boca de la Sabiduría estas palabras: "Quien sea niño venga a mí". Y verdaderamente, desde la roca, desde los muros de su ciudad, la eterna Sabiduría le decía a la eterna Niña: "Ven a mí". Se consumía por tenerla. Pasado un tiempo, el Hijo de la Doncella purísima dirá: "Dejad que los niños vengan a mí, porque el Reino de los Cielos es de ellos, y quien no se haga como ellos no tendrá parte en mi Reino". Las voces se buscan recíprocamente y, mientras la voz proveniente del Cielo grita a la pequeñuela María: "Ven a mí", la voz del Hombre dice: "Venid a mí si sabéis ser niños", y al decirlo piensa en su Madre.

Os doy el modelo en mi Madre.

Ella es la perfecta Niña con corazón de paloma sencillo y puro, Aquélla a quien ni los años ni el contacto con el mundo enrudecen bárbaramente, corrompiendo su espíritu o haciéndole tortuoso o mentiroso. Porque Ella no lo quiere. Venid a mí mirando a María.

Tú, que la ves, dime: ¿su mirada de infante es muy distinta de la que viste al pie de la Cruz; o en el júbilo de Pentecostés; o en la hora en que los párpados cubrieron su ojo de gacela para el último sueño? No. Aquí se trata de la mirada incierta y atónita del infante; luego se tratará de esa mirada atónita y ruborosa de la Virgen de la Anunciación, o beata como la de la Madre de Belén, o adoradora, como la de mi primera, sublime Discípula; luego será la mirada lastimera de la Torturada del Gólgota, o radiante, como en la Resurrección y en Pentecostés; luego será esa mirada velada: la del extático sueño de la última visión. Pero, ya se abra para ver por primera vez, ya se cierre, cansado, con la última luz, habiendo visto tanto gozo y tanto horror, este ojo es ese apacible, puro, sosegado trocito de cielo que resplandece siempre igual bajo la frente de María. Ira, mentira, soberbia, lujuria, odio, curiosidad, no lo ensucian jamás con sus fumosas nubes.

Es la mirada que mira a Dios con amor, ya llore, ya ría, y que por amor a Dios acaricia y perdona, y todo lo soporta; el amor a su Dios le ha hecho inmune a los asaltos del Mal, que muchas veces se sirve del ojo para penetrar en el corazón; es el ojo puro, tranquilizante, bendecidor que tienen los puros, los santos, los enamorados de Dios.

Ya lo dije: "El ojo es luz de tu cuerpo. Si el ojo es puro, todo tu cuerpo estará iluminado; mas si el ojo es túrbido, toda tu persona estará en las tinieblas". Los santos han tenido estos ojos, que son luz para el espíritu y salvación para la carne, porque, como María, durante toda su vida sólo han mirado a Dios; o, más aún, han tenido recuerdo de Dios.

Ya te explicaré, pequeña voz, el sentido de estas palabras mías.

## 7

## María niña con Ana y Joaquín. En sus labios ya está la Sabiduría del Hijo.

Sigo viendo todavía a Ana. Desde ayer por la tarde la veo así: sentada donde empieza la pérgola umbrosa; dedicada a un trabajo de costura. Está vestida de un solo color gris arena; es un vestido muy sencillo y suelto, quizás por el mucho calor que parece que hace.

En el otro extremo de la pérgola se ve a los dalladores segando el heno; heno que no debe ser de mayo. Efectivamente, la uva ya está detrás coloreándose de oro, y un grueso manzano muestra entre sus oscuras hojas sus frutos, que están tomando un color de lúcida cera amarilla y roja; y además el campo de trigo es ya sólo un rastrojal en que ondean ligeras las llamitas de las amapolas y los lirios se elevan, rígidos y serenos, radiados como una estrella, azules como el cielo de oriente.

De la pérgola umbrosa sale caminando una María pequeñita, que, no obstante, es ya ágil e independiente. Su breve paso es seguro y sus sandalitas blancas no tropiezan en los cantos. Tiene ya esbozado su dulce paso ligeramente ondulante de paloma, y está toda blanca, como una palomita, con su vestidito de lino que le llega a los tobillos, amplio, fruncido en torno al cuello con un cordoncito de color celeste, y con unas manguitas cortas que dejan ver los antebrazos regordetes. Con su pelito sérico y rubio-miel, no muy rizado pero sí todo él formando suaves ondas que en el extremo terminan en un leve ensortijado, con sus ojos de cielo y su dulce carita tenuemente sonrosada y sonriente, parece un pequeño ángel. El vientecillo que le entra por las anchas mangas y le hincha por detrás el vestidito de lino contribuye también a darle aspecto de un pequeño ángel cuando despliega las alas para el vuelo.

Lleva en sus manitas amapolas y lirios y otras florecillas que crecen entre los trigos y cuyo nombre desconozco. Se dirige hacia su madre. Cuando está ya cerca, inicia una breve carrera, emitiendo una vocecita festiva, y va, como una tortolita, a detener su vuelo contra las rodillas maternas, abiertas un poco para recibirla. Ana ha depositado al lado el trabajo que estaba haciendo para que Ella no se pinche, y ha extendido los brazos para ceñirla.

Hasta este punto, ayer por la tarde; hoy por la mañana se ha vuelto a presentar y continúa así:

-¡Mamá! ¡Mamá!.

La tortolita blanca está toda en el nido de las rodillas maternas, apoyando sus piececitos sobre la hierba corta, y la carita en el regazo materno. Sólo se ve el oro pálido de su pelito sobre la sutil nuca que Ana se inclina a besar con amor.

Luego la tortolita levanta su pequeña cabeza y entrega sus florecillas: todas para su mamá. Y de cada flor cuenta una historia creada por Ella.

Ésta, tan azul y tan grande, es una estrella que ha caído del cielo para traerle a su mamá el beso del Señor... ¡Que bese en el corazón, en el corazón, a esta florecilla celeste, y percibirá que tiene sabor a Dios!...

Y esta otra, de color azul más pálido, como los ojos de su papá, lleva escrito en las hojas que el Señor quiere mucho a su papá porque es bueno.

Y esta tan pequeñita, la única encontrada de ese tipo (una miosota), es la que el Señor ha hecho para decirle a María que la quiere.

Y estas rojas, ¿sabe su mamá qué son? Son trozos de la vestidura del rey David, empapados de sangre de los enemigos de Israel, y esparcidos por los campos de batalla y de victoria. Proceden de esos limbos de regia vestidura hecha jirones en la lucha por el Señor.

En cambio ésta, blanca y delicada, que parece hecha con siete copas de seda que miran al cielo, llenas de perfumes, y que ha nacido allí, junto al fontanar, se la ha cogido su papá de entre las espinas, está hecha con la vestidura que llevaba el rey Salomón cuando, el mismo mes en que nació esta Niña descendiente suya, muchos años, ¡oh, cuántos, cuántos antes; muchos años antes, él, con la pompa cándida de sus vestiduras, caminó entre la multitud de Israel ante el Arca y ante el Tabernáculo, y se regocijó por la nube que volvía a circundar su gloria, y cantó el cántico y la oración de su gozo.

- Yo quiero ser siempre como esta flor, y, como el rey sabio, quiero cantar toda la vida cánticos y oraciones ante el Tabernáculo» termina así la boquita de María.

-¡Tesoro mío! ¿Cómo sabes estas cosas santas? ¿Quién te las dice? ¿Tu padre?

- No. No sé quién es. Es como si las hubiera sabido siempre. Pero quizás me las dice alguien, alguien a quien no veo. Quizás uno de los ángeles que Dios envía a hablarles a los hombres buenos. Mamá, ¿me sigues contando alguna otra historia?....

-¡Oh, hija mía! ¿Cuál quieres saber?.

María se queda pensando; seria y recogida como está, habría que pintarla para eternizar su expresión. En su carita infantil se reflejan las sombras de sus pensamientos. Sonrisas y suspiros, rayos de sol y sombras de nubes pensando en la historia de Israel. Luego elige:

- Otra vez la de Gabriel y Daniel, en que está la promesa del Cristo.

Y escucha con los ojos cerrados, repitiendo en voz baja las palabras que su madre le dice, como para recordarlas mejor. Cuando Ana termina, pregunta:

-¿Cuánto falta todavía para tener con nosotros al Emmanuel?

- Treinta años aproximadamente, querida mía.

-¡Cuánto todavía! Y yo estaré en el Templo... Dime, si rezase mucho, mucho, mucho, día y noche, noche y día, y deseara ser sólo de Dios, toda la vida, con esta finalidad, ¿el Eterno me concedería la gracia de dar antes el Mesías a su pueblo?.

- No lo sé, querida mía. El Profeta dice: "Setenta semanas". Yo creo que la profecía no se equivoca. Pero el Señor es tan bueno — se apresura a añadir Ana, al ver que las pestañas de oro de su niña se perlan de llanto — que creo que si rezas mucho, mucho, mucho, se te mostrará propicio.

La sonrisa aparece de nuevo en esa carita ligeramente alzada hacia la madre, y un ojalito de sol que pasa entre dos pámpanas hace brillar las lágrimas del ya cesado llanto, cual gotitas de rocío colgando de los tallitos sutilísimos del musgo alpino.

- Entonces rezaré y me consagraré virgen para esto.

- Pero, ¿sabes lo que quiere decir eso?

- Quiere decir no conocer amor de hombre, sino sólo de Dios. Quiere decir no tener ningún pensamiento que no sea para el Señor. Quiere decir ser siempre niña en la carne y ángel en el corazón. Quiere decir no tener ojos sino para mirar a Dios, oídos para oírle, boca para alabarle, manos para ofrecerse como hostias, pies para seguirle velozmente, corazón y vida para dárselos a El.

-¡Bendita tú! Pero entonces no tendrás nunca niños, ¿sabes? ; y a ti te gustan mucho los niños y los corderitos y las tortolitas. Un niño para una mujer es como un corderito blanco y crespo, como una palomita de plumas de seda y boca de coral: se le puede amar, besar; se puede oír que nos llama "mamá".

- No importa. Seré de Dios. En el Templo rezaré. Y quizás un día vea al Emmanuel. La Virgen que debe ser Madre suya, como dice el gran Profeta, ya debe haber nacido y estar en el Templo... Yo seré compañera suya... y sierva suya. ¡Oh, sí! Si pudiera conocer, por luz de Dios, a esa mujer bienaventurada, querría servirla. Luego Ella me traería a su Hijo, me conduciría hacia su Hijo y así le serviría también a Él. ¡Fíjate, mamá!... ¡¡Servir al Mesías!!... - María se siente sobrepujada por este pensamiento que la sublima y la deja anonadada al mismo tiempo. Con las manitas cruzadas sobre su pecho y la cabecita un poco inclinada hacia adelante, y encendida de emoción, parece una infantil reproducción de la Virgen de la Anunciación que yo vi. Y sigue diciendo:

-¿Pero, el Rey de Israel, el Ungido de Dios, me permitirá servirle?.

- No lo dudes. ¿No dice el rey Salomón: "Sesenta son las reinas y ochenta las otras esposas ***y sin número las doncellas***" En ello puedes ver que en el palacio del Rey serán ***sin número las doncellas vírgenes*** que servirán a su Señor.

-¡Oh! ¿Lo ves como debo ser virgen? Debo serlo. Si Él por madre quiere una virgen, es señal de que estima la virginidad por encima de todas las cosas. Yo quiero que me ame a mí, su sierva, por esa virginidad que me hará un poco similar a su dilecta Madre... Esto es lo que quiero... Querría también ser pecadora, muy pecadora, si no temiera ofender al Señor... Dime, mamá, ¿puede una ser pecadora por amor a Dios?.

- Pero, ¿qué dices, tesoro? No entiendo.

- Quiero decir: pecar para poder ser amada por Dios hecho Salvador. Se salva a quien está perdido, ¿no es verdad? Yo querría ser salvada por el Salvador para recibir su mirada de amor. Para esto querría pecar, pero no cometer un pecado que le disgustase. ¿Cómo puede salvarme si no me pierdo?

Ana está atónita. No sabe ya qué decir.

Viene en su ayuda Joaquín, el cual, caminando sobre la hierba, se ha ido acercando, sin hacer ruido, por detrás del seto de sarmientos bajos.

- Te ha salvado antes porque sabe que le amas y quieres amarle sólo a Él. Por ello tú ya estás redimida y puedes ser virgen como quieres - dice Joaquín.

-¿Sí, padre mío?- María se abraza a sus rodillas y le mira con las claras estrellas de sus ojos, muy semejantes a los paternos, y muy dichosos por esta esperanza que su padre le da.

- Verdaderamente, pequeño amor. Mira, yo te traía este pequeño gorrión que en su primer vuelo había ido a posarse junto a la fuente. Habría podido dejarlo, pero sus débiles alas no tenían fuerza para elevarlo en nuevo vuelo, ni sus patitas de seda para fijarlo a las musgosas piedras, que resbalaban. Se habría caído en la fuente. No he esperado a que esto sucediera. Lo he cogido y ahora te lo regalo. Haz lo que quieras con él. El hecho es que ha sido salvado antes de caer en el peligro. Lo mismo ha hecho Dios contigo. Ahora, dime, María: ¿he amado más al gorrión salvándolo antes, o lo habría amado más salvándolo después?

- Ahora lo has amado, porque no has permitido que se hiciera daño con el agua helada.

- Y Dios te ha amado más, porque te ha salvado antes de que tú pecaras.

- Pues entonces yo le amaré completamente, completamente. Gorrioncito bonito, yo soy como tú. El Señor nos ha amado de la misma manera, salvándonos... Ahora voy a criarte y luego te dejaré suelto. Tú cantarás en el bosque y yo en el Templo las alabanzas del Señor, y diremos: "Envía a tu Prometido, envíaselo a quien espera". ¡Oh, papá mío! ¿Cuándo me vas a llevar al Templo?

- Pronto, perla mía. Pero, ¿no te duele dejar a tu padre?

-¡Mucho! Pero tú vendrás... y, además, si no doliese, ¿qué sacrificio sería?

-¿Y te vas a acordar de nosotros? - Siempre. Después de la oración por el Emmanuel rezaré por vosotros. Para que Dios os haga dichosos y os dé una larga vida... hasta el día en que Él sea Salvador. Luego diré que os tome para llevaros a la Jerusalén del Cielo.

La visión me cesa con María estrechada en el lazo de los brazos de su padre...

Dice Jesús:

- Llegan ya a mis oídos los comentarios de los doctores de los tiquismiquis: "¿Cómo puede hablar así una niña que no ha cumplido aún tres años? Es una exageración". Pero no piensan que ellos, alterando mi infancia con actos propios de adultos, dan de mí una imagen monstruosa.

La inteligencia no llega a todos de la misma manera y al mismo tiempo. La Iglesia ha establecido los seis años como la edad de responsabilidad de las acciones, porque esa es la edad en que incluso un niño retrasado puede distinguir, al menos rudimentariamente, el bien y el mal. Pero hay niños que mucho antes son capaces de discernir, entender y querer, con una razón ya suficientemente desarrollada. Que las pequeñas Imelda Lambertini, Rosa de Viterbo, Nellie Organ, Nennolina os proporcionen una base para creer, ¡oh, doctores difíciles!, que mi Madre podía pensar y hablar así. Sólo he considerado cuatro nombres al azar entre los millares de niños santos que, después de haber razonado como adultos en la tierra durante más o menos años, han venido a poblar mí Paraíso.

¿Qué es la razón? Un don de Dios. Él, por tanto, puede darla con la medida que quiera, a quien quiera y cuando quiera. Es, además, una de las cosas que más os asemejan a Dios, Espíritu inteligente y que razona. La razón y la inteligencia fueron

gracias otorgadas por Dios al Hombre en el Paraíso Terrenal. ¡Y qué vivas estaban cuando la Gracia moraba, aún intacta y operante, en el espíritu de los dos Primeros!

En el libro de Jesús Bar Sirac está escrito: "Toda sabiduría viene del Señor Dios y con Él ha estado siempre, incluso antes de los siglos". ¿Qué sabiduría, pues, habrían tenido los hombres si hubieran conservado su filiación para con Dios?

Vuestras lagunas de inteligencia son el fruto natural de haber venido a menos en la Gracia y en la honestidad. Perdiendo la Gracia, habéis alejado de vosotros, durante siglos, la Sabiduría. Cual estrella fugaz que se oculta tras nebulosidades de kilómetros, la Sabiduría no ha seguido llegándoos con sus netos destellos, sino sólo a través de neblinas cada vez más oprimentes a causa de vuestras prevaricaciones.

Luego ha venido el Cristo y os ha vuelto a dar la Gracia, don supremo del amor de Dios. Pero ¿sabéis custodiar limpia y pura esta gema? No. Cuando no la rompéis con la voluntad individual de pecar, la ensuciáis con continuas culpas menores, con debilidades, o gravitando hacia el vicio (y ello, a pesar de no significar una verdadera unión con el septiforme vicio, debilita la luz de la Gracia y su actividad). Luego, además, siglos y siglos de corrupciones, que, deletéreas, repercuten en lo físico y en la mente, han ido debilitando la magnífica luz de la inteligencia que Dios había dado a los Primeros.

Pero María era no sólo la Pura, la nueva Eva recreada para alegría de Dios, era la super-Eva, era la Obra Maestra del Altísimo, era la Llena de Gracia, era la Madre del Verbo en la mente de Dios.

"Fuente de la Sabiduría" dice Jesús Bar Sirac "es el Verbo". ¿Y el Hijo no va a haber puesto su sabiduría en los labios de su Madre?

Si a un Profeta que debía decir las palabras que el Verbo, la Sabiduría, le confiaba para transmitírselas a los hombres, le fue purificada la boca con carbones encendidos, ¿no va a haber depurado y elevado el Amor el habla de esa su Esposa niña que debía llevar en sí la Palabra, a fin de que no hablase primero como niña y luego como mujer, sino sólo y siempre como criatura celeste fundida con la gran luz y sabiduría de Dios?

El milagro no está en el hecho de que María, como luego Yo, mostrara en edad infantil una inteligencia superior. El milagro está en el hecho de contener a la Inteligencia infinita, que en Ella moraba, en los diques convenientes para no pasmar a las multitudes y para no despertar la atención satánica.

En otra ocasión seguiré hablando de esto, que está en relación con ese "recordarse" que los santos tienen de Dios.

## 8
## María recibida en el Templo. En su humildad, no sabía que era la Llena de Sabiduría.

Veo a María caminando entre su padre y su madre por las calles de Jerusalén.

Los que pasan se paran a mirar a la bonita Niña vestida toda de blanco nieve y arrollada en un ligerísimo tejido que, por sus dibujos, de ramas y flores, más opacos que el tenue fondo, creo que es el mismo que tenía Ana el día de su Purificación. Lo único es que, mientras que a Ana no le sobrepasaba la cintura, a María, siendo pequeñita, le baja casi hasta el suelo, envolviéndola en una nubecita ligera y lúcida de singular gracia.

El oro de la melena suelta sobre los hombros, mejor: sobre la delicada nuca, se transparenta a través del sutilísimo fondo, en las partes del velo no adamascadas. Éste está sujeto a la frente con una cinta de un azul palidísimo que tiene, obviamente hecho por su mamá, unas pequeñas azucenas bordadas en plata.

El vestido, como he dicho, blanquísimo, le llega hasta abajo, y los piececitos, con sus pequeñas sandalias blancas, apenas se muestran al caminar. Las manitas parecen dos pétalos de magnolia saliendo de la larga manga. Aparte del círculo azul de la cinta, no hay ningún otro punto de color. Todo es blanco. María parece vestida de nieve.

Joaquín lleva el mismo vestido de la Purificación. Ana, en cambio, un oscurísimo morado; el manto, que le tapa incluso la cabeza, es también morado oscuro; lo lleva muy bajo, a la altura de los ojos, dos pobres ojos de madre rojos de llanto, que no quisieran llorar, y que no quisieran, sobre todo, ser vistos llorar, pero que no pueden no llorar al amparo del manto. Éste protege, por una parte, de los que pasan; también, de Joaquín, cuyos ojos, siempre serenos, hoy están también enrojecidos y opacos por las lágrimas (las que ya han caído y las que aún siguen cayendo). Camina muy curvado, bajo su velo a guisa casi de turbante que le cubre los lados del rostro.

Joaquín está muy envejecido. Los que le ven deben pensar que es abuelo o quizás bisabuelo de la pequeñuela que lleva de la mano. El pobre padre, a causa de la pena de perderla, va arrastrando los pies al caminar; todo su porte es cansino y le hace unos veinte años más viejo de lo que en realidad es; su rostro parece el de una persona enferma además de vieja, por el mucho cansancio y la mucha tristeza; la boca le tiembla ligeramente entre las dos arrugas — tan marcadas hoy — de los lados de la nariz.

Los dos tratan de celar el llanto. Pero, si pueden hacerlo para muchos, no pueden para María, la cual, por su corta estatura, los ve de abajo arriba y, levantando su cabecita, mira alternativamente a su padre y a su madre. Ellos se esfuerzan en sonreírle con su temblorosa boca, y aprietan más con su mano la diminuta manita cada vez que su hijita los mira y les sonríe. Deben pensar: «Sí. Otra vez menos que veremos esta sonrisa».

Van despacio, muy despacio. Da la impresión de que quieren prolongar lo más posible su camino. Todo es ocasión para detenerse... Pero, ¡siempre debe tener un fin un camino!... Y éste está ya para acabarse. En efecto, allí, en la parte alta de este último tramo en subida, están los muros que circundan el Templo. Ana gime, y estrecha más fuertemente la manita de María.

-¡Ana, querida mía, aquí estoy contigo! - dice una voz desde la sombra de un bajo arco echado sobre un cruce de calles. Isabel estaba esperando. Ahora se acerca a Ana y la estrecha contra su corazón, y, al ver que Ana llora, le dice: - Ven, ven un poco a esta casa amiga; también está Zacarías.

Entran todos en una habitación baja y oscura cuya luz es un vasto fuego. La dueña, que sin duda es amiga de Isabel, si bien no conoce a Ana, amablemente se retira, dejando a los llegados libertad de hablar.

- No creas que estoy arrepentida, o que entregue con mala voluntad mi tesoro al Señor — explica Ana entre lágrimas — ... Lo que pasa es que el corazón... ¡oh, cómo me duele el corazón, este anciano corazón mío que vuelve a su soledad, a esa soledad de quien no tiene hijos!... Si lo sintieras...

- Lo comprendo, Ana mía... Pero tú eres buena y Dios te confortará en tu soledad. María va a rezar por la paz de su mamá, ¿verdad?.

María acaricia las manos maternas y las besa, se las pone en la cara para ser acariciada a su vez, y Ana cierra entre sus manos esa carita y la besa, la besa... no se sacia de besarla.

Entra Zacarías y saluda diciendo:

- A los justos la paz del Señor.

- Sí — dice Joaquín —, pide paz para nosotros porque nuestras entrañas tiemblan, ante la ofrenda, como las de nuestro padre Abraham mientras subía el monte; y nosotros no encontraremos otra ofrenda que pueda recobrar ésta; ni querríamos hacerlo, porque somos fieles a Dios. Pero sufrimos, Zacarías. Compréndenos, sacerdote de Dios, y no te seamos motivo de escándalo.

- Jamás. Es más, vuestro dolor, que sabe no traspasar lo lícito, que os llevaría a la infidelidad, es para mí escuela de amor al Altísimo. ¡Ánimo! La profetisa Ana cuidará con esmero esta flor de David y Aarón. En este momento es la única azucena que David tiene de su estirpe santa en el Templo, y cual perla regia será cuidada. A pesar de que los tiempos hayan entrado ya en la recta final y de que deberían preocuparse las madres de esta estirpe de consagrar sus hijas al Templo — puesto que de una virgen de David vendrá el Mesías — no obstante, a causa de la relajación de la fe, los lugares de las vírgenes están vacíos. Demasiado pocas en el Templo; y de esta estirpe regia ninguna, después de que, hace ya tres años, Sara de Elíseo salió desposada. Es cierto que aún faltan seis lustros para el final, pero bueno, pues esperemos que María sea la primera de muchas vírgenes de David ante el Sagrado Velo. Y... ¿quién sabe?.... — Zacarías se detiene en estas palabras y... mira pensativo a María. Luego prosigue diciendo: - También yo velaré por Ella. Soy sacerdote y ahí dentro tengo mi influencia. Haré uso de ella para este ángel. Además, Isabel vendrá a menudo a verla...

-¡Oh, claro! Tengo mucha necesidad de Dios y vendré a decírselo a esta Niña para que a su vez se lo diga al Eterno.

Ana ya está más animada. Isabel, buscando confortarla aún más, pregunta:

-¿No es éste tu velo de cuando te casaste?, ¿o has hilado más muselina?.

- Es aquél. Lo consagro con Ella al Señor. Ya no tengo ojos para hilar... Además, por impuestos y adversidades, las posibilidades económicas son mucho menores... No me era lícito hacer gastos onerosos. Sólo me he preocupado de que tuviera un ajuar considerable para el tiempo que transcurra en la Casa de Dios y para después... porque creo que no seré yo quien la vista para la boda... Pero quiero que sea la mano de su madre, aunque esté ya fría e inmóvil, la que la haya ornado para la boda y le haya hilado la ropa y el vestido de novia.

-¡Oh, por qué tienes que pensar así?.

- Soy vieja, prima. Jamás me he sentido tan vieja como ahora bajo el peso de este dolor. Las últimas fuerzas de mi vida se las he dado a esta flor, para llevarla y nutrirla, y ahora... y ahora... el dolor de perderla sopla sobre las postreras y las dispersa.

- No digas eso. Queda Joaquín.

- Tienes razón. Trataré de vivir para mi marido.

Joaquín ha hecho como que no ha oído, atento como está a lo que le dice Zacarías; pero sí que ha oído, y suspira fuertemente, y sus ojos brillan de llanto.

- Estamos entre tercia y sexta. Creo que sería conveniente ponernos en marcha» dice Zacarías.

Todos se levantan para ponerse los mantos y comenzar a salir.

Pero María se adelanta y se arrodilla en el umbral de la puerta con los brazos extendidos, un pequeño querubín suplicante:

-¡Padre, Madre, vuestra bendición!.

No llora la fuerte pequeña; pero los labiecitos sí tiemblan, y la voz, rota por un interno sollozo, presenta más que nunca el tembloroso gemido de una tortolita. La carita está más pálida y el ojo tiene esa mirada de resignada angustia que — más fuerte, hasta el punto de llegar a no poderse mirar sin que produzca un profundo sufrimiento — veré en el Calvario y ante el Sepulcro.

Sus padres la bendicen y la besan. Una, dos, diez veces. No se sacian de besarla... Isabel llora en silencio. Zacarías, aunque quiera no dar muestras de ello, está también conmovido.

Salen. María entre su padre y su madre, como antes; delante, Zacarías y su mujer...

Ahora están dentro del recinto del Templo.

- Voy a ver al Sumo Sacerdote. Vosotros subid hasta la Gran Terraza.

Atraviesan tres atrios y tres patios superpuestos... Ya están al pie del vasto cubo de mármol coronado de oro. Cada una de las cúpulas, convexas como una media naranja enorme, resplandece bajo el sol, que cae a plomo, ahora que es aproximadamente mediodía, en el amplio patio que rodea a la solemne edificación, y llena el vasto espacio abierto y la amplia escalinata que conduce al Templo. Sólo el pórtico que hay frente a la escalinata, a lo largo de la fachada, está en sombra, y la puerta, altísima, de bronce y oro, con tanta luz, aparece aún más oscura y solemne.

Por el intenso sol, María parece aún más de nieve. Ahí está, al pie de la escalinata, entre sus padres. ¡Cómo debe latirles el corazón a los tres! Isabel está al lado de Ana, pero un poco retrasada, como medio paso.

Un sonido de trompetas argentinas y la puerta gira sobre los goznes, los cuales, al moverse sobre las esferas de bronce, parecen producir sonido de cítara. Se ve el interior, con sus lámparas en el fondo. Un cortejo viene desde allí hacia el exterior. Es un pomposo cortejo acompañado de sonidos de trompetas argénteas, nubes de incienso y luces.

Ya ha llegado al umbral; delante, el que debe ser el Sumo Sacerdote: un anciano solemne, vestido de lino finísimo, cubierto con una túnica más corta, también de lino, y sobre ésta una especie de casulla, recuerda en parte a la casulla y en parte al paramento de los Diáconos, multicolor: púrpura y oro, violáceo y blanco se alternan en ella y brillan como gemas al sol; y dos piedras preciosas resplandecen encima de los hombros más vivamente aún (quizás son hebillas con un engaste precioso); al pecho lleva una ancha placa resplandeciente de gemas sujeta con una cadena de oro; y colgantes y adornos lucen en la parte de abajo de la túnica corta, y oro en la frente sobre la prenda que cubre su cabeza (una prenda que me recuerda a la de los sacerdotes ortodoxos, con su mitra en forma de cúpula en vez de en punta como la mitra católica).

El solemne personaje avanza, solo, hasta el comienzo de la escalinata, bajo el oro del sol, que le hace todavía más espléndido. Los otros esperan, abiertos en forma de corona, fuera de la puerta, bajo el pórtico umbroso. A la izquierda hay un cándido grupo de niñas, con Ana, la profetisa, y otras maestras ancianas.

El Sumo Sacerdote mira a la Pequeña y sonríe. ¡Debe parecerle bien pequeñita al pie de esa escalinata digna de un templo egipcio! Levanta los brazos al cielo para pronunciar una oración. Todos bajan la cabeza como anonadados ante la majestad sacerdotal en comunión con la Majestad eterna.

Luego... una señal a María, y Ella se separa de su madre y de su padre y sube, sube como hechizada. Y sonríe, sonríe a la zona del Templo que está en penumbra, al lugar en que pende el preciado Velo... Ha llegado a lo alto de la escalinata, a los pies del Sumo Sacerdote, que le impone las manos sobre la cabeza. La víctima ha sido aceptada. ¿Alguna vez había tenido el Templo una hostia más pura?

Luego se vuelve y, pasando la mano por el hombro de la Corderita sin mancha, como para conducirla al altar, la lleva a la puerta del Templo y, antes de hacerla pasar pregunta:

- María de David, ¿conoces tu voto?

Ante el «sí» argentino que le responde, él grita:

- Entra, entonces. Camina en mi presencia y sé perfecta.

Y María entra y desaparece en la sombra, y el cortejo de las vírgenes y de las maestras, y luego de los levitas, la ocultan cada vez más, la separan... Ya no se la ve...

La puerta se vuelve, girando sobre sus armoniosos goznes. Una abertura, cada vez más estrecha, permite todavía ver al cortejo, que se va adentrando hacia el Santo. Ahora es sólo una rendija. Ahora ya nada. Cerrada.

Al último acorde de los sonoros goznes responde un sollozo de los dos ancianos y un grito único: « ¡María! ¡Hija!». Luego dos gemidos invocándose mutuamente: « ¡Ana, Joaquín!». Luego, como final: «Glorifiquemos al Señor, que la recibe en su Casa y la conduce por sus caminos».

Y todo termina así.

Dice Jesús:

El Sumo Sacerdote había dicho: "Camina en mi presencia y sé perfecta". El Sumo Sacerdote no sabía que estaba hablándole a la Mujer que, en perfección, es sólo inferior a Dios. Mas hablaba en nombre de Dios y, por tanto, su imperativo era sagrado. Siempre sagrado, pero especialmente a la Repleta de Sabiduría.

María había merecido que la "Sabiduría viniera a su encuentro tomando la iniciativa de manifestarse a Ella", porque "desde el principio de su día Ella había velado a su puerta y, deseando instruirse, por amor, quiso ser pura para conseguir el amor perfecto y merecer tenerla como maestra".

En su humildad, no sabía que la poseía antes de nacer y que la unión con la Sabiduría no era sino un continuar los divinos latidos del Paraíso. No podía imaginar esto. Y cuando, en el silencio del corazón, Dios le decía palabras sublimes, Ella, humildemente, pensaba que fueran pensamientos de orgullo, y elevando a Dios un corazón inocente suplicaba: "¡Piedad de tu sierva, Señor!".

En verdad, la verdadera Sabia, la eterna Virgen, tuvo un solo pensamiento desde el alba de su día: "Dirigir a Dios su corazón desde los albores de la vida y velar para el Señor, orando ante el Altísimo", pidiendo perdón por la debilidad de su corazón, como su humildad le sugería creer, sin saber que estaba anticipando la solicitud de perdón para los pecadores que haría al pie de la Cruz junto con su Hijo moribundo.

"Luego, cuando el gran Señor lo quiera, Ella será colmada del Espíritu de inteligencia", y entonces comprenderá su sublime misión. Por ahora no es más que una párvula que, en la paz sagrada del Templo, anuda, "reanuda", cada vez de forma más estrecha, sus coloquios, sus afectos, sus recuerdos, con Dios.

Esto es para todos.

Pero, para ti, pequeña María (se dirige aquí a María Valtorta), ¿no tiene ninguna cosa particular que decir tu Maestro? "Camina en mi presencia, sé por tanto perfecta". Modifico ligeramente la sagrada frase y te la doy por orden. Perfecta en el amor, perfecta en la generosidad, perfecta en el sufrir.

Mira una vez más a la Madre. Y medita en eso que tantos ignoran, o quieren ignorar, porque el dolor es materia demasiado ingrata para su paladar y para su espíritu. El dolor. María lo tuvo desde las primeras horas de la vida. Ser perfecta como Ella era poseer también una perfecta sensibilidad. Por eso, el sacrificio debía serle más agudo; mas, por eso mismo, más meritorio. Quien posee pureza posee amor, quien posee amor posee sabiduría, quien posee sabiduría posee generosidad y heroísmo, porque sabe el porqué de por qué se sacrifica.

¡Arriba tu espíritu, aunque la cruz te doble, te rompa, te mate! Dios está contigo».

# 9

## La muerte de Joaquín y Ana fue dulce, después de una vida de sabia fidelidad a Dios en las pruebas.

Dice Jesús:

- Como un rápido crepúsculo de invierno en que un viento de nieve acumule nubes en el cielo, la vida de mis abuelos conoció rápida la noche, una vez que su Sol se había quedado fijo resplandeciendo ante la sagrada Cortina del Templo.

Pero, ¿acaso no fue dicho: "La Sabiduría inspira vida a sus hijos, toma bajo su protección a los que la buscan... Quien la ama ama la vida, y quien está en vela por ella gozará de su paz. Quien la posee heredará la vida... Quien la sirve rendirá obediencia al Santo, y a quien la ama Dios lo ama mucho... Si cree en ella la tendrá como herencia y le será como tal confirmada a su posteridad porque lo acompaña en la prueba. En primer lugar le elige, luego enviará sobre él temores, miedos y pruebas, le atormentará con el flagelo de su disciplina, hasta haberle probado en sus pensamientos y poder fiarse de él. Mas luego le dará estabilidad, volverá a él por recto camino y le alegrará. Le descubrirá sus arcanos, pondrá en él tesoros de ciencia y de inteligencia en la justicia"?

Sí, todo esto fue dicho. Los libros sapienciales son aplicables a todos los hombres, que en ellos tienen un espejo de sus comportamientos y una guía. Mas dichosos aquellos que puedan ser reconocidos como amantes espirituales de la Sabiduría.

Yo me circundé de una parentela mortal de sabios. Ana, Joaquín, José, Zacarías y, más aún, Isabel y luego el Bautista, ¿no son, acaso, verdaderos sabios? Y eso sin hablar de mi Madre, en la cual la Sabiduría había hecho morada.

Desde la juventud hasta la tumba, la Sabiduría había inspirado a mis abuelos la manera de vivir de forma grata a Dios; y, como un toldo que protege de la violencia de los elementos, los había protegido del peligro de pecar. El santo temor de Dios es base del árbol de la sabiduría, que, a partir de aquél, se desarrolla impetuoso con todas sus ramas para alcanzar con su copa el amor tranquilo en su paz, el amor pacífico en su seguridad, el amor seguro en su fidelidad, el amor fiel en su intensidad, el amor total, generoso, activo de los santos.

"Quien la ama ama la vida y recibirá en herencia la Vida" dice el Eclesiástico. Pues bien, esto se funde con mi: 'Aquel que pierda la vida por amor mío, la salvará". Porque no se habla de la pobre vida de esta tierra, sino de la eterna; no de las alegrías de una hora, sino de las inmortales.

Joaquín y Ana la amaron en ese sentido. Y ella estuvo con ellos en las pruebas.

¡Cuántas, vosotros, que, pensando que no sois completamente malvados, querríais no tener que llorar ni sufrir nunca! ¡Cuántas pruebas sufrieron estos dos justos que merecieron tener por hija a María! La persecución política que los arrojó de la tierra de David, empobreciéndolos excesivamente. La tristeza de ver caer en la nada los años sin que una flor les dijese: "Yo os continuaré". Y luego la congoja por haberla tenido a una edad en que ciertamente no la iban a ver hacerse mujer. Y, más tarde, el tener que arrancarse de su corazón esta flor para depositarla sobre el altar de Dios. Y el vivir en un silencio más oprimente aún que el primero, ahora que se habían acostumbrado al gorjeo de su tortolita, al rumor de sus pasitos, a las sonrisas, a los besos de su criatura; y esperar en el recuerdo la hora de Dios. Y más, y más todavía: enfermedades, calamidades por la intemperie, abusos de los poderosos... muchos golpes de ariete contra el débil castillo de su modesta prosperidad. Y no acaba aquí todo: el dolor de esa criatura lejana, que se quedaba sola y pobre, y que, a pesar de todas las atenciones y todos los sacrificios, no tendría sino un resto del bien paterno. ¿Y cómo podía encontrarlo, si durante años todavía quedaría yermo, cerrado, esperándola? Temores, miedos, pruebas y tentaciones. Y fidelidad, fidelidad, fidelidad, siempre, a Dios.

La tentación más fuerte: no negarse el consuelo de su hija en torno a su vida ya declinante. Pero, los hijos son de Dios antes que de los padres. Todos los hijos pueden decir lo que Yo le dije a mi Madre: "¿No sabes que debo ocuparme de los intereses del Padre de los Cielos?". Y todas las madres y todos los padres deben aprender la actitud a guardar en estos casos, mirando a María y a José en el Templo, a Ana y a Joaquín en la casa de Nazaret, cada vez más vacía y triste, aunque, no obstante, en ella una cosa no disminuyese nunca, sino que, al contrario, crecía cada vez más: la santidad de dos corazones, la santidad de una unión matrimonial.

¿Qué luz le queda a Joaquín, enfermo; qué luz le queda a su dolorida esposa en las largas y silenciosas tardes propias de ancianos que se sienten morir? Los vestiditos, las primeras sandalitas, los pobres juguetitos de su criatura lejana, y los recuerdos, los recuerdos, los recuerdos. Y, con éstos, una paz que proviene del poder decir: "Sufro, pero he cumplido mi deber de amor hacia Dios".

Pues bien, he aquí que se produce una alegría sobrehumana de celestial brillo, no conocida por los hijos de este mundo, y que no se opaca por el hecho de que un grave párpado descienda sobre dos ojos que mueren, sino que en la postrera hora resplandece más, e ilumina verdades que habían estado dentro durante toda la vida, cerradas como mariposas en su capullo, que daban señales de estar dentro de ellos sólo por unos suaves movimientos de ligeros destellos, mientras que ahora abren sus alas de sol mostrando las palabras que las decoran. Y la vida se apaga en el conocimiento de un futuro beato para ellos y para su estirpe, bendiciendo a su Dios.

Así fue la muerte de mis abuelos, como era justo que fuera por su vida santa. Por la santidad merecieron ser los primeros depositarios de la Amada de Dios, y, sólo cuando un Sol mayor se mostró en su vital ocaso, ellos intuyeron la gracia que Dios les había concedido.

Por la santidad que tuvieron, Ana no padeció la tortura propia de la puérpera, sino que experimentó el éxtasis de quien llevó a la Sin Culpa. No sufrieron la angustia de la agonía, sino que fueron languidez que se apaga, como dulcemente se apaga

una estrella cuando el Sol sale con la aurora. Y, si bien no experimentaron el consuelo de tenerme como Encamada Sabiduría, como me tuvo José, Yo, no obstante, estaba allí, invisible Presencia que decía sublimes palabras, inclinado hacia su almohada para adormecerlos en la paz en espera del triunfo.

Hay quien dice: "¿Por qué no debieron sufrir al generar y al morir, puesto que eran hijos de Adán?". A éste le respondo: "Si el Bautista, hijo de Adán y concebido con la culpa de origen, fue presantificado en el seno de su madre porque Yo le visité, ¿ninguna gracia va a haber recibido la madre santa de la Santa sin Mancha, de la Preservada por Dios que llevó consigo a Dios en su espíritu casi divino y en el corazón embrional, y que no se separó nunca de Él desde que fue pensada por el Padre, desde que fue concebida en un seno, hasta que retornó a poseer a Dios plenamente en el Cielo para una eternidad gloriosa?". A éste le respondo: "La recta conciencia proporciona una muerte serena y las oraciones de los santos os obtienen tal muerte".

Joaquín y Ana tenían toda una vida de recta conciencia a sus espaldas, y ésta se alzaba como sosegado panorama y los guió hasta el Cielo; y tenían a la Santa en oración por ellos, sus padres lejanos, ante el Tabernáculo de Dios. Dios, Bien supremo, era antes que ellos, pero Ella amaba a sus padres, como querían la ley y el sentimiento, con un amor sobrenaturalmente perfecto.

## 10

## Cántico de María. Ella recordaba cuanto su espíritu había visto en Dios.

Hasta ayer por la tarde, viernes, no se me ha iluminado la mente para ver. Y he visto solamente esto. He visto a una María muy joven, una María de como mucho doce años, cuyo rostro no presenta ya esas redondeces propias de la infancia, sino que devela los futuros contornos de la mujer en el perfil oval que ya se va alargando. Por lo que respecta al pelo, ya no es aquel que caía suelto sobre el cuello con sus ligeros rizos, sino que está recogido en dos gruesas trenzas de un oro palidísimo, de lo claro que es el pelo, parece como si estuviera mezclado con plata, que siguiendo los hombros bajan hasta las caderas. El rostro aparece más pensativo, más maduro, aunque siga siendo el rostro de una niña, de una hermosa y pura niña que, toda vestida de blanco, cose en una habitacioncita muy pequeña y también toda blanca, por cuya ventana abierta de par en par se ve el edificio imponente y central del Templo, y toda la bajada de las escalinatas de los patios, de los pórticos, y, al otro lado de la muralla, la ciudad con sus calles y casas y jardines, y, al fondo, la cima protuberante y verde del Monte de los Olivos.

Cose y canta en voz baja. No sé si se trata de un canto sacro. Dice:

«Como una estrella dentro de un agua clara
me resplandece una luz en el fondo del corazón.
Desde la infancia, de mí no se separa
y dulcemente me guía con amor.
En lo más hondo del corazón hay un canto.
¿De dónde venir podrá?
¡Oh, hombre, tú lo ignoras!
De donde descansa el Santo.
Yo miro mi estrella clara
y no quiero cosa que no sea,
aunque fuera la más dulce y estimada,
esta dulce luz que es toda mía.
Me trajiste de los altos Cielos,
Estrella, al interior de un seno de madre.
Ahora vives en mí; mas allende los velos
te veo, rostro glorioso del Padre.
¿Cuándo a tu sierva darás el honor
de ser humilde esclava del Salvador?
Manda, del Cielo mándanos al Mesías.
Acepta, Padre Santo, la ofrenda de María».

María calla, sonríe y suspira, y luego se pone de rodillas en oración. Su carita es toda una luz. Alta, elevada hacia el azul terso de un bonito cielo estival, parece como si aspirase toda su luminosidad y la irradiara. O, más exactamente, parece como si de su interior un escondido Sol irradiase sus luces y encendiera la nieve apenas rosada de la carne de María y se vertiera, llegando a las cosas y al Sol que resplandece sobre la tierra, bendiciendo y prometiendo abundancia de bienes.

Estando María a punto de ponerse en pie después de su amorosa oración, permaneciendo en su rostro una luminosidad de éxtasis, entra la anciana Ana de Fanuel y se detiene atónita, o, por lo menos, admirada del acto y del aspecto de María.

La llama: «María», y la Niña se vuelve con una sonrisa, distinta pero como siempre muy bonita, y saluda diciendo: «Ana, paz a ti».

-¿Estabas orando? ¿No te es suficiente nunca la oración?.

- La oración me sería suficiente. Pero yo hablo con Dios. Ana, tú no puedes saber qué cercano a mí lo siento; más que cercano, en el corazón. Dios me perdone tal soberbia. Es que yo no me siento sola. ¿Ves? Allí, en aquella casa de oro y de nieve, detrás de la doble Cortina, está el Santo de los Santos, y jamás ojo alguno, aparte del del Sumo Sacerdote, puede detenerse en el Propiciatorio, sobre el que descansa la gloria del Señor. Mas yo no tengo necesidad de mirar con toda el alma veneradora a ese doble Velo bordado, que palpita con las ondas de los cantos virginales y de los levitas y que huele a preciosos inciensos, como

para perforar su cohesión y ver así la luz irradiada por el Testimonio. ¡Pero sí que miro! No temas que no mire con ojo venerador como todo hijo de Israel. No temas que el orgullo me ciegue haciéndome pensar esto que ahora te digo. Yo miro, y no hay ningún humilde siervo en el pueblo de Dios que mire más humildemente la Casa de su Señor que como yo la miro, convencida como estoy de ser la más pequeña de todos. Pero, ¿qué es lo que veo? Un velo. ¿Qué pienso al otro lado del Velo? Un Tabernáculo. ¿Y en él? Mas si miro a mi corazón, he aquí que veo a Dios resplandecer en su gloria de amor y decirme: "Te amo", y yo le digo: "Te amo", y me deshago y me rehago con cada uno de los latidos del corazón en este beso recíproco... Estoy entre vosotras, mis queridas maestras y compañeras, pero un círculo de fuego me aísla de vosotras. Dentro de ese círculo, Dios y yo. Y os veo a través del Fuego de Dios y así os amo... mas no puedo amaros según la carne, como jamás podré amar a nadie según la carne, sino sólo a Este que me ama, y según el espíritu. Conozco mi destino. La Ley secular de Israel quiere de toda niña una esposa y de toda esposa una madre. Pero yo, no sin obedecer a la Ley, obedezco a la Voz que me dice: "Yo te quiero para mí", y permaneceré siempre virgen. ¿Cómo podré hacerlo? Esta dulce, invisible Presencia que está conmigo me ayudará, porque ella desea eso. Yo no temo. Ya no tengo ni padre ni madre... y sólo el Eterno sabe cómo en ese dolor se quemó cuanto yo tenía de humano. Ardió con dolor atroz. Ahora sólo tengo a Dios. A Él, por tanto, le presto obediencia ciegamente... Lo habría hecho incluso contra el padre y la madre, porque la Voz me enseña que quien quiere seguirla debe pasar por encima del padre y de la madre, amorosas patrullas de ronda en torno a los muros del corazón filial, al que quieren conducir a la alegría según sus caminos... y no saben que hay otros caminos de infinita alegría. Yo les habría dejado los vestidos y el manto, con tal de seguir la Voz que me dice: "¡Ven, dilecta mía, esposa mía!". Les habría dejado todo; y las perlas de las lágrimas — porque habría llorado por tener que desobedecer —, y los rubíes de mi sangre — que hasta a la muerte habría desafiado por seguir la Voz que llama — les habrían dicho que hay algo más grande que el amor de un padre y una madre, y más dulce: la Voz de Dios. Pero ahora su voluntad me ha dejado libre incluso de este lazo de piedad filial. Ya de por sí no habría habido lazo. Eran dos justos, y Dios, ciertamente, hablaba en ellos como me habla a mí. Habrían seguido la justicia y la verdad. Cuando pienso en ellos, pienso que están en la quietud de la espera entre los Patriarcas, y acelero con mi sacrificio la venida del Mesías para abrirles las puertas del Cielo. En la tierra yo me rijo, o sea, es Dios quien rige a su pobre sierva diciéndole sus preceptos, y yo los cumplo, porque cumplirlos es mi alegría. Cuando llegue la hora, le diré a mi esposo mi secreto... y él lo acogerá en su interior.

- Pero, María... ¿con qué palabras lo vas a persuadir? Tendrás en contra el amor de un hombre, la Ley y la vida.

- Tendré conmigo a Dios... Dios abrirá a la luz el corazón de mi esposo... la vida perderá sus aguijones de sentido para ser pura flor con perfume de caridad. La Ley... Ana, no me llames blasfema. Yo creo que la Ley pronto va a sufrir un cambio. Pensarás: "¿quién puede cambiarla, si es divina?". Sólo quien la puede mutar: Dios. El tiempo está más próximo de lo que pensáis, yo os lo digo. Leyendo a Daniel, una gran luz que venía del centro del corazón se me ha iluminado, y la mente ha comprendido el sentido de las arcanas palabras. Serán abreviadas las setenta semanas por las oraciones de los justos. ¿Será cambiado el número de los años? No. La profecía no miente; mas, la medida del tiempo profético no es el curso del Sol, sino el de la Luna, y por ello os digo: "Cercana está la hora que oirá el vagido del Nacido de una Virgen". ¡Oh, si esta Luz que me ama quisiera decirme — pues muchas cosas me dice — dónde está la mujer feliz que dará a luz el Hijo a Dios y el Mesías a su pueblo! Caminando descalza recorrería la tierra; ni frío y hielo, ni polvo y canícula, ni fieras y hambre me serían obstáculo para llegar a Ella y decirle: "Concédele a tu sierva y a la sierva de los siervos del Cristo vivir bajo tu techo. Haré girar la rueda del molino y la prensa; como esclava ponme en el molino; como pastora, a tu rebaño; o para lavar los pañalitos a tu Nacido; ponme en tus cocinas, en tus hornos... donde tú quieras, pero recíbeme. ¡Que yo lo pueda ver, que pueda oír su voz, recibir su mirada!". Y, si no me admitiese, yo viviría, mendiga, a su puerta, de limosnas y escarnios, al raso o bajo el sol intenso, con tal de oír la voz del Mesías niño y el eco de su risa, y luego verle pasar... y, quizás, un día recibiría de Él el óbolo de un pan... ¡Oh, aunque el hambre me desgarrara las entrañas y desfalleciera después de tanto ayuno, yo no me comería ese pan! Lo tendría como un saquito de perlas contra mi corazón y lo besaría para sentir el perfume de la mano del Cristo, y ya no tendría ni hambre ni frío, porque su contacto me proporcionaría éxtasis y calor, éxtasis y alimento...

-¡Tú deberías ser la Madre del Cristo, tú que le amas de esa forma! ¿Por eso es por lo que quieres permanecer virgen?

-¡Oh, no! Yo soy miseria y polvo. No oso levantar la mirada hacia la Gloria. Por eso es por lo que prefiero mirar dentro de mi corazón más que mirar al doble Velo, tras el cual sé que está la invisible Presencia de Yeohveh. Allí está el Dios terrible del Sinaí. Aquí, en mí, veo al Padre nuestro, veo un amoroso Rostro que me sonríe y bendice, porque soy pequeña como un pajarillo que el viento sujeta sin sentir su peso, y débil como tallito de muguete silvestre que sólo sabe florecer y perfumar, y no opone más resistencia al viento que la de su perfumada y pura dulzura. ¡Dios, mi viento de amor! No, no es por eso, sino porque al Nacido de Dios y de una Virgen, al Santo del Santísimo no le puede gustar sino lo que en el Cielo ha elegido como Madre y lo que en la tierra le habla del Padre celestial: la Pureza. Si la Ley meditara en esto, si los rabíes, que la han multiplicado con todas las sutilezas de su enseñanza, volviendo la mente a horizontes más altos, se sumergieran en lo sobrenatural, dejando de lado lo humano y la ganancia que pretenden olvidando el Fin supremo, deberían, sobre todo, volver su enseñanza a la Pureza, para que el Rey de Israel, cuando venga, la encuentre. Con el olivo del Pacífico, con las palmas del Triunfador, esparcid azucenas y azucenas y azucenas... ¡Cuánta Sangre tendrá que derramar para redimirnos el Salvador! ¡Cuánta! De los miles de heridas que Isaías vio en el Hombre de dolores, cae, cual rocío de un recipiente poroso, una lluvia de Sangre. ¡Que no caiga en el lugar de la profanación y la blasfemia esta Sangre divina, sino en copas de fragante pureza que la acojan y recojan, para luego esparcirla sobre los enfermos del espíritu, sobre los leprosos del alma, sobre los muertos a Dios! ¡Dad azucenas, azucenas dad para enjugar, con la cándida vestidura de los pétalos puros, los sudores y las lágrimas del Cristo! ¡Dad azucenas, azucenas dad para el ardor de su fiebre de Mártir! ¡Oh, ¿dónde estará esa Azucena que te lleva dentro; dónde, la que aplacará la quemazón que padeces; dónde, la que se pondrá roja con tu Sangre y morirá por el dolor de verte morir; dónde, la que llorará ante tu Cuerpo desangrado?! ¡Oh, Cristo, Cristo, suspiro mío!....

María queda en silencio, llorando y abatida.

Ana está un rato en silencio. Luego, con su voz blanca de anciana conmovida, dice:

-¿Tienes algo más que enseñarme, María?

María se estremece. Debe haber creído, en su humildad, que su maestra la haya reprendido y dice: -¡Perdón! Tú eres maestra, yo soy una pobre nada. Es que esta Voz me sube del corazón. Yo la tengo bien vigilada, para no hablar; pero, cual río que por el ímpetu de la ola rompe las presas, ahora me ha prendido y se ha desbordado. No tengas en cuenta mis palabras y mortifica mi presunción. Las arcanas palabras deberían estar en el arca secreta del corazón al que Dios, en su bondad, favorece. Lo sé. Pero, tan dulce es esta invisible Presencia, que me embriaga... ¡Ana, perdona a tu pequeña sierva!.

Ana la estrecha contra sí, y todo el viejo rostro rugoso tiembla y brilla de llanto. Las lágrimas se insinúan entre las arrugas como agua por terreno accidentado que se transforma en un trémulo regatillo. No obstante, la anciana maestra no suscita risa, sino que, al contrario, su llanto promueve la más alta veneración.

María está entre sus brazos, su carita contra el pecho de la anciana maestra, y todo termina así.

Dice Jesús:

- María tenía el recuerdo de Dios. Soñaba con Dios. Creía soñar. No hacía sino ver de nuevo cuanto su espíritu había visto en el fulgor del Cielo de Dios, en el instante en que había sido creada para ser unida a la carne concebida en la tierra. Condividía con Dios, si bien de forma mucho menor, por exigencia de justicia, una de las propiedades de Dios: la de recordar, ver y prever, por el atributo de una inteligencia no lesionada por la Culpa, y, por tanto, poderosa y perfecta.

El hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Una de las semejanzas está en la posibilidad, para el espíritu, de recordar, ver y prever. Esto explica la facultad de leer el futuro, facultad que viene, muchas veces y directamente, por voluntad divina, otras por el recuerdo, que se alza, como Sol en una mañana, iluminando un cierto punto del horizonte de los siglos precedentemente visto desde el seno de Dios.

Son misterios demasiado altos como para que podáis comprenderlos plenamente. Eso sí, reflexionad.

¿Esa Inteligencia suprema, ese Pensamiento que lo sabe todo, esa Vista que lo ve todo, que os crea con un movimiento de su voluntad y con el hálito de su amor infinito, haciéndoos hijos suyos por origen e hijos suyos por destino, podrá daros algo que sea distinto de Él? Os lo da en proporción infinitesimal, porque la criatura no podría contener al Creador, mas esa parte es, en su infinitesimal, perfecta y completa.

¡Cuán grande el tesoro de inteligencia que dio Dios al hombre, a Adán! La culpa lo ha menoscabado, mas mi Sacrificio lo reintegra y os abre los fulgores de la Inteligencia, sus ríos, su ciencia. ¡Oh, sublimidad de la mente humana unida por la Gracia a Dios, copartícipe de la capacidad de Dios de conocer!... De la mente humana unida por la Gracia a Dios.

No hay otro modo; que lo tengan presente los que anhelan conocer secretos ultrahumanos. Toda cognición que no venga de alma en gracia — y no está en gracia aquel que se manifiesta contrario a la Ley divina, cuyos preceptos son muy claros — sólo puede venir de Satanás, y difícilmente corresponde a verdad por lo que se refiere a cuestiones humanas, y nunca responde a verdad por lo que respecta a lo sobrehumano, porque el Demonio es padre de la mentira y a quien arrastra consigo lo lleva por el sendero de la mentira. No existe ningún otro método para conocer la verdad, sino el que viene de Dios. Y Dios habla y dice o hace recordar, del mismo modo como un padre a un hijo le hace recordar la casa paterna y dice: "¿Te acuerdas cuando conmigo hacías esto, veías aquello, oías aquello otro? ¿Te acuerdas cuando yo te despedía con un beso? ¿Te acuerdas cuando me viste por primera vez, cuando viste el fulgurante sol de mi rostro en tu alma virgen, instantes antes creada y aún exenta — puesto que acababa de salir de mí — de la debilidad que después te consumiera? ¿Te acuerdas de cuando comprendiste en un latido de amor lo que es el Amor y cuál es el misterio de nuestro Ser y Proceder?". Y cuando la capacidad limitada del hombre en gracia no llega a comprender, entonces el Espíritu de ciencia habla y enseña.

Pero para poseer al Espíritu es necesaria la Gracia. Y para poseer la Verdad y la Ciencia es necesaria la Gracia. Y para tener consigo al Padre es necesaria la Gracia, Tienda en que las tres Personas hacen morada, Propiciatorio en que reside el Eterno y habla, no desde dentro de la nube, sino mostrando su Rostro al hijo fiel. Los santos tienen el recuerdo de Dios, de las palabras oídas en la Mente creadora y resucitadas por la Bondad en su corazón para elevarlos como águilas en la contemplación de la Verdad, en el conocimiento del Tiempo.

María era la Llena de Gracia. Toda la Gracia Una y Trina estaba en Ella. Toda la Gracia Una y Trina la preparaba como esposa para la boda, como tálamo para la prole, como divina para su maternidad y para su misión. Ella es la que cierra el ciclo de las profetisas del Antiguo Testamento y abre el de los "portavoces de Dios" en el Nuevo Testamento.

Verdadera Arca de la Palabra de Dios, mirando en su interior eternamente inviolado, descubría, trazadas por el dedo de Dios sobre su corazón inmaculado, las palabras de ciencia eterna, y recordaba, como todos los santos, haberlas oído ya al ser generada con su espíritu inmortal por Dios Padre, creador de todo lo que tiene vida. Y, si no recordaba todo de su futura misión, era porque en toda perfección humana Dios deja algunas lagunas, por ley de una divina prudencia que es bondad y mérito para y hacia la criatura.

María, segunda Eva, tuvo que conquistarse su parte de mérito de ser la Madre del Cristo; con una fiel, buena voluntad. Esto quiso también Dios en su Cristo para hacerle Redentor.

El espíritu de María estaba en el Cielo. Su parte moral y su carne estaban en la tierra, y tenían que pisotear tierra y carne para llegar hasta el espíritu y unirlo al Espíritu en un abrazo fecundo.

**Nota mía**. Todo el día de ayer había estado pensando que vería la noticia de la muerte de los padres, y, además — por qué, no lo sé —, dado por Zacarías. Igualmente pensaba, a mi manera, cómo trataría Jesús el punto del «recuerdo de Dios por parte de los santos». Esta mañana, cuando empezó la visión, he dicho: «Eso es, ahora le dirán que es huérfana». Y ya sentía encogido mi corazón porque... se trataba de oír y ver la misma tristeza mía de estos días. Sin embargo, no hay nada de cuanto había pensado ver y oír; pero es que ni una palabra por equivocación. Esto me consuela porque me dice que verdaderamente no hay nada mío, ni siquiera una honesta sugestión respecto a un determinado punto. Todo viene realmente de otra fuente. Mi continuo miedo cesa... hasta la próxima vez, porque este miedo de ser engañada y de engañar me acompañará siempre.

## 11

## María confía su voto al Sumo Sacerdote.

3 de septiembre de 1944.

¡Qué noche de infierno! Verdaderamente parecía como si los demonios hubieran salido a la Tierra a pasear. Cañonazos, truenos, relámpagos, peligro, miedo, sufrimiento por estar en una cama que no es mía... (estaban en la Segunda Guerra Mundial y la guerra se desarrollaba cerca de su pueblo) Y, en medio, como una flor toda blanca y suave entre fogonazos y angustias, la presencia de María, un poco más adulta que en la visión de ayer, pero todavía jovencita, con sus trenzas rubias sobre los hombros, su vestido blanco y su mansa, recogida sonrisa, una sonrisa interior, vuelta al misterio glorioso que lleva dentro de su corazón. Paso la noche comparando su aspecto dulce con la crueldad que hay en el mundo, y evocando sus palabras de ayer por la mañana, canto de caridad viva, en contraste con el odio que hace que los hombres se despedacen...

Pues bien, esta mañana, de nuevo en el silencio de mi habitación, presencio esta escena.

María sigue estando en el Templo, y ahora sale del Templo propiamente dicho entre otras vírgenes.

Debe haberse llevado a cabo alguna ceremonia, pues un olor a inciensos se esparce por la atmósfera toda roja de un hermoso ocaso, que yo diría que es de otoño avanzado, porque un cielo ya dulcemente cansado, como lo está en un octubre sereno, se arquea sobre los jardines de Jerusalén, en los que el amarillo ocre de las hojas que pronto caerán dispone manchas dorado-rojizas entre el verde-plata de los olivos.

La comitiva — mejor sería llamarla enjambre — cándida de las vírgenes cruza el patio posterior, sube la escalinata, atraviesa un pórtico, entra en otro patio menos suntuoso, cuadrado, que como aperturas no tiene sino la que sirve para acceder a él. Debe ser el patio dedicado a acoger las pequeñas moradas de las vírgenes reservadas para el Templo, porque cada una de las jovencitas se dirige a su celda como una palomita a su nido, y asemejan verdaderamente a una bandada de palomas separándose tras haberlas tenido agrupadas. Muchas — podría decir todas — hablan entre sí antes de dejarse, en voz baja pero al mismo tiempo festiva. María guarda silencio. Sólo las saluda con afecto antes de separarse; luego se dirige a su habitacioncita, que está en una de las esquinas a la derecha.

Se llega hasta Ella una maestra anciana, aunque no tanto como Ana de Fanuel.

- María, el Sumo Sacerdote te espera.

María la mira con cierto asombro, pero no hace preguntas. Se limita a responder:

- Voy inmediatamente.

No sé si la espaciosa sala en que entra es de la casa del Sacerdote o forma parte de los aposentos de las mujeres que están dedicadas al Templo. Sé que es vasta y luminosa, puesta con gusto, y que en ella, además del Sumo Sacerdote (que con las vestiduras que lleva aparece muy elegante), están Zacarías y Ana de Fanuel.

María se inclina profundamente en el umbral de la puerta y no entra hasta que el Sumo Sacerdote no le dice: «Pasa, María. No temas». Ella se yergue y alza la cara, y entra lentamente, no por desgana, sino por un algo de involuntaria solemnidad que la hace parecer más mujer.

Ana le sonríe para animarla y Zacarías la saluda con un: «Paz a ti, prima».

El Pontífice la observa atentamente. Luego le dice a Zacarías:

- Es patente en Ella la estirpe de David y Aarón.

- Hija, conozco tu gracia y tu bondad. Sé que cada día has ido creciendo en ciencia y gracia ante los ojos de Dios y de los hombres. Sé que la voz de Dios susurra a tu corazón las más dulces palabras. Sé que eres la Flor del Templo de Dios y que un tercer querubín está ante el Testimonio desde que tú llegaste; y quisiera que tu perfume siguiera subiendo con los inciensos cada nuevo día. Pero, la Ley se expresa en modo distinto. Tú ya no eres una niña, sino una mujer. Y en Israel todas las mujeres deben casarse para ofrecer a su hijo varón al Señor. Tú seguirás el precepto de la Ley. No temas, no te ruborices. No me olvido de tu ofrecimiento. De hecho ya te la tutela la Ley al ordenar que todo hombre reciba de su estirpe la mujer; pero, aunque no fuera así, yo lo haría, para no corromper tu magnífica sangre. ¿No conoces, María, a alguno de tu estirpe que pudiera ser tu marido?.

María levanta su cara, todo roja de pudor, y, con un primer titileo de llanto, que resplandece orlando los párpados, y con voz temblorosa, responde:

- Ninguno.

- No puede conocer a ninguno, puesto que entró aquí siendo niña, y la estirpe de David está demasiado castigada y demasiado dispersa como para que las distintas ramas puedan reunirse y formar con sus frondas la copa de la palma regia - dice Zacarías.

- Entonces le dejaremos a Dios que elija.

Las lágrimas, contenidas hasta ese momento, brotan y descienden hasta la trémula boca. María dirige una mirada suplicante a su maestra.

Ana la socorre diciendo:

- María se ha prometido al Señor para gloria de Dios y para la salvación de Israel. Era sólo una niña que apenas sabía pronunciar y ya se había ligado con un voto.

- Se debe a esto entonces tu llanto. No es por resistencia a la Ley.

- Es por esto... no por otro motivo. Yo te obedezco, Sacerdote de Dios.

- Esto confirma cuanto de ti me ha sido referido siempre. ¿Desde hace cuántos años eres virgen consagrada?.

- Yo creo que desde siempre. Antes de venir a este Templo ya me había ofrecido al Señor.

- Pero, ¿no eres tú la Niña que vino hace doce inviernos a pedirme entrar?.

- Sí.

- Y ¿cómo, entonces, puedes decir que ya eras de Dios?

- Si miro hacia atrás yo me veo ya consagrada... No tengo memoria de la hora en que nací, ni de cómo empecé a amar a mi madre y a decirle a mi padre: "¡Oh, padre, yo soy tu hija!"... Pero sí recuerdo, aunque no a partir de cuándo, haber dado mi corazón a Dios. Quizás fue con el primer beso que supe dar, con la primera palabra que supe pronunciar, con el primer paso que supe dar... Sí, eso es, creo que mi primer recuerdo de amor lo encuentro junto a mi primer paso seguro... Mi casa... Mi casa tenía un jardín lleno de flores... un huerto de árboles frutales y campos cultivados... y había un manantial allí, en el fondo, al pie del monte, que manaba de una roca ahuecada en forma de gruta... estaba llena de hierbas largas y finas que pendían de todas partes asemejando cascaditas verdes, y parecía como si llorasen porque las livianas hojitas, que en su espesura parecían un bordado, tenían, todas, una gotita de agua que al caer sonaba como un cascabelito diminuto. Y también cantaba el manantial. Y había aves en los olivos y en los manzanos de la pendiente que estaba hacia arriba del manantial, y palomas blancas venían a lavarse en la balsa límpida de la fuente... Ya no me acordaba de todo esto porque había puesto todo mi corazón en Dios y, aparte de mi padre y de mi madre, a quienes amé en vida y después de muertos, todas las demás cosas de la tierra habían desaparecido de mi corazón... Pero tú me haces pensar en ello, Sacerdote... Debo buscar el momento en que me di a Dios... y vuelven a la mente las cosas de los primeros años... Me gustaba esa gruta porque en ella oía una Voz, más dulce que el canto del agua y de los pájaros, que me decía: "Ven, dilecta mía". Me gustaban esas hierbas diamantinas con sus gotas sonoras porque en ellas veía el signo de mi Señor y me perdía diciéndome: "¿Ves qué grande es tu Dios, alma mía! El mismo que ha hecho los cedros del Líbano para el aquilón ha hecho estas hojitas que ceden bajo el peso de un mosquito para alegría de tu ojo y para que protejan tu piececito". Me gustaba aquel silencio de cosas puras: el viento leve, el agua de plata, la pulcritud de las palomas... me gustaba esa paz que amparaba la gruta, descendiendo de los manzanos y de los olivos, ya enteramente en flor, ya repletos de frutos... Y, no sé... me parecía que la Voz me dijese a mí, justamente a mí: "Ven, tú, aceituna especiosa; ven, tú, dulce pomo; ven, tú, fuente sigilada; ven, tú, paloma mía"... Dulce era el amor de mi padre y de mi madre... dulce su voz cuando me llamaba... ¡Ah, pero ésta, ésta...! ¡Oh!, yo creo que así la oiría en el Paraíso Terrenal aquella que fue culpable, y no sé cómo pudo preferir un silbido a esta Voz de amor, cómo pudo apetecer otro conocimiento que no fuera Dios... Aún con el sabor a leche materna en los labios, pero con el corazón ebrio de miel celestial, yo dije entonces: "Sí, voy. Tuya. Y mi carne no tendrá otro señor aparte de Ti, Señor, de la misma forma que mi espíritu no tiene otro amor"... Y al decir esto me parecía estar repitiendo cosas ya dichas precedentemente y estar cumpliendo un rito que ya había sido cumplido, y no me resultaba extraño el Esposo elegido, puesto que yo ya conocía su ardor y mi vista se había formado bajo su luz y mi capacidad de amar había hallado cumplimiento entre sus brazos. ¿Cuándo?... No lo sé. Yo diría que más allá de la vida, porque tengo la impresión de que siempre ha sido mío, y de que yo siempre he sido suya, y de que yo existo porque Él me ha querido para sí, para alegría de su Espíritu y del mío... 'Ahora obedezco, Sacerdote; pero, dime tú cómo debo actuar... No tengo ni padre ni madre. Sé tú mi guía.

- Dios te dará el esposo, y será santo, dado que en Dios te abandonas. Lo que harás será manifestarle tu voto.

-¿Y aceptará?

- Espero que sí. Ora, hija, para que él pueda comprender tu corazón. Ahora puedes marcharte. Que Dios te acompañe siempre.

María se retira con Ana y Zacarías se queda con el Pontífice.

La visión cesa aquí.

## 12.

## José designado para esposo de la Virgen.

Veo una rica sala, con un suelo bonito, cortinas, alfombras y muebles taraceados. Debe formar parte del Templo todavía. Se deduce que hay sacerdotes (entre los cuales Zacarías) y muchos hombres de las más diversas edades, o sea, de los veinte a los cincuenta años aproximadamente.

Están hablando unos con otros, bajo pero animadamente. Se los ve inquietos por algo que desconozco. Todos están vestidos de fiesta, con vestidos nuevos o, al menos, recién lavados, como si estuvieran ataviados para una celebración. Muchos se han quitado el paño con que se cubren la cabeza, otros todavía lo tienen puesto, especialmente los ancianos, mientras que los jóvenes muestran sus cabezas descubiertas: unas rubio-oscuras, otras moreno-oscuras, algunas negrísimas, una — sólo ella — rojo-cobre. Las cabelleras son generalmente cortas, pero algunas de ellas llegan hasta los hombros. No deben conocerse todos entre sí porque se están observando con curiosidad. Pero parecen relacionados pues se ve que los apremia un pensamiento común.

En una de las esquinas veo a José. Está hablando con un anciano de aspecto robusto y vigoroso. José tendrá unos treinta años. Es un hombre apuesto; pelo corto, más bien rizado, de un castaño oscuro como el de la barba y el bigote, que velan un mentón bien conformado y suben hacia las mejillas moreno-rojizas, no aceitunadas como en el caso de otras personas morenas; tiene ojos oscuros, buenos y profundos, muy serios, incluso yo diría que un poco tristes. Sin embargo, cuando sonríe — como está haciendo en este momento —aparecen alegres y juveniles. Está vestido todo de marrón claro, de forma muy simple pero muy ordenada.

Entra un grupo de jóvenes levitas. Se disponen entre la puerta y una mesa larga y estrecha que está cerca de la pared en cuyo centro se encuentra la puerta, la cual queda abierta de par en par; sólo una cortina tensa, que pende hasta unos veinte centímetros del suelo, sigue cubriendo el vano.

La curiosidad se acentúa. Y más aún cuando una mano separa la cortina para dejar paso a un levita que lleva en los brazos un haz de ramas secas sobre el cual ha sido depositada delicadamente una ramilla florecida, una ligera espuma de pétalos blancos que apenas muestran un rosáceo esfumado que desde el centro se irradia, atenuándose cada vez más, hasta el extremo de los livianos pétalos. El levita deposita el haz de ramas encima de la mesa con exquisito cuidado para no lesionar el milagro de esa rama en flor en medio de tanta hojarasca.

Un murmullo recorre la sala. Los cuellos se alargan, las miradas se hacen más penetrantes, como para poder ver. Zacarías, con los sacerdotes, también trata de ver, estando como está más cerca de la mesa, pero no ve nada.

José, desde su esquina, apenas dirige los ojos hacia el haz de ramas, y, cuando su interlocutor le dice algo, él hace un gesto denegatorio como de quien dice: «¡Imposible!», y sonríe.

Un toque de trompeta desde el otro lado de la cortina. Todos guardan silencio y se disponen en perfecto orden mirando hacia la puerta, ahora enteramente abierta, dado que a la cortina la hacen deslizarse sobre sus anillos. Rodeado de otros ancianos, entra el Sumo Pontífice. Todos se postran. El Pontífice se acerca a la mesa y, en pie, comienza a hablar:

- Hombres de la estirpe de David, que habéis convenido en este lugar por convocatoria mía, escuchad. El Señor ha hablado, ¡gloria a Él! De su Gloria un rayo ha descendido y, como sol de primavera, ha dado vida a una rama seca, y ésta ha florecido milagrosamente cuando ninguna rama de la tierra hoy está en flor, hoy, último día de las Luminarias, cuando aún no se ha derretido la nieve caída sobre las alturas de Judá y es lo único cándido que hay entre Sión y Betania. Dios ha hablado haciéndose padre y tutor de la Virgen de David, que no tiene tutor alguno aparte de Dios. Santa doncella, gloria del Templo y de la estirpe, ha merecido la palabra de Dios para conocer el nombre del esposo grato al Eterno. ¡Muy justo debe ser para haber sido elegido por el Señor para tutelar a su amada Virgen! Por ello nuestro dolor de perderla se aplaca, y cesa toda preocupación acerca de su destino como esposa. Y a aquel que ha sido señalado por Dios le confiamos, plenamente seguros, la Virgen que posee la bendición de Dios y la nuestra. El nombre del prometido es José de Jacob, betlemita, de la tribu de David, carpintero en Nazaret de Galilea. José, acércate; el Sumo Sacerdote te lo ordena.

Gran murmullo. Cabezas que se vuelven, ojos y manos que señalan, expresiones de desilusión y expresiones de alivio. Alguno, especialmente entre los viejos, debe haberse sentido contento de no haber sido destinado para ello.

José, muy colorado y visiblemente turbado, se abre paso. Ya está ante la mesa, frente al Pontífice, al cual ha saludado con reverencia.

- Venid todos y mirad el nombre grabado en la rama. Coja cada uno su ramilla, para asegurarse de que no hay trampa.

Los hombres obedecen. Miran la ramilla que delicadamente tiene el Sumo Sacerdote; cada uno coge la suya: unos la rompen, otros la guardan. Todos miran a José: hay quien mira y calla, otros lo felicitan. El anciano con el que antes estaba hablando dice:

-¿No te lo había dicho, José? ¡Quien menos se siente seguro es el que vence la partida!. Ya han pasado todos.

E1 Sumo Sacerdote da a José la ramilla florecida, y, poniéndole la mano en el hombro, le dice:

- No es rica, y tú lo sabes, la esposa que Dios te dona, pero posee todas las virtudes. Hazte cada día más digno de Ella. En Israel no hay flor alguna tan linda y pura como Ella. Salid todos ahora. Que se quede José; y tú, Zacarías, pariente, trae a la prometida.

Salen todos, excepto el Sumo Sacerdote y José. Vuelven a correr la cortina, cubriendo así la puerta.

José está todo humilde junto al majestuoso Sacerdote. Una pausa silenciosa y éste le dice:

- María debe manifestarte un voto que ha hecho. Ayúdala en su timidez. Sé bueno con la mujer buena.

- Pondré mi virilidad a su servicio y ningún sacrificio por Ella me pesará. Estáte seguro de ello.

Entra María con Zacarías y Ana de Fanuel.

- Ven, María - dice el Pontífice - Éste es el esposo que Dios te ha destinado. Es José de Nazaret. Regresarás, por tanto, a tu ciudad. Ahora os voy a dejar. Que Dios os dé su bendición. Que el Señor os mire y os bendiga, os muestre su rostro y tenga siempre piedad de vosotros. Que vuelva a vosotros su rostro y os dé la paz.

Zacarías sale escoltando al Pontífice. Ana felicita al prometido y luego también sale.

Los dos prometidos están el uno enfrente del otro. María, toda colorada, tiene la cabeza agachada. José, también ruborizado, la observa buscando las primeras palabras que decir.

Al fin las encuentra y una sonrisa ilumina su rostro. Dice:

- Te saludo, María. Te vi cuando eras una niña de pocos días... Yo era amigo de tu padre y tengo un sobrino de mi hermano Alfeo que era muy amigo de tu madre, su pequeño amigo, pues ahora no tiene más que dieciocho años, y, cuando tú todavía no habías nacido, siendo sólo un niñito, ya alegraba las tristezas de tu madre, que lo quería mucho. No nos conoces porque viniste aquí siendo muy pequeñita. Pero en Nazaret todos te quieren y piensan en ti, y hablan de la pequeña María de Joaquín, cuyo nacimiento fue un milagro del Señor, que hizo verdecer a la estéril... Yo me acuerdo de la tarde en que naciste... Todos la recordamos por el prodigio de una gran lluvia que salvó los campos, y de una violenta tormenta durante la cual los

rayos no quebraron ni siquiera un tallito de brezo silvestre, tormenta que terminó con un arco iris de dimensiones y belleza no vistas nunca más. Y... ¿quién no recuerda la alegría de Joaquín? Te mecía enseñándote a los vecinos... Considerándote una flor venida del Cielo, te admiraba, y quería que todos te admirasen. ¡Oh, dichoso y anciano padre que murió hablando de su María, tan bonita y buena y que decía palabras llenas de gracia y de saber!... ¡Tenía razón al admirarte y al decir que no existe ninguna más hermosa que tú! ¿Y tu madre? Llenaba con su canto el ángulo en que estaba tu casa. Parecía una alondra en primavera durante la gestación, y luego, cuando te amamantaba. Yo hice tu cuna, una cunita toda de entalladuras de rosas, porque así la quiso tu madre. Quizás esté todavía en la casa, ahora cerrada... Yo soy viejo, María. Cuando naciste, yo ya hacía mis primeros trabajos. Ya trabajaba... ¡Quién me iba a decir que te hubiera tenido por esposa! Quizás hubieran muerto más felices los tuyos, porque éramos amigos. Yo enterré a tu padre, llorándole con corazón sincero porque fue para mí maestro bueno durante la vida.

María levanta muy despacio el rostro, sintiéndose cada vez más segura al oír cómo le habla José, y cuando alude a la cuna sonríe levemente, y cuando José habla de su padre le tiende una mano y dice:

- Gracias, José - Un "gracias" tímido y delicado.

José toma entre sus cortas y fuertes manos de carpintero esa manita de jazmín, y la acaricia con un afecto que pretende inspirar cada vez más tranquilidad. Quizás espera otras palabras, pero María vuelve a guardar silencio. Entonces continúa hablando él:

- La casa, como sabes, está intacta, menos la parte que fue derribada por orden consular para transformar en calle el sendero para los convoyes de Roma. Pero las parcelas de cultivo, las que te han quedado — porque ya sabes... la enfermedad de tu padre consumió mucho tus haberes — están un poco abandonadas. Hace ya más de tres primaveras que los árboles y las cepas no conocen podadera de hortelano, y la tierra está sin cultivar y, por tanto, dura. Pero los árboles que te vieron cuando eras pequeñita están todavía allí, y, si me lo permites, yo me ocuparé inmediatamente de ellos.

- Gracias, José. Pero, ya trabajas...

- Trabajaré en tu huerto durante las primeras y las últimas horas del día. Ahora el tiempo de luz se va alargando cada vez más. Para la primavera quiero que todo esté en orden, para alegría tuya. Mira, ésta es una ramilla del almendro que está frente a la casa. Quise coger ésta... — se puede entrar por cualquier parte por el seto destruido, pero ahora le haré de nuevo sólido y fuerte —, quise coger ésta pensando que si yo hubiera sido el elegido — no lo esperaba porque soy consagrado nazareno, y he obedecido porque se trataba de una orden del Sacerdote, no por deseos de casamiento —, pensando, te decía, que el tener una flor de tu jardín te habría alegrado. Aquí la tienes, María. Con ella te doy mi corazón, que, como ella, hasta ahora, ha florecido sólo para el Señor, y que ahora florece para ti, esposa mía.

María coge la ramita. Se la ve emocionada, y mira a José con una cara cada vez más segura y radiante. Se siente segura de él. Cuando él dice: «Soy consagrado nazareno», su rostro se muestra todo luminoso y encuentra fuerzas para decir:

- Yo también soy toda de Dios, José. No sé si el Sumo Sacerdote te lo ha dicho...

- Me ha dicho sólo que tú eres buena y pura y que debes manifestarme un voto tuyo, y que fuera bueno contigo. Habla, María. Tu José desea hacerte feliz en todos tus deseos. No te amo con la carne. ¡Te amo con mi espíritu, santa doncella que Dios me otorga! Debes ver en mí un padre y un hermano, además de un esposo. Ábrete a mí como con un padre, abandónate en mí como con un hermano.

- Ya desde la infancia me consagré al Señor. Sé que esto no se hace en Israel, pero yo sentía una Voz que me pedía mi virginidad en sacrificio de amor por la venida del Mesías. ¡Hace mucho tiempo que Israel lo espera!... ¡No es demasiado el renunciar por esto a la alegría de ser madre!.

José la mira fijamente, como queriendo leer en su corazón, y luego coge las dos manitas que tienen todavía entre los dedos la ramita florecida, y dice:

- Pues yo también uniré mi sacrificio al tuyo, y amaremos tanto con nuestra castidad al Eterno, que Él dará antes a la Tierra al Salvador, permitiéndonos ver su Luz resplandecer en el mundo. Ven, María. Vamos ante su Casa y juremos amarnos como lo hacen los ángeles entre sí. 'Luego iré a Nazaret a prepararlo todo para ti, en tu casa si quieres ir a ella, en otra parte si así lo deseas.

- En mi casa... En el fondo había una gruta... ¿Todavía está?.

- Está, pero ya no es tuya... Yo, de todas formas, te haré otra gruta donde estarás fresca y tranquila en las horas más calurosas. La haré lo más parecida posible. Y... dime, ¿quién quieres que esté contigo?

- Nadie. No tengo miedo. La madre de Alfeo, que siempre viene a verme, me hará compañía un poco durante el día, y por la noche prefiero estar sola. Ningún mal me puede suceder.

- Bueno, y ahora estoy yo... ¿Cuándo debo venir a recogerte?.

- Cuando tú quieras, José.

- Pues entonces vendré cuando la casa esté en orden. No pienso tocar nada. Quiero que encuentres todo como lo dejó tu madre, pero quiero también que esté llena de luz y bien limpia para acogerte sin tristeza. Ven, María. Vamos a decirle al Altísimo que le bendecimos.

Y no veo nada más. Me queda, eso sí, en el corazón el sentido de seguridad que experimenta María...

## 13.

## Esponsales de la Virgen y José, que fue instruido por la Sabiduría para ser custodio del Misterio.

¡Qué guapa está María, rodeada de sus amigas y sus maestras jubilosas, vestida para los esponsales! Entre aquéllas está también Isabel.

Va toda vestida de blanquísimo lino, tan seríceo y fino que parece de preciosa seda. Ciñe su grácil cintura un cinturón burilado de oro y plata, hecho todo de medallones unidos por delgadas cadenas — cada uno de los medallones es una filigrana engastada en la pesada plata bruñida por el tiempo — y, quizás porque es demasiado largo para Ella, que todavía es una delicada jovencita, le pende por delante con los tres últimos medallones, cayendo entre los pliegues del vestido amplísimo, que a su vez termina en una pequeña cola debido a su largura. Calzan sus piececitos unas sandalias de piel blanquísima con hebillas de plata.

El vestido está sujeto al cuello por una cadenita de rosetas de oro y de filigrana de plata, que presentan en pequeño el mismo motivo del cinturón. La cadenita pasa a través de los anchos ojales del amplio cuello del vestido, acortándolo, por tanto, en frunces que forman como una pequeña puntilla. El cuello de María sobresale entre ese candor fruncido, con la gracia de un tierno tallo fajado con una gasa preciada, y así parece aún más grácil y blanco: un tallito de azucena culminado por su rostro de lirio, el cual, por la emoción, se ve aún más pálido y más puro: un rostro de hostia purísima.

El pelo ya no le pende sobre los hombros. Está graciosamente dispuesto en nudo de trenzas. Unas valiosas horquillas de plata bruñida, con un trabajo de filigrana que cubre enteramente la parte superior del arco, sujetan las trenzas. El velo materno se apoya sobre ellas y desciende, formando lindos pliegues, por debajo del estrecho aro que lleva ajustado a la frente blanquísima; desciende hasta las caderas, porque María no tiene la altura de su madre y el velo le llega más abajo de ellas, mientras que a Ana le llegaba sólo a la cintura.

No lleva anillos en las manos; en las muñecas, unas pulseras. Pero estas muñecas son tan delgadas, que las pesadas pulseras maternas se apoyan sobre el dorso de las manos y quizás, si sacudiera las manos, se caerían al suelo.

Las compañeras la miran absortas desde todos los puntos, y con maravilla. Con sus preguntas y con sus frases de admiración crean un festivo trinar de gorrioncillos.

-¿Son de tu madre?

- Antiguas, ¿verdad?

-¡Qué bonito, Sara, ese cinturón!

-¿Y este velo, Susana? ¡Mira que finura! ¡Fíjate estas azucenas tejidas en el velo!

- ¡Déjame ver las pulseras, María! ¿Eran de tu madre?

- Las llevó ella, pero son de la madre de Joaquín, mi padre.

-¡Oh, mira! Tienen el sigilo de Salomón entrelazado con sutiles ramitas de palma y olivo, y entre ellas hay azucenas y rosas. ¡Oh! ¿Quién habrá realizado un trabajo tan perfecto y minucioso?

- Son de la casa de David - explica María - Hace ya siglos que las llevan las mujeres de esta estirpe cuando se van a casar, y van pasando a las herederas.

-¡Ah, ya! Tú eres hija heredera...

-¿Te han traído todo de Nazaret?

- No. Cuando murió mi madre, mi prima se llevó a su casa el ajuar para conservarlo sin que se dañase. Ahora me lo ha traído.

-¿Dónde está? ¿Dónde está? Enséñanoslo a las amigas.

María no sabe qué hacer... Quisiera ser amable, pero no querría remover todas las cosas, que están ordenadas en tres pesados baúles.

Vienen en su ayuda las maestras:

- El novio está para llegar. No es el momento de crear confusión. Dejadla. Que la cansáis. Id a prepararos».

El gárrulo enjambre se aleja un poco enfadado. María puede así gozar en paz de la compañía de sus maestras, las cuales le dirigen palabras de alabanza y bendición.

Isabel también se ha acercado, y, dado que María, emocionada, llora porque Ana de Fanuel la llama hija y la besa con un afecto verdaderamente maternal, le dice:

- María, tu madre no está presente, pero sí está presente. Su espíritu se regocija junto al tuyo, y, mira, las cosas que llevas te traen de nuevo su caricia. En ellas sientes aún el sabor de sus besos. Un día ya lejano, el día en que viniste al Templo, me dijo: "Le he preparado los vestidos y el ajuar para cuando se case, porque quiero ser yo la que le haya hilado las telas y le haya hecho los vestidos, para no estar ausente en el día de su alegría". Mira, al final, cuando yo la asistía, ella quería todas las noches acariciar tus primeros vestidos y este que llevas ahora, y decía: "Aquí siento el olor de jazmín de mi pequeñuela, aquí quiero que Ella sienta el beso de su mamá". ¡Cuántos besos dio a este velo que cubre tu frente! ¡Más besos que hilos tiene!... Y, cuando uses estas telas hiladas por ella, piensa que más que la estambre los ha hecho el amor de tu madre. Y estas joyas... Tu padre las salvó para ti incluso en los momentos difíciles, para que te embellecieran, como corresponde a una princesa de David, en este momento. Alégrate, María. No estás huérfana; los tuyos están contigo, y quien va a ser tu marido es tan perfecto, que es para ti padre y madre...

-¡Oh, sí! ¡Eso es verdad! No puedo quejarme de él, ciertamente. En menos de dos meses ha venido dos veces, y hoy viene por tercera vez, desafiando a las lluvias y al tiempo ventoso, declarándose sujeto a mí... Fíjate: ¡sujeto a mí! ¡Yo, que soy una pobre mujer, y mucho más joven que él! Y no me ha negado nada. Es más, ni siquiera espera a que yo pida. Parece como si un ángel le dijera lo que deseo, y me lo dice él antes de que yo hable. La última vez me dijo: "María, creo que preferirás estar en tu casa paterna. Dado que eres hija heredera, lo puedes hacer, si lo ves oportuno. Yo iré a tu casa. Solamente para observar el rito, tú vas durante una semana a casa de Alfeo, mi hermano. María te quiere ya mucho. De allí partirá la tarde de la boda el cortejo que te llevará a casa". ¿No es amable por su parte? No le ha importado ni siquiera el dar pie a la gente para decir que él

no tiene una casa que me guste... A mí me hubiera gustado en todo caso, por estar él, que es tan bueno, en ella. Pero sin duda prefiero la mía... por los recuerdos... ¡Oh, José es bueno!

-¿Qué dijo del voto? Todavía no me has comentado nada.

- No puso ninguna objeción. Es más, conocidas las razones del mismo, dijo: "Uniré mi sacrificio al tuyo".

-¡Es un joven santo!- dice Ana de Fanuel.

E1 "joven santo" entra en este momento, acompañado de Zacarías.

Su figura es, literalmente hablando, espléndida. Todo de amarillo oro, parece un soberano oriental. Bolsa y puñal penden de un espléndido cinturón: aquélla, de tafilete bordado en oro; el puñal, en una vaina con guarniciones bordadas en oro, también de tafilete. Cubre su cabeza un turbante, la típica faja de tela como la llevan todavía ciertos pueblos de África, los beduinos por ejemplo; lo sujeta en torno un valioso arito de oro, delgado, que ciñe unos ramitos de mirto. Viste majestuosamente un manto completamente nuevo con muchas franjas. Está radiante de alegría. En las manos lleva unos ramitos de mirto en flor.

Saluda diciendo:

-¡A ti la paz, mi prometida! Paz a todos.

Recibido el saludo de respuesta, dice:

- Vi tu alegría el día en que te di la ramita de tu huerto. He pensado traerte este mirto que procede de la gruta que tanto estimas. Quería haberte traído las rosas que están enfrente de tu casa, las primeras que están floreciendo ahora; pero las rosas no duran varios días de viaje... Habría llegado trayendo sólo espinas, y yo a ti, dilecta mía, te quiero ofrecer sólo rosas, y quiero sembrar tu camino de flores blandas y perfumadas, para que apoyes tu pie sobre ellas y no encuentres ni inmundicias ni asperezas.

-¡Oh, gracias, hombre de corazón bueno! ¿Cómo has logrado que llegara fresco?.

- He atado a la silla un recipiente y he metido dentro estas ramitas con las flores todavía en capullo. Durante el viaje han florecido. Tómalas, María. Que tu frente se enguirnalde de pureza, símbolo de la mujer prometida; aunque siempre será mucho menor que la pureza que hay en tu corazón.

Isabel y las maestras engalanan a María con la florida guirnaldita que se forma al fijar en el precioso aro los ramitos cándidos del mirto, e intercalan unas pequeñas, cándidas rosas, que había en un jarrón encima de un arca.

María hace ademán de coger su amplio manto cándido para colocárselo prendido a los hombros. Pero su prometido le precede en el gesto y le ayuda a fijar con dos hebillas de plata, en los hombros, este amplio manto suyo. Las maestras disponen los pliegues con amor y gracia.

Todo está preparado. Mientras esperan a no sé qué, José dice (lo dice apartándose un poco con María):

- He pensado este tiempo en tu voto. Ya te dije que lo comparto. Pero, cuanto más pienso en ello, más me doy cuenta de que no es suficiente el nazireato temporal, aunque se vaya renovando. Yo te he comprendido, María. No merezco todavía la palabra de la Luz, pero sí me llega un murmullo de su voz, y ello me pone en condiciones de leer tu secreto, al menos en sus líneas maestras. Soy un pobre ignorante, María. Soy un pobre obrero. Ni sé de letras ni tengo tesoros, mas a tus pies pongo mi tesoro, para siempre. Mi castidad absoluta, para ser digno de estar a tu lado, Virgen de Dios, "hermana mía, novia, cerrado huerto, fuente sellada", como dice el Antepasado nuestro, que quizás escribió el Cantar viéndote a ti... Yo seré el guardián de este huerto de perfumes en que se dan las más preciadas frutas, donde mana una vena de agua viva con ímpetu suave: ¡tu dulzura, prometida mía, que con tu candor — ¡oh, llena de hermosura! — me has conquistado el espíritu! ¡Oh, tú, más hermosa que una aurora; Sol, que resplandeces porque te resplandece el corazón; oh, toda amor para con tu Dios y para con el mundo al que quieres dar el Salvador con tu sacrificio de mujer! ¡Ven, mi amada!

Y coge delicadamente su mano para guiarla hacia la puerta.

Los siguen todos los demás. Afuera se añaden las joviales compañeras, enteramente de blanco todas ellas y con velos.

Van por patios y pórticos, entre la muchedumbre observadora, hasta llegar a un punto que ya no pertenece al Templo; parece, más bien, una sala dada para el culto, como se deduce de la existencia en ella de lámparas y rollos de pergaminos como en las sinagogas. Los novios caminan hasta llegar frente a un alto atril (casi una cátedra), y esperan. Los demás, perfectamente en orden, se ponen detrás de ellos. Otros sacerdotes y gente simplemente curiosa se agolpan en el fondo de la sala.

Entra, solemne, el Sumo Sacerdote. Rumor de los curiosos:

-¿Es él el que los casa?

- Sí, porque es de casta real y sacerdotal. La novia es flor de David y Aarón, y virgen del Templo; el novio, de la tribu de David.

El Pontífice pone la mano derecha de la novia en la del novio y los bendice solemnemente:

- El Dios de Abraham, Isaac y Jacob esté con vosotros. Que El os una y se cumpla en vosotros su bendición, dándoos su paz y una numerosa descendencia con larga vida y muerte beata en el seno de Abraham.

Luego se retira, solemne como había entrado.

Se lleva a cabo la promesa recíproca. María es la prometida-esposa de José.

Todos salen y, en perfecto orden, van a una sala, en la cual se redacta el contrato de matrimonio, donde se dice que María, hija heredera de Joaquín de David y Ana de Aarón, da como dote a su prometido-esposo su casa y bienes anejos y su ajuar personal así como cualquier otro bien heredado de su padre.

Todo queda cumplido.

Los esposos salen al patio, lo atraviesan, van hacia la salida, que está cerca de la sección de las mujeres dedicadas al Templo. Los está esperando un carro cómodo y voluminoso. Va provisto de una cortina protectora. En él ya están colocados los pesados baúles de María.

Despedidas, besos y lágrimas, bendiciones, consejos, recomendaciones... María sube con Isabel y se pone en el interior del carro; en la parte de delante se ponen José y Zacarías. Se han quitado los mantos de fiesta y se han arrollado en unas capas oscuras.

El carro se pone en marcha, al trote pesado de un caballazo oscuro. Los muros del Templo se alejan, y luego los de la ciudad. Ya se ve el campo, nuevo, fresco, florido bajo los primeros soles de la primavera, con los trigos ya alzados un buen palmo del suelo, que parecen esmeraldas transformadas en hojitas ondulantes bajo una brisa ligera con sabor a flores de melocotonero y manzano, con sabor a tréboles en flor y a hierbabuenas silvestres.

María llora en voz baja, al amparo de su velo, y, de vez en cuando, corre un poco la cortina y mira una vez más al Templo lejano, a la ciudad dejada...

La visión cesa así.

Dice Jesús:

-¿Qué dice el libro de la Sabiduría al cantar sus alabanzas?: "En la sabiduría está presente, efectivamente, el espíritu de inteligencia, santo, único, múltiple, sutil". Y continúa enumerando sus dotes, para terminar el período con estas palabras: "... que todo lo puede, todo lo prevé; que comprende a todos los espíritus, inteligente, puro, sutil. La sabiduría penetra con su pureza, es vapor de la virtud de Dios... por ello en ella no hay nada impuro... imagen de la bondad de Dios. Es única y, no obstante, lo puede todo; es inmutable y da vida nueva a todas las cosas; se comunica a las almas santas; forma a los amigos de Dios y a los profetas".

Ya has visto cómo José, no por cultura humana, sino por instrucción sobrenatural, sabe leer en el libro sellado de la Virgen sin mancha; y cómo se acerca extremamente a las verdades proféticas con ese su "ver" un misterio sobrehumano donde los demás veían únicamente una gran virtud. Impregnado de esta sabiduría, que es vapor de la virtud de Dios y emanación cierta del Omnipotente, se conduce con espíritu seguro por el mar de este misterio de gracia que es María, se armoniza con Ella con espirituales contactos — en que se hablan, más que los labios, los dos espíritus en el sagrado silencio de las almas — donde sólo Dios oye voces que perciben también los que le son gratos por servirle con fidelidad y por estar llenos de Él.

La sabiduría del Justo, que aumenta por la unión con la Toda Gracia y por la cercanía a Ella, le prepara a penetrar en los secretos más altos de Dios y a poderlos tutelar y defender de insidias humanas y demoníacas. Y contemporáneamente lo va renovando. Del justo hace un santo; del santo, el custodio de la Esposa y del Hijo de Dios.

Sin quitar el sello de Dios, él, el casto, que ahora lleva su castidad a heroísmo angélico, puede leer la palabra de fuego escrita sobre el diamante virginal por el dedo de Dios, y en él lee aquello que su prudencia no dice, y que es mucho más grande que lo que leyó Moisés en las tablas de piedra. Y a fin de que ningún ojo profano alcance este Misterio, él se pone, como sello sobre el sello, como arcángel de fuego, a la entrada del Paraíso, dentro del cual el Eterno encuentra sus delicias "paseando al fresco del atardecer" y hablando con Aquella que es su amor, bosque de azucena en flor, aura perfumada de aromas, viento suave de frescura matutina, hermosa estrella, delicia de Dios. La nueva Eva está allí, en su presencia. No es hueso de sus huesos ni carne de su carne; sí, compañera de su vida, Arca viva de Dios. Él la recibe para tutelarla, y a Dios debe restituírsela, pura como la ha recibido.

"Desposada con Dios" estaba escrito en ese libro místico de inmaculadas páginas... Y cuando la duda, sibilante, en la hora de la prueba, le sugirió su tormento, él, como hombre y como siervo de Dios, sufrió, como ninguno, por causa del temido sacrilegio. Pero ésta fue la prueba futura. Ahora, en este tiempo de gracia, él ve y se pone a sí mismo al servicio más auténtico de Dios. Luego vendrá la tempestad de la prueba, como para todos los santos, para ser probados y venir así a ser ayudantes de Dios.

¿Qué se lee en el Levítico? "Di a Aarón, tu hermano, que no entre en cualquier tiempo en el santuario que está detrás del Velo, ante el Propiciatorio que cubre al Arca, para no morir — pues Yo apareceré en la nube sobre el oráculo —, si no hace antes estas cosas: ofrecerá un novillo por el pecado y un carnero como holocausto; llevará la túnica de lino y con calzones de lino cubrirá su desnudez".

Y verdaderamente José entra, cuando Dios quiere y cuanto Dios quiere, en el santuario de Dios; y traspasa el velo que cela el Arca sobre la cual está suspendido el Espíritu de Dios; y se ofrece a sí mismo y ofrecerá al Cordero, holocausto por el pecado del mundo, expiación de tal pecado? Y esto lo hace, vestido de lino, mortificados los miembros viriles para abolir su sensualidad, la cual, una vez, al inicio de los tiempos, triunfó, lesionando el derecho de Dios sobre el hombre; mas ahora será conculcada en el Hijo, en la Madre y en el padre adoptivo, para restituir a los hombres a la Gracia y devolverle a Dios su derecho sobre el hombre. Esto lo hace con su castidad perpetua.

¿No estaba José en el Gólgota? ¿Os parece que no está en el número de los corredentores? En verdad os digo que fue el primero de ellos, y que grande es, por tanto, ante los ojos de Dios. Grande por el sacrificio, la paciencia, la constancia y la fe. ¿Qué fe será mayor que ésta, que creyó sin haber visto los milagros del Mesías?

Sea alabado mi padre adoptivo, ejemplo para vosotros de aquello que en vosotros más falta: pureza, fidelidad y perfecto amor. Gloria al magnífico lector del Libro sellado, que fue instruido por la Sabiduría para saber comprender los misterios de la Gracia y que fue elegido para tutelar la Salvación del mundo contra las insidias de todos los enemigos.

## 14

## Los Esposos llegan a Nazaret.

El más azul de los cielos de un apacible febrero se extiende sobre las colinas de Galilea. Las suaves colinas que no he visto nunca en este ciclo de la Virgen niña, y que me son ya tan familiares al ojo como si hubiera nacido entre ellas.

La calzada principal, refrescada por lluvia reciente, caída quizás la noche anterior, no tiene polvo, mas tampoco barro. Presenta aspecto compacto y limpio, como si fuera una calle de ciudad, y avanza, sinuosa, entre dos hileras de espino albar en flor: una nevada con sabor amargoso y a bosque, interrumpida una y otra vez por las monstruosas aglomeraciones de los cactus, con sus hojas carnosas en forma de paleta, erizadas de pinchos y decoradas con los enormes granates de sus originales frutos, crecidos sin tallo sobre las hojas, las cuales, por su color y forma, evocan siempre en mí profundidades marinas y bosques de corales y medusas, u otros animales de los mares profundos.

Las hileras de espino sirven como cercas de las propiedades privadas, por lo cual se extienden en todas las direcciones formando un caprichoso trazado geométrico de curvas y de ángulos, de rombos, cuadrados, semicírculos, triángulos con las más inverosímiles formas agudas u obtusas; es un trazado enteramente asperjado de blanco: como una cinta llena de fantasía que hubieran extendido así, por diversión, a lo largo de los campos; sobre ella vuelan, pían, cantan, a centenares, pajaritos de toda especie, sintiendo la alegría del amor y dedicados a rehacer sus nidos. Al otro lado de las hileras de espino están los campos, con los trigos todavía verdes, pero aquí ya más altos que en los campos de Judea, y prados llenos de flores, y en ellos — como contrapunto de las ligeras nubecillas del cielo, que el ocaso tiñe de rosa o de un lila tenue o violeta o de un opalino colorado de azul o de un naranja-coral —, a centenares, las nubes vegetales de los árboles frutales, blancas, rosadas, rojas, en todas las tonalidades del blanco, rosa y rojo.

Con el suave viento de la tarde, caen revoloteando de los árboles florecidos los primeros pétalos: parecen bandadas de mariposas buscando polen en las flores del campo. Entre árbol y árbol, festones de vid aún desnuda: sólo en la parte alta de los festones, en la parte donde más da el sol, las primeras hojitas se abren, inocentes, extrañadas, palpitantes.

El Sol se pone, sereno, en el cielo — ¡qué apacible con ese azul suyo que la luz hace aún más claro! — y a lo lejos titilan, reflejándolo, las nieves del Hermón y de otras cumbres lejanas.

Un carro avanza por la calzada, el carro que lleva a José y a María y a los primos de Ella; el viaje está tocando a su fin.

María mira con el ojo ansioso de quien quiere conocer, o mejor, reconocer, aquello que ya un día vio, pero no lo recuerda, y sonríe cuando una sombra de recuerdo vuelve y se posa, como una luz, en esta o aquella cosa, en este o aquel punto. Isabel le ayuda a recordar, y también Zacarías y José, señalando esta o aquella cumbre, esta o aquella casa.

Casas, sí. Porque Nazaret ya aparece extendida sobre la ondulación de su colina. Recibiendo por la izquierda el Sol ya ocultándose, muestra, con pinceladas de rosa, el color blanco de sus casitas, anchas y bajas, culminadas por una terraza. Algunas de ellas, al darles el sol de lleno, parecen, de lo rojas que se han puesto las fachadas, estar al lado de un fuego. Y el sol enciende también el agua de los bajos pozos, que no tienen casi brocal, de donde suben, chirriando, los cubos para la casa o los odres para la huerta.

Niños y mujeres se acercan al borde de la calzada, queriendo ver el interior del carro, y saludan a José, que es muy conocido en el lugar. Pero luego se muestran titubeantes y tímidos ante las otras tres personas.

Sin embargo, dentro ya de la pequeña ciudad, no hay titubeos ni temor. Mucha, mucha gente de todas las edades está a la entrada del pueblo bajo un rústico arco hecho con flores y ramas, y nada más que el carro aparece por detrás del recodo de la última casa de campo, que está colocada oblicuamente, se produce un verdadero gorjeo de voces agudas y un agitarse de ramas y flores. Son las mujeres, las chiquillas y los niños de Nazaret que saludan a la novia. Los hombres, más contenidos, están detrás de este seto agitado y gorjeante, y saludan con gravedad.

María, ahora que la cortina ha sido quitada, dejando al descubierto el carro — lo habían hecho ya antes de llegar al pueblo, porque el sol ya no molestaba, y para permitirle a María el ver bien su tierra natal — aparece en su belleza de flor. Blanca y rubia como un ángel, sonríe con bondad a los niños, que le echan flores y besos, a las jóvenes de su edad, que la llaman por el nombre, a las mujeres casadas, a las madres, a las ancianas, que la bendicen con sus voces cantadoras. Inclina su cabeza ante los hombres, y especialmente ante uno de ellos, que quizás es el rabino o la personalidad principal del pueblo.

El carro prosigue por la calle principal a paso lento, seguido de la muchedumbre por un buen trecho, muchedumbre para la que esta llegada es un acontecimiento.

- Esa es tu casa, María- dice José señalando con el látigo una casita que está justo en la base de una ondulación de la colina, y que tiene en la parte de atrás un hermoso y amplio huerto, exuberante, que termina en un pequeño olivar. Más allá, la consabida cerca de espino albar y cácteas señala el límite de la propiedad. Las tierras, que fueron de Joaquín, están al otro lado...

- Te ha quedado poco, ¿ves?- dice Zacarías - La enfermedad de tu padre fue larga y económicamente cara. Y caros fueron también los gastos para reparar el daño que hizo Roma. ¿Lo ves? La calle le ha cortado a la casa sus tres principales habitaciones. Se ha quedado más pequeña. Para ampliarla sin gastos excesivos, se cogió una parte del monte que forma una gruta; Joaquín tenía en ese lugar las provisiones y Ana sus telares. Haz con esto lo que creas más oportuno.

-¡Que sea poco no importa! Siempre me será suficiente. Me pondré a trabajar...

- No, María — es José quien habla — Yo seré quien trabaje. Tú sólo tejerás y coserás las cosas de la casa. Soy joven y fuerte, y soy tu esposo. No me atormentes viéndote trabajar.

- Haré como tú quieras.

- Sí, en esto yo quiero. Para todas las demás cosas tu deseo es ley, pero en esto no.

Ya han llegado. El carro se detiene.

Dos mujeres y dos hombres, respectivamente de unos cuarenta y cincuenta años, están a la puerta, y muchos niños y jovencitos están con ellos.

- Dios te dé paz, María - dice el hombre más anciano. Una de las mujeres se acerca a María, la abraza y la besa.

- Es mi hermano Alfeo, y María, su mujer, y éstos son sus hijos. Han venido expresamente para recibirte y felicitarte y decirte que su casa es tuya, si así lo deseas - dice José.

- Sí, ven, María, si te resulta penoso vivir sola. El campo es bonito en primavera y nuestra casa está en medio de campos floridos. Tú serás su más hermosa flor - dice María de Alfeo.

- Gracias, María. Yo iría con mucho gusto, y alguna vez iré; iré, sin duda, para la boda... Pero, deseo vivamente ver, reconocer mi casa. La dejé siendo muy pequeña y se me ha desdibujado su imagen... Ahora esta imagen la encuentro de nuevo... y me parece como si encontrara de nuevo a mi madre perdida, a mi padre amado, el eco de las palabras de ellos... y el aroma de su último respiro. Siento como si ya no fuera huérfana, porque me abrazan de nuevo estas paredes... Compréndeme, María - Aparece un poco el llanto en la voz de María, y también en sus pestañas.

María de Alfeo responde:

- Querida mía, como tú quieras. Quiero que me sientas hermana y amiga y un poco madre incluso, porque soy mucho más mayor que tú.

La otra mujer, que se ha acercado entretanto, dice:

- María, quiero saludarte. Soy Lía, la amiga de tu madre. Te vi nacer. Este es Alfeo, sobrino de Alfeo y muy amigo de tu madre. Lo que hice por tu madre, si quieres, lo haré por ti. Mira, mi casa es la que está más cerca de la tuya y tus parcelas de terreno son ahora nuestras. Pero, si quieres venir hazlo cuando te apetezca, en cualquier momento. Abrimos un paso en el cercado y así estaremos juntas, sin dejar de estar cada una en su casa. Este es mi marido.

- Os doy las gracias a todos y por todo; por todo el amor que habéis tenido a los míos, y por todo el amor que me tenéis a mí. Que Dios todopoderoso os bendiga por ello.

Descargan los pesados baúles y los meten en la casa. Entran. Reconozco ahora que es la casita de Nazaret, como será luego, durante la vida de Jesús.

José toma de la mano — un gesto habitual en él — a María, y entra así. Pero en el umbral de la puerta le dice:

- Ahora, aquí, en el umbral de esta puerta, quiero de ti una promesa: que cualquier cosa que te suceda, o cualquier cosa que necesites, tu único amigo, la única persona en quien pienses para solicitar ayuda, sea yo, y que, bajo ningún motivo, debas sufrir sola ninguna pena. Yo estoy a tu entera disposición, y para mí será una satisfacción el hacerte feliz el camino, y, dado que la felicidad no siempre está en nuestra mano, al menos, hacértelo tranquilo y seguro.

- Te lo prometo, José.

La siguiente cosa es abrir puertas y ventanas... El último sol entra curioso.

María se ha quitado el manto y el velo. Menos las flores de mirto, todavía va vestida como en los esponsales. Sale al huerto, que presenta un aspecto exuberante. Mira, sonríe, y, todavía de la mano de José, da un paseo. Se la ve como quien volviera a tomar posesión de un lugar perdido.

José le muestra el resultado de sus trabajos:

- Mira, aquí he cavado para recoger el agua de la lluvia, porque estas cepas están siempre sedientas. A este olivo le he vuelto a cortar las ramas más viejas para darle vigor; y he plantado estos manzanos, porque dos estaban muertos; y luego, allí he plantado unas higueras. Cuando crezcan resguardarán a la casa del sol excesivo y de las miradas curiosas. La pérgola es la misma que había; lo único que he hecho ha sido cambiar los palos que estaban deteriorados, y también una labor de poda. Espero que dé muchas uvas. Y aquí, mira - y la lleva, orgulloso, hacia el terreno en pendiente que resguarda la casa por detrás y que es límite del huerto por el lado de tramontana - y. aquí he excavado una pequeña gruta, y la he reforzado, y, cuando agarren estas plantas, será casi igual que la que tenías. Falta el manantial... pero, espero hacer llegar aquí desde el manantial un regatillo. Pienso trabajar durante las largas tardes de verano cuando venga a verte...

-¿Cómo es eso? - dice Alfeo. « ¿No vais a celebrar la boda este verano?

- No. María quiere tejer los paños de lana, que es lo único que le falta a su ajuar. Y a mí eso me satisface. María es tan joven, que el esperar un año o más no es nada. Entretanto se ambienta a la casa...

-¡Bueno! Tú siempre has sido un poco distinto de los demás, y lo sigues siendo. No sé quién pudiera no tener prisa en tener por esposa a una flor como María, ¡y tú metes meses por medio!...

- Alegría muy esperada, alegría más intensamente gustada - responde José con una sonrisa sutil.

El hermano se encoge de hombros y dice:

-¿Y entonces? Según tus planes, ¿cuándo vas a pensar en la boda?

- Cuando María cumpla dieciséis años. Después de la fiesta de los Tabernáculos. ¡Dulces serán las tardes de invierno para los recién casados!... - Y sigue sonriendo mirando a María: una sonrisa que conlleva un pacto secreto y delicado; de una castidad fraterna consoladora.

Luego continúa caminando y explicando:

- Ésta es la habitación grande que había en el monte. Si te parece bien, cuando venga, instalaré en ella mi taller. Está unida, pero no forma parte de la casa. Así no molestaré con los ruidos, o creando otros trastornos. No obstante, si no quieres que sea así...

- No, José; así está muy bien.

Vuelven a entrar en la casa. Encienden las lámparas.

- María está cansada - dice José - Dejémosla tranquila con sus primos.

Saludos de todos los que se marchan... José se queda todavía unos minutos y habla con Zacarías en voz baja.

- Tu primo te deja a Isabel durante un poco. ¿Contenta? Yo sí, porque te ayudará a... ser una perfecta ama de casa; con ella podrás colocar como quieras tus cosas y tu ajuar, y yo vendré todas las tardes a ayudarte; con ella podrás conseguir lana y todo lo que necesites, y yo me encargaré de los gastos. Acuérdate de que has prometido que recurrirías a mí para todo. Adiós, María. Duerme el primer sueño de señora en esta casa tuya, y que el ángel de Dios te lo haga sereno. Que el Señor sea siempre contigo.

- Adiós, José. Queda tú también bajo las alas del ángel de Dios.

- Gracias, José, por todo. En la medida en que pueda, te pagaré por tu amor, con el mío.
José saluda a los primos y sale.
Y con él cesa la visión.

## 15

## Como conclusión del Pre-Evangelio.

6 de Septiembre de 1944.
Dice Jesús:
- El ciclo ha terminado. Y con él, tan dulce y delicado como ha sido, tu Jesús te ha mantenido (habla a María Valtorta), sin movimientos bruscos, al margen de la agitación de estos días. Como a niño envuelto en blandos paños de lana y depositado sobre mullidos almohadones, a ti te han envuelto estas beatas visiones, para que no sintieras, con el consiguiente terror, la crueldad de los hombres que se odian en vez de amarse. No serías capaz ya de soportar ciertas cosas, y no quiero que mueras por causa de ello: Yo cuido a mi "portavoz".

Está para desaparecer del mundo ya la causa de todas las desesperaciones que han torturado a las víctimas. Por tanto, María, también cesa para ti el tiempo de este tremendo sufrimiento por demasiadas causas tan en contraposición con tu modo de sentir. No terminará tu sufrir: eres víctima; pero, parte de él, ésta, cesa. Después llegará el día en que Yo te diga, como a María de Magdala moribunda: "Descansa. Ahora es tiempo de descanso para ti. Dame tus espinas. Ahora es tiempo de rosas. Descansa y espera. Te bendigo, mujer bendita".

Esto es lo que te decía — y era una promesa y tú no la entendiste — cuando llegaba, el tiempo en que habías de ser sumergida, revolcada, en espinas, encadenada, colmada de espinas hasta en los más hondos recovecos de tu ser... Esto es lo que ahora te repito, con una alegría como sólo el Amor puede experimentar — y Yo soy el Amor — cuando puede hacer cesar un dolor en su dilecto amado. Esto es lo que te digo ahora, ahora que ese tiempo de sacrificio cesa. Y Yo, que sé, por el mundo que no sabe, por Italia, por Viareggio, por esta pequeña población, a donde tú me has portado — medita el sentido de estas palabras - Yo te expreso mi agradecimiento, como corresponde a las víctimas por su sacrificio.

Cuando te mostré a Cecilia (Santa Cecilia), virgen-esposa, te dije que ella se había echado mis perfumes, y con ellos atrajo a su marido, a su cuñado, a sus domésticos, a sus familiares, a sus amigos. Tú has hecho — no lo sabes, pero te lo digo Yo, Yo que conozco las cosas — el papel de Cecilia en medio de este mundo enloquecido. Te has saturado de Mí, de mi palabra, has llevado mis deseos a las personas, y las mejores han comprendido, y siguiéndote a ti, que eres víctima, muchísimas otras víctimas han surgido. Si tu patria, y los lugares que tú más quieres, no han sido completamente destruidos, ha sido porque muchas hostias han sido sacrificadas a raíz de tu ejemplo y de tu ministerio.

Gracias, mujer bendita. Continúa así. Tengo gran necesidad de salvar a la Tierra, de volver a comprar la Tierra; las monedas sois vosotras, las víctimas.

La Sabiduría que ha instruido a los santos, y que te instruye a ti con un magisterio directo, te eleve cada vez más en la comprensión de la Ciencia de vida y en practicarla. Levanta tú también tu pequeña tienda ante la casa del Señor. Te digo más aún: hinca las estacas que sostienen tu misma morada en la morada de la Sabiduría y mora en ella sin jamás dejarla. Descansarás así, protegida por el Señor, que te ama, como ave entre ramas florecidas, y Él será tu amparo ante cualquier tipo de intemperie espiritual y estarás en la luz de la gloria de Dios de donde descenderán para ti palabras de paz y verdad.

Puedes ir en paz. Te bendigo, mujer bendita».
Inmediatamente después dice María (la Virgen):
- A María el regalo de Mamá por su fiesta. Una cadena de regalos. Y si hay alguna espina entre ellos, no te quejes al Señor, que te ha amado como a bien pocos ama.

Te dije al principio: "Escribe acerca de mí. De todo lo que sufras recibirás consuelo". ¿Ves como ha sido verdad? Te estaba reservado este regalo para este tiempo de agitación, porque no sólo cuidamos el espíritu, sino que sabemos también cuidar la materia, que no es reina, sino sierva útil al espíritu en el cumplimiento de su misión.

Sé agradecida al Altísimo, que, incluso en el sentido afectuosamente humano, es verdaderamente Padre tuyo, que te acuna con éxtasis suaves para ocultarte lo que te asustaría.

Ámame cada vez más. Te he conducido conmigo al secreto de mis primeros años. Ahora ya sabes todo acerca de Mamá. Ámame como hija y como hermana en el destino victimal. Y ama a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo, con perfección de amor.

La bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu pasa por mis manos; recibe el perfume de mi materno amor hacia ti, a ti desciende y en ti se deposita. Sé sobrenaturalmente devota.

## 16.

## La Anunciación.

Lo que veo. María, muchacha jovencísima (al máximo quince años a juzgar por su aspecto), está en una pequeña habitación rectangular; verdaderamente, una habitación de jovencita. Contra una de las dos paredes más largas, está el lecho: una cama baja, sin armadura, cubierta por gruesas esteras o tapetes — diríase que éstos están extendidos sobre una tabla o

sobre un entramado de cañas porque están muy rígidos y sin pliegues como los de nuestras camas —. Contra la otra pared, un estante con una lámpara de aceite, unos rollos de pergamino y una labor de costura — parece un bordado — cuidadosamente doblada.

A uno de los lados del estante, hacia la puerta, que da al huerto, abierta ahora, aunque tapada por una cortina que se mueve movida por un ligero vientecillo, en un taburete bajo está sentada la Virgen. Está hilando un lino candidísimo y suave como la seda. Sus manitas, sólo un poco más oscuras que el lino, hacen girar rápidamente el huso. Su carita juvenil, preciosa, está ligeramente inclinada y ligeramente sonriente, como si estuviera acariciando o siguiendo algún dulce pensamiento.

Hay un gran silencio en la casita y en el huerto. Y mucha paz, tanto en la cara de María como en el espacio que la rodea. Paz y orden. Todo está limpio y ordenado. La habitación, de humildísimo aspecto y mobiliario, casi desnuda como una celda, tiene un aire austero y regio, debido a su gran limpieza y a la cuidadosa colocación de la cobertura del lecho, de los rollos, de la lámpara y del jarroncito de cobre que está cerca de ésta con un haz de ramitas floridas dentro, ramitas de melocotonero o de peral, no lo sé; lo que sí está claro es que son de árboles frutales, de un blanco ligeramente rosado.

María comienza a cantar en voz baja. Luego alza ligeramente la voz. No llega al pleno canto, pero su voz ya vibra en la habitación, sintiéndose en aquélla una vibración del alma. No entiendo la letra, que sin duda es en hebreo, pero, dado que, de vez en cuando repite "Yeohveh", intuyo que se trata de algún canto sagrado, acaso un salmo. Quizás María recuerda los cantos del Templo. Debe tratarse de un dulce recuerdo. Efectivamente, deja sobre su regazo sus manos, y con ellas el hilo y el huso, y levanta la cabeza para apoyarla en la pared, hacia atrás. Su rostro está encendido de un lindo rubor; los ojos, perdidos tras algún dulce pensamiento, brillantes por un golpe de llanto, que no los rebosa pero sí los agranda. Y, a pesar de todo, loa ojos ríen, sonríen ante ese pensamiento que ven y que los abstrae de lo sensible. Resaltando de su vestido blanco sencillísimo, circundado por las trenzas, que lleva recogidas como corona en torno a la cabeza, el rostro rosado de María parece una linda flor.

El canto pasa a ser oración:

- Señor Dios Altísimo, no te demores más en mandar a tu Siervo para traer la paz a la tierra. Suscita el tiempo propicio y la virgen pura y fecunda para la venida de tu Cristo. Padre, Padre santo, concédele a tu sierva ofrecer su vida para esto. Concédeme morir tras haber visto tu Luz y tu Justicia en la Tierra, sabiendo que la Redención se ha cumplido. ¡Oh, Padre Santo, manda a la Tierra el Suspiro de los Profetas! Envía el Redentor a tu sierva. Que cuando cese mi día se me abra tu Casa por haber sido abiertas sus puertas por tu Cristo para todos aquellos que en ti hayan esperado. Ven, ven, Espíritu del Señor. Ven a los fieles tuyos que te esperan. ¡Ven, Príncipe de la Paz!...

María se queda así ensimismada...

La cortina late más fuerte, como si alguien la estuviera aventando con algo o quisiera descorrerla. Y una luz blanca de perla fundida con plata pura hace más claras las paredes tenuemente amarillentas, hace más vivos los colores de las telas, más espiritual el rostro alzado de María. En la luz se prosterna el Arcángel. La cortina no ha sido descorrida ante el misterio que se está verificando; es más, ya no late: pende, rígida, pegada a las jambas, separando, como una pared, el interior del exterior.

El Arcángel necesariamente debe adquirir un aspecto humano; pero es un aspecto ultra-humano. ¿De qué carne está compuesta esta figura bellísima y fulgurante? ¿Con qué sustancia la ha materializado Dios para hacerla sensible a los sentidos de la Virgen? Sólo Dios puede poseer estas substancias y usarlas de esa manera perfecta. Es un rostro, es un cuerpo, son ojos, boca, cabellos y manos como las nuestras; pero no se trata de nuestra opaca materia: es una luz que ha tomado color de carne, de ojos, de cabellera, de labios, una luz que se mueve y sonríe y mira y habla.

-¡Salve, María, llena de Gracia, salve! - La voz es un dulce arpegio como de perlas chocadas contra un metal precioso.

María se estremece y baja la mirada. Su estremecimiento aumenta cuando ve a la fúlgida criatura arrodillada aproximadamente a un metro de distancia de Ella, con las manos cruzadas sobre el pecho, mirándola con una veneración infinita.

María, repentinamente, se pone en pie y aprieta su cuerpo contra la pared. Palidece y se ruboriza alternativamente. Su rostro expresa estupor y turbación. Inconscientemente aprieta sus manos contra el pecho escondiéndolas en las anchas mangas. Se recoge sobre sí misma como queriendo esconder lo más posible su cuerpo: un acto de delicado pudor.

- No. No temas. ¡El Señor está contigo! ¡Bendita tú entre todas las mujeres!.

A pesar de estas palabras, María sigue temiendo. ¿De dónde viene ese ser extraordinario? ¿Es un enviado de Dios, o del Engañador?

-¡No temas, María! - insiste el Arcángel - Yo soy Gabriel, el Ángel de Dios. Mi Señor me ha enviado a ti. No temas, porque has hallado gracia ante Dios. Tú concebirás en tu seno y darás a luz un Hijo, y le pondrás por nombre "Jesús". Será grande, será llamado Hijo del Altísimo, y verdaderamente lo será. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará para siempre en la casa de Jacob, y su Reino no tendrá fin nunca. Comprende, santa Virgen amada del Señor, Hija bendita suya, llamada a ser Madre de su Hijo, comprende qué Hijo vas a engendrar.

-¿Cómo puede suceder esto si yo no conozco hombre? ¿Acaso el Señor ya no acoge el ofrecimiento de su sierva? ¿Es que ya no quiere que sea virgen por amor a Él?.

- No vas a ser madre por obra de varón, María. Tú eres la eterna Virgen, la Santa de Dios. El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la potencia del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso, Santo se llamará el que nacerá de ti, e Hijo de Dios. Todo lo puede el Señor, Dios nuestro. Isabel, la estéril, en su vejez ha concebido un hijo que será el Profeta de tu Hijo, el que preparará sus caminos. El Señor la ha liberado de su oprobio y su memoria quedará en las gentes unida a tu nombre, como el nombre de su hijo al de tu Hijo Santo, y hasta el final de los siglos las gentes os llamarán bienaventuradas por la gracia del Señor que habéis recibido, y a ti especialmente, María, porque habrán recibido la Gracia por medio de ti. Isabel está ya en su sexto mes, y su peso, paradójicamente, la regocija, y más aún la regocijará cuando conozca el motivo de tu gozo. Para Dios nada es imposible, María, llena de Gracia. ¿Qué debo responderle a mi Señor? No te turbe ningún tipo de pensamiento. Él tutelará tus intereses si te pones en sus manos. ¡El mundo, el Cielo, Dios eterno esperan tu respuesta!.

María, cruzando a su vez sus manos sobre el pecho e inclinándose con gesto reverente dice:

- He aquí la esclava de Dios. Hágase de mí según su palabra.

El Ángel resplandece de alegría y se pone en actitud adorante, puesto que, sin duda, ve al Espíritu de Dios descender sobre la Virgen, inclinada en gesto de adhesión; luego desaparece sin mover la cortina, dejándola cerrada cubriendo el Misterio santo.

## 17

## La desobediencia de Eva y la obediencia de María.

Dice Jesús:

-¿No se lee en el Génesis que Dios hizo al hombre dominador de todo lo que había sobre la tierra, es decir, de todo excepto de Dios y de sus ángeles ministros? ¿No se lee que hizo a la mujer como compañera del hombre en la alegría y en el dominio sobre todos los seres vivos? ¿No se lee que de todo podían comer excepto del árbol de la ciencia del Bien y del Mal? ¿Por qué? ¿Cuál es el sentido que subyace en las palabras "para que domine"; cuál, en el árbol de la ciencia del Bien y del Mal? ¿Os habéis preguntado alguna vez esto, vosotros, que os hacéis tantas preguntas inútiles y que no sabéis preguntarle nunca a vuestra alma acerca de las celestes verdades?

Vuestra alma, si estuviera viva, os las manifestaría. Esa alma que, cuando está en gracia, es como una flor entre las manos de vuestro ángel; esa alma que, cuando está en gracia, es como una flor besada por el sol y asperjada por el rocío, besada y asperjada por el Espíritu Santo, que le da calor y la ilumina, que la riega y la adorna de celestes luces. ¡Cuántas verdades os manifestaría vuestra alma, si supierais conversar con ella, si la amarais como a quien os proporciona la semejanza con Dios, que es Espíritu, como espíritu es vuestra alma! ¡Qué gran amiga tendríais, si amarais a vuestra alma en vez de odiarla hasta matarla; qué grande, sublime amiga con quien hablar de cosas celestes; vosotros que tenéis tanta avidez de hablar y os destruís los unos a los otros con amistades que, aun no siendo indignas (alguna vez lo son), sí son casi siempre inútiles, y se os transforman en un bullicio vano o nocivo de palabras y sólo palabras, todas terrenas!

¿No dije Yo: "Quien me ama observará mi palabra y el Padre mío le amará e iremos a él y haremos morada en él"? El alma que está en gracia posee el amor y, poseyéndolo, posee a Dios, o sea, al Padre que la conserva, al Hijo que la instruye, al Espíritu que la ilumina. Posee, por tanto, el Conocimiento, la Ciencia, la Sabiduría. Posee la Luz. Imaginaos, pues, qué conversaciones más sublimes podría establecer con vosotros vuestra alma, que son las conversaciones que han llenado los silencios de las cárceles, los silencios de las celdas, los silencios del yermo, los silencios de las habitaciones de los enfermos santos; las que han confortado a los presos que en la cárcel esperaban el martirio, a los cenobitas, que habían elegido el claustro en pos de la Verdad, a los eremitas, que anhelaban conocer anticipadamente a Dios, a los enfermos, para que soportaran o, mejor dicho, amaran su cruz.

Si supierais preguntar a vuestra alma, ella os diría que el significado verdadero, exacto, vasto cuanto la creación, de la palabra "domine" es éste: "Para que el hombre domine todo: sus tres estratos (el inferior, animal; el estrato intermedio, moral; el estrato superior, espiritual), y oriente los tres hacia un único fin: poseer a Dios". Poseerlo mereciéndolo con este férreo dominio que tiene sujetas todas las fuerzas del yo haciéndolas esclavas de esta única finalidad: merecer poseer a Dios. Vuestra alma os diría que Dios había prohibido el conocimiento del Bien y del Mal, porque el Bien lo había donado con generosidad y gratuitamente a sus criaturas, y el Mal no quería que lo conocierais, porque es un fruto dulce al paladar, pero que, una vez que baja con su jugo a la sangre, ocasiona una fiebre que mata y produce ardiente sequedad en la garganta, por lo cual, cuanto más se bebe de su jugo traidor, más sed de él se tiene.

Vuestra objeción será: "¿Y por qué lo ha puesto?". ¿Por qué! El Mal es una fuerza que ha nacido sola, como ciertos males monstruosos en el más sano de los cuerpos.

Lucifer era un ángel, el más hermoso de los ángeles. Espíritu perfecto. Sólo Dios era superior a él. Pues bien, con todo, en su ser luminoso nació un vapor de soberbia, y Lucifer no lo dispersó, sino que, por el contrario, lo condensó dándole vida en su interior. De esta incubación nació el Mal. Este ya existía antes del hombre. Dios había arrojado fuera del Paraíso al Incubador maldito del Mal, al que ensuciaba el Paraíso. Pero ha seguido siendo y es el eterno Incubador del Mal, y, no pudiendo seguir ensuciando el Paraíso, ha ensuciado la Tierra.

Ese metafórico árbol pone en evidencia esta verdad. Dios había dicho al hombre y a la mujer: "Conoced todas las leyes y los misterios de la creación. Pero no pretendáis usurparme el derecho de ser el Creador del hombre. Para propagar la estirpe humana bastará el amor mío que circulará por vosotros, y, sin libídine sensual, sólo por latido de caridad, dará vida a los nuevos hombres como Adán de la estirpe. Todo os lo doy; sólo me reservo este misterio de la formación del hombre".

Satanás quiso quitarle al hombre esta virginidad intelectual y, con su lengua serpentina, hechizó y halagó miembros y ojos de Eva, suscitando en ellos reflejos y sutilezas que antes no tenían porque no estaban intoxicados de Malicia.

Ella "vio", y, viendo, quiso probar. Había sido despertada la carne. ¡Ah, si hubiera llamado a Dios¡ Si hubiera corrido a decirle: "¡Padre, estoy enferma; la serpiente me ha halagado y me siento turbada!". El Padre la habría purificado, la habría curado con su aliento, pues lo mismo que le había infundido la vida podía infundirle de nuevo la inocencia, quitándole el recuerdo del tóxico serpentino, es más, introduciendo en ella una repugnancia hacia la Serpiente (como les sucede a los que han sufrido una enfermedad, que, una vez curados, sienten hacia ella una instintiva repugnancia). Pero no, Eva no va al Padre, Eva vuelve donde la Serpiente. Esa sensación le es dulce. "Viendo que el fruto del árbol se podía comer y que era bonito y de aspecto agradable, lo cogió y comió de él".

Y "comprendió". Ya la malicia había penetrado y le mordía las entrañas. Vio con ojos nuevos y oyó con oídos nuevos los usos y la voz de las bestias; y los deseó febrilmente.

Inició sola el pecado. Lo consumó con su compañero. Por eso sobre la mujer pesa una condena mayor. Por ella el hombre se hizo rebelde a Dios, y por ella conoció la lujuria y la muerte. Por ella perdió el dominio sobre sus tres reinos: el del espíritu, porque permitió que el espíritu desobedeciera a Dios; el de lo moral, porque permitió que las pasiones le sometieran a su señorío; el de la carne, porque la rebajó a las leyes instintivas de las bestias. "La Serpiente me ha seducido" dice Eva. "La mujer me ha ofrecido el fruto y yo he comido de él" dice Adán. Y el triple, desenfrenado apetito, desde entonces, tiene entre sus garras los tres reinos del hombre.

Sólo la Gracia logra aflojar la presa de este monstruo despiadado; y, si vive, si está vivísima, si la voluntad del hijo fiel la mantiene cada vez más viva, llega incluso a estrangular al monstruo. Ya no habrá nada que temer: ni a los tiranos internos (o sea, la carne y las pasiones), ni a los tiranos externos (el mundo y los que en el mundo tienen poder), ni a las persecuciones, ni a la muerte. Es como dice el apóstol Pablo: "Nada de esto yo temo, y no considero ya mía mi vida, con tal de cumplir mi misión y llevar a cabo el ministerio recibido del Señor Jesús para dar testimonio del Evangelio de la Gracia de Dios"».

Dice María (la Virgen):

- Gozoso — pues, efectivamente, cuando comprendí la misión a que Dios me llamaba, mi corazón se llenó de gozo — mi corazón se abrió como una azucena en capullo y vertió la sangre que habría de ser terreno para la Semilla del Señor.

Alegría de ser madre.

Me había consagrado a Dios desde mi más tierna edad, porque la luz del Altísimo me había iluminado acerca de la causa del mal del mundo; yo deseé, por lo que de mí dependía, borrar de mí la huella de Satanás.

No sabía que no tenía mancha. No podía pensarlo. El solo hecho de pensarlo habría sido presunción y soberbia porque, habiendo nacido de padre y madre humanos, no me era lícito pensar que justamente yo era la Elegida para ser la Sin Mancha.

El Espíritu de Dios me había instruido acerca del dolor del Padre ante la corrupción de Eva, que había aceptado degradarse — siendo una criatura de gracia — a un nivel de criatura inferior. Yo tenía la intención de suavizar ese dolor, poniendo de nuevo mi carne en la situación de pureza angélica, conservándome intacta de pensamientos, deseos y contactos humanos. Sólo para Él sería mi latido de amor; sólo para El, mi ser. No había en mí sed camal, pero sí sentía el sacrificio de no ser madre.

La maternidad, exenta de lo que ahora la humilla, le había sido concedida por el Padre creador también a Eva. ¡Dulce y pura maternidad sin el peso del sentido! ¡Yo la experimenté! ¡Cuán grande la pérdida de Eva, renunciando a esta riqueza! Mayor que la pérdida de la inmortalidad. No, no creáis que es una exageración. Mi Jesús, y con Él yo, su Madre, conocimos la languidez de la muerte. Yo, el dulce languidecer de quien, cansado, se duerme; Él, ese languidecer atroz de quien muere por haber sido condenado. A nosotros, pues, también nos vino la muerte. Sin embargo, la maternidad exenta de cualquier tipo de violación me vino solamente a mí, la nueva Eva, para que yo pudiera manifestarle al mundo cuan dulce era el destino de la mujer, llamada a ser madre sin el dolor de la carne. El deseo de esta pura maternidad, siendo, como es, la gloria de la mujer, podía estar, y estaba, en la Virgen toda de Dios. Añadid a vuestra consideración el honor en que era tenida la mujer madre en el pueblo israelita, y comprenderéis mejor la naturaleza del sacrificio cumplido al consagrarme a esta privación.

Ahora a su sierva el eterno Bueno le ofrecía este don, sin privarme del candor de que yo me había vestido para ser flor en su trono. Por ello exultaba, con el doble gozo de ser madre de un hombre y de ser Madre de Dios.

Alegría porque a través de mí se restablecía la paz entre el Cielo y la Tierra.

¡Oh... haber deseado esta paz por amor a Dios y por amor al prójimo, y saber que por medio de mí, pobre esclava del Poderoso, aquélla venía al mundo! ¡Decir: "Hombres, no lloréis más. Yo traigo conmigo el secreto que os hará felices. No os lo puedo manifestar, porque está sellado en mí, en mi corazón, de la misma forma que el Hijo dentro del intacto seno. Ya os lo traigo, ya cada hora que pasa está más cercano el momento en que le veréis y sabréis su Nombre santo"!

Alegría de haber hecho feliz a Dios: alegría del creyente que ve feliz a su Dios.

¡Oh... haber quitado del corazón de Dios la amargura de la desobediencia de Eva, de la soberbia de Eva, de su incredulidad!

Mi Jesús ha explicado con qué culpa se manchó la Pareja primera. Yo he anulado esa culpa recorriendo en sentido inverso, para ascender, las etapas de su descenso.

El principio de la culpa estuvo en la desobediencia: "No comáis y no toquéis de ese árbol", había dicho Dios. Pero el hombre y la mujer, los reyes de la creación, que podían tocar todo y comer todo excepto aquello — porque Dios quería hacerlos sólo inferiores a los ángeles — no tomaron en consideración ese veto.

El árbol: el medio para probar la obediencia de los hijos.

¿Qué es la obediencia al mandato divino? Es un bien porque Dios no ordena sino el bien. ¿Qué es la desobediencia? Es un mal porque pone al corazón en las disposiciones de rebelión sobre las cuales Satanás puede obrar.

Eva va al árbol, a ese árbol del que vendría: alejándose, su bien; acercándose, su mal. La arrastra a él la curiosidad ingenua de ver qué es lo que podía tener en sí de especial; la arrastra la imprudencia, que hace que le parezca inútil el mandato divino, dado que ella es fuerte y pura, reina del Edén, donde todo le presta obediencia, donde nada podrá causarle mal alguno. Su presunción la pierde. La presunción es ya levadura de soberbia.

En el árbol encuentra al Seductor, el cual, a su inexperiencia, a su tan hermosa y virgen inexperiencia, a esa inexperiencia que no supo tutelar, le canta la canción de la mentira: "¿Tú crees que aquí hay mal? No. Dios te lo ha dicho porque quiere teneros bajo la esclavitud de su poder. ¿Creéis que sois reyes? No tenéis ni siquiera la libertad de las fieras. Ellas tienen concedido el amarse con amor verdadero, vosotros no. A las fieras se les ha concedido el ser creadoras como Dios. Ellas engendrarán hijos y verán a su gusto crecer la familia, vosotros no. A vosotros os ha sido negado este contento. ¿En razón de qué, pues, que seáis hombre y mujer, para tener que vivir de ese modo? Sed dioses. ¿No sabéis qué alegría supone el ser dos en

una sola carne creadora de una tercera, de muchas otras terceras! No creáis en las promesas de Dios acerca del gozo de una descendencia viendo a vuestros hijos crearse nuevas familias, dejando por ellas padre y madre. Os ha dado un simulacro de vida. La verdadera vida está en conocer las leyes de la vida. Entonces seréis como dioses y podréis decirle a Dios: 'Somos tus iguales'".

Y la seducción continuó, porque no hubo voluntad de interrumpirla, sino, más bien, de continuarla, y de conocer aquello que no le pertenecía al hombre. He aquí pues que el árbol prohibido vino a ser, para la raza, realmente mortal, porque de sus ramos pendía el fruto del amargo saber que venía de Satanás; y la mujer vino a ser hembra, y, con la levadura del conocimiento satánico en el corazón, fue a Adán a corromperlo. Humillada así la carne, corrompida la parte moral, degradado el espíritu, conocieron el dolor y la muerte: del espíritu privado de la Gracia; de la carne privada de la inmortalidad. Y la herida de Eva engendró el sufrimiento, que no se calmará hasta la extinción de la última pareja de la tierra.

Yo recorrí en sentido inverso el camino de los dos pecadores. Obedecí. Obedecí en todos los modos. Dios me había pedido ser virgen. Obedecí. Habiendo amado la virginidad, que me hacía pura como la primera de las mujeres antes de conocer a Satanás, Dios me pidió ser esposa. Obedecí, llevando al matrimonio a la pureza que tuvo, a ese grado de pureza que Dios tenía en su pensamiento cuando creó a los dos Primeros. Convencida de mi destino de soledad en el matrimonio y de desprecio del prójimo por mi esterilidad santa, ahora Dios me pedía ser Madre. Obedecí. Creí que ello era posible y que esa palabra venía de Dios, porque la paz iba entrando en mí al oírla. No pensé: "Lo he merecido". No me dije a mí misma: "Ahora el mundo me admirará, porque soy semejante a Dios dando ser a la carne de Dios". No. Me anonadé en la humildad.

La alegría brotó de mi corazón como un tallo de rosa florecida. Pero enseguida se adornó de punzantes espinas y quedó abrazada por la maraña del dolor, como esas ramas envueltas en campanillas de enredadera. El dolor del dolor de mi esposo: ésta era la angustia dentro de mi gozo. El dolor del dolor de mi Hijo: éstas eran las espinas de mi gozo.

Eva quiso el disfrute, el triunfo, la libertad: yo acepté el dolor, el anonadamiento, la esclavitud. Renuncié a mi vida tranquila, a la estima de mi esposo, a la propia libertad. No me quedé con nada. Me hice la Esclava de Dios en la carne, en la parte moral, en el espíritu, confiándome a Él, no sólo respecto a la concepción virginal, sino también a la defensa de mi honor, a la consolación de mi esposo, al medio con que conducirlo a él también a la sublimación del matrimonio, de manera que los dos fuéramos quienes devolvieran al hombre y a la mujer la dignidad perdida.

Abracé la voluntad del Señor por mí, por mi esposo, por mi Hijo. Dije "sí" por los tres, segura como estaba de que Dios no faltaría a su promesa de socorrerme en mi dolor de esposa que se ve juzgada culpable, en mi dolor de madre que ve que engendra para entregar a su Hijo al dolor.

"Sí" dije. Sí, y basta. Ese "sí" ha anulado el "no" que Eva opuso al mandato divino. "Sí, Señor, como Tú quieras. Conoceré lo que Tú quieras. Viviré como Tú quieras. Estaré gozosa si Tú lo quieres. Sufriré por lo que Tú quieras. Sí, siempre sí, mi Señor, desde el momento en que tu rayo me hizo Madre hasta el momento en que me llamaste a ti. Sí, siempre sí. Todas las voces de la carne, todas las pasiones de lo moral, bajo el peso de este sí mío perpetuo. Y encima, como encima de un pedestal de diamante, mi espíritu, al cual le faltan las alas para volar a ti, pero es señor de todo el yo, domado y siervo tuyo, siervo en la alegría, siervo en el dolor. ¡Sonríe, oh Dios! ¡Alégrate! La culpa ha sido vencida, cancelada, destruida; yace bajo mi talón, ha sido lavada en mi llanto, destruida por mi obediencia. De mi seno nacerá el Árbol nuevo que dará el Fruto que conocerá todo el Mal por haberlo padecido en sí y dará todo el Bien. A éste sí podrán acercarse los hombres, y yo me sentiré feliz de que cojan de él, aunque no piensen que de mí nace. Con tal de que el hombre se salve y Dios sea amado, hágase de su esclava lo mismo que de la base de terreno en que un árbol crece: escalón para subir".

María, hay que saber ser siempre escalón para que los demás suban a Dios. Si nos pisan, no importa, con tal de que logren ir a la Cruz. Es el nuevo árbol que posee el fruto del conocimiento del Bien y del Mal, porque le dice al hombre lo que está mal y lo que está bien, para que sepa elegir y vivir; y sabe, al mismo tiempo, hacer de sí elixir para curar a los que se han intoxicado con el mal que quisieron gustar. Nuestro corazón bajo los pies de los hombres, con tal de que el número de los redimidos crezca y que la Sangre de mi Jesús no sea derramada sin fruto. Este es el destino de las esclavas de Dios. Mas luego mereceremos recibir en nuestro seno la Hostia santa, y, a los pies de la Cruz, embebida en su Sangre y en nuestro llanto, decir: "He aquí, oh Padre, la Hostia inmaculada que te ofrecemos para salud del mundo. Míranos, oh Padre, fundidas con Ella, y por sus méritos infinitos danos tu bendición".

Y yo te doy una caricia. Descansa, hija (María Valtorta). El Señor está contigo.

Dice Jesús:

- Las palabras de mi Madre deberían disolver cualquier vacilación de pensamiento, incluso en los más atrapados por las fórmulas.

Había dicho: "metafórico árbol"; ahora diré: "simbólico árbol". Quizás así entenderéis mejor. Su símbolo es claro: de cómo los dos hijos de Dios actuasen respecto a él, se comprendería la medida de su tendencia al Bien y al Mal. Cual agua regia que prueba el oro, cual balanza del orfebre que pesa los quilates del oro, ese árbol; que vino a ser una "misión" a causa del mandato divino respecto a él, dio la medida de la pureza del metal de Adán y de Eva.

Llega ya a mis oídos vuestra objeción: "¿No fue excesiva la condena y pueril el medio que condujo a ella?".

No lo fue. Una desobediencia actualmente en vosotros, que sois sus herederos, es menos grave de lo que lo fue en ellos. Vosotros estáis redimidos por Mí, pero el veneno de Satanás, como ciertos morbos que no desaparecen nunca totalmente de la sangre, está siempre pronto para reactivarse. Ellos, los dos progenitores, eran posesores de la Gracia sin haber tenido nunca el más mínimo contacto con la Desgracia. Por tanto, eran más fuertes, estaban más respaldados por esa Gracia que generaba inocencia y amor. Infinito era el don que Dios les había dado; mucho más grave, por tanto, su caída poseyendo ese don.

También el fruto ofrecido, y comido, era simbólico. Era el fruto de una experiencia voluntariamente llevada a cabo por instigación satánica contra el imperativo de Dios. Yo no les había prohibido a los hombres el amor. Quería únicamente que se

amaran sin malicia; de la misma forma que Yo los amaba con mi santidad, ellos habrían de amarse en santidad de afectos, de afectos limpios de toda libídine.

No se debe olvidar que la Gracia es foco de luz, y, que quien la posee conoce aquello que es útil y bueno conocer. La Llena de Gracia conoció todo, porque la Sabiduría la instruía (la Sabiduría, que es Gracia), y supo guiarse a sí misma santamente. Eva conocía, por tanto, aquello que le era bueno conocer; no más de eso. Porque es inútil conocer lo que no es bueno. No tuvo fe en las palabras de Dios y no fue fiel a su promesa de obediencia. Prestó fe a Satanás, infringió la promesa, quiso conocer lo no bueno, lo amó sin remordimiento, transformó en cosa corrompida, envilecida, ese amor que Yo había otorgado tan santo. Ángel caído, se revolcó en barro y paja, mientras que podía haber corrido dichosa entre las flores del Paraíso Terrenal y ver florecer a su alrededor la prole, de la misma forma que un árbol se cubre de flores sin combar su copa y meterla en el pantano.

No seáis como esos niños estúpidos de que hablo en el Evangelio, los cuales oían cantar y se tapaban los oídos, oían tocar y no bailaban, oían llorar y querían reír. No seáis mezquinos ni negadores. Aceptad la Luz, aceptadla sin malicia, sin testarudez, sin ironía o incredulidad. Y ya basta sobre esto.

Para que entendáis cuánto debéis sentiros agradecidos a Aquel qué murió para levantaros y orientaros de nuevo al Cielo y para vencer la concupiscencia de Satanás, he querido hablaros, en este tiempo de preparación a la Pascua, de este primer eslabón de la cadena con que el Verbo del Padre, el Cordero Divino, fue llevado a la muerte, al matadero. Os he querido hablar de ello porque al presente el noventa por ciento de vosotros está, como Eva, intoxicado por el hálito y por la palabra de Lucifer, y no vivís para amaros sino para saciaros de sensualidad, no vivís para el Cielo sino para el barro; ya no sois criaturas dotadas de alma y razón, sino perros sin alma y sin razón. Habéis matado el alma, habéis depravado la razón. En verdad os digo que las bestias, en sus amores, son más honestas que vosotros.

## 18

## María anuncia a José la maternidad de Isabel y confía a Dios la justificación de la suya.

Ante mi vista la casita de Nazaret, y María dentro, jovencita, como cuando el Ángel de Dios se le apareció. El solo hecho de ver, ya me llena el alma del perfume virginal de esa morada; del perfume angélico aún presente en esa estancia en que el Ángel agitó sus alas de oro; del perfume divino, que se ha concentrado enteramente en María para hacer de Ella una Madre y que ahora de Ella revierte.

Las sombras empiezan a invadir la estancia a la que antes había descendido tanta luz de Cielo. Está anocheciendo.

María, de rodillas al lado de su lecho, ora con las manos cruzadas sobre el pecho y con el rostro muy inclinado hacia el suelo. Lleva el mismo vestido del momento del Anuncio. Todo está como entonces. La ramita florecida en su jarrón, los muebles en el mismo orden. La única variación es que la rueca y el huso están apoyados en un rincón: con su penacho de estambre, aquélla; con su brillante hilo envuelto en torno, éste.

María deja de rezar y se pone en pie, con el rostro encendido como por una llama. La boca sonríe, pero el llanto hace brillar sus ojos azules. Coge la lámpara de aceite y con una piedra de chispa la enciende. Mira si todo está ordenado en la habitación. Endereza la cobija de la cama, que se había torcido. Añade agua al jarrón de la ramita florecida y le saca de la habitación, al fresco de la noche. Luego entra otra vez. Coge el bordado que estaba doblado encima del mueble de anaqueles, y la lámpara encendida, y, cerrando la puerta, sale.

Da unos pasos por el huertecillo bordeando la casa, luego entra en la habitación donde vi que Jesús se despidió de María. La reconozco, a pesar de que falten ahora algunos objetos del mobiliario que entonces había. María se marcha a otra pequeña habitación cercana a ésta, llevando la lámpara consigo, y yo me quedo, me quedo con la sola compañía de su labor depositada en la esquina de la mesa. Oigo ir y venir el paso leve de María; le oigo agitar agua, como quien estuviera lavando algo. Luego, romper unas ramitas. Comprendo que se trata de leña rota por el sonido que hace. Oigo que enciende el fuego.

Vuelve. Sale al jardincito. Vuelve a entrar; trae unas manzanas y verdura. Deja las manzanas en la mesa, en una bandeja de metal grabado (creo que se trata de cobre burilado). Vuelve a la cocina (está claro que allí está la cocina). Ahora la llama de la lumbre se proyecta alegre desde la puerta abierta hasta aquí dentro, representando una danza de sombras en las paredes.

Pasa un rato y María regresa con un pan pequeño y oscuro y un cuenco de leche caliente. Se sienta. Moja unas rodajas de pan en la leche. Come tranquila y despacio. Luego, dejando la mitad del tazón de leche, entra de nuevo en la cocina y vuelve con las verduras, les echa un poco de aceite y se las come con el pan. Para la sed, bebe la leche. Luego coge una manzana y se la come. Una cena de niña.

María piensa mientras come, y sonríe ante un íntimo pensamiento. Levanta la mirada, recorre con ella las paredes; parece como si les comunicase un secreto suyo. De vez en cuando, sin embargo, se pone seria, casi triste; pero luego le torna la sonrisa.

Se oye llamar a la puerta. María se levanta y abre. Entra José. Se saludan. José se sienta en un taburete, de la otra parte de la mesa, frente a María.

José es un hombre apuesto, en la plenitud de la vida. Tendrá unos treinta y cinco años como mucho. Su pelo castaño oscuro y su barba del mismo color le enmarcan un rostro proporcionado con dos dulces ojos castaños casi negros. Su frente es amplia y lisa; su nariz, delgada, ligeramente arqueada; carrillos más bien llenos, de un moreno no aceitunado, incluso rosado en los pómulos. No es muy alto, sí de complexión fuerte y bien proporcionado.

Antes de sentarse se ha quitado el manto, que — es el primero que veo hecho de esa manera — es circular y se lleva sujeto al cuello con un ganchito o algo parecido, y tiene capucha. Es de color marrón claro y parece hecho de una tela impermeable de lana basta. Parece un manto de montañés, bueno para resguardar de las inclemencias del tiempo.

También antes de sentarse, le ha ofrecido a María dos huevos y un racimo de uvas, un poco arrugadas pero bien conservadas. Y sonríe diciendo:

- Me las han traído de Cana. Los huevos me los ha dado el Centurión por un trabajo que le hice a un carro suyo — se había roto una rueda y el que trabaja para ellos estaba enfermo... —. Son frescos. Los ha cogido de su gallinero. Bébetelos. Te vendrán bien.-

- Mañana, José. Acabo de comer.

- Las uvas sí te las puedes comer. Son buenas. Dulces como la miel. Las he traído despacio para no estropearlas. Cómetelas. Tengo más. Te las traigo mañana en una cesta. Esta noche no podía porque vengo directamente de casa del Centurión.

- Entonces, no has cenado todavía».

- No. Pero no importa.

María se levanta inmediatamente y va a la cocina. Vuelve con leche, aceitunas y queso.

- No tengo otra cosa- dice - Cómete un huevo.

José no quiere. Los huevos son para María. Come con gusto su pan con queso y se bebe la leche, que está todavía tibia. Luego acepta una manzana. La cena ha terminado.

María coge su bordado — primero ha despejado la mesa de las cosas de la cena con la ayuda de José, que se ha quedado en la cocina incluso cuando Ella vuelve aquí. Le oigo mover las cosas poniendo todo en su sitio. Atiza el fuego de nuevo porque la noche está fresca. Cuando vuelve, María le da las gracias.

Se ponen a hablar. José cuenta cómo ha pasado el día. Habla de sus sobrinitos. Se interesa por el trabajo de María y por sus flores. Le promete que le traerá unas flores muy bonitas que el Centurión le ha ofrecido. - Nosotros no tenemos esas flores. Las han traído de Roma. Me ha prometido que, apenas hayan germinado, me dará las plantas. Ahora, cuando la Luna sea propicia, te las planto. Tienen colores bonitos y un perfume muy bueno. Las he visto el verano pasado, porque florecen en verano. Perfumarán toda tu casa. Los árboles los podaré más tarde, con la Luna favorable. Es ése el momento.

María sonríe y de nuevo le da las gracias. Silencio. José fija su mirada en la rubia cabeza de María inclinada hacia su trabajo de bordado. Es una mirada de amor angelical. Sin duda alguna, si un ángel amara a una mujer con amor de esposo, la miraría así.

María, como quien hubiese tomado una decisión, pone en su regazo el bordado y dice:

- José, yo también tengo algo que decirte. Nunca recibo nada, pues tú sabes qué retirada vivo. Pero, hoy he recibido una noticia. He tenido noticia de que nuestra parienta Isabel, mujer de Zacarías, va a tener pronto un hijo...

José abre enormemente los ojos y dice:

-¿A su edad?

- A su edad - responde sonriendo María - El Señor todo lo puede, y ahora ha querido darle esta alegría a nuestra parienta.

-¿Cómo lo has sabido? ¿Es segura esta noticia?.

- Ha venido un mensajero; y es uno que no puede mentir. Yo quisiera ir donde Isabel, para servirla y decirle que exulto con ella. Si tú lo permites...

- María, tú eres mi señora y yo tu siervo. Todo lo que haces está bien hecho. ¿Cuándo quisieras partir?

- Lo antes posible. Pero estaré fuera algunos meses.

- Y yo contaré los días esperándote. Ve tranquila. Me ocuparé de la casa y de tu huertecito. Cuando vuelvas encontrarás tus flores tan bonitas como si tú misma las hubieras estado cuidando. Sólo una cosa... Espera. Antes de la Pascua tengo que ir a Jerusalén, para comprar unas cosas para mi trabajo. Si esperas unos días, te acompaño hasta allí; no más lejos, porque debo volver rápidamente; pero hasta allí podemos ir juntos. Estoy más tranquilo si no pienso que vas sola por los caminos. Para la vuelta, házmelo saber, y así saldré a tu encuentro.

- Eres muy bueno, José. Que el Señor te recompense con sus bendiciones y mantenga lejos de ti el dolor. Le pido siempre por esto.

Los dos castos esposos se sonríen angelicalmente. Silencio de nuevo durante un tiempo.

Luego José se pone en pie. Se pone el manto, se pone la capucha, se despide de María, que también se ha levantado, y sale.

María le sigue con la mirada y con un suspiro como de pena. Luego levanta los ojos al cielo. Está, sin duda, orando. Cierra la puerta con cuidado. Dobla el bordado. Va a la cocina. Apaga, o cubre, la lumbre. Mira a ver si todo está como debe. Coge la lámpara y sale, cerrando la puerta. Con su mano protege la llamita, temblorosa en el viento fresquito de la noche. Entra en su habitación y sigue orando.

La visión cesa así.

Dice María:

- Hija mía querida, cuando, terminado el éxtasis que me había henchido de inefable alegría, regresé a los sentidos de la Tierra, el primer pensamiento que, punzante como espina de rosas, hirió mi corazón envuelto en las rosas del Divino Amor, desposado conmigo unos instantes antes, fue José.

Yo ya amaba entonces a este santo y providente custodio mío. Desde el momento en que la voluntad de Dios, a través de la palabra de su Sacerdote, quiso que fuera esposa de José, pude ir conociendo y apreciando la santidad de este Justo. Unida a él, sentí cesar mi estado de desorientación por mi orfandad, y dejé de añorar el perdido amparo del Templo. Él era tan dulce como el padre que había perdido. Junto a él me sentía tan segura como junto al Sacerdote. Toda vacilación había cesado; es más, había quedado olvidada — efectivamente, mucho se habían alejado de mi corazón de virgen las vacilaciones, porque había

comprendido que no tenía motivo alguno de vacilar, que no tenía nada que temer respecto a José —. Mi virginidad, confiada a José, estaba más segura que un niño en brazos de su madre.

¿Cómo decirle ahora que era Madre? Trataba de encontrar las palabras con que anunciárselo. Difícil búsqueda. No quería yo, en efecto, alabarme por el don divino recibido, y no podía justificar mi maternidad en ningún modo sin decir: "El Señor me ha amado entre todas las mujeres y de mí, su sierva, ha hecho su Esposa". Tampoco quería engañarle, ocultándole mi estado.

Pero, mientras oraba, el Espíritu que me llenaba me había dicho: "Guarda silencio. Déjame a mí la tarea de justificarte ante tu esposo". ¿Cuándo? ¿Cómo? No lo había preguntado. Siempre me había abandonado en Dios, como una flor se abandona a la ola que la lleva. Jamás el Eterno me había dejado sin su ayuda. Su mano me había sujetado, protegido, guiado hasta aquí; esta vez, pues, también lo haría.

Hija mía, ¡qué hermosa y confortante es la fe en nuestro eterno y buen Dios! Nos pone entre sus brazos como si fueran una cuna; nos lleva, como una barca, al radiante puerto del Bien; da calor a nuestro corazón, nos consuela, nos nutre, nos proporciona descanso y júbilo, nos ilumina y nos guía. La confianza en Dios lo es todo, y Dios da todo a quien tiene confianza en Él: se da El mismo.

Aquella tarde llevé hasta la perfección mi confianza de criatura. Ahora podía hacerlo, porque Dios estaba en mí. Antes, mi confianza era la de una pobre criatura como era; siempre una nada, aunque fuera la Tan Amada que era la Sin Mancha. Pero ahora poseía la confianza divina porque Dios era mío: ¡mi Esposo, mi Hijo! ¡Oh, gran gozo! Ser Una con Dios. No para gloria mía, sino para amarle en una unión total y poderle decir: "Tú, Tú solo, que estás en mí, actúa con tu divina perfección en todas las cosas que yo haga".

Si Él no me hubiera dicho: "¡Calla!", quizás habría osado, con el rostro en tierra, decirle a José: "El Espíritu ha penetrado en mí y llevo la Semilla de Dios". Él me habría creído, porque me estimaba y además porque, como todos los que nunca mienten, no podía creer que otro mintiera. Sí, con tal de no causarle un dolor subsiguiente, yo habría vencido la reticencia a proporcionarme a mí misma esa alabanza. Mas, presté obediencia al mandato divino.

A partir de ese momento, y durante meses, sentí esa primera herida que me ensangrentaba el corazón. Ese fue el primer dolor de mi destino de Corredentora. Lo ofrecí y lo sufrí para expiar, y para daros una norma de vida en momentos análogos a éste, de sufrimiento por deber guardar silencio o por un hecho que da una mala imagen de vosotros a quien os ama.

Confiadle a Dios la tutela de vuestro buen nombre y de vuestros intereses afectivos. Mereced, con una vida santa, la tutela de Dios, y... caminad seguros. Podrá el mundo entero ponerse en contra de vosotros; Él os defenderá ante quien os ama, y hará brillar la verdad.

## 19

## María y José camino de Jerusalén.

Asisto al momento de la partida para ir donde Sta. Isabel. José ha venido a recoger a María con dos borriquillos grises: uno para él, el otro para María. Los dos animalitos llevan la acostumbrada albardilla; una de ellas agrandada, por un arnés, que sólo luego comprendo que ha sido hecho para llevar la carga (es una especie de portaequipajes), sobre el cual José asegura una pequeña arca de madera — un pequeño baúl, diríamos ahora — que le ha traído a María para que pueda colocar en ella sus indumentos sin peligro de que el agua los moje.

Le oigo a María agradecer mucho a José este regalo providente, donde ordena todo lo que llevaba en un talego que había preparado antes.

Cierran la puerta de casa y se ponen en camino. Está naciendo el día; efectivamente, veo que la aurora tenuemente empieza a rosear a Oriente. Nazaret duerme todavía. Los dos viajeros madrugadores encuentran en su camino únicamente a un pastor, el cual va arreando a las ovejas para que avancen; y las ovejas van trotando, chocándose unas contra otras balando. Los corderitos son los que más balan, con sonido agudo y ligero; quisieran buscar, incluso mientras caminan, la mama materna. Pero las madres van deprisa al pasto y los invitan con su balido, más fuerte, a que también troten.

María mira y sonríe. Se ha detenido para dejar pasar al rebaño, y se inclina desde su albardilla y acaricia a estos mansos animalitos que pasan rozando al borriquillo. Cuando llega el pastor, con un corderillo recién nacido en sus brazos, y se para saludar, María ríe acariciando en el morrito rosado al corderito, que bala como un desesperado, y dice:

- Está buscando a su mamá. Ésta es la mamá, aquí está. No te abandona, no, pequeñuelo. Efectivamente, la oveja madre se restriega contra el pastor y se pone de manos para lamer en el morrito a su hijo.

Pasa el rebaño con rumor de agua entre frondas, dejando tras sí el polvo que han levantado las veloces pezuñitas, y todo un bordado de pisadas sobre la tierra del camino.

José y María reanudan la marcha. José lleva su capa; María va arropada con una especie de toquilla de rayas porque la mañana está muy fresca.

Ya están en el campo y van el uno al lado del otro. Hablan raras veces. José piensa en sus asuntos y María sigue sus propios pensamientos, y, recogida en sí, sonríe ante éstos y ante las cosas cuando, saliendo de su concentración, dirige la mirada hacia lo que la rodea. De vez en cuando mira a José, y un velo de seriedad triste le nubla la cara; luego le torna la sonrisa, incluso al mirar a este esposo suyo providente, que habla poco pero que si lo hace es para preguntarle si va cómoda y si no necesita nada.

Ahora ya han afluido otras personas a los caminos, especialmente en las cercanías de algún pueblo o dentro de él. Pero ninguno de los dos hace mucho caso de las personas que se cruzan con ellos. Van en sus burritos trotadores en medio de un gran rumor de cascabeles. Se detienen sólo una vez, a la sombra de un bosquecillo, para comer un poco de pan y aceitunas y beber en una fuente que baja de una cuevecilla, y, otra vez, para protegerse de un chaparrón violento que rompe al improviso de un nubarrón oscurísimo.

Están al amparo del monte, contra un saliente de una roca que los protege de lo más intenso del agua. Pero José quiere a toda costa que María se ponga su capa de lana impermeable, por la que el agua resbala sin mojar. María se ve obligada a ceder ante la premurosa insistencia de su esposo, el cual para tranquilizarla en lo que toca a su propia inmunidad, se pone sobre la cabeza y sobre los hombros una mantita parda que cubría la albardilla. La manta del burro probablemente. Ahora María, enmarcada su cara con la capucha y cubierta por entero con la capa marrón que lleva sujeta al cuello, parece un frailecito.

El chaparrón amaina, aunque se transforma en una lluvia fastidiosa y fina. Los dos reanudan la marcha por el camino todo lleno de barro. De todas formas, es primavera, y, pasado un poco de tiempo, torna el sol a hacer más cómoda la marcha. Los dos burritos trotan de mejor gana por el camino.

No veo nada más porque la visión cesa aquí.

## 20

## Salida de Jerusalén. El aspecto beatífico de María. Importancia de la oración para María y José.

Estamos en Jerusalén. La conozco bien ya con sus calles y sus puertas.

Los dos esposos lo primero que hacen es dirigirse hacia el Templo. Reconozco la cuadra donde José dejó el burro el día de la Presentación en el Templo. También ahora deja allí — primero les ha dado de comer — a los dos burros, y con María va a adorar al Señor.

Salen. Van a una casa de personas conocidas según parece; allí comen y beben algo. María se pone a descansar hasta que vuelve José con un viejecillo.

- Este hombre va por el mismo camino que tú. Deberás recorrer bien poco camino sola para llegar donde tu parienta. Fíate de él, que le conozco.

Vuelven a subirse a los burros. José acompaña a María hasta la Puerta (no la puerta por la que entraron; otra) y allí se despiden...

María va sola con el viejecillo, que habla por todo lo que no hablaba José, y que se interesa de mil cosas. María contesta pacientemente.

Ahora, en la parte de delante de la albardilla lleva el baulillo (hasta entonces lo había llevado siempre José en su burrito), y ya no tiene la capa; tampoco lleva su toquilla, la cual está ahora doblada encima del baúl. Está guapísima con su vestido azul oscuro y con su velo blanco que la protege del sol. ¡Qué guapa está!

El viejecillo debe ser un poco sordo, porque, para que la oyera, María ha tenido que hablar bien fuerte; Ella, que habla siempre bajo. Ahora está ya cansado; ha agotado todo su repertorio de preguntas y de noticias y se ha quedado transpuesto sobre el burro, dejándose guiar por él, que conoce bien el camino.

María aprovecha esta tregua para recogerse en sus pensamientos y para orar. Debe ser una oración la que Ella va cantando en voz baja, mirando al cielo azul y con los brazos sobre el pecho y con rostro iluminado y beato por la emoción interior.

No veo más cosas.

Y también ahora, cuando la visión se me detiene, como ayer, queda presente conmigo la Madre, tan nítidamente visible a mi interna vista, que le puedo describir el color rosado tenue del carrillo que bien poco tiene de grueso y sí de dulcemente blando; le puedo describir el rojo vivo de su pequeña boca y el brillar dulce de sus ojos azulinos entre el rubio oscuro de las pestañas.

Le puedo decir cómo sus cabellos, divididos por el medio de la cabeza, caen esponjosos con tres ondulaciones por cada parte hasta tapar la mitad de sus pequeñas orejas rosadas, y desaparecen con su oro pálido y brillante bajo el velo que le cubre la cabeza (en efecto, la veo cubierta con su manto, vestida con su vestido de seda paradisíaca, y con su manto fino como un velo, aunque opaco, de la misma tela que el vestido).

Le puedo decir que su vestido está como ceñido al cuello por una vaina atravesada por un cordón cuyos extremos se anudan por delante en la base del cuello; y que el vestido está recogido en torno a la cintura por un cordón más grueso, también de seda blanca, del que penden lateralmente dos borlas.

Le puedo incluso decir que el vestido, estando ceñido al cuello y a la cintura, forma sobre el pecho siete pliegues ondulados y esponjosos, único ornato del castísimo indumento.

Le puedo expresar la castidad que emana de todo el aspecto de María, de esas formas suyas tan delicadas y armoniosas que la hacen tan angélicamente mujer.

Y, cuanto más la miro, más sufro pensando en cuánto la hicieron sufrir, y me pregunto cómo pudieron no tener piedad de Ella, tan mansa y gentil, tan delicada incluso en su aspecto físico. Mirándola, llegan de nuevo a mis oídos todos los gritos del Calvario — que también iban contra Ella —, todos los escarnios y burlas, todas las maldiciones por ser la Madre del Condenado. La veo bella y tranquila, ahora; pero, su aspecto actual no me borra el recuerdo de su trágico rostro de aquellas horas de agonía, ni el de su rostro desolado en la casa de Jerusalén, después de la muerte de Jesús. Y quisiera poderla acariciar y besarle esa mejilla tan delicadamente rosada y suave, para hacer desaparecer con mi beso ese recuerdo de llanto que, igual que en mí, ciertamente está en Ella.

No puede imaginarse qué paz me da el tenerla cerca. Creo que morir viéndola tiene que ser tan dulce como la más dulce hora de vida; más dulce aún. Durante este tiempo en que no la veía así — toda para mí — he sufrido su ausencia como se sufre por la ausencia de una madre. Experimento de nuevo la inefable alegría que me acompañó en el mes de diciembre y al principio de enero. Y me siento feliz. Feliz, a pesar de que el haber visto el suplicio de la Pasión extienda un velo de dolor sobre toda dicha mía.

Es difícil decir y hacer comprender lo que siento y lo que se ha producido desde el 11 de febrero, desde la tarde en que vi sufrir a Jesús en su Pasión. Ha sido una visión que me ha cambiado radicalmente. Ya muriese ahora, ya dentro de cien años, esa visión permanecería siempre igual en su intensidad y en sus efectos. Antes pensaba en los dolores de Cristo; ahora los vivo, porque me basta una palabra, una mirada a una imagen, para volver a sufrir cuanto sufrí aquella tarde y para horrorizarme ante aquellos suplicios y angustiarme por aquel padecimiento suyo desolado; y, aunque nada lo recuerde, el recuerdo y su suplicio están vivos en mí.

María empieza a hablar y yo me callo.

Dice María:

- Voy a hablar poco porque estás muy cansada, pobre hija mía. Sólo quiero que pongas — como también quien lee — tu atención en la costumbre constante de José y mía de reservar siempre el primer puesto a la oración. Ni el cansancio ni la prisa ni los pesares ni las ocupaciones impedían la oración; antes al contrario, la favorecían.

Era siempre la reina de nuestras ocupaciones. Nuestro refrigerio, nuestra luz, nuestra esperanza. Si en las horas tristes era consuelo, en las felices canto; pero siempre, la amiga constante de nuestra alma: era la que nos desligaba de la tierra, del destierro, y nos mantenía en suspensión hacía el Cielo, la Patria.

No sólo yo — que ya tenía dentro de mí a Dios y me bastaba con mirarme dentro para adorar al Santo de los santos — me sentía unida a Dios cuando oraba, sino que también lo sentía José, porque nuestra oración era adoración verdadera de todo el ser, que se fundía con Dios adorándole y recibiendo a su vez su abrazo.

Fijáos que ni siquiera yo, que ya tenía en mí al Eterno, me sentí exenta de prestar veneración al Templo. La más alta santidad no exime de sentirse una nada respecto a Dios y de humillar esta nada, puesto que Él nos lo permite, en un continuo grito de júbilo a su gloria.

¿Sois débiles, pobres, imperfectos? Invocad la santidad del Señor: "¡Santo, Santo, Santo!". Invocad al Santo bendito para que socorra vuestra miseria. Vendrá, transfundiéndoos su santidad. ¿Sois santos, ricos de méritos ante sus ojos? Invocad igualmente la santidad del Señor, la cual, siendo infinita, aumentará cada vez más la vuestra. Los ángeles, seres que están por encima de las debilidades de la humanidad, no cesan un instante de cantar su "Sanctus", y su belleza sobrenatural crece con cada acto de invocación de la santidad de nuestro Dios. Imitad, pues, a los ángeles.

No os despojéis nunca del amparo de la oración. Contra ella se despuntan las armas de Satanás, las malicias del mundo, los apetitos de la carne, las soberbias de la mente. No bajéis jamás esta arma, por la cual los Cielos se abren, lloviendo así gracias y bendiciones.

La tierra tiene necesidad de un baño de oraciones para purificarse de las culpas que atraen los castigos de Dios. Y, dado que pocos oran, esos pocos deben orar como si fueran muchos, multiplicar sus oraciones vivas para obtener con ellas esa suma necesaria para conseguir gracia; y las oraciones viven cuando están sazonadas con verdadero amor y sacrificio.

Que tú, hija, sufras, además de por tu sufrimiento, por el mío y el de mi Jesús, es bueno, es meritorio y grato a Dios. Tengo en gran estima tu amor compasivo. ¿Querías besarme? Besa las llagas de mi Hijo. Úngelas con el bálsamo de tu amor. Yo sentí espiritualmente el agudo dolor de los azotes y de las espinas y la tortura de los clavos y de la cruz. Mas, de la misma forma, siento espiritualmente todas las caricias hechas a mi Jesús, y son otros tantos besos que yo recibo. Bueno, ven de todas formas; verdad es que soy la Reina del Cielo, pero sigo siendo la Madre...

Y yo me siento bendecida.

## 21

## La llegada de María a Hebrón y su encuentro con Isabel.

Me encuentro en un lugar montañoso. No son grandes montañas, pero tampoco puede decirse que sean simples colinas. Tienen cimas y sinuosidades ya propias de las verdaderas montañas, como las que se ven en nuestros Apeninos tosco-umbrianos. La vegetación es tupida y bonita. Abunda el agua fresca que mantiene verdes los pastos y fértiles los huertos, casi todos plantados de manzanos, higueras y vid; esta última, en torno a las casas. Debe ser primavera, como se deduce de que las uvas sean ya de un cierto volumen, como semillas de veza; y de que las flores de los manzanos asemejen a numerosas bolitas de color verde intenso; así como del hecho de que en lo alto de las ramas de las higueras hayan aparecido ya los primeros frutos, todavía en estado embrional, pero ya bien definidos. Y los prados son una verdadera alfombra esponjosa y de mil colores en que pacen, o descansan, las ovejas: manchas blancas sobre el fondo de esmeralda de la hierba.

María sube en su burrito por una vía que está en bastante buen estado, y que debe ser de primer orden. Sube, porque, efectivamente, el pueblo, de aspecto bastante ordenado, está más arriba. Mi interno consejero me dice:

- Este lugar es Hebrón». Usted me hablaba de Montana. Yo no sé qué hacer. A mí se me indica con este nombre. No sé si será «Hebrón» toda la zona o sólo el pueblo. Yo oigo esto, y esto es lo que digo.

María está entrando en el pueblo. Atardece. Algunas mujeres, en las puertas de las casas, observan la llegada de la forastera y chismean entre sí. La siguen con la mirada y no se quedan tranquilas hasta que la ven detenerse delante de una de las casas más lindas, situada en el centro del pueblo y que tiene delante un huerto-jardín, y detrás y alrededor un huerto de

árboles frutales bien cuidado, que se extiende luego dando lugar a un vasto prado que sube y baja por las sinuosidades del monte, para terminar en un bosque de altos árboles, tras el cual no sé qué más hay. Todo ello cercado por un seto de morales o rosales silvestres. No lo distingo bien porque — no sé si usted lo tiene presente — tanto la flor como el ramaje de estas matas espinosas son muy semejantes, y mientras no aparece el fruto en las ramas es fácil confundirse. En la parte delantera de la casa, es decir, por el lado paralelo al pueblo, la propiedad está cercada por un pequeño muro blanco, a lo largo de cuya parte alta hay ramas de verdaderos rosales, todavía sin flores, aunque ya llenas de capullos. En el centro, una cancilla de hierro, cerrada. Se comprende que se trata de la casa de una de las personalidades del pueblo, y de gente que vive desahogadamente, pues, efectivamente, todo en ella da signos, si no de riqueza y de pompa, sí, sin duda, de bienestar. Y mucho orden.

María se baja del burrito y se acerca a la puerta de hierro. Mira por entre las barras. No ve a nadie. Entonces trata de que la oigan. Una mujercita (la más curiosa de todas, que la ha seguido) le hace señales para que se fije en un extraño objeto que sirve para llamar: dos piezas de metal dispuestas en equilibrio en una especie de yugo, las cuales, moviendo el yugo con una gruesa cuerda, chocan entre sí haciendo el sonido de una campana o de un gong.

María tira de la cuerda, pero lo hace de forma tan delicada que el sonido es sólo un ligero tintineo que nadie oye. Entonces la mujercita, una viejecilla toda ella nariz y barbilla puntiaguda, y con una lengua que vale por diez juntas, se agarra a la cuerda y se pone a tirar, a tirar, a tirar. Una llamada que despertaría a un muerto.

- Se hace así, mujer. Si no, ¿cómo va a querer que la oigan? Sepa que Isabel es anciana, y también Zacarías. Y ahora, además de sordo, está mudo. Los dos sirvientes son también viejos, ¿sabe? ¿Ha venido alguna otra vez? ¿Conoce a Zacarías? ¿Es usted...?.

Aparece un viejecillo renco que salva a María de este diluvio de informaciones y preguntas. Debe ser jardinero o labrador. Lleva en la mano un pequeño rastrillo y una hoz atada a la cintura. Abre. María entra mientras le da las gracias a la mujer, pero... ¡ay!, la deja sin respuesta. ¡Qué desilusión para la curiosa!

Nada más entrar, dice:

- Soy María de Joaquín y Ana, de Nazaret. Prima de vuestros señores.

E1 viejecillo inclina la cabeza y saluda, luego da una voz:

-¡Sara! ¡Sara!.

Y abre otra vez la verja para coger el borriquillo, que se había quedado afuera porque María, para librarse de la pegajosa mujercita, se había colado dentro muy rápida, y el jardinero, tan rápidamente como Ella, había cerrado la verja delante de las narices de la chismosa. Pasa al burro y, mientras lo hace, dice:

-¡Ah... gran dicha y gran desgracia para esta casa! El Cielo ha concedido un hijo a la estéril. ¡Bendito sea por ello el Altísimo! Pero Zacarías volvió de Jerusalén mudo hace ya siete meses. Se hace entender con gestos, o escribiendo. ¿Ha tenido noticia de ello? Mi señora, en medio de esta alegría y este dolor, la ha echado mucho de menos. Siempre hablaba de usted con Sara. Decía: "¡Si estuviese aquí conmigo mi pequeña
María... ! Si hubiera seguido hasta ahora en el Templo, habría enviado a Zacarías a traerla. Pero el Señor ha querido que fuese la esposa de José de Nazaret. Sólo Ella podría consolarme en este dolor y ayudarme a rezar a Dios, porque todo en Ella es bondad. En el Templo todos la echan de menos y están tristes. La pasada fiesta, cuando fui con Zacarías la última vez a Jerusalén a dar gracias a Dios por haberme dado un hijo, oí de sus maestras estas palabras: "Al Templo parecen faltarle los querubines de la Gloria desde que la voz de María no suena ya entre estas paredes". ¡Sara! ¡Sara! Mi mujer es un poco sorda. Ven, ven, que te llevo yo».

En vez de Sara, aparece, en la parte alta de una escalera adosada a un lado de la casa, una mujer ya muy anciana, ya llena de arrugas, con el pelo muy canoso — pero que ha debido ser negrísimo, a juzgar por lo negras que tiene las pestañas y las cejas y por el color moreno de su cara —. Contrasta en modo extraño, con su visible vejez, su estado, ya muy patente, a pesar de la ropa amplia y suelta que lleva. Mira protegiéndose los ojos de la luz con la mano. Reconoce a María. Levanta los brazos hacia el cielo con una exclamación de asombro y de alegría, y se apresura, en la medida en que puede, hacia abajo al encuentro de la recién llegada. Y María — cuyos movimientos son siempre moderados — esta vez se echa a correr rápida como un cervatillo y llega al pie de la escalera al mismo tiempo que Isabel. Y recibe en su pecho con viva efusión de afecto a su prima, que, al verla, llora de alegría.

Permanecen abrazadas un momento. Luego Isabel se separa con una exclamación de dolor y alegría al mismo tiempo, y se lleva las manos al abultado vientre. Agacha la cabeza, palideciendo y sonrojándose alternativamente. María y el sirviente extienden los brazos para sujetarla, pues ella vacila como si se sintiera mal.

Pero Isabel, después de un minuto de estar como recogida dentro de sí, alza su rostro, tan radiante que parece rejuvenecido, mira a María sonriendo con veneración como si estuviera viendo un ángel y se inclina en un intenso saludo diciendo:

-¡Bendita tú entre todas las mujeres! ¡Bendito el Fruto de tu vientre! (lo dice así, dos frases bien separadas) ¿Cómo he merecido que venga a mí, sierva tuya, la Madre de mi Señor? Sí, ante el sonido de tu voz, el niño ha saltado en mi vientre como jubiloso, y cuando te he abrazado el Espíritu del Señor me ha dicho una altísima verdad en el corazón. ¡Dichosa tú, porque has creído que a Dios le fuera posible lo que posible no aparece a la humana mente! ¡Bendita tú, que por tu fe harás realidad lo que te ha sido predicho por el Señor y fue predicho a los Profetas para este tiempo! ¡Bendita tú, por la Salud que engendras para la estirpe de Jacob! ¡Bendita tú, por haber traído la Santidad a este hijo mío que siento saltar de júbilo en mi vientre como cabritillo alborozado porque se siente liberado del peso de la culpa, llamado a ser el precursor, santificado antes de la Redención por el Santo que se está desarrollando en ti!.

María, con dos lágrimas como perlas, que le bajan desde los risueños ojos hasta la boca sonriente, el rostro alzado hacia el cielo, levantados también los brazos, en la posición que luego tantas veces tendrá su Jesús, exclama:

- El alma mía magnifica a su Señor – y continúa el cántico como nos ha sido transmitido. Al final, en el versículo: «Ha socorrido a Israel, su siervo etc», recoge las manos sobre el pecho y se arrodilla muy curvada hacia el suelo adorando a Dios.

El sirviente, cuando había visto que Isabel no se sentía mal y que quería manifestar su pensamiento a María, se había retirado prudentemente; ahora vuelve del huerto acompañado de un anciano de aspecto majestuoso, de barba y pelo enteramente blancos, el cual, con vistosos gestos y sonidos guturales, saluda desde lejos a María.

- Zacarías está llegando - dice Isabel tocando en el hombro a la Virgen, que está orando absorta - Mi Zacarías está mudo. Está bajo sanción divina por no haber creído. Ya te contaré luego. Ahora espero en el perdón de Dios porque has venido tú; tú, llena de Gracia.

María se levanta. Va hacia Zacarías. Se inclina hasta el suelo ante él. Le besa la orla de la vestidura blanca que le cubre hasta los pies. Esta vestidura es muy amplia y está sujeta a la cintura por una ancha franja bordada.

Zacarías, con gestos, da la bienvenida a María, y juntos van donde Isabel. Entran todos en una vasta habitación, muy bien puesta, de la planta baja. Ofrecen asiento a María y mandan que le sirvan una taza de leche recién ordeñada — todavía tiene la espuma — y unas pequeñas tortas.

Isabel da órdenes a la sirvienta, quien, embadurnadas de harina todavía las manos y el pelo más blanco de cuanto en realidad lo es, por la harina que tiene, por fin ha hecho acto de presencia. Quizás estaba haciendo el pan. Da órdenes también al sirviente — al que oigo llamar Samuel — para que lleve el baulillo de María a la habitación que le indica. Todos los deberes de una señora de casa para con su huésped.

Entretanto, María responde a las preguntas que Zacarías le hace escribiendo con un estilo en una tablilla encerada. Por las respuestas, comprendo que le está preguntando por José y por cómo se encuentra siendo su prometida. Y comprendo también que a Zacarías le es negada toda luz sobrenatural acerca de la gravidez de María y su condición de Madre del Mesías. Es Isabel quien, acercándose a su marido y poniéndole con amor una mano en el hombro, como para hacerle una casta caricia, le dice:

- María también es madre. Regocíjate por su felicidad - Y no dice nada más. Mira a María; y María la mira, pero no la invita a decir nada más, por lo cual guarda silencio.

¡Dulce, dulcísima visión que me cancela el horror que me quedó al ver el suicidio de Judas!

Ayer por la tarde, antes del sopor, vi el llanto de María, inclinada hacia la piedra de la unción, sobre el cuerpo sin vida del Redentor. Estaba a su lado derecho, dando la espalda a la boca de la gruta sepulcral. La luz de las antorchas iluminaba su cara y me hacía ver su pobre rostro devastado por el dolor, lavado por el llanto. Cogía la mano de Jesús, la acariciaba, se la calentaba en sus mejillas, la besaba, extendía los dedos... besaba uno a uno estos dedos ya inmóviles. Luego acariciaba el rostro de Jesús, se inclinaba a besar la boca abierta, los ojos semicerrados, la frente herida. La luz rojiza de las antorchas daba un aspecto más vivo aún a las llagas de todo ese cuerpo torturado y hacía más verídica la crudeza del suplicio padecido y la realidad de su estar muerto.

Y así me quedé contemplando mientras permaneció lúcida mi inteligencia. Luego, despertada del sopor, he orado y me tranquilicé para dormir verdaderamente. Entonces me comenzó la visión que he descrito. Pero la Madre me dijo: «No te muevas. Únicamente mira. Mañana escribirás». Durante el sueño he vuelto a soñar todo. Me he despertado a las 6'30 y he vuelto a ver cuanto ya había visto despierta y en sueño. He escrito mientras veía. Luego ha venido usted (el sacerdote con quien ella consultaba y a quien daba los escritos) y le he podido preguntar si tenía que meter lo que sigue. Son pequeños cuadros separados que tratan del tiempo de permanencia de María en casa de Zacarías.

## 22

## Las jornadas en Hebrón. Los frutos de la caridad de María hacia Isabel.

Veo a María cosiendo sentada en la sala de la planta baja. Parece que es por la mañana. Isabel va y viene, ocupándose de la casa. Cada vez que entra, se acerca a depositar una caricia en la rubia cabeza de María, más rubia aún ahora por el contraste con las paredes; más bien oscuras, y bajo el rayo del luminoso sol que entra por la puerta abierta que da al jardín.

Isabel se inclina a mirar el trabajo de María — es el bordado que tenía en Nazaret — y alaba su belleza.

- Tengo también lino para hilar - dice María.

-¿Para tu Niño?

- No. Lo tenía ya cuando todavía no pensaba que... - María no acaba la frase, pero yo entiendo: «... cuando todavía no pensaba que iba a ser Madre de Dios.

- Pero ahora tendrás que usarlo para Él. ¿Es bonito? ¿Es fino? Ya sabes que los niños necesitan una tela suavísima.

- Sí, lo sé.

- Yo había empezado... Tarde, porque quería estar segura de que no era un engaño del Maligno; a pesar de que... sentía en mí una alegría, tal, que, no, no podía provenir de Satanás. Luego... he sufrido mucho. Soy vieja, María, para encontrarme en este estado. "He sufrido mucho. Tú no sufres...

- Yo no. Nunca me he sentido tan bien.

-¡Ya! ¡Claro! En ti no hay mancha, si Dios te ha elegido para ser Madre suya. Por tanto, no estás sujeta a los sufrimientos de Eva. El Fruto concebido en ti es santo.

- Es como si tuviera un ala en el corazón y no un peso; es como llevar dentro todas las flores y todas las avecillas que cantan en primavera, y toda la miel y todo el sol... ¡Oh, me siento dichosa!.

-¡Bendita eres! Yo también, desde que te he visto, he dejado de sentir peso, cansancio y dolor. Me siento nueva, joven, liberada de las miserias de mi carne de mujer. Mi hijo saltó primero dichoso ante el sonido de tu voz, luego se tranquilizó gozoso. Y me parece como si lo llevase dentro en una cuna viva, y como si le viera dormir completamente satisfecho y dichoso, y respirar como un pajarito feliz bajo el ala de su madre... Ahora me voy a poner manos a la obra. No sentiré ya el peso. Veo poco, pero...

-¡Deja, Isabel! Me encargo yo de hilar y tejer para ti y para tu niño. Yo soy rápida y veo bien.

- Pero tendrás que ocuparte del tuyo....

-¡Bueno, hay tiempo de sobra!... Primero me ocuparé de ti, que ya vas a tener pronto al pequeñuelo; luego de mi Jesús.

Decirle lo dulce de la expresión y voz de María, decirle cómo se adornaran sus ojos de un suave, dichoso llanto, cómo Ella sonríe al pronunciar este Nombre, mirando al cielo luminoso y azul, es superior a las posibilidades humanas. Parece como si el éxtasis la arrobara por el solo hecho de pronunciar «Jesús».

Isabel dice:

-¡Qué nombre más hermoso! ¡El Nombre del Hijo de Dios, Salvador nuestro!.

-¡Oh..., Isabel! - María revela una expresión tristísima y ha aferrado las manos que su parienta tenía cruzadas sobre el vientre abultado - Dime, tú que, cuando yo llegué, fuiste investida del Espíritu del Señor y que profetizaste lo que el mundo ignora. Dime, ¿qué tendrá que hacer para salvar al mundo mi Criatura? Los Profetas... ¡Oh!... ¡Los Profetas que hablan del Salvador!... Isaías... ¿recuerdas Isaías! "Él es el Varón de los dolores. Por sus moretones recibimos la salud. Él ha sido traspasado y está llagado por nuestras iniquidades... Plugo al Señor quebrantarlo con dolores... Tras la condena fue levantado..." ¿De qué elevación habla? Le llaman Cordero, y yo pienso... yo pienso en el cordero pascual, el cordero mosaico, y concateno esto con la serpiente que Moisés levantó en una cruz. ¡Isabel!... ¡Isabel! ¿Qué le harán a mi Criatura? ¿Qué tendrá que sufrir para salvar al mundo? - María se echa a llorar.

Isabel la quiere consolar diciendo:

- María, no llores. Es tu Hijo, pero también es Hijo de Dios. Dios se preocupará de su Hijo y de ti, que eres su Madre. Si bien es cierto que muchos lo tratarán cruelmente, también lo es que otros muchos lo amarán. ¡Muchos!... Por los siglos de los siglos. El mundo dirigirá su mirada al que de ti nacerá y, junto con El, te bendecirá a ti, que eres Manantial de redención. ¡La suerte de tu Hijo! Proclamado Rey de toda la creación. Piensa en esto, María. Rey, por haber rescatado toda la creación; como tal, será su Rey universal. Y también en la tierra, en el tiempo, será amado. El que nacerá de mí precederá al tuyo y lo amará. Se lo dijo el ángel a Zacarías. Él me lo escribió... ¡Qué dolor ver mudo a mi Zacarías! De todas formas, espero que cuando nazca el niño el padre sea liberado de este castigo. Pide tú por ello, tú que eres la Sede de la Potencia de Dios y la Causa de la alegría del mundo. Yo, para obtener esto, como puedo hago ofrenda de mi criatura al Señor, porque es suya, pues Él se la ha prestado a su sierva para proporcionarle la alegría de ser llamada "madre". Es el testimonio de cuanto Dios me ha hecho. Quiero que se llame Juan. ¿No es él, mi niño, acaso, una gracia? Y ¿no es Dios quien me la ha dado?.

- Y Dios — yo también estoy convencida de ello — te concederá esa gracia. Yo oraré... contigo.

-¡Siento tanto dolor viéndolo mudo!... - Isabel llora - Cuando escribe, pues ya no puede hablarme, es como si montes y mares estuvieran entre mí y mi Zacarías. Después de tantos años de dulces palabras, ahora sólo silencio de su boca... sobre todo ahora, que sería verdaderamente hermoso hablar del que ha de venir. Incluso yo misma evito hablar para no verlo cómo se fatiga respondiéndome con gestos. ¡He llorado tanto... ! ¡Cuánto te he echado de menos! El pueblo mira, chismorrea y critica. El mundo es así. Cuando se padece una pena o se tiene una alegría, tenemos necesidad de alguien capaz de comprender, no de criticar. Ahora es como si toda la vida fuera mejor. Estoy alegre desde que llegaste; siento que mi prueba pronto quedará superada y que pronto mi dicha será completa. Será así, ¿no es verdad? Yo me resigno a todo, pero... ¡si Dios perdonara a mi marido! ¡Oh, poder oírle orar de nuevo!...

María la acaricia y la anima, y le propone, para distraerla, salir un poco al soleado jardín.

Caminan bajo una pérgola bien cuidada, hasta una torrecilla rural, en cuyos agujeros hacen sus nidos las palomas.

María les echa comida sonriendo, pues se le han echado encima arrullando intensamente. Su revoloteo dibuja en torno a Ella círculos iridiscentes. Se le posan sobre la cabeza, sobre los hombros, en los brazos y en las manos, alargando los picos rosados para arrebatarle los granitos de la concavidad de las manos, picoteando con gracia los róseos labios de la Virgen, y los dientes, que le brillan con el sol. María saca de un saquito el blondo trigo, y ríe en medio de ese carrusel de avidez impetuosa.

-¡Cuánto te quieren! - dice Isabel - Pocos días llevas con nosotros y ya te quieren más que a mí, que las he cuidado siempre.

El paseo continúa hasta llegar a un recinto cerrado en el fondo del huerto. Hay unas veinte cabritas con sus cabritillos.

-¿Has vuelto del pasto? - pregunta María a un pastorcillo acariciándolo.

- Sí, porque mi padre me ha dicho: "Vete a casa, que dentro de poco va a llover y hay ovejas que pronto van a parir. Preocúpate de que tengan hierba seca y cama de paja preparada". Viene por allí - Y señala hacia más allá del bosque, de donde llega un trémulo balitar.

María acaricia a un cabritillo que se restriega en ella, rubio como un niño. Y ella e Isabel beben la leche recién ordeñada que el pastorcillo les ofrece.

Llegan las ovejas con un pastor hirsuto como un oso. Debe ser, no obstante, un buen hombre porque lleva sobre sus hombros una oveja quejumbrosa. La deja en el suelo despacio; explica que está para dar a luz un cordero, que no podía caminar sino con dificultad, que se la ha puesto sobre los hombros y que se ha dado una buena carrera para llegar a tiempo. Y el niño conduce al redil a la oveja, que va cojeando a causa de los dolores.

María se ha sentado en una piedra y juega con los cabritillos y los corderos, ofreciendo a sus rosados morritos flores de trébol. Un cabritillo blanco y negro le pone las patitas sobre un hombro y le olisquea los cabellos. «No es pan» dice María riendo. «Mañana te traigo una corteza. Ahora tranquilo».

También Isabel, ya sosegada, ríe.

"Veo a María hilando premurosamente bajo la pérgola en que la uva aumenta de volumen. Debe haber pasado ya un poco de tiempo, pues las manzanas comienzan a tomar color rojo en los árboles, y las abejas zumban cerca de las flores de la higuera ya formadas.

Isabel está verdaderamente gruesa y camina pesadamente. María la mira con atención y amor. También a María, que se ha levantado para recoger el huso, que se le ha caído lejos, se la ve más llena a la altura de los costados, y su expresión ha cambiado. Ahora es más madura. Antes era niña, ahora es mujer.

Está anocheciendo y las mujeres entran en casa; en la habitación se encienden las lámparas. En espera de la cena, María teje.

-¿No te cansa nunca? - pregunta Isabel señalando el telar.

- No, tenlo por seguro.

- A mí este calor me deja sin fuerzas. No he vuelto a tener dolores, pero ahora el peso es grande para mis riñones, que ya son viejos».

-¡Ánimo! Pronto serás liberada de ese peso. ¡Qué feliz te sentirás entonces! Yo ardo en deseos de ser madre. ¡Mi Niño, mi Jesús! ¿Cómo será?

- Tan guapo como tú, María.

-¡Oh, no! ¡Más guapo! Él es Dios, yo soy su sierva. Me refería a si será rubio o moreno, si tendrá los ojos como el cielo sereno o como los de los ciervos de las montañas. Yo me le imagino más hermoso que un querubín, de cabellos rizados y color oro; los ojos del color de nuestro mar de Galilea cuando las estrellas empiezan a asomarse al confín del cielo; una boquita pequeñina y roja como el corte de una granada apenas abierta por el sol que la madura; sus mejillas, un rosáceo como éste de esta pálida rosa; dos manitas que, de lo pequeñitas y lindas que serán, podrán estar dentro de la corola de una azucena; dos piececitos que podrían caberme en el hueco de la mano, más delicados y lisos que un pétalo de flor. Mira, yo pongo en la idea que me he hecho de El todo lo que de hermoso me sugiere la tierra. Ya oigo su voz. Cuando llore — un poco llorará por hambre o por sueño mi Niño, y ello causará siempre un gran dolor a su Mamá, que no podrá, no, no podrá oírle llorar sin sentirse traspasar el corazón cuando llore, su voz será como ese balido que ahora oímos, de corderito de pocas horas que está buscando la mama y el calor de la lana materna para dormir. En la risa, en esa risa que llenará de cielo mi corazón, enamorado de mi Criatura — puedo estar enamorada de Él porque es mi Dios, y amarle con amor de enamorada no es contravenir a mi consagrada virginidad —, en la risa, su voz será como el zurear jubiloso de este pichoncito, contento porque ha comido, satisfecho en el nido calentito. Pienso en Él dando sus primeros pasos... un pajarillo saltando en un prado florido. El prado será el corazón de su Mamá, que estará bajo sus piececitos de rosa con todo su amor para que no encuentre nada que le produzca dolor. ¡Cuánto le voy a querer a mi Niño, a mi Hijo! ¡Y también José lo amará!

- Sí, pero tendrás que decírselo también a José.

Se le nubla el rostro a María, que suspira.

- Tendré que decírselo... Yo habría querido que se lo dijera el Cielo, porque es muy difícil de decir.

-¿Quieres que se lo diga yo? Lo llamamos para la circuncisión de Juan...

- No. Mira, he dejado en manos de Dios la tarea de instruirle, y lo hará, acerca del feliz destino de nutricio del Hijo de Dios. El Espíritu me dijo aquella tarde: "Guarda silencio. Déjame a mí la tarea de justificarte". Y lo hará. Dios no miente nunca. Es una gran prueba, pero con la ayuda del Eterno será superada. De mi boca, ninguno, aparte de ti, a quien el Espíritu se lo ha revelado, debe saber lo que la benevolencia del Señor ha hecho a su sierva.

- He guardado silencio siempre, incluso con Zacarías, que hubiera exultado de gozo si lo hubiera sabido. Él cree que eres madre según la naturaleza.

- Sí, lo sé. Así lo he querido por prudencia. Los secretos de Dios son santos. El ángel del Señor no le ha revelado a Zacarías mi maternidad divina. Habría podido hacerlo, si Dios hubiese querido, porque Dios sabía que ya era inminente el momento de la Encarnación de su Verbo en mí. Pero Dios le ha tenido escondida esta luz de gozo a Zacarías, que no aceptaba, por considerarlo imposible, vuestra paternidad y maternidad tardías. Me he puesto en sintonía con la voluntad de Dios, y, ya ves, tú has sentido el secreto que vive en mí, y él no ha advertido nada. Hasta que no se desprenda el diafragma de su incredulidad ante la potencia de Dios, se verá separado de las luces sobrenaturales.

Isabel suspira y guarda silencio.

Entra Zacarías. Ofrece unos rollos a María. Es la hora de la oración de la cena. María reza en voz alta en vez de Zacarías. Luego se sientan a la mesa.

- Cuando te marches, ¡cómo echaremos de menos el no tener quien ore en lugar de nosotros! - dice Isabel mirando a su mudo.

- Tú rezarás para ese entonces, Zacarías - dice María.

Él menea la cabeza y escribe: «No podré volver a orar en representación de otros. Me he hecho indigno de ello desde que dudé de Dios».

- Zacarías, tú rezarás. Dios perdona.

El anciano se enjuga una lágrima y suspira.

Terminada la cena, María vuelve al telar.

-¡Vale ya! - dice Isabel - Es demasiado cansancio.

- Está próxima la hora, Isabel. Quiero hacerle a tu niño un equipo digno del predecesor del Rey de la estirpe de David.

Zacarías escribe: « ¿De quién nacerá Él, y dónde?».

María responde:

- Donde han dicho los Profetas, y de quien elija el Eterno. Todo lo que nuestro Señor altísimo hace está bien hecho.

Zacarías escribe: « ¡Entonces, en Belén! En Judea. Mujer, iremos a venerarlo. Tú también vendrás con José a Belén».

Y María, inclinando hacia su telar la cabeza, dice:

- Iré.

La visión cesa así.

Dice María:

- El primer acto de caridad para con el prójimo ha de ejercitarse con el prójimo. No veas en esto un juego de palabras. La caridad se tiene hacia Dios y hacia el prójimo. En la caridad hacia el prójimo está comprendida también la que tiene por objeto nosotros mismos. Pero, si nos amamos más que a los demás, ya no somos caritativos, somos egoístas. Incluso en las cosas lícitas debemos ser tan santos, que demos siempre prioridad a las necesidades de nuestro prójimo. Estad seguros, hijos, de que Dios completa la deficiencia de los generosos con medios de su potencia y bondad.

Esta certeza me impulsó a ir a Hebrón para ayudar en su estado a mi parienta. Pues bien, a este detalle mío de ayuda humana, Dios, dando sin medida como El hace, añadió un inesperado don de ayuda sobrenatural. Yo había ido para aportar ayuda material; Dios santificó mi recta intención haciendo, de la misma, santificación del fruto del vientre de Isabel y anulando, a través de esta santificación, por la cual el Bautista fue presantificado, el sufrimiento físico de esta madura hija de Eva que había concebido a una edad inusitada.

Isabel, mujer de fe intrépida y de confiado abandono a la voluntad de Dios, mereció comprender el misterio encerrado en mí. El Espíritu le habló a través de ese vuelco de su vientre. El Bautista pronunció su primer discurso de Anunciador del Verbo a través de los velos y los diafragmas de venas y de carne que lo separaban de su santa madre, y que a la vez la unían a ella.

No oculté mi condición de Madre del Señor a esta mujer que merecía saberlo, a quien además la Luz se había manifestado. Ocultarla habría sido negarle a Dios la alabanza que era justo darle, el sentimiento de alabanza que yo llevaba en mí y que, no pudiéndolo manifestar a nadie, lo manifestaba a la hierba, a las flores, a las estrellas, al sol, a los canoros pájaros, a las pacientes ovejas, a las aguas cantarinas y a la luz de oro que me besaba descendiendo del cielo. Pero, orar dos juntos es más dulce que decir uno solo su oración. Yo hubiera querido que el mundo entero hubiera conocido mi destino; no por mí, sino porque todos se hubiesen unido a mí para alabar a mi Señor.

La prudencia me prohibió revelarle a Zacarías la verdad. Habría significado ir más allá de la obra de Dios, y, si bien era cierto que yo era su Esposa y Madre, seguía siendo su Sierva y no debía — porque Él me había amado sin medida — permitirme colocarme en su lugar y sobrepasar un decreto suyo.

Isabel, en su santidad, comprendió y guardó silencio, porque el que es santo es siempre sumiso y humilde.

El don de Dios debe hacernos cada vez mejores. Cuanto más recibimos de Él, más debemos dar, porque cuanto más recibimos, más es signo de que Él está en nosotros y con nosotros, y cuanto más está en nosotros y con nosotros, más debemos esforzarnos en alcanzar su perfección.

Ello explica por qué yo, posponiendo mi labor, trabajé para Isabel. No me dejé llevar del miedo de la falta de tiempo. Dios es dueño del tiempo, y provee a las necesidades de quien en El espera, incluso en las cosas ordinarias. El egoísmo no acelera, retarda; la caridad no retarda, acelera: tenedlo siempre en cuenta.

¡Cuánta paz en la casa de Isabel! Si no hubiera tenido la preocupación de José y esa, esa, esa preocupación de que mi Niño era el Redentor del mundo, me habría sentido feliz. Pero ya la Cruz extendía su sombra sobre mi vida, ya me era sonido fúnebre la voz de los Profetas...

Yo me llamaba María. La amargura siempre se mezclaba con las dulzuras que Dios vertía en mi corazón, amargura que fue cada vez más en aumento, hasta la muerte de mi Hijo. Y, no obstante, cuando Dios nos destina a ser víctimas por su honor, ¡oh, qué dulce es ser trituradas en el molino, como el trigo, para hacer de nuestro dolor el pan que consolide a los débiles y los haga capaces de obtener el Cielo!

## 23.

## Nacimiento de Juan el Bautista. Todo sufrimiento se aplaca sobre el seno de María.

En medio de las cosas repugnantes que nos ofrece el mundo de ahora, baja del Cielo, y no sé cómo puede hacerlo, dado que yo soy como una ramita seca a merced del viento en estos continuos choques contra la maldad humana, tan discordante con lo que vive en mí, baja del Cielo, digo, esta visión de paz.

Continúa la casa de Isabel. Es una hermosa tarde de verano, aún clara con un último sol, y de todas formas ya adornada en el cielo por un arco falcado de luna, que parece una coma de plata en una vasta tela azul intenso de fina seda.

Los rosales huelen fuertemente, y las abejas, gotas de oro zumbadoras, dan sus últimos vuelos en el aire quieto y caliente de la tarde. De los prados viene un gran olor de heno secado al sol, un olor casi de pan, de pan caliente, recién hecho. Quizás viene también de los muchos lienzos que están tendidos por todas partes para secarse y que ahora Sara está plegando.

María pasea dándole el brazo a su prima. Muy despacito van y vienen, bajo el emparrado semioscuro.

María está pendiente de todo y, a pesar de estar dedicada a Isabel, se da cuenta de que Sara está atareada en doblar un largo lienzo que ha quitado de un seto.

- Espérame aquí, sentada - le dice a su parienta; y va a ayudar a la anciana sirvienta, estirando la tela para alisarla, y doblándola con cuidado.

- Se siente todavía el sol, están calientes - dice sonriendo; y, para que se sienta contenta la mujer, añade:

- Esta tela después de tu blanqueo ha quedado más bonita que nunca. Nadie tiene tanta maña como tú - Sara se marcha toda contenta con su carga de fragantes telas.

María vuelve con Isabel y dice:

- Otros poquitos pasos. Te vendrán bien - Y, dado que Isabel está cansada y no le apetece moverse, le dice:

- Vamos sólo a ver si todas tus palomas están en sus nidos y si el agua de su pilón está limpia. Luego nos volvemos a casa.

Las palomas deben ser las predilectas de Isabel. Llegadas ante la rústica torrecilla donde ya se han recogido todas las palomas (las hembras están en los nidos; los machos, delante de éstos y no se mueven, pero en viendo a las dos mujeres las saludan con su arrullo), Isabel se emociona. La debilidad de su estado la vence y le produce temores que le hacen llorar. Se los manifiesta a su prima:

- Si yo muriese... ¡pobres palomitas mías! Tú no permanecerás aquí. Si te quedaras en mi casa, no me importaría morirme. He gozado de la máxima alegría que una mujer puede recibir, una alegría que ya me había resignado a no conocer nunca. Ni de la misma muerte puedo presentarle quejas al Señor, porque Él, ¡bendito sea!, me ha colmado de su benevolencia. Pero, está Zacarías... y estará el niño: uno, viejo, que se encontraría como perdido en un desierto sin su mujer; el otro, tan pequeñito, que sería como una flor destinada a morir helada, por no tener a su mamá. ¡Pobre niño, sin las caricias de su madre!...

- Pero, ¿por qué estás tan triste? Dios te ha dado la alegría de ser madre, y no te la va a quitar cuando llega a su plenitud. El pequeño Juan tendrá todos los besos de su mamá y Zacarías gozará de todos los cuidados de su fiel esposa hasta la más avanzada ancianidad. Sois dos ramas de un mismo árbol. No morirá uno dejando al otro solo.

- Tú eres buena y quieres consolarme, pero yo soy muy anciana para tener un hijo, y ahora que estoy para darlo a luz tengo miedo!

-¡Oh, no! ¡Está aquí Jesús! Donde está Jesús no se debe tener miedo. Mi Niño te quitó el dolor cuando era como un capullo recién formado; tú lo dijiste. Ahora, que cada vez va desarrollándose más y que vive ya como criatura mía; ahora, que siento palpitar su corazón en mi garganta y es como si tuviera posado en ella un pajarito de nido con un corazoncito de suave palpitar, alejará de ti todo peligro. Debes tener fe.

- La tengo. Pero, si yo muriese... no dejes a Zacarías inmediatamente. Sé que piensas en tu casa, pero, quédate un poco, para ayudarle a mi marido en el momento del primer dolor.

- Me quedaré, para complacerme en la alegría de ambos, y sólo te dejaré cuando estés fuerte y te sientas aliviada. Estate tranquila, Isabel; todo irá bien. En tu casa no faltará nada mientras dure tu dolor. Zacarías será servido por la más amorosa de las siervas, y tus flores y tus palomas estarán cuidadas y a unas y a otras las encontrarás avivadas y bonitas para recibir cálidamente a la dueña cuando vuelva. Regresemos a casa ahora, te estás poniendo pálida...

- Sí, me parece que tengo otra vez dolores. Quizás haya llegado la hora. María, ora por mí.

- Te sostendré con la oración hasta que tus dolores se transformen en gozo.

Y las dos mujeres entran despacio en la casa. Isabel se retira a sus habitaciones. María, hábil y previsora, da órdenes y prepara todo lo que puede necesitarse, y trata de confortar a Zacarías, que está preocupado.

En la casa que vela esta noche, con voces nuevas, de mujeres llamadas para ayudar, María está en pie, vigilante como un faro en una noche de tormenta. Toda la casa gravita sobre Ella, que, dulce y sonriente, provee a todo; y ora. Cuando no se le llama para esto o aquello, se recoge en oración. Está en la habitación en que se reunían siempre para las comidas y el trabajo.

Con Ella está Zacarías, paseando turbado. Ya han orado juntos. María luego ha seguido orando; incluso ahora, que el anciano, cansado, se ha sentado en su sillón junto a la mesa y se ha quedado en silencio, soñoliento. Cuando ve que está dormido del todo — la cabeza sobre los brazos cruzados apoyados en la mesa —, Ella se desata las sandalias para hacer menos ruido, y camina descalza; luego, con menos rumor del que puede hacer una mariposa volando por una habitación, coge el manto de Zacarías y se lo extiende encima al anciano con una suavidad tal, que éste continúa durmiendo bajo el calorcito de la lana protectora del fresco nocturno, que entra a ondas por la puerta, frecuentemente abierta. Luego sigue orando; cada vez con más intensidad; de rodillas, con los brazos levantados, cuando el quejido de Isabel, que sufre, se agudiza.

Sara entra y la llama con señas. María sale con sus pies descalzos al jardín.

- La señora la llama - dice.

- Voy.

María va por el lado externo de la casa, sube la escalera... Parece un ángel blanco moviéndose en la noche quieta llena de astros. Entra en la habitación de Isabel.

-¡Oh! ¡María! ¡María! ¡Cuánto dolor! ¡No puedo más, María! ¡Cuánto dolor hay que padecer para ser madre!.

María la acaricia con amor y la besa.

-¡María! ¡María! ¡Deja que ponga mis manos sobre tu vientre!.

María coge esas dos manos rugosas e hinchadas, las pone sobre su abdomen ya algo abultado y las mantiene apretadas con sus manitas lisas y gráciles. Y ahora, que están las dos solas, habla en tono suave y dice:

- Jesús está aquí, oyéndote y viéndote. Ten confianza, Isabel. Su corazón santo late con más fuerza, porque está actuando para bien tuyo. Lo siento latir como si lo tuviera entre una mano y otra. Yo entiendo las palabras de mi Niño hechas de latidos. Ahora me está diciendo: "Dile a la mujer que no tema. Todavía un poco de dolor. Luego, con el primer sol, entre las tantas rosas que esperan ese rayo matutino para abrir sus pétalos sobre su tallo, su casa tendrá la rosa más bonita, Juan, mi Precursor".

Isabel apoya también la cara en el vientre de María y llora silenciosamente. María está un tiempo así, pues parece que el dolor va pasando a una fase de relajación reparadora. Luego indica a todos que estén tranquilos. Ella permanece en pie, blanca y hermosa bajo el tenue claror de una lámpara de aceite, como un ángel al lado de quien sufre.

Ora. La veo mover los labios. De todas formas, aun cuando no se los viese mover, comprendería que está orando por la expresión arrobada del rostro.

El tiempo pasa. Le vuelve el dolor a Isabel. María la besa de nuevo y se retira. Baja rápida a la luz de la luna y corre a ver si el anciano duerme todavía. Duerme, gimiendo en el sueño. María hace un gesto de piedad. Se pone de nuevo a orar.

Pasa el tiempo. El anciano sale bruscamente de su sueño y levanta su rostro, confuso, como de quien no recordase bien por qué estaba ahí. Luego recuerda, hace un gesto y profiere una exclamación gutural, y escribe: «¿No ha nacido todavía?». María indica que no, y Zacarías: «¡Cuánto dolor! ¡Pobre esposa mía! ¿Lo logrará sin morir a cambio?».

María coge la mano del anciano tratando de infundirle ánimo:

- Para el alba, dentro de poco, el niño ya habrá nacido. Todo irá bien. Isabel es fuerte. ¡Qué bonito va a ser este día — pues está cercana la aurora — en que tu niño va a ver la luz! ¡El más bello de tu vida! Grandes gracias te tiene reservadas el Señor, y tu hijo es su anunciador.

Zacarías menea tristemente la cabeza y señala a su boca muda. Quisiera decir muchas cosas, pero no puede.

María se da cuenta de ello y responde:

- El Señor hará completa tu alegría. Cree en Él completamente, espera infinitamente, ama totalmente. El Altísimo te escuchará más de lo que pudieras esperar. Él quiere esta fe tuya total como purificación de tu pasada desconfianza. Di en tu corazón conmigo: "Creo". Dilo a cada uno de los latidos de tu corazón. Los tesoros de Dios se abren para quien cree en Él y en su poderosa bondad.

La puerta está entornada y la luz comienza a penetrar por ella. María la abre. El alba ha puesto toda blanca la tierra aljofarada de rocío. Se percibe un fuerte olor de tierra húmeda y hierba, y los primeros silbos de pájaros se llaman de rama a rama.

El anciano y María salen a la puerta. Están pálidos por la noche pasada en vela; la luz del alba los pone aún más pálidos. María calza de nuevo sus sandalias y va al pie de la escalera, atenta a ver si se oye algo. Una mujer se asoma, María hace unos gestos y vuelve. Todavía nada.

Luego va a una habitación y regresa con leche caliente. Se la da a beber al anciano. Después va donde las palomas, y desaparece de nuevo en esa habitación; quizás es la cocina. Se mueve aquí y allá, está atenta a todo. Se la ve tan ágil y tan serena, que parece como si hubiera dormido el mejor de los sueños.

Zacarías pasea arriba y abajo nerviosamente por el jardín. María lo mira con piedad. Luego entra otra vez en la misma habitación y, arrodillada junto a su telar, ora intensamente, pues la queja de la sufriente se hace más aguda. Se curva hasta el suelo para suplicarle al Eterno. Zacarías vuelve, entra y la ve postrada en ese modo; el pobre anciano llora. María se alza y le coge de la mano. Es mucho más joven que él, pero parece Ella la madre de esa vejez desolada sobre la que extiende sus consuelos.

Permanecen así, el uno al lado del otro, bajo este sol que pone rosáceo el aire de la mañana. Estando así, llega a sus oídos el jubiloso anuncio:

-¡Ha nacido! ¡Ha nacido! ¡Un niño! ¡Oh, padre dichoso! ¡Un niño lozano como una rosa, bonito como el Sol, fuerte y bueno como la madre! ¡Alégrate, padre bendecido por el Señor, que te ha dado un hijo para que lo ofrezcas a su Templo! ¡Gloria a Dios, que ha concedido posteridad a esta casa! ¡Benditos seáis tú y el hijo que te ha nacido! ¡Que su linaje perpetúe tu nombre por los siglos de los siglos, generación tras generación, y permanezca siempre en alianza con el Señor eterno!

María, llorando de alegría, bendice al Señor. Luego, los dos acogen al pequeñuelo, que le ha sido traído al padre para que lo bendiga. Zacarías no va con Isabel; coge al niño, que grita como un desesperado. Pero no va donde su esposa.

María sí que va, llevando amorosa al pequeñuelo, el cual se ha quedado callado nada más que María lo ha cogido en brazos. La comadre, que va tras Ella, se percata de este hecho.

- Mujer — dice a Isabel — tu hijo se ha callado enseguida, cuando ella lo ha cogido en sus brazos. ¡Mira qué tranquilo duerme; y bien sabe el Cielo lo inquieto y fuerte que es! ¡Mira, ahora parece un pichoncito!

María deposita a la criatura junto a la madre y acaricia a Isabel, poniendo en orden su pelo gris.

- La rosa ha nacido — le dice con voz suave — y tú vives. Zacarías está dichoso. -¿Habla?

- Todavía no. Pero, espera en el Señor. Ahora descansa. Yo estoy contigo.

Dice María:

- Mi presencia había santificado al Bautista, pero no había cancelado a Isabel la condena proveniente de Eva. "Darás a luz con dolor" había dicho el Eterno.

Sólo yo, sin mancha y sin haber tenido unión matrimonial humana, quedé exenta de engendrar con dolor. La tristeza y el dolor son los frutos de la culpa. Yo, que era la Inculpable, tuve que conocer también el dolor y la tristeza, porque era la Corredentora. Pero no conocí el tormento del generar; no, este tormento no lo conocí.

Y, no obstante, créeme, hija, no hubo, ni habrá jamás tormento puerperal semejante al mío de Mártir de una Maternidad espiritual cumplida en el más duro lecho, el de mi cruz, al pie del patíbulo del Hijo que se me moría. ¿Qué madre se verá obligada a generar de esa manera? ¿Qué madre se verá obligada a amalgamar el suplicio del desgarro de sus entrañas por los estertores de su Hijo moribundo, con el suplicio de sentírsele retorcer las entrañas al tener que superar el horror de deber decir: "Os amo; venid a mí, que soy Madre vuestra" a los que estaban matando a ese Hijo nacido del más sublime amor que jamás haya visto el Cielo, del amor de un Dios con una virgen, del beso de Fuego, del abrazo de Luz, que se hicieron Carne, y que del vientre de una mujer hicieron el Tabernáculo de Dios?

-¡Cuánto dolor para ser madre! - dice Isabel. - ¡Mucho! Sí, pero insignificante, comparado con el mío.

- Déjame poner las manos en tu vientre". ¡Ah, si cuando sufrís me pidierais siempre esto!

Yo soy la eterna Portadora de Jesús. Él está dentro de mi pecho, como tú lo viste el año pasado, cual Hostia en el ostensorio. Quien a mí viene, a Él lo encuentra; quien en mí se apoya, a Él lo toca; quien a mi se dirige, con Él habla. Yo soy su

vestidura. Él es el alma mía. Mi Hijo está ahora más unido a mí que durante los nueve meses de gestación. A quien a mí viene y apoya su cabeza en mi regazo, todo dolor se le adormece, toda esperanza le florece, toda gracia le fluye.

Yo oro por vosotros. Recordadlo. La beatitud de estar en el Cielo, viviendo en el esplendor de Dios, no me distrae de mis hijos que padecen en la tierra. Yo oro. Todo el Cielo ora porque el Cielo ama. El Cielo es caridad que vive, y la Caridad tiene piedad de vosotros. Pero, aunque sólo estuviera yo, habría suficiente oración para cubrir las necesidades de quien espera en Dios. Porque no ceso de orar por todos vosotros, santos y malvados, para dar: a los santos, la alegría; a los malvados, el salvífico arrepentimiento.

Venid, venid, hijos de mi dolor. Os espero al pie de la Cruz para distribuir gracias.

## 24.
## La circuncisión de Juan el Bautista.
## María es Fuente de Gracia para quien acoge la Luz.

Veo ambiente de fiesta en la casa. Es el día de la circuncisión.

María se ha preocupado de que todo esté lindo y en orden. Las habitaciones resplandecen de luz. Lucen por todas partes los más bellos paños, los más bellos atavíos. Hay mucha gente. María se mueve ágil entre los grupos, toda hermosa con su más bonito vestido blanco.

Isabel, reverenciada como una matrona, goza feliz su fiesta. El niño está en su regazo, saciado ya de leche.

Llega la hora de la circuncisión.

- Zacarías le llamaremos. Tú eres anciano. Justo sería ponerle tu nombre al niño - dicen unos hombres.

-¡De ninguna manera! - exclama la madre - Su nombre es Juan. Su nombre debe dar testimonio de la potencia de Dios.

-¿Pero se puede saber cuándo ha habido un Juan en nuestra parentela?.

- No importa. Tiene que llamarse Juan.

-¿Tú qué dices, Zacarías? ¿Quieres tu nombre, no es verdad?.

Zacarías dice que no, con gestos. Coge una tablilla y escribe: «Su nombre es Juan», y, nada más terminar de escribir, añade, ya su liberada lengua: «porque Dios nos ha hecho objeto de una gran gracia, a mí, su padre, y a su madre, como también a este nuevo siervo suyo, el cual consumirá su vida en aras de la gloria del Señor y será llamado grande por los siglos y ante los ojos de Dios, porque pasará convirtiendo a los corazones al Señor altísimo. Lo dijo el ángel y yo no lo creí. Mas ahora creo y entra la Luz en mí. La Luz está entre nosotros y vosotros no la veis. Su destino es el de no ser vista, pues el espíritu de los hombres está lleno de estorbos, y además es perezoso. Pero mi hijo sí que la verá y hablará de Ella y hará que a Ella se vuelvan los corazones de los justos de Israel. ¡Bienaventurados los que crean en Ella y crean siempre en la Palabra del Señor! Y bendito seas Tú, Señor eterno, Dios de Israel, porque has visitado y redimido a tu pueblo, suscitando en él un poderoso Salvador en la casa de su siervo David. Como prometiste por boca de los santos Profetas, ya desde los tiempos antiguos: librarnos de nuestros enemigos y de las manos de los que nos odian, para ejercitar tu misericordia hacia nuestros padres y mostrar que te acuerdas de tu santa alianza. Este es el juramento que hiciste a Abraham, nuestro padre: concedernos que, sin temor, de las manos de nuestros enemigos libres, te sirviéramos con santidad y justicia en presencia tuya toda la vida»

Los presentes se quedan estupefactos, tanto del nombre como del milagro, como de las palabras de Zacarías.

Isabel, que al oír la primera palabra de Zacarías ha gritado de alegría, ahora está llorando abrazada a María, que la acaricia contenta.

No veo la circuncisión. Veo sólo que traen a Juan y que chilla desesperado. No le calma ni siquiera la leche de su mamá. Tira patadas como un potrillo. Pero María le toma en sus brazos y le acuna, y él se calla y se queda tranquilo.

-¡Fijáos!- dice Sara - ¡sólo se calla cuando le coge en brazo ella!.

La gente se va marchando lentamente. En la habitación se quedan únicamente María, con el pequeñín en sus brazos, e Isabel, dichosa.

Entra Zacarías y cierra la puerta. Mira a María con lágrimas en los ojos. Hace ademán de hablar. Guarda silencio. Continúa adelante. Se arrodilla ante María y le dice:

- Bendice al mísero siervo del Señor. Bendícelo. Tú puedes hacerlo, tú que lo llevas en tu seno. La palabra de Dios me ha hablado cuando he reconocido mi error, cuando he creído en todo cuanto me había sido dicho. Yo te veo a ti y veo tu destino feliz. Adoro en ti al Dios de Jacob. Tú, mi primer Templo, donde el sacerdote, regresado, puede de nuevo orar al Eterno. Bendita tú, que has obtenido gracia para el mundo y le traes el Salvador. Perdona a tu siervo si no ha visto antes tu majestad. Con tu venida nos has traído todas las gracias. En efecto, doquiera que vas, ¡oh Llena de Gracia!, Dios obra sus prodigios; santas son las paredes en que tú entras, santos se hacen los oídos que oyen tu voz y la carne que tú tocas, santos los corazones, porque tú confieres Gracia, Madre del Altísimo, Virgen profetizada y esperada para darle al pueblo de Dios el Salvador.

María sonríe, encendida de humildad, y habla:

- Gloria al Señor, a Él sólo. De Él y no de mí viene toda gracia, y Él te la dona para que lo ames y sirvas con perfección en los años que te quedan, para merecer su Reino, que será abierto por mi Hijo a los Patriarcas, a los Profetas, a los justos del Señor. Y tú, ahora que puedes orar ante el Santo, ora por la sierva del Altísimo; que, si ser Madre del Hijo de Dios es destino dichoso, ser Madre del Redentor debe ser destino de atroz sufrimiento. Ora por mí, que hora a hora siento crecer mi peso de dolor, y durante toda una vida tendré que llevarlo; no lo veo en sus detalles particulares, pero sí siento que será un peso mayor que si sobre estos hombros míos de mujer se posase el mundo y tuviera que ofrecérselo al Cielo. ¡Yo, yo sola, una pobre mujer!

¡Mi Niño! ¡El Hijo mío! El tuyo no llora si yo le acuno; pero, ¿voy a poder acunar yo al mío para calmarle el dolor?... Ora por mí, sacerdote de Dios. Mi corazón tiembla como una flor en medio de un temporal. Miro a los hombres y los amo, pero detrás de sus rostros veo aparecer al Enemigo, y veo cómo los hace enemigos de Dios, de Jesús, de mi Hijo...

Y la visión cesa con la palidez de María y esas lágrimas suyas que hacen luciente su mirada.

Dice María:

- A quien reconoce su error arrepintiéndose y acusándose con humildad y corazón sincero, Dios lo perdona; no sólo lo perdona, sino que lo recompensa. ¡Oh, qué bueno es mi Señor con los humildes y sinceros, con los que creen en Él y en Él se abandonan!

Arrojad de vuestro espíritu todo lo que lo traba y lo hace perezoso. Disponedlo para que acoja la Luz, que es, cual faro en las tinieblas, guía y santo conforto.

¡Amistad con Dios, beatitud de sus fieles, riqueza no igualada por nada, quien te posee nunca está solo ni siente la amargura de la desesperación! No anulas el dolor, santa amistad, porque el dolor fue destino de un Dios encarnado y puede ser destino del hombre; eso sí, lo haces dulce en su amargura, y añades una luz y una caricia que, cuales celestes toques, alivian la cruz.

Y, cuando la Bondad divina os dé una gracia, usad el bien recibido para dar gloria a Dios. No seáis como esos insensatos que de un objeto bueno se hacen un arma dañosa, o como los derrochadores que de la abundancia acaban haciendo miseria.

Me causáis demasiado dolor, hijos tras cuyos rostros veo aparecer al Enemigo, a aquel que arremete contra mi Jesús. ¡Demasiado dolor! Yo quisiera ser para todos el Manantial de la Gracia, pero hay demasiados entre vosotros que no quieren la Gracia. Pedís "gracias", pero con el alma privada de Gracia. ¿Cómo podrá la Gracia socorreros si sois enemigos suyos?

El gran misterio del Viernes Santo se aproxima. Todo en los templos lo recuerda y lo celebra. Pero es necesario que lo celebréis y lo recordéis en vuestros corazones, y que os deis golpes de pecho, como los que bajaban del Gólgota, y que digáis: "Este es realmente el Hijo de Dios, el Salvador", y que digáis: 'Jesús, por tu Nombre, sálvanos", y que digáis: "Padre, perdónanos", y, en fin, es necesario decir: "Señor, yo no soy digno; pero, si Tú me perdonas y vienes a mí, mi alma quedará curada. Yo no quiero, no, no quiero pecar ya más, para no volver a enfermarme y para no ser de nuevo detestado por ti".

Orad, hijos, con las palabras de mi Hijo. Decidle al Padre por vuestros enemigos: "Padre, perdónalos". Invocad al Padre, que se ha apartado indignado por vuestros errores: "Padre, Padre, ¿por qué me has abandonado? Yo soy pecador, pero, si me abandonas, moriré. Vuelve, Padre santo, que yo me salve". Poned vuestro eterno bien, vuestro espíritu, en manos del Único que lo puede conservar ileso del demonio: "Padre, en tus manos dejo mi espíritu". Si humilde y amorosamente cedéis vuestro espíritu a Dios, El ciertamente le guiará como hace un padre con su pequeñuelo; no permitirá que nada dañe vuestro espíritu.

Jesús, en sus agonías, oró para enseñaros a orar. Os lo recuerdo en estos días de Pasión.

Y tú, María, (se dirige la Virgen a María Valtorta) tú que ves mi gozo de Madre y te extasías con ello, piensa y recuerda que he poseído a Dios a través de un dolor progresivamente más intenso, que bajó a mí con la Semilla de Dios y, cual árbol gigante, fue creciendo hasta tocar el Cielo con su copa y el Infierno con sus raíces, cuando recibí en mi regazo el despojo exánime de la Carne de mi carne, y vi y conté sus laceraciones, y toqué su Corazón desgarrado, para apurar aquél hasta su última gota.

## 25
## Presentación de Juan el Bautista en el Templo
## Y partida de María. La Pasión de José.

Zacarías, Isabel, María (ésta con el pequeño Juan en brazos) y Samuel (con un cordero y una cesta con la paloma) están bajando de un cómodo carro, al que viene atado el burrito de María. Se apean delante de la caballeriza de costumbre — que debe ser la etapa de todos los peregrinos que vienen al Templo — para dejar sus cabalgaduras.

María llama a un hombre de baja estatura, el dueño de la caballeriza, y le pregunta si durante el día precedente o en las primeras horas de la mañana ha llegado algún nazareno.

- Ninguno, mujer - contesta el viejecillo.

María se queda extrañada, pero no dice nada más.

Le encarga a Samuel que le busque un puesto al burro. Luego alcanza a los dos ancianos padres y refiere el retardo de José:

- Algo le habrá entretenido, pero seguro que viene hoy.

Vuelve a coger al niño — se lo había dejado a Isabel — y se encaminan hacia el Templo.

Los hombres que están de guardia le reciben a Zacarías con honor, y los otros sacerdotes lo saludan y felicitan. Zacarías, hoy, con sus vestiduras sacerdotales y la alegría del padre que se siente feliz, está guapísimo. Parece un patriarca. Creo que Abraham debía asemejarse a él cuando jubilaba por ofrecer a Isaac al Señor.

Veo la ceremonia de la presentación del nuevo israelita y la purificación de la madre. Es todavía más pomposa que la de María, porque por el hijo de un sacerdote los sacerdotes hacen mucha fiesta. Acuden en masa y se ponen manos a la obra diligentes en torno al grupito de las mujeres y del recién nacido.

También otras personas se han acercado curiosas. Oigo los comentarios. Dado que María lleva en brazos al pequeñuelo mientras se dirigen al lugar establecido, la gente cree que es la madre.

Pero una mujer dice:

- No puede ser. ¿No veis que está encinta? El niño no tiene más de unos pocos días y Ella está ya abultada.

- Ya... pero-  dice otro - sólo puede ser Ella la madre. La otra es vieja. Será una parienta. No puede ser madre a esa edad.
- Vamos detrás de ellos y así vemos quién tiene razón.
Bien grande viene a ser el asombro cuando se ve que la que cumple el rito de la purificación es Isabel, que ofrece su corderillo balante para el holocausto y su paloma por el pecado.
- La madre es aquélla. ¿Has visto?
-¡No!.
- Sí.
La gente, incrédula, sigue cuchicheando. Cuchichean tanto, que el grupo sacerdotal que está presente en el rito se ve obligado a emitir un « ¡Chsss!» imperativo. La gente se calla un momento, pero musita aún más fuerte cuando Isabel, radiante de santo orgullo, toma al niño y se adentra en el Templo para presentarlo al Señor.
- Es ella realmente.
- Es siempre la madre quien lo ofrece.
- Y entonces, ¿qué milagro es éste?».
-¿Qué será ese niño concedido en edad tan tardía a esa mujer?
-¿Qué signo es éste?
-¿No sabéis — dice uno que en ese momento llega jadeante — que es hijo del sacerdote Zacarías, de la estirpe de Aarón, aquel que quedó mudo estando ofreciendo el incienso en el Santuario?
-¡Misterio! ¡Misterio! ¡Y ahora ya puede hablar otra vez! El nacimiento del hijo le ha soltado la lengua.
-¿Qué espíritu será el que le habló y le incapacitó la lengua para acostumbrarlo al silencio sobre los secretos de Dios?
-¡Misterio! ¿Qué verdad será la que conoce Zacarías?
-¿No será que su hijo es el Mesías esperado por Israel?
- Ha nacido en Judea, no en Belén, ni de una virgen. No puede ser Mesías.
-¿Y entonces quién?
Mas la respuesta queda en los silencios de Dios y la gente se queda con su curiosidad.
Cumplido el ceremonial, los sacerdotes ahora también agasajan a la madre y al pequeñuelo; la única que pasa poco observada es María; es más, incluso la evitan casi con repulsión cuando se dan cuenta del estado suyo.
Terminadas todas las felicitaciones, la mayor parte vuelve a la calle. María quiere pasar de nuevo por la caballeriza para ver si ya ha llegado José... No ha llegado. Y se queda desilusionada y pensativa.
Isabel se preocupa por Ella.
- Hasta la hora sexta podemos estar aquí, pero luego tenemos que irnos para llegar a casa antes de la primera vigilia... es todavía demasiado pequeño para estar más tiempo de noche.
Y María, tranquila y triste, dice:
- Me quedaré en un patio del Templo, iré donde mis maestras... No sé. Algo haré.
Zacarías interviene con una propuesta que enseguida aceptan como una buena resolución.
- Vamos a casa de los familiares de Zebedeo. José, sin duda, te buscará allí, y, si él no fuera allí, te será fácil encontrar a alguien que te acompañe hacia Galilea, porque en esa casa hay un continuo ir y venir de pescadores de Genesaret.
Toman el borriquillo y van a donde estos parientes de Zebedeo, los cuales son los mismos de la casa en que se detuvieron José y María cuatro meses antes.
Las horas pasan deprisa y José no aparece. María domina su contrariedad acunando al niño; pero se la ve pensativa. Como para esconder su estado, no se ha quitado nunca el manto, a pesar de que el intenso calor les hace sudar a todos.
Por fin se oye llamar fuerte a la puerta. Es el anuncio de la llegada de José. El rostro de María resplandece sosegado.
José la saluda, porque Ella se ha presentado antes y le ha saludado con reverencia:
-¡La bendición de Dios sea contigo, María!
- Y contigo, José. ¡Alabado sea el Señor porque has venido! Zacarías e Isabel iban a marcharse ya para estar en casa antes de que fuera de noche.
- Tu mensajero llegó a Nazaret estando yo en Cana para unos  trabajos. Lo supe anteayer por la tarde. Me puse en marcha enseguida. Pero, por mucho que haya venido sin detenerme, he llegado tarde, porque había perdido una herradura el burro. ¡Perdona!.
-¡Perdona tú, por haber estado tanto tiempo lejos de Nazaret! La verdad es que se sentían tan felices de tenerme con ellos, que pensé darles hasta ahora esta satisfacción.
- Has hecho bien, Mujer. ¿Dónde está el niño?
Entran en la habitación donde Isabel está dando de mamar a Juan, antes de marcharse. José felicita a los padres por la fortaleza del niño, que ha sido separado del pecho para mostrárselo a José, y que chilla y patalea como si le estuvieran despellejando. Ante esta protesta, todos se echan a reír. También ríen los parientes de Zebedeo, y se unen a la conversación. Habían venido trayendo fruta fresca, leche y pan para todos, y una gran bandeja de pescado.
María habla muy poco. Está tranquila y silenciosa, sentada en su rinconcito, con las manos bajo su manto sobre el regazo. Habla poco y se mueve poco, incluso cuando bebe una taza de leche, y al comer un racimo de uvas doradas con un poco de pan. Mira a José apenada y escrutadora al mismo tiempo.
También él la mira. Pasado un rato, inclinándose hacia su hombro, le pregunta:
-¿Estás cansada? ¿Te duele algo? Estás pálida y triste.
- Me duele separarme de Juanín. Lo quiero. Le he tenido sobre mi corazón desde pocos momentos después de nacer...
José no pregunta nada más.

Ha llegado la hora de la partida de Zacarías. El carro se para delante de la puerta. Todos se acercan. Las dos primas se abrazan con amor. María besa una y otra vez al pequeñuelo antes de depositarlo sobre el regazo de su madre, que ya está sentada en el carro. Luego saluda a Zacarías y le pide su bendición. Al arrodillarse delante del sacerdote, el manto se le desliza de los hombros y las formas le aparecen en la luz intensa de la tarde estival. No sé si José las percibe en este momento en que está ocupado en saludar a Isabel. El carro se pone en movimiento.

José con María entran de nuevo en casa. Ella vuelve a su sitio del rincón semioscuro.

- Si no te importa viajar de noche, yo propondría salir con la puesta del Sol. El calor, durante el día, es fuerte; la noche, en cambio, estará fresca y serena. Lo digo por ti, para que no cojas demasiado sol. Para mí no es nada el estar bajo el sol intenso, pero tú...

- Como quieras, José. Yo también veo conveniente caminar de noche.

- La casa — dice José — está toda en orden, como también el huertecillo. ¡Vas a ver qué flores más bonitas! Vas a llegar a tiempo de verlas florecer todas. El manzano, la higuera y la vid están repletos de frutos como nunca lo han estado; y he tenido que apuntalar el granado, pues sus ramas están cargadísimas de frutos, maduros ya como jamás se vio en esta época. Y el olivo... Dispondrás de aceite en abundancia. Ha tenido una florescencia milagrosa y no se ha perdido ni una flor. Todas son ya pequeñas aceitunas. Cuando estén maduras, el árbol parecerá lleno de oscuras perlas. Tan bonito como tu huerto no hay ningún otro en Nazaret. La familia está asombrada. Alfeo dice que se trata de un prodigio.

- Obra de tus cuidados».

-¡Oh, no! ¡Yo soy sólo un pobre hombre! ¿Qué he hecho yo realmente? Cuidar un poco los árboles, echar un poco de agua a las flores... Mira, te he hecho una fuente donde acaba el huerto, al lado de la gruta, y he dispuesto allí un pilón. Así no tendrás que salir para coger agua. La he traído de ese manantial que está encima del olivar de Matías. Es pura y abundante. Te he hecho llegar un pequeño regato. He construido un canalillo bien tapado, y ahora llega y canta como un arpa. Me dolía el que tuvieras que ir a la fuente del pueblo y volver cargada con las ánforas llenas de agua.

- Gracias José. ¡Tú eres bueno!

Los dos esposos guardan silencio ahora, como cansados. José incluso se queda transpuesto. María ora. Cae la tarde.

Los huéspedes insisten en que antes de ponerse en camino coman otra vez. José come pan y pescado; María, sólo fruta y leche.

Luego se inicia la marcha. Montan sus burritos. José ha atado sobre su asno, como cuando venían, el baulillo de María, y, antes de que Ella monte en el borriquillo, comprueba que la albardilla esté bien segura. Veo que José observa a María cuando se monta, pero no dice nada.

Bajo las primeras estrellas que empiezan a latir en el cielo, comienza el viaje. Se apresuran, quizás para llegar a las puertas ante de que las cierren. Al salir de Jerusalén y coger la vía de Galilea, ya el cielo sereno está repleto de estrellas y hay un gran silencio en el campo. Sólo se oye el canto de algún ruiseñor y el choque de las pezuñas de los dos borriquillos contra el terreno duro de la vía abrasada por el verano.

- Dice María:

- Es la víspera de Jueves Santo. A algunos les parecerá que la visión está fuera de lugar. Y, sin embargo, tu dolor de amante de mi Jesús Crucificado está en tu corazón, y permanece aunque se presente una dulce visión. Ésta es como el calorcillo producido por una llama: por una parte, fuego todavía; por otra, ya no. El fuego es la llama, no su calor, que no es sino una derivación de ella. Ninguna visión beatífica o pacífica podrá quitar de tu corazón ese dolor. Considéralo más valioso que tu misma vida, porque es el don mayor que Dios puede conceder a quien cree en su Hijo. Además, mi visión, dentro de su paz, no desentona con las solemnidades de esta semana.

Mi José sufrió también su Pasión, que comenzó en Jerusalén cuando notó mi estado; y duró algunos días, como en el caso de Jesús y mío. No fue, espiritualmente, poco dolorosa. Sólo fue la santidad de mi justo esposo lo que la contuvo, y en tal modo, tan digno y secreto, que ha pasado los siglos siendo poco notada.

¡Oh, nuestra primera Pasión! ¿Quién podrá referir su íntima y silenciosa intensidad, y mi dolor al constatar que aún no me había llegado del Cielo la ayuda que esperaba, de revelarle a José el Misterio?

Comprendí que lo ignoraba al verlo conmigo con la misma actitud respetuosa que de costumbre. Si él hubiera sabido que llevaba en mí al Verbo de Dios, habría adorado a ese Verbo cerrado en mi seno con actos de veneración propios de Dios. Sí, José habría realizado esos actos, y yo no habría rehusado recibirlos, no por mí, sino por Aquel que estaba en mí y que yo llevaba, de la misma forma que el Arca de la alianza llevaba el código de piedra y los vasos de maná.

¿Quién podrá describir mi batalla contra el desánimo que pretendía subyugarme para persuadirme de que había esperado en vano en el Señor? ¡Oh, creo que fue la rabia de Satanás! Sentí surgirme la duda a las espaldas, y sentí cómo alargaba ésta sus gélidas zarpas para aprisionarme el alma y detener su oración. La duda... tan peligrosa, letal para el espíritu. Letal, porque es el primer elemento agente de la enfermedad mortal que tiene por nombre "desesperación"; contra él se debe reaccionar con todas las fuerzas, para no perecer en el alma y perder a Dios.

¿Quién podrá exponer con exacta verdad el dolor de José, sus pensamientos, la turbación de sus sentimientos? Él se encontraba, cual barquichuela en medio de una gran tempestad, en un remolino de ideas contrapuestas, en un torbellino de reflexiones a cuál más mordiente y penosa. Era un hombre aparentemente traicionado por su mujer. Veía que se derrumbaban juntos su buen nombre y la estima del mundo; por causa de Ella se veía ya señalado con el dedo y compadecido por el pueblo. Ante la evidencia de un hecho, veía caer muertos el afecto y la estima puestos en mí.

Su santidad aquí resplandece aún más alta que la mía. De ello doy testimonio con afecto de esposa, porque quiero que améis a mi José, a este hombre sabio y prudente, a este hombre paciente y bueno, el cual no está desligado del misterio de la Redención, antes bien, está íntimamente relacionado con él, porque por este misterio apuró el dolor y se consumió, salvándoos al Salvador con su sacrificio y santidad.

Si hubiera sido menos santo, hubiera actuado humanamente, denunciándome como adúltera para que me hubieran lapidado y pereciera conmigo el hijo de mi pecado. Si hubiera sido menos santo, Dios no le habría concedido la guía de su luz en tan ardua prueba. Pero José era santo. Su espíritu puro vivía en Dios, y tenía una caridad encendida y fuerte, y por la caridad os salvó al Salvador, tanto cuando no me acusó ante los ancianos, como cuando, dejándolo todo con diligente obediencia, salvó a Jesús en Egipto.

Aunque breves numéricamente, los tres días de la Pasión de José fueron de tremenda intensidad; como también la mía, esta primera pasión mía. En efecto, yo comprendía su sufrimiento, y no podía aliviarlo en modo alguno, por obediencia al decreto de Dios que me había dicho: "¡Guarda silencio!".

¡Ay, y, llegados a Nazaret, cuando lo vi marcharse, tras un lacónico saludo, cabizbajo y como envejecido en poco tiempo, y no volver por la tarde como solía hacer, os digo, hijos, que mi corazón lloró con grandísima aflicción! Sola, cerrada en mi casa, en la casa en que todo me recordaba el Anuncio y la Encarnación, y donde todo me recordaba a José, desposado conmigo en intachable virginidad, tuve que resistir contra el abatimiento y las insinuaciones de Satanás, y esperar, esperar, tener esperanza, y orar, orar, orar, y perdonar, perdonar, perdonar la sospecha de José, su movimiento interior de justa indignación.

Hijos, es necesario esperar, orar, perdonar, para obtener que Dios intervenga en favor nuestro. Vivid también vosotros vuestra pasión, merecida por vuestras culpas. Yo os enseño a superarla y convertirla en gozo. Esperad sin medida, orad con confianza, perdonad para ser perdonados; el perdón de Dios será, hijos, la paz que deseáis.

Por ahora no os digo nada más. Hasta pasado el triunfo pascual, silencio. Es la Pasión (esta revelación se la dio Dios a María Valtorta en Semana Santa). Sed compasivos para con vuestro Redentor. Oíd sus quejidos, contad sus heridas y sus lágrimas, cada una de las cuales fue vertida por vosotros, fue padecida por vosotros. Desaparezca cualquier otra visión ante esta que os recuerda la Redención que por vosotros se ha cumplido.

## 26

### José pide perdón a María. Fe, caridad y humildad para recibir a Dios.

Después de 53 días, la Madre reanuda sus manifestaciones con esta visión, y me dice que la escriba en este libro. La alegría me invade. Ver a María, en efecto, es poseer la Alegría.

Así, veo el huertecillo de Nazaret. María está hilando a la sombra de un tupidísimo manzano repleto de frutos, que ya empiezan a tomar color rojo y que parecen, con su redondez y color rosado, carrillos de niño.

Sin embargo, María no tiene, de ninguna manera, ese color. Le ha desaparecido la linda coloración que, en Hebrón, avivaba su cara. En la palidez de marfil de su rostro, sólo los labios trazan una curva de pálido coral. Bajo los párpados semicerrados hay dos sombras oscuras y los bordes de los ojos están hinchados como en quien ha llorado. No veo los ojos, porque Ella está con la cabeza más bien agachada, pendiente de su trabajo y, sobre todo, de un pensamiento suyo, que debe afligirla, pues la oigo suspirar como quien tuviera un pesar en el corazón.

Está toda vestida de blanco, de lino blanco; es que hace mucho calor, a pesar de que la frescura todavía intacta de las flores me dice que es por la mañana. Tiene la cabeza descubierta, y el Sol, que juega con las frondas del manzano movidas por un ligerísimo viento, y se filtra con agujas de luz hasta tocar la tierra oscura de los parterres, deposita en su cabeza rubia aritos de luz en que los cabellos parecen de oro cobrizo.

De la casa no viene ningún ruido, ni tampoco de los lugares cercanos. Se oye sólo el murmullo del regatillo que va a un pilón del fondo del huerto.

María se estremece al oír un golpe dado con resolución a la puerta de la casa. Apoya rueca y huso y se levanta para ir a abrir. A pesar de que el vestido sea suelto y amplio, no llega a ocultar completamente la rotundidad de su pelvis.

Se encuentra de frente a José. María palidece, hasta incluso en los labios. Ahora su rostro parece una hostia de lo pálido que está. María mira con ojos que escrutan tristemente; José, con ojos que parecen suplicar. Guardan silencio, mirándose. María rompe el silencio:

-¿A esta hora, José? ¿Necesitas algo? ¿Qué deseas decirme? Ven.

José entra y cierra la puerta. Todavía guarda silencio.

- Habla, José. ¿Qué deseas de mí?

- Tu perdón - José se curva como si quisiera arrodillarse. Pero María, siempre tan reservada al tocarlo, lo agarra con resolución por los hombros y se lo impide.

El color aparece y desaparece del rostro de María, ora completamente rojo, ora de nieve como antes.

-¿Mi perdón? No tengo nada que perdonarte, José. No debo sino agradecerte una vez más todo cuanto has hecho aquí dentro, en mi ausencia, y el amor que me tienes.

José la mira. Veo formarse dos gruesas gotas en la cavidad de sus ojos profundos, permanecer como en el borde de un recipiente, y luego deslizarse por las mejillas y por la barba.

- Perdóname, María. He desconfiado de ti. Ahora veo. Soy indigno de poseer tan gran tesoro. He faltado a la caridad, te he acusado en mi corazón, te he acusado injustamente porque no te había preguntado la verdad. He faltado contra la ley de Dios no amándote como yo me habría amado a mí mismo...

-¡Oh, no, no has faltado!

- Sí, María. Si yo hubiera sido acusado de un delito así, me habría defendido. Tú... No te concedía defenderte, porque ya iba a tomar decisiones sin preguntarte primero. He faltado contra ti ofendiéndote con una sospecha. El solo hecho de sospechar

ya es ofensa, María. El que sospecha no conoce. Yo no te he conocido como debía. Pero, por el dolor que he sufrido... tres días de suplicio... perdóname, María.

- No tengo nada que perdonarte. Es más, te pido yo perdón por el dolor que te he causado.

-¡Oh, dolor sí que fue! ¡Cuánto dolor! Fíjate, esta mañana me han dicho que tengo las sienes canosas y arrugas en la cara. ¡Estos días han significado más de diez años de vida! Pero, María, ¿por qué has sido tan humilde de celarme a mí, tu esposo, tu gloria, y permitirme que sospechara de ti?

José no está de rodillas, pero sí tan curvado que es como si lo estuviera. María le pone su mano en la cabeza, y sonríe. Parece como si lo absolviera. Dice:

- Si no lo hubiera sido de modo perfecto, no habría merecido concebir al Esperado, que viene a anular la culpa de soberbia que ha destruido al hombre. Y además no he hecho sino obedecer... Dios me pidió esta obediencia... Me ha costado mucho,. por ti, por el dolor que te produciría... pero, tenía que obedecer. Soy la Esclava de Dios, y los siervos no discuten las órdenes que reciben; las ejecutan, José, aunque provoquen lágrimas de sangre.

María, mientras dice esto, llora silenciosamente, tan silenciosamente que José, agachado como está, no lo advierte hasta que no cae una lágrima al suelo. Entonces, levanta la cabeza y — es la primera vez que le veo hacer este gesto — aprieta las manos de María entre las suyas, oscuras y fuertes, y besa la punta de sus rosados y delgados dedos, de esos dedos que sobresalen del anillo de sus manos como capullos de melocotonero.

- Ahora habrá que tomar las medidas necesarias para que... - José no sigue; mira al cuerpo de María, y Ella se pone como la púrpura, y se sienta de golpe para apartar sus formas de la mirada que la observa - Habrá que actuar rápidamente. Yo vendré aquí... Cumpliremos la ceremonia de la boda... La próxima semana. ¿Te parece bien?

- Todo lo que tú haces está bien, José. Tú eres el jefe de la casa; yo, tu sierva.

- No. Yo soy tu siervo. Yo soy el devoto siervo de mi Señor que crece en tu seno. Bendita tú entre todas las mujeres de Israel. Esta tarde aviso a los parientes. Y después... ya estando yo aquí, nos dedicaremos a preparar todo para recibir... ¡Oh, cómo podré recibir en mi casa a Dios; en mis brazos, a Dios? ¡Moriré de gozo!... ¡Jamás podré osar tocarle!....

- Podrás, como yo, por gracia de Dios.

- Pero tú eres tú. ¡Yo soy un pobre hombre, el más pobre de los hijos de Dios!....

- Jesús viene por nosotros, pobres, para hacernos ricos en Dios; viene a nosotros dos porque somos los más pobres y reconocemos que lo somos. Exulta, José. La estirpe de David tiene a su Rey esperado, y nuestra casa va a ser más fastuosa que el palacio de Salomón, porque aquí estará el Cielo y compartiremos con Dios el secreto de paz que después conocerán los hombres. Crecerá entre nosotros dos. Nuestros brazos le servirán de cuna al Redentor durante su crecimiento, y nuestras fatigas le procurarán el pan... ¡Oh, José! Oiremos la voz de Dios llamándonos "¡Padre y Madre!" ¡Oh!....

María llora de alegría; ¡un llanto tan feliz...! Y José, arrodillado ahora, a sus pies, llora, con su cabeza casi oculta en el amplio vestido de María que cae, formando pliegues, sobre las pobres baldosas de la reducida estancia.

La visión termina en este momento.

Dice María:

- Que nadie interprete erróneamente mi palidez. No provenía de miedo humano. Humanamente no podía esperar sino la lapidación. Pero no temía por eso. Sufría por el dolor de José. Y, en cuanto al pensamiento de que me acusara, no me turbaba tampoco por mí; lo único que me contrariaba era que él, insistiendo en acusarme, hubiera podido faltar a la caridad. Cuando le vi, por este motivo, la sangre se me fue toda al corazón; era el momento en que un justo, ofendiendo a la Caridad, habría podido ofender a la Justicia. Y el hecho de que un justo hubiera cometido una falta — él, que no la cometía nunca — me hubiera producido un dolor supremo.

Si yo no hubiera sido humilde hasta el extremo límite — como he dicho a José — no habría merecido llevar en mí a Aquel que, para borrar la soberbia en la raza, siendo Dios, se anonadaba a sí mismo hasta la humillación de ser hombre.

Te he mostrado esta escena, no recogida por ningún Evangelio, porque quiero atraer la atención, demasiado extraviada, de los hombres hacia las condiciones esenciales para agradar a Dios y para recibir su continuo hacerse presente en los corazones.

Fe. José creyó ciegamente en las palabras del enviado celeste. No pedía otra cosa sino creer, porque tenía la convicción sincera de que Dios era bueno y de que el Señor no le depararía el dolor de ser un hombre traicionado, defraudado por su prójimo, un hombre de quien su prójimo se burlara, pues esperaba en el Señor. No pedía otra cosa sino creer en mí, porque, siendo honesto como era, sólo con dolor podía pensar que otro no lo fuera. Él vivía la Ley, y la Ley dice: 'Ama a tu prójimo como a ti mismo". Nuestro amor hacia nosotros mismos es tanto que nos creemos perfectos aun cuando no lo somos; y, ¿por qué, entonces, vamos a desamar al prójimo pensándole imperfecto?

Caridad absoluta. Caridad que sabe perdonar, que quiere perdonar: perdonar de antemano, disculpando dentro del propio corazón las faltas del prójimo; perdonar en el momento, concediendo todos los atenuantes al culpable.

Humildad tan absoluta como la caridad. Saber reconocer que se ha cometido falta incluso con el simple pensamiento, y no tener ese orgullo, que es más nocivo que la culpa antecedente, de no querer decir: "He cometido un error". Menos Dios, todos cometen errores. ¿Quién podrá decir: "Yo nunca cometo errores"? Y esa humildad aún más difícil de saber callar las maravillas de Dios en nosotros— cuando el darle gloria no requiera proclamarlas — para que el prójimo, que no tiene esos dones especiales de Dios, no se sienta menos. ¡Oh, si quiere Dios, si quiere, se manifestará en su siervo! Isabel me "vio" como yo era cuando llegó la hora, y mi esposo supo lo que yo realmente era cuando le llegó la hora de saberlo.

Dejad que sea el Señor quien se preocupe de proclamaros siervos suyos. Él tiene amorosa prisa de hacerlo, porque toda criatura elevada a una misión especial es una nueva gloria que se añade a la suya, ya infinita, porque es testimonio de lo que el hombre es en el estado en que Dios lo quería: una perfección subordinada que refleja a su Autor. ¡Permaneced en la sombra y

en el silencio, oh vosotros, predilectos de la Gracia, para poder oír las únicas palabras de "vida" que existen, para poder merecer el tener sobre vosotros y en vosotros el Sol que, eterno, resplandece!

¡Oh, Luz beatísima que eres Dios, que eres la alegría de tus siervos, resplandece sobre estos siervos tuyos y así exulten en su humildad, alabándote a ti, sólo a ti, que dispersas a los soberbios y en cambio elevas a los esplendores de tu Reino a los humildes que te aman.

## 27

## El edicto de empadronamiento. Enseñanzas sobre el amor al esposo y la confianza en Dios.

De nuevo veo la casa de Nazaret, la pequeña habitación en que María habitualmente come. Ahora Ella está trabajando en una tela blanca. La deja para ir a encender una lámpara, pues está atardeciendo y no ve ya bien con la luz verdosa que entra por la puerta entornada que da al huerto. Cierra también la puerta.

Observo que su cuerpo está ya muy engrosado, pero sigue viéndosele muy hermosa. Su paso continúa siendo ágil; todos sus movimientos, donosos. No se ve en Ella ninguna de esas sensaciones de peso que se notan en la mujer cuando está próxima a dar a luz a un niño. Sólo en el rostro ha cambiado. Ahora es "la mujer". Antes, cuando el Anuncio, era una jovencita de carita serena e ingenua (como de niño inocente). Luego, en la casa de Isabel, cuando el nacimiento del Bautista, su rostro se había perfeccionado, adquiriendo una gracia más madura. Ahora es el rostro sereno, pero dulcemente majestuoso, de la mujer que ha alcanzado su plena perfección en la maternidad.

Ya no recuerda a esa "Virgen de la Anunciación" de Florencia. Cuando era niña, yo sí que la veía reflejada en ella. Ahora el rostro es más alargado y delgado; la mirada, más pensativa y grande. En pocas palabras: como es María actualmente en el Cielo. Porque ahora ha asumido el aspecto y la edad del momento en que nació el Salvador.

Tiene la eterna juventud de quien no sólo no ha conocido corrupción de muerte, sino que ni siquiera ha conocido el marchitamiento de los años. El tiempo no ha tocado a esta Reina nuestra y Madre del Señor que ha creado el tiempo. Es verdad que en el suplicio de los días de la Pasión — suplicio que para Ella empezó muchísimo antes, podría decir que desde que Jesús comenzó la evangelización — se la vio envejecida, pero tal envejecimiento era sólo como un velo corrido por el dolor sobre su incorruptible cuerpo. Efectivamente, desde cuando Ella vuelve a ver a Jesús, resucitado, torna a ser la criatura fresca y perfecta de antes del suplicio: como si al besar las santísimas Llagas hubiera bebido un bálsamo de juventud que hubiese cancelado la obra del tiempo y, sobre todo, del dolor. También hace ocho días, cuando he visto la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés, veía a María "hermosísima y, en un instante, rejuvenecida", como escribía; ya antes había escrito: "Parece un ángel azul". Los ángeles no experimentan la vejez. Poseen eternamente la belleza de la eterna juventud, del eterno presente de Dios que en sí mismos reflejan.

La juventud angélica de María, ángel azul, se completa y alcanza la edad perfecta — que se ha llevado consigo al Cielo y que conservará eternamente en su santo cuerpo glorificado, cuando el Espíritu pone el anillo nupcial a su Esposa y la corona en presencia de todos — ahora, y no ya en el secreto de una habitación ignorada por el mundo, con un arcángel como único testigo.

He querido hacer esta digresión porque la consideraba necesaria.

Ahora vuelvo a la descripción.

María, pues, ahora ya es verdaderamente "mujer", llena de dignidad y donaire. Incluso su sonrisa se ha transformado, en dulzura y majestad. ¡Qué hermosa está María!

Entra José. Da la impresión de que vuelve del pueblo, porque entra por la puerta de la casa y no por la del taller. María levanta la cabeza y le sonríe. También José le sonríe a Ella... no obstante, parece como si lo hiciera forzado, como quien estuviera preocupado. María lo observa escrutadora y se levanta para coger el manto que José se está quitando, para doblarlo y colocarlo encima de un arquibanco.

José se sienta al lado de la mesa. Apoya en ella un codo y la cabeza en una mano mientras con la otra, absorto, se peina y despeina alternativamente la barba.

-¿Estás preocupado por algo? - pregunta María. - ¿Te puedo servir de consuelo?

- Tú siempre me confortas, María. Pero esta vez es una gran preocupación... por ti.

-¿Por mí, José? ¿Y qué es, pues?

- Han puesto un edicto en la puerta de la sinagoga. Ha sido ordenado el empadronamiento de todos los palestinos. Hay que ir a anotarse al lugar de origen. Nosotros tenemos que ir a Belén...

-¡Oh! - interrumpe María, llevándose una mano al pecho.

-¿Te preocupa, verdad? Es penoso. Lo sé.

- No, José, no es eso. Pienso... pienso en las Sagradas Escrituras: Raquel, madre de Benjamín y esposa de Jacob, del cual nacerá la Estrella, el Salvador. Raquel, que está sepultada en Belén; de la que se dijo: "Y tú, Belén Efratá, eres la más pequeña entre las tierras de Judá, mas de ti saldrá el Dominador", el Dominador prometido a la estirpe de David; Él nacerá allí...

-¿Piensas... piensas que ya ha llegado el momento? ¡Oh! ¿Qué podemos hacer? - José está enormemente preocupado y mira a María con ojos llenos de compasión.

Ella lo percibe, y sonríe. Su sonrisa es más para sí que para él. Es una sonrisa que parece decir: «Es un hombre; justo, pero hombre. Y ve como hombre, piensa como hombre. Sé compasiva con él, alma mía, y guíalo a la visión de espíritu». Y su bondad la impulsa a tranquilizarlo. No mintiendo, sino tratando de quitarle la preocupación, le dice:

- No sé, José. El momento está muy cercano, pero, ¿no podría el Señor alargarlo para aliviarte esta preocupación? Él todo lo puede. No temas.

-¡Pero el viaje!... Y además, ¡con la cantidad de gente que habrá!... ¿Encontraremos un buen lugar para alojarnos? ¿Nos dará tiempo a volver? Y si... si eres Madre allí, ¿cómo nos las arreglaremos? No tenemos casa... No conocemos a nadie....

- No temas. Todo saldrá bien. Dios provee para que encuentre un amparo el animal que procrea, ¿y piensas que no proveerá para su Mesías? Nosotros confiamos en Él, ¿no es verdad? Siempre confiamos en Él, Cuanto más fuerte es la prueba, más confiamos. Como dos niños, ponemos nuestra mano en su mano de Padre. Él nos guía. Estamos completamente abandonados en Él. Mira cómo nos ha conducido hasta aquí con amor. Ni el mejor de los padres podría haberlo hecho con más esmero. Somos sus hijos y sus siervos. Cumplimos su voluntad. Nada malo nos puede suceder. Este edicto también es voluntad suya. ¿Qué es César, sino un instrumento de Dios? Desde que el Padre decidió perdonar al hombre, ha predispuesto los hechos para que su Hijo naciera en Belén. Antes de que ella, la más pequeña de las ciudades de Judá, existiera, ya estaba designada su gloria. Para que esta gloria se cumpla y la palabra de Dios no quede en entredicho — y lo quedaría si el Mesías naciera en otro lugar — he aquí que ha surgido un poderoso, muy lejos de aquí, y nos ha dominado, y ahora quiere saber quiénes son sus súbditos, ahora, en un momento de paz para el mundo... ¡Qué es una pequeña molestia nuestra comparada con la belleza de este momento de paz! Fíjate, José, ¡un tiempo en que no hay odio en el mundo! ¿Existe, acaso, hora más feliz que ésta, para que surja la "Estrella" de luz divina y de influjo redentor? ¡Oh, no tengas miedo, José! Si inseguros son los caminos, si la muchedumbre dificulta la marcha, los ángeles serán nuestra defensa y nuestro parapeto; no de nosotros, sino de su Rey. Si no encontramos un lugar donde ampararnos, sus alas nos harán de tienda. Nada malo nos sucederá, no puede sucedemos: Dios está con nosotros.

José la mira y la escucha con devoción.. Las arrugas de la frente se alisan, la sonrisa vuelve. Se pone en pie, ya sin cansancio y sin pena. Sonríe.

-¡Bendita tú, Sol del espíritu mío! ¡Bendita tú, que sábese ver todo a través de la Gracia que te llena! No perdamos tiempo, pues, porque hay que partir lo antes posible y... volver cuanto antes, para que aquí todo está preparado para el... para el....

- Para el Hijo nuestro, José. Tal debe ser a los ojos del mundo, recuérdalo. El Padre ha velado de misterio esta venida suya, y nosotros no debemos descorrer el velo. Él, Jesús, lo hará, llegada la hora...

La belleza del rostro, de la mirada, de la expresión, de la voz de María al decir este «Jesús» no es describible. Es ya el éxtasis, y con este éxtasis cesa la visión.

Dice María:

- No añado mucho, porque mis palabras son ya enseñanza.

Eso sí, reclamo la atención de las mujeres casadas sobre un punto. Demasiadas uniones se transforman en desuniones por culpa de las mujeres, las cuales no tienen hacia el marido ese amor que es todo (amabilidad, compasión, consuelo). Sobre el hombre no pesa el sufrimiento físico que oprime a la mujer, pero sí todas las preocupaciones morales: necesidad de trabajo, decisiones que hay que tomar, responsabilidades ante el poder establecido y ante la propia familia... ¡Oh, cuántas cosas pesan sobre el hombre, y cuánta necesidad tiene también él de consuelo! Pues bien, es tal el egoísmo, que la mujer le añade al marido cansado, desilusionado, abrumado, preocupado, el peso de inútiles quejas, e incluso a veces injustas. Y todo porque es egoísta; no ama.

Amar no significa satisfacer los propios sentidos o la propia conveniencia. Amar es satisfacer a la persona amada, por encima de los sentidos y conveniencias, ofreciéndole a su espíritu esa ayuda que necesita para poder tener siempre abiertas las alas en el cielo de la esperanza y de la paz.

Hay otro punto en el que querría que centrarais vuestra atención. Ya he hablado de ello; no obstante, insisto. Se trata de la confianza en Dios.

La confianza compendia las virtudes teologales. Si uno tiene confianza, es señal de que tiene fe; si tiene confianza, es señal de que espera y de que ama. Cuando uno ama, espera y cree en una persona, tiene confianza. Si no, no. Dios merece esta confianza nuestra. Si se la damos a veces a pobres hombres capaces de cometer faltas, ¿por qué negársela a Dios, que no comete falta alguna?

La confianza es también humildad. El soberbio dice: "Voy a actuar por mí mismo. No me fío de éste, que es un incapaz, un embustero y un avasallador". El humilde dice: "Me fío. ¿Por qué no me voy a fiar? ¿Por qué debo pensar que yo soy mejor que él?". Y así, con mayor razón, de Dios dice: "¿Por qué voy a tener que desconfiar de Aquel que es bueno? ¿Por qué voy a tener que pensar que me basto por mí mismo?". Dios se dona al humilde, del soberbio se retira.

La confianza es, además, obediencia; y Dios ama al obediente. La obediencia es signo de que nos reconocemos hijos suyos, de que lo reconocemos como Padre; y un padre, cuando es verdadero padre, no puede hacer otra cosa sino amar. Dios es para nosotros Padre verdadero y perfecto.

Hay un tercer punto que quiero que meditéis. Se funda también en la confianza.

Ningún hecho puede acaecer si Dios no lo permite. Por lo cual, ya tengas poder, ya seas súbdito, será porque Dios lo ha permitido. Preocúpate, pues, ¡oh tú que tienes poder!, de no hacer de este poder tuyo tu mal. En cualquier caso sería "tu mal", aunque en principio pareciese que lo fuera de otros. En efecto, Dios permite, pero no sin medida; y, si sobrepasas el punto señalado, asesta el golpe y te hace pedazos. Preocúpate, pues, tú que eres súbdito, de hacer de esta condición tuya una calamita para atraer hacia ti la celeste protección. No maldigas nunca. Deja que Dios se ocupe de ello. A Él, Señor de todos, le corresponde bendecir o maldecir a los seres que ha creado.

## 28.
## La llegada a Belén.

Veo una vía de primer orden muy transitada. Jumentos que van cargados de todo tipo de cosas y de personas. Jumentos que regresan. La gente, azuza a sus cabalgaduras. Otros, los que van a pie, caminan deprisa porque hace frío.

Hay un aire terso y seco, el cielo está sereno; todo tiene, no obstante, ese filo neto de los días de pleno invierno. El campo, desnudo, parece más grande; está poco crecida y ya requemada por los vientos invernales la hierba de los pastos en que las ovejas buscan un poco de alimento, y también de sol, que está saliendo poco a poco. Están pegadas las unas a las otras, porque también ellas tienen frío; y balan, levantando el morro y mirando al Sol como diciendo: « ¡Ven pronto, que hace frío!». El terreno es ondoso. Las sinuosidades se hacen cada vez más netas; es propiamente una zona de colinas, con depresiones herbosas y laderas, con pequeños valles y cimas. El camino pasa por el medio en dirección sudeste.

María va montada en un borriquillo pardo, toda arropada en su grueso manto. En la parte de adelante de la albardilla está ese arnés ya visto en el viaje hacia Hebrón; encima, el baulillo con las cosas más necesarias.

José camina al lado llevando las riendas. De vez en cuando le pregunta a María si está cansada.

Ella lo mira sonriendo y le responde que no; pero a la tercera vez añade:

- Tú sí que estarás cansado, que vas a pie.

-¡Oh!, ¿yo? Para mí no es nada. Lo que pienso es que si hubiera encontrado otro asno podrías ir más cómoda y además llegaríamos antes. Pero, me ha sido imposible encontrarlo; ahora todos necesitan una cabalgadura. ¡Ánimo de todas formas! Pronto llegaremos a Belén. Al otro lado de aquel monte está Efratá.

Ahora guardan silencio. La Virgen cuando calla parece recogerse internamente en oración. Sonríe dulcemente por un pensamiento suyo, y, cuando mira a la gente, parece como si no viera en ella lo que es (un hombre, una mujer, un anciano, un pastor, un rico o un pobre), sino eso que sólo Ella ve.

-¿Tienes frío? - pregunta José, dado que empieza a levantarse viento.

- No, gracias».

Pero José no se fía. Le toca los pies, que penden por el lado del borriquillo, los pies calzados en las sandalias y que apenas si se ven sobresalir del largo vestido; debe sentirlos fríos porque menea la cabeza y se quita una manta que llevaba en bandolera y arropa con ella las piernas de María, y se la extiende también sobre el regazo, de forma que sus manos, bajo la cobija y el manto, estén bien calientes.

Encuentran a un pastor, que corta el camino con su rebaño, pasando de los pastos de la derecha a los de la izquierda. José se inclina hacia él para decirle algo. El pastor hace un gesto afirmativo. José toma el borriquillo y tira de él detrás del rebaño hasta el prado. El pastor saca de una alforja una tosca escudilla, ordeña a una gruesa oveja de ubres llenas, da la escudilla a José y éste a su vez se la ofrece a María.

-¡Que Dios os bendiga a los dos! — dice María —. A tí, por tu amor; y a tí por tu bondad. Oraré por ti.

-¿Venís de lejos?.

- De Nazaret - responde José.

-¿Y vais hacia...?.

- A Belén.

- Largo viaje para esta mujer en este estado. ¿Es tu esposa?.

- Es mi esposa».

-¿Tenéis dónde ir?

- No.

-¡Mala cosa! Belén está llena de gente llegada de todas partes para inscribirse o para ir a otro lugar, No sé si encontraréis alojamiento. ¿Conoces bien este lugar?

- No mucho.

- Bueno, pues... yo te digo... por ella (y señala a María). Preguntad por la posada. Estará llena. Más que nada os lo digo como referencia. Está en una plaza, en la más grande. Se llega por este mismo camino, no hay pérdida posible. Delante hay una fuente. La posada es grande y baja y tiene un portal grande. Estará llena. De todas formas, si no encontráis nada en ella ni en las otras casas, id a la parte de atrás de la posada, hacia el campo. En el monte hay unos establos que algunas veces les sirven a los mercaderes que van a Jerusalén para meter a los animales que no tienen sitio en la posada. Son establos — ya sabéis — que están en el monte; por tanto, húmedos, fríos y sin puerta. Pero son al menos un refugio; esta mujer... no puede quedarse en la calle. Quizás allí encontréis un sitio... y heno para dormir y para el burro... ¡Y que Dios os acompañe!

-¡Y que alegre tus días! - responde María. José en cambio dice:

- La paz sea contigo.

Vuelven al camino. Salvan una prominencia del terreno desde la que se ve una depresión más vasta limitada por delicadas pendientes. En la cuenca y arriba y abajo por las laderas hay casas y más casas: es Belén.

- Estamos en la tierra de David, María. Ahora podrás descansar. Te veo muy cansada...

- No. Estaba pensando... estoy pensando...

María le coge la mano a José y, sonriendo con beatitud, le dice:

Tengo la firme impresión de que ha llegado el momento.

-¡Dios de misericordia! ¿Qué hacemos?

- No te preocupes, José. Permanece firme. ¿No ves lo tranquila que estoy yo».

- Pero estás sufriendo mucho.

-¡Oh! ¡No! Estoy llena de gozo. Siento un júbilo tal, tan fuerte, tan hermoso, tan incontenible, que mi corazón late fortísimamente y me dice: "¡Va a nacer! ¡Va a nacer!". Lo dice en cada latido. Es mi Niño, que llama a mi corazón y me dice: "Mamá, estoy aquí, vengo a darte el beso de Dios". ¡Oh, qué alegría, José mío!

José, sin embargo, no está jubiloso. Piensa más bien en la urgencia de encontrar un lugar donde ampararse, y acelera el paso. Puerta por puerta lo solicita... Nada. Todo lleno. Llegan a la posada... Está llena, incluso con gente prácticamente al raso bajo el rústico pórtico que rodea el vasto patio interior.

José deja a María montada en su burrito, dentro del patio, y sale para buscar en las otras casas. Vuelve desconsolado. No hay ningún sitio. El rápido crepúsculo invernal comienza a extender sus velos. José le suplica al posadero, suplica a los que han venido de fuera: ellos son hombres, y están sanos; aquí hay una mujer que está para dar a luz a un hijo; que tengan piedad... Nada.

Un rico fariseo, que los está mirando con desprecio manifiesto, cuando María se acerca, se separa como si hubiera sido una leprosa la que se hubiera acercado. José le mira, y se le enciende de indignación el rostro. María le pone una mano en su muñeca, para calmarlo y le dice:

- No insistas. Vamos. Dios proveerá,

Salen. Siguen el muro de la posada. Tuercen por una callejuela encajonada entre aquélla y unas casas pobres. Giran hacia la parte de atrás de la posada. Buscan. Hay una especie de grutas. Por lo bajas que son y lo húmedas que están, diría que más que establos son bodegas. Las más lindas ya están ocupadas. José siente caérsele el alma a los pies.

-¡Eh! ¡Galileo! - le grita por detrás un viejo - Allí, en el fondo, bajo aquellas ruinas, hay una guarida. Quizás todavía no se ha metido nadie.

Se apresuran hacia esa "guarida". Es realmente una guarida. Entre las ruinas de lo que sería un edificio, hay una abertura; dentro, una gruta, más que una gruta una cavidad excavada en el monte.

Diríase que son los cimientos de la antigua construcción, cuyos restos derrumbados, apuntalados con troncos de árbol casi sin desbastar, hacen de techo.

Para ver mejor, puesto que hay poquísima luz, José trae yesca y piedra de chispa, y enciende una lamparita que ha sacado del talego que lleva cruzado al pecho. Entra. Un mugido le saluda.

- Ven, María; está vacía, sólo hay un buey - José sonríe - ¡Mejor que nada...!.

María baja del burrito y entra.

José ha colgado la lamparita de un clavo que está hincado en uno de los troncos de sostén. Se ve la techumbre llena de telas de araña, y pajas esparcidas por todo el suelo (que es de tierra batida y su superficie es completamente irregular; con hoyos, guijarros, detritos y excrementos). En la parte del fondo, un buey, con heno colgándole de la boca, se vuelve y mira con ojos tranquilos. Hay un tosco taburete y dos piedras en un ángulo ennegrecido — señal de que en ese lugar se enciende fuego — que está junto a una tronera.

María se acerca al buey. Tiene frío. Le pone las manos sobre el cuello para sentir su calorcillo. El buey muge; se deja. Parece como si hubiera comprendido. Se deja también cuando José lo separa un poco para coger abundante heno del pesebre para hacerle a María una yacija—el pesebre es doble: está el en que come el buey, y, encima, una especie de estante con heno de reserva; éste es el que coge José. Y le hace sitio al burrito, que, cansado y hambriento, enseguida se pone a comer.

José encuentra también un cubo volcado y todo abollado. Sale — porque fuera había visto un regato — y vuelve con agua para el borriquillo. Luego se hace con un haz de ramajes que estaba en un rincón y trata de barrer un poco el suelo. Después extiende el heno, hace con él una yacija, junto al buey, en el ángulo más seco y resguardado; pero siente que este mísero heno está húmedo, y suspira. Enciende el fuego y, con una paciencia de cartujo, lo seca a manojos cerca del calor.

María, sentada en el taburete, cansada, mira sonriente. Ya está. María se dispone mejor sobre el mullido heno, con los hombros apoyados en un tronco. José termina de... aparejar la estancia extendiendo su manto como si fuera una cortina en la apertura que hace de puerta. Una protección muy relativa. Luego le ofrece a la Virgen pan y queso, y le da a beber agua de un boto.

- Duerme ahora - le dice - Yo velaré, para que la lumbre no se apague. Menos mal que hay leña. Esperemos que dure y que arda. Así podré ahorrar aceite de la lámpara.

María se echa obedientemente. José, con la manta que tenía en los pies y con el manto de la misma María, la tapa.

-¿Y tú?... Vas a pasar frío.

- No, María. Estoy junto al fuego. Trata de descansar. Mañana irá mejor.

María cierra los ojos sin insistir más. José se pone en su rinconcillo, sentado en el taburete, con unas — pocas — ramillas secas al lado; no creo que duren mucho.

Están colocados así: María a la derecha, dando la espalda a la... puerta, semioculta por el tronco y por el cuerpo del buey, que está recostado ahora en la cama de paja; José a la izquierda y de cara a la puerta, en diagonal por tanto; estando frente al fuego, da la espalda a María, pero, de vez en cuando, se vuelve a mirarla, y la ve tranquila, como si durmiera. Rompe lentamente sus ramitas, y las va echando, una a una, en el débil fuego para que no se apague, para que dé luz, para que la poca leña dure. La única luz, ora más viva, ora mortecina, es la del fuego; la lámpara está ya apagada; en la penumbra resalta sólo el blancor del buey y del rostro y manos de José. Todo el resto es una masa que se confunde en la penumbra densa.

- No hay dictado - dice María - La visión habla por sí sola. Tarea vuestra es entender la lección de caridad, humildad y pureza que de ella emana.

## 29

## Nacimiento de Jesús. La eficacia salvadora de la divina maternidad de María.

6 de Junio de 1944.

Continúa mi visión del interior de este pobre refugio de piedra en que han encontrado amparo, unidos en la suerte a unos animales, María y José.

El fueguecillo se adormila junto con su guardián. María levanta lentamente la cabeza de su yacija y mira. Ve que José tiene la cabeza reclinada sobre el pecho como si estuviera meditando... será — piensa — que el cansancio ha sobrepujado su buena voluntad de permanecer despierto, y sonríe bondadosa; luego, con menos ruido del que puede hacer una mariposa posándose en una rosa, se sienta, para después arrodillarse. Ora con una sonrisa beatífica en su rostro. Ora con los brazos extendidos casi en cruz, con las palmas hacia arriba y hacia adelante... y no parece cansarse de esa posición molesta. Luego se postra con el rostro contra el heno, adentrándose aún más en su oración; y la oración es larga.

José sale bruscamente de su sueño; ve mortecino el fuego y casi oscuro el establo. Echa un puñado de tamujo muy fino. La llama vuelve a chispear. Y va añadiendo ramitas cada vez más gruesas; en efecto, el frío debe ser punzante, el frío de esa noche invernal, serena, que penetra por todas las partes de esas ruinas. El pobre José, estando como está cerca de la puerta — llamemos así a la abertura a la que hace de cortina su manto —, debe estar congelado. Acerca las manos a la llama, se quita las sandalias, acerca también los pies; así se calienta. Luego, cuando el fuego ha adquirido ya viveza y su luz es segura, se vuelve; no ve nada, ni siquiera la blancura del velo de María que antes dibujaba una línea clara sobre el heno oscuro. Se pone en pie y se acerca despacio a la yacija.

-¿No duermes, María? - pregunta.

Lo pregunta tres veces, hasta que Ella torna en sí y responde:

- Estoy orando.

-¿No necesitas nada?

- No, José.

- Trata de dormir un poco, de descansar al menos.

- Lo intentaré, pero la oración no me cansa.

- Hasta luego, María.

- Hasta luego, José.

María vuelve a su posición de antes. José, para no ceder otra vez al sueño, se pone de rodillas junto al fuego, y ora. Ora con las manos unidas en el rostro; de vez en cuando las separa para alimentar el fuego, y luego vuelve a su ferviente oración. Menos el ruido del crepitar de la leña y el del asno, que de tanto en tanto pega con una pezuña en el suelo, no se oye nada.

Un inicio de luna se insinúa a través de una grieta de la techumbre. Parece un filo de incorpórea plata que buscase a María. Se alarga a medida que la Luna va elevándose en el cielo y, por fin, la alcanza. Ya está sobre la cabeza de la orante, nimbándosela de candor.

María levanta la cabeza como por una llamada celeste y se yergue hasta quedar de nuevo de rodillas. ¡Oh, qué hermoso es este momento! Ella levanta la cabeza, que parece resplandecer bajo la luz blanca de la Luna, y una sonrisa no humana la transfigura. ¿Qué ve? ¿Qué oye? ¿Qué siente? Sólo Ella podría decir lo que vio, oyó y sintió en la hora fúlgida de su Maternidad. Yo sólo veo que en torno a Ella la luz aumenta, aumenta, aumenta; parece descender del Cielo, parece provenir de las pobres cosas que están a su alrededor, parece, sobre todo, que proviene de Ella.

Su vestido, azul oscuro, parece ahora de un delicado celeste de miosota; sus manos, su rostro, parecen volverse azulinas, como los de uno que estuviera puesto en el foco de un inmenso zafiro pálido. Este color, que me recuerda, a pesar de ser más tenue, el que veo en las visiones del santo Paraíso, y también el que vi en la visión de la venida de los Magos, se va extendiendo progresivamente sobre las cosas, y las viste, las purifica, las hace espléndidas.

El cuerpo de María despide cada vez más luz, absorbe la de la luna, parece como si Ella atrajera hacia sí la que le puede venir del Cielo. Ahora ya es Ella la Depositaría de la Luz, la que debe dar esta Luz al mundo. Y esta beatífica, incontenible, inmensurable, eterna, divina Luz que de un momento a otro va a ser dada, se anuncia con una alba, un lucero de la mañana, un coro de átomos de luz que aumenta, aumenta como una marea, sube, sube como incienso, baja como una riada, se extiende como un velo...

La techumbre, llena de grietas, de telas de araña, de cascotes que sobresalen y están en equilibrio por un milagro de estática, esa techumbre negra, ahumada, repelente, parece la bóveda de una sala regia. Los pedruscos son bloques de plata; las grietas, reflejos de ópalo; las telas de araña, preciosísimos baldaquinos engastados de plata y diamantes. Un voluminoso lagarto, aletargado entre dos bloques de piedra, parece un collar de esmeraldas olvidado allí por una reina; y un racimo de murciélagos en letargo, una lámpara de ónice de gran valor. Ya no es hierba el heno que cuelga del pesebre más alto, es una multitud de hilos de plata pura que oscilan temblorosos en el aire con la gracia de una cabellera suelta.

La madera oscura del pesebre de abajo parece un bloque de plata bruñida. Las paredes están recubiertas de un brocado en que el recamo perlino del relieve oculta el candor de la seda. Y el suelo... ¿Qué es ahora el suelo? Es un cristal encendido por una luz blanca; los salientes parecen rosas de luz arrojadas al suelo como obsequio; los hoyos, cálices valiosos de cuyo interior ascenderían aromas y perfumes.

La luz aumenta cada vez más. El ojo no la resiste. En ella desaparece, como absorbida por una cortina de incandescencia, la Virgen... y emerge la Madre.

Sí. Cuando mi vista de nuevo puede resistir la luz, veo a María con su Hijo recién nacido en los brazos. Es un Niñito rosado y regordete, que gesticula, con unas manitas del tamaño de un capullo de rosa; que menea sus piececitos, tan pequeños que cabrían en el corazón de una rosa; que emite vagidos con su vocecita trémula, de corderito recién nacido, abriendo una boquita que parece una menudita fresa de bosque, y mostrando una lengüecita temblorosa contra el rosado paladar; que menea su cabecita, tan rubia que parece casi desprovista de cabellos, una cabecita redonda que su Mamá sostiene en la cavidad de una de sus manos, mirando a su Niño, adorándolo, llorando y riendo al mismo tiempo... Y se corva para besarlo, no en la inocente cabeza, sino en el centro del pecho, sobre ese corazoncito que palpita, que palpita por nosotros... en donde un día se abrirá la Herida. Su Mamá se la está curando anticipadamente, con su beso inmaculado.

El buey se ha despertado por el resplandor, se levanta haciendo mucho ruido con las pezuñas, y muge. El asno vuelve la cabeza y rebuzna. Es la luz la que los saca del sueño, pero me seduce la idea de pensar que hayan querido saludar a su Creador, por ellos mismos y por todos los animales.

Y José, que, casi en rapto, estaba orando tan intensamente que era ajeno a cuanto le rodeaba, también torna en sí, y por entre los dedos apretados contra el rostro ve filtrarse la extraña luz. Se descubre el rostro, levanta la cabeza, se vuelve. El buey, que está en pie, oculta a María, pero Ella le llama: «José, ven».

José acude. Cuando ve, se detiene, como fulminado de reverencia, y está casi para caer de rodillas en ese mismo lugar; pero María insiste:

- Ven, José - y, apoyando la mano izquierda en el heno y teniendo con la derecha estrechado contra su corazón al Infante, se alza y se dirige hacia José, quien, por su parte, se mueve azarado por el contraste entre su deseo de ir y el temor a ser irreverente.

Junto a la cama para el ganado los dos esposos se encuentran, y se miran llorando con beatitud.

- Ven, que ofrecemos a Jesús al Padre - dice María. José se pone de rodillas. Ella, erguida, entre dos troncos sustentantes, alza a su Criatura en sus brazos y dice:

- Heme aquí — por Él, ¡oh Dios!, te digo esto —, heme aquí para hacer tu voluntad. Y con Él yo, María, y José, mi esposo. He aquí a tus siervos, Señor, para hacer siempre, en todo momento y en todo lo que suceda, tu voluntad, para gloria tuya y por amor a Ti.

Luego María se inclina hacia José y, ofreciéndole el Infante le dice:

- Toma, José.

-¿Yo? ¿A mí? ¡Oh, no! ¡No soy digno! - José se siente profundamente turbado, anonadado ante la idea de deber tocar a Dios.

Pero María insiste sonriendo:

- Bien digno eres de ello tú, y nadie lo es más que tú, y por eso el Altísimo te ha elegido. Toma, José, tenlo mientras yo busco su ropita.

José, rojo como una púrpura, alarga los brazos y toma ese copito de carne que grita de frío; una vez que lo tiene entre sus brazos, no persiste en la intención de mantenerlo separado de sí por respeto, sino que lo estrecha contra su corazón rompiendo a llorar fuertemente:

-¡Oh! ¡Señor! ¡Dios mío! - y se inclina para besar los piececitos. Los siente fríos y entonces se sienta en el suelo y lo recoge en su regazo, y con su indumento marrón y con las manos trata de cubrirlo, calentarlo, defenderlo del cierzo de la noche. Quisiera acercarse al fuego, pero allí se siente esa corriente de aire que entra por la puerta. Mejor quedarse donde está, o, mejor todavía, entre los dos animales, que hacen de escudo al aire y dan calor. Y se pone entre el buey y el asno dando la espalda a la puerta, con su cuerpo hacia el Recién Nacido para hacer de su pecho una hornacina, cuyas paredes laterales son: una cabeza gris, con largas orejas; un hocico grande, blanco, con unos ojos húmedos buenos y un morro que exhala vapor.

María ha abierto el baulillo y ha sacado unos pañales y unas fajas, ha ido al fuego y las ha calentado. Ahora se acerca a José y envuelve al Niño en esos paños calentitos, y con su velo le cubre la cabeza.

-¿Dónde le ponemos ahora? - pregunta.

José mira alrededor, piensa...

- Mira — dice —, corremos un poco más para acá a los dos animales y la paja, y bajamos ese heno de allí arriba y lo ponemos a Él aquí dentro. La madera del borde le resguardará del aire, el heno será su almohada, el buey con su aliento lo calentará un poquito. Mejor el buey. Es más paciente y tranquilo.

Y se pone manos a la obra mientras María acuna a su Niño estrechándolo contra su corazón, con su carrillo sobre la cabecita para darle calor.

José reaviva el fuego, sin ahorrar leña, para hacer una buena hoguera, y se pone a calentar el heno, de forma que según lo va secando, para que no se enfríe, se lo va metiendo en el pecho; luego, cuando ya tiene suficiente para un colchoncito para el Infante, va al pesebre y lo dispone como una cunita.

- Ya está - dice - Ahora sería necesaria una manta, porque el heno pica; y además para taparlo...

- Coge mi manto - dice María.

- Vas a tener frío.

-¡Oh, no tiene importancia! La manta es demasiado áspera; el manto, sin embargo, es suave y caliente. Yo no tengo frío en absoluto. ¡Lo importante es que Él no sufra más!.

José coge el amplio manto de suave lana azul oscura y lo dispone doblado encima de la paja, y deja un borde colgando fuera del pesebre. El primer lecho del Salvador está preparado.

Su Madre, con dulce paso ondeante, lo lleva al pesebre, en él lo coloca, y lo tapa con la parte del manto que había quedado fuera y con ella arropa también la cabecita desnuda, que se hunde en el heno, protegida apenas por el fino velo de María. Queda sólo destapada la carita, del tamaño de un puño de hombre, y los dos, inclinados hacia el pesebre, lo miran con

beatitud mientras duerme su primer sueño; en efecto, el calorcito de los paños y de la paja le ha calmado el llanto y le ha hecho conciliar el sueño al dulce Jesús.

Dice María:

-Te había prometido que Él vendría a traerte su paz. ¿Te acuerdas de la paz que tenías durante los días de Navidad, cuando me veías con mi Niño? Entonces era tu tiempo de paz, ahora es tu tiempo de sufrimiento. Pero ya sabes que es en el sufrimiento donde se conquista la paz y toda gracia para nosotros y para el prójimo. Jesús - Hombre tornó a ser Jesús - Dios después del tremendo sufrimiento de la Pasión; tornó a ser Paz, Paz en el Cielo del que había venido y desde el cual, ahora, derrama su paz sobre aquellos que en el mundo le aman. Mas durante las horas de la Pasión, Él, Paz del mundo, fue privado de esta paz. No habría sufrido si la hubiera tenido, y debía sufrir, sufrir plenamente.

Yo, María, redimí a la mujer con mi Maternidad divina, mas se trataba sólo del comienzo de la redención de la mujer. Negándome, con el voto de virginidad, al desposorio humano, había rechazado toda satisfacción concupiscente, mereciendo gracia de parte de Dios. Pero no bastaba, porque el pecado de Eva era árbol de cuatro ramas: soberbia, avaricia, glotonería, lujuria. Y había que quebrar las cuatro antes de hacerlo estéril en sus raíces.

Vencí la soberbia humillándome hasta el fondo.

Me humillé delante de todos. No hablo ahora de mi humildad respecto a Dios; ésta deben tributársela al Altísimo todas las criaturas. La tuvo su Verbo. Yo, mujer, debía también tenerla. ¿Has reflexionado, más bien, alguna vez, en qué tipo de humillaciones tuve que sufrir de parte de los hombres y sin defenderme en manera alguna? Incluso José, que era justo, me había acusado en su corazón. Los demás, que no eran justos, habían pecado de murmuración sobre mi estado, y el rumor de sus palabras había venido, como ola amarga, a estrellarse contra mi humanidad.

Y éstas fueron sólo las primeras de las infinitas humillaciones que mi vida de Madre de Jesús y del género humano me procuraron. Humillaciones de pobreza; la humillación de quien debe abandonar su tierra; humillaciones a causa de las reprensiones de los familiares y de las amistades, que, desconociendo la verdad, juzgaban débil mi forma de ser madre respecto a mi Jesús, cuando empezaba ya a ser un hombre; humillaciones durante los tres años de su ministerio; crueles humillaciones en el momento del Calvario; humillaciones hasta en el tener que reconocer que no tenía con qué comprar ni sitio ni perfumes para enterrar a mi Hijo.

Vencí la avaricia de los Progenitores renunciando con antelación a mi Hijo.

Una madre no renuncia nunca a su hijo, si no se ve obligada a ello. Ya sea la patria, o el amor de una esposa, o el mismo Dios quienes piden el hijo a su corazón, ella se resiste a la separación. Es natural que sea así. El hijo crece dentro de nosotras, y el vínculo de su persona con la nuestra jamás queda completamente roto. A pesar de que el conducto del vital ombligo haya sido cortado, siempre permanece un nervio que nace en el corazón de la madre (un nervio espiritual, más vivo y sensible que un nervio físico) y arraiga en el corazón del hijo, y que siente como si le estiraran hasta el límite de lo soportable, si el amor dé Dios o de una criatura, o las exigencias de la patria alejan al hijo de la madre; y que se rompe, lacerando el corazón si la muerte arranca un hijo a su madre.

Yo renuncié, desde el momento en que lo tuve, a mi Hijo. A Dios se lo di, a vosotros os lo di. Me despojé del Fruto de mi vientre para dar reparación al hurto de Eva del fruto de Dios.

Vencí la glotonería, tanto de saber como de gozar, aceptando sorber únicamente lo que Dios quería que supiera, sin preguntarme a mí misma, sin preguntarle a Él, más de cuanto se me dijera. Creí sin indagar. Vencí la gula de gozar porque me negué todo deleite del sentido. Mi carne la puse bajo las plantas de mis pies. Puse la carne, instrumento de Satanás, y con ella al mismo Satanás, bajo mi calcañar para hacerme así un escalón para acercarme al Cielo. ¡El Cielo!... Mi meta. Donde estaba Dios. Mi única hambre. Hambre que no es gula sino necesidad bendecida por Dios, por este Dios que quiere que sintamos apetito de Él.

Vencí la lujuria, que es la gula llevada a la exacerbación. En efecto, todo vicio no refrenado conduce a un vicio mayor. Y la gula de Eva, ya de por sí digna de condena, la condujo a la lujuria; efectivamente, no le bastó ya el satisfacerse sola sino que quiso portar su delito a una refinada intensidad; así conoció la lujuria y se hizo maestra de ella para su compañero. Yo invertí los términos y, en vez de descender, siempre subí; en vez de hacer bajar, atraí siempre hacia arriba; y de mi compañero, que era un hombre honesto, hice un ángel.

Es ese momento en que poseía a Dios, y con El sus riquezas infinitas, me apresuré a despojarme de todo ello diciendo: "Que por Él se haga tu voluntad y que Él la haga". Casto es aquel que controla no sólo su carne, sino también los afectos y los pensamientos. Yo tenía que ser la Casta para anular a la Impúdica de la carne, del corazón y de la mente. Me mantuve comedida sin decir ni siquiera de mi Hijo, que en la tierra era sólo mío, como en el Cielo era solamente de Dios: "Es mío y para mí lo quiero".

Y a pesar de todo no era suficiente para que la mujer pudiera poseer la paz que Eva había perdido. Esa paz os la procuré al pie de la Cruz, viendo morir a Aquel que tú has visto nacer. Y, cuando me sentí arrancar las entrañas ante el grito de mi Hijo, quedé vacía de toda feminidad de connotación humana: ya no carne sino ángel. María, la Virgen desposada con el Espíritu, murió en ese momento; quedó la Madre de la Gracia, la que os generó la Gracia desde su tormento y os la dio. La hembra, a la que había vuelto a consagrar mujer la noche de Navidad, a los pies de la Cruz conquistó los medios para venir a ser criatura del Cielo.

Esto hice yo por vosotras, negándome toda satisfacción, incluso las satisfacciones santas. De vosotras, reducidas por Eva a hembras no superiores a las compañeras de los animales, he hecho — basta con que lo queráis — las santas de Dios. Por vosotras subí, y, como a José, os elevé. La roca del Calvario es mi Monte de los Olivos. Ése fue mi impulso para llevar al Cielo, santificada de nuevo, el alma de la mujer, junto con mi carne, glorificada por haber llevado al Verbo de Dios y anulado en mí hasta el último vestigio de Eva, la última raíz de aquel árbol de las cuatro ramas venenosas, aquel árbol que tenía hincada su raíz en el sentido y que había arrastrado a la caída a la Humanidad, y que hasta el final de los siglos y hasta la última mujer os

morderá las entrañas. Desde allí, donde ahora resplandezco envuelta en el rayo del Amor, os llamo y os indico cuál es la Medicina para venceros a vosotras mismas: la Gracia de mi Señor y la Sangre de mi Hijo.

Y tú, voz mía, haz descansar a tu alma con la luz de esta alborada de Jesús para tener fuerza en las futuras crucifixiones que no te van a ser evitadas, porque te queremos aquí, y aquí se viene a través del dolor; porque te queremos aquí, y más alto se viene cuanto mayor ha sido la pena sobrellevada para obtener Gracia para el mundo.

Ve en paz. Yo estoy contigo

## 30

## El anuncio a los pastores, que vienen a ser los primeros adoradores del Verbo hecho Hombre.

7 de junio de 1944. Víspera del Corpus Christi.

Y ahora veo extensos campos. La Luna está en su cénit surcando tranquila un cielo colmado de estrellas. Parecen bullones de diamante hincados en un enorme palio de terciopelo azul oscuro; la Luna ríe en medio con su carota blanquísima de la que descienden ríos de luz láctea que pone blanca la tierra. Los árboles, desnudos, sobre este suelo emblanquecido, parecen más altos y negros; y los muros bajos, que acá o allá se levantan como lindes, parecen de leche. Una casita lejana parece un bloque de mármol de Carrara.

A mi derecha veo un recinto, dos de cuyos lados son un seto de espinos; los otros dos, una tapia baja y tosca. En ésta apoya la techumbre de una especie de cobertizo ancho y bajo, que en el interior del recinto está construido parte de fábrica y parte de madera: como si en verano las partes de madera se debieran quitar y se transformase así el cobertizo en un pórtico. De dentro del cercado viene, de tanto en tanto, un balar intermitente y breve. Deben ser ovejas que sueñan, o que quizás creen que pronto se hará de día, por la luz que da la Luna; una luz que es tan intensa que incluso es excesiva y que aumenta como si el astro se estuviera acercando a la Tierra o centellease debido a un misterioso incendio.

Un pastor se asoma a la puerta, se lleva un brazo a la frente para proteger los ojos y mira hacia arriba. Parece imposible que uno tenga que proteger los ojos de la luz de la Luna, pero, en este caso es tan intensa que ciega, especialmente si uno sale de un lugar cerrado oscuro. Todo está en calma, pero esa luz produce estupor.

El pastor llama a sus compañeros. Salen todos a la puerta: un grupo numeroso de hombres rudos, de distintas edades. Entre ellos hay algunos que apenas si han llegado a la adolescencia, otros ya tienen el pelo cano. Comentan este hecho extraño. Los más jóvenes tienen miedo, especialmente uno, un chiquillo de unos doce años, que se echa a llorar, con lo cual se hace objeto de las burlas de los más mayores.

-¿A qué le tienes miedo, tonto? - le dice el más viejo - ¿No ves qué serenidad en el ambiente? ¿No has visto nunca resplandecer la Luna? ¿Has estado siempre pegado a las faldas de tu madre, como un pollito a la gallina, no? ¡Pues anda que no tendrás que ver cosas! Una vez, yo había llegado hasta los montes del Líbano, e incluso los había sobrepasado, hacia arriba. Era joven, no me pesaba andar, incluso era rico entonces... Una noche vi una luz de tal intensidad que pensé que estuviera volviendo Elías en su carro de fuego. El cielo estaba todo de fuego. Un viejo — entonces el viejo era él — me dijo: "Un gran advenimiento está para llegar al mundo". Y para nosotros supuso una desventura, porque vinieron los soldados de Roma. ¡Oh, muchas cosas tendrás que ver, si la vida te da años!....

Pero el pastorcillo ya no le está escuchando. Parece haber perdido incluso el miedo. De hecho, alejándose del umbral de la puerta, dejando a hurtadillas la espalda de un musculoso pastor, detrás del cual estaba refugiado, sale al redil herboso que está delante del cobertizo. Mira hacia arriba y se pone a caminar como un sonámbulo, o como uno que estuviera hipnotizado por algo que le embelesara. Llegado un momento grita:

-¡Oh! - y se queda como petrificado, con los brazos un poco abiertos.

Los demás se miran estupefactos.

- Pero, ¿qué le pasa a ese tonto? - dice uno.

- Mañana lo mando con su madre. No quiero locos cuidando a las ovejas - dice otro.

El anciano que estaba hablando poco antes dice:

- Vamos a ver antes de juzgar. Llamad también a los que están durmiendo y coged palos. No vaya a ser un animal malo o gente malintencionada...

Entran llamando a los otros pastores, y salen con teas y garrotes. Llegan donde el muchacho.

- Allí, allí - susurra sonriendo - Más arriba del árbol, mirad esa luz que se está aproximando. Parece como si siguiera el rayo de la Luna. Mirad. Se acerca. ¡Qué bonita es!

- Yo lo único que veo es una luz más viva.

- Yo también.

- Yo también» dicen los otros.

- No. Yo veo como un cuerpo - dice uno. Lo reconozco: es el pastor que ofreció leche a María.

-¡Es un... es un ángel! - grita el niño - Mirad, está bajando, y se acerca... ¡De rodillas ante el ángel de Dios!

Un « ¡oh!» largo y lleno de veneración se alza del grupo de los pastores, que caen rostro en tierra. Cuanto más ancianos son, más contra el suelo se les ve por la aparición fulgente. Los jovencitos están de rodillas, pero miran al ángel, que se aproxima cada vez más, hasta detenerse, candor de perla en el candor de luna que le circunda, suspendido en el aire, moviendo sus grandes alas, a la altura de la tapia del recinto.

- No temáis. No vengo como portador de desventura, sino que os traigo el anuncio de un gran gozo para el pueblo de Israel y para todo el pueblo de la tierra - La voz angélica es como una armonía de arpa acompañada del canto de gargantas de ruiseñores.

- Hoy en la ciudad de David ha nacido el Salvador - Al decir esto, el ángel abre más las alas, y las mueve como por un sobresalto de alegría, y una lluvia de chispas de oro y de piedras preciosas parece desprenderse de ellas. Un verdadero arco iris de triunfo sobre el pobre redil. - ... el Salvador, que es Cristo - El ángel resplandece con mayor luz. Sus dos alas, ahora ya detenidas, tendiendo su punta hacia el cielo, como dos velas inmóviles sobre el zafiro del mar, parecen dos llamas que suben ardiendo. - ... ¡Cristo, el Señor! - El ángel recoge sus dos fulgidas alas y con ellas se cubre — es como un manto de diamante sobre un vestido de perla —, se inclina como adorando, con las manos cruzadas sobre su corazón; su rostro, inclinado sobre su pecho, queda oculto entre la sombra de los vértices de las alas recogidas. No se ve sino una oblonga forma luminosa, inmóvil durante el tiempo que dura un "Gloria".

Se mueve de nuevo. Vuelve a abrir las alas, levanta ese rostro suyo en que luz y sonrisa paradisíaca se funden, y dice:

- Lo reconoceréis por estas señales: en un pobre establo, detrás del Belén, encontraréis a un niño envuelto en pañales en un pesebre, pues para el Mesías no había un techo en la ciudad de David - El ángel se pone serio al decir esto; más que serio, triste.

Y del Cielo vienen muchos — ¡oh, cuántos! — muchos ángeles semejantes a él, una escalera de ángeles que desciende exultando y anulando la Luna con su resplandor paradisíaco, y se reúnen en torno al ángel anunciador, batiendo las alas, emanando perfumes, con un arpegio de notas en que las más hermosas voces de la creación encuentran un recuerdo, alcanzada en este caso la perfección del sonido. Si la pintura es el esfuerzo de la materia para transformarse en luz, aquí la melodía es el esfuerzo de la música para hacer resplandecer ante los hombres la belleza de Dios; y oír esta melodía es conocer el Paraíso, donde todo es armonía de amor, que de Dios emana para hacer dichosos a los bienaventurados, y que de éstos va a Dios para decirle: «¡Te amamos!».

El "Gloria" angélico se extiende en ondas cada vez más vastas por los campos tranquilos, y con él la luz. Las aves unen a ello un canto que es saludo a esta luz precoz, y las ovejas sus balidos por este sol anticipado. Mas a mí, como ya con el buey y el asno en la gruta, me place creer que es el saludo de los animales a su Creador, que viene a ellos para amarlos como Hombre además de como Dios.

El canto se hace más tenue, y la luz, mientras los ángeles retornan al Cielo...

...Los pastores vuelven en sí.

-¿Has oído?

-¿Vamos a ver?

-¿Y las ovejas?

-¡No les sucederá nada! ¡Vamos para obedecer a la palabra de Dios!...

- Pero, ¿a dónde?

-¿Ha dicho que ha nacido hoy? ¿Y que no ha encontrado sitio en Belén? - El que habla ahora es el pastor que ofreció la leche - Venid, yo sé. He visto a la Mujer y me ha dado pena. He indicado un lugar para Ella, porque pensaba que no encontrarían hospedaje, y al hombre le he dado leche para Ella. Es muy joven y hermosa. Debe ser tan buena como el ángel que nos ha hablado. Venid. Venid. Vamos a coger leche, quesos, corderos y pieles curtidas. Deben ser muy pobres y... ¡quién sabe qué frío no tendrá Aquel a quien no oso nombrar! Y pensar que yo le he hablado a la Madre como si se tratara de una pobre esposa cualquiera!..

Entran en el cobertizo y, al poco rato, salen; quién con unas pequeñas cantimploras de leche, quién con unos quesitos de forma redondeada dentro de unas rejillas de esparto entretejido, quién con cestas con un corderito balando, quién con pieles de oveja curtidas.

- Yo llevo una oveja. Ha parido hace un mes. Tiene la leche buena. Les puede venir bien, si la Mujer no tiene leche. Me parecía una niña, ¡y tan blanca!... Un rostro de jazmín bajo la luna - dice el pastor que ofreció la leche. Y los guía.

Caminan bajo la luz de la luna y de las teas, tras haber cerrado el cobertizo y el recinto. Van por senderos rurales, entre setos de espinos deshojados por el invierno.

Van a la parte de atrás de Belén. Llegan al establo, yendo no por la parte por la que fue María, sino por la opuesta, de forma que no pasan por delante de los establos más lindos, y aquél es el primero que encuentran. Se acercan a la entrada.

-¡Entra!

- No me atrevo.

- Entra tú.

- No.

- Mira, al menos.

- Tú, Leví, mira tú que has sido el primero que ha visto al ángel, que es señal de que eres mejor que nosotros - La verdad es que antes lo han llamado loco... pero ahora les conviene que él se atreva a lo que ellos no tienen el valor de hacer.

El muchacho vacila, pero luego se decide. Se acerca a la entrada, descorre un poquito el manto, mira, y... se queda extático.

-¿Qué ves? - le preguntan ansiosos en voz baja.

- Veo a una mujer, joven y hermosa, y a un hombre inclinados hacia un pesebre, y oigo..., oigo que llora un niñito, y la mujer le habla con una voz... ¡oh, qué voz!.

-¿Qué dice?

- Dice: "¡Jesús, pequeñito! ¡Jesús, amor de tu Mamá! ¡No llores, Hijito!". Dice: "¡Ay, si pudiera decirte: 'Toma la leche, pequeñín! Pero no la tengo todavía". Dice: "¡Tienes mucho frío, amor mío! Y te pincha el heno. ¡Qué dolor para tu Mamá oírte

llorar así, y no poderte aliviar!". Dice: "¡Duerme, alma mía! ¡Que se me rompe el corazón oyéndote llorar y viéndote verter lágrimas!", y lo besa y se ve que le está calentando los piececitos con sus manos, porque está inclinada con los brazos dentro del pesebre.

-¡Llama! ¡Que te oigan!

- Yo no. Tú, que nos has traído y que la conoces.

El pastor abre la boca, pero se limita a farfullar unos sonidos.

José se vuelve y va a la puerta.

-¿Quiénes sois?

- Pastores. Os traemos comida y lana. Venimos a adorar al Salvador.

- Entrad.

Entran. Las teas iluminan el establo. Los viejos empujan a los niños delante de ellos.

María se vuelve y sonríe. «Venid» dice. « ¡Venid!» y los invita con la mano y la sonrisa; toma al que había visto al ángel y lo acerca hacia sí, hasta el mismo pesebre. El niño mira con beatitud.

Los otros, invitados también por José, se arriman con sus dones y los depositan, con breves y emocionadas palabras, a los pies de María. Luego miran al Niño, que está llorando quedo, y sonríen emocionados y dichosos.

Uno de ellos, más intrépido, dice:

- Toma, Madre. Es suave y está limpia. La había preparado para mi hijo, que está para nacer. Yo te la doy. Arropa a tu Hijo en esta lana; la sentirá suave y caliente – Y le ofrece una piel de oveja, una piel preciosa de abundante lana blanca y larga.

María alza a Jesús y lo envuelve en la piel. Luego se lo muestra a los pastores, los cuales, de rodillas sobre el heno del suelo, lo miran extasiados.

Sintiéndose más valerosos, uno de ellos propone:

- Habría que darle un sorbo de leche, o mejor: agua y miel. Pero no tenemos miel Se les da a los niñitos. Yo tengo siete hijos y entiendo de ello...

- Aquí está la leche. Toma, Mujer.

- Pero está fría. Tiene que ser caliente. ¿Dónde está Elías? Él tiene la oveja.

Elías debe ser el de la leche, pero no está; se había quedado afuera y ahora está mirando por el portillo, y en la oscuridad de la noche se difumina.

-¿Quién os ha conducido aquí?

- Un ángel nos ha dicho que viniéramos, luego Elías nos ha guiado hasta aquí. Pero, ¿dónde está ahora?

La oveja lo delata con un balido.

- Ven. Se te requiere.

Entra con su oveja, avergonzado por ser el más notado.

-¿Eres tú! - dice José habiéndolo reconocido; María, por su parte, le sonríe diciendo: «Eres bueno».

Ordeñan a la oveja y, con la punta de un paño embebido de leche caliente y espumosa, María moja los labios del Niño, el cual absorbe ese dulzor cremoso. Todos sonríen, y más aún cuando, con la punta de tela todavía entre sus labiecitos, Jesús se duerme bajo el calor de la lana.

- Pero aquí no podéis quedaros. Hace frío y hay humedad. Y además... demasiado olor a animales. No es bueno... y... no está bien para el Salvador.

- Lo sé - dice María suspirando profundamente - pero, no hay sitio para nosotros en Belén.

- Ánimo, Mujer. Nosotros te buscaremos una casa.

- Se lo digo a mi ama - dice el de la leche, Elías - Es buena. Os recibirá, aunque tuviera que ceder su propia habitación. Nada más que amanezca se lo digo. Su casa está llena de gente, pero os dejará un sitio.

- Por lo menos para mi Niño. Yo y José podemos estar incluso en el suelo. Pero, para el Pequeñuelo...

- No te angusties, Mujer; yo me ocupo de eso. Y diremos a muchos lo que nos ha sido comunicado. No os faltará nada. Por el momento, recibid lo que nuestra pobreza os puede dar. Somos pastores...

- Nosotros también somos pobres, y no os podemos pagar – dice José.

-¡Oh... ni lo queremos! ¡Aunque pudierais, no querríamos! El Señor ya nos ha retribuido. Él ha prometido la paz a todos. Los ángeles decían esto: "Paz a los hombres de buena voluntad". Pero a nosotros nos la ha dado ya, porque el ángel ha dicho que este Niño es el Salvador, que es Cristo, el Señor. Somos pobres e ignorantes, pero sabemos que los Profetas dicen que el Salvador será el Príncipe de la Paz. Y a nosotros nos ha dicho que viniéramos a adorarle. Por eso nos ha dado su paz. ¡Gloria a Dios en el Cielo altísimo y gloria a este Cristo suyo, y bendita seas tú, Mujer, que lo has engendrado! Eres santa porque has merecido llevarlo en ti. Como Reina, mándanos; que servirte será para nosotros motivo de felicidad. ¿Qué podemos hacer por ti?

- Amar a mi Hijo y conservar siempre en el corazón estos pensamientos.

-¿Y para ti? ¿No deseas nada? ¿No tienes familiares a los que quieras comunicar que Él ha nacido?

- Sí, los tengo... pero no están cerca de aquí, están en Hebrón...

- Voy yo - dice Elías. «¿Quiénes son?

- Zacarías, el sacerdote, e Isabel, mi prima.

-¿Zacarías? ¡Lo conozco bien! En verano subo a esos montes porque tienen pastos abundantes y buenos, y soy amigo de su pastor.

Después de que te vea establecida voy a donde Zacarías.

- Gracias, Elías.

- Nada de gracias. Es un gran honor para mí, que soy un pobre pastor, ir a hablar con el sacerdote y decirle que ha nacido el Salvador.

- No. Le dirás: "Ha dicho María de Nazaret, tu prima, que Jesús ha nacido y que vayas a Belén".

- Eso diré.

- Que Dios te lo pague. Me acordaré de ti, de todos vosotros...

-¿Le hablarás a tu Niño de nosotros?.

- Lo haré.

- Yo soy Elías.

- Y yo, Leví.

- Y yo, Samuel.

- Y yo, Jonás.

- Y yo, Isaac.

- Y yo, Tobías.

- Y yo, Jonatán.

- Y yo, Daniel.

- Simeón, yo.

- Yo me llamo Juan.

- Yo, José; y mi hermano, Benjamín. Somos gemelos.

- Recordaré vuestros nombres.

- Tenemos que marchamos... pero volveremos... ¡Y te traeremos a otros para adorar!....

-¿Cómo volver al aprisco dejando a este Niño?

-¡Gloria a Dios que nos lo ha mostrado!

- Déjanos besar su vestido - dice Leví con una sonrisa de ángel.

María alza despacio a Jesús y, sentada sobre el heno, ofrece los piececitos arropados para que los besen. Y los pastores se inclinan hasta el suelo y besan esos piececitos minúsculos cubiertos por la tela. Quien tiene barba primero se la adereza. Casi todos lloran y, cuando tienen que marcharse, salen caminando hacia atrás, dejando allí su corazón...

La visión me termina así, con María sentada en la paja con el Niño en su regazo, y José mirando y adorando, apoyado con un codo en el pesebre.

Dice Jesús:

- Hoy hablo Yo. Estás muy cansada, pero ten paciencia todavía durante un poco.

Es la víspera del Corpus Christi. Podría hablarte de la Eucaristía y de los santos que se hicieron apóstoles de su culto, del mismo modo que te he hablado de los santos que fueron apóstoles del Sagrado Corazón. Pero quiero referirme a otra cosa y a una categoría de adoradores de mi Cuerpo, que son los precursores del culto al mismo, los pastores; ellos son los primeros adoradores de mi Cuerpo de Verbo hecho Hombre.

Una vez te dije — y esto mismo lo dice también mi Iglesia — que los Santos Inocentes son los protomártires de Cristo.

Ahora te digo que los pastores son los primeros adoradores del Cuerpo de Dios. En ellos se encuentran todos los requisitos que se necesitan para ser adoradores del Cuerpo mío, para ser almas eucarísticas.

Fe segura: ellos creen pronta y ciegamente en el ángel.

Generosidad: dan todo lo que poseen a su Señor.

Humildad: se acercan a otros más pobres que ellos, humanamente, con una modestia de actos que hace que no se sientan rebajados; y se profesan siervos de ellos.

Deseo: lo que no pueden dar por sí mismos, se las ingenian para procurarlo con apostolado y esfuerzo.

Prontitud de obediencia: María desea que sea avisado Zacarías, y Elías va enseguida. No lo deja para otro momento.

Amor, en fin: no saben irse de ese lugar. Tú dices: "dejan allí su corazón". Dices bien.

¿Y no habría que comportarse así también con mi Sacramento?

Otra cosa. Ésta enteramente para ti. Observa a quién se revela el ángel en primer lugar, y quién es el que merece escuchar las efusiones del ánimo de María. Leví: el niño.

A quien tiene alma de niño Dios se le manifiesta, y le muestra sus misterios y permite que escuche las palabras divinas y de María. Y quien tiene alma de niño tiene también la santa intrepidez de Leví y dice: "Déjame besar el vestido de Jesús". Se lo dice a María, porque es siempre María la que os da a Jesús. Ella es la Portadora de la Eucaristía. Ella es el Sagrario Vivo.

Quien va a María me encuentra a mí. Quien me pide a Ella de Ella me recibe. La sonrisa de mi Madre, cuando una criatura le dice: "Dame a tu Jesús para que yo le ame" — tan feliz se siente —, hace que el color del Cielo se cambie en un esplendor más vivo de júbilo.

Dile pues: "Déjame besar el vestido de Jesús, déjame besar sus llagas". Atrévete incluso a más. Di: "Déjame reclinar mi cabeza en el Corazón de tu Jesús para sentirme así bienaventurada".

Ven. Descansa. Como Jesús en la cuna, entre Jesús y María.

## 31

**Visita de Zacarías. La santidad de José y la obediencia a los sacerdotes.**

8 de junio de 1944.

Veo la larga sala donde presencié el encuentro de los Magos con Jesús y su acto de adoración. Comprendo que me encuentro en la casa hospitalaria que ha acogido a la Sagrada Familia. Asisto a la llegada de Zacarías. Isabel no está.

La dueña de la casa sale presurosa, por la terraza que circunda la casa, al encuentro del huésped que está llegando... Le acompaña hasta una puerta y llama; luego, discreta, se retira.

José abre y, al ver a Zacarías, exulta de júbilo. Lo pasa a una habitacioncita pequeña, de las dimensiones de un pasillo.

- María está dándole la leche al Niño. Espera un poco. Siéntate, que estarás cansado - Y le deja sitio en su recostadero, sentándose a su lado.

Oigo que José pregunta por el pequeño Juan, y que Zacarías responde:

- Crece vigoroso como un potrillo. De todas formas, ahora está sufriendo un poco por los dientes. Por eso no hemos querido traerlo. Hace mucho frío. Así que tampoco ha venido Isabel. No podía dejarlo sin la leche. Lo ha sentido mucho; pero, ¡está siendo una estación tan fría...!

- Sí, efectivamente, muy fría - responde José.

- Me dijo el hombre que me enviasteis que cuando nació el Niño estabais sin casa. ¡Lo que habréis tenido que pasar!...

- Sí, verdaderamente lo hemos pasado muy mal; pero era mayor el miedo que la precariedad en que nos encontrábamos. Teníamos miedo de que esta precariedad le pudiera perjudicar al Niño. Y los primeros días tuvimos que pasarlos allí. A nosotros no nos faltaba nada, porque los pastores habían transmitido la buena nueva a los betlemitas y muchos vinieron con dones. Pero faltaba una casa, faltaba una habitación resguardada, un lecho... y Jesús lloraba mucho, especialmente por la noche, por el viento que entraba por todas partes. Yo encendía un poco de fuego, pero poco, porque el humo le hacía toser al Niño... y así el frío seguía. Dos animales calientan poco, ¡y menos todavía en un sitio donde el aire entra por todas partes! Faltaba agua caliente para lavarlo, faltaba ropa seca para cambiarlo... ¡Oh! ¡Ha sufrido mucho! Y María sufría al verlo sufrir. ¡Sufría yo... conque te puedes hacer una idea Ella, que es su Madre! Le daba leche y lágrimas, leche y amor... Ahora aquí estamos mejor. Yo había hecho una cuna muy cómoda y María había puesto un colchoncito blando. ¡Pero la tenemos en Nazaret! ¡Ah, si hubiera nacido allí, habría sido distinto!.

- Pero el Cristo tenía que nacer en Belén. Así estaba profetizado.

María ha oído que hablaban y entra. Está toda vestida de lana blanca. Ya no lleva el vestido oscuro que tenía durante el viaje y en la gruta. Con este de ahora está enteramente blanca, como ya la he visto otras veces; no lleva nada en la cabeza. En sus brazos sí, a Jesús, que está durmiendo, satisfecho de leche, envuelto en sus blancos pañales.

Zacarías se alza reverente y se inclina con veneración. Luego se acerca y mira a Jesús dando señales de un grandísimo respeto. Está inclinado, no tanto para verlo mejor, cuanto para rendirle homenaje. María se lo ofrece. Zacarías lo toma con tal adoración que parece como si estuviera elevando un ostensorio. Efectivamente, está cogiendo en brazos la Hostia, la Hostia ya ofrecida, que será inmolada sólo cuando se haya dado a los hombres como alimento de amor y de redención. Zacarías devuelve Jesús a María.

Se sientan. Zacarías refiere de nuevo — esta vez a María — el motivo por el cual Isabel no ha venido, y cómo ello la ha apenado.

- Durante estos meses ha estado preparando ropa para tu bendito Hijo. Te lo he traído. Está abajo, en el carro».

Se levanta y va afuera. Vuelve con un paquete voluminoso y con otro más pequeño. De uno y de otro — José enseguida lo ha liberado del grande — saca inmediatamente los presentes: una suave colcha de lana tejida a mano, pañales y vestiditos. Del otro, miel, harina blanquísima, mantequilla y manzanas, para María, y tortas amasa- das y cocidas por Isabel y muchas otras cositas que manifiestan el afecto maternal de la agradecida prima hacia la joven Madre.

- Le dirás a Isabel que le quedo agradecida, como también a ti. Me habría gustado mucho verla, pero comprendo las razones. También me hubiera gustado ver de nuevo al pequeño Juan...

- Lo veréis para la primavera. Vendremos a veros.

- Nazaret está demasiado lejos - dice José.

-¿Nazaret? Pero si debéis quedaros aquí. El Mesías debe crecer en Belén. Es la ciudad de David. El Altísimo lo ha traído, a través de la voluntad de César, a nacer en la tierra de David, la tierra santa de Judea. ¿Por qué llevarlo a Nazaret? Ya sabéis qué es lo que piensan los judíos de los nazarenos. El día de mañana este Niño deberá ser el Salvador de su pueblo. La capital no debe despreciar a su Rey por el hecho de despreciar a su ciudad de proveniencia. Vosotros sabéis como yo lo insidioso que es en sus razonamientos el Sanedrín y lo desdeñosas que son las tres castas principales... Además aquí, no lejos de mí, podré ayudaros bastante, y podré poner todo lo que tengo no tanto de cosas materiales cuanto de dones morales — al servicio de este Recién Nacido. Y cuando esté en edad de entender me sentiré dichoso de ser maestro suyo, como de mi hijo, para que así, incluso, cuando sea mayor, me bendiga. Tenemos que pensar en el gran destino suyo, y que, por tanto, debe poderse presentar al mundo con todas las cartas para poder ganar fácilmente su partida. Está claro que Él poseerá la Sabiduría, pero el solo hecho de que haya tenido a un sacerdote por maestro le hará más acepto a los difíciles fariseos y a los escribas, y le facilitará la misión.

María mira a José, José mira a María. Por encima de la cabeza inocente del Niño, que duerme rosado y ajeno a lo que le rodea, se entreteje un mudo intercambio de preguntas. Son preguntas veladas de tristeza. María piensa en su casita; José, en su trabajo. Aquí habría que partir de cero, en un lugar en que, apenas unos días antes, nadie los conocía. En este lugar no hay ninguna de esas cosas amadas dejadas allí, y que habían sido preparadas para el Niño con gran amor.

Y María lo dice:

-¿Cómo hacemos? Allí hemos dejado todo. José ha trabajado para mi Jesús sin ahorrar esfuerzo ni dinero. Ha trabajado de noche, para trabajar durante el día para los demás y ganar así lo necesario para poder comprar las maderas más bonitas, la lana más esponjosa, el lino más cándido, para preparar todo para Jesús. Ha hecho colmenas, ha trabajado hasta de albañil para

darle otra distribución a la casa, de forma que la cuna pudiera estar en mi habitación hasta que Jesús fuese más grande, y que luego pudiese dar espacio a la cama; porque Jesús estará conmigo hasta que sea un jovencito.

- José puede ir a recoger lo que habéis dejado.

-¿Y dónde lo metemos? Como tú sabes, Zacarías, nosotros somos pobres. No tenemos más que el trabajo y la casa. Y ambos nos dan para tirar adelante sin pasar hambre. Pero aquí... trabajo encontraremos, quizás, pero tendremos que pensar de todas formas en una casa. Esta buena mujer no nos puede hospedar permanentemente, y yo no puedo sacrificar a José más de lo que ya lo está por mí.

-¡Oh, yo! ¡Por mí no es nada! Me preocupa el dolor de María, el dolor de no vivir en su casa...

Le brotan a María dos lagrimones.

-Yo creo que debe amar esa casa como el Paraíso, por el prodigio; que allí tuvo lugar en Ella... Hablo poco, pero entiendo mucho. Si no fuera por este motivo, no me sentiría afligido. A fin de cuentas, lo único es que trabajaré el doble, pero soy fuerte y joven como para trabajar el doble de lo acostumbrado y cubrir todas las necesidades. Si María no sufre demasiado... si tú dices que se debe hacer así... por mí... aquí estoy. Haré lo que estiméis más justo. Basta con que le sea útil a Jesús.

- Ciertamente será útil. Pensad en ello y veréis los motivos.

- Se dice también que el Mesías será llamado Nazareno... – objeta María.

- Cierto. Pero, al menos hasta que se haga adulto, haced que crezca en Judea. Dice el Profeta: "Y tú, Belén Efratá, serás la más grande, porque de ti saldrá el Salvador". No habla de Nazaret. Quizás ese apelativo se le dará por un motivo que desconocemos. Pero su tierra es ésta.

- Tú lo dices, sacerdote, y nosotros... y nosotros con dolor te escuchamos... y seguimos tu consejo. ¡Y qué dolor!... ¿Cuándo veré aquella casa donde fui Madre?- María llora quedo. Y yo entiendo este llanto suyo... ¡Vaya que si lo entiendo!

La visión me termina con este llanto de María.

Dice luego María:

- Sé que comprendes mi llanto. De todas formas, me verás llorar más intensamente.

Por el momento voy a aliviar tu espíritu mostrándote la santidad de José, que era hombre, o sea, que no tenía más ayuda de su espíritu que su santidad. Yo, en mi condición de Inmaculada, tenía todos los dones de Dios; no sabía que lo era, pero en mi alma éstos eran activos y me daban fuerza espiritual. Él, sin embargo, no era inmaculado. La humanidad estaba en él con todo su peso gravoso, y debía elevarse hacia la perfección con todo ese peso, a costa del esfuerzo continuo de todas sus facultades por querer alcanzar la perfección y ser agradable a Dios.

¡Oh, sí, verdaderamente santo era mi esposo! Santo en todo, incluso en las cosas más humildes de la vida: santo por su castidad de ángel, santo por su honestidad de hombre, santo por su paciencia, por su laboriosidad, por su serenidad siempre igual, por su modestia, por todo.

Esa santidad brilla también en este hecho acaecido. Un sacerdote le dice: "Conviene que te establezcas aquí"; y él, aun sabiendo que su decisión le acarreará el tener que trabajar mucho más, dice: "Por mí no es nada. Lo que me preocupa es el sufrimiento de María. Si no fuera por esto, yo, por mí, no me afligiría; es suficiente con que le sea útil a Jesús". Jesús, María: sus angélicos amores. Mi santo esposo no tuvo otro amor en este mundo... y se hizo a sí mismo siervo de este amor.

Lo han hecho protector de las familias cristianas, de los trabajadores, de muchas otras categorías (moribundos, esposos...); pues bien, a mayor razón, debería hacérsele protector de los consagrados. Entre los consagrados de este mundo al servicio de Dios, quienquiera que sea, ¿habrá alguno que se haya ofrecido como él al servicio de su Dios, aceptando todo, renunciando a todo, soportándolo todo, llevando todo a cabo con prontitud, con espíritu gozoso, con constancia de ánimo como él? No, no lo hay.

Y observa otra cosa; o, mejor, dos.

Zacarías es un sacerdote; José, no. Y, sin embargo, observa cómo él, que no lo es, tiene su espíritu en el Cielo más que quien lo es. Zacarías piensa humanamente, y humanamente interpreta las Escrituras, porque — no es la primera vez que lo hace — se deja guiar demasiado por su buen sentido humano. Ya fue castigado por ello, pero vuelve a caer en lo mismo, aunque menos gravemente. Ya respecto al nacimiento de Juan había dicho: "¿Cómo podrá ser esto, si yo soy viejo y mi mujer estéril?". Ahora dice: "Para allanarse el camino, el Cristo debe crecer aquí"; y piensa — con esa pequeña raíz de orgullo que persiste incluso en los mejores — que él le puede ser útil a Jesús — no útil como quiere serlo José (sirviéndole), sino útil siendo maestro suyo (!) —. Dios le perdonó de todas formas por la buena intención; pero, ¿necesitaba, acaso, maestros el "Maestro"?

Traté de hacerle ver la luz en las profecías, mas él se sentía más docto que yo y usaba a su modo esta impresión suya. Yo habría podido insistir y vencer, pero — y ésta es la segunda observación que te presento — respeté al sacerdote; por su dignidad, no por su saber.

Por lo general, Dios ilumina siempre al sacerdote. Digo "por lo general". Es iluminado cuando es un verdadero sacerdote. No es el hábito el que consagra; consagra el alma. Para juzgar si uno es un verdadero sacerdote, debe juzgarse lo que sale de su alma. Como dijo mi Jesús: del alma salen las cosas que santifican o que contaminan, las que informan todo el modo de actuar de un individuo. Pues bien, cuando uno es un verdadero sacerdote, generalmente siempre Dios le inspira. ¿Y los otros, que no son tales?: tener con ellos caridad sobrenatural, orar por ellos.

Y mi Hijo te ha puesto ya al servicio de esta redención, y no digo más. Alégrate de sufrir porque aumenten los verdaderos sacerdotes.

Descansa en la palabra de aquel que te guía. Cree y presta obediencia a su consejo. Obedecer salva siempre. Aunque no sea en todo perfecto el consejo que se recibe.

Tú has visto que nosotros obedecimos, y el fruto fue bueno. Verdad es que Herodes se limitó a ordenar el exterminio de los niños de Belén y de los alrededores. Pero, ¿no habría podido, acaso, Satanás llevar estas ondas de odio, propagarlas, mucho más allá de Belén, y persuadir a un mismo delito a todos los poderosos de Palestina para lograr matar al futuro Rey de los

judíos? Sí, habría podido. Y esto habría sucedido en los primeros tiempos del Cristo, cuando el repetirse de los prodigios ya había despertado la atención de las muchedumbres y el ojo de los poderosos. Y, si ello hubiera sucedido, ¿cómo habríamos podido atravesar toda Palestina para ir, desde la lejana Nazaret, a Egipto, tierra que daba asilo a los hebreos perseguidos, y, además, con un niño pequeño y en plena persecución? Más sencilla la fuga de Belén, aunque — eso sí — igualmente dolorosa.

La obediencia salva siempre, recuérdalo; "y el respeto al sacerdote es siempre señal de formación cristiana. ¡Ay — y Jesús lo ha dicho — ay de los sacerdotes que pierden su llama apostólica! Pero también ¡ay de quien se cree autorizado a despreciarlos!, porque ellos consagran y distribuyen el Pan verdadero que del Cielo baja. Este contacto los hace santos cual cáliz sagrado, aunque no lo sean. De ello deberán responder a Dios. Vosotros consideradlos tales y no os preocupéis de más. No seáis más intransigentes que vuestro Señor Jesucristo, el cual, ante su imperativo, deja el Cielo y desciende para ser elevado por sus manos. Aprended de Él. Y, si están ciegos, o sordos, o si su alma está paralítica y su pensamiento enfermo, o si tienen la lepra de unas culpas que contrastan demasiado con su misión, si son Lázaros en un sepulcro, llamad a Jesús para que les devuelva la salud, para que los resucite.

Llamadlo, almas víctimas, con vuestro orar y vuestro sufrir. Salvar un alma es predestinar al Cielo la propia. Pero salvar un alma sacerdotal es salvar un número grande de almas, porque todo sacerdote santo es una red que arrastra almas hacia Dios, y salvar a un sacerdote, o sea, santificar, santificar de nuevo, es crear esta mística red. Cada una de sus capturas es una luz que se añade a vuestra eterna corona.

Vete en paz.

## 32

## Presentación de Jesús en el Templo. La virtud de Simeón y la profecía de Ana.

1 de Febrero de 1944.

Veo que de una casita modestísima sale una pareja de personas.

Por una escalerita externa baja una jovencísima madre con un niño en brazos envuelto en un lienzo blanco.

Reconozco a esta Mamá nuestra. Es la misma de siempre: pálida y rubia, grácil y muy fina en todos sus movimientos. Va vestida de blanco y arropada con un manto azul pálido, cubre su cabeza un velo blanco. Lleva con mucho cuidado a su Niño.

Al pie de la escalera la está aguardando José al lado de un burrito pardo. José, tanto por lo que se refiere a la túnica como al manto está vestido todo de color marrón claro. Mira a María y le sonríe. Cuando María llega hasta el burrito, José se pasa las riendas del borriquillo al brazo izquierdo y para que María pueda sentarse mejor en la albardilla del asno, toma un momento al Niño, que duerme tranquilo. Luego le vuelve a dar a Jesús y se ponen en camino.

José va andando al lado de María, sujetando siempre por las riendas al jumento y poniendo cuidado en que éste vaya derecho y sin tropiezos. María tiene a Jesús en el regazo, y, como si tuviera miedo a que cogiese frío, le extiende encima un borde de su manto. Los dos esposos hablan poquísimo, pero se sonríen frecuentemente.

El camino, que no es ningún modelo de vía, en una campiña desnuda por la estación que corre, se articula en varias direcciones. Algún que otro viajero se cruza con ellos dos, o los alcanza, pero son raros.

Luego pueden verse algunas casas y unos muros que recintan una ciudad. Los dos esposos entran en ella por una puerta y comienzan el recorrido por la calzada urbana, hecha de adoquines muy separados. El camino es ahora mucho más difícil, ya porque haya un tráfico que en todo momento hace que el burro se detenga, ya porque éste, por las piedras y los agujeros de las piedras que faltan, haga continuamente movimientos bruscos, los cuales incomodan a María y al Niño.

La calle no es horizontal; sube, aunque ligeramente; es estrecha, entre casas altas de puertecitas estrechas y bajas, de escasas ventanas que dan a la calle. Arriba el cielo se asoma en multitud de listas azules entre unas casas y otras, o más exactamente entre unas terrazas y otras; abajo, en la calle, hay gente y rumor de voces, y se cruzan otras personas a pie o en burros, o llevando jumentos cargados, y otras que van detrás de una caravana de camellos que dificulta el paso. En un momento dado, pasa, con gran ruido de cascos y de armas, una patrulla de legionarios romanos, que desaparece tras un arco que está a caballo de uno y otro lado de una vía muy estrecha y pedregosa.

José gira a la izquierda y toma una calle más ancha y más bonita. Al fondo de la misma veo el muro almenado que ya conozco.

María, al llegar a una puerta en que hay una especie de paradero para otros burros, baja del suyo. Digo "paradero" porque es una especie de cabaña grande, o, mejor, de cobertizo, donde hay paja esparcida por el suelo y unos palos con unas argollas para atar a los cuadrúpedos.

José da algunas monedas a un hombre que ha venido. Con ellas se procura un poco de heno, luego saca un cubo de agua de un pozo tosco que hay en un ángulo y da las dos cosas al burrito. Después se llega de nuevo hasta donde María y ambos entran en el recinto del Templo.

Se dirigen, primero, hacia un pórtico donde están aquellos a quienes Jesús, pasado el tiempo, pegará egregiamente con un azote, o sea, los vendedores de tórtolas y corderos y los cambistas. José compra dos pichones blancos. No cambia el dinero. Se entiende que tiene ya el que necesita.

José y María se dirigen hacia una puerta lateral que tiene ocho escalones — creo que también las otras puertas; es como si el cubo del Templo estuviera elevado respecto al resto del suelo —. Ésta tiene un gran atrio, como los portales de nuestras casas de ciudad, pero más vasto y ornado. En él, a la derecha y a la izquierda, hay como dos altares, dos volúmenes

rectangulares cuya finalidad de momento no entiendo bien (parecen pilas, poco profundas: la parte interna es más baja, en algunos centímetros, respecto al borde externo).

Viene un sacerdote — no sé si motu propio o es que José lo ha llamado —. María ofrece los dos pobres pichones, y yo, que comprendo cuál será su suerte, dirijo la mirada a otra parte. Observo la decoración de la recargadísima puerta, del techo y del atrio. Me parece ver con el rabillo del ojo que el sacerdote asperja a María con agua. Debe ser agua porque no veo manchas en su vestido. Luego María, que junto con los dos pichones había dado un montoncillo de monedas al sacerdote — me había olvidado de decirlo —, entra con José en el Templo propiamente dicho, acompañada por el sacerdote.

Miro a todas partes. Es un lugar decoradísimo. Cabezas de ángeles esculpidas y palmas y ornatos se extienden por las columnas, las paredes y el techo. La luz penetra por unas curiosas ventanas alargadas, estrechas, naturalmente sin cristales, y abiertas en diagonal con respecto a la pared. Supongo que será para impedir que entre el agua cuando llueve torrencialmente.

María se adentra hasta un determinado punto en que se detiene. Unos metros más adelante hay otros escalones y encima hay otra especie de altar, tras el cual hay otra construcción.

Ahora me doy cuenta de que no estaba en el Templo, como creía, sino en lo que rodea al Templo propiamente dicho, o sea, al Santo; traspasar su linde, aparte de los sacerdotes, parece que nadie puede hacerlo. Lo que yo creía que era el Templo, por tanto, no es sino un vestíbulo cerrado, que rodea por tres partes al Templo, que custodia el Tabernáculo. No sé si me he explicado bien; de todas formas, yo no soy ni arquitecta ni ingeniera.

María ofrece el Niño — que se ha despertado y dirige a su alrededor sus ojitos inocentes, con esa mirada de asombro propia de los niños de pocos días — al sacerdote. Éste lo toma y lo eleva extendiendo los brazos, vuelto hacia el Templo, dando la espalda a esa especie de altar que está encima de aquellos escalones. El rito ha quedado cumplido. La Madre recibe de nuevo al Niño y el sacerdote se marcha.

Algunos miran curiosos. Entre ellos se abre paso un viejecito que camina encorvado y renco apoyándose en un bastón. Debe ser muy anciano — para mí, sin duda, de más de ochenta años —. Se acerca a María y le solicita por un momento al Pequeñuelo. María, sonriendo, se lo concede, y Simeón — que yo siempre había creído que pertenecía a la casta sacerdotal y que, sin embargo, a juzgar al menos por el vestido, es un simple fiel — lo toma y lo besa. Jesús le sonríe con ese gesto mimoso, incierto, de los lactantes. Parece que lo observa curioso, porque el viejecillo llora y ríe al mismo tiempo, y sus lágrimas crean todo un bordado de destellos que se insinúa entre las arrugas y que perla su larga barba blanca hacia la cual Jesús tiende sus manitas. Es Jesús, pero es un niñito pequeñín, y todo lo que se mueve delante de Él atrae su atención, y se le antoja cogerlo para entender mejor lo que es. María y José sonríen, como también las otras personas que están presentes, que celebran la hermosura del Pequeñuelo.

Oigo las palabras del santo anciano y veo la mirada de asombro de José, la mirada emocionada de María, y las de la pequeña multitud (quién se muestra asombrado y emocionado, quién, al oír las palabras del anciano, ríe irónicamente). Entre éstos hay algún barbudo y pomposo miembro del Sanedrín, y menean la cabeza mirando a Simeón con irónica piedad. Deben pensar que ha perdido la razón por la edad.

La sonrisa de María se difumina en su avivada palidez cuando Simeón le anuncia el dolor. A pesar de que Ella ya lo sepa, esta palabra le traspasa el espíritu. Se acerca más a José, María, buscando consuelo; estrecha con pasión a su Niño contra su pecho, y bebe, como alma sedienta, las palabras de Ana, la cual, siendo mujer, siente compasión de su sufrimiento y le promete que el Eterno le mitigará con sobrenatural fuerza la hora del dolor.

- Mujer, a Aquel que ha dado el Salvador a su pueblo no le faltará el poder de otorgar el don de su ángel para confortar tu llanto. Nunca les ha faltado la ayuda del Señor a las grandes mujeres de Israel, y tú eres mucho más que Judith y que Yael. Nuestro Dios te dará corazón de oro purísimo para aguantar el mar de dolor por el que serás la Mujer más grande de la creación, la Madre. Y tú, Niño, acuérdate de mí en la hora de tu misión.

Y aquí me cesa la visión.

2 de Febrero de 1944.

Dice Jesús:

- De la descripción que has hecho, brotan para todos dos enseñanzas.

Primera: no se manifiesta la verdad a aquel sacerdote que, aun estando inmerso en los ritos, tiene su espíritu ausente; antes bien, se revela a un simple fiel.

El sacerdote — siempre en contacto con la Divinidad, orientado al cuidado de cuanto concierne a Dios, dedicado a todo aquello que es superior a la carne — habría debido intuir enseguida quién era el Niño que ofrecían al Templo esa mañana. Mas, para poder intuir, necesitaba tener un espíritu vivo, y no solamente una vestidura externa de un espíritu que, si no estaba muerto, sí al menos muy soñoliento.

El Espíritu de Dios puede, si quiere, tronar como un rayo y sacudir como un terremoto al espíritu más cerrado; puede hacerlo. Pero, generalmente — porque es Espíritu de orden como es Orden Dios en cada una de sus Personas y en su modo de actuar —, se efunde y habla, no digo donde existe mérito suficiente para recibir su manifestación — en ese caso, muy pocas veces se manifestaría, y tú no conocerías tampoco sus luces —, sino en donde ve la "buena voluntad" de merecer su manifestación.

¿Cómo se hace notoria esta buena voluntad? Con una vida hecha toda de Dios hasta donde os es posible. En la fe, en la obediencia, en la pureza, en la caridad, en la generosidad, en la oración. No en las prácticas. En la oración. Hay menos diferencia entre la noche y el día que entre las prácticas y la oración. Ésta es comunión de espíritu con Dios, de la cual salís con vigor nuevo y decididos a ser cada vez más de Dios. Aquéllas son una costumbre cualquiera, con objetivos diversos pero siempre egoístas, y que os deja como erais; es más, os agrava con culpa de embuste o de desidia.

Simeón tenía esta buena voluntad. La vida no le había escatimado ni trabajos ni pruebas. Pero él no había perdido su buena voluntad. Los años y las vicisitudes no habían mellado, ni removido, su fe en el Señor, en sus promesas, como tampoco

habían cansado su buena voluntad de ser cada vez más digno de Dios. Y Dios, antes de que los ojos de su siervo fiel se cerrasen a la luz del Sol — en espera de volver a abrirse al Sol de Dios rutilante desde los Cielos, abiertos a mi ascensión después del Martirio — le mandó el rayo de luz del Espíritu para que lo guiara al Templo y ver así la Luz que había venido al mundo.

"Movido por el Espíritu Santo" dice el Evangelio. ¡Oh, si los hombres supieran qué perfecto Amigo es el Espíritu Santo!¡qué Guía, qué Maestro! ¡Oh, si amaran los hombres, e invocaran, a este Amor de la Santísima Trinidad, a esta Luz de la Luz, a este Fuego del Fuego, a esta Inteligencia, a esta Sabiduría! ¡Cuánto más sabrían de aquello que es necesario saber!

Mira, María; mirad, hijos. Simeón esperó durante toda una vida "ver la Luz"; saber que se había cumplido la promesa de Dios. Pero no dudó nunca. Nunca se dijo a sí mismo: "Es inútil que persevere en esperar y en orar". Perseveró. Y obtuvo "ver" lo que no vieron ni el sacerdote ni los miembros del Sanedrín, que estaban llenos de soberbia y completamente ofuscados: al Hijo de Dios, al Mesías, al Salvador en esa carne infantil que le daba calor y sonrisas. Recibió a través de mis labios de Niño, la sonrisa de Dios, como primer premio por su vida honrada y pía.

Segunda lección: las palabras de Ana. Ella, profetisa, también ve en mí, recién nacido, al Mesías. Esto, dada su capacidad de profecía, sería natural; pero, escucha, escuchad lo que, impulsada por la fe y la caridad, dice a mi Madre... e iluminad con ello vuestro espíritu, ese espíritu vuestro que tiembla en este tiempo de tinieblas y en esta Fiesta de la Luz. Dice: "A Aquel que ha otorgado un Salvador no le faltará el poder de enviar a su ángel para confortar tu llanto, el vuestro".

Considerad que Dios se ha dado para cancelar la obra de Satanás en los espíritus. ¿No va a poder derrotar ahora a los diablos que os torturan? ¿No va a poder enjugar vuestro llanto, dispersando a estos diablos y volviendo a enviar de nuevo la paz de su Cristo? ¿Por qué no se lo pedís con fe? Pero con fe verdadera, impetuosa, una fe ante la cual el rigor de Dios — indignado por tantas culpas vuestras - caiga con una sonrisa, y llegue el perdón, que es ayuda, y venga su bendición, como arco iris, a esta tierra que se hunde en un diluvio de sangre querido por vosotros mismos.

Considerad que el Padre, después de haber castigado a los hombres con el diluvio, se dijo a sí mismo y dijo a su Patriarca: "No volveré a maldecir la tierra a causa de los hombres, porque los sentidos y los pensamientos del corazón humano están inclinados al mal ya desde la adolescencia; por tanto no volveré a castigar a todo ser vivo, como he hecho". Y se ha mostrado fiel a su palabra; no ha vuelto a mandar el diluvio. Sin embargo, vosotros ¿cuántas veces os habéis dicho, y habéis dicho a Dios: "Si nos salvamos esta vez, si nos salvas, no volveremos jamás a hacer guerras, nunca jamás", para hacerlas luego y cada vez más tremendas? ¿Cuántas veces, ¡oh falsos!, y sin respeto hacia el Señor y hacia vuestra palabra? Y, no obstante, Dios os ayudaría una vez más si la gran masa de los fíeles lo llamase con fe y amor impetuoso.

¡Oh, vosotros — demasiado pocos para contrapesar a los muchos que mantienen vivo el rigor de Dios — vosotros, los que, a pesar del tremendo presente amenazador, que crece por momentos, permanecéis de todas formas devotos a Él, depositad vuestras fatigas a los pies de Dios! Él sabrá enviaros a su ángel, como envió al Salvador al mundo. No temáis. Estad unidos a la Cruz, que siempre ha vencido las insidias del demonio, el cual viene, con la crueldad de los hombres y con las tristezas de la vida, a tratar de reducir a la desesperación— o sea, a que queden separados de Dios — a los corazones a los que no puede atrapar de otra manera.

## 33

## Canción de cuna de la Virgen.

28 de Noviembre de 1944.

Esta mañana he tenido un suave despertar. Estando aún entre las nieblas del sopor, oía una voz purísima cantar dulcemente una calma canción de cuna. Parecía, por lo lenta y arcaica que era, una pastoral navideña. Yo seguía ese motivo y esa voz, gozándome en ella cada vez más, recobrando la lucidez bajo su onda. Y la he recobrado y he comprendido. He dicho:

-¡Te saludo, María, llena de Gracia! (porque quien cantaba era Mamá). Ella, por su parte, después de decirme:

- Yo también te saludo. ¡Ven y alégrate! - ha alzado la voz.

Y la he visto, en la casa de Belén, en la habitación que ocupa Ella, acunando a Jesús para dormirlo. En la estancia estaba el telar de María y unas labores de costura. Parecía que María hubiera dejado el trabajo para darle la leche al Niño, cambiarle los fajos, mejor, la ropa, porque era ya un niño de algunos meses, yo diría que seis u ocho al máximo; y parecía que tuviera intención de seguir trabajando una vez que el Niño se hubiera dormido.

Caía la tarde. El ocaso, ya casi cumplido, había sembrado el cielo sereno de vedijas de oro. Había rebaños que, paciendo las últimas hierbas de un prado florido, regresaban al aprisco, y balaban alzando el morrito.

El Niño tenía dificultad en dormirse; parecía un poco inquieto, como si estuviera incómodo por los dientes o por otra de esas cositas que dan molestias a los niños pequeños.

Escribí, como pude, el canto, en la penumbra de esa hora del amanecer, sobre un pedazo de papel. Ahora lo transcribo aquí.

Nubecitas todas de oro — cuales greyes del Señor.
En el prado florecido — un rebaño mira allá.
Aun teniendo los rebaños — todos los que hay sobre la tierra
tú serías el corderito — que siempre querría más...

Duerme, duerme, duerme, duerme...
No llores más...

Mil estrellas relucientes — contemplando desde el cielo.
Esas tus pupilas dulces — no las hagas más llorar.
Y tus ojos de zafiro — astros de mi pecho son.
¡Y tu llanto es mi dolor! — ¡Oh, no, no, no llores más!...

Duerme, duerme, duerme, duerme...
No llores más...

Ángeles resplandecientes — todos los del Paraíso
cual corona en torno a ti — por ver tu rostro, sonrientes.
Y tú lloras, inocente — porque quieres a tu lado
que te arrulle tu Mamá — Nana, nana, nana, na...

Duerme, duerme, duerme, duerme...
No llores más...

Pintará el cielo de rosa — la alborada que retorna
y Mamá aún no reposa — porque tú no llores más.
Dirás "¡Mamá!" en despertando — "¡Hijo!" Ella te dirá;
beso, amor y vida juntos — con la leche te dará...

Duerme, duerme, duerme, duerme...
No llores más...

¿Cómo estar sin tu Mamá? — aunque soñaras el Cielo.
¡Ven! ¡Ven! ¡Ven! Bajo este velo — que dormir Ella te hará.
Y mí pecho por almohada — y mis brazos como cuna.
¡Y no temas cosa alguna — que contigo estoy aquí!...

Duerme, duerme, duerme, duerme...
No llores más...

Yo contigo estaré siempre — vida de mi corazón...
Ya duerme... Como una flor — reclinada sobre el pecho...
Ya duerme... ¡Chist! ¡Despacio! — Quizás ve a su Padre Santo...
Su visión enjuga el llanto — de mi Jesús dulce amado...

Duerme ya, ya duerme, duerme
y su llanto enjugado está...

Describir la gracia de la escena es imposible. Se trata sólo de una madre acunando a un pequeñuelo; ¡pero son esa Madre y ese Pequeñuelo! Por tanto, puede hacerse una idea de qué gracia, qué amor, qué pureza, qué Cielo hay en esta pequeña, grande, delicada escena que me regocija con su recuerdo, del cual, como confirmación, queda la melodía que repito para mis adentros, para podérsela cantar a usted; aunque yo no tengo la voz de plata purísima de María, la voz virginal de la Virgen... y pareceré un organillo que pierde aire. No importa, haré lo que pueda. ¡Qué hermosa pastoral para cantarla alrededor de la Cuna de Navidad!

La Madre, primero, estaba meciendo suavemente la cuna de madera; mas luego, viendo que Jesús todavía rebullía, se lo ha puesto junto a su cuello, sentada cerca de la ventana abierta — al lado, la cunita — y, con un vaivén ligero al ritmo de la melodía, ha repetido dos veces la nana, hasta que el pequeño Jesús ha cerrado sus ojitos, ha vuelto la cabecita apoyándola sobre el pecho materno y se ha dormido así, con la carita aplastada contra el calorcito de ese pecho, con una manita apoyada sobre un seno de su Mamá junto a su carrillito rosado, y la otra cayendo sobre el regazo materno. El velo de María daba sombra a la Criaturita santa.

Luego María se levantó con infinito cuidado y puso a su Jesús en la cunita, lo tapó con las sábanas, extendió un velo para protegerlo de las moscas y del aire, y se quedó contemplando a su Tesoro durmiente. Tenía una mano en el corazón; la otra, apoyada todavía en la cuna, preparada para mecerla si hubiera habido posibilidad de que se hubiera vuelto a despertar; y sonreía, dichosa, un poco inclinada hacia la cuna, mientras las sombras y el silencio descendían sobre la tierra e invadían la habitación virginal.

¡Qué paz! ¡Qué belleza! ¡Y yo me siento dichosa!

No es una visión grandiosa. Quizás, en el conjunto general de las otras, será considerada inútil, porque no revela nada de especial. Lo sé. Pero para mí es una auténtica gracia, y tal la considero porque hace apacible a mi espíritu; lo hace puro, amoroso, como si le hubieran recreado las manos de nuestra Madre. Somos "niños"... ¡Mejor así! Somos gratos a Jesús. Que la

gente, las personas doctas y complicadas, piensen lo que quieran; que nos llamen incluso "pueriles". Nosotros no pensamos en eso, ¿verdad?

## 34.

## Adoración de los Magos. Es "evangelio de la fe".

28 de Febrero de 1944.

Mi interno consejero me dice:

«A estas contemplaciones que vas a tener, que Yo te voy a manifestar, llámalas "evangelios de la fe", porque vendrán a ilustrarte a tí y a los demás el poder de la fe y de sus frutos, así como a confirmaros en la fe en Dios».

Veo Belén, pequeña y blanca, recogida como una parvada bajo la claridad de las estrellas. Dos calles principales la cortan en cruz: una, que llega desde fuera, y es la vía principal, que luego prosigue más allá del pueblo; la segunda va de un extremo a otro de éste, y ahí termina. Hay otras callecitas que dividen a este pueblecillo, pero sin la más mínima norma de planificación urbana como nosotros concebimos, sino adaptándose más bien al terreno sinuoso y a las casas que han ido surgiendo aquí o allá, según el capricho del suelo o del constructor. Estando unas hacia la derecha, otras hacia la izquierda, algunas formando arista con la calle que pasa por ellas, estas casas obligan a las calles a ser como una cinta que se desenrede tortuosamente, en vez de algo rectilíneo que vaya de una a otra parte sin desviarse. Una placita de vez en cuando, o bien por un mercado, o bien por una fuente, o porque se ha construido arbitrariamente sin criterio: restos de suelo al sesgo en que no es posible ya construir nada.

En el punto en que de forma particular me parece estar, hay precisamente una de estas placitas irregulares. Debería haber sido cuadrada, o, al menos, rectangular; sin embargo ha resultado un trapecio tan extraño que parece un triángulo acutángulo con el vértice truncado. En el lado más largo — la base del triángulo — hay una construcción ancha y baja, la más grande del pueblo. La rodea un muro liso y desnudo, abierto sólo en dos puntos: dos puertas, que ahora están perfectamente cerradas. Al otro lado del muro, sin embargo, en su vasto cuadrado, se abren en el primer piso muchas ventanas; en la planta baja hay unos pórticos que rodean a unos patios que tienen paja y detritos en el suelo y sus correspondientes pilones para abrevar a los caballos o a otros animales. En las toscas columnas de las arcadas hay unas argollas para atar a los animales, y, en uno de los lados, existe un vasto cobertizo para cobijar a rebaños y cabalgaduras. Comprendo que se trata de la posada de Belén.

En los otros dos lados iguales de la placita hay casas más o menos grandes, unas con un poco de huerto delante, otras no; efectivamente, algunas de ellas tienen la fachada hacia la plaza, mientras que otras, por el contrario, la parte de atrás. Finalmente, en el lado más corto, de frente a la posada, hay una única casita con una escalerita externa que introduce a mitad de la fachada en las habitaciones del piso habitado. Todas las casas están cerradas porque es de noche. No hay nadie por las calles, dada la hora.

Veo intensificarse la luz nocturna que llueve del cielo lleno de estrellas, hermosísimas en el cielo oriental, tan vivas y grandes que parecen cercanas y se ve fácil llegarse a donde esas flores resplandecientes que están en el terciopelo del firmamento, y tocarlas. Levanto la mirada para tratar de comprender el origen de este aumento de luz... Una estrella, cuyo insólito tamaño le hace asemejarse a una pequeña Luna, avanza por el cielo de Belén. Las otras parecen eclipsarse y apartarse, cual siervas al paso de su reina, pues el resplandor es tan grande que las sumerge y las anula. Su globo, que parece un enorme zafiro pálido encendido internamente por un Sol, va dejando una estela en la que con el predominante color del zafiro claro se funden los amarillos de los topacios, los verdes de las esmeraldas, los opalescentes de los ópalos, los sanguíneos destellos de los rubíes y el delicado titilar de las amatistas. Todas las piedras preciosas de la Tierra están presentes en esa estela que barre el cielo con un movimiento veloz y ondulante, como si estuviera viva. El color que predomina, no obstante, es el que emana del globo de la estrella: el paradisíaco color de pálido zafiro que desciende a colorar de plata azul las casas, las calles, el suelo de Belén, cuna del Salvador. No es ya esa pobre villa que para nosotros no sería ni siquiera un pueblo; es una villa fantástica de fábula, en que todo es de plata, y el agua de las fuentes y de los pilones es de diamante líquido.

El efluvio de resplandor se hace más vivo. La estrella se detiene encima de la casita que está situada en el lado más corto de la plazuela. Ni los que en aquélla habitan ni los betlemitas la ven, pues están durmiendo en sus casas cerradas. Pero la estrella acelera sus latidos de luz; su cola vibra y ondula más intensamente trazando ca-
si semicírculos en el cielo, que se ilumina todo por la red de astros que la estrella arrastra, por esta red llena de joyas resplandecientes que tiñen de los más hermosos colores a las otras estrellas, casi como si les transmitieran una palabra de alegría.

La casita ahora está toda bañada de este fuego líquido de gemas. El techo de la breve terraza, la escalerita de piedra oscura, la pequeña puerta... todo es como un bloque de pura plata sembrado todo de polvo de diamantes y perlas. Ningún palacio de la Tierra ha tenido jamás, ni la tendrá, una escalera como ésta, hecha para recibir el paso de los ángeles, para ser usada por la Madre que es Madre de Dios; sus pequeños pies de Virgen Inmaculada pueden apoyarse sobre ese cándido esplendor, esos sus pequeños pies destinados a descansar sobre los escalones del trono de Dios. Y, sin embargo, la Virgen está ajena de ello; Ella vela orante junto a la cuna de su Hijo. En su alma tiene resplandores que superan a éstos con que la estrella embellece las cosas.

Por la calle principal avanza una caravana. Caballos enjaezados, caballos guiados de las riendas, dromedarios y camellos montados o que transportan su carga. El sonido de los cascos produce un rumor como el del agua de un torrente cuando roza las piedras y choca contra ellas. Llegados a la plaza, todos se detienen. La caravana, bajo la luz radiante de la estrella, tiene un

esplendor fantástico. Los jaeces de las riquísimas cabalgaduras, los indumentos de sus jinetes, las caras, los equipajes... todo resplandece, uniendo y avivando su brillo de metal, de cuero, de seda, de piedras preciosas, de pelaje... con el brillo estelar. Y los ojos relucen, y ríen las bocas, porque en los corazones se ha encendido otro fulgor: el de una alegría sobrenatural.

Mientras los siervos se encaminan hacia la posada con los animales, tres de la caravana se bajan de sus respectivas cabalgaduras; un siervo las conduce inmediatamente a otra parte, y ellos, a pie, se dirigen hacia la casa. Se postran, rostro en tierra, para besar el suelo. Son tres potentados, a juzgar por sus riquísimas vestiduras. Uno de ellos, de piel muy oscura, que se ha bajado de un camello, se arropa con una toga de cándida seda esplendente; ciñen su frente y su cintura preciosos aros; del de la cintura pende un puñal o una espada, cuya empuñadura está cuajada de gemas. Los otros dos, que montaban espléndidos caballos, están vestidos así: uno, de paño de rayas bellísimo en que predomina el color amarillo, elaborado a manera de dominó, largo, ornado con capucha y cordón, tan recamados que parecen una única labor de filigrana de oro; el otro lleva una camisa sedeña, que, formando bolsas, sobresale del pantalón amplio y largo ceñido a los pies, y va envuelto en un finísimo chal, tan ornado todo él de flores y tan vivas éstas, que asemeja a un jardín florido, y lleva en la cabeza un turbante sujetado por una cadenita, toda ella con engastes de diamantes.

Tras haber venerado la casa en que está el Salvador, se ponen de nuevo en pie y se dirigen a la posada, ya abierta a los pajes que se habían adelantado para llamar a la puerta.

Y aquí cesa la visión. ''Tres horas después vuelve: es la escena de la adoración de los Magos a Jesús.

Ahora es de día. Un hermoso sol resplandece en el cielo de la tarde. Un paje de los tres Magos cruza la plaza y sube la escalerita de la casa. Entra. Vuelve a salir. Regresa a la posada.

Salen los tres Sabios, cada uno seguido de su propio paje. Atraviesan la plaza. Los escasos transeúntes se vuelven a mirar a estos pomposos personajes que pasan muy lentamente, con solemnidad. Entre cuando el paje ha entrado y la entrada de éstos, ha transcurrido ampliamente un cuarto de hora; los habitantes de la casita así han podido prepararse para recibir a los que llegan.

Los tres están vestidos aún más ricamente que la noche precedente. Las sedas resplandecen, las gemas brillan, un gran penacho de preciosas plumas, sembrado de escamas aún más preciosas, ondula trémulo e irradia destellos sobre la cabeza del que lleva el turbante.

Los pajes llevan: uno, un cofre todo taraceado, cuyos refuerzos metálicos son de oro burilado; el segundo, una labradísima copa, cubierta por una aún más labrada tapa, toda de oro; el tercero, una especie de ánfora ancha y baja, también de oro, cubierta con una tapa en forma de pirámide en cuyo vértice hay un brillante. Debe pesar, pues los pajes lo llevan con esfuerzo, especialmente el del cofre.

Suben por la escalera y entran. Entran en una habitación que va de la parte de la calle al dorso de la casa. Por una ventana abierta al sol, se ve el huertecillo posterior. Hay puertas en las otras dos paredes; desde ellas los propietarios curiosean. Éstos son: un hombre, una mujer y, entre jovencitos y niños, tres o cuatro.

María está sentada con José, en pie, a su lado. Tiene al Niño en su regazo. No obstante, cuando ve entrar a los tres Magos, se levanta y hace una reverencia. Está toda vestida de blanco. ¡Qué hermosa, con su sencillo vestido blanco que la cubre desde la base del cuello hasta los pies, desde los hombros hasta sus delgadas muñecas; qué hermosa, con su cabeza pequeña coronada de trenzas rubias, con ese rostro suyo más vivamente rosado por la emoción, con esos ojos que sonríen dulcemente, con esa su boca que se abre para saludar diciendo: «Dios sea con vosotros»! Tanto es así, que los tres Magos, impresionados, se detienen un instante. Pero luego caminan otro poco y se postran a sus pies. Y le ruegan que se siente.

Ellos no, no se sientan, a pesar de los ruegos de Ella; permanecen de rodillas, relajados sobre los talones. Detrás, también de rodillas, los tres pajes; se han detenido apenas traspasado el umbral de la puerta, han depositado delante de ellos los tres objetos que llevaban y están esperando.

Los tres Sabios contemplan al Niño, que creo que puede tener de nueve meses a un año, pues su aspecto es muy vivaz y pujante; está sentado sobre el regazo de su Mamá, y sonríe y balbucea con una vocecita de pajarillo. Está vestido todo de blanco como su Mamá; en sus diminutos piececitos, unas pequeñas sandalias. Es un vestidito muy sencillo: una tuniquita de la que sobresalen los bonitos piececitos inquietos y las manitas gorditas que querrían agarrar todas las cosas, y, sobre todo, la lindísima carita en que brillan los ojos azul oscuros y la boca hace hoyitos a los lados riendo y descubriendo los primeros dientecitos diminutos. Los ricitos de Jesús son tan lúcidos y vaporosos, que parecen polvo de oro.

El más anciano de los Sabios toma la palabra en nombre de los tres, para explicarle a María que durante una noche del pasado diciembre vieron encenderse una nueva estrella en el cielo, de inusitado esplendor. Jamás las cartas del cielo habían registrado ese astro, jamás lo habían mencionado. No se conocía su nombre, porque no lo tenía. Nacida, entonces, del seno de Dios, esa estrella había brillado para manifestar a los hombres una bendita verdad, un secreto de Dios. Pero los hombres no le habían prestado atención, porque tenían hundida el alma en el fango; no alzaban la mirada hacia Dios y no sabían leer las palabras que Él escribe — alabado sea eternamente por ello — con astros de fuego en la bóveda del cielo.

Ellos la habían visto y se habían esforzado por entender su voz. Y, perdiendo contentos el poco sueño que concedían a sus miembros, y aun olvidándose del alimento, se habían sumido en el estudio del zodiaco; las conjunciones de los astros, el tiempo, la estación, el cálculo de las horas pasadas y de las combinaciones astronómicas les habían dicho el nombre y el secreto de la estrella. Su nombre: "Mesías"; su secreto: "ser el Mesías venido al mundo". Y se habían puesto en camino para adorarlo. Cada uno de ellos sin que los otros lo supieran. Por montes y desiertos, por valles y ríos, viajando incluso durante la noche, habían venido hacia Palestina, porque la estrella se movía en esa dirección. Para cada uno de ellos, desde tres puntos distintos de la tierra, se movía en esa dirección. Se habían encontrado después del Mar Muerto. La voluntad de Dios los había reunido allí, y juntos habían continuado, comprendiéndose a pesar de que cada uno hablaba su propia lengua, y comprendiendo y pudiendo hablar la lengua del país por un milagro del Eterno.

Juntos se habían dirigido a Jerusalén, dado que el Mesías debía ser el Rey de esta ciudad, el Rey de los judíos; pero en el cielo de esa ciudad la estrella se había ocultado, sintiendo ellos rompérseles de dolor el corazón, y se habían examinado para saber si quizás se hubieran hecho indignos de Dios. Pero, habiéndolos tranquilizado su conciencia, fueron a donde el rey Herodes para preguntarle en qué palacio había nacido el Rey de los judíos que ellos habían venido a adorar. El rey, convocados los príncipes de los sacerdotes y los escribas, había interrogado acerca del lugar en que podía nacer el Mesías, a lo que éstos habían respondido: «En Belén de Judá».

Y habían venido hacia Belén. La estrella, dejada ya la Ciudad santa, había aparecido de nuevo ante sus ojos, y, de noche, el día anterior había aumentado sus resplandores: el cielo todo era un fuego; luego se había parado sobre esta casa, reuniendo toda la luz de las otras estrellas en su haz luminoso. Así, habían comprendido que ahí estaba el Nacido divino. Y ahora lo estaban adorando, ofreciendo sus pobres presentes y, sobre todo, su propio corazón, el cual jamás cesaría de bendecir a Dios por la gracia concedida y de amar a su Hijo, cuya santa Humanidad estaban viendo. Luego volverían a informar al rey Herodes, pues también él deseaba adorarlo.

-Este es el oro que a todo rey corresponde poseer; esto, el incienso, como corresponde a Dios; y esto, ¡oh Madre!, esto es la mirra, porque tu Hijo es, además de Dios, Hombre, y habrá de conocer, de la carne y de la vida humana, la amargura y la inevitable ley de la muerte. Nuestro amor quisiera no pronunciar estas palabras y concebirlo eterno también en la carne como eterno es su Espíritu. Pero, ¡oh Mujer!, si nuestros mapas, y, sobre todo, nuestras almas, no yerran, Él es, este Hijo tuyo, el Salvador, el Cristo de Dios, y, por tanto, deberá, para salvar a la Tierra, cargar sobre sí mismo el peso del mal de la Tierra, uno de cuyos castigos es la muerte. Esta resina es para esa hora, para que la carne santa no conozca la podredumbre de la corrupción y conserve la integridad hasta su resurrección. ¡Y que por este presente nuestro Él se acuerde de nosotros y salve a sus siervos dándoles su Reino! - De momento — añade — Ella, la Madre, para ser santificados por Él, dé su Niño a nuestro amor, para que, besando sus pies, descienda sobre nosotros la bendición celeste.

María, que ha superado la turbación suscitada por las palabras del Sabio y ha celado la tristeza de la fúnebre evocación bajo una sonrisa, ofrece el Niño. Lo deposita en los brazos del más anciano, que lo besa — y Jesús lo acaricia — y luego lo pasa a los otros dos.

Jesús sonríe y juguetea con las cadenitas y las cintas de los indumentos de los tres, y mira con curiosidad el cofre abierto, lleno de una cosa amarilla que brilla, y ríe al ver que el sol hace un arco iris al herir el brillante de la tapa de la mirra.

Los tres Magos devuelven el Niño a María y se levantan. También se pone en pie María. Inclinan mutuamente la cabeza en gesto de reverencia. Antes el más joven había dado una orden al siervo y éste había salido. Los tres siguen hablando todavía un poco. No saben decidirse a separarse de esa casa. Lágrimas de emoción en sus ojos... Al final se dirigen hacia la salida acompañados por María y José.

El Niño ha querido bajar y darle la manita al más anciano de los tres, y anda así, de la mano de María y del Sabio, los cuales se inclinan para tenerlo de la mano. Jesús, con su pasito todavía inseguro; de infante, ríe, golpeando con sus piececitos sobre la franja que el sol dibuja en el suelo.

Llegados al umbral de la puerta — téngase presente que la habitación tenía la misma largura de la casa — los tres se despiden arrodillándose una vez más y besando los piececitos de Jesús. María, inclinada hacía el Pequeñuelo, le toma la manita y la guía y hace así ésta un gesto de bendición sobre la cabeza de cada uno de los Magos. Es éste ya un signo de cruz trazado por los pequeños dedos de Jesús, guiados por María.

Tras ello, los tres bajan la escalera. La caravana ya está ahí esperando preparada. Los bullones de las cabalgaduras reflejan el Sol del ocaso. La gente se ha agolpado en la placita para ver este insólito espectáculo.

Jesús ríe dando palmadas con sus manitas. Su Mamá lo ha alzado y lo ha apoyado en el ancho parapeto que limita el descansillo, y lo tiene con un brazo sujeto contra su pecho para que no se caiga. José, que ha bajado con los tres Magos, sujeta a cada uno de ellos el estribo al subirse éstos a los caballos o al camello.

Ya todos, siervos y señores, están a caballo. Se da orden de marcha. Los tres, como último saludo, se inclinan hasta tocar el cuello de la cabalgadura. José hace una reverencia. María también, volviendo a guiar la manita de Jesús en un gesto de adiós y bendición.

Dice Jesús:

-¿Y ahora? ¿Qué deciros ahora, almas que sentís morir la fe? Estos Sabios de Oriente no disponían de nada que los confirmara en la verdad; nada sobrenatural. Sólo tenían el cálculo astronómico y la propia reflexión perfeccionada por una vida íntegra. Y, con todo, tuvieron fe. Fe en todo: fe en la ciencia, fe en la conciencia, fe en la bondad divina.

En la ciencia, en cuanto que creyeron en el signo de la estrella nueva, que no podía sino ser "ésa", la que la humanidad desde hacía siglos estaba esperando: el Mesías. En la conciencia, en cuanto que tuvieron fe en la voz de la misma, la cual, recibiendo "voces" celestes, les decía: "Esa estrella es la que signa la venida del Mesías". En la bondad, en cuanto que tuvieron fe en que Dios no los engañaría, y en que, dado que su intención era recta, los ayudaría en todos los modos para alcanzar el objetivo.

Y lo lograron. Sólo ellos, entre tantos otros estudiosos de los signos, comprendieron ese signo, porque sólo ellos tenían en el alma el ansia de conocer las palabras de Dios con un fin recto, cuyo principal pensamiento consistía en dar enseguida a Dios honor y gloria.

No buscaban el provecho personal. Antes bien, les esperaban dificultades y gastos, y no piden compensación humana alguna. Piden solamente que Dios se acuerde de ellos y los salve para la eternidad.

De la misma forma que su pensamiento no está puesto en ninguna compensación humana posterior, tampoco tienen, cuando deciden el viaje, ninguna preocupación humana. Vosotros habríais hecho mil cavilaciones: "¿Cómo me las voy a arreglar para hacer un viaje tan largo por países y entre gentes de lenguas distintas? ¿Me van a creer, o, por el contrario, me encarcelarán por espía? ¿Qué ayuda me van a ofrecer cuando tenga que pasar desiertos, ríos, montes? ¿Y el calor? ¿Y el viento

de los altiplanos? ¿Y las fiebres pantanosas de las zonas palúdicas? ¿Y las riadas dilatadas por las lluvias? ¿Y las comidas distintas? ¿Y el lenguaje distinto? Y... y.. y". Así razonáis vosotros. Ellos no razonan así. Dicen, con sincera y santa audacia: "Tú, ¡oh Dios!, lees nuestro corazón y ves qué fin perseguimos. Nos ponemos en tus manos. Concédenos la sobrehumana alegría de adorar a tu Segunda Persona hecha Carne para la salud del mundo".

Ello es suficiente. Se ponen en camino desde las lejanas Indias. (Jesús me dice luego que con 'Indias" quiere decir Asia meridional, donde ahora están Turquestán, Afganistán y Persia). Se ponen en camino desde las cadenas montañosas mongólicas, en cuyo espacio se mueven, libérrimos, sólo águilas y buitres, donde Dios habla con el fragor de los vientos y de los torrentes y escribe palabras de misterio en las inmensas páginas de los neveros. Se ponen en camino desde las tierras en que nace el Nilo, y discurre, vena verde-azul, hacia el corazón azul del Mediterráneo. Ni picos, ni zonas selvosas, ni arenas — océanos secos y más peligrosos que los marinos — detienen su paso. Y la estrella brilla sobre sus noches, negándoles el sueño. Cuando se busca a Dios, los hábitos animales deben ceder ante los anhelos impacientes y las necesidades suprahumanas.

Reciben la estrella desde septentrión, desde oriente y desde meridión, y, por un milagro de Dios, avanza para los tres hacia un punto; como también, por otro milagro, los reúne tras muchas millas en ese punto; y, por otro, les da, anticipando la sabiduría pentecostal, el don de entenderse y de hacerse entender como en el Paraíso, donde se habla una sola lengua: la de Dios.

Sólo un momento de turbación los sobrecoge: cuando la estrella desaparece. Ellos — humildes porque eran realmente grandes — no piensan que ello sea debido a la maldad de los demás — no habiendo merecido ver la estrella de Dios los hombres corrompidos de Jerusalén —, sino que piensan que ellos son los que se han hecho indignos de Dios, y se examinan con temblor y con contrición ya preparada para pedir perdón.

Mas su conciencia los tranquiliza. Habituadas sus almas a la meditación, tenían una conciencia sensibilísima, afinada por una atención constante, por una aguda introspección, que había hecho de su interior un espejo en que se reflejaban las más ligeras sombras de los hechos cotidianos. Habían hecho de su conciencia una maestra, una voz que los advertía y les gritaba ante la más pequeña, no digo falta, sino mirada a la falta, a lo que es humano, a la complacencia de lo que es yo. Y por eso, cuando se ponen frente a esta maestra, frente a este espejo severo y nítido, saben que no les mentirá. Los tranquiliza y recobran el vigor.

"¡Oh, qué dulce el sentir que en nosotros no hay nada que sea contrario a Dios; sentir que Él mira con complacencia al corazón del hijo fiel y lo bendice! Este sentir produce aumento de fe y confianza, y esperanza y fortaleza y paciencia. Es momento de tempestad, mas ésta pasará, porque Dios me ama y sabe que le amo, y me seguirá ayudando": esto dicen quienes poseen esa paz que procede de una conciencia recta, reina de todas sus acciones.

He dicho que eran "humildes porque eran realmente grandes". ¿En vuestras vidas, sin embargo, qué sucede? Que uno, no porque sea grande, sino por su mayor despotismo — y se hace poderoso por su despotismo y por vuestra necia idolatría —, no es jamás humilde. Existen pobres desgraciados que, por el solo hecho de ser mayordomos de un déspota, conserjes en algún organismo, funcionarios de un arrabal — a fin de cuentas al servicio de quien los ha hecho lo que son — se dan aires de semidioses. ¡Bueno, pues dan pena!...

Ellos, los tres Sabios, eran realmente grandes, en primer lugar por virtudes sobrenaturales, en segundo lugar, por ciencia, y, por último, por riqueza. Y no obstante se sienten nada: polvo sobre el polvo de la tierra, respecto al Dios altísimo, que crea los mundos con una sonrisa suya, y los esparce como granos de trigo para saciar los ojos de los ángeles con collares hechos de estrellas.

Se sienten nada respecto al Dios altísimo que ha creado el planeta en que viven, y que lo ha hecho variado, colocando, cual Escultor infinito de obras inmensas, aquí, con un toque de su pulgar, una corona de suaves colinas, allá una cadena de cumbres y de picos semejantes a vértebras de la tierra; de este cuerpo desmesurado cuyas venas son los ríos; pelvis, los lagos; corazones, los océanos; vestiduras, los bosques; velos, las nubes; ornatos, los glaciares de cristal; gemas, las turquesas y las esmeraldas, los ópalos y los berilos de todas las aguas que cantan, con las selvas y los vientos, el gran coro de alabanzas a su Señor.

Se sienten nada en su sabiduría respecto al Dios altísimo de quien les viene y que les ha dado ojos más potentes que esas dos pupilas por las que ven las cosas: ojos del alma que saben leer en las cosas esa palabra no escrita por mano humana, sino grabada por el pensamiento de Dios.

Se sienten nada en su riqueza: átomo respecto a la riqueza del Posesor del universo, que disemina metales y gemas en los astros y planetas, y riquezas sobrenaturales, inagotables riquezas, en el corazón de aquel que le ama.

Y, llegados ante una pobre casa de la más mísera de las ciudades de Judá, no menean la cabeza diciendo: "Imposible", sino que se inclinan reverentes, se arrodillan, sobre todo con el corazón, y adoran. Ahí, detrás de esas paredes, está Dios; ese Dios que siempre invocaron, sin atreverse, ni por asomo, a esperar que podrían verlo. Le invocaron, más bien, por el bien de toda la humanidad, por "su propio" bien eterno. ¡Ah, sólo esto soñaban para ellos: poder verlo, conocer, poseerlo en la vida que no conocerá ni alboradas ni ocasos!

Él está ahí, tras esas pobres paredes. ¿Quién sabe si, quizás, su corazón de Niño, que es el corazón de un Dios, no siente estos tres corazones que vueltos hacia el polvo del camino tintinean: "Santo, Santo, Santo. Bendito el Señor, Dios nuestro. Gloria a Él en los Cielos altísimos, y paz a sus siervos. Gloria, gloria, gloria y bendición"? Ellos se lo preguntan con temblor de amor. Y, durante toda la noche y la mañana siguiente preparan, con la más viva oración, su espíritu para la comunión con el Dios-Niño.

No se dirigen a este altar — regazo virginal sobre el que está la Hostia divina — como hacéis vosotros, o sea, con el alma llena de preocupaciones humanas. Se olvidan del sueño y de la comida, toman las vestiduras más bellas — no por humana ostentación, sino por honrar al Rey de los reyes —. En los palacios de los soberanos, los dignatarios entran con las vestiduras más bellas; ¿no debían, acaso, ellos ir a donde este Rey con sus indumentos de fiesta? ¿Y qué fiesta mayor que ésta para ellos?

En sus lejanas patrias, muchas veces tuvieron que ataviarse elegantemente por otros hombres de su mismo rango; para festejarlos u honrarlos. Era justo, pues, humillar ante los pies del Rey supremo púrpuras y joyas, sedas y plumas preciosas. Era justo poner a sus pies, ante sus delicados piececitos, las telas de la Tierra, las gemas de la Tierra, plumajes, metales de la Tierra, para que estas cosas de la Tierra — son obras suyas — adorasen también a su Creador. Y se hubieran sentido felices si la Criaturita les hubiera ordenado que se extendieran en el suelo haciendo una alfombra viva para sus pasitos de Niño, y los hubiera pisado, Él, que había dejado las estrellas por ellos, que sólo eran polvo, polvo, polvo...

Eran humildes y generosos, y obedientes a las "voces" que venían de lo Alto. Tales "voces" ordenan llevar presentes al Rey recién nacido. Y ellos llevan los presentes. No dicen: "Es rico y por tanto no lo necesita. Es Dios y por tanto no conocerá la muerte". Obedecen. Y son ellos los primeros en ayudar al Salvador en su pobreza. Y ¡qué providente era ese oro para quien en un futuro próximo sería un fugitivo!, ¡cuánto significado tenía esa resina para quien a no tardar sería matado!, ¡qué pío ese incienso para quien había de sentir el hedor de las lujurias humanas en ebullición en torno a su pureza infinita!

Humildes, generosos, obedientes, respetuosos unos con otros. Las virtudes engendran siempre otras virtudes. De las virtudes orientadas a Dios proceden las virtudes orientadas al prójimo. Respeto, que a fin de cuentas es caridad. Defieren al más anciano hablar por los tres, y ser el primero en recibir el beso del Salvador y en llevarlo de la mano. Los otros podrán volverlo a ver, pero él no. Es viejo. Cercano está ya su día de regreso a Dios. A este Cristo lo verá, tras su espantosa muerte, y lo seguirá por la estela de los salvados en el regreso al Cielo, mas no lo volverá a ver en esta Tierra. Quédele, pues, como viático, el calorcito de esta diminuta mano que se abandona en la suya ya rugosa.

Y los demás no tuvieron ninguna envidia del sabio anciano; antes bien, aumentó su veneración por él: en efecto, había merecido más que ellos y durante más tiempo. El Dios-Infante esto lo sabía. La Palabra del Padre todavía no hablaba, pero su acto era ya palabra. ¡Bendita sea esta palabra suya, inocente, que designa a éste como su predilecto!

Mas hay, todavía, hijos, otras dos enseñanzas en esta visión.

Cómo José sabe estar dignamente en "su" puesto. Está presente como custodio y tutor de la Pureza y de la Santidad, pero sin usurpar sus derechos. María, con su Jesús, es quien recibe dones y palabras; José exulta por Ella y no se siente herido de ser una figura secundaria. José es un justo, es el Justo, y es justo siempre, y en este momento también lo es. No se embriaga con los vapores de la fiesta.

Permanece humilde, justo.

Se alegra de esos regalos. No por él mismo, sino pensando que con ellos va a poder hacerles más cómoda la vida a su Esposa y a su dulce Niño. En José no hay avaricia. Es un trabajador y va a seguir trabajando; pero otra cosa es que "Ellos", sus dos amores, puedan vivir con desahogo y comodidad. Ni él ni los Magos saben que esos regalos van a ser útiles para una fuga, para una vida en el exilio (en las que los haberes se disipan como una nube bajo la acción del viento), y para regresar a la patria, tras haber perdido todo: clientes, mobiliario, enseres; sólo con las paredes de la casa, que Dios la protegería porque en ese lugar Él se había unido a la Virgen y se había hecho Carne.

José es humilde — él, que es custodio de Dios y de la Madre de Dios y Esposa del Altísimo — hasta el punto de sujetar el estribo a estos vasallos de Dios. Es un pobre carpintero, debido a que el despotismo humano ha despojado a los herederos de David de sus regios haberes, pero sigue siendo de estirpe real y posee rasgos de rey. De él hay que decir también: "Era humilde porque era realmente grande".

Ultima, delicada, indicativa enseñanza.

Es María quien toma la mano de Jesús, que todavía no sabe bendecir, y la guía en el gesto santo.

Es siempre María la que toma la mano de Jesús y la guía. Y ahora sucede lo mismo. Ahora Jesús sabe bendecir, pero a veces su mano traspasada cae cansada y desesperanzada porque sabe que es inútil bendecir. Vosotros destruís mi bendición. Cae también indignada, porque vosotros me maldecís. Y entonces es María la que retira el desdén de esta mano besándola. ¡Oh, el beso de mi Madre! ¿Quién podría resistir a ese beso? Luego toma con sus finos dedos — finos, pero ¡cuan amorosamente imperiosos! — mi muñeca, y me fuerza a bendecir.

No puedo decir que no a mi Madre. Pero tenéis que ir a Ella para hacerla Abogada vuestra. Ella es mi Reina antes de ser vuestra Reina, y su amor por vosotros guarda indulgencias que ni siquiera el mío conoce. Y Ella, incluso sin palabras, sólo con las perlas de su llanto y con el recuerdo de mi Cruz — cuyo signo me hace trazar en el aire — toma la defensa de vuestra causa recordándome: "Eres el Salvador. Salva".

He aquí, hijos, el "evangelio de la fe" en la aparición de la escena de los Magos. Meditad e imitad, para bien vuestro.

## 35.

## Huida a Egipto. Enseñanzas sobre la última visión relacionada con la llegada de Jesús.

9 de Junio de 1944.

Mi espíritu ve la siguiente escena.

Es de noche. José está durmiendo en su modesto lecho, en su diminuta habitación. Su sueño es pacífico, como el de quien está descansando del mucho trabajo cumplido con honradez y diligencia.

Lo veo en la oscuridad de la estancia, oscuridad apenas interrumpida por un hilo de luz lunar que penetra por una rendija de la hoja de la ventana, que está sólo entornada, no cerrada del todo, como si José tuviera calor en esta pequeña habitación, o como si quisiera tener ese hilo de luz para saberse medir al amanecer y levantarse diligentemente. Está girado sobre uno de los lados, y sonríe mientras duerme, quién sabe ante qué visión que está soñando.

Pero su sonrisa se transforma en congoja. Emite el típico suspiro, profundo de quien está teniendo una pesadilla, y se despierta sobresaltado. Se sienta en la cama, se restriega los ojos, mira a su alrededor, y mira hacia la ventanita de la que proviene ese hilo de luz. Es plena noche; no obstante, coge la prenda de vestir que está extendida a los pies de la cama y, todavía sentado en el lecho, se la pone encima de la túnica blanca de manga corta que tenía sobre la piel. Levanta las mantas, pone los pies en el suelo y busca las sandalias. Se las pone y se las ata. Se pone en pie y se dirige hacia la puerta que está frente a su cama; no hacia la que está lateral a la misma y que conduce al salón en que fueron recibidos los Magos.

Llama suavemente con la punta de los dedos: un casi insensible tic-tic. Debe haber oído que se le invita a entrar, pues abre con cuidado la puerta y la vuelve a entornar sin hacer ruido. Antes de ir a la puerta había encendido una lamparita de aceite, de una sola llama; por tanto, se ilumina con ella. Entra... En una habitacioncita sólo un poco más grande que la suya, con una cama pequeña y baja al lado de una cuna, ya ardía una lamparita: la llamita oscilante, en un rincón, parece una estrellita de luz tenue y dorada que permite ver sin molestar a quien esté dormido.

Pero María no está dormida, está arrodillada junto a la cuna. Tiene un vestido claro y está orando, y velando a Jesús, que duerme tranquilo. Jesús tiene la edad de la visión de los Magos. Es un niño de un año aproximadamente, un niño guapo, rosado y rubio, y está durmiendo, con su cabecita ensortijada hundida en la almohada y una manita bien cerrada junto a la garganta.

-¿No duermes? - pregunta José en voz baja denotando asombro - ¿Por qué? ¿Jesús no está bien?.

-¡Oh, no! Él está bien. Yo estoy rezando. Luego me echaré a dormir. ¿Por qué has venido, José? Mientras habla, María sigue arrodillada donde estaba antes.

José, en voz bajísima para no despertar al Niño, pero en tono apremiante, dice:

- Tenemos que irnos de aquí enseguida, enseguida. Prepara el baulillo y un fardo con todo lo que puedas meter en ellos. Yo me encargo de preparar lo demás, llevaré lo más que pueda... Cuando empiece a clarear huimos. Lo haría incluso antes, pero tengo que hablar con la dueña de la casa....

-¿Y por qué esta huida?

- Después te lo explico mejor. Es por Jesús. Un ángel me ha dicho: "Toma al Niño y a la Madre y huye a Egipto". No pierdas tiempo. Yo ya empiezo a preparar todo lo que pueda.

No era necesario decirle a María que no perdiese tiempo. Apenas ha oído hablar de ángel, de Jesús y de huida, ha comprendido que un peligro se cierne sobre su Criatura, y de un salto se ha puesto en pie; su cara más blanca que un cirio, una mano contra el pecho, angustiada. Enseguida se ha puesto en movimiento, ágil, ligera, y ha empezado a colocar la ropa de vestir en el baulillo y en un fardo grande que ha extendido primero sobre su cama aún intacta. Sin duda está angustiada, pero no pierde las riendas; hace las cosas con rapidez pero no sin orden. De vez en cuando, pasando junto a la cuna, mira al Niño, que duerme ajeno a lo que está sucediendo.

-¿Necesitas ayuda? - pregunta cada cierto tiempo José, asomando la cabeza por la puerta entreabierta.

- No, gracias - responde siempre María.

Hasta que el fardo — que debe pesar bastante — no está lleno, no llama a José para que la ayude a cerrarlo y a quitarlo de encima de la cama. No obstante, José quiere hacerlo solo; coge el largo fardo y se lo lleva a su cuarto.

-¿Cojo también las mantas de lana? - pregunta María.

- Coge todo lo más que puedas; todo el resto lo perderemos. Toma todo lo que puedas. Nos servirá porque... ¡porque tendremos que estar fuera mucho tiempo, María!... - José está muy apenado al decir esto, y María... se puede uno hacer idea de cómo está; suspirando, dobla las colchas suyas y las de José, y éste las ata con una cuerda.

- Dejamos los bordados y las esterillas» dice mientras está atando las colchas - A pesar de que voy a tomar tres burros, no puedo cargarlos demasiado, pues el camino será largo e incómodo, parte entre montañas y parte por el desierto. Tapa bien a Jesús. Las noches serán frías, tanto en las montañas como en el desierto. He cogido los regalos de los Magos, porque en aquella tierra nos vendrán bien. Todo lo que tengo lo gasto para comprar los dos burros. Debo comprarlos, porque no podemos devolverlos. Voy ahora, antes de que amanezca. Sé dónde buscarlos. Tú termina de prepararlo todo – Y se marcha.

María recoge todavía algunos objetos. Observa a Jesús y sale, para volver con unos vestiditos que parecen todavía húmedos — quizás se lavaron el día antes —; los dobla y los envuelve en un pedazo de tela y los coloca junto con las otras cosas. Ya no queda nada más.

Se vuelve mirando a su alrededor y ve, en un rincón, un juguete de Jesús: una ovejita tallada en madera. La toma en sus manos... un sollozo entrecortado... un beso: la madera conserva las huellas de los dientecitos de Jesús, y las orejas de la ovejita están del todo llenas de mordisquitos. María acaricia ese objeto sin valor en sí, de una pobre madera clara, pero de mucho valor para Ella, ya que le habla del afecto de José por Jesús, y de su Niño. Lo pone también con las otras cosas encima del baulillo cerrado,.

Ahora ya sí que no queda nada. Sólo Jesús, que está en su cunita. María piensa que sería conveniente también preparar al Niño. Va donde la cuna y la mueve un poco para despertar al Pequeñuelo. Mas Él solamente refunfuña un poco; se da la vuelta y sigue durmiendo. María le acaricia delicadamente los ricitos. Jesús, bostezando, abre la boquita. María se inclina hacia Él y leo besa en la mejilla. Jesús termina de despertarse. Abre los ojos. Ve a su Mamá y sonríe, y tiende las manitas hacia su pecho.

- Sí, amor de tu Mamá. Sí, la leche. Antes que de costumbre... ¡De todas formas, Tú siempre estás preparado para mamar, corderito mío santo!

Jesús ríe y juguetea, agitando los piececitos por fuera de las mantas, y los brazos, con una de esas manifestaciones de alegría de los niños pequeños que tan bonitas son de ver. Hinca los piececitos contra el estómago de su Mamá, se curva en forma de arco y apoya su cabecita rubia en el pecho de Ella, y luego se echa bruscamente para atrás y se ríe agarrando con sus manitas las cintas que ciñen al cuello el vestido de María tratando de abrirlo. Con su camisita de lino, se le ve a Jesús guapísimo, regordete, rosado como una flor.

María se inclina. Así, inclinada, sobre la cuna como protección, llora y sonríe al mismo tiempo, mientras el Niño balbucea esas palabras, que no son palabras, de todos los niños pequeños, entre las cuales se oye nítida y repetidamente la palabra "mamá". La mira, asombrado de verla llorar. Alarga una manita hacia los brillantes hilos de llanto, que se la mojan al hacer la caricia. Primorosamente, vuelve a apoyarse en el pecho materno y en él se recoge enteramente, acariciándoselo con su manita.

María lo besa por entre el pelo y lo toma en brazos, se sienta y se pone a vestirlo: ya tiene el vestidito de lana, ya las diminutas sandalitas. Le da la leche. Jesús mama con avidez la leche buena de su Mamá, y, cuando ya le parece que por la parte derecha viene menos, va a buscar a la izquierda, y ríe al hacerlo, mirando a su Mamá de abajo arriba, para luego dormirse de nuevo — apoyado aún el carrillo rosado y redondo en el seno blanco y redondo — sobre el pecho de Ella.

María se levanta muy despacito y lo coloca sobre la manta acolchada de su cama. Lo tapa con su manto. Vuelve a la cuna y dobla las mantitas. Piensa en si conviene o no coger también el colchoncito. ¡Tan pequeño como es... se puede llevar! Lo pone, junto con la almohada, con las cosas que ya estaban encima del baulito. Y llora ante la cuna vacía. ¡Pobre Madre, perseguida en su Criatura!

José regresa.

-¿Estás preparada? ¿Está preparado Jesús? ¿Has cogido sus mantas y su camita? No podemos llevarnos la cuna, pero por lo menos que tenga su colchoncito. ¡Oh, pobre Pequeñuelo, perseguido a muerte!.

-¡José! - grita María agarrándose al brazo de José.

- Sí, María, a muerte. Herodes lo quiere muerto... porque tiene miedo de Él... Esa fiera inmunda tiene miedo de este Inocente, por su reino humano. No sé lo que hará cuando comprenda que ha huido; pero para entonces nosotros ya estaremos lejos. No creo que se vengue buscándolo incluso en Galilea. Ya sería difícil para él descubrir que somos galileos; más difícil aún, saber que somos de Nazaret y quiénes somos exactamente. A no ser que Satanás le eche una mano en agradecimiento de sus fieles servicios. Mas... si eso sucede... Dios nos ayudará igualmente. No llores, María, que el verte llorar es para mí un dolor mucho mayor que el de tener que marchar al exilio.

-¡Perdóname, José! No lloro por mí, ni por los pocos bienes que pierdo. Lloro por ti... ¡Ya mucho te has tenido que sacrificar! Ahora, otra vez, te quedas sin clientes, sin casa... ¡Cuánto te cuesto, José!

-¿Cuánto? No, María. No me cuestas nada. Me consuelas. Siempre me consuelas. No pienses en el mañana. Tenemos el caudal que nos han dado los Magos. Nos servirán de ayuda al principio. Luego me buscaré un trabajo. Un obrero honrado y competente se abre camino enseguida. Ya lo has visto aquí. No me da abasto el tiempo para el cúmulo de trabajo.

- Sí, lo sé. Pero, ¿quién te va a aliviar tu nostalgia?

-¿Y a ti? ¿Quién te va a aliviar la nostalgia de esa casa que tanto amas?

- Jesús. Teniéndolo a Él, tengo todo lo que allí tenía.

- Y yo también teniendo a Jesús tengo ya esa patria que he esperado hasta hace pocos meses, y... tengo a mi Dios. Ya ves que no pierdo nada de lo que más amo. Basta con salvar a Jesús; si es así, todo nos queda. Aunque no volviéramos a ver este cielo, estos campos, o los aún más amados campos de Galilea, siempre tendremos todo porque lo tendremos a Él. Ven, María, que empieza a clarear. Llega el momento de saludar a la huésped y de cargar nuestras cosas. Todo irá bien.
'

María se pone en pie, obediente. Se arropa en su manto; mientras tanto, José prepara un último bulto, se lo carga y sale.

María levanta delicadamente al Niño, lo arropa en un mantón y lo aprieta contra su pecho. Mira las paredes que durante meses la han hospedado y, rozándolas apenas, las toca con una mano. ¡Bendita esa casa, que ha merecido ser amada y bendecida por María!

Sale. Cruza la habitacioncita que era de José, entra en la estancia grande. La dueña de la casa, en lágrimas, la besa y se despide de Ella, y, levantando un borde del mantón, besa al Niño en la frente. Él duerme tranquilo. Bajan por la escalerita exterior.

Hay un primer claror de alborada que apenas permite ver. En la escasa luz se ven tres burros. El más fuerte lleva los enseres. Los otros van sólo con la albarda. José está manos a la obra para asegurar bien el baulillo y los paquetes en la albarda del primero. Veo, atados en un haz, y colocados encima del fardo, sus utensilios de carpintero.

Nuevos saludos y nuevas lágrimas. María se monta en su burrillo, mientras la patrona tiene a Jesús en brazos y lo besa una vez más; luego se lo devuelve a María. Monta también José, el cual ha atado su asno al que lleva los equipajes, para estar libre y poder así controlar el de María.

La huida comienza mientras Belén, que sueña todavía la fantasmagórica escena de los Magos, duerme tranquila, sin saber lo que le espera.

Y la visión cesa así.

Dice Jesús:

- Y también esta serie de visiones terminan así. Hemos ido mostrándote las escenas que precedieron, acompañaron y siguieron a mi Llegada; no por ellas mismas, que son muy conocidas, sino para aplicación, en ti y en los demás, del sentido sobrenatural que de ellas deriva, y dároslo como norma de vida. Estas escenas son muy conocidas, aunque haya que decir que han sido alteradas por elementos que han ido superponiéndose con los siglos, debido siempre a ese modo de ver, humano, que,

pretendiendo dar mayor gloria a Dios — y por ello queda perdonado —transforma en irreal lo que sería tan bonito dejar real. Porque ello no disminuye mi Humanidad ni la de María, de la misma manera que este ver las cosas en su realidad no ofende ni a mi Divinidad ni a la Majestad del Padre ni al Amor de la Trinidad santísima; antes bien, con ello resplandecen los méritos de mi Madre y mi perfecta humildad, y refulge la bondad omnipotente del eterno Señor.

El Decálogo es la Ley; mi Evangelio, la doctrina que os la hace más clara y más atractiva de seguirse. Serían suficientes esta Ley y esta Doctrina para obtener, de los hombres, santos.

Pero vuestra humanidad os pone tantas dificultades — humanidad que, verdaderamente, en vosotros sobrepuja demasiado al espíritu — que no podéis seguir estos caminos, y caéis, u os detenéis descorazonados. Os decís a vosotros mismos, y a quienes quisieran haceros caminar citándoos los ejemplos del Evangelio: "Pero Jesús, María, José... (y así todos los santos) no eran como nosotros. Eran fuertes; han sufrido, pero han sido inmediatamente consolados; fueron aliviados incluso de ese poco dolor que sufrieron; no sentían las pasiones... Eran seres que ya estaban fuera de la tierra".

¡Ese poco dolor!... ¡No sentían las pasiones!...

El dolor fue amigo fiel nuestro, con los más variados aspectos y nombres.

Las pasiones... No uséis mal la palabra, llamando "pasiones" a los vicios que os sacan del camino recto. Llamadlos sinceramente "vicios", y, además, capitales. No es que nosotros ignorásemos los vicios. Teníamos ojos y oídos, y Satanás hacía danzar ante nosotros y a nuestro alrededor estos vicios, mostrándonoslos en los viciosos con toda su carga de suciedad, o tentándonos con insinuaciones. Mas estas porquerías y estas insinuaciones, tendida como estaba la voluntad a querer agradar a Dios, en vez de producir lo que se había propuesto Satanás, producían lo contrario. Y cuanto más insistía él, más nos refugiábamos nosotros en la luz de Dios, por asco hacia las tinieblas fangosas que nos ponía ante los ojos del cuerpo y del espíritu.

Pero no hemos ignorado las pasiones en sentido filosófico entre nosotros. Amamos la patria, y con ella a nuestra pequeña Nazaret, más que a cualquier otra ciudad de Palestina. Tuvimos afectos hacia nuestra casa, hacia los parientes y los amigos. ¿Por qué no íbamos a haberlos tenido? Pero no nos hicimos esclavos de los afectos, porque nada sino Dios debe ser señor; antes bien hicimos de ellos buenos compañeros nuestros.

Mi Madre gritó de alegría cuando, pasados aproximadamente cuatro años, volvió a Nazaret y puso pie en su casa, y besó esas paredes entre las cuales su "Sí" abrió su seno para recibir la Semilla de Dios. José saludó con alegría a los parientes, a los sobrinitos, crecidos en número y en edad. Gozó al verse recordado por sus conciudadanos y al ver que por sus dotes en el oficio lo buscaron enseguida. Yo fui sensible a la amistad. Sufrí por la traición de Judas como por una crucifixión moral. ¿Y qué?: ni mi Madre ni José antepusieron su amor a la casa, o a los familiares, a la voluntad de Dios.

Y Yo no escatimé palabras — si había que decirlas — que me habrían de acarrear el rencor de los hebreos o la animadversión de Judas. Yo sabía — y podría haberlo hecho — que bastaba el dinero para sujetarlo a mí; pero hubiera sido no a mí como Redentor sino a mí como rico. Yo, que multipliqué los panes, si hubiera querido, habría podido multiplicar el dinero; pero no había venido para proporcionar satisfacciones humanas. A nadie. Mucho menos a los que había llamado. Yo había predicado sacrificio, desapego, vida casta, puestos humildes. ¿Qué Maestro habría sido Yo, qué Justo, si hubiese dado dinero a uno para su sensualismo mental y físico, sólo porque ése hubiera sido el modo de sujetarlo a mí?

Para ser grandes en mi Reino hay que hacerse "pequeños". Quien quiera ser "grande" a los ojos del mundo no es apto para reinar en mi Reino; paja es para el lecho de los demonios. Porque la grandeza del mundo está en antítesis con la Ley de Dios.

El mundo llama "grandes" a quienes — con medios casi siempre ilícitos — saben conseguir los mejores puestos y, para hacerlo, hacen del prójimo escabel, y ponen su pie encima y lo aplastan; llama "grandes" a los que saben matar para reinar — matar moral o materialmente — y arrebatan puestos o se enseñorean de las naciones y se enriquecen desangrando a los demás, arrebatándoles la riqueza individual o colectiva. El mundo llama frecuentemente "grandes" a los delincuentes. No. La "grandeza" no está en la delincuencia, está en la bondad, la honradez, el amor, la justicia. ¡Observad qué venenosos frutos — recogidos en su malvado, demoníaco jardín interior — vuestros "grandes" os ofrecen!

Deseo hablar de la última visión, dejando de lado otras cosas, total, sería inútil, porque el mundo no quiere oír la verdad que le concierne. Esta visión da luz acerca de un detalle citado dos veces en el Evangelio de Mateo, una frase repetida dos veces: "¡Levántate, toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto!"; "¡Levántate, toma al Niño y a su Madre y vuelve a la tierra de Israel!". Y has podido ver cómo en la habitación estaba María sola con el Niño.

La virginidad de María después del parto y la castidad de José sufren muchas agresiones por parte de quienes, siendo sólo lodo putrefacto, no admiten que uno pueda ser ala y luz. Desdichados, cuyo fauno está tan corrompido y cuya mente está tan prostituida a la carne, que son incapaces de pensar que uno como ellos pueda respetar a una mujer, viendo en ella el alma y no la carne; incapaces de elevarse a sí mismos viviendo en una atmósfera sobrenatural, tendiendo no a las cosas carnales, sino a las divinas.

Pues bien, a estos que combaten contra la suprema belleza, a estos gusanos incapaces de transformarse en mariposa, a estos reptiles cubiertos por la baba de su lujuria, incapaces de comprender la belleza de una azucena, Yo les digo que María fue virgen y siguió siéndolo, y que solo su alma se desposó con José, como también su espíritu únicamente se unió al Espíritu de Dios, y por obra de Éste concibió al Único que llevó en su seno: a mí, a Jesucristo, Unigénito de Dios y de María.

No se trata de una tradición que haya florecido después, por un amoroso respeto hacia mi Bienaventurada Madre; se trata de una verdad conocida ya desde los primeros tiempos.

Mateo no nació siglos más tarde; era contemporáneo de María. Mateo no era un pobre ignorante que hubiera vivido en los bosques y que fuera propenso a creerse cualquier patraña. Era un funcionario de hacienda, como diríais ahora vosotros (nosotros entonces decíamos recaudador). Sabía ver, oír, entender, escoger entre la verdad y la falsedad. Mateo no oyó las

cosas por referencias de terceros, sino que las recogió de labios de María, preguntándole a Ella, llevado de su amor hacia el Maestro y hacia la verdad.

Y no quiero pensar que estos que niegan la inviolabilidad de María piensen que Ella quizás pudo mentir. Mis propios parientes, si hubiera habido otros hijos, hubieran podido desmentir su testimonio: Santiago, Judas, Simón y José eran condiscípulos de Mateo. Por tanto éste hubiera podido fácilmente confrontar las versiones, si hubiese habido otras versiones. Y sin embargo Mateo nunca dice: "¡Levántate y toma contigo a tu mujer!". Dice: "¡Toma contigo a la Madre de Él!". Y antes dice: "Virgen desposada con José"; 'José, su esposo".

Y que éstos no objeten que se trataba de un modo de hablar de los hebreos, como si decir "la mujer de" fuera una infamia. No, negadores de la Pureza. Ya desde las primeras palabras del Libro se lee: "... y se unirá a su mujer". Se la llama "compañera" hasta el momento de la consumación física del vínculo matrimonial, y luego se la llama "la mujer de" en distintos momentos y en distintos capítulos. Así se les llama a las esposas de los hijos de Adán; y a Sara, llamada "mujer de" Abraham: "Sara, tu mujer". Y también: "Toma contigo a tu mujer y a tus dos hijas", a Lot. Y en el libro de Rut está escrito: "La Moabita, mujer de Majlón". Y en el primer libro de los Reyes se dice: "Elcana tuvo dos mujeres"; y luego: "Elcana después conoció a su mujer Ana"; y también: "Elí bendijo a Elcana y a la mujer de éste". Y también en el libro de los Reyes está escrito: "Betsabé, mujer de Urías Eteo, vino a ser mujer de David y le dio a luz un hijo". Y ¿qué se lee en el libro azul de Tobías, lo que la Iglesia os canta en vuestras bodas, para aconsejaros que seáis santos en el matrimonio? Se lee: "Llegado Tobit con su mujer y con su hijo..."; y también: "Tobit logró huir con su hijo y con su mujer".

Y en los Evangelios, o sea, en tiempos contemporáneos a Cristo, en que, por tanto, se escribía con lenguaje moderno respecto a aquellos tiempos — por lo que no pueden sospecharse errores de trascripción — se dice, y precisamente lo dice Mateo en el capítulo 22: "...y el primero, habiendo tomado mujer, murió y dejó su mujer a su hermano". Y Marcos en el capítulo 10: "Quien repudia a su mujer...". Y Lucas llama a Isabel mujer de Zacarías, cuatro veces seguidas; y en el capítulo 8 dice: 'Juana, mujer de Cusa".

Como podéis ver, este nombre no era un vocablo proscrito por quien estaba en las vías del Señor, un vocablo inmundo, no digno de ser proferido, y mucho menos escrito, donde se tratara de Dios y de sus obras admirables. Y el ángel, diciendo: "el Niño y su Madre", os demuestra que María fue verdadera Madre suya, pero no fue la mujer de José; siempre fue: la Virgen desposada con José.

Y ésta es la última enseñanza de estas visiones. Y es una aureola que resplandece sobre las cabezas de María y de José. La Virgen inviolada. El hombre justo y casto. Las dos azucenas entre las que crecí oyendo sólo fragancias de pureza.

A ti, pequeño Juan, te podría hablar sobre el dolor de María por su doble, brusca separación de la casa y de la patria. Pero no hay necesidad de palabras. Tú lo comprendes y ello te hace morir. Dame tu dolor. Sólo quiero esto. Es más que cualquier otra cosa que puedas darme. Es viernes, María. Piensa en mi dolor y en el de María en el Gólgota para poder soportar tu cruz.

Nuestra paz y nuestro amor quedan contigo.

## 36.

## La Sagrada Familia en Egipto. Una lección para las familias.

25 de Enero de 1944 (12 de la noche).

La suave visión de la Sagrada Familia. El lugar está en Egipto. No tengo dudas de ello porque veo el desierto y una pirámide.

Veo una casucha de un solo piso, el bajo, toda blanca. Una pobre casa de una muy pobre gente. Las paredes están apenas revocadas y cubiertas de una mano de cal. La casita tiene dos puertas, una junto a la otra, que introducen en sus dos únicas habitaciones, en las que, por ahora, no entro. La casita está en medio de un pedazo de tierra arenosa rodeada por una protección de cañas hincadas en el suelo: una protección muy débil contra los ladrones; puede servir sólo como defensa contra algún perro o gato vagabundo. Claro, ¿a quién le van a venir ganas de robar donde se ve que no hay ni sombra de riqueza?

Esta poca tierra que el seto de cañas limita ha sido cultivada pacientemente como una pequeña huerta, a pesar de ser árida y poco fértil. Para hacer más tupido y menos escuálido el seto, han traído unas plantas trepadoras, que me parecen modestos convólvulos. Sólo en uno de los lados, hay un arbusto de jazmines en flor y una mata de rosas de las más comunes. En la huertecilla, en los pocos cuadros del centro, noto que hay unas modestísimas verduras, bajo un árbol dejado crecer libremente, que no sé qué clase de árbol es, y que da un poco de sombra al terreno soleado y a la casita. A este árbol está atada una cabrita blanca y negra, que está comiendo y rumiando las hojas de algunas ramas dejadas caer al suelo.

Allí cerca, sobre una estera extendida en el suelo, está el Niño Jesús. Me da la impresión de que tiene unos dos años, o dos años y medio como mucho. Está jugando con unos pedacitos de madera tallados, que parecen ovejitas o caballitos, y con unas virutas de madera de color claro, menos rizadas que sus bucles de oro. Con sus manitas regordetas está tratando de poner estos collares de madera en el cuello de sus animalitos.

Está tranquilo y sonriente. Muy guapo. Una cabecita toda de bucles de oro muy tupidos; piel clara y delicadamente rosácea; ojitos vivos, brillantes, de color azul intenso. La expresión, naturalmente, es distinta, pero reconozco el color de los ojos de mi Jesús (dos zafiros oscuros y bellísimos).

Viste una especie de larga camisita blanca, que será, sin duda, su túnica; con las mangas hasta el codo. Los pies, en este momento, al desnudo. Las diminutas sandalias están sobre la estera y juega también con ellas el Niño: mete en la suela sus animalitos, y tira de la correa de la sandalia, como si fuera un carrito. Son unas sandalias muy sencillas: una suela y dos correas, que salen: una, de la puntera; otra, del talón; la de la puntera tiene un punto en que se bifurca y una parte pasa por el ojo de la correa del talón para anudarse luego con la otra parte, formando un anillo en la garganta del pie.

Un poco separada — también a la sombra del árbol — está la Virgen. Está tejiendo en un tosco telar; mientras, vigila al Niño. Veo que las finas y blancas manos van y vienen entramando, y el pie, calzado con sandalia, mueve el pedal. La viste una túnica de color flor de malva, un violeta rosáceo, como el de ciertas amatistas. Tiene la cabeza descubierta, con lo cual puedo ver cómo sus cabellos rubios están separados en dos en la cabeza y peinados sencillamente con dos trenzas que a la altura de la nuca le forman un bonito moño. Las mangas de la túnica son largas y más bien estrechas. No lleva ningún adorno, aparte de su belleza y de su expresión dulcísima. El color del rostro, del pelo y de los ojos, la forma de la cara, son como siempre que la veo. Aquí parece jovencísima. Aparenta apenas veinte años.

En un momento dado se levanta; se inclina hacia el Niño y, cuidadosamente, le pone otra vez las sandalias y se las ata; lo acaricia y lo besa en la cabecita y en los ojitos. El Niño farfulla unas palabras y Ella responde, pero no entiendo las palabras. Luego vuelve a su telar, extiende sobre la tela y sobre la trama un paño, coge la banqueta en que estaba sentada y se la lleva a la casa. El Niño la sigue con la mirada, sin importunarla cuando Ella lo deja solo.

Se ve que el trabajo ha terminado y que empieza a caer la tarde. En efecto, el Sol baja hacia las arenas desnudas y un verdadero fuego invade el cielo detrás de la pirámide lejana.

María vuelve. Coge de la mano a Jesús para que se levante de la esterilla. El Niño obedece sin resistencia. Mientras su Mamá está re- cogiendo los juguetes y la estera y llevando esas cosas a casa, Él corre hacia la cabrita con un trotecillo de sus bien torneadas piernecitas, y le echa los bracitos al cuello. La cabrita bala y frota su morrito en los hombros de Jesús.

María vuelve. Tiene ahora un largo velo sobre la cabeza y una ánfora en la mano. Coge a Jesús de la manita y se encaminan los dos, rodeando la casa, hacia la otra fachada.

Yo los sigo, admirando la gracia de la escena: la 'Virgen conformando su paso al del Niño, y el Niño a su lado dando saltitos o pasitos rápidos. Veo cómo se alzan y se posan los rosados talones, con la gracia propia de los pasos de los niños, sobre la arena del senderillo. Me doy cuenta de que su túnica no le llega a los pies, sino sólo hasta la mitad del muslo. Es primorosa, sencillísima, y está sujeta a la cintura por un cordoncito también blanco.

Veo que en la parte delantera de la casa el seto está interrumpido por una tosca cancilla; María la abre para salir al camino (un mísero camino al extremo de una ciudad — o pueblo —, donde el centro habitado termina en el campo abierto, que aquí está constituido de arena y alguna que otra casita, pobre como ésta, con alguna que otra mísera huerta).

No veo a nadie. María mira hacia el centro, no hacia el campo, como si esperara a alguien, luego se dirige a un pilón — o pozo — que está a unos cuantos metros más arriba, sombreado en círculo por palmeras. Y veo que el terreno en ese lugar tiene hierba verde.

Veo que se acerca por el camino un hombre; no demasiado alto, pero robusto. Reconozco en él a José. Viene sonriente. Es más joven que cuando lo vi en la visión del Paraíso. Aparenta como mucho cuarenta años. Su pelo y barba son tupidos y negros; la piel, más bien tostada; los ojos, oscuros. Un rostro honesto y agradable, un rostro que inspira confianza.

Al ver a Jesús y a María acelera el paso. Trae sobre el hombro izquierdo una especie de sierra y una especie de cepillo de carpintero, y en la mano otras herramientas del oficio, no iguales que las de ahora, pero sí muy parecidas. Parece como si estuviera regresando de haber hecho algún trabajo en casa de alguno. Su vestido es de un color entre avellana y marrón; no muy largo — le llega sólo hasta un buen trozo por encima del tobillo —, con las mangas cortas, hasta el codo. Lleva a la cintura una correa de cuero — me parece —. Se trata de un vestido típicamente de trabajo. Calzan sus pies unas sandalias cruzadas a la altura del tobillo.

María sonríe y el Niño emite unos grititos de alegría mientras tiende hacia adelante su bracito libre. Cuando se encuentran los tres, José se inclina para ofrecerle al Niño un fruto — por el color y la forma, creo que es una manzana —. Luego le tiende los brazos y el Niño deja a su Mamá y se acurruca entre los brazos de José, e inclina su cabecita para apoyarla en la cavidad que forma el cuello de él. José besa a Jesús y Jesús besa a José. Una acción llena de afectuosa gracia.

Me he olvidado de decir que María, diligentemente, había cogido las herramientas de trabajo de José para que pudiera abrazar al Niño sin ningún estorbo.

Luego José, que se había acuclillado para ponerse a la altura de Jesús, se alza de nuevo. Coge sus herramientas con la mano izquierda y mantiene al pequeño Jesús estrechado contra su robusto pecho con la derecha; así, se encamina hacia la casa mientras María va a la fuente a llenar su ánfora.

Entrado en el recinto de la casa, José baja al suelo al Niño, coge el telar de María y lo lleva a casa; luego ordeña a la cabrita. Jesús observa atentamente estas operaciones, como también la de encerrar a la cabrita en un cuartito hecho en uno de los lados de la casa.

Se pone la tarde. Veo el rojo del ocaso hacerse violáceo sobre la arena que parece temblar por el calor; y la pirámide parece más oscura.

José entra en la casa, en una habitación que debe ser taller, cocina y comedor al mismo tiempo. Se ve que el otro cuarto es el destinado al descanso; pero en él yo no entro. Hay una tenue lumbre encendida. Hay un banco de carpintero, una pequeña mesa, unas banquetas, unas repisas donde están los pocos platos y vasos que tienen y también dos lámparas de aceite. En uno de los rincones, el telar de María. Y... mucho, mucho orden y limpieza; es una morada pobrísima, pero está limpísima.

Quisiera hacer esta observación: en todas las visiones que tienen por objeto la vida humana de Jesús, he notado que, tanto El, como María, como José, como Juan, tienen siempre en orden y limpios el vestido y la cabeza; vestidos modestos, peinados sencillos pero de una limpieza que les hace aparecer señoriales.

María vuelve con el ánfora. Ha llegado rápido el crepúsculo. Cierran la puerta. Una lamparita, que José ha encendido y colocado sobre su banco, da claridad a la habitación; encorvado hacia éste, él sigue trabajando, en unas pequeñas tablas. Mientras tanto María prepara la cena. También la lumbre da claridad a la habitación. Jesús, con sus manitas apoyadas en el banco y con la cabecita mirando hacia arriba, observa lo que hace José.

Luego se sientan a la mesa después de haber rezado. No se hacen — es natural — el signo de la cruz, pero rezan; José dirige la oración, María responde. No entiendo las palabras. Debe ser un salmo. Lo dicen en una lengua que me es totalmente desconocida.

Se sientan a cenar. Ahora la lamparita está encima de la mesa. María tiene a Jesús en su regazo y le da a beber la leche de la cabrita y moja en la leche unas rebanadas de un pan pequeño y de forma redondeada, de corteza y miga duras. Parece un pan hecho con centeno y cebada. Tiene mucho salvado, claro, porque es pan moreno. Entre tanto, José come pan y queso: una raja delgada de queso y mucho pan. Luego María sienta a Jesús en una banquetita que está a su lado y trae a la mesa unas verduras cocidas — creo que están hervidas y condimentadas en la forma en que normalmente hacemos nosotros — y, después de servirse José, también las come Ella. Jesús mordisquea tranquilo su manzana, y descubre sonriendo sus dientecitos blancos. La cena termina con unas aceitunas o dátiles. No sé bien, porque, para ser aceitunas, son demasiado claras, pero, para ser dátiles, son demasiado duros. Vino, nada. Es una cena de gente pobre.

Pero tanta es la paz que se respira en esta habitación, que no podría dármela igual la visión de ningún pomposo palacio. ¡Y cuánta armonía!

Dice Jesús:

- La lección, para ti y para los demás, está en las cosas que has visto. Es una lección de humildad, de resignación y de armonía. Sirva de ejemplo a todas las familias cristianas, y, de forma particular, a las que viven en este peculiar y doloroso momento.

Has visto una casa pobre; una casa pobre — y esto es lo doloroso — en un país extranjero.

Muchos, sólo por el hecho de ser unos fieles "pasables", que rezan y me reciben a mí bajo las especies eucarísticas, que rezan y comulgan por "sus" necesidades, no por las necesidades de las almas y para la gloria de Dios — porque es muy raro el que al orar no sea egoísta —, muchos, sólo por este hecho, esperan poder disfrutar de una vida material fácil al amparo del más mínimo dolor, de una vida próspera y feliz.

José y María me tenían a mí, Dios verdadero, como Hijo suyo, y, no obstante, no tuvieron ni siquiera ese mínimo bien de ser pobres en su patria, en el país donde se los conocía; donde, por lo menos, tenían una casita "suya" y al menos la preocupación del alojamiento no añadía angustia a las muchas otras, en el país en que, por ser conocidos, habría sido más fácil encontrar trabajo y proveer a las necesidades de la vida. Son dos expatriados precisamente por tenerme a mí. Un clima distinto, un país distinto — ¡y tan triste respecto a los dulces campos de Galilea! —, lengua distinta, costumbres distintas, allí, entre una gente que no los conocía y que, como es normal entre los pueblos, desconfiaban de expatriados y desconocidos.

Les faltaban los queridos y cómodos muebles de "su" casita, y esas otras muchas cosas, humildes pero necesarias, que allí había y que entonces no parecían tan necesarias, mientras que aquí, rodeados de esta nada, habrían parecido incluso bonitas (como lo superfluo que hace deliciosas las casas de los ricos). Sentían la nostalgia de la tierra y de la casa, y la preocupación de esas pobres cosas dejadas allí, de la huertecita que quizás ninguno cuidaría, de la vid y de la higuera y de las otras plantas útiles. Les apremiaba la necesidad de conseguir el alimento cotidiano, el vestido, el fuego todos los días; y la necesidad de atenderme a mí, un Niño, al cual no se le podía dar la comida que a sí mismo uno puede darse. Y tenían el corazón lleno de pesares: por las nostalgias, la incógnita del mañana, la desconfianza de la gente, reacia como es, especialmente en los primeros momentos, a acoger ofertas de trabajo de dos desconocidos.

Y a pesar de todo, ya has visto cómo en esta morada se respira serenidad, sonrisa, concordia; y cómo, de común acuerdo, se trata de embellecerla — incluso la mísera huertecita — para que se asemeje más a la que han dejado y para hacerla más confortable. Y cómo en ellos hay un solo pensamiento: hacerme esa tierra menos hostil, a mí, Santo; hacerme esa tierra menos mísera, a mí, que vengo de Dios. Es un amor de creyentes y de padres, que se manifiesta en mil cuidados, que van desde la cabrita — comprada con muchas horas extra de trabajo — hasta los juguetitos tallados en la madera que sobraba, o hasta esa fruta cogida sólo para mí, negándose a sí mismos un bocado.

¡Oh, amado padre mío de la Tierra, cuánto te ha querido Dios, Dios Padre en las Alturas; Dios Hijo, que se ha hecho Salvador, en la Tierra!

En esta casa no hay nerviosismos, caras largas o sombrías, como no hay tampoco el echarse en cara recíprocamente nada, y mucho menos a Dios, que no los ha colmado de bienestar material. José no acusa a María de ser causa de su incomodidad, como tampoco María acusa a José de no saberle dar un mayor bienestar. Se aman santamente, eso es todo, y, por tanto, su preocupación no es el propio bienestar, sino el del cónyuge. El verdadero amor no conoce egoísmo. El verdadero amor es siempre casto, aunque no sea perfecto en la castidad como el de los dos esposos vírgenes. La castidad unida a la caridad conlleva todo un bagaje de otras virtudes y, por tanto, hace, de dos que se aman castamente, dos cónyuges perfectos.

El amor de mi Madre y de José era perfecto. Por tanto era impulso de todas las virtudes, especialmente de la caridad para con Dios, que en todo momento era bendecido, a pesar de que su santa voluntad resultase penosa para la carne y para el corazón; era bendecido porque por encima de la carne y del corazón, en estos dos santos, vivía y dominaba más intensamente el espíritu, el cual magnificaba agradecido al Señor por haberlos elegido para ser los custodios de su eterno Hijo.

En aquella casa se hacía oración. Demasiado poco se reza en las casas ahora. Se levanta el día y desciende la noche, empezáis a trabajar y os sentáis a la mesa... sin un pensamiento para el Señor, que os ha permitido ver un nuevo día, que os ha permitido llegar a una nueva noche, que ha bendecido vuestros esfuerzos y ha concedido que éstos os fueran medio para obtener ese alimento, ese fuego, esos vestidos, ese techo que, sí, también le son necesarios a vuestra condición humana.

Siempre es "bueno" lo que viene de Dios, que es bueno. Aunque ello sea pobre y escaso, el amor le da sabor y sustancia; ese amor que os hace ver en el eterno Creador al Padre que os ama.

En aquella casa había frugalidad. La habría habido aunque el dinero no hubiera faltado. Se comía para vivir, no para gozo de la gula con la insaciabilidad de los comilones y los caprichos de los glotones, que se llenan hasta rebosar o desperdician dinero en alimentos caros sin pensar siquiera en quien escasea de comida o no la tiene, sin reflexionar en que si fueran moderados ellos muchos podrían ser aliviados de las dentelladas del hambre.

En aquella casa había amor por el trabajo. Este amor hubiera existido aunque el dinero hubiera abundado; porque, trabajando, el hombre obedece al mandato de Dios y se libera del vicio que, cual tenaz hiedra, aprieta y ahoga a los ociosos, que son como bloques de piedra inmóviles. Bueno es el alimento, sereno es el descanso, contento se siente el corazón, cuando uno ha trabajado bien y disfruta de su tiempo de reposo entre un trabajo y otro. El vicio, con sus múltiples facetas, no arraiga ni en la casa ni en la mente de quien ama el trabajo; al no arraigar el vicio, prospera el afecto, la estima, el respeto mutuo, y crecen los tiernos vástagos en un ambiente puro, viniendo a ser así a su vez origen de futuras familias santas.

En aquella casa reinaba la humildad. ¡Cuán vasta lección de humildad para vosotros, soberbios! María habría tenido, humanamente, miles de motivos para ensoberbecerse y para obtener que el cónyuge la adorase. Muchas mujeres lo hacen, y sólo por ser un poco más cultas, o de ascendencia más noble, o más acaudaladas que el marido. María es Esposa y Madre de Dios, y, sin embargo, sirve — no se hace servir — al cónyuge, y es toda amor para con él. José es la cabeza en esa casa; ha sido juzgado por Dios digno de ser cabeza de familia, de recibir de Dios al Verbo encarnado y a la Esposa del Espíritu Santo para custodiarlos. Y, con todo, se muestra solícito en aligerar a María de esfuerzos y labores, y se ocupa de los más humildes quehaceres que puede haber en una casa, para que María no se fatigue; y no sólo esto, sino que, como puede, en la medida de sus posibilidades, la alivia y se las ingenia para hacerle cómoda la casa y alegre de flores la pequeña huerta.

En aquella casa se respetaba el orden: sobrenatural, moral y material. Dios, como Señor supremo que es, recibe culto y amor: éste es el orden sobrenatural. José es el cabeza de familia, y recibe afecto, respeto y obediencia: orden moral. La casa es un don de Dios, como también el vestido y los enseres; en todas las cosas se manifiesta la Providencia de Dios, de ese Dios que proporciona la lana a las ovejas, plumas a los pájaros, hierba a los prados, heno a los animales, semillas y ramas a las aves; de ese Dios que teje el vestido del lirio de los valles. Casa, vestido, enseres: estas cosas hay que recibirlas con gratitud, bendiciendo la mano divina que las otorga, tratándolas con respeto, como don del Señor; no mirándolas, porque sean pobres, con enfado; y sin maltratarlas abusando de la Providencia: éste es el orden material.

No has comprendido la conversación en dialecto nazareno, ni tampoco las palabras de la oración, pero las cosas que has visto han servido de gran lección. ¡Meditadla, vosotros, los que tanto sufrís ahora por haber faltado en tantas cosas a Dios, incluso en aquellas en que jamás faltaron los santos Esposos que me fueron Madre y padre!

Y tú regocíjate con el recuerdo del pequeño Jesús; sonríe pensando en sus pasitos infantiles. Dentro de poco le verás caminar bajo una cruz; entonces será una visión de llanto.

## 37

## Primera lección de trabajo a Jesús, que se sujetó a la regla de la edad.

21 de Marzo de 1944.

Veo aparecer, dulce como un rayo de sol en día lluvioso, a mi Jesús, pequeñuelo de unos cinco años aproximadamente, todo rubio y todo lindo con un sencillo vestidito azul celeste que le llega hasta la mitad de sus bien contorneados muslos.

Está jugando con la tierra en el pequeño huerto. Está haciendo montoncillos de tierra, y plantando encima ramitas, como si fueran bosques en miniatura; con piedrecitas marca los senderos. Luego intenta hacer un pequeño lago en la base de sus minúsculas colinas. Para ello coge un fondo de alguna pieza vieja de loza y lo entierra, hasta el borde; luego lo llena de agua con una botija que zambulle en un pilón usado como lavadero o para regar el huerto. Pero lo único que consigue es mojarse el vestido, sobre todo las mangas. El agua se sale del plato desportillado, y, tal vez, rajado, y... el lago se seca.

José ha salido a la puerta y, silencioso, se queda un tiempo mirando todo ese trabajo que está haciendo el Niño, y sonríe. En efecto, es un espectáculo que hace sonreír de alegría. Luego, para impedir que
Jesús se moje más, le llama. Jesús se vuelve sonriendo, y, viendo a José, corre hacia él con sus bracitos tendidos hacia adelante. José, con el borde de su indumento corto de trabajo, le seca las manitas llenas de tierra y se las besa. Y comienza un dulce diálogo entre los dos.

Jesús explica su trabajo y su juego, así como las dificultades que había encontrado para llevarlo a cabo. Quería hacer un lago como el de Genesaret (por ello supongo que le habían hablado de él o que lo habían llevado a verlo). Quería hacerlo en pequeño, como entretenimiento. Aquí estaba Tiberíades, allí Magdala, allí Cafarnaúm. Esta era la vía que llevaba, pasando por Caná, a Nazaret. Quería botar al lago unas barquitas — estas hojas son barcas — e ir a la otra orilla. Pero, el agua se sale...

José observa y se interesa tomándolo todo con seriedad. Luego propone hacer él "mañana" un pequeño lago, no con el plato desportillado, sino con un pequeño recipiente de madera, bien estucado y empecinado, en el que Jesús podrá botar verdaderas barquitas de madera que José le va a enseñar a hacer. Precisamente en este momento le iba a traer unas pequeñas herramientas de trabajo, adecuadas para Él; para que pudiera aprender, sin mayor esfuerzo, a usarlas.

-¡Así te podré ayudar! - dice Jesús con una sonrisa.

- Así me podrás ayudar, y te harás un hábil carpintero. Ven a verlas.

Y entran en el taller. Y José le muestra un pequeño martillo, una sierra pequeña, unos minúsculos destornilladores, una garlopa como de juguete; todo ello puesto encima de un banco de carpintero recién hecho: un banco adecuado a la estatura del pequeño Jesús.

-¿Ves cómo se sierra? Se apoya este pedazo de madera así. Se coge la sierra así, y, con cuidado de no ir a los dedos, se sierra. Prueba tú...

Y empieza la lección. Y Jesús, rojo del esfuerzo y apretando los labios, sierra con cuidado, y luego alisa la tablita con la garlopa, y, a pesar de que esté no poco torcida, le parece bonita, y José le alaba y le enseña a trabajar, con paciencia y amor.

María regresa — estaba fuera de casa —, se asoma a la puerta y mira. Ninguno de los dos la ve porque están vueltos de espaldas. La Madre sonríe al ver el interés con que Jesús usa la garlopa, y el afecto con que José le enseña.

Pero Jesús debe sentir esa sonrisa. Se vuelve. Ve a su Mamá y corre hacia Ella con su tablita medio cepillada y se la enseña. María observa con admiración y se inclina hacia Jesús para darle un beso. Le pone en orden los ricitos despeinados, le seca el sudor de su cara acalorada, y, afectuosa, le escucha cuando Jesús le promete que le va a hacer una banquetita para que trabaje más cómoda.

José, erguido junto al minúsculo banco, apoyada su mano en uno de los lados, mira y sonríe.

He presenciado la primera lección de trabajo a mi Jesús. Y toda la paz de esta Familia santa está en mí.

Dice Jesús:

- Te he confortado, alma mía, con una visión de mi niñez, feliz dentro de su pobreza por haber estado rodeada del afecto de dos santos mayores cuales el mundo no tiene ninguno.

Se dice que José fue el padre nutricio mío. ¡Cierto es que, si bien no pudo, como hombre, darme la leche con que me nutrió María, sí se quebrantó a sí mismo trabajando para darme pan y confortación, y tuvo una dulzura de sentimientos de verdadera madre! De él aprendí — y jamás alumno alguno tuvo un maestro mejor — todo aquello que hace del niño un hombre; un hombre, además, que ha de ganarse el pan.

Si bien mi inteligencia de Hijo de Dios era perfecta, hay que reflexionar y creer que Yo no quise saltarme sin más la regla de la edad. Por eso, humillando mi perfección intelectiva de Dios hasta el nivel de una perfección intelectiva humana, me sujeté a tener como maestro a un hombre, a tener necesidad de un maestro. Y el hecho de haber aprendido con rapidez y buena voluntad no me quita el mérito de haberme sujetado a un hombre, como tampoco le quita a este hombre justo el de haber sido él quien nutrió mi pequeña mente con las nociones necesarias para la vida.

Esas gratas horas pasadas al lado de José (quien, como a través de un juego, me puso en condiciones de ser capaz de trabajar), esas horas, no las olvido ni siquiera ahora que estoy en el Cielo. Y cuando miro a mi padre putativo, veo nuevamente el huertecito y el humoso taller, y me parece ver a mi Madre asomándose con esa sonrisa suya que hacía de oro el lugar y dichosos a nosotros.

¡Cuánto deberían las familias aprender de estos esposos perfectos, que se amaron como ningunos otros lo hicieran!

José era la cabeza. Clara e indiscutible era su autoridad familiar; ante ella se plegaba reverente la de la Esposa y Madre de Dios; a ella se sujetaba el Hijo de Dios. Todo lo que José decidía, bien hecho estaba; sin discusiones, sin obstinaciones, sin resistencia alguna. Su palabra era nuestra pequeña ley. ¡Y, a pesar de ello, cuánta humildad tuvo! Jamás abusó de su poder, jamás dictaminó cosa alguna contra todo canon, simplemente por ser el jefe. La Esposa era su dulce consejera, y aunque Ella, en su profunda humildad, se considerase la sierva de su consorte, éste extraía, de su sabiduría de Llena de Gracia, la luz para conducirse en todo lo que acaecía.

Y Yo así fui creciendo, cual flor protegida por dos vigorosos árboles, entre estos dos amores que se entrelazaban por encima de mí para protegerme y amarme.

No. Mientras la edad me hizo ignorar el mundo, Yo no sentí nostalgia del Paraíso. Presentes estaban Dios Padre y el Divino Espíritu, pues María estaba llena de Ellos. Y los ángeles allí moraban, porque nada les hacía alejarse de esa casa. Y hasta podría decir que uno de ellos se había revestido de carne y era José, alma angélica liberada del peso de la carne, dedicada sólo a servir a Dios y a su causa y a amarlo como le aman los serafines. ¡Oh, la mirada de José!: pacífica y pura como la de una estrella ajena a toda concupiscencia terrena. Era nuestro descanso y nuestra fuerza.

Hay muchos que piensan que Yo no sufrí humanamente cuando la muerte apagó esa mirada de santo, esa mirada celadora presente en nuestra casa. Si bien, siendo Dios — y, como tal, conociendo la feliz ventura de José — no me apenó su partida (que tras breve estancia en el Limbo le había de abrir el Cielo), como Hombre sí lloré en esa casa privada de su amorosa presencia. Lloré por el amigo desaparecido. ¿Y es que, acaso, no debía haber llorado por este santo mío, en cuyo pecho, de pequeño, yo había dormido, y del cual había recibido amor durante tantos años?

Finalmente, pongo ante la consideración de los padres cómo sin contar con una erudición pedagógica José supo hacer de mí un hábil artesano. Apenas llegado Yo a la edad que me permitía manejar las herramientas, no dejándome saborear la ociosidad, me encaminó al trabajo, y se sirvió sobre todo de mi amor por María para estimularme a trabajar: hacer aquellos objetos que le fueran útiles a Mamá. Y así se inculcaba el debido respeto que todo hijo debería tener hacia su madre, y sobre este respetuoso y amoroso fulcro apoyaba la formación del futuro carpintero.

¿Dónde están ahora las familias en que a los pequeños se les haga amar el trabajo como medio para realizar algo grato a los padres? Los hijos, actualmente, son los déspotas de la casa. Se desarrollan indiferentes, duros, mezquinos para con sus padres, a quienes consideran a su servicio, como si fueran sus esclavos; no los aman, y de ellos reciben a su vez poco amor. En efecto, al mismo tiempo que hacéis de vuestros hijos unos déspotas caprichosos, os separáis de ellos desentendiéndoos vergonzosamente.

Padres del siglo veinte (ya veintiuno), vuestros hijos son de todos menos vuestros: son de la nodriza, de la institutriz, del colegio, si sois ricos; de los compañeros, de la calle, de las escuelas, si sois pobres. No son vuestros. Vosotras, madres, los

generáis, nada más; vosotros, padres hacéis lo mismo. Y, sin embargo, un hijo no es sólo carne; es mente, es corazón, es espíritu. Creed, pues, que nadie tiene más deber y derecho que un padre y una madre de formar esta mente, este corazón, este espíritu.

La familia existe, debe existir. No hay teoría o progreso alguno que pueda válidamente demoler esta verdad sin provocar un desastre. Una institución familiar desmoronada sólo puede dar futuros hombres y mujeres cada vez más depravados, causa a su vez de calamidades crecientes. En verdad os digo que sería preferible que no os casarais más, que no engendrarais más sobre esta tierra, en lugar de tener estas familias menos unidas que un clan de monos, estas familias que no son escuela de virtud, de trabajo, de amor, de religión, sino un caos en que todos viven autónomamente, como engranajes desengranados que al final terminan por romperse.

Seguid, seguid destruyendo. Ya estáis viendo y sufriendo los frutos de vuestra acción quebrantadora de la forma más santa de la vida social. Seguid, seguid, si queréis. Pero luego no os quejéis de que este mundo sea cada vez más infernal, morada de monstruos devoradores de familias y naciones. ¿Así lo queréis? Pues sea así..."

Esto lo decía Jesús en 1944... ¿Qué diría ahora, en 2005, con tantísima corrupción, con tantísimos devaneos y divorcios en los matrimonios, que ya ni siquiera se casan sino que se juntan como los animales, y encima en uniones brutales de hombres con hombres y de mujeres con mujeres, queriendo incluso adoptar hijos, en estas uniones abominables (ante los ojos de Dios) para que éstos vivan la corrupción desde pequeños?...

## 38.

## María, maestra de Jesús, Judas y Santiago.

Veo la habitación (ya en Nazaret) que habitualmente usan como comedor, la misma en que María teje o cose. Es la habitación contigua al taller de José, cuyo diligente trabajar se siente; aquí hay, por el contrario, silencio. María está cosiendo unas piezas de lana alargadas, ciertamente tejidas por Ella, que tienen aproximadamente medio metro de anchas y un poco más del doble de largas; creo entender que están destinadas a ser un manto para José.

Por la puerta abierta de la parte del huerto-jardín se ve el seto formado por unas matas de enredado ramaje de esas margaritas pequeñas de color azul-violeta que comúnmente se llaman "Marías" o "Cielo estrellado". Desconozco su exacto nombre botánico. Están florecidas. Por tanto, debe ser otoño. De todas formas, los árboles tienen todavía un follaje verde tupido y hermoso, y las abejas, desde dos colmenas adosadas a una pared soleada, vuelan zumbando, danzando y brillando al sol, de una higuera a la vid, de ésta a un granado lleno de redondos frutos, algunos de los cuales han estallado ya por exceso de vigor y muestran sus collares de jugosos rubíes, alineados en el interior de su verde-rojo cofre, de compartimentos amarillos.

Bajo los árboles. Jesús está jugando con otros dos niños de más o menos su misma edad. Son de pelo rizado, no rubios. Es más, uno de ellos es intensamente moreno: una cabecita de corderito negro que hace resaltar aún más la blancura de la piel de su carita redonda en que se abren dos ojazos de un azul tendente al violáceo; bellísimos. El otro es menos rizado y de un color castaño oscuro, tiene ojos castaños y coloración más morena, aunque con una tonalidad rosácea en los carrillos. Jesús, con su cabecita rubia, entre los otros dos, oscuros, parece ya aureolado de fulgor. Están jugando en concordia con unos pequeños carritos en los que hay... distintas mercancías:: piedrecitas, virutas, pedacitos de madera. Eran mercaderes, sin duda, y Jesús era el que compraba para su Mamá, a la que le lleva ora una cosa, ora otra; María, sonriendo, acepta los objetos comprados.

Pero después de un poco el juego cambia. Uno de los dos niños propone:

-¿Por qué no hacemos el Éxodo a través de Egipto? Jesús es Moisés; yo, Aarón; tú... María.

-¡Pero si yo soy chico!

-¡No importa! ¿Qué más da? Tú eres María y bailas ante el becerro de oro, que será aquella colmena.

- Yo no bailo. Soy un hombre y no quiero ser una mujer; soy un fiel, y no quiero bailar ante el ídolo.

Jesús interviene diciendo:

- Pues no hacemos este pasaje. Podemos hacer ese otro de cuando le eligen a Josué sucesor de Moisés. Así no está ese feo pecado de idolatría y Judas estará contento de ser hombre y sucesor mío. ¿Verdad que estás contento?

- Sí, Jesús. Pero entonces Tú tienes que morir, porque Moisés muere después. No quiero que Tú mueras; Tú, que siempre me quieres tanto».

- Todos morimos... Pero Yo antes de morir bendeciré a Israel, y, dado que aquí sólo estáis vosotros, en vosotros bendeciré a todo Israel.

Es aceptada la propuesta. Pero luego surge una cuestión: si el pueblo de Israel, después de tanto caminar; llevaba o no los carros que tenía al salir de Egipto. Hay disparidad de ideas.

Se recurre a María.

- Mamá, Yo digo que los israelitas tenían todavía los carros. Santiago dice que no. Judas no sabe a quién de los dos dar la razón. ¿Tú sabes si los tenían?

- Sí, Hijo. El pueblo nómada tenía todavía sus carros. En los descansos los reparaban. Montaban en ellos los más débiles. Se cargaba en ellos aquellos víveres o cosas que un pueblo tan numeroso necesitaba. Todas las demás cosas iban en los carros, menos el Arca, que la llevaban a mano.

La cuestión está resuelta.

Los niños van al final del huerto y, desde allí, entonando salmos, vienen hacia la casa. Jesús viene delante cantando salmos con su vocecita de plata. Detrás de Él vienen Judas y Santiago portando un pequeño carrito elevado al rango de Tabernáculo. Pero, dado que además de a Aarón y a Josué tienen que representar también al pueblo, se han quitado los cinturones y se han atado al pie los otros carros en miniatura, y así caminan, serios como si fueran verdaderos actores.

Hacen el recorrido de la pérgola, pasan por delante de la puerta de la habitación donde está María, y Jesús dice:

- Mamá, pasa el Arca, salúdala.

María se levanta sonriendo y se inclina ante su Hijo que, radiante, pasa, aureolado de sol.

Acto seguido Jesús trepa un poco por el lado del monte que limita la casa, o mejor, el huerto. Arriba de la gruta, erguido, dirige unas palabras a... Israel. Manifiesta los preceptos y las promesas de Dios, señala a Josué como caudillo, le llama a sí — Judas también sube arriba de la peña —, le anima y le bendice. Luego pide una... tabla (es la hoja ancha de una higuera) y escribe el cántico, y lo lee; no todo, pero sí una buena parte de él, y al hacerlo da la impresión de que realmente lo estuviera leyendo en la hoja. A continuación se despide de Josué, el cual le abraza llorando, y sube más arriba, justo hasta el borde de la peña. Allí bendice a todo Israel, es decir, a los dos niños que están prosternados en tierra, y luego se acuesta sobre la corta hierbecilla, cierra los ojos y... muere.

María se había quedado, sonriente, a la puerta, y, cuando lo ve echado en el suelo, rígido, grita:

-¡Jesús! ¡Jesús! ¡Levántate! ¡No estés así! ¡Mamá no quiere verte muerto!.

Jesús se levanta del suelo, sonríe, y va hacia Ella corriendo, y la besa. Se acercan lo mismo Santiago y Judas, y María los acaricia también.

-¿Cómo puede acordarse Jesús de ese cántico tan largo y difícil y de todas esas bendiciones? – pregunta Santiago.

María sonríe y responde sencillamente:

- Tiene una memoria muy buena y está muy atento cuando yo leo.

- Yo, en la escuela, estoy atento, pero con tanta lamentación me viene el sueño... Entonces, ¿no voy a aprender nunca?.

- Aprenderás. Tranquilo.

Llaman a la puerta. José atraviesa con paso rápido huerto y habitación, y abre.

-¡La paz sea con vosotros, Alfeo y María!

- Y con vosotros. Paz y bendición.

Es el hermano de José con su mujer. Un rústico carro tirado por un robusto burro está parado en la calle.

-¿Habéis tenido buen viaje?

- Sí, bueno. ¿Y los niños?

- Están en el huerto con María.

Ya los niños venían corriendo a saludar a su mamá. También María está viniendo, trayendo a Jesús de la mano. Las dos cuñadas se besan.

-¿Se han portado bien?

- Sí, muy bien, y han sido muy cariñosos. ¿La familia está toda bien?

- Todos están bien. Nos han dado recuerdos para vosotros. De Caná os mandan muchos regalos: uvas, manzanas, queso, huevos, miel. Y... José, he encontrado exactamente lo que tú querías para Jesús. Está en el carro, en aquella cesta redonda.

La mujer de Alfeo, sonriendo, se curva hacia Jesús, que la está mirando con unos ojos maravillados, abiertísimos; y le besa en esos dos pedacitos de azul y dice:

-¿Sabes lo que he traído para ti? Adivina.

Jesús piensa, pero no adivina. Probablemente lo hace a propósito, para que José tenga la alegría de dar una sorpresa. En efecto, José entra trayendo consigo una cesta redonda. La deposita en el suelo a los pies de Jesús, desata la cuerda que está sujetando la tapadera, la levanta... y una ovejita toda blanca, un verdadero copo de espuma, aparece, dormida sobre un heno muy limpio.

-¡Oh! - exclama Jesús con estupor y beatitud, mientras hace ademán de echarse hacia el animalito, pero... no, se vuelve y corre a donde José, que aún está agachado, y lo abraza y lo besa dándole las gracias.

Los primitos miran con admiración al animalito, que ahora está despierto y alza su rosado morrito y bala buscando a su mamá. Sacan de la cesta a la ovejita y le ofrecen un manojo de tréboles. Ella come, mirando a su alrededor con sus mansos ojos.

Jesús repite una y otra vez: -¡Para mí! ¡Para mí! ¡Padre, gracias!.

-¿Te gusta mucho?

-¡Oh, mucho! Blanca, limpia... una cordera... ¡oh! - y le echa sus bracitos al cuello a la ovejita, pone su cabeza rubia sobre la cabecita, y se queda así, satisfecho.

- También os he traído a vosotros otras dos - dice Alfeo a sus hijos - Pero son de color oscuro. Vosotros no sois ordenados como lo es Jesús y, si hubieran sido blancas, las tendríais mal. Serán vuestro rebaño, las tendréis juntas, y así vosotros dos, golfos, no estaréis ya más por ahí por las calles tirando piedras.

Los dos niños van corriendo al carro para ver a estas otras dos ovejas, más negras que blancas.

Jesús por su parte se ha quedado con la suya. La lleva al huerto, le da de beber, y el animalito le sigue como si lo conociera desde siempre. Jesús la llama. Le pone por nombre «Nieve». Ella responde balando jubilosa.

Los llegados ya están sentados a la mesa. María les sirve pan, aceitunas y queso. Trae también un ánfora de sidra o de agua de manzanas, no lo sé; veo que es de un color dorado muy claro.

Los niños juegan con los tres animales y ellos se ponen a conversar. Jesús quiere que estén las tres ovejas, para darles a las otras también agua y un nombre:

- La tuya, Judas, se llamará "Estrella", por el signo ese que tiene en la frente; y la tuya "Llama", porque tiene un color como el de ciertas llamas de brezo lánguido.

- De acuerdo.

- Espero haber resuelto así la historia de las peleas entre muchachos – dice Alfeo - Tu idea, José, ha sido la que me ha iluminado. Dije: "Mi hermano quiere una cordera para Jesús, para que juegue un poco. Yo me llevo dos para esos golfos, para

que estén un poco tranquilos y no tener siempre problemas con otros padres por cabezas o rodillas rotas. Un poco la escuela y un poco las ovejas, lograré tenerlos quietos. Por cierto, este año tendrás que mandar tú también a Jesús a la escuela. Ya es tiempo.

- Yo no voy a mandarlo jamás a Jesús a la escuela - dice María con tono resoluto. Resulta insólito oírla hablar así, y además antes que José (!).

-¿Por qué? El Niño tiene que aprender, para que a su debido tiempo sea capaz de afrontar el examen de la mayoría de edad...».

- El Niño sabrá; pero no irá a la escuela. Está decidido.

- Pues serías la única que actuara así en Israel.

- Pues seré la única, pero actuaré así. ¿No es verdad, José?

- Así es; Jesús no tiene necesidad de ir a la escuela. María se ha formado en el Templo y es una verdadera doctora en el conocimiento de la Ley. Será su Maestra. Es también mi deseo.

- Le estáis mimando demasiado al muchacho.

- Eso no puedes decirlo. Es el mejor de Nazaret. ¿Lo has visto alguna vez llorar o cogerse alguna pataleta o negarse a obedecer o faltar al respeto?

- No. Pero un día será así si lo seguís mimando.

- Tener al lado a los hijos no es mimarlos; es quererlos, con mente cabal y buen corazón. Nosotros amamos así a nuestro Jesús, y, dado que María es una mujer más instruida que el maestro, será Ella la Maestra de Jesús.

- Y cuando sea hombre, tu Jesús será una mujercita temerosa hasta de las moscas.

- No lo será. María es una mujer fuerte y sabe educarle virilmente; y yo no soy ningún mezquino, y sé dar ejemplos viriles. Jesús es un niño sin defectos físicos ni morales. Por tanto se desarrollará recto y fuerte en el cuerpo y en el espíritu. Estate seguro de esto, Alfeo. No dejará mal a la familia. Y, además, ya lo he decidido y es suficiente.

- Lo habrá decidido María. Tú sólo....

-¿Y si así fuera? ¿No es acaso bonito que dos personas que se aman estén en la disposición de tener el mismo pensamiento y la misma voluntad, porque mutuamente abrazan el deseo del otro y lo hacen propio? Si María desease estupideces, yo le diría que no, pero lo que pide son cosas llenas de sabiduría, y yo las apruebo y hago mías. Nosotros nos amamos como el primer día... y lo seguiremos haciendo mientras vivamos, ¿verdad, María?

- Sí, José. Y aún en el caso — y ojalá no suceda jamás — de que uno de los dos muriese y el otro no, nos seguiríamos amando.

José le acaricia a María la cabeza, como si fuera una hija pequeña, y Ella a su vez lo mira con ojos serenos y amorosos.

La cuñada interviene diciendo:

- Tenéis realmente razón. ¡Si yo fuera capaz de enseñar!... En la escuela nuestros hijos aprenden el bien y el mal; en casa, sólo el bien. Pero yo no sé hacerlo... Si María...

-¿Qué quieres, cuñada? Habla libremente. Tú sabes que te quiero y que me siento contenta cada vez que puedo satisfacerte en algo.

- No, yo lo que pensaba... era... Santiago y Judas son sólo un poco mayores que Jesús. Ya van a la escuela... ¡pero, para lo que saben!... Por el contrario, Jesús ya sabe muy bien la Ley... Yo quisiera... bueno, ¿si te pidiera que los tuvieras también a ellos cuando enseñas a Jesús? Creo que ganarían en bondad y en conocimientos. Al fin y al cabo son primos y sería justo que se quisieran como hermanos.., ¡Qué feliz me sentiría!.

- Si José y tu marido quieren, yo por mí estoy dispuesta. Hablar para uno o para tres es igual. Repasar la Escritura es motivo de gozo. Que vengan.

Los tres niños, que habían entrado despacito, han oído estas palabras y están a la espera del veredicto.

- Te harán desesperar, María - dice Alfeo.

-¡No! Conmigo siempre se portan bien. ¿Verdad que os vais a portar bien si yo os enseño?

Los dos niños acuden a su lado corriendo, uno a la derecha, el otro a la izquierda. Le ponen los brazos en torno a los hombros apoyando en ellos sus cabecitas, y hacen promesas de todo el bien posible.

- Déjalos que prueben, Alfeo, y déjame probar también a mí. Yo creo que no quedarás descontento de la prueba. Que vengan todos los días desde la hora sexta hasta la tarde. Será suficiente, créelo. Conozco el arte de enseñar sin cansar. A los niños hay que tenerlos cautivados y distraídos al mismo tiempo. Hay que comprenderlos, amarlos y ser amados para conseguir de ellos. Y vosotros me queréis, ¿no?

La respuesta es dos fuertes besos.

-¿Lo ves?

- Ya lo veo. Sólo me queda decirte: "Gracias". Y Jesús ¿qué va a decir cuando vea a su mamá entretenida en otros? ¿Tú qué dices, Jesús?

- Yo digo: "Bienaventurados los que le prestan atención y levantan su morada junto a la de Ella". Como con la Sabiduría, dichoso aquel que es amigo de mi Madre. Me gozo viendo que aquéllos a quienes amo son sus amigos.

-¿Quién pone tales palabras en labios de este Niño? – pregunta Alfeo asombrado.

- Nadie, hermano, nadie de este mundo.

La visión cesa en este momento.

Dice Jesús:

-Y María fue Maestra mía, de Santiago y de Judas. Y éste es el motivo por el cual hubo entre nosotros amor fraternal, además de por el parentesco; por la ciencia y por haber crecido juntos, como tres sarmientos con un único palo como soporte: la Madre mía. Que en verdad mi dulce Madre era doctora como nadie en Israel. Sede de la Sabiduría, de la verdadera Sabiduría,

Ella nos instruyó para el mundo y para el Cielo. Digo que "nos instruyó", porque yo fui alumno suyo no en modo distinto de mis primos. Y el "sello" colocado sobre el misterio de Dios fue mantenido contra las pesquisas de Satanás, mantenido bajo la apariencia de una vida común.

## 39

## Preparativos para la mayoría de edad de Jesús y salida de Nazaret.

Veo a María encorvada hacia una batea, o, mejor, un barreño de barro, mezclando algo que despide vapor en el aire frío y sereno que llena el huerto de Nazaret.

Debe ser pleno invierno. Lo deduzco del hecho de que, menos olivos, todos los árboles están deshojados y exhaustos. Arriba, un cielo tersísimo y un sol que aun siendo radiante no logra templar la tramontana que hay, que sopla y hace chocar unas con otras las desnudas ramas u ondular las ramitas entre grises y verdes de los olivos.

La Virgen María lleva un vestido tupido de color marrón casi negro, que la cubre enteramente. Se ha colocado delante una tela basta, a manera de mandil, para protegerlo. Saca de la tina el palo conque estaba removiendo el contenido. Veo que del palo caen gotas de un bonito color bermejo. María observa, se moja un dedo con las gotas que caen, y prueba el color en el mandil. Parece satisfecha.

Entra en la casa y vuelve a salir con muchas madejas de blanquísima lana, y las echa, una a una, en la tina, con paciencia y cautela.

Mientras está haciendo esto, entra su cuñada — que viene del taller de José — María de Alfeo. Se saludan. Se hablan.

-¿Queda bien? - pregunta María de Alfeo.

- Espero que sí.

- Me aseguró esa gentil que se trata de la misma tinta y del mismo sistema de teñir que utilizan en Roma. Si me lo dio es porque se trataba de ti y por haber hecho aquellas labores. Ella dice que no hay quien borde como tú, ni siquiera en Roma. Debes haber perdido la vista haciéndolas...

María sonríe y hace un movimiento de cabeza como diciendo:

-¡Son cosas sin importancia!.

La cuñada mira las últimas madejas de lana antes de pasárselas a María, y exclama:

-¡Qué bien las has hilado! Son hilos tan finos y uniformes que parecen cabellos. Tú todo lo haces bien... y ¡qué rápida! ¿Estas últimas serán más claras?.

- Sí, para la túnica; el manto es más oscuro.

Las dos mujeres se ponen a trabajar juntas: primero, en la tina; luego sacan las madejas, ya de un lindo color purpúreo, y corren veloces a sumergirlas en el agua helada que llena el pilón, colocado bajo la fina vena que mana y cae produciendo notas de risitas apenas perceptibles. Aclaran una y otra vez y luego extienden las madejas sobre unas cañas aseguradas a los árboles de unas ramas a otras.

- Con este viento se secarán bien y rápido - dice la cuñada.

- Vamos donde José. Hay lumbre. Debes estar helada - dice María Stma. - Has sido buena conmigo ayudándome. He acabado pronto y con menos esfuerzo. Gracias.

-¡Oh! ¡María! ¿Qué no haría yo por ti! Estar a tu lado es motivo siempre de gozo. Además... todo este trabajo es por Jesús. Y, ¡es tan encantador tu Hijo!... Ayudándote a ti para la celebración de su mayoría de edad, me parecerá sentirme yo también madre suya.

Y las dos mujeres entran en el taller, lleno de ese olor a madera cepillada que es típico de los talleres de carpintero.

Y la visión sufre una interrupción... para continuar después, en el momento de la partida de Jesús para Jerusalén a los doce años.

Su figura es bellísima. Está tan desarrollado, que parece un hermano menor de su joven Madre (ya le llega a María a los hombros); su cabeza, rubia y ensortijada, de melena hasta más abajo de las orejas — ya no tiene el pelo corto, como en los primeros años de su vida — parece un casco de oro repleto de relucientes bucles laborados.

Va vestido de rojo, un bonito rojo de rubí claro: una túnica que le llega hasta los tobillos dejando ver sólo los pies, calzados con sandalias; es una túnica suelta, de mangas largas y amplias. En el cuello, en los bordes de las mangas y en la base, grecas tejidas con colores sobrepuestos, muy bonitas...

Veo el momento en que Jesús entra, acompañado de su Madre, en el — digámoslo así — comedor de la casa de Nazaret.

Jesús tiene doce años. Es un muchacho alto, bien formado, fuerte, aunque no gordo; parece, por su complexión, más adulto de lo que realmente es; le llega ya a su Madre a la altura de los hombros. Su rostro es todavía redondeado y rosado, es todavía el rostro de Jesús niño, rostro que, con el paso del tiempo, con la edad juvenil y viril, se habrá de alargar, y tomará un cromatismo indefinido, una tonalidad como la de ciertos alabastros delicados que tienden apenas al amarillo- rosa.

Sus ojos — también sus ojos — son todavía ojos de niño. Son grandes y miran bien abiertos, con una chispa de alegría perdida en la seriedad de la mirada. Pasado el tiempo, ya no estarán tan abiertos... Los párpados descenderán hasta medio cerrar los ojos, para velarle al Puro y Santo el exceso de mal que hay en el mundo. Solamente en los momentos de los milagros,

o cuando ponga en fuga a los demonios o a la muerte, o para curar las enfermedades y los pecados; solamente entonces los abrirá, y centellearán, aún más que ahora. Pero, ni siquiera entonces tendrán esta chispa de alegría mezclada con la seriedad... La muerte y el pecado estarán cada vez más cerca y más presentes, y, con ambos, el conocimiento — con su faceta humana — de la inutilidad del sacrificio a causa de la voluntad contraria del hombre. Sólo en rarísimos momentos de alegría, por estar con los redimidos, y especialmente con los puros — generalmente niños — brillarán de júbilo estos ojos santos y buenos.

Ahora, estando con su Madre, en su casa, y con San José frente a Él, sonriéndole con amor, y con esos primitos suyos que le admiran, y con su tía, María de Alfeo, que le está acariciando, se siente feliz. Mi Jesús tiene necesidad de amor para sentirse feliz, y en este momento lo tiene.

Está vestido con una túnica suelta, de lana, de color rojo rubí claro, suave, perfectamente tejida, fina y compacta al mismo tiempo. En el cuello, por la parte de delante, en la base de las mangas largas y amplias, y en la base de la túnica, que llega hasta abajo dejando apenas ver los pies calzados con sandalias nuevas y bien hechas — no las usuales suelas sujetas al pie con unas correas —, tiene una greca, no bordada, sino tejida en un color más oscuro sobre el color rubí de la túnica. Deduzco que debe ser obra de su Madre, porque la cuñada la admira y alaba.

Su bonito pelo rubio tiene ya una tonalidad más cargada que cuando era un niño pequeño, con reflejos cobrizos en los aros de los bucles que terminan bajo las orejas; ya no son esos ricitos cortos y vaporosos de la infancia, pero tampoco es la melena de la edad adulta, ondulada, que termina a la altura de los hombros en delicada forma tubular; de todas maneras ya tiende a ésta, en color y forma.

- He aquí a nuestro Hijo - dice María levantando con su mano derecha la izquierda de Jesús. Parece como si se lo quisiera presentar a todos y confirmar la paternidad del Justo, que sonríe. Y añade: - Bendícelo, José, antes de partir para Jerusalén. No fue necesaria la bendición para su inicio en la escuela, primer paso en la vida; hazlo ahora que Él va al Templo para ser declarado mayor de edad. Y bendíceme también a mí. Tu bendición... (María contiene el llanto) lo fortalecerá a Él y me dará fuerza a mí para separarme de Él un poco más...

- María, Jesús será siempre tuyo. La fórmula no lesionará nuestras mutuas relaciones. Yo no te voy a disputar a este Hijo, amado nuestro. Ninguno merece como tú el guiarlo en la vida, ¡oh Santa mía!

María se inclina, toma la mano de José y la besa: es la esposa, y ¡qué respetuosa y amante de su consorte!

José acoge este signo de respeto y de amor con dignidad, mas luego alza esa misma mano y la deposita sobre la cabeza de su Esposa diciéndole:

-Sí. Te bendigo, Bendita, y a Jesús contigo. Venid, mis únicos tesoros, honor y finalidad míos - José se muestra solemne: con los brazos extendidos y las palmas vueltas hacia abajo sobre las dos cabezas inclinadas, igualmente rubias y santas, pronuncia la bendición: «El Señor os guarde y os bendiga, tenga misericordia de vosotros y os dé paz. El Señor os dé su bendición». Y luego dice: - En marcha. La hora es propicia para el viaje.

María coge un manto, amplio, de color granate oscuro, y en elegantes pliegues lo dispone sobre el cuerpo de su Hijo. ¡Y cómo lo acaricia al hacerlo!

Salen. Cierran. Se ponen en marcha. Otros peregrinos van en la misma dirección. Fuera del pueblo, las mujeres se separan de los hombres. Los niños van con quien quieren. Jesús se queda con su Madre.

Los peregrinos caminan — la mayoría entonando salmos — por las campiñas llenas de hermosura en el más jubiloso tiempo de primavera. Frescos prados, tiernos cereales, frescos follajes en los árboles poco ha florecidos; hombres cantando por los campos y por los caminos, cantos de pájaros en celo entre las frondas; límpidos arroyos, espejo de las flores de las orillas; corderitos saltarines al lado de sus madres... Paz y alegría bajo el más hermoso cielo de abril.

La visión cesa así.

## 40.
## Jesús examinado en su mayoría de edad en el Templo.

El Templo en días de fiesta. Muchedumbre de gente entrando o saliendo por las puertas de la muralla, o cruzando los patios o los pórticos; gente que entra en esta o en aquella construcción sita en uno u otro de los distintos niveles en que está distribuido el conjunto del Templo.

Y también entra, cantando quedo salmos, la comitiva de la familia de Jesús; todos los hombres primero, luego las mujeres. Se han unido a ellos otras personas, quizás de Nazaret, quizás amigos de Jerusalén, no lo sé.

José, después de haber adorado con todos al Altísimo desde el punto en que se ve que los hombres podían hacerlo — las mujeres se han quedado en un piso inferior —, se separa, y, con su Hijo, cruza de nuevo, en sentido inverso, unos patios; luego tuerce hacia una parte y entra en una vasta habitación que tiene el aspecto de una sinagoga (!) — ¿Es que había sinagogas en el Templo? —; habla con un levita, y éste desaparece tras una cortina de rayas para volver después con algunos sacerdotes ancianos. Creo que son sacerdotes; son, eso sí, no cabe duda, maestros en cuanto al conocimiento de la Ley y tienen por eso como misión examinar a los fieles.

José presenta a Jesús. Antes ambos se habían inclinado con gran reverencia ante los diez doctores, los cuales se habían sentado con majestuosidad en unas banquetas bajas de madera. José dice:

- Éste es mi hijo. Desde hace tres lunas y doce días ha entrado en el tiempo que la Ley destina para la mayoría de edad. Mas yo quiero que sea mayor de edad según los preceptos de Israel. Os ruego que observéis que por su complexión muestra que ha dejado la infancia y la edad menor; os ruego que lo examinéis con benignidad y justicia para juzgar que cuanto aquí yo, su padre, afirmo, es verdad. Yo lo he preparado para este momento y para que tenga esta dignidad de hijo de la Ley. Él sabe los

preceptos, las tradiciones, las decisiones, conoce las costumbres de las fimbrias y de las filacterias, sabe recitar las oraciones y las bendiciones cotidianas. Puede, por tanto, conociendo la Ley en sí y en sus tres ramas, Halasia, Midrás y Haggadá, guiarse como hombre. Por ello, deseo ser liberado de la responsabilidad de sus acciones y de sus pecados. Que de ahora en adelante quede sujeto a los preceptos y pague en sí las penas por las faltas respecto a ellos. Examinadlo.

- Lo haremos. Acércate, niño. ¿Tu nombre?

- Jesús de José, de Nazaret.

- Nazareno... Entonces, ¿sabes leer?

- Sí, rabí. Sé leer las palabras escritas y las que están encerradas en las palabras mismas.

-¿Qué quieres decir con ello?

- Quiero decir que comprendo el significado de la alegoría o del símbolo celado bajo la apariencia; de la misma forma que no se ve la perla pero está dentro de la concha fea y cerrada.

- Respuesta no común, y muy sabia. Raramente se oye esto en boca de adultos, ¡así que fíjate tú, oírselo a un niño, y además, por si fuera poco, nazareno!....

Se ha despertado la atención de los doctores y sus ojos no pierden de vista un instante al hermoso Niño rubio que los está mirando seguro; sin petulancia, sí, pero también sin miedo.

- Eres honra de tu maestro, el cual, ciertamente, era muy docto.

- La Sabiduría de Dios estaba recogida en su corazón justo.

-¿Estáis oyendo? ¡Dichoso tú, padre de un hijo así!.

José, que está en el fondo de la sala, sonríe y hace una reverencia.

Le dan a Jesús tres rollos distintos y le dicen:

- Lee el que está cerrado con una cinta de oro.

Jesús lo desenrolla y lee. Es el Decálogo. Pero, leídas las primeras palabras, un juez le quita el rollo y dice:

- Sigue de memoria.

Jesús sigue, tan seguro que parece como si estuviera leyendo. Y cada vez que nombra al Señor hace una profunda reverencia.

-¿Quién te ha enseñado a hacer eso? ¿Por qué lo haces?

- Porque es un Nombre santo y hay que pronunciarlo con signo interno y externo de respeto. Ante el rey, que lo es por breve tiempo, se inclinan los súbditos, y es sólo polvo, ¿ante el Rey de los reyes, ante el altísimo Señor de Israel, presente, aunque sólo visible al espíritu, no habrá de inclinarse toda criatura, que de Él depende con sujeción eterna?

-¡Muy bien! Hombre, nuestro consejo es que pongas a tu Hijo bajo la guía de Hil.lel o de Gamaliel. Es nazareno... pero sus respuestas permiten esperar de Él un nuevo gran doctor.

- Mi hijo es mayor de edad. Hará lo que Él quiera. Yo, si su voluntad es honesta, no me opondré.

- Niño, escucha. Has dicho: "Acuérdate de santificar las fiestas, teniendo en cuenta que el precepto de no trabajar en día de sábado fue dicho no sólo para ti, sino también para tu hijo y tu hija, para tu siervo y tu sierva, e incluso para el jumento". Entonces, dime: si una gallina pone un huevo en día de sábado, o si una oveja pare, ¿será lícito hacer uso de ese fruto de su vientre, o habrá que considerarlo como cosa oprobiosa?

- Sé que muchos rabíes — el último de los cuales, en vida aún, es Siammai — dicen que el huevo puesto en día de sábado va contra el precepto. Pero Yo pienso que hay que distinguir entre el hombre y el animal, o quien cumple un acto animal como dar a luz. Si le obligo al jumento a trabajar, yo, al imponerme con el azote a que trabaje, cumplo también su pecado. Pero, si una gallina pone un huevo que ha ido madurando en su ovario, o si una oveja pare en día de sábado — porque ya está en condiciones de nacer su cría —, entonces no. Tal obra, en efecto, no es pecado, como tampoco lo son, a los ojos de Dios, ni el huevo puesto ni el cordero parido en sábado.

-¿Y cómo puede ser eso, si todo trabajo, cualquiera que fuere, en día de sábado, es pecado?

- Porque el concebir y generar corresponde a la voluntad del Creador y están regulados por leyes dadas por Él a todas las criaturas. Pues bien, la gallina no hace sino obedecer a esa ley que dice que después de tantas horas de formación el huevo está completo y ha de ponerse; y la oveja lo mismo, no hace sino que obedecer a esas leyes puestas por Aquel que todo hizo, el cual estableció que dos veces al año, cuando ríe la primavera por los campos floridos y cuando el bosque se despoja de su follaje y el frío intenso oprime el pecho del hombre, las ovejas se emparejasen para dar luego leche, carne y sustanciosos quesos en las estaciones opuestas, en los meses de más arduo trabajo por las mieses, o de más dolorosa escasez a causa de los hielos. Pues entonces, si una oveja, llegado su tiempo, da a luz a su criatura, ¡oh, ésta bien puede ser sagrada incluso para el altar, porque es fruto de obediencia al Creador!.

- Yo no seguiría examinándole. Su sabiduría es asombrosa y supera a la de los adultos.

- No. Se ha declarado capaz de comprender incluso los símbolos. Oigámoslo.

- Que antes diga un salmo, las bendiciones y las oraciones.

- También los preceptos.

- Sí. Di los midrasiots.

Jesús dice sin vacilar una letanía de «no hagas esto... no hagas aquello... ». Si nosotros debiéramos tener todavía todas estas limitaciones, siendo rebeldes como somos, le aseguro que no se salvaría ninguno...

- Vale. Abre el rollo de la cinta verde.

Jesús abre y hace ademán de leer.

- Más adelante, más.

Jesús obedece.

- Basta. Lee y explica, si es que te parece que haya algún símbolo.

- En la Palabra santa raramente faltan. Somos nosotros quienes no sabemos ver ni aplicar. Leo: cuarto libro de los Reyes, capítulo veintidós, versículo diez: "Safan, escriba, siguiendo informando al rey, dijo: 'El Sumo Sacerdote Jilquías me ha dado un libro'. Habiéndolo leído Safan en presencia del rey, éste, oídas las palabras de la Ley del Señor, se rasgó las vestiduras y dio...".

- Sigue hasta después de los nombres.

-"...esta orden: 'Id a consultarle al Señor por mí, por el pueblo, por todo Judá, respecto a las palabras de este libro que ha sido encontrado; pues la gran ira de Dios se ha encendido contra nosotros porque nuestros padres no escucharon, siguiendo sus prescripciones, las palabras de este libro'...".

- Basta. Este hecho sucedió hace muchos siglos. ¿Qué símbolo encuentras en un hecho de crónica antigua?

- Lo que encuentro es que no hay tiempo para lo eterno. Y Dios es eterno, y nuestra alma, como eternas son también las relaciones entre Dios y el alma. Por tanto, lo que había provocado entonces el castigo es lo mismo que provoca los castigos ahora, e iguales son los efectos de la culpa.

-¿Cuáles?

- Israel ya no conoce la Sabiduría, que viene de Dios; y es a Él, y no a los pobres seres humanos, a quien hay que pedirle luz; pero la luz no se recibe sin justicia y fidelidad a Dios. Por eso se peca, y Dios, en su ira, castiga.

-¿Nosotros ya no sabemos? ¿Qué dices, niño? ¿Y los seiscientos trece preceptos?

- Los preceptos existen, pero son palabras. Los sabemos, pero no los ponemos en práctica. Por tanto, no sabemos. El símbolo es éste: todo hombre, en todo tiempo, tiene necesidad de consultar al Señor para conocer su voluntad, y debe atenerse a ella para no atraer su ira.

- El niño es perfecto. Ni siquiera la celada de la pregunta insidiosa ha confundido su respuesta. Que sea conducido a la verdadera sinagoga.

Pasan a una habitación de mayores dimensiones y más pomposa. Aquí lo primero que hacen es rebajarle el pelo. José recoge los rizos. Luego le aprietan la túnica roja con un largo cinturón dando varias vueltas en torno a la cintura; le ciñen la frente y un brazo con unas cintas, y le fijan con una especie de bullones unas cintas al manto. Luego cantan salmos, y José alaba al Señor con una larga oración, e invoca toda suerte de bienes para su Hijo.

Termina la ceremonia. Jesús sale acompañado de José. Vuelven al lugar de donde habían venido, se unen de nuevo con los varones de la familia, compran y ofrecen un cordero, y luego, con la víctima degollada, van a donde las mujeres.

María besa a su Jesús. Es como si hiciera años que no lo viera. Lo mira — ahora tiene indumento y pelo más de hombre — lo acaricia...

Salen y todo termina.

## 41

## La disputa de Jesús con los doctores en el Templo. La angustia de la Madre y la respuesta del Hijo

Veo a Jesús. Es ya un adolescente. Lleva una túnica blanca que le llega hasta los pies; me parece que es de lino. Encima, se coloca, formando elegantes pliegues, una prenda rectangular de un color rojo pálido. Lleva la cabeza descubierta. Los cabellos, de una coloración más intensa que cuando lo vi de niño, le llegan hasta la mitad de las orejas. Es un muchacho de complexión fuerte, muy alto para su edad (muy tierna aún, como refleja el rostro).

Me mira y me sonríe tendiendo las manos hacia mí. Su sonrisa de todas formas se asemeja ya a la que le veo de adulto: dulce y más bien seria. Está solo. Por ahora no veo nada más. Está apoyado en un murete de una callecita toda en subidas y bajadas, pedregosa y con una zanja que está aproximadamente en su centro y que en tiempo de lluvia se transforma en regato; ahora, como el día está sereno, está seca.

Me da la impresión de estarme acercando yo también al murete y de estar mirando alrededor y hacia abajo, como está haciendo Jesús. Veo un grupo de casas; es un grupo desordenado: unas son altas, otras, bajas; van en todos los sentidos. Parece — haciendo una comparación muy pobre pero muy válida — un puñado de cantos blancos esparcidos sobre un terreno oscuro. Las calles, las callejas, son como venas en medio de esa blancura. Ora aquí, ora allá, hay árboles que descuellan por detrás de las tapias; muchos de ellos están en flor, muchos otros están ya cubiertos de hojas nuevas: debe ser primavera.

A la izquierda respecto a mí que estoy mirando, se alza una voluminosa construcción, compuesta de tres niveles de terrazas cubiertas de construcciones, y torres y patios y pórticos; en el centro se eleva una riquísima edificación, más alta, majestuosa, con cúpulas redondeadas, esplendorosas bajo el sol, como si estuvieran recubiertas de metal, cobre u oro. El conjunto está rodeado por una muralla almenada (almenas de esta forma: M, como si fuera una fortaleza). Una torre de mayor altura que las otras, horcada en su base sobre una vía más bien estrecha y en subida, cual severo centinela, domina netamente el vasto conjunto.

Jesús observa fijamente ese lugar. Luego se vuelve otra vez, apoya de nuevo la espalda sobre el murete, como antes, y dirige su mirada hacia una pequeña colina que está frente al conjunto del Templo. El collado sufre el asalto de las casas sólo hasta su base, luego aparece virgen. Veo que una calle termina en ese lugar, con un arco tras el cual sólo hay un camino pavimentado con piedras cuadrangulares, irregulares y mal unidas; no son demasiado grandes, no son como las piedras de las calzadas consulares romanas; parecen más bien las típicas piedras de las antiguas aceras de Viareggio (no sé si existen todavía), pero colocadas sin conexión: un camino de mala muerte. El rostro de Jesús toma un aspecto tan serio, que yo fijo mi atención buscando en este collado la causa de esta melancolía. Pero no encuentro nada de especial; es una elevación del terreno, desnuda, nada más. Eso sí, cuando me vuelvo, he perdido a Jesús; ya no está ahí. Y me quedo adormilada con esta visión.

Cuando me despierto, con el recuerdo en mi corazón de lo que he visto, recobradas un poco las fuerzas y en paz, porque todos están durmiendo, me encuentro en un lugar que nunca antes había visto. En él hay patios y fuentes, pórticos y casas (más bien pabellones, porque tienen más las características de pabellones que de casas). Hay una gran muchedumbre de gente vestida al viejo uso hebreo, y mucho griterío. Me miro a mi alrededor y, al hacerlo, me doy cuenta de que estoy dentro de esa construcción que Jesús estaba mirando; efectivamente, veo la muralla almenada que circunda el conjunto, y la torre centinela, y la imponente obra de fábrica que se yergue en el centro, pegando a la cual hay pórticos, muy bellos y amplios, y, bajo éstos, multitud de personas ocupadas, quiénes en una cosa, quienes en otra.

Comprendo que se trata del recinto del Templo de Jerusalén. Veo fariseos, con sus largas vestiduras ondeantes, sacerdotes vestidos de lino y con una placa de precioso material en la parte superior del pecho y de la frente, y con otros reflejos brillantes esparcidos aquí o allá por los distintos indumentos, muy amplios y blancos, ceñidos a la cintura con un cinturón también de material precioso. Luego veo a otros, menos engalanados, pero que de todas formas deben pertenecer también a la casta sacerdotal, y que están rodeados de discípulos más jóvenes que ellos; comprendo que se trata de los doctores de la Ley. Entre todos estos personajes me encuentro como perdida, porque no sé qué pinto yo ahí.

Me acerco al grupo de los doctores, donde ha comenzado una disputa teológica. Mucha gente hace lo mismo.

Entre los "doctores" hay un grupo capitaneado por uno llamado Gamaliel y por otro, viejo y casi ciego, que apoya a Gamaliel en la disputa; oigo que le llaman Hil.lel (pongo la hache porque oigo una aspiración al principio del nombre), y creo que es o maestro o pariente de Gamaliel: lo deduzco de la confidencia y al mismo tiempo respeto con que éste lo trata. El grupo de Gamaliel es de mentalidad más abierta, mientras que el otro grupo, que es el más numeroso está dirigido por uno llamado Siammai, y adolece de esa intransigencia llena de resentimiento, y retrógrada, tan claramente descrita por el Evangelio.

Gamaliel, rodeado de un nutrido grupo de discípulos, hábil de la venida del Mesías, y, apoyándose en la profecía de Daniel, sostiene que el Mesías debe haber nacido ya, puesto que ya han pasado unos diez años desde que se cumplieron las setenta semanas profetizadas contando desde que fue publicado el decreto de reconstrucción del Templo. Siammai le plantea batalla afirmando que, si bien es cierto que el Templo fue reconstruido, no es menos cierto que la esclavitud de Israel ha aumentado, y que la paz que debía haber traído Aquél que los Profetas llamaban "Príncipe de la paz" está bien lejos de ser una realidad en el mundo, y especialmente en Jerusalén, oprimida bajo el peso de un enemigo que osa extender su dominio hasta incluso dentro del recinto del Templo, controlado por la Torre Antonia,
que está llena de legionarios romanos dispuestos a aplacar con la espada cualquier tumulto de independencia patria.

La disputa, llena de cavilosidades, está destinada a durar. Cada uno de los maestros hace su alarde de erudición, no tanto para vencer a su rival, cuanto para atraerse la admiración de los que escuchan; este propósito es evidente.

Del interior del nutrido grupo de fíeles se oye una tierna voz de niño:

- Gamaliel tiene razón.

Movimiento en la gente y en el grupo de doctores: buscan al que acaba de interrumpir; de todas formas, no hace falta buscarlo, Él no se esconde; antes bien, se abre paso entre la gente y se acerca al grupo de los "rabíes". Reconozco en Él a mi Jesús adolescente. Se le ve seguro y franco, y sus ojos centellean llenos de inteligencia.

-¿Quién eres? - le preguntan.

- Un hijo de Israel que ha venido a cumplir con lo que la Ley ordena.

Gusta esta respuesta intrépida y segura, y obtiene sonrisas de aprobación y de benevolencia. Despierta interés el pequeño israelita.

-¿Cómo te llamas?

- Jesús de Nazaret.

Y aquí acaba la benevolencia del grupo de Siammai. Sin embargo, Gamaliel, más benigno, prosigue el diálogo junto con Hil.lel. Es más, es Gamaliel el que, con deferencia, le dice al anciano:

- Pregúntale alguna cosa al niño.

-¿En qué basas tu seguridad? - pregunta Hil.lel.

(Encabezo las respuestas con los nombres para abreviar y para que sea más claro)

Jesús: - En la profecía, que no puede errar respecto a la época, y en los signos que la acompañaron cuando llegó el tiempo de su cumplimiento. Cierto es que César nos domina. Pero el mundo gozaba de gran paz y estaba muy tranquila Palestina cuando se cumplieron las setenta semanas. Tanto es así que le fue posible a César ordenar el censo en sus dominios; no habría podido hacerlo si hubiera habido guerra en el Imperio o revueltas en Palestina. De la misma forma que se cumplió ese tiempo, ahora se está cumpliendo ese otro de las sesenta y dos más una desde la terminación del Templo, para que el Mesías sea ungido y se cumpla lo que conlleva la profecía para el pueblo que no lo quiso. ¿Podéis dudarlo? No recordáis que la estrella fue vista por los Sabios de Oriente y que fue a detenerse justo en el cielo de Belén de Judá, y que las profecías y las visiones, desde Jacob en adelante, indican ese lugar como el destinado a recibir el nacimiento del Mesías, hijo del hijo del hijo de Jacob, a través de David, que era de Belén? ¿No os acordáis de Balaam? "Una estrella nacerá de Jacob". Los Sabios de Oriente, cuya pureza y fe abría sus propios ojos y sus propios oídos, vieron la Estrella y comprendieron su Nombre; "Mesías", y vinieron a adorar a la Luz que había descendido al mundo.

Siammai, con mirada maligna:

-¿Dices que el Mesías nació cuando la Estrella, en Belén Efratá?

Jesús: - Yo lo digo.

Siammai: - Entonces ya no existe. ¿No sabes, niño, que Herodes mandó matar a todos los nacidos de mujer de un día a dos años de edad de Belén y de los alrededores? Tú, Tú que sabes tan bien la Escritura, debes saber también que "un grito se ha oído en lo alto... Es Raquel que está llorando por sus hijos". Los valles y las alturas de Belén, que recogieron el llanto de la

agonizante Raquel, se llenaron de llanto revivido por las madres ante sus hijos asesinados. Entre ellas estaba, sin duda, también la Madre del Mesías.

Jesús: - Te equivocas, anciano. El llanto de Raquel hízose himno, pues donde ella había dado a luz al "hijo de su dolor", la nueva Raquel dio al mundo al Benjamín del Padre celestial, Hijo de su derecha, Aquel que ha sido destinado para congregar al pueblo de Dios bajo su cetro y liberarlo de la más terrible de las esclavitudes.

Siammai: -¿Y cómo, si lo mataron?

Jesús: -¿No has leído de Elías que fue raptado por el carro de fuego? ¿Y no va a haber podido salvar el Señor Dios a su Emmanuel para que fuera Mesías de su pueblo? Él, que separó el mar ante Moisés para que Israel pasase sin mojarse hacia su tierra, ¿no va a haber podido mandar a sus ángeles a librar a su Hijo, a su Cristo, de la crueldad del hombre? En verdad os digo; el Cristo vive y está entre vosotros, y cuando llegue su hora se manifestará en su potencia – La voz de Jesús, al decir estas palabras que he subrayado, resuena en un modo que llena el espacio. Sus ojos centellean aún más, y, con un gesto de dominio y de promesa, tiende el brazo y la mano derecha, y luego los baja, como para jurar. Es todavía un niño, pero ya tiene la solemnidad de un hombre.

Hil.lel: - Niño, ¿quién te ha enseñado estas palabras?

Jesús: - El Espíritu de Dios. Yo no tengo maestro humano. Ésta es la Palabra del Señor que os habla a través de mis labios.

Hil.lel: - Ven aquí entre nosotros, que quiero verte de cerca, ¡oh niño!, para que mi esperanza se reavive en contacto con tu fe y mi alma se ilumine con el sol de la tuya.

Y lo sientan a Jesús en un asiento alto y sin respaldo, entre Gamaliel e Hil.lel, y le entregan unos rollos para que los lea y los explique. Es un examen en toda regla. La muchedumbre se agolpa atenta.

La voz infantil de Jesús lee: -"Consuélate, pueblo mío. Hablad al corazón de Jerusalén, consoladla porque su esclavitud ha terminado... Voz de uno que grita en el desierto: preparad los caminos del Señor... Entonces se manifestará la gloria del Señor..."

Siammai: - Como puedes ver, nazareno, aquí se habla de una esclavitud ya terminada. Y nosotros somos ahora más esclavos que nunca. Aquí se habla de un precursor. ¿Dónde está? Tú desvarías.

Jesús: - Yo te digo que tú y los que son como tú, más que los demás, necesitáis escuchar la llamada del Precursor. Si no, no verás la gloria del Señor, ni comprenderás la palabra de Dios, porque las bajezas, las soberbias, las dobleces, te obstaculizarán ver y oír.

Siammai: -¿Así le hablas a un maestro?

Jesús: - Así hablo y así hablaré hasta la muerte. Porque por encima de mi propio beneficio está el interés del Señor y el amor a la Verdad, de la cual soy Hijo. Y además te digo, rabí, que la esclavitud de que habla el Profeta, que es de la que Yo hablo, no es la que crees, como tampoco la regalidad será la que tú piensas. Antes bien, por mérito del Mesías, el hombre será liberado de la esclavitud del Mal que lo separa de Dios, y la señal del Cristo, liberados los espíritus de todo yugo, hechos súbditos del Reino eterno, signará a éstos. Todas las naciones inclinarán su cabeza, ¡oh, estirpe de David!, ante el Vástago de ti nacido, árbol ahora que extiende sus ramas sobre toda la Tierra y se alza hacia el Cielo. Y en el Cielo y en la Tierra toda boca glorificará su Nombre y doblará su rodilla ante el Ungido de Dios, ante el Príncipe de la Paz, el Caudillo, ante Aquel que, tomando de sí mismo, embriagará a toda alma cansada y saciará toda alma hambrienta; el Santo que estipulará una alianza entre la Tierra y el Cielo no como la que fue estipulada con los Padres de Israel cuando los sacó de Egipto (siguiendo considerándolos de todas formas siervos), sino imprimiendo la paternidad celeste en el espíritu de los hombres con la Gracia de nuevo infundida por los méritos del Redentor por el cual todos los hombres buenos conocerán al Señor y el Santuario de Dios no volverá a ser derruido y hollado.

Siammai: -¡Pero, niño, no blasfemes! Acuérdate de Daniel, que dice que, cuando hayan matado al Cristo, el Templo y la Ciudad serán destruidos por un pueblo y por un caudillo venidero. ¡Y tú sostienes que el Santuario de Dios no volverá a ser derribado! ¡Respeta a los Profetas!

Jesús: - En verdad te digo que hay Uno que está por encima de los Profetas, y tú no lo conoces, ni lo conocerás, porque te falta el deseo de ello. Y has de saber que todo cuanto he dicho es verdad. No conocerá ya la muerte el Santuario verdadero. Al igual que su Santificador, resucitará para vida eterna y, al final de los días del mundo, vivirá en el Cielo.

Hil.lel: - Préstame atención, niño. Ageo dice: "... Vendrá el Deseado de las gentes... Grande será entonces la gloria de esta casa, y de esta última más que de la primera". ¿Crees que se refiere al Santuario de que Tú hablas?

Jesús: - Sí, maestro. Esto es lo que quiere decir. Tu rectitud te conduce hacia la Luz, y Yo te digo que, una vez consumado el Sacrificio del Cristo, recibirás paz porque eres un israelita sin malicia.

Gamaliel: - Dime, Jesús: ¿Cómo puede esperarse la paz de que hablan los Profetas, si tenemos en cuenta que este pueblo ha de sufrir la devastación de la guerra? Habla y dame luz también a mí.

Jesús: - ¿No recuerdas, maestro, que quienes estuvieron presentes la noche del nacimiento del Cristo dijeron que las formaciones angélicas cantaron: "Paz a los hombres de buena voluntad"? Ahora bien, este pueblo no tiene buena voluntad, y no gozará de paz; no reconocerá a su Rey, al Justo, al Salvador, porque lo espera como rey con poder humano, mientras que es Rey del espíritu; y no lo amará, puesto que el Cristo predicará lo que no le gusta a este pueblo. Los enemigos, los que llevan carros y caballos, no serán subyugados por el Cristo; sí los del alma, los que doblegan, para infernal dominio, el corazón del hombre, creado por el Señor. Y no es ésta la victoria que de El espera Israel. Tu Rey vendrá, Jerusalén, sobre "la asna y el pollino", o sea, los justos de Israel y los gentiles; mas Yo os digo que el pollino le será más fiel a Él y, precediendo a la asna, le crecerá en el camino de la Verdad y de la Vida. Israel, por su voluntad, perderá la paz, y sufrirá en sí, durante siglos, aquello mismo que hará sufrir a su Rey al convertirlo en el Rey de dolor de que habla Isaías.

Siammai: - Tu boca tiene al mismo tiempo sabor de leche y de blasfemia, nazareno. Responde: ¿Dónde está el Precursor? ¿Cuándo lo tuvimos?

Jesús: - Él ya es una realidad. ¿No dice Malaquías: "Yo envío a mi ángel para que prepare delante de mí el camino; enseguida vendrá a su Templo el Dominador que buscáis y el Ángel del Testamento, anhelado por vosotros"? Luego entonces el Precursor precede inmediatamente al Cristo. Él es ya una realidad, como también lo es el Cristo. Si transcurrieran años entre quien prepara los caminos al Señor y el Cristo, todos los caminos volverían a llenarse de obstáculos y a hacerse retortijados. Esto lo sabe Dios y ha previsto que el Precursor preceda en una hora sólo al Maestro. Cuando veáis al Precursor, podréis decir: "Comienza la misión del Cristo". Y a ti te digo que el Cristo abrirá muchos ojos y muchos oídos cuando venga a estos caminos; mas no vendrá a los tuyos, ni a los de los que son como tú. Vosotros le daréis muerte por la Vida que os trae. Pero cuando — más alto que este Templo, más alto que el Tabernáculo que está dentro del Santo de los Santos, más alto que la Gloria que está sostenida por los Querubines — el Redentor ocupe su trono y su altar, de sus numerosísimas heridas fluirán: maldición para los deicidas; vida para los gentiles. Porque Él, ¡oh, maestro insipiente!, no es, lo repito, Rey de un reino humano, sino de un Reino espiritual, y sus súbditos serán únicamente aquellos que por su amor sepan renovarse en el espíritu y, como Jonás, nacer una segunda vez, en tierras nuevas, 'las de Dios", a través de la generación espiritual que tendrá lugar por Cristo, el cual dará a la Humanidad la Vida verdadera.

Siammai y sus seguidores: - ¡Este nazareno es Satanás!

Hil.lel y los suyos: - No. Este niño es un Profeta de Dios. Quédate conmigo, Niño; así mi ancianidad transfundirá lo que sabe en tu saber, y Tú serás Maestro del pueblo de Dios.

Jesús: - En verdad te digo que si muchos fueran como tú, Israel sanaría; mas la hora mía no ha llegado. A mí me hablan las voces del Cielo, y debo recogerlas en la soledad hasta que llegue mi hora. Entonces hablaré, con los labios y con la sangre, a Jerusalén; y correré la misma suerte que corrieron los Profetas, a quienes Jerusalén misma lapidó y les quitó la vida. Pero sobre mi ser está el del Señor Dios, al cual Yo me someto como siervo fiel para hacer de mí escabel de su gloria, en espera de que Él haga del mundo escabel para los píes del Cristo. Esperadme en mi hora. Estas piedras oirán de nuevo mi voz y trepidarán cuando diga mis palabras últimas. Bienaventurados los que hayan oído a Dios en esa voz y crean en Él a través de ella: el Cristo les dará ese Reino que vuestro egoísmo sueña humano y que, sin embargo, es celeste, y por el cual Yo digo: "Aquí tienes a tu siervo, Señor, que ha venido a hacer tu voluntad. Consúmala, porque ardo en deseos de cumplirla".

Y con la imagen de Jesús con su rostro inflamado de ardor espiritual elevado al cielo, con los brazos abiertos, erguido entre los atónitos doctores.

Dice Jesús:

- Volvemos muy atrás en el tiempo, muy atrás. Volvemos al Templo, donde Yo, con doce años, estoy disputando; es más, volvemos a las vías que van a Jerusalén, y de Jerusalén al Templo.

Observa la angustia de María al ver — una vez congregados de nuevo juntos hombres y mujeres — que Yo no estoy con José.

No levanta la voz regañando duramente a su esposo. Todas las mujeres lo habrían hecho; lo hacéis, por motivos mucho menores olvidándoos de que el hombre es siempre cabeza del hogar. No obstante, el dolor que emana del rostro de María traspasa a José más de lo que pudiera hacerlo cualquier tipo de reprensión. No se da tampoco María a escenas dramáticas. Por motivos mucho menores, vosotras lo hacéis deseando ser notadas y compadecidas. No obstante, su dolor contenido es tan manifiesto (se pone a temblar, palidece su rostro, sus ojos se dilatan) que conmueve más que cualquier escena de llanto y gritos.

Ya no siente ni fatiga ni hambre. ¡Y el camino había sido largo, y sin reparar fuerzas desde hacía horas! Deja todo; deja al camastro que se estaba preparando, deja la comida que iban a distribuir. Deja todo y regresa. Está avanzada la tarde, anochece; no importa; todos sus pasos la llevan de nuevo hacia Jerusalén; hace detenerse a las caravanas, a los peregrinos; pregunta. José la sigue, la ayuda. Un día de camino en dirección contraria, luego la angustiosa búsqueda por la Ciudad.

¿Dónde, dónde puede estar su Jesús? Y Dios permite que Ella, durante muchas horas, no sepa dónde buscarme. Buscar a un niño en el Templo no era cosa juiciosa: ¿qué iba a tener que hacer un niño en el Templo? En el peor de los casos, si se hubiera perdido por la ciudad y, llevado de sus cortos pasos, hubiera vuelto al Templo, su llorosa voz habría llamado a su mamá, atrayendo la atención de los adultos y de los sacerdotes, y se habrían puesto los medios para buscar a los padres fijando avisos en las puertas. Pero no había ningún aviso.

Nadie sabía nada de este Niño en la ciudad. ¿Guapo? ¿Rubio? ¿Fuerte? ¡Hay muchos con esas características! Demasiado poco para poder decir: "¡Lo he visto! ¡Estaba allí o allá!".

Y vemos a María, pasados tres días, símbolo de otros tres días de futura angustia, entrando exhausta en el Templo, recorriendo patios y vestíbulos. Nada. Corre, corre la pobre Mamá hacia donde oye una voz de niño. Hasta los balidos de los corderos le parecen el llanto de su Hijo buscándola. Mas Jesús no está llorando; está enseñando. Y he aquí que desde detrás de una barrera de personas llega a oídos de María la amada voz diciendo: "Estas piedras trepidarán...". Entonces trata de abrirse paso por entre la muchedumbre, y lo consigue después de una gran fatiga: ahí está su Hijo, con los brazos abiertos, erguido entre los doctores.

María es la Virgen prudente. Pero esta vez la congoja sobrepuja su conocimiento. Es una presa que derriba todo lo que pilla a su paso. Corre hacia su Hijo, lo abraza, levantándolo y bajándolo del escabel, y exclama: "¡Oh! ¿Por qué nos has hecho esto! Hace tres días que te estamos buscando. Tu Madre está a punto de morir de dolor, Hijo. Tu padre está derrengado de cansancio. ¿Por qué, Jesús?".

No se preguntan los "porqués" a Aquel que sabe, los "porqués" de su forma de actuar. A los que han sido llamados no se les pregunta "por qué" dejan todo para seguir la voz de Dios. Yo era Sabiduría y sabía; Yo había "sido llamado" a una misión y

la estaba cumpliendo. Por encima del padre y de la madre de la tierra, está Dios, Padre divino; sus intereses son superiores a los nuestros; su amor es superior a cualquier otro. Y esto es lo que le digo a mi Madre.

Termino de enseñar a los doctores enseñando a María, Reina de los doctores. Y Ella no se olvidó jamás de ello. Volvió a surgir el Sol en su corazón al tenerme de la mano, de esa mano humilde y obediente; pero mis palabras también quedaron en su corazón. Muchos soles y muchas nubes habrían de surcar todavía el cielo durante los veintiún años que debía Yo permanecer aún en la tierra. Mucha alegría y mucho llanto, durante veintiún años, se darán el relevo en su corazón. Mas nunca volverá a preguntar: "¿Por qué nos has hecho esto, Hijo mío?".

¡Aprended, hombres arrogantes!

## 42

## La muerte de José. Jesús es la paz de quien sufre y de quien muere.

Veo un interior de taller de carpintero; dos de sus paredes parecen estar formadas de roca (como si se hubieran aprovechado grutas naturales para hacer habitaciones). En este caso, para mayor detalle, son de roca los lados norte y oeste; las otras dos paredes, sin embargo, la sur y la este, están enlucidas, como las nuestras.

En el lado norte, un entrante de la roca ha sido adaptado para fogón rudimentario; en él hay una cazuelita con barniz o cola, no lo distingo bien. La leña quemada desde hace años en ese lugar ha ennegrecido tanto la pared, que parece alquitranada. ¿Y como chimenea para aspirar el humo de la combustión?... Un agujero en la pared con una especie de teja grande y cóncava en su parte alta. Pero esta chimenea ha debido cumplir mal su función; en efecto, no sólo esta pared sino también las otras están muy ennegrecidas a causa del humo; en este momento, incluso, por toda la habitación hay una niebla de humo. Jesús está trabajando en un banco de carpintero. Está alisando unas tablas, y las va apoyando en la pared que está a sus espaldas. Luego va a donde tiene una especie de taburete apretado por dos lados en una mordaza; lo saca, mira si el trabajo está perfectamente hecho, observa el objeto desde todos los puntos, luego se acerca al fogón, coge la cazuelita y remueve dentro con un palito, o quizás un pincel, no lo sé; yo sólo veo la parte que sobresale y que parece un palo.

Jesús está vestido de color castaño oscuro, la túnica es más bien corta, está remangado hasta más arriba del codo, y, delante, puesto una especie de delantal, en el cual se restriega los dedos que han tocado la cazuelita.

Está solo. Trabaja sin pausas, pero con sosiego. No hay en él ningún movimiento desordenado o impaciente. Trabaja con continuidad y precisión. No pierde la paciencia por nada: ni por un nudo en la madera, que no se deja alisar; ni por un destornillador — eso al menos me parece — que dos veces se le ha caído del banco; ni por el humo del ambiente, que debe estarle entrando en los ojos.

De vez en cuando levanta la cabeza para mirar hacia la pared sur, donde hay una puerta que está cerrada, como queriendo escuchar. Después hay un momento en que abre una puerta que está en la pared este y que da a la calle, y se asoma. Veo un trecho de una callejuela polvorienta. Parece como si estuviera esperando a alguien. Luego vuelve a su labor. No está triste, pero sí serio. Cierra de nuevo la puerta y reanuda su trabajo.

Y, mientras está ocupado en fabricar unos componentes — al menos eso me parece — del aro de una rueda, entra su Madre. Entra por una puerta de la pared situada al sur. Entra con prisa y corre hacia Jesús. Está vestida de azul oscuro y lleva la cabeza descubierta. Su vestido es una túnica sencilla ceñida a la cintura con un cordón del mismo color. Acongojada, apoyada con las dos manos en un brazo de su Hijo, lo llama con un gesto de súplica y dolor. Jesús la acaricia, le pasa un brazo por encima de los hombros y la consuela. Luego, dejando inmediatamente el trabajo y quitándose el mandil, va con Ella.

-¡Oh! ¡Jesús! – dice María - ¡Ven! ¡Estás mal!

Han sido pronunciadas estas palabras por labios temblorosos, y con un brillo de llanto en sus enrojecidos y cansados ojos. Jesús únicamente dice: « ¡Mamá!», mas todo está incluido en esa palabra.

Pasan a la habitación de al lado; el sol, que entra por una puerta que da a un huertecillo lleno de luz y de verdor en que revolotean unas palomas por entre el ondear de ropa tendida, hace encantadora esta habitación, que es pobre, sí, pero está ordenada. Hay en ella un lecho bajo, cubierto de colchoncitos (digo colchoncitos porque son unas cosas altas y mullidas, pero no es una cama como las nuestras). Sobre él, recostado sobre muchos almohadones, está José. Agoniza. Lo refleja claramente la palidez cárdena de su rostro, la mirada apagada, el pecho jadeante, y el completo decaimiento de todo el cuerpo.

María se pone a su izquierda. Le coge la mano rugosa, cárdena en las uñas, y la frota, la acaricia y la besa. Luego, con un paño de lino, le seca el sudor, que crea surcos brillantes en las sienes hundidas; y la lágrima, que en el lagrimal se vuelve vítrea. Y le humedece los labios con un paño mojado en un líquido que parece vino blanco.

Jesús se pone a la derecha. Alza levemente, ligero pero con cuidado, este cuerpo que se está hundiendo, le incorpora apoyándolo sobre los almohadones, y, junto con María, pone en orden éstos. Acaricia la frente del moribundo, trata de reanimarlo.

María llora quedo; sin hacer ruido, pero llora. Los lagrimones ruedan hacia abajo por las pálidas mejillas y caen sobre el vestido azul oscuro; parecen zafiros resplandecientes.

José se reanima bastante y mira fijamente a Jesús, le da la mano como para decirle algo y para recibir, con el contacto divino, fuerza en la última prueba. Jesús inclina su cabeza hacia esta mano y la besa. José sonríe; luego se vuelve buscando a María con la mirada, y le sonríe también a Ella. María se arrodilla al lado de la cama tratando de sonreír. No le sale la sonrisa, y entonces agacha la cabeza. José le pone la mano encima de ella con una casta caricia que parece una bendición.

Sólo se oye el revoloteo y el arrullo de las palomas, el frufrú de las hojas, un gorgoritear de agua, y, en la habitación, el respiro del moribundo.

Jesús pasa al otro lado de la cama, toma un taburete y se lo ofrece a María para que se siente en él, llamándola una vez más, y solamente, «Mamá». Luego vuelve a donde estaba y coge de nuevo entre sus manos la mano de José. La escena es tan real, que me echo a llorar a causa del dolor de María.

Y Jesús, inclinándose hacia el moribundo, le susurra un salmo.

Sé que es un salmo, pero ahora no sé decirle cuál de ellos. Empieza así:

«"Protégeme, Señor, porque en ti he puesto mi esperanza...

En pro de los santos que en la tierra de él están, ha dado cumplimiento admirablemente a todos mis deseos...

Bendeciré al Señor, que me aconseja...

Tengo siempre la presencia del Señor. Él está a mi derecha para que no vacile.

Por ello se alegra mi corazón y exulta mi lengua, y mi cuerpo también descansará en la esperanza.

Porque Tú no abandonarás a mi alma en su estancia entre los muertos, y no permitirás que tu santo vea la corrupción.

Me darás a conocer los caminos de la vida, me colmarás de alegría mostrándome tu rostro"».

José se reanima mucho, sonríe a Jesús con una mirada más viva y le aprieta los dedos.

Jesús responde a la sonrisa con otra sonrisa, y al gesto de la mano con una caricia; y continúa, dulcemente, inclinado hacia su padre putativo:

«"¡Cuán grande es el encanto de tus Tabernáculos, Señor!

Mi alma se consume en el deseo de los atrios del Señor.

El gorrión encuentra una casa, la tortolita un nido para sus criaturas. Yo deseo tus altares, Señor.

¡Dichosos los que habitan en tu casa!... ¡Dichoso el hombre que encuentra en ti su fuerza! Él tiene en su corazón las veredas para subir del valle de las lágrimas al lugar electo.

¡Oh, Señor, escucha mi oración...!

¡Oh, Dios, vuelve tus ojos y mira el rostro de tu Cristo...!"».

José, visiblemente conmovido, mira a Jesús, y hace ademán de querer hablar, como para bendecirlo, pero no puede; se ve que entiende, pero no puede hablar. No obstante, está feliz y mira con vivacidad y confianza a su Jesús.

«"¡Oh, Señor — continúa Jesús —, Tú has sido propicio a tu tierra, has liberado de la esclavitud a Jacob...!

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu Salvador.

Quiero oír lo que dice dentro de mí el Señor Dios. Él, sin duda, hablará de paz a su pueblo para sus santos y para quien de corazón vuelve a Él.

Sí, tu salvación está cercana... y la gloria habitará sobre la tierra... Se han dado encuentro la bondad y la verdad; la justicia y la paz se han besado. La verdad ha germinado de la tierra, la justicia ha mirado desde el Cielo.

Sí, el Señor se mostrará benigno y nuestra tierra dará su fruto. La justicia caminará en su presencia y dejará imprimidas en el camino sus huellas".

Tú has visto esta hora, padre, y por ella has trabajado fatigosamente. Has colaborado en el cumplimiento de esta hora y el Señor te premiará por ello. Yo te lo digo» añade Jesús, enjugando una lágrima de alegría que desciende lentamente por la mejilla de José.

Y sigue: «"¡Oh, Señor, acuérdate de David y de toda su benignidad.

Acuérdate de que juró al Señor: 'Yo no entraré en mi casa, no me echaré en el lecho de mi reposo, no concederé sueño a mis ojos ni descanso a mis párpados ni quietud a mis sienes, mientras no encuentre un lugar para el Señor, una morada para el Dios de Jacob...'.

¡Levántate, Señor, y ven a tu reposo, Tú y el Arca de tu santidad! (María comprende la alusión y rompe a llorar).

Revístanse de justicia tus sacerdotes, regocíjense tus santos.

Por amor de David, tu siervo, no nos niegues el rostro de tu Cristo.

El Señor ha jurado a David la promesa y la mantendrá: 'Pondré en tu trono al fruto de tu seno'.

El Señor la ha elegido como morada...

Yo haré florecer la potencia de David preparando una antorcha encendida para mi Cristo".

Gracias, padre mío, por mí y por mi Madre. Tú has sido para mí un padre justo, y el Eterno te ha puesto como custodio de su Cristo y de su Arca. Tú fuiste la antorcha encendida para Él. Para con el Fruto del seno santo has tenido entrañas de caridad. Ve en paz, padre. La Viuda no quedará desamparada. El Señor ya ha provisto a que no se quede sola. Ve sereno a tu reposo. Yo te lo digo».

María llora con su rostro apoyado contra las cobijas (parecen mantos) que cubren este cuerpo de José que se está enfriando. Jesús se prodiga aún más en confortarle, pues la respiración se ha hecho más fatigosa y la mirada ha vuelto a velarse.

«"¡Dichoso el hombre que teme al Señor y sólo se complace en sus mandamientos!...

Su justicia permanecerá por los siglos de los siglos.

En medio de los hombres rectos, se alza luminoso en las tinieblas el misericordioso, el benigno, el justo...

El justo será recordado eternamente... Su justicia es eterna, su potencia se elevará hasta la gloria...".

Y tú tendrás esta gloria, padre. Pronto iré a llevarte, junto con los Patriarcas que te han precedido, a la gloria que te espera. Exulte tu espíritu con estas palabras mías.

"Quien confía en la ayuda del Altísimo vive bajo la protección del Dios del Cielo".

Ésa es tu morada, padre mío.

"Él me libró del lazo de los cazadores y de las palabras duras.

Te cubrirá con sus alas; bajo sus plumas encontrarás amparo.

Su verdad te protegerá como un escudo; no temerás miedos nocturnos...
No se acercará a ti el mal... porque ha dado orden a sus ángeles de protegerte en todos tus caminos.
Te llevarán en sus palmas, para que tu pie no tropiece en las piedras.
Caminarás sobre el áspid y el basilisco; hollarás al dragón y al león.
Porque has esperado en el Señor, Él te dice, padre, que te librará y te protegerá.
Puesto que has elevado a Él tu voz, te escuchará; estará contigo en la última tribulación; te glorificará después de esta vida, haciéndote ver ya desde ésta su Salvación", y en la otra haciéndote entrar, por la Salvación que ahora te conforta y que pronto, ¡oh..., pronto irá, te lo repito, a ceñirte con un abrazo divino y a llevarte consigo, a la cabeza de todos los Patriarcas, al lugar preparado para morada del Justo de Dios que fue el padre mío bendito!

Precédeme para decirles a los Patriarcas que la Salvación está en el mundo y que el Reino de los Cielos pronto les será abierto. Ve, padre. Que mi bendición te acompañe».

Ahora la voz de Jesús es más alta, para que pueda llegar a la mente de José, que está abismándose en las nieblas de la muerte. El final es inminente. El anciano respira a duras penas. María le acaricia. Jesús se sienta en el borde de la cama y abraza y atrae hacia sí al moribundo, el cual, exhausto, se apaga sin convulsión alguna.

Es una escena llena de paz solemne. Jesús coloca de nuevo al Patriarca y abraza a María, que, al final, angustiada de dolor; se había acercado a Él.

Dice Jesús:

«Mi lección para todas las mujeres casadas que sienten una pena acongojante es ésta: imitar a María de viuda; y lo que Ella hizo fue unirse a Jesús.

Se equivocan los que piensan que las penas del corazón no hicieran sufrir a María. Mi Madre sufrió, sabedlo. Sufrió, sí, santamente - todo en Ella era santo —, mas no por ello no sufrió intensamente.

Igualmente se equivocan aquellos que piensan que María amó tibiamente a su esposo, fundándose en que José era su esposo de espíritu no de carne. No. María amaba intensamente a su José, al cual le había dedicado seis lustros de vida fiel. Y José había sido para Ella un padre, un esposo, un hermano, un amigo, un protector.

Y Ella ahora se sentía sola, como un sarmiento si le talan el árbol que le servía de apoyo. Su casa estaba como si la hubiera asestado su golpe el rayo; se dividía. Primero era una unidad cuyos miembros se sostenían mutuamente; ahora venía a faltar el muro maestro. Éste fue el primer golpe asestado a esa Familia, y fue símbolo del otro abandono, que ya estaba próximo: el de su amado Jesús.

La voluntad del Eterno había querido que fuera esposa y Madre; ahora, por ésta misma voluntad, habría de experimentar la viudez y el que su Hijo la dejara. Y María responde, entre lágrimas, con uno de esos "síes" sublimes suyos: "Sí, Señor, hágase en mí según tu palabra". Y ¿qué hace, en esa hora, para tener la necesaria fuerza?: se abraza a Jesús.

María, siempre, en las horas más graves de su vida, se había abrazado a Dios. Así lo hizo en el Templo, cuando recibió la llamada al matrimonio; como en Nazaret, cuando fue llamada a la Maternidad, o llorando al verse viuda, o, en Nazaret también, cuando tuvo que pasar por el suplicio de verse separada de su Hijo; como en el Calvario, bajo la tortura que le supuso el verme morir.

Aprended, vosotros, los que lloráis. Aprended vosotros, que morís. Vosotros, que para morir vivís, aprendedlo. Tratad de merecer las mismas palabras que Yo dije a José. Ellas serán vuestra paz en medio de la batalla de la muerte. Aprended, vosotros, que morís, a merecer que Jesús esté a vuestro lado para confortaros. Mas, aunque no lo hubierais merecido, tened la osadía, de todas formas, de llamarme para que vaya a vuestro lado. Yo iré, llenas mis manos de gracias y consuelo, lleno mi corazón de perdón y de amor, llenos mis labios de palabras de absolución y de palabras de aliento.

La muerte, vivida entre mis brazos, pierde toda su parte cruda; creedlo. Yo no puedo abolir la muerte, pero sí puedo hacérsela dulce a aquel que muere confiando en mí.

Ya dijo Cristo, en su Cruz, por todos vosotros: "Señor, te confío mi espíritu". Lo dijo en su agonía pensando en la de cada uno de vosotros, pensando en vuestros sentimientos de terror, en vuestros errores, en vuestros temores, en vuestros deseos de perdón. Lo dijo con el corazón quebrado más que por la lanzada por la congoja, por una congoja más espiritual que física; para que la agonía de aquellos que mueren pensando en Él fuera dulcificada por el Señor, y para que el espíritu pasara de la muerte a la Vida, del dolor al gozo, para siempre.

## 43.

## Como conclusión de la vida oculta.

Dice María:

«Antes de que entregues estos cuadernos, uno a ellos mi bendición.

Ahora — tan sólo se necesita que queráis hacerlo con un poco de paciencia — podéis tener una colección completa de los hechos de la vida íntima de mi Jesús. Tenéis, desde la Anunciación hasta el momento en que sale de Nazaret para predicar, no sólo los dictados, sino también la ilustración de los hechos que acompañaron la vida familiar de Jesús.

Los Evangelios, al describir el vasto cuadro de la vida de mi Hijo, engloban, en breves referencias, sus primeros años, su niñez, su adolescencia y su juventud. En los Evangelios, Él es el Maestro. Aquí, es el Hombre, el Dios que se humilla por amor al hombre. 'Mas también obra milagros aquí, en el anonadamiento de una vida corriente, los obra en mí, sintiendo mi alma

llevada a la perfección al vivir en contacto con este Hijo mío que estaba formándose en mi seno; los obra en casa de Zacarías, santificando al Bautista, ayudando a Isabel en el momento del parto, devolviéndole la palabra, y la fe, a Zacarías; los obra en José, abriéndole el espíritu a la luz de una verdad tan excelsa que no hubiera podido comprenderla por sí solo, a pesar de ser justo. José, después de mí, fue el más consolado de esta lluvia de divinos beneficios.

Observa cuánto camino recorre, espiritual camino, desde que viene a mi casa hasta el momento de la huida a Egipto. Al principio era solamente un hombre justo según los cánones de su tiempo; luego, por fases, deviene el justo del tiempo cristiano. Se enriquece de la fe en Cristo y, tanto se abandona a esta fe segura, que de la frase pronunciada al principio del viaje de Nazaret hacia Belén — "¿Cómo nos las arreglaremos?" —, frase en que estaba comprendido todo el hombre, todo ese hombre que se revela con sus temores humanos, con sus humanas preocupaciones, pasa a la esperanza. Así, en la gruta, antes del nacimiento, dice: "Mañana irá mejor". Jesús, ya cercano, lo fortifica con esta esperanza, que entre los dones de Dios es uno de los más bellos. Y luego, cuando el contacto con Jesús lo santifica, pasa de esta esperanza a la intrepidez. Siempre se había dejado dirigir por mí, llevado del respeto de altísima veneración que hacia mí abrigaba. Ahora, por el contrario, dirige él, tanto las cosas de orden material como las de otro orden superior, y, en calidad de cabeza de la Familia, decide todo él. Es más, cuando, tras los meses de unión con el Hijo divino que le saturaron de santidad, llega la penosa hora de la huida, es él quien alivia mi pena, y me dice: "Aun en el caso de perderlo todo, teniéndole a Él tenemos todo".

Y también en los pastores mi Jesús obra milagros de gracia. Así, el Ángel se dirige al pastor ya predispuesto a la Gracia por su fugaz encuentro conmigo, y lo conduce a la Gracia, para que sea de ella salvado para siempre.

Obra milagros por doquiera que pasa, ya en exilio, ya de nuevo en su pequeña patria de Nazaret. Dondequiera que estuviese, en efecto, la santidad se expandía como el aceite sobre un lienzo, o la fragancia de las flores por el aire, y todo aquel que recibía su toque, a menos que no fuera un demonio, salía ansioso de santidad. Tal anhelo es ya raíz de vida eterna, pues quien quiere ser bueno consigue la bondad, que lleva al Reino de Dios.

Ahora ya tenéis, en escenas que reflejan momentos diversos, la santa Humanidad de mi Hijo, desde el alba al ocaso.

Podríamos haber dado todo junto, pero la Providencia juzgó que así estaba bien; por ti, alma mía. En cada uno de los dictados te hemos dado la medicina para aquellas heridas que te serían infligidas. Te la hemos ido dando con antelación, para prepararte. Mientras está granizando, nada parece protegernos, mas no es así. Si bien es cierto que la tempestad reaviva la humanidad que duerme sepultada bajo las aguas espirituales, no lo es menos que también saca a la superficie las gemas de una doctrina sobrenatural que, habiendo sido depositadas en vuestro corazón, esperaban precisamente esa hora de tempestad para emerger y deciros: "Acordaos de que también existimos nosotros".

Y no es sólo una razón de Providencia, alma mía, sino que también hay en ello una razón de bondad. En efecto, ¿cómo te hubiera sido posible, en el actual estado de postración en que te encuentras, (se dirige a María Valtorta) ver u oír ciertas visiones o ciertos dictados? Te habrían lesionado en modo tal, que te habrían incapacitado para tu misión de ''portavoz". Por eso, los hemos dado antes, evitando así quebrarte el corazón – pues somos buenos - con visiones y palabras demasiado acordes con tu sufrir, que te lo habrían agudizado hasta llevarlo al espasmo. No somos crueles, María. Siempre actuamos de forma que recibáis de Nosotros consuelo, y no temor o aumento de vuestro dolor. Nos es suficiente que os fiéis de Nosotros. Nos es suficiente que, con José, digáis: "Si me queda Jesús, todo me queda", para que vayamos con dones celestes a consolar vuestro espíritu.

No te prometo dones y consolaciones humanas; sí, las mismas consolaciones que tuvo José: sobrenaturales. Todos han de saber efectivamente, que, bajo la presión de la usura, que sofoca a todo pobre fugitivo, los dones de los Magos se disiparon, con la rapidez del relámpago, en conseguir un techo y ese mínimo de enseres o del necesario alimento, proveniente de aquella única fuente mientras no pudimos encontrar trabajo.

En la comunidad hebrea ha habido siempre mucha ayuda mutua, pero la de Egipto en concreto estaba formada en su mayor parte por gente perseguida que había tenido que expatriarse; gente pobre, por tanto, como nosotros, que nos añadíamos a su número. Y una pequeña parte de aquella riqueza, que queríamos reservarla para Jesús, para cuando fuera adulto, (la que se había salvado de los gastos de asentarnos en Egipto) nos sirvió para cubrir las necesidades del regreso a la patria, y fue apenas suficiente para organizar de nuevo en Nazaret casa y taller. Los tiempos cambian, pero la avidez humana es siempre la misma, y siempre aprovecha la necesidad ajena para, abusivamente, succionar su parte.

No. El tener con nosotros a Jesús no nos procuró bienes materiales. Muchos de vosotros es esto lo que pretendéis en cuanto os sentís un poquito unidos a Jesús. Os olvidáis de que Él dijo: "Buscad las cosas del espíritu". Todo lo demás es añadidura. Es verdad que Dios proporciona también el alimento a los hombres, como a las aves, pues sabe que, mientras la carne sea armadura de vuestra alma, lo necesitáis. Cierto; pero, pedid primero su Gracia, pedid primero por vuestro espíritu. El resto se os dará por añadidura.

A José, humanamente hablando, la unión con Jesús no le procuró sino trabajos, esfuerzos, persecuciones, hambre. Pero, dado que tendía sólo hacia Jesús, todo esto se transformó en paz espiritual, en alegría sobrenatural. Yo quisiera conduciros al punto en que estaba mi esposo cuando decía: "Aunque nos quedáramos sin nada, tendremos siempre todo, porque tenemos a Jesús".

Sé que el corazón se rompe, sé que la mente se nubla, sé que la vida se consume. Sí, María, pero... ¿Eres de Jesús? ¿Quieres serlo? ¿Dónde, cómo murió Jesús? Niña querida mía, llora, pero persevera en la fortaleza. El martirio no está en la forma del tormento, está en la constancia con que el mártir lo soporta. Por tanto, tan martirio es una pena moral cuanto lo es un arma, cuando aquélla se soporta con la misma finalidad. Tú soportas por amor a mi Hijo. Todo lo que haces los hermanos es siempre amor a Jesús, el cual los quiere salvos. Por tanto, lo que vives es martirio; persevera en él. No quieras actuar por tí sola. Es suficiente — puesto que estás sometida a presión demasiado fuerte como para poder tener todavía el vigor de guiarte por tí sola y de dominar incluso tu humanidad, impidiéndole llorar —, es suficiente con que dejes que el dolor te torture sin rebelarte. Basta que le digas a Jesús: "¡Ayúdame!". Lo que tú no puedes hacer, Él lo hará en ti. Permanece en Él. Siempre en Él. No quieras

salir de Él; y no saldrás si tú no lo quieres. Y aunque de hecho, como ahora, la intensidad del dolor te impida ver dónde estás, tú estarás siempre en Jesús.

Te bendigo. Di conmigo: "Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto" .Que éste sea siempre tu grito. Hasta que lo digas en el Cielo. La gracia del Señor esté siempre en ti».

## Contents

## Primer año de la vida pública de Jesús

### 44

### Adiós a la Madre y salida de Nazaret. Llanto y oración de la Corredentora.

El interior de la casa de Nazaret. Veo una habitación. Parece un comedor, donde la Familia come o está en las horas de descanso. Es una estancia muy reducida. Tiene una sencilla mesa rectangular frente a una especie de arquibanco que está pegando a una de las paredes: éste es el asiento de uno de los lados. En las otras paredes hay: un telar y un taburete; otros dos taburetes y un bazar, que tiene encima algunas lamparitas de aceite y otros objetos. Una puerta da a un pequeño huerto. Debe estar atardeciendo, pues no hay son un recuerdo de sol sobre la copa de un alto árbol que apenas verdece con las primeras hojas.

Jesús está sentado a la mesa. Está comiendo. María le sirve, yendo y viniendo por una puertecita que supongo conduce al lugar donde está el fuego, cuyo resplandor se ve desde la puerta entreabierta.

Jesús le dice a María dos o tres veces que se siente... y que también coma Ella. Pero Ella no quiere; menea la cabeza sonriendo tristemente, y trae, primero, unas verduras hervidas — me parece una sopa —; después, unos peces asados; luego, un queso más bien blando (como de oveja, fresco) de forma redondeada (semeja a esas piedras que se ven en los torrentes),y unas aceitunas pequeñas y oscuras. El pan, en pequeños moldes circulares (de la anchura de un plato común) y poco alto, está ya en la mesa. Es más bien oscuro, como si no se le hubiera separado el salvado. Jesús tiene delante un ánfora con agua y una copa; come en silencio, mirando a la Madre con doloroso amor.

María — se ve claramente — está apenada. Va, viene... para que no se le note. Enciende — aunque haya todavía luz suficiente — una lamparita y la pone junto a Jesús (al alargar el brazo acaricia disimuladamente la cabeza de su Hijo), abre una bolsa de color castaño — que a mí me parece hecha de esos paños de lana virgen tejidos a mano y, por tanto, impermeable —, comprueba si está vacía, sale al huertecito, va hasta el otro lado de éste, a una especie de despensa, de donde sale con unas manzanas ya más bien rugosas – conservadas desde el verano — y las mete en la bolsa; después coge un pan y mete también un pequeño queso, aunque Jesús no quiera y diga que ya tiene suficiente.

María se acerca a la mesa de nuevo, por la parte más estrecha, a la izquierda de Jesús. Le mira mientras come. Le mira con verdadera congoja, con adoración, con el rostro aún más pálido de lo normal y como más envejecido por la pena, con los ojos agrandados por una sombra que los marca, indicio de lágrimas vertidas; parecen, incluso, más claros que de costumbre, como lavados por el llanto que ya está casi apareciendo en ellos: ojos de dolor, cansados.

Jesús, que come despacio, claramente sin ganas, por complacer a su Madre, y que está más pensativo de lo habitual, levanta la cabeza y la mira. Se encuentra con una mirada llena de lágrimas, y baja la cabeza para que no se sienta cohibida, limitándose a cogerle la delicada mano que tiene apoyada en el borde de la mesa. La toma con la mano izquierda y se la lleva a la cara; Jesús apoya en ella su mejilla como rozándola un momento para sentir la caricia de esa pobre mano temblorosa, y la besa en el dorso con gran amor y respeto.

Veo a María llevándose la mano libre, la izquierda, hacia la boca, como para ahogar un sollozo; luego se seca con los dedos una lágrima grande que ha rebasado el borde del párpado y estaba regando la mejilla.

Jesús continúa comiendo. María sale rápidamente al huertecillo, donde ya hay poca luz... y desaparece. Jesús apoya el codo izquierdo sobre la mesa, y sobre la mano la frente, deja de comer y se sumerge en sus pensamientos.

Luego un momento de atención... Se levanta de la mesa. Sale Él también al huerto, mira a uno y otro lado y se dirige hacia la derecha respecto al lado de la casa, entra por una abertura de una pared rocosa, dentro de lo que reconozco como el taller de carpintero; esta vez todo ordenado, sin tablas, sin virutas, sin fuego encendido; el banco de carpintero y las herramientas, todas en su sitio, nada más.

Replegada sobre sí, en el banco, María llora. Parece una niña. Tiene la cabeza apoyada en el brazo izquierdo doblado, y llora, en voz baja pero con mucho dolor. Jesús entra despacio y se le acerca con tanta delicadeza, que Ella comprende que está allí sólo cuando su Hijo le deposita la mano sobre la cabeza inclinada, llamándola "Mamá" con voz de amorosa reprensión.

María levanta la cabeza y mira a Jesús entre un velo de llanto, y se apoya, con las dos manos unidas, en su brazo derecho. Jesús con un extremo de su ancha manga le seca la cara y la abraza, la estrecha contra su pecho, la besa en la frente. Jesús tiene aspecto majestuoso, parece más viril de lo habitual, y María más niña, salvo en la cara marcada por el dolor.

- Ven, Mamá - le dice Jesús, y, apretándola estrechamente con el brazo derecho, se encamina de nuevo hacia el huerto; allí se sienta en un banco que está apoyado en la pared de la casa. El huerto está silencioso y ya oscuro. Hay sólo un hermoso claro de luna y la luz que sale de la estancia. La noche está serena.

Jesús le habla a María. No percibo al principio las palabras, apenas susurradas, a las que María asiente con la cabeza. Después oigo:

- Y di a la familia..., a las mujeres de la familia, que vengan. No te quedes sola. Estaré más tranquilo, Madre, y tú sabes la necesidad que tengo de estar tranquilo para cumplir mi misión. Mi amor no te faltará. Vendré frecuentemente y, cuando esté en Galilea y no pueda acercarme a casa, te avisaré; entonces vendrás tú adonde este Yo. Mamá, esta hora debía llegar. Empezó aquí, cuando el Ángel se te apareció; ahora se cumple y debemos vivirla, ¿no es verdad, Mamá? Después vendrá la paz de la prueba superada, y la alegría. Antes es necesario atravesar este desierto, como los antiguos Padres para entrar en la Tierra Prometida. Pero el Señor Dios nos ayudará como hizo con ellos, y su ayuda será como maná espiritual para nutrir nuestro espíritu en el esfuerzo de la prueba. Digamos juntos al Padre nuestro...». Jesús se levanta y María con Él, y levantan la cara al cielo. Dos hostias vivas que resplandecen en la oscuridad.

Jesús dice lentamente, pero con voz clara y remarcando las palabras, la oración del Señor. Hace mucho hincapié en las frases: «venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad», distanciando mucho estas dos frases de las otras. Ora con los brazos abiertos (no exactamente en cruz, sino como los sacerdotes cuando dicen: «El Señor esté con vosotros»), María tiene las manos juntas.

Entran de nuevo en casa, y Jesús — a quien no he visto nunca beber vino — echa en una copa un poco de vino blanco de un ánfora de la despensa y la lleva a la mesa; coge de la mano a María y la obliga a sentarse junto a Él y a beber de ese vino (en que moja una rebanada de pan que le ofrece). Tanto insiste, que María cede. El resto lo bebe Jesús. Luego estrecha a su Madre contra su costado, y así la sujeta, contra su persona, en el lado del corazón. Ni Jesús ni María están reclinados, sino sentados como nosotros. No hablan más. Esperan. María acaricia la mano derecha de Jesús y sus rodillas. Jesús acaricia el brazo y la cabeza de María.

Jesús se levanta y con Él María, se abrazan y se besan amorosamente una y otra vez; y una y otra vez parece que quieren despedirse, pero María vuelve a estrechar contra su pecho a su Hijo. Es la Virgen, pero es una madre a fin de cuentas, una madre que debe separarse de su hijo y que sabe a dónde conduce esa separación. Que ya no se me venga a decir que María no ha sufrido. Antes lo creía poco, ahora no lo creo en absoluto.

Jesús coge el manto (azul oscuro), se lo echa a los hombros y con él se cubre la cabeza a manera de capucha. Luego se pone en bandolera la bolsa, de forma que no le obstaculice el camino. María le ayuda, nunca termina de ajustarle la túnica y el manto y la capucha, y, mientras, lo vuelve a acariciar.

Jesús va hacia la puerta después de trazar un gesto de bendición en la estancia. María lo sigue y, en la puerta, ya abierta, se besan una vez más.

La calle está silenciosa y solitaria, blanca de luna. Jesús se pone en camino. Dos veces se vuelve aún a mirar a su Madre, que está apoyada en la jamba, más blanca que la Luna, toda reluciente de llanto silencioso. Jesús se va alejando por la callejuela blanca. María continúa llorando apoyada en la puerta. Y Jesús desaparece en una equina de la calle.

Ha empezado su camino de Evangelizador, que terminará en el Gólgota. María entra llorando y cierra la puerta. También para Ella ha comenzado el camino que la llevará al Gólgota. Y por nosotros...

Dice Jesús:

- Éste es el cuarto dolor de María, Madre de Dios: el primero fue la presentación en el Templo; el segundo, la huida a Egipto; el tercero, la muerte de José; el cuarto, mi separación de Ella.

Conociendo el deseo del Padre, te dije ayer por la noche que voy a acelerar la descripción de "nuestros" dolores para que se den a conocer. Pero, como ves, ya algunos de mi Madre habían sido ilustrados. He explicado antes que la Presentación la permanencia en Egipto, porque había necesidad de hacerlo ese día. Yo sé las cosas. Y tú comprendes.

Mi proyecto es alternar tus contemplaciones, y mis consiguientes explicaciones, con los dictados propiamente dichos, para aliviarte a ti y a tu espíritu dándote la beatitud de ver, y también porque así queda clara la diferencia estilística entre tu forma de redactar y la mía.

Además, ante tantos libros que hablan de mí y que, tocando y retocando, cambiando y acicalando, se han transformado en irreales, tengo el deseo de dar a quien en mí cree una visión devuelta a la verdad de mi tiempo mortal. No salgo disminuido; antes al contrario, magnificado en mi humildad, que se hace pan para vosotros para enseñaros a ser humildes y semejantes a mí, que fui hombre como vosotros y que llevé en mi aspecto humano la perfección de un Dios. Debía ser Modelo vuestro, y los modelos deben ser siempre perfectos.

No mantendré en las contemplaciones una línea cronológica correspondiente a la de los Evangelios. Tomaré los puntos que considere más útiles en ese día para ti o para otros, siguiendo una línea mía de enseñanza y bondad.

La enseñanza que proviene de la contemplación de mi separación se dirige especialmente a los padres e hijos a quienes la voluntad de Dios llama a la recíproca renuncia por un amor más alto; en segundo lugar está dirigida a todos aquellos que se encuentran frente a una renuncia penosa (¡y cuántas encontráis en la vida!). Son espinas en la Tierra que traspasan el corazón; lo sé. Pero para quien las acoge con resignación — mirad, no digo: "para quien las desea y las acoge con alegría" (esto ya es perfección), digo "con resignación
— se transforman en eternas rosas. Pero pocos las acogen con resignación. Como burritos tozudos, os resistís obstinadamente a la voluntad del Padre, aunque no tratéis de herir con patadas y mordiscos espirituales, o sea, con rebelión y blasfemias contra el buen Dios.

Y no digáis: "Pero si yo sólo tenía este bien y Dios me lo ha quitado; sólo este afecto, y Dios me lo ha arrancado". También María, mujer noble, amorosa hasta la perfección (porque en la Toda Gracia también las formas afectivas y sensitivas eran perfectas), sólo tenía un bien y un amor en la tierra: su Hijo. No le quedaba más que Él: los padres, muertos desde hacía tiempo; José, muerto desde hacía algunos años. Sólo quedaba Yo para amarla y hacerle sentir que no estaba sola. Los parientes, por causa mía, desconociendo mi origen divino, le eran un poco hostiles, como hacia una madre que no sabe imponerse a su hijo que se aparta del común buen juicio o que rechaza un matrimonio propuesto que podría honrar a la familia e incluso ayudarla.

Los parientes, voz del sentido común, del sentido humano —vosotros lo llamáis sensatez, pero no es más que sentido humano, o sea, egoísmo — habrían querido que yo hubiera vivido estas cosas. En el fondo era siempre el miedo de tener un día que soportar molestias por mi causa; que ya osaba expresar ideas — según ellos demasiado idealistas — que podían poner en contra a la sinagoga. La historia hebrea estaba llena de enseñanzas sobre la suerte de los profetas. No era una misión fácil la del profeta, y frecuentemente le ocasionaba la muerte a él mismo y disgustos a la parentela. En el fondo, siempre el pensamiento de tener que hacerse cargo un día de mi Madre.

Por ello, el ver que Ella no me ponía ningún obstáculo y parecía en continua adoración ante su Hijo, los ofendía. Este contraste habría de crecer durante los tres años de ministerio, hasta culminar en abiertos reproches cuando, estando yo entre

las multitudes, se llegaban hasta mí, y se avergonzaban de mi manía — según ellos — de herir a las castas poderosas. Reprensión a mí y a Ella; ¡pobre Mamá!

Y, no obstante, María, que conocía el estado de ánimo de sus parientes — no todos fueron como Santiago, Judas o Simón, ni como la madre de estos, María de Cleofás — y que preveía el estado de ánimo futuro; María, que conocía su suerte durante esos tres años, y la que le esperaba al final de los mismos y la suerte mía, no opuso resistencia como hacéis vosotros. Lloró. Y ¿quién no habría llorado ante una separación de un hijo que la amaba como Yo la amaba; ante la perspectiva de los largos días, vacíos de mi presencia, en la casa solitaria; ante el futuro del Hijo destinado a chocar contra la malevolencia de quien era culpable y se vengaba de serlo agrediendo al Inculpable hasta matarlo?

Lloró porque era la Corredentora y la Madre del género humano renacido a Dios, y debía llorar por todas las madres que no saben hacer de su dolor de madres una corona de gloria eterna.

¡Cuántas madres en el mundo a quienes la muerte arranca de los brazos una criatura! ¡Cuántas madres a quienes un querer sobrenatural arrebata de su lado a un hijo! Por todas sus hijas, como Madre de los cristianos, por todas sus hermanas, en el dolor de madre despojada, ha llorado María. Y por todos los hijos que, nacidos de mujer, están destinados a ser apóstoles de Dios o mártires por amor a Dios, por fidelidad a Dios, o por crueldad humana.

Mi Sangre y el llanto de mi Madre son la mixtura que fortalece a estos signados para heroica suerte; la que anula en ellos las imperfecciones, o también las culpas cometidas por su debilidad, dando, además del martirio — en cualquier caso, enseguida — la paz de Dios y, si sufrido por Dios, la gloria del Cielo.

Las lágrimas de María las encuentran los misioneros como llama que calienta en las regiones donde la nieve impera, las encuentran como rocío allí donde el sol arde. La caridad de María las exprime.

Estas han brotado de un corazón de lirio. Tienen, por ello: de la caridad virginal desposada con el Amor, el fuego; de la virginal pureza, la perfumada frescura, semejante a la del agua recogida en el cáliz de un lirio después de una noche de rocío.

Las encuentran los consagrados en ese desierto que es la vida monástica bien entendida: desierto, porque no vive más que la unión con Dios, y cualquier otro afecto cae, transformándose únicamente en caridad sobrenatural hacia los parientes, los amigos, los superiores, los inferiores.

Las encuentran los consagrados a Dios en el mundo, en el mundo que no los entiende y no los ama, desierto también para ellos, en el que viven como si estuvieran solos: ¡muy grande es, en efecto, la incomprensión que sufren, y las burlas, por mi amor!

Las encuentran mis queridas "víctimas", porque María es la primera de las víctimas por amor a Jesús. A sus discípulas Ella les da con mano de Madre y de Médico, sus lágrimas, que confortan y embriagan para más alto sacrificio.

¡Santo llanto de mi Madre!

María ora. Porque Dios le dé un dolor, no se niega a orar. Recordadlo. Ora junto con Jesús. Ora al Padre nuestro y vuestro.

El primer "Pater noster" fue pronunciado en el huerto de Nazaret para consolar la pena de María, para ofrecer "nuestras" voluntades al Eterno en el momento en que comenzaba para estas voluntades el período de una renuncia cada vez mayor, que habría de culminar en la renuncia de la vida para Mí y de la muerte de un Hijo para María.

Y, aunque nosotros no tuviéramos nada que necesitara el perdón del Padre, por humildad incluso, nosotros, los Sin Culpa, pedimos el perdón del Padre para afrontar, perdonados (absueltos incluso de un suspiro), dignamente nuestra misión. Para enseñaros que cuanto más se está en gracia de Dios más bendecida y fructuosa resulta la misión; para enseñaros el respeto a Dios y la humildad. Ante Dios Padre aun nuestras dos perfecciones de Hombre y de Mujer se sintieron nada y pidieron perdón, como también pidieron el "pan de cada día".

¿Cuál era nuestro pan? ¡Oh!, no el que amasaron las manos puras de María, cocido en el pequeño horno, para el cual yo muchas veces había recogido haces y manojos de leña — que es también necesario mientras se está en esta Tierra —, no ese pan, sino que "nuestro" pan cotidiano era el de llevar a cabo, día a día, nuestra parte de misión. Que Dios nos la diera cada día, porque llevar a cabo la misión que Dios da es la alegría de "nuestro" día, ¿no es verdad, pequeño Juan? ¿No lo dices también tú, que te parece vacío el día, como si no hubiera existido, si la bondad del Señor te deja, un día, sin tu misión de dolor?

María ora con Jesús. Es Jesús quien os justifica, hijos. Soy Yo quien hace aceptables y fructuosas vuestras oraciones ante el Padre. Yo he dicho: "Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, Él os lo concederá", y la Iglesia acredita sus oraciones diciendo: "Por Jesucristo Nuestro Señor".

Cuando oréis, uníos siempre, siempre, siempre a mí. Yo rogaré en voz alta por vosotros, cubriendo vuestra voz de hombres con la mía de Hombre – Dios. Yo pondré sobre mis manos traspasadas vuestra oración y la elevaré al Padre. Será hostia de valor infinito. Mi voz, fundida con la vuestra, subirá como beso filial al Padre, y la púrpura de mis heridas hará preciosa vuestra oración. Estad en mí si queréis tener al Padre en vosotros, con vosotros, para vosotros.

Has terminado la narración diciendo: "Y por nosotros...", y querías decir: "Por nosotros que somos tan ingratos hacia estos Dos que han subido el Calvario por nosotros". Has hecho bien en poner esas palabras. Ponlas cada vez que te muestre un dolor nuestro. Que sea como la campana que suena y que llama a meditar y a arrepentirse.

Nada más. Descansa. La paz esté contigo".

## 45

## Predicación de Juan el Bautista y Bautismo de Jesús. La manifestación divina.

Veo una llanura despoblada de vegetación y de casas. No hay campos cultivados, y muy pocas y raras plantas reunidas aquí o allá en matas — vegetales familias — en los sitios en que el suelo está por debajo menos quemado. Imagine que este terreno quemado y baldío está a mi derecha — teniendo yo el norte a mis espaldas — y se prolonga hacia el Sur respecto a mí.

A la izquierda veo un río de orillas muy bajas, que corre lentamente también de Norte a Sur. Por el movimiento lentísimo del agua comprendo que no debe haber desniveles en su lecho y que fluye por una llanura tan achatada que constituye una depresión. El movimiento es apenas suficiente para que el agua no se estanque formando un pantano. (El agua es poco profunda, tanto que se ve el fondo; a mi juicio, no más de un metro, como mucho uno y medio. Tiene la anchura del Arno hacia S. Miniato-Empoli: yo diría que unos veinte metros. Pero no tengo buen ojo para calcular con exactitud). Es de un azul ligeramente verde hacia las orillas, donde, por la humedad del suelo, hay una faja tupida de hierba que alegra la vista, cansada de la desolación pedregosa y arenosa de cuanto se le extiende delante.

Esa voz íntima que le he explicado que oigo y me indica lo que debo notar y saber me advierte que estoy viendo el valle del Jordán Lo llamo valle porque se emplea esta palabra para indicar el lugar por donde corre un río, pero en este caso es impropio llamarlo así porque un valle presupone montes y yo aquí no veo montes cercanos. Pero, en fin, estoy en el Jordán, y el espacio desolado que observo a mi derecha es el desierto de Judá. Si es correcto llamarlo desierto en el sentido de un lugar donde no hay casas ni trabajo humano, no lo es según el concepto que nosotros tenemos de desierto. Aquí no se ven esas arenas onduladas que nosotros nos pensamos, sino sólo tierra desnuda, con piedras y detritus esparcidos; es como los terrenos aluviales después de una crecida. En la lejanía, colinas.

Además, junto al Jordán hay una gran paz, un algo especial, superior a lo común, como lo que se nota en las orillas del Trasimeno. Es un lugar que parece guardar memoria de vuelos de ángeles y voces celestes. No sé bien decir lo que experimento, pero me siento en un lugar que habla al espíritu.

Mientras observo estas cosas, veo que la escena se puebla de gente a lo largo de la orilla derecha — respecto a mí — del Jordán. Hay muchos hombres, vestidos de diversas formas. Algunos parecen gente del pueblo, otros ricos; no faltan algunos que parecen fariseos por el vestido ornado de ribetes y galones.

Entre todos ellos, en pie sobre una roca, un hombre a quien, aunque sea la primera vez que lo veo, lo reconozco enseguida como el Bautista. Habla a la multitud, y le aseguro que no son palabras dulces. Jesús llamó a Santiago y a Juan "los hijos del trueno"... ¿Cómo llamar entonces a este vehemente orador? Juan Bautista merece el nombre de rayo, avalancha, terremoto... ¡Gran ímpetu y severidad, manifiesta, efectivamente, en su modo de hablar y en sus gestos!

Habla anunciando al Mesías y exhortando a preparar los corazones para su venida, extirpando de ellos los obstáculos y enderezando los pensamientos. Es un hablar vertiginoso y rudo. El Precursor no tiene la mano suave de Jesús sobre las llagas de los corazones. Es un médico que desnuda y hurga y corta sin miramientos.

Mientras lo escucho — no repito las palabras porque son las mismas que citan los evangelistas, pero ampliadas en impetuosidad - veo que mi Jesús se acerca a lo largo de un senderillo que va por el borde de la línea herbosa y umbría que sigue el curso del Jordán. Este rústico camino (más sendero que camino) parece dibujado por las caravanas y las personas que durante años y siglos lo han recorrido para llegar a un punto donde, por ser menos profundo el fondo del río es fácil vadearlo. El sendero continúa por el otro lado del río y se pierde entre la hierba de la orilla opuesta.

Jesús está solo. Camina lentamente, acercándose, a espaldas de Juan. Se aproxima sin que se note y va escuchando la voz de trueno del Penitente del desierto, como si fuera uno de tantos que iban a Juan para que los bautizara, y a prepararse a quedar limpios para la venida del Mesías. Nada le distingue a Jesús de los demás. Parece un hombre común por su vestir; un señor en el porte y la hermosura, mas ningún signo divino lo distingue de la multitud.

Pero diríase que Juan ha sentido una emanación de espiritualidad especial. Se vuelve y detecta inmediatamente su fuente. Baja impetuosamente de la roca que le servía de púlpito y va deprisa hacia Jesús, que se ha detenido a algunos metros del grupo apoyándose en el tronco de un árbol.

Jesús y Juan se miran fijamente un momento. Jesús con esa mirada suya azul tan dulce; Juan con su ojo severo, negrísimo, lleno de relámpagos. Los dos, vistos juntos, son antitéticos. Altos los dos — es el único parecido —, son muy distintos en todo lo demás. Jesús, rubio y de largos cabellos ordenados, rostro de un blanco marmóreo, ojos azules, atavío sencillo pero majestuoso. Juan, hirsuto, negro: negros cabellos que caen lisos sobre los hombros (lisos y desiguales en largura); negra barba rala que le cubre casi todo el rostro, sin impedir con su velo que se noten los carrillos ahondados por el ayuno; negros ojos febriles; oscuro de piel, bronceada por el sol y la intemperie; oscuro por el tupido vello que lo cubre. Juan está semidesnudo, con su vestidura de piel de camello (sujeta a la cintura por una correa de cuero), que le cubre el torso cayendo apenas bajo los costados delgados y dejando descubiertas las costillas en la parte derecha, esas costillas cubiertas por el único estrato de tejidos que es la piel curtida por el aire. Parecen un salvaje y un ángel vistos juntos.

Juan, después de escudriñarlo con su ojo penetrante, exclama:

- He aquí el Cordero de Dios. ¿Cómo es que viene a mí mi Señor?.

Jesús responde lleno de paz:

- Para cumplir el rito de penitencia.

- Jamás, mi Señor. Soy yo quien debe ir a ti para ser santificado, ¿y Tú vienes a mí?

Y Jesús, poniéndole una mano sobre la cabeza, porque Juan se había inclinado ante Él, responde: - Deja que se haga como deseo, para que se cumpla toda justicia y tu rito sea inicio para un más alto misterio y se anuncie a los hombres que la Víctima está en el mundo.

Juan lo mira con los ojos dulcificados por una lágrima y le precede hacia la orilla. Allí Jesús se quita el manto, la túnica y la prenda interior quedándose con una especie de pantalón corto; luego baja al agua, donde ya está Juan, que lo bautiza vertiendo sobre su cabeza agua del río, tomada con una especie de taza que lleva colgada del cinturón y que a mí me parece como una concha o una media calabaza secada y vaciada.

Jesús es exactamente el Cordero. Cordero en el candor de la carne, en la modestia del porte, en la mansedumbre de la mirada.

Mientras Jesús remonta la orilla y, después de vestirse, se recoge en oración, Juan lo señala ante las turbas y testifica que lo ha reconocido por el signo que el Espíritu de Dios le había indicado como señal infalible del Redentor.

Pero yo estoy polarizada en mirar a Jesús orando, y sólo tengo presente esta figura de luz que resalta sobre el fondo de hierba de la ribera.

Dice Jesús:

- Juan no tenía necesidad del signo para sí mismo. Su espíritu, presantificado desde el vientre de su madre, poseía esa vista de inteligencia sobrenatural que habrían poseído todos los hombres sin la culpa de Adán.

Si el hombre hubiera permanecido en gracia, en inocencia, en fidelidad para con su Creador, habría visto a Dios a través de las apariencias externas. En el Génesis se lee que el Señor Dios hablaba familiarmente con el hombre inocente y que éste no desfallecía ante aquella voz y no se equivocaba al discernirla. Era destino del hombre ver y entender a Dios, justamente como un hijo con su padre. Después vino la culpa, y el hombre ya no se ha atrevido a mirar a Dios, ya no ha sabido ni ver ni comprender a Dios. Y cada vez lo sabe menos.

Pero Juan, mi primo Juan, quedó limpio de la culpa cuando la Llena de Gracia se inclinó amorosa a abrazar a Isabel, un tiempo estéril, entonces fecunda. El pequeñuelo saltó de júbilo en su seno, sintiendo caérsele de su alma la escama de la culpa, como costra que cae de una llaga que sana. El Espíritu Santo, que había hecho de María la Madre del Salvador, comenzó su obra de salvación, a través de María, vivo Sagrario de la Salvación encarnada, sobre este niño que había de nacer destinado a unirse a mí, no tanto por la sangre, cuanto por la misión que hizo de nosotros como los labios que forman la palabra. Juan los labios, Yo la Palabra. Él el Precursor en el Evangelio y en la suerte del martirio; Yo, quien perfeccionaba, con mi divina perfección, el Evangelio comenzado por Juan y el martirio por la defensa de la Ley de Dios.

Juan no tenía necesidad de ningún signo. Pero la cerrazón de los demás lo requería. ¿En qué habría fundado Juan su aserción, sino sobre una prueba innegable que los ojos y oídos de los tardos hubieran percibido?

Tampoco Yo tenía necesidad de bautismo. Pero la sabiduría del Señor había juzgado que ése era el momento y el modo del encuentro. E induciendo a Juan a salir de su cueva del desierto y a mí a salir de mi casa, nos unió en esa hora para abrir sobre mí los Cielos de donde habría de descender Él mismo, Paloma divina, sobre aquel que bautizaría a los hombres con tal Paloma, y el anuncio, más potente que el angélico, porque provenía del Padre mío: "Éste es mi Hijo muy amado con quien me he complacido". Para que los hombres no tuvieran disculpas o dudas en seguirme o en no seguirme.

Las manifestaciones del Cristo han sido muchas. La primera, después del Nacimiento, fue la de los Magos; la segunda, en el Templo; la tercera, en las orillas del Jordán. Después vinieron las infinitas otras que te daré a conocer (porque mis milagros son manifestaciones de mi naturaleza divina) hasta las últimas de la Resurrección y Ascensión al Cielo.

Mi patria quedó llena de mis manifestaciones. Como semilla esparcida los cuatro puntos cardinales, llegaron a todo estrato y lugar de la vida: a los pastores, a los poderosos, a los doctos, a los incrédulos, a los pecadores, a los sacerdotes, a los dominadores, a los niños, a los soldados, a los hebreos, a los gentiles. También al presente se repiten. Pero — como entonces — el mundo no las acoge. No sólo esto, sino que no acoge las actuales y olvida las pasadas. Pues bien, Yo no desisto. Yo me repito para salvaros, para conduciros a la fe en mí.

¿Sabes, María, lo que haces; es más, lo que hago mostrándote el Evangelio? Es un intento más fuerte de atraer a los hombres hacia mí. Tú has deseado esto con ardientes oraciones. Ya no me limito a la palabra. Los cansa y los separa. Es un pecado, pero es así. Recurro a la visión, y además de mi Evangelio, y la explico para hacerla más clara y atrayente.

A ti te doy el consuelo de ver. A todos doy el modo de desear conocerme. Y, si no sirviera aún, y cuales crueles niños arrojasen el don sin comprender su valor, a ti te quedará mi don y a ellos mi enojo. Podré, una vez más, pronunciar la antigua recriminación: "Hemos tocado y no habéis bailado, hemos entonado lamentos y no habéis llorado".

Pero no importa, dejemos que los inconvertibles acumulen sobre su cabeza los tizones ardientes y volvámonos hacia las ovejas que tratan de conocer al Pastor, que soy Yo; y tú el cayado que las conduce a mí».

## 46.

## Jesús tentado por Satanás en el desierto. Cómo se vencen las tentaciones.

Ante mí la soledad pedregosa que había contemplado a mi izquierda en la visión del bautismo de Jesús en el Jordán. Pero debo haberme adentrado mucho en ella, porque no veo en absoluto el hermoso río lento y azul, ni la vena de hierba que sigue su curso por las dos orillas, como alimentada por aquella arteria de agua. Aquí, sólo soledad, pedruscos, tierra tan abrasada, que ha quedado reducida a polvo amarillento que de vez en cuando el viento levanta en pequeños remolinos que parecen hálito de boca febril por lo seco y calientes que están; muy molestos por el polvo que con ellos penetra en la nariz y en la faringe. Muy raros, algún pequeño matorral espinoso, que ha resistido — quién sabe por qué — en aquella desolación: parecen los restos de mechones de cabellos en la cabeza de un calvo. Arriba, un cielo despiadadamente azul; abajo, el terreno árido; en torno, rocas y silencio. Esto es lo que veo, por lo que a la naturaleza se refiere.

Apoyado en una roca que, por su forma, crea una covacha, y sentado en una piedra que ha sido arrastrada hasta la oquedad, está Jesús. Se resguarda así del sol ardiente. Y el interno consejero me indica que esa piedra, en la que ahora está sentado, es también su reclinatorio y su almohada cuando descansa breves horas envuelto en su manto bajo la luz de las estrellas y el aire frío de la noche. Ahí cerca está la bolsa que le vi tomar antes de salir de Nazaret: todo su haber; por lo flácida que aparece, comprendo que está vacía de la poca comida que en ella había puesto María.

Jesús está muy delgado y pálido. Está sentado, con los codos apoyados en las rodillas y los antebrazos hacia fuera, con las manos unidas y entrelazadas por los dedos. Medita. De vez en cuando, levanta la mirada y la dirige a su alrededor y mira al Sol, que está alto, casi a plomada, en el cielo azul. De vez en cuando, y especialmente después de dirigir la mirada en torno a sí y alzarla hacia la luz solar, como con vértigo, cierra los ojos y se apoya en la peña que le sirve de cobijo.

Veo aparecer el feo hocico de Satanás. No se presenta de la forma con que nos lo imaginamos: con cuernos, rabo, etc. etc. Parece un beduino envuelto en su vestido y en su gran manto, que se asemeja a un disfraz de dominó. En la cabeza, el turbante, cuyas faldas blancas caen sobre los hombros y a ambos lados de la cara para protegerlos. De manera que, de la cara, puede verse un pequeño triángulo muy moreno, de labios delgados y sinuosos, de ojos negrísimos y hundidos, llenos de destellos magnéticos. Dos pupilas que te leen en el fondo del corazón, pero en las que no lees nada o una sola palabra: misterio. Lo opuesto del ojo de Jesús, también muy magnético y fascinante, que te lee en el corazón, pero en el que tú lees también que en su corazón hay amor y bondad hacia ti. El ojo de Jesús es una caricia en el alma. Este es como un doble puñal que te perfora y quema.

Se acerca a Jesús:

-¿Estás sólo?

Jesús lo mira y no responde.

-¿Cómo es que estás aquí? ¿Te has perdido?.

Jesús vuelve a mirarlo y calla.

- Si tuviera agua en la cantimplora, te la daría, pero yo también estoy sin ella. Se me ha muerto el caballo y me dirijo a pie al vado. Allí beberé y encontraré a alguien que me dé un pan. Sé el camino. Ven conmigo. Te guiaré.

Jesús ya ni siquiera alza los ojos.

-¿No respondes? ¿Sabes que si te quedas aquí mueres? Ya se levanta el viento. Va a haber tormenta. Ven».

Jesús aprieta las manos en muda oración.

-¡Ah, entonces eres Tú! ¡Hace mucho que te busco! Y hace mucho que te vengo observando. Desde el momento en que fuiste bautizado. ¿Llamas al Eterno? Está lejos. Ahora estás en la tierra, entre los hombres. Y sobre los hombres reino yo. Pero, me das pena y quiero ayudarte, porque eres bueno y has venido a sacrificarte por nada. Los hombres te odiarán por tu bondad. No entienden más que de oro, comida y sensualidad. Sacrificio, dolor, obediencia, son para ellos palabras más muertas que esta tierra que tenemos a nuestro alrededor. Son aún más áridos que este polvo. Sólo la serpiente y el chacal pueden esconderse aquí, esperando morder o despedazar a alguno. Vámonos. No merece la pena sufrir por ellos. Los conozco más que Tú.

Satanás se ha sentado frente a Jesús, lo escudriña con su mirada tremenda y sonríe con su boca de serpiente. Jesús sigue callado y ora mentalmente.

Tú desconfías de mí. Haces mal. Yo soy la sabiduría de la Tierra. Puedo ser maestro tuyo para enseñarte a triunfar. Mira: lo importante es triunfar. Luego, cuando uno se ha impuesto, cuando ha engatusado al mundo, puede conducir a éste a donde quiera. Pero primero hay que ser como les gusta a ellos, como ellos. Seducirlos haciéndoles creer que los admiramos y seguimos su pensamiento.

Eres joven y atractivo. Empieza por la mujer, Siempre se debe comenzar por ella. Yo me equivoqué induciendo a la mujer a la desobediencia. Debería haberla aconsejado de otra forma. Habría hecho de ella un instrumento mejor y habría vencido a Dios. Actué precipitadamente. ¡Pero Tú...! Yo te enseño porque un día deposité en tí mi mirada con júbilo angélico y aún me queda un resto de aquel amor, escúchame y usa mi experiencia: búscate una compañera. Adonde Tú no llegues, ella llegará. Eres el nuevo Adán, debes tener tu Eva.

Además, ¿cómo podrás comprender y curar las enfermedades de la sensualidad si no sabes lo que son? ¿No sabes que es ahí donde está el núcleo del que nace la planta de la codicia y del afán de poder? ¿Por qué el hombre quiere reinar? ¿Por qué quiere ser rico, potente? Para poseer a la mujer. Ésta es como la alondra. Tiene necesidad de algo que brille para sentirse atraída. El oro y el poder son las dos caras del espejo que atraen a las mujeres y las causas del mal en el mundo. Mira: detrás de mil delitos de distinta naturaleza, hay al menos novecientos que tienen raíz en el hambre de posesión de la mujer o en la voluntad de una mujer consumida por un deseo que el hombre aún no satisface, o ya no satisface. Ve a la mujer, si quieres saber qué es la vida. Sólo después sabrás atender y curar los males de la Humanidad.

¡Es bonita la mujer! No hay nada más hermoso en el mundo. El hombre tiene el pensamiento y la fuerza. ¡Pero la mujer!... Su pensamiento es un perfume, su contacto es caricia de flores, su gracia es como vino que entra, su debilidad es como madeja de seda o rizo de niño en las manos del hombre, su caricia es fuerza que se vierte en la nuestra y la enciende. El dolor, la fatiga, la aflicción, quedan anulados cuando se está junto a una mujer y ella entre nuestros brazos como un ramo de flores.

Pero, ¡qué tonto soy! Tú tienes hambre y te hablo de la mujer. Tu vigor está exhausto Por ello, esta fragancia de la Tierra, esta flor de la creación, este fruto que da y suscita amor, te parece sin importancia. Pero, mira estas piedras: ¡qué redondeadas son y qué pulidas están, doradas bajo el Sol que cae!; ¿no parecen panes? Tú, Hijo de Dios, no tienes más que decir "quiero", para que se transformen en oloroso pan como el que ahora están sacando del horno las amas de casa para la cena de sus familiares. Y estas acacias tan secas, si Tú quieres, ¿no pueden llenarse de dulces pomos, de dátiles de miel? ¡Sáciate, oh Hijo de Dios! Tú eres el Dueño de la Tierra. Ella se inclina para ponerse a tus pies y quitarte el hambre.

¿Ves cómo te pones pálido y te tambaleas con solo oír nombrar el pan? ¡Pobre Jesús! ¿Estás tan débil, que ya no puedes ni siquiera dominar el milagro? ¿Quieres que lo haga yo en tu lugar? No estoy a tu altura, pero algo puedo. Me quedaré falto de fuerzas durante un año, las reuniré todas, pero te quiero servir porque Tú eres bueno y siempre me acuerdo que eres mi Dios, aunque me haya hecho indigno de llamarte tal. Ayúdame con tu oración para que pueda....

- Calla. No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que viene de Dios.

El demonio siente una sacudida de rabia. Le rechinan los dientes y aprieta los puños; de todas formas, se contiene y transforma su mueca en sonrisa.

- Comprendo, Tú estás por encima de las necesidades de la Tierra y te da repugnancia el servirte de mí. Me lo he merecido. 'Ven, entonces, y ve lo que hay en la Casa de Dios, ve cómo incluso los sacerdotes no rehúsan hacer transacciones entre el espíritu y la carne; porque, al fin y al cabo, son hombres y no ángeles. Cumple un milagro espiritual. Yo te llevo al pináculo del Templo, Tú transfigúrate en belleza allí arriba, y luego llama a las cohortes de ángeles y di que hagan de sus alas entrelazadas alfombra para tus pies y te porten así al patio principal. Que te vean y se acuerden de que Dios existe. De vez en cuando es necesario manifestarse, porque el hombre tiene una memoria muy frágil, especialmente en lo espiritual. Tú sabes qué dichosos se sentirán los ángeles de proteger tu pie y servirte de escalera cuando bajes.

-"No tientes al Señor tu Dios", está escrito.

- Comprendes que tu aparición tampoco mudaría las cosas y el Templo continuaría siendo un mercado y un lugar de corrupción. Tu divina sabiduría sabe que los corazones de los ministros del Templo son un nido de víboras, que se devoran, y devoran, con tal de aumentar su poder. Sólo los doma el poder humano.

Ven entonces. Adórame. Yo te daré la Tierra. Alejandro, Ciro, Cesar, todos los mayores dominadores pasados o vivos serán semejantes a jefes de mezquinas caravanas respecto a tí, que tendrás a todos los reinos de la Tierra bajo tu cetro, y con los reinos todas las riquezas, todas las cosas bellas de la tierra, y mujeres y caballos y soldados y templos. Podrás poner en alto en todas partes tu Signo, cuando seas Rey de los reyes y Señor del mundo. Entonces te obedecerá y venerará el pueblo y el sacerdocio. Todas las castas te honrarán y servirán, porque serás el Poderoso, el Único, el Señor.

¡Adórame aunque sólo sea un momento! ¡Quítame esta sed que tengo de ser adorado! Es la que me ha perdido, pero ha quedado en mí y me quema. Las llamaradas del infierno son aire fresco de la mañana respecto a este ardor que me quema por dentro. Es mi infierno, esta sed. ¡Un momento, un momento sólo, Cristo, Tú que eres bueno! ¡Un momento, aunque sólo sea, de gozo, al eterno Atormentado! Hazme sentir lo que quiere decir ser dios, y me tendrás devoto, obediente como siervo, durante toda la vida, en todas tus empresas. ¡Un momento! ¡Un solo momento, y no te atormentaré más!

Satanás cae de rodillas, suplicando. .

Jesús, por el contrario, se ha levantado. Ha adelgazado en estos días de ayuno y parece aún más alto. Su rostro tiene un terrible aspecto de severidad y potencia, sus ojos son dos zafiros abrasadores, su voz es un trueno que resuena en la oquedad de la roca y se esparce por el pedregal y el llano desolado cuando dice:

- Vete, Satanás. Está escrito: "Adorarás al Señor tu Dios y a Él sólo servirás".

Satanás, con un alarido de condenado desgarro y de odio indescriptible, sale corriendo (tremendo ver su furiosa, humeante persona). Y desaparece con un nuevo alarido de maldición.

Jesús se sienta cansado, apoyando hacia atrás la cabeza contra la roca. Parece exhausto. Suda. Pero seres angélicos vienen a mover suavemente el aire con sus alas en el ambiente de bochorno de la cueva, purificándolo y refrescándolo. Jesús abre los ojos y sonríe. No lo veo comer. Yo diría que se nutre del aroma del Paraíso, obteniendo así nuevas fuerzas.

El Sol desaparece por el poniente. Jesús toma su vacío talego y, acompañado por los ángeles que producen una tenue luz suspendidos sobre su cabeza mientras la noche cae rapidísima, se dirige hacia el este, mejor dicho, hacia el nordeste. Ha recuperado su expresión habitual, el paso seguro. Sólo queda, como recuerdo del largo ayuno, un aspecto más ascético en su rostro delgado y pálido y en sus ojos, absortos en una alegría que no es de esta Tierra.

Dice Jesús (a María Valtorta):

- Ayer estabas sin tu fuerza, que es mi voluntad; eras, por tanto, un ser semivivo. He permitido reposar a tus miembros, te he sometido al único ayuno que te pesa: el de mi palabra. ¡Pobre María! Has pasado el Miércoles de Ceniza. En todo sentías el sabor de la ceniza, porque estabas sin tu Maestro. No se me sentía, pero estaba.

Esta mañana, puesto que el ansia es recíproca, te he susurrado en tu duermevela: "Agnus Dei qui tollis peccata mundi, dona nobis pacem" (Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, danos la paz), y te lo he hecho repetir muchas veces y muchas te lo he repetido. Has creído que iba a hablar sobre esto. No. Primero estaba el punto que te he mostrado y que te voy a comentar. Luego, esta noche, te ilustro este otro.

Has visto que Satanás se presenta siempre con apariencia benévola, con aspecto común. Si las almas están atentas y, sobre todo, en contacto espiritual con Dios, advierten ese aviso que las hace cautelosas y las dispone a combatir las insidias demoníacas. Pero si las almas no están atentas a lo divino, separadas por una carnalidad oprimente y ensordecedora, sin la ayuda de la oración que une a Dios y vierte su fuerza como por un canal en el corazón del hombre, entonces difícilmente se dan cuenta de la celada, y caen en ella, y luego es muy difícil liberarse.

Las dos vías más comunes que Satanás toma para llegar a las almas son la sensualidad y la gula. Empieza siempre por la materia; una vez que la ha desmantelado y subyugado, pasa a atacar a la parte superior: primero, lo moral (el pensamiento con sus soberbias y deseos desenfrenados); después, el espíritu, quitándole no sólo el amor — que ya no existe cuando el hombre ha substituido el amor divino por otros amores humanos — sino también el temor de Dios. Es entonces cuando el hombre se abandona en cuerpo y alma a Satanás, con tal de llegar a gozar de lo que desea, de gozar cada vez más.

Has visto cómo me he comportado Yo. Silencio y oración. Silencio. Efectivamente, si Satanás lleva a cabo su obra de seductor y se nos acerca, se le debe soportar sin impaciencias necias ni miedos mezquinos. Pero reaccionar: ante su presencia, con entereza; ante su seducción, con la oración.

Es inútil discutir con Satanás. Vencería él, porque es fuerte en su dialéctica. Sólo Dios puede vencerlo. Entonces, recurrir a Dios, que hable por nosotros, a través de nosotros. Mostrar a Satanás ese Nombre y ese Signo, no tanto escritos en un papel o grabados en un trozo de madera, cuanto escritos y grabados en el corazón. Mi Nombre, mi Signo. Rebatir a Satanás únicamente cuando insinúa que es como Dios, rebatirle usando la palabra de Dios; no la soporta.

Luego, después de la lucha, viene la victoria, y los ángeles sirven y defienden del odio de Satanás al vencedor; lo confortan con los rocíos celestes, con la gracia que vierten a manos llenas en el corazón del hijo fiel, con la bendición que acaricia al espíritu.

Hace falta tener la voluntad de vencer a Satanás, y fe en Dios y en su ayuda; fe en la fuerza de la oración y en la bondad del Señor. En ese caso Satanás no puede causar ningún daño.

## 47

## El encuentro con Juan y Santiago.
## Juan de Zebedeo es el puro entre los discípulos.

Veo a Jesús caminando a lo largo de la faja verde que sigue el curso del Jordán. Ha vuelto, aproximadamente, al lugar que vio su bautismo, cerca del vado que parece fuera muy conocido y frecuentado, para pasar a la otra margen, hacia la Perea. Pero el lugar, hace poco tan colmado de gente, ahora se ve desierto. Sólo algún viandante, a pie o montado en asnos o caballos, lo recorre. Jesús parece no darse cuenta siquiera. Continúa por su camino subiendo hacia el norte, como absorto en sus pensamientos.

Cuando llega a la altura del vado, se cruza con un grupo de hombres de distintas edades que discuten animadamente entre ellos y luego se separan, parte yendo hacia el sur, parte subiendo hacia el norte. Entre los que se dirigen hacia el norte veo a Juan y a Santiago.

Juan es el primero que ve a Jesús y lo señala mostrándoselo al hermano y a los compañeros. Hablan un poco entre ellos, y Juan se echa a andar deprisa para alcanzar a Jesús. Santiago le sigue más despacio. Los demás no hacen mayor caso; caminan lentamente, en animada conversación.

Juan, cuando llega a no más de unos dos o tres metros detrás de Jesús, grita:

-¡Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo!

Jesús se vuelve y lo mira. Los dos están a pocos pasos el uno del otro. Se observan. Jesús con su aspecto serio e indagador. Juan con su ojo puro y risueño en ese hermoso rostro suyo juvenil como de niña. Se le pueden echar veinte años, y en su cara sonrosada no hay más signos que el de una pelusa rubia que parece un velo de oro.

-¿A quién buscas? - pregunta Jesús.

- A ti, Maestro.

-¿Cómo sabes que soy maestro?

- Me lo ha dicho el Bautista.

- Y entonces ¿por qué me llamas Cordero?

- Porque le he oído a él llamarte así un día en que Tú pasabas, hace poco más de un mes.

-¿Qué quieres de mí?

- Que nos digas palabras de vida eterna y que nos confortes.

-¿Quién eres?

- Juan de Zebedeo, y éste es Santiago, mi hermano. Somos de Galilea, pescadores. Somos, además, discípulos de Juan. Él nos decía palabras de vida y nosotros le escuchábamos, porque queremos seguir a Dios y, con la penitencia, merecer el perdón, preparando los caminos del corazón a la venida del Mesías. Tú lo eres. Juan lo dijo, porque vio el signo de la Paloma posarse sobre ti. A nosotros nos lo dijo: "He ahí el Cordero de Dios". Yo te digo: Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, danos la paz, porque ya no tenemos a nadie que nos guíe y nuestra alma está turbada.

-¿Dónde está Juan?».

- Herodes lo ha apresado. Está en prisión, en Maqueronte. Los más fieles de entre los suyos han intentado liberarlo, pero no se puede. Nosotros volvemos de allí. Déjanos ir contigo, Maestro. Muéstranos dónde vives.

- Venid. Pero ¿sabéis lo que pedís? Quien me siga tendrá que dejar todo; casa, familia, modo de pensar, e incluso la vida. Yo os haré mis discípulos y amigos, si queréis. Pero no tengo riquezas ni seguridades. Soy pobre hasta no tener ni dónde reclinar la cabeza, y lo seré aún más; más perseguido que una oveja perdida, por los lobos. Mi doctrina es todavía más severa que la de Juan, porque prohíbe incluso el resentimiento. No se dirige tanto hacia lo externo cuanto hacia el espíritu. Tendréis que renacer, si queréis ser míos. ¿Queréis hacerlo?

- Sí, Maestro, Tú sólo tienes palabras que nos dan luz, que descienden y, donde había tinieblas de desolación por carecer de guía, proporcionan claror de sol.

- Venid, entonces. Vamos. Os adoctrinaré por el camino.

Dice Jesús:

- El grupo que se cruzó conmigo era numeroso, pero sólo uno me reconoció: el que tenía alma, pensamiento y carne, limpios de toda lujuria.

Insisto sobre el valor de la pureza. La castidad es siempre fuente de lucidez de pensamiento. La virginidad afina y conserva la sensibilidad intelectiva y afectiva hasta la perfección, perfección que sólo quien es virgen experimenta.

Virgen se es de muchas formas. A la fuerza — y esto especialmente para las mujeres —, cuando no se ha sido elegido para casarse. Debería ser así también para los hombres, pero no lo es, lo cual está mal, porque de una juventud ensuciada prematuramente por la lascivia sólo podrá salir un cabeza de familia enfermo en el sentimiento y, frecuentemente, también en la carne.

Existe la virginidad conscientemente querida, o sea, la de quienes, en un arrebato del corazón, se consagran al Señor. ¡Hermosa virginidad! ¡Sacrificio agradable a Dios! Pero no todos, luego, saben permanecer en ese candor suyo de lirio enhiesto sobre el tallo, orientado hacia el cielo, que no sabe del fango del suelo, abierto sólo al beso del sol de Dios y de sus rocíos.

Muchos permanecen fieles materialmente al voto en sí. Pero infieles con el pensamiento, que añora y desea lo que ha sacrificado. Éstos son vírgenes sólo a medias. Si la carne está intacta, el corazón no lo está. Este corazón fermenta, hierve, libera humos de sensualidad, tanto más refinada y saboreada cuanto más es creación del pensamiento que acaricia, alimenta y aumenta continuamente imágenes de satisfacciones ilegítimas; ilícitas incluso para el libre, más que ilícitas para el consagrado.

Viene entonces la hipocresía del voto. Hay apariencia, la sustancia falta. Y en verdad os digo que entre quien viene a mí con el lirio roto por la imposición de un tirano, y quien viene con el lirio no materialmente quebrado, pero sí sucio de babas por la regurgitación de una sensualidad acariciada y cultivada para llenar de ella las horas de soledad, Yo llamo "virgen" al primero y "no virgen" al segundo. Y al primero le doy corona de virgen y doble corona de martirio con causa en la carne herida y en el corazón llagado por la mutilación no querida.

E1 valor de la pureza es tal que — lo has visto — Satanás se preocupaba ante todo de inducirme a la impureza. Él sabe bien que la culpa sensual desmantela el alma y la hace fácil presa para las otras culpas. La atención de Satanás se dirigió a este punto capital para vencerme.

El pan, el hambre, son las formas materiales para la alegoría del apetito, de los apetitos que Satanás explota para sus fines. ¡Bien distinto es el alimento que él me ofrecía para hacerme caer como ebrio a sus pies! Después vendría la gula, el dinero, el poder, la idolatría, la blasfemia, la abjuración de la Ley divina. Mas el primer paso para poseerme era éste: el mismo que usó para herir a Adán.

El mundo se burla de los puros. Los culpables de impudicia los agreden. Juan el Bautista es una víctima de la lujuria de dos obscenos. Pero si el mundo tiene todavía un poco de luz, se debe a los puros del mundo. Son ellos los siervos de Dios y saben entender a Dios y repetir las palabras de Dios. Yo he dicho: "Bienaventurados los puros de corazón, porque verán a Dios", incluso desde la tierra. Ellos, a quienes el humo de la sensualidad no turba el pensamiento, "ven" a Dios y lo oyen y le siguen, y lo manifiestan a los demás.

Juan de Zebedeo es puro. Es el puro entre mis discípulos. ¡Qué alma de flor en cuerpo de ángel! Me llama con las palabras de su primer maestro y me pide que le dé paz. Mas la paz la tiene en sí por su vida pura, y Yo lo he amado por esta pureza suya, a la que he confiado las enseñanzas, los secretos, la más querida Criatura que tuviera.

Ha sido mi primer discípulo, mi amante (en el buen sentido de la palabra) desde el primer instante en que me vio. Su alma se había fundido con la mía desde el día en que me había visto pasar a lo largo del Jordán y había visto que el Bautista me señalaba. Aunque no se hubiera cruzado conmigo luego, a mi regreso del desierto, me habría buscado hasta encontrarme; porque quien es puro es humilde y está deseoso de instruirse en la ciencia de Dios, y va, como el agua al mar, hacia los que reconoce maestros en la doctrina celeste.

No he querido que hablases tú sobre la tentación sensual de tu Jesús. Aunque tu voz interior te había hecho entender el motivo de Satanás para moverme a la carne, he preferido hablar de ello Yo. Y no pienses nada más. Era necesario hablar de ello. Ahora pasa adelante. Deja la flor de Satanás en la arena. Ven tras Jesús, como Juan. Caminarás entre las espinas, pero encontrarás por rosas las gotas de sangre de Quien por ti las vertió para vencer también en ti a la carne.

Prevengo también una observación. Dice Juan en su Evangelio hablando del encuentro conmigo: "Y al día siguiente". Parece, por eso, que el Bautista me hubiera indicado al día siguiente del bautismo, y que inmediatamente Juan y Santiago me hubieran seguido. Ello contrasta con lo que dijeron los otros evangelistas acerca de los cuarenta días pasados en el desierto. Leedlo así: "(Una vez acaecido el arresto de Juan) un día después, los dos discípulos de Juan Bautista, a los cuales me había señalado diciendo: 'He ahí el Cordero de Dios', viéndome de nuevo, me llamaron y me siguieron". Después de mi regreso del desierto.

Y juntos volvimos a las orillas del lago de Galilea, donde me había refugiado para empezar desde allí mi evangelización, y los dos hablaron de mí — después de haber estado conmigo durante todo el camino y una jornada entera en la casa hospitalaria de un amigo de mi casa, de la parentela — a los otros pescadores. Pero la iniciativa fue de Juan, a quien la voluntad de penitencia había hecho de su alma, ya de por sí cristalina por su pureza, una obra maestra de pulcritud en que la Verdad se espejeaba nítidamente, dándole también la santa audacia de las personas puras y generosas, que no tienen miedo nunca a dar un paso al frente donde ven que está Dios, donde ven que hay verdad, doctrina, caminos de Dios.

¡Cuánto le amé por esta característica suya sencilla y heroica!»!

## 48

## Juan y Santiago refieren a Pedro su encuentro con el Mesías.

Una serenísima aurora sobre el Mar de Galilea. Cielo y agua presentan destellos rosáceos, poco diferentes de los que resplandecen tenues entre los muros de los pequeños huertos del pueblecito lacustre, huertos desde los que se alzan y se asoman, volcándose casi sobre las callecitas, copas despeinadas y vaporosas de árboles frutales.

El pueblecito comienza a despertarse, con alguna mujer que va a la fuente o a una pila a lavar y algunos pescadores que descargan las cestas de pescado y, con vocerío, contratan con mercaderes venidos de fuera, o llevan pescado a sus casas. He dicho pueblecito, pero no es tan pequeño; es, más bien, humilde (al menos por el lado que estoy viendo); pero es vasto, dilatado en su mayor parte a lo largo del lago.

Juan sale de una callecita y va presuroso hacia el lago. Santiago le sigue, pero con mucha más calma. Juan mira las barcas que han llegado ya a la orilla, pero no ve la que busca. Sí la ve a todavía algunos cientos de metros de la orilla, ocupada en las maniobras para regresar; y grita fuerte con las manos en la boca un prolongado «¡o-e!», que debe ser el reclamo usado. Y luego, cuando ve que le han oído, agita los brazos con llamativos gestos que indican: « ¡Venid, venid!».

Los hombres de la barca, imaginándose quién sabe qué, agarran los remos y la hacen avanzar más deprisa que con la vela (de hecho la amainan, quizás para agilizar la operación). Llegados a unos diez metros de la orilla, Juan no aguarda más. Se quita el manto y la túnica larga, las arroja al arenal, se quita las sandalias, se arremanga la segunda prenda, casi a la altura de la ingle, sujetándola con una mano, se mete en el agua, y va al encuentro de los que llegan.

-¿Por qué no habéis venido, vosotros dos? - pregunta Andrés. Pedro, con gesto de malhumor, no dice nada.

- Y tú, ¿por qué no has venido conmigo y con Santiago? - le responde Juan a Andrés.

- He ido a pescar. No tengo tiempo que perder. Tú has desaparecido con ese hombre...

- Te había sugerido claramente que vinieras. Es Él en persona. ¡Si vieras qué palabras!... Hemos estado con Él todo el día y por la noche hasta tarde. Ahora hemos venido a deciros: "Venid".

-¿Es Él? ¿Estás completamente seguro? Apenas si le vimos entonces, cuando nos le mostró el Bautista.

- Es Él. No lo ha negado.

- Cualquiera puede decir lo que le viene bien para imponerse a los crédulos. No es la primera vez... - murmura Pedro malhumorado.

-¡Oh, Simón, no hables así! ¡Es el Mesías! ¡Sabe todo! ¡Te oye! - Juan está dolorido y consternado por las palabras de Simón Pedro.

-¡Ya! ¡El Mesías! ¡Y se manifiesta precisamente a ti, a Santiago y a Andrés! ¡Tres pobres ignorantes! ¡Requerirá algo muy distinto el Mesías! ¡Y me oye! ¡Pobre muchacho! Los primeros soles de primavera te han hecho daño. ¡Venga, ven a trabajar! Será mejor. Y déjate de fábulas.

- Te digo que es el Mesías. Juan decía cosas santas, pero éste habla como Dios. No puede, si no es el Cristo, decir semejantes palabras.

- Simón, yo no soy un muchacho. Tengo mis años y soy — lo sabes — reflexivo y de carácter sosegado. He hablado poco, pero he escuchado mucho durante estas horas que hemos estado con el Cordero de Dios, y te digo que verdaderamente no puede ser sino el Mesías. ¿Por qué no creer? ¿Por qué no querer creerlo? Tú lo puedes hacer porque no lo has escuchado. Pero yo creo. ¿Que somos pobres e ignorantes?: Él bien dice que ha venido para anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios, del Reino de Paz, a los pobres, a los humildes, a los pequeños, antes que a los grandes. Ha dicho: "Los grandes tienen ya sus delicias, no envidiables respecto a las que Yo vengo a traer. Los grandes ya tienen la forma de llegar a comprender por la sola eficacia de la cultura. Mas Yo vengo a los 'pequeños' de Israel y del mundo, a los que lloran y esperan, a los que buscan la Luz y tienen hambre del verdadero Maná, y no reciben de los doctos luz y alimento, sino solamente peso, oscuridad, cadenas y desprecio. Y llamo a los 'pequeños'. Yo he venido a invertir el orden del mundo. Porque quitaré valor a lo que ahora se considera grande y se lo daré a lo que ahora se desprecia. Quien quiera verdad y paz, quien quiera vida eterna, venga a mí. Quien ama la Luz, venga. Yo soy la Luz del mundo". ¿No se ha expresado así, Juan? - Santiago ha hablado de forma serena pero conmovida.

--Sí. Y ha dicho: "El mundo no me amará. No me amará la alta sociedad, porque está corrompida con vicios e idólatra comercio. El mundo, más aún, no me querrá, porque siendo hijo de la Tiniebla no ama la Luz. Pero la Tierra no está hecha sólo de alta sociedad. En ella están también los que, a pesar de encontrarse mezclados con el mundo, no son del mundo, y también algunos que son del mundo porque han quedado apresados en él como peces en la red"; se ha expresado así porque hablábamos en la orilla del lago y aludía a las redes que arrastraban con peces hasta la orilla. Ha dicho incluso: "Ved. Ninguno de esos peces quería caer en la red. Asimismo, los hombres, intencionalmente, no querrían caer en manos de Satanás,
ni siquiera los más malvados, porque éstos, por la soberbia que los ciega, no creen no tener derecho a hacer lo que hacen; su verdadero pecado es la soberbia, sobre él nacen todos los demás. Menos aún, entonces, quienes no son completamente malvados quisieran ser de Satanás, pero van a parar a él por ligereza y por un peso (la culpa de Adán) que los arrastra al fondo. Yo he venido a quitar esa culpa y a dar, en espera de la hora de la Redención, una fuerza tal a quienes crean en mí, que será capaz de liberarlos del lazo que los tiene sujetos y de hacerlos libres para seguirme a mí, Luz del mundo".

- Entonces, si es eso exactamente lo que ha dicho, hay que ir donde Él enseguida». — Pedro, con sus impulsos tan genuinos que tanto me gustan, ha tomado enseguida una decisión y ya se pone manos a la obra dándose prisa en ultimar las operaciones de descarga, porque, entre tanto, la barca ha llegado ya a la orilla y los peones casi la han sacado ya a lo seco, descargando redes, cuerdas y velamen.

- Y tú, Andrés, necio, ¿por qué no has ido con éstos?.

-¡Pero... Simón! Me has reprendido porque no los había convencido de venir conmigo... Toda la noche has estado refunfuñando ¡¿y ahora me echas en cara el no haber ido?!....

- Tienes razón... Pero yo no lo había visto... tú sí... y deberías haberte dado cuenta que no es como nosotros... ¡Algo especial tendrá!....

-¡Oh!, sí — dice Juan —. ¡Tiene un rostro..., y unos ojos...! ¡¿Verdad, Santiago, qué ojos?! ¡Y una voz...! ¡Ah, qué voz! Cuando habla te parece soñar con el Paraíso.

-¡Rápido!, ¡rápido!, vamos donde Él. Vosotros — habla a los peones — llevad todo a Zebedeo y decidle que se encargue él de ello. Nosotros volveremos esta noche para pescar».

Se visten de forma adecuada todos y se encaminan. Pero Pedro, después de algunos metros, se detiene, coge a Juan por un brazo, y pregunta:

- Has dicho que sabe todo y que oye todo....

- Sí. Imagínate que cuando nosotros, viendo la Luna alta, dijimos: "¿Quién sabe lo que estará haciendo Simón?", Él contestó: "Está echando la red y no sabe resignarse a tener que estar haciéndolo solo, porque vosotros no habéis salido con la barca gemela en una noche tan buena como ésta para pescar... No sabe que dentro de poco ya no pescará sino con otras redes y no conseguirá sino otros peces".

-¡Misericordia divina! ¡Es exactamente así! Entonces, habrá oído también... también que lo he llamado poco menos que mentiroso... No puedo ir a Él.

-¡Oh!, es muy bueno. Ciertamente sabe que has pensado de esa forma. Ya lo sabía. Efectivamente, cuando lo dejamos, diciendo que veníamos aquí, adonde tú estabas, respondió: "Id, pero no os dejéis vencer por las primeras palabras de burla. Quien quiera venir conmigo debe saber no dejarse avasallar por los escarnios del mundo y por las prohibiciones de los parientes; porque Yo estoy por encima de la sangre y de la sociedad, y sobre ellos triunfo. Y quien esté conmigo triunfará eternamente". Y añadió: "Sabed hablar sin miedo. Quien os va a oír vendrá, porque es hombre de buena voluntad".

-¿Ha dicho eso? Entonces voy. Habla, habla más de Él mientras vamos. ¿Dónde está?

- En una casa pobre; deben de ser personas amigas suyas.

-¿Pero es pobre?

- Un obrero de Nazaret. Así dijo.

- Y ¿cómo vive ahora, si ya no trabaja?.

- No lo hemos preguntado. Quizá le ayudan los parientes.

- Sería mejor llevar algo de pescado, pan, o fruta..., algo. ¡Vamos a consultar a un rabí — porque es como un rabí, y más que un rabí — con las manos vacías!... Nuestros rabinos no quieren que se actúe así....

- Pero Él quiere. No teníamos más que veinte denarios entre yo y Santiago, y se los ofrecimos, como es costumbre para con los rabinos. No los quería, pero ya que insistíamos, dijo: "Dios os lo pague en bendiciones de los pobres. Venid conmigo". Y enseguida los distribuyó entre algunos pobres que Él sabía dónde vivían; y a nosotros, que preguntábamos: "Y para ti, Maestro, ¿no guardas nada?", nos respondió: "La alegría de hacer la voluntad de Dios y de servir a su gloria". Dijimos también: "Tú nos llamas, Maestro, pero nosotros somos todos pobres. ¿Qué debemos traerte?". Respondió con una sonrisa que realmente hace saborear el Paraíso: "Un gran tesoro quiero de vosotros"; y nosotros: "¿Y si no tenemos nada?"; y Él: "Tenéis un tesoro que tiene siete nombres y que incluso el más mísero puede poseer y el rey más rico no; lo tenéis y lo quiero. Oíd sus nombres: caridad, fe, buena voluntad, recta intención, continencia, sinceridad, espíritu de sacrificio. Esto quiero Yo de quien me sigue, esto sólo, y en vosotros existe, duerme como la semilla bajo los terrones invernales, pero el sol de mi primavera la hará nacer como espiga septenaria"

Eso dijo.

-¡Ah!, esto me asegura que es el Rabí verdadero, el Mesías prometido. No es duro para con los pobres, no pide dinero... Es suficiente para llamarle el Santo de Dios. Vamos con toda confianza.

Y todo termina.

## 49.

## El encuentro con Pedro y Andrés<br>después de un discurso en la sinagoga.<br>Juan de Zebedeo, grande también en la humildad.

Jesús camina solo por una vereda que corta dos parcelas de cultivo. Juan se dirige hacia Él por un sendero completamente distinto que hay entre las tierras; al final le alcanza, pasando por una abertura del seto.
'

Juan, tanto en la visión de ayer como en la de hoy, es muy joven. Tiene un rostro sonrosado e imberbe, de hombre apenas hecho. Siendo, además, rubio, no se ve en él ni una señal de bigote o de barba, sino sólo el color rosáceo de las mejillas lisas, el rojo de los labios y la luz risueña de su hermosa sonrisa y mirada pura (no tanto por su color turquesa oscuro cuanto por la limpieza del alma virgen que en ella puede verse). Los cabellos rubio-castaños, largos y esponjosos, mecen al ritmo de su paso, que es tan veloz que parece que corriera.

Llama, cuando está para pasar el seto:

-¡Maestro!

Jesús se detiene y se vuelve sonriendo.

-¡Maestro, suspiraba por ti! Me han dicho en la casa donde estás que habías venido hacia la campiña... Pero no exactamente a dónde. Y temía no verte - Juan habla levemente inclinado, por respeto. Y, no obstante, se le ve lleno de confidente afecto en su actitud y en la mirada, que alza hacia Jesús, con la cabeza ligeramente en dirección al hombro.

- He visto que me buscabas y he venido hacia ti.

-¿Me has visto? ¿Dónde estabas, Maestro?

- Allí - y Jesús indica un grupo de árboles lejanos que, por el color del ramaje, yo diría que son olivos - Estaba allí, orando y pensando en lo que voy a decir esta tarde en la sinagoga. Pero lo he dejado enseguida, nada más verte.

-¿Y cómo has podido verme si yo apenas distingo ese lugar, escondido detrás de aquel promontorio?

- Y, sin embargo, ya ves que he salido a tu encuentro porque te he visto. Lo que no hace el ojo lo hace el amor».

- Sí, lo hace el amor. Entonces, me amas, ¿no, Maestro?

- Y tú, ¿me amas, Juan, hijo de Zebedeo?

- Mucho, Maestro. Tengo la impresión de haberte amado siempre. Antes de conocerte, mi alma te buscaba, y, cuando te he visto, ella me ha dicho: "He ahí a quien buscas". Yo creo que te he encontrado porque mi alma te ha sentido.

- Tú lo dices, Juan, y es así. Yo también he venido hacia ti porque mi alma te ha sentido. ¿Durante cuánto tiempo me amarás?

- Siempre, Maestro. Ya no quiero amar a nadie que no seas Tú.

- Tienes padre y madre, hermanos, hermanas; tienes la vida, y, con la vida, la mujer y el amor. ¿Serás capaz de dejarlo todo por mí?

- Maestro... no sé... pero me parece, si no es soberbia el decirlo, que tu predilección será, para mí, padre, madre, hermanos, hermanas e incluso mujer. De todo, sí, de todo me consideraré saciado, si Tú me amas.

-¿Y si mi amor te comporta sufrimientos y persecuciones?

- Será como nada, Maestro, si Tú me amas.

- Y el día que Yo debiera morir...

-¡No! Eres joven, Maestro... ¿Por qué morir?

- Porque el Mesías ha venido para predicar la Ley en su verdad y para llevar a cabo la Redención. Y el mundo aborrece la Ley y no quiere redención. Por eso persigue a los mensajeros de Dios.

-¡Oh, que esto no suceda! ¡No le manifiestes este pronóstico de muerte a quien te ama!... Pero, aunque tuvieras que morir, yo te amaría de todas formas. Deja que te ame - Juan tiene una mirada suplicante. Más humilde que nunca, camina al lado de Jesús y parece como si mendigara amor.

Jesús se detiene. Lo mira, lo taladra con la mirada de sus ojos profundos, y, poniéndole la mano sobre su cabeza inclinada, le dice:

- Quiero que me ames.

-¡Oh, Maestro! - Juan se siente feliz. Aunque sus pupilas brillen de llanto, ríe con esa joven boca suya bien dibujada; toma la mano divina, la besa en el dorso y la aprieta contra su corazón.

Continúan su camino.

- Has dicho que me buscabas...

- Sí. Para anunciarte que mis amigos quieren conocerte... y porque... ¡oh, qué ganas tenía de estar de nuevo contigo! Te he dejado hace pocas horas... y ya no podía seguir sin ti.

- Entonces, ¿has sido un buen anunciador del Verbo?

- También Santiago, Maestro, ha hablado de ti de manera... convincente.

- De forma que incluso quien desconfiaba – y no es culpable, porque la prudencia era la causa de su reserva – se ha persuadido. Vamos a confirmarlo del todo.

- Tenía un poco de miedo...

-¡No! ¡No miedo a mí! He venido por los buenos y más aún por quien está en el error. Yo quiero salvar, no condenar. Con los honestos seré todo misericordia.

-¿Y con los pecadores?

- También. Por deshonestos entiendo los que lo son espiritualmente, y con hipocresía fingen ser buenos, mientras que realizan obras malvadas. Y hacen esas cosas, y de esa forma, para obtener algún beneficio propio y sacar algún provecho del prójimo. Con éstos seré severo.

- Simón entonces puede sentirse seguro. Es auténtico como ningún otro.

- Así me gusta, y así quiero que seáis todos.

- Simón quiere decirte muchas cosas.

- Lo escucharé después de hablar en la sinagoga. He dicho que se avise no sólo a los ricos y a los sanos sino también a los pobres y a los enfermos. Todos tienen necesidad de la Buena Nueva.

E1 poblado está cercano. Algunos niños juegan en la calle; uno, corriendo, se choca con las piernas de Jesús, y, se hubiera caído, si Él no lo hubiese aferrado con solicitud. El niño llora de todas formas, como si se hubiera hecho daño, y Jesús, sujetándolo, le dice:

-¿Un israelita que llora? ¿Qué habrían debido hacer los miles y miles de niños que se hicieron hombres atravesando el desierto siguiendo a Moisés? Pues bien, más por ellos que por los otros — porque el Altísimo ama a los inocentes y cuida providentemente de estos angelitos de la tierra, de estas avecillas sin alas, como de los pájaros del bosque y de los aleros — justamente por éstos envió tan dulce maná. ¿Te gusta la miel? ¿Sí? Bueno, pues si eres bueno comerás una miel más dulce que la de tus abejas.

-¿Dónde? ¿Cuándo?

- Cuando, después de una vida de fidelidad para con Dios, vayas a Él.

- Sé que no iré a Él si no viene el Mesías. Mamá me dice que por ahora cada uno de nosotros, israelitas, somos como Moisés y morimos teniendo ante nuestros ojos la Tierra Prometida. Dice que nos damos a la espera de entrar en ella y que sólo el Mesías hará que entremos.

-¡Pero qué israelita tan genial! Pues bien, Yo te digo que cuando mueras entrarás enseguida en el Paraíso, porque el Mesías, para entonces, habrá abierto ya las puertas del Cielo. Pero tienes que ser bueno.

-¡Mamá! ¡Mamá! - El niño se desata de los brazos de Jesús y corre hacia una joven esposa que regresa con un ánfora de cobre.

-¡Mamá! El nuevo Rabí me ha dicho que iré inmediatamente al Paraíso cuando muera, y que comeré mucha miel... pero si soy bueno. ¡Seré bueno!

-¡Dios lo quiera! Perdona, Maestro, si te ha molestado. ¡Está lleno de vitalidad!

- La inocencia no molesta, mujer. Dios te bendiga, porque eres una madre que cría a los hijos en el conocimiento de la Ley.

La mujer se sonroja ante esta alabanza y responde:

- Que Dios te bendiga también a ti - y desaparece con su pequeño.

-¿Te gustan los niños, Maestro?
- Sí, porque son puros... y sinceros... y amorosos.
-¿Tienes sobrinos, Maestro?
- No tengo sino... una Madre... Pero en Ella están presentes la pureza, la sinceridad, el amor de los niños más santos, junto a la sabiduría, justicia y fortaleza de los adultos. En mi Madre tengo todo, Juan.
-¿Y la has dejado?
- Dios está por encima incluso de la más santa de las madres.
-¿La conoceré yo?
- La conocerás.
-¿Y me querrá?
- Te amará porque Ella ama a quien ama a su Jesús.
-¿Entonces no tienes hermanos?
- Tengo algunos primos por parte del marido de mi Madre. Pero todo hombre es para mí un hermano y para todos he venido. Henos aquí delante de la sinagoga. Yo entro; tú vendrás después con tus amigos.

Juan se va y Jesús entra en una estancia cuadrada que tiene el típico aparato de luces colocadas en triángulo y de atriles con rollos de pergamino. Ya hay una multitud que espera y ora. También Jesús ora. La multitud bisbisea y hace comentarios detrás de Él. Jesús se inclina para saludar al jefe de la sinagoga y luego pide un rollo, tomado al azar.

Jesús empieza la lección. Dice:

- El Espíritu me mueve a leer esto para vosotros. Al principio del séptimo libro de Jeremías se lee: "Esto dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: 'Enmendad vuestros hábitos y Vuestros sentimientos, y entonces habitaré con vosotros en este lugar, No os hagáis falsas ilusiones con esas palabras vanas que repetís: aquí está el Templo del Señor, el Templo del Señor, el Templo del Señor. Porque si vosotros mejoráis vuestros hábitos y sentimientos, si hacéis justicia entre el hombre y su prójimo, si no oprimís al extranjero, al huérfano y a la viuda, si no esparcís en este lugar la sangre inocente, si no seguís a los dioses extranjeros, para desventura vuestra, entonces Yo habitaré con vosotros en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres para siempre".

Oíd, vosotros, de Israel. Yo vengo a iluminaros las palabras de luz que vuestra alma ofuscada ya no sabe ni ver ni entender. Oíd. Mucho llanto cae sobre la tierra del pueblo de Dios: lloran los ancianos al recordar las antiguas glorias, lloran los adultos bajo el peso del yugo, lloran los niños sin porvenir de gloria. Mas la gloria de la Tierra no es nada respecto a una gloria que ningún opresor, aparte de Satanás y la mala voluntad, puede arrebatar.

¿Por qué lloráis? ¿Cómo es que el Altísimo, que siempre fue bueno para con su pueblo, ahora ha vuelto hacia otro lugar su mirada y niega a sus hijos la visión de su Rostro? ¿Ya no es el Dios que abrió el mar y por él hizo pasar a Israel y por arenas lo condujo y nutrió, y lo defendió contra los enemigos y, para que no perdiese la pista del camino del Cielo, como dio a los cuerpos la nube, les dio la Ley a las almas? ¿Ya no es el Dios que dulcificó las aguas y proporcionó el maná a los que estaban extenuados? ¿Ya no es el Dios que quiso estableceros en esta tierra y estrechó con vosotros una alianza de Padre a hijos? Y entonces, ¿por qué ahora el pueblo extranjero os ha abatido?

Muchos entre vosotros murmuran: "¡Y, sin embargo, aquí está el Templo!". No basta tener el Templo e ir a él a rezar a Dios. El primer templo está en el corazón de cada hombre y en él se debe llevar a cabo una santa oración. Pero no puede ser santa si antes el corazón no se enmienda, y con el corazón los hábitos, los afectos, las normas de justicia respecto a los pobres, respecto a los siervos, respecto a los parientes, respecto a Dios.

Mirad. Yo veo ricos de duro corazón que depositan pingües ofrendas en el Templo, pero no saben decirle al pobre: "Hermano, toma un pan y un denario. Acéptalo. De corazón a corazón. Que esta ayuda no te humille a ti, y no me ensoberbezca a mí el dártela". Veo que hay quien ora y se lamenta ante Dios de que no lo escucha prontamente; y después, al mísero — en ocasiones, de su propia sangre — que le dice: "Escúchame", le responde con corazón de piedra: "No". Veo que lloráis porque quien os domina desangra vuestra bolsa. Pero luego vosotros sacáis la sangre a quien odiáis, y no os horroriza el vaciar un cuerpo de sangre y de vida.

¡Oh, israelitas! El tiempo de la Redención ha llegado. Mas, preparad sus vías en vosotros con la buena voluntad. Sed honestos, buenos; amaos los unos a los otros. Ricos, no despreciéis; comerciantes, no cometáis fraudes; pobres, no envidiéis. Sois todos de una sangre y de un Dios. Todos estáis llamados a un destino. No os cerréis con vuestros pecados el Cielo que el Mesías os va a abrir. ¿Que hasta ahora habéis errado? Ya no más. Caiga todo error.

Simple, buena, fácil es la Ley que vuelve a los diez mandamientos iniciales; pero deben estar inmersos en luz de amor. Venid. Yo os mostraré cuáles son: amor, amor, amor. Amor de Dios a vosotros, de vosotros a Dios. Amor entre vosotros. Siempre amor, porque Dios es Amor y son hijos del Padre los que saben vivir el amor. Yo estoy aquí para todos y para dar a todos la luz de Dios. He aquí la Palabra del Padre que se hace alimento en vosotros. Venid, gustad, cambiad la sangre del espíritu con este alimento. Todo veneno desaparezca, toda concupiscencia muera. Se os ofrece una gloria nueva, la eterna; la alcanzarán los que hagan de la Ley de Dios estudio verdadero de su corazón. Empezad por el amor. No hay nada más grande. Cuando sepáis amar, sabréis ya todo, y Dios os amará; y amor de Dios quiere decir ayuda contra toda tentación.

La bendición de Dios descienda sobre quien le eleva un corazón lleno de buena voluntad.

Jesús ha terminado de hablar. Se oye el bisbiseo de la gente. Después de himnos muy salmodiados, la asamblea se disuelve.

Jesús sale a la placita. En la puerta están Juan y Santiago con Pedro y Andrés.

- La paz esté con vosotros - dice Jesús; y añade - Éste es el hombre que para ser justo necesita no juzgar sin conocer primero, pero que es honesto reconociendo su equivocación. Simón, ¿has querido verme? Aquí me tienes. Y tú, Andrés, ¿por qué no has venido antes?

Los dos hermanos se miran turbados. Andrés susurra:

- No me atrevía...

Pedro, rojo, no habla. Pero cuando oye que Jesús le dice al hermano: « ¿Hacías algo malo viniendo? Sólo el mal no se debe osar hacer», interviene con franqueza:

- He sido yo. Él quería traerme inmediatamente hacia ti. Pero yo... yo he dicho... Sí, he dicho: "No creo", y no he querido. ¡Oh, ahora me siento mejor!...

Jesús sonríe y dice:

- Por tu sinceridad, te manifiesto que te amo.

- Pero yo... yo no soy bueno... no soy capaz de hacer lo que has dicho en la sinagoga. Soy iracundo y, si alguno me ofende... ¡bueno!... Soy codicioso y me gusta tener dinero... y al vender el pescado... bueno... no siempre... no siempre he estado limpio de fraude. Y soy ignorante. Y tengo poco tiempo para seguirte y recibir así la luz. ¿Qué puedo hacer? Quisiera ser como Tú dices... pero...

- No es difícil, Simón. ¿Conoces un poco la Escritura? ¿Sí? Pues bien, piensa en el profeta Miqueas. Dios quiere de ti lo que dice Miqueas. No te pide que te arranques el corazón, ni que sacrifiques los afectos más santos. Por ahora no te lo pide. Un día tú le darás a Dios, sin que te lo demande, incluso a ti mismo. Pero Él espera a que un sol y un rocío, de ti, sutil tallo de hierba, hagan palma robusta y gloriosa. Por ahora te pide esto: practicar la justicia, amar la misericordia, poner toda la atención en seguir a tu Dios. Esfuérzate en hacer esto y quedará cancelado el pasado de Simón, y tú serás el hombre nuevo, el amigo de Dios y de su Cristo. No serás ya Simón, sino Cefas, piedra segura en que me apoyaré.

-¡Esto me gusta! Esto lo entiendo. La Ley es así... es así... mira, ¡yo ya no sé practicarla de la forma que la presentan los rabinos!... Pero esto que Tú dices, sí. Me parece que lo lograré. Tú me vas a ayudar, ¿no? ¿Resides en esta casa?... Conozco al dueño.

- Estoy aquí. Pero voy a ir a Jerusalén, y después predicaré por Palestina. Para esto he venido. De todas formas, volveré aquí frecuentemente.

- Vendré a oírte de nuevo. Quiero ser tu discípulo. Un poco de luz entrará en mi cabeza.

- En el corazón sobre todo, Simón, en el corazón. Y tú, Andrés, ¿no hablas?

- Escucho, Maestro.

- Mi hermano es tímido.

- Será un león. Está anocheciendo. Que Dios os bendiga y os conceda buena pesca. Id.

- La paz sea contigo.

Se van.

Nada más salir, Pedro observa:

-¿Qué habrá querido decir antes, con eso de que pescaré con otras redes, y otro tipo de peces?

-¿Por qué no se lo has preguntado? Querías decir muchas cosas, y luego casi ni hablas.

- Me daba... vergüenza. ¡Es tan distinto de los demás rabinos!

- Ahora va a Jerusalén... - Esto lo expresa Juan con anhelo y nostalgia grandes - Yo quería pedirle que me dejara ir con Él... pero no me he atrevido...

- Vete a decírselo, muchacho - responde Pedro - Nos hemos despedido de Él así, sin más... sin ni siquiera una palabra de afecto... Al menos, que sepa que lo admiramos. Ve, ve. Yo me encargo de comunicárselo a tu padre.

-¿Voy, Santiago?

- Ve.

Juan se echa a correr... y, también corriendo, vuelve lleno de júbilo.

- Le he dicho: "¿Quieres que vaya contigo a Jerusalén?". Me ha respondido: "Ven, amigo". ¡Ha dicho "amigo"! Mañana a esta hora vendré aquí. ¡Ah! ¡A Jerusalén con Él!...

La visión termina.

Respecto a esta visión, me dice esta mañana (14 de Octubre) Jesús:

- Quiero que tú y todos os fijéis en la actitud de Juan, en un aspecto que siempre pasa desapercibido. Lo admiráis porque es puro, amoroso, fiel. Pero no os dais cuenta de que fue grande también en humildad. Él, primer artífice de que Pedro viniera a mí, modestamente, calla este detalle. El apóstol de Pedro y, por tanto, el primero de mis apóstoles, fue Juan; primero en reconocerme, primero en dirigirme la palabra, primero en seguirme, primero en predicarme. Y, sin embargo, ¿veis lo que dice?; "Andrés, hermano de Simón, era uno de los dos que habían oído las palabras de Juan [el Bautista] y habían seguido a Jesús. El primero con quien se encontró fue su hermano Simón, al cual le dijo: "Hemos encontrado al Mesías', y lo condujo a donde estaba Jesús".

Justo, además de bueno, sabe que Andrés se angustia por tener un carácter cerrado y tímido, sabe que querría hacer muchas cosas pero que no logra hacerlas, y desea para él, en la posteridad, el reconocimiento de su buena voluntad. Quiere que aparezca Andrés como el primer apóstol de Cristo respecto a Simón, a pesar de que la timidez y la dependencia respecto a su hermano le hubieran creado un sentimiento de derrota en el apostolado.

¿Quiénes, entre los que hacen algo por mí, saben imitar a Juan y no se autoproclaman insuperables apóstoles, pensando que su éxito proviene de un complejo de cosas, que no son sólo santidad, sino también audacia humana, fortuna, y la circunstancia de estar junto a otros menos audaces y afortunados, pero quizás más santos que ellos?

Cuando tengáis algún éxito en el campo del bien, no os gloriéis de ello como si fuera mérito sólo vuestro. Alabad a Dios, señor de los apostólicos obreros, y tened ojo limpio y corazón sincero para ver y dar a cada uno la alabanza que le corresponde. Ojo límpido para discernir a los apóstoles que cumplen holocausto, y que son las primeras, verdaderas palancas en el trabajo de los demás. Sólo Dios los ve a éstos que, tímidos, parece que no hacen nada, y son, sin embargo, los que le roban al Cielo el

fuego de que están investidos los audaces. Corazón sincero en cuanto a decir: "Yo actúo, pero éste ama más que yo, ora mejor que yo, se inmola como yo no sé hacer y como Jesús ha dicho: "... dentro de la propia habitación con la puerta cerrada para orar en secreto". Yo, que intuyo su humilde y santa virtud, quiero darla a conocer y decir: 'Yo soy instrumento activo; éste, fuerza que me imprime movimiento; porque, injertado como está en Dios, me es canal de celeste fuerza".

Y la bendición del Padre, que desciende para recompensar al humilde que en silencio se inmola para dar fuerza a los apóstoles, descenderá también sobre el apóstol que sinceramente reconoce la sobrenatural y silenciosa ayuda que le viene a él del humilde, y el mérito de éste, que la superficialidad de los hombres no nota.

Aprended todos.

¿Es mi predilecto? Sí. Pero, ¿no tiene también esta semejanza conmigo? Puro, amoroso, obediente, mas también humilde. Yo me miraba en él y en él veía mis virtudes. Lo amaba, por ello, como un segundo Yo. Veía la mirada del Padre depositada en él, reconociéndolo como un pequeño Cristo. Y mi Madre me decía: "Siento en él un segundo hijo. Me parece verte a ti, reproducido en un hombre".

¡Oh..., la Llena de Sabiduría cómo te conoció dilecto mío! Los dos azules de vuestros corazones de pureza se fundieron en un único velo para protegerme amorosamente, y vinieron a ser un solo amor, antes incluso de que Yo diera a la Madre a Juan y a Juan a la Madre. Se habían amado porque habían reconocido su mutua similitud: hijos y hermanos del Padre y del Hijo.

## 50

### En Betsaida, en casa de Pedro. Encuentro con Felipe y Natanael

Juan llama a la puerta de la casa donde hospedan a Jesús. Se asoma una mujer y, viendo quién es, avisa a Jesús.

Se saludan con un gesto de paz.

Y luego:

- Has venido solícito, Juan - dice Jesús.

- He venido a comunicarte que Simón Pedro te ruega que pases por Betsaida. He hablado de ti a muchos... No hemos pescado esta noche; orado sí, como sabemos hacerlo, renunciando con ello al lucro porque... el sábado todavía no había terminado. Luego, esta mañana, hemos ido por las calles hablando de ti. Hay gente que quisiera oírte... ¿Vienes, Maestro?.

- Voy. Aunque debiera ir a Nazaret antes que a Jerusalén.

- Pedro te llevará desde Betsaida a Tiberíades, con su barca. Llegarás incluso antes.

- Vamos, entonces.

Jesús coge manto y bolsa. Pero Juan le toma esta última. Y, después de saludar a la dueña de casa, se marchan.

La visión me muestra la salida del pueblo y el comienzo del viaje hacia Betsaida. Pero no oigo la conversación, e incluso la visión se interrumpe hasta la entrada de Betsaida. Comprendo que se trata de esta ciudad porque veo a Pedro, Andrés y Santiago, y con ellos algunas mujeres, esperando a Jesús donde empiezan las casas.

- La paz sea con vosotros. Aquí me tenéis.

- Gracias, Maestro, en nombre nuestro y de los que esperan. No es sábado, pero ¿no les vas a hablar a los que esperan tus palabras?

- Sí, Pedro. Lo haré. En tu casa.

Pedro se muestra jubiloso:

- Ven, entonces: ésta es mi mujer, ésta es la madre de Juan, éstas son amigas de ellas. Pero también te esperan otros: parientes y amigos nuestros.

- Diles que partiré esta noche y que antes les hablaré.

No he dicho que, habiendo salido de Cafarnaúm cuando se estaba poniendo el sol, los he visto llegar a Betsaida por la mañana.

- Maestro... te ruego que te quedes una noche en mi casa. Es largo el camino hacia Jerusalén, aunque te lo abrevie hasta Tiberíades con mi barca. Mi casa es pobre, pero honesta y amiga. Quédate con nosotros esta noche.

Jesús mira a Pedro y a todos los demás que esperan. Los mira escrutador. Sonríe y dice: «Sí».

Nueva alegría de Pedro.

Algunos miran desde las puertas y se hacen señas. Un hombre llama por el nombre a Santiago y le habla en voz baja señalando a Jesús. Santiago asiente y el hombre va a hablar aparte con otros que están parados en un cruce de caminos.

Entran en la casa de Pedro. Una cocina amplia y humosa. En un rincón, redes, sogas y cestas para pesca; en medio, el hogar ancho y bajo, por ahora apagado. Por las dos puertas, una frente a otra, se ve el camino y el huerto, pequeño, con la higuera y la vid; más allá del camino, el celeste ondear del lago; más allá del huerto, la pared oscura de otra casa.

- Te ofrezco cuanto tengo, Maestro, y de la forma que sé hacerlo...

- No podrías ni mejor ni más, porque me lo ofreces con amor.

Le dan a Jesús agua para refrescarse y luego pan y aceitunas. Jesús come un poco (en realidad para que vean que lo acepta) y luego, con un gesto de agradecimiento, indica que no quiere más.

Unos niños curiosean desde el huerto y el camino. No sé si son o no lujos de Pedro. Sólo sé que él mira severamente a estos niños impetuosos, para que no se acerquen. Jesús sonríe y dice:

- Déjalos.

- Maestro, ¿quieres descansar? Ahí está mi habitación, allí la de Andrés. Elige. No haremos ruido mientras estés reposando.

-¿Tienes una terraza?

- Sí; y la vid, aunque esté todavía casi sin hojas, da un poco de sombra.

- Llévame a la terraza. Prefiero descansar arriba. Pensaré y oraré

- Como quieras. Ven.

Desde el huertecillo, una pequeña escalera sube hasta el tejado, que es una terraza rodeada por una pared baja. También aquí hay redes y sogas. ¡Cuánta luz de cielo y cuánto azul de lago!

Jesús se sienta en un taburete con la espalda apoyada en el murete. Pedro trata de ingeniárselas extendiendo una vela por encima y al lado de la vid para hacer un sitio donde poder uno resguardarse del sol. Se siente brisa y silencio. Jesús se deleita en ello.

- Yo me voy, Maestro.

- Vete. Tú y Juan id a decir que a la hora de la puesta del Sol hablaré aquí.

Jesús se queda solo y ora durante mucho tiempo. Aparte de dos parejas de palomas que van y vienen desde los nidos, y un trinar de gorriones, no hay ruido o ser vivo alrededor de Jesús orante. Las horas pasan calmas y serenas.

Después Jesús se levanta, da alguna vuelta por la terraza, mira al lago, mira y sonríe a unos niños que juegan en la calle y que le sonríen, mira a la calle, hacia la placita que está a unos cien metros de la casa. Luego baja. Se asoma a la cocina:

- Mujer, voy a pasear por la orilla.

Sale y, efectivamente, va a la orilla, con los niños. Les pregunta:

-¿Qué hacéis?

- Queríamos jugar a la guerra. Pero él no quiere y entonces se juega a la pesca.

El "él" que no quiere es un niño — ya un hombrecito — de constitución menuda, pero de rostro luminosísimo. Quizás sabe que, siendo grácil como es, se llevaría palos de los demás haciendo "la guerra" y por ello sostiene la paz.

Pero Jesús aprovecha la ocasión para hablarles a esos niños:

- Él tiene razón. La guerra es pena impuesta por Dios para castigo de los hombres, y signo de que el hombre ha venido a menos en su condición de verdadero hijo de Dios. Cuando el Altísimo creó el mundo, hizo todas las cosas: el Sol, el mar, las estrellas, los ríos, las plantas, los animales, pero no hizo los armas. Creó al hombre y le dio ojos para que tuviera miradas de amor, bocas para pronunciar palabras de amor, oído para oírlas, manos para socorrer y acariciar, pies para correr con rapidez hacia el hermano necesitado, y corazón capaz de amar. Dio al hombre inteligencia, palabra, afectos, gustos. Pero no le dio el odio. ¿Por qué? Porque el hombre, criatura de Dios, debía ser amor, como Amor es Dios. Si el hombre hubiera permanecido como tal criatura, habría permanecido en el amor, y la familia humana no habría conocido guerra ni muerte.

- Pero él no quiere hacer la guerra porque pierde siempre» (efectivamente, yo había adivinado).

Jesús sonríe y dice:

- No se debe no querer lo que a nosotros nos lesiona porque nos lesione. Se debe no querer una cosa cuando lesiona a todos. Si uno dice: "No quiero esto porque me produce una pérdida", es egoísta. Sin embargo, el buen hijo de Dios dice: "Hermanos, yo sé que vencería, pero os digo: no hagamos esto porque significaría un daño para vosotros". ¡Cómo ha comprendido éste el precepto principal! ¿Quién me lo sabe decir?.

En coro, las once bocas dicen:

- Amarás a tu Dios con todo tu ser y a tu prójimo como a tí mismo".

-¡Sois unos niños excelentes! ¿Vais todos al colegio?

- Sí.

-¿Quién es el más listo?

- Él (es el niño grácil que no quiere jugar a la guerra).

-¿Cómo te llamas?

- Joel.

-¡Gran nombre! Joel habla así: "... el débil diga: "¡Soy fuerte!". Pero ¿fuerte en qué? En la ley del Dios verdadero, para estar entre los que Él en el valle de la Decisión juzgará como santos suyos. Mas el juicio está próximo; no en el valle de la Decisión, sino en el monte de la Redención. Allí, entre Sol y Luna oscurecidos de horror, y estrellas temblando llanto de piedad, serán discernidos los hijos de la Luz de los hijos de las Tinieblas. Y todo Israel sabrá que su Dios ha venido. Dichosos los que lo hayan reconocido: recibirán en su corazón miel, leche y aguas claras y las espinas se les transformarán en eternas rosas. ¿Quién de vosotros quiere estar entre aquéllos a los que Dios juzgue santos?.

-¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!.

-¿Amaréis entonces al Mesías?

-¡Sí! ¡Sí! ¡A ti! ¡A ti! ¡Te amamos a ti! ¡Sabemos quién eres! Lo han dicho Simón y Santiago y también nuestras madres. ¡Llévanos contigo!.

- En verdad os tomaré conmigo si sois buenos. Nunca más, palabras feas; nunca más, abusos; nunca más, riñas; nunca más, malas respuestas a los padres. Oración, estudio, trabajo, obediencia; y Yo os amaré y os acompañaré en vuestro camino.

Los niños están todos en círculo alrededor de Jesús. Parece una corola policroma ceñida en torno a un largo pistilo azul oscuro.

Un hombre bastante anciano se ha acercado, curioso. Jesús se vuelve para acariciar a un niño que le está tirando del vestido, y lo ve. Detiene en él intensamente su mirada. El anciano se limita a saludar ruborizándose.

-¡Ven! ¡Sígueme!

- Sí, Maestro.

Jesús bendice a los niños y, al lado de Felipe (lo llama por el nombre), vuelve a casa. Se sientan en el huertecillo.
-¿Quieres ser mi discípulo?
- Lo quiero—y no oso esperar serlo.
- Yo te he llamado.
- Lo soy, entonces. Heme aquí.
-¿Tenías conocimiento de mí?
- Me ha hablado de ti Andrés. Me ha dicho: "Aquel por quien tú suspirabas ha venido". Porque Andrés sabía que yo suspiraba por el Mesías.
- No queda frustrada tu espera. Él está delante de ti.
-¡Mi Maestro y mi Dios!
- Eres un israelita de recta intención. Por esto me manifiesto a ti. Otro amigo tuyo — como tú, sincero israelita — espera. Ve a decirle: "Hemos encontrado a Jesús de Nazaret, hijo de José, de la estirpe de David, aquel de quien hablaron Moisés y los profetas". Ve.
Jesús se queda solo hasta que vuelve Felipe con Natanael - Bartolomé.
- He aquí un verdadero israelita en quien no hay engaño. La paz sea contigo, Natanael.
-¿Cómo me conoces?
- Antes de que Felipe fuera a llamarte, te he visto debajo de la higuera.
-¡Maestro, Tú eres el Hijo de Dios, Tú eres el Rey de Israel!
-¿Porque he dicho que te he visto pensando debajo de la higuera, crees? Cosas mucho más grandes que éstas verás. En verdad os digo que los Cielos están abiertos y vosotros, por la fe, veréis a los ángeles bajar y subir sobre el Hijo del Hombre: Yo, quien te está hablando.
¡Maestro! ¡Yo no soy digno de tanto favor!
- Cree en mí y serás digno del Cielo. ¿Quieres creer?
- Quiero, Maestro.
La visión se detiene... Y continúa en la terraza, que está llena de gente. Otras personas están en el huertecillo de Pedro. Jesús habla.
- Paz a los hombres de buena voluntad. Paz y bendición a sus casas, mujeres y niños. La gracia y la luz de Dios reinen en ellas y en los corazones que las habitan.
Deseabais oírme. La Palabra habla. Habla a los honestos con alegría, habla a los deshonestos con dolor, habla a los santos y a los puros con gozo, habla a los pecadores con piedad. No se niega. Ha venido para derramarse como río que riega tierras necesitadas de agua y que de él reciben alivio de olas y nutrición de limo.
Vosotros queréis saber qué se requiere para ser discípulos de la Palabra de Dios, del Mesías, Verbo del Padre, que viene a reunir a Israel para que oiga una vez más las palabras del Decálogo santo e inmutable y se santifique en ellas para estar limpio, en la medida en que el hombre puede hacerlo de por sí, para la hora de la Redención y del Reino.
Mirad. Yo digo a los sordos, a los ciegos, a los mudos, a los leprosos, a los paralíticos, a los muertos: "Levantaos, sanad, resucitad, caminad, ábranse en vosotros los ríos de la luz, de la palabra, del sonido, para que podáis ver, oír, hablar de mí". Pero, más que a los cuerpos, esto se lo digo a vuestros espíritus. Hombres de buena voluntad, venid a mí sin temor. Si el espíritu está lesionado, Yo le devuelvo la salud. Si está enfermo, lo curo; Si muerto, lo resucito. Quiero sólo vuestra buena voluntad.
¿Es difícil esto que os pido? No. No os impongo los cientos de preceptos de los rabinos. Os digo: seguid el Decálogo. La Ley es una e inmutable. Muchos siglos han pasado desde la hora en que fue promulgada, hermosa, pura, fresca, como criatura recién nacida, como rosa recién abierta en el tallo. Simple, sin mancha, ligera de seguir.
Durante los siglos, las culpas y las inclinaciones la han complicado con leyes y más leyes menores, pesos y restricciones, demasiadas cláusulas penosas. Yo os conduzco de nuevo a la Ley como ésta era cuando el Altísimo la dio. Pero, os lo ruego por vuestro bien, recibidla con el corazón sincero de los verdaderos israelitas de entonces.
Vosotros susurráis — más en vuestro corazón que con los labios — que la culpa está arriba, más que en vosotros, gente humilde. Lo sé. En el Deuteronomio está dicho todo lo que debe hacerse, y no era necesario más. Pero no juzguéis a quien actuó no para sí, sino para los demás. Vosotros haced lo que Dios dice. Y, sobre todo, esforzaos en ser perfectos en los dos preceptos principales. Si amáis a Dios con todo vuestro ser, no pecaréis, porque el pecado produce dolor a Dios. Quien ama no quiere causar dolor. Si amáis al prójimo como a vosotros mismos, sólo podréis ser hijos respetuosos para con los padres, esposos fieles a los consortes, hombres honestos en las transacciones, sin violencias para con los enemigos, sinceros a la hora de testificar, sin envidia de quien posee, sin deseos de lujuria hacia la mujer del prójimo. No queriendo hacer a los demás lo que no querríais que se os hiciera a vosotros, no robaréis, no mataréis, no calumniaréis, no entraréis como los cucos en el nido de los demás.
Pero incluso os digo: "Portad a perfección vuestra obediencia a loe dos preceptos de amor: amad también a vuestros enemigos".
¡Oh, si sabéis amar como Él, cómo os amará el Altísimo, que ama al hombre — transformado en enemigo suyo por la culpa original y por los pecados individuales — hasta el punto de enviarle el Redentor, el Cordero que es su Hijo, Yo, quien os está hablando, el Mesías, prometido para redimiros de toda culpa!
Amad. El amor sea para vosotros escalera por la cual, hechos ángeles, subáis (como vio Jacob) hasta el Cielo, oyendo al Padre decir a todos y a cada uno: "Yo seré tu protector dondequiera que vayas, y te traeré de nuevo a este lugar: al Cielo, al Reino Eterno".
La paz esté con vosotros.

La gente manifiesta su conmovida aprobación y se va lentamente. Se quedan Pedro, Andrés, Santiago, Juan, Felipe y Bartolomé.

-¿Te vas mañana, Maestro?

- Mañana al amanecer, si no te desagrada.

- Desagradarme el que te vayas, sí, pero la hora no; es incluso propicia.

-¿Vas a ir a pescar?

- Esta noche, cuando salga la Luna.

- Has hecho bien, Simón Pedro, en no pescar durante la pasada noche. Todavía no había terminado el sábado. Nehemías, en sus reformas, quiso que en Judá se respetara el sábado. Ahora también demasiada gente en sábado prensa en los lagares, transporta haces, carga vino y fruta, y vende y compra pescado y corderos. Tenéis seis días para esto. El sábado es del Señor. Sólo una cosa podéis hacer en sábado: el bien a vuestro prójimo, pero sin ningún tipo de afán de lucro. Quien viola por lucro el sábado sólo puede obtener de Dios el castigo. ¿Gana algo?: lo perderá con creces en los otros seis días. ¿No lo gana?: se ha esforzado en vano el cuerpo, no concediéndole ese reposo que la Inteligencia ha establecido para él, airándose el espíritu por haber trabajado inútilmente, llegando incluso a proferir imprecaciones. Sin embargo, el día de Dios debe transcurrirse con el corazón unido a Dios en dulce oración de amor. Hay que ser fieles en todo.

- Pero... los escribas y doctores, que son tan severos con nosotros... no trabajan durante el sábado. Ni siquiera le dan al prójimo un pan por evitar el trabajo de dárselo... y, sin embargo, fían préstamos abusivos aun en sábado, ¿Se puede hacer esto en sábado porque no sea trabajo material?

- No. Nunca. Ni durante el sábado ni durante los otros días. Quien presta abusivamente es deshonesto y cruel.

- Los escribas y fariseos, entonces...

- Simón no juzgues. Tú no lo hagas.

- Pero tengo ojos para ver...

-¿Sólo el mal está ante nuestros ojos, Simón?.

- No, Maestro.

- Entonces, ¿por qué mirar sólo el mal?

- Tienes razón, Maestro.

- Entonces mañana al amanecer partiré con Juan».

- Maestro...

- Simón, ¿qué te sucede?

- Maestro... ¿vas a Jerusalén?

- Ya lo sabes.

- Yo también voy a Jerusalén para la Pascua... y también Andrés y Santiago....

-¿Y entonces?... Quieres decir que desearías venir conmigo ¿no? ¿Y la pesca? ¿Y la ganancia? Me has dicho que te gusta tener dinero, y Yo me ausentaré durante muchos días. Primero voy donde mi Madre, y a Jerusalén a la vuelta. Me quedaré allí predicando. ¿Cómo te las arreglarás?...

Pedro se muestra dudoso, vacilante... pero al final se decide:

- Por mí... voy contigo. ¡Te prefiero a ti antes que al dinero!

- Yo también voy».

- También yo.

- Y nosotros también, ¿verdad, Felipe?

- Venid, pues. Me serviréis de ayuda».

-¡Oh!... — Pedro se emociona ante esta idea —. ¿En qué te podemos ayudar?

- Os lo diré. Para actuar bien sólo tendréis que hacer cuanto os diga. El obediente siempre actúa bien. Ahora oraremos y luego cada uno irá a realizar sus cometidos.

-¿Y Tú, Maestro?

- Oraré más. Soy la Luz del mundo, pero también soy el Hijo del hombre. Por ello siempre tengo que beber de la Luz para ser el Hombre que redime al hombre. Oremos.

Jesús dice un salmo. El que comienza: «Quien reposa en la ayuda del Altísimo vivirá bajo la protección del Dios del Cielo. Dirá al Señor: "Tú eres mi protector, mi refugio. Es mi Dios, en Él está mi esperanza. Él me libró del lazo de los cazadores y de las palabras agresivas" etc. etc.». Lo encuentro en el libro 4°. Es el segundo del libro 4°, me parece que es el núm. 90 (Salmos 91).

## 51

## María manda a Judas Tadeo a invitar a Jesús a las bodas de Cana.

Veo la cocina de Pedro. En ella, además de Jesús, están Pedro y su mujer, y Santiago y Juan. Parece que acaban de terminar de cenar y que están conversando. Jesús muestra interés por la pesca.

Entra Andrés y dice:

- Maestro, está aquí el dueño de la casa en que vives, con uno que dice ser tu primo.

Jesús se levanta y va hacia la puerta, diciendo que pasen. Y, cuando a la luz de la lámpara de aceite y de la lumbre ve entrar a Judas Tadeo, exclama:

-¿Tú, Judas?
- Yo, Jesús.
Se besan. Judas Tadeo es un hombre apuesto, en la plenitud de la hermosura viril. Es alto — si bien no tanto como Jesús —, de robustez bien proporcionada, moreno, como lo era San José de joven, de color aceitunado, no térreo; sus ojos tienen algo en común con los de Jesús, porque son de tono azul pero con tendencia al violáceo. Tiene barba cuadrada y morena, cabellos ondulados, menos rizados que los de Jesús, morenos como la barba.
- Vengo de Cafarnaúm. He ido allí en barca, y he venido también en barca para llegar antes. Me envía tu Madre. Dice: "Susana se casa mañana. Te ruego, Hijo, que estés presente en esta boda". María participa en la ceremonia y con ella mi madre y los hermanos. Todos los parientes están invitados. Sólo Tú estarías ausente. Los parientes te piden que complazcas en esto a los novios.
Jesús se inclina ligeramente abriendo un poco los brazos y dice:
- Un deseo de mi Madre es ley para mí. Pero iré también por Susana y por los parientes. Sólo... lo siento por vosotros... - y mira a Pedro y a los otros - Son mis amigos - explica a su primo. Y los nombra comenzando por Pedro. Por último dice: - Y éste es Juan - y lo dice de una forma muy especial, que mueve a Judas Tadeo a mirar más atentamente, y que hace ruborizarse al predilecto. Jesús termina la presentación diciendo: - Amigos, éste es Judas, hijo de Alfeo, mi primo hermano, según dice la usanza, porque es hijo del hermano del esposo de mi Madre; un buen amigo mío en el trabajo y en la vida.
- Mi casa está abierta para ti como para el Maestro. Siéntate.
Luego, dirigiéndose a Jesús, Pedro dice:
-¿Entonces? ¿Ya no vamos contigo a Jerusalén?.
- Claro que vendréis. Iré después de la fiesta. Únicamente que ya no me detendré en Nazaret.
- Haces bien, Jesús, porque tu Madre será mi huésped durante algunos días. Así hemos quedado, y volverá a mi casa también después de la boda - esto dice el hombre de Cafarnaúm.
- Entonces lo haremos así. Ahora, con la barca de Judas, Yo iré a Tiberíades y de allí a Cana, y con la misma barca volveré a Cafarnaúm con mi Madre y contigo. El día siguiente después del próximo sábado te acercas, Simón, si todavía quieres, e iremos a Jerusalén para la Pascua.
-¡Sí que querré! Incluso iré el sábado para oírte en la sinagoga.
-¿Ya predicas, Jesús? - pregunta Judas.
- Sí, primo.
-¡Y qué palabras! ¡No se oyen en boca de otros!.
Judas suspira. Con la cabeza apoyada en la mano y el codo sobre la rodilla, mira a Jesús y suspira. Parece como si quisiera hablar y no se atreviera.
Jesús lo anima para que hable:
-¿Qué te pasa, Judas? ¿Por qué me miras y suspiras?.
- Nada.
- No. Nada no. ¿Ya no soy el Jesús que tú estimabas? ¿Aquel para quien no tenías secretos?
-¡Sí que lo eres! Y cómo te echo de menos, a ti, maestro de tu primo más mayor...
-¿Entonces? Habla.
- Quería decirte... Jesús... sé prudente... tienes una Madre... que aparte de ti no tiene nada... Tú quieres ser un "rabí" distinto de los demás y sabes, mejor que yo, que... las castas poderosas no permiten cosas distintas de las usuales, establecidas por ellos. Conozco tu modo de pensar... es santo... Pero el mundo no es santo... y oprime a los santos... Jesús... ya sabes cuál ha sido la suerte de tu primo Juan... Lo han apresado y si todavía no ha muerto es porque ese repugnante Tetrarca tiene miedo del pueblo y del rayo divino. Asqueroso y supersticioso, como cruel y lascivo. ¿Qué será de ti? ¿Qué final te quieres buscar?
- Judas, ¿me preguntas esto tú, que conoces tanto acerca de mi pensamiento? ¿Hablas por propia iniciativa? No. ¡No mientas! Te han mandado — no mi Madre, por supuesto — a decirme esto...
Judas baja la cabeza y calla.
- Habla, primo.
- Mi padre... y con él José y Simón... sabes... por tu bien... por afecto hacia ti y María... no ven con buenos ojos lo que te propones hacer... y... y querrían que Tú pensaras en tu Madre...
-¿Y tú qué piensas?
- Yo... yo.
- Tú te debates entre las voces de arriba y de la Tierra. No digo de abajo, digo de la Tierra. También vacila Santiago, aún más que tú. Pero Yo os digo que por encima de la Tierra está el Cielo, por encima de los intereses del mundo está la causa de Dios. Necesitáis cambiar de modo de pensar. Cuando sepáis hacerlo seréis perfectos.
- Pero... ¿y tu Madre?
-Judas, sólo Ella tendría derecho a recordarme mis deberes de hijo, según la luz de la Tierra, o sea, mi deber de trabajar para Ella, para hacer frente a sus necesidades materiales, mi deber de asistencia y consolación estando cerca de mi Madre. Y Ella no me pide nada de esto. Desde que me tuvo, Ella sabía que habría de perderme, para encontrarme de nuevo con más amplitud que la del pequeño círculo de la familia. Y desde entonces se ha preparado para esto. No es nueva en su sangre esta absoluta voluntad de donación a Dios. Su madre la ofreció al Templo antes de que Ella sonriera a la luz. Y Ella — me lo ha dicho las innumerables veces que me ha hablado de su infancia santa teniéndome contra su corazón en las largas noches de invierno, o en las claras de verano llenas de estrellas — y Ella se ofreció a Dios ya desde aquellas primeras luces de su alba en el mundo. Y más aún se ofreció cuando me tuvo, para estar donde Yo estoy, en la vía de la misión que me viene de Dios. Llegará un momento en que todos me abandonen. Quizás durante pocos minutos, pero la vileza se adueñará de todos, y pensaréis que

hubiera sido mejor, por cuanto se refiere a vuestra seguridad, no haberme conocido nunca. Pero Ella, que ha comprendido y que sabe, Ella estará siempre conmigo. Y vosotros volveréis a ser míos por Ella. Con la fuerza de su amorosa, segura fe, Ella os aspirará hacia sí, y, por tanto hacia mí, porque Yo estoy en mi Madre y Ella en mí, y Nosotros en Dios. Esto querría que comprendierais vosotros todos, parientes según el mundo, amigos e hijos según lo sobrenatural. Tú, y contigo los otros, no sabéis quién es mi Madre. Si lo supierais, no la criticaríais en vuestro corazón por no saberme tener sujeto a Ella, sino que la veneraríais como a la Amiga más íntima de Dios, la Poderosa que todo lo puede en orden al corazón del Eterno Padre, que todo lo puede en orden al Hijo de su corazón. Ciertamente iré a Cana. Quiero hacerla feliz. Comprenderéis mejor después de esta hora.

Se le ve a Jesús majestuoso y persuasivo. Judas lo mira atentamente. Piensa. Dice:

- Yo también, sin duda, iré contigo, con estos, si me aceptas... porque siento que dices cosas justas. Perdona mi ceguera y la de mis hermanos. ¡Eres mucho más santo que nosotros!...

- No guardo rencor a quien no me conoce. Ni siquiera a quien me odia. Pero me duele por el mal que a sí mismo se hace. ¿Qué tienes en esa bolsa?

- La túnica que tu Madre te manda. Mañana será una gran fiesta. Ella piensa que su Jesús la necesita para no causar mala impresión entre los invitados. Ha estado hilando incansable desde las primeras luces hasta las últimas, diariamente, para prepararte esta túnica. Pero no ha ultimado el manto. Todavía le faltan las orlas. Se siente desolada por ello.

- No hace falta. Iré con éste, y aquél lo reservaré para Jerusalén. El TempIó es más que una boda. Ella se alegrará».

- Si queréis estar para el alba en el camino que lleva a Cana, os conviene levar anclas enseguida. La Luna sale, la travesía será buena - dice Pedro.

- Vamos entonces. Ven, Juan. Te llevo conmigo. Simón Pedro, Santiago, Andrés, ¡adiós! Os espero el sábado por la noche en Cafarnaúm. ¡Adiós!, mujer. Paz a ti y a tu casa.

Salen Jesús con Judas y Juan. Pedro los sigue hasta la orilla y colabora en la operación de partida de la barca.

Y la visión termina.

## 52

### Las bodas de Caná. El Hijo, no sujeto ya a la Madre, lleva a cabo para Ella el primer milagro.

Veo una casa. Una característica casa oriental: un cubo blanco más ancho que alto, con raras aberturas, terminada en una azotea que está rodeada por un pequeño muro de aproximadamente un metro de alto y sombreada por una pérgola de vid que trepa hasta allí y extiende sus ramas sobre más de la mitad de esta soleada terraza que hace de techo. Una escalera exterior sube a lo largo de la fachada hasta una puerta, que se abre a mitad de altura. En el nivel de la calle hay unas puertas bajas y distanciadas, no más de dos por cada lado, que dan a habitaciones también bajas y oscuras. La casa se alza en medio de una especie de era (más espacio amplio herboso que era) que tiene en el centro un pozo. Hay higueras y manzanos. La casa mira hacia el camino, pero no está situada en él; está un poco hacía dentro, y un sendero, entre la hierba, la une a aquél, que parece camino de primer orden.

Se diría que la casa está en la periferia de Cana: casa de propietarios campesinos que viven en medio de su finca. El campo se extiende tras la casa con sus lejanías verdes y apacibles. Hay un bonito sol y un azul tersísimo de cielo. En principio no veo nada más. La casa está sola.

Después veo a dos mujeres, con largos vestidos y un manto que hace también de velo. Vienen por el camino y luego por el sendero. Una es más anciana: cincuenta años aproximadamente, y viste de oscuro: un color pardo-marrón como de lana natural. La otra está vestida de un color más claro: un vestido amarillo pálido y manto azul, y aparenta unos treinta y cinco años. Es muy hermosa, esbelta, y tiene un porte lleno de dignidad, a pesar de ser toda gentileza y humildad. Cuando está más cerca, noto el color pálido del rostro, los ojos azules y los cabellos rubios que pueden verse sobre la frente bajo el velo. Reconozco a María Santísima. Quién pueda ser la otra, que es morena y más anciana, no lo sé. Hablan entre ellas. La Virgen sonríe. Cerca ya de la casa, alguien, encargado de ver quiénes iban llegando, lo comunica, y salen a su encuentro hombres y mujeres—todos vestidos de fiesta — que las acogen con gran alegría, especialmente a María Santísima.

La hora parece matutina, yo diría que hacia las nueve — quizás antes — porque el campo tiene todavía ese aspecto fresco de las primeras horas del día por el rocío que hace aparecer más verde a la hierba y por el aire aún exento de polvo. La estación me parece primaveral pues la hierba de los prados no está quemada por el verano y el trigo de los campos está aún tierno y sin espiga, todo verde. Las hojas de la higuera y del manzano también están verdes, y todavía tiernas, y también las de la parra. Pero no veo flores en el manzano; y no veo fruta, ni en el manzano, ni en la higuera, ni en la vid. Señal de que el manzano ha florecido ya, pero hace poco tiempo, y los pequeños frutos todavía no se ven.

María, agasajada por un anciano que la acompaña — parece el dueño de la casa — sube la escalera exterior y entra en una amplia sala que parece ocupar toda o buena parte de la planta alta.

Creo comprender que los recintos de la planta baja son las habitaciones propiamente dichas, las despensas, los trasteros y las bodegas; mientras que ésta sería el recinto reservado para usos especiales, como fiestas de carácter excepcional, o para trabajos que requieran mucho espacio, o también para colocar holgadamente productos agrícolas. Si de fiestas se trata, lo vacían completamente y lo adornan, como hoy, con ramas verdes, esterillas y mesas ricamente surtidas de viandas. En el centro, suntuosamente provista de manjares, hay una de estas mesas; encima, ya preparado, ánforas y platos colmados de fruta. A lo largo de la pared de la derecha, respecto a mí que miro, otra mesa, aderezada, aunque menos ricamente. A lo largo de la pared izquierda, una especie de largo aparador y encima de él platos con quesos y otros manjares (me parecen tortas

cubiertas de miel, y dulces). En el suelo, junto a esta misma pared, otras ánforas y tres grandes recipientes con forma de jarra de cobre (más o menos; son una especie de tinajas).

María escucha benignamente a todos; después, se quita el manto y ayuda, bondadosa, a terminar los preparativos del banquete. La veo ir y venir, poniendo en orden los divanes, derechas las guirnaldas de flores, mejorando el aspecto de los fruteros, comprobando si en las lámparas hay aceite. Sonríe y habla poquísimo y en voz muy baja, pero escucha mucho y con mucha paciencia.

Un gran rumor de instrumentos musicales viene del camino (realmente poco armónicos). Todos, menos María, corren afuera. Veo entrar a la novia, toda adornada y feliz, rodeada de parientes y amigos, al lado del novio, que ha sido el primero en salir presuroso a su encuentro.

Y en este momento la visión sufre un cambio. Veo, en vez de la casa, un pueblo. No sé si es Cana u otra aldea cercana. Y veo a Jesús con Juan y otro, que me parece que es Judas Tadeo (pero podría equivocarme respecto al segundo). Por lo que respecta a Juan, no me equivoco. Jesús está vestido de blanco y tiene un manto azul marino. Al oír el sonido de los instrumentos, el compañero de Jesús pregunta algo a un hombre de condición sencilla y transmite la respuesta a Jesús.

- Vamos a darle una satisfacción a mi Madre - dice entonces Jesús sonriendo. Y se encamina por las tierras, con sus dos compañeros, hacia la casa. Me he olvidado de decir que tengo la impresión de que María es o pariente o muy amiga de los parientes del novio, porque se ve que los trata con familiaridad.

Cuando Jesús llega, la persona de antes, puesta como centinela, avisa a los demás. El dueño de la casa, junto con su hijo, el novio, y con María, baja al encuentro de Jesús y lo saluda respetuosamente. Saluda también a los otros dos. El novio hace lo mismo.

Pero lo que más me gusta es el saludo lleno de amor y de respeto de María a su Hijo, y viceversa. No grandes manifestaciones externas. Pero la palabra de saludo: «La paz está contigo» va acompañada de una mirada de tal naturaleza, y una sonrisa tal, que valen por cien abrazos y cien besos. El beso tiembla en los labios de María pero no lo da. Sólo pone su mano blanca y menuda sobre el hombro de Jesús y apenas le toca un rizo de su larga cabellera: una caricia de púdica enamorada.

Jesús sube al lado de su Madre; detrás, los discípulos y los dueños de la casa. Entra en la sala del banquete, donde las mujeres se ocupan de añadir asientos y cubiertos para los tres invitados, inesperados según me parece. Yo diría que era dudosa la venida de Jesús y absolutamente imprevista la de sus compañeros.

Oigo con nitidez la voz llena, viril, dulcísima del Maestro decir al poner pie en la sala:

-La paz sea en esta casa y la bendición de Dios descienda sobre todos vosotros - saludo global y lleno de majestad para todos los presentes. Jesús domina con su aspecto y estatura a todos. Es el invitado, y además fortuito, pero parece el rey del convite; más que el novio, más que el dueño de la casa. A pesar de ser humilde y condescendiente, es Él quien se impone.

Jesús toma asiento en la mesa del centro, con el novio, la novia, los parientes de los novios y los amigos más notables. A los dos discípulos, por respeto al Maestro, se les coloca en la misma mesa.

Jesús está de espaldas a la pared en que están las tinajas y los aparadores. Por ello, no lo ve, como tampoco ve el afán del mayordomo con los platos de asado que van siendo introducidos por una puertecita que está junto a los aparadores.

Observo una cosa: menos las respectivas madres de los novios y menos María, ninguna mujer está sentada en esa mesa. Todas las mujeres están — y meten bulla como si fueran cien — en la otra mesa que está pegando a la pared, y se las sirve después de que se ha servido a los novios y a los invitados importantes. Jesús está al lado del dueño de la casa. Tiene enfrente a María, que está sentada al lado de la novia.

El banquete comienza. No falta el apetito, ni tampoco la sed. Los que comen y beben poco son Jesús y su Madre, la cual, además, habla poquísimo. Jesús habla un poco más. Pero, a pesar de ser parco de palabras, no se manifiesta ni enfadado ni desdeñoso. Es un hombre afable, pero no hablador. Si le consultan algo, responde; si le hablan, se interesa, expone su parecer, pero después se recoge en sí como quien está habituado a meditar. Sonríe, nunca ríe. Y, si oye alguna broma demasiado irreflexiva, hace como si no escuchara. María se alimenta de la contemplación de su Jesús, como Juan, que está hacia el fondo de la mesa y atentísimo a los labios de su Maestro.

María se da cuenta de que los criados cuchichean con el mayordomo y de que éste está turbado, y comprende lo que de desagradable sucede.

- Hijo - dice bajo, llamando la atención de Jesús con esa palabra - Hijo, no tienen más vino.

- Mujer, ¿qué hay ya entre tú y Yo? - Jesús, al decir esta frase, sonríe aún más dulcemente, y sonríe María, como dos que saben una verdad, que es su gozoso secreto y que ignoran todos los demás.

Jesús me explica el significado de la frase:

- Ese "ya", que muchos traductores omiten, es la clave de la frase y explica su verdadero significado.

Yo era el Hijo sujeto a la Madre hasta el momento en que la voluntad del Padre me indicó que había llegado la hora de ser el Maestro. Desde el momento en que mi misión comenzó, ya no era el Hijo sujeto a la Madre, sino el Siervo de Dios. Rotas las ligaduras morales hacia la que me había engendrado, se transformaron en otras más altas, se refugiaron todas en el espíritu, el cual llamaba siempre "Mamá" a María, mi Santa. El amor no conoció detenciones, ni enfriamiento, más bien habría que decir que jamás fue tan perfecto como cuando, separado de Ella como por una segunda filiación, Ella me dio al mundo para el mundo, como Mesías, como Evangelizador. Su tercera, sublime, mística maternidad, tuvo lugar cuando, en el suplicio del Gólgota, me dio a luz a la Cruz, haciendo de mí el Redentor del mundo.

"¿Qué hay ya entre tú y Yo?". Antes era tuyo, únicamente tuyo. Tú me mandabas, yo te obedecía. Te estaba "sujeto". Ahora soy de mi misión.

¿Acaso no lo he dicho?: "Quien, una vez puesta la mano en el arado, se vuelve hacia atrás a saludar a quien se queda, no es apto para el Reino de Dios". Yo había puesto la mano en el arado para abrir con la reja no la tierra sino los corazones, y

sembrar en ellos la palabra de Dios. Sólo levantaría esa mano una vez arrancada de allí para ser clavada en la Cruz y abrir con mi torturante clavo el corazón del Padre mío, haciendo salir de él el perdón para la Humanidad.

Ese "ya", olvidado por la mayoría, quería decir esto: "Has sido todo para mí, Madre, mientras fui únicamente el Jesús de María de Nazaret, y me eres todo en mi espíritu; pero, desde que soy el Mesías esperado, soy del Padre mío. Espera un poco todavía y, acabada la misión, volveré a ser todo tuyo; me volverás a tener entre los brazos como cuando era niño y nadie te disputará ya este Hijo tuyo, considerado un oprobio de la Humanidad, la cual te arrojará sus despojos para cubrirte incluso a ti del oprobio de ser madre de un reo. Y después me tendrás de nuevo, triunfante, y después me tendrás para siempre, tú también triunfante, en el Cielo. Pero ahora soy de todos estos hombres. Y soy del Padre que me ha mandado a ellos".

Esto es lo que quiere decir ese pequeño, y tan denso de significado, "ya".

María ordena a los criados:

- Haced lo que El os diga - María ha leído en los ojos sonrientes del Hijo el asentimiento, revestido de una gran enseñanza para todos los "llamados".

Y Jesús ordena a los criados:

- Llenad de agua los cántaros.

Veo a los criados llenar las tinajas de agua traída del pozo (oigo rechinar la polea subiendo y bajando el cubo que gotea). Veo al mayordomo echarse en la copa un poco de ese líquido con ojos de estupor, probarlo con gestos de aún más vivo asombro, degustarlo y hablarles al dueño de la casa y al novio (estaban cercanos).

María mira una vez más al Hijo y sonríe; luego, tras una nueva sonrisa de Jesús, inclina la cabeza, ruborizándose tenuemente; se siente muy dichosa.

Un murmullo recorre la sala, las cabezas se vuelven todas hacia Jesús y María; hay quien se levanta para ver mejor, quien va a las tinajas... Silencio, y, después, un coro de alabanzas a Jesús.

Pero El se levanta y dice una frase:

- Agradecédselo a María - y se retira del banquete. Los discípulos lo siguen. En el umbral de la puerta vuelve a decir:

- La paz sea en esta casa y la bendición de Dios descienda sobré vosotros - y añade: - Adiós, Madre.

La visión cesa.

Jesús me instruye así:

- Cuando dije a los discípulos: "Vamos a hacer feliz a mi Madre", había dado a la frase un sentido más alto de lo que parecía. No la felicidad de verme, sino de ser Ella la iniciadora de mi actividad taumatúrgica y la primera benefactora de la Humanidad. Recordadlo siempre: mi primer milagro se produjo por María; el primero: símbolo de que es María la llave del milagro. Yo no niego nada a mi Madre. Por su oración anticipo incluso el tiempo de la gracia. Yo conozco a mi Madre, la segunda en bondad después de Dios. Sé que concederos una gracia es hacerla feliz, porque es la Toda Amor. Por esto, sabiéndolo, dije; "Vamos a hacerla feliz".

Además quise mostrar al mundo su potencia junto a la mía. Destinada a unirse a mí en la carne — puesto que fuimos una carne: Yo en Ella, Ella en torno a mí, como pétalos de azucena en torno al pistilo oloroso y colmo de vida —, destinada a unirse a mí en el dolor — puesto que estuvimos en la cruz Yo con la carne y Ella con su espíritu, de la misma forma que la azucena perfuma tanto con la corola como con la esencia que de ésta se desprende —, era justo unirla a mí en la potencia que se muestra al mundo.

Os digo a vosotros lo que les dije a aquellos invitados: "Dad gradas a María. Por Ella os ha sido dado el Dueño del milagro y por Ella tenéis mis gracias, especialmente el perdón".

## 53

## Los mercaderes expulsados del Templo.

Veo a Jesús entrando con Pedro, Andrés, Juan y Santiago, Felipe y Bartolomé, en el recinto del Templo.

Dentro y fuera hay una grandísima muchedumbre. Son peregrinos que, desde todas las partes de la ciudad, llegan en grupos. Desde lo alto de la colina en que está construido el Templo, se ven las calles de la ciudad, estrechas y retortijadas, y un hormiguear de gente. Parece como si entre el blanco crudo de las casas se hubiera extendido una cinta en movimiento de mil colores. Sí, la ciudad tiene el aspecto de un juguete singular hecho de cintas multicolores entre dos hilos blancos, convergente todo hacia el punto en que resplandecen las cúpulas de la Casa del Señor.

Pero luego, dentro, hay... una verdadera verbena. Ha quedado anulado cualquier tipo de recogimiento de lugar sagrado. Hay quien corre y quien llama, quien contrata los corderos y grita y lanza maldiciones por el precio desorbitado de las cosas, quien empuja hacia los recintos a los pobres animales, que balan (los recintos son lugares toscamente separados con cuerdas o estacas, en cuya entrada está el mercader, o propietario, a la espera de los compradores). Leñazos, balidos, blasfemias, unos que llaman a otros, insultos a los peones que no se muestran solícitos en las operaciones de reagrupamiento y selección de los animales y a los compradores que regatean el precio o que se van, mayores insultos a quienes, previsores, han traído su propio cordero.

Alrededor de los bancos de los cambistas, otro griterío. Se entiende que — no sé si en todo momento o durante la Pascua — el Templo funcionaba como... Bolsa (y además bolsa negra). El valor de las monedas no era fijo. Había un precio legal — ciertamente lo habría — pero los cambistas imponían otro, apropiándose de una cantidad arbitraria por el cambio de las monedas. ¡Y no se andaban con chiquitas en las operaciones de usura!... Cuanto más pobre era uno, y venía de más lejos, más lo pelaban: más a los viejos que a los jóvenes; y a los que provenían de fuera de Palestina, más que a los viejos.

Algunos pobres viejecitos miran una y otra vez su dinerillo ahorrado durante todo el año quién sabe con cuánto esfuerzo, se lo sacan y se lo vuelven a meter junto al pecho cien veces, yendo de uno a otro cambista, y quizás terminan volviendo al primero, que se venga de su inicial deserción aumentando la prima del cambio... y las monedas de valor abandonan, entre suspiros, las manos del propietario y pasan a las garras del usurero para ser cambiadas por monedas de menos valor. Luego otra tragedia de selección, de cuentas y de suspiros ante los vendedores de corderos, quienes a los viejos medio ciegos les encasquetan los corderos más míseros.

Veo que vuelven dos viejos, él y ella, empujando a un pobre corderito que los sacrificadores han debido encontrar defectuoso. Se entrecruzan, por un lado, malos modales y palabrotas; por otro, llanto y ruegos; y el vendedor no se conmueve.

- Para lo que queréis gastar, galileos, es incluso demasiado lo que os he dado. ¡Marchaos o añadís otros cinco denarios por uno mejor!

- ¡Por el amor de Dios! ¡Somos pobres y viejos! ¿Quieres impedirnos celebrar la Pascua, que es quizás la última? ¿No te es suficiente lo que has pedido por un animal pequeño?.

- Dejad paso, zarrapastrosos. Viene hacia mí José, el Anciano. Me honra con su preferencia. ¡Dios sea contigo! ¡Ven, escoge!

José, el Anciano — así le llaman —, o sea, el de Arimatea, entra en el recinto y toma un magnífico cordero. Pasa vestido pomposamente, soberbio, sin mirar a estos dos pobrecillos que gimen a la puerta, o digamos más bien entrada, del recinto. Casi los choca, especialmente al salir con un hermoso cordero que bala.

Mas Jesús se encuentra también ya cerca. También ha hecho su compra; y Pedro, que probablemente ha llevado a cabo el trato en lugar de Él, trae un cordero bastante normal.

Pedro querría ir enseguida hacia el lugar donde se sacrifica, pero Jesús se desvía a la derecha, hacia los dos viejecitos asustados, llorosos, indecisos, medio arrollados por la muchedumbre e insultados por el vendedor.

Jesús, tan alto que la cabeza de los dos abuelitos le llega a la altura del corazón, pone una mano sobre el hombro de la mujer y pregunta: « ¿Por qué lloras, mujer?».

La viejecita se vuelve y ve a este joven alto, solemne con su hermoso vestido blanco y con su manto también de nieve todo nuevo y limpio. Debe creer que es un doctor, por el vestido y el aspecto, y, asombrada — porque los doctores y los sacerdotes no hacen caso de la gente, ni tutelan a los pobres contra la avidez de los mercaderes —, le cuenta por qué lloran.

Jesús se dirige al hombre de los corderos diciéndole:

- Cambia este cordero a estos fieles; no es digno del altar. Como tampoco es digno que tú te aproveches de dos viejecitos porque son débiles y están indefensos.

-¿Y Tú quién eres?

- Un justo.

-Tu acento y el de tus compañeros dicen que eres galileo. ¿Puede, acaso, haber en Galilea un justo?

- Haz lo que te digo y sé justo tú.

-¡Oíd! ¡Oíd al galileo defensor de los de su condición! ¡Quiere enseñarnos a nosotros, los del Templo! - El hombre se ríe y se burla, imitando sarcásticamente la cadencia galilea, que es más cantarina y de mayor dulzura que la judía; al menos, así me parece.

Se forma un corro de gente, y otros mercaderes y cambistas salen en defensa de su colega contra Jesús.

Entre los presentes hay dos o tres rabíes irónicos. Uno de ellos pregunta:

-¿Eres doctor? - lo pregunta de una forma que haría perder la paciencia a Job.

- Tú lo has dicho.

- ¿Qué enseñas?

- Enseño esto: a hacer la Casa de Dios casa de oración y no un lugar de usura y de mercado. Esto enseño.

Se le ve terrible a Jesús. Parece el arcángel puesto en el umbral del Paraíso perdido. No tiene espada llameante en las manos, pero tiene rayos en los ojos, y fulmina a los burladores y a los sacrílegos. No tiene nada en la mano, sólo su santa ira. Y con ésta, caminando veloz e imponente entre banco y banco, desbarata las monedas tan meticulosamente apiladas por tipos; vuelca mesas grandes y pequeñas, y todo cae, con estruendo, al suelo, entre un gran ruido de metales y tablas que chocan y gritos de ira, de pánico y de aprobación. Luego, arrancando de las manos a los mozos de los ganaderos unas sogas con que sujetaban bueyes, ovejas y corderos, hace de ellas un azote bien duro, en que los nudos para formar los lazos corredizos son flagelos, y lo levanta y lo voltea y lo baja, sin piedad.

El inesperado granizo golpea cabezas y espaldas. Los fieles se apartan admirando la escena; los culpables, perseguidos hasta la muralla externa, se echan a correr dejando por el suelo dinero y detrás animales grandes y pequeños en medio de un gran enredo de piernas, de cuernos, de alas. Se huye corriendo, o volando. Mugidos, balidos, chillidos de pichones y tórtolas, junto a carcajadas y gritos de fieles detrás de los prestamistas dados a la fuga, ahogan incluso el lamentoso coro de los corderos, degollados ciertamente en otro patio.

Acuden sacerdotes, rabíes y fariseos. Jesús está todavía en medio del patio, de vuelta de su persecución. El azote está todavía en su mano.

-¿Quién eres? ¿Cómo te permites hacer esto, turbando las ceremonias prescritas? ¿De qué escuela provienes? Nosotros no te conocemos, ni sabemos quién eres.

- Yo soy Él que puede. Todo lo puedo. Destruid este Templo verdadero y Yo lo levantaré de nuevo para dar gloria a Dios. No turbo la santidad de la Casa de Dios y de las ceremonias, sois vosotros los que la turbáis permitiendo que su morada se transforme en sede de usureros y mercaderes. Mi escuela es la escuela de Dios. La misma que tuvo todo Israel por boca del Eterno que habló a Moisés. ¿No me conocéis? Me conoceréis; ¿No sabéis de dónde vengo? Lo sabréis.

Y, volviéndose hacia el pueblo, sin preocuparse ya más de los sacerdotes, alto, vestido de blanco, el manto abierto y fluente tras los hombros, con los brazos abiertos como un orador en lo más vivo de su discurso, dice:

- ¡Oíd, vosotros de Israel! En el Deuteronomio está escrito: "Constituirás jueces y magistrados en todas las puertas... y ellos juzgarán al pueblo con justicia, sin propender a parte alguna. No tendrás acepción de personas, no aceptarás donativos, porque los donativos ciegan los ojos de los sabios y alteran las palabras de los justos. Con justicia seguirás lo que es justo para vivir y poseer la tierra que el Señor tu Dios te dé.

¡Oíd, oh vosotros de Israel! Dice el Deuteronomio: "Los sacerdotes y los levitas y todos los de la tribu de Leví no tendrán parte ni herencia con el resto de Israel, porque deben vivir con los sacrificios del Señor y con las ofrendas hechas a Él; nada tendrán entre las posesiones de sus hermanos, porque el Señor es su herencia".

¡Oíd, oh vosotros de Israel! Dice el Deuteronomio: "No prestarás con interés a tu hermano ni dinero ni trigo ni cualquier otra cosa. Podrás prestar con interés al extranjero; mas a tu hermano le prestarás, sin interés, aquello de que tenga necesidad.

Esto ha dicho el Señor.

Ahora bien, vosotros mismos veis que sin justicia hacia el pobre sojuzga en Israel. No hacia el justo, sino hacia el fuerte se propende, y ser pobre, ser pueblo, quiere decir ser oprimido. ¿Cómo puede el pueblo decir: "Quien nos juzga es justo" si ve que sólo a los poderosos se les respeta y escucha, mientras que el pobre no tiene quien lo escuche? ¿Cómo puede el pueblo respetar al Señor si ve que no lo respetan los que más deberían hacerlo? ¿Es respeto al Señor la violación de su mandamiento? ¿Y por qué entonces los sacerdotes en Israel tienen posesiones y aceptan donativos de publícanos y pecadores, los cuales actúan así para que les sean benignos los sacerdotes, de la misma forma que éstos actúan así para tener ricas arcas?

Dios es la herencia de sus sacerdotes. Para ellos, Él, el Padre de Israel, es como en ningún caso, Padre, y pone los medios para que reciban el alimento como es justo; pero no más de lo que sea justo. No ha prometido a sus siervos del Santuario bolsa y posesiones. En la eternidad, por su justicia, tendrán el Cielo, como lo tendrán Moisés y Elías y Jacob y Abraham, pero en esta tierra no deben tener más que vestido de lino y diadema de oro incorruptible: pureza y calidad, y que el cuerpo sea siervo del espíritu que es siervo del Dios verdadero, y no sea el cuerpo señor del espíritu, y contra Dios.

Se me ha preguntado con qué autoridad hago esto. ¿Y ellos?, ¿con qué autoridad profanan el mandamiento de Dios, y a la sombra de los sagrados muros permiten usura contra los hermanos de Israel, que han venido para cumplir el mandato divino? Se me ha preguntado de qué escuela provengo, y he respondido: "De la escuela de Dios". Sí, Israel. Yo vengo y te llevo de nuevo a esta escuela santa e inmutable.

Quien quiera conocer la Luz, la Verdad, la Vida, quien quiera volver a oír la Voz de Dios que habla a su pueblo, venga a mí. Seguisteis a Moisés a través de los desiertos, ¡oh, vosotros de Israel! Seguidme; que Yo os conduzco, a través de un desierto, sin duda, más dificultoso, hacia la verdadera Tierra beata. Por mar abierto al mandato de Dios, a ella os llevo. Alzando mi Signo, os curo de todo mal.

Ha llegado la hora de la Gracia. La esperaron los Patriarcas, murieron esperándola. La predijeron los Profetas y murieron con esta esperanza. La soñaron los justos y murieron confortados por este sueño. Ha surgido ahora.

Venid. "El Señor va a juzgar de un momento a otro a su pueblo y será misericordioso para con sus siervos", como prometió por boca de Moisés.

La gente, arracimada en torno a Jesús, se ha quedado a escucharlo estupefacta. Luego comenta las palabras del nuevo Rabí y hace preguntas a sus compañeros.

Jesús se dirige hacia otro patio, separado de éste por un pórtico. Los amigos lo siguen y la visión termina.

## 54
## El encuentro con Judas de Keriot y con Tomás. Simón Zelote curado de la lepra.

Jesús está junto a sus seis discípulos. Tanto el otro día como hoy, no he visto a Judas Tadeo, que también había expresado su deseo de ir a Jerusalén con Jesús.

Deben ser todavía las fiestas pascuales, porque continúa habiendo mucho gentío por la ciudad. Anochece. Muchos se apresuran hacia las casas.

También Jesús se dirige a la casa en que lo hospedan. No es la del Cenáculo — que está más en la ciudad, aunque en las afueras —. Esta es una casa de campo en el pleno sentido de la palabra, entre tupidos olivos. Desde la pequeña y agreste explanada que tiene delante, se ven descender colina abajo, en escalones, los árboles, deteniéndose a la altura de un pequeño torrente escaso de agua, que discurre por el valle situado entre dos colinas poco altas: en la cima de una colina está el Templo; en la otra colina, sólo olivos y más olivos. Jesús está en la parte baja de la ladera de este delicado alcor que sube sin asperezas: serenos árboles, todo manso.

- Juan, hay dos hombres que esperan a tu amigo - dice un hombre anciano, que debe ser el agricultor o el propietario del olivar. Yo diría que Juan lo conoce.

- ¿Dónde están? ¿Quiénes son?

- No lo sé. Uno, sin duda, es judío. El otro... no sabría decirte. No se lo he preguntado.

-¿Dónde están?

- Esperando en la cocina y... y... sí... bueno... hay también uno lleno de llagas... Le he dicho que se estuviera allí porque... no quisiera que estuviera leproso... Dice que quiere ver al Profeta que ha hablado en el Templo.

Jesús, que hasta ese momento había estado callado, dice:

- Vamos primero adonde éste. Di a los otros que vengan, si quieren. Hablaré aquí, en el olivar, con ellos - Y se dirige hacia el punto indicado por el hombre.

- ¿Y nosotros? ¿Qué hacemos? - pregunta Pedro.

- Venid, si queréis.

Un hombre todo cubierto y embozado está apoyado en el pequeño, rústico muro que sostiene un escalón del terreno, el más cercano al límite de la propiedad. Debe haber subido hasta allí por un senderillo que sigue el curso del torrente y conduce a ese lugar.

Cuando ve a Jesús venir hacia él, grita:

- ¡Atrás, atrás! ¡Pero ten piedad! - Y descubre su torso dejando caer el vestido. Si el rostro aparece cubierto de costras, el tronco es un recamado de llagas: unas ya convertidas en agujeros profundos, otras simplemente como rojas quemaduras, otras blanquecinas y brillantes como si tuvieran encima un cristalito blanco.

-¡Estás leproso! ¿Qué quieres de mí?

- ¡No me maldigas! ¡No me apedrees! Me han dicho que anteayer tarde te has manifestado como Voz de Dios y Portador de la Gracia. Me han dicho que has asegurado que alzando tu signo sanas todo mal. Álzalo sobre mí. Vengo de los sepulcros... Allí... Me he arrastrado como una serpiente entre los arbustos del torrente para llegar hasta aquí sin ser visto. He esperado a que anocheciera para hacerlo, porque en la penumbra se me identificaba menos. He osado... he encontrado a éste, de la casa, que es rico en bondad. No me ha matado. Sólo me ha dicho: "Espera apoyado en el muro". Ten Tú también piedad».

Y dado que Jesús se acerca — Él solo, porque los seis discípulos y el propietario del lugar, con los dos desconocidos, se han quedado lejos y muestran claramente repulsa — insiste:

- ¡No más adelante! ¡No más! ¡Estoy infectado!

Pero Jesús prosigue. Lo mira con tanta piedad, que el hombre se echa a llorar y se arrodilla hasta casi tocar con el rostro en el suelo y gime:

-¡Tu signo! ¡Tu signo!

- Será alzado en su hora. Pero a ti te digo: "Levántate. Queda curado. Lo quiero. Y tú séme signo en esta ciudad que debe conocerme. ¡Levántate, digo! ¡Y no peques, en reconocimiento hacia Dios!".

El hombre se levanta lentamente. Parece surgir de las hierbas altas y florecidas como de un sudario... y está curado. Se mira con los últimos restos de luz. Está curado. Grita:

-¡Estoy limpio! ¡Oh!, ¿qué debo hacer ahora por ti?.

- Obedecer a la Ley. Vete al sacerdote. Sé bueno en el futuro. Ve.

El hombre hace amago de echarse a los pies de Jesús, pero se acuerda que todavía es impuro, según la Ley, y se contiene. Eso sí, se besa las manos y manda el beso a Jesús, y llora de alegría.

Los otros se han quedado de piedra. Jesús vuelve la espalda al hombre que ha sido curado y, sonriendo, los hace volver en sí:

- Amigos, no era más que una lepra de la carne, veréis caer la lepra de los corazones. ¿Sois vosotros los que me buscáis? - dice a los dos desconocidos - Aquí estoy. ¿Quiénes sois?

- Te hemos oído la otra tarde... en el Templo. Te hemos buscado por la ciudad. Uno que dice ser pariente tuyo nos ha informado de que estabas aquí.

- ¿Por qué me buscáis?

- Para seguirte, si nos aceptas, porque Tú tienes palabras de verdad.

- ¿Seguirme? ¿Pero sabéis hacia dónde voy?

- No, Maestro, pero ciertamente a la gloria.

- Sí. Pero a una gloria no de la tierra. A una gloria que tiene su sede en el Cielo y que se conquista con virtud y sacrificio. ¿Por qué queréis seguirme? - vuelve a preguntar.

- Para tener parte en tu gloria.

- ¿Según el Cielo?

- Sí, según el Cielo.

- No todos pueden llegar. Porque Satanás insidia, más que a los demás, a los que desean el Cielo, y sólo quien sabe fuertemente querer resiste. ¿Por qué seguirme, si seguirme a mí quiere decir lucha continua con el enemigo que está en nosotros, con el mundo enemigo, y con el Enemigo, que es Satanás?

- Porque así lo quiere nuestro espíritu, que ha quedado conquistado por ti. Eres santo y poderoso. Queremos ser tus amigos.

- ¡¡¡Amigos!!!.... - Jesús se calla y suspira. Después mira fijamente a quien ha estado hablando, que ahora ha echado hacia atrás el manto que cubría su cabeza. Es Judas de Keriot. -

- ¿Quién eres, tú que hablas mejor que un hombre del pueblo?.

- Judas soy, de Simón. De Keriot soy. Pero soy del Templo... o... estoy en el Templo. Espero al Rey de los judíos y sueño con Él. Te he sentido Rey en la palabra. Rey te he visto en el gesto. Tómame contigo.

- ¿Tomarte? ¿Ahora? ¿Enseguida? No.

- ¿Por qué, Maestro?

- Porque es mejor sopesarse a sí mismo antes de tomar caminos muy escarpados.

- ¿No crees en mi sinceridad?

- Lo has dicho. Creo en tu impulso. Pero no creo en tu constancia. Piénsalo, Judas. Yo ahora me iré y volveré para Pentecostés. Si estás en el Templo, me verás. Sopésate a ti mismo. ¿Y tú quién eres? - le pregunta al segundo desconocido.

- Otro que te vio. Querría estar contigo. Pero ahora me da miedo.

- No. La presunción es perdición. El temor puede ser obstáculo, pero si viene de la humildad es una ayuda. No temas. También tú piensa, y cuando vuelva...

- ¡Maestro, eres muy santo! Tengo miedo de no ser digno. No de otra cosa. Porque respecto a mi amor no temo...

- ¿Cómo te llamas?

- Tomás, llamado Dídimo.

- Recordaré tu nombre. Vete en paz.

Jesús se despide de ellos y se retira a la acogedora casa para cenar.

Los seis que están con Él quieren saber muchas cosas.

-¿Por qué, Maestro, has hecho diferencia entre los dos?... Porque una diferencia ha habido. Los dos tenían el mismo impulso... – pregunta Juan.

- Amigo, un impulso, aun siendo el mismo, puede tener distinto contenido y causar distinto efecto. Es cierto que los dos tienen el mismo impulso. Pero uno no es igual que el otro en el fin. Y el que parece el menos perfecto es el más perfecto, porque no lleva germen de gloria humana. Me ama porque me ama.

- ¡También yo!

- Y yo también.

- Y yo.

- Y yo.

- Y yo.

- Y yo.

- Lo sé. Os conozco por lo que sois.

- ¿Entonces somos perfectos?

- ¡Oh, no! Pero, como Tomás, lo seréis si permanecéis en vuestra voluntad de amor. ¡¿Perfectos?! ¡Oh, amigos!, ¿y quién es perfecto sino Dios?

-¡Tú lo eres!

- En verdad os digo que no por mí soy perfecto, si creéis que Yo soy un profeta. Ningún hombre es perfecto. Pero Yo soy perfecto porque el que os habla es el Verbo del Padre. Parte de Dios, su Pensamiento que se hace Palabra, Yo tengo la Perfección en mí. Y tal me debéis creer, si creéis que Yo soy el Verbo del Padre. Y, no obstante, ¿lo veis, amigos?, Yo quiero ser llamado el Hijo del hombre, porque me anonado cargándome todas las miserias del hombre, para llevarlas — mi primer patíbulo — y anularlas después ("llevarlas", no "tenerlas"). ¡Qué peso, amigos! Pero lo porto con alegría. Mi alegría es portarlo, porque, siendo el Hijo de la humanidad, haré a la humanidad hija de Dios. Como el primer día.

Jesús habla dulcemente, sentado ante la sobria mesa, gesticulando serenamente con las manos sobre la mesa, el rostro un poco inclinado, iluminado de abajo a arriba por la lamparita de aceite que está colocada encima de la mesa. Sonríe levemente. Es Maestro ya sólo por su aspecto grandioso, y muy amigo en el trato. Los discípulos lo escuchan atentos.

- ¿Maestro... por qué tu primo, aún sabiendo dónde habitas, no ha venido?.

- ¡Pedro mío!... Tú serás una de mis piedras, la primera. Pero no todas las piedras son fáciles de usar. ¿Has visto los mármoles del palacio pretorio?: arrancados fatigosamente del seno montano, ahora son parte del Pretorio. Mira por el contrario esos cantos que resplandecen allí, bajo el rayo de luna, entre las aguas del Cedrón. Procedentes de aquéllos, ahora están en el lecho del torrente, y si uno los quiere, ¿ves?, enseguida se dejan coger. Mi primo es como las primeras piedras de que hablo... El seno del monte, que es la familia, me lo disputa.

- Yo quiero ser en todo como los cantos del torrente. Por ti estoy dispuesto a dejarlo todo: casa, esposa, pesca, hermanos. Todo, Rabí, por ti.

- Lo sé, Pedro. Por esto te amo. Pero también Judas vendrá.

- ¿Quién? ¿Judas, de Keriot? Por mí que no venga. Es un señorito, pero... prefiero... me prefiero incluso a mí mismo...

Todos se echan a reír de la salida de Pedro.

-¿A qué viene esa risa? Quiero decir que prefiero un galileo genuino, tosco, pescador, pero sin fraude, a... a los de ciudad que... no sé... Bueno, el Maestro entiende lo que quiero decir.

- Sí, entiendo, pero no juzgues. Tenemos necesidad los unos de los otros en la tierra, y los buenos están mezclados con los malvados como las flores en el campo. La cicuta está al lado de la salutífera malva.

- Yo quisiera preguntar una cosa....

- ¿Qué, Andrés?

- Juan me ha hablado del milagro hecho en Caná... Teníamos gran esperanza de que hicieras uno en Cafarnaúm... y has dicho que no hacías un milagro sin haber cumplido antes la Ley. ¿Por qué, entonces, en Caná? Y, ¿por qué aquí y no en tu tierra?.

- Toda obediencia a la Ley es unión con Dios y por tanto aumento de nuestra capacidad. El milagro es la prueba de la unión con Dios, de la presencia benévola y complaciente de Dios. Por ello he querido cumplir con mi deber de israelita antes de comenzar la serie de prodigios.

- Pero la Ley no te obligaba a ti.

- ¿Por qué? Como Hijo de Dios, no; como hijo de la Ley, sí. Israel, por ahora, sólo me conoce como esto segundo... Incluso más adelante casi todo Israel me conocerá sólo así, más aún, como menos todavía. Pero no quiero escandalizar a Israel y obedezco a la Ley.

- Eres santo.

- La santidad no dispensa de la obediencia. Más aún, la perfecciona. Además de todo, hay que dar ejemplo. ¿Qué dirías de un padre, de un hermano mayor, de un maestro, de un sacerdote que no dieran buen ejemplo?

- ¿Y Caná entonces?

- Caná era el gozo de mi Madre que había que llevar a cabo. Caná es el anticipo que se debe a mi Madre. Ella es la Anticipadora de la Gracia. Aquí honro a la Ciudad Santa, haciendo de ella, públicamente, la iniciadora de mi poder de Mesías.

Allí, en Caná, sin embargo, honraba a la Santa de Dios, a la Toda Santa. Por Ella el mundo me tiene. Es justo que para Ella sea mi primer prodigio en el mundo.

Llaman a la puerta. Es Tomás nuevamente. Entra y se echa a los pies de Jesús.

- Maestro... no puedo esperar a tu retorno. Permíteme quedarme contigo. Estoy lleno de defectos, pero tengo este amor, solo, grande, verdadero, mi tesoro. Es tuyo, es para ti. Déjame, Maestro...

Jesús le pone la mano sobre la cabeza.

- Quédate, Dídimo. Sígueme. Bienaventurados los que tienen voluntad sincera y tenaz. Benditos vosotros. Me sois más que parientes, porque me sois hijos y hermanos, no según la sangre, que muere, sino según la voluntad de Dios y vuestra voluntad espiritual. Y Yo digo que no tengo pariente más cercano que quien hace la voluntad del Padre mío, y vosotros la hacéis, porque queréis el bien.

## 55

## Un encargo confiado a Tomás.

Estamos todavía en el mismo lugar: la baja y ancha cocina, oscura en sus paredes ahumadas, apenas iluminada por la llamita de aceite puesta encima de la rústica mesa, larga y estrecha, a la que están sentadas ocho personas: Jesús y los seis discípulos, más el dueño de la casa; cuatro por cada lado.

Jesús, aún vuelto de espaldas en su taburete — porque aquí no hay más que taburetes sin respaldo, de tres patas (cosas de campo) — está hablando todavía con Tomás. La mano de Jesús ha bajado desde la cabeza de Tomás a su hombro. Jesús dice:

- Levántate, amigo. ¿Has cenado ya?.

- No, Maestro. He recorrido pocos metros con el otro que estaba conmigo, luego le he dejado y me he vuelto para atrás diciéndole que quería hablar con el leproso curado... He dicho esto porque pensaba que rehuiría de acercarse a un impuro. He acertado. Pero yo te buscaba a ti, no al leproso... Quería decirte: "¡Acéptame!"... He estado dando vueltas arriba y abajo por el olivar, hasta que un joven me ha preguntado qué hacía. Debe haber creído que era una persona malintencionada... Estaba cerca de una pilastra, en donde empieza la propiedad.

El dueño de la casa sonríe. Aclara:

- Es mi hijo - y añade – Está de guardia en el molino. Tenemos todavía en las cuevas, debajo del molino, casi toda la cosecha del año. Ha sido muy buena. Nos ha dado mucho aceite. En tiempos de aglomeraciones siempre se unen malandrines para desvalijar los lugares no custodiados. Hace ocho años, precisamente durante la Parasceve, nos robaron todo. Desde entonces, una noche cada uno, montamos buena guardia. Su madre ha ido a llevarle la cena.

- "¿Qué quieres?" me ha dicho, con un tono tal que, para salvar mi espalda de su bastón, le he explicado en seguida: "Busco al Maestro, que está viviendo aquí". Entonces me ha respondido: "Si es verdad lo que dices, ven a la casa". Y me ha acompañado hasta aquí. Es él quien ha llamado a la puerta, y no se ha marchado hasta que ha oído mis primeras palabras».

- ¿Vives lejos?

- Estoy en la otra punta de la ciudad, cerca de la Puerta Oriental.

- ¿Estás solo?

- Estaba con los parientes. Pero se han marchado a donde otros familiares que están en el camino de Belén. Yo me he quedado para buscarte día y noche hasta que te hubiera encontrado.

Jesús sonríe y dice:

- Entonces, ¿no te espera nadie?

- No, Maestro.

- El camino es largo, está oscura la noche, las patrullas romanas están por la ciudad. Yo te digo: si quieres, quédate con nosotros.

- ¡Oh..., Maestro! - Se le ve feliz a Tomás.

- Haced un hueco vosotros. Y dadle todos algo al hermano - Por su parte, Jesús le da la porción de queso que tenía delante. Explica a Tomás:

- Somos pobres y la cena casi se ha terminado. Pero hay mucho corazón en quien da - Y a Juan, que está sentado a su lado, le dice:

- Cédele el puesto al amigo.

Juan se levanta enseguida y va a sentarse en la esquina de la mesa, cerca del dueño de la casa.

- Siéntate, Tomás. Come - Y luego dice a todos - Esto haréis siempre, amigos, por ley de caridad. La Ley de Dios, ya de por sí, protege al peregrino. Pero ahora, en mi nombre, lo deberéis amar más aún. Cuando uno en nombre de Dios os pida un pan, un sorbo de agua, un lugar donde cobijarse, en nombre de Dios debéis dárselo. Y Dios os recompensará. Esto debéis hacerlo con todos. También con los enemigos. Ésta es la Ley nueva. Hasta ahora se os había dicho: "Amad a los que os aman y odiad a los enemigos". Yo os digo: "Amad también a los que os odian". ¡Si supierais cómo os amará Dios si amáis como Yo os digo! Y si uno dijere: "Quiero ser compañero vuestro en servir al Señor Dios verdadero y en seguir a su Cordero", entonces debéis quererlo más que a un hermano de sangre, porque estaréis unidos por un vínculo eterno: el del Cristo.

- Pero, ¿si te topas con uno que no es sincero? Decir: "Quiero hacer esto o aquello" es fácil. Pero no siempre la palabra refleja la verdad - dice Pedro más bien enfadado. No sé, no se le ve con su habitual humor jovial.

- Pedro, escucha. Hablas con sensatez y justicia. Pero, mira: mejor es pecar de bondad y de confianza que de desconfianza y dureza. Si haces el bien a un indigno, ¿qué mal te acarreará ello? Ninguno. Antes bien, el premio de Dios para ti permanecerá siempre activo, mientras que él recibirá el demérito de haber traicionado tu confianza.

- ¿Ningún mal, ¡eh!? A veces quien es indigno no se conforma con la ingratitud, sino que va más allá, y llega incluso a difamar, a dañar el patrimonio y la vida misma.

- Cierto. Pero ¿esto disminuirá tu mérito? No. Aunque todo el mundo creyera las calumnias, aunque te quedaras en la ruina más que Job, aunque el cruel te quitase la vida, ¿qué cambiaría a los ojos de Dios? Nada. O, más bien, sí, habría un cambio, pero en favor tuyo. Dios, a los méritos de la bondad, uniría los méritos del martirio intelectual, financiero, físico...

- ¡Bien, bien! Será así - Pedro no habla más. Malhumorado como está, tiene la cabeza apoyada en la mano.

Jesús se dirige a Tomás:

- Amigo, antes te he dicho, en el olivar: "Cuando vuelva por aquí, si todavía quieres, serás mío". Ahora te digo: "¿Estás dispuesto a hacer un favor a Jesús?".

- Sin duda.

- ¿Y si este favor puede comportar un sacrificio?

- Servirte no es ningún sacrificio. ¿Qué quieres?

- Quería decirte... Pero, tú tendrás cosas que resolver, afectos...

- ¡Nada, nada! ¡Te tengo a ti! Habla.

- Escucha. Mañana, al alba, el leproso dejará los sepulcros para encontrar a alguien que ponga al sacerdote en conocimiento de lo sucedido. Tú lo primero que harás será ir a los sepulcros. Es caridad. Y dirás fuerte: "Tú, que ayer has quedado limpio, sal fuera. Me manda a ti Jesús de Nazaret, el Mesías de Israel, el que te ha curado". Haz que el mundo de los "muertos-vivos" conozca mi Nombre y arda de esperanzas, y que quien a la esperanza una la fe venga a mí, para que le cure. Es la primera forma de la limpieza que Yo traigo, la primera forma de la resurrección de que soy dueño. Un día otorgaré una limpieza mucho más profunda... Un día los sepulcros sellados arrojarán a los muertos verdaderos, que aparecerán para reír, a través de sus cuencas vacías y sus mandíbulas descarnadas, por el lejano júbilo — oído no obstante por los esqueletos — de los espíritus liberados del Limbo de espera. Aparecerán para sonreírle a esta liberación y para conmoverse sabiendo a qué la deben... Tú ve. Él se acercará ti. Harás lo que él te pida que hagas. Le ayudarás en todo, como si fuera un hermano para ti. Y le dirás también: "Cuando estés completamente purificado, iremos juntos por el camino del río, más allá de Doco y Efraím. Allí el Maestro Jesús te espera, y me espera, para decirnos en qué le debemos servir".

- Así lo haré. ¿Y el otro?

- ¿Quién? ¿El Iscariote?

- Sí, Maestro.

- Para él todavía vale mi consejo. Déjale decidir por sí mismo, y durante un largo tiempo. E incluso trata de no verte con él.

- Estaré con el leproso. Por el valle de los sepulcros sólo andan los impuros o quien por piedad tiene contacto con ellos.

- Pedro masculla unas palabras.

Jesús oye.

- Pedro, ¿qué te pasa? ¿Callas o murmuras? Pareces descontento. ¿Por qué?

- Me siento descontento. Nosotros somos los primeros y Tú no nos ofreces un milagro. Nosotros somos los primeros y Tú sientas a tu lado a un extraño. Nosotros somos los primeros y Tú le confías a él una misión y no a nosotros. Nosotros somos los primeros y... sí, exactamente, y parecemos los últimos. ¿Por qué los esperas en el camino del río? Para confiarles alguna misión, claro. ¿Por qué a ellos y no a nosotros?.

Jesús lo mira. No se muestra airado. Hasta incluso sonríe como se le sonríe a un muchacho. Se levanta, va lentamente hacia Pedro, le pone la mano en el hombro y dice sonriendo:

-¡Pedro, Pedro, eres un niño grande, un niño mayor! - y a Andrés, que está sentado junto a su hermano, le dice:

- Ponte donde Yo estaba sentado - y se sienta al lado de Pedro, lo coge del hombro y le habla, estrechándole contra su costado:

- Pedro, a ti te parece que Yo cometo injusticia, pero no es injusticia lo que hago; antes bien, es una prueba de que sé lo que valéis. Mira. ¿Quién necesita pruebas? Quien todavía no está seguro. Ahora bien, Yo os sabía tan seguros de mí, que no he sentido la necesidad de daros pruebas de mi poder. Aquí, en Jerusalén, hacen falta pruebas; aquí, donde el vicio, la irreligión, la política, tantas cosas del mundo, ofuscan los espíritus hasta el punto de que no pueden ver la Luz que pasa. Pero allí, en nuestro hermoso lago, tan puro bajo un cielo puro, allí entre gente honesta y deseosa de bien, no son necesarias las pruebas. Tendréis milagros. A ríos derramaré sobre vosotros las gracias. Pero, mira lo que os he estimado, Yo os he tomado conmigo sin exigir pruebas y sin sentir la necesidad de daros pruebas, porque sé quiénes sois. Amados, muy amados, y muy fieles a mí.

Pedro se calma:

- Perdóname, Jesús.

- Sí, te perdono porque tu gesto de enojo es amor. Pero acaba con la envidia, Simón de Jonás. ¿Sabes qué es el corazón de tu Jesús? ¿Has visto alguna vez el mar, el verdadero mar? ¿Sí? Pues bien, ¡mi corazón es mucho más amplio que el ancho mar! Y en él hay lugar para todos, para toda la Humanidad. Y el más pequeño tiene, como el más grande, un lugar. Y el pecador, como el inocente, encuentra amor en él. A éstos les encargo una misión. Seguro. ¿Me quieres prohibir el darla? Yo os he elegido, no vosotros. Por tanto puedo, libremente, juzgar cómo emplearos. Y si a éstos los dejo aquí con una misión — que también puede ser una prueba, como puede ser misericordia el espacio de tiempo dejado al Iscariote — ¿puedes reprochármelo? ¿Sabes si a ti no te reservo una más grande? ¿Y no es la más hermosa la de oír que te digo: "Tú vendrás conmigo"?

-¡Es cierto, es cierto! ¡Soy un animal! Perdón...

- Sí, todo, todo el perdón. ¡Oh, Pedro!... Pero os ruego a todos: no discutáis nunca por los méritos o por los puestos. Habría podido nacer rey; he nacido pobre, en un establo. Podría haber sido rico; he vivido del trabajo, y ahora de la caridad. Y, no obstante, creedlo amigos, no hay nadie más grande que Yo a los ojos de Dios; que Yo que estoy aquí: siervo del hombre.

- ¿Siervo Tú? ¡No, jamás!

- ¿Por qué, Pedro?

- Porque yo te serviré.

- Aunque me sirvieras como una madre sirve a su pequeñuelo, Yo he venido para servir al hombre. Seré su Salvador. ¿Qué servicio puede ser comparado a éste?

- ¡Maestro, Tú lo explicas todo, y lo que parecía oscuro se torna claro enseguida!

- ¿Contento ahora, Pedro? Entonces déjame terminar de hablar con Tomás. ¿Estás seguro de reconocer al leproso? No hay ningún otro curado, pero podría haberse ido ya, a la luz de las estrellas, para tratar de encontrar un viandante solícito. Y quizás otro, por el ansia de entrar en la ciudad, ver a los familiares... podría ocupar su puesto. Escucha su retrato. Yo estaba cerca de él y a la luz del crepúsculo lo he visto bien. Es alto y delgado. Piel oscura como de mestizo, ojos profundos y negrísimos bajo unas cejas de nieve, cabellos blancos como el lino y tirando a rizados, nariz larga, chata hacia la punta como la de los libios, labios gruesos, especialmente el inferior, y salientes. Es tan aceitunado, que el labio tiende al violáceo. En la frente le ha quedado una antigua cicatriz, que será la única mácula, ahora, limpio como estará de costras y de porquería.

- Es un viejo, si es todo blanco.

- No, Felipe. Lo parece, pero no lo es. La lepra lo ha hecho cano.

- ¿Qué es? ¿Tiene mezcla de razas?

- Tal vez, Pedro. Tiene parecido con los pueblos de África.

- ¿Será israelita, entonces?

- Ya lo sabremos. ¿Y sí no lo fuera?

- ¡Ah!, si no lo fuera, se marcharía. Ya está bien con haber merecido que se le cure.

- No, Pedro. Aunque fuera un idólatra, no lo rechazaré. Jesús ha venido para todos. Y en verdad te digo que los pueblos de las tinieblas precederán a los hijos del pueblo de la Luz...

Jesús suspira. Luego se levanta. Da gracias al Padre con un himno y bendice.

La visión cesa así.

Como inciso, hago notar que mi interno consejero me ha dicho, ya desde ayer por la noche cuando veía al leproso: «Es Simón, el apóstol. Verás cuando él y Judas Tadeo van al Maestro». Esta mañana, después de la Comunión (es viernes) abro el misal y veo que precisamente hoy es la vigilia de la fiesta de los santos Simón y Judas, y que el Evangelio de mañana habla precisamente de la caridad, casi repitiendo las palabras que oí antes en la visión. Pero a Judas Tadeo, por ahora, no lo he visto.

## 56

## Simón Zelote y Judas Tadeo unidos en común destino.

¡Sois hermosas, en verdad, riberas del Jordán, así cual erais en tiempos de Jesús! Os veo y me complazco en vuestra majestuosa paz verde - azul, con rumor de aguas y de frondas de tono dulce como una melodía.

Me encuentro en una calzada bastante amplia y bien conservada. Debe ser una carretera vecinal de primer orden, más bien una calzada militar, trazada por los romanos para unir las distintas regiones con la capital. Sigue a poca distancia el curso del río, pero no exactamente por la orilla; la separa de éste una franja de bosque, que creo cumple la función de afianzar las márgenes y oponer resistencia a las aguas durante las crecidas. Al otro lado de la calzada continúa la floresta, de modo que la vía parece una galería natural a la que hacen de techo, entrelazadas, las frondosas ramas: benéfico alivio para los viandantes en estos países de mucho sol.

El río — y, por tanto, la calzada — traza, en el punto en que me encuentro, un arco suave, de manera que veo proseguir la rampa frondosa como una muralla verde colocada para cerrar una concavidad de aguas quietas. Parece casi un lago de un parque señorial. Pero el agua no es la quieta agua de un estanque; discurre, aunque lentamente. Prueba de ello es el murmullo que hace contra los primeros cañizares, los más audaces, que han crecido justo abajo, en el terreno guijarroso; y la ondulación de las largas cintas de sus hojas, colgando a ras del agua que las mueve. También un grupo de sauces, de flexibles ramas suspendidas, le han confiado al río el extremo de su verde cabellera, y éste parece peinarla con gracia de caricia, extendiéndola con dulzura en la dirección de su corriente.

Silencio y paz en la hora matutina. Sólo cantos y reclamos de aves, susurro de aguas y frondas, y un intenso brillar de rocío sobre la hierba verde y alta que está entre los árboles y que el sol estival aún no ha endurecido o dorado, tierna y nueva por haber nacido después de la primaveral efusión de aguas que ha nutrido la tierra, en lo profundo, de humedad y de substancias buenas.

Tres viandantes están parados en esta curva de la calzada, justamente en un ápice del arco. Miran hacia arriba y hacia abajo; al Sur, donde está Jerusalén; al Norte, donde está Samaría. Escrutan entre las columnatas de los árboles para ver si llega alguno esperado. Son Tomás, Judas Tadeo y el leproso curado. Están hablando.

- ¿Ves algo?

- Yo no.

- Yo tampoco.

- Y, sin embargo, éste es el lugar.

- ¿Estás seguro?

- Seguro, Simón. Uno de los seis, mientras el Maestro se alejaba entre las aclamaciones de la muchedumbre después del milagro de un mendigo lisiado curado en la puerta de los Peces, me dijo: "Nosotros ahora nos vamos de Jerusalén. Espéranos a cinco millas entre Jericó y Doco, a la altura de la curva del río, en la calzada flanqueada de árboles". Ésta. Dijo también: "Allí estaremos, dentro de tres días, al amanecer". Es el tercer día, y aquí nos ha encontrado la cuarta vigilia.

- ¿Vendrá? Quizás hubiera sido mejor haberle seguido desde Jerusalén.

- Todavía no podías ir entre la muchedumbre, Simón.

- Si mi primo os dijo que vinierais aquí, aquí vendrá. Siempre mantiene lo que promete. Debemos esperar.

- ¿Has estado siempre con Él?

- Siempre. Desde que volvió a Nazaret fue conmigo un buen compañero. Siempre juntos. Somos de la misma edad, yo un poco mayor. Y además yo era el preferido de su padre, hermano del mío. También su Madre me quería mucho. He crecido más con Ella que con la mía.

- Te quería... ¿Ya no te quiere lo mismo?

- ¡Oh, sí!, pero nos hemos desligado un poco desde que El se ha hecho profeta. A mi familia no le gusta.

- ¿Qué familia?

- Mi padre y los dos mayores. El otro está en duda... Mi padre es muy anciano y no he tenido corazón para llevarle la contraria. Pero ahora... Ya no más. Ahora yo voy a donde me llevan el corazón y la mente. Voy con Jesús. No creo ofender a la Ley actuando así. Y... si no fuera justo lo que quiero hacer, Jesús me lo diría. Haré lo que Él dice. ¿Le es lícito a un padre ponerle obstáculos a un hijo en el camino del bien? Si yo siento salvación en ello, ¿por qué impedirme conseguirla? ¿Por qué los padres algunas veces nos son enemigos?

Simón suspira como por tristes recuerdos y baja la cabeza, pero no habla.

Sin embargo, Tomás responde:

- Yo ya he superado la dificultad. Mi padre me ha escuchado y me ha comprendido. Me ha bendecido diciendo: "Ve. Que esta Pascua signifique para ti liberación de la esclavitud de una espera. Dichoso tú que puedes creer. Yo espero. Más si es Él — y lo sabrás siguiéndolo — vuelve a tu anciano padre para decirle: 'Ven. Israel ya tiene al Esperado".

- Eres más afortunado que yo. ¡Y pensar que hemos vivido a su lado!... Y no creemos, ¡nosotros los de la familia!... ¡Y decimos, o sea, ellos dicen: "Ha perdido el juicio"!....

- Mirad, mirad un grupo de personas - exclama Simón - ¡Es Él, es Él! ¡Reconozco su cabeza rubia! ¡Oh! ¡Venid! ¡Corramos!.

Se echan a andar velozmente hacia el Sur. Los árboles, ahora que han llegado al punto culminante del arco, ocultan el resto de la calzada, de manera que los dos grupos se encuentran casi uno frente al otro cuando menos se lo esperan. Jesús parece que sube del río, porque está entre los árboles de la orilla.

- ¡Maestro!

- ¡Jesús!

- ¡Señor!

Los tres gritos del discípulo, del primo, del curado, resuenan adoradores y festivos.

- ¡Paz a vosotros! - De nuevo la hermosa, inconfundible voz, llena, sonora, serena, expresiva, neta, viril, dulce e incisiva - ¿Tú también, Judas, primo mío?

Se abrazan. Judas llora.

- ¿Por qué este llanto?

- ¡Jesús... yo quiero estar contigo!

- Te he esperado siempre. ¿Por qué no has venido?

Judas baja la cabeza y calla.

- ¡No han querido! ¿Y ahora?

- Jesús, yo... yo no puedo obedecerlos a ellos. Quiero obedecerte sólo a ti.

- Yo no te he mandado nada.

- No, Tú no. ¡Pero es tu misión la que manda! Es Aquel que te ha enviado quien habla aquí, en el centro de mi corazón, y me dice: "Ve a Él". Es Aquella que te ha engendrado y que ha sido para mí maestra suave quien, con su mirada de paloma, me dice, sin usar palabras: "¡Sé de Jesús!". ¿Puedo no tener en cuenta esa voz excelsa que me traspasa el corazón? ¿Esa oración de santa que ciertamente me suplica para mi bien? ¿Sólo porque soy primo por parte de José, no debo conocerte por lo que eres, mientras que el Bautista te ha conocido — y no te había visto jamás — aquí, en las orillas de este río y te ha proclamado "Cordero de Dios"? Y yo, yo que he crecido contigo, yo que me he hecho bueno siguiéndote a ti, yo que he venido a ser hijo de la Ley por mérito de tu Madre y que de Ella he aspirado no los seiscientos trece preceptos de los rabíes, además de la Escritura y las oraciones, sino el espíritu de éstas... ¿Es que no voy a ser capaz de nada?

- ¿Y tu padre?

-¿Mi padre? No le falta pan ni asistencia, y además... Tú me das ejemplo. Tú has pensado en el bien del pueblo más que en el pequeño bien de María. Y Ella está sola. Dime Tú, Maestro mío, ¿no es lícito, acaso, sin faltarle al respeto, decirle a un padre: "Padre, yo te quiero. Pero, por encima de ti está Dios, y a Él lo sigo"?.

- Judas, pariente y amigo mío, Yo te lo digo: vas muy adelante en el camino de la Luz. Ven. Sí, es lícito hablarle al padre así cuando es Dios quien llama. Nada está por encima de Dios. Incluso las leyes de la sangre cesan, o sea, se subliman, porque con nuestras lágrimas los ayudamos más a los padres, a las madres, y por algo más eterno que no lo cotidiano del mundo. Los

llevamos con nosotros al Cielo y, por la misma vía del sacrificio de los afectos, a Dios. Quédate pues, Judas. Te he esperado y me siento contento de volverte a tener, amigo de mi vida nazarena.

Se le ve conmovido a Judas.

Jesús se vuelve hacia Tomás:

- Has obedecido fielmente. Primera virtud del discípulo.

- He venido para serte fiel.

- Y lo serás. Yo te lo digo. Ven, tú que estás como avergonzado en la sombra. No temas.

- ¡Señor mío! - El ex leproso está a los pies de Jesús.

- Levántate. ¿Tu nombre?

- Simón.

- ¿Tu familia?

- Señor... era poderosa... yo también tenía poder... Pero odios de sectas y... y errores de juventud lesionaron su poder. Mi padre... ¡Oh, debo hablar contra él, que me ha costado lágrimas, no precisamente celestes! ¡Ya lo ves, ya has visto qué regalo me ha dado!

- ¿Era leproso?

- No lo era, como tampoco yo. Tenía una enfermedad que se llama de otra forma, y que nosotros los de Israel la incluimos en las distintas lepras. Él — entonces dominaba todavía su casta — vivió y murió como poderoso en su casa. Yo... si no me hubieras salvado, habría muerto en los sepulcros.

- ¿Estás solo?

- Solo. Tengo un siervo fiel que cuida de lo que me queda. Le he instruido al respecto.

- ¿Tu madre?

- Murió. El hombre parece sentirse violento.

Jesús le observa atentamente.

- Simón, me dijiste: "¿Qué debo hacer por ti?". Ahora te digo: "¡Sígueme!".

- ¡Enseguida, Señor!... Pero... pero yo... déjame que te diga una cosa. Soy, me llamaban "zelote" por la casta, y "cananeo" por madre. Ya ves que soy oscuro, en mí tengo sangre de esclava. Mi padre no tenía hijos de su mujer y me tuvo de una esclava. Su mujer, una buena mujer, me crió como a un hijo y me cuidó en infinitas enfermedades, hasta que murió...

- No hay esclavos o libertos a los ojos de Dios. A sus ojos, una sola es la esclavitud: el pecado. Y Yo he venido a hacerla desaparecer. Os llamo a todos, porque el Reino es de todos. ¿Eres culto?

- Soy culto. Tenía incluso un lugar entre los grandes, mientras el mal permaneció velado bajo el vestido. Pero cuando subió al rostro... no daban crédito a sus ojos mis enemigos al ver que podían usarlo para confinarme entre los "muertos", aunque — como dijo un médico romano de Cesárea que consulté — la mía no fuera lepra verdadera, sino serpigo hereditario, por lo que era suficiente que no procreara para no propagarlo. ¿Puedo no maldecir a mi padre?

- Debes no maldecirlo. Te ha hecho todo tipo de mal...

- ¡Sí! Dilapidador, vicioso, cruel, sin corazón ni afecto. Me ha negado la salud, las caricias, la paz, me ha sellado con un nombre despreciable y con una enfermedad oprobiosa... De todo se ha adueñado. Incluso del futuro del hijo. Me ha arrebatado todo: incluso la alegría de ser padre.

- Por eso te digo: "¡Sígueme!". A mi lado, siguiéndome, encontrarás Padre e hijos. Levanta la mirada, Simón. Allí el verdadero Padre te sonríe. Observa los espacios de la tierra, los continentes, las regiones. Hay hijos e hijos; hijos del alma para los que no tienen hijos. Te esperan a ti, y muchos como tú esperan. Bajo mi signo ya nadie será abandonado. En mi signo ya no hay soledades ni diferencias. Es signo de amor y da amor. Ven, Simón, tú que no has tenido hijos. Ven, Judas, tú que pierdes al padre por mi amor. Os uno en el destino.

Él los tiene cerca a los dos. Tiene las manos sobre sus hombros, como para una toma de posesión, como para imponer un yugo común. Luego dice:

- Os uno. Pero ahora os separo. Tú, Simón, te quedarás aquí con Tomás. Prepararás con él los caminos de mi retorno. Dentro de no mucho volveré, y quiero que muchos me estén esperando. Decidles a los enfermos (tú lo puedes decir) que Aquel que cura viene. Decidles a los que esperan que el Mesías está entre su pueblo. Decidles a los pecadores que hay quien perdona para dar la fuerza necesaria para subir..

- Pero ¿seremos capaces?

- Sí. Sólo tenéis que decir: "Él ha llegado. Os llama. Os espera, Viene para liberaros. Estad aquí preparados para verlo". Y a las palabras unid el relato de lo que sabéis. Y tú, Judas, primo, ven conmigo y con éstos. Tú de todas formas te quedarás en Nazaret.

- ¿Por qué, Jesús?

- Porque debes prepararme mi camino en mi tierra. ¿Consideras pequeña esta misión? En verdad no hay una más grave... – Jesús suspira.

- ¿Y lo lograré?

- Sí y no. Pero todo será suficiente para quedar justificados.

- ¿De qué? ¿Y ante quién?

- Ante Dios. Ante la propia tierra. Ante la familia. No podrán censurarnos por haber ofrecido el bien. Y si la patria y la familia lo desdeñan, nosotros no tendremos culpa de su daño.

- ¿Y nosotros?

- ¿Vosotros, Pedro? Volveréis a las redes.

- ¿Por qué?

- Porque pienso instruiros lentamente y tomaros conmigo cuando os vea preparados.
- Pero, entonces, ¿te veremos?
- Claro. Iré frecuentemente. Os avisaré, si no, cuando esté en Cafarnaúm. Ahora despedíos, amigos, y vamos. Os bendigo a vosotros que os quedáis. Mi paz con vosotros.

## 57

## En Nazaret con Judas Tadeo y con otros seis discípulos.

Jesús llega con su primo y los seis discípulos a las proximidades de Nazaret. Desde lo alto del alcor en que se encuentran se ve — blanca entre el verde — la pequeña, linda ciudad subir y bajar por las laderas en que está construida (un dulce ondular de laderas: en unos lugares apenas perceptible; en otros, más marcado).

- Hemos llegado, amigos. Ved allí mi casa. Sale humo de ella. Mi Madre está dentro. Quizás esté haciendo el pan. No os digo que os quedéis, porque pienso que estaréis deseando llegar a casa. Pero si queréis partir conmigo el pan, y conocer a Aquella que Juan conoce, os digo: "¡Venid!".

Los seis, que ya estaban tristes por la separación inminente, se ponen de nuevo del todo contentos y aceptan de corazón.

- Vamos, entonces.

Bajan a buen paso la pequeña colina y toman la calzada principal. Anochece. Todavía hace calor, pero ya las sombras descienden sobre los labrantíos, donde las mieses comienzan a madurar.

Entran en el pueblo. Mujeres que van y vienen de la fuente, hombres a la puerta de los minúsculos talleres o en los huertos saludan a Jesús y a Judas.

Los niños se apiñan en torno a Jesús.

- ¿Has vuelto?
- ¿Ahora te quedas aquí?
- Se me ha roto otra vez la rueda de la carretilla.
- ¿Sabes, Jesús? Tengo una nueva hermana y le han puesto de nombre María.
- El maestro me ha dicho que sé todo y que soy un verdadero hijo de la Ley.
- Sara no está porque tiene a su mamá muy enferma. Llora porque tiene miedo.
- Mi hermano Isaac se ha casado. Han hecho una gran fiesta.

Jesús escucha, acaricia, encomia, promete ayuda.

Así llegan a casa. Y en el umbral de la casa está ya María, avisada por un muchachito premuroso.

- ¡Hijo mío!
- ¡Mamá!

Los dos están el uno entre los brazos del otro. María, que es mucho más baja que Jesús, tiene la cabeza apoyada en la parte más alta del pecho del Hijo, y está cerrada en el círculo de sus brazos. El la besa sobre el pelo rubio. Entran en casa.

Los discípulos, incluido Judas, se quedan afuera, para que se sientan libres en estas primeras muestras de afecto.

- ¡Jesús! ¡Hijo mío! - María habla con voz trémula como la de quien tiene las lágrimas en la garganta.
- ¿Por qué, Mamá, estás así?
- ¡Hijo! Me han dicho... En el Templo aquel día había galileos, nazarenos... Han vuelto... y han contado... ¡Hijo!....
- ¡Pero tú, Mamá, ya ves que estoy bien! No he sufrido ningún mal. Sólo ha sido glorificado Dios en su Casa.
- Sí. Lo sé, Hijo de mi corazón. Sé que ha sido como el toque que llama a los que duermen. Y por la gloria de Dios yo me alegro... me alegro de que este pueblo mío se despierte a Dios... Yo no te lo reprocho... no te pongo obstáculos... te comprendo... y... y estoy contenta... pero te he engendrado, yo, ¡Hijo mío!....

María está todavía en el círculo de los brazos de Jesús y ha hablado teniendo las manos abiertas y apoyadas sobre el pecho del Hijo, con la cabeza alzada hacia Él, los ojos más brillantes por el llanto que está para rebosarlos; y ahora calla, volviendo a apoyar la cabeza en el pecho de su Hijo. Parece una tortolita gris, vestida como está de pardo - grisáceo, amparada por dos fuertes alas de candor, porque Jesús está todavía con su vestidura y manto blancos.

- ¡Mamá! ¡Pobre Mamá! ¡Mi querida Mamá!... - Jesús la vuelve a besar. 'Luego dice: «Bueno, ¿ves? Estoy aquí y no estoy solo. Me he traído a mis primeros discípulos, y otros están en Judea. También el primo Judas está conmigo y me sigue...
- ¿Judas?
- Sí, Judas. Sé por qué te asombras. Claro, entre los que han referido el hecho estaban Alfeo y sus hijos... y no yerro diciendo que me han criticado. Pero no tengas miedo. Hoy así, mañana de otra forma. Al hombre se le debe cultivar como a la tierra, y donde hay espinos salen rosas. Judas, a quien tú amas, está ya conmigo.
- ¿Dónde está ahora?
- Ahí afuera con los otros. ¿Tienes pan para todos?
- Sí, Hijo. María de Alfeo está sacándolo del horno. María es muy buena conmigo, especialmente ahora.
- Dios la glorificará - Sale a la puerta y llama:
- ¡Judas! ¡Aquí está tu madre! ¡Amigos, venid!

Entran y saludan. Judas besa a María y luego corre a buscar a su madre.

Jesús nombra a los cinco: Pedro, Andrés, Santiago, Natanael, Felipe; porque Juan, a quien María ya conocía, la ha saludado inmediatamente después de Judas, inclinándose y recibiendo su bendición.

María los saluda y los invita a sentarse. Es la señora de la casa y, aun adorando con la mirada a su Jesús — parece que el alma continúe hablando, por los ojos, con el Hijo — se ocupa de los huéspedes. Querría llevar agua para que repusieran fuerzas. Pero Pedro salta:

- No, Mujer. No puedo permitirlo. Tú siéntate junto a tu Hijo, Madre santa. Voy yo. Ahora vamos al huerto, a refrescarnos.

Acude María de Alfeo, roja y llena de harina, y saluda a Jesús, el cual la bendice; luego conduce a los seis al huerto, a la pila, y vuelve feliz.

- ¡Oh, María! - le dice a la Virgen - Judas me lo ha dicho. ¡Qué contenta estoy! Por Judas y por ti, cuñada mía. Sé que los otros me reprobarán. Pero no me importa. Seré feliz el día en que sepa que todos son de Jesús. Nosotras, madres, sabemos... sentimos lo que es bueno para los hijos. Y yo siento que el bien de los míos eres Tú, Jesús.

Jesús le acaricia la cabeza sonriéndole.

Vuelven los discípulos y María de Alfeo sirve pan fragante, aceitunas y queso. Trae una pequeña ánfora de vino tinto. Jesús llena los vasos de sus amigos. Es siempre Jesús quien ofrece, y luego distribuye.

Un poco azorados al principio, los discípulos se sienten más seguros y hablan de sus casas, del viaje a Jerusalén, de los milagros acaecidos. Se sienten llenos de celo y de afecto, y Pedro trata de hacer de María una aliada para obtener que Jesús los tome enseguida sin previa espera en Betsaida.

Ella, con una suave sonrisa los exhorta:

- Haced todo lo que Él dice. Esta espera os granjeará más beneficios que una unión inmediata. Mi Jesús todo lo que hace lo hace bien.

La esperanza de Pedro muere. Pero se resigna con elegancia. Sólo pregunta:

-¿Durará mucho la espera?

Jesús lo mira sonriéndole, pero no dice nada más.

María interpreta esa sonrisa como un signo benévolo, y dice:

- Simón de Jonás, Él sonríe... por eso yo te digo: ligero como vuelo de golondrina será el tiempo de tu espera obediente.

- Gracias, Mujer.

- ¿No hablas, Judas? ¿Y tú, Juan?

- Te miro, María.

- Yo también.

- También yo os miro y... ¿Sabéis?... me viene a la mente una hora lejana. También entonces tenía siempre tres pares de ojos fijos en mi rostro con amor. ¿Te acuerdas, María, de mis tres discípulos?

- ¡Ah, que si me acuerdo!... ¡Es cierto! También ahora tres, de la misma edad más o menos, te miran con todo su amor. Y éste, Juan, creo, me parece el Jesús de entonces, tan rubio y rosado, y el más joven.

Los otros se muestran deseosos de saber. Recuerdos y anécdotas fluyen con el tiempo en las palabras. Cae la noche.

- Amigos, Yo no tengo habitaciones. Pero allí está el taller donde trabajaba. Si queréis cobijaros allí... Sólo están los bancos.

- Cama cómoda para pescadores habituados a dormir en estrechos tablones. Gracias, Maestro. Dormir bajo tu techo es honor y santificación.

Se retiran despidiéndose efusivamente. También Judas se retira con su madre; van a su casa.

En esta habitación quedan Jesús y María, sentados sobre el arca, a la luz de la lamparita, un brazo en el hombro del otro, y Jesús cuenta, y María escucha, dichosa, trémula, contenta...

## 58.

## Curación de un ciego en Cafarnaúm.

Estío. El Sol declina con gran belleza. Ha puesto al rojo vivo todo el Occidente, y el lago de Genesaret es una enorme lámina incandescente bajo el cielo encendido.

Veo las calles de Cafarnaúm apenas empezando a poblarse de gente: mujeres que van a la fuente, hombres, pescadores preparando las redes y las barcas para la pesca nocturna, niños que corren jugando por las calles, asnos yendo con cestos hacia la campiña, quizás para coger verduras.

Jesús se asoma a una puerta que da a un pequeño patio todo sombreado por una vid y una higuera; más allá, un caminito pedregoso que bordea el lago. Es la casa de la suegra de Pedro, porque éste está en la orilla con Andrés; prepara en la barca las cestas para el pescado, y las redes; coloca asientos y rollos de cuerdas, todo lo que se necesita para la pesca, en definitiva, y Andrés le ayuda, yendo y viniendo de la casa a la barca.

Jesús le pregunta a un apóstol:

-¿Tendremos buena pesca?.

- Es el tiempo propicio. El agua está tranquila y habrá claro de luna. Los peces subirán a la superficie desde las capas profundas y mi red los arrastrará.

- ¿Vamos solos?.

- ¡Maestro! ¿Cómo crees que podemos ir solos con este sistema de redes?.

- No he ido nunca a pescar y espero que tú me enseñes.

Jesús baja despacito hacia el lago y se detiene en la orilla de arena gruesa y guijarrosa, cerca de la barca.

- Mira, Maestro: se hace así. Yo salgo al lado de la barca de Santiago de Zebedeo, y se va hasta el punto adecuado, así, emparejados. Después se echa la red. Un extremo lo tenemos nosotros; Tú lo quieres tener ¿no?, eso me has dicho.

- Sí, si me explicas lo que tengo que hacer.

- No hay más que vigilar el descenso, que la red baje despacio y sin formar nudos; lentamente, porque estaremos en aguas de pesca y un movimiento demasiado brusco puede alejar a los peces; y sin nudos para no cerrar la red, que se debe abrir como una bolsa, o una vela, si lo prefieres, hinchada por el viento. Luego, cuando toda la red haya bajado, remaremos despacio, o iremos con vela según la necesidad, describiendo un semicírculo sobre el lago, y cuando la vibración de la cabilla de seguridad nos diga que la pesca es buena, nos dirigiremos a tierra firme, y allí, casi en la orilla — no antes, para no correr el riesgo de ver huir la pesca; no después, para no dañar ni a los peces ni la red con las piedras — sacamos la red. En ese momento hace falta tacto, porque las barcas deben acercarse tanto que desde una se pueda retirar el extremo de la red dado a la otra, pero no chocarse para no aplastar la bolsa llena de pescado, atención, Maestro, es nuestro pan. Ojo a la red; que no se descomponga con las sacudidas de los peces. Defienden su libertad con fuertes coletazos, y si son muchos... entiendes... son animales pequeños, pero cuando se juntan diez, cien, mil, adquieren una fuerza como la de Leviatán.

- Como sucede con las culpas, Pedro. En el fondo, una no es irreparable. Pero si uno no tiene cuidado en limitarse a esa una y acumula, acumula, acumula, sucede que al final esa pequeña culpa (quizás una simple omisión, una simple debilidad) se hace cada vez más grande, se transforma en un hábito, se hace vicio capital. Algunas veces se empieza por una mirada concupiscente, y se termina consumando un adulterio. Algunas veces se comienza por una falta de caridad de palabra hacia un pariente, y se termina en un acto violento contra el prójimo. ¡Ay si se empieza y se deja que las culpas aumenten de peso con su número!... Llegan a ser peligrosas y opresoras como la misma Serpiente infernal, y arrastran al abismo de la Gehena.

- Tienes razón, Maestro... Pero, ¡somos tan débiles...!.

- Vigilancia y oración para ser fuertes y obtener ayuda, y firme voluntad de no pecar, luego una gran confianza en la amorosa justicia del Padre.

- ¿Dices que no será demasiado severo para con el pobre Simón?

- Con el Simón viejo podía ser severo, pero con mi Pedro, el hombre nuevo, el hombre de su Cristo... no, Pedro. Él te ama y continuará amándote.

- ¿Y yo?

- También tú, Andrés, y lo mismo Juan y Santiago, Felipe y Natanael. Sois mis primeros elegidos.

- ¿Vendrán otros? Está tu primo. Y en Judea...

- ¡Oh... muchos! Mi Reino está abierto a todo el género humano, y en verdad te digo que más abundante que la más copiosa de tus pescas será la mía en las noches de los siglos...: que cada siglo es una noche en la cual es guía y luz, no la pura luz de Orion o la de la Luna marinera, sino la palabra de Cristo y la Gracia que vendrá de Él; noche que conocerá la aurora de un día sin ocaso, de una luz en que todos los fieles vivirán, de un Sol que revestirá a los elegidos y los hará hermosos, eternos, felices como dioses, dioses menores, hijos del Padre Dios, similares a mí... Ahora no podéis entender. Pero en verdad os digo que vuestra vida cristiana os concederá una semejanza con vuestro Maestro, y resplandeceréis en el Cielo por sus mismos signos. Pues bien, Yo obtendré, a pesar de la sorda envidia de Satanás y la flaca voluntad del hombre, una pesca más abundante que la tuya.

- ¿Pero seremos nosotros solos tus apóstoles?

- ¿Celoso, Pedro? No. No lo seas. Vendrán otros, y en mi corazón habrá amor para todos. No seas avaro, Pedro. Tú no sabes todavía Quién es el que te ama. ¿Has contado alguna vez las estrellas? ¿Y las piedras del fondo de este lago? No. No podrías. Pues aún menos podrías contar los latidos de amor de que es capaz mi corazón. ¿Has podido alguna vez contar cuántas veces este mar puede besar la orilla con su ósculo de ola en el curso de doce lunas? No. No podrías. Pues aún menos podrías contar las olas de amor que de este corazón se derraman para besar a los hombres. Estate seguro, Pedro, de mi amor.

Pedro toma la mano de Jesús y la besa. Se le ve conmovido.

Andrés mira y no se atreve. Pero Jesús le pone la mano entre el pelo y dice:

- También a ti te quiero mucho. En la hora de tu aurora verás reflejado en la bóveda del cielo — lo verás sin tener que alzar los ojos — a tu Jesús, que te sonreirá para decirte: "Te amo. Ven", y el paso a la aurora te será más dulce que la entrada en una cámara nupcial...

¡Simón! ¡Simón! ¡Andrés! Voy... - Juan corre jadeante hacia ellos - ¡Maestro! ¿Te he hecho esperar? - Juan mira a Jesús con ojos afectivos.

Pedro interviene:

- Verdaderamente empezaba a pensar que quizás ya no venías. Prepara pronto tu barca. ¿Y Santiago?....

- Eso... nos hemos retrasado por un ciego. Creía que Jesús estaba en nuestra casa y ha ido allí. Le hemos dicho: "No está aquí. Quizás mañana te curará. Espera". Pero no quería esperar. Santiago decía: "Has esperado mucho la luz, ¿qué te supone esperar otra noche?". Pero no atiende a razones...

- Juan, si tú estuvieras ciego, ¿tendrías prisa de volver a ver a tu madre?

- ¡Claro!

- ¿Y entonces?... ¿Dónde está el ciego?

- Está viniendo con Santiago. Se le ha agarrado al manto y no lo deja. Pero viene despacio, porque la orilla es pedregosa y él se tropieza... Maestro, ¿me perdonas el haberme comportado con dureza?

- Sí. Pero en reparación ve a ayudarle al ciego y tráemele.

Juan se marcha corriendo.

Pedro hace un ligero movimiento de cabeza, pero calla. Mira al cielo, que tiende a hacerse azul después de tanto color cobre, mira al lago y a otras barcas que ya han salido a pescar, y suspira.

- ¿Simón?

- ¿Maestro?

- No tengas miedo. Tendrás una pesca abundante aunque salgas el último.

- ¿También esta vez?

- Todas las veces que tengas caridad. Dios te concederá la gracia de la abundancia.

- Ahí llega el ciego.

El pobrecito camina entre Santiago y Juan. Tiene entre las manos un bastón, pero no lo usa ahora. Va mejor dejándose conducir por los dos discípulos.

- Aquí está el Maestro, frente a ti.

El ciego se arrodilla:

- ¡Señor mío! ¡Piedad!.

-¿Quieres ver? Levántate. ¿Desde cuándo estás ciego?

Los cuatro apóstoles se agrupan alrededor de los dos.

- Desde hace siete años, Señor. Antes veía bien y trabajaba. Era herrero en Cesárea Marítima. Ganaba bastante. Siempre tenían necesidad de mi trabajo en el puerto y en los mercados (que eran muchos). Pero, forjando un hierro en forma de ancla — y puedes hacerte una idea de lo rojo que estaba si piensas que no ofrecía resistencia a los golpes — saltó un fragmento incandescente y me quemó el ojo. Ya los tenía enfermos por el calor de la fragua. Perdí este ojo, y el otro también se apagó al cabo de tres meses. He terminado los ahorros y ahora vivo de la caridad...

- ¿Estás solo?

- Tengo esposa y tres hijos muy pequeños... de uno no conozco ni siquiera su cara... y tengo también a mi madre, que es ya anciana. No obstante, ahora es ella y mi mujer quienes ganan un poco de pan, y con esto y el óbolo que llevo yo, no nos morimos de hambre. ¡Si Tú me curases!... Volvería al trabajo. No pido más que trabajar como un buen israelita y ofrecer un pan a quienes amo.

-¿Y has venido a mí? ¿Quién te lo ha dicho?

- Un leproso que curaste al pie del Tabor, cuando volvías al lago después de aquel discurso tan hermoso.

- ¿Qué te ha dicho?

- Que Tú lo puedes todo. Que eres salud de los cuerpos y de las almas. Que eres luz para las almas y para los cuerpos, porque eres la Luz de Dios. Él, el leproso, había osado mezclarse entre la muchedumbre, con el riesgo de ser apedreado, completamente envuelto en un manto, porque te había visto pasar hacia el monte y tu rostro le había encendido una esperanza en el corazón. Me dijo: "Vi en ese rostro algo que me dijo: "Ahí hay salud ¡Ve!". Y fui". Me repitió tu discurso y me dijo que Tú le curaste tocándolo, sin repugnancia, con tu mano. Volvía de los sacerdotes después de la purificación. Yo lo conocía, porque le había servido cuando tenía un almacén en Cesárea. Y ahora he venido, por ciudades y pueblos, preguntando por ti. Y te he encontrado... ¡Piedad de mí!

- Ven. ¡Demasiado viva es todavía la luz para uno que sale de la oscuridad!

- Entonces, ¿me curas?

Jesús lo conduce hacia la casa de la suegra de Pedro, a la luz atenuada del huertecillo, se lo pone delante, pero de forma que los ojos curados no sufran el primer impacto del lago aún todo jaspeado de luz. El hombre se deja llevar tan dócilmente, sin preguntar siquiera, que parece un niño dulcísimo.

- ¡Padre! ¡Tu luz a este hijo tuyo! - Jesús tiene extendidas las manos sobre la cabeza del hombre, que está de rodillas. Permanece así un momento. Luego se moja la punta de los dedos con saliva y toca apenas con su mano derecha los ojos, que están abiertos pero no tienen vida.

Pasa un momento. El hombre parpadea y se restriega los ojos, como uno que saliera del sueño y los tuviera obnubilados.

- ¿Qué ves?

- ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Oh, Dios Eterno! ¡Me parece... me parece... oh... que veo... te veo el vestido... es rojo, ¿no es verdad?, y una mano blanca... y un cinturón de lana!... ¡Oh, Jesús bueno... veo cada vez mejor cuanto más me habitúo a ver!... La hierba del suelo... y eso es un pozo, ¡claro!, y allí hay una vid...

- Levántate, amigo.

El hombre, que llora y ríe al mismo tiempo, se alza y, pasado un instante de lucha entre el respeto y el deseo, levanta la cara y encuentra la mirada de Jesús, un Jesús sonriente de piedad, de una piedad que es toda amor. ¡Debe ser muy bonito recuperar la vista y ver como primer Sol ese rostro! El hombre emite un grito y tiende los brazos; es un acto instintivo. Pero enseguida se frena.

Es Jesús quien abriendo los suyos arrima a sí al hombre, que es mucho más bajo que Él.

- Ve a tu casa, ahora – le dice Jesús - y sé feliz y justo. Ve con mi paz.

- ¡Maestro, Maestro! ¡Señor! ¡Jesús! ¡Santo! ¡Bendito! La luz... Pero si veo... veo todo... Ahí, el lago azul y el cielo sereno y los últimos rayos de sol y el primer atisbo de luna... Pero el azul más hermoso y sereno lo veo en tus ojos; y en ti veo la belleza del Sol más verdadero, y resplandecer lo puro de la Luna más santa. ¡Astro de los que sufren, Luz de los ciegos, Piedad que vives y obras!

- Yo soy Luz de los espíritus. Sé hijo de la Luz.

- Siempre, Jesús. Cada vez que mis párpados se abran o cierren sobre mis pupilas renacidas, renovaré este juramento. ¡Benditos seáis Tú y el Altísimo!.

- ¡Bendito sea el Altísimo Padre! Adiós.

Y el hombre parte dichoso, seguro, mientras Jesús y los estupefactos apóstoles bajan a dos barcas y comienzan la maniobra de la navegación.

## 59

## Curación de un endemoniado en la sinagoga de Cafarnaúm.

Veo la sinagoga de Cafarnaúm. Ya está llena de gente que está esperando. Algunos en la puerta miran furtivamente a la plaza, todavía soleada aunque esté cayendo la tarde.

Por fin un grito: « ¡Ha llegado el Rabí!». Toda la gente se vuelve hacia la puerta, los más bajos se ponen de puntillas o tratan de pasar adelante. Se produce algún pequeño altercado y hay algunos empujones a pesar de las amonestaciones de los encargados de la sinagoga y personalidades de la ciudad.

- La paz esté con todos aquellos que buscan la Verdad - Jesús está en el umbral de la puerta y saluda bendiciendo con los brazos tendidos hacia delante. La luz vivísima de la plaza soleada recorta su alta figura aureolándola de luz. Ha dejado el cándido vestido y viste el color azul oscuro que lleva normalmente. Avanza entre la muchedumbre, que se abre y cierra en torno a El como las olas en torno a una nave.

- ¡Estoy enfermo, cúrame! - gime un joven, que, por el aspecto, yo diría que está tísico, agarrándolo a Jesús por el vestido.

Jesús le pone la mano en la cabeza y dice:

- Ten confianza. Dios te escuchará. Déjame ahora que hable al pueblo, luego volveré.

El joven lo suelta y se tranquiliza.

- ¿Qué te ha dicho? - le pregunta una mujer con un niño en brazos.

- Me ha dicho que después de hablar al pueblo volverá.

- ¿Te cura entonces?

- No lo sé. Me ha dicho: "Ten confianza". Yo confío.

- ¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho? - La muchedumbre está deseosa de saber. Entre el pueblo se repite la respuesta de Jesús.

- Entonces yo voy por mi niño.

- Y yo traigo aquí a mi padre anciano.

- ¡Si Ageo quisiera venir! Yo lo intento... pero no vendrá.

Jesús ha llegado a su puesto. Saluda al jefe de la sinagoga, el cual le devuelve el saludo (es un hombre pequeño, grueso y bastante anciano). Para hablarle, Jesús se inclina. Parece una palma plegándose hacia un arbusto más ancho que alto.

- ¿Qué quieres que te dé? - pregunta el jefe de la sinagoga.

- Lo que te parezca bien, o si no al azar. El Espíritu guiará.

- Pero... ¿y estarás preparado?

- Estoy preparado. Venga, al azar. Repito: el Espíritu del Señor guiará la mano para el bien de este pueblo.

El jefe de la sinagoga alarga un brazo hacia el montón de rollos, toma uno, lo abre y se detiene en un punto concreto. «Esto» dice.

Jesús toma el rollo y lee el punto señalado: «Josué: "¡Levántate y santifica al pueblo!, y diles: "Santificaos para mañana porque, afirma el Señor Dios de Israel, la maldición está entre vosotros, ¡oh, Israel!; tú no podrás hacer frente a tus enemigos hasta que sea extirpado de ti quien se ha contaminado con tal delito"

Se detiene, lo enrolla y lo devuelve.

La muchedumbre está atentísima. Sólo bisbisea alguno: « ¡Verás lo que oímos contra los enemigos!». «¡Es el Rey de Israel, el Prometido, y recoge a su pueblo!».

Jesús extiende los brazos en la posición típica de los oradores. El silencio es completo.

- Quien ha venido para santificaros se ha levantado. Ha dejado la intimidad de la casa en que se ha preparado para esta misión. Se ha purificado para daros ejemplo de purificación, se ha colocado en su lugar ante los poderosos del Templo y ante el pueblo de Dios y ahora está entre vosotros: soy Yo. No como, con mente obnubilada e inquietud en el corazón, algunos de entre vosotros piensan y esperan. Más alto y más grande es el Reino del cual Yo soy el Rey futuro y al cual os llamo.

Os llamo, ¡oh vosotros de Israel!, antes que a cualquier otro pueblo, porque vosotros sois los que en los padres de los padres recibisteis la promesa de esta hora y la alianza con el Señor Altísimo. Mas no se formará este Reino con turbas de soldados ni con crueldades sangrientas, y en él no tendrán cabida ni los violentos, ni los déspotas, ni los soberbios, ni los iracundos, ni los envidiosos, o los lujuriosos, o los avaros; sí los buenos, los mansos, los continentes, los misericordiosos, los humildes, los que se muestran amantes del prójimo y de Dios, los pacientes.

¡Israel! No estás llamado a combatir contra los enemigos de fuera, sino contra los enemigos de dentro, contra los que están en cada uno de tus corazones, en el corazón de los miles y miles de hijos tuyos. Alejad de todos y cada uno de vuestros

corazones la maldición del pecado, si queréis que mañana Dios os reúna y os diga: "Pueblo mío, tuyo es el Reino que ya nunca será derrotado, ni invadido, ni insidiado por enemigos".

Mañana. ¿Cuál mañana? ¿Dentro de un año, dentro de un mes? ¡Oh, no busquéis, no busquéis conocer el futuro con sed malsana, con medios que saben a brujería culpable! Dejad a los paganos el espíritu pitón. Dejad al Dios Eterno el secreto de su tiempo. Vosotros venid a purificaros en la verdadera penitencia desde mañana, el mañana que nacerá después de esta hora de la tarde y de la que vendrá de la noche, el mañana que surgirá con el canto del gallo.

Arrepentíos de vuestros pecados para que seáis perdonados y estéis preparados para el Reino. Alejad de vosotros la maldición de la culpa. Cada uno tiene la suya. Cada uno tiene eso que es contrario a los diez mandamientos de salvación eterna. Examinaos cada uno con sinceridad y encontraréis el punto en que habéis errado. Humildemente arrepentíos de ello con sinceridad. Desead arrepentiros. No de palabra (de Dios nadie se burla, no se le engaña), sino con la voluntad firme que os lleve a cambiar de vida, a volver a la Ley del Señor. El Reino de los Cielos os espera. Mañana.

¿Mañana?, os preguntáis. La hora de Dios, aunque venga al final de una vida longeva como la de los Patriarcas, es siempre un mañana solícito. La eternidad no tiene como medida de tiempo el lento discurrir de la clepsidra. Esas medidas de tiempo que vosotros llamáis días, meses, años, siglos, son latidos del Espíritu Eterno que os mantiene en vida. Mas vosotros sois eternos en vuestro espíritu, y debéis tener para el espíritu el mismo método de medida del tiempo que tiene vuestro Creador. Debéis decir, por tanto: "Mañana será el día de mi muerte"; que no es tal muerte para el fiel, sino reposo de espera, en espera del Mesías que abra las puertas del Cielo.

En verdad os digo que entre los presentes sólo veintisiete deberán esperar cuando mueran. Los otros serán juzgados ya antes de la muerte, y ésta será el paso inmediato a Dios o a Satanás, porque el Mesías ha venido, está entre vosotros, y os llama para daros la Buena Nueva, para instruiros en la Verdad, para llevaros al Cielo.

¡Haced penitencia! El "mañana" del Reino de los Cielos es inminente. Que os encuentre limpios para pasar a ser poseedores del eterno día.

La paz sea con vosotros.

Se levanta a rebatirle un israelita togado y de barba abundante. Habla así:

- Maestro, cuanto dices me parece en contraste con lo que está escrito en el libro segundo de los Macabeos, gloria de Israel. En él puede leerse: "Efectivamente, es signo de gran benevolencia el no permitir a los pecadores que sigan durante largo tiempo sus caprichos, sino pasar enseguida al castigo. El Señor no hace como con las otras naciones, que las espera con paciencia, para castigarlas en el día del juicio, colmada ya la medida de los pecados". Sin embargo Tú hablas como si el Altísimo pudiera ser muy tardo a la hora de castigarnos, esperándonos, como a los otros pueblos, para el tiempo del Juicio, cuando esté colmada la medida de los pecados. Verdaderamente los hechos te desmienten. Israel sufre el castigo, como dice el historiógrafo de los Macabeos. Si fuera como Tú dices, ¿no habría desacuerdo entre tu doctrina y la contenida en la frase que te he mencionado?

- No sé quién eres (*), pero quienquiera que seas te respondo. No hay desacuerdo en la doctrina, sino en el modo de interpretar las palabras. Tú las interpretas según el modo humano, Yo según el del espíritu. Tú, representante de la mayoría, ves todo con referencia a lo presente y caduco. Yo, representante de Dios, todo lo explico, y aplico, a lo eterno y sobrenatural. Sí, Yeohveh os ha castigado en lo temporal, en la soberbia y en la justicia de ser un "pueblo" según la tierra. Pero, ¡cuánto os ha amado y cuánta paciencia tiene con vosotros — más que con cualquier otro — concediéndoos el Salvador, su Mesías, para que lo escuchéis y os salvéis antes de la hora de la ira divina! No quiere que seáis pecadores. Pero, si os ha castigado en lo caduco, viendo que la herida no se cura, antes al contrario insensibiliza cada vez más vuestro espíritu, he aquí que os manda no castigo sino salvación. Os manda a Aquel que os cura y os salva, Yo, quien os está hablando.

- ¿No te parece que eres audaz al profesarte representante de Dios? Ninguno de los Profetas se atrevió a tanto y Tú... ¿Quién eres Tú, que así hablas?, y ¿por orden de quién hablas?

- Los Profetas no podían decir de sí mismos lo que Yo digo de mí. ¿Que quién soy? El Esperado, el Prometido, el Redentor. Ya le habéis oído decir a su Precursor: "Preparad el camino del Señor... El Señor Dios viene... Como un pastor apacentará a su rebaño, aun siendo el Cordero de la verdadera Pascua". Entre vosotros están los que han oído del Precursor estas palabras, y han visto el cielo resplandecer por una luz que bajaba en forma de paloma, y han oído una voz que hablaba diciendo quién era Yo. ¿Que por orden de quién hablo? De Aquel que es y que me envía.

- Tú puedes decir lo que quieras, pero quién nos dice que no seas un mentiroso o un iluso. Tus palabras son santas, pero algunas veces Satanás profiere palabras engañosas teñidas de santidad para inducir al error. Nosotros no te conocemos.

- Yo soy Jesús de José de la tribu de David, nacido en Belén Efratá, según las promesas, llamado nazareno porque tengo casa en Nazaret. Esto según el mundo. Según Dios soy su Mensajero. Mis discípulos lo saben.

- ¡Oh, ellos!... Pueden decir lo que quieran, o lo que Tú les hagas decir.

- Hablará otro, que no me ama, y dirá quién soy. Espera que llame a uno de los presentes.

Jesús mira a la muchedumbre (asombrada de la disputa, enfrentada y dividida en corrientes opuestas), la mira, buscando a alguno con sus ojos de zafiro, y dice con fuerte voz:

- ¡Ageo! ¡Pasa adelante! ¡Te lo ordeno!

Se oye un gran murmullo entre la multitud, que se abre para dejar pasar a un hombre todo convulso, sujetado por una mujer.

- ¿Conoces a este hombre?

- Sí. Es Ageo de Malaquías, de aquí, de Cafarnaúm, poseído por un espíritu malvado que lo arrastra a repentinos y furiosos estados de locura.

- ¿Todos lo conocen?

La multitud grita:

-¡Sí, sí!

- ¿Puede alguien decir que haya hablado conmigo, aunque sólo sea durante algunos minutos?

La multitud grita:

- No, no, es casi un idiota; no sale nunca de su casa y nadie te ha visto en ella.

- Mujer, acércamelo.

La mujer lo empuja y lo arrastra, y el pobrecillo tiembla aún más fuerte.

El jefe de la sinagoga le advierte a Jesús:

- ¡Ten cuidado! El demonio está para atormentarlo de un momento a otro... y entonces se lanza hacia uno, araña y muerde.

La gente deja paso comprimiéndose contra las paredes.

Los dos están ya frente a frente. Un instante de lucha interior. Parece que el hombre, acostumbrado al mutismo, encuentra dificultad en hablar; gime... la voz se forma en palabras:

- ¿Qué hay entre nosotros y Tú, Jesús de Nazaret? ¿Por qué has venido a atormentarnos? ¿Por qué has venido a exterminamos, Tú, Señor del Cielo y de la Tierra? Sé quién eres: el Santo de Dios. Ninguno, en la carne, fue más grande que Tú, porque tu carne de hombre encierra el Espíritu del Vencedor Eterno. Ya me has vencido en...

- ¡Calla! Sal de este hombre. Te lo ordeno.

Una especie de extraño paroxismo se apodera del hombre. Se revuelve entre convulsiones, como si hubiera alguien que lo maltratase con bruscos golpes y empujones; chilla con voz deshumana, echa espuma y luego cae arrojado al suelo para levantarse sorprendido y curado.

- ¿Has oído? ¿Qué respondes ahora? - le pregunta Jesús a su opositor.

El hombre togado y de abundante barba se encoge de hombros y, vencido, se va sin responder. La multitud se mofa de él y aplaude a Jesús.

- ¡Silencio, el lugar es sagrado! - dice Jesús, y ordena: - Que se acerque el joven a quien he prometido ayuda de Dios.

Viene el enfermo. Jesús lo acaricia:

- ¡Has tenido fe! Queda curado. Vete en paz y sé justo.

El joven lanza un grito. ¡Quién sabe lo que siente! Se postra a los pies de Jesús y los besa con agradecimiento:

-¡Gracias por mí y por mi madre!

Vienen otros enfermos: un niño con las piernecitas paralizadas. Jesús lo coge en brazos, lo acaricia y lo pone en el suelo... y lo deja. Y el niño no se cae, sino que corre hacia su mamá, la cual lo recibe, llorando, en su corazón y bendice a voz en grito a «el Santo de Israel». Viene un viejecito ciego, guiado por su hija. También él queda curado con una caricia en las órbitas enfermas.

La muchedumbre rompe a bendecir a Jesús.

El se hace paso sonriendo y, aunque es alto, no lograría hacer una fisura en la multitud si Pedro, Santiago, Andrés y Juan no lo intentaran generosamente por su parte, y se abrieran un canal desde su ángulo hasta Jesús, y después lo protegieran hasta la salida a la plaza, donde ya no hay sol.

(*) "No sé quién eres": una afirmación de este tipo en boca de Jesús recibe, como nota en una copia mecanografiada, la siguiente explicación de María Valtorta: "Cristo, como Dios y como Santo de los santos, penetraba en las conciencias, y de éstas veía y conocía sus escondidos secretos (introspección perfecta); como Hombre conocía sólo según el modo humano personas y lugares, cuando el Padre suyo y su propia naturaleza divina no juzgaban útil el conocimiento de los lugares y personas sin preguntar. De forma análoga, las palabras ¡Ageo! ¡Pasa adelante!..., tienen la siguiente nota: "Aquí, debiendo dar prueba al fariseo de su omnisciencia divina, llama por su nombre al desconocido Ageo, del que sabe que está endemoniado, mientras que en la página precedente, como Hombre, había dicho al fariseo: "No sé quién eres". Otra explicación sobre las "ignorancias" de Jesús la encontramos a propósito de una serie de preguntas que Él hace a Analía: "Jesús sabía y recordaba, pero quería que las almas se abrieran con la máxima libertad y confianza. Una tercera explicación se halla en una larga nota de María Valtorta a propósito de la afirmación de Jesús: "No sé quién es": "Y el Padre eterno, para probar los corazones y separar a los hijos de Dios, de la Luz, de los hijos de la carne y de las tinieblas, permitía, en presencia de los apóstoles, de los discípulos y muchedumbres, algunas lagunas en el omnímodo conocimiento de su Hijo, similares a estas preguntas y respuestas: "¿Quién es éste? No lo conozco...". Y ello lo permitía por los hombres, y también por su Hijo amado, para prepararlo a la gran oscuridad de la hora de las tinieblas, al abandono del Padre: horas tremendas en que Jesús fue el Hombre, y, además, un Hombre rechazado por el Padre, habiendo venido a ser "Anatema por nosotros"... Por tanto, las referencias de "ignorancias" de Jesús no están en contradicción con las frecuentes declaraciones de su "omnisciencia".

## 60

## Curación de la suegra de Simón Pedro.

Pedro le está hablando a Jesús. Dice:

- Maestro, quisiera rogarte que vengas a mi casa. No me atreví a decírtelo el sábado pasado. Pero... querría que vinieras.

- ¿A Betsaida?

- No, aquí... a casa de mi mujer; la casa natal, quiero decir.

- ¿Por qué este deseo, Pedro?
- Por muchas razones... y, además, hoy me han dicho que mi suegra está enferma. Si quisieras curarla, quizás te...
- Termina, Simón.
- Quería decir... si te la presentasen, ella dejaría... sí, en definitiva, ya sabes, una cosa es oír hablar de uno y otra cosa es verlo y oírlo; y si esta persona, además, cura, pues entonces....
- Entonces cesa incluso el odio, quieres decir.
- No, odio no. Pero, ya sabes... el pueblo está dividido en muchos pareceres, y ella... no sabe a quién hacer caso. Ven, Jesús.
- Voy. Vamos. Advertidles a los que esperan que les hablaré desde tu casa.
Van hasta una casa baja, aún más baja que la de Pedro en Betsaida, y situada aún más cerca del lago, del que está separada por una faja de orilla guijarrosa; y creo que durante las borrascas las olas van a morir contra los muros de la casa, que es baja pero muy ancha, de forma que da la impresión de que estuviera habitada por varias personas.
En el huerto que se abre en la parte delantera de la casa, hacia el lago, no hay más que una vid vieja y nudosa, extendida sobre una rústica pérgola y una vieja higuera plegada completamente hacia la casa por los vientos del lago. El ramaje del árbol, como cabellera des- peinada, apenas roza sus muros y llama a los postigos de las pequeñas ventanas, cerrados como protección del vivo sol que incide sobre la casita. Sólo se ve esta higuera y esta vid y un pozo bajo con su brocal verdoso.
- Entra, Maestro.
Algunas mujeres están en la cocina: dedicadas unas a remendar las redes; otras, a preparar la comida. Saludan a Pedro y luego se inclinan, confusas, ante Jesús, mirándolo de soslayo con curiosidad.
- Paz a esta casa. ¿Cómo está la enferma?.
- Habla, tú que eres la nuera más mayor - le dicen tres mujeres a una que se está secando las manos con el borde del vestido.
- La fiebre es fuerte, muy fuerte. Hemos llamado al médico, pero dice que es demasiado anciana para poder sanar y que cuando ese mal de los huesos va al corazón y da fiebre, especialmente a esa edad, la persona muere. Ya no come... Yo trato de prepararle comidas apetitosas; como ahora, ¿ves, Simón? Estaba preparándole esa sopa que le gustaba tanto. He escogido el pescado mejor, de los cuñados. Pero no creo que pueda comérsela. Y además... ¡está tan inquieta! Se queja, grita, llora, impreca...
- Tened paciencia como si fuera vuestra madre y Dios os otorgará el mérito, elevadme donde ella.
- Rabí... Rabí... no sé si querrá verte. No quiere ver a nadie. Yo no me atrevo a decirle "ahora te traigo aquí al Rabí".
Jesús sonríe sin perder la calma. Se vuelve hacia Pedro:
- Te toca a ti, Simón. Eres hombre, y el más mayor de los yernos según me has dicho. Ve.
Pedro hace una mueca significativa... Obedece; cruza la cocina, entra en una habitación y, a través de la puerta, cerrada tras él, lo siento conversar con una mujer. Asoma la cabeza y una mano y dice:
- Ven, Maestro, date prisa - y añade, más bajo, apenas inteligiblemente - Antes de que cambie de idea.
Jesús cruza rápido la cocina y abre de par en par la puerta. Erguido, en el umbral, pronuncia su dulce y solemne saludo:
- La paz sea contigo.
Entra, a pesar de no haber recibido respuesta. Va junto a una yacija baja en la que está echada una mujer pequeña, toda gris, flaca, jadeante a causa de la fiebre alta que le enrojece el rostro consumido.
Jesús se inclina hacia el camastro, le sonríe a la viejecita y le dice:
-¿Te encuentras mal?
- ¡Me muero!
- No. No te mueres. ¿Puedes creer que Yo te puedo curar?
- ¿Y por qué habrías de hacerlo? No me conoces.
- Por Simón, que me lo ha pedido... y también por ti, para darle tiempo a tu alma de ver y amar la Luz.
- ¿Simón? Mejor sería si... ¿Cómo es que Simón ha pensado en mí?
- Porque es mejor de lo que tú te piensas. Yo lo conozco y lo sé. Lo conozco y es para mí un placer acoger lo que me pide.
- Entonces, ¿piensas curarme? ¿Ya no moriré?
- No, mujer. Por ahora no morirás. ¿Puedes creer en mí?
- Creo, creo. ¡Me basta con no morir!
Jesús sonríe de nuevo, le coge la mano de hinchadas venas y llena de arrugas, la cual desaparece en la suya, juvenil; se pone derecho tomando el aspecto de cuando hace un milagro y grita:
-¡Queda curada! ¡Lo quiero! ¡Levántate! - y le suelta la mano, cayendo sin que la anciana se queje, mientras que antes, aunque Jesús se la hubiera tomado con mucha delicadeza, el solo hecho de moverla le había costado un quejido a la enferma.
Un tiempo breve de silencio; luego, la anciana exclama fuerte:
- ¡Oh! ¡Dios de los padres! ¡Si yo ya no tengo nada! ¡Pero si estoy curada! ¡Venid! ¡Venid!.
Acuden las nueras.
- ¡Mirad! - dice la anciana - ¡Me muevo y ya no siento dolores! ¡Y ya no tengo fiebre! Tocad, veréis qué fresca estoy. Y el corazón ya no parece el martillo del herrero. ¡Ah! ¡Ya no me muero! — ¡ni siquiera una palabra para el Señor!.
Pero Jesús no se lo toma a mal. Le dice a la nuera más mayor:
- Vestidla. Que se levante. Puede hacerlo - Y se encamina hacia la puerta.
Simón, desconsolado, se dirige a la suegra:
- El Maestro te ha curado, ¿no le dices nada?

- ¡Pues claro! No me daba cuenta. Gracias. ¿Qué puedo hacer para decirte gracias?

- Ser buena, muy buena. Porque el Eterno fue bueno contigo. Y, si no te importa demasiado, déjame descansar hoy en tu casa. He llegado esta mañana al alba después de recorrer durante la semana todos los pueblos cercanos. Estoy cansado.

- ¡Claro! ¡Claro! Quédate si quieres - Pero no se la ve con mucho entusiasmo al decir esto.

Jesús con Pedro, Andrés, Santiago y Juan, va al huerto a sentarse.

- ¡Maestro!....

- ¿Pedro mío?

- Estoy desolado.

Jesús hace un gesto como queriendo significar: « ¡Bah!, no te preocupes». Luego dice:

- No es la primera, ni será la última que no siente inmediata gratitud. Pero no pido gratitud. Me conformo con proporcionarles a las almas un modo de salvarse. Yo cumplo con mi deber. Ellas que cumplan con el suyo.

- ¿Ha habido otros así? ¿Dónde?

- ¡Qué curioso eres, Simón! Pero, deseo darte gusto, a pesar de que no me satisfacen las curiosidades inútiles. En Nazaret. ¿Te acuerdas de la madre de Sara? Estaba muy enferma cuando llegamos a Nazaret y nos dijeron que la niña estaba llorando. Fui a ver a la mujer, para que la niña, que es buena y dócil, no se quedara huérfana y acabara siendo una hijastra... Quería curarla... Pero en el momento en que iba a poner pie en la casa, su marido y un hermano me echaron, diciendo: "¡Fuera, fuera! No queremos problemas con la sinagoga". Para ellos, para demasiados, soy ya un rebelde... De todas formas la curé... por sus niños. Y a Sara, que estaba en el huerto, acariciándola, le dije: "Curo a tu madre. Ve a casa. No llores más". La mujer quedó curada en ese mismo momento y la niña se lo dijo, así como al padre y al tío... Y se le castigó por haber hablado conmigo. Lo sé porque la niña vino corriendo detrás de mí cuando me marchaba del pueblo... Pero no importa.

- Yo la volvía a poner enferma.

- ¡Pedro! - Jesús se muestra severo - ¿Es esto lo que te enseño a ti y a los otros? ¿Qué has oído de mis labios desde la primera vez que me has escuchado? ¿De qué he hablado siempre, como condición primera para ser verdaderos discípulos míos?

- Es verdad, Maestro. Soy un verdadero animal. Perdóname. Pero... ¡no puedo soportar el que no te quieran!

- ¡Oh, Pedro, verás faltas de amor mucho mayores! ¡Te llevarás muchas sorpresas, Pedro! Personas que el mundo llamado "santo" desprecia como publícanos, y que, sin embargo, serán ejemplo para el mundo, y ejemplo no seguido por los que los desprecian; paganos que estarán entre mis mayores fieles; meretrices que se vuelven puras, por voluntad y penitencia; pecadores que se enmiendan...

- Mira: que se enmiende un pecador... todavía. ¡Pero una meretriz y un publicano!...

- ¿No lo crees?

- Yo no.

- Estás equivocado, Simón. Pero, mira, viene tu suegra.

- Maestro... Te ruego que compartas mi mesa.

- Gracias, mujer. Dios te lo pague.

Entran en la cocina y se sientan a la mesa, y la anciana sirve a los hombres, distribuyendo pródigamente el pescado en sopa y asado.

- Perdonad, pero no tengo más que esto - dice. Y, para no perder la costumbre, le dice a Pedro:

- ¡Demasiado hacen, incluso, tus cuñados, solos como se han quedado desde que te has ido a Betsaida! Si al menos hubiera servido para hacer más rica a mi hija... Pero oigo que muy frecuentemente te ausentas y no pescas.

- Sigo al Maestro. He ido con Él a Jerusalén y el sábado estoy con Él. No pierdo el tiempo en comilonas.

- Pero no ganas dinero. Mejor sería, ya que quieres servir al Profeta, que te vinieras aquí de nuevo. Al menos esa pobre hija mía, mientras tú te dedicas a ser santo, tendría a los familiares que le dieran de comer.

- Pero ¿no te da vergüenza hablar así delante de Él, que te ha curado?

- Yo no lo critico a Él. Él se dedica a su oficio. Te critico a ti que haces el vago. Total, tú no serás nunca un profeta ni un sacerdote. Eres un ignorante y un pecador, un completo inútil.

- Porque está Él, que si no...

- Simón, tu suegra te ha dado un consejo excelente. Puedes pescar también desde aquí. Por lo que oigo, ya antes pescabas en Cafarnaúm. Puedes volver ahora.

- ¿Y vivir aquí de nuevo? Pero Maestro, Tú no...

- Tranquilo, Pedro mío. Si tú estás aquí, estarás o en el lago o conmigo. Por tanto, ¿qué más te da estar o no estar en esta casa?

Jesús ha puesto la mano sobre el hombro de Pedro y parece que la calma de Jesús pasa al fogoso apóstol.

- Tienes razón. Siempre tienes razón. Lo haré. Pero... ¿y éstos? - alude a Juan y a Santiago, sus socios.

- ¿No pueden venir también ellos?

- Nuestro padre, y sobre todo nuestra madre, en todo caso estarán más contentos sabiendo que estamos contigo, Jesús, que con ellos. No pondrán dificultades.

- Quizás venga también Zebedeo - dice Pedro.

- Es más que probable. Y con él otros. Vendremos, Maestro, sin duda vendremos.

- ¿Está aquí Jesús de Nazaret? - pregunta un niño asomándose a la puerta.

- Está aquí. Pasa.

Entra un niño, al cual reconozco como uno de los de las primeras visiones de Cafarnaúm, concretamente el que prometió ser bueno después de tropezarse con las piernas de Jesús... para comer la miel del Paraíso.

- Pequeño amigo, pasa - dice Jesús.

El niño, un poco atemorizado por tanta gente como lo mira, se tranquiliza y corre donde Jesús, que lo abraza y se lo coloca sobre las rodillas, y le da un trozo de su pescado en una rodaja de pan.

- Mira, Jesús, esto es para ti. También hoy esa persona me ha dicho: "Es sábado. Llévale esto al Rabí de Nazaret y dile a tu amigo que ore por mí". ¡Sabe que eres mi amigo!... — el niño ríe feliz y come su pan y su pescado.

- ¡Sí señor!, Santiago. Le dirás a esa persona que mis oraciones por él suben al Padre.

- ¿Es para los pobres? - pregunta Pedro.

- Sí.

- ¿Es el donativo de costumbre? Veamos.

Jesús le da la bolsa. Pedro vuelca las monedas y cuenta.

- ¡También esta vez la misma fuerte suma! ¿Pero quién es esta persona? Di, niño, ¿quién es?

- No lo debo decir y no lo diré.

- ¡Qué desconsiderado! ¡Vamos, que si eres bueno te doy fruta!

- Yo no lo diré, ni aunque me insultes, ni aunque me acaricies.

- ¡Mirad qué lengua!

- Santiago tiene razón, Pedro. Mantiene la palabra dada; déjalo en paz.

- Tú, Maestro, ¿sabes quién es esta persona?

Jesús no responde. Se ocupa del niño, al cual le da otro trozo de pescado asado, bien limpio de espinas. Pero Pedro insiste y Jesús debe responder.

- Yo sé todo, Simón.

- ¿Y nosotros no podemos saberlo?

- ¿Y tú no te curarás nunca de tu defecto? - Jesús reprende pero sonríe. Y añade - Pronto lo sabrás; porque, si el mal querría estar oculto y no siempre puede permanecer escondido, el bien, aunque quiera estarlo para ser meritorio, es descubierto un día para gloria de Dios, cuya naturaleza resplandece en un hijo suyo; la naturaleza de Dios: el amor. Esta persona lo ha comprendido, porque ama a su prójimo. Ve, Santiago. Llévale mi bendición.

## 61

## Jesús agracia a los pobres después de exponer la parábola del caballo amado por el rey.

Jesús se ha subido a un montón de cestos y corderías a la entrada del huerto de la casa de la suegra de Pedro. El huerto está abarrotado de gente, y además hay más gente en la orilla guijarrosa del lago, parte sentada en el suelo, parte en las barcas sacadas a tierra. Da la impresión de que esté hablando ya desde hace algo de tiempo, porque el discurso está empezado. Yo oigo:

- ... Seguro que muchas veces en vuestro corazón habréis pensado así, pero no es así. El Señor no se ha mostrado falto de benignidad para con su pueblo, a pesar de que éste le haya sido infiel miles y miles de veces.

Escuchad esta parábola. Os ayudará a entender.

Un rey tenía muchos y muy espléndidos caballos en sus caballerizas, pero a uno de ellos lo estimaba especialmente. Lo había soñado aún antes de tenerlo. Una vez conseguido, lo había puesto en un lugar de delicias, adonde iba con el ojo y con el corazón, mimando a ese predilecto suyo, soñando con hacer de él la maravilla de su reino. Y cuando el caballo, rebelándose a las órdenes, había desobedecido y había huido yendo a otro dueño, aun con dolor y rigor, el rey había prometido al rebelde perdón después del castigo. Y, fiel a esto, incluso desde lejos cuidaba de su predilecto con solicitud, mandándole dones y guardianes que le mantuvieran su recuerdo en el corazón.

Pero el caballo, aunque sufriera por su destierro, no era constante, como lo era el rey, en amar y en desear el perdón completo: a veces era bueno, a veces malo, y lo bueno no superaba a lo malo; es más, sucedía lo contrario. No obstante, el rey tenía paciencia y con reprensiones y caricias trataba de hacer de su más estimado caballo un dócil amigo. Cuanto más pasaba el tiempo, más reacio se volvía el animal. Deseaba vivamente a su rey, lloraba por el látigo de los otros dueños, pero no quería ser verdaderamente de su rey. No tenía la voluntad de serlo. Derrengado, angustiado, gimiendo, no decía: "Lo que soy es por culpa mía", sino que le echaba la culpa a su rey.

Éste, después de haber intentado todo, recurrió a su última prueba. "Hasta ahora — dijo — he mandado mensajeros y amigos. Ahora mandaré a mi propio hijo. Él tiene mi mismo corazón y hablará con mi mismo amor y tendrá para con él caricias y dones como los míos, es más, aún más dulces, porque mi hijo es yo mismo pero sublimado por el amor". Y mandó al hijo.

Ésta es la parábola. Ahora decid: ¿os parece que ese rey quería a su animal preferido?

La gente dice a una voz:

- Infinitamente lo quería.

- ¿Podía el animal quejarse de su rey por todo el mal que había sufrido por haberlo dejado?

- No, no podía - responde la multitud.

- Responded también a esto: ese caballo ¿cómo os parece que habrá acogido al hijo de su rey, que venía para rescatarlo, curarlo y llevarlo de nuevo al lugar de delicias?

- Con alegría, es natural, con gratitud y afecto.

- Y si el hijo del rey le ha referido al caballo: "Yo he venido para esto y esto, pero tú ahora debes ser bueno, obediente, lleno de buena voluntad, fiel a mí", ¿qué decís que habrá respondido el caballo?

- ¡Eso ni se pregunta! Habrá contestado — ahora que sabía lo que le costaba estar segregado del reino — que quería ser como decía el hijo del rey.

- Entonces, según vosotros, ¿cuál era el deber de ese caballo?

- Ser aun más bueno de lo que se le pedía, más afectuoso, más dócil, para que le fuera perdonado el mal pasado, por gratitud por el bien recibido.

¿Y si no hubiera actuado así?

- Merecería la muerte, porque sería peor que una fiera salvaje.

- Amigos, habéis juzgado bien. Comportaos vosotros como querríais que hubiera actuado ese caballo. Vosotros, hombres, criaturas predilectas del Rey de los Cielos, Dios, Padre mío y vuestro; vosotros, a quienes, después de los Profetas, Dios envía a su propio Hijo, sed, ¡oh! sed — os lo pido por lo que más queráis, por vuestro bien, y porque os amo como sólo un Dios puede amar, ese Dios que está en mí para obrar el milagro de la Redención —, sed al menos como juzgáis que debe ser ese animal. ¡Ay de quien se rebaja a sí mismo, hombre, a un grado inferior al animal! Si podía haber disculpa todavía para aquellos que hasta el momento presente pecaban — porque demasiado tiempo y demasiado polvo del mundo han transcurrido desde que la Ley fue dada, y sobre ésta el polvo se ha posado —, ahora ya no. Yo he venido para traeros de nuevo la palabra de Dios. El Hijo del hombre está entre los hombres para llevarlos de nuevo a Dios. Seguidme. Yo soy el Camino, la Verdad, la Vida.

El murmullo de costumbre entre la multitud...

Jesús les ordena a los discípulos:

- Haced que los pobres pasen hacia adelante. Tengo para ellos una rica ofrenda de una persona que se encomienda a ellos para obtener perdón de Dios.

Pasan adelante tres viejecitos andrajosos, dos ciegos y un tullido, y luego una viuda con siete niños macilentos.

Jesús los mira fijamente uno por uno, sonríe a la viuda y especialmente a los huerfanitos, es más, le ordena a Juan:

- Que a éstos se les ponga allí, en el huerto, quiero hablar con ellos - mas toma aspecto severo, con fuego en los ojos, cuando se presenta a Él un hombre entrado en años; pero no dice nada, por el momento.

Llama a Pedro y le pide la bolsa recibida poco antes y otra llena de monedas más pequeñas (varios donativos recogidos entre las buenas personas). Vuelca todo sobre el banco que hay cerca del pozo. Cuenta y divide. Hace seis partes: una muy grande, toda de monedas de plata; cinco más pequeñas, con mucho bronce y sólo alguna moneda grande. Llama luego a los pobrecitos enfermos y pregunta:

- ¿No tenéis nada que decirme?

Los ciegos callan, el tullido dice:

- Que Aquel del que Tú vienes te proteja». Nada más.

Jesús le pone en la mano sana el óbolo.

El hombre dice:

- Dios te lo pague, pero yo de ti, más que esto, quisiera la curación.

- No la has pedido.

- Soy pobre, un gusano que los grandes pisotean, no podía imaginarme que tuvieras piedad de un mendigo.

- Yo soy la Piedad que se inclina hacia toda miseria que la llama. No rechazo a nadie. No pido más que amor y fe para decir: "te escucho".

- ¡Oh!, ¡Señor mío! ¡Yo creo y te amo! ¡Sálvame entonces! ¡Cura a tu siervo!

Jesús pone su mano sobre la encorvada espalda, la desliza como haciendo una caricia y dice:

- Quiero que quedes curado.

El hombre se endereza, ágil e íntegro, pronunciando infinitas bendiciones.

Jesús da el óbolo a los ciegos y espera un instante antes de permitirles que se marchen... después les deja que se vayan.

Llama a los viejos. Al primero le da una limosna, lo anima y le ayuda a ponerse las monedas en el cinturón.

Se interesa, piadoso, de las desventuras del segundo, que le habla de la enfermedad de una hija:

- ¡Ella es lo único que tengo! Y ahora se me muere. ¿Qué será de mí? ¡Oh!, ¡si Tú vinieras! Ella no puede, no se tiene en pie. Querría... pero no puede. ¡Maestro, Señor, Jesús, piedad de nosotros!

- ¿Dónde estás, padre?

- En Corazín. Pregunta por Isaac de Jonás, llamado "el Adulto". ¿Verdaderamente vendrás? ¿No te olvidarás de mi desventura? ¿Y me curarás a mi hija?.

- ¿Puedes creer que la puedo curar?

- ¡Oh, claro que lo creo!... Por eso te hablo de ella.

- Vete a casa, padre. Tu hija estará en la puerta para recibirte.

- ¡Pero si está en cama y no puede levantarse desde hace tres!... ¡Ah, comprendido! ¡Gracias, Rabbuní! ¡Benditos seáis Tú y quien te ha enviado! ¡Gloria a Dios y a su Mesías!

El anciano se va llorando, renqueando, lo más rápido que puede; pero, ya casi fuera del huerto dice:

- Maestro, ¿vendrás, de todas formas, a mi pobre casa? Isaac te espera para besarte los pies, lavártelos con el llanto y ofrecerte el pan del amor. Ven, Jesús. Les hablaré de ti a los habitantes de mi ciudad.

- Iré. Vete en paz y sé feliz.

Se acerca el tercer anciano, que parece el más andrajoso. A Jesús sólo le queda el montón grande de monedas. Grita:

- Mujer, ven con tus pequeños.

La mujer, joven, macilenta, se acerca bajando la cabeza. Parece una gallina triste entre su triste pollada.

- ¿Desde cuándo eres viuda, mujer?

En la luna de Tisrí se cumplirán tres años.

- ¿Cuántos años tienes?
- Veintisiete.
- ¿Son todos tus hijos?
- Sí, Maestro, y... ya no tengo nada. Todo acabado... ¿Cómo puedo trabajar si ninguno me acepta, con todas estas criaturas?
- Dios no abandona ni siquiera al gusano que ha creado. No te abandonará, mujer. ¿Dónde estás?
- En el lago. A tres estadios fuera de Betsaida. Él me dijo que viniera... Mi marido murió en el lago; era pescador... - "Él" es Andrés, que se pone colorado y desearía desaparecer de la vista.
- Has hecho bien, Andrés, en decir a esta mujer que viniera a mí.
Andrés se siente más seguro y susurra:
- El hombre era mi amigo, era bueno; murió en la tempestad, perdiendo también la barca.
- Ten, mujer. Esto te ayudará durante mucho tiempo, y luego saldrá otro sol sobre tu día. Sé buena, educa en la Ley a tus hijos y no te faltará la ayuda de Dios. Te bendigo a ti y a tus pequeños - y los acaricia uno a uno con gran piedad.
La mujer se marcha con su tesoro apretado contra el corazón.
- ¿Y a mí? - pregunta el último anciano.
Jesús lo mira y calla.
- ¿Nada para mí? ¡No eres justo! A ella le has dado seis veces más que a los demás, y a mí nada. ¡Ya... era mujer!
Jesús lo mira y calla.
- ¡Mirad todos si hay justicia! Vengo desde lejos, porque me han dicho que aquí se da dinero, y después, eso, veo que hay quien tiene demasiado y a mí nada. ¡Un pobre viejo que está enfermo! ¡Y quiere que crean en Él!...
Anciano, ¿no te avergüenzas de mentir de ese modo? La muerte te pisa los talones y mientes y tratas de robar a quien tiene hambre. ¿Por qué quieres robar a los hermanos el óbolo que Yo he recibido para distribuirlo con justicia?
- Pero si yo...
- ¡Calla! Habrías debido comprender por mi silencio y por mi acción que te había conocido, y seguir mi ejemplo de silencio. ¿Por qué quieres que te ponga en evidencia?.
- Yo soy pobre.
- No. Eres un avaro y un ladrón. Vives para el dinero y para la usura.
- Jamás he prestado con usura. Dios me es testigo.
- ¿Y no es usura de lo más cruel el robar a quien verdaderamente está necesitado? Vete. Arrepiéntete. Para que Dios te perdone.
- Te juro...
- ¡Calla! ¡Te lo ordeno! Está escrito: "No jures lo falso". Si no alimentara un respeto hacia tu canicie, te registraría y en el pecho encontraría la bolsa llena de oro: tu verdadero corazón. ¡Vete de aquí!
Pero ya el viejo, desenmascarado, viéndose descubierto en su secreto, se marcha sin necesidad de la voz de trueno de Jesús.
La multitud lo amenaza y vitupera, lo insulta como ladrón.
- ¡Callad! Si él ha actuado mal, no queráis también vosotros comportaros mal. Él comete una falta contra la sinceridad: es un deshonesto. Vosotros, insultándolo, faltáis a la caridad. Al hermano que comete una falta no se le insulta. Cada uno tiene su pecado. Nadie es perfecto excepto Dios. He tenido que avergonzarlo porque nunca es lícito ser un ladrón y, sobre todo, si es con los pobres. Pero sólo el Padre sabe lo que he sufrido por tener que hacerlo. También vosotros debéis sentir dolor por ello, viendo que uno de Israel falta a la Ley, tratando de defraudar al pobre y a la viuda. No seáis codiciosos. Sea el alma vuestro tesoro, no el dinero. No seáis perjuros. Sea vuestro lenguaje puro y honesto, como también vuestras acciones. La vida no es eterna, la hora de la muerte llega. Vivid de modo que en la hora de la muerte la paz pueda estar en vuestro espíritu, la paz de quien ha vivido como justo. Id a vuestras casas...
- ¡Ten piedad, Señor! Este hijo mío es mudo por un demonio que lo maltrata.
- Y este hermano mío es como un animal inmundo, se revuelca en el fango y come excrementos. Un espíritu maligno le mueve a hacer estas cosas, contra su voluntad hace cosas inmundas.
Jesús se dirige hacia estas personas que le están suplicando, alza los brazos y ordena:
- Salid de éstos. Dejad a Dios sus criaturas.
Entre chillidos y una gran confusión quedan curados los dos infelices. Las mujeres con las que iban se postran bendiciendo.
- Id a vuestras casas y tened sentimientos de gratitud hacia Dios. Paz a todos. Idos, pues.
La muchedumbre se marcha comentando los hechos. Los cuatro discípulos se arriman al Maestro.
- Amigos, en verdad os digo que en Israel se dan todos los pecados y los demonios han hecho morada en él. Y no son sólo las posesiones diabólicas las que hacen que enmudezcan los labios, ni son sólo ellas las que impulsan a vivir como brutos, comiendo asquerosidades; las más verdaderas y numerosas son las que hacen a los corazones mudos respecto a la honestidad y al amor y hacen de ellos una sentina de vicios inmundos. ¡Oh, Padre mío! - Jesús, abatido, se sienta.
- ¿Estás cansado, Maestro?
- No cansado, Juan mío, sino desolado por el estado de los corazones y por la poca voluntad de enmendarse. Yo he venido... pero el hombre... el hombre... ¡Oh, Padre mío!...
- Maestro, yo te amo, todos nosotros te amamos...
- Lo sé. ¡Pero sois tan pocos... y mi deseo de salvar es tan grande!

Jesús ha abrazado a Juan y tiene la cabeza sobre la del discípulo. Está triste. Pedro, Andrés, Santiago, en torno a Él, lo miran con amor y tristeza.

## 62.

## Los discípulos buscan a Jesús, que está orando en la noche.

Veo a Jesús mientras sale de la casa de Pedro en Cafarnaúm haciendo el menor ruido posible. Se comprende que ha pernoctado allí para contentar a su Pedro.

Todavía es plena noche. Todo el cielo es un recamado de estrellas. El lago apenas refleja este brillar tembloroso. Más que verlo se le adivina a este lago calmo que duerme bajo las estrellas, por el leve rumor del agua entre los cantos de la orilla.

Jesús deja entornada la puerta, como estaba, mira al cielo, al lago, al camino. Piensa un momento y luego se pone en marcha, no bordeando el lago, sino hacia el pueblo; lo recorre en parte en dirección a la campiña, entra en ésta, camina, se adentra, toma un senderito que se dirige hacia las primeras ondulaciones de un terreno de olivos, penetra en esta paz verde y silenciosa y allí se postra en oración.

¡Ardiente oración! Ora de rodillas. Luego, como fortificado, se pone en pie, y sigue orando, con el rostro hacia el cielo, un rostro espiritual, aún más espiritualizado por la luz naciente que proviene de una serena alba estival. Ora, en este momento, sonriendo, mientras que antes suspiraba fuertemente como a causa de una pena moral. Ora con los brazos abiertos. Parece una viva cruz, alta, angélica, por su gran dulzura. Parece bendecir los campos todos, el día que nace, las estrellas que van desapareciendo, el lago que se manifiesta...

- ¡Maestro te hemos buscado mucho! Cuando hemos vuelto con el pescado, desde afuera, hemos visto la puerta entornada, y hemos pensado que habrías salido. Pero no te encontrábamos. Al final, un campesino que estaba cargando sus cestas para llevarlas a la ciudad, nos ha dicho dónde estabas. Nosotros te llamábamos: "¡Jesús, Jesús!", y él ha dicho: "¿Buscáis al Rabí que habla a las multitudes? Ha ido por aquel sendero, hacia arriba, hacia el monte. Debe estar en el olivar de Miqueas, porque va allí frecuentemente; lo he visto otras veces". Tenía razón. ¿Por qué has salido tan temprano, Maestro? ¿Por qué no has descansado? Quizás la cama no te resultaba cómoda...

- No, Pedro, la cama era cómoda, y la habitación bonita. Pero Yo frecuentemente hago esto, para confortar mi espíritu y para unirme al Padre. La oración es una fuerza para uno mismo y para los demás. Todo se obtiene con la oración. Si no el don, que no siempre el Padre concede — y no se debe pensar que ello es falta de amor, sino creer siempre que es algo requerido por un Orden que, para bien, rige la suerte de cada uno de los hombres —, sí ciertamente la oración da paz y equilibrio para poder resistir a tantas cosas que nos asaltan, sin salirse del sendero santo. Mira, Pedro, lo que nos circunda fácilmente ofusca la mente y agita el corazón, y en una mente ofuscada y en un corazón agitado, ¿cómo puede sentirse a Dios?

- Es cierto. ¡Pero nosotros no sabemos orar! No sabemos decir las hermosas palabras que Tú pronuncias.

- Decid las que sabéis, como las sabéis. No son las palabras, son los movimientos que las acompañan los que hacen agradables las oraciones al Padre.

- Nosotros querríamos orar como Tú oras.

- Os enseñaré también a orar. Os enseñaré la oración más santa. Pero, para que no sea una vana fórmula en vuestros labios, quiero que vuestro corazón tenga ya en sí al menos un mínimo de santidad, de luz, de sabiduría... Por ello os instruyo. Después os enseñaré esa santa oración. Pero... me buscabais; ¿queríais algo de mí?.

- No, Maestro, pero sí hay muchos que desean mucho de ti. Ya había gente que iba hacia Cafarnaúm: eran pobres, enfermos, gente que sufre, hombres de buena voluntad con el deseo de instruirse. Y, dado que nos preguntaban por ti, les hemos dicho: "El Maestro está cansado y duerme. Marchaos. Venid el próximo sábado".

- No, Simón. Eso no se dice. No hay solamente un día para la piedad. Yo todos los días de la semana soy el Amor, la Luz, la Salud.

- Pero... hasta ahora has venido hablando sólo los sábados.

- Porque aún no era conocido; pero, a medida que lo sea, todos los días serán días de efusión de Gracia y de gracias. En verdad te digo que llegará un momento en que ni siquiera el espacio de tiempo que se le concede al gorrión para descansar sobre una rama y saciarse de semillas se le dejará al Hijo del hombre para su descanso y alimentación.

- ¡Pero entonces te pondrás enfermo, y eso nosotros no lo permitiremos! No debe hacerte infeliz tu bondad.

- ¿Y tú crees que esto me puede hacer infeliz? ¡Oh, si el mundo entero viniera a mí para escucharme, para llorar sus pecados y sus sufrimientos en mi corazón, para obtener la salud del alma y del cuerpo, y Yo me consumara en hablarle, en perdonarlo, en infundir mi poder, entonces sería tan feliz, Pedro, que ya no echaría de menos ni siquiera el Cielo en que estaba en el Padre!... ¿De dónde eran éstos que venían a mí?

- De Corazín, de Betsaida, de Cafarnaúm, y hasta había quien había venido de Tiberíades y de Guerguesa, y de los muchos pueblecitos esparcidos entre una y otra ciudad.

- Id a ellos y decidles que iré a Corazín, a Betsaida y a los pueblos que están entre ambas ciudades.

- ¿Por qué no Cafarnaúm?

- Porque Yo soy para todos y todos me deben tener, y además... me está esperando el anciano Isaac... Su esperanza no debe quedar defraudada.

- ¿Tú nos esperas aquí, entonces?

- No. Me voy, y vosotros os quedáis en Cafarnaúm para encaminar hacia mí a las multitudes; Yo iré después.

- Nos quedamos solos... — se le va afligido a Pedro.

- No te entristezcas. Que la obediencia te alegre, y con ella la persuasión de serme un discípulo útil. Y contigo y como tú estos otros.

Pedro y Andrés con Santiago y Juan recobran la serenidad. Jesús los bendice y se separan.

## 63

## El leproso curado cerca de Corazín.

Con una precisión de fotografía perfecta, tengo delante de la vista espiritual, desde esta mañana, todavía antes del alba, a un pobre leproso.

Es verdaderamente un despojo de hombre. No sabría decir qué edad tiene por lo mucho que le ha devastado la enfermedad. Esquelético, semidesnudo, muestra su cuerpo reducido al estado de una momia corroída. Las manos y los pies están retorcidos e incompletos (de manera que son pobres extremidades que ya no parecen ni siquiera humanas): las manos tienen aspecto de garra y están retorcidas, asemejan en algo a la pata de un monstruo alado; los pies parecen casi pezuñas de buey por lo mutilados y desfigurados que están.

¡Y la cabeza?... Creo que una persona a la que no se la haya sepultado y que haya quedado momificada por el sol y por el viento tendrá una cabeza semejante a ésta. Le quedan pocos mechones de cabellos esparcidos salteadamente, pegados al cutis amarillento y costroso como por polvo secado sobre una calavera. Los ojos los tiene apenas entreabiertos, ahondadísimos; los labios y la nariz, mordisqueados por el mal, muestran ya los cartílagos y las encías; las orejas son dos embrionarios restos de aurículas; recubre todo una piel apergaminada, amarilla como ciertos caolines, bajo la cual se destacan terriblemente los huesos; parece como si la función de esta piel fuera la de mantener reunidos estos pobres huesos dentro de su repelente saco repleto de costurones de cicatrices o laceraciones de llagas en putrefacción. ¡Una ruina!

Pienso exactamente en una Muerte vagante por la tierra, con el esqueleto recubierto por una piel apergaminada, envuelta en un asqueroso manto todo hecho jirones, y con un nudoso bastón en la mano, ciertamente arrancado a algún árbol, en vez de la guadaña.

Está a la entrada de una cueva situada en un lugar apartado, una verdadera cueva, tan destruida que no puedo decir si originariamente era un sepulcro o una cabaña para leñadores, o restos de alguna casa derruida. Dirige su mirada hacia la calzada, a unos ciento y pico metros de su antro, una vía principal polvorienta, aún llena de sol. No hay nadie en ella. Hasta donde alcanza la vista, sólo sol, polvo y soledad en la calzada. Mucho más arriba, al noroeste, debe haber un pueblo, o ciudad. Veo las primeras casas. Estará al menos a un kilómetro de distancia.

El leproso mira, y suspira. Luego coge una escudilla desportillada y la llena en un arroyuelo. Bebe. Se adentra en una maraña de arbustos, detrás del antro; se agacha; le arranca al suelo algunas matas de achicoria silvestre. Vuelve al arroyuelo, las limpia quitándoles el polvo más grueso con la escasa agua que aquél porta, y se las come despacio, llevándoselas con dificultad a la boca con sus destrozadas manos. Deben estar duras como palos. Trata de masticarlas con gran esfuerzo y muchas las escupe sin poderlas tragar, a pesar de que trate de ayudarse bebiendo sorbos de agua.

- ¿Dónde estás, Abel? - grita una voz.

El leproso se sobresalta. En sus labios se dibuja un simulacro de sonrisa. Pero están tan desfigurados esos labios, que también es informe este espectro de sonrisa. Responde con una voz extraña, estridente (me viene a la mente el grito de unas aves cuyo exacto nombre ignoro):

- ¡Estoy aquí! Creía que ya no vendrías. Pensaba que te había sucedido algo malo y estaba triste... Si me llegases a faltar también tú, ¿qué le quedaría al pobre Abel? - Diciendo esto, camina hacia la calzada, se ve que hasta donde puede según la Ley, porque a mitad de recorrido se para.

Por el camino se acerca un hombre que de tan ligero como va casi corre.

- ¿Pero eres realmente tú, Samuel? Si no eres la persona a quien espero, quienquiera que seas, no me hagas nada malo.

- Soy yo, Abel, y no otro. Y sano. Mira cómo corro. Llego tarde, lo sé. Y lo sentía por ti. Pero cuando sepas... ¡oh!, te sentirás dichoso. Y te he traído no sólo los consabidos mendrugos de pan, sino un pan entero reciente y bueno, para ti solo, y tengo también pescado bueno, y un queso. Todo para ti. Quiero que hagas una fiesta, mi pobre amigo, para prepararte a una fiesta más grande.

- ¿Pero cómo es que te has vuelto tan rico? No entiendo...

- Ahora te contaré.

- Y sano. ¡No pareces el mismo!

- Escucha, pues. He sabido que en Cafarnaúm estaba ese Rabí que es santo, y he ido...

- ¡Párate, párate! Estoy infectado.

- ¡No importa! Ya no tengo miedo a nada». El hombre, que es el pobre tullido a quien Jesús curó y socorrió con una limosna en el huerto de la suegra de Pedro, ha llegado, efectivamente, con su paso veloz, hasta pocos pasos del leproso. Hablaba mientras caminaba, y reía dichoso.

Pero el leproso insiste:

- Párate, en nombre de Dios. Si te ve alguien...

- Me paro. Mira: pongo aquí las provisiones. Come mientras sigo hablando - El hombre coloca encima de una voluminosa piedra un paquete, y lo abre. Luego se retira unos pasos. El leproso se acerca y se lanza sobre el alimento inusitado.

- ¡Oh, cuánto tiempo hace que no comía así! ¡Qué bueno está! Y pensar que creía que me habría ido a descansar con el estómago vacío. Ninguna persona piadosa hoy... ni siquiera tú... Había masticado un poco de achicoria...

- ¡Pobre Abel! Ya lo pensaba yo. Pero me decía: "Bueno. Ahora estará triste, ¡pero después se sentirá dichoso!".

- Dichoso, sí, por esta buena comida. Pero luego...

- ¡No! Serás feliz para siempre.

El leproso hace un gesto con la cabeza.

- Mira, Abel. Si puedes tener fe, serás feliz.

- ¿Fe en quién?

- En el Rabí, en el Rabí que me ha curado a mí.

- ¡Yo estoy leproso y en grado extremo! ¿Cómo puede curarme?

- ¡Lo puede! Es santo.

- Sí, también Elíseo curó a Naamán el leproso... lo sé... Pero yo... yo no puedo ir al Jordán.

- Serás curado sin necesidad de agua. Escucha: Este Rabí es el Mesías, ¿entiendes? ¡El Mesías! Es el Hijo de Dios. Y cura a todos aquellos que tienen fe. Dice: "Quiero", y los demonios huyen, y los miembros del cuerpo se enderezan, y los ojos ciegos ven.

- ¡Oh, vaya que si tendría fe yo! ¿Pero cómo puedo ver al Mesías?

- Exacto... he venido para esto. Él está allí, en aquel pueblo. Sé dónde está esta noche. Si quieres... Yo dije: "Se lo digo a Abel, y si Abel siente que tiene fe lo conduzco hacia el Maestro".

- ¿Estás loco, Samuel? Si me acerco a las casas me apedrearán.

- No a las casas. Pronto será de noche. Te conduciré hasta aquel bosquecito y luego iré a llamar al Maestro. Lo llevaré hasta ti...

- ¡Ve, ve inmediatamente! Voy yo solo por mi cuenta hasta aquel punto. Iré caminando por el lecho del regato, por entre las matas; pero tú ve, ve... ¡Oh, ve, buen amigo! ¡Si supieras qué es tener este mal y qué significa esperar curarse!... - El leproso ya ni siquiera se preocupa de la comida. Llora y gesticula implorándole al amigo.

- Me voy y tú vas hasta el bosque - El ex tullido se marcha corriendo.

Abel baja con dificultad al lecho del regato que bordea la calzada, todo lleno de matas crecidas en el fondo seco. En el centro apenas si hay un hilo de agua. Cae la noche mientras el infeliz se desliza entre los grupos de matorrales, siempre alerta por si oye algún paso. Dos veces se extiende a lo largo contra el suelo del fondo: la primera, por un hombre a caballo que recorre al trote la calzada; la segunda, por tres hombres, cargados de heno, que van en dirección al pueblo. Después prosigue.

Pero, antes que él, llega Jesús con Samuel al bosquecito.

- Dentro de poco estará aquí. Camina lento, por las llagas. Ten paciencia.

- No tengo prisa.

- ¿Lo vas a curar?

- ¿Tiene fe?

- ¡Oh!... se estaba muriendo de hambre, veía esa comida después de años de abstinencia, y, no obstante, ha dejado todo después de unos pocos bocados para venir rápidamente.

- ¿Cómo lo has conocido?

- Mira... yo vivía de limosnas después de mi desventura y recorría los caminos para desplazarme a uno u otro lugar. Por aquí pasaba cada siete días. Conocí a ese pobre hombre un día que, llevado del hambre, se había acercado en busca de algo hasta el camino que conduce al pueblo, bajo una tormenta que haría huir incluso a los lobos. Estaba hurgando entre la basura como un perro. Yo tenía algo de pan duro en el talego — el óbolo de algunas personas buenas — y lo compartí con él. Desde entonces somos amigos y todas las semanas lo abastezco. Con lo que tengo... Si mucho, mucho; si poco, poco. Hago lo que puedo, como si fuese un hermano mío. Desde la tarde que me curaste — ¡bendito seas! — pienso en él... y en ti.

- Eres bueno, Samuel; por eso la gracia te ha visitado. Quien ama merece todo de Dios... Ahí hay algo entre los ramajes.

- ¿Eres tú, Abel?

- Soy yo.

- Ven. El Maestro te espera aquí, bajo el nogal.

El leproso sale del regato, sube hasta la orilla, continúa, se adentra en el prado. Jesús, apoyada la espalda en un altísimo nogal, lo espera.

- ¡Maestro, Mesías, Santo, ten piedad de mí! - y se arroja entre la hierba a los pies de Jesús. Con el rostro en tierra dice - ¡Oh, Señor mío! ¡Si Tú quieres, puedes limpiarme! - Y luego se atreve a alzarse de rodillas y alarga los esqueléticos brazos, con sus retorcidas manos, y mueve hacia adelante el rostro huesudo, devastado... Las lágrimas bajan desde las órbitas enfermas hasta los labios comidos por la lepra.

Jesús lo mira con mucha piedad; mira a este espectro humano, que el mal horrendo está devorando y que sólo una verdadera caridad puede aguantar cerca, por lo repugnante de su estado y por el mal olor que despide. Y a pesar de todo Jesús le tiende una mano, su hermosa, sana mano derecha, como para acariciarle.

Éste, sin alzarse, se echa hacia atrás, sobre los talones, y grita:

- ¡No me toques! ¡Piedad de ti!

Pero Jesús da un paso hacia adelante. Solemne, bueno, dulce, posa sus dedos sobre la cabeza comida por la lepra y dice, con voz suave, toda amor y no por ello no llena de poder:

- ¡Lo quiero! ¡Queda limpio! - La mano aún permanece unos minutos sobre la pobre cabeza. - Levántate. Ve al sacerdote. Cumple cuanto la Ley prescribe. Y no digas lo que he hecho contigo, sé sólo bueno, no peques nunca más. Te bendigo.

- ¡Oh! ¡Señor! ¡Abel! ¡Si estás completamente sano! - Samuel, que ha visto la metamorfosis de su amigo, grita de alegría.

- Sí, está sano. Se lo ha merecido por su fe. Adiós. La paz sea contigo.

- ¡Maestro! ¡Maestro! ¡Maestro! ¡Yo no te dejo! ¡No puedo dejarte!.

- Cumple lo que requiere la Ley. Después nos veremos de nuevo. Por segunda vez, descienda sobre ti mi bendición.

Jesús se pone en camino haciéndole una seña a Samuel de que se quede. Y los dos amigos lloran de alegría mientras, a la luz de un cuarto de luna, vuelven a la cueva para estar por última vez en aquella madriguera de desventura.

## 64

## El paralítico curado en Cafarnaúm.

Veo las orillas del lago de Genesaret, y también las barcas de los pescadores sacadas a tierra; en la orilla, apoyados en ellas, están Pedro y Andrés, dedicados a reparar las redes que los peones les llevan goteando después de quitar los detritos que habían quedado aprisionados en éstas aclarándolas en el lago. A una distancia de unos diez metros, Juan y Santiago, centrados en su barca, tratan de poner orden en ella, ayudados por un peón y por un hombre de unos cincuenta o cincuenta y cinco años, que creo que es Zebedeo, porque el peón le llama 'jefe" y porque es parecidísimo a Santiago.

Pedro y Andrés, de espaldas a la barca, se dedican silenciosos a volver a atar cuerdas y corchos señalizadores. Sólo de vez en cuando se intercambian algunas palabras acerca de su trabajo, el cual, por lo que puedo entender, ha sido infructuoso.

Pedro se queja de ello, no porque su bolsa esté vacía, ni por la inutilidad del esfuerzo, sino que dice:

- Lo siento porque... ¿cómo vamos a arreglárnoslas para dar algo de comer a esos pobrecillos? A nosotros sólo nos llegan raros donativos, y yo no toco esos diez denarios y siete dracmas que hemos recogido en estos cuatro días. El Maestro, y sólo El, me debe indicar para quién y cómo se han de distribuir esas monedas. ¡Y hasta el sábado El no vuelve! ¡Si hubiera tenido buena pesca!... El pescado más menudo lo habría cocinado y se lo habría dado a esos pobres... y, si alguien de mi casa se hubiera quejado, no me hubiera importado: los sanos pueden ir a buscarlo, ¡pero los enfermos...!.

- ¡Y además ese paralítico!... Ya han recorrido mucho camino para traerlo aquí... - dice Andrés.

- Mira, hermano, yo pienso... que no podemos estar divididos. No sé por qué el Maestro no nos quiere tener permanentemente con Él. Al menos... no vería a estos pobrecillos a los que no puedo socorrer y, aunque los viera, podría decirles: "Él está aquí".

- ¡Aquí estoy!— Jesús ha venido caminando despacio por la arena blanda.

Pedro y Andrés se estremecen. Se les escapa un grito:

-¡Oh! ¡Maestro! - y llaman a Santiago y a Juan - ¡El Maestro! ¡Venid!.

Los dos acuden, y todos se arriman a Jesús. Uno le besa la túnica, otro las manos; Juan osa pasarle un brazo alrededor de la cintura y apoyar la cabeza sobre su pecho; Jesús lo besa en el pelo.

- ¿De qué hablabais?

- Maestro... estábamos diciendo que te íbamos a necesitar.

- ¿Para qué, amigos?

- Para verte y amarte viéndote, y, además, por algunos pobres y enfermos; te esperan desde hace dos días o más... Yo he hecho lo qué podía. Los he alojado allí ¿ves aquella cabaña en aquel terreno baldío? Allí reparan las barcas los carpinteros de ribera. Allí he procurado cobijo a un paralítico, a uno que tiene mucha fiebre y a un niño que se está muriendo en brazos de su madre: no podía mandarlos a buscarte.

- Has hecho bien. Pero, ¿cómo te las has arreglado para socorrerlos? ¿Quién los ha guiado?, ¡me has dicho que son pobres!...

- Claro, Maestro. Los ricos tienen carros y caballos; los pobres, sólo las piernas. No pueden seguirte diligentemente. He hecho lo que he podido. Mira: esto es lo poco que he recaudado, pero no he tocado ni una perra; Tú lo harás.

- Pedro, tú también podías haberlo hecho. Ciertamente... Pedro mío, siento que por mí sufras reprensiones o fatigas.

- No, Señor, no debes afligirte por eso. A mí eso no me duele. Sólo siento el no haber podido tener una mayor caridad. Pero, créeme, he hecho, todos hemos hecho cuanto hemos podido.

- Lo sé. Sé que has trabajado y sin intereses personales. Aunque haya faltado la comida, tu caridad no, y es viva, activa, santa a los ojos de Dios.

Algunos niños, entretanto, han llegado corriendo y gritan:

- ¡El Maestro! ¡Está el Maestro! ¡Jesús! ¡Ha venido Jesús! - Y se le arriman. Él los acaricia, sin dejar por ello de hablar con los discípulos.

- Simón, entro en tu casa. Tú y vosotros id a comunicar que he venido; después traedme a los enfermos.

Los discípulos salen, rápidos, en distintas direcciones. Toda Cafarnaúm ya sabe, no obstante, que Jesús ha llegado; lo sabe por los niños, que parecen abejas que en enjambre dejan la colmena hacia las distintas flores: en este caso, las casas, las

calles, las plazas. Van, vienen, jubilosos, llevando la noticia a las mamás, a los transeúntes, a los viejos que están sentados tomando el sol; y luego vuelven para que, una vez más, los acaricie Aquél que los ama, y uno, audaz, dice:

- Háblanos a nosotros, habla hoy para nosotros, Jesús. Te queremos y somos mejores que los mayores.

Jesús le sonríe al pequeño psicólogo y promete que hablará para ellos. Luego, siguiéndole los pequeños, se dirige a la casa, donde entra saludando con su fórmula de paz: «La paz descienda sobre esta casa».

La gente se apiña en la estancia grande posterior, empleada para las redes, maromas, cestos, remos, velas y provisiones. Se ve que Pedro la ha puesto a disposición de Jesús, amontonando todo en un rincón para dejar espacio libre. El lago no se ve desde aquí, sólo se oye el rumor lento de sus olas; y se ve sólo la pequeña tapia verdosa del huerto, con su vieja vid y su frondosa higuera. Hay gente hasta incluso en la calle; no cabiendo en la sala, ocupan el huerto; no cabiendo en el huerto, se quedan afuera.

Jesús empieza a hablar. En primera fila — se han abierto paso sirviéndose de su actitud avasalladora y del temor que siente hacia ellos la plebe — hay cinco personas... de elevada condición social; mantos púrpura bordados en oro, riqueza de vestidos y soberbia denuncian que son fariseos y doctores. Sin embargo, Jesús quiere tener en torno a sí a sus pequeños: una corona de caritas inocentes, ojos luminosos y sonrisas angelicales, mirando hacia arriba, a Él. Jesús habla, acariciando cada cierto rato la cabecita rizada de un niño que se ha sentado a sus pies y tiene apoyada la cabeza en las rodillas de Él, sobre el bracito doblado. Jesús está sentado encima de un gran montón de cestos y redes.

- Mi amado ha bajado a su jardín, al pensil de los aromas, a deleitarse entre los jardines y a recoger lirios... él, que se sacia entre los lirios - dice Salomón de David de quien provengo Yo, Mesías de Israel.

¡Mi jardín! ¿Qué jardín más hermoso y más digno de Dios que el Cielo, donde son flores los ángeles creados por el Padre?... Y, sin embargo, otro jardín ha querido el Hijo unigénito del Padre, el Hijo del hombre, porque por el hombre Yo tengo carne, sin la cual no podría redimir las culpas de la carne del hombre; un jardín que habría podido ser poco inferior al celeste, si desde el Paraíso terrestre se hubieran propagado, como dulces abejas desde una colmena, los hijos de Adán, los hijos de Dios, para poblar la tierra de santidad destinada toda al Cielo. Pero el Enemigo sembró tribulaciones y espinas en el corazón de Adán, y tribulaciones y espinas desde este corazón se derramaron sobre la tierra, no ya jardín, sino selva áspera y cruel en que se estanca la fiebre y anida la serpiente.

Pero el Amado del Padre tiene todavía un jardín en esta tierra en que impera Satanás: el jardín al que va a saciarse de su alimento celeste: amor y pureza; el pensil del que coge las flores que aprecia, en las cuales no hay mancha de sentido, de avaricia, de soberbia: éstos — Jesús acaricia a todos los niños que puede, pasando su mano sobre la corona de cabecitas atentas (una única caricia que apenas los toca y les hace sonreír de alegría) —; éstos son mis lirios.

No tuvo Salomón, en su riqueza, vestidura más hermosa que el lirio que perfuma la hoya, ni diadema de más aérea y espléndida gracia que la que tiene el lirio en su cáliz de perla. Y, no obstante, para mi corazón no hay lirio que valga lo que uno de éstos; no hay jardín, no hay jardín de ricos, todo cultivado de lirios, que me valga cuanto uno sólo de estos puros, inocentes, sinceros, sencillos párvulos.

¡Oh hombres, oh mujeres de Israel, oh vosotros, grandes y humildes por riqueza o por cargo, oíd! Vosotros estáis aquí porque queréis conocerme y amarme. Pues bien, debéis saber cuál es la condición primera para ser míos. Mirad que no os digo palabras difíciles, ni os pongo ejemplos aún más difíciles; os digo: tomad a éstos como ejemplo.

¿Quién hay, entre vosotros, que no tenga en casa en la edad de la puericia, de la niñez, a un hijo, a un nieto o sobrino, a un hermano? ¿No es un descanso, un alivio, un motivo de unión entre esposos, entre familiares, entre amigos, uno de estos inocentes, cuya alma es pura como alba serena, cuyo rostro aleja las nubes y crea esperanzas, cuyas caricias secan las lágrimas e infunden fuerza vital? ¿Por qué tienen tanto poder ellos, que son débiles, inermes, ignorantes todavía?: porque tienen en sí a Dios, tienen la fuerza y la sabiduría de Dios, la verdadera sabiduría: saben amar y creer, creer y querer, vivir en este amor y en esta fe. Sed como ellos: sencillos, puros, amorosos, sinceros, creyentes.

No hay sabio en Israel que sea mayor que el más pequeño de éstos, cuya alma es de Dios y de cuya alma es el Reino. Benditos del Padre, amados del Hijo del Padre, flores de mi jardín, mi paz esté con vosotros y con quienes os imiten por mi amor.

Jesús ha terminado.

- ¡Maestro! - grita Pedro entre la muchedumbre - aquí están los enfermos. Dos pueden esperar a que salgas, pero a éste lo está estrujando la multitud y, además... ya no aguanta más, y no podemos pasar. ¿Le digo que vuelva otra vez?

- No. Descolgadlo por el techo.

- ¡Es verdad! ¡Enseguida!.

Se oye caminar arrastrando los pies sobre el techo bajo de la estancia, la cual, no formando realmente parte de la casa, no tiene encima la terraza unida con cemento, sino sólo un tejaducho de haces de ramas cubiertas con placas similares a la pizarra. No sé qué piedra era. Hacen una abertura, y, con unas cuerdas, descuelgan la pequeña camilla en la que está el enfermo; la descuelgan justo delante de Jesús; la gente se apiña aún más, para ver.

- Has tenido una gran fe, como también quien te ha traído.

- ¡Oh! ¡Señor! ¿Cómo no tenerla en ti?.

- Pues bien, Yo te digo: hijo — el hombre es muy joven —, te son perdonados todos tus pecados.

El hombre lo mira llorando... quizás se queda un poco contrariado porque esperaba la curación del cuerpo.

Los fariseos y doctores murmuran, arrugando nariz, frente y boca con desprecio.

- ¿Por qué murmuráis, con los labios y, sobre todo, en el corazón? Según vosotros, ¿es más fácil decirle al paralítico: "Tus pecados te son perdonados", o: "Levántate, toma la camilla y anda"? Vosotros pensáis "sólo Dios puede perdonar los pecados". Pero no sabéis responder cuál es la cosa más grande, porque a este hombre, maltrecho en todo su cuerpo, y que ha gastado los haberes sin resultado alguno, sólo lo puede curar Dios. Pues bien, para que sepáis que Yo lo puedo todo, para que

sepáis que el Hijo del hombre tiene poder sobre la carne y sobre el alma, en la tierra y en el Cielo, Yo le digo a éste: levántate, toma tu camilla y anda. Ve a tu casa y sé santo.

El hombre se estremece, grita, se levanta, se echa a los pies de Jesús, los besa y acaricia, llora y ríe, y con él los familiares y la multitud, la cual, luego, se abre para dejarlo pasar y lo sigue jubilosa (la muchedumbre, no los cinco rencorosos que se marchan engreídos y duros como estacas).

Así, puede entrar la madre con el pequeñuelo: un niño todavía lactante, esquelético. Lo acerca. Dice solamente:

- Jesús, Tú los amas. Lo has dicho. ¡Que este amor y tu Madre...!- ... y se echa a llorar.

Jesús toma al lactante — realmente moribundo —, se lo pone contra el corazón, lo tiene un momento con la boca en la carita cérea de labiuchos violáceos y párpados ya caídos. Un momento lo tiene así... y, cuando lo separa de su barba rubia, la carita tiene color rosáceo, la boquita expresa una sonrisa indecisa de infante, los ojitos miran alrededor vivarachos y curiosos, las manitas, antes cerradas y caídas, gesticulan entre el pelo y la barba de Jesús, que ríe.

- ¡Oh, hijo mío! - grita, dichosa, la mamá.

- Toma, mujer. Sé feliz y buena.

Y la mujer toma al niño renacido y lo estrecha contra su pecho, y el pequeño reclama inmediatamente sus derechos de alimento: hurga, abre, encuentra... y mama, mama, mama, ávido y feliz.

Jesús bendice a los presentes. Pasa entre ellos. Va a la puerta, donde está el enfermo que tenía mucha fiebre.

- ¡Maestro! ¡Sé bueno!.

- Y tú también. Usa la salud en la justicia - Lo acaricia y sale.

Vuelve a la orilla, seguido, precedido, bendecido por muchos que le suplican:

- Nosotros no te hemos oído. No podíamos entrar. Háblanos también a nosotros.

Jesús hace un gesto de aceptación y, dado que la multitud lo oprime hasta casi ahogarlo, monta en la barca de Pedro. No es suficiente. El asedio es sofocante.

- Mete la barca en el mar y sepárate bastante.

## 65

### La pesca milagrosa y la elección de los primeros cuatro apóstoles.

Jesús está hablando:

- Cuando en primavera todo florece, el hombre del campo dice contento: "Obtendré mucho fruto", y se regocija su corazón por esta esperanza. Pero, desde la primavera al otoño, desde el mes de las flores al de la fruta, ¡cuántos días, cuántos vientos y lluvias y sol y temporales vendrán! A veces la guerra, o la crueldad de los poderosos, o enfermedades de las plantas, o del campesino. Así es que los árboles, que prometían mucho fruto, — al no cavárselos o recalzarlos, regarlos, podarlos, sujetarlos o limpiarlos — se ponen mustios y mueren totalmente, o muere su fruto.

Vosotros me seguís. Me amáis. Vosotros, como plantas en primavera, os adornáis de propósitos y amor. Verdaderamente Israel en esta alba de mi apostolado es como nuestros dulces campos en el luminoso mes de Nisán. Pero, escuchad. Como quemazón de sequía, vendrá Satanás a abrasaros con su hálito envidioso de mí. Vendrá el mundo con su viento helado a congelar vuestro florecer. Vendrán las pasiones como temporales. Vendrá el tedio como lluvia obstinada. Todos los enemigos míos y vuestros vendrán para hacer estéril lo que debería brotar de esta tendencia santa vuestra a florecer en Dios. Yo os lo advierto, porque sé las cosas.

Pero, ¿entonces todo se perderá cuando Yo, como el agricultor enfermo — más que enfermo, muerto —, ya no pueda ofreceros palabras y milagros? No. Yo siembro y cultivo mientras dura mi tiempo; crecerá y madurará en vosotros, si vigiláis bien.

Mirad esa higuera de la casa de Simón de Jonás. Quien la plantó no encontró el punto justo y propicio. Trasplantada junto a la húmeda pared de septentrión, habría muerto si no hubiera deseado tutelarse a sí misma para vivir. Y ha buscado sol y luz. Vedla ahí: toda retorcida, pero fuerte y digna, bebiendo de la aurora el sol con el que se procura el jugo para sus cientos y cientos de dulces frutos. Se ha defendido por sí misma. Ha dicho: "El Creador me ha proyectado para alegrar y alimentar al hombre. ¡Yo quiero que mi deseo acompañe al suyo!". ¡Una higuera! ¡Una planta sin habla! ¡Sin alma! Y vosotros, hijos de Dios, hijos del hombre, ¿vais a ser menos que esa leñosa planta?

Vigilad bien para dar frutos de vida eterna. Yo os cultivo y al final os daré la savia más poderosa que existe. No hagáis, no hagáis que Satanás ría ante las ruinas de mi trabajo, de mi sacrificio y también de vuestra alma. Buscad la luz. Buscad el sol. Buscad la fuerza. Buscad la vida. Yo soy Vida, Fuerza, Sol, Luz de quien me ama. Estoy aquí para llevaros al lugar del que provengo. Hablo aquí para llamaros a todos e indicaros la Ley de los diez mandamientos que dan la vida eterna. Y con consejo amoroso os digo: "Amad a Dios y al prójimo"; es condición primera para cumplir cualquier otro bien, es el más santo de los diez santos mandamientos. Amad. Aquellos que amen en Dios, a Dios y al prójimo y por el Señor Dios tendrán en la Tierra y en el Cielo la paz como tienda y corona.

La gente, después de la bendición de Jesús, se aleja, pero como no queriendo marcharse. No hay ni enfermos ni pobres.

Jesús dice a Simón:

- Llama a los otros dos. Vamos a adentramos en el lago para echar la red.

- Maestro, tengo los brazos deshechos de echar y subir la red durante toda la noche para nada. El pescado está en zona profunda, quién sabe dónde.

- Haz lo que te digo, Pedro. Escucha siempre a quien te ama.

- Haré lo que dices por respeto a tu palabra - y llama con fuerza a los peones, y a Santiago y a Juan - Vamos a pescar. El Maestro así lo quiere.

Y mientras se alejan de la orilla le dice a Jesús:

- Maestro, te aseguro que no es hora propicia. A esta hora los peces quién sabe dónde estarán descansando...

Jesús, sentado en la proa, sonríe y calla.

Recorren un arco de círculo en el lago y luego echan la red. Después de pocos minutos de espera, la barca siente extrañas sacudidas, extrañas porque el lago está liso como si fuera de cristal fundido bajo el Sol ya alto.

- ¡Esto son peces, Maestro! - dice Pedro con los ojos como platos.

Jesús sonríe y calla.

- ¡Eúp! ¡Eúp! - dirige Pedro a los peones. Pero la barca se inclina hacia el lado de la red.

- ¡Eh! ¡Santiago! ¡Juan! ¡Rápido! ¡Venid! ¡Con los remos! ¡Rápido!.

Se apresuran. Los esfuerzos de los hombres de las dos barcas logran subir la red sin dañar el pescado.

Las barcas se colocan una al lado de la otra, completamente juntas. Un cesto, dos, cinco, diez; todos llenos de estupendas piezas, y hay todavía muchos peces coleteando en la red: plata y bronce vivo que se mueve huyendo de la muerte. Entonces no hay más que una solución: volcar el resto en el fondo de las barcas. Lo hacen, y el fondo se vuelve todo un bullir de vidas en agonía. Esta abundancia cubre a los hombres hasta más arriba del tobillo y el nivel externo del agua llega a superar, por el peso excesivo, la línea de flotación.

- ¡A la orilla! ¡Vira! ¡Venga! ¡Con la vela! ¡Cuidado con el fondo! ¡Pértigas preparadas para amortizar el choque! ¡Demasiado peso!.

Mientras dura la maniobra, Pedro no reflexiona. Pero, una vez en la orilla, lo hace. Entiende. Siente una gran turbación.

- ¡Maestro, Señor! ¡Aléjate de mí! Yo soy un hombre pecador. ¡No soy digno de estar a tu lado!. Pedro está de rodillas sobre la grava húmeda de la orilla.

Jesús lo mira y sonríe:

- ¡Levántate! ¡Sígueme! ¡Ya no te dejo! De ahora en adelante serás pescador de hombres, y contigo estos compañeros tuyos. No temáis ya nada. Yo os llamo. ¡Venid!.

- Inmediatamente, Señor. Vosotros ocupaos de las barcas. Llevadlo todo a Zebedeo y a mi cuñado. Vamos. ¡Del todo para ti somos, Jesús! Sea bendito el Eterno por esta elección.

## 66

## Judas de Keriot en Getsemaní se hace discípulo.

Por la tarde veo a Jesús... bajo unos olivos... Está sentado sobre un escalón del terreno, en su postura habitual: con los codos apoyados en las rodillas, los antebrazos hacia adelante y las manos unidas. Empieza a hacerse de noche y la luz va disminuyendo en el tupido olivar. Jesús está solo. Se ha quitado el manto como si tuviera calor. Va vestido de blanco, poniendo así una nota clara en este lugar de tonalidad verde muy oscurecida por el crepúsculo.

Un hombre baja entre los olivos. Da la impresión de que busca algo o a alguien. Es alto, lleva un indumento de color alegre: un amarillo rosa que hace más vistoso el manto, grande, lleno de franjas ondulantes. No veo bien su rostro porque lo impiden la luz y la lejanía, y también porque un borde del manto le oculta mucho el rostro. Cuando ve a Jesús, hace un gesto como para decir: «¡Ahí está!», y acelera el paso. A pocos metros dice:

- ¡Salve, Maestro!

Jesús se vuelve repentinamente y alza la cara (la persona que ha llegado en ese momento está en el escalón superior). Jesús lo mira serio, yo diría incluso que triste.

El hombre repite:

- ¡Hola, Maestro! Soy Judas de Keriot. ¿No me reconoces? ¿No te acuerdas?.

- Recuerdo y reconozco. Eres el que me habló aquí con Tomás en la Pascua pasada.

- Y a quien Tú dijiste: "Piensa y sé juicioso en la decisión antes de mi regreso". Lo he decidido: voy contigo.

- ¿Por qué vienes, Judas? — Jesús está muy triste.

- Porque... ya te dije la otra vez por qué: porque sueño con el Reino de Israel y te he visto rey.

- ¿Por esto vienes?

- Por esto. Me pongo a mí mismo y todo lo que tengo: capacidad, conocimientos, amistades, todo mi esfuerzo, a tu servicio y al servicio de tu misión para reconstruir Israel.

Los dos están ahora frente a frente, cerca el uno del otro, en pie. Se miran fijamente: Jesús, serio hasta la tristeza; el otro, entusiasmado por su sueño, sonriente, hermoso y joven, ligero y ambicioso.

- Yo no te he buscado, Judas.

- Sí, ya me he percatado. Pero yo te buscaba. Hace muchos días que he puesto personas en las puertas para que me informasen de tu llegada. Pensaba que vendrías con algunos seguidores tuyos y que sería fácil verte. Sin embargo... He deducido que habías venido porque un grupo de peregrinos iba bendiciéndote por haber curado a un enfermo. Pero nadie sabía decirme

con exactitud dónde estabas. Entonces me he acordado de este lugar. Y he venido. Si no te hubiera encontrado aquí, me habría resignado a no encontrarte...

- ¿Crees que haya supuesto un bien para ti el haberme encontrado?

- Sí, porque te buscaba, te deseaba, quiero tenerte.

- ¿Por qué? ¿Por qué me has buscado?

- ¡Pero si ya te lo he dicho, Maestro! ¿No me has comprendido?

- Te he comprendido, sí, te he comprendido; pero quiero que tú también me comprendas antes de seguirme. Ven. Hablaremos mientras caminamos». Y se ponen a caminar el uno al lado del otro, hacia arriba y hacia abajo, por los senderillos que cortan transversalmente el olivar - Tú, Judas, me sigues por una idea que es humana. Yo te debo disuadir de ello. No he venido para esto.

- Pero, ¿Tú no eres el que ha sido designado para Rey de los judíos, aquél de quien hablaron los profetas? Otros han surgido, pero les faltaban demasiadas cosas, y han caído como hojas que el viento ya no sostiene. Tú tienes a Dios contigo, hasta el punto de que obras milagros. Allí donde está Dios, el éxito de la misión está asegurado.

- Es verdad lo que has dicho: que Yo tengo a Dios conmigo. Yo soy su Verbo. Soy aquel que anunciaron los Profetas, que fue prometido a los Patriarcas, el esperado de las muchedumbres. Pero, ¿por qué, ¡oh Israel!, te has vuelto tan ciega y sorda que ya no sabes leer ni ver, oír ni comprender lo verdadero de los hechos? Mi Reino no es de este mundo, Judas. Disuádete. Vengo a traerle a Israel la Luz y la Gloria, mas no las de la Tierra. Vengo a llamar a los justos de Israel al Reino. Porque de Israel y con Israel debe formarse y venir la planta de vida eterna cuya linfa será la Sangre del Señor, la planta que se extenderá por toda la Tierra hasta el fin de los siglos. Mis primeros seguidores serán de Israel; mis primeros confesores, de Israel; mas también mis perseguidores, mis verdugos y quien me traicionará serán de Israel...

- No, Maestro. Eso no sucederá nunca. Aunque todos te traicionasen yo estaré contigo y te defenderé.

- ¿Tú, Judas? ¿Y en qué basas tu seguridad?

- En mi honor de hombre.

- Cosa más frágil que una tela de araña, Judas. Es a Dios a quien tenemos que pedirle la fuerza de ser honestos y fieles. ¡El hombre!... El hombre lleva a cabo obras de hombre. Para llevar a cabo obras del espíritu — y seguir al Mesías en verdad y justicia quiere decir realizar obras de espíritu — hace falta matar al hombre y hacer que vuelva a nacer. ¿Eres capaz de tanto?

- Sí, Maestro. Y además... cierto que no todo Israel te amará, pero no llegará al punto de darle a su Mesías verdugos y traidores: ¡te espera desde hace siglos!

- Me los dará. Ten presente a los Profetas, sus palabras... y cómo terminaron. Yo estoy destinado a defraudar a muchos, y tú eres uno de ellos. Judas, tienes aquí, frente a ti, a una persona mansa, pacífica, pobre y que quiere seguir siendo pobre. No he venido para imponerme o guerrear; no disputo ningún reino ni ningún poder a los fuertes y a los poderosos; Yo sólo a Satanás le disputo las almas, y vengo a vencer las cadenas de Satanás con el fuego de mi amor. Vengo para enseñar misericordia, sacrificio, humildad, continencia. Yo te digo, y digo a todos: no tengáis sed de riquezas humanas; trabajad más bien por las monedas eternas. Judas, si me crees uno que ha de triunfar sobre Roma y sobre las castas que imperan, desengáñate. Herodes y César, y los que son como ellos, pueden dormir tranquilos mientras Yo hablo a las turbas. No he venido para arrancar cetros a nadie... mi cetro, eterno, ya está preparado, pero nadie, que no fuera amor como soy Yo, lo querría empuñar. 'Vete, Judas, y medita...

- ¿Me rechazas, Maestro?

- Yo no rechazo a nadie, porque quien rechaza no ama. Pero, dime. Judas: ¿cómo llamarías tú la acción de uno que, sabiendo que tiene una enfermedad contagiosa, le dijera a otro que, desconocedor del hecho, fuera a beber de su cáliz: "Piensa lo que estás haciendo"? ¿Lo llamarías odio o amor?

- Lo llamaría amor porque no quiere que esa persona pierda la salud.

- Pues entonces llama también así a mi acto.

- ¿Puedo perder la salud yendo contigo? No, nunca.

- Puedes perder más que la salud, porque, piénsalo bien, Judas, poco le será imputado a quien asesine creyendo hacer justicia, creyéndolo porque no conoce la Verdad; pero mucho le será imputado a quien, habiéndola conocido, no sólo no la siga, sino que incluso se haga enemigo de ella.

- Yo no lo seré. Tómame contigo, Maestro. No puedes rechazarme. Si eres el Salvador y ves que yo soy un pecador, una oveja descarriada, un ciego que no va por camino justo, ¿por qué recusas salvarme? Tómame contigo. Te seguiré hasta la muerte...

- ¡Hasta la muerte! Cierto. Esto es cierto. Luego...

- ¿Luego, Maestro?

- El futuro está en el seno de Dios. Vete. Mañana nos volveremos a ver junto a la Puerta de los Peces.

- Gracias, Maestro. El Señor sea contigo».

- Y su misericordia te salve.

## 67

## El milagro de los puñales partidos, en la Puerta de los Peces.

Veo a Jesús que va solo por un camino sombreado; parece un fresco vallecito rico en aguas. Digo "vallecito" porque está ligeramente enclavado entre pequeñas elevaciones del terreno y porque además por su centro discurre un riachuelo.

El lugar está desierto en la hora matutina. Hay, sobre todo, olivos, especialmente en la colina de la izquierda, mientras que la otra, menos provista de vegetación, tiene arbustos bajos de lentisco, acacias espinosas, pitas, etc. etc. Debe acabar de nacer el día, un bonito día sereno de principios de verano, y, si quitamos el canto de los pájaros entre los árboles y el arrullo lamentoso de tórtolas salvajes que hacen sus nidos en las quiebras del monte más árido, no se oye nada más. Incluso el pequeño torrente, de aguas muy escasas, reducidas sólo al centro del lecho, parece no hacer rumor alguno y se desliza reflejando en ellas el verde de los alrededores, por lo que parece de color esmeralda oscuro.

Jesús atraviesa un puentecito primitivo: un tronco semialisado, colocado por encima del torrente, sin protecciones laterales (un puente que no ofrece seguridad), y continúa por la otra orilla.

Ahora se ven muros y puertas y se ve también arremolinarse en las puertas todavía cerradas a mercaderes de hortalizas u otros alimentos, para entrar en la ciudad. Hay un gran rebuznar de asnos, y coces entre ellos; tampoco bromean los propietarios de los mismos. Y hay insultos... y también vuela algún porrazo, no sólo sobre los costados asnales, sino incluso sobre las cabezas humanas.

Dos se enzarzan seriamente por causa del burro de uno, que se ha servido de la magnífica cesta de lechugas del otro burro comiéndose una buena cantidad. Tal vez es sólo un pretexto para desfogarse de un viejo resentimiento. El hecho es que de debajo de los vestidos, que llegan sólo hasta las pantorrillas, aparecen dos feos cuchillos cortos, anchos como una mano: semejan dagas seccionadas pero bien afiladas, y brillan al sol. Gritos de mujeres, vocerío de hombres. Nadie interviene para separar a estos dos, que están ya preparados para el rústico duelo.

Jesús, que iba caminando meditabundo, levanta la cabeza, ve, y con paso velocísimo, acude a separarlos.

- ¡Quietos, en nombre de Dios! - ordena.

- ¡No! ¡Quiero terminar de una vez con este maldito perro!.

- ¡Yo también! ¿Te gustan las orlas? Te voy a hacer una con tus tripas.

Los dos giran alrededor de Jesús, dándole empujones, insultándolo para que se quite de en medio, tratando de clavarse los cuchillos; pero no lo consiguen, porque Jesús con movimientos inteligentes del manto desvía los cuchillos y dificulta la precisión de los golpes. Ya su manto presenta algunos jirones.

La gente chilla: -

- Salte, nazareno, pagarás Tú las consecuencias.

Pero Él no se mueve y trata de restablecer la calma, llamando la mente a Dios. ¡Inútil! La ira tiene enloquecidos a los dos contendientes.

Jesús emana milagro. Manda por última vez: -

- ¡Os ordeno estaros quietos!

- ¡No! ¡Quítate! ¡No te metas donde no te llaman, perro nazareno!

Entonces Jesús extiende las manos, con aspecto de potencia fulgurante. No dice ni una palabra, pero las hojas de los cuchillos caen desmenuzadas al suelo, como si fueran de cristal y hubieran pegado contra una peña.

Los dos miran los mangos cortos, inservibles, que han quedado entre sus dedos. El estupor apacigua la ira. La multitud grita de asombro.

- ¿Y ahora? - pregunta Jesús severo - ¿Dónde está vuestra fuerza?

Los soldados que estaban de guardia en la puerta, habiendo acudido a los últimos gritos, miran también estupefactos, y uno se agacha a recoger los fragmentos de las hojas y, no creyendo que sean de acero, los prueba en la uña.

- ¿Y ahora? - repite Jesús - ¿Dónde está vuestra fuerza?, ¿en qué basáis vuestro derecho?; ¿en esos trozos de metal que ahora son fragmentos entre el polvo?, ¿en esos trozos de metal que no tenían más fuerza que la del pecado de ira contra un hermano y que os despojaba de toda bendición divina y, por tanto, de toda fuerza? ¡Oh..., míseros quienes se fundan en medios humanos para vencer, sin saber que no es la violencia, sino la santidad, lo que nos hace vencedores en la Tierra! ¡Y no sólo en ella, pues, efectivamente, Dios está con los justos!

Oíd, todos vosotros de Israel, y también vosotros, soldados de Roma: la Palabra de Dios habla para todos los hijos del hombre, y no será el Hijo del hombre quien se la niegue a los gentiles.

El segundo de los preceptos del Señor es precepto de amor hacia el prójimo. Dios es bueno y quiere benevolencia en sus hijos. Quien no es benévolo con su prójimo no puede llamarse hijo de Dios ni puede tener a Dios consigo. El hombre no es un animal sin razón que se lanza y muerde por derecho a la presa. El hombre tiene una razón y un alma: por la razón debe saberse guiar como hombre, por el alma debe saber hacer esto santamente. Quien no lo hace así, se pone por debajo de los animales, se rebaja al abrazo con los demonios, porque endemonia su alma con el pecado de ira.

Amad. No os digo más que eso. Amad a vuestro prójimo como desea el Señor Dios de Israel. No seáis siempre de la sangre de Caín. Y, ¿por qué lo sois?: vosotros, que podríais ser ya homicidas, por pocas monedas; otros, por unos pocos palmos de tierra, por un puesto mejor, por una mujer. ¿Qué son estas cosas? ¿Son cosas eternas? No. Duran mucho menos que la vida, la cual, a su vez, dura un instante de eternidad. ¿Y qué perdéis si las seguís?: la paz eterna prometida a los justos, la que el Mesías os traerá junto con su Reino. Venid por el camino de la Verdad, seguid la Voz de Dios. Amaos. Sed honestos. Sed continentes. Sed humildes y justos. Marchaos y meditad.

-¿Quién eres Tú que dices semejantes palabras y reduces a pedazos las espadas con tu voluntad? Sólo uno hace estas cosas: el Mesías. Ni siquiera Juan el Bautista es superior a Él. ¿Eres Tú el Mesías? - preguntan tres o cuatro.

- Lo soy.

- ¿Tú? ¿Eres Tú el que cura a los enfermos y predica a Dios en Galilea?

- Soy Yo.

- Mi anciana madre está muriéndose. ¡Sálvala!
- Y yo, ¿ves? Estoy perdiendo las fuerzas a causa de los dolores. Tengo hijos todavía pequeños. ¡Cúrame!
- Ve a tu casa. Tu madre esta noche te preparará la cena; y tú, queda curado. ¡Lo quiero!
La muchedumbre grita. Luego dicen:
- ¡Tu Nombre! ¡Tu Nombre!
- ¡Jesús de Nazaret!
- ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Hosanna! ¡Hosanna!.
La multitud está alborozada. Los asnos pueden hacer lo que quieran, que ya nadie se preocupa de ellos. Algunas madres acuden desde la ciudad — se ve que ha corrido la voz — y aúpan a sus pequeñuelos. Jesús bendice y sonríe, tratando de abrirse paso en el círculo de personas que aclaman, para entrar en la ciudad e ir a donde quiere. Pero la multitud no está dispuesta a ello.
- ¡Quédate con nosotros! ¡En Judea! ¡En Judea! ¡También nosotros somos hijos de Abraham! - gritan.
- ¡Maestro!» — Judas llega presuroso — Maestro, has llegado antes que yo... ¿Qué sucede?
- ¡El Rabí ha hecho milagros! No en Galilea; aquí, aquí lo queremos con nosotros.
- ¿Lo ves, Maestro? Todo Israel te ama. Es justo que también estés aquí. ¿Por qué lo rehuyes?
- No lo rehuyo, Judas. He venido adrede solo, para que la rudeza de los discípulos galileos no hiriese la finura judía. Quiero reunir a todas las ovejas de Israel bajo el cetro de Dios.
- Por eso te dije: "Tómame contigo". Yo soy judío y sé cómo tratar a los judíos. ¿Te vas a quedar, entonces, en Jerusalén?
- Pocos días. Para esperar a un discípulo que también es judío. Después iré por la Judea...
- ¡Yo iré contigo! Te acompañaré. ¿Piensas ir a mi pueblo? Te llevaré a mi casa. ¿Vas a venir, Maestro?
- Iré... Del Bautista, tú que eres judío y vives en contacto con la gente de alta categoría, ¿sabes algo?
- Sé que todavía está prisionero, pero que lo quieren liberar porque la multitud, si no le devuelven a su profeta, amenaza una sedición. ¿Lo conoces?
- Lo conozco.
- ¿Lo amas? ¿Qué piensas de él?
- Pienso que no ha habido ninguno que asemeje a Elías más que él.
- ¿Le consideras verdaderamente el Precursor?
- Lo es. Es la estrella de la mañana que anuncia al Sol. Bienaventurados los que se han preparado para el Sol a través de su predicación.
- Es muy severo Juan.
- No más para los demás que para sí mismo.
- Es verdad. Pero es difícil seguirlo en su penitencia. Tú eres más bueno y es fácil amarte.
- Y sin embargo...
- ¿Y, sin embargo, Maestro?...
- Y, sin embargo, de la misma forma que a él se le odia por su austeridad, a mí me odiarán por mi bondad, porque la una y la otra predican a Dios, y Dios les resulta antipático a los malos. Está signado que así sea. De la misma forma que él me precede en la predicación, así me precederá en la muerte. Pero, ¡ay de los asesinos de la Penitencia y de la Bondad!
- ¿Por qué siempre estas tristes previsiones, Maestro? La multitud te ama, ¿no lo ves?...
- Porque es seguro. La multitud humilde, sí, me ama. Pero la multitud no es toda humilde, ni de humildes. Pero, la mía no es tristeza; es tranquila visión del futuro y adhesión a la voluntad del Padre, que me ha mandado para esto. Y para esto Yo he venido. Ya hemos llegado al Templo. Voy al Bel Nidrás a amaestrar a las multitudes. Si quieres, quédate.
- Voy contigo. Sólo tengo una finalidad: servirte y hacerte triunfar.
Entran en el Templo y todo termina.

## 68

## Jesús enseña en el Templo estando con Judas Iscariote.

Veo a Jesús entrando, con Judas a su lado, en el recinto del Templo; pasa la primera terraza, o rellano de la grada si se prefiere; se detiene en un pórtico que rodea un amplio patio solado con mármoles de colores distintos. El lugar es muy bonito y está lleno de gente.
Jesús mira a su alrededor y ve un sitio que le gusta. Pero, antes de dirigirse a él, dice a Judas:
- Llámame al responsable de este lugar. Debo presentarme para que no se diga que falto a las costumbres y al respeto.
- Maestro, Tú estás por encima de las costumbres. Nadie tiene más derecho que Tú a hablar en la Casa de Dios; Tú, su Mesías.
- Yo eso lo sé, y tú también lo sabes, pero ellos no. No he venido para escandalizar, como tampoco para enseñar a violar la Ley o las costumbres; antes bien, he venido justamente para enseñar respeto, humildad y obediencia; para hacer desaparecer los escándalos. Por ello quiero pedir el permiso para hablar en nombre de Dios, haciéndome reconocer digno de ello por el responsable del lugar.
- La otra vez no lo hiciste.

- La otra vez me abrasaba el celo de la Casa de Dios, profanada por demasiadas cosas. La otra vez Yo era el Hijo del Padre, el Heredero que en nombre del Padre y por amor de su Casa actuaba con la majestad que me es propia y que está por encima de magistrados y sacerdotes. Ahora soy el Maestro de Israel, y le enseño a Israel también esto. Y además, Judas, ¿tú crees que el discípulo es más que su Maestro?

- No, Jesús.

- ¿Y tú quién eres? ¿Y quién soy Yo?

- Tú, el Maestro; yo, el discípulo.

- Y entonces, si reconoces que son así las cosas, ¿por qué quieres enseñar a tu Maestro? Ve y obedece. Yo obedezco a mi Padre, tú obedece a tu Maestro. Condición primera del Hijo de Dios es ésta: obedecer sin discutir, pensando que el Padre sólo puede dar órdenes santas; condición primera del discípulo es obedecer a su Maestro, pensando que el Maestro sabe y sólo puede dar órdenes justas.

- Es verdad. Perdona. Obedezco.

- Perdono. Ve. Escucha, Judas, esta otra cosa: acuérdate de esto, recuérdalo siempre.

- ¿Obedecer? Sí.

- No. Recuerda que Yo fui respetuoso y humilde para con el Templo; para con el Templo, o sea, con las clases poderosas. Ve.

Judas lo mira pensativo, interrogativamente... pero no se atreve a preguntar nada más, y se va meditabundo.

Vuelve con un personaje solemnemente vestido.

- Este es, Maestro, el magistrado.

- La paz sea contigo. Solicito enseñar, entre los rabíes de Israel, a Israel.

-¿Eres rabí?

- Lo soy.

- ¿Quién fue tu maestro?

- El Espíritu de Dios, que me habla con su sabiduría y me ilumina cada una de las palabras de los Textos Santos.

- ¿Eres más que Hil.lel, Tú, que sin maestro afirmas que sabes toda doctrina? ¿Cómo puede uno formarse si no hay uno que le forme?

- Como se formó David, pastorcito ignorante que llegó a ser rey poderoso y sabio por voluntad del Señor.

- Tu nombre.

- Jesús de José de Jacob, de la estirpe de David, y de María de Joaquín, de la estirpe de David, y de Ana de Aarón; María, la Virgen que casó en el Templo, porque era huérfana, el Sumo Sacerdote, según la ley de Israel.

- ¿Quién lo prueba?

- Todavía debe haber aquí levitas que se acuerden de ese hecho, coetáneos de Zacarías de la clase de Abías, pariente mío. Pregúntaselo a ellos, si dudas de mi sinceridad.

- Te creo. ¿Pero quién me prueba que sepas enseñar?

- Escúchame y podrás juzgar por ti mismo.

- Si quieres puedes enseñar... Pero... ¿no eres nazareno?

- Nací en Belén de Judá en tiempos del censo ordenado por el César. Proscritos a causa de disposiciones injustas, los hijos de David están por todas partes. Pero la estirpe es de Judá.

- Ya sabes... los fariseos... toda Judea... respecto a Galilea...

- Lo sé. No temas. En Belén vi la luz por primera vez, en Belén Efratá de donde viene mi estirpe; si ahora vivo en Galilea es sólo para que se cumpla lo que está escrito...

El magistrado se aleja unos metros acudiendo a una llamada.

Judas pregunta:

- ¿Por qué no has dicho que eres el Mesías?

- Mis palabras lo dirán.

- ¿Qué es lo que está escrito y debe cumplirse?

- La reunión de todo Israel bajo la enseñanza de la palabra del Cristo. Yo soy el Pastor de que hablan los Profetas, y vengo a reunir a las ovejas de todas las regiones, a curar a las enfermas, a conducir al pasto bueno a las errantes. Para mí no hay Judea o Galilea, Decápolis o Idumea. Sólo hay una cosa: el Amor que mira con un único ojo y une en un único abrazo para salvar...

Se le ve inspirado a Jesús. ¡Tanto sonríe a su sueño, que parece emanar destellos! Judas lo observa admirado.

Entre tanto, algunas personas, curiosas, se han acercado a los dos, cuyo aspecto imponente — distinto en ambos — atrae e impresiona.

Jesús baja la mirada. Sonríe a esta pequeña multitud con esa sonrisa suya cuya dulzura ningún pintor podrá nunca reflejar fidedignamente y ningún creyente que no la haya visto puede imaginar.

Y dice:

- Venid, si os sentís deseosos de palabras eternas.

Se dirige hacia un arco del pórtico; bajo él, apoyado en una columna, empieza a hablar. Toma como punto de partida lo que había sucedido por la mañana.

- Esta mañana, entrando en Sión, he visto que por pocos denarios dos hijos de Abraham estaban dispuestos a matarse. Habría podido maldecirlos en nombre de Dios, porque Dios dice: "No matarás", y también afirma que quien no obedece a su ley será maldito. Pero he tenido piedad de su ignorancia respecto al espíritu de la Ley y me he limitado a impedir el homicidio, para

que puedan arrepentirse, conocer a Dios, servirle obedientemente, amando no sólo a quien los ama, sino también a los enemigos.

Sí, Israel. Un nuevo día surge para ti. Más luminoso se hace el precepto del amor. ¿Acaso empieza el año con el nebuloso Etanim, o con el triste Kisléu de jornadas más breves que un sueño y noches tan largas como una desgracia? No, el año comienza con el florido, luminoso, alegre Nisán, cuando todo ríe y el corazón del hombre, aun el más pobre y triste, se abre a la esperanza porque llega el verano, la cosecha, el sol, la fruta; cuando dulce es dormir, incluso en un prado florecido, con las estrellas como candil; cuando es fácil alimentarse porque todo terrón produce hierba o fruto para el hambre del hombre.

Mira, Israel. Ha terminado el invierno, tiempo de espera. Ahora toca la alegría de la promesa que se cumple. El Pan y el Vino pronto se ofrecerán para saciar tu hambre. El Sol está entre vosotros. Todo, ante este Sol, adquiere un respiro más dulce y amplio, incluso el precepto de nuestra Ley, el primero, el más santo entre los preceptos santos: 'Ama a tu Dios y ama a tu prójimo".

En el marco de la luz relativa que hasta ahora te ha sido concedida, se te dijo — no habrías podido hacer más, porque sobre ti pesaba todavía la cólera de Dios por la culpa de Adán de falta de amor — se te dijo: 'Ama a los que te aman y odia a tu enemigo". Pero era tu enemigo no sólo quien traspasaba las fronteras de tu patria, sino también el que te había faltado en privado, o que te parecía que hubiera faltado. Así que el odio anidaba en todos los corazones, porque ¿quién es el hombre que, queriendo o sin querer, no ofende al hermano, y quién el que llega a la vejez sin que le hayan ofendido?

Yo os digo: amad incluso a quien os ofende. Hacedlo pensando que Adán fue un prevaricador respecto a Dios, y que por Adán todo hombre lo es, y que no hay ninguno que pueda decir: "Yo no he ofendido a Dios". Y, sin embargo, Dios perdona no una sola vez, sino muchas, muchísimas, muchísimas veces, y es prueba de ello la permanencia del hombre sobre la tierra. Perdonad, pues, como Dios perdona. Y, si no podéis hacerlo por amor hacia el hermano que os ha perjudicado, hacedlo por amor a Dios, que os da pan y vida, que os tutela en las necesidades terrenas y ha orientado todo lo que sucede a procuraros la eterna paz en su seno. Esta es la Ley nueva, la Ley de la primavera de Dios, del tiempo florecido de la Gracia que se ha hecho presente entre los hombres, del tiempo que os dará el Fruto sin igual que os abrirá las puertas del Cielo.

La voz que hablaba en el desierto no se oye, pero no está muda. Habla todavía a Dios en favor de Israel y le habla todavía en el corazón a todo israelita recto, y dice — después de haberos enseñado: a hacer penitencia para preparar los caminos al Señor que viene; a tener caridad dando lo superfluo a quien no tiene ni siquiera lo necesario; a ser honestos no causando extorsiones o maltratando a nadie — os dice: "El Cordero de Dios, quien quita los pecados del mundo, quien os bautizará con el fuego del Espíritu Santo está entre vosotros; El limpiará su era, recogerá su trigo".

Sabed reconocer a Aquel que el Precursor os indica. Sus sufrimientos se elevan a Dios para procuraros luz. Ved. Ábranse vuestros ojos espirituales. Conoceréis la Luz que viene. Yo recojo la voz del Profeta que anuncia al Mesías, y, con el poder que me viene del Padre, la amplifico, y añado mi poder, y os llamo a la verdad de la Ley. Preparad vuestros corazones a la gracia de la Redención cercana. El Redentor está entre vosotros. Dichosos los dignos de ser redimidos por haber tenido buena voluntad.

La paz sea con vosotros.

Uno pregunta:

- Hablas con tanta veneración del Bautista, que se diría que eres discípulo suyo. ¿Es así?.

- Él me bautizó en las orillas del Jordán antes de que lo apresaran. Le venero porque él es santo a los ojos de Dios. En verdad os digo que entre los hijos de Abraham no hay ninguno que lo supere en gracia. Desde su venida hasta su muerte, los ojos de Dios se habrán posado sin motivo de enojo sobre este bendito.

- ¿Él te confirmó lo relativo al Mesías?

- Su palabra, que no miente, señaló el Mesías vivo a los presentes.

- ¿Dónde? ¿Cuándo?

- Cuando llegó el momento de señalarlo.

Judas se siente en el deber de decir a diestro y siniestro:

- El Mesías es el que os está hablando. Yo os lo testifico, yo que lo conozco y soy su primer discípulo.

- ¡Él!... ¡Oh!... - La gente, atemorizada, se echa un poco hacia atrás. Pero Jesús se muestra tan dulce, que vuelven a acercarse.

- Pedidle algún milagro. Es poderoso. Cura. Lee los corazones. Da respuesta a todos los porqués.

- Habíale; para mí, que estoy enfermo. El ojo derecho está muerto, el izquierdo se está secando...

- Maestro.

- Judas - Jesús, que estaba acariciando a una niña pequeña, se vuelve.

- Maestro, este hombre está casi ciego y quiere ver. Le he dicho que Tú puedes curarlo.

- Puedo para quien tiene fe. Hombre, ¿tienes fe?

- Yo creo en el Dios de Israel. Vengo aquí para meterme en Betesda, pero siempre hay uno que me precede.

- ¿Puedes creer en mí?

- Si creo en el ángel de la piscina, ¿no voy a creer en ti, de quien tu discípulo dice que eres el Mesías?

Jesús sonríe. Se moja el dedo con saliva y roza apenas el ojo enfermo.

- ¿Qué ves?

- Veo las cosas sin la niebla de antes. Y el otro, ¿no me lo curas?

Jesús sonríe de nuevo. Vuelve a hacer lo mismo, esta vez con el ojo ciego.

- ¿Qué ves? - le pregunta, levantando del párpado caído la yema del dedo.

- ¡Ah, Señor de Israel, veo tan bien como cuando de niño corría por los prados! ¡Bendito Tú, eternamente! - El hombre llora postrado a los pies de Jesús.

- Ve. Sé bueno ahora por gratitud hacia Dios.

Un levita, que había llegado cuando estaba concluyéndose el milagro, pregunta:

- ¿Con qué facultad haces estas cosas?

- ¿Tú me lo preguntas? Te lo diré, si me respondes a una pregunta. Según tu parecer, ¿es más grande un profeta que profetiza al Mesías o el Mesías mismo?

- ¡Qué pregunta! El Mesías es el más grande: ¡es el Redentor que el Altísimo ha prometido!

- Entonces, ¿por qué los profetas hicieron milagros? ¿Con qué facultad?

- Con la facultad que Dios les daba para probar a las multitudes que Él estaba con ellos.

- Pues bien, con esa misma facultad Yo hago milagros. Dios está conmigo, Yo estoy con Él. Yo les pruebo a las multitudes que es así, y que el Mesías bien puede, con mayor razón y en mayor medida, lo que podían los profetas.

El levita se marcha pensativo y todo termina.

## 69

## Jesús instruye a Judas Iscariote.

Jesús y Judas salen del Templo después de haber estado orando en el lugar más cercano al Santo, concedido a los israelitas varones.

Judas quisiera seguir con Jesús, pero este deseo encuentra oposición en el Maestro.

- Judas, quiero estar solo en las horas nocturnas. Durante la noche, mi espíritu toma del Padre su alimento. Oración, meditación y soledad, me son más necesarias que el alimento material. Quien quiere vivir para el espíritu y conducir a otros a vivir la misma vida, debe posponer la carne, diría casi: matarla en sus desafueros, para ocuparse completamente del espíritu; todos, Judas, también tú, si quieres verdaderamente ser de Dios, o sea, de lo sobrenatural.

- Pero, Maestro, nosotros somos todavía de la tierra. ¿Cómo podemos desatender la carne poniendo toda nuestra solicitud en el espíritu? Lo que dices, ¿no está en antítesis con el mandato de Dios: "No matarás"?, ¿en esto no está también incluido el no matarse? Si la vida es don de Dios, ¿debemos o no amarla?».

- Voy a responderte como no respondería a una persona sencilla, a la cual es suficiente elevarle la mirada del alma, o de la mente, a esferas sobrenaturales, para poder llevárnosla en vuelo a los reinos del espíritu. Tú no eres una persona sencilla. Te has formado en ambientes que te han afinado... pero que, al mismo tiempo, te han contaminado con sus sutilezas y con sus doctrinas. ¿Tienes presente a Salomón, Judas? Era sabio, el más sabio de aquellos tiempos. ¿Recuerdas lo que dijo, después de haber conocido todo el saber?: "Vanidad de vanidades, todo es vanidad. Temer a Dios y observar sus mandamientos: esto es todo el hombre". Ahora Yo te digo que hay que saber tomar de los alimentos sustento, pero no veneno. Y si se ve que un alimento nos es nocivo (porque se producen reacciones en nosotros por las cuales ese alimento es nefasto, siendo más fuerte que nuestros humores buenos, los cuales lo podrían neutralizar) es necesario dejar de tomar ese alimento, aunque sea apetitoso al gusto. Mejor pan, sin más, y agua de la fuente, que no los platos rebuscados de la mesa del rey que tienen especias que alteran y envenenan.

- ¿Qué debo dejar, Maestro?

- Todo aquello que sabes que te turba. Porque Dios es Paz, y si te quieres encaminar por el sendero de Dios debes liberar tu mente, tu corazón y tu carne, de todo lo que no es paz, de todo lo que conlleva turbación. Sé que es difícil reformarse a sí mismo, pero Yo estoy aquí para ayudarte a hacerlo. Estoy aquí para ayudar al hombre a ser de nuevo hijo de Dios, a volver a formarse como por una segunda creación, una autogénesis querida por él mismo. Pero deja que te responda a cuanto preguntabas, para que no digas que no has salido del error por culpa mía. Es verdad que matarse es igual que matar. La vida es don de Dios, ya sea la propia o la ajena, y sólo a Dios, que la ha otorgado, le está reservado el poder de quitarla. Quien se mata confiesa su soberbia, y Dios odia la soberbia.

-¿La soberbia, confiesa? Yo diría la desesperación.

- ¿Y qué es la desesperación sino soberbia? Considera esto, Judas: ¿Por qué uno pierde la esperanza?: o porque las desventuras se ensañan con él y quiere vencerlas por sí solo, sin ser capaz de tanto; o bien porque es culpable y juzga de sí mismo que Dios no lo puede perdonar. Tanto en el primero como en el segundo caso, ¿no es reina la soberbia? El hombre que quiere por sí solo resolver las cosas carece de la humildad de tender la mano al Padre diciéndole: "Yo no puedo, pero Tú sí puedes. Ayúdame, porque espero todo, todo lo estoy esperando, de Ti". El otro hombre, el que dice: "Dios no puede perdonarme", lo hace porque midiendo a Dios con el patrón de sí mismo sabe que otra persona, ofendida como él ha ofendido, no podría perdonarlo. O sea, también aquí hay soberbia. El humilde siente compasión y perdona aunque sufra por la ofensa recibida. El soberbio no perdona. Es además soberbio porque no sabe bajar la cabeza y decir: "Padre, he pecado, perdona a tu pobre hijo culpable". ¿O es que no sabes, Judas, que el Padre está dispuesto a disculpar todo, si se pide perdón con corazón sincero y contrito, con corazón humilde y deseoso de resucitar al bien?

- Pero ciertos delitos no deben perdonarse, no pueden ser perdonados.

- Eso lo dices tú. Y hasta será verdad, si el hombre así lo quiere. Pero, en verdad, ¡oh!, en verdad te digo que incluso después del delito de los delitos, si el culpable corriera a los pies del Padre — se llama Padre por esto, Judas, y es Padre de perfección infinita — y, llorando, le suplicara que lo perdonase, ofreciéndose a la expiación pero sin desesperación, el Padre le daría el modo de expiar para merecerse el perdón y salvar el espíritu.

- Entonces dices que los hombres que la Escritura cita, y que se mataron, hicieron mal.

- No es lícito hacer violencia a nadie, y tampoco uno a sí mismo. Hicieron mal. Conociendo relativamente el bien, habrán obtenido de Dios, en ciertos casos, misericordia. Pero a partir de que el Verbo haya aclarado toda verdad y haya dado fuerza a los espíritus con su Espíritu, desde entonces, ya no le será concedido el perdón a quien muera desesperado. Ni en el instante del juicio particular, ni, después de siglos de Gehena, en el Juicio Final, ni nunca. ¿Es dureza de Dios? No: justicia. Dios dirá: "Tú, criatura dotada de razón y de sobrenatural ciencia, creada libre por Mí, decidiste seguir el sendero elegido por ti, y dijiste: 'Dios no me perdona. Estoy separado para siempre de Él, Juzgo que debo aplicarme por mi mismo justicia por mi delito. Dejo la vida para huir de los remordimientos', sin pensar que ya no habrías sentido remordimientos si hubieras venido a mi seno paterno. Recibe eso mismo que has juzgado. No violento la libertad que te he dado".

Esto le dirá el Eterno al suicida. Piénsalo, Judas. La vida es un don, y hay que amarla. ¿Y qué don es? Don santo. Así que ha de ser amada santamente. La vida dura mientras la carne resiste. Luego empieza la Vida grande, la eterna Vida: de beatitud para los justos, de maldición para los no justos. La vida, ¿es fin o es medio? Es medio. Sirve para el fin, que es la eternidad. Pues démosle entonces a la vida aquello que le haga falta para durar y servir al espíritu en su conquista. Continencia de la carne en todos sus apetitos, en todos. Continencia de la mente en todos sus deseos, en todos. Continencia del corazón en todas las pasiones que saben a humano. Sea, por el contrario, ilimitado el impulso hacia las pasiones celestes: amor a Dios y al prójimo, voluntad de servir a Dios y al prójimo, obediencia a la Palabra divina, heroísmo en el bien y en la virtud.

Yo te he respondido, Judas. ¿Estás convencido? ¿Te basta la explicación? Sé siempre sincero y, si no sabes todavía bastante, pregunta; estoy aquí para ser Maestro.

- He comprendido y me basta. Pero... es muy difícil llevar a la práctica lo que he comprendido. Tú puedes porque eres santo. Pero yo... Soy un hombre, joven, lleno de vitalidad...

- He venido para los hombres, Judas, no para los ángeles, que no tienen necesidad de maestro. Los ángeles ven a Dios, viven en su Paraíso, no ignoran las pasiones de los hombres, porque la Inteligencia, que es su Vida, los hace conocedores de todo, incluso a aquellos que no son custodios de un hombre. Pero, siendo espirituales, sólo pueden tener un pecado, como uno de ellos lo tuvo y arrastró consigo a los menos fuertes en la caridad: la soberbia, flecha que afeó a Lucifer, el más hermoso de los arcángeles, e hizo de él el monstruo horripilante del Abismo. No he venido para los ángeles (los cuales, después de la caída de Lucifer, se horrorizan incluso ante el espectro de un pensamiento de orgullo), sino que he venido para los hombres, para hacer de los hombres ángeles.

El hombre era la perfección de la creación. Tenía del ángel el espíritu, del animal la completa belleza en todas sus partes animales y morales; no había criatura que le igualara. Era el rey de la Tierra, como Dios es el Rey del Cielo, y un día, el día en que él se hubiera dormido por última vez en la tierra, iba a ser rey, con el Padre, en el Cielo. Satanás ha arrancado las alas al ángel - hombre y, en su lugar, ha puesto garras de fiera y avidez de inmundicia y ha hecho de él un ser al que cuadra más el nombre de hombre - demonio que el de hombre a secas. Yo quiero borrar la deformación causada por Satanás, anular el hambre corrompida de la carne contaminada, devolverle las alas al hombre, llevarlo de nuevo a ser rey, coheredero del Padre y del Reino celeste. Sé que el hombre, si quiere quererlo, puede llevar a cabo cuanto digo, para volver a ser rey y ángel. No os diría cosas que no pudierais hacer. Yo no soy uno de esos oradores que predican doctrinas imposibles. He tomado verdadera carne para poder saber, por experiencia de carne, cuáles son las tentaciones del hombre.

- ¿Y los pecados?

- Todos pueden ser tentados; pecador, sólo quien quiere serlo.

- ¿No has pecado nunca, Jesús?

- Nunca he querido pecar. Y ello no porque sea el Hijo del Padre, sino que es que lo he querido y lo querré, para mostrarle al hombre que el Hijo del hombre no pecó porque no quiso pecar y que el hombre, si no quiere, puede no pecar.

- ¿Has sido tentado alguna vez?

- Tengo treinta años, Judas, y no he vivido en una cueva de un monte, sino entre los hombres. Y aunque hubiera estado en el lugar más solitario de la tierra ¿tú crees que no habrían venido las tentaciones? Todo lo tenemos en torno a nosotros: el bien y el mal. Todo lo llevamos con nosotros. Sobre el bien sopla el hálito de Dios y lo aviva como a turíbulo de gratos y sagrados inciensos. Sobre el mal sopla Satanás y, encendiéndolo, lo transforma en hoguera de feroz lengua. Mas la voluntad atenta y la oración constante son húmeda arena sobre la llamarada de infierno: la sofocan y la extinguen.

- Pero, si no has pecado jamás, ¿cómo puedes emitir tu juicio sobre los pecadores?

Soy hombre y soy el Hijo de Dios. Cuanto podría ignorar como hombre, y juzgarlo mal, lo conozco y juzgo como Hijo de Dios. Y, además... Judas, respóndeme a esta pregunta: uno que tiene hambre ¿sufre más cuando dice: "ahora me siento a la mesa", o cuando dice "no hay comida para mí"?

- Sufre más en el segundo caso, porque sólo el saberse privado del alimento le trae a la memoria el olor de las viandas, y las vísceras se retuercen de deseo.

- Exacto: la tentación es mordiente como este deseo, Judas. Satanás lo hace más agudo, exacto y seductor que cualquier acto cumplido. Además, el acto satisface, y alguna vez nausea, mientras que la tentación no desaparece, sino que, como árbol podado, echa ramas cada vez más vigorosas.

- ¿Y no has cedido nunca?

- No he cedido nunca.

- ¿Cómo lo has conseguido?

- He dicho: "Padre, no me dejes caer en la tentación".

-¿Cómo? ¿Tú, Mesías, Tú, que obras milagros, has solicitado la ayuda del Padre?

- No sólo la ayuda: le he pedido que no me deje caer en la tentación. ¿Tú crees que, porque Yo sea Yo, puedo prescindir del Padre? ¡Oh, no! En verdad te digo que el Padre le concede todo al Hijo, pero también el Hijo recibe todo del Padre. Y te digo que todo lo que se le pida al Padre en mi nombre será concedido. "Mas ya estamos cerca del Get - Sammi, donde vivo. Ya se ven

sus primeros olivos al otro lado de las murallas. Tú estás más allá de Tofet. Ya cae la noche. No te conviene subir hasta allá. Nos veremos de nuevo mañana en el mismo lugar. Adiós. La paz sea contigo.

- Paz a ti también, Maestro... Pero quisiera decirte aún una cosa. Te acompaño hasta el Cedrón, luego me vuelvo para atrás. ¿Por qué estás en ese lugar tan humilde? Ya sabes... la gente da importancia a muchas cosas. ¿No conoces en la ciudad a nadie que tenga una buena casa? Yo, si quieres, puedo llevarte donde algunos amigos. Te acogerán por amistad hacia mí. Serían moradas más dignas de ti.

-¿Tú crees? Yo no lo creo. Lo digno y lo indigno están en todas las clases sociales. Y, no por carecer de caridad, sino para no faltar a la justicia, te digo que lo indigno (y maliciosamente indigno) se halla frecuentemente entre los grandes. No hace falta ser poderoso para ser bueno, como tampoco sirve el ser poderoso para ocultar la acción pecaminosa a los ojos de Dios. Todo debe invertirse bajo mi Signo: no será grande el poderoso, sino el humilde y santo.

- Pero, para ser respetado, para imponerse...

- ¿Es respetado Herodes? Y César, ¿es respetado? No. Los labios y los corazones los soportan y maldicen. Créeme, Judas, sobre los buenos, o incluso sobre los que están deseosos de bondad, sabré imponerme más con la modestia que con la grandiosidad.

- Pero entonces... ¿vas a despreciar siempre a los poderosos? ¡Te buscarás enemigos! Yo pensaba hablar de ti a muchos que conozco y que tienen un nombre...

- No voy a despreciar a nadie. Iré tanto a los pobres como a los ricos, a los esclavos como a los reyes, a los puros como a los pecadores. Pero si bien he de quedar agradecido a quien proporcione pan y techo a mis fatigas (cualesquiera que sean ese techo y ese alimento), verdad es que daré siempre preferencia a lo humilde; los grandes tienen ya muchas satisfacciones, los pobres no tienen más que la recta conciencia, un amor fiel, e hijos, y el verse escuchados por la mayoría de ellos. Yo siempre prestaré atención a los pobres, a los afligidos y a los pecadores. Te agradezco el buen deseo, pero déjame en este lugar de paz y oración. Ve, y que Dios te inspire lo recto.

Jesús deja al discípulo y se interna entre los olivos.

## 70

## En Getsemaní con Juan de Zebedeo. Comparación entre el Predilecto y Judas de Keriot.

Veo a Jesús dirigiéndose a la baja y blanca casa que hay en medio del olivar. Un jovencito lo saluda. Parece del lugar porque tiene en las manos los utensilios para podar y sachar.

- Dios sea contigo, Rabí. Tu discípulo Juan ha venido, pero se ha vuelto a marchar, a buscarte.

- ¿Hace mucho?

- No, acaba de cruzar aquel sendero. Creíamos que vendrías por la parte de Betania...

Jesús se encamina ligero, da la vuelta a una prominencia del terreno, ve a Juan bajando casi corriendo hacia la ciudad. Lo llama.

El discípulo se vuelve y, con el rostro iluminado por la alegría, grita:

- ¡Maestro mío! - y regresa corriendo.

Jesús le abre los brazos y los dos se abrazan afectuosamente.

- Venía a buscarte... Creíamos que habías estado en Betania, como dijiste.

- Sí. Eso quería. Tengo que empezar también a evangelizar los alrededores de Jerusalén. Pero después me he entretenido en la ciudad... para instruir a un nuevo discípulo.

- Maestro, todo lo que Tú haces está bien hecho y sale bien. ¿Lo ves? También esta vez nos hemos encontrado enseguida.

Los dos caminan. Jesús tiene un brazo sobre los hombros de Juan, el cual, siendo más bajo, mira a Jesús de abajo arriba, feliz de esa intimidad. Vuelven así hacia la casita.

- ¿Hace mucho que has venido?

- No, Maestro. Con el alba he salido de Doco, junto con Simón; ya le he dicho lo que querías. Después nos hemos detenido un tiempo en los campos de los alrededores de Betania, compartiendo la comida y hablando de ti a campesinos que hemos encontrado por allí. Cuando el fuego del sol ha disminuido, nos hemos separado. Simón ha ido a ver a un amigo suyo al que también quiere hablar de ti: es el dueño de casi toda Betania. El ya lo conocía cuando aún vivían sus respectivos padres. Mañana viene aquí Simón. Me ha encargado decirte que se siente feliz de estar a tu servicio. Simón es muy competente. Quisiera ser como él, pero soy un muchacho ignorante.

- No, Juan. Tú también haces muy bien las cosas.

- ¿Te sientes realmente contento de tu pobre Juan?

- Muy contento, Juan mío. Mucho.

- ¡Maestro mío! - Juan se inclina con ímpetu a tomar la mano de Jesús y la besa, y se la pasa por la cara como una caricia.

Han llegado ya a la casa. Entran en la cocina baja y humosa. El dueño los saluda:

- La paz sea contigo.

Responde Jesús:

- Paz a esta casa y a ti, y a quien vive contigo. Viene conmigo un discípulo.
- Habrá pan y aceite también para él.
- He traído pescado seco que me han dado Santiago y Pedro. Al pasar por Nazaret, tu Madre me ha dado pan y miel para ti. He caminado sin detenerme, pero de todas formas estará duro.
- No importa, Juan. Tendrá el sabor de las manos de mi Madre.
Juan extrae sus tesoros de la bolsa que había dejado en un rincón, y veo preparar de una manera extraña el pescado seco: lo mojan unos instantes en agua caliente, después lo untan y lo asan directamente sobre el fuego.
Jesús bendice el alimento y se sienta con el discípulo a la mesa. También están sentados el dueño de la casa — oigo que le llaman Jonás — y su hijo. La madre va y viene con el pescado, aceitunas negras y verduras hervidas y condimentadas con aceite. Jesús ofrece miel. La extiende en el pan y se la ofrece a la madre.
- Es de mi colmena - Mi Madre cuida las abejas. Cómela. Es buena. Tú eres tan buena conmigo, María, que mereces esto y más - añade, porque la mujer no querría privarle de esta dulce miel.
La cena termina rápidamente en medio de una breve conversación. Nada más acabar, después de dar las gracias por el alimento recibido, Jesús dice a Juan:
- Ven. Salgamos un poco al olivar. La noche está templada y clara. Será agradable estar un poco afuera.
El dueño de la casa dice:
- Maestro, yo me despido de ti. Estoy cansado, y también mi hijo. Vamos a descansar. Dejo la puerta entornada y el candil encima de la mesa. Ya sabes cómo se hace.
- Sí, claro, Jonás, vete a descansar. Y apaga también el candil. Hay una luz de luna tan clara, que veremos incluso sin él.
- Y tu discípulo, ¿dónde va a dormir?
- Conmigo. En mi estera hay sitio también para él. ¿Verdad, Juan?
Juan, ante la idea de dormir al lado de Jesús, entra en éxtasis.
Salen al olivar — previamente Juan ha cogido algo del talego que había puesto en el rincón. Caminan un poco y llegan a una prominencia del terreno desde la que se ve toda Jerusalén.
- Sentémonos aquí y hablemos entre nosotros - dice Jesús.
Juan, sin embargo, prefiere sentarse a sus pies, sobre la hierba corta. Apoya el brazo en las rodillas de Jesús. Reclina la cabeza sobre el brazo. Y mira cada poco a su Jesús. Parece un niño junto a la persona que más quiere.
- Desde aquí es bonito, Maestro. Mira qué grande parece la ciudad de noche; más que de día.
- Es porque la luz de la luna difumina sus contornos. Observa: parece como si el límite se ensanchara en una luminosidad de plata. Mira la cúspide del Templo, allí arriba. ¿No parece suspendida en el vacío?
- Parece que la llevan los ángeles en sus alas de plata.
Jesús suspira.
- ¿Por qué suspiras, Maestro?
- Porque los ángeles han abandonado el Templo. Su aspecto de pureza y santidad está sólo circunscrito a los muros. Quienes deberían dárselo en el alma — porque todo lugar también tiene su alma, o sea, el espíritu en virtud del cual fue erigido, y el Templo tiene, debería tener, alma de oración y santidad — son los primeros en quitárselo. No se puede dar lo que no se tiene, Juan. Y si muchos son los sacerdotes y los levitas que viven allí, no hay ni siquiera una décima parte que sea apta para dar vida al Lugar Santo. Dan muerte. Le comunican la muerte que hay en su espíritu muerto a lo santo. Tienen las fórmulas, pero no la vida de ellas. Son cadáveres, sólo calientes por la putrefacción que los hincha.
- ¿Te han maltratado, Maestro? — Juan está todo apenado.
- No. Es más, me han dejado hablar cuando lo he solicitado.
- ¿Lo has solicitado? ¿Por qué?
- Porque no quiero ser Yo el que empiece la guerra. La guerra vendrá igualmente, porque Yo infundiré miedo, un estúpido miedo humano, a algunos, y seré un reproche para otros; pero esto debe estar en su libro, no en el mío.
Después de un momento de silencio, Juan habla otra vez; dice:
- Maestro... yo conozco a Anás y a Caifás. Por necesidades de negocios, mi familia ha estado en relaciones con ellos, y, cuando yo estaba en Judea, por Juan, iba también al Templo, y ellos eran amables con el hijo de Zebedeo. Mi padre piensa siempre en ellos con el mejor pescado. Es costumbre, ¿sabes? Si se quiere tenerlos como amigos — continuar teniéndolos — hay que hacerlo así...
- Lo sé - Jesús está serio.
- Bueno, pues si lo ves oportuno, le hablaré de ti al Sumo Sacerdote. Y luego... si quieres, yo conozco a uno que está en relación de negocios con mi padre. Es un mercader de pescado. Tiene una casa bonita y grande junto al Hípico, porque son personas ricas, y también muy buenas. Estarías más cómodo y te cansarías menos. Además, para venir hasta aquí se tiene que atravesar ese suburbio de Ofel, tan desordenado y siempre lleno de asnos y de muchachos pendencieros.
- No, Juan. Te lo agradezco, pero estoy bien aquí. ¿Ves cuánta paz? Se lo he dicho también esto al otro discípulo que me hacía la misma propuesta. Él decía: "Para estar mejor considerado".
- Yo lo decía para que te cansaras menos.
- No me canso. Por mucho que camine, no me cansaré jamás. ¿Sabes qué es lo que me cansa? La falta de amor. ¡Oh, eso,... qué carga!... Es como si llevara un peso en el corazón.
- Yo te amo, Jesús.
- Sí, y me consuelas. Te quiero mucho, Juan, te querré siempre porque tú no me traicionarás nunca.
-¡Traicionarte! ¡Oh!

- Y, sin embargo, habrá muchos que me traicionen... Juan, escucha. Te he dicho que me detuve aquí para aleccionar a un nuevo discípulo. Es un joven judío, instruido y conocido.

- Entonces tendrás que trabajar mucho menos que con nosotros, Maestro. Me alegro de que tengas alguno más capacitado que nosotros.

- ¿Crees que tendré que trabajar menos?

- ¡Digo yo! Si es menos ignorante que nosotros, te entenderá mejor y te servirá mejor, sobre todo si te ama mejor.

- Exacto. Tú lo has dicho. Pero el amor no está en razón de la instrucción, y tampoco la formación. Quien es virgen ama con toda la fuerza de su primer amor. Esto también vale para las virginidades del pensamiento. Lo amado penetra y se imprime más en un corazón y en un pensamiento vírgenes que no en uno en el que ya haya habido otros amores. Pero, si Dios quiere... Escucha, Juan, te ruego que seas un amigo para él. Mi corazón tiembla ante la idea de ponerte a ti, cordero intonso, junto al experto de la vida; pero, por otra parte, se calma, porque sabe que tú serás, sí, cordero, pero también águila, y si el experto quiere hacerte tocar el suelo, siempre fangoso, el suelo de la cordura humana, tú, con un batir de alas, sabrás liberarte y querer sólo el azul y el sol. Por eso te ruego que... conservándote a ti mismo como eres, seas amigo del nuevo discípulo, que no será muy estimado por Simón Pedro ni por otros, para transfundirle tu corazón...

- ¡Oh, Maestro! ¿Pero no bastas Tú?

- Yo soy el Maestro. A mí no se me dirá todo. Tú eres el condiscípulo, poco más joven, con quien será más fácil abrirse. No digo que me refieras lo que él te diga. Odio a los espías y a los traidores. Sí te pido que lo evangelices con tu fe y caridad, con tu pureza, Juan. Es una tierra contaminada por aguas muertas; hay que secarla con el sol del amor, purificarla con la honestidad de pensamientos, deseos y obras, cultivarla con la fe. Tú puedes hacerlo.

- Si crees que puedo... ¡sí! Si Tú dices que puedo hacerlo, lo haré. Por amor tuyo...

- Gracias, Juan.

- Maestro, has hablado de Simón Pedro, y me he acordado de lo primero que tenía que decirte. La alegría de oírte me lo había alejado del pensamiento. Después de volver a Cafarnaúm, pasada la fiesta de Pentecostés, encontramos la consabida suma de ese desconocido. El niño se la había llevado a mi madre. Yo se la di a Pedro y él me la devolvió diciendo que la usase un poco para el regreso y la estancia en Doco y que el resto te lo trajera a ti para lo que pudieras necesitar... porque también Pedro pensaba que éste es un lugar incómodo... Pero Tú dices que no... Yo sólo he sacado dos denarios para dos pobrecillos que encontré cerca de Efraím. Por lo demás, me he mantenido con lo que me había dado mi madre y lo que me han dado algunas buenas personas a las que he predicado tu Nombre. Aquí tienes la bolsa.

- Se la distribuiremos mañana a los pobres. Así también Judas aprenderá nuestras costumbres.

- ¿Ha venido tu primo? ¿Cómo se las ha arreglado para darse tanta prisa? Estaba en Nazaret y no me habló de partir...

- No. Judas es el nuevo discípulo. Es de Keriot. Tú lo has visto por Pascua, aquí, la tarde de la curación de Simón. Estaba con Tomás.

- ¡Ah! ¿Es él? — Se le nota un poco turbado a Juan.

- Es él. ¿Y Tomás qué hace?

- Ha obedecido lo que habías dicho, dejando a Simón Cananeo y yendo por la vía del mar al encuentro de Felipe y Bartolomé.

- Sí, quiero que os améis sin preferencias, ayudándoos mutuamente, comprendiéndoos mutuamente. Nadie es perfecto, Juan. Ni los jóvenes ni los viejos. Pero si tenéis buena voluntad llegaréis a la perfección; lo que os falte lo pondré Yo. Vosotros sois como los hijos de una santa familia. En ella hay muchos caracteres distintos. Uno es fuerte; el otro, dulce o valiente o tímido o impulsivo o muy cauto. Si todos fuerais iguales, constituiríais una potencia en un carácter, pero estaríais incompletos en todos los demás; mientras que así formáis una unión perfecta porque os completáis unos a otros. El amor os une — debe uniros —, el amor por la causa de Dios.

- Y por ti, Jesús.

- Primero la causa de Dios y luego el amor hacia su Cristo.

- Yo... ¿qué soy yo en nuestra familia?

- Eres la paz amorosa del Cristo de Dios. ¿Estás cansado, Juan? ¿Quieres regresar? Yo me quedo a orar.

- Yo también me quedo a orar contigo. Déjame quedarme a orar contigo.

- Bien, quédate.

Jesús recita algunos salmos y Juan le sigue; pero la voz se apaga, y el apóstol se queda dormido con la cabeza en el regazo de Jesús, que sonríe y extiende su manto sobre los hombros del durmiente y continúa orando mentalmente.

La visión termina así.

Luego dice Jesús:

- Una comparación más entre mi Juan y otro discípulo, comparación en la que aparece aún más límpida la figura de mi predilecto.

Éste se despoja incluso de su modo de pensar y juzgar para ser "el discípulo". Juan es aquel que se dona sin querer retener de sí, del sí mismo anterior a la elección, ni siquiera una molécula. Judas, sin embargo, es aquel que no se quiere despojar de sí mismo: la suya es, por tanto, una donación irreal; lleva consigo su yo enfermo de soberbia, de sensualidad, de avidez; conserva su modo de pensar; neutraliza, por tanto, los efectos de la donación y de la Gracia.

Judas: primero de la serie de todos los apóstoles frustrados. ¡Y son tantos...! Juan: arquetipo de los que se hacen hostia por mi amor: tu arquetipo.

Yo y mi Madre somos las Hostias excelsas. Alcanzarnos es difícil, es más, imposible, porque nuestro sacrificio fue de una aspereza total. ¡Pero mi Juan!... Es esa hostia que pueden imitar mis amantes de todas las clases: virgen, mártir, confesor,

evangelizador, siervo de Dios y de la Madre de Dios, activo y contemplativo; él dispone de un ejemplo para todos: es aquel que ama.

Observa los distintos modos de razonar. Judas investiga, cavila, opone resistencia, y, aunque externamente parezca que cede, en realidad conserva su forma mental. Juan se siente nada, acepta todo, no pide razones, se siente satisfecho con hacerme feliz. Este es el ejemplo.

¿Y no te has sentido invadida de paz ante su amor sencillo y encantador? ¡Mi Juan! ¡Y mi pequeño Juan, al que deseo ver cada vez más semejante a mi predilecto! María, acepta todo, diciendo siempre como el Apóstol: "Todo lo que Tú haces está bien hecho, Maestro" para merecer siempre que se te diga: "Eres mi amorosa paz". También necesito alivio Yo, María, (habla Jesús a María Valtorta). Dámelo. Mí Corazón para descanso tuyo.

## 71

## Judas Iscariote presentado a Juan y a Simón Zelote.

Veo a Jesús con Judas Iscariote, pasear yendo y viniendo junto a una de las puertas del recinto del Templo.

- ¿Estás seguro de que vendrá? - pregunta Judas.

- Estoy seguro. Partía al alba, de Betania, y se encontraría en Get-Sammi con mi primer discípulo...

Una pausa. Jesús se para y mira fijamente a Judas — se lo ha puesto de frente; lo estudia —, luego le pone una mano encima del hombro y le pregunta:

- ¿Por qué, Judas, no me expresas tu pensamiento?

- ¿Qué pensamiento? No tengo un pensamiento especial en este momento, Maestro. Te hago incluso demasiadas preguntas. La verdad es que no puedes quejarte de mutismo por mi parte.

- Me haces muchas preguntas y me das muchas informaciones detalladas sobre la ciudad y sus habitantes, pero no me abres tu ánimo. ¿Qué importancia pueden tener para mí las noticias sobre el censo y la estructura de ésta o aquella familia? No soy una persona que no tenga nada que hacer y que haya venido aquí en plan de pasar el rato. Tú sabes para qué he venido. Y, como puedes comprender, ante todo me apremia ser el Maestro de mis discípulos. Por eso quiero por parte de ellos sinceridad y confianza. ¿Te quería tu padre, Judas?

- Me quería mucho. Yo era su orgullo. Cuando volvía de la escuela, e incluso después, cuando volvía a Keriot desde Jerusalén, quería que le dijese todo. Mostraba interés por todo lo que yo hacía. Si eran cosas buenas, se alegraba. Si eran menos buenas, me confortaba. Si había cometido algún error — alguna vez, ya se sabe, todos erramos — y, por ello, había recibido una reprensión, él me mostraba toda la justicia de la amonestación recibida, o todo el error de mi acción. ¡Pero, lo hacía con tanta dulzura...! Parecía un hermano mayor. Terminaba siempre así: "Esto te lo digo porque quiero que mi Judas sea una persona justa. Quiero que me bendigan a través de mi hijo...". Mi padre...

Jesús, que ha estado en todo momento mirando fija y atentamente al discípulo, sinceramente conmovido ante la evocación del padre, dice:

- Mira, Judas, estate seguro de cuanto te digo. Ninguna obra le hará tan feliz a tu padre como el que me seas fiel discípulo. El espíritu de tu padre exultará, allí, donde espera la luz — porque si te educó así debió ser justo —, si ve que eres discípulo mío. Pero, para serlo, tú debes decirte: "He vuelto a encontrar a mi padre perdido, al padre que parecía un hermano mayor; lo he encontrado de nuevo en mi Jesús, y a Él, como al padre amado que todavía lloro, le diré todo, para recibir guía, bendición o dulce amonestación". ¡Quiera el Eterno y quieras tú, sobre todo tú, que Jesús no tenga otra cosa que decirte sino: "Eres bueno. Te bendigo"!.

- ¡Oh, sí, Jesús, sí! Si me amas mucho, sabré llegar a ser bueno, como Tú quieres y como quería mi padre. Y mi madre así ya no tendrá esa espina en el corazón. Ella decía siempre: "Te has quedado sin guía, hijo, y todavía tenías mucha necesidad de ella". ¡Cuando sepa que te tengo a ti...!.

- Yo te amaré como ningún otro ser humano podría hacerlo. Te amaré mucho. Te amo mucho. No me defraudes.

- No, Maestro, no. Estaba lleno de conflictos interiores. Envidias, celos, ambiciones de ser el primero, carnalidad; todo luchaba en mí contra las voces buenas. Incluso, hace poco, ¿ves?, Tú me has proporcionado un sufrimiento. Bueno, Tú no, me lo ha proporcionado mi malvada naturaleza... Yo creía que era tu primer discípulo... y me has dicho que tienes ya otro.

- Lo viste tú mismo. ¿No te acuerdas que en el Templo, durante la Pascua, estaba con muchos galileos?

- Creía que eran amigos... Creía que yo era el primer discípulo elegido y, por tanto, el predilecto.

- No hay distinciones en mi corazón entre los últimos y los primeros. Si el primero cometiera faltas y el último fuese santo, entonces sí se crearía ante los ojos de Dios la distinción. Pero Yo, Yo amaré lo mismo: con un amor beato al santo, con un amor doloroso al pecador. Mira, allí viene Juan con Simón: Juan es el primero; Simón es aquel de quien te hablé hace dos días. Tú ya los has visto a Simón y a Juan. Uno estaba enfermo...

- ¡Ah, el leproso! Ya me acuerdo. ¿Ya es discípulo tuyo?

- Desde el día siguiente.

- Y yo ¿por qué tanta espera?

- ¡¿Judas?!

- Es verdad. Perdón.

Juan ha visto al Maestro y se lo indica a Simón. Aceleran el paso. El saludo de Juan es un cambio de besos con el Maestro. Simón, por el contrario, se postra ante Jesús y besa sus pies exclamando:

- ¡Gloria a mi Salvador! ¡Bendice a tu siervo para que sus acciones sean santas a los ojos de Dios, y yo le dé gloria bendiciéndolo por haberme otorgado a ti!

Jesús le pone la mano sobre la cabeza:

- Sí, te bendigo para darte las gracias por tu trabajo. Álzate, Simón. Mira, Juan; mira, Simón: éste es el último discípulo, también él quiere seguir la Verdad; es hermano, por tanto, para todos vosotros.

Se saludan mutuamente. Los dos judíos con recíproca indagación, Juan expansivamente.

- ¿Estás cansado, Simón? - pregunta Jesús.

- No, Maestro. Junto con la salud me ha venido un vigor que aún no conocía.

- Y sé que lo empleas bien. He hablado con muchos y todos me han referido de ti que los habías instruido sobre el Mesías.

Simón sonríe contento.

- Ayer por la tarde también hablé de ti con un honesto israelita. Espero que un día lo conozcas. Quisiera llevarte a él.

- Esto no es imposible.

Judas interviene:

- Maestro, me has prometido que vendrías conmigo a Judea.

- E iré. Simón continuará instruyendo a las personas acerca de mi venida. El tiempo es breve, amigos, y la gente es mucha. Yo ahora me voy con Simón. Por la tarde vosotros dos vendréis a mi encuentro por el camino del Monte de los Olivos. Distribuiremos dinero a los pobres. Ahora marchaos.

Jesús, solo con Simón, le pregunta:

- Esa persona de Betania ¿es un verdadero israelita?

- Un verdadero israelita. Participa de todas las ideas imperantes, pero tiene también verdadera ansia del Mesías. Cuando le dije: "Él está entre nosotros", respondió enseguida: "¡Dichoso yo que vivo en esta hora!".

- Iremos a verlo un día, a llevar bendición a su casa. ¿Has visto al nuevo discípulo?

- Lo he visto. Es joven y parece inteligente.

- Sí. Lo es. Tú, que eres judío, compadécelo por sus ideas, más que a los otros.

- ¿Es un deseo o una orden?

- Es una dulce orden. Tú, que has sufrido, puedes tener más indulgencia. El dolor es maestro de muchas cosas.

- Si Tú me lo ordenas, seré con él todo indulgencia.

- Sí. Así. Quizás mi Pedro — y no sólo él — se escandalizará un poco al ver cómo cuido a este discípulo y me preocupo de él. Pero un día comprenderán... Cuanto peor formado está uno, más necesidad tiene de cuidados. Los otros... ¡oh!, los otros se forman incluso por sí mismos, por el solo contacto. Yo no quiero hacer todo solo. Pido la voluntad del hombre y la ayuda de los demás para formar a un hombre. Os llamo a ayudarme... y os agradezco la ayuda.

- Maestro, ¿estás suponiendo que te va a defraudar?

- No. Pero es joven, y ha crecido en Jerusalén.

- ¡Oh! A tu lado se corregirá de todos los vicios de esta ciudad... Estoy seguro de ello. Yo, viejo y seco por el rencor, he quedado completamente renovado desde que te vi...

Jesús susurra:

- ¡Que así sea! - Luego dice fuerte - Ven conmigo al Templo. Voy a evangelizar al pueblo.

## 72

## Hacia Belén con Juan, Simón Zelote y Judas Iscariote.

Ya desde las primeras horas de la mañana veo a Jesús en el momento en que llega a una cita que tiene con los discípulos Simón y Judas en la misma puerta de siempre. Jesús ya estaba con Juan. Y oigo que dice:

- Amigos, os pido que vengáis conmigo por la Judea; si no os cuesta demasiado, especialmente a ti, Simón.

- ¿Por qué, Maestro?

- Es áspero el camino por los montes de Judea... y tal vez incluso te resultará más áspero el encontrar a ciertas personas que te han causado perjuicios.

- Por lo que respecta al camino, te aseguro una vez más que desde que me curaste me siento más fuerte que un muchacho joven, y no me pesa ningún esfuerzo; además, siendo por ti, y, ahora, por si fuera poco, contigo... Por lo que respecta al encuentro con los que me hicieron el mal, en el corazón de Simón, desde que es tuyo, ya no hay resentimientos, y ni siquiera sentimientos duros. El odio cayó junto con las escamas de la enfermedad. Y no sé, créelo, si decirte que hiciste un milagro mayor al curarme la carne corroída o el alma abrasada por el rencor. Pienso que no me equivoco si digo que el milagro más grande fue este último. Sana siempre con menos facilidad una llaga del espíritu... y Tú me curaste improvisamente. Esto es un milagro, porque... no, uno no se cura de repente, aunque quiera hacerlo con todas sus fuerzas; no se cura el hombre de un hábito moral, si Tú no anulas ese hábito con tu voluntad santificante.

- No juzgas erradamente.

- ¿Por qué no lo haces así con todos? - pregunta Judas un poco resentido.

- Pero si lo hace, Judas. ¿Por qué le hablas así al Maestro? ¿No te sientes distinto desde que lo conoces? Yo ya era discípulo de Juan el Bautista, pero me he visto completamente cambiado desde que Él me dijo: "Ven".

Juan, que generalmente no interviene, especialmente si ello supone adelantarse al Maestro, esta vez no se sabe callar. Dulce y afectuoso, ha depositado una mano sobre el brazo de Judas como para calmarlo y le habla afanoso y persuasivo. Luego se da cuenta de que ha hablado antes que Jesús, se pone colorado y dice:

- Perdón, Maestro. He hablado en tu lugar... Pero quería... quería que Judas no te causara dolor.

- Sí, Juan. Pero no me ha apenado como discípulo. Cuando lo sea, entonces, si persiste en su modo de pensar, me causará dolor. Me entristece sólo el constatar lo corrompido que está el hombre por Satanás, y cómo éste le aparta el pensamiento del recto camino. ¡Todos, ¿sabéis?, todos tenéis el pensamiento turbado por él! Pero vendrá, ¡oh!, vendrá el día en que tendréis en vosotros la Fuerza de Dios, la Gracia; tendréis la sabiduría con su Espíritu... Entonces dispondréis de todo para juzgar justamente.

- ¿Juzgaremos todos justamente?

- No, Judas.

- Pero, ¿te refieres a nosotros, discípulos, o a todos los hombres?

- Hablo aludiendo primero a vosotros, pero también a todos los demás. Cuando llegue la hora, el Maestro creará a sus obreros y los mandará por el mundo...

- ¿No lo haces ya?

- Por ahora sólo me sirvo de vosotros para decir: "El Mesías está entre nosotros. Id a Él". Llegada la hora, os haré capaces de predicar en mi nombre, de cumplir milagros en mi nombre...

- ¡Oh!, ¿también milagros?

- Sí, en los cuerpos y en las almas.

- ¡Cuánto nos admirarán entonces! — se le ve a Judas alborozado ante esta idea.

- Pero ya no estaremos con el Maestro entonces... y yo tendré siempre miedo de hacer con capacidad de hombre lo que es de Dios - dice Juan, y mira a Jesús pensativamente, y también un poco triste.

- Juan, si el Maestro lo permite, quisiera decirte lo que pienso — es Simón quien ha hablado.

- Díselo. Deseo que os aconsejéis mutuamente.

- ¿Ya sabes que es un consejo?

Jesús sonríe y calla.

- Pues bien, entonces yo te digo, Juan, que no debes, no debemos temer. Apoyémonos en su sabiduría de Maestro santo, y en su promesa. Si Él dice: "Os mandaré", es señal de que sabe que puede enviarnos sin que le perjudiquemos a Él ni a nosotros, o sea, a la causa de Dios que todos amamos como se ama a la propia esposa recién casada. Si Él nos promete vestir nuestra miseria intelectual y espiritual con los fulgores de la potencia que el Padre le da para nosotros, debemos estar seguros de que lo hará, y nosotros tendremos ese poder de que nos habla el Maestro; no por nosotros, sino por su misericordia. Pero, ciertamente, todo esto sucederá si nosotros no ponemos orgullo, deseo humano, en nuestro obrar. Pienso que si corrompemos nuestra misión — que es completamente espiritual — con elementos terrestres, entonces decaerá también la promesa del Cristo; no por incapacidad suya, sino porque nosotros ahogaremos esta capacidad con el lazo de la soberbia. No sé si me explico bien.

- Te explicas muy bien. Me he equivocado yo. Pero mira... pienso que, en el fondo, desear ser admirados como discípulos del Mesías, suyos hasta el punto de haber merecido hacer lo que Él hace, es deseo de aumentar aún más la potente figura del Cristo ante las gentes. Gloria al Maestro que tiene tales discípulos; esto es lo que yo quiero decir - le responde Judas.

- No todo es erróneo en tus palabras. Pero... mira, Judas. Yo vengo de una casta perseguida por... por haber entendido mal qué y cómo debe ser el Mesías. Sí. Si nosotros lo hubiéramos esperado con justa visión de su ser, no habríamos podido caer en errores que son blasfemias contra la Verdad y rebelión contra la ley de Roma; por lo cual fuimos castigados por Dios y por Roma. Hemos querido ver en el Cristo un conquistador y un libertador de Israel, un nuevo Macabeo, y más grande que el gran Judas... Esto sólo. Y ¿por qué? Porque hemos cuidado más de nuestros intereses (los de la patria y los de los ciudadanos) que de los intereses de Dios. ¡Oh!, santo es también el interés de la patria. Pero, ¿qué es comparado con el Cielo eterno? He aquí cuanto he pensado y visto en las largas horas de persecución, primero, y de segregación, después; cuando, fugitivo, me escondía en las madrigueras de los animales salvajes, condividiendo con ellos lecho y alimento, para escapar de la fuerza romana, y sobre todo de las delaciones de los falsos amigos; o cuando, esperando la muerte, ya gustaba el olor del sepulcro en mi cueva de leproso: he visto la figura verdadera del Mesías... la tuya, Maestro humilde y bueno, la tuya, Maestro y Rey del espíritu, la tuya, oh Cristo, Hijo del Padre que al Padre conduces, y no a los palacios de tierra, no a las deidades de barro. Tú... ¡oh!, me resulta fácil seguirte... porque — perdona mi osadía que se proclama justa — porque te veo como te he pensado; te reconozco, en seguida te reconocí. Sí, no ha sido un conocimiento de ti, sino un reconocer a Uno que ya el alma había conocido...

- Por esto te he llamado... y por esto te llevo conmigo, ahora, en este primer viaje mío por Judea. Quiero que completes el reconocimiento... y quiero que también éstos, a los cuales la edad los hace menos capaces de llegar a lo verdadero por medio de meditación severa, sepan cómo su Maestro ha llegado a esta hora... Entenderéis luego. He aquí, ante nuestros ojos, la torre de David; la Puerta Oriental está cerca.

- ¿Salimos por ella?

- Sí, Judas. En primer lugar vamos a Belén, donde nací... Conviene que lo sepáis... para decírselo a los otros. También esto tiene que ver con el conocimiento del Mesías y de la Escritura. Encontraréis las profecías escritas en las cosas, con voz no ya de profecía sino de historia. Demos la vuelta rodeando las casas de Herodes...

- La vieja raposa malvada y lujuriosa.

- No juzguéis. Para juzgar está Dios. Vamos por ese sendero entre estas huertas. Nos detendremos a la sombra de un árbol, junto a alguna casa hospitalaria, mientras el sol abrase; luego proseguiremos el camino.

## 73

## En Belén, en casa de un campesino  y en la gruta de la Natividad.

Un camino de llanura pedregosa, polvorienta, secada por el sol estival. Discurre entre vigorosos olivos, del todo llenos de pequeñas aceitunas que acaban de formarse. El suelo, en los lugares que no han sido aún pisados, tiene todavía un estrato de diminutas florecitas del olivo, caídas después de la fecundación.

Jesús, con los tres, avanza en fila india a lo largo del margen del camino, donde la sombra de los olivos ha mantenido la hierba todavía verde, y por ello hay menos polvo.

El camino cambia de dirección en ángulo recto y sube levemente hacia una cuenca que tiene forma de amplia herradura, en la cual están esparcidas numerosas casas, más o menos grandes, hasta formar una pequeña ciudad. Exactamente en el punto donde el camino vuelve, hay una construcción cúbica cubierta por una pequeña cúpula baja; está completamente cerrada, como abandonada.

- He ahí el sepulcro de Raquel - dice Simón.

- Entonces casi hemos llegado. ¿Entramos inmediatamente en la ciudad?

- No, Judas. Antes os enseñaré un lugar... Después entraremos en la ciudad y, dado que hay todavía claridad y por la noche habrá Luna, podremos hablarle a la población, si quiere escuchar.

- ¿Cómo quieres que no te escuche?

Llegan al sepulcro, antiguo pero bien conservado, bien blanqueado. Jesús se detiene a beber en un rústico pozo cercano.

Una mujer, que ha venido a sacar agua, se la ofrece. Jesús le pregunta:

-¿Eres de Belén?.

- Lo soy. Pero ahora, en tiempo de recolección, estoy con mi marido en estos campos, para cuidar los huertos y los árboles frutales. Y Tú, ¿eres galileo?

- Nací en Belén, pero estoy en Nazaret de Galilea.

- ¿También tú perseguido?

- La familia. Pero por qué dices: "¿También Tú?" ¿Entre los betlemitas hay muchos perseguidos?

- ¿No lo sabes? ¿Cuántos años tienes?

- Treinta.

- Entonces naciste justamente cuando... ¡oh, qué desdicha! ¿Pero por qué nació aquí aquél?

- ¿Quién?

- Aquel que se decía que era el Salvador. Maldición a los necios que, borrachos de sidra, vieron en las nubes ángeles, oyeron en los balidos y rebuznos voces del Cielo y, en la niebla de su embriaguez, tomaron a tres miserables por los más santos de la Tierra. ¡Maldición a ellos! Y a quien creyó en ellos.

- No haces más que proferir maldiciones, pero no me explicas qué sucedió. ¿Por qué esas imprecaciones?

- Porque... Oye: ¿adónde quieres ir?

- A Belén, con mis amigos. Tengo compromisos allí. Debo saludar a viejos amigos y llevarles el saludo de mi Madre. Pero antes querría saber muchas cosas, porque faltamos, nosotros los de la familia, desde hace muchos años. Dejamos la ciudad teniendo Yo pocos meses.

- Antes de la desgracia, entonces. 0ye, si no te repugna la casa de un campesino, ven a compartir con nosotros el pan y la sal. Tú y tus compañeros. Hablaremos durante la cena y os hospedaré hasta mañana por la mañana. Mi casa es pequeña, pero encima del establo hay mucho heno amontonado. La noche será cálida y serena. Si lo ves oportuno, puedes dormir.

- Que el Señor de Israel te pague tu hospitalidad. Iré con alegría a tu casa.

- El peregrino porta consigo bendición. Vamos. Pero tengo que echar todavía seis ánforas de agua a las verduras que han nacido hace poco.

- Yo te ayudo.

- No. Tú eres un señor; lo dice tu manera de actuar.

- Soy un obrero, mujer. Y éste es pescador. Éstos, judíos, son de censo y de empleo. No Yo - Y toma un ánfora que está recostada sobre su panza junto al bajísimo brocal del pozo, la ata y la descuelga.

Juan le ayuda, y los otros no quieren ser menos. Le dicen a la mujer:

- ¿Dónde está el huerto? Muéstranoslo: llevaremos allí las tinajas.

- ¡Dios os bendiga! Tengo los riñones hechos polvo del cansancio. Venid...

Y, mientras Jesús extrae su cántaro, los tres desaparecen hacia abajo por un senderillo... Después vuelven con los dos cántaros vacíos; los llenan, vuelven a marcharse... Y esto lo hacen no tres sino diez veces. Y Judas ríe diciendo:

- Se está destrozando la garganta de bendecimos. Le damos tanta agua a la ensalada que durante al menos dos días la tierra estará húmeda y esta mujer no se hará migas los lomos.

Cuando vuelve por última vez dice:

- Maestro, de todas formas, creo que hemos venido a parar a un mal sitio.

- ¿Por qué, Judas?

- Porque la tiene tomada con el Mesías. Le he dicho: "No blasfemes. ¿No sabes que el Mesías es la mayor gracia para el pueblo de Dios? Yeové se lo prometió a Jacob y a partir de él a todos los Profetas y justos de Israel. ¿Y Tú lo odias?" Me ha

respondido: "No a Él, sino al que llamaron "Mesías" unos pastores borrachos y unos malditos adivinos de Oriente". Y como ése eres Tú...

- No importa. Sé que he sido introducido en el mundo para prueba y contradicción de muchos. ¿Le has dicho que soy Yo?

- No, no soy estúpido. He querido cubrir tus espaldas y las nuestras.

- Has hecho bien. No por las espaldas, sino porque deseo manifestarme cuando lo juzgue justo. Vamos.

Judas lo guía hasta el huerto.

La mujer vacía los últimos tres cántaros y luego los conduce hacia una rústica construcción entre los árboles frutales.

- Entrad - dice - Mi marido está ya en casa.

Se asoman a una baja y ahumada cocina.

- La paz sea en esta casa - saluda Jesús.

- Quienquiera que seas, bendición a ti y a los tuyos. Entra - responde el hombre. Primero trae un barreño con agua para que los cuatro se refresquen y se limpien, luego entran todos y se sientan alrededor de una tosca mesa.

- Os doy las gracias por mi mujer. Me ha dicho lo que habéis hecho. Yo nunca había conocido galileos y me habían dicho que eran burdos y pendencieros. Pero vosotros habéis sido amables y buenos. ¡Estando ya cansados... trabajar tanto! ¿Venís desde lejos?

- De Jerusalén. Éstos son judíos. Yo y este otro somos de Galilea. Pero, créeme, hombre: el bueno y el malo están en todas partes.

- Es verdad. Yo, como primer encuentro con los galileos, encuentro al bueno. Mujer: trae de comer. No tengo más que pan, verduras, aceitunas y queso. Soy campesino.

- No soy un señor tampoco Yo. Soy carpintero.

- ¿Tú? No, a juzgar por tus modales.

La mujer interviene:

- Nuestro huésped es de Belén, te lo he dicho, y, si persiguen a los suyos, habrán sido quizás ricos e instruidos como lo eran Josoé de Ur, Matías de Isaac, Leví de Abraham... ¡pobres infelices!...

- Nadie te ha preguntado. Perdónala. Las mujeres son más charlatanas que las gorrionas por la tarde.

- ¿Eran familias de Belén?

- ¿Cómo? ¿No sabes quiénes eran, siendo Tú de Belén?

- Huimos cuando Yo tenía pocos meses...

La mujer, que debe ser realmente una cotorra, vuelve a hablar:

- Se marchó antes de la masacre.

- ¡Ya lo veo! Si no, no estaría en el mundo. ¿No has vuelto nunca?

- No.

- ¡Qué gran desdicha! Encontrarás a pocos de los que — me lo ha dicho Sara — quieres conocer y saludar. A muchos los mataron, muchos huyeron, muchos... ¡bah!, desperdigados, y no se ha sabido nunca si murieron en el desierto o si fueron acallados en la cárcel en castigo de su rebelión. Pero, ¿fue rebelión? ¿Quién habría permanecido inerte dejando degollar a tantos inocentes? No, ¡que no es justo que estén todavía vivos Leví y Elías, y hayan muerto tantos inocentes!

- ¿Quiénes son esos dos, y qué hicieron?

- ¡Pero bueno!... al menos habrás oído hablar de la matanza, de la matanza de Herodes... Más de mil pequeñuelos, en la ciudad; otro millar casi, en los campos. Y todos, bueno, casi todos, varones, porque con la furia, con la oscuridad, con el revuelo, los desalmados tomaron, arrancaron de las cunas, de los lechos maternos, de las casas que asaltaron, incluso niñitas y las traspasaron con las armas como a gacelas lactantes tomadas como blanco por un arquero. Y todo esto ¿por qué? Porque un grupo de pastores, que para vencer el hielo nocturno ciertamente habían bebido sus buenos tragos de sidra, cayeron en delirio y dijeron que habían visto ángeles, que habían oído canciones, recibido señales... y nos dijeron a los de Belén: "Venid. Adorad. El Mesías ha nacido". ¡Fíjate: el Mesías en una cueva! Realmente tengo que decir que todos nos comportamos como ebrios, también yo, adolescente, y mi mujer, que entonces tenías pocos años... porque todos creímos, y, en una pobre mujer galilea quisimos ver a la Virgen que da a luz, de que hablaron los Profetas. ¡Pero si estaba con un tosco galileo!; el marido, claro; y, si estaba casada, ¿cómo podía ser la "Virgen"? En definitiva: creímos. Dones, adoraciones... casas abiertas para hospedarlos... ¡Oh, habían sabido hacer bien su papel! ¡Pobre Ana! Le fueron en ello los bienes y la vida, y los hijos de su hija — la primera, la única que se salvó porque estaba casada con un mercader de Jerusalén — perdieron también los bienes, porque Herodes mandó quemar la casa y talar toda la propiedad. Ahora es un terreno baldío en el que pace el ganado.

- ¿Los pastores tuvieron toda la culpa?

- No, también tres brujos que venían de los reinos de Satanás. Quizás eran compinches de los tres...; Y nosotros, estúpidos, que nos considerábamos tan honrados por su presencia! ¡Aquel pobre jefe de la sinagoga! Lo matamos por jurar que las profecías avalaban la verdad de las palabras de los pastores y de los magos...

- Por tanto, ¿toda la culpa fue de los pastores y de los magos?

- No, galileo. También nuestra. De nuestra credulidad. ¡Se le esperaba desde hacía tanto tiempo al Mesías...! Siglos de espera. Muchas desilusiones en los últimos tiempos por los falsos mesías. Uno era galileo, como Tú, otro se llamaba Teoda. ¡Embusteros! ¡Mesías ellos!... ¡No eran más que ambiciosos aventureros en busca de fortuna! Deberíamos haber aprendido la lección. Sin embargo...

- Y entonces, ¿por qué maldecís todos a los pastores y a los magos? Si os juzgáis estúpidos vosotros también, deberíais también malderiros a vosotros mismos. Ahora bien, la maldición no está permitida por el precepto del amor. Maldición atrae

maldición. ¿Tenéis la seguridad de que estáis en lo justo? ¿No podría ser que los pastores y los magos hubieran dicho la verdad, revelada a ellos por Dios? ¿Por qué querer creer que fueran embusteros?

- Porque los años de la profecía no se habían cumplido. Después pensamos en ello... después de que la sangre, que volvió rojos pilones y arroyos, nos abriera los ojos del pensamiento.

- ¿Y no habría podido el Altísimo, por exceso de amor hacia su pueblo, anticipar la venida del Salvador? ¿Sobre qué basaron los magos su aserción? Me has dicho que venían de Oriente...

- En sus cálculos sobre una nueva estrella.

- ¿Y no está escrito: "Una estrella nacerá de Jacob y un cetro surgirá de Israel"? Y ¿no es Jacob el gran patriarca, y no se detuvo en esta tierra de Belén estimada por él como pupila de su ojo, porque fue donde murió su amada Raquel? ¿Y no fue dicho también por boca profética: "Un retoño despuntará de la raíz de Jesé y una flor saldrá de esta raíz"? Iesaí, padre de David, nació aquí. ¿El retoño de la estirpe, serrada por la raíz por usurpación de unos tiranos, no es la "Virgen" que dará a luz a su Hijo, no de hombre, puesto que entonces ya no sería virgen, sino por querer divino, por lo cual El será "el Emmanuel" porque: Hijo de Dios, será Dios; y traerá, por tanto, a Dios a habitar entre su pueblo, como su nombre dice? ¿Y no será anunciado, dice la profecía, a los pueblos de las tinieblas, o sea, a los paganos, "por una gran luz"? ¿La estrella que vieron los magos no podría ser la estrella de Jacob, la gran luz de las dos profecías de Balaam y de Isaías? Y la misma matanza llevada a cabo por Herodes, ¿no forma parte de las profecías? "Un grito se ha oído en lo alto... Es Raquel que llora por sus hijos". Estaba signado que los huesos de Raquel vertieran lágrimas en el sepulcro de Efratá cuando, por el Salvador, llegara la recompensa al pueblo santo. Lágrimas para después mutarse en celeste sonrisa, como el arco iris que se forma con las últimas gotas del temporal, pero anuncia: "La serenidad ha sido concedida".

- Eres muy docto. ¿Eres Rabí?

- Lo soy.

- Y yo lo percibo. Hay luz y verdad en tus palabras. Pero... ¡oh!, demasiadas heridas sangran todavía en esta tierra de Belén por el verdadero o falso Mesías... Yo no le aconsejaría que viniera jamás aquí. La tierra lo rechazaría como se rechaza a un hijastro por cuya causa murieron los verdaderos hijos. Pero... si era Él... murió degollado con los otros.

- ¿Dónde viven ahora Leví y Elías?

- ¿Los conoces? - El hombre desconfía.

- No los conozco. No conozco su rostro. Pero son infelices y Yo siempre tengo piedad de los infelices. Deseo ir a verlos.

- ¡Ya!... serás el primero después de casi seis lustros. Son todavía pastores y sirven a un rico herodiano de Jerusalén que se apropió de muchos bienes de los asesinados... ¡Siempre hay alguien que se aprovecha! Los verás con los rebaños hacia las alturas que conducen a Hebrón. Pero, un consejo: que los habitantes de Belén no te vean hablando con ellos. Te traería complicaciones. Los soportamos porque... porque está el herodiano. Si no...

-¡0h..., el odio!... ¿Por qué odiar?

- Porque es justo. Nos han causado un mal.

- Creían que actuaban bien.

- Pero actuaron mal. ¡Y mal reciban! Debíamos haberlos matado, de la misma forma que ellos, con su necedad, provocaron muertes. Pero estábamos alelados, y después... estaba el herodiano.

- Si no hubiera estado él, entonces, ¿incluso después del primer impulso de venganza, los habríais matado?

- Incluso ahora los mataríamos, si no tuviéramos miedo de su jefe.

- Hombre, Yo te digo: no odies, no desees el mal, no desees hacer el mal. Aquí no hay culpa. Pero, aunque la hubiera, perdona; en nombre de Dios, perdona. Díselo a los otros de Belén. Cuando desaparezca el odio de vuestros corazones, vendrá el Mesías; lo conoceréis entonces, porque Él vive, Él ya estaba cuando tuvo lugar la matanza. Yo os digo que la matanza no ocurrió por culpa de los pastores y de los magos, sino por culpa de Satanás. El Mesías os ha nacido aquí, ha venido a traer la Luz a la tierra de sus padres. Hijo de Madre virgen de la estirpe de David, en las ruinas de la casa de David abrió al mundo el río de las gracias eternas, abrió la vida al hombre...

- ¡Fuera, fuera! ¡Sal de aquí! Tú, seguidor de este falso Mesías, que no podía más que ser falso, porque nos ha traído desdicha, a nosotros los de Belén. Tú lo defiendes, por tanto...

- Silencio, hombre. Yo soy judío y tengo amigos en puestos importantes. Podría hacer que te arrepintieras del insulto - reacciona Judas agarrando de la túnica al campesino, y zarandeándole, violento, encendido de ira.

- No, no, ¡fuera de aquí! No quiero problemas, ni con los de Belén, ni con Roma, ni con Herodes. Marchaos, malditos, si no queréis que os deje marcados. ¡Fuera!...

- Vamos, Judas. No respondas. Dejémoslo en su odio. Dios no entra donde hay rencor. Vamos.

- Sí, vamos. Pero me la pagaréis.

- No, Judas, no. No hables así. Están ciegos... Habrá muchos así en mi camino...

Salen, después de Simón y Juan — que ya estaban fuera, hablando en voz baja con la mujer, detrás de una esquina del establo.

- Perdona a mi marido, Señor. Yo no creía hacer tanto mal... Mira, ten. Los tomarás mañana por la mañana. Son frescos, de hoy. No tengo otra cosa... Perdón. ¿Dónde vas a dormir?». (Da unos huevos).

- No te preocupes. Sé a dónde ir. Vete en paz por tu bondad. Adiós.

Caminan en silencio durante algunos metros. Luego Judas no se aguanta más y dice:

- ¡Pero también Tú...! ¡Mira que no hacerte adorar!... ¿Por qué no hacerle comer el lodo a ese sucio blasfemo? ¡Al suelo! Humillado por haberte faltado a ti, Mesías... ¡Oh, yo lo habría hecho! A los samaritanos hay que reducirlos a cenizas con un milagro. Sólo esto los mueve.

- ¡Oh, cuántas veces lo oiré decir! Pero, ¡si tuviera que reducir a cenizas a alguien por cada pecado contra mí!... No, Judas. Yo he venido para crear. No para destruir.

- Ya. Pero los demás sí que te destruyen a ti.

Jesús no rebate a Judas.

Simón pregunta:

- ¿Adónde vamos ahora, Maestro?

- Venid conmigo. Conozco un lugar».

- Pero si no has vuelto nunca, desde que huiste, ¿cómo lo conoces? - pregunta, todavía enfadado, Judas.

- Lo conozco. No es bonito. He estado allí otra vez. No es en Belén... un poco fuera... Torcemos por esta parte.

Jesús adelante, luego Simón, luego Judas, el último Juan... En el silencio, roto sólo por el roce de las sandalias contra la grava del sendero, se oye un sollozo.

- ¿Quién llora? - pregunta Jesús volviéndose.

Y Judas:

- Es Juan. Ha tenido miedo.

- No. No miedo. Había echado ya la mano al cuchillo que tengo en el cinto... Pero me he acordado de tu: "No mates, perdona". Lo dices siempre...

- Y entonces, ¿por qué lloras? - pregunta Judas.

- Porque sufro viendo que el mundo no quiere a Jesús. No lo reconoce y no lo quiere conocer. ¡Oh..., es un dolor de tal naturaleza!... Como si me hurgasen en el corazón con espinas de fuego. Como si hubiera visto pisotear a mi madre y escupirle a mi padre en la cara... Más aún... Como si hubiera visto a los caballos romanos comer en el Arca Santa y descansar en el Santo de los Santos.

- No llores, Juan mío. Dirás, ésta e infinitas veces: "Él era la Luz venida a resplandecer entre las tinieblas, pero las tinieblas no lo comprendieron. Vino al mundo que había sido hecho por Él, mas el mundo no lo conoció. Vino a su ciudad, a su casa, y los suyos no lo recibieron". ¡Oh, no llores así!

- ¡Esto no sucede en Galilea! - suspira Juan.

- Y tampoco en Judea - replica Judas - Jerusalén es su capital y hace tres días te aclamaba a ti, Mesías; este lugar de burdos pastores, campesinos y hortelanos, no hay que tomarlo como punto de referencia. Tampoco los galileos, ¡vamos!, serán todos buenos. Y además Judas, el falso Mesías, ¿de dónde era? Se decía...

- Basta, Judas. No conviene alterarse. Yo estoy tranquilo, estad tranquilos también vosotros. Judas, ven aquí. Tengo que hablar contigo.

Judas se llega hasta Jesús.

- Toma la bolsa. Tú te encargarás de las compras. Para mañana.

- ¿Y ahora dónde nos vamos a alojar?

Jesús sonríe y calla.

Ha llegado la noche. La luna viste todo de candor. Los ruiseñores cantan entre los olivos. El riachuelo parece una cinta de plata sonora. De los prados segados llega olor de forrajes: caliente, diría... carnal. Algún mugido. Algún balido. Y estrellas, estrellas, estrellas... una siembra de estrellas en la capa del cielo, un baldaquino de gemas vivas extendido sobre las colinas de Belén.

- ¡Pero aquí!... Hay ruinas. ¿Adónde nos llevas? La ciudad está más allá.

- Lo sé. Ven. Sigue el riachuelo detrás de mí. Unos pocos pasos más, y luego... luego te ofreceré el lugar de alojamiento del Rey de Israel.

Judas se encoge de hombros y calla.

Unos pocos pasos más. Luego un amasijo de casas derruidas. Restos de viviendas... Un antro entre dos aberturas de una gruesa pared.

Jesús dice:

- ¿Tenéis yesca? Encended.

Simón saca un pequeño farol de su bolsa, lo enciende y se lo da a Jesús.

- Entrad - dice el Maestro levantando la lamparita - Entrad. Esta es la estancia de la natividad del Rey de Israel.

- ¡Estás de broma, Maestro! Ésta es una fétida cueva. ¡Ah, yo aquí, por supuesto, no me quedo! Me da asco: húmeda, fría, maloliente, llena de escorpiones, hasta de culebras quizás...

- Y a pesar de todo... amigos, aquí, la noche del 25 de Encenias, de la Virgen nació Jesucristo, el Emmanuel, el Verbo de Dios hecho carne por amor al hombre: quien os está hablando. En aquel entonces, como ahora, el mundo se mostró sordo ante las voces del Cielo que hablaban a los corazones... y rechazó a mi Madre... y aquí... No, Judas, no desvíes con desagrado la mirada de esos murciélagos que revolotean, de esos lagartos, de esas telas de araña; no te recojas con asco tu bonita vestimenta bordada para que no arrastre sobre el suelo cubierto de excrementos de animales. Esos murciélagos son los hijos de los hijos de los que en realidad fueron los primeros juguetes agitados ante los ojos del Niño, por el cual los ángeles cantaban el "Gloria" que oyeron los pastores, que estaban ebrios, sí, pero sólo de extática alegría, de verdadera alegría. Esos lagartos, con su esmeralda, fueron los primeros colores que impresionaron mi pupila, los primeros después del candor del vestido y del rostro maternos; esas telas de araña, los baldaquinos de mi cuna regia. Este suelo... ¡oh!, lo puedes pisar sin desdén... Está cubierto de excrementos... pero está santificado por el pie de Ella, la Santa, la gran Santa, la Pura, la Intacta, la Puérpera deípara, aquella que dio a luz porque debía dar a luz, dio a luz porque Dios, no el hombre, se lo dijo y la fecundó de sí mismo. Ella; la Sin Mancha, lo ha comprimido con sus pies. Tú lo puedes pisar. Y Dios quiera que por las plantas de tus pies te suba al corazón la pureza que Ella espiró...

Simón se ha arrodillado. Juan va derecho hacia el pesebre y llora con la cabeza apoyada en él. Judas está aterrado... le vence la emoción y, dejando de pensar en su bonita vestimenta, se arroja al suelo, coge el orlo del vestido de Jesús, lo besa y se golpea el pecho diciendo:

- ¡Misericordia, Maestro bueno, por la ceguera de tu siervo! Mi soberbia cae... te veo cual eres. No el rey que yo pensaba, sino el Príncipe eterno, el Padre del siglo futuro, el Rey de la paz. ¡Piedad, Señor y Dios mío! ¡Piedad!.

- Sí. ¡Toda mi piedad! Ahora dormiremos donde durmieron el Infante y la Virgen, ahí donde Juan se ha colocado en el lugar de la Madre en adoración, aquí donde Simón parece mi padre putativo... O, si lo preferís, os hablo de aquella noche...

- ¡Oh! sí, Maestro. Danos a conocer cómo naciste.

- Para que sea perla de luz en nuestros corazones. Y para que se lo podamos transmitir al mundo.

- Y venerar a tu Madre, no sólo por ser madre tuya, sino por ser... ¡por ser la Virgen!

Primero ha hablado Judas, luego Simón, luego Juan con rostro lloroso y risueño, junto al pesebre...

- Venid aquí sobre el heno. Escuchad........ y Jesús cuenta su noche natal:

-...Estando por cumplírsele a mi Madre el tiempo de dar a luz, por orden de César Augusto, el delegado imperial, Publio Sulpicio Quirino, siendo gobernador de Palestina Senzio Saturnino, publicó un edicto cuyo contenido era empadronar a todos los habitantes del Imperio. Los no esclavos debían dirigirse a los lugares de origen para inscribirse en los registros del Imperio. José, esposo de mi Madre, era de la estirpe de David, como también de David era mi Madre. Obedeciendo por ello al edicto, dejaron Nazaret para venir a Belén, cuna de la estirpe real. Muy frío el tiempo...

Jesús continúa su narración y todo termina así.

## 74

## En la posada de Belén y en las ruinas de la casa de Ana.

Son las primeras horas de una luminosa mañana de verano. El cielo toma unas pinceladas de rosa en algunas finas nubecitas que parecen deshiladuras de gasa perdidas en una alfombra de raso turquino. Hay todo un cantar de pájaros, ya ebrios de luz... gorriones, mirlos, petirrojos silban, gorjean, riñen por un tallito, por una larva, por una ramita que llevarse al nido, por una larva para llenar el buche, por una ramita que les sirva como dormitorio. Golondrinas se lanzan, como saetas, desde el cielo al pequeño riachuelo para mojarse el pecho de nieve, coloreado en su ápice de óxido, y, tomada la frescura de la ola, atrapada la mosquita que aún duerme colgada de un tierno tallo, se vuelven hacia arriba con un rapidísimo zigzag, como el destello de una hoja bruñida, chillando alegres.

Dos aguzanieves, vestidas de seda cenicienta, pasean graciosas como dos damiselas a lo largo de la orilla del riachuelo manteniendo bien alta la larga cola adornada de velludillos negros; se miran en el agua, se ven hermosas, continúan su paseo, mientras un mirlo, verdadero pilluelo del bosque, les hace burla y los silba por detrás con su largo pico amarillo. Dentro de un tupido manzano silvestre, que se yergue solitario junto a las ruinas, una ruiseñora llama insistentemente a su compañero, y se calla sólo cuando lo ve llegar con una larga larva que se retuerce oprimida por el fino pico. Dos palomas zuranas, que probablemente huyeron de algún palomar ciudadano y que han elegido vivir libremente entre las grietas del torreón derruido, se entregan zureando a sus manifestaciones de afecto: él seductor, pudorosa ella.

Jesús, con los brazos cruzados, mira a todos estos animalitos alegres, y sonríe.

- ¿Ya estás listo, Maestro? - pregunta Simón por detrás.

- Ya listo. ¿Los otros duermen todavía?

- Todavía.

- Son jóvenes... Me he lavado en ese riachuelo... Una agua fresca que despeja la mente...

- Ahora voy yo.

Mientras Simón — sólo con la prenda corta — se lava y se vuelve a vestir, salen Judas y Juan.

- Dios te salve, Maestro. ¿Es demasiado tarde?

- No. Apenas ha nacido la mañana. Pero ahora daos prisa. Vámonos.

Los dos se lavan y se ponen la túnica y el manto.

Jesús, antes de ponerse en camino, arranca unas florecillas nacidas entre las hendiduras de dos rocas y las coloca en una cajita de madera, en la cual ya hay otras cosas que no distingo bien. Y comenta:

- Se las voy a llevar a mi Madre. Las guardará con cariño... Vamos.

- ¿Adónde, Maestro?

- A Belén.

- ¡¿Sí?! Me parece que no hay un buen ambiente respecto a nosotros...

- No importa. Vamos. Quiero mostraros dónde bajaron los magos y dónde estaba Yo.

- Entonces... Escucha... Perdona, ¿eh?, Maestro... Permíteme que hable. ¿Por qué no hacemos una cosa? En Belén, y en la posada, deja que sea yo quien hable o pregunte. En Judea no se os estima mucho a los galileos, y aquí menos que en otras partes. Es más, ¿por qué no hacemos así?: Tú y Juan tenéis aspecto de galileos hasta en el vestido, que es demasiado simple. Y luego... ¡ese pelo...! ¿Por qué os empeñáis en llevarlo tan largo? Yo y Simón os dejamos el manto y cogemos el vuestro. Tú, Simón, a Juan; yo al Maestro. Eso es... así. ¿Ves? Parecéis, en un momento, un poco más judíos. Ahora esto - Y se quita la prenda con la que cubre su cabeza: un pedazo de tela de rayas amarillas, marrones, rojas, verdes, como el manto, alternadas; sujetado por un cordón amarillo. Lo pone sobre la cabeza de Jesús, cubriendo con él ambos lados de su cara para ocultar los largos

cabellos rubios. Juan coge el de Simón, que es de un color verde oscurísimo - ¡Bien!, ¡ahora está mejor! Yo tengo el sentido práctico.

- Sí, Judas. Tú tienes el sentido práctico. Es verdad. Ten cuidado, no obstante, con que no rebase al otro sentido.

- ¿A cuál, Maestro?

- Al sentido espiritual.

- ¡No, hombre! Pero en ciertos casos conviene saber ser más políticos que los embajadores. Escucha... perdona otra cosa... es por tu bien... no me contradigas si digo algunas cosas... algunas cosas... que realmente no son verdaderas.

- ¿Qué quieres decir? ¿Por qué mentir? Yo soy la Verdad, y no quiero mentiras, ni en mí, ni en torno a mí.

- ¡Oh!, no diré más que medias mentiras. Diré que regresamos todos de lugares lejanos, de Egipto, por ejemplo, y que deseamos tener noticias de unos amigos íntimos. Diré que somos judíos que regresamos de un destierro... En el fondo, en todo ello, hay un poco de verdadero... y, además, hablo yo... una mentira más, una mentira menos...

- ¡Pero Judas! ¿Por qué engañar?

- ¡No te preocupes, Maestro! El mundo se guía por engaños. Y, de vez en cuando, son necesarios. ¡Bien!, por darte gusto, diré sólo que venimos de lejos y que somos judíos, lo cual es verdad respecto a tres, de cuatro. Y tú, Juan, no hables nunca. Te traicionarías.

- Estaré callado.

- Luego... si las cosas se ponen bien... entonces diremos el resto. Pero tengo poca esperanza... Soy astuto y las cazo al vuelo.

- Lo veo, Judas. Pero preferiría que fueras sencillo.

- Sirve para poco. En tu grupo yo seré el de las misiones difíciles. Déjame... verás.

Jesús se muestra poco entusiasta. Pero cede.

Se ponen en camino. Rodean las ruinas; luego van siguiendo una gruesa pared sin ventanas, detrás de la cual se oye rebuznar, mugir, relinchar, balar, y ese sonido desagradable desafinado de los camellos o dromedarios. La pared hace esquina. Vuelven ésta... y se encuentran en la plaza de Belén. El pilón de la fuente está en el centro de la plaza, que sigue teniendo la misma forma sesgada, pero que ahora es distinta en el lado opuesto a la posada. En el lugar en que estaba la casita — cuando pienso en ella, la veo todavía toda de plata pura bajo el rayo de la Estrella — hay ahora una gran abertura llena de escombros. Sólo la pequeña escalera está todavía en pie con su pequeño balconcito. Jesús mira, y suspira.

La plaza está llena de gente en tomo a los vendedores de productos alimenticios, de enseres o herramientas, telas, etc., los cuales han extendido sobre esteras, o colocado en cestas, sus mercancías, todas depositadas en el suelo; hasta ellos están en cuclillas, generalmente en el centro de su... puesto, si es que no están en pie, gritando y gesticulando, cerrando un trato con algún comprador tacaño.

- Es día de mercado - dice Simón.

La puerta, más exactamente: el portal de la posada, está abierta de par en par; está saliendo una fila de asnos cargados de mercancías.

Judas es el primero en entrar. Mira a su alrededor. Pilla, altanero, a un pequeño establero sucio y desarreglado, que lleva sólo una camisa larga, sin mangas y hasta la rodilla.

- ¡Siervo! - grita. - ¡El dueño! ¡Enseguida! ¡Muévete, que no estoy acostumbrado a esperar!.

El muchacho sale corriendo, llevando consigo una escoba de ramas.

- ¡Pero Judas! ¡Qué modales!

- Calla, Maestro. Déjame a mí. Deben creer que somos ricos y de ciudad.

El dueño, que acude corriendo, se rompe la espalda de tantas reverencias como hace delante de Judas, al cual se le ve imponente con el manto rojo oscuro de Jesús encima de su rica vestidura amarilla oro, toda llena de bandas y franjas.

- Venimos de lejos. Somos judíos de las comunidades asiáticas. Éste, perseguido, betlemita de nacimiento, viene buscando a sus amigos íntimos. Y nosotros venimos con Él, de Jerusalén, donde hemos adorado al Altísimo en su Casa. ¿Puedes darnos información particularizada al respecto?

- Señor... tu siervo... Todo tuyo. Ordena.

- Queremos saber acerca de muchos... y especialmente de Ana, la mujer que tenía su casa frente a esta posada.

- ¡Oh, pobrecilla! A Ana sólo la volveréis a ver en el seno de Abraham, y, con ella, a sus hijos.

- ¿Muerta? ¿Por qué?.

- ¿No sabéis lo de la matanza de Herodes? Todo el mundo habló de ello, e incluso el César lo definió a Herodes "cerdo que se nutre de sangre". ¡Ay! ¿Qué he dicho! ¡No me denuncies! ¿Eres un auténtico judío?

- Mira el signo de mi tribu. ¿Entonces?... Habla.

- A Ana la mataron los soldados de Herodes, y con ella a todos sus hijos, menos una.

- Pero, ¿por qué? ¡Era muy buena!

- ¿La conocías?

- Muy bien - Judas miente descaradamente.

- La mataron por haber proporcionado alojamiento a los que se decían padre y Madre del Mesías... Ven aquí, a esta habitación... Las paredes oyen, y hablar de ciertas cosas... es peligroso.

Entran en una pequeña habitación oscura y baja. Se sientan en un diván también bajo.

- La cosa fue así... yo intuí algo. ¡No en vano soy posadero! He nacido aquí, soy hijo de hijos de posaderos. Llevo la malicia en la sangre. Y entonces no los acepté. Quizás hubiera podido encontrar un lugar para ellos. Pero... galileos, pobres, desconocidos... ¡no, no!, ¡Ezequías no comete este error! Y además... sentía... sentía que eran distintos... esa mujer... unos ojos... un algo... ¡no, no!; debía tener el demonio dentro y hablar con él. Y nos lo trajo aquí... A mí no, pero sí a la ciudad. Ana era

más inocente que un cordero, y los hospedó pocos días después, ya con el Niño. Decían que era el Mesías... ¡Cuánto dinero gané esos días! ¡Fue mucho más que un empadronamiento! Venía incluso gente que no habría debido venir por el padrón. Venían incluso desde el mar, ¡hasta de Egipto!, a ver... ¡y durante meses! ¡Qué ganancias tuve!... Los últimos en llegar fueron tres reyes, tres potentados, o tres magos... ¡yo qué sé! ¡Un cortejo!... ¡no acababa nunca! Me ocuparon todas las cuadras y pagaron en oro heno como para un mes, y luego se fueron al día siguiente dejándolo todo allí. ¡Y qué regalos a los mozos de los establos, a las mujeres... y a mí! Yo... del Mesías, fuera verdadero o falso, sólo puedo hablar bien. Me hizo ganar monedas a mansalva. No sufrí ningún desastre; muertos, tampoco, porque me acababa de casar. Por tanto... ¡Pero los demás...!

- Querríamos ver los lugares de la matanza.

- ¿Los lugares? Pero si todas las casas fueron lugar de matanza. Hubo muertos en varias millas a la redonda. Venid conmigo.

Suben una escalera y luego a una terraza que está encima del tejado; desde arriba se ve ampliamente el campo y toda Belén extendida como un abanico abierto sobre sus colinas.

- ¿Veis los puntos destruidos? Allí ardieron incluso las casas porque los padres defendieron a sus hijos con las armas. ¿Veis allí aquella especie de pozo cubierto de hiedra? Son los restos de la sinagoga, quemada con el jefe dentro, que había afirmado que aquél era el Mesías. La quemaron los que se salvaron, locos por la matanza de sus hijos. Hemos tenido luego problemas... Y allí, y allí, y allí... ¿veis aquellos sepulcros? Son de las víctimas... Parecen ovejas esparcidas entre la hierba, hasta donde alcanza la mirada. Todos inocentes, y también sus padres y madres... ¿Veis aquel pilón? Su agua quedó roja después de limpiar las armas y lavarse las manos los sicarios en ella. Y ¿habéis visto ese riachuelo de aquí detrás?... Era rosa debido a la gran cantidad de sangre que había recogido de las cloacas... Y ahí, sí, ahí enfrente... eso es todo lo que queda de Ana.

Jesús llora.

- ¿La conocías bien?

Responde Judas:

- Era como una hermana para su Madre. ¿Verdad, amigo?

Jesús responde solamente:

- Sí»

- Entiendo - dice el posadero, y se queda pensativo.

Jesús se inclina hacia Judas para hablar con él en voz baja.

- Mi amigo querría ir a esas ruinas - dice Judas.

- ¡Pues que vaya! ¡Son de todos!.

Bajan. Se despiden. Se marchan. El dueño de la posada se queda desilusionado; tal vez esperaba alguna ganancia.

Cruzan la plaza. Suben sobre la pequeña escalera que ha quedado en pie.

- Aquí — dice Jesús — mi Madre me sacó a saludar a los Magos, y desde aquí bajamos para ir a Egipto.

Algunas personas miran a los cuatro que están sobre las ruinas.

Uno pregunta:

-¿Familiares de la que mataron?

- Amigos.

Una mujer grita:

- ¡No hagáis ningún mal, al menos vosotros, a la muerta, como los otros amigos suyos se lo hicieron a la viva, y luego escaparon indemnes.

Jesús está erguido en la terraza, contra el muro que la limita, por tanto a una altura de unos dos metros con respecto a la plaza, con el vacío por detrás, un vacío rico de luz que lo aureola todo y hace aún más cándida la túnica de lino blanquísimo que lo cubre — sólo la túnica, ahora que el manto se ha deslizado desde los hombros y está a sus pies como una base multicolor —. Más atrás, el fondo verde y desarreglado de lo que era el huerto y la tierra propiedad de Ana, yermado y lleno de escombros.

Jesús abre los brazos. Judas, viendo este gesto, dice:

- ¡No hables! ¡No es prudente!

Mas Jesús llena la plaza de su voz potente:

- ¡Hombres de Judá, hombres de Belén, escuchad! ¡Oíd vosotras, mujeres de esta tierra sagrada para Raquel! ¡Oíd a Uno que viene de David; que, habiendo sido perseguido, ha sufrido; que, constituido digno de hablar, habla para comunicaros luz y consuelo! ¡Oíd!.

La gente deja de vocear, reñir, comprar, y se arremolina.

- ¡Es un rabí!

- Seguro que viene de Jerusalén.

- ¿Quién es?

- ¡Qué apuesto!

- ¡Qué voz!

- ¡Qué ademanes!

- ¡Claro, si es de la estirpe de David...!

- ¡Nuestro, entonces!

- ¡Oigamos, oigamos!

Toda la plaza está ahora contra la pequeña escalera, que parece un púlpito.

- El Génesis dice: "Yo pondré enemistad entre ti y la mujer... ella te aplastará la cabeza y tú acecharás su calcañar". Y también: "Yo multiplicaré tus afanes y tus embarazos... y la tierra producirá abrojos y espinas". Esta es la condena del hombre, de la mujer y de la serpiente.

Habiendo venido de lejos a venerar la tumba de Raquel, he oído en el viento de la tarde, en el rocío de la noche, en el llanto del ruiseñor por la mañana, el sollozo de la Raquel de antaño, repetido por bocas y bocas de madres de Belén en la clausura de las tumbas o de los corazones. He oído el dolor de Jacob clamando en el dolor de los viudos, ya sin esposa porque el dolor la mató... Yo lloro con vosotros. Oíd, hermanos de mi tierra. Belén, tierra bendita, la más pequeña de las ciudades de Judá, pero la más grande ante los ojos de Dios y de la Humanidad por ser cuna del Salvador, como dice Miqueas, precisamente por ser tal, por estar destinada a ser el tabernáculo sobre el cual habría de posarse la Gloria de Dios, el Fuego de Dios, su Encarnado Amor, ha hecho que se desencadenara el odio de Satanás.

"Pondré enemistad entre ti y la mujer. Ella te tendrá bajo su pie y tú acecharás su calcañar". ¿Qué mayor enemistad que la que mira a los hijos, corazón del corazón de la mujer? Y ¿qué pie más fuerte que el de la Madre del Salvador? He aquí por tanto que fue natural la venganza del Satanás vencido, el cual, no, no contra el calcañar, sino contra el corazón de las madres, por la Madre, lanzó su asechanza.

¡Oh, multiplicados afanes de la pérdida de los hijos después de haberlos dado a luz! ¡Oh, tremendos abrojos del haber sembrado y sudado por la prole, y seguir siendo padre pero ya sin prole! No obstante, ¡regocíjate, Belén! Tu sangre más pura, la sangre de los inocentes, ha abierto camino de llama y púrpura al Mesías...

La multitud, que, desde que Jesús ha nombrado al Salvador y luego a la Madre del mismo, ha ido progresivamente inquietándose, ahora muestra un indicio más claro de agitación.

- Calla, Maestro - dice Judas - y vámonos.

Pero Jesús no lo escucha. Continúa:

... al Mesías salvado de los tiranos por el Padre - Dios para conservárselo al pueblo para su salvación y...

Una estridente voz de mujer grita:

- ¡Cinco, cinco había dado a luz y ahora no hay ninguno en mi casa! ¡Pobre de mí! - y grita histéricamente.

Es el comienzo del alboroto.

Otra mujer se revuelca en el polvo, se desgarra el vestido, muestra un pecho con el pezón mutilado, y grita:

- ¡Aquí, aquí, en esta mama me degollaron a mi primogénito! La espada le cortó la cara junto con mi pezón. ¡Oh, mi Elíseo!

- ¿Y yo? ¿Y yo? ¡Ahí está mi mansión!: tres tumbas en una, veladas por el padre. Marido e hijos juntos. ¡Ahí, ahí está!... Si está entre nosotros el Salvador, que me devuelva a mis hijos, que me devuelva a mi esposo, que me salve de la desesperación, de Belcebú.

Gritan todos:

- ¡Nuestros hijos, los maridos, los padres! ¡Que nos los devuelva, si está entre nosotros!.

Jesús mueve los brazos imponiendo silencio.

- Hermanos de mi tierra, Yo querría devolver a vuestra carne, sí, incluso a vuestra carne, los hijos. Pero Yo os digo: sed buenos, resignados; perdonad, tened esperanza, alegraos en una esperanza, regocijaos en una certeza. Pronto volveréis a tener a vuestros hijos, como ángeles en el Cielo, porque el Mesías enseguida abrirá las puertas de los Cielos, y, si sois justos, la muerte será Vida que viene, y Amor que vuelve...

- ¡Ah!, ¿eres Tú el Mesías? En nombre de Dios, dilo.

Jesús baja los brazos con ese gesto suyo tan dulce, tan manso, que parece un abrazo, y dice:

- Lo soy.

- ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Por tu culpa, entonces!

Vuela una piedra entre silbidos y befas.

Judas reacciona con una hermosa acción — ¡ah, si siempre hubiera sido así! —... Se mete delante del Maestro, erguido sobre la pequeña pared del balconcito, con el manto abierto, y recibe impertérrito las pedradas, sangrando incluso, y les dice a Juan y a Simón chillando:

- ¡Lleváos a Jesús! ¡Detrás de esos árboles!. ¡Yo os alcanzo! ¡Vamos! ¡En nombre del Cielo! - y a la multitud - ¡Perros rabiosos! ¡Soy del Templo! ¡Os denunciaré ante el Templo y ante Roma!

La multitud, por un instante, tiene miedo. Pero luego sigue con la pedrea; por suerte, con poca puntería. Y Judas la recibe impertérrito, respondiendo con contumelias a las maldiciones de la multitud; es más, coge al vuelo una piedra y se la tira a la cabeza a un viejecito que chilla como una urraca desplumada viva. Y, dado que intentan asaltar su pedestal, rápido recoge una rama seca que hay en el suelo (ya no está encima del pequeño muro) y la hace girar sobre las espaldas, cabezas, manos, sin piedad.

Acuden soldados haciéndose paso con las lanzas.

- ¿Quién eres? ¿Por qué esta trifulca?

- Un judío agredido por estos plebeyos. Estaba conmigo un rabí conocido por los sacerdotes, que estaba hablándoles a estos perros. Se han exaltado y nos han agredido.

- ¿Quién eres?

- Judas de Keriot. He pertenecido al Templo, ahora soy discípulo del Rabí Jesús de Galilea. Soy amigo del fariseo Simón, del saduceo Jocanán, del consejero del Sanedrín José de Arimatea, y... — esto lo puedes comprobar — de Eleazar ben Anás, el gran amigo del Procónsul.

- Lo comprobaré. ¿Adónde vas?

- Con mi amigo a Keriot, y luego a Jerusalén.

- Ve. Te guardaremos las espaldas.

Judas le ofrece algunas monedas al soldado. Debe ser una cosa ilícita... pero habitual, porque el soldado lo toma rápido y cauto, saluda y sonríe. Judas baja de su podio de un brinco. Va a saltos por el campo baldío, alcanza a sus compañeros.

- ¿Estás muy herido?.

- No es nada, Maestro. ¡Además, por ti!... No obstante, yo también he dado. Debo estar todo sucio de sangre...

- Sí, en la mejilla. Aquí hay un hilo de agua.

Juan moja un pequeño pedazo de tela y lava la mejilla de Judas.

- Lo siento, Judas... Pero mira... aun diciéndoles a ellos que éramos judíos, según tu sentido práctico...

- Son unos animales. Creo que te habrás persuadido, Maestro, y que no insistirás.

- ¡Oh, no! No por miedo, sino porque es inútil por ahora. Cuando no nos quieren no se maldice, sino que uno se retira rogando por los pobres locos que se mueren de hambre y no ven el Pan. Vamos por este camino solitario. Creo que se puede tomar el camino de Hebrón... Vamos donde los pastores, si los encontramos.

- ¿A llevarnos otras pedradas?

- No. A decirles: "Soy Yo"».

- ¡Entonces... por supuesto nos pegan de palos! ¡Sufren por tu causa desde hace treinta años!...

- Veremos.

Van por un tupido bosquecito, sombrío, fresco, y los pierdo de vista.

## 75

## Jesús encuentra a los pastores Elías y Leví.

Las alturas se hacen mucho más elevadas y boscosas que las de Belén; suben cada vez más, transformándose en una verdadera cadena montañosa.

Jesús va el primero, proyectando su mirada hacia delante y alrededor, como buscando algo. No habla. Escucha más las voces del arbolado que las de los discípulos, que van unos metros detrás de Él hablando bajo entre sí.

Una esquila suena lejana, pero el viento porta su campanilleo. Jesús sonríe. Se vuelve:

- Oigo algunas ovejas - dice.

- ¿Dónde, Maestro?

- Me parece que hacia aquella colina. Pero el bosque no me deja ver.

Juan, sin decir una palabra, se quita la túnica — el manto lo llevan todos en bandolera, enrollado, porque tienen calor —, se queda sólo con la prenda corta, y abraza un tronco alto y liso (yo diría que es de fresno), y sube, sube... hasta que puede ver:

- Sí, Maestro. Hay muchos rebaños y tres pastores; allí, detrás de aquella espesura.

Baja, y ya caminan seguros.

- ¿Serán ellos?

- Preguntaremos, Simón; si no son, nos sabrán decir algo... Se conocen entre ellos.

Unos cien metros más. Luego un amplio pacedero verde, del todo circundado de gruesos árboles añosos. Se ven muchas ovejas en el prado ondulado, rozando la abundante hierba. Tres hombres las custodian. Uno es anciano, ya completamente cano, los otros tienen: uno, aproximadamente, treinta años; el otro, unos cuarenta.

- Cuidado, Maestro. Son pastores... - dice Judas con tono de consejo, al ver que Jesús acelera el paso.

Pero Jesús ni siquiera responde. Continúa, alto, hermoso, dándole el sol de poniente en el rostro, con su túnica blanca. Se le ve tan luminoso, que parece un ángel...

- La paz esté con vosotros, amigos - saluda en llegando al lindero del prado.

Los tres se vuelven sorprendidos. Silencio. Luego el anciano pregunta:

- ¿Quién eres?.

- Uno que te ama.

- Serías el primero desde hace muchos años. ¿De dónde vienes?

- De Galilea.

- ¿De Galilea? ¡Ah! - El hombre lo mira atentamente — también los otros se han acercado — De Galilea - repite el pastor, y añade en voz baja como para sí mismo - También El venía de Galilea... ¿De qué lugar, Señor?.

- De Nazaret.

- ¡Ah! Entonces dime. ¿Ha regresado un Niño, con una mujer de nombre María y un hombre de nombre José, un Niño aún más hermoso que su Madre (que flor más encantadora jamás vi en las laderas de Judá)? Un Niño nacido en Belén de Judá, en tiempos del edicto. Un Niño que luego huyó, para gran fortuna del mundo. ¡Un Niño que... yo daría la vida por saber que vive y es ya un hombre!

-¿Por qué dices que el que huyera ha sido una gran fortuna para el mundo?

- Porque Él era el Salvador, el Mesías, y Herodes lo quería muerto. Yo no estaba cuando huyó con su padre y su madre... Cuando tuve noticias de la matanza y volví — porque yo también tenía hijos (un sollozo), Señor, y mujer (sollozo) y sentía que los habían matado (otro sollozo), pero te juro por el Dios de Abraham, que temblaba por El más que por mi misma carne —, supe que había huido, y ni siquiera pude preguntar, ni siquiera pude recoger a mis criaturas degolladas... Me apedreaban como a un leproso, como a un inmundo, como a un asesino... Y tuve que huir a los bosques, llevar una vida de lobo... hasta que encontré a un propietario de ganado. ¡Oh, pero no es como era Ana!... Es duro y cruel... Si una oveja se disloca una pata, si el lobo se me lleva un cordero, o recibo palos hasta sangrar o me quita mi poca paga o debo trabajar en los bosques para otros, hacer algo,

pero pagar, siempre el triple del valor. Pero no importa. Siempre le he dicho al Altísimo: "Que yo pueda ver a tu Mesías. Que al menos pueda saber que vive, y todo lo demás no es nada". Señor, te he referido cómo me trataron los de Belén y cómo me trata el patrón. Habría podido devolver mal por mal, o hacer el mal, robando, para no sufrir a causa del patrón. Pero sólo he querido perdonar, sufrir, ser honesto, porque los ángeles dijeron: "Gloria a Dios en los Cielos altísimos y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad".

- ¿Dijeron eso exactamente?

- Sí, Señor, créelo tú, tú al menos, que eres bueno. Conoce tú al menos, y cree, que el Mesías ha nacido. Nadie quiere creerlo ya. Pero los ángeles no mienten... y nosotros no estábamos borrachos como decían. Éste, ¿ves?, era un niño entonces, y fue el primero que vio al ángel. Sólo bebía leche. ¿Puede la leche emborracharlo a uno? Los ángeles dijeron: "Hoy en la ciudad de David ha nacido el Salvador que es Cristo, el Señor. Lo reconoceréis por esto: encontraréis a un Niño recostado en un pesebre, envuelto en pañales".

- ¿Dijeron eso exactamente? ¿No entendisteis mal? ¿No os equivocáis, después de tanto tiempo?

- ¡Oh, no! ¿Verdad, Leví? Para no olvidarlo — ya de por sí no habríamos podido, porque eran palabras del Cielo y se escribieron con el fuego del Cielo en nuestros corazones — todas las mañanas, todas las tardes, cuando sale el Sol, cuando brilla la primera estrella, las recitamos como oración, como bendición, como fuerza y consuelo, con el Nombre de Él y de su Madre.

- ¡Ah!, ¿decís: "Cristo"?

- No, Señor. Decimos: "Gloria a Dios en los Cielos altísimos y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad, por Jesucristo que nació de María en un establo de Belén y que, siendo el Salvador del mundo, estaba envuelto en pañales en un pesebre".

- Pero, en definitiva, ¿vosotros a quién buscáis?

- A Jesucristo, Hijo de María, el Nazareno, el Salvador.

- Soy Yo - A Jesús se le ilumina el rostro al manifestarse a estos tenaces amantes suyos. Tenaces, fieles, pacientes.

- ¡Tú! ¡Oh! ¡Señor, Salvador, Jesús nuestro! — los tres se han arrojado al suelo y besan los pies de Jesús, llorando de alegría.

- Alzaos. Álzate, Elías, y tú, Leví, y tú, que no sé quién eres.

- José. Hijo de José.

- Éstos son mis discípulos. Juan es galileo; Simón y Judas, judíos.

Los pastores ya no están rostro en tierra, pero sí todavía de rodillas, echados hacia atrás sobre los calcañares. Adoran al Salvador, con ojos de amor, labios temblorosos de emoción, rostros empalidecidos, o enrojecidos, de alegría.

Jesús se sienta en la hierba.

- No, Señor. En la hierba Tú no, Rey de Israel.

- No os preocupéis, amigos. Soy pobre; un carpintero, para el mundo. Rico sólo de amor para el mundo, y del amor que los buenos me dan. He venido a estar con vosotros, a partir con vosotros el pan de la noche, a dormir a vuestro lado sobre el heno, a recibir consuelo de vosotros...

- ¡Oh, consuelo! Somos incultos y estamos perseguidos.

- Yo también lo estoy. No obstante, vosotros me dais lo que busco: amor, fe y esperanza que resiste durante años y florece. ¿Veis? Habéis sabido esperarme, creyendo sin ninguna duda que era Yo. Y Yo he venido.

- ¡Oh, sí! Has venido. Ahora, aunque muera, ya nada me causa la pena de algo esperado y no obtenido.

- No. Elías. Tú vivirás hasta después del triunfo del Cristo. Tú, que has visto mi alba, debes ver mi fulgor. ¿Y los otros? Erais doce: Elías, Leví, Samuel, Jonás, Isaac, Tobías, Jonatán, Daniel, Simeón, Juan, José, Benjamín. Mi Madre me repetía siempre vuestros nombres como los de mis primeros amigos.

- ¡Oh! - Los pastores están cada vez más conmovidos.

- ¿Dónde están los demás?

- El anciano Samuel, muerto, de viejo, hace veinte años. A José lo mataron por combatir en la puerta del aprisco para dar tiempo a su esposa, madre desde hacía pocas horas, de huir con éste, que yo recogí por amor de mi amigo, y por... por seguir teniendo niños a mi alrededor. También tomé conmigo a Leví... lo perseguían. Benjamín es pastor en el Líbano con Daniel. Simeón, Juan y Tobías, que ahora se hace llamar Matías en recuerdo de su padre, al cual también lo mataron, son discípulos de Juan. Jonás está en la llanura de Esdrelón, al servicio de un fariseo. Isaac tiene la espalda hecha cisco, está en la absoluta miseria y solo, está en Yuttá. Le ayudamos como podemos... pero estamos todos en la ruina y es como gotas de rocío en un incendio. Jonatán es ahora siervo de un noble de Herodes.

- ¿Cómo habéis logrado, especialmente Jonatán, Jonás, Daniel y Benjamín, conseguir estos trabajos?

- Me acordé de Zacarías, tu pariente... Tu Madre me había enviado a él. Cuando nos volvimos a juntar en las gargantas de Judea, fugitivos y malditos, los llevé donde Zacarías. Fue bueno. Nos protegió, nos dio de comer. Nos buscó un patrón como pudo. Yo ya había recibido del herodiano todo el rebaño de Ana... y me quedé a su servicio... Cuando el Bautista llegó a la edad madura y empezó a predicar, Simeón, Juan y Tobías se fueron con él.

- Pero ahora el Bautista está prisionero.

- Sí. Y ellos vigilan en torno a Maqueronte, con un puñado de ovejas para no levantar sospechas; ovejas que les ha dado un hombre rico, discípulo de Juan, tu pariente.

- Quisiera verlos a todos.

- Sí, Señor. Iremos a decirles: "Venid, Él vive, Él se acuerda de nosotros y nos ama".

- Y os quiere entre sus amigos.

- Sí, Señor.

- Pero, en primer lugar, iremos adonde Isaac. Samuel y José ¿dónde están enterrados?

- Samuel en Hebrón. Quedó al servicio de Zacarías. José... no tiene tumba, Señor. Lo quemaron con la casa.

- Pronto estará en la Gloria, no entre las llamas de los crueles, sino entre las llamas del Señor, Yo os lo digo; a ti, José, hijo de José, te lo digo. Ven, que Yo te bese para decir gracias a tu padre.

- ¿Y mis hijos?

- Ángeles, Elías. Ángeles que repetirán el "Gloria" cuando el Salvador sea coronado.

- ¿Rey?

- No. Redentor. ¡Oh, cortejo de justos y santos! ¡Y delante las falanges blancas y purpúreas de los párvulos mártires! Una vez abiertas las puertas del Limbo, subiremos juntos al Reino inmortal. ¡Y luego iréis vosotros y volveréis a encontrar padres, madres e hijos en el Señor! Creed.

- Sí, Señor.

- Llamadme Maestro. Llega la noche, nace la primera estrella. Di tu oración antes de la cena.

- No yo. Tú.

- Gloria a Dios en los Cielos altísimos y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad que han merecido ver la Luz y servirla. El Salvador se encuentra entre ellos. El Pastor de la estirpe real está en medio de su rebaño. La Estrella de la mañana ha nacido. ¡Regocijáos, justos, regocijáos en el Señor! Él, que ha hecho la bóveda de los cielos y los ha sembrado de estrellas, Él, que puso como límite de las tierras los mares, Él, que ha creado los vientos y los rocíos, y regulado el curso de las estaciones para dar pan y vino a sus hijos, ved cómo ahora os manda un Alimento más elevado: el Pan vivo que baja del Cielo, el Vino de la eterna Vid. Venid, vosotros, primicias de mis adoradores, venid a conocer al Padre en verdad para seguirlo en santidad y obtener así eterno premio.

Jesús ha orado en pie con los brazos extendidos; los discípulos y los pastores están de rodillas.

Después se distribuye pan y una escudilla de leche acabada de ordeñar, y, dado que son tres los tazones — o calabazas vaciadas, no lo sé —, primero comen Jesús, Simón y Judas; luego Juan (al cual Jesús le pasa su taza) con Leví y José; Elías come el último.

Las ovejas no pastan más, se reúnen en un gran grupo compacto en espera de ser conducidas quizás a su aprisco. Sin embargo, veo que los tres pastores las conducen al bosque, debajo de un rústico cobertizo de ramas cercado con cuerdas. Ellos se ponen a prepararles a Jesús y a los discípulos un lecho de heno. Se encienden algunos fuegos, tal vez para los animales salvajes.

Judas y Juan, cansados, se echan; al poco tiempo ya están dormidos. Simón querría hacerle compañía a Jesús, pero al cabo de un poco él también se queda dormido, sentado en el heno y con la espalda apoyada en un poste. Permanecen despiertos Jesús y los pastores. Y hablan: de José, de María, de la huida a Egipto, del regreso... Luego, después de estas preguntas de amor, llegan las preguntas más elevadas: ¿qué hacer para servir a Jesús?, ¿cómo hacerlo ellos, rudos pastores?

Y Jesús instruye y explica:

- Ahora Yo voy por Judea. Los discípulos os tendrán siempre al corriente. Después os llamaré. Entretanto, reuníos. Que cada uno tenga noticias de los demás y que sepan que Yo estoy en el mundo, como Maestro y Salvador; y, como podáis, manifestadlo a otras gentes. No os prometo que seréis creídos. Yo he recibido escarnio y golpes, vosotros también los recibiréis. Pero, de la misma forma que habéis sabido ser fuertes y justos en esta espera, sedlo más aún ahora que sois míos. Mañana iremos hacia Yuttá. Luego a Hebrón. ¿Podéis venir?.

- ¡Oh, sí! Los caminos son de todos y los pastos son de Dios. Sólo Belén nos está vedada, a causa de un odio injusto. Los otros pueblos saben todo... pero se conforman con burlarse de nosotros llamándonos borrachos. Por eso poco podremos hacer aquí».

- Os llamaré a otro lugar. No os abandonaré.

- ¿Durante toda la vida?

- Durante toda mi vida.

- No. Antes moriré yo, Maestro. Soy viejo.

- ¿Tú crees? Yo no. Uno de los primeros rostros que vi fue el tuyo, Elías. Uno de los últimos será. Me llevaré conmigo en mi pupila tu rostro desencajado a causa del dolor por mi muerte. Pero luego será el tuyo el que lleve en el corazón lo radiante de una mañana triunfal, y con él esperarás la muerte... La muerte: el encuentro eterno con el Jesús que adoraste cuando era pequeñito. También entonces los ángeles cantarán el Gloria: "por el hombre de buena voluntad".

## 76

## En Yuttá, en casa del pastor Isaac. Sara y sus niños.

Un fresco valle, rumoroso,, de aguas que van hacia el Sur entre saltos y espumas de un pequeño torrente argentino, que asperja su risueña frescura sobre los menudos herbazales de las orillas; parece como si su linfa subiera también por las pendientes, por el verdor de éstas. Son las laderas una esmeralda de verde veteado, que sube, desde el nivel del suelo, a través de las matas y de los arbustos del monte bajo, hasta las copas de los altos árboles — entre los que hay muchos nogales —, del bosque propiamente dicho, todo salpicado de zonas abiertas intercaladas, rellanos verdes de hierba exuberante, pasto sano y nutritivo para el ganado.

Jesús desciende, con los suyos y con los tres pastores, hacia el torrente. Pacientemente se detiene cuando hay que esperar a una oveja que se queda rezagada o a uno de los pastores que debe ir por una cordera que se desvía. Ahora es

exactamente el Buen Pastor. También Él se ha procurado una larga rama para apartar los ramajes de las móreas y de los espinos y clemátides que salen al paso por todas partes tratando de atrapar los vestidos; ello completa su figura de pastor.

- ¿Ves? Yuttá está allá arriba. Ahora cruzaremos el torrente; hay un vado por el que se puede pasar en verano, sin necesidad de recurrir al puente. Habría sido más breve venir por Hebrón, pero no has querido.

- No. A Hebrón después. Siempre antes donde los que sufren. Los muertos ya no sufren, cuando son justos. Y Samuel era un justo. Además, para los muertos que necesitan oraciones, no es necesario estar junto a sus huesos para ofrecerlas. Los huesos, ¿qué son? Prueba del poder de Dios, que con la tierra creó al hombre. Nada más. También los animales tienen huesos, aunque su esqueleto es menos perfecto que el del hombre. Sólo el hombre, rey de la creación, tiene posición erecta, como rey que está por encima de sus súbditos, y su rostro mira recto y hacia arriba sin necesidad de torcer el cuello; hacia arriba, donde está la morada del Padre. Pero no son más que huesos, polvo que vuelve a ser polvo. La Bondad eterna ha decidido reconstruirlos en el Día eterno para proporcionarles a los bienaventurados un gozo aún más vivo. Pensad: no sólo los espíritus serán reunidos y se amarán como — y mucho más que — en la Tierra, sino que incluso gozarán de volverse a ver con el aspecto que tuvieron en la Tierra: los niños de pelo rizado y tiernos como los tuyos, Elías; los padres y las madres de un corazón y de un rostro todo amor como los vuestros, Leví y José. Es más, para ti, José, significará el conocer por fin esos rostros cuya nostalgia sientes. Ya no habrá huérfanos, ni viudos, entre los justos, allá arriba... En cualquier parte se puede ofrecer sufragio por los muertos. Es oración de un espíritu, por el espíritu de quien estaba con nosotros, al Espíritu perfecto, que es Dios y que está en todas partes. ¡Oh, santa libertad de todo lo que es espiritual! Ni distancias, ni destierros, ni prisiones, ni sepulcros... Nada que divida o encadene reduciendo a penosa impotencia lo que está fuera o por encima de las cadenas de la carne. Vosotros vais, con la parte mejor de vosotros, a vuestras personas queridas; ellos, con su parte mejor, vienen a vosotros. Y todo gira, con esta efusión de espíritus que se aman, en torno al Fulcro eterno, a Dios: Espíritu perfectísimo, Creador de todo cuanto fue, es y será, Amor que os ama y os enseña a amar... Pero... hemos llegado al vado, creo. Veo una fila de piedras que sobresale de la poca agua del fondo.

- Sí, es aquél, Maestro. En tiempo de crecida es una cascada rumorosa, ahora no es más que siete hilos de agua que ríen entre las seis voluminosas piedras del vado.

En efecto, seis piedras de gran tamaño, bastante regulares, están depositadas, a un poco más de un palmo de distancia entre sí, sobre el fondo del torrente, y el agua, que hasta este punto formaba un única cinta brillante, se separa en siete cintas menores, dándose prisa, risueña, en reunirse, pasado el vado, en un único frescor que sigue su curso susurrando entre los cantos del fondo.

Los pastores vigilan el paso de las ovejas, de las cuales una parte pasa por encima de las piedras y otra parte prefiere meterse en el agua, de no más de un palmo de profundidad, y beber en esta diamantina ola que espuma y ríe.

Jesús pasa por las piedras y detrás de El los discípulos. Continúan caminando por la otra margen del torrente.

- ¿Me has dicho que quieres que Isaac sepa de tu presencia, pero sin entrar en el pueblo?.

- Sí, así lo deseo.

- Entonces conviene que nos separemos. Yo iré a verlo, Leví y José se quedarán con el rebaño y con vosotros. Subo por aquí. Tardaré menos.

- Elías afronta la subida de la abrupta pendiente, hacia unas casas que, arriba, muestran su blancura resplandeciendo al sol. Creo seguirlo. Ahí está, ante las primeras casas. Entra por una pequeña bocacalle entre casas y huertos. Continúa caminando algunas decenas de metros. Tuerce y va a dar a una calle más ancha, que lo lleva a una plaza.

No he dicho que todo esto sucede durante las primeras horas de la mañana. Lo digo ahora para explicar que en la plaza está todavía el mercado, y que amas de casa y vendedores se desgañitan en torno a los árboles que dan sombra a la plaza.

Elías camina con seguridad hasta el punto en que la plaza vuelve a ser calle; una calle bastante bonita, quizás la más bonita del pueblo. En la esquina hay una mísera casucha (mejor: una habitación con la puerta abierta). Casi en la puerta, una cama de pobre aspecto, y encima de ella un esquelético enfermo que, gimiendo, pide un óbolo a todos los que pasan.

Elías entra como un cohete.

- Isaac... soy yo.

- ¿Tú? No te esperaba. Has venido la pasada luna.

- Isaac... Isaac... ¿Sabes por qué he venido?

- No lo sé... Estás emocionado... ¿Qué sucede?

- He visto a Jesús de Nazaret, ya hombre, y rabí. Ha venido a buscarme... y quiere vernos. ¡Oh! ¡Isaac! ¿Te sientes mal?

Isaac parece amortecerse, pero toma nuevas fuerzas.

- No. La noticia... – dice - ¿Dónde está? ¿Cómo es? ¡Oh, si pudiera verlo!

- Está abajo, hacia el valle. Me manda a hablarte en estos términos, exactamente en éstos: "Ven, Isaac, que quiero verte y bendecirte". Ahora voy a llamar a alguien que me ayude a llevarte abajo.

- ¿Ha dicho eso?

- Eso. Pero, ¿qué haces?

- Me pongo en camino.

Isaac echa hacia arriba las cobijas, mueve las piernas inertes, las saca fuera del jergón, las apoya con fuerza en el suelo, se levanta, aún un poco inseguro y tambaleante. Todo en un instante, ante la mirada atónita de Elías... que acaba entendiendo y da un grito...

Se asoma una mujercita curiosa, ve al enfermo en pie, cubriéndose — no tiene otra cosa — con una de las cobijas, y se echa a correr gritando como una gallina.

- Vamos... vamos por aquí, para tardar menos y no toparnos con mucha gente... Rápido, Elías.

Y salen corriendo por la puertecita de un huertecillo posterior, empujan la puerta de ramas secas; están afuera; marchan rápidamente por una calleja miserable, luego abajo por un camino entre huertos, y continúan bajando, por los prados y arboledas, hasta el torrente.

- Allí está Jesús - dice Elías señalándolo - Aquél alto, hermoso, rubio, vestido de blanco, con el manto rojo...

Isaac corre, abre el rebaño que pace, y con un grito de triunfo, de alegría, de adoración, se postra a los pies de Jesús.

- Levántate, Isaac. He venido a traerte paz y bendición. Levántate, que quiero saber cómo es tu rostro.

Pero Isaac no puede levantarse. Han sido demasiadas emociones juntas. Se queda, con su feliz llanto, contra el suelo.

- Has venido inmediatamente. No te has preguntado si podías...

- Tú me has dicho que viniera... y he venido.

- Ni siquiera ha cerrado la puerta, ni ha recogido las limosnas, Maestro.

- No importa. Los ángeles estarán en su casa vigilando. ¿Estás contento, Isaac?

- ¡Oh, Señor!

- Llámame Maestro.

- Sí, Señor, Maestro mío. Aunque no estuviera curado, me habría sentido dichoso de verte. ¿Cómo he podido obtener de ti tanta gracia?

- Por tu fe y paciencia, Isaac. Sé lo que has sufrido...

- ¡Nada, nada! ¡Ya nada! ¡Te he encontrado a ti! ¡Vives! ¡Existes! Esto sí que es real... Lo demás, todo lo demás, pertenece al pasado. Pero, Señor y Maestro, ahora ya no te vas, ¿verdad?.

- Isaac, tengo todo Israel que evangelizar. Yo parto... Pero, si bien es cierto que no puedo quedarme, tú sí me puedes servir y seguir. ¿Quieres ser mi discípulo, Isaac?

- ¡No voy a servir!

- ¿Sabrás confesar mi presencia en el mundo?, ¿confesarlo contra las burlas y las amenazas?, ¿y decir que Yo te he llamado y has venido?

- Aunque Tú no quisieras, diría todo eso. En esto te desobedecería, Maestro. Perdona que lo diga.

Jesús sonríe.

-¿Ves como eres capaz de ser discípulo?.

- ¡Oh, si sólo es para hacer esto!... Creía que era más difícil, que se necesitase ir a aprender con los rabíes para servirte a ti, Rabí de los rabíes... E ir a aprender cuando se es anciano... - efectivamente, el hombre tiene al menos cincuenta años.

- Tú ya has aprendido todo lo que se enseña en una escuela, Isaac.

- ¿Yo? No.

- Tú, sí. ¿No has seguido creyendo y amando, respetando y bendiciendo a Dios y al prójimo, evitando tener envidias, o desear lo ajeno, e incluso lo que era tuyo y ya no tenías? ¿No has seguido diciendo sólo la verdad, aunque ello te perjudicase? ¿No has evitado fornicar con Satanás cometiendo pecados? ¿No has hecho todo esto en estos treinta años de desventura?

- Sí, Maestro.

- ¿Ves? Ya has concluido los estudios. Sigue así y añade la manifestación de mi presencia en el mundo. No hay nada más que hacer.

- Ya te he predicado. Señor Jesús. A los niños que se acercaban cuando, sin apenas poder tenerme en pie, llegué a este pueblo pidiendo un pan y haciendo todavía algunos trabajos de esquilador o haciendo productos lácteos, y luego, cuando venían alrededor de mi cama, cuando ya la enfermedad se había hecho fuerte y me había aniquilado desde la cintura para abajo. Les hablaba de ti a los niños de entonces y a los niños de ahora, hijos de aquellos... Los niños son buenos y creen siempre... Hablaba de cuándo habías nacido... de los ángeles... de la Estrella y de los Magos... y de tu Madre... ¡Dime!: ¿vive?

- Vive y te envía saludos. Siempre hablaba de vosotros.

- ¡Quién pudiera verla!

- La verás. Irás un día a mi casa. María te saludará con la palabra "amigo".

- María... sí. Decir ese nombre es como tener miel en la boca... Hay una mujer en Yuttá — ahora es ya mujer, madre, desde hace poco, de su cuarto hijo —, que entonces era una niña, una de mis pequeñas amigas... Bueno, pues a sus hijos les ha puesto por nombre: María y José a los dos primeros, y, no atreviéndose a llamar al tercero Jesús, lo ha llamado Emmanuel, como signo de bendición para sí misma, para su casa y para Israel. Y está pensando en qué nombre ponerle al cuarto, que ha nacido hace seis días. ¡Ah, cuando sepa que estoy curado, y que Tú estás aquí!... Buena como el pan hecho por la propia madre es Sara, e igualmente Joaquín, su esposo. ¿Y sus familiares? Por ellos estoy vivo. Siempre me han dado posada y me han ayudado.

- Vamos adonde ellos a pedir alojamiento para las horas de sol y llevarles bendición por su caridad.

- Por aquí, Maestro. Más cómodo para el rebaño y más oportuno para pasar desapercibido a la gente, que ciertamente está agitada. La anciana que me ha visto ponerme en pie está claro que ha hablado.

Siguen el torrente; lo dejan más al sur para tomar un sendero en subida más bien pronunciada a lo largo de un espolón del monte en forma de quilla de nave. Ahora el torrente va en dirección contraria a quien sube; discurre en el fondo, entre dos cadenas montañosas que se entrecruzan formando un valle accidentado y hermoso.

Reconozco el lugar. Es inconfundible. Es el de la visión de Jesús y los niños que tuve la pasada primavera. La consabida tapia sin argamasa delimita la propiedad que desciende bruscamente hacia el valle. Ahí están los prados con los manzanos, las higueras y los nogales. Ahí está la casa, blanca sobre verde, con su ala saliente que protege la escalera formando un pórtico y mirador. Ahí está la pequeña cúpula en la parte más alta, y el huerto-jardín, con el pozo, la pérgola, los cuadros...

Un gran murmullo sale de la casa. Isaac se adelanta, entra, llama con fuerte voz:

- ¡María, José, Emmanuel! ¿Dónde estáis? Venid aquí con Jesús.

Acuden tres críos: una niña de casi cinco años y dos niños de los cuatro a los dos, el último todavía con el paso un poco inseguro. Se quedan con la boca abierta ante el... resucitado. Luego la niña grita:

- ¡Isaac! ¡Mamá! ¡Isaac está aquí! ¡Es verdad lo que ha visto Judit!

De una habitación donde hay gran murmullo de voces, sale una mujer. Es la madre de lozano aspecto, morena, alta, exuberante, de la ya lejana visión; hermosa toda con sus vestidos de fiesta: un vestido de cándido lino, como una rica túnica, que desciende hasta los tobillos formando pliegues, ceñida a las opulentas caderas por un chal de rayas multicolores que modela sus muslos estupendos, que pende con flecos hasta la rodilla, por detrás, y que queda entreabierto por delante después de cruzarse a la altura de la cintura bajo una fíbula de filigrana. Un velo ligero con ramas de rosas pintadas sobre un fondo marfileño está fijado a sus trenzas negras, como un pequeño turbante, y luego desciende desde la nuca, formando ondas y pliegues, por los hombros y sobre el pecho; está ceñido a la cabeza por una pequeña corona de medallitas unidas entre sí por una cadena. Pendientes de pesados anillos cuelgan de sus orejas. La túnica está abrochada al cuello por un collar de plata pasado entre unos ojales del vestido. En los brazos lleva también pesadas pulseras de plata.

- ¡Isaac! ¿Pero cómo es posible? Judit... Creía que el sol le había hecho perder la cabeza... ¡Andas!... ¿Qué sucedió?

- ¡El Salvador! ¡Oh! ¡Sara! ¡Él es ya una realidad y ha venido!

- ¿Quién? ¿Jesús de Nazaret? ¿Dónde está?

- ¡Allí, detrás del nogal! ¡Y dice que si lo puedes recibir!

- ¡Joaquín! ¡Madre! ¡Todos! ¡Venid! ¡Está aquí el Mesías!

Salen todos corriendo: mujeres, hombres, muchachos, niños; salen dando gritos, chillando... Pero, al ver a Jesús, alto y majestuoso, pierden toda vehemencia y quedan como petrificados.

- Paz a esta casa y a todos vosotros. La paz y la bendición de Dios - Jesús se dirige, despacio, sonriente, hacia el grupo de personas - Amigos, ¿queréis recibir en vuestra casa al Viandante? - y sonríe aún más.

Su sonrisa vence los temores. El esposo tiene el valor de hablar:

- Entra, Mesías. Te hemos amado sin conocerte, más te amaremos conociéndote. La casa hoy está de fiesta por tres cosas: por ti, por Isaac, y por la circuncisión de mi tercer hijo varón. Bendícelo, Maestro. ¡Mujer, trae al niño! Entra, Señor.

Entran en una estancia adornada para fiesta: mesas, viandas, alfombras y ramilletes por todas partes.

Vuelve Sara con un lindo recién nacido en los brazos, y se lo presenta a Jesús.

- Dios esté con él, siempre. ¿Qué nombre tiene?

- Ninguno. Ésta es María, éste es José, éste es Emmanuel, éste... no tiene nombre todavía...

Jesús mira fijamente a los dos esposos, uno al lado del otro. Sonríe diciendo:

- Pensad un nombre, si hoy debe ser circuncidado...

Los dos se miran, lo miran, abren los labios, los cierran sin decir nada. Todos están atentos.

Jesús insiste:

- Muchos nombres grandes, dulces, benditos, tiene la historia de Israel. Los más dulces y benditos ya han sido puestos, pero quizás quede todavía alguno.

A una voz los dos esposos exclaman:

-¡El tuyo, Señor! - y la esposa añade - Pero es demasiado santo...

Jesús sonríe y pregunta:

-¿Cuándo se le circuncida?.

- Estamos esperando al que lo hace.

- Estaré presente en la ceremonia. Bien, antes de nada os doy las gracias por mi Isaac. Ahora ya no tiene necesidad de los buenos, pero los buenos siguen teniendo necesidad de Dios. Llamasteis al tercero "Dios con nosotros". A Dios lo tuvisteis desde que tuvisteis caridad con mi siervo. Benditos seáis. En la Tierra y en el Cielo será recordada vuestra acción.

- ¿Isaac se va ahora? ¿Nos deja?

- ¿Os duele? Él debe servir a su Maestro. No obstante, volverá, y Yo también vendré. Vosotros, entre tanto, hablaréis del Mesías... ¡Hay tanto que decir para convencer al mundo!... Llega la persona que esperábamos.

Entra un personaje pomposo con un sirviente. Saludos y reverencias.

- ¿Dónde está el niño? - pregunta con altiva gravedad.

- Aquí está. Pero antes saluda al Mesías, está aquí.

- ¿El Mesías?... ¿El que ha curado a Isaac? Ya, ya sé. Hablaremos de esto en otro momento. Tengo mucha prisa. El niño y su nombre.

Los presentes se sienten desazonados por los modales del hombre. Jesús, sin embargo, sonríe como si los desaires no tuvieran que ver con Él. Toma al pequeñuelo, le toca en la frentecita con sus hermosos dedos, como para consagrarlo, y dice:

- Su nombre es Iesaí – y se lo vuelve a dar al padre, el cual, con el hombre soberbio y con otros, va a una habitación cercana. Jesús se queda donde está hasta que vuelven con el infante, que viene chillando desesperadamente.

- Dame al pequeñuelo, mujer. Dejará de llorar - dice para consolar a la angustiada madre. El niño, depositado en las rodillas de Jesús, efectivamente se calla.

Jesús forma un grupo aparte, con todos los niños alrededor y luego los pastores y los discípulos. Afuera se oye balar a las ovejas (Elías las ha metido en el aprisco). En la casa hay rumor de fiesta. Traen dulces y bebidas a Jesús y a los suyos. Pero Jesús distribuye éstas entre los pequeños.

- ¿No bebes  Maestro? ¿No lo aceptas? Te lo damos de corazón.

- Lo sé, Joaquín, y lo acepto de corazón. Pero déjame que primero dé gusto a los pequeñuelos; ellos constituyen mi alegría...

- No hagas caso de ese hombre, Maestro.

- No, Isaac. Ruego porque vea la Luz. Juan, lleva a los dos niños a ver las ovejas. Y tú, María, acércate más y dime: ¿Quién soy Yo?

- Tú eres Jesús, Hijo de María de Nazaret, nacido en Belén. Isaac te vio y me puso el nombre de tu Mamá para que yo fuera buena.

- Tienes que ser buena como el ángel de Dios, más pura que una azucena florecida en las altas cumbres, pía como el levita más santo, para imitarla. ¿Lo serás?.

- Sí, Jesús.

- Di "Maestro" o "Señor", niña.

- Deja que me llame con mi Nombre, Judas. Sólo pasando por labios inocentes no pierde el sonido que tiene en los labios de mi Madre. Todos, en los siglos futuros, pronunciarán ese Nombre, pero unos por un interés, otros por otro, y muchos para hacerlo objeto de blasfemia. Sólo los inocentes, sin cálculo y sin odio, lo pronunciarán con amor semejante al de esta pequeña y al de mi Madre. Incluso los pecadores, sintiéndose necesitados de piedad, me invocarán. ¡Sin embargo, mi Madre y los niños...! ¿Por qué me llamas Jesús? - pregunta, acariciando a la pequeña.

- Porque te quiero... como a mi padre, a mamá y a mis hermanitos - dice abrazando las rodillas de Jesús y riendo con la carita levantada.

- Y Jesús se inclina y la besa... y así todo termina.

## 77

## En Hebrón en casa de Zacarías. El encuentro con Áglae.

- ¿Hacia qué hora llegaremos? - pregunta Jesús, caminando en el centro del grupo precedido por las ovejas que pacen en las márgenes herbosas.

- Hacia la hora tercia. Son aproximadamente diez millas - responde Elías.

- ¿Y luego vamos a Keriot? - pregunta Judas.

- Sí. Vamos allí.

- ¿Y no era más corto ir de Yuttá a Keriot? No debe haber mucha distancia. ¿Verdad, tú, pastor?

- Dos millas más, poco más o menos.

- Así recorremos más de veinte millas sin motivo.

- Judas, ¿por qué estás tan inquieto? - dice Jesús.

- No es inquieto, Maestro; sólo que me habías prometido ir a mi casa...

- E iré. Mantengo siempre mis promesas.

- He encargado que avisen a mi madre... y además Tú has dicho que con los muertos se está también con el espíritu.

- Lo he dicho. Mira, Judas, reflexiona: tú por mí no has sufrido todavía. Éstos hace treinta años que sufren, y no han traicionado jamás ni siquiera mi recuerdo, ni siquiera el recuerdo. No sabían si estaba vivo o muerto... y, no obstante, han permanecido fieles. Me recordaban como recién nacido, infante, sólo con mi llanto y mi necesidad de leche... y, aun así, me han venerado siempre como Dios. Por causa mía los han maltratado, los han maldecido, han sufrido persecución como un oprobio de Judea; y, a pesar de todo, su fe, ante los golpes, no vacilaba, no se agostaba, sino que, por el contrario, echaba raíces más hondas y se hacía más vigorosa.

- A propósito. Hace unos días que me quema los labios una pregunta. Son amigos tuyos y de Dios estos, ¿no es verdad? Los ángeles los han bendecido con la paz del Cielo, ¿no es verdad? Ellos no han dejado de ser justos ante ninguna tentación, ¿no es verdad? ¿Me explicas entonces por qué han sido infelices? ¿Y Ana?... La mataron por haberte amado...

- Tu conclusión sería, entonces, que mi amor y el amarme acarrea desventura.

- No... pero...

- Pero es así. Siento verte tan cerrado a la Luz y tan poseído de lo humano. No; deja, Juan, y también tú, Simón. Prefiero que hable. Nunca rechazo a nadie. Sólo quiero apertura de corazones, para poder introducir en ellos la luz. Ven aquí, Judas. Escucha. Partes de un juicio común a muchos hombres presentes y futuros. Digo "juicio", debería decir "yerro"; pero, si supongo que lo hacéis sin malicia, por ignorancia de la verdad, entonces no es yerro, es sólo juicio imperfecto, como lo puede ser el de un niño. Y sois niños, vosotros, pobres hombres. Y Yo estoy aquí como Maestro para hacer de vosotros adultos capaces de discernir lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, lo mejor de lo bueno. Escuchad, pues. ¿Qué es la vida? Es un tiempo de pausa; Yo diría el limbo del Limbo, que Dios Padre os da para probar vuestra naturaleza de hijos buenos o de bastardos, y para asignaros, sobre la base de vuestras obras, un futuro en el que ya no habrá ni pausas ni pruebas. Ahora, decidme: ¿sería justo que uno, por el hecho de haber recibido el raro bien de disponer del modo de servir a Dios de manera especial, gozara además de un bien continuo durante toda la vida? ¿No os parece que ya ha tenido mucho y que, por tanto, puede considerarse dichoso, aunque en lo humano no lo sea? ¿No sería injusto que aquel que tiene ya en el corazón luz de divina manifestación y la sonrisa de una conciencia que aprueba, tuviera además honores y bienes terrenos? ¿Y no sería incluso imprudente?

- Maestro, yo digo que sería incluso profanador. ¿Por qué poner alegrías humanas donde estás Tú? Cuando uno te tiene — y éstos te han tenido; ellos, los únicos ricos en Israel por haber gozado de ti desde hace treinta años — no debe poseer nada más. No se pone el objeto humano en el Propiciatorio... El vaso consagrado no sirve más que para usos sagrados. Éstos están consagrados desde el día en que vieron tu sonrisa... y nada, no, nada que no seas Tú debe entrar en su corazón, que te tiene a ti. ¡Ojalá fuera yo como ellos! - dice Simón.

- Sin embargo, te has dado prisa, después de haber visto al Maestro y después de ser curado, en volver a tomar posesión de tus bienes - responde irónicamente Judas.

- Es verdad. Lo he dicho y lo he hecho. Pero ¿tú sabes por qué? ¿Cómo puedes juzgar si no conoces todo? Mi agente recibió órdenes precisas. Ahora que Simón el Zelote está curado — y sus enemigos ya no pueden perjudicarlo segregándolo; ni perseguirlo porque ya no es más que de Cristo y no tiene ninguna secta: tiene a Jesús y basta —, Simón puede disponer de los haberes suyos, que un hombre honesto, fiel, le ha conservado. Y yo, dueño todavía durante una hora, prescribí su reorganización para obtener más dinero en la venta y poder decir... No, esto no lo digo.

- Lo dicen los ángeles por ti, Simón, y lo escriben en el libro eterno - dice Jesús.

Simón mira a Jesús. Las dos miradas se anudan: una, asombrada; la otra, bendiciendo.

- Como siempre, yo estoy equivocado.

- No, Judas; tienes el sentido práctico. Tú mismo lo dices.

- ¡Oh, pero con Jesús!... También Simón Pedro estaba apegado al sentido práctico, ¡y ahora sin embargo!... Tú también, Judas, serás como él. Hace poco que estás con el Maestro, nosotros hace más tiempo y ya hemos mejorado - dice Juan, siempre dulce y conciliador.

- No me ha querido con Él. Si no, hubiera sido suyo desde Pascua — Judas está hoy realmente enojado.

Jesús zanja la cuestión diciendo a Leví:

-¿Has estado alguna vez en Galilea?

- Sí, Señor.

- Vendrás conmigo, para conducirme a donde Jonás. ¿Lo conoces?

- Sí. Por Pascua nos veíamos siempre; yo iba a verlo entonces.

José baja la cabeza apenado. Jesús se da cuenta.

- Juntos no podéis venir. Elías se quedaría solo con las ovejas. Pero tú vendrás conmigo hasta el paso de Jericó, donde nos separaremos por un tiempo. Te diré después lo que tienes que hacer.

- ¿Nosotros ya nada más?

- También vosotros. Judas, también vosotros.

- Se ven algunas casas - dice Juan, que va unos pasos por delante de los demás.

- Es Hebrón, con su cúspide a caballo entre dos ríos. ¿Ves, Maestro? ¿Ves aquella casa grande de allí, entre toda aquella hierba, un poco más alta que las otras? Es la casa de Zacarías.

- Aceleremos el paso.

Recorren ligeros los últimos metros de camino. Entran en el pueblo. Las pequeñas pezuñas de las ovejas parecen castañuelas al chocar contra las piedras irregulares de la calle, aquí rudimentariamente adoquinada. Llegan a la casa. La gente mira a ese grupo de hombres de diverso aspecto, edad y vestimenta, entre el blancor de las ovejas.

- ¡Oh! ¡Es distinta! ¡Aquí estaba la verja de entrada! - dice Elías. Ahora, en lugar de la verja, hay un portón herrado que impide ver. Y la tapia que la circunda es más alta que un hombre, y, por tanto, no se ve nada.

- Quizás esté abierto por detrás. Vamos.

Rodean un amplio cuadrilátero (más concretamente un amplio rectángulo), pero la pared es igual por todas partes.

- Pared hecha desde hace poco - dice Juan observándola - No tiene grietas, y en el suelo hay todavía piedras con cal.

- Tampoco veo el sepulcro... Estaba hacia el bosque. Ahora el bosque está fuera del muro y... y parece de todos. Hacen leña en él...

Elías está perplejo.

Un hombre, un leñador entrado en años, más bien bajo, pero fuerte, observando al grupo, deja de serrar un tronco talado y se dirige hacia ellos.

-¿A quién buscáis?

- Queríamos entrar en la casa, para orar ante el sepulcro de Zacarías.

- Ya no existe el sepulcro. ¿No lo sabéis? ¿Quiénes sois?

- Yo, amigo de Samuel, el pastor. Él...

- No hace falta, Elías - dice Jesús. Elías se calla.

- ¡Ah! ¡Samuel!... ¡Ya! Sólo que desde que Juan, hijo de Zacarías, está en la cárcel, la casa ya no es suya. Y es una desgracia, porque él distribuía todas las ganancias de sus bienes entre los pobres de Hebrón. Una mañana vino uno de la corte de Herodes, echó afuera a Joel, clausuró la casa; luego volvió con algunos obreros y empezó a levantar el muro... En el ángulo, allí, estaba el sepulcro. No lo quiso... y una mañana lo encontramos todo destrozado, medio derruido... los pobres huesos mezclados... Los recogimos como se pudo... Ahora están en una única arca... Y en la casa del sacerdote Zacarías ese inmundo tiene a sus amantes. Ahora está una histrionisa de Roma. Por eso ha realzado el muro. No quiere que se vea... ¡La casa del sacerdote, un lupanar! ¡La casa del milagro y del Precursor! Porque ciertamente es él, si es que no es él el Mesías. ¡Y cuántas dificultades hemos tenido por el Bautista! ¡Pero es nuestro grande! ¡Verdaderamente grande! Ya cuando nació se dio un milagro. Isabel, consumida como un cardo ajado, resultó fértil como un manzano en Adar; primer milagro. Luego vino una prima, que era santa, a servirle y a soltarle la lengua al sacerdote. Se llamaba María. Me acuerdo de ella, aunque sólo la viéramos en muy raras ocasiones. No sé cómo sucedió. Se dice que, por contentar a Isa, Ella dejaba poner la boca muda de Zacarías sobre su vientre grávido, o que le metía sus dedos en la boca. No lo sé bien. Lo cierto es que, después de nueve meses de silencio, Zacarías habló alabando al Señor y diciendo que había venido el Mesías. No explicó más, pero mi mujer asegura — ella estaba ese día — que Zacarías dijo, alabando al Señor, que su hijo iría delante de Él. Ahora, yo digo: no es como la gente cree. Juan es el Mesías y camina ante el Señor como Abraham ante Dios, eso es. ¿No tengo razón?

- Tienes razón por lo que respecta al espíritu del Bautista, que siempre camina en presencia de Dios; pero no tienes razón respecto al Mesías.

- Entonces aquélla, de la que se decía que era Madre del Hijo de Dios — lo dijo Samuel — ¿no era verdad que lo era? ¿No vive todavía?

- Lo era. El Mesías nació, precedido por aquel que en el desierto alzó su voz, como dijo el Profeta.

- Tú eres el primero que lo asegura. Juan, la última vez que Joel le llevó una piel de oveja — como todos los años hacía cuando llegaba el invierno —, si bien fuera interrogado acerca del Mesías, no dijo: "Ya ha venido". Cuando él lo diga...

- Hombre, yo he sido discípulo de Juan y he oído decir: "He aquí el Cordero de Dios", señalando... - dice Juan.

- No, no. El Cordero es él. Verdadero Cordero que se ha criado a sí mismo, sin casi necesidad de madre y padre. Poco después de pasar a ser hijo de la Ley, se aisló en las cuevas de los montes que miran al desierto y allí se ha educado, hablando con Dios. Isa y Zacarías murieron y él no vino. Padre y madre para él era Dios. No hay santo más grande que él. Preguntad a toda Hebrón. Samuel lo decía, pero debían tener razón los de Belén. El santo de Dios es Juan.

- Si uno te dijera: "El Mesías soy Yo", ¿qué dirías tú? – pregunta Jesús.

- Lo llamaría "blasfemo" y lo echaría a pedradas.

- ¿Y si hiciera un milagro para probar su condición?.

- Lo llamaría "endemoniado". El Mesías vendrá cuando Juan se revele en su verdadero ser. El mismo odio de Herodes es la prueba. Él, el astuto, sabe que Juan es el Mesías.

- No ha nacido en Belén.

- Pero cuando lo liberen, después de anunciarse por sí mismo su próxima venida, se manifestará en Belén. También Belén espera esto. Mientras... ¡Oh! Ve, si tienes valor, a hablarles a los de Belén de otro Mesías... y verás.

- ¿Tenéis una sinagoga?

- Sí. Recto doscientos pasos por esta calle. No puedes equivocarte. Cerca está el arca de los restos profanados.

- Adiós. Que el Señor te ilumine.

Se van. Dan la vuelta por la parte de delante.

En el portón hay una mujer joven vestida sin ningún pudor. Guapísima.

- Señor, ¿quieres entrar en la casa? Entra.

Jesús la mira fijamente, severo como un juez, y no habla.

Habla Judas, en esto apoyado por todos.

-¡Métete dentro, desvergonzada! No nos profanes con tu aliento, perra insaciable.

Se manifiesta en la mujer un vivo rubor e inclina la cabeza. Trata de desaparecer, confundida, escarnecida por gamberros y por la gente que pasa.

- ¿Quién es tan puro como para decir: "Jamás he deseado la manzana ofrecida por Eva?" - dice Jesús, severo, y añade - Decidme dónde está éste y Yo lo saludaré con la palabra "santo". ¿Ninguno? Bueno, pues entonces, si no por repulsa, sino por debilidad, os sentís incapaces de aproximaros a ésta, retiraos. No obligo a los débiles a luchas en inferioridad de condiciones. Mujer, querría entrar. Le guardo cariño a esta casa. Era de un pariente mío.

- Entra, Señor, si no te doy asco.

- Deja abierta la puerta. Que la gente vea y no murmure...

Jesús pasa serio, solemne. La mujer lo recibe reverente, subyugada, y no osa moverse. Pero las burlas de la multitud le hacen sangre. Huye corriendo hasta el fondo del jardín. Mientras, Jesús va hasta el pie de la escalera; mira de refilón por las puertas entreabiertas, pero no entra. Luego se dirige hacia donde estaba el sepulcro (ahora hay una especie de pequeño templo pagano).

- Los huesos de los justos, aunque estén resecos y dispersos, gimen por un bálsamo de purificación y esparcen semillas de vida eterna. ¡Paz a los muertos que han vivido en el bien! ¡Paz a los puros que duermen en el Señor! ¡Paz a quienes sufrieron, pero no quisieron conocer vicio! ¡Paz a los verdaderos grandes del mundo y del Cielo! ¡Paz!.

La mujer, bordeando un seto que la ocultaba, se ha llegado hasta Él.

- ¡Señor!

- Mujer.

- Tu nombre, Señor.

- Jesús.

- No lo he oído nunca. Soy romana: mimo y bailarina. No soy experta más que en lascivias. ¿Qué quiere decir ese Nombre? El mío es Aglae y—y quiere decir: vicio.

- El mío quiere decir: Salvador.

- ¿Cómo salvas? ¿A quién?

- A quien tiene buena voluntad de salvación. Salvo enseñando a ser puros, a preferir el dolor a la pérdida del honor, a querer el bien a toda costa - Jesús habla sin acritud, pero sin siquiera volverse hacia la mujer.

- Yo estoy perdida...

- Yo soy Aquel que busca a los perdidos.

- Yo estoy muerta.

- Yo soy Aquel que da Vida.

- Yo soy suciedad y embuste.

- Yo soy Pureza y Verdad.

- También eres Bondad, Tú, que no me miras, no me tocas, no me pisoteas. Piedad de mí...

- Ten piedad de ti, tú, primero; de tu alma.

- ¿Qué es el alma?

- Es aquello que hace del hombre un dios y no un animal. El vicio y el pecado la matan y, una vez muerta, el hombre se vuelve animal repelente.

- ¿Podré volver a verte?

- Quien me busca me encuentra.

- ¿Dónde estás?

- Donde los corazones necesitan médico y medicinas para volver a ser honestos.

- Entonces... no te volveré a ver... Yo estoy donde no se quiere ni médico ni medicinas ni honestidad.

- Nada te impide venir a donde Yo esté. Mi Nombre será gritado por los caminos y llegará hasta ti. Adiós.

- Adiós, Señor. Déjame que te llame "Jesús". ¡No por familiaridad!... Para que entre en mí un poco de salvación. Soy Aglae, acuérdate de mí.

- Sí. Adiós.

La mujer se queda en el fondo. Jesús sale severo. Mira a todos. Ve perplejidad en los discípulos, burla en los hebronitas. Un siervo cierra el portón.

Jesús va recto por la calle. Llama a la sinagoga.

Se asoma un viejo malévolo. Ni siquiera le da tiempo a Jesús de hablar.

- La sinagoga está prohibida, en este lugar santo, para los que tienen comercio con las meretrices. ¡Fuera!.

Jesús se vuelve sin hablar y continúa caminando por la calle (los suyos van detrás) hasta que se encuentran fuera de Hebrón. Entonces hablan.

- Hay que decir que Tú te lo has buscado, Maestro - dice Judas - ¡Una meretriz!

- Judas, en verdad te digo que ella te superará. Y ahora, tú que me censuras, ¿qué me dices de los judíos? En los lugares más santos de Judea nos han escarnecido; nos han echado... Pero es así. Llega el tiempo en que Samaría y los gentiles adorarán al verdadero Dios, y el pueblo del Señor estará manchado de sangre, y de un delito... de un delito respecto al cual el de las meretrices que venden su carne y su alma será poca cosa. No he podido orar ante los huesos de mis primos y del justo Samuel, pero no importa. Reposad, huesos santos, regocijaos, oh espíritus que habitáis en ellos. La primera resurrección está cercana. Luego vendrá el día en que seréis presentados a los ángeles como los espíritus de los siervos del Señor.

Jesús calla y todo termina.

## 78

## En Keriot. Muerte del anciano Saúl.

Tengo la impresión de que la parte más escabrosa, o sea, el nudo más angosto de las montañas de Judea, se encuentra entre Hebrón y Yuttá; pero podría equivocarme y ser éste un valle más amplio y abierto que se despliega ante vastos horizontes en los que emergen montes aislados que ya no forman una cadena. Quizás es una cuenca entre dos cadenas, no lo sé. Es la primera vez que la veo y no es que me centre mucho. Diversas cultivaciones de cereales distribuidas en terrenos no vastos, pero sí bien cuidados: cebada, centeno sobre todo, y también bonitos viñedos en las partes más soleadas. Más arriba, lindos bosques de pinos y abetos, y otras plantas selvosas. Un camino... discreto introduce en un pequeño poblado.

- Éste es el arrabal de Keriot. Te ruego que vengas a mi casa de campo. Mi madre te espera allí. Después iremos a Keriot» dice Judas, tan agitado, que, en realidad, está fuera de sí.

No he dicho que ahora están solos Jesús, Judas, Simón y Juan. Faltan los pastores; quizás se hayan quedado en los pastos de Hebrón o hayan vuelto hacia Belén.

- Como quieras, Judas; pero también podíamos habernos quedado aquí para conocer a tu madre.

- ¡Oh, no! Es una casuca. Mi madre viene en tiempo de cosecha, pero después vuelve a Keriot. ¿No quieres que mi ciudad te vea? ¿No quieres traer aquí tu luz?

Si que quiero, Judas, pero ya sabes que no me detengo a considerar la humildad del lugar que me hospeda.

- Pero hoy eres mi invitado... y Judas sabe ser hospitalario.

Andan todavía unos metros entre casas pequeñas esparcidas por el campo. Mujeres y hombres, avisados por los niños, se asoman. Está muy claro que se ha despertado la curiosidad. Debe ser que Judas ha lanzado un grito de reclamo.

- He aquí mi pobre casa. Perdona su pobreza.

La casa no es ninguna chabola: es un cubo de un solo piso pero amplio y bien cuidado, dentro de un terreno tupido y floreciente de árboles frutales. Un camino propio, muy limpio, va desde la calzada a la casa.

- ¿Me permites que me adelante, Maestro?.

- Ve, si quieres.

Judas se adelanta.

- Maestro, Judas ha hecho las cosas a lo grande - dice Simón - Antes lo sospechaba, ahora estoy seguro de ello. Tu dices, Maestro, y con razón: espíritu, espíritu...; pero él... él no piensa así. No te entenderá nunca... o muy tarde — corrige para no apenar a Jesús.

Jesús suspira y calla.

Judas sale con una mujer de unos cincuenta años. Es más bien alta, aunque no como el hijo, que ha recibido de ella sus ojos negros y su pelo rizado. Pero los ojos de ella son mansos, más bien tristes, mientras que los de Judas son imperiosos y astutos.

- Te saludo, Rey de Israel - dice postrándose con un verdadero saludo de súbdita - Concede a tu sierva hospedarte.

- Paz a ti, mujer. Que Dios os acompañe a ti y a tu hijo.

¡Oh, sí! ¡A mi hijo! - Es más un suspiro que una respuesta.

- Levántate, madre. Yo también tengo una Madre y no puedo permitir que me beses los pies. En nombre de mi Madre te beso, mujer. Es tu hermana... en el amor y en el destino doloroso de madre de los signados.

-¿Qué quieres decir, Mesías? - pregunta Judas un poco inquieto.

Pero Jesús no responde; está abrazando a la mujer, a la cual ha levantado benignamente. Ahora la besa en las mejillas. Luego, cogiéndola de la mano, va hacia la casa.

Entran en una habitación fresca mantenida en sombra por leves cortinas de rayas. Ya han preparado bebidas frías y fruta fresca. Pero antes la madre de Judas llama a una sierva y ésta trae agua y una toalla; ella, por su parte, quisiera descalzar a Jesús y lavarle los pies polvorientos, pero Jesús se opone.

- No, madre. La madre es una criatura demasiado santa, especialmente cuando es honesta y buena como tú eres, para permitir que se ponga en actitud de esclava.

La madre mira a Judas... una mirada extraña. Luego se va.

Jesús ya se ha refrescado. Cuando está para volverse a poner las sandalias, la mujer regresa con un par nuevo.

- Mira, Mesías nuestro, creo que lo he hecho bien... como quería Judas... Me dijo: "Un poco más largas que las mías e igual de anchas".

- Pero, ¿por qué, Judas?

- ¿No quieres darme la posibilidad de ofrecerte algún don? ¿No eres mi Rey y Dios?.

- Sí, Judas. Pero no debías crear tantas molestias a tu madre. Tú sabes cómo soy...

- Lo sé. Eres santo. Pero tienes que aparecer como Rey santo. Así es como uno se impone. En el mundo, que, de diez, nueve partes es de estúpidos, hay que imponerse con la presencia; yo entiendo de eso.

Jesús se ha atado las sandalias nuevas, de correas perforadas, de piel roja como la cabezada que llega hasta el tobillo; mucho más bonitas que sus sandalias simples de obrero, y semejantes a las sandalias de Judas, que son casi mocasines que dejan ver sólo pequeñas partes del pie.

- También el vestido, Rey mío. Lo tenía preparado para mi Judas... pero él te lo da; es lino, fresco y nuevo. Permite que una madre te vista... como si fueses su hijo.

Jesús vuelve a mirar a Judas... pero no se opone. Se desata la abertura del vestido en la parte del cuello y deja caer la amplia túnica desde los hombros, quedándose con la túnica interior. La mujer le mete la hermosa vestidura nueva y le ofrece un cinturón (un galón profusamente bordado) del que cuelga un cordón terminado en borlas muy tupidas. Jesús se sentirá bien, sin duda, con esas vestiduras frescas y sin polvo; sin embargo, no parece muy contento. Entretanto, los otros se han lavado.

- Ven, Maestro. Son de los árboles de mi pobre huerto. Y ésta es el agua de miel que mi madre prepara. Tú, Simón, quizás prefieres este vino blanco. Toma. Es de mi viña. ¿Y tú, Juan? ¿Como el Maestro? - se le ve a Judas alborozado al poder servir en los hermosos cálices de plata, al mostrar que es una persona que puede.

Su madre habla poco. Mira... mira... mira a su Judas... pero mira todavía más a Jesús... Y cuando Jesús, antes de comer Él, le ofrece la mejor pieza de fruta — creo que son albaricoques muy grandes, son frutos amarillo - rojos y no son manzanas — y le dice «la madre siempre antes», a ella se le saltan las lágrimas.

- Mamá. ¿Lo demás está hecho? - pregunta Judas.

- Sí, hijo mío. Creo haber hecho todo bien, pero he pasado mi vida siempre aquí y no sé... no sé las costumbres de los reyes.

- ¿Qué costumbres, mujer? ¿Qué reyes? Pero, ¿qué has hecho, Judas?

- ¿Pero no eres Tú el prometido Rey de Israel? Es hora de que el mundo te salude como tal, y ello debe suceder por primera vez aquí, en mí ciudad, en mi casa. Yo te venero como tal. Por amor hacia mí y por respeto a tu nombre de Mesías, de Cristo, de Rey, que los Profetas, por orden de Yeové, te han dado, no me desmientas.

- Mujer, amigos. Por favor. Necesito hablar con Judas, tengo que darle órdenes precisas.

La madre y los discípulos se retiran.

- Judas, ¿qué has hecho? ¿Tan poco me has entendido hasta aquí? ¿Por qué disminuirme hasta el punto de hacer de mí sólo un poderoso de la tierra, o, peor aún, uno que brega por ser poderoso? ¿No entiendes que es una injuria a mi misión, exactamente un obstáculo? Sí, no digas que no; obstáculo. Israel está sujeto a Roma. Tú sabes qué ha sucedido cuando ha querido alzarse contra Roma alguien en actitud de caudillo del pueblo levantando sospechas de que estaba creando una guerra de reconquista. Has oído, justamente en estos días, cómo se ensañaron con un Párvulo porque se le supuso rey según el mundo. ¡Y tú..., y tú!... ¡Oh! ¡Judas! ¿Pero qué esperas de una soberanía mía de carne?, ¿qué esperas? Te he dado tiempo de pensar y decidir. Te he hablado bien claro ya desde la primera vez. Incluso te rechacé, porque sabía... porque sé, sí, porque sé, leo, veo lo que hay en ti. ¿Por qué deseas seguirme, si no quieres ser como Yo quiero? Vete, Judas. No te perjudiques a ti ni me perjudiques a mí... Vete. Es mejor para ti. No eres obrero apto para esta obra... Está demasiado por encima de ti. En ti hay soberbia, hay codicia de las tres especies, arrollas a quien te encuentras por delante... Incluso tu madre te debe temer... Hay tendencia a la mentira... No. Así no debe ser mi seguidor. Judas, Yo no te odio, Yo no te maldigo, sólo te digo — y con el dolor de quien ve que no puede cambiar al que ama — te digo sólo: Ve por tu camino, hazte paso en el mundo, puesto que es esto lo que quieres, pero no estés conmigo. ¡Mi vía!... ¡Mi palacio! ¡Oh, qué pequeñez contienen! ¿Sabes dónde seré Rey?, ¿cuándo seré proclamado Rey? Cuando me levanten en un madero infame y por púrpura tenga mi Sangre, por corona una guirnalda de espinas, por enseña un cartel burlón, por trompas y címbalos y órganos y cítaras saludando al Rey proclamado las blasfemias de todo un pueblo, de mi pueblo. ¿Y sabes por obra de quién todo esto? De uno que no me habrá entendido, que no habrá entendido nada. Corazón de bronce hueco, en el que la soberbia, la sensualidad y la avaricia, para entonces, ya habrán destilado sus humores, y

éstos habrán engendrado una maraña de serpientes que servirán como cadena para mí y... y maldición para él. Los demás no conocen tan claramente mi suerte. Te ruego que no la manifiestes. Esto quede entre tú y Yo. Y esto que te he dicho es una amonestación... ¡Y guarda silencio y no digas: "Fui amonestado..."! ¿Entendido, Judas?

Judas está violáceo de tan colorado como se ha puesto. Está en pie, frente a Jesús. Está confundido, con la cabeza baja... Se hinca de rodillas llorando con la cabeza entre las rodillas de Jesús.

- Te amo, Maestro. No me rechaces. Sí, soy un soberbio, soy un estúpido, pero no me apartes de ti. No, Maestro; será la última vez que cometo una falta así. Tienes razón. No he reflexionado, pero incluso en este error hay amor. Quería prodigarte honores y mover a los demás a hacer lo mismo, porque te amo. Tú lo dijiste hace tres días: "Cuando os equivocáis sin malicia, por ignorancia, no es un yerro, sino un juicio imperfecto, propio de niños, y Yo estoy aquí para haceros adultos". Mira, Maestro, estoy entre tus rodillas... me dijiste que serías un padre para mí... entre tus rodillas como entre las de mi padre; y te pido perdón, te pido que hagas de mí un "adulto", un adulto santo... No me apartes de ti, Jesús, Jesús, Jesús... No todo es malvado en mí. ¿Lo ves?, por ti he dejado todo y he venido. Tú eres más que los honores y las victorias que obtenía sirviendo a otros. Tú, sí, Tú eres el amor del pobre, infeliz Judas que quisiera proporcionarte sólo alegría y que, por el contrario, te causa dolor...

- Basta, Judas. Una vez más, te perdono... — Jesús parece fatigado — Te perdono esperando... esperando que en el futuro me comprendas.

- Sí, Maestro. Sí. Pero ahora no me postres bajo el peso de un mentís que haría de mí objeto de burla. Toda Keriot sabe que yo venía con el Descendiente de David, el Rey de Israel... y mi ciudad se ha preparado para recibirte... Creía que actuaba correctamente... creía que así te mostraba cómo hay que hacer para ser temidos y obedecidos... y también a Juan y a Simón, y a través de ellos a los otros que te aman pero que te tratan como a un igual... Incluso se burlarían de mi madre, por tener un hijo mentiroso y loco. ¡Por ella, Señor mío!... ¡Y te juro que yo...!

- No me jures a mí. Júrate a ti mismo, si puedes, no pecar más en este sentido. En atención a tu madre y a los ciudadanos no haré esta afrenta de irme. Estaré aquí. Levántate.

- ¿Qué les vas a decir a los otros?

- La verdad...

- ¡No, no!

- La verdad: que te he dado órdenes para hoy. Siempre hay una forma de decir, con caridad, la verdad. Vamos. Llama a tu madre y a los otros.

Se le ve a Jesús más bien severo. Y no vuelve a sonreír sino cuando regresa Judas con su madre y los discípulos. La mujer escruta a Jesús, lo ve benigno y se tranquiliza. Esta mujer a mí me parece un alma en pena.

- ¿Qué?, ¿vamos a Keriot? Me siento descansado. Te agradezco, madre, toda tu bondad. Que el Cielo te pague y te dé, por tu caridad hacia mí, reposo, y alegría al consorte que lloras.

La mujer trata de besarle la mano, pero Jesús se la pone sobre la cabeza, acariciándola, y no lo permite.

- El carro está preparado, Maestro. Ven.

Afuera, efectivamente, está llegando un carro tirado por bueyes, un hermoso y cómodo carro, dentro del cual se han colocado cojines para que sirvan como asientos; encima, un toldo de paño rojo.

- Sube, Maestro.

- Tu madre antes.

La mujer sube, luego Jesús y los demás.

- Aquí, Maestro» (Judas ya no lo llama rey).

Jesús se sienta en la parte de adelante; a su lado, Judas; detrás la mujer y los discípulos. El conductor aguijonea a los bueyes; los va instigando caminando a su lado.

E1 trayecto es breve, poco más de unos cuatrocientos metros, luego se ven las primeras casas de Keriot, que me parece una discreta ciudadita. Un niño pequeño mira en la calle llena de sol y sale disparado. Cuando el carro llega a las primeras casas, personalidades y gente del pueblo están esperando para recibirlo con bandas de tela y ramos, y ramos y bandas, por las calles y de casa a casa. Gritos de júbilo, profundas reverencias... Jesús —ya no puede evitarlo —, desde lo alto de su trono tambaleante, saluda y bendice.

El carro prosigue y luego gira, después de una plaza, por una calle, y llega a la altura de una casa cuyo portón está ya abierto de par en par; en él hay dos o tres mujeres. Se detiene el carro y bajan.

- Mi casa es tuya, Maestro.

- Paz a ella, Judas. Paz y santidad.

Entran. Pasado el vestíbulo hay una amplia sala con divanes bajos y muebles con incrustaciones. Con Jesús y los demás, entran las personalidades del lugar. Reverencias, curiosidad, júbilo pomposo...

Un anciano de aspecto grave pronuncia un discurso:

-¡Gran fortuna para la tierra de Keriot al tenerte, oh Señor! ¡Gran fortuna! ¡Feliz día! ¡Fortuna por tenerte y fortuna por ver que un hijo suyo es amigo tuyo y te ayuda! ¡Dichoso él, que te ha conocido antes que ningún otro! Y Tú, bendito seas diez veces diez por haberte manifestado, Tú, el Esperado por generaciones y generaciones. Habla, Señor y Rey. Nuestros corazones esperan tu palabra como la tierra sedienta de verano abrasador espera la primera dulce agua de septiembre.

- Gracias, quienquiera que seas, gracias, y gracias a los hombres de esta ciudad que han inclinado sus corazones ante el Verbo del Padre, ante el Padre cuyo Verbo soy Yo. Porque, sabed que no es al Hijo del hombre, que os está hablando, sino al Señor altísimo, a quien hay que rendir gracias y honor por este tiempo de paz con que El vuelve a soldar la paternidad quebrada con los hijos del hombre. Alabemos al Señor verdadero, al Dios de Abraham, que ha tenido piedad de su pueblo, lo ha amado y le otorga al Redentor prometido. No a Jesús, siervo de la eterna Voluntad, sino a esta Voluntad de amor, gloria y honor.

- Hablas como un santo... Yo soy el jefe de la sinagoga. No es sábado. Ven de todas formas a mi casa a explicar la Ley, Tú que portas más que óleo real la unción de la Sabiduría.

- Iré.

- Mi Señor quizás está cansado...

- No, Judas. Nunca cansado de hablar de Dios, nunca con ganas de desilusionar a los corazones.

- Ven, entonces — insiste el jefe de la sinagoga —; toda Keriot está afuera esperándote.

- Vamos.

Salen. Jesús entre Judas y el jefe de la sinagoga; en torno a ellos, personalidades y... gente, gente, gente. Jesús pasa bendiciendo.

La sinagoga está en la plaza. Entran. Jesús se dirige hacia el puesto reservado a quien enseña. Empieza a hablar, todo cándido con su espléndida vestidura, el rostro inspirado, los brazos extendidos según su gesto habitual.

- Pueblo de Keriot, el Verbo de Dios habla. Escuchad. Quien os habla no es sino Palabra de Dios. Su soberanía viene del Padre y al Padre volverá después de evangelizar a Israel. Ábranse los corazones y las mentes a la verdad, para que el error no quede estancado, para que no nazca la confusión. Isaías dice: "Toda depredación tumultuosa y las vestiduras bañadas de sangre serán consumidas por el fuego. He aquí que nos ha nacido un Párvulo, he aquí que se nos concede un Hijo. Lleva sobre sus hombros el principado. Éste es su nombre: el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz". Este es mi Nombre. Dejemos a los Césares y a los Tetrarcas su botín. Yo depredaré, pero no será una depredación que merezca castigo de fuego. No sólo esto sino que le arrebataré al fuego de Satanás gran número de presas para llevarlas al Reino de paz del que soy Príncipe, y al siglo futuro: el eterno tiempo del cual soy Padre.

"Dios" — dice también David, de cuya estirpe provengo, como habían predicho quienes vieron porque eran santos, gratos a Dios, elegidos por Dios para hablar — "ha escogido a uno sólo... a mi hijo... pero la obra es grandiosa, porque se trata no de preparar la casa de un hombre, sino la de Dios". Así es. Dios, el Rey de los reyes, ha elegido a uno sólo, a su Hijo, para construir, en los corazones, su casa. Y ha preparado ya el material. ¡Oh, cuánto oro de caridad, y cobre, y plata y hierro, y maderas raras y piedras preciosas! Todas están acumuladas en su Verbo y Él las usa para construir en vosotros la morada de Dios. Pero si el hombre no ayuda al Señor, inútilmente el Señor querrá construir su casa. Al oro se responde con el oro, a la plata con la plata, al cobre con el cobre, al hierro con el hierro. O sea, por el amor debe darse amor, continencia para servir a la Pureza, constancia para ser fieles, fuerza para no desistir. Y luego, llevar hoy la piedra, mañana la madera: hoy el sacrificio, mañana la obra, y construir, construir siempre el templo de Dios en vosotros.

El Maestro, el Mesías, el Rey del Israel eterno, del pueblo eterno de Dios, os llama. Pero quiere que estéis limpios para la obra. Caigan las soberbias: a Dios gloria. Caigan los humanos pensamientos: de Dios es el Reino. Humildes, decid conmigo: "Tuyas son todas las cosas, Padre, tuyo todo cuanto es bueno; enséñanos a conocerte y a servirte, en verdad". Decid: "¿Quién soy yo?", y reconoced que seréis algo sólo cuando seáis moradas purificadas a las que Dios pueda descender, en las que pueda descansar.

Todos peregrinos y extranjeros en esta tierra, sabed reuniros e ir hacia el Reino prometido. El camino son los mandamientos puestos en práctica no por temor a un castigo, sino por amor a ti, Padre santo; el arca, un corazón perfecto en el cual está el nutritivo maná de la sabiduría y florece la vara de la pura voluntad. Y, para que la casa sea luminosa, venid a la Luz del mundo. Yo os la traigo. Os traigo la Luz. Nada más que esto. No poseo riquezas ni prometo honores de esta Tierra, pero sí poseo todas las riquezas sobrenaturales de mi Padre, y a aquellos que sigan a Dios en amor y caridad les prometo el honor eterno del Cielo.

La paz sea con vosotros.

La gente, que ha estado escuchando atenta, bisbisea un poco inquieta. Jesús habla con el jefe de la sinagoga. Se unen al grupo también otras personas — quizás son las personalidades.

- Maestro... ¿pero entonces no eres el Rey de Israel? Nos habían dicho...

- Lo soy.

- Pero Tú has dicho...

- Que no poseo ni prometo riquezas del mundo. No puedo decir más que la verdad. Así es. Conozco vuestro pensamiento, y el error viene de un desacierto en la interpretación unido a un muy grande respeto vuestro hacia el Altísimo. Se os dijo: "Viene el Mesías", y vosotros habéis pensado, como muchos en Israel, que Mesías y rey fueran lo mismo. Elevad más alto el espíritu. Observad este hermoso cielo de verano. ¿Pensáis que termina allí su límite, allí donde el aire parece una bóveda de zafiro? No. Más allá están los estratos más puros, los azules más netos, hasta llegar a aquél, inimaginable, del Paraíso, adonde el Mesías guiará a los justos muertos en el Señor. La misma diferencia hay entre la realidad mesiánica como la cree el hombre y la real, toda divina.

- Pero, ¿podremos nosotros, pobres hombres, elevar el espíritu adonde Tú dices?.

- Basta que lo queráis, y, si lo queréis, Yo os ayudaré.

- ¿Cómo te tenemos que llamar, si no eres rey?

- Maestro, Jesús; como queráis. Maestro soy y soy Jesús, el Salvador.

Un viejo dice:

- Escucha, Señor. Hace tiempo, hace mucho tiempo, cuando el edicto, tuvimos noticia de que había nacido en Belén el Salvador... y yo fui allí con otros... Vi a un pequeño Niño, en todo igual a los demás, pero lo adoré, por fe. Luego supe que hay uno, santo, de nombre Juan. ¿Cuál es el Mesías verdadero?.

- Aquel a quien tú adoraste. El otro es su Precursor. Gran santo a los ojos del Altísimo, pero no Mesías.

- ¿Eras Tú?

- Era Yo. Y ¿qué viste en torno a mí recién nacido?

- Pobreza y limpieza, honestidad y pureza... un artesano amable y serio de nombre José; artesano, pero de la estirpe de David; una joven Madre rubia y amable de nombre María, ante cuya gracia empalidecen las rosas más hermosas de Engadí y parecen deformes las azucenas de los jardines reales; y un Niño de grandes ojos azul cielo, de cabellos de hilos de oro pálido... No vi nada más... Y oigo todavía la voz de la Madre que me decía: "Por mi Criatura te digo: el Señor esté contigo hasta el eterno encuentro y su Gracia te salga al paso en tu camino". Tengo ochenta y cuatro años... el camino está terminándose. Ya no esperaba encontrar la Gracia de Dios, y, sin embargo, te he encontrado... y ahora ya no deseo ver más luz que la tuya... Sí. Te veo cual eres bajo esta vestidura de piedad que es la carne que has tomado. ¡Te veo! ¡Oíd la voz de aquel que al morir ve la Luz de Dios!

La gente se arremolina en torno al anciano inspirado que está en el grupo de Jesús y que, no teniéndose ya en pie apoyado sobre su bastoncito, levanta los brazos trémulos, la cabeza toda canosa, con su barba larga y bipartida, una verdadera cabeza de patriarca o profeta.

- Yo veo a Éste, el Elegido, el Supremo, el Perfecto, que ha venido aquí abajo por fuerza de Amor, subir a la derecha del Padre, tornar a ser Uno con Él. Pero, ¡ved!, no Voz y Esencia incorpórea como Moisés vio al Altísimo y como el Génesis dice lo conocieran los Primeros y con Él hablasen en el viento de la tarde. Como verdadera Carne lo veo subir al Eterno, ¡Carne refulgente!, ¡Carne gloriosa!; ¡oh, pompa de Carne divina!, ¡oh, Belleza del Hombre Dios! ¡Es el Rey! Sí. Es el Rey. No de Israel; del mundo. Y ante Él se inclinan todas las realezas de la tierra, y todo cetro y toda corona se anulan en el fulgor de su cetro y de sus joyas. Una guirnalda, una guirnalda tiene en su frente. Un cetro, un cetro tiene en su mano. En el pecho, un racional: en él hay perlas y rubíes de un esplendor jamás visto. De él salen llamas como de un horno sublime. En las muñecas, dos rubíes, y lleva una fíbula de rubíes en sus pies santos. ¡De los rubíes, luz, luz...! ¡Mirad, oh pueblos, al Rey Eterno! ¡Te veo! ¡Te veo! Subo contigo... ¡Ah! ¡Señor!, ¡Redentor nuestro!... La luz crece en mi ojo del alma... ¡El Rey está ornado con su Sangre! La guirnalda es una corona de sangrantes espinos, el cetro es una cruz... ¡Aquí está el Hombre! ¡Aquí está! ¡Eres Tú!... Señor, por tu inmolación ten piedad de tu siervo. Jesús, a tu piedad entrego mi espíritu.

El anciano, hasta este momento derecho, rejuvenecido en el fuego de su profecía, se derrumba al improviso, y caería al suelo si Jesús, atento, no le hubiera sujetado contra su pecho.

- ¡Saúl!

- ¡Se está muriendo Saúl!

- ¡Venid a ayudar!

- ¡Corred!

- Paz en torno al justo que muere - dice Jesús, que lentamente se ha ido arrodillando para poder sujetar mejor al anciano, que pesa cada vez más.

Silencio.

Jesús lo depone extendido en el suelo y se levanta.

- Paz a su espíritu. Ha muerto viendo la Luz. En la espera — y será breve — verá ya el rostro de Dios y se sentirá feliz. No hay muerte, o sea, separación de la vida, para quienes murieron en el Señor.

La gente, un rato después, se aleja haciendo comentarios. Se quedan las personalidades, Jesús, los suyos y el jefe de la sinagoga.

- ¿Ha profetizado, Señor?

- Sus ojos han visto la Verdad. Vamos.

Salen.

- Maestro, Saúl ha muerto investido del Espíritu de Dios. Nosotros, que lo hemos tocado, estamos limpios o hemos quedado impuros?

- Impuros.

- ¿Y Tú?

- Yo como los demás. No mudo la Ley. La Ley es ley y el israelita la observa. Impuros hemos quedado. Entre el tercer día y el séptimo nos purificaremos. Hasta entonces, estamos impuros. Judas, Yo no vuelvo adonde tu madre. No llevo impureza a tu casa. Que uno que pueda la avise. Paz a esta ciudad. Vamos.

## 79

## Volviendo donde los pastores. Las joyas de Áglae y una parábola sobre su conversión.

Jesús va caminando entre sus discípulos por una vereda que sigue el curso del torrente. Bueno, digo "sigue el curso del torrente" por decirlo de alguna forma. En realidad, el torrente está abajo, mientras que la vereda (una vereda serpenteada, como es fácil encontrar en lugares montañosos) va por arriba, cortando la pendiente. Juan está rojo como la púrpura, cargado como un mozo de cuerda, con una saca grande bien llena. Judas, por su parte, porta la de Jesús junto con la suya. Simón lleva sólo la suya y los mantos. Jesús viste de nuevo su túnica - la madre de Judas debe haber encargado que se la lavaran porque no tiene arrugas - y calza sus sandalias.

-¡Cuánta fruta! ¡Bonitos los viñedos de aquellas colinas! - dice Juan, que no pierde su buen humor por el calor y la fatiga - Maestro, ¿es éste el río en cuyas márgenes cogieron los padres los racimos milagrosos?

-No, es el otro, y más al sur. Pero toda la región era lugar bendecido por frutos óptimos.

-Ahora ya no lo es tanto, aunque todavía sea hermosa. Demasiadas guerras han devastado el suelo. Aquí se hizo Israel... pero, para hacerse, tuvo que fecundarse con su sangre y con la de los enemigos.

¿Dónde vamos a encontrar a los pastores?
-A cinco millas de Hebrón, en las orillas del río que decías.
-Al otro lado de aquel collado, entonces.
-A1 otro lado.
-Hace mucho calor. El verano... ¿A dónde vamos después, Maestro?
- A un lugar aún más caliente. Pero os ruego que vengáis. Viajaremos de noche. Las estrellas son tan claras, que no hay oscuridad. Os quiero mostrar un lugar...
-¿Una ciudad?
-No... Un lugar... que os hará comprender al Maestro... quizás mejor que sus palabras.
¯Hemos perdido algunos días con ese estúpido contratiempo. Ha echado todo a perder... y mi madre, que tanto había hecho, se ha quedado desilusionada. Además, no sé por qué Tú has querido retirarte hasta la purificación».
-Judas, ¿por qué llamas estúpido a un hecho que ha significado gracia para un verdadero fiel? ¿No desearías una muerte similar para ti? Había esperado durante toda la vida al Mesías, había ido, siendo ya anciano, por caminos incómodos, a adorarlo cuando le dijeron: "Ha venido"; había guardado en el corazón durante treinta años la palabra de mi Madre. El amor y la fe le han cubierto con su fuego en la última hora que Dios le reservaba. Se le ha quebrantado el corazón en la alegría, reducido a cenizas, como grato holocausto, por el fuego de Dios. ¿Qué suerte mejor que ésta? ¿Ha echado a perder la fiesta que habías preparado? Ve en esto una respuesta de Dios. No se mezcle lo que es del hombre con lo que es de Dios... Tu madre todavía me verá. Ese anciano ya no me habría vuelto a ver. Toda Keriot puede venir al Cristo, el anciano ya no tenía fuerzas para hacerlo. Me he sentido feliz de recibir en mi corazón al viejo padre moribundo, y de recomendarle el espíritu. Y, por lo demás... ¿Por qué escandalizar mostrando desprecio hacia la Ley? Para decir "seguidme", hace falta caminar. Para conducir por un camino santo, hay que recorrer el mismo camino. ¿Cómo habría podido, o cómo podría, decir "sed fieles", si Yo fuera infiel?
-Creo que este error es la causa de nuestra decadencia. Los rabíes y los fariseos abaten al pueblo cargándole los preceptos, y luego... luego hacen como aquel que ha profanado la casa de Juan transformándola en un lugar de vicio - observa Simón.
-Es uno de Herodes... - rebate Judas Iscariote.
-Sí, Judas. Pero las mismas culpas están presentes en las castas que se dicen - ellas mismas se lo dicen - santas. ¿Qué opinas Tú de esto, Maestro? - dice Simón.
-Opino que sólo en el caso de que haya un puñado de *verdadera* levadura y de *verdadero* incienso en Israel se formará el pan y se perfumará el altar.
-¿Qué quieres decir?
-Quiero decir que si alguien viene a la Verdad con corazón recto, la Verdad se esparcirá como levadura en la masa de la harina y como incienso por todo Israel.
-¿Qué te dijo aquella mujer? - pregunta Judas.
Jesús no responde. Se vuelve hacia Juan:
-Pesa mucho y casi no puedes; dame tu carga.
-No, Jesús. Estoy acostumbrado a los pesos, y, además... me lo aligera el pensamiento de la alegría que le dará a Isaac.
Ya están al otro lado del collado. A la sombra del bosque, en la otra vertiente, están las ovejas de Elías; los pastores, sentados a la sombra, las vigilan. Ven a Jesús y se echan a correr hacia Él.
-Paz a vosotros. ¿Aquí estáis?
-Estábamos preocupados por ti... y por el retardo... dudando si ir hacia ti u obedecer... hemos decidido venir hasta aquí... para obedecerte a ti y al mismo tiempo a nuestro amor. Pero deberías haber llegado hace muchos días.
-Hemos tenido que detenernos...
-Pero... ¿nada malo?
-No, nada, amigo. Sólo la muerte de un fiel en mi pecho.
-¿Qué querías que sucediera, pastor? Cuando las cosas están bien preparadas... Claro, hay que saber prepararlas, y preparar a los corazones para recibirlas. Mi ciudad ha rendido al Cristo toda suerte de honores. ¿No es verdad, Maestro?
-Es verdad. Isaac, al regreso hemos pasado por casa de Sara. La ciudad de Yuttá, sin ninguna otra preparación aparte de la de su simple bondad y de la verdad de las palabras de Isaac, ha sabido entender la esencia de mi doctrina y amar con amor práctico, desinteresado y santo. Te manda ropa y comida, Isaac; y a los óbolos que se quedaron encima de tu yacija todos han querido añadir algo para ti, que vuelves al mundo y careces de todo. Ten. Yo no llevo nunca dinero; éste lo he cogido porque está purificado por la caridad.
-No, Maestro, tenlo Tú. Yo... estoy acostumbrado a vivir sin él.
-Ahora tendrás que ir por los pueblos a los que te voy a enviar, y te hará falta. El obrero tiene derecho al salario, aunque sea un obrero de alma... porque todavía hay un cuerpo que nutrir, como el asno que ayuda a su amo. No es mucho, pero sabrás desenvolverte... Juan en esa saca tiene ropa y sandalias. Joaquín ha cogido de lo suyo; será grande... ¡pero hay mucho amor en ese regalo!
Isaac toma la saca y se retira a vestirse detrás de una mata. Estaba todavía descalzo y llevaba su extravagante toga hecha con una manta.
¯Maestro - dice Elías - esa mujer... esa mujer que está en la casa de Juan... tres días después de tu partida, mientras pastoreábamos las ovejas en los prados de Hebrón - que son de todos y no nos podían echar -, nos mandó a una criada con esta bolsa, diciendo que quería hablarnos... No sé si he hecho bien... pero por primera vez devolví la bolsa y dije: "No tengo nada que escuchar"... Después, ella me envió este mensaje: "Ven en nombre de Jesús", y fui... Esperó a que no estuviera su... en definitiva, el hombre que la tiene... ¡Cuántas cosas quiso..., o mejor, quería saber! Yo, sin embargo... dije poco... por prudencia... Es una

meretriz. Temía que fuera una trampa para ti. Me preguntó quién eres, dónde estás, qué haces, si eras una persona importante... Yo le dije: "Es Jesús de Nazaret, está por todas partes porque es un maestro y va enseñando por Palestina". Le dije que eres un hombre pobre, sencillo, un obrero a quien la Sabiduría le ha hecho sabio... Nada más.

-Has hecho bien - dice Jesús, y, al mismo tiempo, Judas exclama: « ¡Has hecho mal! ¿Por qué no dijiste que es el Mesías, que es el Rey del mundo? ¡Aplastar la soberbia romana bajo el fulgor de Dios!».

«No me habría entendido... Y, además, ¿estaba seguro de si era -sincera? Tú mismo dijiste lo que era ella, cuando la viste. ¿Podía ofrecer las cosas santas - todo lo que es Jesús es santo - a su boca? ¿Podía poner en peligro a Jesús dando demasiadas noticias? ¡Lejos de mí acarrearle un mal, aunque todos lo hicieran!

-Vamos nosotros, Juan, a decirle quién es el Maestro, a explicarle la verdad santa.

-Yo no, a menos que Jesús me lo ordene.

-¿Tienes miedo? ¿Qué puede hacerte? ¿Sientes asco? ¡El Maestro no lo ha sentido!

-Ni miedo ni asco. Tengo piedad de ella. Pero pienso que si Jesús hubiera querido hubiera podido detenerse a instruirla. No lo hizo... no es necesario que lo hagamos nosotros.

-Entonces no había signos de conversión... Ahora... A ver, Elías, la bolsa.

Y Judas vuelca en un extremo del manto - puesto que se ha sentado en la hierba - el contenido de la bolsa. Anillos, brazaletes, pulseras, un collar... ruedan: amarillo oro sobre el amarillo opaco de la vestidura de Judas. « ¡Todas joyas!... ¿Qué hacemos con esto?

-Se pueden vender - dice Simón.

-Son siempre pejigueras - objeta Judas mostrando, no obstante, admiración por las joyas.

-Se lo he dicho yo también, al cogerlas. También le he dicho que su señor le pegaría. Me ha respondido: "No es suyo, es mío, y hago con ello lo que quiero. Sé que es oro de pecado... pero se transformará en oro bueno si se usa para quien es pobre y santo. Para que se acuerde de mí", y lloraba.

-Ve, Maestro.

-No.

-Manda a Simón.

-No.

-Entonces voy yo.

-No.

Los noes de Jesús son secos e imperiosos.

-¿He hecho mal, Maestro, al hablar con ella, al tomar ese oro? - pregunta Elías, que ve a Jesús serio.

-No has hecho mal, pero ya no hay nada más que hacer.

-Pero quizás esa mujer quiere redimirse y tiene necesidad de ser instruida... - objeta una vez más Judas.

-Hay en ella ya muchas chispas capaces de suscitar el incendio en que puede quemarse su vicio para quedar el alma virginizada de nuevo por el arrepentimiento. Hace poco os he hablado de levadura que esparciéndose entre la harina convierte a ésta en santo pan. Escuchad una breve parábola. Esa mujer es harina, una harina en la cual el Maligno ha mezclado sus polvos de infierno; Yo soy la levadura, o sea, mi palabra es la levadura. Pero, ¿puede hacerse el pan, aún en el caso de que la levadura sea buena, si en la harina hay mucho cascabillo, o si mezclado hay piedras y arena y ceniza? No puede hacerse. Hace falta quitar de la harina, con paciencia, las cascarillas, la ceniza, las piedras y la arena. La Misericordia pasa y ofrece la criba... La primera: hecha con breves verdades fundamentales, necesarias para ser comprendidas por uno que está en la red de la completa ignorancia, del vicio, del paganismo. Si el alma lo acoge, comienza la primera purificación. La segunda es la criba del alma en sí, que confronta su ser con el Ser que se ha revelado, y se horroriza. Y comienza su obra. Por medio de una operación cada vez más minuciosa, después de las piedras, de la arena y de la ceniza, llega incluso a quitar lo que ya es harina pero con granitos todavía grandes, demasiado grandes para producir un óptimo pan. Cuando ya está completamente dispuesta, vuelve a pasar la Misericordia y se introduce en esa harina preparada - también ésta es una preparación, Judas - y la hace fermentar y la hace pan. Pero es una operación larga y de "voluntad" del alma. Esa mujer... esa mujer tiene ya en sí esa mínima cosa que era justo darle y que le puede servir para llevar a cabo su trabajo. Dejemos que lo lleve a cabo, si quiere hacerlo, sin disturbarla. Todo disturba a un alma que se está labrando: la curiosidad, el celo imprudente, las intransigencias y la excesiva compasión.

-¿Entonces, no vamos?

- No. Y, para que a ninguno de vosotros le venga la tentación, nos vamos enseguida. Hay sombra en el bosque. Nos detendremos en las faldas del Valle del Terebinto y allí nos separaremos. Elías volverá a sus pastos con Leví. José vendrá conmigo hasta el vado de Jericó. Luego... nos volveremos a reunir. Tú, Isaac, continúa lo que hiciste en Yuttá, yendo desde aquí, por Arimatea y Lida, hasta llegar a Doco. Allí nos volveremos a ver. Judea debe ser preparada, y tú sabes cómo hacerlo; como has hecho en Yuttá.

-¿Y nosotros?

-¿Vosotros? He dicho que vendréis para ver mi preparación. Yo también me he preparado para la misión.

-¿Yendo a un rabí?

-No.

-¿Con Juan?

-De él tomé sólo el bautismo.

-¿Entonces?

-Belén ha hablado con las piedras y los corazones. También en ese lugar, donde te llevo, Judas, las piedras y un corazón, el mío, hablarán y te responderán.

Elías - que ha traído leche y pan oscuro - dice: «He tratado, mientras esperaba, y conmigo también Isaac, de persuadir a los de Hebrón... Pero... sólo creen en Juan, no juran más que por Juan, no quieren más que a Juan; es su "santo" y sólo lo quieren a él.

-Pecado común a muchos pueblos y a muchos creyentes actuales y futuros: miran al obrero y no al patrón que ha enviado al obrero; se dirigen al obrero, sin ni siquiera decirle: "Dile a tu patrón esto". Se olvidan de que el obrero existe porque existe el patrón y de que es el patrón el que instruye al obrero y lo habilita para su trabajo. Olvidan que el obrero puede interceder, pero uno sólo puede conceder: el patrón; en este caso Dios, y su Verbo con Él. No importa. El Verbo siente dolor por ello, pero no rencor. Vamos.

## 80

## En el monte del ayuno y en la peña de la tentación

Una alborada hermosísima en un lugar inhóspito. Un alba desde lo alto de un pronunciado declive montano. Apenas un comienzo de día. En el cielo todavía quedan estrellas y un arco sutil de luna menguante, como de plata, que persiste en el terciopelo todavía azul oscuro del cielo.

El monte parece estar aislado, no unido a otras cadenas, pero es un verdadero monte, no una colina. La cima está mucho más arriba, y, sin embargo, desde la mitad de la ladera ya se domina un amplio radio de horizonte, signo de que se ha subido mucho respecto al nivel del suelo. En el aire fresco de la mañana en que se abre paso la luz incierta blanco-verdosa del alba que cada vez se hace más clara, comienzan a dibujarse los contornos y detalles que antes se encontraban sumergidos en esa neblina que precede al día, siempre más cerrada que una noche porque parece que la luz de los astros, en el paso de la noche al día, disminuye y - diría - se anula. Así veo que el monte es rocoso y pelado, hendido por quiebras que forman grutas, cavidades profundas y senos. Un lugar verdaderamente inhóspito en el que - sólo en los lugares donde se ha depositado un poco de tierra que ha podido recoger el agua del cielo y conservarla - hay macollas (por lo general plantas duras, espinosas, escasas de ramas) y bajos y duros matorrales de unas yerbas que parecen bastoncitos verdes y cuyo nombre desconozco.

Abajo hay una extensión más árida todavía, plana, pedregosa, cuya sequedad aumenta cuanto más se acerca a un punto oscuro, mucho más largo que ancho, al menos cinco veces más largo que ancho, que creo que puede ser un tupido oasis, nacido entre tanta desolación, debido a aguas subterráneas. Pero, cuando la luz se hace más viva, veo que no es sino agua, un agua parada, oscura, muerta, un lago de una tristeza infinita; en esta luz, aún incierta, me hace recordar la visión del mundo muerto. Parece como si aspirase toda la oscuridad del cielo, toda la tristeza del suelo que lo rodea, diluyendo en sus aguas paradas el verde oscuro de las plantas espinosas y de las duras yerbas que durante kilómetros y kilómetros, a lo largo y a lo alto, son la única decoración del suelo, y, transformándose en un filtro de hondura lóbrega, la emanase y expandiese por todo el alrededor. ¡Qué distinto del luminoso, risueño lago de Genesaret! Hacia arriba, mirando al cielo absolutamente sereno que se hace cada vez más claro, mirando a la luz que avanza desde Oriente, a borbotones cada vez más dilatados, el espíritu se alegra. Pero mirando a aquel vastísimo lago muerto se encoge el corazón. Ningún pájaro surca el espacio sobre sus aguas, ningún animal hay en sus orillas. Nada.

Mientras estoy mirando esta desolación, me saca de este estado la voz de mi Jesús:

-Hemos llegado a donde quería.

Me vuelvo, lo veo a mis espaldas, entre Juan, Simón y Judas, en la pendiente rocosa del monte, en el punto a que llega un sendero... sería mejor decir: en el punto en donde un largo trabajo de aguas, en los meses de lluvia, ha arañado la caliza excavando a lo largo de los siglos un canal apenas dibujado, para desagüe de las aguas de las cimas, que ahora es camino para cabras monteses más que para hombres.

Jesús mira a su alrededor y repite:

-Sí, aquí os quería traer. Aquí el Cristo se preparó para su misión.

-¡Pero si aquí no hay nada!

-¡No hay nada, tú lo has dicho.

-¿Con quién estabas?

-Con mi espíritu y con el Padre.

-¡Ah! ¡Estuviste aquí unas pocas horas!

-No, Judas, no unas pocas horas, sino muchos días...

-Pero, ¿quién te servía? ¿Dónde dormiste?

-Tenía por siervos a los onagros, que por la noche venían a dormir a su guarida... a ésta, en donde yo también me había guarecido... Tenía como siervas a las águilas, que me decían "es de día" con su áspero grito, saliendo a buscar la presa. Tenía como amigos las liebrecitas que venían a roer las yerbas silvestres casi a mis pies... Alimento y bebida para mí eran lo que es alimento y bebida de la flor silvestre: rocío nocturno, la luz del Sol, no otra cosa.

-Pero, ¿por qué?

-Para prepararme bien, como tú dices, para mi misión. Las cosas bien preparadas salen bien, tú lo has dicho. Y mi cosa no era la pequeña, inútil cosa de hacer que brillara Yo, Siervo del Señor, sino de hacer comprender a los hombres lo que es el Señor y, a través de esta comprensión, hacer que le amaran en espíritu y verdad. ¡Mísero aquel siervo del Señor que piensa en su triunfo y no en el de Dios; que trata de sacar partido, que sueña con ponerse en alto en un trono hecho... ¡oh!, hecho con los

intereses de Dios rebajados hasta el suelo (éstos, que son celestes)! Ya no es siervo, éste, aunque externamente lo parezca; es un mercader, un traficante, un falso que se engaña a sí mismo, que engaña a los hombres y que querría engañar a Dios... un desalmado que se cree príncipe y es esclavo...; es del Demonio, su rey de embuste. Aquí, en esta guarida, el Cristo, durante muchos días, vivió de maceraciones y oración para prepararse a su misión. ¿A dónde querrías que hubiera ido a prepararme, Judas?

Judas está perplejo, desorientado. A1 final responde:

-No sé... Pensaba... con algún rabí... con los esenios... no sé.

-¿Y podía Yo encontrar un rabí que me dijera más que lo que me decía la Potencia y la Sabiduría de Dios? ¿Y podía Yo - Yo, Verbo Eterno del Padre, Yo, que era cuando el Padre creó al hombre, y que sé de qué espíritu inmortal y animado, y de qué poder de juicio libre y capaz ha dotado el Creador al hombre - podía ir a procurarme ciencia y capacidad a donde aquellos que niegan la inmortalidad del alma negando la resurrección final y niegan la libertad de acción del hombre imputando virtudes y vicios, acciones santas y malvadas, al destino, que consideran fatal e invencible? ¡No! ¡No!

Tenéis un destino, sí, lo tenéis; en la mente de Dios, que os crea, hay un destino para vosotros. Os lo desea el Padre y es destino de amor, de paz, de gloria: "la santidad de ser sus hijos". Éste es el destino que, presente en la mente divina desde el momento en que con el barro fue hecho Adán, estará presente hasta la última creación de alma de hombre. Pero el Padre no os violenta en cuanto se refiere a vuestra condición regia. El rey, si está prisionero, ya no es rey: es un ser abyecto. Vosotros sois reyes porque sois libres en vuestro pequeño reino individual, en el yo; en él podéis hacer lo que queráis, como queráis.

Frente a vuestro pequeño reino y en sus fronteras tenéis a un Rey amigo y dos potencias enemigas. El Amigo os muestra las reglas dadas por Él para hacer felices a los suyos. Os las muestra. Os dice: “Aquí están; con estas reglas es segura la eterna victoria". Os las muestra - Él, el Sabio y Santo - para que podáis, si queréis hacerlo, practicarlas y obtener gloria eterna. Las dos potencias enemigas son Satanás y la carne. En la carne incluyo la vuestra y la del mundo, o sea, las pompas y seducciones del mundo, o sea, la riqueza, las fiestas, los honores, el poder que del mundo y en el mundo se tienen, y que no siempre se tienen honradamente, y menos aún se saben usar honradamente si por un complejo de causas el hombre llega a esas cosas.

Satanás, maestro de la carne y del mundo, también habla a través de éste y de la carne; también él tiene sus reglas... ¡Oh, que si las tiene!... Y - dado que el yo está envuelto en carne y la carne tiende a la carne como las limaduras de hierro tienden hacia el imán, y, dado que el canto del Seductor es más dulce que el gorgorito del ruiseñor en celo entre rayos de luna y perfume de rosales - es más fácil ir hacia estas reglas, volverse hacia estas potencias, decirles: "Os considero amigas, entrad". Entrad... ¿habéis visto alguna vez a un aliado que permanezca siempre honesto, sin pedir el ciento por uno a cambio de la ayuda prestada? Así hacen esas potencias. Entran... Y se hacen las dueñas. ¿Dueñas? No: cómitres. Os atan, ¡oh hombres!, a su banco de galera, os encadenan ahí, no os dejan alzar ya el cuello de su yugo, y su látigo os llena de surcos de sangre, si tratáis de huir de ellas: o dejarse herir hasta llegar a ser un amasijo de carne hecha pedazos (tan inútil, como carne, que hasta su cruel pie la desprecia), o morir bajo ellas.

Si sabéis proporcionaros ese martirio, *proporcionaros* ese martirio, entonces pasa la Misericordia, la Única que todavía puede tener piedad de esa repugnante miseria de la cual el mundo - uno de sus dueños - siente ahora asco y contra la cual el otro dueño, Satanás, envía sus flechas de venganza. Y la Misericordia, la única que pasa, se agacha, la recoge, la atiende, la vuelve a sanar y le dice: "Ven, no temas, no te mires porque tus llagas, a pesar de haber cicatrizado ya, son tan innumerables que te causarían horror por lo mucho que te afean. Yo no te las miro, miro tu voluntad; por esa voluntad buena estás marcada así. Por eso Yo te digo: Te amo, ven conmigo"... Y la lleva a su Estado. Entonces podéis entender que Misericordia y Rey amigo son una misma persona. Halláis de nuevo las reglas que Él os había mostrado y que vosotros no habías querido seguir. Ahora lo deseáis... y llegáis a la paz: de la conciencia, primero; a la paz de Dios, después.

Decidme, entonces, ¿este destino lo impuso Uno Solo para todos, o cada uno, individualmente, lo deseó para sí?

-Cada uno lo deseó.

-Juzgas bien, Simón. ¿Podía ir Yo a formarme con aquellos que niegan la beata resurrección y el don de Dios? Aquí vine. Cogí mi alma de Hijo del hombre y me la labré con los últimos retoques, terminando el trabajo de treinta años de anonadamiento y de preparación para ir perfecto a mi ministerio. Ahora os pido que estéis conmigo unos días en esta guarida. En cualquier caso será una estancia menos desolada, porque seremos cuatro amigos que luchan contra las tristezas, los miedos, las tentaciones, las necesidades de la carne; Yo, sin embargo, estaba solo. En cualquier caso, será menos penosa, porque ahora es verano y aquí arriba el viento de las cimas templa el calor; Yo, sin embargo, vine al terminar la luna de Tebet, y el viento que descendía de las nieves de la cúspide era muy frío. En cualquier caso será menos angustiosa, porque será más breve, y porque ahora disponemos de esa mínima cantidad de alimento que puede proporcionar alivio a nuestra hambre, y en los pequeños odres de piel que dije a los pastores que os dieran hay agua suficiente para estos días de estancia. Yo... Yo necesito arrancar dos almas a Satanás. Sólo la penitencia lo puede. Os pido ayuda. Supondrá una formación también para vosotros. Aprenderéis cómo se arrebatan las presas a Satanás: no tanto con las palabras cuanto con el sacrificio... ¡Las palabras!... El estrépito satánico impide oírlas... Toda alma en manos del Enemigo se encuentra envuelta en torbellinos de voces infernales... ¿Queréis quedaros conmigo? Si no queréis, idos. Yo me quedo. Nos volveremos a ver en Tecua, junto al mercado.

-No, Maestro, yo no te dejo - dice Juan, mientras Simón al mismo tiempo exclama: «Tú nos dignificas queriéndonos contigo en esta redención».

Judas... no me parece muy entusiasta, pero pone buena cara al... destino y dice:

-Yo me quedo.

-Tomad entonces los odres y las sacas y llevadlas adentro y antes de que el sol queme, partid leña y acumuladla junto a la grieta. La noche aquí es rigurosa incluso en verano, y no todos los animales son buenos. Vamos a encender en seguida una

rama... ¡Allí!, de aquella planta de acacia gomosa; quema bien. Y vamos a mirar entre las fisuras para echar afuera áspides y escorpiones. ¡Venga, comenzad!...

... El mismo lugar del monte; sólo que ahora es de noche, una noche toda estrellada, una belleza de cielo nocturno como creo se pueda gozar sólo en aquellos países ya casi tropicales; estrellas de una amplitud y brillo maravillosos. Las constelaciones mayores parecen racimos de brillantes, de claros topacios, de pálidos zafiros, suaves ópalos, tenues rubíes; titilan, se encienden, se apagan como miradas que el párpado cela un instante, vuelven a encenderse más hermosas. De vez en cuando una estrella raya el cielo y desaparece hacia quién sabe qué horizonte: raya de luz que parece un grito de júbilo estelar por poder volar así a través de esos prados ilimitados.

Jesús está sentado en la abertura de la cueva, hablando a los tres que están en círculo con Él. Deben haber hecho fuego, pues en medio del círculo que forman los cuatro un pequeño cúmulo de ascuas conserva resplandores de brasa y derrama su reflejo rojo sobre los cuatro rostros.

-Sí, nuestra permanencia aquí ha terminado. Ésta. La mía duró cuarenta días... Y os digo más: era todavía invierno en estas pendientes... y no tenía comida. Un poco más difícil que esta vez, ¿no es verdad? Sé que habéis sufrido también en este tiempo. Lo poco que teníamos y que os daba no era nada, especialmente para el hambre de los jóvenes; era suficiente sólo para impedir que languidecierais. El agua, todavía más escasa. El calor es tórrido durante el día; diréis que no hacía este calor en invierno; pero sí había un viento seco que bajaba quemando los pulmones desde aquella cima, y subía desde aquella bajura cargado de polvo desértico, y secaba más aún que este calor estivo que se puede aliviar sorbiendo el jugo de estos frutos agraces ya casi maduros. En cambio, entonces, el monte sólo proporcionaba viento y yerbas quemadas por el hielo en torno a las esqueléticas acacias. No os he dado todo porque he reservado para el regreso los últimos panes y el último queso con el último odre... Yo sé lo que fue el regreso, estando exhausto, en la soledad del desierto... Recojamos nuestras cosas y pongámonos en camino. La noche es aún más clara que la que nos condujo aquí. No hay luna, pero el cielo llueve luz. Vamos. Recordad este lugar, sabed recordar cómo se preparó Cristo y cómo se preparan los apóstoles, cuál es el modo que enseño de prepararse los apóstoles.

Se ponen en pie. Simón hurga entre las brasas con una rama. Las reaviva y las extiende con el pie. Echa encima algunas yerbas secas, y en la llama enciende una rama de acacia que mantiene en alto a la entrada de la guarida mientras Judas y Juan recogen man-tos, sacas y unos pequeños odres de piel de los que sólo uno está todavía lleno. Luego apaga la rama contra la roca, carga su saca y se pone el manto, como todos, atándoselo a la cintura para que no moleste al andar.

Bajan, sin más palabras, uno detrás de otro, por un sendero inclinadísimo, espantando a los pequeños animales que están comiendo las pocas yerbas que todavía resisten el sol. El camino es largo e incómodo. Por fin llegan al llano. Tampoco es muy cómodo aquí el ca-mino, donde piedras y lascas se mueven, traidoras, bajo el pie, hiriéndolo incluso, porque la tierra, reducida a polvo, las oculta y no se pueden evitar; aquí donde matorrales quemados, espinosos, arañan y dificultan el paso enganchándose en los bajos de las túnicas; pero es un camino más expedito.

Arriba las estrellas están cada vez más hermosas.

Marchan, marchan, marchan durante horas. La llanura es cada vez más estéril y triste. Titileos de lascas brillan en ciertas arrugas del terreno, en concavidades que hay entre las escabrosidades del suelo. Parecen lascas de brillantes sucios. Juan se agacha a mirarlas.

-Es la sal del subsuelo; está saturado de sal. Aflora con las aguas de primavera y después se seca. Por eso la vida no resiste aquí. El mar Oriental, a través de profundas venas, esparce su muerte en muchos estadios a la redonda. Sólo donde manantiales dulces combaten su acción mordiente es posible encontrar plantas... y también alivio - explica Jesús.

Siguen caminando hasta que Jesús se para junto a la roca cóncava en que lo vi tentado por Satanás.

-Detengámonos aquí. Sentaos. Dentro de poco cantará el gallo. Caminamos desde hace seis horas. Debéis tener hambre, sed y cansancio. Tomad. Comed y bebed sentados aquí en torno a mí, mientras os digo todavía otra cosa que vosotros transmitiréis a los amigos y al mundo.

Jesús ha abierto su saca y ha sacado de ella pan y queso, lo corta y lo distribuye, y de una pequeña calabaza echa en una escudilla agua, y también la distribuye.

-¿Tú no comes, Maestro?

-No. Yo os hablo. Oíd. Una vez hubo uno, un hombre, que me preguntó si había sido tentado alguna vez; que me preguntó si no había pecado nunca; que me preguntó si, en la tentación, no había cedido nunca; y que se maravilló porque Yo, el Mesías, había solicitado, para resistir, la ayuda del Padre diciendo: "Padre, no me dejes caer en la tentación"».

Jesús habla despacio, con calma, como si estuviera narrando un hecho desconocido para todos... Judas baja la cabeza como cohibido, pero los otros están tan centrados en mirar a Jesús que eso les pasa desapercibido.

Jesús continúa:

-Ahora vosotros, mis amigos, podréis saber lo que sólo atisbó aquel hombre. Después del bautismo - estaba limpio, pero no se está nunca suficientemente limpio respecto al Altísimo, y la humildad de decir "soy hombre y pecador" es ya bautismo que hace limpio al corazón - vine aquí. Me había llamado "el Cordero de Dios" aquel que - santo y profeta - veía la Verdad y veía bajar al Espíritu sobre el Verbo y ungirle con su crisma de amor, mientras la voz del Padre llenaba los cielos de su sonido diciendo: "He aquí a mi Hijo muy amado en quien me he complacido". Tú, Juan, estabas presente cuando el Bautista repitió las palabras... Después del bautismo, a pesar de estar limpio por naturaleza y limpio por figura, quise "prepararme". Sí, Judas; mírame, que mis ojos te digan lo que aún calla la boca. Mírame, Judas. Mira a tu Maestro, que no se sintió superior al hombre por ser el Mesías y que, antes bien, sabiendo que era el Hombre, quiso serlo en todo, excepto en condescender al mal. Eso es. Así.

Ahora Judas ha levantado la cara y mira a Jesús, que está frente a él. La luz de las estrellas hace brillar los ojos de Jesús como si fueran dos estrellas fijas en un pálido rostro.

-Para prepararse a ser maestro, hay que haber sido escolar. Yo, como Dios, sabía todo, con mi inteligencia, incluso, Yo podía comprender las luchas del hombre, por poder intelectivo e intelectualmente. Pero un día algún pobre amigo mío, algún pobre hijo mío, habría podido decir y decirme: "Tú no sabes qué es ser hombre y tener sentido y pasiones". Habría sido un reproche justo. Vine aquí, o mejor, allí, a aquel monte, para prepararme... no sólo a la misión... sino también a la tentación. ¿Veis? Aquí, donde vosotros estáis, Yo fui tentado. ¿Por quién? ¿Por un mortal? No. Demasiado débil habría sido su poder. Fui tentado por Satanás directamente.

Estaba agotado. Hacía cuarenta días que no comía... Pero, mientras había estado sumergido en la oración, todo se había anulado en la alegría que significa el hablar con Dios; más que anulado, se había hecho soportable. Lo sentía como una molestia de la materia, circunscrito a la sola materia... Luego volví al mundo... a los caminos del mundo... y sentí las necesidades de quien está en el mundo: tuve hambre, tuve sed, sentí el frío punzante de la noche desértica, sentí el cuerpo agotado por la falta de descanso y de lecho y por el largo camino recorrido en condiciones de debilidad tal, que me impedían continuar...

Porque Yo también tengo una carne, amigos, una *verdadera* carne, sujeta a las mismas debilidades que tiene toda carne, y con la carne tengo un corazón. Sí. Del hombre he tomado la primera y la segunda de las tres partes que le constituyen. He tomado la materia con sus exigencias y lo moral con sus pasiones. Y, si por voluntad propia he doblegado en el momento de su nacimiento todas las pasiones no buenas, he dejado que crecieran poderosas como cedros seculares las santas pasiones del amor filial, del amor patrio, de las amistades, del trabajo, de todo lo que es óptimo y santo. Aquí sentí nostalgia de mi Madre lejana, aquí sentí necesidad de que Ella prodigara sus cuidados a mi fragilidad humana, aquí sentí renovarse el dolor de haberme separado de la única que me amaba perfectamente, aquí presentí el dolor que me está reservado y el dolor de su dolor; pobre Mamá, se le agotarán las lágrimas de tantas como deberá esparcir por su Hijo y por obra de los hombres. Aquí sentí el cansancio del héroe y del asceta que en una hora de premonición se hace conocedor de la inutilidad de su esfuerzo... Lloré... La tristeza... reclamo mágico para Satanás. No es pecado estar tristes si la hora es penosa, es pecado ceder más allá de la tristeza y caer en inercia o desesperación. Y Satanás enseguida acude cuando ve a uno caído en languidez de espíritu.

Vino. Bajo apariencia de benigno viandante. Toma siempre formas benignas... Yo tenía hambre... y tenía mis treinta años en la sangre. Me ofreció su ayuda. En primer lugar me dijo: "Di a estas piedras que se conviertan en pan". Pero antes... sí... antes me había hablado de la mujer... ¡Oh, él sabe hablar de ella, la conoce a fondo! La corrompió primero, para hacerla su aliada de corrupción. No soy sólo el Hijo de Dios, soy Jesús, el obrero de Nazaret. A aquel hombre que me hablaba, preguntándome si conocía tentación, y casi me acusaba de ser injustamente beato por no haber pecado, le dije: "El acto se aplaca en la satisfacción. La tentación no rechazada no cae, sino que se hace más fuerte, y a ello concurre Satanás azuzándola". Rechacé la tentación tanto del hambre de la mujer como del hambre del pan. Y debéis saber que Satanás me presentaba la primera - y no estaba equivocado, humanamente hablando - como la mejor aliada para afirmarse en el mundo.

La Tentación - no vencida por mi respuesta: "no sólo de sentido vive el hombre" - me habló entonces de mi misión. Quería seducir al Mesías después de haber tentado al Joven, y me incitó a aniquilar a los indignos ministros del Templo con un milagro... No se rebaja el milagro, llama del cielo, a hacer de él un círculo de mimbre con que coronarse... No se tienta a Dios pidiendo milagros para fines humanos. Esto quería Satanás. El motivo presentado era el pretexto, la verdad era: "Gloríate de ser el Mesías"; para llevarme a la otra concupiscencia, la del orgullo.

No vencido por mi "no tentarás al Señor tu Dios", me insidió con la tercera fuerza de su naturaleza: el oro. ¡Oh, el oro! Gran cosa el pan y mayor aún la mujer, para quien anhela el alimento o el placer; grandísima cosa es para el hombre la aclamación de las multitudes... Por estas tres cosas, ¡cuántos delitos se cometen! ¡Ah!, pero el oro... el oro... llave que abre, círculo que suelda, es el alfa y el omega de noventa y nueve de cada cien de las acciones humanas. Por el pan y la mujer, el hombre se hace ladrón; por el poder, homicida incluso; pero por el oro se hace idólatra. Satanás, el rey del oro, me ofreció su oro a condición de que lo adorase... Lo traspasé con las palabras eternas: "Adorarás sólo al Señor tu Dios".

Aquí, aquí sucedió esto.

Jesús se ha puesto en pie. En el marco de la naturaleza llana que le circunda y de la luz ligeramente fosforescente que llueve de las estrellas, parece más alto que de costumbre. También los discípulos se levantan. Jesús sigue hablando, mirando fija e intensamente a Judas:

-Entonces vinieron los ángeles del Señor... El Hombre había vencido la triple batalla. El hombre sabía qué quería decir ser hombre, y había vencido; estaba exhausto, la lucha había sido más agotadora que el largo ayuno... Mas el espíritu descollaba en gran medida... Yo creo que ante este completarme como criatura dotada de cognición se estremecieron los Cielos. Yo creo que desde ese momento vino a mí el poder de milagros. Había sido Dios. Yo me había hecho el Hombre. Ahora, venciendo al animal que estaba unido a la naturaleza del hombre, he aquí que Yo era el Hombre-Dios, lo soy. Como Dios todo lo puedo, como Hombre todo lo conozco. Haced también vosotros como Yo si queréis hacer lo que Yo hago, y hacedlo en memoria mía.

Aquel hombre se maravillaba de que hubiera solicitado la ayuda del Padre, y de que le hubiera rogado que no me dejara caer en tentación, es decir, que no me dejara a merced de la Tentación más allá de mis fuerzas. Creo que aquel hombre, ahora que sabe, ya no se asombrará. Actuad también vosotros así, en memoria mía y para vencer como Yo, y no dudéis nunca viéndome fuerte en todas las tentaciones de la vida, victorioso en las batallas de los cinco sentidos, del sentido y del sentimiento, sobre mi naturaleza de verdadero Hombre (la que tengo además de mi naturaleza de Dios). Recordad todo esto.

Os había prometido llevaros a donde hubierais podido conocer al Maestro... desde el alba de su día (un alba pura como esta que está naciendo) hasta el mediodía de su vida, aquél del cual me alejé para ir hacia mi humana tarde... Le dije a uno de vosotros: "Yo también me he preparado"; ahora veis que era verdad.

Os doy las gracias por haberme hecho compañía en este retorno al lugar natal y al lugar penitencial. Los primeros contactos con el mundo me habían nauseado y desilusionado; es demasiado feo. Ahora mi alma está nutrida de la médula del león: de la fusión con el Padre en la oración y en la soledad. Puedo volver al mundo para coger de nuevo mi cruz, mi primera

cruz de Redentor, la del contacto con el mundo, con el mundo en el que demasiado pocas son las almas cuyo nombre es María, cuyo nombre es Juan...

Ahora escuchad; tú especialmente, Juan. Volvemos adonde mi Madre y los amigos. Os ruego que no le habléis a mi Madre de la dureza que han opuesto al amor de su Hijo; sufriría demasiado. Sufrirá mucho, mucho, mucho... por esta crueldad del hombre... mas no le presentemos ya desde ahora el cáliz: ¡será muy amargo, cuando le sea dado!; tan amargo que, como un tóxico, le bajará serpenteando a las entrañas santas y a las venas y se las morderá y le helará el corazón. ¡Oh!, ¡no digáis a mi Madre que Belén y Hebrón me rechazaron como a un perro! ¡Tened piedad de Ella! Tú, Simón, eres anciano y bueno, eres un espíritu de reflexión y sé que no hablarás. Tú, Judas, eres judío, y no hablarás por orgullo regional. Mas, tú, Juan, tú, galileo y joven, no caigas en el pecado de orgullo, de crítica, de crueldad. Calla. Más tarde... más tarde a los demás les dirás cuanto ahora te ruego que calles. También a los demás. Hay ya mucho que decir de las cosas del Cristo. ¿Por qué añadir lo que es de Satanás contra el Cristo? Amigos, ¿me prometéis todo esto?

-¡Oh! ¡Maestro! ¡Claro que te lo prometemos, estate seguro!

-Gracias. Vamos hasta aquel pequeño oasis acariciado por el camino que lleva al río. Allí hay un manantial, una cisterna llena de frescas aguas, sombra y verdura. Podremos encontrar alimento y descanso hasta el anochecer. A la luz de las estrellas nos llegaremos hasta el río, hasta el vado, y esperaremos a José o nos uniremos a él en el caso de que ya haya vuelto. Vamos.

Y se ponen en camino, mientras el primer arrebol en el límite del Oriente dice que un nuevo día nace.

## 81

## En el vado del Jordán con los pastores Simeón, Juan y Matías. Un plan para liberar a Juan el Bautista

Vuelvo a ver el vado del Jordán, el camino verde que sigue el curso del río por ambas partes, muy recorrido de viandantes por tener sombra. Filas de asnos van y vienen, y hombres con ellos. En el margen del río tres hombres pastorean algunas, pocas, ovejas. En el camino, José, que está esperando, mira a un lado y a otro.

A lo lejos, en el punto en que otra estrada empalma con ésta del río, se ve aparecer a Jesús con los tres discípulos. José llama a los pastores. Éstos ponen en movimiento por el camino a las ovejas, haciéndolas avanzar por la orilla herbosa. Rápidamente se dirigen hacia Jesús.

-Yo casi no me atrevo... ¿Con qué palabras lo voy á saludar?

-¡Oh, es muy bueno! Dile: "La paz sea contigo". El saluda siempre así.

-Él sí... pero nosotros...

-¿Y yo quién soy? No soy ni siquiera uno de sus primeros adoradores, y me quiere mucho... muchísimo.

-¿Quién es?

-Aquél más alto y rubio.

-¿Le hablamos del Bautista, Matías?

-¡Sí!

-¿No pensará que lo hemos preferido antes que a Él?

-No, hombre, Simeón. Si es el Mesías, ve dentro de los corazones y en el nuestro verá que en el Bautista seguíamos buscándolo a Él.

-Tienes razón.

Los dos grupos están ya a pocos metros el uno del otro. Ya sonríe Jesús, con esa sonrisa suya indescriptible. José acelera el paso. Las ovejas, por su parte, se ponen a trotar azuzadas por los pastores.

-La paz sea con vosotros - dice Jesús alzando los brazos como para abrazar, y especifica: « ¡Paz a ti Simeón, Juan y Matías, mis fieles y fieles de Juan el Profeta!; paz a ti, José» y lo besa en la mejilla. Los otros tres ahora están de rodillas. «Venid, amigos. Debajo de estos árboles, sobre el guijarral del río. Hablemos.

Bajan. Jesús se sienta en una gruesa raíz que sobresale del terreno, los otros en el suelo. Jesús sonríe y los mira fijamente, fijamente, uno a uno:

-Dejad que conozca vuestros rostros. Los corazones ya los conozco como corazones de justos que van tras el Bien, al que amáis frente a todas las utilidades del mundo. Os traigo el saludo de Isaac, Elías y Leví, y otro saludo: el de mi Madre. ¿Tenéis noticias del Bautista?

Los hombres, que hasta este momento no habían podido hablar por lo azorados que estaban, toman de nuevo seguridad y encuentran palabras:

-Está todavía en la cárcel. Nuestro corazón tiembla por él, porque está en manos de un hombre cruel dominado por un ser infernal y circundado de una corte corrompida. Nosotros lo queremos... Tú sabes que lo queremos y que él merece nuestro amor. Después de que Tú te alejaste de Belén, padecimos la agresión de los hombres... Pero, más que su odio, lo que nos hacía sentirnos desolados, abatidos, como árboles tronchados por el viento, era el haberte perdido a ti. Luego, después de años de sufrimiento (como quien tuviera los párpados cosidos y buscara el sol y no lo pudiera ver, porque además estuviera dentro de una cárcel y ni siquiera el tibio calor que sintiera en su carne se lo mostrara), oímos que el Bautista era el hombre de Dios anunciado por los Profetas para preparar los caminos a su Cristo, y fuimos adonde él diciéndonos a nosotros mismos: Si él le precede, yendo adonde él lo encontraremos", porque era a ti, Señor, a quien buscábamos.

-Lo sé. Y me habéis encontrado. Yo estoy con vosotros.

-José nos ha dicho que fuiste donde el Bautista. Nosotros no estábamos allí ese día; quizás habíamos ido, por él, a alguna parte. Le servíamos con mucho amor en los servicios de alma que él nos pedía, como con amor lo escuchábamos, aunque fuera muy severo, porque no eras Tú-Verbo; pero decía siempre palabras de Dios.

-Lo sé. '¿No lo conocéis a éste? - y señala a Juan.

-Lo vimos con otros galileos entre las muchedumbres más fieles al Bautista. Si no nos equivocamos, tú te llamas Juan y eres aquél de quien él decía, a nosotros, sus íntimos: "Ved: yo, el primero; él, el último; mas luego será: él el primero y yo el último". Y nunca comprendimos qué quería decir.

Jesús se vuelve hacia su izquierda, donde está Juan, le estrecha contra su corazón, con una sonrisa aún más luminosa, y explica:

-Quería decir que sería el primero en declarar: "Éste es el Cordero", y que éste será el último de los amigos del Hijo del hombre que hablará del Cordero a las multitudes; pero que, en el corazón del Cordero, éste es el primero, porque lo ama más que a ningún otro hombre. Esto quería decir. Pero cuando lo veáis al Bautista - lo veréis aún y todavía le serviréis hasta la hora signada - decidle que no es él el último en el corazón del Cristo. No tanto por la sangre cuanto por la santidad, a él lo quiero como a éste. Y vosotros acordaos de esto. Si la humildad del santo se proclama "última", la Palabra de Dios lo proclama compañero del discípulo que amo. Decidle que amo a éste porque tiene su nombre y porque en él encuentro los signos del Bautista, preparador de corazones para Cristo.

-Se lo diremos... Pero, ¿lo volveremos a ver?

- Lo veréis.

- Sí. Herodes no osa matarlo por miedo al pueblo. En esa corte de avidez y corrupción sería fácil liberarlo si tuviésemos mucho dinero. Pero... pero, por mucho que haya - los amigos han dado -, falta una buena cantidad todavía, y tenemos mucho miedo de no llegar a tiempo... y que lo maten.

-¿Cuánto creéis que os falta para el rescate?

-No para el rescate, Señor. Le resulta demasiado odioso a Herodías y ella es demasiado dueña de Herodes como para poder pensar en llegar a un rescate. Pero... en Maqueronte se han dado cita, yo creo, todos los codiciosos del reino. Todos quieren gozar, todos quieren sobresalir, desde los ministros a los siervos; y para ello hace falta dinero... Ya hemos encontrado a quien por una importante suma dejaría salir al Bautista. Incluso Herodes quizás lo desea... porque tiene miedo, no por otra cosa, miedo al pueblo y miedo a la mujer. Así haría que el pueblo se sintiese contento y no le acusaría la mujer de no haberla complacido.

-Y ¿cuánto pide esta persona?

-Veinte talentos de plata. Sólo tenemos doce y medio.

-Judas, dijiste que esas joyas eran muy bonitas.

-Bonitas y muy valiosas.

-¿Cuánto podrán valer? Me parece que tú entiendes de eso.

-Sí que entiendo. ¿Por qué quieres saber su valor, Maestro? ¿Las quieres vender? ¿Por qué?

-Quizás... Di, ¿cuánto podrán valer?

-Si se venden bien... al menos... al menos seis talentos.

-¿Estás seguro?

-Sí, Maestro. Sólo el collar, con lo grueso que es y el peso que tiene, siendo de oro purísimo, vale al menos tres talentos; lo he mirado bien. Y también las pulseras... No sé ni siquiera cómo las muñecas finas de Áglae podían soportarlas.

-Eran sus cepos, Judas.

-Es verdad, Maestro... ¡Pero muchos quisieran tener cepos como éstos!

-¿Tú crees? ¿Quién?

-En fin... ¡muchos!

-Sí, muchos que de hombre sólo tienen el nombre... Y, ¿sabrías de un posible comprador?

-En definitiva, ¿los quieres vender? ¿Para el Bautista? ¡Mira que es oro maldito!

-¡La incoherencia humana!... Has dicho hace un momento, con claro deseo, que muchos querrían tener ese oro, ¿y ahora lo llamas maldito? ¡Judas, Judas!... Es maldito, sí, es maldito, pero ya lo ha dicho ella: "Se santificará sirviendo para quien es pobre y santo", y lo ha dado para esto, para que el que reciba el beneficio ruegue por su pobre alma, que, cual embrión de futura mariposa, se dilata en la semilla del corazón. ¿Quién más santo y pobre que el Bautista? Él es como Elías por la misión, pero más grande que Elías por la santidad.
E1 es más pobre que Yo. Yo tengo una Madre y una casa... Cuando se tienen estas cosas, y además puras y santas como las tengo Yo, no se es nunca un desvalido. Él ya no tiene casa, y ni siquiera tiene el sepulcro de su madre. Todo violado, profanado por la perversidad humana. ¿Quién es, pues, el comprador?

-Hay uno en Jericó y muchos en Jerusalén. ¡Pero el de Jericó!... Es un astuto levantino batidor de oro, usurero, estafador, mercader de amor, ciertamente ladrón, quizás homicida... con toda seguridad perseguido por Roma. Se hace llamar Isaac para parecer hebreo, pero su verdadero nombre es Diomedes. Lo conozco bien.

-¡Ya lo vemos! - interrumpe Simón Zelote, que habla poco pero que observa todo. Y pregunta: « ¿Cómo es que lo conoces tan bien?».

En fin... ya sabes... Para complacer a unos amigos poderosos. Fui a él... hice algunos tratos... Nosotros los del Templo... ya sabes...

-¡Ya!... trabajáis en todo - termina Simón con fría ironía. Judas se pone rojo de ira, pero se calla.

-¿Puede comprar? - pregunta Jesús.

-Yo creo que sí. El dinero no le falta nunca. Ciertamente hay que saber vender porque ese griego es astuto y si ve que está tratando con una persona honesta, un... pichón, lo despluma bien desplumado. Pero si se encuentra delante un buitre como él...

-Ve tú, Judas; eres el tipo de persona adecuado; tienes la astucia del zorro y la rapacidad del buitre. ¡Oh, perdona, Maestro; he hablado antes que Tú! - dice Simón Zelote.

-Soy de tu misma opinión, y, por tanto, le digo a Judas que vaya. Juan, ve con él. Nosotros os alcanzaremos al ponerse el Sol. El lugar de nuestra próxima cita es la plaza del mercado. Ve y saca el mayor partido posible.

Judas se levanta inmediatamente. Juan tiene ojos suplicantes, como los de un perrito ahuyentado. Pero Jesús se dirige de nuevo a los pastores y no ve esta mirada implorante. Juan se pone en camino detrás de Judas.

-Querría ser para vosotros motivo de alegría - dice Jesús.

-Lo serás siempre, Maestro. Que el Altísimo te bendiga por nosotros. ¿Ese hombre es amigo tuyo?

-Lo es. ¿No te parece que pueda serlo?

El pastor Juan baja la cabeza y calla. Habla el discípulo Simón:

-Sólo quien es bueno sabe ver. Yo no soy bueno y no veo lo que la Bondad ve. Veo lo externo. El bueno desciende también a lo interno. Tú también, Juan, ves como yo. Pero el Maestro es bueno... y ve...

-¿Qué ves, Simón, en Judas? Te ordeno hablar.

-Bueno, pienso, cuando lo miro, en ciertos lugares misteriosos que parecen cavernas de fieras y lagunas de fiebre muertas; uno no ve más que una gran maraña, y pasa temeroso dando un gran rodeo: Y, sin embargo... sin embargo, dentro hay tórtolas y ruiseñores y el suelo es rico en aguas y yerbas saludables. Yo quiero creer que Judas es así... Lo creo porque Tú lo has tomado contigo. Tú, que sabes...

-Sí. Yo, que sé... Hay muchos pliegues en el corazón de ese hombre... Pero también tiene lados buenos. Lo has visto en Belén y en Keriot. Este lado bueno, completamente humano, hay que elevarlo a una bondad espiritual. Entonces Judas será como tú quisieras que fuera. Es joven...

-También Juan es joven...

-Y tú concluyes en tu corazón: "y es mejor". ¡Pero, Juan es Juan! Ámale a este pobre Judas, Simón... Te lo ruego. Si lo amas... te parecerá más bueno.

-Me esfuerzo en hacerlo... por ti... Pero es él quien rompe mis esfuerzos como a cañas del río... No obstante, Maestro, yo tengo una sola ley: hacer lo que Tú quieres. Por eso lo amo a Judas, a pesar de que algo grite en mí contra él y hacia mí mismo.

-¿Qué, Simón?

-No lo sé con precisión... Algo parecido al grito del soldado de guardia durante la noche... algo que me dice: "¡No duermas! ¡Observa!". No lo sé... No tiene nombre esto, pero existe... existe en mí contra él.

-No pienses más en ello, Simón. No te esfuerces en definirlo. El conocer ciertas verdades perjudica... y podrías errar en tu conocimiento. Deja que tu Maestro actúe. Tú dame tu amor y piensa que eso me hace feliz...

Y todo concluye.

## 82

## En Jericó. Judas Iscariote cuenta cómo ha vendido las joyas de Áglae

La plaza del mercado de Jericó. Pero no por la mañana sino por la tarde, bajo una prolongada puesta de sol, calurosísima, de pleno verano. Del mercado de la mañana sólo quedan rastros: restos de verduras, montones de excrementos, paja caída de las cestas o de las cabezadas de los burros, jirones de trapajos... Sobre todo ello las moscas triunfan y, de todo, el sol hace fermentar y evaporar hedores y olores de cosas poco agradables.

La vasta plaza está vacía. Algún raro transeúnte, algún gamberro pendenciero que tira piedras a los pájaros de los árboles de la plaza, alguna mujer que va a la fuente; nada más.

Jesús llega por una calle, mira a su alrededor, no ve todavía a nadie. Pacientemente se apoya en un tronco y espera, encontrando la manera de hablar a los gamberros, sobre la caridad que comienza en Dios y desciende del Creador a todas las criaturas.

-No seáis crueles. ¿Por qué queréis disturbar a los pájaros del aire? Tienen nidos ahí arriba, tienen a sus pequeñas crías, no hacen daño a nadie, nos proporcionan cantos y limpieza, comiéndose los desperdicios que el hombre deja y los insectos que perjudican las cosechas y la fruta. ¿Por qué herirlos y matarlos, privando a los pequeñuelos de sus padres y de sus madres, o a éstos de sus pequeñuelos? Os agradaría que un malvado entrase en vuestra casa y os la destruyera, o que os matara a vuestros padres o que os llevara lejos de ellos? No, claro que no os agradaría. Entonces, ¿por qué hacer a estos inocentes lo que no querríais que os hicieran a vosotros? ¿Cómo podréis el día de mañana no hacer mal al hombre, si, de niños, os endurecéis el corazón con criaturitas inermes y delicadas como los pajaritos? Y ¿no sabéis que la Ley dice: “Ama a tu prójimo como a ti mismo"? Quien no ama al prójimo tampoco puede amar a Dios. Y quien no ama a Dios, ¿cómo puede ir a su Casa a pedirle algo? Dios podría decirle, y lo dice en los Cielos: "Vete, no te conozco. ¿Hijo, tú? No. No amas a tus hermanos, no respetas en ellos al Padre que los creó; por tanto, no eres ni hermano ni hijo, sino un bastardo: hijastro para Dios, hermanastro para los hermanos". ¿Veis cómo ama Él, el Señor eterno? En los meses más fríos hace que sus pajaritos puedan encontrar llenos los heniles, para que aniden en ellos. En los meses calurosos les da las sombras de las hojas para protegerlos del sol. Durante el invierno, en los

campos, apenas está el trigo cubierto de tierra y es fácil sacar la semilla y comerla. En verano, alivian la sed con las frutas jugosas, y pueden hacer los nidos bien sólidos y calientes con las pajitas de heno y con la lana que las ovejas dejan en las zarzas. Y es el Señor. Vosotros, pequeños hombres, creados por Él como los pájaros, por tanto hermanos suyos de creación, ¿por qué queréis ser distintos de Él, creyendo que os es lícito comportaros cruelmente con estos pequeños animales? Sed misericordiosos con todos y no privéis de lo justo a ninguno; para con los hombres hermanos y para con los animales, vuestros siervos y amigos; y Dios....

-¿Maestro? - dice Simón - Judas está llegando.

-…y Dios será misericordioso con vosotros, dándoos todo cuanto os hace falta, como se lo da a estos inocentes. Marchaos y llevad con vosotros la paz de Dios.

-Jesús se abre paso en el círculo de muchachos, a los que se habían unido algunos adultos, y se dirige hacia Judas y Juan, que vienen rápidos por otra calle. A Judas se le ve jubiloso, Juan sonríe a Jesús... pero no parece contento en absoluto.

-Ven, ven, Maestro. Creo que he hecho una buena cosa. Ven conmigo, que aquí en la calle no se puede hablar.

-¿A dónde?, Judas.

-A la posada. Ya he reservado cuatro habitaciones... modestas. ¡No temas! Es sólo para poder descansar en una cama después de tanta incomodidad por este calor, y comer como hombres y no como pájaros en el follaje, y gozar de paz para hablar. He hecho una venta muy buena, ¿verdad, Juan?

Juan asiente sin mucho entusiasmo. Pero Judas está tan contento de lo que ha hecho que no nota, ni que Jesús se muestra poco contento ante la perspectiva de un alojamiento cómodo, ni la aún menos entusiasta actitud de Juan, y prosigue:

-Como he hecho la venta por más de lo que había estimado, me he dicho: "Es justo que deje aparte una pequeña suma, cien denarios, para nuestras camas y nuestra comida. Si estamos agotados nosotros, que hemos comido siempre, Jesús debe estar extenuado". ¡Tengo el deber de mirar porque no enferme mi Maestro! Deber de amor, porque Tú me amas y yo te amo... También hay lugar para vosotros y para las ovejas - dice a los pastores - He pensado en todo.

Jesús no dice una palabra. Lo sigue junto con los demás.

Llegan a una placita secundaria. Judas dice:

-¿Ves aquella casa sin ventanas que den a la calle y con aquella puertecita tan estrecha que parece una hendidura en la pared? Es la casa del batidor de oro Diomedes. Parece una casa pobre, ¿verdad? Sin embargo, allí dentro hay tanto oro como para comprar Jericó y... ¡ja! ¡ja!... - Judas ríe maligno... - y entre ese oro pueden encontrarse muchos collares de piedras preciosas y vajillas y... y también otras cosas de las personas más influyentes en Israel. Diomedes... ¡oh!, todos fingen no conocerlo, pero todos lo conocen, desde los herodianos hasta... bueno... hasta todos. En aquel muro liso, pobre, se podría escribir: "Misterio y Secreto". ¡Si hablaran esas paredes!... ¡No ya escandalizarte, Juan, por la forma en que he negociado!... Es que tú... tú te morirías ahogado de estupor y de escrúpulo. Mejor dicho, mira, Maestro, no me mandes otra vez con Juan a tratar ciertos negocios. Por poco me hace que fracasara todo. No sabe cogerlas al vuelo, no sabe negar. Y con un lince como Diomedes hay que tener reflejos rápidos, y mostrarse seguro.

Juan dice en tono bajo:

-¡Decías unas cosas, tan raras y tan... tan…! Sí, Maestro, no me des este encargo otra vez, yo sólo soy capaz de amar, yo....

-Difícilmente necesitaremos otras ventas de este tipo - responde Jesús serio.

-Ahí está la posada. Ven, Maestro. Hablo yo porque... lo he hecho todo yo.

-Entran y Judas habla con el dueño, el cual se encarga de que se lleve a las ovejas a una cuadra y luego acompaña personalmente a los huéspedes a una habitación pequeña en donde hay dos esteras, que serían las camas, unos asientos y una mesa preparada, luego se retira.

-Hablemos enseguida, Maestro, mientras los pastores se ocupan de dejar a las ovejas.

-Te escucho.

-Juan puede decir si soy sincero.

-No lo dudo. Entre hombres honestos no debe ser necesario juramento y testimonio. Habla.

-Llegamos a Jericó a la hora sexta. Estábamos sudados como animales de carga. No quise darle a Diomedes la impresión de tener necesidad urgente. Así, vine aquí antes, me refresqué perfectamente, me puse un vestido limpio, y esto mismo quise que hiciera él. ¡Oh, no quería saber nada de dejarse ungir y atusar el pelo!... ¡Y es que yo había hecho mi plan, mientras venía por el camino! Cercano ya el atardecer, digo: "Vamos". Ya nos sentíamos descansados y frescos como dos ricachones en viaje de placer. Cuando estábamos para llegar donde Diomedes, le digo a Juan: "Tú sígueme la corriente, no niegues y sé rápido en entender". ¡Pero hubiera sido mejor haberle dejado fuera! No me ha ayudado en absoluto. Es más... ¡menos mal que yo soy vivo como dos y había pensado en todo!

De la casa salía el tasador. "¡Bien!", digo, "si sale ése, habrá denarios y lo que quiero para comparar". Porque el tasador, usurero y ladrón como todos los de su clase, tiene siempre joyas, arrancadas con amenazas y usura a los pobres desgraciados a los que tasa más de lo lícito para tener mucho de qué gozar en crápulas y mujeres; y es muy amigo de Diomedes, que compra y vende oro y carne... Me identifiqué y entramos. Digo "entramos" porque una cosa es pasar al vestíbulo, donde él finge trabajar honestamente el oro, y otra cosa es bajar al sótano, donde lleva a cabo los *verdaderos* negocios. Para poder bajar es necesario que él lo conozca mucho a uno. Cuando me vio, me dijo: "¿Otra vez quieres vender oro? Estamos en un mal momento y tengo poco dinero". Lo de siempre. Yo le respondo: "No vengo a vender, sino a comprar. ¿Tienes joyas de mujer? Pero bonitas, ricas, valiosas y de peso, de oro puro". Diomedes se queda de una pieza y me pregunta: "¿Es una mujer lo que quieres?". "No te preocupes - le respondo - no es para mí; es para este amigo mío que se va a casar y quiere comprar el oro para su amada".

En ese momento Juan empezó a hacer el niño. Diomedes, que lo estaba mirando, viendo que se ponía como la púrpura, dice - como viejo repugnante que es- : "

-¡Eh!, el muchacho con sólo oír nombrar a su novia entra en fiebre de amor. ¿Es muy guapa tu amada?- pregunta.

Yo le doy una patada a Juan para espabilarlo y hacerle entender que no se comportara como un estúpido. Pero respondió con un "sí" tan estrangulado que Diomedes se escamó. Entonces dije yo:

-Si es guapa o no no tiene por qué interesarte, viejo; no estará nunca entre el número de las hembras por las que el Infierno te poseerá. Es virgen honesta y pronto será honesta esposa. Saca tu oro. Yo soy el paraninfo y me han encargado ayudar al joven... yo, judío y ciudadano.

-¿Él es galileo, verdad?" - ¡Ese pelo siempre os traiciona! -¿Es rico?

-Mucho.

Entonces fuimos abajo y Diomedes abrió cofres y arcas. Di la verdad, Juan, ¿no parecía que estábamos en el Cielo ante todas aquellas gemas y objetos de oro? Collares, coronas, brazaletes, pendientes, redecillas de oro y piedras preciosas para el pelo, horquillas, fíbulas, anillos... ¡ah, qué esplendores! Con mucha gravedad elegí un collar más o menos como el de Áglae, y anillos, fíbulas, pulseras... todo como lo que tenía en la bolsa, y en número igual. Diomedes se maravillaba y preguntaba: "¿Todavía más? ¿Pero, quién es éste? ¿Y la novia quién es?, ¿una princesa?". Cuando tuve todo lo que quería, dije: "¿El precio?". ¡Oh, qué letanía de lamentos preparatorios, sobre los tiempos, sobre los impuestos, sobre los riesgos, sobre los ladrones! ¡Oh, qué otra letanía de aseguramientos de honestidad! Luego, ésta fue la respuesta: "Sólo porque se trata de ti, te diré la verdad, sin exageraciones; pero, menos de esto ni siquiera una dracma. Pido doce talentos de plata". "¡Ladrón!" dije. Dije: "Vamos, Juan; en Jerusalén encontraremos alguno menos ladrón que éste". Y fingí que me marchaba. Vino tras mí corriendo. "Mi gran amigo, mi estimadísimo amigo, ven, escucha a este pobre siervo tuyo. Menos no puedo. Realmente no puedo. Mira, hago verdaderamente un esfuerzo y me arruino; lo hago porque tú me has ofrecido siempre tu amistad y me has hecho hacer buenos negocios. Once talentos, eso es. Es lo que yo daría si tuviera que comprar este oro a uno que pasa hambre. Ni una perra menos. Sería como sacar la sangre de mis viejas venas". ¿Verdad que decía esto? Hacía reír y daba náuseas.

Cuando lo vi bien firme sobre el precio destapé mis cartas. "Viejo sucio, sabe que no comprar, sino vender, quiero. Esto quiero vender. Mira: es precioso como lo tuyo. Oro de Roma y de forma nueva. Te lo quitarán de las manos. Es tuyo por once talentos; lo que has pedido por esto. Tú lo has valorado. Paga". ¡Uh, entonces!... "¡Es una traición! ¡Has traicionado mi estima en ti! ¡Tú eres mi ruina! ¡No puedo darte tanto!" gritaba. "Lo has valorado tú. Paga". "No puedo." "Mira que se lo llevo a otros." "No, amigo"; y alargando sus manos torcidas las metía en el montón de joyas de Aglae. "Pues entonces paga: debería querer doce talentos, pero me conformo con lo último que has pedido". "No puedo." "¡Usurero! Ten en cuenta que aquí tengo un testigo y te puedo denunciar como ladrón...", y le mencioné también otras virtudes, que no repito por este muchacho...

En fin, dado que me urgía vender y actuar con rapidez, le dije una cosa, una cosa que quedaba entre él y yo y que no mantendré... Pero, ¿qué valor tiene una promesa hecha a un ladrón? Y concluí con diez talentos y medio. Nos marchamos entre llantos y propuestas de amistad y... de mujeres. Y Juan... poco más y se echa a llorar. Pero, ¿qué te importa que te consideren un vicioso? Es suficiente con que no lo seas. ¿No sabes que el mundo es así y que tú eres un aborto del mundo? ¿Un joven que no conoce el sabor de la mujer? ¿Quién quieres que te crea? O, si te creen... ¡yo no quisiera que pensaran de mí lo que puede pensar de ti quien considere que no estás deseoso de una mujer!

Aquí está, Maestro. Cuéntalo Tú mismo. Tenía un montón de denarios, pero me pasé por donde el tasador y le dije: "Toma esta basura tuya y dame los talentos que te ha entregado Isaac" - porque, como última cosa, supe también esto, una vez hecho el trato. No obstante, le dije a Isaac-Diomedes al final: "Recuerda que el Judas del Templo ya no existe. Ahora soy discípulo de un santo. Hazte idea, por tanto, de que jamás me has conocido, si estimas tu cuello". Y un poco más y se lo retuerzo en ese momento, porque me contestó ma1.

-¿Qué te dijo? - pregunta Simón con indiferencia.

-Me dijo: "¿Tú, discípulo de un santo? No lo creeré nunca; o pronto veré también aquí al santo a pedirme una mujer". Me dijo: "Diomedes es una vieja desventura del mundo, pero tú eres la nueva desventura. Yo podría cambiar todavía, porque lo que soy ahora lo soy de viejo, pero tú no cambias porque has nacido así". ¡Viejo repelente! Niega tu poder, ¿comprendes?

-Y, como buen griego, dice muchas verdades.

-¿Qué quieres decir, Simón? ¿Lo dices por mí?

- No. Por todos. Es una persona que conoce lo mismo el oro que los corazones. Es un ladrón, uno que se ha ensuciado con los más asquerosos tráficos. Pero se percibe en él la filosofía de los grandes griegos. Conoce al hombre, animal de siete garras de pecado, pulpo que estrangula el bien, la honestidad, el amor, y tantas otras cosas, en sí y en los demás.

-Pero no conoce a Dios.

-Y tú... querrías dárselo a conocer...

-Sí. ¿Por qué? Son los pecadores los que necesitan conocer a Dios.

-Es cierto. Pero el maestro debe conocerlo para darlo a conocer».

-¿Y yo no lo conozco?

-Paz, amigos. Vienen los pastores. No turbemos su ánimo con querellas entre nosotros. ¿Has contado tú el dinero? Es suficiente. Lleva a cabo bien toda acción tuya como has hecho con ésta y, te lo repito, si puedes, en el futuro, no mientas, ni siquiera para alcanzar una acción buena...

-Entran los pastores.

-Amigos, aquí hay diez talentos y medio, faltan sólo cien denarios; Judas se ha quedado con ellos para los gastos de alojamiento. Tomad.

-¿Los entregas todos? - pregunta Judas.

-Todos. No quiero ni una perra de ese dinero. Nosotros tenemos el óbolo de Dios y de los que honestamente buscan a Dios... y nunca nos faltará lo indispensable. Créelo. Tomad y alegraos como Yo me alegro, por el Bautista. Mañana os dirigiréis a su prisión. Dos, o sea, Juan y Matías. Simeón con José irán adonde Elías a dar noticias y a instruirse para el futuro. Elías ya sabe.

Luego José volverá con Leví. El lugar de encuentro es dentro de diez días junto a la Puerta de los Peces, en Jerusalén, a la hora prima. Y ahora comamos y descansemos. Mañana, de madrugada, parto con los míos. No tengo nada más que deciros por ahora. Más adelante sabréis de mí.

Y todo se desvanece en el momento en que Jesús parte el pan.

## 83

## Jesús sufre a causa de Judas, que es enseñanza viva para los apóstoles de todos los tiempos

Jesús está en el campo, en una zona de tierras óptimas: magníficas parcelas de árboles frutales, viñedos espléndidos con racimos cargados de uvas, que tienden ya a teñirse de oro y de rubí... Está sentado entre frutales comiendo algo de fruta que le ha ofrecido un campesino.

Quizás poco antes ha estado hablando, porque el campesino dice:

-Me alegro de poder aliviar tu sed, Maestro. Tu discípulo ya nos había hablado de tu sabiduría, pero aun así nos hemos quedado asombrados al escucharte. Cerca como estamos de la Ciudad Santa, se va frecuentemente a ella para vender fruta y verduras. Se sube entonces también al Templo y se escucha a los rabíes. Pero no hablan, no, como Tú. Uno vuelve diciendo: "Si es así, ¿quién se salva?". Tú, por el contrario... ¡oh, a uno le parece sentir el corazón aligerado! Un corazón que vuelve a ser niño, aunque se siga siendo hombre. Soy un hombre rudo... no sé explicarme, pero Tú, sin duda, entiendes.

-Sí. Te entiendo. Quieres decir que, con la seriedad y el conocimiento de las cosas, propios de quien es adulto, sientes, después de haber escuchado la Palabra de Dios, que la simplicidad, la fe, la pureza te renacen en el corazón, y te parece como si volvieras a ser niño, sin culpas ni malicia, con mucha fe, como cuando de la mano de tu madre subías al templo por primera vez u orabas sobre sus rodillas. Esto quieres decir.

-Esto$_s$ sí, exactamente esto. ¡Dichosos vosotros que estáis siempre con El! - dice luego a Juan, Simón y Judas, que comen jugosos higos, sentados en una tapia baja. Y termina - Y dichoso yo por tenerte como huésped durante una noche. Ya no temo ninguna desventura en mi casa, porque tu bendición ha entrado en ella.

Jesús responde:

-La bendición actúa y dura si los corazones permanecen fieles a la Ley de Dios y a mi doctrina; en caso contrario, la gracia cesa. Y es justo, porque, si es verdad que Dios da sol y aire tanto a los buenos como a los malos (para que vivan y, si son buenos, se hagan mejores, y, si son malos, se conviertan), también es justo que la protección del Padre se retire para castigo del malvado, para moverlo con penas a acordarse de Dios.

-¿No es siempre un mal el dolor?

-No, amigo. Es un mal desde el punto de vista humano, pero desde el punto de vista sobrehumano es un bien. Aumenta los méritos de los justos que lo sufren sin desesperación y rebelión y que lo ofrendan, ofreciéndose a sí mismos con su resignación, como sacrificio de expiación por las propias faltas y por las culpas del mundo; y es también redención para los no justos.

-¡Es tan difícil sufrir!... - dice el campesino, al cual se han unido los familiares (unos diez entre adultos y niños).

-Sé que el hombre lo encuentra difícil. Y el Padre, sabiendo esto, al principio no había dado el dolor a sus hijos. El dolor vino por la culpa. Pero, ¿cuánto dura el dolor en la Tierra, en la vida de un hombre? Poco tiempo, siempre poco aunque durase toda la vida. Ahora bien, Yo digo: ¿No es mejor sufrir durante poco tiempo que siempre?, ¿no es mejor sufrir aquí que en el Purgatorio? Pensad que el tiempo allí se multiplica por mil. ¡Oh!, en verdad os digo que no se debería maldecir sino bendecir el sufrimiento, y llamarlo "gracia", y llamarlo "piedad".

-Nosotros bebemos tus palabras, Maestro, como un sediento en verano bebe agua con miel, sacada de fresca ánfora! ¿Te vas realmente mañana, Maestro?

-Sí, mañana. Pero volveré, para darte las gracias por cuanto has hecho por mí y por los míos, y para pedirte otra vez un pan y descanso.

-Eso siempre lo encontrarás aquí, Maestro.

Se acerca un hombre con un borrico cargado de verduras.

-Mira, si tu amigo quiere partir... mi hijo va a Jerusalén para el gran mercado de la Parasceve.

-Ve, Juan. Tú sabes lo que debes hacer. Dentro de cuatro días nos volveremos a ver. Mi paz sea contigo - Jesús abraza a Juan y lo besa. Simón también hace lo mismo.

-Maestro - dice Judas - si lo permites, voy con Juan. Me urge ver a un amigo. Todos los sábados está en Jerusalén. Iría con Juan hasta Betfagé y luego iría por mi cuenta... Es un amigo de casa... ya sabes... mi madre me dijo...

-No te he preguntado nada, amigo.

-Me llora el corazón al tener que dejarte. Pero dentro de cuatro días estaré de nuevo contigo, y seré tan fiel que hasta te resultaré pesado.

-Ve. Para el alba de dentro de cuatro días estad en la Puerta de los Peces. Adiós, y que Dios te asista.

Judas besa al Maestro y se marcha a poca distancia del borrico, que trota por el camino polvoriento.

Cae la tarde sobre la campiña, que se hace silenciosa. Simón observa cómo trabajan los hortelanos regando sus parcelas.

Jesús permanece un tiempo en donde estaba. Luego se levanta, va hacia la parte de atrás de la casa, se adentra entre los árboles frutales, se aísla. Va hasta una parte muy tupida en la cual robustos granados se entrecruzan con matas bajas - yo

diría que son de uva crespa, pero no lo sé con seguridad, porque ya no tienen frutos y conozco poco la hoja de esta planta. Jesús se esconde detrás, se arrodilla, ora... y luego se inclina hacia la hierba, con el rostro contra el suelo, y llora (me lo dicen sus suspiros profundos y quebrados): es un llanto desconsolado; sin sollozos, pero muy triste.

Pasa el tiempo. La luz es ya crepuscular, pero aún no hay tanta oscuridad como para no poder ver. En este marco de escasa luz, se ve sobresalir por encima de una mata la cara fea pero honesta de Simón. Mira, busca, y distingue la forma replegada sobre sí del Maestro, todo cubierto por el manto azul oscuro que lo confunde casi con las sombras del suelo; sólo resaltan la cabeza rubia, apoyada sobre las muñecas, y las manos unidas en oración, que sobresalen por encima de aquélla. Simón mira con esos ojos suyos un tanto saltones. Comprende que Jesús está triste, por los suspiros que emite, y su boca de labios abultados y violáceos se abre:

-¡Maestro!

Jesús alza el rostro.

-¿Lloras, Maestro? ¿Por qué? ¿Me permites acercarme?

El rostro de Simón está lleno de asombro y pena. Es, decididamente, un hombre feo. A las facciones no bellas, al colorido olivastro oscuro, se une el bordado azulino y hoyado de las cicatrices que su mal le ha dejado. Pero tiene una mirada tan buena, que desaparece la fealdad.

-Ven, Simón, amigo.

Jesús se ha sentado en la hierba. Simón se sienta cerca de Él.

-¿Por qué estás triste, Maestro mío? Yo no soy Juan y no sabré darte todo lo que te da él. Pero deseo darte todo el consuelo; siento sólo un dolor: el de ser incapaz de hacerlo. Dime: ¿Te he disgustado en estos últimos días hasta el punto de que te abata el tener que estar conmigo?

-No, amigo bueno. No me has disgustado jamás desde el momento en que te vi. Y creo que nunca serás para mí motivo de llanto.

-¿Entonces, Maestro? No soy digno de que te confíes a mí, pero, por la edad, casi podría ser padre tuyo, y Tú sabes qué sed de hijos he tenido siempre... Deja que te acaricie como si fueras un hijo y que te haga, en esta hora de dolor, de padre y de madre. Es de tu Madre de quien Tú tienes necesidad para olvidar muchas cosas...

-¡Oh, sí, es de mi Madre!

-Pues déjale a tu siervo la alegría de consolarte, en espera de poder consolarte en Ella. 'Tú lloras, Maestro, porque ha habido uno que te ha disgustado. Desde hace días tu rostro es como sol ensombrecido por nubes. Yo te observo. Tu bondad cela tu herida, para que nosotros no odiemos al que te hiere; pero esta herida duele y te produce náusea. Dime, Señor mío: ¿Por qué no alejas de ti la fuente del dolor?

-Porque es inútil humanamente y además sería anticaridad.

-¡Ah! ¡Te has dado cuenta de que hablo de Judas! Es por él por quien sufres. ¿Cómo puedes Tú, Verdad, soportar a ese embustero? Él miente y no cambia de color; es más falso que un zorro, más compacto que un peñasco. Ahora se ha ido. ¿A hacer qué? Pero, ¿cuántos amigos tiene? Me duele dejarte; si no, querría seguirlo y ver... ¡Oh! ¡Jesús mío! Ese hombre... Aléjalo de ti, Señor mío.

-Es inútil. Lo que debe ser será.

-¿Qué quieres decir?

-Nada especial.

-Tú no te has opuesto a que se marche porque... porque te has asqueado de su modo de actuar en Jericó.

-Es verdad, Simón. Yo te sigo diciendo: Lo que debe ser será. Y Judas es parte de este futuro. Debe estar también él.

-Juan me ha dicho que Simón Pedro es todo autenticidad y fuego... ¿Lo podrá soportar a éste?

-Lo debe soportar. También Pedro está destinado a ser una parte, y Judas es el cañamazo en el que debe tejer su parte; o, si lo prefieres, es la escuela en que Pedro más madurará. Ser bueno con Juan, entender a los espíritus como Juan, es virtud hasta de los tontos. Pero ser bueno con quien es un Judas, y saber entender a los espíritus como los de Judas, y ser médico y sacerdote para ellos, es difícil: Judas es vuestra enseñanza viviente.

-¿La nuestra?

-Sí. La vuestra**.** El Maestro no es eterno sobre la Tierra. Se irá después de haber comido el más duro pan y haber bebido el más agrio vino. Pero vosotros os quedaréis para continuarme... y debéis saber. Porque el mundo no termina con el Maestro, sino que continúa después, hasta el retorno final del Cristo y el juicio final del hombre. Y, en verdad te digo que por un Juan, un Pedro, un Simón, un Santiago, Andrés, Felipe, Bartolomé, Tomás, hay al menos otras tantas veces siete Judas. ¡Y más, más aún!...

Simón reflexiona y calla. Luego dice:

-Los pastores son buenos. Judas los desprecia. Yo los amo.

-Yo los amo y los ensalzo.

-Son almas sencillas, como te agradan a ti.

-Judas ha vivido en una ciudad.

-Es su única disculpa. Pero muchos han vivido en una ciudad y sin embargo... ¿Cuándo piensas venir donde mi amigo?

-Mañana, Simón. Y con mucho gusto, porque estamos tú y Yo solos. Creo que será un hombre culto y experimentado como tú.

-Y sufre mucho... en el cuerpo y, más aún, en el corazón. Maestro... quisiera pedirte una cosa: si no te habla de sus tristezas, no le preguntes sobre su casa.

-No lo haré. Yo soy para quien sufre, pero no fuerzo las confidencias; el llanto tiene su pudor.

-Y yo no lo he respetado... Pero es que me has dado tanta pena...

-Tú eres mi amigo y ya le habías dado un nombre a mi dolor. Yo para tu amigo soy el Rabí desconocido. Cuando me conozca... entonces... Vamos. La noche ha llegado. No hagamos esperar a los huéspedes, que están cansados. Mañana al alba iremos a Betania.

Jesús dice luego (a María Valtorta a quien seudónimamente llamaba “pequeño Juan”:

-Pequeño Juan, ¡cuántas veces he llorado, rostro en tierra, por los hombres! ¿Y vosotros quisierais ser menos que Yo?

También para vosotros, los buenos están en la proporción que había entre los buenos y Judas. Y cuanto más bueno es uno, más sufre por ello. Pero también para vosotros - y esto lo digo especialmente para aquellos que han sido designados para el cuidado de los corazones - es necesario aprender estudiando a Judas. Todos sois "Pedros", vosotros, sacerdotes, y debéis atar y desatar; pero, ¡cuánto, cuánto, cuánto espíritu de observación, cuánta fusión en Dios, cuánto estudio vivo, cuántas comparaciones con el método de vuestro Maestro debéis hacer para serlo como debéis!

A alguno le parecerá inútil, humano, imposible cuanto ilustro. Son los de siempre, los que niegan las fases humanas de la vida de Jesús, y de mí hacen una cosa tan fuera de la vida humana que soy sólo cosa divina. ¿Dónde queda entonces la Santísima Humanidad, dónde el sacrificio de la Segunda Persona vistiendo una carne? ¡Pues verdaderamente era Hombre entre los hombres! Era el Hombre, y por tanto sufría viendo al traidor y a los ingratos, y por tanto gozaba con quien me quería o a mí se convertía, y por tanto me estremecía y lloraba ante el cadáver espiritual de Judas. Me estremecí y lloré ante el amigo muerto, (Lázaro), pero sabía que lo llamaría a la vida y gozaba viéndolo ya con el espíritu en el Limbo. Aquí... aquí estaba frente al Demonio. Y no digo más.

Tú sígueme, Juan. Demos a los hombres también este don. ¡Bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y se esfuerzan en cumplirla! ¡Bienaventurados los que quieren conocerme para amarme! En ellos y para ellos, Yo seré bendición.

84

## El encuentro con Lázaro de Betania

Una clarísima aurora estiva. Más que aurora, ya infancia de día, porque el sol ya ha dejado todo límite de horizonte y sube cada vez más, sonriéndole a la tierra sonriente. No hay tallito que no ría con destellos de rocío. Parece como si los astros nocturnos se hubieran pulverizado, para ser oro y gemas en todos los tallos, en todas las frondas, y hasta incluso sobre las piedras esparcidas en el suelo, con sus escamitas silíceas, humedecidas por el rocío, que parecen polvos de tocador hechos de diamante, o polvo de oro.

Jesús y Simón andan por un camino que se aleja de la calzada principal haciendo una V Se dirigen hacia unos magníficos huertos de árboles frutales, y espléndidos campos de lino tan alto como un hombre, ya cercano a la siega; otros campos, más lejanos, muestran sólo un gran rojear de amapolas entre la amarillez de los rastrojos.

-Estamos ya en la propiedad de mi amigo. Como puedes ver, Maestro, la distancia estaba dentro de la prescripción de la Ley. Jamás me habría permitido un engaño contigo. Detrás de aquel pomar está el muro que circunda el jardín; dentro está la casa. Te he traído por este atajo precisamente para no salirnos de la milla prescrita.

-¿Es muy rico tu amigo!

-Mucho. Pero no es feliz. Su casa tiene propiedades en otros lugares.

-¿Es fariseo?

-Su padre no lo era. Él... es muy observante. Ya te lo he dicho: un verdadero israelita.

Andan un poco más. Se ve un alto muro. Luego, al otro lado, árboles y más árboles, entre los cuales apenas si se ve la casa. El terreno aquí se eleva un poco, pero no tanto como para permitirle a la vista penetrar en el jardín, tan vasto que podríamos llamarle "parque".

Dan la vuelta a la esquina. El muro prosigue igual, dejando descender desde su parte alta ramas despeinadas de rosas y jazmines llenas de fragancia y esplendor en sus corolas bañadas de rocío.

Llegan a la sólida puerta de hierro forjado. Simón golpea con el pesado aldabón de bronce.

-Es una hora muy temprana para entrar, Simón - objeta Jesús.

-¡Pero si mi amigo, que sólo encuentra alivio en su jardín o entre los libros, se levanta nada más salir el sol! La noche es para él un tormento. No tardes más, Maestro, en darle tu alegría.

Un criado abre la puerta.

-¡Hola, Aseo! Dile a tu jefe que Simón el Zelote ha venido con su Amigo.

El criado los invita a entrar diciendo: «Vuestro siervo os saluda. Entrad, que la casa de Lázaro está abierta para los amigos». Luego se marcha corriendo.

Simón, que conoce bien el lugar, se dirige no hacia el paseo central sino hacia un sendero que entre rosales lleva a una pérgola de jazmines.

Y de allí, en efecto, sale Lázaro poco después. Está delgado y pálido, como siempre lo he visto; alto, pelo corto ni tupido ni rizado, barba rala apenas limitada a la barbilla. Viste de lino blanquísimo y anda con dificultad, como si le dolieran las piernas.

Cuando ve a Simón, hace un gesto de afectuoso saludo, y luego, como puede, corre hacia Jesús y se hinca de rodillas, y se inclina profundamente para besar el borde del vestido de Jesús, diciendo:

-No soy digno de tanto honor, pero, puesto que tu santidad se humilla hasta mi miseria, ven, mi Señor, entra, y sé dueño en mi pobre casa.

-Levántate, amigo. Recibe mi paz.

Lázaro se levanta y besa las manos de Jesús y lo mira con veneración no exenta de curiosidad. Caminan hacia la casa.

-¡Cuánto te he esperado, Maestro! Cada alba decía: "Hoy vendrá", y cada noche decía: "¡Tampoco hoy lo he visto!"».

-¿Por qué me esperabas con tanta ansia?

-Porque... ¿qué esperamos nosotros, los israelitas, sino a ti?

-¿Y tú crees que Yo soy el Esperado?

-Simón no ha mentido jamás, y no es un muchacho que se exalte por quimeras. La edad y el dolor lo han hecho maduro como un sabio. Y, además... aunque él no te hubiera conocido por la verdad de tu ser, tus obras habrían hablado y te habrían llamado "Santo". Quien hace las obras de Dios debe ser hombre de Dios. Y Tú las haces. Y las haces de un modo que dice cuánto eres Tú el Hombre de Dios. Él, mi amigo, fue a ti por la fama de milagros y obtuvo un milagro. Y sé que tu camino está marcado con otros milagros. ¿Por qué no creer entonces que eres el Esperado? ¡Oh, es tan dulce creer lo bueno! De muchas cosas que no son buenas debemos fingir creer que lo son, por amor a la paz, por no poderlas cambiar; debemos mostrar que creemos muchas palabras falsas, que parecen halagos, alabanzas, benignidad, y son por el contrario sarcasmo y censura, veneno recubierto de miel; debemos mostrar que las creemos aun sabiendo que son veneno, censura y sarcasmo..., debemos hacerlo porque... no se puede actuar de otra manera y somos débiles contra todo un mundo que es fuerte, y estamos solos contra todo un mundo que, como enemigo, está contra nosotros... ¿Por qué, entonces, tener dificultad en creer lo bueno? Pero es que, además, estamos en la plenitud de los tiempos y los signos de los tiempos se dan. Y cuanto pudiera faltar para robustecer la fe y hacerla impasible ante la duda, lo pone nuestra voluntad de creer y de aplacar nuestro corazón en la certeza de que la espera ha terminado y de que el Redentor está entre nosotros; está entre nosotros el Mesías... Aquel que devolverá la paz a Israel y a los hijos de Israel, Aquel que... hará que muramos sin angustia, sabiendo que hemos sido redimidos, y que vivamos sin ese aguijón de nostalgia por nuestros muertos... ¡Oh..., los muertos! ¿Por qué sentir pena por ellos, sino porque no tienen ya a sus hijos y todavía no tienen a su Padre y Dios?

-¿Hace mucho que se te ha muerto tu padre?

-Tres años. Y siete que se me murió mi madre... Pero ya hace algo de tiempo que no los compadezco... Yo mismo quisiera estar donde espero que estén ellos aguardando el Cielo.

-No tendrías, entonces, como huésped al Mesías.

-Es cierto. Ahora yo soy más que ellos porque te tengo... y el corazón se aplaca con esta alegría. Entra, Maestro. Concédeme el honor de hacer de mi casa la tuya. Hoy es sábado y no puedo honrarte convidando a amigos...

-No lo deseo. Hoy soy todo para el amigo común de Simón y mío.

Entran en una hermosa sala, donde unos criados están preparados para recibirlos.

-Os ruego que los sigáis - dice Lázaro - Podréis reponer fuerzas o tomar algo fresco antes de la comida matutina.

Y, mientras Jesús y Simón van a otro lugar, Lázaro da órdenes a los siervos. Comprendo que la casa es rica, y señorial además de rica...

...Jesús bebe leche (Lázaro quiere servírsela personalmente a toda costa antes de sentarse para la comida matutina).

Veo que Lázaro se vuelve a Simón y le dice:

-He encontrado al hombre que está dispuesto a adquirir tus bienes, y al precio que tu intendente ha estimado justo. No quita ni una dracma.

-Pero ¿está dispuesto a observar mis cláusulas?

-Está dispuesto. Acepta todo, con tal de estar en esas tierras. Y yo me alegro porque al menos sé con quién confino. No obstante, de la misma forma que tú deseas permanecer al margen en la venta, él desea que no sepas quién es. Te ruego que secundes este deseo suyo.

-No veo motivo para no hacerlo. Tú, amigo mío, harás mis veces... Todo lo que hagas estará bien. Me conformo sólo con que mi servidor fiel no se quede en la calle... Maestro, yo vendo, y, por lo que a mi respecta, me siento feliz de no tener ya nada que me ligue a ninguna cosa que no sea servirte a ti. Pero tengo un viejo criado fiel, el único que ha quedado después de mi desventura y que - ya te lo dije - me ayudó siempre en los momentos de segregación, cuidando de mis bienes como de los propios, haciéndolos incluso pasar con la ayuda de Lázaro por propios para salvármelos y poder socorrerme con ellos. Ahora no sería justo que yo lo despidiera sin casa, ahora que es anciano. He decidido que una pequeña casa, en las lindes de la propiedad, se quede para él y que parte de la suma se le dé para su sustento futuro. Los viejos, ya sabes, son como la hiedra: cuando han vivido siempre en un lugar, sufren demasiado si se les aleja de él. Lázaro lo quería consigo, porque Lázaro es bueno, pero he preferido hacer esto. Sufrirá menos el anciano…

-Tú también eres bueno, Simón. Si todos fueran justos como tú, resultaría más fácil mi misión...» observa Jesús.

-¿Sientes que el mundo es reacio, Maestro? - pregunta Lázaro.

-¿El mundo?... No. La fuerza del mundo: Satanás. Si él no fuera dueño de los corazones y los tuviera en su poder, Yo no encontraría resistencia. Pero el Mal está en contra del Bien, y tengo que vencer en cada uno al mal para introducir en ellos el bien... y no todos quieren.

-Es cierto. ¡No todos quieren! Maestro, ¿qué palabras encuentras para el culpable; para convertirlo, para doblegarlo? ¿Palabras de severa reprobación como las que llenan la historia de Israel hacia los culpables - el último que las usa es el Precursor - o por el contrario palabras de piedad?

-Practico el amor y la misericordia. Cree, Lázaro, que para quien a caído tiene más poder una mirada de amor que una maldición.

-¿Y si el amor es objeto de burla?

-Seguir insistiendo. Insistir hasta el extremo. Lázaro, ¿conoces las tierras traidoras que se tragan a los incautos?

-Sí. Lo he leído - en el estado en que me encuentro leo mucho, por pasión y por pasar las largas horas de insomnio. Sí, he leído acerca de ellas. Sé que existen en Siria y en Egipto, y otras en donde los caldeos, y sé que son como ventosas, aspiran cuando hacen presas. Un romano dice que son bocas del Infierno, habitadas por monstruos paganos. ¿Es verdad?

-No es verdad. No son más que especiales formaciones del suelo terrestre. El Olimpo no tiene nada que ver aquí. Dejará de creerse en el Olimpo y aquéllas seguirán existiendo, y el progreso del hombre no podrá más que proporcionar una explicación más verídica del hecho, pero no eliminarlo. Ahora Yo te digo: De la misma forma que has leído acerca de esas tierras, habrás leído también de qué manera puede salvarse quien cae en ellas.

-Sí, lanzándole una soga, o con una estaca o una rama. En ocasiones es suficiente poco para darle al que se está hundiendo eso mínimo que necesita para mantenerse, que es además ese mínimo imprescindible para que esté tranquilo, sin movimientos convulsivos, mientras espera un socorro mayor.

-Pues bien. El culpable, el que está en manos de Satanás, es como si sufriera la succión de un suelo engañoso (cubierto de flores en la superficie, pero lodo movedizo por debajo). ¿Tú crees que, si uno supiera qué significa poner aunque sólo fuera un átomo de sí mismo en manos de Satanás, lo haría? Pero no sabe... y, después... o lo paraliza el aturdimiento y el veneno del Mal o lo enloquece, y para huir del remordimiento de haberse procurado la propia ruina empieza a moverse convulsivamente, a agarrarse al lodo, creando así pesadas ondas con su movimiento imprudente, las cuales aceleran cada vez más su fin. El amor es la soga, el hilo, la rama de que tú hablas. Insistir, insistir... hasta que se aferre... Una palabra... y perdón... un perdón más grande que la culpa... al menos para impedir que siga hundiéndose y esperar el socorro de Dios... Lázaro, ¿sabes qué poder tiene el perdón?: Hace que Dios acuda a ayudar a quien está socorriendo a otro... ¿Lees mucho?

-Mucho; y no sé si hago bien, pero la enfermedad y... y otras cosas... me han privado de muchas delicias del hombre... y ahora no tengo más que la pasión de las flores y los libros..., de las plantas y los caballos... Sé que se me critica, pero ¿puedo yo ir a mis propiedades en este estado (y descubre unas piernas enormes completamente vendadas) a pie o ni siquiera en mula? Debo usar un carro, y además que sea rápido. Por eso he adquirido caballos y me he encariñado con ellos; lo digo. Pero si Tú me dices que está mal... pues que se los lleven a venderlos.

-No, Lázaro, no son estas cosas las que corrompen; corrompe lo que turba el espíritu y lo aleja de Dios.

-Precisamente esto, Maestro, es lo que querría saber. Yo leo mucho. Sólo tengo este consuelo. Me gusta saber. Yo creo que en el fondo es mejor saber que hacer el mal, es mejor leer que... que hacer otras cosas. Pero yo no leo sólo lo que se refiere a nosotros. Me gusta conocer también el mundo de los demás, y Roma y Atenas me atraen. Ahora sé cuánto mal le vino a Israel cuando se corrompió con los asirios y con Egipto, y cuánto mal nos hicieron los gobiernos helenizantes. No sé si un particular puede hacerse a sí el mismo daño que Judas se hizo a sí mismo y a nosotros, sus hijos. Pero Tú qué piensas de ello. Deseo que me enseñes. Tú, que no eres un rabí, pero que eres el Verbo sapiente y divino.

Jesús lo mira fijamente durante unos minutos; una mirada penetrante y al mismo tiempo lejana. Parece como si, traspasando el cuerpo opaco de Lázaro, Él escrutara su corazón y, yendo aún más allá, viera quién sabe qué... Al final, habla:

-¿Sientes turbación por lo que lees? ¿Te separa de Dios y de su Ley?

-No. Maestro; me mueve, por el contrario, a hacer comparaciones entre nuestra verdad y la falsedad pagana. Comparo y medito las glorias de Israel, sus justos, sus patriarcas, sus profetas, y las figuras deshonestas de las historias de otros. Comparo nuestra filosofía - si se puede llamar así la Sabiduría que habla en los textos sagrados - con la pobre filosofía griega y romana, en las cuales hay, sí, chispas de fuego, pero no la segura llama que arde y resplandece en los libros de nuestros sabios. Y luego, con mayor veneración aún, me inclino con el espíritu a adorar a nuestro Dios que habla en Israel a través de hechos, personas y escritos nuestros.

-Pues entonces continúa leyendo... Te será útil conocer el mundo pagano... Continúa. Puedes continuar. Careces del fermento del mal y de la gangrena espiritual; por tanto puedes leer sin miedo: el amor verdadero que tienes hacia tu Dios hace estériles los gérmenes profanos que la lectura puede esparcir en ti. En todas las acciones del hombre hay posibilidad de bien o de mal, según se cumplan. Amar no es pecado, si se ama santamente. Trabajar no es pecado, si se trabaja cuando es justo. Ganar no es pecado, si uno se conforma con lo que es justo. Instruirse no es pecado, si, por la instrucción, no se mata la idea de Dios en nosotros. Por el contrario, es pecado incluso el servir al altar, si ello se hace por interés propio. ¿Estás convencido esto, Lázaro?

-Sí, Maestro. He preguntado esto a otros, y han terminado despreciándome... Pero Tú me das luz y paz. ¡Oh, si todos te oyeran!... Ven, Maestro. Entre los jazmines se siente frescura y silencio, y dulce es descansar entre sus frescas sombras esperando a que decline el día».

Salen y todo termina.

## 85

## Antes de ir al Getsemaní, Jesús y el Zelote suben al Templo, donde está hablando Judas Iscariote

Jesús está con Simón en Jerusalén. Se abren paso entre la muchedumbre de vendedores y de jumentos - parece una procesión por la calzada -. Jesús dice:

-Subamos al Templo antes de ir al Get Sammi. Oraremos al Padre en su Casa.

-¿Sólo, Maestro?

-Sólo eso. No puedo entretenerme. Mañana, al alba, es la cita en la Puerta de los Peces, y, si la muchedumbre insiste, me va a impedir ir. Quiero ver a los otros pastores. Los disemino como verdaderos pastores por Palestina para que congreguen a las ovejas y sea conocido el Dueño del rebaño, al menos, de nombre; de modo que cuando ese nombre Yo lo pronuncie, ellas sepan que soy Yo el Dueño del rebaño y vengan a mí y Yo las acaricie.

-¡Es dulce tener un Dueño como Tú! Las ovejas te amarán.

-Las ovejas..., no las cabras. Después de ver a Jonás, iremos a Nazaret y luego a Cafarnaúm. Simón Pedro y los otros sufren por tanta ausencia... Iremos a darles este motivo de gozo y a dárnoslo a nosotros mismos. Incluso el verano nos aconseja que lo hagamos. La noche está hecha para el descanso y demasiado pocos son los que posponen el descanso al conocimiento de la Verdad. El hombre... ¡el hombre! Se olvida demasiado de que tiene un alma, y piensa sólo en la carne y se preocupa sólo de la carne. El sol durante el día es vio-lento, impide caminar y enseñar en las plazas y por los caminos. Tanto cansa, adormece los espíritus y los cuerpos. Pues entonces... vamos a adoctrinar a mis discípulos; a la agradable Galilea, verde y fresca de aguas. ¿Has estado allí alguna vez?

-Una vez, de paso y en invierno, en una de mis penosas peregrinaciones de un médico a otro. Me gustó...

-¡Oh, es hermosa siempre; durante el invierno y más aún, en las otras estaciones! Ahora, en verano, tiene unas noches tan angelicales... Sí, de lo puras que son, parecen hechas para los vuelos de los ángeles. El lago... el lago, con su cinturón de montes más o menos cercanos que lo resguardan, parece hecho justamente para hablar de Dios a las almas que buscan a Dios. Es un trozo de cielo caído entre el verde; y el firmamento no lo abandona, sino que se refleja en él con sus astros, multiplicándolos así... como queriendo presentárselos al Creador diseminados sobre una lastra de zafiro. Los olivos descienden casi hasta las olas y están llenos de ruiseñores, y también cantan su alabanza al Creador que hace que vivan en ese lugar tan dulce y plácido.

¿Y mi Nazaret? Toda extendida bajo el beso del sol, toda blanca y verde, sonriente entre los dos gigantes del grande y del pequeño Hermón. Y el pedestal de montes en que se apoya el Tabor, pedestal de suaves pendientes del todo verdes, que elevan hacia el sol a su señor, frecuentemente nevado, pero tan hermoso cuando el sol ciñe su cima, que toma aspecto de alabastro rosado... En el lado opuesto, el Carmelo es de lapislázuli a ciertas horas de sol intenso en las que todas las venas de mármoles o de aguas, de bosques o de prados, se muestran con sus distintos colores; y es delicada amatista bajo la primera luz, mientras que por la tarde es de berilo violeta-celeste; y es un solo bloque de sardónica cuando la luna lo muestra todo negro contra el plateado lácteo de su luz. Y luego, abajo, al Norte, el tapiz fértil y florido del llano de Esdrelón.

Y luego... y luego, ¡oh..., Simón!, ¡allí hay una Flor... una Flor hay que vive solitaria difundiendo fragancia de pureza y amor para su Dios y para su Hijo! Es mi Madre. La conocerás, Simón, y me dirás si existe criatura semejante a Ella, incluso en humana gracia, sobre la faz de la Tierra. Es hermosa, pero toda hermosura queda pequeña ante lo que emana de su interior. Si un bruto la despojase de todas sus vestiduras, la hiriera hasta desfigurarla y la arrojara a la calle como a un vagabundo, seguiría viéndosela como Reina y regiamente vestida, porque su santidad le haría de manto y esplendor. Toda suerte de males puede darme el mundo, pero Yo le perdonaré todo, porque para venir al mundo y redimirlo la he tenido a Ella, la humilde y gran Reina del mundo, que éste ignora, y por la cual, sin embargo ha recibido el Bien y recibirá aún más durante los siglos.

Hemos llegado al Templo. Observemos la forma judía del culto. Pero en verdad te digo que la verdadera Casa de Dios, el Arca Santa, es su Corazón, cubierto por el velo de su carne purísima, bordado de filigrana por sus virtudes.

Ya han entrado y caminan por el primer rellano. Pasan por un pórtico, dirigiéndose a un segundo rellano.

-Maestro. Mira Judas, allí, entre aquel corro de gente. Y hay también fariseos y miembros del Sanedrín. Voy a oír lo que dice. ¿Me dejas?

-Ve. Te espero junto al Gran Pórtico.

Simón va rápido y se coloca de forma que puede oír sin ser visto. Judas habla con gran convencimiento:

-... Y aquí hay personas, que todos vosotros conocéis y respetáis, que pueden decir quién era yo. Pues bien, os digo que Él me ha cambiado. El primer redimido soy yo. Muchos entre vosotros veneran al Bautista. El también lo venera, y le llama "el santo igual a Elías por misión, más aún mayor que Elías". Ahora bien, si tal es el Bautista, Éste, al cual el Bautista llama "el Cordero de Dios" y, por su propia santidad, jura haberle visto coronar por el Fuego del Espíritu de Dios mientras una voz desde los Cielos lo proclamaba "Hijo de Dios muy amado al que se debe escuchar", Este no puede ser sino el Mesías. Lo es. Yo os lo juro. No soy un inculto ni un estúpido. Lo es. Yo le he visto obrar y he oído su palabra, y os digo: es Él, el Mesías. El milagro le sirve como un esclavo a su amo. Enfermedades y desventuras caen como cosas muertas y nace alegría y salud. Y los corazones cambian aún más que los cuerpos. Ya lo veis en mí. ¿No tenéis enfermos?, ¿no tenéis penas que necesiten ser aliviadas? Si las tenéis, venid mañana, al alba, a la Puerta de los Peces. Ahí estará Él trayendo consigo la felicidad. Entretanto, ved cómo yo, en su nombre, a los pobres les doy este dinero.

Judas distribuye unas monedas a dos lisiados y a tres ciegos, y por último fuerza a una viejecita a aceptar las últimas monedas. Luego despide a la multitud y se quedan él, José de Arimatea, Nicodemo y otros tres que no conozco.

-¡Ah, ahora me siento bien! - exclama Judas - No tengo ya nada, y soy como Él quiere.

-Verdaderamente no te reconozco. Creía que era una broma, pero veo que vas en serio - exclama José.

-¡En serio! ¡Si yo soy el primero que no me reconozco! Sigo siendo una bestia inmunda respecto a Él, pero ya estoy muy cambiado.

-¿Y vas a dejar de pertenecer al Templo? - pregunta uno de los que no conozco.

-¡Sí! Soy del Cristo. Quien lo conoce, a menos que sea un áspid, no puede más que amarlo, y no desea nada más aparte de Él.

-¿No va a volver aquí? - pregunta Nicodemo.

-Claro que volverá, pero no ahora.

-Quisiera oírlo.

-Ya ha hablado en este lugar, Nicodemo.

-Lo sé. Pero yo estaba con Gamaliel... Lo vi... pero no me detuve.

-¿Qué dijo Gamaliel, Nicodemo?

-Dijo: "Algún nuevo profeta". No dijo nada más.

-¿Y no le expresaste lo que yo te dije, José? Tú eres amigo suyo...

-Lo hice, pero me respondió: "Ya tenemos al Bautista y, según la doctrina de los escribas, al menos deben pasar cien años entre éste y aquél, para preparar al pueblo a la venida del Rey. Yo digo que hacen falta menos – añadió - porque el tiempo se ha cumplido ya - Y terminó: "Sin embargo, no puedo admitir que el Mesías se manifieste así... Un día creí que comenzaba la manifestación mesiánica, porque su primer destello era verdaderamente resplandor celeste; pero luego... se hizo un gran silencio. Y pienso que me he equivocado".

¿Por qué no se lo vuelves a decir? Si Gamaliel estuviera con nosotros y vosotros con él...

-No os lo aconsejo - objeta uno de los tres desconocidos - El Sanedrín es poderoso y Anás lo rige con astucia y avidez. Si tu Mesías quiere vivir, le aconsejo que permanezca en la oscuridad; a menos que se imponga con la fuerza, pero entonces está Roma...

-Si el Sanedrín lo oyera, se convertiría al Cristo.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! - se ríen los tres desconocidos y dicen: «Judas, te creíamos, sí, cambiado, pero todavía inteligente. Si es verdad lo que dices de Él, ¿cómo puedes pensar que el Sanedrín lo siga? Ven, ven, José. Es mejor para todos. Dios te proteja, Judas. Lo necesitas - Y se marchan. Judas se queda sólo con Nicodemo.

Simón se aleja sin hacerse notar y va donde el Maestro.

-Maestro, me acuso de haber pecado de calumnia con la palabra y con el corazón. Ese hombre me desorienta. Lo creía casi un enemigo tuyo, y lo he oído hablar de ti de una forma que pocos entre nosotros lo hacen, especialmente aquí donde el odio podría matar primero al discípulo y luego al Maestro. Y le he visto dar dinero a los pobres, y tratar de convencer a los miembros del Sanedrín...

-¿Lo ves, Simón? Me alegro de que lo hayas visto en una ocasión. Referirás esto también a los demás cuando lo acusen. Bendigamos al Señor por esta alegría que me das, por tu honestidad al decir "he pecado" y por la obra del discípulo que creías malvado y no lo es.

Oran durante largo tiempo y luego salen.

-¿No te ha visto?

-No. Estoy seguro.

-No le digas nada. Es un alma muy enferma. Una alabanza sería semejante al alimento dado a un convaleciente de una gran fiebre de estómago. Le haría empeorar, porque se gloriaría al tener conciencia que los demás se fijan en él. Y donde entra el orgullo...

-Guardaré silencio. ¿A dónde vamos?

-A donde Juan; estará a esta hora calurosa en la casa de los Olivos.

Caminan ligeros, buscando la sombra por las calles, calles verdaderamente de fuego a causa del intenso sol. Salen del suburbio polvoriento, atraviesan la puerta de la muralla, salen a la deslumbrante campiña; de ésta a los olivos, de los olivos a la casa.

En la cocina (fresca y oscura por la cortina que han colocado en la puerta) está Juan. Se ha quedado traspuesto. Jesús lo llama:

-¡Juan!

-¿Tú, Maestro? Te esperaba por la noche.

-He venido antes. ¿Cómo te has sentido durante este tiempo, Juan?

-Como un cordero que hubiera perdido a su pastor. Les hablaba a todos de ti, porque ello ya significaba tenerte un poco. He hablado de ti a algunos familiares, a conocidos, a otras personas, y a Anás... y a un lisiado que lo he hecho amigo mío con tres denarios; me los habían dado y yo se los he dado a él. Y también a una pobre mujer, de la edad de mi madre, que lloraba en un corro de mujeres a la puerta de una casa. Le pregunté: "¿Por qué lloras?". Me respondió: "El médico me ha dicho: `Tu hija está enferma de tisis. Resígnate. Con los primeros temporales de Octubre morirá". Ella es lo único que tengo; es hermosa, buena, y tiene quince años. Iba a casarse para la primavera, y en lugar del cofre de bodas le tengo que preparar el sepulcro".

Le respondí:

-Yo conozco a un Médico que te la puede curar si tienes fe.

-Ya ninguno la puede curar. La han visto tres médicos. Ya escupe sangre.

- El mío - dije - no es un médico como los tuyos, no cura con medicinas, sino con su poder; es el Mesías...".

Una viejecita, entonces, dijo:

-¡Cree, Elisa! ¡Conozco a un ciego al que Él le ha devuelto la vista!

La madre entonces pasó del desánimo a la esperanza, y te está esperando... ¿He hecho bien? No he hecho más que esto.

-Has hecho bien. Por la noche iremos a ver a tus amigos. ¿Has vuelto a ver a Judas?

-No, Maestro. Pero me ha mandado comida y dinero. Yo se lo he dado a los pobres. Me había dicho que podía usarlo porque era suyo.

-Es verdad. Juan, mañana vamos hacia Galilea...

-Esto me alegra, Maestro. Pienso en Simón Pedro. ¿Con qué ansia te esperará! ¿Pasaremos también por Nazaret?

-Sí, y allí esperaremos a Pedro, a Andrés y a tu hermano Santiago.

-¡Oh!, ¿nos quedamos en Galilea?

-Sí, durante un tiempo.

Se le ve contento a Juan. Y todo cesa aquí, en este momento de felicidad de Juan.

## 86

## El encuentro con el soldado Alejandro en la Puerta de los Peces

Otra aurora, otra vez las recuas de asnos amontonándose ante la puerta todavía cerrada, otra vez Jesús con Simón y Juan. Algunos vendedores lo reconocen y se le arremolinan alrededor.

Un soldado que está de guardia, cuando abren la puerta y lo ve, acude también. Lo saluda:

-Salve, galileo. Di a esta gente nerviosa que sean menos rebeldes. Se quejan de nosotros, pero no hacen más que maldecirnos y desobedecer. Y dicen que esto es culto para ellos. ¿Qué religión tienen, si está fundada sobre la desobediencia?

-Sé compasivo con ellos, soldado. Son como quien tiene en casa a un huésped indeseado pero más fuerte; sólo pueden vengarse con la lengua y con el desdén.

-Sí, pero nosotros tenemos que cumplir con nuestro deber, y tenemos que sancionarlos, con lo cual nos hacemos cada vez más esos huéspedes no deseados.

-Tienes razón. Debes cumplir con tu deber, pero hazlo siempre con humanidad. Piensa siempre: "Si yo estuviera en su lugar, ¿qué haría?". Verás como entonces sientes mucha piedad por las personas sometidas.

-Me gusta oírte hablar. No se ve en ti ni desprecio ni altivez. Los otros palestinos nos escupen por detrás, nos insultan, manifiestan asco hacia nosotros... menos en el caso en que haya posibilidad de desplumarnos, por una mujer o por compras. En ese caso el oro de Roma ya no produce asco.

-El hombre es el hombre, soldado.

-Sí, y es más falso que el mono. Pero no agrada estar entre gente que se comporta como serpientes al acecho... También nosotros tenemos casas y madres y esposas e hijos, y la vida también tiene importancia para nosotros.

-Eso. Si cada uno recordase esto, desaparecerían los odios. Tú has dicho: "¿Qué religión tienen?". Te respondo: Una religión santa que, como primer mandamiento, tiene el amor hacia Dios y hacia el prójimo, una religión que enseña obediencia a las leyes, aunque provengan de Estados enemigos.

Porque, escuchad, hermanos míos en Israel, nada sucede sin que Dios lo permita. Incluso las dominaciones, desventuras sin par para un pueblo, de las cuales casi siempre se puede decir - si el pueblo se examina con rectitud - que el propio pueblo las ha querido, con sus modos de vivir contrarios a Dios. Acordaos de los Profetas. ¡Cuántas veces hablaron de esto! ¡Cuántas mostraron con los hechos pasados, presentes y futuros, que el dominador es el castigo, la vara del castigo en la espalda del hijo ingrato! Y ¡cuántas veces enseñaron cómo dejar de padecerlo!: volviendo al Señor. No es ni la rebelión ni la guerra lo que sana heridas y lágrimas y rompe cadenas; es el vivir como justos. Entonces Dios interviene. Y ¿qué pueden hacer las armas y las formaciones de soldados contra los fulgores de las cohortes angélicas luchando en favor de los buenos? ¿Padecemos opresión? Merezcamos que esto termine, con una vida propia de hijos de Dios. No remachéis vuestras cadenas con nuevos pecados. No permitáis que los gentiles os crean sin religión, o más paganos que ellos por vuestro modo de vivir. Sois el pueblo que ha recibido de Dios mismo la Ley. Observadla. Haced que hasta los dominadores se inclinen ante vuestras cadenas diciendo: "Son personas sometidas, pero más grandes que nosotros; su grandeza no está en el número, en el dinero, en las armas, en el poder, sino que viene de su procedencia de Dios. Aquí brilla la divina paternidad de un Dios perfecto, santo, poderoso. Aquí se ve el signo de una verdadera Divinidad. Se trasluce en sus hijos". Haced que mediten en esto y accedan a la verdad del Dios verdadero abandonando el error. Todos, incluso el más pobre, incluso el más ignorante del pueblo de Dios, pueden ser maestros para un gentil, maestros con su manera de vivir, y predicar a Dios a los paganos con las acciones de una vida santa.

Idos. La paz sea con vosotros.

¯Tarda Judas, y también los pastores - observa Simón.

-¿Esperas a alguien, galileo? - pregunta el soldado que ha estado escuchando atentamente.

-Amigos.

-Entra al fresco del atrio. El sol quema ya desde las primeras horas. ¿Vas a la ciudad?

-No, vuelvo a Galilea.

-¿A pie?

-Soy pobre. A pie.

-¿Tienes mujer?

-Tengo una Madre.
-Yo también. Ven... si no sientes asco de nosotros como los demás.
-Sólo la culpa me repugna.
El soldado lo mira admirado y pensativo.
-Contigo no tendremos que intervenir nunca. La espada no se alzará nunca sobre ti. Eres bueno. ¡Pero los demás!...
Jesús está en la penumbra del atrio. Juan mira hacia la ciudad. Simón se ha sentado en un bloque de piedra que hace de banco.
-¿Cómo te llamas?
-Jesús.
-¡Ah, ¿eres el que hace milagros incluso con los enfermos?! Yo creía que eras sólo un mago... También tenemos nosotros. Un mago bueno, de todas formas; porque, ¡hay algunos...! Pero los nuestros no saben curar a los enfermos. ¿Cómo lo haces?
Jesús sonríe y calla.
-¿Usas fórmulas mágicas? ¿Tienes ungüentos de médula de muertos, serpientes disecadas y pulverizadas, piedras mágicas cogidas en las cuevas de los pitones?
-Nada de eso. Tengo sólo mi poder.
-Entonces eres realmente santo. Nosotros tenemos a los arúspices y a las vestales... y algunos de ellos realizan prodigios... y dicen que son los más santos. ¿Pero, tú lo crees? Son peores que los demás.
-Y entonces ¿por qué los veneráis?
-Porque... porque es la religión de Roma. Y si un súbdito no respeta la religión de su Estado, ¿cómo puede respetar al César y a la patria, y así tantas otras cosas?
Jesús mira fijamente al soldado.
-En verdad estás adelantado en el camino de la justicia. Prosigue, soldado, y llegarás a conocer eso que tu alma siente que tiene dentro y no sabe darle un nombre.
-¿El alma? ¿Qué es?
-Cuando mueras, ¿a dónde irás?
-¡Bueno!... no lo sé. Si muero como un héroe, a la pira de los héroes... si no paso de ser un pobre viejo, una nulidad, quizás me pudra en mi madriguera o en una cuneta.
-Esto por lo que respecta al cuerpo, pero el alma ¿a dónde irá?
-No sé si todos los hombres tienen alma o si la tienen sólo los destinados por Júpiter a los Campos Elíseos después de una vida portentosa, aunque no los lleve al Olimpo como sucedió con Rómulo.
-Todos los hombres tienen un alma. Y ésta es lo que distingue al hombre del animal. ¿Quisieras ser semejante a un caballo o a un pájaro o a un pez, carne que, muerta, es sólo podredumbre?
-¡Oh, no! Soy hombre y prefiero ser tal.
-Pues bien, lo que te hace hombre es el alma; sin ella, no serías mas que un animal que habla.
-¿Y dónde está? ¿Cómo es?
-No tiene cuerpo, pero existe, está en ti; viene de Aquel que creó el mundo, y a Él vuelve después de la muerte del cuerpo.
-Del Dios de Israel, según vosotros.
-Del Dios solo, uno, eterno, supremo Señor y Creador del universo.
-¿Y un pobre soldado como yo tiene también un alma?, ¿un alma que vuelve a Dios?
—Sí, también un pobre soldado, y Dios será Amigo de su alma si esta fue siempre buena, o la castigará si fue malvada.
-Maestro, mira Judas con los pastores y unas mujeres. Si no veo mal, está con ellos la niña de ayer - dice Juan.
-Adiós, soldado. Sé bueno.
-¿No te volveré a ver? Quisiera saber aún...
-Voy a estar en Galilea hasta Septiembre; si puedes, ven. En Cafarnaúm o en Nazaret todos sabrán darte noticias acerca de mí. En Cafarnaúm, pregunta por Simón Pedro; en Nazaret, por María de José. Es mi Madre. Ven. Te hablaré del Dios verdadero.
-Simón Pedro... María de José. Iré si puedo. Y Tú, si vuelves, acuérdate de Alejandro. Soy de la centuria de Jerusalén.
Judas y los pastores están ya en el atrio.
-Paz a todos vosotros - dice Jesús, que hubiera querido decir algo más...
Pero una jovencita delgaducha, aunque risueña, ha abierto el grupo y se ha echado a sus pies:
-¡Tu bendición una vez más sobre mí, Maestro y Salvador, y una vez más mi beso para ti! - (le besa las manos).
-Ve. Sé alegre, buena; buena hija, luego buena esposa y luego buena madre. Enseña a tus futuros pequeños mi Nombre y mi doctrina. Paz a ti y a tu madre. Paz y bendición a todos los que son amigos de Dios. Paz a ti también, Alejandro.
Jesús se aleja.
-Nos hemos retrasado, pero es que nos han asediado esas mujeres - explica Judas - Estaban en Get-Sammí y querían verte. Nosotros habíamos ido allí, sin saber los unos de los otros, para venir contigo, pero Tú ya te habías ido y en vez de ti estaban ellas. Queríamos quitárnoslas de encima... pero eran más pesadas que las moscas; querían saber muchas cosas... ¿Has curado a la niña?
-Sí.
-¿Y le has hablado al romano?
-Sí. Es un corazón honesto, y busca la Verdad...

Judas suspira.

-¿Por qué suspiras, Judas? - pregunta Jesús.

-Suspiro porque... porque quisiera que fueran los nuestros los que buscasen la Verdad. Sin embargo, o huyen de ella o se burlan de ella o permanecen indiferentes. Me siento desanimado. Siento el deseo de no volver a poner pie aquí y de dedicarme sólo a escucharte. Total, como discípulo no logro hacer nada.

-¿Y tú crees que Yo logro mucho? No te desanimes, Judas. Son las luchas del apostolado. Más derrotas que victorias: derrotas aquí, porque allá arriba son siempre victorias. El Padre ve tu buena voluntad y te bendice de todas formas, a pesar de que no cuaje en un fruto.

-¡Tú eres bueno! (Judas le besa una mano). ¿Lograré llegar a ser bueno?

-Sí, si lo quieres.

-Creo haberlo sido durante estos días... He sufrido para serlo... porque tengo muchas tendencias... pero lo he sido pensando siempre en ti.

-Persevera entonces. Me das mucha alegría. Y vosotros, ¿qué noticias me dais? - pregunta a los pastores.

-Elías te manda saludos y un poco de comida, y dice que no lo olvides.

-¡Oh, Yo tengo en mi corazón a mis amigos! Vamos hasta aquel pueblecito que se ve inmerso en el verdor. Luego, al atardecer, continuaremos el camino. Me siento contento de estar con vosotros, de ir a donde mi Madre, y de haber hablado de la Verdad a un hombre honesto. Sí, me siento feliz. Si supierais qué significa para mí llevar a cabo mi misión y ver que a ella se acercan los corazones, o sea, al Padre, ¡ah, entonces sí que me seguiríais cada vez más con el espíritu!...

No veo más.

## 87

## Con pastores y discípulos en las cercanías de Doco. Isaac se queda en Judea

-Maestro, son mejores los humildes. Esos con los que hablé o se burlaron o manifestaron indiferencia. ¡Oh, sin embargo, los pequeños de Yuttá...!

Isaac está hablando con Jesús. Están todos sentados en círculo sobre la hierba de la orilla de un río. Isaac parece estar informando acerca del trabajo realizado.

Judas interviene y, cosa rara, llama por su nombre al pastor:

-Isaac, yo pienso como tú; estando con ellos perdemos tiempo y fe. Yo lo dejo.

-Yo no, aunque de hecho me hace sufrir. Lo dejaré sólo si el Maestro lo dice. Estoy acostumbrado desde hace años a sufrir por fidelidad a la verdad. No puedo mentir para atraerme la simpatía de los poderosos. ¿Sabes cuántas veces vinieron para burlarse de mí, a mi habitación de enfermo, prometiéndome - falsas promesas, ciertamente - ayuda con la condición de decir que había mentido, y que Tú, Jesús, no eras Tú, el Salvador que acababa de nacer? Pero yo no podía mentir. Mentir habría sido renegar mi alegría, habría sido matar mi única esperanza, habría sido rechazarte, ¡oh Señor mío! ¡Rechazarte a ti!... En la oscuridad de mi miseria, en la desolación de mi enfermedad, gozaba siempre de un cielo sembrado de estrellas: el rostro de mi madre, única alegría de mi vida de huérfano, el rostro de una esposa que nunca fue mía, a la cual guardé un amor en mi corazón incluso después de la muerte. Éstas eran las dos estrellas menores. Luego tenía dos estrellas más grandes, semejantes a purísimas lunas: José y María, sonriendo a un Recién Nacido y a nosotros, pobres pastores. Y, fúlgido, en el centro del cielo de mi corazón, tu rostro: inocente, dulce, santo, santo, santo. ¡No podía rechazar este cielo mío! No quería privarme de su luz, más pura que ninguna. ¡Antes que rechazarte a ti, mi recuerdo bendito, mi Jesús Recién Nacido, habría rechazado la vida; incluso entre tormentos!

Jesús pone su mano en el hombro de Isaac y sonríe. Judas interviene de nuevo:

-¿Entonces tú insistes?

-Insisto. Hoy, y mañana, y al otro. Alguno vendrá.

-¿Cuánto durará el trabajo?

-No lo sé. Pero - convéncete - basta con no mirar ni hacia adelante ni hacia atrás. Trabajar día a día. Y si, terminado el día, el trabajo ha sido útil, decir: "Gracias, Dios mío"; si inútil: "Espero en tu ayuda para mañana".

-Eres sabio.

-Ni siquiera sé qué quiere decir eso, pero yo hago en mi misión lo que he hecho en mi enfermedad. ¡Casi treinta años de enfermedad no son un día!

-¡Ya lo creo! Yo no había nacido todavía y tú ya estabas enfermo.

-Estaba enfermo, pero no he contado nunca esos años. Jamás dije: "Vuelve Nisán y no acompaño a las rosas en su nuevo germinar; vuelve Tisrí y languidezco aquí todavía". Iba adelante hablándome a mí mismo y a los buenos, de Él. Me daba cuenta de que los años pasaban porque los que había conocido pequeños venían a traerme sus dulces de boda y los de los nacimientos de sus pequeñuelos. Ahora, si miro hacia atrás - ahora que, de viejo, he pasado de nuevo a ser joven -, ¿qué veo del pasado? Nada. Pasado.

-Nada aquí, pero en el Cielo "todo" para ti Isaac; y ese todo te espera - dice Jesús.

Y, dirigiéndose a todos, añade:

-Así hay que actuar. Yo también actúo así. Ir hacia delante, sin cansancios. El cansancio es todavía una raíz de la soberbia humana, como también lo es la prisa. ¿Por qué uno siente fastidio por los fracasos? ¿Por qué uno se inquieta por la

lentitud? Porque el orgullo dice: "¿A mí decirme `no?" "¿Conmigo tanta espera?" Esto es falta de respeto hacia el apóstol de Dios. No, amigos. Observad toda la Creación, y pensad en quien la hizo. Meditad sobre el progreso del hombre, y pensad en su origen. Pensad en esta hora que se cumple, y calculad cuántos siglos la han precedido. Lo creado es obra de serena creación. El Padre no hizo desordenadamente todo, sino que hizo el Universo por tiempos sucesivos. El hombre, el hombre actual, es obra de un progreso paciente, y progresará cada vez más en saber y en poder; luego serán santos o no santos, según su voluntad. El hombre no se hizo docto de repente. Los Primeros, expulsados del Jardín, tuvieron que aprenderlo todo, lentamente, continuamente; aprender hasta incluso las cosas más simples: que el grano de trigo hecho harina y luego amasado y luego cocido es mejor, y aprender cómo molerlo y cómo cocerlo, aprender a encender la leña, aprender cómo se hace un vestido observando las pieles de los animales, cómo se hace un cobijo, observando las fieras, y un lecho observando los nidos, y a medicinarse con hierbas y aguas, observando a los animales que con ellas se medicinan por instinto, aprender a viajar por desiertos y por mares estudiando las estrellas, domando los caballos, y aprender, de una cáscara de nuez flotando a la orilla de un riachuelo, el equilibrio sobre el agua. ¡Cuántos fracasos antes de obtener un resultado! Pero lo obtuvo. Y seguirá progresando. No será más feliz por esto, porque más que en el bien se hará experto en el mal, pero progresará. La Redención ¿no es obra paciente? Decidida desde el principio de los siglos y aún antes, he aquí que adviene ahora, cuando los siglos ya la han preparado. Todo es paciencia. ¿Por qué, entonces, ser impacientes? ¿No podía Dios hacer todo en un abrir y cerrar de ojos? ¿No podía el hombre, dotado de razón, salido de las manos de Dios, saber todo en un abrir y cerrar de ojos? ¿No podía Yo venir al principio de los siglos? Todo podía ser. Pero nada debe ser violencia, nada. La violencia es siempre contraria al orden; y Dios, y lo que de Dios viene, es orden. No queráis valer más que Dios.

-Pero entonces, ¿cuándo serás conocido?

-¿Por quién, Judas?

-¡Hombre, por el mundo!

-Nunca.

-¿Nunca? ¿Pero, no eres el Salvador?

-Lo soy. Pero el mundo no quiere ser salvado. Sólo en la proporción de uno a mil me querrá conocer, y en la de uno a diez mil me seguirá realmente. Y aún así digo mucho. Ni siquiera los que estén más estrechamente ligados a mí me conocerán.

-Si están estrechamente ligados a ti, te conocerán, ¿no?

-Sí, Judas. Me conocerán como Jesús, el israelita Jesús, pero no me conocerán como quien soy. En verdad os digo que no seré conocido por todos ellos. Conocer quiere decir amar con fidelidad y virtud... y habrá quien no me conozca.

Se ve en Jesús su gesto de resignado desconsuelo, el que tiene siempre cuando anuncia la futura traición: abre las manos y las tiene así, hacia afuera, con el rostro lleno de dolor, un rostro que no mira ni a los hombres ni al cielo, sino sólo a su futuro destino de Traicionado.

-No digas eso, Maestro - suplica Juan.

-Nosotros te seguimos para conocerte cada vez más» dice Simón, y con él los pastores al unísono.

-Como a una esposa te seguimos, y te queremos más que a ella; nos sentimos más celosos de ti que de una mujer. ¡Oh, no! Tanto te conocemos, que no podemos ya ignorarte. Él (y Judas señala a Isaac) dice que negar tu recuerdo, de cuando eras un Recién Nacido, habría sido para él más atroz que perder la vida. Y no eras más que un recién nacido. Nosotros te tenemos como Hombre y Maestro. Nosotros te oímos y vemos tus obras. Tu contacto, tu aliento, tu beso, sor nuestra continua consagración y nuestra continua purificación. ¡Sólo un satanás podría renegarte después de haber sido una persona allegada a ti!

-Es cierto, Judas; no obstante, lo habrá.

-¡Ay de él! Seré su verdugo - exclama Juan de Zebedeo.

-No. Deja al Padre la justicia. Sé su redentor. El redentor de esta alma que tiende a Satanás... Saludemos a Isaac. Ha atardecido. Yo te bendigo, siervo fiel. Ya sabes que Lázaro de Betania es nuestro amigo y que desea ayudar a mis amigos. Yo parto. Tú te quedas. Árame el terreno árido de Judá. Más adelante volveré. Ya sabes donde encontrarme en caso de necesidad. Te doy mi paz.

Jesús bendice, besa a su discípulo.

## 88

## Donde el pastor Jonás, en la llanura de Esdrelón

Por un senderillo entre campos quemados - sólo rastrojos y grillos - Jesús camina entre Leví y Juan. Detrás, en grupo, van José, Judas y Simón.

Es de noche y, sin embargo, no se siente refrigerio. La tierra es fuego que continúa ardiendo incluso después del incendio del día. El rocío no puede nada contra este asuramiento: tan fuerte es la llamarada que sale de los surcos y de las grietas del suelo, que creo que se seca incluso antes de tocar el suelo.

Todos callan, agotados y sudados. Pero veo a Jesús sonreír. La noche está clara, a pesar de que la Luna menguante apenas si aparece ahora, al este, en el horizonte.

-¿Crees que estará? - le pregunta Jesús a Leví.

-Ciertamente estará. A estas alturas ya está recogida la cosecha y todavía no ha empezado la recolección de la fruta, por tanto, lo campesinos se dedican a vigilar viñedos y pomares contra los depredadores, y no se alejan, especialmente cuando los

patrones son odiosos como el que tiene Jonás. Samaria está cerca y cuando esos renegados pueden... están siempre dispuestos a perjudicarnos a nosotros, los de Israel. ¿No saben que luego apalean a los siervos? Sí lo saben. Pero la cosa es que nos odian.

-No guardes rencor, Leví - dice Jesús.

-Pero verás cómo fue herido Jonás hace cinco años por culpa de ellos. Desde entonces hace la vida de noche porque se queda de guardia, porque la flagelación es un suplicio cruel...

-¿Falta todavía mucho para llegar?

-No, Maestro. ¿Ves allí, donde termina esta desolación y se vislumbra aquella mancha oscura? Allí están los pomares de Doras, el despiadado fariseo. Si me dejas, me adelanto para que Jonás pueda verme.

-Ve.

-¡Todos los fariseos son así, Señor mío? - pregunta Juan - ¡No querría estar a su servicio! Prefiero mi barca.

-¿Es la barca la predilecta? - pregunta semiserio Jesús.

-¡No, eres Tú! La barca lo era cuando aún no sabía que el Amor había venido a la Tierra - responde rápido Juan.

Jesús ríe al ver esta vehemencia.

-¿No sabías que sobre la Tierra había amor? Y entonces, ¿cómo naciste, si tu padre no amó a tu madre? - pregunta Jesús como en bromas.

-Ese amor es hermoso, pero no me seduce. Tú eres mi amor, Tú eres el Amor sobre la Tierra para el pobre Juan.

Jesús lo estrecha contra sí y dice:

-Deseaba oírtelo decir. El Amor está ansioso de amor y el hombre da y dará siempre a su avidez imperceptibles gotas, como estas que caen del cielo, tan insignificantes que se consumen, mientras caen, en la ola de calor estival, como también las gotas de amor de los hombres se consumirán a mitad de camino, eliminadas por llamaradas de demasiadas cosas. El corazón seguirá destilándolas, pero los intereses, los amores, los negocios, la avidez... muchas, muchas cosas humanas las harán evaporarse. Y, ¿qué subirá a Jesús? ¡Oh, demasiado poco! Los restos. De entre todos los latidos humanos, los que queden, los latidos interesados de los humanos para pedir, pedir, pedir mientras la necesidad urge. Amarme por amor sin mezcla de otra cosa será propiedad de pocos: de los Juanes... Observa una espiga renacida. Es, quizás, una semilla caída durante la cosecha. Ha sabido nacer, resistir el sol, la sequía, crecer, desarrollar los primeros brotes, echar espiga... Mira: ya está formada. Sólo ella vive en estos campos asolados. Dentro de poco los granos maduros caerán al suelo rompiendo la lisa cascarilla que los tiene ligados al tallo, y serán caridad para los pajaritos, o, dando el ciento por uno, volverán a nacer una vez más y antes de que el invierno vuelva a traer el arado a los terrones, estarán de nuevo maduros y darán de comer a muchos pájaros, oprimidos por el hambre de las estaciones más tristes... ¿Ves, Juan mío, lo que puede hacer una semilla intrépida? Así serán los pocos que me amen por amor. Uno sólo servirá para el hambre de muchos, bastará uno para embellecer la zona en que lo único que hay - había - es la fealdad de la nada, uno sólo bastará para crear vida donde antes había muerte; a él se acercarán los hambrientos, comerán un grano de su laborioso amor y luego, egoístas y disipados, volarán. Pero incluso sin saberlo ellos ese grano depositará gérmenes vitales en su sangre, en su espíritu... y volverán... Y hoy, y mañana, y al otro, como decía Isaac, los corazones crecerán en el conocimiento del Amor. El tallo, desnudo, ya no será nada, un hilo de paja quemado, pero su sacrificio ¡cuánto bien producirá!, su sacrificio ¡cuánto será premiado!

Jesús - que se había detenido un instante ante una lábil espiga nacida al borde del sendero, en una cuneta que en tiempos de lluvias quizás era un regato - prosigue su camino. Juan, mientras, lo escucha embelesado.

Los otros, que van hablando entre sí, no se dan cuenta del dulce coloquio. Llegan al pomar, se detienen, y se reúnen todos. El calor es tal, que sudan a pesar de no llevar manto. Callan y esperan.

De la parte más tupida, oscura, ahora apenas iluminada por la luna, se destaca la silueta clara de Leví, y, detrás, otra sombra más oscura.

-Maestro, aquí está Jonás.

-¡Recibe mi paz! - saluda Jesús, cuando aún Jonás no ha llegado donde Él.

Pero Jonás no responde; se echa a correr y, llorando, se arroja a sus pies y los besa. Cuando puede hablar dice:

-¡Cuánto te he esperado!, ¡cuánto! ¡Qué desconsuelo sentir la vida pasar, venir la muerte, y deber decir: "¡Y no lo he visto!"! Y, sin embargo, no, no toda la esperanza moría, ni siquiera una vez que estuve a las puertas de la muerte. Decía: "Ella lo dijo: `Vosotros aún le serviréis', y Ella no puede haber dicho nada que no sea verdad. Es la Madre del Emmanuel; por tanto, ninguna tiene consigo a Dios más que Ella, y quien a Dios tiene conoce las cosas de Dios.

-Álzate. Ella te saluda. Cerca de ti la has tenido y cerca la tienes; reside en Nazaret.

-¡Tú! ¡Ella! ¿En Nazaret? ¡Oh, si lo hubiera sabido...! De noche, en los fríos meses del hielo, cuando duermen los campos y los malintencionados no pueden perjudicar a los cultivadores, habría ido corriendo a besaros los pies, y me habría vuelto con mi tesoro de certeza. ¿Por qué no te has manifestado, Señor?

-Porque no era la hora. Ahora sí. Hay que saber esperar. Tú lo has dicho: "En los meses del hielo, cuando los campos duermen" -y ya han sido sembrados, ¿no es cierto? - Pues bien, Yo era también como el grano sembrado. Tú me habías visto en el momento de la siembra. Luego había desaparecido sepultado bajo un necesario silencio, para crecer y llegar al tiempo de la cosecha y resplandecer ante los ojos de quien me había visto Recién Nacido, y también ante los ojos del mundo. Ese tiempo ha llegado. Ahora el Recién Nacido preparado para ser Pan del mundo, y, en primer lugar, busco a mis fieles, y les digo: "Venid. Saciad vuestra hambre conmigo".

El hombre lo escucha sonriendo dichoso, mientras, como para sí, « ¡Oh! ¡Es verdad, vives! ¡Eres Tú, es verdad!

-¿Has estado a punto de morir? ¿Cuándo?

-Cuando me azotaron a muerte porque me robaron los racimos de las cepas. ¡Mira cuántas heridas! - se baja la túnica y muestra los hombros del todo marcados por cicatrices irregulares - Con un azote de hierro me golpeó. Contó los racimos cogidos - se veía donde había sido arrancado el pedúnculo - y me dio un golpe por cada racimo. Luego me dejó allí medio muerto. Me

socorrió María, la joven esposa de un compañero mío. Siempre me ha estimado. Su padre era el encargado antes de mí. Cuando vine aquí le tomé cariño a la niña porque se llamaba María. Me cuidó y me curé, aunque hicieron falta meses porque las llagas con el calor habían tomado un aspecto malísimo y daban fiebre fuerte. Dije al Dios de Israel: "No importa. Permíteme volver a ver a tu Mesías y no me importará este mal; tómalo como sacrificio. No puedo ofrecerte un sacrificio nunca. Soy siervo de un hombre cruel, Tú lo sabes. Ni siquiera durante la Pascua me permite ir a tu altar. Tómame a mí como hostia. ¡Pero, dame a Jesús!

-Y el Altísimo ha satisfecho tu deseo. Jonás, ¿me quieres servir, como ya hacen tus compañeros?

-¡Oh!, ¿cómo podré hacerlo?

-Como lo hacen ellos. Leví sabe cómo. Te dirá lo simple que es servirme a mí. Quiero sólo tu buena voluntad.

La buena voluntad te la he ofrecido incluso cuando, recién nacido llorabas. Por ella he superado todo, tanto los momentos de desolación como los odios. Es... que aquí se puede hablar poco. El patrón una vez me dio de patadas, porque yo insistía diciendo que Tú existías. Pero cuando él estaba lejos, y con quien podía fiarme, yo narraba el prodigio de aquella noche.

—Pues entonces ahora narra el prodigio del encuentro conmigo. Os he encontrado a casi todos, y todos fieles; ¿no es esto un prodigio? Por el simple hecho de haberme contemplado con fe y amor os habéis hecho justos ante Dios y ante los hombres.

-¡Oh, ahora sí que voy a tener un valor..., un valor...! Ahora sé que vives y puedo decir: "Está allí. ¡Id a Él!...". Pero ¿dónde, Señor mío?

-Por todo Israel. Hasta Septiembre estaré en Galilea; frecuentemente en Nazaret o Cafarnaúm, allí se me podrá encontrar. Luego... estaré por todas partes; he venido a reunir a las ovejas de Israel.

-¡Ay, Señor mío, te encontrarás muchas cabras! ¡Desconfía de los poderosos de Israel!

-Si no es la hora, ningún mal me harán. Tú, a los muertos, a los que duermen, a los vivos, diles: "El Mesías está entre nosotros”

-¿A los muertos, Señor?

-A los muertos del espíritu. Los otros, los justos muertos en el Señor, ya exultan de gozo por la liberación del Limbo, que ya está cercana. Diles a los muertos que soy la Vida, diles a los que duermen que soy el Sol que sale y saca del sueño, diles a los vivos que soy la Verdad que ellos buscan.

-¿Curas también a los enfermos? Leví me ha hablado de Isaac. ¿Sólo para él el milagro, porque es tu pastor, o para todos?

-A los buenos, el milagro como justo premio; a los menos buenos, para impulsarlos a la verdadera bondad; a los malvados, también, en alguna ocasión, para removerlos de su estado y persuadirlos de que Yo soy y de que Dios está conmigo. El milagro es un don. El don es para los buenos. Pero, Aquel que es Misericordia y que ve la pesantez humana, no removible sino por un hecho extraordinario, recurre a esto también para poder decir: "He hecho todo con vosotros y de nada ha servido. Decid entonces vosotros mismos qué más os debo hacer".

-Señor, ¿no te da repulsa entrar en mi casa? Si me aseguras que no vienen los ladrones a la propiedad, quisiera hospedarte, y llamar a los pocos que te conocen a través de mi palabra para reunirlos en torno a ti. El patrón nos ha doblegado y quebrado como a tallos despreciables. Sólo nos queda la esperanza de un premio eterno. Pero si Tú te manifiestas a los corazones oprimidos tendrán nuevo vigor.

-Voy. No temas por los árboles ni por las viñas. ¿Puedes creer que los ángeles vigilarán fielmente en lugar de ti?

-¡Oh! ¡Señor! Yo he visto a tus siervos celestes. Creo. Voy seguro contigo. ¡Benditos estos árboles y estas cepas que poseen viento y canción de alas y voces angélicas! ¡Bendito este sueño que santificas con tu pie! ¡Ven, Señor Jesús! ¡Oíd, árboles y vides, oíd, terrones levantados por el arado: Aquel Nombre que os confié para paz mía, ahora se lo dirijo a Él! ¡Jesús está aquí! ¡Escuchad! ¡Por ramas y sarmientos discurra a borbotones la savia, el Mesías está con nosotros!

Todo termina con estas palabras gozosas.

## 89

## Adiós a Jonás y llegada de Jesús a Nazaret

Apenas un atisbo de luz. En la puerta de una mísera cabaña - y hablo así porque llamarla casa sería demasiado honor - están Jesús con los suyos y con Jonás y otros míseros campesinos como él. Es la horade la despedida.

-¿No te volveré a ver, Señor mío? pregunta Jonás. Tú has traído la luz a nuestros corazones. Tu bondad ha hecho de estas jornadas una fiesta que durará toda la vida. Ya has visto cómo nos tratan. El jumento recibe más cuidados que nosotros, y se trata más humanamente al árbol: son dinero; nosotros somos sólo ruedas de molino que proporcionan ganancia, y se nos utiliza hasta que morimos por exceso de uso. Pero tus palabras han sido como muchas caricias de alas. El pan nos ha parecido más abundante y mejor, porque Tú lo saboreabas con nosotros, este pan que él no da a sus perros. Vuelve a compartirlo con nosotros, Señor. Sólo porque eres Tú, oso decir esto. Para cualquier otro significaría una ofensa el ofrecer un cobijo y un alimento que hasta el mendigo desdeña. Pero Tú...

-Pero Yo encuentro en ellos un perfume y un sabor celestes, porque hay en ellos fe y amor. Vendré, Jonás. Vendré. Quédate donde estás atado al carro como un animal de tiro. Que el lugar en que estás sea tu escalera de Jacob. Ciertamente entre el Cielo y tú vienen y van los ángeles con la atención puesta en recoger todos tus méritos y llevárselos a Dios. Pero Yo

vendré a ti, a consolar tu espíritu. Permanecedme todos fieles. ¡Oh! Quisiera daros una paz que fuera también humana, pero no puedo. Tengo que deciros: sufrid aún. Y ello es triste para Uno que ama...

-Señor, si Tú nos amas, ya no es sufrir. Antes no teníamos a nadie que nos amara... ¡Oh, si pudiera, yo al menos, ver a tu Madre!

-No te angusties. Yo te la traeré. Cuando más suave esté el clima, vendré con Ella. No des pie a castigos inhumanos por la prisa de verla. Sabe esperarla como se espera el surgir de una estrella, de la primera estrella. Aparecerá ante ti imprevistamente, exactamente como la estrella vespertina que ahora no se ve e inmediatamente después titila en el cielo. Y piensa que, ya incluso desde ahora, Ella esparce sus dones de amor sobre ti. Adiós a todos vosotros. Mi paz os sirva de tutela contra las crueldades de quien os aflige. Adiós, Jonás. No llores. Has esperado muchos años con fe paciente, te prometo ahora una espera muy breve. No llores. No te dejaré solo. Tu bondad enjugó mi llanto infantil; ¿no es suficiente la mía para enjugar el tuyo?

-Sí... pero Tú te marchas... y yo me quedo...

-Amigo, Jonás, no me hagas partir abatido por el peso de no poderte consolar...

-No lloro, Señor... Pero ¿cómo voy a poder vivir sin verte ahora que sé que estás vivo?

Jesús acaricia una vez más al anciano desolado y luego se separa; pero, en el límite de la mísera era, erguido, abre los brazos bendiciendo la campaña. Luego se pone en camino.

-¿Qué significa lo que has hecho, Maestro? - pregunta Simón que ha notado el insólito gesto.

-He puesto un sigilo sobre todas las cosas, para que los malvados no puedan, dañándolas, perjudicar a esos desdichados. Más no podía...

-Maestro... adelantémonos. Quisiera decirte una cosa, sin que nos oigan.

Se separan aún más del grupo y Simón habla.

-Quería decirte que Lázaro tiene orden de usar la suma para socorrer a todos aquellos que recurran a él en nombre de Jesús. ¿No podríamos libertar a Jonás? Ese hombre está deshecho, su única alegría es tenerte. Démosela. ¿Qué puedes esperar de su labor aquí' Tu discípulo sería libre en esta llanura tan hermosa, y tan desolada. Aquí los más ricos de Israel tienen tierras óptimas, que exprimen explotando cruelmente a los trabajadores, exigiéndoles el ciento por uno. Lo sé desde hace años. Poco tiempo podrás permanecer aquí porque en este lugar impera la secta de los fariseos, que creo que nunca será amiga tuya. Los más infelices en Israel son estos trabajadores oprimidos y sin luz. Ya lo has oído: ni siquiera para la Pascua gozan de paz y oración, mientras los crueles patrones, con grandes gestos y estudiadas actitudes, se ponen en primera fila entre los fieles. Tendrán al menos la alegría de saber que Tú vives, la alegría de oír tus palabras, repetidas por uno que no alterará de ellas ni una iota. Si te parece bien, Maestro, ordena, y Lázaro actuará.

-Simón, Yo ya había comprendido por qué te desprendías de todo. No desconozco el pensamiento del hombre. Y éste ha sido uno de los motivos por los que te he amado. Haciendo feliz a Jonás, haces feliz a Jesús. ¡Ah, cómo me angustia ver sufrir a los buenos! Mi condición de pobre y de despreciado por el mundo no me angustia sino por esto. Judas, si me oyera, diría: "Pero, ¿no eres Tú el Verbo de Dios? Ordena, y las piedras se convertirán en oro y pan para los menesterosos". Repetiría la insidia de Satanás. Bien deseo Yo saciar las hambres, pero no como quisiera Judas. Todavía estáis demasiado poco formados como para entender la profundidad de cuanto digo. Pero te lo digo: si Dios remediase todo, cometería una substracción para con sus amigos; los privaría de la facultad de ser misericordiosos. Y de obedecer, por tanto, al mandamiento del amor. Mis amigos tienen que tener este signo de Dios en común con Él: la santa misericordia, que se manifiesta en obras y en palabras. Y las infelicidades ajenas proporcionan a mis amigos la manera de ejercitarla. ¿Has aprendido este pensamiento?

-Es profundo. Lo medito. Y me humillo, comprendiendo lo obtuso que soy y lo grande que es Dios, el cual quiere que tengamos la totalidad de sus atributos más dulces, para llamarnos hijos suyos. Dios se me revela en su multiforme perfección por cada una de las luces que Tú difundes en mi corazón. Día tras día, como quien camina por un lugar desconocido, aumento mi conocimiento de esta inmensa Cosa que es la Perfección que quiere llamarnos "hijos", y me parece estar ascendiendo como un águila, o sumergiéndome como un pez, en dos profundidades sin confín como son el cielo y el mar, y subo cada vez más, y me sumerjo cada vez más, sin tocar nunca el límite. Pero entonces, ¿qué es Dios?

-Dios es la inalcanzable Perfección, Dios es la cumplida Belleza, Dios es la infinita Potencia, Dios es la incomprensible Esencia, Dios es la insuperable Bondad, Dios es la indestructible Compasión, Dios es la inconmensurable Sabiduría, Dios es el Amor hecho Dios. ¡Es el Amor! ¡Es el Amor! Dices que cuanto más conoces a Dios en su perfección, más te parece ascender o sumergirte en dos profundidades sin confín, de azul sin sombras... Cuando comprendas qué es el Amor hecho Dios, ya no subirás, ya no te sumergirás en ese azul sino en un remolino incandescente de llamas, y serás aspirado hacia una beatitud que te será muerte y vida. Tendrás a Dios, con completa posesión, cuando, por tu voluntad, hayas logrado comprenderlo y merecerlo. Entonces quedarás fijo en su perfección.

-¡Señor!... - Simón se siente desbordado.

Se hace silencio. Llegan al camino. Jesús se detiene a esperar a los otros.

Cuando el grupo se completa de nuevo, Leví se arrodilla:

-Debo dejarte, Maestro, pero tu siervo te eleva una súplica: Llévame adonde tu Madre. Éste es huérfano como yo. No me niegues a mí lo que a él le das, para poder ver un rostro de madre...

-Ven. Yo doy en nombre de mi Madre lo que en nombre de mi Madre se pide...

Jesús está solo. Camina rápido entre bosques de olivos cargados de aceitunas ya bien formadas. El sol, a pesar de que esté declinando, asaetea la copa gris-verde de los árboles preciosos y pacíficos, pero no taladra el entramado de sus ramas sino con diminutos ojitos de luz. La calzada principal, por el contrario, encajonada entre dos pendientes, es una cinta de polvorienta incandescencia deslumbrante.

Jesús camina y sonríe. Llega a un tajo del terreno... y sonríe aún más vivamente. Allí está Nazaret... De tanto como la oprime la incandescencia del sol, parece como si vibrara. Jesús baja aún más veloz. Llega a la calzada ya sin preocuparse del sol. Parece volar de lo presuroso que va, con el manto - colocado como protección sobre la cabeza - hinchado y palpitando a los lados y detrás de Él. La calzada está desierta y silenciosa hasta las primeras casas. Allí, alguna voz de niño o de mujer se oye venir desde el interior de las casas o desde los huertos, que suspenden incluso sobre la calzada las frondas de sus árboles. Jesús se aprovecha de estas manchas de sombra para rehuir el implacable sol. Gira por una callecita cuya mitad está en sombra. Allí hay mujeres que se arremolinan junto a un pozo fresco. Casi todas lo saludan, manifestando con voces aguda su alegría porque haya vuelto.

-Paz a todas vosotras... Pero... guardad silencio. Quiero dar una sorpresa a mi Madre.

-Su cuñada se ha marchado ahora con una jarra fresca, pero tiene que volver; se han quedado sin agua. El manantial está seco, o se pierde en el suelo ardiente antes de llegar a tu huerto; no sabemos María de Alfeo lo decía ahora. Mira, allí viene.

La madre de Judas y Santiago viene con un ánfora sobre la cabeza y otra en cada mano. No ve inmediatamente a Jesús y grita:

-De este modo me doy más prisa. María está toda triste, porque sus flores se mueren de sed. Son todavía las de José y Jesús, y siente desgajársele el corazón viéndolas languidecer.

-Pero ahora que me ve a mí...- dice Jesús, apareciendo detrás del grupo.

-¡Oh, mi Jesús! ¡Bendito Tú! Voy a decírselo....

-No. Voy Yo. Dame las ánforas.

-La puerta está sólo entornada. María está en el huerto. ¡Oh, qué contenta se pondrá! Hablaba de ti también esta mañana. ¡Pero haber venido con este sol!... ¡Estás todo sudado! ¿Estás solo?

-No. Con amigos. Yo me he adelantado para ver antes a mi Madre. ¿Y Judas?

-Está en Cafarnaúm. Va frecuentemente...

María no habla más pero sonríe mientras seca con su velo el rostro humedecido de Jesús.

Las ánforas ya están llenas. Jesús, usando su cinturón, se carga dos de ellas equilibradamente sobre los hombros, y la otra la lleva en la mano.

Camina, vuelve una esquina, llega a la casa, empuja la puerta, entra en la pequeña habitación, que parece oscura en relación al fuerte sol exterior, levanta despacio la cortina que cubre la puerta del huerto, observa.

María está en pie junto a un rosal, dando la espalda a la casa, compungida por la sedienta planta. Jesús posa el ánfora en el suelo, y el cobre suena al golpear contra una piedra.

-¿Ya aquí, María? – dice la Madre sin volverse - ¡Ven, ven! ¡Mira este rosal!, y estas pobres azucenas; morirán todas, si no las socorremos. Trae también unas cañitas para sujetar este tallo que se está cayendo.

-Te llevo todo, Mamá.

-María se vuelve de repente. Se queda atónita un segundo; luego, dando un grito, corre con los brazos abiertos hacia el Hijo, el cual ya ha abierto los suyos y la espera con una sonrisa que es todo amor.

-¡Hijo mío!

-¡Mamá! ¡Querida mamá!

La manifestación de afecto es larga, suave, y María está tan contenta que no ve, no siente lo sudado que está Jesús. Pero luego se da cuenta:

-¿Por qué, Hijo, a esta hora? Estás como la púrpura y sudando como una esponja. Ven, ven dentro; que Mamá te seque y te refresque. Ahora te traigo una túnica nueva y sandalias limpias. ¡Pero 'Hijo! ¿Por qué vas por los caminos con este sol? ¡Las plantas se mueren por el calor y Tú, Flor mía, por los caminos...!

-¡Para llegar antes, Mamá!

-¡Oh, querido mío! ¿Tienes sed? Claro que sí. Ahora te preparo…

-Sí. De tu beso, Mamá. De tus caricias. Déjame estar así, con la cabeza en tu hombro, como cuando era pequeño... ¡Oh! ¡Mamá! ¡Cuánto te hecho de menos!

-¡Pero dime que vaya, Hijo, y yo iré! ¿Qué te ha faltado por causa de mi ausencia?: ¿comida de tu agrado?, ¿ropa fresca?, ¿cama bien hecha? ¡Oh, dime, mi Dicha!, ¿qué te ha faltado? Tu sierva, ¡oh mi Señor!, tratará de poner remedio.

-Nada aparte de ti...

-Jesús, que ha vuelto a entrar en la casa de la mano de su Madre, se ha sentado en el arquibanco que está junto a la pared y ahora mira fijamente a María. La tiene de frente, ceñida con sus brazos. Tiene apoyada la cabeza contra su corazón, y de vez en cuando la besa. Dice:

-Déjame que te mire. Déjame llenar mi vista de ti, ¡Mamá mía santa!

-Antes la túnica. No es bueno estar tan mojado. Ven.

Jesús obedece. Cuando vuelve con una túnica fresca, el coloquio continúa, delicado.

-He venido con discípulos y amigos. Pero los he dejado en el bosque de -Melca. Vendrán mañana a la aurora. Yo... no podía espera más. ¡Mamá mía!...- y le besa las manos - María de Alfeo se ha retirado para dejarnos solos; ella también ha entendido mi sed de ti Mañana... mañana tú serás de mis amigos y Yo de los nazarenos. Pero hoy tú eres mi Amiga y Yo el tuyo. Te he traído... ¡Oh, Mamá!, he encontrado a los pastores de Belén, y te he traído a dos de ellos: son huérfanos y tú eres la Madre, la Madre de todos, y más aún de los huérfanos. Y te he traído también a uno que tiene necesidad de ti para vencerse a sí mismo; y a otro que es un justo y ha llorado; bueno,... y a Juan... Y el recuerdo de Elías, de Isaac, Tobías (ahora Matías), Juan y Simeón. Jonás es el más infeliz. Te llevaré donde él; lo he prometido. Seguiré buscando a otros. Samuel y José están en la paz de Dios.

-¿Estuviste en Belén?

-Sí, Mamá. Llevé allí a los discípulos que tenía conmigo. Te traigo estas florecillas, nacidas entre las piedras de la entrada.

-¡Oh!- María coge los tallitos secos y los besa - ¿Y Ana?

-Murió en la matanza de Herodes.

-¡Pobrecilla! ¡Te quería mucho!

-Los betlemitas sufrieron mucho y no han sido justos con los pastores. Han sufrido mucho...

-¡Pero contigo por entonces fueron buenos!

- Sí. Por esto se les debe compadecer. Satanás está envidioso de aquella bondad suya y los instiga al mal. He estado también en Hebrón. Los pastores, perseguidos...

-¿Tanto?

-Sí. Los ayudó Zacarías, y, gracias a él, pudieron tener patrones y pan, aunque estos patrones fueran duros. Pero son almas de justos, y de las persecuciones y de las heridas se han hecho piedras de santidad. Los he reunido. He curado a Isaac y... y he dado mi Nombre a un niñito... En Yuttá, donde Isaac se consumía y donde ha renacido, hay ahora un grupo inocente que se llama María, José e Iesaí...

-¡Oh, tu Nombre!

-Y el tuyo, y el del Justo. Y en Keriot, patria de un discípulo, un fiel israelita murió contra mi corazón, por la alegría de haberme encontrado…Y también... ¡tengo tantas cosas que contarte..., mi perfecta Arniga, Madre dulce! Pero antes de nada, te lo suplico, te pido que tengas mucha piedad con los que vendrán mañana. Escucha: me aman pero no son perfectos. Tú, Maestra de virtud... ¡Madre, ayúdame a hacerlos buenos...! ¡Yo quisiera salvarlos a todos...!- Jesús se ha deslizado a los pies de María. Ahora Ella aparece en su majestuosidad de Madre.

-¡Hijo mío! ¿Qué puede hacer tu pobre Mamá que Tú no hagas?

-Santificarlos... Tu virtud santifica. Te los he traído aposta. Mamá…un día, ante la urgencia de santificar a los espíritus, viendo en ellos voluntad de redención, te diré: “Ven”. Yo solo no podré... Tu silencio será tan activo como mi palabra. Tu pureza ayudará a mi potencia. Tu presencia mantendrá distante a Satanás... Tu Hijo, Mamá, sabiendo que estás cerca, encontrará fuerzas. Vendrás, ¿no es cierto, mi dulce Madre?

-¡Jesús! ¡Amor! ¡Hijo! No te siento feliz... ¿Qué te pasa, Criatura de mi corazón? ¿Ha sido duro contigo el mundo? ¿No? Creerlo me es motivo de consuelo... pero... ¡Oh! Sí. Iré. A donde Tú quieras, como Tú quieras, cuando Tú quieras, incluso ahora, bajo el sol, bajo las estrellas, o con hielo o entre aguaceros. ¿Me quieres contigo?: aquí me tienes.

-No. Ahora no. Pero un día… ¡Qué dulce es la casa! ¡Y tu caricia! Déjame dormir así, con la cabeza en tus rodillas. ¡Estoy muy cansado! Sigo siendo tu Hijito...

Y Jesús realmente se duerme, cansado, derrengado, sentado en la estera, con la cabeza en el regazo de su Madre, mientras Ella le acaricia en el pelo, cariñosa.

## 90

## La llegada a Nazaret de los discípulos con los pastores

Veo a María que, descalza y diligente, con las primeras luces del día va y viene por su casa. Con su vestido azul tenue parece una delicada mariposa que apenas roza, sin hacer ruido, paredes y objetos. Se acerca a la puerta que da a la calle y la abre cuidando de no hacer ruido; la deja entornada, después de haber dado una ojeada a la calle todavía desierta. Pone en orden las cosas, abre puertas y ventanas. Entra en el taller - en donde, ahora que lo ha dejado el Carpintero, están los telares de María - y también allí trajina; cubre con cuidado uno de los telares en que hay una tejedura comenzada, y sonríe por un pensamiento que le viene al mirarla.

Sale al huerto. Las palomas se le agolpan encima de los hombros. Con vuelos cortos, de un hombro al otro, para conseguir el puesto, peleonas y celosas por amor a Ella, la acompañan hasta una alacena en la que hay provisiones. Saca unos granos para ellas y dice:

-Aquí, hoy aquí. No hagáis ruido. ¡Está muy cansado!

Luego coge harina y va a un cuartito que está junto al horno y se pone a hacer el pan. Lo amasa y sonríe. ¡Oh, como sonríe hoy la Mamá! Está tan rejuvenecida por la alegría, que parece la Madre jovencita de la Natividad. De la masa del pan aparta una cantidad, y la cubre; luego reemprende el trabajo. Suda. Sus cabellos presentan un aspecto más claro debido a una sutil capa de polvo de harina.

Entra despacio María de Alfeo.

-¿Ya trabajando?

-Sí. Estoy haciendo el pan. Mira, las tortas de miel que le gustan tanto.

-Dedícate a ellas. Yo hago el pan, que es mucha la masa.

María de Alfeo, de complexión fuerte, más aldeana, trabaja con ahínco en su pan, mientras María unta de miel y mantequilla sus dulces; hace muchos de forma redondeada y los coloca en una plancha.

-No sé cómo hacer para avisar a Judas... Santiago no se atreve… y los otros... - María de Alfeo suspira.

-Hoy vendrá Simón Pedro. Viene siempre con el pescado el segundo día después del sábado. Lo mandaremos a él a donde Judas.

-Si quiere ir...

-¡Oh, Simón nunca me dice que no!

-Que la paz acompañe este día vuestro - dice Jesús, dejándose ver.

Las dos mujeres se sobresaltan al oír su voz.

-¿Ya levantado? ¿Por qué? Yo quería que durmieras...

-He dormido un sueño de cuna, Mamá. Tú no debes haber dormido...

-Te he estado viendo dormir... Siempre lo hacía cuando eras pequeño. En el sueño sonreías siempre... y tu sonrisa permanecía todo el día en mi corazón como una perla... Pero esta noche no sonreías, Hijo; suspirabas como si estuvieras afligido...

María mira a su Hijo con congoja.

-Estaba cansado, Mamá. Y el mundo no es esta casa, donde todo es honestidad y amor. Tú... tú sabes quién soy y puedes comprender lo que significa para mí el contacto con el mundo. Es como quien por un camino fétido y fangoso; que, aunque camine con cuidado, un poco de lodo le salpica y el hedor penetra aunque se esfuerce en no respirar…Y si éste es hombre que ama todo lo que sea limpieza y aire puro, puedes hacerte una idea de la desazón que sentirá.

-Sí, Hijo. Comprendo. Pero me da mucha pena que sufras.

-Ahora estoy contigo y no sufro. Permanece el recuerdo... pero sirve para hacer más hermosa la alegría de estar contigo.

Y Jesús se inclina hacia su Madre para besarla.

Acaricia también a la otra María, que entra toda roja porque ha estado encendiendo el horno.

-Habrá que avisar a Judas - es la preocupación de María de Alfeo.

No hace falta. Judas estará aquí hoy.

-¿Cómo lo sabes?

Jesús sonríe y calla.

-Hijo, todas las semanas, este día, viene Simón Pedro. Es deseo suyo traerme el pescado recogido durante las primeras vigilias de la noche. Llega hacia el final de la hora prima. Se sentirá feliz hoy. Simón es bueno. Durante las horas que está aquí nos ayuda, ¿verdad, María?

-Simón Pedro es un hombre honesto y bueno - dice Jesús - Pero también el otro Simón - que dentro de poco verás - es un corazón grande. Salgo a su encuentro; estarán ya para llegar.

Y Jesús sale, mientras las mujeres, colocado el pan en el horno, entran de nuevo en la casa. María se vuelve a poner las sandalias y torna con un vestido de lino todo blanco.

Pasa un tiempo, y, en la espera, María de Alfeo dice:

-No te ha dado tiempo a terminar ese trabajo.

-Lo terminaré pronto. Le dará frescor de sombra a mi Jesús y será liviano sobre su cabeza.

Empujan la puerta desde fuera.

-Mamá, he aquí a mis amigos. Entrad.

Entran en grupo los discípulos y los pastores. Jesús, con las manos sobre los hombros de los dos pastores, lleva a éstos hacia su Madre:

-He aquí a dos hijos que buscan una madre. Sé su alegría, Mujer.

-Yo os saludo... ¿Tú?... Leví... ¿Tú?... no sé, pero por la edad - Él me ha puesto al corriente - eres sin duda José. Ese nombre es dulce y sagrado aquí dentro. Ven. Venid. Con alegría os digo: mi casa os acoge, una Madre os abraza, en recuerdo de cuanto vosotros - tú en tu padre - amasteis a mi Niño.

Los pastores están tan extáticos, que parecen bajo efecto de un encantamiento.

-Soy María, sí. Tú viste a la Madre feliz. Sigo siendo la misma dichosa también ahora de ver a mi Hijo entre corazones fieles.

-Y éste es Simón, Mamá.

-Has merecido la gracia porque eres bueno; lo sé. La Gracia de Dios esté siempre contigo.

Simón, que conoce mejor los modos de la sociedad, hace una muy profunda reverencia, teniendo las manos cruzadas sobre el pecho, y saluda diciendo:

-Te saludo, Madre verdadera de la Gracia. Ya no le pido nada más al Eterno, ahora que conozco la Luz y te conozco a ti, más delicada que la Luna.

-Y éste es Judas de Keriot.

-Tengo una madre, pero mi amor por ella desaparece respecto a la veneración que siento por ti.

-No, no por mí; por Él. Yo soy porque Él es. Y no quiero nada para mí. Sólo pido para Él. Sé cuánto has honrado a mi Hijo en tu patria. Pero aun así te digo: sea tu corazón el lugar en que Él reciba de ti el sumo honor. Entonces te bendeciré con corazón de Madre.

-Mi corazón está bajo el calcañar de tu Hijo. ¡Feliz peso! Sólo la muerte disolverá mi fidelidad.

-Y este es nuestro Juan, Mamá.

-Me sentía tranquila desde que supe que estabas con Jesús. Te conozco y mi espíritu reposa cuando sé que estás con mi Hijo. Bendito seas. Mi quietud - Lo besa.

Se deja oír desde fuera la voz áspera de Pedro:

-Aquí está el pobre Simón con su saludo y...

En entrando, se queda de piedra. Arroja al suelo la cesta, redonda, que llevaba colgada a la espalda, y se arroja también él al suelo diciendo:

-¡Señor Eterno! Pero... No. ¿Cómo me has hecho esto, Maestro? ¡Estar aquí y no decirle nada al pobre Simón! ¡Dios te bendiga, Maestro! ¡Qué feliz me siento! ¡Ya no soportaba tu ausencia! - y le acaricia la mano, sin hacer caso a Jesús, que le dice: «Levántate, Simón... ¡Que te alces!"

-Sí, me alzo. Pero... ¡Eh, tú, muchacho! (el muchacho es Juan) ¡Tú al menos podías haber venido corriendo a decírmelo! Ahora, ¡venga!, sal enseguida, a Cafarnaúm, a decírselo a los demás... primero a casa de Judas. Pronto estará aquí tu hijo, mujer. Rápido. Como si fueras una liebre perseguida por perros.

Juan se marcha risueño.

Pedro, por fin, se ha alzado. Sigue teniendo entre sus cortas, gruesas manos, de venas marcadas, la larga mano de Jesús y la besa sin dejarlo, a pesar de que quiera entregar su pescado, que está en el suelo, en el cesto.

-¡No quiero que te vayas otra vez sin mí! ¡Nunca más, nunca más, tanto tiempo sin verte! Te seguiré como la sombra sigue al cuerpo o la cuerda al ancla. ¿Dónde has estado, Maestro? Yo me decía: "¿Dónde estará?, ¿qué hará?, ¿ese niño de Juan sabrá tener cuidado de Él?, ¿estará atento a que no se canse demasiado, a que no se quede sin comida?" ¡Te conozco!... ¡Estás más delgado! Sí, más delgado. ¡No te ha cuidado bien! Le voy a decir que... Pero, ¿dónde has estado, Maestro? ¡No me dices nada!

-¡Espero a que me dejes hablar!

-Es verdad. Pero es que... verte es como un vino nuevo: se sube a la cabeza sólo con el olor. ¡Mi Jesús! - Pedro casi llora por la reacción de la alegría.

-Yo también he sentido deseo de ti, de todos vosotros, aunque estuviera entre amigos queridos. Mira, Pedro, éstos son dos que me han amado desde que tenía pocas horas. Más aún, ya han sufrido por mí. Éste es un hijo sin padre ni madre, por causa mía; pero, en todos vosotros tiene muchos hermanos, ¿no es verdad?

-¿Lo preguntas, Maestro? Pero si, si se diera el caso de que el demonio te amara, yo lo amaría por su amor a ti. Veo que también vosotros sois pobres. Entonces somos iguales. Venid que os bese. Soy pescador, pero tengo el corazón más tierno que un pichón; y sincero. No miréis si soy rudo. Lo duro es por fuera; dentro soy todo miel y mantequilla. Con los buenos, quiero decir... porque con los malvados…

-Este es el nuevo discípulo.

-Me parece haberle visto ya...

-Sí. Es Judas de Keriot. Tu Jesús, a través de él, recibió buena acogida en esa ciudad. Os ruego que os améis, aunque seáis de regiones distintas. Sois todos hermanos en el Señor.

-Como tal lo trataré, si tal es. Y... sí... (Pedro mira fijo a Judas; a mirada abierta, de advertencia) y... sí... es mejor que lo diga; así conoces ya bien desde ahora. Lo digo: no siento mucha estima hacia los judíos en general ni hacia los de Jerusalén en particular. Pero soy honesto. Y por mi honestidad te aseguro que dejo aparte todas las ideas que tengo acerca de vosotros y quiero ver en ti sólo al hermano discípulo. Depende de ti ahora el no hacerme cambiar de pensamiento y decisión.

-¿Conmigo también, Simón, tienes tales prejuicios? -pregunta el Zelote sonriendo.

-¡No te había visto! ¿Contigo? ¡Contigo no! Llevas la honestidad dibujada en el rostro. La bondad te rezuma desde el corazón hacia el exterior como oloroso aceite por un vaso poroso. Y eres anciano. Ello no es siempre una dote. Algunas veces, cuanto más envejece uno más falso y malo se vuelve. Pero tú eres de esos que hacen como los vinos preciados: cuanto más envejecen, más genuinos y buenos son.

-Has juzgado bien, Pedro - dice Jesús - Ahora venid. Las mujeres están ocupándose de nosotros, quedémonos mientras bajo la pérgola fresca. ¡Qué hermoso es estar con los amigos! Iremos luego todos juntos por Galilea, y más allá de Galilea; todos no. Leví, ahora ya contento, volverá a donde Elías, a llevarle el saludo de María ¿verdad, Mamá?

-Yo lo bendigo, y a Isaac y a los demás. Mi Hijo me ha prometido llevarme... y yo iré donde vosotros, los primeros amigos de mi Niño.

-Maestro, quisiera que Leví llevase a Lázaro el escrito que ya sabes.

-Prepáralo, Simón. Hoy es fiesta completa. Mañana por la tarde; Leví partirá, con tiempo para llegar antes del sábado. Venid, amigos...

Salen al verde huerto y todo termina.

## 91

## Primera lección a los discípulos en Nazaret, en un olivar

Veo a Jesús con Pedro, Andrés, Juan, Santiago, Felipe, Tomás, Bartolomé, Judas Tadeo, Simón y Judas Iscariote y el pastor José, saliendo de su casa y yendo fuera de Nazaret, a las afueras, a un tupido olivar. Dice:

-Venid en torno a mí. Durante estos meses de presencia y de ausencia os he sopesado y estudiado. Os he conocido, y he conocido, con experiencia de hombre, el mundo. Ahora he decidido enviaros al mundo. Pero primero debo instruiros, para haceros capaces de afrontar el mundo con la dulzura y la sagacidad, la calma y la constancia, con la conciencia y la ciencia de vuestra misión. Usaré este tiempo de furor solar, que impide toda larga peregrinación por Palestina, para vuestra instrucción y formación como discípulos. Como un músico, he percibido lo que en vosotros desafina, y me dispongo a entonaros para la armonía celeste que tenéis que transmitir al mundo en mi nombre. Retengo a este hijo (y señala a José), porque a él le delego el encargo de llevar a sus compañeros mis palabras, para que también allí se forme un núcleo eficaz, que me anuncie; no un anuncio reducido al hecho de que Yo existo, sino con las características más esenciales de mi doctrina.

Como primera cosa os digo que es absolutamente necesario en vosotros amor y fusión. ¿Qué sois vosotros? Sois hombres de las más diversas clases sociales, de toda edad, y de los más distintos lugares. He preferido tomar a los vírgenes en doctrinas y cogniciones, para poder penetrar en ellos más fácilmente con mi enseñanza, y también porque - habiendo sido destinados para evangelizar a personas que se encontrarán en una absoluta ignorancia del Dios verdadero - quiero que, recordando la primitiva ignorancia, no sientan aversión hacia éstos, y, con piedad, los instruyan, recordando con cuánta piedad Yo los he instruido.

Percibo en vosotros una objeción: "Nosotros no somos paganos, aunque no tengamos cultura intelectual". No, no lo sois; pero vosotros - y sobre todo quienes entre vosotros representan a los doctos y los ricos - estáis dentro de una religión que, degenerada por demasiadas razones, de religión no tiene sino el nombre. En verdad os digo que son muchos los que se glorían de ser hijos de la Ley, pero de ellos ocho partes de diez no son más que idólatras que han confundido, entre nieblas de mil pequeñas religiones humanas, la verdadera, santa, eterna Ley del Dios de Abraham, Isaac, Jacob. Por tanto, mirándoos unos a otros, tanto vosotros, pescadores humildes y sin cultura, como vosotros, mercaderes o hijos de mercaderes, oficiales o hijos de oficiales, ricos o hijos de ricos, decid: "Somos todos iguales. Todos tenemos las mismas deficiencias y todos tenemos necesidad de la misma instrucción. Hermanos en los defectos personales o nacionales debemos, desde ahora en adelante, ser hermanos en el conocimiento de la Verdad y en el esfuerzo de practicarla.

Eso es, hermanos. Quiero que tales os llaméis y tales os veáis. Vosotros sois como una familia sola. ¿Cuándo prospera una familia?, ¿cuando la admira el mundo? Cuando está unida y se manifiesta concorde. Si un hijo se hace enemigo del otro, si un hermano perjudica al otro, ¿puede realmente durar la prosperidad de esa familia? En vano el padre de familia se esfuerza en trabajar, en allanar dificultades, en imponerse al mundo. Sus esfuerzos quedan sin resultado, porque los bienes se disgregan, las dificultades aumentan, el mundo se burla por este estado de lid perpetua que reduce corazón y patrimonio - que, unido, era potente contra el mundo - a un pequeño montón de pequeños, puntillosos intereses contrarios de que se aprovechan los enemigos de la familia para acelerar cada vez más su ruina. Nunca sea así entre vosotros. Estad unidos. Amaos. Amaos para ayudaros. Amaos para enseñar a amar.

Observad: incluso lo que nos circunda nos ilustra acerca de esta gran fuerza. Mirad esta tribu de hormigas, que acude toda hacia un lugar. Sigámosla y descubriremos la razón de la utilidad de que acuda hacia un punto… Mirad aquí: esta pequeña hermana suya ha descubierto, con sus órganos minúsculos y para nosotros invisibles, un gran tesoro bajo esta ancha hoja de achicoria silvestre. Es un pedazo de miga de pan que quizás se le haya caído a un campesino que haya venido aquí para cuidar sus olivos; a algún viandante que se haya detenido en esta sombra consumiendo su comida, o a un niño jubiloso sobre la hierba florecida. ¿Cómo hubiera podido por sí sola arrastrar hasta su casa este tesoro mil veces más voluminoso que ella? Ha llamado, pues, a una hermana y le ha dicho: "Mira, corre, rápido a decirles a las hermanas que aquí hay alimento para toda la tribu y para muchos días; corre, antes de que descubra este tesoro un pájaro y llame a sus compañeros y se lo devoren". Y la hormiguita ha corrido, afanosa, por las rugosidades del terreno, subiendo, bajando, entre guijas y hierbezuelas, hasta el hormiguero, y ha dicho: "Venid. Una de nosotras os llama; ha encontrado para todas, pero sola no puede traerlo aquí. Venid". Y todas, incluso las que - ya cansadas por tanto como han trabajado durante todo el día - estaban descansando en las galerías del hormiguero, han acudido; incluso 11 estaban amontonando las provisiones en sus correspondientes celdas. Una, diez, cien, mil... Mirad... Aferran con las pinzas, levantan haciendo de su cuerpo un carrito, arrastran hincando las patitas en el suelo. Ésta se cae... la otra, allí, casi se lisia porque la punta del pan ha rebotado y la ha comprimido contra una piedra; ¿y ésta tan pequeñita? (una jovencita de la tribu): se detiene derrengada... pero, toma aliento y continúa. ¡Qué unidas están! Mirad: ahora las hormigas tienen completamente abrazado el trozo de pan, y el pan avanza, avanza; lentamente, pero avanza. Sigámoslo... Un poco más hermanitas, un poco más todavía y vuestra fatiga será premiada. Ya no pueden más, pero no ceden; descansan y luego continúan…Llegan al hormiguero. ¿Y ahora? Ahora al trabajo, para dividir en pequeños trocitos la miga grande. ¡Mirad qué trabajo! Unas cortan, otras transportan... Terminado. Ahora todo está a salvo, y, dichosas, desaparecen dentro de esa grieta, galerías abajo. Son hormigas, nada más que hormigas, y, sin embargo, son fuertes porque están unidas. Meditad en esto.

-¿Tenéis algo que preguntarme?

-Yo querría preguntarte si es que ya no volvemos a Judea – dice Judas Iscariote.

-¿Quién lo ha dicho?

-Tú, Maestro. ¡Has manifestado el deseo de preparar a José para que instruya a los demás en Judea! ¿Tanto te has ofendido como para no volver más allí?

-¿Qué te han hecho en Judea? - pregunta curioso Tomás.

Y Pedro, al mismo tiempo, vehementemente, dice:

-¿Entonces tenía yo razón cuando decía que habías vuelto en malas condiciones? ¿Qué te han hecho los "perfectos" en Israel?

-Nada, amigos, nada que no vaya a encontrar aquí. Aunque diera la vuelta al mundo encontraría por todas partes amigos mezclados con enemigos. De todas formas, Judas, te había rogado que te mantuvieras en silencio...

-Cierto, pero... No, no puedo quedarme callado cuando veo que prefieres Galilea a mi patria. Eres injusto; también allí has recibido honores…

-¡Judas! ¡Judas! ¡Oh, Judas! Eres injusto en este reproche. Tú a ti mismo te acusas, dejándote llevar de la ira y de la envidia. Yo había logrado dar a conocer sólo el bien que he recibido en tu Judea. Sin mentir y con alegría, había logrado manifestar este bien para hacer que os amasen a los de Judea. Con alegría. Porque para el Verbo de Dios no existe separación de regiones, no existen antagonismos, enemistades, diversidades. ¡Os amo a todos, oh hombres, a todos...! ¿Cómo puedes decir que prefiero Galilea cuando he querido llevar a cabo los primeros milagros y las primeras manifestaciones en el suelo sagrado del Templo y de la Ciudad Santa, estimada por todos los israelitas? ¿Cómo puedes decir que actúo con parcialidad, si de vosotros, discípulos, que sois once - o diez, porque mi primo es familia, no amistad -, cuatro son judíos? Y, si añado a los

pastores, que son todos judíos, puedes ver de cuántos de Judea soy amigo. ¿Cómo puedes decir que no os amo, si Yo, que conozco las cosas, he organizado el viaje de manera que pudiera dar mi Nombre a un pequeñuelo de Israel y recibir el espíritu de un justo de Israel? ¿Cómo puedes decir que no os amo a vosotros, judíos, si en la revelación de mi Nacimiento y de mi preparación a la misión he querido que hubiera dos judíos, contra uno sólo de Galilea? Me tachas de injusto. Examínate, Judas, mira si el injusto no eres tú.

Jesús ha hablado con majestuosidad y dulzura. Pero, aunque no hubiera dicho nada más, habrían bastado los tres modos como ha dicho «Judas» al principio de sus palabras, para dar una gran lección. E1 primer «Judas» lo decía el Dios majestuoso que llama al respeto; e1 segundo, el Maestro que enseña con doctrina paterna; el tercero era el ruego del amigo dolido por el modo de actuar de su amigo.

Judas ha bajado la cabeza, humillado, todavía iracundo, afeado por este aflorar de bajos sentimientos.

Pedro no sabe quedarse callado.

-A1 menos pide perdón, muchacho. ¡Si hubiera sido yo en vez de Jesús, no hubieras salido del paso sólo con unas palabras! ¡No sólo injusto! ¡No tienes respeto, señorito! ¡Así os educan los del Templo? ¿O es que eres tú el ineducable? Porque si son ellos...

-Basta, Pedro. He dicho Yo todo lo que había que decir. Esto también será motivo de instrucción mañana. Y ahora repito a todos lo que les había dicho a éstos en Judea: no digáis a mi Madre que su Hijo fue maltratado por los judíos. Ya está toda compungida por haber intuido mi pena. Respetad a mi Madre. Vive en la sombra y silencio; es activa sólo en virtudes y oración por mí, por vosotros y por todos. Dejad que las lúgubres luces del mundo y las ásperas luchas queden lejos de su refugio fajado de discreción y pureza. No metáis ni siquiera el eco del odio donde todo es amor. Respetadla. Ella es más valiente que Judit; lo veréis. Pero no la obliguéis, antes de tiempo, a gustar la hez que supone los sentimientos de los miserables del mundo, de aquellos que no saben ni siquiera rudimentariamente qué es Dios y la Ley de Dios. Esos de que os hablaba al principio: los idólatras que se creen sabios de Dios y que, por tanto, unen la idolatría a la soberbia. Vamos.

Y Jesús se dirige de nuevo hacia Nazaret.

## 92

## Segunda lección a los discípulos en Nazaret, junto a la casa

Jesús ha llevado a los suyos a la sombra de un enorme nogal, que pende desde donde está - elevado respecto al huerto de María - hasta el mismo huerto. Jesús continúa instruyéndolos. El día está borrascoso, se avecina una tormenta; quizás por eso Jesús no se ha alejado mucho de la casa. María va y viene de la casa al huerto y del huerto a la casa, y cada vez que lo hace alza la cabeza y sonríe a su Jesús, que está sentado en la hierba, junto al tronco, rodeado de discípulos. Jesús dice:

-Ayer os anuncié que lo que había provocado una palabra imprudente habría servido de lección hoy. La lección es ésta: Tened por seguro - y sea regla en vuestro actuar - que nada de cuanto está escondido permanece siempre oculto. O Dios se ocupa de dar a conocer las obras de un hijo suyo a través de sus signos milagrosos, o a través de las palabras de los justos que reconocen los méritos de un hermano; o es Satanás quien, a través de la boca de un imprudente - no quiero decir más -, revela lo que los buenos, para no incitar a la anticaridad, han preferido callar, o altera las verdades, creando así confusión en los pensamientos. Por tanto, siempre llega el momento en que lo oculto se da a conocer.

Tened, pues, siempre esto presente en vuestro pensamiento. Sea para vosotros freno respecto al mal, sin que por otro lado os sintáis incitados a proclamar el bien que realizáis. ¡Cuántas veces uno actúa por bondad, verdadera bondad, pero humana! Y, siendo humana su actuación, o sea, de no perfecta intención, desea que los hombres la conozcan, y rabia y se amarga viendo que pasa desapercibida, y estudia la forma de manifestarla. No, amigos; así no. Haced el bien y dádselo al Señor eterno. Él sabrá darlo a conocer también a los hombres, si es bueno para vosotros. Si, por el contrario, ello pudiera anular bajo un reflujo de complacencia de orgullo, vuestro comportamiento justo, entonces el Padre lo mantendrá secreto, reservándose el daros en el Cielo la gloria correspondiente, en presencia de toda la Corte celeste.

Quien vea un acto jamás juzgue por las apariencias. No acuséis nunca a nadie, porque las acciones de los hombres pueden en ocasiones presentar feo aspecto y celar otros motivos. Un padre, por ejemplo puede decirle a un hijo suyo ocioso y entregado a la crápula: "Vete”, y ello puede parecer crueldad e incumplimiento de los deberes paternos; pero no siempre lo es. Su "vete" está sazonado con un llanto amarguísimo (más del padre que del hijo); a su "vete" le acompañan las palabras "volverás cuando te hayas arrepentido de tu ociosidad" y el voto de que se cumplan. Por otra parte, es un acto de justicia hacia los otros hijos, porque impide que un crapuloso consuma en vicios no sólo lo suyo, sino también lo de los demás. Malo será, en cambio, si esa palabra la dice un padre que se encuentre en culpa respecto a Dios y respecto a la prole, porque en su egoísmo se juzgará a sí mismo superior a Dios y considerará que su derecho se extiende también al espíritu de su hijo. No. El espíritu es de Dios, y ni siquiera Dios violenta la libertad del espíritu a donarse o no donarse. Para el mundo parecen iguales estos actos, y, sin embargo, ¡qué distintos son el uno del otro! El primero es justicia, el segundo es arbitrio culpable. Por tanto, no juzguéis nunca a nadie.

Ayer Pedro le dijo a Judas: "¿Qué maestro has tenido?". Que no vuelva a decirlo. Que nadie eche la culpa a los otros de lo que ve en uno o en sí mismo. Los maestros tienen una misma palabra para todos los escolares. ¿Por qué, entonces, diez escolares resultan justos y diez malvados? Porque cada uno añade por su parte lo que tiene en el corazón, y ello pesa hacia el bien o hacia el mal. ¿Cómo es posible, entonces, acusar al maestro de haber enseñado mal porque el bien que ha inculcado quede anulado por el exceso de mal que reina en un corazón determinado? El primer factor de éxito está en vosotros. El maestro trabaja vuestro yo. Pero si vosotros no sois susceptibles de mejora, ¿qué puede hacer el maestro? ¿Qué soy Yo? En

verdad os digo que no habrá maestro más sabio, paciente y perfecto que Yo. Y, no obstante, incluso de alguno de los míos se dirá: "Pero, ¿quién fue su maestro?".

No os dejéis vencer nunca, al juzgar, por motivos personales. Ayer Judas, amando su tierra más de lo justo, estimó que en mí había injusticia hacia ella. Frecuentemente el hombre subyace bajo estos elementos imponderables que son el amor patrio o el amor a una idea, y se desvía, como alción desorientado, de su meta. La meta es Dios. Ver todo en Dios para ver bien. No ponerse a sí mismo, no poner ninguna cosa por encima de Dios. Y si uno realmente se equivoca... ¡Pedro!, ¡todos!, no seáis intransigentes. El error que tanto os fastidia, cometido por uno de vosotros, ¿realmente no lo habéis cometido nunca vosotros? ¿Estáis seguros? Y, aun admitiendo que no lo hayáis cometido nunca, ¿qué habréis de hacer? Pues agradecérselo a Dios. Nada más. Y velar. Vigilar mucho. Continuamente. Para no caer mañana en lo que hasta hoy ha podido ser evitado. ¿Veis? El cielo está nublado porque el granizo está próximo. Nosotros, escrutando el cielo, hemos dicho: "No nos alejemos de casa". Ahora bien, ¿por qué no sabemos juzgar dónde puede haber peligro para el alma?, si sabemos juzgar así respecto a las cosas que, a pesar de ser peligrosas, no son nada en relación a los peligros que hay, pecando, de perder la amistad de Dios.

Mirad: ved allí a mi Madre. ¿Podéis pensar que en Ella haya tendencia alguna al mal? Pues bien, dado que el amor la impulsa a seguirme, dejará su casa cuando mi amor lo desee. Pero esta mañana después de habérmelo pedido una vez más - porque Ella, mi Maestra, me decía: "Que entre tus discípulos esté también tu Madre, Hijo: Yo quiero aprender tu doctrina"; Ella, que ya poseía esta doctrina su seno y antes aún en su espíritu, por don dado por Dios a la futura Madre de su Verbo Encarnado - Ella ha dicho: "No obstante... juzga, si puedo ir contigo sin la posibilidad de perder la unión con Dios; sin que eso que es mundo, y que Tú dices que penetra con sus hedores, pueda corromper este corazón mío que fue y es y quiere ser sólo de Dios. Yo me someto a examen y, por cuanto sé, me parece que puedo hacerlo, porque... (y en esto, sin saberlo, se ha procurado la más alta alabanza) porque no encuentro diferencia entre mi paz cándida cuando era una flor del Templo y esta que tengo en mí, ahora que desde hace más de seis lustros soy la mujer de casa. Pero yo soy indigna sierva que conoce mal, y juzga aún peor, las cosas del espíritu.-Tú eres el Verbo, la Sabiduría, la Luz, y puedes ser luz para tu pobre Mamá, que acepta el no volver a verte antes que ser no grata al Señor"…Y Yo le he tenido que decir, temblándome el corazón de admiración: "Mamá, Yo te lo digo, no serás corrompida por el mundo; antes bien, el mundo será embalsamado por ti".

Mi Madre - lo acabáis de oír - ha sabido ver los peligros de vivir en el mundo, que son peligros también para Ella, también para Ella; Y vosotros, hombres, ¿pretendéis no verlos? '¡Ay!, Satanás verdaderamente está al acecho, y sólo los que vigilen resultarán vencedores. ¿Los demás? ¿Preguntáis acerca de los demás? Para los demás, lo que está escrito.

-¿Qué está escrito, Maestro?

-Y Caín se abalanzó sobre Abel y lo mató. Y el Señor le dijo a Caín ¿Dónde está tu hermano? ¿Qué has hecho de él? El grito de su sangre llega hasta mí. Por tanto, serás maldito sobre la tierra que ha conocido el sabor de la sangre humana por mano de un hermano que ha abierto las venas a su hermano, y no cesará esta horrible hambre de la tierra de sangre humana. Y la tierra, envenenada por esta sangre será más estéril que una mujer seca por la edad. Y huirás, buscando paz y pan. Y no lo encontrarás. Tu remordimiento te hará ver sangre en cada flor y en cada tallo de hierba, en toda agua y alimento. El cielo te parecerá sangre, y sangre el mar. Del cielo, de la tierra, del mar, llegarán a ti tres voces: la de Dios, la del Inocente, la del Demonio; y, para no oírlas, te darás muerte"'.

-No habla así el Génesis - observa Pedro.

No, el Génesis no; Yo lo digo, y no yerro. Lo digo para los nuevos Caínes de los nuevos Abeles, para quienes, por no vigilar respecto a sí mimos y al Enemigo, vendrán a ser una cosa con él».

-Pero, entre nosotros, no habrá de esos, ¿no es cierto, Maestro?

-Juan, cuando sea desgarrado el Velo del Templo, una gran verdad brillará escrita en toda Sión.

¿Cuál, mi Señor?

Que los hijos de las tinieblas en vano han estado en contacto con la Luz. Recuérdalo, Juan.

-¿Seré yo, Maestro, un hijo de las tinieblas?

-No, tú no. Pero recuérdalo para explicar el Delito al mundo.

-¿Qué delito, Señor? ¿El de Caín?

-No. Ese es el primer acorde del himno de Satanás. Hablo del Delito perfecto, el inconcebible Delito, aquel que, para comprenderlo hay que mirarlo a través del sol del divino Amor y a través de la mente de Satanás; porque sólo el Amor perfecto y el perfecto Odio, solo el infinito Bien y el infinito Mal pueden explicar tal Donación y tal Pecado. ¿Oís? Parece como si Satanás estuviera oyendo y gritase de deseo de llevarlo a cabo. Vámonos, antes de que la nube rompa en relámpagos y granizo.

Y bajan corriendo por la pendiente, saltando al huerto de María mientras la tormenta estalla vehemente.

## 93

## Tercera lección a los discípulos en Nazaret, en el huerto de la casa. Palabras de consuelo a Judas de Alfeo.

Jesús sale al huerto, que aparece todo lavado por el temporal de la tarde anterior, y ve a su Madre inclinada hacia unas plantitas. Va donde Ella y la saluda. ¡Qué dulce es su beso! Jesús la ciñe los hombros con el brazo izquierdo, la acerca hacia sí y la besa en la frente, en el límite del pelo; luego se inclina para que su Madre lo bese en la mejilla. Pero lo que completa la delicadeza es la mirada que acompaña al beso: la de Jesús, toda amor, dentro de lo que tiene de majestuosa y protectora; la de María, toda veneración, aun siendo toda amor. Cuando se besan así, parece como si el mayor fuera Jesús y Ella fuera la hija jovencita que, de su padre o de su hermano mucho mayor que ella, recibe el beso de la mañana.

-¿Han dañado tus flores el granizo de ayer por la tarde y el viento de la noche?- pregunta Jesús.

-No, Maestro - responde, antes que María, la voz un poco ronca de Pedro - lo único que ha sucedido es que han quedado muy desordenadas sus ramas.

Jesús levanta la cabeza y ve a Simón Pedro, que lleva sólo la túnica corta, trabajando en enderezar algunas ramas curvadas en lo alto de la higuera.

-¿Ya trabajando?

-Los pescadores dormimos como los peces: a todas horas, en cualquier sitio, pero sólo el tiempo que nos dejan descansar; y uno se acostumbra. Esta mañana he oído chirriar la puerta, al alba, y me he dicho: "Simón, Ella ya está levantada. ¡Venga!, ¡rápido! Ve a ayudarle con tus rudas manos". Pensaba que Ella había estado preocupada por sus flores durante esta noche llena de viento. Y no me he equivocado. ¡Conozco a las mujeres!... Mi mujer también, cuando hay tormenta, da vueltas en la cama como un pez en la red, y piensa en sus plantas... ¡Pobrecilla! Alguna vez le digo: "Estoy seguro de que das menos vueltas cuando tu Simón está en el lago a merced de las olas como una pequeña ramita". Pero soy injusto, porque es una buena esposa. No se diría que su madre... Bien: cállate, Pedro, esto no viene a cuento. No es correcto murmurar y dar a conocer imprudentemente lo que es bueno callar. ¿Ves, Maestro, cómo también en mi cabeza de asno ha entrado tu palabra?

Jesús responde riendo:

-Tú te lo dices todo. A mí no me queda más que aprobar y admirar tu sabiduría de arboricultor.

-Ya ha atado todos los sarmientos que se habían soltado, ha apuntalado ese peral que está sobrecargado, y ha pasado esas cuerdas bajo aquel granado que ha crecido sólo por una parte - observa María.

-Sí, parece un viejo fariseo; sólo pende hacia donde le interesa. Yo lo he trabajado como si de una vela se tratara, y le he dicho: "¿No sabes que lo justo está en el medio? Ven aquí, cabezón; si no, te rompes por exceso de peso". Ahora me he metido con esta higuera, aunque es por egoísmo. Pienso en el hambre de todos: ¡higos frescos y pan caliente! ¡Ni siquiera Antipas tiene una comida tan buena! Pero hay que ir con cuidado, porque la higuera tiene ramas tan tiernas como el corazón de una jovencita cuando dice su primera palabra de amor; y yo peso, y los higos mejores están arriba. Con estos primeros rayos de sol se han secado ya. Deben ser una delicia. ¡Tú, muchacho! No estés sólo mirándome. ¡Despierta! Dame ese cesto.

Juan - que ha salido del taller - obedece y trepa a la gruesa higuera. Cuando los dos pescadores bajan, ya han salido también del taller Simón Zelote, José y Judas Iscariote. No veo a los otros.

María trae pan fresco (pequeños panes oscuros y redondeados), y Pedro, con su navaja, los abre, y sobre ellos abre los higos. Ofrece primero a Jesús, luego a María y a los demás. Comen con gusto en el huerto refrescado, transido de hermosura bajo el sol de una mañana serena, serena incluso por la reciente lluvia que ha limpiado la atmósfera.

Pedro dice:

-Es viernes... Maestro, mañana es sábado...

-No has descubierto nada nuevo - observa Judas Iscariote.

-No, pero el Maestro sabe lo que quiero decir...

-Lo sé. Esta tarde iremos al lago, donde has dejado la barca, y navegaremos hacia Cafarnaúm. Mañana hablaré allí.

Se le ve muy contento a Pedro.

Entran en grupo Tomás, Andrés, Santiago, Felipe, Bartolomé y Judas Tadeo (los cuales han pasado la noche en otro lugar). Se saludan. Jesús dice:

-Quedémonos aquí juntos; así habrá un nuevo discípulo. Mamá, ven.

Se sientan... en una piedra, en una banqueta... haciendo un círculo en torno a Jesús, quien a su vez se ha sentado en el banco de piedra que está contra la casa, y tiene a su lado a su Madre y a los pies a Juan, que ha elegido sentarse en el suelo con tal de estar cerca. Jesús habla, despacio y con majestuosidad, como siempre.

-¿A qué compararé la formación apostólica? A la naturaleza que nos circunda. Podéis ver cómo la tierra en invierno parece muerta, pero dentro de ella actúan las semillas, y las linfas se nutren de humores, depositándolos en las frondas subterráneas - así podría llamar a las raíces - para luego disponer de ellos en gran abundancia para las frondas superiores, llegado el tiempo de florecer. Vosotros también sois comparables a esta tierra invernal, árida, desnuda, fea. Pero sobre vosotros ha pasado el Sembrador y ha echado una semilla. Por vosotros ha pasado el Cultivador y ha cavado alrededor de vuestro tronco, plantado en la tierra dura, duro y áspero como ella, para que a las raíces les llegase el sustento de humores de las nubes y del aire, y así se fortaleciera el tronco con este alimento para futuro fruto. Y vosotros habéis acogido la semilla y aceptado la remoción de la tierra, porque tenéis la buena voluntad de fructificar en el trabajo de Dios.

Compararé también la formación apostólica a la tormenta de ayer, que azotó y plegó, aparentemente con inútil violencia. Mirad, sin embargo, el bien que ha producido. Hoy la atmósfera está más pura, nueva, sin polvo, sin ese calor sofocante; el sol es el mismo de ayer, pero sin ese ardor que asemejaba a fiebre: hoy llega hasta nosotros a través de estratos purificados y frescos. Las hierbas, las plantas, se sienten aliviadas como los hombres, porque la limpieza, la serenidad, son cosas que alegran. También las discordias sirven para llegar a un más exacto conocimiento y a una clarificación; si no, serían sólo maldad. Y ¿qué son las discordias sino las tormentas provocadas por nubes de distinta especie? Y estas nubes ¿no se acumulan poco a poco en los corazones con los malhumores inútiles, con los pequeños celos, con las oscuras soberbias? Luego viene el viento de la Gracia y las une para que descarguen todos sus malos humores y vuelva el tiempo sereno.

También es semejante la formación apostólica al trabajo que Pedro estaba haciendo esta mañana para alegrar a mi Madre: es enderezar, atar, sostener o soltar, según las tendencias y las necesidades, para hacer de vosotros "hombres fuertes" a1 servicio de Dios. Enderezar las ideas equivocadas, atar los arranques carnales, sostener las debilidades, cortar si es necesario las tendencias, desligar las esclavitudes y las timideces. Vosotros tenéis que ser libres y fuertes, como águilas que, dejado el pico nativo, son sólo del vuelo cada vez más alto: el servicio a Dios es el vuelo, las afecciones son el pico.

Uno de vosotros hoy está triste porque su padre declina hacia la muerte, y declina hacia ella con el corazón cerrado a la Verdad y al hijo suyo que la sigue; no sólo cerrado, sino hostil. Aún no le ha dicho e1 injusto "vete", de que ayer hablaba

(autoproclamándose por encima de Dios), pero su corazón cerrado y sus labios sigilados no son todavía capaces de decir tampoco: "Sigue la voz que te llama". No pretenderían, ni el hijo ni quien os habla, oír decir de esos labios: "Ven, y contigo venga el Maestro. Bendito sea Dios por haber elegido en mi casa un siervo suyo, creando así un parentesco más excelso que la sangre con el Verbo del Señor". Pero al menos Yo, por su bien, y su hijo por un motivo aún más complejo, querríamos oírle palabras no enemigas.

No llore este hijo. Sepa que en mí no hay ni rencor ni desdén hacia su padre, sino sólo piedad. He venido, y me he detenido un tiempo, aun conociendo la inutilidad de mi permanencia, para que un día este hijo no me dijera: "¿Por qué no viniste?". He venido para persuadirle de que todo es inútil cuando el corazón se encierra en el rencor. He venido también para confortar a una buena mujer que sufre por esta escisión de la familia, como incisión de cuchillo que le separase haces de fibras. Pero, tanto este hijo como esta buena mujer, persuádanse de que en mí no responde el rencor al rencor. Yo respeto la honestidad del creyente anciano, fiel - aunque tenga una fe desviada - a lo que ha sido su religión hasta esta hora.

En Israel hay muchos así... Por eso os digo: me aceptarán más los paganos que los hijos de Abraham. La humanidad ha corrompido la imagen del Salvador, rebajando su realeza sobrenatural al nivel de una pobre idea de soberanía humana. Yo tengo que hendir la dura corteza del hebraísmo, penetrar, herir para llegar al fondo, y llevar al alma misma de tal hebraísmo la fecundación de la nueva Ley. Sí, verdaderamente Israel, crecido en torno al núcleo vital de la Ley del Sinaí, se ha hecho símil a un monstruoso fruto, de pulpa en estratos cada vez más fibrosos y duros, externamente protegidos por una cáscara que no sólo es impenetrable, sino que además impide, tenacísima, la expulsión del germen. El Eterno juzga que ha llegado el momento de que Yo cree la nueva planta de la fe en el Dios Uno y Trino. Yo, para permitir que la voluntad de Dios se cumpla y que el hebraísmo pase a ser cristianismo, debo mellar, perforar, penetrar, abrir camino hasta el núcleo, y darle calor con mi amor, para que resurja y se agrande, germine, crezca, crezca, crezca, venga a ser la vigorosa planta del cristianismo, religión perfecta, eterna, divina. En verdad os digo que el hebraísmo sólo será perforable en la proporción de uno a cien.

Por tanto, no reputo réprobo a este israelita que no me acepta y que no quisiera darme a su hijo. Por eso le digo al hijo: No llores por la carne y la sangre que sufren sintiéndose rechazados por la carne y la sangre que las engendraron. Por eso digo: No llores tampoco por el espíritu. Tu sufrimiento actúa, más que cualquier otra cosa, en favor del espíritu tuyo y del suyo, de este padre tuyo que ni comprende ni ve. Y digo también: No te crees remordimientos por ser más de Dios que de tu padre.

Os digo a todos vosotros: Dios es más que el padre, que la madre, que los hermanos. Yo he venido a unir la carne y la sangre según el espíritu y el Cielo, no según la tierra. Por ello debo desunir las carnes y las sangres para tomar conmigo a los espíritus aptos para el Cielo ya desde esta tierra, para tomar a los siervos del Cielo. Por ello he venido a llamar a los "fuertes", a hacerlos aún más fuertes porque de "fuertes" está hecho mi ejército de mansos: mansos para con los hermanos, fuertes respecto al propio yo y el yo de la sangre familiar.

No llores, primo. Tu dolor - te lo aseguro - actúa ante Dios, en favor de tu padre y de tus hermanos, más que cualquier palabra, no sólo tuya, sino incluso mía. No entra la palabra allí donde el prejuicio crea una barrera; créelo. Pero la Gracia entra, y el sacrificio es imán de gracia.

En verdad os digo que cuando Yo llamo para ir a Dios, no hay obediencia más alta; y es necesario cumplirla sin detenerse a calcular cuánto y cómo reaccionarán los demás ante vuestro ir hacia Dios. Ni siquiera detenerse para enterrar al propio padre. Seréis premiados por este heroísmo, y el premio será no sólo para vosotros, sino también para aquellos de quienes, con un grito del corazón, os separáis, y cuya palabra frecuentemente os hiere más de lo que hiere una bofetada, porque os acusa de ser hijos ingratos, y os maldice, en su egoísmo, como rebeldes. No. No rebeldes, santos. Los primeros enemigos de los llamados son los familiares. Pero, entre amor y amor, hay que saber distinguir y amar sobrenaturalmente; o sea, amar más al Dueño de lo sobrenatural que a los siervos de ese Dueño. Amar a los parientes en Dios, y no, por el contrario, amarlos más que a Dios.

Jesús calla y se levanta, yendo donde su primo, el cual, con la cabeza baja, apenas logra contener el llanto. Lo acaricia.

-Judas... Yo he dejado a mi Madre para seguir mi misión. Que ello te disuelva toda duda sobre la honestidad de tu forma de actuar. Si no hubiera sido un acto bueno, ¿lo habría hecho Yo respecto a mi Madre, teniendo en cuenta, sobre todo, que no tiene a nadie aparte de mí?

Judas se pasa la mano de Jesús por el rostro y asiente con la cabeza, pero no puede decir nada más.

-Vamos nosotros dos, solos, como cuando éramos niños y Alfeo pensaba que Yo era el más juicioso entre los muchachos de Nazaret.

Vamos a llevarle al anciano estos hermosos racimos de uva de oro. Que no crea que me olvido de él y que soy enemigo suyo. También tu padre y Santiago se alegrarán. Le diré que mañana estaré en Cafarnaúm y que su hijo queda todo para él. Ya sabes, los viejos son como los niños: son celosos y sospechan siempre que se los olvida; hay que compadecerlos...

Jesús desaparece de la escena dejando en el huerto a los discípulos enmudecidos por la revelación de un dolor y de una incompatibilidad entre un padre y un hijo por causa de El. María, suspirando apenada, vuelve de acompañar a Jesús hasta la puerta.

Todo termina.

## 94

## Curación de la Beldad de Corazín. Jesús habla en la sinagoga de Cafarnaúm

Jesús sale de la casa de la suegra de Pedro junto con sus discípulos a excepción de Judas Tadeo. El primero que lo ve es un muchacho, el cual lo dice incluso a quien no desea saberlo.

Jesús va a la orilla del lago y se sienta en el borde de la barca de Pedro. Se ve inmediatamente rodeado de gente de la ciudad que lo acoge en modo festivo, por haber vuelto, y le hace mil preguntas, a las que Jesús responde con su insuperable paciencia, sonriente y calmo, como si todo ese vocerío fuera una armonía celeste.

Viene también el arquisinagogo. Jesús se levanta para saludarlo. Es un recíproco saludo lleno de respeto oriental.

-Maestro, ¿puedo esperar que vengas para la instrucción al pueblo?

-Sin duda, si tú y el pueblo lo deseáis.

-Lo hemos deseado durante todo este tiempo. Ellos te lo pueden decir.

El pueblo, efectivamente, asiente con nuevos gritos.

-Si es así, iré durante el crepúsculo. Ahora marchaos todos. Tengo que ir a ver a una persona que está deseosa de mí.

La gente se aleja a regañadientes, mientras Jesús, Pedro y Andrés emprenden la travesía por el lago. Los otros discípulos se quedan en la orilla.

La barca navega a vela por un breve espacio. Luego los dos pescadores la dirigen hacia una pequeña ensenada, entre dos bajas colinas que originalmente parecen haber sido una sola. La ensenada está hundida en el centro por erosión de aguas o por movimiento telúrico, y forma un minúsculo fiordo que - no es noruego - no tiene abetos, sino sólo despeinados olivos, nacidos quién sabe cómo en esas paredes escarpadas, entre peñas desmoronadas y cortantes rocas salientes, olivos que entrelazan sus frondas, retorcidas por los vientos del lago - que aquí deben actuar no poco - hasta formar como un techo bajo el cual espumea un pequeño torrente caprichoso, todo rumor porque es todo cascadas, todo espuma porque cae de metro en metro; pero en realidad es un verdadero enanito comparado con otros cursos de agua.

Andrés salta al agua para arrastrar la barca lo más posible contra la orilla y atarla a un tronco, mientras Pedro ata la vela y asegura una tabla como puente para Jesús. –

-No obstante – dice - te aconsejo descalzarte, quitarte la túnica y hacer como nosotros. Ese loco (y señala al riachuelo) agita enormemente el agua del lago y con ese balanceo el puente no está seguro.

Jesús obedece sin discutir. En tierra calzan de nuevo las sandalias. Jesús se pone también la túnica. Los otros dos permanecen con las prendas cortas de debajo, que son oscuras.

-¿Dónde está? - pregunta Jesús.

-Se habrá adentrado en la espesura al oír voces. Ya sabes... con lo que tiene encima y con su pasado...

-Llámala.

Pedro grita fuerte:

-¡Soy el discípulo del Rabí de Cafarnaúm! ¡Está aquí el Rabí! ¡Ven fuera!

Nadie da señales de vida.

-No se fía - explica Andrés - Un día hubo quien la llamó diciendo: "Ven, que hay comida", y luego le tiró piedras. Nosotros la vimos entonces por primera vez, porque, yo al menos, no me la recordaba cuando era la Beldad de Corazín.

-¿Y qué hicisteis entonces?

-Le arrojamos un pan y algo de pescado y un trapo (un pedazo de vela rota que teníamos para secarnos), porque estaba desnuda. Luego huimos para no contaminarnos.

-¿Cómo es que volvisteis entonces?

-Maestro... Tú estabas fuera y nosotros pensábamos qué podíamos hacer para darte a conocer cada vez más. Pensamos en todos los enfermos, en todos los ciegos, lisiados, mudos... y también en ella. Dijimos: "Probemos". Ya sabes... muchos... por culpa nuestra claro, nos han considerado locos y no nos han querido escuchar. Otros, por el contrario, nos han creído. A ella le he hablado yo en persona. He venido solo con la barca durante varias noches de luna. La llamaba, le decía: "Encima de la piedra, al pie del olivo, hay pan y pescado. Ven sin miedo", y me marchaba. Ella yo creo que debía esperar a verme desaparecer para venir, porque nunca la veía. La sexta vez la vi en pie sobre la orilla, exactamente ahí donde estás Tú. Me estaba esperando... ¡Qué horror! No me eché a correr porque pensé en ti... dijo: "¿Quién eres? ¿Por qué esta piedad?". Dije: "Porque soy discípulo de la Piedad". "¿Quién es?” "Es Jesús de Galilea.” "¿Y os enseña a tener piedad de nosotros?” "De todos". "¿Sabes quién soy?” Eres la Beldad de Corazín; ahora, la leprosa". "¿Y para mí también hay piedad?". "Él dice que su piedad llega a todos, y nosotros, para ser como Él, la debemos tener con todos.” A1 llegar a este punto, Maestro, la leprosa blasfemó sin querer. Dijo: "Entonces también Él debe haber sido un gran pecador". Le dije: "No. Es el Mesías, el Santo de Dios". Habría querido decirle: "Maldita seas por tu lengua", pero no dije sino eso porque me hice este razonamiento: "Destruida como está, no puede pensar en la misericordia divina". Entonces se echó a llorar y dijo: "Si es el Santo, no puede, no puede tener piedad de la Beldad. De la leprosa podría... pero de la Beldad no. Y yo que esperaba...". Le pregunté: "¿Qué esperabas, mujer?". "La curación... volver al mundo... entre los hombres... morir como una mendiga, pero entre los hombres..., no como un animal salvaje en una guarida de fieras a las que incluso causo horror". Le dije: "¿Me juras que, si vuelves al mundo, serás honesta?". Y ella: "Sí. Dios me ha herido justamente, por haber pecado. Estoy arrepentida. Mi alma lleva consigo su expiación, pero aborrece el pecado para siempre". Me pareció entonces que podía prometerle salvación en tu nombre. Me dijo: "Vuelve, vuelve... Háblame de Él. Que mi alma lo conozca antes que mi ojo...". Y venía a hablarle de ti... como sé hacerlo.

-Y Yo vengo a dar la salvación a la primera convertida de mi Andrés» (porque es Andrés quien ha estado hablando, mientras Pedro ha remontado el torrente, saltando de piedra en piedra y llamando a la leprosa).

A1 fin ella muestra su hórrido rostro entre las ramas de un olivo. Ve. Se le escapa un grito.

-¡Venga, baja! - exclama Pedro - ¡No quiero lapidarte! Allí está el Rabí Jesús. ¿Lo ves?

La mujer se deja caer rodando por la pendiente - digo esto por lo deprisa que baja - y llega a los pies de Jesús antes de que Pedro vuelva junto al Maestro.

-Piedad, Señor!

-¿Puedes creer que Yo te la puedo dar?

-Sí, porque eres santo y yo estoy arrepentida. Yo soy el Pecado, pero Tú eres la Misericordia. Tu discípulo ha sido el primero que ha tenido misericordia de mí y ha venido a darme pan y fe. Límpiame, Señor; antes el alma que la carne. Porque soy tres veces impura, y, si me concedieras una limpieza, una sola, te pido la de mi alma pecadora. Antes de oír tus palabras repetidas por él, yo decía: "Curarme para volver entre los hombres". Ahora que sé, digo: "Ser perdonada para tener vida eterna".

-Te concedo perdón. Pero nada más aparte de esto...

-¡Bendito seas! Viviré en la paz de Dios en mi escondrijo... libre... libre de remordimientos y de temores. ¡No más temor a la muerte, ahora que he sido perdonada; no más miedo a Dios, ahora que Tú me has absuelto!

-Ve al lago y lávate. Estate dentro hasta que te llame.

Ella, misérrimo espectro de mujer esquelética, corroída, de cabellera despeinada, dura, canosa, se levanta del suelo y baja y se mete en el agua del lago, con su pingajo de vestido que bien poco cubre.

-¿Por qué le has dicho que se lave? Es cierto que su hedor apesta, pero... no comprendo - dice Pedro.

-Mujer, sal y ven aquí. Coge ese pedazo de tela que está en esa rama» (es el trozo de tela usado por Jesús para secarse después del breve paso de la barca a tierra).

La mujer obedece y emerge, completamente desnuda - habiendo quedado despojada de su andrajo dentro del agua -, para coger el pedazo de tela seco. Pedro, que la estaba mirando, es el primero que grita; Andrés, más huidizo, le había dado la espalda, pero ante el grito de su hermano se vuelve y grita a su vez. La mujer, que tenía los ojos tan fijos en Jesús, que no se ocupaba de nada más, ante esos gritos, ante esas manos que la señalan, se mira... y ve que con su vestido hecho jirones se ha quedado en el lago también su lepra. No se echa a correr, como parecería lógico; se agacha, acurrucándose en la orilla, llena de vergüenza por su desnudez, emocionada hasta tal punto, que sólo se siente capaz de llorar con un lamento largo y extenuado, que es más desgarrador que cualquier grito.

Jesús se dirige hacia ella... llega... le echa por encima el pedazo de tela, le acaricia ligeramente la cabeza, le dice:

-Adiós. Sé buena. Has merecido la gracia por la sinceridad de tu arrepentimiento. Crece en la fe del Cristo, y obedece a la ley de la purificación.

La mujer sigue llorando, llorando, llorando... Sólo al oír el roce que hace la tabla al meterla Pedro de nuevo en la barca, levanta la cabeza, tiende los brazos y grita:

-Gracias, Señor. Gracias, bendito. ¡Oh, bendito, bendito!...

Jesús le hace un gesto de adiós antes de que la barca vuelva el espolón del pequeño fiordo y desaparezca...

...Jesús, ahora con todos los discípulos, entra en la sinagoga de Cafarnaúm después de recorrer la plaza y la calle que a ella conducen. La noticia del nuevo milagro debe haber corrido ya porque se oye mucho murmullo y muchos comentarios.

Justo en el umbral de la puerta de la sinagoga veo al futuro apóstol Mateo. Está ahí, quieto, medio dentro y medio fuera, no sé si avergonzado o disgustado por todas las miradas que le lanzan, o incluso por algún epíteto poco agradable que le dirigen. Dos fariseos togados recogen premeditadamente sus amplios mantos, como si temieran pescarse la peste con sólo rozarlos con el vestido de Mateo.

Jesús, al entrar, lo mira fijamente durante un instante, y durante un instante se detiene. Mateo se limita a bajar la cabeza.

Pedro, apenas traspasada la puerta, le dice en voz baja a Jesús:

-¿Sabes quién es ese hombre más enrizado y perfumado que una mujer? Es Mateo, nuestro exactor... ¿A qué viene aquí? Es la primera vez. Quizás no ha encontrado a los compañeros, y sobre todo a las compañeras, con los que pasa el sábado, gastándose en orgías lo que nos chupa en tasas duplicadas y triplicadas... para el fisco y para el vicio.

Jesús mira a Pedro tan severamente, que Pedro se pone más colorado que una amapola y baja la cabeza, deteniéndose, de modo que, de primero, pasa a ser último en el grupo apostólico.

Jesús está ya en su puesto. Después de los cantos y las oraciones con el pueblo, se vuelve para hablar. El arquisinagogo le pregunta si quiere algún rollo, pero Jesús responde: «No hace falta. Ya tengo el tema». Y comienza:

-El gran rey de Israel, David de Belén, después de haber pecado lloró, contrito su corazón, gritando a Dios su arrepentimiento y solicitando de Dios perdón. David había tenido el espíritu oscurecido por la niebla del sentido, y esto le había impedido continuar viendo el rostro de Dios y comprender su palabra.

"El rostro" he dicho. En el corazón del hombre hay un punto que se acuerda del rostro de Dios, es el punto más preciado, nuestro Sancta Sanctorum, aquel del cual vienen las santas inspiraciones y las santas decisiones, el que perfuma como un altar, resplandece como una hoguera, canta como sede de serafines. Pero, cuando el pecado produce humo en nosotros, entonces ese punto se entenebrece tanto, que cesa la luz, el perfume, el canto, quedando sólo un mal olor de denso humo y un sabor de ceniza. Mas cuando vuelve la luz - porque un siervo de Dios la lleva consigo a quien ha quedado en la oscuridad - he aquí que entonces éste ve su fealdad, su condición inferior, y, horrorizado de sí, exclama como el rey David: "Ten piedad de mí, Señor, según tu gran misericordia; por tu infinita bondad, lávame de mi pecado", y no dice: "No puedo ser perdonado; por tanto, insisto en pecar", sino que dice: "Me siento humillado, contrito, sí, pero - te lo suplico - Tú que sabes cómo he nacido en la culpa, aspérjame y límpiame, para que vuelva a ser como nieve de las cimas". Y dice: "Mi holocausto no consistirá en carneros y bueyes, sino en la verdadera contrición del corazón, porque sé que es esto lo que quieres de nosotros y no lo desprecias.

Esto decía David después del pecado, y después de que el siervo del Señor, Natán, le hubiera movido a arrepentirse. Con mayor razón los pecadores deben decir esto ahora que el Señor no les manda un siervo suyo, sino al Redentor mismo, su Verbo, el cual, justo y do-minador no sólo de los hombres sino también del Cielo y del Abismo, ha surgido en medio de su pueblo como la luz de la aurora que brilla sin nubes cuando el sol sale por la mañana.

Ya habéis leído cómo el hombre, en manos de Satanás, es más débil que un tísico moribundo, aunque primero fuera el "fuerte". Sabéis cómo Sansón quedó reducido a nada tras haber cedido al sentido. Quiero que conozcáis la lección de Sansón,

hijo de Manué, destinado a vencer a los filisteos, opresores de Israel. Condición primera para ser tal era que desde su concepción fuera mantenido virgen de lo que estimula el sentido bajo y une en connubio las entrañas del hombre con carnes impuras, o sea, vino y sidra y carnes grasas, que encienden en los costados un fuego impuro. Condición segunda: que para ser el libertador fuera consagrado al Señor desde su infancia, y permaneciese tal con continuo nazireato. Consagrado es aquel que no sólo externamente sino también internamente se conserva santo. Entonces Dios está con él.

Pero la carne es carne y Satanás es Tentación. Y la Tentación toma como instrumento, para combatir a Dios en un corazón y en sus santos decretos, la carne que excita al hombre: la mujer. He aquí que entonces tiembla la fuerza del "fuerte" y viene a ser un ser débil que despilfarra el don que Dios le ha dado. Escuchad: Sansón fue atado con siete cuerdas de nervios frescos, con siete cuerdas nuevas, fue fijado al suelo con siete trenzas de sus cabellos. Y él siempre había vencido. Pero no se tienta en vano al Señor, ni siquiera en su bondad. No es lícito. Él perdona una y otra vez, pero, para continuar perdonando exige la voluntad de abandonar el pecado. Necio quien dice: "¡Señor, perdón!" y luego no evita lo que le induce a un continuo pecado. Sansón, tres veces victorioso, no evita a Dalila, el sentido, el pecado, y, completamente harto - dice el Libro - y habiendo decaído de ánimo - dice el Libro - develó el secreto: "Mi fuerza está en mis siete trenzas".

¿No hay ninguno entre vosotros que, cansado, con el gran cansancio del pecado, sienta que pierde el ánimo - porque nada abate como la mala conciencia - y esté para entregarse vencido al Enemigo? No, quienquiera que seas, no, no lo hagas. Sansón dio a la Tentación el secreto de someter sus siete virtudes: las siete simbólicas trenzas, sus virtudes, o sea, su fidelidad de nazareo*;* se durmió, cansado, sobre el seno de la mujer, y fue vencido: ciego, esclavo, incapaz, por haber negado la fidelidad a su voto. Y no volvió a ser el "fuerte", el "libertador", sino cuando en el dolor de un arrepentimiento verdadero encontró de nuevo su fuerza...

Arrepentimiento, paciencia, constancia, heroísmo... y Yo os prometo, ¡oh pecadores!, que seréis los libertadores de vosotros mismos. En verdad os digo que ningún bautismo vale, ni ningún rito sirve, si no hay arrepentimiento y voluntad de renunciar al pecado. En verdad os digo que no hay pecador tan pecador que no pueda hacer renacer con su llanto las virtudes que el pecado le ha arrancado de su corazón.

Hoy una mujer, una culpable de Israel, castigada por Dios por su pecado, ha obtenido misericordia por su arrepentimiento. He dicho misericordia. Menos misericordia obtendrán aquellos que hacia ella no la tuvieron, y se ensañaron sin piedad con esta mujer que ya había sido castigada. ¿Éstos no tenían lepra de culpa en sí mismos? que cada cual se examine... y tenga piedad para obtener piedad. Yo os tiendo la mano por esta arrepentida que vuelve con los vivos después de una segregación de muerte. Simón de Jonás, no Yo, retirará el óbolo por la arrepentida que, en el umbral de la muerte, vuelve a la Vida verdadera. Y no murmuréis, vosotros, los grandes. No murmuréis. Yo no estaba cuando ella era "la Beldad", pero vosotros sí estabais. Y no quiero decir más.

-¿Nos acusas de haber sido sus amantes? - uno de los dos viejos.

-Que cada cual se ponga frente a su corazón y a sus acciones; Yo no acuso, hablo en nombre de la Justicia. Vamos - Jesús sale con los suyos.

Pero a Judas lo paran los dos que parecen conocerlo bastante. Oigo que dicen:

-¿Tú también estás con Él? ¿Es santo realmente?

Judas Iscariote salta con una de esas reacciones suyas que desorientan:

-Os deseo que lleguéis al menos a entender su santidad.

-Sí, pero ha curado en sábado.

-No. Ha perdonado en sábado. Y ¿qué día más apto para el perdón que el sábado? ¿No me dais nada para la redimida?

-No damos nuestro dinero a las meretrices, es dinero ofrecido al Templo santo.

Judas se ríe irreverentemente y los deja plantados. Llega hasta donde el Maestro cuando está entrando de nuevo en la casa de Pedro, el cual le está diciendo:

-Mira: el pequeño Santiago, nada más salir de la sinagoga, me ha dado hoy dos bolsas en vez de una; como siempre por encargo de ese desconocido. ¿Quién es, Maestro? Tú lo sabes... Dímelo.

Jesús sonríe:

-Te lo diré cuando hayas aprendido a no murmurar de nadie.

Y todo termina.

## 95

## Santiago de Alfeo recibido como discípulo. Jesús habla junto al banco de Mateo

Mañana de mercado en Cafarnaúm. La plaza está llena de vendedores de los más diversos tipos de mercancías.

Jesús, que llega a este lugar desde el lago, ve que vienen a su encuentro sus primos Judas y Santiago. Acelera el paso en dirección a ellos y, después de abrazarlos con afecto, pregunta premuroso:

-¿Vuestro padre?... ¿Qué ha sucedido?

-Nada nuevo respecto a su vida - responde Judas.

-¿Por qué has venido, entonces? Te había dicho: quédate allí.

Judas baja la cabeza y calla. Ahora es Santiago quien no se contiene:

-Por culpa mía él no te ha obedecido. Sí, por culpa mía; pero es que no he podido soportar más. Todos en contra. Y, ¿por qué? ¿Hago mal, acaso, en amarte?, ¿acaso hacemos mal? Hasta ahora me había frenado un escrúpulo de estar actuando mal. Pero ahora que sé las cosas, ahora que Tú has dicho que ni siquiera el padre está por encima de Dios, no he aguantado más.

He tratado verdaderamente de ser respetuoso, de hacer comprender las razones, de enderezar las ideas. He dicho: "¿Por qué combatís contra mí? Si es el Profeta, si es el Mesías, ¿por qué queréis que el mundo diga: `Su familia fue enemiga suya; entre los que lo seguían ella faltó'? ¿Por qué, si es el infeliz que vosotros decís, no debemos, nosotros los de la familia, estarle cercanos en su demencia, con el fin de impedir que sea nociva no sólo para Él sino también para nosotros?". ¡Oh!, Jesús, yo hablaba así para razonar humanamente, como razonaban ellos. Tú sabes, efectivamente, que ni yo ni Judas te creemos demente; sabes que en ti vemos al Santo de Dios; que hemos dirigido siempre nuestra mirada a ti como a nuestra Estrella mayor. Pero, no han querido entendernos. Ni siquiera han querido seguir escuchándonos. Y entonces yo me he marchado. Ante el dilema "o Jesús o la familia", te he elegido a ti. Aquí estoy, a nada que me aceptes; si no, seré el más infeliz de los hombres, porque no tendré nada: ni tu amistad ni el amor de la familia.

-¿En esto estamos? ¡Santiago mío, mi pobre Santiago! Habría deseado no verte sufrir así, porque te quiero. Pero si Jesús-Hombre llora contigo, Jesús-Verbo se alegra íntimamente por ti. Ven. Estoy seguro de que la alegría de ser portador de Dios a los hombres aumentará de hora en hora tu gozo, hasta llegar al pleno éxtasis en la hora extrema de la tierra y en la eterna del Cielo.

Jesús se vuelve y llama a sus discípulos, que se habían detenido prudentemente a la distancia de unos metros.

-Venid, amigos. Mi primo Santiago ahora forma parte de mis íntimos y por tanto es nuestro amigo. ¡Cuánto he deseado esta hora, este día, para él, mi perfecto amigo de infancia, mi buen hermano de juventud!

Los discípulos acogen con alegría al nuevo llegado y a Judas, que hacía días que no lo veían.

-Hemos estado en casa. Te buscábamos. Pero estabas en el lago.

-Sí, en el lago, durante dos días con Pedro y los demás. Pedro ha tenido buena pesca. ¿No es cierto?

-Sí, y ahora - esto me disgusta - tendré que dar muchos didracmas a aquel ladrón... - y señala al recaudador Mateo, cuyo banco está asediado por gente que paga la tierra - creo - o las mercancías.

-Digo Yo que todo será proporcionado. Cuanto más pescas, más pagas, pero también ganas más.

-No, Maestro. Si pesco más, gano más; pero si pesco el doble de peso, ése no es que me haga pagar el doble, sino que me hace pagar el cuádruplo... ¡Aprovechado!

-¡Pedro!... Pues vamos a ir exactamente allí al lado. Deseo hablar. Siempre hay gente junto a aquel banco de recaudación.

-¡Hombre claro! - dice Pedro mascullando -, gente y maldiciones».

-Pues bien, Yo iré a introducir bendiciones. Quién sabe... a lo mejor entra un poco de honestidad en el recaudador.

-No, Tú tranquilo, que tu palabra no pasará a través de su piel de cocodrilo.

-Lo veremos.

-¿Qué le piensas decir?

-Directamente, nada. Pero, por mi modo de expresarme, él será también destinatario de mis palabras.

-¿Vas a decir que tan ladrón es el salteador de caminos como el que despelleja a los pobres que trabajan para obtener el pan y no mujeres o borracheras?

-Pedro, ¿quieres hablar tú en vez de mí?

-No, Maestro. No sabría hablar bien.

-Y con la acritud que tienes dentro, te dañarías a ti y lo dañarías a él.

Ya están cercanos al banco de los impuestos.

Pedro tiene intención de pagar. Jesús lo detiene y dice:

-Dame las monedas; hoy pago Yo.

Pedro lo mira atónito y le da una bolsa de piel, con dinero.

Jesús espera su turno y, cuando se encuentra frente al recaudador, dice:

-Pago por ocho canastas de pescado de Simón de Jonás. Las canastas están allí, a los pies de los peones. Comprueba, si lo crees oportuno; de todas formas entre hombres honestos debería bastar la palabra, y creo que tú me consideras tal. ¿Cuánto es la tasa?

Mateo, que estaba sentado detrás de su banco, en el momento en que Jesús dice «creo que tú me consideras tal», se pone en pie. Es bajo y más bien anciano, más o menos como Pedro. Su rostro muestra el cansancio propio de quien se goza la vida. Muestra también Mateo un claro estado de turbación. Primero tiene la cabeza agachada, luego la levanta y mira a Jesús. Y Jesús lo mira fijo, serio, dominándolo con toda su imponente estatura.

-¿Cuánto? - repite Jesús después de un poco.

-No hay tasa para el discípulo del Maestro - responde Mateo, y añade en voz más baja:

-Ruega por mi alma.

-La llevo en mí, porque recojo a los pecadores. Pero tú... ¿por qué no la cuidas?

Dicho esto, Jesús le vuelve la espalda y torna adonde Pedro, que se ha quedado de piedra, como también los demás. Bisbiseos, gestos...

Jesús se pone junto a un árbol, a unos diez metros de Mateo, y empieza a hablar.

-El mundo es comparable a una gran familia, cuyos componentes tienen distintos oficios, todos necesarios. En él hay agricultores, pastores, viñadores, carpinteros, pescadores, albañiles; quién trabaja la madera o el hierro, quién escribe; hay soldados, oficiales destinados a misiones especiales, médicos, sacerdotes..., de todo hay. El mundo no podría estar compuesto de una sola categoría; son todas necesarias, todas santas, si hacen todas lo que deben con honestidad y justicia. Pero, ¿cómo se puede alcanzar esto, si Satanás tienta por tantas partes? Pues pensando en Dios, que ve todas las cosas, incluso las obras más escondidas, y pensando en su ley, que dice: "Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo, no le hagas lo que no querrías que te hicieran a ti, no robes en ningún modo".

Decid, vosotros que me escucháis: Cuando uno muere, ¿acaso se lleva consigo las bolsas de sus dineros? Y aunque fuera tan necio como para querer tenerlas consigo en el sepulcro, ¿puede, acaso, usarlas en la otra vida? No. Sobre la podredumbre de un cuerpo corrompido las monedas se transforman en pedazos de metal corroídos. En cambio, en otro lugar, su alma estaría desnuda, más pobre que el bendito Job, privada de la más insignificante moneda, aunque aquí y en la tumba hubiera dejado muchísimos talentos. Os digo más, ¡escuchad, escuchad! En verdad os digo que teniendo riquezas difícilmente se gana el Cielo - antes al contrario, generalmente con ellas se pierde, aunque sean riquezas adquiridas honestamente por herencia o ganadas, porque pocos son los ricos que las saben usar con justicia.

¿Qué hace falta, entonces, para conseguir este Cielo bendito, este reposo en el seno del Padre? Hace falta no tener avidez de riquezas. No tener avidez en el sentido de desearlas a toda costa, incluso faltando a la honestidad y al amor; no tener avidez en el sentido de que, teniendo esas riquezas, se amen más que al Cielo y al prójimo, negándole caridad al prójimo necesitado; no tener avidez por cuanto las riquezas pueden dar, o sea, mujeres, placeres, rica mesa, vestiduras pomposas, lo cual ofende a quien pasa frío y hambre. Hay, sí, hay una moneda para cambiar las monedas injustas del mundo por divisa que vale en el Reino de los Cielos, y es la santa astucia de hacer riquezas eternas de las riquezas humanas, a menudo injustas o causa de injusticia; se trata de ganar con honestidad, devolver lo que se obtuvo injustamente, usar de los bienes con moderación y desapego, sabiéndose separar de ellos, porque antes o después nos dejan - ¡ah, pensad esto! -, mientras que el bien realizado no nos abandona jamás.

Todos querríamos ser llamados "justos" y que nos creyeran tales, ser premiados como tales por Dios. Pero, ¿cómo puede Dios premiar a quien sólo tiene nombre de justo, no teniendo las obras? ¿Cómo puede decir "te perdono", si ve que el arrepentimiento es sólo verbal y que no va acompañado de una verdadera mutación de espíritu? No existe arrepentimiento mientras dura el apetito hacia el objeto por el que se produjo nuestro pecado. Cuando uno, en cambio, se humilla, -se mutila del miembro moral de una mala pasión, que puede llamarse mujer u oro, diciendo: "Por ti, Señor, no más de esto", entonces es cuando verdaderamente está arrepentido, y Dios lo acoge diciendo: "Ven; te quiero como a un inocente, como a un héroe".

Jesús ha acabado. Se marcha sin ni siquiera volverse hacia Mateo (que se había acercado al círculo de quienes escuchaban, desde las primeras palabras).

Llegados cerca de la casa de Pedro, su mujer acude a su encuentro para decirle algo. Pero hace señas a Jesús para que se acerque.

-Está la madre de Judas y Santiago. Quiere hablar contigo, pero no desea ser vista. ¿Cómo lo hacemos?

-Hacemos esto: Yo entro en casa como para descansar y todos vosotros vais a distribuir el óbolo a los pobres. Ten también las monedas de la tasa condonada. Ve.

Jesús dirige a todos un gesto de despedida, mientras Pedro les habla para persuadirlos de que vayan con él.

-¿Dónde está la madre, mujer? - pregunta Jesús a la mujer de Pedro.

-En la terraza, Maestro, donde aún hay sombra y frescor. Sube... Hay además más libertad que en casa.

Jesús sube por la pequeña escalera.

En un ángulo, bajo la tupida pérgola de vid, sentada en un pequeño banco colocado junto al pretil, toda vestida de oscuro, muy cubierto el rostro por el velo, está María de Alfeo. Llora bajo, calladamente.

Jesús la llama:

-¡María!, ¡mi querida tía!

Ella levanta un pobre rostro angustiado y tiende las manos:

-¡Jesús! ¡Cuánto dolor hay en mi corazón!

Jesús está a su lado. La fuerza a permanecer sentada, pero Él se queda de pie. No se ha quitado todavía el manto, elegantemente dispuesto en pliegues; tiene una mano sobre el hombro de su tía, la otra entre las manos de ella.

-¿Qué te pasa? ¿Por qué tanto llanto?

-Jesús, me apresuré a salir de casa diciendo: "Voy a Caná a buscar huevos y vino para el enfermo". Con Alfeo está tu Madre, que lo atiende como Ella sabe hacer, y estoy tranquila. Pero, en realidad, he venido aquí. He caminado presurosa todas las noches para llegar antes. No puedo más... De todas formas el cansancio no es importante. ¡Lo que verdaderamente me duele es el pesar que tengo en el corazón!... Mi Alfeo... mi Alfeo... mis hijos... Pero ¿por qué entre quienes son de la misma sangre hay tanta diferencia, por qué esta diferencia es como las dos piedras de un molino para triturar el corazón de una madre? ¿Están contigo Judas y Santiago? ¿Sí? Entonces ya lo sabías... ¡Jesús! ¿Por qué mi Alfeo no comprende? ¿Por qué muere, por qué quiere morir así? ¿Y Simón y José? ¿Por qué, por qué no están contigo, sino contra ti?

-No llores, María. Yo no les guardo rencor. Esto se lo he dicho también a Judas. Comprendo y siento compasión. Si es por esto por lo que lloras, no llores más.

-Por esto, sí, porque te ofenden. Por esto y, además... además, y además... porque no quiero que mi esposo muera como enemigo tuyo. Dios no lo perdonará... y yo... no lo tendré ya ni siquiera en la otra vida...

María está verdaderamente angustiada. Llora con grandes lagrimones sobre la mano izquierda que Jesús le deja sin oponer resistencia. Y María se la besa de vez en cuando, y de vez en cuando alza su pobre rostro lleno de dolor.

-No - dice Jesús - No. No hables así. Yo perdono. Y si perdono Yo...

-¡Ven, Jesús! Ven a salvarle el alma y el cuerpo, ven. Dicen también, para acusarte, que has arrebatado dos hijos a un padre que está muriendo, y lo van diciendo por Nazaret, ¿comprendes? Y dicen también: "Por todas partes hace milagros y en su casa no sabe hacerlos", y se ponen en contra de mí porque te defiendo diciendo: "¿Qué puede hacer, si prácticamente lo habéis echado con vuestros reproches; qué puede hacer si no creéis?"

-Es así, es como has dicho: "si no creéis". ¿Cómo puedo actuar donde no se cree?

-¡Tú puedes todo! ¡Yo creo por todos! Ven. Haz un milagro... por tu pobre tía...

-No puedo (se le ve apenadísimo a Jesús al decir esto).

En pie, erguido, apretando contra su pecho la cabeza de María, que sigue llorando, parece como si confesara a la naturaleza serena su impotencia, como si la tomara por testigo de su pena de no poder por decreto eterno.

La mujer llora más vehementemente.

-Escucha, María. Sé buena. Te juro que si pudiera, si hacerlo estuviera bien, lo haría, arrancaría esta gracia al Padre, por ti, mi Madre, Judas y Santiago, e incluso, sí, también por Alfeo, por José y Simón. Pero no puedo. Tu corazón está ahora muy afligido y no puedes comprender la justicia de este no poder mío. Te la expreso, pero de todas formas no la entenderás. Cuando llegó la hora del tránsito de mi padre - y tú sabes en qué medida era justo y mi Madre lo quería - Yo no lo devolví a la vida. No es justo que la familia en que un santo vive esté exenta de las inevitables desventuras de la vida. Si así fuera, Yo debería ser eterno sobre la Tierra, y en cambio moriré pronto, y María, mi santa Madre, no podrá arrebatarme a la muerte. No puedo. Lo que puedo hacer, y lo haré, es esto - Jesús se ha sentado y ha puesto la cabeza de su pariente sobre el hombro -, esto: prometerte, por este dolor, la paz a tu Alfeo, asegurarte que no serás separada de él, darte mi palabra de que nuestra familia será reunida en el Cielo, compuesta de nuevo para toda la eternidad, y que, mientras Yo viva, e incluso después, infundiré mucha paz a mi querida tía, mucha fuerza, hasta hacer de ella una apóstol ante tantas pobres mujeres más fácilmente accesibles a ti, mujer. Serás mi dilecta amiga en este tiempo de evangelización. La muerte - no llores - la muerte de Alfeo te libera de los deberes conyugales y te eleva a los más sublimes de un místico sacerdocio femenino, muy necesario ante el altar de la gran Víctima y entre muchos paganos que doblegarán más su ánimo ante el heroísmo santo de las mujeres discípulas que ante el de los discípulos. ¡Oh, tu nombre, querida tía, será como una llama en el cielo cristiano!... No llores más. Ve en paz, fuerte, resignada, santa. Mi Madre... ha sido viuda antes que tú... y te consolará como Ella sabe hacer. Ven. No quiero que partas sola bajo este sol. Pedro te acompañará con la barca hasta el Jordán y de allí a Nazaret con un asno. Sé buena.

-Bendíceme, Jesús. Dame fuerza.

-Sí, te bendigo y te beso, tía bondadosa - Y la besa tiernamente, teniéndola aún durante largo tiempo contra su corazón, hasta que la ve calmada.

## 96

## Jesús responde a la acusación de haber curado en sábado a la Beldad de Corazín

Jesús está en Betsaida. Habla de pie en la barca en que ha venido, que está casi encallada en la arena de la orilla, atada a una estaca de un pequeño espigón rudimentario. Mucha gente, sentada en semicírculo sobre la arena, lo está escuchando. Jesús acaba de empezar su discurso.

«... En esto veo que me amáis también vosotros los de Cafarnaúm, que me habéis seguido dejando negocios y comodidades con tal de oír la palabra que os adoctrina. Sé también que ello, más que el hecho de dejar de lado esos negocios - con el consiguiente perjuicio a vuestra bolsa - os acarrea burlas e incluso menoscabo social. Sé que Simón, Elí, Urías y Joaquín se muestran contrarios a mí; hoy contrarios, mañana enemigos. Y os digo - porque no engaño a nadie, ni quiero engañaros a vosotros, mis fieles amigos - que, para perjudicarme, para proporcionarme dolor, para vencerme aislándome, ellos, los poderosos de Cafarnaúm, usarán todos los medios... Tanto insinuaciones como amenazas, tanto el escarnio como la calumnia. Todo usará el Enemigo común para arrancar almas a Cristo convirtiéndolas en presa propia. Os digo: Quien persevere se salvará; mas os digo también: Quien ame más la vida y el bienestar que la salud eterna es libre de marcharse, de dejarme, de ocuparse de la pequeña vida y del transitorio bienestar. Yo no retengo a nadie.

E1 hombre es un ser libre. Yo he venido a liberar aún más al hombre. Liberarlo del pecado - para el espíritu - y de las cadenas: una religión deformada, opresiva, que no hace sino sofocar bajo ríos de cláusulas, de palabras, de preceptos, la verdadera palabra de Dios, limpia, concisa, luminosa, fácil, santa, perfecta. Mi venida es criba de las conciencias. Yo recojo mi trigo en la era y lo trillo con la doctrina de sacrificio y lo cierno con el cernedor de su propia voluntad. La cascarilla, el sorgo, la veza, la cizaña, volarán ligeros e inútiles, para caer pesados y nocivos y ser alimento de volátiles; en mi granero no entrará sino el trigo selecto, puro, consistente, bueno. El trigo son los santos.

Desde hace siglos existe un duelo entre el Eterno y Satanás. Satanás, enorgullecido por su primera victoria sobre el hombre, le dijo a Dios: "Tus criaturas serán mías para siempre. Ni siquiera el castigo, ni la Ley que quieres darles, nada, las hará capaces de ganarse el Cielo, y esta Morada tuya, de la cual me expulsaste (a mí, que soy el único inteligente entre los seres creados por ti), esta Morada, se te quedará vacía, inútil, triste como todas las cosas inútiles". Y el Eterno respondió al Maldito: "Podrás esto mientras tu veneno, solo, reine en el hombre. Pero Yo mandaré a mi Verbo y su palabra neutralizará tu veneno, sanará los corazones, los curará de la demencia con que los has manchado o convertido en diablos, y volverán a Mí. Como ovejas que, descarriadas, vuelven a encontrar al pastor, volverán a mi Redil, Y el Cielo será poblado: para ellos lo he hecho. Rechinarán tus horribles dientes de impotente rabia, allí, en tu hórrido reino, prisionero y maldito; sobre ti los ángeles volcarán la piedra de Dios y la sellarán. Tinieblas y odio os acompañarán a ti y a los tuyos; los míos tendrán, sin embargo, luz y amor, canto y beatitud, libertad infinita, eterna, sublime". Satanás, con risotada burlesca juró: `Juro por mi Gehena que vendré cuando llegue la hora. Omnipresente estaré junto a los evangelizados, y veremos si eres Tú el vencedor o lo soy yo".

Sí, para cribaros, Satanás os insidia y Yo os rodeo. Los contendientes somos dos: Yo y él; vosotros estáis en el medio. El duelo del Amor y el Odio, de la Sabiduría y la Ignorancia, de la Bondad y el Mal, está sobre vosotros y en torno a vosotros. Yo soy suficiente para repeler los malvados golpes dirigidos a vosotros. Me coloco en medio entre el arma satánica y vuestro ser y acepto ser herido en lugar de vosotros, porque os amo. Pero, en vuestro interior, vosotros debéis repeler, con vuestra voluntad,

los golpes, corriendo hacia mí, poniéndoos en mi Camino, que es Verdad y Vida. Quien no anhela el Cielo no lo tendrá. Quien no es apto para ser discípulo del Cristo será como cascarilla ligera que el viento del mundo se llevará consigo. Los enemigos del Cristo son semilla nociva que renacerá en el reino satánico.

Sé por qué habéis venido, vosotros de Cafarnaúm. Y tengo la conciencia tan libre del pecado que se me atribuye - y en nombre del cual, inexistente, se me murmura a mis espaldas, insinuándoos que oírme y seguirme significa complicidad con el pecador -, que no temo dar a conocer la razón de ello a estos de Betsaida.

Entre vosotros, habitantes de Betsaida, hay algunos ancianos que no se han olvidado, por distintas razones, de la Beldad de Corazín; hay hombres que pecaron con ella, hay mujeres que por su causa lloraron. Lloraron y - aún no había venido Yo a decir: "¡Amad a quien os perjudica!" - lloraron, para después regocijarse cuando vinieron a saber que la había mordido la podredumbre que rezumaba de sus entrañas impuras hacia afuera de su espléndido cuerpo, figura de aquella lepra más grave que le había roído su alma de adúltera, homicida y meretriz. Adúltera setenta veces siete, con cualquiera, con tal de que tuviese el nombre "hombre" y tuviese dinero. Homicida siete veces siete de sus concepciones ilegítimas; meretriz sólo por vicio, ni siquiera por necesidad.

¡Os comprendo, esposas traicionadas! Comprendo vuestro regocijo, cuando se os dijo: "Las carnes de la Beldad están más fétidas y descompuestas que las de un animal muerto tendido en la cuneta de una vía transitada, presa de cuervos y gusanos". Mas Yo os digo: sabed perdonar. Dios ha llevado a cabo vuestra venganza; luego ha perdonado. Perdonad también vosotras. Yo la he perdonado en vuestro nombre, porque sé que sois buenas, mujeres de Betsaida que me saludáis gritando: "¡Bendito sea el Cordero de Dios! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!". Si soy Cordero y me reconocéis como tal, si vengo a estar entre vosotras -Yo, Cordero -, vosotras debéis transformaros todas en ovejas mansas, incluso aquellas a las que un lejano, ya lejano dolor de esposa traicionada, inviste de instintos como los de una fiera que defiende su guarida. Yo, siendo Cordero, no podría permanecer entre vosotras si os comportarais como tigres y hienas.

Aquel que viene en el Nombre santísimo de Dios a recoger a justos y a pecadores para conducirlos al Cielo ha ido también adonde la arrepentida y le ha dicho: "Queda limpia. Ve. Expía". Esto lo ha hecho en sábado. De esto se me acusa. Acusación oficial. La segunda acusación es el hecho de haberme acercado a una meretriz – una mujer que fue meretriz; en ese momento no era sino un alma que lloraba su pecado -.

Pues bien, digo: Lo he hecho y seguiré haciéndolo. Traedme el Libro, escrutadlo, estudiadlo, desentrañad su contenido. Encontrad, si os resulta posible, un punto que prohíba al médico atender a un enfermo, a un levita ocuparse del altar, a un sacerdote no escuchar a un fiel... sólo porque sea sábado. Yo, si lo encontráis y me lo mostráis, diré, dándome golpes de pecho: "Señor, he pecado en tu presencia y en presencia de los hombres. No soy digno de tu perdón, pero si Tú quieres mostrarte compasivo con tu siervo, te bendeciré mientras dure mi soplo vital". Porque esa alma era una enferma, y los enfermos tienen necesidad del médico; era un altar profanado y tenía necesidad de ser purificado por un levita; era un fiel que se dirigía a adorar al Templo verdadero del Dios verdadero y tenía necesidad del sacerdote que en él le introdujera. En verdad os digo que Yo soy el Médico, el Levita, el Sacerdote. En verdad os digo que, si no cumplo con mi deber perdiendo siquiera una sola de las almas que sienten anhelo de salvación, no salvándola, Dios Padre me pedirá cuentas y me castigará por esta alma perdida.

Este sería mi pecado, según los grandes de Cafarnaúm; habría podido esperar, para hacerlo, al día siguiente del sábado. Sí. Pero, ¿por qué retardar otras veinticuatro horas la readmisión en la paz de Dios de un corazón contrito? En ese corazón había humildad verdadera, cruda sinceridad, dolor perfecto. Yo leí en ese corazón. La lepra estaba todavía en su cuerpo, mas el corazón ya no la padecía debido al bálsamo de años de arrepentimiento, de lágrimas, de expiación. Ese corazón, para que Dios se acercara a él - sin que esta cercanía contaminase el aura santa que circunda a Dios -, no tenía necesidad sino de que Yo volviera a consagrarlo. Lo he hecho. Ella salió del lago limpia en la carne, sí, pero aún más limpia en el corazón.

¡Cuántos, cuántos de los que han entrado en las aguas del Jordán obedeciendo al mandato del Precursor no han salido tan limpios como ella! Porque el bautismo de éstos no era el acto voluntario, sentido, sincero, de un espíritu que deseara prepararse a mi venida, sino sólo una forma de aparecer perfectos en santidad ante los ojos del mundo; por tanto, era hipocresía y soberbia: dos culpas que aumentaban el cúmulo de culpas preexistentes en su corazón. El bautismo de Juan no es más que un símbolo. Os quiere decir: "Limpiaos de la soberbia humillándoos llamándoos pecadores; de las lujurias, lavándoos sus escorias". Es el alma la que debe ser bautizada con vuestra voluntad, para estar limpia en el banquete de Dios. No existe ninguna culpa tan grande que no pueda ser lavada, primero por el arrepentimiento, luego por la Gracia, finalmente por el Salvador. No hay pecador tan grande que no pueda alzar el rostro humillado y sonreír a una esperanza de redención. Es suficiente su completitud en la renuncia a la culpa, su heroicidad en el resistir a la tentación, su sinceridad en la voluntad de renacer.

Voy a manifestaros una verdad que a mis enemigos les parecería una blasfemia; pero vosotros sois mis amigos. Hablo especialmente para vosotros, mis discípulos ya elegidos, aunque también para todos los que me estáis escuchando. Os digo que los ángeles, espíritus puros y perfectos, que viven en la luz de la Santísima Trinidad, gozosos en ella, dentro de su perfección, padecen - y así lo reconocen - una inferioridad respecto a vosotros, hombres lejanos del Cielo. Su inferioridad es el no poderse sacrificar, no poder sufrir para cooperar en la redención del hombre. Y - ¿qué os parece? - Dios no toma a un ángel suyo para decirle "sé el Redentor de la Humanidad", sino que toma a su Hijo. Y sabiendo que, a pesar de ser incalculable el Sacrificio e infinito su poder, todavía le falta algo - y es bondad paterna que no quiere hacer diferencia entre el Hijo de su amor y los hijos de su poder - a la suma de los méritos destinados a ser contrapuestos a la suma de los pecados que de hora en hora la Humanidad acumula; sabiendo esto, no toma a otros ángeles para colmar la medida y no les dice "sufrid para imitar al Cristo", sino que os lo dice a vosotros, a vosotros, hombres. Os dice: "Sufrid, sacrificaos, sed semejantes a mi Cordero, sed corredentores...". ¡Oh..., veo cohortes de ángeles que, dejando por un instante de volar en el éxtasis adorante en torno al Fulcro Trino, se arrodillan, vueltos hacia la tierra, y dicen: "¡Benditos vosotros, que podéis sufrir con Cristo y por el eterno Dios nuestro y vuestro!

Muchos no comprenderán todavía esta grandeza; es demasiado superior al hombre. Pero cuando la Hostia sea inmolada, cuando el Trigo eterno torne a la vida para nunca más morir, después de recogerlo, trillarlo, mondarlo y sepultarlo en las entrañas de la tierra, entonces vendrá el Iluminador superespiritual e iluminará a los espíritus (incluso a los más obtusos, que, a pesar de serlo, hayan permanecido fieles al Cristo Redentor). Entonces comprenderéis que no he blasfemado, sino que os he anunciado la más alta dignidad del hombre: la de ser corredentor, a pesar de que antes no fuera más que un pecador. Mientras tanto preparaos a ella con pureza de corazón y de propósitos. Cuanto más puros seáis, más comprenderéis; porque la impureza - del tipo que sea - es en todo caso humo que obnubila y grava vista e intelecto.

Sed puros. Comenzad a serlo por el cuerpo para pasar al espíritu. Comenzad por los cinco sentidos para pasar a las siete pasiones. Comenzad por el ojo, sentido que es rey y que abre el camino a la más mordiente y compleja de las hambres. El ojo ve la carne de la mujer y apetece la carne. El ojo ve la riqueza de los ricos y apetece el oro. El ojo ve la potencia de los gobernantes y apetece el poder. Tened ojo sereno, honesto, morigerado, puro, y tendréis deseos serenos, honestos, morigerados y puros. Cuanto más puro sea vuestro ojo, más puro será vuestro corazón. Estad atentos a vuestro ojo, ávido descubridor de los pomos tentadores. Sed castos en las miradas, si queréis ser castos en el cuerpo. Si tenéis castidad de carne, tendréis castidad de riqueza y de poder; tendréis todas las castidades y seréis amigos de Dios. No temáis ser objeto de burlas por ser castos, temed sólo ser enemigos de Dios.

Un día oí decir: "El mundo se burlará de ti, considerándote mentiroso o eunuco, si muestras no tender hacia la mujer". En verdad os digo que Dios ha puesto el vínculo matrimonial para elevaros a imitadores suyos procreando, a ayudantes suyos poblando los Cielos. Pero existe un estado más alto, ante el cual los ángeles se inclinan viendo su sublimidad sin poderla imitar. Un estado que, si bien es perfecto cuando dura desde el nacimiento hasta la muerte, no se encuentra cerrado para aquellos que, no siendo ya vírgenes, arrancan su fecundidad, masculina o femenina, anulan su virilidad animal para hacerse fecundos y viriles sólo en el espíritu. Se trata del eunuquismo sin imperfección natural ni mutilación violenta o voluntaria, el eunuquismo que no impide acercarse al altar; es más, que, en los siglos venideros, servirá al altar y estará en torno a él. Es el eunuquismo más elevado, aquel cuyo instrumento amputador es la voluntad de pertenecer a Dios sólo, y conservarle castos el cuerpo y el corazón para que eternamente refuljan con la candidez que el Cordero aprecia.

He hablado para el pueblo y para los elegidos de entre el pueblo. Ahora, antes de entrar a partir el pan y condividir la sal en la casa de Felipe, os bendigo a todos; a los buenos, como premio; a los pecadores, para animarlos a acercarse a Aquel que ha venido a perdonar. La paz sea con todos vosotros.

Jesús desciende de la barca y pasa entre la multitud que se le agolpa en torno. En la esquina de una casa está todavía Mateo, quien ha escuchado desde allí al Maestro, no atreviéndose a más. Cuando llega a ese punto, Jesús se detiene y, como bendiciendo a to-dos, bendice una vez más, mira a Mateo, y luego reprende la marcha entre el grupo de los suyos, seguido por el pueblo; y desaparece en una casa.

Todo termina.

## 97

## La llamada de Mateo

Una vez más la plaza del mercado de Cafarnaúm, pero en una hora de mayor calor en que el mercado ha terminado ya y sólo hay algunas personas ociosas hablando y unos niños entregados al juego.

Jesús, en medio de su grupo, viene del lago hacia la plaza, acariciando a los niños que le salen al paso e interesándose por sus confidencias.

Una niña enseña un gran arañazo sangrante en la frente y acusa a su hermanito de habérselo hecho.

-¿Por qué has hecho daño a tu hermana? Eso no está bien.

-No lo he hecho adrede. Quería coger esos higos. He tomado un palo, pero era demasiado pesado y se me ha caído encima de mi hermana... Los cogía también para ella.

-¿Es verdad eso, Juana?

-Es verdad.

-Como puedes ver, tu hermano no te ha querido hacer daño. Es más, quería darte una satisfacción. Por tanto, hacéis ahora inmediatamente las paces y os dais un beso. Los buenos hermanitos y los niños buenos no deben conocer nunca el rencor. ¡Venga!...

Los dos niños, llorando, se besan. Lloran los dos: la una por el dolor del arañazo; el otro, por el dolor de haber causado dolor.

Jesús sonríe ante ese beso sazonado de lagrimones.

-¡Eso es! Ahora que veo que sois buenos, os alcanzo los higos... sin el palo.

Claro! Siendo alto, y con un brazo tan largo, llega sin esfuerzo. Coge y distribuye.

Acude una mujer:

-Coge, coge, Maestro. Ahora te traigo pan.

-No. No es para mí. Es para Juana y Tobiolo. Les apetecía.

-¿Y habéis molestado al Maestro por esto? ¡Qué indiscretos! Perdona, Señor.

-Mujer, había una paz que hacer... y la he hecho con el objeto mismo de la guerra: los higos. No obstante, los niños no son nunca indiscretos. A ellos les gustan los higos dulces, y a mí... me gustan sus dulces almas inocentes. Me quitan mucha amargura...

-Maestro... los que no te quieren son los potentados, pero en cambio nosotros, el pueblo, te queremos; y ellos son pocos, mientras que nosotros somos muchos...

-Ya lo sé, mujer. Gracias por tu consuelo. La paz sea contigo. Adiós, Juana. Adiós, Tobiolo. Sed buenos; sin haceros el mal y sin deseároslo. ¿No es verdad?».

-Sí, sí, Jesús - responden los dos pequeñuelos.

Jesús se pone en camino y dice sonriendo:

-Ahora que con la ayuda de los higos donde había nubes se ha restablecido la calma, vamos a... ¿A dónde decís que vamos?

Los apóstoles no lo saben; unos dicen un lugar, otros otro. Pero Jesús niega meneando la cabeza y ríe.

Pedro dice:

-Me rindo. A menos que no lo digas... Hoy tengo ideas pesimistas. Tú no lo has visto, pero al desembarcar estaba Elí, el fariseo... con una cara más larga que de costumbre. ¡Y nos miraba de una forma...!

-Déjalo que mire.

-¡Ya! ¡Claro! Pero te aseguro, Maestro, que para hacer las paces con ése no son suficientes dos higos.

-¿Qué es lo que le he dicho a la madre de Tobiolo?: "He hecho la paz con el mismo objeto de la guerra". Así, trataré de hacer la paz saludando respetuosamente, supuesto que según ellos he ofendido a las personas importantes de Cafarnaúm; así, además, algún otro se sentirá contento.

-¿Quién?

Jesús no responde a la pregunta y continúa diciendo:

-Probablemente no lo lograré, porque falta en ellos la voluntad de establecer la paz; pero, escuchad: si en todos los litigios el más prudente supiera ceder y, en lugar de empeñarse en llevar razón, tratase de conciliar, aunque fuera dividiendo por la mitad lo que - voy a ponerme en este caso - le perteneciera por derecho, el resultado siempre sería mejor y más santo. No siempre uno hace un daño con intención de hacerlo; hay veces que lo hace sin querer. Pensad siempre esto, y perdonad. Elí y los otros creen servir a Dios con justicia actuando como actúan. Con paciencia y constancia, mucha humildad y delicadeza, trataré de persuadirlos de que ha llegado un tiempo nuevo y de que Dios, ahora, quiere ser servido según lo que Yo enseño. La astucia del apóstol es su delicadeza; su arma, la constancia; su éxito está en el ejemplo y la oración en favor de los que van camino de convertirse.

Ya han llegado a la plaza. Jesús va derecho hacia el banco de las tasas, donde Mateo está haciendo sus cuentas y controlando si corresponden con las monedas (las cuales divide por categorías, metiéndolas en saquitos de distinto color y colocando éstos en un arca de hierro). Dos siervos esperan para transportar el arca a otro lugar. En el preciso momento en que la sombra proveniente del alto cuerpo de Jesús se extiende sobre el banco, Mateo alza la cabeza para ver quién es el retardatario que viene a pagar. Pedro, mientras tanto, dice, tirando a Jesús de una manga:

-No hay nada que pagar, Maestro. ¿Qué haces?

Pero Jesús no le hace caso. Mira fijamente a Mateo - el cual se ha puesto en pie inmediatamente con un acto reverente - Otra mirada perforadora - no obstante, ya no se trata de la mirada del juez severo de la otra vez; es una mirada de llamada y de amor - Lo en-vuelve, lo satura de amor. Mateo se pone colorado, no sabe qué hacer, qué decir...

-Mateo, hijo de Alfeo, ha llegado la hora. Ven. ¡Sígueme! - impone Jesús majestuosamente.

-¿Yo? Maestro, ¡Señor! ¿Pero sabes quién soy? Lo digo por ti, no por mí...

-Ven, sígueme, Mateo, hijo de Alfeo - repite más dulce.

-¡Oh!, ¿cómo puedo haber encontrado gracia ante Dios? Yo... Yo...

-Mateo, hijo de Alfeo, Yo te he leído el corazón. Ven, sígueme - La tercera invitación es una caricia.

-¡Enseguida, mi Señor! - Mateo, llorando, sale de detrás del banco, sin ni siquiera ocuparse de recoger las monedas esparcidas encima, ni de cerrar el arca; nada.

-¿A dónde vamos, Señor? - pregunta ya junto a Jesús - ¿A dónde me llevas?

-A tu casa. ¿Quieres recibir en ella al Hijo del hombre?

-¡Oh!... pero... pero ¿qué dirán los que te odian?

-Yo escucho lo que se dice en el Cielo, y allí se dice: "¡Gloria a Dios por un pecador que se salva!", y el Padre dice: "Eternamente la Misericordia se alzará en los Cielos y se cernirá sobre la Tierra, y, puesto que con un eterno amor, con un perfecto amor, Yo te amo, también contigo uso misericordia". Ven. Y que yendo Yo a tu casa ésta se santifique además de tu corazón.

-Ya la había purificado, por una esperanza que tenía en mi alma... que, no obstante, la razón no podía creer verdadera... ¡Oh, yo con tus santos...! - y mira a los discípulos.

-Sí, con mis amigos. Venid. Os uno. Sed hermanos.

Los discípulos están hasta tal punto estupefactos, que todavía no han encontrado la forma de decir palabra. Caminan en grupo, detrás de Jesús y Mateo, por la plaza toda sol y ya absolutamente vacía de gente y por un breve trecho de calle que arde bajo un sol cegador; no hay ser vivo alguno por las calles, sólo sol y polvo.

Entran en casa. Una hermosa casa, con un amplio portal que da a la calle. Un bonito atrio umbroso y fresco, más allá del cual se ve un vasto patio dispuesto como un jardín.

-Entra, Maestro mío. Traed agua y bebidas.

Los criados vienen con ello. Mateo sale a dar las correspondientes órdenes mientras Jesús y los suyos se refrescan. Luego vuelve.

-Ven, Maestro; la sala es más fresca... Ahora vendrán amigos...Quiero que se haga una gran fiesta. Es mi regeneración... La mía... esta es mi circuncisión verdadera... Tú me has circuncidado el corazón con tu amor... Maestro, será la última fiesta... No

más fiestas para el publicano Mateo, no más fiestas de este mundo... Únicamente la fiesta interior de ser redimido y de servirte a ti... de ser amado por Ti… ¡Cuánto he llorado, cuánto, en estos meses!... Hace ya casi tres meses que lloro... No sabía cómo hacer... quería ir... mas, ¿cómo ir a Ti, que eres Santo, con mi alma sucia?...

-La estabas lavando con el arrepentimiento y con la caridad hacia mí y hacia el prójimo. ¿Pedro? Ven aquí.

Pedro, que de lo asombrado que está aún no ha hablado, se acerca. Los dos hombres, de la misma, más bien avanzada edad, de baja estatura, robustos, están uno frente al otro; y Jesús, entre el uno y el otro, sonriente, hermoso.

-Pedro, muchas veces me has preguntado quién era el desconocido de la bolsa que traía Santiago; hele aquí, lo tienes frente a ti.

-¿Quién? Este lad... ¡Perdona, Mateo! ¿Quién podía pensar que eras tú, que precisamente tú, nuestra desesperación - por tu usura - fueras capaz de arrancarte todas las semanas un pedazo de corazón, dando ese rico óbolo?

-Sé que os he tasado injustamente. Ved, yo me arrodillo ante todos vosotros y os digo: ¡no me arrojéis de vuestra presencia! Él me ha acogido, no seáis más que Él en la severidad.

Pedro, que se encuentra a Mateo a sus pies, lo levanta improvisadamente, a pulso, brusca y afectuosamente:

-¡Vamos! ¡Vamos! Ni a mí ni a los demás. Pídele perdón a Él. Nosotros... ¡bueno hombre!, más o menos somos todos ladrones como tú... ¡Ay! ¡Lo he dicho! ¡Maldita lengua! Es que yo estoy hecho así: lo que pienso, lo digo; lo que tengo en el corazón, lo tengo en los labios. Ven. Vamos a hacer un pacto de paz y de amor - y besa en las mejillas a Mateo.

También lo hacen los demás, con mayor o menor afecto. Digo esto porque Andrés se muestra reservado, por su timidez, y Judas Iscariote como un témpano de hielo (da la impresión, a juzgar por lo antipático y breve que es su abrazo, que estuviera abrazando a un haz de reptiles).

Mateo oye ruido y sale.

-No obstante, Maestro - dice Judas Iscariote - me parece que esto no es prudente. Ya te acusan los fariseos de aquí, y Tú... ¡Un publicano entre los tuyos! ¡Primero una meretriz y luego un publicano!... ¿Has decidido destruirte? Si es así, dilo, que...

-Que nosotros nos vamos, ¿verdad? - termina Pedro irónico.

-¿Quién está hablando contigo?

-Sé que no hablas conmigo, pero yo en cambio sí que hablo con tu señora alma, con tu purísima alma, con tu sabia alma. Ya sé que tú, miembro del Templo, sientes hedor de pecado en nosotros, pobrecillos, que no somos del Templo. Ya sé que tú, judío de pies a cabeza, amalgama de fariseo, saduceo y herodiano, medio escriba y con una pizca de esenio - ¿quieres otras nobles palabras? - te sientes mal entre nosotros, como un espléndido sábalo caído por azar en una red llena de jureles. ¡Qué vas a hacerle! Él nos ha tomado consigo y nosotros... nos quedamos. Si te sientes mal... vete tú. Respiraremos mejor todos: incluso Él, que, ¿lo ves?, está disgustado por mí y por ti; por mí, porque me falta paciencia y... sí, también caridad, pero más contigo, que no entiendes nada, a pesar de toda tu retahíla de nobles atributos, Y que no tienes caridad, ni humildad, ni respeto. No tienes nada, muchacho; sólo una gran vanidad... y quiera Dios que sea inocua.

Jesús ha dejado que Pedro hablase, permaneciendo erguido en pie, severo, con los brazos cruzados, la boca bien apretada y los ojos... poco recomendables. A1 final, dice:

-¿Has dicho todo, Pedro? ¿Tú también has purificado tu corazón del fermento que había dentro? Bien has hecho. Hoy es Pascua de Ázimos para un hijo de Abraham. La llamada del Cristo es como la sangre del cordero sobre vuestras almas, y donde aquélla se encuentra ya no descenderá la culpa. No descenderá si el que la recibe es fiel a ella. Mi llamada es liberación y debe festejarse sin ningún tipo de fermento.

-A Judas, ni una palabra. Pedro se calla avergonzado.

-El huésped vuelve - dice Jesús -, y con amigos; no les mostremos sino virtud. Quien no sea capaz de tanto, que salga. No seáis como fariseos, que oprimen con imposiciones que ellos son los primeros en no observar.

Entra Mateo con otros hombres y comienza el banquete. Jesús está en el centro, entre Pedro y Mateo. Hablan de muchas cosas, y Jesús, con paciencia, explica a éste o a aquél cuanto desean. No faltan quejas respecto a los despreciadores fariseos.

-Bueno, pues acercaos a quien no os desprecie, y actuad de modo que al menos los buenos no puedan despreciaros - responde Jesús.

-Tú eres bueno. ¡Pero estás solo!

-No. Estos son como Yo, y además... está el Padre Dios que ama a aquel que se arrepiente y que quiere volver a ser amigo suyo. Aunque al hombre le faltaran todas las cosas, si le quedara el Padre, ¿no sería ya plena su alegría?

El banquete está ya a los dulces cuando un siervo hace una señal al dueño de la casa y le dice algo.

-Maestro, Elí, Simón y Joaquín solicitan entrar y hablarte. ¿Los quieres ver?

-Claro.

-Pero... mis amigos son publicanos.

-Y ellos vienen para ver exactamente esto. Dejemos que lo vean. No sería útil esconderlo; no lo sería para el bien, porque el mal agrandaría el episodio hasta decir que aquí había también meretrices. Que entren.

Entran los tres fariseos. Miran a su alrededor con una risa maliciosa y hacen ademán de querer empezar a hablar, pero Jesús, que se ha levantado y ha ido a su encuentro junto con Mateo, se les adelanta. Pone una mano sobre el hombro de Mateo y dice:

-Yo os saludo -verdaderos hijos de Israel, y os doy una gran noticia que, sin duda alegrará vuestro corazón de perfectos israelitas. Vosotros deseáis ardientemente que la Ley sea observada por todos los corazones para dar gloria a Dios. Pues aquí tenéis a Mateo, hijo de Alfeo; desde ya no es el pecador, el escándalo de Cafarnaúm. Una oveja sarnosa de Israel se ha curado. ¡Alegraos! Tras él otras ovejas pecadoras se curarán, y vuestra ciudad, por cuya santidad tanto os interesáis, vendrá a ser, como santa, grata al Señor. Él deja todo para servir a Dios. Dad el beso de paz al israelita descarriado que vuelve al -seno de Abraham.

-¿Y retorna con los publicanos? ¿En alegre banquete? ¡Ciertamente, es una conversión propicia! Mira allí, Elí: aquél es Josías, el buscador de hembras.

-Y aquél, Simón de Isaac, el adúltero.

-¿Y aquél? Azarías, el dueño de la casa de juego, en la que romanos y judíos juegan, altercan, se emborrachan y buscan mujeres.

-Pero bueno, Maestro. ¿Sabes al menos quiénes son éstos? ¿Lo sabías?

-Lo sabía.

-¿Y entonces vosotros, vosotros de Cafarnaúm, vosotros, discípulos, por qué lo habéis permitido? ¡Me sorprende, Simón de Jonás!

-¿Y tú, Felipe, conocido también aquí, y tú, Natanael? ¡No salgo de mi asombro! ¡Tú, verdadero israelita! ¿Cómo es que has permitido que tu Maestro comiera con los publicanos y los pecadores?

-¿No existe ya el recato en Israel?- se los ve a los tres completamente escandalizados.

Jesús dice:

-Dejad en paz a mis discípulos. Yo lo he querido, Yo solo.

-¡Claro!, ¡lógico! Cuando uno quiere meterse a santo sin serlo, cae en seguida en errores imperdonables.

-Y cuando se educa a los discípulos al no respeto - todavía me quema la carcajada irreverente que me soltó, a mí, Elí el fariseo, éste, judío y del Templo - no se puede sino no tener respeto por la Ley. Se enseña lo que se sabe.

-Te equivocas, Elí; os equivocáis todos. Se enseña lo que se sabe, es cierto. Y Yo, que sé la Ley, se la enseño a quien no la sabe; por tanto, a los pecadores. Yo sé que vosotros ya sois dueños de vuestra alma. Los pecadores no lo son. Yo busco de nuevo su alma, se la doy de nuevo, para que a su vez me la traigan en el estado en que se encuentra: enferma, herida, sucia, para que Yo la atienda y limpie. Para esto he venido. Son los pecadores quienes tienen necesidad del Salvador, y Yo vengo a salvarlos. Comprendedme... y no me odiéis sin motivo.

Jesús se manifiesta dulce, persuasivo, humilde... Los tres fariseos, por el contrario, son como tres híspidos cardos todo aguijones... y salen con actitudes de disgusto.

-Se han ido... Ahora irán criticándonos por todas partes - murmura Judas Iscariote.

-¡Déjalos! Procura sólo que el Padre no tenga que criticarte. Mateo, no te sientas avergonzado; ni vosotros, amigos suyos. La conciencia nos dice: "No estáis haciendo nada malo". Es suficiente.

Jesús vuelve a sentarse en su lugar y todo termina.

## 98
## Encuentro con la Magdalena en el lago y lección a los discípulos cerca de Tiberíades

Jesús y todos los suyos - ya son trece más Él - están, siete en cada barca, en el lago de Galilea. Jesús va en la barca de Pedro, la primera, junto con Pedro, Andrés, Simón, José y los dos primos. En la otra van los dos hijos de Zebedeo con los demás, o sea, Judas Iscariote, Felipe, Tomás, Natanael y Mateo.

Las barcas avanzan a vela, ligeras, impulsadas por un viento fresco de bóreas que apenas encrespa el agua en muchos, pequeños pliegues ligerísimamente marcados por un hilo de espuma que dibuja un tul sobre el azul turquesa del hermoso lago sereno. Avanzan, dejándose detrás dos estelas que en la base se besan, confundiendo sus espumas joviales en una única risa de aguas, porque casi navegan en conserva (la barca de Pedro apenas unos dos metros más adelante).

De barca a barca, a pocos metros la una de la otra, hay intercambio de palabras y de comentarios que me hacen pensar que los galileos están ilustrando y explicando a los judíos los puntos del lago, con su comercio, con las personalidades que allí residen, las distancias desde el lugar de partida y de llegada, o sea, Cafarnaúm y Tiberíades. Las barcas no pescan, están sólo preparadas para el transporte de las personas.

Jesús está sentado a proa. Se ve claramente que goza de la belleza que lo circunda, del silencio, de todo ese azul puro de cielo y de aguas a las que hacen de anillo márgenes verdes, sembradas de pueblos del todo blancos entre el verdor. Se abstrae de lo que dicen los discípulos, muy hacia delante en la proa, casi echado encima de un atado de velas, con la cabeza frecuentemente inclinada hacia ese espejo de zafiro que es el lago, como si estudiara el fondo y se interesase de cuanto vive en esas aguas limpidísimas. Pero, ¿quién sabe en qué estará pensando?...

Pedro en dos ocasiones le pregunta para saber si el sol le molesta (que, alzado ya del todo desde Oriente, coge en pleno la barca bajo su rayo, aún no abrasador pero sí caliente); otra vez le dice si quiere pan y queso como los demás. Jesús no quiere nada, ni toldo ni pan; y Pedro lo deja en paz.

Un grupito de pequeñas barcas de recreo, casi chalupas pero con gran exuberancia de baldaquinos purpúreos y de blandos almohadones, corta el camino transversalmente a las barcas de los pescadores. Música, carcajadas, perfumes, pasan con ellas.

Están llenas de hermosas mujeres y de vividores romanos y palestinos, pero más romanos, o por lo menos no palestinos, porque alguno debe ser griego; al menos así deduzco de las palabras de un joven delgado, espigado, moreno como una aceituna casi madura, todo peripuesto, con un vestido rojo corto, delimitado en la parte baja por una pesada greca y sujeto a la cintura por un cinturón que es una obra maestra de orfebre:

-¡Hélade es hermosa! Pero ni siquiera mi olímpica patria tiene este azul y estas flores. Ciertamente no asombra que las diosas la hayan abandonado para venir aquí. Deshojemos sobre las diosas, ya no griegas sino judías, las flores, las rosas, los dones...- y esparce sobre las mujeres de su barca pétalos de espléndidas rosas y echa otros en la barca de al lado.

Responde un romano:

-¡Deshoja, deshoja, griego!, que Venus está conmigo. Yo no deshojo, yo cojo las rosas en esta hermosa boca; es más dulce - Y se inclina a besar, en la boca abierta a la risa, a María de Magdala, semiechada sobre los almohadones y con la cabeza rubia apoyada en el regazo del romano.

En este momento ya las barcas grandes tienen literalmente encima a las barcas pequeñas, y por poco no se chocan, o por la impericia de los bogadores o por juego del viento.

-¡Tened cuidado, si queréis seguir viviendo! - grita Pedro enfurecido, mientras vira, dando un golpe de pértiga para evitar la embestida. Insultos de hombres y gritos de susto de las mujeres van de barca a barca.

Los romanos insultan a los galileos diciendo:

-¡Apartaos, perros judíos!

Para Pedro y los demás galileos no cae en saco roto el insulto y Pedro especialmente, rojo como un gallito, erguido en el extremo del borde de la barca, que cabecea fuertemente, con las manos en las caderas, responde con aspereza a romanos, griegos, hebreos y hebreas; es más, a éstas les dedica toda una colección de apelativos honoríficos que dejo en la pluma.

El altercado dura hasta que la maraña de quillas y de remos no se ha disuelto y cada uno sigue por su camino.

Jesús en todo este tiempo no ha cambiado de posición. Ha permanecido sentado, ausente, sin miradas, sin palabras hacía las barcas o hacia sus ocupantes. Apoyado sobre un codo, ha seguido mirando la ribera lejana como si nada sucediese. Le arrojan una flor, incluso; no sé quién; claramente, una mujer, porque oigo una risita femenina acompañar al acto. Pero Él... nada. La flor le va a parar casi en el rostro y cae sobre las tablas, terminando bajo los pies del enfurecido Pedro.

Cuando las barquichuelas están para alejarse, veo que la Magdalena se alza en pie y sigue la indicación que le señala una compañera de vicio, o sea, apunta sus ojos espléndidos hacia el rostro sereno y lejano de Jesús. ¡Cuán lejano del mundo este rostro!...

¯Dime, Simón - pregunta Judas Iscariote - Responde, tú que eres judío como yo. ¿Esa guapísima rubia que estaba en el regazo del romano, la que se ha puesto en pie hace poco, no es la hermana de Lázaro de Betania?

-No sé nada - responde secamente Simón Cananeo - He vuelto al mundo de los vivos hace poco y esa mujer es joven...

-¡Supongo que no irás a decirme que no conoces a Lázaro de Betania! Sé perfectamente que eres amigo suyo y que has estado donde él con el Maestro.

-¿Y si eso fuera así?

-Dado que es así, digo yo, tienes que conocer también a la pecadora que es hermana de Lázaro. ¡La conocen hasta las tumbas! Hace diez años que da que hablar de sí. Apenas fue púber, comenzó a ser ligera. ¡Pero, desde hace más de cuatro años!... No es posible que ignores el escándalo, aunque estuvieras en el "valle de los muertos". Habló de ello toda Jerusalén. Lázaro se encerró entonces en Betania. Bueno, hizo bien. Nadie habría vuelto a poner el pie en su espléndido palacio de Sión por el que ella pasaba. Quiero decir: ninguno que fuera santo. En los pueblos... ¡Ya se sabe!... Y además, ahora ella está por todas partes, menos en su casa... Ahora está, seguro, en Magdala... Estará metida en algún otro nuevo amor... ¿No contestas? ¿Puedes decirme que no es verdad?

-No rebato. Callo.

-¿Entonces es ella? ¡Tú también la has reconocido!

-La vi entonces, cuando era niña y pura. Ahora vuelvo a verla... No obstante, la reconozco. Impúdicamente reproduce la efigie de su madre, una santa.

-Y entonces, ¿por qué casi negabas que fuera la hermana de tu amigo?

-Especialmente si somos honestos tratamos de mantener cubiertas nuestras llagas y las de aquellos que amamos».

Judas se ríe forzadamente.

-Así es, Simón. Y tú eres una persona honesta -observa Pedro.

-¿Tú la habías reconocido? A Magdala, a vender tu pescado, ciertamente vas. ¡Quién sabe cuántas veces la habrás visto!...

-Muchacho, debes saber que cuando uno tiene las espaldas cansadas por un trabajo honesto, las hembras no apetecen; se desea sólo el lecho honesto de nuestra esposa.

-¡Ya! Pero, a todos les gusta la buena mercancía; al menos se mira, aunque sólo sea.

-¿Para qué? ¿Para decir: "No es alimento para tu mesa"? No, mira: del lago y del oficio he aprendido varias cosas, y una de ellas es ésta: que pez de agua dulce y de fondo no está hecho para agua salada y curso vortiginoso.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que cada cual debe estar en su lugar, para no morir de mala manera.

-¿Te hacía morir la Magdalena?

-No. Tengo piel dura. Pero... dime: ¿te sientes mal tú?

-¿Yo?... ¡Ni siquiera la he mirado!...

-¡Embustero! Me apostaría algo a que te estabas royendo por no estar en esta primera barca y tenerla más cerca... Incluso me habrías soportado a mí con tal de estar más cerca... Es tan cierto lo que digo, que me honras con tu palabra, por gracia suya, después de tantos días de silencio».

-¿Yo? ¡Pero si ni siquiera me hubiera visto! ^Ella le miraba continuamente al Maestro!

-¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!, ¡y dice que no estaba mirándola! ¿Cómo has podido ver a dónde miraba, sí no la estabas mirando?

-Todos se ríen ante la observación de Pedro, menos Judas, Jesús y el Zelote.

Jesús pone fin a la discusión - que ha aparentado no oír - preguntándole a Pedro: -¿Aquélla es Tiberíades?

-Sí, Maestro; ahora hago la maniobra de acostamiento.

-Espera. ¿Puedes meterte en aquel seno de aguas tranquilas? Quisiera hablaros sólo a vosotros.

-Mido el fondo y te lo sé decir - Pedro introduce una larga pértiga y va lento hacia la ribera - Se puede, Maestro - ¿Me acerco todavía más a la orilla?

-Lo más que puedas. Hay sombra y soledad. Me gusta.

Pedro va casi hasta tocar con la orilla. La tierra está a una distancia de unos quince metros al máximo.

-Ahora tocaría.

-Párate. Y vosotros acercaos lo más posible y escuchad.

Jesús deja su lugar y viene a sentarse en el centro de la barca, sobre un asiento que va de lado a lado; de frente tiene la otra barca, en torno a sí los otros de la suya.

-Escuchad. Os parecerá que Yo de vez en cuando me abstraigo de vuestras conversaciones y que, por tanto, soy un maestro negligente que no está atento a su propio grupo de discípulos. Sabed que mi alma no os deja ni un momento. ¿Habéis visto alguna vez a un médico estudiando a un enfermo que padece un mal aún dudoso y que presenta síntomas que no casan? No lo pierde de vista, después de hacerle un reconocimiento, lo tiene bajo vigilancia, tanto durante el sueño como durante la vigilia, mañana y tarde, cuando calla y cuando habla, porque todo puede ser síntoma y guía para descifrar el morbo escondido y para indicar una terapia. Lo mismo hago Yo con vosotros. Os tengo ligados con hilos invisibles pero sensibilísimos que se injertan en mí y me transmiten hasta las más leves vibraciones de vuestro yo. Dejo que os creáis libres, para que os manifestéis cada vez más conforme a lo que sois, lo cual sucede cuando un escolar, o un maníaco, cree que ya no lo ve quien lo está vigilando.

Vosotros sois un grupo de personas, pero formáis un núcleo, o sea, una cosa sola. Por tanto, sois un complejo que se forma como ente, y que debe ser estudiado en sus características singulares, más o menos buenas, para formarlo, amalgamarlo, quitarle las aristas, enriquecer sus lados poliédricos y hacer de él una única cosa perfecta. Por tanto, Yo os estudio; me sois objeto de estudio incluso cuando dormís.

¿Qué sois vosotros? ¿Qué tenéis que llegar a ser? Vosotros sois la sal de la tierra; tales debéis llegar a ser: sal de la tierra. Con la sal se preservan las carnes de la corrupción y no sólo la carne, sino muchos otros alimentos. Pero, ¿acaso podría la sal salar si no fuera salada? Yo quiero salar el mundo con vosotros, para sazonarlo de sabor celeste. Pero, ¿cómo podéis salar si me perdéis sabor?

¿Qué os hace perder sabor celeste? Lo que es humano. El agua del mar, del verdadero mar, no es buena para beber por lo salada que es ¿no es verdad? Y a pesar de todo, si uno coge una copa de agua de mar y la echa en una hidria de agua dulce, puede beber, porque el agua de mar está tan diluida que ha perdido su acritud. La humanidad es como el agua dulce que se mezcla con vuestra salinidad celeste. Aún más; suponiendo que se pudiera derivar un río del mar e introducirlo en el agua de este lago, ¿acaso podrías volver a encontrar ese hilo de agua salada? No. Habría quedado perdido entre tanta agua dulce. Esto sucede con vosotros cuando hundís vuestra misión, mejor dicho, la sumergís, en mucha humanidad.

Sois hombres. Sí. Lo sé. Pero ¿y Yo quién soy? Yo soy Aquel que tiene consigo toda la fuerza. Y ¿qué hago Yo? Os comunico esta fuerza, puesto que os he llamado. Pero ¿para qué sirve que os la comunique si la desparramáis bajo avalanchas de sentido y de sentimientos humanos?

Vosotros sois, debéis ser, la luz del mundo. Os he elegido: Yo, Luz de Dios, entre los hombres, para continuar iluminando al mundo una vez que haya vuelto al Padre. Pero, ¿podéis iluminar si no sois más que unos candiles apagados o humeantes? No. Es más, con vuestro humo - peor es el humo vagaroso que la absoluta muerte de una mecha - entenebreceríais ese vestigio de luz que aún pueden tener los corazones. ¡Oh, desdichados aquellos que buscando a Dios se dirijan a los apóstoles y en vez de luz obtengan humo! Sacarán de ello escándalo y muerte. Ahora bien, los apóstoles indignos recibirán maldición y castigo.

¡Habéis sido llamados para grandes cosas, pero al mismo tiempo tenéis un grande, tremendo compromiso! Acordaos de que aquel a quien más se le da más está obligado a dar. Y a vosotros se os da el máximo, en instrucción y en don. Sois instruidos por mí, Verbo de Dios, y recibís de Dios el don de ser "los discípulos", o sea, los continuadores del Hijo de Dios. Quisiera que esta elección vuestra fuera siempre objeto de vuestra meditación, y que continuarais escrutándoos y sopesándoos... y si uno siente que es apto para ser fiel - no quiero siquiera decir: "si uno no se siente más que pecador e impenitente"; digo sólo: "si uno se siente apto para ser sólo un fiel" - pero no siente en sí nervio de apóstol, que se retire.

El mundo, para sus amantes, es muy vasto, bonito, suficiente, vario. Ofrece todas las flores y todos los frutos aptos para el vientre y para el sentido. Yo no ofrezco más que una cosa: la santidad. Ésta, en la tierra, es la cosa más angosta, pobre, abrupta, espinosa, perseguida que hay. En el Cielo su angostura se vuelve inmensidad; su pobreza, riqueza; su espinosidad, alfombra florida; su escabrosidad, sendero liso y suave; su persecución, paz y beatitud. Pero aquí ser santo supone un esfuerzo heroico. Yo no os ofrezco más que esto.

¿Queréis permanecer conmigo? ¿No os sentís capaces de hacerlo? ¡Oh, no os miréis asombrados o apenados! Aún muchas veces me oiréis hacer esta pregunta. Cuando la oigáis, pensad que mi corazón al hacerla llora, porque se siente herido por vuestra sordera ante la vocación. Examinaos, entonces, y luego juzgad con honestidad y sinceridad, y decidid. Decidid para no ser réprobos. Decid: "Maestro, amigos, me doy cuenta de que no estoy hecho para este camino. Os doy un beso de despedida y os digo: rogad por mí". Mejor es esto que no traicionar. Mejor esto...

-¿Qué decís? ¿A quién, traicionar? ¿A quién? A mí. A mi causa, o sea, a la causa de Dios, porque Yo soy uno con el Padre, y a vosotros. Sí. Os traicionaríais. Traicionaríais vuestra alma, dándosela a Satanás. ¿Queréis seguir siendo hebreos? Pues Yo no os fuerzo a cambiar. Pero no traicionéis. No traicionéis a vuestra alma, al Cristo y a Dios. Os juro que ni Yo ni mis fieles os criticarán, como tampoco os señalarán con el dedo para desprecio de las turbas fieles. Hace poco un hermano vuestro ha dicho una gran palabra: "Nuestras llagas y las de los que amamos uno trata de mantenerlas escondidas". Pues bien, quien se separase sería una llaga, una gangrena que, nacida en nuestro organismo apostólico, se desprendería por necrosis completa, dejando un signo doloroso que con todo cuidado mantendríamos escondido.

No. No lloréis, vosotros, los mejores, no lloréis. Yo no os guardo rencor, ni soy intransigente por veros tan lentos. Os acabo de tomar y no puedo pretender que seáis perfectos. Pero es que ni siquiera lo pretenderé dentro de unos años, después

de decir cien y doscientas veces inútilmente las mismas cosas... Es más, escuchad: pasados unos años, seréis, al menos algunos, menos ardorosos que ahora que sois neófitos. La vida es así... la humanidad es así... Pierde el ímpetu después del arranque inicial. Pero - Jesús se levanta improvisadamente - os juro que Yo venceré. Depurados por natural selección, fortificados por una mixtura sobrenatural, vosotros, los mejores, seréis mis héroes, los héroes del Cristo, los héroes del Cielo. El poder de los Césares será polvo respecto a la realeza de vuestro sacerdocio. Vosotros, pobres pescadores de Galilea, vosotros, ignotos judíos, vosotros, números entre la masa de los hombres presentes, seréis más conocidos, aclamados, venerados, que César, y que todos los Césares que tuvo y que tendrá la tierra. Vosotros conocidos, vosotros benditos en un próximo futuro y en el más remoto de los siglos, hasta el fin del mundo.

Para este sublime destino os elijo, a vosotros, que sois honestos en la voluntad, y para que seáis capaces de él os doy las líneas esenciales de vuestro carácter de apóstoles.

Estad siempre vigilantes y preparados. Vuestros lomos estén ceñidos, siempre ceñidos, y vuestras lámparas encendidas, como es propio de quienes de un momento a otro tienen que partir o acudir al encuentro de uno que llega. Y la verdad es que vosotros sois, seréis, hasta que la muerte os detenga, los incansables peregrinos que van en busca de los errantes; y hasta que la muerte la apague, vuestra lámpara debe ser mantenida alta y encendida para indicar el camino a los extraviados que van hacia el redil de Cristo.

Tenéis que ser fieles al Dueño que os ha colocado en cabeza para este servicio. Será premiado aquel siervo al que el Dueño encuentre siempre vigilante y la muerte sorprenda en estado de gracia. No podéis, no debéis decir: "Soy joven. Tengo tiempo de hacer esto o aquello y luego pensar en el Dueño, en la muerte, en mi alma". Mueren tanto los jóvenes como los viejos, los fuertes como los débiles, y viejos y jóvenes, fuertes y débiles, están igualmente sujetos al asalto de la tentación. Tened en cuenta que el alma puede morir antes que el cuerpo y podéis llevar en vuestro caminar, sin saberlo, un alma putrefacta. ¡Es tan insensible el morir de un alma! Como la muerte de una flor: sin un grito, sin una convulsión... inclina sólo su llama como corola cansada y se apaga. Después, mucho después alguna vez, inmediatamente después otras veces, el cuerpo advierte que lleva dentro un cadáver verminoso, y se vuelve loco de espanto, y se mata por huir de ese connubio... ¡Oh, no huye! Cae exactamente con su alma verminosa sobre un bullir de sierpes en la Gehena.

No seáis deshonestos como intermediarios o leguleyos que se ponen de parte de dos clientes opuestos, no seáis falsos como los politicastros que llaman "amigo" a éste y a aquél, y luego son enemigos de ambos. No penséis actuar de dos modos. De Dios nadie se burla. A Dios no se le engaña. Comportaos con los hombres como os comportáis con Dios, porque una ofensa hecha a los hombres es como si hubiera sido hecha a Dios. Desead ser vistos por Dios como deseáis ser vistos por los hombres.

Sed humildes. No podéis acusar a vuestro Maestro de no serlo. Yo os doy el ejemplo. Haced como hago Yo. Humildes, dulces, pacientes. El mundo se conquista con esto, no con violencia y fuerza. Sed fuertes y violentos contra vuestros vicios, eso sí; arrancadlos de raíz, a costa incluso de dejaros desgarrados pedazos de corazón. Hace unos días os he dicho que vigiléis las miradas, mas no lo sabéis hacer. Os digo: sería mejor que os quedarais ciegos arrancándoos los ojos inmoderados que acabar siendo lujuriosos.

Sed sinceros. Yo soy Verdad en las cosas excelsas y en las humanas. Deseo que también vosotros seáis auténticos. ¿Por qué andarse con engaños conmigo o con los hermanos o con el prójimo? ¿Por qué jugar con engaño? ¿Tan orgullosos como sois, y no tenéis el orgullo de decir: "Quiero que no me puedan considerar mentiroso"? Y sed auténticos con Dios. ¿Creéis que lo engañáis con formas de oraciones largas y vistosas? ¡Pobres hijos! ¡Dios ve el corazón!

Haced el bien castamente. Me refiero también a la limosna. Un publicano ha sabido hacerlo antes de su conversión. ¿Y vosotros no vais a saberlo hacer? Sí, te alabo, Mateo, por la casta ofrenda semanal de la que sólo Yo y el Padre sabíamos que era tuya. Y te cito como ejemplo. Esto también es castidad, amigos. No descubrir vuestra bondad, de la misma forma que no desvestiríais a una hija vuestra adolescente ante los ojos de una multitud. Sed vírgenes al hacer el bien. El acto bueno es virgen cuando resulta exento de connubio con pensamiento de alabanza y de estima, o exento de soberbia.

Sed fieles esposos de vuestra vocación a Dios. No podéis servir a dos señores. El lecho nupcial no puede acoger a dos esposas contemporáneamente. Dios y Satanás no pueden compartir vuestros amorosos abrazos. El hombre no puede, como tampoco lo pueden ni Dios ni Satanás, compartir un triple abrazo en antítesis entre los tres que se lo dan.

Manteneos al margen de hambre de oro, como de hambre de carne; de hambre de carne, como de hambre de poder. Satanás os ofrece esto. ¡Oh, sus falaces riquezas! Honores, éxito, poder, abundancias: mercados obscenos cuya moneda es vuestra alma.

Contentaos con lo poco. Dios os da lo necesario. Basta. Esto os lo garantiza, de la misma forma que se lo garantiza al ave del cielo, y vosotros valéis mucho más que los pájaros. Pero Dios quiere de vosotros confianza y morigeración. Si tenéis confianza, no os defraudará: si tenéis morigeración, su don diario os bastará.

No seáis paganos, siendo, de nombre, de Dios. Paganos son aquellos que, más que a Dios, aman el oro y el poder para aparecer como semidioses. Sed santos y seréis semejantes a Dios eternamente.

No seáis intransigentes. Todos sois pecadores; por tanto, quered ser con los demás como querríais que los demás fueran con vosotros, o sea, llenos de compasión y perdón.

No juzguéis. ¡Oh, no juzguéis! Ya veis - a pesar de que hace poco que estáis conmigo - cuántas veces, siendo inocente, he sido ilícitamente mal juzgado y acusado de pecados inexistentes. El mal juicio es ofensa, y sólo los verdaderos santos no devuelven ofensa por ofensa. Por tanto, absteneos de ofender para no ser ofendidos. Así no faltaréis ni a la caridad, ni a la santa, amable, suave humildad, la enemiga de Satanás junto con la castidad.

Perdonad, perdonad siempre. Decid: "Perdono, Padre, para que Tú perdones mis infinitos pecados".

Haceos mejores cada hora que pase, con paciencia, con firmeza, con heroicidad. ¿Quién puede deciros que llegar a ser bueno no sea penoso? Es más, os digo: es el mayor entre los esfuerzos. Pero el premio en el Cielo; por tanto, merece la pena consumirse en este esfuerzo.

Y amad. ¡Oh!, ¿qué palabra debería decir para induciros al amor? No existe ninguna que sea adecuada para convertiros a él, ¡oh, pobres hombres a los que Satanás azuza! Entonces, he aquí que Yo digo: "Padre, acelera la hora del lavacro. Esta tierra está seca. Este rebaño tuyo está enfermo. Pero hay un rocío que puede aplacar la aridez y limpiar. Abre, abre su fuente. Ábreme a mí, ábreme. Padre, Yo ardo por hacer tu deseo, que es el mío y el del Amor Eterno. ¡Padre!, ¡Padre!, Padre! Dirige tu mirada sobre tu Cordero y sé Tú su Sacrificador".

Jesús se manifiesta realmente inspirado. Erguido en pie, con los -brazos extendidos en cruz, el rostro hacia el cielo, con el azul del lago detrás, con su vestido de lino, parece un arcángel orante.

Se me anula la visión en el momento de este acto suyo.

## 99

## En Tiberíades en la casa de Cusa

Veo la hermosa y nueva ciudad de Tiberíades. Que es nueva y rica, me lo dice todo su conjunto: una reestructuración cívica más ordenada que la de otras ciudades palestinas; una totalidad armónica y urbana que no posee ni siquiera Jerusalén.

Hermosas avenidas y calles rectas provistas de un sistema de alcantarillado que hace que aguas y basura no se acumulen por las calles, y vastas plazas con fuentes (las más bonitas hechas de amplios pilones de mármol). Edificios que ya reflejan el estilo de Roma, con espaciosos pórticos. A través de algunos portales abiertos a esta hora de la mañana se ven amplios vestíbulos, peristilos de mármol decorados con valiosos cortinajes, asientos, mesitas; casi todos tienen en su centro un patio enlosado de mármol con un surtidor y macetas marmoleñas llenas de plantas en flor. En definitiva, es una imitación de la arquitectura de Roma bastante bien copiada y ricamente remedada. Las casas más bonitas están en las calles más cercanas al lago: las tres primeras, paralelas a éste, son verdaderamente señoriales; la primera, a lo largo del vial que sigue la dulce curva del lago, es, sin exagerar, espléndida.

Su última parte es una serie de casas de campo, cuya fachada principal da a la otra calle, y que hacia el lago tienen opulentos jardines que descienden hasta recibir el toque de las olas; casi todas tienen un pequeño embarcadero en el que pueden verse barcas de recreo con preciados baldaquinos y asientos purpurinos.

Parece que Jesús ha bajado de la barca de Pedro no en el puerto de Tiberíades sino en algún otro lugar, quizás de los suburbios. Viene caminando por el vial que recorre el margen del lago.

Pregunta Pedro:

-¿Has estado alguna vez en Tiberíades, Maestro?

-Nunca.

-Antipas ha hecho bien las cosas, y a lo grande, para adular a Tiberio. ¡Bien que se ha vendido!

-Me parece más una ciudad de descanso que comercial.

-Los mercados están en la otra parte. No, no, tiene también mucho comercio. Es rica.

-¿Estas casas? ¿Palestinas?

-Sí y no. Muchas son de romanos, pero otras muchas..., a pesar de estar llenas de estatuas y patrañas semejantes, son de hebreos - Pedro suspira y dice entre dientes: «Si nos hubieran arrebatado sólo la independencia... pero es que nos han arrebatado la fe... ¡Nos estamos haciendo más paganos que ellos!

-No por culpa suya, Pedro. Ellos tienen sus costumbres y no nos obligan a hacerlas nuestras. Somos nosotros quienes queremos corrompernos. Por intereses, por moda, por servilismo...

Tienes razón, pero el primero es el Tetrarca...

-Maestro, hemos llegado - dice el pastor José - Ésta es la casa del intendente de Herodes.

Están parados al final del vial, donde éste presenta una bifurcación (el vial, así, viene a ser la segunda de las calles, mientras que las casas de campo quedan entre esta calle y el lago). La casa que ha señalado José es la primera, bellísima, toda rodeada de un jardín florecido. Fragancias y ramas de jazmines y rosas se extienden hasta el lago.

-¿Y aquí está Jonatán?

-Aquí, me han dicho. Es el intendente del intendente. Ha tenido suerte. Cusa no es malo, y reconoce con justicia los méritos de su intendente. Es una de las pocas personas honradas de la corte. ¿Voy a llamarlo?

-Ve.

José se dirige a la alta puerta de entrada. Llama. Acude el portero. Conversan. Veo que José hace un gesto de contrariedad y que el portero asoma su cabeza cenicienta y mira a Jesús; luego pide algo, a lo cual José asiente. Siguen hablando entre sí.

José viene hacia Jesús, que ha estado esperando pacientemente a la sombra de un árbol:

-Jonatán no está. Está en el Alto-Líbano. Ha ido a llevar a aquel aire fresco y puro a Juana de Cusa, que está muy enferma. Dice el criado que ha ido él porque Cusa está en la Corte, y no puede venirse después del escándalo de la fuga de Juan el Bautista, y la enferma empeoraba y el médico decía que aquí moriría. No obstante, el criado dice que entres a descansar. Jonatán ha hablado del Mesías niño y también aquí te conocen de nombre y te esperan.

-Vamos.

El grupo se pone en movimiento. De lo cual el portero, que estaba mirando de soslayo, se percata, y llama a los otros domésticos; abre de par en par la puerta de entrada, que hasta ahora había estado entreabierta, y corre con mucho respeto al encuentro de Jesús.

-Derrama, Señor, tu bendición sobre nosotros y sobre esta triste casa. Pasa. ¡Cuánto sentirá Jonatán no haber estado aquí! Verte era su esperanza. Pasa, pasa, y tus amigos contigo.

En el atrio hay criados y criadas de todas las edades, todos ellos respetuosamente inclinados al saludar, no sin un sentimiento de curiosidad. Una viejecita llora en un ángulo.

Jesús entra y bendice con su gesto y su saludo de paz. Le ofrecen refrigerio. Toma asiento y todos se ponen a su alrededor.

-Veo que no os soy desconocido -observa.

-Jonatán nos ha nutrido con tu historia. Jonatán es bueno. Dice serlo sólo porque el beso que te dio lo hizo bueno. Pero también es porque lo es.

-Yo he dado y he recibido besos... pero, como tú dices, sólo en los buenos éstos aumentaron la bondad. ¿No está ahora? Yo venía por él.

-He dicho que está en el Líbano. Allí tiene amigos... Es la última esperanza para la joven ama. Si esto no produce resultados...

La viejecita en su ángulo llora con más fuerza. Jesús la mira con actitud interrogativa.

-Es Ester, la nodriza del ama. Llora porque no puede resignarse a perderla.

-Ven, madre. No llores así - invita Jesús - Ven aquí, junto a mí. ¡No necesariamente enfermedad significa muerte!

-¡Es muerte, es muerte! ¡Desde que tuvo aquel único parto desafortunado se me está muriendo! ¡Las adúlteras dan a luz secretamente y viven a pesar de todo, y ella, ella que es buena, honesta, un ángel, un verdadero ángel, debe morir!

-Pero, ¿qué tiene ahora?

-Una fiebre que la consume... Es como una lámpara que arde atizada por un fuerte viento... cada día más fuerte, y ella cada vez más débil. Yo deseaba acompañarla, pero Jonatán ha querido criadas jóvenes, porque ella no tiene fuerzas y hay que llevarla como a un peso inerte y yo ya no soy capaz... No soy capaz de eso, pero sí de amarla. La recogí del seno de su madre. Yo era una sirvienta. También estaba casada, y había tenido un hijo hacía un mes. Le di de mamar porque su madre estaba débil y no podía... Yo le hice de madre cuando, apenas sabiendo decir "mamá", se quedó huérfana. Me he llenado de canas y de arrugas velándola en sus enfermedades. Yo la vestí de novia, la conduje al tálamo; he sonreído ante sus esperanzas de madre, lloré con ella ante el recién nacido muerto, he recogido todas las sonrisas y las lágrimas de su vida, le he dado toda sonrisa y consuelo de mi amor... ¡Y ahora se muere y no me tiene cerca!

La anciana da pena. Jesús la acaricia, pero no sirve de nada.

-Escucha, madre, ¿tienes fe?

-¿En ti? Sí.

-En Dios, mujer. ¿Puedes creer que Dios puede todo?

-Lo creo, y creo que Tú, su Mesías, lo puedes. Ya se habla en la ciudad de tu poder. Ese hombre - alude a Felipe - hace tiempo hablaba de tus milagros en la sinagoga. Jonatán le preguntó: "¿Dónde está el Mesías?", y él respondió: "No lo sé". Jonatán me dijo entonces "Si estuviera aquí, te juro que ella se curaría". Pero Tú no estabas aquí... él se ha marchado con ella... y ahora morirá...

-No. Ten fe. Dime exactamente lo que tienes en el corazón: ¿pue-des creer que ella no morirá por tu fe?

-¿Por mi fe? ¡Oh!, si la quieres, aquí la tienes. Tómate incluso la vida, mi anciana vida... sólo házmela ver curada.

-Yo soy la Vida. Doy vida y no muerte. Tú le diste la vida un día con la leche de tu pecho. Era una pobre vida que podía terminar Ahora, con tu fe, le das una vida sin fin. Sonríe, madre.

-Pero ella no está... - la anciana se halla entre la esperanza y el temor - ella no está y Tú estás aquí...

-Ten fe. Escucha. Ahora voy a Nazaret. Estaré allí unos días Tengo también allí algunos amigos enfermos. Luego voy al Líbano. Si Jonatán vuelve de aquí a seis días, mándalo a Nazaret, a Jesús de José. Si no viene, iré Yo.

-¿Cómo lo vas a encontrar?

-Me guiará el arcángel de Tobías. Tú fortalécete en la fe. No te pido más que esto. No llores más, madre.

Pero la anciana llora con más vehemencia. Está a los pies de Jesús y tiene la cabeza sobre las rodillas divinas, besando la bendita mano y vertiendo lágrimas sobre ella.

Jesús, con la otra mano, la acaricia, y, dado que otros criados, dulcemente, la reprenden porque llorando así se está agotando, Él dice:

-Dejadla. Ahora es llanto de consuelo. Le viene bien. ¿Os alegra a todos el que el ama recupere la salud?

-Es muy buena. Cuando uno es así no es amo, es un amigo y se le quiere. Nosotros la queremos. Créelo.

-Os leo en el corazón. Sed también vosotros cada vez mejores. Yo me pongo en camino. No puedo esperar. Tengo la barca. Os bendigo.

-¡Vuelve, Maestro, vuelve!

-Volveré muchas veces. Adiós. La paz a esta casa y a todos vosotros.

Jesús sale con los suyos acompañado de los criados, que lo aclaman.

-Te conocen más aquí que en Nazaret - observa con tristeza su primo Santiago.

-Uno que ha tenido fe verdadera en el Mesías ha preparado esta casa; para Nazaret Yo soy el carpintero, nada más.

-Y… y nosotros no tenemos la fuerza de predicarte como quien eres...

-¿No la tenéis?

-No, primo. No tenemos el heroísmo de tus pastores.

-¿Lo crees así, Santiago? - Jesús sonríe mirando a su primo, a este primo suyo que tanto se parece a su padre putativo, así, con ojos y pelo de un castaño negro y tez morena pero viva - mientras que la tez de Judas es más pálida, encuadrada entre

la barba negrísima y los cabellos ondulados; Judas tiene ojos de un azul casi violáceo que vagamente recuerdan a los de Jesús - Pues mira, Yo te digo que no te conoces. Tú y Judas sois fuertes.

Los dos primos menean la cabeza.

-Os persuadiréis de que no yerro.

-¿Vamos al mismo Nazaret?

-Sí. Quiero decirle algo a mi Madre y... y hacer aún alguna otra cosa. Quien quiera venir que venga.

Todos quieren ir. Los que están más contentos son los primos:

-Es por nuestro padre y nuestra madre, ¿comprendes?

-Lo comprendo. Pasaremos por Caná y luego iremos allí.

-¿Por Caná? ¡Entonces iremos donde Susana! Nos dará huevos y fruta para papá, Santiago.

-Y también, claro, algo de su buena miel. A él le gusta mucho.

-Y le nutre.

-¡Pobre papá! Sufre mucho. Siente que le falta la vida, como arrancada de raíz... y no quisiera morir... - Santiago le mira a Jesús. Con muda súplica... Pero Jesús hace como si no lo viera - José también murió así, con dolores, ¿verdad?

-Sí - responde Jesús - pero él sufría menos porque estaba resignado.

-Y porque te tenía a ti.

-También Alfeo podría tenerme...

Los dos primos suspiran tristes, y todo termina.

## 100

## En Nazaret en casa del anciano y enfermo Alfeo. No es fácil la vida del apóstol

Jesús va con los suyos por las hermosas colinas de Galilea. Para evitar el sol, que está todavía alto aunque se dirija ya hacia el ocaso, caminan bajo los árboles (la mayor parte olivos).

-Pasada esa prominencia del terreno está Nazaret - dice Jesús - Dentro de poco llegamos. A la entrada de la ciudad nos separaremos. Judas y Santiago irán inmediatamente adonde su padre, como desea su corazón. Pedro y Juan distribuirán a los pobres, que estarán ciertamente junto a la fuente, el óbolo. Yo y los demás iremos a casa para la cena, luego proveeremos para el descanso.

-Nosotros iremos a casa del buen Alfeo. Se lo prometimos la otra vez. Yo, de todas formas, voy a ir sólo para saludarlo. Cedo la cama a Mateo que todavía no está acostumbrado a las incomodidades - dice Felipe.

-No. Tú no, que eres anciano. No lo permito. Hasta ahora he disfrutado de un cómodo lecho, y ¡qué sueños tenía en él!: infernales. Créeme: ahora estoy de tal manera en paz, que aunque me eche sobre piedras tengo la impresión de estar durmiendo entre plumas. Es la conciencia la que hace, o no, dormir - responde Mateo.

Surge una competición de caridad con Mateo entre los discípulos Tomás, Felipe y Bartolomé, que - se entiende - son los que la otra vez estuvieron en casa de este Alfeo (el cual, ciertamente, no es el padre de Santiago, porque éste está hablando con Andrés y dice: «De todas formas habrá un puesto para ti, como la otra vez, aunque mi padre esté más enfermo»).

Vence Tomás:

-Yo soy el más joven del grupo. Yo cedo el lecho. Déjame, Mateo. Poco a poco te acostumbrarás. ¿Crees que me pesa? No. Soy como un enamorado, que piensa: "Estaré sobre el duro suelo, pero estoy cerca de mi amor"- Tomás, hombre de unos treinta y ocho años, ríe jovialmente, y Mateo cede.

Nazaret está ya a pocos metros con sus primeras casas.

-Jesús... nosotros ya nos vamos - dice Judas.

-Idos, idos.

Los dos hermanos se van casi corriendo.

-¡El padre es el padre! - susurra Pedro - Aunque nos ponga mala ira, no por eso deja de ser de nuestra misma sangre, y la sangre tira más que una soga. Además... me resultan simpáticos tus primos. Son muy buenos.

-Sí, son muy buenos. Y son humildes, hasta el punto de que ni siquiera se estudian para ver en qué medida lo son. Siempre piensan que cometen deficiencias, porque su espíritu ve lo bueno en todos excepto en ellos mismos. Llegarán muy lejos...

Ya están en Nazaret. Algunas mujeres ven a Jesús y lo saludan, como también lo hacen algunos hombres y niños. Pero aquí no se producen las aclamaciones de los otros lugares al Mesías, aquí se trata de amigos que saludan al Amigo que regresa: unos, más expansivamente; otros, menos. En muchos veo también una irónica curiosidad al observar al grupo heterogéneo que acompaña a Jesús, que no es ciertamente un grupo de dignatarios reales ni de pomposos sacerdotes. Sudados, llenos de polvo del camino, vestidos muy modestamente, menos Judas Iscariote, Mateo, Simón y Bartolomé -y los he puesto por orden decreciente de elegancia -, parecen más un grupo de gente modesta de viaje hacia algún mercado que no seguidores de un rey. Rey que, de por sí, manifiesta su regalidad solamente en la imponencia de la estatura y, sobre todo, en la imponencia del aspecto.

Caminan unos metros y luego Pedro y Juan se separan, yendo hacia la derecha, mientras que Jesús con los demás prosigue hasta llegar a una pequeña plaza llena de niños vocingleros que están alrededor de una pila llena de la que sacan agua las madres.

Un hombre ve a Jesús y hace un gesto de gozoso asombro. Acelera su paso hacia Él y lo saluda:

-¡Bienvenido de nuevo! ¡No te esperaba tan pronto! Ten: besa a mi último nieto. Es el pequeño José. Ha nacido en tu ausencia - y le pasa un niñito que tiene en los brazos.

-¿Le has puesto por nombre José?

-Sí. No me olvido de mi casi pariente y, más que pariente, gran amigo. Ya tengo puestos también a los nietos los nombres que más aprecio: Ana, mi amiga de cuando era niño, y Joaquín. Luego María... ¡Oh, qué fiesta cuando nació! Me acuerdo de cuando me la dieron para que la besase y me dijeron: "¿Ves? Aquel hermoso arco iris fue el puente por el cual Ella descendió del Cielo. Los ángeles utilizan ese camino". Verdaderamente era tan bonita, que parecía un angelito... Ahora aquí tienes a José. Si hubiera sabido que ibas a volver tan pronto, te hubiera esperado para la circuncisión.

-Te agradezco tu amor hacia mis abuelos y hacia mi padre y mi Madre. Es un niño muy hermoso. Que sea eternamente justo como el justo José - Jesús le da unos botecitos en sus brazos al pequeñuelo, que dibuja en sus labios risitas llenas de leche.

-Si me esperas voy contigo. Estoy esperando a que se llenen las ánforas. No quiero que mi hija María se fatigue. Es más, mira, voy a hacer esto: les doy los jarros a los tuyos, si los toman, y yo hablo un poco contigo a solas.

-¡Pues claro que los cogemos! ¡No somos reyes asirios! - exclama Tomás, y es el primero en agarrar un jarro.

-Entonces, mirad, María de José no está en su casa, está donde el cuñado, ¿sabes?, pero la llave está en la mía. Que os la den para entrar en casa, o sea... en el taller.

-Sí, sí, id; entrad incluso en casa. Luego voy Yo.

Los apóstoles se marchan y Jesús se queda con Alfeo.

-Quería decirte que... soy verdadero amigo tuyo... y, cuando uno es verdadero amigo y es más viejo y es del lugar, puede hablar. Creo que debo hablar... Yo... no es que quiera aconsejarte... Tú sabes más que yo. Sólo quiero advertirte de que... ¡oh!, no quiero hacer de espía, ni sacarte a la luz defectos de tus familiares, pero, yo creo en ti, Mesías, y... y me duele el ver que dicen que Tú no eres Tú, o sea, el Mesías; que eres un enfermo; que destruyes a la familia y a los familiares. La ciudad... ya sabes... a Alfeo lo consideran mucho y por tanto, la ciudad presta también atención a lo que ésos dicen; y ahora está enfermo, infunde compasión... Algunas veces la compasión incluso sirve para cometer injusticias. Mira, yo estaba presente la tarde en que Judas y Santiago te defendieron y defendieron la libertad suya de seguirte... ¡Qué escena! No sé cómo puede resistir tu Madre. ¿Y la pobre María de Alfeo?... Las mujeres en ciertas situaciones de familia son siempre víctimas.

-Ahora mis primos están donde su padre...

-¿Con su padre? ¡Los compadezco! Ese anciano está completamente fuera de sí y, será la edad y la enfermedad, claro, pero hace cosas de locos. Si no estuviera loco, me daría más pena aún, porque... en ese caso estaría llevando a la perdición a su propia alma.

-¿Crees que tratará mal a los hijos?

-Estoy seguro de ello. Lo siento por ellos y por las mujeres... ¿A dónde vas?

-A casa de Alfeo.

-No, Jesús. No te expongas a que te falten al respeto.

-Mis primos me quieren por encima de sí mismos y es justo que Yo les pague con un amor igual... En esa casa hay dos mujeres a las que quiero... Voy. No te opongas.

Jesús se dirige veloz hacia la casa de Alfeo, mientras el otro se queda pensativo en medio de la calle.

Jesús va veloz. Ya está a la altura del linde del huerto de Alfeo. Llega hasta Él un llanto de mujer y unos gritos desaforados de hombre. Jesús acelera el paso, por el huerto todo verde, en los pocos metros que separan la calle de la casa.

Está ya casi en la entrada cuando se asoma a la puerta su Madre y lo ve.

-¡Mamá.

-¡Jesús!- dos gritos de amor.

Jesús hace ademán de entrar, pero María dice:

-No, Hijo - Y se pone en el umbral con los brazos abiertos y apretando las manos contra las jambas: una barrera de carne y de amor, y repite: «No, Hijo, no lo hagas».

-Déjame, Mamá, no ocurrirá nada - Jesús está tranquilísimo, a pesar de que la acentuada palidez de María lo turbe, como es lógico. Coge su delicada muñeca, separa la mano de la jamba y pasa.

En la cocina, desparramados por el suelo, reducido a una especie de cieno viscoso, están los huevos, los racimos de uvas y el tarro de miel traídos de Caná.

De otra habitación proviene una voz quejumbrosa de anciano, imprecando, acusando, quejándose, en medio de uno de esos arrebatos de cólera seniles que son tan injustos, impotentes, penosos de ver y dolorosos de padecer:

-... ¡Mi casa destruida, convertida en el hazmerreír de toda Nazaret, y yo aquí, solo, sin ayuda, herido en mi sentimiento, en el respeto, padeciendo necesidades!... ¡Eso es lo que te queda, Alfeo, por haber actuado como un verdadero fiel! ¿Y por qué? ¿Por qué? Por un loco. Un loco que vuelve locos a mis hijos necios. ¡Ay, ay, qué dolores!

Se oye también la voz de María de Alfeo, lacrimosa, suplicando:

-¡Cálmate, Alfeo, cálmate! ¿Ves como te perjudicas? Voy a ayudarte a meterte en la cama... Siempre bueno tú, siempre justo... ¿A qué viene esto, contigo, conmigo, con esos pobres hijos?...

-¡Nada! ¡Nada! ¡No me toques! ¡No quiero! ¿Que son buenos esos hijos? ¡Ya!, ¡ya! ¡Cierto, claro! ¡Son dos ingratos! Primero me hinchan a ajenjo y luego me traen miel. Me traen huevos y fruta... ¡después de alimentarse con mi corazón! ¡Vete, te digo! ¡Fuera! ¡Que venga María, no tú! Ella tiene maña. ¿Dónde está ahora esa mujer débil que no sabe hacerse obedecer por el Hijo?

María de Alfeo, arrojada de la presencia de éste, entra en la cocina mientras Jesús estaba para entrar en la habitación de Alfeo. Lo ve, se derrumba en sus brazos sollozando desesperada, mientras María, la Virgen, va, humilde y paciente, donde el anciano iracundo.

-No llores, tía; ahora voy Yo.

-¡No! ¡No te dejes insultar! Está como loco. Tiene el bastón. No. Jesús, no. Ha agredido incluso a sus hijos.

-No me hará nada - Y Jesús, con firmeza, si bien dulcemente, aparta a su tía y entra.

¯Paz a ti, Alfeo.

El anciano, que iba a meterse en la cama entre mil quejas y reprensiones a María, «porque no tiene maña» (antes decía que sólo Ella tenía maña), se vuelve como movido por un resorte.

-¿Aquí? ¿Aquí a burlarte de mí? ¿Hasta esto?

-No. A traerte paz. ¿Por qué estás tan inquieto? Te empeoras. Mamá, deja. Lo levanto Yo. No te haré daño ni tendrás que esforzarte. Mamá, levanta las cobijas - Y Jesús coge con cuidado ese montoncillo de huesos que ya está en los estertores, flácido, malo, que llora, mísero, y lo apoya con cuidado, como si fuera un recién nacido, sobre la cama.

-Eso es, así, como hacía con mi padre. Más alto este almohadón, así estarás más alto y respirarás mejor. Mamá, mete aquí, debajo de los riñones, ese de allí, el pequeño; estará más mullido. Ahora así la luz, que no le dé en los ojos pero que deje entrar el aire puro. Eso es, así. Ahora... he visto una tisana al fuego. Tráela, Mamá, Y bien dulce. Estás todo sudado y te estás enfriando. Te sentará bien.

María sale, obediente.

-Yo... yo... ¿Por qué eres bueno conmigo?

-Porque te quiero, como ya sabes.

-Yo te quería... pero ahora...

-Ahora ya no me quieres. Lo sé. Pero Yo te quiero y me basta. Más adelante me querrás...

-Entonces... ¡ay, ay... qué dolores!... entonces, si es verdad que me quieres, ¿por qué ofendes mis canas?

-No te ofendo, Alfeo; de ninguna manera. Te honro.

-"¿Honro?" Soy el hazmerreír de Nazaret... eso es.

-¿Por qué dices eso, Alfeo? ¿En qué te hago hazmerreír?

-En mis hijos. ¿Por qué son rebeldes? Por ti. ¿Por qué se burla la gente de mí? Por ti.

-Dime: si Nazaret te alabara por la condición de tus hijos, ¿sentirías el mismo dolor?

-¡No! Pero Nazaret no me alaba. Me alabaría si verdaderamente tú fueras una persona llamada al éxito. Pero, ^¿quién no se echaría a reír de haberme dejado por uno poco menos que demente que va por el mundo atrayéndose hacia sí odios y burlas; un pobre, que convive con los pobres? ¡Pobre casa mía! ¡Pobre casa de David! ¡Cómo acabas! ¡Y yo tenía que vivir tanto, para presenciar esta desventura ¡Verte a ti, vástago último de la gloriosa estirpe, corromperte en una demencia por ser demasiado servil! ¡Ah!, la desventura ha caído sobre nosotros desde el día en que mi apocado hermano se dejó unir a esa mujer insípida pero mandona que lo tuvo dominado en todo. Ya lo dije entonces: `José no ha nacido para casarse. Vivirá infeliz". Y así fue. Él sabía cómo era y nunca había querido oír hablar de matrimonio. ¡Maldita la ley de las huérfanas herederas! ¡Maldito destino! ¡Maldita boda!

La "Virgen heredera" ha vuelto ya con la tisana, a tiempo de oír las jeremiadas de su cuñado. Se la ve todavía más pálida, pero su paciente benevolencia no ha sido perturbada. Se acerca a Alfeo y con una dulce sonrisa le ayuda a beber.

-Eres injusto, Alfeo; pero tienes tanto mal encima, que todo se te perdona - dice Jesús sujetándole la cabeza.

-¡Oh, sí, mucho mal! ¿Dices que eres el Mesías? ¿Haces prodigios? Eso dicen. Si al menos me curases para pagarme por los hijos que te has llevado... Cúrame... y te perdonaré.

-Perdona a tus hijos, comprende su alma y Yo te aliviaré. Si guardas rencor, no puedo hacer nada.

-¿Perdonar?

El anciano se mueve bruscamente; ello, naturalmente, agudiza todos los espasmos, lo cual, de nuevo, lo pone hecho una fiera.

-¿Perdonar? ¡Jamás! ¡Vete! ¡Fuera, si es para decirme esto! ¡Fuera! Quiero morir sin que me molesten más.

Se ve en Jesús un gesto resignado.

-Adiós, Alfeo. Me voy... ¿No me queda más remedio que irme? Tío... ¿no me queda más remedio que irme?

-Si no haces esto que te pido, sí, vete. Di a esas dos serpientes que su anciano padre muere guardándoles rencor.

-No, esto no, no pierdas tu alma. No me ames, si quieres, no me creas el Mesías... pero no odies, no odies, Alfeo. Ridiculízame, llámame loco... pero no odies.

-Pero, ¿por qué me quieres, si yo te estoy insultando?

-Porque soy eso que tú no quieres reconocer. Soy el Amor. Mamá voy a casa.

-Sí, Hijo mío. Dentro de poco iré yo.

-Te dejo mi paz, Alfeo. Si me necesitas avísame, a cualquier hora, que Yo vendré.

Jesús sale, tranquilo como si no hubiera sucedido nada. Sólo está más pálido.

-¡Oh! Jesús, Jesús. Perdónale - gime María de Alfeo.

-Claro, María. Ni siquiera hay necesidad de hacerlo. A uno que sufre, todo se le perdona. Ahora está ya más calmado. La Gracia obra incluso sin que los corazones lo sepan. Además, está tu llanto Y, por supuesto, el dolor de Judas y Santiago, y su fidelidad a la vocación. Paz a tu acongojado corazón, tía - La besa y sale al huerto para ir a casa.

Cuando está para poner pie en la calle, entran Pedro y, detrás de él, Juan, jadeantes, como quien ha corrido.

-¡Maestro! Pero, ¿qué ha sucedido? Santiago me ha dicho: "Ve corriendo a mi casa. ¿Quién sabe qué trato recibirá Jesús!". ¡No, no es así! Ha entrado Alfeo, el de la fuente, y le ha dicho a Judas: `Jesús está en tu casa", y entonces Santiago ha dicho eso... Tus primos están abatidos. Yo no comprendo nada, pero... te veo... y me siento confortado.

-Nada, Pedro. Un pobre enfermo al que los dolores le hacen ser impaciente. Ya ha terminado todo.

-¡Oh, me alegro! ¿Y tú, por qué estás aquí? - Pedro interpela en tono no muy suave a Judas Iscariote, que también ha venido.

-Me parece que también estás tú.

-Me han pedido que viniera y he venido.

-También yo he venido. Si el Maestro estaba en peligro, y en su patria, yo, que ya lo he defendido en Judea, podía defenderlo también en Galilea.

-Para eso bastamos nosotros. Pero no hay necesidad de ello en Galilea.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Exacto! Su patria lo echa fuera como si se tratase de una comida indigesta. Bien. Me alegro por ti, que te escandalizaste por un pequeño incidente sucedido en Judea, donde no lo conocen. Aquí, sin embargo... - y Judas concluye con un modo de silbar que es un poema de sátira.

-Mira, muchacho. Me siento en pocas condiciones de soportarte. Corta, por tanto, si en algo tienes... algo. Maestro, ¿te han hecho algún daño?

-¡No, hombre, no, Pedro mío! Te lo aseguro. Vamos más deprisa a consolar a mis primos.

Van. Entran en el amplio taller. Judas y Santiago están junto al vasto banco de carpintero: Santiago, en pie; Judas, sentado en un taburete con el codo apoyado en el banco y la cabeza apoyada en la mano. Jesús va hacia ellos sonriente para darles inmediatamente la certeza de que su corazón los ama:

-A1feo está más sereno ahora. Los dolores se están calmando y todo vuelve a sosegarse. Estad tranquilos también vosotros.

-¿Lo has visto? ¿Y a nuestra madre?

-He visto a todos.

Judas pregunta:

-¿También a nuestros hermanos?

-No. No estaban.

-Estaban. No han querido que los vieras. ¡Pero... nosotros! Ni aunque hubiéramos cometido un delito habríamos sido tratados de esa forma. ¡Y nosotros, que volábamos desde Caná por la alegría de volver a verlo y traerle lo que a él le gusta! Lo queremos y... y ya no nos entiende... ya no nos cree.

Judas dobla el brazo y llora con la cabeza sobre el banco. Santiago se muestra más fuerte, pero su rostro manifiesta un interno martirio.

-No llores, Judas. Y tú, no sufras.

-¡Oh! ¡Jesús! Somos hijos... y nos ha maldecido. Pero, aunque esto nos acongoje, no, no volvemos hacia atrás. Somos tuyos, y tuyos seremos, aunque nos amenazaran de muerte para separarnos de ti - exclama Santiago.

-¿Y decías que no eras capaz de heroísmo? Yo lo sabía, pero tú, por ti mismo, ahora lo manifiestas. En verdad, serás fiel incluso contra la muerte. Y tú también.

Jesús los acaricia... pero ellos sufren. El llanto de Judas llena la bóveda de piedra.

Ello me proporciona la manera de ver mejor el alma de los discípu1os.

Pedro, cuyo honesto rostro se manifiesta apenado, exclama:

-¡Claro! Es una cosa dolorosa... Cosas tristes. Pero, muchachos - y les da unos pequeños zarandeos con afecto -, no todos pueden merecer esas palabras... Yo... yo me doy cuenta de que he sido una persona afortunada en mi llamada. Esa buena mujer que es mi esposa me dice siempre: "Es como si hubiera sido repudiada, porque tú ya no eres mío. Pero digo: ¡Oh, dichoso repudio!"'. Decidlo igualmente vosotros. Perdéis un padre, pero ganáis a Dios.

El pastor José, desde su ignorante condición de huérfano, asombrado de que un padre pueda ser motivo de llanto, dice:

-Creía ser el más infeliz porque me falta el padre. Me doy cuenta de que es mejor llorarlo por muerto que por enemigo.

Juan se limita a besar y a acariciar a los compañeros.

Andrés suspira y calla. Se consume por el deseo de hablar, pero, como si de una mordaza se tratara, su timidez se lo impide.

Tomás, Felipe, Mateo, Natanael hablan bajo en un rincón, con el respeto propio de quien se encuentra ante un dolor verdadero. Santiago de Zebedeo ora, apenas perceptiblemente, para que Dios conceda paz.

Simón Zelote - ¡oh, cuánto me agrada su acto! - deja su rincón y viene junto a los dos afligidos, pone una mano sobre la cabeza de Judas, el otro brazo en torno a la cintura de Santiago, y dice:

-No llores, hijo. Él nos lo había dicho a mí y a ti: "Os uno: a ti, que por mí pierdes un padre; a ti, que tienes corazón de padre sin tener hijos". Y no entendimos cuánto había de profecía en esas palabras. Pero Él sabía. Pues os lo ruego: Soy viejo y siempre he soñado con ser llamado "padre"; aceptadme como tal y yo, mañana y tarde, os bendeciré. Os lo ruego: Aceptadme como tal.

Los dos hacen un gesto de aceptación entre sollozos aún más fuertes.

Entra María y corre hasta donde los dos afligidos. Acaricia la cabeza (de un moreno intenso) de Judas, y a Santiago lo acaricia en la mejilla. Está blanca como una azucena.

Judas le toma la mano y la besa, y pregunta: «Qué hace?». «Duerme, hijo. Vuestra madre os manda su beso» y los besa a ambos.

La voz áspera de Pedro se deja oír bruscamente:

-Mira, ven aquí un momento, que quiero decirte una cosa - y veo a Pedro que aferra con su robusta mano un brazo de Judas Iscariote y se lo lleva afuera, a la calle; y luego vuelve solo.

-¿A dónde lo has mandado? - pregunta Jesús.

-¿A dónde? A tomar el aire; si no, acababa dándole yo el aire de otra manera... cosa que no he hecho por atención a ti. ¡Ah!..., ¡ahora se está mejor! Quien se ríe ante un dolor es un áspid, y yo a las serpientes las aplasto... Aquí estás Tú... y por eso lo he mandado sólo a la luz de la luna. No digo que no... pero... yo llegaré incluso a ser un escriba, cosa que sólo Dios puede hacer en mí, que apenas sé que estoy en el mundo... pero él ni con la ayuda de Dios será bueno. Te lo asegura Simón de Jonás. Y no me equivoco. ¡No, no te lo tomes a mal! ¡Qué gran alivio para él el librarse de esta tristeza! Su corazón está más reseco que un adoquín bajo el sol de Agosto. ¡Venga, muchachos! Aquí hay una Madre que más dulce que Ella no la tiene ni siquiera el Cielo, aquí hay un Maestro que es más bueno que todo el Paraíso, aquí hay muchos corazones honestos que os aman sinceramente. Las borrascas benefician, hacen caer el polvo. Mañana estaréis más frescos que unas flores, os sentiréis más ligeros que los pájaros, para seguir a nuestro Jesús».

Y en estas simples y buenas palabras de Pedro todo finaliza.

Luego dice Jesús:

«Después de esta visión pondrás la que te di en la primavera de 1944, aquella en que Yo pedía a mi Madre sus impresiones sobre los apóstoles. Llegados a este punto, sus figuras morales han dado ya suficientes destellos para poder poner aquí esa visión sin crear escándalo en nadie. Yo no necesitaba el consejo de nadie. Pero, cuando estábamos solos, mientras los discípulos estaban acá o allá, en familias amigas o por los caseríos cercanos, durante mis estancias en Nazaret, ¡qué dulce me era el hablar y pedir consejo a mi dulce Amiga, mi Madre, y obtener confirmación, de su boca de gracia y sabiduría, en cuanto ya había visto Yo! No he sido nunca sino "el Hijo" para con Ella. Y entre los nacidos de mujer no hubo una madre más "madre" que Ella, en todas las perfecciones de las maternas virtudes humanas y morales, ni hubo hijo más "hijo" que Yo, en el respeto, en la confianza, en el amor.

Y ahora, que también vosotros habéis tenido un mínimo de trato con los Doce, de conocimiento de sus virtudes y de sus defectos, de su carácter, de sus luchas, ¿hay todavía alguno que diga que me fue fácil unirlos, elevarlos, formarlos? ¿Hay todavía alguno que juzgue fáci1 la vida del apóstol, y, por ser un apóstol, o sea, frecuentemente, por creerse tal, juzgue tener derecho a una vida llana, sin dolores, obstáculos, derrotas? ¿Hay todavía alguno que, por el hecho de que me sirva, pretenda que Yo sea su siervo, y que haga milagros sin interrupción en favor suyo, haciendo de su vida una alfombra florida, fácil, humanamente gloriosa? Mi camino, mi trabajo, mi servicio es la cruz, el dolor, las renuncias, el sacrificio. Yo lo hice, háganlo quienes quieren decirse "míos". Esto no va para los Juanes, sino para los doctores insatisfechos y difíciles.

Y digo, para los doctores de la argucia, que he usado el término "tío" y "tía", inusitado en las lenguas palestinas, para aclarar y definir una irrespetuosa cuestión sobre mi condición de Unigénito de María y sobre la Virginidad "pre" y "post" parto de mi Madre, quien me tuvo por espiritual y divino connubio y, repítase una vez más, no conoció otras uniones, ni tuvo otros partos: carne inviolada, la cual ni siquiera Yo laceré, cerrada sobre el misterio de un seno-tabernáculo, trono de la Trinidad y del Verbo Encarnado.

## 101

## Jesús pregunta a su Madre acerca de los discípulos

Ahora veo - aproximadamente dos horas después de la anteriormente descrita - la casa de Nazaret. Reconozco la pequeña habitación del adiós, que da al huerto, donde ahora plantas y árboles están completamente cubiertos de frondas.

Jesús está con María. Sentados el uno junto al otro en el asiento de piedra que está adosado a la casa. Parece que la cena ya ha tenido lugar y que, mientras los otros - si hay otros (yo no veo a ninguno) - se han retirado, Madre e Hijo se deleitan mutuamente en una dulce conversación.

La voz interna me dice que ésa es una de las primeras veces que Jesús vuelve a Nazaret después del Bautismo, después del ayuno del desierto y, sobre todo, de la constitución del Colegio Apostólico.

Él narra a su Madre sus primeras jornadas de evangelización, las primeras conquistas de corazones.

María está pendiente de los labios de su Jesús. Está más delgada, más pálida, como si hubiera sufrido en este tiempo; bajo sus ojos se han excavado dos sombras, como las de quien mucho llora y piensa. Pero ahora está feliz y sonríe. Sonríe acariciando la mano de su Jesús. Se siente feliz de tenerlo ahí, de estar corazón a corazón con Él, en el silencio de la tarde que cae.

Debe de ser verano, porque ya la higuera tiene sus primeros frutos maduros, que llegan incluso hasta la casa, y Jesús, poniéndose en pie, coge algunos de ellos; los más hermosos se los da a su Madre, pelándolos con cuidado y ofreciéndolos en una corona de piel vuelta como si fueran capullos blancos estriados de rojo, en una corola de pétalos: cándidos, dentro; violáceos, fuera. Los ofrece sobre la palma de su mano y sonríe al ver que su Madre los saborea.

Luego, a quemarropa, le pregunta:

-Mamá, ¿has visto a los discípulos? ¿Qué piensas de ellos?

María, que iba a llevarse a la boca el tercer higo, levanta la cabeza, suspende el gesto, se estremece... mira a Jesús.

-¿Qué piensas de ellos, ahora que te los he dado a conocer a todos? - insta Jesús.

-Creo que te quieren y que podrás conseguir mucho de ellos. Juan... ama a Juan como sabes amar. Es un ángel. Yo estoy tranquila cuando pienso que está contigo. También Pedro... es bueno. Más duro, porque es más anciano, pero genuino y

convencido. Y también su hermano. Ellos te quieren tal y como son capaces de hacerlo, por ahora. Más adelante te querrán más. También nuestros primos, ahora que se han convencido, te serán fieles. Pero, el hombre de Keriot... ése no me gusta, Hijo. Su mirada no es límpida y su corazón menos aún; me da miedo.

-Contigo es todo respeto.

-Demasiado respeto. También contigo es todo respeto. Pero no es por ti como Maestro; es por ti como futuro Rey, de quien espera provecho y lustre. En Keriot no era nada, apenas un poco más que los demás. Espera obtener a tu lado un papel de importancia y... ¡Jesús!, no quiero ofender a la caridad, pero pienso, aunque no quiero pensarlo, que, en el caso de que Tú lo defraudes, él no dudará en suplantarte, en tratar de hacerlo. Es ambicioso, ávido y vicioso. Más apto para ser cortesano de un rey terreno que no apóstol tuyo, Hijo mío. Me da miedo! - Y la Mamá mira a su Jesús con dos ojos asustados en su cara pálida.

Jesús suspira. Piensa. Mira a su Madre. Le sonríe para animarla;

-Esto también es necesario, Mamá. Si no fuera él, sería otro. Mi Colegio tiene que representar al mundo, y, en el mundo, no todos son ángeles, ni todos son del temple de Pedro y Andrés. Si eligiera todas las perfecciones, ¿cómo podrían las pobres almas enfermas atreverse a esperar hacerse mis discípulas? Yo he venido a salvar lo perdido, Mamá. Juan de por sí está salvado. Pero, ¿cuántos no lo están!

-No tengo miedo de Leví. Él se ha redimido, porque se ha querido redimir. Ha dejado su pecado junto con su banco de tasador y se ha transformado en un alma nueva para ir contigo. Pero Judas de Keriot, no; es más, el orgullo hace cada vez más suya su vieja alma fea. Pero Tú sabes estas cosas, Hijo. ¿Por qué me las preguntas? Yo no puedo hacer más que orar y llorar por ti. Tú eres el Maestro, maestro también de tu pobre Mamá.

La visión cesa aquí.

## 102

## Encuentro con el ex pastor Jonatán y curación de Juana de Cusa

Los discípulos están detrás, cenando, en el espacioso taller de José. El banco hace de mesa. Todo lo que se requiere para la cena está encima del banco. Pero veo que el taller es también dormitorio. Sobre los otros dos tablones del carpintero hay esteras que los convierten en lechos. Unas yacijas bajas (esteras sobre cañizos) han sido colocadas al pie de las paredes. Los apóstoles hablan entre sí y con el Maestro.

-¿Entonces es verdad que vas a subir al Líbano? - pregunta Judas Iscariote.

-No prometo nunca si luego no voy a mantener, y en este caso lo he prometido dos veces: a los pastores y a la nodriza de Juana de Cusa. He esperado los cinco días que le había dicho y he añadido aún hoy por prudencia. Pero ahora parto. En cuanto salga la Luna nos pondremos en marcha. Será un largo camino, aunque usemos la barca hasta Betsaida. No obstante, será para mi corazón motivo de gozo saludar también a Benjamín y a Daniel. Ya ves qué almas tienen los pastores. ¡Oh!, merece la pena ir a honrarlos; efectivamente, ni siquiera Dios mengua honrando a un siervo suyo, antes bien acrecienta su justicia.

-¡Con este calor!... piensa lo que haces. Lo digo por ti.

-Las noches son ya menos sofocantes. El sol aún durante un poco está en León, y las tormentas hacen menos abrasador el calor. Y, además, os lo repito: no obligo a nadie a venir. Todo espontáneo en mí y en torno a mí. Si tenéis otras ocupaciones o si os sentís cansados, quedaos. Nos volveremos a ver después.

-Eso, Tú lo has dicho. Yo tendría que ocuparme de asuntos de mi casa. Llega el tiempo de la vendimia y mi madre me había rogado que viera a algunos amigos... Ya sabes, yo soy, en el fondo, el cabeza de familia; quiero decir que soy el hombre de mi familia.

Pedro barbotea:

-Menos mal que se acuerda de que la madre es siempre la primera después del padre.

Judas, bien porque no oiga, bien porque no quiera oír, no muestra entender el barboteo, que, por lo demás, Jesús frena con una mirada, mientras Santiago de Zebedeo, sentado al lado de Pedro, le da un tirón de la túnica para que se calle.

-Ve, Judas, ¿cómo no? Es más, debes ir. No se debe desobedecer a la madre.

-Entonces me voy enseguida, con tu permiso. Estaré en Naím con tiempo para encontrar todavía alojamiento. Adiós, Maestro; adiós, amigos.

-Sé amigo de la paz, y merece tener siempre a Dios contigo. Adiós - dice Jesús, mientras los demás se despiden de él al unísono. No se ve mucha pena al verlo partir; más bien lo contrario... Pedro, quizás por temor a que Judas se arrepienta, le ayuda a apretar los cordones de su talego y a metérselo en bandolera, le acompaña hasta la puerta del taller (que ya estaba abierta, como la otra que da al huerto - sin duda para ventilar la habitación agobiante después de un día tórrido -), está en la puerta mirándolo marcharse y, cuando lo ve que realmente se aleja, hace un gesto de alegría y de irónico adiós, y vuelve frotándose las manos. No dice nada... ya ha dicho todo. Alguno que ha visto lo sucedido se ríe disimuladamente.

Pero Jesús no lo advierte, porque está escrutando a su primo Santiago, el cual se ha puesto colorado y se ha entristecido, dejando de comer sus aceitunas. Le pregunta:

-¿Qué te pasa?

-Has dicho: "No se debe desobedecer a la madre...". ¿Y nosotros, entonces?

-No sientas escrúpulo. En general se debe hacer así, cuando no se es más que hombre e hijo de una carne; pero, cuando se ha adquirido otra naturaleza y otra paternidad, no. Deben seguirse las prescripciones y deseos de ésta, que es más alta. Judas ha llegado antes de ti y antes que Mateo... pero aún está muy atrás; es necesario que se forme, y lo hará muy lentamente.

Tened caridad con él; ¡ten caridad, Pedro! Yo lo comprendo... pero te digo: ten caridad. Soportar a las personas molestas es una virtud nada común. Úsala.

-Sí, Maestro... pero, cuando lo veo tan... tan... Bien, cállate, Pedro, total... Él entiende... tengo la impresión de ser una vela que está demasiado tirante por el viento... Crujo, me hace crujir este esfuerzo, y se me rompe siempre algo... Ahora bien, Tú sabes, bueno... no sabes, porque como barquero no vales nada... Por tanto te lo digo yo: si a una vela, por demasiada tensión, se le rompen todas las amarras, te juro que le da un voleo tal al inexperto barquero, que lo atonta... Bueno, pues yo siento que... corro el riesgo de que se me rompan todos los lazos... y entonces... Es mejor, sí, que de vez en cuando se vaya él. Así la vela, faltándole el viento, se calma, y a mí me da tiempo de reforzar las amarras.

Jesús calla y menea la cabeza, compadeciendo al justo y fogoso Pedro.

Un estrépito de cascos herrados y un vocerío de chicos llega de fuera.

-¡Aquí es! ¡Aquí es! ¡Para, hombre!

Y, antes de que Jesús y sus discípulos encuentren una explicación, ante el vano de la puerta se presenta el cuerpo oscuro de un caballo humoso de sudor, y baja un hombre; éste se apresura a entrar como un bólido y se postra a los pies de Jesús besándoselos con veneración.

Todos miran asombrados.

-¿Quién eres? ¿Qué quieres?

-Jonatán soy.

Responde un grito de José, que, por estar sentado detrás del alto banco, y por lo fulminante de la llegada, no ha podido reconocer al amigo. El pastor corre hasta el hombre postrado:

-¡Tú! ¡Si eres tú!...

-Sí. Adoro a mi adorado Señor. Treinta años de esperanza - ¡oh, larga espera! -, que florecen ahora como flor solitaria de agave; y florecen en un instante, en un éxtasis beato, más beato aún que aquél, lejano. ¡Oh, mi Salvador!

Mujeres, niños y algún hombre, entre los cuales el buen Alfeo de Sara, que tiene todavía un pedazo de pan y queso en la mano, se arremolinan en la entrada y hasta dentro de la espaciosa estancia.

-Álzate, Jonatán. Iba a ir a buscarte, como también a Benjamín y Daniel...

-Lo sé...

-Álzate, para darte el beso que ya he dado a tus compañeros - Le obliga a levantarse y lo besa.

-Lo sé -repite el fornido anciano, de buen porte y buena vestimenta - Lo sé. Ella tenía razón. No era delirio propio de uno que está muriendo. ¡Oh, Señor Dios! ¡Cómo ve el alma y cómo te oye, cuando Tú la llamas! - Jonatán está emocionado.

Pero se repone. No pierde su tiempo. Activo, a pesar de su actitud adorante, se centra en su objetivo:

-Jesús, Salvador y Mesías nuestro, he venido a rogarte que vengas conmigo. He hablado con Ester y me ha dicho... Pero antes, antes Juana había hablado contigo y me había dicho... ¡Oh, no os burléis de un hombre dichoso, vosotros que escucháis, dichoso y angustiado hasta obtener tu "Voy"! Ya sabes que estaba de viaje con la patrona moribunda. ¡Qué viaje! De Tiberíades a Betsaida fue bueno; pero luego, dejada la barca y tomado un carro, a pesar de haberlo acondicionado lo mejor que podía, fue una tortura. Se viajaba despacio y de noche, pero ella sufría. En Cesárea de Filipo estuvo a punto de morir de los vómitos de sangre. Nos detuvimos... A la tercera mañana, hace siete días, me manda llamar. De lo blanca y agotada que estaba, parecía ya muerta. Pero cuando la llamé abrió sus dulces ojos de gacela agonizante y me sonrió. Me indicó con la manita helada que me curvase - porque tiene sólo un hilo de voz - y me dijo: “Jonatán, llévame a casa; pero inmediatamente". Era tan grande el esfuerzo de su orden - ella que es siempre más dulce que una buena niña - que se le colorearon las mejillas y, durante un momento, recobraron el fulgor sus ojos. Continuó diciéndome: "He soñado con mi casa de Tiberíades. Dentro estaba Uno con rostro de estrella, alto, rubio, con ojos de cielo y una voz más dulce que sonido de arpa. Me decía: “Yo soy la Vida. Ven. Vuelve. Te espero para dártela”. “Quiero ir". Yo decía: "¡Pero, patrona!... ¡No puedes! ¡Estás mal! Ahora, cuando estés mejor, veremos". Lo consideraba delirio de moribundo. Pero ella se echó a llorar y luego... - es la primera vez que lo ha dicho en estos seis años que la tengo como patrona; e incluso, de ira, se sentó (ella, que no tiene fuerzas para nada) – y luego me dijo: "Siervo, lo quiero. Yo soy tu patrona. ¡Obedece!"; y cayó envuelta en sangre. Creí que moría... y me dije: "Démosle gusto. ¡Muerte por muerte!... No sentiré el remordimiento de no haberla complacido al final, después de haber querido hacerlo siempre". ¡Qué viaje! No quería descansar ella, aparte de las horas entre tercia y sexta. He agotado a los caballos para abreviar. Hemos llegado a Tiberíades esta mañana a la hora de nona. Ester me ha referido... Entonces he entendido que eras Tú quien la había llamado, porque coincidían la hora y el día en que Tú prometías un milagro a Ester y te aparecías al espíritu de mi patrona. Ha querido proseguir en cuanto fue la hora de nona, y a mí me ha mandado adelante... ¡oh, Salvador mío!

-Voy enseguida. La fe merece premio. Quien me desea me tiene. Vamos.

-Espera. He arrojado mientras venía una bolsa a un joven, diciendo: "Tres, cinco, los asnos que queráis, si no tenéis caballos; rápido a la casa de Jesús". Estarán para llegar. Así abreviaremos. Espero encontrarla cerca de Caná. Si al menos...

-¿Qué, Jonatán?

-Si al menos estuviera viva…

-Viva está. Pero, aunque estuviese muerta, Yo soy Vida. 'Aquí está mi Madre.

La Virgen, avisada sin duda por alguien, efectivamente está acudiendo seguida de María de Alfeo.

-Hijo, ¿te vas?

-Sí, Madre. Voy con Jonatán. Ha venido. Sabía que podría dártelo a conocer. Por eso he esperado un día más.

Jonatán ha expresado primero un profundo saludo con los brazos cruzados sobre el pecho. Ahora se arrodilla y realza ligeramente la túnica de Maria y besa su borde diciendo:

-¡Saludo a la Madre de mi Señor!

Alfeo de Sara dice a los curiosos:

-¿Qué decís a esto? ¿No deberíamos avergonzarnos de ser sólo nosotros quienes no tenemos fe?

Un estrépito numeroso de cascos se oye en la calle. Son los borricos. Creo que son todos los de Nazaret; y son tantos, que bastarían para un escuadrón. Mientras Jonatán escoge los mejores y contrata, pagando sin escatimar, y toma consigo a dos nazarenos con otros borricos (por miedo a que algún animal, por el camino, pierda las herraduras, y para que puedan volver con toda esta rebuznadora caballería asnal), María y la otra María ayudan a cerrar sacos y talegos.

María de Alfeo dice a sus hijos:

-Dejaré aquí vuestras camas, y las acariciaré... Me parecerá estaros acariciando a vosotros. Sed buenos, dignos de Jesús, hijos... y yo... yo me sentiré feliz...» y mientras dice esto vierte gruesos lagrimones.

María ayuda por su parte a su Jesús, y lo acaricia con amor, haciendo mil recomendaciones y encargos para los otros dos pastores libaneses - porque Jesús declara que no volverá antes de encontrarlos.

-Se ponen en marcha. Ha caído la tarde y el cuarto creciente de la Luna se alza ahora. A la cabeza va Jesús con Jonatán; detrás, todos los demás. Mientras están en la ciudad van al paso, porque la gente se arremolina. Pero, en cuanto salen, van al trote, en una caravana sonora de cascos y cascabeles.

-Está en el carro con Ester - explica Jonatán. ¡Oh, patrona mía! ¡Qué alegría, hacerte feliz! ¡Llevarte a Jesús! ¡Oh, mi Señor! ¡Tenerte aquí, a mi lado! ¡Tenerte!... Tienes justamente el rostro de estrella que ella te ha visto, y eres rubio y con ojos de cielo, y tu voz es realmente un sonido de arpa... ¡Oh, pero tu Madre!... ¿La vas a llevar a la patrona un día?

-Irá la patrona a Ella. Serán amigas.

-¿Sí?... Sí, puede serlo. Juana está casada y ha sido madre, pero tiene un alma pura como una virgen. Puede estar junto a María bendita.

Jesús se vuelve por una fresca carcajada de Juan, seguida de la de todos los demás.

-Quien provoca la risa soy yo, Maestro. En la barca me siento más seguro que un gato... ¡pero, aquí encima!... ¡Parezco una cuba dejada a su aire sobre el puente de un navío en manos del ábrego! - dice Pedro.

Jesús sonríe y lo anima, prometiendo concluir pronto la trotada.

-No es nada. Si los muchachos se ríen, no es nada malo. Vamos, vamos a llevar la felicidad a esta buena mujer.

Jesús se vuelve una vez más por otra explosión de risas.

Pedro exclama:

-No, esto no te lo digo, Maestro. Y.. ¿por qué no? Sí que lo digo. Estaba diciendo: "nuestro supremo ministro se va a tirar de los pelos, al saber que ha faltado justo cuando se podía pavonear con una dama". Y ellos se ríen. De todas formas es así. Estoy seguro de que, si se lo hubiera imaginado, no hubiera tenido viñas paternas que tutelar.

Jesús no rebate.

Se recorre rápido el camino sobre estos borriquillos bien nutridos. Con el claro de luna dejan atrás Caná.

-Si me permites, te precedo. Paro el carro. Los movimientos bruscos la hacen sufrir mucho.

-Ve, sí.

Jonatán pone el caballo al galope.

Siguen y siguen bajo la luz blanca de la Luna. Luego... la forma oscura de un voluminoso carro cubierto, parado en el borde del camino. El asno en que va Jesús, instigado por Él, alcanza un pequeño galope sesgado. Jesús llega al carro. Se apea.

-¡El Mesías! - anuncia Jonatán.

La anciana nodriza se arroja del carro al camino, del camino al polvo.

-¡Oh, sálvala! Se está muriendo.

-Aquí estoy.

Y Jesús sube al carro, donde hay, extendido, un considerable número de almohadones y sobre ellos un cuerpo exiguo. Hay un farolito en un ángulo, y copas y ánforas. Y una joven criada llorando, que está secando el sudor helado de la moribunda. Jonatán acude con uno de los faroles del carro.

Jesús se inclina hacia la mujer decaída, verdaderamente moribunda. No hay diferencia entre el candor del vestido de lino y la palidez, incluso ligeramente azulada, de las manos y del rostro esqueléticos. Sólo las pobladas cejas y las largas pestañas negrísimas proporcionan un color a ese rostro de nieve. Ni siquiera tiene ya ese rojo infausto de los tísicos en los pómulos descarnados. Los labios, semiabiertos por el respiro dificultoso, son apenas una sombra de un rosa violáceo.

Jesús se arrodilla a su lado y la observa. La nodriza le coge una mano y la llama, pero el alma, ya en los umbrales de la vida, no oye nada.

Habiendo llegado los discípulos y los dos jóvenes de Nazaret, se agolpan en torno al carro.

Jesús pone una mano sobre la frente de la moribunda, la cual un momento abre los ojos nublados y vagos para volver a cerrarlos luego.

-Ya no oye nada - gime la nodriza. Y llora con más fuerza.

Jesús hace un gesto:

-Madre, oirá. Ten fe.

Y luego llama:

-¡Juana! ¡Juana! ¡Soy Yo! Soy Yo quien te llama. Soy la Vida. Mírame. Juana.

La moribunda abre con una mirada más viva sus grandes ojos negros, y mira al rostro que hacia ella se ha inclinado. Manifiesta un movimiento de alegría y una sonrisa. Mueve despacio los labios: una palabra que no llega a adquirir sonido.

-Sí, Yo soy. Has venido y Yo he venido, a salvarte. ¿Puedes creer en mí?

La moribunda asiente con la cabeza. Toda la vitalidad está concentrada en la mirada (como también toda la palabra, no pudiendo expresarla de otra manera).

-Pues bien (Jesús, aunque permanezca de rodillas y con la izquierda sobre la frente de ella, se endereza y toma el aspecto de milagro), pues bien, Yo lo quiero, queda curada, levántate.

Quita la mano y se alza en pie.

Una fracción de minuto y Juana de Cusa, sin ningún tipo de ayuda, se sienta, emite un grito, y se arroja a los pies de Jesús gritando con voz fuerte y dichosa:

-¡Oh, amarte, mi Vida! ¡Para siempre! ¡Tuya! ¡Para siempre tuya! ¡Nodriza! ^Jonatán! ¡Estoy curada! ¡Rápido! ¡Corred a decírselo a Cusa! ¡Que venga a adorar al Señor! ¡Oh, bendíceme, sigue haciéndolo, sigue, sigue! ¡Oh, mi Salvador! - Llora y ríe besando los indumentos y las manos de Jesús.

-Te bendigo, sí. ¿Qué más quieres que te haga?

-Nada, Señor. Sólo quererme y dejar que yo te quiera.

-¿Y no querrías un niño?

-¡Oh, un niño!... En tus manos lo dejo, Señor. Yo te abandono todo: mi pasado, mi presente, mi futuro. Te debo todo, todo te doy. Da Tú a tu sierva lo que consideres mejor.

-Entonces, la vida eterna. Sé feliz. Dios te ama. Yo me marcho. Te bendigo y os bendigo.

-No, Señor. Quédate un tiempo en mi casa, que ahora es realmente rosal florido. Permíteme que vuelva a ella contigo... ¡Dichosa de mí!

-Voy. Pero tengo a mis discípulos.

-Mis hermanos, Señor. Juana tendrá, tanto para ellos como para ti, comida y bebida, y todo tipo de refrigerio. ¡Concédemelo.

-Vamos. Que se vuelvan los burros, seguidnos a pie. El camino ya es poco. Iremos lentamente para que podáis seguirnos. Adiós, Ismael y Aser. Despedidme una vez más de mi Madre y de mis amigos.

Los dos nazarenos, estupefactos, parten con sus rebuznadores asnos, mientras el carro emprende el retorno con su carga de alegría, ahora. Detrás van los discípulos en grupo comentando el hecho.

Y todo termina.

## 103

## En los altos del Líbano, donde los pastores Benjamín y Daniel

Jesús camina al lado de Jonatán siguiendo un terraplén verde y por tanto, umbroso. Detrás van los apóstoles hablando entre sí. Pedro separándose de ellos, se adelanta, y, franco como siempre, pregunta a Jonatán:

-¿Pero no era más rápido el camino que va a Cesárea de Filipo? Hemos cogido éste y... ¿cuándo vamos a llegar? ¡Tú con la patrona has ido por aquél!

-Con una enferma, me he atrevido a todo. Date cuenta de que yo soy de un cortesano de Antipas, y Filipo, después de aquel sucio incesto no ve muy bien a los cortesanos de Herodes... Mira, no es por mí por quien temo. Lo que no quiero es crearos dificultades ni enemigos, y menos aún al Maestro. La Tetrarquía de Filipo tiene necesidad de la Palabra, como la tiene la de Antipas; si os odian, ¿cómo podéis…? A1 regreso, si lo veis conveniente, vais por ese camino.

-Alabo tu prudencia, Jonatán. Pero al regreso tengo intención de pasar hacia las tierras fenicias - dice Jesús.

-Están envueltas en las tinieblas del error.

-Tocaré frontera, para recordarles que hay una Luz.

-¿Crees que Filipo se desquitaría en un siervo del perjuicio que le ha causado su hermano?

-Sí, Pedro. Son iguales. Dominados por todos los más bajos instintos, no hacen distinción. Parecen animales y no hombres, créelo.

-Y, sin embargo, teniendo en cuenta que Juan, hablando en nombre de Dios, ha hablado también en su nombre y favor, debería estimarnos, o sea, estimarlo a Él, que es pariente de Juan.

-No os preguntaría ni siquiera de donde venís, ni quiénes sois, viéndoos conmigo - si me reconociera, o si algún enemigo de la casa de Antipas me señalara como siervo de su Procurador - seríais encarcelados inmediatamente. ¡Si supierais cuánto fango hay tras las vestiduras de púrpura! Venganzas, atropellos, delaciones, lujurias y hurtos son la pasta de su alma. ¿Alma?... ¡bien!, llamémosla así. Yo creo que ya no tienen alma. Vosotros mismos podéis verlo: para bien, pero... ¿por qué ha recobrado Juan la libertad? Por una venganza entre dos oficiales de la Corte. Uno, para quitarse de en medio al otro tan favorecido por Antipas, que tenía a Juan en custodia -, por una suma abrió de noche el calabozo... Yo creo que atontó a su rival con un vino drogado, y a la mañana siguiente... el desdichado pagó con su cabeza la evasión del Bautista. Te digo que es un asco.

-¿Y tu patrón está de acuerdo? Me parece bueno.

-Lo es. Pero no puede actuar de otro modo. Su padre y el padre de su padre fueron de la Corte de Herodes el Grande. El hijo lo ha tenido que ser por fuerza. No lo aprueba, pero no puede más que limitarse a mantener a su mujer lejos de esa corte de vicios.

-¿Y no podría decir "me das asco" y marcharse?

-Podría, pero, a pesar de que sea muy bueno, todavía no es capaz de tanto. Eso significaría casi ciertamente la muerte. Y ¿quién quiere morir por honestidad de espíritu llevada a su punto más alto? Un santo como el Bautista. Pero nosotros... ¡pobrecillos!

Jesús, que los ha dejado hablar entre sí, interviene:

-Dentro de no mucho, en todo lugar de la tierra conocida, el número de los santos contentos de morir por esta honestidad hacia la Gracia y por amor a Dios será denso como flores en un prado abrileño.

-¿Sí? Me gustaría saludar a estos santos y decirles: "¡Rogad por el pobre Simón de Jonás!" - dice Pedro.

-Jesús lo mira fijo y sonriente.

-¿Por qué me miras así?

-Porque tú, prestándoles auxilio, los verás, y los verás cuando te lo presten a ti.

- ¿En qué, Señor?

-Para ser la Piedra consagrada por el Sacrificio, sobre la que se celebre y edifique mi Testimonio.

-No te entiendo.

-Entenderás.

Los otros discípulos, que se habían acercado y que han escuchado, cuchichean entre sí.

Jesús se vuelve:

-En verdad os digo que todos seréis probados con uno u otro suplicio: por ahora, el de la renuncia a las comodidades, a los afectos, a las cosas útiles; luego irá siendo una cosa cada vez más vasta, hasta llegar a aquella, excelsa, que os ciña con una diadema inmortal. Sed fieles. Todos vosotros lo seréis. Y obtendréis esto.

-¿Nos matarán los judíos, el Sanedrín acaso, por nuestro amor a ti?

-Jerusalén lava los umbrales de su Templo con la sangre de sus Profetas y sus Santos. Y también el mundo espera ser lavado... Abundan los templos de dioses horrendos. En un futuro serán templos del Dios verdadero y la lepra del paganismo quedará purificada con el agua lustral de la sangre de los mártires.

-¡Oh! ¡Dios Altísimo! ¡Señor! ¡Maestro! ¡Yo no soy digno de tanto!

-¡Soy débil! ¡Le temo al dolor! ¡Oh! ¡Señor!... 0 despide a tu inútil siervo, o dame fuerza. No querría menoscabar tu imagen, Maestro, con mi ruindad». - Pedro se ha arrojado a los pies del Maestro y le está suplicando verdaderamente con el corazón en la voz.

-Álzate, mi Pedro. No temas. Todavía mucho has de caminar... y llegará la hora en que no quieras sino cumplir el último esfuerzo. Y entonces tendrás todo, del Cielo y de ti mismo. Yo te estaré mirando admirado.

-Tú lo dices... y yo lo creo. ¡Pero soy un tan pobre hombre!

Se ponen de nuevo a caminar...

... y después de una buena interrupción, cuando ya se ha dejado la llanura para encumbrarse hasta la parte alta de un monte boscoso y progresivamente elevado, continúo viendo. Ni siquiera debe ser el mismo día, porque, mientras antes de la interrupción la mañana era ya tórrida, ahora apenas empieza una hermosa aurora que enciende, en todos los tallitos, pequeños diamantes líquidos. Bosques y más bosques de coníferas han quedado abajo, pero sigue habiendo bosques arriba, dominadores desde lo alto, bosques que como verdes catedrales acogen entre sus intercolumnios a los peregrinos incansables.

Este Líbano es verdaderamente una cadena estupenda. No sé si es Líbano todo el complejo o este monte sólo. Sé que veo sierras boscosas erguirse en nudo alto y enredado de crestas y barrancos, de valles y mesetas a lo largo de las cuales discurren, para luego precipitarse abajo, torrentes que parecen cintas de plata ligeramente verde-azul. Aves de todo tipo llenan de cantos y vuelos los bosques de coníferas, que son todo un perfume de resinas en esta hora matutina. Volviendo la mirada hacia abajo - mejor, hacia occidente -, se ve lejos reír el mar, amplio, quieto, solemne, y toda la costa que se extiende hacia el Norte, hacia el Sur, con sus ciudades, sus puertos y los raros cursos de agua que desembocan en el mar y que dibujan, apenas, una coma luciente sobre la tierra árida (con la poca agua suya que el sol del verano seca) y un signo amarillento de dedo en el azul del mar.

-Son hermosos estos lugares -observa Pedro.

-Y no hace tampoco mucho calor - dice Simón.

-Con estos árboles, el sol molesta poco... - añade Mateo.

-¿Han cogido de aquí los cedros del Templo? - pregunta Juan.

-De aquí. Son éstos los bosques que dan las maderas más bellas. El patrón de Daniel y Benjamín tiene muchísimos, además de tener ricos rebaños. Sierran los árboles en el propio lugar y luego los transportan hacia abajo por aquellas acanaladuras o a fuerza de brazos. Trabajo difícil cuando los troncos deben ser usados enteros, como fue el caso del Templo. No obstante, paga bien y hay muchos a su servicio; además es bastante bueno. No es como el feroz Doras.

-¡Pobre Jonás! - responde Jonatán.

-¿Pero cómo es posible que los que están a su servicio sean casi esclavos? Cuando le dije: "Déjale plantado y ven con nosotros, que Simón de Jonás podrá ofrecerte en el peor de los casos un pan", me respondió: "No puedo si no pago mi rescate". ¿Qué historia es ésta?

-Doras - y no sólo él en Israel - habitualmente hace esto: cuando ve que uno que está a su servicio es bueno, lo conduce con aguda astucia a la esclavitud. Le carga en cuenta falsas sumas que el pobre hombre no puede pagar; cuando la suma es suficiente, dice: "Tú eres esclavo mío por deudas".

-¡Qué vergüenza! ¡Y además es fariseo!

-Sí. Jonás mientras tuvo ahorros pudo pagar... luego... Un año el granizo, otro la sequía, el trigo y la uva dieron poco, Doras multiplica el daño por diez... y otra vez por diez. Posteriormente Jonás cayó enfermo debido al excesivo trabajo. Doras le prestó la suma necesaria, pero quiso el doce por uno. Como Jonás no lo tenía, añadió esto al resto. En pocas palabras: pasados unos años, se había acumulado una deuda que le hizo esclavo; y jamás lo dejará marcharse... siempre encontrará otras disculpas y otras deudas... - Jonatán esta triste pensando en su amigo.

-¿Y tu patrón no podía...?

-¿Qué? ¿Hacer que lo trataran como a un ser humano? ¿Pero quién se enfrenta a los fariseos? Doras es uno de los más poderosos: creo que incluso es pariente del Sumo Sacerdote... A1 menos eso se dice. Una vez, cuando le dieron de palos a Jonás hasta dejarlo exánime, y yo lo supe, lloré tanto, que Cusa me dijo: "Pago yo su rescate por hacerte feliz". Pero Doras se le rió delante de su cara y no aceptó nada. ¡Ése!... tiene los campos más ricos de Israel... pero, te lo juro, han sido abonados con la sangre y las lágrimas de sus siervos.

Jesús mira a Simón Zelote y éste mira a Jesús. Ambos están apenados.

-¿Y este de Daniel es bueno?

-A1 menos, humano. Quiere, pero no oprime, y, dado que los pastores son honestos, los trata con amor; son los que mandan en los pastos. A mí me conoce y me respeta porque soy un doméstico de Cusa y… podría serle útil... Pero, Señor, ¿por qué el hombre es tan egoísta?

-Porque el amor fue estrangulado en el Paraíso Terrenal. Yo vengo, no obstante, a aflojar el lazo y a dar nueva vida al amor.

¯Hemos llegado a la propiedad de Eliseo. Los pastos están aún lejanos, pero a esta hora las ovejas casi siempre están en los apriscos, por el sol. Voy a ver si están.

Y Jonatán se marcha casi corriendo. Vuelve después de un rato con dos pastores entrecanos y robustos, los cuales realmente se precipitan abajo por la pendiente para ir a donde Jesús.

-La paz a vosotros.

-¡Oh! ¡Nuestro Niño de Belén! -dice uno de ellos; el otro: «Bendita seas, Paz de Dios, que has venido a nosotros». Los dos hombres están pronos sobre la hierba. El saludo a un altar no es tan profundo como éste dedicado al Maestro.

-Levantaos. Os devuelvo la bendición, y me alegra hacerlo porque la bendición desciende con gozo sobre quien es digno de ella.

-¡Oh, dignos nosotros!...

-Sí, vosotros, que habéis sido siempre fieles.

-¿Quién no lo habría sido? ¿Quién puede borrar aquella hora? ¿Quién puede decir: "No es verdad lo que vimos"? ¿Quién puede olvidar que Tú nos sonreíste durante meses, cuando, volviendo entre las ovejas al atardecer, te llamábamos y Tú, al son de nuestros caramillos, batías las manitas?... ¿Lo recuerdas, Daniel? Casi siempre vestido de blanco en los brazos de su Madre; te nos mostrabas entre rayos de sol en el prado de Ana, o a la ventana; parecías una flor depositada sobre la nieve del vestido materno.

-Y aquella vez que viniste, dando los primeros pasos, a acariciar un corderito menos rizado que Tú... ¡Qué feliz se te veía! Y nosotros no sabíamos qué hacer de nuestras rudas personas. Habríamos deseado ser ángeles para aparecerte menos burdos...

-¡Amigos míos!, Yo veía vuestro corazón, y eso veo también ahora.

-¡Y nos sonríes como entonces!

-¡Y has venido hasta aquí, donde los pobres pastores!

-Donde mis amigos. Ahora estoy contento. Os he vuelto a encontrar a todos y ya no os perderé. ¿Podéis dar hospedaje al Hijo del hombre y a sus amigos?

-¡Señor! ¿Tú lo pides? No nos falta ni pan ni leche, pero si tuviéramos sólo un bocado te lo daríamos con tal de tenerte con nosotros. ¿Verdad, Benjamín?

-¡Hasta el corazón te daríamos por alimento, nuestro anhelado Señor!

-Vamos, entonces. Hablaremos de Dios...

-Y de tus parientes, Señor. ¡José, tan bueno! ¡María..., oh, la Madre! Fijaos, mirad este narciso bañado de rocío, hermoso y puro con su corola como una estrella adiamantada. Ella, sin embargo... ¡oh, esto no es sino fealdad en comparación con la Madre! Una sonrisa suya era purificación; encontrarla, una fiesta; oírla, santificarse. ¿Te acuerdas de aquellas palabras también tú, Benjamín?

-Sí. Te las puedo repetir, Señor. Porque cuanto Ella nos dijo en los meses en que pudimos oírla está escrito aquí (y se señala el pecho). Es la página de nuestra sabiduría. Nosotros podemos comprenderla porque es palabra de amor y el amor lo entienden todos. Ven, Señor, entra y bendice esta morada feliz.

Entran en una estancia cercana al vasto redil y todo termina.

## 104

## Aava reconciliada con su marido. Noticias sobre la muerte de Alfeo y sobre el rescate de Jonás.

Jesús se encuentra en esa bellísima ciudad marítima que en el mapa presenta un golfo natural amplio y bien protegido. Este golfo tiene capacidad para muchos navíos, y lo hace aún más seguro un fuerte espigón portuario. Debe ser muy usado incluso militarmente porque veo trirremes romanas con soldados a bordo. Están desembarcando, no sé si por un cambio de turno de tropas o para reforzar la guarnición. El puerto, o sea, la ciudad portuaria, me recuerda vagamente a Nápoles, dominada por los montes vesubianos.

Jesús está sentado dentro de una modesta casa cercana al puerto. Está claro que se trata de una mansión de pescadores - quizás amigos de Pedro, o de Juan, porque veo que ambos se encuentran muy a gusto en la casa y con los que en ella habitan -. No veo al pastor José, y naturalmente, tampoco veo a Judas Iscariote, que está todavía ausente. Jesús habla con

sencillez con los componentes de la familia y con otros que han venido a escucharlo. No es, sin embargo, una predicación como tal, son palabras llanas, de consejo, de consuelo; como sólo Él puede ofrecer.

Vuelve Andrés, que parece que había salido a algún encargo porque trae en sus manos unos panes. Se acerca todo colorado - concentrar la atención sobre él debe suponerle un verdadero suplicio, y, más que decir, bisbisea:

-Maestro, ¿podrías venir conmigo? Se... se trataría de hacer un poco de bien. Sólo Tú puedes.

Jesús se pone en pie sin preguntar ni siquiera qué bien es ése. Sin embargo, Pedro pregunta:

-¿A dónde lo llevas? Está muy cansado. Es la hora de la cena. Lo pueden esperar mañana.

-No... es una cosa que hay que hacer en seguida. Es...

-¡Habla, gacela espantada! ¿Pero vosotros creéis que un hombre hecho y derecho debe ser así?... ¡Parece un pez enmarañado en la red!

Andrés se pone todavía más colorado. Jesús, atrayéndolo hacia sí, lo defiende:

-A mí me gusta así. Déjalo. Tu hermano es como agua salubre. Trabaja en lo profundo y sin hacer ruido. Sale de la tierra como un hilo de agua, pero quien se acerca a él queda curado. Vamos, Andrés.

-Voy también yo. Quiero ver a dónde te lleva - contesta Pedro.

Andrés suplica:

-No, Maestro. Yo y Tú solos. Si hay gente, no se puede... Es cosa de corazones...

-¿Qué pasa? ¿Ahora te dedicas a hacer de paraninfo?

Andrés no le responde a su hermano. Dice a Jesús:

-Un hombre quiere repudiar a su esposa y... y yo he intervenido, pero no sé hacerlo. Si hablas Tú... te saldrá bien, porque el hombre no es malo; es... es... él te lo dirá.

Jesús sale con Andrés sin decir nada más.

Pedro permanece un poco en duda. Luego dice:

-Yo también voy; quiero al menos ver a dónde van.

Y sale, a pesar de que los otros le digan que no lo haga.

Andrés va a torcer por una callecita de aspecto popular. Pedro lo sigue detrás. Se mete por una placita llena de comadres. Y Pedro detrás. Entra en un portal que da a un amplio patio circundado de casitas bajas y pobres - digo portal porque hay un arco, pero la puerta no existe. Y Pedro detrás. Jesús entra en una de estas casitas con Andrés. Pedro se aposta fuera.

Una mujer lo ve y le pregunta:

-¿Eres familia de Aava? ¿Y esos dos también? ¿Habéis venido a llevárosla?

-¡Cállate, cotorra! No me deben ver.

¡Hacer callar a una mujer! Es una cosa difícil. Pedro le lanza una mirada que la fulmina, pero entonces ella va a hablar con otras comadres. El pobre Pedro, en un momento, se encuentra rodeado por un círculo de mujeres, chicos y hombres, que sólo por imponerse silencio unos a otros hacen un rumor que denuncia su presencia. Pedro se consume interiormente, se enfada... pero no sirve de nada.

Del interior de la casa se oye la voz llena, hermosa, serena de Jesús, junto a la voz rota de una mujer y junto a la de un hombre, cerrada, ronca.

-Si ha sido siempre buena esposa, ¿por qué repudiarla? ¿Alguna vez te ha faltado?

-No, Maestro, ¡te lo juro! Lo he querido como a la pupila de mis ojos - gime la mujer.

Y el hombre, breve y duro, dice:

-No, no me ha faltado nada más que en ser estéril; y yo quiero hijos. No quiero la maldición Dios sobre mi nombre.

-Tu mujer no tiene la culpa de serlo.

-Me echa la culpa, a mí y a los míos, como si hubiera sido una traición...

-Mujer, sé sincera. ¿Sabías que eras estéril?

-No. Era y soy en todo como todas. El médico lo ha dicho también. Pero no logro tener hijos.

-¿Ves como no te ha engañado? Ella también sufre por ello. Responde también tú sinceramente: si ella fuese madre, ¿la repudiarías?

-No. Lo juro. No tengo motivo para ello. Sucede que el rabino me lo ha dicho, como también me lo ha dicho el escriba: "La estéril es la maldición de Dios en casa y tú tienes el derecho y el deber de darle libelo de divorcio y no contrariar tu virilidad privándola de hijos" Yo hago lo que la Ley dice.

-No. Escucha. La Ley dice: "No cometas adulterio" y tú estás para cometerlo. El mandamiento inicial es éste y ninguna otra cosa. Y, si, por la dureza de vuestros corazones, Moisés concedió el divorcio, fue para impedir uniones ilícitas y concubinatos odiosos a Dios. Luego, progresivamente, vuestro vicio trabajó sobre la cláusula de Moisés recabando las malvadas cadenas y las homicidas piedras que sor las condiciones actuales de la mujer, víctima siempre de vuestro despotismo, de vuestro capricho, de vuestra sordera y ceguera de afectos. Yo te lo digo: No te es lícito hacer lo que pretendes. Tu acto ofende a Dios. ¿Repudió acaso Abraham a Sara? ¿Y Jacob a Raquel? ¿Y Elicana a Ana? ¿Y Manué a su esposa? ¿Conoces al Bautista? ¿Sí? es bien, ¿no fue estéril su madre hasta la vejez y después dio a luz al santo de Dios, así como también la esposa de Manué dio a luz a Sansón, y Ana de Elcana a Samuel, y Raquel a José, y Sara a Isaac? Dios premia la continencia del esposo, su piedad hacia la estéril, su fidelidad al desposorio, y es un premio celebrado por los siglos, así como también da sonrisa al llanto de las estériles que ya no lo son ni se encuentran humilladas, sino que se hallan gloriosas regocijándose de ser madres. No te es lícito ofender el amor de esta mujer. Sé justo y honesto. Dios te premiará más de lo que mereces.

-Maestro, sólo Tú hablas así... Yo no sabía. Había preguntado a loa doctores y me habían dicho: "Hazlo". Pero no me dijeron ni una palabra respecto a que Dios premie con dones un acto bueno. Estamos en sus manos... y nos cierran los ojos y el corazón con mano de hierro. No soy malo, Maestro. No te enojes conmigo.

-No te rechazo. Me produces más compasión que esta pobre mujer que está llorando, porque su dolor acabará cuando termine su vida; el tuyo comenzará entonces, y para toda la eternidad. Piénsalo.

-No, no comenzará. No lo quiero. ¿Me juras por el Dios de Abraham que cuanto dices es verdad?

-Yo soy Verdad y Ciencia. Quien cree en mí tendrá en Él justicia, sabiduría, amor y paz.

-Te quiero creer. Sí. Te quiero creer. No sé... siento en ti algo que no hay en los demás. Ahora voy al sacerdote y le digo: "Ya no la repudio. Me quedo con ella, y sólo le pido a Dios que me ayude a sentir menos el dolor de no tener hijos". Aava, no llores. Le diremos al Maestro que vuelva para mantenerme calmado, y tú... sigue queriéndome.

La mujer llora con más fuerza, por el contraste entre el dolor de antes y la alegría actual.

Jesús, por el contrario, sonríe:

-No llores. Mírame. Mírame, mujer.

Ella levanta la cabeza. Mira su rostro luminoso con su rostro lagrimoso.

-Hombre, ven aquí. Ponte de rodillas junto a tu esposa. Ahora yo os bendigo y santifico vuestra unión. Escuchad: "Señor Dios de nuestros padres, que hiciste a Adán del barro y le diste a Eva como compañera para que poblasen de hombres la tierra educándolos en tu santo temor, desciende con tu bendición y tu misericordia, abre y fecunda las entrañas que el Enemigo tenía cerradas para portar a un doble pecado de adulterio y de desesperación. Ten piedad de estos dos hijos, Padre santo, Creador supremo. Hazlos felices y santos. Ella, fecunda como una vid; él, protector como el olmo que la sujeta. Desciende, Vida, a dar vida. Desciende, Fuego, a calentar. Desciende, Poderoso, a obrar. ¡Desciende! Haz que para la fiesta de alabanza por las fecundas mieses del próximo año te ofrezcan su vivo manipulo, su primogénito, hijo consagrado a ti, Eterno, que bendices a quienes esperan en ti.

Jesús ha orado con voz de trueno, con las manos tendidas sobre las dos cabezas inclinadas.

La gente no se contiene más y se arremolina en torno; Pedro en primera línea.

-Levantaos. Tened fe y sed santos.

-¡No te vayas, Maestro! - suplican los dos reconciliados.

-No puedo quedarme. Volveré. Bastantes veces.

-¡No te vayas, no te vayas! ¡Háblanos también a nosotros! - grita 1a multitud.

Pero Jesús bendice pero no se detiene. Promete sólo volver pronto. Y, seguido por una pequeña multitud, se dirige hacia su casa hospitalaria.

-Hombre curioso, ¿qué debería hacer contigo? - pregunta por el camino a Pedro.

-Lo que quieras, pero, ahora ya... yo he estado allí...

Entran en la casa, despiden a la gente, que comenta las palabras que han oído, y se ponen a cenar.

Pedro se siente todavía curioso.

-Maestro, ¿pero realmente tendrán un hijo?

-¿Me has visto alguna vez prometer cosas que no se cumplan? ¿Crees que Yo me permito usar la confianza en el Padre para mentir y provocar desilusiones?

-No... pero... ¿podrías hacer esto con todos los esposas?

-Podría. Pero lo hago sólo donde veo que un hijo puede significar un impulso hacia la santificación. Donde significaría obstáculo, no lo hago.

Pedro se alborota el pelo entrecano y calla.

Entra el pastor José. Está completamente lleno de polvo del camino, como quien hubiera andado mucho.

-¿Tú? ¿Por qué? - pregunta Jesús, después del beso de saludo.

-Tengo cartas para ti. Tu Madre me las ha dado, y una es suya Aquí están.

Y José entrega tres pequeños rollos de una especie de pergamino fino, atados con una cinta. La más voluminosa de las cartas está incluso cerrada con un sigilo, otra tiene sólo el nudo, la tercera muestra un sigilo roto.

-Ésta es de tu Madre - dice José, indicando la que tiene el nudo.

Jesús la desenrolla y la lee; primero en voz baja, luego alto: "A mi amado Hijo, paz y bendición. Ha llegado a mí a la hora prima de las calendas de la luna de Elul un enviado de Betania. Se trata de Isaac, pastor. Le he dado en tu nombre un ósculo de paz, y refrigerio como personal agradecimiento. Me ha traído estas dos cartas que ahora te envío, diciéndome de palabra que el amigo Lázaro de Betania te insta para que condesciendas con lo que te pide. Amado Jesús, mi bendito Hijo y Señor, yo también tendría dos cosas que pedirte. Una, recordarte que me prometiste llamar a tu pobre Mamá para instruirla en la Palabra; la segunda, que no vengas a Nazaret sin haber hablado conmigo antes".

Jesús se detiene bruscamente y se alza en pie, yendo a ponerse entre Santiago y Juan. Los abraza estrechamente y termina repitiendo, sin leer, las palabras:

-Alfeo ha vuelto al seno de Abraham la pasada luna llena, con gran duelo de la ciudad...

Los dos hijos lloran sobre el pecho de Jesús, que termina:

…En el último momento te hubiera deseado a su lado, pero Tú estabas lejos. Esto, no obstante, es un consuelo para María, que ve en ello perdón de Dios, y debe dar paz también a mis sobrinos". ¡Habéis oído? Ella lo dice, y Ella sabe lo que dice.

-Dame la carta - suplica Santiago.

-No. Te perjudicaría.

-¿Por qué? ¿Qué puede decir que sea más penoso que la muerte de un padre?...

-Que nos ha maldecido - suspira Judas.

-No. No es eso - dice Jesús.

-Lo dices... para no traspasar nuestro corazón. Pero es así.

-Lee, entonces.

Y Judas lee: «Jesús, te ruego, y conmigo María, que no vengas a Nazaret hasta que el duelo no haya terminado. El amor hacia Alfeo hace injustos a los nazarenos respecto a ti, y tu Madre llora por ello. El buen amigo Alfeo me consuela, y pone calma en el pueblo. Ha tenido mucha resonancia lo que han contado Aser e Ismael de la mujer de Cusa, pero Nazaret es ahora un mar agitado por vientos contrarios. Te bendigo, Hijo mío, y te pido paz y bendición para mi alma. Paz a mis sobrinos. Mamá".

Los apóstoles hacen comentarios y consuelan a los dos hermanos, que están llorando.

Pedro dice:

-¿Y esas, no las lees?

Jesús hace un gesto de asentimiento y abre la de Lázaro. Llama a Simón Zelote. Leen juntos en un ángulo. Luego abren el otro rollo y lo leen también. Debaten. Veo que Simón trata de persuadir de algo a Jesús, pero no lo consigue.

Jesús, con los rollos en la mano, se coloca en medio de la estancia y dice:

-Oíd, amigos. Somos todos una familia y no hay secretos entre nosotros, y, si tener oculto el mal es piedad, dar a conocer el bien es justicia. Oíd lo que escribe Lázaro de Betania: "A1 Señor Jesús paz y bendición, y paz y salud a mi amigo Simón. He recibido tu carta y, como siervo que soy, he puesto mi corazón, mi palabra y todos mis medios a tu servicio para satisfacerte y tener el honor de serte siervo no inútil. He ido a ver a Doras a su castillo de Judea, a rogarle que me vendiera a su siervo Jonás como Tú deseas. Confieso que, si no hubiera sido petición de Simón, amigo fiel, para ti, no habría afrontado a ese chacal burlón, cruel y funesto. Pero por ti, mi Maestro y Amigo, me siento capaz de afrontar hasta incluso a Satanás. Ello porque pienso que quien trabaja para ti te tiene cercano y está, por tanto, protegido. Y ciertamente he recibido ayuda, porque he vencido, contra todas las previsiones. Dura fue la discusión y humillantes las primeras negativas. Tres veces tuve que agachar la cabeza ante este esbirro con poder. Luego me impuso una espera de días. Finalmente, la carta; digna de un áspid. Yo casi no oso decirte: "Cede para conseguir el objetivo", porque él no es digno de tu presencia; pero no hay otra forma. He aceptado en tu nombre y he firmado. Si he hecho mal, repréndeme. No obstante - créeme - he tratado de servirte lo mejor que podía. Ayer ha venido un discípulo tuyo, judío, diciendo que venía en tu nombre a saber si había alguna noticia que llevarte. Ha dicho llamarse Judas de Keriot. No obstante, he preferido esperar a Isaac para entregarle la carta. Y me ha extrañado mucho el que hubieras mandado a otros, sabiendo que todos los sábados viene aquí Isaac, para su reposo sabático. No tengo más que decirte. Sólo, besándote los pies santos, te ruego conducirlos adonde tu siervo y amigo Lázaro, como prometiste. A Simón, salud. A ti, Maestro y Amigo, un ósculo de paz solicitando tu bendición. Lázaro".

Y ahora la otra: "A Lázaro, salud. He decidido. Por una suma doble obtendrás a Jonás. No obstante, pongo estas condiciones, y no pienso cambiar respecto a ellas bajo ningún motivo. Quiero que primero Jonás termine la cosecha de este año, o sea, su entrega se efectuará para la luna de Tisri, al final de la luna. Quiero que venga personalmente a recogerlo Jesús de Nazaret, al cual le pido que entre bajo mi techo, para conocerlo. Quiero pago inmediato a la vista de contrato en regla. Adiós. Doras".

-¡**Qué** peste! - grita Pedro. Pero, ¿quién paga? Quién sabe lo que pide, y nosotros... ¿estamos siempre sin un centésimo!

-Simón paga. Para darme esta alegría a mí y al pobre Jonás. No adquiere más que una reliquia de hombre, que de ninguna manera le prestará servicio; pero adquiere un gran mérito en el Cielo.

-¿Tú? ¡Oh!

Todos muestran asombro. Hasta los hijos de Alfeo salen de su aflicción por el estupor.

-Él es. Es justo que ello sea conocido.

-Sería también justo saber por qué Judas de Keriot ha ido donde Lázaro. ¿Quién lo había enviado? ¿Tú?

Jesús no le responde a Pedro. Se muestra muy serio y pensativo. Sale de su meditación sólo para decir:

-Preocupaos de que José cene y repose, luego nos retiraremos a descansar. Yo prepararé la contestación para Lázaro... ¿Isaac está todavía en Nazaret?

-Me espera.

-Iremos todos.

-¡Noo! Tu Madre dice...

Todos se agitan.

-Callad. Quiero que sea así. Mi Madre habla con su corazón de amor. Yo juzgo con mi razón. Prefiero hacer esto mientras no esté Judas, y deseo tender la mano amiga a mis primos Simón y José, y llorar con ellos antes de que termine el duelo. Luego volveremos a Cafarnaúm, a Genesaret, al lago en definitiva, esperando al final de la luna de Tisri. Y tomaremos a las Marías con nosotros. Vuestra madre tiene necesidad de amor. Se lo daremos. Y la mía tiene necesidad de paz. Yo soy su paz.

-¿Crees que en Nazaret?.. - pregunta Pedro.

-No creo nada.

-¡Ah, bueno! Porque si le causasen algún daño o algún dolor... ¡se las tendrían que ver conmigo! - dice Pedro todo agitado.

Jesús lo acaricia, pero está absorto en otros pensamientos. Yo diría que está triste. Luego va hacia donde Judas y Santiago, se pone entre los dos y se sienta, teniéndolos abrazados para consolarlos.

Los demás hablan bajo para no turbar su dolor.

## 105

## En Nazaret por la muerte de Alfeo. Lenta conversión del primo Simón

Atardece en medio de un gran arrebol de ocaso que, como un fuego que se va apagando, se vuelve cada vez más oscuro hasta asumir casi un color violeta rubificado. Una coloración espléndida, rara, que pincela, difuminándose lentamente, el occidente, hasta desaparecer en el cobalto oscuro del cielo donde el oriente avanza cada vez más con sus estrellas y con su arco de luna creciente, ya camino de la segunda fase. Los agricultores acuden raudos a sus casas - las bajas casitas de Nazaret -, que muestran ya los hogares encendidos, por los aros de humo que salen de ellas.

Jesús está para entrar en la ciudad y, contrariamente a cuanto desearían los otros, no quiere que ninguno vaya a avisar a su Madre.

-No va a suceder nada. ¿Por qué intranquilizarla antes? - dice.

Ya está entre las casas. Algún saludo, algún cuchicheo a sus espaldas, algún volverse de espaldas maleducado o dar portazos cuando pasa el grupo apostólico.

La gesticulación de Pedro es un verdadero poema, pero también los demás están un poco inquietos. Los hijos de Alfeo parecen dos condenados: caminan con la cabeza baja a ambos lados de Jesús, observando, no obstante, todo; de vez en cuando se miran asustados, o en su mirar manifiestan temor por Jesús. Él, como si no pasara nada, responde a los saludos con su habitual afabilidad, y se inclina para acariciar a los niños, los cuales, en su simplicidad, no toman parte por éste o por aquél y son siempre amigos de su Jesús, que siempre se muestra tan afectuoso con ellos.

Uno - un tonelito muy regordete que tendrá como mucho cuatro años -, separándose del vestido materno, acude corriendo a su encuentro y le tiende los bracitos diciendo: « ¡Súbeme!» y, dado que Jesús lo complace y lo sube en brazos, éste lo besa con su boquita toda embadurnada del higo que está chupando, y luego lleva su amor hasta el punto de... ofrecerle a Jesús un trocito de higo, diciendo: « ¡Toma! ¡Está bueno!». Jesús acepta el ofrecimiento y ríe de que ese hombrecito naciente le haya metido el trocito de higo en la boca.

Isaac, cargado de jarros, viene de la fuente. Ve a Jesús, deja los jarros y, corriendo a su encuentro, grita:

-¡Mi Señor! Tu Madre ha vuelto ahora a casa. Estaba donde su cuñada. Pero... - pregunta - ¿recibiste la carta?

-Estoy aquí por este motivo. No digas nada a mi Madre, por ahora. Primero voy a casa de Alfeo.

Isaac, prudente, no dice más que:

-Te obedeceré - y, tomando sus ánforas, va directamente a casa.

-Pongámonos en camino. Vosotros, amigos, nos esperaréis aquí. Estaré poco tiempo en casa de Alfeo.

-¡Nooo! Nosotros no entramos en la casa del luto. Estaremos fuera, eso sí. ¿Verdad? - dice Pedro.

-Pedro tiene razón. Nos tendrás cerca, aunque estemos en la calle.

Jesús cede a la voluntad de todos, pero sonríe y dice:

-No me harán nada. Creedlo. No son malos. Sólo están humanamente exaltados. Vamos.

Llegan a la calle donde está la casa. Llegan a la entrada del huerto. Jesús continúa; detrás, Judas y Santiago.

Jesús llega al umbral de la puerta de la cocina. Dentro, junto al fuego, está María de Alfeo, cocinando y... llorando. En un ángulo, Simón y José, con otros hombres, sentados en grupo. Entre ellos está Alfeo de Sara. Están allí, callados como estatuas. ¿Será costumbre? No lo sé.

-Paz a esta casa y paz al espíritu que la ha dejado.

La viuda emite un grito y hace un movimiento instintivo de cerrarle el paso a Jesús, de ponerse entre Él y los otros. Simón y José se levantan, hoscos y confundidos; pero Jesús no muestra darse cuenta de su actitud hostil. Va hacia los dos hombres (Simón tiene ya sus cincuenta años, y quizás más, a juzgar por el aspecto) extendiendo hacia ellos sus manos en gesto de amorosa iniciativa. Los dos hombres se muestran más turbados que nunca, pero no osan comportarse maleducadamente. Alfeo de Sara tiembla angustiado, sufre visiblemente. Los otros hombres se muestran reservados, en espera de una indicación.

-Simón, tú, ya cabeza de familia, ¿por qué no me recibes afablemente? Vengo a llorar contigo. ¡Cuánto habría deseado estar con vosotros en la hora del duelo! Pero me encontraba lejos, no por culpa mía. Eres justo, Simón. Y lo debes decir.

El hombre sigue con actitud reservada.

-Y tú, José, que tienes un nombre muy estimado por mí, ¿por qué no acoges mi beso? ¿No me permitís llorar con vosotros? La muerte es lazo para los verdaderos afectos. Y nosotros nos quisimos. ¿Por qué ahora debe haber desunión?

-Por ti nuestro padre ha muerto resentido - dice José con dureza.

Y Simón:

-Debías haberte quedado. Sabías que estaba agonizando. ¿Por qué te marchaste? Te quería a su lado...

-No habría podido hacer por él más de cuanto hice. Y vosotros lo sabéis...

Simón, más justo, dice:

-Es verdad. Sé que viniste y que te echó. Pero era un enfermo, un hombre afligido.

-Lo sé. De hecho dije a tu madre y a tus hermanos: "No le guardo rencor, porque comprendo su corazón". Pero por encima de todos está Dios. Y Dios quería este dolor para todos. Para mí que, creedlo, he sufrido como si me hubieran arrancado carne viva; para vuestro padre, que en esta pena ha comprendido una gran verdad, la cual durante toda la vida le había permanecido oscura; para vosotros, que con este dolor tenéis el modo de ofrecer un sacrificio más beneficioso que el becerro inmolado; y para Santiago y Judas, que ahora ya no están menos formados que tú, mi Simón, porque tanto dolor – para ellos es la mayor carga y los oprime como rueda de molino - los ha hecho adultos y de perfecta edad ante los ojos de Dios.

-¿Qué verdad ha visto nuestro padre? Una sola: que su sangre, en la última hora, le era enemiga - rebate José con dureza.

-No. Que el espíritu es más que la sangre. Ha comprendido el dolor de Abraham y por eso Abraham le ha ayudado - responde Jesús.

-¡Ojalá fuera verdad! Pero ¿quién lo asegura?

-Yo, Simón. Y, más que Yo, la muerte de tu padre. ¿No ha anhelado mi presencia? Tú lo has dicho.

-Lo he dicho. Es verdad. Quería que viniera Jesús. Y decía: "¡Al menos que no muera el espíritu! Él puede hacerlo. Lo he rechazado y no volverá. ¡Oh, muerte sin Jesús, qué horror eres! ¿Por qué le obligué a irse?". Sí, esto decía, como también: "Él me preguntó muchas veces: ¿Debo marcharme?' y yo lo eché. Ahora ya no vuelve". Te anhelaba, te anhelaba. Tu Madre te mandó recado, pero no te encontraron en Cafarnaúm y él lloró mucho, y con sus últimas fuerzas tomó la mano de tu Madre y quiso tenerla cercana. A duras penas podía hablar, pero decía: "La Madre es un poco el Hijo. Me agarro a su Madre para tener algo de Él, porque tengo miedo de la muerte". ¡Pobre padre mío!

Se produce una escena oriental de gritos y actos de dolor, en la que todos toman parte; también Santiago y Judas, que se han atrevido a entrar. Jesús, que solamente llora, es el más tranquilo.

-¿Lloras? ¡Entonces lo querías? - pregunta Simón.

-¡Simón! ¿Lo preguntas? Si hubiera podido, ¿crees que habría permitido este dolor suyo? Yo estoy con el Padre, pero no por encima del Padre.

-Curas a los moribundos, y a él no lo curaste - dice ásperamente José.

-No creía en mí.

-Esto es verdad, José - observa su hermano Simón.

-No creía y tampoco deponía el rencor. Yo no puedo hacer nada donde hay incredulidad y odio. Por eso, os digo: no sigáis odiando a vuestros hermanos. Vedlos. Que su congoja no resulte gravada por vuestro rencor. Vuestra madre está más acongojada por este odio vivo que por la muerte, que termina en sí misma, y en vuestro padre termina en la paz porque su deseo de mí le significó perdón de Dios Ni hablo de mí, ni abogo por mí. Yo estoy en el mundo, pero no soy del mundo. Aquel que dentro de mí vive me compensa lo que el mundo me niega; sufro con mi humanidad, pero elevo el espíritu por encima de la tierra y siento júbilo por las cosas celestes. ¡Pero ellos!... No faltéis a la ley del amor y de la sangre. Amaos. En Santiago y Judas no existe ofensa a la sangre. Pero, aun en el caso de que existiera, perdonad. Mirad con ojo justo las cosas y veréis que los más ofendidos han sido ellos, incomprendidos en las necesidades del alma raptada por Dios. Y a pesar de todo no guardan rencor, sino que sólo desean el amor. ¿No es verdad, primos?

Judas y Santiago, a los cuales la madre tiene estrechamente abrazados, asienten entre lágrimas.

-Simón, eres el mayor, da ejemplo...

-Yo... por mí... Pero el mundo... pero Tú...

-¡Oh, el mundo! Olvida y cambia a cada amanecer... Y Yo... Ven, dame tu beso fraterno. Yo te quiero. Esto lo sabes. Despójate de estas escamas que te hacen duro y no son tuyas sino que te vienen de persona a ti ajena y menos justa que tú. Tú juzga siempre con tu recto corazón.

Simón, todavía un poco reticente, abre los brazos. Jesús lo besa y luego lo conduce adonde sus hermanos. Se besan entre llanto y lamentos.

-Ahora tú, José.

-No. No insistas. Tengo presente el dolor de nuestro padre.

-En verdad tú lo perpetúas con tu rencor.

-No importa. Soy fiel.

Jesús no insiste. Se vuelve hacia Simón:

-La tarde está avanzada. Pero, si quisieras... Nuestro corazón arde por el deseo de venerar sus restos mortales. ¿Dónde está Alfeo? ¿Dónde le habéis puesto?

-Detrás de la casa. Donde el olivar cesa contra el barranco. Un sepulcro digno.

-Te lo ruego. Llévame. María, sé fuerte. El esposo exulta porque ve a sus hijos en tu seno. Quedaos. Yo voy con Simón. ¡Estad en paz! ¡Estad en paz! José, te digo a ti cuanto dije a tu padre: "No hay rencor en mí. Te quiero. Cuando quieras que venga, llámame. Vendré a llorar contigo. Adiós".

Y Jesús sale con Simón...

Los apóstoles miran de reojo con curiosidad, pero se sienten contentos al ver a Jesús y Simón en armonía.

-Venid también vosotros - dice Jesús - Son mis discípulos, Simón. Ellos también desean honrar a tu padre. Vamos.

Van por el olivar y todo termina.

Dice Jesús a María Valtorta:

Como ves, Simón - menos obstinado - se rindió, si no completamente sí al menos en parte, a la justicia, con santa prontitud. Es cierto que no se hizo discípulo mío, y menos aún apóstol - como en tu ignorancia lo llamaste hace ahora un año -, enseguida, después de este encuentro por la muerte de Alfeo, pero sí, al menos, espectador no enemigo. Incluso fue tutor de su madre y de la mía en momentos en que había necesidad de que un hombre las protegiera y defendiera de las sátiras de la gente. No fue fuerte hasta el punto de imponerse contra quien me llamaba "loco". Todavía era "demasiado hombre", y se avergonzaba un poco de mí y se preocupaba por los peligros que podía correr toda la familia a causa de mi apostolado contrario a las sectas. No obstante, ya estaba en el camino del Bien, por el cual, luego, después del Sacrificio, supo proseguir, cada vez más firme, hasta confesarme con la sangre. La Gracia obra en ocasiones fulminantemente, otras veces lentamente, mas siempre obra en donde existe la voluntad de ser justo.

Ve en paz. Queda en paz en medio de tus dolores. El tiempo preparatorio para la Pascua empieza. Lleva por mí la Cruz. Te bendigo. María de la Cruz de Jesús».

## 106

## Expulsión de Nazaret. Jesús consuela a su Madre. Reflexiones sobre cuatro contemplaciones

Veo una amplia sala cuadrada. Digo sala, a pesar de que comprendo que se trata de la sinagoga de Nazaret - como me dice el íntimo consejero -, porque no hay sino paredes desnudas pintadas de un amarillo pajizo y en una parte una especie de cátedra. Hay también un alto ambón que tiene encima unos rollos. Ambón, estante... Es, en definitiva, una especie de plano inclinado sujeto por un pie; sobre él están alineados unos rollos.

Hay gente orando. No como rezamos nosotros, sino vueltos todo hacia un lado con las manos separadas: más o menos como el sacerdote en el altar.

Hay lámparas dispuestas así sobre la cátedra y el ambón:

```
                        *
              *    *
             *        *
    *         *
```

No veo la finalidad de estar contemplando esto, que no cambia y que me queda fijo así por un tiempo, pero Jesús me dice que escriba lo que veo, y yo lo hago.

Me encuentro de nuevo en la sinagoga de Nazaret. Ahora el rabino está leyendo. Oigo la cantinela de voz nasal, pero no entiendo las palabras, pues las pronuncian en una lengua que yo no sé.

Entre la gente está también Jesús con sus primos apóstoles y con otros (también parientes, sin duda, pero no sé quiénes son).

Después de la lectura el rabino dirige la mirada, en actitud de muda expectativa, hacia la multitud.

Jesús pasa adelante y solicita encargarse hoy de la reunión de la asamblea.

Oigo su hermosa voz, que lee el paso de Isaías citado por el Evangelio:

-El espíritu del Señor está sobre mí...

Y oigo el comentario que hace al respecto, diciendo de sí mismo que es «el portador de la Buena Nueva, de la ley del amor, que pone misericordia donde antes había rigor; por la cual todos aquellos que, por la culpa de Adán, padecen enfermedad en el espíritu, y, como reflejo, en la carne - porque el pecado siempre suscita el vicio y el vicio enfermedad incluso física - obtendrán la salud; por la cual todos los prisioneros del Espíritu del mal obtendrán la liberación. Yo he venido - dice - a romper estas cadenas, a abrir de nuevo el camino de los Cielos, a proporcionar luz a las almas que han sido cegadas, oído a las sordas. Ha llegado el tiempo de la Gracia del Señor. Ella está entre vosotros. Ella es esta que os habla. Los Patriarcas desearon ver este día, cuya existencia ha sido proclamada por la voz del Altísimo y cuyo tiempo predijeron los Profetas, y ya, llevada a ellos por ministerio sobrenatural, saben que el alba de este día ha roto, y su entrada en el Paraíso está ya cercana, exultando por ello en sus espíritus; santos a quienes no falta sino mi bendición para ser ciudadanos del Cielo. Vosotros lo estáis viendo. Venid hacia la Luz que ha surgido. Despojaos de vuestras pasiones para resultar ágiles en el seguir a Cristo. Tened la buena voluntad de creer, de mejorar, de desear la salud, y la salud os será dada; la tengo en mi mano, pero sólo se la doy a quien tiene buena voluntad de poseerla, porque sería una ofensa a la Gracia el darla a quien quiere continuar sirviendo a Satanás.

E1 murmullo se desata en la sinagoga.

Jesús mira en torno a sí. Lee los rostros y el interior de los corazones y prosigue:

-Comprendo lo que estáis pensando. Vosotros, dado que soy de Nazaret, querríais un favor de privilegio; mas esto por vuestro egoísmo, no por potencia de fe. Así que os digo que, en verdad, a ningún profeta se le recibe bien en su patria. Otros lugares me han acogido, y me acogerán, con mayor fe, incluso aquellos cuyo nombre es motivo de escándalo entre vosotros. Allí cosecharé mis seguidores, mientras que en esta tierra no podré hacer nada, porque se me presenta cerrada y hostil. Os recuerdo a Elías y Eliseo. El primero halló fe en una mujer fenicia; el segundo, en un sirio: en favor de aquélla y de éste pudieron realizar el milagro. Los de Israel que estaban muriéndose de hambre y los leprosos de Israel no obtuvieron pan o curación, porque su corazón no tenía la buena voluntad, perla fina que el profeta, de haber existido, hubiera visto. Lo mismo os sucederá a vosotros, hostiles e incrédulos ante la Palabra de Dios.

La multitud se alborota e impreca, e intenta ponerle la mano encima a Jesús, pero los apóstoles-primos (Judas, Santiago y Simón) lo defienden, y entonces los enfurecidos nazarenos lo echan fuera de la ciudad. Van detrás con amenazas - no solamente verbales - hasta el comienzo del monte. Pero Jesús se vuelve y los inmoviliza con su mirada magnética, y pasa incólume entre ellos. Desaparece luego, camino arriba, por un sendero.

Veo un pequeño, pequeñísimo, grupo de casas, un puñado de casas. Hoy lo llamaríamos anejo rural. Está más alta que Nazaret, la cual se ve más abajo. Dista de ésta pocos kilómetros. Es un caserío misérrimo.

Jesús, sentado encima de una pequeña tapia, junto a una casucha, habla con María. Quizás es una casa amiga, o por lo menos de gente hospitalaria, según las leyes de la hospitalidad oriental. Jesús se ha refugiado en ella después de haber sido echado de Nazaret, para esperar a los apóstoles que se habían dispersado por la zona mientras estaba con su Madre.

Con Él sólo se encuentran los tres apóstoles-primos, que están recogidos dentro de la cocina y hablan con una mujer anciana a la que Tadeo llama madre. Por ello comprendo que se trata de María de Cleofás. Es una mujer más bien anciana, y la reconozco como la que estaba con María en las bodas de Caná. Claro es que María de Cleofás y sus hijos se han retirado para que Jesús y su Madre puedan hablar libremente.

María está afligida. Ha venido a saber lo de la sinagoga y está triste. Jesús la consuela. María le suplica a su Hijo que se mantenga lejos de Nazaret, donde todos están mal predispuestos hacia Él, incluyendo a los otros familiares que lo consideran un loco que está deseando suscitar rencores y disputas. Pero Jesús hace un gesto sonriendo; parece como si dijera: "¿Por esta pequeñez? ¡Olvídate de ello!". Pero María insiste.

Entonces Él responde:

-Mamá, si el Hijo del Hombre hubiera de ir únicamente a donde lo aman, tendría que retirar su paso de esta tierra y volverse al Cielo. Tengo en todas partes enemigos, porque se odia la Verdad, y Yo soy la Verdad. Pero no he venido para encontrar un amor fácil. He venido para hacer la voluntad del Padre y redimir al hombre. El amor eres tú, Mamá, mi amor, el que me compensa todo. Tú y este pequeño rebaño que todos los días se va acrecentando con alguna oveja que arranco a los lobos de las pasiones y llevo al redil de Dios. Lo demás es el deber. He venido para cumplir este deber y debo cumplirlo, si es preciso estampándome contra las piedras de los corazones que oponen firme resistencia al bien. Es más, sólo cuando caiga, bañando de sangre esos corazones, los ablandaré estampando en ellos el Signo mío, que anula el del Enemigo. Mamá, he bajado del Cielo para esto. No puedo sino desear cumplir esto.

-¡Oh! ¡Hijo! ¡Hijo mío!- María habla con voz acongojada. Jesús la acaricia. Noto que María lleva en la cabeza, además del velo, el manto; más velada que nunca, como una sacerdotisa.

-Me ausentaré durante un tiempo por darte gusto. Cuando esté cerca, mandaré a alguien a avisarte.

-Manda a Juan. Viñedo a Juan me parece verte un poco a Ti. Su madre se prodiga en atenciones hacia mí y hacia Ti. Es verdad que espera un lugar privilegiado para sus hijos. Es mujer y madre, Jesús. Hay que comprenderla. Te hablará también a ti de ellos. No obstante, te es sinceramente devota. Cuando quede liberada de la humanidad - que fermenta tanto en ella como en sus hijos, como en los demás, como en todos -, Hijo mío, será grande en la fe. Es doloroso que todos esperen de ti un bien humano, un bien que, aunque no sea humano, es egoísta. Pero es que el pecado está en ellos con su concupiscencia. Aún la hora bendita, y tan temida a pesar de que el amor a Dios y al hombre me la hagan desear, no ha llegado. Hora en que Tú anularás el Pecado. ¡Oh! ¡Esa hora! ¿Cómo tiembla el corazón de tu Madre por esa hora! ¿Qué te harán, Hijo, Hijo Redentor, de quien los Profetas refieren tanto martirio?

-No pienses en ello, Mamá. Te lo digo una vez más. Dios te ayudará en esa hora. Dios nos ayudará a ti y a mí. Después, la paz. Ahora ve, que cae la tarde y el camino es largo. Yo te bendigo.

Dice Jesús:

-Pequeño Juan, mucho trabajo hoy. Pero es que llevamos un día de retraso y no se puede ir despacio. Te he dado la fuerza para esto, hoy.

Te he concedido las cuatro contemplaciones para poderte hablar acerca de los dolores de María y míos, preparatorios de la Pasión. Debería haberte hablado de ellos ayer, sábado, día dedicado a mi Madre, pero he sentido piedad. Hoy se recupera el tiempo perdido. Después de los dolores que te he dado a conocer, María ha tenido también éstos; y Yo con Ella.

Mi mirada había leído el interior del corazón de Judas Iscariote. Nadie debe pensar que la Sabiduría de Dios no haya sido capaz de comprender ese corazón. Mas, como le dije a mi Madre, él era necesario. ¡Ay de él por haber sido el traidor! Pero un traidor era necesario. Hombre con doblez, astuto, codicioso, lujurioso, ladrón, más inteligente y culto que la generalidad, había sabido imponerse a todos. Audaz, me allanaba el camino, aun siendo un camino difícil. Le gustaba, sobre todo, destacar y poner de relieve su puesto de confianza conmigo. No era servicial por instinto de caridad, sino solamente porque era uno de esos que vosotros diríais que está siempre en un "activismo". Ello le permitía también tener la bolsa y acercarse a la mujer; dos cosas que, junto con la tercera (los cargos humanos), deseaba desmedidamente.

La Pura, la Humilde, la Desasida de las riquezas terrenas no podía no sentir repugnancia por esa serpiente. También Yo lo sentía. Y Yo sólo y el Padre y el Espíritu sabemos qué vencimientos de mí mismo debí poner para poder soportarlo cerca. Pero esto te lo explicaré en otro momento.

No ignoraba Yo tampoco la hostilidad de los sacerdotes, fariseos, escribas y saduceos. Eran zorros astutos que trataban de empujarme hacia su guarida para despedazarme. Tenían hambre de mi sangre, y trataban de colocarme trampas por todas partes para capturarme, para tener un motivo de acusación, para quitarme de enmedio. Durante tres años fue larga la insidia, y ésta no se aplacó sino cuando me supieron muerto. Esa noche durmieron felices. La voz de su acusador se había extinguido para siempre. Eso creían. No. Todavía no se ha apagado. Jamás se apagará; truena, truena y maldice a quienes ahora son como ellos. ¡Cuánto dolor sufrió mi Madre por su culpa! Y Yo no olvido ese dolor.

Que la multitud fuera voluble, no era una cosa nueva. Es la fiera que lame la mano del domador si está armada de azote o si ofrece un pedazo de carne para saciar su hambre. Pero es suficiente que el donador se caiga o que no pueda seguir usando el azote, o que no disponga de otras presas para saciarle el hambre, para que se le abalance y lo despedace. Basta con decir la verdad y ser buenos para ser odiados por la multitud después del primer momento de entusiasmo: a verdad es reproche y admonición, la bondad despoja del azote y hace que los no buenos dejen de sentir miedo; de aquí el "crucifícalo" después de haber dicho "hosanna". Mi vida de Maestro estuvo colmada de estas dos voces. La última fue "crucifícalo". El "hosanna" fue como el aliento que toma el cantor para tener el respiro suficiente y así poder dar el agudo. María, en la tarde del Viernes Santo,

oyó de nuevo dentro de sí todos los hosannas mentirosos hechos gritos de muerte hacia su querido Hijo, y esto la traspasó. No lo olvido tampoco.

-La humanidad de los apóstoles... ¡cuánta! Llevaba sobre mis brazos verdaderos bloques de piedra que gravitaban hacia el suelo, para alzarlos hacia el Cielo. Incluso los que no se veían a sí mismos como ministros de un rey terreno, como Judas Iscariote, los que no pensaban, como él, en subir - si se prestaba la ocasión - al trono en vez de mí, ellos, sí, ansiaban siempre, a pesar de todo, la gloria. Llegó el día en que incluso mi Juan y su hermano tendieron a esta gloria que os deslumbra como un espejismo hasta en las cosas celestes. No me refiero a una santa aspiración al Paraíso - que deseo que tengáis -, me refiero a un deseo humano de que vuestra santidad sea conocida. No sólo esto; se trata de una avaricia de cambista, de usurero, que hace que, por un poco de amor ofrecido a quien Yo os he dicho que debéis daros con todo vuestro ser, pretendáis un puesto a su derecha en el Cielo.

No, hijos, no. Antes hay que saber beber todo el cáliz que Yo bebí. Todo: con su caridad como respuesta al odio, con su castidad contra las voces del sentido, con su heroicidad en las pruebas, con su holocausto por amor a Dios y a los hermanos. Luego, una vez cumplido todo el propio deber, decir además: "Somos siervos inútiles", y aguardar a que el Padre mío y vuestro os conceda, por su bondad, un puesto en su Reino. Hay que despojarse, como me has visto despojado en el Pretorio, de todo lo humano, quedándose sólo con lo indispensable: el respeto hacia el don de Dios que es la vida, y hacia los hermanos, a los cuales podemos ser más útiles desde el Cielo que en la tierra, y dejar que Dios os imponga la estola inmortal blanqueada en la sangre del Cordero.

Te he mostrado los dolores preparatorios de la Pasión. Otros te mostraré. Aun no dejando de ser dolores, el contemplarlos ha supuesto un descanso para tu alma. Ya basta. Queda en paz.

## 107

## Jesús y su Madre en casa de Juana de Cusa

Veo a Jesús yendo hacia la casa de Juana de Cusa. Cuando el doméstico portero ve quién es el que llega, da tal grito de júbilo, que toda la casa se revoluciona. Jesús entra sonriente, bendiciendo.

Juana acude desde el jardín todo florido para arrojarse a besar los pies del Maestro. Viene también Cusa, el cual primero se postra y luego besa la orla de la túnica de Jesús.

Cusa es un hombre apuesto, de unos cuarenta años. No muy alto, pero bien proporcionado, cabellos negros que sólo a la altura de las sienes presentan algún que otro hilo de plata, ojos vivos y oscuros, colorido pálido y barba cuadrada, negra, bien cuidada.

Juana es más alta que su marido. De la pasada enfermedad sólo conserva una acentuada delgadez, que, no obstante, ya no es esquelética como entonces. Parece una palma delgada y flexible que termina en una linda y pequeña cabeza de profundos ojos negros, dulcísimos. Tiene una cabellera negra-corvina graciosamente peinada. La frente, lisa y alta, parece aún más blanca bajo ese negro puro, y la pequeña boca, bien dibujada, destaca, con su rojo sano, entre los carrillos de delicada palidez (como la de los pétalos de ciertas camelias). Es una mujer guapísima... Y es ella la que da la bolsa a Longinos en el Calvario. En aquel momento llora, deshecha y completamente velada; aquí sonríe y lleva la cabeza descubierta. Pero es ella.

-¿A qué debo el gozo de tenerte como huésped? - pregunta Cusa.

-A la necesidad que tengo de hacer un alto en el camino y esperar a mi Madre. Vengo de Nazaret... y debo llevar conmigo a mi Madre durante un tiempo. Iré con Ella a Cafarnaúm.

-¿Por qué no te quedas en mi casa? No soy digna de ello, pero... - dice Juana.

-Bien digna de ello eres. Solo que con mi Madre está su cuñada, que se ha quedado viuda hace pocos días.

-La casa es suficientemente grande como para hospedar a más de uno, y Tú me has proporcionado tanta alegría, que ningún punto de ella te está vedado. Ordena, Señor, Tú que has alejado la muerte de esta morada y le has devuelto mi rosa florecida y floreciente - dice Cusa apoyando el deseo de su mujer, a la que debe querer mucho (lo comprendo por el modo en que la mira).

-No ordeno, pero sí acepto. Mi Madre está cansada y ha sufrido mucho en estos últimos tiempos. Teme por mí y deseo mostrarle que hay quien me estima.

-¡Tráela aquí, entonces! Le daré mi amor de hija y sierva - exclama Juana.

Jesús da el beneplácito.

Cusa sale a dar enseguida las órdenes oportunas. Mientras tanto la visión se desdobla: dejando a Jesús en el espléndido jardín de Cusa, hablando con él y con su mujer, yo sigo y veo la llegada del carro, cómodo y veloz, con que Jonatán ha ido a recoger a María a Nazaret.

Naturalmente, la ciudad se revoluciona por este hecho, y, cuando María y su cuñada, obsequiadas por Jonatán como dos reinas, suben al carro, después de confiarle a Alfeo de Sara las llaves de casa, el alboroto crece. El carro se pone en marcha, mientras Alfeo se venga del acto vil cometido con Jesús en la sinagoga, diciendo:

-¡Los samaritanos son mejores que nosotros! ¿Veis cómo uno de Herodes venera a su Madre?... ¡Y nosotros...! ¡Me avergüenzo de ser nazareno!

Se produce un verdadero tumulto entre los dos partidos. Hay quien se separa del partido adverso para acercarse a Alfeo y preguntar mil cosas.

-¡Pues claro! - responde Alfeo - Huéspedes de la casa del Procurador. Habéis oído que ha dicho su intendente: "Mi señor te suplica que honres su casa". Honrar, ¿comprendéis? Y se trata del rico y poderoso Cusa, y su mujer es una princesa real. ¡Honrar! Y nosotros, o sea, vosotros, le habéis tirado piedras. ¡Qué vergüenza!

Los nazarenos no replican y Alfeo gana coraje.

-¡Ya de por sí teniéndolo a Él se tiene todo!, no hace falta apoyo de hombre. Pero, ¿os parece inútil tener como amigo a Cusa? ¿Os parece apropiado que nos desprecie? ¿Sabéis que es el Procurador del Tetrarca? ¡Nada!, ¿eh? ¡Sed, sed samaritanos con el Cristo! Os atraeréis el odio de los grandes. Y entonces... ¡ah..., entonces ahí os quiero ver, sin ayuda del Cielo y sin ayuda de la tierra! ¡Necios! ¡Malos! ¡Incrédulos!». La granizada de improperios y reproches continúa, mientras los nazarenos se marchan cabizbajos como perros apaleados. Alfeo se queda solo como un arcángel vengador a la entrada de la casa de María...

...Ya es francamente de noche cuando, por la espléndida calle que costea el lago, llega, tirado por fuertes caballos al trote, el carro de Jonatán. Los criados de Cusa, que estaban de centinelas a la puerta, dan la señal y acuden con lámparas, aumentando la tenue claridad que esparce la Luna.

Juana y Cusa vienen. También Jesús aparece sonriente, y, detrás de Él, el grupo apostólico. Cuando María baja, Juana se prosterna y saluda:

-Gloria a la Flor de la estirpe real. Gloria y bendición a la Madre del Verbo -Salvador.

Cusa se postra como no lo podría hacer ni siquiera ante Herodes, y dice:

-Bendita sea esta hora que a mí te conduce. Bendita Tú, Madre de Jesús.

María responde, delicada y humilde:

-Bendito nuestro Salvador, y benditos los buenos que aman a mi Hijo.

Entran todos en la casa, acogidos con los más vivos signos de deferencia.

Juana tiene cogida la mano de María y le sonríe diciendo:

-Me permitirás que te sirva, ¿no es verdad?

-No a mí. A Él, sírvele siempre a Él y ámalo y me habrás dado ya todo. El mundo no lo ama... Éste es mi dolor.

-Lo sé. ¿Por qué este desamor de una parte del mundo, mientras que otros darían la vida por Él.

-Porque Él es el signo de contradicción para muchos. Porque Él es el fuego que depura el metal. El oro se purifica, las escorias caen al fondo y se tiran. Se me dijo esto desde su más tierna edad... Y día a día la profecía se cumple...

-No llores, María. Nosotros lo amaremos y lo defenderemos -dice Juana con tono consolador.

Y, sin embargo, María sigue llorando silenciosamente, vista sólo por Juana, en el rincón semioscuro donde están sentadas.

Todo termina.

## 108

## Discurso a los vendimiadores y curación del niño paralítico

Todos los campos de Galilea están en el festivo trabajo de la vendimia. Los hombres, encaramados sobre altas escaleras, recogen uva de las pérgolas y de las parras; las mujeres, en cestos, sobre la cabeza, llevan racimos de oro y rubí a donde esperan los pisaúvas. Cantos, risas, bromas corren de loma a loma, de huerto a huerto, junto al olor de mostos y a un gran zumbar de abejas que parecen ebrias de tan veloces y danzarinas como van de los sarmientos aún restantes, aún ricos de racimos, a los cestos y a los tinos donde se pierden los granos, que ellas buscan, en el caldo turbio de los mostos. Los niños - cual faunos, pringados de zumo - trisan como golondrinas corriendo por la hierba, por los patios, por los caminos.

Jesús se dirige hacia un pueblo que está a poca distancia del lago y que, a pesar de ello, es de llanura. Parece un amplio álveo entre dos lejanos sistemas montañosos orientados hacia el Norte. La llanura está bien regada, porque la atraviesa un río - creo que es el Jordán -. Jesús pasa por la calzada principal. Muchos lo saludan con el grito: « ¡Rabí! ¡Rabí!». Jesús pasa bendiciendo.

Antes de llegar al pueblo hay una rica propiedad, al principio de la cual un matrimonio anciano está esperando al Maestro.

-Entra. Cuando el trabajo cese, todos acudirán aquí para oírte. ¡Cuánta alegría llevas contigo! Emana de ti y se extiende como la savia por los sarmientos, y se transforma en vino de gozo para los corazones. ¿Aquélla es tu Madre? - dice el dueño de la casa.

-Es Ella. Os la he traído porque ahora también forma parte del grupo de mis discípulos; el último recibido, el primero en orden de fidelidad. Es el Apóstol. Me predicó aún antes de que Yo naciera... Madre, ven. Un día - eran los primeros tiempos en que evangelizaba - esta madre fue tan dulce con tu Hijo cansado, que hizo que no llorase tu recuerdo.

-Que el Señor te otorgue su don, mujer piadosa.

-Ya lo poseo porque tengo al Mesías y te tengo a ti.

-Ven. La casa es fresca y la luz que hay en ella es moderada. Podrás descansar. Estarás fatigada.

-Sólo me supone cansancio el odio del mundo. Seguirlo y oírlo...! Ha sido mi deseo desde la más lejana infancia.

-¿Sabías que eras la futura Madre del Mesías?

-¡Oh, no! Sí esperaba vivir tanto como para poder oírlo y servirle; última entre sus evangelizados, pero fiel, ¡fiel!

-Lo oyes y le sirves, y eres la primera. Yo también soy madre y tengo hijos sabios; cuando los oigo hablar, mi corazón salta de orgullo. ¿Qué sientes Tú oyéndolo a El?

-Un delicado éxtasis. Me sumerjo en mi nada, y la Bondad - que es Él mismo - me eleva consigo. Entonces veo con simple mirada la Verdad eterna y Ella se hace carne y sangre de mi espíritu.

-¡Bendito corazón tuyo! Es puro, por ello comprende así al Verbo. Nosotros somos más duros porque estamos llenos de culpas...

-Quisiera dar a todos mi corazón para esto, para que el amor fuera en ellos luz para comprender. Porque, créelo, es el amor - y yo soy su Madre y por tanto en mí es natural el amor - lo que hace fácil toda empresa.

Las dos mujeres siguen hablando, la anciana junto a la muy joven, siempre muy joven Madre de mi Señor; mientras, Jesús habla con el dueño de la casa, junto a los tinos, donde grupos y más grupos de vendimiadores vuelcan racimos y más racimos. Los apóstoles, sentados a la sombra de una pérgola de jazmines, saborean con buen apetito uva y pan.

Ya declina el día y el trabajo cesa lentamente. Todos los colonos están ya en el amplio patio rústico, donde hay un fuerte olor de uvas pisadas. De casas cercanas vienen también otros campesinos.

Jesús sube por una pequeña escalera que da a un ala: una galería de arcos bajo la cual se conservan sacos de productos agrícolas y herramientas. ¡Cómo sonríe Jesús subiendo esos pocos peldaños! Lo veo sonreír entre el ondear de sus esponjosos cabellos agitados por una brisa vespertina. Y quisiera saber por qué sonríe de forma tan luminosa. La alegría de esta sonrisa entra en mi corazón, muy triste hoy, como ese vino de que hablaba el dueño de la casa, confortándolo.

Se vuelve. Se sienta en el último peldaño, en el punto más alto de la escalera, que se transforma en una tribuna para los más afortunados oyentes, es decir, para los dueños de la casa, para los apóstoles y para María, la cual, siempre humilde, ni siquiera había tratado de subir a ese puesto de honor, sino que la había conducido a él la señora. Está sentada justamente un peldaño más abajo que Jesús, de manera que su cabeza está a la altura de las rodillas de su Hijo, y estando sentada de lado, Ella lo puede mirar a la cara, con su mirada de paloma enamorada. El delicado perfil de María destaca nítido como en un mármol contra el muro oscuro de la rústica galería.

Más abajo están los apóstoles y los dueños de la casa. En el patio, todos los aldeanos: unos en pie, otros sentados en el suelo, otros encaramados en los lagares o en las higueras que hay en los cuatro ángulos del patio.

Jesús habla lentamente, hundiendo la mano en un amplio saco de trigo colocado detrás de las espaldas de María; parece como si estuviera jugando con esos granos o los estuviera acariciando con gusto, mientras con la derecha gesticula sosegadamente.

-Me han dicho: "Ven, Jesús, a bendecir el trabajo del hombre". Heme aquí. En nombre de Dios lo bendigo. Efectivamente, todo trabajo, si es honesto, merece bendición por parte del Señor eterno. Pero he dicho esto: la primera condición para obtener de Dios bendición es ser honestos en todas las acciones.

Veamos juntos cuándo y cómo las acciones son honestas. Lo son cuando se cumplen teniendo presente en el espíritu al eterno Dios. ¿Puede acaso pecar uno que diga: "Dios me está mirando. Dios tiene sus ojos puestos en mí, y no pierde ni un detalle de mis acciones"? No. No puede. Porque pensar en Dios es un pensamiento saludable y le impide al hombre pecar más que cualquier amenaza humana. ¿Pero al eterno Dios se le debe sólo temer? No. Escuchad. Os fue dicho: "Teme al Señor tu Dios". Y los Patriarcas temblaron, y temblaron los Profetas cuando el Rostro de Dios, o un ángel del Señor, se apareció a sus espíritus justos. Y ciertamente es verdad que en tiempo de cólera divina la aparición de lo sobrenatural debe hacer temblar el corazón. ¿Quién, aun siendo puro como un párvulo, no tiembla ante el Poderoso, ante cuyo fulgor eterno están en actitud de adoración los ángeles, rostro en tierra en el aleluya paradisíaco? Dios atenúa con un piadoso velo el insostenible fulgor de un ángel, para concederle al ojo humano poder mirarlo sin que se le queden abrasadas pupila y mente. ¿Qué será entonces ver a Dios?

Pero esto es así mientras dura la ira. Cuando ésta queda sustituida por la paz y el Dios de Israel dice: "He jurado y mantengo mi pacto. He ahí a quien envío, y soy Yo, aun no siendo Yo sino mi Palabra que se hace Carne para ser Redención", entonces el amor debe -suceder al temor, y sólo amor debe dársele al eterno Dios, con alegría, porque el tiempo de paz ha llegado para la Tierra; la paz ha llegado entre Dios y el hombre. Cuando los primeros vientos de la primavera esparcen el polen de la flor de la vid, el agricultor debe temer aún, dado que la intemperie y los insectos pueden tenderle al fruto muchas insidias, mas cuando llega la feliz hora de la vendimia, ¡ah!, entonces cesa todo temor y el corazón se regocija por la certeza de la cosecha.

E1 Vástago de la estirpe de Jesé, habiendo sido previamente anunciado por las palabras de los Profetas, ha venido; ahora está entre vosotros. Él es Racimo óptimo que os trae el zumo de la Sabiduría eterna y no pide sino ser cogido y exprimido y ser así Vino para los hombres. Él es Vino de alegría sin fin para aquellos que se nutran con Él. Pero, ¡ay de aquellos que habiendo tenido a su alcance este Vino lo hayan rechazado, y tres veces desdichados aquellos que después de haberse nutrido con Él lo hayan rechazado o mezclado en su interior con la comida de Satanás!

Y así vuelvo al primer concepto. La primera condición para obtener la bendición de Dios, tanto en las obras del espíritu como en las del hombre, es la honestidad de propósitos.

Honesto es el que dice: "Sigo la Ley, no para obtener de ella alabanza por parte de los hombres, sino por fidelidad a Dios". Honesto es aquel que dice: "Sigo a Cristo, no por los milagros que hace, sino por los consejos que me da de vida eterna". Honesto es quien dice: "Trabajo, no por ávido lucro, sino porque también el trabajo ha sido puesto por Dios como medio de santificación por su valor formativo, mortificante, preservativo, elevante; trabajo para poder ayudar a mi prójimo; trabajo para poder hacer resplandecer los prodigios de Dios, que de un granito minúsculo hace una macolla de espigas, de una semilla de uva hace una gran cepa, de la semilla de un fruto hace un árbol, y de mí, hombre, pobre nada, sacado de la nada por voluntad suya, hace un ayudante suyo en la obra infatigable de perpetuar los cereales, vides y árboles frutales, como en la de poblar la Tierra de hombres".

Hay personas que trabajan como acémilas, pero sin otra religión aparte de la de aumentar sus riquezas. ¿Que muere de aprietos y cansancio delante de él el compañero que ha sido menos favorecido por la suerte? ¿Que se mueren de hambre los

hijos de este miserable? ¿Y qué le importa al ávido acumulador de riquezas? Hay otros todavía más duros, que no trabajan pero obligan a trabajar, y atesoran con el sudor ajeno. Y hay otros que dilapidan lo que avaramente arrebatan al esfuerzo ajeno. En verdad, en éstos el trabajo no es honesto. Y no digáis: "Y a pesar de todo Dios los protege". No. No los protege. Hoy gozarán de una hora de triunfo, pero no pasará mucho tiempo sin que los alcance la severidad divina, que, en el tiempo o en la eternidad, les recordará este precepto: "Yo soy el Señor tu Dios, ámame sobre todas las cosas y ama a tu prójimo como a ti mismo'". ¡Oh, entonces, verdaderamente, si esas palabras resuenan eternamente, serán más tremendas que los rayos del Sinaí!

Muchas, demasiadas son las palabras que se os dicen. Yo os digo sólo éstas: "Amad a Dios. Amad al prójimo". Son como el trabajo que hace fecundo al sarmiento, realizado con la vid en primavera. El amor a Dios y al prójimo es como la grada que limpia el suelo de las hierbas nocivas del egoísmo y de las malas pasiones; es como la azada que excava un círculo en torno a la cepa para que quede aislada del contagio de hierbas parásitas y nutrida con frescas aguas de riego; es como cizalla que elimina lo superfluo para condensar la energía y dirigirla hacia donde dará fruto; es lazo que aprieta y sostiene junto al robusto palo; es, finalmente, sol que madura los frutos de la buena voluntad haciendo de ellos frutos de vida eterna.

Exultáis ahora porque el año ha sido bueno, ricas las mieses y óptima la vendimia. Pero en verdad os digo que este júbilo vuestro es menos que un diminuto granito de arena en relación con el júbilo sin medida que será vuestro cuando el eterno Padre os diga: "Venid, fecundos sarmientos míos injertados en la verdadera Vid. Vosotros os prestasteis a toda operación, aunque fuera penosa, con tal de dar abundante fruto, y ahora venís a mí cuajados de los zumos dulces del amor a mí y al prójimo. Floreced en mis jardines durante toda la eternidad". Tended a este eterno goce. Perseguid con fidelidad este bien. Agradecidos, bendecid al Eterno, que os ayuda a alcanzarlo. Bendecidlo por la gracia de su Palabra, bendecidlo por la gracia de la buena cosecha. Amad con gratitud al Señor y no tengáis miedo. Dios da el ciento por uno a quien le ama.

Jesús habría terminado, pero todos gritan:

-¡Bendícenos, bendícenos! ¡Danos tu bendición!

Jesús se levanta, extiende los brazos y dice con voz de trueno:

-Que el Señor os bendiga y guarde, os muestre su faz y tenga piedad de vosotros. Que el Señor vuelva hacia vosotros su rostro y os dé su paz. Que el nombre del Señor esté en vuestros corazones, en vuestras casas y en vuestros campos.

La multitud, la pequeña multitud reunida, prorrumpe en un griterío de alegría y de aclamaciones al Mesías, mas luego calla y se abre para dejar pasar a una madre que lleva en brazos a un niño paralítico de unos diez años. Ella lo coloca echado a los pies de la escalera, como si se lo ofreciera a Jesús.

-Es una criada mía. Su hijo varón se cayó el año pasado desde la terraza y se partió la columna. Toda la vida tendrá que yacer sobre la espalda - explica el dueño de la casa.

.Ha esperado en ti todos estos meses... - añade la dueña.

-Dile que se acerque.

Pero la pobre mujer está tan emocionada, que parece como si tuviera ella la parálisis. Tiembla toda y se le enredan los pies en el largo vestido al subir los altos escalones con su hijo en brazos.

María, piadosa, se pone en pie y baja hacia ella.

-Ven. No temas. Mi Hijo te quiere. Dame a tu niño. Así podrás subir mejor. Ven, hija. Yo también soy madre - y le coge el niño, al cual sonríe dulcemente. Y sube con el peso de esta conmovedora carga sobre sus brazos. La madre del niño la sigue, llorando.

Ya está María ante Jesús. Se arrodilla y dice:

-¡Hijo! ¡Por esta madre!

No dice nada más.

Jesús ni siquiera solicita su consabido "¿qué deseas que te haga? ¿Crees que puedo hacerlo?". No. Hoy sonríe y dice:

-Mujer, ven aquí.

La mujer se coloca justo junto a María. Jesús le pone una mano sobre la cabeza y se limita a decir: «Alégrate». Aún no ha terminado de decir esta palabra y el niño, que hasta ahora había estado extendido como un cuerpo muerto, colgándole las piernas en brazos de María, se sienta como impulsado por un resorte y prorrumpe en un grito de alegría « ¡Mamá!», y corre a refugiarse en el pecho materno. Los gritos de hosanna parece como si quisieran penetrar en el cielo completamente rojo del atardecer.

La mujer, con su hijo apretado contra el corazón, no sabiendo qué decir, lo pregunta:

-¿Qué... qué tengo que hacer para decirte que soy feliz?

A lo que Jesús, que sigue acariciándola, contesta:

-Ser buena, amar a Dios y a tu prójimo, educar en este amor a tu hijo.

Pero la mujer no se muestra todavía satisfecha. Quisiera... quisiera... y, por fin, pide:

-Dadle un beso Tú y tu Madre a mi niño.

Jesús se inclina y lo besa, y María también. Y mientras la mujer se marcha feliz, entre las aclamaciones de un cortejo de amigos, Jesús le explica a la dueña de casa:

-No ha hecho falta más. Él estaba en los brazos de mi Madre. Incluso sin mediar palabra alguna lo habría curado, porque Ella se siente feliz cuando puede consolar una aflicción, y Yo deseo hacerla feliz.

Entonces Jesús y María se intercambian una de esas miradas cuyo significado es tan profundo, que sólo quien las ha visto las puede entender.

## 109

## En los campos de Jocanán y en los de Doras. Muerte de Jonás

Vuelvo a ver, de día, el llano de Esdrelón; un día medio nublado de finales de otoño. Ha debido caer durante la noche una de las primeras lluvias de los tristes meses invernales, porque la tierra está húmeda, si bien no fangosa. Sopla todavía el viento, un viento húmedo que se lleva las hojas amarillentas y penetra hasta los huesos con su aliento cargado de humedad.

En los campos hay escasas yuntas de bueyes tirando del arado. Levantan fatigosamente la tierra densa y pesada de esta fértil llanura para prepararla a recibir la semilla. Lo que me da pena es ver que en ciertos lugares son los mismos hombres los que hacen el trabajo de los bueyes, empujando la reja del arado con toda la fuerza de sus brazos, e incluso del pecho, apretando fuertemente los pies contra el suelo removido, trabajando como esclavos en esta operación que cansa incluso a los robustos novillos.

También Jesús mira y ve, y se entristece su rostro, hasta llorar incluso.

Los discípulos - once porque Judas aún no ha vuelto y los pastores ya no están - hablan entre sí, y Pedro dice:

-Pequeña, pobre, fatigosa es también la barca... ¡Pero cien veces mejor que este servicio de animales de tiro! - y pregunta: «Maestro, ¿serán ya siervos de Doras?

Responde Simón Zelote:

-No lo creo. Sus campos están al otro lado de aquellos árboles frutales, me parece. Todavía no los vemos.

Pero Pedro, curioso siempre, deja el camino y va por un lindero entre dos parcelas. En los bordes se han sentado un momento cuatro fatigados y sudorosos agricultores. Están jadeantes por el esfuerzo realizado. Pedro les pregunta:

-¿Sois de Doras?

-No. Pero somos de su pariente, de Jocanán. ¿Y tú quién eres?

-Soy Simón de Jonás, pescador de Galilea hasta la luna de Ziv. Ahora, Pedro de Jesús de Nazaret, el Mesías de la Buena Nueva - Pedro dice esto con el respeto y la gloria con que uno diría: "Pertenezco al alto y divino César de Roma", y mucho más todavía; su honesto rostro resplandece de la alegría de profesarse de Jesús.

-¡Oh, el Mesías! ¿Dónde, dónde está? - dicen los cuatro infelices.

-Aquél es. Aquél, alto y rubio, vestido de rojo oscuro. Aquél, el que mira ahora hacia aquí esperándome sonriente.

-¿Si fuéramos nosotros... nos rechazaría?

-¿Rechazaros? ¿Por qué? Es el amigo de los desdichados, de los pobres, de los oprimidos, y me da la impresión de que vosotros... sí, realmente sois de ésos...

-¡Claro que lo somos! ¡Y cómo! De todas formas, de ninguna manera como los de Doras. A1 menos disponemos del pan que queramos y no nos azotan sino en el caso de que interrumpamos nuestro trabajo, pero...

-De modo que si ahora ese señoriíto de Jocanán os encuentra aquí hablando, os...

-Nos azotaría como no lo hace ni con sus perros...

Pedro silba en modo significativo. Luego dice:

-Entonces será mejor así...- y, abocinando las manos en torno a la boca, llama fuerte: “¡Maestro! ¡Ven aquí! ¡Que hay corazones que sufren y te necesitan!

-¿Pero qué estás diciendo? ¿Él? ¿Aquí, donde nosotros?! Pero si nosotros no somos más que unos despreciables siervos!

Los cuatro hombres están aterrorizados de tanta osadía.

-A nadie le gusta que lo azoten, y si pasa por aquí ese "distinguido" fariseo, no quisiera recibir yo también una ración... - dice Pedro riendo mientras zarandea con su manota al más aterrorizado de los cuatro.

Jesús, con su largo paso, ya está llegando. Los cuatro hombres no saben qué hacer. Quisieran correr a su encuentro, pero el respeto los paraliza (pobres a quienes la maldad humana ha transformado en seres atemorizados de todo). Caen rostro en tierra, adorando des-de ahí al Mesías, que se llega a ellos.

-La paz a todos los que me anhelan. El que me anhela, anhela el bien, y Yo lo quiero como a un amigo. Levantaos. ¿Quiénes sois?

Pero los cuatro apenas alzan el rostro del suelo, permaneciendo de rodillas y mudos.

Habla Pedro y dice:

-Son cuatro siervos del fariseo Jocanán, familiar de Doras. Querrían hablarte, pero... si llega él les dan de palos; por eso te he dicho: "Ven". ¡Venga, muchachos, que no os come! Tened confianza. Considerad que es un amigo vuestro.

-Nosotros... nosotros sabemos de ti... por Jonás...

-Por él vengo. Sé que me ha anunciado. ¿Qué sabéis de mí?

-Que eres el Mesías. Que te vio cuando eras niño. Que los ángeles, con tu venida, cantaron la paz a los buenos. Que fuiste perseguido... pero que te salvaste, y que ahora has buscado a tus pastores y... y los quieres. Esto lo decía ahora, esto último. Y nosotros pensábamos: si es bueno como para amar y buscar a unos pastores, sin duda también a nosotros nos querrá un poco... Necesitamos verdaderamente a alguien que nos quiera...

-Yo os quiero. ¿Sufrís mucho?

-¡Oh!... Pero más todavía los de Doras. ¡Si Jocanán nos encontrase aquí hablando!... Pero hoy está en Gerguesa. Todavía no ha vuelto de los Tabernáculos. No obstante, su intendente esta noche vendrá a medir el trabajo y luego nos dará la ración de alimento. Pero no importa, recuperaremos el tiempo no descansando para la comida de la hora sexta.

-Dime, muchacho. ¿No sería yo capaz de empujar ese apero? ¿Es un trabajo difícil? - pregunta Pedro.

-Difícil no, pero sí fatigoso. Se requiere fuerza.

-La tengo. Déjame ver. Si soy capaz, tú hablas y yo hago de buey. Tú, Juan, Andrés y Santiago, ¡venga!, a la lección. Pasamos de los peces a los gusanos del suelo. ¡Hala!

Pedro pone su mano sobre el eje transversal del timón. Por cada arado hay dos hombres, uno a este lado, el otro al otro lado de la larga barra del timón. Mira e imita todos los movimientos del campesino. Siendo fuerte y estando descansado, trabaja bien. El hombre lo alaba.

-Soy un maestro de la aradura - exclama contento el buen Pedro. ¡Venga, Juan, ven aquí! Un toro y un novillo por arado. En el otro. Santiago y el mudo ternero de mi hermano. ¡Venga! ¡Ah... eup!»

Los dos pares de aradores van parejos removiendo la tierra y trazando los surcos por el largo campo. Llegados al linde, vuelven el arado y hacen el nuevo surco. Parece como si hubieran trabajado siempre en el campo.

-¡Qué buenos son tus amigos! - dice el más audaz de los siervos de Jocanán - ¿Los has hecho tú así?

-Yo he dado una regla a su bondad. Como tú haces con las tijeras de podar. Pero la bondad ya estaba en ellos. Ahora florece bien porque hay quien la cuida.

-También son humildes. ¡Amigos tuyos y servir así a unos pobres siervos...!

-Conmigo sólo puede estar quien ama la humildad, la mansedumbre, la honestidad y el amor; sobre todo el amor, porque quien ama a Dios y al prójimo posee como consecuencia todas las virtudes y consigue el Cielo.

-¿Nosotros también podremos conseguirlo, nosotros que no tenemos tiempo para rezar, para ir al Templo, para ni siquiera levantar la cabeza del surco?

-Responded: ¿guardáis odio a quien tan duramente os trata? ¿Hay en vosotros rebelión y acusación contra Dios por haberos colocado entre los ínfimos de la Tierra?

-¡No, no, Maestro! Es nuestro destino. Pero cuando, cansados, nos dejamos caer sobre la yacija, decimos: "Bien, pues el Dios de Abraham sabe que estamos tan agotados que no podemos decirle más que: ` ¡Bendito sea el Señor!"'; también decimos: "Un día más hemos vivido sin pecar"... Ya sabes... podríamos robar un poquito, comer con el pan un fruto, o echar algo de aceite en las verduras cocidas. Pero el patrón ha dicho: "A los siervos les basta el pan y las verduras cocidas, y durante la recolección un poco de vinagre en el agua para calmar la sed y dar energía". Y nosotros lo hacemos. En fin... se podría estar peor.

-Os digo que en verdad el Dios de Abraham sonríe por vuestros corazones, mientras que muestra rostro acerbo a quienes lo insultan en el Templo con engañosas oraciones mientras no aman a sus semejantes.

-¡Pero entre iguales se aman! A1 menos... eso parece, porque se veneran recíprocamente con regalos y reverencias. Es con nosotros con quienes no tienen amor. Pero nosotros somos distintos de ellos, y es justo.

-No. En el Reino del Padre mío no es justo, y distinto será el modo de juzgar. No recibirán honores los ricos y poderosos por el hecho de serlo, sino sólo aquellos que hayan amado siempre a Dios, queriéndolo por encima de sí mismos y por encima de cualquier otra cosa, como el dinero, el poder, la mujer, la mesa; y amando a sus propios semejantes, que son todos los hombres, sean ricos o pobres, conocidos o desconocidos, doctos o sin cultura, buenos o malvados. Sí, también hay que amar a los malvados. No por su maldad, sino por piedad hacia su alma, herida de muerte por ellos mismos. Hay que amarlos con un amor que suplique al Padre celeste curarlos y redimirlos. En el Reino de los Cielos serán bienaventurados los que hayan honrado al Señor con verdad y justicia y hayan amado a los padres y a los familiares por respeto; los que no hayan robado en modo alguno ni nada, o sea, los que hayan dado y pretendido lo justo incluso en el trabajo de los servidores; los que no hayan matado ni reputaciones ni criaturas, y no hayan deseado matar, aunque los modos de actuar de los demás hayan sido crueles como para soliviantar el corazón en actitud desdeñosa y de sublevación; quienes no hayan jurado lo falso, dañando al prójimo y lesionando la verdad; quienes no hayan cometido adulterio o cualquier otro acto vicioso carnal; quienes mansa y resignadamente hayan aceptado su suerte sin envidias hacia los demás. De éstos es el Reino de los Cielos. El mendigo puede ser un rey bienaventurado allí arriba, mientras que el Tetrarca con su poder no será nada; es más, más que nada: será pasto de Satanás si ha actuado contra la ley eterna del Decálogo.

Los hombres le están escuchando con la boca abierta de admiración.

Con Jesús están Bartolomé, Mateo, Simón, Felipe, Tomás, Santiago y Judas de Alfeo; los otros cuatro continúan su trabajo, colorados, sudorosos, pero alegres. Basta Pedro para tenerlos alegres a todos.

-¡Qué razón tenía Jonás llamándote Santo! En ti todo es santo: las palabras, la mirada, la sonrisa; ¡jamás hemos sentido el alma tanto!

-¿Hace mucho que no veis a Jonás?

-Desde que está enfermo.

-¿Enfermo?

-Sí, Maestro. No puede más. Antes a duras penas lograba moverse, después de las faenas estivas y de la vendimia ya realmente es que no se tiene en pie; y a pesar de todo... le hace trabajar ese... ¡Oh..., dices que hay que amar a todos, pero es muy difícil amar a las hienas, y Doras es peor que una hiena!

-Jonás lo ama...

-Sí, Maestro. Pienso que es tan santo como aquéllos a quienes, por fidelidad al Señor Dios nuestro, han matado con martirio.

-Dices bien. ¿Cómo te llamas?

-Miqueas, y éste Saulo y éste Joel y éste Isaías.

-Le recordaré vuestros nombres al Padre. ¿Y decís que Jonás se encuentra muy enfermo?

-Sí, nada más terminar el trabajo se deja caer sobre el forraje y nosotros no lo vemos. Nos lo dicen otros siervos de Doras.

-¿Está trabajando a esta hora?

-Si está en pie, sí. Debería estar al otro lado de aquel pomar.

-¿Ha sido buena la cosecha de Doras?

-Se ha hablado de ella en toda la región. Los árboles estaban apuntalados porque los frutos tenían un tamaño verdaderamente milagroso. Doras ha tenido que mandar hacer nuevos lagares, porque la uva, de tanta como había, no habrían podido meterla en los que se venían usando.

-¿Entonces Doras habrá premiado a su siervo?

-¿Premiado? ¡Señor, qué mal lo conoces!

-Pero si Jonás me dijo que hace años le dio una paliza mortal por haber desaparecido algunos racimos, y que pasó a ser esclavo por deudas habiéndole acusado el patrón de pérdidas por la escasa cosecha. Este año, que ha tenido una abundancia milagrosa, habría debido premiarlo.

-No. Lo azotó ferozmente, acusándole de no haber obtenido los años precedentes la misma abundancia por no haber cuidado la tierra como se debía.

-¡Este hombre es una fiera salvaje! -exclama Mateo.

-No. Es un hombre sin alma - dice Jesús - Os dejo, hijos, con una bendición. ¿Tenéis pan y comida para hoy?

-Tenemos este pan - y sacando un pan oscuro de un talego que estaba en el suelo, se lo enseñan.

-Tomad mi comida. No tengo más que esto. Pero Yo hoy estaré en casa de Doras y...

-¿Tú en casa de Doras?

-Sí. Para rescatar a Jonás. ¿No lo sabíais?

-Aquí ninguno sabe nada. Pero... no te fíes, Maestro; serás como una oveja en el antro del lobo.

-No podrá hacerme nada. Tomad mi comida. Santiago, da cuanto tenemos, incluso nuestro vino. Que haya un poco de gozo también para vosotros, pobres amigos, en el alma y en el cuerpo. ¡Pedro, vamos!

-Voy, Maestro. Sólo queda este surco por terminar - y corre hacia Jesús, congestionado por la fatiga; se seca con el manto que se había quitado, se lo vuelve a poner y ríe contento.

Los cuatro no cesan de dar las gracias.

-¿Pasarás por aquí, Maestro?

-Sí, esperadme. Saludaréis incluso a Jonás. ¿Podéis hacerlo?

-¡Claro! La tierra debía estar arada para la noche. Están hechos más de dos tercios de ella, ¡y qué bien y qué rápido! ¡Son fuertes tus amigos!... Que Dios os bendiga. Hoy para nosotros es más que la fiesta de los Ázimos. ¡Que Dios os bendiga a todos, a todos, a todos!

Jesús va derecho hacia el pomar, lo cruzan, llegan a los campos de Doras. Más campesinos al arado, o agachados para limpiar los surcos de las hierbas arrancadas; pero Jonás no está. Reconocen a Jesús y, sin dejar de trabajar, lo saludan.

-¿Dónde está Jonás?

Después de dos horas ha caído sobre el surco y lo han llevado a casa. ¡Pobre Jonás! Poco tiempo más deberá sufrir. Está realmente en las últimas. Jamás tendremos un amigo mejor.

-Me tenéis a mí en la Tierra y a él en el seno de Abraham. Los muertos quieren a los vivos con dúplice amor: el propio y el que asumen estando con Dios (por tanto, amor perfecto).

-¡Ve enseguida con él! ¡Que te vea ahora que sufre!

Jesús bendice y continúa su camino.

-¿Y ahora qué piensas hacer? ¿Qué le piensas decir a Doras? - preguntan los discípulos.

-Voy a ir como si no supiera nada. Si se siente descubierto, es capaz de cebarse en Jonás y en sus siervos.

-Tiene razón tu amigo: es como un chacal - dice Pedro a Simón.

-Lázaro no dice nunca sino la verdad y no es maldecidor; cuando lo conozcas, lo querrás - responde Simón.

-Se ve la casa del fariseo: ancha, baja, bien construida, entre árboles ya despojados de sus frutos; una casa de campo, pero rica y cómoda. Pedro y Simón se adelantan para avisar.

Sale Doras. Un viejo de semblante duro, propio de un anciano avaricioso: ojos irónicos, boca de sierpe que esboza bruscamente una sonrisa falsa detrás de una barba más blanca que negra.

-Salud, Jesús - dice en tono familiar y con clara ostentación de benevolencia.

Jesús no dice: «Paz»; responde:

-Que ella vuelva a ti.

-Entra. La casa te acoge. Has sido puntual como un rey.

-Como una persona honesta - replica Jesús.

Doras se ríe, como si se hubiera tratado de una gracia.

Jesús se vuelve y les dice a los discípulos, que no han sido invitados a entrar:

-Entrad - Y añade: «Son mis amigos».

-Que entren... pero... ¿ése no es el recaudador de tributos, hijo de Alfeo?

-Éste es Mateo, el discípulo del Cristo - dice Jesús, en un tono que... el otro entiende y... vuelve a reírse más forzadamente que antes

Doras pretende aplastar al "pobre" maestro galileo bajo la opulencia de su casa, fastuosa por dentro, fastuosa y gélida; los servidores parecen esclavos. Caminan encorvados; si entran en escena, desaparecen furtivamente y con rapidez, como quien teme siempre un castigo. Se tiene la impresión de una casa en que reinan la frialdad y el odio.

Pero Jesús no se apabulla ante la exposición de riquezas, ni ante el recuerdo de censo y parentela... y Doras, que percibe la indiferencia del Maestro, lo lleva consigo por el pomar jardín, mostrando árboles raros y ofreciendo sus frutos - los servidores los acercan en bandejas y copas de oro -. Jesús degusta y alaba la exquisitez de la fruta, parte conservada en una especie de almíbar (melocotones primorosos), parte fruta natural (peras de singular tamaño).

-Soy el único que las tiene en toda Palestina, y creo que ni siquiera en toda la península las hay como éstas. Las he mandado traer de Persia, y de más lejos aún. La caravana me costó el precio de un talento. Ni siquiera los Tetrarcas disponen de estos frutos; quizás ni siquiera César los tiene. Cuento las piezas y exijo todos los huesos. Las peras sólo se consumen en mi mesa, porque no quiero que se lleven ni una semilla. A Anás le mando algunas peras, pero sólo de las cocidas porque así son estériles.

-Son plantas de Dios, y los hombres son todos iguales.

-¿Iguales? ¡No, hombre, no! ¿Yo igual que... que tus galileos?

-El alma viene de Dios, y Él las crea iguales.

-¡Pero yo soy Doras, el fiel fariseo!...- diciendo esto parece esponjarse como un pavo.

Jesús lo asaetea con sus ojos de zafiro, cada vez más encendidos (signo que en Él denuncia que rebosa de piedad o de severidad). Jesús es mucho más alto que Doras y lo domina; está majestuoso con su vestido purpúreo al lado del pequeño y un poco encorvado fariseo, apergaminado, que lleva un vestido de una holgura y una abundancia de franjas impresionante.

Doras, después de un rato de autoadmiración, exclama:

-Pero Jesús, ¿por qué has enviado a casa de Doras, el puro fariseo, a Lázaro, hermano de una meretriz? ¿Amigo tuyo, Lázaro? ¡No debes permitirlo! ¿No sabes que está anatematizado porque su hermana, María, es una meretriz?

-No conozco más que a Lázaro y sus acciones, que son honestas.

-Pero el mundo recuerda el pecado de esa casa y ve que su mancha se extiende entre los amigos... No vayas a esa casa. ¿Por qué no eres fariseo? Si lo deseas... yo soy poderoso... hago que te acojan como tal a pesar de que seas galileo. Yo lo puedo todo en el Sanedrín. Está en mi mano Anás como lo está esta orla de mi manto. Te temerían más.

-Deseo sólo ser amado.

-Yo te amaré. ¿Ves como ya te amo al condescender a tu deseo dándote a Jonás?

-He pagado por él.

-Es verdad, y estoy asombrado de que hayas podido abonar tal suma.

-No Yo, un amigo por mí.

-Bien, bien. No quiero indagar. Mira como es verdad que te amo y deseo satisfacerte: tendrás a Jonás después de la comida. Sólo por ti hago este sacrificio... - y se ríe con su cruel risa.

Jesús, con los brazos cruzados a la altura del pecho, cada vez más severo, lo traspasa con la mirada. Todavía están en el huerto jardín en espera de la comida.

-Pero tú tienes que concederme una cosa. Satisfacción por satisfacción. Yo te doy mi mejor siervo, por tanto me privo de una futura ganancia. Este año tu bendición - sé que viniste cuando comenzaba el calor fuerte - me ha proporcionado una recolección que ha hecho famosas mis propiedades. Bendice pues ahora mis rebaños y mis campos. El próximo año no echaré de menos a Jonás... y entre tanto, encontraré uno como él. Ven, da tu bendición. Dame la satisfacción de que me celebren en toda Palestina y de tener rediles y graneros saturados de bienes. Ven - Y lo aferra y trata de arrastrarlo, invadido por la fiebre del oro.

Pero Jesús se resiste:

-¿Dónde está Jonás? - pregunta severo.

-En la aradura. No ha querido marcharse sin hacer este trabajo para su buen patrón, pero antes de terminar de comer vendrá. Mientras, ven a bendecir rebaños, campos, árboles frutales, cepas y almazaras. Todo, todo... ¡Ah, qué fértiles serán el año próximo! ¡Ven!

-¿Dónde está Jonás? -truena Jesús más fuerte.

-¡Pero si ya te lo he dicho! Está dirigiendo la aradura. Es el primero entre mis servidores y no trabaja: preside.

-¡Embustero!

-¿Yo? ¡Lo juro por Yeohveh!

-¡Perjuro!

-¿Yo? ¿Yo perjuro? ¿Yo que soy el fiel más fiel? ¡Cuidado cómo hablas!

-¡Asesino! - Jesús ha ido levantando la voz, y la última palabra es un trueno.

Los discípulos hacen un círculo en torno a Él, los criados se asoman a las puertas, temerosos. El rostro de Jesús transparenta una severidad insostenible. Los ojos parecen emanar rayos fosforescentes.

Doras siente un momento de miedo. Se hace más pequeño, madeja de estofa finísima junto a la alta persona de Jesús, vestida de pesada lana rojo oscuro. Pero luego la soberbia vuelve a hacerse con él. Doras se pone a gritar con su voz chillona (exactamente como la de los zorros):

-¡En mi casa doy órdenes sólo yo! ¡Vete, vil galileo!

-Me iré después de maldecirte a ti, a tus campos, a tus rebaños y a tus cepas, para éste y para los futuros años.

-¡No, eso no! Sí. Es verdad. Jonás está enfermo, pero se le está cuidando, se le está cuidando bien. Retira tu maldición.

-¿Dónde está Jonás? Que un criado me conduzca a él, inmediatamente. Yo lo he pagado, y, dado que para ti es una mercancía, una máquina, tal lo considero; y puesto que lo he comprado, lo quiero.

Doras saca del pecho un pequeño silbato de oro y silba tres veces. Una nube de servidores de la casa y de las tierras acude de todas partes; corren - encorvados hasta el punto de que casi rozan el suelo - hasta donde está el temido patrón.

-Traedle a Jonás a éste y entregadlo.

-¿A dónde vas?

Jesús ni siquiera responde. Sigue a los servidores que, presurosos han cruzado el jardín en dirección a las casas de los campesinos, los misérrimos cuchitriles de los míseros campesinos.

Entran en el tugurio de Jonás. Éste está completamente esquelético, jadeante a causa de la fiebre, semidesnudo, sobre un cañizo; como colchón, un vestido remendado; como manta, un manto aún más roto. La joven de la otra vez lo cuida como puede.

-¡Jonás! ¡Amigo mío! ¡He venido a llevarte conmigo!

-¿Tú? ¡Mi Señor! Me estoy muriendo... pero me siento feliz de tenerte aquí.

-Amigo fiel, ahora eres libre. No morirás aquí. Te llevo a mi casa.

-¿Libre? ¿Por qué? ¿A tu casa? ¡Ah, sí! Me prometiste que vería a tu Madre.

Jesús, combado hacia el miserable lecho del infeliz, es todo amor, mientras que Jonás, de alegría, parece reanimarse.

-Pedro, tú eres fuerte, levanta a Jonás. Vosotros, poned aquí vuestro manto; es demasiado duro este lecho para uno en su estado.

Los discípulos se despojan de sus mantos con prontitud, los pliegan en varios dobleces y los extienden; con algunos hacen la almohada. Pedro deposita su carga de huesos y Jesús tapa a Jonás con su propio manto.

-Pedro, ¿tienes dinero?

-Sí, Maestro, tengo cuarenta denarios.

-Bien. ¡Vamos! ¡Ánimo, Jonás! Todavía un poco de esfuerzo; luego mucha paz en mi casa, con María...

-María... sí... ¡tu casa!

El pobre Jonás está en el límite de sus fuerzas y llora; lo único que es capaz de hacer es llorar.

-Adiós, mujer; el Señor te bendecirá por tu misericordia.

-Adiós, Señor. Adiós, Jonás. Ora, orad por mí - La joven llora...

Llegados al umbral de la puerta, aparece Doras. Jonás tiene una reacción de temor y se cubre el rostro; mas Jesús le pone una mano sobre la cabeza y sale a su lado, más severo que un juez. La mísera comitiva sale al rústico patio y toma el sendero del huerto.

-¡Ese lecho es mío; te he vendido el siervo, no la cama!

Jesús le arroja a los pies la bolsa sin decir nada.

Doras la coge, la vacía:

-Cuarenta denarios y cinco didracmas. ¡Es poco!

Jesús mira fijamente, de arriba abajo, - es imposible describir su gesto - al codicioso y repugnante cómitre, y no responde.

-Al menos dime que retiras tu maldición.

Jesús lo fulmina con una nueva mirada y una breve frase:

-Te remito al Dios del Sinaí - y pasa erguido, al lado de la tosca camilla que, con cuidado, transportan Pedro y Andrés.

Doras, viendo que todo es inútil y que la condena es cierta, grita:

-¡Volveremos a vernos, Jesús! ¡No pienses que te has librado de mis zarpas! ¡Te haré la guerra a muerte! Llévate si quieres ese pingajo de hombre; ya no me sirve. Me ahorro la sepultura. ¡Vete, vete, maldito Satanás! Pero te pondré en contra a todo el Sanedrín. ¡Satanás! ¡Satanás!

Jesús no hace ni siquiera ademán de haber oído. Los discípulos están consternados.

Jesús se ocupa sólo de Jonás; busca los senderos más llanos, más protegidos, hasta que llega a un cruce de caminos en la propiedad de Jocanán. Los cuatro campesinos corren a saludar al amigo que parte y al Salvador, que los bendice.

Pero el camino de Esdrelón a Nazaret es largo y además no se puede ir deprisa con esa conmovedora carga humana. A lo largo de la calzada principal no hay ningún carro, ninguna carreta, nada. Continúan caminando en silencio. Jonás parece dormir, pero no suelta la mano de Jesús.

A1 atardecer, un carro militar romano pasa a su lado.

-¡En nombre de Dios, parad! - dice Jesús levantando el brazo.

Dos soldados detienen el carro; el comandante, un hombre todo pomposo, se asoma, descorriendo un poco el toldo con que acababa de cubrir el carro porque empezaba a llover.

-¿Qué quieres? - le pregunta a Jesús.

-Tengo un amigo que está agonizando. Lo que os pido es un lugar para él en el carro.

-No se podría hacer... pero... sube. Al fin y al cabo, no somos perros.

Se sube la camilla.

-¿Tu amigo? ¿Tú quién eres?

-El rabí Jesús de Nazaret.

-¿Tú? ¡Oh!... - el militar lo mira con curiosidad.

-Si eres Tú, entonces... montad cuantos más podáis. La única cosa es que tratéis de que no se os vea... Así está ordenado... pero, por encima de las órdenes está la humanidad, ¿no? Y Tú eres bueno, yo lo sé. Nosotros, los soldados, sabemos todo... ¿Que cómo es que lo sé? Hasta las piedras hablan, bien o mal; y nosotros tenemos oídos para oírlas, para servir al César. Tú no eres un falso Cristo como los demás de antes, sediciosos y rebeldes. Tú eres bueno. Roma lo sabe. Este hombre... está muy mal.

-Por eso lo llevo donde mi Madre.

-¡Poco tiempo podrá cuidarlo! Dale un poco de vino. Está en esa cantimplora. Tú, Aquila, instiga a los caballos, y tú, Quinto, dame la ración de miel y de mantequilla; es mía, pero le sentará bien. Tiene mucha tos y la miel es medicinal.

-Eres bueno.

-No. Soy menos malo que muchos, y estoy contento de tenerte conmigo. Acuérdate de Publio Quintiliano, de la Itálica. Estoy en Cesárea, pero ahora voy a Tolemaida. Inspección de rigor.

-No estás en enemistad conmigo.

-¿Yo? Soy enemigo de los malos, jamás de los buenos. Y desearía ser yo también bueno. Dime: para nosotros, hombres de armas, ¿qué doctrina predicas?

-Una es la doctrina, para todos: justicia, honestidad, continencia, piedad. Ejercer el propio oficio sin abusos. Incluso en la dura necesidad de las armas, seguir la humanidad. Tratar de conocer la Verdad, o sea, a Dios Uno y Eterno; sin este conocimiento toda acción queda privada de gracia y, por tanto, de premio eterno.

-Pero, una vez muerto, ¿para qué me sirve el bien que haya hecho?

-Quien se llega al Dios verdadero encuentra ese bien en la otra vida.

-¿Renazco otra vez? ¿Llego a ser tribuno, o incluso emperador?

-No. Eres como Dios, desposándote con su eterna beatitud en el Cielo.

-¿Cómo? ¿En el Olimpo yo? ¿Entre los dioses?

-No hay dioses. Existe el Dios verdadero, el que Yo predico, el que te oye y signa tu bondad y tu deseo de conocer el Bien.

-¡Esto me gusta! No sabía que Dios se pudiera ocupar de un pobre soldado pagano.

-Él te ha creado, Publio; por eso te ama y querría tenerte consigo.

-Bueno, ¿y por qué no? Pero... nadie nos habla de Dios... nunca....

-Iré a Cesárea y me oirás.

-Sí, iré a oírte. Allí está Nazaret. Querría servirte más, pero si me ven...

-Bajo, y te bendigo por tu bondad.

-Adiós, Maestro.

-Que el Señor se muestre a vosotros, soldados. Adiós.

Bajan. Se ponen a caminar de nuevo.

-Dentro de poco descansarás, Jonás - dice Jesús para animarlo.

Jonás sonríe. Cada vez más tranquilo, a medida que la tarde va cayendo y que está seguro de estar lejos de Doras.

Juan con su hermano se adelanta corriendo para avisar a María.

Y, cuando la pequeña comitiva llega a Nazaret, casi desierta al caer de la tarde, María está ya en el umbral de la puerta esperando a su Hijo.

-Madre, éste es Jonás. Se acoge a tu dulzura para empezar a gustar su Paraíso. ¿Contento, Jonás?

-¡Contento! ¡Contento! - susurra como en éxtasis el exhausto.

Le llevan a la pequeña habitación en donde murió José.

-Estás en la cama de mi padre, y aquí está mi Madre, y aquí estoy Yo. ¿Ves? Nazaret se hace así Belén, y tú ahora eres el pequeño Jesús entre dos que te quieren, y éstos son los que veneran en ti al siervo fiel. No ves a los ángeles, pero sus alas de luz espiran sobre ti y cantan las palabras del salmo natalicio...

Jesús derrama su dulzura sobre el pobre Jonás, que se va apagando por momentos. Parece como si hubiera resistido hasta este momento para morir aquí... Pero su estado es beato. Sonríe, trata de besar la mano de Jesús, la de María, y de decir, decir... pero el jadeo quiebra la palabra. María, como una madre, lo conforta. Y él repite:

-Sí... sí - con su sonrisa beata en ese rostro suyo esquelético.

Los discípulos, que están a la puerta del huerto, guardan silencio y observan con conmoción.

-Dios ha escuchado tu prolongado deseo. La Estrella de tu larga noche viene a ser ahora la Estrella de tu eterna mañana. Tú sabes su Nombre -dice Jesús.

-¡Jesús, el tuyo! ¡Oh! ¡Jesús! Los ángeles... ¿Quién me está cantando el himno angélico? El alma lo está oyendo... También el oído lo quiere escuchar... ¿Quién, para que yo duerma feliz?... ¡Tengo mucho sueño! ¡He trabajado mucho! Muchas lágrimas... Muchos insultos... Doras... yo lo perdono... pero no quiero oír su voz y la oigo... Es como la voz de Satanás en la hora de mi muerte. ¡Alguien que me cubra esa voz con las palabras provenientes del Paraíso!

Es María quien con la misma melodía de su canción de cuna entona dulcemente: «Gloria a Dios en los altos Cielos y paz a los hombres aquí abajo». Y lo repite dos o tres veces porque ve que Jonás oyéndola se calma.

-Ya no habla Doras - dice, pasado un rato - Sólo los ángeles... Era un Niño... en un pesebre... entre un buey y un asno... y era el Mesías... y yo lo adoré... y con Él estaban José y María...

La voz se pierde en un breve gorgoteo dando paso al silencio.

-¡Paz en el Cielo al hombre de buena voluntad! Ha muerto. Le pondremos en nuestro pobre sepulcro. Merece esperar la resurrección de los muertos junto al padre mío justo - dice Jesús.

Y mientras, advertida no sé por quién, entra María de Alfeo, todo cesa.

## 110

## En casa de Jacob en las cercanías del lago Merón

Yo diría que, además del lago de Galilea y del Mar Muerto, Palestina tiene otro pequeño lago o rebalsa, una laguna en suma, cuyo nombre ignoro. Para calcular medidas yo no valgo nada, pero, a ojo, diría que esta pequeña depresión puede ser de

unos tres kilómetros por dos. Poca, bien poca cosa como se ve. Confiérenle gracia, no obstante, su entorno verde y su superficie, tan azul y sosegada, que parece una gran lámina de esmalte azul cielo veteada en el centro por una pincelada más clara, y ligeramente más movida, quizás por la corriente del río que se introduce en ella al Norte para salir al Sur y que, por lo pequeña que es la laguna - creo que sobre todo es poco profunda -, no pierde su corriente, sino que, como vena viva en un agua parada, denota esta vitalidad y presencia suyas con el color distinto y el ligero fruncimiento de las aguas.

No hay barcas de vela en la laguna; sólo alguna pequeña barquita de remos, desde donde un solitario pescador echa o extrae sus nasas de pesca, o que sirven para pasar al otro lado a un viandante que quiere abreviar el camino. Y rebaños, rebaños, rebaños... que descienden, sin duda, de los pastos montanos porque avanza el otoño, y pacen en estas márgenes de prados verdes y feraces.

Por el vértice sur del lago - puesto que es de forma oval - pasa una via de comunicación de primer orden que se extiende de este a oeste - o, mejor, más o menos de nordeste a sudoeste -, bastante bien conservada y muy frecuentada por transeúntes dirigidos hacia los pueblos esparcidos por esa zona. Por esta calzada camina Jesús con los suyos.

El día está más bien gris y Pedro observa:

-Hubiera sido mejor no ir a donde esa mujer. Los días se acortan cada vez más y el tiempo es cada vez más desapacible... y Jerusalén está todavía muy lejos.

-Llegaremos a tiempo. Y, créeme, Pedro, hacer el bien es más obediencia a Dios que hacer una ceremonia externa. Esa mujer ahora bendice a Dios con todos sus hijos en torno al cabeza de familia, que está tan curado, que podrá hallarse en Jerusalén para los Tabernáculos, mientras que habría debido estar durmiendo ya, para ese tiempo, entre vendas y bálsamos, en un sepulcro. No corrompas nunca la fe con la exterioridad de los actos. No se debe criticar nunca. ¿Cómo puedes asombrarte de los fariseos, si tú también caes en un error de piedad y cierras el corazón al prójimo diciendo: "Sirvo a Dios y basta”?

-Tienes razón, Maestro; soy más ignorante que un borrico.

-Y Yo te tengo conmigo para hacerte sabio. No tengas miedo. Cusa me ha ofrecido el carro casi hasta Yabboq. Desde allí al vado hay poco camino. Ha insistido tanto, y con razones tan justas, que he decidido, a pesar de que Yo juzgue que el Rey de los pobres debe servirse de los medios de los pobres; pero la muerte de Jonás ha impuesto un retardo y tengo que adaptar mi pensamiento a este imprevisto.

Los discípulos hablan de Jonás compadeciendo su mísera vida y envidiando su feliz muerte.

Simón Zelote susurra:

-No he podido hacerle feliz y dar al Maestro un verdadero discípulo, madurado en largo martirio e inquebrantable fe... y lo siento. ¡El mundo tiene mucha necesidad de criaturas fieles, convencidas de Jesús, para equilibrar a los muchos que niegan y negarán!

-No importa, Simón -responde Jesús - Él se siente más feliz ahora, y es más activo. Y tú has hecho más de lo que hubiera hecho cualquier otro por él y por mí, y por él también te doy las gracias, ahora él sabe quién fue el que lo liberó, y te bendice.

-Entonces maldice a Doras -exclama Pedro.

Y Jesús lo mira y le pregunta:

-¿Tú crees? Estás equivocado. Jonás era un justo, ahora es un santo. En vida ni odió ni maldijo; ni odia ni maldice ahora. Pone su mirada en el Paraíso, desde su lugar de espera, y se regocija porque sabe que pronto el Limbo dejará salir a los que están esperando. No hace nada más.

-Y en Doras... ¿incidirá tu anatema?

-¿En qué sentido, Pedro?

-Pues... haciéndole meditar y cambiar... o... sometiéndolo a castigos.

-Lo he remitido a la Justicia de Dios; Yo, el Amor, lo he abandonado.

-¡Misericordia! ¡No quisiera estar en él!

-¡Ni yo tampoco!

-¡Y yo tampoco!

-Ninguno querría, porque ¿qué será la Justicia del Perfecto? -dicen los discípulos.

-Será éxtasis para los buenos; será rayo para los perversos, amigos. En verdad os digo: ser durante toda la vida esclavo, leproso, mendigo, es felicidad de rey al lado de una hora, una sola hora, de castigo divino.

¯Llueve, Maestro, ¿qué hacemos? ¿A dónde vamos?

Efectivamente, sobre el lago, que se ha oscurecido reflejando el cielo completamente cubierto de nubes plúmbeas, caen y rebotan las primeras gruesas gotas de una lluvia que promete intensificarse.

-A alguna casa. Pediremos amparo en nombre de Dios.

-Esperemos encontrar uno bueno como aquel romano. No creía que fueran así... Siempre me había alejado de ellos considerándolos impuros, pero veo que... sí, si hago cuentas son mejores que muchos de nosotros - dice Pedro.

-¿Te agradan los romanos? - pregunta Jesús.

-¡Bueno!... no veo que sean peores que nosotros. Sólo son samaritanos...

Jesús sonríe y no dice nada.

Llega a su altura una pequeña mujer que va arreando a ocho ovejas.

-Mujer, ¿sabes decirnos dónde podemos encontrar un techo?...pregunta Pedro.

-Yo sirvo a un hombre pobre y solo. Pero si queréis venir... Creo que mi patrón os acogerá con bondad.

-Vamos.

Caminan bajo el aguacero, rápidos, entre las ovejas, que van trotando con sus cuerpos obesos para escaparse del chaparrón. Dejan la calzada principal para tomar un caminito que conduce a una pequeña casa baja. La reconozco como la casa del campesino Jacob, el de Matías y María, los dos huerfanitos de la visión.

-¡Ahí está! Corred mientras llevo las ovejas al aprisco. A1 otro lado de la tapia hay un patio por el que se va a la casa. Estará en la cocina. No os fijéis en si es de pocas palabras... Está angustiado por muchas cosas.

La mujer va hacia un cuchitril que está a la derecha. Jesús, cor los suyos, gira a la izquierda.

Se ve la era con el pozo, y el horno en el fondo, y el manzano a un lado. La puerta de la cocina está abierta de par en par. En ésta arde un fuego de pequeñas ramas y un hombre está reparando un apero agrícola roto.

-Paz a esta casa. Te pido refugio para la noche, para mí y mis compañeros - dice Jesús en el umbral de la puerta.

El hombre alza la cabeza.

-Entra - dice - y que Dios te restituya la paz que ofreces. Pero... ¿paz aquí?... La paz es enemiga de Jacob desde hace un tiempo. ¡Pasa, pasa!... Entrad todos. E1 fuego es lo único que puedo daros con abundancia... porque... ¡Oh, pero... pero si Tú, ahora que te has quitado la capucha (Jesús se había tapado la cabeza con el extremo del manto, teniéndolo agarrado con la mano por debajo de la garganta) y te veo bien... Tú eres, sí, eres el rabí galileo, al que llaman Mesías y hace milagros...! ¿Eres Tú? Dilo, en nombre de Dios.

-Soy Jesús de Nazaret, el Mesías. ¿Me conoces?

-Te oí hablar durante la pasada luna en casa de Judas y Ana. Estaba entre los vendimiadores porque... soy pobre... Una cadena de desgracias: pedrisco, orugas, enfermedades en las plantas y en 1as ovejas... Para mí, sólo con una mujer a mi servicio, me bastaba mi haber. Pero ahora me he entrampado porque me persigue la mala suerte... Para no vender todas las ovejas he trabajado en casa ajena... ¿Mis tierras?... ¡Estaban tan quemadas, y las vides y los olivos se habían quedado tan estériles, que parecía que hubiera pasado por ellas la guerra! Desde que se me murió la mujer, hace ya seis años, parece como si Satanás se estuviera divirtiendo. ¿Te das cuenta? Estoy trabajando en este arado, pero tiene la madera toda rota. ¿Qué puedo hacer? No soy carpintero, y ato, ato... pero no sirve. Y ahora tengo que tratar de evitar los más mínimos gastos... Voy a vender otra oveja para reparar los aperos. Tengo goteras... pero me acucia más el campo que la casa. ¡Mala suerte! Las ovejas están todas preñadas... Esperaba rehacer el rebaño... ¡En fin!

-Veo que vengo a ser una carga donde ya hay mucha.

-¿Tú una carga? No. Te oí hablar y... se me grabó en el corazón lo que decías. Es verdad que he trabajado honradamente, y, sin embargo…Pero pienso que quizás no era todavía lo bastante bueno. Pienso que quizás quien era buena era mi mujer, que tenía piedad de todos; pobre Lía, muerta demasiado pronto, demasiado para su marido... Pienso que el bienestar de entonces venía por ella del Cielo. Y quiero ser mejor, por lo que Tú dices y por imitar a mi esposa. No pido mucho... sólo permanecer en esta casa donde ella murió, donde yo nací... y disponer de un pan para mí y la criada que me hace de mujer y de pastora y me ayuda como puede. No tengo más personas a mi servicio. Tenía dos y me eran suficientes, trabajando, como trabajaba, también yo en las tierras y en el olivar... Pero el pan que tengo, a duras penas alcanza para mí...

-No te prives de él por nosotros...

-No, Maestro. Aunque no tuviera más que un pedazo de pan, te lo daría. Es para mí un honor tenerte... Jamás lo hubiera esperado. Si te manifiesto mis miserias es porque eres bueno y comprendes.

-Sí, comprendo. Dame ese martillo. No se hace así. Así rompes la madera. Dame también ese punzón, pero primero ponlo al rojo; se taladrará mejor la madera, con lo cual podremos pasar la clavija de hierro sin esfuerzo. Déjame. Yo he sido carpintero...

-¿Trabajar Tú para mí? ¡No!

-Déjame. Tú me das hospedaje, Yo te ayudo; entre los hombres el amor mutuo debe ser dando cada uno lo que pueda.

-Tú das la paz, das la sabiduría, das el milagro... ¡das ya mucho, mucho!

-Doy también el trabajo. ¡Venga, obedece!

Y Jesús, sólo con la túnica, trabaja rápido y con práctica en el astillado timón; taladra, ata, emperna, hace pruebas hasta que siente que está fuerte.

-Podrá trabajar todavía mucho tiempo, hasta el año que viene, y entonces podrás hacerlo nuevo.

-Yo también lo creo. Esa reja ha estado en tus manos y me bendecirá la tierra.

-No te la bendecirá por esto, Jacob.

-¿Por qué entonces, mi Señor?

-Porque practicas la misericordia. No te cierras en el rencor del egoísmo y de la envidia, sino que aceptas mi doctrina y la pones en práctica. Bienaventurados los misericordiosos: obtendrán misericordia.

-¿En qué la practico contigo, Señor? Casi no tengo lugar ni alimento para tu necesidad; no tengo más que la buena voluntad, y nunca como ahora me ha pesado el ser indigente, por no tener con qué darte el debido honor a ti y a tus amigos.

-Me basta tu deseo. En verdad te digo que incluso un sólo cáliz de agua dado en mi nombre es cosa grande a los ojos de Dios. Yo era un cansado viandante bajo la tormenta, tú me has dado hospedaje. Llega la hora del alimento y me dices: "Te ofrezco cuanto tengo". Se hace de noche y tú me ofreces un techo amigo. ¿Qué más quieres hacer? Ten confianza, Jacob. El Hijo del hombre no mira la pompa del recibimiento y de la comida, mira el sentimiento del corazón. El Hijo de Dios le dice al Padre: "Padre, bendice a mis benefactores y a todos aquellos que en mi nombre son misericordiosos con los hermanos". Esto digo para ti.

La criada, que mientras Jesús trabajaba con la grada ha hablado con el patrón, vuelve con algo de pan, con leche que acaba de ordeñar, pocas manzanas algo secas y una bandeja de aceitunas.

-No tengo más - se justifica el hombre.

-¡Oh, Yo veo en tu comida un alimento que tú no ves! Y de ése me nutro porque tiene sabor celeste.

-¿Será que te alimentas, Tú, Hijo de Dios, de algún alimento que te traen los ángeles? Quizás vives del pan del espíritu.

-Sí. Más que el cuerpo, tiene valor el espíritu, y no en mí sólo. Pero no me nutro de pan angélico, sino del amor del Padre y de los hombres. Esto lo encuentro en tu mesa y bendigo por ello al Padre que a ti me ha conducido con amor, y te bendigo a ti que con amor me acoges y amor me das: éste es mi alimento, y hacer la voluntad del Padre mío.

-Bendice, entonces, y ofrece Tú, por mí, el alimento a Dios. Hoy eres el Cabeza de familia y siempre serás mi Maestro y Amigo.

Jesús toma y ofrece el pan teniéndolo sobre las palmas levantadas en alto, y ora con un salmo, creo. Luego se sienta, parte y distribuye...

Todo así termina.

**111**

## Encuentro con Salomón en el vado del Jordán. Parábola sobre la conversión de los corazones

-¡Qué extraño que el Bautista no esté aquí! -dice Juan al Maestro.

-Están todos en la margen oriental del Jordán, a la altura del famoso vado donde un tiempo bautizaba el Bautista.

-Y tampoco está en la otra ribera - observa Santiago.

-Le habrán echado el guante de nuevo esperando otra bolsa - comenta Pedro - ¡Son gentuza esos tipos de Herodes!

-Vamos a pasar allí y preguntamos» dice Jesús.

Así lo hacen, y preguntan a un barquero de la otra ribera:

-¿Ya no bautiza aquí el Bautista?

-No. Está en los confines de Samaria. ¡Tan bajo hemos caído! Un santo tiene que pasar a campo samaritano para salvarse de los ciudadanos de Israel. ¿Y por qué os asombráis si Dios nos abandona? Yo sólo me asombro de una cosa: ¡que no haga de toda Palestina una Sodoma y Gomorra!...

-No lo hace por los justos que hay en ella, por los que, sin ser todavía del todo justos, sienten sed de justicia y siguen las doctrinas de quienes predican santidad - responde Jesús.

-Dos, entonces: el Bautista y el Mesías. A1 primero lo conozco porque yo también le he servido aquí en el Jordán, pasándolo en la barca a algún fiel sin pedir nada, porque él dice que debemos contentarnos con lo justo. Me parecía justo conformarme con la ganancia por otros servicios, y me parecía que era injusto el pedir paga por llevar a un alma hacia la purificación. Me han tomado por loco los amigos, pero en fin... Si yo estoy contento de lo poco que tengo, ¿quién puede quejarse? Por lo demás, veo que aún no me he muerto de hambre, y espero que cuando muera me sonría Abraham.

-Así es, hombre. ¿Quién eres? - pregunta Jesús.

-¡Oh!, tengo un nombre muy grande y me río de ello, porque sólo tengo sabiduría para el remo. Me llamo Salomón.

-Tienes la sabiduría de juzgar que quien coopera con una purificación no debe corromperla con el dinero. Yo te digo: No sólo Abraham, sino el Dios de Abraham te sonreirá cuando mueras, como a hijo fiel.

-¡Oh, Dios! ¿Lo dices de verdad? '¿Quién eres?

-Soy un justo.

-Te he dicho que hay dos justos en Israel: uno es el Bautista; el otro, el Mesías. ¿Eres Tú el Mesías?

-Soy Yo.

-¡Oh, eterna misericordia! Pero... un día oí a unos fariseos que decían... Bueno, dejémoslo... No quiero ensuciarme la boca. Tú no eres eso que decían de ti. ¡Lenguas más bífidas que las de las víboras!...

-Soy Yo y te digo: No estás muy lejos de la Luz. Adiós, Salomón, la paz sea contigo.

-¿A dónde vas, Señor? - el hombre está asombrado por la revelación y ha asumido un tono completamente distinto. Antes era un bonachón que hablaba, ahora es un fiel que adora.

-A Jerusalén, por Jericó. Voy a los Tabernáculos.

-¿A Jerusalén? Pero... ¿también Tú?

-Soy hijo de la Ley Yo también. No anulo la Ley. Os doy luz y fuerza para seguirla con perfección.

-¡Pero Jerusalén ya te odia! Quiero decir, los grandes, los fariseos de Jerusalén. Te he dicho que he oído...

-Déjalos. Ellos hacen su deber, lo que creen que es su deber; Yo hago el mío. En verdad te digo que hasta que no sea la hora no podrán nada.

-¿Qué hora, Señor? - preguntan los discípulos y el barquero. «

-La del triunfo de las Tinieblas.

-¿Vas a vivir hasta el fin del mundo?

-No. Habrá una tiniebla más atroz que la de los astros apagados y que la de nuestro planeta, muerto con todos sus hombres. Será cuando los hombres sofoquen la Luz que Yo soy. En muchos el delito ya se ha producido. Adiós, Salomón.

-Te sigo, Maestro.

-No. Ven dentro de tres días al Bel Nidrás. La paz a ti.

Jesús se pone en camino entre sus discípulos, que van pensativos.

-¿Qué pensáis? No temáis ni por mí ni por vosotros.

Hemos pasado por la Decápolis y la Perea, y por todas partes hemos visto agricultores trabajando en los campos. En unos lugares, la tierra estaba todavía cubierta por rastrojos y malas hierbas; árida, dura, ocupada por plantas parásitas que los vientos estivos habían llevado y sembrado arrebatando sus semillas a las desolaciones desérticas: eran las tierras de los perezosos y vividores. En otros lugares la tierra había sido ya abierta por la reja del arado, y limpiada, con el fuego y la mano, de

piedras, espinos y malas hierbas. Lo que antes era un mal, o sea, las plantas inútiles, he aquí que con la purificación del fuego y del tajo, se había transformado en bien: en abono, en sales útiles para la fecundación. La tierra habrá llorado bajo el dolor de la hoja que la abría y hurgaba, y bajo el mordisco del fuego que corría por sus heridas. Mas reirá más hermosa en primavera diciendo: "El hombre me torturó para proporcionarme esta opulenta mies que me embellece". Y éstas eran las tierras de los voluntariosos. En otros lugares, la tierra estaba ya esponjosa, limpia incluso de cenizas, un verdadero lecho nupcial para el desposorio de la gleba con la semilla y para el fecundo connubio que proporciona tanta gloria de espigas: éstos eran los campos de aquellos cuya generosidad llegaba hasta la perfección de la operatividad.

Pues bien, igual sucede con los corazones. Yo soy la Reja de Arado y mi palabra es Fuego, para predisponer al triunfo eterno.

Hay quien, perezoso o vividor, aún no me busca, no me requiere, se satisface con su vicio, con las pasiones malvadas, que parecen frondas de hojas y de flores y en realidad son zarzas y espinas que laceran a muerte el espíritu, lo atan y hacen de él haz para los fuegos de la Gehena. Por ahora la Decápolis y Perea son así... y no sólo ellas. No se me piden milagros porque no se quiere el tajo de la palabra ni la quemazón del fuego. Pero llegará su hora. En distinto lugar, hay quien acepta este tajo y esta quemazón, y piensa: "Es penoso, pero me purifica y me hará fecundo para el Bien". Éstos son los que, si bien no tienen el heroísmo de hacer, dejan que Yo haga. Es el primer paso en mi camino. Hay, en fin, quienes ayudan con su diligente, diario, constante trabajo a mi trabajo; éstos no es que caminen, sino que vuelan por el camino de Dios; éstos son los discípulos fieles: vosotros y los otros que están diseminados por Israel.

-Pero somos pocos... contra muchos; somos humildes... contra los poderosos. ¿Cómo defenderte si quisieran hacerte algún daño?

-Amigos. Recordad el sueño de Jacob. Él vio una multitud incalculable de ángeles que subían y bajaban por la escalera que le unía con el Cielo. Una multitud; y no era más que una parte de las legiones angélicas... Pues bien, ni todas las legiones que cantan "aleluya" a Dios en el Cielo, aunque bajaran y se pusieran en torno a mí para defenderme, cuando llegue la hora podrían algo. La justicia ha de cumplirse...

-¡Querrás decir la injusticia! Porque Tú eres santo y si te hacen algún daño, si te odian, son unos injustos.

-Por eso digo que en algunos el delito se ha cumplido ya. Quien da vida en su corazón a pensamientos de homicidio es ya un homicida; si de hurto, es ya un ladrón; si de adulterio, es ya un adúltero; si traición, es ya un traidor. El Padre sabe las cosas, y Yo también, pero Él me deja ir, y Yo voy; para esto he venido. Mas el grano madurará y será sembrado dos veces antes de que el Pan y el Vino sean dados en alimento a los hombres.

-¿Se hará un banquete de júbilo y de paz, entonces?

-¿De paz? Sí. ¿De júbilo? También. Pero... ¡Oh..., Pedro, oh..., amigos, cuántas lágrimas habrá entre el primero y el segundo cáliz! Sólo después de beber la última gota del tercer cáliz, el júbilo será grande entre los justos, y segura la paz para los hombres de recta voluntad.

-Tú estarás presente... ¿no es verdad?

-¿Yo?... ¿Acaso falta alguna vez al rito el cabeza de familia? ¿Y no soy Yo la Cabeza de la gran familia del Cristo?

Simón Zelote, que ha estado siempre callado, dice, como hablando consigo mismo:

-¿Quién es Este que viene con las vestiduras teñidas de rojo? Está hermoso con su vestido y camina en la grandeza de su fuerza". "Soy Yo quien habla con justicia y protege salvíficamente." "¿Por qué, entonces, tus vestidos están teñidos de rojo y tus vestiduras están como las de quien prensa la uva?" "Yo solo, por mí mismo, he prensado la uva. Ha llegado el año de mi redención".

-Tú has comprendido, Simón - observa Jesús.

-He comprendido, mi Señor.

Los dos se miran; los demás los miran asombrados y entre sí se preguntan:

-¿Pero habla de las vestiduras rojas que lleva Jesús ahora, o de la púrpura de rey con que se adornará cuando llegue la hora?

Jesús se abstrae. Parece como si no oyese nada más.

Pedro toma aparte a Simón y le pide:

-Tú que eres sabio y humilde, explica a mi ignorancia tus palabras.

-Sí, hermano. Su nombre es Redentor. Los cálices del banquete de paz y júbilo entre el hombre y Dios, y Tierra y Cielo, los llenará Él, por sí mismo, de su Vino, prensándose a sí mismo en el sufrimiento por amor de todos nosotros. Por eso estará presente, a pesar de que las potestades de las Tinieblas, entonces, hayan sofocado aparentemente la Luz, que es Él. ¡Oh, hay que amar mucho a este Cristo nuestro porque mucho será desamado! Hagamos que en la hora del abandono no nos pueda llegar y reprender el lamento davídico: "Una jauría de perros (y entre ellos también nosotros) se ha puesto alrededor de mí".

-¿Tú crees?... Pero si nosotros lo defenderemos aun a costa de morir con Él.

-Nosotros lo defenderemos... Pero somos hombres, Pedro, y nuestra audacia se fundirá aun antes de que le descoyunten a Él los huesos... Sí, nosotros haremos como el agua helada del cielo: un rayo la licúa en lluvia; luego el viento, en el suelo, vuelve a convertirla en hielo. ¡Así nosotros, así nosotros! Nuestra presente audacia de ser discípulos suyos - porque su amor y su cercanía nos condensan en viril intrepidez - se disolverá bajo la acción del rayo agresor de Satanás y de los satanases. Y de nosotros ¿qué quedará entonces? Pero luego, tras la infame y necesaria prueba, la fe y el amor nos harán de nuevo compactos y seremos como un cristal que no teme incisión alguna. Eso sí, sabremos y podremos esto si lo amamos mucho mientras lo tenemos con nosotros. Entonces... sí, creo que entonces no seremos, por su palabra, ni enemigos ni traidores.

-Tú eres sabio, Simón. Yo... soy un iletrado. Me avergüenzo de preguntarle a Él tantas cosas, y me duele cuando siento que son cosas de lágrimas... Mira su rostro: parece como si lo estuviera lavando un llanto secreto. Observa sus ojos: no miran ni al cielo ni al suelo; están abiertos a un mundo para nosotros desconocido. Y ¡qué cansado y combado es su caminar! Su actitud

pensativa le hace parecer más viejo. ¡Oh, no puedo verlo así! ¡Maestro, Maestro, sonríe; no puedo verte tan lleno de amargura! ¡Te quiero como a un hijo! ¡Te daría pecho mi como almohada, para que durmieras y soñaras otros mundos!... ¡Oh, perdona si te he dicho "hijo"! Es que te quiero, Jesús.

-Soy el Hijo... ese nombre es mi Nombre. Pero ya no estoy triste. ¿Lo ves? Sonrío porque vosotros sois amigos míos. Ved allí, al fondo, Jericó, toda roja con el ocaso. Que dos de vosotros vayan a buscar alojamiento. Yo y los demás iremos a esperaros al lado de la sinagoga. Id.

Y todo termina mientras Juan y Judas Tadeo se ponen en camino en busca de una casa hospitalaria.

## 112

## De Jericó a Betania. El encuentro con Marta, que habla de María

La plaza del mercado de Jericó, con sus árboles, con sus vendedores gritando... En un ángulo, Zaqueo, el recaudador, centrado en sus... extorsiones legales o ilegales; creo que se dedica también algo a la compraventa de joyas, pues veo que pesa y valora collares y objetos de metal noble en general; no sé si se los dan en vez de monedas por no poder pagar de otra forma los impuestos, o si se los venden por otras necesidades.

Le toca el turno a una grácil mujer, toda cubierta por un manto de color pardo. Lleva el rostro también tapado con un paño de finísimo lino muy tupido, amarillento, que impide ver su cara. Sólo se nota la gracilidad del cuerpo, que se manifiesta tal a pesar de todo ese indumento pardo que lo cubre. Debe ser joven, al menos a juzgar por esa mínima parte que de ella se ve, o sea, una mano que aparece un momento bajo el manto para entregar una pulsera de oro, y los pies, que calzan sandalias no demasiado sencillas, provistas de pala y de un entramado de tiras de cuero que dejan ver sólo los dedos, de piel lisa y juveniles, y un poco del tobillo, sutil y blanquísimo. Da su brazalete sin pronunciar palabra, recibe el dinero sin poner objeciones y se da media vuelta para marcharse.

Me doy cuenta ahora de que detrás de ella estaba el Iscariote observándola atentamente; me doy cuenta también de que, cuando ella hace ademán de marcharse, Judas le dice una palabra que no logro coger. Mas ella, como si fuera muda, no responde y se va ligera envuelta en su fardo de indumentos.

Judas pregunta a Zaqueo:

-¿Quién es?

-No pregunto el nombre a mis clientes, especialmente cuando son dóciles como ésa.

-Joven, ¿verdad?

-Parece.

-¿Pero es judía?

-¿Yo qué sé? El oro es amarillo en todos los países.

-Déjame ver esa pulsera.

-¿Quieres comprarla?

-No.

-Pues entonces nada. ¿Qué piensas, que se va a poner a hablar por ella?

-Quería comprobar si veía quién era...

-¿Tanto te interesa? ¿Eres nigromante que adivina, o perro policía que sigue el olor? Déjalo, olvídate de ello. Si es así, o es honesta o infeliz o está leprosa. Por tanto... nada que hacer.

-No es hambre de mujer -responde despreciativo Judas.

-Será así... pero, con esa cara, me cuesta creerlo. Bueno, si no querías más que eso, apártate; tengo otras personas a las que servir.

Judas se marcha enojado y pregunta a un vendedor de pan y uno de fruta si conocen a la mujer que antes había comprado pan y manzanas donde ellos, y si saben dónde vive.

No lo saben y responden:

-Hace un tiempo que viene, cada dos o tres días, pero no sabemos dónde está.

-¿Pero cómo habla? - insta Judas.

Los dos se echan a reír y uno responde:

-Con la lengua.

Judas reacciona insolentemente y se marcha... y va a caer justo en medio del grupo de Jesús y los suyos, que vienen a comprar pan y companaje para su comida diaria. La sorpresa es recíproca y... no muy entusiasta.

Jesús se limita a decir:

-¿Estás aquí?

Y, mientras Judas farfulla algo, Pedro da en una fragorosa carcajada y dice:

-Eso es: estoy ciego y soy un incrédulo; no veo las cepas, no creo en el milagro.

-¿Pero qué dices? -preguntan dos o tres discípulos.

-Digo la verdad. Aquí no hay cepas. Y no puedo creer que Judas aquí, entre este polvo, vendimie, sólo porque es discípulo del Rabí.

-Hace bastante tiempo que ha terminado la vendimia –responde duro Judas.

-Y Keriot está a muchas millas de distancia - termina Pedro.

-Tú enseguida me atacas. Eres enemigo mío.

-No. Soy menos pazguato de lo que quisieras.

-¡Basta! - impone Jesús, no sin severidad. Se dirige a Judas:

-No pensaba verte aquí. Te creía cuando menos en Jerusalén para los Tabernáculos.

-Voy mañana. Estaba aquí esperando a un amigo de familia que...

-Por favor: basta.

-¿No me crees, Maestro? Te juro que yo...

-No te he preguntado nada y te ruego que no digas nada. Estás aquí y ya está. ¿Tienes pensado venir con nosotros o todavía tienes asuntos que resolver? Contesta abiertamente.

-No... he terminado. Total, ese al que me refería no viene y yo voy para la fiesta a Jerusalén. Y tú, ¿a dónde vas?

-A Jerusalén.

-¿Hoy mismo?

-Esta tarde estoy en Betania.

-¿Donde Lázaro?

-Donde Lázaro.

-Entonces voy yo también.

-Pues ven hasta Betania. Luego, Andrés, con Santiago de Zebedeo y Tomás, irán al Get-Samní para preparar las cosas y esperarnos a todos, y tú irás con ellos - Jesús marca de tal forma las palabras que Judas no reacciona.

-¿Y nosotros? - pregunta Pedro.

-Tú, mis primos y Mateo iréis a donde os voy a mandar, para volver por la tarde. Juan, Bartolomé, Simón y Felipe se quedarán conmigo, o sea, irán por Betania comunicando que el Rabí ha llegado y que les va a hablar a la hora nona.

Caminan veloces por los campos desnudos. Hay aire de borrasca, no en el cielo sereno sino en los corazones, y todos lo perciben y marchan en silencio.

Cuando llegan a Betania - viniendo de Jericó por ese camino, la casa de Lázaro se encuentra entre las primeras -, Jesús despide al grupo que tiene que ir a Jerusalén; luego al otro, al que manda hacia Belén diciendo:

-Id seguros. Encontraréis a mitad de camino a Isaac, Elías y los demás. Decid que estaré en Jerusalén muchos días y que los espero para bendecirlos.

Entre tanto, Simón ha llamado a la puerta y le han abierto. Los servidores avisan y acude Lázaro.

Judas Iscariote, que se había adelantado algunos metros, vuelve atrás con la disculpa de decirle a Jesús:

-Te he disgustado, Maestro. Lo comprendo. Perdóname - y aprovecha para mirar de refilón hacia la casa por la puerta abierta en el jardín.

-Sí, de acuerdo. Ve. Ve. No hagas esperar a los compañeros.

Judas se ve obligado a marcharse.

Pedro susurra:

-Esperaba que hubiera un cambio de orden.

-Eso nunca, Pedro. Sé lo que hago. Compadécete de ese hombre...

-Trataré de hacerlo, pero no prometo... Adiós, Maestro. Ven, Mateo, y vosotros dos. Vamos rápido.

-Mi paz con vosotros, siempre.

Jesús entra con los cuatro discípulos restantes y después del beso con Lázaro presenta a Juan, a Felipe y a Bartolomé; luego los despide, quedándose sólo con Lázaro.

Van hacia la casa. Esta vez, bajo el bonito pórtico, hay una mujer, es Marta: alta, aunque no tanto como su hermana, morena (la otra es rubia y de tez sonrosada); es una hermosa joven de cuerpo más bien llenito - armónicamente - y bien modelado, de cabeza menuda y cabellera muy oscura, bajo la cual presenta una frente morenita y lisa, y dos dulces y dóciles ojos negros, largos, aterciopelados entre las pestañas oscuras; tiene la nariz ligeramente curvada hacia abajo y una boca pequeña, muy roja entre el color morenito de los carrillos; sonríe mostrando sus fuertes y candidísimos dientes.

Viste de lana color azul marino, con galones en rojo y verde oscuro en torno al cuello y a los extremos de las amplias mangas, cortas, hasta el codo, de las que salen otras mangas de lino finísimo y blanco estrechadas a la muñeca por un cordoncito que las frunce; esta camisita finísima y blanca, ceñida con un cordón, sobresale también por la parte alta del pecho, en la raíz del cuello; lleva por cinturón una banda azul, roja y verde, de paño muy fino, que le ciñe el límite de las caderas y le cuelga del lado izquierdo con una borla de flecos: un vestido rico y casto.

-Tengo una hermana, Maestro: ésta es. Es Marta; buena y pía, el consuelo y el honor de la familia, y la alegría del pobre Lázaro. Antes era la primera y única alegría mía; ahora es la segunda, porque la primera eres Tú.

Marta se postra y besa la orla del vestido de Jesús.

-Paz a la hermana buena y a la mujer casta. Levántate.

Marta se alza y entra en la casa con Jesús y Lázaro. Luego solicita ausentarse para las labores domésticas.

-Es mi paz... - susurra Lázaro, y mira a Jesús (una mirada escrutadora, que Jesús, no obstante, muestra no haber visto).

Lázaro pregunta:

-¿Y Jonás?

-Ha muerto.

-¿Muerto? Entonces...

-Cuando lo he conseguido estaba ya muriéndose. Pero ha muerto libre y feliz en mi casa, en Nazaret, entre mi Madre y Yo.

-¡Doras te lo ha acabado antes de dártelo!

-De fatiga, sí, y también de golpes...

-Es un demonio y te odia. Odia a todo el mundo esa hiena... ¿A ti no te ha dicho que te odia?...

-Me lo ha dicho.

-Desconfía, Jesús, de él. Es capaz de todo. Señor... ¿qué te ha dicho Doras? ¿No te ha dicho que evites mi compañía? ¿No te ha dado una imagen ignominiosa del pobre Lázaro?

-Creo que tú me conoces suficientemente como para entender que juzgo por mí, y con justicia, y que cuando amo lo hago sin pensar en si este amor puede acarrearme un bien o un mal según las luces del mundo.

-Pero ese hombre es feroz, cuando hiere o provoca un daño es atroz... Me ha torturado hace unos días con su visita y con sus palabras... ¡Oh... es mucho ya mi tormento!, ¿por qué querer privarme también de ti?

-Yo soy el consuelo de los afligidos y el compañero de los abandonados. He venido también por esto.

-¡Ah! ¿Entonces sabes que...? ¡Oh, vergüenza mía!

-No. ¿Por qué tuya? Lo sé. ¿Y qué? ¿Voy acaso a anatematizarte a ti, que sufres? Yo soy Misericordia, Paz, Perdón, Amor hacia todos. ¿Qué seré entonces para con los inocentes? Tú no tienes el pecado por el que sufres. Si siento incluso piedad por ella, ¿cómo puedo ensañarme contigo?

-¿La has visto?

-La he visto. No llores.

Pero Lázaro - la cabeza relajada encima de los brazos cruzados y apoyados sobre una mesa - llora con penosos sollozos.

Marta se asoma y mira. Jesús le hace una seña de que se esté callada. Y ella se marcha, cayéndosele unos lagrimones silenciosamente.

Lázaro se va calmando poco a poco. Se siente humillado a causa de su debilidad. Jesús lo consuela. Luego, viendo que su amigo desea estar solo un momento, sale al jardín y pasea entre los cuadros donde resiste todavía alguna rosa purpúrea.

Pasado un poco, Marta se acerca a Él.

-Maestro... ¿Lázaro ha hablado?

-Sí, Marta.

-Lázaro no es capaz de hallar consuelo desde que sabe que Tú lo sabes y que la has visto...

-¿Cómo lo sabe?

-Primero aquel hombre que estaba contigo y que se dice discípulo tuyo, ese que es joven, alto, moreno y sin barba... luego Doras. Éste nos ha fustigado con su desprecio; el otro dijo sólo que la habíais visto en el lago... con sus amantes...

-¡No lloréis por esto! ¿Creéis que Yo ignoraba vuestra herida? La conocía desde cuando Yo estaba en el Padre... No te abatas, Marta. Levanta corazón y frente.

-Ruega por ella, Maestro. Yo oro... pero no sé perdonar del todo, y quizás el Eterno rechaza la oración.

-Has dicho bien: hay que perdonar para ser perdonados y escuchados. Yo ruego ya por ella, pero dame tu perdón y el de Lázaro. Tú, hermana buena, puedes hablar y obtener aún más que Yo. Su herida está demasiado abierta y le escuece demasiado como para que algo la roce, aunque sea mi mano. Tú puedes hacerlo. Dadme vuestro perdón pleno, santo, y Yo haré...

-Perdonar... No podremos. Nuestra madre murió de dolor por sus infames acciones, y... eran todavía leves respecto a las de ahora. Veo las torturas de nuestra madre... las tengo siempre presentes. Y veo lo que sufre Lázaro.

-Es una enferma, Marta, una desquiciada. Perdonad.

-Es una endemoniada, Maestro.

-¿Y qué es la posesión diabólica, sino una enfermedad del espíritu, contagiado por Satanás hasta el punto de degenerarse transformándose en una entidad espiritual diabólica? ¿Cómo explicar, si no, ciertas perversiones en los humanos; perversiones que le hacen al hombre mucho peor que las fieras cuando están furiosas, más libidinoso que los simios en su lujuria, etc., y hacen de él un híbrido, en el cual se encuentran fundidos el hombre, el animal y el demonio? Ésta es la explicación de lo que nos asombra como una monstruosidad inexplicable en tantas criaturas. No llores. Perdona. Yo veo. Yo tengo una vista más alta que la del ojo y del corazón. Tengo vista de Dios. Veo. Y te digo: perdona porque está enferma.

-¡Pues entonces cúrala!

-La curaré. Ten fe. Te daré este motivo de dicha. Pero tú perdona y dile a Lázaro que lo haga. Perdona. Sigue amándola. Acércate a ella. Háblale como si fuera una como tú. Háblale de mí...

-¿Cómo quieres que te comprenda a ti, que eres Santo?

-Parecerá que no comprende. Pero mi Nombre de por sí es ya salvación. Haz que piense en mí y que me nombre. ¡Oh, Satanás huye cuando mi Nombre es pensado por un corazón! Sonríe, Marta, ante esta esperanza. Mira esta rosa: la lluvia de estos días la había puesto mustia, pero el sol de hoy, mira, la ha abierto; y así es aún más hermosa, porque la lluvia que ha quedado entre pétalo y pétalo la enjoya de diamantes. Así será vuestra casa... Llanto y dolor ahora; luego... alegría y gloria. Ve. Díselo a Lázaro mientras Yo, en la paz de tu jardín, ruego al Padre por María y por vosotros...

Todo termina así.

## Regreso a Betania después de la fiesta de los Tabernáculos

Jesús, de nuevo, está donde Lázaro. Por lo que oigo, comprendo que los Tabernáculos se han celebrado ya y que ha vuelto a Betania debido a la insistencia de su amigo, el cual no querría nunca estar separado de Jesús. También comprendo que está en casa de Lázaro sólo con Simón y Juan, mientras los demás están esparcidos por los alrededores. Y, en fin, comprendo que ha habido un encuentro de amigos, todavía fieles a Lázaro, invitados por él para que conocieran a Jesús.

Comprendo todo esto porque Lázaro continúa - con más detalle - ilustrando las características morales de cada uno. Así, habla de José de Arimatea, definiéndolo "hombre justo y verdadero israelita".Dice:

-No se atreve a decirlo - porque teme al Sanedrín, que ya te odia, y del cual forma parte -, pero espera que Tú seas el Anunciado por los Profetas. Él mismo me ha pedido venir para conocerte y juzgar acerca de ti en primera persona, puesto que no le parecía justo lo que de ti decían tus enemigos... Hasta de Galilea han ido fariseos para acusarte de pecado. Pero José ha juzgado así: "Quien obra milagros tiene consigo a Dios. Quien tiene a Dios no puede estar en pecado; es más, debe ser alguien amado por Dios". Y querría que fueseis a Arimatea, a su casa. Me ha dicho que te lo proponga. Y yo te pido que escuches su petición, que también es mía.

-He venido para los pobres y para los que sufren en alma y cuerpo, más que para los poderosos que ven en mí sólo un objeto de interés. Pero iré a casa de José. No hay en mí toma de posición contra los poderosos. Un discípulo mío, ese que por curiosidad y por importancia autodeclarada vino a tu casa sin orden mía - pero es joven y se ha de ser indulgente con él -, puede dar testimonio de mi respeto a las castas poderosas que se autoproclaman "las tutoras de la Ley" y... - dan a entender - "las sustentadoras del Altísimo" - ¡está claro que el Eterno se sostiene Él solo! -. Ninguno entre los doctores ha tenido nunca el respeto que Yo he tenido hacia los oficiales del Templo.

-Lo sé. Y son muchos los que lo saben, realmente muchos... Pero sólo los mejores dan a este acto el nombre justo. Los demás... lo llaman "hipocresía".

-Cada uno da lo que dentro de sí tiene, Lázaro.

-Es verdad. Ve, no obstante, a casa de José. Él desearía que fueras para el próximo sábado.

-Iré. Puedes hacérselo saber.

-También Nicodemo es bueno. Es más... me ha dicho... Bueno, ¿puedo manifestarte una crítica acerca de uno de tus discípulos?

-Dila. Si es justo, lo que dice será cierto; si injusto, criticará una conversión, porque el Espíritu da luz al espíritu del hombre si es hombre recto; y el espíritu del hombre guiado por el Espíritu de Dios tiene sabiduría sobrehumana y lee la verdad de los corazones.

-Me ha dicho: "No critico la presencia de los ignorantes ni de los publicanos entre los discípulos del Cristo. Pero no juzgo digno de estar entre los suyos a aquel que no sé si está con Él o contra Él, como un camaleón que toma color y aspecto de lo que le rodea".

-Es Judas Iscariote. Lo sé. Pero, creedlo todos, la juventud es vino que fermenta y luego se depura. A1 fermentar aumenta de volumen y hace espuma y rebasa por todas partes debido a una exuberancia de fuerza. El viento de primavera lo comba todo en todas las direcciones, y parece un enloquecido desordenador de frondas; y, no obstante, debemos estarle agradecidos por ser fecundador de flores. Judas es vino y viento, pero malvado no es. Su modo de actuar crea trastornos, turba, incluso irrita, y hace sufrir; pero no todo en él es malvado... es un potro de sangre ardiente.

-Tú lo dices... Yo no soy competente para juzgarlo. De él me quedado la amargura de haberme dicho que Tú la habías visto...

-Pero esa amargura se mitiga ahora con miel, por mi promesa...

-Sí. Pero yo me acuerdo de aquel momento... El sufrimiento no se olvida aunque haya cesado.

-¡Lázaro, Lázaro! Te turbas por demasiadas cosas... ¡muy mezquinas, por cierto! Deja que pasen los días: pompas de aire que se desvanecen y no vuelven con sus colores alegres o tristes; y mira al Cielo, que no desaparece y que es para los justos.

-Sí, Maestro y Amigo. No quiero juzgar el hecho de que Judas esté contigo, ni el que Tú lo tengas contigo. Pediré que no te perjudique.

Jesús sonríe y todo termina.

## 114

## En el convite de José de Arimatea. Encuentro con Gamaliel y Nicodemo

Arimatea es todavía montañosa. No sé por qué me la imaginaba llana. En realidad está entre montes que van decreciendo hacia el llano fértil que en ciertas vueltas del camino aparece a occidente, para difuminarse en el horizonte, en esta mañana de Noviembre, en medio de una niebla baja que parece una extensión de agua sin límite.

Jesús está con Simón y Tomás. No tiene otros apóstoles consigo. Tengo la impresión de que valora sabiamente los efectos de los tipos de personas con que debe tratar, llevando consigo, según los distintos ambientes, a aquellos que pueden ser aceptados sin crear demasiado contraste en el huésped de que se trate. Estos judíos deben ser más... susceptibles que mujercitas románticas...

Oigo que están hablando de José de Arimatea. Tomás, que quizás lo conoce muy bien, señala las posesiones de éste - vastas y valiosas- que se extienden por la montaña, especialmente por la parte de Jerusalén, siguiendo el camino que desde la

capital viene hacia Arimatea y une después este lugar con Joppe. Oigo que hablan de esto, y que Tomás hace un canto también a las tierras que José posee a lo largo de los caminos de la llanura.

-¡Al menos aquí no se trata como animales a los hombres! ¡Oh.... ese Doras! - dice Simón.

Efectivamente, aquí los trabajadores están bien nutridos y bien vestidos, y reflejan ese algo que expresa satisfacción, propio de quien se encuentra a gusto. Los trabajadores saludan respetuosamente: naturalmente ya saben quién es el que va por los campos de Arimatea hacia la casa de su patrón; saben quién es ese Hombre alto y apuesto, y, observándolo, hacen comentarios en voz baja.

En el punto en que ya se ve la casa, hay un servidor de José, que se postra y pregunta:

-¿Eres Tú el Rabí esperado?

-Soy Yo - responde Jesús.

El hombre se despide con profundo respeto y se marcha corriendo para avisar a su patrón.

Efectivamente, no ha llegado aún Jesús al límite de la casa - circundada completamente por un alto seto de plantas de hoja perenne, que sustituye, en ésta, a la alta pared que tiene la casa de Lázaro, y que la aísla de la calle, pero que no es más que una continuación del jardín que rodea la casa, muy poblado de árboles, y ahora también muy desnudo de hojas -, no ha llegado aún, cuando José de Arimatea, vistiendo amplios indumentos de franjas, le sale al encuentro y se inclina reverentemente con las manos cruzadas sobre el pecho. No es el saludo humilde de quien reconoce en Jesús el Dios hecho Carne y que hace acto de sumisión postrándose, besando sus pies y la orla de la túnica; no es esto, pero, de todas formas, es un saludo de profundo respeto. Jesús, igualmente, se inclina y da su saludo de paz.

-Entra, Maestro. Me haces feliz aceptando la invitación. No esperaba en ti tanta condescendencia.

-¿Por qué? Voy también a casa de Lázaro y...

-Lázaro es amigo tuyo... yo soy un desconocido.

-Eres un alma que busca la Verdad. La Verdad, por tanto, no te rechaza.

-¿Tú eres la Verdad?

-Yo soy Camino, Vida y Verdad. Quien me ame y me siga tendrá en sí el Camino cierto, la Vida beata, y conocerá a Dios, porque Dios además de ser Amor y Justicia, es Verdad.

-Eres un gran Doctor. Toda palabra tuya espira sabiduría.

Luego se vuelve a Simón:

-Me alegro de que tú también tornes, después de tanta ausencia, a mi casa.

-No he estado ausente por propia voluntad. Tú sabes cuál fue mi suerte y cuántas lágrimas hubo en la vida del pequeño Simón, al que tu padre amaba.

-Lo sé. Y creo que no desconoces que jamás hubo en mi boca pa labra alguna que te pudiera perjudicar.

-Sé todo. Mi fiel servidor me ha dicho que también a ti te debo el que me fueran respetados los bienes. Que Dios te lo pague.

-Yo era algo en el Sanedrín, y lo usé esto para beneficiar, con justicia, a un amigo de casa.

-Muchos eran los amigos de la mía, y muchos eran algo en el Sanedrín; pero, no tenían tu justicia.

-¿Y éste, quién es? Me resulta conocido... pero no sé dónde...

-Soy Tomás, llamado Dídimo...

-¡Ah, eso es! ¿Vive aún tu anciano padre?

-Vive. En sus negocios, con mis hermanos. Yo lo he dejado por el Maestro. Pero él se ha alegrado de ello.

-Es un verdadero israelita, y, puesto que ha creído que Jesús de Nazaret es el Mesías, no puede sino sentirse feliz de que su hijo esté entre sus predilectos.

Están ya en el jardín, junto a la casa.

-No le he dejado a Lázaro que se marchara. Está en la biblioteca leyendo un extracto de las últimas sesiones del Sanedrín. No quería detenerse porque... Sé que ya sabes... Por eso no quería detenerse. Pero he dicho: "No. No es justo que te avergüences de esa manera. En mi casa nadie te afrentará. Quédate. Quien se aísla está solo contra todo un mundo. Y, dado que el mundo es más malo que bueno, al solo se le derriba y pisotea". ¿Es correcto lo que he dicho?

-Es correcto lo que has dicho y has actuado bien - responde Jesús.

-Maestro... hoy va a estar aquí Nicodemo y... Gamaliel. ¿Te molesta?

-¿Por qué iba a sentirme molesto? Reconozco que es un hombre sabio.

-Sí. Deseaba verte y... y quería resistir firme en su posición. Ya sabes... ideas. Dice que él ya ha visto al Mesías y que está esperando el signo que le prometió, llegada la hora de su manifestación. Pero dice también que Tú eres "un hombre de Dios". No dice "el Hombre". Dice "un hombre de Dios". Sutilezas rabínicas, ¿verdad? ¿No te sientes ofendido por ello, verdad?

Jesús responde:

-Sutilezas. Bien has dicho. Hay que dejarlos... Los mejores podarán por sí mismos todos los inútiles ramojos que los hacen todo fronda y nada fruto; y vendrán a mí.

-He querido referirte sus palabras porque, sin duda, te las repetirá a ti. Es auténtico - hace notar José.

-Virtud rara y que aprecio mucho - responde Jesús.

-Sí. Le he dicho también: "Pero, con el Maestro está Lázaro de Betania". Se lo he dicho porque..., sí, en suma, por causa de su hermana. Pero Gamaliel ha respondido: "¿Ella está presente? ¿No? ¿Y entonces? Del vestido que no sigue en el fango el barro se desprende. Lázaro se lo ha sacudido de sí, y no me contamina la túnica. Además, juzgo que si a su casa va un hombre de Dios, puedo también tratarlo yo, doctor de la Ley".

-Gamaliel juzga bien. Fariseo y doctor hasta la médula, pero todavía honesto y justo.

-Me alegra oírtelo decir. Maestro, mira, Lázaro.

Lázaro se inclina para besar la túnica de Jesús. Se siente dichoso de estar con Él, pero también se ve claramente que, esperando a los convidados, está muy agitado. Me es cierto que el pobre Lázaro, a sus conocidas torturas, conocidas por los hombres por haber sido transmitidas por la historia, ha de añadir ésta - desconocida y no meditada por la mayoría - del sufrimiento moral de ese tremendo aguijón que supone el pensamiento: «¿Qué me dirá éste? ¿Qué piensa de mí? ¿Cómo me considera? ¿Me herirá con palabras o mirada de desprecio?». Aguijón éste que atormenta a todos aquellos que tienen alguna mancha en su familia.

Dentro ya de la riquísima sala donde están dispuestas las mesas no esperan más que a Gamaliel y Nicodemo, porque otros cuatro invitados han llegado ya. Oigo que los presentan con los respectivos nombres de Félix, Juan, Simón y Cornelio.

Se produce un gran alboroto de servidores que acuden a la sala cuando llegan Nicodemo y Gamaliel (el siempre imponente Gamaliel, con su espléndido indumento de nieve hilada, que endosa con majestuosidad de rey). José, con toda premura, se dirige a su encuentro. El saludo entre ambos es de una deferencia pomposa. También Jesús recibe un reverente saludo y se inclina ante el gran rabino, que lo saluda así: «El Señor esté contigo»; a lo que Jesús responde: «Y su paz sea siempre compañera tuya». Lázaro también se inclina reverente, y así los demás.

Gamaliel toma asiento en el centro de la mesa, entre Jesús y José. Al lado de Jesús está Lázaro; al lado de José, Nicodemo. Comienza la comida tras las preces rituales, dirigidas por Gamaliel después de un intercambio de cortesías enteramente oriental entre los tres principales personajes, o sea, Jesús, Gamaliel y José.

Gamaliel es hombre de porte muy digno, pero no es soberbio. Más que hablar, escucha. Se ve que medita cada una de las palabras de Jesús, y frecuentemente lo mira con sus profundos ojos oscuros y severos. Cuando Jesús calla por haberse agotado el tema, es Gamaliel quien, con una oportuna pregunta, reanima las conversaciones. Lázaro en un primer momento se encuentra un poco confuso, pero luego toma ánimos y también habla.

Alusiones directas a la personalidad de Jesús no hay hasta casi terminada la comida. En ese momento se enciende, entre el que se llamaba Félix y Lázaro - al cual luego se une, apoyándole, Nicodemo y, en fin, el que se llamaba Juan -, una discusión acerca de los milagros como prueba a favor o en contra de un individuo.

Jesús calla. De vez en cuando sonríe con misteriosa sonrisa, pero calla. También Gamaliel calla. Tiene un codo apoyado sobre el recostadero y la mirada intensamente fija en Jesús. Parece como si quisiera descifrar alguna palabra sobrenatural incidida en la piel pálida y lisa del rostro delgado de Jesús, rostro del que parece estar analizando cada una de las fibras.

Félix sostiene que la santidad de Juan es innegable, y de esta cierta e indiscutible santidad deduce una consecuencia no favorable a Jesús Nazareno, autor de muchos y conocidos milagros. Dice:

-No es el milagro prueba de santidad, porque no se ve en la vida del profeta Juan, y ninguno en Israel lleva una vida como la suya: ni banquetes, ni amistades, ni comodidades; sí sufrimientos y encarcelaciones por el honor de la Ley; soledad, porque - sí - tiene discípulos, pero ni siquiera con ellos convive, y encuentra culpas incluso en los más honestos, y a todos alcanzan sus invectivas. Mientras que... la verdad es que el Maestro de Nazaret, aquí presente, ha hecho milagros, es cierto, pero veo que aprecia como los demás lo que la vida ofrece, y no rechaza amistades y - perdona si esto te lo dice uno de los Ancianos del Sanedrín - se muestra demasiado dispuesto a dar, en nombre de Dios, perdón y amor a pecadores públicos y anatematizados. No deberías hacerlo, Jesús.

Jesús sonríe y guarda silencio. Lázaro responde por Él:

-Nuestro potente Señor es dueño de dirigir a sus siervos como quiere y a donde quiere. A Moisés le concedió el milagro; a Aarón, su primer pontífice no se lo concedió. ¿Qué decir entonces? ¿Qué conclusión sacas? ¿Más santo el uno que el otro?

-Ciertamente» responde Félix.

-Entonces el más santo es Jesús, que obra milagros.

Félix se encuentra desorientado, pero encuentra un punto donde agarrarse:

-Aarón había recibido ya el pontificado. Era suficiente.

-No, amigo - responde Nicodemo - El pontificado era una misión santa, pero no más que una misión. No siempre y no todos los pontífices de Israel han sido santos; lo cual no quita el que fueran pontífices aunque no fueran santos.

-¡No querrás decir que el Sumo Sacerdote es un hombre privado de gracia!..- exclama Félix.

-Félix... no toquemos el fuego encendido. Yo, tú, Gamaliel, José, Nicodemo, todos, sabemos muchas cosas... - dice el que lleva por nombre Juan.

-¿Pero qué dices?, ¿qué dices? ¡Gamaliel, interven!...». Félix está escandalizado.

-Si es justo, dirá la verdad que no quieres oír - dicen los tres que discuten acaloradamente contra Félix.

José trata de poner paz. Jesús está callado, como también lo están Tomás, el Zelote, y el otro Simón, amigo de José. Gamaliel parece jugar con las franjas de su vestido, pero está mirando de abajo arriba a Jesús.

-¿No hablas, Gamaliel? - grita Félix.

-Sí. Habla. Habla - dicen los tres.

-Yo digo que las debilidades de la familia se deben mantener celadas» responde Gamaliel.

-¡Eso no es una respuesta! - grita Félix. ¡Parece como si confesaras que existen culpas en casa del Pontífice!

-Es boca que dice verdad - replican los tres.

Gamaliel se pone derecho y se vuelve hacia Jesús:

-Aquí está el Maestro que eclipsa a los más doctos. Que dé su opinión.

-Tú lo deseas. Obedezco. Digo: el hombre es hombre; la misión va más allá del hombre; pero el hombre, investido de una misión, es ca paz de cumplirla como superhombre cuando, por vivir una vida santa, tiene a Dios como amigo. Es Él quien ha dicho: "Tú eres sacerdote según el orden que Yo he dado". ¿Qué está escrito en el Racional: "Doctrina y Verdad". Esto deberían poseer los pontífices. A la Doctrina se llega con constante meditación, orientada a conocer al Sapientísimo; a la Verdad, con la fidelidad absoluta al Bien. Quien se amanceba con el Mal entra en la Mentira y pierde Verdad.

-¡Bien! Has respondido como un gran rabino. Yo, Gamaliel, te lo digo. Me superas.

-Que explique entonces éste por qué Aarón no hizo milagros y Moisés sí - dice Félix chillando.

Jesús, interpelado, responde solícito:

-Porque Moisés tenía que imponerse a la masa gris y pesada, e incluso contraria, de los israelitas, y llegar a tener una autoridad moral sobre ellos que fuera capaz de doblegarlos a la voluntad de Dios. El hombre es el eterno salvaje y el eterno niño. Le impresiona lo que escapa a las reglas. Tal es el milagro. Es una luz agitada ante las pupilas oscurecidas, es un sonido producido junto a los oídos tapados: despierta, atrae la atención, hace decir: “Aquí está Dios".

-Lo dices en favor tuyo - replica Félix.

-¿En favor mío? ¿Y qué me añado obrando milagros? ¿Puedo parecer más alto si me meto un filamento de hierba bajo los pies? Así es el milagro, en relación con la santidad. Hay santos que jamás han obrado milagros. Hay magos y nigromantes que con fuerzas oscuras los realizan, o sea, llevan a cabo cosas sobrehumanas pero que no son santas, siendo ellos demonios. Yo seré Yo, aunque deje de obrar milagros.

-¡Muy bien! ¡Eres grande, Jesús! - aprueba Gamaliel.

-¿Y quién es, según tu parecer, este "grande"? - insta Félix dirigiéndose a Gamaliel.

-El mayor entre los profetas que yo conozco, tanto en sus obras como en sus palabras - responde éste.

-Yo te digo que es el Mesías, Gamaliel. Créelo, tú, que eres sabio y justo - dice José.

-¿Cómo? ¿Tú también, rector de judíos, tú, el Anciano, gloria nuestra, caes en esta idolatría hacia un hombre? Dime quién te prueba que es el Cristo. Yo no lo creeré ni siquiera viéndolo hacer milagros. ¿Y por qué ante nosotros no hace uno? Díselo tú, tú que lo alabas; díselo tú, que lo defiendes - dice Félix a Gamaliel y a José.

-No lo he invitado para ser juguete de mis amigos, y te ruego que recuerdes que es mi huésped - responde serio José.

Félix se levanta y se marcha, enfadado y grosero.

Se produce un silencio. Jesús se vuelve hacia Gamaliel:

-¿Y tú pides milagros para creer?

-No serán los milagros de un hombre de Dios los que me extraerán el aguijón que llevo en el corazón, de tres preguntas que siempre quedan sin respuesta.

-¿Qué preguntas?

-¿Está vivo el Mesías? ¿Era aquél? ¿Es éste?

-¡Te digo que es Él, Gamaliel! - exclama José - ¿No lo sientes santo, distinto, potente? ¿Sí? ¿Entonces? ¿A qué esperas para creer?

Gamaliel no responde a José. Se dirige a Jesús:

-Una vez - no te sientas molesto, Jesús, si soy tenaz en mis ideas -...una vez, en vida aún del grande y sabio Hil-lel, yo creí, y él conmigo, que el Mesías estaba en Israel. ¡Gran refulgir de sol divino en aquel frío día de un insistente invierno! Era Pascua... Los hombres temían por las congeladas mieses... Yo dije, después de oír aquellas palabras: "¡Israel está salvado! ¡Desde hoy, copiosidad en los campos y bendiciones en los corazones! El Esperado se ha manifestado con su primer fulgor". Y no me equivoqué. Todos podéis recordar qué recolección hubo ese año embolismal, de trece meses, que en éste se repite...

-¿Qué palabras oíste? ¿Quién las pronunció?

-Uno... poco más que un niño... pero Dios resplandecía en su rostro inocente y delicado... Hace diecinueve años que lo pienso y lo recuerdo... y busco volver a oír esa voz... que pronunciaba palabras de sabiduría... ¿Dónde estará? Yo pienso:... "Era Dios. Bajo forma de niño para no aterrorizar al hombre. Y como relámpago que atravesando los firmamentos velozmente aparece a oriente y a poniente, a septentrión y a meridión, Él, el Divino, va de uno a otro lado de la Tierra, vestido de misericordiosa belleza, con voz y rostro de niño y pensamiento divino, para decirles a los hombres: `Yo soy"'. Pienso de esta forma... "¿Cuándo volverá a Israel?... ¿Cuándo?". Y pienso: "Cuando Israel sea altar para su pie de Dios"; y gime el corazón, viendo la abyección de Israel: "Nunca". ¡Oh..., dura respuesta... y verdadera! ¿Puede acaso la Santidad descender en su Mesías estando la abominación entre nosotros?

-Puede hacerlo y lo hace, porque es Misericordia - responde Jesús.

Gamaliel lo mira pensativo y pregunta:

-¿Cuál es tu verdadero Nombre?

Y Jesús se alza, majestuoso, y dice:

-Yo soy quien es. Soy el Pensamiento y la Palabra del Padre. Soy el Mesías del Señor.

-¿Tú?... No lo puedo creer. Grande es tu santidad. Pero aquel Niño en el cual yo creo dijo entonces: "Daré un signo... Estas piedras se estremecerán cuando sea mi hora". Yo espero ese signo para creer ¿Me lo puedes dar Tú para persuadirme de que eres el Esperado?

Los dos - ahora en pie ambos - altos, solemnes - el uno con su amplio vestido de lino cándido, el otro con su vestido sencillo de lana roja oscura; el uno anciano, el otro joven; de ojos dominadores y profundos ambos- se miran fijamente.

Jesús baja el brazo derecho, que había plegado sobre el pecho, y, como si estuviera haciendo un juramento, exclama:

-¿Ese signo quieres? ¡Pues lo tendrás! Repito aquellas lejanas palabras: "Las piedras del Templo del Señor se estremecerán con mis últimas palabras". Espera ese signo, doctor de Israel, hombre justo, y luego cree si quieres ser perdonado y recibir la salvación. ¡Bienaventurado anticipadamente si pudieras creer antes! Pero, no puedes. Siglos de creencias erradas acerca de una promesa acertada, y cúmulos de orgullo, te hacen baluarte ante la Verdad y ante la Fe.

-Dices bien. Esperaré ese signo. Adiós. El Señor esté contigo.

-Adiós, Gamaliel. Que el Espíritu te ilumine y te guíe.

Todos despiden a Gamaliel, que se va con Nicodemo y con Juan y Simón (miembro del Sanedrín). Se quedan Jesús, José, Lázaro, Tomás, Simón Zelote y Cornelio.

-¡No cede!... Quisiera tenerlo entre tus discípulos. Sería un peso decisivo a tu favor... pero no lo logro - dice José.

-No te aflijas por ello. No hay influencia capaz de salvarme de la tempestad que se está preparando. Pero Gamaliel, si no se pliega a favor, tampoco lo hará contra Cristo. Es de los que esperan...

Todo termina.

## 115

## Curación del niño arrollado por el caballo de Alejandro. Jesús expulsado del Templo

El interior del Templo. Jesús está con los suyos muy cerca del templo propiamente dicho, o sea, del Lugar Santo, en donde sólo entraban los sacerdotes. Es un bellísimo y espacioso claustro al cual se cede por un atrio y del cual, por otro aún más rico, se pasa a la terraza en la que está el hexaedro del Santo.

¡Es inútil! Aunque viera mil veces el Templo y lo describiera dos mil, sea por la complejidad del lugar, sea por mi ignorancia de los nombres o por la incapacidad de hacer un gráfico, resultaría siempre incompleta al retratar este pomposo y laberíntico lugar...

Parecen estar en oración. Otros muchos israelitas, todos hombres, están también allí y oran, cada uno por su cuenta. Cae la tarde precoz de un plomizo día de Noviembre.

Un vocerío: una estentórea e inquieta voz de hombre que blasfema en latín, mezclada con estridentes y agudas voces hebreas. Se produce como el revoltijo de una lucha, y una aguda voz femenina grita:

-¡Dejadlo que vaya! ¡Dice que Él lo va a salvar!

El recogimiento del suntuoso claustro queda roto. Muchas cabezas se vuelven hacia el punto del que provienen las voces; y se vuelve también Judas Iscariote, que está con los discípulos. Siendo, como es, alto, ve y dice:

-¡Un soldado romano que está luchando por entrar! ¡Está violando, ha violado ya, el Lugar Sagrado! ¡Qué horror!- Y muchos hacen coro de sus palabras.

-¡Dejadme pasar, perros judíos! Aquí está Jesús. ¡Lo sé! ¡Es Él quien me interesa! Vuestras absurdas piedras no me sirven para nada. ¡El niño se está muriendo y Él puede salvarlo! ¡Fuera! ¡Hienas hipócritas!...

Jesús, que, cuando ha comprendido que Él era el requerido, se ha dirigido inmediatamente hacia el atrio en el que se estaba produciendo este barullo, se acerca y grita:

-Paz y respeto al lugar y a la hora del ofrecimiento.

-¡Oh! ¡Jesús! ¡Hola! Soy Alejandro. ¡Dejad paso, perros!

Y Jesús, con serenidad: «

-Sí, dejad paso. Llevaré a otra parte al pagano que no sabe lo que es para nosotros este lugar.

El círculo se abre y Jesús se llega hasta el soldado, que lleva la coraza ensangrentada.

-¿Estás herido? Ven. Aquí no se puede estar – y lo conduce hacia el otro claustro, y más allá incluso.

-No estoy herido yo. Un niño... Mi caballo, junto a la Antonia, se me ha desmandado y lo ha arrollado. Los cascos le han abierto la cabeza. Prócolo ha dicho: "¡Nada que hacer!". Yo no tengo la culpa... pero, ha sucedido por mí y la madre está allí desesperada. Te había visto pasar... venir aquí... He dicho: "Prócolo no, pero Él sí". He dicho: "Mujer, ven, Jesús lo sanará". Me han retenido esos dementes... Y quizás el niño está ya muerto.

-¿Dónde está? - pregunta Jesús.

-Debajo de aquel pórtico, en el regazo de su madre - responde el soldado (ya visto en la Puerta de los Peces).

-Vamos.

Y Jesús acelera más el paso, seguido por los suyos y por un grupo de personas en tropel.

En los escalones que limitan el pórtico, recostada sobre una columna, hay una mujer, destrozada por el dolor, llorando ante su hijito moribundo. El niño presenta un aspecto térreo; tiene los labios violáceos, semiabiertos con el estertor característico de quien ha sufrido un trauma cerebral. En la cabeza una venda apretada, roja de sangre en la nuca y en la frente.

-Tiene abierta la cabeza por delante y por detrás. Se ve el cerebro. A esa edad la cabeza es blanda, y el caballo era grande y lo habían herrado hacía poco - explica Alejandro.

Jesús ha llegado junto a la mujer, la cual ya ni siquiera habla, agonizando como está ante su hijo moribundo. Le pone la mano sobre la cabeza.

-No llores, mujer - dice con toda la delicadeza de que es capaz, o sea, infinita.

-Ten fe. Déjame a tu niño.

La mujer lo mira entontecida. La multitud impreca contra los romanos y se solidariza con el dolor del moribundo y de la madre. Alejandro se encuentra en el contraste de la ira - por las injustas acusaciones - y de la piedad y la esperanza.

Jesús se sienta junto a la mujer, porque ve que ella ya no sabe hacer ningún movimiento. Se inclina. Toma entre sus largas manos la pequeña cabeza herida, se inclina más aún, se comba hacia la cérea carita, sopla suavemente en la boquita estertorosa... Unos instantes. Luego sonríe, de forma casi imperceptible a causa de los mechones de cabellos que le caen hacia adelante. Se endereza. El niño abre los ojitos y hace ademán de sentarse. La madre teme que sea el extremo conato y grita teniéndolo contra el corazón.

-¡Suéltalo, mujer! Niño, ven a mí - dice Jesús (que sigue sentado al lado de la mujer), tendiendo los brazos mientras sonríe. Y el niño se arroja, seguro, a esos brazos, y se echa a llorar (con llanto no de dolor, sino de miedo, del miedo que vuelve con el recuerdo).

-No está el caballo, no está - dice Jesús infundiéndole seguridad - Todo ha pasado. ¿Te sigue doliendo aquí?

-No. Pero tengo miedo, ¡tengo miedo!

-Ya ves, mujer. Es sólo miedo. Ahora se pasa. Traedme agua. La sangre y la venda le impresionan. Dame una de las manzanas que tienes, Juan... Toma, pequeño. Come, está buena...

Traen agua, mejor dicho, es el soldado Alejandro quien la trae en su yelmo. Jesús se dispone a quitar la venda.

Alejandro y la madre dicen:

-¡No! Se está restableciendo... ¡pero la cabeza está abierta!...

Jesús, sonriendo, quita la venda. Una, dos, tres, ocho vueltas. Quita los retazos ensangrentados. La parte derecha de la cabeza, desde la mitad de la frente hasta la nuca, es un coágulo de sangre, todavía blando, entre los delicados cabellos del niño. Jesús moja una venda y empieza a lavar.

-Pero debajo está la herida... Si quitas el coágulo, volverá a sangrar - insiste Alejandro.

La madre se tapa los ojos para no ver.

Jesús lava, lava, lava... el coágulo se disuelve... los cabellos quedan limpios: están húmedos, pero debajo no hay herida. La frente está también sana. Sólo tiene una pequeña señal roja donde había empezado a cicatrizar.

La gente grita de estupor. La mujer tiene el valor de mirar, y una vez que ha visto ya no se contiene: se derrumba enteramente encima de Jesús y lo abraza junto con el niño, y llora. Jesús soporta esa efusión y esa lluvia de lágrimas.

-Yo te doy las gracias, Jesús -dice Alejandro - Me adoloraba el haber matado a este inocente.

-Has tenido bondad y confianza. Adiós, Alejandro. Ve a continuar tu servicio.

Alejandro está para marcharse ya cuando llegan, como ciclones, sacerdotes y oficiales del Templo.

-¡El Sumo Sacerdote te intima, por medio de nosotros, que salgas del Templo; Tú y el pagano profanador; enseguida! ¡Habéis turbado el ofrecimiento del incienso! ¡Este ha penetrado en un lugar que es de Israel! ¡No es la primera vez que, por causa tuya, el Templo se revoluciona! ¡El Sumo Sacerdote y con él los Ancianos de turno te ordenan que no vuelvas a poner pie aquí dentro! ¡Vete y quédate con tus paganos!

-No somos perros tampoco nosotros. Él lo dice: "Hay sólo un Dios, -Creador de los judíos y de los romanos". Si ésta es su Casa y Él me ha creado a mí, podré entrar en ella también yo» responde Alejandro, ofendido por el desprecio con que los sacerdotes dicen "paganos".

-Calla, Alejandro. Yo hablo - interviene Jesús, que después de haber besado al pequeño se lo ha devuelto a su madre, y se ha puesto en pie -. Dice al grupo que ha venido a echarlo:

-Nadie puede prohibir a un fiel, a un verdadero israelita del que ninguno puede probar que sea culpable de pecado, orar en el Santo.

-Pero explicar en el Templo la Ley, sí. Te has tomado este derecho sin tenerlo y sin pedirlo. ¡Pero bueno! ¿Quién eres Tú? ¿Cómo usurpas un nombre y un puesto que no te pertenecen?

Jesús los mira con unos ojos que... Luego dice:

-Judas de Keriot, pasa aquí.

A Judas no parece entusiasmarle la propuesta. Había tratado de eclipsarse apenas llegados los sacerdotes y los oficiales del Templo (que no llevan uniforme militar: debe ser un cargo civil), pero tiene que obedecer porque Pedro y Judas de Alfeo lo empujan hacia delante.

-Judas, responde. Y vosotros miradlo. Lo conocéis. Es del Templo. ¿Lo conocéis?

Deben responder: «Sí».

-Judas, ¿qué te mandé hacer la primera vez que hablé aquí? Y ¿de qué te asombraste tú? Y Yo, ¿qué te dije como respuesta a tu asombro? Habla. Sé franco.

-Me dijo: "Llama al oficial de turno para que pueda pedirle permiso para instruir". Y dio su nombre y acreditó su condición y su tribu... y yo me asombré como quien presencia una inútil formalidad dado que Él se dice el Mesías. Y me explicó: "Es necesario, y cuando llegue el momento acuérdate de que no falté de respeto ni al Templo ni a sus oficiales". Sí. Así dijo. Verdaderamente debo decirlo.

Judas al principio hablaba un poco inseguro, como si se sintiera molesto Pero luego, con uno de esos cambios bruscos típicos suyos, ha superado la inseguridad hasta mostrarse incluso casi arrogante.

-Me sorprende que lo defiendas. Has traicionado nuestra confianza en ti - dice un sacerdote a Judas en tono de reprensión.

-No he traicionado a nadie. ¿Cuántos entre vosotros son del Bautista! Y, ¿son traidores por eso? Pues yo soy de Cristo.

-Bien, de acuerdo; pues Éste no debe hablar aquí. Que venga como un fiel, que ya es incluso demasiado para uno que es amigo de paganos, meretrices, publicanos...

-Respondedme a mí ahora - dice Jesús, severo pero tranquilo: ¿Quiénes son los Ancianos de turno?

-Doras y Félix, judíos. Joaquín de Cafarnaúm y José, itureo.

-Ya. Vamos. Como respuesta, decid a los tres acusadores - puesto que el itureo no ha podido acusar - que el Templo no es todo Israel e Israel no es todo el mundo, y que la baba de los reptiles, a pesar de ser mucha y venenosísima, no sumergerá la Voz de Dios, ni su veneno paralizará mi caminar entre los hombres mientras no llegue la hora. Y después... ¡oh!, decidles que después los hombres harán justicia de los verdugos y exaltarán a la Víctima haciendo de Ella su único amor. Id. Y nosotros, vámonos.

Y Jesús se cubre con su amplio manto oscuro y sale en medio de los suyos.

Detrás de todos viene Alejandro, que se había quedado durante la disputa. Una vez fuera del recinto, al pie de la Torre Antonia, dice:

-Me despido de ti, Maestro. Y te pido perdón por haberte sido causa de censura.

-¡Oh, no te aflijas por ello! Buscaban el pretexto y lo han encontrado. Si no hubieras sido tú, hubiera sido otro... Vosotros, en Roma, celebráis juegos en el Circo, con fieras y serpientes, ¿no es cierto? Pues bien, te digo que ninguna fiera es más feroz y más falsa que un hombre que quiere matar a otro hombre.

-Y yo te digo que al servicio de César he recorrido todas las regiones de Roma, pero no he encontrado nunca, entre los miles de personas con que me he topado, una más divina que Tú. ¡No, ni siquiera nuestros dioses son divinos como Tú lo eres! Son vindicativos, crueles, pendencieros, mentirosos... Tú eres bueno. Tú eres verdaderamente un Hombre no hombre. Salud, Maestro.

-Adiós, Alejandro. Prosigue en la Luz.

Todo termina.

## 116

## En Getsemaní con Jesús, los discípulos hablan de los paganos y de la "velada". El coloquio con Nicodemo

Jesús está en la cocina de la pequeña casa del Olivar, cenando con sus discípulos. Hablan de los hechos sucedidos durante ese día (no el precedentemente descrito: efectivamente, oigo que hablan de otros acontecimientos, entre los cuales la curación de un leproso, que ha tenido lugar cerca de los sepulcros que están en el camino de Betfagé).

-Estaba presente también, observando, un centurión romano - dice Bartolomé. Y añade: -Me ha preguntado, desde su caballo: "¿El hombre al que sigues hace frecuentemente estas cosas?" y ante mi respuesta afirmativa, ha exclamado: "Entonces es más grande que Esculapio y llegará a ser más rico que Creso". Yo he respondido: "Será siempre pobre según el mundo, porque no recibe, sino que entrega, y sólo quiere almas a las que llevar al Dios verdadero". El centurión me ha mirado lleno de asombro y acto seguido ha espoleado a su caballo, yéndose al galope.

-Y una dama romana en su litera. No podía ser sino una mujer. Tenía corridas las cortinas, pero se asomaba furtivamente a mirar-Lo he visto -dice Tomás.

-Sí. Estaba cerca de la curva alta del camino. Había dado orden de detenerse cuando el leproso había gritado: "¡Hijo de David, ten piedad de mí!". En ese momento tenía una cortina un poco corrida y he visto que te ha mirado con una valiosa lente, y luego se ha reído con ironía. Pero, cuando ha visto que Tú, sólo con un acto imperativo, lo has curado, ¡ah!, entonces me ha llamado y me ha preguntado "¿Pero es ese al que llaman el verdadero Mesías?". He respondido que sí y ella me ha dicho: "¿Y tú estás con Él?" y luego ha preguntado: "¿Es verdaderamente bueno?" - dice Juan.

-¡Entonces la has visto! ¿Cómo era? - preguntan Pedro y Judas - ¡Hombre, pues... una mujer!

-¡Qué descubrimiento! - dice Pedro riendo.

Y Judas Iscariote acucia:

-Pero, ¿era guapa, joven, rica?

-Sí. Creo que era joven y también guapa. Pero, yo estaba mirando más hacia Jesús que hacia ella. Quería ver si el Maestro reanudaba el camino...

-¡Estúpido! - murmura entre dientes Judas.

-¿Por qué? - lo defiende Santiago de Zebedeo - Mi hermano no es un galanteador que va en busca de aventuras. Ha respondido por educación. Pero no ha faltado a su primera cualidad.

-¿Cuál? - pregunta Judas Iscariote.

-La de discípulo cuyo único amor es el Maestro.

Judas baja la cabeza irritado.

-Y, además... no es muy aconsejable que nos vean hablar con los romanos - dice Felipe - Ya de por sí nos acusan de ser galileos y, por tanto, menos "puros" que los judíos; de nacimiento, además. Y nos acusan de detenernos frecuentemente en Tiberíades, lugar de encuentro de gentiles, romanos, fenicios, sirios... Y luego... ¡oh, de cuántas cosas nos acusan!...

-Eres bueno, Felipe, y por eso corres un velo sobre la dureza de la verdad que manifiestas. Pero esa verdad es, sin el velo, ésta: ¡de cuántas cosas me acusan!- dice Jesús, que hasta ahora ha guardado silencio.

-En el fondo no están errados del todo: demasiados contactos con los paganos - dice Judas Iscariote.

-¿Consideras paganos sólo a aquellos que no tienen la ley mosaica? pregunta Jesús.

-Y si no, ¿qué otros?

-¡Judas!... ¿Puedes jurar por nuestro Dios que no tienes paganismo en tu corazón? ¿Y puedes jurar que no lo tienen los israelitas más nombrados?

-En fin, Maestro... respecto a los demás, no lo sé..., pero yo... yo respecto a mí puedo jurar.

Jesús vuelve a hacer otra pregunta:

-¿Qué es para ti, según tu idea, el paganismo?

-Pues seguir una religión no verdadera, adorar a los dioses - replica vehementemente Judas.

-¿Y cuáles son?

-Los dioses de Grecia y Roma, los de Egipto..., en definitiva, esos dioses de mil nombres, inexistentes como personas, que, según los paganos, llenan sus Olimpos.

-¿No existe ningún otro dios? ¿Sólo éstos del Olimpo?

-¿Qué otros? ¿No son ya demasiados?

-Demasiados. Sí, demasiados. Pero hay otros. Y en sus altares todo hombre quema inciensos, incluso los sacerdotes, los escribas, rabíes, fariseos, saduceos, herodianos: todos de Israel, ¿no es cierto? Y no sólo esto... También lo hacen mis discípulos.

-¡Ah, esto sí que no! - dicen todos.

-¿No? Amigos... ¿Quién entre vosotros no tiene un culto, o varios cultos, secretos? Uno, la belleza y la elegancia; el otro, el orgullo de su saber; otro inciensa la esperanza de llegar a ser grande, humanamente; otro todavía adora a la mujer; otro, al dinero...; otro se postra ante su saber... y así podríamos seguir diciendo. En verdad os digo no hay hombre que no esté impregnado de idolatría. ¿Cómo se le puede entonces despreciar a los que por mala ventura son paganos, cuando, a pesar de estar con el Dios verdadero, se sigue siendo voluntariamente pagano?

-Pero somos hombres, Maestro - exclaman muchos.

-Cierto. Entonces... tened caridad para con todos, porque Yo he venido para todos y vosotros no sois más que Yo.

-Pero, mientras, nos acusan y se ponen trabas a tu misión.

-Irá adelante igualmente.

-A propósito de mujeres - dice Pedro, que, quizás por estar sentado al lado de Jesús, está tan embelesado que se muestra tranquilísimo - hace unos pocos días - para mayor exactitud, desde que hablaste en Betania la primera vez después del regreso a Judea - que mujer, enteramente velada, nos sigue continuamente. No sé cómo logra saber nuestros programas. Sé que, o al final de las filas de gente que escucha cuando hablas, o detrás de la gente que te sigue cuando caminas, o también detrás de nosotros cuando vamos a anunciarte por los campos... el hecho es que está casi siempre. En Betania, la primera vez, me susurró tras el velo: "¿Ese hombre que dices que va a hablar es Jesús de Nazaret?". Le respondí que sí; bueno, pues por la tarde estaba oyéndote detrás de un tronco de un árbol. Luego la había perdido de vista, pero ahora aquí en Jerusalén la he visto ya dos o tres veces. Hoy le he preguntado: "¿Tienes necesidad de Él? ¿Estás enferma? ¿Quieres el óbolo?". Su respuesta ha sido siempre "no"; con la cabeza, porque nunca habla con nadie».

-A mí me dijo un día: "¿Dónde vive Jesús?" y le dije: "En Get Samní" - dice Juan.

-¿Pero serás estúpido? ¡No debías haberlo hecho! ¡Tenías que haberle dicho: "¡Quítate el velo. Date a conocer y entonces te lo digo!" - dice Judas Iscariote iracundo.

-Pero, ¿desde cuándo solicitamos estas cosas? - exclama Juan con simplicidad e inocencia.

-Los otros se ven. Ésta está enteramente velada. O es una espía o es una leprosa. No debe seguirnos y saber lo que hacemos. Si es una espía es para hacer algún mal. Quizás la paga el Sanedrín para esto...

-¡Ah!, ¿utiliza estos métodos el Sanedrín? - pregunta Pedro - ¿Estás seguro?

-Segurísimo. He pertenecido al Templo y lo sé.

-¡Pues vaya! A esto se adapta como una caperuza la razón explicada por el Maestro hace un momento... - comenta Pedro.

-¿Qué razón? - Judas está ya rojo de ira.

-Esa de que también hay paganos entre los sacerdotes.

-¿Qué tiene que ver esto con lo de pagar a un espía?

-¡Tiene que ver, tiene que ver! ¡Es más, ya está visto! ¿Por qué pagano? Para echar por tierra al Mesías y triunfar ellos. Por tanto, suben al altar con sus sucias almas bajo las vestiduras limpias - responde Pedro con su buen juicio propio de la gente llana.

-Bien, en suma - abrevia Judas - esa mujer es un peligro para nosotros o para la gente: para la gente, si está leprosa; para nosotros si es una espía.

-Quieres decir: Para Él, en todo caso - replica Pedro.

-Pero, cayendo Él, caemos también nosotros...

-¡Ja! ¡Ja! - se ríe Pedro y termina: -y entonces el ídolo se hace pedazos y se pierde tiempo, estima y, quizás, la vida, y entonces, ¡Ja! ¡Ja!..., y entonces es mejor tratar de que no caiga, o... apartarse a tiempo, ¿verdad? Yo, por el contrario, mira, lo abrazo más estrechamente. Si cae, abatido por los traidores de Dios, quiero caer con Él - y Pedro abraza estrechamente, con sus cortos brazos, a Jesús.

-No creía haber hecho tanto mal, Maestro - dice todo triste Juan, que está frente a Jesús - Pégame, maltrátame, pero sálvate. ¡Ay, si fuera yo la causa de tu muerte!... ¡Oh!, no me lo perdonaría. Siento que el continuo llanto me excavaría el rostro y me quemaría la vista. Pero ¿qué he hecho? Tiene razón Judas: ¡soy un estúpido!

-No, Juan. No lo eres, y has hecho bien. Dejadla venir. Siempre. Y respetad su velo. Puede ser que esté colocado como defensa, en una lucha entre el pecado y la sed de redimirse. ¿Sabéis vosotros qué heridas se inciden sobre un ser cuando esta lucha adviene? ¿Sabéis qué llanto y qué rubor? Tú has dicho, Juan, querido hijo de corazón de niño bueno, que tu rostro quedaría excavado por el continuo llanto si fueras para mí causa de mal. Pues debes saber que cuando una conciencia, despertada de nuevo, comienza a roer una carne que fue pecado, para destruirla y triunfar con el espíritu, debe por fuerza consumir todo aquello que fue atracción de la carne, y la criatura en envejece, languidece bajo la llamarada de este fuego taladrador. Sólo después, completada la redención, se compone de nuevo una segunda, santa y más perfecta belleza, porque es entonces lo hermoso del alma lo que aflora por la mirada, a través de la sonrisa, de la voz, de la honesta dignidad de la frente sobre la cual se ha depositado y resplandece como diadema el perdón de Dios.

-¿Entonces no he hecho mal?...

-No. Y tampoco Pedro. Dejadla. Y ahora, que todos se vayan a descansar. Yo me quedo con Juan y Simón. Tengo que hablarles. Marchaos.

Los discípulos se retiran. Quizás duermen en la almazara. No lo Se marchan. Ciertamente no vuelven a Jerusalén, porque las puertas están cerradas desde hace horas.

-¿Has dicho, Simón, que Lázaro te ha enviado a Isaac con Maximino, hoy, mientras Yo estaba al lado de la torre de David. ¿Qué quería?

-Quería decirte que Nicodemo está en su casa y que quería hablarte en secreto. Me he tomado la libertad de decir: "Que venga. El Maestro lo esperará durante la noche". Sólo tienes la noche para estar solo. Por este motivo te he dicho: "Despide a todos, menos a Juan y a mí". Juan es necesario para ir al puente del Cedrón, a esperar a Nicodemo, que está en una de las casas de Lázaro, extramuros. Yo hacía falta para explicar. ¿He hecho mal?

-Has hecho bien. Ve, Juan, a tu puesto.

Se quedan solos Simón y Jesús. Jesús está pensativo. Simón respeta su silencio. Pero Jesús lo rompe improvisamente, y, como si terminara en voz alta una interna elocución, dice:

Sí. Está bien así. Isaac, Elías, los otros, son suficientes para mantener viva la idea que se está consolidando entre los buenos y en los humildes. Para los poderosos... hay otras levas. Está Lázaro, Cusa, José, y otros... Pero los poderosos... no me aceptan. Temen y tiemblan por su poder. Me iré lejos de este corazón judío que cada vez se muestra más hostil al Cristo.

-¿Vamos a volver a Galilea?

-No. Pero nos vamos lejos de Jerusalén. Judea debe ser evangelizada; también ella es Israel. Pero, aquí, ya ves... Todo sirve para acusarme. Me retiro. Y esta es la segunda vez...

-Maestro, aquí está Nicodemo - dice Juan, entrando primero.

Se saludan, y luego Simón toma a Juan y sale de la cocina, dejando solos a los dos.

-Maestro, perdona si te he querido hablar en secreto. Desconfío, por ti y por mí, de muchos. No es sólo cobardía esto mío. También es prudencia y deseo de beneficiarte, más que si te perteneciera abiertamente. Tú tienes muchos enemigos. Yo soy uno de los pocos que aquí te admiran. He pedido consejo a Lázaro. Lázaro es poderoso por herencia, temido porque goza de favor ante Roma, justo ante los ojos de Dios, sabio por maduración de ingenio y cultura, verdadero amigo tuyo y verdadero amigo mío. Por todo esto he querido hablar con él Y me siento feliz de que él haya juzgado del mismo modo. Le he dicho las últimas... discusiones del Sanedrín sobre ti.

-Las últimas acusaciones. No tengas reparo en decir las verdades desnudas, como son.

-Las últimas acusaciones. Sí, Maestro. Yo estaba ya para decir "Pues bien, yo también soy de los suyos". Aunque sólo fuera porque en esa asamblea hubiera al menos uno que estuviera a tu favor. Pero José, que se había acercado a mí, me susurró: "Calla. Mantengamos oculto nuestro pensamiento. Luego te explico". Y, una vez fuera, dijo... exactamente, dijo: "Así es de mayor provecho. Si saben que somos discípulos, nos mantendrán al margen de cuanto piensan y deciden, y pueden perjudicarle y también perjudicarnos; como simples observadores de Él, no utilizarán subterfugios con nosotros". Comprendí que tenía razón. ¡Son muy... malos! Yo también tengo mis intereses y mis deberes... y así José... ¿Comprendes, no, Maestro?

-No voy a reprenderos. Antes de que vinieras, estaba diciéndole esto a Simón, y he decidido incluso alejarme de Jerusalén.

-¡Nos odias porque no te amamos!

-No. No odio ni siquiera a los enemigos.

-Tú lo dices. Pero es así. Tienes razón. Sólo que, ¡qué dolor para mí y para José! ¿Y Lázaro? ¿Qué dirá Lázaro, que justamente hoy ha decidido proponerte que dejaras este lugar para ir a una de sus propiedades de Sión? Bueno, ¿ya sabes que Lázaro tiene poder económico, no? Buena parte de la ciudad es suya, de la misma forma que muchas tierras de Palestina. Su padre, a su patrimonio y al de Euqueria, de tu tribu y familia, había unido aquello que los romanos dan como recompensa al servidor fiel, y a los hijos les ha dejado una herencia muy grande, y, lo que más cuenta, una velada pero potente amistad con Roma. Sin ésta, ¿quién habría salvado de la ignominia a toda la casa después de la infamante conducta de María, su divorcio (conseguido sólo porque se trataba de "ella"), su vida licenciosa en esa ciudad, que es su feudo, y en Tiberíades, que es el elegante lupanar donde Roma y Atenas han hecho lecho de prostitución para tantos del pueblo elegido? ¡Verdaderamente, si Teófilo sirio hubiera sido un prosélito más convencido, no habría dado a los hijos educación helenizante que tanta virtud mata y siembra tanta voluptuosidad, y que - bebida y expulsada sin consecuencias por Lázaro, y especialmente por Marta - ha contagiado a la desenfrenada María y ha proliferado en ella, convirtiéndola en el fango de la familia y de Palestina! No, sin la poderosa sombra del favor de Roma, se les habría mandado el anatema más que a los leprosos. Pero, considerando que las cosas están así, aprovéchate de ello.

-No. Me retiro. Quien quiera verme vendrá a mí.

-¿He hecho mal en hablar! - Nicodemo se siente abatido.

-No. Espera y convéncete - y Jesús abre una puerta y llama:

-¡Simón! ¡Juan! Venid.

Acuden los dos.

-Simón, dile a Nicodemo lo que te estaba diciendo cuando ha entrado él.

-Que para los humildes es suficiente con los pastores; para los poderosos, Lázaro, Nicodemo, José y Cusa, y que Tú te ibas a ir lejos de Jerusalén, aunque sin dejar Judea. Esto estabas diciendo. ¿Por me lo haces decir? ¿Qué ha ocurrido?

-Nada. Nicodemo temía que yo me fuera a causa de sus palabras.

-He dicho al Maestro que el Sanedrín se muestra cada vez más enemigo, y que sería buena cosa que se pusiera bajo la protección de Lázaro: ha protegido tus bienes porque tiene a Roma de su parte; protegería también a Jesús.

-Es verdad. Es un buen consejo. A pesar de que mi casta esté mal vista incluso por Roma, una palabra de Teófilo me ha conservado el patrimonio durante la proscripción y la lepra. Y Lázaro es muy amigo tuyo, Maestro.

-Lo sé. Pero ya me he pronunciado. Y lo que he dicho Yo lo hago.

-¡Entonces, te perdemos!

-No, Nicodemo. Hombres de todas las sectas se acercan al Bautista; a mí podrán venir hombres de todas las sectas y de todos los niveles.

-Nosotros venimos a ti sabiendo que eres superior a Juan.

-Podéis seguir viniendo. Seré un rabí solitario Yo también, como Juan, y hablaré a las turbas deseosas de oír la voz de Dios y capaces de creer que Yo soy esa Voz. Y los demás me olvidarán... si son, al menos, capaces de tanto.

-Maestro, estás triste y desilusionado. Tienes razón en estarlo. Todos te escuchan, y creen en ti hasta el punto de que obtienen milagros; hasta incluso uno de Herodes, uno que, por fuerza, debe tener corrompida la bondad natural en esa corte incestuosa; hasta soldados romanos. Sólo nosotros, los de Sión, somos tan duros... No todos, no obstante. Ya ves... Maestro, nosotros sabemos que has venido de parte de Dios y que eres su más alto doctor. También Gamaliel lo dice. Nadie puede hacer los milagros que Tú haces si no tiene a Dios consigo. Esto piensan también los doctos como Gamaliel. ¿Cómo es que entonces no podemos nosotros tener la fe que tienen los pequeños de Israel? ¡Oh! ¡Dímelo! ¡Dímelo! No te traicionaré, aunque me dijeras: "He mentido para conferir valor a mis palabras de sabiduría con la impresión de un sigilo que nadie puede despreciar". ¿Eres Tú el Mesías del Señor, el Esperado, la Palabra del Padre encarnada para instruir y redimir a Israel según el Pacto?

-¿Lo preguntas por ti mismo, o te mandan otros a preguntarlo?

-Por mí mismo, por mí mismo, Señor. Tengo un tormento aquí. Tengo una gran confusión. Vientos contrarios y contrarias voces. ¿Por qué no tengo yo, hombre maduro, esa pacífica certeza que tiene éste, casi analfabeto y niño, la cual le da esa sonrisa plácida a su rostro, esa luz a sus ojos, ese sol a su corazón? ¿Cómo crees tú, Juan, para estar tan seguro? ¡Enséñame, oh hijo, tu secreto, el secreto en virtud del cual has sabido ver y comprender al Mesías en Jesús Nazareno!

Juan se pone colorado como una fresa y baja la cabeza como disculpándose de decir una cosa tan grande, y responde con sencillez:

-Amando.

-¡Amando! ¿Y tú, Simón, hombre probo y ya en el umbral de la ancianidad, docto y probado hasta el punto de sentirte inducido a temer el engaño en todas partes?

-Meditando.

-¡Amando! ¡Meditando! También yo amo y medito, ¡y no estoy seguro todavía!

Interviene Jesús diciendo:

-Voy a manifestarte el verdadero secreto. Éstos han sabido nacer nuevamente, con un espíritu nuevo, libre de cualesquiera cadenas, virgen de toda idea; por ello han comprendido a Dios. Si uno no nace de nuevo, no puede ver el Reino de Dios ni creer en su Rey.

-¿Cómo puede un hombre volver a nacer siendo ya adulto? Una vez fuera del seno materno, el hombre no puede jamás volver a entrar en él. ¿Acaso aludes a la reencarnación en el sentido de tantos paganos? No, en ti no es posible esto; además, no se trataría de un volver a entrar en el seno materno, sino de un reencarnarse más allá del tiempo y, por tanto, no ahora. ¿Cómo es esto? ¿Cómo?

-No hay más que una existencia de la carne sobre la Tierra y una eterna vida del espíritu más allá de la Tierra. No estoy hablando de la carne y de la sangre, sino del espíritu inmortal, el cual por dos cosas renace a verdadera vida: por el agua y por el Espíritu, pero éste es mayor; sin Él, el agua no es más que símbolo. Quien ya ha quedado limpio con el agua debe purificarse luego con el Espíritu, y con Él encenderse y resplandecer, si quiere vivir dentro de Dios aquí y en el eterno Reino. Porque lo que ha sido engendrado por la carne es y seguirá siendo carne, y con ella muere tras haberla servido en sus apetitos y pecados. Pero lo que ha sido engendrado por el Espíritu es espíritu, y vive volviendo al Espíritu Generador después de haber cultivado el propio espíritu hasta la edad perfecta. El Reino de los Cielos no será habitado sino por seres llegados a la edad espiritual perfecta. No te maravilles, por tanto, si digo: "Es necesario que vosotros nazcáis de nuevo". Éstos han sabido renacer. El joven ha matado la carne y ha hecho renacer el espíritu poniendo su yo en la hoguera del amor. Enteramente ha sido consumido de toda materia. Y he aquí que de las cenizas surge su nueva flor espiritual, maravilloso helianto que sabe volverse hacia el Sol eterno. El anciano ha puesto la segur de la meditación honesta en la base de su viejo pensamiento, y ha arrancado la vieja planta dejando sólo una yema, la de la buena voluntad, de la cual ha hecho nacer su nuevo pensamiento. Ahora ama a Dios con espíritu nuevo, y lo ve. Cada uno tiene su mérito para llegar al puerto. Cualquier viento es bueno con tal de saber usar la vela; sentís que el viento sopla y por su corriente podéis regularos para dirigir la maniobra, mas no podéis decir de dónde viene ni atraer el que necesitáis. También el Espíritu llama, y viene llamando, y pasa. Pero sólo quien está atento puede seguirlo. El hijo conoce la voz del padre; conoce la voz del Espíritu, el espíritu que ha sido engendrado por Él.

-¿Cómo puede suceder esto?

-Tú, maestro en Israel, ¿me lo preguntas? ¿Ignoras estas cosas? Se habla y se da testimonio de lo que sabemos y hemos visto. Pues bien, Yo hablo y doy testimonio de lo que sé. ¿Cómo vas a poder aceptar las cosas no vistas, si no aceptas el testimonio que Yo te traigo? ¿Cómo podrás creer en el Espíritu, si no crees en la Palabra encarnada? Yo he bajado para volver a subir llevándome conmigo a los que están aquí abajo. Uno sólo ha bajado del Cielo: el Hijo del hombre. Uno sólo al Cielo subirá con el poder de abrir el Cielo: Yo, Hijo del hombre. Recuerda a Moisés. Él levantó una serpiente en el desierto para curar las enfermedades de Israel. Cuando Yo sea levantado en alto, aquellos a quienes la fiebre de la culpa hace ciegos, sordos o mudos, o que por ella han perdido el juicio o están leprosos o enfermos, serán curados, y quienquiera que crea en mí tendrá vida eterna. También quienes en mí hayan creído tendrán esta vida beata. No bajes la cabeza, Nicodemo. Yo he venido a salvar, no a destruir. Dios no ha mandado a su Hijo Unigénito al mundo para que quien está en el mundo sea condenado, sino para que el

mundo se salve por medio de Él. En el mundo he visto todas las culpas, todas las herejías, todas las idolatrías. Pero, ¿puede acaso la golondrina que vuela veloz por encima del polvo ensuciarse el plumaje? No. Lleva por las tristes vías de la Tierra una coma de azul, un olor de cielo, emite un reclamo para conmover a los hombres y hacerles levantar del fango la mirada y seguir su vuelo que al cielo retorna. Igualmente Yo. Vengo para llevaros conmigo. ¡Venid!... Quien cree en el Hijo Unigénito no es juzgado, está ya salvado, porque este Hijo intercede ante el Padre diciéndole: "Éste me amó". Mas quien no cree es inútil que haga obras santas; ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. ¿Cuál es mi nombre, Nicodemo?

-Jesús.

-No. Salvador. Yo soy Salvación. Quien no me cree, rechaza su salvación y es juzgado por la Justicia eterna, y el juicio es éste: "La Luz te había sido enviada, a ti y al mundo, para salvación vuestra, y tú y los hombres habéis preferido las tinieblas a la Luz, porque preferíais las obras malvadas - que se habían hecho costumbre en vosotros - a las obras buenas, las que Él os señalaba como obras que seguir para ser santos". Vosotros habéis odiado la Luz, porque los malhechores aprecian las tinieblas para sus delitos; habéis evitado la Luz para que no proyectara luz sobre vuestros ocultos resentimientos. No por ti, Nicodemo, pero la verdad es ésta; y el castigo guardará relación con la condena, por lo que respecta al individuo y por lo que respecta a la colectividad. Si me refiero a los que me aman y ponen en práctica las verdades que enseño, naciendo, por tanto, en el espíritu por segunda vez (la más verdadera), digo que no temen la Luz; antes bien, a ella se arriman, porque su luz aumenta aquella con que fueron iluminados: recíproca gloria, que hace dichoso a Dios en sus hijos y a los hijos en el Padre. No, ciertamente los hijos de la Luz no temen ser iluminados; antes bien, con el corazón y con las obras, dicen: "No he sido yo sino Él, el Padre, Él, el Hijo, Él, el Espíritu, quienes han cumplido en mí el Bien. A ellos la gloria eternamente. Y desde el Cielo responde el eterno canto de los Tres que se aman en su perfecta Unidad: “A ti eternamente la bendición, hijo verdadero de nuestra voluntad". Juan, acuérdate de estas palabras para cuando llegue la hora de escribirlas. Nicodemo, ¿estás convencido?

-Maestro... sí. ¿Cuándo voy a poder hablar de nuevo contigo?

-Lázaro sabrá a dónde llevarte. Iré donde él antes de alejarme de aquí.

-Me voy, Maestro. Bendice a tu siervo.

-Mi paz sea contigo.

Nicodemo sale con Juan.

Jesús se vuelve a Simón:

-¿Ves la obra del poder de las Tinieblas? Como araña, tiende su trampa y hace que quede enviscado y aprisionado quien no sabe morir para renacer como mariposa, con una fortaleza capaz de romper la tela tenebrosa y traspasarla, llevándose, como recuerdo de su victoria, jirones de reluciente red en las alas de oro, como oriflamas y lábaros conquistados al enemigo. Morir para vivir. Morir para daros la fuerza de morir. Ven, Simón, a descansar. Y que Dios esté contigo.

Todo termina.

## 117

## Lázaro pone a disposición de Jesús una casita en el llano de Agua Especiosa

Jesús está subiendo por el empinado sendero que lleva al rellano sobre el que está edificada Betania. Esta vez no sigue la calzada principal. Ha tomado este camino más empinado y más rápido, que en dirección noroeste este y que está mucho menos transitado quizás por estar tan en pendiente. Sólo los que viajan con prisa hacen uso de él; o los que, teniendo manadas de ganado, prefieren no meterlas en el trajín de la calzada principal, o quienes, como Jesús hoy, prefieren pasar desapercibidos. Él sube delante, en vivaz conversación con el Zelote. Detrás, en grupo, van los primos de Jesús con Juan y Andrés; luego, otro grupo, formado por Santiago de Zebedeo, Mateo, Tomás y Felipe; los últimos, Bartolomé con Pedro y Judas Iscariote.

Ganada la planicie, sobre la cual Betania le sonríe al sol de un día sereno de Noviembre, y desde la que, mirando hacia oriente, se ve el valle del Jordán y la via que viene de Jericó, Jesús da orden a Juan de ir a avisar a Lázaro de su llegada. Mientras Juan se marcha con paso rápido, Jesús prosigue con los suyos lentamente, siendo saludado a cada paso por personas del lugar.

La primera que viene de la casa de Lázaro es una mujer que se prosterna diciendo:

-Dichoso este día para la casa de mi señora. Ven. Maestro. Allí están Maximino y Lázaro ya en la puerta.

También Maximino se acerca a Jesús. No sé con exactitud quién es Maximino. Tengo la impresión de que es o un pariente menos rico alojado en casa de los hijos de Teófilo, o un administrador de los importantes haberes de éstos; tratado como amigo, no obstante, por su mérito y por el largo tiempo de servicio en la casa. Quizás es hijo de algún administrador del padre que después ha permanecido en el puesto con los hijos de Teófilo. Es un poco más mayor que Lázaro, o sea, tendrá unos treinta y cinco años o poco más.

-No esperábamos tenerte tan pronto - dice.

-Pido alojamiento para una noche.

-Si fuera para siempre nos harías felices.

Están ya en el umbral de la puerta. Lázaro besa y abraza a Jesús y saluda a los discípulos. Luego, teniendo un brazo en torno a la cintura de Jesús, entra con Él en el jardín y se aísla de los demás. Lo primero que hace es preguntar:

-¿A qué debo la alegría de tenerte conmigo?

-A1 odio de los miembros del Sanedrín.

-¿Te han procurado algún mal? ¿Algún otro mal?

-No. Pero me lo quieren hacer, y no es la hora. Hasta que no haya arado toda Palestina y esparcido la semilla, no debo ser abatido.

-También tienes que recoger tu cosecha, Maestro bueno; es justo que sea así.

-Mi cosecha la recogerán mis amigos. Ellos pasarán la hoz donde he sembrado. Lázaro, he decidido alejarme de Jerusalén. Sé que no es solución, lo sé ya desde ahora; pero servirá al menos para poder evangelizar. En Sión se me niega incluso esto.

-Te había enviado con Nicodemo el mensaje de que fueras a una de mis propiedades. Nadie osa violarlas. Podrías llevar a cabo tu ministerio sin molestias. ¡Oh, mi casa, la más dichosa de todas mis casas por santificarla Tú con tu enseñanza, con tu respiración! Dame alegría de serte útil, Maestro mío.

-Ya ves que estoy dándotela ya; pero en Jerusalén no me puedo quedar. Mira, aunque a mí no me molestaran, sí lo harían con quienes fueran a verme. Voy hacia Efraím, entre este lugar y el Jordán. Evangelizaré y bautizaré allí como el Bautista.

-En los campos de esa zona tengo una pequeña casa, pero se utiliza para guardar las herramientas de los trabajadores; algunas veces duermen en ella durante la corta del heno o la vendimia. Es mísera: simple techo apoyado en cuatro paredes; pero está en mis tierras, y se sabe... Pues bien, el hecho de saberlo hará de espantajo contra los chacales. Acepta, Señor. Mandaré a los siervos a prepararla...

-No hace falta. Si en ella duermen tus campesinos, será suficiente también para nosotros.

-No pondré riquezas. Sólo completaré el número de las camas, pobres como Tú deseas, y mandaré mantas, asientos, ánforas y copas. Lógicamente, tendréis que comer y que taparos, especialmente en estos meses de invierno. Déjame a mí. Ni siquiera lo haré yo. Aquí viene Marta. Posee la habilidad, práctica y solícita, de todos los cuidados familiares. Su lugar es la casa; su función, ser consuelo de los cuerpos y de los espíritus que están en la casa. ¡Ven, mi dulce y pura hospedera! ¿Ves? Incluso yo me he refugiado bajo su cuidado materno, en su parte de herencia. Así, no lloro demasiado ásperamente a mi madre. Marta, Jesús se retira al llano del Agua Especiosa. Lo único especioso que hay es el suelo fértil; la casa es un aprisco. Pero Él quiere una casa de pobres. Hay que proveerla de lo indispensable. ¡Dispónlo tú, que eres tan mañosa! - Lázaro besa la mano bellísima de su hermana, esa mano que se levanta acto seguido para acariciarlo con verdadero amor de madre.

Luego Marta dice:

-Parto en seguida. Me llevo conmigo a Maximino y a Marcela. Los hombres del carro ayudarán a aparejar. Bendíceme, Maestro; así, llevaré conmigo algo tuyo.

-Sí, mi dulce hospedera. Te llamaré como te llama Lázaro. Te doy mi corazón para que lo lleves contigo, en el tuyo.

-¿Sabes, Maestro, que hoy está por estos campos Isaac con Elías y los demás? Me han pedido pasto, abajo en la llanura, para estar un poco juntos, y lo he permitido. Hoy están de cambio de pastos. Los espero para la comida.

-Me alegra. Les daré instrucciones...

-Sí. Para podernos mantener en contacto. No obstante, alguna vez vendrás...

-Vendré. He hablado ya de ello con Simón. Y, dado que no es justo que Yo invada tu casa con los discípulos, iré a casa de Simón...

-No, Maestro. ¿Por qué este dolor?

-No indagues, Lázaro; Yo sé que está bien así.

-Pero entonces...

-Entonces seguiré estando en tus propiedades. Lo que el mismo Simón ignora Yo lo sé. Aquel que quiso comprar, sin revelar su identidad y sin detenerse a estudiar las condiciones, con tal de estar cerca de Lázaro de Betania, era el hijo de Teófilo, el fiel amigo de Simón el Zelote y el gran amigo de Jesús de Nazaret. Aquel que duplicó la suma por Jonás y no gravó el patrimonio de Simón para proporcionarle a éste la alegría de poder hacer muchas cosas por el Maestro pobre y por los pobres del Maestro, aquél, es uno que tiene por nombre Lázaro. El que, discreto y atento, mueve, dirige, presta ayuda a todas las fuerzas buenas para ayudarme, aliviarme y protegerme, ése, es Lázaro de Betania. Yo lo sé.

-¡Oh, no lo digas! ¡Creí actuar bien de ese modo, y en secreto!

-Secreto, sí, para los hombres, pero no para mí; Yo leo en el corazón. ¿Quieres que te diga por qué tu ya de por sí natural bondad se impregna de perfección sobrenatural? Es porque pides don sobrenatural, pides la salvación de un alma y la santidad tuya y de Marta. Tú sientes que no basta con ser buenos según el mundo, sino que se requiere ser buenos según las leyes del espíritu, para obtener de Dios la gracia. Tú no has oído mis palabras, pero Yo he dicho: "Cuando hagáis el bien, hacedlo en secreto, y el Padre os dará una gran recompensa". Tú lo has hecho por un natural impulso a la humildad, y verdad te digo que el Padre te reserva una recompensa que ni siquiera puedes imaginar.

-¿La redención de María? ...

-Eso, y más, más aún.

-¿Qué es, Maestro, más imposible que esto?

-Jesús lo mira y sonríe. Luego dice, con el tono de un salmo. «El Señor reina, y con Él sus santos.

Con sus rayos de luz trenza una corona y sobre la cabeza de los santos la deposita. Para que eternamente resplandezca ante los ojos de Dios y del universo.

¿De qué metal está entretejida? ¿Con qué piedras preciosas decorada? Oro, oro purísimo es el círculo obtenido con el dúplice fuego del amor divino y del amor del hombre, cincelado por la voluntad, martillando, limando, cortando, afinando.

Gran profusión de perlas, y esmeraldas más verdes que la hierba nacida en Abril, turquesas de color de cielo, ópalos de color luna, amatistas como violetas pudorosas, y, engarzados para toda la vida, diaspros y zafiros y jacintos y topacios. Y como broche de la obra un círculo de rubíes, un gran círculo sobre la frente gloriosa.

Porque este hombre bendito ha tenido fe y esperanza, ha tenido mansedumbre y castidad, templanza y fortaleza, justicia y prudencia, misericordia sin medida, y en el fondo ha escrito con la sangre tu Nombre y la fe en mí, su amor en él por mí, y su nombre en el Cielo.

¡Exultad, oh justos del Señor! El hombre ignora, Dios ve.

Él escribe en los libros eternos mis promesas y vuestras obras, y con ellas vuestros nombres, príncipes del siglo futuro, triunfadores eternos con el Cristo del Señor.

Lázaro lo mira asombrado. Luego susurra:

-¡Oh!... yo... no seré capaz...

-¿Tú crees? - y Jesús coge una rama flexible de un sauce cuyas frondas penden sobre el sendero y dice: «Mira: como mi mano pliega fácilmente esta rama, el amor plegará tu alma y de ella hará una corona eterna. Es el amor el redentor individual. Quien ama empieza su redención. Su acabado lo cumplirá el Hijo del hombre.

Todo concluye.

## 118

## Comienzo de vida común en Agua Especiosa. Discurso de apertura

Si se compara esta baja y rústica casita con la casa de Betania, ciertamente es un aprisco, como dice Lázaro. Pero, si se la compara con las casas de los campesinos de Doras, es una vivienda incluso linda.

Muy baja y muy ancha, construida con solidez, tiene una cocina, o sea, una amplia chimenea en una estancia toda ahumada en la que hay una mesa, asientos, ánforas y un rústico bazar con unos platos y algunas copas. Una ancha puerta de madera tosca le da luz además de acceso. Luego, en la misma pared en que se abre ésta, hay otras tres puertas que introducen en tres piezas grandes, largas y estrechas, con las paredes blanqueadas con cal y el suelo de tierra batida como la cocina; en dos de éstas hay ahora unas yacijas. Parecen pequeñas salas-dormitorio. Los muchos ganchos fijados en las paredes son testimonio de que ahí se colgaban herramientas y quizás productos agrícolas. Ahora sirven para colgar capas y alforjas. La tercera, más que una estancia, es un pasillo ancho, porque la largura está desproporcionada con respecto a la anchura, y está vacía. Debe haber servido como refugio para ganado, porque tiene un pesebre y argollas en la pared, y se ven en el suelo las hendiduras propias de terrenos pisados por cascos herrados. Ahora no hay nada.

Fuera, junto a este último recinto, un ancho pórtico rústico, hecho de un techo cubierto de haces de ramas y pizarra, apoyado sobre troncos de árbol apenas descortezados. No es ni siquiera un pórtico, es un cobertizo, porque está abierto por tres lados: dos de al menos diez metros de largo; el lado estrecho tiene unos cinco metros, no más. Durante el verano una parra debe extender de tronco a tronco sus ramas en el lado sur. Ahora está desnuda, mostrando sus esqueléticas ramas; como también está desnuda una gigantesca higuera que en verano da sombra al pilón que está en el centro de la era, puesto sin duda para abrevar el ganado. Está al lado de un pozo rudimentario, o sea, de un agujero al ras del suelo apenas señalado por un círculo de piedras planas y blancas.

Ésta es la casa que acoge a Jesús y a los suyos en el lugar llamado “Agua Especiosa". Campos - o, mejor, prados y viñedo - la rodean, y, a la distancia de unos trescientos metros aproximadamente, se ve otra casa, entre los campos - más bonita, debido a que, al contrario de ésta, está provista de terraza en el tejado -. Más allá de esta otra casa, celan la vista bosques de olivos y de otros tipos de árboles, parte despojados de hojas, parte frondosos.

Pedro, su hermano y Juan trabajan con gusto barriendo la era y las estancias, haciendo las necesarias reparaciones en las camas, sacando agua. Es más, Pedro hace todo un montaje en torno al pozo para poner en funcionamiento y reforzar las sogas y hacer así más práctico y cómodo el sacar el agua. Por su parte los dos primos de Jesús trabajan con martillo y lima en cerraduras y contraventanas, y Santiago de Zebedeo los ayuda serrando y trabajando con el hacha como un obrero de astilleros.

Tomás está atareado en la cocina; sabe en manera tal dosificar lumbre y llama y limpiar expeditivo las verduras que el guapo de Judas se ha dignado traer del pueblo cercano, que parece un cocinero experto. Comprendo que hay un pueblo, más o menos grande, por la explicación de Judas de que el pan lo hacen sólo dos veces a la semana y de que, por tanto, ese día no hay pan.

Habiéndolo oído Pedro, dice:

-Pues haremos tortas en las brasas. Allí está la harina. Rápido, quítate el vestido y haz la masa, luego me ocupo yo de cocerlas; que sé hacerlo.

Y no puedo menos que echarme a reír viendo que Judas Iscariote se humilla, sólo con la prenda corta, amasando la harina, llenándose bien de polvo.

Jesús no está, y también faltan Simón, Bartolomé, Mateo y Felipe.

-Lo peor es hoy - responde Pedro a un refunfuño de Judas de Keriot -, pero ya mañana irá mejor, y para la primavera irá bien del todo...

-¿Para la primavera? ¿Pero vamos a estar siempre aquí? - dice Judas asustado.

-¿Por qué? ¿No es una casa? Llover, aquí no llueve. Hay agua para beber. No falta el hogar. Pues, ¿qué más quieres? Yo me encuentro aquí muy bien, y es que, además, aquí no siento mal olor de fariseos y compañía...

-Pedro, vamos a sacar las redes - dice Andrés, y se lleva consigo afuera a su hermano antes de que empiece un altercado entre él y Judas.

-Ese hombre no me puede ver - exclama éste.

-No. No puedes decir eso. Muestra esa franqueza con todos. Pero es bueno. Eres tú el que está siempre malhumorado - responde Tomás (el cual, por el contrario, tiene siempre un óptimo humor).

-Es que yo pensaba que fuera otra cosa...

-Mi primo no te prohíbe ir a ocuparte de las otras cosas - dice serenamente Santiago de Alfeo - Yo creo que todos, debido a nuestra necedad, pensábamos que seguirlo fuera otra cosa; pero esto sucede porque somos de dura cerviz y tenemos una gran soberbia. Él no ha ocultado nunca el peligro ni el esfuerzo que supone el seguirlo.

Judas refunfuña entre dientes.

El otro Judas, Tadeo, que está trabajando con un estante de la cocina para transformarlo en pequeño armario, le responde:

-Estás equivocado. Estás equivocado incluso desde el punto de vista de las costumbres: todo israelita debe trabajar; y nosotros trabajamos. ¿Te pesa tanto el trabajo? Yo no lo siento, porque desde que estoy con Él todas las dificultades se hacen livianas.

-Yo tampoco echo de menos nada, y me siento contento de estar ahora verdaderamente como en familia - dice Santiago de Zebedeo.

-¡Pues sí vamos a hacer mucho aquí!... - observa irónicamente Judas de Keriot.

-Pero bueno, vamos a ver, ¿qué quieres?, ¿qué pretendes? ¿Una corte como la de un sátrapa? No te permito criticar lo que hace mi primo. ¿Entendido? - replica bruscamente Judas Tadeo.

-Calla, hermano. Jesús no quiere estas disputas. Hablemos lo menos posible y hagamos lo más posible. Será mejor para todos. Por otro lado... si Él no logra cambiar los corazones... ¿puedes esperar conseguirlo tú con tus palabras? - dice Santiago de Alfeo.

-¿El corazón que no cambia es el mío, verdad? - pregunta agresivamente Judas Iscariote.

Pero Santiago no le responde; es más, coge una punta con los labios y se pone a clavar vigorosamente unos tablones, haciendo un estruendo tal, que el rezongueo de Judas se pierde.

Transcurre un tiempo y entran contemporáneamente Isaac con unos huevos y una cesta de fragantes panes y Andrés con una nasa con peces.

-Mirad - dice Isaac - los manda el encargado y dice que si necesitamos algo. Éstas son las órdenes que ha recibido.

-¿Ves como no nos vamos a morir de hambre? - dice Tomás a Judas Iscariote. Y dice: «Dame esos peces, Andrés. ¡Qué hermosos! Lo que pasa es que aquí no sé cómo prepararlos.

-Déjame a mí - dice Andrés - Soy pescador - y se pone en un ángulo a abrir sus peces, aún vivos.

-Está viniendo el Maestro. Ha ido a dar una vuelta por el pueblo por los campos. Vais a ver como pronto vendrán algunos. Ha curado ya a uno que estaba enfermo de los ojos. Además yo ya había recorrido estos campos y sabían...

-¡Ya, claro! ¡Yo, yo!... Todos los pastores... Nosotros hemos dejado - yo al menos - una vida segura y hemos hecho esto y hemos hecho otro, pero no se ha hecho nada...

Isaac mira sorprendido a Judas Iscariote... pero, filosóficamente, no replica. Los demás lo imitan... aunque hierven por dentro.

-Paz a todos vosotros.

Es Jesús. Está en el umbral de la puerta, sonriente, bueno. Parece como si el sol aumentara de esplendor por su llegada.

-¡Pero qué animosos! ¡Todos trabajando! ¿Puedo ayudar primo?

-No, descansa. Ya he terminado.

-Venimos cargados de comida. Todos han querido dar algo. ¡Si todos tuvieran el corazón de los humildes...! - dice Jesús un poco triste.

-¡Oh, mi Maestro! ¡Que Dios te bendiga!

Es Pedro, que entra en ese momento con un haz de leña en los hombros, y que saluda así, bajo su peso, a su Jesús.

-¡También a ti, Pedro; que te bendiga el Señor. ¿Habéis trabajado mucho?

-Y más que trabajaremos en las horas libres. ¡Tenemos una casa en e1 campo... y tenemos que hacer de ella un Edén! Para empezar he arreglado el pozo, al menos para poder ver de noche dónde está, y para estar seguros de no perder los cántaros al introducirlos en él. Luego… ¿ves qué hábiles son tus primos? Todas estas cosas son necesarias para quien debe vivir largo tiempo en un lugar, y yo, que soy pescador, no habría sabido hacerlas. Verdaderamente hábiles. Y también Tomás: podría estar en la cocina de Herodes. También Judas lo hace bien, ha hecho unas tortas espléndidas...

-E inútiles. Hay pan - responde de mal humor Judas.

Pedro lo mira y yo me espero una respuesta punzante, pero se limita mover la cabeza; luego prepara bien la ceniza y extiende encima sus tortas.

-Dentro de poco todo está listo - dice Tomás, y ríe.

-¿Vas a hablar hoy? - pregunta Santiago de Zebedeo.

-Sí. Entre sexta y nona. Vuestros compañeros lo han dicho. Por tanto comamos rápidamente.

Pasa un poco de tiempo todavía. Juan coloca el pan en la mesa, prepara los asientos, lleva las copas y las ánforas, y Tomás lleva las verduras cocidas y el pescado asado.

Jesús está en el centro, ofrece, bendice, distribuye. Todos comen con gusto.

Están todavía comiendo, cuando algunas personas se presentan en la era.

Pedro se levanta y va hasta la puerta:

-¿Qué queréis?

-Ver al Rabí. ¿No habla aquí?

-Habla. Pero ahora está comiendo, porque también Él es hombre. Sentaos allí, debajo del cobertizo.

El pequeño grupo se marcha y se pone debajo del rústico cobertizo

-La verdad es que viene el frío y frecuentemente vamos a tener lluvia. Pienso que sería buena cosa usar ese establo vacío. Lo he limpiado como se debe. El pesebre será el sitial...

-No hagas ironías necias. El Rabí es rabí - dice Judas.
-Pero, ¿qué ironías? Si nació en un establo, ¡podrá hablar desde un pesebre!
-Pedro tiene razón. Pero, os lo ruego: ¡quereos!
Jesús parece incluso cansado al decir estas palabras.
Terminan de comer y Jesús sale enseguida para dirigirse hacia la pequeña muchedumbre.
-¡Espera, Maestro! - le grita desde detrás Pedro - Tu primo te ha hecho un asiento porque allí está húmedo el suelo.
-No es necesario. Ya sabes. Hablo en pie. La gente quiere verme y Yo la quiero ver. Mas bien... haced asientos y lechos portátiles. Quizás vengan algunos enfermos... y harán falta.
-¡Piensas siempre en los demás, Maestro bueno! - dice Juan... y le besa la mano.
Jesús se dirige, con su sonrisa ligeramente triste, hacia el grupo de personas. Con Él van todos los discípulos.
Pedro, que está justo al lado de Jesús, le hace inclinarse hacia el grupo y le susurra en voz baja:
-Detrás de la tapia está aquella mujer velada. La he visto. Está allí desde esta mañana. Ha venido detrás de nosotros desde Betania. ¿La echo o la dejo?
-Déjala. Ya lo he dicho.
-Pero, ¿si es una espía, como dice Judas?...
-No lo es. Fíate de todo lo que te digo. Déjala y no digas nada a los demás. Y respeta su secreto.
-He mantenido silencio porque pensaba que era correcto...
-Paz a vosotros que buscáis la Palabra -comienza Jesús. Y va hasta el fondo del porche, dejando a sus espaldas la tapia de la casa. Habla lentamente al grupo de unas veinte personas que están, con el calorcito de un solecillo de Noviembre, sentadas en el suelo o apoyadas en los soportes.
-El hombre cae en un error al considerar la vida y la muerte, y al aplicar estos dos nombres. Llama "vida" al tiempo en que, dado a luz por la madre, comienza a respirar, a nutrirse, a moverse, a pensar, a obrar; y llama "muerte" al momento en que cesa de respirar, comer, moverse, pensar, obrar, viniendo a ser un despojo frío e insensible, preparado para entrar en un seno, el de un sepulcro. Pero no es así. Yo quiero haceros entender la "vida", indicaros las obras aptas para la vida.
Vida no es existencia. Existencia no es vida. Existe esta parra que se entrelaza con estos soportes, pero no tiene la vida de que Yo hablo. Existe también aquella oveja que bala atada a aquel árbol lejano, pero no tiene la vida de que Yo hablo. La vida de que Yo hablo no empieza con la existencia ni termina cuando la carne llega a su fin. ¡La vida de la cual Yo hablo tiene su principio no en un seno materno; tiene su principio cuando el Pensamiento de Dios crea un alma para habitar en una carne; termina cuando el Pecado la mata!
Sin ella, el hombre no sería sino una semilla que crece, semilla de carne en vez de ser de gluten o de pulpa como la de los cereales o la de la fruta. Sin ella, no sería sino un animal en estado de formación, un embrión de animal no distinto del que ahora está creciendo en el seno de aquella oveja. Pero, dado que en esta concepción humana se infunde esta parte incorpórea (y que no obstante es la más potente con su incorporeidad sublimadora), entonces el embrión animal no sólo existe como corazón que palpita, sino que "vive" según el Pensamiento creador, y es el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, el hijo de Dios, el ciudadano futuro del Cielo.
Pero esto se produce si la vida dura. El hombre puede existir teniendo imagen de hombre, pero habiendo dejado de ser hombre, siendo un sepulcro en que se pudre la vida. Se comprende entonces que Yo diga: "La vida no empieza con la existencia y no termina cuando la carne llega a su fin". La vida comienza antes del nacimiento. La vida luego no tiene fin, porque el alma no muere, o sea, no se anula. Muere a su destino, que es el destino celeste, pero sobrevive en su castigo si así lo ha merecido. Muere a este destino bienaventurado cuando muere a la Gracia. Esta vida, alcanzada por una gangrena cual es la muerte a su destino, dura por los siglos de los siglos en la condena y en el tormento. Si, por el contrario, esta vida se conserva como tal, llega a la perfección del vivir y se hace eterna, perfecta, santa como su Creador.
¿Tenemos deberes respecto a la vida? Sí. La vida es un don de Dios. Todo don de Dios ha de usarse y conservarse con cuidado, porque es algo tan santo como el Dador. ¿Maltrataríais vosotros el don de un rey? No. Pasa a los herederos, y a los herederos de los herederos, como gloria de la familia. Y entonces, ¿por qué hacerlo con el don de Dios? Pero, ¿cómo se usa y conserva este don divino? ¿Cómo mantener en vida la paradisíaca flor del alma, conservándola así para los Cielos? ¿Cómo obtener el "vivir" por encima y más allá de la existencia?
Israel dispone de leyes claras al respecto y no tiene más que observarlas. Israel dispone de profetas y justos, los cuales dan el ejemplo y la palabra para practicar las leyes. Y ahora Israel dispone de santos. No puede, no debería, errar, por tanto, Israel. Pero Yo veo manchas en los corazones, y espíritus muertos pulular por todas partes. Entonces os digo: Haced penitencia; abrid el corazón a la Palabra; poned en práctica la Ley inmutable; infundid nueva savia a la exhausta "vida" que está languideciendo en vosotros; si ya está muerta, acercaos a la Vida verdadera, a Dios. Llorad vuestras culpas, gritad: "¡Piedad!"... Y, en cualquier caso, renaced. No seáis muertos en vida, para no ser mañana eternos penantes. Yo no os voy a hablar más que del modo de alcanzar la vida o de conservarla. Otro os ha dicho: "Haced penitencia. Purificaos del fuego impuro de las lujurias, del fango de las culpas". Yo os digo: Pobres amigos, examinemos juntos la Ley. Oigamos en ella de nuevo la voz paterna del Dios verdadero. Y luego, juntos, oremos al Eterno, diciendo: "Descienda tu misericordia sobre nuestros corazones".
Es el tiempo del sombrío invierno. Pero dentro de poco vendrá la primavera. Un espíritu muerto es más triste que un bosque pelado por el hielo. Pero si la humildad, la voluntad, la penitencia y la fe penetran en vosotros, la vida volverá a vosotros como la de un bosque en primavera, y le floreceréis a Dios para, mañana (el mañana de los siglos y siglos) dar perenne fruto de vida eterna.
¡Acercaos a la Vida! Dejad de existir solamente y empezad a "vivir". La muerte no será entonces "fin", sino que será principio. E1 principio de un día sin ocaso, de una alegría sin cansancio y sin medida. La muerte será el triunfo de aquello que vivió antes de la carne, y triunfo de la misma carne, que será llamada, a la resurrección eterna, a coparticipar en esta Vida que

Yo prometo en el nombre del Dios verdadero a todos aquellos que hayan "querido" la "vida" para su alma, pisando el sentido y las pasiones para gozar de la libertad de los hijos de Dios.

Idos, pues. Todos los días a esta hora os hablaré de la eterna verdad. El Señor esté con vosotros.

La gente despeja el lugar, lentamente, haciendo muchos comentarios. Jesús vuelve a la solitaria casita y todo termina.

## 119

## Los discursos en Agua Especiosa: Yo soy el Señor tu Dios. Jesús bautiza como Juan

Desde ayer la gente se ha duplicado al menos. Hay también personas de clases menos comunes. Algunos han venido en burros y ahora están ingiriendo su comida bajo el cobertizo, en cuyos palos han atado sus asnos, en espera del Maestro.

El día está frío pero sereno. La gente cuchichea; los más doctos dan explicaciones de quién es y por qué el Maestro habla en ese lugar. Uno dice: «

-Pero, ¿supera a Juan?

-No. Es distinto. Aquél - yo era de Juan - es el Precursor, y es la voz de la justicia; éste es el Mesías, y es la voz de la sabiduría y la misericordia.

-.¿Cómo lo sabes? - preguntan muchos.

-Me lo han dicho tres discípulos del Bautista de los que están siempre con él. ¡Si supieras qué cosas! Ellos lo vieron nacer. Fijaos: nació de la luz. La luz era tan fuerte, que ellos, que eran pastores, abandonaron corriendo el redil, entre el ganado enloquecido de terror, y vieron que toda Belén estaba en llamas, y luego descendieron del cielo unos ángeles y apagaron el fuego con sus alas, y sobre el suelo estaba Él, el Niño nacido de la luz. Todo el fuego se transformó en una estrella...

-¡No, hombre, no, no es así!

-Sí, es así. Me lo ha dicho uno que era mozo de cuadra en Belén cuando yo era niño, y que ahora que el Mesías es hombre se gloría de ello.

-No es así. La estrella vino después, vino con aquellos magos de Oriente, aquellos de los que uno era descendiente de Salomón, y, por tanto, pariente del Mesías, porque Él es de David y David es padre de Salomón, y Salomón amó a la reina de Saba porque era hermosa y por los regalos que le había traído, y tuvo de ella un hijo, que es de Judá a pesar de ser de allende el Nilo.

-¿Pero qué estás diciendo? ¿Estás loco?

-No. ¿Pretendes decir que no es cierto que su pariente le trajo los aromas como es costumbre entre reyes, y más aún de esa estirpe?

-Yo sé cómo sucedió verdaderamente - dice otro. «Así fue - lo sé porque Isaac es uno de los pastores y es amigo mío -, así fue: el Niño nació en un establo de la casa de David. Estaba profetizado...

-¿Pero no es de Nazaret?

-Dejadme hablar. Nació en Belén porque es de David, y era tiempo de edicto. Los pastores vieron una luz de insuperable belleza, y el más pequeño, porque era inocente, vio el primero al ángel del Señor, el cual habló con música de arpa diciendo: "Ha nacido el Salvador. Id y adorad", y, a continuación, una muchedumbre de ángeles cantó "Gloria a Dios y paz a los hombres buenos". Entonces los pastores fueron y vieron a un niñito en un pesebre entre un buey y un asno, y a la Madre y al padre. Y lo adoraron y luego lo condujeron a casa de una buena mujer. Y el Niño crecía como todos, hermoso, bueno, todo amor. Luego vinieron los magos de allende el Eufrates y allende el Nilo, porque habían visto una estrella y reconocido en ella la estrella de Balaam. Pero el Niño ya podía andar. El rey Herodes ordenó el exterminio por celos de poder. Pero el ángel del Señor había advertido del peligro y los pequeñuelos de Belén murieron, pero no Él, que había huido más allá de Matarea. Después volvió a Nazaret, a trabajar como carpintero, y, habiendo llegado a su tiempo, después de haber sido anunciado por el Bautista, primo suyo, ha comenzado la misión y primero ha buscado a sus pastores. A Isaac lo liberó de una parálisis, después de treinta años de enfermedad, e Isaac le predica incansablemente. Esto es.

-¡Pues, no obstante, los tres discípulos del Bautista me han dicho verdaderamente esas palabras!» dice, disgustado, el primero.

-Y son verdaderas. Lo que no es verdadero es la descripción del mozo de cuadra. ¿Se gloría? Haría bien en decir a los betlemitas que fueran buenos. Ni en Belén ni en Jerusalén puede predicar.

-Pero hombre, ¿cómo piensas que los escribas y fariseos deseen sus palabras? Esos son víboras y hienas, como los llama el Bautista.

-Yo querría que me curase. ¿Ves? Tengo una pierna con gangrena. He sufrido lo indecible para venir aquí en burro. Pero lo he buscado en Sión y ya no estaba... - dice uno.

-Lo han amenazado de muerte... - responde otro.

-¡Perros!

-Sí. ¿De dónde vienes?

-De Lida.

-¡Un largo camino!

-Yo... yo quisiera expresarle un pecado mío... Se lo he manifestado al Bautista... pero me ha recriminado de tal modo, que he huido. Creo que ya no podré ser perdonado... - dice un tercero.

-¿Pues qué es lo que has hecho?

-Mucho mal. A Él se lo manifestaré. ¿Qué decís? ¿Me maldecirá?

-No. Lo he oído hablar en Betsaida. Casualmente me encontraba allí. ¡Qué palabras! Hablaba de una pecadora. ¡Ah..., casi habría deseado ser ella para merecerlas!... -dice un anciano de aspecto grave.

-¡Ahí viene! - grita un buen número de personas.

-¡Misericordia! ¡Me da vergüenza! - dice el hombre que se siente culpable, y trata de huir.

-¿A dónde huyes, hijo mío? ¿Tanta negrura tienes en el corazón, que odias la Luz hasta el punto de tener que huir de ella? ¿Has pecado tanto como para tener miedo de mí: Perdón? ¿Pero qué pecado puedes haber cometido? Ni aun en el caso de que hubieras matado a Dios deberías tener miedo, si en ti hubiera verdadero arrepentimiento. ¡No llores! O ven, lloremos juntos.

Jesús que, alzando una mano, había hecho que se detuviera el fugitivo, ahora lo tiene estrechado contra sí, y se vuelve a quienes están esperando y dice:

-Un momento sólo, para aliviar a este corazón. Después estoy con vosotros.

Y se aleja hasta más allá de la casa, chocándose, al volver la esquina, contra la mujer velada, que está en su lugar de escucha. Jesús la mira fijamente un instante, luego continúa unos diez pasos y se detiene:

-¿Qué has hecho, hijo?

E1 hombre cae de rodillas. Es un hombre que tiene unos cincuenta años; un rostro quemado por muchas pasiones y devastado por un tormento secreto. Tiende los brazos y grita:

-Para gozarme con las mujeres dilapidé toda la herencia paterna, he matado a mi madre y a mi hermano... Desde entonces no he vuelto a tener paz... Mi alimento... ¡sangre! Mi sueño... ¡pesadilla!... Mi placer... ¡Ah! en el seno de las mujeres, en su grito de lujuria, sentía el hielo de mi madre muerta y el jadeo agonizante de mi hermano envenenado. ¡Malditas las mujeres de placer, áspides, medusas, murenas insaciables, perdición, perdición, mi perdición!

-No maldigas. Yo no te maldigo...

-¿No me maldices?

-No. ¡Lloro y cargo sobre mí tu pecado!... ¡Cuánto pesa! Me quiebra los miembros, pero aun así lo abrazo estrechamente para anularlo por ti... y a ti te concedo el perdón. Sí. Yo te perdono tu gran pecado.

Extiende Jesús las manos sobre la cabeza del hombre, que está sollozando, y ora:

-Padre, mi Sangre será derramada también por él. Por ahora, llanto y oración. Padre, perdona, porque está arrepentido. ¡Tu Hijo, a cuyo juicio todo ha sido remitido, así lo quiere!...

Permanece así durante unos minutos, luego se agacha para levantar al hombre y le dice:

-La culpa queda perdonada. Está en ti ahora el expiar, con una vida de penitencia, cuanto queda de tu delito».

-¿Dios me ha perdonado? ¿Y mi madre? ¿Y mi hermano?

-Lo que Dios perdona queda perdonado por todos, quienesquiera e sean. Ve y no vuelvas a pecar nunca.

El hombre llora aún con más intensidad y le besa la mano. Jesús lo deja con su llanto y vuelve hacia la casa. La mujer velada hace ademán como de ir a su encuentro, mas luego baja la cabeza y no se mueve. Jesús pasa delante de ella sin mirarla.

Ya está en su puesto. Empieza a hablar:

-Un alma ha vuelto al Señor. Bendita sea su omnipotencia, que arranca de las circunvoluciones de la serpiente demoníaca a sus almas creadas, y las conduce de nuevo por el camino de los Cielos.

-¿Por qué esa alma se había perdido? Porque había perdido de vista la Ley.

Dice el Libro que el Señor se manifestó en la cima del Sinaí con toda su terrible potencia, para, valiéndose también de ella, decir: "Yo soy Dios. Ésta es mi voluntad. Éstos son los rayos que tengo preparados para aquellos que se muestren rebeldes a la voluntad de Dios". Y antes de hablar impuso que nadie del pueblo subiera para contemplar a Aquel que es, y que incluso los sacerdotes se purificasen antes de acercarse al limen de Dios, para no recibir castigo. Esto fue así porque era tiempo de justicia y de prueba. Los Cielos estaban cerrados como por una losa que cubría el misterio del Cielo y el desdén de Dios, y sólo las saetas de la justicia alcanzaban, provenientes de los Cielos, a los hijos culpables. Mas ahora no es así. Ahora el Justo ha venido a consumar toda justicia y ha llegado el tiempo en que sin rayos y sin límites, la Palabra divina habla al hombre para darle Gracia y Vida.

La primera palabra del Padre y Señor es ésta: "Yo soy el Señor Dios tuyo".

En todo instante del día la voz de Dios pronuncia esta palabra y su dedo la escribe. ¿Dónde? Por todas partes. Todo lo dice continuamente: desde la hierba a la estrella, desde el agua al fuego, desde la lana al alimento, desde la luz a las tinieblas, desde el estar sano hasta la enfermedad, desde la riqueza a la pobreza. Todo dice: "Yo soy el Señor. Por mí tienes esto. Un pensamiento mío te lo da, otro te lo quita, y no hay fuerza de ejércitos ni de defensas que te pueda preservar de mi voluntad". Grita en la voz del viento, canta en la risa del agua, perfuma en la fragancia de la flor, se incide sobre las cúspides de las montañas, y susurra, habla, llama, grita en las conciencias: "Yo soy el Señor Dios tuyo".

¡No os olvidéis nunca de ello! No cerréis los ojos, los oídos; no estranguléis la conciencia para no oír esta palabra. Es inútil, ella es; y llegará el momento en que en la pared de la sala del banquete, o en la agitada ola del mar, o en el labio del niño que ríe, o en la palidez del anciano que se muere, en la fragante rosa o en la fétida tumba, será escrita por el dedo de fuego de Dios. Es inútil, llega el momento en que en medio de las embriagueces del vino y del placer, en medio del torbellino de los negocios, durante el descanso de la noche, en un solitario paseo... ella alza su voz y dice: "Yo soy el Señor Dios tuyo", y no esta carne que besas ávido, y no este alimento que, glotón, engulles, y no este oro que, avaro, acumulas, y no este lecho sobre el que te huelgas; y de nada sirve el silencio, o el estar solo, o durmiendo, para hacerla callar.

"Yo soy el Señor Dios tuyo", el Compañero que no te abandona, el Huésped que no puedes echar. ¿Eres bueno? Pues el huésped y compañero es el Amigo bueno. ¿Eres perverso y culpable? Pues el huésped y compañero pasa a ser el Rey airado, y

no concede tregua. Mas no deja, no deja, no deja. Sólo a los réprobos les es concedido el separarse de Dios. Pero la separación es el tormento insaciable y eterno.

"Yo soy el Señor Dios tuyo", y añade: "que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud". ¡Oh, con qué verdad, ahora, realmente lo dice! ¿De qué Egipto, de qué Egipto te saca, hacia la tierra prometida, que no es este lugar, sino el Cielo, el eterno Reino del Señor en que no habrá ya hambre o sed, frío ni muerte, sino que todo rezumará alegría y paz, y de paz y de alegría se verá saciado todo espíritu!

De la esclavitud verdadera ahora os saca. He aquí el Libertador. Yo soy. Vengo a romper vuestras cadenas. Cualquier dominador humano puede conocer la muerte, y por su muerte quedar libres los pueblos esclavos. Pero Satanás no muere. Es eterno. Y es él el dominador que os ha puesto grilletes para arrastraros hacia donde desea. El Pecado está en vosotros, y el Pecado es la cadena con que Satanás os tiene cogidos. Yo vengo a romper la cadena. En nombre del Padre vengo, y por deseo mío. He aquí que, por tanto, se cumple la no comprendida promesa: "te saqué de Egipto y de la esclavitud".

Ahora esto tiene espiritualmente cumplimiento. El Señor Dios vuestro os saca de la tierra del ídolo que sedujo a vuestros progenitores, os arranca de la esclavitud de la Culpa, os reviste de Gracia, os admite en su Reino. En verdad os digo que quienes vengan a mí podrán, con dulzura de paterna voz, oír al Altísimo decir en su corazón bienaventurado: "Yo soy el Señor Dios tuyo y te traigo hacia mí, libre y feliz".

Venid. Volved al Señor corazón y rostro, oración y voluntad. La hora de la Gracia ha llegado.

Jesús ha terminado. Pasa bendiciendo y acariciando a una viejecita y a una niñita morenilla y toda risueña.

-Cúrame, Maestro. ¡Me aflige un mal grave! - dice el enfermo de gangrena.

-Primero el alma, primero el alma. Haz penitencia...

-Dame el bautismo como Juan. No puedo ir a él. Estoy enfermo.

-Ven.

Jesús baja hacia el río que se encuentra pasados dos grandísimos prados y el bosque que lo oculta. Se descalza, como también lo hace el hombre que hasta allí se ha arrastrado con las muletas. Descienden a la orilla, y Jesús, haciendo copa con las dos manos unidas, esparce el agua sobre la cabeza del hombre, que está dentro del agua hasta la mitad de las espinillas.

-Ahora quítate las vendas - ordena Jesús mientras vuelve a subir al sendero.

El hombre obedece. La pierna está curada. La multitud grita su estupor.

-¡Yo también!

-¡Yo también!

-¡Yo también el bautismo dado por ti! - gritan muchos.

Jesús, que ya está a medio camino, se vuelve:

-Mañana. Ahora marchaos y sed buenos. La paz sea con vosotros.

Todo termina y Jesús vuelve a casa, a la cocina que está oscura a pesar de que sean todavía las primeras horas de la tarde.

Los discípulos se le arremolinan en torno. Y Pedro pregunta

-¿Ese hombre al que has llevado detrás de la casa, qué tenía?

-Necesidad de purificación.

-No ha vuelto, de todas formas, y no estaba entre los que pedían el bautismo.

-Ha ido a donde lo he mandado.

-¿A dónde?

-A expiar, Pedro.

-¿A la cárcel?

-No. A hacer penitencia por todo el resto.

-¿No se purifica entonces con el agua?

-Es agua también el llanto.

-Sí, cierto. Ahora que has hecho el milagro, ¿quién sabe cuántos vendrán!... Eran ya el doble hoy...

-Sí. Si tuviera Yo que hacer todo, no podría. Vais a bautizar vosotros. Primero uno cada vez, luego seréis dos, tres, muchos. Y Yo predicaré y curaré a los enfermos y a los pecadores.

-¿Nosotros, bautizar? ¡Oh, yo no soy digno de ello! ¡Quítame, Señor, esta misión! ¡Tengo yo necesidad de ser bautizado!

Pedro se ha puesto de rodillas y está en actitud suplicante.

Pero Jesús se inclina hacia él y dice:

-Pues tú vas a ser el primero en bautizar. Desde mañana.

-¡No, Señor! ¿Cómo puedo hacerlo, si estoy más negro que esa chimenea?

Jesús sonríe ante la sinceridad humilde del apóstol, de rodillas contra sus rodillas, sobre las cuales tiene unidas sus gruesas manos de pescador. Y lo besa en la frente, en el límite de su cabello entrecano que, áspero, se riza:

-Eso es. Te bautizo con un beso. ¿Estás contento?

-¡Cometería inmediatamente otro pecado para recibir otro beso!

-No, eso no. Nadie se burla de Dios, abusando de sus dones».

-¿Y a mí no me das un beso? Yo también tengo algún pecado – dice Judas Iscariote.

Jesús lo mira fijamente. Su mirada, muy mutable, pasa de la luz de la alegría, que la hacía clara mientras hablaba con Pedro, a una oscuridad severa, y yo diría que cansada, y dice:

-Sí... a ti también. Ven. Yo no actúo injustamente con nadie. Sé bueno, Judas. ¡Si tú quisieras!... Eres joven. Toda una vida para subir y subir, hasta la perfección de la santidad...» y lo besa.

-Ahora tú, Simón, amigo mío. Y tú, Mateo, victoria mía. Y tú, sabio Bartolmái. Y tú, Felipe, fiel. Y tú, Tomás, con tu jovial voluntad. Ven, Andrés, hombre de silencio activo. Y tú, Santiago del primer encuentro. Y ahora tú, alegría de tu Maestro. Y tú,

Judas (Tadeo), compañero de niñez y de juventud. Y tú, Santiago, quien me recuerda al Justo, en el aspecto y en el corazón. Todos, todos... Pero, acordaos de que mi amor es mucho, pero es necesaria también vuestra buena voluntad. Desde mañana daréis un paso más, hacia adelante, en vuestra vida de discípulos míos. Pensad, no obstante, que cada paso hacia adelante es un honor y una obligación.

-Maestro... un día me dijiste a mí, a Juan, a Santiago y a Andrés, que nos enseñarías a orar. Yo creo que si nosotros orásemos como lo haces tú, seríamos capaces de ser dignos del trabajo que quieres de nosotros - dice Pedro.

-En aquella ocasión te respondí: "Cuando estéis suficientemente formados, os enseñaré la oración sublime; para dejaros mi oración. Pero incluso ésta resultará inútil si la pronuncia sólo la boca. Por ahora, ascended con el alma y la voluntad a Dios". La oración es un don que Dios concede al hombre y que el hombre dona a Dios.

-¿Cómo es esto? ¿Todavía no somos dignos de orar? Todo Israel ora... - dice Judas Iscariote.

-Sí, Judas. Pero tú mismo puedes ver por sus obras cómo ora Israel. Yo no quiero hacer de vosotros unos traidores. Quien ora con lo externo, y por dentro está contra el bien, es un traidor.

-¿Y cuándo nos vas a habilitar para hacer milagros? - sigue preguntando Judas.

-¿Nosotros, hacer milagros?, ¿nosotros? ¡Misericordia eterna! ¡Y eso que bebemos agua pura! ¿Nosotros, milagros? Pero muchacho, ¿estás delirando? - Pedro está escandalizado, asustado, fuera de sí.

-Él nos lo dijo, en Judea. ¿0 acaso no es verdad?

-Sí, es verdad, lo dije. Y lo haréis. Pero, mientras en vosotros haya demasiada carne, no tendréis milagros.

-Haremos ayunos - dice Judas Iscariote.

-No se requieren ayunos. Cuando digo carne quiero decir las pasiones corrompidas, la triple hambre, y tras esta pérfida trinidad, el séquito de sus vicios... Como hijos de una inmunda, bígama unión, la soberbia de la mente engendra, con la avidez de la carne y del poder, todo lo malo que hay en el hombre y en el mundo.

-Nosotros lo hemos dejado todo por ti - replica Judas.

-Pero no a vosotros mismos.

-¿Entonces tenemos que morir? Con tal de estar contigo lo haríamos; yo al menos...

-No. No pido vuestra muerte material. Pido que muera la animalidad y el satanismo en vosotros, y éste no muere mientras se siga satisfaciendo el hambre de la carne y mientras haya en vosotros mentira, orgullo, ira, soberbia, gula, avaricia, acidia.

-¡Somos muy humanos, junto a ti, muy santo!» dice sumisamente Bartolomé.

-Y siempre fue tan santo. Nosotros lo podemos decir - afirma el primo Santiago.

-Él sabe cómo somos... Y no debemos desanimarnos, sino decirle sólo: Danos día a día la fuerza de servirte. Si nosotros dijéramos: "No tenemos pecado", resultaríamos engañados y engañadores. ¿Y de quién al final? ¿De nosotros mismos que sabemos lo que somos, aunque no queramos decirlo? ¿De Dios, al cual no se le puede engañar' Pero si decimos: "Somos débiles y pecadores. Ayúdanos con tu fuerza y tu perdón", entonces Dios no nos defraudará, y en su bondad y justicia nos perdonará y nos purificará de las iniquidades de nuestros pobres corazones.

-Dichoso tú, Juan, porque la Verdad habla en tus labios, que tienen perfume de inocencia y sólo besan al adorable Amor - dice Jesús levantándose, y atrae hacia su corazón al predilecto, que ha hablado desde su rincón oscuro.

## 120

## Los discursos en Agua Especiosa: Yo soy el Señor tu Dios. Jesús bautiza como Juan

-Está escrito: "No te harás dioses en mi presencia. No te harás ninguna escultura, ni representación de lo que hay arriba en el cielo aquí, abajo, en la tierra o en las aguas que están bajo ella. No adorarás tales cosas, ni les prestarás culto. Yo soy el Señor tu Dios, fuerte y celoso, que visita la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de aquellos que me odian, y concede misericordia hasta la milésima de aquellos que lo aman y observan sus mandamientos".

La voz de Jesús retumba en la amplia estancia, que está llena de gente, dado que está lloviendo y todos se han resguardado en ella. En primera fila hay cuatro personas enfermas: un ciego, guiado por una mujer; un niño enteramente lleno de costras; una mujer amarilla debido a la ictericia o a la malaria; y uno al que han llevado en una pequeña camilla.

Jesús habla apoyado sobre el pesebre vacío. Juan y los dos primos, junto con Mateo y Felipe, están a su lado, mientras que Judas, Pedro, Bartolomé, Santiago y Andrés están en la puerta, para que la entrada de los que siguen llegando se efectúe con orden; Tomás y Simón, por su parte, se mueven entre la gente, haciendo callarse a los niños, recogiendo los óbolos, escuchando peticiones.

"No te harás dioses en mi presencia.”

Habéis oído cómo Dios está en todas partes con su mirada y con su voz. Verdaderamente siempre estamos en su presencia. Cerrados dentro de una estancia, o entre el público del Templo, estamos igualmente en su presencia. Ya seamos ocultos benefactores que hasta a quien recibe el favor le celamos nuestro rostro, ya seamos asesinos que asaltan y asesinan bárbaramente al viandante en un desfiladero solitario, estamos igualmente en su presencia. En su presencia está el rey rodeado de su corte, el soldado en el campo de batalla, el levita en el Templo, el sabio encorvado sobre los libros, el campesino en el surco, el mercader en su banco, la madre inclinada hacia la cuna, la esposa en la cámara nupcial, la virgen en el secreto de la paterna morada, el niño pequeño estudiando en la escuela, el anciano cuando se echa para morir. Todos en su presencia, todas las acciones, igualmente, en su presencia.

¡Todas las acciones del hombre! ¡Tremenda palabra, pero, al mismo tiempo, consoladora!: tremenda si las acciones son pecaminosas; consoladora, si son santas. Saber que Dios ve: impedimento para obrar mal; estímulo para obrar bien. Dios ve que me comporto bien. Yo sé que Él no olvida lo que ve. Yo creo que Él premia las buenas acciones. Por tanto, estoy seguro de obtener este premio, y en esta seguridad descanso. Ella me dará una vida serena y una plácida muerte, porque, ya en vida, ya en muerte, mi alma se verá consolada por el rayo estelar de la amistad de Dios. Así razona quien obra bien.

Pero, quien obra mal ¿por qué no piensa que entre las acciones prohibidas se encuentran los cultos idolátricos? ¡Por qué no dice: "Dios ve que mientras finjo un culto santo adoro a un dios o dioses engañadores a quienes he erigido un altar, secreto ante los ojos de los hombres, pero que Dios conoce"? ¿Qué dioses, diréis, si ni siquiera en el Templo hay figuras de Dios? ¿Qué rostro tienen estos dioses, si nos ha resultado imposible atribuirle un rostro al verdadero Dios?

Sí, imposible atribuirle un rostro, porque el Perfecto y el Purísimo no puede ser dignamente representado por el hombre. Sólo el espíritu vislumbra su incorpórea y sublime belleza, y oye su voz, y saborea su caricia cuanto Él se efunde sobre un santo merecedor de estos contactos divinos. Mas el ojo, el oído, la mano del hombre no pueden ni ver ni oír, ni representar con el sonido en la cítara, o con el martillo y el cincel en el mármol, lo que es el Señor. ¡Oh, felicidad sin fin cuando, oh espíritus de los justos, veáis a Dios! La primera mirada será la aurora de la beatitud que por los siglos de los siglos será compañera vuestra.
Y, no obstante, lo que no pudimos hacer respecto al verdadero Dios, el hombre lo hace respecto a los dioses engañadores. Y así uno erige el altar a la mujer; el otro, al oro; el otro, al poder; el otro, a la ciencia; el otro, a los triunfos militares; uno adora al hombre que tiene poder, semejante a él por naturaleza, superior sólo en ímpetu avasallador o en dinero; otro se adora a sí mismo diciendo: "No hay quien se me iguale". Éstos son los dioses de quienes pertenecen al pueblo de Dios.

No os asombréis de los paganos que adoran animales, reptiles y astros. ¡Cuántos reptiles! ¡Cuántos animales! ¡Cuántos astros apagados adoráis en vuestros corazones! Los labios pronuncian palabras mentirosas, para adular, para poseer, para corromper. ¿No son, acaso, éstas las oraciones de los secretos idólatras? Los corazones nutren pensamientos de venganza, de tráficos ilícitos, de prostitución. ¿Y no son, acaso, éstos los cultos a los dioses inmundos del placer, de la codicia, del mal?

Está escrito: "No adorarás nada que no sea tu Dios verdadero, único, eterno". Está escrito: "Yo soy el Dios fuerte y celoso".

*Fuerte:* Ninguna otra fuerza es más fuerte que la suya. El hombre es libre de actuar, Satanás es libre de tentar. Pero cuando Dios dice: "¡Basta!", el hombre no puede ya actuar mal, y Satanás ya no puede tentar - repelido y arrojado éste a su infierno, abatido aquél por el uso en su mala conducta, porque ésta tiene un límite más allá del cual Dios no permite que se vaya.

*Celoso*. ¿De qué? ¿Con qué celos? ¿Los celos mezquinos de los pequeños hombres? No. Los santos celos de Dios respecto a sus hijos. Los justos celos. Los amorosos celos. Os ha creado. Os ama. Os desea para sí. Sabe lo que os perjudica. Conoce lo que puede separaros de Él. Se siente celoso de este "que" que se mete entre el Padre y los hijos y los desvía del único amor que es salvación y paz: Dios. Entendemos estos sublimes celos; no mezquinos, ni crueles ni carceleros, sino amor infinito, infinita bondad, libertad sin límites, celos que se ofrecen a la criatura finita para aspirarla perdurablemente hacia Dios, hacia dentro de Dios, y hacerla copartícipe de su infinitud. Un padre bueno no quiere gozar solo sus riquezas, sino que quiere que sus hijos las disfruten con él - en el fondo las ha acumulado más para sus hijos que para sí -. Pues así Dios; pero llevando en este amor y deseo la perfección que reside en toda acción suya.

No defraudéis al Señor. Hay promesa suya de castigo sobre los culpables y sobre los hijos de los hijos culpables; y Dios no miente nunca en sus promesas. ¡Pero no se deprima vuestro ánimo, hijos del hombre y de Dios! Oíd la otra promesa y exultad: "Y concede misericordia hasta la milésima de aquellos que lo aman y observan sus mandamientos". Hasta la milésima generación de los buenos, y hasta la milésima debilidad de los pobres hijos del hombre, que caen no por malicia sino por irreflexividad y por las celadas tendidas por Satanás. Más aún: os digo que Él os abre los brazos, si, con el corazón contrito y el rostro lavado por el llanto, decís: "Padre, he pecado, lo sé, me humillo por ello y a ti me confieso; perdóname. Tu perdón será mi fuerza para volver a `vivir' la verdadera vida".

No temáis. Antes de que vosotros pecarais por debilidad, Él sabía que pecaríais. Mas su corazón se cierra sólo cuando persistís en el pecado queriendo pecar, haciendo de un pecado en concreto, o de muchos pecados, vuestros dioses de horror. Abatid todo ídolo, haced sitio al Dios verdadero; Él descenderá con su gloria a consagrar vuestro corazón, cuando se vea Él solo en vosotros.

Devolvedle a Dios su morada, que está en los corazones de los hombres, y no en los templos de piedra. Lavad el umbral de su puerta, liberad su interior de todo inútil o culpable dispositivo. Dios sólo. Sólo Él. ¡Todo es Él! Y en nada es inferior al Paraíso el corazón de un hombre en que esté Dios, el corazón de un hombre que cante su amor al Huésped divino.

Haced un Cielo de cada corazón. Empezad a vivir con el Excelso. En vuestro eterno mañana ese vivir con El se perfeccionará en potencia y alegría, mas aquí tendrá ya tal entidad, que dejará atrás la temblorosa turbación de Abraham, Jacob y Moisés. No será ya, en efecto, el encuentro incisivo como rayo, y aterrador, con el Poderoso, sino la permanencia con el Padre y el Amigo que descienden para decir: "Mi alegría es estar entre los hombres. Tú me haces feliz. Gracias, hijo".

Los presentes, que superan el centenar, tardan algo en salir de su estado de encantamiento. Hay quien se da cuenta de que está llorando o sonriendo por la misma esperanza de gozo. Finalmente parece que se despiertan, emiten un murmullo, un fuerte suspiro y terminan gritando como sintiéndose liberados:

-¡Bendito seas! ¡Tú nos abres la vía de la paz!

Jesús sonríe y responde:

-La paz está en vosotros, si seguís desde hoy el Bien.

Luego va a donde los enfermos y pasa la mano sobre el niño enfermo, sobre el ciego y sobre la mujer toda amarilla, se inclina hacia el paralítico y dice:

-Quiero.

El hombre lo mira, y grita:

-¡Ha vuelto el calor al cuerpo apagado! - y se pone en pie, tal y como está, hasta que le echan encima la manta de la yacija. La madre, por su parte, levanta al niño, que ya no tiene costras, y el ciego parpadea a causa de su primer contacto con la luz; y unas mujeres gritan: « ¡Dina ya no está amarilla como los ranúnculos silvestres!».

El alboroto llega a su colmo. Hay quien grita, quien bendice, quien empuja para ver, quien trata de salir para ir al pueblo a decirlo. Jesús se ve asaltado por todas partes.

Pedro, viendo que casi lo aplastan, grita:

-¡Muchachos! ¡Que lo asfixian al Maestro! ¡Venga, a abrir paso!

Y con una verdadera gimnasia de codos, e incluso alguna patada en las espinillas, los doce logran abrirse paso y liberar a Jesús, y llevarlo afuera.

-Mañana me ocupo yo de esto - dice. -Tú en la puerta y los demás en el fondo. ¿Te han hecho daño?

-No.

-¡Parecían locos! ¡Qué formas!

-Déjalos. Se sentían felices... y Yo también con ellos. Id a quien pida el bautismo. Yo entro en casa. Tú, Judas, con Simón, darás el óbolo a los pobres. Todo. Nosotros tenemos mucho más de lo justo para apóstoles del Señor. Ve, Pedro, ve. No temas hacer demasiado. Yo te justifico ante el Padre porque te mando Yo. Adiós, amigos.

Y Jesús, cansado y sudoroso, se cierra en la casa, mientras los discípulos hacen cada uno su encargo con los peregrinos.

## 121

## Los discursos en Agua Especiosa: *No profieras en vano mi Nombre.* La visita de Manahén

Hay un gran desconcierto entre los discípulos. Su agitación es tanta, que parecen un enjambre cuando se le hurga. Hablan, miran fuera, nerviosamente, hacia todas partes... Jesús no está. Finalmente toman una decisión respecto a lo que los tiene agitados. Pedro ordena a Juan:

-Ve a buscar al Maestro. Está en el bosque, junto al río. Dile que venga enseguida, o que diga lo que debe hacerse.

Juan se marcha a todo correr.

Judas Iscariote dice:

-No entiendo por qué tanta convulsión y malos modos. Yo habría ido y le habría acogido con todos los honores... Es un honor, el suyo, para nosotros. Por tanto...

-Yo no sé nada. Será distinto de su hermano de leche... Pero... a quien convive con las hienas se le pega el olor y el instinto. Por lo demás, tú querrías que se marchara esa mujer... ¡Cuidado con lo que haces! El Maestro no quiere, y yo debo tutelarla. Si la tocas... yo no soy el Maestro... Te lo digo para tu conocimiento.

-¡Venga hombre! ¿Pero quién es? ¿Es acaso la bella Herodías?

-¡No te hagas el gracioso!

-Si me hago el gracioso es por ti. Has creado en torno a ella una guardia real, como si se tratara de una reina...

-El Maestro me ha dicho: "Mira porque no se la disturbe, y respétala". Yo lo hago.

-Pero, ¿quién es? ¿Lo sabes? - pregunta Tomás.

-Yo no.

-Venga, dilo... Tú lo sabes... - insisten varios.

-Os juro que no sé nada. El Maestro sí que lo sabe, claro. Pero yo no.

-Deberá ser Juan quien se lo pregunte. A él le dice todo.

-¿Por qué? ¿Qué tiene de especial Juan? ¿Es un dios, tu hermano?

-No, Judas; es el mejor de nosotros.

-Podéis ahorraros el trabajo - dice Santiago de Alfeo - Ayer la vio mi hermano, mientras volvía del río con los peces que le había dado Andrés, y se lo preguntó a Jesús. Él respondió: "No tiene rostro. Es un espíritu que busca a Dios. Para mí no es más que esto y así quiero que sea para todos". Y dijo ese "quiero" de tal manera... que os aconsejo que no insistáis.

-Voy yo a donde ella - dice Judas de Keriot.

-Vamos a ver si eres capaz - dice Pedro, rojo como un gallito.

-¿Me espías para luego chivarte ante Jesús?

-Dejo ese oficio a los del Templo. Nosotros, del lago, nos ganamos el pan trabajando, no delatando. No temas nunca un chivatazo de Simón de Jonás. Pero no me provoques ni te permitas desobedecer al Maestro, porque estoy yo...

-¿Y tú quién eres? Un pobre hombre como yo.

-Sí señor. Es más, más pobre, más ignorante, menos cultivado que tú. Lo sé, y no me amargo por ello. Me amargaría si fuera como tú en el corazón. Pero el Maestro me ha dado este encargo y yo lo hago.

-¿Como yo en el corazón? ¿Y qué es lo que hay en mi corazón que te dé asco? Habla, acusa, ofende...

-¡Pero bueno! - reacciona Simón Zelote, y con él Bartolomé. -Pero bueno, ya está bien, Judas. Respeta las canas de Pedro.

-Respeto a todos, pero quiero saber qué es lo que hay en mí...

-Pues te voy a dar gusto inmediatamente... Dejadme hablar... Hay soberbia, tanta como para llenar esta cocina, hay falsedad y hay lujuria.

-¿A mí me llamas falso?

Todos se interponen, y Judas se ve obligado a callarse.

Simón, pacíficamente, le dice a Pedro:

-Perdona, amigo, si te digo una cosa. Él tiene defectos. Pero tú también tienes algunos, y uno de ellos es el no compadecer a los jóvenes. ¿Por qué no tienes en cuenta la edad, el origen... y tantas otras cosas? Mira, tú obras por amor a Jesús. Pero, ¿no te das cuenta de que estas disputas lo cansan? A él no se lo digo (y, señala a Judas), pero a ti, maduro y muy honesto, sí te pido esto. Él sufre muchas penas a causa de los enemigos. ¡Y añadirle nosotros otras!... Tiene mucha guerra a su alrededor. ¿Por qué creársela también en su propio nido?

-Es verdad. Jesús está muy triste... y ha adelgazado - dice Judas Tadeo - Por la noche lo oigo dar vueltas y vueltas en su lecho, y suspirar. Hace algunas noches me levanté y lo vi en oración llorando. Le dije: "¿Qué te sucede?". Y Él me abrazó y me dijo: "Ámame. ¡Qué duro es ser el `Redentor'!"

-Yo también lo encontré con signos de haber llorado, en el bosque del río - dice Felipe - Y, ante mi mirada interrogativa, me respondió: "¿Sabes lo que hace que el Cielo y la Tierra sean distintos, después de la diversidad de la no presencia visible de Dios? Es la falta de amor entre los hombres. Me estrangula como un dogal. He venido aquí a esparcir unos granos para los pájaros y así ser amado por seres que se aman".

Judas Iscariote (debe estar un poco desequilibrado) se arroja al suelo y llora como un chiquillo.

Justo en ese momento entra Jesús con Juan:

-¿Pero qué está sucediendo? ¿Este llanto?...

-Culpa mía, Maestro. He cometido un error. He reprendido a Judas demasiado duramente - dice Pedro con franqueza.

-No... yo... yo... el culpable soy yo. Yo soy... Yo te doy dolor... yo no soy bueno... yo molesto, creo malhumor, desobedezco, soy... Tiene razón Pedro. ¡Ayudadme, pues, a ser bueno! Porque aquí yo tengo una cosa, aquí en el corazón, que me hace hacer cosas que no querría. No puedo evitarlo... y te doy dolor a ti, a ti, Maestro, a quien querría dar sólo alegría... ¡Créelo! No es falsedad...

-Pues claro, Judas. No lo dudo. Tú has venido a mí con plena sinceridad de corazón, con ímpetu genuino. Pero eres joven... Nadie, ni siquiera tú mismo, te conoces como Yo te conozco. ¡Animo! Levántate y ven aquí. Luego hablaremos nosotros dos solos. Hablemos entretanto del asunto por el que me habéis llamado. Ha venido Manahén... Bien, ¿dónde está el mal? ¿Acaso no puede un colateral de Herodes tener sed del Dios verdadero? ¿Teméis por mí? No, hombre, no. Tened fe en Mi palabra. Ese hombre no viene sino con un fin honesto.

-¿Y, entonces, por qué no se ha dado a conocer? - preguntan los discípulos.

-Precisamente porque viene como "alma", y no como hermano de leche de Herodes. Se ha recubierto de silencio porque piensa que ante la palabra de Dios nada significa la parentela con un rey... Y nosotros vamos a respetar su silencio.

-¿Y si lo enviara él?...

-¿Quién? ¿Herodes? No. No temáis.

-¿Entonces quién lo envía? ¿Cómo ha sabido de ti?

-Pues, por el mismo Juan, mi primo. ¿Creéis que no me habrá predicado en la cárcel? O por Cusa... o por la voz de la gente... o por e1 mismo odio de los fariseos... Hasta las frondas y el aire hablan ya de mí. La piedra ha sido lanzada a la inmóvil agua, el mazo ha percutido el bronce: las ondas se difunden, cada vez mayores, portando a la lejana agua la revelación, y el sonido lo entrega confiado a los espacios... La Tierra ha aprendido a decir: “Jesús" y nunca más se callará. Marchad... y sed amables con él, como con cualquiera. Marchad. Yo me quedo con Judas.

Los discípulos se marchan.

Jesús mira a Judas, aún lacrimoso, y pregunta:

-¿Entonces? ¿No tienes nada que decirme? Yo sé de ti todo, pero quiero saberlo de ti. ¿Por qué este llanto? Y, sobre todo, ¿por qué este desequilibrio que te tiene siempre tan descontento?

-¡Oh!, sí, Maestro. Tú lo has dicho. Soy celoso por naturaleza. Ciertamente lo sabes. Sufro viendo que... viendo muchas cosas. Esto me hace estar inquieto y... me hace injusto, y me vuelvo malo, aunque no querría, no...

-¡No llores otra vez, hombre! ¿De qué estás celoso? Habitúate a hablar con tu **verdadera** alma. Tú hablas mucho, hasta demasiado: pero, ¿con qué?: con el instinto y con la mente. Sigues todo un fatigoso y continuo laborío para decir lo que quieres decir: hablo de ti, de tu yo, porque para lo que debes decir de los demás y a los demás no te pones rienda ni límite; como tampoco pones ni rienda ni límite a tu carne, que es tu caballo enloquecido. Pareces un auriga al que el intendente de las carreras hubiera dado dos caballos locos. Uno es el sentido, el otro... ¿quieres oír cuál es el otro? ¿Sí? Es el error que no quieres domar. Tú, auriga capaz pero imprudente, te fías de tu capacidad, y crees que es suficiente. Quieres llegar el primero... no pierdes tiempo en cambiar al menos un caballo. Antes bien, los instigas y golpeas con el látigo. Quieres ser "el vencedor". Quieres el aplauso... ¿No sabes que toda victoria resulta segura cuando se conquista con constante, paciente, prudente esfuerzo? Habla con tu alma. De ahí es de donde deseo que provenga tu confesión. ¿O es que tengo que ser Yo quien te diga lo que tienes dentro?

-Veo que tampoco Tú eres justo, ni firme, y sufro por ello.

-¿Por qué me acusas? ¿En qué ves que he faltado?

-Cuando yo quería llevarte donde mis amigos, Tú no quisiste, diciendo: "Prefiero estar entre los humildes". Posteriormente, Simón y Lázaro te dijeron que convenía ponerse bajo la protección de una persona poderosa y Tú aceptaste. Tú das preferencia a Pedro, a Simón, a Juan... Tú...

-¿Qué más?

- Nada más, Jesús.

-¡Nubes!... Vacuidades en la espuma de la ola. Me das pena, porque eres un pobre miserable que, pudiendo estar alegre, te torturas. ¿Acaso puedes decir que es lujoso este lugar?, ¿que no hubo una poderosa razón que me movió a aceptarlo?

Si Sión fuera menos madrastra para con sus profetas, ¿estaría aquí, escondido como quien teme a la justicia humana, y se refugia en un lugar que goza de inmunidad?

-No.

-¿Entonces? ¿Puedes acaso decir que no te haya encomendado misiones como a los demás?, ¿o que haya sido cortante contigo incluso cuando has cometido una falta? Tú no has sido sincero... ¡Las cepas!... ¡Oh, las cepas! ¿Qué nombre tenían esas cepas? Tú no has mostrado complacencia hacia quien sufría, hacia quien se estaba redimiendo. Ni siquiera has sido respetuoso conmigo. Y los demás lo han visto... Y, con todo, una sola voz se ha alzado defensora siempre: la mía. Los otros tendrían derecho a sentirse celosos, porque si ha habido uno que ha gozado de protección, ése has sido tú.

Judas, humillado y conmovido, se echa a llorar.

-Me voy. Es la hora, ahora soy de todos. Tú quédate, y medita.

-Perdóname, Maestro. No puedo sentirme en paz sin tu perdón. No estés triste por causa mía. Soy un joven malo... Amo y hago padecer... Con mi madre... contigo... con mi mujer, si mañana tuviera una esposa... ¡Mejor sería que yo muriera!...

-Mejor sería que te convirtieras. No obstante, quedas perdonado. Adiós.

Jesús sale y entorna la puerta.

Fuera está Pedro:

-Ven, Maestro. Ya es tarde y hay mucha gente. Empezará a atardecer dentro de poco y ni siquiera has comido... Ese muchacho es la causa de todo.

-Ese "muchacho" tiene necesidad de todos vosotros para dejar de ser la causa de estas cosas. No lo olvides, Pedro. Si fuera tu hijo, ¿serias indulgente con él?...

-¡Bueno!... Sí y no. Sería indulgente... pero... también le enseñaría alguna cosa, aun siendo ya hombre, como lo haría con un gamberro. La verdad es que si fuera mi hijo no sería así...

-Basta.

-Sí, basta, Señor mío. Allí está Manahén. Es aquel del manto de un rojo tan oscuro que es casi negro. Me ha dado esto para los pobres y me ha dicho que si podía quedarse a dormir.

-¿Qué has respondido?

-La verdad: "Tenemos camas sólo para nosotros. Ve al pueblo" - Jesús no dice nada, pero deja plantado a Pedro y se dirige hacia donde Juan para decirle algo.

Luego, ya en su puesto, comienza a hablar:

-La paz esté con todos vosotros, y con ella descienda sobre vosotros luz y santidad. Está escrito: "No profieras en vano mi Nombre". ¿Cuándo se le toma en vano? ¿Sólo cuando se le blasfema? No. También cuando uno lo profiere sin ser digno de Dios. ¿Puede un hijo decir: `Amo y honro a mi padre", si luego, a todo lo que el padre desea de él opone una acción contraria? No es diciendo: "padre, padre" como se le ama. No es diciendo: "Dios, Dios", como se ama al Señor. 'En Israel, que - como he explicado anteayer - tiene tantos ídolos en el secreto de los corazones, existe también un hipócrita alabar a Dios, un alabar que no queda corroborado por las obras de quienes lo hacen. Hay en Israel también una tendencia: la de descubrir muchos pecados en las cosas externas, y no querer encontrarlos donde realmente existen, en las cosas internas. Tiene también Israel una necia soberbia, un antihumano y antiespiritual hábito: el de estimar blasfemia el Nombre de nuestro Dios pronunciado por labios paganos, llegando a prohibirles a los gentiles el acercarse al Dios verdadero porque se considera sacrilegio.

Así ha sido hasta ahora; cese ya.

El Dios de Israel es el mismo Dios que ha creado a todos los hombres. ¿Por qué impedir que los seres creados sientan la atracción de su Creador? ¿Creéis que los paganos no sienten algo en el fondo dei corazón, una insatisfacción que grita, que se agita, que busca?; ¿a quién?, ¿qué?: al Dios desconocido. ¿Y pensáis que si un pagano orienta su propio ser hacia el altar del Dios desconocido, hacia ese altar incorpóreo que es el alma en que siempre hay un recuerdo de su Creador, el alma que espera ser poseída por la gloria de Dios (como lo fue el Tabernáculo erigido por Moisés según la orden recibida y que llora hasta no quedar poseída, pensáis que Dios rechaza su ofrecimiento como si de una profanación se tratase? ¿Y creéis que es pecado ese acto, suscitado por un honesto deseo del alma que, despertada por celestes llamadas, dice "voy" al Dios que le está diciendo "ven", mientras que por el contrario sería santidad el corrompido culto de un Israel que ofrece al Templo lo que tras haber gozado le sobra, y entra a la presencia de Dios y lo nombra - al Purísimo - con alma y cuerpo que no son sino toda una gusanera de culpas?

No. En verdad os digo que es en ese israelita, que con alma impura pronuncia en vano el Nombre de Dios, donde se da la perfección del sacrilegio. Es pronunciarlo en vano cuando - y estúpidos no sois - cuando, por el estado de vuestra alma sabéis que lo pronunciáis inútilmente. ¡Oh, verdaderamente veo el rostro indignado de Dios, volviéndose hacia otra parte con disgusto, cuando un hipócrita lo llama, cuando lo nombra un impenitente! Y siento terror de ello, Yo que no merezco ese enojo divino.

Leo en más de un corazón este pensamiento: "Pero entonces, aparte de los niños, ninguno podrá invocar a Dios, dado que en todas partes en el hombre hay impureza y pecado". No. No digáis eso. Son los pecadores quienes deben invocar ese Nombre. Deben invocarlo quienes se sienten estrangulados por Satanás y quieren liberarse del pecado y del Seductor. Quieren. He aquí lo que transforma el sacrilegio en rito. Querer curarse. Llamar al Poderoso para ser perdonados y para ser curados. Invocarlo para poner en fuga al Seductor.

Está escrito en el Génesis que la Serpiente tentó a Eva en el momento en que el Señor no paseaba por el Edén. Si Dios hubiera estado en el Edén, Satanás no habría podido estar. Si Eva hubiera invocado a Dios, Satanás habría huido. Tened siempre en el corazón este pensamiento. Y llamad con sinceridad al Señor. Ese Nombre es salvación.

Muchos de vosotros quieren bajar a purificarse. Purificaos primero el corazón, incesantemente, escribiendo en él, con el amor, la palabra "Dios". No con engañosas oraciones o con prácticas consuetudinarias, sino con el corazón, con el

pensamiento, con los actos, con todo vosotros mismos, pronunciad ese Nombre: Dios. Pronunciadlo para no estar solos, pronunciadlo para ser sostenidos, pronunciadlo para ser perdonados.

Comprended el significado de la palabra del Dios del Sinaí: "En vano" es cuando decir "Dios" no supone una transformación en bien; y entonces, es pecado. "En vano" no es cuando, como el latido de sangre en el corazón, cada minuto de vuestro día, y toda acción vuestra honesta, toda necesidad, tentación, todo dolor os trae a los labios la filial palabra de amor: "¡Ven, Dios mío!". Entonces, en verdad, no pecáis nombrando el Nombre santo de Dios. H

Marchad. La paz sea con vosotros.

No hay ningún enfermo. Jesús permanece con los brazos cruzados apoyado contra la pared, bajo el techado en que ya descienden las sombras. Jesús mira a quienes se marchan en los asnos, a quien se apresura a ir al río movido por un impulso de purificación, a quien, a través de los campos, se dirige hacia el pueblo.

El hombre vestido de rojo oscurísimo parece inseguro respecto a qué se debe hacer. Jesús no le quita ojo. A1 final se pone en movimiento y va hacia su caballo (porque tiene un caballo blanco bellísimo, adornado con una gualdrapa roja que pende bajo la silla bollonada).

-¡Hombre, espérame! - dice Jesús llegándose a él - Cae la tarde. ¿Tienes dónde dormir? ¿Vienes de lejos? ¿Estás solo?

El hombre responde:

-Desde muy lejos... e iré... no lo sé... al pueblo, si encuentro... si no... a Jericó... Allí he dejado la escolta; no me fiaba de ella.

-No. Te ofrezco mi cama. Ya está preparada. ¿Tienes qué comer?

-No tengo nada. Creía encontrar un pueblo más hospitalario...

-Nada falta allí.

-Nada. Ni siquiera el odio hacia Herodes. ¿Sabes quién soy?

-El nombre de quienes me buscan es uno sólo: hermanos en el nombre de Dios. Ven. Partiremos juntos el pan. Puedes resguardar el caballo en ese recinto; lo vigilo Yo, que dormiré allí.

-No. Jamás. Yo duermo allí. Acepto el pan, pero nada más. No meteré mi cuerpo sucio donde Tú recuestas tu cuerpo santo.

-¿Me estimas santo?

-Sé que eres santo. Juan, Cusa... tus obras... tus palabras... Todo ello resuena en palacio como el rumor de una ola tempestuosa en la concha que lo conserva. Yo bajaba a donde Juan... luego lo perdí. Pero me había dicho: "Uno que es más que yo te recogerá y te elevará". Sólo podías ser Tú. He venido en cuanto he sabido dónde estabas.

Están ahora solos bajo el techado. Los discípulos, en la cocina, cuchichean y miran de reojo.

Vuelve del río Simón el Zelote (que hoy era el que bautizaba) con los últimos que habían recibido el bautismo. Jesús, después de bendecirlos, dice a Simón:

-Este hombre es el peregrino que busca alojamiento en nombre de Dios, y en el nombre de Dios lo saludamos como amigo.

Simón se inclina. También lo hace el hombre. Entran en la vasta pieza y Manahén ata el caballo al pesebre. Acude Juan, advertido por un gesto de Jesús, llevando hierba y un cubo de agua. Acude igualmente Pedro, con una lamparita de aceite porque ya es de noche.

-Aquí estaré extraordinariamente. Dios os lo pague - dice el caballero, y luego entra entre Jesús y Simón en la cocina, iluminada por un haz de ramas secas encendido en ese momento.

Todo termina.

## 122

### Los discursos en Agua Especiosa: *Honra a tu padre y a tu madre.* Curación de un deficiente mental

Jesús pasea lentamente arriba y abajo a lo largo de la orilla del río. Debe haber amanecido hace poco, porque la niebla de un triste día invernal se estanca aún entre los cañizares de las márgenes. No hay nadie hasta donde alcanza la vista en las dos orillas del Jordán. Sólo nieblecilla baja, frufrú de agua entre las cañas, rumor de aguas, que, por las lluvias de los días precedentes, están turbias, y algunos reclamos de pájaros, cortos, tristes, como lo son cuando, terminada la estación de los amores, las aves están entristecidas por el invierno y la escasez del alimento.

Jesús los escucha y parece interesarse mucho en el reclamo de un pajarito que, con regularidad de reloj, vuelve su cabecita hacia el Norte y emite un "^chiruit?" quejumbroso, y luego vuelve la cabecita hacia el Sur y repite su interrogativo "¿chiruit?" sin respuesta. Al fin el pajarito parece haber recibido una respuesta en el "chip" que vine de la otra orilla y emprende el vuelo y se aleja a través del río con pequeño grito de alegría. Jesús hace un gesto como diciendo: “¡Menos mal!”, y continúa el paseo.

-¿Te importuno, Maestro? - pregunta Juan, que viene de los prados.

-No. ¿Qué quieres?

-Quería decirte... creo que es una noticia que te puede confortar y he venido enseguida; no sólo por ello, sino también para pedirte consejo. Estaba barriendo nuestras habitaciones y ha venido Judas de Keriot. Me ha dicho: "Te ayudo". Yo me he quedado asombrado porque siempre muestra poca disposición para hacer las cosas de este tipo que se le mandan... No obstante, me he limitado a decir: "¡Oh, gracias! Así lo haré antes y mejor". Él se ha puesto a barrer y hemos terminado pronto. Entonces ha dicho: "Vamos al bosque. Siempre traen leña los mayores. No es correcto. Vamos nosotros. No soy un experto, pero si me enseñas...". Y hemos ido. Mientras estaba atando con él los haces, me ha dicho: `Juan, quiero decirte una cosa". "Habla", he respondido, pensando que se tratase de alguna crítica. Pero no; me ha dicho: "Yo y tú somos los más jóvenes. Tendríamos que estar más unidos. Tú tienes casi miedo de mí, y tienes razón, porque no soy bueno. Pero, créeme... no lo hago adrede. Hay veces que siento la necesidad de ser malo; quizás porque, habiendo sido único, me han enviciado. Y quisiera hacerme bueno. Los mayores - lo sé - no me ven muy bien. Los primos de Jesús están enfadados porque... sí, les he faltado mucho, como también a su primo. Pero tú eres bueno y paciente. Tú quiéreme. Hazte idea de que soy un hermano, un hermano malo, sí, pero un hermano al que hay que querer aunque sea malo. El mismo Maestro dice que hay que actuar así. Cuando veas que no actúo correctamente, dímelo. Y otra cosa: no me dejes siempre solo. Cuando vaya al pueblo, ven también tú; así me ayudarás a no hacer el mal. Ayer sufrí mucho. Jesús me habló y yo lo miré. En mi estúpido rencor no me miraba ni a mí mismo ni a los demás. Ayer miré y vi... Tienen razón al decir que Jesús está sufriendo... y siento que parte de la culpa es mía. No quiero seguir teniendo culpa. Ven conmigo. ¿Vas a venir? ¿Me vas a ayudar a ser menos malo?". Esto ha dicho, y te confieso que me latía el corazón como le late a un gorrión en manos de un muchacho. Latía de alegría porque me agrada que él se haga bueno - por ti me agrada - y latía un poco de miedo porque... no quisiera volverme como Judas. Pero luego me he acordado de cuanto me habías dicho el día que tomaste a Judas, y he respondido: "Sí, ciertamente te ayudaré; pero yo tengo que obedecer, y si recibo otras órdenes...". Pensaba: ahora se lo digo al Maestro y si Él quiere lo hago; si no quiere, que me dé la orden de no alejarme de la casa.

-Escucha, Juan. Yo te dejo ir. Me tienes que prometer, no obstante, que si sientes que algo te turba, me lo vienes a decir. Me has dado mucha alegría, Juan. Aquí llega Pedro con su pescado. Ve, Juan.

Jesús se vuelve hacia Pedro:

-¿Buena pesca?

-¡Bueno...! No mucho. Pececillos... Pero todo contribuye. Santiago está rezongando porque algún animal ha roído la soga y se ha perdido una red. He dicho: "¿Y él no debía comer? Compadécete del pobre animal". Pero Santiago no es de esa idea... - dice Pedro riendo.

-Eso es lo que Yo digo respecto a un hermano, y es lo que vosotros no sabéis hacer.

-¿Hablas de Judas?

-Hablo de Judas. Él sufre por ello. Tiene buenos deseos y tendencias perversas. Pero, vamos a ver, dime tú, experto pescador: ¿Si Yo quisiera ir en barca por el Jordán y llegar al lago de Genesaret, qué debería hacer? ¿Lo lograría?

-¡En fin! ¡Sería muy trabajoso! Pero sí lo lograrías con barcas pequeñas y planas... Supondría mucho esfuerzo, ¿sabes? ¡Y largo! Habría que medir continuamente el fondo, estar atento a las orillas y a los bajos, a la maleza flotante, a la corriente. La vela no hace falta en estos casos; es más, perjudica... Pero, ¿quieres volver al lago siguiendo el río? Ten en cuenta que contra corriente se va mal. Hay que ser muchos, si no...

-Tú lo has dicho. Cuando uno es un vicioso, para ir hacia el Bien debe ir contra corriente, y uno por sí solo no puede lograrlo. Judas es justamente uno de éstos. Y vosotros no le ayudáis. El indigente sube solo y pega contra el fondo, roza en los bajos, se enreda entre la maleza flotante, queda atrapado por los remolinos. Por otra parte, si mide el fondo, no puede al mismo tiempo mantener el timón o el remo. ¿Por qué, entonces, se le reprende si no avanza? Tenéis piedad de los extraños, y de él, compañero vuestro, ¿no? No es justo. '¿Ves allí a Juan y a él yendo hacia el pueblo por pan y verduras? Él ha pedido como gracia no ir solo, y se lo ha pedido a Juan, porque no es un tonto y sabe qué idea tenéis vosotros, los mayores, acerca de él.

-¿Y Tú lo has mandado? ¿Y si se corrompe también Juan?

-¿Quién? ¿Mi hermano? ¿Por qué se va a corromper? – pregunta Santiago, que llega con la red recuperada entre un cañizar.

-Porque Judas va con él.

-¿Desde cuándo?

-Desde hoy, y Yo lo he permitido.

-Entonces, si lo permites Tú…

-Sí; es más, se lo aconsejo a todos. Lo dejáis demasiado solo. No seáis jueces sólo para él. No es peor que muchos otros. Eso sí, está más consentido, ya desde la infancia.

-Sí, debe ser eso. Si hubiera tenido por padre y madre a Zebedeo y a Salomé, no sería así. Mis padres son buenos, pero se acuerdan de que tienen un derecho y un deber hacia los hijos.

-Bien dices. Hoy hablaré precisamente de esto. Pongámonos en marcha. Ya veo gente en movimiento en los prados.

-Yo ya no sé cómo nos las vamos a arreglar para vivir. Ya no hay ni hora de comer, ni de rezar, ni de descansar... y la gente sigue aumentando - dice Pedro entre admirado y enfadado.

-¿Te lamentas por ello? Es signo de que existe aún búsqueda de Dios.

-Sí, Maestro. Pero Tú sufres como consecuencia. Ayer te quedaste incluso sin comer, y esta noche sin más cobijas que tu manto. Si lo supiera tu Madre!...

-Bendeciría a Dios, que me acerca tantos fieles.

-Y me regañaría a mí, en quien puso su confianza - termina Pedro. Bajan hacia ellos, gesticulando, Felipe y Bartolomé. Ven a Jesús y apresuran el paso diciendo:

-¡Oh, Maestro! ¡Cómo vamos a arreglárnoslas? Es un verdadero peregrinaje; y enfermos, y gente que llora, y pobres sin ningún medio que vienen de lejos.

-Compraremos pan. Los ricos dan limosnas... usémoslas, pues.

-Los días son breves. El techado está ya lleno de gente al raso. Las noches son húmedas y frías.

-Tienes razón, Felipe. Nos apretaremos todos en una de las piezas. Podemos hacerlo. Y prepararemos lo necesario en las otras dos para los que no puedan llegar a las casas hoy por la tarde.

-¡Comprendo! Dentro de poco tendremos que pedir a los que hospedamos el permiso para cambiarnos de ropa. Nos van a invadir de tal modo, que nos van a obligar a huir a nosotros - refunfuña Pedro.

-¡Otras fugas verás, Pedro mío! '¿Qué le pasa a aquella mujer?

Han llegado ya a la era, y Jesús nota la presencia de una mujer que está llorando.

-¡Bah! Estaba también ayer, y también ayer lloraba. Cuando Tú estabas hablando con Manahén se movió para ir hacia ti, luego se marchó. Debe de estar en el pueblo, o aquí cerca, porque ha vuelto. Enferma no parece...

-La paz sea contigo, mujer - dice Jesús pasando a su lado. Y ella responde en voz baja: «Y contigo». Nada más.

Habrá al menos unas trescientas personas. Bajo el techado hay cojos, ciegos, mudos; uno, del todo agitado por una convulsión; un jovencito, claramente hidrocéfalo, de la mano de un hombre (no hace sino gemir, echar baba, menear su gruesa cabeza de expresión idiota).

-¿Es hijo de esa mujer? - pregunta Jesús.

-No lo sé. Simón, que se ocupa de los peregrinos, lo sabe.

Llaman al Zelote y le preguntan. Pero el hombre no ha venido con la mujer. Ella está sola.

-No hace sino llorar y rezar. Y hace poco me ha preguntado: "¿El Maestro cura también los corazones?" - explica Simón el Zelote.

-Será una esposa traicionada - comenta Pedro.

Mientras Jesús se dirige hacia los enfermos, Bartolomé y Mateo van a la purificación con muchos peregrinos.

La mujer, en su ángulo, llora inmóvil.

Jesús no niega a ninguno el milagro. Hermoso es el del niño idiota, al cual infunde el intelecto con el hálito, sosteniendo luego la voluminosa cabeza entre sus largas manos. Todos se arremolinan. Incluso la mujer velada osa acercarse bastante, tal vez porque hay mucha gente, y se pone junto a la mujer que llora.

Jesús dice al cretino:

-Yo quiero en ti la luz del intelecto para abrir camino a la luz de Dios. Escucha, di conmigo: `Jesús". Dilo. Lo quiero.

El niño idiota, que antes se quejaba como un animal emitiendo sólo un tenue gañido, farfulla con dificultad:

-Jeyú.

-Otra vez - ordena Jesús, teniendo todavía entre sus manos la cabeza deforme y dominándolo con su mirada.

-Jee-sús.

-Otra vez.

-¡Jesús! - dice por fin el niño cretino. Los ojos ya no están tan vacíos de expresión, la boca tiene una sonrisa distinta.

-Hombre - dice Jesús al padre -, has tenido fe; tu hijo está curado. Hazle alguna pregunta. El nombre de Jesús supone milagro contra las enfermedades y las pasiones».

El hombre le dice a su hijo:

-Quién soy yo?

Y el muchacho responde:

-Mi padre.

El hombre aprieta contra su corazón a su hijo, y explica:

-Me nació así. Mi esposa murió en el parto y él estaba impedido de mente y de habla. Ahora ya veis. He tenido fe, sí. Vengo de Joppe. ¿Qué debo hacer por ti, Maestro?

-Ser bueno, y tu hijo contigo; nada más.

-Y amarte. ¡Vamos en seguida a decírselo a la madre de tu madre, que es la que me convenció a esto. Bendita sea!

Los dos se van felices. De la pasada desventura no queda sino la voluminosa cabeza del muchacho. La expresión y la palabra son normales.

-Pero, ¿ha quedado curado por voluntad tuya o por poder de tu nombre? - preguntan muchos.

-Por voluntad del Padre, siempre benigno para con el Hijo. Pero también mi Nombre es salvación. Vosotros lo sabéis: Jesús quiere decir Salvador. La salvación se refiere al alma y a los cuerpos. Quien pronuncia el Nombre de Jesús con verdadera fe queda curado de enfermedades y pecado, porque en toda enfermedad espiritual o física está la uña de Satanás, el cual crea las enfermedades físicas para conducir hacia la rebelión y hacia la desesperación a través del sufrimiento de la carne, y las morales o espirituales para conducir hacia la condenación».

-Entonces Tú piensas que Belcebú no es ajeno a ninguna aflicción del género humano.

-No es ajeno. Por él enfermedad y muerte entraron en le mundo, como, igualmente, el delito y la corrupción entraron en el mundo por él. Cuando veáis a alguien atormentado por alguna desventura, pensad, sí, que sufre por Satanás. Cuando veáis que alguien es causa de desventura, pensad también que él es instrumento de Satanás.

-Pero, las enfermedades vienen de Dios.

-Las enfermedades son un desorden en el orden, porque Dios creó al hombre sano y perfecto. El desorden que ha introducido Satanás en el orden dado por Dios, ha traído consigo las enfermedades de la carne y las consecuencias de las mismas, o sea, la muerte, o las funestas transmisiones por herencia. El hombre ha heredado de Adán y Eva la mancha de origen; pero no sólo ésta. Y la mancha se extiende cada vez más, incluyendo las tres ramas del hombre: la carne, cada vez más viciosa y, por tanto, débil y enferma; lo moral, cada vez más soberbio y, por tanto, corrompido; el espíritu, cada vez más incrédulo, o sea,

cada vez más idólatra. Por consiguiente es necesario - como he hecho Yo con aquel débil mental - enseñar el Nombre del que huye Satanás, esculpirlo en la mente y en el corazón, ponerlo en el yo como un sigilo de propiedad.

-Pero, ¿Tú nos posees? ¿Quién eres, que tanto te crees?

-¡Ojalá fuese así! Pero no lo es. Si os poseyera, estaríais ya salvados. Y sería derecho mío, porque Yo soy el Salvador y debería tener a mis salvados. Mas, salvaré a quienes tengan fe en mí.

¯Juan... yo vengo de donde Juan. Me ha dicho: "Ve a Aquel que habla y bautiza cerca de Efraím y Jericó. Él tiene el poder de desatar y atar, mientras que yo no puedo más que decirte: haz penitencia para hacer ágil a tu alma para ir en pos de la salud"» dice uno de los que ha obtenido un milagro, uno que primero se sujetaba con muletas y ahora se mueve expedito.

-¿No le duele al Bautista perder la multitud? - pregunta uno.

Y el que ha hablado antes responde:

-¿Dolerle? Dice a todos: "¡Id! ¡Id! Yo soy el astro que se oculta; Él, el astro que se alza y se fija eterno en su esplendor. Para no permanecer en las tinieblas, id a Él antes de que mi pabilo se apague".

-¡No hablan así los fariseos! Ellos están llenos de odio porque Tú atraes a las muchedumbres. ¿Lo sabes?

-Lo sé -responde brevemente Jesús.

Se abre una disputa sobre la razón o no del modo de actuar de los fariseos. Mas Jesús corta con un: «No critiquéis» que no admite réplica.

Vuelven Bartolomé y Mateo con los bautizados. Jesús comienza a hablar.

La paz sea con vosotros todos.

He pensado hablaros de Dios por la mañana, puesto que ahora venís aquí ya desde por la mañana y os es más cómodo partir al mediodía. He pensado también hospedar a los peregrinos que no puedan volver a sus casas antes de que anochezca--Yo también soy peregrino y no poseo sino lo mínimo indispensable que la piedad de un amigo me ha dado. Juan posee aún menos que Yo. Pero a Juan van personas sanas o simplemente poco enfermas, tullidos, ciegos, mudos; no moribundos o personas febriles, como vienen a mí. Van a él para bautismo de penitencia; a mí venís también para curación de cuerpos. La Ley dice: “Ama a tu prójimo como a ti mismo". Yo pienso y digo: ¿Cómo mostraría mi amor hacia los hermanos, si cerrara mi corazón a sus necesidades, incluso físicas? Y concluyo: les daré a ellos lo que me ha sido dado. Extendiendo la mano hacia los ricos, pediré para el pan de los pobres; desprendiéndome de mi propio lecho, acogeré en él a quien esté cansado o se sienta mal.

Somos todos hermanos y el amor no se demuestra con palabras sino con hechos. Aquel que cierra su corazón a su semejante tiene corazón de Caín. Aquel que no tiene amor es un rebelde respecto al precepto de Dios. Somos todos hermanos. Y, no obstante, Yo veo, y vosotros veis, que incluso dentro de las familias - donde la sangre común remarca, incluso consigo misma y con la carne, la hermandad que nos viene de Adán - hay odios o roces. Los hermanos están contra los hermanos, los hijos contra los padres; los consortes, enemigos el uno del otro.

Pero, para no ser malvados hermanos siempre, y adúlteros esposos un día, hay que aprender ya desde la primera edad el respeto hacia la familia, que es el más pequeño y a la vez el más grande organismo del mundo: el más pequeño respecto al organismo de una ciudad, de una región, de una nación, de un continente; pero el mayor porque es el más antiguo, pues lo puso Dios cuando aún el concepto de patria, de país, no existía, viviendo sin embargo ya y siendo activo el núcleo familiar, manantial de la raza humana y de las distintas razas, pequeño reino en que el hombre es rey, la mujer reina, súbditos los hijos. ¿Puede acaso un reino dividido, en que sus habitantes entre sí son enemigos, subsistir? No puede. Pues así, en verdad, una familia no subsiste si no hay obediencia, respeto, economía, buena voluntad, laboriosidad, amor.

"Honra al padre y a la madre" dice el decálogo. ¿Cómo se honran? ¿Por qué se deben honrar?

Se honran con verdadera obediencia, con exacto amor, con confidente respeto, con un temor reverencial que no cierra las puertas a la confidencia, como tampoco nos hace tratar a nuestros mayores como si fuéramos siervos e inferiores. Se les debe honrar porque, después de Dios, quienes dan la vida y proveen a todas las necesidades materiales de la vida, los primeros maestros, los primeros amigos del joven ser nacido a este mundo, son el padre y la madre.

Se dice: "Que Dios te bendiga"; se dice: "Gracias" a aquel que nos recoge un objeto que se nos ha caído, o nos da un mendrugo de pan. Pues entonces, ¿no vamos a decir, con amor, "que Dios te bendiga", y "gracias", a quienes se matan trabajando por darnos de comer, o tejiendo nuestros vestidos y manteniéndolos limpios, a quienes se levantan para escrutar nuestro sueño, se niegan el descanso por cuidarnos, o nos hacen de su seno lecho en nuestros momentos más dolorosos de cansancio?

Son nuestros maestros. A1 maestro se le teme y se le respeta. Mas éste nos toma cuando ya sabemos lo indispensable para sostenernos y nutrirnos y decir lo esencial, y nos deja cuando la más ardua enseñanza de la vida, o sea, "el vivir", aún se nos debe enseñar: y son el padre y la madre quienes nos preparan: para la escuela primero, para la vida después.

Son nuestros amigos. Mas, ¿qué amigo puede ser más amigo que un padre, o más amiga que una madre? ¿Podéis tener miedo de ellos? ¿Podéis decir que él o ella os van a traicionar? Bueno, pues ved cómo ese joven necio y esa muchacha aún más necia se buscan amigos entre los extraños, y cierran su corazón al padre y a la madre, y corrompen su mente y su corazón con contactos al menos imprudentes, si es que no son incluso culpables, motivo de lágrimas paternas y maternas, que hienden, como gotas de plomo fundido, el corazón de los padres. Pero Yo os digo que esas lágrimas no caen en el polvo y en el olvido; Dios las recoge y las cuenta. El martirio de un padre o de una madre pisoteados recibirá premio del Señor. Así como tampoco será olvidado el acto de un hijo que somete a suplicio a su padre o a su madre, aunque éstos, en su doliente amor, supliquen piedad de Dios para su hijo culpable.

"Honra a tu padre y a tu madre si quieres vivir largamente sobre la Tierra" está escrito; "y eternamente en el Cielo", añado. ¡Demasiado poco castigo sería el vivir poco aquí por haber ofendido a los padres! El más allá no es un cuento, y en el más allá se recibirá premio o castigo, según hayamos vivido. Quien ofende a un padre o a una madre ofende a Dios, porque Dios ha mandado amarlos, y quien no ama peca; pierde, por tanto, así, más que la vida material, la verdadera vida: le espera la muerte

(es más, ya está en él, habiendo caído su alma en desgracia de su Señor); tiene ya en sí el delito porque hiere el amor más santo después de Dios; tiene ya en sí los gérmenes de los futuros adulterios, porque de un mal hijo viene un pérfido esposo; tiene ya en sí los estímulos de la corrupción social, porque de un hijo malo nace el futuro ladrón, el torvo y violento asesino, el frío usurero, el libertino seductor, el vividor cínico, el repugnante traidor de la patria, de los amigos, de los hijos, de la esposa, de todos. ¿Podéis, acaso, nutrir estima y confianza hacia quien ha sido capaz de traicionar el amor de una madre y burlarse de las canas de un padre?

Escuchad, no obstante, también esto: el deber de los hijos se corresponde con un parejo deber de los padres. ¡Maldición al hijo culpable... pero también para el culpable progenitor! Haced que los hijos no puedan criticaros y copiaros en el mal. Haceos amar por haber dado amor con justicia y misericordia. Dios es Misericordia. Los padres, que van sólo después de Dios, sean misericordia. Sed ejemplo y consuelo de los hijos. Sed paz y guía. Sed el primer amor de vuestros hijos. Una madre es siempre la primera imagen de la esposa que querríamos. Un padre, para las hijas jovencitas, tiene el rostro que sueñan para el esposo. Haced que, sobretodo, vuestros hijos e hijas elijan con sabia mano a sus recíprocos consortes pensando en la madre, en el padre, y deseando en el consorte lo que hay en el padre, en la madre: una virtud veraz.

Si tuviera que hablar hasta agotar el tema, no serían suficientes el día y la noche. Por ello, en atención a vosotros, concluyo. El resto, que os lo manifieste el Espíritu eterno. Yo echo la simiente y sigo caminando. En los buenos, la semilla echará raíz y dará espiga. Marchad. La paz sea con vosotros.

Quien se marcha se va raudo, quien se queda entra en la tercera pieza y come su pan o el que ofrecen los discípulos en nombre de Dios. Sobre rústicos apoyos han sido colocados unos tablones y paja donde pueden dormir los peregrinos.

La mujer velada se marcha con paso ágil; la otra, la que ya estaba llorando desde el principio, y ha seguido llorando sin interrupción mientras Jesús hablaba, se mueve incierta y luego se decide a marcharse.

Jesús entra en la cocina para tomar alimento; pero apenas acaba de empezar a comer y ya le tocan a la puerta.

Se levanta Andrés, que está más cerca, y sale al patio. Habla y luego vuelve:

-Maestro, una mujer, la que lloraba, pregunta por ti. Dice que tiene que marcharse y que debe hablarte.

-Pero en este plan ¿cómo y cuándo come el Maestro? - exclama Pedro.

-Debías haberle dicho que viniera más tarde - dice Felipe.

-Silencio. Luego como. Seguid vosotros.

Jesús sale. La mujer está afuera.

-Maestro... una palabra... Tú has dicho... ¡Oh..., ven detrás de la casa! ¡Es penoso manifestar mi dolor.

Jesús condesciende, sin decir palabra; se limita, una vez detrás de la casa, a preguntar:

-¿Qué quieres de mí?

-Maestro... te he oído antes, cuando hablabas entre nosotros... y luego te he oído mientras predicabas. Parece como si hubieras hablado para mí. Has dicho que en toda enfermedad física o moral está Satanás... Yo tengo un hijo enfermo en su corazón. ¡Ojalá te hubiera oído cuando hablabas de los padres! Es mi tormento. Se ha desviado con malos compañeros y es... es exactamente como Tú dices... ladrón (por ahora, en casa, pero...). Es un pendenciero... un avasallador... Siendo, como es, joven, se destruye con la lujuria y la crápula. Mi marido quiere echarlo de casa. Yo... yo soy su madre... y muero de dolor. ¿Ves cómo jadea mi pecho? Es el corazón que se me parte de tanto dolor. Desde ayer deseaba hablarte, porque... espero en ti, Dios mío; pero, no me atrevía a decir nada. ¡Es tan doloroso para una madre decir: "Tengo un hijo cruel"!...

La mujer llora, curvada y doliente, ante Jesús.

-No llores más. Quedará curado de su mal.

-Si pudiera oírte, sí; pero no quiere oírte. ¡Oh..., nunca sanará!

- ¡Tienes fe tú por él? ¿Tienes voluntad tú por él?

-¿Y me lo preguntas? Vengo de la Alta Perea para rogarte por él...

-Pues entonces ve. Cuando llegues a tu casa, tu hijo te saldrá al encuentro arrepentido.

-Pero, ¿cómo?

-¿Cómo? ¿Crees que Dios no puede hacer lo que Yo pido? Tu hijo está allí, Yo estoy aquí, pero Dios está en todas partes... y Yo le digo a Dios: "Padre, piedad por esta madre". Y Dios hará tronar su llamada en el corazón de tu hijo. Ve, mujer. Un día pasaré por las calles de tu ciudad, y tú, orgullosa de tu hijo, saldrás a recibirme con él. Y cuando él llore sobre tus rodillas, pidiéndote perdón y contándote su misteriosa lucha, de la que salió con alma nueva, y te pregunte cómo sucedió, dile: "Por Jesús has nacido de nuevo al bien". Háblale de mí. Si has venido a mí, es señal de que conoces; haz que él conozca y me lleve en su pensamiento para tener consigo la fuerza salvadora. Adiós. La paz a la madre que ha tenido fe, al hijo que vuelve, al padre contento, a la familia restaurada. Ve.

La mujer se va en dirección al pueblo y todo termina.

## 123

### Los discursos en Agua Especiosa: No *fornicarás.* La afrenta de cinco hombres notables

Me dice Jesús (a María Valtorta):

-Ten paciencia, alma mía, por este doble esfuerzo. Es tiempo de sufrimiento. ¿Sabes lo cansado que estaba los últimos días? Ya ves. A1 andar me apoyo en Juan, en Pedro, en Simón, y también en Judas... Sí. ¡Yo, que emanaba milagro con sólo rozar con mis vestiduras, no pude cambiar aquel corazón! Déjame que me apoye en ti, pequeño Juan, (llamaba así Jesús, como

seudónimo, a María Valtorta) para volver a decir las palabras ya dichas en los últimos días a esos obstinados obtusos sobre quienes el anuncio de mi tormento resbalaba y no penetraba. Y deja también que el Maestro hable de sus horas de predicación en la triste llanura del Agua Especiosa. Y te bendeciré dos veces: por tu esfuerzo y por tu piedad. Llevo la cuenta de tus esfuerzos, recojo tus lágrimas. Los esfuerzos por amor a los hermanos recibirán la recompensa de aquellos que se consumen por dar a conocer a Dios a los hombres. Tus lágrimas por mi sufrimiento de la última semana recibirán como premio el beso de Jesús. Escribe y recibe mi bendición.

Jesús está en pie, encima de un cúmulo de tablas, alzadas a manera de tribuna en una de las piezas, la última, y allí habla con voz poderosa, para que lo oigan tanto los que están dentro de la estancia como los que se encuentran bajo el cobertizo, e incluso en la era, encharcada por la lluvia. Cubiertos con sus mantos oscuros y de lana en bruto, sobre la cual resbala el agua, parecen frailes todos ellos. En la estancia están los más débiles; bajo el cobertizo, las mujeres; en el patio, bajo la lluvia, los fuertes, la mayoría hombres.

Pedro va y viene, descalzo y sólo con la prenda corta, cubierto con un lienzo que se ha puesto sobre la cabeza; pero no pierde el buen humor, a pesar de que tenga que ir guachapeando en el agua y se esté duchando sin desearlo. Con él están Juan, Andrés y Santiago. Están trayendo de la otra estancia, con precaución, a unos enfermos, y guiando a unos ciegos y haciendo de apoyo a algunos tullidos.

Jesús aguarda con paciencia a que todos hayan terminado de acomodarse, y sólo le duele el que los cuatro discípulos estén empapados, como esponjas dentro de un cubo.

-¡Nada, nada! Somos madera empecinada. No te preocupes. Nos bautizamos otra vez, y el bautizador es Dios mismo - responde Pedro a las muestras de desazón de Jesús.

Por fin todos están en sus respectivos lugares y Pedro estima que puede ir a ponerse ropa seca. Así lo hace, como también los otros tres. Pero, vuelto donde el Maestro, ve sobresalir por la esquina del cobertizo el manto gris de la mujer velada, y se dirige hacia ella sin pensar que para hacerlo tiene que volver a cruzar el patio en diagonal bajo el chaparrón, que va a más, y sin pensar en los charcos que salpican hasta la rodilla al chocar tan fuerte en ellos las gotazas de agua. La agarra de uno de los codos, sin retirar el manto, y la arrastra bien hacia arriba, hasta la pared de la estancia, resguardada del agua, y luego se planta a su lado, duro e inmóvil como un centinela.

Jesús ha visto la escena y ha sonreído inclinando la cabeza para celar la luminosidad de su sonrisa. Ahora habla.

-No digáis, vosotros, los que habéis venido con regularidad, que no hablo con orden y que salto alguno de los diez mandamientos. Vosotros oís, Yo veo; vosotros escucháis, Yo aplico mi palabra a los dolores y a las llagas que veo en vosotros. Yo soy el Médico. Un médico va primero a los más enfermos, a los que están más cerca de la muerte. Luego se vuelve a los menos graves. Yo también.

Hoy digo: "No forniquéis".

No dirijáis a vuestro alrededor la mirada tratando de leer en el rostro de uno la palabra: "lujurioso". Tened recíproca caridad. ¿Os gustaría que uno la leyera en vosotros? No. Pues entonces no queráis leerla en el ojo turbado de quien está a vuestro lado; en su frente que se avergüenza y se inclina hacia el suelo. Además... ¡Oh!, decidme, especialmente vosotros, hombres. ¿Quién de entre vosotros no ha hincado nunca los dientes en el pan de ceniza y estiércol de la satisfacción sexual? ¿Acaso es lujuria sólo la que os lleva a estar durante una hora entre brazos meretricios? ¿No es, acaso, lujuria, también, la profanación del connubio con la esposa al eludir las consecuencias de éste, que queda reducido, por tanto, a una recíproca satisfacción del sentido, a un vicio legalizado?

Matrimonio quiere decir procreación, y el acto quiere decir y debe ser fecundación. Sin ello es inmoralidad. No se debe del tálamo hacer un lupanar; y en lupanar se transforma si se ensucia de libídine y no se consagra con maternidades. La tierra no rechaza la semilla, la acoge y de ella forma una planta. La semilla no huye de la gleba una vez depositada; por el contrario, en seguida echa raíz y se agarra para crecer y dar una espiga: la criatura vegetal nacida del connubio entre gleba y semilla. El hombre es la semilla, la mujer es la tierra, la espiga es el hijo. Negarse a producir la espiga y desaprovechar la fuerza para vicio es culpa. Es meretricio cometido en el lecho nupcial, pero en nada distinto del otro; es más, agravado por la desobediencia al mandamiento que dice: "Sed una sola carne y multiplicaos en los hijos".

Por tanto, ved, mujeres voluntariamente estériles, esposas legales y honestas (no a los ojos de Dios, sino del mundo), cómo, a pesar de ello, vosotras podéis ser prostitutas y fornicar igual, aunque seáis sólo de vuestro marido, porque no vais hacia la maternidad, sino al placer, demasiado y demasiado frecuentemente. ¿Y no os paráis a pensar que el placer es un tóxico que, aspirado por una boca, cualquiera que fuere, contagia, produce quemazón, cual fuego que, creyendo consumirse, traspasa, devorador, cada vez más insaciable, los límites del hogar, dejando acre sabor de ceniza bajo la lengua y desagrado y náusea y desprecio de sí y del compañero de placer? Porque cuando la conciencia se despierta - y lo hace entre dos momentos febriles - no puede dejar de nacer este desprecio de sí, rebajados como quedan uno y otro a un nivel incluso inferior al de los animales.

*(**Nota del que suscribe con respecto a este tema**: La Iglesia admite la paternidad responsable, o sea, que cuando ya se es generoso en hijos, se pueden adoptar determinadas medidas para no concebir, pero que no sean medios artificiales como anticonceptivos, preservativos, etc. sino recursos naturales, como el de la regulación natura basada en los días infértiles de la mujer, etc,; asimismo, el placer sexual únicamente como simple demostración de amor y desahogo pasional, dentro del matrimonio, es lícito siempre y cuando se tengan en cuenta estas dos medidas antes mencionadas: ser generosos en hijos y no usar medios anticonceptivos artificiales.)*

“No forniquéis", está escrito.

Es fornicación gran parte de las acciones carnales del hombre - ni siquiera toco la cuestión de esas uniones inconcebibles, que son como una pesadilla y que el Levítico condena con estas palabras:

"Hombre, no te acercarás al hombre como si fuera una mujer"; y también: "No te unirás a bestia alguna para no contaminarte con ella. Y así hará la mujer, y no se unirá a ninguna bestia, porque es infamia" -. Bien... he hecho alusión al deber de los esposos respecto al matrimonio - el cual deja de ser santo cuando, por malicia, viene a ser infecundo - y ahora voy a hablar de la fornicación en sentido propio entre hombre y mujer, por recíproco vicio o por obtener dinero o regalos.

El cuerpo humano es un magnífico templo que encierra en sí un altar. En ese altar debería estar Dios. Pero Dios no está donde hay corrupción. Por tanto, el cuerpo del impuro tiene su altar desconsagrado y sin Dios. Como quien se revuelca, ebrio, en el lodo y en el vómito de la propia ebriedad, el hombre, en la bestialidad de la fornicación, se rebaja a sí mismo, viniendo a ser menos que un gusano o que el animal más inmundo.

Decidme - si entre vosotros hay alguno que se haya depravado a sí mismo hasta el punto de comerciar con su cuerpo como se hace con cereales o animales - ¿qué beneficio os ha reportado? Poneos, poneos vuestro corazón en la mano, observadlo, preguntadle, escuchadlo, ved sus heridas, sus estremecimientos de dolor, y luego decidme, respondedme: ¿tan dulce era ese fruto, que compensara este dolor de un corazón nacido puro, forzado por vosotros a vivir en un cuerpo impuro, a latir para dar vida y calor a la lujuria, a irse consumiendo en el vicio?

Decidme: ¿Sois tan depravadas que no lloráis secretamente sintiendo una voz de niño que llama: "mamá", y pensando en vuestra madre - ¡oh mujeres de placer que habéis huido de casa, u os han echado de ella para que el fruto empodrecido no destruyera con el exudado de su putridez a los demás hermanos! -, pensando en vuestra madre, muerta quizás por el dolor de tener que decirse a sí misma: "He dado a luz a una persona que ha sido motivo de oprobio"?

¿Pero es que no sentís que se os parte el corazón cuando veis a un anciano cuyas canas le dan un porte solemne, al pensar que sobre las de vuestro padre habéis derramado el deshonor, como barro tomado a manos llenas, y junto con el deshonor el menosprecio de su tierra natal?

¿Pero es que no sentís que se os retuercen las entrañas de doliente añoranza al ver la felicidad de una esposa o la inocencia de una virgen, teniendo que decir: "Yo he renunciado a todo esto, y nunca más volveré a poseerlo"?

¿Pero es que no sentís como si la vergüenza os arrancara la piel de la cara, al ver la mirada, voraz o llena de desprecio, de los hombres?

¿Pero es que no sentís vuestra miseria cuando tenéis sed de un beso de niño y ya no os atrevéis a decir: "Dámelo", porque habéis matado vidas en su comienzo, vidas que habéis rechazado como peso fastidioso e inútil carga, vidas arrancadas del mismo árbol que las había concebido, arrojadas para estiércol, vidas que ahora os gritan: "^Asesinas!"?

¿Pero es que no teméis, sobre todo, al Juez que os ha creado y que os espera para preguntaros y deciros: "¿Qué has hecho de ti misma? ¿Para eso, acaso, te di la vida? Pululante nido de gusanos, ¿cómo te atreves a estar en mi presencia? Tuviste todo lo que para ti era dios: el placer. Ve al lugar de maldición sin término"?

¿Quién llora? ¿Ninguno? ¿Decís: "ninguno"? Pues mi alma va hacia otra alma que llora. ¿Para qué va hacia ella? ¿Para lanzarle el anatema por ser meretriz? No. Porque siento piedad por su alma. Todo en mí es repulsa hacia su sucio cuerpo, sudado por el esfuerzo lascivo. ¡Pero su alma...!

¡Oh! ¡Padre! ^Padre! ^También por esta alma Yo me he encarnado y he dejado el Cielo para ser su Redentor y el de muchas almas hermanas suyas! ¿Por qué debo no recoger a esta oveja que va descarriada, y llevarla al redil, limpiarla, unirla al rebaño, sacarla a pastar, y darle un amor que sea perfecto como sólo el mío lo puede ser, tan distinto de los que tuvieron hasta ahora para ella nombre de amor y no eran sino odio; tan piadoso, completo, delicado, que ella ya no llore por el tiempo pasado, o lo haga sólo para decir: "Demasiados días he perdido lejos de ti, eterna Belleza. ¿Quién me restituirá el tiempo perdido? ¿Cómo gustar en lo poco que me queda cuanto habría gustado si hubiera sido siempre pura?"?

A pesar de ello, no llores, alma pisoteada por toda la libídine del mundo. Escucha: eres un trapo asquerosamente sucio, pero puedes volver a ser una flor; eres un estercolero, pero puedes ser un jardín; eres un animal inmundo, pero puedes volver a ser un ángel. Un día lo fuiste; danzabas en los prados floridos, rosa entre las rosas, fresca como ellas, y despedías fragancia de virginidad; cantabas, serena, tus canciones de niña, y luego corrías a donde tu madre, a donde tu padre, y les decías: "Vosotros sois mis amores". Y el invisible guardián que tienen todas las criaturas al lado sonreía ante tu alma blanca-azul... ¿Y luego? ¿Por qué? ¡Por qué te has arrancado esas alas de pequeño inocente? ¿Por qué has pisoteado un corazón de padre y de madre para correr hacia otros corazones inciertos? ¿Por qué has consignado tu voz pura a embusteras frases de pasión? ¿Por qué has quebrado el tallo de la rosa y te has profanado a ti misma?

Arrepiéntete, hija de Dios. El arrepentimiento renueva. El arrepentimiento purifica. El arrepentimiento sublima. ¿El hombre no te puede perdonar? ¿Ni siquiera tu padre podría ya hacerlo? Bueno, pues Dios puede, porque la bondad de Dios no es comparable a la bondad humana y su misericordia es infinitamente más grande que la humana miseria. Hónrate a ti misma haciendo, con una vida honesta, digna de honor a tu alma. Justifícate ante Dios no volviendo a pecar contra tu alma. Hazte un nombre nuevo ante Dios. Eso es lo que tiene valor. ¿Eres vicio? Sé honestidad, sé sacrificio, sé la mártir de tu arrepentimiento. Bien supiste martirizar tu corazón para hacer gozar a la carne, sabe ahora martirizar la carne para darle a tu corazón una eterna paz.

Ve. Marchad todos, cada uno con su peso y con su pensamiento, y meditad. Dios espera a todos y no rechaza a ninguno que se arrepienta. ¿Que el Señor os dé su luz para conocer vuestra alma! ¡Adiós!

Muchos se marchan en dirección al pueblo. Otros entran en la habitación. Jesús va hacia los enfermos y les devuelve la salud.

Un grupo de hombres, en un ángulo, habla en voz baja; divididos como están en distintas tendencias, gesticulan y se acaloran. Algunos se muestran acusadores de Jesús; otros, defensores; y otros exhortan a éstos y a aquéllos a tener un juicio más maduro.

A1 final, los más obstinados, quizás porque son pocos respecto a los otros dos grupos, se deciden por una tercera vía: van a donde Pedro, que está transportando junto con Simón las camillas - que ya no hacen falta - de tres de los curados, y lo asaltan avasalladoramente dentro de la vasta habitación, que ha quedado transformada en hospedería de los peregrinos.

Dicen:

-Hombre de Galilea, escucha.

Pedro se vuelve y los mira como a unos bichos raros. No habla, pero su cara es todo un poema. Simón sólo lanza su mirada hacia los cinco energúmenos, y sale, dejándolos plantados a todos.

Uno de los cinco continúa diciendo:

-Yo soy Samuel, el escriba; éste es el otro escriba, Sadoq; y éste es el judío Eleazar, muy conocido e influyente; y éste, el ilustre anciano Calasebona; y éste, finalmente, Nahum. ¿Entendido? ; Nahum!» (y, por si fuera poco, el tono es enfático).

Pedro se inclina ligeramente según va oyendo estos nombres, pe-ro, al oír el último, se queda a mitad de camino, y dice con la mayor indiferencia:

-No lo sé, nunca le he oído, y... no entiendo nada.

-¡Vulgar pescador! ¡Has de saber que es el fiduciario de Anás!

-No sé quién es; bueno, conozco a muchas mujeres de nombre Ana; incluso en Cafarnaúm hay un montón de Anas, pero no sé de qué Ana éste es fiduciario.

-¿Este? ¿A mi se me dice: "éste"?

-Y entonces, ¿cómo quieres que te llame?: ¿asno?, ¿pájaro? Cuando iba a la escuela, me enseñó el maestro a decir "éste" hablando de un hombre, y, si no veo visiones, tú eres un hombre.

El hombre se revuelve como torturado por esas palabras. El otro, el primero que ha hablado, aclara:

-Anás es el suegro de Caifás...

-¡Aaaah!... ¡Ahora entiendo! ¿Y bien...?

-¡Pues que has de saber que nosotros estamos indignados!

-¿Con qué? ¿Con el tiempo? Yo también. Es la tercera vez que me cambio y ya no tengo más ropa seca.

-¡No seas necio!

-¿Necio? Pero si es verdad; si no estáis indignados con el tiempo, entonces, ¿con qué? ¿Con los romanos?

-¡Con tu Maestro! Con el falso profeta.

-¡Oye, tú, Samuel, ojo, que entro en acción, y entonces soy como el lago: de la calma chicha a la tempestad paso en un momento! ¡Ten cuidado con lo que dices...!

En esto, han llegado también los hijos de Zebedeo y de Alfeo, y con ellos Judas Iscariote y Simón, y se arriman a Pedro que, por su parte, levanta cada vez más la voz.

-¡No tocarás con tus manos plebeyas a los grandes de Sión!

-¡Oh, qué señoriítos más majos! Y vosotros no me toquéis al Maestro, porque, si no, voláis al pozo, inmediatamente, a purificaros de verdad, por dentro y por fuera.

-Recuerdo a los doctos del Templo - dice serenamente Simón - que la casa es de dominio privado.

Y agrega Judas Iscariote:

-Y que el Maestro, y soy garante de ello, ha mostrado siempre hacia las casas de los demás, y en primer lugar hacia la casa del Señor, el máximo respeto. Hágase igual con su casa.

-Tú cállate, gusano falso.

-¿De qué, falso? Me habéis asqueado y me he venido donde no hay asquerosidades, ¡y Dios quiera que el haber estado con vosotros no me haya corrompido hasta lo más profundo!

-Brevemente: ¿qué queréis? - pregunta secamente Santiago de Alfeo.

-¿Y tú quién eres?

-Soy Santiago de Alfeo, y Alfeo de Jacob, y Jacob de Matán, y Matán de Eleazar; y si quieres te digo toda la ascendencia hasta el rey David, de quien procedo; y soy primo del Mesías. Por tanto, te ruego que hables conmigo, de estirpe real y de raza judía, si es que a tu arrogancia le da asco el hablar con un honesto israelita que conoce a Dios mejor que Gamaliel y que Caifás. Vamos. Habla.

-Tu Maestro y pariente permite que le sigan las prostitutas. Esa mujer velada es una de ellas, yo la he visto estando ella vendiendo oro, y la he reconocido. Es la amante que se le ha escapado de las manos a Siammái, y eso lo deshonra.

-¿Qué Siammái? ¿A Siammái, el rabino? Pues debe ser entonces un carcamal. Por tanto, no hay peligro... - dice burlonamente Judas Iscariote.

-¡Cállate, desequilibrado! A Siammái de Elquí, el predilecto de Herodes.

-¡Caramba! Eso es señal de que ella ya no prefiere al predilecto. Ella es quien tiene que ir a la cama con él, no tú; ¿por qué te lo tomas entonces a mal? - Judas de Keriot se muestra sumamente irónico.

-Hombre, ¿no crees que te deshonras haciendo de espía? - pregunta Judas de Alfeo - Y, ¿no crees que se deshonra el que se rebaja a pecar y no, al contrario, quien trata de levantar al pecador? ¿Qué deshonra puede venirle a mi Maestro y hermano del hecho de que haga llegar su voz hasta las orejas profanadas por la baba de los lascivos de Sión?

-¿La voz? ¡Ja! ¡Ja! ¡Tu Maestro y primo tiene treinta años, y no es sino un hipócrita mayor que los demás! Y tú, y todos vosotros, dormís profundamente por la noche...

-¡Desvergonzado reptil! Fuera de aquí o te estrangulo - grita Pedro, haciéndole coro Santiago y Juan; Simón, por su parte, se limita a decir:

-¡Qué vergüenza! Tu hipocresía es tan grande, que regurgita y se desborda, y babeas como una gran babosa encima de la flor pura. Sal y sé hombre, porque ahora no eres sino baba. Te he reconocido, Samuel. Eres siempre el mismo corazón. Que Dios te perdone; pero, vete de mi presencia.

Y mientras el Keriot y Santiago de Alfeo contienen al fogoso Pedro, Judas Tadeo, que en este acto se asemeja más que nunca a su Primo (de quien ahora tiene el mismo centelleo azul en la mirada y la imponencia en la expresión, dice vehementemente:

-A sí mismo se deshonra quien deshonra al inocente. Dios ha hecho los ojos y la lengua para llevar a cabo obras santas. El maldiciente los profana y rebaja, haciéndoles cumplir obras malvadas. Yo no me voy a manchar a mí mismo con un acto vil contra tu canicie, pero te recuerdo que los malvados odian al hombre íntegro y que el necio descarga su aversión sin reflexionar ya siquiera en que con ello se pone al descubierto. Quien vive en las tinieblas confunde una rama florida con un reptil, pero quien vive en la luz ve las cosas como son y, si alguien las desacredita, las defiende por amor a la justicia. Nosotros vivimos en la luz. Somos la generación casta y hermosa de los hijos de la luz, y nuestro Caudillo es el Santo que no conoce ni mujer ni pecado. Nosotros lo seguimos y lo defendemos de sus enemigos, hacia los cuales, como Él nos ha enseñado, no sentimos odio; antes bien, oramos por ellos. Aprende, anciano, de un joven, que se ha hecho maduro porque la Sabiduría es su Maestro, aprende a no ser precipitado para hablar e inútil para obrar el bien. Vete, y refiere a quien te ha enviado que Dios en su gloria está en esta pobre morada, y no en la profanada casa del monte Moria. Adiós.

Los cinco no se atreven a replicar y se marchan.

Los discípulos conjuntamente examinan si decírselo o no a Jesús, que está todavía con los enfermos curados. Deciden que es mejor decírselo. Se acercan a Él, lo llaman y se lo dicen.

Jesús sonríe sereno y responde:

-Os agradezco vuestra defensa... pero ¿qué podéis hacer? Cada uno da lo que tiene.

-Pero tienen un poco de razón. Los ojos están en la cabeza para ver y muchos ven. Ella está siempre ahí fuera, como un perro. Te perjudica - dicen varios.

-Dejadla que esté. No será ella la piedra que golpeará mi cabeza. Y si ella se salva... ¡Oh..., bien merece la pena una crítica por una alegría así!

A1 dar esta dulce respuesta todo termina.

## 124

## Se da alojamiento a la "velada" en la casita de Agua Especiosa

El día está tan horrible, que no hay ningún peregrino. Llueve a cántaros y la era se ha transformado en un estanque poco profundo en que flotan hojas secas, venidas quién sabe de dónde, traídas por el viento que silba y zarandea puertas y ventanas. En la cocina, más tétrica que nunca - porque para impedir que entre la lluvia se debe tener apenas entornada la puerta -quien está se ahuma, lagrimea y tose, pues el viento rechaza hacia dentro el humo.

-Tenía razón Salomón - sentencia Pedro - Tres cosas echan al hombre: la mujer reñidora (que yo ya la he dejado riñendo en Cafarnaúm con los otros yernos), la chimenea que hace humo y el techo que deja colar el agua. Nosotros tenemos estas dos últimas cosas... Pero mañana me voy a ocupar yo de esta chimenea. Voy arriba al tejado, y tú y tú y tú (Santiago, Juan y Andrés) venís conmigo. Haremos con unas pizarras un realce y un techo a la chimenea.

-¿Y dónde encuentras las pizarras? - pregunta Tomás.

-En el cobertizo. Si llueve allí, no es una hecatombe; pero aquí... ¿Te duele el que tus alimentos dejen de decorarse con lágrimas tiznadas de hollín?

-¡Fíjate tú! ¡Ojalá lo lograras! Mira cómo estoy tiznado. Me llueve encima de la cabeza cuando estoy aquí en el fuego.

-¡Pareces un monstruo egipcio! - dice Juan riéndose.

Efectivamente, Tomás presenta sobre su rostro lleno y afable unas caprichosas comas negras. El primero que se ríe es él mismo, que está siempre alegre, y Jesús también se ríe, porque justamente mientras está hablando, otra gota cargada de hollín le cae en la nariz y le pone negra la punta.

-Tú que eres experto de tiempo, ¿qué opinas? - le pregunta a Pedro Judas Iscariote, que está completamente cambiado desde hace unos días -. ¿Va a durar mucho así?

-Un momento y te lo digo; voy a hacer de astrólogo - contesta Pedro. Va hacia la puerta, la abre un poco más, saca la cabeza y una mano y dictamina: «Viento bajo y del meridión, calor y calina... ¡En fin! Pocas... - Pedro calla, se vuelve a meter despacio y entorna la puerta, y da un momento un vistazo hacia afuera.

-¿Qué pasa? - preguntan tres a cuatro.

Pedro, por toda respuesta, hace señal con la mano de que se callen. Mira. Luego dice en voz baja:

-Está esa mujer; ha bebido agua del pozo y ha cogido un haz de leña que había en el patio. Está empapada de agua; está claro que no arde... Se está yendo. Voy detrás de ella. Quiero ver...

Ha salido con cautela.

-Pero, ¿dónde estará, que está siempre aquí cerca? - pregunta Tomás.

-¡Y estar aquí con este tiempo! - dice Mateo.

-A1 pueblo seguro que va, porque anteayer estaba allí comprando pan - dice Bartolomé.

-¡Con qué constancia se mantiene velada! - observa Santiago de Alfeo.

-Tiene un gran constancia, o un fuerte motivo - concluye Tomás.

-¿Sería ésta a la que se refería ayer aquel judío? - pregunta Juan - ¡Son siempre tan falsos!...

Jesús sigue en silencio, como si fuera sordo. Todos lo miran con la certeza de que Él sabe; pero Él está trabajando un trozo de madera blanda con un cuchillo afilado; poco a poco, el trozo de madera se va transformando en un cómodo tenedor grande, para extraer las ver-duras del agua hirviendo. Una vez que ha terminado ofrece el fruto de su trabajo a Tomás, que está plenamente dedicado a la cocina.

-Eres genial, Maestro. '¿No nos dices quién es?

-Un alma. Para mí sois todos "almas". Nada más. Hombres, mujeres, ancianos, niños: almas, almas, almas: almas cándidas, los párvulos; almas azules, los niños; almas rosadas, los jóvenes; almas de oro, los justos; almas empecinadas, los pecadores. Pero, sólo almas, sólo almas. Y Yo sonrío a las almas cándidas, porque me parece como si sonriera a los ángeles; descanso entre las flores rosadas y azules de los adolescentes buenos; me alegro de las almas tan valiosas de los justos; y me canso, sufriendo, para dar valor y esplendor a las almas de los pecadores. ¿Los rostros?... ¿Los cuerpos?... Nada. Yo os conozco y os identifico por vuestras almas.

-Y ella, ¿qué alma es? - pregunta Tomás.

-Un alma menos curiosa que la de mis amigos, porque no indaga, no pregunta; va y viene, sin hablar y sin mirar.

-Yo creía que era una prostituta o una leprosa, pero he cambiado de opinión, porque... Maestro, ¿no me amonestas si te digo una cosa? - pregunta Judas Iscariote yendo a colocarse sentado en el suelo, apoyado en las rodillas de Jesús, completamente distinto a lo normal: humilde, bueno, hasta más guapo con este aire suyo modesto que no cuando es el pomposo y jactancioso Judas.

-No te amonestaré. Habla.

-Yo sé dónde vive. Una vez, de noche, la seguí... fingiendo que salía a coger agua, porque me he dado cuenta que de noche viene siempre al pozo... Una mañana encontré por el suelo una horquilla de plata... justo en el borde del pozo... y comprendí que la había perdido ella. Pues bien, está en un chamizo en el bosque; quizás lo utilizan los campesinos; de todas formas, está medio destartalado. Ella le ha puesto encima como techo unos ramajes; quizás ese haz lo quiere para eso. Es una hura. No sé cómo puede estar allí. Casi ni cabría un perro grande, o un minúsculo borriquito. Era una noche de luna y pude ver bien. Está medio sepultado entre las zarzas, pero dentro... está vacío y no tiene puerta. Por eso mismo he cambiado de opinión y he comprendido que no es una prostituta.

-No debías haberlo hecho. Sé sincero: ¿no hiciste nada más?

-No, Maestro. Habría deseado verla, porque ya en Jericó me percaté de su presencia, y creo reconocer su paso, muy leve, con el que va velozmente a donde quiere. También su figura debe ser flexuosa y... bonita. Sí, se adivina, a pesar de todos esos indumentos... Pero no osé espiarla cuando se acostó en el suelo. Quizás se quitó el velo. Pero la respeté...

Jesús lo mira muy fijamente y le dice:

-Y ello te hizo sufrir... Mas has dicho la verdad, y Yo te digo que estoy contento de ti. La próxima vez te costará menos el ser bueno. Todo consiste en dar el primer paso. ¡Muy bien, Judas! - y lo acaricia.

Vuelve Pedro de la calle:

-¡Maestro! ¡Esa mujer está loca! ¿Pero Tú sabes dónde está? Casi en la orilla del río, en una casetita de madera en un soto. Quizás antes la utilizaba algún pescador o algún leñador; ¡quién sabe! Nunca me habría imaginado que en ese lugar húmedo, hundido en un foso, bajo una maraña de zarzas, hubiera una pobre mujer. Le he dicho: "Habla, sé sincera: ¿estás leprosa?". Ella me ha respondido en voz muy baja: "No". ¡Júralo", he dicho, y ella: "Lo juro". "Mira que si lo estás y no lo dices y te acercas a la casa y yo vengo a saber que eres inmunda, hago que te apedreen. Si lo que pasa es que te persiguen, o eres una ladrona o una asesina, y estás aquí por miedo a nosotros, no temas ningún mal. Ahora sal de ahí. ¿No ves que estás en el agua? ¿Tienes hambre? ¿Tienes frío? Estás temblando. Soy viejo, ¿no lo ves? No te estoy haciendo la corte. Viejo y honesto. Por tanto haz caso a lo que te digo". Así me he expresado, pero no ha querido venir. Nos la encontraremos muerta porque está realmente dentro del agua.

Jesús está pensativo; mira a los doce rostros que lo están mirando... y dice:

-¿Qué creéis que debe hacerse?

-¡Maestro, decide Tú!

-No. Quiero que juzguéis vosotros. Se trata de una cuestión en la que está implicada también vuestra fama, y Yo no debo violentar vuestro derecho a tutelarla.

-En nombre de la misericordia yo digo que no se la puede dejar allí -dice Simón.

Bartolomé, por su parte:

-Yo por hoy la metería en la estancia de los peregrinos ¿Van ellos, no?, pues entonces puede ir ella también.

-A1 fin y al cabo, es una criatura como todas las demás - comenta Andrés.

-Y, además, hoy no viene nadie, y por tanto... - observa Mateo.

-Yo propondría darle alojamiento por hoy, y mañana decírselo al encargado; es una buena persona - dice Judas Tadeo.

-¡Tienes razón! ¡Sí señor! Tiene muchos establos, y algunos de ellos vacíos. ¡Siempre un establo será un palacio comparado con esa barquichuela hundida! - exclama Pedro.

-Vete a decírselo entonces - incita Tomás.

-Los jóvenes no han hablado todavía - observa Jesús.

-Yo estoy de acuerdo con lo que Tú hagas - dice el primo Santiago.

El otro Santiago y su hermano, a una sola voz, dicen:

-Nosotros también.

-A mí me preocupa solamente la mala suerte de que vaya a venir por aquí algún fariseo - dice Felipe.

-¡Oh!, aunque subiéramos a las nubes, ¿tú crees que no harían llegar a nosotros sus acusaciones? No acusan a Dios porque lo tienen lejos; pero, si pudieran tenerlo cerca, como Abraham, Jacob y Moisés lo tuvieron, lo harían objeto de sus reproches...

-¿Quién hay, para ellos, sin culpa? - dice Judas de Keriot.

-Pues entonces id a decirle que venga a alojarse en esa estancia. Ve tú, Pedro, con Simón y Bartolomé: sois ancianos, con lo cual se sentirá menos violenta esa mujer. Decidle también que la proveeremos de comida caliente y de un vestido seco; el que dejó aquí Isaac. ¿Veis como todo tiene una utilidad?... incluso un vestido de mujer dado a un hombre...

Los jóvenes se ríen porque con el vestido en cuestión debe haber habido algún hecho gracioso.

Los tres ancianos se marchan... y vuelven al cabo de un rato.

-Ha costado lo suyo... pero, al final, ha venido. Le hemos jurado que no la molestaríamos en ningún momento; ahora le llevo paja y el vestido. Dame las verduras y un pan; hoy no tiene nada que llevarse a la boca. Claro... ¿quién se mueve de casa con este diluvio?

El buen Pedro se dirige a donde la mujer con sus tesoros.

¯Y ahora una orden para todos: por ningún motivo se va a esa estancia. Mañana tomaremos las decisiones oportunas. Acostumbramos a hacer el bien por el bien, sin curiosidades o deseos de recibir del bien realizado un motivo de diversión o cualquier otra cosa. ¿Lo veis? Os quejabais de que hoy no se haría nada útil. Hemos amado al prójimo. ¿Podíamos hacer algo mayor que esto? Si - y así es - ésta mujer es una infeliz, ¿no podrá, acaso, nuestra ayuda proporcionarle un alivio, un calor, una protección mucho más profunda que el poco alimento, el mísero vestido, el techo sólido, que le hemos dado? Si es una culpable, una pecadora, una criatura que busca a Dios, ¿nuestro amor no será, acaso, la más hermosa lección, la más poderosa palabra, el más claro indicador del camino de Dios?

Pedro entra despacito y se pone a escuchar a su Maestro.

-Mirad, amigos. Muchos maestros tiene Israel, que no hacen más que hablar y hablar... Bueno, pues las almas no cambian. ¿Por qué? Porque las almas no sólo oyen las palabras de sus maestros, sino que también ven sus acciones. Pues bien, éstas destruyen a aquéllas. Y las almas se quedan en la posición en que estaban, si es que no retroceden incluso. Mas cuando un maestro hace lo que dice y se comporta santamente en todas sus acciones, aunque sólo lleve a cabo acciones materiales - como dar un pan, un vestido, un lugar de alojamiento a la carne doliente del prójimo - obtiene el que las almas vayan adelante y lleguen a Dios, porque son sus mismas acciones las que dicen a los hermanos: "Dios existe; aquí está Dios". ¡Oh..., el amor! En verdad os digo que quien ama se salva a sí mismo y salva a los demás.

-Así es, como Tú dices, Maestro. Esa mujer me ha dicho: "Bendito sea el Salvador y Aquel que lo ha enviado, y todos vosotros con Él"; y a mí, mísero hombre, me ha querido besar los pies; y lloraba tras su tupido velo... ¡En fin!... Esperemos que no venga ningún fisgón de Jerusalén... Si no... ¡vamos aviados!

-Es suficiente que nuestra conciencia nos salve del juicio de nuestro Padre - dice Jesús; luego bendice y ofrece los alimentos y se sienta a la mesa.

Todo termina.

## 125

## Los discursos en Agua Especiosa: *Santifica las fiestas.* El niño de las piernas fracturadas

El día - aunque aún llueva - está menos insoportable y permite a la gente ir donde el Maestro.

Jesús escucha aparte a dos o tres que tienen grandes cosas que decirle y que luego se van a su sitio, más tranquilos.

Bendice también a un niñito que tiene las piernecitas fracturadas de forma calamitosa y que ningún médico ha querido tratar de curar, pues decían: «Es inútil. Están rotas arriba, junto a la columna». Esto lo dice la madre, bañada en lágrimas; explica: «Iba corriendo con su hermanita por la calle del pueblo. Vino al galope con su carro un herodiano y lo arrolló. Pensé que lo había matado, pero ha sido peor. Ya ves: lo tengo en esta tabla porque... no hay nada que hacer. Y sufre, sufre porque el hueso perfora; pero cuando el hueso deje de perforar, seguirá sufriendo porque sólo podrá estar echado sobre la espalda».

-¿Te duele mucho? - le pregunta, piadoso, Jesús al niñito, que está llorando.

-Sí.

-¿Dónde?

-Aquí... y aquí - y se toca con la manecita insegura los dos huesos ilíacos - Y también aquí y aquí - y se toca las zonas lumbares y los hombros - La tabla es dura y yo quiero moverme, yo... - y llora desesperado.

-¿Quieres que te tome en brazos? ¿Quieres? Te llevo allí arriba. Ves a todos mientras Yo hablo.

-¡Síii! - es un "sí" lleno de anhelo. El pobrecito niño tiende a Jesus sus brazos suplicantes.

-Pues entonces ven.

-¡Pero si no puede, Maestro! ¡Es imposible! Le duele demasiado... Ni siquiera lo puedo mover yo para lavarle.

-No le hago daño.

-El médico...

-El médico es el médico, Yo soy Yo. ¿Por qué has venido?

-Porque eres el Mesías - responde la mujer, que se pone pálida y roja, con un sentimiento de esperanza y de desesperación al mismo tiempo.

-¿Entonces...? Ven, pequeñuelo.

Jesús, pasando un brazo por debajo de las inertes piernecitas y el otro por debajo de los hombritos, toma al niño y le pregunta: «

-¿Te hago daño? ¿No? Pues entonces di adiós a tu mamá y vamos.

Y va caminando con su carga, entre la muchedumbre que se va abriendo a su paso. Va hasta el otro extremo, sube a una especie de tarima que le han hecho para que lo vean todos, incluso los que están en el patio, pide una banqueta y se sienta, se coloca bien al niño sobre sus rodillas y le pregunta:

-¿Te gusta? Ahora estate tranquilo y escucha tú también - y empieza a hablar, haciendo gestos con una mano sólo, la derecha, porque con la izquierda está sujetando al niño, que mira a la gente, feliz de ver algo, y sonríe a su mamá - a quien la esperanza tiene llena de impaciencia - que está en el otro extremo, y juguetea con el cordón de la vestidura de Jesús así como con la blanda barba rubia del Maestro y con un mechón de sus largos cabellos.

-Está escrito: "Cumple un trabajo honesto y el séptimo día dedícaselo al Señor y a tu espíritu". Esto fue dicho con el mandamiento del descanso sabático.

El hombre no es superior a Dios; y Dios hizo en seis días su creación y el séptimo descansó. ¿Cómo, pues, el hombre se toma la libertad de no imitar al Padre y de no prestar obediencia a su mandamiento? ¿Acaso es un precepto estúpido? No. Se trata, ciertamente, de un imperativo saludable, tanto en el orden de la carne, como en el moral, como en el del espíritu.

El cuerpo del hombre, cuando está cansado, tiene necesidad de descansar, de la misma forma que la tiene el cuerpo de todo ser creado. Descansa incluso - y se lo permitimos, para no perderlo - el buey que usamos en el campo, el asno que nos transporta, la oveja que pare al cordero y nos da leche. Descansa incluso - y la dejamos descansar - la tierra de los campos de labor, para que, en los meses en que no está sembrada, se nutra y se sature de las sales que le llueven del cielo o provienen del terreno. Descansan adecuadamente, incluso sin pedirnos el beneplácito, los animales y las plantas, que obedecen a leyes eternas de una sabia regeneración. ¿Por qué, pues, el hombre se niega a imitar a su Creador, que el séptimo día descansó, y a los seres inferiores - sean vegetales o animales - que, no habiendo recibido sino un imperativo en su instinto, saben conformarse a él y obedecerlo?

Además de físico, es un imperativo moral. El hombre, durante seis días, ha sido de todos y de todo; lo han llevado arriba y abajo, como hace con un hilo el dispositivo del telar, sin poder decir en ninguna ocasión: “Ahora me dedico a mí mismo, a mis seres queridos; soy el padre, hoy soy de mis hijos; soy el marido, hoy me dedico a mi esposa; soy el hermano, disfrutaré estando con mis hermanos; soy el hijo, voy a cuidar la vejez de mis padres".

Es un imperativo espiritual. El trabajo es santo; más santo es el amor; santísimo, Dios. Pues entonces no nos olvidemos de darle al menos uno de entre los siete días a nuestro bueno y santo Padre, que nos ha dado la vida y nos la conserva. ¿Por qué vamos a tratarlo como si fuera menos que el padre o que los hijos, o que los hermanos, o la esposa, o que nuestro mismo cuerpo? El *dies Domini* sea del Señor. ¡Oh, dulce regresar, después del trabajo del día, por la noche, al ambiente acogedor del hogar lleno de entrañables sentimientos, dulce regresar a él tras un largo viaje! Y ¿por qué no ampararse, después de seis jornadas de trabajo, en la casa del Padre? ¿Por qué no ser como el hijo que, al volver de un viaje de seis días, dice: “Aquí estoy, vengo a pasar mi día de descanso contigo"?

Bien, ahora escuchadme; he dicho: "Cumple un honesto trabajo".

Sabéis que nuestra Ley prescribe el amor al prójimo. La honradez en el trabajo se inscribe en el amor al prójimo. Quien es honrado en su trabajo no roba en las transacciones, no le sustrae al trabajador su salario, no lo explota de manera culpable, tiene presente que quien está a su servicio y quien trabaja para él son una carne y un alma como las suyas, y no los trata como si fueran pedazos de piedra sin vida que es lícito romper o golpear con el pie o con el hierro. Quien no actúa así no ama al prójimo y peca por ello ante los ojos de Dios; su ganancia es maldita, aunque de ella separe el óbolo para el Templo.

¡Oh, qué falsa es esa dádiva! ¿Cómo puede atreverse a depositarla al pie del altar, cuando está rebosando lágrimas y sangre del inferior, explotado; cuando es un "hurto", es decir, una traición respecto al prójimo (porque el ladrón es un traidor respecto a su prójimo)? Creedlo: no se santifican las fiestas si no se usan para escudriñarse uno a sí mismo, si no se aprovechan para mejorarse uno a sí mismo, para reparar los pecados cometidos durante los otros seis días. ¡En esto consiste la santificación de la fiesta! Ésta es, no otra, enteramente exterior, que no cambia ni en una jota vuestro modo de pensar.

Dios quiere obras vivas, no simulacros de obras. Simulacro es la falsa veneración a su Ley; simulacro es la falaz santificación del sábado, o sea, el cumplimiento del descanso para mostrar ante los ojos de los hombres que se obedece al mandamiento, usando luego esas horas de ocio para el vicio, la lujuria, la crápula, o para pensar en cómo explotar y perjudicar al prójimo en la siguiente semana; es simulacro la santificación del sábado, o sea, el descanso material, si éste no se ve acompañado del trabajo íntimo, espiritual, santificante, de un recto examen de uno mismo, de un humilde reconocimiento de la propia miseria, de un serio propósito de obrar mejor en la semana siguiente.

Diréis: "¿Y si luego se vuelve a pecar?". Pues bien, ¿qué diríais vosotros de un niño que por haberse caído se negara a dar ya un solo paso para, así, no volverse a caer?: que es un estúpido; que no tiene por qué avergonzarse de caminar aún con paso inseguro, porque a todos nos pasó cuando éramos pequeños, y no por ello nuestro padre no nos amó. ¿Quién no recuerda cómo nuestras caídas nos han atraído una lluvia de besos maternos y de caricias paternas? Lo mismo hace el Padre dulcísimo que está en los Cielos. Se inclina hacia su criatura, que llora en el suelo, y le dice: "No llores, Yo te levanto. Estate más atento la próxima vez. Ven a mis brazos; en ellos se te pasarán todos tus males para seguir luego tu camino, fortalecido, curado, feliz". Esto dice nuestro Padre que está en los Cielos, esto os digo Yo.

Si lograrais tener fe en el Padre, todo os saldría bien; una fe que debe ser, eso sí, como la de un párvulo. El niño cree que todo es posible, no se pregunta si puede y cómo puede darse un hecho; no mide la profundidad del hecho; cree en quien le inspira confianza, y hace lo que éste le dice. Sed como los pequeños ante el Altísimo. ¿Qué amor tiene Él por estos desambientados ángeles que constituyen la belleza de la Tierra! Así ama a las almas que se hacen simples, buenas, puras, como es el niño.

¿Queréis ver la fe de un niño para aprender a tener fe? Observad. En todos vosotros se veía una compasión hacia el pequeñuelo que tengo en mi pecho y que, contrariamente a lo que los médicos y la madre decían, no ha llorado estando

sentado en mi regazo. ¿Veis? Hacía mucho tiempo que lloraba día y noche sin poder hallar descanso, y aquí no ha llorado; se ha dormido, sereno, sobre mi corazón. Le pregunté: "¿Quieres venir a mis brazos?", y él me contestó: "sí", sin razonar sobre su mísero estado, sobre el posible dolor que podría sentir, sobre las consecuencias de moverlo. Ha visto en mi rostro amor y ha dicho: "sí", y ha venido. Y no ha sentido dolor. Ha gozado estando aquí arriba viendo, él, que está clavado a su tabla lisa; ha gozado al colocarlo en una carne blanda y no en una madera dura; ha sonreído, ha jugado y se ha dormido teniendo entre sus manitas un mechón de mis cabellos. "Ahora lo voy a despertar con un beso...

Jesús besa al niño en sus delicados cabellos castaños, hasta que se despierta sonriente.

-¿Cómo te llamas?

-Juan.

-Escúchame, Juan. ¿Quieres andar?, ¿ir con tu mamá y decirle: "El Mesías te bendice por tu fe"?

-¡Sí! ¡Sí! - El pequeño da palmadas con sus manitas y pregunta: -¿Haces que pueda ir? ¿Por los prados? ¿Se acabó la tabla fea? ¿Se acabaron los médicos que hacen daño?

-Se acabó, se acabó para siempre.

-¡Ah..., cuánto te quiero!

Echa sus bracitos en torno al cuello de Jesús y lo besa y, para besarlo mejor, salta de rodillas encima de sus rodillas: una granizada de besos inocentes cae sobre la frente, sobre los ojos, sobre los carrillos de Jesús.

En su alegría, el niño ni siquiera se da cuenta de que se ha podido mover; él, que hasta ese momento había estado quebrantado. Pero el grito de su madre y de la multitud le hace volver en sí y girar la cabeza asombrado. Sus grandes ojos inocentes en el rostro enflaquecido miran como preguntando por qué. Todavía de rodillas, con el bracito derecho en torno al cuello de Jesús, le pregunta en tono confidencial (refiriéndose a la gente, que está revolucionada, a su madre, que en el otro extremo lo llama uniendo su nombre al de Jesús:

-¡Juan! ¡Jesús! ¡Juan! ¡Jesús!

-¿Por qué grita la gente y mi madre? ¿Qué les pasa? ¿Eres Tú Jesús?

-Soy Yo. La gente grita porque está contenta de que puedas andar. Adiós, pequeño Juan - Jesús lo besa y lo bendice -. Ve con tu mamá y sé bueno.

El niño baja, firme, de las rodillas de Jesús y de éstas al suelo, y corre hacia donde está su madre, le salta al cuello y dice:

-Jesús te bendice. ¿Por qué lloras entonces?

La gente está un poco más callada, Jesús dice con voz de trueno:

-¡Haced como el pequeño Juan, vosotros, que, cayendo en el pecado, os herís! ¡Tened fe en el amor de Dios! La paz sea con vosotros.

Y mientras el vocerío de la multitud, prorrumpiendo en gritos de hosanna, se mezcla con el llanto dichoso de la madre, Jesús, protegido por los suyos, sale de la estancia, y todo termina.

## 126

## Los discursos en Agua Especiosa: No matarás. Muerte de Doras

"No matarás", está escrito. ¿A cuál de los dos grupos de mandamientos pertenece éste? ¿”A1 segundo", decís? ¿Estáis seguros? Otra pregunta: ¿Es un pecado que ofende a Dios o a la víctima? ¿Decís: "A la víctima'? ¿Estáis seguros de esto también? Os hago una tercera pregunta: ¿Es sólo pecado de homicidio? A1 matar, ¿no cometéis más que ***este*** único pecado? ¿"Este sólo", decís? ¿Ninguno tiene duda de ello? Decid en voz alta vuestras respuestas. Que uno hable por todos vosotros, Yo espero.

Jesús se inclina a acariciar a una niña pequeña que se ha acercado a Él y que lo está mirando extática, olvidándose incluso de seguir mordisqueando la manzana que, para mantenerla quieta, le ha dado su madre.

Se pone en pie un anciano de aspecto grave y dice:

-Escucha, Maestro. Yo sirvo a la sinagoga desde hace mucho tiempo y me han dicho que hable en nombre de todos. Hablo pues. Me parece, nos parece, que hemos respondido según justicia y según cuanto nos han enseñado. Baso mi certidumbre en el capítulo de la Ley que habla del homicidio y de las agresiones físicas. Tú sabes, de todas formas, para qué hemos venido: para ser aleccionados, porque reconocemos en ti sabiduría y verdad. Por tanto, si me equivoco, ilumina mis tinieblas a fin de que el anciano siervo vaya a su Rey vestido de luz. Y, como conmigo, hazlo también con éstos, que son de mi rebaño y que han venido con su pastor a beber las fuentes de la Vida - y se inclina, antes de sentarse, con el máximo respeto.

-¿Quién eres, padre?

-Cleofás, de Emaús, tu siervo.

-No mío, sino de Aquel que me ha enviado, porque debe dársele al Padre toda prioridad y todo amor en el Cielo, en la Tierra y en los corazones. El primero que le tributa este honor es su Verbo, el cual toma y ofrece en la mesa sin defecto los corazones de los buenos como hace el sacerdote con los panes de la proposición. Mas escucha, Cleofás, para que vayas a Dios enteramente iluminado conforme a tu santo deseo.

Para medir una culpa es necesario pensar en las circunstancias que la preceden, la preparan, la justifican, o la explican. ¿A quién he matado?, ¿qué he matado?, ¿dónde?, ¿con qué medios?, ¿por qué he matado?, ¿cómo he matado?, ¿cuándo he matado?: éstas son las preguntas que debe hacerse quien ha matado, antes de presentarse a Dios para pedirle perdón.

¿A quién he matado? A un hombre.

Yo digo: *a un hombre.* No pienso ni considero si es rico o si es pobre, si es libre o si es esclavo. Para mí no existen esclavos u hombres de poder. Existen sólo hombres creados por un único; por tanto, todos iguales. En efecto, frente a la majestad de

Dios es polvo hasta el más poderoso monarca de la tierra, y ante sus ojos y ante los míos no existe sino *una* esclavitud: la del pecado, por tanto, la de estar bajo Satanás. La Ley antigua distingue entre libres y esclavos, y entra en detalles acerca del hecho de matar en el acto o matar dejando sobrevivir un día o dos, o también acerca de si la mujer encinta muere por el golpe recibido, o si pierde la vida sólo su fruto. Pero esto se dijo cuando estaba aún lejana la luz de la perfección. Ahora se halla entre vosotros, y dice: Quienquiera que mate a un semejante suyo peca; y no peca sólo con el hombre, sino también contra Dios.

¿Qué es el hombre? El hombre es la criatura soberana que Dios ha creado para ser rey en la creación, creado a su imagen y semejanza, dándole la semejanza según el espíritu, y la imagen extrayendo de su pensamiento perfecto esta perfecta imagen. Observad el aire, la tierra y las aguas. ¿Acaso veis animal alguno o planta alguna que, por muy hermosos que sean, igualen al hombre? El animal corre, come, bebe, duerme, genera, trabaja, canta, vuela, se arrastra, trepa... pero no tiene la capacidad de hablar. El hombre, como el animal, sabe correr y saltar, y en el salto es tan ágil que emula al ave; sabe nadar, y nadando es tan veloz que semeja al pez; sabe arrastrarse como lo hace un reptil; sabe trepar asemejándose al simio; sabe cantar, y en esto se parece a los pájaros. Sabe engendrar y reproducirse... Pero, además, sabe hablar.

No digáis como objeción: "Todo animal tiene su lenguaje". Sí. Uno muge, otro bala, el otro rebuzna, el otro pía, o gorjea... pero, desde el primer bovino al último, siempre tendrán al mismo y único mugido, y así igualmente el ovino balará hasta el fin del mundo, y el burro rebuznará como rebuznó el primero, y el pardal siempre emitirá su breve canto, mientras que la alondra y el ruiseñor cantarán el mismo himno (al Sol, la primera; a la noche estrellada, el segundo), aunque sea el último día de la Tierra, de la misma manera que saluda-ron al primer Sol y a la primera noche terrestre. El hombre, por el contrario, debido a que no tiene sólo la campanilla y la lengua, sino que también tiene un conjunto de nervios centrados en el cerebro, sede del intelecto, sabe - debido a ello - captar las sensaciones nuevas y reflexionar en ellas y darles un nombre.

Adán puso por nombre "perro" a su amigo, y llamó "león" a aquel que, por su melena tupida y derecha en una cara ligeramente barbada, se le parecía más; llamó "oveja" a la cordera que lo saludaba mansamente, y llamó "pájaro" a esa flor de plumas que volaba como la mariposa y que además emitía, dulce, un canto que ésta no posee. Y andando el tiempo, a lo largo de los siglos, los hijos de Adán siguieron creando nuevos nombres, a medida que "fueron conociendo" las obras de Dios en las criaturas, o cuando - por la chispa divina que hay en el hombre - engendraron, además de otros hijos, cosas útiles, o nocivas, para esos mismos hijos (si estaban *con* Dios o *contra* Dios: están *con* Dios quienes crean y llevan a cabo cosas buenas; están *contra* Dios quienes crean cosas que resultan maléficas para el prójimo). Dios venga a los hijos suyos que han sido torturados por el mal ingenio humano.

El hombre es, pues, la criatura predilecta de Dios. Aunque en la presente situación sea culpable, continúa siendo el más querido por Él: lo testifica el hecho de que haya enviado a su mismo Verbo – no a un ángel, un arcángel, querubín o serafín, sino a su Verbo -, revistiéndolo de la humana carne, para salvar al hombre; y no consideró indigna esta veste para hacer capaz de sufrir y expiar a Aquel que, por ser como Él purísimo Espíritu, no habría podido sufrir y expiar la culpa del hombre.

El Padre me dijo: "Serás hombre: el Hombre. Yo hice ya un hombre, perfecto, como todo lo que hago. Había dispuesto para él una vida dulce, una dulcísima dormición, un beato despertar, una beatísima permanencia eterna en mi celeste Paraíso. Pero, como Tú sabes, en ese Paraíso no puede entrar nada contaminado, porque en él Yo-Nosotros, Dios Uno y Trino, tenemos trono, y ante este trono no puede haber sino santidad. Yo soy el que soy. Mi divina naturaleza, nuestra misteriosa Esencia, no puede ser conocida sino por aquellos que no tienen mancha. A1 presente, el hombre, en Adán y por Adán, está sucio. Ve. Límpialo. Es mi deseo. Serás Tú, de ahora en adelante, el Hombre, el Primogénito, porque serás el primero en entrar aquí con carne mortal sin pecado, con alma sin culpa original. Los que te han precedido sobre la faz de la tierra, así como los que te seguirán, tendrán vida por tu muerte de Redentor". Sólo podía morir quien previamente hubiera nacido; Yo he nacido, y moriré.

El hombre es la criatura predilecta de Dios. Decidme: si un padre tiene muchos hijos y uno de ellos es su predilecto - la pupila de sus ojos - y se lo matan, ¿no sufrirá más que si la víctima hubiera sido otro de sus hijos? No debería ser así, porque el padre debería ser justo con todos sus hijos, pero de hecho así sucede, y es porque el hombre es imperfecto. Sin embargo, Dios lo puede hacer con justicia, porque el hombre es la única de las criaturas que tiene en común con el Padre Creador el alma espiritual, signo innegable de la paternidad divina.

¿Si se le mata un hijo a un padre, se ofende sólo al hijo? No; también al padre. En la carne, al hijo; en el corazón, al padre: ambos son víctimas. ¿Matando a un hombre se ofende sólo al hombre? No; también a Dios. En la carne, al hombre; en su derecho, a Dios: sólo a Dios le corresponde el dar o quitar la vida y la muerte. Matar es usar violencia contra Dios y contra el hombre. Matar es penetrar en el dominio de Dios. Matar es faltar contra el precepto del amor. Quien mata no ama a Dios, porque destruye una obra de sus manos: un hombre. Quien mata no ama al prójimo, porque le priva al prójimo de aquello que el homicida quiere para sí: la vida.

Ved que así he dado respuesta a las dos primeras preguntas. ¿En dónde he agredido a mi víctima?

Se puede hacer en la calle, en casa de la víctima o atrayéndola a la propia casa. La agresión puede recaer en uno u otro órgano, causando mayor sufrimiento. Puedo cometer incluso dos homicidios en uno, si la víctima es una mujer que tiene el seno grávido de su fruto. Se puede matar en la calle sin tener intención de hacerlo. Un animal que se escape a nuestro control puede matar a un transeúnte; pero entonces en nosotros no hay premeditación. Si, por el contrario, uno va, armado de puñal bajo las hipócritas vestiduras de lino a la casa de su enemigo - y sucede con frecuencia que es enemigo el que ha cometido la equivocación de ser mejor -, o lo invita a su casa, aparentemente por deferencia hacia él, y luego lo degüella y lo echa al pozo, entonces hay premeditación y la culpa es completa en malicia, en crueldad, en violencia.

Si, matando a la madre, mato también a su fruto, entonces Dios me pedirá cuentas de dos, porque el vientre que engendra a un nuevo hombre según el precepto de Dios es sagrado, como lo es la pequeña vida que en aquél madura, a la que Dios ha dado un alma.

¿Qué medios he utilizado?

En vano uno dirá: "No quería matar", cuando en realidad iba armado con un arma segura. En un momento de ira incluso las manos se transforman en arma, y la piedra cogida del suelo, o la rama arrancada del árbol. Mas aquel que observa fríamente el puñal o el hacha y, si cree que cortan poco, los afila, y luego se los ciñe al cuerpo de forma que no se vean pero pueda empuñarlos con facilidad, y preparado de tal suerte va adonde su rival, ciertamente no podrá decir: "No había en mí deseo de agredir". Y aquel que prepara un veneno cogiendo hierbas y frutos venenosos y haciendo con ellos polvo o bebida, y luego lo ofrece a la víctima, como especia o como sidra, ciertamente no podrá decir: "No quería matar".

Y ahora escuchadme vosotras, mujeres, tácitas e impunes asesinas de tantas vidas. Separar de vuestro seno un fruto que crece en él, por el hecho de que provenga de culpable simiente, o porque sea un vástago no deseado, una carga a vuestro lado, o una carga para vuestra economía, también es matar. Hay un solo modo de *no* tener esa carga: permanecer castas. No unáis homicidio con lujuria, violencia con desobediencia; no creáis que Dios no ve porque el hombre no vea. Dios ve todo y se acuerda de *todo.* Tenedlo presente también vosotras.

¿Por qué he matado?

¡Oh, por cuántos porqués! Desde el desequilibrio desencadenado en vosotros inesperadamente por una emoción violenta (veros profanado el tálamo, encontraros con un ladrón dentro de casa, un inmundo intento de violar a vuestra hija en la flor de la adolescencia), hasta el frío y meditado cálculo para liberarse de un testigo peligroso, de alguien que obstaculice el propio camino, de alguien a cuyo puesto se aspira o cuya riqueza se ambiciona: éstas, y otras muchas parecidas, son las razones. Pues bien, Dios puede conceder el perdón a quien, febril por el dolor, asesina, mas *no* se lo concede a quien lo hace por ambición de poder o para ganarse la estima de los demás.

Obrad siempre bien para no temer ni el ojo ni la palabra de nadie. Contentaos con lo vuestro para no aspirar a lo ajeno hasta el punto de convertiros en asesinos por conseguir lo que es del prójimo.

¿Cómo he matado?

¿Ensañándome con la víctima aun después de la primera reacción impulsiva? En algunas ocasiones el hombre no se puede frenar, porque Satanás lo impele al mal del mismo modo que el hondero lanza la piedra. Pero, ¿qué diríais de una piedra que, habiendo dado en el blanco, volviera por sí misma a la honda para ser lanzada de nuevo y de nuevo golpear en su objetivo? Diríais: "Está poseída por una fuerza mágica e infernal". Así es el hombre que da un segundo, un tercero, un décimo golpe, después del primero, con la misma saña; porque la ira desaparece para dar paso a la razón inmediatamente después del primer impulso, si éste obedece a un motivo en cierto modo justificable, mientras que, por el contrario, la saña aumenta cuantos más golpes recibe la víctima en el *verdadero asesino, o* sea, en el satanás que no tiene ni puede tener piedad del hermano porque, siendo un satanás, es *odio.*

¿Cuándo he matado?

¿Durante el primer impulso? ¿Una vez que éste ha cesado? ¿Fingiendo haber perdonado, mientras que en realidad ha ido fermentando cada vez más el rencor? ¿O he esperado incluso años para cometer el asesinato, produciendo así un doble dolor al matar al padre a través de los hijos?

Así podéis ver cómo al matar se viola el primero y el segundo grupo de mandamientos. En efecto, al hacerlo os arrogáis el derecho de Dios y pisoteáis al prójimo. Es pecado, por tanto, contra Dios y contra el prójimo. Cometéis no sólo un pecado de homicidio, sino también de ira, de violencia, de soberbia, de desobediencia, de sacrilegio, y, en ocasiones - si matáis para haceros con un puesto o con una bolsa -, de codicia. Y no - aludo a ello, os lo explicaré mejor otro día - y no se peca de homicidio sólo con un arma o con veneno; también calumniando. Meditad en ello.

Y digo que el amo que da una paliza a un esclavo, pero con la astucia de que no se le muera entre sus manos, es doblemente culpable. El hombre esclavo no es dinero del amo, es alma de su Dios. ¡Maldito sea, eternamente, quien lo trata peor que a un buey!

El rostro de Jesús está fulgurante y su voz truena. Todos lo miran sorprendidos, porque antes hablaba con serenidad.

Maldito sea. La Ley nueva abroga la dureza contra el esclavo, todavía justa cuando en el pueblo de Israel no había hipócritas que se fingían santos y agudizaban el ingenio sólo para sacar el máximo provecho y eludir la Ley de Dios. Pero al presente - rebosando Israel de estos seres viperinos, que hacen lícito el placer sólo porque ellos son ellos, los miserables poderosos a quienes Dios mira con odio y asco -, al presente Yo digo: ya no es así.

Caen los esclavos en los surcos o ante las piedras de molino; caen, con los huesos quebrantados, visibles los nervios, a causa del látigo. Los acusan de falsos delitos para poderlos golpear, para justificar su propio sadismo satánico. Hasta el milagro se usa como acusación para tener derecho a golpearlos. Ni el poder de Dios, ni la santidad del esclavo convierte su alma retorcida. No puede ser convertida. El *bien no entra donde hay saturación de mal.* Pero Dios ve, y dice: "¡Basta!".

Demasiados son los Caínes que matan a los Abeles. Y ¿qué os pensáis, inmundos sepulcros blanqueados por fuera, por fuera cubiertos con las palabras de la Ley mientras que por dentro se pasea el rey Satanás y pulula el satanismo más astuto, qué os pensáis?, ¿que es sólo Abel hijo de Adán?, ¿que el Señor mira benigno sólo a quienes no son esclavos de hombre mientras que rechaza el único ofrecimiento que puede elevarle el esclavo, el de su honestidad sazonada de llanto? No. En verdad os digo que todo aquel que es justo es un Abel, aunque esté cargado de grilletes, aunque esté muriendo en la gleba, o sangrando por vuestras flagelaciones; en verdad os digo que son Caínes todos los injustos que le dan a Dios, por orgullo, no por verdadero culto, lo que está inquinado con su pecar, y manchado de sangre.

Profanadores del milagro. Profanadores del hombre, asesinos, sacrílegos. ¡Fuera! ¡Fuera de mi presencia! ¡Basta! Yo digo: basta. Y puedo decirlo, porque soy la divina Palabra que traduce el Pensamiento divino. ¡Fuera!

Jesús, en pie, erguido, sobre su tosca tarima, presenta un aspecto tan grave, que verdaderamente asusta. Su brazo derecho extendido señalando a la puerta de salida; sus ojos, dos fuegos azules: parece fulminar a los pecadores presentes. La niña pequeña que estaba a sus pies se echa a llorar y corre hacia donde su mamá. Los discípulos se miran sorprendidos y tratan de ver a quién va dirigida la invectiva. La multitud se vuelve también con mirada interrogativa.

Por fin se descubre el enigma. En el fondo, fuera de la puerta, semioculto tras un grupo de altos aldeanos, se deja ver Doras, aún más seco que antes, amarillo, lleno de arrugas, todo él nariz y mentón prominente. Lleva consigo un siervo que le ayuda a moverse porque parece medio paralítico. ¿Quién podía verle entre la gente que está en el patio? Osa hablar con su voz ronca:

-¿Me dices a mí? ¿Lo dices por mí?

-Por ti, sí. Sal de mi casa.

-Salgo. Pero pronto ajustaremos las cuentas, no lo dudes.

-¿Pronto? ¡Enseguida!. Te dije en su momento que el Dios del Sinaí te espera.

-También a ti, maléfico, que a mí me has acarreado las enfermedades y a mis tierras los animales dañinos. Volveremos a vernos, para gozo mío.

-Sí. Y no te agradará el volver a verme, porque Yo te voy a juzgar.

-¡Ja! ¡Ja! mald... - Hace unos aspavientos, gorgotea... y cae.

-¡Ha muerto! - grita el siervo. -¡Ha muerto el patrón! ¡Bendito seas, Mesías, vengador nuestro!

-No Yo. Dios, Señor eterno. Que ninguno se contamine: que sólo el siervo se ocupe de su patrón. Y sé bueno con su cuerpo. Sed buenos, vosotros todos, sus siervos. No exultéis de alegría, con resentimiento, por el caído, para no merecer condena. Que Dios y el justo Jonás se os muestren siempre amigos, y Yo con ellos. Adiós.

-¿Ha muerto porque Tú así lo has querido? - pregunta Pedro.

-No. Pero el Padre ha entrado en mí... Es un misterio que no puedes entender. Sólo has de saber que no es lícito arremeter contra Dios. Él, sin concurso ajeno, se toma venganza.

-¿Y no podrías decirle al Padre tuyo que hiciera morir a todos los que te odian?

-¡Calla! ¡Tú no sabes de qué espíritu eres! Yo soy Misericordia, no Venganza.

Se acerca el anciano de la sinagoga:

-Maestro, has resuelto todos mis interrogantes, la luz está en mí. Bendito seas. Ven a mi sinagoga. No le niegues a un pobre viejo tu palabra.

-Iré. Vete en paz. El Señor está contigo.

Mientras la multitud se va yendo lentamente, todo termina.

## 127

## Los discursos en Agua Especiosa: No *tentarás al Señor tu* Dios. Testimonio de Juan el Bautista

Es un día serenísimo de invierno. Hace sol y viento; el cielo está sereno, uniforme, sin el más mínimo vestigio de nubes. Son las primeras horas del día. Hay todavía una fina capa de escarcha, o mejor, de rocío semihelado, que esparce un polvo diamantífero sobre el suelo y sobre las hierbas.

Vienen hacia la casa tres hombres, que caminan con la seguridad de quien sabe a dónde se dirige. Llegando ya, ven a Juan, que en ese momento atraviesa el patio cargado de unos cántaros de agua sacados del pozo, y lo llaman.

Juan se vuelve, deja las cantarillas y dice:

-¿Vosotros aquí? ¡Bienvenidos! El Maestro se alegrará al veros. Venid, venid, antes de que llegue la gente. ¡Ahora viene mucha!...

Son los tres pastores discípulos de Juan Bautista. Simeón, Juan y Matías van contentos detrás del apóstol.

-Maestro, han venido tres amigos. Mira - dice Juan entrando en la cocina, donde arde alegre un gran fuego de leña menuda, que expande un agradable olor a bosque y a laurel quemado.

-Paz a vosotros, amigos míos. ¿Cómo es que venís a verme? ¿Le ha sucedido alguna desgracia al Bautista?

-No, Maestro. Hemos venido con permiso suyo. Te envía saludos y dice que encomiendes a Dios al león perseguido por los arqueros. No se hace ilusiones respecto a su suerte futura, aunque por ahora sigue libre. Está contento porque sabe que tienes muchos fieles, incluidos los que antes eran suyos. Maestro... nosotros también lo deseamos vivamente, pero... no queremos abandonarlo ahora que lo persiguen. Compréndenos... - dice Simeón.

-No sólo eso, sino que os bendigo por ello. El Bautista merece todo respeto y amor.

-Sí. Así es. El Bautista es grande, y cada vez descuella más su figura. Se parece al agave, que poco antes de morir produce el gran candelabro de la septiforme flor y lo ondea, y perfuma. Así es él. Y siempre dice: "Mi único deseo es volver a verlo...". Verte a ti. Nosotros hemos recogido este grito de su alma y te lo hemos venido a traer sin decírselo. Él es "el Penitente", "el Abstinente". Su santo deseo de verte y de oírte lo consume. Yo soy Tobías, ahora Matías. Creo que el arcángel dado a Tobiolo no sería distinto del Bautista; todo en él es sabiduría.

-¿Quién ha dicho que no lo vuelva a ver?... Pero, ¿habéis venido sólo para esto? Es penoso caminar durante esta estación. Hoy hace un tiempo sereno, pero, hasta hace sólo tres días, ¡cuánta lluvia por los caminos!

-No hemos venido sólo por esto. Hace unos días vino Doras, el fariseo, a purificarse, pero el Bautista le negó el rito diciendo: "No llega el agua a donde hay una costra tan grande de pecado. Uno sólo te puede perdonar: el Mesías". Entonces él dijo: "Iré a verlo. Quiero curarme. Creo que este mal es su maleficio". Entonces el Bautista lo arrojó de su presencia como lo habría hecho con Satanás. Él, al irse, vio a Juan - lo conocía desde que Juan visitaba a Jonás, con quien estaba algo emparentado - y le dijo que venía, que todos iban, que había venido Manahén y hasta incluso venían las... (yo digo meretrices, pero él dijo un nombre más feo). “Agua Especiosa - decía - está llena de ilusos. Ahora, si me cura y me retira la maldición de mis tierras - que están como excavadas por máquinas de guerra por ejércitos de topos y gusanos y cortones que horadan los granos sembrados y

roen las raíces de los árboles frutales y de las vides y, no hay nada que los venza -, me haré amigo suyo; si no... ¡ay de Él!". Nosotros le respondimos: "¿Y vas con esta disposición de ánimo?". Y él respondió: "Pero quién cree en ese satanás. Además, lo mismo que convive con las meretrices puede hacer alianza conmigo". Nosotros queríamos venir a decírtelo, para que pudieras saber a qué atenerte con Doras».

-Ya está todo resuelto.

-¿Ya? ¡Ah, es verdad!, que él tiene carros y caballos y nosotros sólo las piernas. -¿Cuándo ha venido?

-Ayer.

-¿Y qué ha ocurrido?

-Esto: que si queréis ocuparos de Doras podéis ir al duelo a su casa de Jerusalén. Lo están preparando para la sepultura.

-¿Muerto?

-Muerto. Aquí. Pero no hablemos de él.

-Sí, Maestro... Sólo... dinos una cosa. ¿Es verdad cuanto dijo de Manahén?

-Sí. ¿Os desagrada?

-No, no..., nos alegra. ¡Cuánto le hemos hablado de ti en Maqueronte! Y, ¿qué otra cosa puede querer el apóstol sino que sea amado el Maestro? Es lo que Juan quiere, y, con él, nosotros.

-Hablas bien, Matías; la sabiduría está contigo.

-Y... yo no lo creo, pero ahora la hemos visto... Vino también a nosotros buscándote a ti antes de los Tabernáculos; y le dijimos: "Quien tú buscas no está aquí, pero estará pronto en Jerusalén para los Tabernáculos". Eso le dijimos, porque el Bautista nos había dicho: "¿Veis a esa pecadora?: es una costra de inmundicia; pero lleva dentro una llama a la que hay que alimentar; así, se avivará de tal modo que surgirá impetuosamente de debajo de la costra y todo arderá. Caerá la inmundicia y quedará sólo la llama". Eso dijo. Pero... ¿es verdad que duerme aquí, como han venido a decirnos dos influyentes escribas?

-No. Está en uno de los establos del capataz, a más de un estadio de aquí.

-¡Lenguas de infierno! ¿Has oído? ¡Y ellos!...

-Dejadlos que hablen. Los buenos no creen en sus palabras, sino en mis obras.

-Esto lo dice también Juan. Hace unos días, algunos discípulos suyos, nosotros presentes, le han dicho: "Rabí, Aquel que estaba contigo al otro lado del Jordán, del que tú diste testimonio, ahora bautiza, y todos van a Él; te vas a quedar sin fieles". A lo que Juan respondió:

-¡Dichoso mi oído, que oye esta noticia! ¡No sabéis qué alegría me dais! Sabed que el hombre no puede tomar nada si no le es dado del Cielo. Vosotros podéis testificar que he dicho: `Yo no soy el Cristo, si no el que ha sido enviado delante para prepararle el camino'. El hombre justo no se apropia de un nombre ajeno, y aunque otro hombre quisiera alabarle diciéndole: “eres ése”, es decir: el Santo, él responde: “No, realmente no es así; yo soy su siervo”. Y de todas formas se alegra mucho de ello, porque dice: “Se ve que me asemejo a Él un poco, si el hombre me puede confundir con Él”. Y, ¿qué desea la persona que ama sino parecerse a su amado? Sólo la esposa goza del esposo. El paraninfo no podría gozar de ella, porque sería una inmoralidad y un hurto. Pero el amigo del novio, que está cerca de él y escucha su palabra llena de júbilo nupcial, siente una alegría tan viva que podría compararse a la que hace dichosa a la virgen casada con él, la cual en aquella palabra comienza ya a degustar la miel de las palabras nupciales. Esta es mi alegría, y es completa. ¿Y qué hace el amigo del novio, habiéndole servido durante meses, y habiéndolo conducido a la esposa a casa? Se retira y desaparece. ¡Así hago yo! ¡Así hago yo! Uno sólo queda, el esposo con la esposa: el Hombre con la Humanidad. ¡Oh, qué palabra más profunda! Es necesario que Él crezca y que yo merme. Quien del Cielo viene está por encima de todos. Patriarcas y Profetas desaparecen a su llegada, porque Él es como el Sol, que todo lo ilumina y su luz es tan viva que los astros y planetas sin luz se visten de ella, y los que aún no están apagados quedan anulados en el supremo esplendor del Sol. Esto sucede porque Él viene del Cielo, mientras que los Patriarcas y los Profetas irán al Cielo, pero no vienen del Cielo. Quien viene del Cielo es superior a todos, y anuncia lo que ha visto y oído. Pero ninguno de entre los que no tienden al Cielo, renegando de Dios por ello, podrá aceptar su testimonio. Quien acepta el testimonio del que ha bajado del Cielo, con este acto suyo de creer, imprime un sello a su fe en que Dios es verdadero y no una fábula exenta de verdad, y escucha a la Verdad porque su ánimo está deseoso de ella. Porque Aquél a quien Dios ha enviado pronuncia palabras de Dios, pues Dios le da el Espíritu con plenitud, y el Espíritu dice: “Aquí estoy. Tómame; que quiero estar contigo, delicia de nuestro amor”. Porque el Padre ama al Hijo sin medida y todas las cosas las ha puesto en su mano. Por eso quien cree en el Hijo tiene la vida eterna; mas quien se niega a creer en el Hijo no verá la Vida, y la cólera de Dios permanecerá en él y sobre él".

-Esto dijo. Estas palabras me las he grabado en mi mente para transmitírtelas - dice Matías.

-Te lo agradezco y te alabo por ello. El Profeta último de Israel no es Aquel que del Cielo baja, pero, por haber recibido el beneficio de los dones divinos ya desde el vientre de su madre - vosotros no lo sabéis, pero Yo os lo digo ahora -, es el que más se acerca al Cielo.

-¿Cómo? ¿Cómo? ¡Háblanos! Él dice de sí mismo: "Yo soy el pecador".

Los tres pastores se muestran ansiosos de saber, así como también los discípulos.

-Cuando la Madre me llevaba, de mí-Dios estando encinta, fue a servir - porque es la Humilde y Amorosa - a la madre de Juan, prima suya por parte de madre, que había quedado embarazada en su vejez. Ya el Bautista tenía su alma, porque estaba en el séptimo (*tenía su alma, porque estaba en el séptimo mes de su formación. Esta afirmación no excluye el que el alma sea infundida desde el primer instante de la concepción. Lo que parece, más bien, es que Jesús quiere rechazar la opinión de que el individuo reciba su alma en el momento del nacimiento o, incluso, después de haber nacido)* mes de su formación. Y este brote de hombre, dentro del seno materno, saltó de alegría al oír la voz de la Esposa de Dios. También en esto fue precursor; precedió a los redimidos, porque de seno a seno se efundió la Gracia, y penetró, y cayó la Culpa original del alma del niño. Por ello Yo digo

que sobre la faz de la Tierra tres son los posesores de la Sabiduría, del mismo modo que en el Cielo Tres son los que son Sabiduría: el Verbo, la Madre, el Precursor, en la Tierra; el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo, en el Cielo.

-Nuestro corazón está henchido de estupor... Casi como cuando se nos dijo: "Ha nacido el Mesías...". Porque Tú eras la profundidad abisal de la misericordia y nuestro Juan lo es de la humildad.

-Y mi Madre, de la pureza, de la gracia, de la caridad, de la obediencia, de la humildad, de toda virtud que sea de Dios y que Dios infunda a sus santos.

-Maestro - dice Santiago de Zebedeo - hay mucha gente.

-Vamos. Venid también vosotros.

Es muchísima la gente.

-La paz sea con vosotros - dice Jesús. Está sonriente como pocas veces. La gente cuchichea y lo señala con gestos. Hay mucha curiosidad en el ambiente.

"No tentarás al Señor tu Dios", está escrito.

Demasiadas veces se olvida este mandamiento. Se tienta a Dios cuando se le quiere imponer nuestra voluntad. Se tienta a Dios cuando imprudentemente se actúa contra las reglas de la Ley, que es santa y perfecta y en su lado espiritual - el principal - se ocupa y se preocupa, también, de la carne que Dios ha creado. Se tienta a Dios cuando, habiendo sido perdonados por Él, se vuelve a pecar. Uno tienta a Dios cuando, habiendo recibido de Él un beneficio que pretendía ser un bien para sí, algo que le moviera hacia Dios, lo transforma en un daño.

Dios no es objeto de risa ni de burla. Demasiadas veces sucede esto. Ayer habéis presenciado el castigo que espera a quienes pretenden mofarse de Dios. El eterno Dios, lleno de compasión con quien se arrepiente, se muestra, por el contrario, lleno de severidad con el impenitente que en manera alguna se modifica a sí mismo.

Vosotros venís a mí para oír la palabra de Dios. Venís para obtener un milagro. Venís para obtener el perdón. Y el Padre os da palabra, milagro y perdón. Y Yo no echo de menos el Cielo, porque puedo daros milagros y perdón, y puedo haceros conocer a Dios.

Ese hombre cayó ayer fulminado, como Nadab y Abiú, por el fuego de la divina indignación. De todas formas, absteneos de juzgarlo. Que lo que ha sucedido, que ha sido un nuevo milagro, solamente os haga meditar acerca de cómo hay que actuar para tener a Dios como amigo. Él quería el agua penitencial, pero sin espíritu sobrenatural; la quería por espíritu humano: como una práctica mágica que le curase la enfermedad y lo liberase de la desventura. El cuerpo y la cosecha: éstos eran sus fines, no su pobre alma, que no tenía valor para él; lo valioso para él era la vida y el dinero.

Yo digo: "El corazón está donde está el tesoro, y el tesoro donde el corazón. Por tanto, el tesoro está en el corazón".

Él en el corazón tenía la sed de vivir y de tener mucho dinero. ¿Cómo obtenerlo?: como fuera; incluso con el delito. Pues bien, pedir así el bautismo ¿no era reírse de Dios y tentarlo? Habría bastado el arrepentimiento sincero por su larga vida de pecado para proporcionarle una santa muerte y lo justo en esta tierra. Pero él era el impenitente. No habiendo amado nunca a nadie aparte de sí mismo, llegó a no amarse ni siquiera a sí mismo. Porque el odio mata incluso el amor animal egoísta del hombre hacia sí mismo. El llanto del arrepentimiento sincero habría debido ser su agua lustral. De la misma forma, para todos vosotros que estáis escuchando; porque sin pecado no hay nadie, y todos, por tanto, tenéis necesidad de esta agua que, exprimida por el corazón mismo, desciende y lava, da de nuevo la virginidad a quien ha sido profanado, levanta al abatido, da nuevo vigor a quien la culpa ha dejado exangüe.

Ese hombre se preocupaba sólo de la miseria de la tierra, cuando en realidad sólo una miseria debe apesadumbrar al hombre: la eterna miseria de perder a Dios. Ese hombre no dejaba de hacer las ofrendas rituales, mas no sabía ofrecer a Dios un sacrificio de espíritu, es decir, alejarse del pecado, hacer penitencia, pedir con ***los hechos*** el perdón. Una hipócrita ofrenda de riquezas mal adquiridas es como invitarle a Dios a que se haga cómplice de las malas acciones del hombre. ¿Es posible que esto suceda? ¿No es reírse de Dios el pretenderlo? Dios arroja de su presencia a quien dice: "he aquí que sacrifico" y se consume internamente por continuar su pecado. ¿Ayuda, acaso, el ayuno corporal cuando el alma no ayuna del pecado?

Que la muerte de este hombre, que ha acontecido aquí, os haga meditar sobre las condiciones necesarias para gozar del aprecio de Dios. Ahora, en su rico palacio, los familiares y las plañideras hacen duelo ante los restos mortales que dentro de poco serán conducidos al sepulcro. ¡Oh, verdadero duelo y verdaderos restos mortales! ¡Nada más que unos restos mortales! Nada más que un desconsolado duelo, porque el alma, precedente e irremisiblemente muerta, se verá para siempre separada de aquellos que amó por parentela y afinidad de ideas. Aunque una misma morada los una eternamente, el odio que allí reina los dividirá. Es así que entonces la muerte es *verdadera* separación. Mejor sería que, en vez de los demás, fuese el propio hombre quien, teniendo muerta el alma, llorase por sí mismo; de modo que, por ese llanto de contrito y humilde corazón, le devolviera al alma la vida con el perdón de Dios.

Idos, sin odio ni comentarios, nada más que con humildad; como Yo, que, no con odio sino por justicia, he hablado de él. La vida y la muerte son maestras para bien vivir y bien morir, y para conquistar la Vida sin muerte. La paz sea con vosotros.

-No hay ni enfermos ni milagros - y Pedro les dice a los tres discípulos del Bautista: «Lo siento por vosotros».

-No es necesario. Nosotros creemos sin ver. Hemos tenido el milagro de su natividad, que nos ha hecho creyentes, y ahora tenemos su palabra, que confirma nuestra fe. Sólo pedimos servirla hasta el Cielo, como Jonás, hermano nuestro.

Todo termina.

## **128**

## **Los discursos en Agua Especiosa: *No desearás la mujer del prójimo.* El joven lujurioso**

Jesús se abre paso entre un verdadero pequeño pueblo que lo llama desde todas partes. Uno le enseña sus heridas, otro le enumera sus desventuras, un tercero se limita a decir: «Ten piedad de mí». Hay también quien le presenta a su propio hijito para que lo bendiga. El día, sereno y sin viento, ha llevado allí a muchísima gente. Jesús ha llegado casi a su puesto, cuando, del sendero que lleva al río, sube un lamento conmovedor:

-¡Hijo de David, ten piedad de este pobre infeliz tuyo!

Jesús se vuelve en esa dirección, como también la gente y los discípulos; pero unos tupidos matorrales de bojes esconden a la persona que ha proferido esta súplica.

-¿Quién eres? Ven.

-No puedo. Estoy contaminado. Debo ir donde el sacerdote para que me cancelen del mundo. He pecado y me ha brotado la lepra en el cuerpo. ¡Espero en ti!

-¡Un leproso! ¡Un leproso! ¡Maldito! ¡Lapidémoslo! - la muchedumbre se solivianta.

Jesús hace un gesto que impone silencio e inmovilidad.

-No está más contaminado que quien está en pecado. A los ojos de Dios, es todavía más inmundo el pecador impenitente que el leproso arrepentido. Quien sea capaz de creer, que venga conmigo.

Algunos curiosos, además de los discípulos, siguen a Jesús. Los demás, aun deseando ir, se quedan donde están.

Jesús va hasta más allá de la casa y del sendero, hacia los matorrales de bojes, pero luego se detiene y le ordena al leproso que se deje ver.

Sale un muchacho todavía casi adolescente. Bigote y barba tenues cubren apenas su rostro: es un rostro aún fresco y lleno. Tiene los ojos enrojecidos por el llanto.

Un gran grito de entre un grupo de mujeres enteramente tapadas - ya lloraban en el patio de la casa al pasar Jesús, y su llanto había aumentado por las amenazas de la muchedumbre - le saluda:

-¡Hijo mío!... Y la mujer cae sin fuerzas en los brazos de otra, que no sé si es pariente o amiga.

Jesús, solo, sigue avanzando hacia el desdichado:

-Eres muy joven. ¿Cómo es que estás leproso?

El joven baja los ojos, se enciende de rubor su rostro, balbucea... y no se atreve a más. Jesús repite la pregunta. El muchacho dice algo en forma más nítida, pero sólo se cogen las palabras:

-...Mi padre... fui... y pecamos... no sólo yo...

-Allí está tu madre, esperando y llorando. En el Cielo está Dios, que sabe lo sucedido, aquí estoy Yo, que también lo sé, pero necesito tu humillación para tener piedad. Habla.

-Habla, hijo. Ten piedad de las entrañas que te llevaron - gime la madre, que se ha hecho gran violencia para llegar hasta donde Jesús, y que ahora, de rodillas, teniendo en una mano inconscientemente el limbo del indumento de Jesús, tiende la otra hacia su hijo mostrando su pobre rostro abrasado en lágrimas.

Jesús le pone la mano sobre la cabeza.

-Habla -vuelve a decir.

-Soy el primogénito y ayudo a mi padre en los negocios. Él me ha mandado a Jericó muchas veces para hablar con sus clientes, y... y uno... uno tenía una mujer joven y hermosa... Me... me gustó. Fui más allá de donde debía... Le gusté... Nos deseamos y... pecamos en ausencia del marido... No sé cómo sucedió, porque ella estaba sana. Sí. No sólo yo estaba sano y la quise... ella también estaba sana y me quiso. No sé si... si además de a mí amó antes a otros y se había contagiado... Sí sé que ella se marchitó en poco tiempo y que ahora está en los sepulcros muriendo en vida... Y yo... y yo... ¡Mamá!, tú lo has visto, es poca cosa, pero dicen que es lepra... y... moriré de lepra. ¿Cuándo?... Se acabó la vida, la casa... y tú, mamá... ¡Oh, mamá, te veo y no te puedo besar!... Hoy vienen a descoserme los vestidos y a arrojarme de casa... del pueblo... Es peor que si hubiera muerto; ni siquiera tendré el llanto de mi madre sobre mi cadáver...

El joven llora. La madre está tan estremecida por los sollozos que parece un árbol zarandeado por el viento. La gente hace comentarios dictados por sentimientos opuestos.

Jesús está apenado. Habla:

-Y mientras pecabas ¿no pensabas en tu madre? ¿Estabas tan enajenado que no te acordabas de que tenías una madre en la Tierra y un Dios en el Cielo? Si no te hubiera aparecido la lepra, ¿te habrías acordado alguna vez de que habías ofendido a Dios y al prójimo? ¿Qué has hecho de tu alma? ¿Qué has hecho de tu juventud?

-Fui tentado...

-¿Eres acaso un niño, para no saber que era un fruto maldito? Merecerías morir sin piedad».

-¡Oh! ¡Piedad! Sólo Tú puedes...

-No Yo, Dios, y si aquí juras no pecar más.

-Lo juro. Lo juro. ¡Sálvame, Señor! Dispongo sólo de pocas horas antes de la condena. ¡Mamá!... ¡Mamá, ayúdame con tu llanto!... ¡Oh..., madre mía!

La mujer ya no tiene ni siquiera voz. Lo único que hace es agarrarse a las piernas de Jesús y levantar su cara con los ojos dilatados por el dolor: una cara de tragedia como de quien se está ahogando y sabe que ése es el último apoyo que lo sujeta y que puede salvarlo.

Jesús la mira. Le sonríe compasivo:

-Levántate, madre. Tu hijo está curado; pero por ti, no por él.

La mujer todavía no cree; le parece que, así, a distancia, no puede haber quedado curado, y hace signos de disentimiento entre continuos sollozos.

-Hombre, quítate la túnica del pecho, donde tenías la mancha; para consolar a tu madre.

El joven se baja el vestido, apareciendo desnudo ante los ojos de todos. No tiene sino una piel uniforme y lisa de joven bien robusto.

-Mira, madre - dice Jesús, y se inclina para levantar a la mujer. Este movimiento sirve también para contenerla cuando su amor de madre y el hecho de ver el milagro la hubiera lanzado contra su hijo sin esperar a su purificación. Sintiéndose impedida para ir a donde la impulsa su amor materno, se abandona en el pecho de Jesús, a quien besa en un verdadero delirio de alegría. Llora, ríe, besa, bendice... y Jesús la acaricia con piedad. Luego le dice al muchacho:

-Ve al sacerdote, y acuérdate de que Dios te ha curado por tu madre y para que seas justo en el futuro. Ve.

El muchacho bendice al Salvador y se marcha. A distancia, le siguen su madre y las otras mujeres que estaban con ella. La muchedumbre grita jubilosa.

Jesús vuelve a su puesto.

-Este joven también había olvidado que hay un Dios que ordena honestidad de costumbres; había olvidado que está prohibido hacerse dioses al margen de Dios; había olvidado que debía santificar su sábado, como he enseñado; había olvidado que existe el respeto amoroso a la madre; había olvidado que no se debe fornicar, ni robar, ni ser falso, ni desear la mujer del prójimo, ni matarse uno a sí mismo o la propia alma, ni cometer adulterio: había olvidado todo; ya veis cuál había sido su castigo.

"No desearás la mujer del prójimo" se une a "no cometerás adulterio", porque el deseo precede siempre a la acción. El hombre es demasiado débil como para poder desear sin llegar después a consumar el deseo. Y lo que es verdaderamente triste es que el hombre no sepa hacer lo mismo respecto a los deseos justos. En el mal se desea y luego se cumple; en el bien, se desea, para luego detenerse, aunque no se retroceda.

Lo que le he dicho a él os lo digo a todos vosotros, porque el pecado de deseo está tan difundido como las malas hierbas, que por sí solas se propagan: ¿Sois unos niños como para no saber que esa tentación es venenosa y que hay que huir de ella? "Fui tentado." ¡Frase remota! Mas, he aquí que tenemos también un remoto ejemplo, y, por tanto, debería el hombre acordarse de sus consecuencias, y debería saber decir: "No". En nuestra historia no faltan ejemplos de castos, que permanecieron tales a pesar de todas las seducciones del sexo y a pesar de las amenazas de los violentos.

¿Es un mal la tentación? No lo es; es la obra del Maligno, pero se transforma en gloria para quien la vence.

El marido que va a otros amores es un asesino de su esposa, de sus hijos, de sí mismo. Quien entra en morada ajena para cometer adulterio es un ladrón, y de los más viles: como el cuco, goza del nido ajeno sin aportar nada. Quien sustrae la buena fe al amigo es un falsario, porque finge una amistad que en realidad no tiene: quien así actúa se deshonra a sí mismo y deshonra a sus padres. ¿Puede, entonces, tener a Dios consigo?

He hecho el milagro por esa pobre madre. Pero me da tanto asco la lujuria, que me siento nauseado. Vosotros habéis gritado por miedo y repulsa de la lepra; Yo, con mi alma, he gritado a causa de la repugnancia por la lujuria. Todas las miserias me circundan y por todas ellas Yo soy el Salvador, pero prefiero tocar a un muerto, a un justo que esté ya descompuesto en la carne suya que fue honesta, mas en paz ya su espíritu, antes que acercarme a uno que tenga tufo de lujuria. Soy el Salvador, pero también soy el Inocente. Tengan presente esto todos los que vienen aquí o hablan de mí, proyectando en mi personalidad la levadura de la suya.

Comprendo que vosotros querríais de mí algo distinto, pero no puedo. La ruina de una juventud apenas formada y demolida por la libídine me ha turbado más que si hubiera tocado la Muerte. Vamos con los enfermos; no pudiendo, por la nausea que me ahoga, ser la Palabra, seré la Salud de quien espera en mí.

La paz esté con vosotros.

Efectivamente Jesús está muy pálido y su rostro denota dolor. No le vuelve la sonrisa sino cuando se agacha hacia unos niños enfermos u otras personas enfermas en sus camillas. Entonces vuelve a ser Él, especialmente cuando metiendo su dedo en la boca de un mudito de unos diez años le hace decir «Jesús», y luego «mamá».

La gente se marcha muy lentamente.

Jesús se queda paseando bajo el sol que inunda la era, hasta que viene el Iscariote:

-Maestro, yo no estoy tranquilo...

-¿Por qué, Judas?

-Por los de Jerusalén... Yo los conozco. Déjame ir allí unos días. No me refiero a que me mandes solo; es más, te ruego que no sea así. Mándame con Simón y Juan, que fueron muy buenos conmigo durante el primer viaje a Judea. Uno me frena, el otro me purifica hasta en el pensamiento. ¡No te puedes imaginar lo que significa Juan para mí!: es rocío que calma mis ardores, aceite sobre mis aguas agitadas... Créelo.

-Lo sé. Por eso, no te debes asombrar de que Yo lo quiera tanto. Es mi paz. Pero tú también, si eres siempre bueno, serás mi consuelo. Si usas los dones de Dios -y tienes muchos -para el bien, como estás haciendo desde hace algunos días, llegarás a ser un verdadero apóstol.

-¿Y me amarás como a Juan?

-Yo te amo igualmente, Judas; sólo que entonces lo haré sin esfuerzo y dolor.

-¿Qué bueno eres, Maestro mío!

-Ve a Jerusalén, aunque no va a servir para nada. No quiero contrariar tu deseo de ayudarme. Ahora se lo digo inmediatamente a Simón y a Juan. Vamos. ¿Has visto cómo sufre tu Jesús por ciertas culpas? Son como uno que ha levantado un peso demasiado fuerte. No me des nunca este dolor. Nunca más...

-No, Maestro, No. Te quiero. Tú lo sabes... pero soy débil...

-El amor fortalece.

Entran en casa y todo termina.

# 129

## La curación, en Agua Especiosa, de un romano endemoniado

Jesús está hoy con los nueve que se han quedado; los otros tres han salido para Jerusalén. Tomás, siempre alegre, tiene que multiplicarse para atender a sus verduras - y también a las otras incumbencias más espirituales -, mientras que Pedro, Felipe, Bartolomé y Mateo se encargan de los peregrinos; los demás van al río para el bautismo (¡verdaderamente de penitencia, con el frío que hace!).

Jesús está todavía en su rincón, en la cocina. Tomás trajina, pero guarda silencio para dejar tranquilo al Maestro. En ese momento entra Andrés y dice:

-Maestro, hay un enfermo que a mí me parece que convendría curarlo enseguida porque... dicen que está loco, porque no son israelitas; nosotros diríamos que está poseído. Chilla, vocea, se retuerce... Ven a ver.

-Ahora mismo. ¿Dónde está?

-Todavía en el campo. ¿Oyes esos aullidos? Es él. Parece un animal, pero es él. Debe ser un hombre rico porque el que lo acompaña va bien vestido, y al enfermo lo han bajado de un carro de mucho lujo muchos siervos. Debe ser pagano porque blasfema contra los dioses del Olimpo».

-Vamos.

-Voy también yo a ver - dice Tomás (su curiosidad por ver es mayor que su preocupación por las verduras).

Salen y, en vez de torcer hacia el río, tuercen hacia los campos que separan esta granja (nosotros la llamaríamos así) de la casa del capataz.

En medio de un prado, donde antes pastaban unas ovejas (que ahora, espantadas, se han diseminado en todas las direcciones, y que los pastores y un perro - el segundo que veo desde que veo - en vano las vuelven a agrupar), hay un hombre al que tienen atado fuertemente y que, a pesar de todo, pega unos botes de loco, gritando terriblemente, y cada vez más fuerte a medida que Jesús se acerca.

Pedro, Felipe, Mateo y Natanael están allí cerca, perplejos. Hay también más gente, sólo hombres, porque las mujeres tienen miedo.

-¿Has venido, Maestro? ¿Ves qué furia? - dice Pedro.

-Ahora se le pasará.

-Pero... es pagano, ¿sabes?

-¿Y qué valor tiene eso?

-¡Hombre!... ¡por el alma!...

Jesús sonríe ligeramente y sigue; llega al grupo del loco, que cada vez se agita más.

Se separa del grupo uno que por el indumento y por llevar el rostro rasurado se ve que es romano, y saluda diciendo:

-¡Salve, Maestro! He oído hablar de ti. Eres más grande que Hipócrates en el arte de curar y que el simulacro de Esculapio en obrar milagros con las enfermedades. Porque sé esto, he venido. Mi hermano, ya lo ves, está loco a causa de un misterioso mal. Ningún médico sabe lo que le pasa. He ido con él al templo de Esculapio y ha salido aún más loco. En Tolemaida tengo un familiar, me envió un mensaje con una galera, decía que aquí había Uno que curaba a todos, y he venido. ¡Qué viaje más horroroso!

-Merece premio.

-Pero, mira, no somos ni siquiera prosélitos. Somos romanos, fieles a los dioses. Vosotros decís "paganos". Somos de Síbaris, pero ahora estamos en Chipre.

-Es verdad. Paganos sois.

-Entonces... ¿para nosotros nada? O tu Olimpo rechaza al nuestro o el nuestro al tuyo».

-Mi Dios, único y Trino reina, único y solo.

-He venido en vano -dice desilusionado el romano.

-¿Por qué?

-Porque yo soy de otro dios.

-El alma es creada por Uno Solo.

-¿El alma?...

-El alma. Esa cosa divina que Dios crea para cada uno de los hombres: compañera en la existencia, superviviente más allá de la existencia.

-¿Y dónde está?

-En lo profundo del yo. Pero, a pesar de que esté, como cosa divina, en el interior del más sagrado templo, de ella se puede decir –y digo "ella", no ésta, porque no es una cosa, sino un ente verdadero y digno de todo respeto - que no está contenida, sino que contiene.

-¡Por Júpiter! ¿Eres filósofo?

-Soy la Razón unida a Dios.

-Creía que lo eras, por lo que decías...

-¿Y qué es la filosofía, cuando es verdadera y honesta, sino la elevación de la humana razón hacia la Sabiduría y la Potencia infinitas, o sea, hacia Dios?

-¡Dios! ¡Dios!... Ahí tengo a ese desdichado que me perturba, pero casi me olvido de su estado por escucharte a ti, divino.

-No lo soy como tú lo dices. Tú llamas divino a quien supera lo humano; Yo digo que tal nombre debe darse sólo a quien procede de Dios.

-¿Qué es Dios? ¿Acaso alguien lo ha visto?

-Está escrito: "¡A ti, que nos formaste, salve! Cuando describo la perfección humana, la armonía de nuestro cuerpo, celebro tu gloria". Alguien dijo: "Tu bondad refulge en que has distribuido tus dones a todos los que viven para que todo hombre tuviera aquello que necesita; y tu sabiduría queda testificada por tus dones, como tu poder al cumplirse tus deseos". ¿Reconoces estas palabras?

-Si Minerva me ayuda... son de Galeno. ¿Cómo es que las sabes? ¡Me maravillo!...

Jesús sonríe y responde:

-Ven al Dios verdadero y su divino espíritu te hará docto en la "verdadera sabiduría y piedad, que es conocerte a ti mismo y dar culto de adoración a la Verdad"

-¡Pero si sigue siendo Galeno! Ahora estoy seguro. No sólo eres médico y mago, sino también filósofo. ¿Por qué no vienes a Roma?

*(El nombre de Galeno citado aquí, si no es un error de escritura o de lectura, tiene que referirse a un Galeno distinto del que conocemos, médico y filósofo que vivió en el siglo segundo después de Cristo)*

-No soy ni médico ni mago ni filósofo, como tú dices, sino testimonio de Dios en la Tierra. 'Traedme aquí al enfermo.

Entre gritos y forcejeos lo arrastran hasta allí.

-¿Ves? Dices que está loco; dices que ningún médico ha podido curarlo. Es cierto: ningún médico, porque no está loco; lo que sucede es que un ser infernal - así te hablo porque eres pagano - ha entrado en él.

-Pero no tiene espíritu pitón. Es más, dice sólo cosas erróneas.

-Nosotros lo llamamos "demonio", no pitón; está el que habla y el mudo, el que engaña con razones con color de verdad y el que sólo crea desorden mental. El primero de estos dos es el más completo y peligroso. Tu hermano tiene el segundo, pero ahora saldrá de él.

-¿Cómo?

-El mismo te lo dirá.

Jesús ordena:

-¡Deja a este hombre! Vuelve a tu abismo.

-Me marcho. Contra ti, demasiado débil es mi poder. Me echas y me amordazas. ¿Por qué siempre nos vences?...

El espíritu ha hablado por la boca del hombre, el cual, después de ello, se desploma como derrengado.

-Está curado. Soltadlo sin miedo.

-¿Curado? ¿Estás seguro? ¡Yo... yo te adoro!

El romano hace ademán de postrarse.

Jesús no quiere:

-Alza el espíritu. En el Cielo está Dios. Adóralo a Él y ve hacia Él. Adiós.

-No. Así no. A1 menos toma. Permíteme que haga como haría con los sacerdotes de Esculapio. Permíteme oírte hablar... Permíteme hablar de ti en mi patria...

-Hazlo, y ven con tu hermano.

El tal hermano mira a su alrededor asombrado y pregunta:

-Pero, ¿dónde estoy? ¡Esto no es Cintium! ¿Dónde está el mar.

-Sufrías... - Jesús hace un gesto para imponer silencio - sufrías a causa de una fuerte fiebre y te han traído a otro clima. Ahora estás mejor. Ven.

Todos van a la estancia grande (pero no todos conmovidos de la misma forma: como hay quien admira, también hay quien critica la curación del pagano).

Jesús va a su puesto. Tiene en la primera fila de la asamblea a los romanos.

-No os moleste el que cite un pequeño párrafo de los Reyes. En él se lee que, estando el rey de Siria preparado para la guerra contra Israel, tenía en su corte un hombre que era grande y honrado, de nombre Naamán, leproso. Se lee igualmente que a este hombre una jovencita de Israel venida a ser esclava suya - de ella se habían apoderado los sirios - le dijo: "Si mi señor hubiera ido al profeta que está en Samaria, sin duda le habría curado de la lepra". Oído esto, Naamán, pedida licencia al rey, siguió el consejo de la joven. El rey de Israel, sin embargo, muy desasosegado, dijo: "¿Acaso soy Dios para que el rey de Siria me envíe a los enfermos? Esto es una trampa para provocar la guerra". Pero el profeta Eliseo, conocido el hecho, dijo: "Que venga a mí el leproso y yo lo curaré y sabrá que hay un profeta en Israel". Naamán fue entonces a donde Eliseo, pero Eliseo no lo recibió; simplemente le envió este mensaje: "Lávate siete veces en el Jordán y quedarás limpio". Esto enojó a Naamán, pareciéndole que en balde había hecho tanto camino, e, indignado, se preparó para volverse. Pero los siervos le dijeron: "No te ha pedido más que lavarte siete veces, y, aunque te hubiera ordenado mucho más, deberías hacerlo, porque él es el profeta". Entonces Naamán cedió. Fue, se lavó y recuperó la salud. Jubiloso, retornó a donde el siervo de Dios y le dijo: "Ahora sé la verdad: no hay otro Dios sobre toda la Tierra, sino solamente el Dios de Israel". Y, dado que Eliseo no quería dones, le pidió poder tomar al menos tanta tierra como para poder sacrificar, sobre tierra de Israel, al Dios verdadero.

Sé que no todos vosotros aprobáis lo que he hecho. Sé también que no estoy obligado a justificarme ante vosotros. Pero, puesto que os amo con amor verdadero, quiero que comprendáis mi gesto y de él aprendáis, y que desaparezca de vuestro ánimo todo sentido de crítica o de escándalo.

Aquí tenemos a dos súbditos de un estado pagano. Uno estaba enfermo. Se les dijo - ciertamente por medio de Israel - a través de un pariente: "Si fuerais al Mesías de Israel, Él sanaría al enfermo". Y ellos han venido a mí de muy lejos. Mayor aún su confianza que la de Naamán, porque nada sabían de Israel y del Mesías, mientras el sirio, por la cercanía de las naciones y por el continuo contacto con esclavos de Israel, ya sabía que en Israel estaba Dios, el verdadero Dios. ¿No conviene que ahora un hombre pagano pueda volver a su patria diciendo: "Verdaderamente en Israel hay un hombre de Dios, y en Israel adoran al verdadero Dios"?

Yo no he dicho: "Lávate siete veces". He hablado de Dios y del alma, dos cosas que ellos ignoran, y que conllevan, como bocas de inexhausto manantial, los siete dones; porque donde existe el concepto de Dios y el de espíritu, y el deseo de llegar a ellos, nacen los árboles de la fe, esperanza, caridad, justicia, templanza, fortaleza, prudencia: virtudes que ignoran quienes de sus dioses no pueden copiar sino las comunes pasiones humanas, humanas pero más licenciosas, dado que las cumplen seres supuestamente excelsos. Ahora ellos vuelven a su patria. Y más que la alegría de haberles sido concedido lo que pedían está la de decir: "Sabemos que no somos bestias; que más allá de la vida hay todavía un futuro. Sabemos que el verdadero Dios es Bondad y que, por tanto, nos ama también a nosotros y nos socorre para persuadirnos a que vayamos a El".

-¿Qué creéis, que son los únicos que ignoran la verdad? Hace un rato, un discípulo mío pensaba que yo no podía curar al enfermo por tener alma pagana. Pero, ¿el alma qué es?, ¿de quién viene? El alma es la esencia espiritual del hombre, es la que, creada de edad perfecta, reviste, acompaña, vivifica toda la vida de la carne y continúa viviendo una vez desaparecida la carne, siendo, como es, inmortal como Aquel que la crea: Dios. Habiendo un solo Dios, no existen almas de paganos o almas de no paganos creadas por distintos dioses. Hay una sola Fuerza que crea las almas: la del Creador, la del Dios nuestro, único, poderoso, santo, bueno que no tiene pasión alguna aparte del amor, caridad perfecta enteramente espiritual. Para que estos romanos me entiendan, del mismo modo que he dicho "caridad", digo también "caridad enteramente moral"; porque son párvulos y desconocen por completo las palabras santas, no comprenden el concepto "espíritu".

¿Que creéis?, ¿que he venido sólo para Israel? Yo soy quien reunirá a las estirpes bajo un solo báculo: el del Cielo. En verdad os digo que está cercano el tiempo en que muchos paganos dirán: "Dejadnos tomar lo necesario para poder celebrar en nuestro suelo pagano sacrificios al Dios verdadero, al Dios Uno y Trino", cuya Palabra soy Yo. Ahora ellos se marchan, y van más convencidos que si Yo, por el contrario, los hubiera humillado con mi desdén. Ellos, tanto en el milagro como en mis palabras, sienten a Dios, y esto es lo que dirán en su tierra.

Además os digo: ¿No era justo premiar tanta fe? Desorientados por los dictámenes de los médicos, desilusionados por los viajes inútiles a los templos, han sabido, no obstante, seguir teniendo fe para venir al desconocido, al gran Desconocido del mundo, al escarnecido, al gran Escarnecido y Calumniado de Israel, y decirle: "Creo que podrás". El primer crisma de su nueva mentalidad les viene de este haber sabido creer. Yo los he sanado no tanto de la enfermedad cuanto de su errada fe, porque he acercado sus labios a un cáliz que, cuanto más se bebe de él, hace sentir más sed: la sed de conocer al Dios verdadero.

He terminado. A vosotros de Israel os digo: sabed tener fe como han sabido éstos.

E1 romano se acerca con el hombre que ha sido curado:

-Ya no oso decir "por Júpiter". Digo, esto sí, que, por mi honor de ciudadano romano, te juro que tendré esta sed. Ahora debo irme. Pero en adelante ¿quién me dará de beber?

-Tu espíritu, el alma que ahora sabes que tienes, hasta cuando un enviado mío vaya a visitarte.

-¿Y Tú no?

-Yo... Yo no. Pero no estaré ausente, aun no estando presente. Y dentro de poco más de dos años, te haré un regalo mayor que la curación de este que tú amabas. Adiós a los dos. Sabed perseverar en este sentimiento de fe.

-Salve, Maestro; que el Dios verdadero te salve.

Los dos romanos se van y se oye que llaman a los siervos que están con el carro.

-¡Y ni siquiera sabían que tenían un alma! - dice en voz baja un anciano.

-Sí, padre, y han sabido aceptar mi palabra mejor que muchos en Israel. Ahora, dado que han ofrecido tanta limosna, favorezcamos a los pobres de Dios con doble y triple medida. Y que los pobres rueguen por estos benefactores, más pobres que ellos mismos, para que lleguen a la verdadera, única riqueza: conocer a Dios.

La velada llora bajo su velo, que impide ver sus lágrimas, pero no oír sus sollozos.

-Esa mujer está llorando - dice Pedro - Quizás es que no tiene ya dinero - ¿Se lo damos?

-No llora por eso. Pero, ve y dile esto:

-Las patrias pasan, pero el Cielo permanece y es de quien sabe tener fe. Dios es Bondad y, por eso, ama también a los pecadores, y te otorga favores para persuadirte de que vayas a Él". Ve, dile esto, y luego déjala llorar: es veneno que sale.

Pedro se acerca a la mujer, que ya se había encaminado hacia los campos. Le habla y vuelve.

-Se ha echado a llorar más fuerte – dice - Yo creía que la iba a consolar...- y mira a Jesús.

-Y efectivamente está consolada. También la alegría provoca llanto.

-¡Mmm!... ¡Bueno!... Mira, yo me quedaré contento cuando le vea el rostro. ¿La veré?».

-El día del Juicio.

-¡Oh, divina Misericordia! ¡Pero para entonces habré muerto!, y ¿qué voy a hacer con saberlo? ¡Para entonces estaré ocupado miran-do al Eterno!

-Hazlo desde este momento; es la única cosa útil.

-Sí... pero... Maestro, ¿quién es?

Se echan todos a reír.

-Si lo vuelves a preguntar, nos vamos de aquí inmediatamente; así te olvidas de ella.

-No. Maestro. Pero... basta con que Tú te quedes...

Jesús sonríe.

-Esa mujer - dice - es una sobra y una primicia.
-¿Qué quieres decir? No entiendo.
Pero Jesús lo deja plantado y se marcha hacia el pueblo.
-Va a ver a Zacarías. Tiene a su mujer agonizando - explica Andrés - Me ha encargado a mí que se lo diga al Maestro.
-¡Tú me sacas de quicio! Sabes todo, haces todo, y no me dices nunca nada. Peor que un pez, eres.
Pedro descarga sobre su hermano el chasco que se ha llevado.
-Hermano, no te lo tomes a mal. Tú hablas también por mí. Vamos a recoger nuestras redes. Ven.
Unos van hacia la derecha, otros hacia la izquierda, y todo termina.

## 130

## Los discursos en Agua Especiosa: No dirás falsos testimonios. El pequeño Asrael

-¡Cuánta gente! - exclama Mateo.
Pedro responde:
-¡Eh, mira, hay también galileos! Ay, ay, ay!... Vamos a decírselo al Maestro. Son tres probos bandidos.
-Vienen por causa mía, quizás. También aquí me persiguen...
-No, Mateo. El tiburón no se come los pececitos. Quiere comerse al hombre, captura noble. Sólo en el caso de no encontrarlo de ninguna manera, se come un pez grande. Y... yo, tú, los otros, somos pececillos... poca cosa.
-¿Crees que por el Maestro? - pregunta Mateo.
-Y si no, ¿por quién va a ser? ¿No ves cómo miran por todas partes! Parecen fieras olisqueando las huellas de la gacela.
-Voy a decírselo...
-¡Espera! Se lo decimos a los hijos de Alfeo. Él es demasiado bueno; bondad maltratada, cuando cae en esas bocas.
-Tienes razón.
Van los dos al río y llaman a Santiago y a Judas.
-Venid, hay ahí unos... que estarían bien en el suplicio. Está claro que vienen para importunar al Maestro.
-Vamos. ¿Él dónde está?
-Todavía en la cocina. ¡Vamos deprisa!, que si se da cuenta no quiere.
-Sí, pues hace mal.
-Eso digo yo también.
Vuelven a la era. El grupo, designado "galileo", habla con pomposa gravedad a otras personas. Judas de Alfeo se acerca como si nada sucediera, y oye:
-«... Palabras tienen que estar apoyadas en los hechos.
-¡Y Él los hace! ¡Ayer también ha curado a un romano endemoniado! - replica un corpulento lugareño.
-¡Qué horror! ¡Curar a un pagano! ¡Qué escándalo! ¿Has oído, Elí?
-Se dan todas las culpas en Él: amistades con publicanos y mere- trices, trato con los paganos y...».
-Y soportar a los maldicientes. Ésta es también una culpa. A mi modo de ver, la más grave. Pero, dado que Él no sabe - no quiere - defenderse a sí mismo, hablad conmigo; soy su hermano, y mayor que Él, y éste es el otro hermano, mayor aún. Hablad.
-Pero, ¿por qué te pones así? ¿Crees que hablamos mal del Mesías? ¡No, hombre, no! Nosotros hemos venido desde tan lejos a causa de su fama. Se lo estábamos diciendo también a éstos...
-¡Embustero! Me das tanto asco, que te vuelvo la espalda.
Y Judas de Alfeo, sintiendo quizás en peligro la caridad para con los enemigos, se marcha.
-¿No es, acaso, verdad? Decidlo todos vosotros...
Pero esos "todos", o sea, los otros con quienes estos galileos estaban hablando, se callan. No quieren mentir y no se atreven a desmentir; por eso se quedan callados.
-Ni siquiera sabemos cómo es... - dice el galileo Elí.
-No lo has insultado en mi casa, ¿verdad? - pregunta Mateo con ironía - ¿0 te falta la memoria por enfermedad?
El "galileo" se cubre con su manto y se va con los otros sin responder.
-¡Miserable! - le grita Pedro detrás.
-¡Querían decirnos de Él cosas infernales... - explica un hombre - Pero nosotros hemos visto los hechos. Y sabemos, eso sí, cómo son ellos, los fariseos. ¿A quién creer entonces, al Bueno que es realmente bueno, o a los malvados que de sí mismos dicen ser buenos, pero luego son dañosos? Yo sé que desde que vengo aquí no me reconozco, de lo mucho que he cambiado. Yo era un hombre violento, duro con mi mujer y con mis hijos; no tenía respeto hacia el convecino, y ahora... lo dicen todos en el pueblo: "Azarías ya no es el mismo de antes". Bueno, ¿entonces? ¿Se ha oído alguna vez que un demonio haga bueno a alguien? ¿Para quién trabaja entonces? ¿Por nuestra santidad? ¡Oh, pues sí que es verdaderamente un demonio original si trabaja para el Señor!
-Es así como dices, hombre. Y que Dios te proteja, porque sabes comprender bien, ver bien y obrar bien. Prosigue así y serás un verdadero discípulo del Mesías bendito. Serás motivo de alegría para Él, que quiere vuestro bien y que todo lo soporta con tal de atraeros a sí. No os escandalicéis sino del verdadero mal. Cuando veáis que Él obra en nombre de Dios, no os escandalicéis, y no creáis a quienes querrían induciros a escándalo, aunque lo veáis hacer cosas nuevas. Éste es el tiempo nuevo, que ha llegado como una flor nacida después de siglos de trabajo de la raíz. Si esto no lo hubiera precedido, no habríamos

podido comprender su Palabra. Mas siglos de obediencia a la Ley del Sinaí nos han proporcionado esa mínima preparación necesaria para poder aspirar del tiempo nuevo - que es como una flor divina que la Bondad nos ha concedido ver - todos los inciensos y jugos para purificarnos, fortificarnos, quedar perfumados de santidad, como un altar. Siendo el tiempo nuevo, tiene sistemas nuevos; no contrarios a la Ley; todos, eso sí, penetrados de misericordia y caridad, porque Él es la Misericordia y el Amor bajado del Cielo-Santiago de Alfeo hace un gesto de saludo y se va hacia la casa.

-¡Qué bien hablas tú! - dice Pedro admirado - Yo nunca sé qué decir. Sólo digo: "Sed buenos, amadlo, escuchadlo, creed en Él". ¡Verdaderamente no sé cómo podrá estar contento de mí!

-Pues lo está, y mucho - responde Santiago de Alfeo.

-¿Lo dices de verdad o por bondad?

-En verdad es así. Ayer mismo me lo decía.

-¿Sí? Hoy me siento más contento que el día en que me trajeron a mi esposa. Pero tú... ¿dónde has aprendido a hablar tan bien?

-Sobre las rodillas de su Madre y a su lado. ¡Qué lecciones! ¡Qué palabras! Sólo Él puede hablar mejor que Ella; pero, lo que le falta en potencia, Ella te lo añade en dulzura... y entra... ¡Sus lecciones...! ¿Has visto alguna vez un paño cuando toca con una esquinita un aceite oloroso? Va lentamente bebiendo no el aceite sino el perfume, y, aunque quitemos el aceite, queda el perfume diciendo: "Yo estuve ahí". Igual Ella. También en nosotros - paños rasposos luego lavados por la vida - Ella penetró con su sabiduría y gracia y su perfume permanece en nosotros.

-¿Por qué no la trae? ¡Dijo que lo haría! Nos haríamos mejores, menos cebollinos... yo por lo menos. Y esta gente... Con la presencia suya serían mejores incluso esos áspides que vienen de vez en cuando...

-¿Tú crees? Yo no lo creo. Nosotros nos haríamos mejores, como también los humildes; pero, ¡los poderosos y los malos!... ¡Simón de Jonás, no prestes nunca a los demás tus sentimientos honestos! De hacerlo así, sufrirás desilusiones... Ahí viene Él; mejor no decirle nada...

Jesús sale de la cocina llevando de la mano a un niño pequeño, que camina corriendo a su lado y mordisqueando una corteza de pan untada con aceite. Jesús regula su largo paso conforme a las piernecitas de su amigo.

-¡Una conquista! - dice alegre - Me ha dicho este hombre de cuatro años, que se llama Asrael, que él quiere ser un discípulo y aprender todo: a predicar, a curar a los niños enfermos, a hacer que salgan uvas en los sarmientos incluso en Diciembre, y luego quiere subir a un monte y convocar a todo el mundo gritándoles que ha venido el Mesías. ¿No es así, Asrael?

Y el niño risueño dice que sí, que sí; y, mientras tanto, sigue comiendo.

-¿No sabes más que comer? - le dice Tomás para provocarlo - No sabes ni siquiera decir quién es el Mesías.

-Es Jesús de Nazaret.

-¿Y qué quiere decir "Mesías"?

-Quiere decir... quiere decir: el Hombre que ha sido enviado para ser bueno y hacernos buenos a todos.

Y ¿qué hace para hacernos buenos? En tu caso, tú, que eres un gamberrete, ¿qué harás para serlo?

-Quererlo. Y haré todo, y Él hará todo porque lo querré. Hazlo tú también así y serás bueno.

-Ya tienes la lección, Tomás, tienes el precepto: "Quiéreme y harás todo, porque, si me quieres, Yo te amaré, y el amor hará todo en ti". El Espíritu Santo ha hablado. Ven, Asrael, vamos a predicar.

¡Está tan contento Jesús cuando tiene a su lado a un niño, que yo querría llevarle todos los niños y darle a conocer a todos los niños! ¡Muchos de ellos no lo conocen ni siquiera de nombre!

Pasa delante de la velada y antes de llegar le dice al niño:

-Dile a esa mujer: "La paz sea contigo".

-¿Por qué?

-Porque tiene "pupa", como tú cuando te caes, y por eso llora; pero, si le dices eso, se le pasa.

-La paz sea contigo, mujer. No llores. Me lo ha dicho el Mesías. Si lo quieres, Él también, y te curas - grita el niño, mientras Jesús lo arrastra consigo sin detenerse. Asrael tiene verdaderamente madera de misionero, aunque por el momento se muestre un poco... inoportuno en sus predicaciones diciendo más de lo que se le haya encargado decir.

¯Paz a todos vosotros.

“No dirás falsos testimonios", está escrito.

¿Qué más nauseabundo que un mentiroso? ¿Sería mucho decir que el mentiroso sintetiza crueldad e impureza? No, ciertamente no. El mentiroso - me refiero al que lo es en cosas graves - es cruel; mata el aprecio con su lengua, y, por tanto, no se diferencia del asesino; más aún, digo que es más que un asesino. Éste mata sólo un cuerpo; aquél mata también el buen nombre, el recuerdo de un hombre; por tanto, es dos veces asesino, asesino impune, porque no esparce sangre... pero..., eso sí, daña la reputación de la persona calumniada y, con ella, de toda su familia. El caso de aquel que, jurando lo falso, mande a otro a la muerte, ni siquiera lo considero; sobre ése están acumulados los carbones de la Gehena. Me refiero sólo a aquel que con palabra mentirosa induce a otros y los persuade en perjuicio de un inocente. ¿Por qué lo hace? O por odio sin motivo, o ambicionando tener lo que el otro tiene, o también por miedo.

***Odio.*** Tiene odio sólo quien es amigo de Satanás. El bueno no odia nunca, por ninguna razón; aunque lo hayan vilipendiado o perjudicado, perdona. No odia nunca. El odio es el testimonio que de sí misma da un alma perdida, y el testimonio más hermoso en favor del inocente. Porque el odio es la sublevación del mal contra el bien. No se perdona a quien es bueno.

***Avidez.*** “Aquél tiene eso que yo no tengo. Yo quiero eso que él tiene, mas sólo sembrando desestimación hacia él puedo llegar a ocupar su lugar. Y yo lo hago. ¿Miento?, ¿qué importa?; ¿robo?, ¿qué importa?; ¿puedo llegar a destruir toda una familia?, ¿qué importa?". El astuto embustero, entre tantas preguntas como se hace, olvida, ***quiere*** olvidar, una pregunta, ésta: "¿Y si me desenmascarasen?" Ésta no se la hace, porque, bajo el orgullo y la avidez, es como quien tiene los ojos tapados: no ve el peligro;

es como uno ebrio, ebrio por el vino satánico, y no piensa que Dios es más fuerte que Satanás y se encarga de vengar al calumniado. El mentiroso se ha entregado a la Mentira y se fía neciamente de su protección.
***Miedo***. Muchas veces uno calumnia para disculparse a sí mismo. Es la forma más común de mentira. Se ha hecho el mal..., se teme que venga a descubrirse y lo reconozcan como obra nuestra. Entonces, usando y abusando de la estima en que aún nos tienen los otros, he aquí que invertimos el hecho y, lo que hemos hecho nosotros, se lo endosamos al otro, del cual sólo tememos su honestidad. Y también se hace esto porque el otro, algunas veces, ha sido, sin querer, testigo de una mala acción nuestra, y pretendemos así preservarnos de un testimonio suyo: se le acusa para desacreditarlo; así, si habla, nadie lo creerá.

¡Actuad bien, actuad bien, y no tendréis necesidad de esta mentira! ¿No pensáis, cuando mentís, cómo os colocáis un yugo pesado, hecho de sujeción al demonio, de perpetuo miedo a quedar desmentidos y de la necesidad de recordar la mentira, con los hechos y detalles con que fue dicha, incluso años después, sin caer en contradicción?: ¡Un trabajo de galeote! ¡Si al menos sirviera para el Cielo!... pero sirve sólo para prepararse un puesto en el Infierno.

Sed francos. ¡Es tan hermosa la boca del hombre que no sabe de mentira alguna!... ¿Que es pobre?, ¿que es inculto?, ¿que no lo conocen?; ¿que es así? Sí. Pero es siempre un rey, porque es una persona sincera, y la sinceridad es más regia que oro o diadema, y eleva por encima de las multitudes más que un trono, y proporciona una corte de personas buenas mayor que la de un monarca. La presencia del hombre sincero alivia y da seguridad, mientras que la amistad con el insincero produce desazón; el simple hecho de tenerlo cerca da un sentido de desazón. Quien miente - dado que la mentira, por mil motivos, pronto aflora - ¿no piensa que luego lo tendrán siempre como sospechoso? ¿Cómo se podrá en un futuro aceptar lo que él dice? Aunque diga la verdad y quien lo oiga lo quiera creer, en el fondo quedará siempre una duda: "¿Estará mintiendo también esta vez?"

Diréis vosotros: "Pero, ¿dónde está el falso testimonio?". Toda mentira es falso testimonio, no sólo la legal.

Sed sencillos como lo es Dios y como lo es el niño. Sed veraces en todos vuestros momentos de la vida. ¿Queréis ser considerados buenos? Sedlo de verdad. Aunque un maldiciente quisiese hablar mal de vosotros, cien buenos dirían: "No. No es verdad. Es bueno. Sus obras hablan por él".

En un libro sapiencial está escrito: "El hombre apóstata se mueve con la perversidad en los labios... en su corazón perverso prepara el mal y en todo tiempo siembra discordias... Seis cosas odia el Señor y la séptima le es execrable: los ojos soberbios, la lengua mentirosa, las manos que derraman sangre inocente, el corazón que piensa en inicuos proyectos, los pies que corren apresuradamente hacia el mal, el falso testigo que profiere mentiras, y el hombre que siembra discordia entre los hermanos... Por los pecados de la lengua la ruina se avecina al malvado... Quien miente es un testigo fraudulento. El labio veraz permanece inmutable por toda la eternidad, mas el urdidor de lenguaje fraudulento es testigo momentáneo. Las palabras del murmurador parecen sencillas, pero traspasan las entrañas. Por cómo habla se le reconoce al enemigo, cuando en su interior está dando vida a una traición. Si habla en voz baja, no te fíes de él, porque lleva en su corazón siete malicias. Él, con simulación, esconde su odio, mas su malicia quedará de manifiesto... Quien excava la fosa en ella caerá; la piedra le caerá encima a quien la rueda".

Viejo como el mundo es el pecado de mentira, e inmutable es el pensamiento de quien en esto es sabio, como inmutable es el juicio de Dios sobre el mentiroso.

Yo digo: "Tened siempre un solo lenguaje. El sí sea siempre sí y el *no* sea siempre *no,* siempre, aun frente a poderosos y tiranos; y vuestro mérito será grande en el Cielo".

Os digo: "Tened la espontaneidad del niño, que por instinto se acerca a quien siente bueno, no buscando sino bondad, y que dice aquello que su propia bondad le hace pensar, sin calcular si es demasiado lo que dice y le pudiera acarrear una reprensión".

Podéis ir en paz. Y que seáis amigos de la Verdad.

El pequeño Asrael (que se ha pasado todo el tiempo sentado a los pies de Jesús con su cabecita levantada como un pajarito cuando escucha el canto de quien lo ha engendrado) hace un movimiento que es todo dulzura: restriega su carita en las rodillas de Jesús y dice: «yo y Tú somos amigos, porque Tú eres bueno y yo te quiero. Ahora lo digo yo también» y, forzando su vocecita para que lo puedan oír en la vasta estancia, dice, con gestos como los que ha visto hacer a Jesús:

-Todos, escuchad: Yo sé a dónde van las personas que no dicen mentiras y aman a Jesús de Nazaret. Suben por la escalera de Jacob. Arriba, arriba, arriba... con los ángeles, y luego se detienen cuando encuentran al Señor» y se ríe contento, mostrando todos sus dientecitos.

Jesús lo acaricia, y baja y se mezcla entre la gente. Devuelve al pequeño a su madre:

-Gracias, mujer, por haberme dejado a tu niño.

-¿Te ha dado guerra?

-No. Me ha dado amor. Es un pequeño del Señor. Que el Señor lo acompañe siempre. También a ti. Adiós.

Todo termina.

## 131

### Los discursos en Agua Especiosa: No *robes y no desees los bienes ajenos.* El pecado de Herodes

«Dios da a cada uno lo necesario. Esto es verdad. ¿Qué le es necesario al hombre?: ¿la fastuosidad?, ¿un gran número de criados?, ¡tierras de incontables parcelas?, ¿banquetes que de un ocaso vean surgir una aurora?... No. A1 hombre le es necesario un techo, un pan, un vestido; lo indispensable para vivir.

Mirad a vuestro alrededor: ¿quiénes son los más alegres y los más sanos?, ¿quién goza de una sana ancianidad serena?... ¿los que se gozan la vida?... No. Quienes honradamente viven y trabajan, y tienen deseos rectos. En ellos no hay veneno de lujuria y permanecen fuertes, ni veneno de gula y se conservan ágiles, ni de envidias y están alegres. Sin embargo, quien ambiciona tener más cada vez mata su paz y no goza; antes bien, envejece precozmente, consumida en la llama del odio o del abuso.

Podría unir el mandamiento de no robar al de no desear lo que a otros pertenece, porque, efectivamente, el excesivo deseo mueve al hurto: entre uno y otro no media sino un pequeño paso. ¿Que todo deseo es ilícito? No digo esto. El padre de familia, que, trabajando en el campo o en un taller, desea asegurar con ello el pan de la prole, ciertamente no peca; es más, obedece a su deber de padre. Mas aquel que, por el contrario, no desea sino gozar más, y se apropia de lo ajeno para conseguir gozar más, peca.

¡La envidia!... - porque ¿qué es realmente el desear lo ajeno, sino avaricia y envidia? - la envidia separa de Dios, hijos míos, y une a Satanás.

¿No creéis que el primero que deseó lo ajeno fue Lucifer? Era el más hermoso de los arcángeles. Gozaba de Dios. Debería haberse sentido contento de ello. Envidió a Dios y quiso ser él Dios y vino a ser el demonio, el primer demonio.

Segundo ejemplo: Adán y Eva habían recibido todo, gozaban del paraíso terrestre, gozaban de la amistad de Dios, vivían dichosos con los dones de gracia que Dios les había dado. Deberían haberse conformado con eso; mas, envidiaron de Dios su conocimiento del bien y del mal, y fueron expulsados del Edén, resultando proscritos no gratos a Dios, los primeros pecadores.

Tercer ejemplo: Caín tuvo envidia de Abel por su amistad con el Señor, y fue el primer asesino.

María, la hermana de Aarón y de Moisés, tuvo envidia de su hermano y fue la primera leprosa de la historia de Israel.

Podría iros conduciendo a través de toda la vida del pueblo de Dios, y veríais que el deseo inmoderado hizo de quien lo tuvo un pecador y fue causa de castigo para el pueblo; porque los pecados de los particulares se acumulan y provocan los castigos de las naciones, de la misma forma que unos granos y otros y otros, de arena, acumulados durante siglos y siglos, provocan desprendimientos de tierra que sepultan centros habitados y a quienes en ellos viven.

Frecuentemente os he puesto a los niños como ejemplo, porque son sencillos y confiados. Hoy os digo: imitad a los pájaros en su libertad respecto a los deseos.

Mirad: es invierno, poca comida hay en los pomares, ¿se preocupan, acaso, de acumularla durante el verano?; no, sino que confían en el Señor; saben que siempre podrán hacerse con un pequeño gusanito, un grano, una miguita, o una araña o una mosquita posada sobre el agua, para su buche; saben que no les faltará una chimenea caliente, o una vedija de lana, para refugiarse durante el invierno; como saben que, llegado el tiempo en que les sea necesario disponer de heno para sus nidos y de mayor cantidad de alimento para la prole, habrá heno fragante en los prados, y jugoso alimento en los árboles frutales y en los surcos, y habrá riqueza de insectos en el aire y en la tierra; y cantan levemente: "Gracias, Creador, por cuanto nos das y por cuanto nos darás", preparados ya a entonar, a pleno pulmón, cantos de alabanza, cuando, llegada la época del celo, gocen de la esposa y se vean multiplicados en la prole.

¿Existe criatura más alegre que el pájaro? Y, sin embargo, ¿qué es su inteligencia comparada con la del hombre?: como un trozo de sílice respecto a un monte. Y, a pesar de ello, os enseña. En verdad os digo que posee la alegría del pájaro el que vive sin deseo impuro. Éste se fía de Dios y lo siente como Padre; sonríe al día naciente y a la noche que desciende, porque sabe que el Sol es su amigo y que la noche lo provee de alimento; mira sin rencor a los hombres y no teme sus venganzas, porque no les perjudica en modo alguno; no se inquieta ni por su salud ni por su sueño, porque sabe que una vida honesta mantiene lejos las enfermedades y proporciona dulce descanso; no teme, en fin, la muerte, porque sabe que, habiendo actuado bien, no puede recibir sino la sonrisa de Dios.

Mueren también los reyes, y los ricos. No es el cetro lo que aleja la muerte, no es el dinero el que compra la inmortalidad. Ante el Rey de los reyes y Señor de los señores, ¡qué ridículas son las coronas y las monedas!; ante Él sólo tiene valor una vida vivida en la Ley.

¿Qué dicen aquellos hombres que están allí en el fondo? No tengáis miedo de hablar.

-Decíamos: Antipa ¿de qué pecado es culpable, de hurto o de adulterio?

-No quisiera que mirarais a los demás, sino a vuestros corazones. Os digo, no obstante, que Antipa es culpable de idolatría por adorar a la carne más que a Dios; es culpable de adulterio, de hurto, de deseos ilícitos, y, pronto, de homicidio.

-¿Lo salvarás, Tú, el Salvador?

-Yo salvaré a los que se arrepientan y vuelvan a Dios. Los impenitentes no tendrán redención.

-Has dicho que es ladrón. ¿Qué ha robado?

-La mujer a su hermano. El hurto no es sólo de dinero. Hurto es, también, quitar el honor a un hombre, la virginidad a una joven, la mujer a su marido, de la misma forma que lo es el quitarle un buey o frutos de los árboles al vecino. Y el hurto, agravado por la libídine o por el falso testimonio, se agrava con el adulterio, o con la fornicación, o con la mentira.

-Y una mujer que se prostituye ¿qué pecado comete?

-Si está casada, de adulterio y de hurto respecto al marido. Si es núbil, de impureza y de hurto respecto a sí misma.

-¿Hurto a sí misma? ¡Pero si da algo que es suyo!

-No. Nuestro cuerpo lo ha creado Dios para ser templo del alma, que es templo de Dios. Por tanto, debe ser conservado honesto; si no,
el alma se ve despojada de la amistad con Dios y de la vida eterna».

-¿Entonces una meretriz ya no puede pertenecer sino a Satanás?

-Todo pecado es prostitución con Satanás. El pecador, como la prostituta, se da a Satanás por amores ilícitos, esperando sucias ganancias de ello. Grande, grandísimo es el pecado de prostitución, que hace a quien lo comete semejante a un animal inmundo. Pero, creedlo, no es menor cualquier otro pecado capital. ¿Qué diré de la idolatría?, ¿qué, del homicidio? Y,

no obstante, Dios perdonó a los israelitas después del becerro de oro; perdonó a David después de su pecado, que era doble. Dios concede el perdón a quien se arrepiente. Sea el arrepentimiento proporcional al número y a la magnitud de las culpas, y Yo os digo que a quien más se arrepiente más le será perdonado; porque el arrepentimiento es forma de amor, *de operante amor.* Quien se arrepiente le dice a Dios con su arrepentimiento: "No puedo tolerar tu enojo, porque te amo y quiero ser amado". Y Dios ama a quien lo ama. Por tanto, Yo digo: cuanto más ama uno, más es amado. Quien ama totalmente tiene *todo* perdonado. Y ésta es una verdad.

Podéis iros. Pero antes quiero que sepáis que a la entrada del pueblo hay una viuda, cargada de hijos, en la más absoluta de las hambres. La han echado de casa por deudas, y podría decirle "gracias" al patrón por haberla echado solamente. He hecho uso de vuestros donativos para proveerlos de pan, pero necesitan un lugar donde ampararse. La misericordia es el sacrificio más grato al Señor. Sed buenos. En su nombre os garantizo el premio.

La gente cuchichea, pide consejo, coteja opiniones...

Entretanto, Jesús cura a uno que estaba casi ciego y escucha a una ancianita que ha venido desde Doco para rogarle que vaya a ver a su nuera que está enferma. Una larga historia de lágrimas.

## 132

## Discurso de conclusión, en Agua Especiosa, antes de la fiesta de la Purificación

-Hijos míos en el Señor – habla Jesús - la fiesta de la Purificación está ya a las puertas, y a ella Yo, Luz del mundo, os envío preparados con lo mínimo necesario para celebrarla bien, la primera lámpara de la fiesta, que podrá daros llama para todas las otras; porque verdaderamente estúpido sería quien pretendiera encender muchas lámparas no teniendo cómo encender la primera; y aún más estúpido sería quien pretendiese empezar su santificación partiendo de las cosas más arduas, relegando lo que constituye la base del edificio inmutable de la perfección: el Decálogo.

Se lee en los Macabeos que Judas, con los suyos, habiendo recuperado, con la protección del Señor, el Templo y la Ciudad, destruyó los altares levantados a los dioses extranjeros, así como los edificios de culto, y purificó el Templo. Luego erigió otro altar, y con el pedernal produjo fuego, y ofreció los sacrificios, quemó incienso, puso las lámparas y los panes de la proposición, y luego, postrados todos en tierra, le suplicaron al Señor que no permitiera que volvieran a pecar, o que, si por propia debilidad, cayeran de nuevo en el pecado, los tratara con divina misericordia. Esto sucedía el veinticinco del mes de Kisléu.

Consideremos esta narración y apliquémosla a nosotros mismos; en efecto, toda palabra de la historia de Israel, siendo palabra de pueblo elegido, tiene un significado espiritual. La vida es siempre enseñanza. La vida de Israel es enseñanza, no sólo para el tiempo terreno, sino también para la conquista de la eternidad.

“Destruyeron los altares y los templos paganos".

Ésta es la primera operación, la que os he indicado que hagáis al nombraros a los dioses individuales que substituyen al Dios verdadero: las idolatrías del sentido, del oro, del orgullo; los vicios capitales que conducen a la profanación y muerte del alma y del cuerpo y al castigo de Dios.

Yo no os he aplastado con esas innumerables fórmulas que al presente agobian a los fieles, y que se muestran como baluarte ante la verdadera Ley, oprimida, tapada bajo cúmulos y cúmulos de prohibiciones que son completamente externas. Tales prohibiciones, con su atosigamiento., le llevan al fiel a perder de vista la coherente, clara, santa voz del Señor que dice: "No blasfemes, no seas idólatra, no profanes las fiestas, no deshonres a los padres, no mates, no cometas fornicación, no robes, no mientas, no envidies las cosas ajenas, no desees la mujer que a otro pertenece". Diez noes; ni uno más. Y son las diez columnas del templo del alma. En lo alto resplandece el oro del precepto santo entre los santos: “Ama a tu Dios, ama a tu prójimo": es el remate del templo, es la protección de los cimientos, es la gloria del constructor. Sin el amor, uno no podría prestar obediencia a las diez reglas, y caerían las columnas - todas o alguna -, y el templo se derrumbaría o total o parcialmente; en todo caso, estaría destruido, inadecuado ya para acoger al Santísimo.

Haced lo que os he dicho, derribando las tres concupiscencias, dándole un nombre claro a vuestro vicio, como claro es Dios al deciros: "No hagas esto o aquello". Es inútil entrar en sutilezas acerca de las formas. Quien tiene un amor más fuerte que el que da a Dios, cualquiera que fuera este amor, es un idólatra. Quien nombra a Dios, profesándose su siervo, y luego lo desobedece, es un rebelde. Quien por avaricia trabaja en sábado es un profanador y un desconfiado y presuntuoso. Quien niega una ayuda a sus padres aduciendo pretextos, aunque diga que se trata de obras dadas a Dios, está contra Dios, que ha puesto a los padres y a las madres como figura suya sobre la Tierra. Quien mata es siempre asesino. Quien fornica es siempre lujurioso. Quien roba es siempre un ladrón. Quien miente es siempre una persona vil. Quien desea para sí lo que no es suyo es siempre un glotón que padece la más abominable de las hambres. Quien profana un tálamo es siempre un inmundo.

Es así. Y os recuerdo que después de la erección del becerro de oro vino la ira del Señor; después de la idolatría de Salomón, el cisma que dividió y debilitó a Israel; después del helenismo, aceptado (es más, bien acogido, e introducido, por judíos indignos bajo Antíoco Epifanes), vinieron nuestras actuales desventuras de espíritu, de fortuna y de nacionalidad. Os recuerdo que Nabal y Abiú, falsos siervos de Dios, fueron castigados por Yeohveh. Os recuerdo que no era santo el maná del sábado. Os recuerdo a Cam y a Absalón. Os recuerdo el pecado de David contra Urías y el de Absalón contra Amnón. Os recuerdo como acabaron Absalón y Amnón. Os recuerdo la suerte de Heliodoro, ladrón, y de Simón y Menelao. Os recuerdo el innoble final de los dos regidores embusteros que habían testificado falsamente de Susana. Y podría seguir sin hallar límite a los ejemplos. 'Mas, volvamos a los Macabeos.

"Y purificaron el Templo.”

No basta decir: "Destruyo". Hay que decir: "Purifico". Os he dicho cómo se purifica el hombre: con el arrepentimiento humilde y sincero. No hay pecado que Dios no perdone si el pecador está realmente arrepentido. Tened fe en la Bondad divina. Si pudierais llegar a comprender lo que es esta Bondad, aunque tuvierais todos los pecados del mundo, no huiríais de Dios; todo lo contrario, correríais a echaros a sus pies, porque sólo el Bonísimo puede perdonar lo que el hombre no perdona.

"Y erigieron otro altar."

No pretendáis engaño con el Señor. No seáis falsos en vuestro actuar. No mezcléis a Dios con Satanás; tendríais un altar vacío: el de Dios. Porque es inútil erigir un altar nuevo si quedan aunque sólo sea restos del otro. O Dios o el ídolo; elegid.

"E hicieron brotar el fuego con la piedra y la yesca".

Piedra es la firme voluntad de ser de Dios; yesca es el deseo de cancelar del corazón de Dios, durante el resto de la vida, hasta el recuerdo de vuestro pecado. He aquí que entonces se hace surgir el fuego: el amor. Porque el hijo que trata, con toda una vida honesta, de reconfortar al padre ofendido, ¿qué hace sino amar al padre, deseando que esté contento de su hijo, antes lágrima y ahora alegría? En este estado podéis ofrecer los sacrificios, quemar los inciensos, poner las lámparas y los panes: no le desagradarán a Dios los sacrificios; gratas le serán las oraciones; el altar estará verdaderamente iluminado, rico del alimento de vuestra ofrenda diaria. Podréis orar diciendo: "Sé protector nuestro", porque Él será con vosotros amigo.

Pero su misericordia no ha esperado a que pidierais piedad. Se ha adelantado a vuestro deseo, os ha enviado la Misericordia para deciros: "Tened esperanza, Yo os lo digo: Dios os perdona. Venid al Señor". Ya hay un altar en medio de vosotros: el nuevo altar. De él manan ríos de luz y de perdón; como aceite se expanden, medican, refuerzan. Creed en la Palabra que de aquél proviene. Llorad conmigo vuestros pecados. Como el levita que dirige el coro, Yo oriento vuestras voces a Dios, y no será rechazado vuestro gemido si está unido a mi voz. Con vosotros me aniquilo (Hermano para los hombres en la carne; para el Padre, Hijo en el espíritu) y digo por vosotros, con vosotros: "Desde este profundo abismo donde Yo-Humanidad he caído, grito a ti, Señor. Escucha la voz de quien se mira y suspira, no cierres tu oído a mis palabras. Verme me supone horror. ¡Soy un horror incluso para mis ojos! ¡Qué será para los tuyos! No prestes atención a mis culpas, Señor, porque si lo haces no podré resistir en tu presencia; usa, por el contrario, conmigo tu misericordia. Tú lo has dicho: `Yo soy Misericordia'. Yo creo en tu palabra. Mi alma, herida y abatida, confía en ti, en tu promesa, y, desde el alba hasta la noche, desde la juventud hasta la ancianidad, esperaré en ti".

Culpable de homicidio y adulterio, reprobado por Dios, bien obtiene David perdón, tras haber gritado al Señor: "Ten piedad, no por consideración a mí, sino por el honor de tu misericordia, que es infinita; cancela por ella mi pecado. No hay agua que pueda lavar mi co-razón sino la que se toma en las aguas profundas de tu santa bondad. Lávame con ella de la iniquidad mía y purifícame de mi inmundicia. No niego que he pecado. Antes bien, confieso mi delito; cual testigo acusador la culpa está siempre ante mí. He ofendido al hombre en el prójimo y en mí mismo; mas duélome, sobre todo, de haber pecado contra ti. Dígate esto que reconozco que eres justo en tus palabras y temo tu juicio, que triunfa sobre toda potencia humana. Considera, no obstante, ¡oh Eterno!, que en culpa nací y pecadora fue la que me concibió, y que, aun así, Tú me has amado hasta el punto de llegar a develarme tu sabiduría y a dármela como maestra para que fuera comprendiendo los misterios de tus sublimes verdades. Y, si tanto has hecho, ¡debo tener miedo de ti? No. No temo. Aspérjame con la amargura del dolor y quedaré purificado; lávame con el llanto y seré como nieve alpina; hazme oír tu voz y exultará tu siervo humillado, porque tu voz es alegría y gozo aun cuando reprende. Vuelve tu rostro hacia mis pecados. Tu mirada borrará mis iniquidades. Satanás y mi débil humanidad me han profanado el corazón que me diste. Créame un nuevo corazón que sea puro y destruye lo que de corrupción hay en las entrañas de tu siervo, para que en él reine sólo un espíritu recto. No me arrojes de tu presencia, no me prives de tu amistad, porque sólo la salud que de ti viene es alegría para mi alma, y tu espíritu soberano es consuelo del humillado. Haz que yo venga a ser aquel que mezclado entre los hombres vaya diciendo: “Observad lo bueno que es el Señor. Id por sus caminos y os sentiréis benditos como yo me siento, yo, aborto del hombre, pero que vuelvo a ser ahora hijo de Dios por la gracia que renace en mí”. Y a ti se convertirán los impíos. La sangre y la carne hierven y gritan en mí. Libérame de ellas, ¡oh Señor!, salvación de mi alma, y yo cantaré tus alabanzas. Estaba en la ignorancia, mas ahora he comprendido. Tú no deseas un sacrificio de carneros, sino el holocausto de un corazón contrito. Un corazón contrito y humillado te es más grato que los borregos y carneros, porque Tú para ti nos has creado, y quieres que esto lo tengamos presente y te restituyamos lo que es tuyo. Séme benigno por tu gran bondad y edifica de nuevo *mí y tu* Jerusalén: la de un espíritu purificado y perdonado sobre el que se pueda ofrecer el sacrificio, la oblación y el holocausto por el pecado, como acción de gracias y como alabanza. Todo nuevo día mío sea una hostia de santidad consumada en tu altar para que ascienda junto al olor de mi amor hasta ti".

'Venid. Vayamos al Señor. Yo, delante; vosotros, detrás. Vayamos a las aguas de salud, vayamos a los pastos santos, vayamos a las tierras de Dios. Olvidad el pasado. Sonreídle al futuro. No penséis en el fango, mirad más bien a las estrellas. No digáis: "Soy tiniebla"; decid: "Dios es Luz". Yo he venido a anunciaros la paz, a manifestar a los mansos la Buena Nueva, a asistir a aquellos cuyo corazón se siente aplastado bajo el peso de *demasiadas* cosas, a predicar la libertad a *todos los* esclavos (los primeros de todos, los de Satanás), a liberar de las concupiscencias a los prisioneros.

Yo os digo: ha llegado el año de gracia. No lloréis, vosotros, los que padecéis la tristeza de quien se siente pecador, no vertáis lágrimas, lejanos del Reino de Dios. Yo sustituyo la ceniza por el oro, las lágrimas por el óleo. Os visto de fiesta para presentaros al Señor y decir: "Éstas son las ovejas que Tú me enviaste a buscar. He acudido a ellas, las he reunido, las he contado, he buscado a las dispersas, y te las he traído librándolas de nubarrones y densas brumas. Las he tomado de entre todos los pueblos, las he reunido de todas las regiones para conducirlas a la Tierra que no es ya tierra y que Tú has preparado para ellas, ¡oh Padre Santo!, para llevarlas hasta las cimas paradisíacas de tus montes óptimos, donde todo es luz y belleza, a lo largo de los arroyos de las celestes bienaventuranzas, donde se sacian de ti los espíritus que Tú amas. He ido a buscar también a las heridas, he curado a las que tenían alguna fractura, he confortado a las débiles, no he descuidado ni una sola. He cargado sobre mis hombros, como un yugo de amor, a la más descuartizada por causa de los ávidos lobos de los sentidos, y te la deposito a tus pies, Padre benigno y santo, porque ella no puede ya seguir caminando; ignora tus palabras, es una pobre alma perseguida por

los remordimientos y los hombres, es un espíritu doliente, un espíritu que tiembla, es como una ola empujada y rechazada por el flujo del mar contra el litoral; viene con el deseo, la rechaza la cognición de sí misma... Ábrele tu seno, Padre todo amor, para que en él encuentre paz esta criatura descarriada. Dile: "¡Ven!'. Dile: `Eres mía'. Tuvo un sinnúmero de dueños, pero está nauseada y asustada de ello. Dice: "Todo patrón es un sucio esbirro". Haz que pueda decir: "¡Este Rey mío me ha proporcionado *la alegría de ser prendida!'. No* sabe qué es el amor. Mas si Tú la acoges sabrá qué es este amor celeste que es el amor nupcial entre Dios y el espíritu humano, y, como un pájaro liberado de las jaulas de los hombres crueles, subirá, subirá, cada vez más alto, hasta ti, hasta el Cielo, hasta la alegría, hasta la gloria, cantando: "He encontrado a Aquel que yo buscaba. Mi corazón no tiene ningún otro deseo. En ti me poso y me regocijo, Señor eterno, por los siglos de los siglos bendito"'.

Podéis iros. Con espíritu nuevo celebrad la fiesta de la Purificación. Y que la luz de Dios se encienda en vosotros.

Jesús ha estado arrollador en el cierre de su discurso. Un rostro luminoso de ojos radiantes, una sonrisa y unas notas que son de una dulzura no conocida, han... casi extasiado a la gente, que no se mueve hasta que Él repite: «Podéis iros. La paz sea con vosotros». Entonces empiezan a marcharse los peregrinos hablando con gran viveza entre sí.

La velada se marcha rauda como siempre, con su paso ágil y levemente ondulante. Parece como si tuviera alas, debido al viento, que le infla por detrás el manto.

-Ahora lograré saber si es de Israel - dice Pedro.

-¿Por qué?

-Porque si está aquí es señal de que...

- Es una pobre mujer sin casa propia. Nada más, no lo olvides, Pedro.

Jesús camina hacia el pueblo.

-Sí, Maestro. Lo recordaré...

-¿Y nosotros qué vamos a hacer ahora que todos estarán en sus casas para la fiesta?

-Nuestras mujeres encenderán por nosotros los cirios.

-Lo siento... Será el primer año que no voy a verlos encender en la mía, o que no los encenderé yo...

-A pesar de tu edad, sigues siendo un niño. Encenderemos también nosotros los cirios. Así se te quitará esa cara de malhumor. Y vas a ser tú quien los va a encender.

-¿Yo? Yo no, Señor. Tú eres la Cabeza de nuestra familia. Te corresponde a ti.

-Yo soy siempre un cirio encendido... y desearía que tales fuerais también vosotros. Soy la Encenia sempiterna, Pedro. ¿Sabes que nací exactamente el veinticinco de Kisléu?

-¿Cuántas lámparas encendidas, ¿no?- pregunta admirado Pedro.

-No se podían ni contar... Eran todas las estrellas del cielo...

-¡No me digas! ¿No celebraron tu nacimiento en Nazaret?

-No he nacido en Nazaret, sino entre unos muros derruidos, en Belén. Veo que Juan ha sabido callar. Juan es muy obediente.

-Y no es curioso. Yo, sin embargo, sí lo soy, y mucho. ¿Me lo cuentas?... A tu pobre Simón. Si no, ¿cómo me las voy a arreglar para hablar de ti? A veces la gente pregunta y yo no sé nunca qué decir... Los otros saben cómo hacer, me refiero a tus hermanos y a Simón, Bartolomé y Judas de Simón. Y... sí, también Tomás sabe hablar... parece un voceador del mercado que estuviera vendiendo una mercancía, pero logra hablar... Mateo..., bueno él va bien, usa la vieja sabiduría que tenía para pelar a la gente en su banco de cobro de impuestos para forzarlos a decir: "Es como tú dices". ¡Pero yo...! ¡Pobre Simón de Jonás! ¿Qué te han enseñado los peces; qué el lago? Dos cosas... pero no son útiles: los peces, a callar y a tener constancia (ellos, constantes en evitar caer en la red; yo, constante para meterlos en ella); el lago, a tener coraje y a estar atento a todo. Y ¿qué me ha enseñado la barca?: a trabajar duramente sin excusa para ningún músculo y cómo mantenerse erguido en medio de olas agitadas y con el riesgo de caerse. Estar atento a la Polar, tener mano firme en el timón, fuerza, coraje, constancia, atención: esto me ha enseñado mi pobre vida...

Jesús le pone una mano sobre el hombro y lo agita suavemente, mirándolo con afecto y admiración, verdadera admiración por tanta simplicidad, y dice:

-¿Y te parece poco, Simón Pedro? Tienes todo lo que se necesita para ser mi "piedra". Nada hay que poner, nada hay que quitar. Serás el nauta eterno, Simón. Y, a quien venga después de ti, le dirás: "Atención a la Polar: Jesús; mano firme al timón; fuerza, coraje, constancia, atención, trabajar duramente sin reservas, estar atento a todo, y saber mantenerse erguido en medio de olas agitadas...". Respecto al silencio... ¡venga, hombre, que los peces eso no te lo han enseñado!

-Pero para lo que debería saber decir soy más mudo que los peces. ¿Las otras palabras?... También las gallinas saben ser charlatanas como yo... Pero, dime, Maestro mío, ¿me vas a dar un hijo también a mí? Somos ancianos... pero Tú dijiste que el Bautista nació de una anciana... Y ahora has dicho: "Y a quien venga después de ti le dirás...". Y ¿quién viene después de un hombre sino el que por él ha sido engendrado? - Pedro tiene un rostro de súplica y de esperanza.

-No, Pedro, y no te apenes por ello. Recuerdas exactamente a tu lago cuando una nube oculta el sol: de ameno, pasa a estar triste. No, Pedro mío; no uno, sino mil, diez mil hijos tendrás, y en todas las naciones... ¿No te acuerdas cuando te dije: "Serás pescador de hombres'?

-¡Oh... sí... pero... la idea de un hijo que me llamara "padre" era algo tan agradable! ...

-Tendrás tantos, que no los podrás ni contar; y les darás la vida eterna, y los encontrarás en el Cielo y me los traerás diciendo: "Son los hijos de tu Pedro y quiero que estén donde yo estoy"; y Yo te diré: "Sí, Pedro; sea como tu quieres, porque tú todo has hecho por mí y Yo todo hago por ti" - Jesús se muestra dulcísimo al manifestar estas promesas.

Pedro traga saliva entre el llanto por la esperanza que muere de una paternidad terrena y el llanto de un éxtasis que ya se anuncia.

-¡Oh, Señor! - dice -, pero para dar la vida eterna es necesario persuadir a las almas en orden al bien, y... volvemos al mismo punto: yo no sé hablar.

-Sabrás hablar, cuando sea la hora, mejor que Gamaliel.

-Quiero creer... Pero haz Tú el milagro, porque como tenga que llegar a ello por mí mismo...

Jesús ríe con su sonrisa serena y dice:

-Hoy soy todo tuyo. Vamos al pueblo, a ver a esa viuda; tengo un donativo secreto, un anillo que vender. ¿Sabes cómo ha llegado a mi poder? Una piedra que cayó a mis pies mientras oraba junto a este sauce. A la piedra venía unido un pequeño envoltorio con una tira de pergamino. Dentro del envoltorio, el anillo; en la tira, la palabra "caridad".

-¿Me dejas ver? ¡Oh..., bonito! De mujer. ¿Qué dedo más pequeño! ¡Y cuánto metal!...

-Ahora tú lo vendes. Yo no entiendo de esto. El dueño de la posada compra oro. Lo sé. Yo te espero junto a donde hacen el pan. Ve, Pedro.

-Pero... ¿y si no lo hago bien? Yo el oro... No entiendo de oro yo.

-Piensa que es pan para quien tiene hambre y haz como mejor puedas. Adiós.

Y Pedro se dirige hacia la derecha mientras Jesús, más lentamente, se dirige hacia la izquierda, hacia el pueblo, que aparece relativamente lejano detrás de un bosquecito que está más allá de la casa del capataz.

## 133

## El trabajo oculto de Andrés. Una carta a Jesús de su Madre. Jesús debe dejar Agua Especiosa

Agua Especiosa sin peregrinos... Produce una extraña sensación verla así, sin signos de que alguien haya vivaqueado o, al menos, consumido su comida en la era o bajo el cobertizo. Sólo limpieza y orden, hoy, sin ninguna de esas señales que de sí deja una fuerte confluencia de gente.

Los discípulos ocupan su tiempo en trabajos manuales: unos, trenzando mimbres para hacer nuevas trampas para los peces; otros, ocupados en pequeños trabajos de desmonte del terreno y de canalización del agua de los tejados para que no se estanque en la era. Jesús está en pie, en un prado, echando migas de pan a los gorriones. Hasta donde alcanza la vista, no hay ni un ser viviente, a pesar de que el día esté sereno.

Andrés se dirige hacia Jesús, de vuelta de algo que le han encomendado:

-Paz a ti, Maestro.

-Y a ti, Andrés. Ven aquí un poco conmigo. Tú puedes estar con los pajarillos. Eres como ellos. ¿Te das cuenta?: cuando ellos saben que quien se les acerca los quiere, pierden el miedo. Mira lo confiados que son, y seguros y alegres. Primero estaban casi junto a mis pies, ahora estás tú y están alerta... Mira, mira... mira ese gorrión, es más audaz y se está acercando, ha comprendido que no hay ningún peligro. Y detrás de él vienen los otros. ¿Ves cómo comen? ¿No es igual que para nosotros, que somos hijos del Padre? Él nos sacia de su amor. Y, cuando estamos seguros de ser amados y de que nos ha invitado a su amistad, ¿por qué tener miedo de Él y de nosotros? Su amistad debe hacernos audaces incluso entre los hombres. Cree esto: sólo el malhechor debe tener miedo de sus semejantes; no el justo, como tú eres.

Andrés se ha puesto colorado, y no habla.

Jesús lo arrima hacia sí y dice sonriendo:

-Habría que uniros a ti y a Simón en un mismo néctar, diluiros y luego daros de nuevo forma. Seríais perfectos. Con todo... si te dijera que, a pesar de ser tan distinto al principio, serás perfectamente igual a Pedro al final de tu misión, ¿lo creerías?

-Si Tú lo dices, es cierto. Ni siquiera me pregunto cómo podrá ser, porque todo lo que Tú dices es verdad. Me alegraré de ser como Simón, mi hermano, porque es un hombre justo y te hace feliz. ¡Simón vale! Me siento muy contento de que sea una persona que vale. Valiente, fuerte. ¡Bueno, también los demás!...

-¿Y tú, no?

-¿Yo?... Tú eres el único que puede estar contento de mí...

-Y darme cuenta de que trabajas silenciosamente y con más profundidad que los otros. Porque en los doce hay quien llama la atención en forma proporcionada a su trabajo, hay quien la llama mucho más de cuanto trabaja, y hay quien sólo trabaja, sin llamar la atención; un trabajo humilde, activo, ignorado... los otros pueden creer que éste no hace nada, mas Aquel que ve sabe las cosas. Existen estas diferencias porque aún no sois perfectos, y existirán siempre entre los futuros discípulos, entre aquellos que vengan después de vosotros, hasta el momento en que el ángel proclame con voz de trueno: "El tiempo ha terminado". Siempre habrá ministros del Cristo en que estarán nivelados lo que hacen y la atracción hacia ellos de las miradas del mundo: los maestros. Y existirán, por desgracia, aquellos que serán sólo rumor y gesto externos, sólo externos, los falsos pastores de poses histriónicas... ¿Sacerdotes?; no: mimos. Nada más. No es el gesto el que hace al sacerdote, y tampoco el hábito. No hacen al sacerdote ni su cultura terrena ni las relaciones influyentes de este mundo; es su alma, un alma tan grande que anule la carne. Todo espíritu mi sacerdote... así le sueño, así serán mis santos sacerdotes. El espíritu no tiene voz, ni pose de trágico; es inconsistente porque es espiritual y, por tanto, no puede llevar peplos o máscaras; es lo que es: espíritu, llama, luz, amor; habla a los espíritus, habla con la castidad de las miradas, de los hechos, de las palabras, de las obras. El hombre mira, y ve a un semejante suyo. Pero, más allá de la carne, y por encima de ella, ¿qué ve?: algo que le hace detenerse en su caminar apresurado, meditar y concluir: "Este hombre, semejante a mí, tiene de hombre sólo el aspecto; el alma es de ángel". Y, si se trata de un incrédulo, concluirá: "Por él creo que hay un Dios y un Cielo"; y, si es lujurioso, dice: "Éste, igual a mí, tiene ojos de

Cielo; freno mi sentido para no profanarlos"; si se trata de un avaro, decidirá: "Por el ejemplo de éste, que no tiene apego a las riquezas, yo ceso de ser avaro"; si es un iracundo, una persona violenta, en presencia del manso se vuelve un ser más sereno. Todo esto puede hacer un sacerdote santo. Y, créelo, siempre existirán, entre los sacerdotes santos, los que sepan incluso morir por amor a Dios y al prójimo, y hacerlo tan silenciosamente (después de haber ejercitado la perfección durante toda la vida también silenciosamente), que el mundo ni siquiera se dé cuenta de ellos. Pero, si el mundo no acaba siendo enteramente un lupanar y un lugar de idolatría, será por éstos, los héroes del silencio y de la laboriosidad fiel. Y tendrán tu sonrisa, pura y tímida. Porque siempre habrá Andreses; ¡por gracia de Dios por suerte para el mundo, los habrá!

-Yo no creía merecer estas palabras... No había hecho nada para suscitarlas...

-Me has ayudado a llevar hacia Dios a un corazón; y es el segundo que conduces hacia la Luz».

-¿Por qué ha hablado! Me había prometido...

-Nadie ha hablado. Pero Yo sé las cosas. Cuando los compañeros duermen, cansados, tres son los que están en vela en Agua Especiosa: el apóstol de silencioso y activo amor hacia los hermanos pecadores; la criatura a la que su alma aguijonea hacia la salvación; y el Salvador que ora y vela, que espera y tiene esperanza... Mi esperanza es ésta: que un alma encuentre su salud... Gracias, Andrés. Sigue así. Bendito seas por ello.

-¡Maestro!... Pero no digas nada a los otros... A solas, hablándole a una leprosa en una playa desierta, hablándole aquí a una mujer cuyo rostro no veo, algo sé hacer. Pero, si los otros lo saben, especialmente Simón (y quiere venir)... yo ya no sé hacer nada... No vengas ni siquiera Tú... porque me avergüenzo de hablar delante de ti.

-No iré contigo. Jesús no irá, pero el Espíritu de Dios ha ido siempre contigo. Vamos a casa. Nos están llamando para la comida.

Y todo cesa entre Jesús y el manso discípulo.

Están aún comiendo y ya han encendido las lámparas, porque la tarde desciende muy presurosa. El cierzo incita a tener cerrada la puerta. Llaman. Se oye la voz alegre de Juan.

-¡Nos alegramos de que hayáis regresado!

-¡Habéis tardado poco!

-¿Qué novedades hay, entonces?

-¡Qué cargados venís!

Todos hablan al mismo tiempo, mientras se ayuda a los tres a liberarse de las pesadísimas sacas que traen sobre los hombros.

-¡Despacio!

-¡Dejadnos saludar al Maestro!

-¡Un momento!

(Un alboroto alegre, familiar, por la alegría de estar juntos).

-¡Hola, amigos! Dios os ha dado días tranquilos.

-Sí, Maestro, pero no tranquilas noticias. Lo preveía - dice Judas Iscariote.

-¿Qué pasa? ¿Qué pasa?...

Se ha creado un ambiente de curiosidad.

-Dejadlos primero que tomen algo y repongan fuerzas - dice Jesús.

-No, Maestro. Primero te damos lo que tenemos para ti y para los demás. Y, primero... Juan, da la carta.

-La tiene Simón. Yo temía estropearla entre la carga.

El Zelote, que ha estado luchando hasta ese momento con Tomás, que quería traerle agua para sus pies cansados, acude diciendo:

-Aquí la tengo, en la bolsa del cinturón - y abre el bolsillo interno de su ancho cinturón de cuero rojo y extrae de él un rollo ya aplastado.

-Es de tu Madre. Estando cerca de Betania, encontramos a Jonatán que estaba yendo a casa de Lázaro con la carta y otras muchas cosas. Jonatán va a Jerusalén porque Cusa está poniendo en orden su palacio... Quizás Herodes va a Tiberíades... y Cusa no quiere que su mujer esté cerca de Herodías - explica el Iscariote mientras Jesús desata los nudos del rollo y desenrolla.

Los apóstoles cuchichean mientras Jesús lee con beata sonrisa las palabras de su Madre.

¯Escuchad - dice luego -, también hay algo para los galileos.

Mi Madre escribe:

“A Jesús, mi dulce Hijo y Señor, paz y bendición.

Jonatán, siervo de su Señor, me ha traído, de parte de Juana, unos obsequiosos regalos; ella pide a su Salvador, para sí, para su esposo y para toda su casa, la bendición. Jonatán me dice que él, por orden de Cusa, va a Jerusalén, habiendo recibido la indicación de abrir de nuevo el palacio de Sión. Yo bendigo a Dios por esto, porque así puedo hacerte llegar mis palabras y mi bendición. Igualmente, María de Alfeo y Salomé envían a sus hijos besos y bendiciones. Y, dado que Jonatán ha sido extremadamente bueno, también hay saludos de la mujer de Pedro para su marido lejano, y, para Felipe y Natanael, de sus familiares. Todas vuestras mujeres, queridos hombres que os encontráis lejos, bien con la aguja, bien con el telar, y con el trabajo de la huerta, os envían ropa para estos meses de invierno, y dulce miel, aconsejándoos que la toméis con agua bien caliente en las húmedas noches. Cuidad de vosotros mismos. Esto es lo que las madres y esposas me dicen que os diga, y yo lo transmito; también a mi Hijo. No por nada nos hemos sacrificado, creedlo. Disfrutad de los humildes presentes que nosotras, discípulas de los discípulos de Cristo, damos a los siervos del Señor; dadnos sólo la alegría de saber que estáis sanos.

Ahora, amado Hijo mío, pienso que, desde hace casi un año, ya no eres todo mío. Y me parece haber vuelto al tiempo en que sabía, sí, que Tú ya habías venido, porque sentía tu pequeño corazón latir en mi seno, pero también podía decir que no habías venido todavía, porque estabas separado de mí por una barrera que me impedía acariciar tu amado cuerpo, y sólo podía

adorar tu espíritu. ¡Oh, mi querido Hijo y adorable Dios!, también ahora sé que vives y que tu corazón late con el mío, jamás separado de mí aunque esté separado; pero, no te puedo acariciar, oír, servir, venerar, Mesías del Señor y de su pobre sierva.

Juana quería que fuese donde ella para que yo no estuviera sola en la fiesta de las Luminarias. Pero he preferido quedarme aquí con María a encender las lámparas; por mí y por ti. Pero aunque fuera la mayor de las reinas de la Tierra y pudiera encender mil, diez mil lámparas, estaría en la oscuridad, porque Tú no estás aquí. Mientras que, por el contrario, estaba en la perfecta luz en aquella oscura gruta cuando te tuve en mi corazón, Luz mía y Luz del mundo. Será la primera vez que me diré: "Mi Niño hoy tiene un año más" sin tener a mi Niño. Y será más triste que tu primer cumpleaños en Matarea. Mas Tú llevas a cabo tu misión y yo la mía, y ambos hacemos la voluntad del Padre y trabajamos para la gloria de Dios: esto enjuga toda lágrima.

Querido Hijo, comprendo lo que haces por lo que me dicen. Como las olas desde mar abierto llevan la voz de alta mar hasta un solitario y cerrado entrante, así el eco de tu santo trabajo por la gloria del Señor llega a la tranquila casita nuestra, a oídos de tu Madre, siendo para Ella causa de júbilo, mas también de temblor; porque, si todos hablan de ti, no todos lo hacen con igual corazón. Vienen amigos, y personas que han recibido algún bien, a decirme: "¡Bendito sea el Hijo de tu vientre!", y vienen enemigos tuyos a herir mi corazón diciendo: "¡Sea anatema!'. Mas por éstos yo ruego, porque son unos infelices; más que los paganos, que vienen a preguntarme: "¿Dónde está el mago, el divino?", y no saben que dicen una gran verdad, dentro de su error, porque verdaderamente Tú eres *sacerdote y grande,* que es el sentido de esa palabra para la antigua lengua, y divino eres, mi Jesús. Y yo te los mando, diciendo: `Está en Betania'. Porque es lo que sé que tengo que decir, hasta que Tú no lo ordenes de otra manera. Y ruego por estos que vienen a buscar salud para lo que muere, a fin de que encuentren salud para el espíritu eterno. Y, te lo suplico, no te aflijas por mi dolor: queda compensado por la gran alegría que me producen las palabras de los sanados de alma y de carne.

Pero María sufrió y sufre todavía un dolor más fuerte que el mío. No me hablan sólo a mí. José de Alfeo quiere que sepas que, durante un reciente viaje suyo de negocios a Jerusalén, lo pararon y lo amenazaron por causa tuya. Eran hombres del Gran Consejo. Yo creo que algún grande de aquí les dio la referencia, porque, si no, ¿quién podía conocer a José como cabeza de familia y hermano tuyo? Yo te digo esto por obediencia de mujer. Pero por mí te digo: quisiera estar a tu lado, para confortarte. De todas formas, actúa Tú, Sabiduría del Padre, sin tener en cuenta mi llanto. Simón, tu hermano, quería casi ir a ti, después de este hecho; y quería ir conmigo, pero, la estación en que estamos lo ha retenido, y más aún el temor de no encontrarte, porque nos dijeron, en tono de amenaza, que Tú donde estás no puedes permanecer.

¡Hijo, Hijo mío, adorado y santo Hijo mío!, estoy con los brazos alzados como Moisés en el monte, para rogar por ti, que estás batallando contra los enemigos de Dios y tuyos, mi Jesús al que el mundo no ama.

Aquí ha muerto Lía de Isaac. Lo he sentido mucho porque fue siempre buena amiga mía. Pero el padecimiento mayor eres Tú, lejano y no amado.

Yo te bendigo, Hijo mío, y, como yo te doy paz y bendición, te ruego dársela Tú a Mamá".

-¡Llegan hasta esa casa esos desvergonzados! - grita Pedro.

Y Judas Tadeo exclama:

-José... podía haberse guardado para sí lo sucedido. Pero... ¡lo ha llenado de satisfacción el poder comunicarlo!

-Grito de hiena no asusta a los vivos - sentencia Felipe.

-Lo malo es que no son hienas, son tigres; buscan presa viva - dice el Iscariote. Y, volviéndose al Zelote: «Refiere tú lo que hemos sabido.

-Sí, Maestro. El temor de Judas está justificado. Hemos estado donde José de Arimatea y donde Lázaro; allí abiertamente, como amigos tuyos. Después, yo y Judas - como si yo fuera un amigo suyo de la infancia - hemos estado donde algunos amigos suyos de Sión... Bueno, pues José y Lázaro te dicen que dejes este lugar enseguida y vayas adonde ellos durante estas fiestas. Cede, Maestro; es por tu bien. Además, los amigos de Judas dijeron: "Mira que ya se ha decidido ir a sorprenderlo para inculparlo. Precisamente en estos días de fiestas en que no hay gente. Que se retire durante un tiempo, para que queden deludidas estas víboras. La muerte de Doras ha estimulado su veneno y su miedo, porque además de sentir odio tienen miedo. El miedo les hace ver lo que no existe y el odio les hace incluso mentir".

-¡Todo, pero es que saben todo de nosotros! ¡Es odioso! ¡Y todo lo alteran, todo lo exageran! Y, cuando les parece que no hay todavía suficiente para maldecir, se lo inventan. Yo me siento asqueado y abatido. Me viene el deseo de expatriarme, de marcharme...; no sé... lejos... fuera de este Israel que no es sino pecado... - Se le ve deprimido al Iscariote.

-¡Judas, Judas!, una mujer para dar a un hombre al mundo trabaja nueve lunas; tú, para dar al mundo el conocimiento de Dios, ¿querrías emplear menos tiempo? Se necesitarán no nueve lunas, sino milenios de lunas; del mismo modo que la luna nace y muere en cada lunación, manifestándose a nosotros como acabada de nacer, luego llena, luego menguada... sucederá así siempre en el mundo, mientras exista: habrá fases crecientes, llenas y decrecientes, de religión. Pero, aun cuando parezca muerta, tendrá vida, como la luna, que está aun cuando parece que haya llegado a su fin. Y quien haya trabajado en esta religión, recibirá el consiguiente pleno mérito, a pesar de que sólo una exigua minoría de almas fieles quede sobre la Tierra. ¡Venga, venga! Nada de fáciles entusiasmos en los triunfos ni de fáciles depresiones en las derrotas.

-No obstante... deja este lugar. No somos nosotros fuertes todavía y sentimos que frente al Sanedrín tendríamos miedo; yo al menos... los otros, no lo sé... pero, hacer la prueba lo considero una imprudencia. Nosotros no tenemos el corazón de los tres jóvenes de la corte de Nabucodonosor.

-Sí, Maestro, es mejor.

-Es prudente.

-Judas tiene razón.

-Mira cómo también tu Madre y tus familiares...

-Y Lázaro y José.

-Hagámosles venir en vano.

Jesús extiende los brazos y dice:

-Hágase como queréis; pero luego se vuelve aquí. Veréis cuántos vienen. Yo ni fuerzo ni tiento vuestra alma; efectivamente, no la siento preparada... Bueno... veamos los trabajos que han hecho las mujeres.

Pero mientras todos, con ojos risueños y voces de alegría, extraen de las sacas los paquetes con la ropa, las sandalias o los alimentos de las madres y de las esposas, y tratan de interesar a Jesús para que admire tanta gracia de Dios, Él permanece triste y absorto. Lee una y otra vez la carta materna. Se ha retirado con una lamparita al rincón más alejado de la mesa en que están la ropa, las manzanas, recipientes de metal, pequeños quesos... y, haciendo con una mano de visera para los ojos, parece meditar, pero en realidad está sufriendo.

-Mira, Maestro, mi esposa, ¡pobrecilla!, ¡qué prenda tan linda, y qué manto con capucha me ha hecho! Quién sabe lo que le habrá costado hacerlo, porque no es tan experta como tu Madre - dice Pedro, que está rebosante de alegría, con los brazos cargados de sus tesoros.

-Bonitos, sí, bonitos. Es una esposa excelente - dice cortésmente Jesús... pero con la vista lejos de lo que le ha mostrado.

-A nosotros nuestra madre nos ha hecho dos túnicas dobles. ¡Pobre mamá! ¿Te gustan, Jesús? Es un color bonito, ¿no es verdad? - dice Santiago de Zebedeo.

-Muy bonito, Santiago; te estará bien.

-Mira, estoy seguro de que estos cinturones los ha hecho tu Madre; es Ella la que borda así. Y este velo doble para cubrir del sol yo también digo que lo ha hecho María; es igual que el tuyo. La túnica no; ciertamente ha sido nuestra madre la que la ha confeccionado. ¡Pobre mamá! Después de tanto como ha llorado este verano, ve menos y frecuentemente se le rompe el hilo. ¡Qué buena es! - Judas de Alfeo besa la gruesa túnica de color rojo-marrón.

-No estás alegre, Maestro - observa por fin Bartolomé - Ni siquiera miras lo que te han mandado.

-No puede estarlo - arguye Simón Zelote.

-Estoy pensando... Pero... Volved a hacer los paquetes. Ponedlo todo en orden. No es este el momento de que nos prendan, y no nos prenderán. Bien entrada la noche, con el claro de la luna, iremos hacia Doco y luego a Betania.

-¿Por qué a Doco?

-Porque allí hay una mujer que se está muriendo y espera de mí la curación.

-¿No pasamos por casa del encargado?

-No, Andrés, por ningún sitio. Así nadie tendrá necesidad de mentir diciendo que no sabe dónde estamos. Si vuestra preocupación es que no nos persigan, la mía es no crear complicaciones a Lázaro.

-Pero Lázaro te espera.

-Y vamos donde él. O, mejor,... Simón, ¿me hospedas en la casa de tu viejo siervo?

-Con mucho gusto, Maestro. Tú ya sabes todo. Por tanto, puedo decirte en nombre de Lázaro, de mí mismo y de quien vive en ella, que esa casa es tuya.

-Vamos. Rápido. Para estar en Betania antes del sábado.

Y, mientras todos se dispersan, con lámparas, para hacer lo que la improvisa partida requiere, Jesús se queda solo.

Vuelve Andrés, se acerca a su Jesús y dice:

-¿Y esa mujer? Me duele abandonarla ahora que parecía que iba a venir... Es prudente... ya lo has visto...

-Vete a decirle que dentro de un tiempo volveremos y que mientras tanto recuerde tus palabras...

-Las tuyas, Señor. Yo he dicho sólo las tuyas.

-Ve. Date prisa. Y mira que ninguno te vea. Verdaderamente en este mundo de malos deben tomar aspecto de pérfidos los inocentes...

Todo me cesa aquí, en esta gran verdad.

## 134

## La curación de Jerusa en Doco

Veo esto: Jesús, con las primeras luces de una raquítica mañana de invierno, entra en la pequeña ciudad de Doco, y le pregunta a un viandante madrugador:

-¿Dónde vive Mariamne, la anciana madre que tiene a su nuera muriéndose?

-¿Mariamne? ¿La viuda de Leví? ¿La suegra de Jerusa, mujer de Josías?

-Sí, es ella.

-Mira, hombre, al final de esta calle hay una plaza. En la esquina, hay una fuente. De allí salen tres calles. Coge la que tiene enmedio una palma y camina cien pasos. Encontrarás un foso; lo sigues hasta el puente de tablas. Lo atraviesas y verás una callecita cubierta. Recórrela. Terminada la calle y lo que la cubre - porque desemboca en una plaza -, ya has llegado. La casa de Mariamne es de color oro debido a la antigüedad. Con los gastos que tienen, no la pueden limpiar. No te puedes equivocar. Adiós. ¿Vienes de lejos?

-No mucho.

-Pero, ¿eres galileo?

-Sí.

-¿Y éstos? ¿Vienes para la fiesta?

-Son amigos. Adiós, hombre. La paz sea contigo.

Jesús deja plantado a este hombre locuaz que ya no tiene prisa, y va por su camino, y los apóstoles detrás.

Llegan a la... placita: un pedazo de terreno muy fangoso que tiene en el centro una encina joven, alta, que ha crecido señoreadora y que tal vez en verano produzca bienestar, pero que por ahora sólo produce melancolía, pues, tupida y oscura, se yergue sobre las pobres casas quitándoles luz y sol.

La casa de Mariamne es la más modestilla. Es ancha y baja y está muy descuidada. La puerta de fuera está llena de parches para tapar las ranuras que hay debido a lo muy vieja que es la madera. Una ventanita sin bastidor muestra su negro agujero como una órbita sin ojo.

Jesús llama a la puerta. Viene una jovencita de unos diez años, pálida, despeinada, con los ojos rojos.

-¿Eres la nieta de Mariamne? Dile a la anciana madre que Jesús está aquí.

La niña da un grito y se echa a correr llamando a voces. Acude rápidamente la anciana, seguida por seis niños además de la muchachita de antes. El mayor parece gemelo de ésta; los últimos, dos chisgarabises descalzos y demacrados, vienen agarrados al vestido de la anciana; apenas si saben caminar.

-¡Has venido! ¡Hijos, venerad al Mesías! En buena hora llegas a mi pobre casa. Mi hija se me está muriendo... No lloréis, niños; que no oiga. ¡Pobres criaturas! Las niñas están agotadas de las velas, porque, yo hago todo, pero ya no puedo velar; me caigo al suelo de sueño. Hace meses que no toco la cama. Ahora duermo en una silla, para estar junto a ella y junto a las niñas. Pero son pequeñas y sufren. Los niños, estos, van a hacer leña para mantener el fuego, y también la venden, para conseguir pan. Se agotan... ¡pobres nietos! Pero lo que nos mata no es el cansancio, es el verla morir... No lloréis. Tenemos a Jesús.

-Sí, no lloréis. Vuestra mamá se curará, vuestro padre volverá, dejaréis de tener tantos gastos y dejaréis de pasar hambre. ¿Éstos son los dos últimos?

-Sí, Señor. Esa débil criatura ha dado a luz tres veces gemelos... y el pecho ha enfermado.

-A unos demasiado y a otros nada - susurra Pedro entre dientes, y toma luego consigo a uno de los pequeñuelos y le da una manzana para que se calle; y, mientras también el otro pequeño le pide otra y Pedro lo complace, Jesús con la anciana atraviesa el atrio y va al patio, y sube la escalera para entrar en una habitación donde gime una mujer joven, pero esquelética.

-El Mesías, Jerusa. Ahora ya no sufrirás más. ¿Ves cómo ha venido realmente? Isaac no miente nunca. Lo dijo. Así que cree que de la misma forma que ha venido te puede sanar.

-Sí, madre buena; sí, mi Señor. Pero, si no me puedes curar, hazme morir al menos. Siento perros en este pecho mío. Las bocas de mis hijos, a las que he dado dulce leche, me han dado a cambio fuego y amargura. ¡Sufro mucho, Señor! ¡Salgo muy cara! Mi marido lejos por el pan, la anciana madre que se está consumiendo, yo que me muero... ¿a quien irán los hijos, cuando haya muerto por la enfermedad, y ella por el cansancio y los sufrimientos?

-Para los pájaros está Dios, como también para los pequeñuelos del hombre. Pero no morirás. ¿Te hace mucho daño aquí? - Jesús hace ademán de depositar la mano sobre el pecho vendado.

-¡No me toques! ¡No me aumentes el dolor! - grita la enferma.

Pero Jesús deposita delicadamente su larga mano sobre el seno enfermo.

-Tienes realmente fuego dentro, pobre Jerusa. El amor materno se te ha transformado en fuego en el pecho. Tú no odias a tu esposo o a los niños, ¿no es cierto?

-¡Oh! ¿Por qué iba a odiarlos? Mi marido es bueno y me ha querido siempre. Con sabio amor nos amamos, y el amor floreció en hijos... ¡Y ellos...! Me acongoja el dejarlos... Pero... Señor, ¡si mi fuego cesa! ¡Madre! ¡Madre! ¿Es como si un ángel espirara el aire del Cielo sobre mi tormento! ¡Oh..., qué paz! No quites, no quites tu mano, mi Señor; aprieta, más bien. ¡Oh..., qué fuerza! ¡Qué alegría! ¡'Mis hijos! ¡Aquí, mis hijos! ¡Quiero que vengan! ¡Dina! ¡Osías! ¡Ana! ¡Seba! ¡Melquí! ¡David! ¡Judas! ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Mamá ya no se muere! ¡Oh!...

La joven se vuelve sobre las almohadas llorando de alegría mientras acuden los hijos, y la anciana, de rodillas, no encontrando otra cosa, en su alegría, entona el cántico de Azarías en el horno de fuego, completo, con su voz temblorosa de anciana y de persona conmovida.

-¡Señor! - dice por fin - ¿Qué puedo hacer por ti? ¿No tengo nada con que honrarte?

Jesús la levanta y dice:

-Déjame sólo detenerme aquí un poco para descansar - Y calla - El mundo no me ama. Debo alejarme un tiempo. Te pido fidelidad a Dios y silencio. A ti, a ella, a los pequeños.

-¡No temas! ¡Nadie se acerca a los míseros! Puedes estar aquí sin temor a ser visto. Los fariseos, ¿no? Pero... ¿Y para comer? Yo no tengo más que un poco de pan...

Jesús llama a Judas Iscariote:

-Coge dinero y ve a comprar lo que haga falta. Comeremos y descansaremos aquí, con estas buenas mujeres. Hasta el anochecer. Ve y calla.

Luego se vuelve hacia la mujer que ha sido curada:

-Quítate las vendas, levántate, ayuda a tu madre, exulta. Dios te ha concedido gracia por piedad hacia tu virtud de esposa. Compartiremos el pan, porque hoy el Señor altísimo está en tu casa y hay que celebrarlo con una gran fiesta.

Jesús va afuera y alcanza a Judas que iba a marcharse en ese momento:

-Compra con abundancia. Que tengan también para los próximos días. A nosotros en casa de Lázaro no nos faltará nada.

-Sí, Maestro. Y, si me lo permites... Tengo dinero mío, he hecho voto de ofrecerlo porque quedes salvo de los enemigos; lo puedo emplear en pan. Mejor que vaya a estos hermanos en Dios que no a las tragaderas del Templo. ¿Me das permiso? El oro siempre ha sido una serpiente para mí. No quiero seguir sintiendo su hechizo, porque, ahora que soy bueno, estoy muy bien. Me siento libre, y soy feliz.

-Haz como quieras, Judas, y que el Señor te dé paz.

Jesús va hasta donde los discípulos mientras Judas sale. Todo termina.

## 135

## Llegada a Betania. La Magdalena escucha el discurso de Jesús

Cuando Jesús, subida la última pendiente, llega al páramo, ve Betania, toda esplendorosa bajo un sol de Diciembre que quita tristeza a los campos desnudos y hace menos oscuros los rodales de verde de los cipreses, chaparros y algarrobos que crecen aquí o allá y parecen cortesanos en ademán de saludar a alguna que otra palma altísima, verdaderamente regia, que se eleva solitaria en los jardines más bellos. Y es que Betania no ostenta sólo la bonita casa de Lázaro, sino también otras moradas de ricos, quizás habitantes de Jerusalén que prefieren vivir aquí, cerca de sus bienes; sus villas, de voluminosa y bella arquitectura, con jardines bien cuidados, destacan sobre el conjunto de las casitas de los aldeanos. Produce una extraña sensación ver en un terreno ondulado todavía alguna palma evocadora del Oriente, con su tallo esbelto y el penacho duro y rumoroso de sus hojas, tras cuyo verde jade, instintivamente, se busca la inacabable amarillez del desierto. Aquí, sin embargo, el fondo es de olivos verde y plata y de campos arados (por ahora carentes del menor signo de trigo) y de esqueléticos conjuntos de árboles frutales de troncos oscuros y de ramajes enmarañados, como si fueran almas retorciéndose por una tortura infernal.

Y ve también enseguida a un servidor de Lázaro puesto de centinela. Éste saluda con gran reverencia y pide permiso para llevar a los señores la noticia de su llegada; obtenido el permiso, se marcha presuroso.

Entretanto, del campo y de la misma ciudad, acuden a saludar al Rabí, y, tras un seto de laurel, que circunda con su verde perfumado una hermosa casa, se asoma una joven mujer que, ciertamente, no es israelita. Su peplo o, si no recuerdo mal los nombres, su estola (larga hasta formar una pequeña cola, amplia, de suave lana blanquísima a la que da viveza una greca bordada de intensos colores en que destacan brillantes hilos de oro, ceñida a la cintura por un cinturón igual que la franja) y su tocado (una redecilla de oro que mantiene un complicado peinado: por delante, del todo hecho de pequeños bucles; luego liso, para terminar en un moño grande sobre la nuca) me hacen pensar que es griega o romana. Mira con curiosidad, incitada por los gritos cantarines de las mujeres y los gritos de júbilo de los hombres; luego sonríe despreciativamente al ver que se dirigen hacia un pobre hombre que carece hasta de un burro en que ir montado y que camina rodeado de un grupo de personas como él, que despiertan aún menos interés. Se encoge de hombros y, con un gesto de aburrimiento, se aleja, seguida - como si fueran perros - de un grupo de aves zancudas variopintas entre las que hay blancas ibis y multicolores flamencos; no faltan dos zancudas del color del fuego con una coronita trémula sobre la cabeza que parece de plata, único candor de su espléndido plumaje de llama dorada.

Jesús la mira un instante, luego continúa escuchando a un anciano que... querría no padecer la debilidad que padece en las piernas. Jesús le acaricia y le exhorta a... tener paciencia; que dentro de poco vendrá la primavera y con el buen sol de abril se sentirá más fuerte. Llega al improviso Maximino, que precede en unos metros a Lázaro.

-Maestro... me ha dicho Simón que... que Tú vas a su casa... Le va a dar pena a Lázaro... pero es comprensible...

-Hablaremos de ello luego. ¡Oh, amigo mío!

Jesús se acerca rápido a Lázaro, el cual parece sentirse violento, y lo besa en la mejilla. Entretanto han llegado a una callejuela que conduce a una casita situada entre otros terrenos de árboles frutales y el de Lázaro.

-Entonces, ¿estás decidido a ir donde Simón?

-Sí, amigo mío. Traigo conmigo a todos los discípulos y lo prefiero así...

Lázaro encaja mal esta determinación, pero no replica; sólo se vuelve a la pequeña aglomeración de gente que los sigue y dice:

-Marchaos. El Maestro necesita descansar.

Y esto me da ocasión para ver el poder que tiene Lázaro. Todos, oídas estas palabras, previa reverencia, se marchan, mientras Jesús se despide de ellos con su dulce: «Paz a vosotros. Os avisaré de cuán-do voy a predicar».

-Maestro - dice Lázaro, ahora que están solos, adelantados respecto a los discípulos, los cuales, algunos metros más atrás, están hablando con Maximino -... Maestro... Marta está llorando desconsoladamente; por esta razón no ha venido. Luego sí vendrá. Yo lloro sólo en mi corazón. Pero hay que reconocer que es justo. Si hubiéramos pensado que ella venía... pero no viene nunca en las fiestas... ¿Es que, acaso, ha venido alguna vez?... Yo digo: precisamente hoy tenía que traerla aquí el demonio.

-¿El demonio? Y, ¿por qué no su ángel por mandato de Dios? De todas formas, créeme, aunque ella no estuviera, Yo habría ido a casa de Simón.

-¿Por qué, mi Señor? ¿No te dio paz mi casa?

-Tanta paz que, después de Nazaret, es el lugar que más estimo. Y ahora, respóndeme: ¿Por qué tu misiva de que dejara Agua Especiosa? Por la asechanza que se avecina, ¿no es así? Pues entonces Yo vengo a las tierras de Lázaro, pero no pongo a Lázaro en la situación de que lo insulten en su casa. ¿Piensas que te respetarían? Para pisotearme a mí, pasarían incluso por encima del Arca Santa... Déjame hacerlo como pienso, por ahora al menos. Más tarde iré. Y además, nada me impide comer en tu casa, como nada impide que tú vengas a donde me alojo Yo. Deja que se diga: "Está en casa de un discípulo suyo".

-¿Y yo no lo soy?

-Tú eres el amigo. Es más que discípulo para el corazón, es distinto para donde hay malicia. Déjame hacer las cosas como he pensado. Lázaro, esta casa es tuya... pero no es tu casa, la bonita y rica casa del hijo de Teófilo, y, para los pedantes, eso cuenta mucho.

-Eso es lo que dices... pero es porque... es por ella... eso es. Yo estaba ya casi decidido a perdonar... pero si ella es causa de que Tú te apartes, ¡vive Dios que la odiaré!

-Y me perderás del todo. Depón este pensamiento enseguida o ahora mismo me pierdes... Aquí viene Marta. Paz a ti, mi dulce hospedera.

-¡Oh, Señor!

Marta, de rodillas, llora. Se ha bajado el velo, que lleva sobre el tocado hecho en forma de diadema, para no mostrar mucho su llanto a los extraños; pero, a Jesús no piensa ocultárselo.

-¿Por qué este llanto? ¡Verdaderamente estás desperdiciando estas lágrimas! Hay muchos motivos para llorar, y para hacer de las lágrimas un objeto precioso. Pero, ¡llorar por este motivo!... ¡Oh! ¡Marta! ¡Parece como si ya no supieras quién soy Yo! Del hombre, como sabes, no tengo más que lo que se ve; el corazón es divino, y palpita como divino. ¡Vamos, levántate y entra en casa!... Y a ella... dejadla. Aunque viniera a burlarse de mí, dejadla os digo. No es ella. Es el que la posee quien la hace instrumento de turbamiento. Pero aquí hay Uno que es más fuerte que su amo. Ahora la lucha es entre él y Yo, directamente. Vosotros orad, perdonad, tened paciencia y creed. Y nada más.

Entran en la casita (es una pequeña casa cuadrada rodeada de un pórtico que la hace más extensa). Dentro hay cuatro habitaciones divididas por un pasillo en forma de cruz. Una escalera, exterior como siempre, conduce a la parte alta del pequeño pórtico, que, por tanto, aquí es una terraza, que da acceso a una vastísima estancia de las mismas dimensiones que la casa; en el pasado ciertamente destinada para las provisiones, ahora enteramente libre y limpia, absolutamente vacía.

Simón, que está al lado de su anciano criado - oigo que le llaman José -, hace los honores de la casa. Dice:

-Aquí se podría hablar a la gente, o, si no, comer... Como Tú quieras.

-Ahora veremos. Entretanto, ve a decirles a los demás que después de la comida la gente puede venir. No defraudaré a la gente buena de este lugar.

-¿Dónde digo que vayan?

-Que vengan aquí. El día está templado. El sitio está resguardado de los vientos. Los árboles frutales, desnudos como están, no sufrirán daño si la gente viene. Hablaré aquí, desde la terraza. Ve.

Se quedan solos Lázaro y Jesús. Marta - de nuevo la "buena hospedera" al tener que ocuparse de atender a tantas personas - trabaja abajo con los criados y con los mismos apóstoles disponiendo lo necesario para las mesas y para el descanso.

Jesús pone un brazo sobre los hombros a Lázaro y lo conduce fuera de la sala, a pasear por la terraza que rodea la casa, con un buen sol que calienta algo el día, y, desde arriba, observa el trabajo de los criados y de los discípulos, y le sonríe a Marta, la cual va de aquí para allá y alza su rostro, serio, sí, pero ya menos turbado. Mira también el bonito panorama que rodea al lugar y nombra con Lázaro distintas localidades y personas, para terminar preguntando a quemarropa:

-Entonces, la muerte de Doras fue como agitar una vara dentro del nido de serpientes, ¿no?

-Maestro, me ha contado Nicodemo que la sesión del Sanedrín fue de una violencia nunca vista.

-¿Qué le he hecho al Sanedrín para que se inquiete? Doras se murió por sí mismo, ante los ojos de todo un pueblo; la ira lo mató. Yo no permití que se actuara irrespetuosamente con el cadáver. Por tanto...

-Tú tienes razón. Pero ellos... Están locos de miedo. Y.. ¿sabes que han dicho que hay que pillarte en pecado para poderte matar?

-¡Entonces, estate tranquilo! ¡Van a tener que esperar hasta la hora de Dios!

-¡Pero, Jesús! ¿Sabes de quién se habla? ¿Sabes de qué son capaces fariseos y escribas? ¿Sabes qué alma tiene Anás? ¿Sabes quién es su segundo? ¿Sabes?... Pero, ¿qué estoy diciendo? ¡Tú sabes! Por tanto, es inútil que te diga que se inventarán el pecado para poderte acusar.

-Ya lo han encontrado. Ya he hecho más de lo que necesitan. He hablado a romanos, he hablado a pecadoras... Sí, a pecadoras, Lázaro. Una - no me mires tan asustado - ... una viene siempre a oírme y ha recibido de tu capataz alojamiento en una cuadra, a petición mía, porque, para estar cerca de mí, se había establecido en una pocilga...

Lázaro es la estatua del estupor. Ha quedado inmóvil. Mira a Jesús como si estuviera ante una persona asombrosa por su extrañez. Jesús lo zarandea un poco sonriendo:

-¿Has visto a Satanás?- pregunta.

-No... La Misericordia he visto. Pero... pero si yo lo entiendo. Sin embargo, ellos, los del Consejo, no. Y dicen que es pecado. ¡Entonces es verdad! Yo creía... Pero ¿qué has hecho?

-Mi deber, mi derecho y mi deseo: tratar de redimir a un espíritu caído. Esto te hará ver, por tanto, que tu hermana no será el primer cieno que voy a conocer, ni el primero hacia el que me voy a inclinar; como tampoco será el último. En el cieno Yo quiero sembrar flores y hacerlas nacer: las flores del bien.

-¡Oh! ¡Dios! ¡Dios mío!... Pero... ¡Oh!, Maestro mío, Tú tienes razón. Estás en tu derecho, es tu deber y es tu deseo; pero, las hienas no lo comprenden. Son carroña tan fétida, que no sienten el olor, no pueden sentir el olor de las azucenas, y hasta en donde éstas germinan, ellos, esas carroñas poderosas, sienten olor de pecado; no comprenden que proviene de su sentina... Te lo ruego, no permanezcas largo tiempo en un lugar; muévete, cambia continuamente de sitio para no darles la posibilidad de encontrarte. Sé como un fuego nocturno que danza sobre los tallos de las flores, veloz, inaprensible, de paso desconcertante. Hazlo; no por cobardía, sino por amor al mundo, que necesita que Tú vivas para ser santificado. La corrupción aumenta; contraponle la santificación... ¡La corrupción!... ¿Has visto a la nueva habitante de Betania? Es una romana casada con un judío. Él es observante, pero ella es idólatra y, al no poder vivir tranquilamente en Jerusalén, porque, debido a sus animales, surgieron disputas con los vecinos, se ha venido aquí. Llena de animales - para nosotros impuros - está su casa, y... la más impura es ella, porque vive burlándose de nosotros y con licencias que... Yo no puedo criticar porque... Pero sí digo que, mientras que no se pone pie en mi casa porque está María, que pesa con su pecado sobre toda la familia, a casa de esa mujer sí que van. Pero es que, claro, le ha caído en gracia a Poncio Pilato y vive sin su marido. Él, en Jerusalén; ella, aquí. Así fingen, él y

ellos, no profanarse viniendo, y no constatar que se profanan. ¡Hipocresía! Viven metidos en la hipocresía hasta el cuello; ¡no tardarán en perecer ahogados en ella! El sábado es el día en que celebran el festín,.. ¡Y entre ellos hay también miembros del Consejo! Un hijo de Anás es el más asiduo.

-La he visto. Sí. Déjala que haga lo que quiera, y a ellos también. Cuando un médico prepara un fármaco, mezcla los productos, y el agua parece como si se inquinase, porque agita la mezcla y el agua se enturbia. Pero luego las partes muertas se depositan, el agua recupera su limpidez, a pesar de estar saturada de la sustancia de esos productos saludables. Esto mismo sucede ahora. Todo se mezcla y Yo trabajo con todos. Luego, las partes muertas se depositarán y serán arrojadas afuera, y las otras, vivas, permanecerán activas en el gran mar del pueblo de Jesucristo. Bajemos. Nos llaman...

Y la visión se reanuda mientras Jesús sube de nuevo a la terraza para hablar a la gente que, de Betania y los alrededores, ha venido a escucharle.

-Paz a vosotros.

Aun cuando Yo callara, los vientos de Dios llevarían hasta vosotros las palabras de mi amor y del odio de otros. Sé que estáis turbados porque no desconocéis el porqué de que Yo esté entre vosotros. Pues no sea sino agitación de alegría, y bendecid al Señor conmigo, que aprovecha el mal para proporcionar un motivo de alegría a sus hijos, conduciendo de nuevo a su Cordero, aguijoneado por el mal, a donde los otros corderos, para ponerlo al seguro contra los lobos.

Ved qué bueno es el Señor. A1 lugar en que me encontraba llegaron, como aguas a un mar, un río y un regato. Un río de amorosa dulzura, un regato de abrasadora amargura. E1 primero era vuestro amor, desde Lázaro y Marta al último del lugar; el regato era el injusto rencor de quien, no pudiendo ir al Bien que le llama, acusa al Bien de ser Pecado. Y el río decía: "Vuelve, vuelve con nosotros. Que nuestras olas te circunden, te aíslen, te defiendan, te den todo aquello que el mundo te niega". El regato malvado lanzaba amenazas y quería matar con su veneno. Mas, ¿qué es un regato comparado con un río?, ¿qué, comparado con un mar? Nada. Como a nada ha quedado reducido el veneno del regato, porque el río de vuestro amor lo ha sobrepujado en tal modo, que al mar de mi amor no ha llegado sino la dulzura de vuestro amor. Podríamos decir más aún: ha producido un bien. Me ha traído de nuevo con vosotros. Bendigamos por ello al Señor altísimo.

La voz de Jesús se expande, poderosa, por el aire calmo y silencioso. Jesús, lleno de hermosura bajo el sol, desde lo alto de la terraza, gesticula y sonríe sereno. Abajo, la gente lo escucha encantada: son como un floreado de rostros alzados sonriendo a la armonía de su voz. Lázaro está cerca de Jesús, como también Simón y Juan. Los demás están diseminados entre la multitud. Sube también Marta y se sienta en el suelo a los pies de Jesús, mirando hacia su casa, que se ve más allá de los árboles frutales.

El mundo es de los malos. El Paraíso es de los buenos. Ésta es la verdad y la promesa; apóyese sobre ella nuestro firme vigor. El mundo pasa. El Paraíso no pasa. Si, siendo bueno, uno se lo gana, eternamente lo gozará. ¿Por qué, pues, debe turbarnos lo que hacen los malos? ¿Os acordáis de las quejas de Job?: son las eternas quejas de los buenos que se sienten oprimidos; porque la carne gime, más no debería hacerlo, sino que, cuanto más pisoteada fuera, más se deberían alzar las alas del alma regocijándose con el júbilo del Señor.

¿Qué pensáis: que se sienten felices los que parecen estarlo debido a que - en ocasiones, lícitamente; en otras, las más, ilícitamente - tienen llenos los graneros, colmos los tinos, rebosantes de aceite sus odres? No. Sienten el sabor de la sangre y de las lágrimas de los demás en todo lo que toman como alimento, y el lecho les parece como erizado de espinas por lo desgarrador de sus remordimientos cuando en él yacen. Depredan a los pobres, desvalijan a los huérfanos, le roban al prójimo para atesorar, tiranizan a quien es menos que ellos en poder y en perversidad. No importa. Dejadlos. Su reino es de este mundo. Después de su muerte, ¿qué quedará? Nada. A menos que se quiera llamar tesoro al cúmulo de culpas que se llevan consigo y con el que ante Dios se presentan. Dejadlos. Son los hijos de las tinieblas, los que se rebelan contra la Luz; no pueden seguir los luminosos senderos de ésta. Cuando Dios hace brillar la estrella de la mañana, ellos la llaman sombra de muerte y, como tal, la consideran contaminada y prefieren caminar a la luz del destello sucio de su oro y de su odio, que resplandece solamente porque las cosas infernales tienen brillo de fósforo, el brillo de los eternos lagos de perdición...

-¡Mi hermana, Jesús... oh! - Lázaro descubre a María, que se desliza tras un seto del pomar de Lázaro para llegar lo más cerca posible. Va agachada, pero su cabeza rubia brilla como oro contra el boj oscuro.

Marta hace ademán de levantarse, pero Jesús le pone una mano sobre la cabeza y aprieta, de forma que debe quedarse donde está. Jesús alza aún más su voz.

-¿Qué decir de estos infelices? Dios les ha dado tiempo de hacer penitencia y ellos no hacen otra cosa sino abusar de él para pecar. Pero no los pierde de vista Dios, aunque parezca que lo haga. Llega el momento en que, o bien porque, cual rayo capaz de penetrar incluso en la roca, el amor de Dios hiende y desgarra su duro corazón, o bien, porque la suma de los delitos hace llegar el nivel de su cieno hasta introducirse en su boca y en su nariz - y experimentan, sí, ¡al fin experimentan la repugnancia de ese sabor y de esa fetidez que a los demás da asco y que colma su corazón! - llega el momento en que ello les produce náusea y surge un movimiento de aspiración al bien.

El alma entonces grita: "¿De quién recibiré el don de volver a ser como un tiempo fui, cuando vivía en amistad con Dios, cuando su luz resplandecía en mi corazón y bajo su rayo yo caminaba, cuando, al ver mí justicia, guardaba silencio, admirado, el mundo, y quien me veía me llamaba bienaventurado? El mundo bebía mi sonrisa, mis palabras eran acogidas como palabras de ángel, saltaba de orgullo el corazón en el pecho de mis familiares. Y ahora, ¿qué soy? Motivo de burla para los jóvenes, de horror para los ancianos, yo soy el tema de sus chácharas, el esputo de su desprecio me surca el rostro". Sí, así habla en ciertas horas el alma de los pecadores, de los verdaderos Job, porque no hay miseria mayor que ésta, la de quien ha perdido para siempre la amistad de Dios y su Reino. Deben infundir piedad, sólo piedad.

Son pobres almas que han perdido, por ociosidad o por ligereza, al eterno Esposo. "Por la noche, en mi lecho, busqué el amor de mi alma y no lo encontré." Así es. En las tinieblas no se puede distinguir al esposo, y el alma, aguijoneada por el amor, irreflexiva por hallarse envuelta en la noche espiritual, busca y quiere encontrar un refrigerio para su tormento. Cree encontrarlo

con cualquier amor. No. Uno sólo es el amor del alma: Dios. Van buscando amor estas almas a las que el amor de Dios aguijonea. Bastaría con que admitieran la luz en ellas para que el amor fuera su consorte. Van como enfermas, buscando a tientas amor, y encuentran todos los amores, todas las cosas sucias que el hombre ha bautizado así, mas no encuentran el amor, porque el amor es Dios y no el oro, el sentido, el poder.

¡Pobres, pobres almas! Si, menos ociosas, se hubieran puesto en pie al oír la invitación del Esposo eterno, al oír a Dios que dice: "Sígueme", a Dios que dice: "Ábreme", no habrían llegado tarde a abrir la puerta, con el ímpetu de su amor despertado, cuando, desilusionado, el Esposo ya estaba lejos y había desaparecido... Y no habrían profanado ese ímpetu santo de una necesidad de amor en un lodo tan inútil y con tantos diminutos tríbulos diseminados en él, que hasta al animal inmundo le da asco; tríbulos que no eran flores, sino sólo pinchos, pinchos que laceran, no coronan. Y no habrían conocido los vituperios de todos aquellos que, cual guardias de ronda, como Dios, pero por motivos opuestos, no pierden de vista al pecador y lo acechan para burlarse de él y criticarlo. ¡Pobres almas maltratadas, expoliadas, heridas por todos! Sólo Dios permanece al margen de esta lapidación de cruel escarnio; es más, vierte sus lágrimas para cura de las heridas y para cubrir con diamantino vestido a su criatura. Siempre su criatura... Sólo Dios... y los hijos de Dios con el Padre.

Bendigamos al Señor. Él ha querido que, por los pecadores, Yo debiera volver aquí para deciros: "Perdonad. Siempre perdonad. Haced de todo mal un bien. Haced de toda ofensa una gracia". No os digo sólo "haced"; os digo: repetid mi gesto. Yo amo y bendigo a los enemigos, porque por ellos he podido volver a vosotros, amigos míos.

La paz sea con todos vosotros.

La gente agita velos y ramajes en dirección a Jesús y luego, lentamente, se va alejando.

-¿Habrán visto a esa desvergonzada?

-No, Lázaro. Estaba detrás del seto bien escondida. Nosotros podíamos verla porque estábamos aquí arriba. Los demás, no.

-Nos había prometido que...

-¿Y por qué no debía venir? ¿No es ella, acaso, también una hija de Abraham? Quiero de vosotros, hermanos, y de vosotros, discípulos, el juramento de no hacerle observaciones de ningún tipo. Dejadla. ¿Que se burla de mí? Dejadla. ¿Que llora? Dejadla. ¿Que quiere quedarse? Dejadla. ¿Que quiere alejarse? Dejadla. Es el secreto del Redentor y de los redentores: tener paciencia, bondad, constancia y oración. Nada más. Todo gesto sobra ante ciertas enfermedades... Adiós, amigos. Yo me quedo orando. Vosotros marchad a las respectivas tareas. Y que Dios os acompañe.

Y todo termina.

## 136

## En la fiesta de las Encenias, en casa de Lázaro, se hace memoria del nacimiento de Jesús

La ya de por sí espléndida casa de Lázaro, esta noche está maravillosa. Parece arder por el número de lámparas encendidas, y la luz se derrama hacia fuera, en este comienzo de la noche, rebosando desde las salas al atrio y desde éste al pórtico, para alargarse vistiendo de oro los guijarrosos senderos, el césped y las matas de cuadros del jardín, luchando - venciendo en los primeros metros - con el claror de la luna con su amarillo y carnal esplendor, mientras que más lejos todo toma aspecto angélico por el vestido de pura plata que la luna extiende sobre las cosas.

También el silencio que envuelve al magnífico jardín, en que suena sólo el arpegio del chorro de agua cayendo en el estanque de los peces, parece aumentar la recogida y paradisíaca paz de la noche lunar, mientras junto a la casa voces alegres y numerosas y un festivo rumor de correr muebles y de sacar la vajilla a las mesas recuerda que el hombre es hombre y no todavía espíritu.

Marta se mueve ágilmente con su amplio vestido espléndido y pudoroso de un color violeta rojo; parece una flor, una hermosa campanilla; o una mariposa en vivaz movimiento chocándose contra las paredes purpúreas del atrio o contra las paredes de diminutas representaciones - parecen una alfombra - de la sala del banquete.

Jesús, sin embargo, pasea solo y absorto junto al estanque de los peces, y parece como si alternadamente quedara subsumido en la oscura sombra proyectada por un alto laurel, un verdadero árbol gigante, o en la fosfórica luz lunar que cada vez se hace más clara; tan viva, que el surtidor del estanque parece un penacho de plata que luego se fragmenta en lascas de brillantes, que van a caer, para perderse en ella, en la lámina quieta, pura plata, del pilón. Jesús mira y escucha las palabras del agua en la noche. Estas llegan a tener un sonido tan musical, que despiertan a un ruiseñor que, en el tupid laurel, responde al arpegio lento de las gotas con un agudo de flauta y luego se para, como para tomar la nota y seguir el acorde del agua y finalmente comienza, como rey del canto que es, su perfecto, variado, suave himno de alegría.

Jesús ya ni siquiera camina, para no turbar con el rumor de los pasos la serena alegría del ruiseñor, y creo que también suya porque sonríe, con la cabeza agachada, con una sonrisa de alegría realmente serena. Cuando el ruiseñor, después de una nota purísima sostenida y modulada en tono ascendente - que no sé cómo puede sostenerla una garganta tan pequeña -, interrumpe su canto, Jesús exclama:

-¡Te bendigo, Padre santo, por esta perfección y por el gozo que con ella me has proporcionado! - y sigue su lento paseo lleno de quién sabe qué profundidades de meditación.

Llega Simón:

-Maestro, Lázaro te ruega que vayas. Todo está ya dispuesto.

-Vamos. Desaparezca así el último motivo de duda que pudiera existir de que les hubiera perdido estima por causa de María.

-¡Cuánto llanto, Maestro! Sólo un secreto milagro tuyo ha podido aplicar una cura a ese dolor. ¿No sabes que Lázaro casi decide huir después de que ella, cuando volvieron, salió de casa diciendo que dejaba los sepulcros y abrazaba la alegría y... otras insolencias? La posición mía y de Marta fue: "¡Te conjuramos: no lo hagas!" - entre otras cosas porque... nunca se sabe la reacción de un corazón; si la hubiera encontrado, yo creo que la habría escarmentado de una vez por todas -. Habrían deseado de ella al menos el silencio acerca de ti...

-Y el inmediato milagro mío respecto a ella. Y habría podido hacerlo. Pero no quiero una resurrección forzada en los corazones. A la muerte la forzaré y me devolverá sus presas, porque Yo soy el Señor de la muerte y de la vida. Pero en los espíritus, que no son materia que, sin hálito, carezca de vida, sino que son inmortales esencias capaces de renacer por voluntad propia, Yo no fuerzo la resurrección. Otorgo la primera llamada y la primera ayuda, como quien abriera un sepulcro en que alguien hubiera sido enterrado semivivo, donde moriría si permaneciera largo tiempo, en esas tinieblas asfixiantes; dejo entrar aire y luz... luego, espero. Si el espíritu tiene deseos de salir, sale; si no lo desea, sus tinieblas aumentan y queda hundido. Pero; si sale... ¡Oh, si sale... en verdad te digo que ninguno será mayor que el renacido en su espíritu! Sólo la Inocencia absoluta es mayor que este muerto que vuelve a vivir en virtud del propio amor y para alegría de Dios... ¡Son mis mayores triunfos!

Observa el cielo, Simón. ¿Ves que tiene estrellas y planetas, más o menos grandes? Todos poseen vida y esplendor por Dios, que los ha hecho, y por el sol que los ilumina, mas no todos son luminosos y grandes en igual medida. Así será también en mi Cielo: todos los redimidos tendrán vida por mí y esplendor por mi luz, mas no todos serán luminosos y grandes en igual medida. Unos serán simple polvo de astros, como el que hace láctea a Galatea: serán aquellos, innumerables, que habrán recibido del Cristo, o, mejor dicho, habrán aspirado, sólo ese mínimo indispensable para no ser réprobos, y sólo por la infinita misericordia de Dios, después de un largo purgatorio, irán al Cielo. Otros serán más fúlgidos y estarán más formados: los justos que hayan unido su voluntad (nota que digo "voluntad" no "buena voluntad") a la del Cristo, y hayan prestado obediencia, para no condenarse, a mis palabras. Luego, estarán los planetas, las buenas voluntades, ¡oh..., luminosísimos!: son los enamorados hasta la muerte por el amor, los penitentes por amor, los que obran por amor, los inmaculados por amor; su luz es de puro diamante o de resplandor de gemas de distintos colores (rojo-rubí o violeta-amatista o amarillo-topacio o cándido-perla).

Y habrá algunos entre estos planetas - y serán mis glorias de Redentor - que tendrán en sí destellos de rubí y de amatista y de topacio y de perla, porque serán todo por amor. Heroicos hasta llegar a perdonarse el no haber sabido amar antes, penitentes hasta saturarse de expiación como Ester antes de presentarse a Asuero se saturó de perfumes, incansables para hacer en poco tiempo, en el poco tiempo que les queda, cuanto no hicieron durante los años que perdieron en el pecado, puros hasta la heroicidad para olvidarse - no sólo en el alma y en el pensamiento, sino también en las propias entrañas - de que existe el sentido. Serán aquellos que atraerán hacia sí, por su multiforme resplandor, los ojos de los creyentes, de los puros, de los penitentes, de los mártires, de los héroes, de los ascetas, de los pecadores, y, para cada una de estas categorías, su resplandor será palabra, respuesta, llamada, garantía...

Pero, vamos, que nosotros estarnos aquí hablando y allí nos esperan.

-Es que cuando Tú hablas uno se olvida de que vive. ¿Puedo decir todo esto a Lázaro? Me parece ver en ello una promesa...

-Lo debes decir. La palabra del amigo puede posarse sobre su herida y no se ruborizarán de haberse puesto colorados en mi presencia...

-Te hemos hecho esperar, Marta; es que estaba hablando con Simón de estrellas y nos hemos olvidado de estas luces. Tu casa es verdaderamente un firmamento esta noche...

-Las hemos encendido no sólo para nosotros y la servidumbre, sino también para ti y para los huéspedes, tus amigos. Gracias por haber venido para la última noche. Ahora la fiesta es realmente la Purificación... - Marta querría continuar hablando, pero siente que le sube el llanto y calla.

-Paz a todos vosotros - dice Jesús entrando en el atrio resplandeciente de decenas de luces de plata, todas encendidas, colocadas por todas partes.

Lázaro, sonriente, se dirige hacia Jesús:

-Paz y bendición a ti, Maestro, y muchos años de santa felicidad.

Se besan.

-Me han dicho ciertos amigos nuestros que Tú naciste mientras Belén ardía por una lejana fiesta de las Luminarias. Ellos y nosotros estamos jubilosos de tenerte esta noche. ¿No preguntas quiénes son?

-No tengo más amigos que los discípulos y mis amados de Betania, aparte de los pastores. Por tanto son ellos. ¿Han venido? ¿Para qué?

- Para adorarte, Mesías nuestro. Lo supimos por Jonatán, y aquí estamos, con nuestros rebaños, que ahora están en los establos de Lázaro, y con nuestros corazones, ahora y siempre a tus pies santos.

Isaac ha hablado por Elías, Leví, José y Jonatán, que están postrados a los pies de Jesús: Jonatán con su esponjoso vestido del intendente estimado por su señor; Isaac con el suyo de incansable peregrino, de gruesa lana marrón oscura, impermeable al agua; Leví, José, Elías, con las vestiduras que Lázaro les ha dado, frescas, limpias, para poder tomar asiento en las mesas sin tener que llevar el pobre indumento, roto y con olor a aprisco, de los pastores.

-¿Por este motivo me habéis mandado al jardín? ¡Dios os bendiga a todos! Sólo falta mi Madre para completar mi felicidad. Alzaos, alzaos. Es la primera Navidad que celebro sin mi Madre. Pero vuestra presencia me alivia la tristeza, la nostalgia de su beso.

Entran todos en la sala de las mesas. Aquí la mayoría de las lámparas son de oro. El metal aumenta su brillo por la luz de la llama, la llama parece más resplandeciente por el reflejo de tanto oro. La mesa está dispuesta en forma de U para que quepa tanta gente como hay y poderla servir sin dificultar las operaciones de los trinchadores y de los criados. Además de Lázaro están los apóstoles, los pastores, y Maximino, el anciano servidor de Simón.

Marta cuida de la disposición de los puestos. Querría permanecer en pie, pero Jesús se impone:

-Hoy no eres la hospedadora, eres la hermana, y te vas a sentar como si fueras de mi misma sangre. Somos una familia. Cesen las reglas para dar paso al amor. Aquí, a mi lado, y, junto a ti, Juan. Yo con Lázaro. Dadme una lámpara. Entre mí y Marta vele una luz... una llama, por las ausentes que a pesar de todo están presentes: por las amadas, esperadas, por las mujeres amadas y lejanas. Todas. La llama tiene palabras de luz. El amor tiene palabras de llama, y estas palabras van lejos, siguiendo la onda incorpórea de los espíritus que se encuentran siempre, más allá de los montes y de los mares, llevando besos y bendiciones... Llevando todo. ¿No es, acaso, verdad?

Ella deposita la lámpara en el lugar donde Jesús desea, en un puesto que quedará vacío, y, habiendo comprendido, se inclina a besarle la mano (la que luego, bendecidora y reconfortante, Jesús pone sobre la cabeza morena de Marta).

Comienza la cena. A1 principio un poco confusos, los tres pastores - Isaac se siente ya más seguro y Jonatán no da signos de sentirse incómodo - van tomando cada vez más confianza a medida que la cena se desarrolla, y, después de un tiempo de silencio, comienzan a hablar: ¿de qué podría ser, sino de su recuerdo?

-Hacía poco que nos habíamos recogido - dice Leví - Tenía tanto frío, que me resguardé entre las ovejas, llorando por la nostalgia de mi madre...

-Yo, sin embargo, pensaba en la joven Madre que había visto poco antes, y me decía a mí mismo: "¿Habrá encontrado lugar?". ¡Si hubiera sabido que estaba en un establo, la habría traído al aprisco!... Pero, era tan delicada - una azucena de nuestros valles - que me pareció una ofensa el decirle: "Ven con nosotros". Yo pensaba en Ella... Y sentía más vivamente el frío, pensando en cuánto le debía hacer sufrir. ¿Te acuerdas qué luz aquella noche? ¿Y te acuerdas de tu miedo?

-Sí... pero luego... el ángel... ¡Oh!... - Leví, un poco absorto como en estado de ensoñación, sonríe al recordarlo.

-¡Un momento! ¡Escuchadme, amigos! Nosotros sabemos poco y lo sabemos mal. Hemos oído hablar de ángeles, de pesebres, de rebaños, de Belén... Y sabemos que Él es galileo y carpintero... ¡No es justo que estemos en la ignorancia! Yo le he preguntado al Maestro en Agua Especiosa... pero luego se habló de otras cosas. Éste, que sabe, no me ha dicho nada... Sí, hablo contigo, Juan de Zebedeo. ¡Vaya forma de respeto hacia el anciano! Te lo tienes todo para ti y me dejas que vaya adelante como un tarugo de discípulo. ¿Es que ya por mí mismo no soy suficiente tarugo?

Se echan a reír por el gesto bueno de indignación de Pedro. Pero él se vuelve hacia su Maestro y dice:

-Se ríen, pero tengo razón.

Luego se vuelve a Bartolomé, Felipe, Mateo, Tomás, Santiago y Andrés:

-¡Venga, decidlo también vosotros, protestad conmigo! ¿Por qué no sabemos nada nosotros?

-¿Dónde estabais cuando murió Jonás? ¿Dónde estabais en los altos del Líbano?

-Tienes razón. Pero, por lo que se refiere a Jonás, yo al menos, creí que se tratase del delirio de un moribundo, y, en los altos del Líbano... estaba cansado y con sueño. Perdóname, Maestro, pero es la verdad.

-¡Y será la verdad de muchos! El mundo de los evangelizados frecuentemente responderá, al Juez eterno, para disculparse de su ignorancia a pesar de la enseñanza de mis apóstoles, eso mismo que tú dices: "Creí que se trataba de un delirio... Estaba cansado y tenía sueño". Y, frecuentemente, no admitirá la verdad porque la confundirá con un delirio, y no se acordará de la verdad porque estará cansado y tendrá sueño por demasiadas cosas inútiles, caducas e incluso pecaminosas. Una sola cosa es necesaria: conocer a Dios.

-Bien, después de decirnos lo que nos corresponde, cuéntanos cómo sucedieron los hechos... Cuéntaselo a tu Pedro. Yo después hablaré de ello a la gente. Si no... ya te lo he dicho, ¿qué puedo decir? El pasado no lo conozco; las profecías y el Libro... no los sé explicar; el futuro... ¡oh, pobre de mí! Y entonces ¿qué anuncio?

-Sí, Maestro, que lo sepamos también nosotros... Sabemos que eres el Mesías, y esto lo creemos, pero, al menos por lo que a mí respecta, me ha costado trabajo admitir que de Nazaret pudiera provenir algo bueno... ¿Por qué no me has dado a conocer, ya desde el principio, tu pasado? - dice Bartolomé.

-Para probar tu fe y la luminosidad de tu espíritu. Pero ahora sí os voy a hablar; es más, os vamos a hablar de mi pasado. Yo diré lo que incluso los pastores no saben y ellos dirán lo que vieron. Conoceréis así el alba de Cristo. Oíd.

Habiéndose cumplido el tiempo de la Gracia, Dios se preparó su Virgen. Os será fácil comprender cómo Dios no podía residir donde Satanás había puesto un incancelable signo. Por tanto, la Potencia actuó para hacer su futuro tabernáculo sin mancha, y de dos justos, en la ancianidad, y contra las reglas comunes de la procreación, fue concebida aquella en la que no existe mancha alguna.

¿Quién depositó esa alma en la carne embrional que con su presencia daba nueva lozanía al anciano seno de Ana de Aarón, la abuela mía? Tú, Leví, viste al Arcángel de todos los anuncios. Puedes decir: es ése. Porque la "Fuerza de Dios" (*"Fuerza de Dios"* es el significado etimológico de "Gabriel", el nombre del arcángel de los anuncios) fue siempre el Victorioso que llevó el tañido de alegría a los santos y a los profetas; el Indomable, contra el que la fuerza, también grande, de Satanás se quebró cual sutil tallo de musgo seco; el Inteligente que desvió con su buena y lúcida inteligencia las insidias del otro inteligente, si bien malvado, poniendo en acto con prontitud el mandato de Dios.

Con un grito de júbilo, él, el Anunciador, que ya conocía los caminos de la Tierra por haber descendido a hablarles a los Profetas, recogió del Fuego divino esa chispa inmaculada que era el alma de la eterna Doncella, y, custodiada dentro de un círculo de llamas angélicas, las de su espiritual amor, la condujo a la Tierra, a una casa, a un seno. El mundo, desde ese momento, tuvo consigo a la Adoradora; y Dios, desde ese momento, pudo mirar a un punto de la Tierra sin experimentar disgusto. Y nació una criaturita: la Amada de Dios y de los ángeles, la Consagrada a Dios, la santamente Amada de sus familiares.

"Y Abel dio a Dios las primicias de su rebaño." ¡Oh..., realmente los abuelos del eterno Abel supieron ofrecer a Dios la primicia de lo que constituía su bien, todo su bien, muriendo por haber dado este bien a quien se lo había dado a ellos!

Mi Madre fue la Jovencita del Templo desde los tres a los quince años y aceleró la venida del Cristo con la fuerza de su amar. Virgen antes de su concepción, virgen en la oscuridad de un seno, virgen en sus vagidos, virgen en sus primeros pasos, la

Virgen fue de Dios, de Dios sólo, y proclamó su derecho, superior al decreto de la Ley de Israel, obteniendo del esposo que le había sido dado por Dios el permanecer intacta después del desposorio.

José de Nazaret era un justo. Sólo él podía ser destinatario de la Azucena de Dios, y sólo él la recibió. Ángel en el alma y en la carne, él amó como aman los ángeles de Dios. La profundidad abismal de este fuerte amor, que supo dar toda la ternura conyugal sin sobrepasar la barrera de celeste fuego tras la que estaba el Arca del Señor, será comprendida en la Tierra sólo por pocos. Es el testimonio de lo que puede un justo, con el simple hecho de que quiera; lo que puede, porque el alma, aun estando herida por la mancha de origen, posee poderosas fuerzas de elevación, y recuerdos y retornos a su dignidad de hija de Dios, y divinamente obra por amor al Padre.

Aún estaba María en su casa, en espera de unirse a su esposo, cuando Gabriel, el ángel de los divinos anuncios, volvió a la Tierra y pidió a la Virgen ser Madre. Ya había prometido al sacerdote Zacarías el Precursor, y no había sido creído. Pero la Virgen creyó que ello podía acaecer por voluntad de Dios y, sublime en su desconocimiento, sólo preguntó: "¿Cómo puede acontecer esto?".

Y el ángel le respondió: "Tú eres la Llena de Gracia, María. No temas, por tanto, porque has hallado gracia ante el Señor también en cuanto a tu virginidad. Concebirás y darás a luz un Hijo al que pondrás por nombre Jesús, porque es el Salvador prometido a Jacob y a todos los Patriarcas y Profetas de Israel. Será grande e Hijo verdadero del Altísimo, porque será concebido por obra del Espíritu Santo. El Padre le dará el trono de David, como ha sido predicho, reinará en la casa de Jacob hasta el fin de los siglos, mas su verdadero Reino no tendrá nunca fin. Ahora el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo esperan tu obediencia para cumplir la promesa. El Precursor del Cristo ya está en el seno de Isabel, tu prima, y, si das tu consentimiento, el Espíritu Santo descenderá sobre ti, y será santo Aquel que nacerá de ti y llevará su verdadero nombre de Hijo de Dios".

Entonces María respondió: "He aquí la Esclava del Señor. Hágase de mí según su palabra". Y el Espíritu Santo descendió sobre su Esposa y en el primer abrazo le impartió sus luces, que sobreperfeccionaron las virtudes de silencio, humildad, prudencia y caridad que Ella poseía en plenitud, y Ella resultó un todo con la Sabiduría e inseparable de la Caridad. La Obediente y Casta se perdió así en el océano de la Obediencia que Yo soy, y conoció el gozo de ser Madre sin conocer la turbación de ser siquiera tocada. Fue la nieve que se concentra en flor y se ofrece a Dios así...

-¡Y el marido? - pregunta Pedro lleno de estupor.

-El sigilo de Dios cerró los labios de María, y José no tuvo noticia del prodigio sino cuando, de vuelta de la casa de Zacarías, su pariente, María apareció como madre ante los ojos de su esposo.

-¿Y qué hizo él?

-Sufrió... y María también...

-Si hubiera sido yo...

-José era un santo, Simón de Jonás. Dios sabe dónde poner sus dones... Sufrió acerbamente y decidió abandonarla, cargándose sobre sí el ser tachado de injusto. Pero el ángel bajó a decirle: "No temas tomar contigo a María, tu esposa; porque lo que en Ella se está formando es el Hijo de Dios; es Madre por obra de Dios. Cuando nazca el Hijo, le pondrás por nombre Jesús, porque es el Salvador"

-¿Era docto José? - pregunta Bartolomé.

-Como conviene a un descendiente de David.

-Entonces habrá recibido una inmediata luz recordando al Profeta: "He aquí que una virgen concebirá..."

-Sí. La recibió. A la prueba sucedió el gozo...

-Si hubiera sido yo -- vuelve a decir Simón Pedro - no hubiera sucedido, porque antes yo habría... ¡Oh, Señor, qué bien que no fuera yo! La habría quebrantado como a un tallo delgado sin dejarle tiempo ni de hablar. Pero después - caso de que no me hubiera convertido en un asesino - habría tenido miedo de Ella... El miedo secular, al Tabernáculo, de todo Israel...

-También Moisés tuvo miedo de Dios, y, no obstante, fue socorrido y estuvo con Él en el monte... José se dirigió, pues, a la casa santa de la Esposa, para cubrir las necesidades de la Virgen y del Niño que había de nacer. Y habiendo llegado, para todos, el tiempo del edicto, fue con María a la tierra de los padres. Pero Belén los rechazó porque el corazón de los hombres está cerrado a la caridad. Ahora hablad vosotros.

-Yo, cayendo ya la tarde, me encontré con una mujer joven y sonriente a caballo de un borriquillo. Un hombre venía con ella. Me pidió leche y algunas informaciones. Yo dije lo que sabía... Luego vino la noche... y una gran luz... y salimos... y Leví vio a un ángel que estaba cerca del aprisco. El ángel dijo: "Ha nacido el Salvador". Ya era completamente de noche y el cielo estaba lleno de estrellas, aunque la luz quedaba absorbida por la de aquel ángel y la de otros miles de ángeles... (Elías llora aún al recordarlo). Y nos dijo el ángel: "Id a adorarlo. Está en un establo, en un pesebre, entre dos animales... Encontraréis a un Pequeñuelo envuelto en unos pobres pañales...". ¡Oh..., qué fulgor el del ángel al decir estas palabras!... ¿Te acuerdas. Leví, cómo despedían llamas sus alas cuando, después de inclinarse para nombrar al Salvador, dijo: "... que es el Cristo Señor"?

-¡Claro que me acuerdo! ¿Y las voces de esos millares de ángeles: "¡Gloria a Dios en los Cielos altísimos y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad"!? Aquella música está aquí, está aquí, y me transporta al Cielo cada vez que la oigo - y Leví alza el rostro, un rostro extático en que luce el llanto.

-Y fuimos - dice Isaac -, cargados como bestias, alegres como para una boda, y, luego..., cuando oímos tu tenue voz y la de tu Madre, ya no supimos hacer nada, y empujamos a Leví, que era un niño, para que mirase. Nosotros nos sentíamos como unos leprosos junto a tanto candor... Y Leví escuchaba y reía llorando y repetía las palabras, con una voz tal de cordero, que la oveja de Elías baló. José vino al portillo y nos invitó a pasar... ¡Qué pequeño y lindo eras! Un capullo de rosa encarnada sobre el rudo heno... Y llorabas... Luego te reíste por el calorcito de la piel de oveja que te ofrecimos y por la leche que ordeñamos para ti... Tu primera comida... ¡Oh!... y luego... y luego te besamos... Dejaste en nosotros un sabor a almendra y a jazmín... y nosotros ya no podíamos separarnos de ti...

-Efectivamente, desde entonces no me habéis dejado.

-Es verdad - dice Jonatán -. Tu rostro quedó grabado en nosotros y lo mismo tu voz y tu sonrisa... Crecías... eras cada vez más hermoso... El mundo de los buenos venía a deleitarse en ti... y el de los malvados no te veía... Ana... tus primeros pasos... los tres Sabios... la estrella...

-¡Qué luz aquella noche! El mundo parecía arder con mil luces. Sin embargo, la noche de tu venida la luz estaba fija y era como de perla... Ahora era la danza de los astros; entonces, la adoración de los astros. Nosotros, desde un alto, vimos pasar la caravana y la seguimos para ver si se detenía... A1 día siguiente, toda Belén vio la adoración de los Sabios. Y luego... ¡Oh..., no hablemos de aquel horror, no hablemos de él!...- Elías palidece al recordarlo.

-Sí, no hables de ello. Guárdese silencio sobre el odio...

-El mayor dolor era el hecho de no tenerte ya y el no tener noticias tuyas. Ni siquiera Zacarías sabía nada; él, que era nuestra última esperanza... Luego... luego ya nada más.

-¿Por qué, Señor, no confortaste a tus siervos?

-¿Preguntas el porqué, Felipe? Porque era prudente hacerlo. Mira cómo Zacarías, cuya formación espiritual se completó después de ese momento, tampoco quiso descorrer el velo. Zacarías...

-Tú nos dijiste que Zacarías fue quien se ocupó de los pastores. Siendo así, ¿por qué él no dijo, primero a ellos y luego a ti, que los unos estaban buscando al Otro?

-Zacarías era un justo enteramente hombre. Se hizo menos hombre y más justo durante los nueve meses de mutismo. Luego, durante los meses que siguieron al nacimiento de Juan, se perfeccionó. Pero fue en el momento en que sobre su soberbia de hombre cayó el mentís de Dios, cuando se hizo espíritu justo. Había dicho: "Yo, sacerdote de Dios, digo que en Belén debe vivir el Salvador". Dios le había mostrado cómo el juicio, aunque sea sacerdotal, si no está iluminado por Dios, es un pobre juicio. Horrorizado por el pensamiento de que por su palabra hubiera podido provocar que mataran a Jesús, vino a ser el justo, el justo que ahora descansa en espera del Paraíso. Y la justicia le enseñó prudencia y caridad. Caridad hacia los pastores, prudencia respecto al mundo que debía permanecer en la ignorancia acerca del Cristo. Cuando, regresando a la patria, nos dirigimos a Nazaret, por la misma prudencia que ya guiaba a Zacarías, evitamos Hebrón y Belén, y, costeando el mar, volvimos a Galilea. Ni siquiera el día de mi mayoría de edad fue posible ver a Zacarías, que había partido el día antes con su niño para la misma ceremonia.

Dios velaba, Dios probaba, Dios proveía, Dios perfeccionaba. Tener a Dios significa también esfuerzo, no sólo contento. Y así mi padre de amor y mi Madre de alma y de carne tuvieron que esforzarse también. Se puso veto incluso a lo lícito, para que el misterio envolviese en sombra al Mesías niño.

Y que esto les sirva de explicación a muchos que no comprenden la dúplice razón de la congoja cuando no me encontraban durante tres días. Amor de madre, amor de padre hacia el niño perdido; temblor de custodios por el Mesías que podía quedar de manifiesto antes de tiempo; terror a haber tutelado mal la Salud del mundo y el gran don de Dios. Éste fue el motivo de aquella insólita exclamación: "¡Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo, angustiados, te estábamos buscando!". "Tu padre", "tu madre"... El velo echado sobre el resplandor del divino Encarnado. Y la tranquilizante respuesta: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que Yo debo ser activo en las cosas del Padre mío?". Y la Llena de Gracia recogió y comprendió tal respuesta en su justo valor, o sea: "No tengáis miedo. Soy pequeño. un niño; mas, si bien crezco, según la humanidad, en estatura, sabiduría y gracia ante los ojos de los hombres, Yo soy el Perfecto en cuanto que soy el Hijo del Padre y por tanto, sé conducirme con perfección, sirviendo al Padre haciendo resplandecer su luz, sirviendo a Dios conservándole el Salvador". Y así hice hasta hace un año.

Ahora el tiempo ha llegado. Se descorren los velos, y el Hijo de José se muestra en su naturaleza: el Mesías de la Buena Nueva, el Salvador, el Redentor y el Rey del siglo futuro.

-¿Y no volviste a ver nunca a Juan?

-Sólo en el Jordán, Juan mío, cuando solicité el Bautismo.

-De modo que ¿Tú no sabías que Zacarías les había beneficiado a éstos?

-Ya te he dicho que después del baño de sangre, de sangre inocente, los justos se hicieron santos, los hombres se hicieron justos Sólo los demonios permanecieron como eran. Zacarías aprendió a santificarse con la humildad, la caridad, la prudencia, el silencio.

-Deseo recordar todo esto. Pero, ¿podré hacerlo? - dice Pedro.

-Tranquilo, Simón. Mañana - dice Mateo - les pido a los pastores que me lo repitan, con sosiego, en el huerto, una, dos, tres veces, si hace falta. Tengo buena memoria, ejercitada en mi banco de trabajo, y me acordaré por todos. Cuando quieras, te podré repetir todo. Tampoco tenía notas en Cafarnaúm y sin embargo...

-¡No te equivocabas ni en un didracma!... ¡Sí que me acuerdo... bien! Te perdono el pasado, de corazón realmente, si te acuerdas de esta narración... y si me la cuentas a menudo. Quiero que me entre en el corazón de la misma forma que está en éstos... como lo tuvo Jonás... ¡Morir diciendo su Nombre!...

Jesús le mira a Pedro y sonríe. Luego se levanta y le besa en la entrecana cabeza.

-¿A qué se debe este beso tuyo, Maestro?

-A que has sido profeta: tú morirás diciendo mi Nombre; he besado al Espíritu, que hablaba en ti.

Luego Jesús entona, fuerte, un salmo, y todos, en pie, le secundan:

-"Alzaos y bendecid al Señor vuestro Dios, de eternidad en eternidad. Bendito sea su Nombre sublime y glorioso, con toda alabanza y bendición. Tú sólo eres el Señor. Tú has hecho el cielo y el cielo de los cielos y todo su ejército, la Tierra y todo lo que contiene", etc. (es el himno que cantan los levitas en la fiesta de la consagración del pueblo, cap. IX del libro II de Esdras).

Todo termina con este largo canto, que no sé si se encuentra en el rito antiguo o si Jesús lo dice motu propio.

## 137

## Jesús regresa a Agua Especiosa, pero debe abandonar el lugar

Jesús atraviesa junto a sus apóstoles los campos llanos de Agua Especiosa. El día está lluvioso, el lugar desierto. Debe ser aproximadamente mediodía, porque el simulacro de sol que, de vez en cuando, sale de detrás del telón gris de las nubes, cae perpendicularmente.

Jesús está hablando con el Iscariote, y le da el recado de ir al pueblo para hacer las compras más urgentes.

Ya solo, se llega hasta Él Andrés, que, tímido como siempre, dice en tono bajo:

-¿Puedo decirte una cosa, Maestro?

-Sí. Ven adelante conmigo - y alarga el paso seguido por el apóstol, adelantándose unos metros respecto a los demás.

-La mujer ya no está, Maestro - dice Andrés apenado. Y explica: -Le han pegado y ha huido, iba herida y sangrando. El encargado la ha visto. Me he adelantado, diciendo que iba a ver si nos habían tendido alguna insidia, pero la verdad es que quería ir a verla enseguida. ¡Tenía una gran esperanza de conducirla a la Luz! ¡He orado mucho estos días por ello!... Ahora ha huido. Se perderá. Si supiera dónde está, iría... Esto no se lo diría a los otros, pero a ti sí te lo digo porque me comprendes. Tú sabes que esta búsqueda no está dictada por el sentido, sino que se justifica sólo por el deseo - ¡tan grande que se hace tormento! - de poner en salvo a una hermana mía...

-Lo sé, Andrés, y te digo: Aun habiendo ido las cosas así, tu deseo se cumplirá. Nunca se pierde la oración realizada en ese sentido. Dios la usa. Ella se salvará.

-Si eres Tú quien lo dice... ¡Mi dolor se mitiga!

-¿No quisieras saber qué es de ella? ¿No te importa ni siquiera el no ser tú el que la conduzca a mí? ¿No preguntas cómo lo hará? - Jesús sonríe dulcemente, con todo un brillar de luz en sus pupilas azules inclinadas hacia el apóstol, que va caminando a su lado (una de esas sonrisas y de esas miradas que constituyen uno de los secretos de Jesús para conquistar los corazones).

Andrés, con sus dulces ojos castaños, lo mira, y dice:

-Me basta con saber que viene a ti. Luego, yo u otro, ¿qué importancia tiene? ¿Cómo lo hará? Esto Tú ya lo sabes, no es necesario que yo lo sepa; Tú lo has asegurado, ya tengo todo, y me siento feliz.

Jesús le pasa el brazo por los hombros y lo estrecha contra sí con un abrazo afectuoso que hace entrar en éxtasis al buen Andrés. Y, teniéndolo así, habla:

-Éste es el don del verdadero apóstol. Mira, amigo mío, tu vida y la de los apóstoles futuros será siempre así. En alguna ocasión seréis conscientes de ser los "salvadores", pero la mayoría de las veces salvaréis sin ser conscientes de haber salvado a las personas que más querríais salvar. Sólo en el Cielo veréis que os salen al encuentro, o que suben al Reino eterno, vuestros salvados. Y por cada uno de los salvados aumentará vuestro júbilo de bienaventurados. En alguna ocasión lo sabréis ya desde la Tierra. Son los contentos que os doy para infundiros un vigor aún mayor para nuevas conquistas. Pero, ¡dichoso aquel sacerdote que no tenga necesidad de estos incentivos para cumplir su propio deber! ¡Dichoso aquel que no se abate por no ver triunfos y dice: "Ya no hago nada más, puesto que no encuentro una satisfacción"! La satisfacción apostólica, en cuanto único incentivo para el trabajo, muestra una no formación apostólica, rebaja el apostolado, que es una cosa espiritual, al nivel de un común trabajo humano. Jamás debe uno caer en la idolatría del ministerio. No sois vosotros los que tienen que ser adorados, sino el Señor Dios vuestro. A Él sólo la gloria de los salvados. A vosotros os corresponde la obra de salvación, dejando para el tiempo del Cielo la gloria de haber sido "salvadores". Pero me decías que el capataz la había visto. Cuéntame.

-Tres días después de habernos marchado, vinieron unos fariseos a buscarte. Naturalmente, no nos encontraron. Recorrieron el pueblo y las casas de los campos como si estuvieran vivamente interesados en ti; pero ninguno lo creyó. Se albergaron en la posada, obligando, con soberbia, a desalojarla a todos los huéspedes, porque decían que no querían contactos con extranjeros desconocidos, que podían incluso profanarlos. Y todos los días iban a la casa. Pasados algunos días encontraron a esa pobrecilla, que iba siempre allí porque quizás esperaba encontrarte y conseguir su paz. La hicieron huir, siguiéndola hasta su refugio en el establo del encargado. No la agredieron inmediatamente, dado que el encargado y sus hijos habían salido armados de garrotes. Pero luego, por la tarde, cuando ella salió de nuevo, volvieron, y venían con otros, y cuando la mujer fue a la fuente empezaron a apedrearla, llamándola "meretriz" y señalándola para que sufriera el vituperio de las gentes del pueblo. Y, dado que ella se echó a correr queriendo huir, la alcanzaron, le pegaron, le arrancaron el velo y el manto para que todos la vieran, y siguieron pegándole, tratando de imponerse con su autoridad al arquisinagogo para que la maldijera y fuera así lapidada, y para que te maldijera a ti, que la habías portado al pueblo. Pero él no quiso hacerlo y ahora está esperando el anatema del Sanedrín. El encargado la arrancó de las manos de esos canallas y la socorrió. Pero, por la noche, ella se marchó dejando un brazalete con una palabra escrita sobre una tira de pergamino. Había escrito: "Gracias. Ruega por mí". El encargado dice que es joven y que es bellísima, aunque esté muy pálida y muy delgada. La ha buscado por los campos, porque estaba malherida, pero no la ha encontrado, y no se explica cómo haya podido alejarse mucho. Quizás haya muerto así, en algún lugar... y no se haya salvado...

-No.

-¿No? ¿No ha muerto, o no se ha perdido?

-La voluntad de redención es ya absolución. Aunque hubiera muerto estaría perdonada, porque ha buscado la Verdad, poniendo bajo sus propios pies el Error. Pero no ha muerto. Está subiendo las primeras pendientes del monte de la redención. Yo la veo... Encorvada bajo el peso de su llanto de arrepentimiento. Ahora bien, el llanto la fortalece cada vez más, mientras que, por el contrario, el peso va decreciendo. Yo la veo. Va hacia el sol. Una vez que haya subido toda la pendiente, se encontrará en la gloria del Sol-Dios. Está subiendo... ayúdala orando.

-¡Oh..., mi Señor! - Andrés se siente casi aterrorizado por el hecho de poder ayudar a un alma en su santificación.

Jesús sonríe con mayor dulzura aún, y dice: «

-Habrá que abrir los brazos y el corazón al arquisinagogo, que sufre la persecución, e ir a bendecir a ese buen encargado. Vamos donde los compañeros, a decírselo a ellos.

Pero, mientras recorren en sentido inverso el camino andado para unirse a los otros diez - los cuales, habiendo comprendido que Andrés estaba en coloquio secreto con el Maestro, se habían detenido aparte -, llega corriendo el Iscariote. Viene muy rápido, con su manto ondeando a sus espaldas, haciendo además un verdadero carrusel de gestos con los brazos, de modo que parece una mariposa gigantesca en veloz vuelo por el prado.

-Pero ¿qué le pasa? - pregunta Pedro - ¿Se ha vuelto loco?

Sin dar tiempo a que nadie le responda, el Iscariote, ya cerca, puede gritar, con el respiro entrecortado:

-¡Detente, Maestro! Escúchame antes de ir a la casa... Están al acecho. ¡Qué ruines!... - Sigue corriendo; ya ha llegado - ¡Maestro, ya no se puede ir allí! Los fariseos están en el pueblo y todos los días van a la casa. Te esperan con malas intenciones. Despiden a quienes vienen buscándote. Los aterrorizan con horribles anatemas. Habrá que resignarse. Aquí te perseguirían y tu obra quedaría anulada... Uno de ellos me ha visto y me ha agredido. Un feo viejo narigudo que me conoce, porque es uno de los escribas del Templo - también hay escribas -, me ha agredido, apresándome con sus garras e insultándome con su voz de halcón. Mientras no pasaba de insultarme a mí y de arañarme - "mira", dice, mostrando una muñeca y un carrillo decorados con claras marcas de uñas - lo he dejado, pero cuando te ha profanado con su baba, lo he cogido por el cuello...

-¡Judas! - grita Jesús.

-No, Maestro. No lo he ahogado. Solamente le he impedido que blasfemara contra ti; luego lo he dejado marcharse. Ahora está allí medio muerto de miedo por el peligro que ha corrido... Pero nosotros nos vamos, te lo ruego. ¡Total, ya nadie podría ir a ti!...

-¡Maestro!

-¡Es horrible!

-¡Judas tiene razón!

-¡Están al acecho como hienas!

-¡Fuego del cielo que caíste sobre Sodoma, ¿por qué no vuelves?

-Sí señor, así se hace, muchacho! ¡Lástima que no haya estado también yo; te habría ayudado!

-¡Oh.... Pedro! Si hubieras estado tú, ese halconzuelo hubiera perdido para siempre las plumas y la voz.

-¡Hombre!, lo que no entiendo es cómo has podido quedarte a mitad.

-¡Bah!... Una luz improvisa en la mente, el pensamiento (venido vete a saber de qué cavidad del corazón): "El Maestro condena la violencia", y me he parado, lo cual me ha supuesto un choque interior más profundo aún que el que recibí al pegarme con la pared contra la que me había tirado el escriba cuando me agredió. Me quedé con los nervios deshechos... hasta el punto de que después no hubiera tenido ya fuerza para ensañarme con él. ¡Qué esfuerzo supone vencerse!...

-¡Sí señor, Judas, magnífico! ¿Verdad, Maestro? ¿Qué piensas de esto?

Pedro está tan contento de lo que ha hecho Judas, que no ve cómo Jesús ha pasado de tener el luminoso rostro de antes a mostrar una cara severa que le oscurece la mirada y le comprime la boca, pareciendo ésta hacerse más delgada.

La abre para decir:

-Yo digo que estoy más disgustado por vuestro modo de pensar que por la conducta de los judíos. Ellos son unos desdichados que están en las tinieblas. Vosotros, teniendo la Luz, sois duros, vengativos, murmuradores, violentos; sois de los que aprueban, como ellos, un acto brutal. Os digo que me estáis dando la prueba de que seguís siendo los que erais cuando me visteis por primera vez, y esto me duele. Respecto a los fariseos, sabed que Jesucristo no huye. Vosotros retiraos. Yo los afrontaré. No soy un mezquino. Una vez que haya hablado con ellos sin haber podido persuadirlos, me retiraré. No debe decirse que Yo no haya tratado por todos los medios de atraerlos hacia mí. Ellos también son hijos de Abraham. Yo cumplo con mi deber enteramente. Es preciso que la causa de su condena sea únicamente su mala voluntad y no una falta de dedicación mía hacia ellos.

Y Jesús camina hacia la casa, que muestra su bajo tejado tras una fila de árboles deshojados. Los apóstoles lo siguen cabizcaídos, hablando bajo entre sí.

Ya están en la casa. Entran en silencio en la cocina y se ponen manos a la obra con el hogar de la chimenea. Jesús se sume en su pensamiento.

Van a empezar a comer, cuando un grupo de personas se presenta en la puerta.

-Ahí están - musita el Iscariote.

Jesús se levanta inmediatamente y va hacia ellos. Su aspecto impone tanto que, por un instante, el grupito se arredra, pero el saludo de Jesús les permite volver a sentirse seguros:

-La paz sea con vosotros. ¿Qué queréis?

Entonces estos hombres viles creen que pueden atreverse a todo y, arrogantemente, con tono impositivo, dicen:

-En nombre de la Ley santa, te ordenamos dejar este lugar, a ti, perturbador de las conciencias, violador de la Ley, corruptor de las tranquilas ciudades de Judá. ¿No temes el castigo del Cielo, Tú, burdo imitador del Justo que bautiza en el Jordán, Tú, que proteges a las meretrices? ¡Fuera de la tierra santa de Judá! Que tu hálito, desde aquí, no traspase el recinto de la Ciudad sagrada.

-Yo no hago nada malo. Enseño como rabí, curo como taumaturgo, arrojo los demonios como exorcista. Estas categorías, queridas por Dios, existen también en Judá, y Dios exige respeto y veneración hacia ellas por parte vuestra. No pido veneración. Pido sólo que se me deje hacer el bien a aquellos que padecen alguna enfermedad en la carne, en la mente o en el espíritu. ¿Por qué me lo prohibís?

-Eres un poseso. Vete.

-El insulto no es una respuesta. Os he preguntado por qué me lo prohibís, mientras que a los otros se lo permitís.

-Porque eres un poseso y arrojas demonios y haces milagros con la ayuda de los demonios.

-¿Y vuestros exorcistas, entonces? ¿Con la ayuda de quién lo hacen?

-Con su vida santa. Tú eres un pecador. Para aumentar tu potencia te sirves de las pecadoras, porque en este contubernio se aumenta la posesión de la fuerza demoníaca. Nuestra santidad ha purificado la zona de esa mujer, cómplice tuya; pero no permitimos que sigas aquí como reclamo de otras mujeres.

-Pero ¿es vuestra casa ésta? - pregunta Pedro, que ha venido junto al Maestro con aspecto poco halagador.

-No es nuestra casa. Pero todo Judá y todo Israel están en las manos santas de los puros de Israel.

-¡0 sea, vosotros! - termina el Iscariote, que también ha venido a la puerta, y concluye con una risotada burlona. Luego pregunta: « ¿Y el otro amigo vuestro dónde está? ¿Temblando todavía? ¡Desvergonzados, marchaos de aquí! Y enseguida, si no os haré arrepentiros de...

-Silencio, Judas. Y tú, Pedro, vuelve a tu puesto. ¡Oíd vosotros, fariseos y escribas, por vuestro bien, por piedad hacia vuestra alma, os ruego que no combatáis contra el Verbo de Dios. Venid a mí. Yo no os odio. Comprendo vuestra mentalidad y deseo ser indulgente con ella. Pero quiero conduciros a una mentalidad nueva, santa, capaz de santificaros y de daros el Cielo. Pero ¿es que acaso creéis que he venido para ir contra vosotros? ¡Oh no! Yo he venido para salvaros, para esto he venido. Os tomo en mi corazón. Os pido amor y entendimiento. Precisamente por el hecho de que sois los que más sabéis en Israel, debéis comprender la verdad más que los demás. Sed alma, no cuerpo. ¿Queréis que os lo suplique de rodillas? Lo que está en juego - vuestra alma - tiene tal valor, que Yo me metería bajo las plantas de los pies para conquistarla para el Cielo, con la seguridad de que el Padre no consideraría errónea esta humillación mía. ¡Hablad! ¡Estoy esperando una palabra!

-Maldición, decimos.

-Bien. Dicho queda. Podéis marcharos. Yo también me iré de aquí.

Y Jesús, volviéndose, regresa al sitio de antes. Inclina la cabeza sobre la mesa y llora.

Bartolomé cierra la puerta para que ninguno de estos hombres crueles que lo han insultado, y que se marchan profiriendo amenazas y blasfemias contra el Cristo, vea este llanto.

Un largo silencio. Luego Santiago de Alfeo acaricia la cabeza de su Jesús y dice:

-No llores. Nosotros te queremos, incluso por ellos.

Jesús alza el rostro y dice:

-No lloro por mí. Lloro por ellos, porque, sordos como son a toda llamada, procuran su propia muerte».

-¿Qué vamos a hacer ahora, Señor? - pregunta el otro Santiago.

-Iremos a Galilea. Mañana por la mañana saldremos.

-¿No hoy, Señor?

-No. Tengo que saludar a las personas buenas de este lugar. Vosotros vendréis conmigo.

## 138

## Despedida del encargado de Agua Especiosa, y del arquisinagogo Timoneo, que se hace discípulo

-Señor, yo no he hecho sino cumplir con mi deber ante Dios, ante mi jefe y ante la honestidad de conciencia. He estado atento a esa mujer durante este tiempo en que ha sido huésped mía, y siempre la he visto honesta. Habrá sido una pecadora. Bien. Ahora no lo es. ¿Por qué razón tengo yo que indagar sobre un pasado que ella misma ha tachado para anularlo? Yo tengo hijos en edad joven y no feos. Pues bien, no ha mostrado nunca su rostro, realmente bonito, ni ha hecho oír su palabra. Puedo decir que oí el tono de su voz de plata cuando gritó a causa de las heridas. De hecho ella, lo poco que pedía - siempre a mí o a mi mujer - lo susurraba tras su velo, y tan bajo que casi no se entendía. Date cuenta de lo prudente que fue: cuando temió que su presencia pudiera ser causa de algún perjuicio, se marchó... Yo le había prometido protección y ayuda, y, sin embargo, ella no quiso aprovecharlo. ¡No, así no se comportan las mujeres perdidas! Yo rogaré por ella, como ha pedido; incluso sin este recuerdo. Tenlo, Señor. Empléalo como limosna para bien suyo. Dándola Tú, ciertamente, recibirá a cambio paz.

Ha sido el encargado quien ha hablado a Jesús y lo ha hecho respetuosamente. Es un hombre de buen talle, rostro honesto y cuerpo recio. Detrás de él hay seis galanes, jóvenes, parecidos al padre, seis rostros de aspecto franco e inteligente; también está su esposa, una mujercita liviana y todo dulzura, que escucha a su marido como escucharía a un dios, asintiendo continuamente con la cabeza.

Jesús recibe el brazalete de oro y se lo pasa a Pedro diciendo:

-Para los pobres.

Luego se dirige al encargado en estos términos:

-No todos tienen tu rectitud en Israel. Tú eres sabio, porque distingues el bien del mal y sigues el bien sin sopesar la utilidad humana que el cumplirlo pueda comportar. En nombre del eterno Padre, te bendigo a ti, a tus hijos, a tu esposa y tu casa. Manteneos siempre en esta disposición de espíritu y el Señor estará siempre con vosotros, y tendréis la vida eterna. Yo ahora parto. Pero no quiere decir que no nos volvamos a ver nunca. Yo volveré, y vosotros podréis siempre llegaros hasta mí. Por todo lo que habéis hecho por mí y por esa pobre criatura, Dios os dé su paz.

El encargado, los hijos y, por último, la mujer, se arrodillan y besan los pies de Jesús, el cual, tras un último gesto de bendición, se aleja con sus discípulos, dirigiéndose hacia el pueblo.

-¿Y si están todavía esos sucios? - pregunta Felipe.

-A nadie se le puede impedir que vaya por los caminos de la Tierra - responde Judas de Alfeo.

-No. Pero nosotros para ellos somos "anatema".

-¡Déjalos, hombre! ¿Te preocupa?

-Yo no me preocupo sino porque el Maestro no quiere violencia, y ellos, que lo saben, se aprovechan - dice Pedro refunfuñando entre dientes - sin duda, piensa que Jesús, que está hablando con Simón y con el Iscariote, no está oyendo.

Pero sí ha oído y se vuelve, mitad severo, mitad sonriente, y dice:

-¿Tú crees que Yo vencería haciendo violencia? Hacer violencia no es sino un pobre sistema humano, que sirve, temporalmente, para victorias humanas. ¿Cuánto tiempo dura la opresión? Hasta cuando, por sí misma, engendra en quienes la sufren reacciones que, aunándose, dan lugar a una violencia aún mayor, y esta violencia echa abajo el precedente estado de opresión. Yo no quiero un reino temporal, quiero un reino eterno: el Reino de los Cielos. ¿Cuántas veces os lo he dicho? ¿Cuántas os lo tendré que decir? ¿Lo entenderéis alguna vez? Sí. Llegará el momento en que lo entenderéis.

-¿Cuándo, Señor mío? Tengo prisa por entender para ser menos ignorante - dice Pedro.

-¿Cuándo? Cuando seáis triturados como el trigo entre las piedras del dolor y del arrepentimiento. Podríais, es más, deberíais, entender antes; pero, para ello, deberíais quebrantar vuestra humanidad y dejar libre al espíritu... y no sabéis haceros esta violencia. Pero entenderéis... entenderéis. Entonces entenderéis también cómo no podía hacer uso de la violencia, que es un medio humano, para instaurar el Reino de los Cielos: el Reino del espíritu. Pero, mientras esto se cumple, no tengáis miedo. Esos hombres que os preocupan no nos harán nada; les basta con haberme echado.

-Pero, ¿no hubiera sido más fácil mandar un aviso al jefe de la sinagoga de que fuera a casa del encargado o de que nos esperara en la calzada principal?

-¿Qué hombre más prudente hoy mi Tomás! No es que no fuera fácil; o mejor, hubiera sido más fácil, pero no hubiera sido justo. Él se ha comportado heroicamente por mí, por causa mía ha sido insultado en su casa; justo es que Yo vaya a consolarlo a su casa.

Tomás se encoge de hombros y ya no habla más.

Ya se ve el pueblo, vasto pero de aspecto marcadamente rural, con casas entre huertos, que ahora están desnudos, y con muchos apriscos. Debe ser un lugar apto para el pastoreo, porque se oye, por todas partes, un denso balar de rebaños que van a los pastos de la llanura o que vienen de ellos. Tiene el consabido cruce de caminos con la plaza y su fuente en el centro en el lugar donde aquéllos confluyen; ahí está la casa del jefe de la sinagoga.

Abre una mujer anciana con claros signos de llanto en su rostro. No obstante, al ver al Señor experimenta un sentimiento de alegría, y, profiriendo palabras de bendición, se postra.

-Levántate, madre. He venido para deciros adiós. ¿Dónde está tu hijo?

-Está allí... - y señala una habitación en el fondo de la casa - ¿Has venido a consolarlo? Yo no soy capaz...

-Entonces, ¿está afligido por algo? ¿Le duele el haberme defendido?

-No, Señor. Pero siente un escrúpulo. Bueno, Tú lo escucharás. Lo llamo.

-No. Voy Yo. Vosotros esperad aquí. Vamos, mujer.

Jesús recorre los pocos metros del vestíbulo, empuja la puerta, entra en la habitación, se acerca despacio a un hombre, que está sentado, inclinado hacia el suelo, absorto en dolorosas meditaciones.

-Paz a ti, Timoneo.

-¡Señor! ¡Tú!

-Yo. ¿Por qué tan triste?

-Señor... Yo... me han dicho que he pecado. Me han dicho que soy anatema. Yo me examino... y no creo que lo sea. Pero ellos son los santos de Israel, y yo el pobre jefe de la sinagoga. Sin duda tienen razón. Yo ahora no me atrevo a alzar la mirada hacia el rostro airado de Dios, a pesar de que me sería muy necesario en este momento. Yo le servía con verdadero amor. Trataba de darlo a conocer. Ahora quedaré privado de este bien, porque el Sanedrín está claro que me maldice.

-Pero, ¿cuál es el dolor? ¿El de dejar de ser el jefe de la sinagoga, o el de quedar imposibilitado para hablar de Dios?

-Es precisamente esto, Maestro, lo que me produce dolor. Supongo que cuando dices que si me duele el no ser jefe de la sinagoga te refirieres a las ganancias y a los honores que ello conlleva. Eso no me preocupa. Sólo tengo a mi madre. Ella es nativa de Aera y allí tiene una pequeña casa. Techo y sustento, para ella, hay. Para mí... yo soy joven. Trabajaré. Pero ya jamás osaré hablar de Dios, pues he pecado.

-¿Por qué has pecado?

-Dicen que soy cómplice del... ¡Señor..., no me hagas decir...!

-No. Yo lo digo. Bueno, ni siquiera lo digo. Yo y tú conocemos sus acusaciones, y Yo y tú sabemos que no son ciertas. Por tanto, tú no has pecado. Yo te lo digo.

-Entonces, ¿puedo todavía levantar la mirada hacia el Omnipotente? ¿Te puedo...?

-¿Qué, hijo?

Jesús es todo dulzura mientras se inclina hacia el hombre, que se ha detenido bruscamente como con miedo.

-¿Qué? Mi Padre busca tu mirada, la quiere. Y Yo quiero tu corazón y tu pensamiento. Sí, el Sanedrín descargará su mano sobre ti; Yo abro los brazos y digo: "Ven". ¿Quieres ser un discípulo mío? Yo veo en ti todo lo necesario para ser un obrero del Dueño eterno. Ven a mi viña....

-¿Lo dices en serio, Maestro? Madre... ¿estás oyendo? ¡Yo me siento feliz, madre! Yo... bendigo este sufrimiento porque me ha procurado este gozo. ¡Celebrémoslo a lo grande, madre! Luego me iré con el Maestro y tú volverás a tu casa. Voy enseguida, Señor mío; Tú, que me has librado de todo temor, y dolor, y miedo a Dios.

-No. Esperarás la palabra del Sanedrín. Con corazón sereno y sin odio. Tú en tu puesto, mientras se te deje en ese puesto. Luego te juntarás conmigo en Nazaret o en Cafarnaúm. Adiós. La paz sea contigo y con tu madre.

-¿No te vas a quedar un tiempo en mi casa?

-No. Iré a casa de tu madre.

-Es pueblo poco fiel.

-Le enseñaré la fidelidad. Adiós, madre. ¿Te sientes feliz ahora?

Jesús la acaricia, como hace siempre con las mujeres ancianas, a las cuales, noto, les da casi siempre el nombre de "madre".

-Feliz, Señor. Había criado y educado a un varón para el Señor. El Señor me lo toma como siervo de su Mesías. Bendito sea por ello el Señor. Bendito seas Tú que eres su Mesías. Bendita sea la hora en que has venido aquí. Bendito sea mi hijo, que ha sido llamado a tu servicio.

-Bendita sea la madre santa como Ana de Elcana. La paz sea con vosotros.

Jesús sale, seguido de madre e hijo. Se junta con sus discípulos, saluda una vez más y luego inicia el regreso hacia la Galilea.

## 139

## En los montes de las cercanías de Emaús. El carácter de Judas Iscariote y las cualidades de los buenos

Jesús se encuentra con los suyos en un lugar muy montañoso. El camino es incómodo y escabroso y a los más ancianos se les hace muy duro; sin embargo, los jóvenes se muestran muy contentos en torno a Jesús y suben ágiles, conversando entre sí.

El pensamiento de volver a Galilea tiene alborozados a los dos primos, los dos hijos de Zebedeo, y a Andrés, y su alegría es tal, que conquista también al Iscariote, que desde hace un tiempo se encuentra en las mejores disposiciones de espíritu. Se limita a decir:

-Bueno, Maestro, pero, para Pascua, cuando se va al Templo... ¿vas a volver a Keriot? Mi madre sigue esperando a que vayas. Me lo ha hecho saber. E igualmente mis paisanos...

-Por supuesto. Ahora, aunque quisiéramos, la estación está demasiado desapacible como para meterse por esos caminos intransitables. Daos cuenta de lo fatigoso que resulta incluso aquí; y, si no hubiese sido por esa imposición, no habría emprendido ahora el camino... Pero ya no se podía estar... -Jesús guarda silencio, pensativo.

-Y después, quiero decir por Pascua, se podrá ir? Yo quisiera enseñar tu gruta a Santiago y a Andrés - dice Juan.

-¿Te olvidas del amor de Belén hacia nosotros? - pregunta el Iscariote - 0, mejor dicho, hacia el Maestro.

-No. Pero iría yo con Santiago y Andrés. Jesús podría estar en Yuttá o en tu casa...

-¡Oh..., esto me satisface! ¿Lo harás así, Maestro? Ellos van a Belén, Tú estás conmigo en Keriot. Realmente conmigo solo nunca has estado... y siento grandes deseos de tenerte enteramente para mí...

-¿Estás celoso? ¿No sabes que Yo os amo a todos de la misma forma? ¿No crees que Yo estoy con todos vosotros aun cuando parezco lejano?

-Sé que nos quieres. Si no nos quisieras, deberías ser mucho más severo, conmigo al menos. Creo que tu espíritu nos asiste continuamente. Pero no somos del todo espíritu; está también el hombre, con sus amores de hombre, sus deseos, sus añoranzas. Jesús mío, yo sé que no soy el que más te hace feliz, pero creo que Tú sabes lo vivo que está en mí el deseo de agradarte y el recuerdo amargo de todas las horas que te pierdo por mi miseria...

-No, Judas. No te pierdo. Estoy más cerca de ti que de los demás, precisamente porque conozco quién eres.

-¿Qué soy, mi Señor? Dilo. Ayúdame a entender qué soy. Yo no me entiendo. Me da la impresión de ser como una mujer turbada por deseos de concebir. Tengo apetitos santos y apetitos depravados. ¿Por qué? ¿Qué soy yo?

Jesús lo mira con una mirada indefinible. Está apenado. Pero es una tristeza embebida de piedad, de mucha piedad. Parece un médico que constatara el estado de un enfermo y que supiera que se trata de un enfermo que no puede curarse... Pero no habla.

-Dilo, Maestro mío. Tu juicio sobre el pobre Judas será siempre el menos severo de todos. Y, además... estamos entre hermanos. No me importa que sepan de qué estoy hecho. Es más, sabiéndolo de ti, corregirán su juicio y me ayudarán. ¿No es verdad?

Los otros se sienten violentos y no saben qué decir. Miran al compañero, miran a Jesús.

Jesús pone a su lado a Judas Iscariote, en el lugar donde antes estaba su primo Santiago, y dice:

-Tú eres simplemente un desordenado. Tienes en ti todos los mejores elementos, pero no los tienes bien fijados, y el más mínimo soplo de viento los descoloca. Hace poco hemos pasado por aquella estrechura, nos han mostrado el daño que han hecho a las pobres casas de aquel pueblecito el agua, la tierra y los árboles. El agua, la tierra, los árboles son cosas útiles y benditas, ¿no es, acaso, verdad? Bueno, pues, a pesar de todo, han resultado malditas. ¿Por qué? Porque el agua del torrente no tenía un curso ordenado, sino que, incluso por indolencia del hombre, se había excavado otros lechos siguiendo su capricho, lo cual era bonito mientras no había ventiscas. Esa agua clara que irrigaba el monte con pequeños regatos - collares de diamantes o de esmeraldas, según reflejasen la luz o la sombra de los bosques - era como una obra de joyero. Y el hombre gozaba de ello, porque las cantarinas venas de agua eran útiles para sus pequeños campos; como también eran hermosos los árboles nacidos, por avatares de los vientos, en caprichosos grupos, ora aquí, ora allá, dejando claros llenos de sol. También era hermosa la tierra esponjosa, depositada por quién sabe qué lejanos aluviones entre unas ondulaciones y otras del monte; tierra verdaderamente

fértil para los cultivos. Pero ha sido suficiente que llegaran las ventiscas de hace un mes para que los caprichosos surcos del torrente se unieran y, desordenadamente, se desbordaran siguiendo otro curso, llevándose los desordenados árboles y arrastrando hacia abajo las desordenadas acumulaciones de tierra. Si las aguas hubieran sido reguladas, si los árboles hubieran estado agrupados en bosques ordenados, si se hubiera asegurado en manera ordenada la tierra con las oportunas protecciones, entonces esos tres elementos, la madera, el agua y la tierra, que son buenos, no se habrían transformado en causas de destrucción y muerte para ese pueblecito. Tú tienes inteligencia, intrepidez, instrucción, prontitud, prestancia, tienes muchas cosas, muchas, pero están salvajemente dispuestas en ti; y tú dejas que estén así. Mira, necesitas un trabajo paciente y constante sobre ti mismo, para poner orden - que al final se traduce en una vigorosidad - en tus cualidades, de forma que, cuando llegue la ventisca de la tentación, lo bueno que tienes en ti no se transforme en un mal para ti y para los demás.

-Tienes razón, Maestro. Cada cierto tiempo sufro la acción de un viento que me altera profundamente, y entonces todo se enreda. Dices que yo podría...

-La voluntad lo es todo, Judas.

-Pero hay tentaciones que son tan punzantes... Uno se oculta, por miedo a que el mundo se las lea en el rostro».

-¡Ése es el error! Ése sería precisamente el momento de no esconderse, sino de buscar el mundo, el de los buenos, para recibir su ayuda. Además, el contacto con la paz de los buenos calma la fiebre. Y buscar también el mundo de los criticadores, porque, debido a ese orgullo que impulsa a ocultarse para que no le lean a uno su ánimo tentado, ello sería un impulso ante la debilidad moral, y no se caería.

-Tú fuiste al desierto...

-Porque podía hacerlo. Pero ¡ay de aquellos que están solos, si no son, en su soledad, multitud contra la multitud!

-¿Cómo? No comprendo.

-Multitud de virtudes contra multitud de tentaciones. Cuando la virtud es poca, hay que hacer como esta débil hiedra: agarrarse a las ramas de árboles vigorosos, para subir.

-Gracias, Maestro. Yo me agarro a ti y a los otros compañeros. Ayudadme todos. Vosotros sois todos mejores que yo.

-Ha sido mejor el ambiente sobrio y honesto en que hemos crecido, amigo. Pero ahora tú estás con nosotros, y te queremos. Verás... No es por criticar a Judea, pero, créelo, en Galilea hay, al menos en nuestros pueblos, menos riqueza y menos corrupción. Tiberíades, Magdala, otros lugares de tripudio, están cercanos; pero, nosotros vivimos con "nuestra" alma simple, tosca si quieres, pero laboriosa, santamente contenta de lo que Dios nos concede- dice Santiago de Alfeo.

-Pero ten en cuenta, Santiago, que la madre de Judas es una santa mujer. Se le ve la bondad escrita en la cara - objeta Juan.

Judas de Keriot, contento por esta alabanza, le sonríe; y su sonrisa aumenta cuando Jesús confirma:

-Es así, como has dicho, Juan; es una santa criatura.

-¡Sí! ¡Ya! Pero mi padre soñaba con hacer de mí una persona grande en el mundo, y me separó muy pronto y demasiado profundamente de mi madre...

-Pero, ¿qué es lo que tenéis que decir, que no paráis de hablar? - pregunta desde lejos Pedro - ¡Paraos! ¡Esperadnos! No le veo la gracia a ir así, sin pensar que yo tengo las piernas cortas.

Se detienen hasta que el otro grupo los alcanza.

-¡Uf! ¡Cuánto te quiero, barquita mía! Aquí se hace esfuerzos de esclavos... ¿Qué decíais?

-Hablábamos de las cualidades para ser buenos - responde Jesús.

-Y ¿a mí no me las dices, Maestro?

-Claro que sí: orden, paciencia, constancia, humildad, caridad... ¡He hablado de ellas muchas veces!

-Del orden no. ¿Qué tiene que ver con ello?

-El desorden no es nunca una buena cualidad. Se lo he explicado a tus compañeros. Ellos te lo dirán. Y lo he puesto el primero; mientras que he puesto la última a la caridad, porque son los dos extremos de la recta de la perfección. Ahora bien, como tú sabes, una recta, puesta horizontalmente, no tiene principio, como tampoco tiene fin. Ambos extremos pueden ser principio y pueden ser fin, mientras que de una espiral, o de cualquier otra figura no cerrada en sí misma, hay siempre un principio y un fin. La santidad es lineal, simple, perfecta, y no tiene sino dos extremos, como la recta.

-Es fácil hacer una recta...

-¿Tú crees? Te equivocas. En un dibujo, complicado incluso, puede pasar inadvertido algún defecto; pero en la recta enseguida se ve cualquier falta, o de inclinación o de incertidumbre. José, enseñándome el oficio, insistía mucho en que fueran derechas las tablas y con razón me decía: "¿Ves, hijo mío? En una moldura o en un trabajo de torno todavía puede pasar una leve imperfección, porque el ojo (si no es expertísimo), si observa un punto no ve el otro. Pero si una tabla no está derecha como se debe, ni siquiera el trabajo más simple, como puede ser una pobre mesa de campesinos, sale bien. Estará arqueada, hacia abajo o hacia arriba. No sirve sino para el fuego". Podemos decir esto también respecto a las almas. Para que no suceda que no se sirva sino para el fuego infernal, es decir, para conquistar el Cielo, hay que ser perfecto como una tabla debidamente cepillada y escuadrada. Quien empieza su trabajo espiritual con desorden, comenzando por las cosas inútiles, saltando, como un ave inquieta, de esto a aquello, al final, cuando quiere reunir las partes de su trabajo, ya no puede, no encajan. Por tanto, orden. Por tanto, caridad. Luego, manteniendo fijos en las dos mordazas estos extremos, de forma que no se escapen nunca, trabajar en todo lo restante, ya se trate de molduras o de tallas. ¿Has comprendido?

-Sí, he comprendido.

Pedro se mastica en silencio su lección y, al improviso, concluye:

-Entonces mi hermano vale más que yo. Él es verdaderamente ordenado. Paso a paso, en silencio, tranquilo. Da la impresión de que no se moviera, y, sin embargo... Yo desearía hacer muchas cosas y en poco tiempo. Y no hago nada. ¿Quién me ayuda?

-Tu buen deseo. No temas, Pedro. Tú también haces. Te haces.

-¿Y yo?

-También tú, Felipe.

-¿Y yo? Tengo la impresión de no ser realmente capaz de nada.

-No, Tomás. Tú también te trabajas. Todos, todos os trabajáis. Sois árboles silvestres, pero los injertos os van cambiando en modo lento y seguro, y Yo tengo en vosotros mi alegría.

-Eso. Estamos tristes y Tú nos consuelas. Somos débiles y Tú nos fortaleces. Somos miedosos y nos infundes valor. Para todos y para todos los casos, tienes preparado el consejo y el conforte. Maestro, Tú siempre estás preparado y siempre eres bueno, ¿cuál es el secreto?

Amigos míos, he venido para esto, sabiendo ya lo que me encontraría y lo que debía hacer. Sin sufrir ilusiones no se tienen desilusiones; por tanto, no se pierde energía, se va adelante. Recordad esto, para cuando también vosotros tengáis que trabajar al hombre animal para hacer de él el hombre espiritual.

## 140

## En Emaús, en casa del arquisinagogo Cleofás. Un caso de incesto. Fin del primer año

Juan y su hermano llaman a una casa en un pueblo (reconozco la casa donde entraron los dos de Emaús con Jesús resucitado). Cuando les abren, entran y hablan con alguien, no veo; luego salen y se echan a andar por un camino. Llegan hasta donde están Jesús y los otros, detenidos en un lugar apartado.

-Está, Maestro; y está contentísimo de que verdaderamente hayas venido. Nos ha dicho: "Id a decirle que mi casa es suya. Ahora voy yo también".

-Vamos entonces.

Caminan durante un tiempo y se encuentran con el anciano jefe de la sinagoga, Cleofás, visto anteriormente en Agua Especiosa. Se saludan mutuamente con una inclinación de cabeza; no obstante, después, el anciano, que parece un patriarca, se arrodilla con un devoto saludo. Algunos habitantes del lugar, al ver esto, se acercan curiosos.

El anciano se alza y dice:

-He aquí al Mesías prometido. Recordad este día, habitantes de Emaús.

Unos observan con una curiosidad enteramente humana, otros ya expresan en sus miradas una religiosa reverencia. Dos de ellos se abren paso y dicen:

-Paz a ti, Rabí. Estábamos presentes nosotros también aquel día.

-Paz a vosotros, y a todos. He venido, como me había pedido vuestro jefe de la sinagoga.

-¿Vas a hacer milagros aquí también?

-Si hay hijos de Dios que crean y tengan necesidad de ello, ciertamente lo haré.

El jefe de la sinagoga dice:

-Quienes deseen oír al Maestro que vengan a la sinagoga. Igualmente el que tenga enfermos. ¿Puedo decir esto, Maestro?

-Puedes. Después de la hora sexta estaré a vuestra entera disposición. Ahora soy del buen Cleofás.

Y, seguido de un séquito de gente, prosigue al lado del anciano hasta su casa.

-Éste es mi hijo, Maestro; y ésta, mi mujer... y la mujer de mi hijo y los niños pequeños. Siento mucho el que mi otro hijo esté con el suegro de mi hijo Cleofás en Jerusalén, junto con un infeliz de aquí...

-Ya te contaré. Entra, Señor, con tus discípulos.

Entran y reciben las atenciones que son habituales, para reponer fuerzas, en el uso hebreo. Luego se acercan al fuego, que arde en una amplia chimenea, porque el día está húmedo y frío.

Dentro de poco nos sentaremos a la mesa. He invitado a los notables del lugar. Hoy celebraremos una gran fiesta. No todos creen en ti, pero tampoco son enemigos; solamente indagadores. Quisieran creer, pero hemos sufrido demasiadas veces desilusiones sobre el Mesías en estos últimos tiempos. Hay desconfianza. Sería suficiente una palabra del Templo para eliminar cualquier tipo de duda, pero el Templo... Yo he pensado que viéndote a ti y oyéndote, así, simplemente, se podría hacer mucho en este sentido. Yo quisiera proporcionarte verdaderos amigos.

-Tú eres ya uno de ellos.

-Yo soy un pobre anciano. Si fuera más joven, te seguiría; pero los años pesan.

-Me estás sirviendo ya con tu creer. Me estás predicando ya con tu fe. Estate tranquilo, Cleofás. No me olvidaré de ti en la hora de la Redención.

-Aquí llegan Simón y Hermas - avisa el hijo del jefe de la sinagoga.

Entran dos personas de media edad, de noble aspecto, y se ponen todos en pie.

-Éste es Simón y éste Hermas, Maestro. Son verdaderos israelitas, de corazón sincero.

-Dios se manifestará a sus corazones. Entretanto, descienda la paz sobre ellos. Sin paz no se oye a Dios.

-Está escrito también en el libro de los Reyes hablando de Elías.

-¿Son tus discípulos éstos? - pregunta el que tiene por nombre Simón.

-Sí.

-Los hay de las más diversas edades y lugares. ¿Y Tú? ¿Eres galileo?

-De Nazaret, pero nacido en Belén en tiempos del censo.
-Betlemita entonces. Ello confirma tu figura.
-Benigna confirmación... para la debilidad humana; mas la confirmación se halla en lo sobrehumano.
-En tus obras, quieres decir, ¿no? - dice Hermas.
-En ellas y en las palabras que el Espíritu enciende en mi labio.
-El que te oyó me las repitió. Verdaderamente grande es tu sabiduría. ¿Tienes intención de fundar con ella tu Reino?
-Un rey debe tener súbditos que estén en conocimiento de las leyes de su reino.
-¡Pero tus leyes son, todas, espirituales!
-Tú lo has dicho, Hermas. Todas espirituales. Yo tendré un reino espiritual. Mi código, por tanto, es espiritual.
-¿Y la reconstitución de Israel, entonces?
-No caigáis en el error común de tomar el nombre "Israel" en su significado humano. Se dice "Israel" para decir "Pueblo de Dios". Yo constituiré de nuevo la libertad y la verdadera potencia de este pueblo de Dios, y a él mismo, restituyendo al Cielo las almas, redimidas y conocedoras de las eternas verdades.
-Sentémonos a las mesas. Os lo ruego - dice Cleofás, que toma asiento junto a Jesús, en el centro. A la derecha de Jesús está Hermas, al lado de Cleofás está Simón, luego el hijo del arquisinagogo, en los otros sitios los discípulos.
Jesús, a petición del huésped, realiza el ofrecimiento y la bendición, y se empieza la comida.
-¿Vienes aquí, a esta zona, Maestro? - pregunta Hermas.
-No. Voy a Galilea. Aquí vendré de paso.
-¿Cómo? ¿Dejas Agua Especiosa?
-Sí, Cleofás.
-Pues iban las turbas incluso en invierno. ¿Por qué les quitas esta ilusión?
-No soy Yo. Así lo quieren los puros de Israel.
-¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué mal hacías? Palestina tiene muchos rabíes que hablan donde quieren. ¿Por qué no se te concede a ti?
-No indagues, Cleofás. Eres anciano y sabio. No metas en tu corazón veneno de amargo conocimiento.
-¿Quizás es que manifestabas doctrinas nuevas, consideradas peligrosas - evidentemente por error de valuación - por los escribas y fariseos? Cuanto de ti sabemos no nos parece... ¿Verdad, Simón? Pero quizás es que nosotros no sabemos todo. ¿En qué consiste para ti la Doctrina? - pregunta Hermas.
-En el conocimiento exacto del Decálogo, en el amor y en la misericordia. El amor y la misericordia, esta respiración y esta sangre de Dios, son la norma de mi conducta y de mi doctrina. Y Yo los aplico en todos los aprietos de cada uno de mis días.
-¡Pues esto no es ninguna culpa! Es bondad.
-Los escribas y fariseos la juzgan como culpa. Mas Yo no puedo mentir a mi misión, ni desobedecer a Dios, que me ha enviado como "Misericordia" a la Tierra. Ha llegado el tiempo de la Misericordia plena, después de siglos de Justicia. Ésta es hermana de la primera; como dos que han nacido de un solo seno. Pero, mientras que antes era más fuerte la Justicia, y la otra se limitaba sólo a atenuar el rigor - porque Dios no puede prohibirse el amar -, ahora la Misericordia es reina (¡y cuánto se regocija por ello la Justicia, que tanto se afligía por tener que castigar!). Si os fijáis bien, veréis fácilmente que ambas siempre existieron desde que el Hombre le obligó a Dios a ser severo. El subsistir de la Humanidad no es sino la confirmación de cuanto estoy diciendo. Ya en el mismo castigo de Adán está incorporada la misericordia. Podía haberlos reducido a cenizas en su pecado. Les dio la expiación, y en el horizonte de la mujer, causa de todo mal, abatida por este ser causa del mal, hizo refulgir una figura de Mujer causa del bien. Y a ambos les concedió los hijos y los conocimientos de la existencia. A1 asesino Caín, junto con la justicia, le concedió el signo - y era misericordia - para que no lo mataran. Y a la Humanidad corrompida le concedió a Noé para conservarla en el arca, y luego prometió un pacto sempiterno de paz. Ya no más el fiero diluvio; ya no más. La Justicia fue sometida por la Misericordia. ¿Queréis recorrer conmigo la Historia sagrada para llegar hasta el momento mío? Veréis siempre, y cada vez más amplias, repetirse las ondas del amor. Ahora está colmo el mar de Dios, y te eleva, ¡oh, Humanidad!, sobre sus aguas delicadas y serenas; te eleva al Cielo, purificada, hermosa, y te dice: "Te llevo de nuevo al Padre mío".
Los tres han quedado abismados en el hechizo de tanta luz de amor. Luego Cleofás suspira y dice:
-Así es. ¡Pero sólo Tú eres así! ¿Qué será de José? ¡Deberían haberlo escuchado ya! -¿Lo habrán hecho?
Ninguno responde.
Cleofás se vuelve hacia Jesús y dice:
-Maestro, uno de Emaús, cuyo padre había repudiado a su mujer, la cual fue a establecerse a Antioquía con un hermano suyo, propietario de un emporio, ha incurrido en culpa grave. Él no había conocido jamás a aquella mujer, repudiada - no quiero indagar las causas - tras pocos meses de matrimonio. Nada había sabido de ella porque, naturalmente, su nombre había quedado desterrado de esa casa. Ya hecho un hombre, heredados de su padre actividad comercial y bienes, pensó formar un hogar, y, habiendo conocido en Joppe a una mujer, dueña de un rico emporio, la tomó por esposa. Ahora - no sé cómo se ha sabido - se ha sacado a la luz que esa mujer era hija de la mujer del padre de él. Por tanto, pecado grave, aunque, para mí, es muy insegura la paternidad de la mujer. José, habiendo sido condenado, ha perdido al mismo tiempo su paz de fiel y su paz de marido. Y, a pesar de que, con gran dolor, hubiera repudiado a su mujer, quizás hermana suya - la cual, por el sufrimiento cayó en estado febril y murió -, a pesar de ello, no lo perdonan. En conciencia, yo digo que, de no haber habido enemigos en torno a sus riquezas, no habrían procedido contra él de este modo.
-¿Tú qué harías?
-El caso es muy grave, Cleofás. Cuando has venido a mi encuentro, ¿por qué no me has hablado de ello?
-No quería alejarte de aquí.

-¡Pero si a mí estas cosas no me alejan! Ahora escucha. Materialmente hay incesto, y, por tanto, castigo. Ahora bien, la culpa, para ser moralmente culpa, debe tener a la base la voluntad de pecar. ¿Este hombre ha cometido incesto a sabiendas? Tú dices que no. Entonces, ¿dónde está la culpa - quiero decir la culpa de haber querido pecar? Está aún la del contubernio con una hija del propio padre. Pero tú dices que no era seguro que lo fuese. Y, aunque lo hubiera sido, la culpa cesa al cesar el contubernio. El cese aquí es seguro, no sólo por el repudio, sino porque ha sobrevenido la muerte. Por ello, digo que ese hombre debería ser perdonado, incluso de su aparente pecado. Y digo que, dado que no ha sido condenado el incesto regio, que continúa ante los ojos del mundo, debería mostrarse piedad hacia este doloroso caso, cuyo origen se encuentra en la licencia de repudio que Moisés concedió, para evitar males, aunque no más graves, sí más numerosos. Licencia que Yo condeno, porque el hombre, se haya casado bien o mal, debe vivir con el cónyuge y no repudiarlo y favorecer adulterios o situaciones similares a ésta. Además, repito, a la hora de ser severos, hay que serlo en igual medida con todos; es más, antes con uno mismo y con los grandes. Ahora bien, que Yo sepa, ninguno, quitando al Bautista, ha alzado la voz contra el pecado regio. ¿Los que condenan están inmunes de culpas similares o peores?, ¿o, tal vez, estas culpas quedan cubiertas por el velo del nombre y del poder, de la misma forma que el pomposo manto proporciona cobijo a su cuerpo, frecuentemente enfermo por el vicio?

-Bien has hablado, Maestro. Así es. Pero, en definitiva, ¿Tú quién eres?... - preguntan a una los dos amigos del sinagogo.

Jesús no puede responder porque se abre la puerta y entra Simón,, suegro de Cleofás hijo.

-¡Bienvenido de nuevo! ¿Entonces? - la curiosidad es tan viva, que ninguno piensa ya en el Maestro.

-Entonces... condena absoluta. Ni siquiera han aceptado el ofrecimiento del sacrificio. José ha quedado separado de Israel».

-¿Dónde está?

-Ahí fuera. Y está llorando. He tratado de hablar con los más influyentes. Me han arrojado de su presencia como si fuera un leproso. Ahora... pero... lo han hundido a ese hombre, en los bienes y en el alma. ¿Qué más puedo hacer?

Jesús se levanta y se dirige hacia la puerta, sin decir nada.

El anciano Cleofás piensa que se ha sentido ofendido por la falta de atención y dice:

-¡Oh, perdona, Maestro! Es que el dolor que me causa este hecho me turba la mente. ¡No te vayas! ¡Te lo ruego!

-No me voy, Cleofás. Sólo voy donde ese desdichado. Venid, si queréis, conmigo.

Jesús sale al vestíbulo. La casa tiene una franja de terreno delante, unos cuadros pequeños de jardín, más allá de los cuales está el camino. En el suelo, a la entrada, hay un hombre. Jesús se le acerca con los brazos abiertos. Detrás, todos los demás tratando de ver.

-José, ¿ninguno te ha perdonado? - Jesús habla lleno de dulzura. El hombre se estremece al oír esa voz nueva, llena de bondad, después de tantas voces de condena. Alza el rostro y lo mira asombrado - José, ¿ninguno te ha perdonado? - repite Jesús inclinándose para tomarle sus manos y levantarlo.

-¿Quién eres? - pregunta el desdichado.

-Soy la Misericordia y la Paz.

-.Para mí ya no hay ni misericordia ni paz.

-En el seno de Dios siempre hay misericordia y paz. Es un seno colmo de estas cosas, y especialmente para los hijos infelices.

-Mi culpa es tal, que estoy separado de Dios. Déjame, para no contaminarte, Tú, que ciertamente eres bueno.

-No te dejo. Quiero llevarte a la paz.

-Pero si yo soy... ¿Tú quién eres?

-Te lo he dicho: Misericordia y Paz. Soy el Salvador, soy Jesús. Levántate. Yo puedo lo que quiero. En nombre de Dios te absuelvo de la involuntaria contaminación. El otro mal no existe. Yo soy el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Todo juicio del Eterno ha quedado deferido a mí. Quien cree en mi palabra tendrá la vida eterna... Ven, pobre hijo de Israel. Repón las fuerzas de tu cuerpo cansado y fortalece el espíritu abatido. Culpas mucho mayores perdonaré. No. ¡De mí no provendrá la desesperación de los corazones! Yo soy el Cordero sin mancha, pero no evito por miedo a contaminarme a las ovejas heridas. Es más, las busco y las conduzco conmigo. Demasiados, demasiados son los que se encaminan a la completa destrucción a causa de demasiada severidad, incluso injusta, de juicio. ¡Ay de aquellos que debido a un intransigente rigor conducen a un espíritu a desesperar! Tales no promueven los intereses de Dios, sino los de Satanás. Pues bien, veo que una pecadora ansiosa de redención ha sido alejada del Redentor, veo que persiguen a un jefe de sinagoga por ser justo; veo que ha sido castigado uno que inadvertidamente ha caído en culpa. Veo que se hacen demasiadas cosas desde allí, desde allí donde viven el vicio y la mentira. Y, como la pared que ladrillo a ladrillo se alza hasta cerrarse, así estas cosas - y en un año ya he visto demasiadas - están levantando entre mí y ellos un muro de dureza. ¡Ay de ellos cuando esté completamente levantado con los materiales aportados por ellos mismos! Ten: bebe, come. Estás exhausto. Luego, mañana, vendrás conmigo. No temas. Cuando recuperes la paz del espíritu, podrás juzgar libremente sobre tu futuro. Ahora no podrías hacerlo, y sería peligroso dejártelo hacer.

Jesús se ha llevado consigo al hombre dentro de la sala y le ha obligado a sentarse en su sitio. Incluso le sirve. Luego se vuelve hacia Hermas y hacia Simón y dice:

-Ésta es mi Doctrina. Ésta y no otra. Y no me limito a predicarla, sino que la hago realidad. Quien tenga sed de Verdad y de Amor venga a mí.

Dice Jesús:

-Y con esto termina el primer año de evangelización. Conservad nota de ello. ¿Qué puedo deciros? Lo he dado porque mi deseo era que fuera conocido. Pero, como con los fariseos, sucede con este trabajo. Mi deseo de ser amado - conocer es amar - se ve rechazado por demasiadas cosas. Y esto es un gran dolor para mí, que soy el eterno Maestro a quien vosotros habéis hecho prisionero...

## Contents

# Segundo año de la vida pública de Jesús

## 141

## Yendo hacia Arimatea con los discípulos y con José de Emaús.

-Señor, ¿qué vamos a hacer de éste? - pregunta Pedro a Jesús señalando al hombre - de nombre José - que los sigue desde que han dejado Emaús y que ahora escucha a los dos hijos de Alfeo y a Simón, que se ocupan de él de modo particular.

Ya lo he dicho: viene con nosotros hasta Galilea.

-¿Y luego?...

-Luego... se quedará con nosotros; ya verás...

-¿También él discípulo? ¿Con ese pasado?

-¿También tú fariseo?

-¡No! Pero... lo que me parece es que los fariseos nos vigilan demasiado...

-Y si lo ven con nosotros nos crearán dificultades. Es lo que quieres decir, ¿no? ¿Y entonces, por temor a que nos molesten, tendríamos que dejar a un hijo de Abraham a merced de su desolación? No, Simón Pedro; es un alma que puede perderse o salvarse según el tratamiento que se dé a su profunda herida.

-¿Pero, ¿no somos nosotros ya tus discípulos?...

Jesús mira a Pedro y sonríe con finura. Luego responde:

-Te dije un día, hace muchos meses: "Vendrán otros muchos discípulos". E1 campo de acción es vastísimo; los obreros, debido a esta vastedad, serán siempre insuficientes... y, también, porque muchos acabarán como Jonás: perdiendo su vida en el duro trabajo. Pero vosotros seréis siempre mis predilectos - termina Jesús, arrimando a sí a este Pedro apurado que con la promesa se ha tranquilizado.

-Entonces viene con nosotros, ¿no?

-Sí. Hasta que su corazón recobre la salud. Está envenenado de tanta animadversión como ha tenido que tragar. Está intoxicado.

Santiago, Juan y Andrés alcanzan al Maestro y se ponen también a escuchar.

-No podéis evaluar el inmenso mal que un hombre puede hacer a su congénere con una actitud de hostil intransigencia. Os ruego que recordéis que vuestro Maestro fue siempre muy benigno con los enfermos espirituales. Sé que opináis que mis mayores milagros y principal virtud se manifiestan en las curaciones de los cuerpos. No, amigos... Acercaos también los que vais delante y los rezagados; el camino es ancho y podemos andar en grupo.

Todos se arriman a Jesús, que prosigue:

-Mis principales obras, las que más testifican mi naturaleza y mi misión, las en que recae, dichosa, la mirada de mi Padre, son las curaciones de los corazones, tanto cuando son sanadoras de uno o varios vicios capitales como cuando eliminan la desolación que abate el ánimo, persuadido de estar bajo sanción divina y abandonado de Dios.

¿Qué es un alma, si pierde la seguridad de la ayuda de Dios? Es como una delgada correhuela: no pudiendo seguir aferrada a la idea que constituía su fuerza y dicha, se arrastra por el polvo. Vivir sin esperanza es horroroso. La vida es bonita - dentro de sus asperezas - sólo si recibe esta onda de Sol divino. El fin de la vida es ese Sol. ¿Es lóbrego el día humano?, ¿está empapado de llanto y signado con sangre? Sí. Pero saldrá el Sol. Se acabarán, entonces, dolor y separaciones, asperezas y odios, miserias y soledades de momentos angustiosos, de momentos de ofuscación. Luminosidad, entonces, canto y serenidad, paz y Dios, Dios, que es el Sol eterno. Fijaos qué triste está la Tierra cuando hay eclipse. Si el hombre dijese para sí: "El Sol ha muerto", ¿no le parecería, acaso, vivir para siempre en un oscuro hipogeo, como emparedado, enterrado, difunto antes de haber muerto? ¡Ah..., pero el hombre sabe que más allá de ese astro que oculta al Sol, que hace fúnebre al mundo, sigue estando el radiante Sol de Dios! Así es el pensamiento de la unión con Dios durante una vida. ¿Hieren los hombres?, ¿despojan a otros de sus bienes?, ¿calumnian? Sí. Pero Dios medica, reintegra, justifica... ¡y con medida colmada! ¿Dicen los hombres que Dios te ha rechazado? Bueno, ¿y qué?; el alma que se siente segura piensa, *debe pensar:* "Dios es justo y bueno, ve las causas de las cosas y es más benigno, más que el mejor de los hombres, infinitamente benigno; por tanto, no me rechazará si apoyo mi rostro lloroso sobre su pecho y le digo: “Padre, sólo Tú me quedas; tu hijo está desconsolado y abatido; dame tu paz...”.

Ahora Yo, el Enviado, el enviado por Dios, recojo a aquellos a quienes el hombre ha confundido, o han sido arrastrados por Satanás, y los salvo. Ésta es mi obra, ésta es verdaderamente mía. El milagro obrado en los cuerpos es potencia divina, la redención de los espíritus es la obra de Jesucristo, el Salvador y Redentor. Pienso, y no yerro, que estos que han encontrado en mí su rehabilitación ante los ojos de Dios y los propios serán mis discípulos fieles, los que podrán arrastrar con mayor fuerza a las turbas hacia Dios, diciendo: "¿Vosotros pecadores? Yo también. ¿Vosotros descorazonados? Yo también. ¿Vosotros desesperados? También yo. Ved cómo, a pesar de todo, el Mesías ha tenido piedad de mi miseria espiritual y me ha querido sacerdote suyo; porque El es la Misericordia y quiere que se persuada de ello el mundo (y nadie es más capaz de persuadir que quien tiene propia experiencia)".

Yo, ahora, a éstos los uno a mis amigos y a los que me adoraron desde el momento de mi nacimiento, es decir, a vosotros y a los pastores; los uno, en particular, a los pastores, a los curados, a aquellos que, sin especial elección como la de vosotros doce, han entrado en mi camino y habrán de seguirlo hasta la muerte. En Arimatea está Isaac. Me ha pedido esto José, amigo nuestro. Tomaré conmigo a Isaac para que se una a Timoneo, cuando llegue. Si prestas fe a que en mí hay paz y razón de toda una vida, podrás unirte a ellos; serán para ti buenos hermanos».

-¡Oh, Consolación mía! Es exactamente como Tú dices. Mis grandes heridas, tanto de hombre como de creyente, se van curando cada hora que pasa. Hace tres días que estoy contigo, y ya me parece como si eso que, hace sólo tres días, era mi tormento fuera un sueño que se va desvaneciendo. Lo hice, sí, pero, ante tu realidad, cuanto más va pasando el tiempo, más va perdiendo sus extremos cortantes. Estas noches he pensado mucho. En Joppe tengo un pariente que es bueno (aunque haya sido causa involuntaria de mi mal, pues por él conocí a aquella mujer). Que esto te diga si podíamos saber de quién era hija... ¿De la primera mujer de mi padre? Sí, lo habrá sido, pero no de mi padre; llevaba otro nombre y venía de lejos. Conoció a mi pariente por unas transacciones de mercancías. Yo la conocí así. Mi pariente ambiciona mis negocios. Y se los voy a ofrecer, porque sin dueño se perderían. Los adquirirá. Incluso por no sentir todo el remordimiento de haber sido causa de mi mal... Así podré bastarme y seguirte tranquilo. Sólo te pido que me concedas la compañía de este Isaac que nombras; tengo miedo de estar solo con mis pensamientos: son demasiado tristes todavía...

-Te daré su compañía. Tiene buen corazón. El dolor lo ha perfeccionado. Ha llevado su cruz durante treinta años. Sabe lo que es el sufrimiento... Nosotros, entretanto, continuaremos. Nos alcanzaréis en Nazaret.

-¿No nos vamos a detener en casa de José?

José está probablemente en Jerusalén... El Sanedrín tiene mucho que hacer. De todas formas lo sabremos por Isaac. Si está, le llevaremos nuestra paz; si no, nos quedaremos sólo a descansar una noche. Tengo prisa de llegar a Galilea. Allí hay una Madre que sufre - porque tenéis que pensar que hay a quien le apremia causarle dolor - y quiero confortarla.

## 142

## Con los doce hacia Samaria

Jesús está con sus doce apóstoles. El paraje sigue siendo montuoso; no obstante, siendo suficientemente cómodo el camino, van todos en grupo hablando entre sí.

-Ahora que estamos solos podemos decirlo: ¿por qué tanta rivalidad entre dos grupos? - dice Felipe.

-¿Rivalidad? ¡No es sino soberbia! - rebate Judas de Alfeo.

-No. Yo digo que es sólo un pretexto para justificar de algún modo su conducta injusta con el Maestro. Bajo el velo de celo por el Bautista, logran alejarlo sin disgustar demasiado al pueblo - dice Simón.

-Yo los desenmascararía.

-Nosotros, Pedro, haríamos muchas cosas que Él no hace.

-¿Por qué no las hace?

-Porque sabe que lo correcto es no hacerlas. Nosotros sólo debemos seguirlo, no nos corresponde guiarlo. Y debemos estar contentos de ello. Es gran descanso el tener sólo que obedecer...

-Has hablado bien, Simón - dice Jesús, que iba delante, pensativo - Es así, como has dicho; obedecer es más fácil que mandar. No lo parece, pero es así. Bueno, claro, es fácil cuando el espíritu es bueno, como también es difícil mandar para un espíritu recto; porque, si no es recto, ordena cosas descabelladas, o peor que descabelladas. En ese caso es fácil mandar y mucho más difícil obedecer. Cuando uno tiene la responsabilidad de ser el primero en un lugar o en un conjunto de personas, debe tener siempre presentes la caridad y la justicia, la prudencia y humildad, la templanza y la paciencia, la firmeza - pero sin testarudez -. Es difícil, sí. Vosotros, por el momento, sólo tenéis que obedecer: a Dios y a vuestro Maestro.

Tú, y no sólo tú, te preguntas por qué hago o no ciertas cosas; te preguntas por qué Dios permite o no tales cosas. Mira, Pedro, y todos vosotros, amigos míos. Uno de los secretos del perfecto fiel consiste en no autoelevarse nunca a interpelar a Dios. "¿Por qué haces esto?": pregunta uno poco formado a su Dios, y parece como si se pusiera a representar el papel de un adulto experimentado ante un escolar para decir: "Esto no se hace, es una necedad, un error". ¿Quién puede superar a Dios?

Como podéis ver, ahora me rechazan so pretexto de celo por Juan. Esto os escandaliza, y quisierais que rectificase el error y me pusiera en actitud polémica contra quienes expresan esta razón. No. No. Jamás. Ya habéis oído lo que el Bautista, por boca de sus discípulos, ha dicho: "Es necesario que Él crezca y yo merme". Es decir, no hay nostalgias, no hay un aferrarse a la propia posición. El santo no se apega a estas cosas, no trabaja con vistas al número de fieles "propios"; *no tiene* fieles propios; trabaja para aumentarle a Dios el número de fieles. Sólo Dios tiene derecho a tener fieles. Por tanto, de la misma forma que Yo no me duelo de que, de buena o mala fe, algunos permanezcan con el Bautista, él tampoco se aflige - ya le habéis oído - por el hecho de que discípulos suyos vengan a mí; está desapegado de estas pequeñeces numéricas. Pone su mirada en el Cielo, como Yo. No estéis, entonces, litigando entre vosotros sobre si es justo o no que los judíos me acusen de arrebatarle discípulos al Bautista, o sobre si es justo o no que estas cosas se dejen decir. Disputas de este tipo son propias de mujeres charlatanas en torno a una fuente. Los santos se ayudan, se dan y se intercambian los espíritus con jovial facilidad, sonrientes por la idea de trabajar para el Señor.

Yo he bautizado, es más, os *he puesto a bautizar,* porque tan pesado es, *ahora,* el espíritu, que es necesario presentarle formas materiales de piedad, de milagro y de enseñanza. Por causa de esta pesantez espiritual tendré que recurrir a la ayuda de cosas materiales cuando quiera que obréis milagros. Pero, creedlo, no estará en el aceite, ni en el agua, ni en ceremonias, la prueba de la santidad. Se acerca el momento en que una impalpable cosa, invisible, inconcebible para los materialistas, será reina, la "restablecida" reina, pudiente en todo lo santo, santa en toda cosa santa. Por ella el hombre quedará restablecido como "hijo de Dios" y obrará lo que Dios obra, porque tendrá a Dios consigo.

La Gracia: ésta es la reina que está volviendo. Entonces el bautismo será sacramento. Entonces el hombre hablará y comprenderá el lenguaje de Dios, y la Gracia dará vida y Vida, dará poder de ciencia y de potencia; entonces... ¡oh! ¡entonces!...

Pero todavía no tenéis la madurez suficiente para comprender lo que os va a conceder la Gracia. Os ruego que ayudéis su venida con una continua obra de formación de vosotros mismos, y que abandonéis las cosas inútiles propias de hombres mezquinos...

Allá se ve el límite de Samaria. ¿Creéis acertado que me acerque a hablar?

-¡Oh!!

Todos, quién más, quién menos, se muestran escandalizados.

-En verdad os digo que por todas partes hay samaritanos. Si no tuviera que hablar donde hubiera un samaritano, no debería hacerlo en ningún lugar. Venid, pues. No voy a intentar hablar, pero no rechazaré hablar de Dios si me lo piden. Un año ha terminado, empieza el segundo; está a caballo entre el principio y el final. A1 principio predominaba el Maestro, ahora, fijaos, se revela el Salvador; el final tendrá el rostro del Redentor. Vamos. El río aumenta de caudal a medida que se acerca a la desembocadura; como Yo, que aumento la obra de misericordia porque la desembocadura está ya cerca».

-¿Después de la Galilea vamos a ir a algún río caudaloso? ¿A1 Nilo? ¿A1 Éufrates?- comentan algunos en voz baja.

-Quizás es que vamos a tierra de gentiles... - responden otros.

-No cuchicheéis. Nos dirigimos a mi desembocadura, o sea, hacia el cumplimiento de mi misión. Prestadme mucha atención, porque después os dejaré, y debéis continuar en mi nombre.

## 143

## La samaritana Fotinai

-Yo me paro aquí. Id a la ciudad. Comprad los alimentos necesarios. Comeremos en este lugar.

-¿Vamos todos?

-Sí, Juan. Es bueno que estéis en grupo.

-¿Y Tú? ¿Te quedas solo?... Son samaritanos...

-No serán los peores de entre los enemigos del Cristo. ¡Hala, poneos en camino! Yo oraré mientras os espero. Por vosotros y por éstos.

Los discípulos se van a regañadientes. Tres o cuatro veces se vuelven a mirar a Jesús, que se ha sentado en una paredilla soleada al lado del bajo y ancho brocal de un pozo (un pozo grande, tan ancho que parece casi una cisterna). En verano deben darle sombra unos árboles grandes que ahora están deshojados. No se ve el agua, pero en el suelo, junto al pozo, hay signos claros de haberla sacado: pequeños charcos y círculos de jarros húmedos.

Jesús se sienta y se pone a meditar en su acostumbrada posición: los codos apoyados sobre las rodillas; las manos hacia adelante, unidas; el cuerpo levemente curvado; la cabeza inclinada hacia abajo. Luego, sintiendo el calor de un agradable solecillo, se deja caer el manto de la cabeza y de los hombros y lo tiene recogido sobre su regazo.

Alza la cabeza para sonreír a una multitud de pájaros reñidores que se están disputando una migota que se le ha caído a alguien junto al pozo.

De improviso, llega una mujer. Los pájaros huyen. Viene al pozo con un ánfora vacía sujeta de una de las asas con la mano izquierda; la derecha separa con gesto de sorpresa el velo, para ver quién es el hombre que está sentado allí.

Jesús sonríe a esta mujer de unos treinta y cinco o cuarenta años, alta, de facciones fuertemente marcadas pero bonitas. Un tipo de mujer que nosotros diríamos casi español: palidez aceitunada; labios muy encendidos y más bien túmidos; ojos grandes, casi demasiado, y negros, bajo cejas muy espesas; trenzas, que se transparentan a través del ligero velo, de color negro corvino. También las formas, más bien modeladas y llamativas, reflejan un marcado tipo oriental, levemente flexuoso, como el de las mujeres árabes. Lleva un vestido de rayas multicolores, bien ceñido a la cintura, tirante en las caderas y pecho pingües, para pender luego, en una especie de orla ondulante, hasta el suelo. Muchos anillos en las manos carnosas y morenitas, muchas pulseras en las muñecas que despuntan bajo las bocamangas de lino. En el cuello lleva un pesado collar, del que cuelgan medallas (yo diría amuletos, pues son de las más variadas formas). Pesados pendientes, que brillan bajo el velo, caen hasta la altura del cuello.

-La paz sea contigo, mujer. ¿Me das de beber? He andado mucho y tengo sed.

-¿Pero no eres judío? ¿Me pides de beber a mí, que soy samaritana? ¿Qué ha sucedido? ¿Hemos sido rehabilitados, o es que vosotros estáis disgregados? Sin duda algo grande ha sucedido, cuando un judío habla amablemente con una samaritana. De todas formas, debería responderte: "No te doy nada, para castigar en ti todas las injurias que los judíos desde hace siglos nos infligen".

-Así es: un gran acontecimiento. Como consecuencia, muchas cosas han cambiado, y más aún van a cambiar. Dios ha otorgado un gran don al mundo y por él muchas cosas han cambiado. Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: "Dame de beber", quizás tú misma le pedirías de beber y Él te daría agua viva.

-El agua viva está en las venas de la tierra. Este pozo la tiene... pero es nuestro - La mujer se muestra burlona y arrogante.

-El agua es de Dios, como también es de Dios la bondad, y la vida misma. Todo es de un único Dios, mujer. Y todos los hombres vienen de Dios: tanto los samaritanos como los judíos. ¿No es éste el pozo de Jacob? ¿Jacob no es cabeza de nuestra estirpe? Si luego un error nos ha dividido, ello no cambia el origen.

-¿Error nuestro, ¿verdad? - pregunta, agresiva, la mujer.

-Ni nuestro ni vuestro. Error de alguien que había perdido de vista caridad y justicia. No te estoy ofendiendo, ni tampoco a tu raza ¿Por qué quieres tú mostrarte ofensiva?

-Eres el primer judío al que oigo hablar así. Los otros... Pero, respecto al pozo, sí, es el de Jacob y tiene tanta agua y tan clara que los de Sicar la preferimos a las otras fuentes. De todas formas, es muy profundo, y no tienes ni ánfora ni odre; ¿cómo podrías sacar para mí agua viva? ¿Eres, acaso, más que Jacob, nuestro santo patriarca, que encontró esta abundante agua para él, para sus hijos y sus hatos de ganado, y que nos la dejó como don y recuerdo suyo?

-Tú lo has dicho. Mira, quien bebe de esta agua seguirá teniendo sed; Yo, en cambio, tengo un agua que si uno la bebe no vuelve a sentir sed. Pero es sólo mía y la doy a quien me la pide. En verdad te digo que quien reciba esta agua que Yo le dé quedará saciado para siempre y no volverá a tener sed, porque mi agua se hará en él manantial seguro, eterno.

-¿Cómo? No entiendo. ¿Eres un mago? ¿Cómo puede un hombre transformarse en un pozo? El camello bebe y se aprovisiona de agua en su voluminoso vientre, pero luego la consume y no le dura toda la vida. ¿Y Tú dices que tu agua dura toda la vida?

-Más que eso: saltará hasta la vida eterna. Fluirá hasta la vida eterna en quien la beba, y producirá semillas de vida eterna, porque es surtidor de salud.

-Dame de esa agua si es verdad que la posees. Me canso viniendo hasta aquí. La tendré y no volveré a sentir sed, y no enfermaré jamás ni me haré vieja.

-¿Sólo de eso te cansas?, ¿de nada más? ¿Sólo sientes necesidad de sacar agua para beber, para tu pobre cuerpo? Reflexiona. Hay algo que vale más que el cuerpo: el alma. Jacob no dio a los suyos y a sí mismo sólo el agua de la tierra, sino que se preocupó de darse, y de dar, la santidad, el agua de Dios.

-Vosotros nos llamáis paganos. Si eso es verdad, no podemos ser santos...

La mujer ha perdido su tono petulante e irónico y ahora se muestra sumisa y ligeramente confundida.

-Un pagano puede también ser virtuoso. Dios, que es justo, le premiará el bien realizado. No será un premio completo, pero sí te digo que entre un fiel en culpa grave y un pagano sin culpa Dios mira con menos rigor al pagano. ¿Y por qué, si sabéis que lo sois, no vais al verdadero Dios? ¿Cómo te llamas?

-Fotinai.

-Pues, respóndeme, Fotinai: ¿Te duele el no poder aspirar a la santidad por el hecho de ser pagana - como tú dices -, por vivir - como digo Yo - en la ofuscación de un antiguo error?

-Me aflige.

-¿Y entonces, ¿por qué no vives, al menos, como una virtuosa pagana?

-¡Señor! ...

-Sí. ¿Puedes, acaso, negarlo? Ve a llamar a tu marido y vuelve aquí con él.

-No tengo marido...

La confusión de la mujer crece.

-Tú lo has dicho: no tienes marido. Has tenido cinco hombres y ahora tienes contigo otro que tampoco es marido tuyo. ¿Era necesario esto? También tu religión desaconseja la impudicia. También tenéis vosotros el Decálogo. ¿Por qué vives así, Fotinai? ¿No te sientes cansada de este esfuerzo de ser la carne de tantos, en vez de la honesta esposa de uno solo? ¿No tienes miedo de cuando decline tu vida, de cuando te encuentres sola con tus recuerdos, con la amargura de lo pasado, con tus temores? Sí, también con tu miedo, tu miedo a Dios y a los espectros. ¿Dónde están tus hijos?».

La mujer baja del todo la cabeza y calla.

-No los tienes aquí en la Tierra. Sin embargo, sus almitas, a las que has impedido conocer el día de la luz, te acusan; siempre. Joyas... bonitos vestidos... casa rica... una mesa bien surtida... Sí, pero vacío y lágrimas y miseria interior. En realidad eres una desvalida, Fotinai; sólo con un arrepentimiento sincero, a través del perdón de Dios - y como consecuencia, el de tus hijos - puedes volver a ser rica.

-Señor, veo que eres profeta. Me avergüenzo...

-¿Ante el Padre que está en los Cielos no sentías vergüenza cuando hacías el mal? Pero... no llores de humillación ante el Hombre... Ven aquí, Fotinai, junto a mí. Yo te hablaré de Dios. Quizás no lo conocías bien y por eso... sí, por eso has cometido tantos errores; si hubieras conocido bien al verdadero Dios, no te habrías rebajado de este modo, Él te habría hablado y sostenido...

-Señor, nuestros padres adoraron en este monte. Vosotros decís que sólo en Jerusalén se puede adorar. Pero, como Tú dices, Dios es sólo uno. Ayúdame a ver dónde y cómo debo hacerlo...

-Mujer, créeme, está llegando la hora en que ni en el monte de Samaria ni en Jerusalén será adorado el Padre. Vosotros adoráis a quien no conocéis, nosotros a quien conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Recuerda a los Profetas. Pero llega la hora - es ésta - en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; no ya con el rito antiguo sino con el nuevo, exento de sacrificios y hostias de animales consumidos por el fuego: el rito del sacrificio eterno de la Hostia inmaculada consumida por el Fuego de la Caridad: culto espiritual del Reino espiritual, que será comprendido por aquellos que sepan adorar en espíritu y en verdad. Dios es Espíritu y debe ser adorado espiritualmente.

-Dices santas palabras. Yo sé - también nosotros sabemos alguna cosa - que el Mesías va a llegar pronto; el Mesías, llamado también "el Cristo". Cuando venga nos enseñará todo. Aquí cerca está el que dicen que es su Precursor; muchos van a él a oírle. Pero es muy severo. Tú eres bueno. Las almas menesterosas no sienten miedo de ti. Yo creo que el Cristo será bueno. Lo llaman Rey de la paz... ¿Tardará mucho en venir?

-Te he dicho que su tiempo es éste.

-¿Cómo lo sabes? ¿Eres discípulo suyo? El Precursor tiene muchos discípulos; también los tendrá el Cristo.

-Soy Yo, el que te está hablando, el Cristo Jesús.

-¡Tú!... ¡Oh!...

La mujer, que se había sentado junto a Jesús, se levanta y hace ademán de huir.

-¿Por qué quieres huir, mujer?

-Porque me da horror estar a tu lado. Tú eres santo...

-Soy el Salvador. He venido aquí - y no era necesario - porque sabía que tu alma estaba cansada de vagar. Ya te produce náuseas tu alimento... He venido a darte uno nuevo, que te quitará las náuseas y la hartura... Allí vuelven mis discípulos, con mi pan, pero el solo hecho de haberte dado estas migas iniciales de tu redención ya me ha alimentado.

Los discípulos miran a la mujer de soslayo, más o menos prudentemente, pero ninguno habla. Ella se marcha olvidando agua y ánfora.

-Mira, Maestro - dice Pedro -, nos han tratado bien. Aquí hay queso, pan reciente, aceitunas y manzanas. Coge lo que quieras. Esa mujer ha hecho bien dejando el ánfora; así será más rápido, que no con nuestros pequeños odres. Bebemos y luego los llenamos, y así no tendremos que pedir nada a los samaritanos, no tendremos ni siquiera que acercarnos a sus fuentes. ¿No comes? He buscado pescado para ti, pero no había. Quizás te hubiera gustado más. Te veo cansado y pálido.

-Tengo un alimento que vosotros no conocéis. Comeré de ése. Repondrá ampliamente mis energías.

Los discípulos se miran con ademán de querer preguntar.

Jesús responde a sus calladas preguntas.

-Mi alimento consiste en hacer la voluntad del que me ha enviado y consumar la obra que me ha encomendado. Cuando un sembrador esparce la semilla, ¿puede pensar que ya ha hecho todo, como si hubiera cosechado? Ciertamente no. ¡Cuánto tendrá que hacer todavía para poder decir: "Mi obra está cumplida"! Hasta ese momento no podrá descansar. Fijaos en estos campos bajo el alegre sol de la hora sexta. Hace sólo un mes, incluso menos, la tierra estaba desnuda, oscura por el agua de las lluvias. Fijaos ahora: abundantes tallitos de trigo, recién brotados, de un verde tenuísimo, que, bajo esta intensa luz, parece todavía más claro, la hacen blanquecina con el sutil velo con que la cubren, que es la mies futura. Vosotros, viéndolo, decís: "Dentro de cuatro meses será la cosecha. Los sembradores tomarán consigo a los segadores; porque, aunque uno sea suficiente para sembrar su propio campo, muchos son necesarios para segarlo. Ambas partes están contentas: tanto el que ha sembrado un pequeño saquito de trigo y ahora debe preparar los graneros para guardarlo, como los que en pocos días ganan de qué vivir para algunos meses". De la misma forma, en el campo del espíritu, los que recojan lo que por mí fue sembrado se alegrarán conmigo, y como Yo, porque les daré mi salario y el fruto debido. Les daré de qué vivir en mi Reino eterno. Vosotros sólo tenéis que recoger. Yo he hecho la parte más dura del trabajo; no obstante, os digo: "Venid, cosechad en mi campo; contento me siento de que os carguéis de manípulos de mi trigo. Una vez que hayáis recogido todo mi trigo, sembrado por mí por todas partes, infatigable, quedará cumplida la voluntad de Dios, y Yo me sentaré al banquete de la celeste Jerusalén". Allí vienen los samaritanos con Fotinai. Mostrad caridad para con ellos. Son almas que se acercan a Dios.

## 144

## Los samaritanos invitan a Jesús a Sicar

Viene hacia Jesús un grupo de notables samaritanos guiados por Fotinai.

-Dios sea contigo, Rabí. Esta mujer nos ha dicho que eres un profeta y que no te desdeñas de hablar con nosotros. Te rogamos que nos concedas tu presencia y que no nos niegues tu palabra, porque... sí, es verdad que hemos sido amputados de Judá, pero no hay por qué decir que sólo Judá sea santo y todo el pecado esté en Samaria; también hay justos entre nosotros.

-Este concepto se lo he expresado Yo también a esta mujer. No me impongo, pero tampoco me muestro reluctante si alguien me busca.

-Eres justo. La mujer nos ha dicho que Tú eres el Cristo. ¿Es verdad? Respóndenos en nombre de Dios.

-Lo soy. La hora mesiánica ha llegado. Israel ha sido reunido por su Rey; y no sólo Israel.

-Pero Tú serás para quienes... no están en error como estamos nosotros - observa un anciano de porte grave.

-Hombre, te veo como cabeza de todos los presentes, y leo en ti una honrada búsqueda de la Verdad. Escúchame ahora tú que estás instruido en las lecturas sagradas. A mí me fue dicho lo mismo que el Espíritu dijo a Ezequiel cuando le confirió una misión profética: "Hijo del hombre, Yo te envío a los hijos de Israel, a los pueblos rebeldes que se han alejado de mí... Son hijos de dura cerviz y corazón indomable... Quizás te escuchen, aunque sin hacer luego caso de tus palabras, que son mías. Efectivamente, se trata de una casa rebelde. Pero, al menos, sabrán que entre ellos hay un profeta. No les tengas miedo. No te asusten sus argumentaciones, porque son incrédulos y subversivos... Refiéreles mis palabras, te presten o no oídos. Haz lo que te digo, escucha lo que te digo para no ser rebelde como ellos. Por tanto, come todo alimento que Yo te ofrezca". Y he venido. No me hago falsas ilusiones, no pretendo ser acogido como un triunfador; pero, puesto que la voluntad de Dios es mi deleite, la cumplo. Si queréis, os manifiesto las palabras que el Espíritu ha depositado en mí.

-¿Cómo es posible que el Eterno haya pensado en nosotros?

-Porque es Amor, hijos.

-No hablan así los rabíes de Judá.

-Pero sí os habla así el Mesías del Señor.

¯Está escrito que el Mesías había de nacer de una virgen de Judá. Tú, ¿de quién y cómo naciste?

-En Belén Efratá, de María de la estirpe de David, por obra de espiritual concepción. Quered creerlo.

La bonita voz de Jesús es un tañido de alegre triunfo al proclamar la virginidad de su Madre.

-Tu rostro resplandece con intensa luz. No, Tú no puedes mentir. Los hijos de las tinieblas tienen tenebroso el rostro, turbada la mirada. Tú eres luminoso; tu mirada tiene la limpieza de una mañana de Abril, tu palabra es buena. Entra en Sicar, te lo ruego, y adoctrina a los hijos de este linaje. Luego te marcharás... y nos acordaremos de la Estrella que rayó nuestro cielo...

-¿Y si la siguierais?... ¿Por qué no?

-Pero si no podemos, ¿no.

Hablan mientras se dirigen a la ciudad.

-Somos los separados, al menos así se dice. Hemos nacido con esta fe y no sabemos si es justo dejarla. Además... - sí, contigo podemos hablar, lo percibo - además también nosotros tenemos ojos para ver y cerebro para pensar. Cuando, por viajes o exigencias comerciales, pasamos a vuestra tierra, todo lo que vemos no es suficientemente santo como para persuadirnos de que Dios esté con vosotros los de Judá, ni tampoco con vosotros los galileos.

-En verdad te digo que el no haberos persuadido, el no haberos conducido de nuevo a Dios - no con ofensas y maldiciones, sino con el ejemplo y la caridad - le será imputado al resto de Israel.

-¡Cuánta sabiduría tienes! ¿Estáis oyendo?

Todos asienten con un murmullo de admiración.

Entretanto, han llegado a la ciudad. Muchas otras personas se acercan mientras se dirigen a una de las casas.

-Escucha, Rabí. Tú, que eres sabio y bueno, resuélvenos una duda; de ello puede depender buena parte de nuestro futuro. Tú, que eres el Mesías - restaurador, por tanto, del reino de David -, debes sentir alegría de restablecer la unión, con el cuerpo del Estado, de este miembro desgajado; ¿no?

-Me preocupo no tanto de reagrupar las partes separadas de una entidad caduca cuanto de conducir de nuevo a Dios a todos los espíritus, y me siento dichoso cuando restauro la Verdad en un corazón. Pero... expón tu duda.

-Nuestros padres pecaron. Desde entonces Dios detesta a las almas de Samaria. Por tanto, aunque siguiéramos la vía del Bien, ¿qué beneficios obtendríamos? Siempre seremos unos leprosos ante los ojos de Dios.

-Como todos los cismáticos, vuestro pesar es eterno; vuestra insatisfacción, perenne. Te respondo también con Ezequiel. "Todas las almas son mías", dice el Señor - tanto la del padre como la del hijo -, pero morirá sólo el alma que haya pecado. Si un hombre es justo, si no es idólatra, si no fornica, si no roba y no practica la usura, si tiene misericordia de la carne y del espíritu de los demás, será justo ante mis ojos y tendrá vida verdadera. ¿Si un justo tiene un hijo rebelde, éste tendrá la vida por haber sido justo su padre? No, no la tendrá. Y, si el hijo de un pecador es justo, ¿morirá como su padre por ser hijo suyo? No; vivirá con eterna vida por haber sido justo. No sería justo que uno cargase con el pecado del otro. El alma que haya pecado morirá, la que no haya pecado no morirá. Pero, aun quien haya pecado podrá tener la verdadera vida si se arrepiente y se une a la Justicia. El Señor Dios, el único y solo Señor, dice: "No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y tenga la Vida". Para esto me ha enviado, ¡oh hijos errantes!, para que tengáis la verdadera vida. Yo soy la Vida. Quien cree en mí y en quien me ha enviado tendrá la vida eterna, aunque hasta este momento haya sido un pecador».

-Hemos llegado a mi casa, Maestro. ¿No sientes horror de entrar?

-Sólo me produce horror el pecado.

-Entra entonces, haz aquí un alto en tu camino. Compartiremos el pan, y luego, si no te es molestia, nos distribuirás la palabra de Dios; dicha por ti tiene otro sabor... Nosotros tenemos aquí un tormento: el de no sentirnos seguros de estar en la verdad...

-Todo se calmaría si os atrevierais a ir abiertamente a la Verdad. Que Dios hable en vosotros, ciudadanos. Pronto anochecerá. No obstante, mañana, a la hora tercera, os hablaré largamente, si lo deseáis. Idos y que la Misericordia os acompañe.

## 145

## El primer día en Sicar

Jesús está hablando, desde el centro de una plaza, a mucha gente, concentrada en torno a Él. Habla subido al banco de piedra que hay junto a la fuente. También están alrededor los doce, con unas caras... que reflejan consternación, o incomodidad, o que expresan claramente la repulsión hacia ciertos contactos. Especialmente Bartolomé y el Iscariote muestran abiertamente su contrariedad: para evitar lo más posible la cercanía de los samaritanos, el Iscariote se ha puesto a caballo en una rama de un árbol, como queriendo dominar la escena; Bartolomé ha ido a apoyarse en un portal de un ángulo de la plaza. El prejuicio está vivo y activo en todos.

Jesús se manifiesta con total normalidad; es más, yo diría que se está esforzando en no apabullar a los presentes con su majestuosidad, tratando, de todas formas, al mismo tiempo, de hacerla resaltar para eliminar en ellos todo género de duda. Acaricia a dos o tres pequeñuelos, de los cuales pregunta el nombre; se interesa personalmente de un anciano ciego, al que, también personalmente, le da el óbolo; responde a dos o tres cuestiones que le plantean acerca de asuntos no generales sino privados.

Uno de estos asuntos es la pregunta de un padre acerca de su hija, que se ha escapado de casa por amor y que ahora solicita perdón.

-Concédele tu perdón inmediatamente.

-¡He sufrido por ello, Maestro! Y sigo sufriendo. En menos de un año he envejecido diez.

-El perdón te aliviará.

-No puede ser. La herida permanece.

-Es verdad, pero en esa herida hay dos espinas que hacen daño: una, la innegable afrenta que te ha infligido tu hija; la otra es el esfuerzo por desamarla. Quita, al menos, ésta. El perdón, que es la forma más alta del amor, la sacará. Piensa, pobre

padre, que es una hija que ha nacido de ti y que siempre tiene derecho a tu amor. Si la vieras con una enfermedad corporal y supieras que si no la cuidases tú, tú en persona, moriría, ¿la dejarías morir? Ciertamente no. Pues piensa entonces que tú, tú en persona, con tu perdón, puedes atajar su mal y conducirla a la restauración de la salud del instinto; porque mira, en ella ha tomado predominio el lado más vil de la materia.

-Entonces... ¿piensas que debo perdonar?

-Debes hacerlo.

-¿Pero cómo voy a resistir el verla en casa después de lo que ha hecho; cómo voy a ser capaz de no maldecirla?

-Sí así fuera, no habrías perdonado. El perdón no está en el acto de abrirle de nuevo la puerta de casa, sino en abrirle de nuevo el corazón. Sé bueno, hombre. ¿No vamos a tener para con nuestra hija la paciencia que tenemos con el novillo indócil?

Una mujer, por su parte, presenta la cuestión de si haría bien casándose con su cuñado para dar un padre a sus huerfanitos.

-¿Piensas que sería un verdadero padre?

-Sí, Maestro. Son tres varones. Necesitan un hombre que los guíe.

-Hazlo entonces, y sé esposa fiel como lo fuiste con el primero.

-El tercero le pregunta que si, aceptando la invitación que ha recibido de ir a Antioquía, haría bien o mal.

-¿Por qué quieres ir?

-Porque aquí no dispongo de medios ni para mí ni para mis muchos hijos. He conocido a un gentil que me contrataría, porque me ha visto hábil en el trabajo; ofrecería también trabajo a mis hijos. Pero no querría... - te parecerá extraño un escrúpulo en un samaritano pero lo tengo -, no querría que perdiésemos la fe. ¿Es que ese hombre es un pagano, ¿sabes?

-¿Y qué quieres decir con ello? Mira, nada contamina si uno no quiere ser contaminado. Ve tranquilamente a Antioquía y sé del Dios verdadero. Él te guiará, y serás incluso el benefactor de ese patrón que conocerá a Dios a través de tu honradez.

Luego comienza a hablar a todos los presentes.

-He oído la voz de muchos de vosotros, y en todos he visto un secreto dolor, un pesar del que ni siquiera quizás os dais cuenta; he visto que lloráis en vuestros corazones. Esto se ha ido acumulando durante siglos, y no son capaces de disolverlo ni las razones que a vosotros mismos os decís ni las injurias que os lanzan; antes bien, cada vez más se endurece y pesa como nieve que se solidifica en hielo.

Yo no soy vosotros, como tampoco soy uno de los que os acusan. Soy Justicia y Sabiduría. Una vez más, para solución de vuestro caso, os cito a Ezequiel. Él, proféticamente, habla de Samaria y de Jerusalén llamándolas hijas de un mismo seno, llamándolas Oholá y Oholibá (*Ezequiel 23).*

La que primero cayó en la idolatría fue la primera, de nombre Oholá, porque ya antes había quedado privada de la ayuda espiritual de la unión con el Padre de los Cielos. La unión con Dios significa siempre salvación. Confundió erróneamente la verdadera riqueza, la verdadera potencia, la verdadera sabiduría, con la pobre riqueza, potencia y sabiduría de uno que era inferior a Dios, y más pequeño que ella misma; fue seducida por la riqueza, potencia y sabiduría de éste hasta el punto de que se hizo esclava del modo de vivir del que la había seducido. Buscando ser fuerte, vino a ser débil. Buscando ser más, vino a ser menos. Por imprudente enloqueció. Cuando uno, imprudentemente, se coge una infección, mucho le cuesta luego librarse de ella. Diréis: "¿Menos? No. Nosotros fuimos grandes". Sí, grandes, pero ¿cómo?, ¿a qué precio? No lo ignoráis. ¿Cuántas mujeres también consiguen la riqueza al precio tremendo de su honor? Adquieren una cosa que puede terminar y pierden algo que no tiene fin: el buen nombre.

Oholibá, viendo que a Oholá su propia locura le había producido riqueza, quiso imitarla, y enloqueció más que Oholá, además con doble culpa, porque tenía consigo al Dios verdadero y no habría debido pisotear jamás la fuerza que de esta unión le venía: duro, tremendo castigo ha recibido - y más grande aún será - la doblemente desquiciada y fornicadora Oholibá. Dios le volverá la espalda - ya lo está haciendo - para ir a los que no son de Judá. No se puede acusar a Dios de ser injusto porque no se imponga. A todos abre los brazos, invita a todos; pero, si uno le dice: "Vete", se va. Busca amor, invita a otros, hasta que encuentra a alguien que dice: "Voy". Por eso os digo que podéis hallar alivio a vuestro tormento, debéis hallarlo, pensando en estas cosas.

¡Oholá vuelve en ti! Dios te llama. La sabiduría del hombre está en saberse enmendar; la del espíritu, en amar al Dios verdadero y su Verdad. No fijéis vuestra mirada ni en Oholibá, ni en Fenicia, ni en Egipto, ni en Grecia. Mirad a Dios. Ésa es la Patria de todo espíritu recto, y es el Cielo. No hay muchas leyes, sino una sola: la de Dios. Por ese código se tiene la Vida. No digáis: "Hemos pecado"; decid más bien: "No queremos volver a pecar". La prueba de que Dios os sigue amando la tenéis en esto: os ha enviado a su Verbo a deciros: "Venid". Venid, os digo. ¿Os injurian?, ¿os han proscrito?... ¿Quiénes?: seres semejantes a vosotros. Considerad que Dios es mayor que ellos, y que os dice: "Venid". Llegará un día en que exultaréis por no haber estado en el Templo... Con la mente exultaréis, y aún mayor será el gozo de los espíritus, porque el perdón de Dios habrá descendido a los hombres de corazón recto dispersos por Samaria. Preparad su venida. Venid al Salvador universal, vosotros, hijos de Dios que ya no sabéis hallar el camino.

-Nosotros iríamos, al menos algunos; los que no nos aceptan son los de la otra parte.

-Pues, citando de nuevo al sacerdote y profeta, os digo: "Yo tomaré el leño de José, que Efraím tiene en su mano, con las tribus de Israel a él unidas, y lo uniré al de Judá para hacer de ellos un solo tronco...". No, no es al Templo; venid a mí; Yo no rechazo a nadie. Yo soy aquel que fue llamado el Rey dominador de todos. Soy el Rey de los reyes. ¡Oh, pueblos todos que deseáis ser purificados, Yo os purificaré! ¡Rebaños sin pastor, o con pastores ídolos, Yo os congregaré, porque soy el Pastor bueno! Os daré el único tabernáculo que voy a poner en medio de mis fieles. Este tabernáculo será fuente de vida, pan de vida, luz, salvación, protección, sabiduría; será todo, porque será el Viviente dado en alimento a los muertos para que vivan; será el Dios que se efunde con su santidad para santificar. Esto soy y seré. El tiempo del odio, de la incomprensión, del temor, queda superado. ¡Venid! ¡Ven, pueblo de Israel, pueblo separado, pueblo afligido, pueblo lejano, pueblo estimado; infinitamente

apreciado por estar enfermo, debilitado; infinitamente amado porque una flecha te ha abierto las venas del corazón y te ha desangrado, ha extraído de tus venas la unión vital con tu Dios! ¡Ven al seno de donde naciste, al pecho de que recibiste la vida; todavía hay para ti dulzura y calor...! ¡Siempre! ¡Ven! ¡Ven a la Vida y a la Salud!

## 146

## El segundo día en Sicar. Jesús se despide de los samaritanos

Dice Jesús a los samaritanos de Sicar:

-Tengo otros hijos a quienes evangelizar. Tengo que dejaros. Pero antes quisiera abriros, fúlgidos, los caminos de la esperanza, y llevaros a ellos y deciros: "Caminad seguros, que la meta es cierta". Hoy no voy a citar al gran Ezequiel, sino al discípulo predilecto de Jeremías, grandísimo profeta.

Baruc habla por vosotros. Realmente toma vuestras almas y habla por todas ellas al sublime Dios que está en los Cielos, las vuestras - no me refiero sólo a las de los samaritanos, sino a todas vuestras almas, ¡oh, estirpes del pueblo elegido caídas en múltiple pecado! -, y también las vuestras, pueblos gentiles que sentís que entre los muchos dioses a los que adoráis hay un Dios desconocido, un Dios al que vuestra alma siente único y verdadero, y que, no obstante, debido a vuestra pesantez no podéis buscarlo para conocerlo como el alma quisiera. A1 menos una ley moral os había sido dada, ¡oh gentiles, oh idólatras!; porque sois hombres y el hombre tiene en sí una esencia que viene de Dios y que se llama espíritu y que tiene siempre voz y consejos elevados y empuja a vida santa. Vosotros la habéis sometido a la esclavitud de una carne viciosa, rompiendo la ley moral humana - la que teníais - y viniendo a ser pecadores incluso humanamente, rebajando el concepto de vuestras fes y rebajándoos a vosotros mismos a un nivel animalesco que os hace inferiores a los brutos.

Y, a pesar de todo, oís, todos, y comprendéis más - y como consecuencia actuáis - en la medida en que aumenta vuestra cognición de la Ley de una moral sobrenatural que el verdadero Dios os ha dado.

Baruc (*Baruc 2,16-18 y Baruc 2, 24-26)* ora así: "Señor, míranos desde tu santa morada. Vuelve hacia nosotros tus oídos. Escúchanos. Abre tus ojos y piensa que no serán los muertos que están en los infiernos - cuyo espíritu está separado de sus entrañas - los que rindan honor y justicia al Señor, sino el alma afligida por la dimensión de las desventuras, que camina encorvada y débil, con los ojos hacia el suelo; el alma hambrienta de ti, ¡oh Dios!, es la que te rinde gloria y justicia". Ésta es la oración que debéis tener en vuestros corazones humillados con noble humildad, que no es degradación e indolencia sino conocimiento exacto de la propia mísera situación y santo deseo de hallar el medio de mejorar espiritualmente.

Y Baruc llora humildemente, y todo justo debe llorar con él, viendo y nombrando con su verdadero nombre las desventuras que han hecho triste, dividido y vasallo a un pueblo fuerte. "No hemos hecho - dice - caso de tu voz y has cumplido las palabras que habías manifestado a través de tus siervos, los Profetas... Y han sacado de sus sepulcros los huesos de nuestros reyes y de nuestros padres, los han arrojado al ardor del sol, al crudo frío de la noche; los habitantes de la ciudad han muerto entre atroces dolores, de hambre, a espada, de peste. Has reducido al estado presente el Templo en que se invocaba tu Nombre, a causa de la iniquidad de Israel y Judá.

No digáis, hijos del Padre: "Tanto nuestro Templo como el vuestro han surgido y resurgido y se yerguen espléndidos". No. Un árbol abierto desde su ápice hasta sus raíces por un rayo no puede pervivir; podrá vegetar míseramente, presentar un conato de vida en algunos rebrotes que nazcan de raíces que se resistan a morir... no pasará de ser un conjunto de ramajes infructíferos; jamás volverá a ser opulento árbol de copiosos frutos sanos y delicados. Pues bien, el proceso de fragmentación incoado con la separación se acentúa cada vez más a pesar de que materialmente la construcción no parezca lesionada; antes bien, bella y nueva. Destruye las conciencias que en ella moran. Llegará la hora en que, apagada toda llama sobrenatural, le faltará al Templo - altar de precioso metal que para subsistir debe ser mantenido en continua fusión por el calor de la fe y de la caridad de sus ministros -, le faltará lo que constituye su vida; entonces, gélido, apagado, ensuciado, lleno de cadáveres, pasará a ser podredumbre acometida, para ruina suya, por cuervos llegados de otras regiones y por el alud del castigo divino.

Hijos de Israel, orad, llorando, conmigo, vuestro Salvador. Que mi voz sostenga las vuestras y penetre - pues mi voz tiene este poder - hasta el trono de Dios. Quien ora con el Cristo, Hijo del Padre, es escuchado por Dios, Padre del Hijo.

Elevemos la antigua, justa oración de Baruc (3, 1-7): "Y ahora, Señor omnipotente, ¡oh Dios de Israel!, toda alma angustiada, todo espíritu henchido de ansiedad, eleva a ti su grito. Abre tus oídos, Señor, y ten piedad. Eres un Dios misericordioso; ten piedad de nosotros, porque hemos pecado en tu presencia. Eternamente, ocupas tu trono; ¿debemos nosotros perecer para siempre? Señor omnipotente, Dios de Israel, escucha la oración de los muertos de Israel y de sus hijos, que han pecado en tu presencia. Ellos no prestaron oídos a la voz del Señor su Dios. Se nos han adherido sus males. No te acuerdes de la iniquidad de nuestros padres; acuérdate, más bien, de tu poder y tu Nombre... Ten piedad, para que invoquemos este Nombre y nos convirtamos de la iniquidad de nuestros padres".

Orad así y convertíos verdaderamente, volviendo a la sabiduría verdadera, que es la de Dios y se encuentra en el Libro de los mandamientos de Dios y en la Ley, que dura eternamente y que ahora Yo, Mesías de Dios, traigo de nuevo, en su simple e inalterable forma, a los pobres del mundo, anunciándoles la buena nueva de la era de la Redención, del Perdón, del Amor, de la Paz. Quien crea en esta palabra alcanzará vida eterna.

0s dejo, habitantes de Sicar, que habéis sido buenos con el Mesías de Dios. Os dejo con mi paz.

-¡Quédate más tiempo!

-¡Vuelve!

-¡Ninguno nos volverá a hablar como lo has hecho Tú.

-¡Bendito seas, Maestro bueno!
-¡Bendice a mi pequeñuelo!
-¡Santo, ruega por mí!
-¡Déjame conservar un ribete de tu indumento como bendición!
-¡Acuérdate de Abel!
-¡Y de mí, Timoteo!
-¡Y de mí, Yorái!
-De todos. De todos. La paz descienda sobre vosotros.
Lo acompañan hasta unos centenares de metros fuera de la ciudad, y luego, muy despacio, se vuelven...

## 147

## Curación de una mujer de Sicar y conversión de Fotinai

Jesús va caminando solo, casi rozando un seto de cácteas que, burlándose de todas las demás plantas desnudas, resplandecen bajo el sol con sus carnosas paletas espinosas, en las que hay todavía algún fruto al que el tiempo ha dado un color rojo ladrillo, o en que ya ríe alguna flor precoz amarilla con pinceladas de color bermellón.

Los apóstoles, detrás, cuchichean. No creo que estén verdaderamente alabando al Maestro.

En un momento dado, Jesús se vuelve de repente y dice:

-Quien está pendiente del viento no siembra, quien está pendiente de las nubes no recoge nunca. Es un refrán antiguo, pero Yo lo sigo. Como podéis ver, donde temíais adversos vientos y no queríais deteneros, he encontrado terreno y modo de sembrar. Y, a pesar de "vuestras" nubes, que, conviene que lo oigáis, no está bien que las mostréis donde la Misericordia quiere mostrar su sol, estoy seguro de haber cosechado ya.

-Sí, pero ninguno te ha pedido un milagro. ¿Es una fe en ti muy extraña!

-Tomás, ¿crees que el hecho de pedir milagros es lo único que prueba que hay fe? Te equivocas. Es todo lo contrario. Quien quiere un milagro para poder creer patentiza que sin el milagro, prueba tangible, no creería. Sin embargo, quien, por la palabra de otro, dice "creo" muestra la máxima fe.

-¡Así que entonces los samaritanos son mejores que nosotros!

-No estoy diciendo eso. Pero en su estado de minoración espiritual han mostrado tener una capacidad de comprender a Dios mucho mayor que la de los fieles de Palestina. Esto os lo encontraréis muchas veces en vuestra vida. Os ruego que os acordéis también de este episodio para saberos conducir sin prejuicios con las almas que se acerquen a la fe en el Cristo.

-De todas formas - perdona, Jesús, si te lo digo - ya te persigue mucho odio y dar pie a nuevas acusaciones creo que te perjudica. Si los miembros del Sanedrín vinieran a saber que has tenido...

-¡Dilo, hombre!: "amor", porque esto es lo que he tenido y tengo, Santiago. Tú, que eres primo mío, comprenderás que en mí no puede haber sino amor. Te he mostrado cómo en mí sólo hay amor, incluso para con quienes me eran enemigos en mi familia y en mi tierra. Y, entonces, ¿no debía amar a éstos, que me han respetado a pesar de que no me conocían? Los miembros del Sanedrín pueden hacer todo el mal que quieran, pero la consideración de este futuro mal no cerrará las esclusas de mi amor omnipresente y omnioperante. Pero además es que, aunque lo hiciera, ello no impediría al odio del Sanedrín encontrar motivos de acusación.

-Sí, pero, Maestro, pierdes tu tiempo en una ciudad idólatra, habiendo como hay muchos lugares en Israel que te esperan. Dices que es necesario consagrar cada hora del día al Señor. ¿No son horas perdidas?

-Un día dedicado a reagrupar las ovejas extraviadas no es un día perdido, Felipe. Está escrito: "Hace muchas oblaciones quien respeta la Ley... mas quien practica la misericordia ofrece un sacrificio". Está escrito: "Que tu ofrenda al Altísimo esté en proporción de cuanto te ha dado; ofrece con mirada alegre según tus facultades". Yo lo hago, amigo, y el tiempo empleado en el sacrificio no es un tiempo perdido. Practico la misericordia y uso de las facultades recibidas ofreciendo mi trabajo a Dios. Tranquilos, por tanto. Además, el que, de vosotros, quería que hubieran pedido milagros para convencerse de que los de Sicar creían en mí va a quedar satisfecho. Aquel hombre nos sigue, sin duda por algún motivo. Detengámonos.

Efectivamente, el hombre viene en dirección a ellos. Se le ve encorvado bajo la carga de un voluminoso fardo que lleva malamente contrapesado sobre los hombros. A1 ver que el grupo de Jesús se ha detenido lo hace él también.

-Se ha parado porque ve que nos hemos dado cuenta de sus malas intenciones. ¡Son samaritanos!

-¿Estás seguro, Pedro?

-¡Sin duda!

-Pues entonces quedaos aquí. Yo me acerco.

-No, Señor, eso no. Si vas Tú, también yo.

-De acuerdo, ven.

Jesús se dirige hacia el hombre. Pedro trota a su lado, entre curioso y hostil. Llegados a pocos metros uno del otro, Jesús dice:

-¿Hombre, qué quieres? ¿A quién buscas?

-A ti.
-Y ¿por qué no has venido a mí cuando estaba en la ciudad?
-No me atrevía... Si en presencia de todos me hubieras rechazado hubiera sufrido demasiado dolor y vergüenza.
-Podrías haberme llamado cuando me quedé solo con los míos.
-Mi deseo era acercarme a ti estando Tú solo, como Fotinai. También yo, como ella, tengo un motivo importante para estar a solas contigo...
-¿Qué quieres? ¿Qué es lo que transportas con tanto esfuerzo sobre tus hombros?
-Es mi mujer. Un espíritu se ha adueñado de ella y la ha transformado en un cuerpo muerto y una inteligencia apagada. Debo hasta darle la comida en la boca, vestirla, llevarla como a una niña pequeña. Ocurrió de improviso, sin previa enfermedad... La llaman "la endemoniada". Todo esto me supone dolor, afanes, gastos. Mira.
El hombre pone en el suelo su fardo de inerte carne envuelta en un sayo (como un saco), y descubre un rostro de mujer, todavía joven, que si no respirase se podría decir que estaba muerta: ojos cerrados, boca entreabierta: es el rostro de una persona que ha expirado.
Jesús se agacha hacia la desdichada mujer que yace en el suelo, la mira, luego mira al hombre y le dice:
-¿Crees que puedo hacerlo?... ¿Por qué lo crees?
-Porque eres el Cristo.
-Pero tú no has visto nada que lo pruebe.
-Te he oído hablar. Me basta.
-¿Has oído, Pedro? ¿Qué piensas que debo hacer ante una fe tan genuina?
-Pues... Maestro... Tú... Yo... Bueno, decide Tú.
Pedro está des-concertado.
-Sí, ya he decidido. Hombre, mira.
Jesús coge la mano de la mujer y ordena:
-¡Vete de ella! ¡Lo quiero!
La mujer, que hasta ese momento había permanecido inerte, se contrae en una horrenda convulsión, primero muda, luego acompañada de quejidos y gritos que terminan con uno más fuerte durante el cual, como quien se despierta de una pesadilla, abre como platos los ojos que hasta ahora había mantenido cerrados. Luego se tranquiliza y, con cierto estupor, mira a su alrededor; fija primero sus ojos en Jesús - el Desconocido que le sonríe... -; luego mira a la tierra del camino en que yace, y a una mata nacida en el borde, en la que la cabezuela blanco-roja de las margaritas de los prados coloca perlas ya próximas a abrirse en forma de radiado nimbo; mira al seto de cactáceas, al cielo - muy azul -; luego vuelve la mirada y ve a su marido... a este marido suyo que, ansioso, la mira a su vez escudriñando todos sus movimientos. Sonríe y, recuperada completamente su libertad, se pone en pie como impulsada por un resorte para refugiarse en el pecho de su marido. Éste, llorando, la acaricia y la abraza.
-¿Cómo es que estoy aquí? ¿Por qué? ¿Quién es este hombre?
-Es Jesús, el Mesías. Estabas enferma y te ha curado. Dile que lo quieres.
-¡Oh..., sí! ¡Gracias!... Pero, ¿qué tenía? Mis niños... Simón... no recuerdo cosas de ayer, pero sí que recuerdo que tengo hijos...
Jesús dice:
-No es necesario que te acuerdes de ayer. Acuérdate siempre del día de hoy. Sé buena. Adiós. Sed buenos y Dios estará con vosotros.
Y Jesús, seguido por la bendiciones de los dos, se retira rápido.
Llegado adonde están los demás, que se habían quedado al pie del seto, no les dirige la palabra. Sí a Pedro:
-¿Y ahora, tú, que estabas seguro de que aquel hombre venía con malas intenciones, qué dices? ¡Simón, Simón! ¡Cuánto te falta todavía para ser perfecto! ¡Cuánto os falta! Tenéis, excepto una patente idolatría, todos los pecados de éstos, y además soberbia en el juicio. Tomemos nuestro alimento. No podemos llegar antes de la noche a donde quería. Dormiremos en algún henil, si es que no encontramos nada mejor.
Los doce, con el sabor en su corazón de la corrección recibida, se sientan sin hablar y se ponen a comer su comida. El sol de este sereno día ilumina los campos, que descienden, formando suaves ondulaciones, hacia una llanura.
Después de comer, todavía permanecen un tiempo en el lugar, hasta que Jesús se pone en pie y dice:
-Venid, tú, Andrés, y tú, Simón; quiero ver si aquella casa es amiga o enemiga.
Y se pone en movimiento. Los otros permanecen en el lugar y guardan silencio, hasta que Santiago de Alfeo le dice a Judas Iscariote:
-¿Pero esta que viene no es la mujer que estaba en Sicar?
-Sí, es ella. La reconozco por el vestido. ¿Qué querrá?
-Seguir su camino - responde Pedro con cara de malhumor.
-No. Nos está mirando demasiado, protegiéndose los ojos del sol con la mano.
La observan hasta que llega cerca de ellos y dice toda sumisa:
-¿Dónde está vuestro Maestro?
-Se ha ido. ¿Por qué preguntas por Él?
-Lo necesitaba...
-No se echa a perder con mujeres - responde Pedro cortante.
-Ya lo sé. Con mujeres, no; pero yo soy un alma de mujer que tiene necesidad de Él.
-Judas de Alfeo le aconseja a Pedro que la deje quedarse, y responde a la mujer: -Espera. Dentro de poco vuelve.

La mujer se retira a una curva del camino y allí se queda, en silencio. Los apóstoles se desinteresan de ella. Jesús al poco tiempo regresa. Pedro dice a la mujer:

-Ahí está el Maestro. Dile lo que quieras. ¡Apúrate.

La mujer ni siquiera le responde; va a los pies de Jesús y se prosterna hasta tocar el suelo, y guarda silencio.

-Fotinai, ¿qué quieres de mí?

-Tu ayuda, Señor. Yo soy muy débil. No quiero pecar más. Esto se lo he dicho ya al hombre. Pero, ahora que he dejado de pecar no sé nada más. Ignoro el bien. ¿Qué tengo que hacer? Dímelo Tú. Soy fango, pero tu pie pisa también el camino para ir a las almas; pisa mi fango, pero ven a mi alma con tu consejo.

Llora.

-Seguirme como única mujer no es posible. Si verdaderamente quieres no pecar y conocer la ciencia de no pecar, regresa a tu casa con espíritu de penitencia, y espera. Llegará el día en que tú, mujer, entre otras muchas, igualmente redimidas, podrás estar al lado de tu Redentor y aprender la ciencia del Bien. Ve. No tengas miedo. Sé fiel a la voluntad que tienes ahora de no pecar. Adiós.

La mujer besa la tierra, se alza y se retira caminando hacia atrás durante algunos metros; luego se vuelve hacia Sicar...

## 148

## Jesús visita a Juan el Bautista en las cercanías de Enón

Es una clara noche de luna. Tan nítida, que el terreno aparece con todos sus detalles, y los campos, con el trigo nacido pocos días antes, parecen alfombras de felpa verdeplata vareteadas con las listas oscuras de los senderos; velándolas están los troncos de los árboles: del todo blancos por el lado de la Luna; del todo negros por el lado oeste.

Jesús va caminando seguro y solo. Avanza muy deprisa por su camino, hasta que se encuentra con un curso de agua que desciende gorgoteando hacia la llanura en dirección norte-este. Remonta su curso hasta un lugar solitario al lado de una escarpadura cubierta de vegetación espesa. Tuerce otra vez, trepando por un sendero, y llega a un refugio natural de la ladera del collado.

Entra. Se inclina hacia un cuerpo extendido en el suelo, un cuerpo que casi ni se vislumbra a la luz de la luna, que ilumina, sí, el sendero, pero no penetra en la cueva. Lo llama:

-Juan.

El hombre se despierta y se incorpora, todavía entre las nieblas del sueño. Pronto se da cuenta de quién es el que lo ha llamado y se levanta bruscamente, para postrarse en tierra diciendo:

-¿Cómo es que viene a mí mi Señor?

-Para alegrar tu corazón y el mío. Anhelabas mi presencia, Juan; aquí estoy. Levántate. Vamos a salir a la luz de la luna. Sentémonos a conversar en esta peña que hay junto a la cueva.

Juan obedece, se levanta y sale. Pero, una vez que Jesús se ha sentado, él, con la piel de oveja que mal cubre su flaquísimo cuerpo, se pone de rodillas delante del Cristo echándose hacia atrás sus cabellos largos y desordenados que le pendían por delante de los ojos, para ver mejor al Hijo de Dios.

El contraste es fortísimo: Jesús, de tez pálida, rubio, cabellos esponjosos y ordenados, corta barba en la parte baja del rostro; el otro, todo él, una mata de pelos negrísimos, tras los cuales apenas si asoman dos ojos hundidos (yo diría febriles por el fuerte brillo de su negro de azabache).

-Vengo a decirte "gracias". Has cumplido y cumples, con la perfección de la Gracia que hay en ti, tu misión de Precursor mío. Cuando llegue la hora, entrarás en el Cielo, a mi lado, porque habrás merecido todo de Dios; pero ya durante la espera tendrás la paz del Señor, amigo mío dilecto.

-Muy pronto entraré en la paz. Bendice, Maestro mío y Dios mío, a tu siervo para fortalecerlo en la última prueba. Sé que está cercana, y que debo dar todavía un testimonio: el de la sangre. Tú tampoco desconoces - menos todavía que yo - que mi hora está llegando. Tu venida aquí ha sido deseo de la misericordiosa bondad de tu corazón de Dios, para fortalecer al último mártir de Israel y primero del nuevo tiempo. Dime sólo una cosa: ¿Voy a tener que esperar mucho hasta que vengas?

-No, Juan. No mucho más de cuanto transcurrió desde tu nacimiento hasta el mío.

-¡Bendito sea el Altísimo! Jesús... ¡Puedo llamarte así?

-Puedes, por sangre y por santidad. Este Nombre, pronunciado incluso por los pecadores, puede pronunciarlo el santo de Israel. Para ellos significa salvación. Sea para ti dulzura. ¿Qué quieres de Jesús, tu Maestro y primo?

-Voy a la muerte. Me preocupo de mis discípulos como un padre lo hace con sus hijos. Mis discípulos... Tú, que eres Maestro, sabes cuán vivo es nuestro amor por ellos. El único pesar de mi muerte es el temor a que se descarríen, como ovejas sin pastor. Recógelos Tú. Te restituyo los tres tuyos, que, en espera de ti, han sido perfectos discípulos míos; en ellos, sobre todo en Matías, habita realmente la Sabiduría. Tengo otros discípulos que irán a ti. Deja de todas formas que te confíe personalmente a estos tres; son los tres preferidos.

-También Yo les profeso este amor. Ve tranquilo, Juan. No perecerán ni éstos ni los otros verdaderos discípulos que tienes. Recojo tu herencia. La velaré como el tesoro más apreciado, recibido del perfecto amigo mío y siervo del Señor.

Juan se postra y se inclina profundamente hasta tocar el suelo y - cosa que parece imposible en un personaje tan austero - solloza fuertemente, de alegría espiritual.

Jesús le pone una mano sobre la cabeza:

-Tu llanto, que es alegría y humildad, encuentra su correspondencia en un lejano canto, al son del cual tu pequeño corazón saltó de júbilo. Aquel canto y este llanto son el mismo himno de alabanza al Eterno, que "ha hecho grandes cosas; Él, que es poderoso en los espíritus humildes". Mi Madre también va a entonar de nuevo su canto, el mismo que en aquel momento cantó. Pero, después, Ella recibirá la mayor de las glorias, como tú tras tu martirio. Te traigo su saludo. Todos los saludos y todos los consuelos. Lo mereces. Aquí, sólo es la mano del Hijo del Hombre lo que está sobre tu cabeza; pero del Cielo abierto desciende la Luz y el Amor para bendecirte, Juan.

-No merezco tanto. Soy tu siervo.

-Tú eres mi Juan. Aquel día, en el Jordán, Yo era el Mesías que se estaba manifestando; aquí, ahora, soy tu primo y tu Dios, con el deseo de darte el viático de su amor de Dios y de pariente. Levántate, Juan. Démonos el beso de despedida.

-No merezco tanto... Lo he deseado siempre, durante toda la vida; sin embargo, no oso cumplir este gesto contigo: Tú eres mi Dios.

-Yo soy tu Jesús. Adiós. Mi alma estará al lado de la tuya hasta la paz. Vive y muere en paz, por tus discípulos. Ahora sólo puedo darte esto. En el Cielo te daré el céntuplo, porque has hallado toda gracia ante los ojos de Dios.

Lo ha puesto en pie y lo ha abrazado besándolo en las mejillas, recibiendo a su vez el beso de Juan, quien, tras ello, vuelve a arrodillarse. Jesús le impone las manos y ora con los ojos levantados al cielo. Parece como si lo estuviera consagrando. Jesús se manifiesta imponente.

El silencio se prolonga, así, durante un tiempo. Luego Jesús se despide con su dulce saludo.

-Mi paz esté siempre contigo - y emprende el mismo camino que había recorrido antes.

## 149

## La visita a Juan el Bautista, motivo de instrucción a los apóstoles

-Señor, ¿por qué no duermes durante la noche? Hoy me he levantado, he ido a tu sitio y lo he visto vacío - dice Simón Zelote.

-¿Para qué me querías, Simón?

-Para dejarte mi manto. Temía que tuvieses frío: la noche estaba serena, pero muy fresca.

-¿Y tú no tenías frío?

-Yo, durante muchos años de miseria, me he acostumbrado a vestido, comida y vivienda insuficientes... ¡Ah..., qué horror ese valle de los muertos! No era apropiado en esta ocasión, pero otra vez que bajemos a Jerusalén - es evidente que volveremos, ¿no? - visita, mi Señor, esos lugares de muerte. Allí hay muchos desdichados... Y la miseria corporal no es la más grave... Lo que allí más carcome y consume es la desesperación... ¿No crees, mi Señor, que somos demasiado duros con los leprosos?

Pero antes de que responda Jesús a Simón Zelote, que está hablando en favor de sus antiguos compañeros, lo hace el Iscariote. Dice:

-¿Y entonces propones dejarlos mezclados con el pueblo? ¡Si son leprosos peor para ellos!

-¡Lo único que faltaba para hacer de los hebreos mártires! ¡Hasta la lepra paseándose por las calles, con los soldados y las otras cosas!... - exclama Pedro.

-Separarlos me parece una medida de justa prudencia - observa Santiago de Alfeo.

-Sí, pero con piedad. No sabes lo que es ser leproso. No puedes opinar sobre ello. Justo es cuidar de nuestros cuerpos, pero ¿por qué no ejercitamos la misma justicia con las almas de los leprosos? ¿Quién les habla de Dios? ¡Y sólo Dios sabe cuán grande es su necesidad de pensar en un Dios y en la paz, en la atroz desolación en que viven!

-Tienes razón, Simón. Iré a visitarlos, tanto en razón de la justicia como por enseñaros este acto de misericordia. Hasta ahora he curado a los leprosos que se han cruzado en mi camino. Hasta este momento, o sea, hasta cuando me han echado de Judá, me he dirigido a los grandes de Judá como a los más lejanos y necesitados de redención, para que colaborasen con el Redentor. Pues bien, ahora dejo este propósito, convencido como estoy de su inutilidad. Iré a los más pequeños, no a los grandes; a los míseros de Israel, y entre éstos a los leprosos del valle de los muertos. No pienso defraudar la fe que tienen en mí estos hombres evangelizados por un leproso agradecido.

-¿Cómo has sabido que lo hice, Señor?

-De la misma forma que sé lo que de mí piensan amigos o enemigos, porque escruto su corazón.

-¡Misericordia! Pero entonces, ¿sabes absolutamente todo de nosotros, Maestro? - grita Pedro.

-Sí. También que tú -y no sólo tú- querías alejar a Fotinai. ¿No sabes que no te es lícito alejar a un alma del bien? ¿No sabes que para entrar en un territorio necesariamente se debe tener piedad, llena de dulzura, extensiva incluso a aquellos a quienes la sociedad –que no es santa porque no está ensimismada en Dios - llama y juzga indignos de piedad? De todas formas, no te turbes porque Yo sepa esto. Duélate sólo el que tu corazón tenga movimientos que Dios no aprueba, y esfuérzate por no volver a tenerlos. Ya os lo he dicho: el primer año ha terminado, en éste seguiré adelante por mi camino, con nuevas formas; vosotros también tenéis que progresar durante este segundo año; si no, sería inútil que me cansase evangelizándoos, hiperevangelizándoos, a vosotros, mis futuros sacerdotes.

-¿Habías ido a orar, Maestro? Nos prometiste que nos enseñarías tus oraciones. ¿Lo piensas hacer este año?

-Lo haré. De todas formas, quiero enseñaros a que seáis buenos; la bondad es ya oración. Pero lo haré, Juan.

-¿Este año nos vas a enseñar también a hacer milagros? - pregunta el Iscariote.

-El milagro no se enseña, no es un juego malabar; el milagro viene de Dios y lo obtiene quien goza de gracia ante Dios. Si aprendéis a ser buenos, gozaréis de gracia y obtendréis el don de milagros.

-Sigues sin dar respuesta a nuestra pregunta. Lo ha preguntado Simón, lo ha preguntado Juan, y no nos has dicho a dónde has ido esta noche. Salir tan solo, en una región pagana, puede ser peligroso.

-He ido a llevar dicha a un corazón recto, y, puesto que está abocado a la muerte, a recoger su herencia.

-¿Sí? ¿Era mucha?

-Mucha, Pedro, y de mucho valor, fruto del trabajo de un verdadero justo.

-Pues... no he visto tu bolsa más llena. ¿Son joyas? ¿Las llevas en el pecho?

-Sí, son joyas muy estimadas por mi corazón.

-Enséñanoslas, Señor.

-Las tendré cuando muera el que está para morir. Por el momento, dejándolas donde están, son útiles a ambos, a él y a mí.

-¿Las has puesto a producir interés?

-¿Pero tú crees que lo único que tiene valor es el dinero! El dinero es la cosa más inútil y sucia que hay sobre la faz de la Tierra; sólo sirve para la materia, para cometer delitos y para el infierno. Raramente el hombre lo usa para el bien.

-Entonces, si no es dinero, ¿qué es?

-Tres discípulos formados por un santo.

-¿Has estado donde Juan el Bautista? ¡Oh!, ¿por qué?

-¿Por qué!... Vosotros siempre me tenéis, y entre todos valéis menos que una sola uña del Profeta. ¿No era, acaso, justo ir a llevarle al santo de Israel la bendición de Dios para fortalecerlo en orden al martirio?

-Pero, si es santo... no necesita fortalecimiento; ¡se basta a sí mismo!...

-Llegará el día en que "mis" santos serán conducidos ante los jueces y a la muerte. Serán santos, estarán en gracia de Dios, tendrán el refrigerio de la fe, la esperanza y la caridad; sin embargo, ya oigo su grito, el de su espíritu: "¡Señor, ayúdanos en esta hora!". Necesitan mi ayuda, mis santos, para ser fuertes en las persecuciones.

-Pero... nosotros no seremos éstos, ¿no es verdad?, porque yo no tengo, de ninguna manera, capacidad de sufrir.

-Eso es cierto; no tienes la capacidad de sufrir; pero no has sido todavía bautizado, Bartolomé».

-Sí, lo he sido.

-Con agua. Te falta otro bautismo. Entonces sabrás sufrir.

-Soy ya viejo.

-Pasarán los años y, siendo mucho más viejo que ahora, serás más fuerte que un joven.

-Pero nos seguirás ayudando, ¿no?

-Estaré siempre con vosotros».

-Intentaré acostumbrarme al sufrimiento - dice Bartolomé.

-Yo oraré siempre, ya desde este momento, para obtener de ti esta gracia - dice Santiago de Alfeo.

-Yo soy viejo; sólo pido precederte y entrar contigo en la paz - dice Simón Zelote.

-Yo... no sé lo que preferiría, si precederte o estar a tu lado para morir juntos - dice Judas de Alfeo.

-A mí me dolería sobrevivirte, pero me consolaría predicándote a las gentes - profesa el Iscariote.

-Yo soy de la idea de tu primo - dice Tomás.

-Yo, sin embargo, pienso como Simón el Zelote - dice Santiago de Zebedeo.

-¿Y tú, Felipe?

-Bueno... no quiero pensar en ello. El Eterno me dará lo que sea mejor.

-¡Oh..., callad! ¡Parece como si el Maestro debiera morir pronto! ¡No me hagáis pensar en su muerte! - exclama Andrés.

-Es así, como has dicho, hermano mío. Eres joven y estás sano, Jesús; debes enterrarnos a todos los de más edad que Tú.

-¿Y si me mataran?

-¡Que no te suceda jamás! ¡Te vengaría!

-¿Cómo? ¿Con venganza de sangre?

-¡Hombre, pues... incluso con sangre si me autorizas! Si no, cancelando las acusaciones lanzadas contra ti con mi profesión de fe ante las gentes. El mundo te amará por mi infatigable predicación - termina Pedro.

-Es cierto. Así será. ¿Y tú, Juan? ¿Y tú, Mateo?

-Yo debo sufrir y esperar a haber lavado mi espíritu con abundancia de dolor - dice Mateo.

-Y yo... no sé. Yo quisiera morir inmediatamente para no verte sufrir; quisiera estar a tu lado para consolar tu agonía; quisiera vivir mucho para servirte durante mucho tiempo; quisiera morir contigo para entrar contigo en el Cielo. Cualquier cosa querría, porque te amo. Y yo, que soy el menor entre mis hermanos, pienso que todo esto me será posible con tal de que sepa amarte a la perfección. ¡Jesús, aumenta tu amor! - dice Juan.

-Querrás decir: "Aumenta mi amor" - comenta el Iscariote -, porque somos nosotros quienes debemos amar cada vez más...

-No. Digo: "Aumenta tu amor", porque nosotros amaremos en la medida en que Él nos encienda cada vez más con su amor.

Jesús arrima hacia sí al puro y apasionado Juan, lo besa en la frente y le dice:

-Has revelado un misterio de Dios sobre la santificación de los corazones. Dios se efunde sobre los justos, y, en la medida en que éstos se rinden a su amor, Él lo va aumentando, y así crece la santidad. Éste es el misterioso e inefable actuar de Dios y de los espíritus; se cumple en los silencios místicos, y, su potencia, indescriptible con humanas palabras, crea indescriptibles obras maestras de santidad. No es un error, sino palabra sabia, pedir que Dios aumente su amor en un corazón.

## 150

## Jesús en Nazaret, en casa de su Madre. Ella deberá seguir a su Hijo

Jesús va caminando solo, raudo, por la vía de primer orden que pasa cerca de Nazaret. Entra en la ciudad y se dirige a su casa, Cerca ya de ella ve a su Madre, que también se está dirigiendo a la casa, acompañada por su sobrino Simón, que va cargado de haces de ramas secas. La llama:

-¡Mamá!

María se vuelve y exclama:

-¡Oh, Hijo mío bendito! - y ambos corren al recíproco encuentro. Simón imita a María y, dejados los haces de ramas en el suelo, va hacia su primo, y lo saluda cordialmente.

-Mamá mía, aquí estoy; ¿estás contenta ahora?

-Mucho, Hijo mío. Pero... si sólo por mi súplica lo has hecho, te digo que ni a ti ni a mí nos es lícito seguir los dictámenes de la sangre antes que la misión.

-No, mamá; he venido también para otras cosas.

-¿Es verdad lo que dicen, Hijo mío? Yo creía, quería creer, que no te odiasen tanto, que se tratase de voces mentirosas...

Las lágrimas se patentizan en la voz y en los ojos de María.

-No llores, Mamá; no me des este dolor. Necesito tu sonrisa.

-Sí, Hijo mío, es verdad. Ves tantos rostros duros de enemigos, que necesitas sonrisas y mucho amor. No obstante, aquí, ¿ves?, aquí hay quien te ama por todos...

María, apoyándose levemente en su Hijo - quien, con el brazo sobre sus hombros, la lleva arrimada a sí -, camina lentamente hacia la casa, tratando de sonreír para eliminar todo rastro de dolor en el corazón de Jesús.

Simón, igualmente, tras haber recogido sus haces de ramas, va caminando al lado de Jesús.

-Estás pálida, Mamá. ¿Te han causado mucho dolor? ¿Has estado enferma? ¿Has trabajado demasiado?

-No, Hijo, no. A mí no me han causado ningún dolor. Mi único padecimiento eras Tú, lejano y no amado. No, no, aquí son todos muy buenos conmigo. Bueno, ya no me refiero a María y a Alfeo; ya sabes cómo son. E incluso Simón. Ya ves lo bueno que es... pues siempre así. Ha sido mi socorro durante estos meses. Es él quien ahora se encarga de traerme la leña. Es muy bueno. Y también José, ¿sabes? Muchos detalles de amabilidad con su María.

-Que Dios te bendiga, Simón, y también a José. Os perdono el que todavía no me améis como Mesías. ¡Oh, sí, llegaréis a amarme en cuanto Cristo que soy! Pero, ¿cómo podría perdonaros el no amarla a Ella?

-Querer a María es un hecho de justicia y significa paz, Jesús. Pero también te queremos a ti, sólo que... tememos demasiado por ti.

-Sí. Me queréis humanamente. Alcanzaréis el otro amor.

-Tú también, Hijo mío, estás pálido; y más delgado.

-Sí, también lo veo yo. Pareces como más mayor - observa Simón. Entran en la casa. Simón deja en su sitio los haces de leña y, discretamente, se retira.

-Hijo, ahora que estamos solos, dime la verdad, toda. ¿Por qué te han expulsado?

María tiene sus manos en los hombros de su Jesús y fija la mirada en su rostro enflaquecido.

Jesús sonríe - una sonrisa dulce pero cansada - y dice:

-Por tratar de conducir al hombre a la honestidad, a la justicia, a la verdadera religión.

-Pero, ¿quién te acusa?, ¿el pueblo?

-No, Madre; los fariseos y escribas... excepto algún que otro justo que hay entre ellos.

-¿Qué has hecho para atraerte sus acusaciones?

-Decir la verdad. ¿No sabes que éste es el mayor error que uno puede cometer ante los hombres?

-¿Y qué han podido argüir para justificar sus acusaciones?

-Embustes. Los que ya sabes y otros.

-Díselos a tu Madre. Deposita todo tu dolor en mi pecho. El pecho de una madre está acostumbrado al dolor y se siente feliz de beberlo hasta la hez si con ello lo elimina del corazón de su hijo. Dame tu dolor, Jesús. Ponte aquí, como cuando eras pequeño; deposita toda tu amargura.

Jesús se sienta en una pequeña banqueta a los pies de su Madre y cuenta todo lo acaecido durante los meses pasados en Judea; sin rencor, pero sin velo alguno.

María acaricia sus cabellos, con una heroica sonrisa en los labios, que combate contra el brillo de llanto de sus ojos azules.

Jesús habla también de la necesidad de entrar en contacto con mujeres, para redimirlas, y de su dolor de no poderlo hacer a causa de la malignidad humana.

María escucha anuente y decide:

-Hijo, no debes negarme lo que deseo. A partir de ahora iré contigo cuando Tú te alejes; en cualquier época o estación del año, en cualquier lugar. Te defenderé de la calumnia. Bastará mi presencia para hacer caer el lodo. Y María vendrá conmigo; lo desea ardientemente. El corazón de las madres es necesario junto al Santo; y también contra el demonio y el mundo.

## 151

## En Caná en casa de Susana, que se hará discípula. El oficial del rey.

Jesús se dirige, quizás, hacia el lago. En cualquier caso, lo cierto es que llega a Caná y que se encamina hacia la casa de Susana. Van con Él sus primos.

Jesús está en esta casa descansando y comiendo, adoctrinando con sencillez a los parientes o amigos de Caná: buenas personas que lo escuchan como siempre debería ser. Jesús consuela además al marido de Susana, la cual parece estar enferma como se deduce del hecho de que no esté presente y de que se hable insistentemente de su dolor.

En esto, entra un hombre bien vestido y se postra a los pies de Jesús.

-¿Quién eres? ¿Qué quieres?

Mientras el hombre está todavía suspirando y llorando, el dueño de la casa le tira de un extremo de la túnica a Jesús y susurra:

-Es un oficial del Tetrarca, no te fíes demasiado.

-Habla. ¿Qué quieres de mí?

-Maestro, he sabido que habías vuelto. Te esperaba como se espera a Dios. Ven en seguida a Cafarnaúm. Mi hijo varón yace enfermo; tanto, que sus horas están contadas. He visto a tu discípulo Juan. Por él he sabido que estabas viniendo hacia aquí. Ven, ven enseguida, antes de que sea demasiado tarde.

-¿Cómo? ¿Tú, que eres siervo del perseguidor del santo de Israel, puedes creer en mí? ¿Cómo podéis creer en el Mesías si no creéis en su Precursor?

-Es verdad. Vivimos en pecado de incredulidad y de crueldad. Pero, ¡ten piedad de este padre! Conozco a Cusa. He visto a Juana antes y después del milagro. He creído en ti.

-¡Ya! Sois una generación tan incrédula y perversa que sin signos y prodigios no creéis. Os falta la primera cualidad que se requiere para obtener milagros.

-¡Es verdad! ¡Todo eso es verdad! Pero ya ves que ahora creo en ti y te ruego que vengas, que vengas enseguida a Cafarnaúm. Tendrás preparada una barca en Tiberíades para que puedas ir más rápido. Ven antes de que mi niño muera - y llora desolado.

-Por ahora no iré a Cafarnaúm. Vuelve tú. Tu hijo, desde este momento, está curado y vive.

-¡Que Dios te bendiga, mi Señor! Yo creo. De todas formas, ven en otro momento a Cafarnaúm, a mi casa, que quiero que toda mi casa te festeje.

-Iré. Adiós. La paz sea contigo.

El hombre sale rápido. Inmediatamente después se oye el trote de un caballo.

-¿Está curado de verdad ese muchacho? - pregunta el marido de Susana.

-¿Eres capaz de creer que Yo mienta?

-No, Señor, pero Tú estás aquí y el muchacho allá.

-Para mi espíritu no hay barreras ni distancias.

-¡Oh, mi Señor, entonces, Tú que cambiaste el agua en vino en mi boda transforma mi llanto en sonrisa: ¡cúrame a Susana!

-¿Qué me das a cambio?

-La suma que quieras.

-No ensucio lo santo con la sangre del dios Riqueza. Es a tu espíritu al que pregunto qué me dará.

-Pues incluso a mí mismo si lo deseas.

-¿Y si te pidiera, sin palabras, un gran sacrificio?

-Mi Señor, te estoy pidiendo la salud corporal de mi esposa y la santificación de todos nosotros; creo que nada puedo considerarlo excesivo si recibo esto.

-Vivísimo es tu amor hacia tu mujer. Si la devolviera a la vida, pero conquistándola Yo para siempre como discípula, ¿qué dirías?

-Que... que estás en tu derecho, y que... que imitaré a Abraham en la prontitud para el sacrificio.

-Bien has dicho. Oíd esto todos: la hora de mi sacrificio se acerca; como agua corre veloz, sin detenerse, hacia la desembocadura. Debo cumplir todo mi deber. La dureza humana me impide el acceso a mucho terreno de misión. Mi Madre y María de Alfeo vendrán conmigo a otros lugares, a las gentes que aún no me aman, o que no me amarán jamás. Mi sabiduría sabe que las mujeres podrán ayudar al Maestro en este campo de misión impedido. He venido a redimir también a la mujer; en

el siglo futuro, en mi hora, las mujeres, símiles a sacerdotisas, servirán al Señor y a los siervos de Dios. Yo he elegido a mis discípulos, pero para elegir a las mujeres, que no son libres, debo pedírselo a los padres y a los maridos. ¿Tú lo quieres?

-Señor, amo a Susana. Hasta ahora la he amado más como carne que como espíritu. Pero, influido por tu enseñanza, algo ha cambiado en mí; ahora miro a mi mujer como alma además de como cuerpo. El alma es de Dios y Tú eres el Mesías Hijo de Dios. No te puedo disputar tu derecho en lo que a Dios pertenece. Si Susana decide seguirte, no le opondré resistencia. Me basta con que - te lo ruego - obres el milagro de sanarla a ella en su carne, y a mí en mis apetitos...

-Susana está curada. Vendrá dentro de pocas horas a manifestarte su gozo. Deja que su alma siga su impulso sin hablar de cuanto ahora he dicho. Verás como su alma viene espontáneamente a mí, como la llama tiende a subir hacia arriba. No por ello fenecerá su amor de esposa; antes al contrario, subirá al grado más alto, o sea, al de amar con la parte mejor: con el espíritu.

-Susana te pertenece, Señor. Debía morir, y además lentamente, sufriendo fuertes espasmos. Una vez muerta, la habría perdido verdaderamente, aquí en la Tierra. Siendo como Tú dices, la tendré todavía a mi lado para llevarme consigo por tus caminos. Dios me la dio, Dios me la quita. ¡Bendito sea el Altísimo, en el dar y en el recibir!

## 152

## María Salomé es recibida como discípula.

Jesús está en la casa de Santiago y Juan; lo capto por lo que dicen los presentes.

Acompañan a Jesús, además de estos dos apóstoles, Pedro y Andrés, Simón Zelote, el Iscariote y Mateo. A los demás no los veo.

A Santiago y Juan se les ve felices: van y vienen, de su madre a Jesús y viceversa, como mariposas que no saben cuál flor elegir de dos igualmente apreciadas. Y María Salomé, cada vez que van a ella, acaricia con fruición, feliz, a estos hijotes suyos, mientras Jesús sonríe contento.

Deben haber comido ya, pues todavía hay cosas encima de la mesa. Santiago y Juan, a toda costa, quieren que Jesús coma unos racimos de uva blanca en conserva, preparada por su madre y que deben saber dulce como la miel. ¿Qué no le darían a Jesús?

Pero Salomé quiere ir más allá de las uvas y de las caricias, en dar y recibir. Pasado un rato, en que ha estado pensativa mirando a Jesús y a Zebedeo, toma una decisión. Se acerca al Maestro, que está sentado, aunque con los hombros apoyados contra la mesa, y se arrodilla delante de Él.

-¿Qué quieres, mujer?

-Maestro, has decidido que tu Madre y la de Santiago y Judas vayan contigo. También va contigo Susana, y lo hará, sin duda, la gran Juana de Cusa. Todas las mujeres que te veneran irán contigo, si una sola lo hace. Yo también quisiera contarme entre ellas. Tómame contigo, Jesús; te serviré con amor.

-Debes cuidar a Zebedeo. ¿Ya no lo quieres?

-¡Que si le quiero!... Pero te quiero más a ti. ¡Oh... no quiero decir que te quiera como hombre! Tengo ya sesenta años, estoy casada desde hace casi cuarenta, y jamás he visto a hombre alguno aparte de mi marido. No voy a perder la cabeza ahora que soy una anciana. No quiero decir tampoco que por ser vieja muera mi amor hacia mi Zebedeo. Pero Tú... Yo no sé hablar. Soy una pobre mujer. Hablo como sé. Quiero decir que a Zebedeo lo quiero con todo lo que yo era antes; a ti te quiero con todo lo que Tú me has sabido dar con tus palabras y las que me han referido Santiago y Juan. Es algo completamente distinto, sin duda muy hermoso.

-Nunca será tan hermoso como el amor de un excelente esposo.

« ¡Oh, no! ¡Mucho más! No te lo tomes a mal, Zebedeo. Te sigo queriendo con toda mí misma. A Él, sin embargo, lo quiero con algo que aun siendo todavía María ya no es María, la pobre María, tu esposa, sino que es más... ¡Oh..., no sé decir!

Jesús sonríe a esta mujer que no quiere ofender a su marido pero que al mismo tiempo no puede mantener escondido su grande, nuevo amor. Zebedeo también sonríe, con gravedad, y se acerca a su mujer, la cual, todavía de rodillas, gira sobre sí misma alternativamente hacia su esposo y hacia Jesús.

-¿Te das cuentas, María, de que vas a tener que dejar tu casa? ¡Para ti es muy importante! Tus palomas... tus flores... y esta vid que da esa dulce uva de que tan orgullosa te sientes... y tus colmenas: las más renombradas del pueblo... y tendrás que dejar ese telar en que has tejido tanta tela, tanta lana para tus amados... ¿Y tus sietecitos, los hijos de tus hijas?, ¿qué vas a hacer sin ellos? (María de Salomé, además de Juan y Santiago, tenía hijas)

-Pero, mi Señor, ¿qué son las paredes de la casa, las palomas, las flores, la vid, las colmenas, el telar?... Son cosas buenas, se les tiene cariño, sí ¡pero... son tan pequeñas comparadas contigo, comparadas con el amor a ti!... Los nietecitos... sí, sentiré no poderlos dormir en mi regazo ni oír su voz cuando me llaman. ¡Pero Tú eres mucho más; sí, sí, eres más que todo eso que me nombras! Y aun en el caso de que por mi debilidad lo estimase tanto como servirte y seguirte, o más, de todas formas prescindiría de ello, no sin llanto femenino, para seguirte con la sonrisa en el alma. ¡Acéptame, Maestro. Decídselo vosotros, Juan, Santiago... y tú, esposo mío. ¡Sed buenos, ayudadme todos!

.Bien, de acuerdo. Vendrás también tú con las otras mujeres. He querido hacerte meditar bien sobre el pasado y el presente, sobre lo que dejas y lo que tomas. Ven, Salomé; estás preparada ya para entrar en mi familia.

-¡Preparada! Pero si soy menos que un párvulo... Tú me perdonarás los errores, me sujetarás de la mano. Tú... porque, siendo tosca como soy, voy a sentir vergüenza ante tu Madre y ante Juana y ante todos, excepto ante ti, porque Tú eres el Bueno y todo lo comprendes, de todo te compadeces, todo lo perdonas.

## 153

## Las mujeres allegadas a los discípulos al servicio de Jesús.

-¿Qué te pasa, Pedro? Te veo disgustado - pregunta Jesús. Van por el campo, por un camino estrecho, bajo ramas florecidas de almendros, que ya anuncian a los hombres que el tiempo peor ha terminado.

-Estoy pensando, Maestro.

-Ya te veo. Pero tu aspecto dice que no estás pensando en cosas agradables.

-De todas formas, Tú sabes todo sobre nosotros; ya sabes en lo que estoy pensando.

-Sí, sé en lo que estás pensando, como también Dios Padre conoce las necesidades del hombre, y, no obstante, quiere que el hombre muestre la confidencia de exponer las propias necesidades y de pedir ayuda. Lo que sí te puedo decir es que estando así, disgustado, yerras.

-¿No estimas menos a mi mujer?

-No, hombre, no, Pedro; ¿por qué iba a ser así? En el Cielo mi Padre tiene muchas moradas, como muchas son en la tierra las misiones del hombre (todas benditas si se llevan a cabo santamente). ¿Podría, acaso, decir que detesta Dios a todas las mujeres que no sigan a las Marías y a Susana?

-¡No, eso no! Mi mujer también cree en el Maestro, pero no sigue el ejemplo de las otras - dice Bartolomé.

-Ni tampoco la mía, ni mis hijas; no dejan la casa, pero siempre están dispuestas a abrir sus puertas al huésped, como hicieron ayer - dice Felipe.

-Creo que lo mismo hará mi madre. No puede dejarlo todo... está sola» - dice el Iscariote.

-¡Cierto! ¡Cierto! Estaba tan triste porque pensaba que la mía fuese tan... tan poco... ¡Oh..., no sé explicarme!

-No la critiques, Pedro. Es una mujer honrada - dice Jesús.

-Es muy tímida. Su madre las hizo plegarse a todas, hijas y nueras, como a ramitas tiernas - dice Andrés.

-¡Pero en tantos años como ha estado conmigo debería haber cambiado!

-¡Ay, hermano! No es que tú seas muy dulce, ¿sabes? A un tímido le haces el efecto de una gruesa viga entre las piernas. Mi cuñada es muy buena; el solo hecho de haber soportado con paciencia el mal carácter de su madre y el tuyo, impositivo, lo demuestra.

Todos se echan a reír de esta conclusión de Andrés hecha tan a las claras, y de la cara de asombro de Pedro al sentirse proclamar impositivo.

Jesús también se ríe a sus anchas. Luego dice:

-Las fieles que no se sientan dispuestas a dejar su casa por seguirme me servirán igualmente desde sus hogares. Si todas hubieran querido venir conmigo, habría tenido que ordenar a algunas de ellas que se quedasen. Ahora que las mujeres se van a agregar a nosotros debo preocuparme de ellas. No sería ni decente ni prudente que las mujeres se vieran sin morada yendo de un lado para otro. Nosotros podemos echarnos a descansar en cualquier parte. La mujer tiene otras necesidades y necesita un cobijo. Nosotros podemos estar en la misma yacija. Ellas no podrían estar entre nosotros, tanto por respeto como por prudencia respecto a su constitución más delicada. No se debe nunca tentar a la Providencia ni a la naturaleza más allá de los límites. Voy a hacer ahora de cada una de las casas amigas donde una de vuestras mujeres permanezca un cobijo para las hermanas, hermanas de vuestras mujeres: de tu casa, Pedro; de la tuya, Felipe; de la tuya, Bartolomé; de la tuya, Judas. No podemos imponer a las mujeres el infatigable ritmo que vamos a llevar nosotros. Las dejaremos en el lugar de encuentro del que partiremos todas las mañanas para volver por la noche, y allí nos esperarán. Las instruiremos durante las horas de descanso. El mundo no podrá murmurar respecto a si otras infelices criaturas vienen a mí, y tampoco se me impedirá escucharlas. Las madres y las mujeres casadas que nos sigan serán constituidas defensoras de sus hermanas y de mí mismo contra la maledicencia del mundo. Como veis, estoy haciendo un rápido viaje de saludo por los lugares en que tengo amigos o sé que los tendré. Pero no lo hago por mí, sino por los discípulos más débiles: ellas, con su debilidad, serán soporte de nuestra fuerza y la harán útil para muchas criaturas.

-Pero ahora vamos a Cesárea, has dicho. ¿Allí quién está?

-En todas partes hay criaturas que tienden al Dios verdadero. La primavera ya se anuncia en este candor rosado de almendros florecidos. Los días del hielo han terminado. Dentro de pocos días tendré establecidos los lugares de alojamiento para las discípulas; entonces proseguiremos nuestra marcha, esparciendo la palabra de Dios sin la preocupación por las hermanas, sin miedo a la calumnia. Su paciencia y dulzura os servirán de lección. La hora que anunciará la rehabilitación está llegando también para la mujer. En mi Iglesia habrá un gran florecimiento de vírgenes, esposas y madres santas.

## 154

## Jesús en Cesárea Marítima habla a los galeotes. Las fatigas del apostolado

Jesús está en el centro de una plaza amplia, bastante bonita, que se prolonga en una calle muy ancha (casi es una continuación de la plaza, hasta la orilla del mar). Una galera parece haber dejado hace poco el puerto y sale a mar abierto impulsada por el viento y los remos, mientras que otra debe estar haciendo las maniobras para atracar, como se deduce del hecho de que están plegando velas y de que los remos se mueven sólo por una banda para hacer virar a la nave en la posición

conveniente. El puerto, desde la plaza, no se ve, pero debe estar cerca. En los lados de la plaza hay series de casas grandes, con las típicas paredes exteriores casi exentas de vanos; no hay ningún establecimiento de comercio.

-¿A dónde vamos ahora? Has querido venir aquí en vez de ir al lado oriental; éste es un lugar de paganos, ¿quién crees que te va a escuchar? - dice Pedro en tono de desaprobación.

-Vamos allí, a aquel ángulo que se abre hacia el mar; allí voy a hablar.

-A las olas.

-También las olas han sido creadas por Dios.

Y van...

Ahora están justo en ese ángulo. Ven el puerto, donde está entrando lentamente la galera vista antes. Ahora la amarran en el lugar destinado a ella. Algún marinero se da al ocio a lo largo de los espigones; algún vendedor de fruta se arriesga a ir hacia la nave romana a vender su mercancía; nada más.

Jesús, arrimado de espaldas a una pared, da verdaderamente la impresión de que estuviera hablando a las olas. Los apóstoles, poco satisfechos de la situación, están en torno a Él, parte en pie, parte sentados en piedras colocadas acá o allá con la intención de que sirvan de banquetas.

-Insensato el hombre que, viéndose poderoso, sano, feliz, dice: "¿De qué tengo necesidad?, ¿de quién? De nadie tengo necesidad. Nada me falta, me basto a mí mismo. Las leyes y decretos de Dios y de la moral, para mí, son nulos. Mi ley consiste en hacer lo que está en mi mano, sin preocuparme de si beneficia o perjudica a los demás".

Uno de los vendedores se vuelve al oír esa voz sonora y se acerca hacia Jesús, que continúa diciendo:

-Así hablan el hombre y la mujer que no tienen ni sabiduría ni fe. Con ello muestran su mayor o menor poder, mas denuncian su parentesco con el Mal.

Algunos hombres bajan de la galera y de otras barcas y se dirigen hacia Jesús.

-El hombre demuestra, no con las palabras sino con los hechos, que está emparentado con Dios y la virtud cuando considera que la vida es más mudable que las olas del mar, ahora calmas, mañana furiosas. Del mismo modo, el bienestar y poder de hoy pueden ser mañana miseria e impotencia. ¿Qué hará entonces el hombre que no vive unido a Dios? ¿Cuántos de los que ahora están en esa galera un día vivían dichosos y gozaban de poder, y ahora son esclavos y se los considera reos! Reos: por tanto, doblemente esclavos (de la ley humana, en vano burlada porque existe y castiga a sus transgresores, y de Satanás, quien para siempre se apodera de los culpables que no llegan a odiar su culpa).

-¡Hola, Maestro! ¿Cómo por aquí? ¿Sabes quién soy?

-Que Dios sea contigo, Publio Quintiliano. ¿Ves como he veni-do?

-Y además al barrio romano. Ya no tenía esperanzas de volver a verte. Me alegra poder escucharte.

-Yo también me alegro. ¿Hay muchos en los remos en esa galera?

-Muchos. La mayoría son prisioneros de guerra. ¿Te interesan?

-Quisiera acercarme a esa nave.

-Ven. Abrid paso vosotros - ordena a los pocos que se habían acercado y que se apartan enseguida farfullando improperios.

-Déjalos también a ellos. Estoy acostumbrado a que me apretuje la gente.

-Hasta aquí puedo, pero más no. Es una galera militar.

-Me es suficiente. Que Dios te lo pague.

Jesús reanuda su discurso. El romano, verdaderamente espléndido con el indumento que lleva, parece montar guardia a su lado.

-Esclavos por un doloroso suceso, esclavos una sola vez, esclavos mientras dura la vida. Cada una de las lágrimas que cae sobre sus cadenas, cada uno de los golpes descargados sobre sus carnes para huella escrita de un dolor, afloja los grilletes, orna lo que no muere, abre finalmente para ellos la paz de Dios, que es amigo de sus pobres hijos infelices, a los que dará copiosa alegría, puesto que aquí el dolor abundó.

En la obra muerta de la galera se ven hombres de la tripulación, que se han asomado y se han puesto a escuchar. A los galeotes, naturalmente, no se les ve, pero oyen por todos los agujeros de las cuadernas la voz potente de Jesús, que se difunde por el aire calmo de esta hora de baja marea. Publio Quintiliano se ha marchado requerido por un soldado.

-Quiero decirles a estos desdichados amados de Dios que se resignen en su dolor, que hagan de él llama que abra las cadenas de la galera y de la vida, consumiendo en el deseo de Dios este pobre día que es la vida, día oscuro, borrascoso, colmado de miedo y de fatigas, para entrar en el día de Dios, luminoso, sereno, ya sin miedos ni decaimientos. Basta con que sepáis, vosotros, mártires de una penosa suerte, ser buenos en vuestro sufrimiento, basta con que aspiréis a Dios, para que entréis en la gran paz, en la infinita libertad del Paraíso.

En esto, vuelve Publio Quintiliano con otros soldados; tras él unos esclavos traen una litera para la que los soldados consiguen un sitio. «

-¿Quién es Dios? Estoy hablando a gentiles que no saben quién es Dios, a hijos de pueblos sometidos que no saben quién es Dios. En vuestros bosques, vosotros galos, iberos, tracios, germanos, celtas, tenéis sólo una apariencia de Dios. El alma tiende a la adoración, espontáneamente, porque se acuerda del Cielo. Pero no sabéis encontrar al Dios verdadero que ha puesto un alma en vuestros cuerpos, un alma igual que la nuestra, israelitas, igual que la de los poderosos romanos que os han subyugado, un alma que tiene los mismos deberes y derechos respecto al Bien y a la que el Bien, es decir, el Dios verdadero, será fiel; sedlo igualmente vosotros respecto al Bien. El dios, o los dioses, a los que hasta ahora habéis adorado, aprendiendo su nombre o sus nombres en las rodillas maternas; el dios en que ahora quizás ya no pensáis porque no sentís que os consuele en nada vuestros sufrimientos, o al que quizás incluso odiáis o maldecís en vuestras jornadas desesperadas, ése, no es el Dios verdadero. El Dios verdadero es Amor y Piedad. ¿Acaso eran esto vuestros dioses? No. Más bien manifestaban dureza, crueldad,

engaño, hipocresía, vicio, latrocinio... y ahora os han dejado sin ese mínimo consuelo de la esperanza de ser amados y la certeza del descanso tras tanto sufrimiento. Esto sucede porque vuestros dioses no existen. Sin embargo, Dios, el Dios verdadero que es Amor y Piedad, cuya segura existencia Yo os declaro, es Aquel que ha hecho los cielos, los mares, montes, bosques, plantas, flores, animales... y al hombre; es Aquel que inculca al hombre victorioso la piedad y amor que Él mismo es hacia los pobres de la tierra.

Y vosotros los poderosos, los dominadores, pensad que sois todos de una única planta. No os ensañéis con aquellos a quienes la desventura ha puesto en vuestras manos; sed humanos con los que por un delito están amarrados al banco de la galera. El hombre peca muchas veces. No hay ninguno exento de culpas más o menos celadas. Si pensarais esto, ¡cuán buenos seríais para con los hermanos que, menos afortunados que vosotros, han recibido castigo por culpas en que también vosotros habéis incurrido y que no os han sido castigadas! La justicia humana adolece gravemente de exactitud cuando juzga. ¡Ay, si lo mismo fuera la justicia divina! Hay reos que no parecen tales, hay inocentes a los que se juzga reos; no indaguemos por qué: ¿sería acusación demasiado grave para el hombre injusto y lleno de odio hacia su semejante! Hay reos que efectivamente lo son, pero que cometieron el delito movidos por fuerzas imperiosas que, en parte, aligeran la culpa. Sed humanos, por tanto, vosotros que habéis sido colocados al frente de las galeras. Por encima de la justicia humana hay una Justicia divina que es mucho más alta: la del Dios verdadero, la del Creador del rey y del esclavo, de la roca y del granito de arena. Él os mira, tanto a los que estáis en los remos como a quienes tenéis el encargo de regirlos ¡ay de vosotros si arbitrariamente sois crueles!; Yo, Jesucristo, el Mesías del Dios verdadero, os aseguro que Él, el día de vuestra muerte, os atará al banco de una galera eterna y pondrá en manos de los demonios el látigo ensangrentado y seréis torturados y azotados como vosotros torturasteis; porque, si bien es ley humana el castigo del reo, es necesario no exceder la medida. Sabed recordar esto. Quien hoy es poderoso mañana puede ser un miserable; sólo Dios es eterno.

Quisiera cambiaros el corazón y, sobre todo, romper vuestras cadenas, devolveros la libertad y patria perdidas; pero, hermanos galeotes que no veis mi rostro, hermanos galeotes cuyo corazón con todas sus heridas conozco, por la libertad y la patria terrenas que no os puedo dar, ¡oh, pobres esclavos de los poderosos!, os daré una libertad y una patria más altas. Por vosotros me he hecho prisionero, ausente estoy de mi patria, por vosotros me entregaré Yo mismo como rescate; para vosotros, sí, también para vosotros, que no sois oprobio de la Tierra como os llaman, sino signo de vergüenza para el hombre que olvida la medida del rigor de la guerra y de la justicia, haré una nueva ley sobre la Tierra y una dulce morada en el Cielo.

Recordad mi Nombre, hijos de Dios que lloráis: es el nombre del Amigo. Repetidlo en medio de vuestros padecimientos. Estad seguros de que si me amáis me tendréis, aunque no nos veamos jamás en esta Tierra. Soy Jesucristo, el Salvador, el Amigo vuestro. En nombre del Dios verdadero os consuelo. La paz descienda pronto sobre vosotros.

La gente, en su mayoría romanos, se ha agolpado en torno a Jesús, cuyos conceptos nuevos han producido el asombro de todos.

-¡Por Júpiter, me has hecho pensar en cosas en las que nunca había pensado y que siento verdaderas!

Publio Quintiliano mira a Jesús, pensativo y cautivado al mismo tiempo.

Así es, amigo. Si el hombre usara su pensamiento, no llegaría a la comisión del delito.

-¡Por Júpiter, por Júpiter, qué palabras! ¡Tengo que recordarlas! ¿Has dicho: "si el hombre usase su pensamiento..."

...No llegaría a la comisión del delito.

-¡Pues claro!, ¡es verdad! ¡Por Júpiter! ¿Sabes que eres grande?

-Todo hombre que quisiera podría serlo como Yo, si fuera enteramente uno con Dios.

El romano continúa su serie de "¡por Júpiter!", a cuál más exclamativo.

Jesús por su parte le dice:

-¿Podría dar a esos galeotes algo que los consolara? Tengo dinero... Fruta, algo que los alivie; para que sepan que los amo.

-Dámelo. Puedo hacerlo. Además ahí hay una dama muy poderosa. Voy a preguntárselo.

Publio se acerca a la litera y habla muy cerca de las cortinas en las que ha sido abierto apenas un resquicio. Vuelve.

-Tengo plenos poderes para ello. Me ocuparé yo mismo de la distribución, de forma que los esbirros no se aprovechen abusivamente. Será la única vez que un soldado imperial ejercite la piedad con los esclavos de guerra.

-La primera, no la única. Llegará el día en que no habrá esclavos; pero ya antes mis discípulos habrán descendido a los galeotes y esclavos para llamarlos hermanos.

Otra serie de “¡Por Júpiter!" recorre el ambiente calmo; mientras, Publio espera a tener suficiente fruta y vino para los galeotes. Luego, antes de subir a la galera, le dice a Jesús al oído:

-Ahí dentro está Claudia Prócula. Quisiera oírte hablar en otra ocasión; ahora quiere preguntarte algo. Ve.

Jesús se acerca a la litera.

-¡Hola, Maestro!

La cortina apenas se abre un poco, dejando ver a una hermosa mujer de unos treinta años.

-Descienda sobre ti el deseo de la sabiduría.

-Has dicho que el alma tiene recuerdo del Cielo. ¿Es eterna, entonces, esa cosa que decís que poseemos?

-Es eterna. Por eso tiene recuerdo de Dios, del Dios que la ha creado.

-¿Qué es el alma?

-El alma constituye la verdadera nobleza del hombre. Tú eres gloriosa por ser de los Claudios; pues más lo es el hombre, por ser de Dios. Por tus venas corre la sangre de los Claudios; poderosa familia, pero que tuvo origen y tendrá fin. Dentro del hombre, por razón del alma, fluye la sangre de Dios, porque el alma es la sangre espiritual - siendo Dios Espíritu purísimo - del Creador del hombre: de Dios eterno, potente, santo. El hombre es, pues, eterno, potente, santo, por el alma que hay en él y que vive mientras está unida a Dios.

-Yo soy pagana, por tanto no tengo alma...

-La tienes, aunque sumida en letargo; despiértala a la Verdad y a la Vida.

-Adiós, Maestro.

-Que la Justicia te conquiste. Adiós.

-Como habéis podido ver, aquí también he tenido auditorio - dice Jesús a sus discípulos.

-Sí, pero, menos los romanos, ¿quién te habrá entendido? ¡Son bárbaros!

-¿Que quién?... Todos. Llevan consigo la paz. Se acordarán de mí mucho más que otros de Israel. Vamos a la casa que nos ofrece la comida.

-Maestro, la mujer ésa es la misma que me habló aquel día que curaste a aquel enfermo; la he reconocido - dice Juan.

-Daos cuenta, pues, que también aquí había quien nos esperaba. Pero... no os veo muy conformes. Mucho habré hecho el día que haya conseguido persuadiros de que he venido no sólo para los hebreos sino para todos los pueblos, y de que os he preparado para todos ellos. Una cosa os digo: de vuestro Maestro recordad todo; no hay hecho alguno, por insignificante que fuere, que no esté llamado a ser para vosotros, un día, regla en el apostolado.

Ninguno responde. Jesús sonríe - no sin tristeza - compasivo.

"Esta mañana me ha sonreído a mí también... (habla María Valtorta)

Estaba sumida en un desaliento tan completo, que me he echado a llorar por muchas cosas; entre ellas no la última el cansancio de estar siempre escribiendo con la convicción de que tanta bondad de Dios y tanto esfuerzo del pequeño Juan (como Jesus cariñosamente la llamaba) son completamente inútiles. Y, llorando, he invocado a mi Maestro, y, dado que por bondad suya ha venido enteramente para mí, le he manifestado lo que había pensado.

Él se ha encogido de hombros, como queriendo decir: « ¡Bah..., déjale al mundo con sus historias!» y me ha acariciado diciendo: « ¿Y entonces? ¿No quieres seguir ayudándome? ¿Que el mundo no quiere conocer mis palabras? Bueno, pues nos las decimos entre nosotros dos; así nos alegraremos ambos: Yo, repitiéndolas a un corazón fiel; tú, oyéndolas. ¡Ah..., las fatigas del apostolado!... ¡Abaten más que las de cualquier otro trabajo! Quitan la luz al más sereno de los días, dulzor al más dulce de los manjares. Todo se transforma en ceniza y lodo, náusea y hiel. Y, sin embargo, alma mía, las horas en que tomamos sobre nuestras espaldas el cansancio, la duda y miseria de los mundanos que mueren porque no poseen lo que nosotros tenemos son las horas en que más hacemos. Ya te lo dije el año pasado. "¿En pro de qué?", se pregunta el alma sumergida bajo lo que sumerge al mundo, es decir, las olas procedentes de Satanás. Y el mundo se ahoga, cosa que no le sucede al alma que está clavada con su Dios en la cruz; ésta pierde, sí, durante un instante la luz y se hunde bajo la ola nauseabunda del cansancio espiritual, pero luego vuelve a la superficie, más fresca y hermosa. El que digas: "Ya no valgo para nada positivo" es consecuencia de este cansancio. Jamás valdrías, pero Yo soy siempre Yo, y, por tanto, serás siempre capaz de cumplir bien tu misión de portavoz. Claro que, si viera que, cual pesada y preciosísima gema, escondieran mi don con avaricia, o lo usaran imprudentemente, o, por desidia, no se tratara de tutelar con las necesarias garantías - por las maldades humanas - propias de estos casos tanto el don como a la criatura a través de la cual es otorgado éste, Yo diría mi "¡basta!", y esta vez sin posibilidad de vuelta atrás; "¡basta!" para todos, excepto para mi pequeña alma que hoy parece una florecilla bajo un aguacero. ¿Podrás, acaso, con estas caricias mías, dudar de que te amo? ¡Venga! ¡Ánimo! Me ayudaste mientras la guerra, sígueme ayudando. Hay mucho que hacer.

Y así me he calmado, experimentando la caricia de la larga mano y de esa sonrisa tan dulce de mi Jesús, cándido como siempre cuando es enteramente para mí.

## 155

## Curación de la niña romana en Cesárea

Dice Jesús:

-Pequeño Juan, (María Valtorta) ven conmigo, que quiero que escribas una lección para los consagrados de hoy. Observa y escribe.

Jesús está todavía en Cesárea Marítima. Ya no es la plaza de ayer sino un lugar situado más en el interior de la ciudad, desde el cual, no obstante, se ven todavía el puerto y las naves. Aquí hay muchos fondaques y establecimientos comerciales; si a ello añadimos que en este espacio terroso hay, además, esteras extendidas en el suelo con mercancías varias, deduzco que se trata de zona de mercados (quizás estaban cerca del puerto y de los almacenes por comodidad de navegantes y compradores de las mercancías traídas por mar). Hay un fuerte runruneo e ir y venir de gente.

Jesús está esperando con Simón y sus primos a que los otros consigan las provisiones necesarias. Unos niños miran con curiosidad a Jesús, el cual los acaricia dulcemente mientras habla con sus apóstoles. Dice Jesús:

-Me duele este descontento por el hecho de que Yo entable relaciones con los gentiles, pero no puedo hacer sino lo que debo y debo ser bueno con todos. Esforzaos en ser buenos al menos vosotros tres y Juan; los otros os seguirán por imitación.

-Pero ¿cómo se puede ser bueno con todos? A fin de cuentas, ellos nos desprecian y nos oprimen; no nos comprenden, están llenos de vicios... - dice Santiago de Alfeo justificándose.

-¿Que cómo puede ser? ¿Tú estás contento de haber nacido de Alfeo y María?

-Sí, claro. ¿Por qué me preguntas esto?

-Y si Dios te hubiera preguntado antes de tu concepción, ¿habrías querido nacer de ellos?

-Pues claro. No comprendo...

-Y si en vez de ello hubieras nacido de un pagano, al oírte acusar de haber querido nacer de un pagano, ¿qué habrías dicho?

-Habría dicho... habría dicho: "No tengo la culpa. He nacido de él, pero podría haber nacido de otro". Habría dicho: "Vuestra acusación es injusta; si no obro el mal, ¿por qué me odiáis?"

-Tú lo has dicho. También éstos, que despreciáis por ser paganos, pueden decir lo mismo. No por méritos propios has nacido de Alfeo, que es un verdadero israelita. Lo que tienes que hacer es agradecérselo al Eterno, nada más, porque te ha otorgado un gran regalo, y, como signo de gratitud y con humildad, tratar de conducir al Dios verdadero a otros que no tienen este don. Hay que ser bueno.

-¡Es difícil amar a quien no se conoce!

-No. Mira. Tú, pequeñuelo, ven aquí.

Se acerca un niño de unos ocho años, que estaba jugando en un ángulo con otros dos chiquillos. Es un niño robusto, de pelo muy moreno aunque de tez blanquísima.

-¿Quién eres?

-Soy Lucio, Cayo Lucio de Cayo Mario, romano, hijo del decurión de guardia, que se quedó aquí después de la herida».

-¿Y ésos quiénes son?

-Isaac y Tobías; pero no se debe decir porque no se puede. Les pegarían.

-¿Por qué?

-Porque son hebreos y yo romano. No se puede.

-Pero tú vas con ellos... ¿Por qué?

-Porque somos amigos; jugamos siempre a los dados y al saltarel juntos; pero no deben vernos.

-¿Y a mí me querríais? Yo soy también hebreo, y no soy un niño. Fíjate, soy un maestro, como si dijéramos un sacerdote.

-¡Qué más da! Si me quieres, te quiero; y te quiero, porque me quieres.

-¿Por qué lo sabes?

-Porque eres bueno y quien es bueno quiere a los demás.

-Ved, amigos: el secreto para amar es ser buenos; si se es bueno se ama, sin pensar si éste es o no de una determinada fe.

Y Jesús, llevando de la mano al pequeño Cayo Lucio, va a donde los niños hebreos, que se habían escondido asustados tras el atrio de una casa, a acariciarlos, y les dice:

-Los niños buenos son ángeles. Los ángeles tienen una sola patria: el Paraíso; una sola religión: la del único Dios; un solo Templo: el corazón de Dios. Quereos como ángeles siempre.

-Pero, si nos ven nos pegan...

Jesús no responde; se limita a mover la cabeza con un sentimiento de amargura.

Una mujer alta y de buen tipo llama a Lucio. El niño deja a Jesús mientras grita:

-¡Es mi mamá! - y a la mujer le grita: « ¡Mira el amigo que tengo! ¡Es grande! ¡Es un maestro!...

La mujer no se marcha con su hijo, sino que se acerca a Jesús y le pregunta:

-¡Hola! ¿Eres el hombre de Galilea que ayer habló en el puerto?

-Soy Yo.

-Espérame aquí entonces. Tardo poco. Y se va con su pequeñuelo. Entretanto han llegado también los otros apóstoles, excepto Mateo y Juan, y preguntan:

-¿Quién era?

-Una romana, creo - responden Simón y los demás.

-¿Y qué quería?

-Ha dicho que espere aquí. Lo sabremos.

Entretanto, algunas personas, curiosas, se han acercado y se ponen a esperar también.

Vuelve la mujer con otros romanos:

-¿Entonces eres Tú el Maestro? - pregunta uno que tiene apariencias de doméstico de una casa señorial. Habiéndole sido confirmado, pregunta: « ¿Sentirías aversión por curar a una hijita de una amiga de Claudia? La niña está agonizando. Se ahoga. El médico no sabe de qué se está muriendo. Ayer tarde estaba sana, esta mañana ya estaba agonizando.

-Vamos.

Andan un poco por una calle que lleva al lugar de ayer. Llegan al portal de una casa que parece habitada por romanos y que está abierta de par en par.

-Espera un momento.

El hombre entra rápido. Casi inmediatamente se asoma de nuevo y dice:

-Ven.

Pero, sin darle ni siquiera tiempo a Jesús de entrar, sale de la casa una joven de aspecto señorial, aunque con una angustia más que evidente. Lleva en brazos a una criaturita de pocos meses, como muerta, ya cárdena, como una persona que se esté ahogando. Yo diría que tiene una difteria mortal y que está en los últimos instantes de su vida. La mujer busca amparo en el pecho de Jesús como un náufrago en un escollo. Su llanto es tan grande, que no es capaz de hablar.

Jesús toma a la criaturita, que manifiesta pequeños movimientos convulsivos en las manitas céreas, con sus uñitas ya violáceas. La alza. La cabecita queda colgando hacia atrás sin fuerza. La madre, perdida su soberbia de romana frente a un hebreo, se ha deslizado hasta los pies de Jesús, al suelo, y llora con el rostro alzado, los cabellos medio desgreñados, los brazos

extendidos, estrujando la túnica y el manto de Jesús. Detrás y alrededor, mirando, hay romanos de la casa y mujeres hebreas de la ciudad.

Jesús moja en su saliva su dedo índice derecho y lo mete en la boquita jadeante. Lo introduce hacia abajo. La niña forcejea. Su tez se ennegrece aún más. La madre grita:

-¡No! ¡No! - y se contuerce como traspasada por un puñal. La gente contiene la respiración...

Pero el dedo de Jesús sale junto con un amasijo de membranas purulentas. La niña deja de forcejear. Luego, emite un tierno gemido de llanto y se calma con inocente sonrisa, manoteando y moviendo los labios como un pajarillo cuando pía y agita las alitas en espera del cebo.

-Toma, mujer. Dale la leche. Está curada.

La madre está en tal modo turbada, que coge a la pequeñuela y, así como estaba, en el suelo, la besa, la acaricia toda para sí, le da el pecho, enajenada, olvidada de todo lo que no sea su hijita.

Un romano le pregunta a Jesús:

-Pero ¿cómo lo has conseguido? Soy el médico del Procónsul, soy docto, he tratado de quitar la obstrucción, pero estaba muy abajo, demasiado abajo... Y Tú... así...

-Eres docto, pero no tienes contigo al Dios verdadero. ¡Sea Él en esto glorificado! ¡Adiós!

Y Jesús hace ademán de querer marcharse. Pero he aquí que un pequeño grupo de israelitas siente la necesidad de intervenir:

-¿Cómo te has permitido acercarte a extranjeros? Son impuros, están corrompidos, quienquiera que se acerque a ellos queda contaminado.

Jesús mira fijamente, severamente, a los tres, y dice:

-¡No eres tú Ageo, el hombre de Azoto que vino aquí el pasado Tisrí para negociar con el mercader que está al pie de los muros del viejo fontanar? ¿Y tú no eres José de Rama, que vino también aquí - y tú sabes, como Yo, por qué - a consulta del médico romano? ¿Y entonces? ¿No os sentís vosotros impuros?

-Un médico no es nunca extranjero. Cura el cuerpo, que es igual para todos.

-A mayor razón lo es el alma. Pero además, ¿Qué he curado Yo? El cuerpo inocente de un párvulo, medio con que espero curar las almas no inocentes de los extranjeros. Como médico y Mesías, por tanto, puedo tratar con cualquiera.

-No puedes.

-¿No, Ageo? ¿Y tú por qué tratas con el mercader romano?

-Mi contacto con él es sólo a través de la mercancía y del dinero.

-Y entonces, dado que no tocas su carne, sino solamente lo que ha tocado su mano, no te parece que te contamines... ¡Oh, ciegos y crueles!

Escuchad todos. Precisamente en el libro del Profeta cuyo nombre lleva éste está escrito: "Plantea a los sacerdotes esta cuestión sobre la Ley: "Si un hombre lleva carne santificada en el vuelo de su túnica y con él toca luego viandas, pan o aceite u otros alimentos, ¿quedarán estas cosas santificadas?" (*Ageo 2, 11 y siguientes).* Y los sacerdotes respondieron: "No". Entonces Ageo dijo: `Si uno, impuro a causa de un muerto, toca una de estas cosas, ¿quedará contaminada?'. Y los sacerdotes respondieron: `Si"'.

Por esta subrepticia, engañosa, incoherente manera de actuar ponéis obstáculo al Bien y lo condenáis y sólo aceptáis lo que os produce algún beneficio; en ese caso cesan indignación, asco y aversión. Distinguís - si no os acarrea un perjuicio personal - lo impuro, que hace a uno impuro, de lo que no lo es. ¿Cómo sois capaces, bocas mentirosas, de profesar que lo que ha sido santificado por haber tocado carne santa o cosa santa no santifica lo que toca, y lo que ha tocado una cosa impura puede convertir en impuro lo que toca?

¿No comprendéis que os contradecís, ministros embusteros de una Ley de Verdad de la que os aprovecháis? Vosotros la retorcéis como si fuera una soga, según que os lo pida vuestro anhelo de obtener de ella algún provecho. Fariseos hipócritas, que bajo pretexto religioso dais rienda suelta a vuestra rencorosa envidia humana, enteramente humana; profanadores de lo que a Dios pertenece; insultadores y enemigos del Mensajero de Dios. En verdad, en verdad os digo que todo acto vuestro, toda conclusión vuestra, todo movimiento vuestro tiene en la base todo un mecanismo astuto constituido por ruedas, resortes, contrapesos, tirantes, que son vuestros egoísmos, pasiones, insinceridad, odios, anhelo de imponerse a los demás, envidias.

¡Deberíais avergonzaros! Codiciosos, cobardes, rencorosos, que vivís en el miedo orgulloso de que alguno, aun no siendo de vuestra casta, os aventaje. ¡Mereced ser como ese que os infunde miedo y os produce ira! Como dice Ageo, de un montón de veinte celemines hacéis uno de diez, y de cincuenta barriles veinte, y os quedáis con la diferencia, mientras que, tanto por dar ejemplo a los demás como por el amor debido a Dios, deberíais no quitar sino añadir de lo vuestro al conjunto de los celemines y barriles en pro de quien pasa hambre; y es así que merecéis que el viento abrasador, la herrumbre y el granizo hagan infecundas toda obra de vuestras manos.

¿Quién de entre vosotros viene a mí? Éstos, estos que para vosotros son estiércol y desecho, estos supremos ignorantes que ni siquiera saben que existe el verdadero Dios vienen a quien lleva en las palabras y en las obras a este Dios. Sin embargo, vosotros... ¡Ah, os habéis hecho un nicho y en él estáis! Secos, fríos como ídolos que esperan incienso y adoración. Dado que os creéis dioses, os parece inútil pensar en el verdadero Dios en el modo debido, y veis peligroso el que otros se propongan lo que vosotros no os proponéis. En verdad, no podéis proponéroslo porque sois ídolos, y porque sois siervos del Ídolo. Pero quien intenta puede, porque no obra él, sino Dios en él.

¡Idos! Referid a quien os ha enviado a pisarme los talones que detesto a los mercaderes que juzgan que el vender mercancías, patria o Templo a quienes les ofrecen dinero no contamina. Decidles que siento repugnancia por los degenerados cuyo único culto es la propia carne y sangre y juzgan que el trato con el médico extranjero para curación de éstas no contamina. Decidles que la medida es igual, que no hay dos medidas. Decidles que Yo, el Mesías, el Justo, el Consejero, el Admirable, aquel

sobre quien descenderá el Espíritu del Señor en sus siete dones, aquel que no juzgará por lo que se presenta ante los ojos sino por lo secreto de los corazones, aquel que no condenará por lo que oiga con los oídos sino por las voces espirituales que oiga en el interior de cada hombre, aquel que se pondrá de la parte de los humildes y juzgará con justicia a los pobres, aquel que soy Yo, porque esto soy Yo, ya está juzgando y castigando a los que en este mundo son sólo tierra; el soplo de mi respiro hará morir al impío y devastará su guarida, mientras que para quienes, deseosos de justicia y fe, vengan a mi monte santo a saciarse de la Ciencia del Señor, será Vida y Luz, Libertad y Paz. Esto es Isaías, ¿no es verdad? (*11, 1 y siguientes)*

¡El pueblo de mi propiedad! Enteramente viene de Adán y Adán viene de mi Padre; todo él es, por tanto, obra del Padre, y a todos debo reunir en torno al Padre. Yo los conduzco a ti, Padre santo, eterno, potente; conduzco a ti a los hijos errantes después de congregarlos con la voz del amor, bajo mi cayado pastoral, semejante al que Moisés levantó contra las serpientes de muerte. Para que Tú tengas tu Reino y tu pueblo. Y no hago distinciones, porque en el fondo de todos los vivientes veo un punto que resplandece más que el fuego: el alma, una chispa tuya, eterno Esplendor. ¡Oh, eterno deseo mío! ¡Oh, voluntad incansable mía!

Esto quiero, en esto ardo: una tierra que por entero cante tu Nombre, una humanidad que te llame Padre, una redención que a todos salve, una voluntad fortalecida que haga a todos obedientes a tu voluntad, un triunfo eterno que llene el Paraíso de un hosanna sin fin... ¡Oh, multitud de los Cielos!... Sí, veo la sonrisa de Dios... y es el premio contra toda dureza humana.

Mas los tres israelitas ya han huido bajo la granizada de reproches. Los otros, todos, romanos o hebreos, se han quedado boquiabiertos. En cuanto a la mujer romana, con su pequeñuela ya satisfecha de leche y durmiendo plácidamente sobre el regazo materno, está allí, en el mismo sitio de antes, casi a los pies de Jesús, y llora de alegría materna y de emoción espiritual. Muchos lloran por el arrollador cierre de Jesús, que en este éxtasis parece llamear.

Y Jesús, bajando los ojos y el espíritu del Cielo a la tierra, ve a la gente, ve a la madre... y, al pasar, tras un gesto de adiós a todos, roza con su mano a la joven romana, como para bendecirla por su fe. Y se marcha con los suyos, mientras la gente, todavía estupefacta, permanece en el lugar...

(La joven romana, si no es una semejanza fortuita, es una de las romanas, Valeria y su hija Faustina, que estaban con Juana de Cusa en el camino del Calvario. Pero, puesto que aquí nadie la ha llamado por su nombre, no puedo asegurarlo).

## 156

## Analía, la primera de las vírgenes consagradas

Jesús está con Pedro, Andrés y Juan. Llama a la puerta de la casa de Nazaret. Su Madre abre en seguida. Su rostro, al ver a su Jesús, se ilumina con refulgente sonrisa.

-Regresas en un momento oportuno, Hijo mío. Desde ayer tengo conmigo una paloma pura que te está esperando. Ha venido de lejos. La persona que la ha acompañado no podía quedarse más tiempo. Yo, dado que ella solicitaba consejo, he dicho lo que podía, pero sólo Tú, Hijo mío, eres Sabiduría. Bienvenidos de nuevo también vosotros. Entrad inmediatamente para descansar y reponer fuerzas.

-Sí, quedaos aquí; voy sin demora con esta criatura que me está esperando.

Los tres sienten viva curiosidad, pero en modo diverso: Pedro, como si esperase poder ver a través de las paredes, observa con el rabillo del ojo en todas las direcciones; Juan parece como si quisiera leer en el sonriente rostro de María el nombre de la desconocida; Andrés, que está intensamente ruborizado, clava su mirada en Jesús con toda la fuerza de sus pupilas y una muda súplica tiembla en su mirada y en sus labios.

Pero Jesús no detiene su atención en ninguno. Mientras los tres discípulos se deciden a entrar en la cocina, donde María les ofrece comida y calor de lumbre, Jesús levanta la cortina que tapa la puerta que conduce al huerto jardín, y sale.

Un delicado sol da a las ramas enteramente florecidas del alto almendro del huerto un aspecto más esponjoso e irreal del que ya de por sí tienen; es el único árbol florecido, el más alto de los árboles del huerto, pingüe con su vestido de seda blanco-rosácea entre la desnuda pobreza de los otros (peral, manzano, higuera, parra, granado), estériles y desnudos; pomposo con su velo espumoso y vivo que contrasta con la gris humildad monótona de los olivos... parece como si hubiera atrapado con sus largas ramas una tenuísima nube perdida en el campo zarco del cielo, y que con sus vedijas se hubiera engalanado para decir a todos: «Llega la primavera, tiempo de desposorio. Exultad, plantas y animales. Es el tiempo de los besos con el viento o las abejas, ¡oh flores!; es la hora de los besos bajo las tejas o entre la densa vegetación, ¡oh pajarillos de Dios!, ¡oh cándidas ovejas!: hoy besos, mañana prole, para perpetuar la obra del Creador Dios nuestro.

Jesús, erguido bajo el sol, con las manos cruzadas sobre el pecho, sonríe a la pura y serena gracia del huerto materno, con sus cuadros plantados de azucenas que muestran ya sus primeros haces de hojas, con sus rosales aún desnudos y el olivo tan de plata, con otras familias de flores desperdigadas entre los humildes cuadros de legumbres y verduras en brote; puro, ordenado, delicado, parece espirar también él candor de virginidad perfecta.

-Hijo, ven a mi habitación. Te la traigo, porque al oír tantas voces ha huido a aquel extremo.

Jesús entra en la habitación materna, esa casta, castísima habitacioncita que oyó las palabras del angélico coloquio y que emana, más aún que el huerto, la esencia virginal, angélica, santa, de la Mujer que en ella mora desde hace años y del Arcángel que en ella veneró a su Reina. ¿Han pasado ya treinta años o ayer se produjo el encuentro? Hoy también se ve una rueca con su blando y casi argentino copo de estambre, y en el huso hilo, y, encima de la repisa que está junto a la puerta, un bordado plegado, entre un rollo de pergamino y un jarrón de cobre con una tupida ramita de almendro florecido; hoy también

palpita con un ligero vientecillo la cortina de rayas, la que cela el misterio de esta virginal morada; el lecho, ordenado, en su ángulo, sigue teniendo ese aspecto delicado propio del de una niña que apenas haya llegado al umbral de la juventud. ¡Qué sueños se producirán y se habrán producido en esa almohada de escaso grosor!...

La mano de María levanta lentamente la cortina. Jesús, que, en pie, de espaldas a la puerta, estaba contemplando ese nido de pureza, se vuelve.

-Mira, Hijo mío, la traigo a ti; es una cordera y Tú eres su Pastor - y, dicho esto, María - que había entrado llevando de la mano a una jovencita morenita, esbelta, que al verse en presencia de Jesús se ruboriza intensamente - se retira con delicadeza dejando caer la cortina.

¯Paz a ti, niña.

-La paz... Señor...

La jovencita, muy emocionada, no puede seguir hablando, y se arrodilla rostro en tierra.

-Levántate. ¿Qué deseas de mí? No temas...

-No es miedo... pero... ahora, delante de ti, después de que lo he deseado tanto... todo lo que veía fácil y necesario decirte... ya no me vienen las palabras... ya no me parece eso... Soy tonta... Perdóname, mi Señor...

-¿Estás pidiendo gracia para este mundo? ¿Necesitas un milagro? ¿Tienes que convertir a alguna alma? ¿No? ¿Entonces? ¿Ánimo, habla! Tanto valor como has tenido ¿y ahora te falta? ¿No sabes que Yo soy quien aumenta la fortaleza? ¿Sí? ¿Lo sabes? Pues entonces, ¡venga, habla!; como si Yo fuera un padre para ti. Veo que eres joven. ¿Cuántos años tienes?

-Dieciséis, Señor mío.

- ¿De dónde vienes?

-De Jerusalén.

-¿Cuál es tu nombre?

-Analía...

-El amado nombre de mi abuela y de muchas otras santas mujeres de Israel, y, formando uno solo con él, el de la buena, fiel, amorosa y mansa esposa de Jacob. Te traerá buen augurio. Serás una esposa y madre ejemplar. ¿No? ¿Meneas la cabeza? ¿Lloras? ¿Es que te han rechazado? ¿Tampoco es eso? ¿Ha muerto tu prometido? ¿No has sido elegida todavía?

La jovencita sigue meneando la cabeza en señal de negación. Jesús da un paso hacia ella, la acaricia y la fuerza a que levante la cabeza y a que lo mire... La sonrisa de Jesús vence el estado de turbación de la muchacha, que ahora se siente más segura y dice:

-Mi Señor, yo estaría casada y viviría feliz, y además por mérito tuyo. ¿No me reconoces, mi Señor? Soy la enferma de tisis, la novia moribunda que curaste por la oración de tu Juan... Después de tu gracia, yo... mi cuerpo era distinto (sano en lugar del otro, moribundo, que tenía antes); mi alma también era distinta... No sé, pero yo ya no me sentía yo... La alegría de estar curada, la certeza, por tanto, de poder casarme - el hecho de no llegar al matrimonio era lo que de mi muerte me apenaba - no duraron sino las primeras horas. Luego...

La jovencita se siente cada vez más segura, le vuelven las palabras y las ideas que había perdido en el estado de turbación de verse sola con el Maestro...

-...Luego sentí que no debía ser sólo egoísta, pensar sólo: “Ahora seré feliz", sino que debía pensar en algo mayor e ir a ti, a Dios, Padre tuyo y mío. Alguna pequeña cosa, pero que expresase mi gratitud. Pensé mucho y, cuando el sábado siguiente vi a mi prometido, le dije: "Escucha, Samuel. Sin el milagro, yo, pasados unos meses, habría muerto, y me habrías perdido para siempre. Quisiera ofrecerle a Dios un sacrificio - yo contigo - para decirle que lo alabo y le estoy agradecida". Y Samuel respondió enseguida, porque me quiere: "Vamos al Templo juntos a inmolar la víctima". Pero no era eso lo que yo quería. Soy pobre, aldeana, mi Señor; poco sé y menos aún puedo; pero, a través de la mano que habías depositado en mi pecho enfermo, algo había llegado no sólo a mis pulmones horadados sino también adentro del corazón: a los pulmones, salud; al corazón, sabiduría. Yo comprendía que el sacrificio de un cordero no era el que deseaba mi espíritu que te... que te amaba.

La muchacha calla y se sonroja tras esta profesión de amor.

-¡Sigue, sin miedo! ¿Qué quería tu espíritu?

-Sacrificarte algo que fuera digno de ti, ¡oh Hijo de Dios! Y entonces... y entonces yo pensaba que debería ser una cosa espiritual, como corresponde a Dios, o sea, mi sacrificio de alargar la espera del matrimonio por amor a ti, mi Salvador. Gran alegría comporta el matrimonio, ¿sabes? ¡Cuando hay amor es una cosa grande! ¡Un deseo, una ansiedad por casarse!... Pero yo ya no era la misma de unos días antes. No era para mí ya lo más hermoso... Se lo dije a Samuel y él me comprendió. El también ha decidido hacerse nazareo durante un año, a contar desde el día que debería haber sido la boda, o sea, el día siguiente de las calendas de Adar. Entretanto se puso a buscarte para testificarte su amor por haberle restituido a su prometida, testificarte su amor y conocerte. Y te encontró, pasados muchos meses, en Agua Especiosa. Yo también fui... Tu palabra terminó de cambiarme el corazón. Ya no me es suficiente el voto de antes... Como ese almendro de ahí fuera, que bajo el sol cada vez más caluroso ha vuelto a la vida tras meses de muerte, y ha florecido y luego dará hojas y luego frutos, así yo también he ido progresando en el conocimiento de lo mejor. La última vez, ya segura de mí y de lo que quería - durante todos estos meses he estado meditando -, la última vez que estuve en Agua Especiosa ya no estabas, te habían obligado a irte. Mucho lloré y oré, de forma que el Altísimo me escuchó, persuadiendo a mi madre a mandarme aquí con un familiar que iba a Tiberíades para hablar con los cortesanos del Tetrarca. El capataz me había dicho que aquí te encontraría. Encontré a tu Madre. Sus palabras, el simple hecho de escucharla y de estar a su lado estos dos días, han hecho madurar completamente el fruto de tu gracia».

La muchacha se ha arrodillado como si estuviera ante un altar, con las manos cruzadas sobre el pecho.

-Bien, pero, exactamente ¿qué deseas?, ¿qué puedo hacer por ti?

- Señor, querría... querría una cosa muy importante, que solamente Tú, que das la vida y la salud, me la puedes otorgar, pues pienso que lo que puedes dar lo puedes quitar... Yo quisiera que la vida que me has dado me la quitases antes de que termine el año de mi voto...

-Pero, ¿por qué? ¿No te sientes agradecida a Dios por haber recuperado la salud?

-¡Mucho! ¡Infinitamente! Es por una sola cosa: porque viviendo por su gracia y por tu milagro he comprendido lo mejor.

-¿Que es...?

-Que es vivir como los ángeles, como tu Madre, mi Señor, como Tú... como vive tu Juan... Las tres azucenas, las tres llamas blancas, las tres bienaventuranzas de la Tierra, Señor. Sí, porque creo que es una bienaventuranza el poseer a Dios y el que Dios sea propiedad de los puros. Creo que quien es puro es un cielo con su Dios en el centro y los ángeles alrededor... ¡Oh, mi Señor, yo desearía esto!... Poco te he oído, poco he oído a tu Madre, al discípulo y a Isaac, y no he conocido a otros que me dijeran tus palabras, pero es como si mi espíritu te oyera siempre y fueras Tú su Maestro... He dicho, mi Señor...

-Analía, mucho es lo que pides y mucho es lo que das. Hija, has comprendido a Dios y la perfección a que la criatura puede ascender para parecerse y agradar al Purísimo.

Jesús ha cogido entre sus manos la cabeza morena de la muchacha, que sigue arrodillada, y le está hablando inclinado hacia ella.

-El que nació de una Virgen - porque no podía prepararse un nido no hecho de azucenas - se siente nauseado, hija, de la triple libídine del mundo; se curvaría aplastado por tanta náusea si el Padre, que sabe de qué vive su Hijo, no interviniera con sus amorosos auxilios para sostener a su alma angustiada. Los puros son mi alegría; tú me devuelves lo que el mundo me quita con su inexhausta bajeza: ¡benditos seáis por ello el Padre y tú, niña! Ve tranquila. Algo intervendrá y hará eterno tu voto. Sé una de las azucenas esparcidas por los sangrientos caminos del Cristo.

¯Mi Señor, quisiera también otra cosa...

-¿Cuál?

-No estar cuando llegue tu muerte... No podría ver morir a quien es mi Vida.

Jesús sonríe dulcemente y seca con su mano dos hilos de lágrimas que descienden por la carita morena de la muchacha.

-No llores. Las azucenas nunca están de luto. Reirás con todas las perlas de tu corona angélica cuando veas al Rey coronado entrar en su Reino. Ve. Que el Espíritu del Señor te adoctrine entre una venida mía y la otra. Te bendigo con el fuego del Eterno Amor.

Jesús se asoma al huerto y dice:

-¡Madre! Aquí tienes a una hijita toda para ti. Ahora es feliz. Sumérgela en tus candores, ahora y cada vez que vayamos a la Ciudad Santa, para que sea nieve de pétalos ce-lestes esparcida sobre el trono del Cordero.

Y Jesús vuelve con los suyos mientras María se queda con la muchacha, acariciándola.

Pedro, Andrés y Juan lo miran con ademán interrogativo. El rostro resplandeciente de Jesús les manifiesta su alegría.

Pedro no se contiene y pregunta:

-¿Con quién has estado hablando tanto, Maestro mío? ¿Qué has oído para estar tan radiante de alegría?

-Con una mujer que está en el alba de la vida; con la mujer que será el alba de muchas otras que han de venir.

-¿Quiénes?

-Las vírgenes.

Andrés dice en voz baja para sí mismo:

-No es ella...

-No, no es ella. De todas formas, no te canses de orar, con paciencia y bondad. Cada palabra de tu oración es como un reclamo, una luz en la noche; la sostienen y la guían.

-Pero, ¿a quién espera mi hermano?

-Espera a un alma, Pedro. Es una gran miseria que quiere transformar en una gran riqueza.

-¿Y dónde la ha encontrado Andrés, que no se mueve nunca, no habla nunca y no tiene nunca iniciativas?

-En mi camino. Ven conmigo, Andrés, vamos a donde Alfeo, a bendecirlo en compañía de sus muchos nietos. Vosotros esperadme en casa de Santiago y Judas. Mi Madre necesita estar sola todo el día.

Y yendo así, unos a una parte otros a otra, el secreto envuelve la alegría de la primera consagrada a la virginidad por amor a Cristo.

## 157

## Instrucciones a las discípulas en Nazaret

Jesús sigue en su casa de Nazaret, y más exactamente en lo que fuera el taller de carpintería.

Con Él están los doce apóstoles y María, María madre de Santiago y Judas, Salomé, Susana y - cosa nueva - Marta (una Marta muy apenada, con claros signos de llanto bajo sus ojos, una Marta desacoplada en este ambiente, tímida al verse muy sola ante otras personas y, sobre todo, ante la Madre del Señor). María trata de armonizarla con las otras mujeres y de quitarle ese sentido de molestia que ve que padece; pero, su ternura parece dilatar cada vez más el corazón de la pobre Marta. Rubor y gotazas de llanto se alternan bajo ese velo, muy caído, que quiere cubrir dolor y desazón.

Entran Juan con Santiago de Alfeo.

-No estaba, Señor. Ha ido con su marido a casa de una amiga que la ha invitado. Eso han referido los domésticos - dice Juan.

-Lo sentirá mucho, sin duda; de todas formas, ya recibirá tus instrucciones y te verá - concluye Santiago de Alfeo.

-Bien. No es el grupo de discípulas exactamente como lo había pensado. De todas formas, ya veis que en vez de Juana está Marta, hija de Teófilo, hermana de Lázaro.

Los discípulos ya conocen a Marta. Mi Madre también. Tú, María, y tú, Salomé, quizás también, ya sabéis por vuestros hijos quién es Marta, no tanto como mujer según los criterios de este mundo cuanto como criatura ante los ojos de Dios. Tú, Marta, por tu parte, ya conoces a estas mujeres, que te consideran hermana y te van a querer mucho. Hermana e hija. Tú tienes mucha necesidad de esto, buena Marta, para sentir - ¿por qué no? - la consolación humana de nobles afectos que Dios no sólo no condena sino que los ha puesto en el hombre como apoyo del trabajo que la vida supone. Dios te ha traído justo en la hora por mí elegida para poner la base, diría el cañamazo en que vais a bordar vuestra perfección de discípulas.

Discípulo quiere decir aquel que sigue la disciplina del Maestro, de su doctrina. Por tanto, en sentido amplio serán llamados discípulos todos aquellos que ahora y en el transcurso de los siglos sigan mi doctrina. Y, para no dar muchos nombres diciendo "discípulos de Jesús según la enseñanza de Pedro o de Andrés, de Santiago o Juan, de Simón o Felipe, de Judas o de Bartolomé o de Tomás y Mateo", se utilizará un solo nombre, que los aglomerará bajo un único signo: "cristianos" (Cristo mismo predice aquí y en otros lugares de esta Obra que a sus discípulos se les llamará “cristianos” (que será dado a los discípulos por primera vez en Antioquía *(Hechos* 11, 26) o “católicos”) Pero entre el gran número de quienes se sujeten a mi disciplina ya he elegido a los primeros, y luego a los segundos, y así se hará a lo largo de los siglos en memoria mía. De la misma forma que en el Templo - y aún antes, desde Moisés - hubo un Pontífice, hubo sacerdotes, levitas y responsables de los distintos servicios, funciones o tareas, hubo cantores, etc., así en mi Templo nuevo, que será tan grande y duradero como toda la Tierra, habrá mayores y menores, todos útiles, todos amados por mí, y también mujeres, esa categoría nueva que Israel siempre ha despreciado confinándola, destinada sólo a los cantos virginales en el Templo o a la instrucción de las vírgenes en el Templo y nada más.

No argumentéis acerca de si ello era justo o no; en la religión cerrada de Israel y en el tiempo de ira, era justo. Todo el deshonor recaía sobre la mujer, origen del pecado. En la religión universal de Cristo y en el tiempo del perdón todo esto cambia. Toda la Gracia se ha reunido en una mujer y Ella la ha dado a luz al mundo para redención de éste. La mujer, por tanto, ya no representa el desdén de Dios sino la ayuda de Dios. Por la Mujer, la amada del Señor, todas las mujeres pueden ser discípulas del Señor, no sólo como la masa sino incluso como sacerdotisas menores, coadjutoras de los sacerdotes, a los cuales pueden servir de gran ayuda, respecto a ellos mismos y respecto a los fieles y no fieles, respecto a aquellos que no serán conducidos a Dios tanto por el rugido de la palabra santa cuanto por la sonrisa santa de una discípula mía.

Vosotras me habéis pedido seguirme, como me siguen los hombres. Ahora bien, sólo seguirme, escucharme o poner en práctica es demasiado poco para lo que quiero de vosotras: os santificaríais, lo cual es grande, pero no me es suficiente. Soy Hijo del Absoluto y de mis predilectos quiero lo absoluto. Quiero todo, porque he dado todo.

Además, no sólo existo Yo, también existe el mundo, esta cosa impresionante que es el mundo. Debería ser impresionante en santidad: una santidad inmensa de la multitud de los hijos de Dios en número y en magnitud. Sin embargo, lo impresionante del mundo es su iniquidad; su compleja iniquidad es verdaderamente inmensa, en el número de manifestaciones y en la magnitud del vicio. Todos los pecados están asentados en el mundo, el cual, en vez de ser multitud de hijos de Dios, lo es de hijos de Satanás. En el mundo está presente de forma especial el pecado de más claro signo de filiación satánica: el odio. El mundo odia, y quien odia ve - y quiere hacérselo ver a quien no lo ve - el mal incluso en lo más santo. Si le preguntarais al mundo para qué he venido Yo, no os diría: "Para hacer el bien, para redimir", sino que os diría: "Para corromper y usurpar"; y si le preguntarais qué piensa de vosotras, las que me seguís, no os diría: "Le seguís para santificaros, para confortar al Maestro, con santidad y pureza", sino que diría: "Le seguís porque estáis seducidas por ese hombre".

Así es el mundo. Os hablo de estas cosas para que calculéis todo antes de manifestaros al mundo como discípulas elegidas, las primeras del linaje de las discípulas futuras, cooperadoras de los siervos del Señor.

Tomad el corazón en vuestras propias manos, ese corazón sensible de mujer, y decidle que vosotras, y él con vosotras, habréis de soportar burlas y calumnias; que os escupirán y pisotearán; que todo esto lo recibiréis del mundo, del desprecio, de la mentira, de la crueldad del mundo. Preguntadle si será capaz de recibir todas estas heridas sin gritar de indignación maldiciendo a quienes lo hieren. Preguntadle si se siente con fuerzas de afrontar el martirio moral de la calumnia sin llegar a odiar a los calumniadores y a la Causa por que será calumniado. Y, puesto que deberá beber el odio del mundo, que lo circundará, preguntadle si va a saber emanar siempre amor; si, henchido de amargura de ajenjo, va a saber sacar dulzura; si, sufriendo todo tipo de tortura de incomprensión, escarnio, murmuración, va a saber sonreír señalando con la mano al Cielo, su meta, a la que queréis conducir a los demás (conducirlos por esa caridad de mujer, que es materna incluso en tierna edad, que es materna incluso para con ancianos que podrían ser abuelos vuestros y que de hecho son niños espirituales, recién nacidos, incapaces de comprender y conducirse por el camino, por la vida y la verdad y la sabiduría que he venido a dar con el ofrecimiento de mí mismo: Camino, Vida, Verdad, Sabiduría divina). De todas formas, aunque me dijerais: "No me siento con fuerzas, Señor, para desafiar al mundo entero por ti", os amaría igualmente.

Ayer una jovencita me ha pedido que la inmole antes de que se cumpla la hora de su matrimonio, porque siente que me ama como se debe amar a Dios, o sea, con la totalidad de sí misma, hasta la perfección absoluta en la entrega. Y lo voy a hacer. Le he ocultado la hora para que el alma no tiemble a causa del miedo; o, más que el alma, la carne. Su muerte será como la de una flor que un atardecer cierra su corola pensando abrirla al día siguiente, pero que no la vuelve a abrir porque el beso de la noche le ha aspirado la vida. Además, lo haré, según su deseo, de forma que su sueño de muerte preceda en pocos días al mío; para no hacer esperar en el Limbo a esta primera virgen mía; para encontrarla enseguida en cuanto muera Yo.

¡No lloréis! Soy el Redentor... Fijaos cómo esta joven santa, que no se limitó al hosanna inmediatamente después del milagro, sino que, cumplido éste, como moneda que puede producir intereses, ha sabido trabajarlo, pasando de la gratitud humana a la sobrenatural, del deseo terreno al ultraterreno, mostrando poseer una madurez de espíritu superior a la de casi todos - digo "casi", pues entre vosotros que me estáis oyendo hay niveles de perfección iguales e incluso superiores -; fijaos, digo, cómo no me ha pedido seguirme, antes bien, ha manifestado su deseo de cumplir su evolución - de niña a ángel - en el secreto de su casa. Bueno, pues, siento tanto amor por ella, que en las horas de amargura, causadas por lo que el mundo es, evocaré a esta dulce criatura y bendeciré al Padre, que me enjuga con estas flores de amor y pureza las lágrimas y sudores de Maestro de un mundo que no me recibe.

Bien, pues - si tenéis el coraje de perseverar como discípulas escogidas -, he aquí que os señalo la tarea que debéis cumplir para justificar vuestra elección y presencia conmigo y con los santos del Seor.

Mucho podéis hacer en ayuda de vuestros semejantes y de los ministros del Señor. Ya se lo dejé entrever a María de Alfeo hace muchos meses. ¡Cuánta necesidad de la mujer ante el altar de Cristo! Una mujer puede - mucho más y mejor que el hombre - tratar las infinitas miserias del mundo, que luego pasarán al hombre para su completa curación. Se os abrirán muchos corazones, especialmente femeninos, a vosotras, mujeres discípulas; los acogeréis como a amados hijos extraviados que vuelven a la casa paterna y que no tienen el coraje de ponerse ante su padre; infundiréis nueva fuerza al culpable, aplacaréis al que condena. Muchos se acercarán a vosotras buscando a Dios: los acogeréis como a fatigados peregrinos, diciendo: "Ésta es la casa del Señor, Él vendrá enseguida", y, entretanto, los circundaréis de vuestro amor: si no llego Yo, llegará un sacerdote mío.

La mujer sabe amar, está hecha para el amor. Envileció, sí, el amor haciéndolo deseo del sentido, pero, en el fondo de su carne, atrapado vive aún el *verdadero* amor, la gema de su alma: el amor que no sabe del lodo acre del sentido, el amor hecho de alas y perfumes angélicos, de llama pura, de recuerdos de Dios y de su procedencia de Dios, de recuerdos de que es obra creada por Él. La mujer es la obra maestra de la bondad junto a la obra maestra de la creación, que es el hombre: "Que tenga Adán ahora una compañera para que no se sienta solo". La mujer no debe abandonar a Adán. Aprovechad, pues, esta facultad de amar. Amad con ella al Cristo y, por El, al prójimo.

Sed plena caridad para con los culpables arrepentidos; decidles que no tengan miedo de Dios. ¿Cómo no habríais de saber hacerlo vosotras, que sois madres y hermanas? ¿Cuántas veces vuestros pequeñuelos, vuestros hermanitos, estuvieron enfermos y tuvieron necesidad del médico! Y tenían miedo. Pero vosotras, con caricias y palabras de amor, les quitasteis el miedo; y ellos, con su manita en la vuestra, recibieron vuestros cuidados, perdido ya el terror que tenían. Los culpables son vuestros hermanos e hijos enfermos que temen la mano del médico y su sentencia... No, no ha de ser así; vosotras que sabéis lo bueno que es Dios decid que Dios es bueno y que no hay que tenerle miedo. A pesar de que, en tono firme y tajante, dirá: "No volverás a hacer esto jamás", no arrojará de su presencia a aquel que consumó el hecho y enfermó, sino que le asistirá para curarle.

Sed madres y hermanas con los santos, que también necesitan amor. Ellos se fatigarán, se consumirán en la evangelización. Los desbordará la cantidad de cosas que tendrán que hacer. Ayudadlos vosotras con discreción y diligencia. La mujer sabe trabajar, en la casa, sirviendo a las mesas, con las camas, en los telares y en todo aquello que es necesario para la vida cotidiana. El futuro de la Iglesia será un continuo dirigirse de los peregrinos a los lugares de Dios; sed vosotras sus pías hospederas, asumiéndoos los trabajos más humildes para dejar libres a los ministros de Dios para continuar la obra del Maestro. Vendrán tiempos difíciles, sangrientos, crueles. Los cristianos - incluso los santos - vivirán horas de terror, de debilidad. El hombre no es nunca muy fuerte en el sufrimiento; en cambio, la mujer posee respecto al hombre esta verdadera regalidad del saber sufrir: enseñad esta cualidad al hombre, sosteniéndole en estas horas de temor, de abatimiento, de lágrimas, de cansancio, de sangre. En nuestra historia tenemos ejemplos de magníficas mujeres que supieron cumplir actos de audacia liberadora. Tenemos a Judit, a Yael. De todas formas - debéis creerlo - ninguna es mayor, por ahora, que la madre ocho veces mártir (siete en sus hijos y una en sí misma) del tiempo de los Macabeos. Pero ha de venir otra, a la que seguirán muchas mujeres heroínas del dolor y en el dolor, consuelo de mártires, mártires ellas mismas, ángeles de los perseguidos; mujeres que, cual mudas sacerdotisas, predicarán a Dios con su modo de vivir y que, sin más consagración que la recibida del Dios-Amor, serán verdaderamente personas consagradas y dignas de serlo.

Éstos son, a grandes rasgos, vuestros principales deberes. No voy a disponer de mucho tiempo para vosotras en particular; os formaréis oyéndome, profundizaréis en vuestra formación bajo la guía perfecta de mi Madre.

Ayer, esta mano materna - Jesús coge con su mano la mano de María - ha conducido a mí a la niña de que os he hablado, la cual me dijo que el solo hecho de escucharla y de estar unas pocas horas a su lado le había servido para madurar el fruto de la gracia recibida, llevándolo a la perfección. No es la primera vez que mi Madre trabaja para el Cristo, su Hijo. Tú y tú, primos míos además de discípulos, sabéis lo que María significa para la formación de las almas en Dios, y se lo podréis decir a quienes - hombres o mujeres - sientan el temor de no haber sido preparados por mí para la misión, o de una insuficiente preparación, cuando Yo ya no esté con vosotros.

Mi Madre estará con vosotros ahora y cuando Yo no esté; y después, una vez que me haya marchado definitivamente. Ella os queda, y con Ella la Sabiduría en todas sus virtudes; seguid desde ahora todos sus consejos.

Ayer noche, ya solos, estando sentado al lado de mi Madre, como cuando era niño, con mi cabeza apoyada sobre ese hombro suyo tan dulce y fuerte, me dijo - habíamos estado hablando de la jovencita que se había puesto en camino en las primeras horas de la tarde llevándose en su corazón virginal un sol más radiante que el del firmamento: su secreto santo -, me dijo: "¡Qué dulce es ser la Madre del Redentor!".

Sí, qué dulce es cuando la criatura que al Redentor se acerca es ya una criatura de Dios, una criatura en que la única mancha es la de origen - la cual no puede ser lavada sino por mí - y todas las otras manchas de imperfección humana han sido lavadas por el amor. Sí, dulce Madre mía, purísima Guía de las almas hacia tu Hijo, Estrella santa de orientación, Madre suave de los santos, compasiva Criadora de los más pequeños, saludable Cura de los enfermos; sí, pero no siempre vendrán a ti estas

criaturas que no contrastan con la santidad: lepras y horrores y hedores y amasijo de serpientes en torno a cosas inmundas se arrastrarán hasta tus pies, ¡oh Reina del género humano!, para gritarte: "¡Piedad! ^Socórrenos! ¡Llévanos a tu Hijo!". Entonces habrás de poner esta cándida mano tuya sobre las llagas, inclinarte con tus ojos de paloma paradisíaca hacia las deformidades infernales, aspirar el hedor del pecado, y no huir, antes al contrario, acoger en tu corazón a estos mutilados a causa de Satanás, a estos abortos, a esta podredumbre humana, y lavarlos con el llanto, y traerlos a mí... Entonces dirás: "¡Qué difícil es ser la Madre del Redentor!". Pero tú lo harás, porque eres la Madre... Beso y bendigo estas manos tuyas que tantas criaturas traerán a mí. Cada una será una gloria mía; aunque, antes que mías, Madre santa, tuyas serán estas glorias.

Vosotras, amadas discípulas, seguid el ejemplo de mi Maestra, y de Santiago y Judas, y de todos aquellos que quieran formarse en la gracia y en la sabiduría. Seguid su palabra: es la mía, pero más dulce; nada que añadir a ella, porque es la palabra de la Madre de la Sabiduría.

Y vosotros, amigos míos, sabed tener de las mujeres la humildad y la constancia. Deponiendo la soberbia propia del varón, no despreciéis a las mujeres discípulas, sino, más bien, templad vuestra fuerza - podría incluso añadir "vuestra dureza e intransigencia" - en contacto con la dulzura de las mujeres; pero, sobre todo, aprended de ellas a amar, creer y sufrir por el Señor, pues en verdad os digo que ellas, las débiles, serán las más fuertes en la fe, amor y audacia, en el sacrificio por su Maestro, al que aman con total integridad de sí mismas, sin pedir ni pretender nada, satisfechas sólo de amar para darme conforte y alegría.

Id ahora a vuestras casas o a las en que estáis alojados. Yo me quedo aquí con mi Madre. Dios sea con vosotros.

Se marchan todos excepto Marta.

-Quédate tú, Marta. Ya he hablado con tu sirviente. Hoy no hospeda Betania, sino la pequeña casa de Jesús. Ven. Comerás con María y dormirás en el cuarto pequeño que está al lado del suyo. El espíritu de José, conforte nuestro, te confortará mientras duermes, y mañana volverás a Betania más fuerte y más segura, a preparar también allí a mujeres discípulas, en espera de la otra, que tú y Yo amamos más. No dudes, Marta. Nunca prometo en vano. Ahora bien, para transformar un desierto lleno de víboras en un huerto paradisíaco, se requiere tiempo... El primer trabajo no se ve; parece como si nada hubiera cambiado... y sin embargo, la semilla está ya depositada; todas las semillas. Luego vendrá la lluvia del llanto y las abrirá... y los árboles buenos crecerán. ¡Ven! ¡No llores más!

## 158

## En el lago de Genesaret con Juana de Cusa.

Jesús está en el lago, en la barca de Pedro, que va detrás de otras dos barcas: una de ellas, normal, de pesca, gemela de la de Pedro; otra, graciosa, rica, de recreo, la de Juana de Cusa; pero la dueña no va en ella, sino que está a los pies de Jesús en la tosca barca de Pedro. Yo diría que han coincidido en un punto de la orilla florida de Genesaret (hermosísima con la primera manifestación de la primavera palestina, que esparce sus nubes de almendros en flor y deposita perlas de futuras flores en perales y manzanos, granados, membrilleros...) todos, todos los más ricos y delicados árboles, en flores y frutos. Cuando la barca acaricia una determinada zona de la orilla, bajo el sol ya aparecen los millones de capullos que están engrosándose en las ramas en espera de florecer, mientras los pétalos de los almendros precoces revolotean, cual mariposas, en el aire quieto, hasta posarse sobre las claras olas.

Las orillas - entre los tallitos de hierba nueva que parece seda de un color verde alegre - están rociadas de ojos de oro de ranúnculos, de estrellas radiadas de pequeñas margaritas; junto a éstas, erguidas sobre su pedúnculo, como reinecitas coronadas, sonríen leves, pacíficas como iris infantiles, las miosotas sutiles, celestes, delicadísimas, que parecen decir "sí, sí" al Sol, al lago, a su hermana hierba, y que se sienten contentas de florecer (y de florecer ante los ojos cerúleos de su Señor).

En este comienzo de primavera, el lago no presenta todavía esa riqueza triunfante de los siguientes meses; no tiene todavía ese fasto suntuoso - hasta sensual, diría - de los millares de rosales rígidos o flexuosos que forman mata en los jardines o velo en los muros; de los millares de corimbos de los codesos y de las acacias; de los millares de filas de nardos en flor; de los millares de estrellas enceradas de los agrios; de todo este entremezclarse de colores, de perfumes violentos, delicados, embriagadores, que se presentan ante el frenesí humano de gozar y lo estimulan, un frenesí que profana, demasiado, este rincón de la Tierra tan puro como es el lago de Tiberíades, lugar elegido desde el comienzo de los siglos para teatro del mayor número de prodigios de Jesús, Señor nuestro.

Juana está mirando a Jesús, que está ensimismado en la gracia de su lago galileo. El rostro de ella sonríe repitiendo como espejo fiel la sonrisa de Él.

En las otras barcas van hablando, aquí hay silencio; el único ruido es el rumor sordo de los pies desnudos de Pedro y Andrés, que regulan las maniobras de la barca, y el suspiro del agua que la proa va abriendo, y que susurra su dolor en los lados de la barca, para después transformarse en risa en la popa, cuando la herida se cierra formando una estela argentina que el sol enciende como polvo diamantino.

Pasado este tiempo, Jesús deja su contemplación. Vuelve su mirada hacia su discípula. Le sonríe. Le pregunta:

-Hemos llegado casi, ¿no? Dirás que tu Maestro es un compañero muy poco afable, no te he dirigido ni una palabra.

-Pero las he leído en tu rostro, Maestro, y he oído todo lo que decías a las cosas que nos rodean.

-¿Y qué es lo que les decía?

-Amad, sed puras, sed buenas, porque venís de Dios y de su mano nada salió malo o impuro.

-Has leído bien.

-Señor mío, las hierbas lo hacen y los animales también; ¿por qué no lo hace el hombre, que es el más perfecto?

Porque el diente de Satanás ha entrado sólo en el hombre; su pretensión ha sido destruir al Creador en su mayor prodigio, en el más semejante a Él.

Juana agacha la cabeza y medita. Da la impresión de ser una persona que no afronta algo o que vacila entre dos tendencias opuestas. Jesús la observa. A1 final, levanta la cabeza y dice:

-Señor, ¿tendrías inconveniente en conocer a unas amigas mías paganas? Ya sabes que Cusa es de la Corte; y Herodes y Herodías, sobre todo ella, que es la verdadera dueña de la Corte y a cuya voluntad se someten todos los deseos de Herodes, por... moda, por mostrarse más refinados que los demás palestinos, para ser protegidos por Roma adorando a Roma y a todo lo romano, se muestran complacientes con los romanos de la casa proconsular y casi nos los imponen. Verdaderamente debo decir que no son mujeres peores que nosotras; también entre nosotras, en estas orillas, hay algunas que han caído muy bajo. ¿Y de qué podemos hablar, si no hablamos por Herodías?... Cuando perdí a mi criatura y enfermé, fueron muy buenas conmigo. Además no las había buscado. Luego la amistad ha seguido. Pero, si me dices que no es correcto, la disuelvo. ¿No? Gracias, Señor. Anteayer estaba en casa de una de estas amigas. Por mi parte era una visita de amistad; por parte de Cusa era una visita obligada. Era una orden del Tetrarca, que.., quisiera volver aquí y que no se siente demasiado seguro, y entonces... quiere estrechar vínculos más interesados con Roma para tener cubiertas las espaldas. Bueno, incluso... ¿Tú eres pariente del Bautista, verdad?; bueno, pues te ruego que le digas que no se fíe demasiado, que no abandone nunca las fronteras de Samaria, o, mejor, si no siente repulsa, que se oculte allí un tiempo. La serpiente se acerca al cordero y el cordero tiene mucho de qué temer; de todo. Que esté atento, Maestro. Que no se sepa que lo he dicho yo, porque significaría el fin de Cusa.

-No te preocupes, Juana. Le advertiré al Bautista a través de un medio eficaz, sin que perjudique a nadie.

-Gracias, Señor. Deseo servirte... lo que pasa es que no quisiera que ello creara extorsiones a mi marido. La verdad es que... no siempre voy a poder ir contigo; algunas veces tendré que quedarme en casa porque él así lo desea, y es razonable.

-Sí, te quedarás, Juana; lo comprendo todo. No sigas hablando, que no es necesario.

-Pero, en los momentos de mayor peligro para ti, ¿me querrás a tu lado?

-Sí, Juana, por supuesto.

-¡Cuánto peso el tener que decir esto, y el hecho mismo de decirlo! Ahora me siento aliviada.

-Si tienes fe en mí, vivirás un consuelo continuo. Pero... me estabas hablando de una amiga tuya romana.

-Sí. Es amiga íntima de Claudia. Creo que incluso son parientes. Tendría interés en hablar contigo, por lo menos en escucharte. Y no es ella sólo. Además, ahora que has curado a la niña de Valeria - la noticia ha llegado a la velocidad del relámpago - su interés es mayor. La otra noche, en un banquete, había muchas voces a favor y muchas en contra de ti. Había también algunos herodianos y saduceos - aunque lo negarían sí se lo preguntasen - y también mujeres... ricas y... y no honestas. Estaba - siento decirlo porque sé que eres amigo de su hermano -, estaba María de Magdala, con su nuevo amigo y con otra mujer, griega creo, tan licenciosa como ella. Ya sabes cómo hacen los paganos, ¿no? Las mujeres se sientan a la me-sa con los hombres. Bueno esto es muy... muy... ¡Oh, qué situación más violenta! Mi amiga, que es una mujer delicada, me eligió como compañero a mi propio marido, lo cual me significó un gran alivio. Pero las otras... Bien, pues se hablaba de ti, porque impresionó el milagro que hiciste a Faustina. Los romanos mostraban admiración hacia ti como un gran médico y mago - perdona, Señor -, pero los herodianos y saduceos escupían veneno contra tu Nombre. Y María... ¡qué horror, María!... Empezó con burlas y luego... No, no quiero decirte esto. Estuve llorando toda la noche.

-¡Déjala! ¡Sanará!

-¡No, no, si está sana!

-En cuanto al cuerpo; lo demás está todo intoxicado. Pero sanará.

-Si Tú lo dices... Ya sabes cómo son las romanas... Sus palabras fueron: "No nos asustan las brujerías, ni creemos en fábulas. Queremos juzgar por nosotras mismas"; y luego a mí me dijeron: "¿No podríamos oírle hablar?"

-Diles que al final de la luna de Sabat estaré en tu casa.

-Se lo diré, Señor. ¿Crees que se acercarán a ti?

-En ellas hay todo un mundo que rehacer. Lo primero es derribar, luego edificar. No es imposible. Ahí está tu casa, Juana, el jardín; trabaja en ella para tu Maestro como te he dicho. Adiós, Juana. El Señor sea contigo. Yo te bendigo en su nombre.

La barca se arrima. Juana dice en tono de ruego:

-¿Entonces no pasas siquiera?

-Ahora no. Debo reavivar las llamas. En unos pocos meses de ausencia casi se han apagado. Y el tiempo vuela.

La barca se detiene en el recodo que penetra en el jardín de Cusa. Unos domésticos acuden para ayudar a su señora a bajar. La barca de Juana - ya Juan, Mateo, el Iscariote y Felipe la han dejado para subir a la de Pedro - está detrás de la de Pedro en el embarcadero, la cual luego se separa lentamente y reanuda su navegación hacia la orilla opuesta.

## 159

## Discurso en Guerguesa. La respuesta sobre el ayuno a los discípulos de Juan el Bautista.

Jesús está hablando en una ciudad que no he visto nunca; al menos eso me parece (téngase en cuenta que en cuanto al estilo son todas más o menos iguales y, a primera vista, es difícil diferenciarlas). También aquí una calle bordea el lago, y hay barcas sacadas a la orilla. Del otro lado de la calle están, alineadas, las casas, más o menos grandes. Aquí las colinas están mucho más distantes, así que es una ciudad edificada en una riente llanura, que se prolonga por la orilla oriental del lago. La resguarda

del viento el baluarte de los montes. Bien templada, por tanto, por el sol, que aquí, más que en otros campos, aumenta la floración de los árboles.

Parece que ya ha empezado Jesús su discurso, porque oigo:

-...Es verdad. Decís: "No te abandonaremos nunca porque sería abandonar a Dios". ¡Oh, pueblo de Guerguesa, recuerda que nada hay más mutable que el pensamiento humano! Estoy convencido de que en este momento realmente pensáis así. Mi palabra y el milagro realizado os han exaltado en este sentido y ahora sois sinceros en lo que decís. Pero quisiera recordaros un episodio - mil podría citar, lejanos y cercanos -. Os cito éste sólo.

Josué, siervo del Señor, antes de morir, reunió en torno a sí a todas las tribus con sus ancianos, príncipes, jueces y magistrados, y les habló en presencia del Señor, recordándoles a todos los beneficios y los prodigios operados por el Señor a través de su siervo. Y, tras haber enumerado todas estas cosas, los invitó a repudiar a todos los dioses que no fueran el Señor, o, cuanto menos, a ser auténticos en la fe, eligiendo con sinceridad o al verdadero Dios o a los dioses de Mesopotamia y de los amorreos, de modo que hubiera una neta separación entre los hijos de Abraham y los paganizantes.

Es preferible siempre un error valiente a una hipócrita profesión y mezcla de fes: para Dios, infamia; para los espíritus, muerte. Nada más fácil y común que esas mezcolanzas. La apariencia es buena, pero por debajo está la sustancia, que no es buena. Aún hoy, hijos, aún hoy. Esos fieles que mezclan la observancia de la Ley con lo que la Ley prohíbe; esos desdichados que caminan dando tumbos, como los borrachos, entre la fidelidad a la Ley y las ganancias de los negocios, y viven comprometidos con quienes están al margen de la ley, de quienes esperan alguna ventaja; esos sacerdotes o escribas o fariseos que ya no tienen por finalidad de la propia vida el servicio a Dios, sino que éste se ha convertido en una astuta política para triunfar sobre los demás, se ha convertido en poder - y nada más contra sus semejantes - más honestos que ellos -, porque sirven no a Dios sino a un poder que se presenta ante sus ojos fuerte y precioso para sus fines... ésos son sólo hipócritas que mezclan a nuestro Dios con dioses extranjeros.

El pueblo respondió a Josué: "¡Jamás abandonaremos al Dios verdadero para servir a dioses extranjeros!". Y Josué les dijo lo que Yo a vosotros hace un momento acerca del santo celo del Padre, acerca de su voluntad de ser amado con exclusividad, con la totalidad de nosotros mismos, y acerca de su justicia cuando castiga a los embusteros.

-¡Castigar!... Sí, Dios, de la misma forma que puede favorecer, puede castigar. Antes de morir se puede recibir premio o castigo. ¡Mira, pueblo hebreo, mira cómo Dios - después de haberte dado tanto liberándote de los faraones, conduciéndote ileso a través del desierto y entre insidias de enemigos, permitiéndote que llegaras a ser una nación grande y temida y rica en glorias - te ha castigado por tus culpas: una, dos, diez veces! ¡Mira en qué estado te encuentras! Y Yo, que veo que te estás hundiendo en la más sacrílega de las idolatrías, veo también el abismo por el que te vas a despeñar por persistir en las mismas culpas. Y por esto te llamo, pueblo que eres dos veces mío (por ser el Redentor y por haber nacido de ti). Esta llamada mía, aunque sea severa, no es odio ni rencor ni intransigencia, es amor.

Josué dijo entonces: "Sois testigos de que habéis elegido al Señor", y todos respondieron: "Sí". Y Josué, que era sabio además de valeroso, sabiendo cuán lábil es la voluntad del hombre, escribió en el libro todas las palabras de la Ley y de la alianza y las puso en el templo; y puso también, en este santuario del Señor, en Siquem, que contenía a la sazón el Tabernáculo, una voluminosa piedra como testimonio; luego dijo: "Esta piedra, que ha oído las palabras que habéis dirigido al Señor, quedará aquí como testimonio, para que no podáis retractaros y mentir al Señor Dios vuestro".

El hombre, el rayo o la erosión de las aguas y del tiempo pueden siempre pulverizar una piedra por grande y dura que sea. Pero Yo soy la Piedra angular y eterna y no puedo ser destruido. No le mintáis a esta Piedra viva, no la améis por el sólo hecho de que realice prodigios; amadla porque por ella tocaréis el Cielo. Yo os quisiera más espirituales, más fieles al Señor. No digo a mí. Mi única razón, aquí, es que soy la Voz del Padre. Ultrajándome, herís a aquel que me ha enviado. Yo soy el medio; Él, el Todo. Recoged de mí y conservad en vosotros lo santo para alcanzar a este Dios. No améis sólo al Hombre, amad al Mesías del Señor no por los milagros que hace, sino porque desea obrar en vosotros el milagro íntimo y sublime de vuestra santificación.

Jesús imparte su bendición y se encamina hacia una casa.

Ya casi en el umbral de la puerta, un grupo de ancianos lo detiene; lo saludan respetuosamente y dicen:

-¿Podemos preguntarte una cosa, Señor? Somos discípulos de Juan. Siempre habla de ti. Ha llegado a nuestros oídos la fama de tus prodigios. Así que hemos querido conocerte. Ahora bien, oyéndote, se nos ha planteado una pregunta que desearíamos proponerte.

-Exponedla. Si sois discípulos de Juan estaréis ya en el camino de la justicia.

-Has dicho, hablando de las idolatrías comunes en los fieles, que en medio de nosotros hay personas que trafican entre la Ley y los que no siguen la Ley. Ahora bien, Tú también eres amigo de éstos últimos - sabemos, en efecto, que no rechazas a los romanos -. ¿Entonces?

-No lo niego, pero ¿acaso podéis afirmar que lo haga para obtener de ellos algún provecho? Ni siquiera busco su protección. ¿O podéis, acaso, afirmar lo contrario, porque los trate con benignidad?

-No, Maestro, estamos de ello más que seguros, pero el mundo no está hecho sólo de nosotros, que queremos creer solamente en el mal que vemos y no en el de que se nos habla. Explícanos las razones que pueden fundar este acercamiento a los gentiles; hazlo para instrucción nuestra y para que te podamos defender, si alguien te calumnia en nuestra presencia.

-Estos contactos son malos cuando la finalidad es humana, no lo son cuando la intención es llevarlos al Señor Dios nuestro. Así actúo Yo. Si fuerais gentiles, podría detenerme a explicaros cómo todo hombre procede de un único Dios; pero sois hebreos, y además discípulos de Juan; sois, por tanto, la flor de los hebreos, y no es necesario que os lo explique. Estáis, pues, ya en condiciones de entender y creer que, siendo el Verbo de Dios, es mi deber llevar su Verbo a todos los hombres, hijos del Padre universal.

-Pero no son hijos, porque son paganos...

-Por lo que se refiere a la Gracia no lo son; por su errada fe no lo son: esto es verdad; pero, hasta que no os haya redimido, el hombre - incluyo al hebreo - ha perdido la Gracia, está privado de ella, porque la Mancha de origen es obstáculo para que el rayo inefable de la Gracia descienda a los corazones. De todas formas, por la creación el hombre es siempre hijo. De Adán, cabeza de toda la humanidad, proceden tanto los hebreos como los romanos; y Adán es hijo del Padre, que le dio su semejanza espiritual.

-Es verdad. Otra pregunta, Maestro. ¿Por qué los discípulos de Juan hacen grandes ayunos y los tuyos no? No decimos que Tú no tengas que comer - también el profeta Daniel, aun siendo grande en la corte de Babilonia, fue santo a los ojos de Dios, y Tú eres superior a él -, pero ellos...

-La cordialidad obtiene muchas veces lo que no se consigue con el rigorismo. Algunos no se acercarían jamás al Maestro, debe ser el Maestro quien vaya a ellos; otros sí se acercarían, pero se avergüenzan de hacerlo en público: también a ellos debe ir el Maestro. Y, puesto que me dicen: "Sé huésped mío para poderte conocer", acepto, teniendo presente no el placer de una mesa opulenta o el placer de los discursos - que a veces me resultan muy penosos - sino una vez más y siempre el interés de Dios. Esto por lo que respecta a mí. Frecuentemente al menos una de las almas con las que tengo contacto de esta manera se convierte - toda conversión significa una fiesta nupcial para mi alma, una gran fiesta en la que participan todos los ángeles del Cielo, bendecida por el eterno Dios -, y mis discípulos, o sea, los amigos del Esposo, exultan con el Esposo y Amigo. ¿Os parecería lógico que mis amigos hicieran duelo mientras Yo exulto de gozo y estoy con ellos? Día llegará en que no me tendrán. Entonces ayunarán, y mucho. A nuevos tiempos, nuevos métodos. Hasta ayer, hasta Juan el Bautista, era el tiempo de la ceniza de la Penitencia; hoy - en mi hoy - se hace presente el dulce maná de la Redención, de la Misericordia, del Amor. Los métodos anteriores no podrían vivir injertados en el mío, como tampoco se habría podido usar el mío entonces - sólo ayer - porque la Misericordia todavía no estaba en la Tierra. Ahora sí que está. Ya no es el Profeta el que está en el mundo, sino el Mesías, en quien Dios ha delegado todo. A cada tiempo las cosas que le son útiles. Nadie cose un pedazo de paño nuevo en un vestido viejo, porque si lo hace - sobre todo al lavarlo - la tela nueva encoge y rompe la tela vieja, con lo cual el roto se hace todavía mayor. De la misma forma, nadie mete vino nuevo en odres viejos, porque el vino rompe los odres, que no son capaces de soportar la efervescencia del vino nuevo, los desgarra y se derrama. Por el contrario, el vino viejo, que ya ha sufrido todas las mutaciones, hay que meterlo en odres viejos, y el nuevo en nuevos, para que a una fuerza se oponga otra igual. Esto es lo que sucede ahora: la fuerza de la nueva doctrina aconseja métodos nuevos para difundirla, y Yo, conocedor como soy, los uso.

-Gracias, Señor. Ahora estamos satisfechos. Ruega por nosotros. Somos odres viejos. ¿Seremos capaces de contener tu fuerza?

-Sí, porque habéis sido curtidos por Juan el Bautista, y porque sus oraciones, unidas a las mías, os darán la necesaria capacidad. Marchaos con mi paz y decidle a Juan que lo bendigo.

-Pero Tú ¿qué piensas, que es mejor permanecer con Juan o ir contigo?

-Mientras haya vino viejo, bebedlo, si ya a vuestro paladar le gusta su sabor; después... el agua putrefacta que en todas partes se encuentra os dará asco y entonces desearéis el vino nuevo.

-¿Crees que volverán a prender al Bautista?

-Sí. Sin duda. De todas formas ya le he enviado una misiva. Marchaos, marchaos, gozad de vuestro Juan mientras podáis, y hacedlo feliz; luego me amaréis a mí, aunque os resultará trabajoso, porque nadie que haya gustado el vino viejo desea de repente el vino nuevo, sino que dice: "El viejo era mejor". Efectivamente, Yo tendré sabores especiales, que os parecerán ásperos. No obstante, vuestro paladar, de día en día, irá apreciando su sabor vital. Adiós, amigos. Que Dios esté con vosotros.

## 160

## Encuentro con Gamaliel en el camino de Neftalí a Yiscala.

-¡Maestro! ¡Maestro! ¿Sabes quién nos precede? ¡E1 rabí Gamaliel! Está sentado con sus servidores en la sombra del bosque, protegido del viento. Es una caravana. Están asando un cordero. ¿Y ahora qué hacemos?

-Pues lo que queríamos hacer, amigos. Nosotros vamos por nuestro camino...

-Pero Gamaliel es del Templo».

-Gamaliel no es malo. No tengáis miedo. Voy Yo adelante.

-¡Voy también yo! - dicen al unísono los dos primos, todos los galileos y Simón. Sólo el Iscariote y un poco menos Tomás muestran pocas ganas de continuar el camino, pero siguen a los otros.

Unos metros todavía por un camino montañoso encajado entre las paredes boscosas del monte... Luego el camino gira y llega a una especie de pequeña meseta, a la que atraviesa, ensanchándose, para luego volver a estrecharse y a hacerse tortuoso bajo un techo de ramas entrelazadas. En el claro soleado del bosque, amparados por la sombra de las primeras hojas de los árboles, hay, bajo una rica tienda, un nutrido número de personas, y otros que, en un ángulo, están girando el cordero que tienen puesto sobre la llama.

¿Qué decir! ¡Gamaliel se cuida bien! Para un solo hombre que viaja - es decir, él - ha movilizado un regimiento de servidores con no sé cuánto equipaje. Ahora está allí, sentado, en el centro de su tienda: un telón extendido apoyado en cuatro palos dorados, una especie de baldaquino, bajo el cual hay unos asientos bajos cubiertos de cojines, y una mesa, que es una superficie montada sobre caballetes taraceados, aparejada con un finísimo mantel sobre el que los servidores disponen una valiosa vajilla. Gamaliel parece un ídolo: con las manos abiertas sobre las rodillas, rígido, hierático, parece una estatua. En torno a él, los servidores se mueven y giran de un lado para otro como mariposas. Él está en otras cosas, está pensando: los párpados

semicierran sus ojos severos; cuando los abre, dos oscurísimos ojos profundos y llenos de pensamiento se muestran en toda su severa belleza, a ambos lados de una nariz larga y fina, bajo una frente un poco calva de viejo, alta, signada por tres arrugas paralelas, con una gruesa vena azulada que dibuja casi una V en el centro de la sien derecha.

Los sirvientes se vuelven por el rumor de los pasos de los que llegan; también Gamaliel, el cual, al ver a Jesús, que viene el primero, hace un gesto de sorpresa y se pone en pie. Se acerca al límite de la tienda, pero no lo sobrepasa. Desde allí, con los brazos recogidos sobre el pecho, se inclina con gran reverencia. Jesús responde de la misma forma.

-¿Estás aquí, Rabí? - dice Gamaliel.

-Aquí estoy, rabí - responde Jesús.

-¿Se te puede preguntar a dónde te diriges?

-Con gusto te respondo: vengo de Neftalí y voy a Yiscala.

-¿A pie? Largo y penoso es el camino por estos montes. Te vas a cansar demasiado.

-Créeme, si me aceptan y prestan oído a mis palabras, todo cansancio cesa.

-Concédeme entonces, por una vez, que sea yo quien te proporcione descanso. El cordero ya está preparado. Habríamos dejado los restos a las aves, porque no acostumbro a llevármelos conmigo, así que no me supone ninguna dificultad invitaros a ti y a los tuyos. Soy amigo tuyo, Jesús. No te considero inferior a mí; antes al contrario, mayor.

-Lo creo. Acepto.

Gamaliel habla con un sirviente, que parece el primero en autoridad. Éste transmite la orden: prolongan la tienda y descargan de los muchos mulos que hay otros asientos para los discípulos de Jesús y otros objetos del servicio de mesa.

Traen las copas para la purificación de los dedos. Jesús, con la máxima majestuosidad, procede al rito mientras los apóstoles - observados con el rabillo del ojo, agudamente, por Gamaliel - lo hacen más mal que bien, excepto Simón, Judas de Keriot, Bartolomé y Mateo, más habituados a los refinamientos judaicos.

Jesús se ha puesto junto a Gamaliel, que está solo en uno de los lados de la mesa. Frente a Jesús, Simón Zelote. Después de la oración de ofrecimiento, recitada por Gamaliel con lentitud solemne, los sirvientes trinchan el cordero y lo distribuyen a los invitados, y llenan de vino las copas, o de agua de miel para quien lo prefiere.

-El azar nos ha reunido, Maestro. No me podía imaginar que te iba a encontrar, y menos aún dirigido a Yiscala.

-Me dirijo a todo el mundo.

-Sí. Eres el Profeta infatigable. Juan es el estable; Tú, el peregrino.

-Ello facilita a las almas el encontrarme.

-No diría yo lo mismo, porque si te mueves pierden tu pista.

-La pierden los enemigos, pero quienes desean acercarse a mí, porque aman la Palabra de Dios, me encuentran. No todos pueden venir al Maestro; por lo cual, el Maestro, deseoso de todos, va a ellos, haciendo así el bien a los buenos y evitando las conjuras de quienes le odian.

-¿Lo dices por mí? No te odio.

-No lo digo por ti. Pero, siendo justo y sincero como eres, podrás corroborar lo que acabo de decir.

-Sí, así es. De todas formas... es que nosotros los viejos te comprendemos mal.

-Sí. El viejo Israel me comprende mal. Por desgracia para él... y por propia voluntad.

-¡Nooo!

-Sí, rabí; no aplica su voluntad a entender al Maestro. Y quien se limita a eso todavía hace un mal relativo. Pero es que otros aplican su voluntad a entender mal y a alterar mi palabra para dañar a Dios.

-¿A Dios? ¡Él está por encima de las insidias humanas!

-Sí, pero toda alma que se desvía, o que es desviada - y desviar es alterar mi palabra y mi obra a sí mismo o a los demás - es un daño hecho a Dios en esa alma que se pierde: toda alma que se pierde es una herida infligida a Dios.

Gamaliel baja la cabeza y piensa con los ojos cerrados. Luego se aprieta la frente entre sus largos y delgados dedos con un movimiento involuntario de aflicción. Jesús lo escudriña con su mirada. Gamaliel levanta la cabeza, abre los ojos, mira a Jesús y dice:

-Pero Tú sabes que no soy uno de ellos.

-Lo sé, pero eres uno de los primeros.

-Sí, eso es verdad. Pero no es que no me aplique a entenderte. Lo que pasa es que tu palabra se detiene en mi mente y no va más abajo. La mente la admira, cual palabra de hombre docto, pero el espíritu...

-Pero el espíritu no puede recibirla, Gamaliel, porque tiene demasiados estorbos; que además son cosas ya inservibles. Viniendo de Neftalí, hace poco he pasado por un monte que sobresale de la cadena montañosa. He querido pasar por ese lugar para contemplar la belleza de los dos lagos de Genesaret y Merón desde lo alto, como los ven las águilas y los ángeles del Señor, para decir una vez más: "Gracias, Creador, por la belleza que nos concedes". Pues bien, mientras que toda la cadena es un fértil florecer, macollar, poblarse de hojas los prados, pomares, campos y bosques, mientras los laureles desprenden su aroma junto a los olivos, preparando ya la nieve de las mil flores, y el robusto roble parece hacerse más bueno porque se viste de las coronas de las clemátides y madreselvas... allí no, allí no hay floración ni fertilidad, ni de hombre ni de la naturaleza: todo esfuerzo del viento, todo esfuerzo de los hombres se malogra allí, porque las ruinas ciclópeas de la antigua Hatzor ocupan todo, y entre esas voluminosas piedras no puede sino crecer la ortiga y el espino y anidar la serpiente. Gamaliel...

-Comprendo. También nosotros somos escombros... Comprendo la parábola, Jesús. Pero... no puedo... no puedo cambiar de línea de actuación: las piedras están demasiado hincadas.

-Alguien en quien crees te dijo: "Las piedras se estremecerán cuando pronuncie mis últimas palabras". Pero, ¿por qué esperar a las últimas palabras del Mesías? ¿No tendrás remordimientos por no haberme querido seguir antes? ¡Oh, las

últimas!... Tristes palabras, si se trata de un amigo que muere y que hemos ido a escuchar demasiado tarde. Y mis palabras son más que las de un amigo.

-Tienes razón, pero no puedo. Espero ese signo para creer.

-No basta un rayo para remover un campo yermado; no lo recibe la tierra, sino sólo las piedras que la cubren. Trabaja al menos en removerlas, Gamaliel; si no, si continúan así, en lo profundo de ti, el signo no te llevará a creer.

Gamaliel calla, absorto. 'La comida termina.

Jesús se levanta y dice:

-Te doy gracias, Dios mío, por esta comida y por haber podido hablar al sabio. Y gracias a ti, Gamaliel.

-Maestro, no te vayas así. Temo que estés enfadado conmigo.

-¡Oh!, ¡no! Debes creerme.

-Entonces, no vayas. Yo me estoy dirigiendo a la tumba de Hillel. ¿Desdeñarías venir conmigo? Nos llevará poco tiempo porque tengo mulos y asnos para todos. Simplemente les quitamos los bastos. Los llevarán los sirvientes. Así te será más corto el camino en el trecho más duro.

-No sólo no desdeño ir contigo, sino que me siento honrado de ello y de ir a visitar la tumba de Hillel. Vamos pues.

Gamaliel da unas órdenes y, mientras todos se ponen a trabajar para desmontar el comedor provisional, Jesús y el rabí montan a caballo de una mula, y, al lado el uno del otro, avanzan por el camino escarpado, silencioso, en que suenan fuerte las pezuñas herradas.

Gamaliel guarda silencio: sólo dos veces le pregunta a Jesús si va cómodo en la silla. Jesús responde y calla luego, absorto en su pensamiento, hasta el punto de que no ve que Gamaliel, sujetando un poco a su mula, lo deja pasar adelante - la largura de un cuello –para estudiar todos sus movimientos. Los ojos del anciano rabí están tan atentos y fijos, que parecen los de un halcón al acecho de la presa. Pero Jesús no se da cuenta; va sereno, acompañando el paso ondulado de la cabalgadura; piensa; y, no obstante, advierte todos los detalles de lo que le rodea. Alarga una mano para coger un péndulo racimo de codeso de oro; sonríe a dos pajarillos que se están haciendo el nido en un tupido enebro; detiene la mula para escuchar a una curruca; hace un gesto de asentimiento, como bendiciendo, al grito im-paciente con que una tórtola salvaje insta a su compañero al trabajo.

-Quieres mucho a las plantas y a los animales, ¿no?

-Sí, mucho; es mi libro vivo. El hombre tiene siempre ante sus ojos los cimientos de la fe. El Génesis vive en la naturaleza. Y quien sabe ver sabe también creer. ¿Puede, acaso, esta flor de tan delicado perfume y delicada materia de sus colgantes corolas, y tan en con-traste con este espinado enebro y con aquella aulaga de punzantes hojas, haberse hecho sola? Y, mira allí, ¿puede, acaso, haberse hecho así, solo, aquel petirrojo, con esa pincelada de sangre seca en su blando cuello? ¿Y aquellas dos tórtolas?: ¿cómo van a haber podido pintarse ese collar de ónix sobre el velo de las plumas grises? ¿Y allí, esas dos mariposas?: una, negra con su dibujo de grandes ojos de oro y rubí; blanca con rayas azules la otra: ¿dónde habrán encontrado las gemas y cintas para sus alas? ¿Y este riachuelo?: es agua, sí, pero ¿de dónde proviene?, ¿cuál es la fuente primera del agua-elemento? ¡Ah, mirar quiere decir creer, si se sabe ver!

-Mirar quiere decir creer. Miramos demasiado poco al Génesis vivo que tenemos ante nuestros ojos.

-Demasiada ciencia, Gamaliel, y demasiado poco amor, y demasiada poca humildad.

Gamaliel suspira y menea la cabeza.

¯Bien, he llegado, Jesús. Allí está enterrado Hillel. Dejemos aquí las cabalgaduras y acerquémonos allí abajo. Un sirviente se hará cargo de las mulas.

Se apean. Atan a un tronco las bestias. Se encaminan hacia un pequeño sepulcro que se destaca en la ladera del monte al lado de un vasto edificio completamente cerrado.

-Aquí vengo a meditar, como preparación a las fiestas de Israel - dice Gamaliel señalando la casa.

-La Sabiduría te dé todas sus luces.

-Y aquí - y señala al sepulcro - para prepararme a la muerte: era un justo.

-Era un justo. Oro con gusto ante sus cenizas. Pero, Gamaliel, no sólo a morir debe enseñarte Hillel. Te debe enseñar a vivir.

-¿Cómo, Maestro?

-"E1 hombre es grande cuando se humilla": era su lema preferido…

-¿Cómo lo sabes, si no lo has conocido?

-Lo he conocido... Y, además, aunque no hubiera conocido personalmente a Hillel el rabí, su pensamiento lo hubiera conocido como de hecho lo conozco, porque nada ignoro del pensamiento humano.

Gamaliel inclina la cabeza y susurra:

-Sólo Dios puede decir esto.

-Dios y su Verbo. Porque el Verbo conoce al Pensamiento y el Pensamiento conoce al Verbo, y lo ama, comunicándose a Él con sus tesoros para hacerlo partícipe de sí. El Amor estrecha los lazos y hace de Ellos una sola Perfección. Es la Tríada que se ama y que divinamente se forma, se genera, procede y completa. Todo pensamiento santo ha nacido en la Mente perfecta y se refleja en la mente del justo. ¿Puede, entonces, el Verbo ignorar los pensamientos de los justos, que son los pensamientos del Pensamiento?

Oran largamente ante el sepulcro cerrado. Se llegan a ellos los discípulos y luego los sirvientes: los primeros, a caballo; los otros, bajo el peso de los equipajes. Pero se detienen en los lindes del prado que precede al sepulcro. La oración termina.

-Adiós, Gamaliel. Sube como Hillel.

-¿Qué quieres decir?

-Sube. Él te precede porque ha sabido creer más humildemente que tú. A ti la paz.

## 161

## Curación del nieto del fariseo Elí de Cafarnaúm

Jesús está llegando en barca a Cafarnaúm. El ocaso está muy próximo. Todo el lago es un cabrilleo amarillo-rojo.

Mientras las dos barcas realizan las maniobras para arrimarse a la orilla, Juan dice: -Voy enseguida a la fuente por agua para que puedas calmar tu sed.

Y Andrés exclama:

-El agua aquí es buena.

-Sí, es buena, y vuestro amor me la hace todavía mejor.

-Yo llevo el pescado a casa. Las mujeres lo prepararán para la cena. ¿Nos vas a hablar después a nosotros y a ellos?

-Sí, Pedro.

-Ahora volver a casa es más agradable. Antes parecíamos un grupo de nómadas; ahora, con las mujeres, hay más orden, más amor. ¡Y además... ver a tu Madre me quita inmediatamente el cansancio! No sé...

Jesús sonríe y guarda silencio.

La barca roza ya en la grava de la orilla. Juan y Andrés, vestidos solo con las camisolas cortas, saltan al agua y, ayudados por los mozos, tiran de la barca hacia la orilla, y para bajar ponen una tabla como puente. El primero en hacerlo es Jesús, que espera a que llegue a la orilla la segunda barca para unirse a todos los suyos. Luego se dirigen hacia la fuente caminando despacio: es una fuente natural, un manantial que está un poco fuera del pueblo. Brota un agua fresca, abundante, argentina, que va a caer a una pileta de piedra; es muy cristalina e invita a beber. Juan, que se ha adelantado corriendo con el ánfora, vuelve ya y ofrece a Jesús el cántaro, que todavía gotea. Jesús bebe copiosamente.

-¡Cuánta sed tenías, Maestro mío! Y yo, estúpido de mí, no me había procurado agua.

-No tiene importancia, Juan; ahora ya todo ha pasado - y le hace una caricia.

Ya van a volverse cuando ven que llega, a toda la velocidad de que es capaz, Simón Pedro, que había ido a casa a llevar su pescado.

-¡Maestro! ¡Maestro! -grita con el respiro entrecortado - El pueblo está revolucionado porque el único nieto de Elí el fariseo se está muriendo. Le ha mordido una serpiente. Había ido, precisamente con su abuelo - aunque contra la voluntad de su madre -, al olivar que tienen. Elí estaba vigilando unos trabajos mientras el niño jugaba al lado de las raíces de un viejo olivo; ha metido la mano en un agujero esperando encontrar una lagartija y ha encontrado esa serpiente. El anciano está como enloquecido. La madre del niño - que, dicho sea de paso, odia a su suegro, y con razón - le acusa de ser un asesino. El niño se está enfriando por momentos. Son parientes, pero no se han querido; ¡y más allegados que ellos...!

-¡Mala cosa los odios entre familiares!

-Maestro, yo digo, de todas formas, que es que las serpientes no han querido a la serpiente, o sea, a Elí, y le han matado a su serpientita. Siento que me haya visto, porque me ha gritado a mis espaldas preguntándome si estabas Tú. También lo siento por el pequeño; era un niño hermoso y no tiene la culpa de ser nieto de un fariseo.

-Sí, no tiene culpa de ello...

Dirigen sus pasos hacia el pueblo. En esto, ven que viene hacia ellos mucha gente gritando y llorando, encabezados por el anciano Elí.

-¡Ha dado con nosotros! ¡Regresemos!

-¿Por qué? Ese anciano está sufriendo.

-Recuerda que ese anciano te odia. Es uno de los primeros y más feroces acusadores tuyos ante el Templo.

-Lo que recuerdo es que soy la Misericordia.

E1 anciano Elí, despeinado, profundamente turbado, con todos sus indumentos en desorden, corre hacia Jesús, con los brazos tendidos hacia adelante, y se derrumba a sus pies gritando:

-¡Piedad! ¡Piedad! ¡Perdón! No te vengues de mi dureza en el inocente. ¡Sólo Tú puedes salvarlo! Dios, tu Padre, te ha traído aquí. ¡Yo creo en ti! ¡Te venero! ¡Te amo! ¡Perdón! He sido injusto, un embustero... Pero ya he recibido mi castigo. Estas horas son ya suficiente castigo. ¡Socórreme! ¡Es el varón, el único hijo de mi hijo varón ya difunto! Y ella me acusa de haberlo matado - y llora mientras golpea repetidas veces su cabeza contra el suelo.

-¡Ánimo! No llores de ese modo. ¿Es que quieres morir? No te podrás ocupar del crecimiento de tu nieto.

-¡Se está muriendo! ¡Se está muriendo! Quizás ya esté muerto. No te opongas a que muera yo también. Todo, menos vivir en esa casa vacía. ¡Oh..., qué tristes mis últimos días!

-Elí, levántate. Vamos...

-¿Vienes? ¿Vienes Tú? ¿Pero sabes quién soy yo?

-Un desdichado. Vamos.

El anciano se pone en pie y dice:

-Te precedo. ¡Corre, corre, no te demores! -y se marcha veloz a causa de la desesperación que le punza el corazón.

-Pero, Señor, ¿crees que lo vas a cambiar con esto? ¡Oh..., es un milagro desperdiciado! ¡Deja que muera esa serpientita! Se morirá también el viejo de un ataque al corazón, y... así uno menos se te cruzará en tu camino. Dios ha resuelto...

-¡Simón! En verdad te digo que ahora la serpiente eres tú.

Jesús rechaza severamente a Pedro, el cual se queda cabizbajo, pero sigue andando.

En la plaza más grande de Cafarnaúm hay una hermosa casa, delante de la cual hay mucha gente produciendo un verdadero estrépito... Jesús se dirige a esta casa. Estando ya para llegar, el anciano sale por la puerta, que está abierta de par en par, seguido de una mujer toda desgreñada que lleva estrechado entre sus brazos a una criaturita agonizante. El veneno ya paraliza los órganos, ya está cercana la muerte. La manita herida pende con la señal del mordisco en la base del dedo pulgar. Elí no hace sino gritar:

-¡Jesús! ¡Jesús!

Y Jesús, estrujado, rodeado por una multitud que se le echa materialmente encima, casi impedido en sus movimientos, coge la manita y se la lleva a la boca, succiona en la herida, sopla ligeramente en la carita cérea de ojos entrecerrados y vítreos; luego se endereza y dice:

-Ahora el niño se está despertando. No lo asustéis con esos rostros desencajados, que ya de por sí tendrá miedo por el recuerdo de la serpiente.

Así es. El pequeño, cuyo rostro se sonrosa, abre la boca emitiendo un prolongado bostezo, se restriega los ojillos, los abre y... se queda atónito al verse entre tanta gente. Luego le viene el recuerdo y trata de salir corriendo, dando un salto tan repentino que se habría caído si Jesús no hubiera estado preparado para recibirlo en sus brazos.

-¡Tranquilo, tranquilo! ¿De qué tienes miedo? ¡Mira qué bonito sol! Allí está el lago; allí, tu casa; aquí, tu mamá y tu abuelo.

-¿Y la serpiente?

-Ya no está. Estoy Yo.

-Tú. Sí...

El niño se para a pensar un poco. Luego - voz de la verdad inocente - dice:

-Me decía mi abuelo que te llamase "maldito", pero no lo quiero hacer; yo te quiero.

-¿Yo? ¿Yo he dicho esto? Este niño delira. No creas esto, Maestro. Yo te he respetado siempre. (Va desapareciendo el miedo y reemerge el viejo modo de ser).

-Las palabras tienen y no tienen valor; las tomo por lo que valen. Adiós, pequeño; adiós, mujer; adiós, Elí. Quereos, y queredme, si podéis.

Jesús se vuelve y se dirige hacia la casa en que reside.

-Maestro, ¿por qué no has hecho un milagro espectacular? Habrías debido mandar al veneno que saliera del niño, mostrarte Dios. Sin embargo, te has limitado a succionar el veneno como un pobre hombre cualquiera - Judas de Keriot está poco contento; quería una cosa espectacular.

También otros son de la misma opinión.

-Deberías haberle aplastado a ese enemigo con tu poder. ¿Has visto cómo enseguida ha vuelto a segregar veneno?

-No importa el veneno; considerad, más bien, que si hubiera actuado como queríais vosotros, habría dicho que me ayudaba Belcebú. Esa alma suya en estado calamitoso puede admitir mi potencia de médico, pero no más. El milagro conduce a la fe a quienes ya van por ese camino, mas en los que no tienen humildad - la fe prueba siempre la existencia de humildad en un alma - conduce a blasfemar; mejor, por tanto, evitar incurrir en este peligro recurriendo a formas de vistosidad humana. Es la miseria de los incrédulos, la incurable miseria; ninguna moneda la elimina, porque ningún milagro los lleva a creer ni a ser buenos. No importa: Yo, mi misión; ellos, su adversa ventura.

-¿Y entonces por qué lo has hecho?

-Porque soy la Bondad, y para que no se pueda decir que he usado venganza con los enemigos o que he provocado a los provocadores. Acumulo carbones sobre su cabeza, y ellos me los dan para que los acumule. Tranquilo, Judas de Simón. Tú trata de no hacer como ellos basta. Y basta. Vamos con mi Madre; se alegrará al saber que he curado a un pequeñuelo.

## 162

## Las conversiones humanas del fariseo Elí y de Simón de Alfeo

Jesús entra en una cocina muy espaciosa. Viene de una huerta que empieza a mostrar su fertilidad en todos los surcos. Las dos Marías ancianas (María Cleofás y María Salomé) están guisando para la cena.

-¡Paz a vosotras!

-¡Oh! Jesús! ¡Maestro!

Las dos mujeres se vuelven y lo saludan: una de ellas tiene en las manos un pez grande al que estaba -abriendo; la otra había descolgado del gancho un caldero lleno de verduras, porque quería ver cómo iba la cocción y todavía lo tiene en la mano. Sus rostros, buenos, ajados, sudorosos de lumbre y trabajo, sonríen de alegría; su contento parece hacerlos más jóvenes y hermosos.

-Dentro de nada está listo, Jesús. ¿Vienes cansado? ¡Tendrás hambre! -le dice su tía María, que usa con Él confidencia familiar y que lo quiere creo que más que a sus propios hijos.

-No más de lo habitual. De todas formas... sí, claro, comeré con gusto esos buenos alimentos que las dos me habéis preparado; como los demás, que ahí llegan.

-Tu Madre está en la habitación de arriba. ¿Sabes una cosa?... Ha venido Simón... ¡Esta noche estoy llena de contento! Bueno..., no, no del todo; ya sabes cuándo estaría contenta del todo.

-Sí, lo sé.

Jesús arrima hacia sí a su tía, la besa en la frente y le dice:

-Conozco tu deseo y tu envidia no pecaminosa respecto a Salomé. Pero llegará el día en que, como ella, podrás decir: "Todos mis hijos son de Jesús". Ahora subo donde mi Madre.

Sale, y sube la pequeña escalera exterior. Sale a una terraza que cubre una buena mitad del edificio; la otra mitad la constituye una vasta estancia de la que provienen sonoras voces de hombre y, a intervalos, la dulce voz de María, la límpida voz virginal, de doncella, no quebrada por los años, la misma voz que dijo: «He aquí la Sierva de Dios», y que cantaba la canción de cuna a su Niño.

Jesús se acerca sin hacer ruido, sonriendo al oír a su Madre decir: «Mi morada es mi Hijo y no siento pena por faltar de Nazaret; sólo cuando Él está lejos. Pero si está a mi lado... ¡oh, nada me falta! Y no temo por mi casa. Estáis vosotros...

-¡Mira! ¡Ahí está Jesús! - grita Alfeo de Sara, el cual, estando vuelto hacia la puerta, es el primero que ve a Jesús.

-Sí, aquí estoy. Paz a todos vosotros. ¡Mamá!

Besa a su Madre en la frente. Ella también lo besa. Luego se vuelve hacia los huéspedes que no esperaba ver ahí, y que son: su primo Simón, Alfeo de Sara, el pastor Isaac y aquel José que Jesús había recogido en Emaús después del veredicto del Sanedrín.

-Habíamos ido a Nazaret, y Alfeo nos dijo que había que venir aquí. Hemos venido. Alfeo nos ha querido acompañar, y también Simón» explica Isaac.

-No daba crédito a mis ojos, al ver que venía aquí - dice Alfeo.

-Yo también quería saludarte, estar un poco contigo y con María - concluye Simón.

-Pues Yo también me siento muy contento de estar con vosotros. He hecho bien no quedándome más, como querían los habitantes de Quedec. Había llegado a Quedec yendo de Guerguesa a Merón y desviándome luego hacia la otra parte.

-¿Vienes de allí!

-Sí. He vuelto a visitar los lugares en que ya había estado, e incluso he ido más lejos, hasta Yiscala.

-¡Cuánto camino!

-Pero, ¡cuánto he recogido! ¿Sabes, Isaac, que hemos estado con el rabí Gamaliel, que nos ha acogido con gusto y se ha comportado muy bien con nosotros? También he visto al arquisinagogo de Agua Especiosa. Viene también él. Lo pongo en tus manos. Bueno... y... y he conseguido otros tres discípulos...

Jesús sonríe abiertamente, dichoso.

-¿Quiénes son?

-En Corazín un anciano. Fui su benefactor en una ocasión, y el pobrecillo, que es un verdadero israelita sin recelos, para manifestarme su amor me había preparado ese terreno como labra la tierra un perfecto arador. Otro es un niño de cinco años o poco más, inteligente, gallardo; le había hablado ya también la primera vez que fui a Betsaida, y se acordaba mejor que los mayores. El tercero es un exleproso; lo curé cerca de Corazín, declinada ya la tarde de un día lejano, y luego me despedí de él. Bueno, pues he vuelto a verlo; va anunciándome por los montes de Neftalí, y, como pruebas de sus palabras, alza lo que le ha quedado de sus manos, que están curadas pero sin algunas partes, y muestra sus pies, también curados pero deformes, con los cuales camina mucho. La gente se da cuenta de lo enfermo que estaba por lo que de su cuerpo queda, y cree en sus palabras sazonadas de lágrimas de agradecimiento. Me ha sido fácil hablar allí, porque ya había quien me había dado a conocer, quien había conducido a otros a creer en mí; y he podido hacer muchos milagros. Mucho puede quien cree realmente...

Alfeo asiente en silencio, asiente continuamente con la cabeza. Simón, por su parte, sintiéndose implícitamente reprendido, la baja; Isaac está jubiloso, abiertamente, por la alegría de su Maestro, que ahora se dispone a hablar del milagro obrado poco antes en el pequeñuelo de Elí.

La cena ya está preparada y las mujeres, junto con María, aparejan la mesa en la habitación grande y llevan la comida, para, luego, retirarse abajo. Se quedan sólo los hombres. Jesús ofrece, bendice y distribuye la parte de cada uno.

Pero, en cuanto empiezan a comer, sube Susana y dice:

-Está aquí Elí con algunos siervos y con muchos regalos. Quisiera hablar contigo.

-Voy enseguida; o, mejor, que suba.

Susana sale de la habitación y vuelve al poco rato con el anciano Elí, al que acompañan dos siervos que traen un cesto de grandes dimensiones. Detrás, las mujeres - excepto María Santísima - ojean curiosas.

-Dios sea contigo, benefactor mío - saluda el fariseo.

-Y contigo, Elí. Entra. ¿Qué deseas? ¿Todavía no está bien tu nieto?

No, no, está muy bien! Salta por el huerto como un cabritillo. La cosa es que yo antes estaba tan aturdido, tan desconcertado, que he faltado a mi deber. Quiero mostrarte mi gratitud. Te ruego que aceptes esta nadería que te ofrezco. Un poco de comida para ti y los tuyos. Son productos de mis tierras. Y... quisiera... quisiera tenerte mañana en torno a mi mesa, para darte una vez más las gracias y para rendirte homenaje ante unos amigos. Maestro, no rehúses aceptar; si no aceptaras, pensaría que no me tienes afecto y que si has curado a Eliseo ha sido sólo por amor a él, no a mí.

-Gracias, pero no era necesario hacer regalos.

-Todos los grandes y doctos los aceptan. Es costumbre.

-Yo también. De todas formas, hay un presente, uno, que acepto con todo gusto; es más, lo busco.

-¿Cuál es?... Dímelo. Si puedo, te lo daré.

-Vuestro corazón. Vuestro pensamiento. Dádmelo. Es para vuestro bien.

-¡Sí, yo te lo consagro, Jesús bendito! ¿Lo puedes poner en duda? Me he comportado... sí... me he comportado injustamente contigo. Pero ahora lo he visto. Supe de la muerte de Doras, que te había ofendido... ¿Por qué sonríes, Maestro?

-Estaba recordando un hecho.

-Pensaba que era desconfianza respecto a lo que estaba diciendo.

-No, no. Sé que te impresionó la muerte de Doras, incluso más que el milagro de esta tarde. Te digo de todas formas que no temas a Dios, si realmente has comprendido y si realmente quieres de ahora en adelante ser amigo mío.

-Veo que eres un profeta verdaderamente. Yo... es verdad, temía más... fui a ti más por miedo a un castigo como el de Doras - y esta tarde he dicho: "Éste es el castigo, y más atroz, porque no ha herido a la vieja encina en su propia vida sino en su afecto, en su alegría de vivir, fulminándome la nueva encina en que yo me complacía" -, más por ello, que no por la desgracia sucedida. Comprendía que hubiera sido justo como para Doras...

-Comprendías que habría sido justo, pero todavía no creías en quien es bueno.

-Tienes razón, pero ya no más. He comprendido. Entonces, ¿vienes mañana a mi casa?

-Elí, había decidido partir para el alba, pero, para que no puedas pensar en un desprecio mío hacia ti, lo pospongo un día. Mañana estaré en tu casa.

-¡Oh, verdaderamente eres bueno! ¡Siempre lo recordaré!

-Adiós, Elí. Gracias por todo. Esta fruta es extraordinaria; estos pequeños quesos deben ser mantecosos; el vino, sin duda, bonísimo. Pero, podías habérselo dado todo a los pobres en mi nombre».

-También hay para ellos, si quieres: debajo, en el fondo. Era la ofrenda para ti.

-Pues esto lo vamos a distribuir mañana juntos; antes o después del convite, como prefieras. Descansa plácidamente, Elí.

-Tú también. Adiós.

Y se va con los siervos.

Pedro, que con toda una mímica en su rostro había extraído cuanto contenía la cesta para devolvérsela a los siervos, pone ahora la bolsa en la mesa, delante de Jesús, y, como concluyendo todo un discurso, dice:

-Y será la primera vez que ese viejo búho da limosna.

-Cierto - confirma Mateo - Yo era avaro, pero él me superaba; ha duplicado sus bienes a base de usura.

-Bien, pero si cambia... ¿Es bonito, no es cierto? - dice Isaac.

-Bonito, sin duda; y tiene todas las apariencias de ser así – asiente Felipe y Bartolomé.

-El viejo Elí convertido! ¡Ja! ¡Ja! ». (Pedro ríe con gusto).

Simón, el primo de Jesús, que hasta ahora ha estado pensativo, dice:

-Jesús, quisiera... quisiera seguirte. No como ellos, pero sí al menos como las mujeres. Déjame que esté con mi madre y la tuya. Todos te siguen... yo... yo soy un pariente... No pretendo un lugar entre ellos, pero sí al menos como buen amigo...

-¡Dios te bendiga, hijo mío! ¡Cuánto tiempo hacía que esperaba de ti esta palabra! - grita María de Alfeo.

-Ven. Ni rechazo ni fuerzo a nadie. Ni siquiera exijo todo a todos; tomo lo que me podéis dar. Es bueno que las mujeres no estén siempre solas cuando vayamos a regiones desconocidas para ellas. Gracias, hermano.

-Voy a decírselo a María - dice la madre de Simón, y termina: “Está abajo, en su cuarto, orando. Se pondrá muy contenta”....

Cae deprisa la tarde. Encienden una lámpara para bajar por escalera ya oscura en el crepúsculo; unos van hacia la derecha, otros a la izquierda, para dormir.

Jesús sale y va a la orilla del lago. El pueblo, sereno todo. Desiertas las calles, desierta la orilla. Nadie en el lago, en esta noche sin luna. Sólo estrellas en el cielo y murmullo de voces de la resaca contra los cantos de la orilla. Jesús sube a la barca, que está en la ribera. Se sienta. Apoya en el borde un brazo, reclina sobre éste la cabeza y permanece en esa posición. No sé si está pensando u orando.

Se llega hasta Él con mucha cautela Mateo:

-Maestro, ¿duermes? - pregunta en voz baja.

-No. Estoy pensando. Si no duermes, estate aquí conmigo.

-Me dio la impresión de que algo te turbaba y por eso he venido tras de ti. ¿No estás contento de tu jornada? Has tocado el corazón de Elí, has conquistado como discípulo a Simón de Alfeo...

-Mateo, tú no eres ingenuo como Pedro y Juan; eres un hombre sagaz e instruido. Sé también franco. Dime: ¿Te sentirías tú contento con estas conquistas?

-Bueno... Maestro... en cualquier caso, ellos son mejores que yo, y Tú aquel día me dijiste que te sentías muy dichoso porque me había convertido...

-Sí. Pero tú estabas realmente convertido; tu evolución hacia el bien era genuina. Venías a mí sin maquinaciones, por voluntad de espíritu. No es el caso de Elí... ni de Simón. El primero está tocado sólo superficialmente: el hombre-Elí ha recibido una fuerte impresión, no el espíritu-Elí, que está igual que siempre; una vez que haya desaparecido la efervescencia que en él han producido el milagro de Doras y el de su nieto, volverá a ser el Elí de ayer y de siempre. ¡Simón!... Simón también es todavía sólo un hombre. Si me hubiera visto insultado en vez de celebrado, su reacción habría sido de compasión hacia mí y, como siempre, me habría dejado. Esta tarde ha oído que un anciano, un niño, un leproso, saben hacer cosas que él no sabe hacer - él, que es de la familia -, ha visto, además que el orgullo de un fariseo se ha plegado ante mí, y ha decidido: "Yo también". Pero no son estas conversiones incitadas por consideraciones humanas las que me hacen feliz; antes bien, me desalientan. Quédate aquí conmigo, Mateo. No se ve la Luna en el cielo, pero, por lo menos, brillan las estrellas. En mi corazón esta noche no hay sino lágrimas. Sea tu compañía la estrella de tu afligido Maestro.

-Pues claro, Maestro. Si puedo... ¡No faltaría más! Lo que pasa es que yo soy siempre un gran desdichado, un pobre inepto. He pecado demasiado como para poderte agradar. No sé hablar, no sé todavía pronunciar las palabras nuevas, puras, santas; ahora que he dejado mi anterior lenguaje de fraude y lujuria. Y temo no ser capaz nunca de hablar contigo, ni de ti.

-No, Mateo; tú eres el hombre que lleva consigo toda su propia penosa experiencia de hombre; eres, por tanto, aquel que, por haber mordido el barro y por saborear ahora la miel celestial, está en condiciones de referir a los demás los dos

sabores, y ofrecer su verdadero análisis, y comprender, comprender, y hacerlo comprender a tus semejantes de ahora y de después. Y te creerán, precisamente por ser el hombre, el pobre hombre que por su voluntad viene a ser el hombre, el hombre justo soñado por Dios. Deja que Yo, el Hombre-Dios, me apoye en ti, humanidad que amo hasta el punto de dejar el Cielo por ti y de morir por ti.

-¡No, morir no! ¡No digas que por mí mueres!

-No sólo por ti, Mateo, sino por todos los Mateos de la tierra y de los siglos. Abrázame, Mateo. Besa a tu Cristo, por ti y por todos. Alivia mi cansancio de Redentor incomprendido; Yo te he aliviado el tu yo de pecador. Enjuga mi llanto... porque mi amargura, Mateo, se debe a ser comprendido por muy pocos.

-¡Oh..., Señor! ¡Sí! ¡Sí!...

Y Mateo, sentado junto a su Maestro, lo ciñe con un brazo... y lo consuela con su amor.

## 163

## Comiendo en casa del fariseo Elí de Cafarnaúm

Hay muchas cosas que hacer hoy en casa de Elí. Siervos y siervos que van y vienen, y, entre ellos - granujilla feliz -, el pequeño Eliseo. Aparecen dos personajes pomposos, y luego otros dos más; reconozco a los dos primeros: son los que habían ido con Elí a casa de Mateo. A los otros dos no los conozco, pero sí oigo sus nombres: Samuel y Joaquín. El último en llegar es Jesús, que viene con Judas Iscariote.

Grandes saludos recíprocos y luego la pregunta:

-¿Sólo con éste? ¿Y los otros?

-Están en la campiña. Regresan a la noche.

-Lo siento. Creía que fuera... Ayer por la tarde te invité sólo a ti, pero en ti estaban comprendidos todos los tuyos. Ahora me viene el temor de que se hayan sentido ofendidos, o... o que se desdeñen de venir a mi casa... por animosidades del pasado, claro». (El anciano ríe).

-¡No, no! Mis discípulos no conocen susceptibilidades de orgullo ni rencores incurables.

-¡Claro, claro! Muy bien. Entremos pues.

El consabido ceremonial de purificaciones para luego ir hacia la sala del convite, que da al vasto patio en que las primeras rosas ponen ya una nota alegre.

Jesús acaricia al pequeño Eliseo, que está jugando en el patio y que del pasado peligro no tiene sino cuatro señales rojas en la manita. Ya no le queda ni siquiera el recuerdo del miedo pasado; sí se acuerda, eso sí, de Jesús, y quiere besarlo y que Jesús lo bese, con la espontaneidad de los niños; le habla entre su pelo, circundando con sus bracitos el cuello de Jesús, confiándole que cuando sea mayor irá con Él; y pregunta:

-¿Me aceptas?

-Yo acepto a todos. Sé bueno y vendrás conmigo.

El niño se va dando brincos.

Se sientan a la mesa. Elí quiere ser tan perfecto, que pone a su lado a Jesús y al otro lado a Judas, el cual se encuentra así entre Elí y Simón, como Jesús entre Elí y Urías.

Empieza la comida. A1 principio, temas de conversación un tanto vagos; luego, más interesantes; y, dado que las heridas duelen y las cadenas pesan, sale la eterna cuestión de la esclavitud de Palestina respecto a Roma. No sé si es fingimiento, no sé si hay mala intención o no, lo que sí sé es que los cinco fariseos se quejan de nuevos atropellos - que catalogan de sacrílegos - por parte de los romanos, y que quieren interesar a Jesús en la discusión.

-¿Comprendes? ¿Quieren conocer con todo detalle nuestras ganancias! Y, como han visto que nos reunimos en las sinagogas para hablar de esto y de ellos, pues amenazan con entrar en ellas sin respeto. ¡Temo que un buen día entren incluso en las casas de los sacerdotes! - grita Joaquín.

-¿Y Tú qué dices? ¿No te disgusta?» pregunta Elí.

Jesús, interpelado directamente, responde:

-Como israelita, sí; como hombre, no.

-¿Por qué esta distinción? No comprendo. ¿Eres dos en uno?

-No. Pero en mí se dan la carne y la sangre, lo animal en pocas palabras, y el espíritu. El espíritu de israelita deferente para con la Ley se resiente por estas profanaciones, mas la carne y la sangre no, porque no tengo el aguijón que os punza a vosotros.

-¿Cuál?

-El interés. Decís que os reunís en las sinagogas para hablar también de negocios sin temor a oídos indiscretos, y teméis no poder seguir haciéndolo - y, por tanto, no poder esconderle al fisco ni una miaja, con lo cual la tasación estaría en proporción exacta al haber -. Yo no poseo nada. Vivo de la bondad del prójimo y amando al prójimo. No tengo objetos de oro, ni campos ni viñas ni casas, aparte de la casita materna de Nazaret, que es tan pequeña y pobre, que el fisco ni la considera. Por eso no me punza el temor a ser descubierto en declaración mendaz, ni a que tasen mis bienes y me castiguen. Sólo poseo la Palabra que Dios me ha dado y que Yo doy, y ésta es una cosa tan alta, que en manera alguna puede verse afectada por el hombre.

-Pero, si estuvieras en nuestro lugar, ¿cómo te comportarías?

-Mirad, no os lo toméis a mal si os digo claramente lo que pienso, que es muy distinto de lo que pensáis vosotros. En verdad os digo que Yo actuaría de distinta forma.

-¿Cómo?

-Sin lesionar la santa verdad, que es siempre una sublime virtud, aunque se aplique a cosas tan humanas como son los impuestos.

-¿Y entonces? ¡Y entonces? ¡Nos desollarían! ¿No te das cuenta de que tenemos mucho y de que deberíamos dar mucho?

-Vosotros lo habéis dicho: Dios os ha concedido mucho; en proporción, mucho debéis dar. ¿Por qué actuar mal - como por desgracia sucede -, tanto que al final sea el pobre quien reciba tasación desproporcionada? La verdad es que sabemos que en Israel hay muchos impuestos injustos, impuestos nuestros y que son para beneficio de los grandes, que ya tienen mucho, y para desesperación de los pobres que deben pagarlos, estrujándose hasta pasar incluso hambre. La caridad para con el prójimo no aconseja esto. Nosotros israelitas deberíamos preocuparnos porque nuestras espaldas soportasen el peso de1 pobre.

-¡Hablas así porque eres pobre!

-No, Urías; hablo así porque es lo justo. ¿Por qué Roma igualmente nos ha podido -y sigue pudiendo - esquilmar de esta manera? Porque hemos pecado y porque los rencores nos dividen (el rico odia al pobre y el pobre al rico), y porque no hay justicia y el enemigo se aprovecha de ello para subyugarnos.

-Has hecho alusión a más de un motivo... ¿Cuáles otros?

-Yo no iría contra la verdad alterando el carácter del local consagrado al culto, haciendo de él un seguro refugio de cosas humanas.

-Nos estás censurando.

-No. Estoy respondiendo. Escuchad más bien vuestra conciencia. Sois maestros, por tanto...

-Pienso que ya sería hora de sublevarse, de rebelarse, de castigar al invasor y restablecer nuestro reinado.

-¡Cierto! ¡Cierto! Tienes razón, Simón. Pero aquí está el Mesías; debe hacerlo Él- responde Elí.

-Pero el Mesías, por ahora - perdona, Jesús - es sólo Bondad; anima a todo excepto a la insurrección. Actuaremos nosotros y...

-Simón, escucha. Piensa en el libro de los Reyes. Saúl estaba en Guilgal; los filisteos en Mikmás; el pueblo tenía miedo, se desbandaba; el profeta Samuel no venía. Saúl quiso adelantarse al siervo de Dios y ofreció por su cuenta el sacrificio. Piensa en la respuesta que Samuel, que se presentó al improviso, dio al imprudente rey Saúl: "Te has comportado neciamente, no has observado las órdenes que el Señor te había dado. Si no hubieses hecho esto, ahora el Señor habría establecido para siempre tu reinado en Israel. Sin embargo, ahora tu reino no perdurará". Una acción intempestiva y soberbia no benefició ni al rey ni al pueblo. Dios sabe la hora, no el hombre; Dios conoce los medios, el hombre no. Dejad actuar a Dios, mereciendo su ayuda con una conducta santa. Mi Reino no es ni de rebelión ni de brutalidad, pero se establecerá; no será para pocos, será universal. Dichosos los que a él se agreguen - no inducidos a error por mi apariencia humilde según el espíritu terreno -y me sientan el Salvador. No temáis. Seré Rey, el Rey nacido de Israel, el que ha de extender su Reino sobre toda la Humanidad. Vosotros, maestros de Israel, no interpretéis mal mis palabras, ni las de los Profetas que me anunciaron. Ningún reino humano, por muy poderoso que sea, es ni universal ni eterno. Los Profetas dicen que el mío tendrá estas características. Que esto os dé luz acerca de la verdad y espiritualidad de mi Reino. Ahora os dejo. De todas formas quisiera pedirle una cosa a Elí. Aquí está tu bolsa. Simón de Jonás tiene alojada a una pobre gente proveniente de los más distintos lugares. Ven conmigo para darles el óbolo del amor. La paz sea con todos vosotros.

-No te marches todavía - le ruegan los fariseos.

-Debo hacerlo; hay enfermos de la carne y del corazón que esperan consuelo. Mañana iré lejos. No quiero que ninguno me vea partir y se sienta desilusionado.

-Maestro, soy viejo y estoy ya cansado. Ve Tú en nombre mío. Llevas contigo a Judas de Simón. Lo conocemos bien... Haz como mejor creas. Que Dios te acompañe.

Jesús sale con Judas, el cual, en cuanto ponen pie en la plaza, dice:

-¡Vieja víbora! ¿Qué habrá querido decir?

-¡Pero hombre no te preocupes! O, mejor aún, piensa que ha querido alabarte.

-¡Imposible, Maestro! Esas bocas jamás alaban a quien hace el bien; quiero decir que nunca elogian con sinceridad. ¿Y respecto a no venir?... Es porque siente repugnancia de los pobres y tiene miedo a que lo maldigan. Efectivamente, ha atormentado mucho a los pobres de esta zona; lo puedo jurar sin temor. Por eso...

-Tranquilo, Judas, tranquilo. Déjale a Dios que juzgue.

## 164

## El retiro en el monte para la elección de los Apóstoles.

Las barcas de Pedro y Juan surcan las aguas serenas del lago. Van seguidas - yo creo - de todas las embarcaciones de las orillas de Tiberíades. Son muchísimas las barcas, más o menos grandes, que van y vienen, tratando de alcanzar o pasar a la barca de Jesús para volverse a poner luego detrás. Ruegos, súplicas, clamor, peticiones... se entrecruzan sobre las azules olas.

Jesús, que lleva en su barca a María y a la madre de Santiago y Judas (mientras que en la otra barca están María Salomé con su hijo Juan y Susana), promete, responde, bendice... incansablemente. «Volveré, sí, os lo prometo. Sed buenos. Recordad mis palabras para unirlas a las que en otro momento os diré. La separación será breve. No seáis egoístas, he venido también

para los otros. ¡Calma, calma, que os vais a hacer daño! Sí, oraré por vosotros, siempre me tendréis a vuestro lado. El Señor sea con vosotros. Sí, me acordaré de tus lágrimas; serás consolado. Ten esperanza, ten fe».

Así, avanzando, bendiciendo, prometiendo, la barca llega a la orilla. No es Tiberíades. Es un pueblecillo minúsculo: un puñado de casas, pobres, casi abandonadas. Jesús y los suyos ponen pie en tierra. Las barcas regresan guiadas por los peones y por Zebedeo. Las otras hacen lo mismo, aunque muchos de los que venían bajan y quieren a toda costa seguir a Jesús; entre éstos veo a Isaac con los dos que le han sido confiados, o sea, José y Timoneo. No reconozco a otros de entre la mucha gente que hay, de todas las edades (desde adolescentes a ancianos).

Los pocos habitantes del pueblecillo, andrajosos, para quienes Jesús había indicado que se dieran unas limosnas, se quedan más o menos indiferentes a su paso. Jesús vuelve al camino principal, se detiene y dice:

-Separémonos ahora. Madre, tú con María y Salomé marchad a Nazaret. Susana puede volver a Caná. Regresaré pronto.

-Ya sabéis lo que hay que hacer. ¡Que Dios sea con vosotras!

Y de su Madre se despide de forma especial, con una sonrisa llena; luego vuelve a sonreír cuando María, dando ejemplo a las otras, se arrodilla para que Jesús la bendiga.

Las mujeres que van con Alfeo de Sara y con Simón se ponen en camino hacia sus ciudades.

Jesús se vuelve hacia los restantes:

-Os dejo. No es que os despida. Os dejo sólo un tiempo. Me retiro con éstos a aquellos desfiladeros que veis allá. Quien me quiera esperar que se quede en esta llanura; el que no, que vuelva a su casa. Me retiro a orar porque es la vigilia de grandes cosas. Quien ama la causa del Padre que ore unido en espíritu a mí. La paz sea con vosotros, hijos. Isaac, ya sabes lo que debes hacer. Te bendigo, pequeño pastor.

Jesús sonríe al enjuto Isaac, ahora pastor de hombres reagrupados en torno a él.

Jesús se echa a andar dando las espaldas al lago, dirigiéndose con decisión hacia uno de los desfiladeros que hay entre las colinas que van en líneas, yo diría casi paralelas, desde el lago hacia el Oeste. Entre las dos colinas rocosas, escabrosas, abiertas a pico como un fiordo, desciende, con no poco ruido, un torrentillo espumoso; hacia arriba, el monte agreste, con míseras plantas que crecen en todas las direcciones - como pueden - entre piedra y piedra. Un sendero de cabras acomete la colina más abrupta; es precisamente el que toma Jesús.

Los discípulos le siguen fatigosamente, en fila india, en el más absoluto de los silencios. Sólo cuando Jesús se detiene para que cojan respiro - en un lugar, un poco más ancho, de este sendero que asemeja a un arañazo en la riscosa ladera intransitable - ellos se miran, aunque sin hablarse. Sus miradas dicen: « ¿Y a dónde nos lleva?». Pero no hablan, sólo se miran, y cada vez con más desconsuelo a medida que ven que Jesús reemprende una y otra vez la marcha por la agreste garganta, llena de cuevas, de resquebrajaduras en las peñas, de rocas por las que es difícil andar porque además hay espinos y mil otras matas en que se enzarzan los pies, y que aferran los vestidos por todas partes y arañan, y dan en la cara. Incluso los más jóvenes, con pesados fardos a las espaldas, han perdido el buen humor. Finalmente Jesús se para y dice:

-Aquí nos vamos a quedar una semana en oración... para prepararos a algo muy importante. Por eso he deseado un lugar como éste, aislado, desierto, lejos de todo tránsito de caravanas y de todo lugar habitado. Aquí hay cuevas ya utilizadas otras veces por otros hombres; nos servirán también a nosotros. Aquí hay agua fresca y abundante, aunque el terreno sea seco. Tenemos pan y comida suficiente para el tiempo que vamos a estar. Los que el año pasado estuvieron conmigo en el desierto saben cómo viví Yo; esto es un palacio respecto a aquel lugar, y además la estación - ya agradable - nos ahorrará las inclemencias del hielo y del sol. Tened buen ánimo, pues. Quizás no volvamos a estar así, todos juntos y solos. Este tiempo que vamos a pasar aquí debe uniros, haciendo de vosotros no ya doce hombres sino una sola *institución.*

-¿No decís nada? ¿No me preguntáis nada? Colocad en esa peña los pesos que lleváis y despeñad ese otro peso que tenéis en el corazón: vuestra humanidad. Os he traído aquí para hablaros al espíritu, para nutriros el espíritu, para haceros espíritu. No diré muchas palabras; ¡muchas os he dicho ya en aproximadamente un año que llevo con vosotros! Ahora ya basta. Si tuviera que cambiaros con la palabra debería teneros diez, cien años, y aun así seríais siempre imperfectos.

Ha llegado el momento de que haga uso de vosotros, pero para ello os debo formar. Recurro a la medicina de la oración, que es el arma por antonomasia. Siempre he orado por vosotros, ahora quiero que seáis vosotros mismos quienes oréis. Todavía no os enseño mi oración, pero sí os doy a conocer ya el modo de orar y lo que es la oración: coloquio de hijos con su Padre, de espíritus a Espíritu, abierto, cálido, confidencial, recogido, franco. La oración lo es todo: confesión, conocimiento de nosotros mismos, llanto por nosotros mismos, promesa a nosotros mismos y a Dios, petición a Dios; todo hecho a los pies del Padre. No puede hacerse en medio del bullicio, entre distracciones, a menos que se sea un coloso en la oración (y, aun así, incluso los colosos se resienten de este choque y ruido del mundo en sus horas de oración). Vosotros no sois colosos, sois pigmeos; sois sólo párvulos en el espíritu, parvos del espíritu. Aquí alcanzaréis la edad de la razón espiritual. Lo demás vendrá después.

Por la mañana temprano, a la meridiana y al atardecer, nos reuniremos para orar juntos, con las antiguas palabras de Israel, y para partir el pan; luego cada uno volverá a su cueva y estará en presencia de Dios y de su alma, en presencia de cuanto os he dicho acerca de vuestra misión y en presencia de vuestras capacidades. Medíos, escuchad, decidid. Esta será la última vez que os lo diga. Luego tendréis que ser perfectos, hasta donde podéis, sin cansancio ni humanidad; luego ya no seréis Simón de Jonás o Judas de Simón, ni Andrés o Juan, Mateo o Tomás, sino que seréis mis ministros. Marchad. Cada uno solo. Yo estaré en aquella cueva, siempre presente. No vengáis sin serio motivo. Tenéis que aprender a valeros por vosotros mismos y a estar solos. Porque, en verdad os digo que hace un año estábamos para conocernos y dentro de dos estaremos para dejarnos. ¡Ay de vosotros y ay de mí si no hubierais aprendido a valeros por vosotros mismos! Dios sea con vosotros.

Judas, Juan, llevad a mi cueva, a aquélla, las provisiones; deben durar, así que las distribuiré Yo.

-¡Serán pocas!... -objeta alguien.

-Lo suficiente para no morir. El vientre demasiado sacio carga el espíritu. Yo deseo elevaros, que no haceros lastre.

## 165

## Elección de los doce Apóstoles

La alborada blanquea los montes y parece atenuar las escabrosidades de esta agreste ladera en que la única voz es la del pequeño torrente espumante de su fondo; la cual, reflejada por los montes, llenos de cuevas, emite un rumor singular. Allí, en el lugar en que se han instalado los discípulos, no se oye sino algún que otro cauto frú-frú entre el ramaje o las hierbas: de los primeros pájaros que se despiertan, de los últimos animales nocturnos que van a su madriguera.

Un grupo de liebres o conejos montaraces, que están royendo una mata baja de moras, huyen porque los ha asustado una piedra al caer, luego vuelven prudentemente, moviendo sus orejas para detectar todos los sonidos, y, viendo que todo está en calma, regresan a su mata. El abundante rocío lava todas las hojas y las piedras; el bosque adquiere un intenso aroma de musgo, poleo y mejorana.

Un petirrojo baja a posarse justo en el borde de una caverna a que hace de techo una gruesa lasca salediza; moviendo la cabecita, bien erguido sobre sus patitas de seda, preparado para huir, se asoma hacia dentro, mira hacia el suelo y susurra unos «chip» «chip» interrogativos, y... golosos, provocados por unas migas de pan que hay en la tierra; de todas formas, no se decide a bajar sino cuando ve que le está precediendo un mirlo grande, que se acerca saltando al sesgo, cómico con esa actitud suya de picaruelo y perfil de viejo notario al que, para serlo completo, le faltan sólo las gafas. Entonces baja también el petirrojo y se coloca detrás de su señoría - muy corajinosa -, que cada cierto tiempo hinca el pico amarillo en la tierra húmeda en busca de... arqueología alimenticia, para seguir adentrándose, después de emitir un «chop» o un silbido breve realmente de granuja. El petirrojo llena su buche con las miguitas y se queda atónito al ver que el mirlo, penetrando seguro en la caverna silenciosa, sale luego con una corteza de queso y la golpea una y otra vez contra una piedra para desmenuzarla y procurarse una opípara comida. Luego el mirlo vuelve a entrar, da una ojeada y, no encontrando ya nada más, emite un brioso silbido burlón y alza el vuelo, para terminar su canto en la copa de un roble que sumerge su cima en el azul matutino. También echa a volar el petirrojo, a causa de un ruido que ha oído venir del interior de la caverna... y se posa sobre una ramita delgada que se mece en el vacío.

Jesús sale hasta la boca de la cueva y se pone a desmigajar un poco de pan, llamando muy suavemente a los pajarillos con un silbido modulado que bien imita el gorjear de muchas avecillas. Después se separa de la cueva y va más arriba, y se queda inmóvil contra una pared rocosa, para no asustar a estos amigos suyos que al poco rato descienden: primero el petirrojo, luego otros de distintas especies. La inmovilidad de Jesús, o también su mirada - quiero pensar así porque tengo la experiencia de que los animales, incluso los más desconfiados, se acercan a quienes por instinto sienten protectores, no enemigos -, hacen que, pasado un poco de tiempo, a pocos centímetros de El, estén saltando ya los pajarillos, y que el petirrojo, ya saciado, vuele hacia la parte alta de la roca en que está apoyado Jesús y se agarre a una delgadísima ramita de clemátide y se columpie por encima de su rubia cabeza con deseos de posarse en ella o en uno de sus hombros... La comida ha terminado. El sol dora, primero, la cima del monte; luego, las ramas más altas de los árboles; mientras que, hacia abajo, todavía todo recibe la pálida luz del alba. Las avecillas vuelan, satisfechas, saciadas, bajo el sol, y cantan con la plenitud de sus pequeñas gargantas.

-Ahora a despertar a estos otros hijos míos» dice Jesús - y desciende - porque su cueva es la más alta -, y va entrando en las distintas cuevas y llamando por su nombre a los doce, que duermen. Simón, Bartolomé, Felipe, Santiago, Andrés, responden enseguida; Mateo, Pedro y Tomás se muestran más tardos en responder. Judas Tadeo, ya listo y bien despierto, va hacia Jesús en cuanto lo ve asomarse a la entrada; el otro primo, sin embargo, y con él Judas Iscariote y Juan están profundamente dormidos (tanto es así, que Jesús debe moverlos en su cama de hojas para que se despierten). Juan, que ha sido el último al que Jesús ha ido a llamar, está tan profundamente dormido que no se centra bien respecto a quien es el que lo está llamando, y, entre las nieblas del sueño interrumpido a mitad, susurra: «Sí, mamá, voy enseguida...». Pero luego se da la vuelta para el otro lado... Jesús sonríe, se sienta en el rústico jergón hecho de follaje recogido en el bosque, se inclina y da un beso en la mejilla a su Juan, que abre los ojos y se queda atónito al ver allí a Jesús. Se sienta como impulsado por un resorte y dice:

-¿Me necesitas? Aquí estoy.

-No. Te he despertado como a todos, pero creías que era tu madre; entonces te he dado un beso, como hacen las madres.

Juan, sólo con la camisola interior (por haber utilizado como cobijas la túnica y el manto), se echa al cuello de Jesús, y ahí se refugia, con la cabeza entre el hombro y la cara, diciendo:

-¡Tú eres mucho más que mi madre! La he dejado por ti, lo contrario no lo haría; ella me ha traído a este mundo, Tú me has dado a luz para el Cielo. Yo esto lo sé.

-¿Qué otras cosas sabes más que los otros?

-Lo que me ha dicho el Señor en esta gruta. Jesús, no he ido ninguna vez a tu cueva, lo cual creo que habrá sido interpretado por los compañeros como indiferencia y soberbia, pero no me importa lo que piensen. Sé que sabes la verdad. No iba donde Jesucristo, Hijo de Dios encarnado, pero lo que Tú eres en el seno del Fuego que es el Amor eterno de la Trinidad Santísima, su Naturaleza, su Esencia, su verdadera Esencia - ¡la verdad es que no sé expresar todo lo que he comprendido en esta tétrica cueva oscura que de tantas luces se ha llenado para mí; en esta fría caverna en que he ardido en un fuego que no tenía forma sensible pero que ha entrado a mis adentros encendiéndolos con llama de dulce martirio; en este antro silencioso,

que me ha cantado verdades celestiales! -, lo que Tú eres, Segunda Persona del inefable Misterio que es Dios y que yo penetro porque Dios me ha aspirado hacia sí, eso, lo he tenido siempre conmigo. Todos mis deseos, lágrimas, preguntas se han derramado sobre tu pecho divino, Verbo de Dios. Y ninguna de las palabras, entre las tantas que te he escuchado, ha tenido la amplitud de la que aquí me has dicho, Tú, Dios Hijo, Tú, Dios como el Padre, Tú, Dios como el Espíritu Santo, Tú, Tú que eres el perno de la Tríada... ¡Oh, quizás es una blasfemia, pero me parece que es así, porque sin ti, amor del Padre y al Padre, faltaría el Amor, el Divino Amor, y la Divinidad ya no sería Trina, y le faltaría el atributo más propio de Dios: su amor! ¡Oh, mucho tengo aquí dentro, pero es como agua que gorgotea contra un dique sin poder salir... y me da la impresión de que fuera a morir por lo violento y sublime de la convulsión que ha penetrado mi corazón desde que te he comprendido... Y por nada del mundo querría verme despojado de ello... ¡Haz que muera de este amor, mi dulce Dios!

Juan sonríe y llora, agitado, de su amor encendido, abandonado sobre el pecho de Jesús, como si la llama lo dejase sin fuerzas. Y Jesús, lleno también de amor, lo acaricia con ternura.

Juan se recobra en un repente de humildad que le hace suplicar:

-No les digas a los otros lo que te he manifestado, aunque ellos también habrán sabido vivir de Dios como yo he vivido estos días; deja sobre mi secreto la piedra del silencio.

-Puedes estar seguro, Juan; ninguno sabrá de tu desposorio con el Amor. Vístete, ven, que tenemos que marcharnos.

Jesús sale y va al sendero donde ya esperan los otros. Los rostros muestran un aspecto más venerable, más recogido; los ancianos parecen patriarcas, los jóvenes tienen traza de madurez, de dignidad, celada antes bajo la juventud. Judas Iscariote mira a Jesús con una tímida sonrisa en su rostro signado por el llanto, y Jesús lo acaricia al pasar. Pedro no habla - cosa tan extraña en él, que llama la atención más que cualquier otro cambio-; mira atentamente a Jesús con una dignidad nueva, que parece despejarle más esa frente suya ya con entrantes, más severo esa mirada fina que antes brillaba todo de perspicacia. Jesús lo llama a su lado, y lo tiene ahí, junto a sí, en espera de Juan, que por fin sale, con un rostro que no sé si decir que está más pálido o más rojo (eso sí, encendido por una llama que, aun no mudando el color, es patente). Todos lo miran.

-Ven aquí, Juan, junto a mí; y tú, Andrés, y tú, Santiago de Zebedeo; también tú, Simón, y tú, Bartolomé, y Felipe y vosotros, hermanos míos, y Mateo. Judas de Simón, aquí, frente a mí. Tomás, ven aquí. Sentaos. Tengo que hablaros.

Se sientan, apacibles como niños, todos un poco absortos en su mundo interior, y, a pesar de todo, más atentos que nunca a Jesús.

-¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Todos lo sabéis. El alma se lo ha dicho a la razón. El alma, que ha sido reina estos días, le ha enseñado a la razón dos grandes virtudes: la humildad y el silencio, hijo de la humildad y de la prudencia, que a su vez son hijas de la caridad. Hace sólo ocho días, habríais venido a proclamar - cual hábiles niños cuyo deseo es dejar asombrados a los demás, superar a su rival - vuestras capacidades, vuestros nuevos conocimientos; sin embargo, ahora calláis. De niños habéis pasado a adolescentes, y sabéis que un tipo de proclamación como el que he mencionado podría hacerle sentirse poco al otro, quizás menos favorecido por Dios, y por eso no habláis.

Sois como muchachas que han dejado de ser impúberes: ha nacido en vosotros el santo pudor de la metamorfosis que os ha revelado el misterio nupcial de las almas con Dios. Estas cuevas el primer día os parecieron frías, hostiles, repelentes... ahora las miráis como a perfumadas y luminosas cámaras nupciales. En ellas habéis conocido a Dios. Antes sabíais acerca de Él, pero no lo conocíais en esa intimidad que hace de dos uno. Entre vosotros hay hombres que están casados desde hace años; otros que tuvieron sólo falaces relaciones con mujeres; algunos que, por distintas causas, son castos. Mas los castos ahora saben como los casados lo que es el amor perfecto; es más, puedo decir que ninguno como quien desconoce todo apetito carnal sabe lo que es el amor perfecto, porque Dios se revela a los vírgenes en toda su plenitud, tanto por la propia delicia de darse a quien es puro - reconociendo parte de sí mismo, Purísimo, en la criatura exenta de toda lujuria -, como para compensarle por cuan-to se niega por amor a Él.

En verdad os digo que por el amor que os tengo y por la sabiduría que poseo, si no debiera llevar a cabo la obra del Padre, querría teneros aquí, estar con vosotros, alejados de la gente; ciertamente haría de vosotros, solícito, grandes santos; ya no tendríais momentos de desconcierto, o defecciones, caídas o perdidas de ritmo o vueltas atrás. Pero no puedo. Debo continuar mi camino, y también vosotros. El mundo nos espera, este mundo profanado y profanador que necesita maestros y redentores. Yo os he querido dar a conocer a Dios para que lo amarais mucho más que al mundo, el cual con todos sus afectos no vale lo que una sola sonrisa de Dios. He querido que pudierais meditar sobre lo que es el mundo y sobre lo que es Dios para que aspirarais a lo mejor. En este momento aspiráis sólo a Dios. ¡Oh, si pudiera dejaros fijos en esta hora, en esta aspiración! Pero el mundo nos espera, e iremos a ese mundo que espera, por la santa Caridad, que, de igual modo que me ha enviado a mí al mundo, os envía a vosotros por imperativo mío. Pero - os lo suplico - como se guarda una perla en un cofre, guardaos bien el tesoro de estos días en que vuestra mirada y vuestros cuidados han estado dirigidos a vosotros mismos, de estos días en que os habéis erguido, y procurado vestiduras nuevas, y habéis contraído esponsales con Dios... en vuestro corazón; como las piedras del testimonio, elevadas por los Patriarcas a recuerdo de las alianzas con Dios, conservad y custodiad estos preciosos recuerdos en vuestro corazón.

A partir de hoy ya no sois sólo los discípulos predilectos, sino que sois los apóstoles, cabezas de mi Iglesia; de vosotros brotarán - y esto siempre - todas sus jerarquías; seréis llamados maestros, teniendo como Maestro a vuestro Dios en su triple potencia, sabiduría y caridad.

No os he elegido porque seáis los que más lo merecéis, sino por un complejo de causas que no es necesario que conozcáis ahora. Os he elegido en vez de a los pastores, que son mis discípulos desde mis primeros vagidos. ¿Por qué lo he hecho? Porque era lo correcto. Entre vosotros hay galileos y judíos, instruidos y no instruidos, ricos y pobres; esto por el mundo, para que no diga que he preferido a una sola categoría... Mas vosotros no daríais abasto a todo lo que hay que hacer, ni ahora ni en el futuro.

Quizás no todos os acordéis de un punto del Libro. Os lo recuerdo. En el segundo libro de los Paralipómenos, capítulo 29, se narra cómo Ezequías, rey de Judá, hizo purificar el Templo, y cómo, una vez purificado, ordenó sacrificar por el pecado, por el reino, por el santuario y por Judá; y cómo luego comenzaron las ofrendas individuales...; mas, no siendo suficientes los sacerdotes para las inmolaciones, se recurrió a los levitas, consagrados con rito más breve que el de los sacerdotes.

Esto mismo haré Yo. Vosotros sois los sacerdotes, a quienes Yo, Pontífice eterno, he preparado larga y atentamente; pero no dais abasto al trabajo, cada vez mayor, de inmolación de cada hombre en particular al Señor su Dios, por lo cual asocio a vosotros a los discípulos, a los que siguen siendo, eso, discípulos: los que nos esperan al pie del monte, los que ya están más arriba, los que ahora se encuentran esparcidos por la tierra de Israel y que llegará el momento en que lo estén por todas las partes de la Tierra. Ellos recibirán encargos iguales - porque una es la misión -, pero ante los ojos del mundo estarán encuadrados de forma distinta (no ante los ojos de Dios, que es justo, de forma que el discípulo oculto, ignorado por los apóstoles y por sus compañeros, si vive santamente, llevando almas a Dios, será mayor que aquel otro apóstol, conocido, que de apóstol no tiene sino el nombre y que rebaja su dignidad de apóstol al nivel de intereses humanos).

La tarea de los apóstoles y discípulos será siempre la de los sacerdotes y levitas de Ezequías: practicar el culto, derribar las idolatrías, purificar los corazones y los lugares, predicar al Señor y su Palabra. No existe tarea más santa sobre la faz de la tierra, ni tampoco dignidad más alta que la vuestra. Precisamente por esto es por lo que os dicho: "Escuchaos. Examinaos".

¡Ay del apóstol que caiga!: arrastrará consigo a muchos discípulos, y a su vez éstos arrastrarán a un número aún mayor de fieles, y la ruina será cada vez mayor, cual alud en movimiento o círculo que va extendiéndose cada vez más en la superficie de un lago cuando una y otra vez lanzan piedras al mismo punto.

¿Vais a ser todos perfectos? No. ¿Va a durar el espíritu de ahora? No. El mundo lanzará sus tentáculos para ahogar vuestra alma. La victoria del mundo - que es hijo de Satanás en cinco de sus partes, siervo de Satanás en otras tres partes, apático respecto a Dios en las otras dos - consiste en extinguir las luces en los corazones de los santos. Defendeos por vosotros mismos contra vosotros, contra el mundo, la carne y el demonio; pero, sobre todo, defendeos de vosotros mismos. ¡Alerta, hijos, contra la soberbia, la sensualidad, la doblez, la tibieza, el sopor espiritual, la avaricia! Cuando el yo inferior hable de supuestas crueldades que le perjudican, y lloriquee, imponedle silencio diciendo: "Por un brevísimo tiempo de privación a que te someto, te procuro para siempre el banquete extático que recibí en la cueva de la montaña al terminar la luna de Sabat".

Vamos. Vamos a donde los demás, que en gran número me esperan. Luego iré unas horas a Tiberíades. Vosotros, predicándome, iréis a esperarme al pie del monte que está en el camino de Tiberíades al mar; os alcanzaré y subiré para predicar. Tomad alforjas y mantos. La estancia aquí ha terminado, la elección se ha cumplido.

## 166

## Los milagros después de la elección apostólica. Simón el Zelote y Juan predican por primera vez

Jesús desciende a media altura de la escarpada ladera y encuentra a muchos discípulos y a otros muchos que poco a poco se han ido añadiendo, a quienes la necesidad de un milagro o el deseo de la pa labra de Jesús han conducido a este lugar apartado del tránsito: han venido seguros, o por las indicaciones de la gente o por el instinto del alma. Pienso que sus ángeles, los de estos hombres deseosos de Dios los guiaban al Hijo de Dios. No creo que al decir esto me ponga al nivel de la leyenda: en efecto, si se piensa con qué pronta y astuta constancia Satanás conducía a los enemigos hacia Dios y hacia su Verbo en los momentos en que el espíritu demoníaco podía mostrarles a los hombres una apariencia de culpa en Cristo, se podrá pensar también - y más que lícito, es justo - que los ángeles no fueran inferiores a los demonios, y que llevaran a los espíritus no demoníacos a Cristo.

Jesús se prodiga en favores (milagros y la propia palabra) para estas personas que le han esperado sin cansancio ni temor. ¡Cuántos milagros! (una riqueza semejante a la de las flores que decoran los rodales del abrupto monte). Milagros grandes, como el de un niño al que han extraído, con atroces quemaduras, de un pajar en llamas: es un amasijo de carne quemada que gime lastimeramente bajo el lienzo con que lo han cubierto para ocultar su horrible aspecto; ya agoniza. Lo han traído en una camilla. Jesús, infundiéndole su respiro, regenerando las zonas quemadas, lo devuelve a su estado precedente: las quemaduras han desaparecido completamente; tanto es así que el jovencito se pone en pie, completamente desnudo, y corre feliz hacia su madre, la cual, llorando de alegría, acaricia su carne totalmente sana, sin huellas de quemaduras, y besa sus ojos - que deberían estar quemados y que, sin embargo, se muestran vivaces y resplandecientes de alegría - y su cabello, muy corto pero no destruido (cual si una llamarada hubiera actuado como una navaja). También milagros pequeños, como el de un viejecillo tosegoso que dice:

-No por mí, sino porque tengo que hacer de padre con mis nietecillos huérfanos y no puedo labrar la tierra teniendo esta mucosidad que me ahoga aquí parada en la garganta»... 0 el milagro - no visible, aunque, sin duda, real - que provoca estas palabras de Jesús: «Entre vosotros hay uno que llora con el alma y que no se atreve a decir de palabra: "Ten piedad". Mi respuesta es: "Sea como pides. Toda la piedad. Para que sepas que soy la Misericordia". Lo único que por mi parte digo es que seas generoso. Sé generoso con Dios, rompe toda atadura con el pasado, y, pues que sientes a Dios, ve a El con corazón libre, con total amor». (No sé, entre la muchedumbre, a qué hombre o mujer van dirigidas estas palabras).

Jesús sigue diciendo:

-Éstos son mis apóstoles. Cada uno de ellos es otro Cristo, porque los he elegido tales. Dirigíos a ellos con confianza. Conocen de mí todo lo de que tenéis necesidad para vuestras almas...

Los apóstoles miran a Jesús que más asustados no podrían, pero Jesús sonríe y prosigue:

«... Y la intensa luz astral y el copioso rocío reconfortante que darán a vuestras almas impedirán que languidezcáis en las tinieblas; después vendré Yo y os daré plenitud de sol y de agua, toda la sabiduría para haceros sobrenaturalmente fuertes y felices. Paz a vosotros, hijos. Otros me esperan, otros más infelices y pobres que vosotros. No os dejo solos, os dejo a mis apóstoles: es como si confiara a los hijos de mi amor a los cuidados de las más amorosas y fiables nodrizas.

Jesús hace un gesto de despedida y bendición, y se pone en camino incidiendo en la masa de la muchedumbre, que no quiere dejarlo partir; es entonces cuando se produce el último milagro, el de una ancianita semiparalizada. La había traído su nieto. Pues bien, ahora agita jovialmente su brazo derecho, que antes estaba inerte, y grita:

-¡Me ha rozado con su manto al pasar y he quedado curada! Ni siquiera se lo había pedido, porque ya soy vieja... pero ha tenido piedad incluso de mi secreto deseo y me ha curado con el manto, con un extremo del manto que apenas si me ha tocado el brazo perdido! ¡Oh, qué gran Hijo ha tenido nuestro santo David! ¡Gloria a su Mesías! ¡Fijaos!, ¡fijaos!, la pierna también, como el brazo, se mueve ligera... ¡Estoy como a los veinte años!

Gracias a que muchos de los presentes se arremolinan en torno a la viejecita, que proclama a voz en grito su dicha, Jesús puede escabullirse, y, desde ese momento ya no le vuelven a interceptar el paso. Los apóstoles lo siguen.

Llegados casi al llano, a un espacio desierto, entre las matas de un espeso brezal que desciende hacia el lago, se detienen un momento y Jesús dice:

-¡Os bendigo! Volved a vuestro trabajo y hacedlo hasta que regrese como he dicho.

Pedro, que hasta ese momento había estado callado, rompe a hablar:

-Pero, mi Señor, ¿qué has hecho? ¿Por qué has dicho que tenemos todo aquello de que tienen necesidad las almas? Es verdad que nos has dicho muchas cosas, pero somos duros de mollera - al menos yo -, y... y de lo que te he oído me ha quedado poco, realmente poco. Me pasa como a aquel que lo que le queda en el estómago después de una comida es la parte más consistente; lo demás ya no está.

Jesús sonríe abiertamente:

-¿Y dónde está el resto de la comida?

-Bueno, pues... no sé. Lo que sé es que si como cositas delicadas, pasada una hora no siento nada en el estómago, mientras que si como raíces pesadas o lentejas con aceite, sé que me cuesta digerirlo.

-Cuesta. Pues piensa que esas raíces y esas lentejas, que parece que te llenan más, son las que menos sustancia te dejan: es todo paja que pasa sin aprovechar gran cosa. Sin embargo, los alimentos delicados, que ya no los sientes después de una hora, pasado ese tiempo ya no están en el estómago, pero sí en tu sangre.

Una vez digerido un alimento, ya no está en el estómago, pero su sustancia está en la sangre y aprovecha más. Ahora os parece, tanto a ti como a tus compañeros, que, de todo lo que os he ido diciendo, nada o muy poco os queda. Quizás - o sin quizás - tenéis bien presentes los aspectos que se conforman más a vuestro modo particular de ser: los de carácter impulsivo, los aspectos impulsivos; los de carácter meditativo, pues los aspectos meditativos; los afectuosos, los aspectos cargados de amor. No. Creedme: *todo está en vosotros,* aunque os parezca que se haya perdido. La verdad es que lo habéis absorbido. Vuestro pensamiento se irá desenvolviendo cual hilo multicolor, aportándoos las tonalidades suaves o severas, según las vayáis necesitando. No temáis. Pensad también que Yo sé las cosas y que nunca os encargaría algo para lo que os viera incapaces. Adiós, Pedro. ¡Venga, hombre, sonríe! ¡Ten fe! ¡Pon un buen acto de fe en la Sabiduría omnipresente! Adiós a todos. El Señor queda con vosotros.

Y, rápido, los deja, todavía atónitos y turbados por todo lo que han oído que tienen que hacer.

-Lo que está claro es que hay que obedecer - dice Tomás.

-¡Sí... claro!... ¡Pobre de mí! Casi que le doy alcance corriendo... - comenta Pedro.

-No, no lo hagas; la obediencia es amor a Él - dice Santiago de Alfeo.

-Es elemental, y señal de santa prudencia, empezar ahora que todavía lo tenemos cercano y puede darnos un consejo si nos equivocamos. Tenemos que ayudarle - aconseja Simón Zelote.

-Es verdad. Jesús está visiblemente cansado. Tenemos que aliviarle en lo que podamos; no basta con transportar los talegos y preparar las camas y la comida; estas cosas las puede hacer cualquiera. Hay que ayudarle en su misión, como Él quiere - confirma Bartolomé.

-Tú sabes hablar porque eres una persona instruida; pero yo... soy casi un completo ignorante... - dice en tono quejumbroso Santiago de Zebedeo.

-¡Ay, Dios!, ¡están llegando los que estaban arriba! ¿Qué hacemos? - exclama Andrés.

Mateo interviene:

-Perdonad si yo, que soy el más mísero, doy un consejo, pero ¡no sería mejor orar al Señor en vez de estar aquí plañendo por cosas que no se arreglan con lamentaciones? ¡Venga, Judas, tú que sabes tan bien la Escritura, di por todos la oración de Salomón para obtener la Sabiduría. ¡Rápido, antes de que lleguen!

Y Judas Tadeo, con su hermosa voz de barítono, comienza:

-Dios de mis padres, Señor de misericordia que todo lo has creado... - etc., etc.,... hasta donde dice: «... por la Sabiduría se salvaron todos los pue fueron gratos al Señor desde los orígenes.

Termina justo un instante antes de que la gente llegue, los circunde, los asalte con mil preguntas sobre el lugar a dónde ha ido el Maestro, sobre cuándo piensa volver...; y - lo que es más difícil de conseguir - pretendiendo una respuesta satisfactoria a la pregunta: «¿Cómo se las arregla uno para seguir al Maestro no con las piernas sino con el alma, por los caminos del Camino que Él indica?».

Esta pregunta pone en apuro a los apóstoles. Se miran unos a otros. A1 final, Judas Iscariote responde:

-Siguiendo la perfección - como si fuera una respuesta que pudiera explicar todo (!).

Santiago de Alfeo, más humilde y sereno, piensa un poco y dice:

-La perfección a que alude mi compañero se alcanza obedeciendo a la Ley, porque la Ley es justicia y la justicia es perfección.

Pero la gente no se da todavía por satisfecha y, por boca de uno de ellos que parece un dirigente, objeta:

-Nosotros somos pequeños como niños por lo que respecta al Bien. Los niños no conocen todavía el significado del Bien y del Mal; no distinguen. Igualmente nosotros, en este Camino que Jesús indica estamos tan poco formados que somos incapaces de distinguir. Conocíamos un camino, el viejo, el que se nos ha enseñado en las escuelas: ¿qué camino tan difícil, largo y amedrentador! Ahora, por sus palabras, sentimos que es como aquel acueducto que se ve desde aquí: abajo está el camino de los animales y del hombre; arriba, encima de los ligeros arcos, alto, inscrito en sol y azul cielo, cercano a las ramas más altas, con su frufrú de viento y su canto de aves, hay otro, tan liso, limpio y luminoso, cuanto escabroso, sucio, oscuro es el inferior, un camino para el agua límpida y sonorosa - esa agua que es bendición -,un camino para el agua que viene de Dios, acariciada por lo que de Dios es: rayos de sol y de estrellas, frondas nuevas, flores, alas de golondrina. Quisiéramos subir a ese camino alto, el suyo, pero no sabemos cómo, porque estamos aquí clavados, bajo el peso de toda la vieja construcción - y añade: «No sabemos cómo hacer».

El que ha hablado es un joven de unos veinticinco años, moreno, de complexión recia, mirada inteligente, de aspecto menos llano que la mayoría de los presentes. Está respaldado por otro más maduro.

Judas Iscariote, que, siendo alto, lo ve, susurra a sus compañeros:

-¡Rápido, hablad bien! Está Hermas con Esteban; a Esteban lo aprecia Gamaliel.

Ello termina de azorar a los apóstoles.

En fin, Simón Zelote responde:

-No habría arco si no hubiera base en el camino oscuro; ésta es matriz de aquél, que sobre ella se yergue y sube a ese azul que anhelas. No pienses que las piedras hincadas en el suelo, que soportan el peso y no gozan de rayos ni vuelos, ignoran la existencia de éstos, pues de vez en cuando una golondrina desciende con su piada hasta el barro y acaricia la base del arco, y desciende también un rayo de sol, o de estrella, para expresar la gran belleza del firmamento. De la misma forma, en los siglos pasados, de vez en cuando, ha descendido una palabra celeste portadora de promesa, un rayo celeste de sabiduría para acariciar las piedras que estaban oprimidas por el enojo divino. Porque las piedras eran necesarias, y no son - ni fueron, ni serán -jamás inútiles. Sobre ellas, lentamente, se ha elevado el tiempo y la perfección del conocimiento humano hasta alcanzar la libertad del tiempo presente y la sabiduría del conocimiento sobrehumano.

Veo escrita en tu rostro la objeción; es la misma que todos hemos puesto antes de saber comprender que ésta es la Nueva Doctrina, la Buena Nueva que ahora se predica a los que, por un proceso de retrogradación, en vez de hacerse adultos paralelamente a la ascensión de las piedras del saber, se han ido entenebreciendo cada vez más, cual muro que se hunde en un abismo ciego.

Para curarnos de esta enfermedad de oscurecimiento sobrenatural, tenemos que liberar valientemente la piedra basilar de todas las otras que están encima. No tengáis miedo de demoler ese alto muro que - a pesar de serlo - no porta la savia pura del manantial eterno. Volved a la base, que no debe ser cambiada porque es de Dios y es inmóvil. De todas formas, antes de desechar las piedras probadlas una a una con el sonido de la palabra de Dios - porque no todas son desechables e inútiles-; si su sonido no desentona, conservadlas, construid de nuevo con ellas; mas si es el sonido desacorde de la voz humana, o lacerante de la voz satánica - y no podéis equivocaros porque si es voz de Dios es sonido de amor, si es voz humana es sonido del sentido, si es satánica es voz de odio -, rompedlas. Y digo -rompedlas", porque es un acto de caridad el no dejar tras uno mismo semillas u objetos portadores de mal que puedan seducir al viandante e inducirle a usarlos en perjuicio propio. Romped literalmente toda cosa no buena que haya sido vuestra, en obras, escritos, enseñanzas o actos. Es mejor quedarse con poco, elevarse apenas un codo, pero con buenas piedras, que no varios metros con piedras malas. Los rayos y las golondrinas descienden también hasta las albarradas que apenas sobresalen del suelo, y las humildes florecillas de los lindazos con facilidad llegan a acariciar las piedras bajas; mientras que las soberbias piedras, que, inútiles y ásperas, quieren elevarse, no reciben sino azote de espinos y adhesiva ponzoña. Demoled para construir, para subir, probando la calidad de vuestras viejas piedras con la voz de Dios.

¯Hablas bien. ¡Pero, subir!... ¿Cómo? Te hemos dicho que somos incluso menos que los niños. ¿Quién nos ayudará a subir a la enhiesta columna? Probaremos las piedras con el sonido de Dios, romperemos las menos buenas, pero, ¿cómo podremos subir? ¿Sólo el hecho de pensarlo ya da vértigo! - dice Esteban.

Juan, que ha estado escuchando con la cabeza agachada, sonriendo para sí, levanta su rostro luminoso y toma la palabra:

-¡Hermanos! Da vértigo el solo hecho de pensar en subir. Cierto. Pero ¿quién ha dicho que debemos afrontar la altura directamente? Esto no sólo los niños sino ni siquiera los adultos pueden hacerlo; sólo los ángeles pueden lanzarse a los cielos, pues están libres de todo peso material; y, de entre los hombres, sólo los héroes de la santidad pueden hacerlo.

Hoy todavía, en este mundo decaído, entre nosotros vive uno que sabe ser héroe de santidad como los antiguos - ornato de Israel -, cuando los Patriarcas eran amigos de Dios y la palabra del Código era la única, la que toda criatura recta obedecía. Juan, el Precursor, enseña cómo afrontar la altura directamente. Juan es un hombre. Pero la Gracia que el Fuego de Dios le ha comunicado, purificándolo desde el vientre de su madre - de la misma forma que el Serafín purificó el labio del Profeta - para que pudiera preceder al Mesías sin dejar hedor de culpa original por el camino regio del Cristo, ha dado a Juan alas de ángel; luego la penitencia las ha hecho crecer, aboliendo al mismo tiempo el peso de humanidad que su naturaleza, propia de los nacidos de mujer, todavía poseía. Por lo cual, Juan, desde su gruta donde predica la penitencia y desde su cuerpo donde arde el espíritu desposado con la Gracia, se lanza, puede lanzarse a sí mismo, al ápice del arco, por encima del cual está Dios, el altísimo Señor Dios nuestro; y puede, dominando los siglos pasados, el tiempo presente y el futuro, anunciar con voz de profeta (y con ojo de águila capaz de clavar la mirada en el Sol eterno y reconocerlo): "Éste es el Cordero de Dios, el que quita los pecados del mundo"; y morir tras este canto suyo sublime que será repetido no sólo durante el transcurso del tiempo

limitado sino también durante el tiempo sin fin, en la Jerusalén sempiterna y para siempre beata, para aclamar a la Segunda Persona, para invocarla por las miserias humanas, para cantar sus alabanzas entre los fulgores eternos.

Pero el Cordero de Dios, el dulcísimo Cordero que ha dejado su luminosa morada del Cielo en que es Fuego de Dios en abrazo de fuego - ¡oh, eterna generación del Padre que concibe con el pensamiento ilimitado y santísimo a su Verbo, y lo atrae hacia sí produciendo una fusión de amor de que procede el Espíritu de Amor, en que se centran la Potencia y la Sabiduría! -, el Cordero de Dios que ha dejado su purísima, incorpórea forma para cerrar dentro de carne mortal su pureza infinita, su santidad, su naturaleza divina, sabe que no estamos todavía purificados por la Gracia, y que no podríamos - como esa águila que es Juan - lanzarnos a las alturas, a ese ápice en que Dios Uno y Trino se encuentra. Nosotros somos los pajarillos de tejados y caminos; golondrinas que tocan el cielo, pero se alimentan de insectos; calandrias que quieren cantar para imitar a los ángeles y que, ¡ay!, respecto al canto de los ángeles, el suyo no es sino desentonado runrún de cigarra estiva. Esto lo sabe el dulce Cordero de Dios, venido para quitar los pecados del mundo, porque, a pesar de no ser ya el Espíritu infinito del Cielo por haberse confinado a sí mismo dentro de una carne mortal, su infinitud no ha quedado disminuida, y todo lo sabe, siendo siempre - como lo es - infinita su sabiduría.

Así pues, Él nos enseña su camino, el camino del amor. Él es el amor que por misericordia hacia nosotros se hace carne. Y es así que este Amor misericordioso nos crea un camino por el que pueden subir también los pequeñuelos; y Él mismo - no por propia necesidad sino para enseñárnoslo - es el primero en recorrerlo. Él no tendría tan siquiera necesidad de abrir las alas para fundirse de nuevo con el Padre. Su espíritu, os lo juro, está cerrado aquí, dentro de esta mísera tierra, pero está siempre con el Padre, porque Dios todo lo puede, y Él es Dios. Camina dejando tras sí el perfume de su santidad, Y fuego de su amor. Observad su camino: a pesar de llegar al ápice el arco, ¡cuán sosegado y seguro es! No es una recta sino una espiral. Es más largo, sí, pero precisamente su sacrificio de amor se revela en esta distancia, demorándose por amor a nosotros los débiles, más largo, pero más adecuado a nuestra miseria. La subida hacia el Amor, hacia Dios, es simple, como simple es el Amor; pero, al mismo tiempo, es profunda, porque Dios es un abismo – inalcanzable, yo diría, si Él no se rebajase y nos diera la posibilidad de alcanzarlo, para sentir el beso de las almas que lo aman - (mientras está hablando, Juan llora, aunque su boca sonríe, envuelto en el éxtasis de la revelación que está haciendo de Dios). Largo es el sencillo camino del Amor, porque Dios es Profundidad sin fondo, en que uno podría adentrarse cuanto quisiera; mas la Profundidad admirable llama a la profundidad miserable, llama con sus luces y dice: "¡Venid a mí!" ¡Oh, invitación de Dios! ¡Oh, invitación de Padre!

¡Escuchad! ¡Escuchad! Del Cielo nos llegan palabras suavísimas de ese Cielo que está abierto porque Cristo ha abierto de par en par sus puertas y ha puesto ante ellas, para que así las mantengan, a los ángeles de la Misericordia y el Perdón, a fin de que, en espera de la Gracia, de él broten al menos las luces, perfumes, cantos y quietud, capaces de seducir santamente a los corazones humanos, y sobre éstos se depositen. Habla la voz de Dios y la voz dice: “¿Vuestra puericia?... ¡Pero si es vuestra mejor moneda! Yo quisiera que os hicierais enteramente niños para que poseyerais la humildad, sinceridad y amor de los pequeñuelos, su confidente amor para con su padre. ¿Vuestra incapacidad?... ¡Pero si es mi gloria! ¡Venid! Ni siquiera os pido que seáis vosotros mismos quienes comprobéis el sonido de las piedras buenas o malas. ¡Dádmelas a mí! Yo las elegiré, vosotros os reconstruiréis. ¿La subida hacia la perfección?... ¡Oh, no, hijos míos! Poned vuestra mano en la de mi Hijo y Hermano vuestro, ahora, así, y subid a su lado...".

¡Subir! ¡Ir a ti, eterno Amor! ¡Adquirir tu semejanza, o sea, el amor!... ¡Amar! ¡Éste es el secreto!... ¡Amar! ¡Darse...! ¡Amar! ¡Abolirse...! ¡Amar! Fundirse... ¿La carne?: nada; ¿el dolor?: nada; ¿el tiempo?: nada. Nada es el pecado mismo, si lo disuelvo en tu fuego, ¡oh, Dios! Sólo es el Amor. ¡El Amor! El Amor que nos ha dado el Dios encarnado nos otorgará todo perdón. Pues bien, amar es un acto que nadie sabe hacer mejor que los niños, y nadie es más amado que un niño.

¡Oh, tú, a quien no conozco, pero que quieres conocer el Bien para distinguirlo del Mal, para poseer el azul del cielo, el sol celeste, todo aquello que signifique contento sobrenatural... ama y lo tendrás. Ama a Cristo. Morirás en la vida, pero resucitarás en el espíritu. Con un nuevo espíritu, sin necesidad ya de usar piedras, serás eternamente un fuego que no muere. La llama sube, no necesita ni peldaños ni alas para subir. Libera tu yo de toda construcción, pon en el Amor, y resplandecerás. Deja que ello sea sin restricciones, más, atiza la llama echándole como pasto todo tu pasado de pasiones y conocimientos: quedará consumido lo menos bueno, puro se hará el metal ya de por sí noble. Arrójate, hermano, al amor activo y gozoso de la Trinidad: comprenderás lo que ahora te parece incomprensible porque comprenderás a Dios, que es el Comprensible (pero sólo para quienes se dan sin medida a su fuego sacrificador). Quedarás finalmente fijo en Dios, en un abrazo de llama... y rogarás por mí, el niño de Cristo que ha osado hablarte del Amor.

Se han quedado todos de piedra: apóstoles, discípulos, fieles... El interlocutor está pálido; Juan, por el contrario, está de color púrpura, no tanto por el esfuerzo cuanto por el amor.

En fin, Esteban grita:

-¡Bendito tú! Dime: ¿Quién eres?

Y Juan, por su parte - con un gesto que me recuerda mucho a Virgen en el acto de la Anunciación - dice en tono bajo, inclinándose como adorando a Aquel a quien nombra:

-Soy Juan. Estás viendo al menor de los siervos del Señor.

-Pero, ¿quién ha sido tu maestro antes?

-Nadie aparte de Dios. He recibido la leche espiritual de manos de Juan, el presantificado de Dios; me alimento del pan de Cristo, Verbo de Dios; bebo el fuego de Dios que me viene del Cielo. ¡Gloria al Señor!

-Pues yo ya no me separo de vosotros, ni de ti, ni de éste, ni ninguno de vosotros! Recibidme.

-Cuando... Bueno, aquí entre nosotros el jefe es Pedro - y Juan toma a Pedro, que está atónito, y lo proclama así "el primero". Pedro reacciona y se pone en el lugar que le corresponde diciendo:

-Hijo, puesto que se trata de una gran misión, es necesaria una severa reflexión. Éste es nuestro ángel. Él enciende, pero es necesario saber si la llama va a poder durar en nosotros. Mídete a ti mismo, luego ven al Señor. Nosotros te abriremos

nuestro corazón como hermano nuestro queridísimo. Por el momento, si quieres conocer mejor nuestra vida, quédate; las greyes de Cristo pueden crecer sin medida para ser separados - perfectos e imperfectos - los verdaderos corderos de los falsos carneros.

Y con esto termina la primera manifestación apostólica.

## 167

## Jesús concurre con las romanas en el jardín de Juana de Cusa.

Jesús, con la ayuda de un barquero que lo ha recibido en su pequeña barca, llega al espigón del jardín de Cusa. Lo ve un jardinero y se apresura a abrirle la verja que intercepta a los extraños la entrada a la propiedad por la parte del lago. Es una verja alta y resistente, oculta por un seto tupidísimo y también alto (de laurel y boj por la parte externa, la que da al lago; de rosas de todos los colores por la parte interna, hacia la casa). Los espléndidos rosales cubren de flores las frondas broncíneas de los laureles y bojes, se insinúan entre el ramaje, se asoman al otro lado, por el que, cuando rebasan de1 todo la verde barrera, cuelgan sus florecidas ramas. Solamente en un punto, a la altura del paseo, la verja se muestra desnuda, y se abre para dar paso a quien o viene del lago o a él va.

-Paz a esta casa y a ti, Yoanás. ¿Dónde está la señora?

-Allí, con sus amigas. Voy a llamarla. Hace tres días que te están esperando, porque temían llegar con retraso.

Jesús sonríe. El sirviente va corriendo a llamar a Juana. Mientras tanto, Jesús dirige sus pasos lentamente hacia el lugar señalado, admirando el espléndido jardín - se podría decir la espléndida rosaleda - que Cusa ha dispuesto para su mujer. Rosas de todos los olores, tamaños y formas, en esta ensenada del lago protegida, ríen ya, precoces y magníficas; hay también otras flores, pero todavía no se han abierto y su presencia es mínima comparada con la abundancia de rosales.

Acude Juana. Ni siquiera se detiene a posar en el suelo un cestillo que tenía lleno de rosas hasta la mitad, ni a dejar las tijeras con las que estaba cortando; corre así, ligera y graciosa con su rico vestido de sutil lana de un rosa tenuísimo, cuyos repliegues están sujetos por pequeños discos y fíbulas de filigrana de plata en que brillan pálidos granates. Sobre sus cabe-los negros y ondulados, una diadema en forma de mitra, también de plata y granates, sujeta un velo de lino cendalí ligerísimo, rosa igualmente, que cae hacia atrás dejando descubiertas las orejas menudas que soportan el peso de unos pendientes similares a la diadema, y que deja ver también la cara risueña y el esbelto cuello, en cuya base brilla un collar del mismo trabajo que los otros ornatos preciosos.

Deja caer su cesto a los pies de Jesús y se arrodilla a besarle la túnica entre las rosas desparramadas.

-Paz a ti, Juana. Como ves, he venido.

-Y yo me alegro de ello. También mis amigas han venido. Pero ahora tengo la impresión de que he actuado mal haciéndolo. ¡Cómo vais a poder entenderos! ¡Son completamente paganas!

Juana esta un poco turbada.

Jesús sonríe. Le pone una mano sobre la cabeza y dice:

-No temas. Nos entenderemos muy bien. Has actuado muy bien "haciéndolo". El encuentro abundará en bienes, como tu jardín en rosas. Recoge ahora estas pobres flores que has dejado caer y vamos a donde tus amigas.

-¡Rosas hay muchas! Lo hacía por pasar el tiempo y también porque esas amigas son muy... voluptuosas... Les gustan las flores como si fueran... no sé...

-¡A mí también me gustan! Fíjate, ya hemos encontrado un tema para entenderme con ellas. ¡Venga, recojamos estas espléndidas rosas!

Jesús se agacha para dar ejemplo.

-¡Tú no, Tú no, Señor! Si es tu deseo... Mira... ya está.

Caminan hasta una pequeña pérgola hecha de un trenzado multicolor de rosas. A la entrada hay tres romanas, mirando de hito en hito; son Plautina, Valeria y Lidia. La primera y la última permanecen quietas, pero Valeria se echa a correr y, en llegando a la altura de Jesús, se inclina y dice:

-¡Salve, Salvador de mi pequeña Fausta!

-¡Paz y luz a ti y a tus amigas!

Las amigas se inclinan sin decir nada.

A Plautina la conocemos ya. Es alta, majestuosa; sus ojos negros son espléndidos, un poco imperiosos; su nariz, bajo una frente lisa y blanquísima, es recta, perfecta; boca bien dibujada, aunque un poco túmida; el mentón, redondeado y marcado: me recuerda a ciertas bellísimas estatuas de emperatrices romanas. Gruesos anillos lucen en sus preciosas manos; anchos brazaletes ciñen sus brazos, en las muñecas y por encima de los codos, brazos verdaderamente estatuarios, que, bajo la corta manga drapeada, aparecen blanco-rosados, lisos, perfectos.

Lidia, por el contrario, es rubia, más delgada y joven. Su belleza no es majestuosa como la de Plautina, pero tiene toda la gracia de una juventud femenil aún un poco inmadura. Bueno, dado que estamos en tema pagano, podría decir que si Plautina parece la estatua de una emperatriz, Lidia podría ser una Diana o una ninfa de gentil y púdico aspecto.

Valeria, ahora que ha superado la desesperación de cuando la vimos en Cesárea, se presenta en su belleza de joven madre, de formas llenas aunque todavía muy juveniles, de mirada serena, propia de una madre que se siente feliz de poder amantar a su hijo, y verlo crecer alimentado con su leche; de tez rosada y pelo castaño, tiene una sonrisa plácida y muy dulce.

Me da la impresión de que son damas de rango inferior al de Plautina, a la que, incluso con la mirada, veneran como a una reina.

-¿Estabais recogiendo flores? Seguid, seguid. Podemos hablar mientras cogéis estas maravillosas obras del Creador que son las flores, mientras las colocáis en estas copas preciosas con la habilidad de que Roma es maestra, para alargarles la vida -¡ay, demasiado breve! -... Si admiramos este capullo, que apenas si abre la sonrisa de sus pétalos amarillo-rosas, ¿cómo podremos no lamentar el verlo morir? ¡Ah, cuán asombrados se quedarían los hebreos si me oyeran decir esto!... Y es que también en esta criatura, en la flor, sentimos un algo que tiene vida, y nos duele presenciar su fin. Pero la planta es más sabia que nosotros: sabe que en el lugar en que se ha producido cada una de las heridas de un tallo cortado nacerá un rebrote que dará origen a una nueva rosa. Así pues, nuestra mente debe aprehender esta enseñanza y hacer del amor un poco sensual hacia la flor estímulo para un pensamiento más alto.

-¿Cuál, Maestro? - pregunta Plautina, que está escuchando atenta y seducida por el pensamiento elegante del Maestro hebreo.

-Éste: que de la misma forma que la planta, mientras su raíz reciba alimento del suelo, no muere porque se le mueran algunos tallos, así la humanidad tampoco muere porque un ser se cierre al vivir terreno, sino que siempre germinan nuevas flores; además, mientras que la flor -y éste es un pensamiento más alto aún, que nos mueve a bendecir al Creador - una vez muerta no revive - lo cual es motivo de tristeza -, el hombre cuando duerme el último sueño no está muerto, sino que posee una vida aún más fúlgida, pues recibe, en lo que constituye su parte mejor, de su Creador que lo formó, eterna vida y esplendor. Por eso, Valeria, aunque tu hija hubiera muerto, no habrías perdido su caricia: tu criatura - separada, pero no olvidada de tu amor - siempre habría besado tu alma. ¿Te das cuenta de que es dulce creer en la vida eterna? ¿Dónde está ahora tu hijita?

-Tapada en aquella cuna. Nunca me habría separado de ella, porque el amor por mi marido y mi hija eran los dos motivos de mi vida; pero ahora, que sé lo que es verla morir, no la dejo ni por un instante.

Jesús se dirige hacia un asiento sobre el que ha sido colocada una especie de cunita de madera. Levanta la rica colcha que por entero la cubre, para mirar a la pequeñuela durmiente, la cual, dulcemente se despierta al llegarle aire más puro. Sus ojillos se abren sorprendidos. Una sonrisa angélica despega su boca, mientras sus manitas, antes cerradas, se abren ávidas de aferrar los ondeantes cabellos de Jesús; un gorjeo de gorrioncillo signa el discurrir de un contenido en su pensamiento; en fin, emite, como un trino, la grande y universal palabra:

-¡Mamá!

-Tómala, tómala - dice Jesús, apartándose para permitir que Valeria se incline hacia la cuna.

-¡Te va a molestar!... Voy a llamar a una esclava para que le dé un paseo por el jardín.

-¿Molestarme? ¡No! Nunca me molestan los niños. Son siempre mis amigos.

-¿Tienes hijos, o sobrinos, Maestro? - pregunta Plautina al observar con qué sonrisas Jesús provoca a la niña para que se ría.

-No tengo ni hijos ni sobrinos, pero amo a los niños, al igual que aprecio las flores, porque son puros y sin malicia. Trae, mujer, déjame a tu pequeñuela, que me resulta muy dulce apretar contra mi corazón a un angelito.

Y se sienta con la niñita; ella lo observa y despeina la barba de Jesús; luego encuentra más interés en las franjas del manto y en el cordón de la túnica, a los cuales dedica un largo y misterioso discurso.

Plautina dice:

-Nuestra buena y sabia amiga, una de las pocas que no se desdeña de tratar con nosotras y que, al mismo tiempo, no se corrompe con nosotras, te habrá dicho que nuestro deseo era verte y oírte para juzgarte por lo que eres, porque Roma no cree en fábulas... ¿Por qué sonríes, Maestro?

-Después te lo digo. Prosigue.

-Porque Roma no cree en fábulas y quiere juzgar con ciencia y con conciencia antes de condenar o exaltar. Tu pueblo te exalta y te calumnia con igual medida. Tus obras mueven a exaltarte; las palabras de muchos hebreos, a creerte poco menos que un delincuente. Tus palabras son solemnes y sabias como las de un filósofo. Roma se siente muy atraída por las doctrinas filosóficas, aunque reconozco que nuestros actuales filósofos no poseen una doctrina satisfactoria, incluso porque su forma de vivir no está en consonancia con la doctrina.

-No pueden vivir en consonancia con su doctrina.

-Porque son paganos, ¿no es cierto?

-No. Porque son ateos.

-¿Ateos? ¡Pero si tienen sus dioses!...

-Ya ni siquiera esos, mujer. Te recuerdo a los antiguos filósofos, a los más grandes. También eran paganos, y, a pesar de todo, ¡fíjate qué noble fue su vida!: a pesar de convivir con el error -porque el hombre gravita hacia el error-, cuando se encontraron frente a los misterios más grandes, la vida y la muerte, cuando fueron puestos ante el dilema honestidad o deshonestidad, virtud o vicio, heroísmo o cobardía, y vieron que si se volvían al mal sería en perjuicio de su patria y de los ciudadanos, entonces, con voluntad de gigante, se deshicieron de los tentáculos de los nefastos pulpos y, libres y santos, supieron querer el Bien a costa de cualquier cosa, este Bien que no es sino Dios.

-Se dice que eres Dios. ¿Es verdad?

-Yo soy el Hijo del verdadero Dios, hecho Carne sin dejar de ser Dios.

-Pero, ¿qué es Dios? A juzgar por ti, el mayor de los maestros.

-Dios es mucho más que un maestro. No rebajéis la idea sublime de la Divinidad encerrándola en los límites de la sabiduría.

-La sabiduría es una divinidad. Nosotros tenemos a Minerva, que es la diosa del saber.

-También a Venus, diosa del placer. ¿Cómo podéis pensar que un dios, o sea, un ser superior a los mortales, tenga en grado perfecto todos los aspectos denigrantes de los mortales? ¿Cómo podéis pensar que un ser eterno tenga eternamente esos pequeños, mezquinos, humillantes placeres de quien tiene una hora de tiempo, y que a ello reduzca la finalidad de su vida? ¿No pensáis en lo sucio que es ese Cielo al que llamáis Olimpo, donde fermentan los más acerbos extractos de la humanidad? Si miráis a vuestro Cielo, ¿qué veis?: lujuria, delitos, odios, guerras, robos, crápula, celadas, venganzas. ¿Qué hacéis para celebrar las fiestas de vuestros dioses?: orgías. ¿Qué culto les dais? ¿Dónde está la verdadera castidad de las consagradas a Vesta? ¿En qué código divino se basan vuestros pontífices para juzgar? ¿Qué palabras pueden leer vuestros augures en el vuelo de las aves o en el fragor del trueno? ¿Qué respuestas pueden dar a vuestros arúspices las sangrantes entrañas de los animales sacrificados? Me acabas de decir hace un momento: "Roma no cree en historietas". Y entonces, ¿por qué creéis que doce pobres hombres, haciendo dar una vuelta en torno a los campos a un cerdo, una oveja y un toro, e inmolándolos después, pueden atraerse a Ceres, si tenéis infinitas deidades, que se odian entre sí, y además vengativas, según creéis? No. Dios es muy distinto de eso, es eterno, único y espiritual.

-Pero Tú dices ser Dios, y eres carne.

-Hay un altar sin dios en la patria de los dioses. La sabiduría humana lo ha dedicado al Dios desconocido, porque los sabios, los verdaderos filósofos, intuyeron que había algo más detrás del escenario historiado producido por esos eternos niños que son los hombres cuyos espíritus están fajados por el error. Ahora bien, si esos sabios - que intuyeron que tras el engañoso escenario había algo más, algo verdaderamente sublime y divino que ha hecho todo cuanto existe; de quien procede todo lo que de bueno hay en el mundo -, si esos sabios quisieron un altar para el Dios desconocido, sentido por ellos como el verdadero Dios, ¿cómo es que vosotros llamáis dioses a lo que no es dios, y afirmáis saber lo que en realidad no sabéis? Sabed pues, lo que es Dios, para poderlo conocer y honrar. 'Dios es Aquel que con su pensamiento ha hecho de la Nada el Todo. ¿Tiene poder persuasivo para vosotros la fábula de las piedras que se transforman en hombres?, ¿os satisface? En verdad, hay hombres más duros y malos que una piedra y piedras más útiles que ciertos hombres. Valeria, ¿qué te resulta más dulce, mirando a esta hijita tuya, pensar "Es un deseo de Dios hecho vida, creado y formado por Él, dotado por Él de una segunda vida imperecedera - de forma que seguiré teniendo a mi pequeña Fausta, y además para toda la eternidad, si creo en el Dios verdadero", en vez de decir: "Esta carne de rosa, estos cabellos más sutiles que hilo de araña, estas pupilas serenas proceden de una piedra"; o pensar: "Soy semejante en todo a la loba o a la yegua; me uno carnalmente como los animales, animalescamente engendro y crío; esta hija mía es fruto de mi instinto animalesco y *es* un animal como yo, y mañana, muerta ella y muerta yo, seremos dos cadáveres que habrán de descomponerse y oler, y que nunca jamás se habrán de volver a ver"? Dime, tu corazón de madre, ¿cuál de los dos razonamientos elegiría?

-Desde luego, el segundo no, Señor. Si hubiera sabido que Fausta no podía corromperse para siempre, mi dolor frente a su agonía habría sido menos cruel, porque habría pensado: "He perdido una perla, pero sigue existiendo y la encontraré"

-Tú lo has dicho. Cuando he llegado aquí, vuestra amiga me ha manifestado su perplejidad ante vuestra gran pasión por las flores, y temía que Yo me pudiera incomodar por ello; pero la he tranquilizado diciéndole: ¡A mí también me gustan, así que nos entenderemos muy bien". Es más, quisiera elevar vuestra estima de las flores come hago con Valeria respecto a su hija, a quien - estoy seguro - otorgará aún mayores atenciones ahora que sabe que tiene alma, que es un soplo de Dios que está dentro de la carne generada por su madre; un alma que no muere, y que su madre, si cree en el Dios verdadero, volverá a encontrar en el Cielo.

Pues de la misma forma ahora vosotras observad esta magnífica rosa: la púrpura que embellece las vestiduras imperiales no es tan espléndida como este pétalo, que deleita no sólo los ojos, por su color, sino también el tacto, por su suavidad, y el olfato por su perfume. Observad también esa otra... y ésa... y esa otra...: la primera es sangre emanada de un corazón; la segunda, nieve reciente; la tercera, pálido oro; la última parece como si reflejase esta dulce cara infantil que me sonríe apoyada sobre mi pecho. Se podría decir aún más: la primera se yergue rígida sobre un grueso tallo exento casi de espinas, rojizas sus hojas, como salpicadas de sangre; la segunda tiene a lo largo del tallo raras espinas en forma de gancho y opacas y pálidas hojas; la tercera es flexible como un junco, sus hojas son pequeñas y brillantes como si de cera verde se tratase; la última, con tantas espinas como tiene, parece estar impidiendo cualquier tipo de asalto a su rósea corola: parece una lima de agudísimas puntas.

Volved vuestro pensamiento hacia esta realidad, pensad: ¿quién lo ha hecho?, ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿dónde?; ¿qué era este lugar en la noche de los tiempos? No era nada. Era una agitación informe de elementos. Dios dijo primero: "Quiero", y los elementos se separaron para reunirse por familias. Luego tronó otro "quiero", y se dispusieron con orden: uno en otro (el agua entre las tierras); uno sobre otro e1 aire y la luz sobre el planeta ya ordenado). Otro "quiero", y comenzaron a existir las plantas, y luego las estrellas, y los animales, luego el hombre. Dios donó sin tacañería las flores y los astros, cual espléndidos juguetes, para gozo del hombre, su predilecto, y por último le otorgó la alegría de procrear, no algo que muriese, sino algo que sobreviviese a la muerte por el don de Dios que es el alma. Estas rosas son expresión de otros tantos deseos del Padre: su infinito poder se despliega en infinidad de bellezas.

El flujo de mi palabra encuentra impedimento al chocar contra el compacto bronce de vuestra creencia. De todas formas, espero que, para ser éste nuestro primer encuentro, ya algo nos hayamos entendido. Ahora es vuestra alma la que debe trabajar con cuanto os he dicho.

¿Tenéis alguna pregunta que hacer? Si es así, hacedlas; estoy aquí para aclarar las cosas. La ignorancia no es motivo de vergüenza; lo es, sí, el persistir en la ignorancia cuando se tiene a alguien dispuesto a aclarar las dudas.

Dicho esto, Jesús, como si fuera el más experto de los papás, sale de la pequeña pérgola sujetando a la niñita, que está dando sus primeros pasitos y quiere ir hacia un surtidor que ondea bajo el sol.

Las damas permanecen en su sitio hablando entre sí en voz baja. Juana, en pugna con dos deseos, está en el umbral de la pérgola... A1 final Lidia se decide - y tras ella las otras - y va a donde Jesús, que ríe porque la niñita pretende agarrar el

espectro solar del agua y lo único que coge es luz, y, no obstante, insiste, insiste con todo un piar de polluelo en sus labios de rosa.

-Maestro... no he entendido por qué has dicho que nuestros maestros no pueden conducir formas de vida buenas, siendo ateos; creen en un Olimpo, pero creen.

-Ese creer suyo no es sino una forma externa. Mientras han creído verdaderamente, como los verdaderos sabios creyeron en aquel Desconocido de que os he hablado, en aquel Dios que satisfacía su alma aunque no tuviera nombre, incluso sin conciencia de la voluntad: mientras han dirigido su pensamiento a este Ente, muy superior, muy superior a los pobres dioses llenos de humanidad, de baja humanidad, que el paganismo se ha procurado; mientras han hecho esto, necesariamente han reflejado un poco de Dios: el alma es espejo que refleja, eco que repite.

-¿Qué, Maestro?

-A Dios.

-¡Gran palabra es ésa.

-Es una gran verdad.

Valeria, seducida por el pensamiento de la inmortalidad, pregunta:

-Maestro, explícame dónde está el alma de mi hija; besaré ese lugar como a un sagrario; la adoraré, dado que es soplo de Dios.

-¡El alma! Es como esta luz que tu Faustita quiere coger y no puede porque es incorpórea, pero que está ahí, como podemos ver Yo, tú y tus amigas. De la misma forma, el alma es visible en todo aquello que diferencia al hombre del animal. Cuando tu hijita te diga sus primeros pensamientos, piensa que esa inteligencia es su alma que se revela; cuando te quiera, no ya con su instinto sino con su razón, piensa que ese amor es su alma. Cuando crezca a tu lado hermosa, no tanto de cuerpo cuanto de virtud, piensa que esa belleza es su alma. Y no adores al alma, sino a Dios, que es el Creador del alma; a Dios, que de toda alma buena quiere hacerse un trono.

-¿Donde está esta cosa sublime?: ¿en el corazón?, ¿en el cerebro?

-Está en el todo que es el hombre. Os contiene y está en vosotros contenida. Cuando os deja, sois cadáveres; cuando cae muerta (por un delito del hombre contra sí mismo), sois réprobos, estáis separados para siempre de Dios.

-¿Entonces admites que el filósofo que dijo que éramos inmortales, a pesar de ser pagano, tenía razón? - pregunta Plautina.

-No es que lo admita. Voy más allá. Digo que es un artículo de fe. La inmortalidad del alma, o sea, la inmortalidad de la parte superior del hombre, es el misterio más cierto y consolador del acto de creer; es el que nos asegura de dónde venimos, a dónde vamos, de quién somos, y disuelve en nosotros la amargura de cualquier tipo de separación.

Plautina piensa profundamente - Jesús la observa, pero guarda silencio -y al final pregunta:

-¿Tú tienes alma?

Jesús responde:

-Sí, ciertamente.

-Pero, ¿eres, o no, Dios?

-Soy Dios, ya te lo he dicho, pero ahora he tomado naturaleza de hombre. Y, ¿sabes por qué? Porque sólo con este sacrificio mío podía resolver los puntos que para vuestra razón son inalcanzables; y, tras ser abatido el error, liberando el pensamiento, liberar también al alma de una esclavitud que por ahora no te puedo explicar. Por ello he introducido la Sabiduría en un cuerpo, la Santidad en un cuerpo: Yo esparzo por la tierra como una semilla la Sabiduría, como polen al viento; la Santidad se desparramará por el mundo en la hora de la
Gracia - como si fuera quebrada la preciosa ánfora que la contenía - y santificará a los hombres. Entonces el Dios desconocido será conocido.

-Pero si ya eres conocido... El que pone en duda tu poder y sabiduría es malo o falso.

-Soy conocido, pero es como si fuera sólo un amanecer; a la meridiana habrá plena cognición de mí.

-¿Cómo será tu mediodía? ¿Un triunfo? ¿Lo veré yo?

-Verdaderamente será un triunfo, y tú lo presenciarás porque sientes náusea de lo que conoces y apetito de lo que desconoces; tu alma tiene hambre.

-¡Es verdad! Es de verdad de lo que tengo hambre.

-Yo soy la Verdad.

-Date entonces a la hambrienta.

-Basta con que vengas a mi mesa. Mi palabra es pan hecho con verdad.

-¿Qué dirán nuestros dioses si los abandonamos? ¿No se vengarán de nosotros? - pregunta Lidia asustada.

-Mujer: ¿has visto alguna vez una mañana neblinosa? Los prados se pierden detrás del vapor que los oculta. Viene el sol y el vapor desaparece, y los prados resplandecen más hermosos. Pues vuestro dioses no son sino niebla del pobre pensamiento humano que, ignorando a Dios, pero al mismo tiempo necesitando creer - la fe es el estado permanente y necesario del hombre -, se ha creado este Olimpo, verdadera fábula sin fundamento alguno; vuestros dioses, de la misma forma, cuando salga el Sol, Dios verdadero, desaparecerán de vuestros corazones sin poder causar mal alguno, porque no tienen existencia.

-Tendremos que escucharte todavía mucho. Nos encontramos completamente ante lo desconocido. Todo lo que dices es nuevo.

-¿Te da repulsa? ¿Te es imposible aceptarlo?

Plautina responde con seguridad:

-No. Me siento más orgullosa de lo poquísimo que ahora sé, y que César no sabe, que de mi nombre.

-Pues persevera. "Os dejo con mi paz».

-¿Pero, cómo? ¿No te quedas más tiempo, Señor? - Juana esta desolada.

-No. Tengo muchas cosas que hacer...

-¡Yo que quería manifestarte una cosa que me aflige!...

Jesús, que ya se estaba marchando tras el respetuoso saludo de las romanas, se vuelve y dice:

-Ven hasta la barca, así podrás hablarme de lo que te aflige.

Juana lo acompaña, y dice:

-Cusa me quiere mandar un tiempo a Jerusalén. Esto me duele. Lo hace porque no me quiere seguir viendo relegada, ahora que estoy curada...

-Tú también te creas nieblas inútiles - Jesús ya ha puesto un pie en la barca - Si pensaras que así puedes recibirme en tu casa o seguirme con mayor facilidad, estarías contenta, y dirías: "La Bondad ha pensado en nosotros".

-¡Es verdad, Señor! No tenía esto en cuenta.

-¿Ves? Obedece como una buena esposa. La obediencia te aportará el premio de tenerme para la próxima Pascua y el honor de ayudarme a evangelizar a tus amigas. ¡La paz sea siempre contigo!

La barca se separa del embarcadero y así todo termina.

## 168

## Áglae en casa de María, en Nazaret

María está trabajando serena una tela. Es ya de noche. Todas las puertas están cerradas. Una lamparita de tres bocas ilumina una pequeña habitación de Nazaret, especialmente la mesa junto a la que está sentada la Virgen. La tela - quizás es una sábana –pende del arquibanco y desde las rodillas hasta el suelo. Así, María, que está vestida de azul oscuro, parece emerger de un cúmulo de nieve. Está sola. Cose ligera, con la cabeza inclinada hacia su trabajo. La luz enciende la parte más alta de su cabeza con reflejos de pálido oro, el resto de su rostro está en la penumbra.

En la habitación, bien ordenada, reina el máximo silencio. De la calle, desierta en la noche, no llega ningún ruido; tampoco del huerto. La pesada puerta que a éste conduce desde la habitación en que María está trabajando - la misma en que generalmente come y recibe a las personas amigas - está cerrada, impidiendo que el ruido que hace el agua de la fuente al caer en la pila pueda entrar. Reina verdaderamente el más profundo silencio. Desearía saber en qué piensa la Virgen mientras sus manos trabajan veloces...

Llaman discretamente a la puerta de la calle. María levanta la cabeza y escucha (tan ligero ha sido el sonido, que María debe pensar que lo ha producido algún animal nocturno, o un ligero viento que haya golpeado la puerta, y vuelve a inclinar la cabeza hacia su trabajo). Pero el sonido se repite, esta vez de forma más perceptible. María se levanta y va hacia la puerta. Pregunta antes de abrir:

-¿Quién llama?

Responde una voz fina:

-Una mujer. ¡En nombre de Jesús, piedad de mí!

María abre inmediatamente. Mantiene en alto la lámpara para conocer a esta peregrina. Ve sólo un amasijo de tela, una maraña que no deja traslucir nada; una pobre maraña curvada con profunda reverencia y que dice:

-¡Ave! ¡Señora! - y repite: « ¡En nombre de Jesús, piedad de mí!».

-Entra. Dime qué quieres. No te conozco.

-Ninguno me conoce y al mismo tiempo muchos me conocen, Señora. Me conoce el Vicio y me conoce la Santidad. Necesito que la Piedad me abra ahora sus brazos. La Piedad eres tú... - y se echa a llorar.

-Entra, entra. Dime. Me basta lo que has dicho para comprender que eres una desdichada. Pero no sé todavía quién eres. Tu nombre, hermana.

-¡No, hermana no! No puedo ser hermana tuya... Tú eres la Madre del Bien... yo... yo soy el Mal... - y llora cada vez más fuerte bajo su manto, echado incluso sobre la cara para esconderla enteramente

María deja la lámpara en un asiento, coge la mano de la desconocida, que está arrodillada en el umbral de la puerta, y la obliga a levantarse.

María no la conoce... yo sí: es la velada de Agua Especiosa.

Se pone en pie, avergonzada, temblorosa, estremecida por su propio llanto, pero se sigue resistiendo a entrar, y dice:

-Soy pagana Señora. Para vosotros, hebreos, sería basura aunque fuera santa, soy doblemente basura porque soy una meretriz.

-Si vienes a mí, si buscas a mi Hijo a través de mí, no puedes ser sino un corazón arrepentido. Esta casa acoge a todo el que lleve pe nombre Dolor - y tira de ella hacia dentro y cierra la puerta. Pone la lámpara de nuevo en la mesa, le ofrece un asiento y le dice:

-Habla.

Pero la velada no se quiere sentar; un poco cabizbaja, continúa llorando. María está frente a ella, dulce y majestuosa; está esperando a que el llanto se calme; entretanto ora. La veo orar con todo su aspecto, aunque nada en Ella tome actitud de oración (ni las manos que no sueltan la pequeña mano de la velada, ni los labios, que están cerrados).

Por fin el llanto se calma. La velada se enjuga el rostro con su velo y dice:

-Pero no he venido desde tan lejos para seguir estando en el anonimato. Ésta es la hora de mi redención y debo desnudar mi corazón para... para mostrarte cuántas llagas lo cubren. Tú eres una madre, y además... su Madre, por eso tendrás piedad de mí.

-Sí, hija.

-¡Sí!, ¡llámame hija!... Tenía a mi madre, pero la abandoné. Me dijeron que había muerto de dolor. Tenía a mi padre, pero me maldijo, y todavía hoy dice a sus conciudadanos: "No tengo ya ninguna hija"...

Rompe de nuevo a llorar impetuosamente. María palidece de pena y le pone una mano en la cabeza para consolarla. La velada sigue diciendo:

-No tendré ya a nadie que me llame hija... Sí, acaríciame así, como hacía mi madre cuando yo era pura y buena... Deja que te bese esta mano y que con ella enjugue mi llanto. Mi llanto solo no me lava. ¡Cuánto he llorado desde que he comprendido!... Ya antes había llorado, es horroroso no ser sino carne utilizada e insultada por el hombre. Pero eran lloros de animal apaleado, que odia a quien lo tortura, y contra él se revuelve; y esos lloros ensuciaban cada vez más, porque... yo cambiaba de dueño pero no cambiaba de animalidad... Hace ocho meses que lloro... porque he comprendido... He comprendo mi miseria y podredumbre, que me cubren y me hastían y me producen náuseas... Pero mi llanto, que cada vez es más consciente, no me lava; se mezcla con mi inmundicia, pero no la quita. ¡Oh Madre, seca tú mi llanto, y quedaré limpia y podré acercarme a mi Salvador!

-Sí, hija, sí. Siéntate. Aquí, conmigo. Habla con serenidad. Deposita aquí, sobre mis rodillas maternas, todo tu peso. María se sienta.

Pero la velada se desliza hasta el suelo, a sus pies, porque quiere hablarle en esa postura. Comienza suavemente:

-Soy de Siracusa... Tengo veintiséis años... Era hija de un administrador - como diríais **voso**tros; nosotros decimos procurador - de un noble señor romano. Era hija única. Vivía feliz. Residíamos cerca de la marina, en el bellísimo chalet de la propiedad que administraba mi padre. De vez en cuando venía el dueño, o su mujer, y los hijos... Nos trataban bien. Conmigo eran buenos. Las niñas jugaban conmigo... Mi madre era feliz... se sentía orgullosa de mí. Yo era guapa... inteligente... Todo me salía bien y sin dificultad... Pero estimaba más lo frívolo que lo bueno. En Siracusa hay un teatro notable....bonito....grande....En él se celebran los juegos y se representan comedias... En las comedias y tragedias actúan mucho los mimos, para poner de relieve, con sus muchas danzas, el significado del coro. Tú no lo sabes... pero también con las manos y movimientos del cuerpo podemos expresar los sentimientos del hombre turbado por alguna pasión... Jovencitos y niñas se forman en un gimnasio especial para ser mimos; deben ser hermosos como dioses, ágiles como mariposas... A mí me gustaba mucho **su**bir a una especie de altura desde la que se dominaba este lugar y **v**er las danzas de los mimos; luego las repetía yo por mi cuenta en **lo**s prados floridos, en las doradas arenas de mi terreno, en el jardín del chalet. Parecía una estatua de arte, o un viento surcando los espacios: sí, sabía muy bien pararme en poses estatuarias o trasvolar sin **t**ocar casi el suelo. Mis amigas ricas me admiraban y mi madre se **s**entía orgullosa...

La velada habla, recuerda, se representa de nuevo, ve como en un sueño el pasado, y llora; sus sollozos son las comas de sus palabras.

-Un día - era el mes de mayo - Siracusa estaba toda florida. Hacía poco que habían concluido las fiestas. Me había entusiasmado una de las danzas representadas en el teatro... Los dueños de la propiedad me habían llevado a este espectáculo con sus hijas. Tenía entonces catorce años... En aquella danza, los mimos, que debían representar a las ninfas de primavera acudiendo a adorar a Ceres, bailaban coronadas de rosas, vestidas de rosas... sólo de rosas, porque el vestido era un velo sutilísimo, una red de tela de araña sobre la que habían sido esparcidas rosas... Bailando, parecían aladas Hebes, de tan ligeras como se movían, y aparecían sus espléndidos cuerpos, separadas como estaban las franjas de velo florido para poner a sus espaldas alas... Estudié esa danza... y un día... y un día...

La velada llora aún más intensamente... Luego toma nuevas fuerzas.

-Era hermosa. Lo soy. Mira.

Se pone de pie echando rápida hacia atrás el velo y dejando caer el manto. Yo me quedo estupefacta porque veo aparecer, tras las ropas desechadas, a Áglae, bellísima incluso así: con una humilde túnica, peinado sencillo de trenzas, sin joyas, sin pomposas vestiduras; una verdadera flor de carne, flor esbelta y perfecta; su cara, bellísima, es de un moreno pálido; sus ojos, de terciopelo, llenos de fuego.

Vuelve a arrodillarse delante de María:

-Era bonita, por desgracia para mí. Y estaba desquiciada. Aquel día me vestí de velos. Me ayudaron las niñas, que eran mis señoras, a las cuales les gustaba verme bailar... Me vestí en una estría de playa dorada, frente al mar azul. En la playa - que en ese lugar estaba desierta - había silvestres flores blancas y amarillas, con su penetrante perfume de almendra, vainilla, de carne recién lavada; también de las agruras provenían oleadas de penetrante perfume, y olían las rosaleras siracusanas, y el mar y la arena; el sol extraía olor de todas las cosas... una sensación de grandeza cósmica que me embriagaba. Me sentía ninfa también yo, y adoraba... ¿a quién?: ¿a la Tierra fecunda?, ¿al Sol fecundador? No lo sé. Siendo pagana entre los paganos, supongo que adoraría al Sentido, a mi despótico rey, desconocido para mí como tal rey y más poderoso que un dios... Me puse una corona de rosas cortadas del jardín... y bailé... Me sentía ebria de luz, de aromas, del placer de ser joven, ágil y bonita. Bailé... y fui vista. Vi que me miraban... mas no me avergoncé de aparecer desnuda ante dos ojos concupiscentes de hombre; antes al contrario, me complací en aumentar mis vuelos... La complacencia en ser admirada me ponía verdaderamente alas... Ello habría de significar mi perdición. Pasados tres días, como los dueños de la propiedad se habían ido de regreso a su patricia morada de Roma, me quedé sola. No me quedé en casa... Aquellos dos ojos admiradores me habían revelado otra cosa más allá de la danza, me habían revelado el sentido y el sexo.

Áglae advierte en María un gesto involuntario de disgusto.

-¡Quizás es que te repugno, porque tú eres pura...!

-Habla, habla, hija. Mejor a María que a Él. María es un mar que lava...

-Sí, mejor a ti. Me lo dije yo a mí misma también, cuando supe que Él tenía una madre... Porque antes, viéndolo tan distinto de todos demás hombres (el único que es todo espíritu) - ahora sé que el espíritu existe y qué es -, antes, no habría podido decir de qué estaba formado tu Hijo, tan sin sensualidad a pesar de ser hombre, y para mis adentros pensaba que no tenía madre sino que había descendido a esta Tierra así, sin más, para salvar a estas horrendas ruinas humanas, de las cuales yo soy la más grande...

Todos los días volví a aquel lugar, con la esperanza de volver a ver a aquel hombre joven, moreno, guapo... Pasado un tiempo, lo vi de nuevo... Me habló y me dijo: "Ven conmigo a Roma. Te llevaré a la corte imperial. Serás la perla de Roma". Dije: "Sí, seré tu esposa fiel. Ven a casa de mi padre". Se echó a reír burlonamente, y me besó. Dijo: "No, no esposa sino diosa; yo seré tu sacerdote y te revelaré los secretos de la vida y del placer". Yo estaba fuera de mis cabales. Era una niña. Lo que no quitaba para que no ignorase lo que era la vida... Era astuta. De todas formas, aunque no estaba en mis cabales, no era todavía una depravada... así que me dio asco su propuesta. Me libré de sus brazos y corrí hacia mi casa... Pero no le dije nada a mi madre... y no supe resistir al deseo de volver a ver a ese hombre...Sus besos me habían hecho enloquecer más aún... Volví... Apenas llegué a la playa solitaria, me abrazó, besándome con frenesí: una lluvia de besos, de palabras de amor, de preguntas ("¿acaso no está ya **to**do en este amor?", "¿no es más dulce que un vínculo?", "¿qué más **q**uieres?", "¿puedes, acaso, vivir sin esto?").

Oh, Madre! Esa misma noche huí con ese sucio patricio... Y vine a ser un andrajo bajo el pie de su animalidad (no una diosa, sino barro; no una perla, sino estiércol). No se me reveló la vida, sino las porquerías de la vida, la infamia, el asco, el dolor, la vergüenza, la infinita miseria de no ser ya ni siquiera mía... Y luego, la caída total. Después de seis meses de orgía, cansado de mí, ese hombre pasó a nuevos amores; yo pasé a ser una mujer pública. Saqué partido a mis dotes de bailarina... Para aquel entonces ya sabía que mi madre había muerto de dolor y que ya no tenía ni casa ni padre... Me recibió en su escuela un maestro de baile. Me perfeccionó... me gozó... y me lanzó, cual flor experta en todas las artes de la sensualidad, al ambiente del corrompido patriciado de Roma; así, la flor -ya sucia - cayó en una cloaca. Durante diez años he ido descendiendo cada vez más al abismo. Luego me trajeron aquí para alegrar los tiempos libres de Herodes. Aquí pasé a ser del nuevo patrón. ¡Oh, cualquiera de nosotras es como un perro atado con una cadena; más atada incluso que los propios perros! ¡Y no hay amo de jauría más brutal que el hombre que posee a una mujer! ¡Madre... estás temblando!... Sientes horror de mí, ¿no?

María se ha llevado la mano a su corazón, como si lo tuviera herido. Y responde:

-No, de ti no. Lo que me horroriza es el Mal, que tanto domina la tierra. Sigue, desventurada criatura.

-Me llevó a Hebrón... ¿Vivía libre?, ¿era rica? Sí, digámoslo así, en cuanto que no estaba encarcelada y en cuanto que nadaba en joyas; pero la realidad era que sólo podía ver a quien él quería que viese, y no tenía derecho ni siquiera a mí misma.

Un día vino a Hebrón un hombre, el Hombre, tu Hijo. Él estimaba aquella casa. Lo supe y lo invité a entrar. Samay no estaba... Desde la ventana ya había oído palabras y había visto un aspecto que habían conmovido mi corazón. Pero, Madre; te juro que no fue la carne la que me movió hacia tu Jesús. Lo que El me reveló fue la causa de que me acercara al umbral de la puerta, desafiando las burlas del vulgo, para decirle: "Entra"; fue el alma, esa alma que hasta entonces no sabía que tenía. Me dijo: "Mi Nombre quiere decir Salvador. Salvo a quien tiene buena voluntad de ser salvado; salvo enseñando a ser puros, a querer el dolor por el honor, a querer el Bien a toda costa. Yo soy Aquel que busca a los perdidos, Aquel que da la Vida; soy Pureza y Verdad". Me dijo que yo también tenía un alma, pero que 1a había matado con mi modo de vivir. No obstante, no me maldijo ni se burló de mí. ¡Y no puso en mí sus ojos un solo momento! Es el primer hombre que no me ha comido con su ávida mirada, porque llevo conmigo la tremenda maldición de atraer al hombre... Me dijo que quien lo busca lo encuentra, porque está donde hay necesidad de médico, medicinas. Y se marchó. Pero sus palabras quedaron aquí y aquí han permanecido. Yo me decía: "Su Nombre quiere decir Salvador", como queriendo empezar a curarme. De su visita me habían quedado sus palabras y sus amigos, los pastores. Mi primer paso fue darles a los pastores limosna y pedirles oraciones... Luego... me escapé...

Fue una fuga santa: huí del pecado yendo en busca del Salvador Busqué, busqué, segura de que lo encontraría porque así me lo había prometido. Me mandaron a donde un hombre de nombre Juan, creyendo que era Él, pero no era. Posteriormente, un hebreo me indicó el camino de Agua Especiosa. Vivía de la venta del oro que tenía, que era mucho. Durante los meses en que viví errante tuve que mantener cubierto mi rostro para que no me atrapasen de nuevo, y porque además Áglae realmente estaba sepultada bajo ese velo; había muerto la vieja Áglae, quedaba sólo esa alma suya herida y desangrada que iba en busca de su médico. Muchas veces tuve que huir de la sensualidad del varón, que me perseguía a pesar de estar tan oculta bajo mis vestiduras. Incluso uno de los amigos de tu Hijo...

En Agua Especiosa vivía como un animal. Vivía pobre pero feliz. Ni el rocío ni el río me limpiaron como sus palabras. ¡Oh, ni una sola perdí! Una vez perdonó a un asesino. Oí sus palabras y estuve por decirle: "¡Perdóname también a mí!". Otra vez habló de la inocencia perdida. ¡Oh, qué llanto de nostalgia! Otra vez curó a un leproso... y estuve por gritar: "¡Límpiame a mí de mi pecado...!". Otra vez curó a un demente romano... y lloré... y mandó que me dijeran que las patrias pasan pero el Cielo permanece. Una noche de tormenta me ofreció la casa... y se preocupó de que el encargado me diera posada... a través de un niño, me dijo: "No llores"... ¡Oh, qué bondad la suya! ¡Qué miseria la mía!: tan grandes ambas, que no me atreví a portar mi miseria a sus pies, a pesar de que uno de los suyos, de noche, me instruyera acerca de la infinita misericordia de tu Hijo. Luego, mi Salvador se fue, insidiado por quienes veían pecado en el deseo de un alma renacida... Lo esperé... Pero lo esperaba también la venganza de aquellos que son aun mucho más indignos que yo de mirarlo, porque yo he pecado como pagana contra mí misma, pero ellos pecan, conociendo ya a Dios, contra el Hijo de Dios... Y me maltrataron. Pero me hirieron más sus acusaciones que las piedras; hirieron más ellos mi alma que mi carne, hundiéndola en la desesperación.

¡Oh, qué tremenda lucha conmigo misma! Andrajosa, sangrante, herida, febril, ya sin Médico, sin techo ni pan, miré hacia atrás, miré al futuro... El pasado me decía: "Vuelve"; el presente: "Mátate"; el futuro: "Ten esperanza". He tenido esperanza. No me he quitado la vi-da; lo haría, eso sí, si Él me rechazara, porque no quiero volver a ser lo que era. A duras penas llegué a un pueblo pidiendo asilo. Me reconocieron. Tuve que salir huyendo como un animal, y he tenido que seguir huyendo de

todos los lugares, perseguida siempre, siempre ultrajada, siempre maldecida, porque quería ser honesta y porque se esfumaban las esperanzas de quienes por medio de mí querían asestar sus golpes contra tu Hijo. Subí hasta Galilea siguiendo el curso del río y vine hasta aquí... Tú no estabas... Fui a Cafarnaúm: acababas de partir. Pero me vio un anciano, uno de sus enemigos, y me habló de mí como prueba evidente contra Él - tu Hijo - y, dado que yo lloraba y no reaccionaba, me dijo: "Todo podría cambiar para ti si quisieras ser mi amante y mi cómplice para acusar al Rabí nazareno. Bastaría con que dijeras, ante mis amigos, que Él era tu amante...". Huí como quien ve abrirse una mata florida al desenroscarse una serpiente.

Y comprendí que ya no podía ir a postrarme a sus pies. Por eso vengo a ti. Aquí estoy: pisotéame; soy sólo fango. Aquí me tienes: aléjame de tu presencia, porque soy pecadora. Dime mi nombre: meretriz. Estoy dispuesta a aceptar todo lo que me digas o hagas. Pero, ten piedad, Madre; toma mi pobre alma sucia y llévala a El. Cierto es que poner en tus manos mi lujuria es delito, pero son el único lugar en que estará protegida del mundo - que la quiere para sí - y se hará penitente. Dime cómo he de comportarme. Dime qué tengo que hacer. Dime cuál es el medio que debo seguir para dejar de ser Aglae. ¿Qué debo amputarme? ¿Qué debo arrancarme para dejar de ser pecado, seducción, para no tener que temer ni a mí misma ni al hombre? ¿Tengo que arrancarme los ojos? ¿Tengo que quemarme los labios? ¿Tengo que cortarme la lengua? Ojos, labios, lengua... me han servido en el mal; no quiero ya más el mal; estoy dispuesta a sacrificarlos para castigarme a mí y a ellos mismos. ¿0 quieres que me ampute estas concupiscentes caderas que me han impulsado a depravados amores, o que me arranque estas vísceras insaciables, de las que siempre temo un nuevo despertar? Dime, dime, ¿cuál es la vía para olvidarse de que se es hembra, y para hacérselo olvidar a los demás?

María está estremecida. Llora, sufre... pero el único signo de su dolor son las lágrimas que caen sobre la arrepentida.

-Quiero morir perdonada. Quiero morir sin otro recuerdo sino el del Salvador. Quiero morir con su Sabiduría como amiga... ¡Y no puedo acercarme a Él, porque el mundo nos acecha, a mí y a Él, para acusarnos...».

Áglae llora, tirada en el suelo como un trapo.

María se pone en pie y casi jadeando, susurra:

-¡Qué difícil es ser redentores!

Áglae, que lo ha oído, intuyendo el movimiento de María, dice quejumbrosamente:

-¿Ves cómo tú también sientes repulsa? Me marcho. Todo está perdido.

-No, hija, no está perdido todo; ahora empieza todo para ti. Escúchame, alma abatida: no gimo por ti, sino por este mundo cruel; no te dejo marcharte; te acojo, pobre golondrina lanzada contra mis paredes por la ventisca; te llevaré a donde Jesús y Él te señalará el camino de tu redención...

-Ya no tengo esperanza... El mundo tiene razón, no puedo ser perdonada.

-No te puede perdonar el mundo, pero sí Dios. Déjame que te hable en nombre del supremo Amor, que me ha dado un Hijo para que yo lo dé al mundo; que me ha sacado de la feliz ignorancia de mi virginidad consagrada, para que el mundo tuviera el Perdón, y me ha sacado sangre, pero no en el parto sino del corazón, al revelarme que mi Hijo es la gran Víctima. Mírame, hija. En este corazón hay una gran herida, que me punza desde hace más de treinta años, que se abre cada vez más y me consume. ¿Sabes cuál es su nombre?

-Dolor.

-No. Amor. El amor es lo que abre mis venas para hacer que no esté solo el Hijo en su acto salvador; es el amor lo que me da fuego para que yo purifique a quienes no se atreven a ir a mi Hijo; el amor hace brotar lágrimas con que lavar a los pecadores. Tú querías mis caricias; te doy mis lágrimas, que te hacen ya blanca para poder mirar a mi Señor. ¡No llores de ese modo! No eres la única pecadora que se acerca al Señor y se despide de Él ya redimida; otras hubo y otras habrá.

¿Dudas, acaso, de que Él te pueda perdonar? ¿No ves en todo lo que te ha ocurrido un misterioso designio de la Bondad Divina? ¿Quién te condujo a Judea?, ¿y a la casa de Juan? ¿Quién te movió a asomarte a la ventana aquella mañana? ¿Quién encendió en ti una luz para ilustrarte sus palabras? ¿Quién te dio la capacidad de entender que la caridad, unida a la oración del favorecido, obtienen auxilio divino? ¿Quién te dio fuerzas para huir de la casa de Samay?, ¿quién, de perseverar los primeros días hasta su llegada? ¿Quién te puso en su camino? ¿Quién te capacitó para vivir como una penitente a fin de que se fuera purificando tu alma? ¿Quién ha hecho en ti alma de mártir, de creyente, de mujer perseverante, de mujer pura?...

Sí, no menees la cabeza. ¿Piensas, acaso, que sólo es puro quien no ha conocido la sensualidad? ¿O piensas que el alma no puede jamás volver a ser virgen y bella? ¡Hija, créeme que entre mi pureza, toda ella gracia del Señor, y tu heroica ascensión, rehaciendo el camino, hacia la cima de tu pureza perdida, es mayor la tuya! Tú la construyes, contra el apetito de los sentidos, la necesidad y el hábito; en mí es dote natural, como respirar. Tú debes cercenar tu pensamiento, los sentimientos, la carne, para no recordar, para no desear, para no secundar; yo... ¿puede, acaso, una criaturita de pocas horas desear la carne?, ¿tiene mérito por no hacerlo? Pues así yo. Yo no conozco esa trágica hambre que ha hecho de la humanidad una víctima, no conozco sino la santísima hambre de Dios; tú, sin embargo, ésta no la conocías, y has conseguido aprenderla, y has domado la otra, trágica y horrenda, por amor a Dios, que ahora es tu único amor. ¡Sonríe, hija de la Misericordia divina! ¡Mi Hijo está haciendo en ti lo que te dijo en Hebrón. Ya lo ha hecho. Estás ya salvada, porque has tenido buena voluntad de salvarte, porque has aprendido la pureza, el dolor, el Bien. Tu alma ha renacido. Sí, necesitas su palabra, que te diga en nombre de Dios: "Estás perdonada". Eso yo no lo puedo decir, pero ya desde ahora te doy mi beso como promesa, como principio de perdón...

¡Oh, Espíritu eterno, un poco de ti siempre está en tu María! ¡Deja que Ella te infunda, Espíritu santificador, sobre esta criatura que llora y espera! ¡Por nuestro Hijo, oh Dios de amor, salva a ésta que de Dios espera salvación! ¡Que la Gracia, de que dijo el ángel Dios me ha colmado, se pose milagrosamente sobre esta mujer, y la mantenga hasta que Jesús, el Salvador bendito, el supremo Sacerdote, la absuelva en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu!...

Es de noche, hija. Estás cansada. Tus vestidos, hechos jirones. Ven. Descansa. Mañana te pondrás en camino... Te enviaré a una familia de personas honradas, porque aquí ya vienen demasiados. Te daré un vestido en todo igual al mío.

Parecerás una hebrea. Yo veré a mi Hijo en Judea, no antes, porque la Pascua se aproxima y para el novilunio de Abril estaremos en Betania; así que le hablaré de ti. Ve a casa de Simón el Zelote. Allí me encontrarás y te conduciré a Él.

Áglae sigue llorando, pero ahora con paz. Está sentada en el suelo. También María se ha sentado de nuevo, y Áglae deposita su cabeza sobre las rodillas de María y le besa la mano... Luego susurra quejumbrosa:

-Me reconocerán...

-¡Oh, no! No temas. Tu vestido era demasiado conocido. Yo te prepararé para este viaje tuyo hacia el Perdón; serás como la virgen preparada para su boda: distinta y desconocida para la muchedumbre que ignora el rito. Ven. Tengo una pequeña habitación al lado de la mía. En ella se alojan santos y peregrinos deseosos de ir a Dios; te hospedará también a ti.

Aglae hace ademán de querer recoger el manto y el velo.

-Deja. Son los vestidos de la pobre Áglae extraviada, que ya no existe... y ni siquiera debe quedar de ella el vestido: ha experimentado demasiado odio, y tanto daño hace el odio cuanto el pecado.

Salen al oscuro huerto. Entran en el cuarto de José. María enciende una lamparilla que hay encima de una repisa, acaricia una vez más a la arrepentida, cierra la puerta y, con su triple llamita, se hace luz para ver a dónde puede llevar el manto desgarrado de Áglae para que ningún visitante lo vea al día siguiente.

## 169

## Primer discurso de la Montaña: la misión de los apóstoles y de los discípulos

Jesús va solo, a paso rápido, por un camino principal, hacia un monte.

Este monte se alza a uno de los lados del camino, que va del lago hacia el oeste; del lago lo separa un poco de terreno llano. Empieza con una suave y baja elevación que se prolonga por mucho espacio (una meseta, desde la que se ve todo el lago, con la ciudad de Tiberíades hacia el Sur, y las otras, menos hermosas, que suben hacia el norte); después el monte se eleva con pendiente más bien pronunciada, hasta un pico, y luego desciende para volver a elevarse hasta otro pico semejante, formando una curiosa figura de silla de montar.

Jesús emprende la subida al rellano por una senda para mulas todavía bastante aceptable. Llega a un pueblecito cuyos habitantes se dedican a la explotación agrícola de esta meseta. Empiezan ya a brotar espigas de trigo. Cruza el pueblo. Sigue por campos y prados llenos de flores y frufrú de cereales. El día está sereno y muestra todas las bellezas de la naturaleza de los alrededores.

Siguiendo más allá del otero al que se dirige Jesús, está - al norte - la cima imponente del Hermón, la verde llanura del lago Merón - que desde aquí no se ve - y luego otros montes orientados hacia el lado noroccidental del lago de Tiberíades, y, al otro lado del lago, más montes - suavizados sus perfiles por la lejanía - y delicadas llanuras. Hacia el sur, al otro lado del camino principal, las colinas que creo que ocultan a Nazaret. Cuanto más se sube, más se extiende la vista. No veo lo que hay al oeste, porque el monte hace de pared.

Al primero que encuentra Jesús es al apóstol Felipe, que parece estar de guardia en ese sitio.

-¿Cómo, Maestro? ¿Tú aquí? Te esperábamos en el camino. Estoy esperando a los compañeros, que han ido a buscar leche donde los pastores que están por estas cimas. Abajo, en el camino, están Simón y Judas de Simón, y con ellos Isaac y...

-¡Ah, ahí vienen! ¡Venid! ¡Venid! ¡Está aquí el Maestro!

Los apóstoles, que bajan con frascos y cantimploras, se echan a correr; los más jóvenes, naturalmente, llegan antes. Su acogida al Maestro es conmovedora. Ya reunidos, todos quieren hablar, contar cosas. Jesús sonríe.

-¡Te esperábamos en el camino!

-¡Pensábamos que hoy tampoco venías!

-Hay mucha gente, ¿sabes?

-Nos turbaba mucho el hecho de que hubiera escribas, y hasta discípulos de Gamaliel...

-¡Claro, Señor, es que nos has dejado justo en el momento más inoportuno! No he tenido nunca tanto miedo como ahí. ¡No me vuelvas a gastar una broma como ésta!

Pedro se queja. Jesús sonríe y pregunta:

-Pero, ¿os ha pasado algo malo?

-¡No! ¡No! Es más... ¡Oh, Maestro mío!, ¿no sabes que ha hablado Juan?... Parecía como si hablaras Tú en él. Yo... nosotros estábamos asombrados... ¡Este muchacho, que hace no más de un año de lo único que era capaz era de echar la red!...

Pedro manifiesta todavía admiración y tira enérgicamente hacia sí al risueño Juan, que guarda silencio, y le da unos meneos afectuosos.

-Mirad. Juzgad si os parece posible que este niño haya dicho con esta boca risueña esas palabras. ¡Parecía Salomón!

-También Simón ha hablado bien, mi Señor; se ha comportado exactamente como "cabeza"» dice Juan.

-¡Claro! ¡Me ha cogido y me ha puesto allí! ¡En fin!... Dicen que he hablado bien. Será así. No lo sé, porque, entre el asombro por las palabras de Juan y el miedo a hablar en medio de tanta gente y a hacerte quedar mal, estaba aturdido...

-¿A mí? Tú eras el que hablabas. Habrías quedado mal tú, Simón - dice Jesús para pincharle.

-¡Por mí...! De mí no me importaba nada. Lo que no quería era que se mofasen de ti, considerándote estúpido por haber elegido como apóstol a un tarado mental.

Jesús se ilumina de alegría por la humildad y el amor de Pedro, pero lo único que pregunta es:

-¿Y los demás?

-También Simón Zelote ha hablado bien; pero bueno, es lógico en él. ¡Éste ha sido la sorpresa! La verdad es que, desde que hemos estado en oración, este muchacho parece tener continuamente el alma en el Cielo.

-¡Es cierto! ¡Es cierto!

Todos confirman las palabras de Pedro. Y luego siguen hablando de las cosas que han sucedido.

-¿Sabes? Entre los discípulos, ahora hay dos que, según Judas de Simón, son muy importantes. Judas está actuando mucho. ¡Claro, conoce a mucha gente importante, y además sabe tratar a estas personas! Y le gusta hablar... Habla bien. No obstante, la gente prefiere escuchar a Simón, a tus hermanos y, sobre todo, a este muchacho. Ayer me dijo un hombre: "Habla bien ese joven - se refería a Judas - pero prefiero escucharte a ti". ¡Pobre hombre, mira que preferir escucharme a mí, que no sé decir más que cuatro palabras!... Pero... ¿cómo es que has venido hasta aquí?; el lugar de la cita era el camino. Hemos estado allí.

-Porque sabía que os encontraría aquí. Ahora escuchadme. Bajad y decid a los otros que vengan; también a los discípulos ya conocidos. La gente no, que no vengo hoy, que quiero hablaros sólo a vosotros.

-Es mejor entonces dejar pasar un rato, esperar a que caiga la tarde, porque cuando empieza a declinar el sol la gente comienza a distribuirse por los caseríos cercanos, para volver al día siguiente por la mañana a esperarte. Si no... ¿quién va a ser capaz de contenerlos?

-De acuerdo, hacedlo así. Os espero allá, en lo alto de aquella cima. Las noches son ya suaves y podemos dormir al raso.

-Donde quieras, Maestro, con tal de que estés con nosotros.

Los discípulos se ponen en camino. Jesús reanuda la subida del monte hasta la cima (la misma de la visión del año pasado respecto al final del discurso de la Montaña y respecto al primer encuentro con la Magdalena). El panorama, que empieza a encenderse a causa del principio del ocaso, se hace más amplio todavía.

Jesús se sienta en una voluminosa piedra y se recoge en estado de meditación. Así permanece hasta que el ruido de los pasos provenientes del sendero le avisa de que los apóstoles están ya de regreso. Declina la tarde. No obstante, a la altura en que están, todavía el sol resiste, extrayendo perfume de todo hilo de hierba y de toda florecilla. Muguetes silvestres emanan intenso perfume, mientras los altos tallos de los narcisos agitan sus estrellas y sus capullos como para atraer el rocío.

Jesús se pone en pie y los recibe con su saludo:

-La paz sea con vosotros.

Son muchos los discípulos que han subido con los apóstoles; Isaac los capitanea, con esa sonrisa suya de asceta en su rostro enjuto. Se arremolinan todos en torno a Jesús, que ahora está saludando en particular a Judas Iscariote y a Simón Zelote.

-He querido reuniros a todos conmigo para estar unas horas sólo con vosotros, para hablaros sólo a vosotros. Tengo algo que deciros para prepararos más a vuestra misión. Comamos. Luego hablaremos; durante el sueño el alma seguirá saboreando la doctrina.

Tras consumir la parca cena, se disponen en círculo alrededor de Jesús, que está sentado en una piedra grande. Son, aproximadamente, un centenar - quizás más - entre discípulos y apóstoles: una corona de rostros atentos iluminados fantasmagóricamente por la llama de dos fuegos.

Jesús habla despacio, gesticulando sereno; su rostro, destacándose de su vestidura azul oscura, y bajo el rayo de la Luna nueva - pequeña coma de luna en el cielo, filo de luz que acaricia al Dueño del Cielo y de la tierra - que cae justo donde está Él, parece más blanco.

-He querido que vinierais aquí, aparte, porque sois mis amigos. Os he llamado después de la primera prueba de los doce, para ampliar el círculo de mis discípulos operantes, y también para oír de vuestros labios las primeras reacciones ante el hecho de que os dirijan estos continuadores míos que os he designado. Sé que todo ha ido bien. Yo sostenía, con la oración, las almas de los apóstoles, que han salido del retiro con una fuerza nueva en la mente y en el corazón una fuerza que no proviene de industria humana sino del completo abandono en Dios.

Los que más han dado son los que más se han olvidado de sí, que es cosa ardua. El hombre está hecho de recuerdos. Los recuerdos del propio yo son los que tienen más voz. Hay que distinguir dos yoes. Existe el yo espiritual dado por el alma que se acuerda de Dios y de su origen divino, y existe también el yo inferior de la carne que se acuerda de esas mil exigencias que todo lo abrazan de sí misma y de las pasiones y que - puesto que son tantas voces como para formar un coro - se imponen, si el espíritu no está bien firme, a la voz solitaria del espíritu que recuerda su nobleza de hijo de Dios. Es por ello por lo que - excepto en este recuerdo santo, que habría que estimular cada vez más y mantener vivo y fuerte -, para ser perfectos como discípulos, hay que saber olvidarse de uno mismo, en todos los recuerdos, las exigencias, las pávidas reflexiones del yo humano.

En esta primera prueba, los que, de los doce, han dado más han sido los que más se han olvidado (no sólo de su pasado, sino también de los límites de su personalidad); han sido los que se han olvidado de lo que eran y se han fundido con Dios de tal forma que nada temían.

¿A qué eran debidas las reservas de algunos? Pues a que se han acordado de sus escrúpulos, consideraciones y prevenciones habituales. ¿Por qué el laconismo de otros?: pues porque se han acordado de su falta de preparación doctrinal y han tenido miedo a quedar mal o hacerme quedar mal a mí. ¿Por qué las vistosas exhibiciones de otros?: porque se han acordado de sus soberbias habituales, de sus deseos de que los miren y los aplaudan, de sobresalir, de ser "algo". Finalmente, por el contrario, ¿por qué la improvisa manifestación en otros de una oratoria rabínica segura, persuasiva, triunfal?: porque éstos, y sólo éstos - así como también aquellos que hasta ese momento se han comportado con humildad y han tratado de pasar inadvertidos y que, llegado el momento, han sabido, al instante, asumir la dignidad de primado que se les había conferido y que nunca habían querido ejercitar por temor a presumir demasiado -, éstos han sabido acordarse de Dios. Las primeras tres categorías se han acordado del yo inferior; la otra (la cuarta), del yo superior, y no han tenido miedo. Sentían a Dios con ellos, a Dios en ellos, y no han tenido miedo: ¡Santa osadía que viene del hecho de estar con Dios!

Escuchad entonces, apóstoles y discípulos: vosotros, apóstoles, ya habéis oído estos conceptos, pero ahora los entenderéis con mayor profundidad; vosotros, discípulos, no los habéis oído todavía, o habéis oído sólo alguna parte, y necesitáis que se os graben en el corazón. Voy a hacer cada vez más uso de vosotros, dado que continuamente se va agrandando el rebaño de Cristo; el mundo os va a agredir cada vez más, pues aumenta el número de lobos contra mí, el Pastor, y contra mi rebaño... Pues bien, quiero armar vuestras manos para que podáis defender mi Doctrina y mi rebaño. Lo que es suficiente para el rebaño no lo es para vosotros, pequeños pastores. Si a las ovejas les es lícito cometer errores, comiendo hierbas que amargan la sangre o enloquecen el deseo, no es lícito que vosotros cometáis los mismos errores, llevando a muchas ovejas a la perdición; pues debéis pensar que donde hay un pastor ídolo perecen las ovejas, o por efecto de sustancias venenosas o por la agresión de los lobos.

Vosotros sois la sal de la tierra y la luz del mundo. Mas, si no respondierais a vuestra misión, os convertiríais en sal insípida e inútil; ya nada podría devolveros el sabor, pues ni siquiera Dios os lo habría podido dar, puesto que, habiéndola recibido como don vosotros la habríais desalado, introduciéndola en las insípidas y sucias aguas de la humanidad, dulcificándola con el dulzor corrompido de la sensualidad, mezclando con la pura sal de Dios un cúmulo de detritos de soberbia, avaricia, gula, lujuria, ira, pereza (de manera que viene a resultar que hay un grano de sal por cada siete veces siete granos de cada uno de los vicios). Vuestra sal, entonces, no sería sino una mezcla de arenas (entre las cuales se habría perdido el pobre grano de sal solo), de arenas que rechinarían en los dientes, dejando en la boca sabor a tierra y haciendo el alimento repugnante y detestable. Ya ni siquiera serviría para otros usos inferiores, porque un saber empapado en los siete vicios dañaría incluso a las misiones humanas. Pues bien, en ese caso, la sal no serviría sino para diseminarla por el suelo y que la pisaran los indiferentes pies del pueblo. ¡Cuántos, cuántos del pueblo podrán por este motivo pisotear a los hombres de Dios! Y todo porque éstos, que habían sido llamados, permitirán al pueblo pisotearlos sin ninguna consideración. En efecto, en ese caso, no serían ya sustancia de la que se echa mano para obtener sabor de cosas selectas, celestes, sino que serían únicamente, eso, detritos.

Vosotros sois la luz del mundo; sois como esta cima, que ha sido la última en perder el sol y es la primera en platearse de luna. Cuando uno está en un lugar elevado, destaca, y se le ve, porque hasta el ojo más distraído se detiene alguna vez a mirar a los lugares altos (yo diría que el ojo físico - considerado comúnmente espejo del alma - refleja el anhelo de ésta, ese anhelo que muchas veces pasa desapercibido pero que permanece siempre vivo, con sólo que el hombre no se haya convertido en un demonio; ese anhelo de lo alto, donde la instintiva razón coloca al Altísimo; y, buscando el Cielo, levanta, alguna vez al menos en la vida, la mirada hacia lo alto).

Por favor, traed a vuestra memoria lo que todos, desde nuestra niñez, hacemos al entrar en Jerusalén. ¿Hacia dónde se dirigen, ágiles, nuestros ojos? Hacia el monte Moria, coronado por el triunfo de mármol y oro del Templo. ¿Y una vez dentro del recinto sagrado?... Miramos a las preciosas cúpulas que resplandecen heridas por el sol. ¡Cuán bello es este astro esparcido por los atrios, pórticos y claustros del recinto del Templo! Sin embargo, el ojo corre hacia las cúpulas. Evocad también, os lo ruego, los momentos en que vamos de camino: ¿hacia dónde se dirige nuestra mirada, como queriendo olvidarnos de lo largo del recorrido, de su monotonía, cansancio, calor o barro?: se dirige hacia las cimas, aunque sean pequeñas o estén lejos. ¡Cuánto nos consuela su vista, si vamos por una llanura rasa y uniforme! ¿Encontramos barro en nuestro camino?; allí, esplendor. ¿Aquí, aire sofocante?; allí, frescura. ¿Aquí, límite a nuestra vista?; allí, amplitud. Por el simple hecho de mirar a las cimas, ya nos parece menos caluroso el día, menos cenagoso el barro, menos tristes nuestros pasos. Si, además, resplandece una ciudad en la cúspide del monte, entonces no hay ojos que no se detengan a admirarla. Podemos decir que incluso construcciones de poca importancia ganan en belleza si están, casi como suspendidas en el aire, en la cima de una montaña. Por esta razón, no sólo en la verdadera sino también en las falsas religiones, siempre que ha sido posible, se han edificado los templos en lugares altos, y, si no había colinas o montes, se han construido, a fuerza de brazos, sobre bases de piedra realzadas. ¿Por qué esto? Porque se quiere que el templo sea visto, para, viéndolo, mover el pensamiento hacia Dios.

Os he comparado a una luz. El que enciende de noche una lámpara en una casa, ¿dónde la pone?: ¿en el agujero de debajo del horno?, ¿en la cueva que usa como bodega?, ¿cerrada dentro de un arquibanco?, ¿única y simplemente, sofocada bajo el celemín? No, porque sería inútil encenderla. Por el contrario, la lámpara se coloca sobre una repisa, o se cuelga en su soporte para que, estando en un punto alto, dé luz a toda la habitación y a los que en ella están. Ahora bien, precisamente por el hecho de que lo que ocupa un lugar elevado debe recordar a Dios y dar luz, tiene que estar a la altura de su función.

Vosotros debéis recordar al Dios verdadero. Preocupaos, pues, de que no anide en vosotros el septipartito paganismo, porque, de ser así, vendríais a ser lugares elevados profanos, con sagrados bosquecillos dedicados a un dios, y arrastraríais en vuestro paganismo a los que os mirasen como a templos de Dios. Debéis ser portadores de la luz de Dios; ahora bien, una mecha sucia, o no embebida de aceite, produce humo y no da luz, emana mal olor y no ilumina. Una luz celada tras un cuarzo sucio no crea ese primoroso resplandor, ese juego de reflejos en el brillante mineral, sino que languidece tras el velo de negro humo que hace opaca a la diamantina protección.

La luz de Dios resplandece donde la voluntad se muestra solícita en limpiar a diario, quitando las escorias que el mismo trabajo produce, con sus contactos, reacciones y desilusiones. La luz de Dios resplandece donde la mecha está empapada de abundante líquido de oración y caridad. La luz de Dios se multiplica en infinitos resplandores - como infinitas son las perfecciones de Dios, cada una de las cuales suscita en el santo una virtud ejercitada heroicamente - si el siervo de Dios conserva limpio del negro hollín de toda humeante mala pasión el cuarzo invulnerable de su alma; cuarzo invulnerable, invulnerable! (La voz de Jesús truena en este final, retumbando en el anfiteatro natural).

Sólo Dios tiene el derecho y el poder de incidir trazos sobre ese cristal, de escribir en él su santísimo Nombre con el diamante de su voluntad; viniendo su Nombre, así, a ser ornamento determinante de una más viva refracción de sobrenaturales bellezas sobre el cuarzo purísimo. Mas si el necio siervo del Señor, perdiendo el control de sí mismo y distrayéndose de su misión - entera y únicamente sobrenatural --, se deja incidir falsas decoraciones rayones, no incisiones -, misteriosas y satánicas claves grabadas por la zarpa de fuego de Satanás... entonces no, entonces la admirable lámpara deja de resplandecer con

hermosura y permanente integridad; se raja y se rompe y sofoca la llama con los restos del cristal fragmentado; o, si no se raja, queda en ella, al menos, una intricada red de signos de inequivocable naturaleza en los cuales el hollín se deposita y se introduce, ejerciendo acción corrosiva.

¡Desdichados, tres veces desdichados esos pastores que pierden la caridad, que se niegan a subir, día tras día, para conducir a zonas elevadas al rebaño que, para subir, espera a que emprendan su ascesis: yo descargaré mi mano sobre ellos, los derrocaré de su puesto y apagaré del todo su humo!

¡Desdichados, tres veces desdichados esos maestros que repudian la Sabiduría para saturarse de una ciencia no pocas veces contraria, siempre soberbia, alguna vez satánica; porque los hace hombres'. Pensad - escuchad esto y conservadlo - que si los hombres tienen como destino hacerse como Dios (con la santificación, que hace del hombre un hijo de Dios), el maestro, el sacerdote, debería tener ya desde este mundo sólo el aspecto de hijo de Dios, de criatura resuelta toda en alma y perfección; *debería tener,* digo, para llevar a Dios a sus discípulos. ¡Anatema a los maestros de sobrenatural doctrina que se transforman en ídolos de humano saber!

¡Desdichados, siete veces desdichados, mis sacerdotes muertos al espíritu, aquellos que con su insipidez, con su tibieza de carne medio muerta, con su sueño lleno de alucinaciones de todo lo que no es el Dios uno y trino, y de cálculos de todo lo que no es el sobrehumano deseo de aumentar las riquezas de los corazones y de Dios, conducen una vida mezquina, humana, abúlica, arrastrando hacia sus aguas muertas a quienes, considerándolos "vida", los siguen! ¡Maldición divina sobre los corruptores de mi pequeño, amado rebaño! Os pediré justificación, ¡oh incumplidores siervos del Señor!, de todo el tiempo que habéis tenido, de cada una de las horas, de cada contingencia, de todas las consecuencias; a vosotros os la pediré, no a los que perecen por vuestra indolencia... y exigiré castigo.

Recordad estas palabras. Ahora marchaos. Yo voy a subir hasta la cima. Dormid si queréis. Mañana el Pastor abrirá para el rebaño los pastos de la Verdad.

## 170

## Segundo discurso de la Montaña: el don de la Gracia; las bienaventuranzas

Jesús está dando instrucciones a los apóstoles, designando a cada uno un lugar para que dirijan y controlen a la multitud que desde las primeras horas de la mañana está subiendo al monte, llevando enfermos en brazos o en andas; otros se mueven a duras penas con muletas. Entre la gente están Esteban y Hermas.

Hay un aire terso, un poco frío. De todas formas, el sol templa pronto este cortante aire montano que, si por una parte suaviza el ardor del astro, por otra saca partido de éste adquiriendo una pureza fresca moderada.

La gente se sienta en las piedras, más o menos voluminosas, que están diseminadas por el vallecillo que separa las dos cimas; otros esperan a que el sol seque la hierba aljofarada de rocío para sentarse en el suelo. Hay mucha gente, de todas las regiones de Palestina, de todas las condiciones. Los apóstoles se confunden entre la muchedumbre; pero, cual abejas que van y vienen de los prados al panal, cada cierto tiempo vuelven donde el Maestro para comunicar alguna cosa, para preguntar, o por la satisfacción de que el Maestro los mire de cerca.

Jesús sube un poco más alto que el prado, que es el fondo de la hondonada, se arrima a la pared rocosa, y empieza a hablar.

-Muchos, durante todo un año de predicación, me han planteado esta cuestión: "Tú, que te dices el Hijo de Dios, explícanos lo que es el Cielo, lo que es el Reino, lo que es Dios, pues nuestras ideas al respecto son confusas; sabemos que existe el Cielo, con Dios y los ángeles, pero nadie ha venido jamás a referirnos cómo es, pues está cerrado para los justos".

Me han preguntado también qué es el Reino y qué es Dios. Yo me he esforzado en explicároslo, no porque me resultara difícil explicarlo, sino porque es difícil, por un conjunto de factores, haceros aceptar una verdad que, por lo que se refiere al Reino, choca contra todo un edificio de ideas configuradas a través de los siglos, una verdad que, por lo que se refiere a Dios, se topa con la sublimidad de su Naturaleza.

Otros me han dicho: "De acuerdo, esto es el Reino y esto es Dios, pero ¿cómo se conquistan?". Y he tratado de explicaros, sin dar muestra de cansancio, cuál es la verdadera alma de la Ley del Sinaí; quien hace suya esa alma hace suyo el Cielo. Pero, para explicaros la Ley del Sinaí es necesario hacer llegar a vuestros oídos el potente trueno del Legislador y de su Profeta, los cuales, si bien es cierto que prometen bendiciones a los que observen aquélla, anuncian, amenazadores, tremendas penas y maldiciones a los desobedientes. La epifanía del Sinaí fue tremenda; su carácter terrible se refleja en toda la Ley, halla eco en los siglos, se refleja en todas las almas.

Mas Dios no es sólo Legislador, Dios es Padre, y además Padre de inmensa bondad.

Quizás - y sin quizás - vuestras almas, debilitadas por el pecado original, por las pasiones, los pecados y los muchos egoísmos vuestros y ajenos - los ajenos irritan vuestra alma, los propios la cierran -, no pueden elevarse a contemplar las infinitas perfecciones de Dios (y menos que todas la bondad, porque ésta es la virtud que, con el amor, es menos propiedad de los mortales). ¡La bondad…oh, qué dulce es ser buenos, sin odio ni envidias ni soberbias; tener ojos que sólo miren animados por el amor, y manos que se extiendan para gesto de amor, y labios que no profieran sino palabras de amor y corazón - sobre todo corazón - que, henchido sólo de amor, haga que los ojos y las manos y los labios se esfuercen en actos de amor!

Los más doctos de entre vosotros saben con qué dones Dios había enriquecido a Adán, para él y sus descendientes. Hasta los menos instruidos de entre los hijos de Israel saben que tenemos un espíritu (sólo los pobres paganos ignoran la existencia de este huésped regio, soplo vital, luz celeste que santifica y vivifica nuestro cuerpo). Ahora bien, los más doctos saben qué dones habían sido otorgados al hombre, a su espíritu.

No fue menos magnánimo con el espíritu que con la carne y la sangre de la criatura creada por Él con un poco de barro y su aliento. De la misma forma que otorgó los dones naturales de belleza e integridad, inteligencia y voluntad, capacidad de amarse y de amar, otorgó los dones morales, sujetando el apetito a la razón, siendo así que en la libertad y dominio de sí y de la propia voluntad con que Dios había favorecido a Adán no se introducía la maligna tiranía de los sentidos y pasiones: libre era el amarse y el desear y el gozar en justicia, sin eso que os esclaviza haciéndoos sentir el aguijón del veneno que Satanás esparció y que se extravasa, que os esclaviza sacándoos del límpido álveo para llevaros a cenagosos campos, a pantanos en putrefacción, donde fermentan las fiebres de los sentidos carnales y morales; pues habéis de saber que es sensualidad incluso la concupiscencia del pensamiento. Recibieron también dones sobrenaturales: la Gracia santificante, el destino superior, la visión de Dios.

La Gracia santificante es la vida del alma, es cosa espiritualísima depositada en la espiritual alma nuestra. Nos hace hijos de Dios porque nos preserva de la muerte del pecado, y quien no está muerto "vive" en la casa del Padre, o sea, el Paraíso; en mi Reino, es decir, el
Cielo. ¿Qué es esta Gracia que santifica, que da Vida y Reino? ¡No uséis muchas palabras... la Gracia es amor! La Gracia es, pues, Dios; es Dios, que, mirándose embelesado a sí mismo en la criatura creada perfecta, se ama, se contempla, se desea, se da a sí mismo lo que es suyo para multiplicar esta riqueza suya, para gozarse de esta multiplicación, para amarse en razón de todos los que son otros Él-mismo.

¡Oh, hijos, no despojéis a Dios de este derecho suyo, no le robéis esta riqueza, no defraudéis este deseo de Dios! Pensad que actúa por amor. Aunque vosotros no existierais, Él sería en cualquier caso el Infinito, su poder no se vería disminuido; mas Él, a pesar de ser completo en su medida infinita, inconmensurable, quiere, no para sí y en sí - no podría porque ya es el Infinito - sino para la Creación, criatura suya, aumentar el amor en la proporción de todas las criaturas contenidas en ella; y es así que os da la Gracia: el Amor, para que vosotros, en vosotros, lo llevéis a la perfección de los santos, y vertáis este tesoro - sacado del tesoro que Dios os ha otorgado con su Gracia, y aumentado con todas vuestras obras santas, con toda vuestra vida heroica de santos - en el Océano infinito donde Dios está: en el Cielo.

¡Divinas, divinas cisternas del Amor!... ¡Oh, vosotras sois, y no conocerá la muerte vuestro ser, porque sois eternas como Dios, siendo así que sois dioses; ( María Valtorta añade las referencias a: Salmo 82 (Vulgata 81), 6; Romanos 8, 16; 2 Pedro 1, 4) vosotras seréis, y no se pondrá término a vuestro ser, porque sois inmortales como los espíritus santos que os han supernutrido volviendo a vosotras enriquecidos con los propios méritos: vivís y nutrís, vivís y enriquecéis, vivís y formáis esa santísima cosa que es la Comunión de los espíritus, desde Dios, Espíritu perfectísimo, hasta el niño recién nacido que por primera vez mama del materno seno!

No me critiquéis en vuestro corazón, vosotros los doctos! No digáis: "Está fuera de sí, habla como un desquiciado cuando dice que la Gracia está en nosotros, siendo así que por la Culpa estamos privados de ella; miente al decir que ya somos uno con Dios". Sí, la Culpa existe, como también existe la separación. Pero, ante el poder del Redentor, la Culpa, cruel separación entre el Padre y los hijos, caerá cual muralla sacudida por el nuevo Sansón; ya la he aferrado, ya la remuevo violentamente, ya se muestra endeble, ya tiembla de ira Satanás, y de impotencia, al no poder nada contra mi poder, al sentirse arrebatar tantas presas y hacérsele más difícil arrastrar al hombre al pecado. En efecto, una vez que os haya conducido a mi Padre a través de mí, una vez que, al empaparos mi Sangre y mi dolor, hayáis quedado purificados y fortalecidos, la Gracia renacerá en vosotros, se despertará de nuevo, recuperará su poder, y triunfaréis, si queréis.

Dios no fuerza vuestro pensamiento, ni tampoco os fuerza a santificaros. Sois libres. Lo que hace es daros de nuevo la fuerza, devolveros la libertad respecto al dominio de Satanás. Os toca ahora a vosotros colocaros otra vez el yugo infernal o ponerle a vuestra alma alas angélicas; todo depende ahora de vosotros, conmigo como hermano para guiaros y alimentaros con alimento inmortal.

Decís: "¿Cómo se conquista a Dios y su Reino por un camino más dulce que no el severo camino del Sinaí?".

No hay otro camino, ése es; mirémoslo, no obstante, no a través del color de la amenaza sino del del amor. No digamos: "¡Ay de mí si no hago tal cosa!", temblorosos esperando pecar, esperando no ser capaces de no pecar; digamos, por el contrario: "¡Bienaventurado seré si hago tal cosa!", y con arrebato de sobrenatural alegría, gozosos, lancémonos hacia estas bienaventuranzas nacidas de la observancia de la Ley cual corolas de rosa de una mata de espinas. Digamos:

"¡Bienaventurado seré si soy pobre de espíritu, porque será mío el Reino de los Cielos!

¡Bienaventurado seré si soy manso, porque heredaré la Tierra!

¡Bienaventurado seré si soy capaz de llorar sin rebelarme, porque seré consolado!

¡Bienaventurado seré si tengo hambre y sed de justicia, más que de pan y vino para saciar la carne: la Justicia me saciará!

¡Bienaventurado seré si soy misericordioso, porque se usará conmigo divina misericordia!

¡Bienaventurado seré si soy puro de corazón, porque Dios se inclinará hacia mi corazón puro, y lo veré!

¡Bienaventurado seré si tengo espíritu de paz, porque Dios me llamará hijo suyo, pues en la paz está el amor y Dios es Amor amante de quien se asemeja a Él!

¡Bienaventurado seré si soy perseguido por amor a la justicia, porque Dios, Padre mío, como compensación por las persecuciones terrenas, me dará el Reino de los Cielos!

¡Bienaventurado seré si, por saber ser hijo tuyo, oh Dios, me ultrajan y acusan con mentira! Ello no deberá hacerme sentir desolado, sino alegre, porque me pone al nivel de tus mejores siervos, al nivel de los Profetas, perseguidos por el mismo motivo; con ellos compartiré - lo creo firmemente - la misma recompensa, grande, eterna en ese Cielo que ya es mío!".

Veamos así el camino de la salud, a través de la alegría de los santos.

***"Bienaventurado seré si soy pobre de espíritu"***

¡Oh riquezas, quemazón satánica, cuántos delirios producís!... en los ricos y en los pobres: en el rico que vive para su oro (ídolo infame de su espíritu misérrimo); en el pobre que vive del odio al rico porque tiene el oro, y que, aunque no cometa materialmente un homicidio, lanza sus maldiciones contra la cabeza de los ricos, deseándoles todo tipo de males. No basta no hacer el mal, hay que no desear hacerlo. Quien maldice, deseando tragedias y muertes, no es muy distinto de quien físicamente mata, porque dentro de sí desea la muerte de aquel a quien odia. En verdad os digo que el deseo no es sino un acto retenido; como el que ha sido concebido en un vientre: ya ha si formado pero aún permanece dentro. El deseo malvado envenena y destruye, porque persiste más que el acto violento y más profundamente que el acto mismo.

El pobre de espíritu, aunque sea rico, no peca a causa del oro; antes bien, se santifica con él porque lo convierte en amor. Amado y bendecido, es semejante a esos manantiales salvíficos de los desiertos, que se dan sin escatimar agua, felices de poderse ofrecer para alivio de los desesperados. El pobre de espíritu, si es pobre, se siente dichoso en su pobreza; come su sabroso pan (el de la alegría de quien vive libre del febril apego al oro), duerme su sueño exento de pesadilla alguna, se levanta, habiendo descansado, para ir a su sereno trabajo, que parece siempre ligero si se realiza sin avidez ni envidia.

Las cosas que hacen rico al hombre son: materialmente, el oro; moralmente, los afectos. En el oro están comprendidos no sólo las monedas sino también casas, campos, joyas, muebles, ganado... en definitiva, todo aquello que hace, desde el punto de vista material, vivir en la abundancia; en cuanto al mundo de los afectos, los vínculos de sangre o de matrimonio, amistades, sobreabundancia intelectual, cargos públicos. Como veis, por lo que se refiere al primer grupo de cosas, el pobre puede decir: "¡Bueno!, ¡bien!, basta con que no envidie al que posee; y además... yo no tengo ese problema, porque soy pobre y, por fuerza, no tengo ese problema"; sin embargo, por lo que respecta al segundo grupo de cosas, el pobre debe vigilarse a sí mismo, pues hasta el más mísero de los hombres puede hacerse pecaminosamente rico de espíritu: en efecto, peca quien pone su corazón desmedidamente en una cosa.

Diréis: "¿Entonces debemos odiar el bien que Dios nos ha concedido? ¿Por qué manda, entonces, amar al padre y a la madre, a la esposa y a los hijos, y dice: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo?".

Distinguid. Debemos amar al padre, a la madre, a la esposa, al prójimo, pero con la medida establecida por Dios ("como a nosotros mismos"). Sin embargo, a Dios ha de amársele sobre todas las cosas y con todo nuestro ser. No se ama a Dios como amamos a los más queridos de nuestros prójimos: a ésta porque nos ha amamantado, a esta otra porque duerme con su cabeza apoyada sobre nuestro pecho y procrea nuestros hijos. No, a Dios se le ama con *todo* nuestro ser, o sea, con toda la capacidad de amar que hay en el hombre: amor de hijo, de esposo, de amigo, y - ¡no os escandalicéis! - amor de padre sí, debemos cuidar los intereses de Dios igual que un padre cuida a su prole, por la cual, con amor, tutela los bienes y los aumenta, y de cuyo crecimiento físico y cultural, así como de que los hijos alcancen felizmente su finalidad en el mundo, se ocupa y se preocupa.

El amor no es un mal, ni debe llegar a serlo. Las gracias que Dios nos concede tampoco son un mal o deben llegar a serlo; son amor; por amor son otorgadas. Tenemos que usar con amor estas riquezas que Dios nos concede - afectos y bienes -. Solamente quien no las eleva a ídolos, sino que las hace medios de servicio a Dios en santidad, muestra no tener apego pecaminoso a ellas; practica, pues, esa santa pobreza del espíritu que de todo se despoja para ser más libre en la conquista de Dios santo, suprema Riqueza. Y conquistar a Dios significa poseer el Reino de los Cielos.

***<u>“Bienaventurado seré si soy manso"</u>***

Los ejemplos de la vida cotidiana pudieran parecer en contraste con esta afirmación. Los no mansos parecen triunfar en las familias ciudades y naciones. Pero, ¿se trata de un verdadero triunfo? No. Lo que mantiene sometidos, aparentemente, a los hombres dominados por un tirano es el miedo; se trata en realidad sólo de un velo que cubre la efervescencia rebelde contra el dominador. Los iracundos, los que van cometiendo atropellos, no poseen los corazones de sus familiares, conciudadanos o súbditos. Los maestros del "porque lo digo yo" no convierten ni los intelectos ni los espíritus a sus doctrinas; lo único que crean son autodidactas, personas que buscan una llave que pueda abrir las puertas cerradas de una sabiduría o ciencia que sienten que existe y que es contraria a la que se les impone.

Los sacerdotes que no van a la conquista de los espíritus con la dulzura paciente, humilde, amorosa, sino que, por el ímpetu avasallador y la gran intransigencia con que marchan contra las almas parecen guerreros armados lanzados a feroz asalto, no conducen a
Dios. ¡Pobres almas! Si fueran santas, no tendrían necesidad de vosotros para alcanzar la Luz; la poseerían ya en sí. Si fueran justos, no tendrían necesidad de vosotros, jueces, para estar sujetos por el freno de la justicia, porque ya la poseerían en sí. Si estuvieran sanos, no tendrían necesidad de quien los curase. Sed, pues, mansos. No pongáis en fuga a las almas. Atraedlas con amor; porque la mansedumbre es amor, como lo es también la pobreza de espíritu.

Si sois así, heredaréis la Tierra y llevaréis a Dios este lugar (precedentemente propiedad de Satanás), porque vuestra mansedumbre, -además de amor es humildad, habrá vencido al odio y la soberbia: dando muerte en los corazones al abyecto rey de la soberbia y el odio; el mundo será vuestro (que es como decir de Dios, porque vosotros seréis justos que reconocerán a Dios como Dueño absoluto de la creación, digno de alabanza y bendición, a cuyas manos debe volver lo que le pertenece).

***<u>“Bienaventurado seré si sé llorar sin rebelarme"</u>***

Existe el dolor en la tierra, y arranca lágrimas de los ojos del hombre. Mas el dolor no existía. El hombre lo introdujo en este mundo. Pero es que, además, por depravación de su intelecto, se aplica cada vez más a aumentarlo con todos los medios a su alcance. En efecto, a las enfermedades y desventuras producidos por rayos, tempestades, aludes, terremotos... el hombre,

para sufrir - para hacer - sufrir, pues quisiéramos que fueran los demás y no nosotros los que sufrieran con los medios estudiados para tal fin - añade, como fruto de su mente, las armas mortíferas (cada vez más terribles) y la crueldad moral (cada vez más astuta). ¡Cuántas lágrimas hace brotar el hombre a sus semejantes por instigación de su secreto rey: Satanás! Pues bien, os digo que estas lágrimas no son una tara sino una perfección del hombre.

El hombre es un niño que sólo piensa en divertirse, un despreocupado superficial, una criatura a la que le falta desarrollo intelectual, hasta que el llanto lo hace adulto, reflexivo, inteligente. Sólo los que lloran - o han llorado - saben amar y comprender; amar a los hermanos, que como ellos lloran, comprender sus sufrimientos, ayudarlos con su bondad, experta en lo mucho que se sufre cuando se llora en soledad. Y saben amar a Dios porque han comprendido que, excepto Dios, todo lo demás es dolor; porque han comprendido que el dolor se aplaca si es llorado sobre el corazón de Dios; porque han comprendido que el llanto resignado que no quebranta la fe, que no hace árida la oración, que no conoce la rebeldía, cambia de naturaleza, transformándose en consuelo.

Sí, los que lloran amando al Señor serán consolados.

***“Bienaventurado seré si tengo hambre y sed de justicia"***

Desde su nacimiento hasta su muerte, el hombre tiende, ávido, a la comida. Abre la boca, cuando nace, para apresar el pezón; abre los labios, cuando le oprime la agonía, para tragar algo que lo alivie. Trabaja para nutrirse. Hace de la tierra un enorme pezón del que insaciablemente chupa, extrayendo aquello mismo por lo que muere. Pero, ¿qué es el hombre? ¿Un animal? No; es un hijo de Dios. Vive un destierro de pocos o muchos años. De todas formas, su vida no cesa al cambiar de morada.

Hay una vida en la vida, de la misma manera que en una nuez está la pulpa; la nuez no es la cáscara, la pulpa interna es la nuez: si sembráis una cáscara de nuez no nace nada, pero si sembráis la cáscara con la pulpa nace un árbol grande. Pues así es el hombre: no es la carne la que viene a ser inmortal, sino el alma, que debe ser alimentada para que llegue a la inmortalidad, adonde ella, por amor, llevará a la carne en la bienaventurada resurrección. Alimento del alma son la Sabiduría y la Justicia, las cuales se incorporan a ella como alimento líquido o sólido y la fortalecen, y cuanto más se saborean más crece la santa avidez de poseer la Sabiduría y de conocer la Justicia.

Llegará, de todas formas, un día en que el alma, insaciable con esta santa hambre, será saciada; llegará. Dios se dará a su vástago, se lo llevará directamente a su pecho, y el nuevo vástago del Paraíso se saciará con esa Madre admirable que es el mismo Dios, y no volverá a sentir hambre jamás, sino que descansará feliz sobre el pecho divino. Ninguna ciencia humana equivale a esta ciencia divina. La curiosidad de la mente puede ser calmada, la del espíritu no; es más, si el sabor es distinto, el espíritu siente desagrado y separa la boca del pezón amargo, prefiriendo padecer hambre antes que llenarse de un alimento que no proceda de Dios.

¡No temáis, vosotros, sedientos o hambrientos de Dios! Sed fieles y el que os ama os saciará.

***"Bienaventurado seré si soy misericordioso"***

¿Quién de entre los hombres puede decir: "No necesito misericordia"? Ninguno. Y si en la antigua Ley está escrito: "Ojo por ojo y diente por diente", ¿por qué no debería decirse en la nueva: " Quien haya sido misericordioso alcanzará misericordia"? Todos tienen necesidad de perdón.

Pues bien, no es la fórmula y forma de un rito - figuras externas concedidas a causa de la opacidad del pensamiento humano - lo que obtiene el perdón; lo obtiene el rito interno del amor, o sea una vez más, de la misericordia. De hecho, si se impuso sacrificar un macho cabrío o un cordero, así como la ofrenda de algunas monedas, se hizo porque en la base de todos los males se encuentran siempre dos raíces: codicia y soberbia; la codicia queda castigada con el gasto de la compra de la víctima, la soberbia recibe su castigo en la abierta confesión del rito: "Celebro este sacrificio porque he pecado". Además el rito tenía el sentido de anticipar los tiempos y sus signos: la sangre derramada es figura de la Sangre que será vertida para borrar los pecados de los hombres.

Dichoso, pues, aquel que sabe ser misericordioso para con los hambrientos, los desnudos, los que carecen de casa, los que padecen la miseria - aún mayor - de tener un carácter malo, que hace sufrir al mismo que lo tiene y a quien con él convive. Tened misericordia. Perdonad, sed compasivos, ayudad, enseñad, apoyad. No os encerréis en una torre de cristal diciendo: "Soy puro, no desciendo a vivir con los pecadores". No digáis: "Soy rico, vivo feliz; no quiero oír hablar de las miserias de los demás". Mirad que vuestra riqueza, salud, bienestar familiar, pueden desvanecerse en menos tiempo que un fuerte viento disipa el humo. Recordad también que el cristal hace de lente, siendo así que lo que pasaría desapercibido si os mezcláis entre la gente no podéis mantenerlo escondido si os metéis en una torre de cristal y allí estáis solos, separados, recibiendo luz de todas partes.

Misericordia para cumplir un continuo, secreto, santo sacrificio de expiación y obtener misericordia.

***"Bienaventurado seré si soy puro de corazón"***

Dios es Pureza. El Paraíso es Reino de Pureza. Nada impuro puede entrar en el Cielo donde está Dios. Por tanto, si sois impuros, no podréis entrar en el Reino de Dios. ¡Por el contrario, qué anticipada alegría la que el Padre concede a sus hijos!, pues quien es puro ya desde la tierra posee un principio de Cielo, porque Dios se inclina hacia el hombre puro y éste, desde la

tierra, ve a su Dios; no conoce labor de amores humanos, sino que degusta, hasta extasiarse, el sabor del amor divino, y puede decir: "Yo estoy contigo y Tú estás en mí, por lo cual te poseo y conozco como esposo amabilísimo de mi alma". Pues bien, creed que quien tiene a Dios experimenta transformaciones sustanciales, inexplicables incluso para él mismo, que le hacen santo, sabio, fuerte; en sus labios florecen palabras, y sus actos asumen capacidades, que no son de la criatura sino de Dios, que en ella vive.

¿Qué es la vida del hombre que ve a Dios?: beatitud. ¿Os privaréis de semejante don por hediondas impurezas?

***"Bienaventurado seré si tengo espíritu de paz"***

La paz es una de las características de Dios. Dios sólo está en la paz, porque la paz es amor, mientras que la guerra es odio. Satanás es Odio, Dios es Paz. No puede uno decirse hijo de Dios, ni puede Dios llamar hijo suyo a un hombre de espíritu irascible, siempre dispuesto a crear trifulcas. Y tampoco puede llamarse hijo de Dios aquel que, aun no siendo él el origen de estas broncas, no contribuye con su gran paz a calmar las que crean otros. El hombre pacífico transmite la paz incluso sin palabras. Él lleva a Dios - no sólo es dueño de sí, sino que hasta diría que lo es de Dios - como una lámpara lleva su fuente de luz, como un incensario emana su perfume como un odre contiene su líquido... Se hace luz entre las brumas fumíferas de los rencores, se purifica el aire de los miasmas de los odios, se calman las embravecidas olas de las disputas con este aceite suave que es el espíritu de paz emanado por los hijos de Dios.

Haced que Dios y los hombres puedan decir esto de vosotros.

***"Bienaventurado seré si padezco persecución por amor a Justicia"***

El hombre en su mayor parte está tan lleno de mal, que odia el bien dondequiera que éste se encuentre, y que odia al bueno, como si el bueno lo estuviera acusando o reprendiendo, aunque de hecho no diga nada. En efecto: la bondad de una persona hace ver todavía más negra la maldad del malvado; la fe del creyente verdadero hace aparecer aún más viva la hipocresía del falso creyente; aquel que con su modo de vida está dando continuamente testimonio de la justicia no puede no ser odiado por los injustos. Y por eso se ataca a los amantes de la justicia.

Pasa lo mismo que con las guerras. El hombre progresa en el arte satánico de la persecución más que en el arte santo del amor. Pero sólo puede perseguir a lo que tiene breve vida; lo que de eterno hay en el hombre, escapa a la asechanza; es más, adquiere una vitalidad más vigorosa por la persecución. La vida se escapa o a través de 1as heridas que abren las venas o a causa de las fatigas que van consumiendo al perseguido; mas la sangre teje la púrpura del rey futuro, las fatigas son los peldaños para subir a los tronos que el Padre tiene preparados para sus mártires, a quienes están reservados los regios sítiales del Reino de los Cielos.

***"Bienaventurado seré si me ultrajan y calumnian"***

Preocupaos sólo de que vuestro nombre pueda ser recogido en libros celestes, en los cuales no se escriben los nombres según el criterio de los embustes humanos, que alaban a quienes son menos merecedores de elogio; en aquéllos, con justicia y amor, se reflejan las obras de los buenos, para darles el premio que Dios tiene prometido a los justos.

En el pasado fueron calumniados y ultrajados los Profetas. Cuando se abran las puertas de los Cielos, cual majestuosos reyes, entrarán en la Ciudad de Dios, y recibirán el saludo reverenciador de los ángeles, cantando de alegría. Vosotros también, vosotros también, ultrajados y calumniados por haber pertenecido a Dios, recibiréis el galardón celeste, y, cumplido el tiempo, completo ya el Paraíso, amaréis cada una de las lágrimas que vertisteis, porque por ellas habréis conquistado esa gloria eterna que en nombre del Padre os prometo.

Podéis marcharos. Mañana os seguiré hablando. Que se queden sólo los enfermos, porque quiero ayudarlos en sus dolores. La paz permanezca con vosotros y que la meditación sobre la salvación, a través del amor, os introduzca en el camino que lleva al Cielo.

## 171

## Tercer discurso de la Montaña: los consejos evangélicos que perfeccionan la Ley

Sigue el discurso de la Montaña.

El lugar y la hora son los mismos, pero ha aumentado el número de personas. Retirado en un ángulo, junto a un sendero, como si quisiese oír sin suscitar repugnancias en la multitud, hay un romano. Lo distingo por la túnica corta y el manto, que es distinto. Todavía están Esteban y Hermas.

Jesús se dirige lentamente hacia su puesto y reanuda su discurso

«De lo que os dije ayer no debéis concluir que haya venido a abolir la Ley. No. Lo único que pretendía era - puesto que soy el Hombre y comprendo las debilidades del hombre - animaros a seguir la Ley, para lo cual orientaba vuestra mirada espiritual hacia el Abismo luminoso, en vez de hacia el abismo negro; porque si el miedo a un castigo puede contener tres veces de diez, la certeza de un premio impulsa, de diez, siete veces. Por tanto, consigue más la confianza que el miedo, y quiero que la

tengáis en plenitud: una confianza segura, para poder hacer, no siete partes de bien por cada diez, sino diez, y conquistar el premio santísimo del Cielo.

No modifico ni siquiera una iota de la Ley. ¿Quién la dio entre los rayos del Sinaí?: el Altísimo. ¿Quién es el Altísimo?: el Dios uno y trino. ¿De dónde la ha tomado?: de su Pensamiento. ¿Cómo la ha dado?: con su Palabra. ¿Por qué la ha dado?: por su Amor. Ved, pues, que la Trinidad estaba presente. Y el Verbo, obediente como siempre al Pensamiento y al Amor, habló por el Pensamiento y el Amor. ¿Podría Yo desmentir afirmaciones mías? No, no podría hacerlo. Lo que sí puedo - porque todo lo puedo - es completar la Ley, hacerla divinamente completa; no como los hombres, que durante siglos en vez de completa la hicieron indescifrable, imposible de cumplir, apilando leyes y preceptos hasta la saciedad, sacados de su pensamiento, según sus conveniencias, y echando encima de la santísima Ley dada por Dios todo ese montón de escombros, lapidándola, ahogándola, enterrándola, haciéndola estéril. ¿Puede, acaso, un árbol sobrevivir sumergido continuamente por aludes, escombros o inundaciones? No; el árbol muere. La Ley ha muerto en muchos corazones, ahogada bajo los aludes de demasiadas estructuras sobrepuestas: pues bien, he venido a quitar esas sobreestructuras Una vez desenterrada, resucitada, la Ley no será ya ley sino que la haré reina.

Las reinas promulgan las leyes. Las leyes son obra de las reinas, pero no están por encima de las reinas. Pues bien, hago de la Ley 1a soberana: la completo, la corono, ciño su cabeza con la guirnalda de los consejos evangélicos. Antes era el orden, ahora es más que el orden; antes era lo necesario, ahora es más que lo necesario. Ahora es la perfección. Quien se desposa con ella - tal y como os la ofrezco - al instante viene a ser rey, porque en ese momento habrá alcanzado lo "perfecto", porque no sólo ha sido obediente sino que ha sido un héroe, o sea, santo (siendo la santidad la suma de las virtudes llevadas al más alto vértice que una criatura puede alcanzar, heroicamente amadas y servidas con completo desapego de todo lo que sea apetencia o reflexión humana hacia cualesquiera cosas).

Podría decir que el santo es aquel a quien el amor y el deseo le obstaculizan el ver cualquier otra cosa que no sea Dios; sin distraerse con la visión de cosas inferiores, tiene las pupilas del corazón fijas en el Esplendor santísimo que Dios es, y en Él ve - puesto que todo está en Dios - a sus hermanos, inquietos y con manos implorantes Sin separar sus ojos de Dios, el santo se prodiga en favor de sus hermanos suplicantes. Contra la carne, las riquezas y las comodidades, enarbola su ideal: servir. ¿Es un ser pobre o con taras el santo? No. Ha llegado a la posesión de la sabiduría y riqueza verdaderas, por tanto, a la posesión de todo. Y no siente cansancio, porque, si bien es cierto que produce continuamente, también lo es que continuamente está siendo alimentado. En efecto, cierto es que comprende el dolor del mundo, mas cierto es también que se apacienta de la alegría del Cielo. De Dios se nutre, en Dios se alegra. Es la criatura que ha comprendido el sentido de la vida.

Como podéis ver, ni cambio ni mutilo la Ley, ni la corrompo con la superposición de fermentadoras teorías humanas; antes al contrario, la completo. La Ley es lo que es, y tal seguirá siendo hasta el último día, y no cambiará ni una palabra, ni se abolirá ningún precepto; antes al contrario, se ciñe de la corona de lo perfecto. Para obtener la salud, basta aceptarla como fue dada; pero, para obtener la inmediata unidad con Dios, es necesario vivirla como Yo la aconsejo.

Ahora bien, dado que los héroes son la excepción, voy a hablar para las almas comunes, para la generalidad de las almas; así no se podrá decir que en aras de lo perfecto hago que se olvide lo necesario. De cuanto digo, tened bien presente esto: quien se permita violar uno de estos mandamientos - incluso mínimo - será considerado mínimo en el Reino de los Cielos; quien induzca a otros a violarlos será mínimo por él y por aquel a quien indujo a la violación. Por el contrario, quien con la vida y las obras - más aún que con la palabra - haya persuadido a otros a obedecer será grande en el Reino de los Cielos, y su grandeza aumentará en razón de cada uno de los que hayan sido conducidos por él a obedecer y a santificarse así.

Sé que a muchos lo que voy a decir les sabrá agrio, pero no puedo mentir, a pesar de que esto que voy a decir me va a crear enemigos.

En verdad os digo que, si vuestra justicia no se renueva, separándose completamente de la pobre justicia - definida injustamente tal - que os han enseñado los escribas y fariseos; que, si no sois mucho más justos, ***verdaderamente,*** que los escribas y fariseos -que creen serlo a fuerza de aumentar las fórmulas, pero sin cambiar sustancialmente los espíritus -, no entraréis en el Reino de los Cielos.

Guardaos de los falsos profetas y de los doctores que enseñan el error. Vienen a vosotros con apariencia de corderos, siendo en realidad lobos rapaces; vienen con apariencia de santidad, cuando en realidad viven zahiriendo a Dios; dicen que aman la verdad, y se apacientan de embustes: estudiadlos antes de seguirlos.

El hombre tiene lengua para hablar, ojos para mirar, manos para señalar; pero tiene otra cosa que manifiesta de forma más fiel su verdadero ser: sus actos. ¿Qué sentido le veis a dos manos unidas en actitud de oración, si luego ese hombre es un ladrón o un fornicario?; ¿y a dos ojos que, queriendo parecer profundos, se mueven ágiles en todas las direcciones cuando, terminada la hora de la comedia, saben clavarse lujuriosos en la mujer u homicidas en el enemigo? ¿Qué sentido le veis a una lengua que sabe musitar con falsedad la canción laudatoria y seducir con sus frases melosas, si luego, a vuestras espaldas, os calumnia y es capaz de perjurar con tal de haceros pasar por gente despreciable? ¿Qué es la lengua que pronuncia largas oraciones hipócritas, si luego, sin demora, mata la estima del prójimo o seduce su buena fe? ¡Es una cosa asquerosa... como asquerosos son los ojos y manos engañadores! Sin embargo, los actos del hombre, los *verdaderos* actos, es decir, el modo de comportarse en la familia, en los tratos comerciales, o para con el prójimo y los siervos manifiestan esto: "Éste es un siervo del Señor". Porque las acciones santas son fruto de una verdadera religión.

Un árbol bueno no da frutos malos, un árbol malo no da frutos buenos. ¿Podrán, acaso, daros uva sabrosa estos pungentes espinos? ¿Y aquellos cardos, más mortificadores aún, pueden, acaso, maduraros blandos higos? No. En verdad, pocas y agrias moras recogeréis de los primeros e incomibles frutos producirán aquellas flores, que ya, a pesar de ser todavía flores, tienen espinas.

Un hombre no justo podrá infundir respeto con su aspecto, pero sólo con su aspecto; de la misma forma, ese esponjoso cardo parece un copo de delgados hilos argentinos decorados de diamantes por el rocío, pero, si lo tocáis sin daros cuenta, veis

que no es un copo sino un conjunto de espinas, penosas para el hombre, perjudiciales para las ovejas, por lo cual los pastores lo arrancan de sus pastos y lo echan al fuego encendido por la noche, para que se consuma y ni siquiera las semillas se salven: justa y previsora medida. No os digo: “Matad a los falsos profetas y a los fieles hipócritas", sino que os digo: "Dejad este menester a Dios"; pero sí que os digo: "Poned atención, apartaos de ellos, para que sus humores no os intoxiquen".

Ayer expliqué cómo se debe amar a Dios; ahora voy a insistir acerca de cómo se debe amar al prójimo.

Se dijo: "Amarás a tu amigo y odiarás a tu enemigo". No. Eso no. Esto era bueno para los tiempos en que el hombre no gozaba del consuelo de la sonrisa de Dios. Ahora llegan los tiempos nuevos, los tiempos en que Dios tanto ama al hombre, que le envía a su Verbo para redimirlo. Ahora el Verbo habla, y esto es ya efusión de Gracia, después el Verbo consumará el sacrificio de paz y redención, con que la Gracia no sólo será esparcida, sino que será otorgada a todo espíritu que crea en el Cristo. Por tanto, es necesario elevar el amor del prójimo a la perfección que unifica amigo y enemigo.

¿Os calumnian? Amad y perdonad. ¿Os maltratan? Amad y ofreced la otra mejilla a quien os da una bofetada, pensando que es mejor que la ira se descargue sobre vosotros, que la sabéis soportar, que no sobre otro, que se vengaría de la afrenta. ¿Os roban? No penséis: "Este semejante mío es un avariento". Pensad, más bien, caritativamente: "Este pobre hermano mío se siente necesitado"; dadle, entonces, también la túnica, si ya os ha quitado el manto: así lo pondréis en la imposibilidad de cometer un doble hurto, porque no tendrá necesidad de robarle a otro la túnica. Decís: "Pero podría ser un vicio y una necesidad". Pues bien, aun así, dadlo: Dios os recompensará y el inicuo pagará. De todas formas, muchas veces -y esto recuerda que dije ayer sobre la mansedumbre -, viéndose tratado así, cae de1 corazón del pecador su vicio, repara el hurto devolviendo lo que había robado, y así se redime. Sed generosos con quienes, más honrados, en vez de sustraeros aquello de que tienen necesidad, os lo piden. Si los ricos fueran realmente pobres de espíritu como he enseñado ayer, no existirían las penosas desigualdades sociales que son causa de tantas desventuras humanas y suprahumanas. Pensad siempre: "Si yo me encontrase en la necesidad, ¿qué efecto me causaría que me negarán ayuda?"; sobre la base de lo que vuestro yo os responda, actuad. Haced con los demás lo que quisierais que con vosotros hicieran, no hagáis a los demás lo que no quisierais que se os hiciera a vosotros.

La antigua palabra: "Ojo por ojo, diente por diente", que no está en los diez mandamientos, sino que fue pronunciada porque el hombre, sin la Gracia, es una fiera tan feroz que no puede comprender sino la venganza, queda anulada - ésta sí - por la nueva palabra: “Ama a quien te odia, pide por el que te persigue, disculpa a quien te calumnia, bendice a quien te maldice, haz el bien a quien te perjudica, sé pacífico con el pendenciero, condescendiente con el molesto, ayuda de buena gana a quien recurre a ti, no practiques la usura, no critiques, no juzgues". Vosotros no conocéis los datos principales de las acciones de los hombres. En cualquier tipo de ayuda que prestéis, sed generosos, misericordiosos. Cuanto más deis más se os dará. Dios verterá en el seno de quien haya sido generoso una medida colmada y compacta; no os dará sólo lo equivalente a cuanto hayáis dado sino que sobreabundará. Proponeos amar y haceros amar. Los litigios cuestan más que un arreglo amigable; la amabilidad es como la miel: su sabor permanece largo tiempo en la lengua.

¡Amad! ¡Amad! Amad a amigos y enemigos, para que seáis como vuestro Padre, que hace llover sobre buenos y malos y hace salir el so1 para justos e injustos, reservándose - para cuando los buenos, cual elegidas espigas, hayan sido entresacados de las gavillas de mies - dar sol y rocío eternos, fuego y granizo infernales. No basta mar a quienes os aman, amar a aquellos de quienes esperáis compensación. Esto no puede considerarse meritorio. En efecto, es incluso motivo de alegría; los hombres naturalmente honrados lo saben hacer, y lo hacen también los publicanos y gentiles. Mas vosotros debéis amar a semejanza de Dios y por respeto a Dios, que es el Creador también de vuestros enemigos, o de quienes os son poco simpáticos. Quiero en vosotros la perfección del amor. Por tanto, os digo "Sed perfectos como perfecto es vuestro Padre que está en los Cielos".

Tan grande es el precepto de amor al prójimo, que no os digo ya lo que fue escrito: "No matéis" - los hombres condenarán al asesino - sino que os digo: "No os airéis", porque pende sobre vosotros un juicio más alto, que tiene cuenta también de las acciones inmateriales. Quien insulte a su hermano será condenado por el Sanedrín, pero quien lo trate como a un loco (perjudicándolo, por tanto) será condenado por Dios.

Es inútil llevar ofrendas al altar, si primero no se han ofrendado en lo íntimo del corazón los propios rencores por amor a Dios, y si no se ha cumplido el rito santísimo del perdón. Por ello, si, cuando estás para ofrecer un sacrificio a Dios, te acuerdas de que has faltado contra tu hermano, o de que le guardas rencor por una culpa, deja tu ofrenda ante el altar, inmola primero tu amor propio reconciliándote con tu hermano, ve después al altar; sólo entonces será santo tu sacrificio.

Llegar a un buen acuerdo es siempre el mejor de los partidos. Precario es el juicio del hombre, y quien, obstinadamente, lo desafía puede perder la causa: deberá pagar a su adversario hasta la última moneda, o consumirse en la cárcel.

Alzad en todo la mirada hacia Dios. Preguntaos si tenéis derecho a hacer lo que Dios no hace con vosotros, pues Dios no tiene esa inflexibilidad y obstinación que tenéis vosotros: ¡ay de vosotros, si fuera así!; ni uno siquiera se salvaría. Que esta reflexión promueva en vosotros sentimientos de mansedumbre, humildad, piedad. No os faltará, por parte de Dios, aquí y después, la recompensa.

Aquí, delante de mí, hay uno que me odia y que no se atreve a decirme: "¡Cúrame!", porque sabe que conozco sus pensamientos. Pues bien, a pesar de todo, digo: "Cúmplase lo que deseas, y que, de la misma forma que caen las escamas de tus ojos, se desprendan de tu corazón el rencor y las tinieblas".

Idos todos con mi paz. Mañana seguiré hablándoos.

La gente va marchándose lentamente, quizás esperando un grito que indique la consecución de un milagro, pero éste no se oye. Incluso los apóstoles y los discípulos más antiguos, que se quedan en el monte, le preguntan al Maestro:

-¿Quién era? ¿Es que no ha quedado curado?

Jesús, que permanece de pie, con los brazos cruzados, viendo descender a la gente, al principio no responde, pero luego dice:

-Los ojos han quedado curados, el alma no; no puede curarse porque está cargada de odio.
-Pero, ¿quién es? ¿El romano?
-No. Un desdichado.
-¿Y por qué lo has curado? - pregunta Pedro.
-¿Tengo que fulminar, acaso, a todos los que son como él?
-Señor... sé que no quieres que responda "sí"', por tanto no lo digo pero lo pienso... y es lo mismo...
-Es lo mismo, Simón de Jonás. Sabe que, si así fuera... ¡Oh, cuántos corazones cubiertos de escamas de odio en torno a mí! Ven. Vamos hasta la punta de la cima, a mirar desde lo alto nuestro bonito mar de Galilea. Yo y tú solos.

## 172

## Cuarto discurso de la Montaña: el juramento, la oración, el ayuno. El anciano Ismael y Sara

Sigue el discurso de la Montaña.
El mismo lugar, la misma hora, la misma muchedumbre (aunque quizás más gente: hay muchos incluso donde empiezan los senderos que conducen al valle). El romano no está.
Jesús habla, y dice:
-Uno de los errores que comete fácilmente el hombre es la falta de honestidad, incluso consigo mismo. Dado que el hombre difícilmente es sincero y honesto, por propia iniciativa se ha puesto un bocado para sentirse obligado a ir por el camino elegido. Pero he aquí que él mismo, cual indómito caballo, pronto descoloca el bocado, para hacer lo que más cómodo le resultare, sin pensar en la reprensión que pudiera recibir de Dios, de los hombres o de su propia conciencia. Este bocado es el juramento. Pero entre los hombres honestos no es necesario el juramento, y Dios, de por sí, no os lo ha enseñado; antes al contrario, ha encargado deciros, sin más: "No pronuncies falso testimonio". El hombre debería ser franco. No debería tener necesidad de ninguna otra cosa aparte de la fidelidad a su palabra.
El Deuteronomio, a propósito de los votos - incluso de los votos que provienen de un corazón que se supone fundido con Dios por sentimiento de necesidad o gratitud -, dice: "Debes mantener la palabra salida una vez de tus labios, cumpliendo lo que has prometido al Señor tu Dios, todo lo que de propia voluntad y con tu propia boca has dicho". Siempre se habla de palabra dada, sólo de palabra dada, sólo la palabra.
Pues bien, quien siente necesidad de jurar denota que se siente inseguro de sí mismo y del concepto que el prójimo pueda tener de él, de la misma forma que quien hace jurar testifica su desconfianza acerca de la sinceridad y honestidad de quien jura. Así, como podéis ver, esta costumbre del juramento es una consecuencia de la deshonestidad moral del hombre; es, además, una vergüenza para el hombre, doble vergüenza porque el hombre no es ni siquiera fiel al juramento - que ya de por sí es cosa vergonzosa -, y, burlándose de Dios con la misma ligereza con que se burla del prójimo, acaba perjurando con pasmosa ligereza y tranquilidad.
¿Podrá haber criatura más abyecta que el perjuro? ¡Éste, usando a menudo una fórmula sagrada, llamando por tanto a ser cómplice y garante a Dios, o invocando a los seres más amados (el padre, la madre, la esposa, los hijos, los propios difuntos, la propia vida con sus más preciosos órganos...) como apoyo de su falso testimonio, induce a su prójimo a creerle, con lo cual le engaña. Un hombre así es sacrílego, ladrón, traidor, homicida. ¿De quién? Pues de Dios, porque mezcla la Verdad con la infamia de su mentira, y, malignamente, se burla de Dios y lo desafía diciendo: "Caiga tu mano sobre mí, desmiénteme, si puedes; Tú estás allí, yo aquí, y me río".
¡Ah!, ¡bien! ¡Reíos, reíos, embusteros, vosotros que os burláis!.. que día llegará en que no reiréis, cuando Aquel en cuyas manos todo poder ha sido depositado aparezca ante vosotros con terrible majestad y sólo con su aspecto os haga temblar; bastarán sus miradas para fulminaros, antes de que su voz os precipite en vuestro destino eterno marcándoos con su maldición.
Un hombre así es un ladrón, porque se apropia de una estima inmerecida. El prójimo, impresionado por su juramento, le otorga esta estima; y la serpiente se engalana con ella fingiéndose lo que no es. Es además un traidor, porque con el juramento está prometiendo algo que no tiene intención de mantener. Es un homicida, porque mata, o el honor de un semejante, arrebatándole con el juramento falso la estima del prójimo, o la propia alma, pues el perjuro es un abyecto pecador ante los ojos de Dios, que ven la verdad aunque ningún otro la viera. A Dios no se le engaña ni con falsas palabras ni con hipócritas acciones. Él ve, no pierde de vista, ni por un instante, a cada uno de los seres humanos, y no existe fortaleza amurallada o profunda bodega donde no pueda penetrar su mirada. Incluso en vuestro interior - esa propia fortaleza dentro de la que todo hombre tiene su corazón - entra Dios, y os juzga no por lo que juráis sino por lo que hacéis.
Por ello sustituyo la orden dada a los antiguos: "No perjures; antes al contrario, mantén tus juramentos" (cuando el juramento recibió plena vigencia para poner freno a la mentira y a la facilidad de faltar a la palabra dada). La sustituyo por otra y os digo: "No juréis nunca". No juréis por el Cielo, que es trono de Dios, ni por la Tierra, que es escabel para sus pies, ni por Jerusalén y su Templo, que son ciudad del gran Rey y la Casa del Señor nuestro Dios.
No juréis ni por las tumbas de los difuntos ni por sus espíritus: las tumbas están llenas de restos de lo que en el hombre es inferior y común con los animales; en cuanto a los espíritus, dejadlos en su morada. Si son espíritus de justos, que ya viven en estado de precognición de Dios, no hagáis que sufran y se horroricen. Aunque sea precognición, o sea, conocimiento parcial (porque hasta el momento de la Redención no poseerán a Dios en su plenitud de esplendor), no pueden no sufrir al veros pecadores. Si no son justos, no aumentéis su tormento al recordar su pecado por el vuestro. Dejadlos, dejad a los muertos: a los santos, en la paz; a los no santos, en sus penas. No arrebatéis nada a los primeros, no añadáis nada a los segundos. ¿Por qué

apelar a los difuntos? No pueden hablar: los santos, porque su caridad lo impide - deberían desmentiros demasiadas veces--; los répʳobos, porque el Infierno no abre sus puertas, y ellos no abren sus bocas sino para maldecir, y toda voz suya queda sofocada por el odio de Satanás y de los demonios, pues los réprobos son demonios.

No juréis ni por la cabeza del propio padre, ni de vuestra madre o esposa, ni por la cabeza de vuestros inocentes hijos; no tenéis derecho a hacerlo. ¿Son, acaso, moneda o mercancía; firma sobre papel? Pues son más y menos que esto. Son sangre y carne de tu sangre, ¡oh, hombre!; pero también son criaturas libres, y no puedes usarlas como esclavas para que avalen un testimonio falso tuyo. A1 mismo tiempo, son menos que una firma tuya, porque tú eres inteligente, libre y adulto, no una persona bajo interdicto o un niño que no sabe lo que hace y que debe ser representado por sus padres. Tú eres tú: un hombre dotado de razón, por tanto responsable de tus acciones, y debes actuar autónomamente, poniendo como aval de tus acciones y palabras tu honradez y sinceridad, la estima que tú has sabido suscitar en el prójimo; no la honestidad y sinceridad de los padres o la estima que ellos han sabido suscitar. ¿Los padres son responsables de los hijos? Sí, pero sólo mientras son menores de edad; después, cada no es responsable de sí mismo. No siempre nacen justos de justos, o siempre un hombre santo está casado con una mujer santa. ¿Y entonces, por qué usar como base de garantía la justicia del cónyuge? Del mismo modo, de un pecador pueden nacer hijos santos. Mientras son inocentes, son todos santos. ¿Y entonces, por qué invocar a una persona pura para un acto vuestro impuro, cual es el juramento que ya con antelación se piensa violar?

Ni siquiera por vuestra cabeza juréis, ni por vuestros ojos, o la lengua o las manos. No tenéis derecho a hacerlo. Todo cuanto tenéis es de Dios; vosotros no sois sino los custodios temporales de ello, administradores de los tesoros morales o materiales que Dios os ha concedido. ¿Por qué hacer uso, entonces, de lo que no os pertenece? ¿Podéis, acaso, añadir un cabello a vuestra cabeza, o cambiar su color? ¿Por qué, si no podéis hacerlo, usáis la vista, la palabra, la libertad de los miembros, para respaldar un juramento? No desafiéis a Dios; podría cogeros la palabra y secar vuestros ojos como puede secar también vuestros pomares, o arrancaros los hijos como puede arrebataros la casa, para recordaros que Él es el Señor y vosotros los súbditos, y que incurre en maldición aquel que se idolatra hasta el punto de considerarse a sí mismo más que Dios al desafiarlo mi mintiendo.

Decid: "si'> "sí"; "no", "no". Nada más. Si hay más es que os lo ha sugerido el Maligno; y además para reírse de vosotros, pues no podréis retener todo y caeréis, por tanto, en renuncio, y seréis objeto de las burlas de los demás y conocidos por embusteros.

Sinceridad, hijos, en la palabra y en la oración. No hagáis como los hipócritas, que, cuando oran, quieren hacerlo en las sinagogas, en las esquinas de las plazas, para ser vistos por los hombres píos y justos, mientras que luego, hacia dentro de la familia, son culpables con Dios y el prójimo. ¿No os dais cuenta de que esto es como jurar en falso? ¿Por qué queréis sostener lo no verdadero para ganar una inmerecida estima? La finalidad de la oración hipócrita es decir: "Verdaderamente soy un santo. Lo juro ante los ojos de quienes me ven, que deberán reconocer que me ven orar". Pues bien, semejante oración - verdadero velo extendido sobre una maldad real - hecha con una finalidad de este tipo se convierte en blasfemia.

Dejad que Dios os proclame santos. Haced que vuestra vida toda grite por vosotros: "He aquí a un siervo de Dios". Y vosotros, vosotros, por caridad hacia vosotros mismos, guardad silencio. No hagáis de vuestra lengua, movida por la soberbia, objeto de escándalo ante los ojos de los ángeles. Mejor sería que en ese mismo instante quedarais mudos, si no tenéis la fuerza de dominar el orgullo y la lengua con la que os autoproclamáis justos y gratos a Dios. Dejad a los soberbios y a los falsos esta pobre alegría, dejadles a ellos esta efímera recompensa - ¡mísera recompensa! -, que en realidad es la que quieren. Pues bien, no recibirán ninguna otra, porque más de una no se puede recibir: o la verdadera, del Cielo, que es eterna y justa; o la verdadera, de la tierra, que dura lo que la vida del hombre e incluso menos, y que después, siendo injusta como es, se paga, pasada esta vida, con un castigo verdaderamente mortificador.

Oíd cómo debéis orar (con los labios, con el trabajo, con la totalidad de vosotros mismos): debéis orar por impulso de un corazón amante de Dios, a quien siente Padre; de un corazón que siempre tiene presente quién es el Creador y quién la criatura, y que se comporta con amor reverente en presencia de Dios, siempre, ya ore, ya comercie, ya camine, ya descanse, ya logre un beneficio o se lo proporcione a otros.

He dicho "por impulso del corazón": ésta es la primera y esencial cualidad; porque todo viene del corazón, y, como es el corazón, tal es la mente, la palabra, la mirada, la acción. El hombre justo extrae el bien de su corazón de justo. Cuanto más bien extrae más bien en encuentra, porque el bien realizado genera un nuevo bien, de la misma forma que la sangre se renueva en el círculo de las venas para volver al corazón enriquecida de elementos siempre nuevos, extraídos del oxígeno que ha absorbido y de la sustancia de los alimentos que ha asimilado. Por el contrario, el perverso, de su tenebroso corazón henchido de fraude y venenos, no puede extraer sino fraude y veneno, que aumentan cada vez más, corroborados por las culpas que van acumulándose (en el bueno son las bendiciones de Dios las que confirman, y también se acumulan). Creed, igualmente, que la exuberancia del corazón rebosa a través de los labios y se revela en las acciones.

Haceos un corazón humilde y puro, amoroso, confiado, sincero. Amad a Dios con el púdico amor que siente una virgen hacia su prometido. En verdad os digo que toda alma es virgen prometida al eterno Amante, a Dios nuestro Señor; esta tierra es el tiempo del noviazgo, tiempo en que el ángel custodio otorgado a cada hombre espiritual paraninfo, y todas las horas y las contingencias de la vida son otras tantas doncellas que preparan el ajuar nupcial; la hora de su muerte es la hora de la boda, es entonces cuando viene el conocimiento, el abrazo, la fusión, es entonces cuando, vestida ya de esposa cumplida, el alma puede alzar su velo y echarse en brazos de su Dios, sin que por amar así a su Esposo pueda inducir a otros al escándalo.

Pero por ahora, ¡oh, almas sacrificadas aún en el vínculo del noviazgo con Dios!, cuando queráis hablar con vuestro Prometido, entrad en la paz de vuestra casa (sobre todo en la paz de vuestra morada interior) y hablad, cual ángeles de carne acompañados por sus ángeles custodios, al Rey de los ángeles; hablad a vuestro Padre en el secreto de vuestro corazón y de vuestra estancia interior; dejad afuera todo lo que sea mundo: el frenesí de ser notados, de edificar; los escrúpulos de las largas oraciones sobresaturadas de palabras, pero monótonas, tibias, mortecinas en cuanto al amor.

¡Por favor, liberaos de prevenciones cuando oréis! En verdad, hay algunos que derrochan horas y horas repitiendo sólo con los labios un monólogo (un verdadero soliloquio porque ni siquiera el ángel custodio lo escucha, pues en efecto es un gran rumor vano que el ángel trata de remediar abismándose en ardiente oración en favor de este hombre necio que le ha sido encomendado). En verdad, hay algunos que no utilizarían de forma distinta esas horas ni aunque Dios se les apareciera y les dijese: "La salud del mundo depende de que dejes esta parola sin alma para ir simplemente a sacar agua de un pozo y verterla en la tierra por amor a mí y a tus semejantes". En verdad, hay algunos que consideran más valioso su monólogo que el acto cortés de recibir en modo acogedor una visita, o que el acto caritativo de socorrer a un necesitado: son almas que han caído en la idolatría de la oración.

La oración es acción de amor. Ahora bien, se puede amar tanto rezando como haciendo pan, tanto meditando como asistiendo a un enfermo, tanto realizando un peregrinaje al Templo como atendiendo a la familia, tanto sacrificando un cordero como sacrificando nuestros deseos -justos - de recogernos en el Señor. Basta con que uno empape todo sí mismo y toda acción suya en el amor. ¡No tengáis miedo! El Padre ve las cosas. El Padre comprende. El Padre escucha. El Padre concede. ¡Cuántas gracias se reciben por un solo, verdadero, perfecto suspiro de amor; cuánta abundancia, por un sacrificio íntimo hecho con amor! No seáis como los gentiles. Dios no necesita que le digáis lo que debe hacer "porque lo necesitáis". Eso pueden decírselo los paganos a sus ídolos, que no pueden comprender, pero no vosotros a Dios, al verdadero, espiritual Dios que no es sólo Dios y Rey sino que además es vuestro Padre y sabe, antes de que se lo pidáis, de qué tenéis necesidad.

Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe, quien busca encuentra, a quien llame se le abrirá. Cuando vuestro hijo os tiende su manita diciéndoos: "Padre, tengo hambre", ¿acaso le dais una piedra?, ¿le dais una serpiente, si os pide un pez? No; es más, no sólo le dais el pan y el pescado, sino que además le hacéis una caricia y lo bendecís, pues a un padre le resulta dulce alimentar a su hijo y verlo sonreír feliz. Pues si vosotros, que tenéis un corazón imperfecto, sabéis dar buenos dones a vuestros hijos sólo por el amor natural, que también lo posee el animal hacia su prole, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los Cielos concederá a quienes se lo pidan las cosas buenas y necesarias para su bien! ¡No tengáis miedo de pedir, ni tampoco de no obtener!

Pero quiero poneros en guardia contra un fácil error: entre los creyentes hay paganos cuya religión es un amasijo de supersticiones y fe, un edificio profanado en el que han echado raíces hierbas parásitas de todo tipo, hasta el punto de que éste se va desmoronando y al fina1 se derrumba; son paganos de la religión verdadera, débiles en la fe y el amor, que sienten que su fe muere cuando no se ven escuchados. Pues bien, no hagáis como ellos.

Sucede que pedís en un momento dado, y os parece justo hacerlo - la verdad es que para ese momento no sería injusta tampoco la gracia pedida -, pero la vida no termina en *ese* momento y lo que es bueno hoy puede no serlo mañana (pero vosotros, conociendo sólo el presente - lo cual es también una gracia de Dios - esto lo desconocéis). Sin embargo, Dios conoce también el futuro, y muchas veces no satisface una oración vuestra para ahorraros una pena mayor.

En este año de vida pública, más de una vez he oído corazones que referían haberse quejado de cuánto habían sufrido cuando no se habían sentido escuchados por Dios, pero que luego habían reconocido que ello significó un bien porque la gracia en cuestión les habría impedido alcanzar posteriormente a Dios. A otros les he oído decir – y decirme a mí -: "Señor, ¿por qué no respondes a mi súplica?; con todos lo haces, ¿por qué conmigo no?". Y, no obstante, a pesar del dolor que me producía el sufrimiento que veía, he tenido que decir: "No puedo", porque haber condescendido a su petición habría significado poner un estorbo a su vuelo hacia la vida perfecta. Incluso el Padre -también a veces dice: "No puedo"; no porque no pueda cumplir inmediatamente ese acto, sino porque no quiere hacerlo, dado que conoce las consecuencias que se seguirían.

Escuchad: un niño tiene sus entrañas enfermas. La madre llama al médico y éste dice: "Necesita ayuno absoluto". El niño se echa a llorar, grita, suplica, parece languidecer. La madre, compasiva siempre, une sus lamentos a los de su hijo; le parece una crueldad del médico esa prohibición absoluta, le parece que el ayuno y el llanto pueden perjudicar a su hijo... Y, a pesar de todo, el médico se muestra inexorable. Al final dice: "Mujer: yo sé; tú, no; ¿quieres perder a tu hijo o que te lo salve?". La madre grita: "¡Quiero que viva!". "Pues entonces - dice el médico - no puedo conceder alimento... significaría la muerte.” Pues bien, lo mismo dice el Padre algunas veces. Vosotros, madres compasivas respecto a vuestro yo, no queréis oírlo llorar por no haber recibido una gracia; sin embargo, Dios dice: "No puedo. Te perjudicaría". Llegará el día, o la eternidad, en que se dirá: "¡Gracias, Dios mío, por no haber escuchado mi estupidez!".

Lo que he dicho respecto a la oración, lo digo respecto al ayuno. Cuando ayunéis, no pongáis aspecto melancólico, como hacen los hipócritas, que con arte deslucen su rostro para que el mundo sepa y crea - aunque no sea verdad - que ayunan. Estos también han recibido ya, en la alabanza del mundo, su compensación; no recibirán ninguna otra. Vosotros, por el contrario, cuando ayunéis, poned expresión alegre, lavaos con esmero la cara para que se vea fresca y sedosa, ungíos la barba, perfumaos el pelo, presentad esa sonrisa en los labios propia de quien ha comido bien: ¡Verdaderamente no hay alimento que sacie tanto como el amor, y quien ayuna con espíritu de amor de amor se nutre! En verdad os digo que, aunque el mundo os llame "vanidosos" o "publicanos", vuestro Padre verá vuestro secreto heroico y os recompensará doblemente, por el ayuno y por el sacrificio de no haber recibido alabanza.

Y ahora, nutrida el alma, id a dar alimento al cuerpo. 'Aquellos dos pobres que se queden con nosotros: serán los benditos huéspedes que darán sabor a nuestro pan. La paz sea con vosotros.

Los dos pobres se quedan. Son una mujer muy delgada y un anciano muy viejo. No están juntos, se han encontrado allí por azar. Se habían quedado en un ángulo, acoquinados, poniendo inútilmente la mano a quienes pasaban por delante.

Ahora no se atreven a acercarse, pero Jesús va directamente hacia ellos y los coge de la mano para ponerlos en el centro del grupo de los discípulos, bajo una especie de tienda que Pedro ha montado en un ángulo (quizás les sirve de refugio durante la noche y como lugar de reunión durante las horas más calurosas del día: es un cobertizo de ramajes y de... mantos, pero sirve para su finalidad, a pesar de que sea tan bajo, que Jesús y Judas Iscariote, los dos más altos. tienen que agacharse para poder entrar).

-Aquí tenéis a un padre y a una hermana nuestra. Traed todo lo que tenemos. Mientras comemos escucharemos su historia.

Y Jesús se pone personalmente a servir a los dos vergonzosos y escucha la dolorosa narración. Ambos viven solos: el viejo, desde cuando su hija se fue con su marido a un lugar lejano y se olvidó de su padre; la mujer, que además está enferma, desde que su marido murió a causa de una fiebre.

-El mundo - dice el anciano - nos desprecia porque somos pobres. Voy pidiendo limosna para juntar unos ahorrillos y poder cumplir la Pascua. Tengo ochenta años. Siempre la he cumplido. Esta puede ser la última. No quiero ir con Abraham, a su seno, con algún -remordimiento. De la misma forma que perdono a mi hija, espero ser perdonado. Quiero cumplir mi Pascua.

-Largo camino, padre.

-Más largo es el del Cielo, si se incumple el rito.

-¿Vas sólo?... ¿Y si te sientes mal por el camino?

-Me cerrará los párpados el ángel de Dios.

Jesús acaricia la cabeza temblorosa y blanca del anciano, y pregunta a la mujer:

-¿Y tú?

-Voy en busca de trabajo. Si estuviera mejor alimentada, me curaría de mis fiebres; una vez sana, podría trabajar incluso en los campos de cereales.

-¿Crees que sólo el alimento te curaría?

-No. Estás también Tú... Pero, yo soy una pobre cosa, demasiado pobre cosa como para poder pedir conmiseración.

-Y, si te curara, ¿qué pedirías después?

-Nada más. Habría recibido ya con creces cuanto puedo esperar.

Jesús sonríe y le da un trozo de pan mojado en un poco de agua y vinagre, que hace de bebida. La mujer se lo come sin hablar. Jesús continúa sonriendo.

-La comida termina pronto (¡era tan parca!...). Apóstoles y discípulos van en busca de sombra por las laderas, entre los matorrales. Jesús se queda bajo el cobertizo. El anciano se ha apoyado contra la pared herbosa; ahora, cansado, duerme.

Pasado un poco de tiempo, la mujer, que también se había alejado en busca de sombra y descanso, vuelve hacia Jesús, que le sonríe para infundirle ánimo. Ella se acerca, tímida, pero al mismo tiempo contenta, casi hasta la tienda; luego la vence la alegría y da los últimos pasos velozmente para caer finalmente rostro en tierra emitiendo un grito reprimido:

-¡Me has curado! ¡Bendito! ¡Es la hora del temblor fuerte y no se me repite!... - y besa los pies a Jesús.

-¡Estás segura de estar curada? Yo no te lo he dicho. Podría ser una casualidad...

-¡No! Ahora he comprendido tu sonrisa cuando me dabas el trozo de pan. Tu virtud ha entrado en mí con ese bocado. No tengo nada que darte a cambio, sino mi corazón. Manda a tu sierva, Señor, que te obedecerá hasta la muerte.

-Sí. ¿Ves aquel anciano? Está solo y es un hombre justo. Tú tenías marido, pero te fue arrebatado por la muerte; él tenía una hija, pero se la quitó el egoísmo. Esto es peor. Y, no obstante, no impreca; pero no es justo que vaya sólo en sus últimas horas. Sé hija para él.

-Sí, mi Señor.

-Fíjate que ello significa trabajar para dos.

-Ahora me siento fuerte. Lo haré.

-Ve, entonces, allí, encima de ese risco, y dile al hombre que está descansando, aquél vestido de gris, que venga aquí.

La mujer va sin demora y vuelve con Simón Zelote.

-Ven, Simón. Debo hablarte. Espera, mujer.

Jesús se aleja unos metros.

-¿Crees que a Lázaro le supondrá alguna dificultad el recibir a una trabajadora más?

-¡Lázaro! ¡Si creo que ni siquiera sabe cuántos le prestan servicio! ¡Uno más o menos...! ... Pero, ¿de quién se trata?

-Es aquella mujer. La he curado y...

-No sigas, Maestro; si la has curado, es señal de que la amas, y lo que Tú amas es sagrado para Lázaro. Empeño mi palabra por él.

-Es verdad, lo que Yo amo es sagrado para Lázaro; bien dices Por este motivo, Lázaro será santo, porque, amando lo que Yo amo ama la perfección. Deseo vincular a aquel anciano con esa mujer, y que aquel patriarca pueda cumplir con júbilo su última Pascua. Quiero mucho a los ancianos santos, y, si puedo hacerles sereno el crepúsculo de la vida, me siento dichoso.

-También amas a los niños...

-Sí, y a los enfermos...

-Y a los que lloran...

-Y a los que están solos...

-¡Maestro mío!, ¿no te das cuenta de que amas a todos, incluso a tus enemigos?

-No me doy cuenta, Simón; amar es mi naturaleza. Mira, el patriarca se está despertando. Vamos a decirle que celebrará la Pascua con una hija a su lado, y sin necesidad de buscarse el pan.

Vuelven a la tienda, donde la mujer los está esperando. Acto seguido van los tres donde el anciano, que está sentado, atándose las sandalias.

-¿Qué piensas hacer, padre?

-Voy a descender hacia el valle. Espero encontrar un refugio para la noche. Mañana pediré limosna por el camino, y luego, abajo, abajo, abajo,... dentro de un mes, si no me he muerto, estaré en el Templo.

-No.

-¿No debo hacerlo? ¿Por qué?

-Porque el buen Dios no quiere. No vas a ir solo. Esta mujer irá contigo. Te conducirá al lugar que voy a indicaros; os acogerán por amor a mí. Celebrarás tu Pascua, pero sin penalidades. Ya has llevado tu cruz, padre; pósala ahora, y recógete en acción de gracias al buen Dios.

-¿Por qué esto?... ¿Por qué esto?... No... no merezco tanto... Tú... una hija... Es más que si me dieras veinte años... ¿A dónde me quieres enviar?...

El anciano llora entre la espesura de su poblada barba.

-Con Lázaro de Teófilo. No sé si lo conoces.

-Soy de la zona confinante con Siria. ¡Claro que me acuerdo de Teófilo! ¡Oh, Hijo bendito de Dios, deja que te bendiga!

Y Jesús, que está sentado en la hierba frente al anciano, se inclina realmente para dejar que éste le imponga, solemne, las manos sobre su cabeza y pronuncie, poderoso y con voz cavernosa de anciano venerable, la antigua bendición: «El Señor te bendiga y te guarde. El Señor te muestre su rostro y tenga misericordia de ti. El Señor vuelva a ti su rostro y te dé su paz.

Y Jesús, Simón y la mujer responden juntos:

-Y así sea.

## 173

## Quinto discurso de la Montaña: el uso de las riquezas; la limosna; la confianza en Dios.

El mismo discurso de la montaña.

La muchedumbre va aumentando a medida que los días pasan. Hay hombres, mujeres, ancianos, niños, ricos, pobres. Sigue estando la pareja Esteban-Hermas, aunque todavía no hayan sido agregados y unidos a los discípulos antiguos capitaneados por Isaac. Está también presente la nueva pareja, constituida ayer, la del anciano y la mujer; están muy adelante, cerca de su Consolador; su aspecto es mucho más relajado que el de ayer. El anciano, como buscando recuperar los muchos meses o años de abandono por parte de su hija, ha puesto su mano rugosa en las rodillas de la mujer, y ella se la acaricia por esa necesidad innata de la mujer, moralmente sana, de ser maternal.

Jesús pasa al lado de ellos para subir al rústico púlpito; al pasar acaricia la cabeza del anciano, el cual mira a Jesús como si lo viera ya como Dios.

Pedro dice algo a Jesús, que le hace un gesto como diciendo: "No importa". No entiendo de todas formas lo que dice el apóstol; eso sí, se queda cerca de Jesús; luego se le unen Judas Tadeo y Mateo. Los otros se pierden entre la multitud.

-¡La paz sea con todos vosotros!

Ayer he hablado de la oración, del juramento, del ayuno. Hoy quiero instruiros acerca de otras perfecciones, que son también oración, confianza, sinceridad, amor, religión.

La primera de que voy a hablar es el justo uso de las riqueza; que se transforman, por la buena voluntad del siervo fiel, en correlativos tesoros en el Cielo. Los tesoros de la tierra no perduran; los de Cielo son eternos. ¿Amáis vuestros bienes? ¿Os da pena morir porque tendréis que dejarlos y no podréis ya dedicaros a ellos? ¡Pues, transferidlos al Cielo! Diréis: "En el Cielo no entran las cosas de la tierra. Tú mismo enseñas que el dinero es la más inmunda de estas cosas. ¿Cómo podremos transferirlo al Cielo?". No. No podéis llevar las monedas, siendo - como son - materiales, al Reino en que todo es espíritu; lo que sí podéis llevar es el fruto de las monedas.

Cuando dais a un banquero vuestro oro, ¿para qué lo dais? Para que lo haga producir, ¿no? Ciertamente no os priváis de él, aunque sea momentáneamente, para que os lo devuelva tal cual: queréis que de diez talentos os devuelva diez más uno, o más; entonces os sentís satisfechos y elogiáis al banquero. En caso contrario, decís: "Será honrado, pero es un inepto". Y si se da el caso de que, en vez de los diez más uno, os devuelve nueve diciendo: "He perdido el resto", lo denunciáis y lo mandáis a la cárcel. ¿Qué es el fruto del dinero? ¿Siembra, acaso, el banquero vuestros denarios y los riega para que crezcan? No. El fruto se produce por una sagaz negociación, de modo que, mediante hipotecas y préstamos a interés, el dinero se incrementa en el beneficio justamente requerido por el favor del oro prestado. ¿No es así?

Pues bien, escuchad: Dios os da las riquezas terrenas - a quiénes muchas, a quién apenas las que necesita para vivir - y os dice: "Ahora te toca a ti. Yo te las he dado. Haz de estos medios un fin como mi amor desea para tu bien. Te las confío, pero no para que te perjudiques con ellas. Por la estima en que te tengo, por reconocimiento hacia mis dones, haz producir a tus bienes para esta verdadera Patria" 0s voy a explicar el método para alcanzar este fin.

No deseéis acumular en la Tierra vuestros tesoros, viviendo para ellos, siendo crueles por ellos; que no os maldigan el prójimo y Dios a causa de ellos. No merece la pena. Aquí abajo están siempre inseguros. Los ladrones pueden siempre robaros; el fuego puede destruir las casas; las enfermedades de las plantas o del ganado, exterminaros los rebaños, destruiros los pomares. ¡Cuántos peligros se cela contra vuestros bienes! Ya sean estables y estén protegidos, como las cosas o el oro; ya estén sujetos a sufrir lesión en su naturaleza, como todo cuanto vive, como son los vegetales y los animales; ya se trate, incluso, de telas preciosas... todos ellos pueden sufrir merma: las casas, por el rayo, el fuego y el agua; los campos, por ladrones, roya, sequía, roedores o insectos; los animales, por vértigo, fiebres, descoyuntamientos o mortandades; las telas preciosas y muebles de valor, por la polilla o los ratones; las vajillas preciadas, lámparas y cancelas artísticas... Todo, todo puede sufrir merma.

Pero si de todo este bien terreno hacéis un bien sobrenatural, se salvará de toda lesión producida por el tiempo, por los propios hombres o la intemperie. Atesorad en el Cielo, donde no entran ladrones ni suceden infortunios. Trabajad sintiendo amor misericordioso hacia todas las miserias de la Tierra. Acariciad, sí, vuestras monedas, besadlas incluso si queréis, regocijaos por la prosperidad de las mieses, por los viñedos cargados de racimos, por los olivos plegados por el peso de infinitas aceitunas,

por las ovejas fecundas y de turgentes ubres... haced todo esto, pero no estérilmente, no humanamente, sino con amor y admiración, con disfrute y cálculo sobrenatural.

"¡Gracias, Dios mío, por esta moneda, por estos sembrados y plantas y ovejas, por estas compraventas! ¡Gracias, ovejas, plantas, prados, transacciones, que tan bien me servís! ¡Benditos seáis todos, porque por tu bondad, oh Eterno, y por vuestra bondad, oh cosas, puedo hacer mucho bien a quien tiene hambre o está desnudo o no tiene casa o está enfermo o solo!... El año pasado proveí a las necesidades de diez. Este año - dado que, a pesar de que haya distribuido mucho como limosna, tengo más dinero y más pingües son las cosechas y numerosos los rebaños - daré dos o tres veces más de cuanto di el año pasado, a fin de que todos, incluso quienes no tienen nada propio, gocen de mi alegría y te bendigan conmigo Señor Eterno". Esta es la oración del justo, la oración que, unida a la acción, transfiere vuestros bienes al Cielo, y, no sólo os los conserva allí eternamente, sino que os los aumenta con los frutos santos del amor.

Tened vuestro tesoro en el Cielo para que esté allí vuestro corazón, por encima, y más allá, del peligro, no sólo de infortunios que perjudiquen al oro, casas, campos o rebaños, sino también de asechanzas contra vuestro corazón, y de que sea expoliado o agredido por el óxido o el fuego, asesinado por el espíritu de este mundo. Si así lo hacéis, tendréis vuestro tesoro en vuestro corazón, porque tendréis a Dios en vosotros, hasta que llegue el día dichoso en que vosotros estéis en Él.

No obstante, para no disminuir el fruto de la caridad, poned a tención a ser caritativos con espíritu sobrenatural. Lo que he dicho respecto a la oración y al ayuno valga para la beneficencia y para cualquier otra obra buena que podáis hacer.

Proteged el bien que hagáis de la violación de la sensualidad dei mundo, conservadlo virgen respecto a toda humana alabanza. No profanéis la rosa perfumada - verdadero incensario de perfumes gratos al Señor - de vuestra caridad y recto actuar. El espíritu de soberbia, el deseo de ser uno visto cuando hace el bien, la búsqueda de alabanzas, profanan el bien: las babosas del saciado orgullo ensucian con su secreción la rosa de la caridad y la van excavando con su boca; en el incensario caen hediondas pajas de la cama en que el soberbio, cual atiborrada bestia, retoza.

¡Ah, esas limosnas ofrecidas para que se hable de nosotros!... Mejor sería no darlas. El que no las da peca de insensibilidad; pero quien las ofrece dando a conocer la suma entregada y el nombre del destinatario, mendigando además alabanzas, peca de soberbia al dar a conocer la dádiva, porque es como si dijera: "¿Veis cuánto puedo?", pero peca también contra la caridad, porque humilla al destinatario de la limosna al publicar su nombre; y peca también de avaricia espiritual al querer acumular alabanzas humanas... que no son más que paja, paja, sólo paja. Dejad a Dios que os alabe con sus ángeles.

Cuando deis limosna, no vayáis tocando la trompeta delante de vosotros para atraer la atención de los que pasan y recibir alabanzas, como los hipócritas, que buscan el aplauso de los hombres (por eso dan limosna sólo cuando los pueden ver muchos). Éstos también han recibido ya su compensación y Dios no les dará ninguna otra. No incurráis vosotros en la misma culpa y presunción. Antes bien, cuando deis limosna, sea ésta tan pudorosa y celada que vuestra mano izquierda no sepa lo que hace la derecha; y luego olvidaos. No os detengáis a remiraros el acto realizado, hinchándoos con él como hace el sapo, que se remira en el pantano con sus ojos velados y, al ver reflejadas en el agua detenida las nubes, los árboles, el carro parado junto a la orilla, y a él mismo - tan pequeñito respecto a esas cosas tan grandes -, se hincha de aire hasta estallar. Del mismo modo vuestra caridad es nada respecto al Infinito que es la Caridad de Dios, y, si pretendierais haceros como Él convirtiendo vuestra reducida caridad en una caridad enorme para igualar a la suya, os llenaríais de aire de orgullo para terminar muriendo.

Olvidaos. Del acto en sí mismo, olvidaos. Quedará siempre en vosotros una luz, una voz, una miel, que harán vuestro día luminoso, dichoso, dulce. Pues la luz será la sonrisa de Dios; la miel, paz espiritual - Dios también-; la voz, voz del Padre-Dios diciéndoos: "Gracias". Él ve el mal oculto y el bien escondido, y os recompensará por ello. Os lo...

-¡Maestro, contradices tus propias palabras!

La ofensa, rencorosa y repentina, proviene del centro de la multitud. Todos se vuelven hacia el lugar de donde ha surgido la voz. Hay confusión.

Pedro dice:

-¡Ya te lo había dicho... cuando hay uno de ésos, no va bin nada!

De la muchedumbre se elevan silbidos y protestas contra el ofensor. Jesús es el único que conserva la calma. Ha cruzado sus brazos a la altura del pecho: alto, herida su frente por el sol, erguido sobre la piedra, con su indumento azul oscuro...

El que ha lanzado la ofensa, haciendo caso omiso de la reacción de la multitud, continúa:

-¡Eres un mal maestro porque enseñas lo que no haces y...

-¡Cállate! ¡Vete! ¡Deberías avergonzarte! - grita la multitud. -¡Vete con tus escribas! ¡A nosotros nos basta el Maestro! ¡Los hipócritas con los hipócritas! ¡Falsos maestros! ¡Usureros!...

Y seguirían, si Jesús no elevase su voz potente:

-¡Silencio! Dejadlo hablar.

La gente entonces deja de chillar, pero sigue bisbiseando sus improperios, sazonados con miradas furiosas.

-Sí, enseñas lo que no haces. Dices que se debe dar limosna, pero sin ser vistos, y Tú, ayer, delante de toda una multitud, dijiste a dos pobres: "Quedaos, que os daré de comer".

-Dije: "Que se queden los dos pobres. Serán los benditos huéspedes que darán sabor a nuestro pan". Nada más. No he dicho que quería darles de comer. ¿Qué pobre no tiene al menos un pan? Mi alegría consistía en ofrecerles buena amistad.

-¡Ya!, ¡ya! ¡Eres astuto y sabes pasar por cordero!...

El anciano pobre se pone en pie, se vuelve y, alzando su bastón, grita:

-¡Lengua infernal. Tú acusas al Santo. ¿Crees, acaso, saber todo y poder acusar por lo que sabes? De la misma forma que ignoras quién es Dios y aquel a quien insultas, así ignoras sus acciones. Sólo los ángeles y mi corazón exultante lo saben; oíd, hombres, oíd todos y juzgad después si Jesús es el embustero y soberbio de que habla este desecho del Templo. Él...

-¡Calla, Ismael! ¡Calla por amor a mí! Si he alegrado tu corazón, alegra tú el mío guardando silencio - dice Jesús en tono suplicante.

-Te obedezco, Hijo santo. Déjame decir sólo esto: la boca del anciano israelita fiel lo ha bendecido; a Él, que me ha concedido favor de parte de Dios. Dios ha puesto en mis labios la bendición por mí y por Sara, mi nueva hija; no así contigo: sobre tu cabeza no descenderá la bendición. No te maldigo, no ensuciaré con una maldición mi boca, que debe decir a Dios: “Acógeme". No maldije a quien me renegó y ya he recibido la recompensa divina. Pero habrá quien haga las veces del Inocente acusado y de Ismael, amigo de este Dios que concede su favor.

Gritos en coro cierran las palabras del anciano, que se sienta de nuevo, mientras un hombre, seguido de improperios, a hurtadilla, se aleja.

La muchedumbre grita:

-¡Continúa, continúa, Maestro santo! Solo te escuchamos a ti. Escúchanos a nosotros: ¡No queremos a esos malditos pájaros de mal agüero! ¡Son envidiosos! ¡Te preferimos a ti! Tú eres santo; ellos, malos. ¡Síguenos hablando, sigue! Ya ves que estamos sedientos sólo de tu palabra. ¿Casas?, ¿negocios?... No son nada en comparación con escucharte a ti.

-Seguiré hablando, pero orad por esos desdichados. No os exasperéis. Perdonad, como Yo perdono. Porque si perdonáis a los hombres sus fallos también vuestro Padre del Cielo os perdonará vuestros pecados; pero si sois rencorosos y no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras faltas. Todos tienen necesidad de perdón.

Os decía que Dios os recompensará aunque no le pidáis que premie el bien que hayáis hecho. Ahora bien, no hagáis el bien para obtener una recompensa, para disponer de un aval para el futuro. Que vuestras buenas obras no tengan la medida y límite del temor de si os quedará algo para vosotros, o de si, quedándoos sin nada, no va a haber nadie que os ayude a vosotros, o de si encontraréis a alguien que haga con vosotros lo que vosotros habéis hecho, o de si os seguirán queriendo cuando ya no podáis dar nada.

Mirad: tengo amigos poderosos entre los ricos y amigos entre los pobres de este mundo. En verdad os digo que no son los amigos poderosos los más amados; a éstos me acerco no por amor a mí mismo o por interés personal, sino porque de ellos puedo obtener mucho para quienes nada tienen. Yo soy pobre. No tengo nada. Quisiera tener todos los tesoros del mundo y convertirlos en pan para quienes padecen hambre, o en casas para quienes carecen de ellas; en vestidos para los desnudos, en medicinas para los enfermos. Diréis: "Tú puedes curar". Sí, y más cosas. Pero no siempre tienen fe, y no puedo hacer lo que haría, lo que quisiera hacer de encontrar en los corazones fe en mí. Quisiera agraciar incluso a estos que no tienen fe; quisiera dado que no le piden el milagro al Hijo del hombre, ayudarlos como hombre que soy Yo también. Pero no tengo nada; por ello tiendo la mano a quienes tienen y les pido ayuda en nombre de Dios. Por eso tengo amigos entre los poderosos. El día de mañana, una vez que ha ya dejado esta Tierra, seguirá habiendo pobres; Yo no estaré ya aquí para realizar milagros en favor de quien tiene fe, ni podré dar limosna para guiar hacia la fe; pero mis amigos ricos, para entonces, ya habrán aprendido por el contacto conmigo el modo de ayudar a los necesitados; y mis apóstoles, igualmente por el contacto conmigo, habrán aprendido a solicitar limosna por amor a los hermanos. Así, los pobres siempre tendrán una ayuda.

Pues bien, ayer he recibido, de una persona que no tenía nada, más de cuanto me han dado todos los que sí tienen. Es un amigo tan pobre como Yo, pero me ha dado una cosa que no se paga con moneda alguna, y que me ha sido motivo de dicha trayendo a mi memoria muchas horas serenas de mi niñez y juventud, cuando todas las noches el Justo imponía sus manos sobre mi cabeza y Yo me iba a descansar con su bendición como custodia de mi sueño. Ayer este amigo más pobre me ha hecho rey con su bendición. Ved, pues, cómo ninguno de mis amigos ricos me ha dado jamás lo que él. No temáis, por tanto: aunque perdáis el poder del dinero, os bastará el amor y la santidad para poder favorecer al pobre, al cansado o al afligido.

Por tanto, os digo: no os afanéis demasiado por temor a la escasez. Siempre tendréis lo necesario. No os apuréis demasiado por el futuro. Nadie sabe cuánto futuro tiene por delante. No os preocupéis de qué comeréis para mantener la vida, ni de qué vestiréis para -mantener caliente vuestro cuerpo. La vida de vuestro espíritu es mucho más valiosa que el vientre y los miembros, vale mucho más que la comida y el vestido, así como la vida material es más que la comida y el cuerpo más que el vestido. El Padre lo sabe, sabedlo también vosotros. Mirad los pájaros del aire: no siembran ni cosechan, no recogen en los graneros, y, sin embargo, no mueren de hambre, porque el Padre celeste los nutre. Vosotros, hombres, criaturas predilectas del Padre, valéis mucho más que ellos.

¿Quién de vosotros, con todo su ingenio, podrá añadir a su estatura un solo codo? Si no lográis elevar vuestra estatura ni siquiera un palmo, ¿cómo pensáis que vais a poder cambiar vuestra condición futura, aumentando vuestras riquezas para garantizaros una larga y próspera vejez? ¿Podéis, acaso, decirle a la muerte: "Vendrás por mí cuando yo quiera"? No, no podéis. ¿Para qué, pues, preocuparos por el mañana?, ¿por qué ese gran dolor del temor a quedaros sin nada con que vestiros? Mirad cómo crecen los lirios del campo: no trabajan, no hilan, ni van a los vendedores de vestidos a comprar. Y, sin embargo, os aseguro que ni Salomón con toda su gloria se vistió jamás como uno de ellos. Pues bien, si Dios viste así la hierba del campo, que hoy existe y mañana sirve para calentar el horno o como pasto de los rebaños - al final, ceniza o estiércol -, ¡cuánto más os proveerá a vosotros, hijos suyos, de lo necesario!

No seáis hombres de poca fe. No os angustiéis por un futuro incierto, diciendo: "¿Cuando sea viejo, qué comeré?, ¿qué beberé?, ¿con qué me vestiré?". Dejad estas preocupaciones para los gentiles, que no tienen la sublime certeza de la paternidad divina. Vosotros la tenéis, y sabéis que el Padre conoce vuestras necesidades y que os ama. Confiad, pues, en Él. Buscad primero las cosas verdaderamente necesarias: fe, bondad, caridad, humildad, misericordia, pureza justicia, mansedumbre, las tres y las cuatro virtudes principales, y todas las demás; de forma que seáis amigos de Dios, y tengáis derecho a su Reino. Os aseguro que todo lo demás se os dará por añadidura sin necesidad siquiera de pedirlo. No hay mayor rico que el santo, ni hombre más seguro que él. Dios está con el santo y el santo está con Dios. Por su cuerpo no pide, y Dios le provee de lo necesario; trabaja, antes bien, para su espíritu, y Dios mismo se da a él ya aquí, y después de esta vida le dará el Paraíso.

No os acongojéis, pues, por lo que no merece vuestra aflicción Doleos de ser imperfectos, no de tener pocos bienes terrenos. No os atormentéis por el mañana: el mañana tendrá su propia preocupación, y vosotros tendréis que preocuparos por el mañana cuando lo viváis. ¿Por qué pensar en el mañana hoy? ¿Es que, acaso, la vida no está ya suficientemente llena de recuerdos penosos del ayer y de pesadumbres del hoy como para sentir la necesidad de cargarla además con las angustias de los "¿qué sucederá?" mañana? Dejadle a cada día su afán. Habrá siempre más penas en la vida de las que querríamos tener. No añadáis penas presentes a penas futuras. Decid siempre la gran palabra de Dios: "Hoy". Sois sus hijos, creados a su semejanza; decid, pues, con Él: "Hoy".

Y hoy os doy mi bendición. Que os acompañe hasta el comienzo del nuevo hoy, o sea, mañana; es decir, cuando os dé nuevamente la paz en nombre de Dios.

## 174

## Sexto discurso de la Montaña: la elección entre el Bien y el Mal; el adulterio; el divorcio. La llegada importuna de María de Magdala.

Es una mañana espléndida. El aire tiene una nitidez aún más viva de la habitual; debido a ello, parece que las distancias se acortan o que las cosas se ven a través de un ocular, que hace nítidos incluso sus más pequeños detalles. En este ambiente, la muchedumbre se prepara a escuchar a Jesús.

Cada día que pasa, la naturaleza se va haciendo más hermosa, cubriéndose con el vestido opulento de la plena primavera, que en Palestina me parece que es justamente entre Marzo y Abril, porque después adquiere aspecto estivo, con las mieses maduras y las hojas abundantes y completas. Ahora está todo florido. Desde lo alto del monte, vestido de flores incluso en los puntos aparentemente menos aptos para florecer, se ve la llanura, con su cimbrear de cereales todavía flexibles movidos por el viento, que les imprime un vaivén de ola verde claro, apenas teñida de oro pálido en los ápices de las espigas, que granan bajo sus ásperas aristas. Por encima de este ondear de cereales al viento leve, se ven enhiestos, vestidos de pétalos (parecen numerosas, enormes borlas de tocador, o bolas de gasa blanca, o de color rosa tenuísimo, o rosa fuerte, o rojo vivo), los árboles frutales. Recogidos, como ascetas penitentes, los olivos oran, y su oración se transforma en una nieve de florecillas blancas que cae, por ahora todavía incierta.

El Hermón es, en su cima, alabastro rosa que el sol besa y del que descienden dos hilos de diamante (desde aquí parecen hilos). De ellos el astro arranca fulgores casi irreales. Luego se hunden por debajo de las galerías verdes de los bosques y dejan de verse hasta que llegan abajo, al valle, donde forman cursos de agua, que sin duda desembocan en el lago Merón (no visible desde aquí), del que, a su vez, salen en las bellas aguas del Jordán, para hundirse nuevamente, ésta vez en el zafiro claro del mar de Galilea, que es todo un rielar de lascas - piedras preciosas - a las que el sol hace de engaste y llama. Parece como si las barcas de vela que surcan este lago, sereno y espléndido con su marco de jardines y campos maravillosos, estuvieran guiadas por las nubecillas ligeras que navegan en el otro mar del cielo.

Verdaderamente la creación ríe en este día de primavera, a esta hora de la mañana.

La gente va afluyendo sin interrupción. Sube por todos los lados. Hay ancianos, personas sanas, enfermos, niños, recién casados que quisieran comenzar su vida con la bendición de la palabra de Dios, mendigos, gente bien situada (que llaman a los apóstoles para darles donativos para los necesitados; y tanto buscan un lugar escondido para ello, que parece que se estuvieran confesando).

Tomás ha cogido una de las alforjas de viaje y está echando en ella tranquilamente todo este tesoro de monedas, como si fuera comida para pollos; luego lo lleva todo junto a la piedra desde donde Jesús habla; y ríe alegre diciendo:

-¡Mira qué bien, Maestro! ¡Hoy tienes para todos!

Jesús sonríe y dice:

-Vamos a empezar para que inmediatamente se alegren los que están tristes. Tú y los otros compañeros escoged a los enfermos y a los pobres y traedlos aquí delante.

Esta operación se realiza en un tiempo relativamente breve, pues se deben escuchar los casos de unos u otros; de todas formas, duraría mucho más sin la ayuda de Tomás, que, con su potente vozarrón, encima de una piedra para que lo vean, grita:

-¡Todos los que tengan padecimientos en su cuerpo que vayan a mi derecha, allí, a aquella sombra.

A Tomás lo imita Judas Iscariote - que también tiene una voz no común en cuanto a potencia y belleza - y a su vez grita:

-¡Y todos los que crean tener derecho al óbolo que vengan aquí, alrededor de mí. Y atentos a no mentir porque el ojo del Maestro lee dentro de los corazones.

La muchedumbre comienza a fluir para separarse en tres partes: los enfermos, los pobres y los que sólo desean doctrina.

Entre estos últimos, dos - luego tres - parecen necesitar algo que no es ni salud ni dinero, pero que es más necesario que estas cosas: son una mujer y dos hombres. Miran, miran a los apóstoles sin atreverse a hablar.

Pasa Simón Zelote con su aspecto grave; pasa Pedro con su aspecto de persona atareada, exhortando a un grupo de unos diez rapacillos a que se porten bien hasta el final, prometiéndoles que si así lo hacen les dará unas aceitunas, pero que, si arman jaleo mientras habla el Maestro, les dará unos cachetes; pasa Bartolomé, anciano y serio; pasa Mateo con Felipe, llevando en brazos a un tullido, el cual, si no, hubiera tenido demasiada dificultad para abrirse paso entre la apiñada muchedumbre; pasan los primos del Señor, ofreciendo el brazo a un mendigo casi ciego, y a una pobre que quién sabe cuántos años podrá tener y que llora mientras le cuenta a Santiago todas sus desventuras; pasa Santiago de Zebedeo llevando en brazos a una pobre niña enferma que ha tomado de su madre - que lo sigue angustiada - para impedir que la muchedumbre le haga daño; por último,

pasan Andrés y Juan, quienes yo diría que son indivisibles (si bien Juan, con su serena naturalidad de niño santo, va por igual con todos los compañeros, mientras que Andrés, debido a su carácter fuertemente reservado, prefiere ir con su antiguo compañero de pesca y de fe en Juan el Bautista). Ambos se habían quedado a la entrada de los dos senderos principales para dirigir a la muchedumbre hacia su puesto, pero, como ahora ya no se ven más peregrinos por las veredas pedregosas del monte, se han vuelto a reunir para ir donde el Maestro con las últimas limosnas recibidas.

Jesús está ya dedicándose a los enfermos, y los gritos de hosanna de la multitud se intercalan entre cada uno de los milagros.

La mujer, que parece llena de pena, por fin se decide a tirar de la túnica a Juan, que está hablando con Andrés y sonríe; Juan se inclina hacia ella y le pregunta:

-¿Qué quieres, mujer?

-Quisiera hablar con el Maestro...

-¿Tienes alguna dolencia? No eres pobre...

-Ni tengo dolencias ni soy pobre, pero lo necesito, porque hay enfermedades sin fiebre, como también miserias sin pobreza, y la mía... 1a mía... - y se echa a llorar.

-Andrés, mira, esta mujer lleva una pena en su corazón y querría manifestársela al Maestro; ¿cómo podemos resolverlo?

Andrés mira a la mujer y dice:

-Claro, se tratará de algo que te duele manifestar...

La mujer asiente con la cabeza. Andrés prosigue:

-No llores... Juan, preocúpate de que vaya a la parte de atrás de la tienda; yo llevaré allí al Maestro.

Juan, con su sonrisa, ruega a la gente que se abra para dejar paso. Andrés va, en dirección contraria, hacia Jesús.

Pero los dos hombres de aspecto afligido han observado este propósito y uno detiene a Juan y el otro a Andrés; poco después, tanto el uno como el otro están con Juan y la mujer detrás de la pared de ramajes que protege la tienda.

Andrés llega donde Jesús en el momento en que está curando al tullido, el cual levanta las muletas como si fueran dos trofeos, lozano como un bailarín, bendiciendo a gritos. Andrés susurra:

-Maestro, atrás de nuestro cobertizo hay tres personas afligidas. Su angustia es por un asunto íntimo que no puede ser dado a conocer públicamente...

-Bien. Todavía tengo a esta niña y a esta mujer. Luego voy. Ve a decirles que tengan fe.

Andrés se marcha mientras Jesús se inclina hacia la niña, a la que su madre ha tomado de nuevo sobre su regazo.

-¿Cómo te llamas - le pregunta Jesús.

-María.

-¿Y Yo cómo me llamo?

-Jesús - responde la niña.

-¿Y quién soy?

-El Mesías del Señor, venido para curar los cuerpos y las almas.

-¿Quién te lo ha dicho?

-Mi mamá y mi papá, que tienen puesta en ti la esperanza de mi vida.

-Vive y sé buena.

La niña - yo creo que estaba enferma de la columna, pues a pesar de tener ya unos siete años, o más, sólo movía las manos y estaba toda envuelta en gruesas y duras fajas desde las axilas hasta la caderas, que se ven porque su madre ha abierto el vestidito de la niña para mostrarlas - permanece así como estaba, durante unos minutos; luego, bruscamente, desciende del regazo materno al suelo: se echa a correr hasta Jesús, que ahora está curando a la mujer cuyo caso no alcanzo a entender.

Todas las expectativas de los enfermos han quedado satisfechas: ellos son los que más gritan entre la numerosa muchedumbre que aplaude al «Hijo de David, gloria de Dios y nuestra.

Jesús se dirige hacia el cobertizo.

Judas de Keriot grita:

-¡Maestro!, ¿y éstos?

Jesús se vuelve y dice:

-Que esperen ahí; también serán consolados - y continúa su camino, con paso veloz, hacia la parte de atrás del entramado de ramajes, donde están, con Andrés y Juan, los tres afligidos.

-Primero la mujer. Ven conmigo. Entre esos matorrales. Habla sin temor.

-Señor, mi marido me abandona por una prostituta. Tengo cinco hijos; el último tiene dos años. Mi dolor es grande. Pienso en mis hijos... no sé si los querrá él ó si me los dejará a mí. Querrá los varones, al menos el primero... ¿Y yo, que le he dado a luz, habré de privarme en el futuro de la alegría de verlo? ¿Qué pensarán ellos de padre y de mí? De uno de los dos tienen que pensar mal. No quisiera que juzgaran a su padre...

-No llores. Soy el Dueño de la Vida y de la Muerte. Tu marido no se casará con esa mujer. Ve en paz y sigue siendo buena.

-Pero, ¿No lo irás a matar, no? ¿Yo lo amo, Señor!

Jesús sonríe:

-No mataré a ninguno; eso sí, habrá alguien que actuará en lo que es su oficio. Debes saber que el demonio no está por encima de Dios. Regresando a tu ciudad vendrás a tener noticia de que alguien mató a la criatura maléfica, y de un modo tal que tu marido comprenderá lo que estaba haciendo, y su amor por ti renacerá.

La mujer besa la mano que Jesús le había puesto sobre la cabeza y se marcha.

Viene uno de los hombres.

-Tengo una hija, Señor. Desgraciadamente, fue a Tiberíades con unas amigas. Fue como si hubiera respirado un gas tóxico. Volvió a mí como ebria. Quiere irse con un griego... y luego... Pero, ¿por qué tuvo que nacer? Su madre está enferma a causa de este dolor, hasta el punto de que quizás morirá. Sólo las palabras que te oí pronunciar el invierno pasado me disuaden de matarla. Pero - te lo confieso - mi corazón la ha maldecido ya.

-No. Dios, que es Padre, no maldice sino tras el pecado cumplido y obstinado. ¿Qué quieres de mí?

-Que la conviertas.

-No la conozco, y está claro que ella no va a venir a mí.

-¡Tú puedes cambiar su corazón a distancia! ¿Sabes quién me ha enviado a ti? Juana de Cusa. Llegué a su palacio en el momento en que estaba saliendo para Jerusalén, para preguntarle si conocía a ese griego infame. Pensaba que Juana no lo conocería, porque, aunque viva en Tiberíades, es buena; pero, dado que Cusa trata con los gentiles... Efectivamente no lo conocía, pero me dijo: "Ve donde Jesús, que me llamó el espíritu desde muy lejos y, al llamarme, me curó de mi enfermedad: curará también el corazón de tu hija. Yo haré oración, tú ten fe". Tengo fe, ya lo ves; ¡ten piedad, Maestro!

-Tu hija, antes de que acabe el día, llorará sobre las rodillas de su madre; tú, por tu parte, sé bueno como la madre: perdona. El pasado ha muerto.

-Sí, Maestro. Será como Tú quieres. Bendito seas.

Se vuelve para irse... Luego torna sobre sus pasos:

-Perdona, Maestro, pero... tengo mucho miedo... ¡La lujuria es un demonio tan...! ¡Dame un hilo de tu vestido para meterlo bajo el cabezal de mi hija, para que el demonio no la tiente mientras duerme.

Jesús sonríe y menea la cabeza... Pero, para que el hombre se quede satisfecho, da su consentimiento y dice:

-De acuerdo, para que estés más tranquilo. De todas formas, debes creer que cuando Dios dice: “quiero" el diablo se aleja sin necesidad de más cosas. Significa que conservarás esto como recuerdo mío - Y le da un fleco de una orla.

Viene el tercer hombre:

-Maestro, mi padre ha muerto. Creíamos que tenía riquezas en dinero, pero no las hemos encontrado. E1 mal no sería grave porque entre los hermanos no nos falta el pan. Lo que sucede es que yo vivía con mi padre, porque soy el primogénito, y mis hermanos me acusan de haber hecho desaparecer las monedas, y quieren proceder contra mí por ladrón. Tú, que ves mi corazón, sabes que no he robado ni una perra. Mi padre conservaba sus denarios en un cofre, en una cajita de hierro. Cuando ha muerto hemos abierto el cofre, y ya no estaba la cajita. Ellos dicen: "Esa noche, mientras dormíamos, la has robado". No es verdad. Ayúdame a poner paz y afecto entre nosotros.

Jesús lo mira muy fijamente y sonríe.

-¿Por qué sonríes, Maestro?

-Porque el culpable es tu padre. Su culpa ha sido como la de un niño que esconde su juguete por miedo a que se lo cojan.

-Pero si no era avaro. Créeme. Hacía el bien.

-Lo sé; pero era muy anciano... Son las enfermedades de los ancianos... Quería conservar su dinero para vosotros, y, por excesivo amor, ha provocado un choque entre tus hermanos y tú. La cajita está enterrada al pie de la escalera de la bodega. Esto te lo digo para que sepas que sé las cosas. Mientras te estoy hablando, por pura casualidad tu hermano menor, golpeando airado el suelo, ha hecho quebrar la cajita y la han descubierto; ahora se sienten confundidos y arrepentidos por haberte acusado. Vuelve a casa sereno y sé bueno con ellos. No les recrimines nada por su falta de estima.

-No, Señor. Ni siquiera iré. Me quedo aquí escuchándote. Ya iré mañana.

-¿Y si te quitan el dinero?

-Tú dices que no debemos ser codiciosos. No quiero serlo. Me basta con que la paz reine entre nosotros. Por lo demás... ni siquiera sabía cuánto dinero había en la caja. No sentiré ningún pesar porque no me digan la verdad. Pienso que ese dinero se podría haber perdido... Como habría vivido, viviré, si me lo niegan. Me basta con que no me llamen ladrón.

-Estás muy avanzado en el camino de Dios. Sigue así. La paz sea contigo.

Y también éste se va contento.

Jesús vuelve con la multitud, con los pobres, y distribuye, según su propio criterio, los óbolos. Ahora todos están satisfechos y Jesús puede hablar.

-La paz esté con vosotros.

Jesús está en pie, subido a una voluminosa piedra. Está hablando a una gran muchedumbre. El paisaje es alpestre. Una colina solitaria entre dos valles. La cima de la colina tiene forma de yugo, o, aún más exactamente, forma de joroba de camello; de forma que a pocos metros de la cumbre tiene un anfiteatro natural donde la voz retumba neta como en una sala de conciertos muy bien construida. La colina está toda florida. Debe ser el final de la primavera; los cereales de las llanuras tienden ya a dorarse y a madurar para la siega. A1 Norte, un alto monte resplandece con su nevero expuesto al sol. Inmediatamente más abajo, al Este, el Mar de Galilea parece un espejo reducido a innumerables fragmentos (cada uno de ellos, un zafiro encendido por el sol). Deslumbra con su cabrílleo azul y oro y no se refleja en su superficie sino alguna que otra esponjosa nube que surca el purísimo cielo, o la furtiva sombra de alguna barca de vela. A1 otro lado del lago de Genesaret, un alejarse de llanuras que debido a una leve niebla al ras del suelo (quizás vaporación de rocío, pues deben ser todavía las primeras horas de la mañana, dado que la hierba montana tiene todavía algún diamante de rocío disperso entre sus tallitos), parecen continuar el lago, aunque con tonalidades casi de ópalo veteado de verde; más lejos todavía, una cadena montañosa de perfil muy caprichoso, que hace pensar en un diseño de nubes en el cielo sereno.

La gente está sentada, quién en la hierba, quién en gruesas piedras; otros están de pie. El colegio apostólico no está completo. Veo a Pedro y a Andrés, a Juan y a Santiago, y oigo llamar a otros dos, Natanael y Felipe. Luego hay otro, que está y no

está en el grupo; quizás es el último llegado: le llaman Simón. Los otros no están, a menos que sea que no los veo entre la masa de gente.

-Si os enseño los caminos del Señor- habla Jesús- es para que los sigáis. ¿Podéis acaso, recorrer el sendero que baja por la derecha y el que baja por e izquierda juntos? No podéis porque, si tomáis uno, debéis dejar el otro. Ni siquiera tratándose de dos senderos adyacentes podríais manteneros caminando siempre con un pie en cada uno. Acabaríais cansándoos, y equivocándoos, aunque se tratara de una apuesta. Pero es que entre el sendero de Dios y el de Satanás hay una gran distancia, que además cada vez se ahonda más, exactamente como sucede con esos dos senderos que terminan aquí: a medida que van descendiendo se alejan el uno del otro; uno en dirección a Cafarnaúm, el otro en dirección a Tolemaida.

La vida es así, fluye como arco a caballo entre el pasado y el futuro, entre el mal y el bien. En el centro está el hombre con su voluntad y su libre albedrío. En los extremos están: en una parte, Dios en su Cielo; en la otra, Satanás con su Infierno. El hombre puede elegir. Nadie lo obliga.

Que no se me diga: "Pero Satanás tienta" como disculpa de bajar hacia el sendero bajo. Dios también tienta con su amor, que es bien fuerte; con sus palabras, que son muy santas; con sus promesas, que son muy seductoras. ¿Por qué, entonces, dejarse tentar por uno sólo de los dos, y además por el que no merece ser escuchado? Palabras, promesas, amor de Dios: ¿no son suficientes para neutralizar el veneno de Satanás? Fijaos que ello no testifica a favor de vosotros. Una persona que tenga fuerte salud física supera con facilidad los contagios aun no siendo inmune a ellos. Sin embargo, si uno está ya de por sí enfermo, y por tanto débil, es casi seguro que perecerá si cae en una nueva infección, o, si sobrevive, quedará más enfermo que en el estadio precedente, porque no tiene fuerza en su sangre para destruir completamente los gérmenes infecciosos. Pues lo mismo sucede con la parte superior. Si una persona está moral y espiritualmente sana y fuerte, no es que esté exenta de ser tentada, creedlo, pero el mal no echará raíces en ella.

Cuando oigo a alguno que me dice: "He conocido a tal o cual persona, he leído tal o cual libro, he tratado de llevar a éste o a aquél al bien, pero ha sucedido que el mal que había en su mente y en su corazón, el mal que había en el libro, ha entrado en mí", Yo concluyo: "Lo que demuestra que ya habías creado en ti el terreno favorable para que entrase; lo que demuestra que eres una persona débil, completamente carente de nervio moral y espiritual. Porque incluso de nuestros enemigos debemos sacar cosas buenas. Observando sus errores debemos aprender a no caer en ellos. El hombre inteligente no es juguete de la primera doctrina que llega a sus oídos. Quien está saturado de una doctrina no puede hacer espacio dentro de sí para otras. Esto explica las dificultades que uno encuentra cuando trata de persuadir de seguir la verdadera Doctrina a quienes están convencidos de otras. Pero, si me confiesas que tu pensamiento cambia al mínimo soplo del viento, veo que estás lleno de vacíos, veo que tu fortaleza espiritual está llena de fisuras, los diques de tu pensamiento están agrietados en mil puntos por los que salen las aguas buenas y entran las contaminadas. Y eres tan necio y apático, que ni siquiera te das cuenta y no pones el necesario remedio. Eres un desdichado".

Sabed elegir, pues, entre los dos senderos, el bueno; y proseguir en él, resistiendo, resistiendo, oponiendo resistencia a las seducciones de la carne, del mundo, de la ciencia y del demonio. Las fes a medias, compromisos o pactos hechos con dos (el uno contrario al otro) dejádselos a los hombres del mundo. Ni siquiera en ellos deberían existir, si los hombres fueran honestos. Pero, al menos vosotros, hombres de Dios, no los tengáis. Ni con Dios ni con Satanás, podríais tenerlos; pero es que ni con vosotros mismos debéis tenerlos, porque no tendrían valor. Vuestras acciones, compuestas de bien y mal, no tendrían valor alguno. Además, las que fueran enteramente buenas quedarían anuladas por las no buenas. Las malas os conducirían directamente a los brazos del Enemigo. No sean, por tanto, así vuestras acciones; antes bien, sed leales en vuestro servicio. Nadie puede servir a dos señores que piensan de forma distinta: amará a uno y odiará al otro, o viceversa. No podéis ser, al mismo tiempo, de Dios y de Satanás. El espíritu de Dios no puede conciliarse con el espíritu del mundo: el uno sube, el otro baja; el uno santifica, el otro corrompe. Y, si estáis corrompidos, ¿cómo podréis actuar con pureza?

Ya sabéis cómo se corrompió Eva, y Adán por ella. Satanás besó los ojos de la mujer y los embrujó, de modo que todo lo que veía puro hasta ese momento para ella tomó aspecto impuro y despertó curiosidades extrañas. Luego Satanás le besó los oídos, y se los abrió a palabras de una ciencia ignota, la suya. También la mente de Eva quiso conocer lo que no era necesario. Luego Satanás mostró a los ojos y la mente, despertados al Mal, aquello que antes no habían visto ni entendido, y todo en Eva quedó despertado y corrompido; y la Mujer fue al Hombre y le reveló su secreto, y persuadió a Adán de que saborease el nuevo fruto, tan hermoso para la vista, tan prohibido hasta ese momento. Y lo besó y lo miró, con la boca y las pupilas, estando ya presente la mezquindad de Satanás. Y la corrupción penetró en Adán, que vio, y que a través de los ojos sintió el apetito de lo prohibido y lo mordió con su compañera, y cayó desde tanta altura al lodo.

Cuando uno está corrompido arrastra hacia la corrupción, a menos que el otro sea un santo en el verdadero sentido de la palabra. Atención, hombres, con la mirada, la de los ojos y la de la mente: una vez corrompidas, por fuerza corromperán lo demás. Los ojos son faro del cuerpo; del corazón, tu pensamiento. Si tu ojo no es puro - ten en cuenta que por la sujeción de los órganos al pensamiento los sentidos se corrompen por un pensamiento corrompido - todo en ti será tenebroso, seductores velos crearán impuros fantasmas en ti. Todo es puro en quien tiene pensamiento puro, que a su vez da una mirada pura; entonces la luz de Dios, señora, desciende donde no encuentra el obstáculo de la carne. Pero si por mala voluntad has educado tu ojo a torpes imágenes, todo en ti se transformará en tinieblas. Inútilmente mirarás incluso a las cosas más santas; en la oscuridad no serán sino tinieblas, y harás obras de tinieblas.

Por tanto, hijos de Dios, tutelaos contra vosotros mismos. Vigilaos atentamente contra todas las tentaciones. No hay mal en el hecho de ser tentados. El atleta se prepara para la victoria con la lucha. El mal está en ser vencidos por falta de preparación o de atención. Sé que todo puede servir de tentación. Sé que defenderse debilita. Sé que la lucha cansa. De todas formas, ¡ánimo!; pensad en lo que conseguís por estas cosas. ¿Estaríais dispuestos a perder una eternidad de paz por una hora de placer, del tipo que sea? ¿Qué os deja el placer de la carne, del oro y del pensamiento? Nada. ¿Qué conseguís de repudiarlos? Todo. Hablo a pecadores, porque el hombre es pecador. Bien, decidme, de verdad: ¿una vez aquietado el apetito de la carne o el

orgullo o la avaricia, os sentís más lozanos, contentos, seguros? ¿En el tiempo que sigue a la satisfacción del deseo - que es siempre tiempo de reflexión - verdaderamente os habéis sentido felices? Yo no he probado este pan de la carne, pero respondo por vosotros: no; lo que habéis sentido es decaimiento, desagrado, incertidumbre, náusea, miedo, desasosiego: ése ha sido el contenido sacado a la hora transcurrida.

Ahora bien, de la misma forma que os digo: "No hagáis eso nunca" os digo también: "No seáis crueles para con los que yerran", os lo ruego. Recordad que todos sois hermanos, hechos de una carne y un alma. Pensad que muchas son las causas que inducen a pecar. Sed misericordiosos para con los pecadores; levantadlos bondadosamente y conducidlos a Dios, mostrando que el camino que han recorrido está erizado de peligros para la carne, la mente y el espíritu. Si hacéis esto, obtendréis un alto premio, porque el Padre que -está en los cielos es misericordioso con los buenos y sabe dar el céntuplo por uno. Por lo cual os digo...

Un fuerte movimiento entre la muchedumbre, que se agolpa hacia el sendero que sube al rellano. Las cabezas de los que están más cercanos a Jesús se vuelven. La atención se orienta hacia otro objeto. Jesús suspende su discurso y vuelve su mirada hacia donde los demás. Está serio; su aspecto es hermoso, con su indumento azul oscuro, los brazos recogidos sobre el pecho, y el sol rozándole la cabeza con el primer rayo que sobrepasa la cresta oriental del monte.

-¡Haceos a un lado, plebeyos! - grita una voz iracunda de hombre - ¡Haceos a un lado, que pasa esta belleza!...

Y se presentan cuatro petimetres todo acicalados - de los cuales uno es ciertamente romano porque viste toga romana - llevando como en triunfo, sobre sus manos cruzadas a manera de asiento, a María de Magdala, gran pecadora todavía.

Ella ríe con su bellísima boca, echando hacia atrás la cabeza de cabellera de oro, toda rizos y trenzas sujetos con horquillas preciosas y con una lámina de oro aljofarada con perlas que le ciñe la parte alta de la frente, diadema bajo la cual cuelgan sutiles rizos que velan los espléndidos ojos a los que un estudiado artificio hace aún más grandes y seductores de lo que ya de por sí son. La diadema queda celada detrás de las orejas, bajo la masa de trenzas que pesa sobre el cuello candidísimo y totalmente descubierto. Es más... lo descubierto es mucho más que el cuello. La espalda está descubierta hasta los omóplatos y el pecho mucho más. El vestido está sujeto a los hombros por dos cadenitas de oro. No tiene mangas. Todo está cubierto por decirlo de alguna forma - por un velo cuyo único objetivo es el de proteger la piel para evitar que el sol la tueste demasiado. El vestido es muy ligero, de forma que la mujer, echándose - como hace, zalamera, sobre uno u otro de sus adoradores, es como si se echara sobre ellos desnuda. Tengo la impresión de que el romano es preferido porque es al que preferentemente dirige risitas y miradas y es quien más fácilmente recibe su cabeza sobre el hombro.

-Y así estará contenta la diosa - dice el romano - Roma ha hecho de cabalgadura a la nueva Venus, y ahí está el Apolo que has querido ver. Sedúcelo, pues... pero déjanos a nosotros también algunas migajas de tus halagos.

María ríe y con ágil y procaz movimiento salta al suelo, descubriendo los pequeños pies, calzados con sandalias blancas con hebillas de oro, y un buen trozo de pierna. Luego el vestido cubre todo; es amplísimo, de lana ligera como un velo, y blanquísima, sujeto a la cintura, muy abajo, a la altura de las caderas, por un cinturón cuajado de bullones sueltos de oro. La mujer está ahí, como una flor de carne - impura - que por un sortilegio hubiera florecido en la verde llanura poblada de muguetes y narcisos silvestres.

Está más hermosa que nunca. Su boca, pequeña y purpurina, parece un clavel florecido sobre el candor de su dentadura perfecta. E1 rostro y el cuerpo podrían satisfacer al más exigente de los pintores o escultores, tanto por tonalidad como por las formas. Su pecho y sus caderas tienen la amplitud justa. La cintura es flexuosa de modo natural, delgada en relación a las caderas y al pecho. Parece una diosa como ha dicho el romano, una diosa esculpida en un mármol levemente rosado. La leve tela cubre las caderas para luego pender por delante formando una masa de pliegues. Todo está estudiado para gustar.

Jesús la mira fijamente. Ella, con arrogancia, resiste su mirada mientras ríe y se contorsiona ligeramente por las cosquillas que el romano le está haciendo con un muguete cortado de entre la hierba pasándoselo por la espalda y el pecho, que tiene descubiertos. María, con un gesto estudiado y fingido de enojo, se coloca el velo diciendo: «Respeto hacia mi candor», lo cual hace a los cuatro prorrumpir en una fragorosa carcajada.

Jesús sigue mirándola fijamente. Apenas desvanecido el ruido de las carcajadas, Jesús, como si la aparición de la mujer hubiera reavivado llamas en el discurso que para terminar se adormecía, lo continúa con nueva fuerza, y ya no la mira a ella, sino a los que lo estaban escuchando, que parecen sentirse en embarazo y escandalizados por esto que ha sucedido.

Jesús continúa:

-He hablado de fidelidad a la Ley, humildad, misericordia, amor, no sólo hacia los hermanos de sangre sino hacia quien por el simple hecho de haber nacido, como vosotros, de hombre, es hermano vuestro. Os he dicho que el perdón es más útil que el rencor, que la compasión es mejor que la intransigencia. Mas ahora os digo que no se debe condenar si no se está exento del pecado por el que se tiende a condenar. No hagáis como los escribas y fariseos, que son severos con todos pero no consigo mismos; que llaman impuro a lo externo, que sólo puede contaminar lo externo, y luego dan cabida a la impureza en su más profundo interior: su corazón.

Dios no está con los impuros, porque la impureza corrompe lo que es propiedad de Dios: las almas, especialmente las de los pequeñuelos, que son los ángeles dispersos por la faz de la tierra. ¡Ay de aquellos que les arrancan las alas con crueldad de fieras demoníacas y abaten a estas flores del Cielo para hundirlas en el lodo, haciéndoles así conocer el sabor de la materia! ¡Ay de ellos!... ¡Mejor sería que muriesen abrasados por un rayo antes que cometer tal pecado!

¡Ay de vosotros, los ricos, los que os gozáis la vida y nada más, porque precisamente entre vosotros fermenta la mayor impureza, recostada sobre el ocio y el dinero! Ahora estáis ahítos; hasta la garganta os llega el alimento de las concupiscencias, y os estrangula. Un día sentiréis hambre, un hambre espantosa, insaciable, sin posibilidad de ser atenuada, para toda la eternidad. Ahora sois ricos. ¡Cuánto bien podríais hacer con vuestra riqueza! Sin embargo, con ella hacéis un gran daño, a vosotros y a los demás. Un día sin final conoceréis una pobreza atroz. Ahora reís; os creéis los triunfadores; sin embargo, vuestras lágrimas llenarán los estanques de la Gehena, y no se enjugarán jamás.

¿Dónde anida el adulterio? ¿Dónde, la corrupción de muchachas? ¿Quién tiene dos o tres lechos licenciosos, además del suyo propio como esposo, en los cuales disipa su dinero y el vigor de un cuerpo dado por Dios para que trabaje para su familia y no para debilitarse en repelentes uniones que lo rebajan a nivel inferior al de una bestia inmunda? Habéis oído que se dijo: "No cometas adulterio". Pues Yo os digo que quien mire a una mujer con concupiscencia, o quien vaya a un hombre con deseo, *aun sólo con esto,* ha cometido ya adulterio en su corazón. *Ninguna* razón justifica la fornicación. *Ninguna;* ni el abandono o repudio del marido, ni la conmiseración hacia la repudiada. Tenéis *sólo* un alma: no mienta, una vez que se ha unido a otra por pacto de fidelidad; pues, de ser así, ese hermoso cuerpo a través del cual pecáis irá con vosotros, almas impuras, a las inexhaustas llamas. Mutiladlo, antes que matarlo eternamente condenándolo. Vosotros, los ricos, sentinas de vicio llenas de gusanos, sed de nuevo hombres, para que el Cielo no sienta repulsa de vosotros...

María, que al principio ha estado escuchando con una expresión que era todo un cuadro de seducción e ironía, con risitas de burla de vez en cuando, en llegando el discurso a su final, muestra una cara hosca de despecho. Ha comprendido que Jesús le está hablando *a* ella sin mirarla. Su enfado se hace cada vez más hosco y rebelde y a lo último no resiste: desdeñosa, se arrolla en su velo y, seguida por las miradas escarnecedoras de la muchedumbre y perseguida por la voz de Jesús, se echa a correr hacia abajo por la pendiente, dejando jirones de su vestido en los cardos y en las matas de escaramujo de los lados del sendero; y va riéndose, rabiosa y burlona.

Jesús reanuda su discurso:

-Estáis indignados por lo sucedido. Ya hace dos días que el pitido de Satanás turba nuestro refugio, que está muy por encima del fango; por tanto ya no es un refugio. Así que lo abandonaremos. Pero antes quisiera completaros este código de "lo más perfecto" en el marco de esta amplitud de luces y horizontes. Aquí realmente Dios se muestra en su majestad de Creador; viendo sus maravillas, podemos llegar a creer firmemente que el Dueño es Él y no Satanás. El Maligno no podría crear ni siquiera un tallito de hierba. Por el contrario, Dios lo puede todo. Que esto nos sea motivo de consuelo. Pero... ya estáis todos al sol. Puede haceros daño. Esparcíos hacia arriba por las laderas; ahí hay sombra y frescor. Comed, si queréis. Yo, mientras, os seguiré hablando sobre el mismo tema. La hora se ha hecho tarde por muchos motivos. De todas formas no os duela, que aquí estáis con Dios.

La muchedumbre grita: «Sí, sí, contigo». Y cambia de sitio, hacia la sombra de los bosquecillos diseminados que hay en el lado oriental, de modo que la pared montañosa y el follaje protegen del sol, que ya calienta demasiado.

Jesús dice entretanto a Pedro que desmonte el cobertizo.

-Pero... ¿realmente nos marchamos?

-Sí.

-¿Porque ha venido ella?...

-Sí; pero no se lo digas a nadie, y menos todavía a Simón Zelote: se entristecería por Lázaro. No puedo permitir que la palabra de Dios se transforme en juguete de paganos...

-Comprendo, comprendo...

-Pues comprende también otra cosa.

-¿Cuál, Maestro?

-La necesidad de callar en ciertos casos. ¡Cuidado!; eres maravilloso, pero tu impulsividad es tanta que te lleva a hacer observaciones punzantes.

-Comprendo... No quieres por Lázaro y Simón...

-Y por otros.

-¿Crees que también estarán hoy algunos de éstos?

-Hoy, mañana, pasado mañana, siempre; como también siempre será necesario controlar la impulsividad de mi Simón de Jonás. Ve, ve a hacer lo que te he dicho.

Pedro se pone en movimiento y pide ayuda a sus compañeros. Judas Iscariote está en un ángulo, pensativo. Jesús lo llama; tres veces, porque no oye. A1 final se vuelve:

-¿Me querías, Maestro?

-Sí; ve tú también a comer y a ayudar a tus compañeros.

-No tengo hambre, como tampoco Tú.

-Yo tampoco, pero por motivos opuestos. ¿Estás preocupado, Judas?

-No, Maestro. Cansado...

-Ahora vamos a ir al lago y luego a Judea, Judas. Y donde tu madre. Te lo prometí...

Judas se reanima.

-¿Vas a ir realmente conmigo solo?

-¡Sí, hombre! Ámame, Judas. Quisiera que mi amor estuviera en ti hasta preservarte de todo mal.

-Maestro... soy hombre; no soy ángel; tengo momentos de cansancio. ¿Es pecado tener necesidad de dormir?

-No, si duermes sobre mi pecho. Mira allá, qué feliz se ve a la gente, y qué alegre es el paisaje desde aquí. Pero también debe ser muy bonita Judea en primavera.

-Preciosa, Maestro; sólo allí, en las alturas de las montañas, que superan a las de aquí, es más tardía. Hay flores preciosas. Los pomares son un esplendor. El mío, atendido en particular por mi madre, es uno de los más bonitos. Créeme que verla pasear por él, con las palomas corriendo detrás esperando el grano, aplaca el corazón.

-Lo creo. Si mi Madre no se siente demasiado cansada, me gustaría llevarla a que viera a la tuya. Se querrían, porque son buenas las dos.

Judas, seducido por esta idea, se sosiega, y, olvidándose de "no tener hambre y de estar cansado", corre adonde sus compañeros riendo alegre, y, siendo alto como es, desata los nudos más altos sin dificultad, y come su pan y sus aceitunas, alegre como un niño.

Jesús lo mira con compasión y luego se dirige hacia los apóstoles.

-Aquí está el pan, Maestro, y también un huevo; se lo he pedido a aquel rico de allí que está vestido de rojo. Le he dicho: "Tú estás aquí todo tranquilo y contento escuchando; El habla y está derrengado. Dame uno de esos huevecillos, que le aprovecharán más a Él que a ti".

-¡Pero Pedro!

-¡No, Señor! Estás pálido como un niño que mama en pecho vacío. Te estás quedando tan delgado como un pez después de los amores. Déjame a mí. No quiero tener luego cargos de conciencia. Lo pongo sobre esta ceniza caliente. Son las fajinas que he quemado. Tú te lo bebes. ¿Sabes que hace... cuántos hace... ¡bueno... semanas!, que no comemos más que pan y aceitunas y un poco de suero?... ¡Parece como si nos estuviéramos purgando! Y Tú comes menos que ninguno y hablas por todos. Aquí tienes el huevo. Bébetelo tibio, que te vendrá bien.

Jesús obedece, pero, viendo que Pedro come sólo pan, pregunta:

-¿Y tú? ¿Las aceitunas?

-¡Chisss! Me hacen falta para después. Las tengo prometidas.

-¿A quién?

-A unos niños. Pero, si no están formales hasta el final, me como las aceitunas y a ellos les doy los huesos, o sea, tortazos.

-¡Hombre, qué bien!

-¡Hombre, nunca se los daría; pero es que si no se hace así...! A mí me han dado muchos, y si me hubieran dado todos los que merecía por mis gamberradas, habría recibido diez veces más. Pero vienen bien. Soy como soy, precisamente porque me los han dado.

Todos se echan a reír por la sinceridad del apóstol.

-Maestro - dice Bartolomé - querría decir que hoy es viernes y que esta gente... no sé si va a tener tiempo de procurarse de comer para mañana o de llegar a sus casas.

-¡Es verdad! ¡Es viernes! - dicen varios.

-No importa. Dios proveerá. De todas formas vamos a decírselo.

Jesús se levanta y va hacia su nuevo puesto, o sea, con la gente que está diseminada entre los grupos de árboles.

-Lo primero es recordaros que hoy es viernes. Quien tema no poder llegar a tiempo a su casa y no sea capaz de creer que Dios mañana dará alimento a sus hijos, puede irse inmediatamente, de modo que no se le haga de noche por el camino.

De toda la gente se levantan unas cincuenta personas. Todos los demás permanecen donde están.

Jesús sonríe y empieza a hablar:

-Habéis oído que fue dicho antiguamente: "No cometerás adulterio". Los que, de vosotros, ya me han oído en otros lugares saben que en varias ocasiones he hablado de este pecado. Pues bien, fijaos, para mí se trata de un pecado que no toca sólo a una persona sino a dos y tres. Me explico. El adúltero peca respecto a sí mismo, peca respecto a su cómplice, peca al llevar a su mujer al pecado, o al marido traicionado, el cual, o la cual, pueden a su vez desesperarse o cometer un delito. Esto por lo que se refiere al pecado ya consumado. Pero digo más; digo que no sólo el pecado consumado, sino el deseo de consumarlo, es ya pecado.

¿Qué es el adulterio? Es desear febrilmente a aquel que no es nuestro, o a aquella que no es nuestra. Se empieza a pecar con el deseo, se continúa con la seducción, se completa con la persuasión, se corona con el acto.

¿Cómo se empieza? Generalmente con una mirada impura. Esto se enlaza con lo que antes decía. El ojo impuro ve lo que a los puros les está celado; por el ojo entra la sed en la garganta, el hambre en el cuerpo, la fiebre en la sangre: sed, hambre, fiebre carnales. Comienza el delirio. Ahora bien, el que padece este delirio, si el otro - la persona objeto de la mirada - es honesto, se queda sólo, revolcándose en sus carbones encendidos, o termina difamando, para vengarse; pero si el otro es deshonesto responderá a la mirada, empezando así el descenso hacia el pecado.

Por tanto, os digo: "El que haya mirado a una mujer con concupiscencia ha cometido ya adulterio con ella, porque su pensamiento ha cometido ya el acto de su deseo". Antes que esto, si tu ojo derecho te ha sido motivo de escándalo, sácatelo y arrójalo lejos de ti. Más te vale quedarte tuerto que hundirte en las tinieblas infernales para siempre. Y si tu mano derecha ha pecado, ampútala y arrójala. Más te vale tener un miembro menos que pertenecer entero al infierno. Es verdad que ha sido dicho que los deformes no podrán seguir sirviendo a Dios en el Templo; pero, pasada esta vida, los deformes de nacimiento santos, o los deformes por virtud, serán más hermosos que los ángeles y servirán a Dios amándolo en el gozo del Cielo.

Se os dijo también: "Quienquiera que repudie a su mujer le dará libelo de divorcio". Pues bien, esto debe ser reprobado. No viene de Dios. Dios dijo a Adán: "Ésta es la compañera que te he formado. Creced y multiplicaos sobre la tierra, llenadla y dominadla". Y Adán, lleno de inteligencia superior porque el pecado todavía no había ofuscado su razón - que había salido de Dios perfecta -, exclamó: "¡Por fin el hueso de mis huesos y la carne de mi carne! Ésta se llamará Varona, o sea, otro yo, porque fue sacada del hombre. Por eso el hombre dejará a su padre y a su madre y serán los dos una sola carne". Y la eterna Luz, en un creciente esplendor de luces, aprobó con una sonrisa lo que había dicho Adán, lo cual vino a ser la primera, *imborrable* ley. Pues bien, el hecho de que, por la dureza cada vez mayor del hombre, el legislador tuviera que estatuir un nuevo código; el hecho de que, por la versatilidad cada vez mayor del hombre, tuviera que poner un freno y decir: "Pero si la has repudiado no puedes volver a tomarla"; ello no cancela la primera, genuina ley, nacida en el Paraíso terrenal y aprobada por Dios.

Os digo: "Quienquiera que repudie a su propia mujer, excepto el caso de probada fornicación, la expone al adulterio". Porque, efectivamente, ¿qué hará en el noventa por ciento de los casos la mujer repudiada? Se casará de nuevo. ¿Con qué consecuencias? ¡Mucho habría que decir acerca de esto! ¿No sabéis que podéis provocar con este sistema incestos involuntarios? ¡Cuántas lágrimas derramadas por la lujuria! Sí, lujuria. No tiene otro nombre. Sed francos. Todo se puede superar cuando el espíritu es recto, mas todo se presta a ser motivo de satisfacción de la carnalidad cuando el espíritu es lujurioso. La frigidez femenina, la pesadez de ella, la falta de habilidad respecto a las labores de la casa, la lengua criticona, el amor al lujo... todo se supera, incluso las enfermedades, e incluso la irascibilidad, si se ama santamente. Pero, dado que después de un tiempo no se ama como el primer día, lo que es más que posible se ve imposible, y se pone en la calle a una pobre mujer, abocada a la perdición. Comete adulterio quien la rechaza. Comete adulterio quien se casa con ella después del repudio.

Sólo la muerte rompe el matrimonio. Recordad esto. Y, si vuestra elección ha sido desafortunada, cargad con las consecuencias como cruz, siendo dos infelices, pero santos, y sin hacer de los hijos - que, siendo inocentes, son los que más sufren por estas situaciones desgraciadas - unos infelices aún mayores que vosotros. El amor a los hijos debería haceros meditar muchas veces, muchas, incluso en el caso de la muerte del cónyuge. ¡Oh, si supierais contentaros con aquel que habéis tenido y al que Dios ha dicho: ¡“Basta"! ¡Oh, si supierais, vosotros viudos, vosotras viudas, ver en la muerte no una mengua sino una elevación a mayor perfección como procreadores! Ser padre o madre - además de lo que ya se es - en lugar de la madre o el padre muertos. Ser dos almas en una. Recoger el amor hacia los hijos del labio helado del cónyuge agonizante y decir: "Ve en paz. No temas por los que de ti vinieron. Yo los seguiré amando por ti y por mí, amándolos doblemente. Seré padre y madre. No se sentirán infelices bajo el peso de su orfandad, ni sentirán los innatos celos de los hijos de cónyuges unidos en segundas nupcias respecto a aquel, o a aquella, que ocupa el sagrado lugar de la madre, o del padre, que Dios llamó a otra morada".

Hijos, mi discurso comienza a declinar, como está para declinar el día que se pone, con el sol, hacia occidente. Quiero que de este encuentro en el monte conservéis estas palabras. Esculpidlas en vuestros corazones; en él leedlas a menudo. Que os sean guía perenne. Mas, sobre todo, sed buenos para con los débiles. No juzguéis, para no ser juzgados. Acordaos de que podría llegar el momento en que Dios os recordase: "Así juzgaste. Por tanto, sabías que estaba mal hecho. Cometiste, entonces, pecado teniendo conciencia de lo que hacías. Paga ahora tu pena".

La caridad es ya absolución. Tened la caridad en vosotros para todos y hacia todo. No os enorgullezcáis por el hecho de que Dios os mantenga en pie con abundantes ayudas; tratad, más bien, de subir toda la larga escalera de la perfección, y ofreced la ayuda de vuestra mano a los que están cansados, al que no sabe, a quienes se encuentran en las redes de súbitas desilusiones. ¿Por qué observar con tanta atención la pajuela en el ojo de tu hermano, si antes no te preocupas de quitar la viga del tuyo? ¿Cómo puedes decir a tu prójimo "deja que te quite del ojo esta pajuela", cuando te ciega la viga que tienes en el tuyo? No seas hipócrita, hijo. Quítate primero la viga de tu ojo; sólo entonces podrás quitar la pajuela a tu hermano sin malograrlo del todo.

No tengáis anticaridad, pero tampoco imprudencia. Os acabo de decir: "Extended vuestra mano a los que están cansados, a los que no saben, a los que se encuentran en las redes de súbitas desilusiones". Mas si es caridad enseñar a los que no saben, infundir ánimo a los que están cansados, dar nuevas alas a aquellos que por muchas cosas las han quebrantado, es imprudencia revelar las verdades eternas a los que están infectados de satanismo, que se apoderan de ellas para pasarse por profetas, infiltrarse entre las personas sencillas, corromper, descarriar, ensuciar sacrílegamente las cosas de Dios. Respeto absoluto, saber hablar y callar, saber reflexionar y actuar: éstas son las virtudes del verdadero discípulo para hacer prosélitos y servir a Dios. Tenéis una razón. Si sois justos, Dios os dará todas sus luces para guiar aún mejor vuestra razón. Pensad que las verdades eternas son semejantes a perlas, y nunca se ha visto arrojar las perlas a los cerdos, que prefieren las bellotas y una papilla fétida antes que perlas preciosas: las pisotearían sin piedad, para, después, con la furia propia de quien hubiera sido objeto de burla, revolverse contra vosotros para despedazaros. No deis las cosas santas a los perros. Esto vale para ahora y para el futuro.

Muchas cosas os he dicho, hijos míos. Escuchad mis palabras: quien las escucha y las pone en práctica es comparable a un hombre reflexivo que, queriendo construir una casa, eligió un lugar rocoso. Sin duda le costó construir los cimientos. Tuvo que trabajar a base de pico y cincel, hacerse callos en las manos, cansar sus lomos. Pero luego pudo colar su argamasa en los huecos abiertos en la roca, y meter en ellos los ladrillos bien apretados, como en muralla de baluarte, y así la casa se fue alzando sólida como un monte. Vinieron las inclemencias del tiempo, los turbiones; las lluvias desbordaron los ríos, silbaron los vientos, azotaron las olas... y la casa resistió todo. Así es el hombre que tiene una fe bien cimentada. Sin embargo, quien escucha con superficialidad y no se esfuerza en grabar en su corazón mis palabras - porque sabe que para hacerlo debería esforzarse, padecer dolor, extirpar demasiadas cosas - es semejante a aquel hombre que por pereza y necedad edifica su casa sobre la arena. En cuanto llegan las inclemencias, la casa, pronto construida, cae pronto, y el necio se queda mirando, desolado, sus ruinas y la quiebra de su capital. Pues bien, en nuestro caso es peor que un derrumbamiento - que se podría, no sin gastos y esfuerzos, reparar todavía-; en este caso, una vez derrumbado el edificio mal construido de un espíritu, nada queda para volver a edificarlo. En la otra vida no se construye. ¡Ay de quien se presente allí con escombros!

He terminado. Me encamino hacia abajo, hacia el lago. Os bendigo en nombre de Dios uno y trino. Mi paz descienda sobre vosotros.

Pero la muchedumbre grita:

-¡Vamos también nosotros! ¡Déjanos ir contigo! ¡Nadie habla como Tú!

Y se encamina también la gente siguiendo a Jesús, que baja no por la parte por la que ha subido sino por la opuesta, que va en línea recta hacia Cafarnaúm.

La bajada es muy inclinada, pero se recorre muy rápidamente, y pronto llegan a los pies del monte, arrellanado sobre la planada verde y florida.

## 175

## El leproso curado al pie del Monte. Generosidad del escriba Juan

Entre las muchas flores que perfuman el suelo y alegran la vista, se yergue el horrendo espectro de un leproso, llagado, maloliente, corroído.

La gente grita de espanto y se vuelca de nuevo hacia las primeras pendientes del monte. Hay quien incluso agarra piedras para tirárselas al imprudente.

Pero Jesús se vuelve, con los brazos abiertos, gritando:

-¡Paz! ¡Quedaos donde estáis y no tengáis miedo! Dejad las piedras. Tened piedad de este pobre hermano. También él es hijo de Dios.

La gente obedece dominada por el poder del Maestro, que se acerca a través de las altas hierbas en flor hasta pocos pasos del leproso, el cual a su vez, habiendo comprendido que está bajo la protección de Jesús, se ha acercado también.

Ya próximo a Jesús, se postra: la hierba florecida lo acoge, lo sumerge, cual fresca y perfumada agua. Las flores ondean y se agrupan, como haciendo de velo a la miseria celada tras ellas. Sólo la voz quejumbrosa que de allí dentro proviene recuerda la presencia de un pobre ser. La voz dice:

-Señor, si Tú quieres puedes limpiarme. ¡Ten piedad también de mí!

Jesús responde:

-Alza tu rostro y mírame. El hombre debe saber mirar al Cielo cuando cree en él; y tú crees, porque pides.

Las hierbas se agitan y se abren de nuevo. Aparece, cual cabeza de náufrago sobre la superficie del mar, el rostro del leproso, despojado de cabellos y de barba. Es una cabeza de calavera con restos de carne todavía.

Sin embargo, Jesús se atreve a colocar la punta de sus dedos en esa frente, en el punto en que está limpia, o sea, sin llagas, donde sólo es piel cinérea, escamosa, entre dos erosiones purulentas, de las cuales una ha destruido el cuero cabelludo y la otra ha abierto un hueco donde antes estaba el ojo derecho, de manera que no sabría decir si dentro de ese enorme agujero lleno de porquería, que va desde la sien hasta la nariz, dejando al descubierto el pómulo y el cartílago nasal, está o no todavía el globo ocular.

Y dice Jesús, manteniendo apoyada ahí la punta de su bonita mano:

-Lo quiero. Queda limpio.

Y, como si el hombre no estuviera corroído por la lepra y llagado, sino sólo recubierto de porquería, y sobre él se arrojasen aguas purificadoras, el mal desaparece. Primero se cierran las llagas, luego recupera su color claro la piel, el ojo derecho vuelve a aparecer bajo el renacido párpado, los labios vuelven a cerrarse delante de los dientes amarillentos. Sólo le siguen faltando el pelo y la barba (aparecen escasos mechones de pelo en los lugares donde antes existía todavía un trocito de epidermis sana).

La muchedumbre grita de estupor. El hombre, por esos gritos de júbilo, comprende que ha quedado curado. Levanta las manos, que hasta este momento habían quedado escondidas entre la hierba, y se toca el ojo, en el lugar en que antes estaba el enorme agujero; se toca la cabeza, donde antes estaba la extensa llaga que dejaba al descubierto el hueso craneal, y siente la nueva piel. Entonces se pone en pie y se mira el pecho, las caderas... Todo ha quedado curado y limpio... El hombre se deja caer de nuevo sobre el prado florido llorando de alegría.

-No llores. Levántate y escúchame. Cumple el rito y vuelve a la vida; no hables a nadie hasta que no lo hayas cumplido. Preséntate lo antes posible al sacerdote, haz la ofrenda prescrita por Moisés como testimonio del milagro de tu curación.

-¡A ti te debería presentar mi testimonio, Señor!

-Así lo harás amando mi doctrina. Ve.

La muchedumbre se ha acercado de nuevo, y, aun guardando debida distancia, se congratula con el hombre que ha sido curado. No falta quien siente la necesidad de arrojarle, como viático, unas monedas. Otros le lanzan unos panes y otras provisiones, y uno, viendo que el vestido del leproso no es sino un harapo reducido a jirones que deja todo al descubierto, se quita el manto, lo anuda como si fuese un pañuelo muy grande y se lo arroja al leproso, el cual puede así taparse de forma decente. Otro - pues la caridad es contagiosa cuando se hace en común - no resiste al deseo de procurarle las sandalias: se las quita y las lanza hacia el leproso.

-¿Y tú? - pregunta Jesús al ver el gesto.

-Estoy aquí cerca. Puedo andar descalzo. Él tiene que recorrer mucho camino.

-La bendición de Dios descienda sobre ti y sobre todos los que han favorecido a este hermano. Hombre: pedirás por ellos.

-Sí, sí; por ellos y por ti: para que el mundo tenga fe en ti.

-Adiós. Ve en paz.

El hombre anda unos metros y luego se vuelve y grita:

-¿Puedo decirle al sacerdote que Tú me has curado?

-No hace falta. Di solamente: "El Señor ha tenido misericordia de mí". Dices toda la verdad y no hace falta más.

La gente se arremolina en torno al Maestro. Es un círculo que bajo ningún concepto quiere abrirse. Pero, entretanto, el sol se ha ocultado y comienza el reposo del sábado. Los centros habitados están lejos. De todas formas, la gente no echa de menos ni el pueblo ni la comida ni nada. No sucede lo mismo con los apóstoles, y se lo comentan a Jesús. También los discípulos

ancianos están preocupados. Hay mujeres y niños, y, si bien la temperatura de la noche es moderada y la hierba de los campos está blanda, las estrellas no son pan ni se transforman en alimentos las piedras de las laderas.

Jesús es el único que se lo toma con tranquilidad. La gente, mientras, come lo que les había sobrado, sin mayores problemas. Jesús llama la atención de los discípulos sobre este hecho:

-¡En verdad os digo que éstos están más adelantados que vosotros! Mirad con qué despreocupación consumen todo lo que tienen. Les he dicho: "El que no sea capaz de creer que mañana Dios dará el alimento a sus hijos que se retire", y se han quedado aquí. Dios no desmentirá a su Mesías ni defraudará a quien en Él espera.

Los apóstoles se encogen de hombros y ya no se ocupan de nada más.

Se pone la tarde, después de un intenso rojo de ocaso, serena y bella; el silencio del campo se extiende sobre todas las cosas, tras el último coro de los pájaros. Algún frufrú del viento y luego el primer vuelo mudo de ave nocturna junto a la primera estrella y la primera rana que croa.

Los niños ya duermen. Los adultos hablan entre sí. De vez en cuando alguno va a donde el Maestro a pedirle alguna aclaración. Es así que no se produce estupor cuando, por un sendero entre dos campos de trigo, se ve venir a una persona que impone por su aspecto, indumento y edad. Le siguen algunos hombres. Todos se vuelven a mirarlo y se lo señalan unos a otros bisbiseando. El bisbiseo se transmite de grupo a grupo. Se aviva y se atenúa. Los grupos más lejanos se acercan atraídos por la curiosidad.

El hombre de noble aspecto llega hasta donde Jesús, que está sentado al pie de un árbol escuchando a unos hombres, y lo saluda con toda reverencia. Jesús se alza enseguida y responde al saludo con igual respeto. Los presentes se centran completamente en ellos.

-Estaba en el monte. Quizás has pensado que no tenía fe, que me iba por miedo a tener que ayunar. La verdad es que me fui por otro motivo. Quería comportarme como hermano con los hermanos, como el hermano mayor. Quisiera manifestarte aparte lo que pienso. ¿Podrías escucharme? A pesar de ser un escriba, no soy enemigo tuyo.

-Vamos un poco lejos... - y se meten entre los cereales.

-Quería proveer de alimento a los peregrinos, así que bajé para encargar que hicieran pan para una multitud. Respecto a la distancia estoy dentro de la Ley, porque estos campos son míos y de aquí a la cima se puede recorrer en día de sábado. Mi intención era venir mañana con los siervos, pero he sabido que estabas aquí con la muchedumbre. Te ruego que me permitas surtir de lo necesario a la muchedumbre este sábado; si no, sentiría demasiado el haber renunciado a tus palabras por nada.

-En ningún caso hubiera sido por nada, porque el Padre te habría recompensado con sus luces. Yo por mi parte te doy las gracias. No te defraudaré. Lo único que quisiera observarte es que la gente es mucha.

-He encargado que enciendan todos los hornos, incluso los que se usan para secar productos agrícolas. Conseguiré pan para todos.

-No lo digo por eso, lo digo por la cantidad de pan...

-No me causa problema. El año pasado recogí mucho trigo, y este año ya ves qué espigas. Déjame, que sé lo que hago. ¡Qué mayor seguridad para mis tierras! Y, además, Maestro... ¡El pan que me has dado hoy!... ¡Tú sí que eres Pan del espíritu!...

-Sea entonces como quieres. Ven, vamos a decírselo a los peregrinos.

-No. Tú lo has dicho.

-¿Y eres escriba?

-Sí, lo soy.

-Que el Señor te lleve a donde tu corazón merece.

-Comprendo lo que no dices. Quieres decir: a la Verdad. Porque en nosotros hay mucho error y.., y mucha mala fe.

-¿Quién eres?

-Un hijo de Dios. Ruega al Padre por mí. Adiós.

-La paz sea contigo.

Jesús regresa lentamente hacia los suyos mientras el hombre se aleja con los siervos.

-¿Quién era? ¿Qué quería? ¿Te ha dicho alguna cosa desagradable? ¿Tiene algún enfermo?

Jesús se ve asaltado de preguntas.

-No sé quién es. Bueno, quiero decir, tiene buen corazón y esto me...

-Es Juan el escriba - dice uno de la multitud.

-Bien, pues ahora lo sé por tus palabras. Quería sencillamente ser el siervo de Dios para con los hijos de Dios. Orad por él porque mañana todos comeremos gracias a su bondad.

-Verdaderamente es un justo» dice uno.

-Sí. Lo que no sé es cómo puede ser amigo de otros - comenta otro.

-Fajado de escrúpulos y de reglas como un recién nacido; pero no es malo - concluye otro.

-¿Son éstas sus tierras? - preguntan muchos, que no son de la zona.

-Sí. Creo que el leproso era uno de sus siervos o de sus labriegos; pero permitía que estuviera en las cercanías, e incluso creo que le daba de comer.

La crónica continúa, pero Jesús se abstrae de ello y llama a sí a los doce y les pregunta:

-¿Y ahora qué tengo que deciros por vuestra incredulidad? ¿No ha puesto, acaso, el Padre pan para todos nosotros en las manos de una persona que, por su casta, está contra mí? ¡Oh, hombres de poca fe!... Id, id allí, al mullido heno y dormid. Yo voy a orar al Padre para que abra vuestros corazones y para darle las gracias por su bondad. Paz a vosotros.

Y va a las primeras pendientes del monte. Se sienta y se recoge en su oración. Alza los ojos y ve el rebaño de las estrellas que abarrotan el cielo; los baja y ve el rebaño de los que duermen echados en los prados. Nada más; mas es tal la alegría que siente en su corazón, que parece transfigurarse de luz...

## Durante el descanso sabático, el último discurso de la Montaña: amar la voluntad de Dios

Jesús, durante la noche, subiendo por el monte, se ha alejado bastante. La aurora lo muestra erguido sobre el borde de un despeñadero. Pedro lo ve y se lo indica a sus compañeros. Se encaminan hacia arriba en dirección a Él.

-Maestro - preguntan bastantes de ellos - ¿por qué no has ve-nido con nosotros?

-Necesitaba orar.

-Pero también tienes mucha necesidad de descansar.

-Amigos, durante la noche una voz venida del Cielo pedía oración por los buenos y por los malos, y también por mí mismo.

-¿Por qué? ¿Es que acaso la necesitas?

-Como los demás. Mi fuerza se nutre de oración; mi alegría, de hacer lo que mi Padre quiere. El Padre me ha dicho dos nombres de personas, y, para mí, un hecho doloroso. Estas tres cosas tienen necesidad de oración.

Jesús está muy triste. Mira a los suyos con una mirada que parece suplicar o querer preguntar algo; se posa en éste o en aquél y, finalmente, en Judas Iscariote, y en él se detiene.

El apóstol lo nota y pregunta:

-¿Por qué me miras así?

-No te veía a ti. Mis ojos contemplaban otra cosa...

-¿Y qué es?...

-La naturaleza del discípulo. Todo el bien y el mal que un discípulo puede dar a su Maestro y hacer por Él. Pensaba en los discípulos de los Profetas y en los de Juan; y en los míos. Y rogaba por Juan, por los discípulos y por mí...

-Esta mañana estás triste y cansado, Maestro. Manifiesta tu pesar a quien te ama.

Es Santiago de Zebedeo el que lo invita a expresarse.

-Sí, dínoslo; que, si se puede hacer algo para aliviártelo, lo haremos - dice Judas Tadeo, el primo de Jesús.

Pedro habla con Bartolomé y Felipe, pero no comprendo lo que dicen.

Jesús responde:

-Sed buenos, esforzaos por ser buenos y fieles: ése será mi consuelo. No existe ningún otro, Pedro, ¿comprendes?; abandona esa sospecha. Queredme. Quereos. No os dejéis seducir por quien me odia. Amad sobre todo la voluntad de Dios.

-¡Sí, pero, si todo viene de ella, también de ella vendrán nuestros errores! - exclama Tomás con aire de filósofo.

-¿Tú crees? No es así. Pero... vamos, que muchos se han despertado ya y están mirando hacia aquí. Vamos a bajar. Santifiquemos el día santo con la palabra de Dios.

Descienden mientras los que dormían se van despertando en número cada vez mayor. Los niños, alegres como gorrioncillos, ya gorjean corriendo y saltando por los prados, y mojándose de rocío a base de bien; tanto que se ganan algún que otro pescozón, con el correspondiente lloro. Pero luego los niños corren hacia Jesús, que los acaricia, y recupera su sonrisa (como si reflejase en sí esas manifestaciones inocentes de alborozo).

Una niña quiere colgarle del cinturón un ramito de flores que ha cogido de los prados, «porque así es más bonita la túnica», y Jesús se lo consiente a pesar de que los apóstoles refunfuñen; es más, dice:

-¡Alegraos de que me quieran! El rocío se lleva el polvo de las flores, el amor de los niños aleja las tristezas de mi corazón.

Llegan contemporáneamente donde Jesús, que viene del monte, los peregrinos y el escriba Juan, que viene de su casa acompañado de muchos siervos cargados de canastos de pan, y con aceitunas, quesos pequeños y un corderito - quizás es un cabritillo - ya asado para el Maestro.

Todo lo depositan a los pies de Jesús, el cual se ocupa de repartirlo, dando a cada uno un pan y una tajada de queso con un puñado de aceitunas; llegado el turno de una madre que lleva todavía al pecho a un niñito regordete que ríe con sus dientecitos de leche, le da con el pan un pedazo de cordero asado, y esto lo repite con otros dos o tres que le parecen necesitados de reponer fuerzas en modo especial.

-Es para ti, Maestro - dice el escriba.

-Lo probaré, no lo dudes. Mira, el saber que tu bondad llega a muchos me mejora su sabor.

Termina el reparto. La gente come una parte de su pan y se reserva el resto para otro momento. Jesús bebe un poco de leche. El escriba ha querido servírsela personalmente en una taza valiosa, vertiéndola de una garrafilla que lleva uno de los siervos (es como una pequeña orza).

-Pero tienes que concederme la alegría de poderte escuchar - dice el escriba Juan, a quien ha saludado Hermas con el mismo respeto con que Juan lo ha saludado, y Esteban con más respeto aún.

-No te lo niego. Ven, arrímate aquí - y Jesús se pone junto a la pared del monte. Empieza a hablar.

-La voluntad de Dios nos ha retenido en este lugar porque alargar el camino ya recorrido hubiera sido lesivo contra los preceptos, con el correspondiente escándalo; tal cosa no debe suceder jamás hasta que no se escriba el nuevo Pacto.

Justo es santificar las fiestas y alabar al Señor en los lugares de oración, mas toda la creación puede ser lugar de oración si la criatura sabe convertirla en eso con su elevación hacia el Padre. Lugar de oración fue el Arca de Noé, a la deriva sobre las olas; y el vientre de la ballena de Jonás; lugar de oración fue la casa del Faraón cuando José vivió en ella; y la tienda de Holofernes para la casta Judit. ¿Y no era, acaso, sagrado para el Señor el lugar corrompido en que, esclavo, vivía el profeta

Daniel; sagrado por la santidad de su siervo, que santificaba el lugar, hasta el punto de merecer las altas profecías del Cristo y el Anticristo, clave de estos momentos y de los últimos tiempos? Pues con mayor razón será santo este lugar que, con los colores, los perfumes, la pureza del aire, la riqueza de los cereales, las perlas del rocío, habla de Dios Padre y Creador y dice: "Creo; quered creer vosotros, pues de Dios damos testimonio". Sea, por tanto, la sinagoga de este sábado; leamos en ella las páginas eternas escritas sobre las corolas y las espigas, teniendo como sagrada lámpara el Sol.

He nombrado a Daniel. Os he dicho: "Sea este lugar nuestra sinagoga". Esto trae a la memoria el gozoso "benedicite" de los tres santos jóvenes entre las llamas del horno: "Cielos y aguas, rocío y escarcha, hielos y nieves, fuegos y colores, luces y tinieblas, relámpagos y nubes, montes y colinas, todo vegetal nacido, pájaros, peces, animales todos, alabad y bendecid al Señor, junto con los hombres de humilde y santo corazón". Éste es el resumen de este cántico santo que tanto enseña a los humildes y santos. Podemos orar y merecer el Cielo en cualquier lugar. Lo merecemos cuando hacemos la voluntad del Padre.

Hoy al amanecer se me ha hecho la observación de que, si todo viene de voluntad divina, también ésta quiere los errores de los hombres. Es un error, un error además muy difundido. ¿Puede, acaso, un padre querer que el hijo se haga merecedor de condena? No, no puede. Y, a pesar de ello, vemos en las familias que algunos hijos se hacen tales, incluso teniendo un padre justo que les señala el bien que hay que hacer y el mal que hay que evitar: ninguna persona recta acusará a ese padre de haber estimulado al hijo al mal.

Dios es el Padre, los hombres son los hijos. Dios señala el bien, y dice: "Mira, te pongo en esta circunstancia para tu bien"; o también, cuando el Maligno y los hombres que le sirven procuran desgracias a los hombres, Dios dice: "Mira, en esta hora penosa actúa así, de forma que este mal sirva para eterno bien". Os aconseja, pero no os fuerza. Pues bien, entonces, si uno, aun conociendo lo que sería la voluntad de Dios, prefiere hacer todo lo contrario, ¿se puede decir que tal cosa contraria es voluntad de Dios? No, no se puede.

Amad la voluntad de Dios; amadla más que a la vuestra, y seguidla contra las seducciones y los poderes de las fuerzas del mundo, de la carne y el demonio. También estas cosas tienen su voluntad, mas en verdad os digo que bien infeliz es quien ante ellas se doblega.

Me llamáis Mesías y Señor. Decís que me amáis y me entonáis alabanzas. Me seguís, y tal cosa parece amor. Y, sin embargo, en verdad os digo que no todos de entre vosotros entrarán conmigo en el Reino de los Cielos. Incluso entre mis más próximos y antiguos discípulos habrá quien no entre, porque muchos harán su voluntad, o la de la carne, el mundo y el demonio; no la de mi Padre. No quien me dice: "¡Señor! ¡Señor!" entrará en el Reino de los Cielos, sino aquellos que hacen la voluntad del Padre mío; sólo éstos entrarán en el Reino de Dios.

Llegará un día en que Yo, quien os está hablando, tras haber sido Pastor, seré Juez. No os confiéis ilusamente en mi aspecto actual. Ahora mi cayado congrega a todas las almas dispersas y se muestra dulce para invitaros a venir a los pastos de la Verdad; entonces, el cayado será substituido por el cetro del Juez Rey y muy distinta será mi potencia. Entonces, separaré, no con dulzura sino con justicia inexorable, las ovejas que se alimentaron de Verdad de aquellas otras que mezclaron Verdad y Error o se nutrieron sólo de Error. Una primera vez y luego otra haré esto. ¡Ay de aquellos que entre la primera y la segunda comparecencia ante el Juez no se hayan purgado, no puedan purgarse de los venenos. La tercera categoría no se purgará. Ninguna pena podría purgarla. Ha querido sólo el Error. En el Error permanezca.

Pues en ese momento habrá incluso, entre éstos, quien gima: "¿Cómo es esto, Señor? ¿No hemos profetizado en tu nombre, no hemos arrojado demonios y realizado muchos prodigios en tu nombre?". Pero Yo, en ese momento, muy claramente les diré: "Sí, habéis osado revestiros de mi Nombre para aparecer como no erais; habéis querido hacer pasar por vida en Jesús vuestro satanismo. El fruto de vuestras obras os acusa. ¿Dónde están los salvados por vosotros? ¿Dónde se cumplieron vuestras profecías? ¿A qué llevaron vuestros exorcismos? ¿Quién fue el cómplice de vuestros prodigios? ¡Oh, sí, muy potente es mi Enemigo, pero no está por encima de mí! Os ayudó, sí, para aumentar su botín; por obra vuestra se ensanchó el círculo de los que fueron arrastrados a la herejía. Realizasteis prodigios, sí, incluso aparentemente mayores que los de los verdaderos siervos de Dios, que no son histriones que dejan estupefactas a las muchedumbres, sino que son humildad y obediencia que dejan estupefactos a los ángeles. Mis siervos verdaderos, con sus inmolaciones, no crean fantasmas, sino que los cancelan de los corazones; ellos, mis verdaderos siervos, no se imponen a los hombres, sino que muestran a Dios a los corazones de los hombres; lo único que hacen es cumplir la voluntad del Padre y llevan a otros a cumplirla (de la misma forma que una ola impulsa a la que la precede y atrae a la que la sigue), sin colocarse sobre un trono para decir: `Mirad'. Ellos, mis siervos verdaderos, hacen lo que Yo digo, sin pensar sino en hacerlo, y sus obras llevan ese signo mío de paz inconfundible, de mansedumbre, de orden. Por tanto puedo deciros: éstos son mis siervos; a vosotros no os conozco. Alejaos de mí todos vosotros, obradores de iniquidad".

Esto diré entonces. Tremenda palabra será. Estad atentos a no merecérosla. Id por el camino seguro de la obediencia - aunque sea penoso - hacia la gloria del Reino de los Cielos.

Ahora gozaos vuestro reposo del sábado alabando a Dios con todo vuestro ser. La paz sea con todos vosotros.

Y Jesús bendice a la muchedumbre antes de que ésta se disperse en busca de sombra, hablando en grupos, comentando las palabras oídas.

Con Jesús se quedan los apóstoles y el escriba Juan, que no habla pero medita profundamente, escudriñando todos los gestos de Jesús. Concluye así el ciclo del Monte.

# 177

## La curación del siervo del centurión

Jesús entra en Cafarnaúm. Viene de los campos. Le acompañan sólo los doce; es más, los once, porque Juan no está. Se producen los consabidos saludos de la gente: una gama muy variada de expresiones (desde los sencillísimos saludos de los niños, hasta los de las mujeres, un poco tímidos, o los de quienes han recibido la gracia de un milagro, extáticos, o incluso los curiosos o irónicos: los hay para todos los gustos). Jesús responde a todos según el modo en que es saludado: caricias para los pequeños; bendiciones para las mujeres; sonrisas para los agraciados; respeto profundo para los demás.

Pero esta vez a la serie se une el saludo del centurión del lugar - creo -. Su saludo es:

-¡Salve, Maestro!

Jesús responde con su expresión:

-¡Que Dios vaya a ti!

El romano prosigue:

-Hace varios días que te espero. Si no me reconoces como uno de los que te escuchaban en el Monte es porque estaba vestido de paisano. ¿No me preguntas por qué estaba allí?

Mientras, la gente se ha acercado, curiosa por ver cómo se desarrolla este encuentro.

-No te lo pregunto. ¿Qué quieres de mí?

-La orden recibida es seguir a quienes reúnen en torno a sí a la gente, porque demasiadas veces Roma ha tenido que arrepentirse de haber concedido reuniones aparentemente justas. Pero, viendo y oyendo, he pensado en ti como en... como en... Tengo un siervo que está enfermo, Señor. Yace en su lecho, en mi casa, paralizado a causa de un mal de huesos, y sufre terriblemente. Nuestros médicos no lo curan. He invitado a los vuestros a venir a mi casa, porque estas enfermedades se originan en los aires corrompidos de estas regiones y vosotros las sabéis curar con las hierbas del suelo que produce la fiebre, el suelo de la orilla donde se estancan las aguas antes de ser absorbidas por las arenas del mar; pero se han negado a venir. Me apena porque es un siervo fiel.

-Iré y te lo curaré.

-No, Señor. No te pido tanto. Soy pagano, inmundicia para vosotros. Si los médicos hebreos temen contaminarse por poner pie en mi casa, con mayor razón será contaminadora para ti, que eres divino. No soy digno de que entres en mi casa. Si dices desde aquí una palabra, una sola, mi siervo quedará curado, porque tienes mando sobre todo lo que existe. Si yo - que soy un hombre que depende de muchas autoridades, la primera de las cuales es César (por lo cual tengo que obrar, pensar, actuar como se me dice) - puedo dar órdenes a los soldados que tengo bajo mi mando, de forma que si a uno le digo: "Ve", al otro: "Ven", y al siervo: "Haz esto", el uno va a donde le mando, el otro viene porque lo llamo, el tercero hace lo que le digo, pues Tú, que eres quien eres, serás inmediatamente obedecido por la enfermedad y desaparecerá.

-La enfermedad no es un hombre...- objeta Jesús.

-Tú tampoco eres un hombre, eres el Hombre; puedes, por tanto, imperar sobre los elementos y las fiebres, porque todo está sujeto a tu poder.

Algunas personalidades de Cafarnaúm se llevan un poco aparte a Jesús y le dicen:

-Aunque sea un romano, atiéndelo, porque es un hombre de bien y nos respeta y ayuda. Fíjate que ha sido él quien ha hecho construir nuestra sinagoga; además tiene controlados a sus soldados los sábados para que no nos ultrajen. Concédele, pues, esta gracia por amor a tu ciudad, a fin de que no se sienta defraudado y no se irrite y su amor hacia nosotros se vuelva odio.

Jesús, habiendo escuchado a éstos y al centurión, se vuelve a este último sonriendo y le dice:

-Ve caminando, que ahora voy yo.

Pero el centurión insiste:

-No, Señor. Como he dicho, el hecho de que vinieses a mi casa sería un gran honor, pero no merezco tanto; di sólo una palabra y mi siervo quedará curado.

-Pues así sea. Ve con fe. En este instante la fiebre lo está dejando y la vida está volviendo a sus miembros; haz que también llegue a tu alma la Vida. Ve.

El centurión saluda militarmente, se inclina y se marcha.

Jesús se le queda mirando mientras se marcha, luego se vuelve hacia los presentes y dice:

-En verdad os digo que no he encontrado tanta fe en Israel. Es verdad: "El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz. Sobre los que habitaban en la oscura región de muerte ha surgido la Luz", y: "El Mesías, alzada su bandera sobre las naciones, las reunirá". ¡Oh, Reino mío, verdaderamente será incontable el número de los que a ti afluyan! Más que todos los camellos y dromedarios de Madián y de Efá, y que los transportadores de oro e incienso de Saba, más que todos los rebaños de Quedar y los carneros de Nebayot, serán los que a ti vayan, y mi corazón se dilatará de júbilo al ver venir a mí a los pueblos del mar y a las potencias de las naciones. Las islas me esperan para adorarme, los hijos de los extranjeros edificarán los muros de mi Iglesia, cuyas puertas siempre estarán abiertas para acoger a los reyes y a las potencias de las naciones y para santificarlos en mí. ¡Lo que Isaías vio se cumplirá! Os digo que muchos vendrán de oriente y occidente y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos, mientras que los hijos del Reino serán arrojados a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y rechinar de dientes.

-¿Estás profetizando que los gentiles estarán al mismo nivel que los hijos de Abraham?

-No al mismo nivel, sino a nivel superior. Que esto os duela sólo por el hecho de que es culpa vuestra. No lo digo Yo, lo dicen los Profetas, y los signos ya lo están confirmando. Ahora que alguno de vosotros vaya a casa del centurión para constatar que el siervo ha sido curado, como lo merecía la fe del romano. Venid. Quizás en la casa hay enfermos que esperan mi llegada.

Y Jesús, con los apóstoles y algún otro - la mayoría se ha lanzado, curiosa y alborotadora, hacia la casa del centurión - se dirige a la casa de siempre, a la casa en que se aloja los días que está en Cafarnaúm.

## 178

## Tres hombres que quieren seguir a Jesús

Veo a Jesús con sus once apóstoles - sigue faltando Juan - dirigiéndose hacia la orilla del lago. Mucha gente se aglomera en torno a Él: muchas de estas personas, en su mayor parte hombres, son las mismas que estaban en el Monte y que ahora se han llegado de nuevo a Él, a Cafarnaúm, para seguir escuchando su palabra. Intentan retenerlo, pero Jesús dice: -Yo soy de todos. Debo ir a otros muchos. Volveré. Ya os reuniréis de nuevo conmigo. Ahora dejadme que me vaya.

Con mucha dificultad logra andar entre la muchedumbre que se comprime por la estrecha callecilla. Los apóstoles empujan para abrirle paso, pero es como incidir contra una sustancia blanduzca, que enseguida recupera la forma que tenía; incluso se irritan, pero inútilmente.

Ya se ve la orilla, cuando, tras un feroz esfuerzo, un hombre de mediana edad y de aspecto distinguido se acerca al Maestro y, para atraer su atención, le toca en el hombro.

Jesús se para, se vuelve y pregunta:

-¿Qué quieres?

-Soy escriba. Lo que hay en tus palabras supera toda comparación con lo que hay en nuestros preceptos. A mí me ha conquistado. Maestro, ya no te dejo. Te seguiré a dondequiera que vayas. ¿Cuál es tu camino?

-El del Cielo.

-No me refiero a ése. Lo que te pregunto es a dónde vas: después de ésta, ¿cuáles son tus casas, para poderte encontrar siempre?

-Las raposas tienen sus huras y las aves nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza. Mi casa es el mundo, está dondequiera que haya espíritus a los que enseñar, miserias que aliviar, pecadores que redimir.

-Entonces, por todas partes.

-Tú lo has dicho. ¿Serías capaz de hacer, tú, doctor de Israel, lo que éstos, los últimos, hacen por amor mío? Aquí se requiere sacrificio y obediencia, y caridad para con todos, espíritu de adaptación a todo y con todos. Porque la condescendencia atrae. Porque quien quiere curar debe curvarse hacia todas las llagas. Luego vendrá la pureza del Cielo; aquí estamos en el fango, y hay que arrancarle al barro en que pisamos las víctimas que ya ha succionado. No subirse las vestiduras y apartarse porque ahí el barro cubre más. La pureza debe estar en nosotros. Tenemos que estar henchidos de ella de forma que nada más pueda entrar. ¿Puedes hacer todo esto?

-Prueba. Rogaré porque seas capaz de ello.

Jesús reanuda su camino. Luego, captada su atención por dos ojos que lo están mirando, dice a un joven alto y fuerte que se ha detenido para dejar pasar a la multitud, pero que parece llevar otra dirección:

-Sígueme.

El joven siente un sobresalto, cambia de color, parpadea como si hubiera sido deslumbrado por un resplandor, abre la boca para hablar, pero no encuentra en ese momento qué responder; al final dice:

-Te seguiré. Pero, se me ha muerto mi padre en Corazín; tengo que enterrarlo. Volveré después del entierro.

-Sígueme. Deja que los muertos entierren a sus muertos. La Vida ya te ha succionado; por otra parte, tú lo has deseado. No llores por el vacío que en torno a ti te ha creado la Vida, para tenerte como discípulo suyo. Las mutilaciones del afecto son raíces de las alas que nacen en el hombre que se ha hecho siervo de la Verdad. Deja la corrupción a su suerte. Elévate hacia el Reino de lo incorrupto. Allí encontrarás también la perla incorruptible de tu padre. Dios llama y pasa. Mañana ya no encontrarías ni tu corazón de hoy ni la llamada de Dios. Ven. Ve a anunciar el Reino de Dios.

El hombre, que está apoyado en una pared baja, con los brazos colgando, de los cuales penden las bolsas (que contienen sin duda los aromas y las vendas), tiene la cabeza agachada, y medita, en pugna entre los dos amores: el de Dios y el de su padre.

Jesús lo mira y aguarda, luego coge a un pequeñuelo y lo aprieta contra su corazón diciendo:

-Repite conmigo: "Te bendigo, Padre, e invoco tu luz para los que lloran envueltos por las ofuscaciones de la vida. Te bendigo, Padre, e invoco tu fuerza para quien es semejante a un niño que necesita de alguien que lo sostenga. Te bendigo, Padre, e invoco tu amor para que canceles el recuerdo de todo lo que no seas Tú de la memoria de todos aquellos que en ti encontrarían - y no saben creerlo - todo bien propio, aquí y en el Cielo".

Y el niño - un inocente de unos cuatro años - repite con su vocecita las palabras santas, mientras Jesús le mantiene con su derecha las manitas unidas, en oración, cogidas por las muñecas regordetas, como si fueran éstas dos tallitos de flor.

El hombre se decide. Da a un compañero sus envoltorios y se acerca a Jesús, que pone en el suelo al niño tras haberlo bendecido y echa su brazo sobre los hombros del joven y sigue caminando así, para confortarlo y sostenerlo en su esfuerzo.

Otro hombre le interpela:

-También yo quisiera ir contigo como ese joven, pero antes de seguirte querría despedirme de mis familiares. ¿Me lo permites?

Jesús lo mira fijamente y responde:

-Demasiado arraigado en lo humano. Arranca las raíces, y, si no eres capaz de ello, córtalas. Al servicio de Dios se viene con espiritual libertad. Nada debe atar a quien se entrega.

-Pero, Señor, ¡la carne y la sangre son siempre carne y sangre! Alcanzaré lentamente la libertad de que hablas...

-No. Jamás lo lograrías. Dios, de la misma forma que es infinitamente generoso cuando premia, es también exigente. Si quieres ser discípulo debes abrazar la cruz y venir; si no, te quedarás en el número de los simples fieles. El camino de los siervos de Dios no es de pétalos de rosa; es de exigencia absoluta. Nadie, habiendo puesto la mano sobre el arado para arar los campos de los corazones y esparcir en ellos la semilla de la doctrina de Dios, puede volverse para observar lo que ha dejado y lo que ha perdido, o lo que tendría si siguiera un camino común; quien así actúa no es apto para el Reino de Dios. Trabájate a ti mismo, hazte viril y luego ven. Ahora no.

Llegan a la orilla. Jesús sube a la barca de Pedro y le susurra unas palabras; veo que Jesús sonríe y que Pedro hace un gesto de admiración, pero no dice nada. Sube también el hombre que ha dejado de ir a enterrar a su padre por seguir a Jesús.

## 179

## La parábola del sembrador. En Corazín con el nuevo discípulo Elías

Jesús - mostrándome el curso del Jordán, o mejor, la desembocadura del Jordán en el lago de Tiberíades, en el lugar en que se extiende la ciudad de Betsaida en la orilla derecha del río respecto a quien mira al norte - me dice:

-Ahora la ciudad ya no parece en las orillas del lago, sino un poco más hacia el interior. Esto desconcierta a los estudiosos. La explicación se debe buscar en el espacio cedido por el lago, por esta parte, al terreno seco, debido a veinte siglos en que el río ha ido depositando tierra suelta, y también a aluviones y desprendimientos de tierra de las colinas de Betsaida. En aquel tiempo la ciudad estaba justamente en la desembocadura del río en el lago; es más, las barcas más pequeñas, en las estaciones más ricas en aguas, remontaban un buen trecho del río, casi hasta la altura de Corazín; las orillas del río servían siempre como embarcadero y lugar protegido para las barcas de Betsaida en los días de borrasca en el lago. Esto no te lo digo por ti, que poco te importa, sino por los doctores difíciles. Y ahora continúa.

Las barcas de los apóstoles, recorrido el breve trecho de lago que separa Cafarnaúm de Betsaida, echan amarras en esta ciudad. Pero otras barcas las han seguido y muchos bajan de ellas para unirse enseguida a los de Betsaida que han venido a saludar al Maestro. Jesús está entrando ahora en la casa de Pedro en la que... está de jefe su mujer, la cual supongo que ha preferido la soledad antes que vivir entre las continuas quejas de su madre contra su marido.

Afuera reclaman al Maestro a voces, lo cual inquieta no poco a Pedro, que sube a la terraza y con tono autoritario se dirige a la gente, de la ciudad o no, diciendo que se requiere respeto y educación (quisiera, en efecto, poder gozar un poco de la presencia del Maestro, en paz, ahora que lo tiene en su casa, y, sin embargo, no tiene el tiempo ni la satisfacción de ofrecerle ni siquiera un poco de agua y miel, entre las muchas cosas que ha dicho a su mujer que traiga), y se muestra enfadado.

Jesús lo mira, sonriente, y menea la cabeza diciendo:

-¡Parece como si no me vieras nunca y que estemos juntos de casualidad!

-¡Pues si es así! Cuando estamos por el mundo, ¿estamos, acaso, yo y Tú? ¡Ni soñarlo! Entre Tú y yo está el mundo, con sus enfermos, sus afligidos, sus oyentes, sus curiosos, sus calumniadores, sus enemigos, y no estamos nunca yo y Tú. Aquí, sin embargo, Tú estás con-migo, en mi casa, ¡y deberían comprenderlo!

Está verdaderamente alterado.

-No veo la diferencia, Simón. Mi amor es igual, mi palabra es la misma; ¿no es lo mismo que te la diga en privado o que la diga para todos?

Pedro entonces confiesa su gran pesar:

-Es que soy cerrado de mollera, y me distraigo con facilidad. Cuando hablas en una plaza, en un monte, en medio de una muchedumbre, no sé por qué, comprendo todo, pero luego no recuerdo nada. Se lo he dicho también a los compañeros y me han dado razón. La otra gente - me refiero al pueblo que te escucha - te comprende y luego se acuerda de lo que has dicho. ¡Cuántas veces hemos oído confesar a uno: "No he vuelto a hacer esto porque Tú lo has dicho", o: "He venido porque una vez te oí decir esta otra cosa y se me quedó grabado en el pensamiento". Sin embargo, nuestro caso... ¡ay!, ¡ay!, es como un curso de agua que pasa sin detenerse: la orilla ya no tiene esa agua que ha pasado. Viene otra, sí, continuamente, y mucha, pero sigue pasando, sigue pasando... Yo pienso, con gran temor, que, si es como dices, llegará el momento en que Tú ya no podrás seguir haciendo de río y... y yo... ¿Qué le voy a poder dar a quien tenga sed, si no conservo ni una gota de lo mucho que me das?

También los otros apoyan las quejas de Pedro, lamentándose de no encontrar nunca nada de lo que escuchan, cuando querrían encontrarlo para responder a los muchos que los preguntan.

Jesús sonríe y responde:

-No creo que sea así. La gente está muy contenta también de vosotros...

-¡Sí, claro, para lo que hacemos!... Abrirte paso dando codazos, llevar a los enfermos, recoger las dádivas y decir: "¡Sí, sí, aquél es el Maestro!". ¡Pues vaya una cosa, ¿no?!

-No te rebajes demasiado, Simón.

-No me estoy rebajando, es que me conozco.

-Es la más difícil de las sabidurías. De todas formas, quiero quitarte este gran miedo. Las veces que hable y veáis que no habéis podido comprender y retener todo, preguntadme, sin miedo a parecer latosos o a desanimarme. Siempre tenemos algunas horas de intimidad; abridme en esos momentos vuestro corazón. Yo doy mucho a muchos, ¡qué no os daría a vosotros, a

quienes amo con un amor que Dios no podría superar? Has hablado de la ola que va sin dejar rastro en la orilla. Llegará un día en que te darás cuenta de que cada una de las olas ha depositado en ti una semilla, y que cada una de las semillas ha producido una planta, y verás ante ti flores y árboles para todos los casos, te asombrarás de ti mismo, de lo que el Señor ha hecho contigo, porque entonces estarás redimido de la esclavitud del pecado y tus virtudes actuales habrán adquirido muy alta perfección.

-Si Tú lo dices, Señor, descanso en estas palabras tuyas.

-Ahora vamos con los que nos están esperando. Venid. Recibe la paz; mujer. Esta noche seré tu huésped.

Salen. Jesús va hacia el lago para evitar la compresión de la muchedumbre. Pedro, diligentemente, separa la barca de la orilla unos pocos metros, de modo que la voz de Jesús sea oída por todos y que haya un espacio entre el auditorio y Él.

-De Cafarnaúm a aquí he venido pensando qué podría deciros. La indicación la he encontrado en los hechos sucedidos esta mañana. Habéis visto a tres hombres que se han acercado a mí. Uno, espontáneamente, otro porque lo he llamado, el tercero por un entusiasmo repentino. Habéis podido ver también cómo de estos tres he tomado sólo a dos. ¿Por qué? ¿Será porque he visto en el tercero a un traidor? No, ciertamente no; lo que he visto en él ha sido una persona no preparada. A simple vista parecía menos preparado éste hombre que ahora está a mi lado, este hombre que iba a enterrar a su padre. Sin embargo, el menos preparado era el tercero. Éste estaba tan preparado - aún sin saberlo - que ha sabido realizar un sacrificio verdaderamente heroico.

Seguir a Dios con heroísmo es siempre prueba de una fuerte preparación espiritual. Esto explica ciertos hechos sorprendentes que se producen en torno a mí. Los que están más preparados para recibir al Cristo - cualesquiera que sean su casta o su cultura - vienen a mí con prontitud y fe absolutas. Los menos preparados me observan como a un hombre que se sale de lo habitual, o me estudian con desconfianza y curiosidad, o incluso me atacan y desacreditan acusándome de varias formas. Las distintas formas de actuar son proporcionales a la falta de preparación de los espíritus.

En el pueblo elegido deberían encontrarse por todas partes espíritus preparados para recibir a este Mesías en cuya espera se consumieron de ansiedad los Patriarcas y los Profetas; a este Mesías que por fin ha venido, precedido y acompañado por todos los signos profetizados; a este Mesías cuya figura espiritual se delinea cada vez más clara a través de los milagros visibles, en los cuerpos y en los elementos, y de los milagros invisibles en las conciencias que se convierten, y en los gentiles que se vuelven al Dios verdadero. Y, sin embargo, no es así. Precisamente en los hijos de este pueblo la prontitud para seguir al Mesías se ve fuertemente obstaculizada, y, además, aunque duela decirlo, a medida que se sube a las clases más altas, más obstaculizada está. No lo digo para escandalizaros, sino para induciros a orar y a reflexionar.

¿Por qué sucede esto? ¿Por qué gentiles y pecadores avanzan más por mi camino?, ¿por qué acogen lo que Yo digo, y los otros no? Porque los hijos de Israel están anclados; es más, incrustados como madreperlas al banco en que nacieran. Porque están saturados, henchidos de su sabiduría, que los ha engordado, y no saben abrir camino a la mía desprendiéndose de lo superfluo para hacer espacio a lo necesario. Los otros no padecen esta esclavitud: son pobres paganos, o pobres pecadores, desancorados como naves a la deriva; son pobres, que no tienen tesoros propios, sino que sólo poseen fardos de errores y pecados de los que se desprenden con gozo en cuanto logran comprender la Buena Nueva y prueban su dulzura corroborante, bien distinta del desagradable revoltijo de sus pecados.

Escuchad, y quizás entenderéis mejor cómo de una misma acción pueden surgir diversos frutos.

Salió un sembrador a sembrar. Sus tierras eran muchas y de distintos tipos. Algunas de ellas las había heredado de su padre; en éstas, su falta de atención había permitido la proliferación de plantas espinosas. Otras eran adquiridas; las había comprado a una persona descuidada y las había dejado como estaban. Otras estaban atravesadas por caminos, porque el hombre era un comodón y no quería hacer mucho recorrido para ir de un lugar a otro. En fin, había algunas, las más cercanas a la casa, que había cuidado, para que el aspecto de delante de su casa fuera agradable; éstas tierras estaban bien limpias de cantos, de espinos, de malas hierbas, etc.

Pues bien, el hombre cogió su saquito de trigo de simiente, el de mejor calidad, y empezó a sembrar. La simiente cayó en el terreno bueno, esponjoso, arado, limpio, abonado, de las tierras cercanas a la casa. Cayó en las tierras cortadas por esos caminos más o menos anchos que las fragmentaban hasta la saciedad y que, además, eran fuente de despreciable polvo árido para la tierra fértil. Otras semillas cayeron en las tierras en que la ineptitud del hombre había dejado proliferar los espinos; el arado, ahora, los había arrastrado a su paso y parecía que ya no hubiera, pero seguían estando, porque sólo el fuego, la radical destrucción de las malas plantas, les impide volver a nacer. La última semilla cayó en los campos comprados poco antes, en esos campos que el sembrador había dejado como estaban cuando los adquirió, sin roturarlos profundamente, sin levantar todas las piedras que estaban hundidas en la tierra y que formaban un pavimento duro en que no podían prender las tiernas raíces. Una vez esparcida por los campos toda la simiente, volvió a su casa y dijo: "¡Bien!, ¡bien!, ahora no hay sino que esperar a la cosecha".

Y se regocijaba al ver con el paso de los meses, primero germinar bien espeso el trigo en las tierras que estaban delante de su casa, luego crecer - ¡oh, qué suave alfombra! - y producir espiga - ¡qué mar! - y dorarse y cantar su hosanna al sol entrechocándose las espigas. El hombre decía: "Como estas tierras serán todas las demás. Preparemos la hoz y los graneros. ¡Cuánto pan! ¡Cuánto oro!", y exultaba de gozo. Segó el trigo de las parcelas más cercanas y luego pasó a las tierras que había heredado de su padre y que había dejado abandonadas. A1 verlas se quedó de piedra. Mucho trigo había nacido, porque eran buenas parcelas, y la tierra, bonificada por su padre, era rica y fértil. Pero esta misma fertilidad había actuado en las plantas espinosas - arrastradas por el arado pero aún vivas -, que habían renacido creando un verdadero techo de híspidos ramajes de espinos, a cuyo través sólo algunas escasas espigas de trigo habían podido emerger, con lo cual casi todo había quedado ahogado.

El hombre dijo: "Con estas parcelas he sido negligente, pero en otras no había espinos; irá mejor la cosa". Y pasó a las tierras que había comprado recientemente. Su estupor pasó a ser dolor: delgadas hojas de trigo, ya resecas, yacían, como heno seco, diseminadas por todas partes. Heno seco. "¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible!", se lamentaba el hombre. "¡Pues si aquí

no hay espinos y el trigo era el mismo! Y había nacido bien compacto y hermoso: se ve por las hojas, bien formadas y numerosas. ¿Por qué, entonces, todo ha muerto sin formar espiga?". Y, con dolor, se puso a excavar en el suelo para ver si encontraba nidos de topos u otros flagelos. No había ni insectos ni roedores. ¡Ah, pero, cuántas piedras, cuántas piedras! Estas parcelas estaban, literalmente hablando, pavimentadas con lascas de piedra; era engañosa la poca tierra que las cubría. ¡Ah, si hubiera hincado profundamente el arado a su debido tiempo! ¡Ah, si hubiera excavado antes de aceptar esas tierras y comprarlas como buenas! ¡Ah, si, al menos, una vez cometido el error de adquirir lo que se le ofrecía sin asegurarse de su calidad, lo hubiera bonificado a fuerza de brazos! Pero ya era demasiado tarde. Inútil plañirse.

El hombre se enderezó, desanimado, y fue a ver los campos cortados por los caminos que él mismo, buscando la comodidad, había trazado... Y se rasgó las vestiduras del dolor. Aquí no había nada, absolutamente nada. La tierra oscura del campo estaba cubierta por un leve estrato de polvo blanco. El hombre se desplomó gimiendo: "Pero aquí, ¿por qué? Aquí no hay ni espinos ni piedras, porque estos campos son nuestros; mi abuelo, mi padre, yo, los hemos tenido siempre y durante muchos lustros los hemos hecho producir y han sido fértiles. Yo he abierto los caminos; habré quitado espacio a las parcelas, pero ello no puede haberlas hecho tan improductivas...". Estaba llorando cuando un nutrido conjunto de pájaros, que con frenesí se lanzaban de los senderos a la tierra de labor y de ésta a los senderos, para buscar, buscar, buscar semillas, semillas, semillas... le dieron la respuesta a su dolor: esta tierra se había convertido en una red de caminos, a cuyos bordes habían ido a parar granos de trigo, atrayendo así a muchos pájaros, los cuales primero se habían comido los granos que habían caído en el camino y luego lo que había caído dentro, hasta el último grano.

De esta forma, la simiente, igual para todas las parcelas, había producido, en unas, cien, en otras, sesenta o treinta o nada. El que tenga oídos para oír que oiga. La semilla es la Palabra, que es igual para todos; los lugares donde cae la simiente son vuestros corazones. Que cada cual lo aplique y lo comprenda. La paz sea con vosotros.

Luego, volviéndose a Pedro, dice:

-Remonta el río hasta donde te sea posible y amarra al otro lado.

Y mientras las dos barcas recorren un corto trecho por el río para luego detenerse junto a la orilla, Jesús se sienta y le pregunta al nuevo discípulo:

-¿Quién queda ahora en tu casa?

-Mi madre con mi hermano mayor, que está casado desde hace cinco años. Mis hermanas están en distintos puntos de esta región. Mi padre era muy bueno. Mi madre lo llora desconsoladamente.

El joven calla bruscamente al sentir que un sollozo le sube del corazón. Jesús lo agarra de una mano y dice:

-Yo también he experimentado este dolor y he visto llorar a mi Madre. Por tanto, te comprendo...

El fondo restriega contra el guijarral. Ello hace que la conversación se interrumpa, para permitir bajar de la barca. Ya no se ven las bajas colinas de Betsaida que casi se introducen en el lago; aquí hay una llanura rica en gramíneas que se extiende desde esta orilla, opuesta a Betsaida, hacia el Norte.

-¿Vamos a Merón? - pregunta Pedro.

-No. Cogemos este sendero que va por entre las tierras.

Los campos, hermosos y bien cuidados, muestran las espigas aún tiernas pero ya formadas. Todas a la misma altura y cimbreándose levemente por el viento fresco que viene del norte, parecen otro lago, pequeño, en que las velas son los árboles que esporádicamente se yerguen, llenos de trinos de pájaros.

-Estos campos no son como los de la parábola - observa el primo Santiago.

-¡No, sin duda! No han sido devastados por los pájaros, ni hay espinos ni piedras. ¡Hermoso trigo! Dentro de un mes ya estará dorado... y dentro de dos estará maduro para la hoz y el granero - dice Judas Iscariote.

-Maestro... Te recuerdo lo que has dicho en mi casa. Has hablado muy bien, pero yo empiezo ya a tener en la cabeza nubes desmadejadas como ésas del cielo... - dice Pedro.

-Esta noche te lo explicaré. Ahora tenemos ante nuestros ojos a Corazín.

Y Jesús mira fijamente al neodiscípulo diciendo: «A quien tiene se le da. El hecho de recibir no quita el mérito a la ofrenda. Llévame a vuestro sepulcro y a casa de tu madre.

El joven se arrodilla y besa entre lágrimas la mano de Jesús.

-Levántate. Vamos. Mi espíritu ha oído tu llanto. Quiero fortalecerte en el heroísmo con mi amor.

-Isaac el Adulto me había hablado de tu gran bondad. ¿Sabes qué Isaac, no? Aquel al que le curaste la hija. Ha sido el apóstol para mí. Pero veo que tu bondad es aún mayor de cuanto me habían referido.

-Iremos a saludar también al Adulto para darle las gracias por haberme dado un discípulo.

Llegan a Corazín. La primera casa es precisamente la de Isaac. El anciano, que está volviendo a casa, cuando ve al grupo de Jesús con los suyos, y entre ellos al joven de Corazín, levanta los brazos con su bastoncito en la mano. Se queda sin respiración, a boca abierta. Jesús sonríe y su sonrisa devuelve la voz al anciano.

-¡Dios te bendiga, Maestro! ¿A qué se debe este honor?

-Para decirte "gracias".

-¿Por qué motivo, Dios mío? Soy yo quien debe decirte esta palabra. Pasa, pasa. ¿Qué pena que mi hija esté lejos asistiendo a su suegra! Porque se ha casado, ¿sabes? Toda suerte de bendiciones tras el encuentro mío contigo. Ella, curada; inmediatamente después, ese rico pariente, que regresaba de lejos, viudo, con unos pequeñuelos necesitados de una madre... ¡Bueno, pero si ya te he contado estas cosas! ¡Mi cabeza es anciana también! Perdona.

-Tu cabeza es sabia, se olvida además de gloriarse del bien que hace por su Maestro. Olvidarse del bien realizado es sabiduría; demuestra humildad y confianza en Dios.

-Bueno... yo... no sabría...

-¿Acaso no tengo este discípulo por ti?

-Bueno, no he hecho nada; sólo, decir la verdad... Me alegro de que Elías esté contigo.

Y se vuelve hacia Elías y dice:

-Tu madre, pasado el primer momento de estupor, vio enjugado su llanto al saber que eras del Maestro. Tu padre tuvo un digno duelo. Se le ha enterrado hace poco.

-¿Y mi hermano?

-Guarda silencio... Ya sabes... Le ha sido un poco duro el no verte... Por el pueblo... Piensa todavía así...

El joven se vuelve hacia Jesús:

-Es lo que dijiste. Pero no quiero que esté muerto... Haz que venga a la vida como yo, y a tu servicio.

Los otros no entienden y miran con ademán de pregunta a Jesús, quien sólo responde:

-No pierdas la esperanza y persevera.

Luego bendice a Isaac y se marcha, a pesar de todas las presiones en contra. Se detienen primero a orar junto a la tumba cerrada. Luego, atravesando un majuelo aún semideshojado, se dirigen a la casa de Elías. El encuentro entre los dos hermanos es más bien circunspecto: el mayor se siente ofendido y lo quiere poner de manifiesto; el menor se siente humanamente culpable y no reacciona. Pero cuando aparece la madre - la cual, sin mediar palabra, se postra y besa el extremo del vestido de Jesús - el ambiente y los ánimos se calman; tanto, que quieren hacer los honores al Maestro.

Pero Jesús no acepta nada, limitándose a decir:

-Sean justos vuestros corazones recíprocamente, como justo era el hombre al que
lloráis. No deis impronta humana a lo sobrehumano: la muerte y la elección para una misión. El alma del justo no ha sufrido turbación al ver la ausencia del hijo en el entierro de su cadáver; es más, la seguridad sobre el futuro de su Elías le ha dado paz. No turbe el pensamiento del mundo la gracia de la elección. Si el mundo se ha podido quedar sorprendido al no ver a éste junto al féretro paterno, los ángeles han exultado al verlo al lado del Mesías. Sed justos. Y a ti, madre, que esto te consuele; has educado sabiamente y tu hijo ha sido llamado por la Sabiduría. Os bendigo a todos. La paz os acompañe ahora y siempre.

Vuelven al camino que los ha de llevar al río y después a Betsaida. El hombre, Elías, no ha perdido ni un instante en el umbral de la casa paterna; tras el beso de despedida a su madre ha seguido al Maestro con la sencillez con que un niño sigue a su verdadero padre.

## 180

## Controversia en la cocina de Pedro en Betsaida. Explicación de la parábola del sembrador. La noticia de la segunda captura de Juan el Bautista

Estamos de nuevo en la cocina de la casa de Pedro. La cena debe haber sido abundante, como se deduce de los platos con los restos de pescado y carne, de quesos, de diversos tipos de fruta seca - o pasa al menos -, de bollos de miel, amontonados sobre una especie de bazar que recuerda un poco a nuestros aparadores toscanos en que se amasa y conserva el pan; y de las ánforas y copas que están todavía encima de la mesa.

La mujer de Pedro debe haber hecho milagros para que su marido se sintiera contento, y debe haber estado trabajando todo la jornada. Ahora, cansada pero contenta, está en su rinconcillo mientras escucha lo que dice su marido y los demás; está mirando a su Simón, que para ella debe ser un gran hombre, aunque un poco exigente; cuando le oye hablar con palabras nuevas, con esa boca que antes no hablaba sino de barcas, redes, pescado y dinero, parpadea incluso, como deslumbrada por una luz demasiado intensa. Pedro esta noche, sea por la alegría de tener a su mesa a Jesús, sea por la alegría de la abundante comida consumida, está verdaderamente inspirado: se revela en él el futuro Pedro predicando a las muchedumbres.

No sé qué observación de uno de los compañeros ha originado la respuesta escultórica de Pedro:

-Les sucederá como a los constructores de la torre de Babel: su misma soberbia provocará la destrucción de sus teorías y morirán aplastados.

Andrés objeta a su hermano:

-Pero Dios es Misericordia. Impedirá que se derrumben para darles tiempo de arrepentirse.

-¡Que te crees tú eso! Coronarán su soberbia con la calumnia y la persecución. Ya lo veo venir. Nos perseguirán, cual testigos odiosos, para disgregarnos. Y, por su ataque insidioso contra la Verdad, Dios tomará venganza y perecerán.

-¿Tendremos la fuerza suficiente para resistir? - pregunta Tomás.

-Por mí mismo no la tendría, pero confío en Él - dice Pedro señalando al Maestro, el cual está escuchando y guarda silencio, con la cabeza un poco inclinada como para tener escondida la expresión de su rostro.

-.Yo pienso que Dios no nos someterá a pruebas superiores a nuestras fuerzas - dice Mateo.

-O que, cuando menos, aumentará las fuerzas proporcionalmente a la magnitud de las pruebas - concluye Santiago de Alfeo.

-Ya lo está haciendo. Yo era rico y poderoso. Si Dios no me hubiera querido conservar para un fin suyo, yo me habría hundido en la desesperación cuando estaba leproso y me perseguían. Me habría ensañado conmigo mismo... Y, sin embargo, en medio del abatimiento completo en que me encontraba, recibí de lo alto una riqueza nueva que nunca antes había poseído, la riqueza de una persuasión: "Dios existe". Antes... Dios... Sí... era creyente, era un fiel israelita... pero era una fe de formalismos. Y me parecía que el premio a esta fe fuera siempre inferior a mis virtudes. Me permitía polemizar con Dios porque me sentía todavía algo sobre la faz de la tierra. Simón Pedro tiene razón. Yo también estaba construyendo una torre de Babel con las autoalabanzas y las satisfacciones a mi yo. Cuando se me vino todo encima y quedé, como un gusano, aplastado por el peso de toda esta inutilidad humana, dejé de polemizar con Dios, para pasar a hacerlo conmigo mismo, con mi loco yo-mismo, y acabé

de demolerlo. Y, a medida que lo hacía, abriendo paso a lo que yo creo que es el Dios inmanente en nuestro ser de terrestres, obtenía una fuerza, una riqueza, nueva: la certeza de que no estaba solo y de que Dios velaba por el hombre vencido por el hombre y por el mal.

-¿Para ti qué es Dios; esto que has dicho: "el Dios inmanente en nuestro ser de terrestres”? ¿Qué quieres decir con eso? No te comprendo, y además me parece una herejía. A Dios lo conocemos a través de la Ley y los Profetas, y no hay otro Dios - dice un poco severo Judas Iscariote.

-Si aquí estuviera Juan, te lo diría mejor que yo. De todas formas, te lo diré como sé. Es verdad que a Dios lo conocemos a través de la Ley y los Profetas. Pero, ¿en qué lo conocemos?, ¿cómo?

Judas de Alfeo interviene inmediatamente:

-Poco y mal. Los Profetas que nos lo describieron... lo conocían; pero nosotros tenemos de Él la idea confusa filtrada a través de todo un montón de estorbos acumulados por las sectas...

-¿Sectas? ¿Qué palabras son ésas? Nosotros no tenemos sectas. Nosotros somos los hijos de la Ley... todos - dice Judas Iscariote, indignado y agresivo.

-Los hijos *de las leyes.* No de la Ley. Hay una ligera diferencia. Del singular al plural. Pero en realidad ello significa que ya no somos hijos de lo que Dios nos ha dado sino de lo que nosotros hemos creado - rebate Judas Tadeo.

-Las leyes han nacido de la Ley - dice Judas Iscariote.

-También las enfermedades nacen de nuestro cuerpo, y no me vas a decir ahora que son cosas buenas - replica Judas Tadeo.

-Bueno, dejadme saber lo que es el Dios inmanente de Simón Zelote.

Judas Iscariote, que no puede replicar a esta observación de Judas de Alfeo, trata de llevar de nuevo la cuestión al punto de partida.

Simón Zelote dice:

-Nuestros sentidos necesitan siempre un término para aferrar una idea. Cada uno de nosotros - me refiero a nosotros creyentes - cree, claro está, por la misma fe, en el Altísimo, Señor y Creador, eterno Dios que está en el Cielo. Pero todos necesitamos algo más que esta fe desnuda, virgen incorpórea, adecuada y suficiente para los ángeles, que ven y aman a Dios espiritualmente compartiendo con Él la naturaleza espiritual y teniendo la capacidad de ver a Dios. Nosotros necesitamos crearnos una "figura" de Dios, figura que está hecha de las cualidades esenciales que ponemos en Dios para dar un nombre a su perfección absoluta, infinita. Cuanto más se concentra el alma más alcanza la exactitud en el conocimiento de Dios. Pues bien, lo que yo digo es esto: el Dios inmanente. No soy un filósofo. Quizás haya aplicado mal la palabra. Lo que quiero decir, en definitiva, es que para mí el Dios inmanente es el hecho de sentir, de *percibir,* a Dios en nuestro espíritu, y sentirlo y percibirlo no ya como una idea abstracta sino como real presencia que da fortaleza y paz nuevas.

-De acuerdo. Pero, en definitiva, ¿cómo lo sentías? ¿Qué diferencia hay entre sentir por fe y sentir por inmanencia? - pregunta un poco irónico Judas Iscariote.

-Dios es seguridad, muchacho - interviene Pedro -. Cuando lo sientes como dice Simón, con esa palabra cuyo espíritu comprendo aunque no la entienda como tal palabra - y, créeme, nuestro mal consiste en entender sólo la letra y no el espíritu de las palabras de Dios -, quiere decir que logras aferrar no sólo el concepto de la majestad terrible sino de la paternidad dulcísima de Dios; quiere decir que sientes que, aunque todo el mundo te juzgara y condenara injustamente, Uno sólo, El, el Eterno, que te es padre, no te juzga sino que te absuelve y te consuela; quiere decir que sientes que, aunque todo el mundo te odiase, sentirías en ti la presencia de un amor más grande que todo el mundo; quiere decir que, segregado de los demás, en una cárcel o en un desierto, sentirías siempre que Uno te habla y te dice: "Sé santo para ser como tu Padre"; quiere decir que por el amor verdadero a este Padre Dios - que por fin uno llega a sentir tal - se acepta, se obra, se toma o se deja, sin medidas humanas, pensando sólo en devolver amor por amor, en copiar lo más posible a Dios en las propias acciones.

-¡Eres soberbio! ¡Copiar a Dios! No te es concedido - juzga Judas Iscariote.

-No es soberbia. El amor lleva a la obediencia. Copiar a Dios me parece también una forma de obediencia porque Dios dice que nos ha hecho a su imagen y semejanza - replica Pedro.

-Nos ha hecho. Nosotros no debemos ir más arriba.

-¡Mira chico, eres un desdichado si piensas así! Olvidas que caímos y que Dios nos quiere volver a elevar a lo que éramos.

Jesús toma la palabra:

-Más todavía, Pedro, Judas, y vosotros todos, más todavía. La perfección de Adán era susceptible de aumento mediante el amor que le habría conducido a una imagen progresivamente más exacta de su Creador. Adán, sin la mancha del pecado, habría sido un tersísimo espejo de Dios. Por esto digo: "Sed perfectos como perfecto es el Padre que está en los Cielos". Como el Padre, por tanto, como Dios. Pedro ha hablado muy bien, y Simón también. Os ruego que recordéis las palabras de ambos y que las apliquéis a vuestras almas.

Falta poco para que la mujer de Pedro se desmaye de la alegría de sentir alabar de este modo a su marido. Llora en su velo, serena y dichosa.

Pedro se pone tan colorado, que da la impresión de que le esté viniendo un ataque apopléjico. Permanece mudo durante unos momentos y luego dice:

-Bueno, pues entonces dame el premio. La parábola de esta mañana...

También los otros se unen a Pedro diciendo:

-Sí. Lo has prometido. Las parábolas sirven para hacer comprender la comparación, pero nosotros comprendemos que su espíritu supera la comparación.

-¿Por qué les hablas en parábolas?

-Porque a ellos no se les concede entender más de lo que explico. A vosotros se os tiene que dar mucho más, porque vosotros, mis apóstoles, debéis conocer el misterio; por tanto, se os concede entender los misterios del Reino de los Cielos. Por esto os digo: "Preguntad, si no comprendéis el espíritu de la parábola". Vosotros dais todo, y todo se os debe dar, para que a vuestra vez podáis dar todo. Vosotros dais todo a Dios: afectos, tiempo, intereses, libertad, vida. Y Dios os da todo, para compensaros y haceros capaces de dar todo en nombre de Dios a quienes vienen después de vosotros. De este modo, a quien ha dado le será dado, y con abundancia; pero, a quien sólo ha dado parcialmente o no ha dado en absoluto, le será incluso quitado lo que tenga.

Les hablo en parábolas para que viendo vean sólo lo que les ilumina su voluntad de seguir a Dios; para que oyendo - con la misma voluntad de adhesión - oigan y comprendan. ¡Vosotros veis! Muchos oyen mi palabra, pocos se adhieren a Dios; es incompleta la buena voluntad de sus espíritus. En ellos se cumple la profecía de Isaías: "Oiréis con los oídos pero no comprenderéis, miraréis con los ojos pero no veréis". Porque este pueblo tiene un corazón insensible; sus oídos son duros y han cerrado los ojos para no oír y para no ver, para no comprender con el corazón y no convertirse para que los cure. ¡Pero, dichosos vosotros por vuestros ojos que ven, por vuestros oídos que oyen, por vuestra buena voluntad!

En verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis y no lo vieron y oír lo que vosotros oís pero no lo oyeron. Se consumieron en el deseo de comprender el misterio de las palabras, pero, apagada la luz de la profecía, las palabras permanecieron como carbones apagados, incluso para el santo que las había recibido.

Sólo Dios se devela a sí mismo. Cuando su luz se retira, terminada su intención de iluminar el misterio, la incapacidad de comprender envuelve - como las vendas de una momia - la regia verdad de la palabra recibida. Por esto te he dicho esta mañana: "Un día volverás a encontrar todo lo que te he dado". Ahora no puedes retenerlo. Pero tiempo llegará en que recibirás la luz, no sólo por un instante sino en un inseparable desposorio del Espíritu eterno con el tuyo, por lo que será infalible tu magisterio respecto a las cosas del Reino de Dios. Y, como en ti, en tus sucesores, si *viven de Dios como su único pan.*

*(Si viven de Dios como su único pan:* es una condición puesta a la infalibilidad pontificia. Tal condición debió provocar una objeción por parte del Padre Migliorini, sacerdote que revisaba y escribía a máquina los escritos de María Valtorta, quien le especificó la nota aclaratoria de Jesús al respecto: *"Es cierto que la existencia de la infalibilidad papal en cosas de espíritu, en cualquier Vicario mío, prescindiendo de su forma de vida y posesión de virtud, es verdad definida. Pero es también cierto que no podréis encontrar un dogma definido y proclamado por Papas privados - notoriamente o no - de mi Gracia. El alma privada de la Gracia no puede tener como amigo al Espíritu Santo. [...] Descansad, por tanto, en esta certeza: que los dogmas son verdaderos, que la infalibilidad existe, porque Yo no concedo dogmas a quien no lo mereciera. Y esto estaba incluido en la frase que ha suscitado la objeción".*

E1 mismo concepto está presente en las palabras de Jesús al apóstol Santiago de Alfeo: *Dios dará la Luz según los grados que tengáis. Dios no os dejará sin la Luz, a menos que la Gracia no quede apagada en vosotros por el pecado")*

Escuchad ahora el espíritu de la parábola.

Tenemos cuatro tipos de campos: los fértiles, los espinosos, los pedregosos y los que están llenos de senderos. Tenemos también cuatro tipos de espíritus.

Por una parte, están los espíritus honestos, los espíritus de buena voluntad, preparados por esta misma buena voluntad y por la obra buena de un apóstol, de un "verdadero" apóstol. Porque hay apóstoles que tienen el nombre pero no el espíritu de apóstoles: su efecto sobre las voluntades que se están formando es más mortífero que los propios pájaros, espinos y piedras; con sus intransigencias, prisas, reprensiones y amenazas, trastocan todo, de tal forma, que alejan para siempre de Dios. Hay otros que, al contrario, por regar continuamente benevolencia desfasada, ajan la semilla en un terreno demasiado blando. Enervan, con su enervamiento, las almas que están bajo su custodia. Mas refirámonos a los verdaderos apóstoles, es decir, a los espejos límpidos de Dios: son paternos, misericordiosos, pacientes, y, al mismo tiempo, fuertes como su Señor. Pues bien, los espíritus preparados por éstos y por la propia voluntad se pueden comparar a los campos fértiles, exentos de piedras y zarzas, limpios de malas hierbas y cizaña; en ellos prospera la palabra de Dios; cada palabra - una semilla - produce una macolla y luego espigas maduras, y da en unos casos el cien, en otros el sesenta, en otros el treinta por ciento. ¿Entre los que me siguen hay de éstos? Sin duda. Y serán santos. Los hay de todas las castas, de todos los países, incluso gentiles hay (que darán también el cien por ciento por su buena voluntad; por ella únicamente, o también, además de por ella, por la de un apóstol o discípulo que me los prepara).

Los campos espinosos son aquellos en que la indolencia ha dejado penetrar espinosas marañas de intereses personales que ahogan la buena semilla. Es necesaria siempre una vigilancia sobre uno mismo; siempre, siempre... Nunca decir: "¡Ya estoy formado, he recibido ya la semilla, puedo estar tranquilo porque daré semilla de vida eterna!". Es necesaria siempre una vigilancia: la lucha entre el Bien y el Mal es continua. ¿Alguna vez os habéis parado a observar una colonia de hormigas que se establece en una casa? Ya se las ve junto al hogar. La mujer ya no vuelve a dejar alimentos allí sino que los pone encima de la mesa; mas el olfato de las hormigas examina el aire y asaltan la mesa. La mujer pone los alimentos en el aparador, pero ellas pasan adentro a través de la cerradura. Entonces la mujer cuelga del techo esos alimentos, pero las hormigas recorren un largo camino por paredes y viguetas, bajan por la cuerda y comen. Entonces la mujer las quema, las envenena... y se queda tranquila creyendo que las ha destruido. ¡Ah, si no vigila, qué sorpresa! Ya salen las otras nuevas que han nacido... y vuelta a empezar. Esto durante el tiempo que dura la vida. Es necesario vigilarse para extirpar las plantas malas desde el primer momento en que aparecen; si no, harán un techo de zarzas y ahogarán el trigo. Los cuidados mundanos, el engaño de las riquezas, crean la maraña, ahogan la planta de la semilla de Dios y no dejan que llegue a hacerse espiga.

¿Y las tierras pedregosas?... ¡Cuántas hay en Israel!... Son las que pertenecen a los "hijos de las leyes" como muy acertadamente ha dicho mi hermano Judas. Estas tierras no tienen la piedra única del Testimonio; no, la piedra de la Ley, sino el pedregal de las pequeñas, pobres, humanas leyes creadas por los hombres; muchas, tantas, que con su peso han reducido a lascas incluso la piedra de la Ley. Se trata de un deterioro que impide completamente la radicación de las semillas. La raíz no

tiene ya alimento. No hay tierra, no hay sustancia. El agua, estancándose sobre el suelo de piedras, pudre; el sol se pone al rojo en esas piedras y quema las plantas tiernas. Son los espíritus de los que en lugar de la sencilla doctrina de Dios ponen complicadas doctrinas humanas. Reciben mi palabra hasta incluso con alegría; momentáneamente se sienten impresionados y seducidos por ella; pero luego... Sería necesario tener el heroísmo de trabajar duro para limpiar el campo, el espíritu y la mente de todo el pedregal de los oradores vacíos. Entonces la semilla echaría raíz y se haría una fuerte macolla. Sin embargo, así no es nada. Es suficiente un temor a represalias humanas, es suficiente la reflexión: "¿Y luego?, ¿qué respuesta voy a recibir de los poderosos?", para que la pobre semilla, carente de alimento, languidezca. Es suficiente con que todo el pedregal se remueva con el sonido vano de los centenares de preceptos que han reemplazado al Precepto, para que el hombre perezca con la semilla recibida... Israel está lleno de ello. Esto explica por qué el ir a Dios está en razón inversa del poder humano.

Por último, las tierras surcadas de caminos, polvorientas, desnudas. Las de los mundanos, las de los egoístas. Su comodidad es su ley; su fin, gozar. No trabajar, sino vivir en la indolencia, reír, comer... En ellos reina el espíritu del mundo. El polvo de la mundanidad recubre el terreno y éste se hace arenoso. Los pájaros, o sea, el producto de su molicie, se lanzan hacia esos mil senderos que han sido abiertos para hacer más fácil la vida; luego el espíritu del mundo, o sea, el Maligno, picotea y destruye todas las semillas caídas en este terreno abierto a toda sensualidad y ligereza.

¿Habéis comprendido? ¿Tenéis algo más que preguntar? ¿No? Pues entonces podemos retirarnos a descansar para salir mañana para Cafarnaúm. Tengo que visitar todavía un lugar antes de emprender el viaje hacia Jerusalén para la Pascua.

-¿Vamos a pasar otra vez por Arimatea? - pregunta Judas Iscariote.

-No es seguro. Según que los...

Llaman enérgicamente a la puerta.

-¿Quién podrá ser a esta hora? - dice Pedro levantándose para ir a abrir.

.. Son las

Se presenta Juan. Agitado, lleno de polvo, con claros signos de llanto en su rostro.

-¿Tú aquí? - gritan todos - ¿Pero qué ha pasado?

Jesús, que se ha puesto en pie, se limita a decir:

-¿Dónde está mi Madre?

Juan, dando unos pasos y yendo a arrodillarse a los pies de su Maestro, tendiendo los brazos hacia delante como pidiendo ayuda, dice:

-Tu Madre está bien, pero llorando como yo, como muchos otros, y te ruega que no vayas donde Ella siguiendo el curso del Jordán por la parte nuestra. Me ha hecho regresar por este motivo, porque... porque Juan, tu primo, ha sido apresado...

Y Juan llora mientras entre los presentes se forma un gran alboroto.

Jesús se pone muy pálido, pero no se agita; solamente dice:

-Levántate y habla.

-Iba hacia abajo con la Madre y las mujeres. También estaban con nosotros Isaac y Timoneo. Tres mujeres y tres hombres. Cumplí tu orden de conducir a María donde Juan... ¡Ah, sabías que era el último adiós... que debía ser el último adiós!... La tormenta de hace unos días nos obligó a detenernos unas horas, pocas pero suficientes para que Juan no pudiera ya ver a María... Llegamos a la hora sexta. Él había sido capturado en la hora del galicinio...

-¿Dónde? ¿Cómo? ¿Quién? ¿En su cueva?». Todos preguntan, todos quieren saber.

Lo han traicionado... ¡El que lo ha hecho ha usado tu Nombre para traicionarlo!

-¡Qué horror! ¿Quién habrá sido? - gritan todos.

Juan, estremeciéndose, manifestando levemente este horror que ni siquiera el aire debería oír, declara:

-Un discípulo suyo...

El alboroto se hace máximo: quién maldice, quién llora, quién está estupefacto, como estatuario.

Juan se echa al cuello de Jesús y grita:

-¡Tengo miedo por ti!, ¡por ti!, ¡por ti! Los traidores acompañan a los santos y por oro se venden, por oro y por miedo a los poderosos, por sed de premio, por... por obediencia a Satanás. ¡Por mil cosas!, ¡por mil! ¡Oh! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué dolor! ¡Mi primer maestro! ¡Mi Juan! ¡Tú me has si-do dado por él!

-¡Tranquilo! ¡Tranquilo! No me sucederá nada por ahora.

-¿Y después? ¿Y después? Me miro... miro a éstos... tengo miedo de todos, incluso de mí mismo. Estará entre nosotros tu traidor...

-¿Pero estás loco? ¡Lo haríamos trizas! - grita Pedro.

Y Judas Iscariote:

-¡Loco de verdad! No seré yo jamás ése. Pero, si me sintiera debilitado hasta el punto de poderlo ser, me quitaría la vida: sería mejor que ser deicida.

Jesús se libera del abrazo de Juan y zarandea rudamente a Judas Iscariote, diciendo: --

-¡No blasfemes! Nada te podrá debilitar, si tú ***no quieres.*** Y si así sucediera, llora, y no cometas otro delito además del deicidio. Se hace débil quien, motu propio, se vacía de Dios.

Luego vuelve donde Juan, que está llorando con la cabeza apoyada sobre la mesa, y dice:

-Habla con orden. Yo también estoy sufriendo. Era mi propia sangre, y además mi Precursor.

-Sólo he visto a los discípulos, a una parte de ellos, consternados y enfurecidos contra el traidor; los otros habían acompañado a Juan hacia la prisión para estar junto a él en la hora de la muerte.

-Pero todavía no ha muerto... La otra vez pudo huir - dice Simón Zelote, que estima mucho a Juan, queriendo consolar.

-No ha muerto todavía, pero morirá - responde Juan.

-Sí. Morirá. Él lo sabe y Yo también. Nada ni nadie lo salvará esta vez. ¿Cuándo? No lo sé. Sé que no saldrá vivo de las manos de Herodes.

-Sí, de Herodes. Escucha. Juan fue hacia esa hoz por donde pasamos también nosotros regresando a Galilea, entre el Ebal y el Garizim, porque el traidor le había dicho: "El Mesías ha sido agredido por unos enemigos y está muriendo. Quiere verte para confiarte un secreto". Y Juan fue, con el traidor y con algún otro. Acechaban en la hoz los soldados de Herodes, y lo prendieron. Los otros huyeron y llevaron la noticia a los discípulos que se habían quedado cerca de Enón. Acababan de llegar, cuando me presenté yo con la Madre. Lo que es horrible es que era uno de nuestras ciudades... y que a la cabeza del complot preparado para apresarlo estaban los fariseos de Cafarnaúm. Habían ido a verlo diciendo que Tú habías estado en su casa y que de allí partías para Judea... No habría abandonado su refugio sino por ti...

Un silencio de tumba sigue a la narración de Juan. Jesús parece desangrado, con los ojos de un color azul oscurísimo y como empañados. Tiene la cabeza agachada, la mano - recorrida por un ligero temblor - en el hombro de Juan. Ninguno se atreve a hablar.

Jesús rompe el silencio:

-Iremos a Judea por otro camino. Pero mañana tengo que ir a Cafarnaúm. Lo antes posible. Descansad. Voy a subir por entre los olivos. Necesito estar solo.

Y sale sin decir nada más.

-Sin duda va allí a llorar - musita Santiago de Alfeo - Sigámoslo, hermano - dice Judas Tadeo.

-No. Dejadlo llorar. Vayamos sólo a la escucha, caminando despacio, porque temo asechanzas por todas partes - responde el Zelote.

-Sí. Vamos. Los pescadores, siguiendo la orilla; así, si alguien viene por el lago lo veremos; y vosotros por los olivos. Estará, sin duda, en su sitio de costumbre, junto al nogal. A1 alba prepararemos las barcas para salir temprano. ¡Esas serpientes! ¡Ya lo decía yo! Pe-ro... ¡di, muchacho!, ¡la Madre está verdaderamente a salvo?

-¡Sí, sí; se han quedado con Ella también los pastores discípulos de Juan! ¡Andrés... no volveremos a ver a nuestro Juan!

-¡Calla! ¡Calla! Me parece el canto del cuco... Uno precede al otro y...y...

-¡Por el Arca santa! ¡Callad! ¡Si seguís hablando de desgracias respecto al Maestro, empiezo por vosotros a haceros probar el sabor de mi remo en los lomos! - grita Pedro enfurecido - Vosotros - dice luego a los que van a estar entre los olivos - coged garrotes, ramas gordas... allí hay, en la leñera; diseminaos armados. El primero que se acerque a Jesús para causarle daño es hombre muerto.

-¡Discípulos! ¡Discípulos! ¡Hay que ser cautos con los nuevos! - exclama Felipe.

El nuevo discípulo se siente herido y pregunta:

-¿Dudas de mí? Él me ha elegido y me ha llamado.

-No lo digo de ti. Lo digo de los que son escribas y fariseos y de sus adoradores. De ahí vendrá la ruina, creedlo.

Salen y se diseminan, o en las barcas o entre los olivos de las colinas, y todo termina.

## 181

## La parábola del trigo y la cizaña

Una aurora clara aljofara el lago y envuelve las colinas en niebla, ligera como velo de muselina, tras la cual se ven más graciosos los olivos y nogales y las casas y las cimas de los pueblos ribereños. Las barcas se deslizan serenas, silenciosas, en dirección a Cafarnaúm. Pero, en un momento dado, Pedro gira la caña del timón; tan bruscamente, que la barca se ladea.

-¿Qué haces? - dice Andrés.

-Allí hay una barca de uno de esos avestruces. Está saliendo de Cafarnaúm. Tengo buenos ojos, y, desde ayer noche, olfato de perro rastrero. No quiero que nos vean. Vuelvo al río. Iremos a pie.

La otra barca ha hecho la misma maniobra, pero Santiago, que va al timón, pregunta a Pedro:

-¿Por qué haces esto?

-Ya te lo diré. Ven detrás de mí.

Jesús, que está sentado en la popa, vuelve de su ensimismamiento ya casi a la altura del Jordán.

-Pero ¿qué haces, Simón? - pregunta.

-Bajamos aquí. Hay un chacal merodeando. No podemos ir a Cafarnaúm hoy. Primero voy yo a ver el ambiente; yo con Simón y Natanael. Tres personas dignas contra tres indignas... si es que no son más las indignas.

-¡No veas ahora asechanzas por todas partes! ¿No es la barca de Simón el fariseo?

-Sí, justamente ésa.

-No estaba cuando la captura de Juan.

-No sé nada.

-Siempre es respetuoso conmigo.

-No sé nada.

-Me haces aparecer como una persona que huye.

-No sé nada.

A pesar de que Jesús no tenga ganas de reír, debe por fuerza sonreír ante la santa testarudez de Pedro.

-Pero tendremos que ir a Cafarnaúm, ¿no?! Si no es hoy, será en otro momento...

-Ya te he dicho que voy antes yo y veo cómo está el ambiente, y... si es necesario... sí, lo haré también... será un malísimo trago... pero lo haré por amor a ti... Iré... iré donde el centurión a solicitar protección...

-¡No, hombre, no hace falta!

La barca se detiene en la pequeña playa desierta que está en el lado opuesto a Betsaida. Bajan todos.

-Venid vosotros dos. Tú también, Felipe. Los jóvenes quedaos aquí. Tardaremos poco.

El neodiscípulo Elías suplica:

-Ven a mi casa, Maestro. Para mí sería un motivo de gran alegría que te hospedases en ella...

-Voy a tu casa. Simón, nos encontraremos en casa de Elías. Adiós, Simón. Ve, pero sé bueno, prudente y misericordioso. Ven, que quiero besarte y bendecirte.

Pedro no da seguridad de que será bueno, ni paciente ni misericordioso; se limita a guardar silencio. Se besan recíprocamente. Es el mismo gesto de saludo de Jesús con el Zelote, Bartolomé y Felipe. Y las dos comitivas se separan ya, tomando direcciones opuestas.

Entran en Corazín en pleno día, terminada ya la aurora. No hay tallito que no brille con gemas de rocío. Los pájaros cantan por todas partes. El aire es puro, fresco: parece saber incluso a leche, a una leche más vegetal que animal. Y hay olor a cereales formándose dentro de las espigas, a almendros cargados de frutos... un olor ya experimentado por mí en las frescas mañanas en los óptimos campos de la llanura paduana.

Llegan pronto a casa de Elías. Pero ya muchos en Corazín saben que ha llegado el Maestro, y, cuando Jesús está para atravesar el umbral, una madre acude gritando:

-Jesús, Hijo de David, piedad de mi hijita!

Lleva en brazos a una niña de unos diez años, cérea y flaquísima (más que cérea, amarillenta).

-¿Qué le pasa a tu hija?

-Tiene fiebres. Se las ha cogido pastoreando por la ribera del Jordán. Porque somos los pastores de un hombre rico. Su padre me ha llamado para que acompañara a la niña, que estaba enferma. Él ha vuelto a los montes. Pero, como sabes, con esta enfermedad no se puede subir a lugares elevados. Y no puedo quedarme aquí. El amo me lo ha permitido hasta ahora. Pero yo estoy encargada de esquilar a las ovejas y de ayudar en los partos. Llega el tiempo de nuestra labor, la de los pastores. Si me quedo, nos despedirán o estaremos divididos; veré morir a mi hija, si subo al Hermón.

-¿Tienes fe en que puedo hacerlo?

-Hablé con Daniel, pastor de Eliseo. Me dijo: "Nuestro Niño cura todos los males. Ve al Mesías". Desde más allá de Merón vengo con ésta en brazos, buscándote a ti. Y habría seguido caminando hasta encontrarte...

-No camines más, sino para regresar a casa, al trabajo sereno. Tu hija está curada porque Yo lo quiero. Ve en paz.

La mujer mira a su hija y a Jesús. Quizás espera ver que instantáneamente la niña engorde de nuevo y recupere el color. Ésta también mira al rostro de Jesús, con ojos como platos, aunque cansados, y sonríe.

-No temas, mujer. No te estoy engañando. La fiebre ha desaparecido para siempre. Según vayan pasando los días, la niña recuperará su lozanía. Déjala que camine, no se tambaleará ya, ni sentirá cansancio.

La madre deja en el suelo a la niña, la cual se tiene bien derecha y sonríe cada vez más contenta, y acaba gorjeando con su voz argentina:

-¡Bendice al Señor, mamá! ¡Siento que estoy perfectamente sana! - y con sencillez de pastorcita y de niña se lanza al cuello de Jesús y lo besa. La madre, reservada como la edad enseña, se prosterna y besa el vestido bendiciendo al Señor.

-Marchaos. Recordad el beneficio que habéis recibido del Señor y sed buenas. La paz esté con vosotras.

En esto, la gente ya se ha agolpado en el huertecillo de la casa de Elías, ya reclama la palabra del Maestro. Y Jesús cede, a pesar de que no tenga muchas ganas de hacerlo, entristecido como está por la captura del Bautista y por el modo en que se ha producido, y empieza a hablar bajo la sombra de los árboles.

Durando todavía este hermoso tiempo de cereales que espigan, quisiera proponeros una parábola tomada de ellos. Escuchad.

El Reino de los Cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero, mientras el hombre y sus siervos dormían, vino su enemigo y esparció semilla de cizaña en los surcos, y se fue. Nadie al principio se dio cuenta de nada. Llegó el invierno y con él las lluvias y escarchas; llegó el final de Tébet y brotó el trigo: un verde tierno de hojitas apenas despuntadas; parecían todas iguales en su inocente infancia. Llegó Sabat y luego Adar y se formaron las plantas y luego granaron las espigas. Entonces se vio que el verde no era todo de trigo, sino que también había cizaña, y bien enroscada a los tallitos del trigo con sus zarcillos finos y tenaces.

Los siervos del amo fueron a su casa y dijeron:

-Señor, ¿qué semilla has sembrado? ¿No era simiente selecta, sin semilla alguna que no fuera de trigo?

-Claro que lo era. He elegido los granos, todos de igual formación: me hubiera dado cuenta, si hubiera habido otras semillas.

-¿Y entonces, cómo es que ha nacido tanta cizaña entre tu trigo?

El patrono pensó y respondió:

-Algún enemigo mío me ha hecho esto para perjudicarme.

Los siervos preguntaron entonces:

-¿Quieres que recorramos los surcos y, con paciencia, arranquemos la cizaña para liberar las espigas? Mándalo y lo haremos.

Pero el patrono respondió:

-No. A1 hacerlo, podríais extirpar también el trigo y, casi seguro, dañar las espigas, que están aún tiernas. Dejad que estén juntos ambos hasta la siega; entonces diré a los segadores: “Segad todo junto. Antes de atar las gavillas, ahora que los

zarcillos de la cizaña al secarse se han hecho friables, y, por el contrario, las apretadas espigas están más fuertes y duras, separad del trigo la cizaña y haced con ella haces aparte; después los quemaréis: servirán de abono para el terreno. Pero el buen trigo llevadlo a los graneros: servirá para hacer un excelente pan, con bochorno para mi enemigo, que lo único que habrá ganado será resultar abyecto a Dios por su odio'".

Ahora reflexionad en vuestro interior acerca de lo frecuente y numerosa que es la siembra del Enemigo en vuestros corazones. Comprended, pues, cuán necesario es vigilar con paciencia y constancia para que poca cizaña se mezcle con el trigo seleccionado. El destino de la cizaña es arder. ¿Queréis arder o llegar a ser ciudadanos del Reino? Decís que queréis ser ciudadanos del Reino. Pues sabedlo ser. El buen Dios os da la Palabra. El Enemigo vigila para transformarla en nociva, porque harina de trigo mezclada con harina de cizaña da pan amargo, nocivo para el vientre. Si tenéis cizaña en vuestra alma, sabed con vuestra buena voluntad separarla, para arrojarla fuera y no ser indignos de Dios.

-Podéis iros, hijos. La paz sea con vosotros.

La gente va despejando el lugar lentamente. A1 final, en el huerto no quedan sino los ocho apóstoles, Elías, el hermano y la madre de éste y el anciano Isaac, que apacienta su alma mirando de hito en hito a su Salvador.

-Venid aquí, en torno a mí, y escuchad. Os voy a explicar el sentido completo de esta parábola, que tiene otros dos aspectos además del que he dicho a la muchedumbre.

En el sentido universal, la parábola tiene esta aplicación: el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del Reino de Dios, sembrados por Dios en el mundo en espera de que alcancen su máximo desarrollo y sean cortados por la Guadaña, y los lleven al Amo del mundo para que los almacene en sus graneros; la cizaña son los hijos del Maligno, esparcidos a su vez por el campo de Dios con la intención de causar dolor al Amo del mundo y de perjudicar a las espigas de Dios - el Enemigo de Dios, por un sortilegio, los ha sembrado de propósito (porque verdaderamente el Diablo desnaturaliza al hombre hasta hacer de éste una criatura suya, y siembra la cizaña para apartar de la recta vía a los que no ha podido someter de otra manera)-; la siega, o, más exactamente, la formación de las gavillas y su transporte a los graneros, es el fin del mundo, y quienes la llevan a cabo son los ángeles: a ellos les ha sido encargado reunir a las segadas criaturas, y separar el trigo de la cizaña; y, de la misma forma que ésta es arrojada a las llamas en la parábola, así serán arrojados al fuego eterno los condenados, en el Ultimo Juicio.

El Hijo del hombre ordenará eliminar de su Reino a todos los que hayan cometido escándalos y a los inicuos. Porque el Reino estará en la tierra y en el Cielo y entre los miembros del Reino de la tierra habrá, mezclados, muchos hijos del Enemigo, los cuales, como dijeron también los Profetas, alcanzarán la perfección del escándalo y de la abominación en cada uno de los ministerios de la tierra y atormentarán gravemente a los hijos del espíritu. Del Reino de Dios, de los Cielos, ya habrán sido alejados los pervertidos, porque en el Cielo no cabe corrupción. Así pues, los ángeles del Señor, batiendo la hoz por entre las hileras de la última cosecha, segarán y luego separarán el trigo de la cizaña; ésta será arrojada al horno ardiente, donde habrá llanto y rechinar de dientes; los justos - el trigo selecto -, sin embargo, serán conducidos a la Jerusalén eterna, donde brillarán como soles en el Reino del Padre mío y vuestro.

Esto en el sentido universal. Pero, para vosotros, hay otro sentido más, que responde a las preguntas que en distintas ocasiones, especialmente desde ayer noche, os estáis haciendo. Vosotros os preguntáis: ¿Pero, entonces, entre la masa de los discípulos puede haber traidores?", y se estremece vuestro interior de horror y turbación. Pues bien, puede haberlos; es más, los hay.

El Sembrador esparce la buena semilla. En este caso, más que "esparcir" se podría decir: "coge", porque el maestro, sea Yo o sea Juan el Bautista, había elegido a sus discípulos. ¿Cómo es que, entonces, se han pervertido? No, no, digo mal llamando "semilla" a los discípulos; podríais entenderlo mal; diré "campo". Cada discípulo es un campo, elegido por el maestro para constituir el área del Reino de Dios, los bienes de Dios. A ellos dedica el maestro su esfuerzo para cultivarlos y que den todo el fruto. Todos los cuidados, todos; con paciencia, amor, sabiduría, esfuerzo, constancia; ve también sus tendencias malas, sus sequedades y avideces, obcecaciones y debilidades. Y espera, siempre espera, corroborando su esperanza con la oración y la penitencia, porque quiere llevarlos a la perfección.

Pero las parcelas de terreno están abiertas; no son un jardín cerrado, amurallado, cuyo patrono sea sólo el maestro y en las cuales pueda entrar sólo él. Están abiertas. Puestas en el centro del mundo, en medio del mundo; todos se pueden acercar y entrar en ellas. Todos y todo. ¿No es la cizaña la única mala semilla sembrada! La cizaña podría ser símbolo de la ligereza amarga del espíritu del mundo. No, en estos campos nacen, arrojadas por el Enemigo, todas las otras semillas: ortigas, esteba, cuscuta, convólvulos, cicuta y otras plantas venenosas. ¿Por qué? ¿Qué son?

Las ortigas son los espíritus punzantes, indomables, que hieren por exceso de veneno y causan mucho malestar. La esteba son los parásitos, que agotan al maestro sin saber hacer cosa alguna que no Sea arrastrarse y chupar, gozando del trabajo de éste y perjudicando a los que ponen su mejor voluntad, que verdaderamente sacarían mayor provecho si el maestro no se viera turbado y distraído por las atenciones que exige la esteba. Los convólvulos ociosos que no se levantan del suelo si no es aprovechándose de los demás. Las cuscutas son tormento en el camino ya de por sí penoso del maestro, tormento también para los discípulos fieles que le siguen; son como garfios, se hincan, desgarran, arañan, introducen desconfianza y sufrimiento. Las plantas venenosas representan a los delincuentes entre los demás discípulos, aquellos que incluso traicionan o matan, como la cicuta y otras plantas tóxicas. ¿Habéis visto alguna vez qué bonitas son, con sus florecillas que se transforman en bolitas blancas, rojas, o de color cerúleo-violeta? ¿Quién puede pensar que esa corola estelar, cándida o apenas rosada, con su corazoncito de oro... quién puede pensar que esos corales multicolores, tan semejantes a otros tantos pequeños frutos - delicia de pájaros y niños -, pueden, una vez maduros, ocasionar la muerte? Nadie. Y los inocentes caen en la trampa: creen que todos son buenos como ellos, los cogen... y mueren.

¡Creen que todos son buenos como ellos! ¡Oh, qué verdad que sublima al maestro y condena a quien lo traiciona! ¿Cómo? ¿La bondad no desarma?, ¡no hace inocua a la mala voluntad? No, no la hace inocua porque el hombre que ha caído en manos del Enemigo es in-sensible a todo lo superior, y cualquier cosa superior, para él, cambia de aspecto: la bondad será

entonces debilidad que puede ser lícitamente pisoteada, y agudiza su mala voluntad, como el olor de la sangre agudiza en una fiera el deseo de degollar. También el maestro es siempre inocente... y deja que el traidor lo envenene, porque no quiere, y no puede dejar pensar a los otros que un hombre pueda llegar a matar a un inocente.

En los campos del maestro (los discípulos) penetran los enemigos, que son muchos (el primero, Satanás; los otros, sus siervos, o sea, los hombres, las pasiones, el mundo y la carne). El discípulo más vulnerable frente a aquéllos es el que no está *enteramente* con su maestro, sino a caballo entre el maestro y el mundo. No sabe, no quiere separarse enteramente de lo que constituye mundo, carne, pasiones y demonio, para ser enteramente de aquel que a Dios lo lleva. Sobre éste esparcen sus semillas el mundo y la carne, las pasiones y el demonio. Oro, poder, mujer, orgullo, miedo a un juicio negativo del mundo, espíritu de utilitarismo: "Los grandes son los más fuertes. Los sirvo para tener su amistad"... ¡Y uno se hace un delincuente, se condena, por estas míseras cosas!...

¡Por qué el maestro, viendo la imperfección de su discípulo - si bien no quiere rendirse ante el pensamiento de que será su asesino -, no le cercena inmediatamente de sus filas? Esta es la pregunta que os hacéis.

La respuesta es: *"Porque hacerlo sería inútil".* Haciéndolo no lo suprimiría como enemigo; antes al contrario, su enemistad se duplicaría y se haría más diligente, por la rabia de haber sido descubierto o el dolor de haber sido expulsado. Dolor, sí, porque a veces el discípulo malo no se da cuenta de que lo es; tan sutil es la obra demoníaca que no la advierte (viene a ser poseído por el demonio sin sospechar que está siendo sometido a esta operación). Rabia, sí, rabia por haber sido conocido en lo que es; esto sucede cuando no es inconsciente de la operación de Satanás y sus adeptos (los hombres que tientan al débil en sus debilidades para quitar del mundo al santo que ofende sus maldades con el contraste de su bondad).

Y entonces el santo ora y se abandona en Dios: "hágase lo que permites que se haga", dice, añadiendo sólo la cláusula: "si sirve para tu finalidad". El santo sabe que ha de llegar la hora en que serán separadas de sus espigas las malas plantas de cizaña. ¿Y quién lo hará? Dios mismo, que no permite más de cuanto es útil para la victoria de su voluntad de amor.

-Pero si admites que siempre son Satanás y sus adeptos... me parece que disminuye la responsabilidad del discípulo - dice Mateo.

-No lo creas. Si el Mal existe, también existe el Bien, y en el hombre existe el discernimiento y con éste la libertad.

-Dices que Dios no permite más de cuanto es útil al triunfo de su voluntad de amor. Por tanto, este error incluso es útil, si lo permite, y sirve para que triunfe la voluntad divina- dice Judas Iscariote.

-Con lo cual arguyes, como Mateo, que ello justifica el delito del discípulo.

(*Dios no permite más de cuanto es útil al triunfo de su voluntad de amor. Si bien Dios permite que el hombre lleve a cabo lo que voluntariamente elige realizar- y ello es para depurarlo y confirmarlo en gracia, o juzgarlo merecedor de castigo - la culpabilidad del hombre no se ve disminuida por ningún motivo. Porque, si bien es verdad que el hombre, bajo el impulso de Dios o el impulso de Satanás, puede hacer el bien o el mal, no es menos cierto que sólo Dios debería ser seguido, en sus incitaciones de amor, por el hombre, que de El ha recibido todos aquellos dones naturales, morales y sobrenaturales, capaces de hacer de él un hijo de Dios heredero dei. Cielo)*

Dios había creado al león exento de saña y a la serpiente sin veneno; ahora el primero es feroz y la segunda venenosa. Pero Dios, por este motivo, los ha separado del hombre. Medita en esto y aplica apropiadamente. Vamos a la casa. El sol ya es intenso, demasiado; como si estuviera para venir una tormenta; y estáis cansados por la noche pasada sin dormir.

-La habitación alta de la casa es amplia y fresca. Podréis descansar - dice Elías.

Suben por la escalera exterior. Pero sólo los apóstoles se echan sobre las esteras para descansar; Jesús sale a la terraza, sombreada en un ángulo, bajo un altísimo roble, y se sumerge en sus pensamientos.

## 182

## Palabras a algunos pastores con el huerfanito Zacarías

Pedro no vuelve hasta la mañana siguiente. El regreso es más sereno que la partida, porque no ha encontrado sino buena acogida en Cafarnaúm, y en la ciudad ya no están ni Elí ni Joaquín.

-Deben ser ellos los del complot – dice Pedro - He preguntado a unos amigos que cuándo se habían marchado, y he comprendido que habían ido a visitar al Bautista como penitentes y no habían vuelto; y creo que no volverán tan pronto, ahora que he dicho que estaban presentes durante el arresto... Ha producido revuelo este arresto del Bautista... Y me las ingeniaré para que lo sepan hasta los mosquitos... Es nuestra mejor arma. He visto también al fariseo Simón... Bueno... si es como se me ha presentado, su actitud me parece buena. Me dijo, remarcando las palabras: "Aconséjale al Maestro que no siga el curso del Jordán por el valle occidental. Es más segura la otra parte". Y terminó: "Yo no te he visto, no he hablado contigo. Recuérdalo. Obra en consecuencia, por el bien mío, tuyo y de todos. Di al Maestro que soy amigo suyo", y miraba hacia arriba, como si estuviera hablándole al viento. Siempre - incluso cuando hacen cosas buenas - son falsos y... y... bueno, digo "extraños" para que no me reprendas. Eso sí... fui a dar un toquecito al centurión... Así... diciendo: "¿Está bien tu siervo?". Y, habiéndome sido confirmado, respondí: "¡Menos mal! Pues estáte atento a tenerlo sano, porque están al acecho del Maestro. Ya han cogido prisionero a Juan el Bautista...". El romano lo ha cazado al vuelo. ¡Es sagaz! Me respondió: "Dondequiera que haya una enseña, estará protegido y habrá quien recuerde a los israelitas que bajo el signo de Roma no se permiten complots, so pena de muerte o cárcel". Son paganos... pero lo habría besado. ¡Me gusta la gente que comprende y que hace! Así que podemos ir.

-Vamos. Pero no hacía falta todo esto - dice Jesús.

-¡Hacía falta, hacía falta!

Jesús se despide de la hospitalaria familia que lo ha acogido, como también del neodiscípulo, al cual parece que le ha dado instrucciones.

De nuevo están solos el Maestro y sus apóstoles. Van andando por la campiña fresca, por un camino que ha tomado Jesús, no sin estupor de Pedro, que quería tomar otro distinto:

-Nos alejamos del lago...

-Llegaremos, de todas formas, a tiempo para lo que debo hacer.

Los apóstoles ya no hablan más. Se dirigen hacia un pequeño pueblecillo, un puñado de casas perdido en la campiña.

Se oye un vivo cascabeleo de rebaños que van a pacer a los montes. Habiéndose detenido Jesús para dejar pasar a un rebaño numeroso, los pastores se lo señalan unos a otros y se reúnen en grupo. Se consultan unos a otros, pero no se atreven a más.

Es Jesús quien elimina irresoluciones e incertidumbres atravesando el rebaño, que se ha detenido a pacer en el pingüe pasto. Va derecho a acariciar a un pastorcito que está hacia el centro de la lanuda aglomeración de ovejas y balidos. Le pregunta: «

-¿Son tuyas?

Bien sabe Jesús que no son del niño, pero lo que quiere es que hable.

-No, Señor; estoy con aquéllos. Los rebaños son de muchos dueños. Nos hemos unido por los bandidos.

-¿Cómo te llamas?

-Zacarías, hijo de Isaac. Pero mi padre se murió; yo sirvo porque somos pobres y mi madre tiene a otros tres más pequeños que yo.

-¿Hace mucho tiempo que murió?

-Tres años, Señor... y desde entonces no he vuelto a reír porque mi madre llora continuamente y yo ya no tengo a nadie que me acaricie... Soy el primogénito, y la muerte de mi padre, siendo todavía un niño, me ha hecho hombre... No debo llorar, sino ganar... Pero, ¡qué difícil es!

Efectivamente, descienden ahora también las lágrimas por esa carita demasiado seria para su edad.

Entretanto, los pastores se han acercado, y también los apóstoles: un grupo de hombres en medio de un bullir de ovejas.

-Tienes padre, Zacarías. Tienes un Padre santo en el Cielo y te ama siempre, si eres bueno; y tu padre no te ha dejado de querer, porque está con Abraham, en su seno. Debes creerlo, y, por esta fe, debes ser cada vez mejor.

Jesús habla con dulzura mientras acaricia al niño.

Uno de los pastores, intrépido, pregunta:

-Eres el Mesías, ¿no es verdad?

-Sí, lo soy. ¿De qué me conoces?

-Sé que estás por Palestina y que pronuncias palabras santas. Por esto te reconozco.

-¿Vais lejos?

-A las montañas altas... Llega el calor... ¿No nos vas a hablar? Allá en las cimas, donde estamos, hablan sólo los vientos, y algunas veces el lobo haciendo una carnicería, como en el caso del padre de Zacarías. Hemos estado deseando verte todo el invierno, pero no te hemos encontrado nunca.

-Venid conmigo a la sombra de esa arboleda. Voy a hablaros.

Jesús va a la cabeza, llevando de la mano al pastorcillo; acaricia con la mano libre a las corderas, que, balando, levantan el morro.

Los pastores reúnen el rebaño a la sombra del soto maderable, y mientras las ovejas se acueclan y rumian, o pacen y se restriegan contra los troncos, Jesús habla.

-Habéis dicho: “Allá en las cimas, donde estamos, hablan sólo el viento, y algunas veces el lobo haciendo una carnicería". Lo mismo que sucede allá en las cimas sucede en los corazones por obra de Dios, del hombre y de Satanás; por tanto, allá arriba podéis tener lo mismo que tendríais en cualquier parte.

¿Tenéis suficiente conocimiento de la Ley como para saber sus diez mandamientos? ¿Tú también, niño? ¿Sí? Pues entonces ya sabéis suficiente. Si practicáis fielmente cuanto Dios ha mandado, seréis santos. No os quejéis de estar lejos del mundo, porque ello os preserva de mucha corrupción. Dios no está lejos de vosotros, sino más cerca, en esa soledad donde habla su voz en el viento que Él ha creado, o en las hierbas y las aguas... más cerca que no entre los hombres. Este rebaño os enseña una gran virtud, es más, muchas grandes virtudes: es manso y obediente; se conforma con poco y agradece lo que tiene; sabe amar a quien lo cuida y reconocer a quien lo quiere. Haced vosotros lo mismo, diciendo: "Dios es nuestro Padre; nosotros, sus ovejas. Su ojo vela por nosotros. Nos tutela. Nos concede no lo que es fuente de vicio, sino lo que es necesario para la vida".

Y mantened lejos de vuestro corazón al lobo, que representa a los hombres malos, que tal vez os instigan y seducen a malas acciones por orden de Satanás, y al mismo Satanás, que os tienta para que pequéis y así despedazaros. Vigilad. Vosotros, pastores, conocéis las costumbres del lobo. Tan astuto es él como sencillas e inocentes son las ovejas. Primero observa desde lo alto las costumbres del rebaño, luego se acerca despacio, deslizándose entre los matorrales. Para no llamar la atención, permanece inmóvil en posiciones pétreas: ¿no pa-rece, acaso, un bloque de piedra que ha rodado hacia abajo para caer entre las matas? Pero luego, una vez que se ha asegurado de que nadie vigila, salta y apresa con sus dientes. Lo mismo hace Satanás: os vigila para conocer vuestros puntos flacos, merodea alrededor de vosotros, parece inocuo, ausente, atento a otras cosas, cuando en realidad os está vigilando; luego, de repente, salta para arrastraros al pecado; y alguna vez lo consigue.

Pero tenéis cerca a un médico y a un ser compasivo: Dios y vuestro ángel. Si os habéis herido, si habéis enfermado, no os separéis de ellos, cual perro afecto de rabia; antes bien, llorando, elevad a ellos vuestro grito de ayuda. Dios perdona al arrepentido, vuestro ángel está dispuesto a suplicar por vosotros y con vosotros a Dios.

Amaos entre vosotros y amad a este niño. Todos os debéis sentir un poco padres de este huérfano. Que la presencia de un niño entre vosotros modere vuestras acciones con el freno santo del respeto hacia los niños. Y que vuestra presencia a su lado supla lo que la muerte le ha arrebatado. Hay que amar al prójimo. Este niño es el prójimo que Dios os confía de manera especial. Educadlo bueno y creyente, honesto y sin vicios. Vale mucho más que una de estas ovejas. Pues bien, si cuidáis de ellas porque son del patrono y os castigaría si las dejaseis morir, ¡cuánto mayor habrá de ser vuestro cuidado para con esta alma que Dios os confía por Él mismo y por el difunto padre! Bien triste es su condición de huérfano, no la agravéis aprovechándoos de su tierna edad y de su orfandad para avasallarlo. Pensad que Dios ve las acciones y las lágrimas de todos los hombres, y todo lo tiene en cuenta para premiar y castigar.

Y tú, niño, recuerda que nunca estás solo. Dios te ve, y también el espíritu de tu padre. Cuando algo te turbe y te proponga hacer el mal, di: "No, no quiero la eterna orfandad". Huérfano para siempre serías, en efecto, si condenaras tu corazón con el pecado.

Sed buenos. Yo os bendigo para que todo el bien os acompañe. Si siguiéramos el mismo camino, continuaría hablando todavía mucho; pero el sol ya va estando alto y tenéis que partir, y Yo también: vosotros, a resguardar de este fuego a las ovejas; Yo, a apartar de otro fuego, más tremendo, a algunos corazones. Orad para que vean en mí el Pastor. Adiós, Zacarías. Sé bueno. Paz a vosotros.

Jesús besa al pastorcito y da su bendición; y, mientras el rebaño se encamina lentamente, Él lo sigue con la mirada, para volver luego a su camino.

-Has hablado de apartar a los corazones de otro fuego... ¿A dónde vamos? - pregunta Judas Iscariote.

-Por el momento, a aquel sitio con más sombra, donde aquel riachuelo. Comeremos allí. Luego sabréis a dónde vamos.

## 183

## La curación de un hombre herido en casa de María de Magdala

Todo el colegio apostólico está en torno a Jesús. Están sentados en la hierba, a la sombra de un sotillo, a la orilla de un regato; todos comen pan y queso, y beben agua del riachuelo, fresca y cristalina. Las sandalias polvorientas dan a entender que han recorrido mucho camino. Los discípulos quizás no pedirían otra cosa sino descansar sobre la hierba alta y fresca.

Pero el incansable Caminante no es de esta opinión. En cuanto juzga que ha pasado la hora de mayor calor, se pone en pie, sale al camino, mira... se vuelve y dice simplemente:

-Vamos.

A la altura de una bifurcación, o, más exactamente, un cuadrivio - en efecto, en ese punto se unen cuatro caminos -, Jesús toma sin vacilar dirección norte-este.

-¿Volvemos a Cafarnaúm? - pregunta Pedro.

Jesús responde:

-No.

-Únicamente "no".

-Entonces, a Tiberíades - insiste Pedro, que quiere saber.

-Tampoco.

-Pero, este camino va hacia el Mar de Galilea... y allí están Tiberíades y Cafarnaúm...

-Y también Magdala - dice Jesús con una expresión semiseria para que se aplaque la curiosidad de Pedro.

-¡Magdala!...

Pedro se muestra un poco escandalizado, lo que me hace pensar que esta ciudad tiene mala fama.

-A Magdala, sí, a Magdala. ¿Te consideras demasiado puro para entrar en ella? ¡Pedro, Pedro!... Por amor a mí tendrás que entrar, no en una ciudad de placer, sino en verdaderos prostíbulos... Cristo no ha venido para salvar a los salvados, sino para salvar a los perdidos... y tú... tú serás "Piedra", o "Cefas", y no "Simón", para esto. ¿Tienes miedo a contaminarte? ¡No, no! ¿Ves a éste? - indica al jovencísimo Juan -. Pues ni siquiera él sufrirá daño, porque no quiere; como tampoco quieres tú, ni quiere tu hermano ni el hermano de Juan. Ninguno de vosotros, por ahora, quiere. Mientras no se quiere, no se verifica el mal. Pero es necesario no querer fuerte y constantemente. La fuerza y la constancia se consiguen del Padre, orando con sinceridad de propósitos. En el futuro no todos sabréis siempre orar así... ¿Qué estás diciendo, Judas? No te fíes demasiado de ti mismo. Yo, que soy el Cristo, oro constantemente, para tener fuerza contra Satanás. ¿Eres, acaso, tú más que Yo? E1 orgullo es como una grieta, por ella entra Satanás. Vigila y sé humilde, Judas. Mateo, tú que conoces muy bien esta zona, dime, ¿conviene entrar por este camino o hay otro mejor?

-Según, Maestro. Si quieres ir a la Magdala de los pescadores y pobres, éste es el camino, por aquí se entra al suburbio popular; pero - no lo creo, pero te lo digo para que la respuesta mía sea amplia - si quieres ir adonde viven los ricos, hay que dejar este camino dentro de algunos centenares de metros y tomar otro, porque las casas ricas están casi a esta altura y hay que volver para atrás...

-Volvemos para atrás. Quiero ir a la Magdala de los ricos. ¿Qué has dicho, Judas?

-Nada, Maestro. Es la segunda vez en poco tiempo que me lo preguntas, cuando en realidad no he dicho nada.

-No con los labios, pero sí que has hablado, murmurando, con tu corazón. Has murmurado con tu huésped: el corazón. Para hablar no es indispensable tener como interlocutora a otra criatura; muchas palabras nos las decimos a nosotros mismos... Pues bien, no se debe cometer murmuración o calumnia ni siquiera con el propio yo.

El grupo continúa su camino, ahora en silencio. Lo que antes era una vía de primer orden ahora es una calle de la ciudad, pavimentada con piedras de un palmo cuadrado. Las casas van siendo cada vez más ricas y bonitas, construidas entre huertos exuberantes y jardines floridos. Tengo la impresión de que la Magdala elegante fuera para los palestinos una especie de lugar de placer como ciertas pequeñas ciudades de nuestros lagos lombardos: Stresa, Gardone, Pallanza, Bellagio, etc., etc. Con los palestinos ricos están entremezclados los romanos, que sin duda proceden de otros centros, como Tiberíades o Cesárea, donde, en torno al Gobernador, habrán sido, ciertamente, funcionarios y comerciantes exportadores de los mejores productos de la colonia palestina para Roma.

Jesús se interna, seguro, como quien sabe a dónde va. Sigue el lago, a cuya orilla se asoman las casas con sus jardines.

En esto, se oye un gran coro de llanto, proveniente del interior de una rica mansión: son voces de mujeres y niños, y, agudísima, una voz femenina que grita:

-¡Hijo! ¡Hijo!

Jesús se vuelve y mira a los apóstoles. Judas se adelanta unos pasos.

-Tú no - ordena Jesús - Tú, Mateo; ve y pregunta.

Mateo va y regresa.

-Una pelea, Maestro. Un hombre está muriendo. Es un judío. El que lo ha herido se ha escapado; era un romano. Han llegado enseguida su mujer y su madre y los niños... Está muriendo.

-Vamos.

-Maestro... Maestro... Ha ocurrido en casa de una mujer... que no es la esposa.

-Vamos.

La puerta de la casa está abierta. Entran en un largo y ancho vestíbulo que da a un bonito jardín (la casa parece estar dividida por esta especie de peristilo cubierto y muy rico en plantas verdes en macetas y con muchas estatuas y objetos taraceados; mitad sala, mitad invernáculo). Hay mujeres llorando en una habitación que da al vestíbulo y cuya puerta está abierta de par en par. Jesús entra sin vacilaciones. No pronuncia su saludo habitual.

Entre los hombres presentes hay un mercader que debe conocer a Jesús, porque nada más verle dice:

-¡El Rabí de Nazaret - y lo saluda respetuosamente.

-José, ¿qué ha sucedido?

-Maestro, una puñalada en el corazón... Está muriendo.

-¿Cuál ha sido la causa?

Una mujer entrecana y despeinada se levanta - estaba arrodillada junto al moribundo, sujetándole una mano ya inerte - y, con ojos de loca, dice a voz en grito:

-¡Ella!, ¡ella!... ¡Me lo ha maleado!... ¡Para él ya no había ni madre ni mujer ni hijos! ¡A1 infierno has de ir, diablo!

Jesús alza los ojos siguiendo la mano que temblando acusa, y ve en el rincón, contra la pared de color rojo oscuro, a María de Magdala, más procaz que nunca; la mitad del cuerpo vestida... yo diría... de nada, porque de la cintura hacia arriba está semidesnuda, con una especie de redecilla, de malla hexagonal, de unas cositas redondas que parecen pequeñas perlas (de todas formas, estando en penumbra, no veo bien).

Jesús baja de nuevo sus ojos. A María le sienta como un bofetón esta indiferencia; se endereza - antes estaba ligeramente agachada - y finge una actitud desenvuelta.

-Mujer - dice Jesús a la madre - no impreques. Responde: ¿Por qué estaba tu hijo en esta casa?

-Ya te lo he dicho. Porque ella lo había desquiciado. Ella.

-Silencio. También él entonces - siendo adúltero y padre indigno de estos inocentes - pecaba; merece, por tanto, su castigo. Ni en esta vida ni en la otra hay misericordia para el que no se arrepiente. No obstante, siento piedad de tu dolor y de estos inocentes. ¿Está lejos tu casa?

-A unos cien metros.

-Levantad a este hombre y llevadlo.

-No es posible, Maestro - dice el mercader José - Está para morir de un momento a otro.

-Haz lo que digo.

Pasan una tabla por debajo del cuerpo del moribundo. El cortejo sale lentamente, cruza la calle, entra en un sombreado jardín. Las mujeres siguen llorando rumorosamente.

Nada más entrar el cortejo en el jardín, Jesús se vuelve a la madre:

-¿Puedes perdonar? Si tú perdonas, Dios perdona. Es necesario hacerse bueno el corazón para obtener gracia. Este hombre ha pecado y pecará más veces; mejor le sería morir, porque, viviendo, volverá a caer en el pecado y tendrá que responder además de la ingratitud hacia Dios salvador. Pero, tú y estos inocentes - y señala a la esposa y a los niños - caeríais en la desesperación. Yo he venido para salvar y no perder. Hombre, Yo te lo digo: ¡vuelve y queda curado!

El hombre reemprende vida y abre los ojos; ve a su madre, a sus hijos, a su mujer, e inclina la cabeza avergonzado.

-Hijo, hijo - dice la madre - Hubieras muerto si no te hubiera salvado El. Torna en ti. No delires por una...

Jesús interrumpe a la anciana.

-Mujer, calla. Sé misericordiosa como contigo se ha sido. Tu casa ha sido santificada por el milagro, que es siempre prueba de la presencia de Dios. Por este motivo no lo he podido cumplir donde había pecado. Que al menos tú sepas conservarla, aunque este hombre no sepa hacerlo. Cuidadlo ahora. Es justo que sufra un poco. Sé buena, mujer. Y tú. Y vosotros, pequeños. Adiós.

Jesús ha posado la mano sobre la cabeza de las dos mujeres y de los pequeñuelos.

Luego sale, pasando por delante de la Magdalena, que ha seguido al cortejo hasta el otro lado de la calle y se ha quedado apoyada contra un árbol. Jesús aminora el paso como aguardando a los discípulos, pero creo que su verdadera intención es la de darle a María ocasión de hacer un gesto; pero ella no lo hace.

Los discípulos se unen a Jesús. Pedro no puede contenerse y entre dientes dice a María un epíteto adecuado. Ella, que quiere aparentar desenvoltura, rompe a reír con una carcajada de mísera victoria.

Pero Jesús ha oído la palabra de Pedro y se vuelve a él severo:

-Pedro, Yo no insulto; no insultes tú. Ruega por los pecadores, nada más.

María quiebra el gorjeo de su risa, agacha la cabeza y huye como una gacela en dirección a su casa.

## 184

## El pequeño Benjamín de Magdala y dos parábolas sobre el Reino de los Cielos

El milagro debe haberse producido hace poco, porque los apóstoles hablan de ello y algunas personas de la ciudad - señalándose unos a otros al Maestro - lo comentan. Jesús, erguido y grave, se pone en marcha en dirección a la periferia de la ciudad, que es la parte de los pobres.

Se detiene a la altura de una casuca de la que sale, dando saltos, un niño, seguido de su madre.

-Mujer, ¿me dejas entrar en tu huerta y estar un poco, hasta que el sol deje de calentar tanto?

-Entra, Señor. A la cocina incluso, si quieres. Voy a traerte agua y alguna otra cosa.

-No trajines, me basta con estar en esta tranquila huerta.

Pero la mujer se empeña en ofrecer agua con no sé qué diluido, y se mueve por la huerta, de acá para allá, como deseosa de hablar pero sin atreverse; pone atención a sus hortalizas, aunque sólo aparentemente porque en realidad está pendiente del Maestro. Pero la molesta el niño, que, con sus gritos - cuando caza una mariposa u otro insecto - le impide oír lo que Jesús está diciendo; se pone nerviosa y... le suelta un cachete al niño, el cual ahora grita más fuerte.

Jesús - que a la pregunta de Simón el Zelote: « ¿Piensas que María esté impresionada?» estaba respondiendo: «Más de lo que parece...» - se vuelve y llama al niño, el cual corre a terminar de llorar en las rodillas de Jesús.

La mujer llama a su hijo:

-¡Benjamín, ven aquí, no molestes!

Pero Jesús dice:

-Déjalo, déjalo, que va a estarse quieto y te va a dejar tranquila - luego, al niño: «No llores. No te ha hecho daño tu mamá; lo único, te ha hecho obedecer; bueno, quería hacerte obedecer. ¿Por qué gritabas si ella quería silencio? Quizás es que se siente mal y tus gritos la molestan.

Pero el niño, inmediatamente, con esa insuperable franqueza de los niños que es la desesperación de los mayores, dice:

-No. No es que se sienta mal. Lo que quería era oír lo que decías... Me lo ha dicho. Pero yo quería venir contigo, y entonces alborotaba adrede para que me mirases.

Todos se echan a reír y la mujer se pone como un tomate.

-No te ruborices, mujer. Ven aquí. ¿Me querías oír hablar? ¿Por qué?

-Porque eres el Mesías. Con el milagro que has hecho tienes que ser el Mesías... Y tenía interés en oírte. Yo no salgo nunca de Magdala, porque tengo... un marido difícil y cinco niños. El menor tiene cuatro meses... y Tú aquí no vienes nunca.

-He venido, y además a tu casa. ¿Ves?

-Por eso quería oírte.

-¿Dónde está tu marido?

-En el mar, Señor. Si no se pesca, no se come. Yo sólo tengo esta huertecilla. ¡No es suficiente para siete personas! Y, no obstante, Zaqueo quisiera que fuera suficiente...

-Ten paciencia, mujer. Todos tienen su cruz.

-¡No, no! Las desvergonzadas lo único que tienen es el placer. ¿Has visto lo que hacen las impúdicas! Gozan ellas y hacen sufrir a los demás. No se agotan, no, ni trayendo hijos a este mundo ni trabajando. No se hacen ampollas con la azada ni se despellejan las manos lavando. Se conservan guapas y frescas. La condena de Eva no es para ellas; más bien ellas son nuestra condena, porque... los hombres... Ya me entiendes.

-Entiendo, sí; pero has de saber que también tienen su tremenda cruz: la más tremenda, la que no se ve: la de la condena de su conciencia; la de la burla del mundo; la de su propia sangre, que las repudia; la de la maldición de Dios. Créeme, no son felices. No se agotan trayendo hijos a este mundo ni trabajando, no se hacen llagas en las manos bregando; y, sin embargo, se sienten igualmente deshechas; y además sienten vergüenza; y su corazón es una entera llaga. No envidies su aspecto, su lozanía, su aparente serenidad. Tras ese velo, lo que hay es una desolación mordiente y que no permite paz. No envidies su sueño, tú, madre honesta que sueñas con tus inocentes, pues la pesadilla está a su cabecera; y mañana, el día de su agonía o su vejez, remordimiento y terror...

-Es verdad... Perdona... ¿Me dejas estar aquí?

-Quédate aquí. Contaremos una bonita parábola a Benjamín. Los que no son niños, que la apliquen a sí mismos y a María de Magdala. Escuchad.

Dudáis acerca de la conversión de María al bien. No da, en efecto, ningún signo que indique este cambio. Consciente de su grado y su poder, ella, descarada e impúdica, ha osado desafiar a la gente viniendo incluso hasta el umbral de la casa donde se lloraba por causa suya. Luego, al reproche de Pedro ha respondido con una carcajada; Y a mi mirada amigable,

endureciéndose con soberbia. Vosotros quizás habríais deseado, quién por amor a Lázaro, quién por amor a mí, que le hubiera hablado directa y largamente, y que la hubiera subyugado con mi poder y le hubiese mostrado mi fuerza de Mesías Salvador. No. No es necesario tanto. Ya lo dije hace muchos meses respecto a otra pecadora: las almas deben labrarse a sí mismas. Yo paso y esparzo la semilla. Ocultamente la semilla trabaja. Hay que respetar este trabajo del alma. Si la primera semilla no arraiga en la tierra, se siembra otra, y otra... y sólo se retira uno cuando se tienen pruebas ciertas de la inutilidad de seguir sembrando. Y se ora. La oración es como el rocío, que mantiene los tormos esponjosos y nutridos, con lo que la semilla puede germinar. ¿No es lo que haces tú, mujer, con tus hortalizas?

Escuchad ahora la parábola del trabajo de Dios en los corazones para instaurar en ellos su Reino (porque cada corazón es un pequeño Reino de Dios en la tierra: después, más allá de la muerte, todos estos pequeños reinos se congregan en uno solo, en el ilimitado, santo, eterno Reino de los Cielos).

El Sembrador divino crea el Reino de Dios en los corazones. Va a su propiedad - el hombre es de Dios y, por tanto, todos los hombres inicialmente le pertenecen - y esparce su semilla; luego va a otras propiedades, a otros corazones. Suceden los días a las noches y las noches a los días: los días aportan sol y lluvias (en este caso, rayos de amor divino y efusión de la divina sabiduría que habla al espíritu); las noches, estrellas y silencio sosegado (en nuestro caso, destellos de Dios que reclaman nuestra atención y silencio para el espíritu, para que el alma se recoja y medite).

La semilla, con esta serie de favores imperceptibles - aunque potentes -, se hincha, se abre, echa raíces, arraiga fuertemente en el terreno, da sus primeras hojitas, y crece; y todo ello sin la ayuda del hombre. La tierra, espontáneamente, produce de la semilla el tierno tallo, luego se fortalece el tallo para sostener a la espiga naciente, luego la espiga se eleva, engruesa, se endurece, se dora, se hace dura, perfecta en su granazón. Una vez madura, vuelve el sembrador y mete su hoz porque a esa semilla le ha llegado el tiempo de su plenitud; no podría ganar más en perfección y por ello es cortada.

Mi palabra realiza esta misma operación en los corazones. Me refiero a los corazones que acogen la simiente. Pero el proceso es lento. No hay que actuar intempestivamente, de modo que todo se estropee. ¡Cuánto le cuesta a la pequeña semilla abrirse; cuánto, hincar en la tierra sus raíces! Pues también le es penoso al corazón duro y salvaje este proceso: debe abrirse, dejarse hurgar, acoger cosas nuevas y alimentarlas con esfuerzo, aparecer distinto al estar revestido de cosas humildes y útiles y no ya de la atractiva, pomposa e inútil exuberante floración que antes le revestía; debe conformarse con trabajar humildemente, sin atraer hacia sí la admiración, para beneficio de la Idea divina; debe exprimir todas sus capacidades para crecer y producir espiga; debe ponerse incandescente de amor para ser trigo. Y, una vez superados respetos humanos verdaderamente muy penosos, después de haber trabajado y haber sufrido y haber tomado afecto a su nueva vestidura, entonces debe despojarse de ella con cruel tajo. Dar todo para tener todo. Acabar despojo para ser revestido en el Cielo con la estola de los santos. Yo os digo que la vida del pecador que se hace santo es el combate más largo, heroico y glorioso.

Por cuanto os acabo de decir, comprended que es justo que actúe con María como lo estoy haciendo. ¿Actué contigo, Mateo, de forma distinta?

.No, mi Señor.

-Dime la verdad, ¿te persuadió más mi paciencia o las acerbas reprensiones de los fariseos?

-Tu paciencia. Tanto, que estoy aquí. Los fariseos, con sus desdenes y anatemas, me hacían desdeñoso, y, por desdén, hacía más mal aún de cuanto hasta entonces había hecho. Pasa eso; uno se endurece más cuando, estando en pecado, se siente tratado como un pecador; pero cuando, en vez de un insulto recibimos una caricia, primero nos quedamos asombrados, luego lloramos... y, cuando se llora, la armadura del pecado - desencajados sus pernos - se derrumba. Entonces nos quedamos desnudos ante la Bondad y le suplicamos con el corazón que nos revista de sí misma.

Es así, como has dicho. Benjamín, ¿te gusta la historia? ¿Sí? ¡Muy bien! Pero, ¿dónde está tu mamá?

Responde Santiago de Alfeo: «A1 final de la parábola ha salido y se ha ido corriendo por aquella calle.

-Iría al mar, para ver si venía su marido - dice Tomás.

-No. Ha ido a casa de su madre, que es anciana, a recoger a mis hermanitos. Mi mamá los lleva allí para poder trabajar - dice el niño, apoyado con confianza en las rodillas de Jesús.

-¿Y tú estás aquí, hombre? ¡Un buen áspid debes ser para que te tenga solo! - observa Bartolomé.

-Soy el mayor, y le ayudo...

-A ganarse el Paraíso. ¡Pobre mujer! ¿Cuántos años tienes? - pregunta Pedro.

-Dentro de tres años soy hijo de la Ley - dice altivo el pillín.

-¿Sabes leer? - pregunta Judas Tadeo.

-Sí... pero voy despacio porque... el maestro me echa casi todos los días...

-¡Ya lo decía yo! - observa Bartolomé.

-¡Lo hago porque el maestro es viejo y feo y siempre está diciendo las mismas cosas que le hacen dormirse a uno! Si fuera como Él - señala a Jesús - estaría atento. ¿Tú pegas, si uno se duerme o juega?

-No pego a nadie. Yo digo a mis discípulos: "Estad atentos por el bien vuestro y por amor a mí" - responde Jesús.

-¡Eso, así sí! Por amor, sí; no por miedo.

-Si cambias y eres bueno, el maestro te estimará.

-¿Tú quieres sólo al que es bueno? Hace poco has dicho que has tenido paciencia con éste, que no era bueno... - La lógica infantil es asediadora.

-Soy bueno con todos; pero a quien se hace bueno le quiero muchísimo y con él soy bueno de forma especialísima.

El niño piensa un momento... luego levanta la cabeza y le pregunta a Mateo:

-¿Cómo has conseguido hacerte bueno?

-Lo he querido a Él.

El niño se queda pensando otro poco, mira a los doce y dice a Jesús:

-¡Éstos son todos buenos?

-Ciertamente.

-¿Estás seguro? A veces yo hago como que soy bueno, y es cuando quiero hacer una gamberrada mayor.

La carcajada de todos es estrepitosa; incluso se ríe él, el hombrecito en vías de confesarse; y se ríe Jesús, que lo estrecha contra su corazón y lo besa.

El niño, que ya se ha hecho muy amigo de todos, quiere jugar, y dice:

-Ahora te digo yo quién es bueno - y empieza a elegir. Mira a todos y va derecho hacia Juan y Andrés, que están juntos, y dice:

-Tú y tú. Venid aquí.

Luego elige a los dos Santiagos y los pone con ellos. Luego a Judas Tadeo. Se queda muy pensativo ante el Zelote y Bartolomé, y dice: «Sois viejos, pero buenos» y los pone con los otros. Considera a Pedro - que sufre el examen poniendo ojos amenazadores en plan de chufla - y lo ve bueno. También pasan Mateo y Felipe. A Tomás le dice: «Tú te ríes demasiado. Yo estoy en serio. ¿No sabes que mi maestro dice que el que siempre se ríe yerra en el momento de la prueba?». Pero también pasa Tomás; con nota baja, pero pasa el examen. Luego el niño vuelve a donde Jesús.

-¡Eh, mono, que también estoy yo! ¡No soy ningún árbol. Soy joven y guapo. ¿Por qué no me examinas? - dice Judas Iscariote.

-Porque no me gustas. Mi mamá dice que cuando una cosa no gusta no se toca; se deja encima de la mesa, para que se la coman las personas a quienes les guste. Y también dice que si una persona ofrece una cosa que no nos gusta no se dice: "No me gusta", sino "Gracias, no tengo hambre". Y yo no tengo hambre de ti.

-¿Cómo es eso? Mira, si me dices que soy bueno te doy esta moneda.

-¿Y qué hago con ella? ¿Qué compro con una mentira? Mi mamá dice que el dinero conseguido con engaño es paja. Una vez conseguí de su madre anciana con una mentira un didracma para comprarme bollos de miel y por la noche se transformó en paja; lo había puesto en aquel agujero, debajo de la puerta, para cogerlo a la mañana siguiente y encontré sólo un manojo de paja.

-Pero, ¿por qué no me ves bueno? ¿Qué tengo? ¿Soy bisulco? ¿Soy feo?

-No, pero me das miedo.

-¿Por qué? - pregunta Judas acercándose al niño.

-No lo sé. Déjame. No me toques, que te araño.

-¡Qué erizo! ¡Está chalado! - Judas se ríe forzadamente.

-No estoy chalado. Tú eres malo - y el niño se refugia en el regazo de Jesús, que lo acaricia sin decir nada.

Los apóstoles hacen broma de lo sucedido, poco lisonjero para Judas.

Entretanto la mujer está ya de regreso, con unas doce personas, a las que se van añadiendo otras. Serán ahora unas cincuenta. Todas gente pobre.

-¿Quieres hablarles? A1 menos un rato. Ésta es la madre de mi marido, y éstos son mis hijos. Aquel hombre de allí es mi marido. Una palabra, Señor -dice suplicante la mujer.

-Para darte las gracias por tu hospitalidad, les hablaré.

La mujer, requerida por un niño de pecho, entra en casa; luego se sienta en el umbral de la puerta y le da el pecho.

-Escuchad. Encima de mis rodillas tengo a un niño que ha hablado muy sabiamente. Ha dicho: "Todas las cosas obtenidas con engaño se vuelven paja". Su madre le ha enseñado esta verdad. No es una fábula, es una verdad eterna. Lo que se hace sin honestidad jamás sale bien, porque la mentira, en palabras, acciones o religión, es siempre signo de alianza con Satanás, maestro de embustes.

No penséis que las obras apropiadas para conseguir el Reino de los Cielos son obras fragorosamente vistosas; son acciones continuas, normales, pero realizadas con un fin sobrenatural de amor. El amor es la simiente del árbol que, naciendo en vosotros, crece hasta el Cielo, y a su sombra nacen todas las demás virtudes. Lo compararé con un minúsculo grano de mostaza. ¡Qué pequeño es! ¡Una de las más pequeñas semillas esparcidas por el hombre! Y, no obstante, ¡fijaos qué robusto y tupido es el árbol cabal, y cuánto fruto da: no ya el cien por ciento, sino el ciento por uno! La más pequeña, pero la que trabaja más diligentemente. ¡Cuántos beneficios os proporciona!

Así es el amor. Si recogéis en vuestro seno una pequeña semilla de amor hacia nuestro santísimo Dios y vuestro prójimo, y actuáis guiados por el amor, no faltaréis contra ningún precepto del Decálogo; no mentiréis a Dios con una falsa religión (de prácticas y no de espíritu), ni al prójimo con conducta de hijos ingratos, de esposos adúlteros - o solamente demasiado exigentes -, de ladrones en las transacciones, de embusteros en la vida, de violentos hacia vuestros enemigos. Fijaos cómo, en esta hora caliente, son muchos los pajarillos que se refugian en el follaje de este huerto. Dentro de poco, ese surco plantado de mostaza - que ahora es todavía pequeña - se verá henchido de trinos de pájaros. Todas las aves vendrán al amparo y a la sombra de estos árboles tan tupidos y cómodos, y las crías de los pájaros aprenderán a usar con seguridad sus alas precisamente en medio de esa pujanza de ramas que hará de escalera para subir, de red para no caer. Así es el amor, base del Reino de Dios.

Amad y seréis amados. Amad y seréis compasivos. Amad y no seréis crueles exigiendo más de lo lícito de quien está a vosotros subordinado. Amor y sinceridad para obtener la paz y la gloria del Cielo. Si no, como ha dicho Benjamín, todas vuestras acciones realizadas mintiendo al amor y a la verdad se os transformarán en paja para vuestro lecho infernal.

No os digo nada más. Únicamente esto: tened presente el gran precepto del amor y sed fieles a Dios Verdad y a la verdad en cada una de vuestras palabras, acciones y sentimientos, porque la verdad es hija de Dios. Se trata de una continua obra de perfeccionamiento de vosotros mismos, de la misma forma que la semilla crece continuamente hasta alcanzar su perfección; es una obra silenciosa, humilde, paciente. Tened por seguro que Dios ve vuestras luchas y os premia más por

venceros en un egoísmo, por retener una palabra mezquina, por no imponer una exigencia, que no si, armados, en la batalla, matarais a vuestro enemigo. Ese Reino de los Cielos que alcanzaréis si vivís como justos está construido con las pequeñas cosas de cada día; con la bondad, la morigeración, la paciencia; contentándose con lo que uno tiene; con la mutua conmiseración; con el amor, sobre todo con el amor.

Sed buenos. Vivid en paz los unos con los otros. No murmuréis. No juzguéis. Dios estará entonces con vosotros. Os doy mi paz como bendición y agradecimiento de la fe que tenéis en mí».

Tras estas palabras, Jesús se vuelve a la mujer y dice:

-Que Dios te bendiga especialmente a ti, porque eres una santa esposa y madre. Persevera en la virtud. Adiós, Benjamín; ama cada vez más la verdad y obedece a tu madre. Descienda sobre ti y tus hermanitos la bendición. Y sobre ti, madre.

Un hombre da unos pasos hacia adelante. Se le ve confuso, balbucea; dice:

-Yo... yo... estoy impresionado por lo que dices de mi mujer... No sabía...

-¿Es que no tienes ojos e inteligencia?

-Sí.

-¿Y por qué no los usas? ¿Quieres que te los esclarezca?

-Ya lo has hecho, Señor. De todas formas, yo la amo; lo que pasa es que uno se acostumbra... y... y...

-Y cree lícito pretender demasiado porque el otro es mejor que nosotros... No lo hagas más. Tu trabajo te pone en continuo peligro. No temas las borrascas, si Dios está contigo; mas teme mucho si lo que está contigo es la Injusticia. ¿Comprendes?

-Más de lo que has dicho. Trataré de obedecerte... Yo no sabía... no sabía...- Y mira a su mujer como si la estuviera viendo por primera vez.

Jesús da su bendición y sale a la callejuela, y reanuda su camino hacia los campos.

## 185

## La tempestad calmada. Una lección sobre sus preliminares

Una barca de vela, ni demasiado grande ni demasiado pequeña, una barca de pesca en la que pueden moverse cómodamente cinco o seis personas, surca las aguas de un hermoso lago de color azul intenso.

Jesús duerme en la popa. Va vestido de blanco, como de costumbre. Tiene la cabeza reclinada sobre el brazo izquierdo; debajo del brazo y la cabeza, ha colocado su manto azul-gris doblado varias veces. Está sentado, no echado, en el fondo de la barca; su cabeza apoya sobre esa porción de entablado que está en el extremo de la popa (no sé cómo la llaman los marineros). Duerme plácidamente. Se le ve cansado. Está sereno.

Pedro guía el timón. Andrés se ocupa de las velas. Juan con otros dos que no conozco están poniendo en orden maromas y redes en el fondo de la barca, como si tuvieran intención de prepararse para la pesca (quizás nocturna). Yo diría que el día se encamina al atardecer, pues el sol desciende ya hacia occidente. Todos los discípulos se han subido las túnicas, de forma que, sujetas con el cinturón, están abolsadas a la altura de la cintura, para así estar más libres de movimientos y poder desplazarse mejor por la barca, salvando remos, asientos, cestas y redes, sin que las túnicas estorben; todos se han quitado el manto.

Veo que el cielo se oscurece y el sol se esconde detrás de unos nubarrones de tormenta que han aparecido al improviso detrás del pináculo de una colina. El viento los empuja velozmente hacia el lago. Por el momento, el viento está alto y el lago se mantiene sereno; eso sí, adquiere una tonalidad más oscura y su superficie se frunce: no son todavía olas, pero empieza a agitarse el agua.

Pedro y Andrés observan el cielo y el lago, y organizan las maniobras para acercarse a la orilla. Pero, he aquí que el viento se abate sobre el lago y en pocos minutos todo bulle y espumea. Olas que se embisten mutuamente, que chocan contra la barquilla, levantándola, bajándola, girándola en todas las direcciones, impiden las maniobras del timón, como el viento las de la vela, que ha de ser arriada. Jesús sigue durmiendo. No lo despiertan ni los pasos, ni las azogadas voces de los discípulos, ni el silbar del viento; ni siquiera los latigazos de las olas contra los costados y la proa. Sus cabellos ondean al viento. Le alcanza alguna salpicadura de agua. Pero Él duerme. Juan saca de debajo de un entablado su manto y, desde la proa, corre a la popa, y lo tapa; lo cubre con delicado amor.

La tempestad se hace cada vez más amenazadora. El lago está tan negro, que parece como si en él se hubiera derramado tinta; estriado por la espuma de las olas. La barca traga agua. El viento cada vez más la va empujando mar adentro. Los discípulos ya sudan haciendo la maniobra y arrojando por la borda el agua que las olas vierten dentro. Pero no sirve de nada; se ven chapoteando ya en el agua, hasta la mitad de las piernas, y la barca cada vez se hace más pesada.

Pedro pierde la calma y la paciencia. Deja a su hermano el timón y, bamboleándose, se llega a Jesús y lo menea vigorosamente.

Jesús se despierta y levanta la cabeza.

-¡Sálvanos, Maestro, que perecemos! - grita Pedro (tiene que gritar para poder ser oído).

Jesús mira a su discípulo fijamente, mira a los demás y luego al lago.

-¿Tienes fe en que os puedo salvar?

-¡Rápido, Maestro! - grita Pedro mientras una verdadera montaña de agua originada en el centro del lago se dirige veloz contra la pobre barca; tan alta, espantosa, que parece una tromba de agua. Los discípulos, que la ven venir, se arrodillan y se agarran donde pueden y como pueden, convencidos de que ha llegado el final.

Jesús se alza. Está erguido sobre el entablado de la barca: figura blanca contra el color lívido de la tempestad. Extiende los brazos hacia la enfurecida ola y dice al viento:

-¡Detente y calla! - y al agua: ¡Cálmate! ¡Lo quiero!

Y el golpe se disuelve en espuma, que cae inocua: un último bramido que se apaga en susurro; y también el viento, mutándose en suspiro su último silbido. Sobre el lago pacificado vuelve el cielo despejado; la esperanza y la fe, al corazón de los discípulos.

No puedo describir la majestad de Jesús: hay que verla para comprenderla. Me deleito en ella en mi interior, pues todavía tengo su presencia, y pienso en cuán plácido era el sueño de Jesús y cuán potente su imperio sobre el viento y las olas.

Jesús dice luego (A María Valtorta):

-No te voy a comentar el Evangelio en el sentido en que lo hacen todos. Voy a ilustrarte los preliminares del pasaje evangélico.

¿Por qué dormía Yo? ¿No sabía, acaso, que la borrasca estaba llegando? Sí, Yo lo sabía, Yo sólo lo sabía. Y entonces, ¿por qué dormía? Los apóstoles eran hombres, María; animados, sí, de buena voluntad, pero todavía muy "hombres". El hombre se cree siempre capaz de todo. Y si se da el caso de que realmente sea hábil en algo, se envanece y se llena de apego a su "habilidad".

Pedro, Andrés, Santiago y Juan eran buenos pescadores y, por tanto, se creían insuperables en las maniobras marineras. Yo, para ellos, era un gran "rabí", pero no valía nada como marinero. Por ello, me juzgaban incapaz de ayudarlos, y, cuando subían a la barca para atravesar el Mar de Galilea, me rogaban que estuviera sentado porque no era capaz de nada más. También lo hacían por afecto, porque no querían darme trabajos físicos, si bien el apego a sus capacidades era el elemento más importante.

María, Yo sólo me impongo en casos excepcionales. Generalmente os dejo libres y espero. Aquel día, cansado como estaba y habiéndome solicitado que descansara, o sea, que los dejase actuar a ellos - a ellos que tan duchos eran - me puse a dormir... y a constatar cómo el hombre "es hombre" y quiere actuar por sí solo, y no percibe que Dios no pide sino ayudarle. Veía en esos "sordos espirituales", "ciegos espirituales", a todos los sordos y ciegos del espíritu que durante siglos y siglos acarrearían su propia ruina por querer "actuar por sí solos", teniéndome a mí, abierto a sus necesidades, en espera de su llamada pidiendo ayuda.

Cuando Pedro gritó: "¡Sálvanos!", mi amargura descendió como una piedra por su propio peso.

Yo no soy "hombre", soy el Dios-Hombre. No actúo como vosotros, que, cuando uno ha rechazado vuestro consejo o ayuda y luego lo veis en problemas, aunque no seáis tan malos que os alegréis de ello, sí lo sois siempre en cuanto que os lo quedáis mirando desdeñosamente y con indiferencia - y no os conmovéis ante su grito que pide ayuda - con grave ademán que significa: "¿No me has aceptado cuando te quería ayudar? Pues ahora arréglatelas solo". No, Yo soy Jesús, soy Salvador, y salvo, María; salvo siempre, en cuanto se me invoca.

Mas vosotros, bienquistos hombres, podríais objetar: "¿Y por qué permites que se formen tempestades en el individuo o en la colectividad?".

Si con mi poder destruyese el Mal (del tipo que fuera), acabaríais creyéndoos *autores* del Bien - que en realidad es un don mío - y no os volveríais a acordar jamás de mí, jamás.

Tenéis necesidad, bienquistos hijos, del dolor para acordaros de que tenéis un Padre; como el hijo pródigo, que se acordó de que lo tenía cuando sintió hambre. Las desventuras sirven para convenceros de vuestra nada, de vuestra insipiencia - causa de tantos errores - y de vuestra maldad - causa de tantos lutos y dolores -, de vuestras culpas - causa de castigo que vosotros mismos os proporcionáis - y de mi existencia, potencia y bondad.

Esto es lo que os dice el Evangelio de hoy, "vuestro" evangelio de la hora presente, pobres hijos míos. Llamadme. Jesús duerme sólo porque está angustiado de ver vuestro desamor hacia Él. Llamadme y acudiré.

## 186

## Los dos endemoniados de la región de los Gerasenos

Jesús, cortado el lago en dirección noroeste-sudeste, manifiesta a Pedro su vivo interés porque desembarque en Ippo. Pedro obedece, sin discutir, descendiendo con la barca hasta la embocadura de un riachuelo que ahora, debido a que es primavera, y también debido al reciente temporal, fluye lleno y fragoroso. Desemboca este curso de agua en el lago, por una hoz escabrosa y llena de escollos, como es toda la costa en este punto. Los mozos aseguran las barcas - hay uno por cada barca - y reciben la orden de esperar hasta la tarde para volver a Cafarnaúm.

-Y haceos los despistados con quien os pregunte - aconseja Pedro - A quien os pregunte dónde está el Maestro respondedle sin vacilar: "No lo sé"; a quien quiera saber hacia dónde se dirige, lo mismo. Además es verdad, no lo sabéis.

Se separan. Jesús emprende la ascensión de un escarpado sendero que trepa por el cantil casi a pico. Los apóstoles lo siguen por la penosa senda hasta la cima del cantil, que muere en un rellano poblado de encinas bajo las cuales pacen muchos cerdos.

-¡Estos fétidos animales no nos dejan pasar! - exclama Bartolomé.

-No. No nos obstaculizan el paso, hay espacio para todos - responde con serenidad Jesús.

Por su parte, los porquerizos, viendo a israelitas, tratan de reunir a los cerdos bajo las encinas para dejar libre el sendero. Los apóstoles pasan, haciendo mil muecas de desagrado, entre las porquerías que van dejando estos animales que hozan bien pingües, buscando siempre aumento de pinguosidad.

Jesús pasa sin hacer tanto teatro, y dice a los encargados de la piara:

-Que Dios os pague vuestra amabilidad.

Los porquerizos - gente pobre y sólo poco menos sucia que sus cerdos, aunque, eso sí, infinitamente más delgados - lo miran perplejos y se ponen a cuchichear entre sí. Uno dice: -A lo mejor no es israelita.

A lo cual los otros contestan:

-¿No ves las franjas de la túnica?

El grupo apostólico se une, ahora que pueden continuar el camino juntos por una vereda bastante ancha.

E1 panorama es precioso. Está elevado sólo unas pocas decenas de metros respecto al lago; suficiente, de todas formas, para poder dominar toda la extensión del agua y las ciudades diseminadas a lo largo de sus márgenes. Tiberíades resplandece con sus bonitas construcciones frente al lugar donde están los apóstoles. Abajo, al pie del cantil basáltico, la breve playa parece un cojín herboso, mientras que en la orilla opuesta, desde Tiberíades hasta la entrada del Jordán, se ve una llanura más bien vasta, y pantanosa debido a las aguas del río - que dan la impresión de encontrar dificultad para reanudar su curso después de la pausa en el sereno lago -, pero tan abundante en todo tipo de hierbas y matas propias de los lugares ricos en agua, y tan poblada de aves acuáticas de irisados colores, como veteadas de gemas, que se contempla ese lugar cual si se tratase de un jardín. Las aves, que están entre las tupidas hierbas y en los cañizares, se elevan, vuelan sobre el lago y hunden sus cuerpos en las aguas para arrebatarles un pez; se elevan de nuevo, más esplendorosas aún por el agua que ha reavivado los colores de sus plumas, y regresan hacia la florida llanura donde el viento juguetea revolviendo los colores.

Aquí es distinto: una faja de bosques de altísimas encinas, bajo las cuales la hierba crece verde esmeralda y blanda. Acabada ésta, hay una hoyada. Después el monte vuelve a ascender en un empinado promontorio rocoso escalonado, en cuyos rellanos las casas están encostradas (creo que el monte forma una única cosa con las paredes, prestando sus cavernas como viviendas; mitad ciudad troglodita, mitad ciudad común). Es original con esta graduada ascensión en terrazas, que hace que el techo de las casas de la terraza inmediatamente anterior esté a la altura del bajo de las casas del rellano superior. Por los lados en que el monte es más empinado - hasta el punto de impedir cualquier tipo de construcción - hay cavernas y brechas profundas y veredas escarpadas que descienden hacia el valle y que en tiempo de aguaceros deben transformarse en caprichosos torrentitos. Peñascos de todo tipo, que han rodado por efecto de los aluviones, forman un caótico pedestal en la base de este montecillo tan abrupto y agreste, chepudo y petulante como un tagarote que, no obstante, quiere ser respetado a toda costa.

-¿No es aquello Gamala? - pregunta el Zelote.

-Sí, es Gamala. ¿La conoces? - dice Jesús.

-Pasé ahí una noche ya muy lejana cuando era un fugitivo; luego vino la lepra y ya no salí de los sepulcros.

-¿Hasta aquí te persiguieron? - pregunta Pedro.

-Venía de la Siria, adonde me había encaminado buscando protección; pero... fui descubierto y tuve que huir hacia estas tierras para evitar ser capturado. Luego, lentamente, siempre bajo amenaza, fui descendiendo hasta el desierto de Tecua, y desde allí, ya leproso, hasta el valle de los Muertos. La lepra me salvaba de mis enemigos...

-¿Éstos son paganos, verdad? - pregunta Judas Iscariote.

-Casi todos. Pocos hebreos, mercantes; y luego un sincretismo de creencias, y de falta completa de creencia... Pero no trataron mal al fugitivo.

-¿Lugares de bandidos! ¡Qué quebraduras! - exclaman muchos.

-Sí - dice Juan (todavía impresionado por la captura de Juan el Bautista) -, pero hay más bandidos al otro lado, creedlo.

-En el otro lado hay bandidos también entre los que llevan el nombre de justos - concluye su hermano.

Jesús toma la palabra:

-Y, no obstante, los tratamos sin estremecernos, mientras que aquí habéis vuelto la cabeza cuando habéis tenido que pasar al lado de unos animales.

-Son impuros.

-Mucho más lo es el pecador. Éstos son animales hechos así y no se les debe culpar por ello. Sin embargo, el hombre es responsable de ser impuro por el pecado.

-¿Y entonces por qué nos han sido clasificados como impuros? - pregunta Felipe.

-Ya he aludido a ello en una ocasión. Hay razón sobrenatural y razón natural de este orden. La primera consiste en enseñar al pueblo elegido a saber vivir teniendo presente su elección y la dignidad del hombre incluso en una acción tan común como es comer. El salvaje se alimenta de todo, le basta con llenarse el vientre. El pagano, aunque no sea un salvaje, come también todo, sin pensar que comer exageradamente fomenta vicios y tendencias que rebajan al ser humano. Es más, los paganos persiguen este frenesí de placer que para ellos es casi una religión. Los más instruidos de entre vosotros tienen noticia de fiestas obscenas, en honor de sus dioses, que degeneran en una orgía de libídine. El hijo del pueblo de Dios debe saber contenerse, y, en obediencia y prudencia, perfeccionarse a sí mismo, teniendo presentes su origen y su fin: Dios y el Cielo. La razón natural es el no estimular la sangre con alimentos que conducen a ardores indignos del hombre, al cual no se le niega el amor carnal, pero debe templarlo siempre con el frescor del alma orientada al Cielo; hacer, por tanto, amor - no sensualidad - de

ese sentimiento que une al hombre a su compañera, en quien debe ver la congénere y no la hembra. Los pobres brutos, sin embargo, no son culpables de ser puercos, ni de los efectos que su carne pueden a la larga producir en la sangre; y menos culpa todavía tienen los hombres que cuidan de los cerdos. Si son honestos, ¿qué diferencia habrá, en la otra vida, entre ellos y el escriba que está concentrado en sus libros y que, por desgracia, no aprende en ellos la bondad? En verdad os digo que ve-remos a porquerizos entre los justos y a escribas entre los injustos. Pero... ¡avalancha!

Se separan todos de la ladera del monte porque están rodando y rebotando pendiente abajo piedras y tierra, y miran en torno a sí perplejos.

-¡Allí!, ¡allí!, ¡mirad allí! Dos... completamente desnudos... vienen hacia aquí gesticulando. Locos...

-O endemoniados - responde Jesús a Judas Iscariote, que ha sido el primero en ver a los dos posesos que vienen hacia Jesús.

Deben haber salido de alguna caverna del monte. Vienen gritando. Uno de ellos, el que más corre, se lanza hacia Jesús: parece un pajarraco extraño desplumado, pues mucho corre y mucho bracea (en vez de brazos parece tener alas). Se desploma a los pies de Jesús gritando:

-¿Has venido aquí, Amo del mundo? ¿Qué tengo que ver contigo, Jesús, Hijo de Dios altísimo? ¿Ha llegado ya la hora de nuestro castigo? ¿Por qué has venido antes de tiempo a atormentarnos?

El otro endemoniado, bien porque tenga impedida la capacidad de hablar, bien porque esté poseído por un demonio que lo hace lento, lo único que hace es echarse de bruces contra el suelo y llorar bajo, para luego, sentado, quedarse como inerte, sólo jugando con las piedras y con sus pies desnudos.

El demonio sigue hablando por boca del primero, que se retuerce en el suelo en un paroxismo de terror. Parece como si quisiera oponerse y no pudiera hacer otra cosa sino adorar, atraído y repelido al mismo tiempo por el poder de Jesús. Grita:

-¡Te conjuro en nombre de Dios, no me atormentes más. Déjame marcharme!

-Sí. Pero fuera de éste. Espíritu impuro, sal de éstos. Di tu nombre.

-Legión es mi nombre, porque somos muchos. Tenemos poseídos a éstos desde hace años, con sus miembros deshacemos lazos y rompemos cadenas, y no hay fuerza humana que los pueda tener sujetos. Siembran el terror por causa nuestra, de ellos nos servimos para que contra ti se blasfeme; en ellos nos vengamos de tu maldición. Rebajamos al hombre a nivel inferior al de las fieras, para escarnecerte; no hay lobo, chacal o hiena, buitre o vampiro, que se pueda equiparar a los que están poseídos por nosotros. Pero, no nos eches. ¡El infierno es demasiado horrendo!...

-¡Salid! ¡En nombre de Jesús, salid.

Jesús habla con voz de trueno, sus ojos centellean.

-Déjanos, al menos, entrar en esa piara que has visto antes.

-Id.

Con un alarido bestial los demonios se separan de los dos desgraciados, y, entre un improviso remolino de viento que hace cimbrearse a las encinas como si fueran tallos herbáceos, caen sobre los numerosísimos cerdos, los cuales, emitiendo chillidos verdaderamente demoníacos, dan en correr por entre las encinas como posesos; se chocan unos con otros, se hieren, se muerden y, llegados al borde del alto cantil, no teniendo ya más amparo que el agua del fondo, se arrojan al lago. Mientras los porquerizos, trastornados y desolados, gritan aterrorizados, los animales, a centenares, en una sucesión de golpes sordos, zambullen su cuerpo en las aguas serenas, y las rompen en multitud de borbollones de espumas; se hunden, vuelven a emerger, mostrando ora los redondeados vientres, ora los morros puntiagudos en cuyos ojos se lee el terror, para acabar ahogándose. Los pastores, gritando, se echan a correr hacia la ciudad.

Los apóstoles, que han ido al lugar del desastre, vuelven y dicen:

-¡Ni uno se ha salvado! ¡Les has procurado un triste servicio!

Jesús, sereno, responde:

-Es mejor que perezcan dos mil cerdos que no un solo hombre. Dadles un vestido a éstos. No pueden estar así.

El Zelote abre un saco y ofrece uno de sus indumentos; Tomás da el otro. Los dos hombres están todavía un poco atónitos, como si se acabaran de despertar de un sueño muy molesto lleno de pesadillas.

-Dadles algo de comer. Que vuelvan a vivir como hombres.

Y mientras los dos hombres comen el pan y las aceitunas que les han ofrecido y beben del boto de Pedro, Jesús los observa.

Por fin hablan:

-¿Quién eres? - dice uno de ellos.

-Jesús de Nazaret.

-No te conocemos - dice el otro.

-Vuestra alma me ha conocido. Ahora levantaos y marchad a vuestras casas.

-Creo que hemos sufrido mucho, pero no recuerdo bien. ¿Quién es éste? - dice el hombre que hablaba por el demonio señalando a su compañero.

-No lo sé. Estaba contigo.

-¿Quién eres? ¿Por qué estás aquí? - pregunta a su compañero. El que era como mudo, que todavía es el más inactivo, dice:

-Me llamo Demetrio. ¿Aquí está Sidón?

-Sidón está en la costa. Aquí estás al otro lado del lago de Galilea.

-¿Y por qué estoy aquí?

Ninguno le puede dar una respuesta.

En ese momento está llegando un grupo de personas seguidas por los pastores. La gente parece asustada y curiosa, y su estupor aumenta al ver a los dos hombres vestidos y en orden.

-¡Aquél es Marcos de Josías!...

-¡Y aquél es el hijo del mercader pagano! ...

-Y aquél es el que los ha curado. Por Él han muerto nuestros cerdos, porque han enloquecido al entrar en ellos los demonios - dicen los custodios de los animales.

-Señor, reconocemos que eres poderoso, pero ya nos has perjudicado demasiado; nos has hecho un daño de muchos talentos. Te rogamos que te marches, no vaya a ser que por tu poder se derrumbe el monte y se hunda en el lago. Vete...

-Me voy. Yo no me impongo a nadie.

Jesús, sin rebatir, regresa por el mismo camino por el que había venido.

Le sigue, al final de la fila de los apóstoles, el endemoniado que hablaba; detrás, a distancia, muchos habitantes de la ciudad para asegurarse de que se marcha.

Salvan en sentido inverso el pronunciado declive del sendero. Regresan a la hoz del torrente, donde están las barcas. Los habitantes de la ciudad permanecen todavía en el borde de la cima del promontorio, mirando. El hombre liberado baja detrás de Jesús.

Los mozos de las barcas están aterrados: han visto la lluvia de cerdos en el lago y todavía contemplan los cuerpos que emergen - cada vez más y cada vez más hinchados - con las redondeadas panzas al aire y las cortas patitas tiesas, como cuatro estacas clavadas en una voluminosa vejiga sebosa.

-Pero, ¿qué ha pasado? - preguntan.

-Ya os lo contaremos. Ahora soltad y vamos... ¿A dónde, Señor? - dice Pedro.

-A1 golfo de Tariquea.

El hombre que los ha seguido, viéndolos subir a las barcas, suplica:

-Tómame contigo, Señor.

-No. Ve a tu casa; los tuyos tienen derecho a tenerte. Háblales de las grandes cosas que te ha hecho el Señor y de cómo ha tenido piedad de ti. Esta zona tiene necesidad de creer. Enciende la llama de la fe en señal de agradecimiento al Señor. Ve. Adiós.

-Dame al menos la fuerza de tu bendición, para que el demonio no se vuelva a apoderar de mí.

-No temas. Si tú no quieres, no vendrá. De todas formas, te bendigo. Ve en paz.

Las barcas se separan de la orilla en dirección este-oeste. Sólo entonces, cuando aquéllas hienden las olas sembradas de víctimas porcinas, los habitantes de la ciudad que no ha recibido al Señor se retiran del borde de la cima y se marchan.

## 187

## Hacia Jerusalén para la Pascua. De Tariquea al monte Tabor

Jesús deja partir a las barcas diciendo:

-No vuelvo.

Luego, seguido de los suyos, atravesando la zona que ya desde la otra orilla se veía rica, se dirige hacia un monte que aparece en dirección sur-oeste.

Los apóstoles, poco entusiastas del camino que atraviesa esta zona, bonita pero agreste, caminan en silencio, hablándose sólo con los ojos. Es, en efecto, una zona llena de espadañas que se enredan en los pies; de cañas que hacen llover en las cabezas la fina lluvia de rocío que se ha depositado en sus hojas de forma de gruesos cuchillos; llena de nódulos que golpean el rostro con el duro mazo de su fruto desecado; de frágiles sauces colgantes, presentes en todas partes, que producen cosquilleo; de zonas traicioneras de hierba, aparentemente arraigada en terreno duro, pero que en realidad cela pozas de agua donde el pie se hunde, pues no son sino aglomerados de colas de zorra y plantas vesiculares, crecidas sobre minúsculas charcas, tan tupidas que esconden el elemento sobre el que han nacido.

Jesús, por su parte, parece deleitarse en todo ese verde con mil colores, con todas esas flores que se arrastran, o que están enhiestas o se agarran a algo para subir; flores que producen festones asperjados de leves campanillas de un rosa malva tenuísimo, o que forman una alfombra delicada de color azul (por los millares de corolas de miosotis palustres), o que abren el perfecto cáliz de su corola blanca, rosada o azul entre las anchas hojas planas de los nenúfares. Jesús contempla, admirado, los penachos de las cañas palustres, sedosos, cubiertos de aljófares; se inclina, dichoso, a observar la delicadeza de las colas de zorra, que ponen un velo de esmeralda a las aguas; se detiene, extático, ante los nidos que hacen los pájaros con un ir y venir jubiloso (hecho de trinos, zigzagueos y trabajo alegre) con el piquito lleno de pajitas, o de borra de las ramitas, o de vellones de lana arrebatada a los setos, que a su vez se la han arrebatado a los rebaños trashumantes... Parece la persona más feliz del mundo. ¡Qué lejos queda el mundo con sus perversidades, falsedades, dolores, insidias! El mundo está allende los confines de este oasis verde y florido en que todo embalsama, resplandece, ríe, canta. Ésta es tierra como ha sido creada por el Padre, no profanada por el hombre; aquí se puede olvidar al hombre.

Quiere que los otros compartan con El su gozo, pero no encuentra terreno propicio: los corazones están cansados y exasperados por un profundo mal humor, que trasciende las cosas, e incluso al Maestro, en forma de mutismo cerrado, parecido al ambiente quieto que precede a una tormenta. Sólo su primo Santiago, Simón Zelote y Juan se interesan por lo que a Él le suscita interés; los demás están... ausentes, por no decir de mal talante. Quizás, para no murmurar, no hablan entre ellos, pero dentro sí que deben estar hablando, y demasiado.

Sólo una exclamación, aún mayor, de maravilla, ante la joya viva de un martín pescador que viene volando y lleva a su compañera un pececito de plata, les hace salir de su mutismo.

Jesús dice:

-¿Pero podrá haber algo más delicado que esto?

Pedro responde:

-Quizás más delicado no... pero te aseguro que es más cómoda la barca. Aquí se está también en el agua, con el agravante de la incomodidad...

-Yo preferiría el camino que siguen las caravanas, antes que este... jardín, si así quieres llamarlo, y estoy completamente de acuerdo con Simón - dice Judas Iscariote.

-Ese camino no lo habéis querido vosotros - responde Jesús.

-¡Claro!... Pero yo no me hubiera dado por vencido ante los gerasenos. Me hubiera ido de allí, sí, pero luego hubiera proseguido al otro lado del río, bajando por Gadara, Pella, etc - refunfuña Bartolomé. Y su gran amigo Felipe termina: «Los caminos son de todos; en fin, podíamos transitar por ellos también nosotros.

-¡Amigos! ¡Amigos! Estoy muy apenado; nauseado... ¡No aumentéis mi dolor con vuestras pequeñeces! Dejad que busque un poco de alivio en las cosas que no saben odiar...

La reprensión, dulce en su tristeza, toca a los apóstoles.

-Tienes razón, Maestro. Somos indignos de ti. Perdona nuestra estupidez. Tú eres capaz de ver lo bello porque eres santo y miras con los ojos del corazón. Nosotros, que no somos más que burda materia, sentimos sólo esta burda materia... No hagas caso. Puedes estar seguro de que aunque estuviéramos en un paraíso, sin ti, estaríamos tristes; pero, contigo... para el corazón es siempre hermoso; son estos miembros los que se resisten - susurran bastantes de ellos.

-Dentro de poco saldremos de aquí y encontraremos suelo más cómodo, aunque menos fresco - promete Jesús.

-¿A dónde vamos exactamente?- pregunta Pedro.

-A llevar la Pascua a algunos que sufren. Hacía tiempo que quería hacerlo, pero no he podido. Lo habría hecho al regreso a Galilea. Ahora, que nos obligan a andar por caminos que no hemos elegido nosotros, iré a bendecir a los pobres amigos de Jonás.

-¡Perderemos tiempo!

-¡La Pascua está ya cercana!

-¡Por distintos motivos, pero siempre hay retardos!

Es otro coro de quejas que se eleva al cielo.

Y yo no sé cómo Jesús puede tener tanta paciencia... Dice, sin regañar a ninguno:

-No me pongáis obstáculos, os lo ruego; comprended que preciso amar y ser amado. El único consuelo que tengo en la tierra es el amor y hacer la voluntad de Dios.

-¿Y vamos por aquí? ¿No hubiera sido más bonito ir por Nazaret?

-Si os lo hubiera propuesto, os habríais rebelado. Ninguno imaginará que estoy en esta zona... Y lo hago por vosotros, porque... tenéis miedo.

-¿Miedo? ¡No, no! ¡Estamos prontos para combatir por ti!

-¡Rogad al Señor que no os ponga a prueba. Sé que sois rencillosos, rencorosos; conozco vuestro vehemente deseo de dañar a quien me daña, de humillar al prójimo. Todo esto lo conozco. Lo que no conozco es vuestro coraje. Si por mí fuera, habría ido solo y por el camino normal, y no me habría sucedido nada, porque no ha llegado la hora. Pero siento compasión de vosotros. Además, presto obediencia a mi Madre, y... sí, también esto, no quiero que se sienta molesto el fariseo Simón: Yo no les daré motivo, pero ellos sí mostrarán animosidad conmigo.

-¿Y aquí por dónde se pasa? No conozco bien esta zona - dice Tomás.

-Llegaremos al Tabor. Lo bordearemos en parte. Luego pasaremos cerca de Endor para ir a Naím, y de allí a la llanura de Esdrelón. ¡No temáis!... Doras, hijo de Doras, y Jocanán están ya en Jerusalén.

-¡Será precioso! Dicen que desde la cima, concretamente desde un punto de ella, se ve el mar grande, el de Roma. ¡Me gusta mucho! ¿Nos llevas a verlo? - suplica Juan, con su rostro de niño bueno alzado hacia Jesús.

-¿Por qué te gusta tanto verlo? - pregunta Jesús acariciándolo.

-No lo sé... Porque es grande y no se ve el límite... Me hace pensar en Dios... Cuando estuvimos en el Líbano, vi por primera vez el mar. Porque yo sólo había navegado el Jordán o nuestro pequeño mar... y lloré de emoción. ¡Tanto azul! ¡Tanta agua!... ¡Y que no se desborda nunca!... ¡Qué cosa más maravillosa! Y los astros, que trazan caminos de luz sobre la superficie del mar... ¡Oh, no os riáis de mí! Miraba el camino de oro del Sol hasta quedar cegado, el de plata de la Luna hasta henchir de fijo candor mis ojos, y los veía perderse muy lejos. Esos caminos me hablaban, me decían: "Dios está en aquella lejanía infinita, éstos son los caminos de fuego y pureza que un alma debe seguir para ir a Dios. Ven. Adéntrate en el infinito, remando por estos dos caminos y encontrarás al Infinito".

-Eres poeta, Juan - dice Judas Tadeo admirado.

-No sé si esto es poesía, sé que me enciende el corazón.

-Pero si has visto el mar también en Cesárea y en Tolemaida, y bien cerca; ¡estábamos en la orilla! No veo la necesidad de recorrer tanto camino para ver más agua de mar. En el fondo... nosotros hemos nacido en el agua... - observa Santiago de Zebedeo.

-¡Y, por desgracia, también ahora estamos en el agua! - exclama Pedro, que, habiéndose distraído un momento por escuchar a Juan, no ha visto un charco traicionero y se ha puesto pringando... Se echan a reír; el primero, él.

Pero Juan responde:

-Es verdad, pero desde lo alto es más bonito: se ve más y más lejos; se piensa más alto y con más amplitud... se desea... se sueña...

Juan verdaderamente ya está soñando... Mira hacia delante. Sonríe ante su sueño...

Parece una rosa color carne salpicada de menudísimo rocío: efectivamente, su piel lisa y clara de joven rubio aparece intensamente aterciopelada y asperjada de fino pudor, de forma que asemeja ahora más todavía a un pétalo de rosa.

-¿Qué deseas? ¿Qué estás soñando? - pregunta Jesús a su predilecto en voz baja (parece un padre dirigiéndose con dulzura a su querido hijito que habla mientras duerme dulcemente): se lo pregunta con tanta dulzura - para no lacerar el sueño del enamorado - que realmente hay que decir que le está hablando en el alma.

-Deseo ir por ese mar infinito... hacia otras tierras allende él... Deseo ir allí para hablar de ti... Sueño... sueño con ir a Roma, a Grecia, a los lugares oscuros para llevar la Luz... y así los que viven en las tinieblas entren en contacto contigo y vivan en comunión contigo, Luz del mundo... Sueño con un mundo mejor... con un mundo que mejorar a través de tu conocimiento, o sea, a través del conocimiento del Amor que nos hace buenos, puros, héroes... con un mundo que se ame en tu Nombre, y que por encima del odio, del pecado, la carne, el vicio de la mente, por encima del oro, por encima de todas las cosas, alce tu Nombre, tu Fe, tu Doctrina... y sueño con ir con estos hermanos míos por el mar de Dios, recorriendo caminos de luz, a llevarte a ti... de la misma forma que en su momento tu Madre te trajo del Cielo aquí, entre nosotros... Sueño con ser ese niño que, no conociendo sino el amor, se mantiene sereno incluso ante los tormentos... y que canta para infundir ánimo a los adultos, que reflexionan demasiado, y camina hacia la muerte sonriendo, hacia la gloria con aquella humildad de quien no sabe lo que hace, de quien sólo sabe que está yendo a ti, Amor...

Los apóstoles se han quedado sin respiración durante la extática confesión de Juan; parados donde estaban, miran al más joven, oyéndole hablar con los ojos velados por sus párpados cual velo extendido sobre el ardor que sube del corazón; miran a Jesús, que se transfigura de alegría al verse tan completamente identificado en su discípulo...

Juan termina de hablar en una posición un poco inclinada hacia el suelo que recuerda la gracia de la humilde Virgen de la Anunciación de Nazaret; Jesús lo besa entonces en la frente y dice:

-Iremos a ver el mar, para que sueñes otra vez con la realización de mi Reino en el mundo.

¯Señor... has dicho que después vamos a Endor. Muéstrate complaciente también conmigo... para que se me pase la amargura del juicio de aquel niño...- dice Judas Iscariote.

-¿Pero todavía estás pensando en ello? - dice Jesús.

-Continuamente. Me siento disminuido ante tus ojos y ante los ojos de los compañeros. Pienso en vuestros pensamientos...

-¡Hay que ver cómo cansas tu cerebro por nada! Yo ya ni siquiera pensaba en esa menudencia, y los otros, sin duda, igual. Eres tú quien nos lo haces recordar... Eres un niño acostumbrado sólo a las caricias, y la palabra de un niño te ha parecido la condena de un juez. No, no es a esta palabra a lo que debes temer; antes bien, a tus acciones y al juicio de Dios. De todas formas, para convencerte de que te quiero como antes, como siempre, te digo que haré lo que deseas. ¿Qué quieres ver en Endor? No es sino un mísero lugar entre rocas...

-Llévame... y te lo diré.

-Bien, de acuerdo; pero estáte atento a que luego no tengas que sufrir por ello.

-Si para éste ver el mar no puede significar sufrimiento, a mí no me puede perjudicar el ver Endor.

-¿Ver?... No. Lo que puede hacer daño es el deseo de lo que se quiere ver cuando se mira. De todas formas, iremos...

Reanudan su camino. Se dirigen hacia el Tabor, cuya mole se ve cada vez más cercana. El suelo va perdiendo su aspecto palustre: cada vez más sólido, con menos vegetación, dando paso a plantas más altas o a matas de clemátides y zarzas que ríen con sus frondas nuevas y sus flores precoces.

## 188

## En Endor. La gruta de la maga y el encuentro con Félix, llamado luego Juan

El Tabor está ahora a espaldas de los caminantes. Ya lo han salvado. El grupo camina por una llanura cerrada entre este monte y otro que está de frente; van hablando de la ascensión, que todos han realizado, aunque al principio parecía que los más mayores quisieran evitarla; ahora están contentos de haber subido a la cima.

Se anda bien ahora porque van por un camino de primer orden bastante cómodo. La hora es fresca. Tengo la impresión de que han pernoctado en las laderas del Tabor.

-Aquello es Endor - dice Jesús señalando hacia un humilde pueblo asido a las primeras elevaciones de este otro grupo de montes - Estás decidido realmente a ir?

-Si me quieres contentar... - responde Judas Iscariote.

-Pues vamos.

-Pero, ¿habrá que andar mucho? - pregunta Bartolomé, que, debido a su edad, no debe sentir muchas ganas de excursiones panorámicas.

-¡No, no! De todas formas, si os queréis quedar... - dice Jesús.

-¡Sí, sí, quedaos! ¡Hombre! Me basta ir con el Maestro - se apresura a decir Judas de Keriot.

-Bueno, yo quisiera saber, antes de decidir, lo que hay de vistoso... Desde la cima del Tabor hemos visto el mar, y, después de lo que ha dicho el muchacho, tengo que confesar que ha sido la primera vez que lo he visto verdaderamente bien,

que lo he visto como Tú ves: con el corazón. Aquí... quisiera saber si hay algo que aprender, porque entonces voy, aunque me cueste... - dice Pedro.

-¿Estás oyéndolos? Todavía no has dicho tu intención. ¿Quisieras ahora ser tan amable para con tus compañeros de decirla? - invita Jesús a responder.

.¿No fue a Endor adonde Saúl quiso ir para consultar a la pitonisa?

-Sí. ¿Y...?

-Pues, Maestro, que me gustaría ir a ese sitio y oírte hablar de Saúl.

-¡Ah, pues entonces voy también yo! - exclama Pedro todo animado.

-Bien, vamos.

Recorren ligeros el último trecho del camino principal para dejarlo luego por un camino secundario que lleva derecho a Endor.

Es un lugar humilde, como ha dicho Jesús. Las casas están cimentadas en las laderas, las cuales, después del pueblo, se hacen más escabrosas. Pobres gentes son sus habitantes. La mayoría de los vecinos deben ejercer el pastoreo por los pastos monte arriba y en los bosques de encinas seculares. Hay pocas y pequeñas parcelas reservadas al cultivo de la cebada - o un cereal forrajero semejante - en los recortes propicios; también manzanos e higueras. En torno a las casas, pocas vides que decoran un poco las míseras paredes, oscuras cual si fuera un lugar más bien húmedo.

-Ahora preguntamos dónde estaba el lugar de la maga - dice Jesús, y para a una mujer que vuelve de la fuente con las ánforas. Ella lo mira con curiosidad, y contesta con desaire:

-No lo sé. Tengo otras cosas mucho más importantes que esas habladurías.

Lo deja bruscamente.

Jesús se dirige a un viejecillo que está labrando un trozo de madera.

-¿La maga?... ¿Saúl? Ya nadie se interesa de ello. No obstante, espera... hay uno que ha estudiado y quizás sepa... Ven.

El viejecito se pone a subir, renqueando, por una callejuela pedregosa, hasta una casa muy mísera, desastrada.

-Está aquí. Voy a entrar a llamarlo.

Pedro, haciendo alusión a algunas aves de corral que están escarbando la tierra en un pequeño y sucio patio, dice:

-Este hombre no es israelita.

Pero no dice nada más, porque el viejecillo está volviendo, seguido por un hombre bizco, sucio y desaliñado, como todo lo que hay en su casa.

El viejecillo dice:

-¿Ves? Este hombre dice que es allí, pasada aquella casa derruida: un sendero, luego un regato, luego una arboleda, y cavernas; bueno, pues la más alta de esas cuevas, la que tiene todavía a su lado muros derruidos, es la que estás buscando. ¿No es eso?

-No. Has confundido todo. Voy yo con estos extranjeros.

El hombre tiene una voz áspera y gutural, lo cual aumenta el sentido de incomodidad.

Se encamina. Pedro, Felipe y Tomás hacen repetidamente señas a Jesús para que no vaya. Pero Jesús no hace caso y se encamina detrás del hombre, con Judas; los demás lo siguen... de mala gana.

-¿Eres israelita? - pregunta el hombre.

-Sí.

-Yo también, o casi, aunque no lo parezca. He estado mucho tiempo en otros países y he cogido costumbres que estos ignorantes deploran. Soy mejor que los otros, pero me llaman demonio, porque leo mucho, crío aves de corral, que luego vendo a los romanos, y sé curar con hierbas. De joven, por una mujer, luché con un romano y lo apuñalé; el romano murió, yo dejé un ojo y mis bienes y fui condenado a prisión y a trabajos forzados durante muchos años... para siempre. Pero sabía curar, y sané a la hija de un guardián, lo cual me supuso su amistad, y un poco de libertad... que usé para huir. Hice mal, porque, sin duda, aquel hombre pagó mi fuga con la vida; pero la libertad, cuando uno está en prisión, es bonita...

-¿Y después no?

-No. Es mejor la cárcel, donde uno está solo, que no el contacto con los hombres, que no nos conceden estar solos y que están en torno a nosotros para odiarnos...

-¿Has estudiado a los filósofos?

-Era maestro en Cintium... Era prosélito...

-¿Y ahora?

-Ahora no soy nada. Vivo en la realidad. Y odio, como fui y soy odiado.

-¿Quién te odia?

-Todos. El primero, Dios. Era mi mujer... y Dios permitió que me traicionara y que fuera mi ruina. Era libre, me respetaban... y Dios permitió mi condena a cadena perpetua. El abandono de Dios, la in justicia de los hombres. He anulado a Dios y a los hombres. Aquí ya no hay nada... - y se golpea en la frente y en el pecho - Bueno, quiero decir que aquí, en la cabeza, está el pensamiento, el saber; aquí es donde no hay nada - y escupe despreciativamente.

-Te equivocas. Ahí tienes todavía dos cosas.

-¿Cuáles?

-El recuerdo y el odio. Quítalos de tu corazón. Quédate verdaderamente vacío. Yo te daré una cosa nueva para que la metas ahí.

-¿Qué?

-El amor.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡No me hagas reír! Mira, hacía treinta y cinco años que no me reía. Desde que tuve la prueba de que mi mujer me traicionaba con el romano mercader de vinos. ¡El amor! ¡El amor a mí! ¡Como si echase a mis pollos piedras preciosas!: morirían de indigestión, si no lograsen pasarlas a los excrementos. Lo mismo yo. Tu amor sería un peso para mí, si no lograse digerirlo...

-Hombre, no hables así - Jesús le pone la mano en el hombro, verdadera y visiblemente afligido.

-El hombre lo mira con su único ojo. Lo que ve en ese rostro dulce y bellísimo le hace enmudecer y cambiar de expresión: del sarcasmo pasa a una profunda seriedad y luego... a una verdadera aflicción. Agacha la cabeza y pregunta con el tono de voz cambiado:

-¿Quién eres?

-Jesús de Nazaret. El Mesías.

-¿Tú?

-Sí, Yo; tú, que lees, ¿no tenías noticia de mí?

-Tenía noticia... Pero no sabía que vivieras, y no... no sabía, sobre todo, que eras bueno con todos... así... incluso con los asesinos... Perdona cuanto te he dicho... sobre Dios y sobre el amor... Ahora entiendo por qué quieres darme el amor... Porque sin amor el mundo es un infierno, y Tú, el Mesías, quiere hacer de él un paraíso.

-Un paraíso en cada uno de los corazones. Dame esos recuerdos y ese odio que te tienen enfermo y deja que te meta el amor en el corazón.

-¡Ah, si te hubiera conocido antes! ... entonces... Pero, cuando yo mataba, ciertamente no habías nacido... Pero después... después... cuando, libre como la serpiente en los bosques, viví para difundir el veneno de mi odio...

-También has hecho cosas buenas. ¿No has dicho que curabas con las hierbas?

-Sí. Para que me tolerasen. ¡Cuántas veces he tenido que luchar contra el deseo de envenenar con los bebedizos!... ¿Ves? Me he refugiado aquí porque es un pueblo donde se ignora el mundo y se es ignorado por el mundo, un pueblo maldito; en otros lugares, me odiaban y odiaba, y tenía miedo de ser reconocido... Pero, yo soy malo.

-Lamentas haber causado daño al guardián de la prisión. ¡Ves como todavía tienes bondad? No eres malo, lo que tienes es una profunda herida abierta que nadie te cura... Tu bondad se te va por ella como la sangre por las heridas; pero, si hubiera alguien que te curase y te cerrase tu herida, pobre hermano mío, tu bondad, no perdiéndose a medida que se va formando, crecería...

El hombre llora cabizbajo; su llanto queda celado; sólo Jesús, que camina a su lado, lo ve. Lo ve, sí, pero no dice nada más.

Llegan a una covacha hecha con bloques de paredón y aprovechando las mismas cavidades del monte. El hombre trata de afianzar la voz y dice:

-Bueno, es aquí. Entra si quieres.

-Gracias, amigo. Sé bueno.

El hombre no dice nada, se queda donde está, mientras Jesús y los suyos, pasando por encima de bloques de piedra que, sin duda, habían pertenecido a muros muy fuertes, incomodando a lagartos y otros feos animales, entran en una espaciosa gruta ahumada, en cuyas paredes hay todavía - grafitos incisos en la roca - signos zodiacales y otras zarandajas de este tipo. En un rincón ennegrecido hay un nicho, debajo del cual se ve un agujero que parece una alcantarilla para la coladura de líquidos. Racimos repulsivos de murciélagos decoran el techo. Un búho, disturbado por la luz de una rama que Santiago ha encendido para ver si pisan escorpiones o áspides, se queja batiendo sus alas acolchadas y entornando sus feotes ojos heridos por la luz; está acurrucado dentro del nicho mientras un hedor de ratas muertas, comadrejas, pájaros en putrefacción entre sus pies, se mezcla con el olor del estiércol y del suelo húmedo.

-¡Realmente bonito este sitio! - dice Pedro - ¡Era mejor tu Tabor y tu mar, muchacho!

Y luego, volviéndose a Jesús:

-Maestro, date prisa en complacer a Judas porque esto... ¡ciertamente, no es la sala real de Antipas!

-Enseguida. ¿Exactamente, qué quieres saber? - pregunta a Judas de Keriot.

-Bien... Quisiera saber si - y por qué - Saúl pecó viniendo aquí... Quisiera saber si una mujer puede evocar a los muertos. Querría saber si... Bueno, en fin, habla y yo te haré preguntas.

-¡Asunto largo! A1 menos vamos afuera, al sol, sobre las rocas... Así evitaremos humedad y mal olor - suplica Pedro.

Jesús accede a ello. Se sientan como pueden sobre los paredones derruidos.

-El pecado de Saúl no fue sino uno de sus pecados, precedido y seguido de muchos otros, todos graves. Dúplice ingratitud para con Samuel, que no sólo lo unge rey sino que además se eclipsa después para que el rey no deba repartir con él la admiración del pueblo. Ingrato en repetidas ocasiones para con David, que lo libera de Goliat, que lo exonera de una muerte cierta en la caverna de Engadí y en Aquila. Culpable de múltiples desobediencias y de escándalo ante el pueblo. Culpable de haber apenado a Samuel, su benefactor, faltando a la caridad. Culpable de envidia y de atentar contra la vida de David, también benefactor suyo. Culpable, en fin, del delito cometido aquí.

-¿Contra quién?, pues aquí no mató a nadie.

-Mató su alma, terminó de matarla, aquí dentro. ¿Por qué bajas la cabeza?

-Pienso, Maestro.

-Piensas... Ya lo veo... ¿Y en qué estás pensando? ¿Por qué has querido venir aquí? Reconoce que no ha sido por pura curiosidad de estudioso.

-Siempre se oye hablar de magos, de nigromancias, de invocación de espíritus... Quería ver si descubría algo... Me gustaría saber cómo se producen estas cosas... Creo que nosotros, destinados a asombrar a la gente para captarla, deberíamos

ser un poco nigromantes. Tú eres Tú y obras con tu poder, pero nosotros tenemos que pedir un poder, una ayuda, para realizar obras insólitas, obras que se impongan...

-¿Pero estás loco? ¿Pero qué dices? - gritan muchos de los apóstoles.

-Callad. Dejadlo hablar. Lo suyo no es locura.

-Sí, bueno, me parecía que, viniendo aquí, un poco de la magia de otros tiempos podría entrar en mí y hacerme más grande. Buscando tu interés, créeme.

-Sé que este deseo tuyo de ahora es sincero; no obstante, te respondo con palabras eternas - porque están contenidas en el Libro, y el Libro existirá mientras exista el hombre; existirá siempre, ya crean en él y lo empuñen en nombre de la Verdad, ya sea objeto de burla o de risa.

Está escrito: "Y Eva, visto que el fruto del árbol era apetitoso para el paladar y agradable a la vista, lo cogió, y comió, y se lo ofreció a su marido... Y entonces sus ojos se abrieron, y se dieron cuenta de que estaban desnudos y se hicieron unos ceñidores... Y Dios dijo: "¿Cómo os habéis dado cuenta de que estabais desnudos? Por haber comido el fruto prohibido'". Y los echó del paraíso de delicias". En el libro de Saúl se lee: "Apareció Samuel y dijo: ¿Por qué me has incomodado invocándome? ¿Por qué me consultas después de que el Señor se ha retirado de ti? El Señor te tratará como te he anunciado... *porque no has obedecido a la voz del Señor'".*

Hijo, no tiendas tu mano al fruto prohibido; el solo hecho de acercarte a él ya es una imprudencia. No tengas curiosidad por conocer lo ultraterreno; ten temor a que el veneno satánico de la curiosidad se te adhiera. Evita lo oculto y lo que no tiene explicación. Una sola cosa debe recibirse con santa fe: Dios. Mas evita aquello que no es Dios y que no se puede explicar con las fuerzas de la razón ni crear con las fuerzas del hombre; *evítalo,* para que no se te abran las fuentes de la malicia y comprendas que estás "desnudo". *Desnudo: repelente de humanidad mezclada con el satanismo.* ¿Por qué quieres causar asombro con oscuros prodigios? Cáusalo con tu santidad, luminosa como cosa proveniente de Dios. No desees rasgar los velos que separan a los vivos de los difuntos. No molestes a los difuntos. Escúchalos - a los sabios - mientras están en este mundo y venéralos obedeciéndolos incluso después de la muerte. No disturbes su segunda vida. *Quien no obedece a la voz del Señor pierde al Señor; mas el Señor ha prohibido el ocultismo, la nigromancia, el satanismo en todas sus formas.* ¿Qué más quieres saber aparte de lo que te dice la Palabra?, ¿qué más quieres obrar aparte de lo que tu bondad y mi poder te conceden que obres? No te inclines hacia el pecado, antes bien, aspira a la santidad, hijo.

No te sientas avergonzado. Me agrada que reveles tu humanidad. Lo que te atrae a ti atrae a muchos, *a demasiados.* Lo único que le quita peso a esta humanidad, mucho peso, y le pone alas, es el fin que has puesto en este deseo, o sea, "tener potencia para atraer hacia mí"; pero son alas de ave nocturna. No, Judas mío, ponle alas solares, de ángel, a tu espíritu; bastará el viento de estas alas para captar a los corazones, y los llevarás, por tu surco, a Dios.

-¿Nos vamos?

-Sí, Maestro. Confieso mi error...

-No. Lo que ha sucedido es que has pretendido averiguar. El mundo estará lleno siempre de personas curiosas. Ven, ven, vámonos de este lugar maloliente. ¡Vamos hacia el sol! Dentro de pocos días será Pascua. Después iremos a ver a tu madre: evócala a ella - y no a los muertos -, evoca tu casa honesta y a tu madre santa. ¡Oh, qué paz!

Como siempre, el recuerdo de su madre, la alabanza del Maestro a su madre, calma a Judas.

Salen de las ruinas y empiezan a bajar por el sendero que antes han recorrido. El hombre bizco está todavía.

-¿Estás todavía aquí? - pregunta Jesús, aparentando no ver el rostro rojo de lágrimas.

-Sí, aquí. Si me permites, te acompaño; debo decirte una cosa...

-Bueno, bien, ven conmigo. ¿Qué quieres decirme?

-Jesús... Creo que para tener la suficiente fuerza para hablar y para hacer la santa magia de cambiarme a mí mismo, de invocar a mi alma muerta como la maga invocó a Samuel para Saúl, debo pronunciar tu Nombre, dulce como tu mirada, santo como tu voz. Me has dado una vida nueva, pero es informe, incapaz cual la de un recién nacido mal generado, y forcejea aún, atenazada por la costra mala que la cubre. Ayúdame a salir de mi muerte.

-Sí, amigo.

-Yo... he visto que todavía tengo un poco de humanidad en mi corazón. No soy sólo un animal feroz. Todavía puedo amar y ser amado, perdonar y ser perdonado: tu amor, tu amor, que es perdón, me lo enseña. ¿No es verdad esto?

-Sí, amigo.

-Pues entonces llévame contigo. ¡Yo era Félix! ¡Oh, qué ironía! Dame un nuevo nombre. Que quede verdaderamente muerto el pasado. Te seguiré como un perro callejero que por fin encuentra un amo. Seré tu esclavo, si quieres... pero no me dejes solo.

-Sí, amigo.

-¿Qué nombre me das?

-Un nombre entrañable para mí: Juan. En efecto, eres gracia recibida del Señor.

-¿Me llevas contigo?

-Por ahora sí. Luego me seguirás con los discípulos. Pero… ¿y tu casa?

-Ya no tengo casa. Dejaré a los pobres cuanto poseo. Dame sólo amor y un pan.

-Ven.

Jesús se vuelve y llama a los apóstoles: «Gracias amigos, especialmente a ti, Judas; por ti, por vosotros, un alma se arrima a Dios. Mirad, éste es el nuevo discípulo. Vendrá con nosotros hasta que podamos confiarlo a los hermanos discípulos. Alegraos de haber encontrado un corazón, bendecid conmigo a Dios.

Los doce no parecen verdaderamente muy contentos, pero ponen buena cara por obediencia y por cortesía.

-Si me lo permites, me adelanto. Me encontrarás a la entrada de mi casa.

-Bien. Ve.

El hombre se marcha corriendo. Parece otro.

-Ahora que estamos solos, os ordeno, *esto lo ordeno,* que seáis buenos con él y que no habléis de su pasado a *nadie.* Quien hablara, o faltara a la caridad a este hermano redimido, sería rechazado por mí ipso facto. ¿Comprendido? ¡Fijaos qué bueno es el Señor!: nos trajo aquí un fin humano y nos ha concedido dejar este lugar habiendo obtenido un hecho sobrenatural. ¡Oh, exulto por la alegría que ahora hay en el Cielo por el nuevo convertido!

Llegan a la casa. En el umbral de la entrada, con un indumento oscuro y limpio, manto igual, un par de sandalias nuevas y un talego grande a las espaldas, está el hombre. Cierra la puerta y... - extraño en un hombre que uno podría considerar insensible - toma una gallina blanca, quizás la predilecta, que se acuecla íntima en sus manos, y la besa y llora; luego la posa en el suelo.

-Vamos... y perdona, pero es que mis pollos me han querido. Yo hablaba con ellos, y... me comprendían...

-Yo también te comprendo... y te quiero... mucho; te daré todo el amor que en treinta y cinco años el mundo te ha negado.

-¡Lo sé! ¡Lo siento en mí! Por eso me voy contigo. Y... sé indulgente con un hombre que... que ama a un animal que... que... que le ha sido más fiel que el hombre...

-Sí...sí. No pienses más en el pasado. En el futuro tendrás muchas cosas que hacer. Con tu experiencia harás mucho bien. Simón, ven aquí, y también tú, Mateo. Mira, éste fue peor que un preso, fue un leproso; éste, pecador. Pues bien, Yo los quiero entrañablemente porque ***saben*** comprender a los corazones desvalidos. ¿No es verdad?

-Por bondad tuya, Señor. Pero... sí, créelo, amigo, sirviéndole se cancela todo. Queda sólo paz - dice Simón el Zelote.

-Sí, paz, y, donde había una vejez de vicio u odio, nace una juventud nueva. Yo era un publicano y ahora soy un apóstol. Tenemos ante nosotros el mundo, y nosotros sabemos acerca del mundo; no somos como esos muchachitos distraídos que pasan al lado del fruto nocivo y del árbol torcido y no ven la realidad. Nosotros lo conocemos. Podemos evitar el mal y enseñar a otros a evitarlo, como también sabemos enderezar a quien se tuerce, porque sabemos el consuelo que supone el ser sujetados. Y sabemos quién sujeta: Él - dice Mateo.

-¡Es verdad! ¡Es verdad! Me ayudaréis. Gracias. Es como pasar de un lugar oscuro y fétido a un dilatado prado florido... Una cosa parecida experimenté el día en que salí, libre, al fin libre, tras veinte años de prisión y de trabajo brutal en las minas de Anatolia, y me vi - había huido durante una noche borrascosa - en lo alto de un monte, escabroso pero abierto, lleno del sol de la aurora y cubierto de olorosos bosques... ¡Oh, la libertad! ¡Pero ahora es más! ¡Todo en mí se dilata! Ya hacía doce años que no llevaba cadenas, y sin embargo, el odio, el miedo, la soledad, para mí eran como cadenas... ¡Ahora han caído éstas también!... Hemos llegado a la casa del anciano que os ha conducido a mí. ¡Eh, hombre! ¡Hombre!

El viejecillo acude, y se queda de piedra al ver que el bizco está limpio, con vestido de viaje y la cara sonriente.

-Ten, ésta es la llave de mi casa. Me marcho *para siempre.* Tú has sido mi benefactor y por ello te estoy agradecido. Me has devuelto la familia. Haz de lo mío todo *lo que quieras...* y cuida de mis pollos; no los maltrates; todos los sábados viene un romano que compra los huevos... sacarás algún beneficio... Trata bien a mis gallinitas... y que Dios te lo pague.

El anciano se ha quedado estupefacto. Boquiabierto, coge la llave. Jesús dice:

-Sí, haz como dice y también Yo te quedaré agradecido. En nombre de Jesús te bendigo.

-¡El Nazareno! ¡Eres Tú! ¡Misericordia! ¡He hablado con el Señor! ¡Mujeres! ¡Mujeres! ¡Hombres! ¡El Mesías está aquí, con nosotros! - Chilla como un águila y de todas partes vienen corriendo personas.

-¡Tu bendición! ¡Tu bendición! - gritan. Otros: «¡Quédate!». Y otros: «¿A dónde vas? A1 menos dinos a dónde vas.

-Voy a Naím. No puedo quedarme.

-¡Te seguimos! ¿Quieres?

-Venid. Y paz y bendición para los que se quedan.

Se encaminan hacia el camino principal. Lo toman.

El hombre, que va andando al lado de Jesús, esforzándose por el peso de su talego, despierta la curiosidad de Pedro:

-¿Pero qué llevas ahí dentro que pesa tanto? - pregunta.

-La ropa... y libros... Mis amigos junto con los pollos, aunque después de éstos. No he podido separarme de ellos... y pesan.

-Sí, claro, la ciencia pesa, sí, y... ¿a quién le gusta?

-Me han librado de volverme loco.

-¡Les tendrás estima!... Pero, ¿qué libros son?

-Filosofía, historia, poesía griega, romana...

-Interesantes, interesantes, sin duda interesantes; pero, ¿crees que vas a poder llevarlos siempre contigo?

-Quizás también logre separarme de ellos, pero todo al mismo tiempo no se puede hacer, ¿no es verdad, Mesías?

-Llámame Maestro. Sí, no se puede. De todas formas tendrás un sitio donde tener al seguro a tus amigos los libros. Te podrán servir para disputar con los paganos acerca de Dios.

-¡Qué depurado tu pensamiento de toda restricción!

Jesús sonríe y Pedro exclama:

-¡Hombre! ¡Claro! ¡Él es la Sabiduría!

-Es la Bondad, créelo. ¿Y tú eres culto?

-¿Yo? ¡Cultísimo! Mi cultura no pasa de distinguir un sábalo de una carpa. Soy pescador, amigo - y Pedro ríe con humildad y franqueza.

-Eres un hombre honesto. Es una ciencia que uno aprende por sí mismo y que es muy difícil de poseer. Me resultas simpático.

-Tú también a mí, porque eres franco, incluso cuando te acusas. Perdono todo, ayudo a todos, pero soy enemigo despiadado de los falsos. Me repelen.

-Tienes razón, el falso es un delincuente.

-Tú lo has dicho, un delincuente. Dime, ¿no me dejas con confianza un poco tu talego? Total, estáte seguro de que con los libros no voy a huir... Es que me parece que vas con dificultad...

-Veinte años de mina quebrantan. Pero... ¿por qué quieres cansarte tú?

-Porque el Maestro nos ha enseñado a amarnos como hermanos. Dámelo. Toma tú a cambio mis trapajos. Mi fardo es ligero... No hay ni historias, ni poesías; mi historia, mi poesía y esa otra cosa que has dicho son Él, mi Jesús, nuestro Jesús.

## 189

## En Naím. Resurrección del hijo de una viuda

Naím debía tener una cierta importancia en tiempos de Jesús. No es muy grande pero está bien construida. La ciñen muros. Se asienta sobre una baja y risueña colina (un ramal del Pequeño Hermón, que domina desde lo alto la fertilísima llanura abierta hacia el noroeste).

Para llegar a ella, viniendo de Endor, hay que atravesar un riachuelo afluente del Jordán. Desde aquí ya no se ve este último - y ni siquiera su valle - pues lo ocultan unas colinas que dibujan un arco en forma de signo de interrogación abierto hacia el este.

Jesús camina en dirección a esta ciudad, por un camino de primer orden que comunica las regiones del lago con el Hermón y sus pueblos. Tras El van muchos habitantes de Endor, verdaderamente locuaces.

La distancia que separa al grupo apostólico de los muros de la ciudad es ya muy poca: unos doscientos metros, no más. Dado que el camino va derecho a meterse por una de las puertas de la ciudad, y dado, además, que la puerta está totalmente abierta - es pleno día -, se puede ver todo lo que está sucediendo en la zona inmediatamente situada al otro lado de los muros; es así que Jesús, que iba hablando con los apóstoles y con el nuevo convertido, ve venir, en medio de un gran revuelo de plañideras y de otras manifestaciones orientales de este tipo, un cortejo fúnebre.

-¿Vamos a ver, Maestro? - dicen muchos (ya muchos de los habitantes de Endor se han precipitado a la puerta para mirar).

-Bueno, vamos - dice Jesús condescendiendo.

-Debe ser un niño; ¡fíjate cuántas flores y cuántas cintas hay sobre el lecho fúnebre!- dice Judas de Keriot a Juan.

-O quizás una virgen - responde Juan.

-No - dice Bartolomé -, sin duda es un muchachito joven, por los colores que han puesto; además faltan los mirtos...

El cortejo fúnebre ya está fuera de la ciudad. No es posible ver lo que hay en la lechiga, que va en alto, llevada a hombros; sólo por el relieve que hace, se intuye un cuerpo extendido, fajado, tapado con una sábana, y se comprende que es un cuerpo que ya ha alcanzado su completo desarrollo, porque ocupa toda la largura de la lechiga. A su lado, una mujer velada, ayudada por parientes o amigas, camina llorando: es el único llanto sincero en toda esa comedia de plañideras. Y si uno de los que llevan las andas tropieza con una piedra, o hay un agujero o una pequeña elevación del suelo, de forma que la lechiga sufre una violenta oscilación, la madre gime:

-¡No, no, despacio; mi niño ha sufrido mucho! - y levanta una de sus temblorosas manos y acaricia el borde de la lechiga - más no puede -, y, no pudiendo efectivamente más, besa los ondeantes velos y las cintas que el viento a veces agita, y que acarician la forma inmóvil.

-Es la madre - dice Pedro, compungido y con un brillo de llanto en sus ojos sagaces y buenos.

Pero no es el único que tiene bañados los ojos por esa congoja: al Zelote, a Andrés, a Juan y hasta a Tomás, que siempre está alegre, les brillan los ojos. Todos, todos están conmovidos.

Judas Iscariote dice en voz baja:

-¡Si fuera yo... pobrecilla mi madre...!

Jesús, con una dulzura en sus *ojos* tan profunda que se hace irresistible, se dirige hacia la lechiga.

La madre, sollozando ahora más intensamente porque el cortejo se prepara a girar en dirección al sepulcro abierto, en su delirio - ¡quién sabe de qué tiene miedo! - aparta con violencia a Jesús al ver que hace ademán de tocar la lechiga, y grita: « ¡Es mío!» y mira a Jesús con *ojos* de loca.

-Ya sé que es tuyo, madre.

-¡Es mi único hijo! ¿Por qué le ha tenido que llegar la muerte?: ¿por qué a él, que era bueno, que era encantador, que era la alegría de esta viuda? ¿Por qué?

La comparsa de las plañideras aumenta su pagado llanto para hacer coro a la madre, que continúa:

-¿Por qué él y no yo? No es justo que quien ha dado la vida vea perecer al fruto de su vientre. El fruto debe vivir, porque, si no, ¿qué sentido tiene el que estas entrañas se desgarren para dar a luz a un hombre? - y, violenta y desesperada, se golpea el vientre.

-¡No, así no! ¡No llores, madre!

Jesús le coge las manos, se las aprieta fuertemente, se las sujeta con su mano izquierda mientras con la derecha toca la lechiga, y dice a los que la llevan:

Deteneos. Poned en el suelo la lechiga.

Los hombres obedecen y bajan la camilla, que queda apoyada en el suelo sobre sus cuatro patas.

Jesús coge la sábana que cubre al muerto y la echa hacia atrás, quedando así descubierto el cadáver.

La madre grita su dolor, creo que con el nombre de su hijo: « ¡Daniel!».

Jesús sigue teniendo en su mano las manos maternas. Se yergue, imponente con su mirada centelleante - en su rostro, la expresión de los milagros más poderosos - y baja la mano derecha mientras dice con toda la fuerza de su voz:

-¡Muchacho, Yo te lo digo: álzate!

E1 muerto, así como está, todavía fajado, se incorpora en la camilla y llama a su madre:

-¡Mamá!

La llama con la voz balbuciente y llena de miedo propia de un niño aterrorizado.

-Es tuyo, mujer. Te lo restituyo en nombre de Dios. Ayúdale a liberarse del sudario. Sed felices.

Jesús hace ademán de retirarse. ¡Ya, ya!... La muchedumbre lo inmoviliza junto a la lechiga. La madre está literalmente volcada hacia la camilla, forcejeando entre las vendas para tardar lo menos posible, ¡lo menos posible!, mientras el lamento infantil, implorante, se repite:

-Mamá! ¡Mamá!

Desenmarañado el sudario y las vendas, madre e hijo se pueden abrazar, y lo hacen sin tener en cuenta los bálsamos pegajosos. La madre quita del amado rostro y las amadas manos, con las mismas vendas, esos bálsamos, y luego, no teniendo con qué vestirlo de nuevo, se quita el manto y con él lo envuelve; y todo sirve para acariciarlo...

Jesús la mira, observa este grupo de amor abrazado al lado de los bordes de la lechiga, que ahora ya no es fúnebre... y llora.

Judas Iscariote ve este llanto y pregunta:

-¿Por qué lloras, Señor?

Jesús vuelve su rostro hacia él y dice:

-Pienso en mi Madre...

El breve coloquio llama de nuevo la atención de la mujer hacia su Benefactor. Coge a su hijo de la mano, sujetándolo, porque es como uno que tuviera todavía entumecidos los miembros, y, arrodillándose, dice:

-Tú también, hijo mío, bendice a este Santo que te ha devuelto a la vida y a tu madre- y se inclina para besar la túnica de Jesús. Mientras, la muchedumbre alaba jubilosa a Dios y a su Mesías (ya lo conocen como tal porque los apóstoles y los habitantes de Endor se han encargado de decir quién es el que ha obrado el milagro).

El gentío prorrumpe en alabanzas:

-¡Bendito sea el Dios de Israel! ¡Bendito sea el Mesías, su Enviado! ¡Bendito sea Jesús, Hijo de David! ¡Un gran Profeta se ha alzado en medio de nosotros! ¡Verdaderamente Dios ha visitado a su pueblo! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

Por fin Jesús puede librarse de la apretura de la gente y entrar en la ciudad. Pero la muchedumbre lo sigue, lo persigue, con amor exigente.

Se acerca un hombre, que saluda con toda reverencia.

-Te ruego que te alojes en mi casa.

-No puedo: la Pascua me prohíbe cualquier detención aparte de las establecidas.

-Faltan pocas horas para la puesta del sol, y es viernes...

-Precisamente eso: antes del ocaso debo llegar a mi etapa. De todas formas, gracias. Pero no me retengas.

-Soy el jefe de la sinagoga.

-Con lo cual me estás diciendo que tienes derecho a ello. Mira, hombre, habría sido suficiente que hubiera llegado una hora más tarde para que esa madre no hubiera recuperado a su hijo. Voy a otros desdichados que también me esperan. No retardes, por egoísmo, su alegría. Vendré en otra ocasión y estaré contigo, en Naím, unos días. Ahora déjame seguir mi camino.

El hombre no sigue insistiendo; se limita a decir:

-Lo has dicho. Te espero.

-Sí. La paz sea contigo y con los habitantes de Naím; y también a vosotros, de Endor, paz y bendición. Volved a vuestras casas. Dios os ha hablado a través del milagro. Haced que en vosotros se produzcan, como consecuencia del amor, tantas resurrecciones en orden al Bien cuanto es el número de los corazones.

Una última, unánime, exultación de la multitud, para después dejar a Jesús que continúe su camino.

El atraviesa diagonalmente la ciudad y sale hacia los campos, en dirección a Esdrelón.

## 190

## La llegada a la llanura de Esdrelón durante la puesta del sol del viernes

Comienza el ocaso con un enrojecimiento del cielo. Jesús ya ve los campos de Jocanán.

-Aceleremos el paso, amigos, antes de que decline el sol. Tú, Pedro, adelántate con tu hermano para avisar a nuestros amigos de Doras.

-Sí, sí, voy, que también quiero asegurarme de si el *hijo* se ha marchado.

Pedro pronuncia esa palabra, "hijo", en un modo que vale por un largo discurso. Y se adelanta.

Entretanto, Jesús prosigue más despacio, mirando a su alrededor para ver si hay algún campesino de Jocanán; mas sólo se ven los fértiles campos con las espigas ya bien formadas.

Por fin, de entre la frondosidad de las parras, se destaca un rostro sudoroso al tiempo que proviene un grito:

-¡Oh, Señor bendito! - y el campesino sale corriendo del viñedo para venir a postrarse ante Jesús.

-¡Paz a ti, Isaías!

-¿Hasta te acuerdas de mi nombre?

-Lo llevo escrito en el corazón. Levántate. ¿Dónde están los otros compañeros?

-Allá, en los pomares. Voy a avisarlos. ¿Vienes a estar con nosotros, verdad? El amo no está, así que podemos festejar tu venida.Además... un poco por miedo y un poco por alegría, es mejor. ¡Fíjate, este año nos ha concedido el cordero, e ir al Templo! Nos ha dado sólo seis días, pero... bueno, correremos por el camino. ¡Fíjate, nosotros también a Jerusalén! Y esto te lo debemos a ti.

El hombre está en el séptimo cielo, de la alegría de haber sido tratado como hombre y como israelita.

-Que Yo sepa, no he hecho nada - dice Jesús sonriendo.

-¿Cómo no? ¡Claro que has hecho! Doras, y luego los campos de Doras... mientras que éstos este año están espléndidos... Jocanán supo de tu venida, y no *es bobo.* Tiene miedo y... y tiene miedo.

-¿A qué?

-A que le pase con su vida y sus bienes lo que a Doras. ¿Has visto las tierras de Doras?

-Vengo de Naím...

-Entonces no las has visto. Están devastadas». (El hombre dice esto en voz baja, pero remarcando las palabras, como quien estuviera confiando una cosa tremenda en secreto).Totalmente devastadas!: ni heno, ni cereales, ni fruta; las cepas y los árboles frutales secos... muerto... todo muerto... como en Sodoma y Gomorra... Ven, ven, que te las muestro.

-No hace falta. Voy adonde aquellos campesinos...

-¡No, ya no están! ¡Ah, no lo sabes? Los ha repartido a todos por otros lugares o los ha despedido, Doras, el hijo de Doras; y los que han sido enviados a otras tierras tienen la obligación de no hablar de ti, so pena de ser azotados... ¡No hablar de ti!... ¡Será difícil! Nos lo ha dicho incluso Jocanán.

-¿Qué ha dicho?

-Ha dicho: "No soy tan estúpido como Doras, así que no os digo: 'No quiero que habléis del Nazareno'. Sería inútil, porque lo haríais igualmente, y no quiero perderos matándoos a fuerza de azotes como a animales indóciles. Es más, os digo: `Sed buenos, como, sin duda, os enseña el Nazareno, y decidle que os trato bien'. No quiero ser maldecido yo también". No, él ve bien lo que son estos campos después de tu bendición, y lo que son aquéllos después de tu maldición. ¡Oh, ahí están los que me araron la tierra... - y el hombre corre al encuentro de Pedro y Andrés.

Pero Pedro lo saluda brevemente y prosigue hacia Jesús. Antes de llegar, ya grita:

-¡Maestro! ¡Ya no está ninguno de los de antes; son todas caras nuevas! ¡Todo está devastado! La verdad es que podría prescindir de campesinos aquí. ¡Peor que en el Mar Salado!...

-Lo sé. Me lo ha dicho Isaías.

-¡Pero ven a ver! ¡Caramba, lo que se ve!...

Jesús quiere contentarle, pero primero dice a Isaías:

-Entonces, estaré con vosotros. Advierte a tus compañeros. No os molestéis por la comida, que la tengo Yo; nos es suficiente con un henil para dormir, y con vuestro amor. Dentro de nada estoy con vosotros.

La vista de las tierras de Doras es realmente desoladora: campos secos, prados pelados, secas las vides, destruidos hojas y frutos de los árboles por millones de insectos de todo tipo. También el jardín pomar de al lado de la casa muestra el aspecto desolado de un bosque herido de muerte.

Los campesinos se mueven de un lado para otro arrancando malas hierbas, aplastando larvas, caracoles, lombrices y otros bichos semejantes; o ponen debajo de los árboles barreños llenos de agua y menean las ramas, para ahogar mariposas, gorgojos y demás parásitos que recubren las hojas que aún quedan y que agotan el árbol y lo matan. Buscan un signo de vida en los sarmientos de las vides, pero éstos se rompen, secos, en cuanto se tocan, y, alguna vez, como si una siega hubiera cortado sus raíces, ceden desde la base.

El contraste con los campos de Jocanán, con los viñedos y pomares de éste, es vivísimo, siendo así que la desolación de los campos maldecidos aparece aún más violenta si se compara con la fertilidad de estos otros.

-Tiene mano dura el Dios del Sinaí - dice en tono bajo Simón Zelote.

Jesús hace ademán como de decir: «^No lo sabes tú bien!» pero no lo dice. Sólo pregunta:

-¿Cómo ha sucedido?

Uno de los campesinos responde entre dientes:

-Topos, langosta, gusanos... ¡Vete! El vigilante es fiel a Doras... No nos perjudiques... - Jesús suspira y se marcha.

Otro de los campesinos, que está encorvado recalzando un manzano con la esperanza de salvarlo, dice:

-Mañana iremos a verte... cuando el vigilante se haya ausentado para ir a Yizreel a la oración... Iremos a casa de Miqueas.

Jesús hace un gesto de bendición y se marcha.

Vuelve al cruce y se encuentra a todos los campesinos de Jocanán, jubilosos, contentos, los cuales, rodeando amorosos a su Mesías, lo conducen hacia sus pobres mansiones.

-¿Has visto, allí?

-Sí. Mañana vendrán los campesinos de Doras.

-Sí, mientras las hienas están en la oración... Así hacemos todos los sábados... y hablamos de ti, con lo que sabemos por Jonás, por Isaac, que viene a menudo a vernos, y por tus palabras de Tisri. Hablamos como sabemos, porque lo que no se puede hacer es no hablar de ti, y más se habla cuanto más se sufre y cuanto más lo prohíben.

-Aquellos pobrecillos... beben la vida todos los sábados... Pero, ¡cuántos en esta llanura tienen necesidad de saber, al menos saber de ti, y no pueden venir hasta aquí!...

-Me ocuparé también de ellos. En cuanto a vosotros, benditos seáis por lo que hacéis.

El sol declina mientras Jesús entra en una ahumada cocina. Comienza el reposo sabático.

## 191

## El sábado en Esdrelón. El pequeño Yabés. Parábola del rico Epulón

-Entrega a Miqueas la cantidad de dinero suficiente para que mañana pueda restituir lo que hoy ha pedido prestado a los campesinos de esta zona - dice Jesús a Judas Iscariote, que es quien, generalmente, administra los... bienes comunes.

Luego llama a Andrés y a Juan y los manda a dos puntos desde donde se puede ver el camino, o los caminos, que vienen de Yizreel; luego, a Pedro y a Simón, y les dice que salgan al encuentro de los campesinos de Doras, con la indicación de detenerlos en la divisoria de las dos propiedades; finalmente, dice a Santiago y a Judas:

-Coged las provisiones y venid.

Los siguen los campesinos de Jocanán, mujeres, hombres y niños; los hombres llevan dos pequeñas ánforas - bueno, pequeñas es un decir - que deben estar llenas de vino hasta los bordes; más que ánforas, son tinajas y contendrán, más o menos, sus buenos diez litros cada una (ruego también esta vez que no se tomen mis medidas por artículo de fe). Caminan hasta donde una espesa viña señala el límite de la propiedad de Jocanán; más allá, adyacente, hay una ancha zanja que mantienen siempre llena de agua (¡a saber con cuánto trabajo!).

-¿Ves? Jocanán ha litigado con Doras por esto. Jocanán decía: "Esta completa devastación es culpa de tu padre. Si no quería adorarlo, al menos debía haberle temido y no provocarlo". Y Doras - parecía un demonio - gritaba: “¡Has salvado tus tierras por esta zanja! Los insectos no la han atravesado...". Y Jocanán decía: "¿Y entonces cómo es que ahora sufres toda esta devastación mientras que antes tus campos eran los mejores de Esdrelón? Créeme, es el castigo de Dios; habéis sobrepasado la medida. ¿Esta agua?... Siempre ha estado aquí; no es el agua lo que me ha salvado". Y Doras gritaba: "¡Esto prueba que Jesús es un demonio!". "¡Es un justo!" gritaba Jocanán. Y así fueron caminando un trecho, mientras les quedó resuello. Luego Jocanán, gastando mucho, hizo derivar un ramal del torrente y cavar para buscar más agua en el subsuelo y hacer todo un orden de zanjas como divisoria entre él y su pariente, y las hizo excavar más hondas, y a nosotros nos dijo lo que ayer te referimos... En el fondo él se alegra de lo sucedido. Se sentía muy envidioso de Doras... Ahora espera poder comprar todo, porque Doras acabará vendiendo todo por dos perras gordas.

Jesús escucha benigno todas estas confidencias mientras espera a los pobres campesinos de Doras. Éstos no tardan en llegar, y, en cuanto ven a Jesús, que está a la sombra de un árbol, se postran en tierra.

-Paz a vosotros, amigos. Acercaos. Hoy la sinagoga está aquí y Yo soy vuestro arquisinagogo; pero antes quiero ser vuestro padre de familia. Sentaos en círculo, os daré comida. Hoy tenéis con vosotros al Esposo, hoy se hace banquete nupcial.

Y Jesús destapa una cesta, saca unos panes, los distribuye entre los asombrados campesinos de Doras; de otra saca las provisiones que ha podido encontrar: quesos, verduras - ha encargado que las cocinen - y un pequeño cabritillo o corderito, asado entero, que también distribuye a los pobres desdichados; luego echa el vino en una tosca copa que ofrece para que se la pasen entre ellos y todos beban.

-¿Pero por qué?, ¿por qué? ¿Y ellos? - dicen los de Doras, refiriéndose a los de Jocanán.

-Ya les he dado a ellos.

-¡Qué compra! ¿Cómo te las has arreglado para conseguirlo?

-Todavía hay personas buenas en Israel - dice Jesús sonriendo.

-Pero hoy es sábado...

-Agradecédselo a este hombre - dice Jesús señalando al hombre de Endor - Él nos ha procurado el cordero. Lo demás ha sido fácil conseguirlo.

Los desdichados devoran - ésta es la palabra - esta comida que no veían desde hacía mucho tiempo.

Hay uno, ya entrado en años, que come y llora teniendo apretado contra su costado a un niño de unos diez años.

-¿Por qué eso, padre?... - pregunta Jesús - Porque rebosas bondad...

El hombre de Endor dice con su voz gutural:

-Es verdad... Provoca el llanto, pero son lágrimas que no dejan mal sabor...

-No dejan mal sabor. Es verdad. Además... yo quisiera una cosa. Este llanto es también deseo.

-¿Qué quieres, padre?

-¿Ves a este niño? Es mi nieto. Me ha quedado él, después del desprendimiento de tierras que hubo este invierno. Doras ni siquiera sabe que ha venido, porque lo tengo en el bosque viviendo como si fuera un animal salvaje y no lo veo sino los sábados. Si me lo descubre, o lo aleja o lo pone a trabajar... y entonces este tierno niño, sangre de mi sangre, estará en peores condiciones que una acémila... Para la Pascua pienso mandarlo a Jerusalén con Miqueas, pues le llega el momento de hacerse hijo de la Ley... ¡Es el hijo de mi hija!...

-¿Me lo confiarías a mí?... No llores. Tengo muchos amigos honrados, santos y sin hijos; lo educarán santamente en mi camino...

-Señor, desde que he tenido noticia de ti, lo he deseado! A1 santo Jonás le rogaba - a él, que sabe lo que significa ser de este amo - que salvase a mi nieto de una muerte así...

-Niño, ¿vendrías conmigo?

-Sí, mi Señor, y no te haré sufrir.
-No se hable más.
-Pero... ¿a quién se lo piensas confiar? - pregunta Pedro tirándole a Jesús de una manga. ¿A Lázaro también?
-No, Simón... Pero hay muchos que no tienen hijos...
-Yo soy uno de ellos...
El rostro de Pedro parece incluso afilarse por este deseo.
-Simón, ya te he dicho que habrás de ser el "padre" de todos los hijos que te voy a dejar en herencia, pero sin la cadena de ningún hijo tuyo propio. No te aflijas; eres demasiado necesario para el Maestro como para que el Maestro pueda prescindir de ti por un sentimiento. Soy exigente, Simón, más exigente que un marido celosísimo; te amo con toda predilección y te quiero todo para mí, todo mío.
-De acuerdo, Señor... De acuerdo... Hágase como quieres.
El pobre Pedro se adhiere heroicamente a la voluntad de Jesús.
-Será hijo de mi Iglesia naciente. ¿De acuerdo? De todos y de ninguno. Será "nuestro" niño. Nos seguirá, o irá a donde nosotros estemos, cuando lo permita la distancia; sus tutores serán los pastores, que en todos los niños aman a "su" niño Jesús. Ven aquí jovencito. ¿Cómo te llamas?
-Yabés de Juan, y soy de Judá - dice con tono firme el muchacho.
-Sí, somos judíos - confirma el anciano. Yo trabajaba en las tierras de Doras en Judea y mi hija se casó con un hombre de aquella zona; trabajaba en los bosques cerca de Arimatea, pero este invierno...
-He visto la desgracia.
-El niño se salvó, porque esa noche estaba con un pariente lejano... ¡Verdaderamente lo ha signado su nombre, Señor! Se lo dije a mi hija inmediatamente: "¿Es que te has olvidado de su antepasado?". Pero el marido quiso llamarlo así, y Yabés se llamó.
-"El niño invocará al Señor. El Señor lo bendecirá y dilatará sus fronteras. La mano del Señor está sobre su mano, no pesará ya el mal sobre él". El Señor se lo concederá para consuelo tuyo, padre, y de los espíritus de los muertos, y para confortación de este huérfano.
Bien, ahora que hemos separado la necesidad del cuerpo de la del alma con un acto de amor hacia este niño, escuchad la parábola que he pensado para vosotros.
Había un hombre muy rico. Sus indumentos eran vistosísimos. Vestido de púrpura y de lino cendalí, se pavoneaba en las plazas y en su propia casa. Era reverenciado como el más poderoso del lugar por los habitantes de la ciudad, y por los amigos, que secundaban su soberbia para sacar provecho. Las salas de su casa estaban todos los días abiertas para celebrar espléndidos banquetes, hervidero de invitados - todos ricos y, por tanto, no necesitados - que adulaban al rico Epulón. Sus banquetes eran célebres por la abundancia de manjares y de vinos selectos.
En la misma ciudad había un mendigo, un mísero mendigo, verdaderamente mísero; tan mísero era éste cuanto rico era el otro. Pero, bajo la costra de la miseria humana del mendigo Lázaro, se celaba un tesoro aún mayor que su propia miseria y que la riqueza de Epulón; tal tesoro era la auténtica santidad de Lázaro: no había transgredido nunca la Ley, ni siquiera impulsado por la necesidad, pero, sobre todo, había cumplido el precepto del amor a Dios y al prójimo.
Como hacen siempre los pobres, se acercaba a las puertas de los ricos para pedir limosna y no morir de hambre; al declinar la tarde, todos los días, iba a la puerta de Epulón, esperando recibir al menos las migajas de los pomposos banquetes que en esas riquísimas salas se celebraban. Se echaba en el suelo, en la calle, junto a la puerta, y, paciente, esperaba. Pero, si Epulón se daba cuenta de que estaba ahí, mandaba que lo alejasen, porque ese cuerpo cubierto de llagas, desnutrido, andrajoso, era un espectáculo demasiado triste para sus invitados; eso decía Epulón (en realidad era porque la vista de esa miseria y esa bondad le significaba un continuo reproche).
Más compasivos que él eran sus perros - que estaban bien alimentados y lucían valiosos collares -, pues se acercaban al pobre Lázaro y le lamían las llagas, gimoteando de alegría por sus caricias, y hasta incluso le llevaban las sobras de las ricas mesas; así Lázaro superaba la desnutrición por mérito de los animales (si hubiera sido por el hombre, habría muerto, pues el hombre no le permitía siquiera entrar en las salas después del banquete para recoger las migajas que hubieran caído de las mesas).
Un día Lázaro murió. Ninguno en esa tierra se dio cuenta, nadie lo lloró; es más, Epulón se puso muy contento porque a partir de ese día dejó de ver a esa miseria, que él llamaba "oprobio", al lado de su puerta. Pero en el Cielo sí lo advirtieron los ángeles, y en sus últimos estertores, en su covachuela fría y desposeída de todo, estaban presentes las cohortes celestes, las cuales, rutilantes, recogieron el alma de Lázaro y la llevaron entre cantos de aleluya al seno de Abraham.
Pasado un tiempo, murió Epulón. ¡Oh, qué funerales tan fastuosos! Toda la gente de la ciudad, que había estado al corriente de su agonía y que ahora se apiñaba en la plaza donde se alzaba la casa - para ser notados como amigos del grande, o por curiosidad o por interés hacia los herederos -, se unió al duelo. El vocerío subió hasta el cielo, y con el vocerío las falsas alabanzas al "grande", al "benefactor", al "justo" que había muerto.
¿Podrá, acaso, palabra humana alguna mutar el juicio de Dios? ¿Podrá apología humana alguna borrar lo que está escrito en el libro de la Vida? No, no puede. Lo juzgado juzgado está, lo escrito escrito está. A pesar de los solemnes funerales, el espíritu de Epulón fue sepultado en el Infierno.
Entonces, en esa horrenda cárcel, bebiendo y comiendo fuego y tinieblas, hallando odio y torturas en todos los lugares y en todos los instantes de esa eternidad, alzó la mirada al Limbo de los justos, a ese Limbo que había visto en una exhalación, en un átomo de minuto, y cuya inefable belleza recordaba cual tormento entre atroces tormentos. Vio arriba a Abraham, lejano pero fúlgido, gozoso...; y en su seno, también fúlgido y feliz, a Lázaro, a ese pobre Lázaro en otro tiempo despreciado, repelente,

mísero... ¿y ahora?... ¡ah!, ahora, hermoso con la luz de Dios y con su propia santidad, rico en amor de Dios, admirado, no ya por los hombres sino por los ángeles de Dios.

Epulón gritó llorando: "¡Padre Abraham, ten piedad de mí! ¡Manda a Lázaro - puesto que no puedo esperar que vengas tú -, manda a Lázaro para que moje la punta de un dedo en el agua y la ponga en mi lengua, para refrescarla, porque sufro atrozmente por esta llama que me penetra continuamente y me quema!".

Abraham respondió: "Acuérdate, hijo, de que tuviste en la tierra todos los bienes, y Lázaro todos los males, y supo hacer del mal un bien, mientras que tú sólo supiste hacer el mal con tus bienes. Por tanto, es justo que ahora él, aquí, sea consolado y que tú sufras. Pero es que además no es posible lo que pides. Los santos están diseminados sobre la faz de la tierra para beneficio de los hombres, pero, cuando, a pesar de la extrema cercanía de éstos, el hombre sigue siendo lo que es - en tu caso, un demonio -, inútil es recurrir después a los santos. Ahora estamos separados. Las hierbas, en el campo, están mezcladas, mas, una vez cortadas, serán separadas las malas de las buenas. Lo mismo sucede con vosotros y nosotros: estuvimos juntos en la tierra y, contra el amor, nos arrojasteis de vuestra presencia, nos atormentasteis de todos los modos posibles, nos relegasteis al olvido; pues bien, ahora estamos divididos y entre vosotros y nosotros se abre un abismo tal, que los que quisieran pasar de aquí a vosotros no podrían, ni tampoco vosotros, que estáis allí, podéis salvar este abismo tremendo para venir a nosotros".

Epulón, llorando con más fuerza, gritó: "¡Á1 menos, padre santo, manda - te lo ruego -, manda a Lázaro a casa de mi padre. Tengo cinco hermanos. Nunca he comprendido el amor, ni siquiera entre familiares. Pero ahora... ahora comprendo lo terrible que es el no ser amados. Y, dado que aquí, donde estoy, vive el odio, ahora he comprendido - por ese átomo de tiempo en que mi alma vio a Dios - lo que es el Amor. No quiero que mis hermanos sufran estas penas. Tengo verdadero terror por ellos, porque llevan la misma vida que yo llevaba. ¡Oh, manda a Lázaro, a decirles dónde estoy y por qué; a decirles que el Infierno existe, y que es atroz, y que quien no ama a Dios y al prójimo viene al Infierno! ¡Mándalo, para que actúen en consecuencia antes de que sea tarde, y así eviten el venir aquí, a este lugar de eterno tormento!".

Pero Abraham respondió: "Tus hermanos tienen a Moisés y a los Profetas; que los escuchen"; a lo que Epulón, con un gemido de alma torturada, replicó: "¡Oh, padre Abraham, les hará más impresión un muerto; escúchame; ten piedad!".

Pero Abraham dijo: "Si no han escuchado a Moisés y a los Profetas, no creerán tampoco a uno que resucite por una hora de entre los muertos para dirigirles palabras de Verdad. Y, además, no es justo que un bienaventurado deje mi seno para ir a recibir ofensas de los hijos del Enemigo. El tiempo de las injurias para él ya ha pasado; ahora está en la paz y en ella permanece, por orden de Dios, que ve la inutilidad de intentar la conversión de quienes no creen siquiera en la palabra de Dios y no la ponen en práctica".

Ésta es la parábola. Su significado es tan claro que ni siquiera requiere explicación.

Aquí ha vivido verdaderamente, conquistando su santidad, el nuevo Lázaro, mi Jonás, cuya gloria ante Dios se manifiesta evidente en la protección que otorga a quien en Él espera. Jonás sí puede venir a vosotros, como protector y amigo; vendrá si sois siempre buenos.

Os digo a vosotros lo que le dije a él la pasada primavera: quisiera poderos ayudar a todos, incluso materialmente, pero no puedo. Este es mi pesar. Sólo puedo señalaros el Cielo; sólo puedo enseñaros la gran sabiduría de la resignación y prometeros el Reino futuro. No odiéis jamás, por ninguna razón. El Odio es fuerte en el mundo, pero tiene siempre un límite; el Amor no tiene límite ni de potencia ni de tiempo. Amad, pues, para poseer el Amor, como protección y consuelo en la tierra y como premio en el Cielo. Es mejor ser Lázaros que Epulones, creedme. ¡Bienaventurados seréis, si llegáis a creer esto!

No interpretéis como palabra de odio el castigo que se ha verificado en estas tierras, aunque los hechos pudieran justificarlo. No leáis mal el milagro. Yo soy el Amor; en principio, no habría descargado mi mano, pero - visto que el Amor no podía doblegar a este cruel Epulón -, lo abandoné a la Justicia, y ella ha vengado al mártir Jonás y a sus hermanos. Esto es lo que tenéis que aprender del milagro acaecido: que la Justicia está siempre vigilante, aun en los momentos en que parece ausente, y que, siendo Dios el Señor de toda la creación, se puede servir, para aplicarla, de los más pequeños - como las orugas y las hormigas - para morder el corazón del cruel y avariento y hacerle morir ahogado por un vómito de veneno.

Os bendigo ahora; pero, cada nueva aurora oraré por vosotros. En cuanto a ti, padre, no estés angustiado por el cordero que me confías; te lo traeré de vez en cuando, para gozo tuyo al verlo crecer en sabiduría y bondad en el camino de Dios: él será tu cordero para esta pobre Pascua tuya, el más grato de los corderos que serán presentados al altar de Yeohveh. Yabés, despídete de tu anciano padre; luego ven a tu Salvador, a tu Pastor bueno. ¡La paz sea con vosotros!

-¡Oh, Maestro, Maestro bueno!... ¡Dejarte!...

-Sí, es penoso, pero no conviene que el vigilante os encuentre aquí. He elegido este lugar precisamente para evitaros castigos. Obedeced por amor al Amor, que os da este consejo.

Los pobres desdichados se alzan con lágrimas en los ojos y se dirigen hacia su cruz. Jesús los bendice de nuevo. Luego, llevando al niño de la mano, y con el hombre de Endor al otro lado, regresa - por el camino recorrido antes - a casa de Miqueas. Se reúnen con Él Andrés y Juan, los cuales, terminado su turno de guardia, vuelven a donde sus hermanos.

## 192

## Una predicción a Santiago de Alfeo. La Regada a Engannim tras un alto en Meguido

-¿Señor, aquella cima es el Carmelo? - pregunta Santiago, el primo de Jesús.

-Sí, hermano. Aquélla es la cadena montañosa del Carmelo. La cúspide más alta le da el nombre.

-Debe ser bonito también desde allí el mundo. ¿Has estado alguna vez?

-Una vez, Yo solo, al principio de mi predicación. A1 pie de ese monte curé a mi primer leproso. Pero iremos de nuevo, juntos, para rememorar a Elías...

-Gracias, Jesús. Me has comprendido, como siempre.

-Y, como siempre, te perfecciono, Santiago.

-¿Por qué?

-El porqué está escrito en el Cielo.

-¿No me lo dices, hermano, Tú que lees lo que está escrito en el Cielo?

Jesús y Santiago van caminando el uno al lado del otro; sólo el pequeño Yabés, que va también ahora de la mano de Jesús, puede oír la conversación confidencial de los dos primos, que se sonríen mirándose a los ojos.

Jesús, pasando un brazo por encima de los hombros de Santiago para acercárselo aún más, pregunta:

-¿Realmente quieres saberlo? Pues bien, te lo voy a decir en forma de adivinanza; cuando encuentres la clave serás sabio. Escucha: "Habiéndose reunido los falsos profetas en el monte Carmelo, se acercó Elías y dijo al pueblo: “¿Hasta cuándo seguiréis cojeando de dos partes? Si el Señor es Dios, seguidlo; si Baal, seguid a éste”. El pueblo no respondió. Entonces Elías siguió diciendo al pueblo: “De los profetas del Señor he quedado yo sólo”, y la única fuerza de este hombre solo era el grito: “Escúchame, Señor, escúchame, para que este pueblo reconozca que eres el Señor Dios y que has convertido de nuevo sus corazones”. Entonces el fuego del Señor cayó y devoró el holocausto". Hermano, adivina.

Santiago agacha la cabeza y se pone a pensar. Jesús lo mira sonriendo.

Caminan unos metros así, luego Santiago dice:

-¿Tiene que ver con Elías o con mi futuro?

-Con tu futuro, naturalmente...

Santiago se queda de nuevo pensativo y susurra:

-¿Seré destinado a invitar a Israel a que siga con autenticidad un camino? ¿Seré llamado a quedarme solo en Israel? Si la respuesta es afirmativa, quieres decir que los otros serán perseguidos y que los dispersarán y que... que... elevaré mi oración a ti por la conversión de este pueblo... como sacerdote... como... víctima... Si es así, ¡oh, inflámame ya desde este momento, Jesús!...

-Lo estás ya. Mas ha de raptarte el Fuego, como a Elías; por este motivo subiremos al Carmelo tú y Yo solos, y hablaremos.

-¿Cuándo? ¿Después de la Pascua?

-Después de una Pascua, sí. Entonces te diré muchas cosas...

Un lindo riachuelillo, que fluye hacia el mar, colmado su caudal por las lluvias primaverales y la disolución de las nieves, se interpone en su camino.

Acude Pedro y dice:

-El puente está más arriba, por donde pasa el camino que va de Tolemaida a Enganmín (o Engannim).

Jesús, dócilmente, vuelve sobre sus pasos. Cruza el riachuelo por un sólido puente de piedra. Enseguida vuelven a verse montañas pequeñas y colinas de poca entidad.

-¿Llegaremos a Engannim antes de que anochezca? - pregunta Felipe.

-Ciertamente. Pero... ahora tenemos con nosotros a un niño. ¿Estás cansado Yabés? - pregunta amorosamente Jesús - Sé sincero como un ángel.

-Un poco, Señor. De todas formas, me esforzaré en seguir caminando.

-Este niño está débil - dice con su voz gutural el hombre de Endor.

-¡Mira tú éste!... - exclama Pedro - ¡Con la vida que lleva desde hace algunos meses!... ¡Ven que te coja en brazos!

-¡Oh, no, señor! No, que te cansas. Todavía puedo andar yo.

-¡Ven, ven, que no pesas. Pareces un pajarillo desnutrido - Pedro lo sube en vilo, lo sienta sobre sus anchos y fuertes hombros, a caballo, y lo sujeta por las piernas.

Caminan ligeros porque el sol ya es fuerte e invita y estimula a llegar a las umbrías colinas.

Se detienen en un pueblo - oigo que lo llaman Meguido -, para comer y descansar, junto a una fuente muy fresca y ruidosa (por la mucha agua que de ella brota y que cae en una pila de piedra oscura). Ninguno del pueblo se interesa por los peregrinos, anónimos entre los muchos otros que, más o menos ricos, van a pie o en burros o mulas hacia Jerusalén para la Pascua. Se respira ya aire de fiesta. Muchos niños - pensando ya, jubilosos, en la ceremonia de su mayoría de edad - van con los viajeros.

Dos jovenzuelos de holgada condición vienen a jugar junto a la fuente. Yabés está con Pedro, que lo tiene conquistado con mil zarandajas. Preguntan al muchacho:

-¿Vas tú también para ser hijo de la Ley?

Yabés responde tímidamente: «Sí», casi escondiéndose detrás de Pedro.

-¿Es tu padre éste? Eres pobre, ¿verdad?».

-Soy pobre, sí.

Los dos niños - quizás hijos de fariseos - lo escudriñan irónicos y curiosos, y dicen: -Se ve.

En efecto, se ve... ¡Su vestidito es bien mísero! Quizás es que el niño ha crecido y, a pesar de que hayan sacado el jaletón, el vestido (marrón y descolorido por las inclemencias del tiempo) apenas si le llega a la mitad de las delgadas piernecitas morenas, dejando completamente descubiertos los pequeños pies, mal calzados con dos informes sandalias sujetas con unas cuerdas que deben torturarlos.

Los niños, despiadados con ese egoísmo propio de muchos niños, con la crueldad de los niños no buenos, dicen:

-¡Pues entonces no tendrás un vestido nuevo para tu fiesta! ¡Nosotros sí!... ¿Verdad, Joaquín? Yo, todo rojo, con el manto igual; él, de color cielo; y llevaremos sandalias con hebillas de plata y un cinturón muy valioso y un taled sujeto con un aro de oro y...

-¡...Y un corazón de piedra, digo yo! - salta Pedro, que ha terminado de refrescarse los pies y de llenar de agua todas las cantimploras - Sois malos, muchachos. Ni la ceremonia ni el vestido valen un pito si el corazón no es bueno. Prefiero a este niño mío. ¡Largaos, soberbios! ¡Id con los ricos, y tened respeto a los pobres y honrados! ¡Ven, Yabés! Esta agua es buena para los pies cansados. Ven, que te los voy a lavar, así caminarás mejor después. ¡Ay, cuánto daño te han hecho estas cuerdas! Pero no tendrás que seguir caminando; te voy a llevar en brazos hasta Engannim. Allí encontraré a uno que haga sandalias y te compraré un par nuevo.

Y Pedro lava y seca esos piececitos, que desde hace mucho tiempo no han vuelto a ser acariciados tanto como ahora.

El niño lo mira... titubea... y acaba por echarse sobre este hombre que le está atando las sandalias, y lo aprieta con sus bracitos flacos, y dice:

-¡Qué bueno eres! - y le besa su pelo entrecano.

Pedro se conmueve; se sienta en el suelo, sin cambiar de sitio aunque esté mojado; se pone sobre su regazo al niño y le dice:

-Pues entonces llámame "padre".

La escena es delicada. Jesús y los demás se acercan.

Los dos soberbiosillos de antes, que, curiosos, no se habían marchado todavía, preguntan:

-¿Pero no es tu padre?

A lo que Yabés responde sin vacilar:

-Padre y madre para mí.

-Sí, querido mío, bien has dicho: padre y madre; y os aseguro, señoritingos, que no irá mal vestido a la ceremonia. También él tendrá un vestido de rey, rojo como el fuego y con un cinturón verde como la hierba, y el taled blanco como la nieve.

Aunque sea un batiburrillo de colores, deja asombrados a los dos vanidosos y los pone en fuga.

-¿Qué haces, Simón, en el suelo mojado? - pregunta Jesús sonriendo.

-¿Mojado? ¡Ah, sí; ahora me doy cuenta! ¿Que qué hago? Con la inocencia apoyada en mi pecho vuelvo a ser como un cordero. ¡Ah!... ¡Maestro, Maestro! Bien, vamos. Pero debes dejarme que me ocupe de este pequeño; después lo cederé; pero hasta que no sea un verdadero israelita es mío.

-¡Sí, hombre, sí! Y serás siempre su tutor, como un anciano padre. ¿De acuerdo? Vamos, para estar por la tarde en Engannim sin hacer correr demasiado al niño.

-Lo llevo yo. Pesa más mi red. No puede caminar con estas dos suelas rotas. Ven.

Y, cargándose encima a su ahijado, Pedro reanuda contento su camino, cada vez más umbrío entre arbolados de frutas varias, en un ascender suave de colinas, desde las cuales la vista se dilata hacia la fecunda llanura de Esdrelón.

Engannim debe ser una bonita ciudad, no grande, bien abastecida de agua de las colinas a través de un acueducto elevado que es probablemente obra romana. Jesús y los suyos están ya en las cercanías de la ciudad. En esto, perciben el rumor de una patrulla militar que está acercándose. Deben ponerse al seguro arrimándose al borde del camino. Los cascos de los caballos resuenan contra el suelo, que aquí, en las cercanías de la ciudad, muestra apenas la pavimentación bajo la tierra que se ha ido acumulando junto con detritos; en efecto, jamás una escoba ha limpiado este camino.

-¡Salve, Maestro! ¿Cómo por aquí? - exclama Publio Quintiliano, mientras se apea y se acerca a Jesús con una abierta sonrisa, llevando de la brida al caballo. Sus soldados, al ver esto en su superior, aminoran la marcha.

-Voy a Jerusalén por la Pascua.

-Yo también. Se refuerza la guardia para estas fiestas, incluso porque estará en la ciudad Poncio Pilatos, y también está Claudia. Nosotros patrullamos los caminos para protegerla a ella. ¡Son caminos tan inseguros!... Las águilas ponen en fuga a los chacales- dice riendo el soldado mientras mira a Jesús, y sigue diciendo en tono más bajo: -Este año, doble guardia para guardar las espaldas del sucio Antipas. Hay mucho descontento por el arresto del Profeta; descontento en Israel y, como consecuencia, entre nosotros. Pero, ya nos hemos encargado de hacer llegar a oídos del Sumo Sacerdote y demás compadres un... benigno toque de... flautas - y concluye en voz baja: «Ve seguro, que las uñas ahora están metidas en las zarpas. ¡Ja! ¡Ja! Nos tienen miedo. Carraspea uno y creen que ha rugido. ¿Vas a hablar en Jerusalén? Acércate al Pretorio. Claudia habla de ti como de un gran filósofo. Te conviene porque... el procónsul es Claudia».

Quintiliano mira a su alrededor y ve a Pedro cargado, rojo y sudado.

-¿Y ese niño?

-Un huérfano que he tomado conmigo.

-¡Pero... ese hombre tuyo se está esforzando demasiado! Niño, ¿tienes miedo a ir unos metros a caballo? Te pongo aquí, bajo mi clámide; iré suave. Cuando lleguemos a las puertas, te dejo que sigas con ese hombre.

El niño no ofrece resistencia; debe ser dulce como un cordero. Publio lo levanta en vilo y lo sienta consigo en su montura.

A1 dar la orden de ir despacio a los soldados, ve también al hombre de Endor. Lo mira fijamente y dice:

-¿Tú también por aquí?

-Sí. Ya no vendo huevos a los romanos, pero los pollos están todavía allí. Ahora estoy con el Maestro...

-¡Bien para ti! Así te sentirás más confortado. ¡Adiós! ¡Salve, Maestro, te espero en aquel pequeño grupo de árboles.

Y espolea a su cabalgadura.

-¿Os conocéis? - le preguntan muchos de los presentes a Juan de Endor.

-Sí, como proveedor de pollos. Antes no me conocía. Una vez fui llamado a la comandancia a Naím, para fijar los precios, y estaba él. Desde entonces, cuando iba a Cesárea a comprar libros o algún utensilio siempre me saludaba. Me llama o Cíclope o Diógenes. No es malo. A pesar de mi odio por los romanos, no me mostré nunca agresivo con él porque me podía ser útil.

-¿Has oído, Maestro? ¿Ves?, han surtido buen efecto mis palabras al centurión de Cafarnaúm. Ahora voy más tranquilo - dice Pedro.

Y llegan a la mata de árboles a cuya sombra se ha apeado la patrulla.

-Mira, te devuelvo el niño. ¿Mandas algo, Maestro?

-No, Publio. Dios te muestre su rostro.

-¡Salve!

Monta y espolea, seguido por los suyos con un gran rumor metálico de herraduras y corazas que se entrechocan. Entran en la ciudad. Pedro con su pequeño amigo va a comprar las sandalitas.

-Este hombre muere de deseos de un hijo - dice Simón Zelote; y añade: «Con razón».

-Os daré millares de hijos. Busquemos ahora cobijo, para seguir mañana al despuntar el alba.

## 193

## Llegada a Siquem tras dos días de camino

Jesús prosigue hacia Jerusalén. Cada vez transita mayor número de peregrinos por los caminos, que están un poco embarrados por un chaparrón nocturno; como contrapartida, haciendo precipitar el polvo, el agua ha dejado terso el aire. Los campos parecen un jardín bien cuidado por su jardinero.

La comitiva apostólica camina ligera, pues se sienten descansados por el alto que han hecho y, además, porque el niño, con sus sandalias nuevas, ya no sufre al andar (es más, sintiendo cada vez más confianza, va charlando con unos u otros; y le hace a Juan la confidencia de que su padre se llamaba también Juan y su madre María y de que, por ello, lo quiere también a él mucho).

-Pero, bueno - termina diciendo - la verdad es que os quiero a todos; en el Templo voy a rezar mucho, mucho, por vosotros y por el Señor Jesús.

Es conmovedor ver cómo estos hombres, que en su mayor parte no tienen hijos, se muestran paternales y maravillosamente próvidos para con el más pequeño de los discípulos de Jesús. Hasta el hombre de Endor muestra un rostro delicado cuando debe obligar al pequeño a beberse un huevo, o cuando trepa por entre los arbolados que visten de verde las colinas y las montañas - cada vez más altas, cortadas por profundas hoces cuyo fondo sigue el camino principal - para coger ramitas acídulas de zarzamora o perfumados tallitos de hinojo silvestre, y se lo lleva al niño para mitigarle la sed sin que se llene demasiado de agua. Es conmovedor ver cómo lo distraen del largo recorrido llamando su atención hacia los distintos detalles o panoramas.

El que muchos años antes fuera pedagogo en Cintium, destruido posteriormente por la maldad humana, ahora renace por este niño, mísero como él, y alisa las arrugas del infortunio y de la amargura asumiendo una sonrisa buena. El aspecto de Yabés, con sus sandalias nuevas y la carita menos triste, es ya menos menesteroso. No sé qué mano apostólica se ha preocupado de borrar de esa carita todas las señales de muchos meses de vida agreste, poniéndole en orden incluso el pelo, antes descuidado y polvoriento, ahora esponjoso e igualado por una enérgica lavada. También el hombre de Endor, que todavía se queda un poco perplejo cuando oye que le llaman Juan (si bien, cuando esto le sucede, en seguida menea la cabeza con una sonrisa compasiva hacia su poca memoria), está muy cambiado: cada día que pasa, su rostro va perdiendo esa cierta dureza que tenía y va adquiriendo una seriedad que no infunde miedo.

Naturalmente, estas dos miserias renacidas por la bondad de Jesús gravitan amantes hacia el Maestro; quieren a los compañeros, sí, ¡pero a Jesús!... Cuando Él los mira o les habla directamente, su expresión se vuelve dichosísima.

Salvan una hoz y luego un collado verde, bellísimo, desde cuya cima todavía se entrevé la llanura de Esdrelón, lo cual hace suspirar al niño:

-¿Qué estará haciendo mi anciano padre? - para terminar diciendo, con un suspiro muy triste y un brillo de llanto en sus ojos castaños: «Es mucho menos feliz que yo!... ¡con lo bueno que es!».

Este lamento, a su vez, extiende sobre todos un velo de tristeza. Luego bajan por un valle fértil, lleno de olivares o campos cultivados. Un leve viento hace caer la nieve de las florecillas de las vides y de los olivos más precoces. Y pierden de vista definitivamente la llanura de Esdrelón.

Se detienen en el prado para proseguir después la marcha hacia Jerusalén. Debe haber llovido mucho - quizás es que es una zona muy rica en aguas subterráneas - porque las praderas parecen un aguazal poco profundo: en efecto, el agua brilla intensamente entre la tupida hierba y sube hasta lamer el camino, un poco más elevado para salvar otro; pero, no obstante, muy embarrado. Los mayores se suben las túnicas, para que no acaben transformándose en una costra de barro. Judas Tadeo sube a hombros al niño, para que descanse y para atravesar más rápidamente la zona inundada, que quizás es insalubre.

Bordean otras colinas, atraviesan otro valle, pequeño, rocoso, seco. El día declina. Entran en un pueblo situado en lo alto de un ribazo rocoso y, abriéndose paso entre los muchos peregrinos, buscan alojamiento en una especie de albergue muy rústico (un cobertizo grande bajo el cual hay abundante paja extendida, nada más). Pequeñas lamparitas, encendidas acá o allá, iluminan las cenas de las familias de peregrinos; familias pobres, como la apostólica, porque los ricos, por lo general, han levantado sus tiendas fuera del pueblo, desdeñando todo contacto con los lugareños y con los peregrinos pobres.

Desciende noche y silencio... El primero que cae dormido es el niño, que se ha reclinado, cansado, en el regazo de Pedro, el cual, luego lo pone bien sobre la paja y lo tapa solícito.

Jesús reúne a los mayores para hacer una oración, después cada uno va a echarse encima de la capa de paja para reponerse del mucho camino recorrido.

Es ya de día otra vez. La comitiva apostólica, que se ha puesto en marcha por la mañana, está para entrar, al declinar el día, en Siquem, dejada ya atrás Samaria. Es una ciudad de bonito aspecto, rodeada de muros, coronada de edificios bellos y majestuosos en torno a los cuales se concentran casas lindas y ordenadas. (Me da la impresión de que esta ciudad, como Tiberíades, haya sido reconstruida poco antes y con sistemas tomados de Roma). Extramuros, alrededor, una faja de tierras fertilísimas y bien cultivadas.

El camino que de Samaria conduce a Siquem desciende sinuosamente, con un sistema de muros de contención del terreno que me recuerda a las colinas fiesolanas, y con una magnífica vista de verdes montañas al sur y una llanura preciosa que va hacia el oeste.

El camino tiende a descender, pero alguna que otra vez gana altura, para salvar otros collados desde cuyas cimas se domina la tierra de Samaria, con sus lindas plantaciones de olivos, cereales y vides, guardadas, desde lo alto de los collados, por bosques de encinas y de otros árboles agrestes, que deben ser providenciales como defensa contra los vientos - los cuales, pasando por los desfiladeros, tienden ciertamente a formar remolinos -, que malograrían las plantaciones. Esta región me recuerda mucho a los lugares de nuestro Apenino, aquí, hacia Amiata, cuando la mirada contempla contemporáneamente los cultivos llanos y cerealistas de la Maremma y las esplendorosas colinas y los austeros montes que se yerguen más altos hacia el interior. No sé cómo será ahora Samaria; en aquel tiempo era preciosa.

Pues bien, entre dos altos montes - de los más altos de esta zona - la vista enfila un valle en cuyo centro, fertilísima, bien irrigada, aparece Siquem. En este punto precisamente, la alegre caravana de la corte del Cónsul que va a Jerusalén para las fiestas alcanza a Jesús y los suyos. Esclavos a pie y en carros para tutelar el transporte de los distintos pertrechos... ¡Dios mío, cuántas cosas llevaban consigo en aquellos tiempos! Con los esclavos, carros en toda regla, cargados con un poco de todo (hasta incluso literas enteras) y coches de viaje (amplios carros de cuatro ruedas, bien amortiguados, cubiertos) en los que viajan, resguardadas, las damas. Y más carros, y más esclavos...

He aquí que una mano enjoyada de mujer levanta levemente una cortina y aparece el perfil grave de Plautina, que saluda sin hablar pero con una sonrisa; lo mismo hace Valeria, quien lleva sobre sus rodillas a su pequeñuela, toda gorjeos, toda riente. El otro carro de viaje, aún más pomposo, pasa sin que ninguna cortina se separe, pero, una vez que ha pasado, por la parte de detrás, entre las cortinas anudadas, Lidia asoma su rosado rostro y hace un gesto de reverencia. La caravana se aleja...

-¡Viajan bien! - dice Pedro, cansado y sudoroso - Pero, si Dios nos ayuda, pasado mañana por la tarde estaremos en Jerusalén.

-No, Simón. No tengo otra alternativa, tengo que cambiar de dirección e ir hacia el Jordán.

-¿Pero, por qué, Señor?

-Por el niño. Está muy triste, y mucho más aumentaría su tristeza si viera el monte donde sucedió la catástrofe.

-¡No, no lo vemos! Mejor dicho, vemos la otra parte del monte... Y... bueno, yo me encargaré de tenerlo distraído; yo y Juan... Esta pobre tortolita sin nido se distrae enseguida. ¡Ir hacia el Jordán!... ¡No, hombre, mejor por aquí, el camino recto, más corto y más seguro!; ¡no, no, éste, éste! ¿Ves como es el que siguen las romanas? Por la costa y por el río estas primeras aguas de verano exhalan fiebres. Este camino es sano. Además... ¿cuándo vamos a llegar si alargamos todavía más el recorrido? ¡Piensa en qué estado de ansiedad estará tu Madre después del funesto suceso del Bautista!...

Pedro lo consigue; Jesús da su consentimiento.

-Pues entonces vámonos pronto a descansar, y descansemos bien, porque mañana al alba partiremos, para estar pasado mañana por la tarde en Getsemaní. Iremos, pasado el viernes, al día siguiente, a ver a mi Madre, a Betania; allí descargaremos esos libros de Juan que os han hecho trabajar no poco; veremos también a Isaac y le confiaremos este pobre hermano...

-¿Y el niño? ¿Lo vas a asignar ya?

Jesús sonríe:

-No. Se lo dejaré a mi Madre, para que lo prepare para "su" fiesta. Luego volverá con nosotros para la Pascua. Pero después tendremos que desprendernos de él... ¡No te encariñes demasiado! O, mejor, ámalo como si fuera tu hijo, pero con espíritu sobrenatural. Ya ves que es débil y que se cansa. También a mí me habría gustado instruirlo y criarlo, nutriéndolo Yo mismo con la Sabiduría. Pero Yo soy el Incansable, y Yabés es demasiado joven y débil para acompañarnos en nuestras fatigas. Nos moveremos por Judea; luego, para Pentecostés, volveremos a Jerusalén; luego caminaremos... caminaremos, evangelizando... Volveremos a verlo en el verano, en nuestra patria chica. Bien, ya estamos ante las puertas de Siquem. Adelántate con tu hermano y con Judas de Simón para buscar dónde alojarnos. Yo voy a la plaza del mercado; allí te espero.

Se separan. Pedro galopa en busca de un alojamiento. Los demás caminan fatigosamente por los caminos llenos de gente que grita y gesticula, llenos de asnos, carros... todos dirigidos hacia Jerusalén para la Pascua ya inminente. Voces, unos que llaman a otros, imprecaciones... se mezclan con los rebuznos asnales, creando un bullicio que retumba fuerte bajo los atrios tendidos entre casa y casa: es un ruido que recuerda al murmullo de ciertas conchas cuando se arriman a la oreja. El eco va de una bóveda a otra, donde ya las sombras se dan cita, y la gente, como un flujo continuo de agua, se da a caminar por las calles, se adentra en búsqueda de un techo, de una plaza, de un prado, para pasar la noche...

Jesús, con el niño de la mano, apoyado en un árbol, espera a Pedro en la plaza, que con esta ocasión está continuamente llena de vendedores.

-¡Que no nos vea nadie y nos reconozca! - dice Judas Iscariote.

-¿Cómo se puede reconocer un grano entre la arena? - responde Tomás - ¿No ves qué gentío?

Vuelve Pedro:

-Fuera de la ciudad hay un cobertizo con heno. No he encontrado nada más.

-No vamos a buscar nada más. Es hasta demasiado para el Hijo del hombre.

## 194

## La revelación al pequeño Yabés durante el camino de Siquem a Berot

Como un río que se va enriqueciendo cada vez más por nuevos afluentes, así la vía que conduce de Siquem a Jerusalén se va haciendo cada vez más espesa de gente, en la medida en que los distintos pueblos van aportando, por los caminos secundarios, los fieles que van hacia la Ciudad santa; ello ayuda no poco a Pedro a tener distraído al niño, que pasa muy cerca de las colinas de su tierra natal (bajo cuyos bancales deslizados están sepultados sus padres) sin darse cuenta.

Los viajeros han dejado a su izquierda Silo, enhiesta en la cumbre de su monte. Interrumpen ahora, tras largo camino, su marcha, para descansar y comer en un vasto y verde valle con murmullo de aguas puras y cristalinas. Luego reanudan la marcha. Salvan un montecillo calcáreo, bastante pelado, sobre el cual incide sin misericordia el sol. Se empieza a bajar atravesando una serie de viñedos preciosos que festonean las escarpadas de estos montes calcáreos soleados en sus cimas.

Pedro sonríe con perspicacia y hace una seña a Jesús, que también sonríe. El niño no se da cuenta de nada, centrado como está en escuchar a Juan de Endor, que le está hablando de otras tierras que ha visto, en las que se dan uvas dulcísimas, las cuales, a pesar de serlo, no sirven tanto para vino cuanto para dulces mejores que las tortas de miel.

Una nueva subida, muy empinada: la comitiva ha dejado el camino principal, polvoriento y lleno de gente, y ha preferido tomar este atajo boscoso. Llegados a la cima, se ve ya claramente en la lejanía resplandecer un mar luminoso suspendido sobre una conglomeración blanca, quizás esplendorosas casas encaladas.

Jesús llama a Yabés:

-Ven. ¿Ves aquel punto de oro? Es la Casa del Señor. Allí vas a jurar obediencia a la Ley. ¿Pero la conoces bien?

-Mi mamá me hablaba de la Ley y mi padre me enseñaba los preceptos. Sé leer y... y creo que sé lo que "ellos" me han dicho... antes de morir». El niño, que había acudido a la llamada de Jesús con una sonrisa, ahora llora, con su cabecita agachada y con su mano, temblorosa, en la mano de Jesús.

-No llores. Mira. ¿Sabes dónde estamos? Esto es Betel. Aquí el santo Jacob tuvo su sueño angélico. ¿Lo sabías? ¿Te acuerdas?

-Sí, Señor. Vio una escalera que tocaba el Cielo desde la tierra, y subían y bajaban ángeles; mi madre me decía que en el momento de la muerte, si habíamos sido buenos, veríamos eso mismo y que iríamos por esa escalera a la Casa de Dios. Mi madre me decía muchas cosas... pero... ahora ya no me las dirá... Las tengo todas aquí dentro, esto es todo lo que tengo de ella...

Las lágrimas se deslizan por su tristísima carita.

-¡No llores de ese modo, hombre! Mira, Yabés, Yo tengo a mi Madre, que se llama María y que es santa y buena y que sabe también decir muchas cosas. Es más sabia que un maestro, más buena y hermosa que un ángel. Estamos yendo a verla. Te querrá mucho. Te dirá muchas cosas. Y además, con Ella, está la mamá de Juan, que también es muy buena y se llama María, y la madre de mi hermano Judas, dulce igualmente como un pan de miel, y que se llama también María. Te van a querer mucho, muchísimo, porque eres un niño excelente y porque Yo te quiero mucho y ellas me quieren a mí. Luego, crecerás con ellas, y cuando seas mayor serás un santo de Dios, predicarás como un doctor a ese Jesús que te dio de nuevo una madre aquí y que habrá abierto las puertas de los Cielos a tu madre muerta, y a tu padre, y que te las abrirá también a ti a tu hora. Tú no tendrás siquiera necesidad de subir la larga escalera de los Cielos a la hora de la muerte, porque ya la habrás subido durante tu vida, siendo un buen discípulo, y te verás allí, ante la puerta abierta del Paraíso, y Yo estaré allí y te diré: "Ven, amigo mío e hijo de María", y estaremos juntos.

La fúlgida sonrisa de Jesús, que camina un poco curvado para estar más cerca de la carita alzada del niño - que va andando a su lado con su manita en la de Jesús -, y estas palabras maravillosas, enjugan las lágrimas y hacen brotar una sonrisa.

E1 niño, que de necio no debe tener un pelo, aunque, eso sí, está aturdido por tanto dolor y privaciones como ha sufrido, interesado en la historia, observa:

-¿Dices que abrirás las puertas de los Cielos? ¿No están cerradas por el gran Pecado? Mi mamá me decía que ninguno podría entrar hasta que no viniera el perdón y que los justos lo esperaban en el Limbo.

-Así es. Pero Yo, tras predicar la palabra de Dios y obteneros el perdón, iré al Padre, y le diré: "He cumplido toda tu voluntad, ahora quiero mi premio por mi sacrificio. Que vengan los justos que están esperando tu Reino". Y el Padre me dirá: "Sea como quieres". Entonces descenderé a llamar a todos los justos y el Limbo abrirá sus puertas al oír mi voz, y saldrán jubilosos los santos Patriarcas, los luminosos Profetas, las mujeres benditas de Israel y... ¿te imaginas cuántos niños? ¡Será como un prado florecido de niños de todas las edades! Y me seguirán, cantando, ascendiendo al hermoso Paraíso.

-¿Mi mamá estará entre ellos?

-Sin duda.

-Pues no me has dicho que estará contigo en la puerta del Cielo cuando yo muera...

-Ni ella ni tu padre tendrán necesidad de estar en esa puerta; cual fúlgidos ángeles, con sus vuelos siempre estarán uniendo estrechamente el Cielo y la tierra, a Jesús con su hijo Yabés, y cuando estés cercano a la muerte harán como aquellos dos pajaritos en aquel seto. ¿Los ves? - Jesús sube en brazos al niño para que vea mejor -¿Ves cómo cubren sus huevecillos? Esperan a que se abran; después extenderán sus alas para proteger a su nidada de cualquier mal, y luego, cuando se hayan

desarrollado y estén preparados para podervolar, servirán de apoyo a sus crías con sus robustas alas y las llevarán hacia arriba, muy arriba... hacia el Sol. Tus padres harán lo mismo contigo.

-¿Se cumplirá exactamente así?

-Exactamente así.

-¿Les vas a decir que se acuerden de venir?

-No será necesario, porque te quieren. De todas formas se lo diré.

-¡Cuánto te quiero!

El niño, que está todavía en brazos de Jesús, se le agarra fuertemente al cuello y lo besa, con una efusión tan jubilosa, que verdaderamente conmueve.

Jesús le devuelve el beso y lo baja al suelo.

-¡Bueno! ¡Bien! Vamos adelante, a la Ciudad santa. Tenemos que llegar hacia el atardecer de mañana.

-¿Por qué tanta prisa? ¿Me lo sabrías responder? ¿No sería lo mismo llegar pasado mañana?

-No, no sería lo mismo. Mañana es la Parasceve. Después del ocaso sólo se puede andar seis estadios; más no se puede, porque ya ha empezado el sábado con su correspondiente reposo.

-¿Se está entonces sin hacer nada los sábados?

-No. Se reza al Señor altísimo.

-¿Cómo se llama?

-Adonai. Pero los santos pueden pronunciar su Nombre.

-También los niños buenos. Dilo, si lo sabes.

-Iaavé.

-Y, ¿por qué se reza al Señor altísimo el sábado?

-Porque El se lo dijo a Moisés cuando le dio las tablas de la Ley.

-¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué dijo?

-Dijo que se santificara el sábado. "Trabajarás durante seis días, pero el séptimo descansarás tú, y los demás contigo, porque es lo que hice Yo después de la creación".

-¿Cómo? ¿El Señor descansó? ¿Estaba cansado por haber creado? ¿Creó realmente Él? ¿Por qué lo sabes? Yo sé que Dios no se cansa nunca.

-No se había cansado porque Dios no anda ni mueve los brazos. Lo hizo para enseñar a Adán y enseñarnos a nosotros, y para que tuviéramos un día en el que no pensásemos en otra cosa sino en Él. Y Él lo ha creado todo; seguro. Lo dice el Libro del Señor.

-Pero, ¿el Libro lo ha escrito Él?

-No, pero es la Verdad, y hay que prestarle fe para no ir con Lucifer.

-Me has dicho que Dios ni anda ni mueve los brazos. ¿Entonces, como creó? ¿Cómo es? ¿Es una estatua?

-No es un ídolo, es Dios; y Dios es... Dios es... déjame pensar y recordar cómo decía mi mamá y, mejor todavía, ese hombre que va en tu nombre a visitar a los pobres de Esdrelón... Mi mamá decía, para hacerme comprender a Dios: "Dios es como mi amor por ti; no tiene cuerpo, y, sin embargo, existe".

Y ese hombre pequeño, con una sonrisa muy dulce, decía: "Dios es un Espíritu eterno, uno y trino, y la segunda Persona se ha encarnado por amor a nosotros, que somos pobres, y su nombre...".

-¡Oh, mi Señor! Pero... ahora que me doy cuenta... ¡eres Tú!». El niño, lleno de estupor, se arroja al suelo adorando. Todos acuden, creyendo que se ha caído; pero Jesús hace un gesto de silencio llevándose el dedo a los labios, y dice:

-¡Levántate, Yabés! ¡Los niños no deben tener miedo de mí!

El niño levanta la cabeza, lleno de veneración, y mira a Jesús con expresión cambiada, casi de miedo.

Jesús sonríe y le tiende la mano diciendo:

-Eres sabio, pequeño israelita. Continuemos el examen entre nosotros. Ahora que me has reconocido, ¿sabes si se habla de mí en el Libro?

-¡Oh, sí, Señor! Desde el principio hasta ahora. Todo habla de ti Tú eres el Salvador prometido. Ahora entiendo que abras las puertas del Limbo. ¡Oh, Señor... Señor! ¿Y me quieres mucho?

-Sí, Yabés.

-No. No me llames ya Yabés. Dame un nombre que signifique que me has querido, que me has salvado...

-El nombre lo elegiré junto con mi Madre. ¿Te parece bien?

-Pero que quiera decir exactamente eso. Lo tomaré desde el mismo día que me haga hijo de la Ley.

-Lo tomarás ese día.

Betel ha quedado ya atrás. Se detienen a comer en un vallecillo fresco y rico en agua.

Yabés está medio aturdido después de la revelación; come en silencio, aceptando con veneración los bocados que le ofrece Jesús; poco a poco se va recobrando, especialmente después de jugar intensamente con Juan mientras los otros descansan sobre la hierba verde; luego vuelve donde Jesús, junto con el risueño Juan, y tienen una pequeña tertulia de tres personas.

-A1 final no me has dicho quién habla de mí en el Libro.

-Los Profetas, Señor; y antes todavía. Habla de ti el Libro desde la expulsión de Adán del Paraíso. Luego cuando Jacob y cuando Abraham y Moisés... Me decía mi padre, que había ido a visitar a Juan - no a éste, sino al otro Juan, al del Jordán -, que él, el gran Profeta, te llamaba el Cordero... Ahora entiendo, sí, el cordero de Moisés... ¡La Pascua eres Tú!

Juan lo anima:

-Pero, ¿qué Profeta es el que profetizó mejor de Él?

-Isaías y Daniel. Pero prefiero a Daniel, ahora que te quiero como a mi padre. ¿Puedo decir que te quiero como he querido a mi padre? ¿Sí? Pues ahora prefiero a Daniel.

-¿Por qué, si quien habla mucho del Cristo es Isaías?...

-Sí, pero habla de los dolores del Cristo; sin embargo, Daniel habla del ángel hermoso y de tu venida. Es verdad que también Daniel dice que el Cristo será inmolado, pero yo creo que el Cordero será inmolado de un sólo golpe, no como dicen Isaías y David. Yo lloraba siempre al oírlos, así que mi madre no volvió a leérmelos. Casi llora también en este momento, mientras acaricia una mano de Jesús.

-No pienses en eso por ahora. Escucha, ¿sabes los mandamientos?

-Sí, Señor. Creo saberlos. En el bosque me los repetía a mí mismo para no olvidarlos y para oír las palabras de mi madre y de mi padre. Pero ahora ya no lloro - la verdad es que sus pupilas brillan intensamente - porque ahora te tengo a ti.

Juan sonríe y se abraza a su Jesús diciendo:

-¡Son mis mismas Palabras! Todos los niños de corazón hablan igual.

-Sí, porque sus palabras provienen de una única sabiduría. Bien, tendríamos que ponernos en camino para llegar muy pronto a Berot. La gente aumenta y el tiempo se pone amenazador. Tomarán al asalto los alojamientos, y no quiero que caigáis enfermos.

Juan llama a los compañeros y se reanuda la marcha hasta Berot, a través de una llanura no muy cultivada, aunque tampoco completamente yerma como estaba el montecillo que salvaron después de Silo.

## 195

## Una lección de Juan de Endor a Judas Iscariote. Llegada a Jerusalén

Jornada lluviosa. Pedro me parece un Eneas al revés, porque, en vez de cargar con su padre, lleva sobre sus hombros al pequeño Yabés, que va todo arropado en el manto del apóstol. Se ve sobresalir la cabecita por encima de la cabeza cana de Pedro, y los brazos del niño en torno al cuello. Pedro ríe, chapoteando en los charcos.

-Nos podía haber ahorrado este inconveniente - dice malhumorado Judas Iscariote, nervioso por el agua que viene del cielo y rebota contra el suelo y salpica los vestidos.

-¡Ya! ¡Se podrían ahorrar muchas cosas! - responde Juan de Endor, mirando fijamente con su único ojo - que creo que ve por dos - al guapo de Judas.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que es inútil pretender que los elementos sean delicados con nosotros, cuando nosotros no lo somos con nuestros semejantes, y además en materia mucho más grave que no dos gotas de agua o una salpicadura de barro.

-Cierto. Pero yo quiero entrar en la ciudad limpio y en orden; tengo muchas amistades, y además de alta categoría.

-Pues estáte atento a no caer.

-¿Me estás provocando?

-¡No, no! Pero es que soy veterano, como maestro... y como alumno. Llevo toda mi vida aprendiendo. Primero aprendí a vegetar, luego observé la vida, después conocí la amargura de la vida. Ejercité una justicia inútil, la del "solo" contra Dios y contra la sociedad: Dios me castigó con el remordimiento; la sociedad, con las cadenas. Con lo cual, el ajusticiado, en el fondo, fui yo. Finalmente, ahora, he aprendido, *estoy aprendiendo,* a "vivir". Así que, como comprenderás, por mi condición de maestro y de alumno, me viene natural repetir las lecciones.

-Pero yo soy el apóstol...

-Y yo un desgraciado, ya lo sé, y no debería permitirme enseñarte a ti. Pero, mira, nunca se sabe lo que puede uno ser el día de mañana. Tenía la idea de que moriría como un hombre honrado y un maestro respetado en Chipre, y vine a ser un homicida y un condenado a cadena perpetua. Cuando alzaba el cuchillo para vengarme, cuando arrastraba las cadenas odiando al universo, si me hubieran dicho que sería discípulo del Santo, habría dudado del estado mental de quien me lo hubiera dicho. Y, a pesar de todo... ya lo ves. Por eso, quién sabe, a lo mejor puedo darte alguna lección buena a ti, que eres apóstol; por mi experiencia, no por santidad, que esto último ni siquiera se me pasa por la mente.

-Tiene razón ese romano al llamarte Diógenes.

-Bien... sí. Pero Diógenes buscaba al hombre y no lo encontró; yo, sin embargo, más afortunado que él, encontré, sí, primero una serpiente donde creía que estaba la mujer y un cuco donde veía al hombre amigo, pero luego, tras haber vagado muchos años, ya enloquecido por este conocimiento, he encontrado al Hombre, al Santo.

-Yo no conozco otra sabiduría sino la de Israel.

-Si es así, ya tienes con qué salvarte; pero ahora tienes también la ciencia, o mejor, la sabiduría, de Dios.

-Es lo mismo.

-¡No, no! Sería como comparar un día neblinoso con uno lleno de sol.

-En definitiva, ¿quieres darme lecciones? Pues yo no me siento con ganas de ello.

-¡Déjame hablar! A1 principio, hablaba a los niños: se distraían; luego a los espectros: me maldecían; luego a los pollos: eran mucho mejores que los dos primeros grupos, mucho mejores; ahora hablo conmigo mismo, porque todavía no puedo hablar con Dios. ¿Por qué quieres impedírmelo? Tengo la vista reducida a la mitad, la vida quebrada por el esfuerzo hecho en las minas, el corazón enfermo desde hace muchos años: deja, al menos, que mi mente no se vuelva estéril.

-Jesús es Dios.

-Lo sé, lo creo; más que tú, porque yo he renacido por obra suya, tú no. Pero, aunque Él sea el Bueno, es siempre Él, o sea, Dios, y ese pobre desgraciado que soy yo no se atreve a tratarlo con la familiaridad con que tú lo tratas. Le habla mi alma, pero los labios no se atreven; el alma... y creo que Él siente cómo llora de amor agradecido y penitente.

-Es verdad, Juan. Siento tu alma - Jesús entra en la conversación; Judas se pone colorado de vergüenza y el hombre de Endor de alegría - Es verdad, siento tu alma, como siento también el trabajo de tu mente. Bien has hablado. Cuando estés formado en mí, sacarás mucho beneficio de haber sido maestro y atento alumno. Habla, habla, aun contigo mismo...

Judas, impertinente, observa:

-Una vez, Maestro, además no hace mucho, me dijiste que uno no debe hablar con el propio yo.

-Es verdad, lo dije, pero era porque murmurabas con tu propio yo. Este hombre no murmura, medita, y con buen fin: no hace mal.

-¡En definitiva, que estoy en error!

Judas se muestra agresivo.

-No, lo que tienes es tedio en el corazón. Considera que no siempre puede haber cielo sereno. Los campesinos desean la lluvia y también es caridad orar para que llueva; *también ella* es caridad. Pero, mira, se ve un bonito arco iris, que describe su curva desde Atarot hasta Ramá. Hemos sobrepasado Atarot, la triste hoz ha quedado atrás, aquí ya todo está cultivado y ríe bajo este sol que rasga las nubes. Cuando lleguemos a Rama estaremos a treinta y seis estadios de Jerusalén. Aparecerá de nuevo ante nuestra vista tras ese collado, que señala el lugar del horrendo acto de lujuria cometido por los guibeítas. Tremenda cosa es que la carne haga presa, Judas...

Judas no responde, sino que se aleja chapoteando con ira en los charcos.

-¿Pero qué le pasa hoy a ése? - pregunta Bartolomé.

-Calla. Que no lo oiga Simón de Jonás. Evitemos cuestiones y...no amarguemos a Simón, que está muy contento con su niño.

-Sí, Maestro, pero eso no está bien, y se lo pienso decir.

-Es joven, Natanael. Tú también lo fuiste...

-Sí... pero... ¡No debe faltarte al respeto!

Sin querer, alza la voz. Acude Pedro enseguida:

-¿Qué pasa? ¿Quién falta al respeto? ¿El nuevo discípulo? - y mira a Juan de Endor, que se había retirado discretamente al comprender que Jesús estaba corrigiendo al apóstol, y que ahora está hablando con Santiago de Alfeo y Simón Zelote.

-No, ni por sueños. Es respetuoso como una niña.

-¡Ah!, ¡bien!, porque si no... peligraba su ojo. Entonces... ¿entonces es Judas?

-Mira, Simón, ¿por qué no te ocupas de tu niño? Me lo has arrebatado, y ahora quieres meterte en una conversación amistosa entre mí y Natanael... ¿No te parece que quieres hacer demasiadas cosas?

La tranquilidad con que sonríe Jesús es tanta, que Pedro siente vacilar su juicio; mira a Bartolomé... mas éste tiene levantado su rostro aguileño al cielo... Pedro siente que se desvanece su sospecha. La vista de la Ciudad, ya cercana, visible en toda la belleza de sus colinas, olivares, casas, y, especialmente, del Templo; esta vista, que debía ser siempre fuente de emoción y de orgullo para los israelitas, acaba de distraerlo del todo.

El sol abrileño de Judea, bien fuerte, ha secado pronto el empedrado de la vía consular. Ahora es difícil encontrar un charco. Los apóstoles se aderezan al borde del camino: bajan las túnicas, pues las habían abolsado, se lavan los pies llenos de barro en un riachuelo de aguas claras, se ponen en orden el pelo, se cubren con sus mantos. Y lo mismo hace Jesús. Veo que todos hacen lo mismo.

La entrada en Jerusalén debía ser una cosa importante. Presentarse ante estos muros en tiempo de fiesta era como presentarse ante un soberano. La Ciudad santa era la *"verdadera"* reina de los israelitas; lo veo con claridad este año en que observo, en esta vía consular, las turbas y su comportamiento: los componentes de las distintas familias se disponen según un orden (las mujeres por su parte, solas, los hombres en otro grupo, los niños con uno u otro grupo, pero todos serios y, al mismo tiempo, tranquilos); algunos doblan el manto más usado y sacan otro, nuevo, de los fardos de viaje, o se cambian de sandalias; el paso se hace solemne, ya hierático; en cada grupo hay un solista que da el tono, se cantan himnos, los antiguos, gloriosos himnos de David... Y la gente se mira con más bondad en los ojos, como más tiernos ahora que han visto la Casa de Dios, y mira a esta Casa santa, enorme cubo de mármol coronado por las cúpulas de oro, colocado, como una perla, en el centro del recinto majestuoso del Templo.

La comitiva apostólica se forma así: delante, con el niño en medio, Jesús y Pedro; detrás de ellos, Simón, Judas Iscariote y Juan; luego Andrés con Santiago de Zebedeo, y, entre ellos, obligado por Andrés, Juan de Endor; en la cuarta fila, los dos primos del Señor con Mateo; los últimos, Tomás, Felipe y Bartolomé. Aquí es Jesús quien entona el canto, y lo hace con esa potente y preciosa voz suya, con un ligero tono de barítono que se armoniza con las vibraciones de tenor para hacerlas aún más estimables; responden Judas Iscariote, tenor puro, y Juan, de voz límpida propia de su muy joven edad, y las dos voces de barítono de los primos de Jesús, y Tomás (casi bajo: un barítono tan profundo, que casi no se le puede catalogar como tal). Los demás, dotados de voces menos hermosas, acompañan, en forma menos perceptible al coro lleno de los más virtuosos. Los salmos son los ya conocidos, llamados graduales.

El pequeño Yabés - voz de ángel entre las recias de los hombres - canta muy bien - quizás porque lo sabe mejor que los demás el salmo 122: «Estoy alegre porque me han dicho: "Iremos a la casa lel Señor"». Verdaderamente, su carita, tan triste pocos días antes, es todo un esplendor de alegría.

Ya están cerca de los muros, ya se ve la Puerta de los Peces, y las calles, llenísimas de gente.

Enseguida, al Templo, para una primera oración; luego, la paz en la paz del Getsemaní; la cena; el descanso. El viaje hacia Jerusalén ha terminado.

## El sábado en Getsemaní. Jesús habla de su Madre y de los amores de distintas potencias

La mayor parte de la mañana del sábado ha estado ocupada en dejar descansar a los cansados cuerpos y en arreglar la ropa, polvorienta y arrugada por el viaje. En las vastas cisternas del Getsemaní - colmadas de agua de lluvia - y en el Cedrón - verdadera sinfonía entre los cantos, espumoso, lleno, por los chaparrones de los últimos días - hay tanta agua que es una verdadera incitación. Uno tras otro, los peregrinos, desafiando el fresco, bajan a zambullirse en el torrente; luego se ponen vestidos nuevos, de los pies a la cabeza, y, con el pelo todavía un poco tieso por las rociadas del torrente, van a sacar agua de las cisternas y la vierten en unas pilas grandes donde tienen la ropa, separada por colores.

-¡Bien! ¡Bien! - dice Pedro contento - Ahí se purgará y María la podrá lavar con menos esfuerzo - Supongo que es la mujer que está en Getsemaní.

-Pequeñuelo, tú eres el único que no puede ponerse vestidos nuevos. Pero mañana...

En efecto, el niño tiene una tuniquita limpia que ha sacado de su talego (tan pequeño, que le podría ir bien a una muñeca), pero está aún más descolorida y rota que la otra. Pedro observa, preocupado, la túnica, diciendo en tono apenas perceptible:

-¿Cómo lo llevo así a la ciudad? Estoy por dividir en dos mi manto... con un manto se taparía todo.

Jesús oye este soliloquio paterno y dice:

-Ahora es mejor que descanse. A1 atardecer iremos a Betania...

-Quiero comprarle la túnica. Se lo he prometido.

-Lo harás. Ciertamente. Pero es mejor pedirle a mi Madre su opinión. Ya sabes... las mujeres... están más dotadas que nosotros para las compras... además, será una satisfacción para Ella ocuparse de un niño... ¿Iréis juntos!

El apóstol se siente raptado al séptimo cielo por la idea de ir con María a comprar. No sé si Jesús ha expresado todo lo que piensa o si se reserva una parte (es decir, que su Madre tiene un gusto más fino que evitaría desentonos de colores horrendos); comoquiera que sea, obtiene el fin sin que su Pedro se sienta humillado.

Se diseminan por el olivar, muy hermoso en este sereno día abrileño. La lluvia de los días precedentes parece haber plateado los olivos y sembrado la tierra de flores, de tanto como resplandecen al sol las frondas, de tantas florecillas como hay al pie de los olivos. Los pájaros cantan y vuelan por todas partes.

No se ve el bullir de gente, pero sí las caravanas que se dirigen hacia la Puerta de los Peces - y hacia otras puertas cuyo nombre desconozco -, desde el lado este. La ciudad se las traga como si fuera un famélico vientre.

Jesús pasea y observa a Yabés, que está jugando, alegre, con Juan y los más jóvenes. También Judas Iscariote - ya se le ha pasado el enojo de ayer - está alegre y juega. Los más mayores observan sonriendo.

-¿Qué dirá tu Madre de este niño? - pregunta Bartolomé.

-Yo digo que dirá: "Está muy delgado"- dice Tomás.

-¡No! Dirá: "¡Pobre niño!" -responde Pedro.

-No, lo que dirá es: "Me alegro de que lo quieras" - objeta Felipe.

-La Madre no lo pondría nunca en duda. Yo creo que no hablará. Lo estrechará contra su corazón - dice Simón el Zelote.

-¿Y Tú, Maestro, qué dices que dirá?

-Hará lo que habéis dicho, pero lo pensará y lo dirá sólo en su corazón; al besarlo no dirá sino: "¡Bendito seas!", y lo cuidará como si fuera un pajarillo caído del nido. Escuchad. Un día me habló de cuando era pequeñita. Todavía no tenía tres años, pues no estaba aún en el Templo, y ya se le rompía el corazón de amor y exhalaba, cual flor y aceituna, aplastada o rota en la prensa, todos sus óleos y perfumes. En un delirio de amor, le decía a su madre que quería ser virgen para agradar más al Salvador, pero que querría ser pecadora para poder ser salvada, y casi lloraba porque su madre no la entendía y no sabía darle la solución para ser la "pura" y la "pecadora" al mismo tiempo. Le trajo la paz su padre, con un pajarillo que había salvado del peligro que corría en el borde de una fuente: le contó la parábola del pajarillo, diciéndole que Dios la había salvado anticipadamente y que, por tanto, Ella debía bendecirlo por doble motivo. Y la pequeña Virgen de Dios, la grandísima Virgen María, ejercitó su primera maternidad espiritual hacia ese pajarillo caído del nido, y lo echó a volar cuando fue fuerte; este pajarillo no dejó ya jamás el huerto de Nazaret, consoló con sus vuelos y trinos la casa triste y los corazones tristes de Ana y Joaquín cuando María fue al Templo; murió poco antes de que expirase Ana: había concluido su misión. Mi Madre se había consagrado a la virginidad por amor, pero, siendo criatura perfecta, poseía en su sangre y en su espíritu la maternidad; porque la mujer está hecha para ser madre, y comete aberración cuando se hace sorda a este sentimiento, que es amor de segunda potencia...

Poco a poco se han ido acercando también los demás.

-¿Qué quieres decir, Maestro, con "amor de segunda potencia"? - pregunta Judas Tadeo.

-Hermano mío, hay muchos amores, y de distintas potencias. Está el amor de primera potencia: el que se da a Dios. Luego, el amor de segunda potencia: el materno, o paterno. Porque, si el primero es enteramente espiritual, éste es en dos partes espiritual y en una carnal se mezcla, sí, el sentimiento afectivo humano, pero predomina lo superior, porque un padre o una madre, sana y santamente tales, no dan sólo alimento y caricias a la carne de su hijo, sino que también nutren y aman su mente y su espíritu. Es tan cierto esto que estoy diciendo, que, quien se consagra a la infancia - aunque sólo fuere para instruirla - termina por amarla como si fuera su propia carne.

-Efectivamente yo quería mucho a mis discípulos - dice Juan de Endor.

-Debías ser un buen maestro... lo veo por cómo te comportas con Yabés.

El hombre de Endor, sin hablar, se inclina a besar la mano de Jesús.

-¡Sigue, te lo ruego, tu clasificación de los amores! - dice Simón Zelote.

-Existe amor hacia la compañera: es amor de tercera potencia, porque es - me refiero también en este caso a los sanos y santos amores - mitad espíritu mitad carne. El hombre para su esposa es maestro y padre, además de esposo; la mujer para su esposo es ángel y madre, además de esposa. Éstos son los tres amores más elevados.

-¿Y el amor al prójimo? ¿No te estás equivocando? ¿O es que te has olvidado de él? - pregunta Judas Iscariote.

Los demás lo miran perplejos y... con fiereza por la observación que ha hecho.

Jesús, sin embargo, responde sereno:

-No, Judas. Pero observa lo que te digo. A Dios se le debe amar porque es Dios, por tanto, no es necesaria ninguna explicación para persuadir de este amor. Él es el que es, o sea, el Todo; el hombre (la nada que viene a ser partícipe del Todo por el alma infundida por el Eterno - sin ella el hombre sería uno de tantos animales brutos que viven sobre la faz de la tierra o en las aguas o en el aire -) debe adorar por deber y para merecer sobrevivir en el Todo, es decir, para merecer venir a ser parte del Pueblo santo de Dios en el Cielo, ciudadano de la Jerusalén que no conocerá profanación o destrucción algunas por los siglos de los siglos.

El amor del hombre, y especialmente de la mujer, a la prole tiene indicación de precepto en las palabras de Dios a Adán y Eva, después de bendecirlos, viendo que era "bueno" lo que había hecho, en un lejano sexto día, el primer sexto día de lo creado. Les dijo: "Creced y multiplicaos y poblad la tierra...".

Veo tu tácita objeción... Te respondo inmediatamente: puesto que en la creación, antes de la culpa, todo estaba regulado y basado sobre el amor, este multiplicarse de los hijos habría sido amor, santo, puro, poderoso, perfecto. Fue el primer mandamiento de Dios al hombre: "Creced, multiplicaos". "Amad, por tanto, después de mí, a vuestros hijos." El amor como es ahora, el actual generador de los hijos, entonces no existía. La malicia no existía y, por tanto - porque va con ella -, tampoco la execrable hambre carnal. El hombre amaba a la mujer, y la mujer al hombre, naturalmente, pero no naturalmente según la naturaleza como nosotros la entendemos - o, mejor, como vosotros, hombres, la entendéis -, sino *según la naturaleza de hijos de Dios, o sea, sobrenaturalmente.* Muy dulces fueron los primeros días de amor entre los dos, hermanos - habían nacido de un Padre común - y, no obstante, esposos; de esos dos que amándose se miraban con sus inocentes ojos como dos gemelos en su cuna. El hombre sentía amor de padre hacia su compañera "hueso de sus huesos y carne de su carne" (como un hijo lo es para un padre). La mujer conocía la alegría de ser hija - por tanto, protegida por un amor muy elevado -, porque sentía que tenía en sí algo de aquel espléndido hombre que la amaba, con inocencia y angélico ardor, en los hermosos prados del Edén.

Luego, en el orden de los preceptos dados por Dios con una sonrisa a sus amados párvulos, viene aquel que el mismo Adán, dotado por la Gracia de una inteligencia sólo inferior a la de Dios, hablando de su compañera - y, en ella, de todas las mujeres -, decreta (el decreto del pensamiento de Dios, que se reflejaba límpido en el terso espejo del espíritu de Adán y que florecía en forma de pensamiento y de palabra): "El hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y los dos serán una carne sola".

De no haber existido los tres pilares de los amores que he mencionado, ¿habría podido, acaso, existir amor al prójimo? No, no hubiera podido existir. El amor a Dios hace a Dios amigo y enseña el amor; quien no ama a Dios, que es bueno, no puede ciertamente amar al prójimo que en su mayoría es defectuoso. Si no hubieran existido el amor conyugal y la paternidad en el mundo, no habría podido existir el prójimo, porque el prójimo está hecho de los hijos nacidos de los hombres. ¿Estás convencido de esto?

-Sí maestro. No había reflexionado.

-Efectivamente, es difícil remontarse al hontanar. El hombre está bien hincado ya desde hace siglos, milenios, en el fango, y el hontanar está en las cimas, muy alto. Además, el primero de los manantiales viene de una inmensa altura: Dios... No obstante, de la mano, os conduciré a los manantiales; sé dónde están...

-¿Y los otros amores? - preguntan al unísono Simón Zelote y el hombre de Endor.

-El primero de la segunda serie es el amor al prójimo. En realidad es el cuarto en potencia. Luego viene el amor a la ciencia. Después el amor al trabajo.

-¿Y basta?

-Basta.

-¡Hay otros muchos amores! - exclama Judas Iscariote.

-No. Lo que hay es otros apetitos, pero no son amores; son "desamores"; niegan a Dios y niegan al hombre; no pueden ser, por tanto, amores, porque son negaciones y la negación es odio.

-¡Si niego el consentimiento al mal es odio? - insiste Judas Iscariote.

-¡Pobres de nosotros! Eres más insidioso que un escriba. ¿Me quieres decir lo que te pasa? ¿Es culpa del aire fino de Judea, que te pinza los nervios como un calambre? - exclama Pedro.

-No. Me gusta instruirme y tener muchas ideas, y claras. Dado que has mencionado a los escribas, aquí es fácil hablar con ellos; no quiero quedarme corto de argumentos.

-¿Y piensas que vas a poder, en el momento en que te haga falta, extraer del saco en que estás acumulando esos trapajos la hilacha del color deseado? - pregunta Pedro.

-¿Trapajos las palabras del Maestro? ¡Blasfemas!

-No te me hagas el escandalizado. En su boca no hay trapajos, pero después de maltratarlas nosotros se transforman en eso. Pon un pedazo de valioso lino cendalí en manos de un niño... Pasado un rato, será un trapajo sucio y roto. Pues es lo mismo que nos pasa a nosotros... Ahora que, si pretendes pescar en el momento oportuno el pingajillo que necesitas, entre que es un pingajillo y que está sucio... pues... ¡en fin... no sé yo cuál va a ser el resultado!

-¡Tú no te metas, que son cosas mías!

-¡Ah!, ¡claro! Ten por seguro que no me voy a meter en tus cosas. ¡Tengo ya bastante con las mías! Y además, a fin de cuentas, me conformo con que no perjudiques al Maestro; porque, si lo hicieras, entonces me metería también en tus cosas...

-Cuando actúe mal, lo harás; pero eso no sucederá nunca porque sé actuar... No soy un ignorante...

-Yo lo soy, ya lo sé. Pero, precisamente porque lo sé, no acumulo lastre para, en su momento, exhibirlo, sino que me pongo en manos de Dios... y Dios me ayudará por amor a su Mesías, de quien soy el siervo más pequeño y más fiel.

-¡Todos somos fieles! - contrapone, arrogante, Judas.

-¡Malo! ¿Por qué ofendes a mi padre? Es ya mayor. Es bueno. No debes hacerlo. Eres un hombre malo. Me das miedo - dice, severo, Yabés, rompiendo el atento silencio en que estaba.

-¡Y van dos! - exclama en voz baja Santiago de Zebedeo dándole con el codo a Andrés. A pesar de que haya hablado bajo, Judas lo ha oído.

-¿Ves, Maestro, como las palabras de aquel estúpido niño de Magdala han dejado huella? - dice Judas encendido de rabia.

-¡Pero no sería más bonito continuar la lección del Maestro, más bien que estar como chivos enojados? - pregunta el pacífico Tomás.

-Sí, claro. Maestro, síguenos hablando de tu Madre. ¡Es tan luminosa su infancia!: de reflejo hace vírgenes a nuestras almas. Y yo, pobre de mí, tengo mucha necesidad de ello! - exclama Mateo.

-¿Qué queréis que os diga... si son muchos los episodios, y a cuál más delicioso...!

-¿Te los ha contado Ella?

-Alguno sí, pero muchos más José, que me los contaba, siendo Yo niño, como los más bellos cuentos; y también Alfeo de Sara, que, siendo pocos años más mayor que mi Madre, fue amigo suyo durante los breves años en que Ella estuvo en Nazaret.

-¡Háblanos...! - dice Juan en tono suplicante.

Se han colocado todos en círculo, sentados a la sombra de los olivos; Yabés está en el centro, mirando fijamente a Jesús, como si fuera a escuchar una fábula paradisíaca.

-Os voy a narrar la lección de castidad que dio mi Madre, pocos días antes de entrar en el Templo, a su pequeño amigo y a muchos otros.

Aquel día se había casado un joven de Nazaret, pariente de Sara. -Joaquín y Ana también habían sido invitados a la boda, y con ellos la pequeña María, que, junto con otros niños, tenía el encargo de echar pétalos deshojados por el camino de la novia. Dicen que era una niña guapísima. Todos se la disputaban después de la festiva entrada de la novia. Era muy difícil ver a María, porque pasaba mucho tiempo en casa (amaba más que cualquier otro lugar una pequeña gruta que incluso hoy día se sigue llamando "la gruta de su desposorio"). Así que, cuando se la veía, rubia, rosada, delicada, la anegaban en caricias. La llamaban "la flor de Nazaret", o "la perla de Galilea", o también "la paz de Dios", en memoria de un enorme arco iris que apareció improvisamente con su primer vagido. En efecto, era, y es, todo eso y más aún: es la Flor del Cielo y de la creación, es la Perla de: Paraíso, es la Paz de Dios... Sí, la Paz. Yo soy el Pacífico porque soy Hijo del Padre e hijo de María: la Paz infinita y la Paz suave.

Pues bien, aquel día todos querían besarla y tenerla en el regazo Entonces Ella, mostrándose reacia a besos y demás contactos, con delicada gravedad, dijo: "Por favor, no me chaféis". Creyeron que se refería a su vestido de lino, ceñido con una cinta azul en la cintura en los estrechos puños, en el cuello...; o a la pequeña guirnalda de florecillas azules con que Ana la había coronado para mantener sus leves ricitos. Entonces, le aseguraron que no le iban a chafar ni el vestido ni la guirnalda. Pero Ella, segura, mujercita de tres años, erguida, rodeada de un corro de adultos, dijo seria: "No me refiero a lo que se puede reparar. Estoy hablando de mi alma. Es de Dios y no quiere ser tocada sino por Dios". Objetaron: "Pero si te besamos a ti no a tu alma". Y Ella replicó: "Mi cuerpo es templo del alma y su sa-cerdote es el Espíritu; el pueblo no es admitido al recinto sacerdotal Por favor, no entréis en el recinto de Dios".

A Alfeo, que había superado ya los ocho años y que la quería mucho, le impresionó esta respuesta, y, al día siguiente, habiéndola encontrado junto a su pequeña gruta buscando flores, le preguntó "María, cuando seas mujer, ¿me querrías por esposo?" (todavía le duraba la emoción de la fiesta nupcial a la que había asistido). Ella respondió: "Yo te quiero mucho, pero no te veo como hombre. Te diré un secreto: yo veo sólo las almas de los seres vivientes, y las amo mucho, con todo mi corazón. Y veo sólo a Dios como `verdadero Ser viviente' a quien ofrecerme". Bien, éste es un episodio.

-¡"Verdadero Ser viviente"! ¿Sabes que es profunda esa palabra? - exclama Bartolomé.

Y Jesús, humildemente y con una sonrisa:

-Era la Madre de la Sabiduría.

-¿Era?... ¿Pero no tenía tres años?

-Era. Yo vivía ya en Ella, siendo Dios en Ella, desde su concepción, en la Unidad y Trinidad perfectísima.

-Pero - y perdona si yo, culpable, oso hablar -, pero, ¡Joaquín y Ana sabían que era la Virgen predestinada? - pregunta Judas Iscariote.

-No lo sabían.

-Y entonces, ¿cómo es que Joaquín dijo que Dios la había salvado anticipadamente? ¿No alude ello, acaso, a su privilegio respecto a la culpa?

-Alude a ello. Pero Joaquín prestaba su boca a Dios, como todos los profetas. Tampoco él comprendió la sublime verdad sobrenatural que el Espíritu había puesto en sus labios. Joaquín era un justo; tanto que mereció esa paternidad. Y era humilde. En efecto, no hay justicia donde hay soberbia. Él era justo y humilde. Consoló a su hija por amor de padre. En su sabiduría de sacerdote, la instruyó: que sacerdote era, siendo tutor del Arca de Dios. Como pontífice, la consagró con el título más dulce: "La

Sin Mancha". Día llegará en que otro sabio pontífice dirá al mundo: "Ella es la Concebida sin Mancha", y dará esta verdad al mundo de los creyentes, como artículo de fe irrebatible, para que en el mundo de entonces - que se irá hundiendo cada vez más en una neblinosa monotonía de herejías y vicios - resplandezca, ante la vista de todos, la Toda Hermosa de Dios, coronada de estrellas, vestida de rayos de luna (menos puros que Ella); la Reina de lo creado y del Increado, apoyada en los astros. Porque Dios-Rey tiene por Reina, en su Reino, a María.

-¿Entonces, Joaquín era profeta?

-Era un justo. Su alma dijo, como hace el eco, lo que Dios decía a su alma, por Dios amada.

-¿Cuándo vamos a ir a ver a esta Mamá, Señor? - pregunta con ojos anhelantes Yabés.

-Esta tarde, cuando la veas, ¿qué le vas a decir?

-¿Estaría bien: "Te saludo, Madre del Salvador"?

-Muy bien - confirma Jesús mientras lo acaricia.

-Pero, ¿no vamos a ir hoy al Templo? - pregunta Felipe.

-Iremos antes de salir para Betania. Y tú, ¿estarás aquí tranquilo, no?

-Sí, Señor.

La mujer de Jonás (el arrendatario del olivar), que lentamente se ha ido acercando, dice:

-¿Por qué no lo llevas contigo? Lo está deseando...

Jesús la mira fijamente y con insistencia, aunque sin decir nada. La mujer comprende, y lo manifiesta:

-¡Comprendo!... Creo que tengo todavía un pequeño manto, de Marcos. Voy a buscarlo - y, ligera, se ausenta.

Yabés, tirándole a Juan de una manga, dice:

-¿Serán severos los maestros?

A lo que Juan, confortándolo, contesta:

-¡No, hombre, no! No tengas miedo. Y, además, no es hoy. En pocos días, con la Madre, sabrás más que un doctor.

Los demás, que lo han oído, sonríen por la preocupación de Yabés.

-Pero, ¿quién va a presentarlo haciendo las veces de padre? - pregunta Mateo.

-Yo. ¡Es natural! A menos que lo quiera presentar el Maestro - dice Pedro.

-No, Simón, no lo haré Yo. Te dejo este honor.

-Gracias, Maestro. Pero... ¿vas a estar presente también Tú?

-Ciertamente. Todos estaremos presentes: es "nuestro" niño...

Vuelve María de Jonás con un manto color morado oscuro que todavía está en buenas condiciones. ¡Qué color! Ella misma lo dice:

-Marco no lo quiso usar nunca porque no le gustaba el color. ¡Mira tú éste! ¡Es atroz! Y el pobre Yabés, con esa tez suya tan aceitunada, dentro de ese morado violento, parece un ahogado. Pero él no se ve... y se siente feliz con ese manto con que cubrirse como una persona mayor...

-La comida está lista, Maestro. La criada ha sacado ya del asador el cordero.

-Vamos, entonces.

Y, bajando del lugar en que se encuentran, entran en la amplia cocina para comer.

## 197

## En el Templo con José de Arimatea. La hora del incienso

Pedro entra en el recinto del Templo, en funciones de padre, con aspecto verdaderamente solemne; lleva de la mano a Yabés. Camina con tanta gallardía, que hasta parece más alto.

Detrás, en grupo, todos los demás. Jesús va el último, ocupado en una animada conversación con Juan de Endor, al cual parece que le da vergüenza entrar en el Templo.

Pedro pregunta a su pupilo:

-¿Has venido aquí alguna vez?

-Cuando nací, padre; pero no me acuerdo - o cual hace reír de satisfacción a Pedro, que repite la respuesta a los compañeros, y éstos se echan a reír también, y dicen, con bondad y perspicacia:

-Quizás es que dormías y por eso... - o: «Estamos todos como tú. No nos acordamos de cuando vinimos aquí recién nacidos».

Igualmente hace Jesús con su protegido, y recibe una respuesta análoga (poco más o menos). Juan de Endor, en efecto, dice:

-Éramos prosélitos. Vine en brazos de mi madre, precisamente en una Pascua, porque nací a principios de Adar; mi madre - era de Judea - se puso en viaje en cuanto pudo, para ofrecer dentro del tiempo establecido a su hijo varón al Señor... Quizás demasiado prematuramente... De hecho, enfermó y no volvió a recuperar la salud. Yo tenía menos de dos años cuando me quedé sin madre; fue la primera desventura de mi vida. Pero, siendo su primogénito - unigénito, por su enfermedad -, se sentía orgullosa de morir por haber obedecido a la Ley. Mi padre me decía: "Ha muerto contenta por haberte ofrecido al Templo"... ¡Pobre madre mía! ¿Qué ofreciste?: un futuro asesino...

-Juan, no digas eso. Entonces eras Félix, ahora eres Juan. Ten siempre presente la gran gracia que Dios te ha donado, eso sí; pero que no te desaliente ya más lo que fuiste... -¿No volviste ninguna vez al Templo?

-¡Sí, sí, a los doce años! Y, a partir de entonces, siempre, mientras... mientras pude hacerlo... Después, aun pudiendo venir, ya no volví, porque... bueno, ya te he dicho cuál era mi único culto: el Odio. Incluso por este motivo no me atrevo a entrar aquí. Me siento extranjero en la Casa del Padre... Lo he abandonado durante demasiado tiempo...

-Tú vuelves al Templo de mi mano, y soy el Hijo del Padre; si Yo te conduzco ante el altar es porque sé que todo está perdonado.

Juan de Endor siente una brusca convulsión de llanto, y dice:

-Gracias, Dios mío.

-Sí, da gracias al Altísimo. ¿Ves cómo tu madre, una verdadera israelita, tenía espíritu profético? Eres el varón consagrado al Señor, y que no será rescatado. Eres mío, eres de Dios, discípulo y, por tanto, futuro sacerdote de tu Señor en la nueva era y religión que de mí recibirán el nombre. Yo te absuelvo de todo, Juan. Camina sereno hacia el Santo. En verdad te digo que entre los que viven en este recinto hay muchos más culpables que tú, más indignos que tú, de acercarse al altar...

Pedro, entretanto, se las ingenia para explicarle al niño las cosas más dignas de relieve en el Templo, y pide ayuda a los otros más cultos, especialmente a Bartolomé y a Simón, porque, siendo ancianos, se encuentra a gusto con ellos en su papel de padre.

En esto, ya ante el gazofilacio para hacer las ofrendas, los llama José de Arimatea.

-¿Estáis aquí? ¿Cuándo habéis llegado? - dice después de los recíprocos saludos.

-Ayer por la tarde.

-¿Y el Maestro?

-Está allí, con un discípulo nuevo. Ahora vendrá.

José mira al niño y le pregunta a Pedro:

-¿Un sobrinito tuyo?

-No... sí. Bueno, quiero decir que, nada en cuanto a la sangre mucho en cuanto a la fe, todo en cuanto al amor.

-No te comprendo...

-Un huerfanito... por tanto, nada en cuanto a la sangre. Un discípulo... por tanto, mucho en cuanto a la fe. Un hijo... por tanto, todo en cuanto al amor. El Maestro lo ha recogido... y yo le doy mi cariño. Debe alcanzar la mayoría de edad en estos días...

-¿Tan pequeño y ya doce años?

-Es que... bueno, ya te lo contará el Maestro... José, tú eres bueno, uno de los pocos buenos que hay aquí dentro... Dime, ¿estarías dispuesto a ayudarme en esta cuestión? Ya sabes... lo presento come si fuera mi hijo, pero soy galileo y tengo una fea lepra...

-¿Lepra?! - exclama y pregunta aterrorizado José, separándose.

-¡No tengas miedo!... Mi lepra es la de ser de Jesús: la más odiosa para los del Templo, salvo pocas excepciones.

-¡No, hombre, no; no digas eso!

-Es la verdad y hay que decirla... Por tanto, temo que se comporten cruelmente con el pequeño por causa mía y de Jesús. Además, no sé qué conocimientos tendrá de la Ley, la Halasia, la Haggada y los Midrasiots. Jesús dice que sabe mucho...

-¡Bueno, pues si lo dice Jesús, entonces no tengas miedo!

-Aquéllos... con tal de amargarme...

-¿Quieres mucho a este niño, ¿eh!? ¿Lo llevas siempre contigo?

-¡No puedo!... Yo estoy siempre en camino; él es pequeño y frágil...

-Pero iría contigo con gusto... - dice Yabés, que, con las caricias de José, está más tranquilo.

Pedro rebosa de alegría... Pero añade:

-El Maestro dice que no se debe, y no lo haremos. De todas formas, nos veremos... José, ¿me vas a ayudar?

-¡Claro, hombre! Estaré contigo. Delante de mí no harán injusticias. ¿Cuándo? ¡Oh, Maestro! ¡Dame tu bendición!

-Paz a ti, José. Me alegro de verte; y, además, saludable.

-También yo, Maestro. Los amigos se alegrarán de verte. ¿Estás en Getsemaní?

-Estaba. Después de la oración voy a Betania.

-¿A casa de Lázaro?

-No, donde Simón. Tengo también allí a mi Madre y a la madre de mis hermanos y a la de Juan y Santiago. ¿Irás a verme?

-¿Lo preguntas? Será una gran alegría y un gran honor. Te lo agradezco. Iré con muchos amigos...

-¡Prudente, José, con los amigos!... - aconseja Simón Zelote.

-¡No, hombre... ya los conocéis! Es verdad que la prudencia dice: "Que no oiga el aire". Pero, cuando los veáis, comprenderéis que son amigos.

-Entonces...

-Maestro, Simón de Jonás me estaba hablando de la ceremonia del niño. Has llegado cuando estaba preguntando cuándo pensáis llevarla a cabo. Quiero estar presente también yo.

-El miércoles que precede a la Pascua. Quiero que celebre su Pascua ya como hijo de la Ley.

-Muy bien. Comprendido. Iré a recogeros a Betania. Pero antes, el lunes, iré con los amigos.

-De acuerdo, no se hable más.

-Maestro, te dejo. La paz sea contigo. Es la hora del incienso.

-Adiós, José. La paz sea contigo. Ven, Yabés, que es la hora más solemne del día. Hay otra análoga por la mañana, pero ésta es todavía más solemne. El día empieza con la mañana: justo es que el hombre bendiga al Señor para que el Señor lo bendiga durante todo el día en todas sus obras. Pero al atardecer es aún más solemne: declina la luz, cesa el trabajo, llega la

noche. La luz que declina recuerda la caída en el mal, y verdaderamente las acciones de pecado se producen generalmente por la noche. ¿Por qué? Porque el hombre ya no está ocupado en el trabajo y más fácilmente se ve envuelto por el Maligno, que proyecta sus propuestas y pesadillas. Bueno es, por tanto, después de haberle agradecido a Dios su protección durante el día, elevarle nuestra súplica para que se alejen de nosotros los fantasmas de la noche y las tentaciones. La noche con su sueño, símbolo de la muerte... Dichosos aquellos que, habiendo vivido con la bendición del Señor se duermen no en las tinieblas sino en una fúlgida aurora. El sacerdote ofrece el incienso por todos nosotros, ora por todo el pueblo, en comunión con Dios, y Dios le confía su bendición para que la imparta al pueblo de sus hijos. ¿Te das cuenta de lo grande que es el ministerio del sacerdote?

-Yo quisiera... Me sentiría todavía más cerca de mi madre...

-Si eres siempre un buen discípulo e hijo de Pedro, lo serás. Mas ahora ven; mira, las trompetas anuncian que ha llegado la hora. Vamos con veneración a alabar a Yeohveh.

## 198

## El encuentro con la Madre en Betania. Yabés cambia su nombre por el de Margziam

Por el umbrío camino que une el Monte de los Olivos con Betania - podría decir que el monte llega, con sus prolongaciones verdes, hasta los campos de Betania -, Jesús con los suyos camina ligero hacia la ciudad de Lázaro.

No ha entrado aún y ya lo han reconocido: emisarios, que lo son por propia iniciativa, corren en todas las direcciones para avisar de su llegada, de forma que empiezan a aparecer: por un lado, Lázaro y Maximino; por otro, Isaac con Timoneo y José; la tercera es Marta con Marcela (que alza su velo para inclinarse a besar la túnica de Jesús); inmediatamente después, llegan María de Alfeo y María Salomé, las cuales reciben al Maestro con un gesto de veneración y luego abrazan efusivamente a los propios hijos. El pequeño Yabés, a quien Jesús sigue llevando de la mano, zarandeado por todas estas impetuosas llegadas, observa esto lleno de asombro. Juan de Endor, sintiéndose extraño, se retira hacia la cola del grupo, aparte. Y, por el sendero que conduce a la casa de Simón, viene la Madre.

Jesús suelta la mano de Yabés y, delicadamente, elude a los amigos para apresurarse a ir a su encuentro. Las ya conocidas palabras rompen el aire, tañendo como un solo de amor que se destaca de entre el murmullo de la gente: « ¡Hijo! », « ¡Mamá! ». Se besan. María expresa en su beso una angustia como de quien ha estado temiendo durante mucho tiempo y llega el momento - éste - en que, al desvanecerse el terror que la tenía apresada, siente el cansancio del esfuerzo realizado y valora en toda su profundidad el peligro que ha corrido...

Jesús la acaricia. Ha comprendido. Dice:

-Además de mi ángel, velaba por mí el tuyo, Madre. No podía sucederme nada malo.

-Gloria al Señor por ello. De todas formas he sufrido mucho.

-Mi deseo ha sido venir antes, pero he seguido otro camino por prestarte obediencia a ti. Y ha sido positivo: tu indicación, Madre mía, como siempre, ha sido fructífera.

-¡Tu obediencia, Hijo!

-Tu sabia indicación, Madre...

Se sonríen mutuamente como dos enamorados. ¿Pero es posible que esta Mujer sea la Madre de este Hombre? ¿Dónde están los dieciséis años de diferencia? La frescura de su rostro y la gracia de su cuerpo virginal hacen de María la hermana de su Hijo, que está en la plenitud de su bellísima virilidad.

-¿No me preguntas por qué ha sido fructífera? - pregunta Jesús, que sigue sonriendo.

-Sé que mi Jesús no me oculta nada.

-¡Qué encanto eres, Mamá!... - y la vuelve a besar...

La gente se ha mantenido a unos metros de distancia haciendo como que no observa la escena, pero estoy segurísima de que ninguno de estos ojos, que parecen atentos a otra parte, se abstiene de mirar de reojo a este tierno cuadro.

E1 que más mira es Yabés. Jesús lo había soltado para darse prisa en abrazar a su Madre. Se ha quedado solo. Ahora, con el agolparse de preguntas y respuestas, el pobre niño pasa inadvertido. Mira fijamente, agacha la cabeza, lucha contra el llanto... pero, al final, no pudiendo más, rompe a llorar gimiendo:

-¡Mamá! ¡Mamá!

Todos - los primeros, Jesús y María - se vuelven, todos tratan le poner remedio de alguna forma, o de saber quién es el niño. María de Alfeo y Pedro se acercan inmediatamente - estaban juntos - y dicen:

-¿Por qué lloras?

Pero, antes de que Yabés, embargado en su llanto, pueda tomar respiro para hablar, ya ha venido María y, tomándolo en brazos, ha dicho:

-¡Sí, hijito mío, Mamá! No llores más... y perdona si no te he visto antes... Os presento, amigos, a mi hijito...

Se ve que Jesús, en los pocos metros que mediaban, debe haberle dicho:

-Es un huerfanito que he tomado conmigo - El resto lo ha intuido María.

El niño llora, pero ya con menos desolación. Al final, dado que María lo tiene en brazos y lo está besando, sonríe incluso, con esa carita suya todavía bañada de llanto.

-Deja que te seque todas estas lágrimas. ¡No debes llorar más! Dame un beso...

Era precisamente lo que estaba deseando Yabés; después de tantas caricias de hombres barbudos, se deleita verdaderamente besando la mejilla lisa de María.

Jesús por su parte busca con su mirada a Juan de Endor, y lo ve allá, apartado. Se dirige a él y lo lleva hacia María - que está siendo saludada por todos los apóstoles -, y, teniendo sujeta su mano, dice:

-Mira, Madre, el otro discípulo. Estos son los dos hijos que has ganado por la indicación que me diste.

-Tu obediencia, Hijo - repite María. Luego saluda al hombre, diciendo: «La Paz está contigo».

El hombre, el rudo, inquieto hombre de Endor, que tanto ha cambiado ya desde aquella mañana en que el capricho de Judas Iscariote llevó a Jesús a Endor, termina de despojarse de su pasado al inclinarse ante María (yo lo creo así, a juzgar por lo sereno, verdaderamente "pacificado" que se ve su rostro cuando lo alza, una vez cumplido el respetuosísimo saludo).

Se encaminan todos hacia la casa de Simón: María llevando en brazos a Yabés, Jesús - cogida su mano - con Juan de Endor. Luego, a los lados o detrás, Lázaro y Marta, los apóstoles y Maximino, Isaac, José, Timoneo.

En el umbral de la puerta, el anciano servidor de Simón hace un gesto de veneración a Jesús y a su jefe. Entran en la casa.

-La paz a ti, José, y a esta casa - dice Jesús, alzando su mano para bendecir, después de haberla puesto en la cabeza blanca del anciano servidor.

Lázaro y Marta, después del primer impacto alegre, se muestran un poco tristes, de forma que Jesús pregunta:

-¿Por qué, amigos?

-Porque no estás con nosotros y porque todos se allegan a ti excepto esa alma que quisiéramos que fuera tuya.

-Fortificad la paciencia, la esperanza y la oración. Además, Yo estoy con vosotros. ¿Esta casa?... esta casa no es sino el nido desde el que el Hijo del hombre cada día volará para ir a ver a sus queridos amigos, que están muy cerca en distancia y - si se considera la cosa sobrenaturalmente - infinitamente más cercanos en el amor. Vosotros estáis en mi corazón y Yo en el vuestro. ¿Acaso se puede estar más cerca? De todas formas, esta tarde la pasaremos juntos. Sentaos, sentaos a mi mesa.

-¡Ay, pobre de mí! ¡Y yo aquí holgazaneando! ¡Ven, Salomé, que tenemos cosas que hacer!

La exclamación de María de Alfeo, que se levanta diligentemente para ir a su trabajo, hace sonreír a todos.

Pero Marta la alcanza y le dice:

-No te preocupes, María, por la comida. Voy a dar las disposiciones oportunas para que tú tengas que preparar sólo las mesas. Te traerán sillas suficientes y todo lo que se necesita. Ven, Marcela. Vuelvo enseguida, Maestro.

-He visto a José de Arimatea, Lázaro. El lunes va a venir con unos amigos.

-¡Ah, entonces ese día eres todo para mí!

-Sí. Viene para estar juntos, y también para preparar una ceremonia relativa a Yabés. Juan, lleva al niño a la terraza, que se divertirá.

Juan de Zebedeo, siempre obediente, se alza enseguida de su sitio... Poco después, se oye el gorjeo del niño y sus pataditas en la terraza que rodea la casa.

-Este niño - explica Jesús a su Madre, a los amigos, a las mujeres (entre las cuales está Marta, que ha volado para no perder un solo minuto de alegría junto al Maestro) - es nieto de un campesino de Doras. He pasado por Esdrelón...

-¿Es verdad que los campos están desolados y que quiere venderlos?

-Están desolados. Lo de la venta no lo sé. Un campesino de Jocanán me ha aludido a ello, pero no sé si es seguro.

-Si los vendiera... los compraría de buena gana para disponer de un lugar de refugio para ti incluso en medio de ese nido de serpientes.

-No creo que lo consigas. Jocanán ya está pensando en adquirirlos.

-Veremos... Pero... continúa tu narración. ¿Qué campesinos son?

-¡A todos los de antes los ha desperdigado por distintos sitios!

-Sí. Éstos vienen de sus tierras de Judea, por lo menos el anciano que es pariente del niño. Lo tenía en el bosque, como a un animal salvaje, para que Doras no lo descubriera... Y estaba allí desde el invierno...

-¡Pobre niño! ¿Y por qué?

Las mujeres están profundamente conmovidas.

-Porque su padre y su madre quedaron sepultados por el desprendimiento de tierra de las cercanías de Emaús. Todos: padre, madre, hermanitos. Él se salvó porque no estaba en casa. Lo llevaron con su abuelo. Pero, ¿qué podía hacer un campesino de Doras? Tú, Isaac, has hablado de mí, como un salvador, incluso referido a este caso.

-¿He hecho mal, Señor? - pregunta humildemente Isaac.

-Has hecho bien. Dios lo quería. El anciano me ha entregado al niño, que además ha de hacerse mayor de edad en estos días.

-¡Pobrecito! ¿Tan pequeño con doce años? Mi Judas era casi el doble de alto a su edad... ¿Y Jesús? ¡Qué flor! - dice María de Alfeo.

Y Salomé:

-¡También mis hijos eran mucho más robustos!

Marta susurra:

-Verdaderamente es muy pequeñito. Pensaba que no tenía ni siquiera diez años.

-¡Claro! ¡Triste cosa es el hambre! Y debe haberla sufrido desde que vino a este mundo. Y además... ¿qué le iba a dar el anciano si allí todos se mueren de hambre? - dice Pedro.

-Sí, ha sufrido mucho; pero es muy bueno e inteligente. Me he hecho cargo de él para consolar al anciano y al niño.

-¿Lo vas a adoptar? - pregunta Lázaro.

-No. No puedo.
-Entonces me responsabilizo yo.
-Pedro, que ve desvanecerse su esperanza, se lamenta abiertamente:
-¡Señor! ¿Todo a él?
Jesús sonríe y dice:
-Lázaro, has hecho ya mucho, y te lo agradezco; no te puedo confiar a este niño. Es "nuestro" niño; de todos nosotros; alegría de los apóstoles y del Maestro. Además, aquí crecería rodeado de lujo, mientras que Yo quiero ofrecerle como don mi manto regio: "la honesta pobreza", la que el Hijo del hombre ha elegido pare sí, para poder acercarse a las mayores miserias sin humillar a ninguno. Tú, recientemente, has recibido también un regalo mío...
-¡Ah, sí! El anciano patriarca y su hija. La mujer es muy activa y el anciano es muy bueno.
-¿Dónde están ahora?, ¿en qué sitio?
-¡Aquí, claro!, en Betania. ¿Cómo crees que iba a querer alejar la bendición que Tú enviabas? La mujer está en el lino, pues para ese tipo de trabajo hacen falta manos ligeras y expertas. El anciano, dado que se ha emperrado en que quiere trabajar, le he destinado a los panales. Ayer - ¿verdad, hermana mía? - tenía una larga barba toda de oro. Las abejas, enjambrando, se habían colgado todas de esa barbaza, y les hablaba como si fueran hijas suyas. Se le ve feliz.
-¡Lo creo! ¡Bendito seas! - dice Jesús.
-Gracias, Maestro... Pero... ese niño te costará... Permíteme a menos...
-¡Ya me encargo yo de su vestido de fiesta! - grita Pedro, y todos se echan a reír por la impulsividad del grito.
-Bien; pero necesitará otros indumentos. Simón, sé condescendiente, yo tampoco tengo hijos. Para mí y para Marta es una consolación encargarnos de hacer unos vestiditos: ¡concédenosla!
Pedro, ante tan insistente súplica, se enternece enseguida y dice
-Los vestidos... sí... pero del del miércoles me encargo yo; me lo ha prometido e1 Maestro. Ha dicho que iré con su Madre a comprarlo mañana - Pedro dice todo por miedo a que haya algún cambio et perjuicio suyo.
Jesús sonríe y dice:
-Sí, Madre; te ruego que vayas mañana con Simón. Si no, este hombre se me muere de angustia. Así le podrás aconsejar para escoger.
-Yo he dicho: túnica roja y cinturón verde. Estará muy bien. Mejor que con ese color que tiene ahora.
-Rojo irá muy bien. Jesús también fue vestido de rojo. Pero yo diría que iría mejor encima del rojo un cinturón rojo, o, al menos, bordado en rojo - dice dulcemente María.
-Yo decía el verde porque veo que Judas, que es moreno, esta muy bien con esas franjas verdes encima de la túnica roja.
-¡Pero si no son verdes! - dice, riéndose, Judas Iscariote.
-¿No? ¿Y, entonces, de qué color son?
-Este color se conoce con el nombre de "vena de ágata".
-¿Y qué voy a saber yo? A mí me parecía verde. Ese color lo he visto también en las hojas...
María Santísima interviene benigna:
-Simón tiene razón. Es el color exacto que toman las hojas con las primeras aguas de Tisri...
-¡Eso es! Y, dado que las hojas son verdes, decía que era verde - termina diciendo, contento, Pedro.
La Dulce ha introducido paz y alegría también en esta pequeña cosa.
María pide que llamen al niño. Y éste viene enseguida, con Juan.
-¿Cómo te llamas? - pregunta María acariciándolo.
-Soy... era Yabés, pero estoy esperando el nombre...
-¿Estás esperándolo?
-Sí, Yabés quiere un nombre que quiera decir que Yo lo he salvado. Búscaselo, Madre; que sea un nombre de amor y salvación.
María se para a pensar un momento y dice: «Maryiam (Maarhciam). Eres la gotita en el mar de los salvados de Jesús. ¿Te gusta? Así seré recordada también yo además de la Salvación.
-Es muy bonito - dice contento el niño.
-Pero, ¿no es un nombre de mujer? - pregunta Bartolomé. Cuando esta gotita de Humanidad sea adulto, podréis cambiar su nombre por un nombre de hombre con una ele al final, en vez de la eme. *(Esta prevista transformación del nombre puede hacer pensar en un futuro Marcial)* Ahora lleva el nombre que le ha dado su Mamá. ¿No es verdad?
El niño responde afirmativamente y María lo acaricia.
La cuñada le dice:
-Esta lana es de calidad - y toca el pequeño manto de Yabés -; pero... ¡el color!... Yo la teñiría de rojo muy oscuro. Quedaría bien. ¿Qué opinas?
-Mañana por la tarde lo hacemos, porque mañana tendrá su prenda nueva. Ahora no se lo podemos quitar.
Marta dice:
-¿Quieres venir conmigo, niño? Te llevo aquí cerca a ver muchas cosas. Después volvemos...
Yabés no se opone. Nunca dice que no a nada... pero se le ve un poco asustado por la idea de ir con esta mujer casi desconocida. Dice, tímido y educado:
-¿Podría venir conmigo Juan?
-¡Pues claro!...

Se marchan. En su ausencia las conversaciones entre los varios grupos continúan. Relatos, comentarios, suspiros por la dureza humana.

Isaac relata todo lo que ha podido saber acerca de Juan el Bautista. Quién dice que está en Maqueronte, quién, que en Tiberíades Los discípulos no han vuelto aún...

Pero, ¿no lo habían seguido?

-Sí, pero, cerca de Doco, los que habían prendido a Juan cruzaron el río con el prisionero, y no se sabe si luego subieron hacia el lago o bajaron a Maqueronte. Juan, Matías y Simeón se han lanzado a la búsqueda, para saber a dónde lo llevan. Ciertamente, no lo abandonarán.

-Como tú tampoco, Isaac, me abandonarás a este nuevo discípulo. Por ahora estará conmigo. Quiero que pase la Pascua conmigo.

-Yo la celebraré en Jerusalén, en casa de Juana. Me ha visto y me ha ofrecido una dependencia de la casa para mí y mis compañeros. Este año vienen todos; y estaremos con Jonatán.

-¿También los del Líbano?

-También. Pero quizás no puedan venir los discípulos de Juan.

-¿Sabes que vienen los de Jocanán?

-¿De verdad? Pues estaré a la puerta, junto a los sacerdotes encargados de las inmolaciones. Así, cuando los vea, me los llevaré conmigo.

-Espéralos para última hora, pues tienen el tiempo contado. Pero traen el cordero.

-Yo también. Uno espléndido, que me ha dado Lázaro. Inmolaremos éste, de forma que el suyo les servirá para la vuelta.

Regresan Marta, Juan y el niño; éste lleva un vestidito de lino blanco y una sobreveste roja; en el brazo, un manto, también rojo.

-¿Los reconoces, Lázaro? ¿Te das cuenta como todo sirve?

Los dos hermanos se sonríen mutuamente. Jesús dice:

-Gracias, Marta.

-Señor mío, tengo la enfermedad de guardar todo. Es herencia de mi madre. Conservo todavía muchas prendas de mi hermano, prendas a las que guardo afecto porque fueron tocadas por nuestra madre. De vez en cuando cojo una de ellas para algún niño. Ahora para Margziam. Son un poco largas, pero se pueden remeter. Lázaro, alcanzada la mayoría de edad, ya no los quiso... Fue un capricho en toda regla, verdaderamente de niño... Y se salió con la suya, porque mi madre adoraba a su Lázaro.

La hermana lo acaricia, amorosa; Lázaro, por su parte, le coge su bellísima mano, se la besa y dice:

-¿Y tú no?

Se sonríen de nuevo.

-Ha sido providencial - observan muchos de los presentes.

-Sí, mi capricho ha servido para un bien; quizás me será perdonado por esto.

La cena está ya preparada. Cada uno va a su sitio...

Hasta la plena noche Jesús no puede hablar en paz con su Madre. Han subido a la terraza. Están sentados en un asiento, uno junto al otro, cogidos de la mano. Se hablan. Se escuchan.

Primero es Jesús quien cuenta las cosas que han sucedido. Luego, María; y dice: -Hijo, nada más marcharte, vino a verme una mujer... Te buscaba. *Gran* miseria y *gran* redención. Esta criatura necesita tu perdón para ser tenaz en su resolución. La he enviado a Susana, se la he confiado diciendo que había sido curada por ti. Es verdad. Se habría podido quedar conmigo, si nuestra casa no se hubiera convertido en un mar en que todos navegan... y muchos con malas intenciones... La mujer ahora siente repugnancia por el mundo. ¿Quieres saber quién es?

-Es un alma. De todas formas, dime su nombre para que la pueda acoger sin error.

-Es Aglae, la romana mimo y pecadora que empezaste a salvar en Hebrón, que te buscó y te encontró en Agua Especiosa, y que ha sufrido - ¡oh, cuánto! - por recuperar su honestidad. Me ha dicho todo... ¡Qué horror!

-¿Su pecado?

-Esto y... yo diría más: ¡Qué horror es el mundo! ¡Hijo mío, no te fíes de los fariseos de Cafarnaúm! Se querían servir de esta desdichada contra ti. ¡Hasta de ésta!...

-Lo sé, Madre... ¿Dónde está Áglae?

-Vendrá con Susana antes de la Pascua.

-Bien. Hablaré con ella. Estaré aquí todas las tardes esperándola, excepto la tarde pascual, que dedicaré a la familia. Si viene, no la dejes que se marche. Es una gran redención, tú lo has dicho. ¡Y tan espontánea! En verdad te digo que en pocos corazones mi semilla ha echado raíces con la fuerza con que lo ha hecho en este terreno infeliz. Andrés la ayudó a crecer hasta su completa formación.

-Sí, me lo ha dicho.

-Madre, ¿qué has sentido en presencia de esa miseria?

-Repugnancia y alegría. Me parecía estar en el borde de un abismo de infierno, pero, al mismo tiempo, me sentía transportada al azul del cielo. ¡Cuán Dios eres, Jesús mío, cuando realizas estos milagros!

Y quedan en silencio, bajo las luminosísimas estrellas y el candor de un cuarto de Luna que ya tiende a Luna llena; en silencio, amándose, descansando en su mutuo amor.

## Donde los leprosos de Siloán y Ben Hinnom. Pedro obtiene a Margziam por medio de María.

Una mañana espléndida, que invita verdaderamente a pasear dejando cama y casa. Los que están en la casa de Simón Zelote, cual abejas con los primeros rayos solares, se levantan muy temprano y salen a respirar el aire puro al huerto de Lázaro, que circunda la casita hospitalaria. Pronto se suman a ellos los que están alojados en casa de Lázaro, es decir: Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Andrés y Santiago de Zebedeo. El sol entra alegre por las ventanas y puertas abiertas de par en par, y las habitaciones, sencillas y limpias, se visten de un tono oro que aviva los colores de los vestidos y hace más brillantes los de los cabellos y las pupilas.

María de Alfeo y Salomé están centradas en servir a estos hombres de vigoroso apetito. María está atenta a cómo un servidor de la casa de Lázaro le arregla a Margziam sus delicados cabellos, igualándoselos con más destreza que su precedente peluquero.

-Por ahora va bien así - dice el sirviente - luego, después del ofrecimiento a Dios de tu melena de niño, te dejaré el pelo bien cortito. Está llegando el calor y estarás mejor sin pelos que te cubran el cuello; además se te pondrán más fuertes; ahora están secos y quebradizos; son cabellos descuidados. ¿Ves, María?, necesitan un cuidado; ahora los unjo para que no se alboroten. ¿Ves, niño, que buen olor? Es el ungüento que usa Marta: almendra, palma y médula finísima - y esencia exótica. Es muy bueno. Mi ama ha dicho que se conserve este tarrito para el niño. ¡Ah! ¡Eso es!... ¡Ahora pareces el hijo del rey.

Y el sirviente - que quizás es el barbero de la casa de Lázaro - le da un cachetito a Margziam en un carrillo, se despide de María y se marcha satisfecho.

-Ven que te visto - dice María al niño, que en este momento no tiene sino una prenda de mangas cortas (creo que es la camisa, o 1o que en aquellos tiempos la suplía: por lo fino que es el lino, deduzco que pertenecía al vestuario de Lázaro niño). María le quita la toalla en que estaba casi completamente envuelto y le pone una vestidura de lino, fruncida en la base del cuello y en las muñecas, y luego la sobreveste roja, de lana, de amplio escote y anchas mangas. El lino esplendoroso sobresale, blanquísimo, por el escote y las mangas del indumento rojo y opaco. Las manos de María deben haberse encargado por la noche del problema de la largura de la túnica y de las mangas; ahora va bien todo, especialmente cuando María le ciñe la cintura con la suave banda del cinturón, terminada en una borla de lana blanca y roja. El niño ya no parece ese pobre ser insignificante de pocos días antes.

-Ve a jugar mientras me preparo, pero sin mancharte - dice María acariciándolo. Y el niño sale, saltando contento, a buscar a sus grandes amigos.

El primero en verlo es Tomás:

-¡Pero qué guapo estás! ¡De boda! Yo ahora, comparado contigo, es que desaparezco - dice Tomás, siempre alegre, metido en carnes, tranquilo; y lo coge de la mano y dice:

-Ven. Vamos con las mujeres. Te estaban buscando para darte la comida.

Entran en la cocina. Tomás, con su vozarrón, gritando, hace pegar un salto a las dos Marías, que estaban agachadas hacia los anafres:

-¡Aquí hay un jovencito que os estaba buscando! - y, riendo, presenta al niño, que se había escondido detrás de su robusta persona.

-¡Cariño! ¡Ven, que te dé un beso! ¡Mira, Salomé, qué bien está así! - exclama María de Alfeo.

-¡Verdaderamente! Ahora sólo le falta hacerse más fuerte. Me encargaré yo de ello. Ven, que te bese también yo» dice Salomé.

-Jesús quiere confiárselo a los pastores... - objeta Tomás.

-¡Ni soñarlo! En esto mi Jesús se equivoca. Pero, vosotros, los hombres, ¿qué podéis pretender?, ¿qué sabéis hacer?: discutir - porque, dicho sea de paso, sois más bien dados a discutir... como los chivos, que se quieren pero se dan cornadas -, comer, hablar; tenéis mil necesidades, y pretendéis del Maestro total atención a vosotros... si no, malas caras... Los niños tienen necesidad de sus madres. ¿No es verdad?... ¿Cómo te llamas?

-Margziam.

-¡Vaya! ¡Bendita María mía! ¡Podía haberte puesto un nombre más fácil!

-¡Es casi como el suyo! - exclama Salomé.

-Sí, pero el suyo es más simple. No tiene esas tres letras en medio... Tres son demasiadas...

Judas Iscariote, que acaba de entrar, dice:

-Ha puesto el nombre de significado exacto según la genuina lengua antigua.

-Bueno, bien, pero... es difícil; yo quito una letra y digo Marziam.

-Es más fácil, y no creo que se vaya a hundir el mundo por eso. ¿Verdad, Simón?

Pedro, que pasaba en ese momento por delante de la ventana hablando con Juan de Endor, se asoma y dice:

-¿Qué quieres?

-Decía que pienso llamar Marziam al niño, porque es más fácil.

-Tienes razón, mujer. Si la Madre me lo permite yo también lo llamaré Marziam. Pero... ¡Estás perfectamente así!... ¡Yo también! ¿Eh?!... ¡Observad!

En efecto, está bien cepillado, tiene afeitados los carrillos, arreglados y ungidos pelo y barba, el vestido sin arrugas; ¿y las sandalias?: las ha limpiado tanto y les ha sacado tanto brillo - no sé con qué -, que parecen nuevas. Las mujeres lo admiran y él ríe contento.

El niño, que ha terminado ya de comer, sale para ir con su gran amigo, al que llama siempre "padre".

Viene Jesús de la casa de Lázaro. El niño corre a su encuentro y Jesús le dice:

-La paz entre nosotros, Margziam. Démonos el beso de la paz.

El niño saluda también a Lázaro, que venía con Jesús, y recibe una caricia y un dulce.

Todos se reúnen en torno a Jesús. También María, que lleva ahora una túnica de lino color turquesa y un manto más oscuro de elegantes pliegues, viene sonriendo hacia su Hijo.

-Entonces, podemos empezar a marcharnos - dice Jesús -. Tú-Simón, con mi Madre y el niño, si es que estás empeñado todavía en comprar, aunque ya Lázaro haya resuelto el problema.

-¡Ciertamente! Además... podré decir que una vez pude caminar al lado de tu Madre, lo cual es un gran honor.

-Pues ve. Tú, Simón, me acompañarás a hacer una visita a tus amigos leprosos...

- ¡Sí, Maestro! Entonces, si me lo permites, me adelanto, corriendo, para reunirlos... Me verás allí; total... ya sabes dónde están...

-De acuerdo. Ve. Los demás, haced lo que os parezca más conveniente; disponed libremente todos hasta el miércoles por la mañana A la hora tercera todos ante la Puerta Dorada.

-Yo voy contigo, Maestro - dice Juan.

-Yo también - dice Santiago, su hermano.

-Y también nosotros - dicen los dos primos.

-Yo también - dice Mateo, y con él Andrés.

-¿Y yo? También quisiera ir contigo... pero, si voy a hacer las compras, no puedo... - dice Pedro sujeto a dos deseos.

-Hay una solución. Primero vamos a ver a los leprosos. Entretanto, mi Madre va con el niño a una casa amiga de Ofel. Luego la alcanzamos y vas con Ella mientras Yo y los demás vamos a casa de Juana. Luego nos reunimos en Getsemaní para comer, y luego, al atardecer, volvemos aquí.

-Yo, con tu permiso, voy a donde unos amigos... - dice Judas Iscariote.

-Pero si ya he dicho que hagáis lo que creáis más conveniente.

-Entonces yo voy a ver a la familia. Quizás ha vuelto ya mi padre. Si es así, te lo traigo - dice Tomás.

-¿Qué te parece, Felipe, si nosotros dos vamos a ver a Samuel?

-¿Me parece bien - responde éste a Bartolomé.

-¿Y tú, Juan? - le pregunta Jesús al hombre de Endor - ¿Prefieres quedarte aquí a ordenar tus libros o venir conmigo?

-Verdaderamente preferiría ir contigo... Los libros... ahora ya me gustan menos. Prefiero leerte a ti, Libro vivo.

-Pues ven. Adiós, Lázaro, hasta...

-No, no; también voy yo. Las piernas están un poco mejor. Después de los leprosos te dejo y voy a Getsemaní a esperarte.

-Vamos. La paz a vosotras, mujeres.

Hasta las cercanías de Jerusalén van todos juntos. Luego se separan: Judas se va por su cuenta (entra en la ciudad, probablemente por la Puerta que está hacia la Torre Antonia); Tomás, Felipe y Natanael, con María y el niño, caminan todavía con Jesús y los otros compañeros unas cuantas decenas de metros para luego entrar en la ciudad por la parte del suburbio de Ofel.

-¡Bien! ¡Encaminémonos hacia estos infelices! - dice Jesús, y, volviendo las espaldas a la ciudad, empieza a andar en dirección a un lugar desolado, situado en las laderas de un cerro rocoso que está entre los dos caminos que de Jericó van a Jerusalén. Es un lugar extraño: después de la primera subida por la que trepa un escarpado sendero, presenta una estructura escalonada, de forma que, hasta el primer desnivel, hay al menos tres metros a pico, y así el segundo desnivel... Es un lugar árido, muerto... tristísimo.

-Maestro - grita Simón Zelote - estoy aquí; párate, que te enseño yo el camino... - y Simón, que estaba apoyado en la roca buscando un poco de sombra, viene, y conduce a Jesús por una vereda también escalonada, que va en dirección a Getsemaní, aunque del otro lado del camino que une el Monte de los Olivos con Betania.

-Hemos llegado. Yo viví entre los sepulcros de Siloán. Aquí están mis amigos; parte de ellos, porque los otros están en Ben Hinnom y no han podido venir porque habrían tenido que atravesar el camino y los habrían visto.

-Iremos a verlos también a ellos.

-¡Gracias!, por ellos y por mí.

-¿Son muchos?

-El invierno ha matado a la mayoría. Aquí, de todas formas, hay todavía cinco de aquellos con los que había hablado. Te esperan. Mira, allí están, en el borde de su presidio...

Serán diez monstruos. Digo "serán" porque, si bien a cinco de ellos se los distingue en pie, a los otros - sea por el color grisáceo de su piel, sea por la deformidad de su rostro, sea porque apenas descuellan del pedregal - se los distingue tan mal, que su número podría ser mayor o menor. Entre los que están en pie, hay sólo una mujer: dicen que es mujer sólo sus encanecidos cabellos, descuidados, duros y sucios, que le caen por la espalda hasta la cintura; por lo demás, no se distingue su sexo, pues la enfermedad, ya muy avanzada, la ha reducido a los huesos, anulando todo resto de femenina forma. Igualmente, respecto a los hombres, sólo uno muestra todavía un remanente de bigote y barba; a los demás los ha rasurado la destructora enfermedad.

Gritan:

-¡Piedad de nosotros, Jesús, Salvador nuestro! - y tienden hacia Él sus manos, deformes y llagadas.

-¡Jesús, Hijo de David ten piedad!

-¿Qué deseáis que os haga? - pregunta Jesús alzando el rostro hacia esas ruinas humanas.

-Que nos liberes del pecado y de la enfermedad.

-Del pecado libera la voluntad y el arrepentimiento...
-Pero, si Tú quieres, puedes cancelar nuestros pecados. A1 menos eso, si no quieres curar nuestros cuerpos.
-Si os digo: "Elegid entre las dos cosas", ¿cuál queréis?
-El perdón de Dios, Señor; para sentirnos menos desolados.
Jesús hace un gesto de aprobación, sonriendo luminosamente, luego alza los brazos y grita:
-¡Sea como queréis! ¡Lo quiero!
¡Como queréis!: puede referirse al pecado o a la enfermedad, o a las dos cosas; los cinco desdichados quedan en la incertidumbre; ellos sí, pero no los apóstoles, que no pueden menos que gritar su hosanna cuando ven que la lepra desaparece rápidamente, como el copo de nieve caído en la llama. Entonces los cinco comprenden que se les ha concedido todo lo que habían pedido... y su grito resuena como un tañido de victoria: se abrazan entre sí, lanzan besos a Jesús - no pueden arrojarse a sus pies -, y luego se vuelven a sus compañeros:
-¿No queréis todavía creer? ¡Qué desdichados sois!
-¡Calma! ¡Tranquilos! Estos pobres hermanos necesitan pensar. No les digáis nada. *La fe no se impone; se predica con paz, dulzura, paciencia, constancia,* que es lo que haréis después de vuestra purificación, como hizo Simón con vosotros. Por lo demás, el milagro predica ya por sí mismo. Vosotros, los curados, iréis a presentaros al sacerdote lo antes posible; vosotros, los enfermos, esperad para esta tarde nuestro regreso: os traeremos comida. La paz sea con vosotros.
Jesús, seguido de las bendiciones de todos, baja de nuevo al camino.
-Ahora vamos a Ben Hinnom - dice Jesús.
-Maestro... quisiera ir contigo, pero comprendo que no puedo. Voy al Getsemaní - dice Lázaro.
-Ve, ve, Lázaro. La paz sea contigo.
Mientras Lázaro lentamente se pone en camino, Juan apóstol dice:
-Maestro, lo acompaño: camina con dificultad y la vereda no es muy buena. Te alcanzo en Ben Hinnom.
-Bien, ve. Vamos.
Pasan el Cedrón. Siguen el lado sur del monte Tofet. Llegan a un vallecillo sembrado de tumbas e inmundicias, sin un solo árbol, sin nada que proteja del sol, que en este lado meridional cae implacable con su fuego poniendo al rojo el pedrisco de estos nuevos escalones de infierno, en cuya base aumentan el calor inflamadas emanaciones fétidas. Dentro de estas tumbas, que asemejan a hornos crematorios, míseros cuerpos se consumen... Siloán, siendo húmedo y estando orientado casi al Norte, será feo en invierno, pero este lugar debe ser terrorífico en verano...
Simón Zelote lanza una llamada... y, primero tres, luego dos, luego uno, y todavía otro más, se acercan, como pueden, hasta el límite prescrito. Aquí hay dos mujeres; una de ellas lleva de la mano a un esperpento de niño al que la lepra se le ha fijado especialmente en la cara y ya está ciego...
Uno de ellos es un hombre de aspecto noble a pesar de su mísera condición, el cual toma la palabra en nombre de todos:
-Bendito sea el Mesías del Señor, que ha descendido a esta Gehena para sacar de ella a los que en él esperan. ¡Sálvanos, Señor, que perecemos! ¡Sálvanos, Salvador! ¡Rey de la estirpe de David, Rey de Israel, ten piedad de tus súbditos! ¡Oh, Vástago de la estirpe de Jesé, de quien se dijo que cuando llegase su tiempo desaparecería todo mal, extiende tu mano para recoger estos desperdicios de tu pueblo! Aleja de nosotros esta muerte, enjuga nuestras lágrimas, pues que de ti así está escrito. Condúcenos, Señor, con tu voz, a tus pastos excelentes, a tus frescas aguas, pues estamos sedientos; condúcenos a lo alto de las eternas colinas, donde ya no existen ni la culpa ni el dolor! ¡Ten piedad Señor...!
-¿Quién eres?
-Juan, miembro del Templo; quizás he sido contaminado por un leproso. Hace poco, como puedes ver, tengo la enfermedad. ¡Pero estos otros!... Entre ellos hay algunos que ya hace años que esperan la muerte. Esta pequeñuela está aquí desde antes de saber andar, no conoce el mundo creado por Dios; cuanto conoce o recuerda de las maravillas de Dios son estas tumbas, este sol despiadado y las estrellas de la noche. ¡Ten piedad de los culpables y de los inocentes, Señor, Salvador nuestro!
Están todos arrodillados con los brazos extendidos.
Jesús llora ante tanta miseria, abre sus brazos y grita:
-Padre Yo lo quiero: curación, vida, vista y santidad para ellos.
Y permanece así, con los brazos abiertos, orando ardorosamente con todo su espíritu: parece estilizarse y elevarse en su oración, llama de amor, blanca e intensa, bañada en el intenso oro del sol.
-¡Mamá! ¡Veo! - es el primer grito.
Se oye también el correlativo grito de la madre estrechando contra su pecho a su niña curada. Luego el de los otros y los apóstoles... El milagro ha quedado cumplido.
-Juan, tú, sacerdote, guiarás a tus compañeros en el rito. Paz a vosotros. Os traeremos esta tarde comida también a vosotros.
Jesús bendice y hace ademán de emprender el camino.
Pero el leproso Juan grita:
-¡Quiero seguir tus pasos! ¡Dime qué tengo que hacer, dónde tengo que ir para predicarte!
-Sea esta tierra desolada y desnuda, que necesita convertirse al Señor, tu campo; sea tu campo la ciudad de Jerusalén. Adiós.
-Vamos ahora adonde mi Madre - dice a los apóstoles.
Y muchos de los presentes preguntan:
-Pero, ¿dónde está?
-En una casa que Juan conoce; la de la niña curada el año pasado.

Entran en la ciudad y recorren una buena parte del populoso suburbio de Ofel, hasta una casita blanca.

Saluda dulcemente al entrar en la casa (la puerta estaba entornada). Proveniente del interior de la casa, se oye la dulce voz de María y la voz argentina de Analía, y también la voz de su madre, más áspera. La niña se inclina profundamente para adorar, la madre se arrodilla. María se alza.

Quisieran retenerlos, al Maestro y a su Madre. No obstante, Jesús, prometiendo volver otro día, bendice y se despide.

Pedro se marcha contento con María; llevan los dos de la mano al niño: parecen una pequeña familia feliz. Muchos se vuelven a mirarlos. Jesús, sonriendo, observa cómo van.

-¡Simón se siente feliz! - exclama el Zelote.

-¿Por qué sonríes, Maestro? - pregunta Santiago de Zebedeo.

-Porque en ese pequeño grupo veo una gran promesa.

-¿Cuál, Hermano? ¿Qué es lo que ves? - pregunta Judas Tadeo.

-Veo que me podré marchar tranquilo cuando llegue la hora; no debo temer por mi Iglesia. Entonces será pequeña y débil como Margziam. Pero estará mi Madre, cual Madre suya, para sujetarla de la mano; y, cual padre suyo, estará Pedro, en cuya mano honesta y callosa puedo depositar sin preocupación la mano de mi naciente Iglesia. Pedro le dará la fuerza de su protección; mi Madre, la fuerza de su amor. Así la Iglesia se desarrollará... como Margziam... ¡Verdaderamente es un niño-símbolo! ¡Dios bendiga a mi Madre, a mi Pedro y al niño de ellos y nuestro! Vamos a casa de Juana...

Por la tarde, de nuevo estamos en la casita de Betania. Muchos, cansados, se han retirado ya; Pedro no, que va y viene paseando por el sendero, levantando la cabeza muy frecuentemente hacia la terraza donde están sentados, hablando, Jesús y María. Juan de Endor por su parte está hablando con Simón Zelote, sentados los dos bajo un granado todo en flor.

Se ve que María ha hablado ya mucho porque le oigo decir a Jesús:

-Todo lo que me has dicho es muy cabal. Tendré presente la equidad de tus palabras. También estimo exacto tu consejo por lo que se refiere a Analía. Es buena señal que ese hombre lo haya recibido con tanta disposición. Es verdad que en la alta Jerusalén hay mucho embotamiento y odio - porquería se puede decir-; pero, entre sus gentes humildes hay perlas de ignorado valor. Me alegro de que Analía se sienta feliz. Es una criatura que es más del Cielo que de la tierra. Quizás ese hombre, ahora que ha entrado en el concepto del espíritu, lo ha intuido y por eso manifiesta hacia ella una gran veneración. Su idea de marcharse a otro lugar, para no turbar con un latido humano el cándido voto de la muchacha, lo demuestra.

-Sí, Hijo mío. El hombre advierte el perfume de quienes son vírgenes... Me viene José a la memoria. Yo no sabía qué palabras usar. El no sabía mi secreto... y, no obstante, con percepción de santo, me ayudó a manifestarlo: había detectado el perfume de mi alma... Fíjate también Juan: ¡Qué paz! Todos quieren estar a su lado... hasta el mismo Judas de Keriot, a pesar de que... No, Hijo, Judas no ha cambiado; yo lo sé y Tú lo sabes. No hablamos porque no queremos encender la guerra; pero, aunque no hablemos, sabemos... y, aunque no hablemos, los demás intuyen... ¡Oh, Jesús mío, los jóvenes me han contado hoy en Getsemaní el episodio de Magdala y el del sábado por la mañana... La inocencia habla... porque ve con los ojos de su ángel. Pero también los ancianos vislumbran... No se equivocan: es un ser huidizo... todo en él es huidizo. Le tengo miedo, y tengo en mis labios las mismas palabras de Benjamín en Magdala y de Margziam en Getsemaní, porque siento ante Judas el mismo escalofrío que sienten los niños.

-¡No todos pueden ser Juan!...

-¡No lo pretendo! ¡Sería un paraíso esta tierra! Pero, mira, me has hablado del otro Juan... Un hombre que incluso ha matado. Pues bien, me da sólo pena; Judas, sin embargo, me da miedo.

-¡Ámalo, Madre! ¡Ámalo, por amor a mí!

-Sí, Hijo; pero ni siquiera servirá mi amor, significará solamente sufrimiento para mí y culpa para él. ¿Pero por qué ha entrado? Turba a todos; ofende a Pedro, que merece todo respeto.

-Sí. Pedro es muy bueno. Por él haría cualquier cosa, porque lo merece.

-Si te oyera, diría con esa sonrisa suya buena y franca: "¡Ah, Señor, eso no es verdad!". Y tendría razón.

-¿Por qué, Madre?». Pero Jesús ya sonríe, porque ha comprendido

-Porque no lo complaces dándole un hijo. Me ha hablado de todas sus esperanzas, sus deseos... y tus negativas.

-¿No te ha explicado las razones con que las he justificado.

-Sí. Me las ha dicho, y ha añadido: "Es verdad... pero yo soy un hombre, un pobre hombre. Jesús se obstina en ver en mí a un gran hombre. Pero sé que soy muy mísero, así que... me podría dar un hijo. Me casé para tenerlos... y me voy a morir sin tenerlos". Y ha dicho - aludiendo al niño, que, contento con el bonito vestido que Pedro le había comprado, lo había besado y le había llamado "padre querido”-, ha dicho: "Mira, cuando este pequeñuelo - hace diez días no lo conocía - me llama así, siento que me vuelvo más blando que la mantequilla y más dulce que la miel, y me echo a llorar, porque cada día que pasa se me lleva a este hijo..."

María guarda silencio observando a Jesús, estudiando su rostro, en espera de una palabra... Pero Jesús ha puesto el codo en la rodilla, y la cabeza apoyada sobre la mano, y guarda también silencio mientras mira a la explanada verde del pomar.

María toma una mano de Jesús, se la acaricia, y dice:

-Simón tiene este gran deseo... Mientras íbamos juntos, no ha hecho otra cosa sino hablarme de ello, y exponiendo razones tan justas, que... no he podido objetarle nada. Eran las mismas razones que pensamos todas nosotras, mujeres y madres. El niño no es fuerte. Si fuera como eras Tú... ¡Ah, entonces podría afrontar la vida de discípulo sin miedo! ¡Pero, es físicamente tan delicado!... Muy inteligente, muy bueno... Pero nada más. A un pichoncillo delicado no se le puede lanzar pronto a volar, como se hace con los fuertes. Los pastores son buenos... pero son hombres; los niños tienen necesidad de las mujeres. ¿Por qué no se lo dejas a Simón? Comprendo que le niegues una criatura nacida de él. Un hijo propio es como un ancla, y Simón - destinado a tan alto sino - no puede estar retenido por ninguna ancla. Pero estarás de acuerdo en que él debe ser "el padre" de todos los hijos que le vas a confiar. ¿Cómo va a poder ser padre si no ha aprendido antes con un niño? Un padre debe ser dulce.

Simón es bueno, pero no dulce; es impulsivo e intransigente. Sólo una criaturita le puede enseñar el sutil arte de la compasión hacia el débil... Considera este destino de Simón... ¡Nada menos que tu sucesor! ¡Oh, esta atroz palabra también tengo que decirla! Escúchame, por todo el dolor que me causa el pronunciarla. Jamás te aconsejaría algo que no fuera bueno. Margziam... quieres hacer de él un discípulo perfecto... pero es todavía un niño. Tú... te marcharás antes de que se haga hombre. ¿A quién mejor que a Simón se le podrá entregar para que complete su formación? Y además... ¡pobre Simón!... ya sabes el tormento que ha recibido de su suegra, incluso por causa tuya; pues bien, a pesar de ello, no se ha apropiado ni siquiera de una partícula de su pasado, de su libertad de hace ya un año, para que lo dejase en paz su suegra, a la que ni siquiera Tú has podido cambiar. ¿Y su esposa?: ¡pobre mujer!... ¡Desea tanto amar y ser amada...! Su madre... ¡oh!... ¿Y el marido?: encantador pero autoritario... Jamás recibió afecto sin que se le exigiera a cambio demasiado... ¡Pobre mujer!... Confíale el niño. Escúchame, Hijo. Por ahora lo llevamos con nosotros. Yo también iré por Judea. Me llevarás contigo a casa de una compañera mía del Templo, y casi pariente porque procede de David. Está en Betsur. Me alegrará volver a verla, si vive todavía. Luego, cuando volvamos a Galilea, se lo damos a Púrpura: cuando estemos cerca de Betsaida, Pedro lo tomará consigo; cuando estemos aquí, lejos, el niño se quedará con ella. ¡Ah!,... te veo sonreír... Entonces es que vas a contentar a tu Madre. Gracias, Jesús mío.

.Sí, sea como Tú quieres.

Jesús se levanta y llama con voz potente:

-¡Simón de Jonás, ven!

Pedro reacciona instantáneamente y sube corriendo las escaleras

-¿Qué quieres, Maestro?

-¡Ven aquí, hombre usurpador y corruptor!

-¿Yo? ¿Por qué? ¿Qué he hecho, Señor?

-Has coaccionado a mi Madre. Por este motivo quisiste estar solo.¿Qué debo hacer contigo?

Pero Jesús sonríe, y Pedro se tranquiliza

-Me has asustado verdaderamente. Menos mal que te veo sonreír. ¿Qué quieres de mí, Maestro? ¿La vida? Ya sólo me queda la vida porque me has tomado todo lo demás... Pero, si quieres, te la doy.

-No quiero tomarte nada; quiero darte algo. De todas formas, no te aproveches de la victoria, y no digas este secreto a los demás, astutísimo hombre, que vences al Maestro con el arma de la palabra materna. Tendrás el niño, pero...

Jesús no puede seguir hablando, porque Pedro - que se había arrodillado - se pone en pie de un salto y besa a Jesús con tal ímpetu que le corta la palabra.

-Agradéceselo a Ella; pero recuerda que esto debe ser una ayuda para ti, no un obstáculo...

-Señor, no te arrepentirás de este regalo... ¡Oh, María, santa y buena, bendita seas siempre!...

Y Pedro, que de nuevo ha caído de rodillas, llora abiertamente, besando la mano de María...

## 200

## Coloquio de Áglae con el Salvador

Jesús vuelve, solo, a casa de Simón Zelote. La tarde cae, apacible y serena después de tanto sol. Jesús se asoma a la puerta de la cocina, saluda, y sube a meditar a la habitación de arriba, que ya está preparada para la cena.

El Señor no parece muy contento. Suspira bastante y pasea de un lado para otro por la sala, lanzando de vez en cuando una mirada hacia las tierras de los alrededores, visibles desde las muchas puertas de esta amplia habitación, que es un cubo construido encima del piso bajo. Sale también a pasear por la terraza, dando la vuelta a toda la casa, y se queda inmóvil, en el lado posterior, mirando a Juan de Endor, el cual, amablemente, está sacando agua de un pozo para ofrecérsela a Salomé, que está muy atareada. Mira, menea la cabeza y suspira.

La potencia de su mirada despierta la atención de Juan, que se vuelve a mirar, y pregunta:

-Maestro, ¿me quieres para algo?

-No, sólo te estaba mirando.

-Juan es bueno. Me ayuda - dice Salomé - Dios le recompensará también esa ayuda.

Jesús, después de estas palabras, entra de nuevo en la habitación y se sienta. Está tan absorto, que no advierte el rumor de muchas voces y numerosos pasos en el pasillo de entrada, y luego una pisada ligera que sube la escalerita exterior y se acerca a la sala. Sólo cuando María lo llama, levanta la cabeza.

-Hijo, ha llegado a Jerusalén Susana y ha venido inmediatamente acompañando a Áglae. ¿Quieres escucharla ahora que estamos solos?

-Sí, Madre. Enseguida. Y que no suba nadie hasta que haya terminado todo, lo cual espero que sea antes del regreso de los demás. Te ruego que vigiles para que no haya curiosidades indiscretas... en ninguno... y especialmente por lo que se refiere a Judas de Simón.

-Vigilaré con esmero...

María sale, y vuelve poco después trayendo de la mano a Áglae, que ya no está arrebozada en su grueso manto gris y en su velo echado que le cubría el rostro; ya no lleva las sandalias altas, con su complicado sistema de hebillas y correas. Ahora está transformada; parece en todo una hebrea, con sus sandalias bajas y lisas, simplísimas como las de María; con su túnica azul oscura, y el manto encima formando elegantes pliegues; con un velo blanco colocado como lo usan las mujeres hebreas de clase llana (sencillamente sobre la cabeza y con uno de los extremos echado hacia atrás, de forma que cubre el rostro pero no del

todo). Este indumento (como el de una infinidad de mujeres) y el hecho de estar en un grupo de galileos, la han guardado a Áglae de ser reconocida.

Entra con la cabeza baja. Cada paso que da se pone más colorada. Si María no tirase delicadamente de ella hacia Jesús, creo que se habría arrodillado en el umbral de la puerta.

-Mira, Hijo, aquí está la mujer que desde hace tanto tiempo te está buscando. Escúchala - dice María cuando llega adonde Jesús; y se retira, corriendo las cortinas para cubrir los vanos de las puertas, que están abiertas de par en par, y cierra la puerta más cercana a la escalera.

Áglae deja a un lado el fardo que llevaba a la espalda, se arrodilla a los pies de Jesús, rompe a llorar impetuosamente. Se curva hasta el suelo y sigue llorando con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados.

-No llores de ese modo. Ya no es momento de llanto. Sí debías haberlo hecho cuando estabas enemistada con Dios; no ahora, que lo amas y te ama.

Pero Áglae sigue llorando...

-¿No crees que es así?

La voz se abre paso entre los sollozos:

-Lo amo, es verdad, coma sé hacerlo, como puedo... Pero, a pesar de que yo sepa y crea que′ Dios es Bondad, no puedo atreverme a esperar recibir su amor. He pecado demasiado... Un día, quizás, lo tendré, pero todavía me queda mucho que llorar... Por ahora estoy sola en mi amor. Estoy sola No es la desesperada soledad de estos años. Es una soledad llena de deseo de Dios, y, por tanto, ya no es soledad desesperada... Pero, es tan triste, tan triste...

-Áglae, ¡qué mal conoces todavía al Señor! Este deseo que tienes de Él te es prueba de que Dios responde a tu amor, es amigo tuyo, te llama, te invita, le interesas. Dios es incapaz de permanecer inerte ante el deseo de una criatura, porque ese deseo lo ha encendido Él - Creador y Señor de toda criatura - en ese corazón. Y lo ha encendido Él porque ha amado con privilegiado amor a esa alma que ahora lo anhela. El *deseo de Dios siempre precede al deseo de la criatura* porque Él es el Perfectísimo y, por tanto, su amor es mucho más diligente e intenso que el de la criatura.

-Pero, ¿cómo puede amar Dios mi fango?

-No trates de entender con tu inteligencia. Es una inmensidad de misericordia, incomprensible para la mente humana. Pero lo que no puede ser comprendido por la inteligencia del hombre, lo comprende la inteligencia del amor, el amor del espíritu. Éste comprende y entra seguramente en el misterio de Dios y en el de las relaciones del alma con Dios. Entra, Yo te lo digo. Entra, porque Dios lo quiere.

-Oh, Salvador mío! Pero entonces... ¿estoy realmente perdonada? ¿Me ama verdaderamente Dios? ¿Debo creerlo?

-¿Te he mentido alguna vez?

-¡Oh, no, Señor! Todo lo que me dijiste en Hebrón se ha cumplido. Me has salvado, como dice tu Nombre. Yo era una pobre alma perdida y Tú me has buscado. Llevaba mi propia alma muerta y Tú me la has devuelto a la vida. Me dijiste que si te buscaba te encontraría. Y fue verdad. Me dijiste que estás dondequiera que el hombre tenga necesidad de un médico y de medicinas. Y es verdad. Todo le que le dijiste a la pobre Áglae, desde las palabras de aquella mañana de Junio hasta las otras de Agua Especiosa...

-Debes creer, entonces, también en éstas.

-¡Sí! ¡Creo! ¡Creo! ¡Pero, dime: "Yo te perdono"!

-Yo te perdono en nombre de Dios y de Jesús.

-Gracias... Y.. ¿ahora qué tengo que hacer? Dime, Salvador mío, ¿qué tengo que hacer para obtener la Vida eterna? Los hombres se corrompen sólo con mirarme... No puedo vivir temblando continuamente por el miedo a ser descubierta y asediada... Durante el viaje que he hecho para venir aquí, me he sentido temblar a cada mirada de hombre... No quiero ni pecar ni hacer pecar. Indícame el camino que debo seguir; el que sea, que lo seguiré. Como puedes ver, soy fuerte incluso en la penuria... Si por excesiva penuria encontrase la muerte, no por ello tendría miedo: la llamaré "amiga mía" porque me alejará de los peligros de este mundo, y para siempre. Habla, Salvador mío.

-Ve a un lugar desierto.

-¿A dónde, Señor?

-A donde quieras. A donde te conduzca tu espíritu.

-¿Será capaz de tanto mi espíritu apenas formado?

-Sí, porque Dios te guía.

-¿Y quién me va a hablar en lo sucesivo de Dios?

-Por ahora, tu alma resucitada.

-¿Te volveré a ver?

-No en este mundo. Pero dentro de poco te redimiré del todo y entonces visitaré tu espíritu para prepararte a la ascensión hacia Dios.

-¿Cómo se producirá mi completa redención si no te voy a volver a ver? ¿Cómo me la vas a dar?

-Muriendo por todos los pecadores».

-¡Oh,... morir!... ¡No, Tú no!

-Para daros la Vida debo darme la muerte. Por esto he venido en cuerpo humano. No llores... Vendrás conmigo pronto después de nuestro sacrificio.

-¡Mi Señor! ¿Voy a morir yo también por ti?

-Sí; pero de otra forma. Hora a hora morirá tu carne por deseo de tu voluntad. Hace ya casi un año que está muriendo. Cuando haya muerto del todo, te llamaré.

-¿Tendré la fuerza suficiente para destruir mi carne culpable?

-En la soledad donde estarás - y donde Satanás, en la medida en que tú vayas siendo cada vez más del Cielo, te atacará, cada vez más, rencoroso y violento -, encontrarás a un apóstol mío, primero pecador, luego redimido.

-Entonces no es aquel hombre bendito que me hablaba de ti, ¿no? Demasiado honesto es como para haber sido pecador.

-No es él, es otro. Irá a ti en su momento. Entonces te hablará de lo que ahora no puedes conocer. Ve en paz. Y que la bendición de Dios te acompañe.

Áglae ha estado de rodillas durante todo el tiempo, se curva para besar los pies del Señor. No se atreve a más. Luego coge su fardo y lo vuelca: caen al suelo unos vestidos sencillos, un saquito pequeño que suena al chocar contra el suelo, y un frasco de un delicado alabastro rosa.

Áglae vuelve a meter los vestidos en el fardo, recoge del suelo el saquito y dice:

-Esto es para tus pobres. Es el resto de mis joyas. Sólo me he reservado algunas monedas como viático... Aunque no me lo hubieras dicho, ya tenía pensado irme lejos. Y esto es para ti. No es tan suave como el perfume de tu santidad, pero es lo mejor que puede dar la tierra, aunque me servía para hacer lo peor... Que Dios me conceda perfumar al *menos* como esto en tu presencia en el Cielo - quitando el tapón precioso del frasco, esparce su contenido por el suelo. La preciosa esencia impregna las baldosas, sube a oleadas un penetrante olor a rosas.

Áglae retira el frasco vacío:

-Como recuerdo de este momento - dice; luego se agacha una vez más a besar los pies de Jesús; se levanta, se retira caminando hacia atrás, sale, cierra la puerta...

Se oye su paso alejándose en dirección a la escalera, y su voz, que intercambia unas pocas palabras con María, luego el ruido de las sandalias contra los escalones... y nada más. De Áglae sólo queda, a los pies de Jesús, el saquito y, por toda la sala, el intensísimo aroma.

Jesús se alza... recoge el saquito y se lo lleva al pecho; va a uno de los vanos que mira al camino, y sonríe al ver a la mujer, sola, alejándose, con su manto hebreo, en dirección a Belén. Hace un gesto de bendición; luego va a la terraza y desde allí llama a su Madre.

María sube ágilmente la escalera:

-La has hecho feliz, Hijo mío. Se ha marchado con fortaleza y paz.

-Sí, Madre. Mándame, el primero, a Andrés, cuando vuelva.

Pasa un tiempo y se oye la voz de los apóstoles, que vuelven hablando...

Andrés va donde Jesús:

-¿Maestro, me has llamado?

-Sí. Ven. Ninguno lo va a saber, pero a ti es de justicia decírtelo Andrés, gracias en nombre de Dios y de un alma.

-¿Gracias? ¿Por qué?

-¿No hueles este perfume? Es el recuerdo de la Velada. Ha venido. Está salvada.

Andrés se pone colorado como una fresa, se derrumba de rodillas y no encuentra ni una palabra... Por fin dice:

-Ahora estoy contento ¡Bendito sea el Señor!

-Sí. Levántate. No les digas a los demás que ha estado aquí.

-Guardaré silencio, Señor.

-Ahora puedes marcharte. Escucha... ¿Está todavía Judas de Simón?

-Sí, ha querido acompañarnos... diciendo... muchas mentiras. Por qué actúa así, Señor?

-Porque es un muchacho consentido. Dime la verdad: ¿habéis reñido?

-No. Mi hermano está demasiado contento con su hijo como para tener ganas de discutir. Los demás... ya sabes... son más prudentes. Pero, eso sí, en nuestro interior estamos todos molestos. De todas formas, después de la cena se vuelve a marchar... Otros amigos... dice. ¡Oh, y desprecia a las meretrices!...

-Tranquilo, Andrés, que tú también te debes sentir feliz esta tarde...

-Sí, Maestro. Yo también tengo mi invisible pero tierna paternidad. Hasta luego.

Pasa todavía otro rato más y suben en grupo los apóstoles con el niño y Juan de Endor. Los siguen las mujeres con las viandas y las candelas. Por último, Lázaro y Simón. Nada más entrar en la sala exclaman:

-¡Ah,... entonces provenía de aquí! - y olfatean el ambiente saturado de perfume de rosas, saturado a pesar de que las puertas estén abiertas de par en par - Pero, ¿quién ha perfumado de este modo esta habitación? ¿Marta, quizás? - preguntan muchos de los presentes.

-Mi hermana no se ha movido de casa hoy después de la comida - responde Lázaro.

-¿Y quién ha sido entonces? ¿Algún sátrapa asirio? - dice Pedro bromeando.

-El amor de una redimida - dice serio Jesús.

-Podía haberse ahorrado esta inútil ostentosidad de redención y haber dado el coste a los pobres. Son muchos, y saben que nosotros damos. Yo no tengo ya ni un ochavo - dice enfadado Judas Iscariote - Y tenemos que comprar el cordero, alquilar la sala para el Cenáculo y...

-Pero si os he ofrecido yo todo... - dice Lázaro.

-No es justo. Pierde su belleza el rito. La Ley dice: "Tomarás el cordero para ti y para tu casa". No dice: “Aceptarás el cordero".

Bartolomé se vuelve como movido por un resorte, abre la boca, pero... la cierra. Pedro se pone carmesí por el esfuerzo de guardar silencio. Pero Simón Zelote, que está en su casa, siente que puede hablar y dice:

-Eso son sutilezas rabínicas... Te ruego que las olvides y que, eso sí, guardes respeto a mi amigo Lázaro.

-¡Sí señor, Simón! - Pedro, si no habla, explota - Sí señor! Me parece, además, que *nos* olvidamos demasiado de que el Maestro es el único que tiene derecho a enseñar... - Pedro dice ese "nos olvidamos" haciendo un esfuerzo heroico por no decir “Judas se olvida".

-Es verdad... pero... es que estoy nervioso. Perdona, Maestro.

-Sí. Y también te respondo. La gratitud es una gran virtud. Yo le estoy agradecido a Lázaro. Como también esta mujer redimida me ha dado las gracias. Derramo sobre Lázaro el perfume de mi bendición, incluso por aquellos, de entre mis apóstoles, que no lo saben hacer; Yo, que soy cabeza de todos vosotros. Esta mujer ha derramado a mis pies el perfume de la alegría por su redención. Ha reconocido al Rey y a Él ha venido, antes que otros muchos, sobre quienes el Rey ha derramado mucho más amor que no sobre ella. Dejadla actuar libremente y no la critiquéis. No podrá estar presente en el momento que me aclamen, como tampoco en el momento de mi unción Ya lleva sobre sus espaldas su cruz. Pedro, has preguntado que si había venido aquí un sátrapa asirio. Pues bien, en verdad te digo que ni siquiera el incienso de los Magos - tan puro y precioso como era - igualaba en suavidad y valor a éste. La esencia está diluida en el llanto; por eso es tan penetrante: la humildad sostiene al amor y lo hace perfecto. Sentémonos a la mesa, amigos...

Con el ofrecimiento de la comida la visión concluye.

## 201

## El examen de la mayoría de edad de Margziam

La comitiva de los apóstoles y las mujeres, encabezada por Jesús y María y el pequeño, que va entre ambos, se está acercando a la Puerta de los Peces. Por tanto, debe ser el miércoles por la mañana Va con ellos también José de Arimatea, que, fiel a su palabra, ha salido a su encuentro.

Jesús busca con la mirada al soldado Alejandro, pero no lo ve.

-Tampoco está hoy. Quisiera saber qué ha sido de él...

Pero la muchedumbre es tanta, que no hay modo de hablar con los soldados, y quizás sería imprudente, pues los judíos están más intransigentes que nunca ante la inminencia de la fiesta; están, además, resentidos por la captura de Juan el Bautista, y consideran cómplices a Pilatos y a sus hombres de confianza. Deduzco esto por los epítetos y las disputas que continuamente se encienden en la Puerta entre los soldados y la gente, y los insultos... pintorescos, no precisamente urbanos, que estallan a cada momento como el fuego de una girándula perpetua.

Las mujeres de Galilea se sienten escandalizadas y se arrebujan más que nunca en sus velos y mantos. María se ruboriza, pero sigue andando segura, derecha como una palma, mirando a su Hijo, el cual, por su parte, ni siquiera intenta hacer razonar a los exaltados hebreos, o aconsejar a los soldados que tengan piedad de éstos. Y, dado que algún epíteto poco bonito va también a parar al grupo de los galileos, José de Arimatea pasa adelante, al lado de Jesús; de forma que la gente, que lo conoce, calla por respeto a él.

Atraviesan por fin la Puerta de los Peces. El río humano que afluye a oleadas a la ciudad, mezclado con burros y hatos de otros animales, se extiende por las calles...

-¡Aquí estamos, Maestro! - es el saludo de Tomás, que está con Felipe y Bartolomé en el otro lado de la Puerta.

-¿No está Judas?

-¿Por qué aquí? - preguntan varios.

-No. Estamos aquí desde esta mañana temprano, porque temíamos que pudieras anticipar la llegada. A Judas no lo hemos visto. Ayer me encontré con él. Estaba con Sadoq, el escriba. ¿Sabes quién, José?... ese anciano, delgado, con la verruga debajo del ojo. Y había también otros, jóvenes, con ellos. Le grité para saludarlo, pero no me respondió, haciendo como que no me conocía. Yo me dije: "¿Pero qué le pasa a éste?", y le seguí unos metros. Se separó de Sadoq - con él parecía un levita - y se fue con los otros de su edad, que... estaba claro que no eran levitas... Ahora no está... ¡Y sabía que habíamos decidido venir aquí!

Felipe no dice nada. Bartolomé aprieta los labios hasta casi meterlos hacia dentro, para poner freno al juicio que le sube del corazón.

-¡Bien! ¡Bueno! ¡Vamos igual! ¡No voy a llorar por su ausencia, eso está claro! - dice Pedro.

-Vamos a esperar todavía un poco. Quizás lo han entretenido por el camino - dice serio Jesús.

Se ponen junto al muro, de la parte de la sombra: las mujeres en un grupo, los hombres en otro.

Todos están vestidos solemnemente; Pedro, verdaderamente de gala: cubre su cabeza una relumbrante prenda novísima, cándida como la nieve, sujeta por una cinta bordada en rojo y oro; lleva su mejor túnica, de color granate oscurísimo, adornada con un cinturón nuevo (del mismo tipo que el galón que ciñe su cabeza) del que pende el cuchillo (vaina de puñal, empuñadura burilada, funda de latón toda perforada, a través de la cual se ve brillar el hierro tersísimo de la hoja). Todos los demás están también armados más o menos así. El único que no lleva armas es Jesús, que viste lino blanquísimo y un manto azulino (ciertamente lo ha tejido María durante el invierno). Margziam está vestido de rojo pálido; un galón de tono más oscuro ciñe el cuello, el extremo inferior y las bocamangas; lleva un galón igual, bordado, en la cintura y en los bordes del manto que

porta plegado en el brazo (contento, con la otra mano lo acaricia); de tanto en tanto, alza la cara, mitad risueña, mitad preocupada... También Pedro lleva en la mano, con cuidado, un paquete.

Pasa el tiempo... y Judas no llega.

-No se ha dignado... - dice Pedro enfadado.

Quizás hubiera añadido algo, pero el apóstol Juan dice:

-A lo mejor nos está esperando en la Puerta Dorada...

Van al Templo; pero Judas no está.

A José de Arimatea se le acaba la paciencia y dice:

-¡Vamos!

Margziam se pone levemente pálido, da un beso a María y le dice:

-¡Reza!... ¡Reza!...

-Sí, bonito. No tengas miedo, que lo sabes muy bien.

Margziam se pega a Pedro, aprieta nerviosamente la mano de Pedro, pero no se siente todavía seguro y quiere también la mano de Jesús.

-Yo no voy, Margziam. Voy a rezar por ti. Nos veremos después.

-¿No vienes? ¿Por qué, Maestro? - dice Pedro sorprendido.

-Porque es mejor que no vaya...

Jesús está muy serio, diría triste. Y añade:

-José, que es justo, no puede sino aprobar mi acto.

Efectivamente, José no contesta; con su silencio, unido a un elocuente suspiro, confirma.

-Pues entonces... vamos... - Pedro está un poco afligido. Margziam se agarra a Juan. Y así van, precedidos por José, a quien continuamente saludan con gran respeto. Con ellos van Simón y Tomás; los demás se quedan con Jesús.

Entran en la misma sala en que años atrás entrara Jesús. Un joven, que está escribiendo en uno de los ángulos, se pone repentinamente en pie al ver a José, y se prosterna.

-Dios sea contigo, Zacarías. Ve rápidamente a llamar a Asrael y a Jacob.

El joven sale y, casi inmediatamente, vuelve con dos rabinos, o arquisinagogos, o escribas... no sé. Son dos desabridos personajes que sólo deponen su altivez ante José. Tras ellos entran otros ocho menos solemnes. Se sientan, dejando en pie a los aspirantes, incluido José de Arimatea.

-¿Qué quieres, José? - pregunta el más anciano.

-Presentar a vuestra perspicacia a este hijo de Abraham, que ha cumplido el tiempo prescrito para entrar en la Ley y en ella regirse por sí mismo.

-¿Es pariente tuyo? - y miran con gesto de estupor.

-En Dios todos somos parientes. Este niño es huérfano. Este hombre, de cuya honestidad me hago garante, lo ha tomado, para que su tálamo no quede sin descendencia.

-¿Quién es este hombre? Que responda él.

-Simón de Jonás, de Betsaida de Galilea, casado, sin hijos, pescador para el mundo, para el Altísimo hijo de la Ley.

-¿Y tú, siendo galileo, te asumes esta paternidad? ¿Por qué?

-Está escrito en la Ley que se debe mostrar amor hacia el huérfano y la viuda. Yo lo hago.

-¿Puede, acaso, conocer éste la Ley hasta el punto de merecer...? Mas... tú, niño, responde, ¿quién eres?

-Yabés Margziam de Juan, de los campos de Emaús, nacido hace doce años.

-Entonces, eres judío. ¿Es lícito que se responsabilice de él un galileo? Escudriñemos las leyes.

-Pero, ¿qué soy?: ¿un leproso?, ¿una persona maldita? - Le empieza a hervir la sangre en las venas a Pedro.

-Calla, Simón. Hablaré yo por él. Os he dicho que me hago garante de este hombre. Lo conozco como si fuera de mi casa. El anciano José no propondría jamás algo contrario a la Ley, y, ni siquiera, a las leyes. Examinad, pues, al niño con justicia y sin dilación; el patio está lleno de niños que esperan el examen. Por amor a todos, no seáis lentos.

-¿Quién probará que este niño tiene doce años y que fue rescatado del Templo?

-Lo puedes probar con las escrituras. Es una investigación latosa, pero se puede hacer. Niño, ¿me has dicho que eres el primogénito?

-Sí, señor. Puedes verlo porque estuve consagrado al Señor y fui rescatado con los debidos diezmos.

-Busquemos entonces estos datos... - dice José.

-No hace falta - responden cortantes los dos hombres insidiosos. ¡Ven aquí, niño!. Di el Decálogo - y el niño lo dice seguro.

-Dame ese rollo, Jacob. Lee si sabes.

-¿Dónde, rabí?

-Donde quieras. Donde te caiga la mirada - dice Asrael.

-No. Aquí. Dámelo - dice Jacob. (Y abre hasta un determinado punto el rollo y dice: «Aquí»).

-"Entonces él les dijo secretamente: Bendecid al Dios del Cielo, dadle gloria ante todos los seres vivos, porque ha sido misericordioso con vosotros. Ciertamente bueno es mantener celado el secreto del rey, pero es honorífico revelar..."

-¡Basta, basta! ¿Qué es esto? - pregunta Jacob señalando las franjas de su manto.

-Las franjas sagradas, señor; las llevamos para no olvidarnos de los preceptos del Señor altísimo.

-¿Le es lícito a un israelita nutrirse con cualquier tipo de carne?... - pregunta Asrael.

-No, señor; sólo con las que hayan sido declaradas puras.

-Dime los preceptos...

Y el niño, dócilmente, empieza a decir la letanía de los: «No harás...

-¡Basta, basta!, para ser un galileo sabe hasta demasiado. Hombre, ahora te toca a ti jurar que tu hijo es mayor de edad.

Pedro, con el mejor donaire después de tanto desaire, pronuncia su breve discurso paterno:

-Como habéis visto, mi hijo, llegado a la edad prescrita, conociendo la Ley, los preceptos, las usanzas, las tradiciones, las ceremonias, las bendiciones, las oraciones..., es capaz de guiarse a sí mismo. Por tanto, como habéis podido constatar, estamos en condiciones, yo y él, de pedir la mayoría de edad. La verdad es que debía haberlo dicho antes esto, pero aquí han sido violadas – y no por nosotros, galileos - las usanzas, y se le ha preguntado al hijo antes que al padre. Y ahora os digo: dado que lo habéis juzgado apto. desde este momento no soy ya responsable de sus acciones, ni ante Dios ni ante los hombres.

-Pasad a la sinagoga.

El pequeño cortejo entra en la sinagoga, entre los adustos rostros de los rabinos a los que Pedro ha puesto firmes.

Erguido, frente a los ambones y a las lámparas, cortan los cabellos a Margziam; antes le llegaban hasta los hombros, ahora quedan a la altura de las orejas. Pedro abre su taleguillo y saca un bonito cinturón de lana roja, bordada en amarillo oro, y con él ciñe la cintura del niño, luego, mientras los sacerdotes hacen lo propio en la frente y el brazo con cintas de cuero, Pedro está tratando de prender en el manto - Margziam se lo ha pasado - las sagradas franjas. ¡Qué emocionado está Pedro cuando entona la alabanza al Señor!...

Con esto se pone fin a la ceremonia. Ahuecan el ala ligeros; Pedro dice:

-¡Menos mal! ¡No podía más! ¿Has visto, José? Ni siquiera han completado el rito. No importa. Tú... tú, hijo mío, tienes a otro que te consagra... Vamos a adquirir un corderito para el sacrificio de alabanza al Señor; un corderito encantador, como tú. Gracias, José. Dile tú también "gracias" a este gran amigo. Sin ti, nos hubieran tratado mal del todo.

-Simón, me siento contento de haber sido útil a un justo como tú. Te ruego que vengas a mi casa de Beceta, para el banquete, y contigo todos, como es lógico.

-Vamos a decírselo al Maestro. Para mí... ¡demasiado honor! - dice, humilde, Pedro (pero se le ve radiante de alegría).

Cruzan en sentido inverso claustros y atrios hasta llegar al patio de las mujeres; allí todas felicitan a Margziam. Luego los hombres pasan al atrio de los israelitas, donde está Jesús acompañado de los suyos. Se reúnen todos - armónica comunión de felicidad - y, mientras Pedro va a sacrificar el cordero, se encaminan entre pórticos y patios hasta el muro exterior.

¡Qué feliz se le ve a Pedro con su hijo, que ahora es ya un israelita perfecto! Tanto, que no advierte la arruga que se dibuja en la frente de Jesús, ni percibe el silencio, más bien angustioso, de sus compañeros. Sólo cuando están en la sala de la casa de José - cuando el niño, ante la pregunta de rigor acerca de lo que hará en el futuro, declara: «Seré pescador como mi padre» - Pedro, entre lágrimas, se da cuenta y comprende...

-La verdad es que Judas nos ha metido una gota de acíbar en esta fiesta... Estás preocupado, Maestro... y los demás están tristes por esto. Perdonad todos si no me he dado cuenta antes... ¡Ay..., este Judas!...

Su suspiro creo que está presente en todos los corazones... Pero Jesús, para disolver la amargura, se esfuerza en sonreír, y dice:

-No te apenes por esto, Simón. Sólo falta tu mujer en esta fiesta... Estaba pensando también en ella, tan buena y sacrificada como es siempre. Pronto recibirá su parte de alegría, inesperada: ¿te imaginas con qué gozo? Pensemos en lo bueno que hay en el mundo. Ven. Así que Margziam ha respondido perfectamente, ¿eh? Sabía que sería así...

José da indicaciones a los servidores y luego vuelve a la sala:

-Os doy a todos las gracias - dice - por haberme rejuvenecido con esta ceremonia y por haberme concedido el honor de poder recibir en mi casa al Maestro, a su Madre, a los parientes, y a vosotros, queridos condiscípulos. Venid al jardín a disfrutar de aire puro y flores...

Y todo termina.

## 202

## Judas Iscariote es reprendido. Llegada de los campesinos de Jocanán

Víspera de la Pascua. Jesús - sólo con los apóstoles, pues las mujeres no están con el grupo - espera a que Pedro vuelva de llevar el cordero pascual para el sacrificio.

Está hablando de Salomón al niño. En esto, hele ahí a Judas: está cruzando el patio más grande. Va con un grupo de jóvenes. Habla con grandes, ampulosos gestos y poses enfervorizadas. Su manto se agita continuamente y él se lo coloca con ademán de sabio... Creo que Cicerón no era tan pomposo cuando pronunciaba sus discursos.

-¡Mira Judas, está allí! - dice Judas Tadeo.

-Va con un grupo de saforimes - observa Felipe.

Y Tomás dice:

-Voy a oír qué dice - y va sin esperar a que Jesús exprese su previsible negativa.

¡Y Jesús!... ¡Ay, el rostro de Jesús!... Su expresión es de hondo sufrimiento y severo juicio. Margziam, que lo estaba mirando ya desde antes, mientras, delicado y levemente triste, le hablaba del gran rey de Israel, ve este cambio, y casi se asusta; entonces, agita la mano de Jesús para volver a atraer su atención, diciendo:

-¡No mires! ¡No mi-res! ¡Mírame a mí, que te quiero mucho!...

Tomás logra llegar hasta donde Judas sin ser visto, y así lo sigue durante unos metros. No sé lo que estará oyendo, lo que sí sé es que suelta una inesperada exclamación retumbante que hace volverse a muchos, especialmente a Judas, que se pone lívido de rabia:

-¡Pero cuántos rabíes tiene Israel! ¡Te felicito, nueva lumbrera de sabiduría!

-No soy una piedra, sino una esponja, y, por tanto, absorbo; y, cuando el deseo de los hambrientos de sabiduría lo solicita, me exprimo para darme con todos mis humores vitales.

Judas se muestra ampuloso y despreciativo.

-Se diría que eres eco fiel. Pero el eco, para subsistir, debe estar cerca de la Voz; si no, muere, amigo. Y tú, me parece que te estás alejando de ella. Él está allí. ¿No vienes?

Judas se pone de todos los colores, con esa cara suya rencorosa y repugnante de sus momentos peores; pero se domina, y dice:

-Adiós, amigos. Aquí estoy, contigo, Tomás, querido amigo mío. Vamos inmediatamente con el Maestro. No sabía que estaba en el Templo. Si lo hubiera sabido, lo hubiera buscado - y pasa el brazo por los hombros a Tomás como si sintiera un gran afecto por él.

Pero Tomás, pacífico pero no estúpido, no se deja engatusar con estas declaraciones... y pregunta, con un poco de sorna:

-¿Cómo? ¿No sabes que es Pascua? ¿Crees que el Maestro no es fiel a la Ley?

-¡No! ¡De ninguna manera! Pero el año pasado se mostraba, hablaba... Me acuerdo precisamente de este día. Me atrajo por su impetuosidad regia... Ahora... Me da la impresión de que haya perdido vigor. ¿No te parece?

-A mí no. Me da la impresión de una persona que haya perdido confianza.

-En su misión, eso es, tú lo has dicho.

-No. Entiendes mal. Ha perdido confianza en los hombres. Y tú eres uno de los que ha contribuido a ello. ¡Deberías avergonzarte!

Ya no ríe Tomás, tiene expresión sombría y su reprensión bate como un latigazo.

-¡Ten cuidado con lo que dices! - dice Judas con tono amenazador.

-¡Y tú ten cuidado con lo que haces! Aquí estamos dos judíos, sin testigos. Por eso hablo, y te vuelvo a decir que deberías avergonzarte. Y ahora guarda silencio. No te pongas trágico ni te pongas a lloriquear, porque, si no, hablo delante de todos. Ahí están el Maestro y los compañeros. Modérate.

-Paz a ti, Maestro...

-Paz a ti, Judas de Simón.

-¡Qué alivio encontrarte aquí!... Yo tendría necesidad de hablarte...

-Habla.

-Mira, es que... quería decirte... ¿No puedo decírtelo aparte?

-Estás entre tus compañeros.

-Querría hablar contigo a solas.

-En Betania estoy solo, con quien tiene interés en mí y me busca; pero tú no me buscas, sino que tratas de evitarme.

-No, Maestro, no puedes decir eso.

-¿Por qué ayer has ofendido a Simón, y con él a mí, y con nosotros a José de Arimatea, y a los compañeros, y a mi Madre y a las otras mujeres?

-¿Yo? ¡Pero si no os vi!

-No quisiste vernos. ¿Por qué no viniste, como habíamos convenido, para bendecir al Señor por un inocente que iba a ser acogido en el seno de la Ley? ¡Responde! ¿No sentiste ni siquiera la necesidad de avisar de que no ibas a venir?

-¡Ahí viene mi padre! - grita Margziam, que ha visto a Pedro de regreso con su cordero degollado, vaciado de sus vísceras y envuelto de nuevo en su piel - Vienen también Miqueas y los otros! Voy, ¿puedo ir a su encuentro para oír lo que dicen de mi anciano padre?

-Ve, hijo - dice Jesús acariciándolo; y añade, tocando a Juan de Endor en un hombro: «Por favor, acompáñalo y... entretenlo un poco». Y vuelve al punto en que estaba con Judas:

-¡Estoy esperando tu respuesta!

-Maestro... me surgió improvisamente una incumbencia... inaplazable... Lo sentí... Pero...

-¿Y no había en toda Jerusalén una persona que pudiera comunicar esta justificación tuya?... ¡Admitiendo que la tuvieras!... Y ya de por sí era reprobable. Te recuerdo que hace poco un hombre ha prescindido de ir a enterrar a su padre por seguirme, y que mis hermanos han dejado entre anatemas la casa paterna por seguirme a mí, y que Simón y Tomás, y con ellos Andrés, Santiago, Juan, Felipe y Natanael han dejado la familia, y Simón Cananeo la riqueza para dármela a mí, y Mateo el pecado para seguirme a mí. Y podría continuar con otros cien nombres. Hay quien deja la vida, la misma vida para seguirme hasta el Reino de los Cielos. Pero, dado que estás tan privado de generosidad, al menos sé educado; dado que no tienes caridad, ten al menos elegancia; imita, puesto que te agradan, a esos fariseos falsos que me traicionan, que nos traicionan, pero que lo hacen mostrándose educados. Tu deber era reservarte para nosotros ayer, para no ofender a Pedro, que exijo sea respetado por todos. Pero, qué menos que mandar recado?

-He errado. Pero ahora venía expresamente a buscarte para decirte que - por el mismo motivo - mañana no puedo venir. Es que tengo amigos de mi padre y me...

-Basta. Puedes ir con ellos. Adiós.

-Maestro... ¿estás enfadado conmigo? Me dijiste que serías un padre para mí... Soy un muchacho incauto, pero un padre perdona...

-Te perdono, pero márchate; no hagas esperar más a los amigos de tu padre. Yo tampoco haré esperar más a los amigos del santo Jonás.

-¿Cuándo vas a dejar Betania?

-Al final de los Ázimos. Adiós.

Jesús se vuelve y va hacia los campesinos, que están extasiados ante el cambio que ven en Margziam.

Camina unos pasos, pero se detiene al oír la observación que hace Tomás:

-Por Yeohvah! Quería ver tu impetuosidad regia... ¡Pues ha quedado servido!...

-Os ruego que olvidéis todos este incidente, de la misma forma que Yo me esfuerzo en olvidarlo. Y os ordeno que guardéis silencio ante Simón de Jonás, Juan de Endor y el pequeño. Por motivos que vuestra inteligencia puede comprender, no conviene causarles a ninguno de los tres ni dolor ni escándalo. Y silencio también en Betania ante las mujeres. Que está entre ellas mi Madre, recordadlo.

-Puedes estar tranquilo, Maestro», «haremos de todo para reparar esto», «y para consolarte» dicen todos.

-¡Gracias!... ¡Oh, paz a todos vosotros! Isaac os ha encontrado Me alegro. Gozad en paz vuestra Pascua. Cada uno de mis pastores será un buen hermano para vosotros. Isaac, antes de que se marchen tráemelos. Quiero bendecirlos otra vez. ¿Os habéis fijado, el niño?

-¡Maestro, qué bien está! ¡Ya está más lozano! Se lo diremos al anciano. ¡Qué contento se va a poner! Este justo nos ha dicho que ahora Yabés es su hijo... ¡Un hecho providencial! Lo vamos a contar todo, todo.

-También que soy hijo de la Ley, y que me siento feliz y que me acuerdo siempre de él. Que no llore ni por mí ni por mi mamá, que la tengo a mi lado, y también él como un ángel, y la tendrá siempre y en la hora de la muerte. Si Jesús ha abierto para entonces las puertas del Cielo, pues entonces mi mamá, más linda que un ángel, saldrá al encuentro del anciano padre y lo conducirá a Jesús. Lo ha dicho Él. ¿Se lo vais a decir? ¿Lo vais a saber decir bien?

-Sí, Yabés.

-No. Ahora soy Margziam. Me ha puesto este nombre la Madre del Señor. Es como si se dijera su nombre. Me quiere mucho. Me mete Ella en la cama todas las noches y me hace decir las mismas oraciones que hacía decir a su Hijo. Por las mañanas me despierta con un beso, luego me viste. Me enseña muchas cosas... ¡Él también, eh!... Entran dentro tan suavemente, que se aprenden sin trabajo. ¡Mi Maestro!

El niño se abraza a Jesús con tal adoración de acto y de expresión que uno se conmueve.

-Sí. Diréis todo esto, y también que no pierda la esperanza el anciano: este ángel pide por él y Yo lo bendigo. También os bendigo a vosotros. Idos. La paz sea con vosotros.

Los grupos se separan y van cada uno por su cuenta.

## 203

## El Padrenuestro

Jesús sale con los suyos de una casa próxima a los muros de la ciudad (creo que del barrio de Beceta, porque para salir de los muros se tiene que pasar todavía por delante de la casa de José, que está cerca de una puerta que he oído que la llaman Puerta de Herodes). La ciudad está semidesierta en esta noche serena y lunar. Comprendo que la Pascua ha sido consumida en una de las casas de Lázaro - que no es, de ninguna manera, la casa del Cenáculo -. Ésta se encuentra completamente al otro extremo respecto a aquélla: una al norte, la otra al sur de Jerusalén.

En la puerta de la casa, Jesús, con ese gesto suyo cortés, se había despedido de Juan de Endor, dejándolo como custodio de las mujeres y dándole las gracias por esto mismo; había besado a Margziam, que también había venido a la puerta.

Ahora Jesús se encamina hacia fuera de la llamada Puerta de Herodes.

-¿A dónde vamos, Señor?

-Venid conmigo. Os llevo a coronar la Pascua con una perla anhelada y singular. Por este motivo he querido estar sólo con vosotros, ¡mis apóstoles! Gracias, amigos, por el gran amor que me tenéis; si pudierais ver cómo me consuela, os asombraríais. Fijaos, Yo me muevo entre continuas contrariedades y desilusiones. Desilusiones por vosotros. Convenceos de que por mí no tengo ninguna desilusión, pues no me ha sido concedido el don de ignorar... Por esta razón también os aconsejo que os dejéis guiar por mí. Si permito una cosa, la que sea, no opongáis resistencia a ello; si no intervengo para poner fin a algo, no os toméis la iniciativa de hacerlo vosotros. Cada cosa a su debido tiempo. Confiad en mí, en todo.

Ya están en el ángulo nordeste de la muralla; vuelven la esquina y van siguiendo la base del monte Moria hasta un punto en que, por un puentecito, pueden cruzar el Cedrón.

-¿Vamos a Getsemaní? - pregunta Santiago de Alfeo.

-No. Más arriba, a la cima del Monte de los Olivos.

-¡Qué bonito será! - dice Juan.

-También le habría gustado al niño - susurra Pedro.

-¡Tendrá oportunidad de verlo otras muchas veces! Estaba cansado, y además es un niño. Quiero ofreceros una cosa *grande,* porque ya es justo que la tengáis.

Suben entre los olivos, dejando Getsemaní a su derecha, subiendo más arriba por el monte, hasta alcanzar la cima, en que los olivos forman un peine susurrador.

Jesús se para y dice:

-Detengámonos aquí... Queridos, muy queridos discípulos míos, continuadores míos en el futuro, acercaos a mí. Un día, hace varios días, me habéis dicho: "Enséñanos a orar como lo haces Tú; enséñanos, como Juan enseñó a los suyos, para que nosotros, discípulos, podamos orar con las mismas palabras del Maestro". Siempre os he respondido: "Lo haré cuando vea en vosotros un mínimo suficiente de preparación, para que la oración no sea una fórmula vana de palabras humanas, sino

verdadera conversación con el Padre". Pues bien, ha llegado el momento; poseéis ahora lo suficiente para poder conocer las palabras dignas de ser elevadas a Dios, y quiero enseñároslas esta noche, en la paz y el amor que reina entre nosotros, en la paz y el amor de Dios y con Dios, porque hemos prestado obediencia al precepto pascual como verdaderos israelitas y al imperativo divino de la caridad hacia Dios y el prójimo. Uno de vosotros ha sufrido mucho en estos días: por un hecho del que no tenía culpa alguna, y por el esfuerzo que ha tenido que hacer consigo mismo para contener la indignación que tal acción le había producido. Sí, Simón de Jonás, ven aquí. No ha habido ni una sola emoción de tu corazón que me haya pasado desapercibida; no ha habido pesar que no haya compartido contigo. Yo y tus compañeros...

-¡Pero Tú, Señor, has recibido una ofensa mucho mayor que la mía! Ello significaba para mí un sufrimiento más... más grande... no, más perceptible; no, tampoco... más... más... Quiero decir que el hecho de que Judas haya sentido repugnancia por participar en mi fiesta me ha dolido como hombre, pero el ver que Tú te sentías apenado y ofendido me ha dolido de otra forma y me ha causado doble sufrimiento... Yo... No quiero gloriarme ni quedar bien usando tus palabras... Pero tengo que decir - si cometo acto de soberbia, dímelo -, tengo que decir que he sufrido con mi alma... y duele más.

-No es soberbia, Simón. Has sufrido espiritualmente porque Simón de Jonás, pescador de Galilea, se está transformando en Pedro de Jesús, Maestro del espíritu, por el cual sus discípulos se vuelven activos y sabios en el espíritu. Por este progreso tuyo en la vida del espíritu, por este progreso vuestro, quiero enseñaros esta noche la oración. ¡Cuánto habéis cambiado desde el tiempo del retiro solitario!

-¿Todos, Señor? - pregunta Bartolomé un poco incrédulo.

-Comprendo lo que quieres decir... Pero Yo os estoy hablando a vosotros once, no a otros...

-Pero, ¿qué le pasa a Judas de Simón, Maestro? Nosotros ya no lo comprendemos... Parecía tan cambiado, y ahora, desde que hemos dejado el lago... - dice Andrés desolado.

-Calla, hermano. ¡La clave de este misterio la tengo yo! Se ha pegado ahí un trocito de Belcebú. Fue a buscarlo a la caverna de Endor buscando poder causar impresión, y... ¡y fue servido! El Maestro lo dijo ese día... En Gamala los diablos entraron en los cerdos. En Endor, los diablos, habiendo abandonado al pobre Juan, entraron en él... Está claro que... está claro... ¡Déjame que lo diga, Maestro! Total, está aquí en la garganta, y, si no lo digo, no sale, y me enveneno...

-¡Calma, Simón!

-Sí, Maestro. Te aseguro que no me comportaré con él de forma insolente. Pero, digo y pienso que, siendo Judas un vicioso - ya nos hemos dado cuenta todos -, es un poco afín al cerdo... y se comprende que los demonios elijan de buena gana los cerdos para sus... cambios de casa. Bien, ya lo he dicho.

-¿Lo crees así? - dice Santiago de Zebedeo.

-¿Y qué otra cosa puede ser? No ha habido ningún motivo para que se haya vuelto tan intratable. ¡Peor que en Agua Especiosa! Y allí podía pensar que eran el lugar y la estación lo que lo ponían nervioso, pero ahora...

-Hay otro motivo, Simón...

-Dilo, Maestro; con gusto cambiaré de opinión acerca de mi compañero.

-Judas está celoso. Su inquietud es por celos.

-¡Celoso! ¿De quién? No tiene mujer, y, aun en el caso de que la tuviera y fuera con otras mujeres, yo creo que ninguno de nosotros manifestaría desprecio hacia este condiscípulo...

-Está celoso de mí. Observa esto: Judas se ha alterado después de Endor y de Esdrelón, o sea, cuando ha visto que me he ocupado de Juan y de Yabés; ya verás como ahora, que Juan - sobre todo Juan - dejará nuestro grupo, pasando de mí a Isaac, volverá a estar alegre y tranquilo.

-¡Bien!... ¡bien!, pero no me irás a decir que no se ha apoderado de él un diablo; y, sobre todo... ¡no!, ¡lo digo!... sobre todo, no me irás a decir que ha mejorado en estos meses. Yo también estaba celoso el año pasado... cuando quería que no fuésemos más de nosotros seis, los primeros seis, ¿te acuerdas? Sin embargo, ahora... ¡déjame invocar a Dios por una vez como testigo de mi pensamiento!... ahora digo que cuanto más discípulos hay en torno a ti más feliz me siento: ¡quisiera tener a todos los hombres y conducirlos a ti, y todos los medios para auxiliar a los que lo necesitan, para que la miseria no le significase a ninguno un obstáculo para llegarse a ti! Dios ve que digo la verdad., Pero, ¿por qué soy así ahora?: porque me he dejado cambiar por ti. Él no ha cambiado; es más... ¡que sí, Maestro!... ¡que le ha entrado un demonio, hombre!

-No digas eso. No lo pienses. Ora porque se cure: los celos son una enfermedad...

-Que a tu lado se cura, si uno quiere. ¡Lo soportaré por ti!... Pero, ¡qué difícil!...

-Ya te he dado el premio: el niño. Ahora voy a enseñarte a orar...

-Sí, hermano, hablemos de esto... Hablemos de mi homónimo sólo para recordar que es esto lo que necesita. Creo que ya ha recibido su castigo en el hecho de no estar en este momento con nosotros - dice Judas Tadeo.

-Escuchad. Cuando oréis, decid: "Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu Nombre, venga tu Reino a la tierra como está en el Cielo, hágase tu Voluntad así en la tierra como en el Cielo. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy, perdónanos nuestras deudas, así como nosotros se las perdonamos a nuestros deudores, no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del Maligno".

Jesús está en pie. Se había levantado para decir la oración. Todos lo han imitado, atentos y emocionados.

-No hace falta nada más, amigos míos. En estas palabras está encerrado, como en un aro de oro, todo lo que el hombre necesita, para el espíritu y para la carne y la sangre; con estas palabras pedís cuanto les es útil al espíritu, a la carne y a la sangre, y, si hacéis lo que pedís, obtendréis la vida eterna. Tan perfecta es esta oración, que no será menoscabada ni por el tempestuoso oleaje de las herejías ni por el paso de los siglos. La mordedura de Satanás fragmentará el cristianismo; muchas partes de mi carne mística sufrirán la separación, para formar células aisladas en el vano deseo de constituirse en cuerpo perfecto, como será el Cuerpo místico de Cristo (el formado por la totalidad de los fieles unidos en la Iglesia apostólica, que será la única verdadera Iglesia mientras exista la tierra). Estas partículas, separadas, privadas por tanto de los dones que habré de dejar a la Iglesia

Madre para nutrir a mis hijos, se llamarán de todas formas cristianas, pues darán culto a Cristo, y, a pesar de su error, siempre recordarán que de Cristo han venido. Pues bien, también ellas dirán esta oración universal. Recordadla bien. Meditadla continuamente. Aplicadla en vuestras acciones. Basta para santificarse. Si uno estuviera solo, entre paganos, sin iglesias, sin libros, tendría ya en esta oración todo lo cognoscible para meditar y una iglesia abierta en su corazón para esta oración; tendría una regla segura y una segura santificación.

## “Padre nuestro"

Yo lo llamo "Padre". Es Padre del Verbo, Padre del Encarnado. Así quiero que lo llaméis vosotros, porque vosotros sois uno conmigo, si permanecéis en mí.

El hombre debía echarse rostro en tierra para exclamar, suspirando, envuelto en los temblores del miedo, la palabra "Dios". Quien no cree en mí y en mi palabra está todavía inmerso en este temblor paralizador... Observad lo que sucede en el Templo: no sólo Dios, sino incluso el recuerdo de Dios, están celados tras triple velo a los ojos de los fieles. Separaciones de espacio, separaciones con velos, todo se ha tomado y aplicado para decir al que ora: "Tú eres fango; Él, Luz. Tú, abyecto; El, Santo. Tú, esclavo; El, Rey".

-¡Mas ahora!... ¡Alzaos! ¡Acercaos! Yo soy el Sacerdote eterno, puedo tomaros de la mano y deciros: "Venid". Puedo descorrer el velo de Templo y abrir de par en par el inaccesible lugar que ha permanecido cerrado hasta ahora. ¿Y por qué cerrado?... Por la Culpa, sí; pero aún más clausurado por el pensamiento degradado de los hombres. ¿Por qué cerrado, si Dios es Amor, si Dios es Padre?... Yo puedo, debo, quiero elevaros al azul del cielo, no rebajaros al polvo; no que estéis lejanos, sino cerca; no como esclavos, sino como hijos que se reclinen sobre el pecho de Dios.

“¡Padre! ¡Padre!", decid. No os canséis de pronunciar esta palabra. ¿No sabéis que cada vez que la decís el Cielo resplandece por 1ª alegría de Dios? Aunque no expresarais otra palabra, diciendo ésta con verdadero amor ya haríais una oración grata al Señor. "¡Padre! ¡Padre mío!", dicen los pequeñuelos a sus padres. Ésta es la primera palabra que dicen: "Madre, padre". Pues vosotros sois los pequeñuelos de Dios. Yo os he generado: con mi amor he destruido el hombre viejo que erais, haciendo nacer así al hombre nuevo, al cristiano. Invocad, pues, al Padre santísimo que está en los cielos con la primera palabra que aprenden los niños.

## “Santificado sea tu Nombre"

Es el Nombre más santo y tierno que existe. El terror del culpable os ha enseñado a celarlo bajo otro. No. Basta ya de decir "Adonai", basta. Es Dios. Es ese Dios que en un exceso de amor ha creado a la Humanidad. La Humanidad, de ahora en adelante, purificados sus labios con el lavacro por mí preparado, llámelo por su Nombre, esperando a comprender con plenitud de sabiduría el verdadero significado de este incomprensible Nombre cuando, fundida con Él, en sus mejores hijos, sea elevada al Reino que he venido a instaurar.

## “Venga tu Reino a la tierra como está en el Cielo"

Desead con todas vuestras fuerzas que venga; si viniera, la alegría habitaría la tierra. El Reino de Dios en los corazones, en las familias, en las gentes, en las naciones. Sufrid, trabajad, sacrificaos por este Reino. Sea la tierra espejo que refleje en las personas la vida del Cielo. Llegará. Un día llegará todo esto. Pero antes de que la tierra posea el Reino de Dios, han de venir siglos y siglos de lágrimas y sangre, de errores y persecuciones, de bruma rasgada por destellos de luz irradiados por el Faro místico de mi Iglesia (la cual, si bien es barca - y no será hundida - es también arrecife que resiste cualquier golpe de mar, y mantendrá alta la Luz, mi Luz, la Luz de Dios). Cuando esto llegue, será como la llamarada intensa de un astro que, alcanzada la perfección de su existencia, se disgrega, cual desmesurada flor de los jardines celestes, para exhalar, en un rutilante latido, su existencia y su amor a los pies de su Creador. Llegar, llegará; entonces comenzará el Reino perfecto, beato, eterno, del Cielo.

## “Hágase tu Voluntad así en la tierra como en el Cielo"

La propia voluntad se puede anular en la de otro sólo cuando se le llega a amar con perfección. La propia voluntad se puede anular en la de Dios sólo cuando se han alcanzado las virtudes teologales en forma heroica. En el Cielo - donde no hay defectos - se hace la voluntad de Dios. Sabed, vosotros, hijos del Cielo, hacer lo que en el Cielo se hace.

## “Danos nuestro pan de cada día"

En el Cielo os nutriréis sólo de Dios. La beatitud será vuestro alimento. Mas aquí todavía tenéis necesidad de pan. Sois los párvulos de Dios; justo es entonces decir: "Padre, danos el pan".

¿Teméis no ser escuchados? ¡Oh, no! Considerad esto: si uno de vosotros tiene un amigo y ve que no tiene pan y debe dar de comer a otro amigo o pariente que ha llegado a su casa al final de la segunda vigilia, irá al primero y le dirá: "Amigo, préstame tres panes, porque tengo un huésped que ha venido ahora y no tengo qué darle de comer", ¿podrá, acaso, oír como respuesta desde el otro lado de la puerta: "No me molestes, que ya he cerrado la puerta, la he trancado, y mis hijos duermen a mi lado; no puedo levantarme a darte lo que me pides"? No. Si es un *verdadero* amigo al que se ha dirigido, y si insiste, recibirá

lo que pide. Lo recibiría incluso aunque el amigo fuera poco bueno, por su insistencia, porque aquel a quien se lo pidieran, con tal de que no le molestasen, se apresuraría a darle cuantos panes quisiera.

Pero vosotros, cuando dirigís vuestra oración al Padre, no os dirigís a un amigo de este mundo, sino al Amigo perfecto que es el Padre del Cielo. Por tanto, os digo: "Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá", pues a quien pide se le da, quien busca halla, y a quien llama se le abre la puerta.

¿Qué padre, a su propio hijo que le pide un pan, le pondrá en la mano una piedra?, ¿qué padre dará a su hijo una serpiente en vez de un pez asado? Un padre que se comportase así con su prole sería un sinvergüenza. Ya lo he dicho, pero lo repito para moveros a sentimientos de bondad y confianza. Así pues, si uno que estuviera en su sano juicio no daría un escorpión en vez de un huevo, ¿cómo no os va a dar Dios con mucha mayor bondad lo que pidiereis?: en efecto, Él es bueno, mientras que vosotros, por el contrario, en más o en menos, sois malos. Pedid, pues, con amor humilde y filial vuestro pan al Padre.

## "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores"

Hay deudas materiales y deudas espirituales; las hay también morales. Deuda material es la moneda o la mercancía que deben restituirse por haber sido prestadas. Deuda moral es la estima arrebatada y no correspondida, el amor querido y no dado. Deuda espiritual es la obediencia a Dios, de quien se exige mucho dándole bien poco, y el amor a Él. Dios nos ama y se le debe amor, como se debe amor a una madre, a la esposa, al hijo, de quienes se exigen muchas cosas. El egoísta quiere tener, pero no da. Pero el egoísta está en las antípodas del Cielo. Tenemos deudas con todos: desde con Dios hasta con el esclavo, pasando por los familiares, los amigos, el prójimo en general, y los que están a nuestro servicio (pues todos éstos son en el fondo iguales que nosotros). ¡Ay de quien no perdone, porque no será perdonado! Dios no puede, por justicia, condonar la deuda que el hombre tiene para con Él, santísimo, si el hombre no perdona a su semejante.

## "No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del Maligno"

El hombre que no ha sentido la necesidad de compartir con nosotros la cena de Pascua me preguntó hace menos de un año: "¿Cómo? ¿Tú pediste no ser tentado?, ¿en la tentación pediste ayuda contra ella?". Estábamos nosotros dos solos. Le respondí. Luego - esta vez éramos cuatro - en una solitaria región, repetí la respuesta; pero todavía no fue suficiente, porque en un espíritu inamovible es necesario demoler la funesta fortaleza de su obcecación para abrirse paso; por tanto, lo seguiré diciendo, una, diez, cien veces, hasta que todo se cumpla.

Vosotros, sin embargo, que no estáis acorazados dentro de infaustas doctrinas y aún más infaustas pasiones, orad así. Orad con humildad para que Dios impida las tentaciones. ¡Ah, la humildad! ¡Conocerse como uno es! Sin deprimirse, pero conocerse. Decir: "Soy juez imperfecto de mí mismo y, aunque no me lo parezca, podría ceder. Por tanto, Padre mío, tenme, si es posible, libre de las tentaciones; tan cerca de Ti que no permitas al Maligno que me dañe". Debéis recordar, en efecto, que no es Dios quien tienta al Mal, sino que es el Mal el que tienta. Rogad al Padre para que sostenga vuestra debilidad, de forma que no pueda el Maligno introducirla en la tentación.

He terminado, queridos míos. Ésta es la segunda Pascua que paso con vosotros. El año pasado sólo partimos el pan y compartimos el cordero. Este año os doy esta oración. Os otorgaré otros dones en las otras Pascuas que pasaré con vosotros, para que, una vez que me haya ido a donde el Padre quiere, os quede de mí, que soy el Cordero, un recuerdo en las celebraciones del cordero mosaico.

Alzaos. Vamos. Estaremos en la ciudad para el alba. Es más, mañana, tú, Simón, y tú, hermano mío (señala a Judas), iréis por las mujeres y el niño; tú, Simón de Jonás, y vosotros, os quedaréis conmigo hasta que éstos vuelvan; luego iremos juntos a Betania.

Bajan hasta el Getsemaní y entran en la casa para descansar.

## 204

## La fe y el alma explicadas a los paganos con la parábola de los templos

En la paz del sábado, Jesús está descansando junto a un campo de lino todo florecido, propiedad de Lázaro. Más que estar junto al campo, yo diría que está sumergido en el alto lino. Sentado en un caballón, se absorbe en sus pensamientos. Con Él no hay sino alguna silenciosa mariposa o alguna rumorosa lagartija, que lo mira con sus ojitos de azabache, levantando su cabecita triangular de garganta clara y palpitante. Nada más. En la tarde caliente, calla hasta el más mínimo soplo de viento por entre los altos tallos.

De lejos, quizás del jardín de Lázaro, llega la canción de una mujer, y con ella los alegres gritos del niño, que está jugando con alguien. Luego una, dos, tres voces:

-Maestro! ¡Jesús!

Jesús sale bruscamente de su ensimismamiento y se pone en pie. A pesar de que el lino, ya completamente crecido, esté muy alto, Jesús descuella ampliamente por encima de este mar verde y azul.

-¡Ahí está, Juan! - grita Simón Zelote.

Y Juan, a su vez:
-¡Madre, el Maestro está aquí, en el lino!
Mientras Jesús se acerca al sendero que conduce a las casas, llega María.
-¿Qué quieres, Madre?
-Hijo mío, han llegado unos gentiles, con algunas mujeres. Dicen que han sabido por Juana que estabas aquí, y que durante todos estos días te han esperado junto a la Antonia...
-¡Ah, ya sé! Voy enseguida. ¿Dónde están?
-En casa de Lázaro, en el jardín. A Lázaro lo estiman los romanos; él, por su parte, no siente por ellos esa aversión propia de nuestro pueblo. Los ha introducido en su casa, con sus carros; en el vasto jardín, para no dar escándalo a nadie.
-De acuerdo, Madre. Son soldados y damas romanas, lo sé.
-¿Qué quieren de ti?
-Lo que muchos en Israel no quieren: Luz».
-¿Cómo creen en ti? ¿Qué te creen: Dios, quizás?
-A su manera, sí. Para ellos, más que para nosotros, es fácil aceptar la idea de la encarnación de un dios en carne mortal.
-Entonces ya creen en tu fe...
-Todavía no, Mamá. Primero debo demoler la suya. Por el momento soy para ellos un hombre sabio, un filósofo, como ellos dicen. De todas formas, tanto ese deseo de conocer doctrinas filosóficas, como su tendencia a creer posible la encarnación de un dios, me ayudan mucho a conducirlos a la verdadera Fe. Créeme que son más simples en su modo de pensar que muchos de Israel.
-Pero, ¿serán sinceros? Se dice que Juan el Bautista...
-No. Si de ellos hubiera dependido, Juan estaría libre y seguro. Dejan tranquilos a todos, con tal de que no sean rebeldes. Es más, te diré que con ellos el hecho de ser profeta - usan la palabra "filósofo" porque la altura propia de la sabiduría sobrenatural es igualmente filosofía para ellos - es una garantía de que te respetarán. No estés preocupada, Mamá, que el mal no me vendrá por esa vía...
-Pero los fariseos... Si vienen a saberlo, ¿que dirán de Lázaro? Tú... eres Tú y *debes* manifestar la Palabra al mundo. ¡Pero Lázaro... ya de por sí lo ofenden mucho...!
-Pero es intocable. Saben que Roma lo protege.
-Te dejo, Hijo mío. Aquí está Maximino que te llevará adonde los gentiles.
Y María, que había caminado al lado de Jesús durante todo este tiempo, ahora se retira, ligera, y se encamina hacia la casa de Simón Zelote. Jesús, por su parte, entra por una puertecita de hierro abierta en el muro que rodea el jardín, en una parte alejada, en que ya no es jardín sino pomar, es decir, cerca del lugar en que, pasado el tiempo, sería enterrado Lázaro.
Ahora está allí Lázaro, nadie más:
-Maestro, he tomado la iniciativa de acogerlos en mi casa...
-Has hecho bien. ¿Dónde están?
-Allá, a la sombra de aquellos bojes y laureles. Como puedes observar, están a no menos de quinientos pasos de la casa.
-Bien, bien, bueno... ¡La Luz descienda sobre todos vosotros!
-¡Salve, Maestro! - es el saludo de Quintiliano, que está vestido de paisano.
Las damas se ponen en pie para saludar a Jesús (son Plautina. Valeria y Lidia, y otra, anciana, que no sé ni quién es ni qué es, o sea, si es del mismo grado o de grado inferior; están todas vestidas con mucha sencillez y nada las distingue.
-Hemos venido porque queríamos oírte hablar. No has venido nunca. Estaba de guardia cuando llegaste, pero no te he visto nunca.
-Yo tampoco he visto nunca en la Puerta de los Peces a un soldado amigo mío. Se llamaba Alejandro...
-¿Alejandro? No sé exactamente si es él, pero sé que hace un tiempo tuvimos que quitar, para calmar a los judíos, a un soldado acusado de... haber hablado de ti. Ahora está en Antioquía. Quizás vuelva. ¡Caray, qué molestos son esos... los que quieren mandar incluso ahora, que están sometidos! Y no hay más remedio que moverse con maña para no provocar cosas graves... Nos hacen la vida difícil, créelo... Sin embargo, Tú eres bueno y sabio. ¿Nos hablas? Quizás pronto tenga que irme de Palestina, quisiera llevarme conmigo algo tuyo que recordar.
-Os hablaré, sí. No decepciono nunca a nadie. ¿Qué es lo que queréis saber?
Quintiliano mira a las damas con ademán interrogativo...
-Lo que Tú quieras, Maestro - dice Valeria.
'Plautina se pone de nuevo en pie y dice:
-He pensado mucho... debería conocer muchas cosas... todo, para poder juzgar. No obstante, si se puede preguntar, yo querría saber cómo se construye una fe, la tuya, por ejemplo, sobre un terreno que dices que está privado de verdadera fe. Dices que nuestras creencias son vanas. Si es así nos quedamos vacíos. ¿Cómo se puede... tener?
-Tomaré como ejemplo una cosa que vosotros tenéis: los templos. Vuestros edificios sagrados, verdaderamente bonitos, cuya única imperfección es el hecho de estar dedicados a la Nada, os pueden enseñar cómo se puede alcanzar una fe y dónde colocarla. Observad: ¿Dónde los construís?, ¿qué lugar se prefiere para construirlos?, ¿cómo los construís? El lugar, generalmente, es espacioso, abierto, elevado; para este fin incluso se derriba lo que estorba o aprisiona; y, si no es un lugar elevado, se construye sobre un estereóbato más eleva-do del común de tres gradas que se usa para los templos que ya de por sí se alzan en un elevación natural. Están rodeados de muros sagrados, por lo general, y formados por columnatas y pórticos. Dentro están los árboles consagrados a los dioses, hay fuentes y altares, estatuas y estelas. Generalmente les precede el propileo, pasado el cual se yergue el altar en que se elevan las preces al numen; frente a éste, está el lugar del sacrificio, porque el sacrificio precede a la oración. Muchas veces, especialmente en los templos más grandiosos, el peristilo los rodea con una

guirnalda de preciosos mármoles. En su interior está el vestíbulo anterior, externo o interno respecto al peristilo, la celda del numen, el vestíbulo posterior... Mármoles, estatuas, frontones, acroteras, tímpanos, perfectamente acicalados, de gran valor, perfectamente decorados, hacen del templo un edificio nobilísimo para todos, incluso para el ojo más inculto. ¿No es así?

-Así es, Maestro. Los has visto y estudiado muy bien - dice Plautina, confirmando y en tono de alabanza.

-¡Pero si nos consta que no ha salido nunca de Palestina! - exclama Quintiliano.

-Nunca he salido para ir a Roma o a Atenas, pero no ignoro la arquitectura de Grecia ni la de Roma. En el genio del hombre que decoró el Partenón Yo estaba presente, porque Yo estoy dondequiera que haya vida y manifestación de vida; dondequiera que un sabio piense, un escultor esculpa, un poeta componga, una madre cante curvada hacia una cuna, un hombre trabaje los surcos, un médico luche contra las enfermedades, un ser vivo respire, un animal viva, un árbol vegete, allí estoy Yo, junto a aquel de quien procedo. En el estruendo del terremoto o el fragor de los rayos, en la luz de las estrellas o en el curso de las mareas, en el vuelo del águila y en el zumbido del mosquito, Yo estoy presente con el Creador altísimo.

-¿Entonces... Tú... Tú sabes todo?, ¿conoces tanto el pensamiento como las obras humanas? - pregunta Quintiliano.

-Yo sé.

Los romanos se miran estupefactos.

Se produce un largo silencio. Luego, tímidamente, Valeria solicita:

-Expón tu pensamiento, Maestro, para que sepamos qué debemos hacer.

-Sí. La Fe se construye como se construyen esos templos de que os sentís tan orgullosos: se hace espacio al templo, se libera la zona de alrededor, se eleva el templo.

-Pero, ¿y el templo para colocar la fe, esta deidad verdadera, dónde está? - pregunta Plautina.

-Plautina, la fe no es deidad; es una virtud. En la fe verdadera no hay deidades; sólo hay un único y verdadero Dios.

-¿Entonces... Él está allá arriba, solo, en su Olimpo? ¿Y qué hace si está solo?

-Se basta a sí mismo, aunque se ocupa de todas las cosas de la creación. Te he dicho que hasta en el zumbido del mosquito Dios está presente. No se aburre, no lo pongas en duda. No es un pobre hombre, dueño de un inmenso imperio en que se siente odiado y vive temblando. Él es el Amor y vive amando. Su Vida es Amor continuo. Se basta a sí mismo porque es infinito y potentísimo; es la Perfección. Y tantas son las cosas creadas, las cuales viven porque Él continuamente lo quiere, que no tiene tiempo de aburrirse. El aburrimiento es fruto del ocio y del vicio. En el Cielo del verdadero Dios no hay ni ocio ni vicio. Pronto tendrá, además de los ángeles que ahora le sirven, un pueblo de justos que en Él exultarán, y este pueblo irá creciendo cada vez más por los que en el futuro creerán en el verdadero Dios.

-¿Los ángeles son los genios? - pregunta Lidia.

-No. Son seres espirituales, como lo es Dios, que los ha creado.

-¿Y los genios qué son entonces?

-Como vosotros los imagináis son una falsedad. Como los imagináis vosotros no existen. Lo que sucede es que, por esa instintiva necesidad del hombre de buscar la verdad, también vosotros habéis sentido que el hombre no es sólo carne y que una realidad inmortal está unida a su cuerpo perecedero. El hombre busca la verdad aguijoneado por el alma, que vive y está presente también en los paganos, aunque atribulada porque en ellos su deseo está ahogado, porque se siente hambrienta en su nostalgia del Dios verdadero, que sólo ella recuerda, en ese cuerpo en que vive, gobernado por una mente pagana. Y también las ciudades y las naciones posean una realidad inmortal. Por eso creéis, sentís la necesidad de creer, en los "genios"; y os dais el genio individual, el de la familia, el de la ciudad, el de las naciones. Así, tenéis el "genio de Roma", el "genio del emperador"... y los adoráis como divinidades menores. Entrad en la verdadera fe: conoceréis a vuestro ángel, seréis amigos de él y lo veneraréis, aunque sin adorarlo, porque sólo a Dios se le adora.

-Has dicho: “Aguijón del alma, viva y presente también en los paganos, atribulada en ellos porque su deseo está frustrado". Pero, ¿de quién procede el alma? - pregunta Publio Quintiliano.

-De Dios. Él es el Creador.

-¿Pero no nacemos de mujer, por unión con el hombre? Nuestros dioses también han sido engendrados de la misma manera.

-Vuestros dioses no son reales: son los fantasmas de vuestro pensamiento, que tiene necesidad de creer. En efecto, esta necesidad es más imperiosa que la de respirar. Aun quien dice que no cree, cree, en algo cree; el simple hecho de decir "no creo en Dios" presupone otra fe, que puede ser fe en sí mismo, en su propia, soberbia mente. Creer, se cree siempre. Es como el pensamiento. Si decís "no quiero pensar" o "no creo en Dios", con el simple hecho de decir estas dos frases manifestáis vuestro pensamiento de no querer pensar, o de no querer creer en Aquel que sabéis que existe. Y acerca del hombre, para ser exactos en la expresión del concepto, debéis decir: "El hombre es engendrado, como todos los animales, por unión de macho y hembra, de varón y mujer. Pero el alma, o sea, lo que diferencia al animal-hombre del animal-bruto, viene de Dios, que la crea cada vez que un hombre es engendrado - o, mejor, es concebido - en un seno, y la inserta en esa carne que, si no, sería solamente animal".

-¿Y nosotros, que somos paganos, la tenemos? Según lo que dicen tus connacionales no lo parece... - dice Quintiliano irónico.

-Todo nacido de mujer la tiene.

-Pero Tú dices que el pecado la mata. ¿Cómo es que entonces en nosotros, pecadores, está viva? - pregunta Plautina.

-Vosotros no pecáis en la fe, pues creéis que estáis en la Verdad. Cuando conozcáis la Verdad, si persistís en el error, cometeréis pecado. De la misma forma, muchas cosas que para los israelitas son pecado, para vosotros no lo son, porque ninguna ley divina os lo prohíbe. Existe pecado cuando uno, a sabiendas, se rebela contra el mandato de Dios y dice: "Sé que lo que hago está mal, pero lo quiero hacer de todas formas". Dios es justo. No puede castigar a quien hace el mal creyendo que está haciendo el bien; castiga a quien habiendo tenido cómo conocer el Bien y el Mal, elige este último y en él persiste.

-¿Entonces el alma está en nosotros, viva y presente?

-Sí.

-¿Atribulada? ¿Pero estás seguro de que se acuerda de Dios? No nos acordamos del seno que nos crió, no podríamos describirlo internamente. El alma, si no he entendido mal, es engendrada espiritualmente por Dios. ¿Podrá acordarse de esto último, si el cuerpo no recuerda su larga permanencia en el seno materno?

-El alma no es animal, Plautina; el embrión, sí. El alma es, a semejanza de Dios, eterna y espiritual; eterna desde el momento en que es creada; sin embargo, Dios es el perfectísimo Eterno, y, por tanto, no tiene principio en el tiempo, como tampoco tendrá fin. El alma, lúcida, inteligente, espiritual, obra de Dios, recuerda... y sufre, porque desea a Dios, al verdadero Dios de que procede... y tiene hambre de Dios: por eso aguijonea al cuerpo, torpe en lo que se refiere a tratar de acercarse a Dios.

-Entonces, ¿tenemos un alma exactamente igual que la de los israelitas que llamáis "justos"?.

-No, Plautina. Cambia según a lo que te refieras; si te refieres al origen y naturaleza, es exactamente igual que la de nuestros santos. Si te refieres a la formación, entonces te digo que es distinta; si te refieres a la perfección que alcanza antes de la muerte, entonces la diversidad puede ser absoluta. No obstante, esto no sucede sólo con vosotros, paganos: un hijo de este pueblo puede también ser absolutamente distinto de un santo en la vida futura. El alma sufre tres fases. La primera es de creación; la segunda, de nueva creación; la tercera, de perfección. La primera es común a todos los hombres. La segunda es propia de los justos que con su voluntad llevan a su alma hacia un renacimiento más lleno, uniendo sus buenas acciones a la bondad de la obra de Dios; edifican, por tanto, un alma que ya es espiritualmente más perfecta que la primera: son, así, eslabón entre la primera y la tercera. Ésta, la tercera, es propia de los beatos, o santos si lo preferís, los cuales han superado en miles de grados a su alma inicial, adecuada sólo al hombre, y han hecho de ella una cosa que puede descansar en Dios.

-¿Y cuál es el modo de dar espacio, libertad y elevación al alma?

-Derribando las cosas inútiles que tenéis en vuestro yo; liberándolo de todas las ideas erradas; construyendo, con los fragmentos resultantes de la demolición, la elevación para el templo soberano. Se ha de conducir al alma cada vez más arriba subiendo los tres peldaños. ¡Oh, a vosotros, romanos, os gustan los símbolos! Ved los tres peldaños a la luz del símbolo. Os pueden decir sus nombres: penitencia, paciencia, constancia; o: humildad, pureza, justicia; o: sabiduría, generosidad, misericordia; o, en fin, el trinomio espléndido: fe, esperanza, caridad. Fijaos qué simbolizan los muros que, ornamentados y al mismo tiempo resistentes, rodean el área del templo. Es necesario saber circundar al alma, reina del cuerpo, templo del Espíritu eterno, con una barrera que la defienda, sin quitarle la luz, y no agobiarla con la visión de cosas inmundas. Sea muralla segura, y cincelada con el deseo del amor para, quitando las esquirlas de lo que es inferior, la carne y la sangre, formar lo superior, el espíritu. Cincelar con la voluntad: eliminar aristas, desportilladuras, manchas, vetas de debilidad, del mármol de nuestro yo, para que sea perfecto en torno al alma. A1 mismo tiempo, hacer, de la muralla que habrá de proteger al templo, misericordioso refugio para los desdichados que no conocen lo que es Caridad. ¿Y los pórticos?: la expansión del amor, la piedad, el deseo de que otros vayan a Dios; son semejantes a amorosos brazos que se extienden para amparar la cuna de un huérfano. En el interior del recinto están, como ofrenda al Creador, los más bellos y olorosos árboles. Sembrad en el terreno que antes estaba desnudo, cultivad luego estos árboles, que son las virtudes de todo tipo, segundo círculo protector, vivo y florido, en torno al sagrario; y, entre los árboles, entre las virtudes, las fuentes (que son también amor, purificación), antes de acercarse al propileo, junto al cual, antes de subir al altar, se debe cumplir el sacrificio de la carnalidad, vaciarse de toda lujuria. Luego, continuar más adentro, hasta el altar, para depositar la ofrenda, y seguir, atravesando el vestíbulo, hasta la celda de Dios. ¿Qué será esta morada?: copiosidad de riquezas espirituales, porque nunca es demasiado como marco para Dios. ¿Habéis comprendido esto? Me habéis pedido que os explique cómo se construye la Fe. Os he dicho: "Según el método con que se elevan los templos". Como podéis observar, es así. ¿Alguna otra cosa más?

-No, Maestro. Creo que Flavia ha escrito lo que has dicho. Claudia lo quiere saber. ¿Has escrito?

-Fielmente - dice la mujer mientras pasa las tablas enceradas.

-Las tendremos para poderlo leer otras veces - dice Plautina.

-Es cera. Se borra. Escribidlo en vuestros corazones y no se borrará.

-Maestro, están ocupados por una serie de templos inútiles, contra los cuales, sí, lanzamos tu Palabra para demolerlos, pero es un trabajo largo - dice Plautina con un suspiro; y termina: «Acuérdate de nosotros en tu Cielo...

-Marchaos con la seguridad de que lo haré. Os dejo. Sabed que vuestra visita me ha sido grata. Adiós, Publio Quintiliano. Acuérdate de Jesús de Nazaret.

Las damas se despiden y son las primeras en marcharse; luego pensativo, se marcha Quintiliano. Jesús los mira mientras se van en compañía de Maximino, que los acompaña hasta sus carros.

' -¿Qué piensas, Maestro? - pregunta Lázaro.

-Que hay muchos infelices en el mundo.

-Y yo soy uno de ellos.

-¿Por qué, amigo mío?

-Porque todos vienen a ti, pero María no. Será que su miseria es mayor, ¿no?

Jesús lo mira y sonríe.

-¡Sonríes! ¿No te duele que María sea inconvertible y que yo sufra! Marta no ha dejado de llorar desde la tarde del lunes. ¿Quién era aquella mujer? ¿Sabes que durante todo el día tuvimos la esperanza de que fuera ella?

-Sonrío porque eres un niño impaciente... y porque pienso que malgastáis energías y lágrimas; si hubiera sido ella, habría ido inmediatamente a decíroslo

-¿Entonces?... ¡No era ella!».

-¡Lázaro!

«	-Tienes razón. ¡Paciencia!, ¡más paciencia!... Mira, Maestro, las joyas que me diste para venderlas: aquí está el dinero que me han dado por ellas, para los pobres. Eran muy bonitas. De mujer.

-¡Eran de "esa" mujer.

-Lo había imaginado. ¡Ah, si hubieran sido de María...! ¡Pero ella... pero ella!... ¡Mi Señor, pierdo la esperanza!...

Jesús lo abraza y guarda silencio durante unos momentos. Luego dice:

-Te ruego que no hables a nadie de esas joyas. Esa mujer debe desaparecer de admiraciones y apetitos, como una nube trasportada por el viento sin que quede rastro de ella en el cielo.

-Puedes estar tranquilo, Maestro... A cambio tráeme a María, a nuestra pobre María...

-La paz descienda sobre ti, Lázaro. Haré lo que he prometido.

## 205

## La parábola del hijo pródigo

-Juan de Endor, ven aquí, que tengo que hablarte - dice Jesús asomándose a la puerta.

El hombre estaba enseñando algo al niño. Lo deja y va inmediatamente. Pregunta: --¿Qué me quieres decir, Maestro?

-Ven conmigo aquí arriba.

Suben a la terraza y se sientan en la parte más protegida, porque, a pesar de que sea por la mañana, ya el sol calienta fuerte. Jesús recorre con su mirada los campos cultivados en que los cereales se van dorando más cada día que pasa y los árboles frutales van llenando sus frutos; parece como si quisiera extraer su pensamiento de esa metamorfosis vegetal.

-Mira, Juan. Hoy creo que va a venir Isaac para traerme a los campesinos de Jocanán antes de que regresen a sus campos. Ya le he dicho a Lázaro que le preste a Isaac un carro para que puedan acelerar su regreso sin miedo a llegar con un retardo que les acarreara un castigo. Lázaro lo va a hacer, porque Lázaro hace todo lo que digo. Ahora bien, de ti quiero otra cosa. Tengo aquí una suma que una persona me ha dado para los pobres del Señor. Generalmente el encargado de guardar las monedas y de distribuir los óbolos es uno de los apóstoles; generalmente es Judas de Keriot, aunque alguna vez son los otros. Judas no está aquí. Por lo que se refiere a los otros apóstoles, no quiero que sepan lo que tengo intención de hacer. Tampoco Judas debería saberlo esta vez. Lo harás tú, en mi nombre...

-¿Yo, Señor?... ¿Yo? ¡No soy digno de ello!...

-Debes irte acostumbrando a trabajar en mi nombre. ¿No has venido para esto?

-Sí, pero pensaba que en lo que tenía que trabajar era en reconstruir mi pobre alma.

Pues Yo te procuro el medio para hacerlo. ¿En qué has pecado? Contra la misericordia y el amor. ¿Con odio demoliste tu alma?... Pues con amor y misericordia la reconstruirás. Te doy el material necesario. Te voy a destinar de forma especial a las obras de misericordia y amor. Tienes capacidad para el cuidado y la palabra, así que estás en condiciones de cuidar desdichas físicas y morales, tienes capacidad para hacerlo. Empezarás con esta obra. Ten la bolsa. Se la darás a Miqueas y a sus amigos. Divídelo en partes iguales, siguiendo estas instrucciones: divide el total en diez partes; da cuatro a Miqueas, una para él, una para Saulo, una para Joel y una para Isaías las otras seis partes, se las das a Miqueas para el anciano padre de Yabés y sus compañeros. Así recibirán al menos un consuelo.

-De acuerdo, pero ¿qué razón les doy?

-Dirás: "Esto es para que os acordéis de orar por un alma que se está redimiendo".

-¡A lo mejor piensan que soy yo! ¡No sería justo!».

-¿Por qué? ¿No quieres redimirte?

-Lo que no sería justo es que creyeran que yo soy el donador.

-No te preocupes. Haz como te digo.

-Obedezco... Concédeme, al menos, aportar algo también yo. To-al... ahora ya no tengo ninguna necesidad. Ya no compro más libros, ya no tengo pollos que alimentar, a mí con muy poco me basta, así que... nada. Ten, Maestro. Me quedo sólo con una mínima cantidad, para el gasto de las sandalias... - y saca de una bolsa que llevaba en la cintura muchas monedas, y las añade a las monedas de Jesús.

-Que Dios te bendiga por tu misericordia... Juan, dentro de poco nos tendremos que despedir, porque tienes que ir con Isaac.

-Lo lamento, Señor. De todas formas obedezco.

-Yo también siento separarme de ti. Tengo mucha necesidad de discípulos itinerantes. Ya no doy abasto. Dentro de poco enviaré a los apóstoles, luego a los discípulos. Tú lo harás muy bien. Te reservaré para misiones especiales. Entretanto, te formarás con Isaac: es muy bueno; el Espíritu de Dios lo ha instruido profundamente durante su larga enfermedad; es un hombre que ha perdonado todo siempre... Por lo demás, dejarnos no significa no volvernos a ver. Nos encontraremos frecuentemente, y siempre que nos encontremos hablaré para ti; acuérdate de esto...

Juan se repliega sobre sí mismo, esconde su cara entre las manos y, rompiendo bruscamente a llorar, dice quejumbroso:

-¡Oh, entonces dime ya ahora algo que me persuada de que estoy perdonado... de que puedo servir a Dios... Si supieras cómo veo mi alma, ahora que se ha desvanecido el humo del odio... y cómo... y cómo pienso en Dios...

-Lo sé. No llores. Permanece en la humildad, pero sin descorazonarte. Si *hay desaliento, hay todavía soberbia.* Ten sólo humildad, solamente humildad. ¡Venga, ánimo, no llores!...

Juan de Endor se va calmando poco a poco...

Cuando lo ve ya calmado, Jesús dice:

-Ven, vamos a la sombra de aquel grupo de manzanos; reunamos a los compañeros y a las mujeres. Voy a hablarles a todos. A ti en particular te voy a decir cómo te ama Dios.

Bajan hacia el lugar indicado y, a medida que se van acercando, los demás se van reuniendo en torno a ellos. Llegan. Se sientan en círculo a la sombra de los manzanos. Lázaro, que estaba hablando con Simón Zelote, también se une al grupo. Son en total veinte personas.

-Escuchad. Se trata de una hermosa parábola que os guiará con su luz en muchos casos.

Un hombre tenía dos hijos. El mayor era serio, trabajador, inclinado al afecto, obediente. El segundo era más inteligente que el mayor - el cual realmente era un poco tardo y se dejaba guiar para no tener que esforzarse en decidir por sí -, si bien era rebelde, distraído, amante del lujo y el placer, gastador, ocioso. La inteligencia es un gran don de Dios, pero debe ser usado con sabiduría; si no, es como ciertas medicinas, que, si se usan mal, en vez de curar matan. Su padre - estaba en su derecho y cumplía su deber - le instaba para que viviera con más sensatez. Mas no obtenía ningún resultado, aparte del de recibir contestaciones y de que el hijo se solidificara más en sus torcidas ideas.

Finalmente, un día, tras una discusión más acalorada que las precedentes, el hijo menor dijo: "Dame la parte de los bienes que me corresponde; así ya no tendré que oír ni tus reprensiones ni las quejas de mi hermano; a cada uno lo suyo y se acabó". "Piensa - respondió el padre - que dentro de poco te quedarás sin nada; ¿qué harás entonces? Ten en cuenta que no me voy a comportar con injusticia para favorecerte y que no voy a coger ni un céntimo de la parte de tu hermano para dártelo a ti".

-No te pediré nada, puedes estar seguro; dame mi parte.

El padre encargó la valoración de las tierras y de los objetos preciosos, y, viendo que dinero y joyas sumaban lo que las tierras, dio al mayor los campos y las viñas, hatos de ganado y olivos, y al menor el dinero y las joyas. El más joven lo vendió inmediatamente, transformando así todo en dinero. Hecho esto, pasados pocos días, se marchó a un país lejano. Allí vivió como un gran señor, despilfarrando todo lo que tenía en todo tipo de juergas, haciéndose pasar por el hijo de un rey (pues se avergonzaba de decir: "soy un aldeano"), con lo cual renegaba de su padre. Festines, amigos y amigas, vestidos, vino, juego... vida disoluta... Pronto vio mermar sus fondos y aproximársele la pobreza; además, para agravar la pobreza, se abatió sobre la región una gran carestía, con lo cual se agotaron los pocos fondos que le quedaban.

Habría podido volver con su padre, pero, como era soberbio, no quiso. Se dirigió entonces a un hombre rico de la región, que había sido amigo suyo en los buenos tiempos, y le suplicó: `Acuérdate de cuando gozaste de mi riqueza, acógeme como siervo tuyo". ¡Daos cuenta de lo necio que es el hombre!: prefiere someterse al látigo de un patrón antes que decir a un padre: "¡Perdón, reconozco mi error!" Aquel joven había aprendido muchas cosas inútiles con su despierta inteligencia, pero no había querido aprender lo que dice el Libro del Eclesiástico: "^Qué infame es el que abandona a su padre!, ¡cuánto maldice Dios a quien angustia el corazón de su madre!". Era inteligente, pero no sabio.

Aquel hombre a quien se había dirigido, como paga de lo mucho que había recibido del joven necio, lo puso a cuidar los cerdos (estaban en una región pagana y había muchos cerdos); le encargó de llevar las piaras a sus pastos. El joven, todo sucio, andrajoso, maloliente, hambriento - la comida escaseaba para todos los siervos y especialmente para los ínfimos (él, porquerizo, extranjero, escarnecido estaba entre los ínfimos) -, veía que los cerdos se saciaban de bellotas, y suspiraba: "¡Si al menos pudiera llenar mi estómago de estos frutos! ¡Pero son demasiado amargos! Ni siquiera el hambre me los hace apetecer!". Y lloraba al pensar en los ricos festines de sátrapa, que poco tiempo antes celebraba entre risas, canciones, bailes... y también en la honrada y bien provista mesa de su casa, ahora lejana y en cómo su padre dividía para todos imparcialmente, reservándose para sí siempre la parte menor, contento de ver en sus hijos un sano apetito... y pensaba también en la parte que aquel hombre justo reservaba para los siervos; y suspiraba: "Los peones que trabajan para mi padre, incluso los ínfimos, tienen pan en abundancia.., y yo aquí me estoy muriendo de hambre...". Siguió un largo y trabajoso proceso de reflexión, un largo combate para estrangular a la soberbia...

Por fin llegó el día en que, renacido en humildad y sabiduría, se alzó y dijo: "¡Iré donde mi padre! Es una necedad este orgullo que me tiene apresado. ¿Orgullo por qué? ¿Por qué ha de seguir sufriendo mi cuerpo, y más aún mi corazón, pudiendo obtener perdón y consuelo? Iré donde mi padre. Ya está decidido. ¿Que qué le voy a decir? ¡Pues lo que me ha nacido aquí dentro, en esta abyección, entre esta inmundicia, por las dentelladas del hambre! Le diré: “Padre, he pecado contra el Cielo y contra ti, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame, pues, como al último de tus peones... pero déjame estar bajo tu techo. Que yo te vea pasar...” No podré decirle: “...porque te quiero”. No lo creería. Se lo dirá mi vida. Él lo comprenderá, y antes de morir me volverá a bendecir... ¡Sí, lo espero, porque mi padre me quiere!". Habiendo decidido esto, cuando regresó al atardecer al pueblo, se despidió del patrón y se puso en camino hacia su casa, mendigando...

Ya ve los campos paternos, ya la casa... y a su padre, dirigiendo el trabajo de los hombres... ¡Oh, está más viejo y más delgado, por el dolor, pero sigue emanando bondad!... ¡Ah, el transgresor, al ver el deterioro que había causado, se detuvo atemorizado! Pero el padre, volviendo la mirada, lo vio... ¡Ah, fue corriendo a su encuentro, pues todavía estaba lejos; se llegó a él, le echó los brazos al cuello, lo besó! El padre fue el único que lo reconoció, que vio en ese mendigo abatido a su hijo, y fue el único que tuvo hacia él un movimiento de amor. El hijo, abarcado por esos brazos, con la cabeza apoyada en el hombro paterno, susurró sollozando: "Padre, deja que me postre a tus pies". "¡No, hijo mío, a mis pies no; reclina tu cabeza en este pecho mío que tanto ha sufrido por tu ausencia y necesita revivir sintiendo tu calor!". El hijo, llorando más fuerte, dijo: "¡Padre mío, he pecado contra el Cielo y contra ti, ya no soy digno de que me llames hijo; permíteme vivir con tus siervos, bajo tu techo; que pueda verte y comer tu pan y servirte y aspirar tu respiro: con cada uno de los bocados de tu pan, con cada movimiento de tu respiración, mi corazón, harto corrompido ahora, se reformará, y yo me haré honesto...!". Pero el padre, sin dejar de abrazarlo, lo condujo a donde estaban los siervos, que se habían arremolinado a distancia a observar lo que sucedía, y les dijo: "Rápido, traed el vestido mejor, palanganas con agua perfumada; lavadlo, perfumadlo, vestidlo, ponedle calzado nuevo y un anillo en el dedo. Luego, tomad un ternero cebado, matadlo, y preparad un banquete. Porque este hijo mío había muerto y ahora ha

resucitado, lo había perdido y ha sido hallado. Quiero que encuentre de nuevo su sencillo amor de cuando era niño; mi amor y la fiesta de la casa por su regreso se lo deben dar. Debe comprender que sigue siendo para mí el amado hijo último en nacer, como era en su ya lejana infancia, cuando caminaba a mi lado alegrándome con su sonrisa y con sus balbuceos". Y así lo hicieron los siervos.

El hijo mayor estaba en el campo. No supo nada de lo sucedido hasta su regreso. A1 anochecer, de vuelta al hogar, vio que la casa estaba radiante de luces, y oyó que de ella provenían música y rumor de danzas. Llamó a uno de la servidumbre, que corría atareado, y le dijo: "¿Qué sucede?". El siervo respondió: "^Ha vuelto tu hermano". Tu padre ha mandado matar el ternero cebado porque ha recuperad a su hijo, y sano, curado de su grave mal. Y ha ordenado celebrar un banquete. Sólo faltas tú para que empiece la fiesta". Mas el hijo primogénito montó en cólera, porque le parecía una injusticia el que se hiciera tanta fiesta por el menor, el cual, además de ser el menor, había sido malo; y no quiso entrar; no sólo eso, sino que quería alejarse de la casa.

Advirtieron al padre de lo que estaba sucediendo. Se apresuró a salir, siguió al hijo y le dio alcance. Trató de convencerlo y le rogó que no amargase su gozo. Pero el primogénito respondió a su padre "¿Cómo quieres que no me altere? Estás actuando injustamente con tu primogénito, lo estás despreciando. Desde que he podido empezar a trabajar, hace ya muchos años, te he servido. No he transgredido nunca ninguna disposición tuya, no he contrariado tan siquiera un deseo tuyo; he estado siempre a tu lado, y te he amado por dos para que sanara la llaga que te había producido mi hermano... Y no me has dado ni siquiera un cabritillo para que lo disfrutara con mis amigos. Sin embargo, a este que te ha ofendido, que te ha abandonado, haragán y gastador, y que vuelve ahora traído por el hambre, ~ haces los honores y matas para él el mejor ternero. ¿Vale la pena, entonces, ser trabajador y abstenerse de los vicios? ¡No has actuado correctamente conmigo!".

Entonces dijo el padre, estrechándolo contra su pecho: "¡Oh, hijo mío, ¿cómo puedes creer que no te quiero, por el hecho de que no haya extendido sobre tus obras un velo de fiesta? Tus obras son de por sí santas. Por tus obras te alaba el mundo. Sin embargo, este hermano tuyo necesita que su imagen, ante el mundo y ante sí mismo, sea restaurada. ¿Acaso crees que no te quiero por el hecho de que no te recompense visiblemente? Durante todo el día, en cada movimiento de mi respiración, en cada pensamiento, te tengo presente en mi corazón; cada instante que pasa yo te bendigo. Tienes el premio continuo de estar siempre conmigo. Todo lo mío es tuyo... Era justo hacer un banquete, celebrar una fiesta, por este hermano tuyo que había muerto y ha resucitado para el Bien; que se había extraviado y ha sido restituido a nuestro amor". Y el primogénito cedió.

Lo mismo, amigos míos, sucede en la Casa del Padre. Todo aquel que se vea como el hijo menor de la parábola piense igualmente que si le imita en su retorno al Padre, el Padre le dirá: "No te arrojes a mis pies. Reclina tu cabeza sobre este corazón mío que ha sufrido por tu ausencia y que ahora goza con tu regreso". El que esté en la condición del hijo primogénito, sin culpa ante el Padre, que no se muestre celoso de la alegría paterna; antes bien, se una a ella amando a su hermano redimido. He dicho.

Quédate aquí, Juan de Endor; tú también, Lázaro. Los demás que vayan a aparejar las mesas. Dentro de poco vamos también nosotros.

Todos se retiran. Una vez que se han quedado solos Jesús, Lázaro y Juan, Jesús les dice: «Así sucederá con la querida alma que esperas, Lázaro; así sucede con tu alma, Juan. La bondad de Dios rebasa todo límite...

Los apóstoles, la Madre de Jesús y las otras mujeres se dirigen hacia la casa, precedidos todos por Margziam, que va saltando, presuroso, delante. No obstante, el niño enseguida vuelve hacia atrás, toma a María de la mano y le dice:

-Ven conmigo, que te tengo que decir a solas una cosa.

Ella accede a su petición; así que tuercen hacia el pozo, que está en un ángulo del patio, enteramente cubierto por una tupida pérgola, que desde el nivel del suelo sube, formando un arco, hasta la terraza. Detrás está Judas Iscariote.

-Judas, ¿qué quieres? Déjanos, Margziam... Habla. ¿Qué quieres?

-He obrado mal... No me atrevo a ir al Maestro, ni a presentarme ante mis compañeros... Ayúdame...

-Te ayudaré. Sí. De todas formas, ¿es que no piensas en el mucho dolor que causas? Mi Hijo ha llorado por causa tuya, lo cual a su vez ha hecho sufrir a tus compañeros. Ven, de todas formas, que ninguno te dirá nada. Y, si puedes, no vuelvas a caer en esto mismo, que es indigno de un hombre y sacrílego respecto al Verbo de Dios.

-¿Tú, Madre, me perdonas?

-¿Yo? Yo no cuento nada al lado de ti, que te sientes tan grande.

-Soy la menor de las siervas del Señor. ¿Por qué te preocupas de mí, si no tienes piedad de mi Hijo?

-Pienso en mi madre, pienso que si tú me perdonas ella también me perdonará.

-No sabe lo que has hecho.

-Pero me había hecho jurar que sería bueno con el Maestro. Soy un perjuro. Percibo la reprensión del alma de mi madre.

-¿Eso es lo que sientes? ¿Y no percibes la queja y la desaprobación del Padre y del Verbo? ¡Oh, eres un desdichado, Judas! Vas sembrando el dolor en ti y en quienes te quieren.

María está muy seria y triste. Habla sin acritud, pero muy seria. Judas llora.

-No llores; más bien, cambia. Ven - y lo toma de la mano y entra así con él en la cocina.

Vivísimo es el estupor de todos. María previene posibles reacciones poco compasivas diciendo:

-Judas ha vuelto. Haced como el primogénito después de que le habló su padre. Juan, ve a avisar a Jesús.

Juan de Zebedeo sale a la carrera.

El silencio gravita sobre la cocina... Lo rompe Judas diciendo:

-Perdonadme. Tú el primero, Simón, tú que tienes un gran corazón paternal. Yo también soy huérfano.

-Sí, sí, te perdono. Por favor, no hables más de ello. Somos hermanos... y no me gustan estos altibajos de pedir perdón y volver a caer; son denigrantes, tanto para quien lo comete como para quien lo concede. Ahí viene Jesús. Ve a Él y basta.

Judas va hacia Jesús. Mientras, Pedro, no pudiendo hacer otra cosa, se pone a partir con vehemencia madera seca...

## 206

## Con dos parábolas sobre el Reino de los Cielos, termina la permanencia en Betania.

Jesús está hablando en presencia de los campesinos de Jocanán -en presencia de Isaac y muchos discípulos, de las mujeres, entre las cuales se encuentran María Stma. y Marta, y en presencia de muchos de Betania. Todos los apóstoles están escuchando. El niño, sentado frente a Jesús, no se pierde ni una palabra. El discurso ha debido empezar poco antes porque todavía está llegando gente...

Dice Jesús:

-...Por este temor que tan vivo siento en muchos, es por lo que hoy quiero proponeros una dulce parábola; dulce para los hombres de buena voluntad, amarga para los otros; de todas formas, estos últimos disponen del modo de abolir esa amargura: transformarse en hombres de buena voluntad, pues, si así lo hacen, cesará el reproche que la parábola suscita en la conciencia.

El Reino de los Cielos es la casa del desposorio que Dios celebra con las almas: el momento de entrada en aquél se identifica con el día de la boda.

Pues bien, escuchad. Entre nosotros es costumbre que las doncellas sigan en cortejo al novio cuando va a la casa nupcial, para conducirlo, entre luces y cantos, adonde su dulce novia. El cortejo, entonces, deja la casa de la novia. Ésta, velada, llena de emoción, se dirige, acompañada del novio, como verdadera reina, a su lugar; a una casa que no es suya, pero que lo será desde el momento en que se haga una sola carne con su esposo. El cortejo, en su mayoría compuesto por amigas de la novia, corre a recibir a esta pareja feliz, para rodearlos de una aureola de luces.

Pues bien, en un pueblo se celebró una boda. Mientras los novios, con los parientes y amigos, lo festejaban en casa de la novia, diez vírgenes se dirigieron al lugar establecido (el vestíbulo de la casa del novio) para estar preparadas a salir al encuentro de éste cuando llegase a sus oídos el lejano toque de címbalos, anunciador de que los novios ya habrían dejado la casa de la novia para ir hacia la del novio. Pero... el banquete se prolongaba en la casa de la ceremonia nupcial... y llegó la noche.

Como sabéis, las vírgenes mantienen continuamente encendidas las lámparas para no perder tiempo en el momento señalado. Ahora bien, de estas diez vírgenes, todas con sus lámparas bien encendidas y resplandecientes, había cinco sensatas y cinco necias. Las sensatas, llenas de prudencia, se habían proveído de pequeños recipientes llenos de aceite, para poder alimentar las lámparas si la espera se hubiera alargado más de lo previsible; las necias se habían limitado a llenar bien las lamparitas.

Y pasaron las horas... La espera estuvo animada de alegres conversaciones, agudezas, relatos; pero llegó un momento en que ya no supieron más cosas que decir ni que hacer. Aburridas, o simplemente cansadas, las diez jóvenes se sentaron más cómodamente, con sus lámparas encendidas, bien cerca de ellas, y poco a poco se fueron quedando dormidas.

A media noche se oyó un grito: "¡Está llegando el novio, salid a su encuentro!". Ante esto, las diez jóvenes se pusieron en pie, cogieron sus velos y las guirnaldas, se arreglaron y, sin pérdida de tiempo, fueron por las lámparas a la repisa en que las habían dejado: cinco de ellas ya languidecían: la mecha, sin aceite que la alimentase, consumida toda, despedía relumbros cada vez más débiles, y humo, y amenazaba con apagarse al mínimo movimiento del aire. Las otras cinco lámparas, por el contrario, alimentadas por las vírgenes prudentes antes de entregarse al sueño, mantenían vivas sus llamas, y más se avivaron aún porque añadieron aceite nuevo al vasito de la lámpara.

Entonces las vírgenes necias suplicaron: "¡Dadnos un poco de vuestro aceite, que, si no, las lámparas se nos van a apagar con solo moverlas; las vuestras lucen ya bien!...". Mas las prudentes respondieron: `Afuera sopla el viento de la noche, desciende denso rocío; nunca es suficiente el aceite para alimentar una llama fuerte, capaz de resistir el viento y el relente. Si os damos una parte, también vacilará nuestra luz. ¡Sería muy triste un cortejo de vírgenes sin el titileo de las lamparillas! Id corriendo a donde el proveedor más cercano; suplicadle, llamad a su puerta, haced que se levante de la cama para daros aceite". Y, corriendo y tropezando, angustiadas, siguieron el consejo de sus compañeras; ajando los velos, manchándose los vestidos, perdiendo las guirnaldas.

He aquí que, mientras éstas iban a comprar el aceite, apareció en el fondo del camino la figura del novio, que venía con la novia. Entonces, las cinco vírgenes que tenían las lámparas encendidas corrieron a su encuentro; circundados por ellas, los novios entraron en la casa para la conclusión de la ceremonia (el acompañamiento de la novia por parte de las vírgenes hasta el aposento nupcial). Entraron los novios en la casa y la puerta fue cerrada: quien estaba fuera, fuera se quedó. Esto les pasó a las cinco vírgenes necias, las cuales regresaron con el aceite, pero se encontraron con la puerta cerrada: fue inútil que golpearan hasta herirse las manos y gimiendo: "¡Señor, señor, ábrenos! Somos del cortejo de la boda; somos las vírgenes propiciatorias, elegidas para dar honor y buena fortuna a tu tálamo".

El novio, desde la parte alta de la casa, dejando un momento solos a los invitados más íntimos, de los que se estaba despidiendo mientras la novia entraba en la cámara nupcial, dijo: "En verdad os digo que no os conozco. No sé quiénes sois. No he visto vuestros rostros jubilosos alrededor de mi amada. Sois usurpadoras. Quedaos pues, fuera de la casa de la boda". Y las

cinco necias se marcharon llorando, por los caminos oscuros, con sus lámparas, que ya no le hacían falta, con sus vestiduras ajadas, los velos rasgados, las guirnaldas deshechas, o incluso sin guirnaldas...

Escuchad ahora el significado contenido en la parábola.

A1 principio os he dicho que el Reino de los Cielos es la casa del desposorio que Dios celebra con las almas. Todos los fieles están llamados al desposorio celeste, porque Dios ama a todos sus hijos: para unos antes, para otros después, se presenta el momento del desposorio; y el hecho de haber llegado a él es gran ventura. Escuchad lo que os digo ahora. No ignoráis que las jóvenes consideran un honor y una suerte el ser llamadas para formar el cortejo de la novia. Apliquemos a nuestro caso concreto los personajes; veréis como entenderéis mejor.

El Esposo es Dios; la esposa, el alma de un justo a la que - habiendo cumplido el período de su noviazgo en la casa del Padre, es decir, velando por la doctrina de Dios y obedeciéndola y viviendo según la justicia - acompañan a la casa del Novio para celebrar el matrimonio. Las vírgenes del cortejo son las almas de los fieles que, siguiendo el ejemplo de la novia - haber sido elegida por su Prometido por sus virtudes es signo de que era un ejemplo vivo de santidad - tratan de alcanzar este mismo honor santificándose.

*Su vestido es blanco*, está limpio, lozano; blancos son sus velos; están coronadas de flores. Llevan lámparas encendidas en sus manos. Las lámparas están muy limpias; su mecha, embebida del más puro aceite, para que no despida mal olor.

*Su vestido es blanco.* La justicia, cuando se practica firmemente, da vestido blanco (que - pronto - un día se hará blanquísimo, sin el más lejano recuerdo de mancha alguna, de una blancura supranatural, angélica).

*Su vestido está limpio*. Es necesario tener, con la humildad, siempre limpio el vestido. Es muy fácil empañar la pureza del corazón. Quien no tiene corazón limpio no puede ver a Dios. La humildad es como agua que lava. Quien es humilde se da cuenta enseguida – su ojo no está empañado por el humo del orgullo - de que ha manchado su vestido y corre hacia su Señor y dice: "He privado de pureza a mi corazón. Lloro para purificarme. A tus pies lloro. ¡Sol mío, da blancura con tu benigno perdón, con tu amor paterno, a este vestido mío!".

*Un vestido lozano.* ¡Ah, la lozanía del corazón!: los niños la tienen por don de Dios; los justos, por don de Dios y por su propia voluntad; los santos, por don de Dios y por la voluntad llevada al heroísmo... ¿Y los pecadores, que tienen el alma lacerada, quemada, envenenada, sucia?, ¿no podrán volver a tener jamás un vestido lozano? No, no, sí que pueden. Ya desde el momento en que se miran con repulsa empiezan a tener esta lozanía; la aumentan cuando deciden cambiar de vida; la perfeccionan cuando, con la penitencia, se lavan, se desintoxican, se medican, reconstituyen su pobre alma. Con la ayuda de Dios - que no niega su santo auxilio a quien se lo pide -, con su propia superheroica voluntad - su trabajo es doble, triple, o séxtuplo, pues en ellos no se trata de tutelar lo que tienen, sino de reconstruir lo que ellos mismos han echado por tierra - y con penitencia incansable, implacable, respecto a ese yo que fue pecador, los pecadores restituyen la lozanía infantil a su alma, preciosa ahora por su experiencia, que los hace maestros de otros que son como eran ellos, es decir, pecadores.

*Velos blancos.* ¡Es la humildad! Tengo dicho: "Cuando oréis o hagáis penitencia, que el mundo no se percate de ello". En los libros sapienciales está escrito: "No se debe revelar el secreto del Rey". La humildad es ese velo cándido y protector que recubre el bien que hacemos y el bien que Dios nos concede. No se gloríe - necia gloria humana - el corazón por el amor de privilegio concedido por Dios: inmediatamente le sería arrebatado el don; cante, más bien, internamente a su Dios: "Mi alma te ensalza, Señor... porque has vuelto tu mirada a la pequeñez de tu sierva"».

Jesús interrumpe brevemente su discurso y fija su mirada en su Madre, que, muy ruborizada bajo su velo, se inclina mucho como si quisiera ordenar los cabellos del niño, que está sentado a sus pies, en realidad lo que quiere es celar la emoción que siente a causa de su recuerdo...

*Coronada de flores.* El alma debe trenzarse diariamente su propia guirnalda de actos virtuosos, porque en presencia del Altísimo no debe haber nada ajado, ni se puede tener aspecto desaliñado. Diariamente, he dicho. El alma, efectivamente, no sabe cuándo Dios-Esposo puede aparecer para decir: "Ven". Así que no puede uno cansarse jamás de renovar la corona. No tengáis miedo. Las flores marchitan pero las de las coronas de virtudes no marchitan. El ángel de Dios que todo hombre tiene a su lado recoge a diario estas guirnaldas y las lleva al Cielo: allí harán de trono al nuevo bienaventurado cuando, como esposa en la casa nupcial, entre.

*Tienen las lámparas encendidas.* Para honrar a su Esposo y como luz para el camino. ¡Qué fúlgida es la fe, qué dulce amiga! Su llama es radiante como una estrella, risueña por la seguridad que le da su certidumbre; hace luminoso incluso al instrumento que la sujeta. La carne del hombre alimentado de fe, incluso la carne, parece, ya en este mundo, hacerse más luminosa y espiritual, inmune a una depauperación precoz; porque quien cree se apoya en las palabras y 1os mandamientos de Dios, que es su fin, para alcanzarlo, siendo así que se mantiene lejos de todo tipo de corrupción, y no sufre turbaciones, miedos, remordimientos, ni se ve obligado a recordar sus mentiras o a esconder sus malas acciones, y se conserva en la lozanía y juventud de la hermosa incorrupción del santo. Su carne, su sangre, su mente, su corazón están limpios de toda lujuria, para contener así el aceite de la fe, para lucir sin producir humo. La voluntad constante nutrirá siempre esta luz. La vida de cada día, con sus desilusiones, constataciones, contactos, tentaciones, roces, tiende a reducir la fe ¡Esto no debe suceder! Id cada día a la fuente del óleo suave, sapiencial, de Dios. Mas la lámpara escasamente alimentada puede apagarse con el más ligero viento o por el relente denso de la noche. La noche... la hora de las tinieblas, del pecado, de la tentación, les llega a todos: es la noche, para el alma. Pero, si ésta está henchida de fe la llama no podrá ser apagada por el viento del mundo o por la calina de las sensualidades.

En fin, vigilancia, vigilancia, vigilancia. Aquel que, imprudente, se confía diciendo: "Dios llegará antes de que me quede sin luz", o quien se induce a sí mismo a dormir antes que a velar (¡además duerme sin aquello que necesitaría para estar listo inmediatamente a la primera llamada!), o aquel que espera al último momento para procurarse el aceite de la fe o la mecha fuerte de la buena voluntad... incurren en el peligro de *quedarse fuera* cuando llegue el Esposo. Velad, por tanto, con prudencia, constancia, pureza, confianza, para estar siempre preparados cuando llame Dios, porque en realidad no sabéis cuándo vendrá Él.

Queridos discípulos míos, no quiero induciros a temblar ante Dios; antes bien, quiero promover en vosotros la fe en su bondad. Tanto los que os quedáis como los que os marcháis, pensad que, si hacéis lo que hicieron las vírgenes sensatas, seréis llamados no solamente a formar el cortejo del Esposo, sino que - como en el caso de la joven Ester, que fue nombrada reina en sustitución de Vastí - seréis escogidos y elegidos como esposas, pues el Esposo "habrá encontrado en vosotros toda gracia y la mayor complacencia". A los que os marcháis os bendigo; llevad en vosotros estas palabras mías, transmitídselas a vuestros compañeros. La paz del Señor esté siempre con vosotros.

Jesús se acerca a los campesinos para reiterarles su saludo. Juan de Endor le susurra:

-Maestro, ya está aquí Judas...

-No importa. Acompáñalos al carro y haz lo que te he indicado.

La asamblea se disuelve lentamente. Muchos hablan con Lázaro... el cual se vuelve a Jesús - que, habiendo dejado ya a los campesinos, estaba viniendo en este sentido - y le dice:

-Maestro, los corazones de Betania quieren oír todavía tu palabra; háblanos antes de marcharte.

-Declina el día, pero el ambiente está tranquilo y sereno... Si queréis reuniros en los prados recientemente segados, os hablaré antes de marcharme de esta ciudad amiga. O, si no, mañana, al alba. Sí, llega la hora de despedirnos.

-¡Luego! ¡Esta noche! - gritan todos.

-Como queráis. Ahora retiraos. A la mitad de la primera vigilia os hablaré...

Y, en efecto, incansable - mientras el sol y el recuerdo del arrebol de la tarde desaparecen y se alza el primer estridor de grillos inseguro y solitario - Jesús va adentrándose en un prado segado recientemente, en que la languideciente hierba crea una alfombra de penetrante y suave fragancia. Le siguen los apóstoles, las Marías, Marta y Lázaro con los de su casa - entre los sirvientes veo a 1os dos que en el Monte de las Bienaventuranzas hallaron consuelo para sus días: el anciano y la mujer -, Isaac con los discípulos, y... yo diría que toda Betania.

Jesús se detiene para bendecir al patriarca; éste le besa la mano llorando y acariciando al niño, que va al lado de Jesús; al niño le dice:

-¡Dichoso tú, que lo puedes seguir siempre! ¡Escúchame, hijo: sé bueno; gran ventura la tuya, gran ventura; sobre tu cabeza pende una corona!... ¡Dichoso tú!

Una vez que han terminado todos de colocarse, Jesús empieza e hablar.

-Ahora que se han marchado estos pobres amigos necesitados con mucho consuelo en la esperanza, o mejor, en la certeza, de que basta conocer poco para ser admitidos en el Reino de Dios, en la certeza de que basta un mínimo de verdad sobre cuyo fundamento trabaje la buena voluntad, me dirijo a vosotros, mucho menos infelices que ellos, porque os encontráis en condiciones materiales mucho mejores y, además, recibís más ayuda del Verbo: mi amor va a ellos sólo con el pensamiento; aquí, a vosotros, mi amor os llega también con mi palabra. Por tanto, tanto en la tierra como en el Cielo, recibiréis un trato más riguroso, pues a quien más se le dio más se le ha de pedir. Mínimo es el bien de que estos pobres amigos que están regresando a su galera pueden disponer; por el contrario, su dolor es máximo ¿Qué se les puede dar sino promesas de bien? Cualquier carga sería superflua, pues os digo en verdad que de por sí su vida es penitencia y santidad y nada más se les debe imponer. En verdad os digo también que, como verdaderas vírgenes sensatas, ellos no dejarán que sus lámparas se apaguen antes de la hora de su llamada. No, no la dejarán apagarse; esta luz es todo el bien que poseen y no pueden dejar que se apague.

En verdad os digo que, como Yo estoy en el Padre, así los pobres están en Dios. Por esto, Yo, Verbo del Padre, he querido nacer y permanecer pobre. En efecto, entre los pobres me siento más cerca del Padre, que ama a los más pequeños, y es amado por ellos con todas sus fuerzas. Los ricos poseen muchas cosas; los pobres, sólo a Dios. Los ricos tienen amigos, los pobres están solos. Los ricos tienen muchas consolaciones, los pobres no. Los ricos se divierten, los pobres sólo trabajan. Todo es fácil para los ricos, por su dinero. Los pobres tienen, además, la cruz del temor a las enfermedades y a las carestías, pues significarían para ellos hambre y muerte. Mas los pobres poseen a Dios. Dios, amigo suyo, Consolador suyo; É1 los distrae de su penoso presente con esperanzas celestiales; a El se le puede decir *(y ellos* saben decirlo, lo dicen precisamente por ser pobres y humildes y estar solos): "Padre, socórrenos con tu misericordia".

Esto lo estoy diciendo aquí, en esta tierra, que es de Lázaro, amigo mío y de Dios a pesar de que sea muy rico. Puede parecer extraño. Lázaro es la excepción de los ricos. Lázaro ha alcanzado esa virtud, dificilísima de encontrar en la tierra y aún más difícil de practicarse por enseñanza ajena, que es *la virtud de la libertad respecto a las riquezas.* Lázaro es un hombre justo, no se ofende, no se puede ofender porque sabe que es el rico-pobre, por lo cual mi crítica celada no le toca. Lázaro es justo y reconoce que en el mundo de los grandes sucede como Yo digo. Por lo cual afirmo: en verdad, en verdad os digo que es mucho más fácil que esté en Dios un pobre que un rico, y os digo que en el Cielo del Padre mío y vuestro muchos asientos serán ocupados por aquellos que en la tierra sufrieron, cual polvo que se pisa, el desprecio, por ser los más pequeños.

Los pobres guardan en su corazón las perlas de las palabras de Dios; son su único tesoro. Quien no tiene más que un bien lo custodia; el que tiene muchos se aburre, se distrae, es soberbio y sensual. Así, este último no admira con ojos humildes y enamorados el tesoro ofrecido por Dios; lo confunde con otros tesoros - las riquezas de la tierra -, valiosos sólo en apariencia, y piensa: "¡Si escucho a éste, que es semejante a mí en cuanto a la carne, será por condescendencia!"; y hace insensible, con los sabores fuertes de la sensualidad, su capacidad de distinguir el sabor de lo sobrenatural: sabores fuertes... cargados de especias para confundir su hedor y su sabor a cosa podrida...

Escuchad, y entenderéis mejor cómo los cuidados de este mundo, las riquezas, la crápula, impiden entrar en el Reino de los Cielos. Un rey celebraba las nupcias de su hijo. ¡Imaginaos qué fiesta habría en palacio! Era su único hijo, que, llegado a la plena edad, se casaba con su amada. El padre y rey quiso que todo fuera alegría en torno a la de su amado hijo, que por fin se casaba con su elegida. Entre las muchas celebraciones nupciales organizó un gran banquete; lo preparó con tiempo, cuidando de todos los detalles, para que resultase espléndido y digno de las bodas del hijo del rey.

Envió a los siervos, también con suficiente tiempo, para decir a los amigos, a los aliados y a los grandes del reino, que habían sido fijadas las nupcias para esa fecha, por la tarde, y que estaban invitados; que vinieran para dar un digno marco a la figura del hijo del rey. Pero... ni amigos, ni aliados, ni grandes del reino aceptaron la invitación.

Entonces el rey, dudando de que los primeros siervos hubieran referido las cosas correctamente, envió a otros siervos, para que insistieran con estas palabras: "¡Os rogamos que vengáis! Todo está preparado. La sala está aparejada, hemos traído de los más distintos lugares vinos preciados, en las cocinas están amontonados bueyes y animales cebados en espera de ser guisados, las esclavas ya están amasando la harina para hacer dulces, o machacando en los morteros las almendras para hacer finísimas gollerías enriquecidas con los más exóticos aromas. Las mejores bailarinas y los mejores músicos han sido ya contratados para la fiesta. Venid, pues, para no hacer vano tanto aparato".

Pero los amigos, los aliados y los grandes del reino o rechazaron la invitación, o dijeron: "Tenemos otros quehaceres", o fingieron aceptar la invitación pero luego fueron a sus cosas (quién al campo, quién a sus ocupaciones, quién a cosas menos nobles). Incluso hubo quien, molesto por tanta insistencia - porque el siervo del rey insistía: "No le niegues al rey esto, pues te podría causar algún mal" - mató al siervo para hacerlo callar.

Los siervos volvieron y refirieron al rey todo. El rey se encendió de cólera y mandó a su ejército para castigar a los asesinos de sus siervos y a los que habían despreciado su invitación; se reservó premiar a los que habían prometido que irían. Pero llegada la tarde de la fiesta, a la hora establecida, no vino ninguno.

E1 rey, indignado, llamó a los siervos y dijo: "No ha de suceder que mi hijo no tenga a nadie que le celebre en esta tarde de sus nupcias. El banquete está preparado. Los invitados no son dignos de él. A pesar de todo, el banquete nupcial de mi hijo ha de celebrarse. Id pues, a las plazas y a los caminos, colocaos en los cruces, parad a los que pasan, congregad a los que veáis ociosos; traedlos aquí; que la sala se llene de gente festiva".

Y fueron los siervos, y recorrieron los caminos, se diseminaron por las plazas, por los cruces, y reunieron a todos los que encontraron, buenos o malos, ricos o pobres, y los condujeron a la morada real (previamente les habían procurado los medios para estar en condicione dignas de entrar en la sala del banquete de bodas). Los guiaron hasta la sala, y la sala se llenó, como el rey quería, de gente festiva.

Mas he aquí que, habiendo entrado el rey en la sala, para ver si ya podía empezar la fiesta, vio a uno que, a pesar de las facilidades que le dieron los siervos de ir bien presentado, no llevaba vestido de bodas. Le preguntó: "¿Cómo es que has entrado aquí sin el vestido de bodas?". Este no supo qué responder, porque, en efecto, no tenía nada que lo pudiera disculpar. Entonces el rey llamó a los siervos y les dijo: "Tomad a éste, atadlo de pies y manos y arrojadlo fuera de mi casa, a las tinieblas y al lodo helador: ahí llorará y le rechinarán los dientes, como ha merecido por su ingratitud y por la ofensa que me ha infligido - más que a mí a mi hijo - al entrar con vestido pobre y sucio en la sala del banquete, donde no debe entrar nada que no sea digno de la sala y de mi hijo".

Como podéis ver, los cuidados de este mundo, la avaricia, la sensualidad, la crueldad, provocan la ira del rey y hacen que jamás estos hijos de las preocupaciones vuelvan a entrar en la casa del Rey. Podéis también ver cómo entre los llamados, por amor al hijo, hay quien recibe castigo.

¡Cuántos, hoy día, en esta tierra a la que Dios ha enviado a su Verbo! Dios verdaderamente ha invitado, a través de sus siervos - y los seguirá invitando, cada vez más impelentemente a medida que se va acercando la hora de mi Desposorio -, a amigos, a aliados, a los grandes de su pueblo. Mas no responderán a la invitación, porque son falsos aliados, falsos amigos, grandes sólo de nombre pues son mezquinos.

Jesús va elevando cada vez más la voz. Sus ojos - a la luz del fuego que ha sido encendido entre Él y los que le escuchan, para iluminar esta noche en que todavía falta la Luna, que está en fase menguante - lanzan destellos de luz como si fueran dos gemas.

Sí, son mezquinos. Ya se ve por qué no comprenden el deber y el honor que supone la adhesión a la invitación del Rey. Soberbia, dureza, lujuria crean un baluarte en torno a su corazón. Siendo malos, me odian a mí, a mí, y por eso no quieren venir a mis bodas. No quieren venir. Prefieren unirse a la sucia política, al dinero (más sucio todavía), a la sensualidad (sucísima). Prefieren el cálculo astuto, la conjura, la ratera conjura, la celada, el delito.

Yo condeno todo esto en nombre de Dios. Se odia por tanto la voz que habla y la misma fiesta, objeto de la invitación. En *este* pueblo han de ser identificados los que matan a los siervos de Dios (los profetas, siervos hasta este momento; mis discípulos, siervos de hoy en adelante), aquí están; y también los que, pretendiendo burlarse de Dios, dicen: "Sí. Iremos", pensando para sus adentros: "^Ni soñarlo!". Todo esto es una realidad en Israel.

Y el Rey del Cielo, para que su Hijo goce de un digno aderezo de bodas, dispondrá que vayan a los cruces de caminos para congregar a todos aquellos que no son amigos o grandes o aliados sino simplemente pueblo que pasa. La convocatoria ha comenzado ya, de mi propia mano, de mi mano de Hijo y siervo de Dios. Indiscriminadamente vendrán... De hecho ya han venido. Yo los ayudo a asearse y engalanarse para la fiesta de bodas.

¡Ah, pero habrá, para desgracia propia, quien se aproveche indignamente de esta magnificencia de Dios - que le ofrece perfumes y vestiduras regias para que pueda aparecer como en realidad no es, o sea, rico y noble -, y se aproveche para seducir, para obtener una ganancia...! ¡Oh, individuo de alma torva, atrapado por el repugnante pulpo de todos los vicios...! Éste sustraerá perfumes y vestidos para obtener una ilícita ganancia, para usarlos no en las bodas del Hijo sino en sus bodas con Satanás.

Sí, esto sucederá - en efecto, muchos son los llamados, mas pocos los que, por saber perseverar en la llamada, alcanzan la elección-; pero también sucederá que estas hienas, que prefieren la carroña al alimento fresco, serán arrojados, como castigo, fuera de la sala del Banquete, a las tinieblas y al fango de un lodazal eterno en que Satanás emite su horrible risa estridente por cada triunfo sobre un alma, y en que resuena, eterno, el llanto desesperado de los mentecatos que siguieron al Delito en vez de seguir a la Bondad que los había llamado.

Alzaos. Vamos a descansar. Os bendigo a todos, habitantes de Betania. Os bendigo y os doy mi paz. Te bendigo a ti especialmente Lázaro, amigo mío, y a ti, Marta. Bendigo a mis discípulos, a los primeros y a los nuevos. Yo los envío por el mundo, a invitar para las bodas del Rey. Arrodillaos, que voy a bendeciros a todos. Pedro, di 1a oración que os he enseñado, dila aquí, a mi lado, en pie, porque así debe decirla quien ha sido destinado por Dios para ello.

Toda la asamblea se arrodilla sobre la hierba. En pie sólo están Jesús, con su vestidura de lino, alto, guapísimo, y Pedro, vestido de marrón oscuro, encendido de emoción, casi tembloroso, recitando la oración con esa voz suya no bonita pero sí viril, lentamente por miedo a equivocarse: «Padre nuestro...».

Se oye algún sollozo... de hombre, de mujer...

Margziam, arrodillado justo delante de María, que le mantiene unidas sus manitas, mira con una sonrisa de ángel a Jesús, y dice bajo:

-¡Mira, Madre, qué guapo!; y también mi padre, ¡qué guapo' Parece estar en el Cielo... ¿Estará aquí mi madre viendo?

María susurra:

-Sí, tesoro, está aquí; está aprendiendo la oración - y le da un beso.

-¿Y yo? ¿La voy a aprender?

-Ella te la susurrará en el alma mientras duermes, y yo te la repetiré de día.

El niño echa hacia atrás su cabecita morena y la apoya en el pecho de María, y se queda así mientras Jesús lleva a cabo la siempre solemne bendición mosaica.

Acabado el gesto, todos se ponen en pie, y se marcha cada uno a su casa; sólo Lázaro sigue todavía a Jesús. Luego entra con Él en la casa de Simón para estar aún en su compañía. Entran también todos los demás. Judas Iscariote, avergonzado, se pone en un rincón semioscuro: no se atreve a acercarse a Jesús, como hacen los demás...

Lázaro se congratula con Jesús. Dice:

-Siento que te marches, pero estoy más contento que si te hubiera visto marcharte anteayer.

-¿Por qué, Lázaro?

-Porque te veía muy triste y cansado... No hablabas, sonreías poco... Ayer y hoy has vuelto a ser mi santo y dulce Maestro. Me alegro mucho...

-Lo era, aunque guardase silencio...

-Lo eras, sí; pero Tú eres no sólo serenidad sino también palabra. Esto buscamos en Ti. En estas fuentes bebemos nuestra fuerza, y estas fuentes parecían sin agua... Penosa era nuestra sed... Ya ves cómo hasta incluso a los gentiles los ha sorprendido, y han venido a buscarlas...

Judas Iscariote, al cual se había acercado Juan de Zebedeo, se decide a hablar:

-Sí, me habían preguntado también a mí... porque muchas veces estaba cerca de la Torre Antonia, con la esperanza de verte.

-Sabías dónde estaba - responde escuetamente Jesús.

-Lo sabía. Pero no pensaba que pudieras decepcionar a quienes te esperaban. Los romanos también se sintieron decepcionados. No entiendo por qué has actuado así...

-¿Y tú me lo preguntas? ¿No estás al corriente del estado de ánimo del Sanedrín, de los fariseos y de otros, respecto a mí?

-¿Quieres decir que tenías miedo!

-No. Náusea. E1 año pasado, estando solo - uno solo contra todo un mundo que ni siquiera sabía si Yo era profeta -, mostré que no tenía miedo. Y tú fuiste ganado con mi audacia. Hice oír mi voz contra todo un mundo de gente que gritaba; hice oír la voz de Dios a un pueblo que se había olvidado de ella; purifiqué la Casa de Dios de las inmundicias materiales que tenía. No pretendía limpiarla de las bajezas morales, mucho más graves, que en ella anidan, porque no ignoro el futuro de los hombres. Lo hice para cumplir mi deber; por celo de la Casa del Señor eterno, la cual se había convertido en una plaza vociferadora de mercachifles, usureros y ladrones; lo hice para remover de su sopor a quienes siglos de abandono sacerdotal habían hecho caer en el letargo espiritual. Fue el reclamo que debía congregar a mi pueblo, para llevarlo a Dios... Este año he vuelto... He visto que el Templo sigue lo mismo... Incluso ha empeorado. Ha pasado de ser cueva de ladrones a ser sede de conjura, y será sede del Delito, y luego lupanar, para terminar destruido a manos de una fuerza más poderosa que la de Sansón que aplastará a una casta indigna de llamarse santa. Es inútil hablar en ese lugar, en el cual, además – te lo recuerdo - se me prohibió hablar. ¡Pueblo desleal a la palabra dada, envenenado en sus cabezas, pueblo que osa poner veto a que la Palabra de Dios hable en su Casa! Sí, me fue prohibido. He guardado silencio por amor a los más pequeños. No ha llegado todavía la hora en que habrán de matarme. Son demasiados los que tienen necesidad de mí, y mis apóstoles no son todavía suficientemente fuertes como para recibir en sus brazos a mi prole: el Mundo. No llores, Madre buena; perdona esta necesidad de tu Hijo de decir, a quien quiere o puede engañarse, la verdad que sé... Yo callo... pero, ¡ay de aquellos por los cuales Dios calla!... ¡Madre, Margziam, no lloréis!... ¡Que nadie llore! ¡Os lo ruego!

Pero en realidad todos, con más o menos pena, lloran.

Judas, pálido como un muerto, con ese indumento suyo de rayas amarillas y rojas, tiene la osadía de insistir, con una voz gimoteadora y ridícula:

-Créeme, Maestro, que estoy sorprendido y apenado No sé qué quieres decir... Yo no sé nada... La verdad es que no he visto a ninguno de los del Templo, pues he roto los contactos con todos Pero, si Tú lo dices, será verdad...

-¡Judas!... ¿Tampoco has visto a Sadoq?

Judas baja la cabeza y farfulla:

-Es un amigo... Lo he visto como amigo, no como uno del Templo...

Jesús no le responde; se vuelve a Isaac y a Juan de Endor para darles algunas recomendaciones relativas a su trabajo. Entretanto las mujeres consuelan a María, que está llorando, y al niño, que llora al ver llorar a María. También a Lázaro y a los apóstoles se les ve apenados.

Jesús, que presenta de nuevo su dulce sonrisa, se acerca a ellos, y mientras abraza a su Madre y acaricia al niño, dice:

-Me despido de los que se quedan, porque mañana al alba nos pondremos en camino. Adiós, Lázaro; adiós, Maximino. José, te agradezco todos los detalles que has tenido con mi Madre y con las discípulas en este período de espera mientras Yo llegaba. Gracias por todo. Tú, Lázaro, bendice de nuevo a Marta en mi nombre. Volveré pronto. Ven, Madre, a descansar; también vosotras, María y Salomé, si queréis venir.

-¡Sí, claro que vamos! - dicen las dos Marías.

-¡Pues, hala, a la cama! Paz a todos. Dios esté con vosotros. Hace un gesto de bendición y sale, llevando de la mano al niño y estrechando a su Madre...

La estancia en Betania ha terminado.

## 207

## En la gruta de Belén la Madre evoca el nacimiento de Jesús

Dejada Betania con la primera sonrisa de la aurora, Jesús se dirige a Belén; a su lado van su Madre, María de Alfeo y María Salomé; le siguen los apóstoles; el niño, por el contrario, le precede, y encuentra motivo de contento en todo lo que ve: las mariposas que se están despertando, los pajaritos que cantan o picotean en el sendero, las flores que resplandecen por los diamantes del rocío, el hecho de que aparezca un rebaño en que se oye el balido de muchos corderitos. Una vez atravesado el torrente que está al sur de Betania - todo espuma risueña entre los cantos -, la comitiva se dirige hacia Belén, pasando entre dos órdenes de colinas enteramente verdes de olivos y viñedos con algunos - pequeños - campos dorados de grano aviado ya a la siega. El valle es fresco; el camino, bastante cómodo.

Simón de Jonás se adelanta y alcanza al grupo de Jesús. Pregunta:

-¿Por aquí se va a Belén? Juan dice que la otra vez habéis ido por otro camino.

-Es verdad - responde Jesús - pero porque veníamos de Jerusalén. Por aquí es más corto. Cuando lleguemos al sepulcro de Raquel, que quieren verlo las mujeres, nos separaremos, como hace tiempo habéis decidido. Mi Madre quiere ir a Betsur. Allí nos reuniremos de nuevo.

-Sí, lo dijimos... ¡Pero, sería tan hermoso que estuviéramos todos presentes!... especialmente la Madre... que, a fin de cuentas, es la Reina de Belén y de la Gruta, y conoce todo a la perfección. Si lo contara Ella, creo que sería distinto.

Jesús mira a Simón, que insinúa dulcemente su deseo, y sonríe.

-¿Qué gruta, padre? - pregunta Marziam.

-La gruta donde nació Jesús.

-¡Ah, muy bien! ¡Voy yo también!...

-¡Sería precioso! - dicen María de Alfeo y Salomé.

-¡Precioso!... Significaría volver al pasado, a cuando el mundo te ignoraba... Te ignoraba, sí, pero todavía no te odiaba. Significaría encontrar de nuevo el amor de las personas sencillas que supieron sólo creer y amar, con humildad y fe... Significaría depositar en el pesebre este peso de amargura que oprime mi corazón desde que sé lo mucho que te odian... Debe haber quedado todavía en el pesebre la dulzura de tu mirada, de tu respirar, de tu titubeante sonrisa... y ello me acariciaría el corazón, ¡este corazón mío tan lleno de amargura!...

María habla despacio, entre anhelante y afligida.

-Pues entonces vamos a ir, Mamá. Condúcenos tú al lugar. Hoy eres tú la Maestra y Yo el Niño que ha de aprender.

-¡No, Hijo! Tú eres siempre el Maestro...

-No, Mamá. Simón de Jonás tiene razón en lo que ha dicho. En la tierra de Belén tú eres la Reina. Es tu primer castillo. María, de la estirpe de David, guía a este pequeño pueblo a tu morada.

Judas Iscariote hace ademán de hablar, pero no dice nada. Jesús que se ha dado cuenta del gesto y lo ha interpretado, dice:

-Si a1guno, por cansancio u otro motivo, no quiere venir, que libremente prosiga hacia Betsur.

Pero ninguno habla.

Prosiguen el camino por este fresco valle que va en dirección este- oeste. Luego giran levemente hacia el norte para bordear un entrante de un collado, y llegan así al camino que de Jerusalén conduce a Belén, justo a la altura de un cubo - la tumba de Raquel - que culmina en una pequeña cúpula orbicular. Todos se acercan para orar con reverencia.

-Aquí nos detuvimos yo y José... Está todo igual. Lo único distinto es la estación: en aquel entonces era un frío día de Kisléu. Había llovido, los caminos estaban embarrados; luego se había levantado un viento helador y quizás había caído escarcha durante la noche Los caminos estaban endurecidos, pero, recorridos todos ellos por carros y por mucha gente, parecían un mar lleno de hoyos. Se hacía muy trabajoso para mi burrito...

-¿Y para ti no, Madre?

-¡Yo te tenía a ti!... - La expresión de beatitud con que lo mira es verdaderamente conmovedora.

Unos instantes después, sigue hablando:

-Atardecía. José estaba muy preocupado... Se estaba levantando un viento que cortaba, y cada vez soplaba más fuerte... La gente que iba hacia Belén apresuraba su paso. Chocaban unos con otros. Muchos decían insolencias contra mi burrito, por lo

despacio que iba, buscando el lugar donde apoyar sus pezuñas... Parecía como si supiera que Tú estabas ahí... durmiendo el último sueño en la cuna de mis entrañas. Hacía frío... pero yo ardía por dentro. Te sentía llegar... ¿Llegar? Podrías decir: "Mamá, Yo ya estaba desde hacía nueve meses". Sí. Pero ahora era como si vinieras del Cielo. El Cielo descendía, se plegaba hacia mí, y yo veía sus resplandores... Veía a la Divinidad arder de gozo por tu inminente nacimiento, y ese fuego me traspasaba, me incendiaba, me abstraía... de todo... Frío... viento... gente... ¡Nada! Yo veía a Dios... De tanto en tanto, con esfuerzo, lograba volver con mi espíritu a esta tierra, y sonreía a José, que temía al frío y al cansancio por mí, y que iba guiando al burrito por temor a que tropezase, y que me arropaba con la manta porque temía que me enfriase... Mas nada podía suceder. No sentía los bamboleos. Me parecía ir por un camino de estrellas, entre nubes cándidas, sujetada por ángeles... Y sonreía... Primero a ti... Te veía dormir, capullo mío de azucena, a través de la barrera de la carne, con los puñitos apretados en tu camita de rosas vivas... Luego sonreía a mi esposo, que estaba profundamente afligido, para infundirle ánimo... Luego a la gente, que no sabía que estaba respirando ya en el aura del Salvador...

Nos detuvimos cerca de la tumba de Raquel, para que descansase un momento el borriquillo y para comer un poco de pan y unas aceitunas, nuestras provisiones de pobres. Pero yo no tenía hambre. No podía tener hambre... Me alimentaba mi alegría... Reanudamos el camino... Venid, os voy a decir dónde encontramos al pastor... No penséis que puedo equivocarme; estoy reviviendo aquella hora, veo y reconozco cada uno de los lugares porque veo a través de una gran luz angélica. Quizás la muchedumbre angélica está de nuevo aquí, invisible para los cuerpos, pero visible para las almas con su luminoso candor, y todo se hace patente, todo queda señalado. Ellos no pueden equivocarse, y me guían... para alegría mía y vuestra. Mirad, desde aquel campo a éste vino Elías con sus ovejas. José le pidió un poco de leche para mí. Allí, en aquel prado, estuvimos detenidos mientras él extraía la leche tibia, reconstituyente, y daba algunos consejos a José. Venid, venid... Mirad, éste es el sendero de la última hondonada antes de Belén. Lo elegimos porque el camino principal, en las cercanías de la ciudad, era todo un barullo de gente y cabalgaduras...

¡Ahí está Belén! ¡Oh, entrañable tierra de mis padres, que me diste el primer beso de mi Hijo! ¡Te abriste, buena y fragante, como el pan que te da el nombre, (*Belén significa "casa del pan")* para dar Pan verdadero al mundo mortalmente hambriento! ¡Me abrazaste, tú, tierra que conservas el materno amor de Raquel, como una madre; tierra santa de la davídica Belén; primer templo del Salvador, de la Estrella de la mañana nacida de Jacob para señalar la ruta del Cielo a toda la Humanidad! ¡Fijaos cuán bella está en esta primavera! ¡También entonces, a pesar de que los campos y los viñedos aparecieran desnudos, era hermosa! Un velo leve de escarcha tornaba a resplandecer en las desnudas ramas, que aparecían espolvoreadas de diamantes, como envueltas en un impalpable cendal paradisíaco. Las chimeneas de todas las casas humeaban, pues llegaba la hora de la cena. El humo, subiendo escalonadamente los rellanos hasta llegar a este límite, mostraba a la propia ciudad también velada...

Todo se sentía casto, recogido, en espera... ¡de ti, de ti, Hijo! La tierra te sentía llegar... Te habrían sentido también los betlemitas, porque no son malos, a pesar de que no lo creáis. No podían ofrecernos alojamiento... En las casas honradas y buenas de Belén, se apiñaban, arrogantes como siempre, sordos y soberbios, los que hoy lo siguen siendo; ésos no podían sentirte a ti... ¡Cuántos fariseos, saduceos, herodianos, escribas, esenios había! ¡Cuántos!... Su embotamiento de ahora sigue siendo manifestación de su dureza de corazón de entonces. Cerraron su corazón al amor a su pobre hermana aquella noche y se quedaron - y todavía lo están - en las tinieblas. Desde aquél momento, rechazando el amor al prójimo, rechazaron a Dios. Venid. Vamos a la gruta. Es inútil entrar en la ciudad. Los mejores amigos de mi Niño ya no están. Queda la naturaleza amiga, con sus piedras, su riachuelo, su leña para encender fuego; la naturaleza que sintió la llegada de su Señor... Sí, venid sin vacilación. Se tuerce por aquí... Allí están las ruinas de la Torre de David: ¡la aprecio más que a un palacio! ¡Benditas ruinas! ¡Bendito riachuelo! ¡Bendito árbol que, como por milagro, te despojaste, con el viento, de muchas de tus ramas para que encontrásemos leña y pudiéramos encender fuego!

María baja ligera hacia la gruta, atraviesa el pequeño riachuelo por una tabla que hace de puente, corre hacia el espacio abierto que hay delante de las ruinas y cae de rodillas a la entrada de la gruta, y se curva para besar su suelo. La siguen todos los demás. Están emocionados... El niño, que no la deja ni un instante, parece estar escuchando una historia maravillosa; sus ojitos negros beben las palabras y los gestos de María sin perderse ni uno solo.

María se pone en pie y entra diciendo:

-¡Todo, todo como entonces!... Pero en aquella ocasión era de noche... José me hizo luz para que entrase. Entonces, sólo entonces desmontando del borriquillo, sentí lo cansada y helada que estaba. Un buey nos saludó. Me acerqué a él para sentir un poco de calor para apoyarme sobre el heno... José, aquí, donde estoy yo, extendió heno para hacerme un lecho. Lo había secado a la llama que estaba encendida en aquel rincón; para mí y para ti, Hijo... porque era bueno como un padre, con su amor de esposo-ángel... Y los dos de la mano, como dos hermanos perdidos en la oscuridad de la noche, comimos nuestro pan y nuestro queso; luego él fue allí, a alimentar el fuego, y se quitó el manto para tapar la abertura... En realidad, había corrido el velo ante la gloria de Dios que descendía del Cielo, Tú mi Jesús... Y yo permanecí allí, encima del heno, al calorcito de los dos animales, arropada en mi manto y con la manta de lana... ¡Mi amado esposo!... En la conmoción de aquella hora, en que me encontraba sola ante el misterio de la primera maternidad, siempre henchida de lo desconocido para una mujer, y para mí - en mi maternidad única - henchida además del misterio del qué sería ver al Hijo de Dios surgir de carne mortal, José fue para mí como una madre, como un ángel... mi consuelo... entonces y siempre...

Luego, silencio y sueño descendieron y circundaron al Justo... para que no viera lo que para mí era el beso de Dios de cada día... Y, tras el intermedio de las humanas necesidades, he aquí que me llegan las desmesuradas olas del éxtasis, que vienen del mar paradisíaco, y que me elevan de nuevo a lo alto de las crestas luminosas, cada vez más altas, y me llevan arriba, arriba, con ellas, a un océano de luz, de luz, de alegría, paz, amor, hasta verme perdida en el mar de Dios, del seno de Dios... Oigo todavía una voz de la tierra: "¿Duermes, María?". ¡Qué lejana!... ¡Es un eco, un recuerdo de la tierra!... Tan débil que el alma no reacciona. No sé lo que respondo. Mientras, sigo subiendo, subiendo, en esta inmensidad de fuego, de beatitud infinita,

de precognición de Dios... hasta Él, hasta Él. ¡Oh!, pero, ¿te alumbré yo a ti, o fui yo alumbrada por los trinitarios Fulgores aquella noche?, ¿te alumbré yo a ti, o Tú me aspiraste para alumbrarme? No lo sé... Luego el regreso, de coro en coro, de astro en astro, de estrato en estrato, dulce, lento, feliz, sereno, como el de una flor que el águila ha llevado a las alturas para dejarla caer después, y desciende lentamente, en las alas del aire, embellecida por una gema de lluvia, por un pedacito de arco iris arrebatado al cielo, para encontrarse al final en la tierra que la viera nacer... Mi diadema: ¡Tú! Tú sobre mi corazón...

Aquí, sentada, después de haberte adorado, te amé. Por fin pude amarte sin la barrera de la carne; de aquí me desplacé para llevarte al amor de aquel que como yo era digno de estar entre los primeros que te amasen. Aquí, entre estas dos toscas columnas, te ofrecí al Padre. Aquí descansaste por primera vez sobre el pecho de José... Aquí te envolví en pañales y, los dos, te colocamos aquí... Yo te acunaba mientras José secaba el heno al fuego y se lo metía en su pecho para mantenerlo caliente. Luego, allí... adorándote los dos, así, así, inclinados hacia ti, como yo ahora; bebiendo tu respiración, contemplando hasta qué anonadamiento puede conducir el amor; llorando las lágrimas que, ciertamente, se lloran en el Cielo por el gozo inagotable de ver a Dios.

Maria, que ha estado yendo a un lado o a otro mientras evocaba los hechos, señalando los lugares, jadeante de amor, con un destello de llanto en sus ojos azules y una sonrisa en los labios, se inclina realmente hacia Jesús - que está sentado en una piedra grande mientras Ella cuenta - y lo besa en el pelo, llorando, adorándole como entonces.

-Y luego los pastores... dentro, aquí, adorando con su buen corazón, con el intenso hálito de la tierra que con ellos entraba en su olor humano, de rebaños, de heno; y afuera, y por todas partes, los ángeles, adorándote con su amor, con sus cantos (que ninguna criatura humana puede reproducir) y con el amor del Cielo, con la brisa del Cielo que con ellos entraba, que ellos portaban, entre sus fulgores ¡Tu nacimiento, bendito mío!

María se ha arrodillado al lado de su Hijo y llora de emoción con la cabeza reclinada en las rodillas de Jesús. Ninguno de los presentes se atreve a decir nada durante un rato; emocionados en mayor o menor grado, miran en torno a sí, como esperando ver pintada, entre las telas de araña y las ásperas piedras, la escena descrita...

María sale de este momento particular y torna a hablar:

-Bien, he descrito el nacimiento, infinitamente sencillo, infinitamente grande, de mi Hijo. Lo he hecho con mi corazón de mujer, no con la sabiduría de un maestro. No hay más; en efecto, fue la cosa más grande de la tierra, si bien velada bajo las apariencias más comunes.

-Pero, ¿y al día siguiente?, ¿y después? - preguntan muchos de los presentes, entre los cuales las dos Marías.

-¿El día siguiente? ¡Muy sencillo! Hice lo que todas las madres: dar de mamar al niño, lavarlo, ponerle los pañales. Yo calentaba agua del río en el fuego que ardía ahí afuera (para que el humo no hiciera llorar a esos dos ojitos azules); y luego, en el rincón más amparado, en una vieja artesa, lavaba a mi Hijo y le ponía ropita fresca; iba al río a lavar los pañales y los tendía al sol... y luego la alegría más grande, darle el pecho a Jesús... y Él mamaba y tomaba más color y se sentía contento... El primer día, durante la hora más caliente, fui a sentarme ahí afuera para verlo bien. Aquí la luz sólo se filtra, no entra verdaderamente. La lámpara y la llama daban un caprichoso aspecto a las cosas. Salí afuera, al sol... y miré al Verbo encarnado. La Madre conoció entonces a su Hijo; la sierva de Dios, a su Señor: fui mujer y adoradora... Después, la casa de Ana... los días ante tu cuna... los primeros pasos... la primera palabra... Pero esto fue después, en su momento... Nada, nada fue tan grande como la hora de tu nacimiento... Sólo cuando regrese a Dios, volveré a encontrar aquella plenitud...

María de Alfeo dice:

-¡Sí, pero, ponerse en camino al final...! ¡Qué imprudencia! ¿Por qué no esperasteis? El decreto preveía un alargamiento del plazo para los casos especiales, como partos o enfermedades. Alfeo lo dijo...

-¿Esperar? ¡No! Aquella tarde, cuando José trajo la noticia, yo y Tú, Hijo, exultamos de alegría. Era la llamada... porque tenías que nacer necesariamente aquí, como habían dicho los Profetas; aquel decreto llegado al improviso fue para José piadoso Cielo, cancelador incluso del recuerdo de su sospecha. Era lo que esperaba, por ti, por él, por el mundo judaico y por el mundo futuro, hasta el final de los siglos. Estaba escrito, y sucedió como había sido escrito. ¡Esperar! ¿Podrá la novia hacer esperar su sueño nupcial? ¿Por qué esperar?

-Pues... por todo lo que podía suceder... - insiste todavía María de Alfeo.

-No tenía ningún miedo. Reposaba en Dios.

-Pero, ¿sabías que todo habría de suceder así?

-Nadie me lo había dicho, y yo no pensaba en absoluto en ello; tanto es así, que, para dar ánimos a José, lo dejé pensar, y os dejé pensar, que todavía faltaba tiempo para el nacimiento. Sabía - esto sí que lo sabía - que la Luz del mundo nacería en la fiesta de las luces.

-Madre, la pregunta sería, más bien, ¿por qué no acompañaste a María? Y, mi padre, ¿por qué no pensó en esto? ¡Teníais que haber venido también vosotros! ¡No vinimos aquí todos? - pregunta, severo, Judas Tadeo.

-Tu padre había decidido venir después de la fiesta de las Luminarias y se lo dijo a su hermano, pero José no quiso esperar.

-Pero, tú al menos... - rebate aún Judas Tadeo.

-No la censures, Judas. De común acuerdo, consideramos que era justo correr un velo sobre el misterio de este nacimiento.

-Pero, ¿José sabía con qué signos había de producirse? Si tú no lo sabías, ¿podía saberlo él?

-No sabíamos nada, sino que Él debía nacer.

-¿Y entonces...?

-Entonces la Sabiduría divina nos guió así, como era justo. El nacimiento de Jesús, su presencia en el mundo, debían manifestarse exentos de todo lo que pudiera saber a maravilloso y que hubiera provocado a Satanás... Mirad cómo la aversión actual de Belén hacia el Mesías es una consecuencia de la primera epifanía del Cristo. El livor demoníaco se sirvió de la

revelación para producir derramamiento de sangre, y para diseminar, por la sangre derramada, odio... ¿Estás contento, Simón de Jonás? No hablas. Casi ni respiras...

-Tanto... tanto que me parece estar fuera del mundo, en un lugar más santo que si hubiera traspasado el velo del Templo... Tanto que... que ahora, después de haberte visto en este sitio y con la luz de entonces, me produce temblor el haberte tratado... con respeto, sí, pero sólo como a una gran mujer; eso, como a una simple mujer. A partir de ahora no osaré ya decirte como antes: "María". Antes eras para mí la Madre de mi Maestro, ahora te he visto en la cima de aquellas olas celestiales, te he visto Reina; y yo, miserable, hago esto, como esclavo que soy - y se arroja al suelo y besa los pies de María.

Ahora es Jesús quien habla:

-Simón, álzate; ven aquí, a mi lado.

Pedro se pone en la izquierda de Jesús, María está a la derecha.

-¿Qué somos ahora nosotros? - pregunta Jesús.

-¿Nosotros? ¡Hombre, pues Jesús, María y Simón!

-De acuerdo, pero ¿cuántos somos?

-Tres, Maestro.

-Entonces somos una trinidad. Un día, en el Cielo, la divina Trinidad pensó: "Es el momento de que el Verbo vaya a la tierra". En un latido de amor, el Verbo vino a la tierra. Se separó por ello del Padre y del Espíritu Santo. Vino a actuar en la tierra. En el Cielo, los otros Dos contemplaron las obras del Verbo, permaneciendo más unidos que nunca para fundir Pensamiento y Amor en ayuda de la Palabra operante en la tierra.

Nota: (*Se separó... Palabra, operante en la tierra*. Las expresiones antropomórficas contenidas en este fragmento están en función del paralelismo entre Trinidad celeste y Trinidad terrena. En una copia mecanografiada, María Valtorta las corrige del modo siguiente *"Dejó por ello el seno del Padre, el abrazo recíproco que forma el Espíritu Santo. Vino a actuar en la tierra. En el Cielo las otras dos Personas contemplaron las obras del Verbo, permaneciendo, de todas formas, igualmente unidas a Él para fundirse Pensamiento y Amor, con la Palabra operante en la tierra."* Y las completa con la observación siguiente: "*La unión hipostática por la cual el Verbo, estando realmente en la carne del Hijo de Dios y* [de] *María, no cesó de ser Uno con el Padre y, por tanto, con el Amor; no cesó de ser el Santo de los Santos, porque lo era por divina Naturaleza y lo fue en la Naturaleza humana, por Gracia y Voluntad perfectísimas. De los muchos atributos divinos, durante el tiempo mortal y como Verbo hecho Hombre, no perdió sino la eternidad, pues que debió conocer la muerte, y la inmensidad, pues que estaba limitado en una humanidad, siempre y sólo durante los 33 años que fue en todo como nosotros excepto en el pecado.*

María Valtorta explicará también más adelante que la Divinidad, unida siempre hipostáticamente e Jesús-Hombre, no siempre era sensible para el Hombre-Redentor, el cual debía experimentar también este dolor)

Llegará un día en que vendrá del Cielo esta orden: "Es el momento de que vuelvas, porque todo está cumplido" Entonces el Verbo volverá al Cielo, así... (y Jesús se retira un paso hacia atrás dejando a Pedro y a María donde estaban), y desde lo alto del Cielo contemplará las obras de los otros dos de la tierra, los cuales, por santo impulso, se unirán más que nunca, para fundir poder y amor y hacer de ello un medio para cumplir el deseo del Verbo: la redención del mundo a través de la perpetua enseñanza de su Iglesia. Y el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo harán con sus rayos una cadena para estrechar, estrechar cada vez más a los dos que estarán todavía en esta tierra: mi Madre, el amor; tú, el poder. Por tanto, ciertamente tendrás que tratar a María como a una Reina, pero no como esclavo. ¿No te parece?

-Me parece todo lo que quieras. ¡Me siento anonadado! ¡Yo el poder? ¡Ah, pues si tengo que ser el poder entonces sí que me debo apoyar en Ella! ¡Madre de mi Señor, no me abandones nunca, nunca, nunca...!

-No temas. Te tendré siempre cogido de la mano; así, como hacía con mi Niño hasta que fue capaz de andar solo.

-¿Y después?

-Después te sostendré con la oración. ¡Ánimo, Simón; no dudes nunca del poder de Dios! Ni yo ni José dudamos de su poder, tú tampoco debes dudar. Dios otorga su ayuda en cada hora, si permanecemos humildes y fieles...

-Ahora venid aquí afuera, junto al riachuelo, a la sombra del árbol bueno que, si el verano estuviera más adelantado, os daría además de su sombra sus manzanas. Venid. Comeremos antes de partir...

-¿A dónde, Hijo mío?

-A Jala. Está cerca. Y mañana iremos a Betsur.

Se sientan a la sombra del manzano. María se apoya contra el recio tronco.

Bartolomé mira fijamente cómo Ella - tan joven y todavía celestemente enardecida por los hechos que ha revivido - acepta de su Hijo el alimento que previamente ha bendecido, y cómo le sonríe con ojos de amor. Y susurra:

-"A su sombra he tomado asiento, su alimento sabe delicado a mi paladar.

Le responde Judas Tadeo:

-Es verdad. Se consume de amor. Pero no se puede decir que "fuese despertada bajo un manzano"».

-¿Y por qué no, hermano? ¿Qué sabemos nosotros de los secretos del Rey? - responde Santiago de Alfeo.

Y Jesús, sonriendo, dice:

-La nueva Eva fue concebida por el Pensamiento al pie del paradisíaco manzano, para que, con su sonrisa y su llanto, pusiera en fuga a la serpiente y desenvenenara el fruto envenenado. Ella se ha hecho árbol de fruto redentor. Venid, amigos, comed de su fruto; que nutrirse con su dulzura es nutrirse con la miel de Dios.

-Maestro, hace tiempo que deseo saber una cosa: ¿el Cántico que estamos citando se refiere a Ella? - pregunta en voz baja Bartolomé. María está ocupándose del niño y hablando con las otras mujeres.

-Desde el principio del Libro se habla de Ella y de Ella se hablará en los libros futuros, hasta la transformación de la palabra del hombre en la sempiterna alabanza de la eterna Ciudad de Dios - y Jesús se vuelve a las mujeres.

-¡Cómo se nota que es de David! ¡Qué sabiduría! ¡Qué poesía! - dice Simón Zelote a sus compañeros.

Interviene Judas Iscariote, que, aún bajo la impresión del día anterior, a pesar de que esté tratando de recuperar la libertad que tenía antes, habla poco:

-Yo quisiera entender el por qué de esta necesidad de la Encarnación. De acuerdo que el único que con su palabra puede vencer a Satanás es Dios, de acuerdo que Dios es el unico que puede tener capacidad de redimir, no lo pongo en duda; pero, en fin, me parece que el Verbo habría podido humillarse menos de lo que lo ha hecho naciendo como todos los hombres, sujetándose a las miserias de la infancia, etc. ¿No habría podido aparecer con forma humana ya adulta, o, si es que quería tener una madre, elegírsela adoptiva, como hizo para el padre? Creo que una vez se lo pregunté pero no me respondió ampliamente, o al menos no lo recuerdo.

-¡Pregúntaselo, dado que estamos en el tema...! - dice Tomás.

-Yo no. Ya le he hecho disgustarse y todavía no me siento perdonado. Preguntadlo vosotros por mí.

-¡Pero hombre, nosotros aceptamos todo sin pedir tantas dilucidaciones!, ¿y tenemos que ser nosotros quienes hagan preguntas? ¡No es justo! - replica Santiago de Zebedeo.

-¿Qué es lo que no es justo? - pregunta Jesús.

Hay un momento de silencio; luego Simón Zelote, haciéndose intérprete de todos, repite las preguntas de Judas de Keriot y las respuestas de los otros.

-No soy rencoroso; esto lo primero. Hago las observaciones que debo hacer, sufro y perdono. Lo digo para quien todavía tiene miedo: fruto de su turbación. Por lo que se refiere a mi *real* Encarnación, digo: es justo que haya sido en este modo. Vendrán días en que muchos, muchos, caerán en errores acerca de mi Encarnación, atribuyéndome precisamente esas formas erradas que Judas querría que Yo hubiera asumido: Hombre compacto en cuanto al cuerpo, pero, en realidad, volátil como un juego de luces, siendo, por tanto, y no siendo al mismo tiempo, carne. Y la maternidad de María sería tal, y al mismo tiempo no lo sería. Yo soy verdaderamente carne, María es verdaderamente la Madre del Verbo encarnado. Si la hora del nacimiento fue sólo un éxtasis, se debió al hecho de ser la nueva Eva, sin peso de culpa ni herencia de castigo. Descansar en Ella no fue una humillación para mí. ¿Rebajaba acaso al maná el tenerlo dentro de. Tabernáculo? Al contrario: estar en esa morada era un honor Otros dirán que Yo, no siendo carne real, no padecí ni morí durante mi paso por la tierra. Sí, no pudiendo negar que estuve en la tierra se negará mi Encarnación real o mi Divinidad verdadera. La realidad es que Yo soy Uno con el Padre *eternamente,* y estoy unido a Dios como Carne, pues en verdad le era posible al Amor en su Perfección alcanzar lo inalcanzable revistiéndose de Carne para salvar a la carne. A todos estos errores responde mi entera vida, que da sangre desde el nacimiento hasta la muerte, y que se ha sujetado a todo lo humano, excepto al pecado. Sí, he nacido de Ella, por vuestro bien. ¿No sabéis cuánto se mitiga la Justicia desde que tiene a la Mujer como su colaboradora! ¿Estás satisfecho, Judas?

-Sí, Maestro.

-Haz tú también lo propio conmigo.

Judas Iscariote agacha la cabeza, confundido, y... quizás realmente tocado por tanta bondad.

Todavía permanecen a la sombra fresca del manzano. Unos dormitan, otros duermen verdaderamente. María se levanta y vuelve a la gruta. Jesús la sigue...

## 208

## María Santísima ve de nuevo al pastor Elías y con Jesús va a Betsur donde Elisa

-Es casi seguro que los encontraremos, si durante un trecho volvemos al camino de Hebrón. Por favor, id de dos en dos a buscarlos, por las veredas de las montañas; de aquí a las piscinas de Salomón y de allí a Betsur. Nosotros os seguiremos. Ésta es su zona de pastos - dice el Señor a los doce. Comprendo que está hablando de los pastores.

Los apóstoles se apresuran a ir cada uno con el compañero preferido; sólo la pareja casi inseparable de Juan y Andrés no se une, porque los dos van a Judas Iscariote y le dicen:

-Voy contigo .y Judas responde:

-Sí, ven, Andrés. Es mejor así, Juan. Tú y yo seríamos dos que ya conocemos a los pastores; es mejor que vayas con algún otro.

-Entonces conmigo el muchacho - dice Pedro, dejando a Santiago de Zebedeo, que, sin protestar, va con Tomás, mientras Simón Zelote va con Judas Tadeo, Santiago de Alfeo con Mateo, y los dos inseparables Felipe y Bartolomé por su cuenta. El niño se queda con Jesús y las dos Marías.

El camino es fresco y bonito, entre montes llenos de verdor por las distintas parcelas pobladas de bosque o destinadas a prado. Se ven pasar rebaños que van bajo la luz dorada de la aurora hacia los pastos.

A cada sonido de esquila Jesús guarda silencio y mira, luego pregunta a los pastores si Elías, el pastor betlemita, está por esos lugares. Me doy cuenta de que a Elías se le conoce ya como "el betlemita" (aunque otros pastores lo sean también, él es, seria o burlonamente "el betlemita"). Hacen detenerse al rebaño, dejan de tocar sus toscas flautas, y responden...

Ninguno lo sabe.

Los jóvenes tienen, casi todos, estas flautas primordiales de cañas, cosa que hace extasiarse a Margziam, hasta que un pastor anciano y bueno le da el de su nieto diciendo:

-Él se hará otra flauta Y Margziam se va contento con su instrumento, en bandolera, a pesar de que todavía no lo sepa usar.

-¡Me agradaría mucho encontrarlos! - exclama María.

-Los encontraremos. Seguro. Durante esta estación van siempre en dirección a Hebrón.

El niño se interesa por estos pastores que vieron al niño Jesús y hace mil preguntas a María, la cual, con bondad y paciencia, le explica todo.

-Pero, ¿por qué los castigaron? ¡No habían hecho sino el bien!- pregunta el niño tras oír la narración de sus desventuras.

-Porque muchas veces el hombre comete errores y acusa al inocente de un mal que en realidad ha hecho otro. Pero, por haber sido buenos y haber sabido perdonar, Jesús los quiere mucho. Hay que saber perdonar siempre.

-Pero, ¿y todos esos niños asesinados?, ¿cómo han logrado perdonar a Herodes?

-Son pequeñuelos mártires, Margziam, y los mártires son santos, y no sólo perdonan a su verdugo sino que lo aman porque les abre la puerta del Cielo.

-Pero, ¿están en el Cielo?

-No, todavía no. Están en el Limbo para alegría de los patriarcas y los justos.

-¿Por qué?

-Porque, cuando han llegado, con su alma roja de sangre, han dicho: "Somos los heraldos del Cristo Salvador. Alegraos, vosotros que esperáis, porque ya está en la tierra". Y todos los aman por haberles llevado esta buena nueva.

-Me ha dicho mi padre que la buena nueva es también la Palabra de Jesús. Entonces, cuando mi padre vaya al Limbo, después de haberla transmitido en la tierra, y cuando vaya yo también, ¿nos amarán como a ellos?

-Pequeñuelo, tú no irás al Limbo.

-¿Por qué?

-Porque para entonces Jesús ya habrá vuelto al Cielo y lo habrá abierto, así que todos los buenos, cuando mueran, irán inmediatamente al Cielo.

-Yo seré bueno. Lo prometo. ¿Y Simón de Jonás? ¡También él, eh! Que no quiero ser huérfano por segunda vez.

-Estáte seguro de que también él irá al Cielo. De todas formas, en el Cielo no hay huérfanos. Allí tenemos a Dios, y Dios es todo. Aquí tampoco somos huérfanos, porque el Padre está siempre con nosotros.

-Pero Jesús, en esa bonita oración que tú durante el día y mi madre durante la noche me habéis enseñado, dice: "Padre nuestro que estás en los Cielos". Nosotros no estamos en el Cielo todavía. ¿Cómo podemos estar con Él?

-Porque Dios está en todas partes, hijo mío. Dios vela por el niño que nace y por el anciano que muere. Sobre cualquier niño que esté naciendo en este momento en el lugar más remoto de la tierra están la mirada y el amor de Dios, y estarán hasta su muerte.

-¿Aun en el caso de que sean malos, como Doras?

-Sí.

-¿Pero puede Dios, que es bueno, amar a Doras, que es muy malo y hace llorar a mi anciano padre?

-Lo mira con dolor e indignación. Pero, si se arrepintiera, le diría lo mismo que el padre de la parábola al hijo arrepentido. 'Deberías rezar para que se arrepintiera y...

-¡No, Madre! ¡Voy a rezar para que se muera! - dice con furia el niño. A pesar de que esta reacción sea poco... angélica, su ímpetu es tal, y tan sincero, que los presentes no pueden hacer menos que echarse a reír.

María, recobrando su dulce seriedad de maestra, dice:

-No, bonito; no debes hacer eso con un pecador. Si lo hicieras, Dios no te escucharía y te miraría a ti también con severidad. Incluso al perverso debemos desearle el mayor bien. La vida es un bien porque da al hombre la oportunidad de adquirir méritos ante los ojos de Dios.

-Pero el malo lo que gana son pecados.

-Se reza para que se vuelva bueno.

El niño medita un poco... pero no se le ve muy dispuesto a digerir esta lección sublime y concluye:

-Doras no se volverá bueno aunque yo rece. Es demasiado malo. No se volvería bueno ni aunque conmigo rezasen todos los niños mártires de Belén. Pero, ¿sabes que... sabes que... un día pegó con una barra de hierro a mi anciano padre porque lo encontró sentado durante el tiempo de trabajo? No podía ponerse en pie porque se sentía mal, y él... le pegó y lo dejó como muerto, y luego le dio una patada en la cara... Yo lo estaba viendo, porque estaba escondido detrás de un seto... Me había acercado porque hacía dos días que ninguno me llevaba pan y tenía hambre... Tuve que alejarme para que no me oyeran, porque lloraba al ver a mi padre con la barba manchada de sangre, tendido en el suelo, como muerto... Me alejé llorando; mendigué un pan... pero ese pan lo conservo todavía aquí... y sabe a sangre y a lágrimas de mi padre y mías, y de todos los que padecen tortura y no pueden amar a sus verdugos. Yo quisiera apalear a Doras para que sintiera lo que son los palos, y quisiera dejarlo sin pan para que supiera lo que es el hambre y hacerle trabajar al sol, metido en el barro, bajo la amenaza del vigilante, sin comer, para que supiera lo que está dando él a los pobres... No puedo amarlo, porque... porque me está matando a mi anciano padre, y porque... yo, si no os hubiera encontrado a vosotros ¿de quién hubiera sido después?

El niño, presa de una convulsión de dolor, grita y llora, temblando, todo alterado, dando golpes al aire - pues no puede dárselos al verdugo - con sus pequeños puños. Las mujeres están perplejas y conmovidas y tratan de calmarlo; pero el niño está verdaderamente envuelto en una crisis de dolor y no oye. Grita:

-¡No puedo, no puedo quererlo ni perdonarlo! ¡Lo odio, lo odio por todos, lo odio, lo odio!..

Da pena y miedo. Es la reacción de un niño que ha sufrido demasiado.

Y Jesús lo dice:

-El mayor delito de Doras es éste, inducir a un inocente a odiar...

Y toma en brazos al niño y le habla:

-Escúchame, Marziam. ¿Quieres reunirte un día con mamá y papá, con tus hermanitos y con el anciano padre?

-¡Síii!...

-Pues entonces no debes odiar a nadie. En el Cielo no entra quien odia. ¿No puedes orar, por ahora, por Doras? Bueno, pues no ores, pero no odies. ¿Sabes lo que tienes que hacer? No debes nunca volver hacia atrás a pensar en el pasado...

-Pero el sufrimiento de mi padre no es el pasado...

-Eso es verdad. Pero, mira, Marziam, ora sólo así: "Padre nuestro que estás en los Cielos, en tus manos encomiendo el deseo de mi corazón...". Verás cómo el Padre te escucha en el mejor de los modos. ¿Qué conseguirías matando a Doras? Perderías el amor de Dios, el Cielo, la unión con tu padre y tu madre, y no librarías de los sufrimientos al anciano que amas. Eres demasiado pequeño para poderlo hacer. Pero Dios sí puede hacerlo. Díselo a Él. Dile: "¡Sabes cuánto quiero a mi anciano padre y a todos los que son infelices! Tú lo puedes todo, lo dejo en tus manos". ¿No quieres predicar la Buena Nueva, que habla de amor y perdón? ¿Cómo vas a decirle a uno: "No odies. Perdona", si tú no sabes amar y perdonar? Déjalo, déjalo en manos de Dios y verás lo bien que Él dispone todo. ¿Lo vas a hacer así?

-Sí, porque te quiero.

Jesús besa al niño y lo baja al suelo. Así se concluye este episodio, también el camino.

Resplandecen las tres balsas excavadas en la roca del monte, obra verdaderamente grandiosa: resplandece su superficie cristalina y la cola de agua que del primer estanque baja al segundo (más grande), y de éste al tercero (realmente un pequeño lago que dirige, a través de los conductos, hacia ciudades lejanas, el agua). Por la humedad del suelo, en esta zona, todo el monte, desde el manantial hasta los estanques y de éstos al pie, es de una bellísima fertilidad; flores, en combinación más rica que las silvestres, ríen, por las pendientes verdes, junto a hierbas perfumadas y singulares: en efecto, da la impresión de que estas flores fueran de jardín y que hubieran sido sembradas por el hombre, como también las hierbas olorosas, y difunden por el aire, con el sol que las calienta, su perfume (canela, alcanfor, clavel, espliego, y otros aromas penetrantes, fragantes, fuertes, delicados...) en una fusión maravillosa de los mejores olores de la tierra; yo diría "sinfonía de perfumes"; es la gran composición poética de hierbas y flores, con sus colores y fragancias.

Todos los apóstoles están sentados a la sombra de un árbol cargado de grandes flores blancas cuyo nombre desconozco, con sus enormes campanillas colgantes de esmalte blanco, que ondean ante el mínimo soplo de viento; cada vaivén esparce por el aire una ola de fragancia. Desconozco el nombre de este árbol, pero por su tipo de flor me recuerda a un arbusto de Calabria, que allí le llaman "bottaro”; no por lo que respecta al tallo, ya que éste es un árbol alto, de tronco recio, no un arbusto.

Jesús los llama y ellos acuden.

-Hemos encontrado, al poco rato de separarnos, a José, que estaba regresando de un mercado. Esta tarde estarán todos en Betsur. Nos hemos reunido llamándonos a voces, y luego hemos estado aquí, al fresco - explica Pedro.

-¡Qué bonito lugar! ¡Parece un jardín! No había acuerdo entre nosotros respecto a si era, o no, natural; unos se obstinaban en una cosa y otros en la otra - dice Tomás.

-La tierra de Judea tiene estas maravillas - dice Judas Iscariote, inevitablemente llevado por todas las cosas, incluso por las flores y las hierbas, a la soberbia.

-Sí, pero... yo creo que si, por ejemplo, el jardín de Juana, en Tiberíades, quedase abandonado y pasase al estado natural, Galilea tendría también la maravilla de espléndidas rosas entre ruinas» rebate Santiago de Zebedeo.

-Y no estás en error. En esta zona estaban los jardines de Salomón, célebres en el mundo de entonces como sus palacios. Quizás soñó aquí el Cantar de los Cantares y aplicó a la Ciudad santa todas las bellezas que por voluntad suya habían crecido aquí - dice Jesús

-¡Entonces tenía razón yo! - dice Judas Tadeo.

-Sí, tenías razón. Fíjate, Maestro, Judas citaba el Eclesiastés y unía la idea de los jardines con la de los depósitos y terminaba diciendo: "Pero se dio cuenta de que todo es vanidad y de que nada dura bajo el sol, excepto la Palabra de mi Jesús" - dice el otro hermano Santiago.

-Gracias. Demos también las gracias a Salomón, sean o no suyas las flores originarias; sí lo son, sin duda, los estanques, que proveen de agua a las plantas y a los hombres. Bendito sea por este motivo. Vamos allá, a aquel rosal grande y descuidado que ha entretejido una galería florida de árbol a árbol. Allí nos detendremos. Estamos casi a mitad de camino....

Y reanudan el camino hacia la hora nona, cuando ya las sombras de cada árbol de esta zona - toda ella muy bien cultivada – se alargan. Da la impresión de estar en un inmenso jardín botánico porque todas las especies de árboles, maderables, frutales, ornamentales, están en él representadas. Abundan los labriegos, pero no se interesan de esta comitiva, que, por otra parte, no es la única; otros grupos de hebreos recorren el trayecto de retorno de las fiestas pascuales.

El camino, quebrado entre los montes, es, a pesar de ello, bastante bueno, y las vistas, continuamente variadas, le quitan monotonía. Regatos y torrentes dibujan comas de plata líquida, y escriben palabras, para después cantarlas con sus mil meandros intersecados, que se expanden entre los árboles del bosque, o desaparecen en el interior de cavernas para después volver a la luz más bellos: parece como si jugaran con los árboles y las piedras, como niños amenos.

También Marziam ahora, completamente tranquilizado, juega, y trata de tocar su instrumento para imitar a los pajarillos. Pero, la verdad es que no emite canto de pájaros, sino lamentos muy desentonados, y me parece que los más difíciles de la comitiva - Bartolomé por su edad, Judas de Keriot por muchos motivos - no los reciben con ningún agrado. Pero no dicen nada claramente, y el niño sigue chiflando y saltando de un lado para otro. Sólo en dos ocasiones se interrumpe para señalar hacia un pueblecito anidado en medio del bosque, y dice: « ¿Es el mío?», y se pone palidísimo. Pero Simón, que va bien cerca de

él, responde: «El tuyo está muy lejos de aquí. Ven, ven; vamos a ver si cogemos esa bonita flor y se la llevamos a María» y así lo distrae.

Empieza el ocaso. Betsur se muestra en lo alto de su colina y, casi inmediatamente, por el camino de segundo orden que los peregrinos han tomado para ir a la ciudad, aparecen los rebaños, y los pastores, que vienen rápidos a su encuentro.

Cuando Elías ve que en el grupo está también María, alza los brazos con gesto de asombro, y se queda así, sin atreverse a creer en lo que ve.

-La paz sea contigo, Elías. Sí, soy yo. Era una promesa y en Jerusalén no ha sido posible vernos... Pero... no te preocupes, el caso es que ahora nos vemos - dice dulcemente María.

-¡Oh! ¡Madre! ¡Madre!...

Elías no sabe qué decir. A1 final encuentra las palabras:

-Ahora celebro mi Pascua. Es igual... incluso mejor

-¡Claro que sí, Elías! - confirman sus compañeros.

-Hemos hecho una buena venta y podemos matar un corderito. Venid a nuestra pobre mesa... - dice con tono de súplica Leví, y también José.

-Hoy estamos cansados. Mañana. Escuchad: ¿conocéis a una cierta Elisa, casada con Abraham de Samuel?

-Sí. Está en su casa de Betsur. Pero Abraham ha muerto, y, el año pasado murieron también sus hijos: el primero por una enfermedad que duró pocas horas - nunca se ha sabido de qué murió -; el otro fue lentamente, pero nada logró detener el mal. Nosotros le dábamos leche de cabra recién formada porque los médicos decían que le iba bien al enfermo. Bebía mucha leche, recogida de todos los pastores, pues la pobre madre había pedido que localizaran a quienes tuvieran en el rebaño una cabra lechal. Pero no sirvió de nada. Cuando volvimos al llano, el joven ya no tomaba alimento, y, cuando volvimos en Adar, había muerto desde hacía dos lunas.

-¡Pobre amiga mía! En el Templo me tenía amor... incluso éramos un poco parientes en nuestros antecesores... Era buena... Salió dos años antes que yo del Templo para casarse con Abraham, a quien estaba prometida desde su infancia; me acuerdo de ella, cuando vino para ofrecer a su primogénito al Señor. Me avisó; no sólo a mí... pero luego quiso estar un tiempo conmigo a solas... Ahora está sola... ¡Debo apresurarme, para consolarla! Vosotros quedaos aquí. Voy con Elías. Entraré sola. El dolor exige un ambiente respetuoso...

-¡¿Yo tampoco, Madre?

-Tú siempre. Pero los demás... Ni siquiera tú, pequeñuelo, porque sería un dolor para ella. ¡Ven, ven, Jesús!

-Esperadnos en la plaza del pueblo. Buscad un alojamiento para la noche. Adiós - ordena Jesús a todos.

Y, sólo con Elías, Jesús y su Madre caminan hasta una casa grande, completamente cerrada y silenciosa. El pastor llama con su cayado. Una sierva asoma su cabeza a una pequeña ventana y pregunta que quién ha llamado.

María se adelanta y responde:

-María de Joaquín, y su Hijo, de Nazaret. Díselo a la seora».

-Es inútil. No quiere ver a nadie. No hace sino llorar esperando la muerte.

-Inténtalo.

-No. Ya sé cómo me va a rechazar si trato de distraerla. No quiere a nadie a su lado, no quiere ver a nadie, no quiere hablar con nadie; sólo habla con el propio recuerdo de sus hijos.

-Ve, mujer. Te lo ordeno. Dile: "Está afuera la pequeña María de Nazaret, la que era como una hija para ti en el Templo...". Verás como me quiere recibir.

La mujer se marcha meneando la cabeza.

María explica a su Hijo y al pastor:

-Elisa era bastante mayor que yo. Estaba en el Templo esperando el regreso de su prometido que había ido a Egipto por asuntos de una herencia; por eso estaba en el Templo hasta una edad no común. Tiene casi diez años más que yo. Las maestras acostumbraban a asignar a las pequeñas a alumnas adultas para que las guiaran... Ella fue mi compañera-maestra. Era buena y... ¡Ah, ahí está la mujer!

Efectivamente, la sirvienta ha vuelto sin pérdida de tiempo, asombrada, y ha abierto de par en par la puerta de la entrada:

-¡Entra, entra! - dice. Luego, bajando la voz, añade: «Bendita seas por hacerla salir de esa habitación».

Elías se despide de María y su Hijo, que entran.

-Pero este hombre, verdaderamente... ¡sería inhumano!... ¡tiene la edad de Leví!...

-Déjalo entrar. Es mi Hijo y la consolará más que yo.

La mujer se encoge de hombros y los precede por el largo corredor de una casa que es bonita pero se siente triste: todo está limpio, mas todo parece muerto...

Una mujer alta, aunque camina curvada, vestida de oscuro, viene hacia ellos en la penumbra del vestíbulo.

-¡Elisa, amiga mía, soy María! - dice María mientras corre a su encuentro. Y la abraza.

-¡María! Tú... Creía que habías muerto tú también. Me habían dicho... ¿Cuándo?... No me acuerdo... Tengo un vacío en la memoria. Me habían dicho que habías muerto junto a otras muchas madres después de la visita de los Magos. Pero, ¿quién me ha dicho que eras la Madre del Salvador?

-Quizás los pastores...

-¡Oh, los pastores!

La mujer rompe a llorar angustiosamente.

-No pronuncies esa palabra. Me recuerda la última esperanza para la vida de Leví... De todas formas... sí... un pastor me habló del Salvador. Yo maté a mi hijo llevándolo al Jordán, al lugar en que se decía que estaba el Mesías; allí no había nadie... y

mi hijo volvió justo para morir... El cansancio, el frío... yo lo maté... a pesar de que no lo hice con voluntad asesina. Me decían que el Mesías curaba las enfermedades... Por eso lo llevé... Ahora mi hijo me acusa de haberlo matado...

-No, Elisa; es tu pensamiento. Escúchame. Yo pienso, por el contrario, que tu hijo me ha tomado realmente de la mano y me ha dicho: "Ve a ver a mi querida madre. Lleva contigo al Salvador. Yo estoy aquí mejor que en la tierra, pero ella lo único que oye es su llanto, no puede oír las palabras que le susurro entre besos. ¡Pobre mamá, está como poseída por un demonio que la tienta a la desesperación porque quiere separarnos! Sin embargo, si se resigna y cree que Dios todo lo hace para bien, estaremos unidos para siempre, con mi madre y mi hermano. Jesús puede hacerlo". Y he venido... con Él... ¿No quieres verlo?...

María, mientras hablaba, tenía entre sus brazos a la desdichada mujer, y la besaba en su pelo gris, con una dulzura que sólo Ella puede tener.

-¡Ojalá fuera verdad! Pero, si es así, ¿por qué no fue Daniel a decirte que vinieras antes?... ¿Quién me dijo hace tiempo que habías muerto? No me acuerdo... no me acuerdo... Esto fue también motivo — que yo esperase quizás demasiado a ir al Mesías. Es que habían dicho que había muerto Él, tú, todos en Belén...

-No te preocupes de recordar quién te lo dijo. Ven, mira, aquí está mi Hijo. Acércate a Él. Contenta a tus hijos y a tu María. ¿No te das cuenta de que sufrimos al verte así?

María la lleva a Jesús, que se ha puesto en un ángulo oscuro y que sólo ahora se acerca a ellas, hasta una lámpara que la mujer de servicio ha colocado sobre una alta arca.

La pobre madre alza la cabeza... Veo entonces que es Elisa, la que estaba en el Calvario entre las santas mujeres. Jesús tiende hacia ella sus manos con un gesto de acogida que es todo amor. La desdichada combate consigo misma un poco, luego le confía sus manos, y luego, de golpe, se abandona sobre el pecho de Jesús y dice gimiendo:

-¡Dime que no soy culpable de la muerte de Leví, dímelo! ¡Dime que no los he perdido para siempre! ¡Dime que pronto estaré con ellos!...

-Sí, sí. Escúchame. Ellos exultan ahora que estás en mis brazos. Iré pronto a ellos. ¿Qué les voy a decir?, ¿que no aceptas con resignación la voluntad del Señor? ¿Tendré que decir esto? ¿Van a tener que quedar en mal lugar las mujeres de Israel, las mujeres de David, tan fuertes y prudentes? No. Sufres pero es porque has sufrido sola. Tu dolor y tú, tú y el dolor. Así no puede soportarse. ¿No recuerdas las palabras de esperanza a nuestros difuntos?: "Os sacaré de los sepulcros y os conduciré a la tierra de Israel, y sabréis que soy el Señor cuando abra vuestras tumbas y os saque de vuestros sepulcros. Cuando infunda en vosotros mi espíritu viviréis". La tierra de Israel, para los justos que se han dormido en el Señor, es el Reino de Dios: Yo lo abriré y se lo daré a los que esperan.

-¿También a mi Daniel? ¿También a mi Leví?... ¡Le daba verdadero horror la muerte!... No podía pensar siquiera en el hecho de estar lejos de su madre. Por eso yo quería morir para estar a su lado en el sepulcro...

-No estaban en el sepulcro con su parte viva, sino con las cosas muertas que no podían oírte. Ellos están en el lugar de espera...

-¿Pero existe ese lugar? ¡Oh, no te escandalices de mí, que mi memoria se ha disuelto en el llanto! Tengo la cabeza henchida del sonido del llanto y de los estertores de mis hijos. ¡Esos estertores! ¡Esos estertores!... Me han disuelto el cerebro. Sólo tengo esos estertores aquí dentro...

-Pues Yo te meteré ahí las palabras de la vida. Sembraré la Vid - porque Yo soy Vida - donde ahora hay fragor de muerte. Ten presente al gran Judas Macabeo, que quiso que se ofreciera un sacrificio por los muertos, pensando acertadamente que están destinados a resucitar y que hay que adelantarles la paz con oportunos sacrificios. Si Judas Macabeo no hubiera estado seguro de la resurrección, ¿habría orado por los muertos?, ¿habría hecho que oraran por ellos? Él, como está escrito, pensó que, a los que mueren píamente, les está reservada una gran recompensa; y, sin duda, así murieron tus hijos. ¿Ves como asientes? Pues Yo te digo que no te desesperes. Antes al contrario, ruega por tus muertos, para que sus pecados sean cancelados antes de mi llegada. Si es así, sin mediar un instante de espera irán conmigo al Cielo, porque Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida y - digo la Verdad - a quien cree en mi Verdad y me sigue, le guío y le doy Vida. Dime, ¿tus hijos creían en la venida del Mesías?

-Sí, sin duda, Señor. Esta fe la habían aprendido de mí.

-¿Y Leví creía posible su curación por un acto de mi voluntad?

-Sí, Señor. Teníamos puesta en ti nuestra esperanza, pero... no ha servido... y ha muerto desconsolado después de tanta esperanza...

El llanto de la mujer toma nueva fuerza (más sereno, pero, a pesar de la serenidad, más desolado ahora que en la vehemencia de antes).

-No digas que no ha servido. Quien cree en mí, aunque haya muerto, vivirá eternamente... "Declina la tarde, mujer. Voy con mis apóstoles. Te dejo a mi Madre...

-¡Quédate Tú también!... Tengo miedo a que, si te marchas, me invada de nuevo ese tormento... Ahora, con el sonido de tus palabras, está levemente empezando a calmarse la tempestad...

-¡No temas! Tienes a María contigo. Mañana vuelvo. Tengo que decir algunas cosas a los pastores. ¿Puedo decirles que vengan aquí a tu casa?...

-Sí, claro! Venían también el año pasado, por mi hijo... Detrás de la casa hay un huerto y, más allá, un patio rústico. Pueden estar allí, como hacían cuando venían para que los rebaños estuvieran recogidos...

-De acuerdo. Vendré. Sé buena. Recuerda que en el Templo María estaba bajo tu tutela; te la confío también esta noche.

-Sí. Ve tranquilo. Cuidaré de ella... Tendré que pensar en que cene y descanse... ¡Cuánto tiempo hace que no pienso en estas cosas! María, ¿quieres dormir en mi habitación, como hacía Leví durante su enfermedad? Yo en la cama de mi hijo, tú en la mía. Me parecerá volver a oír su respiro ligero... Tenía siempre cogida mi mano...

-Sí, Elisa. Y antes hablaremos de muchas cosas.

-No. Estás cansada. Tienes que dormir.

-Tú también...

-Hace meses que no duermo... Lloro... lloro... No sé hacer otra cosa...

-Esta noche no será así, esta noche vamos a orar, y luego nos iremos a la cama, y dormirás... Dormiremos cogidas de la mano también nosotras dos. Ve, Hijo, y ora por nosotras...

-Os bendigo. ¡La paz sea con vosotras y permanezca en esta casa!

Y Jesús se marcha acompañado de la sirvienta, que se ha quedado de piedra y no hace sino que repetir:

-¡Qué milagro, Señor, qué milagro! Después de tantos meses, ha hablado, ha pensado... ¡Oh, qué cosa!... Decían que moriría loca... Y a mí me daba pena, porque es buena.

-Sí, es buena, por eso Dios la ayudará. Adiós, mujer. Paz también a ti.

Jesús sale a la semioscuridad de la calle y todo termina.

## 209

## La fecundidad del dolor, en el discurso de Jesús junto a la casa de Elisa en Betsur

La noticia de que Elisa está decidida a salir de su trágica melancolía se ha debido difundir por el pueblo; tanto que, cuando Jesús, seguido de apóstoles y discípulos, va hacia la casa atravesando el pueblo, mucha gente se le queda mirando atentamente e incluso preguntan a uno u otro pastor para que les den más detalles acerca de Él, acerca del motivo de su visita, o para saber quiénes son los que van con Él, y quién es el niño, y quiénes las mujeres, y para saber qué medicina ha dado a Elisa, que la ha sacado de las tinieblas de la locura de forma tan inmediata, nada más llegar, y para interesarse por el plan que tiene o las palabras que va a decir... Y todas las otras preguntas que queramos añadir.

La última pregunta es:

-¿No podemos ir también nosotros?

La respuesta de los pastores es:

-No sabemos. Esto se lo tenéis que preguntar al Maestro. Acercaos a Él.

-¿Y si nos trata mal?

-No trata mal ni siquiera a los pecadores. Id, id, que le daréis una satisfacción.

Un grupo de personas hablan entre sí - son hombres y mujeres, en general mayores, de la edad de Elisa -; luego van hacia adelante, se acercan a Jesús, que está hablando con Pedro y Bartolomé, y, un poco tímidos, lo llaman:

-¡Maestro!...

-¿Qué queréis? - pregunta Bartolomé.

-Hablar con el Maestro para pedirle...

-Paz a vosotros. ¿Qué queréis de mí?

La sonrisa de Jesús los tranquiliza y dicen:

-Somos todos amigos de Elisa, de su casa. Hemos oído que está curada. Querríamos verla. También querríamos oírte hablar. ¿Podemos ir?

-A oírme a mí, sí; a verla, no, amigos. Mortificad el sentimiento de amistad y la curiosidad, porque también hay curiosidad en vuestra actitud. No se puede disturbar este gran dolor; respetadlo.

-¿Pero, no está curada?

-Se vuelve hacia la Luz. Pero, ¿acaso terminada la noche llega inmediatamente el mediodía, o, cuando se enciende una llama en el hogar apagado, en seguida arde viva? Pues lo mismo Elisa. ¡Si una ráfaga intempestiva de viento enviste la leve llama que está naciendo, no la apagará? Por tanto, sed prudentes. Esa mujer es toda ella una llaga. Hasta los amigos podrían exasperarla; necesita sosiego silencio, soledad, aunque no una soledad trágica como la que vivía hasta ayer, sino resignada, para volver a ser lo que era...

-¿Y entonces, ¿cuándo la vamos a ver?

-Antes de lo que creéis, porque ha encontrado la estela de la salud. ¡Si supierais lo que significa salir de esas tinieblas! Son peores que la muerte, y quien se libra de ellas, en el fondo, siente vergüenza de su estado anterior y de que el mundo lo sepa.

-¿Eres médico?

-Soy el Maestro.

En esto, ya están frente a la casa.

Jesús se vuelve a los pastores:

-Pasad al patio. Que vaya con vosotros quien lo desee, pero que nadie haga ruido ni siga más allá del patio. Cuidad vosotros también - dice a los apóstoles - de que esto se cumpla. Y vosotros - habla a Salomé y a María de Alfeo – tened cuidado de que el niño no haga jaleo. Hasta luego.

Y llama a la puerta. Los otros desaparecen por una callejuela para ir a donde deben.

La sirvienta abre. Jesús entra mientras la mujer repite una y otra vez sus reverencias.

-¿Dónde está tu patrona?

-Con tu Madre... ¡Fíjate, ha bajado al jardín! ¡Es una cosa...!, ¡una cosa...! Y ayer por la noche fue al comedor... Lloraba, pero volvió. ¡Intenté que comiera, en vez de tomar el consabido sorbo de leche, pero no lo conseguí!

-Ya comerá. No insistas. Sé paciente también en el amor hacia tu patrona.

-Sí, Salvador. Haré todo lo que dices.

En efecto, yo creo que la mujer está tan convencida de quién es Jesús y de que todo lo que Él hace está bien hecho, que haría las más extrañas cosas si Jesús se lo dijera.

Por el momento lo acompaña a un vasto huerto jardín lleno de árboles frutales y flores. Pero, si bien los árboles frutales se han encargado por sí mismos de vestirse de hojas y florecer, de formar los pequeños frutos y hacerlos crecer, las pobres plantas de flores, abandonadas desde hace más de un año, se han transformado en un bosque enano y enmarañado en que las plantas de tallo más débil y corto están sofocadas bajo el peso de las más fuertes. Los cuadros, los senderos... confundidos en una única, caótica maraña. Solamente en el fondo, donde la necesidad de la sirvienta ha sembrado verduras y legumbres, hay un poco de orden.

María está con Elisa, bajo una pérgola, una enredadísima parra que deja caer, hasta tocar el suelo, sarmientos y zarcillos. Jesús se detiene y mira a su joven Madre, que, con finísimo arte despierta y dirige la mente de Elisa a cosas muy distintas de las que hasta ayer habían sido los pensamientos de esta desconsolada mujer.

La sirvienta se acerca a la patrona y dice:

-Ha venido el Salvador.

Las mujeres se vuelven y van a su encuentro: una con su dulce sonrisa, la otra con su rostro cansino y desorientado.

-Paz a vosotras. Este jardín es bonito... Era bonito... - dice Elisa.

-Y la tierra fértil. ¡Mira cuánta fruta en vías de maduración! ¡Mira cuántas flores tienen estos rosales! ¿Y allí? ¿Son azucenas?

-Sí, alrededor de un estanque donde jugaban mucho mis hijos. Entonces estaba ordenado... Ahora aquí todo está desastrado, ya no lo veo como el jardín de mis hijos.

-En pocos días volverá a tener el aspecto de entonces. Te ayudaré yo, ¿verdad, Jesús? Déjame unos días aquí con Elisa. Tenemos muchas cosas que hacer...

-Todo lo que tú quieres Yo lo quiero.

Elisa lo mira y susurra:

-Gracias.

Jesús acaricia su cabeza canosa y luego se despide para ir con los pastores.

Las mujeres se quedan en el jardín, pero, poco después, cuando se oye la voz de Jesús esparcirse por el aire sereno al saludar a los presentes, Elisa, como atraída por una fuerza irresistible, se acerca lentamente a un seto muy alto tras el cual está el patio.

Jesús habla primero a los tres pastores. Está cerquísima del seto. Tiene frente a sí a los apóstoles y a los habitantes de Betsur que lo habían seguido. Las Marías con el niño están sentadas en un ángulo. Jesús dice:

-¿Pero estáis ligados por contrato o podéis en cualquier momento liberaros del compromiso?

-Mira, la verdad es que somos dependientes libres, pero dejarlo inmediatamente, ahora que los rebaños requieren tantos cuidados y que es difícil encontrar pastores, no parece una cosa bonita.

-Efectivamente. De todas formas, no es necesario que lo hagáis ahora; os lo digo con tiempo para que, con justicia, toméis en su momento las medidas oportunas, porque os quiero libres para uniros a los discípulos; así me ayudaréis también vosotros...

-¡Oh, Maestro!...Los tres se extasían por la alegría - Pero, ¿vamos a ser capaces? - añaden luego.

-No lo pongo en duda. Entonces está entendido, ¿no? Apenas os sea posible os unís a Isaac.

-Sí, Maestro.

-Podéis ir con los demás. Voy a decir dos palabras a la gente.

Deja a los pastores y se dirige a todos los presentes:

-La paz sea con vosotros.

Ayer he oído hablar a dos personas muy desdichadas: el uno, en la aurora de la vida; la otra, en el ocaso: dos almas que lloraban su desolación: Y he llorado en mi corazón con ellos, al ver cuánto dolor hay en la tierra, y cómo sólo Dios lo puede aliviar, sólo el conocimiento exacto de Dios, de su grandeza e infinita bondad, de su constante presencia y sus promesas. He visto cómo el hombre puede ser torturado por sus semejantes y cómo la muerte lo puede arrastrar a estados de desolación en los que Satanás trabaja para aumentar el dolor y devastar. Entonces me he dicho: "No deben sufrir los hijos de los hombres esta tortura añadida a las otras torturas. Demos el conocimiento de Dios a quien no lo tiene, devolvámoselo a quien lo ha olvidado en medio de tempestades de dolor". Pero también he visto cómo Yo solo no doy abasto a cubrir las infinitas necesidades de mis hermanos; y he decidido llamar a muchos, para que todos los que tienen necesidad del consuelo del conocimiento de Dios lo puedan recibir.

Estos doce son los primeros; son segundos Cristos, y, como tales, capaces de conducir a mí, y, por tanto, al consuelo, a todos los que se sienten oprimidos bajo pesos de dolor demasiado grandes. En verdad os digo: Venid a mí los que estéis afligidos, desazonados, los que tengáis el corazón herido o estéis cansados, que compartiré con vosotros vuestro dolor y os daré paz; venid a través de mis apóstoles, a través de mis discípulos y discípulas, que cada día aumentan con nuevas personas voluntariosas: encontraréis consuelo en vuestras penas, compañía en vuestras soledades, el amor de vuestros hermanos con que olvidar el odio del mundo; encontraréis, por encima de todos, consolador por encima de todos, compañero perfecto, el amor de Dios; ya no dudaréis de nada; no volveréis a decir: "¡Todo está acabado para mí!", sino: “Ahora todo empieza para mí

en un mundo sobrenatural que cancela toda distancia y separación"; y los hijos huérfanos volverán a unirse con sus padres, ya sublimados en el seno de Abraham, y padres y madres, esposas y viudos, encontrarán a los hijos o al consorte perdidos.

En esta tierra de Judea, no lejos de Belén de Noemí, os recuerdo que el amor alivia el dolor y devuelve la alegría. Pensad, vosotros que lloráis, en la desolación de Noemí después de que su casa se hubiese quedado sin hombres. Escuchad sus palabras de desconsolado adiós a Orpá y Rut: "Volved a casa de vuestra madre. El Señor se muestre misericordioso con vosotras, como vosotras lo habéis sido con los que han muerto y conmigo...". Escuchad cómo no se cansaba de insistir. La que había sido Noemí, la bella, y que ahora no era sino la desdichada Noemí, quebrantada por el dolor, ya no esperaba nada de la vida; solamente quería volver, para morir, a los lugares en que había sido feliz, cuando era joven, rodeada del amor de su marido y de los besos de sus hijos. Decía: "Marchaos, marchaos. Es inútil que vengáis conmigo... Yo soy como una muerta... Mi vida ya no está aquí, sino allá, al otro lado de la vida, donde ellos están. Dejad ya de sacrificar vuestra juventud al lado de una cosa que muere, porque realmente yo soy `una cosa'. Todo me resulta indiferente. Dios ha tomado todo lo que tenía... Soy pura angustia y sólo angustia os acarrearía... y ello pesaría en mi corazón, y el Señor me pediría cuenta.- Él, que tanto ha descargado su mano sobre mí-; porque teneros a vosotras, que vivís, junto a mí, que estoy muerta, sería egoísmo. Id con vuestras madres...".

Pero Rut se quedó, como apoyo de la doliente vejez. Rut había comprendido que siempre hay dolores mayores que el propio, y que su pena de joven viuda era más ligera que la de esta mujer que había perdido a sus dos hijos además del marido. De la misma forma el dolor del niño huérfano que se ve obligado a vivir mendigando privado ya de caricias, privado ya de buenos consejos, es mucho mayor que el de la madre que ha sido despojada para siempre de sus hijos. De la misma forma, el dolor de quien, por diversos motivos, llega a odiar al género humano y ve en todos los hombres un enemigo de quien defenderse y a quien temer, es aún mayor que los otros dolores, porque envuelve no sólo carne, sangre y mente, sino también al espíritu con sus deberes y derechos sobrenaturales y lo lleva a la perdición.

¡Cuántas madres sin hijos para los hijos sin madres hay en el mundo! ¡Cuántas viudas sin descendencia, para que ejerzan su piedad para con los ancianos solitarios! ¡Cuántos han sido privados de amor para que se den enteramente a los infelices, con su necesidad de amar, y combatan así el odio, dando, dando, dando amor a la Humanidad infeliz, que sufre cada vez más porque cada vez odia más!

El dolor es cruz, pero también es ala. El luto despoja, pero para volver a vestir. ¡Alzaos, vosotros que lloráis! ¡Abrid los ojos, abandonad pesadillas, tinieblas y egoísmos! Mirad... el mundo es la landa donde se llora y se muere. El mundo suplica auxilio por boca de huérfanos y enfermos, por boca de los que viven en soledad, de los que vacilan, por boca de los que viven prisioneros del rencor por causa de una traición o de un acto de crueldad. Id a estos que gritan. ¡Olvidaos entre los olvidados! ¡Sanad entre los enfermos! ¡Esperad entre los desesperados! El mundo está abierto a las buenas voluntades que desean servir a Dios en el prójimo y conquistarse el Cielo: unión con Dios, reunión con aquellos cuya ausencia lloramos. Aquí nos ejercitamos, allí será la victoria. Venid. Estad cerca de todos los dolores, como Rut. Decid también vosotros: "Estaré con vosotros hasta la muerte". Persistid aunque oigáis esta respuesta de los desgraciados que se consideran insanables: "No me llaméis ya Noemí, llamadme Mará, porque Dios me ha colmado de amargura". En verdad os digo que un día, por vuestra persistencia, estas calamidades exclamarán: "Bendito sea el Señor, que me ha liberado de la amargura, de la desolación, de la soledad, por obra de una criatura que ha sabido hacer que su dolor diera un fruto bueno; que Dios la bendiga eternamente por haberme salvado".

Fijaos: aquella buena acción de Rut hacia Noemí dio al Mesías al mundo, porque de David de Jesé, de Jesé de Obed, viene el Mesías, como Obed de Booz, Booz de Salmón, Salmón de Naassón, Naassón de Aminadab, Aminadab de Aram, Aram de Esrom, Esrom de Fares, para poblar los campos de Belén, preparando los antepasados del Señor: toda buena acción es origen de cosas grandes, que ni siquiera os imagináis; el esfuerzo de uno contra su propio egoísmo puede provocar una ola de amor tal, que puede subir, subir, llevando entre su transparencia a aquel que la provocó, hasta conducirlo a los pies del altar, al corazón de Dios.
Que Dios os conceda la paz».

Y Jesús, sin volver al jardín por la puertecita abierta en el seto, vigila para que nadie se acerque a éste - del otro lado proviene un largo llanto... Y espera a que todos los de Betsur se hayan marchado para alejarse acompañado de los suyos sin turbar ese llanto saludable...

## 210

## Las inquietudes de Judas Iscariote durante el camino hacia Hebrón

-¡Hombre, no creo que tengáis intención de ir en peregrinaje a todos los lugares famosos de Israel! - dice irónicamente Judas Iscariote, que va polemizando en un grupo en que están María de Alfeo y Salomé, además de Andrés y Tomás.

-¿Por qué no? ¿Quién lo prohíbe? - pregunta María Cleofás.

-¡Pues yo! Mi madre hace mucho que me espera...

-Pues ve a casa de tu madre. Ya te alcanzaremos después - dice Salomé, y parece añadir mentalmente: «Ninguno se apenará por tu ausencia».

-¡De ninguna manera! Iré acompañado del Maestro. Ya de hecho no va su Madre, como estaba pensado; lo cual verdaderamente no se debía haber hecho porque se había prometido que iría.

-Se ha quedado en Betsur para cumplir una obra buena. Esa mujer era muy infeliz.

-Jesús podía haberla curado inmediatamente, sin necesidad de devolverle la plenitud gradualmente. No sé por qué ahora no es partidario de milagros estrepitosos.

-Si lo ha hecho así, tendrá sus santas razones - dice con serenidad Andrés.

-¡Sí, y así pierde prosélitos! ¡Qué desilusión la visita a Jerusalén!: cuanta más necesidad hay de gestos llamativos, más se acurruca en la sombra. Yo verdaderamente esperaba ver, hacer frente...

-Oye, perdona la pregunta... pero, ¿qué querías ver?, ¿a quién querías hacer frente...?

-¿Qué?... ¿A quién?... ¡Hombre, pues ver sus obras milagrosas y no tener que dejarme avasallar por los que dicen que es un falso profeta o un endemoniado! ¿Por qué dicen esto? ¡Eh! Dicen que sin el apoyo de Belcebú no es más que un pobre hombre. Y dado que se sabe que Belcebú cambia caprichosamente de humor y que se deleita en tomar y dejar, como hace el leopardo con la presa, y dado que los hechos justifican este pensamiento, pues me preocupa el pensar que Él no hace nada. ¡Quedamos por los suelos! Somos los apóstoles de un Maestro... todo doctrina, sí, eso es innegable, pero nada más.

La brusca pausa de Judas tras la palabra "Maestro" hace pensar que quería decir algo más gordo.

Las mujeres están atónitas. Pero María de Alfeo, como pariente de Jesús, dice claramente:

-¡A mí eso no me asombra; lo que sí me asombra es que Jesús te soporte, muchacho!

Andrés, que siempre es manso, esta vez pierde la paciencia, y rojo, enfurecido - muy parecido a su hermano en raras ocasiones - grita:

-¡Pues vete! ¡Así no tendrás que quedar mal por culpa del Maestro! ¿Quién te ha convocado? A nosotros sí, a ti no. Tuviste que insistir varias veces para que te aceptara. Te has impuesto... ¡No se por qué no les cuento todo a los demás!...

-Con vosotros no se puede hablar nunca. Tienen razón cuando dicen que sois pendencieros e ignorantes...

-La verdad es que no entiendo en absoluto dónde encuentras el error del Maestro. Y yo no tenía noticia de estos cambios caprichosos del Demonio. ¡Pobrecito! Sin duda tiene que ser raro; si hubiera sido equilibrado de mente, no se hubiera rebelado contra Dios. De todas formas tomo nota - dice, no sin sarcasmo, Tomás, para tratar de desviar la tormenta que se avecina.

-No estoy de broma, así que tú tampoco. ¿Se ha hecho notar en Jerusalén acaso? Pero si además hasta el mismo Lázaro ha hecho esta observación...

La carcajada de Tomás retumba en el ambiente... y, riéndose todavía - su risa ya de por sí ha desorientado a Judas Iscariote -, dice:

-¿Que no ha hecho nada? Vete a preguntárselo a los leprosos de Siloán y de Hinnom. Bueno, en Hinnom no encontrarás a ninguno, porque todos están curados. El hecho de que tú no estuvieras, porque tenías prisa de ir con... los amigos, y de que, por tanto, no lo hayas sabido, no quita para que los valles de Jerusalén y de otros muchos lugares rebosen de aclamaciones de los curados - termina, serio, Tomás. Y, severo, añade: «Tu enfermedad es de la bilis, amigo; que todo te lo amarga y te lo hace ver verde. En ti debe ser una enfermedad cíclica. Créeme que convivir con uno como tú es poco placentero. Cambia. No voy a decirle nada a nadie, y lo mismo espero que hagan estas buenas mujeres - si es que quieren escucharme - y Andrés. Pero cambia. No te sientas defraudado, porque aquí no hay ninguna desilusión. No te sientas necesario, mira, que el Maestro sabe cómo actuar; no pretendas ser el maestro del Maestro. Si, en el caso de la pobre Elisa, ha actuado así, es señal de que era lo correcto. Deja que esas sierpes silben y escupan como quieran; no te metas a querer hacer de intermediario entre ellos y El, y mucho menos aún te avergüences de estar con Él. Aunque no curase en lo sucesivo ni siquiera un resfriado, ello no quitaría para que siguiera siendo poderoso. Su palabra es un continuo milagro. ¡Y vive en paz, que no nos vienen persiguiendo arqueros! ¡Llegará un día, cómo no, que convenceremos al mundo de quién es Jesús! Y tranquilo también por la cuestión de María, que si ha prometido que irá a ver a tu madre irá. Entretanto vamos caminando como peregrinos por estas hermosas comarcas. ¡Nuestro trabajo es éste! ¡Sí, hombre, claro! Vamos a darles a las discípulas la satisfacción de ir a ver la tumba de Abraham, su árbol y la tumba de Jesé y... ¿qué más habíais dicho?

-Se dice que aquí vivió Adán y murió asesinado Abel...

-¡Las consabidas leyendas sin sentido!... dice Judas rezongando.

-Dentro de un siglo se dirá que lo de la gruta de Belén y muchas otras cosas son una leyenda. Pero, oye, además, ¿no fuiste tú quien quiso ir a aquel fétido antro de Endor, que - creo que estarás de acuerdo conmigo - no pertenecía precisamente a un ciclo santo; no crees? Bueno, pues ellas vienen aquí, donde se dice que hay sangre y cenizas de santos. De Endor nos ha venido Juan, ¿quién sabe...?

-¡Buen fichaje, Juan! - dice burlonamente Judas.

-No es guapo de cara, sí, pero puede ser que su alma sea mejor que la nuestra.

-Sí, precisamente su alma... ¡con la vida que ha vivido!

-¡Calla! El Maestro nos dijo que no debíamos rememorarlo.

-¡Qué fácil eso! ¡Ya quisiera ver yo, si hiciera algo parecido, si lo ibais a rememorar o no!

-Adiós, Judas; es mejor que estés solo. Estás demasiado agitado. ¡Si al menos supieras lo que te pasa!

-¿Que qué me pasa, Tomas? Pues lo que me pasa es que veo que a nosotros se nos deja de lado por los últimos que llegan; lo que me pasa es que veo preferir a todos antes que a mí; y que noto que se espera a que no esté yo para enseñar a orar. ¿Qué quieres, que me gusten estas cosas?

-No gusta, de acuerdo, pero te recuerdo que si hubieras venido con nosotros a la Cena de Pascua, habrías estado tú también en el Monte de los Olivos cuando el Maestro nos enseñó la oración. Y, por lo que respecta a que se nos deje de lado por los primeros que llegan, no lo veo. ¿Lo dices por ese pobre inocente?, ¿o por el pobre Juan?

-Por los dos. Jesús ya casi no se dirige a nosotros. Míralo incluso ahora... Está allí, sin ninguna prisa, habla que te habla con el niño. ¡Pues va a tener que esperar no poco tiempo a poderlo incluir entre los discípulos! ¿Y el otro?... Nunca será discípulo: es demasiado soberbio, culto, duro de corazón, y tiene malas tendencias. Y a pesar de todo: “Juan por aquí y Juan por allá"...

-¡Padre Abraham, no me dejes perder la paciencia! ¿Y en qué te parece que el Maestro prefiere a otros antes que a ti?

-¿Pero no lo has visto también ahora? Llegado el momento de salir de Betsur - después de un tiempo pasado en instruir a tres pastores a los que perfectamente había podido instruir Isaac -, ¿a quién deja con su Madre? ¿A mí?, ¿a ti? No. Deja a Simón. ¡Un viejo que casi no habla!...

-Pero que lo poco que dice está siempre bien dicho - replica prontamente Tomás, que ahora se ha quedado solo con Judas dado que las mujeres, con Andrés, se han separado y van adelante ligeras, como huyendo de un tramo de camino lleno de sol.

Los dos apóstoles hablan tan acaloradamente, que no oyen que Jesús se ha acercado, perdido del todo el ruido de sus pasos entre la polvareda del camino. Mas si Él no hace ruido, ellos gritan como diez, y Jesús sí que los oye; detrás vienen también Pedro, Mateo, los dos primos del Señor, Felipe y Bartolomé, y los dos hijos de Zebedeo llevando en medio a Marziam.

Jesús dice:

-Es así, como has dicho, Tomás: Simón habla poco, pero lo poco que dice está siempre bien dicho: tiene mente serena y corazón honesto; pero, sobre todo, una muy buena voluntad. Por eso lo he dejado con mi Madre. Es verdaderamente un caballero, y, al mismo tiempo, conoce la vida, ha sufrido, y es anciano. Por tanto – y digo esto porque pienso que a alguien le ha parecido injusta esta decisión - era el más adecuado para quedarse. Judas, no podía permitir que mi Madre se quedase sola - y era justo dejarla - con una pobre mujer que todavía estaba enferma: mi Madre completará así la obra que Yo he comenzado. Tampoco podía dejarla con mis hermanos, ni con Andrés o Santiago o Juan, y tampoco contigo. Si no comprendes el motivo no sé qué decirte...

-Porque es tu Madre, joven y hermosa, y la gente...

-¡No! La gente tendrá siempre fango en el pensamiento, en los labios y en las manos, y especialmente en el corazón: la gente deshonesta, que ve sus sentimientos en los demás. Pero su fango no absorbe mi atención: se cae por sí solo, una vez seco. He preferido a Simón porque es anciano y no recordaba demasiado a los hijos difuntos de esa mujer desolada; vosotros, jóvenes, los habríais evocado con vuestra juventud... Simón sabe tutelar y pasar desapercibido, nunca exige nada, es compasivo, sabe velar por sí mismo. Podía haber escogido a Pedro. ¿Quién mejor que él para estar con mi Madre? Pero todavía es muy impulsivo. ¿Ves cómo se lo digo a la cara y no se ofende? Pedro es sincero, y ama la sinceridad incluso cuando le supone un perjuicio. Podía haber sido Natanael, pero no ha estado nunca en Judea; Simón, por el contrario, la conoce bien y será precioso para guiar a la Madre a Keriot. Sabe incluso ir a la casa tuya del campo, y a la de la ciudad, así que no hará...

-Pero... Maestro... ¿entonces tu Madre va a ir realmente a ver a la mía?

-¡Ya se había dicho! Cuando se dice una cosa se hace. Iremos sin prisa, deteniéndonos a evangelizar por estos pueblos. ¿No quieres que evangelice tu Judea?

-¡Sí, sí, Maestro!... Yo es que creía... pensaba...

Bueno, sobre todo, es que te creabas penas por causa de una serie de quimeras de tu fantasía. Para la segunda fase de la luna de Ziv estaremos todos nosotros en casa de tu madre; nosotros, es decir, también mi Madre y Simón. Por ahora Ella está evangelizando Betsur, ciudad judía, de la misma forma que Juana está evangelizando Jerusalén con una joven y un sacerdote que fue leproso; Lázaro con Marta y el anciano Ismael hacen lo propio en Betania; en Yuttá, Sara, en Keriot, sin duda, habla del Mesías tu madre. No puedes decir que dejo privada de mensajeros a Judea; antes bien, le doy - a pesar de su mayor cerrazón y obstinación - las voces más dulces, la de las mujeres - que a la palabra unen ese arte fino suyo y son maestras en conducir los corazones a donde quieren -, además de la del santo Isaac y de mi amigo Lázaro. ¿Ya no dices nada? ¿Por qué estás casi llorando, niñote caprichoso? ¿Qué ganas envenenándote con las sombras? ¿Tienes todavía algún motivo de inquietud? ¡Ánimo, habla...!

-Soy malo... y Tú eres muy bueno... Tu bondad siempre me impresiona: ¡es siempre tan fresca y nueva...! Yo... yo... nunca sé decir cuándo la encuentro en mi camino.

-Tú lo has dicho, no lo puedes saber, pero es porque no es ni fresca ni nueva, sino eterna, Judas; omnipresente, Judas... ¡Ya estamos en las cercanías de Hebrón! María, Salomé y Andrés nos hacen grandes gestos. Vamos. Están hablando con unos hombres. Deben estarles preguntando por los lugares históricos. ¡Tu madre, ante la memoria de estos lugares, rejuvenece, hermano mío!

Judas Tadeo le sonríe a su primo, quien, igualmente, sonríe.

Y Pedro:

-¡Rejuvenecemos todos! Me siento como en la escuela, una bonita escuela, mejor que la de aquel cascarrabias de Eliseo. ¿Te acuerdas, Felipe? ¡Pero las armábamos, ¿eh?! ¡Aquella historia de las tribus!: "¡Decid las ciudades de las tribus!"; "No las habéis dicho en coro... a decirlas otra vez..."; "Simón, pareces una rana dormida, te quedas atrás. Volved a empezar". ¡Ay, veía todo nombres de ciudades y de pueblos de todos los tiempos y no sabía nada más! Aquí, sin embargo, se aprende verdaderamente. ¡Marziam, un día de éstos tu padre, ahora que ya sabe, irá a hacer el examen!...

Todos se echan a reír mientras se dirigen hacia Andrés y las mujeres.

## 211

## Regreso a Hebrón, patria del Bautista

Están todos en un bosquecillo de las cercanías de Hebrón. Conversan, sentados en círculo, mientras comen.

Judas, ahora que está seguro de que María irá a ver a su madre, ha vuelto a sus mejores disposiciones de espíritu, y trata de borrar con mil atenciones el recuerdo de sus malhumores para con sus compañeros y las mujeres. Debe haber ido él al

pueblo para comprar. Está contando que lo ha encontrado muy cambiado respecto al año anterior: «La noticia de la predicación y milagros de Jesús ha llegado hasta aquí. La gente ha empezado a recapacitar sobre muchas cosas. ¿Sabes, Maestro, que en esta zona hay una propiedad de Doras? También la mujer de Cusa posee aquí, por estos montes, unas tierras y un castillo propio, de su dote. Se ve que un poco ella y otro poco los campesinos de Doras han preparado el terreno, porque debe haber aquí alguno de los de Esdrelón. Doras ordena que guarden silencio, pero ellos... ¡yo creo que ni ante el tormento callarían! Ha causado estupor la muerte del fariseo, ¿sabes?, así como la excelente salud de Juana, que vino aquí antes de la Pascua. ¡Ah, y también te ha sido útil el amante de Áglae. ¿Sabes que ella se escapó poco después de haber pasado nosotros por aquí? Bueno pues él ha sido un demonio para con muchos inocentes, para vengarse. Así que la gente al final ha pensado en ti como en un vengador de los oprimidos, y desea tu presencia. Quiero decir los mejores...

-¿Vengador de los oprimidos? Sí, lo soy, pero sobrenaturalmente. Ninguno de los que me ven con el cetro y la segur en la mano, como rey y justiciero según el espíritu de la tierra, juzga con acierto. Sí, claro que he venido a liberar de las opresiones: la del pecado - la más grave -, la de las enfermedades y el desconsuelo; como también de la ignorancia y del egoísmo. Muchos aprenderán que no es justa la tiranía porque el destino lo haya colocado a uno arriba; y que, más bien, se debe usar de las posiciones privilegiadas para elevar al que está abajo.

-Lázaro lo hace, y también Juana; pero son dos contra centenares... - dice Felipe lleno de desconsuelo.

-Los ríos, en el nacimiento, no tienen la anchura que presentan en el estuario; son unas gotas, un hilo de agua... pero luego... hay ríos que en la desembocadura parecen mares.

-¡El Nilo, ¿no?! Tu Madre me contaba cosas de cuando fuisteis a Egipto. Siempre me decía: "Créeme: es un mar, un mar verde-azul. ¡Verlo durante las crecidas es realmente un sueño!". Y me hablaba de las plantas que parecían nacer del agua, y de esa abundancia de hierba que parecía nacer también del agua cuando se retiraba... - dice María de Alfeo.

-Pues os digo que, de la misma forma que el Nilo en su nacimiento es un hilo de agua y luego se transforma en un verdadero gigante, esto que ahora es sólo un hilito (Juana, Lázaro, Marta) inclinado con amor y por amor hacia los más pequeños llegará a ser una multitud: ¡cuántos!, ¡oh, cuántos! - Jesús parece como si estuviera viendo a estos que serán misericordiosos para con sus hermanos... y sonríe, absorto en su visión.

Judas confía que el arquisinagogo quería venir con él, pero que no se ha atrevido a tomar por sí solo la decisión: ¿Te acuerdas, Juan, cómo nos rechazó el año pasado?

-Sí... pero vamos a decírselo al Maestro.

Le preguntan a Jesús, y responde que entrarán en Hebrón (si desean su presencia y los llaman, se detendrán un tiempo; si no, pasarán sin detenerse).

-Así veremos también la casa de Juan el Bautista. ¿De quién es ahora?

-Creo que de quien quiere. Samay se marchó y no ha vuelto. Ha quitado el mobiliario y la servidumbre. Los habitantes de la ciudad, para vengarse de sus vejaciones, han abierto una brecha en el muro de protección y ahora la casa es de todos; al menos el jardín. Se reúnen allí para venerar a su Juan. Se dice que Samay ha sido asesinado. No sé por qué motivo... parece que por una cuestión de mujeres...

-¡Alguna trama podrida de la corte, sin duda! - masculla Natanael entre dientes.

Se alzan y se ponen en camino en dirección a Hebrón, hacia la casa de Juan el Bautista. Cuando les falta poco para llegar, se ve venir hacia ellos a un grupo compacto de gente de la ciudad. Se acercan un poco vacilantes, curiosos, cohibidos. Pero Jesús los saluda con una sonrisa, lo cual hace que se sientan más seguros. El grupo entonces se escinde, con lo cual deja ver al arquisinagogo irrespetuoso del año anterior.

-¡Paz a ti! - saluda inmediatamente Jesús.

-¿Nos permites detenernos en tu ciudad? Vienen conmigo mis discípulos predilectos y las madres de algunos de ellos.

-Maestro, ¿pero no nos guardas rencor, al menos a mí?

-¿Rencor? No lo conozco, ni sé por qué motivo debería sentirlo?

-El año pasado fui violento contigo...

-Fuiste violento con el Desconocido, creyéndote en el derecho de serlo. Luego viste claro y te arrepentiste de lo que habías hecho. Mira, son cosas pasadas, y, de la misma forma que el arrepentimiento anula la culpa, el presente anula el pasado; ahora, para ti, Yo ya no soy el Desconocido. ¡Qué sentimientos tienes, pues, respecto a mí en este momento?

-De respeto, Señor. De... deseo de...

-¿Deseo? ¿Qué quieres de mí?

-Quiero conocerte más de lo que te conozco.

-¿Cómo? ¿De qué forma?

-A través de tu palabra y de tu obra. Nos ha llegado noticia de ti, de tu doctrina y poder; se ha dicho incluso que contribuiste a la liberación de Juan... Significa que no lo odiabas, que no tratabas de suplantar a nuestro Juan. Él mismo no ha negado que por ti volvió a ver el valle del santo Jordán. Hemos ido a verlo y le hemos hablado de ti. Nos ha dicho: "No sabéis lo que habéis rechazado. Debería maldeciros, pero os perdono porque El me ha enseñado a perdonar y a ser manso. No obstante, si no queréis ser anatemas ante el Señor y ante mí, su siervo, amad al Mesías. Y no dudéis. Su testimonio es éste: espíritu de paz, amor perfecto, sabiduría que supera a cualquier otra, doctrina celestial, mansedumbre absoluta, poder sobre todas las cosas, humildad total, castidad angelical. No podréis equivocaros: cuando respiréis paz ante un hombre que se dice Mesías, cuando bebáis amor (el amor que emana de Él), cuando paséis de vuestras tinieblas a la Luz, cuando veáis la redención de los pecadores y la curación de los cuerpos, decid: ` ¡Éste es verdaderamente el Cordero de Dios!'". Pues bien, nosotros sabemos que tus obras son las que dice nuestro Juan; por tanto, perdónanos, ámanos, danos eso que el mundo espera de ti.

-Estoy aquí para esto. Vengo de muy lejos para dar también a la ciudad de Juan lo que ofrezco en todos los lugares en que se me recibe. ¿Qué deseáis de mí? Hablad.

-Nosotros también tenemos enfermos y somos ignorantes, especialmente en lo que concierne al amor y a la bondad. Juan, en su amor total a Dios, tiene mano férrea y palabra de fuego; quiere doblegar a todos como un gigante comba un tallito de hierba; muchos se desaniman porque el hombre es más pecador que santo. ¡Es difícil ser santo!... Se dice que Tú no sometes, sino que elevas; que no cauterizas, sino que aplicas bálsamos; que no trituras, sino que acaricias. Se sabe que eres paternal con los pecadores, que dominas las enfermedades, cualesquiera que sean, sobre todo las del corazón. Los rabíes ya no lo saben hacer.

-Traedme a vuestros enfermos; luego reuníos en este jardín que fue elevado a templo por la Gracia que en él habitó, y que después quedó abandonado y fue profanado por el pecado.

Los hebronitas se esparcen en todas las direcciones, como golondrinas; se queda el arquisinagogo, que atraviesa con Jesús y sus discípulos la cerca del jardín, para ir a la sombra de una vasta pérgola recubierta de una maraña de rosas y parras que han crecido según su beneplácito. Regresan pronto, trayendo a un paralítico recostado en una camilla, a una joven ciega, a un mudito y a otros dos enfermos de no sé qué que vienen apoyándose en los que los acompañan.

-Paz a ti - es el saludo de Jesús a cada uno de los enfermos que se acerca. Luego la dulce pregunta: « ¿Qué deseáis que os haga?», luego el coro de lamentos de estos desdichados con que cada uno de ellos quiere narrar su propia historia.

Jesús, que estaba sentado, se levanta y va hacia el mudito. Le moja los labios con su saliva y pronuncia la magnífica palabra « ¡Ábrete!». Repite la misma palabra mientras moja con su dedo húmedo de saliva los párpados sin abertura de la ciega. Luego da la mano al paralítico y le dice: « ¡Levántate!». Por último, impone las manos a los dos enfermos diciendo: « ¡Quedad sanos, en el nombre del Señor!».

Y el mudito, que antes sólo emitía gemidos, dice claramente « ¡Mamá!». La joven, desellados sus párpados, los abre y cierra ante la luz, se protege con sus dedos del desconocido sol, y llora y ríe, y mira, apretando los párpados porque no está acostumbrada a la luz, a las plantas, a la tierra, a las personas, a Jesús especialmente. El paralítico, con movimientos seguros, baja de las angarillas, que los compasivos guizqueros levantan, ahora vacías, para que los que están lejos se den cuenta de que se ha cumplido el milagro. Los dos enfermos lloran de alegría y se arrodillan ante su Salvador para venerarlo. La muchedumbre prorrumpe en un frenético clamor de júbilo.

Tomás, que está al lado de Judas, lo mira tan fijamente y con una expresión tan clara, que éste le responde:

-He sido un estúpido, perdona.

Una vez que se ha calmado el griterío, Jesús empieza a hablar:

-El Señor dijo a Josué: "Habla a los hijos de Israel y diles: Separad las ciudades de que os hablé por medio de Moisés para los fugitivos, para que en ellas se puedan refugiar los que involuntariamente hayan matado a una persona, pudiendo evitar así la ira del pariente próximo, del vengador de la sangre'". Pues bien, Hebrón es una de estas ciudades. También está escrito: "Los ancianos de la ciudad no entregarán al inocente en manos de quien lo busca para matarlo; antes bien, lo acogerán, le darán morada, y permanecerá allí hasta el juicio y hasta la muerte del sumo sacerdote de entonces, después de lo cual podrá volver a su ciudad y a su casa".

En esta ley está ya presente y establecido el amor misericordioso hacia el prójimo. Dios ha impuesto esta ley porque no es lícito condenar al acusado sin haberlo escuchado, ni matar en un momento de ira. Lo mismo puede decirse también para los delitos y las acusaciones de orden moral. No es lícito acusar si no se conoce, ni juzgar sin haber oído al acusado. Mas, hoy día, a las acusaciones y condenas debidas a culpas supuestas en todos, o a culpas imaginadas, se ha añadido una nueva serie: la que se dirige y se pronuncia contra los que se presentan en nombre de Dios. Durante los siglos pasados, se ha repetido contra los Profetas; ahora es contra el Precursor del Cristo y contra el Cristo.

Ya lo habéis visto. Juan, atraído con engaño fuera del territorio de Siquem, espera la muerte en las prisiones de Herodes, porque nunca se doblegará ante ninguna mentira ni amaño alguno; de todas formas, se podrá truncar su vida, cortarle la cabeza, mas no podrán quebrar su honestidad, ni separar su alma de la Verdad, a la que él ha servido fielmente en sus más distintas formas (divinas, sobrenaturales o morales). De la misma forma, se persigue al Cristo, con furia doble, diez veces mayor, porque Él no se limita a decir: "No te es lícito" a Herodes, sino que, con vehemencia, va diciendo, en nombre de Dios y por el honor de Dios, esto mismo por todos aquellos lugares donde entra y encuentra pecado o sabe que hay pecado, sin excluir a ninguna categoría.

¿Cómo es posible esto?, ¿es que ya no hay siervos de Dios en Israel? Sí los hay. Lo que pasa es que son "ídolos".

En la carta de Jeremías a los exiliados están escritas entre muchas cosas éstas. Quiero que pongáis atención en ellas, porque toda palabra del Libro es una enseñanza que, desde que el Espíritu la hace escribir por un hecho presente, se refiere a un hecho futuro. Así pues, está escrito: ..."Cuando entréis en Babilonia veréis dioses de oro, plata, piedra, madera... Cuidaos de no imitar las obras de los extranjeros. Y no tengáis miedo a sus ídolos... Decid en vuestro corazón: "Sólo a ti se te debe adorar, Señor"'.

La carta enumera las particularidades de estos ídolos, que tienen lengua fabricada por un artífice, de la que no se sirven contra sus falsos sacerdotes, que los despojan de su oro para ataviar a las meretrices y luego toman el oro profanado por el sudor de la prostitución para volver a componer al ídolo; de estos ídolos que pueden ser corroídos por la herrumbre o la polilla y que están limpios y ordenados solamente cuando el hombre los lava y los compone, pues por sí mismos nada pueden hacer a pesar de tener en la mano el cetro o la segur.

Y termina el Profeta diciendo: "Por tanto, no los temáis". Luego añade: "Estos dioses son inútiles como vasijas rotas. Sus ojos están llenos del polvo que levantan los pies de los que entran en el templo. Están bien custodiados: como en una tumba, o como quien hubiera ofendido al rey, porque cualquier persona podría despojarlos de sus valiosas vestiduras. No ven la luz de las lámparas; son, en el templo, como las vigas. Las lámparas lo único que hacen es ahumarlos, mientras lechuzas, golondrinas u otros pájaros vuelan sobre sus cabezas y los motean de excrementos, y los gatos se guarecen entre sus vestiduras y las rompen. Por tanto, no hay que tenerles miedo, son *cosas muertas.* El oro no les sirve para nada, sólo es una cosa externa; si no se limpia,

no brillan. Tampoco sintieron nada cuando los fabricaron. El *fuego no los despertó.* Los compraron a precios fabulosos. Los llevan a donde el hombre quiere, porque son vergonzosamente impotentes... ¿Y por qué, pues, se les llama dioses? Porque se les dedica adoración, ofrendas y la pantomima de falsas ceremonias (los que las celebran no las sienten, quienes las ven no creen en ellas). Si se les hace algún mal, como si es un bien, no responden Son incapaces de elegir o destronar a un rey. No pueden devolver las riquezas, ni tampoco el mal. No pueden salvar a un hombre de la muerte, ni al débil de las manos del déspota. No sienten piedad ni por las viudas ni por los huérfanos. Asemejan a las piedras de la montaña...

Así, más o menos, dice la carta.

Mirad, ya no tenemos santos, sino ídolos, en las filas del Señor; por este motivo el mal es capaz de alzarse contra el bien: el mal que motea de excremento el intelecto y el corazón de los que ya no son santos, y anida entre sus falsas vestiduras de bondad.

Ya no saben pronunciar las palabras de Dios. Es lógico: su lengua es obra humana y hablan, por tanto, palabras de hombre - ¡cuando no de Satanás! -. Sólo saben arremeter insensatamente contra inocentes y pobres; pero guardan silencio ante la corrupción grave. En efecto, habiéndose corrompido todos, no pueden acusar al otro de las mismas culpas propias: con ambición - no por el Señor sino por Satanás -, trabajan aceptando el oro de la lujuria y del desmán, y lo trafican y sustraen, en manos de un frenesí que desborda todo límite y arrasa cuanto encuentra a su paso. Sin cesar, se les deposita encima el polvo, que fermenta sobre ellos. Externamente, su rostro está limpio, pero el ojo de Dios ve muy sucio su corazón. La herrumbre del odio y el gusano del pecado los corroe. No saben cómo hacer para salvarse. Blanden maldiciones, como cetros o hachas, sin saber que sobre ellos pesa la maldición. Están encerrados en su pensamiento y en su odio, cual cadáveres en sus sepulcros o prisioneros en sus cárceles, y permanecen ahí, agarrándose a las barras, pues temen que una mano los aleje de ese lugar: en efecto, donde están, estos muertos son todavía algo *(momias, nada más que momias,* de aspecto humano, y sólo el aspecto, pues su cuerpo está reducido a madera seca), mientras que fuera serían objetos desechados por el mundo que busca la Vida, que necesita la Vida como el niño el pecho materno y que acepta a quien le da Vida y no hedor de muerte.

Están en el Templo, sí, y el humo de las lámparas - de los honores - los ahuma, pero la luz no les llega; todas las pasiones – los pájaros y gatos - anidan en ellos, pero el fuego de la misión no les da el místico tormento de ser consumidos por el fuego de Dios. Son -refractarios al Amor. El fuego de la caridad no los enciende, la caridad no los viste con sus áureos esplendores: la caridad de dúplice forma y origen: caridad para con Dios y para con el prójimo, la forma; caridad de Dios y del hombre, el origen. Dios se aleja, en efecto, del hombre que no ama, siendo así que el origen divino cesa; el hombre se aleja del malvado, cesando así el segundo origen. La Caridad arrebata todo al hombre que no tiene amor. Se dejan comprar con precio maldito, se dejan llevar a donde quieren la ganancia y el poder.

¡No, no es lícito! *Ninguna moneda puede comprar la conciencia, y* menos aún la de los sacerdotes y maestros. No es lícito mostrarse sumisos ante las cosas fuertes de la tierra cuando quieren conducirnos a obrar en contra de lo que Dios ha establecido: esto no es sino impotencia espiritual, y está escrito: "El eunuco no entrará en la asamblea del Señor". Si, pues, no puede ser del pueblo de Dios el impotente por naturaleza, ¿podrá ser su ministro el impotente de espíritu? En verdad os digo que muchos sacerdotes y maestros, habiendo perdido su virilidad espiritual, han venido a ser, culpablemente, eunucos espirituales. Muchos. ¡Demasiados!

Meditad, observad, comparad, y os daréis cuenta de que tenemos muchos ídolos y pocos ministros del Bien, que es Dios. Ahora se ve por qué sucede que las ciudades-refugio no son ya tales. Ya no se respeta nada en Israel. Los santos mueren por el odio hacia ellos de los no santos.

Pues bien, mi propuesta es una llamada. Os llamo en nombre de nuestro Juan, que se está consumiendo por haber sido santo, que sufre ahora la acción punitiva por ser precursor mío y por haber tratado de quitar de los caminos del Cordero las inmundicias. Venid a servir a Dios. El tiempo está cercano. No os coja desapercibidos la Redención. Haced que llueva en terreno sembrado; si no, en vano caerá la lluvia. Vosotros, habitantes de Hebrón, debéis ir a la cabeza, porque habéis convivido aquí con Zacarías e Isabel, los santos que merecieron del Cielo a Juan; aquí Juan ha esparcido el perfume de su gracia con verdadera inocencia de párvulo, y, desde su desierto, os ha enviado el incienso anticorruptor de su Gracia, prodigio de penitencia. No defraudéis a vuestro Juan, que ha llevado el amor al prójimo hasta una altura casi divina, de forma que ama al último habitante del desierto cuanto a vosotros, paisanos suyos. Estad seguros que impetra la Salud para vosotros, y la Salud está en seguir la Voz del Señor y creer en su Palabra. Venid en masa, de esta ciudad sacerdotal, al servicio de Dios. Yo paso y os llamo. No seáis menos que las meretrices, a las cuales les es suficiente una palabra de misericordia para abandonar el camino recorrido precedentemente y tomar el del Bien.

Cuando he llegado me han preguntado: "Pero, ¿no nos guardas rencor?". ¡Rencor! ¡No; antes bien, amor! Espero incluso veros entre las filas de mi pueblo, del pueblo que guío hacia Dios en el nuevo éxodo hacia la *verdadera* Tierra Prometida (el Reino de Dios), al otro lado del Mar Rojo de los sentidos, más allá de los desiertos del pecado, libres ya de todo tipo de esclavitud, hacia la Tierra eterna, de pingües delicias, colmada de paz...

¡Venid! Es el Amor que pasa; quien quiera puede seguirle, porque para ser acogidos por El se requiere solamente buena voluntad.

Jesús ha terminado en medio de un silencio atónito. Parece que muchos están sopesando las palabras que han escuchado, prueban su sabor, las degustan, las confrontan.

Mientras esto sucede, y Jesús, cansado y sudoroso, se sienta a hablar con Juan y Judas, he aquí que se alza un clamor al otro lado del muro: gritos confusos, luego más claros:

-¿Está el Mesías? ¿Está?

La respuesta es afirmativa. Entonces pasan adelante a un hombre contrahecho que de tan torcido como está parece una "S".

-¡Es Masala!

-¡Demasiado contrahecho! ¿Qué puede esperar? ¡Ahí está su madre! ¡Pobrecilla!

-Maestro, su marido la rechaza por ese aborto de hombre de su hijo, así que vive aquí de la caridad; pero ahora es ya anciana y le queda poca vida...

El aborto de hombre - realmente es así - está ante Jesús. No puede ni siquiera ver su rostro de lo encorvado y torcido que está Parece una caricatura de hombre-chimpancé o de un camello humanizado.

La madre, anciana y mísera, ni siquiera habla; sólo gime:

-Señor. Señor... creo...

Jesús pone sus manos sobre los hombros sesgados del hombre, que apenas si le llega a la cintura; alza su rostro hacia el Cielo y dice con voz potente:

-¡Enderézate y sigue los caminos del Señor!

El hombre experimenta un brusco movimiento y, como impulsado por un resorte, queda derecho como el más perfecto de los hombres. E1 movimiento ha sido tan repentino, que parece como si se hubieran roto unos resortes que lo tuvieran contenido en esa posición anómala. Ahora le llega a Jesús a los hombros; lo mira y cae de rodillas, con su madre, ante su Salvador, y ambos le besan los pies.

Es indescriptible la reacción de la muchedumbre... A pesar de todas las resistencias, Jesús se ve obligado a permanecer en Hebrón, porque la gente está dispuesta a formar barreras en las salidas para impedirle marcharse.

Así... entra en la casa del anciano arquisinagogo, que tan cambiado está respecto al año pasado...

## 212

## Una ola de amor a Jesús, que en Yuttá habla desde la casita de Isaac

Toda Yuttá corre al encuentro de Jesús, con flores silvestres de las laderas de sus montes y con las primicias de los frutos de sus campos, además de las sonrisas de sus niños y las bendiciones de sus habitantes. Antes de que Jesús ponga pie en el pueblo, se ve rodeado de estas buenas personas que, avisadas por Judas de Keriot y Juan, que habían sido enviados con anticipación, acuden a honrar al Salvador con las cosas mejores que han encontrado; sobre todo, con su amor.

Jesús no hace otra cosa sino bendecir con el gesto y la palabra a las personas, adultos o niños, que están pegadas alrededor de Él y besan sus vestiduras y sus manos, o que depositan en sus brazos, para que los bendiga con un beso, a los lactantes; la primera que lo hace es Sara: le pone en su corazón a ese espléndido nene de diez meses que es ya Iesaí.

Tan impetuoso es el amor, que hace difícil proseguir el camino; no obstante, es como una ola que aligera. Creo que Jesús camina, más por el impulso de esta ola que por el de sus propios pies. Sin duda, la alegría que le proporciona este amor eleva su Corazón bien alto, al cielo sereno. Su rostro refulge como en los momentos de más viva alegría de Hombre-Dios; no es ese rostro de poder, de magnética mirada, de cuando realiza milagros; tampoco es el rostro majestuoso de cuando expresa su unión continua con el Padre, ni el severo de cuando reprime un pecado: todos esplendorosos, aunque con diversa luminosidad. La luz de ahora es la de las horas de distensión de todo su yo, agredido por todas partes, obligado a vigilar siempre hasta los más mínimos gestos o palabras, suyos o de los demás, rodeado de todas las asechanzas de este mundo que lanzan - maléfica tela de araña - sus hilos satánicos para envolver a la divina Mariposa que es e1 Hombre-Dios, queriendo paralizar su vuelo y aprisionar su espíritu, para que no salve al mundo; queriendo amordazar su palabra, para que no instruya a los supremos y culpables ignorantes de la tierra; atar sus manos, para que no santifiquen - sus manos de Sacerdote eterno - a los hombres corrompidos por el demonio y la carne; tapar sus ojos, para que la perfección de su mirada, verdadero imán, perdón, amor, encanto que vence toda resistencia excepto la del perfecto Satanás, no atraiga hacia sí a los corazones.

¡Oh! ¿Es que, acaso, no sigue siendo así con Cristo por obra de sus enemigos? ¿Es que hoy día, la Ciencia y la Herejía, el Odio y la Envidia, los enemigos de la Humanidad, nacidos de la misma Humanidad cual ramas envenenadas en árbol bueno, no hacen, acaso, todo esto para que la Humanidad muera; ellos, que la odian más aún que a Cristo, puesto que la odian activamente privándola de su alegría al descristianizarla, mientras que a Jesús no pueden quitarle nada siendo Él Dios y ellos polvo? Sí, lo hacen.

Mas Cristo se refugia en los corazones fieles, y desde allí mira habla, bendice a la Humanidad, y luego... y luego se da a estos corazones, y ellos... y ellos, aunque permanezcan aquí, tocan el Cielo bienaventurado, y arden hasta el punto de que todo su ser sufre un delicioso tormento: los sentidos, los órganos, los sentimientos, el pensamiento y, en fin, el espíritu... Lágrimas y sonrisas, gemidos y canto, agotamiento y urgencia de vida, son nuestros compañeros; más que compañeros: son nuestro propio ser, porque de la misma forma que los huesos están en la carne, y las venas y los nervios bajo la epidermis y todo ello constituye un solo hombre, igualmente estas cosas, verdaderamente encendidas, nacidas del hecho de que Jesús se ha dado a nosotros, están en nosotros, en nuestra pobre humanidad. ¿Y, qué somos nosotros en esos momentos, que no pueden ser eternos, porque si durasen más de algunos instantes moriríamos abrasados o fragmentados? No basta ya decir que somos hombres. No basta ya decir que somos animales dotados de razón que viven sobre la faz de la tierra. Somos, somos, ¡oh, Señor, déjame decirlo al menos una vez, no por soberbia, sino para cantar tus alabanzas, porque tu mirada me quema y me hace delirar!... ¡Somos serafines!, y me sorprende grandemente que de nosotros no salgan llamas y ardores sensibles para las personas y la materia, como sucede en las apariciones de los réprobos. Porque, si el fuego del Infierno es tal que basta un reflejo emanado de un réprobo para quemar la madera y derretir los metales - y ello es verdad -, ¿qué será tu fuego, ¡oh Dios!, que eres infinito y perfecto en todo?

No morimos, no, de fiebre, no es ella la que nos quema, no nos consumimos de fiebre proveniente de enfermedades de la carne. ¡Tú eres nuestra fiebre, Amor! De esto se arde, se muere, nos consumimos, de esto y por esto se desgarran las fibras del corazón que no puede resistir tanto. Pero... no, digo mal, porque el amor es delirio, cascada que hace pedazos los diques y

baja abatiendo todo lo que no es él; el amor es un agolparse de sensaciones en la mente, todas verdaderas, todas presentes... pero que la mano no puede transcribir, porque la mente es demasiado veloz en traducir en pensamiento el sentimiento que experimenta el corazón. No es verdad que morimos. Vivimos. Es una vida multiplicada por diez, una vida binaria: como hombres y como bienaventurados: la de la tierra y la del Cielo. Tengo la certeza de que no sólo se alcanza, sino que se supera, esa vida sin taras, sin menguas ni limitaciones, que Tú, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Tú, Dios Creador, uno y trino, habías dado a Adán; esa vida que era preludio de la Vida que habría de gozarse en el Cielo tras un pacífico paso, en los amorosos brazos de los ángeles - como el dulce sueño y asunción de María al Cielo -, del Paraíso terrenal al celestial, para ir a ti, a ti, a ti... Vivimos *la verdadera Vida.*

Y luego nos encontramos de nuevo aquí, y, como yo ahora, nos asombramos, nos avergonzamos de haber ido tan allá, y decimos: Señor, no soy digno de tanto. Perdona, Señor», y nos damos golpes de pecho porque sentimos un gran miedo a haber cometido un acto de soberbia, y uno corre un velo, más espeso, para cubrir el resplandor, el cual no sigue llameando, por compasión hacia nuestra limitación, en modo supercompleto, sino que se recoge en el centro de nuestro corazón en espera de volver a arder con poderosa llama en un nuevo momento de beatitud querido por Dios. Uno corre el velo para cubrir el sagrario en que Dios arde con su fuego, su luz, su amor... y, agotados, aunque también regenerados, reanudamos el camino como... embriagados con un vino fuerte y delicado, que no obnubila la razón; antes bien, nos preserva de dirigir nuestra mirada o nuestros pensamientos hacia lo que no es el Señor, Tú, mi Jesús, eslabón de juntura entre nuestra miseria y la Divinidad, medio de redención para nuestra culpa, creador de beatitud para nuestra alma; , Hijo, que con tus manos heridas metes las nuestras entre las manos espirituales del Padre y del Espíritu Santo, para que estemos y permanezcamos, ahora y siempre, en Vosotros. Amén.

Jesús entra en Yuttá. Lo llevan a la plaza del mercado, y de aquí a la mísera casucha en que Isaac se consumió durante treinta años. Le explican:

-Aquí venimos a hablar de ti y a orar, como si fuera una sinagoga; la más auténtica, porque aquí hemos empezado a conocerte, aquí las oraciones de un santo te han llamado para venir a nosotros. Entra. Mira cómo lo hemos preparado.

La casita, que no más de un año antes se componía de tres cuartuchos - el primero, donde Isaac, enfermo, mendigaba; el segundo un tabuco; el tercero, una cocinita que daba al patio -, ahora se ha transformado en una única estancia con bancos para las reuniones que allí se celebran. En el patio, en una barraquilla, están los pocos enseres y muebles de Isaac (cada objeto es una reliquia). Con la veneración de los habitantes de Yuttá, el patio presenta ahora un aspecto menos desolado, pues han puesto en él unas enredaderas que con sus flores cubren la rústica estacada y, siguiendo unas cuerdas que han sido extendidas en forma de red sobre el patio, forman un principio de enramada a la altura del techo bajo.

Jesús los elogia y dice:

-Aquí podemos quedarnos. Sólo os pido una cosa, que alojéis a las mujeres y al niño.

-¡No, Maestro nuestro; jamás! Vendremos aquí, contigo, para que nos hables, pero Tú y los tuyos sois nuestros huéspedes. Concédenos la bendición de dar alojamiento a ti y a los siervos de Dios; lo único que sentimos es que no sean tantos como el número de casas...

Jesús da su consentimiento y sale de la casita para ir a la de Sara, que no cede a nadie su derecho a invitar a Jesús y a los suyos a comer...

Jesús está hablando en la casa de Isaac. La gente abarrota la estancia y el patio, y hasta incluso la plaza; Jesús, para que todos le puedan oír, se pone en el medio de la estancia, de forma que su voz se extienda tanto por el patio como por la plaza. Debe estar hablando de un aspecto que ha surgido de alguna pregunta o de algún hecho. Dice:

-«... Pues bien, podéis estar seguros de que, como dice Jeremías, llegada la hora de la verdad, se darán cuenta de lo doloroso y amargo que es haber abandonado al Señor. Amigos, para ciertos delitos no hay nitro ni saponaria capaces de quitar la señal; ni siquiera el fuego del Infierno la corroe: es indeleble.

También en este caso debe reconocerse la exactitud de las palabras de Jeremías, pues los grandes de Israel, los nuestros, asemejan las burras salvajes de que habla el Profeta. Están habituados al desierto de su corazón. Creedme: mientras uno está con Dios, aunque sea pobre, como Job, aunque esté solo o desnudo, no está nunca ni solo ni pobre ni desnudo, no es nunca un desierto. Ellos, sin embargo, han quitado a Dios de su corazón; por eso, están en un árido desierto. Como burras salvajes olisquean en el viento la presencia de los burros, que, en su caso, por su sed inapagable, se llama poder, dinero - además de lujuria en el verdadero sentido de la palabra -, y van tras ese olor, hasta cometer el reato. Sí, van tras él, y seguirán yendo, y no saben que no son los pies los que tienen desnudos sino el corazón, desguarnecido ante los dardos de Dios, que vengará su delito. Llegada esa hora, ¡cuán confusos quedarán reyes y príncipes, sacerdotes y escribas! Ellos, en verdad, han dicho, y dicen, a lo que es nada, o, peor aún, pecado: "¡Tú eres mi padre, tú me has engendrado!"

En verdad, en verdad os digo que Moisés rompió con ira las tablas de la Ley al ver a su pueblo en la idolatría y luego volvió a lo alto del monte; oró, adoró y obtuvo. Ello sucedió hace siglos. Pero todavía no ha cesado, ni cesará - es más, crece, como levadura en la harina - la idolatría en el corazón de los hombres. Ahora casi todos los hombres tienen su propio becerro de oro. La tierra es una selva de ídolos, cada corazón es un altar sobre el que raramente está Dios; quien no tiene una mala pasión tiene otra, quien no tiene una concupiscencia tiene otra con otro nombre; quien no vive sólo para el oro vive sólo para obtener una posición, quien no vive sólo para la carne vive sólo para el egoísmo. ¡Cuántos yoes reducidos a becerros de oro reciben adoración en los corazones! Llegará, pues, el día en que, compungidos, llamarán al Señor, y oirán la respuesta: "Invoca a tus dioses. Yo no te conozco".

Tremenda palabra ésta, si la pronuncia Dios dirigida a un hombre. Dios ha creado al Hombre raza y conoce a cada individuo humano, así que, si dice: "Yo no te conozco", es señal de que ha borrado con la fuerza de su voluntad a ese hombre de su memoria. ¡Yo no te conozco! ¿Será Dios demasiado severo por pronunciar este veredicto?

El hombre ha gritado al Cielo: "Yo no te conozco" y el Cielo ha respondido al hombre: "Yo no te conozco". Fiel como el eco... 'Meditad además esto: el hombre está obligado a conocer a Dios por deber de gratitud y por respeto a su propia inteligencia.

*Por gratitud.* Dios ha creado al hombre y le ha dado el don inefable de la vida; además lo ha provisto del regalo superinefable de la Gracia, que el hombre perdió por su culpa. He aquí que éste recibe una gran promesa: "Te restituiré la Gracia". Dios, el ofendido, habla en este modo al ofensor, casi como si Dios fuera el culpable, obligado a dar satisfacción. Y Dios ha mantenido su promesa: Yo estoy aquí para restituir la Gracia al hombre. Dios no se limita a dar lo sobrenatural, sino que incluso rebaja su Esencia divina a proveer a las gravosas necesidades de la carne y sangre del hombre, y ofrece el calor del sol, el alivio del agua, cereales, vino, árboles y animales de todas las especies. Así, el hombre ha recibido de Dios todos los medios para la vida. Es el Benefactor. La gratitud es obligada, y hay que mostrarla esforzándose en conocerlo.

*Por respeto a* la *propia razón.* El imbécil, el estúpido, no muestran gratitud hacia quien los cuida, porque no comprenden el verdadero valor de esas atenciones, y odian a la persona que los lava y acerca la comida a su boca, que los guía a la cama o los acuesta, porque, siendo, como son, animalescos a causa de su desgracia, confunden los cuidados con las torturas. El hombre que falta en este sentido para con Dios se deshonra a sí mismo, que es un ser dotado de razón. Sólo un estúpido o demente no logra distinguir a su padre de un extraño, al benefactor del enemigo. El hombre inteligente conoce a su padre y a su benefactor y se complace en conocerlos cada vez más incluso en las cosas que ignora por haber sucedido antes de que él naciera de su padre o fuera beneficiado por su benefactor. Pues así debemos actuar para con el Señor, para mostrar que somos inteligentes, y no mentecatos.

Sucede que en Israel demasiados son como estos dementes que no reconocen a su padre o a su benefactor. Jeremías se pregunta: "¿Podrá, acaso, una virgen olvidarse de sus atavíos o una esposa de ceñir su cintura?". Pues Israel está poblado de vírgenes insensatas que olvidan sus atavíos y de esposas impúdicas que olvidan los cinturones recatados y se ponen oropeles de meretriz; y esto se ve más extendido cuanto más se sube a las clases que deberían ser maestras del pueblo. Pues bien, he aquí el reproche que Dios, con cólera y llanto, les dirige: "¿Por qué te esfuerzas en mostrar que tu conducta es buena para buscar afecto, cuando en realidad enseñas la malicia y esos modos tuyos de actuar, y han encontrado en los bordes de tus vestiduras la sangre de los pobres e inocentes?".

Amigos, la distancia es un bien y un mal. Estar muy lejos de los lugares donde a menudo hablo es un mal, porque os impide oír las palabras de Vida. Os doléis de ello y tenéis razón. Pero considerad que también es un bien porque así estáis lejos de los lugares donde fermenta el pecado, hierve la corrupción y se oye el zumbido de la insidia que obra contra mí, poniéndome zancadillas e insinuando a los corazones dudas y mentiras respecto a mí. Bien, pues yo os prefiero lejos antes que corrompidos. Me ocuparé de vuestra formación. Como podéis ver, Dios ya lo había hecho antes de que nos conociéramos y consecuentemente nos amáramos: me conocíais sin habernos visto nunca. Isaac ha sido el heraldo entre vosotros. Pues bien, enviaré a muchos como Isaac para que os refieran mis palabras. Pero debéis saber también que Dios puede hablar en todas partes, de Tú a tú, con el espíritu humano, y educarlo en su doctrina.

No tengáis miedo a que por estar solos podáis errar. No. Si no queréis, no seréis infieles al Señor y a su Cristo. Pero si, a pesar de todo, hay quien no puede realmente estar lejos del Mesías, sepa que el Mesías le abre el corazón y los brazos y le dice: "Ven". Venid los que queráis venir; quedaos los que os queráis quedar. Mas unos y otros predicad a Cristo con una vida honesta; predicadlo contra la deshonestidad que anida en demasiados corazones, contra la ligereza de los infinitos que no saben permanecer fieles y que se olvidan de ponerse sus atavíos y de ceñirse las cinturas como conviene a las almas llamadas al desposorio con Cristo.

Vosotros me habéis dicho, con alegría: "Desde que viniste no hemos tenido ya ni enfermos ni muertos. Tu bendición nos ha protegido". Sí, la salud es una cosa grande. Pero haced que esta venida mía de ahora os haga sanos de espíritu a todos, siempre y en todo. En vista de esto os bendigo y os doy mi paz: a vosotros, a vuestros niños, los campos, casas y mieses, a los rebaños y árboles frutales. Usadlo con santidad, no viviendo para ello, sino de ello, dando lo superfluo a quien esté carente, y tendréis la medida prensada de las bendiciones de1 Padre, y un lugar en el Cielo.

Podéis marcharos. Yo me quedo a orar…

## 213

## En Keriot una profecía de Jesús y el comienzo de la predicación apostólica

El interior de la sinagoga de Keriot. Es el lugar en que cayó muerto Saúl, tras haber visto la gloria futura del Cristo. Formando un grupo bien compacto, del que descuellan Jesús y Judas - los dos más altos; de rostro resplandeciente ambos, uno por su amor, el otro por la alegría de ver que su ciudad es constante en su fidelidad al Maestro y que se está rindiendo honor con pomposo homenaje -, están las personalidades de Keriot; luego, más distantes de Jesús apretujados como granos dentro de un saco, están los habitantes de la ciudad, que llenan completamente la sinagoga, donde, a pesar de que estén abiertas las puertas, no se respira. Cierto es que, queriendo rendir homenaje, queriendo oír al Maestro, al final terminan creando todos una gran confusión y un rumor que no permite oír nada.

Jesús soporta y guarda silencio. Los otros, sin embargo, se inquietan, hacen aspavientos y gritan: «¡Silencio!». Pero el grito se pierde en el estrépito como un grito lanzado en una playa en tempestad.

Judas no se anda por las ramas. Se encarama en un alto escaño y traquetea las lámparas, que penden en forma de racimo: el metal hueco retumba, las sutiles cadenas se entrechocan y suenan como instrumentos musicales. La gente se calma. Por fin se le puede escuchar a Jesús.

Dice al arquisinagogo:

-Dame el décimo rollo de aquel estante

Se lo dan. Lo desata y se lo pasa al arquisinagogo diciendo:

-Lee el 4º capítulo de la historia, II° de los Macabeos.

El arquisinagogo, obediente, lee. Así, ante el pensamiento de los presentes desfilan las vicisitudes de Onías, los errores de Jasón, las traiciones y los robos de Menelao. Terminado el capítulo, el arquisinagogo mira a Jesús, que ha estado escuchando con atención.

Jesús hace un gesto para indicar que es suficiente y luego se dirige al pueblo:

-En la ciudad de mi queridísimo discípulo no voy a pronunciar las palabras habituales de adoctrinamiento. Nos quedaremos aquí unos días, pero quiero que sea él quien os las diga. Quiero que empiece aquí el contacto directo, el continuo contacto entre los apóstoles y el pueblo. Había sido decidido en la alta Galilea y allí tuvo su primera, fugaz manifestación radiante, pero la humildad de mis discípulos hizo que ellos mismos se retirasen a un segundo plano, porque tenían miedo a no saber actuar y a usurpar mi puesto. No, no; deben actuar, lo harán bien y ayudarán a su Maestro. Así que aquí, uniendo en un único amor las fronteras galileo-fenicias con las tierras de Judá, las más meridionales, las que lindan con las comarcas de1 sol y las arenas, comenzará la verdadera predicación apostólica. El Maestro solo ya no puede responder a las necesidades de las muchedumbres; además, conviene que los aguiluchos dejen el nido y emprendan sus primeros vuelos mientras está todavía con ellos el -Sol, y Él con su ala fuerte los sostiene.

Por tanto, Yo, durante estos días, seré, sí, amigo y consuelo vuestro; pero, la palabra vendrá de ellos, que irán esparciendo la semilla que de mí han recibido. No os adoctrinaré, por tanto, públicamente; de todas formas, os voy a hacer entrega de algo especialmente valioso, una profecía. Recordadla en el futuro, cuando el suceso más horrendo de la Humanidad vele el Sol y, en las tinieblas, los corazones corran el riesgo de ser inducidos a juicio erróneo. No quiero que vosotros, que desde el principio fuisteis buenos conmigo, seáis inducidos a error; no quiero que el mundo pueda decir: "Keriot fue enemiga de Cristo". Yo soy justo y no quiero que os carguen culpas respecto a Mí ni los que me odian ni los que me aman, espoleados por sus respectivos sentimientos. Y si no se puede pretender de una numerosa familia igual santidad en todos los hijos, tampoco de una ciudad muy poblada. De forma que sería grave anticaridad decir, por un hijo malo o por uno de los ciudadanos no bueno: "Toda la familia, o toda la ciudad, sea maldita".

Escuchad, pues; recordad; sed fieles siempre; que, de la misma forma que Yo os amo tanto que quiero defenderos de una acusación injusta, así vosotros sepáis amar a los no culpables, siempre, quienesquiera que sean, cualesquiera fueren sus relaciones de parentesco con los culpables.

Escuchad. Llegará un día en que en Israel habrá delatores del tesoro y de la patria que, queriendo atraerse la amistad de los extranjeros, hablarán mal del verdadero Sumo Sacerdote, acusándolo de alianza con los enemigos de Israel y de malas acciones hacia los hijos de Dios. Para conseguir esto, estarán dispuestos incluso a cometer delitos y a culpar de ellos al Inocente. Y llegará también el momento en que, en Israel - más aún que en los tiempos de Onías, un hombre infame, tramando ser él el Pontífice, se presentará a los poderosos de Israel y los corromperá con un oro, más infame aún de falaces palabras; desfigurará la verdad de los hechos, no hablará contra las inmoralidades, antes al contrario, persiguiendo sus indignos proyectos, se dedicará a corromper la moralidad para poder apoderarse más fácilmente de los corazones privados de la amistad con Dios: todo para conseguir lo que pretende. Lo logrará, sin duda. Tened en cuenta que, si bien los gimnasios del impío Jasón no están en el Monte Moria, sí que están en los corazones de quienes habitan en el monte, y éstos, por obtener una franquicia, están dispuestos a vender algo que vale mucho más que un terreno, o sea, la misma conciencia; los frutos del antiguo error se ven ahora: quien tiene ojos para ver percibe lo que está sucediendo allí, donde debería haber caridad, pureza, justicia, bondad, religión santa y profunda... Pues si ya son frutos que hacen temblar, los frutos de sus semillas serán además, objeto de maldición divina.

Y así llegamos a la verdadera profecía. En verdad os digo que el que, mediante un juego largo y astuto, se ha apoderado del puesto y ha usurpado la confianza pondrá, por dinero, en manos de los enemigos al Sumo Sacerdote, al verdadero Sacerdote, al cual, trampeado con protestas de afecto, señalado a sus verdugos con un acto de amor, lo matarán sin respeto a la justicia.

¿Qué acusaciones dirigirán contra Cristo - pues estoy hablando de mí - para justificar el derecho a matarlo? ¿Cuál es la suerte reservada a los que cumplan este acto? Un destino inmediato de horrenda justicia. Un destino no individual sino colectivo para los cómplices del traidor, menos inmediato pero más terrible que el del hombre cuyo remordimiento conducirá a coronar su corazón de demonio con un último delito contra sí mismo. En efecto, éste acabará en un momento, mientras que este último castigo será largo, tremendo. Leed esto en la frase: "y encendido de cólera ordenó que Andrónico fuera despojado de la púrpura y ejecutado en el mismo lugar en que había cometido el delito contra Onías". Sí, en la casta sacerdotal el castigo alcanzará no sólo a los responsables directos sino también a sus hijos. El destino de la masa cómplice, leedlo en ésta: "La voz de esta sangre grita a mí desde la tierra. Así pues, maldito serás...". Dios la dirá para todo un pueblo que no sabrá tutelar el don del Cielo. Porque, si bien es cierto que Yo he venido para redimir, ¡ay de aquellos de este pueblo - que como primicia de redención recibe mi Palabra - que en vez de redimidos resulten asesinos!

He terminado. Tenedlo presente. Cuando oigáis decir que soy un malhechor, replicad: "No. Ya lo dijo. Se cumple lo establecido. Es la víctima sacrificada por los pecados del mundo"....

La sinagoga se vacía y todos hablan de la profecía y gesticulan por la estima de Jesús por Judas. Los de Keriot están exaltados por el honor que les ha hecho el Mesías al elegir el lugar de un apóstol, y precisamente el apóstol de Keriot, para

comienzo del magisterio apostólico, y también por el regalo de la profecía. A pesar de su triste contenido, es un gran honor haberla recibido, y además con las palabras de amor que la han precedido...

En la sinagoga quedan solamente Jesús y el grupo de los apóstoles; mejor dicho, pasan al jardincito que está entre la sinagoga y la casa del arquisinagogo. Judas, que se ha sentado, llora.

-¿Por qué lloras? No veo el motivo... - dice el otro Judas.

-Bueno, la verdad es que casi me pondría yo también a llorar. ¿Habéis oído? Ahora tenemos que hablar nosotros...-dice Pedro.

-Bien, pero ya hemos empezado un poco en el monte. Lo haremos cada vez mejor. Tú y Juan enseguida os habéis mostrado capaces - dice Santiago de Zebedeo para dar ánimos.

-Lo peor es para mí... pero Dios me ayudará. ¿Verdad, Maestro? - pregunta Andrés.

Jesús, que estaba pasando unos rollos que se había traído, se vuelve y dice:

-¿Qué decías?

-Que Dios me ayudará cuando tenga que hablar. Trataré de repetir tus palabras lo mejor que pueda. Pero mi hermano tiene miedo, y Judas llora.

-¿Estás llorando? ¿Por qué? - pregunta Jesús.

-Porque verdaderamente he pecado. Andrés y Tomás lo pueden decir. Yo he murmurado contra ti y Tú usas conmigo benevolencia llamándome "queridísimo discípulo" y queriendo que adoctrine aquí... ¡Cuánto amor!...

-¿No sabías que te quería?

-Sí, pero... gracias, Maestro. No volveré a murmurar pues verdaderamente yo soy tinieblas y Tú Luz...

En esto regresa el jefe de la sinagoga y lo invita a ir a su casa. Mientras van, dice:

-Estoy pensando en lo que has dicho. Si no he entendido mal, en Keriot, de la misma forma que has encontrado a un hombre predilecto, nuestro Judas de Simón, has profetizado que encontrarás también a un hombre infame. Me causa mucho dolor. Menos mal que Judas compensará por el otro...

-Con todo mí mismo - dice Judas, que ya se ha tranquilizado.

Jesús no dice nada, pero mira a sus interlocutores y abre los brazos en un gesto que quiere decir: «Es así».

## 214

## La madre de Judas abre su corazón a María Stma., que ha llegado a Keriot con Simón Zelote

Jesús ya va a sentarse a la mesa en la bonita casa de Judas, junto con todos los suyos, y dice a la madre, que ha venido de la casa que tiene en el campo para recibir dignamente al Maestro:

-No, madre, tú también debes estar con nosotros. Aquí somos como una familia. No es un banquete frío y medido, de invitados ocasionales. Yo te he despojado de un hijo y quiero que me tomes como a un hijo, de la misma forma que Yo te tomo como a una madre, porque verdaderamente lo mereces. ¿Verdad, amigos, que así nos sentiremos más contentos y más a nuestras anchas?

Los apóstoles y las dos Marías asienten con vivacidad. Y así, la madre de Judas, no sin un intenso titileo en sus pupilas, debe sentarse entre su hijo y el Maestro, que tiene enfrente a las dos Marías y a Marziam entre ellas.

La criada trae las viandas. Jesús hace la ofrenda y bendición de los alimentos y luego los distribuye, porque en esto la madre de Judas se muestra inflexible. Jesús distribuye comenzando siempre por ella, cosa que conmueve cada vez más a la mujer y enorgullece a Judas, aunque al mismo tiempo lo pone pensativo.

La conversación versa sobre distintos temas. Jesús trata de que se interese la madre de Judas y de que adquiera familiaridad con las dos discípulas. En este sentido Marziam juega un papel importante al declarar que ya quiere mucho a la madre de Judas «porque se llama María como todas las mujeres que son buenas».

-¡Y no vas a querer a la que nos espera a orillas del lago, malandrín? - pregunta Pedro semiserio.

-¡Mucho, si es buena!

-Puedes estar seguro de ello. Todos lo dicen. Yo también debo decirlo, que si siempre ha sido dócil con su madre y conmigo es verdaderamente señal de que es buena. Pero no se llama María, hijo. Tiene un nombre extravagante. Su padre le puso el nombre de lo que le había procurado la riqueza. Quiso llamarla Porfiria. La púrpura es bella y valiosa, mi mujer no es guapa, pero sí valiosa, por su bondad. Me enamoré de ella porque era serena, casta, silenciosa: ¡tres virtudes que no son fáciles de encontrar, eh! Desde cuando era niña me fijé en ella. Bajaba a Cafarnaúm con el pescado y la veía atareada con las redes, o en la fuente, o trabajando silenciosa en el huerto de su casa; no era ni la distraída mariposa que revolotea acá o allá, ni la gallinita incauta que mira de reojo a cada quiquiriquí de gallo. No levantaba nunca la cabeza, aun cuando sentía voces de hombre. Cuando yo, enamorado de su bondad y de sus espléndidas trenzas - las únicas bellezas que tenía -, y... compadecido de su esclavitud en la familia, le dirigí mis primeros saludos - tenía ella entonces dieciséis años -, a duras penas me respondió, se cubrió todavía más con su velo y se retiró más a su casa. ¡Huy, lo que me costó saber si no le parecía un ogro, y aviar el matrimonio!... Pero no me arrepiento de ello, porque, aunque hubiera dado la vuelta al mundo, no habría encontrado otra como ella. ¿Verdad, Maestro, que es buena?

-Mucho. Estoy seguro de que Marziam la querrá aunque no se llame María. ¿Verdad, Marziam?

-Sí; se llama "mamá", y las mamás son buenas y se las quiere.

Luego Judas habla de lo que ha hecho durante el día. Por lo que dice, comprendo que ha ido él a avisar a su madre de que venían, y que luego, con Andrés como compañero, ha empezado a hablar por el agro de Keriot. Dice luego:

-De todas formas, mañana quisiera que vinierais todos. No quiero destacar solo. Iremos, en la medida de lo posible, un judío y un galileo. Yo con Juan, por ejemplo, y Simón con Tomás. ¡Si viniera el otro Simón!... En vuestro caso - señala a los dos de Alfeo - podéis ir vosotros dos. A todos, incluso a quien no le interesaba saberlo, les he dicho que sois los hermanos del Maestro. También vosotros - señala a Felipe y a Bartolomé - podéis ir juntos. He dicho que Natanael es un rabí que acompaña al Maestro; esto impresiona. Y... quedáis vosotros tres. De todas formas, en cuanto llegue el Zelote se podrá formar otra pareja. Y después nos alternaremos porque quiero que os conozcan a todos...

Judas está lleno de vivacidad.

-He hablado del decálogo, Maestro, tratando de ilustrar especialmente aquellos puntos en que sé que en esta zona se cometen más faltas...

-No tengas mano dura, Judas, por favor. No olvides que consigue más la dulzura que la intransigencia, y que tú también eres hombre; por tanto, examínate y reflexiona en lo fácil que te es también a ti caer, y en cómo te irritas si te reprenden demasiado abiertamente - dice Jesús, mientras la madre de Judas se sonroja y baja la cabeza.

-No temas, Maestro, que yo me esfuerzo por imitarte en todo. Mira, en el pueblo que se ve por aquella puerta - están comiendo con puertas abiertas y se ve un bonito horizonte desde esta habitación elevada - hay un enfermo deseoso de ser curado; pero no se le puede transportar. ¿Podrías venir conmigo?

-Mañana, Judas. Mañana por la mañana sin falta. Y, si hay otros enfermos, decídmelo, o traédmelos.

-¿Estás decidido a favorecer a mi tierra, Maestro?

Sí. Para que no se diga que fui injusto con quienes no me hicieron el mal. Si hago el bien incluso a los malos, ¿por qué no debería hacérselo a las personas buenas de Keriot? Quiero dejar de mí un recuerdo indeleble...

-¡Cómo! ¿No vamos a volver aquí?

-Volveremos, pero...

-¡Ahí viene la Madre, la Madre con Simón! - grita jubiloso el niño al ver a María y a Simón, que están subiendo la escalera que conduce a la terraza en que está la sala.

Todos se ponen en pie y van a recibir a los dos. Rumor de exclamaciones, saludos, roce de sillas... Nada distrae a María de saludar primero a Jesús y luego a la madre de Judas. Ésta se postra con gran veneración, pero María la levanta y la abraza como si fuera una querida amiga a la que hubiera vuelto a ver después de una ausencia.

Entran de nuevo en la sala y María de Judas ordena a la criada otras viandas para los nuevos llegados.

-Mira, Hijo, éste es el saludo de Elisa - dice María, dándole un pequeño rollo.

Jesús lo abre, lo lee y dice:

-Lo sabía; estaba seguro Gracias, Mamá, por mí y por Elisa. ¡Eres verdaderamente la salud de los enfermos!

-¡Yo! Tú, Hijo, no yo.

-Tú; y eres mi mejor ayuda. Luego se vuelve a los apóstoles y a las discípulas y dice:

-Elisa escribe: "Vuelve, mi Paz. No sólo te quiero amar, quiero también servirte". Así hemos liberado de la angustia, de la melancolía, a una criatura, y hemos ganado a una discípula. Sí, volveremos.

-Quiere conocer también a las discípulas. Se recupera lentamente, pero con continuidad. ¡Pobrecilla! Todavía sufre momentos de espantoso desconcierto. ¿Verdad, Simón? Un día quiso probar a salir conmigo... pero vio a un amigo de su Daniel... ¡Cuánto nos costó calmar su llanto! ¡Menos mal que Simón vale mucho! Me sugirió - dado que manifiesta el deseo de volver a convivir normalmente con la gente y que el ambiente de Betsur está demasiado lleno de recuerdos para ella -, me sugirió llamar a Juana. Fue él a llamarla. Había vuelto, después de las fiestas, a sus espléndidos cultivos de rosales de Judea, a Béter. Dice Simón que, atravesando esas colinas llenas de rosas, le parecía soñar. Dice que creía estar en el Paraíso. Vino sin demora. ¡Juana puede comprender a una madre que llora a sus hijos, y compadecerse de ella! Elisa le ha cogido mucho afecto y yo he venido. Juana la quiere convencer de que salga de Betsur y vaya a su castillo. Lo logrará porque es dulce como una paloma; pero también, cuando quiere una cosa, sólida como un bloque de granito.

-Iremos a Betsur al regreso y luego nos separaremos. Vosotras, discípulas, os quedaréis con Elisa y Juana durante un tiempo. Nosotros iremos por Judea. Nos veremos de nuevo en Jerusalén para Pentecostés...

María santísima y María, madre de Judas, están juntas; no en casa de la ciudad sino en la del campo. Están solas. Los apóstoles, con Jesús, han salido. Las discípulas y el niño, están en el magnífico huerto; se oyen sus voces, y los golpes de la ropa contra los lavaderos (quizás están haciendo la colada mientras el niño juega).

La madre de Judas, sentada, en la penumbra de una habitación, al lado de María, habla; le dice a María:

-Estos días de paz los recordaré como un dulce sueño. ¡Demasiados cortos! ¡Demasiados! Comprendo que no se debe ser egoísta y que es justo que vayáis a ver a esa pobre mujer y a otros muchos infelices. ¡Si pudiera... detener el tiempo, o ir con vosotros!... Pero, no puedo. Aparte de mi hijo no tengo otros parientes y debo cuidar de los bienes de la casa...

-Comprendo... Te duele separarte de tu hijo. Nosotras las madres quisiéramos estar siempre con nuestros hijos. De todas formas, los damos por una buena razón, y no los perdemos. Ni siquiera la muerte nos los arrebata, si están en gracia, y también nosotras, ante los ojos de Dios. Además, los tenemos todavía en este mundo y podemos llegarnos a ellos, a pesar de que la voluntad de Dios los arranque de nuestro pecho para entregarlos por el bien del mundo; y... el eco de sus obras nos hace como una caricia en el corazón, porque sus obras son el perfume de su alma.

-¿Qué es tu Hijo para ti, Mujer? - pregunta tímidamente María de Judas.

María santísima responde seguramente:

-Es mi gozo.

-¡Tu gozo!- y la Madre de Judas rompe a llorar, replegándose sobre sí misma como para esconder el llanto; de tanto como se pliega toca casi con la frente en las rodillas.

-¿Por qué lloras, mi pobre amiga? ¿Por qué? Dímelo. Yo me siento dichosa de mi maternidad, pero sé también comprender a las madres no felices...

-Exacto, no felices. Yo soy una de ellas. Tu Hijo es tu gozo, el mío es mi dolor; al menos lo ha sido. Ahora, desde que está con tu Hijo, me causa menos dolor. Entre todos los que oran por tu santo Hijo, por su bien y su victoria, no hay nadie, después de ti, bendita mujer que ore cuanto esta infeliz que te habla... Dime la verdad: ¿qué piensas de mi hijo? Las dos somos madres, estamos cara a cara, en medio está Dios, estamos hablando de nuestros hijos. Para ti siempre será fácil hablar del tuyo. Yo... debo hacerme violencia para hablar del mío y hablar de él me puede acarrear mucho bien, o mucho dolor; no obstante, aunque fuera dolor, sería en todo caso un alivio el haber hablado... Esa mujer de Betsur - ¿no es verdad? - casi enloqueció por la muerte de sus hijos. Pues bien, yo te juro que algunas veces cuando miro a mi Judas, guapo, sano, inteligente, pero no bueno, no virtuoso, no recto de corazón, no sano de sentimientos, he pensado, y pienso, que preferiría llorarlo por muerto antes que... que verlo muy enemistado con Dios. Dime, ¿qué piensas de mi hijo? Sé franca. Hace más de un año que esta pregunta me quema las entrañas. Pero, ¿a quién puedo dirigirme? ¿A los vecinos de Keriot?: no sabían todavía de la presencia del Mesías entre nosotros y que Judas quería ir con Él. Yo sí lo sabía porque me lo había dicho en el viaje de regreso de la Pascua: exaltado, violento, como siempre que le viene un capricho, y como siempre, sin interés alguno por los consejos de su madre. ¿A sus amigos de Jerusalén?: una santa prudencia y una pía esperanza me lo impedían; no quería decirles a ésos - que no puedo estimar porque son todo menos santos - que Judas seguía al Mesías. Así las cosas, tenía la esperanza de que ese capricho cayera, como tantos otros, como todos, procurando quizás lágrimas y desconsuelo, como por más de una muchacha, de aquí y de otros lugares: las enamoró y jamás tomó por esposa a ninguna de ellas. Fíjate, hay sitios a donde no va nunca, porque se podría encontrar con un justo castigo. También lo de pertenecer al Templo fue un capricho. Nunca sabe lo que quiere. Con su padre - Dios lo perdone - se malogró; mi opinión no ha contado nunca nada para los dos hombres de mi casa. Me ha tocado siempre llorar y reparar, nada más, con todo tipo de humillaciones... Cuando murió Yoana - yo sé, aunque ninguno lo dijera, que murió de dolor cuando, después de haber esperado durante toda su juventud, Judas declaró que no quería casarse, mientras que por otra parte se sabía que había mandado a unos amigos suyos a Jerusalén para hablar con una mujer rica, propietaria de una red comercial hasta Chipre, para interesarse por su hija - a mí me tocó llorar mucho, mucho, por las acusaciones de la madre de la muchacha muerta, como si hubiera sido cómplice de mi hijo. No, no lo soy. Que yo para él no valgo nada. El año pasado, cuando estuvo aquí el Maestro, me di cuenta de que Él comprendía. Estuve por hablarle, pero... es muy doloroso para una madre tener que decir: "¡Atento a mi hijo, que es ambicioso, duro de corazón, vicioso, soberbio, voluble". Mi hijo es esto. Yo... yo oro porque tu Hijo, que tantos milagros hace, haga un milagro con mi Judas. Pero... dime: ¿qué piensas de él?

María, que hasta ahora había permanecido en silencio y con expresión de dolor compasivo ante este lamento materno, cuyo fundamento su recto corazón no puede desmentir, dice dulcemente:

-¡Pobre madre!... ¿Que qué pienso? Sí, tu hijo no es esa alma cristalina que es Juan, ni el manso Andrés, ni el fuerte Mateo, que ha querido cambiar y ha cambiado. Es... voluble, sí, eso. Pero... tú y yo oraremos mucho por él. No llores. Quizás en tu amor de madre, que querría poder gloriarse de su hijo, lo ves más deforme de lo que en realidad sea...

-¡No! ¡No! Veo las cosas como son en realidad y tengo mucho miedo.

La habitación se llena del sollozo de la madre de Judas; en la penumbra, albea el rostro de la Madre del Señor, que se muestra más pálido después de esta confesión materna que agudiza todas sus sospechas.

Pero María se domina. Arrima hacia sí a esta madre desdichada, y la acaricia, mientras ella, ya sin reserva alguna, narra confusamente, jadeando, todos los despechos, exigencias y violencias de Judas, y termina:

-Me pongo colorada por él cuando veo los actos de amor de que me hace objeto tu Hijo. No se lo he preguntado, pero estoy segura de que, aparte de por su bondad, lo hace para decirle a Judas a través de esos gestos: "Ten presente que así se debe tratar a la propia madre". Ahora, ahora parece completamente tranquilo... ¡Ah, si fuera verdad! ¡Ayúdame, ayúdame con tu oración, tú que eres santa, para que mi hijo no sea indigno del gran don que Dios le ha concedido! Si no me quiere amar a mí, si no sabe tener gratitud conmigo, que le he dado a luz y lo he criado, no me importa; pero que sepa amar, realmente, a Jesús, que sepa servirle con fidelidad y gratitud. Y, si no, si no... que Dios le quite la vida. Prefiero tenerlo en el sepulcro... A1 fin lo *tendría,* porque, en realidad, desde que llegó al uso de razón bien poco fue mío. Lo prefiero muerto, antes que un mal apóstol. ¿Puedo orar así? ¿Tú qué piensas?

-Pide al Señor que se haga lo mejor. No llores más. He visto a meretrices y a gentiles, a publicanos y pecadores, a los pies de mi Hijo, todos ellos transformados en corderos por su Gracia. Ten esperanza, María, ten esperanza. ¿No sabes que las penas de las madres salvan a los hijos?...

Y con esta compasiva pregunta cesa todo.

## 215

## El posadero de Bet Yinna y su hija lunática

No veo ni el regreso a Betsur, ni los rosales de Béter que tanto deseaba ver. Jesús está acompañado sólo de los apóstoles. No está ni siquiera Marziam, que se ha quedado con la Virgen y las discípulas. El lugar es muy montañoso y rico en vegetación, con bosques de coníferas, o, más exactamente, de árboles de piñones; el olor de la resina, balsámico y vitalizador, se difunde por todo el espacio. Jesús camina con los suyos por estos montes verdes, dando la espalda al oriente.

Oigo que van hablando de Elisa, la cual está muy cambiada y decidida a ir con Juana a su propiedad de Béter; van hablando también de la bondad de Juana. Hablan del nuevo rodeo que van a tener que dar, hacia las fértiles llanuras que

preceden el litoral. Y entonces tornan a la memoria nombres de glorias pasadas, que suscitan la narración de episodios acaecidos, preguntas, explicaciones y afable contraposición de opiniones.

-Cuando lleguemos a la cima de este monte, os enseñaré desde lo alto todas las zonas que os interesan, de las que podréis extraer ideas para vuestros discursos al pueblo.

-¿Pero, mi Señor, ¿cómo vamos a hacer? Yo no soy capaz - se lamenta Andrés, y a él se asocian Pedro y Santiago: « ¡Nosotros somos los menos agraciados!».

-¡Oh!, si es por eso, no es que yo sea más capaz; si se tratara de oro o plata, podría hablar, pero de estas cosas... - dice Tomás.

-¿Y yo? ¿Qué era yo? - pregunta Mateo.

-Tú no tienes miedo del público, sabes argumentar – replica Andrés.

-Pero de otras cosas... - contesta Mateo.

-Sí, ya... pero... bueno... ya sabes lo que quiero decir, así que como si te lo hubiera dicho. La cuestión es que vales más que nosotros - dice Pedro.

-Amigos míos, no hace falta subir a lo sublime. Decid simplemente lo que pensáis, con vuestra convicción. Creedme que cuando uno está convencido siempre persuade - dice Jesús.

Pero Judas de Keriot suplica:

-Danos ideas Tú, danos muchas ideas. Una buena idea puede ser muy útil. Estos lugares creo que no han oído nada de ti, porque ninguno parece conocerte.

-Y porque aquí llega todavía mucho viento procedente del Moria... que causa esterilidad... - responde Pedro.

-Es porque no se ha sembrado, pero nosotros sembraremos - replica seguro Judas Iscariote, contento por los primeros éxitos.

Ya han llegado a la cima del monte. Allá se abre un amplio panorama. Es hermoso verlo estando a la sombra de los tupidos árboles que coronan la cima: tan variado y luminoso; series de montes entrecruzándose en todas las direcciones, como encrespadas olas petrificadas de un océano recorrido por vientos contrarios; luego, ensenada en calma, todo se aplaca en una luminosidad sin límites que anuncia una vasta llanura en que se ve, solitario cual faro en la embocadura de un puerto, un otero.

-Mirad. Ese pueblo, donde nos detendremos, que se extiende sobre esa cresta casi queriendo acaparar todo el sol, es como el corazón de un verdadero nimbo radiado de lugares históricos. Venid aquí. Allí, a septentrión, está Yermot. ¿Os acordáis del pasaje de Josué? La derrota de los reyes que quisieron asaltar el campamento israelita, fuerte tras la alianza con los gabaonitas. Cerca está Betsemes, la ciudad sacerdotal de Judá, donde los filisteos restituyeron el Arca con los exvotos de oro que los adivinos y sacerdotes habían impuesto al pueblo para obtener la liberación de los castigos que atormentaban a los culpables filisteos. Y allí, toda llena de sol, Sará, patria de Sansón; y, un poco más a oriente, Timnata, donde él tomó esposa e hizo muchas proezas y también muchas estupideces. Y allá, Azeca y Soko, que fue lugar de campamento filisteo. Más abajo está Zanoe, una de las ciudades de Judá. Y aquí, volveos, aquí está el Valle del Terebinto, donde David luchó contra Goliat. Allí está Maqueda, donde Josué derrotó a los amorreos. Volveos hacia aquí. ¿Veis aquel monte solitario en medio de esa llanura que un tiempo fue de los filisteos? Allí está Gat, patria de Goliat y lugar de refugio para David, con Akís, para que no le alcanzara la ira de Saúl, y donde el rey sabio se fingió demente, porque el mundo preserva a los locos de los sanos de mente. Aquel horizonte abierto son las llanuras de la fertilísima tierra de los filisteos. La atravesaremos, hasta Ramlé. Ahora vamos a Bet - Yinna. Tú, precisamente tú, Felipe, que me estás mirando con actitud implorante, irás con Andrés por el pueblo. Nosotros, mientras tanto, esperaremos junto a la fuente o en la plaza del pueblo.

-¡Señor, no nos mandes solos; ven Tú también! - dicen los dos apóstoles en tono suplicante.

-Id, he dicho. La obediencia os socorrerá más que mi muda presencia.

Así que Felipe y Andrés van, sin rumbo fijo, por el pueblo. Llegan a una minúscula posada (más una caballeriza que una posada), donde hay unos intermediarios contratando corderos con unos pastores. Entran y, cohibidos, se paran en medio de un patio rodeado de arcadas muy toscas.

Viene el posadero:

-¿Qué queréis?, ¿alojamiento?

Los dos apóstoles se consultan recíprocamente con la mirada (una mirada llena de apuro). Es muy probable que de lo que habían pensado decir no les venga ni una sola palabra. Contra toda previsión, es precisamente Andrés el primero que cobra fuerzas y responde:

-Sí, alojamiento para nosotros y para el Rabí de Israel.

-¿Qué rabí? ¡Hay muchos rabíes! Todos muy señores. No vienen a los pueblos de pobres a traernos su sabiduría. Somos los pobres los que tenemos que ir a ellos, ¡y ya es un regalo, si nos toleran a su lado!

-El Rabí de Israel es uno sólo. Y viene precisamente a traer a los pobres la Buena Nueva; cuanto más pobres y pecadores son, más los busca y se acerca a ellos - responde dulcemente Andrés.

-¡Entonces... no hará dinero!

-No busca riquezas. Es pobre y bueno. Cuando logra salvar a un alma, su jornada está cumplida - responde también esta vez Andrés.

-¡Hummm...! Es la primera vez que oigo que un rabí es bueno y pobre. Juan es pobre, pero es severo. Todos los demás son severos y ricos, insaciables como sanguijuelas. ¿Habéis oído? Venid aquí, vosotros que vais por todas partes. Estos hombres dicen que hay un maestro pobre y bueno, que viene a buscar a los pobres y pecadores.

-¡Ah, debe ser ese que viste de blanco como un esenio. Lo vi hace tiempo en Jericó - dice uno de los tratantes.

-No. Ése está solo. Debe ser aquel de que hablaba Toma porque así, por azar, había estado hablando de él con unos pastores del Líbano - responde un pastor alto y musculoso.

-¡Sí, vaya! Y viene del Líbano hasta aquí... ¡Por tu cara bonita! - exclama otro.

Mientras el posadero habla y escucha la opinión de sus clientes, los dos apóstoles permanecen allí, en medio del patio, como dos hitos, hasta que un hombre dice:

-¡Eh, vosotros, venid aquí' ¿Quién es? ¿De dónde viene este que decís?

-Es Jesús de José, de Nazaret - dice serio Felipe, y permanece como quien espera que se burlen de él.

Andrés añade:

-Es el Mesías anunciado. Os conjuro, por vuestro bien: escuchadlo. Habéis nombrado a Juan; pues bien, yo estaba con él y os puedo decir que él mismo nos indicó a Jesús cuando pasaba, diciendo: "He ahí al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo". Cuando Jesús entró en el Jordán para ser bautizado, se abrieron los Cielos y una Voz gritó: "Este es mi Hijo predilecto en quien tengo puestas mis complacencias", y el Amor de Dios descendió como una paloma y se colocó resplandeciente encima de su cabeza.

-¿Ves como es el Nazareno? Pero, vamos a ver, vosotros, que os llamáis amigos suyos, decidnos...

-Amigos no, apóstoles, discípulos, enviados suyos para anunciaros su llegada, para que quien tenga necesidad de salvación vaya a Él - precisa Andrés.

-Bien, de acuerdo, pero, decidnos si es realmente como lo describen algunos, o sea, un santo más santo que Juan el Bautista, o un demonio, como dicen otros. Vosotros, que estáis con él - porque si sois discípulos estaréis juntos, ¿no? -, vamos a ver, hablad con sinceridad: ¿es verdad que es lujurioso, comilón y bebedor, y que tiene simpatía por las meretrices y los publicanos; que es un nigromante y que por la noche invoca a los espíritus para conocer los secretos de los corazones?

-Pero, ¿por qué preguntas esto a estos hombres? Pregunta más bien si es verdad que es bueno. Si no, estos dos se van a sentir ofendidos y se van a marchar y le van a contar al Rabí nuestras malas razones y nos va a maldecir. ¿Qué sabemos nosotros?... ¡Sea Dios o diablo, siempre será mejor tratarlo bien!...

Esta vez es Felipe el que habla:

-Os podemos responder con sinceridad porque no hay nada torpe que ocultar. Él, nuestro Maestro, es el Santo entre los santos. Durante el día dedica su esfuerzo a adoctrinar; incansable, va de un lugar a otro buscando los corazones. Durante la noche ora por nosotros. No desprecia ni la mesa ni la amistad, pero no busca en ello ventaja propia; antes al contrario, lo hace para poderse acercar a aquellos a quienes de otra forma no sería posible acercarse. No rechaza ni a publicanos ni a meretrices, pero sólo para redimirlos. Signa su camino con curaciones y conversiones milagrosas, le obedecen el viento y el mar, pero no tiene necesidad de nadie para obrar prodigios, ni de invocar espíritus para conocer los corazones.

-Y, ¿con qué poder lo hace?... Has dicho que el viento y el mar lo obedecen. Pero si son cosas que no tienen razón. ¿Cómo puede mandar sobre ellos? - pregunta el dueño de la posada.

-Respóndeme a esto, hombre: ¿tú qué crees, que es más difícil mandar sobre el viento y el mar o sobre la muerte?

-¡Por Yeohveh!, ¡sobre la muerte no se tiene poder! A1 mar se le puede echar aceite, se le puede hacer frente orientando adecuadamente las velas; se puede, prudentemente, no ir a navegar. Contra el viento se puede oponer los cierres de las puertas. Pero sobre la muerte no se tiene poder: no hay aceite que la aquiete, no hay vela que haga a nuestra navecilla tan rápida que pueda distanciar a la muerte, no hay cierres contra ella; cuando quiere venir pasa, a pesar de que estén echados los cerrojos. ¡No, no, nadie da órdenes a esta reina!

-Pues, a pesar de todo, nuestro Maestro tiene poder sobre ella, y no sólo cuando está cercana, sino también cuando ya ha hecho presa. Un joven de Naím estaba ya para ser introducido en la horrenda boca del sepulcro, cuando Él dijo: "Te lo ordeno: álzate!", y el joven volvió a la vida. Naím no está en los confines del mundo. Si vais, veréis.

-¿Así, sin más? ¿En presencia de todos?

-En el camino, en presencia de toda Naím.

E1 dueño de la posada y los huéspedes se miran en silencio; luego el primero dice:

-Pero, esas cosas las hará para sus amigos, ¿no?

-¡No, hombre, para todos los que creen en Él, y no sólo para ellos Créeme que es la Piedad en la tierra. Nadie que va a Él vuelve de vacío. Escuchad todos. ¿Entre vosotros no hay nadie que sufra o llore, por alguna enfermedad en la familia, o por dudas, remordimientos, tentaciones o ignorancia? Presentaos a Jesús, el Mesías de la Buena Nueva. Él estará aquí hoy; mañana irá a otro lugar. No desaprovechéis la Gracia del Señor ahora que pasa» dice Felipe, que se ha ido sintiendo cada vez más seguro.

El dueño de la posada se revuelve los cabellos, abre y cierra la boca, se manosea las franjas de la cintura... y, al final, dice:

-¡Yo lo intento!... Tengo una hija. Hasta el pasado verano estaba bien. Después todo cambió. Ahora es una lunática. Está siempre en un rincón, como una fiera muda; su madre, con gran esfuerzo, apenas si logra vestirla y darle de comer. Los médicos dicen que se le ha consumido el cerebro por exceso de sol; otros, que por un triste amor; el pueblo dice que está endemoniada. ¿Cómo es posible, si es una jovencita que no ha salido nunca de aquí? ¿Dónde se ha cogido este demonio? ¿Tu Maestro qué dice, que el demonio se puede apoderar de un inocente?

Felipe responde sin vacilar:

-Sí, para atormentar a los familiares y hacer que se desesperen.

-¿Y... cura a los lunáticos? ¿Debo tener esperanza?

-Debes creer - responde inmediatamente Andrés, que narra el milagro de los gerasenos, y termina diciendo: « ¿Si aquéllos - y eran una legión en corazones de pecadores - huyeron de ese modo, cuánto más lo hará ése, que ha entrado por la fuerza en un corazón fresco? Te digo, hombre: para quien espera en Él, lo imposible se le hace tan fácil como respirar. Yo, que he visto las obras de mi Señor, doy testimonio de su potencia.

-¡Oh!, ¿quién de vosotros va y lo llama?

-Yo mismo. Espérame, que vuelvo enseguida.

Y Andrés se marcha veloz. Felipe se queda a hablar.

Cuando Andrés ve a Jesús, parado, en el zaguán de una casa, para evitar el sol implacable que llena la pequeña plaza del pueblo, corre hacia Él diciendo:

-¡Ven! ¡Ven, Maestro! El posadero tiene una hija lunática. Te implora que la cures.

-¿Pero me conocía?

-No, Maestro. Hemos tratado de darte a conocer...

-Lo habéis conseguido, porque si uno llega ya a creer que puedo curar un mal que no tiene remedio es que ya está adelantado en la fe. Y teníais miedo a no ser capaces de ello... ¿Qué habéis dicho?

-Ni siquiera te lo sabría decir. Hemos expresado lo que pensamos de ti y hemos hablado de tus obras. Sobre todo, hemos dicho que eres Amor y Piedad. ¡Qué mal te conoce el mundo!

-Pero vosotros me conocéis bien. Es suficiente.

-Llegan a la pequeña posada. Todos los huéspedes están en la puerta, curiosos. En medio, con Felipe, está el posadero, que sigue con sus monólogos.

Cuando ve a Jesús, corre a su encuentro:

-¡Maestro, Señor, Jesús... yo... yo creo tanto que Tú eres Tú, que sabes todo, que ves todo, que conoces todo, que todo lo puedes, tanto lo creo, que te digo: ten piedad de mi hija, aunque los pecados de mi corazón sean muchos; no caiga sobre mi hija el castigo por haber sido inmoral en mi trabajo; juro que no volveré a ser avariento. Tú ves mi corazón, lo que ha sido y lo que piensa ahora. Perdón. Piedad, Maestro, y hablaré de ti a todos los que vengan aquí, a mi casa...

El hombre está de rodillas.

Jesús le dice:

-Álzate y persevera en los sentimientos de ahora.

-Llévame a donde tu hija.

-Está en un establo, Señor. Este calor bochornoso la pone más enferma todavía. No quiere salir.

-Bien, no importa; voy Yo. No es el bochorno, es que el demonio me siente llegar.

Entran en un patio, luego en un establo oscuro. Todos los demás van detrás.

La niña, despeinada, demacrada, se contorsiona en el rincón más oscuro, y, en cuanto ve a Jesús, grita:

-¡Atrás! ¡Atrás! No me hostigues. Tú eres el Cristo del Señor; sobre mí descargas tu mano. Déjame tranquilo. ¿Por qué sigues siempre mis pasos?

-¡Sal de ella! ¡Vete! ¡Lo quiero! ¡Devuelve a Dios tu presa y calla!

Un grito desgarrador, una sacudida, un cuerpo que se derrumba sobre la paja... Luego, con calma, tristeza, estupor, la jovencita, que ahora se avergüenza de estar sin velo y con un vestido roto ante los ojos de muchos extraños, pregunta:

-¿Dónde estoy?, ¡por qué estoy aquí?, ¿quiénes son éstos? - e invoca a su madre.

-¡Oh, Señor eterno! ¡Está curada!... - y, aunque resulte extraño en el rubicundo y colorado hospedero, llora como un niño... Se siente dichoso. Llora. No sabe qué otra cosa hacer sino besar las manos de Jesús. Entretanto, la madre también llora, circundada por la corona de sus hijitos, que miran asombrados, y besa a esta primogénita suya que ha sido liberada del demonio.

Los presentes prorrumpen en un verdadero clamor, otros acuden para ver el prodigio. El patio está lleno.

-Quédate, Señor. Ven esta noche. Cobíjate bajo mi techo.

-Hombre, somos trece.

-Aunque fuerais trescientos, sería como nada. Sé lo que quieres decir, pero el Samuel avariento y deshonesto ha muerto, Señor. Se ha marchado también mi demonio. Ahora vive el nuevo Samuel. Seguirá siendo hospedero, pero santamente. Ven, ven conmigo, que quiero honrarte como a un rey, como a un dios, como a quien eres. ¡Oh, bendito el sol de hoy que te ha traído a mí!....

## 216

## Las infidelidades de los discípulos en la parábola del diente de león

Una llanura martilleada por el sol, que encandece los cereales maduros y extrae de ellos un olor que ya recuerda al pan. Huele a sol, a ropa lavada, a mieses en sazón... a verano.

Sí, cada estación - podría decir incluso cada mes y cada hora del día - tiene su olor, como también lo tiene cada lugar, para una persona de sentidos bien afinados y agudo espíritu de observación. E1 olor de un día invernal con viento cortante es muy distinto del olor suave de un día neblinoso de invierno, o del olor que la nieve esparce. Qué distinto de éstos es el olor de la primavera que llega, que anuncia su presencia antes de llegar, como un perfume que no es perfume, muy distinto del olor del invierno. Una buena mañana nos levantamos y... el aire tiene un olor distinto: es el primer suspiro de la primavera. Y así se va adelante: olores de los pomares en flor, luego olores de los jardines, de las mieses, hasta llegar a ese olor caliente de vendimia, pasando, como un intermedio, por el olor de la tierra después de una tormenta...

¿Y las horas? Sería necedad decir que el olor de la aurora es como el del mediodía, y éste como el de la tarde o el de la noche. El primero, fresco y virginal. El segundo, riente y lleno de vitalidad. El otro, cansado y saturado de todo lo que exhaló durante el día: sus olores. E1 último, el nocturno, es moderado, recogido, como si la tierra fuera una enorme cuna abierta para recibir el sueño de sus pequeñuelos.

¿Y los lugares? ¡Oh, el olor del litoral, tan distinto desde el alba a la tarde, del mediodía a la noche, de la tempestad a la calma, de las zonas de arrecife a las de playa baja! ¿Y el olor de las algas cuando quedan al aire después de las mareas, y parece como si el mar hubiera abierto sus entrañas para hacernos aspirar el olor acre de su fondo?: ¡qué distinto del de las llanuras de tierra adentro!, como éste lo es del de los lugares de colinas, y éste último del olor de los altos montes.

Grande es la infinitud del Creador, que ha imprimido una señal de luz o color o perfume o sonido o forma o altura en cada una de las infinitas cosas que ha creado. ¡Oh, belleza infinita del Universo - que no te veo sino... así, a través de las visiones y el recuerdo de lo que vi, amando a Dios y elevando a Él mi oración a través de tus obras y de la alegría que me producía el verlas -, cuán grande eres, potente, inagotable, exenta de monotonía! No, no eres monótono, ni inspiras monotonía, Universo de mi Señor; antes al contrario, el hombre al mirarte se renueva, se hace más bueno, más puro, se eleva, olvida... ¡Oh, deseo de mirarte continuamente y de olvidar lo bajo de los hombres, y amarlos en su alma y por su alma, para llevarlos a Dios!...

Así, siguiendo a Jesús, que va con sus apóstoles por esta llanura llena de mieses, me pongo de nuevo a divagar y me dejo apresar por la alegría de hablar de mi Dios en sus espléndidas obras; pues amor es, porque la criatura alaba en las criaturas aquello que en ellas ama, o, simplemente, alaba a las criaturas que ama. Lo mismo se da de la criatura al Creador: quien lo ama lo alaba, y cuanto más le ama más lo alaba, por Él y por sus obras. Mas ahora impongo silencio a mi corazón para seguir a Jesús no como adoradora sino como fiel cronista.

Decía que Jesús iba por los campos de cereales en sazón. El día está caluroso; el paraje, desierto. No se ve un solo hombre por los campos; sólo espigas maduras y árboles diseminados acá o allá. Sol, mieses, pájaros, lagartijas, matas verdes y quietas en el aire tranquilo: esto es lo que hay en torno a Jesús, que va por un camino de primer orden - cinta polvorienta y cegadora entre el cimbreo de las espigas - a cuyos lados hay respectivamente un pueblecillo y una alquería; nada más.

Todos caminan en silencio, sudorosos. Se han despojado de sus mantos, pero, ciertamente, sufren igualmente bajo sus vestidos, que son ligeros pero de lana. Solamente Jesús con sus dos primos y Judas Iscariote llevan indumentos de lino o de cáñamo: los de Jesús y este último, sin duda, son de lino blanco; los de los hijos de Alfeo, por su compacidad, me parecen demasiado pesados como para ser de lino, y son además de color marfil intenso, justo como el del cáñamo sin blanquear. Los otros apóstoles llevan los indumentos habituales y van secándose el sudor con el lienzo que les sirve de velo.

Llegan a un pequeño grupo de árboles que hay en un cruce de caminos. Bajo su saludable sombra se detienen, y, ávidamente, beben de los odres.

-Está caliente como recién apartada del fuego - dice Pedro con descontento.

-¡Si hubiera al menos un regatillo! Pero... ¡nada, nada! - suspira Bartolomé - Dentro de poco me quedaré sin agua.

-Casi digo que es mejor la montaña - gime Santiago de Zebedeo, congestionado por el calor.

-Lo mejor es la barca: fresca, sedante, limpia, ¡ah! - El corazón de Pedro va hacia su lago y su barca.

-Tenéis razón todos, pero los pecadores están tanto en la montaña como en la llanura. Si no nos hubieran echado de Agua Especiosa y no nos hubieran seguido pisándonos los talones, habría venido aquí entre Tébet y Sabat. De todas formas, pronto estaremos en el litoral, donde la brisa del mar abierto refresca el aire - dice Jesús para confortar a los suyos.

-¡Sí, claro! Aquí parecemos lucios agonizantes. Pero, ¿cómo es que están tan hermosas las mieses si no hay agua? - pregunta Pedro.

-Hay agua subterránea que mantiene húmedo el terreno - explica Jesús.

-Mejor hubiera sido que hubiera estado en la superficie, no debajo. ¿De qué me sirve si está bajo tierra? ¡Yo no soy una raíz! -dice Pedro sin reflexionar, y todos se echan a reír.

Pero, un momento después, Judas Tadeo se pone serio y dice:

-El suelo es egoísta, como los corazones, y, como ellos, es árido; si nos hubieran dejado estar en aquel pueblo y pasar el sábado allí, habríamos tenido sombra, agua, posibilidad de descanso... pero nos han echado...

-También habríamos tenido comida, pero ni siquiera eso. Yo tengo hambre. ¡Si hubiera fruta! Los árboles frutales están cerca de las casas. ¿Quién se atreve a acercarse? Si todos tienen el humor de aquellos... - dice Tomás, señalando al pueblo que han dejado a las espaldas, a oriente.

-Toma mi comida. Yo nunca tengo mucha hambre - dice Simón Zelote.

-Coged también mi comida - dice Jesús - Quien se sienta más hambriento que coma.

Pero, aun juntando las provisiones de Jesús, Simón y Natanael, se ve que son muy escasas. La mirada zozobrante de Tomás y de los jóvenes lo confirma; no obstante, guardan silencio y, a pequeños mordiscos, se comen las microscópicas raciones.

El Zelote, paciente, va hacia un punto en que una verde hilera sobre la tierra quemada hace suponer la existencia de humedad. Y, efectivamente, en ese lugar hay un hilo de agua que discurre por el fondo guijarroso de un arroyuelo; es realmente un hilo, destinado a desaparecer al cabo de poco. Simón da un grito a los compañeros, que han quedado ya lejos, para que vengan a gozar de este alivio. Todos van, corriendo, por la sombra discontinua de una hilera de árboles que sigue la ribera del arroyuelo semiseco. Una vez allí, pueden refrescarse los pies polvorientos, lavarse la cara sudorosa. Antes llenan los odres, que ya estaban vacíos, y los apoyan en el agua, en donde se proyecta sombra, para tenerlos más frescos.

Se sientan al pie de un árbol y, con el cansancio que tienen, se quedan adormilados.

Jesús los mira con amor y compasión y menea la cabeza.

Simón Zelote, que había ido otra vez a beber, ve el gesto y le pregunta:

-¿Qué te pasa, Maestro?

Jesús se pone en pie, va donde Simón, le rodea los hombros con un brazo y lo lleva consigo hacia otro árbol, diciendo:

-¿Que qué me pasa? Me aflijo por vuestro cansancio. Si no supiera lo que estoy haciendo de vosotros, no me perdonaría el produciros tantas molestias.

-¿Molestias? ¡No, Maestro! Son nuestra alegría. Todo es nada yendo contigo. Todos estamos contentos, créeme. No echamos de menos nada, no...

-Calla, Simón. La humanidad grita incluso en los buenos. Y, humanamente hablando, tenéis razón en gritar; os he separado de vuestras casas, de vuestras familias, de vuestros intereses; habéis venido conmigo pensando que seguirme sería una cosa muy distinta... De todas formas, un día este grito vuestro de ahora, este grito íntimo, se aplacará; entonces comprenderéis la belleza de haber caminado entre niebla, barro, polvo, o con un calor asfixiante, perseguidos, sedientos, cansados, hambrientos, tras el Maestro perseguido, odiado, calumniado... y... y otras cosas. Entonces todo os parecerá hermoso, porque entonces tendréis otro pensamiento y todo lo veréis con otra luz. Y me bendeciréis por haberos conducido por mi camino difícil...

-Estás triste, Maestro. El mundo justificaría tu tristeza, de acuerdo; pero nosotros no. Nosotros estamos todos contentos...

-¿Todos? ¿Estás seguro?

-¿Tú lo ves de otra forma?

-Sí, Simón, de otra forma. Tú estás siempre contento. Tú has comprendido; muchos otros, no. ¿Ves aquellos que duermen? ¿Sabes cuántos pensamientos rumian incluso en el sueño? ¿Y los otros discípulos? ¿Crees que serán fieles hasta la consumación de todo? Mira. Vamos a hacer ese viejo juego que tú también has hecho, sin duda de niño (Jesús coge un diente de león que se yergue entre las piedras y que ha alcanzado ya la plena maduración, se lo lleva delicadamente a la altura de la boca, sopla y... se disgrega en minúsculos vilanos que se esparcen por el aire, vagando con su borlita mantenida derecha por el minúsculo manguito). ¿Ves? Mira... ¿Cuántos han caído en mis rodillas, cual enamorados de mí? Cuéntalos... Son veintitrés. Eran, por lo menos, el triple. ¿Y los otros? Mira. Unos siguen vagando por el aire; otros, como por demasiado peso, han caído ya al suelo; algunos, orgullosos, suben, vanagloriándose de su penacho de plata; otros caen en ese barrillo que hemos formado con nuestros odres. Sólo... Mira, mira... incluso de los veintitrés que tenía en mis rodillas siete se han ido; ha sido suficiente el vuelo de ese abejorro para que se marcharan... ¿Temían algo?: quizás el aguijón; ¡los ha seducido algo?: quizás los hermosos colores negros y amarillos, o el aspecto gallardo, o las alas irisadas... Se han ido... tras una belleza falaz... Simón, lo mismo sucederá con mis discípulos. Unos por nerviosismo, otros por inconstancia, o por estar demasiado cargados, o por orgullo, o por ligereza, por amor al fango, por miedo o ingenuidad, se irán. ¿Tú crees que a todos los que ahora me dicen: "Voy contigo" los veré a mi lado cuando llegue la hora decisiva de mi misión? Los vilanos de ese diente de león que creó mi Padre eran más de setenta... ahora, en mis rodillas, hay sólo siete, pues otros se han ido también, por este movimiento del aire que ha hecho decir "sí" a los tallitos más delgados. Así será. Y pienso en las luchas que libráis por manteneros fieles a mí... Ven, Simón, vamos a ver esas libélulas que danzan sobre la superficie del agua, a menos que prefieras descansar.

-No, Maestro. Tus palabras me han entristecido. Espero que no te abandone el leproso curado, el perseguido al que Tú rehabilitaste, el hombre solitario a quien has dado compañía, el nostálgico de afecto al que has abierto el Cielo para que encontrase amor y el mundo para que lo diera... Maestro... ¿qué piensas de Judas? El año pasado lloraste conmigo por él. Luego... no sé... Maestro, deja esas dos libélulas, mírame a mí, escúchame, esto que te voy a decir no se lo diría a ningún otro, ni a los compañeros ni a ningún amigo, pero a ti sí: no logro amar a Judas; lo confieso. Es él quien rechaza mi deseo de amarlo. No quiero decir que me trate con desprecio, no; es más, hasta incluso se muestra cortés con el viejo Zelote, al que intuye más experto que los demás en el conocimiento de los hombres. Es su modo de actuar. ¿Te parece sincero? Dímelo.

Jesús guarda silencio durante unos momentos, como cautivado por las dos libélulas, que se han posado apenas tocando el agua y que con sus élitros irisados dibujan un pequeño arco iris, un especioso arco iris que sirve para atraer a un mosquito curioso, que acaba devorado por uno de los voraces insectos, el cual a su vez cae en vuelo víctima de un sapo que estaba agazapado (sapo o rana, no lo sé), que se la come junto con el mosquito que había cazado.

Jesús se mueve, se levanta, pues casi se había echado para observar estos pequeños dramas de la naturaleza, y dice:

-Así es: la libélula tiene fuertes mandíbulas para nutrirse de hierbas, y alas fuertes para derribar a los mosquitos; la rana, garganta ancha para tragarse a las libélulas. Cada uno tiene lo suyo, y lo suyo usa. Vamos, Simón, que los otros se están despertando.

-No me has respondido, Señor; no has querido hacerlo.

-¡Pero si te he respondido! Mi sabio senequita, medita y hallarás...

Y Jesús, remontando el lecho guijarroso, va donde los discípulos, que se están despertando y ya lo buscan.

## 217

## Las espigas arrancadas un sábado

El lugar es todavía el mismo, pero el sol se muestra menos implacable porque se encamina al ocaso.

-Tenemos que andar hasta aquella casa - dice Jesús.

Van hacia la casa. Llegan. Piden pan y posibilidad de descanso, pero el guarda los rechaza con dureza.

-¡Raza de filisteos! ¡Víboras! ¡Son todos iguales! Han nacido de esa cepa y dan frutos envenenados - dicen con enfado los discípulos, hambrientos y cansados - ¡Que recibáis lo mismo que dais!

-¿Por qué faltáis a la caridad? El tiempo del talión ya ha quedado atrás. Caminemos. Todavía no ha oscurecido y no os estáis muriendo de hambre. Un poco de sacrificio, para que estas almas lleguen a sentir hambre de mí - exhorta Jesús.

Pero los discípulos - creo que más por despecho que por hambre verdaderamente insoportable - entran en todo el medio de una de las parcelas cultivadas y se dan a coger espigas, las desgranan en las palmas de las manos y se ponen a comerse los granos.

-Están buenos, Maestro - grita Pedro - ¿Tú no coges espigas? Además tienen doble sabor... Me comería todo el campo.

-¡Tienes razón! ¡Así se arrepentirían de no habernos dado ni un pan! - dicen los otros, que van caminando entre las espigas y comiendo con gusto.

Jesús va solo por el camino polvoriento. Unos cinco o seis metros más atrás le siguen Simón Zelote y Bartolomé, pero van hablando entre sí.

Otra encrucijada de caminos: un camino secundario que atraviesa el camino de primer orden. Parados en ese punto, hay un grupo de desabridos fariseos, que, sin duda, vuelven de haber asistido a las funciones del sábado en el pueblo ancho y achatado que se ve en el fondo de este camino secundario: parece un animal grande acochado en su madriguera.

Jesús los ve, los mira manso y sonriente, y los saluda:

-Paz a vosotros.

En vez de la respuesta al saludo, uno de los fariseos, arrogantemente, pregunta:

-¿Quién eres?

-Jesús de Nazaret.

-¿Veis como es Él? - dice uno de ellos a los otros.

Entretanto, Natanael y Simón se han acercado al Maestro. Los demás, caminando por los surcos, están viniendo hacia el camino; todavía vienen masticando y tienen en el cuenco de la mano granos de trigo.

Jesús se detiene para acabar de escuchar el resto de lo que quieren decirle. El primer fariseo que ha hablado - quizás el más representativo - le habla otra vez:

-¡Ah!, ¿entonces eres el famoso Jesús de Nazaret?; ¿y cómo es que estás por aquí?

-Porque también aquí hay almas que salvar.

-Para eso nos bastamos nosotros; sabemos salvar las nuestras y las de nuestros súbditos.

-Si es así, hacéis bien. Pero Yo he sido enviado para evangelizar y salvar.

-¡Enviado! ¡Enviado! ¿Y quién nos lo prueba? ¡Tus obras no!

-¿Por qué dices eso? ¿No te preocupa tu vida?

-¡Ah! ¡Ya! Tú eres ese que administra la muerte a quienes no lo adoran. De forma que quieres matar a toda la clase sacerdotal, ¿no?, y a la de los fariseos, y a la de los escribas, y a muchas otras, porque ni te adoran ni te adorarán nunca; nunca, ¿comprendes? Nunca te adoraremos nosotros, los elegidos de Israel, ni te amaremos.

-No os fuerzo a amarme; os digo: “Adorad a Dios" porque...

-O sea, a ti, porque Tú eres Dios, ¿no es así? Pero se da el caso de que nosotros no somos ni los piojosos paletos galileos ni esos estúpidos de Judá que te siguen olvidando a nuestros rabíes...

-No te agites. Yo no pido nada. Cumplo mi misión. Enseño a amar a Dios y repito el Decálogo porque está muy olvidado, y se aplica peor. Lo que quiero ofrecer es la Vida, la eterna; no le deseo a nadie la muerte corporal, y menos todavía la espiritual. La vida sobre la que te preguntaba si no te preocupaba perderla era la de tu alma, porque amo tu alma a pesar de que ella no me ame, y me apena el ver que la estás matando al ofender al Señor con el desprecio de su Mesías.

Tanto se agita el fariseo que parece víctima de una convulsión: se descoloca sus vestiduras, se arranca las cintas, se quita la prenda que cubre su cabeza y se alborota los pelos, y grita:

-¡Oíd! ¡Oíd! ¡Esto que me dice a mí, a Jonatán de Uziel, descendiente directo de Simón e1 Justo, a mí!... ¡Ofender yo al Señor! ¿No se quién me frena para que no te maldiga, pero...

-Es el miedo. Hazlo, si quieres, que no quedarás por ello reducido a cenizas. A su debido tiempo, sí; entonces me invocarás, pero entre ú y Yo habrá, entonces, un arroyo rojo: mi Sangre.

-Bien, pero, mientras, Tú, que te dices santo, permites ciertas cosas... Tú, que te dices Maestro, no instruyes primero a tus apóstoles... ¡Míralos, ahí, detrás de ti!... ¡Ahí están, todavía con el instrumento de su pecado entre sus manos! ¿Ves? Han cogido espigas, y es -sábado; han cogido espigas que no son suyas: han violado el sábado y han robado.

-Teníamos hambre. En el pueblo al que llegamos ayer por la tarde, hemos pedido alojamiento y comida. Hemos sido rechazados. La única que nos dio algo, parte de su pan y un puñado de aceitunas, fue una viejecita; que Dios se lo pague, multiplicado por cien, pues ha dado todo lo que tenía, pidiendo sólo una bendición. Luego caminamos durante una milla y nos detuvimos, como establece la ley, y bebimos agua de un regato. Después de la puesta de sol, fuimos a aquella casa... Nos rechazaron también. Como puedes ver, en nosotros ha habido voluntad de obedecer a la Ley - responde Pedro.

-Pero no lo habéis hecho. No es lícito, en sábado, hacer obra manual; nunca es lícito coger lo que es de otros. Estamos escandalizados yo y mis amigos.

-Pues Yo no lo estoy. ¿No habéis leído nunca cómo David, en Nob cogió los panes de la Proposición para alimento suyo y de sus compañeros? Los panes sagrados eran de Dios, estaban en la casa de Dios reservados, por dictamen eterno, a los sacerdotes. En efecto, está escrito: "Serán de Aarón y de sus hijos, que los comerán en lugar santo porque son cosa santísima". Y, sin embargo, David los cogió para sí y sus compañeros, porque tenía hambre. Entonces, si el santo rey entró en la casa de Dios y comió los panes de la Proposición en sábado, y ello no le fue imputado como pecado, pues siguió siendo grato a Dios después de ello, ¿cómo dices tú que somos pecadores por coger del suelo de Dios las espigas que por su voluntad han crecido y madurado, las espigas que pertenecen incluso a las aves, las que tú niegas para alimento de los hombres, que son hijos del Padre? - pregunta Jesús.

-Esos panes los pidieron, no los cogieron sin pedirlos, lo cual cambia la situación; y, además, no es verdad que Dios no imputara a David este pecado, porque lo castigó con mucha severidad.

-Pero no por eso, sino por la lujuria, por el empadronamiento, no por... - contesta Judas Tadeo.

-¡Basta! No es lícito y no es lícito. No tenéis derecho a hacerlo y no lo haréis. Marchaos. No queremos teneros en nuestras tierras. No os necesitamos. No sabemos qué hacer con vosotros.

-Nos iremos - dice Jesús, impidiendo a los suyos seguir replicando.

-Y para siempre, no lo olvides; que Jonatán de Uziel no vuelva a encontrarse contigo. ¡Fuera!

-Sí. Me voy. No obstante, nos volveremos a ver. Será Jonatán el que me querrá ver para repetir la condena y para librar para siempre al mundo de mí. Pero entonces será el Cielo el que te dirá: "No te es lícito hacerlo", y ese "no te es lícito" lo oirás en tu corazón, como pitido de cuerna, durante toda la vida, y después de la vida. De la misma forma que en sábado los sacerdotes del Templo violan el reposo sabático sin cometer por ello pecado, nosotros, siervos del Señor, podemos, dado que el hombre nos niega el amor, tomar del Padre santísimo el amor y el auxilio, sin cometer pecado por ello. Aquí hay Uno que es mucho mayor que el Templo y puede coger lo que quiera de la creación, porque Dios ha puesto todo como escabel de la Palabra. Así que Yo tomo y doy: tomo y doy las espigas del Padre, depositadas en la inmensa mesa que es la Tierra, así como tomo y doy la Palabra. Tomo y doy: a los buenos y a los malos; porque soy Misericordia. Pero vosotros no sabéis qué es la Misericordia. Si supierais qué quiere decir que soy Misericordia, comprenderíais que no quiero sino misericordia. Si supierais qué es la Misericordia, no condenaríais a los inocentes. Pero no lo sabéis. Ni siquiera sabéis que no os condeno. No sabéis que os perdonaré, o, más bien, que pediré al Padre que os perdone. Quiero misericordia, no castigo. No, no sabéis, no queréis saber; y éste es un pecado mayor que el que me imputáis a mí, mayor que el que decís que han cometido estos inocentes. Y sabed que el sábado fue hecho para el hombre, no el hombre para el sábado; sabed que el Hijo del hombre es también señor del sábado. Adiós...

Se vuelve a los discípulos:

-Venid. Vamos a buscar un lecho entre las arenas, que ya están cercanas. Las estrellas serán nuestras compañeras; nos procurará alivio el rocío. Dios, que mandó el maná para Israel, proveerá a nutrirnos también a nosotros, que somos pobres y le somos fieles.

Y Jesús deja plantado al grupo de rencorosos y se marcha con los suyos mientras declina la tarde con las primeras sombras violetas... Por fin, encuentran una mata de higos picos (chumbos), en cuya parte más alta, erizada de palas espinosas, están los frutos, que ya empiezan a madurar. Pero... todo es bueno para quien tiene hambre, y, pinchándose, cogen los más hechos y caminan hasta el punto en que los caminos terminan en dunas arenosas. En la lejanía se oye el rumor del mar.

-Nos paramos aquí. La arena es blanda y está caliente. Mañana entraremos en Ascalón - dice Jesús...

Y todos caen, derrengados, al pie de una alta duna.

## 218

## La llegada a Ascalón, ciudad filistea

La aurora despierta con su hálito fresco a los durmientes. Se alzan del lecho de arena en que han dormido al abrigo de una duna salpicada de escasas hierbas resecas. Trepan hasta la cima. Ante ellos se abre una profunda pendiente arenosa, mientras que un poco más allá y acá de ella hay parcelas cultivadas y bonitas. Un torrente carente de agua marca con sus guijarros blancos el oro de la arena, y ya con este blancor de huesos resecos hasta el mar, que cabrillea a lo lejos con sus olas llenas por la marea de la mañana, más llenas por un ligero mistral que peina el océano. Caminan por el borde de la duna, hasta el torrente desecado; lo pasan; siguen caminando, en diagonal, por las dunas, que ceden bajo sus pies y que, con su superficie toda ondulada, parecen continuación del océano, de materia sólida y seca en vez de las móviles aguas.

Llegan a la húmeda playa. Ahora andan más deprisa. Juan se queda como hipnotizado ante la visión del mar sin límites, labrado en infinitas caras encendidas por los primeros destellos del sol; parece beber esa belleza, parecen teñirse aún más de azul sus ojos. Mientras, Pedro, más práctico, se descalza, se sube un poco la ropa y chapotea por las suaves olas de la orilla, con la esperanza de encontrar algún cangrejillo o alguna concha de molusco que chupar.

A dos kilómetros largos de distancia se ve una bonita ciudad marítima, edificada en la orilla, siguiendo el arrecife de forma de media luna al otro lado del cual el viento y las borrascas han transportado las arenas. El arrecife, ahora que el agua con la baja marea se está retirando, emerge también aquí, obligando a volver a la arena seca para no torturar con los escollos los pies desnudos.

-¿Por dónde entramos, Señor? Por este lado se ve sólo una muralla bien sólida. Por el mar no se puede entrar. La ciudad está en el punto más hondo del arco - dice Felipe.

-Venid. Sé por donde se entra.

-¿Has estado alguna otra vez aquí?

-Una vez, de niño; no creo que recuerde cómo es, pero sé por dónde se pasa.

-¡Extraño! He notado muchas veces que Tú no yerras nunca el camino; alguna vez te lo hacemos confundir nosotros. ¡Tú... parece como si hubieras estado en todos los sitios por donde te mueves! - observa Santiago de Zebedeo.

Jesús sonríe, pero no responde; va, sin vacilar, hasta un pequeño suburbio rural donde los hortelanos cultivan verduras para la ciudad. Las parcelas, las huertas, son de trazado regular y están bien cuidadas. Mujeres y hombres las cultivan; ahora están regando los surcos, extrayendo el agua de los pozos, o a fuerza de brazos o con el viejo - y chirriante - sistema del pobre burrito vendado que eleva los arcaduces dando vueltas en torno al pozo. Los cultivadores no dicen nada. Jesús saluda:

-Paz a vosotros.

Pero la gente permanece, si no hostil, al menos indiferente.

-Señor, aquí se corre el riesgo de morir de hambre. No comprenden tu saludo. Voy a probar yo - dice Tomás, y aborda al primer hortelano que ve, diciéndole:

-¿Cuesta cara tu verdura? ,

-No más que la de otras huertas. Es cara o no, según lo nutrida que esté la bolsa.

-Bien has dicho, pero, como puedes ver, yo no muero de inanición; estoy gordo y tengo buen color, a pesar de no comer tus verduras, lo que significa que mi bolsa es una buena ubre. En pocas palabras: somos trece y podemos comprar, ¿qué nos vendes?

-Huevos, verduras, almendras tempranas, manzanas (pasas porque son de hace bastante tiempo), aceitunas... Lo que quieras.

-Dame huevos, manzanas y pan, para todos.

-Pan no tengo. En la ciudad lo encuentras.

-Tengo hambre ahora, no hambre dentro de una hora. No creo eso de que no tienes pan.

-No tengo. La mujer lo está haciendo. Mira, ¿ves allí a ese viejo? Siempre tiene mucho pan porque, estando más cerca del camino, a menudo se lo piden los peregrinos. Ve donde Ananías y pídeselo. Ahora te traigo los huevos. De todas formas, ten en cuenta que cuestan a un denario el par.

-¡Ladrón! ¿Qué pasa, que tus gallinas ponen huevos de oro?

-No. Pero uno no está en medio del hedor de los pollos por nada; que no es agradable. Además, ¿no sois judíos? Pues pagad.

-Quédate con los huevos y considérate bien pagado - y Tomás le vuelve la espalda.

-¡Eh, hombre! ¡Ven! Te los doy por menos: tres al denario.

-Ni cuatro; bébetelos, y a ver si se te atragantan.

-Ven. Escúchame. ¿Cuánto me quieres dar? - el hortelano sigue a Tomás.

-Nada. Ya no los quiero. Quería tomar un tentempié antes de entrar en la ciudad. Será mejor que no coma nada, así no pierdo ni la voz para cantar las crónicas del rey ni el apetito para comer bien en la hostería.

-Te los doy a un didracma el par.

-¡Uf, eres peor que un tábano! ¡Dame esos huevos! ¡Que sean frescos! Si no, vuelvo y te pongo el morro más amarillo de lo que lo tienes - y Tomás va con el hombre y vuelve con, al menos, dos docenas de huevos en el vuelo del manto.

-¿Has visto? A partir de ahora en este pueblo de ladrones hago yo las compras; sé cómo tratarlos. Ellos vienen cargados de dinero a comprar a nuestra tierra, para sus mujeres: los brazaletes nunca son lo suficientemente gruesos, y se pasan enteras jornadas regateando el precio. Ahora me vengo. Vamos a ese otro escorpión. Ven Pedro. Ten estos huevos, Juan.

Se dirigen a donde el anciano que tiene la huerta a lo largo de la vía principal, que, desde el norte, siguiendo el trazado de las casas del suburbio, conduce a la ciudad. Es una vía bien adoquinada (sin lugar a dudas, hecha por los romanos). Ya está cerca la puerta del lado oriental de la ciudad. Dentro, se ve que la vía prosigue derecha verdaderamente artística, transformada en un doble soportal umbrío sostenido por columnas de mármol por cuya fresca sombra la gente camina, dejando el centro de la calle para los asnos, camellos carros y caballos.

-¡Salud! ¿Nos vendes pan? - pregunta Tomás.

El anciano o no oye o no quiere oír. La verdad es que el chirrido de la noria es tal, que puede crear confusión.

Pedro pierde la paciencia y grita:

-¡Para a tu Sansón! A1 meno podrá coger respiro para no morir ante mi vista. ¡Escúchanos!

El hombre para el burro y mira a su interlocutor con cara de pocos amigos, pero Pedro le desarma diciendo:

-¿No te parece acertado llamar Sansón a un burro? Si eres filisteo te dará gusto porque ofendería a Sansón, y si eres israelita te gustará también porque recordaría una derrota de los filisteos. Así que...

-Soy filisteo, ¡y a mucha honra!

-Me parece bien. Yo también te ensalzaré si nos das pan.

-Pero, ¿no eres judío?

-Soy cristiano.

-¿Qué lugar es?

-No es un lugar. Es una persona. Y yo soy de esa persona.

-¿Eres esclavo suyo?

-Soy más libre que ningún otro hombre, porque quien es de esa persona ya no depende sino de Dios.

-¿Es verdad eso que dices? ¿Ni siquiera del César?

-¡Bah!, ¿cómo vas a comparar al César con aquel a quien yo sigo, al cual pertenezco y en cuyo nombre te pido un pan!

-Pero, ¿dónde está esta persona poderosa?

-Es aquel hombre de allí, el que mira hacia aquí y sonríe. Es el Cristo, el Mesías. ¿No le has oído nunca mencionar?

-Sí. El rey de Israel. ¿Derrotará a Roma?

-¡Roma! ¡Al mundo entero, y hasta al Infierno!

-¿Sois sus generales? ¿Vestidos así? Quizás lo hacéis para evitar el hostigamiento de los pérfidos judíos...

-Sí y no. Pero... dame pan y mientras comemos te explico.

-¿Pan? ¡Hombre y también agua y vino y unos bancos, aquí a la sombra, para ti, tú compañero y tu Mesías! ¡Llámalo!

Pedro trota ligero hacia Jesús:

-¡Ven, ven! Ese filisteo anciano nos da lo que queramos. Pero creo que te va a asaltar a preguntas... Le he dicho quién eres, más o menos. Tiene buena disposición.

Todo el grupo se dirige hacia la huerta. Cuando llegan, el hombre tiene ya preparados unos bancos en torno a una tosca mesa, a la sombra de una tupida pérgola de vid.

-Paz, Ananías. Prosperidad a tus tierras por tu caridad. Que te produzcan pingües frutos.

-Gracias. Paz a ti. Siéntate, sentaos. ¡Anibé! ¡Nubi! Pan, vino, agua. Inmediatamente - ordena el anciano a dos mujeres que se ve que son africanas (una es completamente negra, de labios gruesos y pelo crespo; la otra, muy oscura, aunque de tipo más europeo). El anciano explica: «Son las hijas de las esclavas de mi difunta mujer; también han muerto ya las que vinieron con ella. Las hijas han quedado. Son del Alto y Bajo Nilo. Mi mujer era de allí. Prohibido, ¿no? no me preocupa. No soy de Israel, y las mujeres de raza inferior son dóciles.

-¿No eres de Israel?

-Lo soy a la fuerza, porque a Israel lo tenemos al cuello como un yugo. Pero... Tú eres israelita... ¿te ofendes por esto que digo?

-No. No me ofendo. Lo único que querría es que escucharas la voz de Dios.

-A nosotros no nos habla.

-Eso lo dices tú. Yo te estoy hablando, y es su voz.

-¡Pero Tú eres el Rey de Israel!.

Las mujeres, que están llegando con el pan, el agua y el vino, y que oyen hablar de "rey", se detienen turbadas, mirando al joven rubio, sonriente, honorable, al que el amo llama "rey", y deciden retirarse, casi arrastrando los pies por el respeto.

-Gracias, mujeres. Paz también a vosotras.

Luego, vuelto al anciano:

-Son jóvenes... Sigue, sigue tu trabajo.

-No. La tierra está mojada y puede esperar. Habla un poco. Anibé, suelta al burro y llévalo a su sitio; tú, Nubi, vuelca los últimos arcaduces y luego... ¿Te vas a detener un tiempo, Señor?

-No te tomes más molestias; me basta con un poco de comida, luego entro en Ascalón.

-No es molestia. Ve a la ciudad si tienes esos planes, pero vuelve a la noche; partiremos el pan y compartiremos la sal. ¡Venga, vosotras, daos prisa! Tú ocúpate del pan, tú llama a Yeteo y que mate un cabritillo y lo preparas para la cena. Poneos en marcha - y las dos mujeres se van sin hablar.

-¿Así que eres Rey? ¿Y las armas? Herodes es cruel en todas sus manifestaciones; nos ha reconstruido Ascalón, pero lo ha hecho buscando su propia gloria. ¡Y ahora!... Bueno, conoces mejor que yo las vergüenzas de Israel. ¿Cómo te las vas a arreglar?

-Sólo tengo el arma que viene de Dios.

-¿La espada de David?

-La espada de mi palabra.

-¡Pobre iluso! Perderá la punta y el filo contra el bronce de los corazones.

-¿Tú crees? Mi mirada no se dirige a un reino de este mundo, sino, por todos vosotros, al Reino de los Cielos.

-¿Todos nosotros? ¿También yo, que soy filisteo? ¿También mis esclavas?

-Todos. Tú y ellas, y hasta por el más salvaje que haya en el centro de las selvas africanas.

-¿Quieres construir un reino tan grande? ¿Por qué dices "de los Cielos"? Podrías llamarlo: Reino de la Tierra.

-No. No comprendas en modo errado. Mi Reino es el Reino del verdadero Dios. Dios está en el Cielo. Por eso es Reino del Cielo. Todo hombre es un alma vestida de cuerpo, y el alma no puede vivir sino en el Cielo. Yo os quiero curar el alma, eliminar en vuestra alma errores y odios, conducirla a Dios a través de la bondad y el amor.

-Me agrada mucho esto. Aunque no vaya a Jerusalén, sé que los de Jerusalén no hablan así desde hace siglos. ¿De modo que no nos odias?

-No odio a nadie.

El anciano se queda pensando un momento... luego pregunta:

-¿Y las dos esclavas tienen también alma como vosotros los de Israel?

-Ciertamente. No son fieras capturadas. Son criaturas desdichadas. Se las debe amar. ¿Tú lo haces?

-No las trato mal. Exijo obediencia, pero no uso el látigo, y además las alimento bien. Animal mal nutrido no trabaja, se dice. Tampoco es buen partido el hombre mal alimentado. Además... han nacido en casa. Las he visto niñas. Ahora se quedarán ellas solas, porque soy muy viejo. Casi ochenta, ¿sabes? Ellas y Yeteo son lo que me queda de mi casa de otros tiempos. Les tengo afecto, como a muebles míos. Serán ellos quienes cierren mis ojos...

-¿Y luego?

-Y luego... ¡Psss!... No lo sé. Irán a servir, y la casa se disgregará. Lo siento. La he hecho próspera con mi trabajo. Esta tierra volverá a ser arenosa, estéril... Esta viña... la plantamos yo y mi mujer. Aquel rosal... es egipcio, Señor; en él siento el perfume de mi esposa... Es para mí como un hijo, como mi hijo único, ya polvo, que está enterrado a sus pies... Esto son penas... Mejor morir de joven y no ver esto y la muerte que se acerca...

-Tu hijo no ha muerto, ni tampoco tu mujer; sobrevive su espíritu, sólo la carne está muerta. La muerte no debe causar terror. La *muerte es vida para quien espera en Dios y vive en la justicia.* Piensa en esto. Ahora voy a la ciudad. Volveré esta noche y te pediré ese pórtico para dormir Yo y los míos.

-No, Señor. Tengo muchas habitaciones vacías. Te las ofrezco.

Judas pone encima de la mesa unas monedas.

-No. No las acepto. Soy de esta tierra que os es hostil, pero quizás soy mejor que los que nos dominan. Adiós, Señor».

-Paz a ti, Ananías.

Las dos esclavas y Yeteo, un musculoso y anciano campesino, acuden para verlo marcharse.

-Paz también a vosotros. Sed buenos. Adiós.

Jesús roza con su mano los cabellos crespos de Nubi y los lisos y brillantes de Anibé, sonríe al hombre y se marcha.

Poco después entran en Ascalón por la calle del doble pórtico, que va recta hasta el centro de la ciudad. Ascalón es un torpe remedo de Roma, con estanques y fuentes, plazas usadas como foro, torres distribuidas a lo largo de la muralla y, por todas partes, el nombre de Herodes (que él mismo ha hecho colocar para autoaplaudirse, dado que los de Ascalón no lo aplauden). Hay mucho movimiento, que crece en la medida en que la hora avanza y se va acercando la parte más céntrica de la ciudad, abierta, aireada, con el mar luminoso como fondo (parece una turquesa en una tenaza de coral rosa, por las casas esparcidas en el arco profundo que aquí dibuja la costa: no es un golfo, es un verdadero arco, una porción de círculo teñida toda de un rosa palidísimo a causa del sol).

-Nos separamos en cuatro grupos. Yo aquí me separo, o, más bien idos vosotros; luego ya decidiré. Marchad. Después de la hora nona nos encontraremos de nuevo en la Puerta por la que hemos entrado. Sed prudentes y pacientes.

Jesús los mira mientras los apóstoles se alejan. Con Él se ha quedado sólo Judas Iscariote, que ha declarado que a éstos no les va a decir nada porque son peores que los paganos. Pero, cuando oye que Jesús va a ir aquí o allá y no va a hablar, entonces cambia de idea y dice:

-¿Te molesta si te dejo solo? Querría ir con Mateo, Santiago y Andrés... Son los menos dotados...

-Ve, ve. Adiós.

Jesús, solo, va por la ciudad, sin rumbo fijo, a lo largo y a lo ancho, anónimo entre la atareada gente. Ni siquiera se fijan en El, salvo dos o tres niños que levantan, curiosos, la cabeza, y una mujer provocadoramente vestida, que viene resueltamente hacia Él con una sonrisa llena de insinuaciones; pero Jesús la mira tan severamente, que ella se pone roja como la púrpura, baja los ojos y cambia de dirección; llegada a la esquina, se vuelve, pero, dado que uno del lugar, que ha observado la escena, la hiere con una observación mordaz y burlona por su derrota, se envuelve en su manto y huye.

Los niños, sin embargo, se quedan un poco alrededor de Jesús, lo miran, sonríen ante su sonrisa. Uno de ellos, más audaz, pregunta:

-¿Quién eres?

-Jesús - responde acariciándolo.

-¿Qué haces?

-Estoy esperando a unos amigos.

-¿De Ascalón?

-No, de mi tierra y de Judea.

-¿Eres rico? Yo sí. Mi padre tiene una casa bonita. Dentro traba alfombras. Ven a ver. Está aquí cerca.

Y Jesús va con el niño, y entra en un largo atrio que forma con una calle cubierta. En el fondo resplandece, avivado por la penumbra del atrio, un retazo de mar todo encendido de sol.

Encuentran a una niña demacrada que llora.

-Es Dina. Es pobre, ¿sabes? Mi madre le da comida. Su madre ya no está en condiciones de ganar. Su padre murió en el mar. Fue una tormenta, mientras iba de Gaza al puerto del Gran Río a llevar y recoger mercancías. Como la mercancía era de mi padre y el padre de Dina era uno de nuestros marineros, mi madre se ocupa ahora de ellos. Muchos se han quedado sin padre así... ¿Tú que opinas? Debe ser duro ser huérfano y pobre. Ahí está mi casa. No digas que estaba en la calle, porque tenía que estar en la escuela; pero es que me han echado porque hacía reír a los compañeros con esto... - y saca de debajo del vestido un monigote tallado en madera, en una delgada tablita de madera realmente muy cómico, con unas narices y una barbilla puntiaguda muy caricaturescas.

A Jesús le vibra una sonrisa entre los labios, pero se frena y dice:

-¿No será el maestro, verdad? Ni ningún pariente, ¿no? No estaría bien.

-No. Es el jefe de la sinagoga de los judíos. Es viejo y feo y siempre nos mofamos de él.

-Eso tampoco está bien. Fíjate que es mucho mayor que tú y...

-¡Bueno... es muy viejo, medio cheposo y casi ciego; y tan feo... ¡Yo no tengo ninguna culpa de que él sea feo!

-No, pero sí tienes culpa de burlarte de un anciano. Tú también de viejo serás feo, porque te encorvarás; tendrás poco pelo, estarás medio ciego, caminarás con bastones, tendrás esa cara así. ¿Y entonces? ¿Te va a gustar que se burle de ti un niño irrespetuoso? Y, además, ¿por qué hacerle ponerse nervioso al maestro?, ¿por qué molestar a los compañeros? No está bien hecho. Si tu padre viniera a saberlo te castigaría, y tu madre se apenaría. Yo no les voy a decir nada, pero tú me das inmediatamente dos cosas: la promesa de no volver a cometer estas faltas y el muñeco. ¿Quién lo ha hecho?

-Yo, Señor... - dice afligido el niño, consciente ya de la gravedad de sus... fechorías... Y añade: «¡Me gusta mucho trabajar la madera! A veces reproduzco las flores o animales de las alfombras. ¡Fíjate... dragones, esfinges... y más animales!

-Esos animales sí los puedes hacer. ¡Tantas cosas bonitas hay en la tierra! Entonces, ¿prometes?, ¿me das ese fantoche? Si no, dejamos de ser amigos. Lo guardaré como recuerdo tuyo y rezaré por ti. ¿Cómo te llamas?

-Alejandro. ¿Y Tú qué me das?

Jesús se ve en dificultad: ¡Tiene siempre tan pocas cosas!... Pero luego se acuerda de que tiene una fíbula muy bonita prendida al cuello de uno de los indumentos. Busca en el talego, la encuentra, la quita, se la da al niño.

-Vamos. Pero ten en cuenta que incluso cuando me haya marchado sigo lo mismo sabiendo todo, y si sé que eres malo vuelvo y le digo todo a tu madre.

El pacto queda hecho.

Entran en la casa. A1 otro lado del vestíbulo hay un espacioso patio limitado en tres de sus lados por unas naves en que están los telares.

La criada que ha abierto, al ver al niño con un desconocido, se queda sorprendida y va a avisar a la señora. Ésta - una mujer alta y de dulce aspecto - viene inmediatamente y pregunta:

-¿Se ha sentido mal mi hijo?

-No, mujer; me ha conducido aquí para mostrarme tus telares. Soy forastero.

-¿Quieres comprar?

-No. Yo no tengo dinero, pero tengo amigos a los que les gustan las cosas estéticas, y que tienen dinero.

La mujer mira sorprendida a este hombre que confiesa así, sin rodeos, que es pobre, y dice:

-Pues te creía un señor, tienes modos y aspecto de gran señor.

-Pues mira, soy simplemente un rabí galileo, Jesús, el Nazareno.

-Somos comerciantes. No tenemos prejuicios. Pasa y mira - Y le acompaña a que vea sus telares, donde trabajan muchachas bajo su dirección.

Las alfombras son verdaderamente de valor en cuanto a dibujo y flores; espesas, blandas, parecen pequeños cuadros de jardín llenos de flores, o una imagen calidoscópica de gemas. Otras, mezcladas con las flores, tienen figuras alegóricas: hipogrifos, sirenas, dragones, o grifos heráldicos semejantes a los nuestros.

Jesús admira estas obras:

-Eres muy hábil. Me alegro de haber visto todo esto, como me alegra el que seas buena.

-¿Cómo sabes eso?

-Se ve en la cara. Además el niño me ha hablado de Dina. Dios te lo pague. Aunque no lo creas, teniendo, como tienes, en ti la caridad, estás muy cerca de la Verdad.

-¿Qué verdad?

-Muy cerca del Señor altísimo. El que ama al prójimo y ejercita la caridad con su familia y sus subordinados, y la extiende a los pobres, tiene ya en sí la Religión. Aquélla es Dina, ¿no?

-Sí. Su madre se está muriendo. Después la tomaré yo conmigo, pero no para los telares; es demasiado pequeña y débil para ello Ven, Dina, acércate a este señor.

La niña, con la carita triste propia de los niños infelices, se acerca tímidamente.

Jesús la acaricia y dice:

-¿Me llevas a ver a tu madre? Querrías que se pusiera buena, ¿verdad? Bueno, pues llévame a ella. Adiós, mujer. Adiós, Alejandro; y sé bueno.

Sale llevando a la niña de la mano.

-¿Tienes hermanos? - pregunta.

-Tengo tres hermanos pequeños. El último no conoció a nuestro padre.

-No llores. ¿Eres capaz de creer que Dios puede curar a tu madre? ¿Sabes, verdad, que hay un solo Dios, que quiere a los hombres que ha creado y especialmente a los niños buenos; y que lo puede todo?

-Sí, lo sé, Señor. Antes iba a la escuela mi hermano Tolmé. Allí están mezclados con los judíos y aprenden muchas cosas. Sé que existe y que se llama Yeohveh, y que nos castigó porque los filisteos fueron malos con Él. Siempre nos lo echan en cara los niños hebreos. Pero yo no vivía en aquella época, ni mi mamá ni mi padre. Entonces, ¿por qué...? - el llanto hace de barrera a la palabra.

-No llores. Dios te quiere también a ti y me ha traído aquí por ti y por tu mamá. ¿Sabes que los israelitas esperan al Mesías, que debe venir para fundar el Reino de los Cielos, el Reino de Jesús, Redentor y Salvador del mundo?

-Lo sé, Señor. Nos amenazan diciendo: "¡Ay de vosotros cuando llegue!"

-¿Sabes lo que hará el Mesías?

-Hará grande a Israel y a nosotros nos tratará muy mal.

-No. Dará redención al mundo, quitará el pecado, enseñará a no pecar; querrá a los pobres, a los enfermos, a los afligidos; se acercará a ellos; enseñará a los ricos, a los sanos y a los que viven felices, a quererlos; recomendará la bondad para obtener la Vida eterna y bienaventurada en el Cielo. Esto es lo que hará... Y no será tirano con nadie.

-¿Y cómo se sabrá que es Él?

-Porque querrá a todos y curará a los enfermos que crean en Él, redimirá a los pecadores y enseñará el amor.

-¡Ah, si viniera antes de que mi mamá muriese! ¡Cómo creería yo! ¡Cómo le suplicaría! Iría a buscarlo hasta encontrarlo y le diría: "Soy una pobre niña sin padre. Mi madre se está muriendo. Yo espero en ti". Estoy segura de que, aun siendo filistea, me escucharía.

Toda una fe sencilla y fuerte vibra en la voz de la niña. Jesús sonríe mirando a esta pobrecita que camina a su lado, pero ella no ve esta fúlgida sonrisa, porque va mirando hacia delante, hacia la casa, que ya está cerca...

Llegan a una casucha muy pobre que está al final de un callejón sin salida.

-Es aquí, Señor. Pasa....

Una mezquina habitacioncita, un cuerpo agotado extendido sobre un costal, tres pequeñuelos sentados al lado, de edad entre tres y diez años; todo deja transparentar miseria y hambre.

-La paz sea contigo, mujer. Tranquila. No te sientas incómoda ni hagas esfuerzos. He conocido a tu hija y sé que estás enferma, y he venido. ¿Quieres recobrar la salud?

La mujer, con un hilo de voz, responde:

-¡Oh, Señor!... Pero, para mí ya todo ha terminado... - y llora.

-Tu hija ha sido capaz de creer que el Mesías podría curarte. ¿Tú?

-¡Oh, yo también lo creería! Pero... ¿dónde está el Mesías?

-Es el que te está hablando.

Entonces Jesús, que estaba curvado hacia el jergón susurrando sus palabras junto a la cara de la enferma mortecina, se endereza y grita: «

-¡Lo quiero! ¡Queda curada!

Los niños sienten casi miedo de la gravedad de Jesús; están tres rostros de estupor - haciendo de corona a la yacija materna. Dina aprieta las manos contra su pequeño pecho; una luz de esperanza, de beatitud, refulge en su carita; de tanta emoción como siente, casi jadea; tiene la boca abierta, preparada para una palabra que ya su corazón le susurra, y, cuando ve que su madre, antes cérea y completamente sin fuerzas, como atraída por una fuerza que le hubiera sido trasvasada, se incorpora y se sienta, y luego, sin quitar un momento los ojos de los del Salvador, se pone en pie, profiere un grito de júbilo:

-¡Mamá!

Ha sido pronunciada la palabra que llenaba su corazón... Y luego otra: « ¡Jesús!».

Entonces, abrazando a su madre, la obliga a arrodillarse mientras dice:

-¡Adora, adora! Es el Salvador profetizado al que se refería el maestro de Tolmé.

-Adorad al verdadero Dios. Sed buenos. Acordaos de mí. Adiós.

Y Jesús sale rápidamente, mientras las dos, felices, siguen prosternadas...

## 219

## Los distintos frutos de la predicación de los apóstoles en la ciudad de Ascalón

Obedientes a la orden recibida, los grupos de los apóstoles van llegando a la puerta de la ciudad. Jesús todavía no está, pero pronto aparece por una callecita que sigue el trazado de la muralla.

-Debe haberle ido bien al Maestro - dice Mateo - ¡Mirad cómo sonríe!

Van hacia Él. Luego salen por la puerta y toman la vía principal A ambos lados hay huertas del suburbio.

Jesús les pregunta:

-¿Entonces?... ¿cómo os ha ido?, ¿qué habéis hecho?

-Muy mal - dicen al unísono Judas Iscariote y Bartolomé.

-¿Por qué? ¿Qué os ha sucedido?

-Que por poco nos apedrean. Hemos tenido que salir corriendo Vámonos de esta ciudad de bárbaros. Volvamos a donde nos estiman. Yo aquí ya no hablo más. De hecho no quería hablar, pero... me he dejado vencer, y Tú no me has frenado, a pesar de que sabes todo... - Judas está inquieto.

-Pero, ¿qué te ha pasado?

-Pues... Yo he estado con Mateo, Santiago y Andrés. Hemos ido a la plaza de los Juicios, porque allí hay gente fina y que tiene tiempo que perder escuchando a una persona que hable. Hemos decidido dejarle a Mateo hablar, porque era el más idóneo para hablar a publicanos y a clientes de publicanos. Entonces él ha empezado dirigiéndose a dos que estaban discutiendo por un campo, en una cuestión poco clara de una herencia: "No os odiéis por causa de cosas perecederas y que no podéis llevaros con vosotros a la otra vida; antes bien, amaos, para poder gozar de bienes eternos, conseguidos sin más guerras que la que combate las malas pasiones que debemos subyugar para ser vencedores y poseer el Bien". Dijiste esto, ¿no? Y luego siguió, mientras otros dos o tres se acercaban para oír: "Abrid vuestros oídos a la Verdad, que enseña estas cosas al mundo, para que el mundo tenga paz. Ya veis que se sufre por esto, por este excesivo interés por las cosas perecederas. Mas la tierra no es todo. Está también el Cielo, y en el Cielo está Dios, de la misma forma que, ahora, en la tierra está el Mesías de Dios, que nos envía para anunciaros que ha llegado el tiempo de la Misericordia, y que ningún pecador puede decir: "No seré escuchado", pues si uno tiene verdadero arrepentimiento, recibe el perdón, es escuchado y amado y se le ofrece el Reino de Dios". A todo esto, ya mucha gente había venido. Había quien escuchaba con respeto y había quien interrumpía y molestaba a Mateo con preguntas. Yo ya de hecho no respondo nunca para no estropear el discurso. Hablo y respondo en particular al final. Que se tengan en la memoria lo que quieran decir y que guarden silencio. ¡Pero Mateo quería responder inmediatamente!... Nos preguntaban también a nosotros. Pero había también quien hacía risitas sarcásticas y decía: "¡Otro loco! Está claro que viene de la guarida de Israel. Los judíos son como malas hierbas que se difunden por todas partes. ¡Ahí tenemos otra vez sus eternas patrañas! Dios es su protector. ¡Escucha, escucha! Está en el filo de su espada, en la mordacidad de su lengua. ¡Mira, mira, ahora sacan a colación a su Mesías! Algún otro exaltado que, como de costumbre, nos va a atormentar. ¡Maldición a Él y a su raza!". Entonces he perdido la paciencia, he tirado de Mateo - que seguía hablando sonriente como si le estuvieran haciendo honores -, y he empezado a hablar yo, tomando a Jeremías como base de mi discurso: "Crecen las aguas a septentrión; torrente desbordado serán...". "Ante su rumor" he dicho "pues el castigo que Dios os dará, raza maléfica, producirá el rumor de muchas aguas, aunque serán armas y soldados de la tierra y celestes honderos de los Cielos, en movimiento todos ellos por orden de los Jefes del Pueblo de Dios, los que se abatirán sobre vosotros como castigo de vuestra obstinación; ante su fragor se desvanecerán vuestras fuerzas, caerá vuestra soberbia y vuestros corazones y vuestros brazos y sentimientos, todo. ¡Seréis exterminados, residuos de la isla del pecado, puerta del Infierno! ¿Se os han subido de nuevo los humos porque Herodes os haya reconstruido? Pues más rasos todavía quedaréis, calvos sin remedio; toda suerte de castigos caerá sobre vuestras ciudades y poblados, sobre valles y llanuras. Que la profecía no ha muerto aún..."; y quería seguir, pero se nos han echado encima, y si nos hemos podido salvar ha sido por una caravana, providencial, que pasaba por una calle, pues ya empezaban a volar las piedras. Han dado a camellos y camelleros y se ha formado un verdadero guirigay. Nosotros nos hemos escabullido. Después hemos estado parados en un pequeño patio de suburbio. ¡Ah, yo ya no vuelvo aquí...!

-¡Pero, hombre, si los has ofendido! ¡La culpa es tuya! ¡Ahora se entiende por qué han venido con tanta hostilidad a echarnos! - exclama Natanael. Y prosigue: «Escucha, Maestro. Nosotros, o sea, Simón de Jonás, yo y Felipe habíamos ido hacia la torre que está orientada al mar. Allí había unos marineros y jefes de barcos cargando mercancías para Chipre, para Grecia e incluso para más lejos. Imprecaban contra el sol, el polvo y el trabajo, y proferían maldiciones contra su condición de filisteos, esclavos - decían - de los tiranos, pudiendo ser reyes; y contra los Profetas, el Templo y todos nosotros. Yo quería alejarme de allí, pero Simón no quiso, porque decía: "¡No' ¡Todo lo contrario! ¡Es precisamente a estos pecadores a los que tenemos que ir! El Maestro lo haría así, y así tenemos que hacerlo nosotros". "Habla tú, entonces" hemos dicho yo y Felipe. "¿Y si no lo sé hacer?" ha dicho Simón. "Pues te ayudamos nosotros" hemos respondido. Entonces Simón se ha dirigido sonriente hacia dos hombres que, sudorosos, estaban sentados encima de una voluminosa paca que no lograban izar para cargarla en el barco, y ha dicho: "¿Pesa, verdad?". "Más que pesar, es que estamos cansados. Y tenemos que ultimar la carga. El patrón quiere zarpar en la hora de la bonanza, porque por la tarde el mar va a estar bravo y para esa hora tenemos que haber pasado ya los escollos para no correr peligro". "¿Hay escollos?" "Sí, allí, donde se ve que el agua borbota. Son zonas feas". "¡Corrientes, eh! ¡Claro! El viento sur vuelve la punta y allí choca con aquella corriente...". "¿Eres marinero?" "Pescador. De agua dulce. Pero el agua es siempre agua, y el viento, viento. Yo también más de una vez he tragado agua y la carga se me ha vuelto al fondo más de una vez. Este oficio nuestro por una parte tiene sus atractivos pero por otra es fastidioso, de todas formas en todo hay una parte agradable y otra desagradable, buena y mala; en ningún sitio todos son malos, como ninguna raza es toda cruel. Con un poco de buena voluntad siempre se llega a un acuerdo y se encuentra que en todas partes hay gente buena. ¡Venga, que os hecho una mano!". Entonces Simón ha llamado a Felipe diciendo: "¡Ánimo! Tú coge de ahí que yo cojo de aquí, y esta buena gente nos lleva a la nave, a las bodegas'". Los filisteos no querían, pero luego lo han permitido. Una vez en su sitio el fardo y otros que estaban en el puente, Simón se ha puesto, como él sabe hacer, a cantar las excelencias de la nave y el mar y la belleza de la ciudad vista desde el mar, y ha empezado a interesarse por la navegación marina y las ciudades de otras naciones. Así que todos alrededor, a darle las gracias y a celebrarlo... Por fin, uno pregunta: "Pero, ¿tú de dónde eres?, ¿del país del Nilo?". "No, del mar de Galilea; pero, como veis, no soy ningún tigre". "Sí, cierto. ¿Buscas trabajo?". "Sí". "Yo te tomo conmigo, si quieres. Veo que eres un hábil marinero" dice el patrón. "Soy yo el que te toma a ti." "¿A mí? Pero, ¿no has dicho que buscas trabajo?". "Es verdad. Mi trabajo es llevar a los hombres al Mesías de Dios. Tú eres un hombre. Eres, por tanto, un trabajo para mí". "¡Pero si soy filisteo!" "¿Y qué significa eso?" "Significa que vosotros nos odiáis, nos perseguís, desde siempre; siempre lo han dicho vuestros caudillos...". "Los Profetas, ¿no? Pero ahora los Profetas son voces que ya no gritan; ahora está el único, grande, santo, Jesús. Él no grita, sino que llama con voz de amigo; no maldice, sino bendice; no trae desgracias, las elimina. No odia y no quiere que se odie; antes al contrario, ama a todos y quiere que amemos, incluso a nuestros enemigos. En su Reino no habrá vencidos y vencedores, libres y esclavos, amigos y enemigos. No, no habrá estas distinciones, que dañan, que provienen de la maldad humana; sólo habrá seguidores suyos, es decir, personas que viven en el amor, en la libertad, vencedores del peso y del dolor. Os ruego que prestéis fe a mis palabras y que tengáis deseos del Mesías. Las profecías están escritas, sí, pero El es mayor que los Profetas, y, para el que lo ama quedan anuladas las profecías. ¿Veis esta bonita ciudad vuestra? Pues si llegaseis a amar al Señor nuestro, Jesús, el Cristo de Dios, aún más hermosa la volveríais a ver en el Cielo". Así hablaba Simón, afable e inspirado, y todos lo escuchaban con atención y respeto. Sí, respeto. Pero, por una calle ha aparecido de repente, gritando, gente de la ciudad, armados de palos y piedras. Nos han visto y, por el modo de vestir, nos han reconocido como forasteros, y - ahora comprendo - forasteros de tu raza, Judas, y nos han creído gente de tu ralea. ¡Sin la protección de los del barco, estábamos aviados!: han descolgado una chalupa y nos han alejado de allí por mar, hasta la playa de la zona de los jardines del Sur, desde donde hemos venido, junto con los que cultivan flores para los ricos de aquí. "¡Pero, tú, Judas es que todo lo chafas! ¿Es ésa la manera, insolente, de actuar?

-Es la verdad.

-Hay que saber usarla. Pedro tampoco ha dicho mentiras, pero ha sabido hablar - objeta Natanael.

-¿Yo?... He tratado de ponerme en el lugar del Maestro. He pensado: "El actuaría con esta dulzura, así que yo también..." - dice Pedro con sencillez.

-A mí me gusta la manera fuerte. Es más regia

-¡Tu idea de siempre! Estás en un error, Judas. Hace un año que el Maestro está corrigiéndote esa idea, pero tú no te prestas a correcciones; te obstinas en el error como estos filisteos contra los que arremetes - dice en tono de reprensión Simón Zelote.

-¿Acaso alguna vez me ha corregido por esto? Además, cada uno tiene su modo y lo usa.

A1 oír estas palabras, Simón Zelote se estremece, y mira a Jesús, el cual no dice nada pero asiente a la mirada evocadora de Simón con una leve sonrisa.

-¡Pues vaya una razón!... - dice con serenidad Santiago de Alfeo, y continúa: «Estamos aquí para corregirnos a nosotros mismos antes que a los demás. El Maestro ha sido antes nuestro maestro; no lo habría hecho si no hubiera querido que cambiásemos nuestros hábitos e ideas.

-Era Maestro respecto a la sabiduría...

-¿Era?... ¡Es! - dice serio Judas Tadeo.

-¡Cuántas sutilezas! Es, sí, es.

-También respecto a todo lo demás es Maestro, no sólo en sabiduría; su adoctrinamiento se dirige a toda nuestra realidad. Él es perfecto; nosotros, imperfectos. Esforcémonos, pues, en ser perfectos - dice Santiago de Alfeo en tono de dulce consejo.

-No me siento culpable de lo que he hecho. Es que es una raza maldita. Todos perversos.

-No. No hay razón para que digas eso - interviene bruscamente Tomás - Juan se ha dirigido a los últimos, a los pescadores que llevaban el pescado a los mercados, y mira este talego húmedo. Es pescado de Io más fino: han renunciado a su ganancia por dárnoslo. Por miedo a que no fuera fresco a la tarde el de la mañana, han regresado al mar, y han querido que

nosotros estuviéramos con ellos. Parecía como estar en el lago de Galilea, y te aseguro que si ya de por sí el lugar lo recordaba, y las barcas llenas de rostros atentos, más aún lo recordaba Juan: parecía otro Jesús; las palabras le salían, dulces como la miel, de su boca sonriente; su rostro resplandecía como otro sol. ¡Cómo se parecía a ti, Maestro! ¡Yo estaba emocionado! Hemos estado tres horas en el mar, esperando a que las redes, extendidas entre las boyas, estuvieran llenas de peces: han sido tres horas de beatitud. Luego querían verte a ti, y Juan ha dicho: "Nos veremos en Cafarnaúm", así, como si hubiera dicho: "Nos veremos en la plaza de vuestra ciudad". ¡Han prometido que irán, han tomado nota! ¡Y hemos tenido que oponernos a que nos cargaran con demasiado pescado! Nos han dado el más selecto. Vamos a guisarlo. Esta noche un gran banquete, para compensar el ayuno de ayer.

-Pero, ¿y qué es lo que les has dicho? – pregunta, confundido Judas Iscariote.

-Nada especial. He hablado de Jesús - responde Juan.

-¡Sí, pero como tú lo haces!... También Juan ha citado a los Profetas, pero les ha dado la vuelta - explica Tomás.

-¿Les ha dado la vuelta? - pregunta estupefacto Judas.

-Sí. Tú, de los Profetas, has sacado el acíbar; él, el almíbar. Porque, a fin de cuentas, incluso el mismo rigor de los Profetas es amor, exclusivo, violento si quieres, pero amor hacia todas las almas, a las que querrían ver fieles al Señor. No sé si tú, educado entre los escribas, has meditado alguna vez esto; yo sí, a pesar de ser orfebre. Al oro también se le golpea con el martillo y se le pasa por el crisol, pero es para afinarlo. No por aversión, sino por aprecio. Así actúan los Profetas con las almas. Yo lo entiendo; quizás por eso, porque soy orfebre. Pues bien, Juan ha citado a Zacarías, en su profecía a cargo de Jadrak y Damasco, y llegado al punto: "A la vista de ello Ascalón quedará aterrorizada, Gaza experimentará una gran aflicción, y también Ecrón, porque su esperanza se ha desvanecido. Gaza quedará sin rey", se ha puesto a explicar cómo todo esto era porque el hombre se había separado de Dios, y, hablando de la venida del Mesías, que - decía - es perdón amoroso, ha prometido que, de una pobre realeza como la que desean para su nación los hijos de la tierra, los que sigan la Doctrina del Mesías alcanzarán una realeza eterna e infinita en el Cielo. Dicho así no parece nada, pero ¡había que oírlo!... Se tenía la impresión de estar oyendo una música y de subir de manos de los ángeles. Y, mira por dónde, a ti los Profetas te han dado palos y a nosotros un pescado exquisito.

Judas guarda silencio desconcertado.

-¿Y vosotros? - pregunta el Maestro a sus primos y a Simón Zelote.

-Hemos ido a los arsenales donde trabajan los calafates. Nosotros también hemos preferido ir a los pobres. De todas formas, había igualmente filisteos ricos, velando por la construcción de sus naves. Como no sabíamos quién iba a hablar, como los niños, hemos echado s dedos; Judas ha sacado siete dedos, yo cuatro, Simón dos. Le tocaba, por tanto, a Judas; y ha hablado - explica Santiago de Alfeo.

-¿Qué has dicho? - preguntan todos.

-Me he dado a conocer, con franqueza, por lo que soy. Les he dicho que recurría a su hospitalidad para pedir la bondad de acoger la palabra de un peregrino que en cada uno de ellos veía a un hermano suyo, teniendo un origen y un término comunes, y la esperanza no común, pero llena de amor, de poderlos conducir consigo a la casa del Padre, y llamarlos "hermanos" por los siglos de los siglos en la gran dicha del Cielo. Luego he dicho: "Está escrito en Sofonías, nuestro Profeta: "La región del mar será lugar de pastores... allí tendrán sus pastos, al atardecer descansarán en las casas de Ascalón", y he desarrollado este pensamiento diciendo: "El Pastor supremo ha venido a vosotros, no armado de flechas sino de amor; os abre los brazos, os señala sus santos pastos; no se acuerda del pasado, si no es para mostrarse compasivo para con los hombres, por el gran daño que se han hecho unos a otros, como niños alocados, odiándose, cuando, amándose - pues son hermanos - habrían podido disolver muchos dolores. Esta tierra" he dicho "será lugar de pastores santos, los siervos del Pastor supremo, los cuales ya saben que aquí tendrán sus pastos más fértiles y las greyes mejores, y su corazón, cuando decline su vida, podrá descansar pensando en los vuestros y en los de vuestros hijos, más íntimos que casas amigas porque su Señor será Jesús, nuestro Señor". Me han comprendido. Me han preguntado; o, mejor, nos han preguntado. Simón ha hablado de su curación, mi hermano de tu bondad para con los pobres. De esto último es prueba esta nutrida bolsa para los pobres que encontramos por el camino. Tampoco a nosotros nos han hecho ningún daño los Profetas...

Judas Iscariote no abre la boca.

-Bueno - dice Jesús en tono consolador -, para otra vez Judas lo hará mejor. Creía que actuaba correctamente, así que, habiendo obrado con un fin honesto, no ha cometido en modo alguno pecado. Estoy contento también de él. El oficio de apóstol no es fácil, pero se aprende. Lo que sí siento es no haber tenido estos denarios antes y no haberos encontrado; me habrían hecho falta para una familia desdichada.

-Podemos volver. Todavía es pronto... Pero... perdona, Maestro, ¿cómo la has conocido? ¿Tú que has hecho? ¿No has hecho nada de nada? ¿No has evangelizado?

-¿Yo? He dado un paseo. Con el silencio he dicho a una meretriz: "Abandona tu pecado". He encontrado a un niño, bastante gamberro, y lo he evangelizado, y nos hemos hecho mutuamente un regalo: Yo, la fíbula que María Salomé me había prendido en el vestido en Betania; él, este trabajo suyo» - y Jesús saca de entre sus vestiduras el muñeco de caricatura. Todos lo miran y ríen - Luego he ido a ver unas espléndidas alfombras que uno de Ascalón elabora para venderlas en Egipto y en otros lugares... Luego he consolado a una niña huérfana de padre curándole a su madre. Y nada más.

-¿Te parece poco?

-Sí, porque hacía falta también dinero y no tenía.

-Pues volvemos dentro de la ciudad nosotros, que no hemos incomodado a nadie - dice Tomás.

-¿Y tu pescado? - dice de broma Santiago de Zebedeo.

-¿El pescado?... Pues, vosotros que tenéis el anatema encima id donde el anciano que nos ha acogido en su casa y empezad a preparar las cosas. Nosotros vamos a la ciudad.

-Sí - dice Jesús - De todas formas os voy a indicar la casa desde lejos. Habrá gente. Yo no voy porque me entretendrían. No quiero ofender al huésped que nos está esperando, faltando a su invitación. La descortesía es siempre falta de caridad.

Judas agacha todavía más la cabeza y, de tanto como cambia de color al recordar las muchas veces que él ha caído en esa falta, se pone violado.

Jesús añade:

-Vosotros id a esa casa. Buscad a la niña. No os podéis equivocar porque es la única niña. Le daréis esta bolsa y le diréis: "Esto te lo manda Dios por haber sabido creer. Es para ti, tu mamá y tus hermanitos". No digáis nada más. Y regresad enseguida. Vamos.

Así, el grupo se divide: Jesús con Juan, Tomás y los primos suyos hacia la ciudad; los otros, hacia la casa del hortelano filisteo.

## 220

## Los idólatras de Magdalgad y la curación milagrosa de la parturienta

Ascalón y sus huertas son ya sólo un recuerdo. En las horas frescas de una espléndida mañana, dando la espalda al mar, Jesús, con los suyos, se dirige hacia las colinas enteramente verdes, poco altas pero graciosas, que se elevan en la feraz llanura. Los apóstoles, descansados y satisfechos, están llenos de contento; van hablando de Ananías, de sus esclavas, de Ascalón, del jaleo que había en la ciudad cuando volvieron para llevar los denarios a Dina.

-Estaba escrito que tenía que experimentar los apretones de los filisteos. Se podría decir que el amor y el odio tienen las mismas manifestaciones. Yo, que no había tenido que sufrir por el odio de los filisteos, por poco si me hieren por el amor; faltó poco para que los que estaban exaltados por el milagro nos apresaran para obligarnos a decirles dónde estaba el Maestro. ¡Qué forma de chillar! ¿Verdad, Juan? La ciudad hervía como un caldero. Los que estaban agitados no querían atender a razones, buscaban a los judíos para darles de palos; los agraciados, o sus amigos, querían persuadir a los primeros de que por la ciudad había pasado un dios. ¡Qué barullo! Tienen para discutir durante meses; lo malo es que discuten más con estacas que con palabras. ¡Bueno... son cosas suyas! ¡Que hagan lo que quieran' - dice Tomás.

-De todas formas, no son malos... - observa Juan.

-No. Lo único es que están cegados por muchas cosas - responde Simón Zelote.

Jesús, durante un buen trecho de camino, no habla. Luego dice

-Mirad, voy a ir a aquel pueblecillo del monte; vosotros proseguid hacia Azoto. Sed prudentes, amables, delicados, pacientes. Aunque os injurien, soportadlo con paz, como ayer hizo Mateo, y Dios os ayudará. A la puesta del sol salid, id al estanque que está en los aledaños de Azoto. Allí nos encontraremos.

-Señor, ¡no te dejo ir solo! - exclama Judas Iscariote - ¡Son gente violenta!... Es una imprudencia.

-No temáis nada por mí. Ve, ve, Judas, y sé tú prudente. Adiós La paz sea con vosotros.

Los doce se marchan, si bien no demasiado entusiastas. Jesús se queda mirándolos mientras se alejan, luego toma el sendero fresco y umbrío que lleva a la colina (un collado cubierto de bosques de olivos, nogales, higueras, y de viñedos bien cuidados que ya prometen pingüe cosecha). En los rellanos hay pequeñas parcelas dedicadas a cereales, mientras que en las zonas de pendiente pacen cabras rubias en la hierba verde.

Jesús llega a las primeras casas del pueblo. Estando ya para entrar en él se topa con un extraño cortejo: mujeres gritando y clamor de hombres alternándose en una verdadera composición fúnebre, todos haciendo una especie de danza en torno a un macho cabrío, que camina con los ojos vendados y recibiendo golpes, y que ya sangra por las rodillas por haber tropezado y haber caído sobre las piedras del sendero: luego otro grupo, también con su vocerío y sus gritos, que se mueve inquieto alrededor de un fetiche esculpido, verdaderamente muy feo, manteniendo alzadas unas páteras con brasas encendidas que alimentan echando encima resinas y sal - por lo menos me lo parece, porque las primeras despiden un olor a trementina y la segunda crepita como hace la sal-; un último grupo va alrededor de un santón, ante el que continuamente se arrodillan gritando: «¡Por tu fuerza!» (hombres), « ¡sólo tú lo puedes!» (mujeres), «¡ora al dios!» (hombres), «¡rompe el sortilegio!» (mujeres), « ¡da la orden a la matriz!», «¡salva a la mujer!»... y luego, todos juntos, con un alarido de aquelarre: « ¡Muerte a la maga!»... y vuelven a empezar, con la variante: «Por tu fuerza!», «¡sólo tú lo puedes!», «da la orden al dios!», «¡que haga ver!», «¡da la orden al macho cabrío!», «¡que diga dónde está la maga!»... y, con un alarido de réprobos: «¡Que odia la casa de Fara!».

Jesús para a uno del último grupo y pregunta con dulzura:

-¿Qué está sucediendo? Soy forastero...

El hombre, puesto que la procesión se ha detenido un momento para golpear al macho cabrío, echar resina en las brasas y coger aliento, explica:

-La mujer de Fara, el primero de Magdalgad, está muriendo de parto. Una que la odia le ha lanzado un maleficio. Sus entrañas se han anudado y el hijo no puede nacer. Estamos buscando a la maga para matarla. Sólo así la mujer de Fara se salvará. Si no encontramos a la maga, sacrificaremos el macho cabrío para impetrar misericordia de la diosa Madre» (¡se ve que ese espantajo es una diosa!...).

-Deteneos. Yo puedo curar a la mujer y salvar al niño. Decídselo al sacerdote - dice Jesús al hombre y a otros dos que entretanto se habían acercado.

-¿Eres médico?

-Más que médico.

Los tres hombres se abren paso entre la muchedumbre y se llegan hasta el sacerdote idólatra. Le hablan. La voz corre. La procesión, que había reanudado la marcha, se detiene.

El sacerdote, solemne con sus andrajos multicolores, hace una seña a Jesús y dice en tono imperativo:

-¡Joven, ven aquí!

Cuando Jesús llega a él añade:

-¿Es verdad lo que dices? Ten en cuenta que si lo que dices no se cumple pensaremos que el espíritu de la maga se ha personificado en ti y te mataremos en vez de a ella.

-Es verdad. Llevadme inmediatamente a donde la mujer. Entretanto, dadme el macho cabrío, que me hace falta. Quitadle la venda y traédmelo aquí.

Llevan a Jesús al pobre animal, aturdido, tambaleándose, sangrando, y Jesús le acaricia su tupido pelo negro.

-Pero es preciso que me obedezcáis sin reserva alguna. ¿Lo vais a hacer?

-¡Sí! - grita la muchedumbre.

-Vamos. Dejad de gritar, dejad de quemar resina. Lo ordeno.

Se ponen en marcha. Entran en el pueblo. Por una calle, la mejor, se dirigen hacia una casa construida en medio de un pomar. Gritos y llantos salen a través de la puerta abierta de par en par; lúgubre, destaca el atroz lamento de la mujer que no puede dar a luz a su hijo.

Corren a advertir a Fara, el cual acude, térreo, desgreñado, entre mujeres que lloran e inútiles santones que vienen quemando incienso y hojas en unas páteras de cobre

-« ¡Salva a mi mujer!», « ¡salva a mi hija!», « ¡sálvala, sálvala!» - gritan sucesivamente el hombre, una anciana, la muchedumbre.

-La salvaré, y también a tu hijo, porque es varón, y además espléndido, con dos dulces ojos del color de la aceituna cuando madura, y su cabeza recubierta de cabellos negros como esta lana.

-¿Cómo lo sabes? ¿Es que ves, acaso, el interior de las entrañas?

-Todo lo veo y lo penetro. Todo lo conozco. Todo lo puedo. Soy Dios.

Si hubiera enviado un rayo habría hecho menos efecto. Todos se echan al suelo como muertos.

-Alzaos. Escuchad. Yo soy el Dios poderoso y no tolero delante mí a otros dioses. ¡Encended una hoguera y arrojad a ella la estatua». La muchedumbre se rebela. Empieza a dudar de ese "dios" misterioso que ordena quemar a la diosa. Los más exaltados son los sacerdotes.

Pero Fara y la madre de la mujer, que están angustiados por la vida de ésta, se oponen a la muchedumbre hostil; como Fara es el primero de la ciudad, la muchedumbre contiene su ira. De todas formas, el hombre pregunta:

-¿En virtud de qué puedo creer que eres un dios? Dame un signo de ello y mandaré que se haga lo que deseas.

-Mira. ¿Ves las heridas de este macho cabrío? ¿Están abiertas, verdad?, ¿sangran, verdad?, ¿este animal está moribundo, no? Pues bien, no quiero que esto suceda... ¿Ves? Mira.

El hombre sé inclina a mirar... y grita:

-¡No tiene heridas! - y se arroja al suelo suplicante: « ¡Mi mujer, mi mujer!».

Mas el sacerdote que venía en la procesión dice:

-¡Cuidado, Fara! ¿No sabemos quién es éste! ¡Teme la venganza de los dioses!

El hombre se ve entre dos sentimientos de temor: los dioses, su esposa... -Pregunta:

-¿Quién eres?

-Yo soy el que soy, en el Cielo y en la tierra. Toda fuerza me está sujeta, ningún pensamiento me es secreto. Los que viven en el Cielo me adoran, los que están en el Infierno me temen, y los que crean en mí verán todo prodigio cumplido.

-¡Yo creo! ¡Creo!... ¡Cuál es tu Nombre?

-Jesucristo, el Señor encarnado. ¡Ese ídolo! ¡A las llamas! ¡No soporto dioses en mi presencia! ¡Apagad esos turíbulos! ¡Sólo mi Fuego puede y quiere! ¡Obedeced! ¡Si no, os reduzco a cenizas vuestro vano ídolo y me voy sin hacer la curación!

Jesús se muestra terrible, con su indumento de lino, pendiéndole de los hombros el manto azul, que roza el suelo, el brazo en alto en ademán imperativo, fulgurante el rostro. La gente siente miedo de Él. Ya nadie habla... En el silencio, se oye el grito, cada vez más apagado, cada vez más desgarrador, de la mujer, que está sufriendo. Pero no se resuelven a obedecer.

El rostro de Jesús cada vez se hace más irresistible para los que lo miran; es verdaderamente un fuego que quema las cosas y las entrañas de los corazones. Las páteras de cobre son las primeras que sufren su voluntad. Los que las sujetan las tienen que soltar porque no resisten su ardor. Y, no obstante, las brasas se ven apagadas... Luego son los que llevan el ídolo quienes tienen que posar en el suelo las andas que llevaban apoyadas por las barras sobre los hombros, porque la madera se está carbonizando como lamida por una misteriosa llama. En cuanto las depositan en el suelo, las angarillas del ídolo comienzan a arder. La gente huye aterrorizada...

Jesús se vuelve a Fara:

-¿Puedes creer realmente en mi poder?

-Creo, creo. Tú eres Dios, eres el Dios Jesús.

-No. Yo soy el Verbo del Padre, de Yeohveh de Israel, venido en Carne, Sangre, Alma y Divinidad a redimir al mundo y a darle la fe en el Dios verdadero, uno, trino que está en lo alto del Cielo. Vengo a ayudar a los hombres, a usar con ellos misericordia, para que dejen el Error y vengan a la Verdad, único Dios de Moisés y los Profetas. Puedes creer?

-¡Creo, creo!

-He venido a traer Camino, Verdad, Vida a los hombres; a derrocar los ídolos, a enseñar la sabiduría. El mundo tendrá por mí su redención, porque moriré por amor al mundo, moriré para la salvación eterna de los hombres. ¿Puedes creer?

-¡Creo, creo!

-He venido para decirles a los hombres que si creen en el Dios verdadero poseerán la vida eterna en el Cielo, al lado del Altísimo, que es el Creador de todos los hombres, los animales, las plantas, los planetas. ¿Puedes creer?

-¡Creo, creo!

Jesús no entra siquiera en la casa, se limita a extender sus brazos hacia la habitación en que está la afligida, con las manos abiertas como en la resurrección de Lázaro, y grita:

-¡Ven a la luz para conocer la Luz divina, por orden de la Luz que es Dios!

Y al fragor de esta orden, pasado un momento, hace de eco un grito de triunfo, que lleva en su sonido lamento y alegría... y luego el leve llanto de un recién nacido, leve pero bien nítido, y cada vez más fuerte como por fuerza cada vez mayor.

-Tu hijo saluda a esta tierra llorando. Ve y dile, ahora y en el futuro, que la patria no es la tierra, sino el Cielo. Provee a su crecimiento y educación para el Cielo, y al hacerlo con él hazlo también contigo. Te está hablando la Verdad, mientras que aquellas cosas (señala a las páteras de cobre, arrugadas como hojas secas, inservibles ya, tiradas por el suelo; y a la ceniza, que marca el lugar donde estaban las angarillas con el ídolo) son la Mentira, que ni ayuda ni salva. Adiós.

Jesús hace ademán de marcharse, cuando he aquí que una mujer acude ligera con un recién nacido vivaracho envuelto en un lienzo, y grita:

-¡Es niño, Fara! ¡Guapo, fuerte, de ojos oscuros como la aceituna cuando madura; tiene rizos, más negros y delicados que los de un cabritillo sagrado. Tu mujer está descansando feliz. Ya no sufre. Como si no hubiera pasado nada. Ha sido una cosa inesperada, cuando estaba ya en la agonía... después de esas palabras...

Jesús sonríe. El hombre le muestra al recién nacido, y Él le toca en la cabeza con el extremo de sus dedos. La gente - excepto los sacerdotes, que se han marchado indignados al ver la defección de Fara - se acerca, curiosa por ver al recién nacido y, sobre todo, a Jesús.

Fara quisiera ofrecerle algún presente y dinero por el milagro, pero Jesús dice, con dulzura y firmeza:

-Nada. El milagro no se paga sino con la fidelidad a Dios por haberlo otorgado. Me llevo solamente a este macho cabrío, en recuerdo de tu ciudad.

Y se marcha con el animal, que va trotando a su lado como si Jesús fuera su amo; curado, contento, expresando con su balitar la alegría de estar con alguien que no le pega...

Bajan así los rellanos del monte y llegan a la vía principal que conduce a Azoto...

Ya por la tarde, Jesús, al lado del estanque umbrío, ve venir a sus discípulos: el asombro es recíproco, al ver ellos a Jesús con ese macho cabrío, y Él a ellos con rostros apesadumbrados, propios de personas a las que no les han salido las cosas en modo satisfactorio.

-¡Un desastre, Maestro! No han llegado a pegarnos, pero nos han arrojado de la ciudad. Luego hemos estado vagando por los campos. Si hemos podido procurarnos comida, ha sido pagándola muy cara. Y no es que no nos hayamos comportado con dulzura... - dicen desconsolados.

-No importa. El año pasado también nos echaron de Hebrón y esta vez, nos han recibido con honores. No debéis desanimaros».

-¿Y Tú, Maestro? ¿Ese animal? - preguntan.

-He estado en Magdalgad. Allí he quemado un ídolo y sus turíbulos, he hecho nacer a un niño, he predicado al Dios verdadero a través de milagros, y me he traído como retribución a esta cabra que estaba destinada al rito idolátrico. ¡Pobre animal; era todo una llaga!

-¡Pero ahora está bien! ¡Es un espléndido animal!

-Es animal sagrado, destinado al ídolo... Sano. Sí. Ha sido el primer milagro para convencerlos de que Yo era el Poderoso, y no su pedazo de madera.

-¿Y qué vas a hacer con él?

-Se lo llevo a Marziam; ayer un muñeco, hoy una cabra. Se pondrá contento.

-¿Pero lo vas a llevar contigo hasta Béter?

-¡Sí, ciertamente! ¡No veo el horror de esto! ¡Si soy el Pastor, podré tener un macho cabrío! Luego se lo damos a las mujeres, que se lo llevarán a Galilea. Encontraremos una cabra. Simón, serás pastor le cabras... Mejor sería que fueran ovejas, pero la verdad es que el mundo es más de cabras que de corderos... Es un símbolo, Pedro mío. Acuérdate de esto: con tu sacrificio convertirás a muchos machos cabríos en corderos. Venid. Vamos hasta ese pueblecito que está entre árboles frutales. Allí encontraremos dónde pasar la noche, o en las asas o sobre las gavillas de los campos. Y mañana iremos a Yabnia.

Los apóstoles están asombrados, apenados, descorazonados: asombrados de los milagros; apenados por no haber estado con Él; descorazonados porque... sí, Jesús lo puede todo, pero ellos... se sienten incapaces.

Él, sin embargo, está muy contento, y logra convencerlos de esto: nada es inútil, ni siquiera la derrota, porque sirve para formaros en la humildad; y hablar sirve para que se vaya difundiendo mi nombre y dejar un recuerdo en los corazones.

Jesús se muestra tan convincente y luminoso de alegría, que ellos también se tranquilizan.

## 221

## Los prejuicios de los apóstoles respecto a los paganos y la parábola del hijo deforme

-¡De Yabnia vamos a ir a Ecrón? - preguntan mientras van a través de unos feracísimos campos en que el trigo duerme su último sueño bajo el fuerte sol que lo ha madurado, extendido en gavillas por los campos segados y tristes, inmensos lechos de muerte, ahora que ya no están vestidos de espigas sino poblados de despojos a la espera de ser transportados a otro lugar.

Mas, si los campos están desnudos, los manzanos se visten de fiesta, con sus frutos que se dan prisa en madurar, que pasan del verde duro del fruto aún demasiado joven al tierno, amarillento, rosado, brillante como cera, del fruto que ya madura; y la piel elástica de los higos se rompe y abren éstos su cofre, su dulcísimo cofre de fruto-flor, y muestran, tras la fisura verde-blanca, o morada y blanca, la gelatina transparente, salpicada de granitos más oscuros que la pulpa. Los olivos, ante un vientecillo ligero, bambolean entre el verdeplata de sus ramas sus ovales gotas de jade colgadas del sutil pecíolo. Los solemnes nogales mantienen, duros y erguidos en su pedúnculo, sus frutos, y los van engrosando bajo la felpa del ruezno; los almendros están terminando de madurarlos, bajo el involucro que ya frunce su terciopelo y cambia de color. Las vides abultan sus uvas; ya algún que otro racimo, en posición favorablemente orientada, anuncia tímidamente el topacio transparente y el futuro rubí del grano maduro. Las cácteas de la llanura o de las primeras pendientes exultan por los adornos, cada día que pasa más vivos, de los óvalos de coral que un decorador alegre ha posado caprichosamente en lo alto de las carnosas palas, que parecen manos, muchas manos, dentro de fundas espinosas, que elevan al cielo los frutos que ellas mismas han nutrido y madurado.

Palmeras aisladas y tupidos algarrobos recuerdan ya mucho a la cercana África: las primeras suenan las castañuelas de sus hojas duras, dispuestas en forma de peine curvo; los otros se han vestido de esmalte verde oscuro, y están engallados, señoriales con ese vestido suyo tan hermoso. Cabras bermejas y negras, altas, gráciles, de largos cuernos retorcidos y ojos dulces y penetrantes, comen las cácteas, asaltan las carnosas pitas, esos enormes pinceles de hojas duras y espesas que, semejantes a alcachofas abiertas, desde el centro de su corazón, extraen, poderosos, el candelabro de siete brazos, digno de una catedral, de su tallo gigante, en cuyo ápice flamea su flor amarilla y roja de delicado perfume.

África y Europa se dan la mano vistiendo la tierra de bellezas vegetales. En cuanto el grupo apostólico deja la llanura para tomar el sendero que trepa por una colina literalmente cubierta de viñedos, por esta pendiente que mira al mar - pendiente rocosa, calcárea, en la cual la uva creo que debe ser verdaderamente preciada, por mutación de su jugo en almíbar -, el mar, mi mar, el mar de Juan, de Dios, deja ver su desmesurado manto de seda crespa y azul, y habla de lejanías, de infinito, de poder, cantando con el cielo y el Sol: el trío de las glorias creadoras.

Y la llanura toda se abre, con toda su ondulada belleza de tímidas elevaciones de pocos metros que se alterna con zonas llanas y dunas de oro, hasta las ciudades y pueblos de la orilla del mar, blancos en el marco azul.

-¡Qué hermosura! ¡Qué hermosura! - susurra, extasiado, Juan.

-¡Mi Señor!... este muchacho vive de azul; deberás destinarlo a ello. ¡Es como si viera a su amada cuando ve el mar! - dice Pedro, que no ve mucha diferencia entre agua marina y lacustre. Y ríe con bondad.

-Ya está destinado, Simón. Todos tenéis ya vuestro destino.

-¡Pues qué bien! ¿Y a mí a dónde me vas a mandar?

-¡Ah, tú...!.

-¡Anda, dímelo!

-A un lugar más grande que tu ciudad y la mía y Magdala y Tiberíades juntas».

-Pues me voy a perder.

-No temas. Parecerás una hormiga en un esqueleto de grandes dimensiones; pero, yendo y viniendo, incansable, resucitarás a ese esqueleto.

-No entiendo nada... Sé más explícito.

-¡Ya entenderás, ya entenderás!... - y Jesús sonríe.

-¿Y yo? ¿Y yo? - todos quieren saber lo mismo.

Jesús se agacha - están en la orilla guijarrosa de un torrente que lleva todavía mucha agua en su centro - y coge del suelo un puñado de grava muy fina, la tira hacia arriba y cae diseminándose en todas las direcciones. Dice:

-Esto es lo que pienso hacer; mirad, sólo una piedrecita ha terminado entre mi pelo. Pues bien, vosotros seréis diseminados así.

-Y Tú, hermano, representas Palestina, ¿verdad? - pregunta serio Santiago de Alfeo.

-Sí.

-Quisiera saber quién será el que se quede en Palestina - pregunta otra vez Santiago.

-Ten esta piedrecita. Como recuerdo - y Jesús le da a su primo Santiago el granito de grava que se le había quedado enredado entre sus cabellos, y sonríe.

-¡¿No podrías dejarme a mí en Palestina? Yo soy el más indicado, porque soy el menos cultivado y, en nuestra casa, más o menos me arreglo, ¡pero fuera...! - dice Pedro.

-Pues tú eres, al contrario, el *menos* indicado para quedarte aquí. 'Tenéis un prejuicio contra el resto del mundo. Creéis que es más fácil evangelizar en país de fieles que de idólatras y gentiles, y, sin embargo, la realidad es exactamente la contraria. Meditad en lo que nos ofrecen las clases altas de la *verdadera* Palestina, y, aunque menos, también el pueblo común; pensad luego que aquí - lugar de odio al nombre "Palestina" y de desconocimiento del nombre "Dios" en su verdadera expresión - hemos sido acogidos al menos no peor que en Judea, Galilea o la Decápolis. Reflexionad en esto y veréis como caen vuestros prejuicios; comprenderéis que es exacto esto que digo, o sea, que es más fácil convencer a los que ignoran al Dios verdadero que no a los del pueblo de Dios, sutilmente idólatras, culpables, que orgullosamente se creen perfectos y que quieren seguir siendo como son.

¡Cuántas gemas, cuántas perlas ve mi mirada donde vosotros no veis sino tierra y mar! La tierra de las multitudes que *no son* Palestina; el mar de la Humanidad que *no es* Palestina: como mar, no espera sino recibir a los buscadores de perlas, para ofrecérselas; como tierra, que escarben en ella para dejarse arrebatar las gemas. En todas partes hay tesoros, pero hay que buscarlos. Todo terruño puede esconder un tesoro y dar alimento a una semilla, como también toda profundidad puede celar una perla. ¿O es que pretendéis que el mar revuelva su fondo con terribles borrascas para arrancar de los placeles las madreperlas, y abrirlas con las embestidas de sus embravecidas olas, para ofrecerlas luego en la playa a los perezosos que no

quieren esforzarse o a los pusilánimes que no quieren correr peligros? ¿Pretendéis, acaso, que la tierra, sin semilla alguna, haga crecer un árbol de un grano de arena para daros frutos? No, amigos míos. Es necesario esforzarse, trabajar, tener coraje. Sobre todo, huelgan los prejuicios.

Sé que desaprobáis, quién más, quién menos, este viaje por tierras de filisteos. Ni siquiera las glorias que estas tierras rememoran, las glorias de Israel que narran estos campos fecundados con la sangre hebrea derramada para hacerlo grande, o las ciudades arrebatadas una a una de las manos de sus detentadores, para coronar a Judá y constituir una nación poderosa; ni siquiera ello basta para despertar vuestra estima por este peregrinaje; ni siquiera es suficiente la idea de preparar el terreno para recibir el Evangelio, y la esperanza de salvar espíritus. No incluyo esta última entre las razones que someto a vuestra consideración para que veáis la justicia de este viaje: sería un pensamiento, hoy por hoy, demasiado alto para vosotros, si bien llegará el día en que lo comprendáis. En aquel momento diréis: "Creíamos que era un capricho, una pretensión, poco amor del Maestro para con nosotros, el hacernos ir tan lejos por un camino largo y penoso y arriesgando pasar momentos muy desagradables; sin embargo, era amor, previsión, era allanarnos el camino, para ahora que ya no lo tenemos y que nos sentimos más desorientados; porque cuando estaba Él éramos como sarmientos que crecíamos en todas las direcciones pero sabiendo que la cepa nos nutría y que teníamos al lado el palo robusto que nos podía sujetar, mientras que ahora somos sarmientos que deben crear por sí mismos una pérgola, nutriéndose, sí, de la cepa de la vid, pero sin el madero en que apoyarse". Esto es lo que diréis, y entonces me lo agradeceréis.

Y, además... ¿es que, acaso, no es hermoso ir dejando a nuestro paso destellos de luz en tierras envueltas en tinieblas, notas sonoras en corazones mudos, corolas celestiales en almas yermas como desiertos, perfumes de verdad para anular el hedor de la Mentira, sirviendo y dando gloria a Dios, y además hacerlo juntos, así, Yo y vosotros, vosotros y Yo, el Maestro y los apóstoles, formando todos un solo corazón, un solo deseo, una sola voluntad? ¡Oh, que la esperanza y el deseo y el hambre de Dios consisten en querer que sea conocido y amado, en querer reunir a todas las gentes bajo su dosel y que estén todos donde Él está! ¡Y son la misma esperanza, deseo y hambre de los espíritus, los cuales no son de razas distintas sino de *una sola: la creada por* Dios! Siendo todos hijos de Uno solo, tienen los mismos deseos, esperanzas, hambre, del Cielo, de la Verdad, del Amor real...

Se diría que siglos de error han cambiado el instinto de los espíritus, pero no es así. El error envuelve a las mentes, porque éstas están fundidas con la carne y se resienten del veneno inoculado por Satanás en el animal hombre. De la misma forma, el error puede envolver también al corazón, pues, como aquéllas, está injertado en la carne y se resiente de su veneno. Una triple concupiscencia roe respectivamente la carne, el sentimiento y el pensamiento. Mas el espíritu no está injertado en la carne. Podrá sufrir un aturdimiento a causa de los golpes que le lanzan Satanás y la concupiscencia; podrá quedar casi ciego a causa de los baluartes carnales y de las salpicaduras de la sangre hirviente del animal-hombre en que ha sido infundido. Sí, pero no cambiará su aspiración al Cielo, a Dios. No puede cambiar.

¿Veis el agua pura de este torrente?: ha descendido del cielo y al cielo tornará por evaporación de las aguas bajo el efecto del viento y el sol. Baja y vuelve a subir. El elemento no se consume sino que torna a los orígenes. El espíritu torna a los orígenes. Esta agua que corre entre las piedras, si pudiera hablar, os diría que aspira a volver arriba, para - impulsada por el viento, blanda, blanca, o rosada a la aurora, cobre encendido al ocaso, violeta como una flor en los crepúsculos ya estrellados - surcar los hermosos campos del firmamento; os diría que querría ser tamiz para las estrellas que se asoman por los claros de los cirros, para que recordasen a los hombres el Cielo; o hacer de velo a la Luna para que no vea las fealdades nocturnas... Sí, os diría que aspira a volver arriba, antes que estar aquí, encerrada entre los bordes de las orillas, amenazada de convertirse en barro, obligada a saber de los connubios de culebras y ranas, cuando lo que desea vehementemente es la libertad solitaria de la atmósfera. Lo mismo los espíritus; si tuvieran el valor de hablar, dirían todos lo mismo: "¡Dadnos a Dios! ¡Dadnos la Verdad!". Pero no lo dicen porque saben que el hombre o no advierte o no comprende o ridiculiza esta súplica de los "grandes mendigos", de los espíritus que con tremenda hambre - hambre de Verdad - buscan a Dios.

Estas gentes idólatras, estos romanos, estos ateos, estos desdichados que nos vamos encontrando en nuestro camino, y que siempre encontraréis, éstos - denigrados sus deseos de Dios, por política, por egoísmo familiar, o por herejía que radica en un corazón corrompido y prolifera en las naciones -, éstos tienen hambre. *¡Tienen hambre! Y Yo,* piedad de ellos. ¿Podría no sentir piedad, Yo, que soy el que soy? Si doy el alimento necesario, por piedad, al hombre y al gorrión, ¿no habría de tener piedad con los espíritus a los que se han puesto obstáculos para ser del verdadero Dios, y que extienden sus brazos gritando: "¡Tenemos hambre!'? ¿Creéis que son malos, salvajes, incapaces de llegar a amar la religión de Dios y a Dios mismo? Pues estáis en un error. Son espíritus que esperan amor y luz.

Esta mañana nos ha despertado el balido agresivo del macho cabrío, que quería alejar a ese perro grande que ha venido a olfatearme. Os habéis echado a reír al ver que orientaba sus cuernos, amenazador, hacia el perro, tras haber roto la delgada cuerda con que estaba atado al árbol bajo el que dormíamos, habiéndose puesto de un salto entre el perro y Yo, sin pensar que en la desigual liz por defenderme a mí el maloso le habría podido atacar y lo habría degollado. Pues lo mismo estos pueblos, que veis como machos cabríos salvajes, sabrán defender la fe de Cristo una vez que hayan conocido que Cristo es Amor que los invita a seguirlo. Sí, *los invita. Y* vosotros debéis ayudarles a venir.

Escuchad una parábola.

Un hombre se casó y tuvo muchos hijos de su mujer. Pero, uno de éstos nació con deformidades físicas; parecía, además, de raza distinta. El hombre lo consideró un deshonor y no lo amó, a pesar de que la criatura fuera inocente. El niño creció desatendido, apartado con los últimos siervos (en efecto, se le juzgaba inferior a sus hermanos). No tenía madre - pues había muerto al darle a luz - que pudiera moderar la dureza del padre, o impedir la burla de sus hermanos, o corregir las ideas equivocadas que nacían en la mente salvaje del niño: una pequeña fiera mal soportada en la casa de los otros hijos bien queridos.

El niño, así, se hizo hombre. Entonces su razón, que, aunque se hubiera desarrollado con retardo, había llegado a la madurez, comprendió que no era ser hijo vivir en las cuadras, recibir un mendrugo de pan y un andrajo, y nunca un beso, una palabra, una invitación a entrar en la casa paterna... Y sufría, sufría, lamentándose en su cuchitril: "¡Padre! ¡Padre!". Mordía su pan, pero continuaba la gran hambre de su corazón; se cubría con sus andrajos, pero seguía el gran frío de su corazón; tenía como amigos a los animales y a algunas personas compasivas del pueblo, pero su corazón estaba solo. "¡Padre! ¡Padre!"... Lo oían gemir siempre así, como fuera de sí, los siervos, los propios hermanos, sus paisanos; y lo llamaban "el loco".

Por fin, un día uno de los siervos tuvo el coraje de ir a verlo - estaba casi convertido en una fiera - y le dijo: "¿Por qué no te arrojas a los pies de tu padre?". "Lo haría. Pero no me atrevo...". "¿Por qué no vienes a la casa?" "Tengo miedo." "Pero, ¿desearías hacerlo?" "¡Sí, ciertamente! Es de esto de lo que tengo hambre, ésta es la causa del frío que paso, por eso me siento solo como en un desierto; pero no sé cómo se vive en la casa de mi padre". Entonces el siervo bueno se puso a instruirle, a hacer que tuviera mejor aspecto, a quitarle el terror a que su padre le tuviera aversión, diciéndole: "Tu padre te querría a su lado, pero no sabe si tú lo quieres, porque siempre lo evitas... Quita a tu padre el remordimiento de haber actuado demasiado severamente y su dolor de verte errante. Ven. Tus hermanos tampoco tienen ya intención de burlarse de ti porque les he referido tu dolor".

Y así el pobre hijo, una tarde, guiado por el siervo bueno, fue a la puerta paterna, y gritó: "¡Padre, yo te quiero! ¡Déjame entrar!...". El padre, que, viejo y triste, pensaba en su pasado y en su futuro eterno, sintió un sobresalto cuando oyó esa voz, y dijo: "¡Oh, mi dolor se aplaca al fin, porque en la voz de mi hijo deforme he oído la mía, y su amor prueba que es sangre de mi sangre y carne de mi carne! Entre, pues, a ocupar su lugar junto a sus hermanos. ¡Bendito sea el siervo bueno que ha hecho posible que mi familia se completase, integrando al hijo repudiado con todos mis otros hijos".

Ésta es la parábola. Ahora bien, al aplicarla debéis pensar que el Padre de los deformes espirituales - que son los cismáticos, los herejes, los separados -, Dios, se ha visto obligado a la severidad por las deformidades voluntarias que ellos mismos han querido. Pero su amor jamás ha abdicado. Los espera. Llevadlos a él. Es vuestro deber.

Os he enseñado a decir: "Danos hoy *nuestro* pan, Padre *nuestro".* Pero, ¿sabéis qué significa "nuestro"? No quiere decir vuestro en el sentido de vosotros doce. No es vuestro como discípulos de Cristo, sino vuestro como hombres. He puesto en vuestros labios la oración por *todos.* Por *todos los* hombres: los presentes y los que vendrán; los que conocen a Dios y los que no lo conocen; los que aman a Dios y a su Cristo y los que no lo aman o lo aman mal. Éste es vuestro ministerio. Vosotros, que conocéis a Dios, a su Cristo, y los amáis, debéis orar por *todos.*

Os he dicho que mi oración es universal, durará cuanto dure la tierra. Pues bien, vosotros debéis orar *universalmente,* uniendo vuestras voces de apóstoles y vuestros corazones de discípulos de la Iglesia de Jesús a las voces y a los corazones de los que pertenezcan a otras iglesias, cristianas pero no apostólicas. Y tenéis que insistir, porque sois hermanos - vosotros en la casa del Padre, ellos fuera de la casa del Padre común, con su hambre, su nostalgia... - hasta que se les conceda, como a vosotros, el "pan" verdadero, que es el Cristo del Señor, administrado en las mesas apostólicas, no en otras donde está mezclado con, alimentos impuros. Tenéis que insistir hasta que el Padre diga a estos hermanos "deformes": "Mi dolor se aplaca, porque en vosotros, en vuestra voz, he oído la voz y las palabras de mi Unigénito y Primogénito. ¡Benditos sean los siervos que os han traído a la Casa de vuestro Padre para que quedara completa mi Familia". Sois siervos de un Dios infinito y tenéis que poner la infinitud en todas vuestras intenciones.

¿Habéis comprendido? Ahí se ve Yabnia. En una ocasión pasó por este lugar el Arca para ir a Ecrón, pero esta ciudad no pudo custodiarla y la envió a Betsemes. El Arca vuelve a Ecrón. Juan, ven conmigo. Vosotros quedaos en Yabnia. Sabed reflexionar y hablar. La paz esté con vosotros.

Y Jesús se marcha con Juan y con el macho cabrío, el cual, balan-do, le sigue como un perro.

## 222

## Un secreto del apóstol Juan

Pasada Yabnia, las colinas, en dirección oeste-este respecto a la estrella polar, aumentan de altura; más lejos se ven montañas que se yerguen cada vez más altas, más altas; en la lejanía, bajo la última claridad de la tarde, se dibujan los yugos verdes y violetas de las montañas de Judea.

El día ha declinado rápidamente, como sucede en los lugares meridionales. De la orgía de rojo del ocaso, en menos de una hora, se ha pasado al primer titilar de estrellas; parece imposible que la lumbrarada solar se haya apagado tan rápidamente, anulando el color sangre del cielo con una veladura, cada vez más densa, de amatista sanguíneo, y luego un malva que va palideciendo y haciéndose cada vez más transparente para dejar entrever un cielo irreal, no azul, sino verde pálido, que poco después se ensombrece para adquirir un color glauco como de avena nueva, preludio del añil que reinará en la noche recamándose de diamantes, como un manto regio. Y las primeras estrellas sonríen ya por el oriente, junto a un cuarto de luna creciente. La tierra exulta cada vez más, con hilaridad verdaderamente paradisíaca, bajo la luz de los astros y en el silencio de los hombres. Ahora cantan las cosas que no pecan: los ruiseñores; las aguas con su arpegio; el follaje con su frufrú; los grillos, lisonjeros; los sapos, que hacen acompañamiento de oboe cantando al rocío. Quizás cantan también arriba las estrellas (ellas están más cerca de los ángeles que nosotros)... El calor ardiente se va desvaneciendo en el aire de la noche húmeda de rocío (¡qué grato a la hierba, al hombre, a los animales!).

Jesús ha estado esperando a los apóstoles al pie de una colina - Juan ha ido a buscarlos a Yabnia y ha vuelto con ellos - y ahora está hablando apretadamente con Judas Iscariote (le entrega unas bolsas con monedas y le da instrucciones sobre cómo repartirlas). Detrás de Él está Juan, que tiene el macho cabrío y que guarda silencio, entre Simón Zelote y Bartolomé, que hablan

de Yabnia, donde han demostrado su coraje Andrés y Felipe. Más atrás todavía, en grupo, todos los demás (es un grupo vocinglero, que está haciendo como un resumen de las aventuras corridas en tierras filisteas y que muestra claramente su alegría por el ya próximo regreso a Judea para Pentecostés).

-Pero, ¿vamos a ir inmediatamente? - pregunta Felipe, muy cansado ya de la rápida marcha sobre arenas abrasadoras.

-Eso ha dicho el Maestro.

-Ya lo has oído - responde Santiago de Alfeo.

-Mi hermano lo sabe, sin duda, pero parece como ido. Lo que han hecho durante estos cinco días es un misterio - dice Santiago de Zebedeo.

-Sí. No aguanto más la curiosidad... al menos como premio por la... purga que hemos pasado en Yabnia: cinco días en que uno tenía que estar atento a cada una de las palabras que pronunciaba, a cada mirada y a cada paso que daba, para no verse metido en un apuro - dice Pedro.

-Pero nos ha salido bien. Ya empezamos a saber - dice contento Mateo.

-La verdad... yo me he echado a temblar dos o tres veces. ¡Ese bendito muchacho de Judas de Simón!... ¿Pero es que no va a aprender nunca a moderar sus maneras? - dice Felipe. -Cuando sea viejo. De todas formas, pensemos que lo hace con buen fin. Ya has oído; el mismo Maestro lo ha dicho. Lo hace por celo... - dice Andrés tratando de justificarlo.

-¡Venga hombre! El Maestro ha dicho eso porque es la Bondad y la Prudencia, pero no creo que lo apruebe - dice Pedro.

-Él no miente - objeta Judas Tadeo.

-No, mentir no, pero sabe dar a sus respuestas toda la prudencia que nosotros no sabemos dar, y dice la verdad sin hacer sangrar el corazón de ninguno, sin despertar resentimientos, sin dar pie a censuras. ¡Claro! ¡El es Él! - suspira Pedro.

Una tregua de silencio mientras van caminando bajo la claridad cada vez más nítida de la luna. Luego Pedro dice a Santiago de Zebedeo:

-Mira a ver, llama a Juan. No sé por qué no quiere estar con nosotros».

-Yo te lo puedo decir: porque sabe que si está con nosotros lo vamos a ahogar con nuestro deseo de saber - responde Tomás.

-¡Claro! Por eso va con los dos más prudentes y sabios – confirma Felipe.

-Bueno, de todas maneras. ¡Anda, Santiago, inténtalo!» insiste Pedro.

Entonces Santiago, condescendiente, llama a Juan, tres veces, pero éste o no oye o hace como que no oye; el que se vuelve es Bartolomé, y Santiago le dice:

-Di a mi hermano que venga - y luego dice a Pedro: «De todas formas no creo que averigüemos nada».

Juan, obediente, va donde ellos inmediatamente y pregunta:

-¿Qué queréis?

-Saber si de aquí se va directamente a Judea - dice su hermano.

-Eso es lo que ha dicho el Maestro: No quería casi retroceder desde Ecrón. Quería mandarme a mí por vosotros, pero al final ha pre-ferido venir hasta las últimas pendientes... Total, también por aquí se va a Judea.

-¿Hacia Modín?

-Hacia Modín.

-Es camino de malhechores, que esperan a las caravanas para asaltarlas; es inseguro - objeta Tomás.

-Pero... ¡yendo con Él!... ¡Nada se le resiste!...». Juan alza hacia el cielo un rostro extasiado quién sabe en qué recuerdos, y sonríe. Todos los presentes lo observan y Pedro dice:

-Juan, ¿tienes esa expresión porque estás leyendo una historia feliz en el cielo estrellado?

-¿Yo? No...

-¡Venga, hombre! Hasta las piedras ven que estás lejos del mundo. Dinos lo que te ha sucedido en Ecrón.

-Nada, Simón, nada; te lo aseguro. Si hubiera sucedido algo penoso, no estaría contento.

-No penoso, todo lo contrario... ¡Venga! ¡Habla!

-¡Pero si no tengo nada que contar que no haya dicho ya Él! Han sido buenos, propios de personas asombradas por los milagros. Eso es todo. Es exactamente como ha dicho Él.

-No - Pedro menea la cabeza -, no, no sabes mentir. Eres limpio como agua de manantial. No. Cambias de color. Te conozco desde que eras niño. Jamás podrás mentir; por incapacidad de tu corazón, de tu pensamiento, de tu lengua, y hasta de tu piel, que cambia de color. Por eso te quiero tanto, y te he querido siempre mucho. ¡Venga, hombre, ven aquí, con tu viejo Simón de Jonás, con tu amigo! ¿Te acuerdas de cuando eras niño? Yo era ya un hombre. ¿Te acuerdas con qué mimo te trataba? Querías oírme contar historias, y querías barcas de corcho, "que no naufragaban nunca" - decías - y que te servían para ir lejos... Como ahora, que te vas lejos y dejas en la orilla al pobre Simón. Y tu barca no naufragará jamás; se aleja, colmada de flores, como las que echabas a navegar, de niño, en Betsaida, para que el río las llevara al lago, y se marcharan lejos. ¿Te acuerdas? Juan, yo te quiero. Todos te queremos. Eres nuestra vela, nuestra barca que no naufraga; navegamos siguiendo tu estela. ¿Por qué no nos hablas del prodigio de Ecrón?

Pedro mientras hablaba tenía ceñida con un brazo la cintura de Juan, el cual trata de eludir la pregunta diciendo:

-Y tú, que eres la cabeza, ¿por qué no hablas a las muchedumbres con esta intensidad persuasiva que usas conmigo? Ellas necesitan que se las convenza, no yo.

-Porque contigo me siento a mis anchas. Yo te quiero a ti, a las muchedumbres no las conozco - dice Pedro como justificación.

-Y no las amas. Ése es tu error. Ámalas aunque no las conozcas. Dite a ti mismo: "Son de nuestro Padre". Verás como te parecerá conocerlas y las amarás. Ve en cada uno de los que componen esas muchedumbres a otro Juan...

-¡Parece fácil! Como si tú, niño eterno, pudieras ser intercambiado con las áspides o los puercoespines.

-¡Yo soy como todos!

-No, hermano, no eres como todos. Nosotros - menos, quizás, Bartolomé, Andrés y el Zelote - habríamos dicho ya hasta a la hierba lo que nos hubiera sucedido que nos hiciera dichosos. Tú, sin embargo, guardas silencio. Pero, a mí, que soy tu hermano mayor, debes decírmelo. Soy para ti como un padre - dice Santiago de Zebedeo.

-El Padre es Dios, el Hermano es Jesús, la Madre es María...

-¿De forma que la sangre para ti ya no cuenta nada? - dice Santiago levantando inquieto la voz.

-No te alteres. Yo bendigo la sangre y el seno que me formaron: padre y madre. Y te bendigo a ti, hermano de mi misma sangre. Pero, a los primeros porque me han engendrado y sustentado para darme la posibilidad de seguir al Maestro, y a ti porque lo sigues. A nuestra madre, desde que es discípula, la amo de dos formas: como hijo, con la carne y la sangre; como condiscípulo suyo, con el espíritu. ¡Qué alegría estar unidos en el amor a Él!...

Jesús, al oír la voz nerviosa de Santiago, ha vuelto y las últimas palabras lo iluminan acerca de la cuestión.

-Dejad tranquilo a Juan. Es inútil que lo atormentéis, tiene muchos puntos en común con mi Madre, no hablará.

-Pues entonces dilo Tú, Maestro - suplican todos.

-Bien. Mirad, he llevado conmigo a Juan porque era el más adecuado para lo que quería hacer. A mí me ha servido de ayuda y él se ha perfeccionado. Eso es.

Pedro, Santiago el hermano de Juan, Tomás y Judas Iscariote se miran y, desilusionados, tuercen un poco la boca. Judas Iscariote no se limita a quedar desilusionado y dice:

-¿Por qué perfeccionarlo a él si ya es el mejor?

Jesús le responde:

-Tú dijiste: "Cada uno tiene su modo, y lo usa". Yo tengo el mío. Juan el suyo, muy parecido al mío. El mío no puede perfeccionarse, el suyo sí, y esto es lo que quiero porque es justo que sea así. Así que por este motivo lo he tomado conmigo. Necesitaba a uno que tuviera *ese* modo y *ese* corazón suyos. Por tanto, ni malos humores ni curiosidad. Vamos a Modín. La noche está serena, fresca y luminosa. Caminaremos mientras haya luna, luego dormiremos hasta el alba. Llevaré a los dos Judas a venerar las tumbas de los Macabeos, cuyo nombre glorioso llevan.

-¿Solos contigo? - dice Judas Iscariote todo contento.

-No. Con todos. Pero la visita a la tumba de los Macabeos es para vosotros, para que los sepáis imitar sobrenaturalmente con luchas y victorias en un campo enteramente espiritual.

## 223

**Una caravana nupcial se libra del asalto de bandidos después de un discurso de Jesús**

-En el sitio al que vamos hablaré Yo - dice el Señor.

La comitiva se va adentrando cada vez más por unos valles que acometen el monte por caminos difíciles, pedregosos, estrechos. Y suben y bajan, perdiendo horizontes, recuperándolos de nuevo, hasta que llegan a un valle profundo, por una bajada inclinadísima por la que, como dice Pedro, sólo la cabra se siente a gusto. Entonces la comitiva se para a descansar y a comer junto a un manantial muy rico de aguas.

Hay otras personas, diseminadas por los prados y las arboledas, comiendo, como Jesús y los suyos. Debe ser un lugar de descanso especialmente estimado por estar resguardado del viento y por disponer de prados esponjosos y agua. Son peregrinos que van hacia Jerusalén, viajeros que se dirigen quizás al Jordán, mercaderes de corderos destinados al Templo, pastores con sus rebaños. Algunos hacen el viaje en cabalgaduras; la mayoría, a pie.

Llega también una caravana nupcial toda ataviada festivamente. Resplandecientes objetos de oro se entreven bajo el velo que envuelve a la novia, que apenas ha dejado de ser niña. A su lado van dos matronas llenas de resplandores de pulseras y collares, un hombre - quizás es el paraninfo - y dos siervos. Han venido montados en asnos llenos de borlas y cascabeles; ahora se retiran a un ángulo apartado para comer, como si tuvieran miedo a que la mirada de los presentes profanara a la novia. El paraninfo - o quizás es un pariente - monta guardia, amenazador, mientras las mujeres comen. Han despertado una viva curiosidad. En efecto, con la disculpa de pedir sal, o un cuchillo, o un chorrito de vinagre, siempre hay alguno que se acerca a uno u otro para preguntar si conocen a la novia y si saben a dónde se dirige, y otras muchas cosas interesantes de este tipo...

Hay uno que sabe de dónde viene y a dónde va; además parece muy contento de contarlo todo, estimulado por otro, que le alegra cada vez más la campanilla echando en su copa vino generoso. Salen a relucir a veces hasta los aspectos más secretos de las dos familias, o del ajuar que la novia lleva en esos dos baúles, o de las riquezas que esperan en la casa del novio, etc. etc. Se viene así a saber que la novia es hija de un rico comerciante de Joppe, y que se casa con el hijo de un rico comerciante de Jerusalén, y que el novio se ha adelantado para ir adornando la casa nupcial ante la inminencia de su llegada, y que el que la acompaña, el amigo del novio, es también hijo de un comerciante, de Abraham, el que trabaja diamantes y otras gemas, mientras que el novio es batihoja, y el padre de la novia es mercader de lana, telas, alfombras, cortinas...

Dado que el hablador está cerca del grupo apostólico, Tomás oye y pregunta:

-¿Es Natanael de Leví el novio?

-Sí, sí, es él.
-¿Lo conoces?
-Conozco bien a su padre por una serie de tratos que hemos hecho; un poco menos a Natanael. ¡’Nupcias ricas!
-¡Y novia venturosa! Cubierta de oro. Abraham, pariente de la madre de la novia y padre del amigo del novio, ha hecho honor a su persona, y lo mismo el novio y su padre. Se dice que en aquellas cajas hay un valor de muchos talentos de oro.
-¡Caramba! - exclama Pedro acompañando su maravilla con un significativo silbido, y añade: «Voy a ver más de cerca si la mercancía principal corresponde al resto» y se levanta, junto con Tomás, y van a dar una vueltecita en torno al grupo nupcial y miran con detenimiento a las tres mujeres (un amasijo de ropajes y velos, bajo los cuales sobresalen manos y muñecas enjoyeladas, o se traslucen brillos de pendientes y collares); miran también al jactancioso personaje, que tan matón se muestra, que parece debiera rechazar un asalto de corsarios contra la doncellita.
Mira también mal a los dos apóstoles. Pero Tomás le ruega que salude, de parte de Tomás, apodado Dídimo, a Natanael de Leví; y así se instaura la paz, hasta el punto de que mientras él habla la novia halla la manera de provocar admiración, poniéndose en pie, de forma que manto y velo tengan su caída normal y quede patente toda la donosura de su cuerpo y de sus vestiduras y toda su riqueza idolátrica. Tendrá como mucho quince años. ¡Y qué ojos tan astutos!... Se mueve con embeleso a pesar de la desaprobación de las matronas, se suelta las trenzas y se las vuelve a fijar con la ayuda de valiosas horquillas, se aprieta su cinturón de pedrería, se desata sus sandalias tipo zapato, elegantes, se las quita y se las vuelve a poner, bien ceñidas a sus pies menudos con hebillas de oro; y, mientras, encuentra la manera de mostrar su magnífica melena negra, sus bonitas manos, sus brazos delicados, su cintura estrecha, el pecho y las caderas bien modelados, los pies pequeños y perfectos, así como todas las joyas, que tintinean y emiten destellos heridas por las últimas luces del día y por la lumbre de las primeras fogatas.
Pedro y Tomás regresan. Tomás dice:
-Es una muchacha bonita.
-Y una grandísima coqueta. Lo que pienso es que tu amigo Natanael pronto sabrá que hay alguien que le mantiene caliente la cama mientras él mantiene caliente el oro para trabajarlo. Y su amigo es un perfecto estúpido: ¡pues sí que la ha puesto en buenas manos a la novia!... - termina Pedro mientras se sienta junto a los compañeros.
Y Bartolomé, descontento, comenta:
-A mí no me ha gustado ese hombre que le tiraba de la lengua a ese otro estúpido. En cuanto ha sabido todo lo que quería saber, se ha ido monte arriba... Estos lugares son peligrosos. Además, el tiempo es ideal para lances de malhechores: noches de luna, calor extenuante. Y, además, árboles frondosos. ¡Malo!... No me gusta este sitio. Hubiera sido mejor no detenerse.
-¡Y ese imbécil que ha hablado de todas esas riquezas!... ¡Y ese otro, que se hace el héroe y vigila las sombras pero no ve los cuerpos verdaderos!... Bueno, pues me voy a quedar vigilando yo donde las fogatas. ¿Quién viene conmigo? - dice Pedro.
-Yo, Simón, que resisto bien el sueño - responde Simón Zelote.
Muchos del campo, especialmente los que viajan solos, se han alzado y se han marchado en pequeños grupos. Quedan unos pastores con sus rebaños, la comitiva nupcial, la comitiva apostólica y tres mercaderes de corderos que ya están durmiendo. También la novia duerme ya, con las matronas, dentro de una tienda que les han montado los siervos. Los apóstoles se buscan un sitio. Jesús se retira, solo, a hacer oración. Los pastores encienden un fuerte fuego en el centro de la explanada en que están. Pedro y Simón encienden otra hoguera cerca del sendero de la escarpa por la que el hombre que había provocado las sospechas de Bartolomé se había ocultado.
Pasan las horas y... quien no ronca cabecea. Jesús ora. El silencio es total. Parece callar hasta el manantial que resplandece bajo la alta Luna, que ilumina perfectamente la explanada, mientras las zonas en pendiente quedan en sombra bajo el tupido follaje.
Un perro grande de pastor se arrufa. Un pastor alza la cabeza. El perro se pone tieso y eriza el pelo de la espalda; atentísimo, en actitud de defensa y de escucha; tiembla incluso; el gruñido sordo que hierve dentro de él se va haciendo más fuerte cada vez. Simón alza también la cabeza y da unos meneos a Pedro, que está adormilado. Un leve frufrú proviene del bosque.
-Vamos donde el Maestro, a traerlo con nosotros - dicen los dos. Entretanto, el pastor ha despertado a sus compañeros. Todos están a la escucha y sin hacer ruido. Jesús también se ha alzado, antes de que lo llamaran, y ya está yendo hacia los dos apóstoles. Se reúnen con los otros compañeros (por tanto, cerca de los pastores), cuyo perro da señales cada vez más claras de agitación.
-Despertad a todos los que duermen. A todos. Decidles que vengan aquí sin hacer ruido, especialmente a las mujeres y a los siervos: que traigan los baúles. Decid a todos los hombres que quizás hay salteadores; esto no se lo digáis a las mujeres.
Los apóstoles obedecen al Maestro y van en distintas direcciones. Mientras, Jesús dice a los pastores:
-Alimentad el fuego. Que esté bien fuerte, que haga una llama muy viva.
Los pastores obedecen. Jesús, dado que los ve nerviosos, dice:
-No temáis. No os robarán ni una sola vedija de lana.
En esto llegan los mercaderes y dicen en tono bajo:
-¡Ay, nuestras ganancias! - y añaden una verdadera letanía de improperios contra los gobernantes romanos y judíos porque no limpian el mundo de ladrones.
Jesús los conforta diciendo:
-No temáis. No perderéis ni una sola moneda.
Llegan las mujeres llorando, muy asustadas; y es que el valiente paraninfo, temblando con un miedo colosal, las aterroriza gimoteando:
-¡Es la muerte! ¡La muerte a manos de los salteadores!

Jesús las consuela también a ellas diciendo:

-No temáis. No os tocarán ni siquiera con la mirada - y las pone en el centro de esta pequeña población de animales asustados y de hombres.

Los burros rebuznan, el perro aúlla, las ovejas balan, las mujeres sollozan, los hombres o imprecan o se acoquinan más aún que las mujeres; todo con una cacofonía que sin duda proviene del espanto. Jesús está sereno, como si no estuviera sucediendo nada. El murmullo del bosque no se puede oír con todo este jaleo; pero en el bosque están los bandidos, y se están acercando: lo denuncian ramas que se quiebran y las piedras que ruedan.

-¡Silencio! - dice Jesús con tono impositivo, y lo dice de una forma que se hace el silencio.

Jesús deja el lugar en que está y va hacia el bosque, que comienza en el límite de la explanada. Se vuelve al bosque y empieza a hablar.

-La maligna hambre del oro arrastra a los hombres a sentimientos abyectos; con el oro se revela el hombre más que con otras cosas. Observad cuánto mal siembra este metal con su cautivador e inútil brillo. Tanta es su naturaleza infernal desde que el hombre es pecador, que Yo creo que el aire del Infierno es de color oro.

El Creador lo había dejado en las entrañas de ese enorme lapislázuli que es la Tierra, que existe por su voluntad creadora, para que le fuera útil al hombre con sus sales, y para que ornase sus templos. Pero Satanás, besando los ojos de Eva y mordiendo el yo del hombre, inoculó un sabor maléfico en el inocente metal. Desde ese momento, por el oro se mata y se peca. La mujer, por el oro, se hace coqueta y fácil para el pecado carnal; el hombre, por él, se hace ladrón, usurpador, homicida, cruel para con su prójimo y para con la propia alma porque la despoja de su verdadera herencia por darse una cosa efímera; cruel para con esa alma a la que roba el tesoro eterno por unas pocas pepitas brillantes, que con la muerte habrán de abandonarse.

Vosotros, que por el oro pecáis, más o menos levemente, más o menos gravemente; vosotros que cuanto más pecáis más os burláis de cuanto os enseñaron vuestra madre y vuestros maestros, es decir, el hecho de que existe un premio y un castigo por las acciones realizadas durante la vida; ¿no pensáis que por este pecado perderéis la protección de Dios, la vida eterna, la alegría?, ¿que tendréis remordimientos, que sentiréis la maldición de vuestro corazón, que el miedo será vuestro compañero, el miedo al castigo humano, que al fin y al cabo no es nada comparado con el miedo, santo miedo, al castigo divino, que deberíais tener y no tenéis? ¿No pensáis que, por vuestros descalabros, si desembocan en verdaderos delitos, podéis sufrir un terrible fin, y un fin aún más terrible - por ser eterno - por los atropellos cometidos por amor al oro, aun cuando no hayan producido derramamiento de sangre, si han pisoteado la ley del amor y del respeto al prójimo, negando ayuda por avaricia al que padece hambre, robando puestos, o dinero, o en los pesos, por codicia?

No. Esto no lo pensáis. Mas bien decís: "¡Todo eso son patrañas, patrañas que he aplastado bajo el peso de mi oro y ya no existen". No son patrañas, son verdades. No digáis: "Cuando muera, todo se habrá acabado". No. Entonces todo empezará. La otra vida no es el abismo sin pensamiento ni recuerdo del pasado vivido y sin aspiración a Dios que vosotros creéis que será el tiempo de espera de la liberación del Redentor. La otra vida es espera dichosa para los justos, espera paciente para los purgantes, espera horrenda para los réprobos: para los primeros, en el Limbo; para los segundos, en el Purgatorio; para los últimos, en el Infierno. La espera de los primeros cesará con la entrada en el Cielo siguiendo al Redentor; la de los segundos, una vez cumplida aquella hora, se verá más confortada de esperanza; mas los terceros verán lobreguecer su terrible certeza de maldición eterna.

Pensadlo, vosotros que pecáis. Nunca es tarde para enmendarse. Cambiad con un verdadero arrepentimiento el veredicto que está siendo escrito en el Cielo para vosotros. Que el Seol, para vosotros, no sea infierno, sino, por voluntad vuestra, al menos, penitente espera. No tinieblas, sino crepúsculo de luz; no angustia, sino nostalgia; no desesperación, sino esperanza.

Marchaos. No tratéis de luchar contra Dios. Él es el Fuerte y el Bueno. No pisoteéis el nombre de vuestros padres. Escuchad cómo gime ese manantial, su gemido es semejante al que desgarra el corazón de vuestras madres al saber que sois unos asesinos. Escuchad el silbido del viento en el desfiladero: parece amenazar y maldecir; como os maldice vuestro padre por la vida que vivís. Escuchad el quejumbroso alarido del remordimiento en vuestros corazones. ¿Por qué queréis sufrir, si podríais sentiros serenamente satisfechos con lo poco en esta tierra y con el todo en el Cielo? ¡Pacificad vuestro espíritu! ¡Devolved la paz a los que temen, a los que se ven obligados a temeros como a animales feroces! ¡Poned paz en vuestro corazón, desdichados malhechores! Alzad vuestra mirada al Cielo, separad vuestros labios del venenoso alimento, purificaos las manos, que chorrean sangre fraterna, purificaos el corazón.

Yo tengo fe en vosotros, por eso os hablo; aunque todo el mundo os odia y teme, Yo ni os odio ni os temo; os tiendo la mano para deciros: "Levantaos. Venid. Volved a reintegraros, mansos y hombres, entre los otros hombres". Tan poco os temo, que digo a todos éstos: "Volved a vuestro descanso, sin rencor hacia estos pobres hermanos; orad por ellos; Yo me quedo aquí a mirarlos con ojos de amor. Os juro que no sucederá nada. El *amor desarma a los violentos y sacia a los codiciosos.* ¡Bendito sea el Amor, verdadera fuerza del mundo, fuerza desconocida pero poderosa, fuerza que es Dios".

Y, volviéndose a todos, dice:

-Volved a vuestros sitios. No temáis, porque allí ya no hay malhechores, sino hombres profundamente turbados, hombres que lloran. Quien llora no hace daño. ¡Quiera Dios que perseveren como ahora, porque significaría su redención!

## 224

## En el apóstol Juan actúa el Amor. Llegada a Béter

La comitiva apostólica ha sufrido una mutación en cuanto a su componente animal. Ya no está el macho cabrío; en cambio, hay una oveja y dos corderitos. La oveja, bien pingüe y de ubres llenas; los corderitos, jubilosos como dos picaruelos: un minúsculo rebaño que, por su aspecto menos mágico que la negrísima cabra, da más alegría a todos.

-Ya os dije que vendría la cabrita, para hacer de Margziam un diminuto pastor feliz. En vez de la cabrita, dado que no queréis saber nada de cabras, han venido ovejas, y además blancas, exactamente como Pedro las soñaba.

-¡Hombre, claro! ¡Tenía la impresión de llevar conmigo a Belcebú! - dice Pedro.

-En efecto, desde que empezó a venir con nosotros, han sucedido cosas negativas; debido al sortilegio que nos seguía - dice, irritado y como queriendo confirmar, Judas Iscariote.

-Pues habrá sido un buen sortilegio, porque no nos ha sucedido nada negativo, ¿no? - dice Juan con serenidad.

Todos desaprueban, como recriminándolo por su ceguera:

-¿Pero no has visto cómo se han burlado de nosotros en Modín?; ¿te parece nada la caída de mi hermano?... pues se podía haber hecho daño de verdad... y, si se hubiera roto las piernas o la columna, ¿cómo nos las hubiéramos arreglado para transportarlo?; ¿te ha parecido bonito el entreacto de ayer?

-He visto todo. Todo lo he considerado. Y he bendecido al Señor porque no nos ha sucedido nada malo. El mal ha venido hacia nosotros, pero luego se ha alejado, como siempre. El encuentro con el mal ha servido para dejar la simiente del bien, tanto en Modín como con los viñadores, que vinieron inmediatamente con la certeza de encontrar una persona al menos herida, arrepentidos por haberse comportado sin caridad, hasta el punto de que quisieron reparar el mal de alguna forma. Y también con los ladrones de ayer noche, que no han hecho ningún mal. Además, hemos ganado - bueno, Pedro nos ha conseguido - las ovejas a cambio del macho cabrío y como regalo por haber salido ilesos. Por si fuera poco, ahora tenemos mucho dinero para los pobres (las bolsas que nos han dado los mercaderes, y las ofrendas de las mujeres). Además todos - y es lo que más valor tiene - han recibido la palabra de Jesús.

-Juan tiene razón - dicen Simón Zelote y Judas Tadeo. Y este último añade: «Da la impresión de que todo suceda por una clara cognición de las cosas venideras. ¡Mira que encontrarnos precisamente allí, con retraso, por causa de mi caída, junto a aquellas mujeres enjoyadas, con esos pastores de pingües rebaños, con esos mercaderes repletos de dinero!... Todos ellos magníficas presas para los ladrones. Hermano, dime la verdad, ¿sabías que iba a suceder lo que ha sucedido? - pregunta Judas Tadeo a Jesús.

-Os he dicho muchas veces que leo en los corazones y que, cuando el Padre no lo dispone de forma distinta, no ignoro lo que debe suceder.

-Pero entonces - pregunta Judas Iscariote - ¿por qué algunas veces cometes errores, como el de dirigirte a los fariseos enemigos, o a ciudades completamente hostiles?

Jesús lo mira muy fijamente y dice lenta y serenamente: «No son errores, sino necesidades de mi misión. Los enfermos necesitan al médico y los ignorantes al maestro; aunque tanto estos últimos como aquéllos algunas veces rechazan al maestro o al médico. Pero éstos, si son buenos médicos y buenos maestros, siguen yendo a quienes los rechazan, porque es su deber. Yo voy. Vosotros quisierais que en donde me presentase se difuminara todo tipo de resistencia. Lo podría hacer, pero Yo no fuerzo a nadie, persuado. Sólo en casos espacialísimos debe usarse coerción, y sólo cuando el espíritu iluminado por Dios comprende que tal gesto puede servir para persuadir de que Dios existe y es el más fuerte, o también en casos de salvación múltiple.

-Como ayer noche, ¿no? - pregunta Pedro.

-Ayer por la noche aquellos ladrones sintieron miedo al vernos bien despiertos para recibirlos - dice, con evidente desprecio, Judas Iscariote.

-No. Las palabras los persuadieron - dice Tomás.

-¡Sí! ¡Estás listo! ¡Como si fueran tiernas almas que se dejan persuadir por dos palabras, aunque sean de Jesús! ¡Bien presente tengo aquella vez que nos asaltaron a toda mi familia y a mí y a muchos de Betsaida en el desfiladero de Adomín! - responde Felipe.

-Maestro, dime - desde ayer estoy queriendo preguntártelo -, ¿fueron tus palabras o tu voluntad lo que hizo que no sucediera nada? - pregunta Santiago de Zebedeo.

Jesús sonríe y calla.

Responde Mateo:

-Yo creo que ha sido su voluntad la que ha batido la insensibilidad de esos corazones, la que casi la ha paralizado para poder hablar y salvar.

-Yo también soy de esa opinión. Por eso se quedó allí solo, mirando al bosque; los tenía subyugados con su mirada, con su confianza en ellos, sereno e inerme. ¡No tenía ni siquiera una estaca!... - dice Andrés.

-Bien, de acuerdo, pero todas estas cosas es lo que decimos nosotros, son ideas nuestras; yo lo quiero saber del Maestro - dice Pedro. Entonces se enciende un vivo debate, que Jesús permite, entre quien piensa - concretamente Bartolomé - que, habiendo declarado Jesús que no fuerza a nadie, no habrá aplicado la violencia tampoco con estos ladrones, y, por otra parte, Judas Iscariote - apoyado, aunque moderadamente, por Tomás -, que dice que no puede creer que la mirada de un hombre tenga tanto poder.

Mateo replica a esto último diciendo:

-Eso y más. A mí me convirtió su mirada antes que sus palabras.

Todos se muestran tenaces en su propia tesis, de forma que se elevan "síes" y "noes" discrepantes, violentos. Juan, como Jesús, guarda silencio, sonríe con la cabeza inclinada (lo hace para disimular su sonrisa).

Pedro vuelve al asalto, porque ninguna de las razones de los compañeros lo convence. Piensa - y dice - que la mirada de Jesús es distinta que la de los otros hombres, pero quiere saber si es por ser Jesús, el Mesías, o por ser Dios.

Jesús habla:

-En verdad os digo que no sólo Yo, sino quienquiera que esté fundido con Dios, con santidad, pureza y fe sin fisuras, podrá hacer esto y más aún. La mirada de un muchacho, si su espíritu está unido al de Dios, puede hacer que se desplomen los templos vanos, sin necesidad de imprimir ninguna sacudida como la de Sansón; puede ordenar la mansedumbre a las fieras y a los hombres-fiera, rechazar la muerte, domeñar las enfermedades del espíritu. De la misma forma, la palabra de un muchacho fundido con el Señor e instrumento del Señor puede curar enfermedades, quitar el veneno a las serpientes, obrar cualquier milagro. Porque Dios obra en él.

-¡Ah, entiendo! - dice Pedro, mientras mira fijamente a Juan, y termina todo un razonamiento hecho consigo mismo pero en voz alta: « ¡Eso es! Tú, Maestro, has podido hacerlo por ser Dios, y por ser Hombre unido a Dios. Y lo mismo sucede con quien sabe llegar, o ha llegado, a estar unido con Dios. ¡Entiendo, entiendo perfectamente!

-Pero, ¿no te preguntas acerca de la clave de esta unión y el secreto de este poder? No todos lo alcanzan, incluso en el caso de hombres dotados de iguales capacidades.

-¡Exacto! ¿Dónde está la clave de esta fuerza para unirse a Dios y someter las cosas? Una oración, o quizás palabras secretas...

-Hace un momento, Judas de Simón echaba la culpa al macho cabrío de todas las vicisitudes por las que hemos atravesado. No, no hay sortilegios asociados a los animales. Arrojad de vosotros las supersticiones, que son todavía idolatrías y pueden causar desventuras. Y, así como no hay fórmulas para las hechicerías, no hay palabras secretas para hacer milagros. Es sólo el Amor. Como he dicho ayer por la noche, el Amor calma a los violentos y sacia a los codiciosos. El Amor es Dios. Con Dios en vosotros, plenamente poseída por el mérito de un amor perfecto, vuestra mirada se transforma en fuego que quema todo ídolo y echa por tierra sus imágenes, y la palabra se transforma en potencia. Y, os digo, la mirada es, entonces, arma que desarma. Dios, el Amor, es irresistible. Sólo el demonio le resiste, porque es el Odio perfecto, y, con él, los que son hijos suyos. Los otros, los débiles, los que están subyugados por una pasión, pero que no se han vendido voluntariamente al demonio, no lo resisten: sea cual sea su religión, o su abstención completa de fe, sea cual sea su bajeza espiritual, reciben el impacto del Amor, que es el gran Vencedor. Trata de llegar a esto, pronto, y harás lo que hacen los hijos y portadores de Dios.

Pedro no quita los ojos de Juan. También las inteligencias de Simón Zelote, los hijos de Alfeo, y Santiago y Andrés, se han despertado e indagan.

-Pero entonces, Señor - dice Santiago de Zebedeo - ¿qué es lo que le ha acontecido a mi hermano? Hablas de él. ¿Es él el muchacho que hace milagros? ¿Es eso?, ¿es así? ¿Qué ha hecho? Ha pasado una página del libro de la Vida, ha leído y ha conocido nuevos misterios.

-Nada más. Os ha precedido porque no se detiene a considerar cada uno de los obstáculos, a sopesar cada dificultad, a calcular si compensa o no; ya no ve este mundo, ve la Luz y a ella va, sin momentos de pausa. Dejadlo, dejadlo tranquilo. Hay almas que arden más que otras. No se debe poner dificultad a este fuego suyo que alegra y consume. Hay que dejarlas arder, lo cual es al mismo tiempo sumo gozo y sumo esfuerzo. Dios les concede momentos de noche, porque sabe que el ardor mata a estas almas-flor si están expuestas a un sol continuo. Dios concede silencio y místico rocío a estas almas-flor, como a las flores del campo. Dejad descansar al atleta del amor cuando Dios lo deja descansar. Imitad a los preparadores de los gimnastas, que conceden a éstos el debido descanso... Cuando lleguéis vosotros adonde él ha llegado, y más lejos - pues tanto vosotros como él llegaréis a más todavía - comprenderéis la necesidad de respeto, de silencio, de penumbra que experimentan esas almas de las que el Amor se ha apropiado y a las que ha hecho instrumento suyo. Y no penséis: "Llegado ese momento querré darlo a conocer. Juan se comporta como un necio, porque el alma del prójimo, como la de los niños, desea la seducción de lo maravilloso". No. Cuando lleguéis a ese estado, sentiréis el mismo deseo de silencio y penumbra que ahora siente Juan. Cuando yo no esté ya con vosotros, acordaos de que, teniendo que juzgar sobre una conversión o sobre una santidad exuberante debéis tomar *siempre* como medida la humildad. Si en uno permanece el orgullo, no os hagáis ilusiones de que esté convertido. Si en uno, aunque lo llamen "santo", reina la soberbia, estad ciertos de que no es santo; podrá, como un charlatán y un hipócrita, hacerse el santo y simular prodigios, pero no es santo: la apariencia es hipocresía; los prodigios, satanismo. ¿Habéis entendido?

-Sí, Maestro....

Todos, muy pensativos, guardan silencio. Pero, aunque las bocas estén cerradas, los pensamientos se adivinan con claridad a través de sus miradas y expresiones. Los envuelve, como un éter tembloroso que emanase de ellos, un gran deseo de saber.

Simón Zelote se esfuerza en distraer a sus compañeros para tener tiempo de aconsejarlos aparte, para insistir en que sepan callar. Tengo la impresión de que Simón Zelote tiene mucho este ministerio en el grupo apostólico; es el moderador, el conciliador, el consejero de sus compañeros, además de ser un apóstol que comprende muy bien al Maestro.
En este momento está diciendo:

-Estamos ya en las tierras de Juana. Aquel pueblo que se ve en aquella cuna es Béter. Aquel palacio que está en aquella cima es su castillo natal. ¿No sentís este perfume del aire? Son los rosales, que empiezan a perfumar bajo el sol de la mañana; por la tarde es una exuberancia de aromas. Pero ahora, con el frescor de la mañana es precioso verlos, aljofarados todavía de rocío, como millones de diamantes desparramados sobre millones de corolas que florecen. Cuando declina el sol recogen todas las flores que están completamente abiertas. Venid. Os quiero mostrar desde una loma la vista de los rosales, que desde la cima rebosan como en cascada y van descendiendo por los rellanos de la otra ladera. Una cascada de flores que luego vuelve a subir, como una ola, por las otras dos colinas. Es un anfiteatro, un lago de flores. ¡Espléndido! El camino es más empinado, pero merece la pena ir, porque desde aquel borde se domina todo ese paraíso. Llegaremos pronto también al castillo. Juana vive allí, libre, con sus campesinos, que es la única vigilancia de tanta copiosidad; pero, estiman tanto a su ama - que hace de estos valles un edén de belleza y paz -, que son más eficientes que toda la guardia de Herodes. Mira, Maestro; mirad, amigos - y con el gesto indica un semicírculo de colinas invadido de rosales.

La mirada, en cualquier parte en que se deposite, ve, bajo altísimos árboles que tienen la función de proteger del viento, de los rayos de sol demasiado intensos y de las granizadas, un sinfín de rosales. El sol traspasa y el aire circula bajo este leve techo, que hace de velo pero no ahoga y que los jardineros mantienen en las debidas condiciones: debajo viven, felices, los más bellos rosales del mundo. Son millares y millares de rosales de toda especie: enanos, bajos, altos, altísimos; formando un matorral, como cojines recamados de flores al pie de los árboles, o esparcidos por los prados de verdísima hierba, o formando setos a lo largo de los senderos y de los leves cursos de agua, o en círculo alrededor de los estanques de riego que están diseminados por este parque que comprende también colinas, o enroscados en los troncos de los árboles y tendiendo de uno a otro sus cabelleras florecidas para formar festones y guirnaldas. Es una cosa realmente de sueño. Todos los tamaños, las tonalidades, están representados, y se entremezclan colocando los colores marmóreos de las rosas de té al lado del sangriento ardor de otras corolas, y reinando, soberanas, por número, las verdaderas rosas del color de mejilla infantil que va atenuándose hacia los bordes hasta una tonalidad blanquecina rosácea.

Todos quedan impresionados por tanta belleza.

-¿Para que quiere todo esto? - pregunta Felipe.

-Lo goza - responde Tomás.

-No. También saca esencias, con lo cual da trabajo a cientos de jardineros y de trabajadores de las prensas para extraer esencias. Los romanos las solicitan con avidez. Jonatán me lo decía mientras me mostraba las cuentas de la última recolección. Pero... ahí está María de Alfeo con el niño. Nos han visto. Están llamando a las otras...

Así es. Juana y las dos Marías, precedidas de Marziam, que baja corriendo, con los brazos ya preparados para el abrazo, vienen deprisa, hacia Jesús y Pedro. Se postran ante Jesús.

-Paz a todas vosotras. ¿Dónde está mi Madre?

-Entre los rosales, Maestro. Está con Elisa, ¡que está bien curada y puede afrontar el mundo y seguirte! ¡Gracias por haberte servido de mí para esto!

-Gracias a ti, Juana. ¿Ves como era provechoso venir a Judea? Marziam, estos regalos son para ti: este bonito muñeco y estas lindas ovejitas. ¿Te gustan?

El niño, de la alegría, se ha quedado sin respiración. Se echa hacia Jesús, que se había agachado para darle el muñeco y se había quedado mirando su rostro, y se abraza a su cuello y lo besa con toda la vehemencia de que es capaz.

-Así te harás manso como las ovejas y luego serás un buen pastor para los que crean en Jesús. ¿Verdad?

Marziam dice "sí, sí, sí" con la respiración entrecortada y los ojos brillantes de alegría.

-Ahora ve donde Pedro. Yo voy con mi Madre. Veo allí una parte de su velo moviéndose a lo largo de un seto de rosas.

Y corre al encuentro de María, y la recibe en su corazón a la altura de la curva del sendero. Después del primer beso, María, todavía jadeante, explica:

-Detrás viene Elisa... He corrido para besarte...porque, Hijo mío, no besarte no podía... y besarte ante ella, no quería... Está muy cambiada... pero el corazón sigue doliendo ante una alegría ajena que a ella le ha sido negada para siempre. Ahí viene.

Elisa recorre veloz los últimos metros y se arrodilla para besar la túnica de Jesús. Ya no es la mujer de trágica imagen de Betsur. Ahora es una anciana austera, marcada por el dolor, solemne por la huella que la pena ha dejado en su rostro y su mirada.

-¡Bendito seas, Maestro mío, ahora y siempre, por haberme procurado de nuevo lo que había perdido!

-Paz cada vez mayor a ti, Elisa. Me alegro de verte aquí. Levántate.

Yo también me alegro. Tengo muchas cosas que decirte y que preguntarte, Señor.

-Tendremos todo el tiempo que queramos, dado que pienso permanecer aquí unos días. Ven, que quiero que conozcas a los condiscípulos.

-¡Oh!..., ¿entonces has entendido ya lo que quería decirte? ¿Que quiero renacer a vida nueva: la tuya; tener de nuevo una familia: la tuya; unos hijos: los tuyos; como dijiste en mi casa, en Betsur, hablando de Noemí. Yo soy una nueva Noemí gracias a ti, Señor mío. ¡Bendito seas por ello! Ya no vivo afligida, ni soy infecunda. Seré todavía madre. Y, si María lo permite, incluso un poco madre tuya, además de madre de los hijos de tu doctrina.

-Sí, lo serás. María no se sentirá celosa y Yo te querré de forma que no te arrepentirás de tu decisión. Vamos ahora a ver a los que quieren decirte que te quieren como hermanos.

Y Jesús la toma de la mano y la lleva con su nueva familia.

El viaje en espera de Pentecostés ha terminado.

## 225

## El paralítico de la piscina de Betseida y la disputa sobre las obras del Hijo de Dios

Jesús está en Jerusalén, exactamente en las inmediaciones de la Antonia. Con Él, todos los apóstoles excepto Judas Iscariote. Mucha gente se dirige, ligera, al Templo. Todos están vestidos de fiesta, tanto los apóstoles como los otros peregrinos, por lo cual pienso que son los días de Pentecostés. Muchos mendigos se mezclan con la gente, gimiendo su miseria con cantinelas lastimeras, y se dirigen a los mejores sitios (las puertas del Templo o los cruces por los que afluyen los peregrinos). Jesús pasa haciendo el bien a estos pobres hombres; ellos, por su parte, se encargan de mostrar integralmente sus miserias, además de narrarlas.

Tengo la impresión de que Jesús ha estado ya en el Templo, porque oigo que los apóstoles hablan de Gamaliel, que ha fingido no verlos, a pesar de que Esteban - uno de sus seguidores - le haya indicado que Jesús pasaba.

Oigo también que Bartolomé pregunta a los compañeros:

-¿Qué habrá querido decir ese escriba con la frase: "Un grupo de carneros que apenas si valen para el matadero"?

-Se referiría a algún asunto suyo - responde Tomás.

-No. Nos señalaba a nosotros, lo he visto bien. Además, la segunda frase confirmaba la primera. Ha dicho, en tono sarcástico: "Dentro de poco el cordero será Él. Se le esquila incluso, y luego al matadero"

-Sí, yo también lo he oído - confirma Andrés.

-¡Ya, bien! De todas formas ardo en deseos de volver y preguntarle al compañero del escriba si sabe algo de Judas de Simón» dice Pedro.

-¡No sabe nada, hombre! Esta vez Judas no está porque verdaderamente está enfermo. Lo sabemos. Quizás es que realmente ha sufrido demasiado por el viaje que hemos hecho. Nosotros somos más fuertes. Él ha vivido aquí, cómodamente, y se cansa - responde Santiago de Alfeo.

-Sí, nosotros lo sabemos, pero ese escriba ha dicho: "Le falta el camaleón al grupo" ¿El camaleón no es el que cambia de color siempre que quiere? - pregunta Pedro.

-Sí, Simón, pero se referían a que siempre va vestido distinto; le gusta; es joven; hay que comprenderlo... - dice Simón Zelote en tono conciliador.

-Eso también es verdad. ¡Pero... qué frases tan extrañas! - concluye Pedro.

-Siempre dan la impresión de estar amenazando - dice Santiago de Zebedeo.

-Lo que pasa es que somos conscientes de las amenazas que pesan sobre nosotros y las vemos incluso donde no las hay... – observa Judas Tadeo.

-Y vemos culpas también donde no existen - termina Tomás.

-¡Sí, claro! Mala cosa es la sospecha... ¿Cómo estará hoy Judas?

-Bueno, entretanto, se goza ese paraíso con esos ángeles... ¡Yo también me pondría malo a cambio de todas esas delicias! - dice Pedro.

Bartolomé le responde:

-Esperemos que se ponga bueno pronto. Tenemos que terminar el viaje porque el calor ya es atosigante.

-¡Bueno, no le faltan cuidados! Además... en todo caso el Maestro tomará las determinaciones oportunas - asegura Andrés.

-Tenía mucha fiebre cuando lo hemos dejado. No sé cómo le ha venido, tan... -dice Santiago de Zebedeo, y Mateo le responde: « ¡Pues como viene la fiebre! ¡Porque tiene que venir! De todas formas, no será nada. El Maestro no está preocupado en absoluto. Si hubiera visto fea la cosa, no habría salido del castillo de Juana.

En efecto, Jesús no está mínimamente preocupado. Habla con Margziam y con Juan mientras camina y da limosnas. Está explicando muchas cosas al niño, porque veo que va indicándole acá o allá. Se dirige hacia el final de las murallas del Templo del ángulo nordeste, donde hay mucha gente que está yendo a un lugar con muchas arquerías que precede a una puerta (oigo que la llaman «del Rebaño»).

-Esto es la Probática, la piscina de Betseida. Ahora observa bien el agua. ¿Ves cómo está quieta? Dentro de poco verás que es como si se moviera, y se eleva, hasta tocar esa señal húmeda. ¿La ves? Es cuando desciende el Ángel del Señor. El agua lo siente y lo venera de la forma que puede. Él trae al agua la orden de curar al hombre que esté preparado para zambullirse. ¿Ves cuánta gente? Pero muchos se distraen y no ven el primer movimiento del agua; o lo que pasa también es que los más fuertes, sin caridad, impiden a los más débiles acercarse: jamás distraerse ante los signos de Dios (es necesario tener el alma siempre vigilante porque no se sabe nunca cuándo se manifiesta Dios o cuándo manda a su ángel); nunca ser egoístas, ni siquiera por la salud. Muchas veces, por discutir por causa del derecho de precedencia, o de la mayor o menor necesidad de unos u otros, estos desdichados pierden el beneficio de la venida angélica.

Jesús, pacientemente, está explicándole estas cosas a Margziam, el cual lo mira con sus ojos bien abiertos y atentos, aunque sin perder de vista el agua.

-¿Se le puede ver al ángel? Me gustaría.

-Leví, pastor de tu edad, lo vio. Mira bien también tú y estáte preparado para honrarlo.

El niño ya no se distrae. Sus ojos van de la superficie del agua a la parte inmediatamente superior, y al contrario, alternativamente; ni oye ni ve ya nada más. Jesús, mientras, dirige su mirada hacia la pequeña población de enfermos, ciegos, lisiados, paralíticos, que esperan. También los apóstoles observan atentamente. El sol hace juegos de luces en la superficie del agua, e invade regiamente los cinco órdenes de arquerías que rodean a las piscinas.

En esto, se oye el gorjeo de Margziam:

-¡Eh, eh, el agua sube de nivel, se mueve, resplandece! ¡Qué luz! ¡El ángel!»... Y el niño se arrodilla.

Efectivamente, mientras se mueve el líquido del estanque, que parece crecer como por una masa de agua repentinamente introducida que lo hincha y que lo eleva hacia el borde, el agua resplandece como espejo puesto al sol. Un destello cegador por un instante.

Un cojo está preparado para zambullirse en el agua. Poco después sale con la pierna perfectamente curada (la tenía contraída debido a una cicatriz grande). Los demás se quejan, se enzarzan con él, diciendo que, a fin de cuentas, no estaba imposibilitado para trabajar mientras que ellos sí. Y la disputa continúa.

Jesús mira a su alrededor y ve a un paralítico que llora silenciosamente en su camilla. Se acerca, se agacha hacia él, lo acaricia y le pregunta:

-¿Estás llorando?

-Sí. Ninguno piensa nunca en mí. Estoy aquí, estoy aquí; todos se curan, yo nunca. Hace treinta y ocho años que yazgo sobre mi espalda. He consumido todo, los míos han muerto. Ahora soy gravoso a un pariente lejano que me trae aquí por la mañana y viene a recogerme por la tarde... ¡Pero, cuánto le pesa hacerlo! ¡Yo quisiera morirme!

-No desfallezcas. ¡Con tanta paciencia y fe como has tenido!... Dios te escuchará.

-Eso espero... pero a uno le vienen momentos de depresión. Tú eres bueno, pero los demás... Los que se curan podrían, como agradecimiento a Dios, estar aquí para socorrer a los pobres hermanos...

-Sí, deberían hacerlo. De todas formas, no guardes rencor. Ni siquiera lo piensan; no es por maldad; la alegría de verse curados es lo que los hace egoístas. Perdónalos...

-Tú eres bueno. Tú no actuarías así. Me esfuerzo en arrastrarme con las manos hasta allí cuando se agitan las aguas de la piscina. Pero siempre se me adelanta alguno. Y en el borde no puedo estar, porque me pisotearían. Además, aunque estuviera allí, ¿quién me sumergiría en el agua? Si te hubiera visto antes, te lo habría pedido...

-¡Grande es tu deseo de curarte! ¡Pues, álzate! ¡Toma tu camilla y anda!

Jesús, para dar la orden, se ha enderezado (es como si al enderezarse hubiera levantado también al paralítico, porque éste se pone en pie y da uno, dos, tres pasos, casi incrédulo, detrás de Jesús, que se está marchando). Pero, puesto que realmente camina, el hombre emite un grito que hace que todos se vuelvan.

-¿Quién eres? ¡En nombre de Dios, dímelo! ¿Eres el Ángel del Señor?

-Estoy por encima de los ángeles. Mi nombre es Piedad. Ve en paz.

Todos se aglomeran. Quieren ver. Quieren hablar. Quieren ser cu-ados. Pero acude enseguida la guardia del Templo - que creo que vigilaba también la piscina - y disuelven ese remolino vocinglero de gente, amenazando con castigos.

El paralítico toma sus angarillas - dos barras con dos pares de ruedecitas y una tela rasgada clavada en las barras - y se marcha todo contento; y le dice a Jesús gritando:

-¡Te volveré a ver! ¡No olvidaré tu nombre ni tu rostro!

Jesús, mezclándose con la muchedumbre, se va en otra dirección, hacia las murallas.

Mas, no ha rebasado todavía la última arquería cuando ya se han llegado a él, como impulsados por un viento furioso, un grupo de judíos de las peores castas, todos aunados en el deseo de decir insolencias a Jesús. Buscan, miran, escrutan, pero no logran comprender bien de qué se trata, y Jesús se marcha, mientras éstos, contrariados, siguiendo indicaciones de la guardia, asaltan al pobre infeliz que ha sido curado y le recriminan:

-¿Por qué transportas esta camilla? Es sábado. No te es lícito.

El hombre los mira y dice:

-Yo no sé nada; sólo, que el que me ha curado me ha dicho: "Toma tu camilla y anda". Esto es lo que sé.

-Será un demonio. Está claro, porque te ha mandado violar el sábado. ¿Cómo era? ¿Quién era? ¿Judío? ¿Galileo? ¿Prosélito?

-No lo sé. Estaba aquí. Ha visto que lloraba y se ha acercado a mí. Me ha hablado. Me ha curado. Se ha marchado llevando a un niño de la mano. Creo que será su hijo, porque está en la edad de tener un hijo de ese tiempo.

-¿Un niño? ¡Entonces no es Él!... ¿Cómo has dicho que se llamaba? ¿No se lo has preguntado? ¡No mientas!

-Me ha dicho que se llama Piedad.

-¡Eres un estúpido! ¡Eso no es un nombre!

El hombre se encoge de hombros y se marcha.

Los otros dicen:

-No cabe duda de que era Él. Lo han visto en el Templo los escribas Anías y Zaqueo.

-¡Pero no tiene hijos!

-Es Él de todas formas. Estaba con sus discípulos.

-Pero Judas no estaba. Es al que conocemos bien. Los otros... pueden ser otros cualesquiera.

-No. Eran ellos.

Y la discusión continúa mientras los pórticos vuelven a llenarse de enfermos...

Jesús entra de nuevo en el Templo, esta vez por otro lado, el oeste, que es el que está de frente a la mayor parte de la ciudad. Los apóstoles lo siguen. Jesús mira a su alrededor y ve por fin lo que busca: a Jonatán, que a su vez lo estaba buscando.

-Está mejor, Maestro. La fiebre está bajando. Tu Madre dice que espera poder venir, como muy tarde, el próximo sábado.

-Gracias, Jonatán. Has sido puntual.

-No mucho. Me ha entretenido Maximino de Lázaro. Te está buscando. Ha ido al pórtico de Salomón.

Voy a buscarlo. La paz sea contigo. Lleva mi paz a mi Madre y a las discípulas, además de a Judas.

Y Jesús se dirige, ligero, hacia el pórtico de Salomón, donde, en efecto, encuentra a Maximino.

-Lázaro ha sabido que estás aquí. Te quiere ver para decirte una cosa importante. ¿Vas a venir?

-Ciertamente, y además pronto. Puedes decirle que me espere esta misma semana.

Otras palabras, pocas, y también Maximino se marcha.

-Dado que hemos vuelto hasta aquí, vamos a orar más dice Jesús, y se dirige hacia el atrio de los Hebreos.

Allí encuentra al paralítico curado, que ha ido a dar gracias al Señor. El hombre favorecido con el milagro lo distingue entre la multitud. Lo saluda con alegría y, le cuenta lo que ha sucedido en la piscina después de marcharse Él. Termina:

-Luego uno, asombrado al verme aquí sano, me ha dicho quién eres. Tú eres el Mesías. ¿Es verdad?

-Lo soy. Pero, aunque te hubiera curado el agua, o cualquier otro poder, tendrías el mismo deber para con Dios: usar la salud para hacer obras buenas. Estás curado. Ve, pues, con intenciones buenas, a reanudar las actividades de la vida. Y no peques nunca más; no te vaya a castigar Dios más todavía. Adiós. Ve en paz.

-Yo soy viejo... no sé nada... Pero quisiera seguirte, para servirte y para saber. ¿Me aceptas?

-No rechazo a nadie. De todas formas, piénsalo antes de venir. Si te decides, ven.

-¿A dónde? No sé a dónde vas...

-Por el mundo. En todas partes encontrarás discípulos que te guiarán a mí. Que el Señor te ilumine para lo mejor.

Jesús ahora va a su sitio y ora...

No sé si es que el hombre que ha sido curado va por propia iniciativa a donde los judíos o si éstos, que están al acecho, lo detienenni para preguntarle si el que acaba de hablar con él es el que lo ha sa-nado; sí sé que está hablando con los judíos y luego se marcha; mientras, éstos se ponen junto a la escalera por la que tiene que bajar Jesús para pasar a los otros patios y salir del Templo. Sin saludarlo, cuando Jesús llega, le dicen:

-¿Así que sigues violando el sábado, a pesar de todas las recriminaciones que se te están haciendo? ¿Y Tú quieres que se te respete como enviado de Dios?

-¿Enviado? Más que como enviado. Como Hijo, porque Dios es mi Padre. Si no me queréis respetar, absteneos de hacerlo, pero no por ello interrumpiré el cumplimiento de mi misión. Dios no deja de actuar ni un instante. Incluso en este momento mi Padre actúa, y Yo también, porque un buen hijo hace lo que hace su padre, y porque he venido al mundo para actuar.

Se va acercando gente para oír la disputa. Entre estas personas hay algunos que conocen a Jesús, otros que han recibido de Él algún beneficio, otros que lo ven por primera vez: algunos lo quieren, otros lo odian, muchos son neutros. Los apóstoles forman núcleo con el Maestro. Margziam casi tiene miedo, y pone una cara casi de llorar.

Los judíos (mezcla de escribas, fariseos y saduceos) expresan a gritos su escándalo:

-¡Qué osadía! ¡Se dice Hijo de Dios! ¡Sacrilegio! ¡Dios es el que es, y no tiene hijos! ¡Pero hombre, llamad a Gamaliel! ¡Llamad a Sadoq! ¡Reunid a los rabíes! ¡Que oigan esto y lo rebatan!

-No os agitéis. Llamadlos. Os dirán, si es verdad que saben, que Dios es uno y trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y que el Verbo, o sea el Hijo del Pensamiento, ha venido, como estaba profetizado, para salvar del Pecado a Israel y al mundo. El Verbo soy Yo. Soy el Mesías anunciado. No hay sacrilegio, por tanto, si doy al Padre el nombre de Padre mío. Vosotros os inquietáis porque hago milagros, porque con ello atraigo hacia mí a las muchedumbres y las convenzo. Me acusáis de ser un demonio porque obro prodigios. Pero Belcebú está en el mundo desde hace siglos, y, verdaderamente, no le faltan devotos adoradores... ¿Y por qué no hace las obras que Yo hago?

La gente comenta bisbiseando:

-¡Es verdad! ¡Es verdad! Nadie hace lo que Él.

Jesús continúa:

-Os respondo Yo. Es porque Yo sé lo que él no sabe y puedo lo que él no puede. Si hago obras de Dios, es porque soy Hijo de Dios. Uno por sí solo no puede hacer sino aquello que ha visto hacer; Yo, que soy Hijo, siendo Uno con Él eternamente, no distinto ni en naturaleza ni en poder, no puedo hacer sino lo que he visto hacer al Padre. Todo lo que hace el Padre lo hago Yo también, que soy su Hijo. Ni Belcebú ni otros pueden hacer lo que Yo hago, porque ni Belcebú ni los otros saben lo que Yo sé. El Padre me ama a mí, que soy su Hijo; me ama sin medida, como Yo lo amo. Por ello me ha mostrado y me sigue mostrando todo lo que Él hace, para, que haga lo que Él hace: Yo, en la tierra, en este tiempo de Gracia; El, en el Cielo, desde antes que el Tiempo existiera para la tierra. Y me mostrará obras cada vez mayores, para que Yo las haga y vosotros os quedéis maravillados. Su Pensamiento piensa inagotablemente. Yo lo imito cumpliendo inagotablemente aquello que el Padre piensa y con el pensamiento quiere.

Todavía no sabéis cuán inagotablemente crea el Amor. Nosotros somos el Amor. No hay limitaciones para Nosotros, ni hay cosa alguna que no pueda ser aplicada en los tres grados del hombre: el inferior, el superior, el espiritual. En efecto, de la misma forma que el Padre resucita a los muertos y les devuelve la vida, Yo, el Hijo, puedo dar la vida a quien quiero; es más, por el amor infinito del Padre al Hijo, tengo concedido no sólo devolver la vida a la parte inferior, sino también - y más aún - a la superior (liberando el pensamiento del hombre de los errores mentales y su corazón de las malas pasiones) y a la parte espiritual (devolviendo al espíritu su libertad del pecado); porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha dejado todo juicio en manos de su Hijo, pues el Hijo es el que, con su propio sacrificio, ha comprado a la Humanidad para redimirla. El Padre lo hace por justicia, porque es justo dar a quien con su moneda paga, y para que todos honren al Hijo como ya honran al Padre.

Sabed que si separáis al Padre del Hijo, o al Hijo del Padre, y no os acordáis del Amor, no amáis a Dios como se le debe amar, con verdad y sabiduría, antes bien cometéis herejía porque dais culto a uno sólo mientras que son una admirable Trinidad. Por tanto, el que no honra al Hijo es como si no honrase al Padre, porque el Padre, Dios, no acepta adoración a una sola parte de sí sino que quiere que se adore su Todo. Quien no honra al Hijo no honra tampoco al Padre, que lo ha enviado por pensamiento perfecto de amor; niega, por tanto, que Dios sepa hacer obras justas. En verdad os digo que quien escucha mi palabra y cree en quien me ha enviado tiene la vida eterna y no será condenado, sino que pasará de muerte a vida, porque creer en Dios y aceptar mi palabra quiere decir infundir en sí la Vida que no muere.

Llega la hora - para muchos ya ha llegado - en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios y aquel que la haya oído resonar, vivificadora, en el fondo de su corazón, vivirá. ¿Qué dices tú, escriba?

-¡Digo que los muertos no oyen y que estás desquiciado!

-El Cielo te persuadirá de que no es así y de que tu saber es cero respecto al de Dios. Habéis humanizado de tal forma las cosas sobrenaturales, que ya sólo dais a las palabras un significado inmediato y terreno. Habéis enseñado la Haggada según fórmulas fijas, vuestras, sin esforzaros en comprender las alegorías en su auténtica verdad; y ahora, en vuestro ánimo, cansado del agobio de una humanidad que triunfa sobre el espíritu, no creéis ni siquiera en lo que enseñáis. Y ésta es la razón que explica el que ya no podáis luchar contra las fuerzas ocultas.

La muerte de que hablo no es la de la carne, sino la del espíritu. Vendrán los que oyen con sus oídos mi palabra y la acogen en su corazón y la ponen en práctica. Éstos, aunque hayan muerto en el espíritu, volverán a vivir, pues mi Palabra es Vida que se infunde, y Yo la puedo dar a quien quiera, ya que poseo la perfección de la Vida, porque, así como el Padre tiene en sí la Vida perfecta, el Hijo recibió del Padre la Vida en sí mismo, perfecta, completa, eterna, inagotable y comunicable. Junto con la Vida, el Padre me ha dado el poder de juzgar, porque el Hijo del Padre es el Hijo del hombre, y puede y debe juzgar al hombre. No os maravilléis de esta primera resurrección - la espiritual - que realizo con mi Palabra. Veréis otras más asombrosas todavía, más asombrosas para vuestros sentidos pesados, porque en verdad os digo que no hay cosa mayor que la invisible - pero real - resurrección de un espíritu. Se acerca la hora en que la voz del Hijo de Dios penetrará en los sepulcros y todos los que están en ellos la oirán: quienes hicieron el bien saldrán para ir a la resurrección de la Vida eterna; quienes hicieron el mal, a la resurrección de la condena eterna.

No digo que esto lo hago, y lo haré, por mí mismo, sólo por mi propia voluntad, sino por la voluntad del Padre y la mía. Hablo y juzgo según lo que escucho, y mi juicio es recto porque no busco mi voluntad, sino la del que me ha enviado. Yo no estoy separado del Padre; estoy en Él y El en mí; conozco su Pensamiento y lo traduzco en palabras y en obras.

Vuestro espíritu incrédulo, que no quiere ver en mí sino a un hombre semejante a todos vosotros, no puede aceptar lo que digo para dar testimonio de mí mismo. Pues bien, hay otro que testifica en mi favor. Vosotros decís que lo veneráis como a un gran profeta. Yo sé que su testimonio es verdadero, pero vosotros, que decís que lo veneráis, no aceptáis su testimonio, porque no es conforme a vuestro pensamiento, que me es hostil. No aceptáis el testimonio del hombre justo, del Profeta último de Israel, porque en lo que os gusta decís que es simplemente un hombre y que puede equivocarse. Habéis enviado a personas para que preguntasen a Juan, esperando que dijera de mí lo que queríais, lo que pensáis de mí, lo que *queréis pensar* de mí. Pero Juan ha dado un testimonio verdadero que no habéis podido aceptar. Como el Profeta dice que Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios, vosotros - en el secreto de vuestros corazones, porque tenéis miedo al pueblo - decís del Profeta lo mismo que del Cristo: que está loco. Bueno, Yo tampoco recibo testimonio del hombre, aunque éste sea el más santo de Israel. Os digo: era la lámpara encendida y luminosa, pero vosotros poco tiempo habéis querido gozar de su luz; cuando esta luz se ha proyectado sobre mí, para daros a conocer la verdadera realidad del Cristo, habéis dejado que pusieran la lámpara bajo el celemín, y, ya antes, habéis levantado entre ella y vosotros una pared, para no ver a su luz al Cristo del Seor.

Yo le agradezco a Juan su testimonio; también el Padre se lo agradece. Juan, por este testimonio, recibirá un gran premio; por esto seguirá ardiendo en el Cielo; será, de entre todos los hombres, el *primer* sol que resplandecerá arriba, ardiendo como arderán todos los que hayan sido fieles a la Verdad y hayan tenido hambre de Justicia. De todas formas, dispongo de un testimonio mayor que el de Juan. Este testimonio son mis obras, porque Yo hago las obras que el Padre me ha encargado, y ellas testifican que el Padre me ha enviado y me ha dado todo poder. Así, el Padre mismo, que me ha enviado, es quien da testimonio en mi favor. Vosotros nunca habéis oído su Voz ni visto su Rostro, pero Yo lo he visto y lo veo, la he oído y la oigo. En vosotros no mora su Palabra porque no creéis en su enviado.

Investigáis la Escritura porque creéis que podéis obtener, conociéndola, la Vida eterna. ¿No os percatáis de que son precisamente las Escrituras las que hablan de mí? ¿Por qué, entonces, os obstináis en no venir a mí para tener la Vida? Os lo diré: porque rechazáis todo cuanto es contrario a vuestras enquistadas ideas. Os falta humildad. No sois capaces de decir: "Me he equivocado. Éste, o este libro, están en lo cierto y yo en el error". Esto habéis hecho con Juan y esto hacéis con las Escrituras y con el Verbo, que os está hablando. Ya no sois capaces ni de ver ni de entender; en efecto, estáis fajados de soberbia y saturados de *vuestras* ensordecedoras voces.

¿Creéis que hablo así buscando ser glorificado por vosotros? No. Habéis de saber que ni busco ni acepto gloria de los hombres. Lo que busco y quiero es vuestra salvación eterna. Ésta es la gloria que busco, mi gloria de Salvador; que no puede existir si no tengo espíritus salvados y que aumenta en la medida de los salvados que tengo; que deben dármela los espíritus salvados y el Padre, Espíritu purísimo.

Pero vosotros no seréis salvados. Os he conocido en lo que sois. No tenéis en vosotros el amor de Dios. No tenéis amor. Por eso no venís al Amor, que os habla, y no entraréis en el Reino del Amor. Allí no os conocen. No os conoce el Padre, porque vosotros no me conocéis a mí, que estoy en el Padre. No me queréis conocer. Vengo en nombre del Padre mío y no me recibís; pero, eso sí, estáis preparados para recibir a cualquiera que venga en nombre de sí mismo, con tal de que diga lo que a vosotros os gusta. ¿Decís que sois espíritus de fe? No, no lo sois. ¿Cómo vais a poder creer vosotros que os mendigáis la gloria unos a otros y no buscáis la gloria del Cielo, que sólo procede de Dios? La gloria es la Verdad, no un juego de intereses que no pasan de este mundo, que lisonjean sólo a la humanidad viciosa de los degradados hijos de Adán.

No creáis que os voy a acusar delante del Padre. Otro os acusa: ese Moisés en quien esperáis. Os recriminará por no creer en él, dado que no creéis en mí; porque Moisés habló de mí y vosotros no me reconocéis según lo que dejó escrito de mí. Si no creéis en las palabras de Moisés, el grande por quien juráis, no podéis creer en mis palabras, en las palabras del Hijo del hombre, en quien no tenéis fe. Esto es, humanamente hablando, lógico. Pero es que aquí estamos en el campo del espíritu, y están siendo cotejadas vuestras almas. Dios las observa a la luz de mis obras y coteja vuestras obras con lo que he venido a enseñar... Y Dios os juzga.

Ahora me marcho. Pasará largo tiempo sin que me volváis a ver, y, creedlo, ello no es un triunfo sino un castigo. Vamos.

Y Jesús hiende la muchedumbre, en parte muda, en parte expresiva (musitando su aprobación, sólo bisbiseando, por miedo a los fariseos), y se aleja.

## 226

**Un signo bueno por parte de María de Magdala. Muerte del anciano Ismael**

Jesús, en compañía de Simón Zelote, llega al jardín de Lázaro en una bellísima mañana de verano. Todavía no ha concluido la aurora, así que todo está fresco y risueño.

El sirviente - jardinero, que ha acudido a recibir al Maestro, señala a Jesús el ruedo de un indumento blanco que desaparece tras un seto, y dice:

-Lázaro va a la pérgola de los jazmines con unos rollos para leer. Ahora lo llamo.

-No, voy Yo, solo.

Jesús camina ligero a lo largo de un sendero limitado por setos florecidos. La hierbecilla que hay al pie del seto amortigua el sonido de los pasos. Jesús trata de poner el pie precisamente en la hierba, para llegar adonde Lázaro de improviso.

Lo sorprende de pie, erguido, con los rollos apoyados en una mesa de mármol, orando en voz alta. Está diciendo:

-No me niegues lo que te pido, Señor. Haz crecer este hilo de esperanza que ha nacido en mi corazón. Dame lo que con lágrimas, con las obras, con el perdón, con todo mi ser, te he pedido diez mil, cien mil veces. Dámelo y tómate a cambio mi vida. Dámelo en nombre de tu Jesús, que me ha prometido esta paz. ¿Puede, acaso, mentir? ¿Tendré que pensar que su pro-mesa fue sólo con palabras, o que su poder es inferior al abismo de pecado que es mi hermana? Respóndeme, Señor, que yo me resignaré por amor a ti...

-¡Sí, te respondo! - dice Jesús.

Lázaro se vuelve como movido por un resorte y grita:

-¡Mi Señor! ¿Cuándo has venido? - y se inclina para besar la túnica de Jesús.

-Hace algunos minutos.

-¿Solo?

-Con Simón Zelote. Pero aquí, donde estabas tú, he venido solo. Sé que me debes decir una cosa *importante.* Dímela, pues.

-No. Antes responde a las preguntas que dirijo a Dios. Según tu respuesta te la diré.

-Dime esta cosa *importante* tuya, dímela. La puedes decir... - y Jesús sonríe y lo invita a hablar abriendo los brazos.

-¡Dios altísimo! ¿Entonces es verdad? ¿Entonces sabes que es verdad! - y Lázaro va a los brazos de Jesús, a confiarle su cosa importante.

-María ha llamado a Marta a Magdala. Marta se ha puesto en camino, afligida, con el temor de que hubiera ocurrido alguna grave desgracia... Yo me he quedado aquí solo, con el mismo temor. Pero Marta, con el sirviente que la ha acompañado, me ha mandado una carta que me ha llenado de esperanza. Mira, la tengo aquí, en mi pecho; la tengo aquí porque me es más preciosa que un tesoro. Son pocas palabras, pero las leo cada poco, para estar seguro de que verdaderamente han sido escritas. Mira... - y Lázaro saca de entre su vestido un pequeño rollo atado con una cintita violeta. Lo desenrolla. « ¿Ves? Lee, lee. En voz alta. Leída por ti me parecerá aún más verdadero.

-"Lázaro, hermano mío, paz y bendición. He llegado pronto y bien. Mi corazón ha dejado de palpitarme por miedo a nuevas desgracias, porque he visto a María, a nuestra María, sana... y... sí, debo decirte que menos exaltada de aspecto que antes. Ha llorado reclinada sobre mi pecho. Un profundo llanto... Y, luego, por la noche, en la habitación a que me había llevado, me preguntó muchas cosas, muchas, sobre el Maestro. Por ahora sólo esto; pero yo, que veo el rostro de María además de oír sus palabras, digo que en mi corazón ha nacido la esperanza. Ora, hermano. Ten esperanza. ¡Ah, si fuera verdad!... Me quedo todavía un tiempo porque percibo que quiere tenerme cerca, como para sentirse defendida de la tentación, y para descubrir lo que nosotros ya conocemos: la bondad infinita de Jesús. Le he hablado de aquella mujer que vino a Betania... Veo que piensa, piensa, piensa... Haría falta que Jesús estuviera presente. Ora. Ten esperanza. El Señor esté contigo"». Jesús recoge el rollo y se lo devuelve a Lázaro.

-Maestro...

-Iré. ¿Tienes alguna forma de avisar a Marta de que dentro de no más de quince días venga a mi encuentro a Cafarnaúm?

-Sí, puedo avisarla, Señor. ¿Y yo?

-Tú te quedas aquí. También a Marta la mandaré para aquí.

-¿Por qué?

-Porque el redimido tiene un profundo pudor, y nada produce más vergüenza que la mirada de un padre o de un hermano. Yo también te digo: "Ora, ora, ora".

Lázaro llora en el pecho de Jesús... Después, ya calmado, sigue hablando todavía de su angustia, sus desalientos...

-Hace casi un año que mantengo la esperanza... que desespero... ¡Qué largo es el tiempo de la resurrección! - exclama.

Jesús lo deja que hable, que hable, que hable... hasta que Lázaro se da cuenta de que está faltando a sus deberes de hospitalidad, y se alza para llevar a Jesús a la casa. En el trayecto, pasan al lado de un tupido seto de jazmines en flor, sobre cuyas corolas de forma de estrella zumban abejas de oro.

-¡Ah!, me olvidaba de decirte que el anciano patriarca que me mandaste ha vuelto al seno de Abraham. Se lo encontró Maximino aquí, con la cabeza apoyada en este seto, como si se hubiera quedado dormido junto a las colmenas que cuidaba como si fueran casas llenas de niños de oro. Así llamaba a las abejas. Daba la impresión de que las entendía, y de que ellas también lo entendieran. Sobre el patriarca dormido en la paz de la buena conciencia, cuando Maximino lo encontró, estaba extendido un precioso velo de pequeños cuerpecitos de oro. Todas las abejas posadas sobre su amigo. No poco tuvieron que trabajar los sirvientes para separarlas de él. Tan bueno como era, quizás sabía a miel... tan honesto era, que quizás para las abejas era como una corola pura... Me ha dolido su muerte. Hubiera querido tenerlo más tiempo en mi casa. Era un justo...

-No te entristezca su ausencia. Él está en paz. Desde la paz ora por ti, que le has hecho dulces sus últimos días. ¿Dónde está sepultado?

-En el fondo del huerto. Sigue cerca de sus colmenas. Ven conmigo que te guío...

Y se ponen a andar, por un pequeño bosque de laurocerasos, hacia las colmenas, de las cuales proviene un runruneo laborioso...

## 227

## Un episodio incompleto

Es un Judas muy pálido este que baja del carro, con la Virgen y las discípulas, o sea, las Marías, Juana y Elisa...

Judas, convaleciente, vuelve adonde Jesús, que está en el Getsemaní, con María, que lo ha cuidado, y con Juana, que insiste para que las mujeres y el convaleciente vuelvan en el carro a Galilea. Jesús es también de esta opinión y hace incluso montar en el carro al niño con ellas. Sin embargo, Juana y Elisa se quedan en Jerusalén unos días, para luego regresar respectivamente a Béter y a Betsur.

Elisa decía:

-Ahora tengo el valor de volver allí, porque mi vida ya no es una vida sin objetivo. Ganaré para ti la estima de mis amigos.

Juana añadió:

-Yo también lo haré en mis tierras, mientras Cusa me deje aquí. Será también servirte. Aunque preferiría ir contigo.

Igualmente Judas decía:

-No he añorado a mi madre ni siquiera en las horas peores de la enfermedad, porque tu Madre ha sido una verdadera madre para mí, dulce y amorosa; no lo olvidaré nunca.

## 228

## Margziam confiado a Porfiria

Jesús está con sus apóstoles en el lago de Galilea. Es por la mañana, todavía temprano. Están todos los apóstoles, incluso Judas, perfectamente curado y con una expresión de rostro más dulce, debido a la enfermedad que ha padecido y a los cuidados recibidos; y también Margziam, un poco impresionado porque es la primera vez que está sobre el agua. El niño, aunque no quiere que se note, a cada cabeceo un poco más fuerte, se agarra con un brazo al cuello de la oveja, que comparte su miedo balando quejumbrosamente, y con el otro brazo a lo que puede (al mástil, a un asiento, a un remo, o incluso a la pierna de Pedro o de Andrés o de los mozos, que pasan dedicados a sus operaciones), y cierra los ojos, quizás convencido de que está viviendo su última hora.

Pedro, de vez en cuando, dándole un cachetito en el carrillo, le dice:

-¿No tendrás miedo, no? Un discípulo no debe tener nunca miedo.

El niño dice que no, con la cabeza, pero, dado que el viento aumenta y que el agua se va agitando más a medida que se acercan a la desembocadura del Jordán en el lago, se agarra más fuerte y cierra los ojos más veces... hasta que exhala un grito de miedo, cuando, de improviso, la barca se inclina por una ola que la ha embestido de costado.

Unos ríen, otros, de broma, toman el pelo a Pedro, porque ahora es padre de uno que no sabe estar en la barca; otros se burlan de Margziam, porque siempre dice que quiere ir por tierras y mares a predicar a Jesús y luego tiene miedo de recorrer unos pocos estadios de lago. Pero Margziam se defiende diciendo:

-Cada uno tiene miedo de algo, si no lo conoce: yo del agua, Judas de la muerte...

Comprendo que Judas ha debido tener mucho miedo a morir, y me asombra el que no reaccione ante esta observación; antes al contrario, dice:

-Es así, como has dicho. Se tiene miedo de lo que no se conoce. Pero, mira, estamos llegando. Betsaida está a pocos estadios, tú estás seguro de que allí encontrarás amor... Pues bien, eso es lo que quisiera yo, estar a poca distancia de la Casa del Padre y estar seguro de encontrar amor en ella - y lo dice con cansancio y tristeza.

-¿Desconfías de Dios? - pregunta sorprendido Andrés.

-No. Desconfío de mí. Durante los días de la enfermedad, rodeado de tantas mujeres puras y buenas, me he sentido, en mi espíritu, muy pequeño. ¡Cuánto he pensado! Decía: "Si ellas todavía trabajan para ser mejores y ganarse el Cielo, ¿qué no deberé hacer yo!". Porque ellas se sienten todavía pecadoras. Y a mí me parecían ya todas santas. ¿Y yo?... ¿lo conseguiré, Maestro?

-Con la buena voluntad se puede todo.

-Pero mi voluntad es muy imperfecta.

-La ayuda de Dios pone en la voluntad lo que a ésta le falta para ser completa. Tu actual humildad ha nacido en la enfermedad. ¿Ves?, el buen Dios, por medio de un suceso penoso, te ha proporcionado una cosa que no tenías.

-Es verdad, Maestro. ¡Oh, esas mujeres! ¡Qué discípulas más perfectas! No me refiero a tu Madre, que ya se sabe; me refiero a las otras. ¡Verdaderamente nos han superado! Yo he sido uno de los primeros ensayos de su futuro ministerio. Créeme, Maestro, con ellas uno puede descansar seguro. Nos cuidaban a mí y a Elisa; ella ha vuelto a Betsur con el alma reconstruida, y yo... yo espero reconstruirla, ahora que ellas me la han trabajado...

Judas, todavía débil, llora.

Jesús, que está sentado a su lado, le pone una mano sobre la cabeza mientras hace un gesto a los demás para que guarden silencio. Pero, la verdad es que Pedro y Andrés están muy ocupados con las últimas maniobras de atracada y no hablan,

y Simón Zelote, Mateo, Felipe y Margziam no tienen ninguna intención de hacerlo, quién porque está distraído por el ansia de la llegada, quién porque es de por sí prudente.

La barca penetra en el río Jordán. Poco después se detiene en el guijarral. Los mozos bajan para asegurarla atándola con una soga a una peña y para afianzar una tabla que sirva de puente; Pedro, entretanto, se pone de nuevo la túnica larga, y lo mismo hace Andrés. Mientras, la otra barca ya ha hecho la misma maniobra y están bajando los otros apóstoles. También Judas y Jesús bajan. Pedro, por su parte, está poniéndole la tuniquita al niño y aviándole para presentarlo en orden a su mujer... Ya han bajado todos, ovejas incluidas.

-Y ahora en marcha - dice Pedro. Está realmente emocionado. Le da la mano al niño, que está también emocionado, tanto que se olvida de las ovejitas -se ocupa Juan de ellas- y, en un improviso acceso de miedo, pregunta:

-¿Pero, me va a aceptar?, ¿me va a querer mucho?

Pedro lo tranquiliza, aunque quizás el miedo se le ha contagiado, porque dice a Jesús: -Háblale Tú a Porfiria, Maestro, que creo que no sabré expresarme bien.

Jesús sonríe, pero promete hacerlo.

Siguiendo el guijarral de la orilla, llegan pronto a la casa. La puerta está abierta y se oye a Porfiria ocupada en las labores domésticas.

-Paz a ti - dice Jesús asomándose a la puerta de la cocina, donde la mujer está poniendo en orden unos objetos de la vajilla.

-¡Maestro! ¡Simón!

La mujer corre a postrarse a los pies de Jesús y luego a los de su marido. Se pone en pie y, con ese rostro suyo si no hermoso sí bueno, dice ruborizándose:

-¡Hacía mucho que deseaba veros! ¿Habéis estado todos bien? ¡Venid! ¡Venid! Estaréis cansados...

-No. Venimos de Nazaret. Hemos estado unos días. Luego nos hemos detenido también en Caná. En Tiberíades teníamos las barcas. Como puedes ver, no estamos cansados. Llevábamos a un niño con nosotros, y Judas de Simón estaba débil porque ha sufrido una enfermedad.

-¿Un niño? ¿Y siendo tan pequeño es ya discípulo?

-Es un huérfano que hemos recogido en nuestro camino.

-¡Bonito! ¡Ven, tesoro; te doy un beso!

El niño, que hasta ahora había estado medio escondido temeroso detrás de Jesús, se deja coger de la mujer, que casi se ha arrodillado para estar a la altura de él; y se deja besar sin ofrecer ninguna resistencia.

-¿Y ahora os lo lleváis con vosotros?, ¿siempre con vosotros, con lo pequeño que es? Será fatigoso para él...

La mujer se muestra toda compasiva. Tiene al niño estrechado entre sus brazos con su mejilla apoyada en la del niño.

-La verdad es que Yo tenía otro plan. Pensaba confiarlo a alguna discípula cuando nosotros nos alejemos de Galilea y del lago...

-¿A mí no, Señor? No he tenido ningún niño, pero sobrinitos sí, y sé tratar a los niños. Soy la discípula que no sabe hablar, que no tiene tanta salud como para ir contigo, como hacen las otras, que... ¡oh, Tú lo sabes!... será que soy mezquina, si quieres, pero Tú sabes en qué tenaza me encuentro, o, más que en una tenaza, entre dos sogas que tiran de mí en dirección opuesta, y no tengo el valor de cortar una de las dos. Deja que te sirva al menos un poco, siendo la mamá-discípula de este niño. Le enseñaré todo lo que las otras enseñan a muchos... a amarte a ti...

Jesús le pone la mano sobre la cabeza, sonríe y dice:

-Hemos traído a este niño aquí porque aquí encontraría una madre y un padre. Bien, pues vamos a constituir la familia.

Y Jesús mete la mano de Margziam entre las de Pedro -que tiene los ojos brillantes- y de Porfiria diciendo:

-Educadme santamente a este inocente.

Pedro ya lo sabe y lo único que hace es secarse una lágrima con el dorso de la mano. Pero su mujer, que no se lo esperaba, se queda unos momentos muda, por el estupor, pero luego vuelve a arrodillarse y dice:

-¡Señor mío!, Tú me has arrebatado a mi esposo, dejándome casi viuda. Pero ahora me das un hijo... Así devuelves todas las rosas a mi vida, no sólo las que me has cogido sino también las que no he tenido nunca. ¡Bendito seas! Amaré a este niño más que si hubiera nacido de mis entrañas, porque me viene de ti.

Y la mujer besa la túnica de Jesús. También besa al niño y luego lo sienta sobre su regazo.... Se la ve dichosa...

-No disturbemos sus expresiones de afecto - dice Jesús - Quédate si quieres, Simón; nosotros vamos a la ciudad a predicar. Volveremos ya por la noche, para pedirte comida y descanso.

Y Jesús sale con los apóstoles, dejando tranquilos a los tres...

Juan dice:

-Mi Señor, ¡a Simón hoy se le ve feliz!

-¿Tú también quieres un niño?

-No. Sólo quisiera un par de alas para elevarme hasta las puertas del Cielo y aprender el lenguaje de la Luz, para repetirlo a los hombres - y sonríe.

Acondicionan a las ovejitas en el fondo del huerto, junto al local de las redes, y les dan ramitas, hierba y agua del pozo; luego se marchan hacia el centro de la ciudad.

## 229

## Discurso a los habitantes de Betsaida sobre el gesto de caridad de Simón Pedro

Jesús está hablando a mucha gente que se ha congregado delante de la casa de Felipe; habla erguido, en el umbral de la puerta realzado sobre dos altos escalones.

La novedad del hijo adoptivo de Pedro que ha venido con su minúscula riqueza de tres ovejitas en busca de la gran riqueza de una nueva familia se ha esparcido como una gota de aceite en una tela. Todos hablan de ello, cuchichean, hacen comentarios que responden a los distintos modos de pensar.

Hay quien, sincero amigo de Simón y de Porfiria, se muestra contento por su alegría. Hay quien, con malevolencia, dice:

-Para que lo aceptara, se lo ha tenido que ofrecer con dote.

Está también la persona buena que dice:

-Vamos a querer todos mucho a este pequeñuelo amado de Jesús.

No falta quien maliciosamente dice:

-¡La generosidad de Simón! ¡Sí, precisamente eso! ¡Se lucrará, si no...!

Están también los ambiciosos: «

-¡También yo lo habría hecho, si me hubieran ofrecido un niño con tres ovejas. ¡Tres! ¿Os dais cuenta? Es un pequeño rebaño. ¡Además bien hermosas! Lana y leche están asegurados, y luego los corderos para venderlos o tenerlos! ¡Son riqueza! Además el niño puede servir, puede trabajar...

Pero otros replican a los malpensados:

-¡Qué vergüenza! ¡Decir que se ha hecho pagar por una buena acción! Simón no ha pensado eso. Lo hemos conocido siempre generoso con los pobres, especialmente con los niños, a pesar de su modesto patrimonio de pescador. Es justo que ahora -que ya no gana con la pesca y carga con el peso de otra persona en la familia- tenga otro modo de ganar algo.

Mientras la gente comenta, extrayendo cada uno de su propio corazón lo que de bueno o malo tiene y vistiéndolo de palabras, Jesús conversa con uno de Cafarnaúm que ha venido a verlo para invitarlo a ir enseguida, porque -dice- la hija del arquisinagogo se está muriendo, y porque hace unos días que está viniendo una mujer noble con una sierva preguntando por él. Jesús promete que irá al día siguiente por la mañana, cosa que entristece a los de Betsaida porque querrían que estuviera con ellos más días.

-Vosotros tenéis menos necesidad de mí que otros. Permitid que me vaya. Además, durante todo el verano estaré en Galilea, y mucho en Cafarnaúm. Será fácil vernos. Allá hay un padre y una madre angustiados. Hay que socorrerlos por caridad. Vosotros -los buenos de entre vosotros- aprobáis la bondad de Simón para con el huérfano. Sólo el juicio de los buenos tiene valor. No se debe escuchar el juicio de los no buenos, que siempre está impregnado de veneno y mentira. Así que vosotros, los buenos, debéis aprobar mi acto de bondad de ir a consolar a un padre y a una madre. Haced que vuestra aprobación no quede estéril, sino que, al contrario, os mueva a imitación.

Hay páginas de la Escritura que hablan de cuánto bien nace de un acto bueno. Recordemos a Tobit. Mereció que un ángel tutelase a su Tobías y que enseñase a éste cómo devolver la vista a su padre. ¡Cuánta caridad, sin pensar en obtener beneficio, había practicado el justo Tobit, a pesar de los reproches de su mujer, y de los peligros incluso de muerte! Recordad las palabras del arcángel: “Buenas cosas son la oración y el ayuno. La limosna vale más que montañas de tesoros de oro, porque libra de la muerte, purifica los pecados; quien la practica halla misericordia y vida eterna... Cuando orabas entre lágrimas y enterrabas a los muertos... presenté tus oraciones al Señor". Pues bien, mi Simón, en verdad os lo digo, superará con mucho las virtudes del anciano Tobit. Cuando Yo me vaya, quedará como tutor de vuestras almas en mi Vida. Ahora él empieza su paternidad de alma para ser mañana padre santo de todas las almas fieles a mí.

Por tanto, no murmuréis; al contrario, si un día encontráis en vuestro camino, cual pajarillo caído de su nido, a un huérfano, recogedlo. El pedazo de pan compartido con el huérfano, lejos de empobrecer la mesa de los hijos auténticos, trae a casa las bendiciones de Dios. Hacedlo, porque Dios es el Padre de los huérfanos y es Él mismo quien os los pone delante, para que los ayudéis reconstruyéndoles el nido que la muerte destruyera; hacedlo porque lo enseña la Ley que Dios dio a Moisés, que es nuestro legislador precisamente porque en tierra enemiga e idolátrica encontró un corazón que se curvó compasivo hacia su debilidad de infante, salvándolo de la muerte, arrebatándolo a la muerte, fuera de las aguas, al margen de las persecuciones, porque Dios había establecido que Israel tuviera un día su libertador: un acto de piedad le valió a Israel su caudillo.

Las repercusiones de un acto bueno son como ondas sonoras que se difunden hasta muy lejos del lugar en que nacen; o, si lo preferís, como flujo de viento que arrebata las semillas y consigo las lleva muy lejos hasta las fértiles glebas.

Podéis iros. La paz sea con vosotros.

## 230

## Curación de la hemorroisa y resurrección de la hija de Jairo

Jesús va rodeado de mucha gente que ciertamente lo estaba esperando, por un camino soleado y polvoriento que bordea la ribera del lago. Se dirige hacia un pueblo. La muchedumbre lo oprime a pesar de que los apóstoles, a fuerza de codos y hombros, vayan tratando de hacer hueco y levanten la voz para convencer a la masa de dejar un poco de espacio.

Pero Jesús no está inquieto por tanto barullo. Sobrepasando en altura con toda la cabeza a los que lo rodean, mira con dulce sonrisa a esta multitud que lo apretuja; responde a los saludos, acaricia a algún niño que logra hacerse ver por entre la barrera de adultos y arrimarse a Él, pone la mano en la cabeza de aquellos pequeñuelos a los que sus madres aúpan por encima de las cabezas de la gente para que Él los toque... Y, entretanto, sigue andando, lentamente, pacientemente, en medio de esta bulla y de estas continuas presiones que pondrían de malhumor a cualquiera.

Una voz de hombre grita:

-¡Paso! ¡Dejad paso!

Una voz que denota angustia. Muchos deben conocerla y respetarla, como de una persona influyente, porque la multitud se escinde -aunque con mucha dificultad, porque están muy apretujados- y dejan pasar a un hombre de unos cincuenta años, enteramente cubierto con un largo y amplio indumento y con una especie de pañuelo blanco alrededor de la cabeza, cuyo vuelo pende hasta el cuello y sobre la cara.

Llega adonde Jesús, se postra a sus pies y dice:

-Maestro, ¿por qué has estado fuera tanto tiempo? Mi hija está muy enferma. Ninguno la puede curar. Tú eres la única esperanza mía y de la madre. Ven, Maestro. Te esperaba con ansiedad infinita. Ven, ven enseguida. Mi única criatura se está muriendo... - y se echa a llorar.

Jesús pone su mano sobre la cabeza de este hombre que llora, sobre esta cabeza inclinada y convulsa por los sollozos, y le responde:

-No llores. Ten fe. Tu hija vivirá. Vamos a verla. ¡Levántate! ¡Vamos!

Las dos últimas palabras tienen tono de imperio. Antes era el Consolador, ahora habla como Dominador.

Se ponen de nuevo en camino. El padre, llorando, va al lado de Jesús, que lo tiene cogido de la mano; y, cuando un sollozo más fuerte agita al pobre hombre, veo que Jesús lo mira y le aprieta la mano. No hace sino esto, pero ¡cuánta fuerza debe tornar a un alma cuando se siente tratada así por Jesús!

Antes, donde ahora está el padre, estaba Santiago, pero Jesús le ha dicho que le cediera el puesto. Pedro está al otro lado. Juan al lado de Pedro, tratando de hacer con él de barrera a la gente, como hacen también Santiago y Judas Iscariote en el otro lado, detrás del adolorado padre. Los otros apóstoles están unos delante y otros detrás de Jesús. Pero no es suficiente. Especialmente los tres de atrás, entre los cuales veo a Mateo, no consiguen mantener detrás a la muralla viva. Y, cuando refunfuñan un poco demasiado y casi casi insultan a esta muchedumbre poco discreta, Jesús vuelve la cabeza y dice con dulzura:

-¡No pongáis impedimento a estos pequeñuelos míos!...

Pero, en un momento dado, se vuelve bruscamente, dejando incluso caer la mano del hombre. Se detiene. Se vuelve (esta vez no vuelve sólo la cabeza sino todo su cuerpo). Parece incluso más alto, porque ha tomado una actitud de rey. Con su rostro -ahora severo- y su mirada inquisitiva escruta a la muchedumbre. En sus ojos hay relámpagos, no de dureza sino de majestad.

-¿Quién me ha tocado? - pregunta. Nadie responde.

-¿Quién me ha tocado?, repito - insiste Jesús.

Responden los discípulos:

-Pero, Maestro, ¿no ves que la muchedumbre te está apretujando por todas partes? Todos te tocan, a pesar de nuestros esfuerzos.

-Estoy preguntando que quién me ha tocado para obtener un mi-agro. He sentido que salía de mí una virtud milagrosa porque un corazón la invocaba con fe. ¿Quién es este corazón?

Jesús, mientras habla, baja dos o tres veces sus ojos hacia una mujercita de unos cuarenta años, vestida muy pobremente, de rostro demacrado, la cual busca eclipsarse entre la muchedumbre, desaparecer tragada por la multitud. Esos *ojos* puestos en ella deben quemarla. Se da cuenta de que no puede huir y vuelve adelante. Se postra a sus pies, casi tocando el polvo con el rostro; con los brazos extendidos, aunque sin llegar a tocar a Jesús.

-¡Perdón! Soy yo. Estaba enferma. ¡Hacía doce años que estaba enferma! Todos huían de mí. Mi marido me ha abandonado. He gastado todos mis haberes para no ser considerada un oprobio, para vivir corno viven todos. Ninguno ha podido curarme. Maestro, ya ves que soy una anciana prematura. Mi vitalidad, con mi flujo incurable, ha salido de mí, y mi paz con ella. Me dijeron que Tú eras bueno. Me lo dijo uno al que habías curado de su lepra, uno que por su experiencia de tantos años en que todos huían de él no sintió asco de mí. No me he atrevido a decir esto antes. ¡Perdóname! He pensado que sólo con tocarte quedaría curada. Pero no te he contaminado de impureza. Apenas he rozado el extremo de tu vestido que toca el suelo, la suciedad del suelo... como mi inmundicia... ¡Pero ahora estoy curada! ¡Bendito seas! En el momento en que he tocado tu vestido mi mal ha cesado. Ahora soy como todas las demás. Ya no se apartará de mí la gente. Mi marido, mis hijos, mis parientes podrán estar conmigo, los podré acariciar, seré útil a mi casa. ¡Gracias, Jesús, Maestro bueno! ¡Bendito seas eternamente!

Jesús la mira con una bondad infinita. Le sonríe y le dice:

-Ve en paz, hija. Tu fe te ha salvado. Queda curada para siempre. Sé buena y vive feliz. Ve.

No ha terminado de hablar cuando, de improviso, llega un hombre -creo que un siervo-, y se dirige al padre de la niña enferma que durante todo este tiempo ha estado en actitud de espera respetuosa pero angustiada, verdaderamente en ascuas- y le dice:

-Tu hija ha muerto. No importunes ya al Maestro. Su espíritu la ha dejado. Ya las plañideras están llorando. La madre me envía a decírtelo y te ruega que vayas enseguida.

El pobre padre exhala un gemido, se lleva las manos a la frente, frunce la frente, se comprime los ojos, se pliega como si lo hubieran herido.

Jesús, que parecía que no debería ver ni oír nada, porque está atento a lo que le dice la mujer y a responderle, se vuelve, sin embargo, y pone la mano sobre la espalda curvada del pobre padre:

-Hombre, te he dicho: ten fe. Te repito: ten fe. No temas. Tu hija vivirá. Vamos adonde ella.

Y se pone de nuevo en marcha, manteniendo estrechado contra sí a este hombre completamente destruido.

La multitud, ante este dolor y la gracia que se ha producido, se detiene atemorizada; se abre, deja a Jesús y a los suyos que puedan caminar ligero para seguir luego como una estela a la Gracia que pasa.

Se recorren así unos cien metros, quizás más -no soy buena calculadora-; se entra cada vez más en el centro del pueblo.

Hay una aglomeración de gente delante de una casa de fino aspecto. Están comentando con voz alta y estridente lo que ha sucedido, a manera de contrapunto de otros gritos más altos que llegan a través de la puerta abierta de par en par: son gritos gorjeados, agudos, mantenidos en una nota monótona y que parecen dirigidos por una voz más aguda, solista; a ésta responden, primero un grupo de voces más finas, luego otro de voces más llenas. Es un alboroto capaz de producir la muerte incluso a quien está bien.

Jesús ordena a los suyos que se queden delante de la puerta, pero llama a Pedro, Juan y Santiago. Con ellos entra en la casa (lleva todavía agarrado de un brazo al padre, que sigue llorando: parece como si quisiera infundirle la certeza de que Él está ahí para consolarlo con ese gesto).

Las... plañideras, que yo llamaría más bien "chillonas", al ver al jefe de la casa y al Maestro, doblan su gritería. Dan palmadas, agitan unas panderetas, golpean triángulos y sobre esta... música apoyan sus plañidos.

-Callad - dice Jesús - No es el caso de llorar. La niña no está muerta, sólo duerme.

Las mujeres lanzan gritos más fuertes aún. Algunas se revuelcan por el suelo, se hacen arañazos, se arrancan los pelos (o, más bien, hacen como si se los arrancaran) para mostrar que está realmente muerta. Los que suenan los instrumentos y los amigos menean la cabeza como respuesta a lo que creen ser un espejismo de Jesús.

Mas Él repite: «¡Callad!», tan enérgicamente, que el alboroto, si bien no cesa completamente, al menos se transforma en simple murmullo. Jesús pasa más adentro.

Entra en un cuarto pequeño. Encima de la cama está extendida una niña muerta. Delgada y palidísima, yace, ya vestida, ordenados con cuidado sus negros cabellos. La madre llora al pie del costado derecho de la cama, mientras besa la cérea manita de la difunta.

¡Qué hermoso está Jesús ahora! ¡Como pocas veces lo he visto! Se acerca al lecho rápidamente, tanto que parece deslizarse sobre el suelo... volar. Los tres apóstoles cierran la puerta sin contemplaciones para con los curiosos y permanecen apoyados a ella. El padre se ha detenido a los pies de la cama.

Jesús va a la parte izquierda, extiende la mano izquierda para tomar la manita muerta de la pequeña difunta; es también la *izquier*da, lo he visto bien, es la izquierda de Jesús y la izquierda de la niña. Alza el brazo derecho hasta llevar la mano abierta a la altura del hombro, y la baja con el gesto propio de uno que o jura o manda. Dice:

-¡Niña, Yo te lo digo, levántate!

Transcurre un momento en que todos, excepto Jesús y la muerta, permanecen suspendidos. Los apóstoles alargan el cuello para ver mejor. El padre y la madre miran con ojos acongojados a su hija. Pasa un instante... y un suspiro alza el pecho de la pequeña difunta, un leve color sube a la carita cérea, anulando el cárdeno de muerte. Una sonrisa se dibuja en los pálidos labios antes de abrirse los ojos, como si la niña estuviera teniendo un dulce sueño. Jesús la tiene todavía tomada de la mano. Entonces la niña abre dulcemente los ojos y los mueve en su derredor como si se despertara en ese momento. Lo primero que ve es el rostro de Jesús, que la está mirando fijamente con sus ojos espléndidos, sonriéndole con alentadora bondad. Y ella también le sonríe.

-Levántate - repite Jesús, mientras aparta con su mano los objetos fúnebres que estaban colocados o sobre la propia cama o a los lados (flores, velos, etc. etc.) y la ayuda a bajar. Y hace que dé unos primeros pasos teniéndola todavía de la mano.

-Dadle de comer. Ahora - ordena Jesús - Está curada. Dios os la ha devuelto. Dadle gracias. No digáis a nadie lo que ha sucedido. Vosotros sabéis qué le había sucedido. Habéis creído, habéis merecido el milagro. Los otros no han tenido fe. Es inútil tratar de persuadirlos. Dios no se muestra a quien niega el milagro. Y tú, niña, sé buena. ¡Adiós! La paz descienda sobre esta casa.

Sale cerrando tras sí a puerta.

La visión termina.

## 231

## En Cafarnaúm, Jesús y Marta hablan de la crisis que atormenta a María de Magdala

Sudoroso y empolvado, Jesús, con Pedro y Juan, regresa a la casa de Cafarnaúm.

Apenas acaba de poner pie en el huerto, para ir a la cocina, cuando el dueño de la casa lo llama familiarmente y le dice:

-Jesús, ha vuelto esa dama de que te hablé en Betsaida; ha vuelto y te buscaba. Le he dicho que te esperase y la he conducido arriba, a la habitación superior.

-Gracias, Tomás, voy enseguida. Si llegan los demás, tenlos aquí.

Y Jesús sube ligero la escalera sin quitarse siquiera el manto. La escalera va a dar a una terraza. En ella, inmóvil, está Marcela, la sierva de Marta.

-¡Maestro nuestro! Mi señora está ahí dentro. Te espera desde hace muchos días - dice la mujer mientras se arrodilla ante Jesús para venerarlo.

-Ya me lo imaginaba. Voy enseguida a verla. Dios te bendiga, Marcela.

Jesús levanta la cortina que protege de la luz, aún violenta a pesar de que la puesta de sol esté ya adelantada (vuelve fuego al aire y parece encender las casas blancas de Cafarnaúm con la roja reverberación de un enorme brasero). En la habitación está Marta, toda velada y envuelta en un manto, sentada junto a una ventana. Quizás mira a un trozo de lago en que un collado boscoso zambulle un entrante, quizás sólo mira a sus pensamientos. Está muy absorta; tanto que no oye el leve roce de los pies de Jesús, que se está acercando a ella; siendo así que, cuando la llama, se sobresalta.

-¡Maestro! - grita, y se derrumba de rodillas con los brazos tendidos hacia adelante como solicitando ayuda, luego se curva hasta tocar con la frente en el suelo y se echa a llorar.

-¿Por qué? ¡Ánimo, levántate! ¿Por qué este llanto desconsolado? ¿Tienes alguna desventura que manifestarme? ¿Sí? ¿Cuál? Dime. He estado en Betania, ¿sabes? ¿Sí? Allí he sabido que había buenas noticias. Ahora estás llorando... ¿Qué ha pasado?

Y la obliga a levantarse, y a que se siente en el asiento que está colocado contra la pared. El se sienta frente a ella.

-Venga, quítate ese velo y ese manto, como hago Yo. Te estarás ahogando con ellos. Además es que quiero ver el rostro de esta Marta turbada, para alejar todas las nubes que lo ensombrecen.

Marta obedece, aunque sigue llorando; aparece su rostro enrojecido y de ojos hinchados.

-¿Entonces? Te ayudaré. María te ha mandado llamar. Ha llorado mucho, ha querido saber muchas cosas de mí. Tú has pensado que ello era buena señal, tanto es así que has manifestado tu deseo de que Yo viniera para cumplir el milagro. Bien, pues he venido. ¿Y ahora?...

-¡Ahora ya nada, Maestro! Me equivoqué. Una esperanza demasiado viva hace ver cosas inexistentes... Te he hecho venir para nada... María es peor que antes... ¡No! ¿Qué estoy diciendo? Estoy calumniando, mintiendo. No es que sea peor, porque no quiere ya hombres a su alrededor, es que es distinta; pero sigue siendo muy mala. La veo como loca... Yo ya no la entiendo. Antes, al menos, la comprendía. Pero, ahora, ¿quién puede comprenderla?

Y Marta llora desconsoladamente.

-Venga, mujer, tranquilízate y cuéntame lo que hace. ¿Por qué es mala? Has dicho que ya no quiere hombres en torno a ella. Por tanto, supongo que vivirá retirada en casa. ¿Es así? ¿Sí? Bien. Eso está muy bien. El hecho de que haya querido que estuvieras a su lado como defensa de la tentación-son tus palabras-, el hecho de esquivar la tentación apartándose de relaciones culpables, o simplemente de lo que podría inducir a relaciones culpables, es signo de buena voluntad.

-¿Piensas que sí, Maestro? ¿Lo crees verdaderamente?

-Sin duda. ¿En qué, entonces, te parece mala? Cuéntame lo que hace…

Marta, un poco más fuerte ahora por esta certeza de Jesús, habla con más orden:

-Desde que llegué, María no ha vuelto a salir de casa, del jardín, ni siquiera para ir al lago con la barca. La que fue su nodriza me ha dicho que ya antes no salía casi nada. Este cambio parece ser que ha empezado desde la Pascua. Pero, antes de que yo llegase, todavía había personas que iban a verla, y no siempre las rechazaba. Algunas veces mandaba que no dejasen pasar a ninguno, y parecía una orden de carácter definitivo. Pero luego, si, habiendo oído las voces de los visitantes, iba al vestíbulo y ya éstos se habían marchado, incluso pegaba a los sirvientes en un arrebato de injusta ira. Desde mi llegada no lo ha vuelto a hacer. La primera tarde -y por eso nació en mí tanta esperanza- me dijo: "Sujétame, átame incluso... pero no me dejes salir ya más, no dejes que vea a nadie sino a ti y a la nodriza, porque soy una enferma y quiero recobrar la salud. Esos que vienen aquí, o que quieren que yo vaya adonde ellos, son semejantes a pantanos de fiebre. Con ellos enfermo cada vez más. Pero su apariencia es muy hermosa, son exuberantes, están llenos de cantos, tienen frutos de aspecto tentador; tanto que no sé resistir, porque soy una desdichada, una desdichada soy. Marta, tu hermana es una débil, y hay quien se aprovecha de su debilidad para hacer que haga cosas infames, a las cuales un resto de mí no consiente, el único resto que me queda todavía de mi madre, de mi pobre madre...", y lloraba, lloraba. Yo lo he hecho: con dulzura en las horas de mayor lucidez suya, con firmeza en las horas en que me parece una fiera enjaulada. Ninguna vez se ha rebelado contra mí; es más, pasados los momentos de mayor tentación, viene a llorar a mis pies con su cabeza reclinada en mi regazo, y dice: "¡Perdóname, perdóname!". Y, si le pregunto: "Pero, ¿de qué, hermana? No me has ofendido", responde: "Porque hace poco, o ayer por la tarde, cuando me dijiste: “Tú no sales de aquí”, en mi corazón te he odiado, te he maldecido, he deseado tu muerte". ¿No da pena, Señor? ¿Es que está loca? ¿Será que su vicio la ha vuelto loca? Yo creo que algún amante le ha dado un filtro para tenerla como esclava en la lujuria, un filtro que le ha afectado a la cabeza...

-No, no se trata de filtros ni de locuras, es otra cosa. Pero... continúa.

-Bien. Conmigo es respetuosa y obediente. Tampoco ha vuelto a maltratar a los sirvientes. Pero, después de la primera tarde, no ha preguntado nada sobre ti. Es más, si saco la conversación, la desvía; salvo cuando se queda horas y horas en el escollo de la panorámica mirando hasta quedar cegada por el lago, y me pregunta a cada barca que ve pasar: "¿Te parece la de los pescadores galileos?". No dice nunca tu Nombre, ni el de los apóstoles, pero sé que piensa en ellos y en ti en la barca de Pedro. También comprendo que piensa en ti porque algunas veces, al atardecer, paseando por el jardín o esperando a irnos a dormir -yo cosiendo, ella mano sobre mano- me dice: "¿Es así como hay que vivir según la doctrina que sigues?"; y unas veces llora, otras ríe con una carcajada sarcástica, de loca o de demonio. Otras veces se suelta los cabellos, ¡siempre tan artísticamente arreglados!-, se hace dos coletas, se pone uno de mis vestidos, me viene, con las coletas que le caen por detrás, o dispuestas delante, sin ningún escote, púdica, con aire de jovencita por el vestido, las coletas y la expresión del rostro, y me dice: "¿Es así como debería ser María?". En estos casos algunas veces llora besándose sus espléndidas coletas, gruesas como brazos, que le llegan hasta las rodillas, todo ese oro vivo que era la gloria de mi madre; pero también a veces echa esa horrenda carcajada, o me dice: "Mira, más bien, mira lo que hago, así me quito de en medio", y se rodea la garganta con las coletas y aprieta hasta que se pone violácea, como queriéndose estrangular. Otras veces -se ve que es cuando más fuerte siente su... su carne- le da por compadecerse de sí misma o por darse golpes (la he visto golpearse furiosamente el pecho, el vientre, arañarse la cara, golpear la cabeza contra la pared; y si le he preguntado: "¿Por qué haces eso?", se me ha vuelto, como fuera de sí,

furiosa, diciendo: "Para destruirme, y destruir mis entrañas y mi cabeza. Hay que destruir las cosas nocivas y malditas. Me estoy destruyendo". Cuando le hablo de la misericordia divina, de ti -porque hablo de ti como si ella fuera la más fiel de tus discípulas, y te juro que a veces me repele hablar de ti delante de ella- me responde: "Para mí no puede haber misericordia. He rebasado la medida". Y entonces le da un ataque furioso de desesperación, y se pone a gritar y a golpearse hasta hacerse sangre: "¿Por qué tengo este monstruo que me desmembra, que no me deja un momento de paz, que me conduce al mal con voces de cantos y luego une a éstas las voces de maldición de mi padre, de mi madre, y las vuestras? -porque también tú y Lázaro me maldecís, y me maldice Israel-, ¿qué me trae estas voces para hacerme enloquecer?". Yo, cuando habla así, respondo: "¿Por qué piensas en Israel, que al fin y al cabo es una nación, y no en Dios? Dado que no has pensado antes, cuando pisoteabas todo, piensa ahora en vencer todo y en preocuparte sólo de lo que no es mundo, o sea, Dios, padre, madre, que no te maldicen si cambias de vida, antes al contrario, te abren sus brazos...". Y ella me escucha, pensativa, con asombro, como si le estuviera contando una fábula imposible. Luego se —cha a llorar, y no responde. Otras veces pide a los sirvientes vinos y drogas, y bebe y come estos alimentos artificiosos diciendo: "Es para no pensar". Ahora, desde que ha sabido que estás en el lago, siempre que sabe que vengo aquí, me dice: "Un día voy a ir, yo también", y, riéndose con esa risa que es un insulto a sí misma, concluye: "Así, al menos, la mirada de Dios caerá también en el estiércol". Pero no quiero que venga, así que espero a venir aquí cuando ella, cansada de ira, de vino, de llanto, de todo, duerme derrengada. Hoy también he huido de este modo. Volveré de noche, antes de que se despierte. Esta es mi vida... Ya no tengo esperanza...». Y el llanto, no refrenado ya por el deseo de decir todo con orden, vuelve a aparecer, más fuerte que antes.

-¿Te acuerdas, Marta, de que una vez te dije: "María es una enferma"? No querías creerlo, ahora lo ves. La llamas loca. Ella misma dice de sí que está enferma de fiebres pecaminosas. Yo digo: enferma por posesión demoníaca. Es una enfermedad, de todas formas. Estas incoherencias, rabias, lloros y estados de desolación y anhelo de mí son las fases de su enfermedad, que, llegado el momento de la curación, experimenta las crisis más violentas. Haces bien siendo buena con ella, siendo paciente y hablándole de mí. No te repugne pronunciar mi Nombre en su presencia. ¡Oh, pobre alma de mi María! Ella también ha salido del Padre Creador y no es distinta de las otras, de la tuya, de la de Lázaro, de las de los apóstoles y discípulos. Ella también ha sido incluida y contemplada entre las almas por las que me he hecho carne para ser Redentor; es más, he venido más por ella que por ti, que por Lázaro, los apóstoles y los discípulos. ¡Pobre alma, amada alma que sufre, de mi María, de mi María envenenada con siete venenos además del veneno primogénito y universal, de mi María prisionera! ¡Deja, deja que venga a mí! ¡Deja que respire mi respiro, que oiga mi voz, que encuentre mi mirada!... Se llama a sí misma "estiércol"... ¡Oh, pobre amada, que de los siete demonios que tiene el menos fuerte es el de la soberbia! ¡Pues bien, le bastará esto para salvarse!

-¡Pero, ¿y si sale y encuentra a alguno que la desvía de nuevo hacia el vicio? Ella misma lo teme...

-Siempre lo temerá, ahora que ha llegado a sentir nausea del vicio. No temas, de todas formas. Cuando un alma tiene ya este deseo de dirigirse al Bien, y sólo la retiene el Enemigo diabólico -que es consciente de perder la presa- y el enemigo personal del yo -que razona todavía humanamente y se juzga a sí mismo humanamente, aplicando a Dios su juicio (para impedirle al espíritu dominar al yo humano)-, entonces esa alma es ya fuerte contra los asaltos del vicio y de los viciosos: ha encontrado la Estrella Polar y no se desviará. No le vuelvas a decir: "¿No has pensado en Dios y piensas en Israel?". Es una reprensión implícita. No lo hagas. Es una mujer que ha salido de las llamas. Es toda ella una llaga. No la toques sino con bálsamos de dulzura, perdón, esperanza... Déjala libre de venir; es más, debes decirle que cuándo va a venir. Pero no le digas: "Ven conmigo"; al contrario, si te percatas de que viene, tú no vengas. Regresa. Espérala en casa. Volverá a ti quebrantada por la Misericordia. Porque Yo tengo que eliminar la malvada fuerza que ahora la tiene sujeta. Durante unas horas, será como una a la que hubieran abierto las venas, como una a la que un médico hubiera quitado los huesos. Pero luego estará mejor. Estará aturdida. Tendrá gran necesidad de caricias y silencio. Asístela como si fueras su segundo ángel custodio: sin hacerte notar. Si la ves llorar, déjala llorar. Si la oyes hacerse preguntas, déjala que lo haga. Si la ves sonreír y luego ponerse seria, y sonreír de nuevo con sonrisa, mirada y rostro distintos, no le hagas preguntas, no la cohíbas. Sufre más ahora, que está subiendo, que cuando bajaba. Y *debe ser ella quien suba,* como por sí misma bajó. Entonces no soportaba vuestras miradas puestas en su descenso, porque en vuestros *ojos* había reproche. Ahora, con su vergüenza, que por fin se ha despertado, menos aún puede soportar vuestra mirada: entonces era fuerte porque tenía dentro a Satanás, que era el amo, y con él la mala fuerza que la sostenía, de forma que podía desafiar al mundo, y, a pesar de ello, no ha resistido vuestra mirada cuando pecaba; ahora ya no tiene por amo a Satanás, sino que es sólo huésped en ella, todavía, aunque ya el deseo de María lo tiene sujeto por la garganta. Y no me tiene a mí todavía. Por eso es demasiado débil. No puede soportar ni siquiera la caricia de tus *ojos* fraternos puestos en su confesión a su Salvador. Toda su energía está orientada, y consumida, en estrangular al septipartito demonio. Para todo lo demás, ella está indefensa y desnuda. Pero Yo la vestiré de nuevo y la fortaleceré. Ve en paz, Marta. Mañana, con tacto, dile que voy a hablar en el torrente de la Fuente, aquí en Cafarnaúm, al crepúsculo. ¡Ve en paz! ¡Ve en paz! ¡Te bendigo!

Marta se muestra titubeante todavía.

Jesús se da cuenta y dice:

-No caigas en incredulidad, Marta.

-No, Señor. Lo que pasa es que pienso... ¡Oh, dame algo que pueda llevarle a María para infundirle un poco de fuerza!... Está sufriendo mucho... ¡y tengo mucho miedo de que no logre triunfar sobre el demonio!

-¡Eres una niña! María nos tiene a mí y a ti. No puede fracasar. De todas formas, ven; ten; dame esta mano que no ha pecado nunca, ha sabido ser delicada, misericordiosa, activa, pía, que ha tenido siempre gestos de amor y de oración, que no se ha emperezado con el ocio y no se ha corrompido nunca. Mira, la tengo entre las mías para hacerla más santa todavía. Álzala contra el demonio, que no la soportará. Toma este cinturón mío. No te desprendas de él nunca. Siempre que lo veas dite a ti misma: "El poder de Jesús es más fuerte que este cinturón suyo; con el poder de Jesús todo se vence: demonios y monstruos. No debo tener miedo". ¿Estás contenta ahora? Mi paz descienda sobre ti. Ve tranquila».

Marta lo venera y sale.

El carro de Marcela está a la puerta. Jesús sonríe mientras la veto mar asiento y partir en dirección a Magdala.

## 232

## Curación de dos ciegos y de un mudo endemoniado

Luego Jesús baja a la cocina; pero, al ver que Juan va a salir para ir a la fuente, en vez de quedarse en la cocina caliente y humosa, prefiere ir con él, y deja a Pedro batallando con unos peces que acaban de traer los mozos de Zebedeo para la cena del Maestro y los apóstoles.

No van al manantial de las afueras del pueblo, sino a la fuente de la plaza, que recibe el agua de la buena y abundante agua manantial que brota de la escarpa del monte que está junto al lago. En la plaza se ve la consabida aglomeración de gente, típica de los pueblos palestinos por la tarde. Mujeres con ánforas, niños jugando, hombres hablando de negocios o... de dimes y diretes del lugar. Pasan también, circundados de siervos o clientes, los fariseos, dirigidos hacia las casas ricas; todos se apartan para dejarlos pasar, haciéndoles reverencias, aunque luego, nada más que han pasado, los maldicen de corazón y cuentan sus últimos atropellos y engaños.

Mateo, en un ángulo de la plaza, arenga a sus amigos de antes, lo cual hace decir en tono despreciativo y en voz alta al fariseo Urías:

-¡Las famosas conversiones! El apego al pecado permanece. Se ve en que se mantienen las amistades. ¡Ja!, ¡ja!

Entonces Mateo, resentido, se gira y responde:

-Se mantienen para convertirlos».

-¡No es necesario! Es suficiente tu Maestro. Tú manténte a distancia, no vaya a ser que te vuelva la enfermedad, suponiendo que verdaderamente estés curado.

Mateo se pone violáceo por el esfuerzo de no decirle cuatro verdades, pero se limita a contestar:

-Ni temas ni esperes.

-¿Qué?

-Que no temas que vuelva a ser Leví el publicano y que no esperes que te imite para perder a estas almas. Las distancias y los desprecios te los dejo a ti y a tus amigos. Yo imito a mi Maestro y me acerco a los pecadores para conducirlos a la Gracia.

Urías se dispone a replicar, pero, en esto llega el otro fariseo, el viejo Elí, que dice:

-Pero hombre, no manches tu pureza, no contamines tu boca, amigo; ven conmigo - y coge del brazo a Urías y le lleva hacia su casa.

Entretanto, la gente, especialmente los niños, se han ido arrimando más a Jesús. Entre los niños están la pareja de hermanitos Juana y Tobías, los que en un día ya lejano reñían por unos higos. Ahora le dicen a Jesús, mientras toquetean con las manitas su alto cuerpo para llamar su atención:

-¡Oye, oye, hoy también hemos sido buenos!, ¿sabes? No hemos llorado en todo el día ni nos hemos molestado, por amor a ti. ¿Nos das un beso?

-¿Entonces habéis sido buenos! ¡Y por amor a mí! ¡Qué alegría me dais! Aquí tenéis el beso. Mañana sed mejores todavía.

También está Santiago, el niño que llevaba todos los sábados la bolsa de Mateo a Jesús. Dice:

-Leví ya no me da nada para los pobres del Señor, pero yo he reservado toda la calderilla que me dan cuando soy bueno. Toma. ¿Se lo das a los pobres por mi abuelo?

-Sí claro. Pero, ¿qué le pasa a tu abuelo?

-Ya no puede andar. Es muy viejo y no se tiene en pie con las piernas.

-¿Te entristece esto?

-Sí, porque era mi maestro cuando caminábamos por el campo. Me decía muchas cosas. Me hacía amar al Señor. Ahora todavía me habla de Job y me muestra las estrellas del cielo, pero... desde su silla... Era más bonito antes.

-Iré mañana a ver a tu abuelo. ¿Estás contento?

Pero Benjamín -no el de Magdala sino el de Cafarnaúm, que ha llegado a la plaza con su mamá y ha visto a Jesús, suplanta a Santiago; suelta la mano materna, y se lanza, con un grito que parece de golondrina, adentro de la pequeña muchedumbre; llegado donde Jesús, le rodea con los brazos las rodillas y le dice: «

-¡También a mí, hazme también a mí una caricia!

En ese momento pasa el fariseo Simón. Dedica a Jesús una pomposa reverencia. Jesús devuelve el saludo. El fariseo se para y, mientras la gente se aparta como atemorizada, dice:

-¿A mí no me harías una caricia? - y sonríe levemente.

-A todos los que me la piden. Me alegro contigo, Simón, de que estés en perfecta salud. Me habían dicho en Jerusalén que habías estado muy enfermo.

-Sí. Mucho. Deseaba verte... para sanar.

-¿Creías que podía hacerlo?

-Nunca lo he dudado. Pero he tenido que curarme solo porque has estado ausente durante mucho tiempo. ¿Dónde has estado?

-En los confines de Israel: así he ocupado los días entre Pascua y Pentecostés.

-¿Muchos éxitos? He sabido lo de los leprosos de Hinnon y Siloán. Grandioso.

-¿Sólo eso?

-No, ciertamente. Pero eso se sabe por el sacerdote Juan. Quien no tiene prejuicios cree en ti y es feliz.

-¿Y quien no cree porque tiene prejuicios? ¿Qué es de él, sabio Simón?

El fariseo se turba un poco... vacila entre el deseo de no condenar a sus demasiados amigos que tienen prejuicios contra Jesús y el de merecer de verdad los elogios de Jesús. Vence éste último, y dice:

-Quien no quiere creer en ti a pesar de las pruebas que das está condenado.

-Yo no quisiera la condena de ninguno...

-Tú. Y, sin embargo, nosotros no correspondemos contigo con la misma medida de bondad que Tú tienes con nosotros. Son demasiados los que no te merecen... Jesús, quisiera invitarte mañana a mi casa...

-Mañana no puedo. Dejémoslo para dentro de dos días. ¿Aceptas?

-Siempre. Vendrán... amigos míos... tendrás que compadecerlos si...

-Sí, sí. Iré con Juan.

-¿Sólo él?

-Los otros tienen otros encargos. Mira, están volviendo de la campiña. Paz a ti, Simón.

-Dios esté contigo, Jesús.

El fariseo se marcha y Jesús se reúne con los apóstoles.

Vuelven a casa para la cena.

Mientras están a la mesa, comiendo el pescado asado, llegan unos ciegos que ya antes, en el camino, habían implorado el favor de Jesús. Repiten ahora su: « ¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de nosotros!».

A lo cual, en tono de reproche, contesta Simón-Pedro:

-¡Marchaos, hombre! Si os ha dicho que mañana, es mañana. Dejadlo comer.

-No, Simón. No los eches. Tanta constancia merece un premio.

Y a los ciegos:

-Entrad los dos.

Los ciegos entran tentando con el bastón el suelo y las paredes.

-¿Creéis que os puedo devolver la vista?

-¡Oh, sí, Señor! Hemos venido porque estamos seguros de ello.

Jesús se levanta de la mesa, se acerca a ellos, pone las yemas de sus dedos en los párpados ciegos, alza el rostro, ora y dice:

-Hágase con vosotros según la fe que tenéis.

Entonces quita las manos: en uno, los párpados que antes no tenían movimiento se mueven, porque la luz hiere de nuevo sus pupilas renacidas; al otro se le desellan los párpados, de forma que donde antes había una sutura natural, debida ciertamente a úlceras mal curadas, ahora se forma de nuevo el borde palpebral, sin defectos, y sube y baja con movimiento de ala. Los dos caen de rodillas.

-Levantaos. Marchaos. Cuidad de que ninguno sepa lo que he hecho con vosotros. Llevad a vuestras ciudades la nueva de la gracia recibida; a los familiares, a los amigos. Aquí ni es necesario ni es bueno para vuestra alma. Conservadla inmune de toda lesión a su fe, de la misma forma que ahora que sabéis lo que son los *ojos los* preservaréis de toda lesión para no quedaros ciegos de nuevo.

Termina la cena. Suben a la terraza, donde hay un poco de aire fresco. El lago es todo un cabrilleo bajo el cuarto de luna.

Jesús se sienta en el borde del antepecho y se abstrae contemplando este lago de plata en movimiento. Los demás hablan entre sí, aunque en voz baja, para no molestarlo. Eso sí, lo miran como embelesados.

¡Claro! ¡Qué hermosura la suya! Tiene la cabeza levemente hacia atrás, apoyada sobre el áspero sarmiento de vid que desde ahí sube y se extiende por la terraza. Le aureola por entero una luna que ilumina su rostro, al mismo tiempo severo y sereno, permitiendo estudiarlo hasta sus mínimos detalles. Sus *ojos,* de forma alargada, de un azul que en la noche asemeja casi al color del ónix, parecen emanar olas de paz sobre todas las cosas. De vez en cuando se alzan hacia el cielo sereno, sembrado de astros; otras veces descienden para mirar a las colinas; o más aún para mirar al lago; más todavía, y entonces se quedan fijos en un punto indeterminado y parecen sonreír ante algo que sólo ellos ven. Sus cabellos ondean leves con el viento ligero. Está sentado al sesgo, con una pierna suspendida a poca distancia del suelo y la otra apoyada en la tierra; las manos relajadas sobre el regazo. Su indumento blanco parece acentuar su propio candor, haciéndose casi de plata por la luz lunar; sus largas manos, blanco marfil, parecen intensificar la propia tonalidad de marfil viejo y la propia belleza viril, a pesar de su forma ahusada. También la cara, con su frente alta y su nariz recta, con sus delicadas mejillas ovaladas, alargadas por la barba rubia-cobre, parece, bajo esta luz lunar, hacerse de color marfil viejo, perdiendo el tenue matiz róseo que de día se nota en los pómulos.

-¿Estás cansado, Maestro? - pregunta Pedro.

-No.

-Te veo pálido y pensativo...

-Estaba pensando, sí, pero no creo que esté más pálido de lo habitual. Venid aquí... La luz de la luna os pone a todos vosotros pálidos también. Mañana iréis a Corazín. Quizás encontréis a algunos discípulos. Habladles. Y tened en cuenta que mañana, a la caída de la tarde, tenéis que estar aquí. Predicaré junto al torrente.

-¡Qué bien! Se lo diremos a los de Corazín. Hoy, regresando aquí, nos hemos encontrado con Marta y Marcela. ¿Habían estado aquí - pregunta Andrés.

-Sí.

-En Magdala se hablaba mucho de María: que ya no sale de casa, ya no organiza fiestas. Nos hemos parado a descansar donde la mujer de la otra vez. Benjamín me ha dicho que cuando le vienen ganas de comportarse mal piensa en ti y...

-... Y en mí; puedes decirlo, Santiago - dice Judas Iscariote.

-No lo ha dicho.

-Lo ha dado a entender diciendo: "Yo no quiero ser guapo pero malo", y me ha mirado de través. No me puede soportar...

-Antipatías sin peso, Judas. No pienses en ello- dice Jesús.

-Sí, Maestro, pero es molesto que...

-¿Está el Maestro? - grita una voz desde el camino.

-Está. Pero, ¿qué queréis otra vez ahora? ¿No os basta todo el tiempo del día? ¿Es hora ésta de venir a importunar a unos pobres peregrinos? Volved mañana - ordena Pedro.

-Es que tenemos aquí con nosotros a un mudo endemoniado. Se nos ha escapado tres veces por el camino; si no, hubiéramos llegado antes. ¡Sed benévolos! Dentro de poco, cuando la Luna esté alta, dará fuertes gritos y atemorizará a todo el pueblo. ¿Veis como ya empieza a agitarse?

Jesús atraviesa toda la terraza y se asoma por el antepecho. Los apóstoles hacen lo mismo. Es un collar de cabezas inclinadas hacia una turba de gente, que a su vez la levantan hacia aquellos que la agachan. En medio, con movimientos y aullidos de oso o de lobo encadenado, hay un hombre bien atado por las muñecas para impedir que se escape. Aúlla revolviéndose con movimientos animalescos y como buscando en el suelo quién sabe qué. Cuando alza los ojos y se encuentra con la mirada de Jesús, emite un grito brutal, inarticulado, un verdadero aullido, y trata de huir. La multitud, casi toda Cafarnaúm, se aparta atemorizada.

-¡Ven, por caridad! ¡Le está volviendo a dar como antes...!

-Voy enseguida.

Y Jesús baja rápidamente y va de frente hacia el desdichado, que está más agitado que nunca.

-¡Sal de éste! ¡Lo quiero!

El aullido queda estrellado en una palabra:

-¡Paz! Sí, paz. Ten paz ahora que has sido liberado.

La muchedumbre grita maravillada al ver el inmediato paso de la furia a la quietud, de la posesión a la liberación, del mutismo a la posibilidad de hablar.

-¿Cómo habéis sabido que estaba aquí?

-En Nazaret nos dijeron: "Está en Cafarnaúm". En Cafarnaúm nos lo confirmaron dos hombres que decían que les habías curado los ojos, en esta casa.

-Es verdad. Es verdad. Nos lo han dicho también a nosotros... - gritan muchos. Y comentan: « ¡Jamás se han visto cosas semejantes en Israel!

Mas los fariseos de Cafarnaúm -entre los que no está Simón-, con risa sarcástica, dicen:

-Si no fuera con la ayuda de Belcebú no las haría.

-Ayuda o no ayuda, estoy curado, y los ciegos también. Vosotros no lo podríais hacer a pesar de vuestras altas oraciones - replica el endemoniado mudo curado, y besa la túnica de Jesús, el cual no responde a los fariseos; se limita a despedir a la muchedumbre diciendo:

-La paz esté con vosotros.

Retiene al hombre curado y a los que lo acompañan, y les ofrece hospedaje en la habitación alta para que descansen hasta el alba.

## 233

## La parábola de la oveja perdida. María de Magdala también la oye

Jesús está hablando a la muchedumbre. Desde encima del ribazo arbolado de un pequeño torrente, está hablando a numerosa gente esparcida por un campo de trigo ya recogido, que presenta el desolador aspecto propio de los rastrojos ahornagados.

Declina la tarde. Es la hora del crepúsculo. Pero la Luna está subiendo. Es un bonito y claro atardecer de comienzos de verano. Los rebaños vuelven a sus apriscos y el *din-don* de los cencerros se mezcla con un intenso canto de grillos o cigarras, un intenso gri, gri, gri...

Jesús se inspira en las greyes que pasan. Dice:

-Vuestro Padre es como un pastor solícito.

¿Qué hace un pastor bueno? Busca pastos buenos para sus ovejas, en que no haya ni cicuta ni otras plantas venenosas, sino delicados tréboles, poleo aromático, achicorias amargas pero saludables. Busca lugares donde, además del alimento, haya también un riachuelo fresco y puro, y sombra de árboles, y no reinen las áspides por entre la hierba de las glebas. No pone especial preferencia en los pastos más pingües, porque sabe que en ellos es fácil encontrar peligrosas culebras y hierbas nocivas; elige, más bien, los pastos montanos, donde el rocío limpia y da frescura a la tierna hierba y el sol la limpia de reptiles, donde el aire se mueve y es bueno, no cargado y malsano como el de llanura. El buen pastor observa a cada una de sus ovejas. Si están enfermas, las cuida; si heridas, las cura. Llama a la que es demasiado glotona y corre el peligro de enfermarse; a la que enfermaría por estar demasiado expuesta a la humedad, o demasiado al sol, le dice que vaya a otro lado; y, si una está desganada y no come, busca para ella los tallitos acídulos y aromáticos capaces de despertarle el apetito y se los ofrece con su propia mano, hablándole como a persona amiga.

Así hace el Padre bueno que está en los Cielos con sus hijos que viven errantes en la Tierra. Su amor es el cayado que los reúne; su voz, la guía; sus pastos, su Ley; su redil, el Cielo.

Pero, he aquí que una oveja lo abandona. ¡Cuánto la amaba! Era joven, pura, cándida, como nube en cielo abrileño. El pastor la miraba con mucho amor, pensando en el mucho bien que podía hacerle y en el mucho amor que de ella podía recibir. Y ella lo abandona...

Es que ha pasado, a lo largo del camino que bordea los pastos, un tentador. No lleva pellico austero, sino un indumento de mil colores. No lleva cinturón de piel de donde penden hacha y cuchillo, sino cinturón de oro del que penden cascabeles argentinos, melodiosos cual canto de ruiseñor, y ampollas de esencias embriagadoras... No lleva tampoco bordón, como el pastor bueno, con que reunir y defender a las ovejas (y, si no es suficiente el bordón, las defenderá solícito con el hacha y el cuchillo, y hasta con la vida). No, este tentador que pasa lleva en sus manos un turíbulo brillante de gemas que emana un humo que es hedor y perfume al mismo tiempo, pero que enajena; de la misma forma que los tornasoles de las joyas -¡qué falsas!- deslumbran. Pasa cantando mientras deja caer puñados de sal, de una sal que brilla en el camino oscuro...

Noventa y nueve ovejas miran, pero permanecen donde están; la oveja número cien, la más joven y estimada, da un salto y desaparece en pos del tentador. El pastor la llama, pero no vuelve. Va más veloz que el viento para tratar de alcanzar al que ha pasado. Para mantenerse durante la carrera, gusta aquella sal. La sal le entra dentro, le produce un extraño delirio que la abrasa. Por ello, desea las aguas profundas y verdes de una espesura tenebrosa, donde, siguiendo al tentador, se hunde y penetra, sube y baja y cae... una, dos, tres veces; y una, dos, tres veces siente alrededor de su cuello el legamoso abrazo de los reptiles. Queriendo beber, bebe aguas contaminadas; queriendo nutrirse, come hierbas brillantes por las repugnantes babas que las cubren.

¿Qué hace entretanto el pastor bueno? Deja cerradas en lugar seguro a las noventa y nueve fieles y se pone en camino. No se detiene hasta que no encuentra huellas de la oveja perdida. Dado que ella no vuelve a él, a pesar de que confía al viento sus voces de reclamo, él va a ella. La ve desde lejos, ebria, atrapada entre las roscas de los reptiles, tan ebria que no siente siquiera la nostalgia del rostro que la ama; antes bien, lo injuria. De nuevo la ve, culpable de haber entrado como ladrona en morada ajena, tan culpable que no se atreve ya a mirarlo... Y, a pesar de todo, el pastor no se cansa... y continúa... la busca, la busca, la sigue, la acosa. Llorando ante las señales que va dejando la oveja perdida (mechones de lana, pedazos de alma; huellas de sangre, delitos diversos; porquerías, pruebas de su lujuria), sigue y la alcanza.

¡Ah, te he encontrado, amada! ¡Te he alcanzado! ¡Cuánto camino he recorrido por ti, para conducirte de nuevo al redil! No agaches la frente humillada. Tu pecado está sepultado en mi corazón. Ninguno lo conocerá, excepto Yo, que te amo. Te defenderé de las críticas de los demás, te cubriré con el escudo de mi propia persona contra las piedras de tus acusadores. Ven. ¿Estás herida? ¡Enséñame tus heridas! Las conozco, pero quiero que me las muestres con la confidencia que tenías conmigo cuando eras pura y me mirabas a mí, pastor y dios tuyo, con mirada inocente... Aquí están. Todas tienen un nombre. ¡Qué profundas son! ¿Quién te ha hecho estas heridas tan profundas en el fondo del corazón? Lo sé: el Tentador. No lleva ni bordón ni hacha, pero con su mordisco envenenado hiere más a fondo, y después de él hieren también las falsas gemas de su turíbulo, las que te han seducido con sus resplandores y que en realidad eran piedras de azufre infernales, sacadas a la luz para abrasarte el corazón. ¡Mira cuántas heridas, cuántas vedijas arrancadas, cuánta sangre! ¡Cuántas zarzas!

¡Oh, pobre, pequeña alma ilusa! Dime: ¿Si te perdono, me amarás **to**davía? Dime: ¡Si tiendo a ti mis brazos, vendrás? Dime: ¿Tienes sed del amor bueno?... Pues entonces ven y renace. Vuelve a los pastos santos. Llora. Tu llanto con el mío lavarán las huellas de tu pecado. Yo, para nutrirte -porque estás consumida por el mal que te ha abrasado-, me abro el pecho, me abro las venas, y te digo: "¡Nútrete! ¡Y vive!". Ven, te tomaré en mis brazos. Iremos más veloces a los pastos santos y seguros. Olvidarás todo lo sucedido en esta hora desesperada. Tus noventa y nueve hermanas, las buenas, se regocijarán al **v**erte regresar. Sí, porque te digo -oveja mía perdida que he venido a **b**uscar desde muy lejos y he encontrado y rescatado- que hacen más **f**iesta los buenos por uno que, habiéndose extraviado, regresa, que no por noventa y nueve justos que jamás se han alejado del redil.

Jesús en todo este tiempo no se ha vuelto en ninguna ocasión a mirar al camino que tiene a sus espaldas, a donde ha llegado, en la **p**enumbra nocturna, María de Magdala, todavía elegantísima pero al menos vestida, y cubierta con un velo oscuro que amalgama rasgos y formas. Y, cuando Jesús llega al punto: «Te he encontrado, amada», María introduce bajo el velo sus manos y llora, con un llanto silencioso y continuo.

La gente no la ve, porque ella está a este lado del ribazo, que bordea el camino. La ve sólo la Luna, ya alta, y el espíritu de Jesús...

## 234

## Comentario de tres episodios sobre la conversión de María de Magdala

Dice Jesús:

-Desde el mes de Enero, desde que te di a ver la cena en casa de Simón el fariseo, tú y quien te guía habéis deseado saber más de María de Magdala, y cuáles palabras me dirigió. Siete meses después os desvelo estas páginas del pasado, para satisfacción vuestra y para dar una norma a los que deben saberse plegar hacia estas leprosas del alma, y para brindar a estas infelices que se ahogan en su sepulcro de vicio una voz que quiere invitarlas a salir de él.

Dios es bueno. Con todos es bueno. No mide con medidas humanas. No hace diferencias entre pecado y pecado mortal. El pecado, cualquiera que sea, lo entristece; el arrepentimiento lo alegra y le dispone a conceder solícito el perdón. La resistencia

a la Gracia lo pone inexorablemente severo, porque la Justicia no puede perdonar al impenitente que muere siéndolo a pesar de todas las ayudas que tuvo para convertirse.

Pero, causa primera de las conversiones no maduradas, si no en la mitad de los casos al menos en cuatro décimos, es la falta de dedicación de los que están designados para esta misión de convertir; un mal entendido y falso celo, que no es sino cortina que cubre un *real* egoísmo y orgullo, en virtud de lo cual se quedan tranquilos en su propio refugio y no descienden al lodo para arrancar de él un corazón. "Yo soy puro, digno de respeto. No voy a la porquería ni a donde se me pueda faltar al respeto". Quien se expresa en estos términos ¿no ha leído la parte del Evangelio donde se dice que el Hijo de Dios fue a convertir a publicanos y meretrices además de a los justos que sólo estaban en el ámbito de la Ley antigua? ¿No piensa que el orgullo es impureza de mente y que la anticaridad es impureza del corazón? ¿Que sufrirás humillación? Yo la sufrí primero y más que tú, y era el Hijo de Dios. ¿Que tendrás que arrastrar tus vestiduras por la inmundicia? ¿Y no toqué Yo, acaso, con mis manos, esta inmundicia para ponerla en pie y decirle: "Anda por este nuevo camino"?

¿No recordáis lo que dije a vuestros primeros predecesores? "En cualquier ciudad o pueblo en que entréis informaos acerca de quién hay merecedor de vuestra presencia, *y quedaos* en su casa". Esto lo dije para evitar la murmuración del mundo, del mundo que con demasiada facilidad ve el mal en todas las cosas. Pero añadí: "Cuando entréis en las casas –"casas" dije, no "casa"- saludadlas diciendo: "Paz a esta casa". Si la casa es digna de recibirla, la paz descenderá sobre ella; si no, volverá a vosotros". Esto lo dije para enseñaros que, a falta de prueba *segura* de impenitencia, debéis tener para con todos un mismo corazón. Y completé la enseñanza diciendo: "Y si alguno no os recibe y no escucha vuestras palabras, al salir de esas casas o ciudades, sacudid el polvo que se os haya quedado pegado a las suelas". Y la fornicación (de los pecadores que queramos ayudar a salir del fango), para los buenos, para aquellos a quienes la Bondad constantemente amada hace semejantes a un cubo de cristal liso, no es sino polvo que basta sacudirlo o soplar para que vuele sin dejar lesión.

Sed *verdaderamente* buenos. Formad un bloque único con la Bondad eterna en el centro, y ningún género de corrupción podrá subir a mancharos más arriba de las suelas que apoyan en la tierra. ¡Tan alta está el alma!... El alma del bueno y del que forma por entero una cosa con Dios. El alma está en el Cielo. Allí no llega ni el polvo ni el fango (ni siquiera si lo lanzan con odio contra el espíritu del apóstol). Puede afectar a vuestra carne, es decir, heriros material y moralmente, persiguiéndoos, porque el Mal odia al Bien, u ofendiéndoos. ¿Y qué? ¿No me ofendieron a mí? ¿No fui herido? Pero, ¿aquellos golpes y aquellas palabras indecentes incidieron en mi espíritu?, ¿lo turbaron? No. Resbalaron sin penetrar, como esputo en un espejo o piedra lanzada contra la jugosa pulpa de un fruto. O penetraron sólo Superficialmente, sin herir el germen de la semilla que estaba encerrado en el hueso; es más, favoreciendo su germinación, porque es más fácil surgir de una masa hendida que no de una íntegra. Muriendo, el trigo germina y el apóstol produce. Muriendo a veces materialmente; casi muriendo, a diario, en sentido metafórico (porque el yo humano resulta sólo fragmentado). Pues bien, no es muerte, sino Vida. Triunfa el espíritu sobre la muerte de la humanidad.

Había venido a mí (María Magdalena) por simple capricho de la mujer ociosa que no sabe cómo llenar sus horas de ocio. Pues bien, en sus oídos -embotados de falsas lisonjas de quien con himnos a la carnalidad la mecía para tenerla esclavizada- sonó la voz límpida y severa de la Verdad, de la Verdad que no tiene miedo a burlas e incomprensiones y expresa sus palabras mirando a Dios. Y, cual coro de campanas tocando a fiesta, fundiéronse en la Palabra las voces habituadas a cantar en el cielo, en el azul libre del aire, propagándose por valles y colinas, llanuras y lagos, para recordar las glorias y delicias del Señor.

¿Recordáis el doble festivo que en los tiempos de paz tanto alegraba el día dedicado al Señor? La campana mayor daba, con el badajo sonoro, el primer toque en nombre de la Ley divina. Decía: "Hablo en nombre de Dios, Juez y Rey". Y luego las campanas menores, con sus arpegios: "que es bueno, misericordioso y paciente". Para terminar luego la campana más argentina, con voz de ángel, diciendo: "y su caridad mueve al perdón y a la compasión, para enseñarnos que el perdón es más útil que el rencor, y la compasión más que la implacabilidad; venid a aquel que perdona, tened fe en él, que es compasivo".

También Yo, tras haber recordado la Ley, pisoteada por la pecadora, he hecho cantar la esperanza del perdón. Como sérica cinta de verde y azul, la he agitado entre las tonalidades negras para que ahí introdujera sus consoladoras palabras. ¡Oh, el perdón! Es rocío para la quemazón que siente la persona culpable. El rocío no es como el granizo, que asaetea, golpea, rebota y se aleja, sin penetrar, y destruye la flor. El rocío desciende tan levemente, que ni la más delicada flor lo siente posarse sobre sus pétalos de seda; pero luego ésta bebe su frescor y se sacia. El rocío se posa junto a las raíces, encima de la gleba abrasada, y penetra aún más... Es una humedad de lágrimas, llanto de las estrellas, amoroso llanto de madres criando a sus hijos que tienen sed, y que desciende sobre ellos junto con la dulce y fecunda leche. ¡Oh, los misterios de los elementos que actúan incluso cuando el hombre descansa o peca! El perdón es como este rocío. Aporta no sólo limpieza, sino también savias vitales, extraídas no de los elementos sino de las moradas divinas.

Luego, tras la promesa de perdón, he aquí que habla la Sabiduría y dice lo que es lícito y lo que no lo es, y conmina y remueve, no por severidad sino por materna diligencia de salvar. ¡Cuántas veces vuestro sílex se hace aún más impenetrable y cortante para con la Caridad que se inclina hacia vosotros! ¡Cuántas veces huís mientras ella os habla; cuántas, os burláis de ella; cuántas, la odiáis!... Si la Caridad usara con vosotros los modos que vosotros usáis con ella, ¿qué sería de vuestras almas! Sin embargo, ya veis que la Caridad es la incansable Caminante que va en busca de vosotros; quiere llegarse a vosotros, aunque os guarezcáis en asquerosas guaridas.

¿Por qué quise ir a aquella casa? ¿Por qué no obré en ella el milagro? Para enseñar a los apóstoles a comportarse desafiando prejuicios y críticas cuando se trata de cumplir un deber tan alto y que está lejos de estas cosuchas del mundo.

¿Por qué le dije a Judas aquellas palabras? Los apóstoles eran *muy* humanos. Todos los cristianos son *muy humanos,* incluso los santos de la tierra, aunque en grado menor. Algo de humano persiste incluso en los perfectos. Mas los apóstoles no eran todavía perfectos. Lo humano estaba filtrado en sus pensamientos. Yo los elevaba, pero el peso de su humanidad les hacía descender de nuevo. Para que cada vez bajaran menos, tenía que meter en el camino de subida cosas que sirvieran para detener

su descenso, de manera que se parasen en éstas meditando y descansando, para luego subir más arriba del límite anterior. Tenían que ser cosas de un tenor adecuado para convencerlos de que Yo era Dios. Por tanto: penetración de almas, victorias sobre los elementos, milagros, transfiguración, resurrección y ubicuidad. Estuve contemporáneamente en el camino de Emaús y en el Cenáculo. Las horas de las dos presencias, cotejadas por los apóstoles y los discípulos, fue una de las razones que más los estremeció; los arrancó de sus lazos y los lanzó al camino de Cristo. Más que por Judas -miembro que incubaba ya en sí la muerte- hablé para los otros once. El hecho de ser Dios tenía necesariamente que hacérselo lucir ante sus ojos, no por orgullo sino por necesidad suya de formación. Era Dios y Maestro; aquellas palabras lo manifiestan de mí: revelo una facultad extrahumana y enseño una perfección: no tener conversaciones malas *ni siquiera con nuestro interior.* Porque Dios ve, y debe ver puro el interior para poder descender a él y morar en él.

¿Por qué no obré el milagro en aquella casa? Para que todos entendieran que la presencia de Dios *exige un ambiente puro.* Por respeto a su excelsa majestad. Para hablar -no con palabras pronunciadas con la boca, sino con una palabra aún más profunda- al espíritu de la pecadora y decirle: "¿Lo ves, desdichada? Estás tan sucia, que todo lo que te rodea se vuelve sucio; tan sucio, que en torno a ti Dios no puede actuar. Tú más sucia que éste. En efecto, repites la culpa de Eva y ofreces el fruto a Adán, tentándolo y alejándolo del Deber. Eres ministra de Satanás".

Pero, ¿por qué no quise que la llamara "satanás" la angustiada madre? Porque ninguna razón justifica el insulto ni el odio. Lo primero que se necesita para tener a Dios con nosotros, la primera condición, es no tener rencor y saber perdonar. Lo segundo que se necesita es saber reconocer la propia culpabilidad, o de quien es nuestro; no ver sólo las culpas de los demás. La tercera cosa necesaria es saber conservarnos, por justicia hacia el Eterno, agradecidos y fieles después de haber recibido una gracia. Quienes, tras haber recibido una gracia, son peores que los perros y no se acuerdan de su Benefactor -mientras que el animal sí se acuerda- son unos desdichados.

No dije ni una palabra a la Magdalena. La miré un instante como si se tratase de una estatua; luego la dejé. Volví a los "vivos" que quería salvar. A ella, materia muerta como un mármol esculpido -y más aún-, la circundé de indiferencia *aparente.* En realidad, no dije una palabra, no hice nada, que no tuviera como principal objetivo esa pobre alma suya que quería redimir. La última palabra: "Yo no insulto, no insultes tú; limítate a orar por los pecadores", como guirnalda de flores que se completa, se fundió con la primera, la que dije en el monte: "El perdón es más útil que el rencor; ser compasivos, más que ser implacables". Las dos frases envolvieron a la pobre infeliz en un círculo aterciopelado, fresco, perfumado de bondad, y le hicieron sentir cuán distinto de la feroz esclavitud de Satanás es el amoroso servicio a Dios, y lo suave que es el perfume celeste respecto al hedor de la culpa, y cuánto sosiega sentirse uno amado *santamente,* respecto a ser poseído *satánicamente.*

Observad cómo el deseo del Señor es comedido. No exige conversiones fulminantes. No pretende de un corazón lo absoluto. Sabe esperar. Sabe conformarse: se conformó con lo que le pudo dar la turbada madre, mientras esperaba a que la extraviada encontrara de nuevo el camino, la loca la razón. No le pregunté sino: "¿Eres capaz de perdonar?". ¡Cuántas otras cosas habría podido pedirle para hacerla digna del milagro, si hubiera juzgado con patrón humano! Pero Yo mido *divinamente* vuestras fuerzas. Para aquella pobre madre exasperada, ya era mucho el que fuera capaz de perdonar. En aquella hora sólo le pedí eso. Después, cuando le restituí a su hijo, le dije: "Sé santa y santifica tu casa". Pero, en medio del espasmo estremecedor, no le pedí sino el perdón para la culpable. No se debe exigir todo de quien poco antes ha estado en la nada de las Tinieblas. Aquella madre luego iba a salir a la Luz total, y con ella la esposa y los hijos. Pero, en ese momento, lo que hacía falta era portar a sus ojos ciegos de llanto el primer crepúsculo de la Luz: el perdón, alba del día de Dios.

De los presentes, uno sólo -no cuento a Judas, me refiero a los de la ciudad que estaban presentes en ese lugar, no me refiero a mis discípulos- no iba a alcanzar la Luz. Estas derrotas van unidas a las victorias del apostolado. Siempre hay alguno por quien el apóstol se esfuerza en vano. Pero no se debe perder el vigor por estas derrotas. El apóstol no debe pretender conseguir *todo.* Contra él se alzan fuerzas adversas de muchos nombres, las cuales, como tentáculos de pulpos gigantes, atrapan otra vez la misma víctima que el apóstol les había arrebatado. De todas formas el mérito del apóstol permanece. ¡Pobre apóstol el que dice: "No voy a ese lugar porque sé que no voy a poder convertir"! Es un apóstol de muy escaso valor. Es necesario ir a ese lugar, aunque se vaya a salvar sólo uno de mil. Su jornada apostólica será fructuosa tanto por ese uno como por mil, porque él ha hecho todo lo que podía hacer, y Dios premia eso. Además, se debe pensar que puede intervenir Dios en los casos en que el apóstol no puede convertir porque la persona esté demasiado en las zarpas de Satanás y las fuerzas del apóstol sean inferiores a las que se necesitan. ¿Y si es así?... ¿quién superior a Dios?

Otra cosa que el apóstol *debe* necesariamente practicar es el amor. Amor *visible,* no sólo el secreto amor del corazón de los hermanos. Sería suficiente para los hermanos buenos. Pero el apóstol es un obrero de Dios y no debe limitarse a orar, debe actuar. Actúe con amor, con amor grande. El rigor paraliza el trabajo del apóstol y el movimiento de las almas hacia la Luz. No rigor, sino amor. El amor es ese indumento de amianto que le hace a uno inalterable frente a la mordedura de las llamaradas de las malas pasiones. El amor es saturación de esencias que os preservan de que la podredumbre humano-satánica pueda entrar en vosotros. Para conquistar a un alma es necesario saber amar. Para conquistar a un alma es necesario conducirla a que ame, a que ame el Bien y repudie sus pobres amores pecaminosos.

*Yo quería* el alma de María. Igual que para ti, pequeño Juan, no me limité a hablar desde mi cátedra de Maestro. Bajé a buscarla en los caminos del pecado. La seguí, la perseguí con mi amor. ¡Oh, dulce perseguir! Yo-Pureza entré donde estaba ella-impureza. No temí el escándalo ni en mí ni en los demás. El escándalo en mí no podía entrar, porque Yo era la Misericordia, y ésta llora por las culpas pero no se escandaliza de ellas. ¡Desventurado aquel pastor que se escandalice y, tras esta barrera, se atrinchere para abandonar a un alma! ¿No sabéis que las almas resurgen más fácilmente que los cuerpos y que la palabra piadosa y amorosa que dice: "Hermana, por tu bien, ¡álzate!" obra a menudo el milagro? Tampoco temía el escándalo en los demás. Ante la mirada de Dios lo que hacía estaba justificado; la mirada de los buenos lo comprendía; la mirada maligna, donde fermenta la malicia, que emana de entrañas corrompidas, no tiene valor; encuentra culpas hasta en Dios; sólo ve la perfección dentro de sí. Por eso no hacía caso de ella.

Las tres fases de la salvación de un alma son:

***Ser integrísimos*** para poder hablar sin temor a que nos hagan callarnos. Hablar a toda una multitud, de forma que nuestra apostólica palabra, dirigida a las turbas que se aglomeran en torno a la mística barca, vaya, en círculos de ola, cada vez más lejos, hasta la orilla cenagosa donde están echados los que viven inertes sobre el barro sin preocuparse de conocer la Verdad. Éste es el primer trabajo para romper la costra del duro terruño y prepararlo para la semilla. Es el trabajo más severo, tanto para quien lo hace como para quien lo recibe, porque la palabra debe, cual penetrante reja de arado, herir para abrir. En verdad os digo que el corazón del apóstol bueno se hiere y sangra por el dolor que le supone tener que herir para abrir; mas también este dolor es fecundo. Con la sangre y el llanto del apóstol se hace fértil el terruño agreste.

**Segunda cualidad**: trabajar incluso donde otro, menos conquistado por su misión, huiría. Quebrantarse en el esfuerzo de arrancar cizaña, esteba y espinas, para poner al desnudo el terreno arado y que resplandezca sobre él, como sol, el poder de Dios y su bondad. Al mismo tiempo, con maneras de juez y de médico, ser severo y, no obstante, compasivo; firme en un período de espera para dar tiempo a las almas de superar la crisis, meditar y decidir.

**Tercer punto:** en el momento en que el alma que en el silencio se ha arrepentido, llorando y pensando en sus errores, se atreve a venir tímidamente, con miedo a ser rechazada, hacia el apóstol, el apóstol ha de tener un corazón más grande que el mar, más dulce que un corazón de madre, más enamorado que un corazón de esposo, y ha de abrirlo de par en par para que broten de él olas de ternura. Si tenéis a Dios en vosotros -Dios que es Caridad-, encontraréis fácilmente las palabras de caridad para las almas. Dios hablará en vosotros y por vosotros, y el amor llegará, cual miel que rezuma de un panal, para alivio de los labios ardientes y nauseados; cual bálsamo que fluye de una ampolla, para medicina de los espíritus heridos.

Doctores de las almas, haced que los pecadores os amen, haced que gusten el sabor de la caridad celeste y lo ansíen tanto que no busquen ya ningún otro alimento, haced que sientan en vuestra dulzura un alivio tan grande que lo busquen para todas sus heridas. Es necesario que vuestra caridad aleje de ellos todo temor, porque, como dice la epístola (I Juan 4, 18) que has leído hoy: "El temor supone el castigo, el que teme no es perfecto en la caridad". Pero tampoco es perfecto en la caridad el que produce el temor. No digáis: "¿Qué has hecho?". No digáis: "Vete". No digáis: "Tú no puedes degustar el amor bueno". Antes al contrario, decid, decid en mi nombre: “Ama y yo te perdono"; decid: "Ven, Jesús te abre los brazos"; decid: "Gusta este Pan angélico y esta Palabra y olvida la pez de infierno y las burlas de Satanás". Haceos acémilas para llevar las debilidades de los demás. El apóstol debe llevar las suyas y las de los demás, junto con sus cruces y las de los demás. Y, mientras venís a mí, cargados con estas ovejas heridas, tranquilizad a estas ovejas errantes, decid: "Todo está olvidado en este momento"; decid: "No tengas miedo del Salvador, que ha venido del Cielo por ti, exactamente por ti; yo sólo soy el puente para llevarte a Él, que te está esperando, al otro lado del arroyo de la absolución penitencial, para conducirte a sus pastos santos, cuyos comienzos están aquí, en la tierra, pero que luego prosiguen, con Belleza eterna que alimenta y embelesa, en los Cielos".

Éste es el comentario. A vosotras, ovejas fieles al Pastor Bueno, poco os toca. Pero si, para ti, pequeña esposa, significará un aumento de confianza, para el Padre será aún más luz en su luz de juez, y para muchos actuará, no como un aguijón para ir al Bien, sino como el rocío de que he hablado, que penetra y nutre y da nuevo vigor a las flores lacias.

Levantad la cabeza. El Cielo está arriba.

## 235

## Marta ha recibido de su hermana María la certidumbre de la conversión

Una clara aurora de verano que deshoja rosas en la seda crespa de1 lago. Jesús está para subir a la barca, cuando he aquí que llega Marta con su sierva:

-¡Maestro, escúchame por amor de Dios!

Jesús baja de nuevo a la orilla y dice a los apóstoles:

-Poneos en movimiento. Esperadme cerca del torrente. Entretanto, preparad todo para la misión hacia Magedán. La Decápolis también espera la Palabra. Marchaos.

Y, mientras la barca zarpa y sale a zona abierta, Jesús va andando al lado de Marta, a quien Marcela sigue respetuosamente.

Se van alejando así del pueblo, caminando por la orilla: primero una faja arenosa, aunque ya salpicada de matas silvestres; enseguida, cubierta de vegetación, no ya horizontal sino asumiendo la dirección vertical, acometiendo las pendientes que se reflejan en el lago.

Cuando llegan a un lugar solitario, Jesús dice sonriendo:

-¿Qué me querías decir?

-Maestro, esta noche, poco después de la segunda vigilia, María ha vuelto a casa. ¡Ah... se me olvidaba decirte que, mientras estábamos comiendo, a la hora sexta, me había dicho: "¿Te importaría prestarme tu vestido y un manto? Serán un poco cortos, pero si dejo suelta la túnica y llevo bajo el manto...". Yo le dije: "Coge lo que quieras, hermana mía". El corazón me latía fuerte, porque antes en el jardín yo había dicho, hablando con Marcela: “Al atardecer tenemos que estar en Cafarnaúm, porque esta noche el Maestro va a hablar a la multitud", y había visto que María se sobresaltaba, que cambiaba de color; no sabía ya estar quieta, iba y venía de un lado para otro, sola, como angustiada, en vilo, como una persona que estuviera para tomar una decisión sin saber todavía qué aceptar y qué rechazar.

Después de la comida ha venido a mi habitación, ha cogido el vestido más oscuro que tenía, el más modesto; se lo ha probado y le ha pedido a la nodriza que bajase todo el jaletón porque era demasiado corto. Primero lo intentó ella, pero me confesó llorando: "Ya no sé co-ser. Todo lo útil y bueno lo he olvidado...", y me echó los brazos al cuello diciendo: "Reza por mí".

Salió de casa sola, hacia la hora del ocaso... ¡Cuánto oré para que no se encontrase con ninguno que le estorbara venir aquí, para que comprendiera tu palabra, para que lograse definitivamente estrangular al monstruo que la esclaviza!... Mira: me he puesto tu cinturón, bien ceñido debajo de los otros; cuando sentía la opresión del cuero duro en mi cintura, que no está habituada a cinturones tan recios, decía: "Él es más fuerte que todo".

Luego vinimos yo y Marcela. Con el carro es poco tiempo. No sé si nos viste entre la gente... Pero, ¡qué dolor, qué espina en el corazón, al no ver a María! Pensaba: "Ha cambiado de idea. Se ha vuelto a casa. 0... o ha huido porque no podía resistir mi imposición sobre ella, la que ella misma me había pedido". Te escuchaba y lloraba bajo mi velo. Tus palabras parecían exactamente para ella... ¡y no las estaba oyendo! Lo pensaba porque no la veía. Volví a casa desconsolada. Es verdad que te he desobedecido, porque me habías dicho: "Si viene, espérala en casa". Pero considera el estado de mi corazón, Maestro. ¡Era mi hermana, que iba a ti! ¿Podía faltar yo y no verla a tu lado? Además... me habías dicho: "Estará quebrantada". Quería estar al lado de ella antes, para apoyarla...

Estaba de rodillas, llorando y orando en mi habitación -hacía mucho que había terminado ya la segunda vigilia-, y ella ha entrado tan suavemente, que no me he dado cuenta de su presencia sino cuando se ha arrojado a mí y me ha abrazado fuertemente diciéndome: "Es verdad todo lo que dices, bendita hermana mía; y supera con mucho lo que tú dices, su misericordia es mucho mayor. ¡Oh, Marta mía, ya no es necesario que me tengas sujeta! Ya no me verás ni cínica ni desesperada. Ya no me oirás decir: `¡Para no pensar!'. Ahora quiero pensar, sé en qué pensar: en la Bondad hecha carne. Tú rezabas, hermana mía, sin duda rezabas por mí. Pues bien, tienes tu victoria ya en tu puño, tu María, que no quiere pecar más y que renace ahora. Aquí está. Mírala bien a la cara. Porque es una María nueva. Su cara ha sido lavada por el llanto de la esperanza y del arrepentimiento. Puedes besarme, hermana mía pura. Ya no hay señales de amores vergonzosos en mi rostro. El ha dicho que ama mi alma. Porque hablaba a mi alma y de mi alma. La oveja extraviada era yo. Ha dicho... escucha, mira a ver si lo digo bien, tú que conoces el modo de hablar del Salvador...". Y me ha repetido perfectamente tu parábola.

¡María es muy inteligente, mucho más que yo! Y sabe recordar. Así, te he oído dos veces; y, si en tu labio esas palabras eran santas y adorables, en el suyo me eran santas, adorables, encantadoras, porque me las decía un labio de hermana, de mi hermana hallada, que había vuelto al redil familiar. Estábamos abrazadas las dos, sentadas en la estera, como cuando éramos niñas y estábamos así en la habitación de nuestra madre, o junto al telar donde ella tejía o bordaba sus espléndidas telas; estábamos así, desaparecida ya la división del pecado, y me parecía como si nuestra madre estuviera también con su espíritu. Llorábamos sin dolor; es más, con una gran paz. Nos besábamos felices... Luego María, cansada por el camino recorrido a pie, por la emoción y muchas otras cosas, se ha dormido entre mis brazos. Con la ayuda de la nodriza la he echado en mi cama... y la he dejado. Luego he venido corriendo aquí - y Marta besa toda feliz las manos de Jesús.

-Yo también te digo lo mismo que te ha dicho María: "Tienes tu victoria en tu puño". Ve y sé feliz. Ve en paz. Sigue una conducta llena de dulzura y de prudencia para con la renacida. Adiós, Marta. Comunícaselo a Lázaro, que está preocupado allá abajo.

-Sí, Maestro. Pero María ¿cuándo va a venir con nosotras discípulas?

Jesús sonríe y dice:

-El Creador hizo la creación en seis días y el séptimo descansó.

-Entiendo. Hay que tener paciencia.

-Paciencia, sí. No suspires. Esta también es una virtud. Paz a vosotras, mujeres. Nos volveremos a ver pronto - y Jesús las deja y se dirige hacia el lugar en que la barca está esperando, en la orilla.

## 236

## La cena en casa de Simón el fariseo y la absolución a María de Magdala

Veo una sala riquísima.

De su centro pende una valiosa lámpara de muchas boquillas, toda encendida. En las paredes hay tapices bellísimos; hay también sillas taraceadas, revestidas de marfil y ricas láminas; y muebles muy bonitos.

En el centro hay una mesa de grandes dimensiones, formada por cuatro tablas unidas en forma de rectángulo. La mesa está preparada con esta disposición a causa de los muchos convidados (todos hombres) y aparejada con bellísimos manteles y rica vajilla. Hay ánforas y copas preciosas. Muchos son los servidores que se mueven en torno a ella, trayendo manjares y escanciando vinos. En el centro del cuadrado no hay nadie; veo el suelo (es muy bonito y refleja la luz de la lámpara, que es de aceite). Por la parte externa, sin embargo, hay muchos lechos-asiento, todos ocupados por los comensales.

Tengo la impresión de estar en el ángulo semioscuro situado en el fondo de la sala, junto a una puerta que está abierta de par en par hacia el exterior, pero, al mismo tiempo, cerrada con una tupida cortina, o tapiz, que cuelga de su dintel.

En el lado más alejado de la puerta, está el jefe de la casa con los invitados más importantes. Es un hombre más bien anciano, vestido con una amplia túnica blanca ceñida a la cintura con un cinturón recamado. La túnica tiene también, en el cuello, bocamangas y bajos, las orillas bordadas (aplicadas como cintas bordadas; o galones, si prefiere llamarlos así). Pero la cara de este hombre no me gusta: es una cara maligna, fría, soberbia y ávida.

En el lado opuesto, frente a él, está mi Jesús. Lo veo de costado, diría que casi por detrás, a espaldas de Él. Lleva su habitual túnica blanca, las sandalias, los cabellos bipartidos sobre la frente y largos como siempre.

Noto que tanto Él como los demás comensales no se sientan como creía que uno se sentase en esos lechos-asiento, o sea, perpendicularmente respecto a la mesa, sino paralelamente. En la visión de las bodas de Caná no había prestado mucha atención a este detalle; había visto que comían apoyados sobre el codo izquierdo, pero me parecía que estaban menos echados

(quizás porque los lechos eran menos lujosos y mucho más cortos). Éstos son verdaderos lechos, asemejan a los modernos divanes de tipo turco.

Jesús tiene a su lado a Juan y, dado que Jesús está apoyado con el codo izquierdo (como todos). Juan está metido entre la mesa y el cuerpo del Señor; llegando con su codo a la altura de la ingle del Maestro, de modo que no le estorba a Jesús para comer y puede, si quiere, apoyarse confidencialmente en su pecho.

No hay ninguna mujer. Todos hablan. El dueño de la casa, de vez en cuando, con afectada condescendencia y evidente ostentación de complacencia, se dirige a Jesús (se ve claramente que quiere demostrarle -y demostrárselo a todos los presentes- que le ha hecho un gran honor invitándolo a su rica casa, a Él, un pobre profeta a quien se le considera, incluso, un poco exaltado)... Veo que Jesús responde con cortesía y sosiego. A quien le pregunta, le sonríe con su leve sonrisa; pero, si quien le habla es Juan -o aunque sólo lo mire-, entonces su sonrisa es luminosa.

Veo que alguien descorre la rica cortina que cubre el vano de la puerta. Entra una mujer joven, guapísima, ricamente vestida, peinada con esmero. Su abundantísima cabellera rubia forma sobre su cabeza un verdadero ornamento de mechones artísticamente entrecruzados; tan abundante es y tanto resplandece, que parece como si llevara un yelmo de oro labrado todo en relieve. Su indumento, si lo comparo con el que le he visto siempre a la Virgen María, diría que es muy excéntrico y complicado. Hebillas en los hombros, joyas para sujetar los frunces de la parte superior del pecho, cadenitas de oro para delinear el pecho mismo, cinturón hecho de bullones de oro y gemas. Es un vestido audaz, que hace resaltar las líneas del bellísimo cuerpo de la mujer. En la cabeza lleva un velo, tan fino que... no vela nada; es sólo un detalle añadido a sus gracias, nada más. Calzan sus pies sandalias rojas muy ricas, de piel, con hebillas de oro, sujetas con lazos a la altura del tobillo.

Todos, menos Jesús, se vuelven a mirarla. Juan la observa un instante y luego se vuelve hacia Jesús. Los demás fijan su mirada en ella con visible y maligno deseo. Pero la mujer no los mira en absoluto, ni se preocupa del murmullo que ha levantado su presencia ni de las señas que hacen todos, excepto Jesús y el discípulo. Jesús se comporta como si no se hubiera dado cuenta de nada; sigue hablando hasta terminar la conversación que había entablado con el dueño de la casa.

La mujer va hacia Jesús, se arrodilla junto a los pies del Maestro. Deja en el suelo un pequeño recipiente de forma de ánfora de panza muy marcada, se quita el velo de la cabeza sacando el alfiler precioso que lo tenía prendido al pelo, se saca de los dedos los anillos, y deposita todo encima del lecho-asiento, junto a los pies de Jesús; luego toma entre sus manos los pies, primero el derecho, luego el izquierdo, desata las sandalias y los posa de nuevo en el suelo; luego, prorrumpiendo en grandes sollozos, besa estos pies, apoya en ellos su frente, se los acaricia para sí, y las lágrimas caen como una lluvia, que brilla bajo la llama de la lámpara y que recorre, formando hilos, la piel de estos pies adorables.

Jesús vuelve --casi nada- lentamente la cabeza, y su mirada azul oscura se deposita un instante sobre la cabeza vencida. Es una mirada absolutoria. Luego vuelve a la posición de mirar hacia el centro, mientras deja a la mujer que se desahogue libremente.

Los demás, no; ellos se intercambian comentarios mordaces, señas, sonrisas malignas. El fariseo se pone un momento en posición de sentado, para ver mejor; su mirada es entre ávida, preocupada e irónica: ávida de la mujer (este sentimiento es patente); preocupada por el hecho de que la mujer haya entrado con tanta libertad, lo cual podría hacer pensar a los otros que la recibe frecuentemente en su casa; irónica respecto a Jesús...

Pero la mujer no se percata de nada. Llora a mares, aunque sin gritos; sólo lagrimones y algún que otro sollozo. Luego se suelta los cabellos, extrayendo las horquillas de oro que sostenían el complejo peinado. Deposita también estas horquillas al lado de los anillos y del alfiler de cabeza. Las madejas de oro se despliegan recorriendo la espalda de la mujer. Coge sus cabellos con las dos manos, se los lleva al pecho y los pasa por los pies mojados de Jesús, hasta que los ve secos. Luego mete sus dedos en la pequeña vasija y saca una pomada levemente amarillenta y olorosísima. Un perfume entre de azucena y nardo se propaga por toda la sala. La mujer extrae sin escatimar; extiende, unta, besa, acaricia.

Jesús, de tanto en tanto, la mira lleno de amorosa piedad. Juan, que se había vuelto sorprendido al oír el estallido de llanto, no sabe separar la mirada del grupo de Jesús y la mujer y mira alternativamente a uno y otro. La cara del fariseo tiene una expresión cada vez más desabrida.

Oigo aquí las ya conocidas palabras del Evangelio, las oigo acompañadas *de un tono y una mirada* que le hacen agachar la cabeza al viejo resentido.

Oigo las palabras de absolución a la mujer, que se ha enrollado el velo alrededor de la cabeza, quedando más o menos recogida su cabellera despeinada, y ahora se marcha dejando a los pies de Jesús sus joyas. Jesús, al decirle: «Ve en paz», le pone un instante la mano sobre su cabeza inclinada. Pero lo hace con grandísima dulzura.

Jesús ahora me dice:

-Lo que le ha hecho bajar la cabeza al fariseo -y también a sus compañeros-, y que no está escrito en el Evangelio, han sido las palabras que mi espíritu, a través de mi mirada, ha lanzado y clavado en esa alma yerma y ávida. He respondido mucho más de lo que está escrito, porque ningún pensamiento de los hombres me estaba celado. Y él ha entendido mi mudo lenguaje, más cargado aún de reproche que cuanto lo estaban mis palabras.

Le he dicho: "No. No hagas insinuaciones malvadas para justificarte ante ti mismo. Yo no tengo tu lujuria. Esta mujer no viene a mí por atracción sensual. Yo no soy tú, ni soy como tus semejantes. Viene a mí porque mi mirada y mi palabra, oída por pura coincidencia, le han iluminado el alma en que la lujuria había creado tinieblas. Y viene porque quiere vencer sobre la carne y ha comprendido, ¡pobre criatura!, que por sí sola no lo lograría nunca. Ella ama en mí el espíritu, nada más que el espíritu, que siente sobrenaturalmente bueno. Después de tanto mal como ha recibido de todos vosotros, que os habéis aprovechado de su debilidad para vuestros vicios, correspondiéndole luego con los latigazos de vuestro desprecio, viene a mí porque percibe que ha encontrado el Bien, la Alegría, la Paz, que inútilmente ha buscado entre las pompas del mundo. Procúrate la curación de esta lepra tuya de alma, ¡oh, fariseo hipócrita!, y recta visión en las cosas; depón la soberbia de la mente y la lujuria de la carne. Estas son lepras mucho más fétidas que las de vuestro cuerpo. De las últimas mi toque os puede curar porque por ellas me invocáis,

pero de la lepra del espíritu no, porque no queréis liberaros de ella porque os gusta. Esta mujer, sin embargo, sí quiere. Por eso Yo la limpio, por eso la libero de las cadenas de su esclavitud. La pecadora ha muerto, ha quedado allí, en los adornos que ella se avergüenza de ofrecerme para que los santifique usándolos para atender mis necesidades y las de mis discípulos, para los pobres a quienes socorro con lo que a otros les es superfluo; porque se da el caso de que Yo, Dueño de1 Universo, ahora que soy el Salvador del hombre, no poseo nada. Ella está allí, en el perfume con que ha ungido mis pies, disminuido -como sus cabellos- en esa parte del cuerpo que tú no te has dignado refrescar con el agua de tu pozo, después de que he recorrido tanto camino para venir a traerte también a ti luz. La pecadora ha muerto, y ha renacido María, que ahora, por su vivo dolor y recto amor, tiene nuevamente la hermosura de una púdica muchacha. Ella se ha lavado en su llanto. En verdad te digo, fariseo, que entre éste, que me ama con su juventud pura, y ésta, que me ama con la sincera contrición de un corazón renacido a la Gracia, no establezco diferencia, y que al Puro y a la Arrepentida les confío una misión, respectivamente: comprender mi pensamiento como nadie y dar a mi Cuerpo los últimos honores y el primer saludo (no cuento el saludo especial de mi Madre) cuando resucite".

Esto es cuanto quería decir con mi mirada al fariseo. Pero a ti te manifiesto otra cosa, para alegría tuya y de muchos.

En Betania, María repitió este gesto que signó el alba de su redención. Hay gestos personales que se repiten, y que denuncian el estilo propio de una persona. Son gestos inconfundibles. En Betania, de todas formas -y ello era justo- el gesto fue menos humillante y más confidencial, dentro de su actitud de reverente adoración. Mucho había caminado María desde aquel amanecer de su redención. Mucho. El amor, como viento veloz, la había impulsado consigo hacia arriba y hacia delante; el amor, como una hoguera, la había devorado y había destruido en ella la carne impura, y había proclamado señor en ella a un espíritu purificado. María, distinta por su renacida dignidad de mujer, distinta en su vestido, sencillo como el de mi Madre, y en su peinado; de mirada sencilla, de actitud sencilla, de palabra sencilla y *nueva,* ahora me honraba con el mismo gesto, pero de forma nueva: cogió el último de sus vasos de perfume, que había reservado para mí; me lo esparció sobre los pies, sin llanto, con mirada dichosa, por el amor y la seguridad de haber sido perdonada, y también sobre mi cabeza. Ahora María podía, sí, ungirme y tocarme la cabeza. El arrepentimiento y el amor la habían purificado con el fuego de los serafines, y ella misma era un serafín.

Dítelo a ti misma, María (se dirige a María Valtorta), mi pequeña "voz", díselo a las almas. Ve, díselo a las almas que no se atreven a venir a mí porque se sienten culpables. Mucho, mucho, mucho se le perdona a quien mucho ama, a quien mucho me ama. ¿No sabéis, pobres almas, cómo os ama el Salvador! No tengáis miedo de mí. Venid. Con confianza. Con coraje. Que Yo os abro el Corazón y los brazos.

Recordad siempre esto: "No establezco diferencia entre aquel que me ama con su pureza íntegra y aquel que me ama en la sincera contrición de un corazón renacido a la Gracia". Soy el Salvador. No lo olvidéis nunca.

Ve en paz. Te bendigo.

Haciendo una digresión (explica María Valtorta), los temas de que hablaban los comensales -por lo que respecta a los que yo comprendía, o sea, aquellos que iban más específicamente dirigidos a Jesús- trataban sobre hechos de actualidad: los romanos; la Ley, que encontraba oposición en los romanos; también la misión de Jesús como Maestro de una nueva escuela. Pero, detrás de la aparente benevolencia, se comprendía que eran preguntas viciosas y capciosas, para embrollarlo (cosa no fácil, porque Jesús, con pocas palabras, daba una respuesta precisa y concluyente a cada una de las cuestiones).

Por ejemplo, a la pregunta sobre cuál fuera en concreto la escuela o secta de que se había hecho nuevo maestro, respondió sencillamente:

-De la escuela de Dios. Es a Él a quien sigo en su santa Ley; de Dios me preocupo, para hacer que estos pequeñuelos -y miraba con amor a Juan, y en Juan a todos los rectos de corazón- la tengan renovada en toda su esencia, tal como era el día en que el Señor la promulgara en el Sinaí. Devuelvo a los hombres a la Luz de Dios.

A otra pregunta, sobre qué pensaba del abuso del César, que se había hecho dominador de Palestina, había respondido:

-César es lo que es porque así lo quiere Dios. Recuerda lo que dice el profeta Isaías. ¿No llama, acaso, a Asur, por inspiración divina, "bastón" de su cólera, vara que azota al pueblo de Dios, que se ha separado demasiado de Él y finge externamente y en su espíritu? ¿Y no dice que, después de usarlo como castigo, lo quebrantará, porque abusará de su misión siendo demasiado soberbio y cruel?

Éstas son las dos respuestas que más me han impresionado.

Y esta noche mi Jesús me dice sonriendo:

-Te debería llamar como a Daniel. Eres la mujer de los deseos, te amo porque deseas intensamente a tu Dios. Podría seguir diciéndote lo que mi ángel dijo a Daniel: "No temas, porque desde el primer día en que aplicaste tu corazón a comprender y a afligirte en la presencia de Dios, han sido escuchadas tus oraciones; por ellas he venido". Pero no te está hablando el ángel; soy Yo: Jesús.

María: siempre que una persona "aplica su corazón a comprender", Yo me acerco. No soy un Dios duro y severo. Soy Misericordia viva. Más rápido que el pensamiento me acerco a quien a mí se vuelve. Y me acerqué veloz con mi espíritu también a la pobre María de Magdala, tan inmersa en su pecar, en cuanto sentí que surgía en ella el deseo de comprender: comprender la luz de Dios y su estado de tinieblas; y me hice Luz para ella.

Hablaba a muchos aquel día, pero verdad es que hablaba para ella sola. Sólo la veía a ella, que se había acercado movida por un violento repente de su alma, que se rebelaba contra la carne que la tenía sujeta. Sólo la veía a ella, con su rostro atormentado, con su forzada sonrisa, que escondía, bajo apariencia de falsa seguridad y alegría, que no eran sino desafío al mundo y a sí misma, mucho llanto íntimo. Sólo la veía a ella, mucho más enredada en las zarzas que la oveja extraviada de la parábola; a ella, que se anegaba en la náusea de su vida, náusea que emergía como esos embates profundos que sacan consigo el agua del fondo.

No dije grandes palabras, ni toqué un tema referido a ella, pecadora bien conocida, para no humillarla y obligarla a huir, a avergonzarse o a venir. La dejé tranquila. Dejé que mi palabra y mi mirada descendieran a su interior y que allí fermentasen para

hacer de aquel impulso de un momento su glorioso futuro de santa. Hablé con una de las más dulces parábolas, rayo de luz y bondad emanado exactamente para ella. "Y aquella noche, mientras ponía pie en casa del rico soberbio -en quien mi palabra no podía fermentar para transformarse en futura gloria, pues la mataba la soberbia farisaica-, ya sabía que ella vendría, después de haber llorado mucho en su habitación de vicio, después de haber decidido, a la luz de ese llanto, su futuro.

Los hombres, devorados por la lujuria, al verla entrar, se estremecieron en la carne y acusaron con el pensamiento. Todos la desearon, excepto los dos "puros" del convite: Yo y Juan. Todos pensaron que venía por uno de esos fáciles caprichos que -verdadera posesión diabólica- la arrojaban a repentinas aventuras. Pero Satanás ya estaba vencido. Y todos, con envidia, pensaron, viendo que no se dirigía a ellos, que era Yo por quien venía. El hombre, cuando no es sino hombre de carne y sangre, mancha siempre hasta las cosas más puras. Sólo los puros ven bien, porque el pecado no les turba el pensamiento.

Pero, María, no debe ser motivo de abatimiento el que el hombre no comprenda. Dios comprende, y es suficiente para el Cielo. La gloria que viene de los hombres no aumenta ni en un gramo la gloria que es destino de los elegidos en el Paraíso. Recuérdalo siempre.

La pobre María de Magdala fue siempre mal juzgada en sus actos buenos; no lo había sido en sus malas acciones, porque eran bocados de lujuria ofrecidos a la insaciable hambre de los lascivos. Fue criticada y juzgada mal en Naím, en casa del fariseo; criticada y objeto de reproche en Betania, en su casa. Pero Juan, diciendo una gran palabra, da la clave de esta última crítica: "Judas... *porque era ladrón".* Yo digo: "El fariseo y sus amigos *porque eran lujuriosos".* ¿Ves? La avidez de la carne, la avidez por el dinero, alzan su voz y critican el acto bueno. Los buenos no critican. *Nunca.* Comprenden.

Pero, repito, no importa la crítica del mundo; lo que importa es el juicio de Dios.

## 237

## La petición de obreros para la mies, y la parábola del tesoro escondido en el campo. Marta todavía teme por su hermana María

Jesús se encuentra en el camino que desde el lago Merón va hacia el de Galilea. Con Él están Simón Zelote y Bartolomé. Parece que esperan a los demás, junto a un torrente que, aunque esté reducido a un hilo de agua, alimenta frondosos árboles; los otros están llegando desde dos partes distintas.

Es un día tórrido. No obstante, mucha gente ha seguido a los tres grupos, que deben haber predicado por los campos, encaminando a los enfermos hacia el grupo de Jesús y reservándose predicar sobre Él a los sanos. Hay muchos que han sido agraciados con milagros y forman ahora un grupo feliz, sentado entre los árboles; su alegría es tal, que no sienten siquiera el cansancio producido por el calor, el polvo, la luz cegadora; mientras que todas estas cosas hacen sufrir, y no poco, a los demás.

Cuando el grupo capitaneado por Judas Tadeo llega -es el primero- adonde Jesús, se manifiesta evidente el cansancio de todos los que lo forman y de los que vienen detrás. El último es el grupo capitaneado por Pedro; vienen en él muchos de Corazín y Betsaida.

-Hemos hecho lo que estaba previsto, Maestro. Pero haría falta ser muchos grupos... Ya ves... andar mucho no se puede, por el calor. ¿Qué hacemos, entonces? El mundo parece ensancharse más cuantas más cosas tenemos que hacer, porque los pueblos se desperdigan y se alargan las distancias. No me había percatado nunca de que fuera tan grande Galilea. Estamos sólo en un rincón de ella, realmente en un rincón, y no logramos evangelizarla, de tan grande como es y de tantas necesidades y tanto deseo de ti como hay - suspira Pedro.

-No es que el mundo crezca, Simón. Lo que crece es el conocimiento de nuestro Maestro - responde Tadeo.

-Sí, es verdad. Mira cuánta gente. Algunos nos siguen desde esta mañana. Durante las horas de calor, nos hemos refugiado en un bosque. Pero incluso ahora, que se acerca el atardecer, es un sufrimiento el caminar. Y estos pobrecillos están mucho más lejos de casa que nosotros. No sé cómo nos las vamos a arreglar si sigue aumentando todo a este ritmo... - dice Santiago de Zebedeo.

-En Octubre vendrán también los pastores - dice Andrés para consolar.

-¡Sí! ¡Ya! Pastores, discípulos... ¡maravillosos! Pero son útiles sólo para decir: "Jesús es el Salvador. Está allí". Nada más - responde Pedro.

-A1 menos la gente sabrá dónde encontrarlo. Ahora, sin embargo... nosotros venimos aquí y ellos corren aquí; mientras ellos vienen aquí, nosotros vamos allá, y ellos tienen que correr detrás de nosotros... Y con niños y enfermos no es muy cómodo.

Jesús habla:

-Tienes razón, Simón-Pedro. También siento Yo compasión de estas almas y de estas turbas. Para muchos el no encontrarme en un momento dado puede ser causa irreparable de desventura. Observad qué cansados están y cuán desorientados se sienten los que no poseen aún la certeza de mi Verdad; y cuán hambrientos los que han gustado mi palabra y ya no saben estar sin ella, y ninguna otra palabra los satisface. Asemejan a ovejas sin pastor, que vagan no encontrando a alguien que las guíe y lleve a pastar. Yo les seré próvido. Pero vosotros tenéis que ayudarme, con todas vuestras fuerzas espirituales, morales y físicas. Dejaréis de formar grupos numerosos; debéis saber ir de dos en dos. Mandaremos en parejas a los discípulos mejores. La mies es verdaderamente mucha. En verano os prepararé para esta gran misión. Para Tammuz contaremos con Isaac, que vendrá con los mejores discípulos; y os prepararé. De todas formas, no seréis todavía suficientes, porque la mies es verdaderamente mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la tierra que envíe muchos obreros a su mies.

-Sí, mi Señor, pero ello no modificará mucho la situación de éstos que te buscan - dice Santiago de Alfeo.

-¿Por qué, hermano?

-Porque buscan no sólo doctrina y palabra de Vida, sino también remedio a sus flaquezas, a sus enfermedades, a toda tara de su parte inferior o superior causada por la vida o por Satanás. Y esto sólo Tú lo puedes hacer, porque en ti está el Poder.

-Los que son una sola cosa conmigo llegarán a hacer lo que Yo hago, y los pobres recibirán ayuda en todas sus miserias. Pero aún no tenéis en vosotros lo necesario para esto. Esforzaos en superaros a vosotros mismos, en aplastar vuestra humanidad para que triunfe el espíritu. No asimiléis sólo mi palabra sino también su espíritu, o sea, santificaos por ella; entonces todo lo podréis. Mas ahora vamos a manifestarles mi palabra, dado que no quieren marcharse sin que Yo les dé la palabra de Dios. Luego volveremos a Cafarnaúm. También allí habrá quien nos esté esperando...

¯Señor, pero ¿es verdad que María de Magdala te ha pedido perdón en casa del fariseo?

-Es verdad, Tomás.

-¿Y se lo has dado? - pregunta Felipe.

-Se lo he dado.

-Pero... ¡has hecho mal, ¿no?! - exclama Bartolomé.

-¿Por qué? Era un arrepentimiento sincero y merecía perdón.

-Pero no debías darlo en esa casa, públicamente... - dice en tono de reproche Judas Iscariote.

-No veo en qué he errado.

-En esto: Tú sabes quiénes son los fariseos, cuántas argucias tienen en su cabeza, cómo te vigilan; cómo te calumnian, cómo te odian. Tenías uno de ellos, en Cafarnaúm, que era amigo tuyo: Simón. Y llamas a su casa a una prostituta para profanar la casa y escandalizar al amigo Simón.

-No la llamé Yo; vino ella. No era una prostituta; era una mujer arrepentida. Todo esto cambia mucho la cosa. Si antes no sentían asco de estar a su lado, si no han sentido nunca asco de desearla, incluso en mi presencia, tampoco ahora que ella ya no es una carne sino un alma deben sentirlo por verla entrar para arrodillarse a mis pies y llorar acusándose, humillándose con su pública, humilde confesión totalmente presente en su llanto. La casa de Simón fariseo ha recibido santificación por un milagro grande: *la resurrección de un alma.*
En la plaza de Cafarnaúm, hace cinco días, me preguntaba: "¿Has hecho sólo ese milagro?", y me respondía por su cuenta: "¡No, claro!", porque había deseado mucho ver uno. Pues se lo he dado. Lo he elegido para testigo, paraninfo, de estos esponsales del alma con la Gracia. Debería sentirse orgulloso.

-Pues, sin embargo, está escandalizado. Quizás has perdido un amigo.

-He encontrado un alma. Merece la pena perder la amistad de un hombre, su pobre amistad de hombre, con tal de devolver a un alma la amistad con Dios.

-Es inútil. Contigo no se puede mantener humana reflexión. ¡Estamos en la tierra, Maestro! Recuérdalo. Aquí mandan las leyes y las ideas de la tierra. Tú actúas con el método del Cielo, te mueves en el Cielo que tienes en tu corazón, ves todo a través de luces de Cielo. ¡Pobre Maestro mío! ¡Cuán divinamente inepto eres para vivir entre nosotros los perversos! - Judas Iscariote lo abraza -maravillado y desolado- y termina: «Y me duele el que te crees tantos enemigos por demasiada perfección.

-No te duela, Judas. Está escrito que debe ser así. Pero, ¿cómo sabes que Simón se siente ofendido?

-No ha dicho que se sienta ofendido, pero, a mí y a Tomás, nos ha dado a entender que aquello no se debía haber hecho; no debías haberla invitado a su casa, donde sólo entran personas honestas.

-¡Bueno, sobre la honestidad de los que van a casa de Simón mejor no seguir! - dice Pedro.

Y Mateo:

-Yo podría decir que el sudor de las prostitutas ha goteado en repetidas ocasiones en los suelos, en las mesas y... en otros sitios, de la casa de Simón el fariseo.

-Pero no públicamente - rebate Judas Iscariote.

-No. Con hipocresía para esconderlo.

-Pues cambia la cosa.

-Cambia también la entrada de una prostituta que entra para decir: "Dejo mi pecado infame", respecto a la de una que entra para decir: "Aquí me tienes para cumplir el pecado juntos".

-Mateo tiene razón - dicen todos.

-Sí, tiene razón. Pero ellos no piensan como nosotros, y es necesario llegar a un acuerdo con ellos, adaptarse a ellos para tenerlos como amigos.

-Eso nunca, Judas. En la verdad, en la honestidad, en la conducta moral, no hay ni adaptaciones ni acuerdos - dice imperioso Jesús, para terminar: «Y, además, Yo sé que he actuado bien y para el bien, y basta. Vamos a despedir a estas personas cansadas.

Y se acerca a los que, diseminados bajo los árboles, miran en dirección a Él con ansia de oírlo.

-Paz a todos vosotros que, salvando estadios y soportando el intenso sol, habéis venido a oír la Buena Nueva.

En verdad os digo que estáis empezando a entender realmente lo que es el Reino de Dios y también cuán valioso es poseerlo y cuán dichoso pertenecer a él. De forma que cualquier tipo de esfuerzo pierde para vosotros ese valor que para otros tiene, porque el espíritu impera en vosotros y dice a la carne: "Regocíjate si te oprimo, porque lo hago por tu bienaventuranza. Cuando te reúnas conmigo, después de la resurrección final, me amarás por todo cuanto te subyugué y verás en mí a tu segundo salvador". ¿No habla así vuestro espíritu?

-¡Sí, sí que habla así!

A1 presente, basáis vuestro comportamiento en la enseñanza de mis lejanas parábolas, pero ahora os voy a ofrecer otras luces para que os enamoréis, cada vez más, de este Reino de valor inconmensurable que os espera.

Escuchad: Un hombre, que había ido a un campo por casualidad a buscar mantillo para llevarlo a su huerta, al excavar fatigosamente en la tierra dura, debajo de algún estrato, se encuentra un filón de metal precioso. ¿Qué hace entonces aquel

hombre? Vuelve a tapar con tierra lo que ha encontrado. No le importa tener que trabajar más, porque el descubrimiento compensa la fatiga. Luego va a su casa, empieza a juntar todos sus bienes en dinero y en objetos, y estos últimos los vende para sacar mucho dinero. Cuando logra juntar todo, se presenta al dueño del campo y le dice: "Me gusta tu campo. ¿Cuánto quieres por vendérmelo?". "No, no lo vendo" responde el otro. Mas el hombre ofrece sumas cada vez más fuertes, exageradas en relación al valor del campo, y termina convenciendo al dueño, que piensa: "¡Este hombre es un loco! Bien, pues, dado que está loco, me aprovecho. Tomo la suma que me ofrece. No es engaño porque es él quien me la quiere dar. Con el dinero me compraré al menos otros tres campos, y de mayor calidad". Y vende, convencido de haber cerrado un espléndido trato. Sin embargo, es el otro el que cierra un espléndido trato, porque se priva de objetos que puede robar el ladrón o que puede perder o que se consumirán, pero se procura un tesoro que, por ser verdadero, natural, es inagotable. Le compensa, por tanto, el haber sacrificado todo lo que tenía por esta compra; se queda durante algo de tiempo sólo con la propiedad del campo, pero en realidad posee para siempre el tesoro que allí se esconde.

Vosotros habéis entendido esto y hacéis como el hombre de la parábola. Dejáis las efímeras riquezas para poseer el Reino de los Cielos. Se las vendéis a los necios del mundo; se las cedéis y aceptáis el escarnio del mundo, que juzga estúpido vuestro modo de actuar. Actuad así, siempre así, y vuestro Padre que está en los Cielos, jubiloso, un día os dará vuestro lugar en el Reino.

Volved a vuestras casas antes de que llegue el sábado. En el día del Señor, pensad en la parábola del tesoro del Reino celeste. La paz sea con vosotros.

La gente se dispersa, lentamente, por los caminos y senderos de la campiña, mientras Jesús se dirige a Cafarnaúm en la tarde que declina.

Llega ya de noche. Atraviesan en silencio la ciudad silenciosa bajo la luz de la luna, única fuente luminosa existente en las callejuelas oscuras y mal pavimentadas. Entran, también en silencio, en el pequeño huerto de al lado de la casa, creyendo que todos están acostados. Pero una luz arde en la cocina, y tres sombras, móviles por el movimiento de la leve llama, se proyectan sobre la pared blanca del horno cercano.

-Te esperan, Maestro. ¡Así no se puede continuar! Ahora mismo voy a decirles que estás demasiado cansado. Tú, mientras, sube a la terraza.

-No, Simón. Voy a entrar en la cocina. Si Tomás tiene a estas personas esperando, es señal de que hay un serio motivo.

Pero los que estaban dentro ya han oído el bisbiseo, y Tomás, que es el dueño de la casa, se asoma al umbral de la puerta.

-Maestro, está aquí la dama de otras veces. Te está esperando desde ayer a la hora del ocaso. Ha venido con un sirviente - y añade en voz baja: «Está muy inquieta y no para de llorar...».

-Bien. Dile que suba arriba. ¿Dónde ha dormido?

-No quería dormir, pero, al final, durante unas horas, se retiró, ya casi al alba, a mi habitación. A1 sirviente le he ofrecido una de vuestras camas para dormir.

-Bien. Dormirá también esta noche, y tú dormirás en la mía.

-No, Maestro. En la terraza, sobre unas esteras. Dormiré bien igualmente.

Jesús sube a la terraza... y Marta también.

-Paz a ti, Marta.

Un sollozo como respuesta.

-¿Todavía llanto? ¿Pero no estás contenta?

Marta niega con la cabeza.

-¿Y por qué?...

Larga pausa llena de sollozos. A1 final, gimiendo, dice:

-Han pasado muchas tardes y María no ha vuelto. No sabemos dónde está. No la hemos encontrado ni yo ni Marcela ni la nodriza... Había pedido el carro y había salido. Iba vestida pomposamente... ¡Oh, no había querido llevar otra vez mi vestido!... No iba semidesnuda-tiene también de esos vestidos-, pero iba muy provocativa... Y tomó consigo joyas y perfumes... Y no ha vuelto. A1 llegar a las primeras casas de Cafarnaúm se despidió del sirviente diciéndole: "Volveré con otra compañía". Pero no ha vuelto. ¡Nos ha engañado!... o se ha sentido sola, quizás tentada... o le ha sucedido algo malo... No ha vuelto...

Y Marta cae de rodillas, y llora apoyando la cabeza sobre el antebrazo, apoyado a su vez en un montón de sacos vacíos.

Jesús la mira y dice lentamente y seguro, dominador:

-No llores. Hace tres noches María fue a donde Yo estaba. Me ungió los pies, depositó a mis pies todas sus joyas. Así se ha consagrado, y para siempre, y ha entrado a formar parte de mis discípulas. No la denigres en tu corazón. Te ha superado.

-¿Pero dónde está mi hermana? - grita Marta alzando un rostro desencajado - ¿Por qué no ha vuelto a casa? ¿Es que la han agredido? ¿Ha tomado una barca y se ha ahogado? ¿Algún amante repelido la ha raptado? ¡Oh, María, mi María! ¡Acababa de hallarla y ya la he perdido!

Marta está realmente fuera de sí. Ya no piensa siquiera en que los que están abajo la pueden oír; no piensa ya que Jesús le puede decir dónde está su hermana; se desespera sin reflexionar en nada.

Jesús la sujeta por las muñecas y la obliga a estar quieta, a escucharlo, dominándola con su alta estatura y su mirada magnética:

-¡Basta! Quiero de ti fe en mis palabras. Quiero de ti generosidad. ¿Comprendido?

No la suelta hasta que Marta se serena un poco.

-Tu hermana ha ido a saborear su gozo rodeándose de santa soledad, porque experimenta el supersensible pudor de los redimidos. Ya te lo había dicho. No puede soportar la mirada, dulce pero escrutadora, de su familia, que observa su nuevo vestido de novia de la Gracia. Y lo que Yo digo es siempre verdad. Debes creerme.

-Sí, Señor, sí. Pero mi María ha pertenecido demasiado al demonio. Enseguida la ha atrapado de nuevo, él...

-Él se venga en ti de la presa que ha perdido para siempre. ¿Voy a tener que presenciar cómo tú, la fuerte, caes víctima suya por un momento de abatimiento demente que no tiene razón de ser? ¿Tendré que presenciar cómo, por ella que ahora cree en mí, pierdes esa hermosa fe que siempre he visto en ti? ¡Marta! ¡Mírame bien! ¡Escúchame a mí, no a Satanás! ¿No sabes que cuando se ve obligado a soltar la presa por una victoria de Dios sobre él, este incansable torturador de los seres, este incansable depredador de los derechos de Dios, se pone inmediatamente manos a la obra para encontrar otras víctimas? ¿No sabes que lo que afianza la curación del espíritu de otro son las torturas que sufre un tercero, que resiste a los asaltos porque es bueno y fiel? ¿No sabes que todo lo que acaece y lo que existe en la Creación está relacionado y sigue una ley eterna de dependencias y consecuencias, de forma que el acto de uno produce vastísimas repercusiones naturales y sobrenaturales? 'Tú estás llorando aquí, aquí estás conociendo la duda atroz, y, a pesar de todo, permaneces fiel a tu Cristo en esta hora de tinieblas; allá, en un lugar que desconoces, María está sintiendo disolverse la última duda sobre la infinitud del perdón que ha recibido, y su llanto se transforma en sonrisa, sus sombras en luz. Tu tormento la ha guiado al lugar de la paz, al lugar de regeneración de las almas, al lado de la Generadora sin mancha, junto a Aquella que tanto es Vida, que le ha sido otorgado dar al mundo al Cristo, que es la Vida. Tu hermana está con mi Madre. No es la primera que pliega velas en ese puerto de paz habiéndola llamado el rayo de la viva Estrella María a aquel seno de amor, por amor, mudo y activo, de su Hijo. Tu hermana está en Nazaret.

-Pero, ¿cómo ha ido si no conoce a tu Madre, ni tu casa?... Sola... De noche... Sin los medios necesarios... Vestida así... Mucho camino... ¿Cómo?

-¿Cómo? Como va la golondrina cansada al nido natal, atravesando mares y montes, contra tempestades, nieblas y viento contrario; como van las golondrinas a los lugares donde pasan el invierno: por el instinto que las guía, el suave calor que las invita, el sol que las reclama. Pues también ella ha acudido al rayo que la convocaba... a la Madre universal. Y la veremos regresar a la aurora, feliz... dejadas para siempre las tinieblas, con una madre a su lado, la mía, y para no volver a ser huérfana nunca más. ¿Puedes creer esto?

-Sí, mi Señor.

Marta está como embelesada. En efecto, Jesús se ha mostrado verdaderamente dominador: alto, erguido - y, no obstante, un poco curvado hacia Marta, que estaba arrodillada -, ha hablado lenta pero incisivamente, casi como para transfundir su propio ser en la agitada discípula. Pocas veces lo he visto con esta potencia para persuadir con la palabra a alguien que lo escucha. ¡Pero, al final, qué luz, qué sonrisa en su cara! Marta lo refleja con una sonrisa y una luz más difuminada en su propio rostro.

-Y ahora ve a descansar. Con paz.

Y Marta le besa las manos y baja tranquilizada...

## 238

## Llegada de María Stma. con María de Magdala a Cafarnaúm en medio de una tempestad

-Quizás haya tormenta hoy, Maestro. ¿Ves allí aquellas franjas de plomo de detrás del Hermón cómo vienen hacia aquí? ¿Ves cómo se riza el lago? Mira qué soplos de tramontana alternados con oleadas calientes de siroco. Torbellino de viento: signo cierto de tempestad.

-¿Dentro de cuánto tiempo, Simón?

-Antes del final de la hora prima. Mira cómo se apresuran a regresar los pescadores. Sienten el rumor del lago, que dentro de poco tendrá aspecto plomizo, luego se pondrá como la pez y luego vendrá la furia.

-¡Pero si parece muy tranquilo! - dice incrédulo Tomás.

-Tú conoces el oro, yo el agua. Sucederá como digo. Además no es una tempestad repentina. Se está preparando con signos claros. El agua está tranquila en la superficie, sólo ese fruncido que parece una nadería. ¡Pero, si fueras en barca! Sentirías como miles de avellanas golpear contra el casco y sacudir extrañamente la barca. El agua hierve ya debajo. Espera la señal del cielo y luego verás... Deja que la tramontana se anude con el siroco. Y luego... ¡Eh, mujeres, retirad lo que habéis tendido y poned al seguro vuestros animales'. Dentro de poco van a llover piedras y baldes de agua.

Efectivamente, el cielo se va poniendo cada vez más verdastro, veteado de esquisto por la invasión continua de estratos de nubes que parecen eruptadas por el gran Hermón y que repelen la aurora hacia el lugar de donde ha venido, como si la hora retrocediera hacia la noche en vez de avanzar hacia el mediodía. Sólo una lámina de sol, que pone una irreal pincelada de un amarillo-verde en la cima de una colina situada al suroeste de Cafarnaúm, se resiste a huir de detrás de la barricada de nubes de pez. El lago ya ha pasado de azul a negro-azul y las primeras espumas, ligeras, quebradas, de las cabrillas, sobre esa agua oscura, parecen de un blanco irreal. Ya no hay ninguna barca en el lago. Los hombres se apresuran a sacar las barcas al guijarral de la orilla, a poner en su sitio redes, cestas, velas y- remos; o, si se trata de campesinos, a retirar los productos agrícolas, a asegurar estacas y junturas, a cerrar en los establos a los animales; y las mujeres van de prisa a la fuente, antes de que empiece a llover, o reagrupan a los niños que se habían levantado con el primer sol, y los mueven hacia casa, y cierran las puertas, diligentes como cluecas que perciben próximo el granizo.

-Simón, ven conmigo. Llama también al sirviente de Marta y a Santiago, mi hermano. Coge una tela gruesa, gruesa y grande. Hay dos mujeres en el camino. Hay que salir a su encuentro.

Pedro lo mira con curiosidad, pero obedece sin perder tiempo. Sólo cuando ya están en el camino, atravesando rápidamente el pueblo hacia el Sur, Simón pregunta:

-Pero, ¿quiénes son?

-Mi Madre y María de Magdala.

La sorpresa es tal que Pedro se detiene un momento como clavado en el suelo y dice:

-¿Tú Madre y María de Magdala? ¿Juntas?

Luego reemprende el camino, corriendo, porque Jesús no se ha parado, ni tampoco Santiago y el sirviente. Pero vuelve a decir:

-¡Tú Madre y María de Magdala! ¡Juntas!... Pero, ¿desde cuándo?

-Desde cuando no es sino María de Jesús. Date prisa Simón, que empiezan a caer las primeras gotas...

Y Pedro se esfuerza en seguir el paso de sus compañeros, todos más altos y ligeros que él.

El viento alza ahora nubes de polvo del camino reseco; es un viento que por momentos se hace más fuerte, un viento que rompe el lago y lo alza en crestas de olas que ya se estrellan, con un primer estruendo, contra la playa. Cuando es posible ver el lago, se le ve convertido en un enorme caldero en pleno furor de ebullición. Olas de, al menos, un metro de altas lo recorren en todas las direcciones, se entrechocan, crecen fundiéndose, se separan corriendo en direcciones opuestas en busca de otra ola con que chocarse: todo un duelo de espuma, de crestas, de prominencias abultadas, de estruendos, de bramidos, de embates contra las casas más cercanas a la orilla. Cuando las casas impiden la vista, el lago hace constar su presencia con su fragor, que supera al silbido del viento que comba los árboles, arranca hojas y hace caer frutos, y también al retumbo de los truenos largos, amenazadores, precedidos de relámpagos cada vez más frecuentes y potentes.

-¡A saber cuánto miedo tendrán esas mujeres! - resopla Pedro jadeando.

-Mi Madre no. No sé la otra. Pero, lo que está claro es que si no nos damos prisa se van a calar.

Ya han dejado Cafarnaúm a unos cien metros cuando, entre nubes de polvo, en medio del primer estruendo de un aguacero que cae oblicuo y violento rayando el aire oscuro, y que pronto es una verdadera catarata que se transforma en polvo, y ciega, y corta la respiración, se ve correr a una pareja de mujeres buscando amparo bajo algún árbol frondoso.

-¡Ahí están! ¡Corramos!

Pero Pedro, aunque su amor por María le ponga alas, con sus piernas cortas y ciertamente no de corredor, llega cuando Jesús y Santiago ya tienen recogidas a las mujeres bajo un tupido pedazo de vela.

-Aquí no se puede estar. Hay peligro de rayos y dentro de poco el camino será un torrente. Vamos, Maestro; al menos hasta la primera casa - dice Pedro jadeando.

Y van andando, con las mujeres en el centro, con el telón extendido apoyado sobre sus cabezas y espaldas.

La primera palabra que Jesús dice a la Magdalena, que lleva todavía el vestido de la noche del convite en casa de Simón -pero con un manto de María echado sobre los hombros- es ésta:

-¿Tienes miedo, María?

Ella, que se ha mantenido siempre con la cabeza inclinada bajo el velo de su cabellera desordenada por la carrera, se ruboriza, agacha aún más la cabeza y susurra:

-No, Señor.

También la Virgen ha perdido las horquillas y parece una niña con las trenzas cayéndole sobre los hombros. Sonríe a su Hijo, que está a su lado y le habla con esa sonrisa propia suya.

-Estás muy mojada, María - dice Santiago de Alfeo tocando el velo y el manto de la Virgen.

-No importa. Ahora ya no nos mojamos. ¿Verdad, María? Él nos ha salvado también de la lluvia - dice dulcemente María a la Magdalena (comprende el penoso empacho que siente). Ésta asiente con la cabeza.

-Tu hermana se pondrá contenta al verte otra vez. Está en Cafarnaúm. Te buscaba - dice Jesús.

María alza un momento la cabeza y fija sus espléndidos ojos en el rostro de Jesús -que le habla con la misma naturalidad que usa con las otras discípulas-, pero no dice nada. Siente un nudo en la garganta por demasiadas emociones.

Jesús termina:

-Me alegro de haberla retenido. Podréis marcharos después de que os bendiga.

La palabra se pierde en el estallido seco de un rayo que ha caído cerca. La Magdalena reacciona con un gesto de miedo. Se lleva las manos a la cara, se pliega y rompe a llorar.

-¡No tengas miedo, que ya ha pasado! Además, con Jesús no se debe tener miedo nunca - conforta Pedro.

También Santiago, que está al lado de la Magdalena, dice:

-No llores, que ya están cerca las casas.

-No lloro de miedo... Lloro porque me ha dicho que me va a bendecir... Yo... yo... - y no puede decir nada más.

La Virgen interviene para calmarla diciendo:

-Tú, María, ya has pasado tu tempestad. No pienses más en ello. Ahora todo es cielo sereno y paz. ¿No es verdad, Hijo mío?

-Sí, Madre. Es todo verdad. Dentro de poco saldrá de nuevo el sol y todo se verá más hermoso, limpio, fresco, que ayer. Pues igual para ti, María.

La Madre interviene de nuevo, apretando la mano de la Magdalena:

-Referiré a Marta tus palabras. Me siento feliz de poderla ver enseguida y decirle cuán llena de buena voluntad está su María.

Pedro, chapoteando en el lodo y tomándose con paciencia el diluvio, sale de debajo del toldo para ir hacia una casa a pedir cobijo.

-No, Simón. Preferimos todos volver a nuestra casa. ¿No es verdad? - dice Jesús.

Todos asienten y Pedro regresa al toldo.

Cafarnaúm es un desierto. Se han adueñado de ella viento, lluvia, truenos, relámpagos, y ahora el granizo, que suena y rebota en terrazas y fachadas. El lago está de una terribilidad imponente. Las casas cercanas a él sufren las embestidas de las

olas, pues la playita ya no existe. Las barcas, aseguradas cerca de las casas, están tan llenas de agua, que parece hubieran naufragado, y cada nuevo golpe de mar aumenta el agua, haciendo que rebose la que ya tenían.

Entran corriendo en el huerto, que ahora es un enorme charco en que flotan detritos en el agua fangosa; del huerto van a la cocina, donde están todos reunidos.

El grito de Marta, cuando ve a su hermana de la mano de María, es agudo. Se echa a su cuello -sin sentir cuánto se moja al hacerlo-, la besa, le dice:

-¡Mirí, Mirí, tesoro mío!

Quizás es el diminutivo afectuoso que usaban para la Magdalena cuando era pequeñita.

María llora, encorvada, con la cabeza apoyada en el hombro fraterno, revistiendo el indumento oscuro de Marta con un tupido velo de oro (única cosa que resplandece en la oscura cocina, en que sólo hay un fueguecillo de hornija para romper las tinieblas que no es capaz de vencer por sí sola una lamparita encendida).

Los apóstoles se han quedado de piedra, y también el dueño de la casa, y la dueña, que se han asomado al oír el grito de Marta; pero éstos, pasado el primer momento de curiosidad comprensible, se retiran discretamente.

Sedada un poco la vehemencia de los abrazos, Marta se acuerda de Jesús, de María, del hecho llamativo de que hayan venido todos juntos, y pregunta a su hermana, a la Virgen, a Jesús (no sabría decir a quién de ellos con más insistencia):

-¿Pero cómo es que venís todos juntos?

-Marta, la tormenta estaba llegando. He salido, con Simón, Santiago y tu sirviente, al encuentro de las dos peregrinas.

Marta está tan atónita que no se para a pensar en el hecho de que Jesús haya salido con tanta seguridad al encuentro de ellas y no pregunta: « ¿Pero lo sabías?».

Es Tomás quien se lo pregunta a Jesús. Pero no obtiene respuesta, porque Marta le dice a su hermana:

-¿Pero cómo es que estabas con María?

La Magdalena agacha la cabeza.

La socorre la Virgen, tomándola de la mano y diciendo:

-Vino a verme como la peregrina que se dirige a donde le pueden indicar el camino que debe recorrer para llegar a la meta; y me dijo: "Enséñame lo que debo hacer para ser de Jesús". Dado que en ella hay voluntad verdadera y total, enseguida ha comprendido y captado esta sabiduría. Y yo la he visto enseguida preparada para tomarla de la mano, así, y traerla a tu presencia, Hijo mío, a tu presencia, Marta buena, a vuestra presencia, hermanos discípulos, y deciros: "He aquí a la discípula y hermana que no dará sino alegrías espirituales a su Señor y a sus hermanos". Os pido a todos que me creáis y que la améis como Jesús y yo la amamos.

Entonces los apóstoles se acercan y saludan a la nueva hermana. No se puede decir que no haya algo de curiosidad... ¡Pues claro! Todavía queda su humanidad...

Es el buen sentido de Pedro el que dice:

-Todo bien, sí. Vosotros le aseguráis ayuda y santa amistad; pero habría que pensar en que esta Madre y esta hermana están caladas... También nosotros, verdaderamente... Pero para ellas es peor. Su pelo chorrea agua como sauces después de un huracán; sus vestidos están mojados y embarrados. Vamos a hacer fuego, pidamos otros vestidos, preparemos comida caliente...

Todos colaboran. Marta lleva a la habitación a las dos caladas viajeras. Mientras tanto, avivan el fuego, tienden delante de la llama los mantos, los velos y vestidos empapados. No sé qué preparan allí. Sí sé que Marta, recuperada su energía de magnífica mujer de casa, va y viene solícita, con baldes de agua caliente, tazas de leche humeantes, vestidos prestados por la dueña de la casa... para socorrer a las dos Marías...

## 239

## La parábola de los peces, la parábola de la perla, y del tesoro de las enseñanzas viejas y nuevas

Están todos reunidos en la espaciosa habitación de arriba. El violento temporal se ha resuelto en una lluvia persistente, ora leve hasta casi desaparecer, ora intensa con repentina furia. El lago, de ninguna manera, está hoy azul: amarillento con estrías de espuma en los momentos de viento y aguacero, gris plúmbico con espumas blancas en las pausas del turbión. Las colinas -todas chorreando agua, con las frondas tan cargadas de lluvia, que todavía están plegadas, algunas ramas colgando quebradas por el viento, muchas hojas arrancadas por el granizo- muestran regatillos por todas partes, aguas amarillentas que llevan al lago hojas, piedras y tierra arrancada a sus pendientes. La luz ha quedado turbia, verdosa. En la habitación están, sentadas junto a una ventana que mira a las colinas, María con Marta y la Magdalena, y otras dos mujeres que no sé exactamente quiénes son (tengo la impresión de que ya las conocen Jesús, María y los apóstoles, porque se las ve con soltura; sin duda, más que la Magdalena, que está muy quieta, cabizbaja, entre la Virgen y Marta).

Se han vuelto a poner los vestidos que han sido secados al fuego y cepillados para quitarles el barro. No, miento, la Virgen sí se ha puesto su vestido de lana azul marino, pero la Magdalena tiene uno prestado, corto y estrecho para ella, que es alta y bien modelada. Trata de remediar la escasez del vestido envolviéndose en el manto de su hermana. La Magdalena se ha recogido la cabellera en dos gruesas trenzas más o menos anudadas a la altura de la nuca, porque para sostener ese peso no bastan, de ninguna manera, las pocas horquillas que ha podido juntar en ese momento; en efecto, después siempre he visto que ayuda a las horquillas con una cinta fina, que le hace casi de sutil diadema, cuyo color paja se pierde en el oro de sus cabellos.

En el otro lado de la habitación, sentados unos en taburetes y otros en los alféizares de las ventanas, están Jesús con los apóstoles y el dueño de la casa. Falta el sirviente de Marta. Pedro y los otros pescadores están estudiando el tiempo, haciendo pronósticos para el día siguiente. Jesús escucha, o responde, a unos o a otros.

-Si lo hubiera sabido, le habría dicho a mi madre que viniera. Conviene que esta mujer se sienta enseguida relajada con las compañeras - dice Santiago de Zebedeo mirando un momento hacia las mujeres.

-¡Ya! ¡Si lo hubiéramos sabido!... Pero, ¿y por qué mamá no ha venido con María?- pregunta Judas Tadeo a su hermano Santiago.

-No lo sé. Eso me pregunto también yo.

-¿No será que se siente mal?

-María lo habría dicho.

-Yo se lo pregunto - y Judas Tadeo va donde las mujeres.

Se oye la respuesta de la voz límpida de María:

-Está bien. He sido yo, que le he ahorrado la paliza de este calor. Nos hemos fugado como dos niñas, ¿no es verdad, María? María llegó ya de noche y al alba hemos salido. Sólo le he dicho a Alfeo: "Aquí está la llave. Volveré pronto. Díselo a María". Y he venido.

-Volveremos juntos, Madre. Iremos todos juntos por la Galilea, en cuanto el tiempo esté bien y María tenga un vestido. Acompañaremos a las hermanas hasta el camino más seguro. Así las conocerán también Porfiria, Susana y vuestras mujeres e hijas, Felipe y Bartolomé.

Dice: «las conocerán» y ello es exquisito, es por no decir: «conocerán a María». También es fuerte, y abate todas las prevenciones y restricciones mentales de los apóstoles hacia la redimida. La impone, venciendo las resistencias de ellos, la vergüenza de ella y todo. A Marta se le ilumina el rostro, María Magdalena se ruboriza y mira suplicante, agradecida, turbada... ¿qué sé yo?... María Santísima sonríe con su delicada sonrisa.

-¿A qué lugar vamos a ir, Maestro?

-A Betsaida. Luego a Magdala, a Tiberíades, a Caná, a Nazaret. Desde allí, por Jaffa y Semerón, iremos a Belén de Galilea, luego a Sicaminón y a Cesárea...

Un acceso de llanto de la Magdalena interrumpe a Jesús. Levanta la cabeza, la mira y sigue hablando como si no hubiera sucedido nada:

-En Cesárea encontraréis vuestro carro. Se lo he ordenado al sirviente. Iréis a Betania. Nos volveremos a ver para los Tabernáculos.

*(Las principales fiestas hebreas, frecuentemente mencionadas en la Obra, son: la Pascua, que se celebraba durante el plenilunio de Nisán (marzo-abril) y estaba seguida por la Pascua suplementaria, en el decimocuarto día del mes sucesivo, para aquellos que no hubieran podido celebrarla; Pentecostés o fiesta de las Semanas, cincuenta días después de la Pascua; los Tabernáculos o fiesta de las Tiendas, al final de las recolecciones de otoño; las Encenias o fiesta de las Luces o de la Purificación o de la Dedicación del Templo, el 25 de Kisléu en Noviembre- Diciembre)*

Magdalena recobra la tranquilidad al cabo de poco. No responde a las preguntas de su hermana. Sale de la habitación y se retira, quizás la cocina, durante un tiempo.

-María sufre, Jesús, al oír que debe ir a ciertas ciudades. Hay que comprenderla... Lo digo más por los discípulos que por ti, Maestro - dice Marta, humilde y apurada.

-Es verdad, Marta. Pero debe suceder. Si no afronta inmediatamente el mundo, si no ahoga ese horrendo tirano del respeto humano, su heroica conversión quedará paralizada. Inmediatamente y con nosotros.

-Con nosotros nadie le dirá nada. Te lo aseguro por mí y por todos mis compañeros, Marta - promete Pedro.

-¡Pues claro! La escudaremos como a una hermana. María ha dicho que es hermana, y hermana será para nosotros - confirma Judas Tadeo.

-Además... ¡somos todos pecadores y el mundo no nos ha concedido inmunidad tampoco a nosotros! Por tanto comprendemos sus luchas - dice el Zelote.

-Yo la comprendo más que todos. En los lugares donde hemos pecado es muy meritorio vivir. ¡Las personas saben quiénes somos!... Es una tortura. Pero es también justicia y gloria el resistir allí. Precisamente porque la potencia de Dios se manifiesta en nosotros con evidencia, somos medio de conversiones incluso sin hablar – dice Mateo.

-Como ves, Marta, todos son comprensivos con tu hermana, todos la quieren. Y la comprenderán y la querrán cada vez más. Está llamada a ser signo indicador para muchas almas culpables y medrosas, y una gran fuerza también para los buenos. Y es que María, una vez que haya roto las últimas cadenas de su humanidad, será una llama de amor. No ha hecho otra cosa sino cambiar de dirección a la exuberancia de su sentimiento. Ha colocado a nivel sobrenatural esta poderosa facultad de amar que tiene, y en este campo hará prodigios, os lo aseguro. Ahora está todavía turbada, pero cada día que pase la veréis calmarse y fortalecerse en su nueva vida. En casa de Simón dije: "Mucho le es perdonado porque ama mucho". En verdad os digo ahora que todo le será perdonado porque amará a su Dios con toda su fuerza, con toda su alma, con todo su pensamiento, con toda su sangre, con toda su carne, hasta el holocausto.

-¡Dichosa ella que se ha hecho merecedora de estas palabras! Quisiera merecerlas también yo - suspira Andrés.

-¿Tú? ¡Pero si ya las mereces! Ven aquí, pescador mío, que quiero narrarte una parábola que parece pensada exactamente para ti.

-Maestro, espera. Voy por María. ¡Tiene mucha sed de conocer tu doctrina! ...

Mientras Marta sale, los demás colocan los asientos en semicírculo en torno al de Jesús. Vuelven las dos hermanas y se sientan al lado de María Stma.

Jesús empieza a hablar:

-Unos pescadores salieron a mar abierto y echaron en el mar su red. Pasado un tiempo la subieron a bordo. Trabajaban fatigosamente por orden de un patrón que les había encargado de la provisión de pescado selecto para su ciudad. Les había dicho: "De los peces malsanos o de poca calidad no os preocupéis siquiera de sacarlos a tierra. Devolvedlos al mar. Otros pescadores los pescarán, pero, al ser pescadores de otro patrón, los llevarán a su ciudad: pues allí se consumen cosas malsanas, cosas que hacen cada vez más hórrida la ciudad de mi enemigo. Pero, en la mía, bella, luminosa, santa, no debe entrar ninguna cosa malsana".

Subida, pues, a bordo la red, los pescadores empezaron su trabajo de discernimiento. Había muchos peces y de distintos aspectos, tamaños y colores. Había peces de buen aspecto, pero llenos de espinas, con mal sabor, con un grueso vientre lleno de lodo, gusanos, hierbas pútridas que hacían peor todavía el sabor, ya de por sí malo, de la carne del pez. Había otros, por el contrario, de aspecto feo, con una cabeza que parecía la fea cara de un delincuente o de un monstruo de pesadilla; pero los pescadores sabían que su carne era exquisita. Otros, por ser insignificantes, pasaban desapercibidos. Los pescadores trabajaban y trabajaban. Ya las cestas estaban repletas de pescado exquisito. En la red quedaban los peces insignificantes. “Bueno, vale, las cestas están repletas. Vamos a tirar todo el resto al mar" dijeron muchos de los pescadores.

Pero uno, que había hablado poco mientras los otros cantaban las magnificencias, o se burlaban, de todo pez que caía en sus manos, se quedó todavía hurgando en la red, y, entre las menudencias insignificantes, descubrió todavía dos o tres peces y los puso encima de to-dos los otros en las cestas. "¿Pero qué haces?" preguntaron los otros. "Las cestas ya están completas y bien presentadas. Las echas a perder poniendo encima, atravesado, ese pez irrisorio. Da la impresión de que lo quieres celebrar como el mejor." "Dejadme, respondió aquél, que conozco este tipo de peces, sus cualidades y su exquisitez.”

Ésta es la parábola, que termina con la bendición del patrón al pescador paciente, experto y silencioso, que ha sabido discernir entre la masa los mejores peces.

Escuchad ahora su aplicación.

El soberano de la ciudad bella, luminosa y santa, es el Señor. La ciudad es el Reino de los Cielos. Los pescadores, mis apóstoles. Los peces de la mar, la humanidad, compuesta por todo tipo de personas. Los peces buenos, los santos.

El patrón de la ciudad hórrida es Satanás. La ciudad hórrida, el Infierno. Sus pescadores son el mundo, la carne, las pasiones malas encarnadas en los siervos de Satanás, bien sean espirituales (demonios), o humanos (hombres corruptores de sus semejantes). Los peces malos, la humanidad no digna del Reino de los Cielos: los réprobos. Entre los pescadores de almas para la Ciudad de Dios habrá siempre unos que emularán la capacidad paciente del pescador que sabe buscar con perseverancia, en los estratos de la humanidad, donde sus otros compañeros, más impacientes, han separado sólo los que aparecían buenos a primera vista. Y, por desgracia, habrá también pescadores que, por ser demasiado distraídos y habladores -mientras que el trabajo de discernimiento exige atención y silencio para oír las voces de las almas y las indicaciones sobrenaturales-, no verán peces buenos, y los perderán. Y habrá otros que, por demasiada intransigencia, rechazarán a almas que si bien no son perfectas en cuanto a su aspecto exterior son excelentes en todo lo demás. No os debe importar que uno de los peces que capturéis para mí muestre signos de pasadas luchas o presente mutilaciones producidas por muchas causas, si su espíritu no está lesionado. No debe importaros que uno de éstos, por librarse del Enemigo, se haya herido y se presente con estas heridas, si su interior da muestras de una clara voluntad de querer ser de Dios. Almas probadas, almas seguras; más que esas otras, que son como niñitos protegidos por sus pañales, su cuna y su mamá, y que duermen saciados y tranquilos, pero que en e1 futuro pueden, con la razón y la edad y las vicisitudes de la vida que van viniendo, dar dolorosas sorpresas de desviaciones morales.

Os recuerdo la parábola del hijo pródigo. Oiréis otras parábolas, pues seguiré buscando la manera de infundiros recta inteligencia en vuestra manera de distinguir las conciencias y de elegir los modos con que guiar las conciencias, que son singulares, y cada una, por tanto, tiene su modo especial de escuchar y reaccionar respecto a las tentaciones y las enseñanzas.

No creáis que sea fácil discernir espíritus. Todo lo contrario. Se necesita ojo espiritual enteramente iluminado de luz divina, intelecto penetrado de divina sabiduría infusa, posesión de las virtudes en forma heroica, en primer lugar la caridad. Se necesita capacidad de concentrarse en la meditación, porque cada alma es un texto oscuro que hay que leer y meditar. Se necesita una unión continua con Dios, olvidando todos los intereses egoístas; vivir para las almas y para Dios; superar prevenciones, resentimientos, antipatías; ser dulces como padres y férreos como guerreros (dulces para aconsejar y animar, férreos para decir: "Eso no te es lícito y *no lo harás", o: "Eso se* debe hacer y tú *lo harás".* Porque -pensadlo bien- muchas almas serán arrojadas a los estanques infernales. Pero no serán sólo almas de pecadores. También habrá almas de pescadores evangélicos: las de aquellos que hayan faltado a su ministerio, contribuyendo a la pérdida de muchos espíritus.

Llegará el día, el último de la tierra, el primero de la Jerusalén completada y eterna, en que los ángeles, como los pescadores de la parábola, separen a los justos de los malvados, para que, tras el decreto inexorable del Juez, los buenos pasen al Cielo y los malos al fuego eterno. Entonces será manifestada la verdad acerca de los pescadores y los pescados, caerán las hipocresías y aparecerá el pueblo de Dios como es, con sus caudillos y los salvados por los caudillos. Veremos entonces que muchos de entre los más insignificantes en su aspecto exterior, o peor tratados externamente, serán esplendor del Cielo, y que los pescadores calmos y pacientes son los que más han hecho, y emitirán resplandor de gemas por el número de sus salvados.

La parábola queda, así, dicha y explicada.

-¿Y mi hermano?... ¡Oh! ¡Pero!... - Pedro lo mira, lo mira... luego mira a la Magdalena...

-No, Simón. Respecto a ella no tengo mérito. Lo ha hecho el Maestro solo - dice Andrés con franqueza.

-¿Pero entonces los otros pescadores, los de Satanás, cogen sólo los restos? - pregunta Felipe.

-Tratan de coger los mejores, los espíritus capaces de mayor prodigio de Gracia, y se sirven para ello de los propios hombres y de las tentaciones de éstos. ¡Hay muchos en el mundo que por un plato de lentejas renuncian a su primogenitura!

-Maestro, el otro día decías que muchos son los que se dejan seducir por cosas del mundo. ¿Serían también éstos de los que pescan para Satanás? - pregunta Santiago de Alfeo.

-Sí, hermano mío. En aquella parábola, el hombre se dejó seducir por el mucho dinero, que podía proporcionar mucho placer, y perdió así todos los derechos al Tesoro del Reino. En verdad os digo que de cien hombres sólo la tercera parte sabe resistir a la tentación del oro, o a otras seducciones, y de esta tercera parte sólo la mitad sabe hacerlo heroicamente. El mundo muere asfixiado porque se carga voluntariamente de las ataduras del pecado. Vale más estar despojado de todo, que tener riquezas irrisorias e ilusorias. Sabed hacer como los joyeros sabios, que, habiendo tenido noticia de que en un lugar ha sido pescada una perla rarísima, no se preocupan de conservar en sus cofres muchas joyas modestas, sino que se liberan de todo para comprar aquella perla maravillosa.

-¿Pero entonces por qué Tú mismo estableces diferencias entre las misiones que das a las personas que te siguen, y dices que debemos considerar las misiones don de Dios? Deberíamos renunciar también a ellas, porque respecto al Reino de los Cielos no son tampoco más que migajas - dice Bartolomé.

-No migajas: son medios. Serían migajas, o, más aún, sucias briznas de paja, si vinieran a ser objetivo humano en la vida. Quienes se afanan para conseguir un puesto con miras a una ganancia humana hacen de ese puesto, aunque sea santo, una brizna de paja sucia. Mas si la misión es para vosotros obediente aceptación, gozoso deber, total holocausto, haréis de ella una perla singularísima. La misión, si se cumple sin reservas, es holocausto, martirio, gloria. Chorrea lágrimas, sudor, sangre. Pero forma una corona de eterna regalidad.

-¡No hay nada a lo que no sepas responder!

-¿Pero, me habéis entendido? ¿Comprendéis lo que digo con comparaciones sacadas de las cosas cotidianas, iluminadas -eso sí- con una luz sobrenatural que las hace ilustrativas de cosas eternas?

-Sí, Maestro.

-Acordaos, pues, del método para instruir a las turbas; porque este es uno de los secretos de los escribas y rabíes: recordar. En verdad os digo que cada uno de vosotros, instruido en la sabiduría de poseer el Reino de los Cielos, es semejante a un padre de familia que saca de su tesoro aquello que necesita su familia, usando cosas viejas y nuevas (pero todas con la única finalidad de procurar el bienestar a sus propios hijos). Ya no llueve. Dejemos tranquilas a las mujeres. Vamos donde el anciano Tobías, que está para abrir sus ojos espirituales en las auroras del más allá. Paz a vosotras, mujeres.

## 240

### En Betsaida, en la casa de Simón, con Porfiria y Margziam, el cual enseña a la Magdalena la oración de Jesús

Ha vuelto el cielo sereno sobre el mar de Galilea. Todo está incluso más hermoso que antes de la tormenta porque ha quedado limpio de polvo. El aire presenta una nitidez absoluta, y el ojo, mirando al firmamento, recibe la impresión de que haya sido retirado, hecho más ligero... un velo casi transparente extendido entre la tierra y los fulgores del Paraíso. El lago refleja este azul perfecto y ríe sosegado con sus aguas de turquesa.

Está comenzando la aurora. Jesús con María, Marta y Magdalena, sube a la barca de Pedro y Andrés; también Simón Zelote, Felipe y Bartolomé. Mateo, Tomás, los primos de Jesús y Judas Iscariote están, sin embargo, en la barca de Santiago y Juan. Se enfilan hacia Betsaida: un breve trayecto favorecido por el viento. En pocos minutos hacen el recorrido.

Cuando están ya para llegar, Jesús dice a Bartolomé y al inseparable Felipe:

-Iréis a avisar a vuestras mujeres e hijas. Hoy visitare vuestra casa.

Y mira fijamente a los dos en manera elocuente.

-Así lo haremos, Maestro. ¿No nos vas a conceder ni a mí ni a Felipe hospedarte?

-Nos detendremos sólo hasta la puesta del sol, y no quiero privar a Simón Pedro de la delicia de estar con Margziam.

La barca roza en la orilla y se detiene. Bajan. Felipe y Bartolomé se separan de los compañeros para ir al pueblo.

-¿A dónde van esos dos? - pregunta Pedro al Maestro, que ha sido el primero en bajar y está a su lado.

-A avisar a sus mujeres e hijas.

-Voy yo también entonces a avisar a Porfiria.

-No hace falta. Porfiria es tan buena que no hace falta prepararla para nada. Su corazón sólo sabe dar dulzura.

A Simón Pedro se le ilumina el rostro al oír la alabanza a su esposa y no dice nada más. Entretanto han bajado también las mujeres (para ellas han puesto una tabla como puente). Van a casa de Simón

El primero que los ve es Margziam, que en ese momento estaba saliendo con sus ovejas para llevarlas a pastar a la hierba fresca de las primeras pendientes de Betsaida. El niño da el anuncio de esta visita con un grito de alegría, y corre a refugiarse en el pecho de Jesús, que se agacha para besarlo. Luego va a Pedro. Porfiria viene diligentemente, con las manos llenas de harina, y se inclina para saludar.

-Paz a ti, Porfiria. ¿No nos esperabas tan pronto, verdad? Es que te he querido traer a mi Madre y a dos discípulas, además de mi bendición. Mi Madre deseaba ver de nuevo al niño... Ahí está ya entre sus brazos. Y las discípulas querían conocerte... Ésta es la esposa de Simón, la discípula buena y silenciosa, más activa en su obediencia que muchos otros. Éstas son Marta y María de Betania. Dos hermanas. Quereos.

-A las personas que Tú traes las quiero más que a mi propia sangre, Maestro. Ven. Mi casa se embellece cada vez que pones pie en ella.

María se acerca sonriente y abraza a Porfiria diciéndole:

-Veo que tienes en ti verdaderamente viva la maternidad. El niño ha prosperado y se le ve feliz. Gracias.

-¡Oh, Mujer más bendita que ninguna otra! Sé que por ti he recibido la alegría de ser llamada mamá. Te digo que no te daré el dolor de no serlo con todo lo mejor que hay en mí. Pasa, pasa con las hermanas...

Margziam mira con curiosidad a la Magdalena. En su cabeza se forma todo un laborío de pensamientos. A1 final dice:

-Pero... en Betania no estabas...

-No estaba. Pero ahora estaré siempre - dice la Magdalena ruborizándose y dibujando una sonrisa. Y acaricia al niño mientras le dice:

-¿A pesar de que no nos hayamos conocido hasta ahora, me quieres?

-Sí, porque eres buena. ¿Has llorado, verdad? Por eso eres buena. ¿Te llamas María, verdad? También mi mamá se llamaba así y era buena. Todas las mujeres que se llaman María son buenas. Pero - termina diciendo, para no entristecer a Marta y a Porfiria - pero también hay mujeres buenas que tienen otro nombre. Tu mamá cómo se llamaba?

-Euqueria... y era muy buena - dos lagrimones caen de los ojos de María de Magdala.

-¿Lloras porque ha muerto? - pregunta el niño, y le acaricia sus bellísimas manos, cruzadas sobre el vestido oscuro (sin duda es uno de Marta adaptado a ella, porque tiene el jaretón bajado).

Y añade:

-No debes llorar. ¿Sabes?, no estamos solos. Nuestras mamás están siempre a nuestro lado. Lo dice Jesús. Y son como ángeles custodios. Esto también lo dice Jesús. Y, si somos buenos, vienen a nuestro encuentro cuando morimos y subimos a Dios en brazos de nuestras mamás. Es verdad ¿eh? ¡Lo ha dicho Él!

María de Magdala abraza fuertemente al pequeño consolador y lo besa diciendo: «Reza entonces para que yo sea buena de esa forma».

-¿Pero no lo eres? Con Jesús van sólo los que son buenos... Y si uno no es del todo bueno progresa hasta serlo, para poder ser discípulos de Jesús, porque no se puede enseñar si no se sabe. No se puede decir "perdona" si primero no perdonamos nosotros. No se puede decir: "Tienes que amar a tu prójimo", si antes no lo amamos nosotros. ¿Sabes la oración de Jesús?

-No.

-¡Ah, claro, que hace poco que estás con Él! Es muy bonita, ¿sabes? Dice todo esto. Escucha qué bonita es.

Y Margziam dice lentamente el "Pater noster", con sentimiento y fe.

-¡Qué bien la sabes! - dice admirada María de Magdala.

-Me la han enseñado mi mamá por la noche y la Mamá de Jesús durante el día. Si quieres te la enseño. ¿Quieres venir conmigo? Las ovejitas balan. Tienen hambre. Ahora las llevo al pasto. Ven conmigo. Te enseño a rezar y así serás buena del todo - y la toma de la mano.

-Pero, no sé si el Maestro quiere...

-Ve, ve, María. Tienes a un inocente por amigo, y corderitos... Ve. Serenamente.

María de Magdala sale con el niño y se le ve alejarse precedida de las tres ovejitas. Jesús mira... y también los otros.

-¡Pobre hermana mía! - dice Marta.

-No la compadezcas. Es una flor que está enderezando su tallo después del huracán. ¿Oyes?... Ríe... La inocencia siempre conforta.

## 241

**Vocación de la hija de Felipe. Llegada a Magdala y parábola de la dracma perdida**

La barca costea el trecho que va de Cafarnaúm a Magdala. María de Magdala está, por primera vez, en su postura habitual de convertida: sentada en el fondo de la barca a los pies de Jesús, el cual está sentado, con porte grave, en uno de los bancos de la barca. El rostro de la Magdalena tiene hoy un aspecto muy distinto del de ayer; no es todavía ese rostro radiante de la Magdalena que sale al encuentro de su Jesús cada vez que Él va a Betania, pero es ya un rostro liberado de temores y tormentos; y su mirada, que antes reflejaba humillación -antes aún, desfachatez-, ahora es seria, pero segura, y en su noble seriedad brilla de vez en cuando una chispa de alegría escuchando a Jesús, que habla con los apóstoles o con su Madre y Marta.

Van hablando de la bondad de Porfiria, tan sencilla y amorosa, y de la afectuosa acogida de Salomé, y de las mujeres e hijas de Bartolomé y Felipe. Éste dice:

-Si no fuera porque son todavía muy niñas, y su madre es contraria a que estén por los caminos, también te seguirían, Maestro.

-Me sigue su alma; es igualmente santo amor. Felipe, escúchame. Tu hija mayor está para prometerse, ¿no?

-Sí, Maestro. Dignos esponsales y un buen esposo, ¿no es verdad, Bartolomé?

-Es verdad. Lo puedo garantizar porque conozco a la familia. No he podido aceptar hacer yo la propuesta, pero lo habría hecho si no estuviera ocupado en el seguimiento del Maestro, con plena tranquilidad de crear una santa familia.

-Pero la muchacha me ha rogado que te dijera que no hicieras nada.

-¿No le gusta el novio? Está en un error. De todas formas, la juventud no tiene seso. Espero que se persuada. No hay razón para rechazar a un excelente esposo. A menos que... ¡No, no es posible! - dice Felipe.

-¿A menos que...? Termina, Felipe - incita Jesús.

-A menos que ame a otro. Pero eso no es posible. No sale nunca de casa y en casa vive muy retirada. ¡No es posible!

-Felipe, hay amadores que penetran hasta en las casas más cerradas y saben hablar a sus amadas a pesar de todas las barreras y vigilancias; derriban cualquier obstáculo (viudez o juventud bien custodiadas... u otros) y las consiguen. Hay amadores que no pueden ser rechazados, porque su anhelo es impositivo, porque vencen seductoramente toda posible resistencia, hasta la del mismo diablo. Pues bien, tu hija ama a uno de éstos, y además al más poderoso.

-¿Y quién es? ¿Uno de la corte de Herodes?

-¡Eso no es poder!

-¿Uno... uno de la casa del Procónsul?, ¿un patricio romano? No lo permitiré de ninguna manera. La sangre pura de Israel no tendrá contacto con la impura. Aunque tuviera que matar a mi hija. ¡No sonrías, Maestro, que yo sufro!

-Porque estás como un caballo encabritado. Ves sombras donde sólo hay luz. ¡Tranquilízate, hombre! El Procónsul no es más que un siervo también, como lo son también sus amigos patricios; y siervo es el César.

-¡Estás bromeando, Maestro! Querías meterme miedo. Nadie hay mayor que César, ni con más autoridad que él.

-¿Y Yo, Felipe?

-¡Tú! ¿Tú quieres casarte con mi hija!

-No. Con su alma. Soy Yo el amante que penetra en las casas más cerradas y en los corazones -más cerrados aún: con un sinfín de llaves-. Soy Yo el que sabe hablar a pesar de todas las barreras y vigilancias, el que abate todo obstáculo y toma lo que anhela: puros o pecadores, vírgenes o viudos, de vicios libres o esclavos. Doy a todos ellos un alma única y nueva, regenerada, beatificada, eternamente joven. Son mis esponsales. Y nadie puede negarme mis dulces presas; ni el padre, ni la madre, ni los hijos, ni siquiera Satanás. Sea que hable al alma de una joven como tu hija, sea que se trate de un pecador envuelto en el pecado y encadenado por Satanás con siete cadenas, el alma viene a mí. Y nada ni nadie me las arrebatará. No hay riqueza, ni poder, ni alegría del mundo, que comunique esa leticia perfecta, propia de quienes se desposan con mi pobreza, con mi mortificación: despojados de todo pobre bien; vestidos de todo bien celeste. Jubilosos, con esa beatitud de ser de Dios, sólo de Dios... son los señores de la tierra y del Cielo: de la primera, porque la dominan; del segundo, porque lo conquistan.

-¡Nunca ha sido así en nuestra Ley! - exclama Bartolomé.

-Despójate del hombre viejo, Natanael. La primera vez que te vi te saludé definiéndote perfecto israelita sin engaño. Pero ahora eres de Cristo, no de Israel. Sélo sin engaño y sin ataduras. Revístete de esta nueva mentalidad. Si no, habrá muchas bellezas de la redención que he venido a traer a toda la Humanidad que no podrás entender.

Felipe interviene diciendo:

-¿Y dices que has llamado a mi hija? ¿Y ahora qué hará? Yo ciertamente no me voy a oponer, pero quisiera saber, incluso para ayudarla, en qué consiste su llamada...

-En llevar a las azucenas de amor virginal al jardín de Cristo. ¡Habrá muchas en los siglos futuros!... ¡Muchas! Macizos de incienso para contrapesar las sentinas de vicios; almas orantes para contrapesar a blasfemos y ateos; auxilio en todas las desdichas humanas: alegría de Dios.

María de Magdala abre los labios para preguntar (lo hace ruborizándose todavía, aunque con más soltura que los otros días):

-¿Y nosotros, las ruinas que Tú reconstruyes, qué acabamos siendo?

-Lo mismo que las hermanas vírgenes...

-¡Oh, no es posible! Hemos pisado demasiado fango y... y... no puede ser.

-¡María, María! Jesús no perdona nunca a medias. Te ha dicho que te ha perdonado y así es. Tú, y todos los que como tú han pecado y han sido perdonados por mi amor, que con vosotros se desposa, perfumaréis, oraréis, amaréis, consolaréis, siendo conscientes ya del mal y aptos para curarlo donde se encuentra, siendo almas mártires ante los ojos de Dios, y amadas, por tanto, como las vírgenes».

-¿Mártires? ¿En qué, Maestro?

-Contra vosotras mismas y los recuerdos del pasado, y por sed de amor y expiación.

-¿Lo debo creer?...

La Magdalena mira a todos los que están en la barca, pidiendo confirmación a la esperanza que se enciende en ella.

-Pregúntaselo a Simón. Una noche estrellada, en tu jardín, hablé de ti y de vosotros pecadores en general. Todos tus hermanos te pueden decir si mi palabra no cantó los prodigios de la misericordia y la inversión respecto a todos los redimidos.

-Me lo ha expresado también el niño, con voz de ángel. He vuelto con el alma confortada después de su lección. Por él te he conocido mejor aún que por mi hermana, tanto que hoy me sentía más fuerte de afrontar el regreso a Magdala. Y, ahora que me dices esto, siento crecer mi fortaleza. He dado escándalo al mundo, pero te juro, mi Señor, que ahora el mundo al mirarme comprenderá tu poder.

Jesús deposita un momento la mano sobre su cabeza, mientras María Santísima le sonríe como ella sabe hacer: paradisíacamente.

-Ya se ve Magdala, que se extiende en el borde del lago. De frente, el sol naciente; a sus espaldas, la montaña de Arbela, que la protege del viento, y el estrecho valle peñascoso y agreste (por el que desemboca un pequeño torrente en el lago) que se adentra hacia el occidente, con sus paredes rocosas a pico, llenas de una belleza seductora y severa.

-¡Maestro! - grita Juan desde la otra barca - ahí está el valle de nuestro retiro... - y se ilumina su rostro como si se hubiera encendido un sol en su interior.

-Nuestro valle. Sí, lo has reconocido bien.

-No se puede no recordar los lugares en que se ha conocido a Dios - responde Juan.

-Entonces yo recordaré siempre este lago, porque aquí te he conocido. ¿Sabes, Marta, que aquí vi al Maestro una mañana?...

-Sí, y por poco si no nos vamos todos al fondo, nosotros y vosotros. Mujer, créeme, tus remadores no valían un comino - dice Pedro, que está haciendo la maniobra para tomar tierra.

-No valían nada ni los remadores ni quienes con ellos iban... Pero de todas formas fue el primer encuentro y eso vale mucho. Luego te vi en el monte, luego en Magdala, luego en Cafarnaúm... Muchos encuentros, muchas cadenas rotas... Pero Cafarnaúm ha sido el lugar más hermoso porque allí me has liberado...

Ponen pie en tierra. Ya han bajado los de la otra barca. Entran en la ciudad.

La curiosidad simple o... no simple de los habitantes de Magdala debe ser como una tortura para la Magdalena. Pero ella la soporta heroicamente, siguiendo al Maestro, que va delante, en medio de todos sus apóstoles, mientras que las tres mujeres van detrás de ellos. El cuchicheo es fuerte; no falta la ironía. Todos los que, aparentemente, por temor a represalias, respetaban a María cuando era la poderosa dominadora de Magdala, ahora, que la ven separada para siempre de sus amigos pudientes, humilde y casta, se permiten manifestaciones de desprecio y epítetos poco lisonjeros.

Marta, que sufre tanto como ella por esto, le pregunta:

-¿Quieres retirarte a casa?

-No. No dejo al Maestro. Y antes de que la casa no haya sido purificada de todo recuerdo del pasado no lo invito a entrar.

-¡Pero estás sufriendo, hermana!...

-Me lo he merecido.

Y la verdad es que debe sufrir: el sudor que aljofara su rostro y el rubor que la cubre -incluso en el cuello- no se deben sólo al calor.

Cruzan toda Magdala y van a los barrios pobres, a la casa en que se detuvieron la otra vez. La mujer se queda de piedra cuando alza la cabeza del lavadero para ver quién la saluda y se encuentra de frente a Jesús y a la bien conocida señora de Magdala, y ve que ésta ya no tiene apariencia pomposa, ni va cargada de joyas, sino que tiene la cabeza cubierta con un velo ligero de lino, y lleva un vestido de color brusela, de cuello cerrado, estrecho (se ve claramente que no es suyo, a pesar del trabajo realizado para transformarlo), y va envuelta en un tupido manto que con ese calor debe ser un suplicio.

-¿Me permites estar en tu casa y hablar desde aquí a los que me siguen? (0 sea, a toda Magdala, porque toda la población se ha ido agregando al grupo apostólico).

-¿Me lo preguntas, Señor? ¡Pero si mi casa es tuya!

La mujer se pone en movimiento para traer sillas y bancos para las mujeres y los apóstoles.

Cuando pasa delante de la Magdalena hace una reverencia de esclava. «Paz a ti, hermana» responde ésta. La sorpresa de la mujer es tal que deja caer el pequeño banco que tenía cogido; pero guarda silencio (de todas formas, esta reacción me hace pensar que María trataba a sus súbditos en forma más bien soberbia); y se queda ya completamente pasmada cuando oye que le pregunta cómo están sus hijos, dónde están, y si la pesca ha sido abundante.

-Están bien... en la escuela o con mi madre. Sólo el pequeño está aquí, durmiendo en la cuna. La pesca es buena. Mi marido te llevará el diezmo...

-Ya no es el caso. Úsalo para tus niños. ¿Me dejas ver al pequeñín?

-Ven....

La gente se ha ido aglomerando en la calle. Jesús empieza a hablar:

Una mujer tenía diez dracmas en su bolsa. Pero, con un movimiento, la bolsa cayó de su pecho, se abrió y las monedas rodaron por el suelo. Las recogió con la ayuda de las vecinas que estaban presentes; las contó: eran nueve. La décima no se encontraba. Dado que se acercaba la noche y la luz empezaba a faltar, la mujer encendió una lámpara, la puso en el suelo y, tomando una escoba, se puso a barrer atentamente para ver si había rodado lejos del lugar donde había caído. Pero la dracma no aparecía. Las amigas, cansadas de buscar, se marcharon. La mujer corrió entonces el arquibanco, el bazar, el pesado baúl, movió las ánforas y orzas que estaban en el nicho de la pared. La dracma no aparecía. Entonces se puso a gatas y buscó en el montón de la barredura que estaba puesto contra la puerta de la casa, para ver si la dracma había rodado afuera y se había mezclado con los desperdicios de las verduras. Y por fin encontró la dracma, toda sucia, casi sepultada por los desperdicios que le habían caído encima.

Llena de alegría, la mujer cogió la dracma, la lavó, la secó. Ahora era más bonita que antes. Gritó para llamar a las vecinas de nuevo -que se habían ido después de haberla ayudado en los primeros momentos de la búsqueda- y se la enseñó diciendo: "¿Veis? Me aconsejabais que no me cansara más. Pero he insistido y he encontrado la dracma perdida. Alegraos, pues, conmigo, que no he perdido ninguno de mis bienes".

Pues vuestro Maestro, y con Él sus apóstoles, hace como la mujer de la parábola. Sabe que un movimiento puede hacer que caiga al suelo un tesoro. Toda alma es un tesoro. Y Satanás, envidioso de Dios, provoca los falsos movimientos para que caigan las pobres almas. Hay quien en la caída se queda junto a la bolsa, o sea, se aleja poco de la Ley de Dios que recoge las almas en la salvaguardia de los Mandamientos; hay quien se aleja más, o sea, se aleja más de Dios y de su Ley; en fin, hay quien va rodando hasta caer en la barredura, en la inmundicia, en el barro... y ahí acabaría pereciendo, ardiendo en el fuego eterno, de la misma forma que la basura se quema en los lugares apropiados.

El Maestro lo sabe y busca incansable las monedas perdidas. Las busca por todas partes, con amor. Son sus tesoros. Y no se cansa ni nace ascos de nada; antes al contrario, hurga, hurga, remueve, barre... hasta que encuentra. Una vez que ha encontrado, lava con su -perdón al alma hallada, y convoca a los amigos -todo el Paraíso y todos los buenos de la tierra-, y dice: "Alegraos conmigo porque he encontrado lo que se había perdido, y es más hermoso que antes porque mi perdón lo hace nuevo".

En verdad os digo que hay gran regocijo en el Cielo y exultan los ángeles de Dios y los buenos de la Tierra por un pecador que se convierte. En verdad os digo que no hay cosa más hermosa que las lágrimas del arrepentimiento. En verdad os digo que los únicos que ni saben ni pueden exultar por esta conversión, que es un triunfo de Dios, son los demonios. Y también os digo que el modo en que un hombre acoge la conversión de un pecador es medida de su bondad y unión con Dios.

La paz sea con vosotros.

La gente comprende la lección y mira a la Magdalena, que se había sentado en la puerta con el lactante en sus brazos (quizás para cubrir su azoramiento), y se van marchando lentamente, de forma que quedan sólo la dueña de la casuca y la madre, que había venido con los niños. Falta Benjamín, porque está todavía en la escuela.

## 242

## Jesús habla sobre la Verdad al romano Crispo, el único que lo escucha de Tiberíades

Cuando la barca se detiene en el pequeño puerto de Tiberíades, algunos ociosos que estaban paseando cerca del modesto espigón se acercan enseguida para ver quién ha llegado. Hay personas de todas las condiciones sociales y nacionalidades. Por eso, las largas vestiduras hebreas de los más variados colores, las melenas y las barbas majestuosas de los israelitas se mezclan con los indumentos de lana cándida, más cortos y sin mangas, y con los rostros rasurados y cabelleras cortas de los robustos romanos; y también con los vestidos –aún más cortos- que cubren los cuerpos esbeltos y afeminados de los griegos, que parece hubieran asimilado hasta en las poses el arte de su lejana nación: son como estatuas de dioses que hubieran bajado a la tierra en cuerpos de hombres: envueltos en esponjosas túnicas, rostros clásicos bajo melenas ensortijadas y perfumadas, brazos cargados de pulseras que destellan al ejecutar estudiados ademanes.

Entremezcladas con estos dos últimos géneros de personas, hay muchas mujeres públicas, porque ni los romanos ni los helenos vacilan en mostrar a sus amores en las plazas y caminos. Los palestinos, sin embargo, se abstienen de esto, aunque luego, dentro de sus casas, practiquen alegremente el amor libre con mujeres públicas (se ve claramente porque las cortesanas, a pesar de las miradas amenazadoras de los interpelados, llaman familiarmente por el nombre a no pocos hebreos, entre los que no falta un engalanado fariseo).

Jesús se dirige hacia la ciudad, y precisamente hacia el lugar en que la gente más elegante concurre más; la gente elegante, o sea, por lo general, romanos y griegos y algún que otro cortesano de Herodes, y otros, también pocos, que creo que son ricos mercantes de la costa fenicia, hacia la parte de Sidón y Tiro, porque están hablando de esas ciudades y de comercios y barcos. Los pórticos exteriores de las termas están llenos de esta gente elegante y ociosa, que pierde así su tiempo discutiendo de temas muy banales, como el discóbolo favorito o el atleta más ágil y armónico de la lucha greco-romana; o simplemente están de palique, hablando de modas y banquetes, y conciertan citas para alegres excursiones invitando a las más hermosas cortesanas o a las damas que salen perfumadas y enrizadas de las termas o de sus residencias para afluir a este centro de Tiberíades, marmóreo, artístico como un salón.

Naturalmente, el paso del grupo suscita curiosidad intensa, que se hace incluso morbosa cuando hay quien reconoce a Jesús, porque lo había visto en Cesárea, y quien reconoce a la Magdalena, a pesar de que camine toda arrebozada en su manto y con el velo blanco muy caído sobre la frente y la cara (de modo que, tan velada y, además, con la cabeza baja, muy poco de su rostro se ve).

-Es el Nazareno que curó a la hija de Valeria - dice un romano.

-Me gustaría ver un milagro - le responde otro romano.

-Yo querría oírle hablar. Dicen que es un gran filósofo.

-¿Le decimos que hable? - propone un griego.

-No te entrometas, Teodato. Predica nubes. Le habría gustado al trágico para una sátira - responde otro griego.

-Cálmate, Aristóbulo. Parece que ahora está bajando de las nubes y va a lo concreto. ¿No ves que lleva un séquito de mujeres jóvenes y bonitas? - observa jocosamente un romano.

-¡Pero si ésa es María de Magdala! - grita un griego, y luego llama: « ¡Lucio! ¡Cornelio! ¡Tito! ¡Oye, mirad a María, está ahí!

-¡No hombre no, no es ella! ¡María así! ¿Pero estás borracho?

-¡Te digo que es ella! ¡No me puedo equivocar, a pesar de que vaya tan cubierta!

Romanos y griegos se dirigen en masa hacia el grupo apostólico, que está atravesando al sesgo la plaza llena de pórticos y fuentes. Hay también mujeres que se unen a estos curiosos. Precisamente es una mujer la que va a ponerse casi debajo de la cara de María para verla mejor y... al ver que es ella y no otra, se queda de piedra. Pregunta: « ¿Qué haces así?»-y ríe burlona.

María se para, se endereza, levanta una mano y, echando hacia atrás el velo, se descubre el rostro. Aparece una María de Magdala dominadora poderosa sobre todo lo despreciable, y dueña, dueña ya de sus impresiones.

- Soy yo, sí - dice con su espléndida voz y con resplandores en sus preciosos ojos - Soy yo. Y me quito el velo para que no penséis que me avergüenzo de estar con estos santos.

-¡Oh! ¡María con los santos! ¡Pero mujer, ven, déjalos! ¡No te degrades a ti misma! - dice la mujer.

-Hasta ahora he vivido degradada. Pero ya no más.

-¿Pero estás loca? ¿O es un capricho? - dice.

-Ven conmigo, que soy más guapo y alegre que esa plañidera con bigotes que mortifica la vida y la convierte en un funeral. ¡Bella es la vida! ¡Es un triunfo! ¡Una orgía de júbilo! Ven, que sabré estar por encima de todos en hacerte feliz - dice un joven morenito, de cara zorruna -pero, no obstante, guapo -, y hace ademán de tocarla.

-¡Atrás! ¡No me toques! Bien has dicho: vuestra vida es una orgía, y además de entre las más vergonzosas; y me produce náuseas.

-¡Hasta hace poco era tu vida, eh! - responde el griego.

-¡Ahora... como una virgen! - dice un herodiano con una risita maliciosa.

-¡Tú desacreditas a los santos! Tu Nazareno va a perder la aureola contigo. Ven con nosotros - insiste un romano.

-Venid vosotros a seguirlo conmigo. Dejad de ser animales y haceos al menos hombres.
La respuesta es un coro de risotadas y burlas.
Sólo un anciano romano dice:
-Respetad a esa mujer. Es libre para hacer lo que quiera. Yo la defiendo.
-¡El demagogo! ¡Mira lo que dice! ¿Te ha sentado mal el vino de ayer por la noche? - pregunta un joven.
-No, lo que pasa es que está hipocondríaco porque le duele la espalda» le responde otro.
.Ve donde el Nazareno a que te la rasque.
-Voy a que me rasque el fango que se me ha pegado por estar cor vosotros - responde el anciano.
-¡Oh, Crispo se ha pervertido a los sesenta años! - dicen muchos riéndose y haciendo un círculo en torno a él.
Mas el hombre al que han llamado Crispo no se preocupa de que se burlen de él y se echa a andar detrás de la Magdalena, la cual llega donde el Maestro, que se ha puesto a la sombra de un edificio bellísimo dispuesto en forma de exedra en dos lados de una plaza.
Y Jesús ya está batallando con un escriba que le está recriminando el hecho de su presencia en Tiberíades, y... con esa compañía.
-¿Y tú? ¿Por qué estás aquí? Esto respecto al hecho de estar en Tiberíades. Te digo, además, que en Tiberíades también hay almas a las que salvar, y más que en otros lugares - le responde Jesús.
-No se les puede salvar: son gentiles, paganos, pecadores.
-He venido para los pecadores. Para dar a conocer al Dios verdadero. A todos. También para ti he venido.
-No necesito maestros ni redentores: soy puro y docto.
-¡Si al menos lo fueras como para conocer tu estado!
-¡Y Tú como para saber cuánto te comprometes con la compañía de una meretriz!
-Te perdono. También en su nombre. Ella, humilde, anula su pecado; tú, por tu soberbia, doblas tus culpas.
-No tengo culpas.
-Tienes la culpa capital. No tienes amor.
El escriba dice:
-¡Raca! - y se vuelve.
-¡Por mi culpa, Maestro! - dice la Magdalena. Y, al ver la palidez de María Virgen, gime: «Perdóname. Hago que insulten a tu Hijo. Me retiraré...
-No. Tú *te quedas donde estás. Lo quiero* - dice Jesús con voz incisiva y con un centelleo tal en los ojos, un no sé qué de dominio en toda su persona, que le hace casi irresistible a la mirada. Y luego, más suavemente: «Tu te quedas donde estás, y si alguno no te soporta a su lado será él, sólo él, quien se marchará.
Y Jesús reanuda el paso en dirección a la parte occidental de la ciudad.
-¡Maestro! - llama el romano corpulento y entrado ya en años que ha defendido a la Magdalena.
Jesús se vuelve.
-Te llaman Maestro. Yo también te llamo así. Deseaba oírte hablar. Soy medio filósofo, medio hombre de mundo. Quizás puedas hacer de mí un hombre honesto.
Jesús lo mira fijamente y dice:
-Dejo la ciudad en que reina la bajeza de la animalidad humana, la ciudad de que es soberana la burla». Y reanuda su camino.
El hombre va detrás, sudando y con dificultad porque el paso de Jesús es ligero y él es gordo y ya mayor y gravado también por los vicios. Pedro, que se ha vuelto, advierte a Jesús.
-Déjalo que camine. No te preocupes de él.
Después de un poco es Judas Iscariote el que dice:
-Pero ese hombre nos viene siguiendo. ¡No está bien!
-¿Por qué? ¿Por piedad o por otro motivo?
-¿Piedad de él? No. Porque a más distancia nos sigue el escriba de antes con otros judíos.
-Déjalos. Pero hubiera sido mejor haber tenido piedad de él y no de ti.
-De ti, Maestro.
-No: de ti, Judas. Sé franco en comprender tus sentimientos y en confesarlos.
-Yo la verdad es que siento piedad también por el viejo. Seguir tu paso es fatigoso, ¿sabes? - dice Pedro sudando.
-Ir tras la Perfección siempre es fatigoso, Simón.
El hombre los sigue incansable, tratando de estar cerca de las mujeres, aunque no les dirige nunca la palabra.
La Magdalena llora silenciosamente bajo su velo.
-No llores, María - la consuela la Virgen tomándola de la mano - Después el mundo te respetará. Los primeros días son los más penosos.
-¡Oh, no es por mí! ¡Es por Él! Si le procurase algún mal, yo no me lo perdonaría. ¿Has oído lo que ha dicho el escriba? Lo comprometo.
-¡Pobre hija! ¿No sabes que estas palabras silban como serpientes alrededor de Jesús desde cuando todavía no pensabas venir a Él? Me ha dicho Simón que ya desde el año pasado lo acusaban de esto, porque curó a una leprosa que había sido pecadora, vista en el momento del milagro y nunca más, y más mayor que yo, que soy su Madre. ¿No sabes que tuvo que huir de Agua Especiosa porque una desdichada hermana tuya había ido allí para redimirse? No teniendo pecado, ¿cómo crees que lo pueden acusar? Con embustes. ¿Dónde los pueden encontrar? En su misión entre los hombres. Esgrimen la buena acción como prueba de pecado. Cualquier cosa que hiciera mi Hijo para ellos sería siempre pecado. Si se clausurase en una vida

eremítica, sería culpable de desatender al pueblo de Dios; desciende a vivir en medio de su pueblo y es culpable de hacerlo. Para ellos siempre es culpable.

-¿Entonces son odiosamente malos?

-No. Están obstinadamente cerrados a la Luz. Él, mi Jesús, es el eterno Incomprendido; y siempre, y cada vez más, lo será.

-¿Y no padeces por ello? Te veo muy serena.

-Calla. Es como si mi corazón estuviera envuelto en espinas incandescentes. Cada vez que respiro sufro sus pinchazos. ¡Pero que no lo sepa! Me muestro así para sostenerlo con mi serenidad. Si no lo conforta su Mamá, ¿dónde podrá hallar alivio mi Jesús? ¿En qué pecho podrá reclinar su cabeza sin que lo hieran o calumnien por hacerlo? Bien justo es, pues, que, pasando por encima de las espinas que ya me laceran el corazón y de las lágrimas que bebo en las horas de soledad, deposite un suave manto de amor, ponga una sonrisa, cueste lo que cueste, para tranquilizarlo más, tranquilizarlo más hasta... hasta cuando la ola del odio sea tal, que ya nada le sirva, ni siquiera el amor de su Mamá...

María tiene dos surcos de llanto en su pálido rostro.

*(**Es como si mi corazón estuviera envuelto en espinas incandescentes**.* En una larga nota *autógrafa,* que *ocupa las cuatro caras* de un folio doblado e introducido en este lugar de la copia mecanografiada, María Valtorta, entre otras cosas, explica que [...] *De la misma forma que es verdad que María, por ser inmaculada, había debido quedar exenta del dolor, así como quedó exenta de la corrupción de la muerte, es también verdad que, como Corredentora debió padecer, en su corazón y espíritu inmaculados, cuanto su Hijo padeció en la carne, en el corazón y espíritu santísimos. Es más, precisamente por la plenitud que había en Ella de todos los dones divinos, comprendió que sus privilegiadas y "únicas" condiciones de Inmaculada y de Madre de Dios le habían sido concedidas en previsión de la Pasión del Redentor, y que, por tanto, esta especialísima condición suya de gloria -segunda sólo respecto a la infinita gloria de Dios- le había sido dada a precio del Sacrificio del Hijo de Dios y suyo, del derramamiento total de esa Sangre divina y de la inmolación de esa Carne divina que se habían formado en su seno virginal, con su sangre virginal, y que habían sido nutridos con su leche virginal. También el conocer esto era causa de dolor. Un dolor que se fundía con el gozo, tan vasto y profundo como el dolor. [...] Y no sólo eso, sino que, también por la plenitud que había en Ella de los dones divinos, María conoció anticipadamente o contemporáneamente e intelectivamente todo el complejo sufrimiento de su Hijo. Sobre su alma de Inmaculada, llena de la Luz de Dios, se proyectó siempre la sombra dolorosa de la Cruz y de todas las luchas y obstáculos que precederían a la Pasión y afligirían su Jesús [...).*

Las dos hermanas la miran conmovidas.

-Pero nos tiene a nosotras, que lo queremos. Y a los apóstoles... - dice Marta para consolarla.

-Os tiene a vosotras, sí. Tiene a los apóstoles... Todavía muy por debajo de su misión... Y mi dolor es más fuerte aún porque sé que El no ignora nada...

-¿Entonces sabrá también que yo lo quiero obedecer hasta el holocausto si es necesario? - pregunta la Magdalena.

-Lo sabe. Eres una gran alegría en su duro camino.

-¡Oh, Madre! - y la Magdalena toma la mano de María y la besa con visible afecto.

Tiberíades termina en las huertas del arrabal. Más allá está el camino polvoriento que conduce a Caná, entre huertos de árboles frutales por un lado y, por el otro lado, una serie de prados y campos agostados por el verano.

Jesús se adentra en uno de los huertos. Se detiene bajo la sombra de los tupidos árboles. Llegan las mujeres y luego el jadeante romano, que realmente ya no puede más. Se pone un poco separado; no habla, pero mira.

-Mientras descansamos comemos - dice Jesús - Allí hay un pozo y al lado un campesino. Id a pedirle agua.

Van Juan y Judas Tadeo. Vuelven con una jarra que gotea seguidos del campesino, el cual ofrece unos espléndidos higos.

-Que Dios te lo compense en salud y en cosecha.

-Dios te proteja. ¿Eres el Maestro, verdad?

-Lo soy.

-¿Vas a hablar aquí?

-Nadie lo desea.

-Yo, Maestro. Más que el agua, que tan buena es para quien tiene sed - grita el romano.

-¿Tienes sed?

-Mucha. He venido detrás de ti desde la ciudad.

-No faltan en Tiberíades fuentes de agua fresca.

-No me entiendas mal, Maestro, o no aparentes que me entiendes mal. He venido siguiéndote para oírte hablar.

-¿Y por qué?

-No sé ni por qué ni cómo. Ha sido viéndola a ella (y señala a la Magdalena). No sé. Algo me ha dicho: "Ese hombre te dirá lo que todavía no sabes". Y he venido».

-Dad a este hombre agua e higos. Que conforte su cuerpo.

-¿Y la mente?

-La mente encuentra refrigerio en la Verdad.

-Por esto te he seguido. He buscado la Verdad en lo cognoscible. He encontrado la corrupción. Incluso en las mejores doctrinas hay siempre algo que no es bueno. Me he rebajado hasta acabar siendo un hombre nauseado y nauseabundo, sin más futuro que la hora que vivo.

Jesús lo mira fijamente mientras come el pan y los higos que le han traído los apóstoles.

Pronto termina la comida.

Jesús, permaneciendo sentado, empieza a hablar, como si estuviera exponiendo una simple lección a sus apóstoles. El campesino también se queda cerca.

-Muchos son los que se pasan la vida buscando la Verdad sin llegar a encontrarla. Parecen dementes que quieren ver teniendo una coraza de bronce que les tapa los ojos, y buscan con aspavientos espasmódicos, tan convulsamente, que se alejan cada vez más de la Verdad, o la tapan arrojando encima de ella cosas que su propia búsqueda frenética remueve y hace caer. No puede sucederles sino esto, porque buscan donde la Verdad no puede estar. Para encontrar la Verdad es necesario unir el intelecto con el amor y mirar las cosas no sólo con ojos sabios sino también con ojos buenos, porque la bondad vale más que la sabiduría. El que ama siempre encuentra una huella que conduce a la Verdad.

Amar no quiere decir gozar (*sólo)* de una carne y para la carne. Eso no es amor. Es sensualidad. Amor es el afecto de corazón a corazón, de parte superior a parte superior, por el que en la compañera no se ve esclava sino la generadora de los hijos, sólo eso, o sea, la mitad que forma con el hombre un todo que es capaz de crear una vida, varias vidas; o sea, la compañera que es madre, hermana, hija del hombre, que es más débil que un recién nacido o más fuerte que un león, según los casos, y que, como madre, hermana, hija, debe ser amada con respeto confidencial y protector. Lo que no es cuanto Yo digo no es amor, es vicio. No conduce hacia arriba sino hacia abajo, no a la Luz sino a las Tinieblas, no a las estrellas sino al fango. Amar a la mujer para saber amar al prójimo, amar al prójimo para saber amar a Dios.

He aquí la vía de la Verdad. La verdad está aquí, hombres que la buscáis. La Verdad es Dios. La clave para comprender lo cognoscible está aquí. Doctrina, sin defecto sólo la de Dios. ¿Cómo podrá el hombre dar respuesta a sus porqués, si no tiene a Dios que le responda? ¿Quién podrá descubrir los misterios de la creación -aun sólo y simplemente éstos -sino el Hacedor supremo que lo ha hecho? ¿Cómo comprender el prodigio vivo que es el hombre, ser en que se fusiona perfección animal con aquella perfección inmortal que es el alma? Si, dioses somos si tenemos viva en nosotros el alma, es decir, libre aquellas culpas que envilecerían incluso al animal y que, no obstante, el hombre cumple y se gloría de cumplir.

A vosotros, buscadores de la Verdad, os digo las palabras de Job: “Pregunta a los jumentos y te instruirán, a las aves y te lo indicarán. Habla a la tierra y ella te responderá, a los peces y te lo darán a conocer".

Sí, la tierra, esta tierra que verdece, esta tierra florida, esta fruta le va creciendo en los árboles, estas aves que procrean, estas corrientes de viento que distribuyen las nubes, este Sol que no yerra su alba desde hace siglos y milenios... todo habla de Dios, todo da explicación de Dios, todo descubre y revela a Dios. *Si la ciencia no se apoya en Dios viene a ser error, y no eleva; antes bien, degrada. El saber no es corrupción si es religión.* Quien sabe en Dios no cae porque siente su dignidad, porque cree en su futuro eterno. Mas es necesario buscar al Dios real, no fantasmas, que no son dioses sino sólo delirios de hombres envueltos en las vendas de la ignorancia espiritual, por lo cual no hay traza de sabiduría en sus religiones ni de verdad en sus fes.

Toda edad es buena para venir a la sabiduría. Es más, siguiendo con Job, se lee: `A1 atardecer te nacerá como una luz meridiana; cuando te creas acabado, surgirás como la estrella de la mañana. Te verás lleno de confianza por la esperanza a ti reservada".

Basta la buena voluntad de encontrar la Verdad, y antes o después la Verdad se dejará encontrar. Pero, una vez hallada, ¡ay de quien no la siga! imitando a los obstinados de Israel, los cuales, teniendo ya en su mano el hilo conductor para encontrar a Dios -todas las cosas que de mí afirma el Libro -, no quieren someterse a la Verdad, y la odian, acumulando en su intelecto y en su corazón los cúmulos del odio y las fórmulas, y no saben que la tierra, a causa del excesivo peso, se abrirá bajo su paso -que se cree victorioso cuando en realidad no es sino un paso de esclavo de los legalismos, del rencor, de los egoísmos -y se los tragará y caerán al lugar de los culpables conscientes de un paganismo que es más culpable que el que algunos pueblos se han dado a sí mismos para tener una religión con que conducirse.

Yo, de la misma forma que no rechazo al hijo de Israel que se arrepiente, no rechazo tampoco a estos idólatras que creen en aquello que les fue propuesto para que lo creyeran, y que, dentro, en su interior, gimen: "¡Dadnos la Verdad!".

He dicho. Ahora descansemos en esta hierba, si este hombre lo permite. Al atardecer iremos a Caná».

-Señor, te dejo. Esta misma noche me iré de Tiberíades, pues no quiero profanar la ciencia que me has dado. Dejo esta tierra. Me retiraré con mi siervo a las costas de Lucania. Tengo allá una casa. Mucho es lo que me has dado. Comprendo que más no puedes darle al viejo epicúreo. Pero con lo que me has dado ya tengo como para reconstruir un pensamiento. Y... pide a tu Dios por el viejo Crispo, el único de Tiberíades que te escuchó. Ruega porque antes del desfiladero de Líbitina pueda volver a escucharte, y, con la capacidad que espero poder crear en mí sobre la base de tus palabras, comprenderte mejor y comprender mejor la Verdad. Adiós, Maestro». Y hace un saludo a la romana.

Pero luego, al pasar junto a las mujeres, que están sentadas un poco aparte, se inclina ante María de Magdala y le dice:

-Gracias, María. Fue un bien el conocerte. A tu viejo compañero de festines le has dado el tesoro que buscaba. Si llego a donde tú ya estás, será gracias a ti. Adiós.

Y se marcha.

La Magdalena se cruza las manos sobre su corazón con expresión asombrada y radiante. Luego, de rodillas, se arrastra hasta donde Jesús.

-¡Oh! ¡Señor! ¡Señor! ¿Entonces es verdad que puedo conducir otros al Bien? ¡Oh, mi Señor! ¡Esto es demasiada bondad!

Y, curvándose hasta meter su rostro en la hierba, besa los pies de Jesús y los humedece de nuevo con el llanto -ahora de agradecimiento- de la gran enamorada de Magdala.

## En Caná en la casa de Susana. Las expresiones, los gestos y la voz de Jesús. Debate de los apóstoles acerca de las posesiones diabólicas

En la casa de Caná la fiesta por la venida de Jesús es poco menor que cuanto lo fue por las bodas del milagro. Faltan los músicos, no están los invitados, la casa no está enguirnaldada de flores y ramos verdes, no están las mesas para los muchos invitados, ni el maestresala junto a los aparadores y las hidrias colmadas de vino. Pero todo queda ampliamente compensado por el amor, ofrecido ahora en su forma y medida justas, o sea, no a un simple invitado -quizás también un poco pariente, pero al fin y al cabo un hombre -, sino al Invitado Maestro, cuya verdadera Naturaleza se conoce y reconoce y cuya Palabra se venera como cosa divina. Por ello los corazones de Caná aman con la totalidad de sí mismos al Gran Amigo que se ha asomado vestido de lino a la entrada del huerto, entre el verde de la tierra y el rojo de la puesta de sol, embelleciendo todas las cosas con su presencia, y comunicando su paz: no sólo a los corazones a los que dirige su saludo, sino incluso a las cosas.

Verdaderamente parece -doquiera que se dirijan sus ojos azules -extenderse un velo de paz solemne y beato. Pureza y paz manan de sus pupilas, como la sabiduría fluye de su boca y el amor de su corazón. A los que lean estas páginas quizás les parecerá imposible cuanto digo. Pues bien, el propio lugar, que antes de la llegada de Jesús era un lugar corriente, o un lugar de ajetreo que excluye la paz (que se supone exenta de angustioso trajinar), nada más llegar Él, se ennoblece, y el propio trabajo adquiere un no sé qué de ordenado que no excluye la presencia de un pensamiento sobrenatural fundido con el trabajo manual. No sé si me explico bien.

Jesús no se muestra desabrido nunca, ni siquiera en los momentos más desagradables por algún hecho que le haya sucedido; se le ve, por el contrario, siempre majestuosamente digno, y comunica esta dignidad sobrenatural al lugar en que se mueve. Jesús no se muestra nunca jocoso, riéndose a mandíbula batiente, ni siquiera en los momentos de mayor alegría; tampoco quejumbroso, con expresión hipocondríaca, ni siquiera en los momentos de mayor desconsuelo.

Su sonrisa es inimitable. Ningún pintor podrá jamás representarla. Parece una luz que emanara de su corazón, luz radiante en las horas de mayor alegría por alguna alma que se redime o alguna otra que se acerca más a la perfección; es una sonrisa que yo diría rósea, cuando aprueba las acciones espontáneas de sus amigos o discípulos y goza de su presencia; una sonrisa -siguiendo en los colores-azul, angélica, cuando se inclina hacia los niños para escucharlos, adoctrinarlos o bendecirlos; modelada de piedad cuando observa alguna miseria de la carne o del espíritu; en fin, divina cuando habla del Padre o de su Madre, o mira y escucha a esta Madre purísima.

No puedo decir que lo haya visto hipocondríaco ni siquiera en los momentos más angustiosos. En medio de las torturas de la traición sufrida, en medio de las angustias del sudor de sangre, en medio de los espasmos de la Pasión, aunque la tristeza sumerja el fulgor dulcísimo de su sonrisa, no es suficiente para borrar esa paz que parece diadema de paradisíacas gemas, fúlgida en su frente lisa, y que ilumina con su luz toda la divina persona. De la misma forma, no puedo decir que lo haya visto alguna vez entregarse a alegrías desmedidas. No contrario a una franca carcajada si el caso lo requiere, vuelve enseguida a su honorable serenidad. Y cuando ríe rejuvenece prodigiosamente hasta asumir un rostro de joven de veinte años, y el mundo parece también rejuvenecer por su hermosa risa, franca, sonora, entonada.

Igualmente, no puedo decir que lo haya visto hacer las cosas apresuradamente. Sea que hable, sea que se mueva, lo hace siempre con sosiego, si bien nunca es lento ni actúa con desgana. Quizás sea porque, siendo alto, puede dar pasos largos sin tener por ello que correr para recorrer mucho camino, de la misma forma que puede alcanzar con facilidad objetos distantes sin tener necesidad para ello de levantarse. Lo cierto es que hasta en su modo de moverse es señorial y majestuoso.

¿Y la voz?... Va a hacer dos años que lo oigo hablar, y, no obstante, algunas veces casi pierdo el hilo de lo que dice, de tanto como me abismo en el estudio de su voz. Y el buen Jesús, paciente, repite lo que ha dicho y me mira con su sonrisa de Maestro bueno, para no hacer que en los dictados resulten mutilaciones debidas a mi dicha de escuchar su voz, deleitarme en ella y estudiar su tono y hechizo.

Pero, después de dos años, todavía no sé decir con exactitud qué tono tiene.

Excluyo en términos absolutos el tono de bajo, como también el de tenor ligero. Pero me queda siempre la duda de si se trata de una potente voz de tenor o de la voz de un perfecto barítono de gama voca1 amplísima. Yo diría que es esto último, porque su voz adquiere a veces notas broncíneas, casi apagadas de tan profundas como son, especialmente cuando habla de tú a tú con un pecador para restablecerlo en la Gracia, o señala las desviaciones humanas a las turbas; mientras que, cuando se trata de analizar y poner en el índice las cosas prohibidas y descubrir las hipocresías, el bronce se hace más claro; y, cuando impone la Verdad y su voluntad, se hace cortante como impacto de un rayo; adquiere canto de lámina de oro golpeada con martillo de cristal, cuando se eleva para celebrar la Misericordia o para exaltar las obras de Dios; o envuelve de amor este timbre cuando habla con su Madre o de su Madre (verdaderamente esta voz suya entonces queda envuelta en amor, en amor reverencial de hijo, y de Dios cantando las alabanzas de su obra mejor). Este tono, si bien menos marcado, es el que usa para hablar a sus predilectos, a los convertidos o a los niños. Y no cansa nunca, ni siquiera en su más largo discurso, porque es una voz que reviste y completa el pensamiento y la palabra, poniendo de relieve su potencia o su dulzura, según las necesidades.

Y algunas veces me quedo con la pluma en la mano, escuchando, y luego vuelvo al pensamiento cuando va ya demasiado adelantado, imposible de ser aferrado... y ahí me quedo, hasta que el buen Jesús lo repite, como hace cuando me interrumpen, para enseñarme a soportar pacientemente las cosas o personas molestas.

Ahora, en Caná, está agradeciéndole a Susana la hospitalidad prestada a Áglae. Están aparte, bajo una tupida parra cargada de racimos de uva que ya está enverando. Mientras, los demás comen algo en la amplia cocina.

-Esa mujer era muy buena, Maestro. No nos fue, de ninguna manera, gravosa. Quería ayudarme siempre en la colada, en la limpieza de la casa para la Pascua, como si fuera una doméstica; y te puedo decir con conocimiento de causa que trabajó como una esclava para ayudarme a terminar los vestidos pascuales. Era prudente y se retiraba siempre cuando venía alguna

persona. Incluso con mi marido trataba de no estar. Hablaba poco en presencia de la familia. Comía poco. Se levantaba antes del alba para estar ya aseada cuando se despertaran los hombres. Yo encontraba siempre el fuego encendido y barrida la casa. Pero, cuando estábamos solas me preguntaba acerca de ti, y me pedía que le enseñase los salmos de nuestra religión. Decía: "Para saber orar como lo hace el Maestro". ¿Ahora ha terminado de penar? Porque sufrir sufría mucho. De todo tenía miedo y mucho suspiraba y lloraba. ¿Es feliz ahora?».

-Sí. Sobrenaturalmente feliz. Libre de sus miedos. En paz. Te agradezco una vez más el bien que le has hecho.

-¡Oh, mi Señor! ¿Qué bien? No le di sino amor en tu nombre, porque no sé hacer otra cosa. Era una pobre hermana. Yo esto lo comprendía. La amé por gratitud hacia el Altísimo, que me ha tenido en su gracia.

-Has hecho más que si hubieras predicado en el Bel Nidrás. Ahora tienes aquí a otra. ¿La has reconocido?

-¿Quién no la conoce por esta región?

-Nadie, es verdad. Pero todavía no conocéis, ni vosotros ni la región, a la segunda María, la que será siempre de su vocación. Siempre. Te ruego que lo creas.

-Tú lo dices. Tú sabes. Yo creo.

-Di también: "Yo amo". Sé que es más difícil sentir compasión de uno que ha faltado y perdonarlo cuando es de los nuestros, que no si es uno que tiene la disculpa de ser pagano. De todas formas, si el dolor de ver apostasías familiares fue fuerte, sean más fuertes la compasión y el perdón. Yo he perdonado por todo Israel - termina Jesús, remarcando las palabras.

-Yo también perdonaré por mi parte, pues creo que un discípulo debe hacer lo que hace su Maestro.

-Estás en la verdad y Dios exulta por ello. Vamos con los otros. Muere la tarde. Dulce será el descanso en el silencio de la noche.

-¿No nos vas a decir nada, Maestro?

-No lo sé todavía.

Entran en la cocina, donde ya están preparadas comida y bebida para la cena que pronto tendrá lugar.

Susana entra más y, no sin un ligero rubor en su rostro juvenil, dice:

-¿Quieren mis hermanas venir conmigo a la habitación de arriba? Tenemos que preparar pronto las mesas porque luego tenemos que colocar los lechos para los hombres. Podría hacerlo sola, pero emplearía más tiempo.

-Voy también yo, Susana - dice la Virgen.

-No. Somos suficientes nosotras; además servirá para conocernos, porque el trabajo hermana».

Salen juntas mientras Jesús, después de beber agua aderezada no sé qué jarabe, va a sentarse con su Madre, con los apóstoles y los hombres de la casa, al fresco de la pérgola, dejando así libres a las domésticas y la señora para ultimar las viandas.

Proveniente de la habitación de arriba, se oye la voz de las tres discípulas que están preparando las mesas. Susana está contando el milagro que tuvo lugar en su boda. María de Magdala responde:

-Transformar el agua en vino es grande, pero transformar a una pecadora en discípula es más grande aún; quiera Dios que yo haga como aquel vino: ser del mejor.

-No lo dudes. Él transforma todo de forma perfecta. Aquí estuvo una, que además era pagana, que había sido convertida por El en el sentimiento y en la fe. ¿Podrás dudar que suceda esto contigo, que ya eres de Israel?

-¿Una? ¿Joven?

-Joven. Guapísima.

-¿Y dónde está ahora? - pregunta Marta.

-Lo sabe sólo el Maestro.

-¡Ah, entonces es aquella de que te hablé! Lázaro había ido en aquel atardecer a ver a Jesús y oyó las palabras que se dijeron por ella. ¡Qué perfume había en la habitación! Lázaro lo llevó en la ropa durante varios días. Pues bien, Jesús dijo que era superior el corazón de la convertida con su perfume de arrepentimiento. ¿Quién sabe a dónde habrá ido? Creo que a vivir en soledad...

-Ella en soledad, y era extranjera; yo aquí, y me conocen bien. Su expiación en la soledad, la mía viviendo en medio del mundo que me conoce. No envidio su suerte, porque estoy con el Maestro, pero espero poderla imitar un día para no tener nada que me distraiga de El.

-¿Serías capaz de dejarlo?

-No. Pero El dice que se marcha. Mi espíritu entonces lo seguirá. Con Él puedo desafiar al mundo. Sin El tendría miedo del mundo. Abriré el desierto entre mí y e1 mundo.

-¿Y yo y Lázaro? ¿Qué hacemos?

-Como antes en el tiempo del dolor. Os amaréis y me amaréis. Y sin tener que avergonzaros. Porque entonces estaréis solos, pero sabiendo que estoy con el Señor y que en el Señor os amo.

-Es fuerte y tajante, María, en sus decisiones - comenta Pedro, que lo ha oído.

Y Simón Zelote responde:

-Una cuchilla recta como su padre. De su madre tiene las facciones; de su padre, el espíritu indómito.

He aquí que la que tiene el espíritu indómito está bajando rápidamente ahora y viene hacia sus compañeros para comunicar que las mesas están preparadas...

...E1 campo se borra en la noche serena aunque por ahora sin luna. Sólo un tenue claror de astros permite distinguir las masas oscuras de los árboles y las blancas de las casas. Nada más. Algunas aves nocturnas revolotean con su vuelo mudo alrededor de la casa de Susana, en busca de moscas, y pasan casi rozando a las personas que están sentadas en la terraza en torno a una luz amarillenta que ilumina levemente los rostros congregados en torno a Jesús. Marta, que debe tener mucho

miedo a los murciélagos, lanza un grito cada vez que uno de ellos la roza. Jesús, sin embargo, se preocupa de las mariposas que vienen atraídas por la luz, y con su larga mano trata de alejarlas de la llama.

-Son animales muy tontos, tanto las mariposas como los murciélagos - dice Tomás. - Los primeros nos confunden con moscones, las segundas creen que la llama es un sol y se queman. No tienen ni sombra de cerebro.

-Son animales. ¿Pretendes que razonen? - pregunta Judas Iscariote.

-No. Pretendo que al menos tengan instinto.

-No les da tiempo a tenerlo -me refiero a las mariposas-, porque después de la primera prueba ya están bien muertas. El instinto se despierta y se hace fuerte después de las primeras, penosas sorpresas - comenta Santiago de Alfeo.

-¿Y los murciélagos? Deberían tenerlo, porque viven varios años. Lo que pasa es que son tontos - replica Tomás.

-No, Tomás. No lo son más que los hombres. Los hombres parecen también, muchas veces, murciélagos tontos. Vuelan, o mejor: revolotean, como borrachos, en torno a cosas que lo único que procuran es dolor. Mirad: mi hermano, con una buena sacudida del manto, ha echado a tierra uno. Dádmelo - dice Jesús.

El murciélago ha caído a los pies de Santiago de Zebedeo, y ahora, atontado, se agita en el suelo con movimientos torpes. Santiago lo coge con dos dedos por una de las alas membranosas y, teniéndole suspendido como si fuera un pingajo sucio, lo deposita en el regazo de Jesús.

-Aquí tenemos al imprudente. Vamos a ver lo que hace. Se recuperará, pero no se corregirá.

-Un rescate singular, Maestro. Yo lo mataría del todo - dice Judas Iscariote.

-No. ¿Por qué? También él tiene una vida y la quiere conservar - le responde Jesús.

-No creo. O no sabe que la tiene o no le preocupa conservarla. ¡La pone en peligro!

-¡Oh, Judas! ¡Judas! ¡Qué severo serías con los pecadores, con los hombres! Es el mismo caso de los hombres, que saben que tienen dos vidas y osan poner en peligro una y otra.

-¿Tenemos dos vidas?

-La del cuerpo y la del espíritu, como sabes.

-¡Ah! Creía que te referías a reencarnaciones. Hay quien cree en ello.

-No hay reencarnación, pero sí que hay dos vidas. Y, no obstante, e1 hombre pone en peligro sus dos vidas. Si fueras Dios, ¿cómo juzgarías a los hombres, que están dotados de instinto y, además, de razón?

-Severamente. A menos que no fuera un hombre tarado mental.

-¿No considerarías las circunstancias que enloquecen moralmente?

-No las consideraría.

-De forma que, de uno que sabe de Dios y de la Ley y que no obstante peca, no tendrías piedad.

-No tendría piedad, porque el hombre *debe* saberse conducir.

-Debería.

-Debe, Maestro. Es una vergüenza imperdonable que un adulto caiga en ciertos pecados; sobre todo, mucho más, si no le impulsa a ello ninguna fuerza.

-¿Cuáles son esos pecados para ti?

-En primer lugar los carnales. Es un degradarse sin remedio...

María de Magdala inclina la cabeza... Judas prosigue:

-... Es corromper también a los demás, porque del cuerpo de los impuros brota como un fermento que turba hasta a los más puros y los mueve a imitarlos. . .

Mientras la Magdalena inclina cada vez más la cabeza, Pedro dice:

-¡Hala! ¡No seas tan severo, hombre! La primera que cometió esta imperdonable vergüenza fue Eva, y no me vas a decir ahora que la corrompió el fermento impuro proveniente de un lujurioso. Y has de saber que, por lo que a mí respecta, aunque me siente al lado de un lujurioso, no siento ninguna turbación en absoluto. Asunto suyo...

-La proximidad ensucia siempre; si no la carne, el alma, que es todavía peor.

-¡Me pareces un fariseo! Pero... perdona... entonces, si eso fuera así, tendríamos que encerrarnos en una torre de cristal y quedarnos dentro, precintados.

-Y no te pienses, Simón, que te beneficiaría; en soledad son más temibles las tentaciones - dice el Zelote.

-¡Bueno! Quedarían como sueños. Nada malo - responde Pedro.

-¿Nada malo? ¿No sabes que la tentación lleva a pensar, lo cual, a su vez, conduce a buscar un arreglo para satisfacer de alguna manera el instinto que grita, y este arreglo allana el camino a un refinamiento pecaminoso en que se unen sentido y pensamiento? - pregunta Judas Iscariote.

-No sé nada de esto, amigo Judas. Quizás porque nunca he sido pensador, como tú dices, respecto a ciertas cosas. Sé, eso sí, que me parece que nos hemos alejado mucho de los murciélagos, y que mejor que tú no seas Dios, porque, si no, en el Paraíso te quedarías solo, con toda tu severidad. ¿Tú que dices, Maestro?

-Digo que es bueno no ser demasiado absolutos, porque los ángeles del Señor escuchan las palabras de los hombres y las anotan en los libros eternos, y un día podría resultar desagradable el oírse decir: "Hágase contigo según juzgaste". Digo que si Dios me ha enviado es porque quiere perdonar *todas* las culpas de que un hombre se arrepiente, sabiendo lo débil que es el hombre por causa de Satanás. Judas, respóndeme: ¿admites que Satanás pueda apoderarse de un alma de forma que ejercite sobre ella una coacción que de hecho le aminora el pecado a los ojos de Dios?

-No lo admito. Satanás sólo puede incidir en la parte inferior.

-¡Blasfemas, Judas de Simón! - dicen casi al unísono Simón Zelote y Bartolomé.

-¿Por qué? ¿En qué?

-Desmintiendo a Dios y al Libro. En él se lee que Lucifer incidió también en la parte superior, y Dios, por boca de su Verbo, nos lo ha dicho una infinidad de veces - responde Bartolomé.

-También está escrito que el hombre tiene libre albedrío, lo que significa que sobre la libertad humana del pensamiento y del sentimiento Satanás no puede ejercer violencia. No lo hace ni siquiera Dios.

-Dios no, porque es Orden y Lealtad. Satanás sí, porque es Desorden y Odio - rebate Simón Zelote.

-El odio no es el sentimiento opuesto a la lealtad. Dices mal.

-Digo bien, porque Dios es Lealtad y, por tanto, no falta a su palabra de dejar al hombre libre de actuar, mientras que el demonio, no habiendo prometido al hombre libertad de arbitrio, no puede traicionar esta palabra. Es verdad, por otra parte, que el demonio es Odio y que, por tanto, arremete contra Dios y el hombre; arremete asaltando su libertad intelectiva, además de su carne, y conduciendo esta libertad de pensamiento a esclavitud, a estados de posesión por los que el hombre hace cosas que no haría si estuviera libre de Satanás - sostiene Simón Zelote.

-No lo admito.

-¿Y entonces los endemoniados? ¡Niegas la evidencia! - grita Judas Tadeo.

-Los endemoniados son sordos o mudos o dementes, no lujuriosos.

-¿Tienes presente sólo este vicio? - pregunta con ironía Tomás.

-Porque es el más extendido y además bajo.

-¡Ah, creía que era el que conocías mejor - dice Tomás riendo. Pero Judas se pone en pie súbitamente, como si quisiera reaccionar. Luego se domina, baja la pequeña escalera y se aleja por los campos.

Silencio... Luego Andrés dice:

-Su idea no está equivocada en todo. Se diría que, en efecto, Satanás tiene dominio sólo sobre los sentidos: ojos, oído, habla, y sobre el cerebro. Pero entonces, Maestro, ¡cómo se explican ciertas maldades? ¿No son acaso posesiones? Un Doras, por ejemplo...

-Un Doras, como tú dices para no faltar a la caridad a nadie - que Dios te premie por ello-, o una María, como todos, ella la primera, pensamos, después de las claras y anticaritativas alusiones de Judas, son los poseídos más completamente por Satanás, que extiende su poder a los tres grados del hombre. Son las posesiones más tiránicas y sutiles, y de ellas se liberan sólo aquellos que permanecen tan poco degradados en su espíritu, que saben todavía comprender la llamada de la Luz. Doras no fue un lujurioso, y, a pesar de todo, no supo ir al Libertador. En esto está la diferencia: que, mientras que en el caso de los lunáticos, mudos, sordos o ciegos por obra demoníaca son los familiares los que se preocupan de conducirlos a mí, en el caso de éstos, poseídos en su espíritu, sólo es su espíritu el que se ocupa de buscar la libertad. Por este motivo reciben el perdón además de la libertad. Porque su voluntad ha tomado la iniciativa de liberarse de la posesión del Demonio. Y ahora vamos a descansar. María, tú que sabes lo que significa estar uno poseído, ruega por los que se prestan intermitentemente al Enemigo, pecando y produciendo dolor.

-Sí, Maestro mío, y sin rencor.

-La paz a todos. Dejamos aquí la causa de tanta discusión. Tinieblas con tinieblas fuera en la noche. Y volvemos a la casa, a dormir bajo la mirada de los ángeles.

Y encima de un banco deposita el murciélago, el cual hace sus primeros intentos de volar. Luego se retira con los apóstoles a la habitación alta mientras las mujeres con los dueños de la casa van a la planta baja.

## 244

## Juan repite un discurso de Jesús sobre la Creación y sobre los pueblos que esperan la Luz

Van todos subiendo por frescos atajos que conducen a Nazaret. Las abruptas laderas de las colinas galileas, de tanto como la reciente tormenta las ha lavado y el rocío las mantiene lucientes y frescas, parecen creadas esa misma mañana, frenesí rutilante bajo los primeros rayos del sol. El ambiente está tan puro, que pone de manifiesto hasta los más mínimos detalles de los montes, más o menos cercanos, produciendo sensación de ligereza y lozanía.

Llegan al picacho de un monte. La vista se deleita en un pedazo de lago, bellísimo en esta luz matutina. Todos, imitando a Jesús, observan con admiración. Pero María de Magdala pronto desvía de ese punto la mirada y busca algo en otra dirección. Sus ojos se posan sobre las crestas montanas situadas al noroeste del lugar donde se encuentra; pero parece que no encuentra lo que busca.

Susana, que está con ellos, le pregunta:

-¿Qué buscas?

-Querría reconocer el monte en que encontré al Maestro.

-Pregúntaselo a Él.

-¡Oh, no es tan importante como para interrumpirlo! Está precisamente hablando con Judas de Keriot.

-¡Qué hombre ese Judas! - susurra Susana. No dice nada más, pero se entiende el resto.

-El monte aquel, ciertamente, no está por este camino; pero un día te llevaré, Marta. Había una aurora como ésta, y muchas flores... Y mucha gente... ¡Oh! ¡Marta! Y tuve la desfachatez de mostrarme a todos con aquel vestido de pecado y aquellos amigos... No, no puedes sentirte ofendida por las palabras de Judas. Me las he merecido. Todo me lo he merecido. En este sufrimiento está mi expiación. Todos recuerdan y todos tienen derecho a decirme la verdad. Yo debo guardar silencio. ¡Oh, si se reflexionara antes de pecar! Ahora quien me ofende es mi mayor amigo, porque me ayuda a expiar.

-Lo cual no quita que él haya faltado. Madre, ¿tu Hijo está realmente contento con ese hombre?

-Hay que orar mucho por él. Eso dice Jesús.

Juan deja a los apóstoles para venir a ayudar a las mujeres en un paso escabroso donde resbalan las sandalias. (Está sembrado -mucho más que el sendero- de piedras lisas, como esquirlas de pizarra rojiza, y de una hierbecilla brillante y dura, muy traicioneras para el pie que no hace presa.) Simón Zelote hace lo mismo. Apoyándose en ellos, las mujeres pasan el punto peligroso.

-Es un poco fatigoso este camino. Pero no hay polvo y no tiene gente. Y es más corto - dice el Zelote.

-Lo conozco, Simón - dice María - Vine a aquel pueblecillo de mitad de la pendiente, con los sobrinos, cuando echaron de Nazaret a Jesús - dice María Stma., y suspira.

-Pero desde aquí es bonito el mundo. Allí están el Tabor y el Hermón, y al norte los montes de Arbela, y allá en el fondo el gran Hermón. ¡Qué pena que no se vea el mar como se ve desde el Tabor!» dice Juan.

-¿Has estado alguna vez?

-Sí, con el Maestro.

-Juan, con su amor por el infinito, nos atrajo una gran dicha, porque Jesús, allá arriba, habló de Dios con un arrobamiento como nunca habíamos oído. Y luego, después de tanto como habíamos recibido, obtuvimos una gran conversión. Lo conocerás tú también María. Y se fortalecerá tu espíritu aún más de lo que ya lo está. Encontramos a un hombre endurecido de odio, afeado por los remordimientos. Y Jesús lo transformó en una persona de la que no dudo en decir que será un gran discípulo. Como tú, María. Porque -cree en la verdad de lo que te digo- nosotros los pecadores somos más dúctiles a la acción del Bien que nos alcanza, porque sentimos la necesidad de ser perdonados incluso por nosotros mismos» dice Simón Zelote.

-Es verdad. Pero eres muy bueno diciendo "nosotros los pecadores". Tú has sido un desdichado, no un pecador.

-Todos lo somos, quién más, quién menos, y quien cree que lo es menos es el más sujeto a serlo si es que no lo es ya. Todos lo somos. Pero son los pecadores más grandes que se convierten los que saben ser absolutos en el Bien como lo fueron en el mal.

-Tu consolación me conforta. Siempre has sido un padre para con los hijos de Teófilo.

-Y como un padre exulto por teneros a los tres como amigos de Jesús.

-¿Dónde encontrasteis a ese discípulo gran pecador?

-En Endor, María. Simón quiere atribuir a mi deseo de ver el mar el mérito de tantas cosas hermosas y buenas. Pero si Juan el anciano ha venido a Jesús no ha sido por mérito de Juan el necio, sino por mérito de Judas de Simón - dice sonriendo el hijo de Zebedeo.

-¿Lo convirtió él? - pregunta con aire de incertidumbre Marta.

-No. Pero quiso ir a Endor y...

-Sí, para ver el antro de la maga... Judas de Simón es un hombre muy extraño... Hay que tomarlo como es... ¡En fin!... Y Juan de Endor nos guió a la caverna. Luego se quedó con nosotros. Pero, hijo mío, el mérito es tuyo de todas formas, porque sin tu deseo de infinito no habríamos ido por ese camino y no le habría venido a Judas de Simón el deseo de ir averiguar esa extraña cosa.

¯Me gustaría saber lo que dijo Jesús en el Tabor... y también reconocer el monte en que lo vi - suspira María Magdalena.

-El monte es aquel en que ahora parece encenderse un sol, por aquel pequeño estanque, usado por los rebaños, que recoge agua de manantial. Nosotros estábamos más arriba, donde la cima parece abrirse cual largo bidente que quisiera pinchar las nubes para llevarlas a otra parte. Por lo que respecta al discurso de Jesús, creo que Juan te lo puede referir.

-¡Simón! ¿Puede, acaso, un muchacho repetir las palabras de Dios?

-Un muchacho, no; tú, sí. Inténtalo. Por complacer a tus hermanas y a mí, que te quiero.

Juan se ruboriza mucho cuando empieza a repetir el discurso de Jesús.

-Dijo:

-He aquí la página infinita en que las corrientes escriben la palabra “Creo”. Pensad en el caos del Universo antes de que el Creador quisiera ordenar los elementos y constituirlos en maravillosa sociedad que dio a los hombres la Tierra y cuanto contiene, y al firmamento los astros y planetas. Todo era todavía inexistente. No existía ni como caos informe ni como cosa ordenada, que Dios hizo. Hizo, pues, primero los elementos, que son necesarios, a pesar de que alguna vez parezcan nocivos.

Pero -pensadlo siempre- ni la más diminuta gota de rocío existe sin su razón *buena* de ser; no hay insecto, por pequeño y latoso que sea, que no tenga su razón *buena* de ser. Y, lo mismo, no hay monstruosa montaña que escupa fuego e incandescente lapilli de sus entrañas que no tenga su razón *buena* de ser. Y no hay ciclón que exista sin un motivo. Y no hay - pasando de las cosas a las personas- hecho, llanto, alegría, nacimiento, muerte, esterilidad o maternidad prolífica, larga vida matrimonial o rápida viudez, desventura de miseria y de enfermedad, prosperidad de medios y de salud, que no tenga su razón *buena* de ser, aunque no se le presente como tal a la miopía y soberbia humanas, que ve o juzga con todas las cataratas y ofuscaciones propias de las cosas imperfectas. Mas el ojo de Dios ve, el pensamiento ilimitado de Dios sabe. El secreto para vivir exentos de estériles dudas que dan a la jornada terrena nerviosismo, agotamiento, hieles, está en saber creer que Dios todo lo hace por una razón inteligente y buena, que Dios hace lo que hace por amor, y no por un estúpido intento de mortificar por mortificar.

Dios ya había creado a los ángeles. Parte de ellos, por haber querido no creer que fuera bueno el nivel de gloria en que Dios los había colocado, se habían rebelado y, con su corazón agostado por la falta de fe en su Señor, habían tratado de asaltar el inalcanzable trono de Dios. A las armoniosas razones de los ángeles creyentes habían opuesto su desacorde, injusto y pesimista pensamiento; y el pesimismo, que es falta de fe, los había hecho pasar de espíritus de luz a espíritus entenebrecidos.

¡Vivan, eternamente, aquellos que, tanto en el Cielo como en la Tierra, saben basar su pensamiento en una premisa de optimismo lleno de luz! Nunca errarán completamente, aunque los hechos los contradigan. ¡No errarán, al menos por lo que se

refiere a su espíritu, que continuará creyendo, esperando, amando sobre todo a Dios y al prójimo, permaneciendo, por tanto, en Dios por los siglos de los siglos!

El Paraíso había sido ya liberado de estos orgullosos pesimistas, que veían negrura incluso en las luminosísimas obras de Dios; de la misma forma que en la Tierra los pesimistas ven negrura hasta en las más claras y luminosas acciones del hombre, y, queriendo aislarse dentro de una torre de marfil, pues se creen los únicos perfectos, se autocondenan a una oscura prisión que termina en las tinieblas del reino infernal, el reino de la Negación; porque el pesimismo es también Negación.

Dios hizo, pues, la Creación. Y, de la misma forma que para comprender el misterio glorioso de nuestro Ser uno y trino hay que saber creer y ver que desde el principio el Verbo existía, y estaba con Dios, unidos por el Amor perfectísimo que sólo puede ser espirado por dos que Dios son siendo Uno; así, igualmente, para ver la creación como realmente es, es necesario mirarla con ojos de fe, porque en su ser -de la misma forma que un hijo lleva el imborrable reflejo de su padre- la creación tiene en sí el indeleble reflejo de su Creador. Veremos entonces que también aquí al principio fueron el cielo y la tierra, luego fue la luz, que puede ser comparada con el amor, porque la luz es alegría como lo es el amor. Y la luz es la atmósfera del Paraíso. Y Dios, incorpóreo Ser, es Luz, y es Padre de toda luz intelectiva, afectiva, material, espiritual, en el Cielo y en la Tierra.

A1 principio fueron el cielo y la tierra, y les fue dada la luz y por la luz todo fue hecho. Y de la misma forma que en el Cielo altísimo habían sido separados los espíritus de luz de los de tinieblas, en la creación fueron separadas las tinieblas de la luz, y se hizo el Día y la Noche: el primer día de la creación se había cumplido, con su mañana y su tarde, su mediodía y su media noche. Y, cuando la sonrisa de Dios, la luz, pasada la noche, volvió, la mano de Dios, su poderosa voluntad, se extendió sobre la tierra informe y vacía y sobre el cielo por el que vagaban las aguas -uno de los elementos libres en el caos- y quiso que el firmamento separase el desordenado errar de las aguas entre el cielo y la tierra para que fuera entrecielo que protegiera de los rayos paradisíacos, contención de las aguas superiores para que no cayeran los diluvios sobre la fermentación de metales y átomos y erosionasen y disgregasen lo que Dios estaba reuniendo.

Estaba establecido el orden en el cielo. El imperativo dado por Dios a las aguas que se extendían sobre la tierra puso orden en ésta. Y tuvo origen el mar. Ahí está. En él, como en el firmamento, está escrito: “Dios existe”. Cualquiera que sea la capacidad intelectual de un hombre y su fe, o su no fe, ante esta página en que brilla una partícula de la infinitud que es Dios y en que está testificado su poder - porque ningún poder humano ni ninguna ordenación natural de elementos pueden repetir, ni siquiera en mínima medida, un prodigio semejante- está obligado a creer. A creer no sólo en el poder, sino también en la bondad del Señor, que a través de ese mar le da al hombre alimento y caminos, sales saludables; y mitiga el sol y da espacio al viento, semillas a las tierras lejanas entre sí; da voces de tempestades para que llamen a la hormiga que es el hombre hacia el Infinito, su Padre; y da la forma de elevarse, contemplando visiones más altas, a más altas esferas.

En la creación todo es testimonio de Dios, mas tres son las cosas que más hablan de Él: la luz, el firmamento y el mar: el orden astral y meteorológico, reflejo del Orden divino; la luz que sólo un Dios podía hacer; el mar, esa potencia que sólo Dios, tras haberla creado, podía meter en sólidos confines, y darle movimiento y voz, sin que por ello, cual turbulento elemento de desorden, dañase a la tierra, a esta tierra que lo sostiene sobre su superficie.

Penetrad el misterio de la luz que nunca se agota. Alzad la mirada al firmamento en que ríen estrellas y planetas. Bajad vuestra mirada hacia el mar. Ved su verdadera realidad: no es algo que separe, sino puente entre los pueblos (con los que están en las otras orillas, invisibles, incluso desconocidas, pero en cuya existencia es necesario creer, por el simple hecho de que existe este mar). Dios no hace ninguna cosa inútil. Por tanto, no habría hecho esta infinitud si no tuviera como límite, más allá del horizonte que nos impide la visión, otras tierras, pobladas por otros hombres, con origen todos ellos en un único Dios, llevados allá por tempestades y corrientes, por voluntad de Dios, para poblar continentes y regiones. Este mar trae en sus ondas, en el rumor de sus olas y mareas, invocaciones lejanas; es elemento de unión, no de separación.

Esta ansia que le produce a Juan una dulce angustia es la llamada de los hermanos lejanos. Cuanto más señor de la carne se hace el espíritu más es capaz de oír las voces de los espíritus que están unidos aunque medie separación entre ellos (como están unidas las ramas nacidas de una única raíz, a pesar de que una ya ni siquiera vea a la otra porque un obstáculo se interpone entre ellas).

Mirad el mar con ojos de luz. Veréis tierras y más tierras extendidas sobre sus playas, en sus confines, y, dentro de él, más tierras todavía... Pues bien, de todas ellas llega un grito: “¡Venid! ¡Traednos esa Luz que poseéis, esa Vida que se os da! ¡Decidle a nuestro corazón esa palabra que ignoramos, pero que sabemos que es la base del Universo: amor. Enseñadnos a leer la palabra que vemos escrita en las páginas infinitas del firmamento y el mar: Dios. Iluminadnos, porque sentimos que hay una luz aún más verdadera que la que arrebola el cielo y hace de pedrería la superficie del mar. Dad a nuestras tinieblas esa Luz que Dios os ha dado tras haberla engendrado con su amor; que os ha dado a vosotros, pero para todos, de la misma forma que se la dio a los astros para que la dieran a la Tierra. Vosotros sois los astros; nosotros, el polvo. Pero formadnos, de la misma forma que el Creador creó con el polvo la Tierra para que el hombre la poblara y lo adorase, ahora y siempre, hasta que llegue la hora en que ya no sea Tierra, sino que venga el Reino, el Reino de la luz, del amor, de la paz, como el Dios vivo os ha dicho que será. Porque también nosotros somos hijos de este Dios y pedimos conocer a nuestro Padre”.

Sabed ir por caminos de infinito, sin temores, sin sentimientos de desdén, hacia aquellos que invocan y lloran, hacia aquellos que os producirán, sí, dolor, porque sienten a Dios pero no saben adorarlo, pero que os darán también la gloria, porque seréis grandes en la medida en que, poseyendo el amor, sepáis darlo, conduciendo a la Verdad a los pueblos que esperan".

Jesús habló así. Mucho mejor de como lo he dicho yo. Pero al menos su concepto es éste.

-Juan, has dado una exacta repetición del Maestro. Sólo has dejado lo que dijo sobre tu poder de comprender a Dios por tu generosidad de donarte. Eres bueno, Juan, ¡el mejor de entre nosotros! Hemos recorrido la distancia sin darnos cuenta. Allí está Nazaret, construida sobre su terreno ondulado. E1 Maestro nos está mirando y sonríe. ¡Venga, vamos a alcanzarlo para entrar en la ciudad juntos!

-Gracias, Juan, por el gran regalo que has dado a la Mamá – dice la Virgen.

-Yo también te doy las gracias. También a la pobre María le has abierto horizontes infinitos...
-¿De qué hablabais tanto? - les pregunta Jesús cuando llegan.
-Juan ha repetido tu discurso del Tabor. Perfectamente. Y hemos gozado de ello.
-Me alegro de que mi Madre, cuyo nombre tiene que ver con el mar y cuya caridad es vasta como él, lo haya oído.
-Hijo mío, Tú la posees como Hombre; y no es nada respecto a tu infinita caridad de Verbo divino. ¡Mi dulce Jesús!
-Ven, Mamá, a mi lado; como cuando volvíamos de Caná o de Jerusalén cuando era niño, que me llevabas de la mano.
Y se miran con su mirada de amor.

## 245

## Una acusación de los nazarenos a Jesús, rechazada con la parábola del leproso curado

La primera escala de Jesús en Nazaret es en casa de Alfeo. Estando ya para entrar en el huerto, se encuentra con María de Alfeo, que sale con dos ánforas de cobre para ir a la fuente.

-¡La paz sea contigo, María! - dice Jesús, y abraza a su pariente, la cual, efusiva como siempre, lo besa y emite un grito de alegría.

-¡Sin duda será un día de paz y alegría, Jesús mío, porque has venido! ¡Oh, queridísimos hijos míos! ¡Qué felicidad para vuestra mamá el veros! - y besa a sus dos hijotes, que estaban inmediatamente detrás de Jesús - Estáis conmigo hoy, ¿no es verdad? Tengo precisamente encendido el horno para el pan. Estaba yendo por agua para no tener luego que suspender la cocción.

-Mamá, vamos nosotros» dicen sus hijos mientras se apoderan de las ánforas.

-¡Qué buenos son! ¿No es verdad, Jesús?

-Muy buenos - confirma Jesús.

-Pero también contigo, ¿no es verdad? Porque si te quisieran menos de lo que me quieren a mí, los querría menos.

-No temas, María. Para mí son sólo motivo de alegría.

-¿Estás solo? María se ha ido tan al improviso... Habría ido también yo. Estaba con una mujer... ¿Una discípula?

-Sí. La hermana de Marta.

-¡Oh, bendito sea Dios! ¡He orado mucho por esto! ¿Dónde está?

-Mira, está llegando con mi Madre, Marta y Susana.

En efecto, las mujeres están apareciendo por un recodo del camino seguidas por los apóstoles. María de Alfeo corre a su encuentro y exclama:

-¡Qué feliz me siento de poder llamarte hermana! Debería amarte hija, porque tú eres joven y yo vieja, pero te llamo con ese nombre que tanto amo desde que se lo doy a mi María. ¡Querida mía! Ven, estarás cansada... aunque, bueno, también contenta - y besa a la Magdalena mientras la tiene cogida de la mano, como queriendo hacerle sentir aún más que la quiere. La belleza fresca de la Magdalena parece todavía más viva al lado de la persona gastada de la buena María de Alfeo.

-Hoy todos en mi casa. No os dejo que os marchéis - y, con un suspiro del alma que le sale involuntariamente, se le escapa la confesión: « ¡Estoy siempre muy sola! Cuando no está mi cuñada paso los días bien tristes y solitarios.

-¿No están tus hijos? - pregunta Marta.

María de Alfeo se ruboriza y suspira:

-Con el alma sí. Todavía. Ser discípulos une y divide... Pero, de la misma forma que tú, María, has venido, también ellos vendrán - y se seca una lágrima. Mira a Jesús, que la está observando con piedad, y se esfuerza en sonreír para preguntar: « ¿Son cosas largas, verdad?».

-Sí, María. Pero tú las verás...

-Tenía esta esperanza... Después de que Simón... Pero después ha sabido otras... cosas, y está otra vez en la indecisión. ¡Ámalo igualmente, Jesús!

-¿Lo pones en duda?

María, mientras habla, prepara algo de comer y beber para los peregrinos, sorda a las palabras de todos, que le aseguran que no tienen necesidad de nada.

-Vamos a dejar a las discípulas tranquilas - dice Jesús, y añade: "Y vamos por el pueblo".

-¿Te vas? Quizás vienen mis otros hijos.

-Estaré aquí todo el día de mañana. Por tanto, estaremos juntos. Ahora voy a ver a los amigos. Paz a vosotras, mujeres. Adiós, Madre.

Nazaret ya está toda revuelta por la llegada de Jesús (y por añadidura con María de Magdala). Quién se apresura a ir a casa de María de Alfeo, quién a la de Jesús, para ver; pero, habiendo encontrado esta última cerrada, retornan todos en dirección a Jesús, que está atravesando Nazaret hacia el centro.

La ciudad sigue cerrada al Maestro. En parte irónica, en parte incrédula, con algún núcleo incluso de clara maldad que se manifiesta en ciertas frases hirientes, sigue, por curiosidad pero sin amor, a este gran Hijo suyo al que no comprende. Incluso en las preguntas que le hacen no hay amor, sino incredulidad e ironía; pero Él no hace ver que lo nota, y dulce y manso responde a quien le habla.

-A todos das. Pero pareces un hijo desvinculado de tu tierra, porque a tu tierra no le das.

-Estoy aquí para daros lo que pedís.

-Pero prefieres no estar aquí. ¿Es que somos más pecadores que los demás?

-No hay pecador, por grande que sea, al que Yo no quiera convertir. Y vosotros no sois peores que los demás.

-Pero tampoco dices que seamos mejores que los otros. Un buen hijo siempre dice que su madre es mejor que las otras, aunque no lo sea. ¿Acaso Nazaret es sólo madrastra para ti?

-Yo no digo nada. Callar es regla de caridad hacia los demás y hacia uno mismo, cuando decir que uno es bueno no se puede y no se quiere mentir. Pero diligente brotaría la alabanza a vosotros, con el solo hecho de que vinierais a mi doctrina.

-¿Buscas ser admirado?

-No. Sólo que me escuchéis y creáis en mí, por el bien de vuestras almas.

-¡Pues habla entonces! ¡Te escuchamos!

-Decidme sobre qué os debo hablar.

Un hombre de unos cuarenta o cuarenta y cinco años dice:

-Yo querría que vinieras y me explicaras un punto».

-Voy enseguida, Leví.

Y se encaminan. La gente se aglomera tras el Maestro y el arquisinagogo. La sinagoga se abarrota enseguida de gente.

El arquisinagogo toma un rollo y lee: «Él hizo subir a la hija de Faraón de la ciudad de David a la casa que había construido para ella, porque dijo: `Mi mujer no debe vivir en la casa de David, rey de Israel, que fue santificada cuando en ella entró el arca del Señor"

Bien, pues querría que dieras tu juicio acerca de si esa medida fue justa o no, y ¿por qué?

-Sin duda fue justa, porque el respeto a la casa de David, santificada por haber entrado en ella el arca del Señor, exigía aquello.

-¿Pero, el hecho de ser la mujer de Salomón no hacía a la hija del Faraón digna de vivir en la casa de David? ¿La esposa no viene a ser, según las palabras de Adán, "hueso de los huesos" de su marido y "carne de su carne”? Si es tal, ¿cómo profanará lo que no profana su esposo?

-Está escrito en el primer libro de Esdras: "Habéis pecado al casaros con mujeres extranjeras, y habéis añadido este delito a los muchos de Israel". Y una de las causas de la idolatría de Salomón precisamente se debe a estos connubios con mujeres extranjeras. Dios lo había dicho: "Ellas, las extranjeras, pervertirán vuestros corazones hasta el punto de haceros seguir a dioses extranjeros". Las consecuencias las conocemos.

-Y, sin embargo, no se había pervertido casándose con la hija del Faraón; tanto que llegó a juzgar con sabiduría que su esposa no debía permanecer en la casa santificada.

-No se puede medir la bondad de Dios con la nuestra. El hombre, después de una culpa, no perdona, aunque él mismo sea también culpable. Dios no se muestra implacable a la primera caída, pero no permite que impunemente el hombre se endurezca en el mismo pecado. A la primera caída, por tanto, no castiga, sino que habla al corazón; pero sí castiga cuando su bondad no sirve para convertir y el hombre juzga tal bondad como debilidad. Entonces desciende el castigo, porque nadie se burla de Dios.

Hueso de su hueso y carne de su carne, la hija del Faraón había depositado los primeros gérmenes de corrupción en el corazón del Sabio, y, como sabéis, una enfermedad no se declara realmente por un sólo germen en la sangre, sino cuando la sangre está corrompida por muchos gérmenes originados del primero. E1 hombre se viene abajo siempre a partir de una ligereza aparentemente inocua. Luego aumenta la condescendencia con el mal. Se forma el hábito de transigir con la conciencia y de descuidar lo que constituye el deber y la obediencia a Dios, y por grados, se llega al pecado grande (en Salomón incluso de idolatría, y provocó el cisma cuyas consecuencias duran hasta hoy).

-¿Estás diciendo, entonces, que es necesaria la máxima atención y respeto hacia las cosas sagradas?

-Sin duda.

-Explícame ahora otra cosa. Tú te dices el Verbo de Dios. ¿Es verdad?

-Lo soy. Él me ha enviado para traer a la tierra la buena nueva para todos los hombres, y para que los redima de todo pecado.

-Si lo eres, eres más que el Arca, pues, no ya en la gloria que está por encima del Arca, sino en ti mismo, estaría Dios.

-Tú lo dices y es verdad.

-¿Y, entonces, por qué te profanas?

-¿Y me has traído aquí para decirme esto? Me das pena, tú y quien te ha movido a hablar. No debería justificarme, porque toda justificación queda quebrada por vuestro rencor. Pero os daré una justificación, a los que me acusáis de falta de amor hacia vosotros y de profanación de mi persona. Escuchad. Sé a lo que aludís. Pues bien, os respondo: "Estáis en error". Como extiendo los brazos hacia los moribundos para que vivan y llamo a los muertos para devolverlos a la vida, así extiendo los brazos hacia los más verdaderamente moribundos y llamo a los que están más verdaderamente muertos, los pecadores, para que vivan la Vida eterna y, si ya están corrompidos, resucitarlos para que no vuelvan a morir. Pero os voy a poner una parábola. Un hombre, por muchos vicios, enferma de lepra. Los demás lo alejan de la comunidad. Este hombre, en medio de una soledad atroz, medita sobre su estado y sobre el pecado que lo ha conducido a ese estado mísero. Pasan así largos años, y, cuando menos se lo espera, este leproso se cura. El Señor ha sido misericordioso con él por sus muchas oraciones y lágrimas. ¿Qué hace entonces este hombre? ¿Puede volver a su casa por el hecho de que Dios lo haya agraciado? No. Debe presentarse al sacerdote, el cual primero lo observará durante un tiempo, luego le hará purificarse tras un primer sacrificio de dos gorriones; luego, después de dos lavados -no uno— de las vestiduras, el curado vuelve a presentarse al sacerdote, con los corderos sin mancha, la cordera, la harina y el aceite prescritos. El sacerdote lo conduce entonces ante la puerta del Tabernáculo. Es entonces cuando este hombre es religiosamente admitido de nuevo en el pueblo de Israel. Pero, decidme: Cuando va por primera vez al sacerdote ¿para qué va?

-¡Para pasar una primera purificación que le permitirá cumplir la otra purificación, más grande, que lo admitirá de nuevo en el pueblo santo!

.Habéis respondido bien. ¿Pero entonces no está purificado del todo?».

-¡No, no! Le falta todavía mucho para estarlo; respecto a la materia y respecto al espíritu.

-¿Cómo, pues, osa acercarse al sacerdote la primera vez, completamente impuro, y la segunda al Tabernáculo?

-Porque el sacerdote es el medio necesario para que uno pueda ser readmitido entre los vivos.

-¿Y el Tabernáculo?

-Porque sólo Dios puede borrar las culpas, y es de fe el creer que tras el santo Velo descansa Dios en su gloria y desde allí otorga su perdón.

-Entonces el leproso curado tiene todavía pecado cuando se acerca al sacerdote y al Tabernáculo.

-¡Sí, ciertamente!

-¡Hombres de pensamiento retorcido y de turbio corazón! ¿Por qué, entonces, me acusáis si Yo, el Sacerdote y el Tabernáculo, dejo que se acerquen a mí los leprosos del espíritu? ¿Por qué juzgáis con dos medidas? Sí, la mujer que estaba perdida, y Leví el publicano, presente aquí ahora con su nueva alma y su nuevo oficio, y lo mismo otros y otras, que han venido antes que éstos, están ahora a mi lado, pueden estar a mi lado porque han sido readmitidos en el pueblo del Señor. La voluntad de Dios, que ha depositado en mí el poder de juzgar y absolver, curar y resucitar, me los ha acercado. Sería profanación si perdurase su idolatría, como en el caso de la hija del Faraón; pero no lo es, porque han abrazado la doctrina que he traído a la tierra y por ella han resucitado a la Gracia del Señor. ¡Hombres de Nazaret, que me tendéis celadas porque no os parece posible que en mí esté la Sabiduría verdadera y la justicia de Verbo del Padre, Yo os digo: "Imitad a los pecadores"! En verdad os digo que saben mejor venir a la Verdad. Y también os digo: "No recurráis a bajas celadas para poderme resistir". No lo hagáis. Pedid, y os daré, como doy a todos los que vienen a mí, la palabra vital. Acogedme como a un hijo de esta tierra nuestra. No os guardo rencor. Mis manos están llenas de caricias; mi corazón, de deseos de instruiros y de haceros felices; tanto que, si me aceptáis, pasaré con vosotros mi sábado, instruyéndoos en la Nueva Ley.

Hay contraste de ideas en la concurrencia, pero prevalece la curiosidad o el amor, y muchos gritan:

-¡Sí, sí! ¡Mañana aquí! ¡Te escucharemos!

-Haré oración para que caiga esta noche la costra que oprime vuestro corazón; para que caiga todo prejuicio y, libres de ellos, podáis comprender la Voz de Dios que viene a traer a toda la tierra el Evangelio, pero con el deseo de que la primera región capaz de recibirla sea la ciudad en que he crecido. Paz a todos vosotros.

## 246

**Un apólogo para los habitantes de Nazaret, los cuales permanecen incrédulos**

Todavía la sinagoga de Nazaret, pero hoy es sábado.

Jesús ha leído el apólogo contra Abimelec *(Jueces 9, 8-15)*, y termina con las palabras: «"salga de él fuego y devore los cedros del Líbano"». Luego restituye el rollo al arquisinagogo.

-¿No lees lo demás? Sería conveniente para comprender el apólogo - dice el jefe de la sinagoga.

-No hace falta. El tiempo de Abimelec está ya muy lejano. Yo aplico al momento presente el viejo apólogo.

Escuchad, gentes de Nazaret. Ya sabéis, por la instrucción recibida de vuestro arquisinagogo -el cual, en su momento, fue instruido a su vez por un rabí, y éste a su vez por otro, y así sucesivamente desde hace siglos, siempre con el mismo método y las mismas conclusiones-, ya sabéis las aplicaciones del apólogo contra Abimelec. Yo os voy a hablar de otra aplicación. Y... os ruego que sepáis usar vuestra inteligencia, que no seáis como esas cuerdas que pasan por la polea de un pozo, que hasta que no se gastan van de la polea al agua y del agua a la polea, sin poder jamás cambiar. El hombre no es una soga obligada, ni un instrumento mecánico. El hombre está dotado de cerebro inteligente y debe saber usarlo por sí mismo, según las necesidades y circunstancias. Porque, si bien la letra de la palabra es eterna, las circunstancias cambian. Son raquíticos esos maestros que no saben saber querer el esfuerzo y satisfacción que supone el ir extrayendo gradualmente la enseñanza nueva, es decir, el espíritu que siempre está contenido en las palabras antiguas y sabias. Serán semejantes al eco, que lo único que puede hacer es repetir, incluso hasta el infinito, una sola palabra, sin decir ni siquiera una de su propia cosecha.

Los árboles, es decir, la Humanidad representada en el bosque en que están reunidas todas las especies de árboles, arbustos y hierbas, sienten la necesidad de que los guíe uno que cargue no sólo con todas las glorias, sino también -y es peso mucho mayor- con todas las cargas de la autoridad, y con la responsabilidad de la felicidad o infelicidad de los súbditos, la responsabilidad ante los propios súbditos, ante los pueblos vecinos y, lo que es terrible, ante Dios. Porque los hombres otorgan todo tipo de coronas o preeminencias sociales, es verdad, pero también es verdad que Dios lo permite, y, sin su condescendencia, ninguna fuerza humana puede imponerse. Esto explica los cambios inimaginables e imprevistos de dinastías que parecían eternas, o de poderes que parecían intocables: cuando sobrepasaron la medida, en castigo o prueba para los pueblos, fueron derrocados por los propios súbditos, con el permiso de Dios, y vinieron a ser nada, polvo, o incluso fango de mísera cloaca.

He dicho que los pueblos sienten la necesidad de elegirse a uno que cargue con todas las responsabilidades para con sus súbditos, para con las naciones vecinas y, lo que es más tremendo, para con Dios. En efecto, si el juicio de la historia es terrible - en vano los intereses de los pueblos tratan de mutarlo, pues hechos y pueblos futuros lo devolverán a su primera, tremenda verdad-, todavía peor es el juicio de Dios, quien no sufre presiones de nadie, ni está sujeto a cambios de humor o de juicio -como demasiadas veces les sucede a los hombres-, ni -todavía mucho menos- a errores de juicio. Por tanto, los elegidos para dirigir

pueblos y crear historia tendrían que actuar con la justicia heroica propia de los santos, para no caer en la ignominia en los siglos futuros y recibir el castigo de Dios por los siglos de los siglos.

Pero volvamos al apólogo de Abimelec. Los árboles, pues, queriendo elegir un rey, fueron donde el olivo. Mas éste, árbol sagrado y consagrado para usos sobrenaturales, por el aceite que arde ante el Señor y es parte preponderante en los diezmos y sacrificios; éste, que presta su líquido para elaborar el bálsamo santo con que se ungirán altares, sacerdotes y reyes, líquido que desciende al interior de los cuerpos enfermos, o que se aplica sobre ellos, con propiedades, diría, casi taumatúrgicas, respondió: "¿Cómo puedo desatender mi vocación santa y sobrenatural para rebajarme a cosas de la tierra?".

¡Oh, dulce respuesta del olivo! ¿Por qué será que no la aprenden y practican todos aquellos a quienes Dios elige para santa misión, al menos estos? En verdad, deberían responder así todos los hombres a las sugestiones del demonio, dado que todo hombre es rey e hijo de Dios, dotado de un alma que lo hace tal: regio, filialmente divino, y llamado a sobrenatural destino. Tiene un alma que es altar y casa: el altar de Dios, la casa a donde el Padre de los Cielos desciende a recibir amor y reverencia del hijo y súbdito. Todo hombre tiene un alma, y toda alma, siendo altar, hace del hombre que la contiene un sacerdote, custodio del altar; y está escrito en el Levítico: "El Sacerdote no se contamine". El hombre, pues, tendría el deber de responder a la tentación del demonio, del mundo y la carne: "¿Puedo yo dejar de ser espiritual para ocuparme de cosas materiales y pecaminosas?".

"Los árboles fueron entonces donde la higuera, y la invitaron a que reinara sobre ellos. Pero la higuera respondió: "¿Cómo puedo renunciar a mi dulzura y a mis suavísimos frutos por reinar sobre vosotros?".

Muchos se dirigen a la persona dulce para tenerla como rey; no tanto por admiración de su dulzura, cuanto porque esperan que, siendo muy dulce, acabe transformándose en un rey de tres al cuarto, del cual podrán obtener todo tipo de consenso y con el cual podrán permitirse todo tipo de licencias. Pero la dulzura no es debilidad; es bondad, justa, inteligente, firme. No confundáis nunca la dulzura con la debilidad: la primera es virtud; la segunda, defecto. Y, precisamente por ser virtud, comunica a quien la posee una rectitud de conciencia que le permite resistir a las solicitaciones y seducciones humanas (que pretenden doblegarlo a sus intereses, que no son los de Dios) y permanece fiel a su destino, a toda costa. El dulce de espíritu no rebatirá nunca con acritud las recriminaciones de los demás, no rechazará nunca con dureza a quien lo solicita; no obstante, perdonando y sonriendo, dirá siempre: "Hermano, déjame a mi dulce suerte. Estoy aquí para consolarte y ayudarte, pero no puedo ser rey como tú lo concibes, porque una sola realeza me interesa y me preocupa, por mi alma y por la tuya: la espiritual".

Los árboles fueron a la vid y le pidieron que reinara sobre ellos. Pero la vid respondió: "¿Cómo puedo renunciar a ser alegría y fuerza para ir a reinar sobre vosotros?".

Ser rey, tanto por las responsabilidades como por los remordimientos -es más raro que un diamante negro el rey que no peca y no se crea remordimientos-, lleva siempre a estados espirituales sombríos. El poder seduce mientras resplandece como un faro de lejos; una vez que uno lo alcanza, se ve que no es sino resplandor de luciérnaga, no de estrella. Y también: el poder no es sino una fuerza ligada por mil sogas (las de los mil intereses que bullen en torno a un rey). Intereses de los cortesanos, intereses de los aliados, intereses personales y de la parentela. ¿Cuántos reyes se juran a sí mismos, mientras el óleo los consagra: "Seré imparcial", y luego no saben serlo? Cual árbol robusto que no se rebela contra el primer abrazo de la hiedra débil y delgada, sino que dice: "Es tan frágil, que no me puede causar daño", antes al contrario se complace de que la hiedra lo enguirnalde, se complace de ser el protector que la sujeta mientras sube; así, tan frecuentemente -podría decir que siempre-, el rey cede al primer abrazo del interés que a él se dirige, de cortesano o de aliado, personal o de parentela, y se complace en ser su munífico protector. "¡Es tan poca cosa!", dice, aunque la conciencia le grite: "¡Ten cuidado!". Y piensa que no le podrá perjudicar ni en cuanto al poder ni en cuanto al buen nombre.

Lo mismo piensa el árbol. Mas llega el día en que, robusteciéndose y extendiéndose, aumentando su voracidad de succionar linfa del suelo y subir a la conquista de luz y sol, la hiedra abraza, rama tras rama, todo ese árbol fuerte, y prevalece sobre él, lo ahoga, lo mata, ¡Y era tan frágil; y él, tan fuerte! Sucede igual con los reyes. Un primer compromiso con la propia misión, un primer gesto de encogerse de hombros ante la voz de la conciencia (y ello porque las alabanzas son dulces y porque agrada ese aire de protector solicitado)... llega un momento en que ya no es el rey el que reina, sino los intereses de los demás. Estos intereses atan al rey, lo amordazan, hasta ahogarlo; Y lo matan si, siendo ya más fuertes que él, ven que no se da prisa en morir. También el hombre común, que es lo mismo un rey en el espíritu, se pierde si acepta realezas menores por soberbia o ambición. Y pierde su serenidad espiritual, la que le viene de la unión con Dios. Porque el demonio, el mundo y la carne pueden dar un poder y gozo ilusorios, pero a costa de la alegría espiritual que viene de la unión con Dios.

¡Alegría y fuerza de los pobres de espíritu, bien merecéis que el hombre sepa decir: "¿Cómo podré aceptar la realeza sobre la parte inferior, si aliándome con vosotros, pierdo fuerza y alegría internas y el Cielo y su verdadera realeza?" Y pueden decir también estos bienaventurados pobres de espíritu -que tienen como único objetivo la posesión del Reino de los Cielos y desprecian todas las demás riquezas que no sean el Reino-, pueden decir: "¿Cómo decaer en nuestra misión, que consiste en producir maduros jugos fortalecedores y de alegría para esta Humanidad, hermana nuestra, que vive en el desierto de la animalidad, y que necesita apagar su sed para no morir, y para nutrirse de jugos vitales, cual niño que no tiene a nadie que lo alimente? Nosotros somos las nodrizas de esta Humanidad que ha perdido el seno de Dios, esta Humanidad que vaga estéril y enferma, y que encontraría la muerte desesperada, el negro escepticismo, si no nos encontrase a nosotros, que, con la alegre laboriosidad de quien está libre de todo lazo terreno, los persuadiéramos de que hay una Vida, una Alegría, una Libertad, una Paz. No podemos renunciar a la Caridad por un interés mezquino.

Los árboles se dirigieron entonces al espino. Éste no los rechazó. Pero impuso pactos severos: "Si me queréis como rey, venid aquí debajo de mí. Si me elegís y luego no queréis venir, haré de cada espina encendido tormento y os quemaré a todos, incluso a los cedros del Líbano".

¡He aquí cuáles son las realezas que el mundo acepta como verdaderas! La corrupción de la Humanidad es causa de que se tomen por verdadera realeza la tiranía y la crueldad; la mansedumbre y bondad, por estupidez y bajos sentimientos. El hombre no se somete al Bien, pero sí se somete al Mal. El Mal lo seduce. La consecuencia es que el Mal lo consume con fuego.

Éste es el apólogo de Abimelec. Pues bien, voy a proponeros otro; no lejano ni referido a hechos lejanos, sino cercano, presente.

Los animales pensaron en elegir a un rey. Como eran astutos, pensaron elegir a uno del que no debiera temerse fuerza o ferocidad; descartaron, por tanto, al león y a todos los otros felinos. Dijeron que no querían a las rostradas águilas, ni a ninguna otra ave rapaz. Desconfiaron del caballo, que podía llegarse hasta ellos con rapidez, y ver sus acciones; desconfiaron todavía más del burro, del que conocían la paciencia, sí, pero también los repentinos arranques de furia y las fuertes pezuñas. Se horrorizaron ante la idea de tener por rey al mono, pues era demasiado inteligente y vengativo. Con respecto a la serpiente, con la disculpa de que se había prestado a Satanás para seducir al hombre, dijeron que no la querían como rey, a pesar de sus graciosos colores y la elegancia de sus movimientos; en realidad no la quisieron porque conocían su silencioso paso majestuoso, la fuerza de sus músculos, el terrible efecto de su veneno. ¿Elegir rey a un toro o a otro animal provisto de aguzados cuernos? ¡No hombre, no! "Que el diablo también los tiene" dijeron; pero en realidad pensaban: "Si nos rebelamos, un día nos extermina con sus cuernos".

Eliminando a unos y eliminando a otros, he aquí que vieron a un corderito regordete y blanco que triscaba alegre por un prado verde, hocicando en la rechoncha mama materna. No tenía cuernos; antes al contrario, unos ojos mansos como cielo de Abril. Era manso y sencillo. De todo estaba contento: del agua de un pequeño riachuelo donde bebía hundiendo su morrillo rosado; de las florecillas de variados sabores que satisfacían el ojo y el paladar; de la tupida hierba, sobre la cual era bonito estar tumbado después de haber comido bien; y de las nubes, que parecían otros corderitos que correteasen por aquellos prados azules, allá arriba, y le invitaran a jugar, corriendo por el prado como ellas por el cielo; y, sobre todo, de las caricias de su mamá, la cual todavía le consentía alguna sobria chupada, lamiéndole, mientras tanto, la blanca lana con su rosada lengua; y del aprisco, seguro y protegido del viento, y de la cama, bien esponjosa y fragante, en que le era dulce dormir junto a su madre. "Es fácil contentarlo. Y no tiene ni armas ni veneno. Es ingenuo. Hagámoslo rey". Y lo hicieron rey. Y se gloriaban de él, porque era hermoso y bueno y porque lo admiraban los pueblos vecinos y lo amaban los súbditos por su paciente mansedumbre.

Pasó un tiempo. El cordero se hizo carnero, y dijo: "Llega el momento de gobernar *realmente.* Ahora tengo pleno conocimiento de mi misión. La voluntad de Dios -que permitió que fuera elegido rey-me ha formado para esta misión y me ha dado capacidad de reinar; justo es, por tanto, que la ejercite en forma plena, incluso porque, si no, sería desperdiciar los dones de Dios".

Viendo, pues, a súbditos hacer cosas contrarias a la honestidad de las costumbres, o a la caridad, dulzura, lealtad, morigeración, obediencia, respeto, prudencia, etc. alzó su voz para amonestar. Pero he aquí que los súbditos se rieron de su balido sabio y dulce, que no atemorizaba como el rugido de los felinos, ni como el chillido de los buitres cuando se lanzan veloces sobre la presa, ni como el silbido de la serpiente... ni siquiera como los ladridos del perro que infunde temor.

El cordero, ya carnero, no se limitó a balar; fue donde los culpables para conducirlos de nuevo al cumplimiento del deber. Ahora bien, la serpiente se le escurrió por entre las patas; el águila se alzó en vuelo y lo dejó plantado; los felinos, con una manotada, lo apartaron amenazándole: "¿Ves lo que hay en esta mano afelpada que por ahora se limita a apartarte? Son garras"; los caballos, y todos los animales corredores en general, se pusieron a girar al galope alrededor de él en plan de burla; los robustos elefantes, u otros paquidermos, con un golpe del morro, lo tiraron a un lado o a otro; los monos, desde encima de los árboles, lo hicieron blanco de sus proyectiles.

El cordero, ya carnero, acabó por inquietarse, y dijo: "No quería usar ni mis cuernos ni mi fuerza; porque también yo tengo fuerza en este cuello (tanto que será modelo para abatir obstáculos de guerra). No quería usarla porque prefiero usar el amor y la persuasión. Pero, dado que ante estas armas no os doblegáis, haré uso de la fuerza, porque no quiero faltar a mi deber para con Dios y para con vosotros, a pesar de que vosotros faltéis al vuestro para con Dios y para conmigo. He sido establecido aquí por vosotros y Dios para guiaros a la Justicia y al Bien, y aquí quiero que Justicia y Bien (es decir, Orden) reinen". Y castigó con los cuernos -ligeramente, porque era bueno – a un gozquejillo que seguía molestando a los que estaban a su lado; y luego, con su fortísimo cuello, echó abajo la puerta de la guarida donde un cerdo glotón y egoísta había almacenado provisiones en perjuicio de los demás; y tiró abajo también la mata de lianas que los jóvenes monos habían elegido para sus ilícitos amores.

“Este rey se ha hecho demasiado fuerte. Quiere realmente reinar y que vivamos una vida sabia. Esto no nos agrada. Hay que destronarlo" dijeron.

Mas -un mono joven y astuto aconsejó: "Hagámoslo de forma que parezca que ha sido por un motivo justo; si no, quedaremos mal ante - otros pueblos y nos atraeremos la enemistad de Dios. Vamos a espiar todo lo que hace el carnero para poderlo acusar bajo apariencia de justicia".

-Me encargo de ello yo - dijo la serpiente.

-Y yo - dijo el mono.

Una arrastrándose por entre la hierba, el otro desde las copas de los árboles, no perdieron ni un momento de vista al cordero. Y todas las noches, cuando él se retiraba para descansar de las fatigas de la misión y meditar en las medidas que debería tomar y en las palabras que tendría que usar, para domar la rebelión y vencer los pecados de los súbditos, entonces éstos, excepto alguno -raro- honesto y fiel, se reunían para escuchar el relato de los dos espías y traidores (pues traidores eran también).

La serpiente decía a su rey: "Te sigo porque te amo, para defenderte en caso de que te agredieran". El mono decía a su rey: "¡Como te admiro! Quiero ayudarte. Mira, desde aquí veo que más allá de este prado se está pecando. ¡Corre!" y luego decía a sus compañeros: "Hoy también ha tomado parte en el banquete de algunos pecadores. Ha simulado que iba allí para convertirlos, pero luego en realidad ha sido cómplice de sus orgías". Y la serpiente refería: "Se ha alejado incluso allende los

confines de su pueblo, y ha entablado conversación con mariposas, moscardones y babosas. Es un infiel. Trata con extranjeros impuros".

Así hablaban a espaldas del inocente, creyendo que él lo ignorase. Pero el espíritu del Señor, que lo había formado para su misión, lo iluminaba también respecto a las conjuras de sus súbditos. Habría podido huir, indignado, maldiciéndolos. Pero el cordero era manso y humilde de corazón. Amaba: éste era su error. Y cometía un error aún mayor: el de perseverar en su misión, amando y perdonando, a costa de la vida, para cumplir la voluntad de Dios. ¡Oh, qué errores éstos ante los hombres! ¡Imperdonables! Tanto que le procuraron la condena.

"Muera. Para liberarnos de su opresión". Y la serpiente se encargó de matarlo, porque siempre la traidora es la serpiente...

Éste es el otro apólogo. ¡Ahora te toca a ti entenderlo, pueblo de Nazaret! Yo, por el amor que me une a ti, te deseo, al menos, que no pases del grado de pueblo hostil. El amor de la tierra a la que vine cuando era niño, en que crecí amándoos y siendo amado, me hace deciros a todos vosotros: "No seáis más que hostiles. No hagáis que la historia diga: "De Nazaret vinieron su traidor y sus jueces inicuos"'.

Adiós. Juzgad con rectitud y quered con constancia: lo primero, todos vosotros; lo segundo, aquellos de entre vosotros que no vivan disturbados por pensamientos deshonestos. Me marcho... La paz sea con vosotros.

Y Jesús, en medio de un silencio penoso, quebrado sólo por dos o tres voces que lo aprueban, sale, triste, cabizbajo, de la sinagoga de Nazaret.

Le siguen los apóstoles. A1 final de todos van los hijos de Alfeo (y sus ojos no son, ciertamente, ojos de manso cordero)... Miran severamente a la multitud hostil, y Judas Tadeo, sin vacilaciones, se planta erguido ante su hermano Simón y le dice:

-Creía que tenía un hermano más honesto y de carácter más fuerte.

Simón agacha la cabeza y calla. Pero el otro hermano, José, respaldado por otros de Nazaret, dice:

-¡Deberías avergonzarte de ofender a tu hermano mayor!

-No. Me avergüenzo de vosotros. De todos vosotros. Esta Nazaret no es simplemente una madrastra para el Mesías, es una madrastra depravada. Oíd mi profecía: Lloraréis tantas lágrimas como para alimentar una fuente, pero no servirán para lavar de los libros de la Historia el verdadero nombre de esta ciudad y de vosotros. ¿Sabéis cuál es? "Estupidez". Adiós.

Santiago añade un saludo más amplio augurando luz de sabiduría. Y salen, junto con Alfeo de Sara y otros dos jóvenes que, si los reconozco bien, son los dos cuidadores de asnos que acompañaron a los jumentos usados para ir al encuentro de Juana de Cusa cuando estaba moribunda.

La gente, que ha quedado confundida, murmura:

-¿Pero de dónde le viene tanta sabiduría?

-¿Y de dónde los milagros que hace? Porque hacerlos los hace. Toda Palestina lo dice.

-¿No es el hijo de José el carpintero? Todos le hemos visto hacer mesas y camas en el banco del artesano de Nazaret, y arreglar ruedas y cierres. Ni siquiera fue a la escuela. Su Madre fue su única maestra.

-Eso también fue un escándalo, que nuestro padre criticó - dice José de Alfeo.

-Pero también tus hermanos terminaron la escuela con María de José.

-¡Ya! Mi padre fue débil ante su mujer... - responde José.

-Entonces, ¿también el hermano de tu padre?

-También.

-¿Pero es realmente el hijo del carpintero?

-¿Pero es que no lo ves?

-Hay muchos que se parecen. Creo que es uno que se hace pasar por él pero no lo es.

-¿Y dónde está entonces Jesús de José?

-¿Pero tú crees que su Madre no lo va a conocer?

-Aquí están sus hermanos y hermanas, y todos ellos lo reconocen como pariente. ¿No es verdad, vosotros dos?

Los dos ancianos hijos de Alfeo asienten.

-Entonces se ha vuelto loco o está endemoniado, porque lo que dice no puede provenir de un obrero.

-Lo que habría que hacer es no escucharlo. Su pretendida doctrina es delirio o posesión...

...Jesús está parado en la plaza esperando a Alfeo de Sara, que habla con un hombre. Mientras espera, uno de los arrieros, que se había quedado cerca de la puerta de la sinagoga, le trae las calumnias que allí se han dicho.

-No te apenes por esto. Un profeta, generalmente, no recibe honor ni de su patria ni de su casa. El hombre es tan necio que cree que para ser profetas es necesario casi estar fuera de la vida; y los coterráneos y familiares, más que todos los demás, conocen y recuerdan la humanidad de su paisano y pariente. Pero la verdad triunfa siempre. Adiós. La paz sea contigo.

-Gracias, Maestro, por haber curado a mi madre.

-Lo merecías, porque supiste creer. Mi poder aquí es inoperante, porque aquí no hay fe. Vamos, amigos. Mañana al alba nos marchamos.

## 247

## María Stma. instruye a la Magdalena en orden a la oración mental

-¿Dónde vamos a detenernos, mi Señor? - pregunta Santiago de Zebedeo mientras van caminando por un paso entre dos colinas enteramente cultivadas y verdes desde la base hasta la cima.

-En Belén de Galilea. Pero durante las horas más calurosas haremos una pausa en el monte que domina Meraba. Así tu hermano se sentirá otra vez dichoso al ver el mar - y Jesús sonríe; luego concluye: «Los hombres habríamos podido caminar más, pero llevamos detrás de nosotros a las discípulas, y, aunque no se quejen nunca, no tenemos que cansarlas excesivamente.

-No se quejan nunca. Es verdad. Nosotros nos quejamos más fácilmente - admite Bartolomé.

-Y eso que están menos acostumbradas que nosotros a esta vida... - dice Pedro.

-Quizás por eso lo hacen con gusto - dice Tomás.

-No, Tomás. Lo hacen de buen grado y por amor. Convéncete de que ni mi Madre ni las otras mujeres de casa, como María de Alfeo, Salomé y Susana, dejan... así, con gusto, la casa para ir por los caminos del mundo y con la gente. Ni tampoco Marta y Juana -cuando venga-, que no están acostumbradas a estas fatigas, lo harían con gusto si no las moviera el amor. Respecto a María de Magdala, sólo un poderoso amor le puede dar la fuerza para sufrir esta tortura - dice Jesús.

-Y, si sabes que es una tortura, ¿por qué se la has impuesto? - pregunta Judas Iscariote - No es buena cosa ni para ella ni para nosotros.

-Sólo la demostración evidente, indudable, de su cambio podía persuadir al mundo. María quiere persuadir al mundo de esto. Su separación del pasado ha sido completa. Es completa.

-Eso habrá que verlo. Todavía es pronto para decirlo. Una vez que uno se ha acostumbrado a un tipo de vida, difícilmente se separa del todo. Nos hacen volver a él amistades y nostalgias - dice Judas Iscariote.

-¿Entonces sientes nostalgia por la vida de antes? - pregunta Mateo.

-Yo... no. Hablo en general. Yo soy yo: hombre, amo al Maestro.... Bueno, quiero decir que dispongo de elementos que me sirven para resistir en mi propósito; sin embargo, ella es una mujer, ¡y... qué mujer! Y, además, aunque su actitud fuera bien firme, es siempre poco agradable tenerla con nosotros. Si nos encontrásemos con rabíes, sacerdotes o fariseos importantes, podéis estar seguros de que sus comentarios no serían agradables. Con sólo pensarlo, ya me pongo colorado.

-No te contradigas, Judas. Si realmente has roto los puentes con e1 pasado, como pretendes decir, ¿por qué te duele tanto el que una pobre alma nos siga para completar su transformación en el Bien?

-¡Por amor, Maestro! Yo también hago todo por amor, por amor hacia ti.

-Pues entonces perfecciónate en este amor tuyo. Un amor, para serlo verdaderamente, jamás debe ser exclusivismo. Cuando uno sabe amar sólo un objeto y no sabe amar ningún otro, amado por el objeto de su amor, demuestra que no está en el verdadero amor. El amor perfecto ama, con las debidas gradaciones, a todo el género humano, a los animales y plantas, estrellas y agua, porque todo lo ve en Dios. Ama a Dios como conviene y ama todo en Dios. Mira que el exclusivismo en amor es muchas veces egoísmo. Sabe, por tanto, llegar a amar también a los demás por amor.

-Sí, Maestro.

Entretanto, el objeto del contraste de opiniones va con las otras mujeres, al lado de María, sin pensar que es la causa de todo ese debate.

Llegan a Yafia. La atraviesan. La dejan atrás. Ninguno de sus habitantes ha dado muestras de desear seguir al Maestro, ni de tratar de que se detuviera. Prosiguen: los apóstoles inquietos, por la indiferencia del lugar; Jesús tratando de calmarlos.

El valle continúa en dirección oeste. A1 fondo se ve otro pueblo dispuesto al pie de otro monte. Y también este pueblo - oigo que le llaman "Meraba"- se muestra indiferente. Los únicos que se acercan a los apóstoles -mientras sacan agua de una fuente clara que está pegada a una casa- son unos niños. Jesús los acaricia y les pregunta cómo se llaman; los niños, por su parte, también le preguntan su nombre, y quién es y a dónde va y qué hace. Se acerca también un mendigo semiciego, viejo, encorvado, y alarga la mano para pedir una limosna... y, efectivamente, la recibe.

Se reanuda la marcha con la subida de un monte, el que cierra el valle, en el que vierte las aguas de sus riachuelos, ahora reducidos a un hilo de agua o sólo a piedras resecas por el sol. Pero el camino es bueno: se abre, primero, entre bosques de olivos, luego bosques de otros árboles, que entrelazan sus ramas formando una galería verde por encima.

Llegan a la cima, coronada por un susurrante bosque de fresnos, si no me equivoco. Se sientan para descansar y alimentarse. Además de reposar y comer, deleitan la vista, porque el panorama es bellísimo, con la cadena del Carmelo a la izquierda de quien mira hacia el oeste. Y, donde la verdísima cadena del Carmelo, en que pueden verse las más bellas tonalidades del verde, termina, allí brilla el mar, abierto, ilimitado, que se extiende con su velo movido por leves olas hacia el norte, para bañar las orillas que, desde la punta del promontorio formado por el ramal extremo del Carmelo, suben hasta Tolemaida y las otras ciudades, y se pierde en una ligera niebla hacia la región sirofenicia. Sin embargo, al sur del promontorio del Carmelo, no se ve el mar, porque la cadena, que es más alta que el monte donde están, oculta su visión.

Pasan las horas en la sombra susurrante del aireado bosque. Quién duerme, quién habla en voz baja, quién mira. Juan se aleja de sus compañeros y va al punto más alto posible, para ver más. Jesús se aparta, adentrándose en una zona frondosa para orar y meditar. Las mujeres, a su vez, se han retirado tras una cortina de ondeante madreselva toda en flor; allí se han refrescado, en un minúsculo manantial que, reducido a un hilo de agua, forma en la tierra un charco que no logra transformarse en arroyo. Luego las más mayores, cansadas, se han quedado dormidas; mientras tato, María Santísima, con Marta y Susana están hablando de su casa, ya lejana, y María dice que querría tener esa hermosa mata toda en flor como revestimiento de su gruta.

La Magdalena, que se había soltado el pelo porque no podía resistir su peso, se lo recoge de nuevo y dice:

-Voy adonde Juan, ahora que está con Simón, a mirar con ellos el mar.

-Yo también voy - responde María Stma.

Marta y Susana se quedan con las otras compañeras, que están durmiendo.

Para llegar a donde los dos apóstoles, deben pasar cerca de la zarza que Jesús ha elegido para retirarse en oración.

-Mi Hijo descansa con la oración - dice en voz baja María.

La Magdalena le responde:

-Pienso que será indispensable para É1 retirarse para mantener ese maravilloso dominio que tiene y que el mundo somete a dura prueba. ¿Sabes, Madre? He hecho como me dijiste. Todas las noches me retiro durante un tiempo más o menos largo para poder restablecer en mí misma esa calma que se ve turbada por muchas cosas; después me siento mucho más fuerte.

-Por ahora, fuerte; más adelante te sentirás bienaventurada. Créelo, María: tanto en la alegría corno en el dolor, en la paz como en la lucha, nuestro espíritu necesita zambullirse enteramente en el océano de la meditación para reconstruir aquello que el mundo y las diversas vicisitudes derriban, y para crear nuevas fuerzas para subir cada vez más. En Israel se hace uso y abuso de la oración vocal. No quiero decir que sea inútil, ni que Dios la deteste; pero sí digo que siempre es mucho más útil para el espíritu la elevación mental a Dios, la meditación, en que, contemplando su divina perfección y nuestra miseria, o la miseria de tantas pobres almas -no ya para criticarlas, sino para compadecernos de ellas y comprenderlas, y para mostrarnos gratas con el Señor, que nos ha sostenido para que no pecásemos, o nos ha perdonado para no dejarnos caídas-, llegamos realmente a orar, o sea, a amar. Porque la oración, para que sea realmente oración, debe ser amor. Si no, es un farfullar de labios del que el alma está ausente.

-¿Pero es lícito hablar con Dios teniendo los labios todavía sucios de muchas palabras profanas? Yo, en mis horas de recogimiento, que hago como me has enseñado tú, mi dulcísima apóstol, hago violencia a mi corazón, que querría decirle a Dios: "Te amo"...

-¡No! ¡Eso no! ¿Por qué?

-Porque me parece que sería un ofrecimiento sacrílego por mi parte ofrecerle mi corazón...

-No hagas eso, hija, no lo hagas. Tu corazón, ante todo, ha sido consagrado de nuevo por el perdón del Hijo, y el Padre no ve sino este perdón. Pero, aunque Jesús no te hubiera perdonado todavía, y tú, en ignorada soledad -que puede ser tanto material como moral-, gritaras a Dios: "Te amo, Padre. Perdona mis miserias, porque me duelen por el pesar que te causan", cree, María, que el Padre Dios por su parte te absolvería, y le sería grato tu grito de amor. Abandónate, abandónate al amor sin oponerle violencia; antes al contrario, deja que el amor adquiera la violencia de un fuego devorador. El fuego consume todo lo material, pero no destruye nada de aire, porque el aire es incorpóreo (al contrario: lo purifica de los detritos minúsculos que en él esparce el viento, lo hace más ligero). Así es el amor para el espíritu: consume antes la materia del hombre, si Dios lo permite, mas no destruye el espíritu, sino que acrecienta su vitalidad y lo hace puro y ágil para que suba a Dios. ¿Ves allí a Juan? Es sólo un muchacho, y, sin embargo, es un águila; es el más fuerte de todos los apóstoles; porque ha comprendido el secreto de la fortaleza, de la formación espiritual: la amorosa meditación.

-Pero él es puro, yo... él es un muchacho, yo...

-Pues mira entonces al Zelote, que no es un muchacho. Ha vivido, ha luchado, ha odiado; lo confiesa con sinceridad. Pero ha aprendido a meditar. Y créeme que él también está muy arriba. ¿Ves? Se buscan ellos dos. Porque se sienten iguales. Han alcanzado la misma edad perfecta del espíritu, y con el mismo medio: la oración mental: por ella, el muchacho se ha hecho viril en el espíritu; por ella, el otro, ya mayor y cansado, ha vuelto a una fuerte virilidad. Y, ¿sabes otro que, sin ser apóstol, adelantará mucho -es más, ya está muy adelantado- por su tendencia natural a la meditación, que desde que es amigo de Jesús se ha hecho en él una necesidad espiritual? Pues tu hermano.

-¿Mi Lázaro?... ¡Oh, Madre, tú que sabes tantas cosas, porque Dios te las muestra, dime cómo me tratará Lázaro la primera vez que me vea? Antes guardaba silencio con desdén. Pero lo hacía porque yo no admitía que me hicieran observaciones. He sido muy cruel con mis hermanos... Ahora lo comprendo. Ahora que sabe que puede hablar, ¿qué me dirá? Temo una abierta recriminación suya. Ciertamente me recordará todas las penas que he causado. Quisiera presentarme ante él inmediatamente. Pero tengo miedo. Antes iba, y no me inquietaba siquiera el recuerdo de nuestra madre muerta, ni sus lágrimas, vivas aún sobre los objetos que usó, lágrimas vertidas por mí, por mi culpa. Mi corazón era cínico, altanero, cerrado a cualquier voz que no fuera "mal". Pero ahora yo no tengo ya la malvada fuerza del Mal, y tiemblo... ¿Qué me hará Lázaro?

-Te abrirá los brazos y te llamará, más con el corazón que con los labios, "hermana amada". Está tan formado en Dios, que no puede usar otros modos. No temas. No te dirá nada que haga referencia al pasado. Está -es como si lo estuviera viendo- allí, en Betania, y se le hacen muy largos los días de su espera. Te está esperando a ti, para estrecharte contra su corazón, para saciar su amor de hermano. Si quieres gustar la dulzura de haber nacido del mismo seno, no tienes que hacer nada más que quererlo como él te quiere.

-Lo querría aunque me reprendiera. Me lo merezco.

-No. Te amará y nada más. Sólo te querrá.

Ya han llegado donde Juan y Simón, que están hablando de los futuros viajes. Ambos se ponen en pie, en signo de reverencia, cuando llega la Madre del Señor.

-Venimos también nosotras a glorificar al Señor por las hermosas obras de su creación.

-¿Has visto alguna vez el mar, Madre?

-Sí, lo he visto. Entonces el mar, a pesar de la tempestad, estaba menos turbado que mi corazón, y sus aguas menos saladas que mi llanto, mientras huía siguiendo el litoral desde Gaza hacia el Mar Rojo, con mi Niño en brazos y el miedo a Herodes detrás. Lo vi también al regreso. Entonces era primavera en la tierra y en mi corazón. La primavera del regreso a la patria. Jesús daba palmadas con sus manitas, contento de ver cosas nuevas... Yo y José también nos sentimos felices. De todas formas, la bondad del Señor, en mil modos, nos había aligerado el exilio en Matarea.

Su conversación sigue mientras me cesa la capacidad de ver y oír.

## En Belén de Galilea. Juicio ante un homicidio y parábola de los bosques petrificados

Declina el día cuando llegan a Belén de Galilea. Se ve que es destino de las ciudades de este nombre el extenderse plácidas sobre onduladas colinas cubiertas de verdor, de bosques, de prados en que pastan rebaños que luego, para la noche, bajan hacia los apriscos. Una música pastoral hecha de esquilas y un leve vibrar de balidos, a los que se unen los gritos alegres de los niños que juegan y de las madres que los llaman, llenan el ambiente arrebolado, vestigio del potente ocaso que acaba de cumplirse.

-Judas de Simón, ve con Simón a buscar alojamiento para nosotros y las mujeres. En el centro del pueblo está la posada; luego iremos nosotros.

Mientras Judas y el Zelote obedecen, Jesús se vuelve a su Madre y le dice:

-Esta vez no sucederá como en la otra Belén. Encontrarás dónde descansar, Madre mía. En este tiempo viajan pocos, y no hay ningún edicto.

-En este tiempo sería dulce incluso dormir en los prados, en medio de estos pastores, entre sus corderitos - y María sonríe a su Hijo, y a unos pastorcillos curiosos que la miran fijamente.

Sonríe de tal forma, que uno de ellos da un codazo al otro y le dice en voz baja:

-Seguro que es Ella - y se acerca sin vacilar y dice: «Salve, María llena de gracia. ¡El Señor está contigo!

María responde con una sonrisa aún más dulce:

-Aquí está el Señor - y señala a Jesús, que se ha vuelto para hablar con sus primos, para decirles que den limosnas a los pobres que se acercan pidiendo quejumbrosamente. Y toca levemente a su Hijo, la Madre, y le dice: «Hijo mío, estos pastorcitos te buscan, y me han reconocido; no sé cómo...

-Está claro que por aquí ha pasado Isaac dejando el perfume de la revelación. Jovencito, ven aquí.

El pastorcillo, un morenito de unos doce o catorce años, fuerte a pesar de ser delgado, de *ojos vivos,* negrísimos, y cabellos que le caen lacios formando una melena de ébano, envuelto en su piel de oveja -me da la impresión de una copia, muy joven, del Precursor-, se acerca a Jesús, como embelesado, con sonrisa beatífica.

-Paz a ti, niño. ¿Cómo has reconocido a María?

-Porque sólo la Madre del Salvador podía tener esa sonrisa y ese rostro. Me dijeron: "Una cara de ángel, *ojos* de estrella, sonrisa más dulce que el beso de una madre, dulce como su nombre, María; una cara tan santa, que pudo inclinarse hacia el Dios recién nacido". He visto esto en Ella y la he saludado porque te buscaba. Te buscábamos, Señor, y... no me atrevía a saludarte a ti el primero.

-¿Quién te ha hablado de nosotros?

-Isaac de la otra Belén. Y prometió que nos llevaría a ti en cuanto llegara el otoño.

-¿Ha estado aquí Isaac?

-Está todavía por estas regiones, con muchos discípulos. A nosotros, los pastores, fue él quien nos habló. Creímos en su palabra. Señor, deja que te adoremos nosotros también, como nuestros compañeros en aquella noche dichosa - y se arrodilla en el polvo del camino y lanza un grito a los otros pastores, que han detenido el rebaño a las puertas de la ciudad (puertas por llamarlas de alguna manera, porque en realidad no es una ciudad ceñida de muros), en el mismo lugar en que Jesús se había parado para esperar a las mujeres y entrar con ellas en el pueblo.

El pastorcillo grita:

-Padre, hermanos, amigos: hemos encontrado al Señor. Venid. Adorémoslo.

Y los pastores vienen, se arremolinan con su rebaño en torno a Jesús y le ruegan que no busque alojamiento en otro lugar, sino que acepte su pobre casa, que está a poca distancia, para él y sus amigos.

-Es un aprisco grande – explican - Dios nos protege, y tenemos habitaciones, y cobertizos llenos de heno fragante. Las habitaciones para tu Madre y sus hermanas, porque son mujeres. De todas formas, también hay una habitación para ti. Los otros pueden dormir con nosotros en los cobertizos, sobre el heno.

-Yo también estaré con vosotros. Será para mí un descanso más agradable que si durmiera en la habitación de un rey. Pero vamos antes a avisar a Judas y a Simón.

-Voy yo, Maestro - dice Pedro, y se marcha junto con Santiago de Zebedeo.

Se quedan al borde del camino esperando a que regresen los cuatro apóstoles.

Los pastores miran a Jesús como si fuera ya Dios en su gloria. A los más jóvenes se les ve verdaderamente felices; da la impresión de que quisieran grabarse en la mente hasta los más mínimos detalles de Jesús y María, la cual se ha agachado a acariciar a unos corderos que han venido a empinar su morrito, balando, contra sus rodillas.

-Había uno, en casa de mi pariente Isabel, que me lamía las trenzas cada vez que me veía. Le llamaba "amigo", porque era verdaderamente amigo mío, como un niño; en cuanto podía, venía a mí corriendo. Éste me lo recuerda completamente, con estos dos ojos suyos de dos colores. ¡No lo matéis! A1 otro también se le dejó en vida por el amor que me tenía.

-Es una cordera, Mujer; la queríamos vender porque tiene los ojos de dos colores y creo que por uno ve poco. Pero nos quedaremos con ella si tú lo quieres.

-¡Oh, sí! Ya de por sí quisiera que nunca se matará a ningún corderito... Son tan inocentes... y tienen una voz como la de un niño llamando a su mamá. Matar a uno de éstos me parecería como matar a un niño.

-Pero entonces, Mujer, no habría sitio para nosotros en la tierra, si vivieran todos los corderitos - dice el pastor más anciano.

-Lo sé. Pero pienso en su dolor y en el de las ovejas madres. Lloran mucho cuando les quitan a sus hijos. Parecen realmente madres como nosotras. No puedo ver sufrir a nadie, y ante una madre deshecha de dolor yo también siento un desgarro interior. Es un dolor distinto de todos los otros dolores, porque a nosotras el golpe de la muerte de un hijo nos lacera no sólo el corazón y el cerebro sino las propias vísceras. Nosotras, las madres, permanecemos unidas a nuestro hijo siempre; quitárnoslo significa lacerarnos completamente.

Ya no sonríe María; tiene un brillo de llanto en sus ojos azules, y mira a su Jesús (que a su vez la está escuchando y mirando) y pone una mano sobre el brazo de Él, como si temiera que fueran a arrebatárselo de su lado de un momento a otro.

Por el camino polvoriento se acerca una pequeña guarnición de soldados -seis hombres- junto con otras personas que vienen hablando a voces. Los pastores miran y hablan en tono bajo entre sí. Luego miran a María y a Jesús.

El más anciano habla:

-Entonces ha sido acertado el que no entraras en Belén esta tarde.

-¿Por qué?

-Porque aquella gente que ha pasado y ha entrado en la ciudad va para arrebatar un hijo a una madre.

-¿Pero, por qué?

-Para matarlo.

-¡Oh, no! ¿Qué ha hecho?

Jesús también lo pregunta. Los apóstoles se arremolinan para oír.

-Han encontrado muerto en el camino del monte al rico Joel. Volvía de Sicaminón lleno de dinero. De todas formas, no han sido los ladrones, porque el muerto tenía todavía el dinero. El siervo que lo acompañaba dice que su señor le había dicho que se adelantase deprisa para avisar de su regreso; pues bien, por el camino, y dirigido hacia el lugar en que se cometió el homicidio, vio solamente al joven que ahora van a matar. Además, dos del pueblo juran que lo han visto agredir a Joel. Ahora los parientes de la víctima exigen su muerte. Y si es homicida...

-¿No lo crees?

-No lo creo posible. El joven es poco más que un muchacho. Es bueno. Es hijo único y vive siempre con su madre, que es viuda, y además una viuda santa. No pasa necesidad ni piensa en las mujeres ni es un pendenciero, no está desquiciado... ¿Por qué iba a haber matado?

-¿Tiene enemigos?

-¿Quién: Joel, el muerto, o Abel, el acusado?

-El acusado.

-¡Ah! No sabría decirte... Pero... No sé qué decirte.

-Sé franco.

-Señor, es una cosa que pienso; Isaac dice que no se debe pensar mal del prójimo.

-Pero se debe tener la valentía de hablar para salvar a un inocente.

-Si hablo, tenga razón o esté equivocado, me veré obligado a huir de aquí porque Aser y Jacob son poderosos.

-Habla sin miedo. No tendrás que huir.

-Señor, la madre de Abel es joven, guapa y sensata. Aser no es sensato, ni tampoco Jacob; al primero le gusta la viuda y al segundo... bueno, el pueblo sabe que el segundo es un cuco en el tálamo de Joel. Yo pienso que...

-Comprendo. Vamos, amigos. Vosotras quedaos con los pastores. Volveré pronto.

-No, Hijo. Voy contigo.

Jesús ya se ha echado a andar, diligentemente, hacia el interior de la ciudad. Los pastores permanecen indecisos, pero luego dejan el rebaño a los más jóvenes, que se quedan con todas las mujeres (menos la Madre y María de Alfeo, que siguen a Jesús) y se ponen a caminar para alcanzar al grupo apostólico.

En la tercera travesía de la calle central de Belén se encuentran con Judas Iscariote, Simón, Pedro y Santiago, los cuales vienen ya hacia abajo gesticulando y hablando alto.

-¡Ay, lo que está sucediendo, Maestro... lo que está sucediendo! ¡Qué cosa más triste! - dice Pedro todo impresionado.

-Están quitándole el hijo a una madre por la fuerza para matarlo, y ella lo defiende como una hiena; pero es sólo una mujer contra soldados - añade Simón Zelote.

-Sangra ya por muchas partes - dice Judas.

-Le han echado abajo la puerta porque se había encerrado en su casa - termina Santiago de Zebedeo.

-Voy donde esa mujer.

-¡Oh! ¡Sí! Sólo Tú puedes confortarla.

Giran hacia la derecha, luego a la izquierda, hacia el centro del pueblo. Ya se ve la tumultuosa aglomeración de gente que se mueve agitada y hace presión ante la casa de Abel, y hasta aquí llegan los gritos desgarradores de una mujer, infrahumanos, feroces y lastimosos al mismo tiempo.

Jesús acelera el paso y llega a una placita diminuta -más que una plaza es una curva del camino, que aquí se ensancha- en la cual el tumulto es máximo.

La mujer, aferrada con una mano (que ahora es verdadera garra de hierro) a lo que queda de la puerta abatida, circundando con el otro brazo la cintura del muchacho, disputa su hijo a los soldados; y, si uno trata de separarla, muerde furiosamente, sin hacer caso de los golpes que recibe ni de los tirones de pelo que le dan (tan bestiales, que le vuelven hacia atrás la cabeza); y, cuando no muerde, grita: «¡Dejadlo! ¡Asesinos! ¡Es inocente! ¡La noche del asesinato de Joel dormía a mi lado! ¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Calumniadores! Inmundos! ¡Perjuros!

Y el muchacho, aferrado de los hombros por los que lo capturan, arrastrado por los brazos, se vuelve y, con rostro desencajado, grita:

-¡Mamá! ¡Mamá! ¿Por qué tengo que morir si no he hecho nada?

Es un jovencito de buena presencia, alto, grácil, de ojos oscuros y tiernos, pelo negro un poco ondulado. El vestido desgarrado deja ver su cuerpo ágil y juvenil, casi todavía de niño.

Jesús, con la ayuda de los que lo acompañan, incide en la multitud, compacta como una roca, y se abre paso hasta el penoso grupo, precisamente en el momento en que logran separar de la puerta a la mujer, derrengada, y se la llevan, arrastrándola, como un saco unido al cuerpo de su hijo, por el camino pedregoso.

Esto dura poco de todas formas, porque, con un tirón más violento, separan la mano materna de la cintura de su hijo, y la mujer cae boca abajo y se golpea fuertemente la cara contra el suelo, con lo cual sangra más todavía. Enseguida se alza otra vez, sólo de rodillas, y tiende hacia adelante los brazos, mientras su hijo -se lo llevan rápidamente, en la medida en que lo permite la muchedumbre, que se abre con dificultad- logra liberar el brazo izquierdo, lo agita y, torciéndose hacia atrás, grita:

-¡Mamá! ¡Adiós! ¡Recuerda, tú al menos, que soy inocente!

La mujer lo mira con ojos de loca y cae al suelo sin conocimiento.

Jesús se presenta delante del grupo de apresadores.

-Deteneos un momento. ¡Os lo ordeno! (Su rostro no admite réplica).

-¿Quién eres? - dice, agresivo, uno de la ciudad que está en el grupo - No te conocemos. Apártate y déjanos seguir para que muera antes de que se haga de noche.

-Soy un Rabí. El más grande. En nombre de Jeohveh, deteneos, u os fulminará. (Ya parece fulminar Él). ¿Quién testifica contra éste?

-Yo, él y él - responde el que había hablado antes.

-Vuestro testimonio no es válido porque no es verdadero.

-¿Qué te autoriza a decirlo? Podemos jurarlo.

-Vuestro juramento es pecado.

-¿Pecar nosotros? ¿Nosotros?

-Vosotros. De la misma forma que albergáis lujuria, nutrís odio, ambicionáis riquezas y sois homicidas, sois también perjuros. Os habéis vendido a la Inmundicia. Podéis cumplir cualquier indecencia.

-¡Ten cuidado con lo que dices! Soy Aser...

-Y Yo soy Jesús.

-No eres de aquí, no eres ni sacerdote ni juez. No eres nada. Eres un extranjero.

-Sí, soy el Extranjero porque la tierra no es mi Reino. Pero soy Juez y Sacerdote, no sólo de esta pequeña parte de Israel, sino de todo Israel y de todo el mundo.

-¡Vamos, vamos, que éste es un loco! - dice el otro testigo, y da un empujón a Jesús para apartarlo.

-Tú no das un solo paso más - dice Jesús con voz de trueno y mirándolo con una mirada de milagro, que, de la misma forma que devuelve vida y alegría, también subyuga y paraliza cuando quiere - ¡Tú no das un solo paso más! ¿No crees en lo que digo? Pues bien, entonces mira. Aquí no hay ni tierra ni agua del Templo, *(Tierra... agua... juicio de celos y adulterio: se trata del juicio de Dios según la prescripción mosaica de Números 5, 11-31)* ni hay palabras escritas con tinta para hacer amarguísima al agua que es juicio de celos y adulterio. Pero estoy Yo, y Yo juzgo.

La voz de Jesús es tan penetrante, que suena como toque de trompeta.

La gente se arremolina tratando de ver. Sólo María Santísima y María de Alfeo se han quedado a socorrer a la madre desvanecida.

-Y hago juicio así: dadme un puñado de tierra del camino y un poco de agua en una orza; mientras me lo traen, vosotros, los acusadores, y tú, el acusado, respondedme. Hijo, ¿eres inocente?; dilo con sinceridad a tu Salvador.

-Lo soy, Señor.

-Aser, ¿puedes jurar que no has dicho sino la verdad?

-Lo juro. No tendría motivo para mentir. Lo juro por el altar. Baje del Cielo un fuego que me queme si no digo la verdad.

-Jacob, ¿puedes jurar que tu acusación es sincera y que no te impulsa a mentir un motivo secreto?

-Lo juro por Yeohveh. Si hablo es sólo por amor a mi amigo asesinado. No tengo nada personal contra éste.

-Y tú, siervo, ¿puedes jurar que has dicho la verdad?

-¡Si hace falta lo juro mil veces! ¡Mi amo, mi pobre amo!...- y llora cubriéndose la cabeza con el manto.

-Bien. Aquí están el agua y la tierra. Las palabras son éstas: "Tú, Padre santo y Dios altísimo, cumple juicio verdadero por medio de mí. Para que reciban: el inocente, vida; honor, la madre desolada. Para que reciba digno castigo quien no es inocente. Pero, por la gracia de que gozo ante tus ojos, no les venga a los que han cometido pecado ni llama ni muerte, sí una larga expiación"

Dice estas palabras mientras mantiene extendidas las manos sobre la orza, como hace el sacerdote en el altar durante la Misa, en el ofertorio. Luego mete la derecha en la orza y, con la mano mojada de agua asperja a los cuatro que sufren el juicio, y les hace beber un sorbo de esa agua; primero al joven, luego a los otros tres. Después cruza los brazos y los mira.

También la gente mira, pero, pasados unos momentos, lanzan un grito y se arrojan rostro en tierra. Entonces los cuatro, que estaban en fila, se miran unos a otros, y a su vez gritan: el primero, el joven, de estupor; los otros, de horror (en efecto, han visto cubierto su rostro de repentina lepra, una lepra de la que el joven ha quedado inmune).

El siervo se arroja a los pies de Jesús, el cual se aparta como todos, soldados incluidos (y se aparta, además, cogiendo de la mano al jovencito Abel, para que no se contamine con la cercanía de los tres leprosos). El siervo grita:

-¡No! ¡No! ¡Perdón! ¡Estoy leproso! Han sido ellos, que me pagaron para que retrasara hasta la noche a mi señor, y así agredirle en el camino desierto. Me hicieron expresamente quitarle las herraduras a la mula. Me enseñaron la mentira de que me había adelantado, cuando la realidad era que estaba con ellos para matarlo. Y digo también por qué lo han hecho: porque

Joel se había dado cuenta de que Jacob amaba a su joven esposa, y porque Aser deseaba a la madre de éste y ella lo rechazaba. Se pusieron de acuerdo para liberarse de Joel y de Abel juntos y gozarse las mujeres. He dicho. ¡Quítame la lepra, quítamela! ¡Abel, tú que eres bueno ruega por mí!

-Ve adonde tu madre. Que cuando se recobre vea tu cara y vuelva a la vida serena. Y vosotros... A vosotros os debería decir: "Hágase con vosotros lo que vosotros habéis hecho". Sería humanamente justo. Pero quiero confiaros a una expiación sobrehumana. La lepra de que os horrorizáis os salva de que os prendan y os maten, como merecéis. Pueblo de Belén, apártate, ábrete como las aguas del mar para dejar que éstos partan para su larga condena, ¡Tremenda condena! Más terrible que una muerte rápida. Y es misericordia divina, para darles el modo de enmendarse, si quieren. ¡Idos!

La gente se retira hacia las paredes de las casas, dejando así libre el centro de la calle; y los tres, cubiertos de lepra como si ya desde años atrás estuviesen enfermos, van, uno tras otro, hacia la montaña. Y en el silencio y el crepúsculo que descienden y han hecho callar toda voz de aves y cuadrúpedos, sólo se oye su llanto.

-Purificad el camino con fuego y abundante agua. Vosotros, soldados, id y referid cómo se ha hecho justicia según la más perfecta ley mosaica.

Y Jesús hace ademán de querer volver hacia donde están su Madre y María Cleofás socorriendo todavía a la mujer, que lentamente vuelve en sí mientras su hijo acaricia y besa sus manos heladas; pero la gente de Belén, con un respeto que es casi terror, ruega:

-¡Háblanos, Señor! Eres realmente poderoso. Eres, sin duda, aquel de quien habló el hombre que pasó por aquí anunciando al Mesías.

-Hablaré por la noche cerca del aprisco de los pastores. Ahora voy a confortar a la madre de Abel.

Y va hacia la mujer, la cual, sentada en el regazo de María de Alfeo, vuelve cada vez más en sí, y mira al rostro amoroso de María, que le sonríe. Pero no comprende... hasta que baja su mirada y la fija en la cabeza morena de su hijo, que está inclinado hacia sus manos temblorosas, y pregunta:

-¿Yo también estoy muerta? ¿Esto es el Limbo?

-No, mujer, es la Tierra; éste es tu hijo, salvado de la muerte; y este es Jesús, mi Hijo, el Salvador.

La primera reacción de la mujer es un movimiento lleno de humanidad: reúne sus fuerzas y alarga su cuerpo hacia su hijo, le coge la cabeza agachada, lo ve vivo y sano, y lo besa frenéticamente, llorando, riendo, recordando todos los nombres de la cuna para expresarle su alegría.

-Sí, mamá, sí; pero ahora no me mires a mí, sino a Él, a Él, que me ha salvado. Bendice al Señor.

La mujer, aún demasiado débil para ponerse en pie o arrodillarse, alarga sus manos, todavía temblorosas y sangrantes, toma la mano de Jesús y la cubre de besos y lágrimas.

Jesús le pone la mano izquierda sobre la cabeza y le dice:

-Sé feliz. En paz. Sé siempre buena. Y tú también, Abel.

-No, Señor mío. Mi vida y la de mi hijo son tuyas, porque Tú las has salvado. Deja que él vaya con los discípulos, como ya deseaba desde que estuvieron aquí. Te lo doy con gran alegría, y te ruego que me permitas seguirle para servirle a él y a los siervos de Dios.

-¿Y tu casa?

-Señor, ¿puede acaso uno que ha resucitado de la muerte seguir teniendo los mismos afectos que tenía antes de morir?! Mirta ha resurgido por ti de la muerte y del infierno. Si permanezco en esta ciudad, podría llegar a odiar a los que me han torturado en mi hijo, y Tú sé que predicas el amor. Deja, pues, que la pobre Mirta ame al Único que merece amor, y a su misión y a sus siervos. Ahora me siento todavía agotada, no podría seguirte; pero, en cuanto pueda, permítemelo, Señor. Te seguiré a ti y estaré con mi Abel...

-Seguirás a tu hijo y a mí con él. Sé feliz. Queda en paz ahora, con mi paz. Adiós.

Y, mientras la mujer con la ayuda de su hijo y de algunos otros compasivos entra en su casa, Jesús, con los pastores, los apóstoles, su Madre y María de Alfeo, sale del pueblo y se dirige hacia el aprisco, sito al extremo de una calle que termina en los campos...

... Una gran fogata está encendida para iluminar la reunión. Sentados en semicírculos en los campos, muchas personas esperan a que Jesús vaya y les hable. Entretanto ellos conversan de las cosas que han pasado durante el día. Entre ellos está también Abel, con el cual muchos se felicitan diciendo que todos creían en su inocencia.

-¡Pero me habríais matado! Incluso tú -no puede contenerse de responder el jovencito, que me habías saludado delante de la puerta de casa precisamente a la hora en que asesinaron a Joel.

Y añade:

-Pero te perdono en nombre de Jesús.

Jesús ya ha salido del aprisco y está yendo hacia ellos. Alto, vestido de blanco, en medio de los apóstoles, seguido por los pastores y las mujeres.

-Paz a todos vosotros.

-Si el hecho de haber venido ha valido para instaurar el Reino de Dios entre vosotros, bendito sea el Señor; si haber venido ha valido para hacer brillar la inocencia, bendito sea el Señor; si haber llegado a tiempo de impedir un delito sirve para dar a tres que son culpables el modo de redimirse, bendito sea el Señor. Ahora bien, de entre todas las cosas que esta jornada sugiere meditar, y que meditaremos mientras la noche desciende a envolver en tinieblas la alegría de dos corazones y el remordimiento de otros tres - y en sus tinieblas esconde, como bajo un púdico velo, las lágrimas de gozo de los primeros y las lágrimas abrasadoras de los otros; mas Dios las ve-, entre todas estas cosas, está la que indica que nada de lo que Dios ha dado como Ley es inútil.

Israel observa mucho, sólo nominalmente, la Ley que Dios ha dado; en realidad no la observa. Ahí está la Ley. La analizan, la escrutan, la descuartizan... hasta que muere torturada con minuciosas sutilezas. Ahí está. Pues bien, de la misma forma que un cadáver momificado no tiene vida ni respiración ni circulación de sangre (a pesar de tener la apariencia de alguien que, inmóvil, duerme), la Ley tampoco tiene vida ni respiración ni sangre en demasiados corazones; demasiados, demasiados. En una momia uno se puede sentar como si fuera una banqueta; en ella se pueden apoyar objetos, vestidos o inmundicias, si se quiere, y no se rebela porque no tiene vida. Así, muchos hacen de la Ley una banqueta, un apoyo, un lugar donde arrojar sus porquerías, seguros como están de que no se rebelará en su conciencia, porque para ellos ha muerto.

Podría comparar a buena parte de Israel con los bosques petrificados que se ven diseminados por el valle del Nilo y en el desierto egipcio. Eran verdaderos bosques, de árboles vivos nutridos de savia, susurrante su follaje bajo el sol, bellos con sus abundantes frondas, flores y frutos. Hacían del lugar en que se alzaban un pequeño paraíso terrenal, grato a hombres y animales, que olvidaban la aridez desolada del desierto, la sed abrasadora que las arenas, penetrando en la garganta con su polvo ardiente, producen en el hombre; olvidaban al despiadado sol que calcifica en poco tiempo los cadáveres, descargándolos, consumiendo sus carnes y convirtiéndolas en polvo, dejando yacentes, entre las curvas de las arenas, abundantes esqueletos, limpios como por la mano de un atento artesano; olvidaban todo en la verde sombra, susurrante, rica de frutos y agua que daban nuevas fuerzas, aliviaban, devolvían el coraje para nuevos trayectos.

Luego, por causa desconocida, cual cosas malditas, no sólo se secaron, como los árboles que cuando mueren sirven todavía para encender fuego en los hogares del hombre, o sirven a los peregrinos de países lejanos para hacer hogueras que iluminen la oscuridad, mantengan alejadas a las fieras y disipen la humedad de la noche; no sólo se secaron, sino que no sirvieron tampoco para leña: se hicieron de piedra; piedra. Parecía como si, por un sortilegio, la sílice del suelo hubiera subido de las raíces al tronco, a las ramas, a las hojas; luego, los vientos quebraron las ramitas más delgadas, que se habían hecho como de alabastro, duro y frágil al mismo tiempo. Pero las ramas más resistentes están allí, unidas a sus fuertes troncos, para engaño de las cansadas caravanas, que con el reflejo cegador del sol o la luz espectral de la luna ven perfilarse las sombras de los troncos que se alzan enhiestos en las llanuras elevadas o en el fondo de esos valles que reciben el agua sólo durante las fecundas crecidas; caravanas que, por el ansia de un refugio, de alivio, de un pozo, de frutos frescos, y por el cansancio de los ojos cegados por el sol en las arenas desprotegidas, se lanzan hacia los bosques fantasmas, ¡verdaderamente fantasmas!: ilusoria apariencia de cuerpos vivos; real presencia de cosas muertas.

Yo los he visto. Me quedaron impresos, a pesar de que fuera poco más de un párvulo, como una de las cosas más tristes de la Tierra; así me parecieron hasta que no toqué, medí, pesé, las cosas totalmente tristes de la Tierra, totalmente tristes por estar completamente muertas. Las cosas inmateriales, o sea, las virtudes y almas muertas: las primeras, muertas en las almas; las almas, muertas por haberse matado.

"La Ley está en Israel, pero su presencia es como la de los árboles petrificados en el desierto. Han venido a ser sílice. Muertos. Objeto de engaño. Objeto destinado a disgregarse sin servir; antes al contrario, perjudicando, porque crean espejismos que seducen y, atrayendo hacia su muerte, alejan de los verdaderos oasis, y hacen morir de sed, de hambre, de desolación. Es una muerte que atrae a otros a la muerte, como se lee en algunas fábulas de mitos paganos.

Hoy habéis tenido un ejemplo de lo que es una Ley reducida a piedra en un alma también petrificada: es pecado de todo tipo, creador de desventura. Que os sirva para saber vivir, y saber hacer revivir la Ley en vosotros, con toda su integridad iluminada por mí con luces de misericordia.

La noche está solemne. Las estrellas nos miran y con ellas Dios. Alzad la mirada al cielo estrellado y elevad el espíritu a Dios. Y, sin críticas hacia esos desdichados que ya han recibido el castigo de Dios, y sin orgullos por no tener su pecado, prometed a Dios y prometeos a vosotros mismos no caer en la aridez de los árboles malditos de los desiertos y valles de Egipto.

La paz sea con vosotros.

Los bendice y luego se retira al vasto recinto del aprisco, rodeado de rústicos pórticos, bajo los cuales los pastores han extendido mucho heno para que sirva de lecho a los siervos del Señor.

## 249

## María Stma. instruye a Judas Iscariote sobre el deber preeminente de la fidelidad a Dios

La mañana calma y luminosa favorece la marcha. Van salvando colinas orientadas hacia el oeste, o sea, hacia el mar.

-Hemos hecho bien en llegar a los montes a las primeras horas de la mañana. Con este sol no habríamos podido estar en la llanura. Aquí hay sombra y frescor. Me dan pena los que siguen la vía romana. Buena para el invierno - dice Mateo.

-Después de estas colinas tendremos el viento del mar, que siempre templa el aire - dice Jesús.

-Comeremos allá, en aquella cima. El otro día era muy bonito, y desde aquí debe serlo todavía más porque el Carmelo está más cerca, .y también el mar - añade Santiago de Alfeo.

-¡Es verdaderamente bonita nuestra tierra! - exclama Andrés.

-Sí, hay de todo en ella; montes nevados, suaves colinas, lagos, ríos, todo tipo de plantas; y no falta el mar. Realmente es la tierra de delicias celebrada por nuestros salmistas, nuestros profetas, nuestros grandes guerreros y poetas - dice Judas Tadeo.

-Recítanos algún fragmento, tú que sabes tantas cosas - ruega Santiago de Zebedeo.

“Con la belleza del Paraíso Él ha formado la tierra de Judá.

Con la sonrisa de sus ángeles ha decorado la tierra de Neftalí, con los ríos de miel del cielo ha dado sabor a los frutos de su tierra. La Creación entera se refleja en ti, gema de Dios, don de Dios a su pueblo santo.

Más dulce que los pingües racimos que maduran en las laderas de tus montes, más suave que la leche que llena las ubres de tus corderas, más embriagadora que la miel que lleva el sabor de las flores que te visten, tierra bienaventurada, es tu belleza para el corazón de tus hijos.

El cielo ha descendido y se ha hecho río para unir dos gemas, se ha hecho colgante y cinturón sobre tu verde vestido.

Tu Jordán canta. Uno de tus mares ríe, el otro recuerda que Dios es terrible, mientras las colinas parecen danzar al atardecer, cual donosas muchachas en un prado; tus montes rezan en las auroras angélicas o cantan el aleluya bajo el ardor del sol, o adoran con las estrellas tu poder, Señor altísimo.

No nos has encerrado entre apretados confines, delante nos has dejado el abierto mar para decirnos que el mundo es nuestro".

-¡Bonito, ¿eh?! ¡Precioso! Sólo he estado en la parte del lago y en Jerusalén; durante muchos años no he visto nada más. Ahora conozco sólo Palestina. Pero estoy seguro de que no hay nada más bonito en el mundo - dice Pedro lleno de orgullo nacional.

-María me decía que también es muy bonito el valle del Nilo - dice Juan.

-Y el hombre de Endor habla de Chipre como de un paraíso - añade Simón.

-¡Ya, pero nuestra tierra!...

Y los apóstoles -todos menos Judas Iscariote y Tomás, que están con Jesús un poco más adelante- siguen cantando las bellezas de Palestina.

Las mujeres van las últimas. No pueden contenerse de recoger semillas de flores para plantarlas en sus huertos y jardines (porque son bonitas y porque serán un recuerdo de su viaje).

Hay algunas águilas -creo que marítimas- o buitres, que dibujan amplios círculos por encima de las crestas de las colinas y de vez en cuando descienden en busca de alguna presa. Surge una lucha entre dos buitres. Giran, giran, perdiendo plumas, en un elegante y fiero duelo que termina con la huida del perdedor, que quizás va a morir a lo alto de algún remoto pico; al menos así lo juzgan todos, pues su vuelo es muy cansado, un vuelo de moribundo.

-Le ha hecho daño la avidez - comenta Tomás.

-La avidez y la obstinación siempre hacen daño. ¡También a los tres de ayer!... ¡Misericordia eterna! ¡Qué triste destino! - dice Mateo.

-¿No se curarán jamás? - pregunta Andrés.

-Pregúntaselo al Maestro.

Le preguntan a Jesús, y responde:

-Mejor sería preguntar si se van a convertir. Porque en verdad os digo que es preferible morir leproso y santo que no sano y pecador. La lepra queda en la Tierra, en la tumba; el pecado, en la eternidad.

-A mí me gustó mucho ayer tu discurso de por la noche - dice Simón Zelote.

-Pues a mí no. Era muy duro para demasiados israelitas – dice Judas Iscariote.

-¿Estás tú entre ellos?

-No, Maestro.

-¿Y entonces? ¿Por qué esta susceptibilidad?

-Porque te puede perjudicar.

-¿Entonces, para evitar perjuicios, debería hacer tratos con los pecadores y hacerme su cómplice?

-No digo eso. No podrías hacerlo. Pero sí guardar silencio. No buscarte la enemistad de los grandes...

-Callar es otorgar. No doy mi visto bueno a los pecados; ni de los pequeños ni de los grandes.

-¿Ves lo que le ha pasado al Bautista?

-Su gloria.

-¿Su gloria? A mí me parece que es su ruina.

-Persecución y muerte por fidelidad a nuestro deber son gloria para el hombre. El mártir es siempre glorioso.

-Pero con la muerte se impide a sí mismo ser maestro, y aflige a sus discípulos y familiares; él se quita las penas, pero deja a los otros sumergidos en penas mucho mayores. El Bautista no tiene a sus más cercanos familiares, es verdad, pero tiene, de todas formas, deberes para con sus discípulos.

-Aunque tuviera a esos familiares sería igual. La vocación está por encima de la sangre.

-¿Y el cuarto mandamiento?

-Viene después de los dedicados a Dios.

-Una madre ya has visto ayer cómo sufre por un hijo...

-¡Madre! Ven.

María va donde Jesús y pregunta:

-¿Qué quieres, Hijo mío?

-Madre, Judas de Keriot está perorando en defensa de tu causa, por amor a ti y a mí.

-¿Mi causa? ¿En qué?

-Quiere persuadirme de que sea más prudente para no caer como nuestro pariente Juan. Y me está diciendo que hay que tener compasión de las madres y no arriesgar la propia vida, por ellas, porque así lo quiere el cuarto mandamiento. ¿Tú qué piensas de ello? Te cedo la palabra, Madre, para que adoctrines con dulzura a nuestro Judas.

-Yo digo que dejaría de amar a mi Hijo como Dios, que pensaría que siempre me he equivocado, que he sufrido siempre error acerca de su Naturaleza, si lo viera perder su perfección rebajando su pensamiento a consideraciones humanas perdiendo de vista las consideraciones sobrehumanas, o sea: redimir, tratar de redimir a los hombres, por amor a ellos y para gloria de Dios, a costa de crearse penas y rencores. Lo seguiría queriendo como a un hijo descarriado por efecto de una fuerza maligna, lo

seguiría queriendo por piedad, por el hecho de ser hijo mío, porque sería un desdichado, pero no ya con esa plenitud de amor con que lo amo ahora viéndolo fiel al Señor.

-A sí mismo, quieres decir.

-A1 Señor. Ahora Él es el Mesías del Señor, y debe ser fiel al Señor como todos los demás, es más, más que ninguno, porque su misión es mayor que toda otra misión que haya existido, existe y existirá, en la Tierra; ciertamente recibe de Dios la ayuda proporcional a tan alta misión.

-Pero, ¿no llorarías si le sucediera algún mal?

-Todas mis lágrimas. Pero lloraría lágrimas y sangre, si lo viera desleal a Dios.

-Ello disminuirá mucho el pecado de los que lo persigan.

-¿Por qué?

-Porque tanto Él como tú casi los justificáis.

-No lo creas. Los pecados serán siempre iguales a los ojos de Dios, tanto si nosotros juzgamos que ello es inevitable, como si juzgamos que ningún hombre de Israel debería obrar mal respecto al Mesías.

-¿Hombre de Israel? ¿Y si fueran gentiles no sería lo mismo?

-No. Para los gentiles sólo habría pecado hacia un semejante. Israel sabe quién es Jesús.

-Mucho Israel no lo sabe.

-*No lo quiere saber. Es* incrédulo voluntariamente; a la anticaridad, por tanto, une la incredulidad y niega la esperanza. Pisotear las tres virtudes principales no es un pecado mínimo, Judas; es grave, espiritualmente más grave que el acto material respecto a mi Hijo.

Judas, ya sin argumentos suficientes, se agacha para atarse una sandalia y se queda retrasado.

Llegan a la cima (o mejor, a un risco que está casi en la cima y que se extiende por entero hacia adelante, como si quisiera correr hacia la sonrisa azul del mar infinito). Un tupido encinar proyecta una luz de color esmeralda claro, en que inciden leves agujas de sol, en este picacho bonito, aireado, abierto a la costa ya cercana, frente a la majestuosa cadena del Carmelo. Hacia abajo, al pie del monte del risco saliente como por anhelo de volar, más abajo de unos pequeños campos a mitad de la pendiente, hay un valle estrecho con un torrente profundo (ciertamente respetable, por la violencia de las aguas, en tiempo de crecida, mas ahora reducido a un espumaje de plata en el centro del lecho). El torrente corre hacia el mar rozando la base del Carmelo. Un camino realzado sigue su orilla derecha, un camino que une una ciudad construida en el centro de la bahía con las del interior (si me oriento bien, de Samaria).

-Aquella ciudad es Sicaminón - dice Jesús - Llegaremos en la noche. Ahora descansaremos porque el descenso, aunque fresco y corto, es difícil.

Y, sentados en círculo, mientras se asa en una tosca brocheta un cordero -sin duda regalo de los pastores- hablan entre sí y con las mujeres...

## 250

## A los discípulos que han venido con Isaac: la parábola del lodo transformado en llama. Juan de Endor es alma víctima

Precisamente a orillas del profundo torrente, Jesús encuentra a Isaac con muchos discípulos, conocidos y desconocidos. Entre los conocidos están: el arquisinagogo de Agua Especiosa, Timoneo; José, el acusado de incesto, de Emaús; el joven que no fue a enterrar a su padre por seguir a Jesús; Esteban; el leproso Abel, curado el año anterior cerca de Corazín, con su amigo Samuel; el barquero de Jericó, Salomón; y otros muchos, que reconozco pero que de ellos no recuerdo en absoluto ni el lugar donde los vi ni el nombre. Son rostros conocidos, ya muchos, todos conocidos como rostros de discípulos. Y hay además otros, conquistas de Isaac o de los mismos discípulos que acabo de nombrar; siguen al núcleo principal con la esperanza de encontrar a Jesús.

El encuentro es afectuoso, alegre, reverente. Isaac está radiante por la alegría de ver al Maestro y de enseñarle su nuevo rebaño, y como premio pide una palabra de Jesús para la turba que tiene consigo.

-¿Conoces un lugar tranquilo donde podernos reunir?

-En el extremo del golfo hay una playa desierta. Allí hay unas casuchas de pescadores, que en este período están deshabitadas, porque son malsanas y porque, además, la época de la pesca de pescado para salazón ya ha terminado y los pescadores van a la Siro-Fenicia a la pesca de la púrpura. Muchos de ellos ya creen en ti, porque, han oído hablar en las ciudades de mar y por contactos con los discípulos; me han cedido las casitas para descansar nosotros. Después de cada misión volvemos a ellas. Porque en esta costa hay mucho que hacer; está completamente corrompida por muchas cosas. Querría llegar hasta la Siro-Fenicia. Podría hacerlo por mar, porque la costa está demasiado caldeada por el sol como para recorrerla a pie. Pero soy pastor, no marinero; y de éstos no hay ninguno que sepa navegar.

Jesús, que está escuchando atentamente, con una leve sonrisa, un poco agachado -¡tan alto como es Él, teniendo de frente al pequeño pastor, que refiere todo como un soldado a su general!- responde:

-Dios te ayuda por tu humildad. Si aquí me conocen es por ti, discípulo, no por los otros. Vamos a preguntar a los del lago si se sienten en condiciones de navegar en el mar, y, si podemos, iremos a Siro-Fenicia.

Y se vuelve, buscando a Pedro, Andrés, Santiago y Juan, que conversan animadamente con algunos discípulos. Mientras, Judas Iscariote está detrás congratulándose con Esteban, y Simón Zelote y Bartolomé y Felipe están con las mujeres. Los otros cuatro están con Jesús.

Los cuatro pescadores van enseguida.

-¿Seríais capaces de navegar en el mar? - pregunta Jesús.
Los cuatro se miran, perplejos. Pedro se remueve el pelo mientras piensa. Luego pregunta:
-Pero, ¿dónde? ¿Muy fuera de la costa? Nosotros somos peces de agua dulce...
-No, siguiendo la costa hasta Sidón.
-¡Hombre!, pues... creo que se puede. ¿Vosotros qué pensáis?
-Yo también creo que sí. Sea mar o sea lago, será en todo caso lo mismo: agua - dice Santiago.
-Es más, será más bonito y más fácil - dice Juan.
-La verdad es que no sé de dónde sacas eso - le responde su hermano.
-De su amor por el mar. Quien ama una cosa ve en ella todas las perfecciones. Si amaras así a una mujer, serías un marido perfecto - dice Pedro bromeando y dando unos meneos afectuosos a Juan.
-No. Lo digo porque en Ascalón vi que las maniobras eran iguales y la navegación muy suave - responde Juan.
-¡Pues entonces, vamos! - exclama Pedro.
-De todas formas sería siempre mejor llevar con nosotros a uno del lugar. No conocemos ni este mar ni la profundidad de estas aguas - observa Santiago.
-¡Bah! ¡No me preocupa lo más mínimo! ¡Tenemos a Jesús con nosotros! Antes no me sentía todavía seguro, ¡pero después de quede ha calmado el lago!... Vamos, vamos con el Maestro a Sidón, que quizás hay alguna cosa buena que realizar - dice Andrés.
-Pues entonces iremos. Procura las barcas para mañana. Pídele a Judas de Simón la bolsa.
Y, mezclados juntos apóstoles y discípulos -y no hay ni que decir con qué manifestaciones de alegría muchos lo están (que son los que ya Jesús conoce bien)- vuelven sobre sus pasos y se encaminan hacia la ciudad. La rodean por su periferia hasta que llegan a la punta extrema de la bahía, punta que penetra en el mar como un brazo doblado. Allí, unas pocas casuchas, esparcidas por la costa guijarrosa y breve, representan el lugar más miserable de la ciudad, el más deshabitado y menos continuamente poblado. Las pequeñas casas -cubos de muro desmoronado por la salobridad y los años- están, todas, cerradas. Cuando los discípulos las abren, dejan ver su humeada miseria y su moblaje reducido verdaderamente a lo mínimo indispensable.
-Aquí están. Son, si no bonitas, por lo menos muy cómodas y limpias - dice Isaac, que se encarga del recibimiento de los huéspedes.
-¡No, bonitas no, pobrecillas! Agua Especiosa era un palacio comparada con éstas. ¡Y había quien se quejaba!... - comenta Pedro con cierto retintín.
-Pero para nosotros son una suerte.
-¡Claro, claro! Lo importante es tener un techo y amarse. ¡Ah... mira, aquí está nuestro Juan! ¿Cómo estás? ¿Dónde estabas?
Pero Juan de Endor, no sin sonreírle a Pedro, va inmediatamente a venerar a Jesús, que lo saluda con palabras muy buenas.
No he querido que viniera porque no ha estado muy bien... Prefiero que esté aquí. Se desenvuelve muy bien con la gente de la ciudad y con quien le pide noticias acerca del Mesías... - dice Isaac.
En efecto, el hombre de Endor está mucho más delgado que antes. Pero su rostro aparece sereno. La delgadez le ennoblece los rasgos: viéndolo, se piensa en uno ya afectado por el dúplice martirio de la carne y del espíritu.
Jesús lo observa y le pregunta:
-¿Estás enfermo, Juan?
-No más de cuanto lo estaba antes de verte. Esto respecto al cuerpo, porque, si me juzgo bien, estoy curándome de mis particulares heridas.
Jesús mira todavía un momento sus ojos serenos y sus sienes hundidas, pero no dice nada más; le pone, eso sí, una mano en el hombro y entra con él en una de las casitas, a la que han traído unos cántaros de agua de mar para refrescar los pies cansados, y tinajas de agua fresca para la sed. Fuera, sobre una tosca mesa colocada a la sombra de una... ilusión de pérgola de plantas trepadoras, se preparan las cosas de comer.
Y es bonito, mientras el crepúsculo desciende y el mar musita las oraciones del atardecer con el frufrú de la resaca en la playita guijarrosa, ver la cena de Jesús con las mujeres y los apóstoles, sentados en torno a la tosca mesota, mientras los demás, quién sentado en el suelo, quién en taburetes o cestas puestas al revés, hacen círculo alrededor de la mesa principal.
Pronto termina la cena, y, más rápidamente todavía, quitan la mesa (los utensilios, para los huéspedes más importantes, eran bien pocos). El mar, en la noche aún sin luna, ha tomado un color negro-añil; toda su grandeza se manifiesta en esta hora triste y solemne de las orillas marinas.
Jesús, altura blanca entre las sombras cada vez más oscuras, se levanta de la mesa para ir al centro de una pequeña muchedumbre de discípulos, mientras las mujeres se retiran. Isaac y otro encienden sobre la arena unas pequeñas hogueras para que den luz y también para mantener a distancia las nubes de mosquitos que vienen, quizás de aguazales cercanos.
-Paz a todos vosotros.
La misericordia de Dios nos reúne antes del tiempo establecido y alegra recíprocamente nuestros corazones. He escudriñado todos vuestros corazones, moralmente buenos, como lo demuestra el hecho de estar aquí, esperándome, formándoos en mí; espiritualmente todavía imperfectos, como lo demuestran ciertas reacciones vuestras, que manifiestan que perdura en vosotros el hombre viejo de Israel, con todos sus conceptos y prejuicios, y cómo todavía no ha salido de él, cual mariposa de su larva, el hombre nuevo, el hombre del Cristo, el hombre que del Cristo tiene la grande, luminosa, misericordiosa mentalidad y la aún mayor caridad. Pero, no os avergoncéis de que haya escudriñado vuestros corazones y leído todos sus secretos. Un maestro debe conocer a sus discípulos para poderles corregir sus defectos; y, creedme, si es un buen maestro, no

siente desagrado por los más defectuosos, sino que es precisamente a éstos a quienes más se dedica para mejorarlos. Y sabéis que Yo soy un buen Maestro. Vamos a examinar ahora juntos estas reacciones y prejuicios, vamos a tratar de considerar juntos el motivo de nuestra presencia aquí; y, por la alegría que nos produce este estar unidos, sepamos bendecir al Señor, que siempre, de un bien particular, obtiene un bien colectivo.

He oído de vuestros labios la admiración por Juan de Endor; tanto más porque se profesa pecador convertido y apoya su tesis de predicación, en medio de aquellos a quienes quiere conducir a mí, en estas dos características suyas, la vieja y la nueva. Es verdad. Era un pecador. Ahora es un discípulo. Muchos de vosotros si han venido al Mesías ha sido gracias a él. Ved, pues, cómo Dios crea el nuevo pueblo de Dios precisamente con aquellos medios que el hombre viejo de Israel despreciaría.

Ahora os voy a rogar que os abstengáis de juzgar con malsano juicio la presencia de una hermana que el viejo Israel no comprende como discípula. He ordenado a las mujeres que se fueran a descansar. Pues bien, la razón de esta orden mía, que ciertamente ha apenado a las discípulas, no era tanto la preocupación de que descansaran, cuanto la de poderos dar a vosotros una santa valoración de una conversión, y la preocupación de impediros un pecado contra el amor y la justicia.

María de Magdala, la gran pecadora de Israel, aquella que no tenía disculpa de su pecado, ha vuelto al Señor. ¿De quién podrá esperar ella fe y misericordia, sino de Dios y de los siervos de Dios? Todo Israel, y con Israel los extranjeros que viven entre nosotros, aquellos que mucho la conocen y severamente la juzgan, ahora que ya no es cómplice de sus excesos, critican y ridiculizan esta resurrección.

Resurrección. Es la palabra más exacta. Resucitar un cuerpo no es el mayor milagro; es un milagro siempre relativo, destinado a quedar un día anulado por la muerte. Yo no doy inmortalidad al resucitado en cuerpo, sí doy eternidad al resucitado en espíritu. Además, mientras que, en el caso de un muerto en el cuerpo, el muerto no une su voluntad de resucitar a la mía -por tanto, no hay mérito por su parte-, en el resucitado en el espíritu está presente su voluntad (es más, es la primera presente); por tanto hay mérito del resucitado.

No os digo esto para justificarme. Sólo a Dios debo rendir cuenta de mis acciones. *(Jesús era Dios pero aquí usa un modismo lingüístico, como si nosotros dijéramos "sólo a mi alma, a mi conciencia, debo dar cuenta de mis actos")*. Pero vosotros sois mis discípulos, y mis discípulos deben ser otros Jesús. No debe haber en ellos ningún desconocimiento, como tampoco ninguna de esas culpas inveteradas que hacen que muchos estén unidos a Dios sólo nominalmente.

Todo es susceptible de buenas acciones, hasta las cosas aparentemente menos apropiadas. Cuando una materia se presenta ante la voluntad de Dios -aunque se trate de la más inerte, helada y repelente-, puede transformarse en movimiento, llama y belleza pura.

Os propongo una comparación sacada del libro de los Macabeos. Cuando el rey de Persia dejó partir a Nehemías para Jerusalén, se quisieron ofrecer sacrificios en el Templo que había sido reconstruido y en el altar purificado. Nehemías recordaba cómo, en el momento de la caída en manos de los persas, los sacerdotes encargados del culto de Dios habían tomado el fuego del altar y lo habían escondido en un lugar secreto, en el fondo de un valle, en un pozo profundo y seco, y que lo hicieron tan bien y tan secretamente, que sólo ellos supieron dónde estaba el fuego sagrado. Esto recordaba Nehemías, y, recordándolo, llamó a los nietos de aquellos sacerdotes para que fueran al lugar indicado por los sacerdotes a sus hijos antes de morir -éstos a su vez se lo habían indicado a sus hijos, transmitiendo de esta forma el secreto de padres a hijos- y trajeran el sagrado fuego para encender el fuego del sacrificio. Pero, cuando bajaron los nietos al pozo secreto, no encontraron fuego sino densa agua, un lodo putrefacto, fétido, pesado, que se había filtrado allí procedente de todas las cloacas obturadas de la devastada Jerusalén. Y se lo dijeron a Nehemías. Mas éste ordenó que cogieran agua de aquella y que se la trajeran. Habiendo ordenado que se pusiera la leña encima del altar, y encima de la leña los sacrificios, roció abundantemente todo, para que todo quedara asperjado con el agua legamosa. Si el pueblo, asombrado, miraba con respeto, si los sacerdotes, escandalizados, ejecutaron con respeto, fue sólo porque era Nehemías el que lo ordenaba. Pero, ¡cuánta tristeza en sus corazones, cuánta desconfianza! De la misma forma que había nubes en el cielo que ponían triste el día, en los corazones la duda ponía melancólicos a los hombres. Mas he aquí que el sol desgarró las nubes y descendió con sus rayos al altar, y la leña asperjada con el agua legamosa se encendió con una gran llama que enseguida inflamó el sacrificio; mientras los sacerdotes oraban con las oraciones que había compuesto Nehemías y con los más bellos himnos de Israel, hasta que todo el sacrifico quedó consumido. Y, para persuadir a la multitud de que Dios tiene poder para realizar prodigios con las materias menos adecuadas si se usan con recto fin, Nehemías ordenó que con el resto del agua se asperjara una serie de piedras grandes, y las piedras asperjadas prendieron fuego y en él se consumieron en la intensa luz que venía del altar.

Cada alma es un fuego sagrado, encendido por Dios en el altar del corazón para que consuma el holocausto de la vida con amor al Creador de la vida. Toda vida es holocausto, si se emplea bien; cada día es un holocausto que ha de arder con santidad. Pero llegan los depredadores, los opresores del hombre y de su alma. El fuego cae en el pozo profundo. No por santa necesidad, sino por nefasta necedad. Y allí, sumergido en los desagües de todas las sentinas de los vicios, se transforma en lodo putrefacto y pesado, hasta que no desciende a esa profundidad un sacerdote y devuelve a la luz del sol aquel lodo y lo deposita sobre el holocausto de su propio sacrificio. Porque habéis de saber que no basta el heroísmo de la persona que se convierte; es necesario también el heroísmo de quien convierte (es más, éste debe preceder a aquél, porque las almas se salvan con el sacrificio nuestro). Porque así se logra que el lodo se convierta en llama, y Dios juzgue perfecto y grato a su santidad el holocausto que se consume.

Es entonces cuando, no bastando para persuadir al mundo de que el lodo arrepentido es más abrasador que el fuego común (aunque sea fuego consagrado, que sirve sólo para consumir leña y víctimas, o sea, materias combustibles), este lodo arrepentido adquiere tal potencia que puede encender y devorar hasta las piedras, material incombustible. ¿Y no os preguntáis de qué le viene a este lodo esta propiedad? ¿No lo sabéis? Os lo diré: Es porque en el fuego del arrepentimiento ellos se funden en Dios, llama con llama; llama que sube, llama que desciende; llama que se ofrece amando, llama que se concede amando; abrazo de dos que se aman, que se encuentran de nuevo, que se unen y forman una cosa sola; y, dado que la llama más fuerte

es la de Dios, ésta excede, rebosa, penetra, asume... y la llama del lodo arrepentido deja de ser llama relativa de ser creado para ser llama infinita de Ser increado: del Altísimo, el Potentísimo, el Infinito, de Dios.

Esto son los grandes pecadores verdaderamente convertidos, totalmente convertidos, generosamente entregados a la conversión sin quedarse con nada del pasado, consumiéndose primero ellos mismos, su parte más pesada, con la llama que se alza de su propio barro, que ha acudido a la Gracia y que por ella ha sido tocado. En verdad, en verdad os digo que muchas piedras de Israel recibirán el impacto del fuego de Dios por estos hornos de fuego que arderán cada vez más, hasta la consumición de la criatura humana; y que seguirán devorando con su fuego las piedras, las tibiezas, las incertidumbres, las timideces de la Tierra, desde su trono del Cielo, verdaderos espejos sobrenaturales que recogen las Luces Unas y Trinas para hacerlas converger en la Humanidad y encenderla de Dios.

Os repito que no tenía necesidad de justificar mis actos, pero he querido que entrarais en mi concepto y lo hicierais vuestro. Para ahora y para otros casos futuros semejantes, cuando Yo ya no esté con vosotros. Que *nunca* un concepto desviado, una sospecha farisaica de contaminar a Dios llevándole un pecador arrepentido, os detenga en esta obra, que es coronación perfecta de la misión a que os destino. Tened siempre presente que no he venido a salvar a los santos, sino a los pecadores. Y haced vosotros lo mismo, porque el discípulo no está por encima del Maestro, y si Yo no aborrezco el tomar de la mano los desechos de la Tierra que sienten necesidad del Cielo -que la sienten por fin- y, jubiloso, los conduzco a Dios (porque ésta es mi misión y cada conquista es una justificación de mi Encarnación humilladora del Infinito), pues no lo aborrezcáis tampoco vosotros, hombres limitados, que en mayor o menor grado habéis conocido, todos, la imperfección; hechos de la misma naturaleza que vuestros hermanos pecadores, hombres que elijo como salvadores para que continúen mi obra por todos los siglos de la Tierra, de forma que -sea como si Yo siguiera viviendo en ella con secular existencia.

Y así será porque la unión de mis sacerdotes será como la parte vital en el gran cuerpo de mi Iglesia, de que Yo seré el Espíritu animador; y, hacia esta parte vital, convergerán las infinitas partículas de los creyentes para constituir un único cuerpo que recibirá su nombre de mi Nombre. Pero si faltara la vitalidad en la parte sacerdotal, ¿podrían las infinitas partículas tener vida? Verdad es que Yo, estando en el cuerpo, podría impulsar mi Vida hasta las partículas más lejanas, sin hacer caso de las cisternas y canales obturados o inútiles, indóciles a su ministerio. Porque la lluvia penetra hasta donde quiere, y las partículas buenas, capaces por sí mismas de querer la vida, vivirían igualmente mi Vida. Pero, ¿qué sería entonces el Cristianismo? Cercanía de almas; cercanas, pero separadas por canales y cisternas que ya no serían lazos de unión distribuidores de la sangre vital proveniente de un único centro para cada una de las partículas; serían, más bien, muros y precipicios de separación, y las partículas se mirarían, humanamente hostiles, sobrenaturalmente afligidas, de una orilla a otra, diciendo en sus espíritus: "¡Y éramos hermanos, y tales nos sentimos todavía, a pesar de que nos hayan separado!". Cercanía. No fusión. No un organismo. Y por encima de esta ruina resplandecería doliente mi amor...

Y añado: No penséis que esto vale sólo para los cismas religiosos. No. Sirve también para todas las almas que quedan solas porque los sacerdotes no quieren sostenerlas, ocuparse de ellas, amarlas, contraviniendo con ello a su misión, que es la de decir y hacer lo que Yo digo y hago, o sea: "Venid a mí todos vosotros, que os conduciré a Dios".

Idos en paz ahora, y que Dios esté con vosotros.

Los presentes, en conjunto, lentamente se marchan, cada uno hacia la casa que lo hospeda; se levanta también Juan de Endor, el cual ha estado siempre tomando apuntes mientras Jesús hablaba, exponiéndose al calor abrasador del fuego para poder ver lo que escribía. Pero Jesús lo para y le dice:

-Estáte un poco con tu Maestro.

Y lo tiene junto a sí hasta que todos terminan de marcharse.

-Vamos hasta aquella peña que está a la orilla del mar. La Luna cada vez está más alta. Se ve el camino.

Juan acepta sin decir palabra.

Se alejan de las casas aproximadamente unos doscientos metros. Se sientan encima de una voluminosa peña (no sé si se trata de un resto de un espigón, o de la extrema punta de un arrecife sumergido en el mar; o, tal vez, pertenece a las ruinas de alguna casucha semi-sumida por las aguas, que quizás con el paso de los siglos han penetrado tierra adentro). Sí sé que, mientras desde la pequeña playa se puede subir, apoyando el pie en entrantes y salientes de la piedra, que hacen de peldaños, desde la parte del mar la pared desciende casi recta para hundirse en el agua verde-clara. Es más, ahora, por la marea, está semicircundada por el agua, que borbotea y azota ligeramente este obstáculo, para huir luego con un sonido de enorme aspiración, y luego calla un momento, para volver de nuevo, con movimiento y sonido regulares, hecho de golpes y de aspiraciones y silencios como una música sincopada. Se sientan en el punto más alto de este volumen azotado por el mar. La Luna dibuja sobre las aguas un camino de plata y da un color azul oscurísimo al mar, que antes de que ella saliera no era sino una extensión negruzca en el negro de la noche.

-Juan, ¿no le dices a tu Maestro la razón por la que sufre tu cuerpo?

-Ya la conoces, Señor. De todas formas, no digas "sufre", di "se consume"; es más exacto, y Tú lo sabes, como también sabes que se consume con gozo. Gracias, Señor. Me he reconocido yo también en el barro que se hace llama. Pero no voy a tener tiempo de encender las piedras. Mi Señor, moriré pronto. Demasiado he sufrido por el odio del mundo, demasiado exulto de júbilo por el amor de Dios. Pero no añoro la vida. Aquí podría pecar todavía, podría fallar en la misión a que nos destinas. Ya dos veces he fallado en mi vida: en mi misión de maestro, porque en ella habría debido saber encontrar de qué formarme a mí mismo, y, sin embargo, no me formé; en mi misión de marido, porque no supe formar a mi mujer. Lógicamente: no había sabido formarme a mí mismo, no podía saber formarla a ella. Podría fallar también en mi misión como discípulo... y a ti no quiero fallarte. ¡Bendita sea, por tanto, la muerte, si viene a llevarme a donde no se puede ya pecar! Si bien mi destino no será el de discípulo-maestro, tendré el de discípulo-víctima, el que más asemeja al tuyo. Lo has dicho esta misma noche: "Consumiéndose primero ellos mismos".

-Juan, ¿es un destino que sufres o es un ofrecimiento tuyo?

-Es un ofrecimiento, si Dios no rechaza el barro hecho fuego.

-Juan, haces muchas penitencias.

-Las hacen los santos, Tú el primero; es justo que las haga quien tanto debe pagar. Pero... quizás es que las mías no las ves gratas a Dios... ¿Me las prohíbes?

-No pongo jamás obstáculo a las buenas aspiraciones de un alma enamorada. He venido a predicar, con los hechos, que en el sufrimiento hay expiación y en el dolor redención. No puedo contradecirme.

-Gracias, Señor. Será mi misión.

-¿Qué escribías, Juan?

-¡Oh, Maestro! A veces el viejo Félix emerge todavía con sus costumbres de maestro. Pienso en Margziam. Tiene toda una vida para predicarte, y, por su edad, no está presente en tus predicaciones. He pensado tomar nota de algunas enseñanzas con que nos has adoctrinado y que el niño no ha oído, o por estar en sus juegos o por estar lejos con uno de nosotros. ¡Hasta en las más mínimas palabras tuyas hay mucha sabiduría! Tus conversaciones familiares son ya de por sí adoctrinamiento, y precisamente en las cosas de cada día, de cada hombre, en esas cosas mínimas que en el fondo son las más grandes de la vida, porque, acumulándose, forman una gran suma que exige paciencia, constancia, resignación, si se quiere llevar con santidad. Es más fácil realizar un grande pero único acto heroico, que no millares de pequeñas cosas que exijan una constante presencia de virtud. No obstante, no se llega al acto grande, tanto en el mal como en el bien yo lo sé por lo que se refiere al mal-, si no se va largamente acumulando actos pequeños aparentemente insignificantes. Yo empecé a matar cuando, cansado de la frivolidad de mi mujer, le lancé la primera mirada de desprecio. Para Margziam he anotado tus pequeñas lecciones. Y esta noche he sentido el deseo de anotar tu gran lección. Dejaré este trabajo mío al niño para que se acuerde de mí, el viejo maestro, y para que tenga aquello que de otro modo no tendría. Su espléndido tesoro. Tus palabras. ¿Me das permiso?

-Sí, Juan. Pero está en paz en todo, como este mar. ¿Ves? Para ti sería demasiado abrasador el caminar bajo el ardor del sol, y la vida apostólica es verdaderamente ardor. Has luchado mucho en tu vida. Ahora Dios te convoca a su presencia en este plácido radiar de luna que todo calma y hace puro. Camina bajo la dulzura de Dios. Te digo que Dios está contento de ti.

Juan de Endor toma la mano de Jesús, la besa y musita:

-Pero también habría sido hermoso decirle al mundo: "¡Acércate a Jesús!".

-Lo dirás desde el Paraíso. Tú serás también un espejo reflector de la Llama de Dios. Vamos, Juan. Quisiera leer lo que has escrito.

-Aquí está, Señor. Y mañana te doy el otro rollo en que he anotado las otras palabras.

Bajan de su escollo y, en medio de una esplendorosísima, dilatada luz blanca de luna, que ha transformado en plata la grava de la orilla, vuelven a las casas. Se saludan: Juan, arrodillándose; Jesús, bendiciéndolo con la mano puesta sobre su cabeza y dándole su paz.

## 251
## A los pescadores siro-fenicios: la parábola del minero perseverante. Hermasteo de Ascalón

Son las primeras horas de la mañana cuando Jesús llega a una ciudad de mar. Está ante ella. Cuatro barcas siguen a la suya.

La ciudad se adentra en el mar de una forma extraña, como si estuviera construida en un istmo, o, más exactamente, como si un estrecho istmo uniera sus dos partes: la que penetra completamente en el mar y la que se extiende sobre la orilla.

Vista desde el mar, parece un enorme hongo (acostada su cabeza en las olas, hincada su base en la costa y como pie el istmo). A los lados del istmo, dos puertos: uno, el que mira a septentrión, menos cerrado, está lleno de embarcaciones pequeñas; el otro, situado al Sur, mucho más protegido, está lleno de naves grandes, que llegan o zarpan.

-Hay que ir allá - dice Isaac señalando hacia el puerto de las embarcaciones pequeñas - Allí están los pescadores.

Costean la isla y veo que el istmo es artificial, una especie de dique ciclópeo que une la islita con tierra firme. ¡En aquellos tiempos construía sin tacañerías! Deduzco de esta obra y del número de aves que hay en los puertos que la ciudad era muy rica y comercialmente muy activa. Detrás de la ciudad, tras una zona de llanura, hay algunas colinas bajas y de gracioso aspecto. En la lejanía se pueden ver el gran Hermón y la cadena libanesa. Deduzco también que esta es una de las ciudades que veía desde el Líbano.

La barca de Jesús, entretanto, está llegando al puerto septentrional, a la rada del puerto (no atraca, sino que se mueve lentamente, con los remos hacia adelante y hacia atrás, hasta que Isaac ve a los que buscaba y los llama gritando).

Se acercan dos bonitas barcas de pesca. Los pescadores se inclinan hacia las barcas más pequeñas de los discípulos.

-El Maestro está con nosotros, amigos. Venid, si queréis oír su palabra. Esta misma tarde vuelve a Sicaminón - dice Isaac.

-Enseguida. ¿A dónde vamos?

-A un lugar tranquilo. El Maestro no baja a Tiro, ni a la ciudad de tierra firme. Hablará desde la barca. Elegid un sitio que esté a la sombra y protegido.

-Venid hacia las rocas, detrás de nosotros. Allí hay ensenadas tranquilas y con sombra. Podréis incluso bajar a tierra.

Y van a una concavidad del arrecife, más al Norte. La pared rocosa, cortada a pico, protege del sol. Es un lugar solitario, sólo poblado de gaviotas y torcazos que salen para hacer sus incursiones en el mar y vuelven emitiendo fuertes gritos a sus nidos de la roca. Pero, en esto, otras pequeñas embarcaciones se han ido uniendo a las que van en cabeza, de manera que forman ya una minúscula flotilla. En el fondo de este pequeñísimo golfo hay una insignificancia de playa, verdaderamente una insignificancia, una pequeña explanada pedregosa; pero un centenar de personas sí que cabe.

Bajan sirviéndose de un escollo ancho y liso que, cual si fuera un espigón natural, sobresale de las aguas profundas, y se colocan en la playita pedregosa y brillante de sal. Son hombres morenos, enjutos, tostados por el sol y el mar. Llevan cortas túnicas que dejan descubiertas las extremidades ágiles y delgadas. Es muy visible la diversidad de la raza respecto a los judíos presentes (diversidad que se ve menos respecto a los galileos). Yo diría que estos siro-fenicios asemejan más a los filisteos -lejanos- que a los pueblos cercanos; al menos estos que veo yo.

Jesús se pone pegando a la pared rocosa y empieza a hablar.

-Se lee en el libro de los Reyes cómo el Señor mandó a Elías que fuera a Sarepta de los Sidones durante la sequía y carestía que afligieron a la Tierra durante más de tres años. No es que al Señor le faltaran recursos para dar el necesario sustento a su profeta en todos los lugares. No lo envió a Sarepta porque en esta ciudad abundasen los alimentos; es más, allí la gente ya moría de hambre. ¿Por qué, entonces, Dios mandó a Elías tesbita?

Había en Sarepta una mujer de corazón recto, viuda y santa, madre de un niño, pobre y sola, la cual, a pesar de todo, no se rebelaba contra el tremendo castigo, ni se mostraba egoísta padeciendo el hambre, ni era desobediente. Dios quiso agraciarla con tres milagros: uno por el agua que ofreció al sediento; otro por el panecillo cocido bajo la brasa, cuando ella no tenía sino un puñado de harina; otro por la hospitalidad que ofreció al profeta. Le dio pan y aceite, la vida de su hijo y el conocimiento de la palabra de Dios.

Así podéis ver cómo un acto de caridad no sólo sacia el cuerpo y aleja el dolor de la muerte, sino que también instruye al alma en la sabiduría del Señor. Vosotros habéis ofrecido alojamiento a los siervos del Señor y Él os da la palabra de la Sabiduría. He aquí, entonces, que a este lugar donde no viene la palabra del Señor una buena acción la trae. Os puedo comparar con aquella única mujer de Sarepta que recibió al profeta; vosotros aquí también sois los únicos que recibís al Profeta, porque, si hubiera bajado a la ciudad, los ricos, los poderosos, no me habrían recibido, y los atareados comerciantes y marineros de las naves no me habrían hecho caso, y mi venida aquí habría resultado ineficaz.

Yo ahora os dejaré, y diréis: "Pero, ¿qué somos nosotros? Un puñado de hombres. ¿Qué poseemos? Una gota de sabiduría". Pues bien, no obstante, os digo: "Os dejo con el encargo de anunciar la hora del Redentor". Os dejo, repitiendo las palabras de Elías profeta: "El ánfora de la harina no se agotará, el aceite no disminuirá hasta que venga quien lo distribuya con mayor abundancia".

Ya lo habéis hecho. Porque aquí hay fenicios mezclados con vosotros de allende el Carmelo. Señal es de que habéis hablado como se os habló a vosotros. Como podéis ver el puñado de harina y la gota de aceite no se han agotado, sino que han aumentado cada vez más. Seguid haciendo que aumente. Y si os parece extraño el que Dios os haya elegido para esta obra, porque no os sintáis capaces de llevarla a cabo, pronunciad la palabra de la profunda confianza: "Me fiaré de tu palabra y haré lo que dices".

-Maestro, ¿cómo tenemos que comportarnos con estos paganos? A éstos los conocemos por la pesca. Nos une a ellos el trabajo, que es el mismo. Pero, ¿los otros? - pregunta un pescador de Israel.

-Dices que participáis del mismo trabajo y ello os une. ¿Y no debería uniros un origen común? Dios ha creado tanto a los israelitas como a los fenicios. Los de la llanura de Sarón o los de la Alta Judea no difieren de los de esta costa. El Paraíso fue hecho para todos los hijos del hombre, y el Hijo del hombre viene para llevar al Paraíso a todos los hombres. La finalidad es conquistar el Cielo y alegrar al Padre. Caminad, pues, por el mismo camino y amaos espiritualmente de la misma forma que os amáis por razones de trabajo.

-Isaac nos ha dicho muchas cosas. Pero quisiéramos saber más.

-¿Es posible tener a un discípulo para nosotros, tan lejos como estamos?

-Mándales a Juan de Endor, Maestro. Vale mucho, y además está acostumbrado a vivir entre paganos - sugiere Judas de Keriot.

-No. Juan estará con nosotros - responde resueltamente Jesús. Y luego, volviéndose a los pescadores: « ¿Cuándo termina la pesca de la púrpura?».

-Con las borrascas de otoño. Después el mar está demasiado agitado aquí.

-¿Volveréis entonces a Sicaminón?

-Allí y a Cesárea. Abastecemos mucho a los romanos.

-Entonces podréis encontraros con los discípulos. Mientras tanto perseverad.

-A bordo de mi barca hay uno que yo no quería que viniera pero que se presentó en tu nombre, casi.

-¿Quién es?

-Un joven pescador de Ascalón.

-Dile que baje y que venga.

El hombre sube a su barca, y vuelve con un jovenzuelo al que se ve más bien azarado por ser objeto de tanta atención.

El apóstol Juan lo reconoce.

-Es uno de los que nos dieron el pescado, Maestro - y se levanta a saludarlo - ¿Entonces has venido, ¡eh! Hermasteo? ¿Tú aquí? ¿Vienes solo?

-Sí, solo. En Cafarnaúm sentí vergüenza... Me quedé en la orilla, esperando...

-¿Qué esperabas?

-Ver a tu Maestro.

-¿No es todavía el tuyo? ¿Por qué, amigo, eludes la decisión todavía? Ve a la Luz, que te está esperando. Mira cómo te observa y sonríe.

-¿Cómo podrá soportarme?

-Maestro, ven un momento.

Jesús se alza y va donde Juan.

-No se atreve porque es extranjero.

-Para mí no hay extranjeros. ¿Y tus compañeros? ¿No erais muchos?... No te azares. Tú eres el único que ha sabido perseverar. Pero, aunque sea por ti sólo, me siento feliz. Ven conmigo.

Jesús vuelve con su nueva conquista a donde estaba.

-A éste sí que se lo vamos a dar a Juan de Endor - dice a Judas Iscariote. Y se pone a hablarles a todos.

Un grupo de excavadores bajaron a una mina en que sabían que había tesoros, que, de todas formas, estaban muy escondidos en las entrañas del suelo. Y empezaron a excavar. Pero el terreno era duro y el trabajo fatigoso. Muchos se cansaron y, arrojando los picos, se marcharon. Otros se burlaron del responsable del equipo de obreros, casi tratándolo como a un estúpido. Otros imprecaron contra el estado en que se encontraban, contra el trabajo, contra la tierra, contra el metal, y, airadamente, golpearon las entrañas de la tierra y fragmentaron el filón en inservibles partículas, y, luego, visto que en vez de obtener ganancias no habían hecho sino daño, se marcharon también.

Se quedó solo el más perseverante. Con delicadeza trató los estratos de la tenaz tierra para perforarla sin hacer daños, hizo una serie de catas, siguió en profundidad, excavó... A1 final quedó al descubierto un espléndido filón precioso. La perseverancia del minero fue premiada y con el metal precioso que descubrió pudo obtener muchos trabajos y conquistar mucha gloria y muchos clientes, porque todos querían de ese metal que solamente la perseverancia había sabido encontrar donde los otros holgazanes o iracundos no habían obtenido nada.

Mas el oro hallado, para que sea bonito hasta el punto de que sirva para el orfebre, debe a su vez perseverar en su voluntad de dejarse trabajar. Si el oro, después del primer trabajo de excavación, no quisiera ya volver a sufrir penas, no pasaría de ser un metal en bruto no elaborable. Así pues, podéis ver cómo no basta el primer entusiasmo para tener éxito, ni como apóstoles, ni como discípulos, ni como fieles. Es necesario perseverar.

Eran muchos los compañeros de Hermasteo; por efecto del primer entusiasmo, todos habían prometido venir. Sólo él ha venido. Muchos son mis discípulos, y más lo serán. Pero sólo la tercera parte de la mitad sabrán serlo hasta el final. Perseverar; es la gran palabra; para todas las cosas buenas.

¿Cuando echáis el trasmallo para conseguir las conchas de la púrpura, lo hacéis una sola vez? No. Lo hacéis una y otra vez y otra, durante horas, días, meses, ya incluso con la idea de volver al año siguiente al mismo sitio... porque ello os da pan y bienestar a vosotros y a vuestras familias. Pues bien, siendo esto así, ¿os comportaréis de forma distinta en las cosas más grandes, como son los intereses de Dios y de vuestras almas, si sois fieles; vuestras y de vuestros hermanos, si sois discípulos? En verdad os digo que para conseguir la púrpura de las vestiduras eternas es necesario perseverar hasta el final.

Y ahora estemos aquí como buenos amigos hasta la hora de volver. Así nos conoceremos mejor y nos será fácil reconocernos unos a otros...

Y se dispersan por la pequeña ensenada peñascosa. Y cuecen mejillones y cangrejos arrebatados a los escollos, o peces pescados con pequeñas redes. Y duermen en lechos de algas secas, dentro de cavernas abiertas en la costa rocosa por los terremotos o las olas. Y el cielo y el mar son un azul cegador que se besa en el horizonte; las gaviotas, continuo carrusel de vuelos, del mar a los nidos, con gritos y batir de alas, únicas voces que, junto con el chapoteo de las olas, hablan en esta hora de bochorno estivo.

## 252

## El regreso de Tiro. Milagros. Parábola de la vid y el olmo

La gente de Sicaminón, movida por la curiosidad de ver, en espera del Maestro, ha estado asediando todo el día el lugar en que están asentados los discípulos. Pero las discípulas, mientras tanto, no han perdido el tiempo; se han dedicado a lavar la ropa, polvorienta y sudada. Así pues, en la pequeña playa hay toda una alegre exposición de ropa secándose al viento y al sol. Ahora, que está cercano el atardecer, y con él se percibiría ya la humedad salobreña, se apresuran a recoger la ropa, aunque esté todavía un poco húmeda, y a sacudirla y estirarla en todas las direcciones antes de doblarla, para que los respectivos propietarios la encuentren bien ordenada.

-Vamos a llevarle a María enseguida su ropa - dice María de Alfeo. Y termina: «¡Ha estado muy sacrificada ayer y hoy en ese cuartito sin aire!...».

Por esto me doy cuenta de que la ausencia de Jesús ha sido de más de un día, y de que en ese tiempo María de Magdala, propietaria de un solo vestido, que además es prestado, ha tenido que estar escondida hasta que estuviera seco.

Susana responde:

-¡Menos mal que no se queja nunca! No pensaba que fuera tan buena.

-Y tan humilde, debes decir, y reservada. ¡Pobre hija! ¡Verdaderamente era el diablo el que la atormentaba! Una vez que mi Jesús la ha librado, ha vuelto a ser ella como sin duda era de niña.

Y hablando entre ellas vuelven a casa a llevar la ropa lavada. Entretanto, en la cocina, Marta trabaja en preparar las viandas. La Virgen está limpiando las verduras en un barreño de cobre y poniéndolas a hervir para la cena.

-Aquí está todo ya seco, limpio y doblado. Hacía falta. Ve donde María y dale su ropa - dice Susana mientras da el vestido a Marta.

Pasa un rato y las dos hermanas vuelven juntas.

-Gracias a las dos. El sacrificio del vestido sin cambiar desde hace días me era el más penoso - dice María de Magdala sonriendo - Ahora me siento toda fresca.

-Sal afuera a sentarte, que hay un buen vientecillo y te vendrá muy bien después de tanto tiempo encerrada - observa Marta, la cual, siendo menos alta y de formas menos esculturales que su hermana, ha podido ponerse un vestido de Susana o de María de Alfeo mientras su ropa se lavaba.

-Esta vez se ha hecho así, pero para el futuro nos haremos nuestro pequeño saco, como las otras, y no tendremos esta incomodidad - dice la Magdalena.

-¿Cómo? ¿Tienes intención de seguirlo como nosotras?

-Por supuesto. A menos que Él me ordene lo contrario. Ahora voy a la orilla del mar a ver si vienen. ¿Vuelven esta tarde?

-Eso espero - responde María Santísima - Estoy preocupada porque ha ido a Fenicia. Pero pienso que está con los apóstoles, y también que los fenicios quizás son mejores que otros muchos. Pero querría que volviera, incluso por la gente que está esperando. Cuando he ido a la fuente, una mujer me ha parado y me ha dicho: "¿Estás con el Maestro galileo, el que llaman el Mesías? Ven entonces y mira cómo está mi hijo. Hace un año que le atormenta la fiebre". He entrado en una casita. ¡Pobre criatura! ¡Parecía una florecilla agonizante! Se lo diré a Jesús.

-Hay otros también que piden igualmente la curación; más curación que enseñanza - dice Marta.

-El hombre difícilmente es todo espiritual. Siente con mayor fuerza la llamada de la carne y sus necesidades - responde la Virgen.

-Pero muchos, después del milagro, nacen a la vida del espíritu.

-Sí, Marta. Y ese también es un motivo por el que mi Hijo hace tantos milagros. Por bondad hacia el hombre, pero también para atraerlo, con ese medio, a este camino suyo que, si no, demasiados no lo seguirían.

En esto, vuelve a casa Juan de Endor (que no había ido con Jesús) y con él muchos discípulos en dirección a sus respectivas casas. Casi contemporáneamente, regresa la Magdalena diciendo:

-Están llegando. Son las cinco barcas que zarparon al alba de ayer. Las he reconocido muy bien.

-Estarán cansados y sedientos. Voy por más agua. La fuente es muy fresca.

María de Alfeo sale con las tinajas.

-Vamos a recibir a Jesús. Venid - dice la Virgen. Y sale con la Magdalena y Juan de Endor, porque Marta y Susana se quedan trabajando en los fuegos, rojas y muy ocupadas de ultimar la cena. Costeando la orilla, llegan a un pequeño espigón, donde ya otras barcas de pesca que han regresado están detenidas; desde su punta se ve bien todo el golfo, así como la ciudad de que recibe el nombre; y se ven también las cinco barcas que avanzan ligeras, un poco inclinadas por la veloz marcha, la vela bien tirante debido a un ligero viento boreal que favorece a las barcas y alivia a los hombres fatigados por el calor.

-Mira qué bien se manejan Simón y los otros. Siguen que es una maravilla la barca del guía. Fijaos, ya han sobrepasado el rompiente; ahora se internan hacia mar abierto para rodear la corriente, que es fuerte en ese punto. Fijaos... Ahora va todo bien. Dentro de poco están aquí - dice Juan de Endor.

En efecto, las barcas se van acercando cada vez más y ya se puede ver a los que vienen en ellas.

Jesús viene en la primera, junto con Isaac. Se ha puesto en pie y su alta estatura se manifiesta en toda su majestuosidad, hasta que la vela, al arriarla, lo esconde durante unos minutos. Dado que la barca, virando, pasa de proa a costado para entrar y ponerse al amparo del muelle, pasando así frente a las mujeres, que están encima del espigón, Jesús las saluda con una sonrisa y ellas se echan a andar deprisa para llegar al punto de arribo cuando la barca.

-¡Dios te bendiga, Hijo! - dice María como saludo a Jesús, el cual pone pie en el andén.

-Dios te bendiga, Mamá. ¿Has estado preocupada? En Sidón no hemos encontrado a quien buscábamos, así que hemos ido hasta Tiro. Allí hemos encontrado. Ven, Hermasteo... Mira, Juan, este joven quiere ser adoctrinado. Te le confío.

-Lo adoctrinaré sobre tu palabra, no te defraudaré. ¡Gracias, Maestro! Hay muchos que te están esperando - responde Juan de Endor.

-Hay también un pobre niño enfermo, Hijo mío. La madre te espera ansiosa.

-Voy enseguida a verla.

-Sé quién es, Maestro. Te acompaño. Ven, Hermasteo; así empezarás a conocer la bondad infinita de nuestro Señor - dice el hombre de Endor.

Bajan: de la segunda barca, Pedro; de la tercera, Santiago; de la cuarta, Andrés; de la quinta, Juan: los cuatro pilotos, seguidos luego por los otros apóstoles o discípulos que venían con ellos. Ahora se agolpan alrededor de Jesús y María.

-Id a casa. Vuelvo enseguida. Preparad, entretanto, lo necesario para la cena y decid a las personas que están esperando que al anochecer hablaré.

-¿Y si hay enfermos?

-Primero los curaré. Incluso antes de la cena, para que puedan regresar a sus casas felices.

Se separan: Jesús va con el hombre de Endor y Hermasteo hacia la ciudad; los otros vuelven por el camino de la playa guijarrosa, narrando todo lo que han visto y oído, contentos como niños que regresaran con sus mamás.

También Judas de Keriot está contento. Enseña todas las limosnas que le han dado los pescadores de púrpura; sobre todo, un buen taleguillo de la preciosa materia.

-Esto para el Maestro. Si no la lleva El, ¿quién la podría llevar? Me llamaron aparte y me dijeron: "Tenemos madréporas de valor en la barca, y -¡fíjate!- una perla también. Un tesoro. No sé cómo hemos tenido tanta suerte. Te las regalamos con mucho gusto para el Maestro. Ven a verlas". Fui, dado que me lo habían pedido, mientras el Maestro estaba retirado en una gruta orando. Eran corales bellísimos, y una perla... no grande pero sí bonita. Les dije: "No os privéis de estas cosas. El Maestro no lleva ninguna joya. Más bien, dadme un poco de esa púrpura, para embellecer su túnica". Tenían este montoncito. Se empeñaron en dármela toda. Ten, Madre, haz con ella un bonito trabajo, como tú sabes hacer, para nuestro Señor. ¡Pero hazlo! Si se da cuenta querrá que se venda para los pobres, y queremos verlo vestido como merece; ¿no es verdad?

-¡Sí, sí, cierto! Yo sufro cuando lo veo vestido con esa simplicidad en medio de otros; Él, que es Rey, mientras que ellos son peor que esclavos, y todo emperifollados y acicalados. ¡Y lo miran como a un pobre, indigno de ellos! - dice Pedro.

-¿Te diste cuenta de cómo se reían esos... señores de Tiro cuando nos estábamos despidiendo de los pescadores?- le dice su hermano - Les dije: "¡Os debería dar vergüenza, perros, que es lo que sois! Vale más un hilo de su túnica blanca que no todos vuestros perifollos" - dice Santiago de Zebedeo.

-Yo quisiera - dado que le han dado esto a Judas - que lo preparases para los Tabernáculos - dice el otro Judas, el Tadeo.

-Nunca he hilado con la púrpura. Pero lo intentaré, a ver si soy capaz - dice María Santísima mientras toca las séricas hebras, esponjosas, de espléndido color.

-La que fue mi nodriza es experta en esto. La encontraremos en Cesárea. Te enseñará. Aprenderás enseguida porque tú sabes hacer todo bien. Yo haría una cenefa para el cuello, para las bocamangas y para la parte baja de la túnica: púrpura sobre lino o lana blanquísimos, con palmas y rosetones, como los de los mármoles del Santo, y con el nudo de David en el centro. Estaría muy bien - dice la Magdalena, experta de cosas bonitas en general.

Marta dice:

-Nuestra madre hizo ese dibujo, por lo bonito que era, en la túnica destinada a Lázaro para el viaje de toma de posesión de sus tierras de Siria. Lo he conservado porque fue la última labor de nuestra madre. Te lo mandaré.

-Lo haré orando por vuestra madre.

En esto, han llegado ya a las casas. Los apóstoles se reparten para reunir a los que esperan al Maestro, especialmente a los enfermos...

Y vuelve Jesús con Juan de Endor y Hermasteo. Pasa saludando a la gente que está apiñada delante de las pequeñas casas. Su sonrisa es una bendición.

No podía faltar el enfermo de los ojos, casi ciego por las oftalmías ulcerosas. Se lo presentan y Él lo cura. Luego es el turno de uno que está sin duda palúdico, consumido y amarillo como un chino, y lo cura.

Luego es una mujer, que le pide un milagro singular: leche para su pecho, que no la tiene; y muestra un niño de pocos días, desnutrido y todo colorado, inflamado, como por un trastorno interno. Llora:

-Fíjate. Se nos manda obedecer al hombre y procrear. Pero ¿para qué sirve, si luego vemos apagarse a nuestros hijos? Es el tercero que doy a luz. A dos ya los he recostado en el sepulcro, por este pecho ciego. Éste ya se está muriendo porque ha nacido en la época de mayor calor. Los otros vivieron: uno diez lunas y el otro seis; para, al final, hacerme llorar más todavía, porque murieron por enfermedad de la tripa. Si tuviera mi leche esto no pasaría...

Jesús la mira y dice:

-Tu hijo vivirá. Ten fe. Ve a tu casa. En cuanto llegues dale el pecho al niño. Ten fe.

La mujer, obediente, se marcha, estrechando contra su corazón al menesteroso, que refunfuña como un gatito.

-Pero, ¿le va a venir la leche?

-Claro que le vendrá.

-Yo digo que le va a vivir el niño, pero que la leche no le viene, y ya si vive será un milagro... Está casi muerto de penuria.

-Pues yo digo que le viene la leche.

-Sí.

-No.

Las opiniones son múltiples como las personas.

Mientras tanto, Jesús se retira a cenar. Cuando sale para predicar de nuevo, hay todavía más gente, porque la noticia del milagro del niño enfermo de fiebres, realizado por Jesús al poco de desembarcar, se ha extendido por la ciudad.

-Os doy mi paz para que prepare vuestro espíritu a comprender. En la tempestad no se puede oír la voz del Señor. Cualquier tipo de desasosiego es nocivo a la Sabiduría, porque la Sabiduría, siendo así que viene de Dios, es pacífica; el desasosiego, por el contrario, no viene de Dios, porque los agobios, las ansias, las dudas, son obras del Maligno para inquietar a los hijos del hombre y separarlos de Dios.

Os propongo esta parábola para que entendáis mejor la enseñanza.

Un agricultor tenía en sus campos muchos árboles y vides que daban mucho fruto; entre éstas, una, de la que se sentía muy orgulloso, de calidad selecta. Un año esta vid dio muchas hojas, pero pocos racimos. Un amigo le dijo al agricultor: "Es porque la has podado demasiado poco". A1 año siguiente el hombre la podó mucho: la vid dio pocos sarmientos y de racimos todavía menos. Otro amigo dijo: "Es porque la has podado demasiado". El tercer año el hombre no la tocó: la vid no dio ni un solo racimo, y muy pocas hojas, delgadas, acartonadas, orinientas. Un tercer amigo sentenció: "Muere porque la tierra no es buena. Quémala". "Pero ¿por qué, si es la misma tierra de las otras y la cuido como a las demás? ¡Antes iba bien!". El amigo se encogió de hombros y se fue.

Pasó un desconocido viandante y se detuvo a observar al agricultor que estaba apoyado con tristeza en el tronco de la pobre vid. "¿Qué te pasa?" le preguntó. "¿Algún difunto en tu casa?".

-No. Pero se me está muriendo esta vid. La apreciaba mucho. Se ha quedado sin savia para dar fruto. Un año, poco; al otro, menos; éste, nada. He hecho lo que me han aconsejado, pero no ha servido de nada.

El desconocido entró en el campo y se acercó a la vid. Tocó las hojas, cogió un terrón del suelo, lo olió, lo desmenuzó con sus dedos, alzó su mirada hacia el tronco del árbol que servía de apoyo a la vid...

-Tienes que contarlo. Esta vid está consumida por causa del tronco.

-¡Pero si es su apoyo desde hace años!

-Respóndeme, hombre: cuando plantaste esta vid, ¿cómo era ella y cómo era el tronco?

-¡Oh, era un hermoso majuelo de tres años! Lo saqué de otra cepa mía. Para traerlo aquí hice un agujero profundo, para no dañar las raíces al sacarlo del terruño natal. También aquí había hecho un agujero igual; más grande todavía, para que estuviera enseguida a sus anchas. Antes había excavado bien con la azada toda la tierra de alrededor para que estuviera esponjosa, de forma que las raíces pudieran extenderse enseguida sin esfuerzo. Metí en el fondo grato abono y coloqué el majuelo con todo cuidado --como sabes, las raíces se fortifican si encuentran inmediatamente algo que las nutra-. Del olmo me ocupé menos. Era un arbolito cuya única función era la de servir de apoyo al majuelo. Por eso, lo puse, casi superficialmente, al lado del majuelo, lo afiancé y me fui. Arraigaron los dos, porque la tierra es buena. De todas formas, mientras que la vid crecía de un año para otro -estimada, podada, rejacada-, el olmo crecía con dificultad (¡para lo que servía!...)... Pero luego se ha hecho recio. ¿Ves qué hermoso está ahora? Cuando vuelvo de lejos veo destacar alta su copa como una torre, y me parece la enseña de mi pequeño reino. Al principio la vid lo tapaba y no se veían sus hermosas frondas. ¡Ahora, mira qué hermosa su copa allá arriba bajo el sol! ¡Y qué tronco! Derecho, fuerte. Podía sujetar esta vid durante años y años, aunque hubiera crecido como aquellas que cogieron los exploradores de Israel en el torrente del Racimo. Sin embargo...".

-Sin embargo... te la ha matado. La ha rendido. Todo favorecía su vida: el terreno, la posición, la luz, el sol, tu forma de cuidarla. Pero éste la ha matado. Se ha hecho demasiado fuerte. Ha atenazado sus raíces y las ha ahogado. Le ha quitado todo jugo proveniente del suelo, ha estrangulado su respiración, le ha vedado la luz que necesitaba. Tala inmediatamente este inútil y recio árbol, y tu vid renacerá. Y renacerá mejor aún si, con paciencia, excavas la tierra para poner al desnudo las raíces del olmo y las siegas, para asegurarte que no echen rebrotes. Se pudrirán en el suelo con sus últimas ramificaciones: de muerte se transformarán en vida, porque se transformarán en sustancia fertilizante: digno castigo a su egoísmo. El tronco lo echarás al fuego, y así te será útil. Una planta inútil y nociva sólo sirve para el fuego, y debe ser arrancada, para que todo el bien lo reciba la planta buena y útil. Ten fe en lo que te digo y te sentirás feliz.

-Pero... ¿quién eres tú? Dímelo, para que pueda tener fe.

-Yo soy el Sapiente. Quien cree en mí estará seguro.

Y se marchó.

E1 hombre tuvo un momento de indecisión. Luego se decidió y echó mano a la sierra; es más, llamó a sus amigos para que le ayudaran.

-¡Qué sandez!

-¡Perderás vid y olmo!

-¡Yo me limitaría a podarle la copa para dar aire a la vid! ¡No más! En todo caso deberá tener un soporte. Es un trabajo inútil. ¿Quién sabe quién era! Quizás uno que te odia y tú no lo sabes.

-¡O quizás es un loco!

…Y así sucesivamente

-Haré lo que me ha dicho. Tengo fe en él.

Y segó el olmo por la base; y, no contento con ello, en un amplio radio puso al desnudo las raíces de las dos plantas, y segó con paciencia las del olmo, poniendo cuidado en no dañar las de la vid. Luego volvió a tapar el vasto agujero que había hecho. A la vid, que se había quedado sin soporte, le puso al lado una fuerte barra de hierro; luego escribió en una tabla la palabra "Fe" y la ató en la parte alta de la barra.

Los otros se marcharon meneando la cabeza.

Pasó el otoño y el invierno. Vino la primavera. Los sarmientos, enroscados en el apoyo se adornaron de abundantes gemas (primero apiñadas como en un estuche de terciopelo plateado; luego entreabiertas, sobre la esmeralda de las nacientes hojitas; luego abiertas del todo). Y nuevos sarmientos fuertes a partir del tronco (todos ellos un verdadero floreteo de florecillas... y luego todo un fructificar de granos de uva). Más racimos que hojas. Y éstas, grandes, verdes, fuertes, tan fuertes como los conjuntos de dos, tres o más racimos. Cada racimo, una densa concentración de granos carnosos, jugosos, espléndidos.

-¿Y ahora qué decís? ¿Era o no el árbol la razón por la cual mi vid moría? ¿Era acertado o no lo que dijo el Sapiente? ¿Tuve o no razón cuando escribí en esa tabla la palabra “Fe”?" - dijo el hombre a sus amigos incrédulos.

-Has tenido razón. ¡Dichoso tú que has sabido tener fe y has sido capaz de destruir el pasado y lo que de nocivo se te dijo.

Esta es la parábola.

Y, por lo que respecta a la mujer del pecho seco, ahí tenéis la respuesta. Mirad hacia la ciudad.

Todos se vuelven hacia la ciudad y ven que viene corriendo la mujer de antes, la cual, a pesar de que venga corriendo no separa a su hijito del pecho, de su pecho lleno, bien lleno, de leche, del que el pequeño hambriento mama con tal voracidad, que casi se ahoga. Y la mujer no se detiene sino a los pies de Jesús; sólo entonces separa un momento del pezón al niño y grita:

-¡Tu bendición, tu bendición, para que viva para ti!

Pasado este momento, Jesús continúa:

-Habéis recibido la respuesta a vuestras hipótesis acerca del milagro. De todas formas, la parábola tiene un sentido más amplio del pequeño episodio de una fe premiada. El sentido es éste:

Dios había plantado su vid, su pueblo, en un lugar apropiado, y le había procurado todo lo que necesitaba para crecer y dar frutos cada vez mayores; y había apoyado a su pueblo en los maestros, para que pudiera comprender más fácilmente la Ley y para que fueran su fuerza. Pero los maestros quisieron ser más que el Legislador; crecieron, crecieron, crecieron... hasta hacerse valer por encima de la eterna palabra. Y así Israel ha quedado estéril. El Señor ha enviado entonces al Sapiente, para que los israelitas que, con recto corazón, sienten el dolor de esta infecundidad y prueban los remedios que les vienen de los dictámenes o consejos de los maestros -doctos humanamente, indoctos sobrenaturalmente, y, por tanto, lejanos del conocimiento de lo que se debe hacer para devolver la vida al espíritu de Israel- puedan disponer de un consejo verdaderamente beneficioso.

Ahora bien, ¿qué sucede? ¿Por qué no recupera las fuerzas Israel y vuelve a ser vigoroso como en los tiempos áureos de su fidelidad al Señor? Porque el consejo es: eliminar todas las cosas parasitarias que han crecido en detrimento de la Cosa santa -la Ley del Decálogo- tal y como fue dada; eliminarlas para dejar aire, espacio, alimento a la Vid, al Pueblo de Dios, y darle un apoyo recio, derecho, que no pueda ser plegado, soporte único, de nombre luminoso: la Fe. Pues bien, este consejo no se acepta. Por eso os digo que Israel caerá, siendo así que podría renacer y ganar el Reino de Dios, si supiera creer y generosamente corregirse y modificarse substancialmente. Podéis marcharos en paz. Que el Señor esté con vosotros.

## 253

## María Santísima devela a María de Alfeo el sentido de la maternidad espiritualizada. La Magdalena debe forjarse sufriendo

Todavía es de noche (una preciosa noche de Luna menguante) cuando, silenciosamente, Jesús con los apóstoles y las mujeres, Juan de Endor y Hermasteo, se despiden de Isaac, que es el único que está despierto, para emprender el camino siguiendo la orilla del mar. El rumor de los pasos es sólo un leve crujido de grava comprimida por las sandalias. Ninguno habla hasta que no dejan unos metros atrás la última de las casitas. Quien en ella duerme, o en las otras anteriores, ciertamente no ha advertido la silenciosa partida del Señor y sus amigos. El silencio es profundo. Sólo el mar habla: a la Luna, que ya se encamina hacia el poniente, empezando a declinar; a las arenas, y les cuenta las historias de las profundidades, con su larga ola de marea alta incipiente que va dejando cada vez menos margen seco al litoral.

Esta vez las mujeres van adelante, con Juan, Simón Zelote, Judas Tadeo y Santiago de Alfeo, los cuales ayudan a las discípulas a pasar pequeños escollos que aparecen acá o allá, húmedos de agua salubre y resbaladizos. E1 Zelote va con la Magdalena, Juan con Marta, mientras que Santiago de Alfeo se ocupa de su madre y de Susana y Judas Tadeo no cede a ninguno el honor de tomar en su recia y larga mano -otra parte en que asemeja a Jesús- la mano menuda de María, para sostenerla en los pasos difíciles. Cada uno de ellos habla en voz baja con su compañera. Parece como si todos quisieran respetar el sueño de la Tierra.

El Zelote habla muy animadamente con María de Magdala, y veo que más de una vez Simón abre los brazos con el gesto de quien dijera: «Así es y no hay otra posibilidad». Pero, dado que son los que van más adelantados, no oigo lo que dicen.

Juan habla sólo de vez en cuando con su compañera, señalándole el mar y el Carmelo, cuya ladera occidental está todavía blanca de luna. Quizás está hablando del camino que recorrieron la otra vez bordeando el Carmelo por la otra parte.

También Santiago, entre María de Alfeo y Susana, habla del Carmelo. Dice a su madre:

-Jesús me ha prometido que subiríamos allá arriba los dos solos, y que me diría una cosa sólo a mí.

-¿Qué querrá decirte, hijo? ¿Me lo participas luego?

-Mamá, si es un secreto, no te lo puedo decir - responde sonriendo, con esa sonrisa suya tan afectuosa, Santiago, cuya semejanza con José, el esposo de María, es muy sensible en las facciones y, más aún, en la serena dulzura.

-Para la madre no hay secretos.

-No los tengo, la verdad. Pero si Jesús me quiere allá arriba solo, y sólo para hablarme, es señal de que no quiere que sepa nadie lo que quiere decirme. Tú, mamá, eres mi querida mamá a la que quiero mucho, pero Jesús está por encima de ti y su voluntad también. De todas formas, le preguntaré, cuando llegue el momento, si te puedo decir a ti sus palabras. ¿Estás contenta ahora?

-Te olvidarás de preguntarlo...

-No, mamá; no te olvido nunca, aunque estés lejos de mí. Siempre que oigo o veo algo bonito pienso: "¡Si estuviera aquí mi madre!"

-¡Amor! Dame un beso, hijo mío.

María de Alfeo está emocionada. Pero la emoción no mata la curiosidad. Vuelve al asalto después de unos momentos de silencio.

-Has dicho: su voluntad. Entonces es que has comprendido que te quiere manifestar algún designio suyo. ¡Venga, hombre, al menos esto lo puedes decir! ¡Esto te lo habrá dicho estando presentes los demás!

-La verdad es que iba delante sólo con Él - dice sonriendo Santiago.

-Pero los otros podían oír.

-No me dijo mucho, mamá. Me recordó las palabras y la oración de Elías en el Carmelo: "De los profetas del Señor he quedado yo sólo"; "sé propicio a mi oración, para que este pueblo reconozca que Tú eres el Señor Dios"».

-¿Y qué quería decir?

-¡Cuántas cosas quieres saber, mamá! Ve donde Jesús, entonces; que te las diga - se defiende Santiago.

-Habrá querido decir que, dado que el Bautista ha sido apresado, queda sólo El como profeta en Israel, y que Dios deberá conservarlo mucho tiempo para que el pueblo sea adoctrinado - dice Susana.

-¡Mmm! Dudo que Jesús pida ser conservado mucho tiempo. Para sí mismo no pide nada... ¡Venga, Santiago mío, díselo a tu madre!

-La curiosidad es un defecto, mamá; es cosa inútil, peligrosa y a veces dolorosa. Haz un buen acto de mortificación...

-¡Ay, pobre de mí! ¿No habrá querido decir que me van a encarcelar a tu hermano, o... quizás... matarlo? - pregunta toda agitada María de Alfeo.

-Judas no es "todos los profetas", mamá, aunque, por tu amor, cada uno de tus hijos representa al mundo...

-Pienso también en los demás, porque... porque entre los profetas futuros estáis ciertamente vosotros. Entonces... entonces, si sólo quedas tú... Si sólo quedas tú es señal de que los otros, mi Judas... ¡oh!

María de Alfeo deja al improviso donde están a Santiago y a Susana y, ligera como una jovencilla, vuelve hacia atrás corriendo, sin hacer caso a la pregunta que le dirige Judas Tadeo. Llega, como si alguien la estuviera persiguiendo, al grupo de Jesús.

-Jesús mío,...estaba hablando con mi hijo... de lo que le dijiste... del Carmelo... de Elías... de los profetas... Dijiste... que Santiago se quedará solo... ¿Qué será de Judas, entonces? ¡Es mi hijo, sabes! - dice toda jadeante por la congoja y por la carrera realizada.

-Lo sé, María; como también sé que te sientes feliz de que sea mi apóstol. Date cuenta de que tú tienes todos los derechos como madre y Yo los tengo como Maestro y Señor.

-¡Es verdad... es verdad... pero Judas es mi hijito!... y María, vislumbrando un momento futuro, se echa a llorar con ganas.

-¡Oh, son lágrimas muy mal empleadas! Pero todo se le comprende a un corazón de madre. Ven aquí, María. No llores. Ya te consolé otra vez. En aquel momento te prometí que aquel dolor te alcanzaría de Dios grandes gracias, para ti, para tu Alfeo, para tus hijos... (Jesús ha pasado su brazo por encima de los hombros de su tía y la ha juntado estrechamente a sí... Ahora ordena a los que iban con Él:

-Vosotros id adelante...

Luego, ya sólo con María de Alfeo, sigue diciendo:

-Y no mentí. Alfeo murió invocándome. Por tanto, toda deuda suya hacia Dios quedó cancelada. María, tu dolor obtuvo esta conversión hacia el pariente que antes Alfeo no había comprendido, hacia el Mesías que no había querido reconocer; ahora, este dolor tuyo obtendrá que el vacilante Simón y el reacio José imiten a tu Alfeo.

-Sí, pero... ¿Qué vas a hacer con Judas, con mi Judas?

-Lo amaré más aún de cuanto le amo ahora.

-No, no. Hay un presagio amenazador en esas palabras. ¡Oh, Jesús! ¡Oh, Jesús!...

María Virgen vuelve hacia atrás porque, ante ese dolor cuya naturaleza todavía desconoce, quiere consolar también a su cuñada. En cuanto sabe de qué dolor se trata -porque su cuñada, al verla a su lado, llora aún más fuerte y se lo dice- se pone más pálida que la misma Luna.

María de Alfeo gime:

-Dile tú que no, que no... la muerte para mi Judas...

María Virgen, aún más pálida, le dice:

-¿Podría pedir esto para ti, si ni siquiera para mi Hijo pido que sea salvado de la muerte? María, di conmigo: "Hágase tu voluntad, Padre, en el Cielo, en la Tierra y en el corazón de las madres". Hacer la voluntad de Dios a través del destino de nuestros hijos es el martirio redentor de nosotras las madres... Además... nadie ha confirmado que vayan a matarlo a Judas, o matarlo antes de que tú mueras. ¡Tu oración de ahora por que alcance la mayor longevidad cómo te pesaría entonces, cuando, en un Reino de Verdad y Amor, veas todas las cosas a través de las luces de Dios y a través de tu maternidad espiritualizada! Entonces -estoy seguro de ello-, como bienaventurada y como madre, querrías que Judas fuera semejante a mi Jesús en su destino de redentor, y anhelarías vivamente tenerlo pronto contigo, de nuevo, para siempre. Porque el tormento de las madres es verse separadas de sus hijos: un tormento tan grande, que creo que perdurará, como ansia amorosa, incluso en el Cielo que nos acogerá.

El llanto de María -tan fuerte y en medio del silencio de un primer barrunto de alba- ha hecho que todos vuelvan atrás para saber lo que pasa, con lo cual han oído las palabras de María Virgen y la emoción se extiende: llora María de Magdala susurrando: «Y yo le he procurado ese tormento a mi madre ya desde esta Tierra»; llora Marta diciendo: «La separación de los hijos y la madre significa dolor recíproco»; brillan también los ojos de Pedro. Por su parte el Zelote dice a Bartolomé: « ¡Qué palabras de sabiduría para explicar lo que será la maternidad de una bienaventurada!»; « ¿Y cómo - le responde Natanael - valorará las cosas una madre bienaventurada: a través de las luces de Dios y de la maternidad espiritualizada...! Se queda uno sin respiración, como ante un luminoso misterio».

Judas Iscariote dice a Andrés:

-La maternidad, expresada en esos términos, se despoja de todo sentido de peso para ser pura ala. Da la impresión de estar viendo ya a nuestras madres transformadas en una inimaginable belleza.

-Es verdad. La nuestra, Santiago, nos amará así. ¿Te imaginas lo perfecto que será entonces su amor? - dice Juan a su hermano, y es el único en que se dibuja una luz de sonrisa (¡tanto le emociona gozosamente la idea de que su madre llegue a amar en modo perfecto!).

¯Siento haber causado tanto dolor - dice Santiago de Alfeo en tono de pedir disculpas. Ha intuido más de lo que he dicho... Créeme, Jesús.

-Lo sé. Lo sé. María se está labrando a sí misma, y éste ha sido un golpe más fuerte de cincel; pero le quita mucho peso muerto - dice Jesús.

-¡Venga, madre! ¡Deja ya de llorar! Esto me duele. Que sufras como una pobre mujercita que no conoce las certezas del Reino de Dios. No te pareces en nada a la madre de los niños Macabeos - recrimina a su madre Judas Tadeo, severo, aunque abrazándola... Y, besándola en la cabeza, en sus cabellos entrecanos, añade: «Pareces una niña con miedo a las sombras y a las fábulas que le cuentan para asustarla. Pero tú sabes dónde encontrarme: en Jesús. ¡Qué mamá! ¡Qué mamá! Deberías llorar si se te hubiera dicho que, en un futuro, fuera a traicionar a Jesús, a abandonarlo, o fuera a ser un réprobo. Entonces sí, entonces deberías llorar incluso sangre. Pero, si Dios me ayuda, no te daré nunca ese dolor, madre mía. Quiero estar contigo por toda la eternidad...

El reproche, primero; las caricias, después... terminan por enjugar el llanto de María de Alfeo, que ahora se siente -y se la ve- toda avergonzada de su debilidad.

En el tránsito de la noche al día -habiéndose ocultado la Luna sin haber empezado todavía a amanecer- la luz ha disminuido. Pero es sólo un breve intermedio incierto. Inmediatamente después, la luz -primero plomiza, luego levemente gris, luego verdastra, luego láctea con transparencias de azul, finalmente clara, casi incorpórea plata- se afirma, cada vez más, facilitando el camino por el guijarral húmedo que las olas han dejado descubierto; mientras, los ojos se alegran con la vista del mar, ya de un azul más claro, pronto a encenderse de visos de gema. Y luego el aire embebe su plata de un rosa cada vez más seguro, hasta que este rosa-oro de la aurora se hace lluvia rosa-roja que cae en el mar, en los rostros, en los campos, formando contrastes de tonalidades cada vez más vivos, los cuales alcanzan el punto perfecto -para mí siempre el más bonito del día- cuando el Sol, saltando los confines del oriente, lanza su primer rayo hacia montes y laderas, bosques, prados y vastas llanuras marinas y celestes, y acentúa todos los colores: la blancura de las nieves o de las lejanías montañosas, con un color añil entreverado de verde diaspro; o el cobalto del cielo, que palidece para acoger el rosa; o el zafiro veteado de jaspe y orlado de perlas del mar. Y hoy el mar es un verdadero milagro de belleza: no muerto en la calmaría pesada ni agitado bajo la lucha de los vientos, sino majestuosamente vivo con su reñir de leves olas, apenas señaladas con una ondulación coronada por una crestita de espuma.

Llegaremos a Dora antes de que el sol queme. Reanudaremos la marcha al declinar del sol. Mañana, en Cesárea, terminará vuestro esfuerzo, hermanas. También nosotros descansaremos. Allí estará ciertamente vuestro carro. Nos separaremos... ¿Por qué lloras, María? ¿Voy a tener que ver hoy llorar a todas las Marías? - dice Jesús a la Magdalena.

-Le apena dejarte - dice su hermana para disculparla.

-No quiere decir que no nos vayamos a volver a ver, y además pronto.

María hace gesto de negación con la cabeza. No llora por eso.

El Zelote explica:

-Teme no saber ser buena sin tenerte a su lado. Teme... ser tentada demasiado fuertemente una vez que Tú ya no estés cerca manteniendo alejado al demonio. Me hablaba de esto hace poco.

-No tengas este temor. Yo no retiro nunca una gracia que he concedido. ¿Quieres pecar? ¿No? Pues estáte tranquila. Vigila, eso sí, pero no tengas miedo.

-Señor... lloro también porque en Cesárea... Cesárea está llena de mis pecados. Ahora los veo todos... Me espera mucho que sufrir en mi humanidad...

-Me alegro; cuanto más sufras mejor será, porque después ya no tendrás que sufrir con estas inútiles penas. María de Teófilo, te recuerdo que eres hija de un padre fuerte, y que eres un alma fuerte y que Yo te quiero hacer fortísima. En las otras compadezco las debilidades, porque han sido siempre mujeres mansas y tímidas, incluso tu hermana. En ti no lo soporto. Te labraré con fuego y yunque. Porque eres temple que debe labrarse así, para no deteriorar el milagro de tu voluntad y la mía. Esto debéis saberlo tú y los que -de entre los presentes o los ausentes- pensasen que podría ser débil contigo por lo mucho que te he amado. Te concedo que llores por arrepentimiento y por amor; no por ninguna otra cosa. ¿Comprendes? - Jesús se muestra sugestivo y severo.

María de Magdala se esfuerza en tragar lágrimas y sollozos y cae de rodillas, besa los pies de Jesús; e intentando hablar con voz firme, dice:

-Sí, mi Señor. Haré como Tú quieres.

-Álzate, pues, y está serena.

## 254

## El encuentro con Síntica, esclava griega y la llegada a Cesárea Marítima

No veo la ciudad de Dora. Declina el sol. Los peregrinos se dirigen a Cesárea. La permanencia en Dora no la he visto. Quizás ha sido sólo un alto en el camino sin nada especial que señalar. El mar parece al rojo vivo, de tanto como refleja, en su calma, el rojo del cielo; un rojo, éste, tan violento, que aparece casi irreal: es como si hubieran vertido sangre en la bóveda del firmamento. Hace todavía calor, pero el aire del mar lo hace soportable. Caminan siguiendo la orilla para evitar el ardor del terreno seco; bastantes, incluso, se han quitado las sandalias y se han remangado los vestidos para entrar en el agua.

Pedro declara:

-Si no hubieran estado las discípulas, me habría desnudado y me habría metido dentro del agua hasta el cuello.

Pero... hasta de donde está debe salir, porque la Magdalena, que iba adelante con las otras, vuelve y dice:

-Maestro, conozco bien esta zona. ¿Ves allí ese hilo amarillo en el azul del mar? Allí descarga un río, perenne, incluso en este tiempo de verano. Y hay que saberle atravesar...

-¡Hemos atravesado muchos ríos! ¡No será el Nilo! Atravesaremos también éste - dice Pedro.

-No es el Nilo. Pero en sus aguas y sus orillas hay animales de agua peligrosos. No se puede pasar a la ligera y descalzos, porque entonces te hieren.

-¿Pero bueno, qué son, leviatanes?

-Bien has dicho, Simón, son verdaderamente cocodrilos; pequeños, pero suficiente como para que no puedas caminar un buen trecho.

-¿Y qué hacen allí?

-Los trajeron por motivos de culto, creo, desde cuando aquí reinaban los fenicios. Y aquí se han quedado. Cada vez más pequeños, pero no por ello menos agresivos. Pasaron de los templos al limo del río. Ahora son lagartones grandes, ¡pero con unos dientes! Los romanos vienen para celebrar partidas de caza y para otra serie de diversiones... Yo también he venido con ellos. Todo sirve para... llenar el tiempo. Además las pieles son bonitas y se usan para muchas cosas. Por la experiencia que tengo, dejad que os guíe.

-Bien. Me gustaría verlos... - dice Pedro.

-Quizás vemos alguno, aunque de hecho los han cazado tanto que están casi exterminados.

Dejan la orilla y se dirigen hacia el interior. Encuentran un camino de primer orden entre medias de las colinas y el mar. Llegan pronto a un puente muy arqueado, tendido sobre un río pequeño, aunque de cauce más bien grande, ahora pobre de aguas, reducidas al centro del lecho. Donde no hay agua se ven juncales y cañizares ahora semiagostados por el verano, aunque en otras estaciones del año, sin duda, forman minúsculas islas en medio de las aguas). En las orillas hay matorrales y árboles frondosos.

A pesar de escrutar mucho con la mirada, no ven ningún animal, y muchos sufren un desencanto. Pero, estando ya para terminar el paso del puente (una recia construcción, tal vez romana, con un único arco muy alto; quizás para que no lo invadan las aguas en tiempo de crecida), Marta da un grito agudísimo y se hace atrás aterrorizada: un enorme lagartón -es lo que parece, no más, pero con la clásica cabeza de los cocodrilos- está atravesado en el camino haciéndose el dormido.

-¡No tengas miedo, mujer! - grita la Magdalena. Cuando están ahí no son peligrosos. Lo malo es cuando están escondidos y se mete el pie sin verlos.

Pero Marta se mantiene prudentemente atrás. También Susana se lo toma muy en serio... María de Alfeo es más valiente, no sin prudencia: al lado de sus hijos, sigue adelante mientras mira. Los apóstoles no tienen ningún miedo; miran y hacen comentarios sobre el feo animal, el cual se digna girar lentamente la cabeza para que lo vean también de frente, y luego hace ademán de moverse, como si quisiera ir en dirección a estos importunos viandantes. Otro grito de Marta, que se hace atrás más todavía, imitada esta vez por Susana y María Cleofás. Pero María de Magdala coge un canto, se lo tira al animal y le da en un costado, y éste huye hacia abajo por el guijarral para encenagarse en el agua.

-Ven, acércate, miedosa. Ya no está - dice a su hermana. Las mujeres se juntan de nuevo.

-Pero es feo con ganas, ¡eh! - comenta Pedro.

¯Maestro, ¿es verdad que en el pasado les daban de comer víctimas humanas? - pregunta Judas Iscariote.

-Se le consideraba animal sagrado. Representaba a un dios, y, de la misma forma que nosotros ofrecemos el sacrificio a nuestro Dios, ellos, los pobres idólatras, lo hacían con las formas y errores que su condición comportaba.

-¿Pero todavía se hace ahora? - pregunta Susana.

-Creo que no hay que descartar que todavía se haga en lugares idólatras - dice Juan de Endor.

-¡Dios mío! Pero se los darán muertos, ¿no?!

-No. Si se los dan es vivos. Jovencitas, niños, en general: las primicias del pueblo. Al menos eso es lo que he leído - responde Juan de Endor a las mujeres, las cuales miran a su alrededor todo asustadas.

-Yo, si tuviera que acercarme a él, me moriría de miedo - dice Marta.

-¿Sí? Pues ése no es nada, mujer, respecto al verdadero cocodrilo: es, al menos, tres veces más largo y ancho.

-Y además hambriento. Ése ciertamente estaba ya lleno de culebras o conejos montaraces.

-¡Misericordia! ¡También culebras! Pero, ¿a dónde nos has traído, Señor?! - dice quejumbrosa Marta, tan asustada que la risa se apodera irresistiblemente de todos.

Hermasteo, que hasta ahora ha guardado siempre silencio, dice:

-No tengas ningún miedo. Basta hacer mucho ruido y todos huyen. Tengo experiencia. He estado en repetidas ocasiones en el bajo Egipto.

Reanudan la marcha dando palmadas o golpeando en los troncos... La parte peligrosa queda atrás.

Marta se ha juntado a Jesús y pregunta frecuentemente:

-¿Es seguro que ya no habrá más?

Jesús la mira y menea la cabeza sonriendo, pero la tranquiliza:

-Estamos ya muy cerca de la llanura de Sarón, que no es sino belleza. ¡De todas formas, sí que me teníais reservadas hoy sorpresas las discípulas! No sé verdaderamente por qué eres tan asustadiza.

-Yo tampoco lo sé. Pero todo lo que repta me aterroriza. Tengo la impresión como de sentir el frío de esos cuerpos - fríos y legamosos - sobre mí. Y me pregunto por qué existen. ¿Son, acaso, necesarios?

-Esto habría que preguntárselo a Aquel que los hizo. Tú cree que si los ha hecho es señal de que son útiles... aunque sólo fuera para hacer brillar el heroísmo de Marta - dice Jesús con un brillo perspicaz en sus ojos.

-¡Oh, Señor! Tienes razón en bromear, pero yo tengo miedo y no me venceré jamás.

-Eso lo veremos... ¿Qué se mueve allí entre aquellos matorrales? - dice Jesús levantando la cabeza y dirigiendo su mirada adelante, hacia una maraña de zarzas y otras plantas de largas ramas lanzadas al asalto de una voluminosa barrera de chumberas, situada más atrás, con sus palas tan duras cuanto flexibles son las ramas agresoras.

-¿Otro cocodrilo, Señor?... - gime Marta aterrorizada.

Pero el crujir de frondas aumenta y tras ellas aparece un rostro humano, de mujer. Mira. Ve a todos estos hombres. Duda entre huir por el campo o introducirse en la agreste galería. Vence lo primero y, dando un grito, huye.

-¿Leprosa?, ¿Loca?, ¿Endemoniada? - se preguntan, sin salir de su asombro.

Pero la mujer vuelve sobre sus pasos, porque de Cesárea -ya cercana- está viniendo un carro romano. La mujer se ve como un ratón sin escapatoria. No sabe a dónde ir, porque Jesús con los suyos están ahora junto al matorral que le servía de

refugio y no puede volver, y hacia el carro no quiere ir... Entre las primeras calígines del anochecer -la noche se acerca de prisa tras el intenso ocaso- se ve que es joven y donosa, a pesar de estar harapienta y despeinada.

-¡Mujer! Ven aquí!- ordena Jesús imperiosamente.

La mujer tiende los brazos hacia Él suplicando:

-¡No me hagas daño!

-Ven aquí. ¿Quién eres? No te voy a hacer ningún daño - lo dice tan dulcemente, que logra persuadirla.

La mujer se acerca encorvada y se arroja al suelo diciendo:

-Quienquiera que seas, ten piedad. Mátame, pero no me devuelvas a mi amo. Soy una esclava que ha huido...

-¿Quién era tu amo? ¿De dónde eres? Se ve que no eres hebrea, por tu modo de hablar y tu vestido.

-Soy griega. La esclava griega de... ¡Piedad! ¡Escondedme! ¡El carro está llegando!...

Todos forman grupo en torno a la infeliz, que se acurruca en el suelo. El vestido desgarrado por los espinos deja ver los hombros surcados de golpes y ornados de arañazos. El carro pasa sin que ninguno de sus ocupantes muestre interés por este grupo parado junto al matorral.

-Han pasado de largo, habla. Si podemos, te ayudamos - dice Jesús tocando con la punta de los dedos su cabellera despeinada.

˜Soy Síntica, la esclava griega de un noble romano del séquito del Procónsul.

-¡Entonces eres la esclava de Valeriano! - exclama María de Magdala.

-¡Piedad, piedad! No me denuncies a él - suplica la infeliz.

-No temas. No volveré a hablar nunca más con Valeriano - responde la Magdalena, y explica a Jesús: «Es uno de los más ricos y sucios romanos que tenemos aquí. Y, lo mismo que es sucio, es cruel».

-¿Por qué has huido? - pregunta Jesús.

-Porque tengo un alma. No soy una mercancía... - la mujer siente seguridad al ver que ha encontrado a personas compasivas - No soy una mercancía. Mi amo me compró, es verdad, pero podrá haber comprado mi persona para embellecer su casa, para que le alegre las horas con la lectura, para que le sirva, sí, pero nada más. ¡El alma es mía! No es una cosa que se compre. Y quería también mi alma.

-¿Cómo tienes conocimiento del alma?

-No soy iletrada, Señor; botín de guerra desde la más tierna edad, pero no plebeya. Éste es mi tercer amo, un indecente fauno. Pero conservo las palabras de nuestros filósofos, y sé que en nosotros hay algo más que carne. Dentro de nosotros hay algo que es inmortal, algo que no tiene exacto nombre para nosotros... Pero hace poco he sabido su nombre. Un día ha pasado por Cesárea un hombre, que hacía prodigios y hablaba mejor que Sócrates y Platón. Fue objeto de muchos comentarios, en termas y triclinios, o en los dorados peristilos. Ensuciaron su augusto nombre pronunciándolo en las salas de sus inmundas orgías. Y mi amo me mandó leer otra vez -precisamente a mí, que ya sentía en mí algo inmortal que sólo le corresponde a Dios y no se compra como mercancía en un mercado de esclavos-las obras de los filósofos, para cotejar y buscar si esta cosa ignorada, que el hombre que había venido a Cesárea había llamado "alma", estaba ahí descrita. ¡A mí me lo hizo leer, a mí a quien quería someter a su carnalidad! Así he venido a saber que esta cosa inmortal es el alma. Y, mientras Valeriano con los otros como él escuchaba mi voz, y, entre un eructo y un bostezo, trataba de entender, comparar y discutir, yo unía lo que decían, refiriendo las palabras del Desconocido, a las palabras de los filósofos, y me las metía aquí, y con ellas me construía una dignidad cada vez más fuerte, para rechazar su libídine... Hace unos días, una noche, me pegó salvajemente, porque lo rechacé a dentelladas... A1 día siguiente me escapé... Hace cinco días que vivo en esa espesura, cogiendo de noche moras e higos chumbos. Pero al final dará conmigo. Ciertamente me está buscando. Cuesto mucho dinero, y gusto demasiado a su carnalidad, como para que se desentienda de mí... ¡Ten piedad! Te pido -eres hebreo y, sin duda, sabes dónde está-, te pido que me conduzcas a ese Desconocido que habla a los esclavos y que habla del alma. Me han dicho que es pobre. Pasaré hambre, pero quiero estar a su lado para que me instruya y me eleve: vivir con los brutos embrutece, aunque se les oponga resistencia. Quiero volver a poseer la dignidad moral mía.

-Ese hombre, el Desconocido al que buscas, está frente a ti.

-¿Tú? ¡Oh, ignoto Dios de la Acrópolis! ¡Ave! - y se postra hasta tocar con la frente el suelo.

-Aquí no puedes estar. Pero Yo voy a Cesárea...

-¡No me dejes, Señor!

-No te dejo... Estoy pensando...

-Maestro, nuestro carro está, sin duda, en el lugar convenido, esperándonos. Manda a avisar. En el carro estará segura como en nuestra casa - aconseja María de Magdala.

-¡Sí, confíanosla a nosotras, Señor! Ocupará el lugar del anciano Ismael. La instruiremos sobre ti. Será una mujer arrebatada al paganismo - suplica Marta.

-¿Quieres venir con nosotros? - pregunta Jesús.

-Con cualquiera de los tuyos, con tal de no volver con aquel hombre. ¡Pero... pero aquí una mujer ha dicho que lo conoce! ¿No me traicionará? ¿No irán romanos a su casa? ¿No...?

-No tengas miedo. A Betania no van romanos; sobre todo, de esa clase - dice la Magdalena para tranquilizar.

-Simón y Simón Pedro, id a buscar el carro. Os esperamos aquí. Entraremos en la ciudad después - ordena Jesús.

...Cuando el pesado carro cubierto anuncia su presencia con el ruido de los cascos y las ruedas y con el farol oscilante colgado de su techo, los que esperaban se levantan del ribazo donde han cenado y bajan al camino.

El carro se para, bamboleándose, en la orilla del camino deformado. Bajan Pedro y Simón; inmediatamente después, baja una mujer anciana, que corre a abrazar a la Magdalena diciendo:

-Ni siquiera un momento, no quiero dejar pasar ni un momento sin decirte que soy feliz, que tu madre exulta conmigo, que eres de nuevo la rubia rosa de nuestra casa, como cuando dormías en la cuna después de haber mamado de mi pecho - y la besa una y otra vez. María llora entre sus brazos.

-Mujer, te confío a esta joven y te pido el sacrificio de esperar aquí toda la noche. Mañana podrás ir al primer pueblo de la vía consular y esperar allí. Nosotros iremos antes del final de la tercia - dice Jesús a la nodriza.

-Todo sea como Tú quieras. ¡Bendito seas! Déjame sólo darle a María los vestidos que le he traído.

Y vuelve a subir al carro, con María Santísima, María y Marta.

Cuando vuelven a salir, la Magdalena aparece como la veremos en lo sucesivo siempre: con una túnica sencilla, un lienzo fino y grande de lino como velo y un manto sin adornos.

-Ve tranquila, Síntica. Mañana vendremos nosotros. Adiós.

Es el saludo de Jesús, que reanuda su camino hacia Cesárea...

Mucha gente, a la luz de antorchas o faroles llevados por esclavos, pasea por la orilla del mar, respirando el aire marino: gran alivio para los pulmones cansados del bochorno del estío. Los que pasean son precisamente la clase de los ricos romanos. Los hebreos están dentro de sus casas y gozan del fresco en la parte alta de éstas. La orilla del mar parece un larguísimo salón en hora de visitas. Pasar por ahí significa literalmente ser sometido a detallado análisis. Pues bien, a pesar de ello, Jesús pasa precisamente por ahí, todo a lo largo de la orilla, sin hacer caso de miradas, comentarios o ironías.

-Maestro, ¿Tú por aquí? ¿A esta hora? - pregunta Lidia (que está sentada en una especie de sillón o triclinio que le han llevado los esclavos al margen de la vía), y se pone en pie.

-Vengo de Dora y se me ha hecho tarde. Estoy buscando un lugar de alojamiento.

-Te diría: ahí está mi casa - y señala un bonito edificio a espaldas suyas - Pero no sé si...

-No. Te lo agradezco, pero no acepto. Traigo a muchos conmigo y ya dos de ellos se han adelantado para avisar a personas que conozco. Creo que me darán hospedaje.

Los ojos de Lidia se fijan también en las mujeres a las que ha señalado Jesús junto con los discípulos. Enseguida reconoce a la Magdalena.

-¡María! ¿Tú? ¡Entonces es verdad!

La mirada de María es como la de una gacela acorralada: denota suplicio. No sin motivo, porque no es Lidia la única a quien afrontar; hay muchos otros que se están fijando en ella... Pero mira a Jesús y se siente segura de nuevo.

-Es verdad.

-¡Entonces te hemos perdido!

-No. Me habéis encontrado. A1 menos espero hallaros un día, y con una amistad mejor, en este camino que por fin he encontrado. Díselo esto, te lo ruego, a todos los que me conocen. Adiós, Lidia. Olvida todo el mal que me viste hacer. Te pido perdón por ello...

-¡Pero María! ¿Por qué te humillas? Hemos vivido la misma vida, de ricos y ociosos, y no hay...

-No. Yo he vivido una vida peor. Pero la he dejado. Y además para siempre.

-Adiós, Lidia - abrevia el Señor, y se mueve hacia su primo Judas, que, con Tomás, está viniendo hacia Él.

Lidia retiene un momento más a la Magdalena.

-Ahora que estamos entre nosotras, dime la verdad: ¿estás realmente convencida?

-No convencida: *dichosa de ser la discípula.* Sólo lloro una cosa: no haber conocido antes la Luz y haber comido el lodo en vez de nutrirme de Ella. Adiós, Lidia.

La respuesta resuena límpida en el silencio que se ha hecho en torno a las dos mujeres. Ninguno de los muchos presentes dice ya nada más... María se vuelve y, rápida, trata de alcanzar al Maestro.

Un joven se le pone delante:

-¿Es tu última locura? - dice, y hace ademán de abrazarla, pero, estando medio borracho, no lo logra y María lo evita mientras le grita: «No, es mi único acto de cordura». Y se llega hasta donde sus compañeras, que sienten tanta repulsa de las miradas de esos viciosos, que van veladas como mahometanas.

-María - dice temblorosa Marta - ¿has sufrido mucho?

-No. Y, tiene razón, y ahora ya no volveré a sufrir por esto, tiene razón Él...

Tuercen todos hacia una callejuela oscura, para entrar luego en una casa grande -se ve que es una posada- donde pasar la noche.

## 255

## Despedida de las hermanas Marta y María, que parten con Síntica. Una lección a Judas Iscariote

Y de nuevo en camino, volviendo hacia el este, en dirección a los campos.

Ahora los apóstoles y los dos discípulos están con María Cleofás (María de Alfeo) y -Susana, algunos metros detrás de Jesús, que va con su Madre y las dos hermanas de Lázaro. Jesús va hablando locuazmente. Los apóstoles, por el contrario, no hablan: parecen cansados o deprimidos. No les llama la atención ni siquiera la belleza de los campos, verdaderamente espléndida: con sus leves ondulaciones arrojadas a la llanura como cojines verdes a los pies de un rey gigante; con sus collados de poca altura, esparcidos acá o allá, anunciadores de las cadenas del Carmelo y de Samaria. Tanto en la llanura, la reina del lugar, como en el decorado de sus pequeñas colinas y ondulaciones, se ve todo un florecer de hierba y madurar de fruta. Debe abundar en agua este sitio, a pesar de la región y el período del año, porque está demasiado pujante como para no tener

copiosidad de agua. Comprendo ahora por qué la Sagrada Escritura menciona tantas veces con entusiasmo la llanura de Sarón. Pero los apóstoles no comparten de ninguna manera este entusiasmo, y caminan como un poco malhumorados: son los únicos de malhumor en este día sereno y en esta comarca riente.

Muy bien conservada, la vía consular, con su cinta blanca, corta esta campiña fertilísima, y, dado que es temprano, todavía es fácil encontrarse con campesinos cargados de productos del campo, o viajeros que van a Cesárea. Uno, que alcanza con una recua de asnos cargados de sacos a los apóstoles y los obliga a apartarse para dejar paso a la caravana asnal, pregunta con arrogancia:

-¿El Kisón está aquí?

-Más atrás - responde secamente Tomás, y barbota entre dientes: « ¡Cacho patán!».

-¡Es un samaritano, ya está dicho todo! - responde Felipe. Vuelven a sumergirse en el silencio.

Después de algunos metros, así, como terminando una conversación interna, Pedro dice:

-¡Para lo que ha servido! ¡Pues sí que valía la pena recorrer tanto camino!...

-¡Sí, eso! ¿Para qué hemos ido a Cesárea si luego no ha dicho una palabra? Yo pensaba que es que quería hacer algún milagro sorprendente para convencer a los romanos. Sin embargo... - dice Santiago de Zebedeo.

-Nos ha expuesto en la picota y nada más - comenta Tomás.

Y Judas Iscariote echa leña al fuego:

-Y nos ha hecho sufrir. A Él le gustan las ofensas y piensa que nos gustan también a nosotros.

-La verdad es que quien ha sufrido en este caso ha sido María de Teófilo - observa mesuradamente el Zelote.

-¡María! ¡María! ¿Es que ahora es el centro del universo, María? Sólo sufre ella, sólo ella es heroica, sólo se la debe formar a ella. De haberlo sabido hubiera sido ladrón y homicida, para ser luego objeto de tantas atenciones - responde repentinamente Judas Iscariote.

-Verdaderamente la otra vez que vinimos a Cesárea, que hizo un milagro y evangelizó, lo torturamos con nuestros descontentos por haberlo hecho - observa el primo del Señor.

-Es que no sabemos lo que queremos... Hace una cosa y rezongamos; hace lo contrario y rezongamos. Somos imperfectos - dice serio Juan.

-¡Ya habló el otro sabio! Una cosa es cierta: hace tiempo que no se hace nada provechoso.

-¿Nada, Judas? ¿Y esa griega y Hermasteo y Abel y María y...?

-No será con estas nulidades con los que El fundará su Reino - replica Judas Iscariote, obsesionado por la idea de un triunfo terreno.

-Judas, te ruego que no juzgues las obras de mi Hermano. Es una ridícula pretensión. Un niño que quiere juzgar a su maestro, por no decir: una nulidad que quiere ponerse en alto - dice Judas Tadeo, e1 cual, si tiene en común el nombre, tiene también una indomable antipatía hacia su homónimo.

-Te agradezco que te hayas limitado a llamarme niño. Verdaderamente, después de haber vivido en el Templo, creía que se me consideraba al menos mayor de edad - responde sarcástico Judas Iscariote.

-¡Qué gravosas se hacen estas discusiones! - suspira Andrés.

-¡Verdaderamente! En vez de unirnos a medida que vamos viviendo más tiempo juntos, nos separamos. ¡Y pensar que en Sicaminón dijo que teníamos que estar unidos al rebaño!... ¿Cómo lo vamos a estar, si ya entre pastores no lo estamos? - observa Mateo.

-¿Entonces no se debe hablar? ¿Jamás expresar nuestro pensamiento? ¡No creo que seamos esclavos!...

-No, Judas, no somos esclavos; pero sí somos indignos de seguirle, porque no lo comprendemos - dice sereno el Zelote.

-Yo lo comprendo maravillosamente.

-No. No lo comprendes. Y contigo no lo comprenden en mayor o menor grado todos los que lo critican. Comprender es obedecer sin discutir, por estar persuadidos de la santidad de quien va a la cabeza - dice el Zelote.

-¡Ah, te refieres a comprender su santidad... yo decía sus palabras! Su santidad no se pone en duda, ni se podría poner - se apresura a decir Judas Iscariote.

-¿Y puedes separar ésta de aquéllas? Un santo será siempre posesor de la Sabiduría y sus palabras serán sabias.

-Eso es verdad. Pero algunos actos suyos son perjudiciales. Admito que por exceso de santidad, claro. Pero el mundo no es santo, y E1 se busca complicaciones. Ahora, por ejemplo, este filisteo y esta griega. ¿Crees que nos van a beneficiar?

-Si voy a causar algún perjuicio, me marcho - dice compungido Hermasteo - Había venido con la idea de darle honor y de hacer algo correcto.

-Si te marcharas por este motivo, le causarías un dolor - le responde Santiago de Alfeo.

-Daré a entender que he cambiado de idea. Voy a saludarlo y... me marcho.

Pedro reacciona inmediatamente:

-¡No, no! Tú no te marchas. No es justo que, por nerviosismos ajenos, el Maestro pierda un discípulo bueno.

-Pues si se quiere ir por tan poca cosa es señal de que no está seguro de lo que quiere; por tanto, déjalo que se marche - responde Judas Iscariote.

Pedro pierde la paciencia:

-Le prometí, cuando me dio a Margziam, que sería paterno con todos, y siento faltar a la promesa. Pero es que me obligas. Hermasteo está aquí y aquí se quedará. ¿Sabes lo que tengo que decirte? Que eres tú quien perturba las voluntades de los demás y las hace vacilar. Divides y creas desorden, eso es lo que haces; y deberías avergonzarte.

-¿Qué eres? ¿El protector de los...?

-¡Sí, señor! Tú lo has dicho. Sé a lo que te refieres. Protector de la Velada, protector de Juan de Endor, protector de Hermasteo, protector de aquella esclava, protector de todos los que encuentra Jesús, aunque no sean los espléndidos

ejemplares paviles del Templo, los elementos construidos con la sagrada argamasa y las telarañas del Templo, los pabilos con olor a morga de las lámparas del Templo, los... como tú, en definitiva, para hacer más clara la parábola; porque, si el Templo es mucho -a menos que yo me haya vuelto imbécil- el Maestro es más que el Templo y tú le faltas...

-Grita tanto que Jesús se detiene y se vuelve, y hace ademán de dejar a las mujeres y tornar atrás.

-¡Lo ha oído! ¡Ahora se va a entristecer! - dice el apóstol Juan.

-No, Maestro. No vengas. Discutíamos... para matar el aburrimiento del camino - dice Tomás sin dilación.

Pero Jesús se para y espera a que lleguen donde Él.

-¿De qué discutíais? ¿Os voy a tener que decir otra vez que las mujeres os preceden?

La dulce corrección toca el corazón de todos. Callan y agachan la cabeza.

-¡Amigos, amigos! ¡No seáis objeto de escándalo para los que están naciendo ahora a la Luz! ¡No sabéis que una imperfección vuestra perjudica a la redención de un pagano o de un pecador más que todos los errores del paganismo?

Ninguno responde, porque no saben qué decir para justificarse o para no acusar.

Junto a un puente de un torrente seco está parado el carro de las hermanas de Lázaro. Los dos caballos pastan la abundante hierba de las márgenes del torrente (quizás seco desde hace poco; por tanto, con orillas bien nutridas de hierba). El sirviente de Marta y otro hombre - quizás el conductor del carro - están en el margen guijarroso, y las mujeres dentro del carro, completamente cubierto por un tupido toldo hecho con pieles curtidas, que caen, a manera de gruesas cortinas, hasta el suelo del carro.

Las mujeres discípulas aceleran el paso en dirección a él. El sirviente, que es el primero que las ve, avisa a la nodriza; el otro se apresura a llevar los caballos a las varas. Entretanto, el sirviente va corriendo hacia sus señoras y, en llegando, hace una reverencia muy pronunciada.

La anciana nodriza (una mujer de buen tipo y tez aceitunada, de aspecto agradable) baja presurosa y se dirige hacia sus amas. Pero María de Magdala le dice algo y ella va inmediatamente donde la Virgen diciendo:

-Perdona... pero es que siento una alegría tan grande de verla, que sólo la veo a ella. Ven, bendita. El sol quema. Dentro del carro hay sombra.

Y suben todas en espera de los hombres, que vienen muy retrasados. Mientras esperan y mientras Síntica, que lleva el vestido que ayer tenía la Magdalena, besa los pies de sus amas -como se obstina en llamarlas, a pesar de que ellas le digan que no es ni su sierva ni su esclava, sino sólo su huésped en nombre de Jesús-, la Virgen muestra el precioso taleguillo de la púrpura, y pregunta cómo se puede hilar ese mechón cuyos cortísimos filamentos no admiten ni humedad ni torsión.

-No se usa así, Mujer. Se pulveriza y se usa como cualquier otra tintura. Esto es la bava de la concha, no es una hebra ni un pelo. ¿Ves qué quebradiza es ahora que está seca? La tienes que reducir a polvo fino, luego la pasas por un tamiz para que no quede ningún fragmento largo, que mancharía el hilado o el paño. Es mejor si tiñes el hilado en madejas. Una vez segura de que esté completamente pulverizada, la deslías como se hace con la cochinilla o el azafrán o el polvo de añil o con otros polvos de otras cortezas o raíces o frutos, y luego la usas. Fija el color con vinagre fuerte para el último aclarado.

-Gracias, Noemí. Seguiré tus indicaciones. He bordado con hilos teñidos de púrpura, pero me los habían dado ya preparados... Ya está ahí Jesús. Llega la hora de despedirnos. Os bendigo a todas en el nombre del Señor. Id en paz y llevad la paz y la alegría a Lázaro. Adiós, María. Recuerda que lloraste sobre mi pecho tu primer llanto dichoso. Por eso soy para ti madre, porque una pequeñuela llora su primer llanto sobre el pecho de su mamá. Soy para ti madre, y lo seré siempre. Lo que te resulte duro de manifestar incluso a la más dulce hermana o a la más amorosa nodriza, ven a decírmelo a mí; te comprenderé siempre. Si hay algo que, por estar impregnado de una humanidad que en ti Jesús no quiere, no te atreves a decírselo a Él, ven a decírmelo a mí; me mostraré siempre compasiva contigo. Y si quieres hablarme también de tus victorias -aunque prefiero que se las presentes a Él, cual fragantes flores, porque El, no yo, es tu Salvador- exultaré contigo. Adiós, Marta. Ahora te marchas feliz y te mantendrás en esta felicidad sobrenatural. Por tanto, sólo necesitas progresar en la justicia, en medio de esa paz por nada en ti ya perturbada. Hazlo por amor a Jesús, que te ha amado incluso queriendo a ésta que quieres sin reservas. Adiós, Noemí. Ve con tu tesoro recuperado. Tú dabas a María tu leche en alimento. Nútrete ahora con las palabras que ella y Marta te digan. Ve en mi Hijo mucho más que un exorcista que libera a los corazones del Mal. Adiós, Síntica, flor de Grecia, que has sabido por ti misma sentir que hay algo más que la carne; florece ahora en Dios y sé la primera de las nuevas flores de la Grecia de Cristo. Me siento muy dichosa de despedirme de vosotras viéndoos unidas así. Os bendigo con amor.

Ya se oye cercano el rumor de los pasos. Levantan el tupido toldo y ven a Jesús a dos metros del carro. Bajan, en medio del sol ardiente que invade el camino.

María de Magdala se arrodilla a los pies de Jesús y dice:

-Te doy gracias por todo. Muchas gracias por haberme permitido realizar este peregrinaje. Sólo Tú eres sabio. Parto despojada de las reliquias de la María del pasado. Bendíceme, Señor, para fortalecerme más.

-Sí, te bendigo. Goza de la compañía de tus hermanos; con tus hermanos, fórmate cada vez más en mí. Adiós, María. Adiós, Marta. Dile a Lázaro que lo bendigo. Os confío esta mujer. No os la doy. Es discípula mía. Quiero que le deis un mínimo de capacidad de entender mi doctrina. Luego iré Yo. Noemí, te bendigo, y también a vosotras dos.

A Marta y María se les humedecen los ojos. El Zelote las saluda personalmente y les da un escrito para su sirviente; los demás las saludan conjuntamente. Y el carro se pone en movimiento.

-Vamos a buscar algo de sombra. Que Dios las acompañe... ¿Tanto te entristece, María, el que se hayan marchado? - pregunta a María de Alfeo, que llora toda en silencio.

-Sí. Eran muy buenas...

-Las volveremos a ver pronto. Y, numéricamente, más. Tendrás muchas hermanas... o hijas, si lo prefieres. Amor es tanto el materno como el fraterno - la consuela Jesús.

-Con tal de que no cree conflictos... - murmura Judas Iscariote.

-¿Conflictos amarse?

-No. Conflictos el tener a personas de otra raza y de otra proveniencia.

-¿Síntica, quieres decir?

-Sí, Maestro. A fin de cuentas, era propiedad del romano, y no es lícito apoderarse de ella. Ello lo incitará contra nosotros y nos atraeremos el rigor de Poncio Pilatos.

-Pero, ¿qué le va a importar a Pilatos el que uno de sus subordinados pierda una esclava? ¡Sabrá cómo es! Si es un poco honesto, como se piensa, al menos en familia, dirá que esta mujer ha hecho bien en escaparse. Y si es un deshonesto dirá: "Te está bien empleado. Así quizás la encuentro yo". Los deshonestos no son sensibles a las penas ajenas. ¡Y además... pobre Poncio... con la lata que le damos, fíjate tú si no va a tener otra cosa que hacer que perder el tiempo con la pataleta de uno que deja que se le escape una esclava! - dice Pedro, y muchos de los presentes le dan la razón mientras ridiculizan las rabietas del lúbrico romano.

Pero Jesús lleva la cuestión a un nivel más alto.

-Judas, ¿conoces el Deuteronomio?

-Seguro, Maestro, y además -lo digo convencido- como pocos.

-¿Cómo lo juzgas?

-Vehículo de la voz de Dios.

-¿Vehículo? Entonces repetidor de la palabra de Dios, ¿no?

-Exactamente.

-Has juzgado bien. Entonces, ¿por qué no juzgas que se deba hacer lo que ordena?

-No he dicho nunca eso. Es más, me parece que precisamente nosotros, siguiendo la nueva Ley, lo desatendemos demasiado.

-La nueva Ley es el fruto de la antigua, o sea, es la perfección alcanzada por el árbol de la Fe. Pero ninguno de nosotros lo desatiende, que Yo sepa. Soy el primero que lo respeta y que impide que otros lo desatiendan.

Jesús es muy incisivo al decir estas palabras. Y añade:

-El Deuteronomio es intocable. Incluso cuando triunfe mi Reino, y con mi Reino la nueva Ley, con sus nuevos códigos y disposiciones, seguirá aplicándose en los nuevos dictámenes, de la misma forma que los sillares de las antiguas construcciones se usan para las nuevas porque son piedras perfectas con que se hacen fuertes murallas. Pero todavía no ha llegado mi Reino, y Yo, como fiel israelita, no ofendo al libro mosaico ni lo desatiendo, que base es de mi modo de actuar y de mi enseñanza; sobre la base del Hombre y del Maestro, el Hijo del Padre edifica la celeste construcción de su Naturaleza y Sabiduría.

En el Deuteronomio está escrito: "No entregarás a su amo el esclavo que ha buscado refugio en ti. Vivirá contigo donde él quiera, estará tranquilo en una de tus ciudades, no lo molestarás". Esto en el caso de que uno se vea obligado a huir de una esclavitud inhumana. En mi caso, en el de Síntica, la fuga no persigue una libertad limitada, sino la libertad ilimitada del Hijo de Dios. ¿Y pretendes que a esta alondra que ha huido del lazo de los cazadores le meta de nuevo el cordel y la devuelva a su prisión para quitarle no sólo la libertad sino también la esperanza? ¡No! ¡Jamás! Bendigo a Dios, porque, como el viaje a Endor llevó a este hijo al Padre, el viaje a Cesárea ha traído a esta criatura a mí para que la lleve al Padre.

En Sicaminón os hablé del poder de la Fe; hoy os voy a hablar de la luz de la Esperanza. Mas ahora, a la sombra de este tupido pomar, detengámonos a comer y descansar. Porque el sol arde como si el infierno estuviera abierto.

## 256

## Parábola sobre la virtud de la esperanza, que sujeta la fe y la caridad

Algunos viñadores que pasan por el huerto cargados de cestas de uva, dorada como si fuera de ámbar, ven a los apóstoles y les preguntan:

-¿Sois peregrinos o forasteros?

-Galileos y peregrinos hacia el Carmelo - responde por todos Santiago de Zebedeo, el cual -como sus compañeros pescadores- se está desentumeciendo las piernas para terminar de eliminar un resto de somnolencia.

Judas Iscariote y Mateo se están despertando, tendidos sobre la hierba. Los ancianos, sin embargo, cansados, todavía duermen. Jesús habla con Juan de Endor y Hermasteo; María y María Cleofás están al lado, pero guardan silencio.

Los viñadores dicen:

-¿Venís de lejos?

-La última etapa que hemos hecho ha sido Cesárea. Antes hemos estado en Sicaminón, y más allá incluso. Venimos de Cafarnaúm.

-¿Que camino más largo en esta estación del año! ¿Por qué no habéis venido a nuestra casa? Está allí, ¿la veis? Os habríamos dado agua fresca para reponeros, y comida, de aquí de la tierra pero buena. Venid ahora.

-Vamos a reanudar la marcha. Que Dios os lo pague igual.

-El Carmelo no huye en un carro de fuego como su profeta - dice un campesino con tono semiserio.

-Ya no viene ningún carro del Cielo a llevarse a los profetas. Ya no hay profetas en Israel. Se dice que Juan ha muerto ya - dice el otro campesino.

-¿Muerto? ¿Cuándo?

-Eso han dicho algunos que venían del otro lado del Jordán. ¿Lo venerabais?

-Éramos discípulos suyos.

-¿Por qué lo dejasteis?

-Para seguir al Cordero de Dios, al Mesías que Juan anunció. Israel todavía tiene a este profeta, ¡y para llevárselo al Cielo con el honor que requiere haría falta mucho más que un carro de fuego! ¿No creéis en el Mesías?

-¿Que si creemos? Hemos decidido que una vez que hayamos terminado la recolección iremos en su busca. Se dice que obedece con celo la Ley y va al Templo en las solemnidades prescritas. Iremos pronto para los Tabernáculos. Estaremos todos los días en el Templo para verlo. Y, si no lo encontramos, iremos a buscarlo hasta que lo encontremos. Vosotros que lo conocéis, decidnos: ¡es verdad que está en Cafarnaúm casi siempre?, ¿es verdad que es alto, joven, de tez clara, rubio, y que tiene una voz distinta de todos los demás hombres, con la cual toca los corazones, y hasta los animales y las plantas la oyen?

-Todos los corazones menos los de los fariseos, Gamala; ésos se han endurecido más.

-No son ni siquiera animales. Son demonios, incluido el que se llama como yo. Pero, decidnos: ¿es verdad que es así y que es tan bueno que habla con todos, consuela a todos, cura las enfermedades y convierte a los pecadores?

-¿Esto creéis?

-Sí, pero querríamos saberlo de vosotros que le seguís. ¡Si nos llevarais a Él!

-¿Pero no tenéis que ocuparos de las viñas?

-Tenemos que cuidar también el alma, que es más que las viñas. ¿Está en Cafarnaúm? Forzando el camino, en diez días podríamos ir y volver...

-El que buscáis está ahí. Ha descansado en vuestro huerto y ahora está hablando con aquel anciano y aquel joven. A su lado tiene a su Madre y a la hermana de su Madre.

-¿Aquél?... ¡Oh!... ¿Qué se hace?

Se quedan petrificados del estupor. Son todo ojos para mirar. Su vitalidad está enteramente concentrada en sus pupilas.

Pedro los pincha:

-¿Entonces? ¡Tanto deseo como teníais de verlo y ahora no os movéis? ¿Os habéis convertido en sal?

-No... es que... ¿Pero es tan sencillo el Mesías?

-¿Cómo queríais que fuera? ¿Queríais que estuviera sentado en un trono fulgurante y envuelto en regio manto? ¿Pensabais que fuera un nuevo Asuero?

-No... Pero... ¡tan sencillo... siendo tan santo!

-Es muy sencillo porque es santo, hombre. Bien, vamos a hacerlo de otra forma... ¡Maestro! Perdona, ven aquí a hacer un milagro.

-Aquí hay unos hombres que te buscan y que se han quedado petrificados al verte. Ven a restituirles el movimiento y la palabra.

Jesús, que al oír que lo llamaban se ha vuelto, se levanta, sonriendo, y viene hacia los viñadores, que lo miran tan estupefactos que parecen asustados.

-Paz a vosotros. ¿Me buscabais? Aquí estoy - y hace el gesto habitual de abrir los brazos tendiéndolos hacia ellos un poco como para ofrecerse.

Los viñadores caen a sus pies, de rodillas, y guardan silencio.

-No temáis. Decidme qué queréis.

Le ofrecen las cestas llenas de uvas, sin decirle nada.

Jesús admira la espléndida fruta y, diciendo «gracias», alarga una mano para coger un racimo, y empieza a comer las uvas.

-¡Dios altísimo! ¡Come como nosotros! - suspira el que se llamaba

Es imposible no echarse a reír por esta salida. También Jesús sonríe más marcadamente, y, casi como si quisiera pedir disculpa dice:

-¡Soy el Hijo del hombre!

El gesto de Jesús ha vencido el entorpecimiento extático, y Gamala dice:

-¿Por qué no entras en nuestra casa, al menos hasta que empiece a atardecer? Somos muchos, porque somos siete hermanos, con las respectivas esposas e hijos, y luego los ancianos, que esperan en paz la muerte.

-Vamos. Vosotros llamad a los compañeros y venid detrás. Madre, ven con María.

Jesús se pone en marcha, detrás de los campesinos, que ya se han levantado y ahora caminan un poco al sesgo para verlo caminar. El sendero, entre los troncos de los árboles unidos con las vides, es estrecho.

Llegan pronto a la casa, o más exactamente a las casas, porque se trata de un pequeño cuadrado de viviendas. En el centro hay un patio común, amplio, con un pozo. Se accede al patio a través de un largo pasillo que hace de vestíbulo y que durante la noche se cierra con una pesada puerta.

-Paz a esta casa y a los que en ella viven - dice Jesús al entrar, alzando la mano para bendecir. Luego la baja para acariciar a un niño pequeño medio desnudo que lo mira extático y que está guapísimo con su camisita sin mangas, medio caída y que deja al descubierto uno de los hombros regordetes, erguido sobre sus piececitos desnudos, con un dedito en la boca y una corteza de pan untado en aceite en la otra mano.

-Es David, el hijo de mi hermano menor - explica Gamala, mientras otro de los viñadores entra en la vivienda más cercana para advertir; luego sale y entra en otra, y así todas; de forma que se asoman rostros de todas las edades y luego se retiran... para volver después de un rápido aseo.

Sentado a la sombra de una techumbre en saledizo protegida por una higuera gigantesca, está un viejo con su bastoncito entre las manos. Ni siquiera alza la cabeza, como si no tuviera interés por nada.

-Es nuestro padre - explica Gamala - Uno de los ancianos de la casa, porque también la mujer de Jacob ha traído aquí a su padre, que está solo, y luego está también la anciana madre de Lía, la más joven de las esposas. Nuestro padre es ciego. Le ha venido el velo a las pupilas. ¡Mucho sol en los campos! ¡Mucho calor de la tierra! ¡Pobre padre! Está muy triste, pero es muy bueno. Está esperando a los nietos, que son su única alegría.

Jesús va donde el anciano.

-Dios te bendiga, padre.

-Quienquiera que seas, que Dios te pague tu bendición - responde el anciano alzando la cabeza en dirección a la voz.

-Dura condición la tuya, ¿verdad? - pregunta Jesús con dulzura, y hace ademán de no decir quién es el que habla.

-Viene de Dios, después de tantos bienes como me ha dado durante mi larga vida. De la misma forma que he tomado de Dios el bien, debo recibir la desventura de la vista. A fin de cuentas, no es eterna. Sobre el seno de Abraham concluirá.

-Es como dices. Peor sería si estuviera ciega el alma.

-Siempre he tratado de tenerla con vista.

-¿Cómo lo has hecho?

-Eres joven, tú que me estás hablando; tu voz lo dice. ¿No serás como esos jóvenes de ahora, que están todos ciegos porque viven sin religión, ¿no? Considera que no creer y no cumplir lo que Dios ha dicho es una gran desventura. Te lo dice un viejo, muchacho. Si abandonas la Ley, serás un ciego aquí y en la otra vida. No verás jamás a Dios. Porque llegará un día en que el Mesías Redentor nos abrirá las puertas de Dios. Yo soy demasiado viejo para poder ver este día en este mundo. Pero lo veré desde el seno de Abraham. Por eso no me quejo de nada, porque espero con estas sombras expiar lo que de ingrato a Dios puedo haber cometido, y merecerlo en la vida eterna. Pero tú eres joven. Sé fiel, hijo, de forma que puedas ver al Mesías. Porque el tiempo está próximo. El Bautista lo ha dicho. Tú lo verás. Pero si tienes el alma ciega, serás como aquellos de que habla Isaías: tendrás ojos pero no verás.

-¿Querrías verlo, padre? - pregunta Jesús mientras le pone una mano en la blanca cabeza.

-Querría verlo. Sí. Pero prefiero irme de este mundo sin verlo, antes que verlo yo y que mis hijos no lo reconozcan. Yo poseo todavía la antigua fe y me basta. Ellos... ¡el mundo de ahora!...

-Padre, ve pues al Mesías. La marcha hacia tu ocaso se vea coronada de júbilo - y Jesús desliza su mano desde los blancos cabellos, por la frente, hasta el barbado mentón del anciano, como si fuera una caricia; y se agacha para ponerse a la altura del rostro senil.

-¡Oh, Altísimo Señor! ¡Veo!... Veo... ¿Quién eres, con ese rostro desconocido y, no obstante, familiar, como si te hubiera visto antes?... Pero... ¡qué estúpido soy! ¡Tú, que me has devuelto la vista, eres el Mesías bendito! ¡Oh!

El anciano llora sobre las manos de Jesús -las ha cogido con las suyas- y las llena de besos y lágrimas. Toda la parentela está revolucionada.

Jesús libera una mano y acaricia otra vez al anciano mientras dice:

-Sí, soy Yo. Ven, para que además de mi cara conozcas mi palabra.

Y se dirige hacia una escalera que conduce a una terraza umbría, cubierta toda de sombra de una tupida parra. Todos lo siguen.

-Había prometido a mis discípulos que hablaría de la esperanza y que la explicaría con una parábola. Pues bien, aquí tenéis la parábola: este anciano israelita. El Padre de los Cielos me proporciona el objeto de nuestro tema, para enseñaros a todos la gran virtud que, como los brazos de un yugo, sujeta la fe y la caridad.

Suave yugo. Patíbulo de la Humanidad como el brazo transversal de la cruz, trono de la salvación como el apoyo de la serpiente salvífica alzada en el desierto. Patíbulo de la Humanidad. Puente del alma para alzar el vuelo y desplegarlo en la Luz. Si está colocada entre la indispensable fe y la perfectísima caridad, es porque sin la esperanza no puede haber fe y sin esperanza muere la caridad.

Fe presupone esperanza segura. ¿Cómo se puede creer que se llegará a Dios si no se espera en su bondad? ¿Cómo mantenerse a flote en la vida si no se espera en una eternidad? ¿Cómo se podrá perseverar en la justicia si no nos anima la esperanza de que Dios vea todas nuestras buenas acciones y nos premiará por ellas? De la misma forma, ¿cómo hacer vivir la caridad si no hay esperanza en nosotros? La esperanza precede a la caridad y la prepara. Porque un hombre necesita esperar para poder amar. Los desesperados ya no aman. Ésta es la escalera, hecha de peldaños y barandilla: la fe, los peldaños; la esperanza, la barandilla; arriba está la caridad y a ella se sube mediante las otras dos. El hombre espera para creer, cree para amar.

Este hombre ha sabido esperar. Nació. Era un niño de Israel como todos los demás. Fue creciendo con las mismas enseñanzas que los demás. Llegó a hijo de la Ley, como todos los demás. Se hizo un hombre. Se casó. Fue padre. Envejeció. Siempre esperando en las promesas hechas a los patriarcas y repetidas por los profetas. En la ancianidad las sombras han velado sus pupilas, mas no su corazón, donde la esperanza ha estado siempre encendida; la esperanza de ver a Dios. Ver a Dios en la otra vida. Y, dentro de la esperanza de la visión eterna, otra esperanza, más íntima y entrañable: "ver al Mesías". Y me ha dicho, no sabiendo quién era el joven que le hablaba: "Si abandonas la Ley, serás un ciego en la tierra y en el Cielo. Ni verás a Dios ni reconocerás al Mesías". Ha hablado sabiamente.

A1 presente, en Israel, hay muchos ciegos. Ya no tienen esperanza porque la rebelión a la Ley la ha matado en su interior; rebelión es, en efecto, aunque esté encubierta por paramentos sagrados, siempre que no hay aceptación íntegra de la palabra de Dios. Digo "de Dios"; no se trata de una aceptación de los aditamentos puestos por el hombre, que, por ser demasiados, y todos humanos, sufren la desatención de los mismos que los pusieron, mientras que las demás personas los cumplen de forma mecánica, de mala gana, con fatiga y sin fruto alguno. Ya no tienen esperanza; antes bien, se muestran sarcásticos con las verdades eternas. No tienen ya, por tanto, ni fe ni caridad. El divino yugo, que Dios ha dado al hombre para que haga de él obediencia y mérito, la celeste cruz que Dios ha dado al hombre como exorcismo contra las serpientes del Mal, para obtener

salvación de ella, han perdido su brazo transversal, el que sujetaba la cándida llama y la llama roja: la fe y la caridad; y las tinieblas han bajado a los corazones.

Este anciano me ha dicho: "Gran desventura es no creer y no hacer lo que Dios ha indicado". Es verdad. Os lo confirmo. Es peor que la ceguera material, la cual incluso puede ser curada para dar al justo la alegría de ver de nuevo el sol, los prados y los frutos de la tierra, el rostro de los hijos y nietos, y, sobre todo, lo que era la esperanza de su esperanza: "Ver al Mesías del Señor". Quisiera que una virtud semejante latiera en el corazón de todo Israel, especialmente en el de los más instruidos en la Ley. No basta haber vivido en el Templo o haber pertenecido a él, no basta saber de memoria las palabras del Libro; es necesario saber hacerlas vida de nuestra vida mediante las tres virtudes divinas. Tenéis un ejemplo: donde estas virtudes viven todo es suave, incluso la desventura; porque el yugo de Dios es siempre ligero, pesa sobre el cuerpo, pero no debilita el espíritu.

Id en paz, vosotros que os quedáis aquí, en esta casa de buenos israelitas; ve en paz, anciano padre; del amor de Dios a ti tienes certeza; termina tu justa jornada depositando tu sabiduría en el corazón de los pequeñuelos que llevan tu misma sangre. No puedo quedarme aquí más tiempo, pero queda mi bendición entre estas paredes copiosas en gracias como los racimos de esta vid.

Jesús querría marcharse ya, pero se ve obligado a detenerse al menos para poder conocer a esta tribu de todas las edades y para recibir cuanto le quieren dar... tanto que los talegos de viaje acaban panzudos como odres. Luego puede reanudar el camino, por un atajo que va entre plantas de vid, indicado por los viñadores, los cuales no lo dejan sino cuando llegan a la vía de primer orden, visible ya un pueblecillo, donde Jesús con los suyos podrán pasar la noche.

## 257

## Retiro de Jesús y Santiago de Alfeo en el monte Carmelo

-Evangelizad por la llanura de Esdrelón hasta que vuelva - ordena Jesús a sus apóstoles en una serena mañana, mientras en los márgenes del Kisón consumen un poco de comida: pan y fruta.

Los apóstoles no parecen muy entusiastas, pero Jesús los conforta dando una línea que seguir en su modo de proceder; y termina:

-Por lo demás, tenéis con vosotros a mi Madre. Será una buena consejera. Dirigíos a los campesinos de Jocanán, y tratad de hablar el sábado con los otros de Doras. Llevadles socorros y consolad al anciano padre de Margziam con las noticias del niño; decidle que para los Tabernáculos se lo llevaremos. Dad mucho, todo lo que tengáis, a los infelices: todo lo que sepáis, todo el afecto de que seáis capaces, todo el dinero que tenemos. No temáis. Como sale entra. De hambre no moriremos nunca, aunque vivamos sólo de pan y fruta. Y, si veis desnudez, dad los vestidos, incluso los míos; es más, los primeros los míos. No nos quedaremos nunca desnudos. Y, sobre todo, si encontráis desdichados que me buscan, no los rechacéis: no tenéis derecho a hacerlo. Adiós, Madre. Que Dios, por mi boca, os bendiga a todos. Id y sentíos seguros. Ven, Santiago.

-¿No tomas ni siquiera tu talega? - pregunta Tomás al ver que el Señor se pone en camino y no la toma.

-No es necesaria. Caminaré más libre.

Santiago también deja la suya, a pesar de que su madre, solícita, la hubiera atiborrado de pan, pequeños quesos y fruta.

Se ponen en camino. Durante un poco de tiempo siguen el ribazo del Kisón; luego, acometiendo las primeras pendientes que llevan al Carmelo, desaparecen de la vista de los que se han quedado.

-Madre, estamos en tus manos. Guíanos, porque... no somos capaces de nada - confiesa humildemente Pedro.

María regala una sonrisa tranquilizadora y dice:

-Es muy simple. Lo único es obedecer sus indicaciones, y haréis todo bien. Vamos.

-Pero yo no voy con ellos. [...] sigo a Jesús [...].

Jesús sube sin hablar con su primo Santiago, que tampoco habla; está concentrado en sus pensamientos. Santiago, que se siente ante las puertas de una revelación, va penetrado todo de un amor reverencial, invadido de un temblor espiritual, y mira de tanto en tanto a Jesús, el cual, en medio de su estado de concentración, de vez en cuando, muestra una luminosa sonrisa en su rostro solemne. Mira a Jesús como miraría a Dios antes de encarnarse y con todo el resplandor de su inmensa majestad, y su cara, tan parecida a la de San José, de un moreno que no impide el rojo en lo alto de los pómulos, se pone pálida de emoción. Pero respeta el silencio de Jesús.

Van subiendo por empinados atajos, casi sin ver a los pastores que han sacado a pastar a sus rebaños a los verdes pastos de los bosques de acebos, robles, fresnos y otros árboles agrestes. Van subiendo, rozando con sus mantos las matas verdes - claras de los enebros, las matas de oro de las ginestas, o los matorrales de esmeralda salpicada de perlas de los mirtos, o las cortinas semovientes de las madreselvas y las clemátides en flor.

Van subiendo, dejando atrás a leñadores y pastores, hasta llegar, tras incansable camino, a la cresta del monte, más exactamente un pequeño rellano adosado a una cresta coronada por robles gigantescos: limitado por una balaustrada de troncos que tienen por base las copas de los otros árboles de la pronunciada pendiente, de modo que es como si el pequeño prado estuviera apoyado sobre este susurrante soporte; aislado del resto del monte, que no se puede ver por las frondas de más abajo; a sus espaldas el pico, que lanza sus árboles hacia el cielo; encima, el cielo abierto; de frente, el abierto horizonte, arrebolado a esta hora del ocaso, y que se derrama en el mar enteramente encendido.

Una grieta (de amplitud apenas suficiente para que quepa un hombre no corpulento) de la tierra -si no hay desprendimiento es porque las raíces de los robles gigantes mantienen el terreno en una red de tenazas- se abre en este rellano que un matorral de ramajes enredados parece prolongar extendiéndose horizontalmente desde su borde.

Jesús abre la boca para decir:

-Santiago, hermano mío, pasaremos esta noche aquí. A pesar de que sea mucho el cansancio de la carne, te pido pasar la noche en oración, la noche y todo el día de mañana hasta esta hora. Una jornada completa no es demasiado para recibir lo que quiero darte.

-Jesús, Señor y Maestro mío, haré siempre lo que quieras - responde Santiago, que había palidecido aún más cuando Jesús había empezado a hablar.

-Lo sé. Vamos ahora a coger moras y mirtilos para nuestro estómago y a refrescarnos a una fuente que he oído aquí abajo. Deja, si quieres, el manto en esa oquedad. Nadie lo cogerá.

Y junto con su primo da la vuelta al rellano, cogiendo frutos silvestres de las zarzas del matorral; luego, unos metros más abajo, en la parte opuesta a la que han seguido para subir, llenan las cantimploras -única cosa que llevaban consigo- en una cantarina fuente que surge de detrás de una maraña de gruesas raíces, y se lavan para refrescarse del calor que, a pesar de la altura, es todavía fuerte. Luego vuelven a subir a su rellano, y, mientras el aire aparece todo arrebolado sobre la pingorota herida por el sol -que está para desaparecer por el occidente-, comen lo que han recogido, y beben de nuevo, sonriéndose como dos niños felices, o como dos ángeles. Pocas palabras: un recuerdo de los que han dejado en la llanura, una exclamación de embeleso por la extrema belleza del día, el nombre de las dos madres... nada más.

Luego Jesús acerca hacia sí a su primo, que toma la postura habitual de Juan: la cabeza apoyada en la parte más alta del pecho de Jesús, una mano relajada sobre el regazo, la otra en la mano de su Primo; y están así, mientras la tarde declina en medio de un intenso trinar de pájaros que se van retirando a la espesura, en medio de un resonar de esquilas que se aleja y se hace cada vez más confuso, en medio del rumor leve del viento, que acaricia las cimas, las refresca y vivifica, tras el calor inmóvil del día, y anuncia ya el rocío.

Están así largo tiempo. Creo que es silencio sólo de labios, y que los espíritus, más activos que nunca, están entrelazando sobrenaturales conversaciones.

## 258

## Jesús revela a Santiago de Alfeo cuál será su misión de apóstol

Es la misma hora, pero del día siguiente.

Santiago está todavía retirado dentro de la grieta del monte, sentado, todo acurrucado, con la cabeza inclinada hasta tocar casi las rodillas, elevadas y ceñidas con los brazos; o está en profunda meditación o duerme, no distingo bien. Se ve claramente que no percibe lo que sucede a su alrededor, concretamente una pelea entre dos aves grandes, que, por algún motivo suyo particular combaten ferozmente en el pequeño prado. Diría que son gallos de montaña o urogallos o faisanes, porque tienen el volumen de un gallo pequeño y plumas irisadas, pero no tienen cresta (sólo un pequeño yelmo de carne roja como un coral en la parte alta de la cabeza y en las mejillas); si la cabeza es pequeña, el pico debe ser un punzón de acero. Plumas que vuelan por el aire, sangre que cae al suelo; en medio de un guirigay muy sensible, que ha hecho callar silbos, trinos y gorjeos, en la espesura. Quizás los pajarillos observan el feroz carrusel... Santiago no oye nada.

Jesús, sin embargo, sí que oye; baja de la cima adonde había subido y, dando unas palmadas, separa a los contendientes, los cuales huyen sangrando, uno hacia la ladera del monte, el otro a la copa de un roble, y allí se pone en orden las plumas, que tiene todo erizadas y alborotadas.

Santiago no alza la cabeza tampoco por el ruido que ha hecho Jesús, quien, sonriendo, camina un poco más y se para en el centro del prado. Su túnica blanca parece teñirse de rojo en la parte derecha por la intensidad del arrebol del ocaso. Parece verdaderamente como si el cielo hubiera prendido fuego. Pues bien, a pesar de todo, Santiago no debía estar dormido, porque cuando Jesús susurra -verdaderamente sólo susurra-:

-Santiago, ven - levanta la cabeza de las rodillas, abre el cerco de sus brazos, se pone en pie y va hacia Jesús.

Se para frente a Él, a unos dos pasos de distancia, y lo mira.

Jesús también lo mira, con expresión seria aunque alentadora por una sonrisa que es visible aun no siendo ni de labios ni de miradas. Lo mira fijamente, como queriendo leer hasta las más imperceptibles reacciones y emociones de su primo y apóstol, el cual, como ayer, sintiéndose a las puertas de una revelación, palidece; y su palidez es mayor todavía, hasta parecer un continuo con su túnica de lino, cuando Jesús alza los brazos, le apoya las manos en los hombros y mantiene esta postura: Santiago asemeja entonces verdaderamente a una hostia: solamente los mansos ojos castaño oscuros y la barba castaña ponen algo de color en ese rostro atento.

-Santiago, hermano mío, ¿sabes por qué he querido que vinieras aquí, y estar a solas para hablarte, tras horas de oración y meditación?

Da la impresión de que a Santiago le cueste responder, debido a la fuerte emoción; al fin, abre los labios para responder en voz baja:

-Para darme una lección especial, o para el futuro o porque soy el menos dotado de todos; te doy las gracias de antemano, aunque se trate de una corrección. Créeme, Maestro y Señor, que si soy tardo e incapaz es por deficiencia, no por mala voluntad.

-No se trata de una corrección, sino de una lección para cuando no esté con vosotros. Durante estos meses has pensado mucho en tu corazón lo que te dije un día, al pie de este monte, cuando te prometí que vendría aquí contigo, no sólo para hablar del profeta Elías y contemplar el mar que desde allí resplandecía, infinito, sino para hablarte de otro mar, aún mayor, más mudable, más engañoso que éste, que hoy parece el más plácido de los embalses pero que, quizás, dentro de pocas horas se tragará, con hambre voraz, barcas y hombres. Nunca has separado el pensamiento de lo que te dije entonces, ni del hecho de que la venida aquí tuviera que ver con tu destino futuro. Tanto es así, que te estás poniendo cada vez más pálido, al intuir que se trata de un grave destino, de una herencia llena de tal responsabilidad, que haría temblar incluso a un héroe. Son una responsabilidad y una misión que deben ser actuadas con toda la santidad que es posible en un hombre para no defraudar el deseo de Dios.

No tengas miedo, Santiago; no quiero tu mal. Por tanto, si te destino a ella, es señal de que sé que no te dañará, sino que te dará gloria sobrenatural. Escúchame, Santiago, pon paz en ti con un vivo acto de abandono en mí, para poder oír y recordar mis palabras. Nunca volveremos a estar tan solos, ni con el espíritu tan predispuesto a comprendernos.

Yo un día me iré, como todos los hombres, que tienen un tiempo de permanencia en la tierra. Mi permanencia cesará de una forma distinta de la de los hombres, pero cesará; entonces no me tendréis a vuestro lado sino con mi Espíritu, el cual -te lo aseguro- no os abandonará jamás. Me iré después de daros lo necesario para hacer progresar mi Doctrina en el mundo, después de cumplir el Sacrificio y obteneros la Gracia; con ésta y con el Fuego sapiencial y heptamorfo podréis hacer lo que ahora sólo con imaginarlo os parecería locura y presunción. Yo me iré y vosotros os quedaréis. El mundo que no ha comprendido a Cristo no comprenderá a los apóstoles de Cristo. Por eso os perseguirán, os dispersarán, como si fuerais los más peligrosos para el bienestar de Israel. Pero, puesto que sois mis discípulos, debéis sentiros contentos de sufrir los mismos dolores que vuestro Maestro.

Un día de Nisán te dije: "Tú serás el que quede, de los profetas del Señor". Tu madre, por ministerio espiritual, ha intuido de alguna forma el significado de estas palabras. Pues bien, antes de que se cumplan para mis apóstoles, a ti, y para ti, se te habrán cumplido ya. Santiago, todos serán dispersados excepto tú, hasta la llamada de Dios a su Cielo. Permanecerás en el lugar para el que te elegirá Dios por boca de tus hermanos -tú, descendiente de la estirpe real, en la ciudad real- y alzarás mi cetro y hablarás del verdadero Rey. Rey de Israel y del mundo, según una realeza sublime que sólo comprenden aquellos a quienes es revelada.

Entonces necesitarás fortaleza, constancia, paciencia y sagacidad sin límites. Tendrás que ser justo con caridad, con una fe simple y pura como la de un niño, y al mismo tiempo erudita, propia de un verdadero maestro, para sostener la fe, agredida en muchos corazones y por muchas cosas contrarias, y para refutar los errores de los falsos cristianos y las sutilezas doctrinales del viejo Israel, el cual, ciego ya desde ahora, estará más ciego que nunca cuando haya matado la Luz, y forzará las palabras proféticas e incluso los mandamientos del Padre, de quien procedo, para persuadirse a sí mismo, y así darse paz, y persuadir al mundo, de que los patriarcas y los profetas no hablaban de mí, sino que Yo era solamente un pobre hombre, un iluso, un desquiciado -esto para los mejores- o -para los menos buenos del viejo Israel- un hereje endemoniado.

Te ruego que entonces seas otro Yo. ¡No, que no es imposible! Es posible. Deberás tener presente a tu Jesús, sus actos, su palabra, sus obras; deberás vaciarte en mí como si te depositaras suavemente en el molde de arcilla que usan los fundidores de metales para darles una impronta. Yo estaré siempre presente. Tan presente y vivo con vosotros, mis fieles, que podréis uniros a mí, ser vosotros otro Yo, con sólo desearlo. Y tú, que has vivido conmigo desde la más tierna edad, que recibiste el alimento de la Sabiduría de manos de María antes que de mis propias manos, tú que eres sobrino del hombre más justo que tuvo Israel, tú debes ser un perfecto Cristo...

-¡No puedo, no puedo, Señor! Da esta misión a mi hermano, a Juan, a Simón Pedro, al otro Simón; a mí no, Señor. ¿Por qué a mí? ¿Qué he hecho para merecerlo? ¡¿No ves que soy un pobre, bien pobre, hombre que tiene sólo una capacidad: quererte mucho y creer firmemente en todo lo que dices?

Judas tiene un temperamento muy fuerte. Irá muy bien donde haya que abatir el paganismo. No aquí, donde lo que habrá que hacer será convencer del cristianismo a aquellos que, por ser ya pueblo de Dios, creen a pies juntillas que están en lo cierto; no aquí, donde lo que hay que hacer es convencer a todos aquellos que, a pesar de creer en mí, se sentirán defraudados por el desarrollo de los acontecimientos. Convencerlos de que mi Reino no es de este mundo, sino que es el Reino enteramente espiritual de los Cielos, cuyo preludio es una vida cristiana, o sea, una vida en que los valores preponderantes sean los del espíritu.

El convencimiento se obtiene con una firme dulzura. ¡Ay de aquel que echa las manos al cuello para persuadir! La víctima dirá "sí" en ese momento, para librarse del estrangulamiento, pero luego huirá, y -si no es un malvado, sino solamente una persona extraviada-no volverá hacia atrás ni querrá aceptar ya confrontaciones; o -si es un malvado o simplemente un fanático- huirá para ir a armarse y dar muerte a este que, atropellando a los demás, proclama doctrinas distintas de las suyas.

Pues bien, tú estarás rodeado de fanáticos, fanáticos cristianos y fanáticos israelitas. Los primeros querrán de ti acciones de fuerza, o al menos el permiso para llevarlas a cabo (porque el viejo Israel, con sus intransigencias y restricciones, estará todavía presente en ellos, agitando su venenosa cola). Los segundos marcharán contra ti y los otros, como si fuera una guerra santa en defensa de la vieja Fe y de sus símbolos y ceremonias. Y tú estarás en el centro de este mar tempestuoso. Tal es el sino de los líderes. Tú serás la cabeza de los cristianos de la Jerusalén cristianizada por tu Jesús.

Habrás de saber amar con perfección para poder ser líder santamente. A las armas y anatemas de los judíos no opondrás armas y anatemas, sino tu propio corazón. No te permitas nunca imitar a los fariseos considerando a los gentiles estiércol; que también para ellos he venido. En verdad, si hubiera sido sólo para Israel, el anonadamiento de Dios tomando una carne susceptible de muerte hubiera sido desproporcionado. Pues, si bien es verdad que mi Amor me habría movido a encarnarme con alegría por la salvación de una sola alma, la Justicia, que es también parte de Dios, impone que el anonadamiento del Infinito sea por una infinidad: el género humano.

Serás dulce con ellos, con esa dulzura que no rechaza, limitándote a ser inquebrantable sólo en el dogma; serás condescendiente para con otras formas materiales de vida que no menoscaban el espíritu y son distintas de las nuestras. Mucho tendrás que combatir con los hermanos por esto, porque Israel está cargado de prácticas externas e inútiles porque no cambian el espíritu. Tú, por el contrario, preocúpate únicamente del espíritu, y así enséñalo a otros. No pretendas que los gentiles muden de repente sus usanzas; tú tampoco cambiarás de golpe las tuyas. No estés amarrado a tu escollo, porque para recoger en el mar los restos de embarcaciones y llevarlos al arsenal para reconstruirlos es necesario navegar, no estar parado; y debes ir en busca de estos restos (los hay en la gentilidad y en Israel). En el confín del mar inmenso está Dios abriendo los brazos a todos los que ha creado, sean ricos de origen santo, como los israelitas, o pobres como los paganos.

He dicho: “Amad a vuestro prójimo". Prójimo no es sólo el miembro de la familia o el compatriota, sino también el hombre hiperbóreo cuyo aspecto no conocéis, y aquel que en este momento contempla una aurora en regiones desconocidas, o recorre los neveros de las cadenas fabulosas de Asia, o está bebiendo en un río que abre su lecho entre las selvas ignotas del centro africano. Aunque te viniera un adorador del Sol, o uno que tiene por dios al voraz cocodrilo; o uno que se cree la reencarnación del Sabio y que ha sabido intuir la Verdad, pero que no ha sabido aferrar su Perfección y dársela a sus fieles como Salvación; o un asqueado ciudadano de Roma o de Atenas que te suplicara: "Dame a conocer a Dios"... no puedes, no debes, decirles: “Alejaos de mí porque llevaros a Dios sería una profanación".

Ten presente que éstos no conocen, mientras que Israel sí que conoce. Pues bien, en verdad muchos en Israel son y serán más idólatras y crueles que el más bárbaro de los idólatras del mundo; y sacrificarán víctimas humanas no a este ídolo o a aquél, sino a sí mismos, a su orgullo, ávidos de sangre una vez que se haya encendido en ellos una sed inextinguible que durará hasta el final de los siglos; sólo el beber de nuevo, y con fe, aquello que había provocado la sed atroz podría calmarla. Pero entonces será también el fin del mundo, porque el último en decir: "Creemos que eres Dios y Mesías" será Israel, a pesar de todas las pruebas que de mi Divinidad he dado y daré.

Velarás y cuidarás porque la fe de los cristianos no sea vana. Vana sería si fuera sólo una fe de palabras y de prácticas hipócritas. Lo que da vida es el espíritu. El espíritu falta en el ejercicio mecánico o farisaico, que no es otra cosa sino simulacro de fe, no verdadera fe. ¿De qué le valdría al hombre cantar alabanzas a Dios en la asamblea de los fieles, si luego cada acto suyo es una imprecación contra Él? Dios, en efecto, no se hace juguete del fiel, sino que, dentro de su paternidad, conserva siempre las prerrogativas de Dios y Rey.

Vela y cuida porque nadie usurpe un lugar que no le corresponde. Dios dará la Luz en la medida de vuestros grados. Dios no os dejará sin la Luz, a menos que no quede apagada en vosotros la Gracia por el pecado.

A muchos les placerá oír que los llaman "maestro". Sólo uno es el Maestro: quien te está hablando; sólo una es Maestra: la Iglesia que le perpetúa. En la Iglesia, serán maestros aquellos que sean consagrados con encargo especial para la enseñanza. Pero entre los fieles habrá quienes por voluntad de Dios y por su propia santidad, o sea, por su buena voluntad, serán absorbidos por el remolino de la Sabiduría y hablarán. Otros habrá -de por sí no sabios, pero sí dóciles cual instrumentos en manos del artífice- que hablarán en nombre del Artífice, repitiendo como niños buenos aquello que su Padre les dice que digan, aun sin comprender toda la amplitud de lo que dicen. En fin, habrá quienes hablen como si fueran maestros, con un esplendor que seducirá a los ingenuos, pero serán soberbios, duros de corazón, celosos, iracundos, embusteros, lujuriosos.

De la misma forma que te digo que recojas las palabras de los sabios en el Señor y de los sublimes pequeñuelos del Espíritu Santo, y que incluso los ayudes a comprender la profundidad de las divinas palabras -en efecto, si bien ellos son los portadores de la divina Voz, vosotros, mis apóstoles, seréis siempre los responsables de la enseñanza en mi Iglesia, y debéis socorrer a éstos, sobrenaturalmente cansados de la extasiante y grave riqueza que Dios ha depositado en ellos para que la transmitan a sus hermanos-, de la misma forma te digo: rechaza las palabras falaces de los falsos profetas, cuya vida no responde a mi doctrina. La bondad de vida, la mansedumbre, la pureza, la caridad y humildad no faltarán nunca en los sabios y en las pequeñas voces de Dios; *siempre* en los otros.

Vela y cuida porque no haya celos ni calumnias en la asamblea de los fieles, como tampoco resentimientos ni espíritu de venganza. Vela y cuida porque la carne no pase a dominar sobre el espíritu. No podría soportar las persecuciones aquel cuyo espíritu no fuera soberano de la carne.

Santiago, sé que lo harás, pero da a tu Hermano la promesa de que no lo defraudarás.

-¡Pero, Señor, Señor! Sólo una cosa me da miedo: no ser capaz. Señor mío, te ruego que le des a otro este encargo.

-No. No puedo...

-Simón de Jonás te ama, y Tú lo amas...

-Simón de Jonás no es Santiago de David.

-¡Juan! Juan, el ángel docto... hazlo a él tu siervo aquí.

-No. No puedo. Ni Simón ni Juan poseen esa nada que, a pesar de no ser nada, es mucho ante los hombres: el parentazgo. Tú eres el pariente mío. Después de haberme... después de haberme negado el debido reconocimiento, la parte mejor de Israel buscará el perdón de Dios y de sí misma, tratando de reconocer al Señor que habrán maldecido en la hora de Satanás, y les parecerá obtener el perdón -y, por tanto, fuerza para caminar por mi vía- si ven en mi lugar a uno de mi misma sangre. Santiago, en este monte se han producido cosas muy grandes. Aquí el fuego de Dios consumió no sólo el holocausto, la leña, las piedras, sino incluso la tierra y hasta el agua que había en el hoyo. Santiago, ¿crees que Dios no puede volver a hacer algo semejante, encendiendo y consumiendo toda la materialidad del hombre-Santiago para hacer un Santiago-fuego de Dios? Hemos estado hablando mientras el ocaso ha hecho de fuego incluso nuestros indumentos. Así, ¿cómo crees que fue el fulgor del carro que raptó a Elías, no menos intenso o más intenso?

-Mucho más refulgente, porque su fuego era celestial.

-Pues piensa entonces lo que será un corazón que se haya transformado en fuego por tener en sí a Dios, porque Dios quiere que perpetúe a su Verbo en la predicación de la Nueva de Salvación.

-Pero, ¿por qué no continúas Tú, Verbo de Dios, eterno Verbo?
-Porque soy Verbo y Carne. Con el Verbo debo instruir, con la Carne redimir.
-¡Jesús mío! ¿Cómo vas a redimir? ¿Qué te espera?
-Santiago, recuerda lo que dijeron los profetas.
-¿Pero no hablan alegóricamente? ¿Podrás ser maltratado por los hombres, Tú que eres el Verbo de Dios? ¿No quieren decir, quizás, que darán tormento a tu divinidad, a tu perfección, pero nada más, nada más que eso? Mi madre se preocupa por mí y Judas, yo por ti y María, y... por nosotros, que somos muy débiles. Jesús, Jesús, si el hombre cometiera atropello contigo, ¿no crees que muchos de nosotros te considerarían reo y se alejarían de ti desilusionados?
-Estoy seguro de ello. Serán zarandeados todos los estratos de mis discípulos. Pero luego tornará la paz; es más, se producirá una aglutinación de las partes mejores, y sobre ellas, después de mi sacrificio y triunfo, descenderá el Espíritu fortalecedor y sapiente: el divino Espíritu.
-Jesús, para que yo no me desvíe ni me escandalice en esa hora tremenda, dime: ¿qué te van a hacer?
-Grande es lo que me preguntas.
-Dímelo, Señor.
-Saberlo exactamente te significará tormento.
-No importa. Por el amor que nos ha unido...
-No se debe saber.
-Dímelo y luego borra mi memoria hasta la hora en que haya de cumplirse; entonces, ponla de nuevo en mi memoria junto con esta hora. Así no me escandalizaré de nada y no pasaré a la parte de tus adversarios en el fondo de mi corazón.
-No servirá de nada, porque también tú cederás en la tempestad.
-¡Dímelo, Señor!
-Seré acusado, traicionado, apresado, torturado, crucificado.
-¡Nooo!
Santiago grita y se encorva como si lo hubieran herido de muerte.
-¡No! – repite - Si te hacen esto a ti, ¿qué nos harán a nosotros? ¿Cómo vamos a poder continuar tu obra? No puedo, no puedo aceptar el puesto que me asignas... ¡No puedo!... ¡No puedo! Si Tú mueres, seré yo también un muerto, sin energía alguna. ¡Jesús! ¡Jesús! Escúchame. No me dejes sin ti. ¡Prométemelo, prométeme esto al menos!
-Te prometo que vendré a guiarte con mi Espíritu, una vez que la gloriosa Resurrección me libre de las ataduras de la materia. Seremos una cosa sola como ahora que estás entre mis brazos.
En efecto, Santiago se ha entregado al llanto apoyado en el pecho de Jesús.
-No llores más. Salgamos de esta hora de éxtasis, luminosa y penosa, como quien sale de las sombras de la muerte y recuerda todo excepto el acto-muerte, minuto de espanto helador que como hecho muerte dura siglos. Ven, te beso así, para ayudarte a olvidar el horror de mi destino de Hombre. Tendrás el recuerdo en su debido momento, como has pedido. Ten, te beso en la boca, que deberá repetir mis palabras a las gentes de Israel; en el corazón, que deberá amar como Yo he dicho; en la sien, donde cesará la vida junto con la última palabra de amorosa fe en mí. ¡Cómo vendré, hermano amado, a tu lado, en las asambleas de los fieles, en las horas de meditación, en las horas de peligro y en la hora de la muerte! Nadie, ni siquiera tu ángel, recogerá tu espíritu; seré Yo, con un beso, así...
Permanecen largo tiempo abrazados, y Santiago parece casi como adormilarse en la alegría de los besos de Dios, que le hacen olvidar su sufrimiento. Cuando levanta la cabeza, es de nuevo el Santiago de Alfeo, sereno y bueno, tan parecido a José, esposo de María. Son-ríe a Jesús: es una sonrisa más madura, un poco triste, pero tan dulce como siempre.
-Vamos a comer, Santiago. Luego dormiremos bajo las estrellas. Con las primeras luces bajaremos al valle... volveremos donde los hombres...
Jesús suspira... pero termina, con una sonrisa:
-... Y con María.
-¿Qué voy a decirle a mi madre, Jesús? ¿Y a los compañeros? Me harán preguntas...
-Podrás referirles todo lo que te he dicho: lo que te he hecho considerar sobre las respuestas de Elías a Ajab, al pueblo en el monte; y sobre el poder de que goza una persona a la que Dios ama, en cuanto a conseguir de pueblos y elementos enteros lo que se quiere; sobre su celo, que lo devora, por el Señor; y cómo he ofrecido a tu consideración que con la paz se entiende a Dios y en la paz se le sirve. Les dirás que, de la misma forma que Yo os he llamado, vosotros -como Elías con su manto respecto a Eliseo- con el manto de la caridad podréis conquistar a nuevos siervos de Dios para el Señor. Y a los que siempre tienen preocupaciones refiéreles cómo te he hecho notar la alegre libertad que muestra Eliseo respecto a las cosas del pasado, liberándose de bueyes y arado. Diles cómo te he recordado que a quien quiere milagros mediante Belcebú le viene el mal, no el bien, como le sucedió a Ocozías, según la palabra de Elías. Diles, finalmente, cómo te he prometido que el que permanezca fiel hasta la muerte recibirá el fuego purificador del Amor para consumir las im-perfecciones y llevarlo directamente al Cielo. Lo demás es sólo para ti.

## 259

## Lección sobre la Iglesia y los Sacramentos a Santiago de Alfeo, que obra un milagro

Jesús deja el rellano de la cima del Carmelo. Desciende por los senderos impregnados de rocío, cruzando los bosques, que se animan cada vez más de trinos y voces, bajo el primer sol que ya dora la ladera oriental del monte. Cuando la leve neblina del

calor se disuelve bajo la acción del sol, toda la llanura de Esdrelón se manifiesta en su belleza de huertos de árboles frutales y majuelos en torno a las casas. Parece una alfombra -en su mayor parte verde, con escasas islas amarillentas salpicadas de remolinos rojos: los campos de trigo, ya segado, en que llamean las amapolas- una alfombra ceñida por el engaste triangular de los montes Carmelo, Tabor, Hermón (el pequeño Hermón) y por los más lejanos, cuyo nombre desconozco, que ocultan el Jordán y se unen hacia el sudeste con los montes de Samaria.

Jesús se para a observar, pensativo, toda esa parte de Palestina. Santiago lo mira y dice:

-¿Observas la belleza de esta zona?

-Sí; pero, más que nada, pienso en las peregrinaciones futuras y en la necesidad de enviaros a vosotros y, sin dilación, a los discípulos, no a la limitada labor de ahora, sino a una verdadera labor misionera. Tenemos muchas zonas donde todavía no me conocen. No quiero dejar lugares sin mí. Es mi continua preocupación: moverme, hacer mientras pueda, y hacer todo...

-De vez en cuando intervienen cosas que te hacen aminorar la marcha.

-Más que hacerme aminorar la marcha, imponen variaciones en el itinerario; porque nunca son inútiles los viajes que realizamos. Pero todavía hay mucho que hacer, mucho... Y es que, además, cuando me ausento un tiempo de un lugar, me encuentro con muchos corazones que han vuelto al punto de partida, y debo comenzar desde cero.

-Sí, esta apatía de los espíritus, esta volubilidad y preferencia del mal son desalentadoras y fastidiosas.

-Desalentador. No digas fastidioso. El *trabajo de Dios no es nunca fastidioso.* Las pobres almas deben producirnos compasión, no fastidio. Tenemos que tener siempre un corazón de padre, de padre bueno. Un padre bueno nunca siente fastidio por las enfermedades de sus hijos. Y no tenemos que sentirlo nosotros por ninguno».

-Jesús, ¿me permites hacerte algunas preguntas? No he dormido esta noche tampoco, pero he pensado mucho y te miraba mientras dormías. ¡Cuando duermes pareces muy joven, Hermano! Sonreías, con la cabeza apoyada en un brazo doblado. Verdaderamente una postura de niño. Te veía bien porque esta noche había una Luna muy luminosa. Pensaba. Y me han sobrevenido muchas preguntas del corazón...

-Dilas.

-Decía: tengo que preguntar a Jesús cómo vamos a conseguir llegar con nuestra insuficiencia a este organismo que has llamado Iglesia (en el cual, si no he entendido mal, habrá jerarquías). ¿Nos vas a decir todo lo que tenemos que hacer, o lo tendremos que hacer por nuestra cuenta?

-Cuando llegue la hora, os indicaré quién será la cabeza. No más. Durante mi presencia entre vosotros, os estoy indicando las distintas clases, con las diferencias entre apóstoles, discípulos y discípulas. Porque son inevitables. Pero mi voluntad es que, de la misma forma que en los discípulos debe haber respeto y obediencia hacia los apóstoles, los apóstoles tengan amor y paciencia para con los discípulos.

-¿Y qué tenemos que hacer? ¿Predicarte continuamente? ¿Sólo predicarte?

-Eso es lo esencial. Luego tendréis que absolver y bendecir en mi nombre, admitir de nuevo a la Gracia, administrar los sacramentos que instituiré...

-¿Qué son?

-Medios sobrenaturales y espirituales aplicados no sin medios materiales, usados para persuadir a los hombres de que el sacerdote hace realmente algo. Como puedes observar, el hombre, si no ve, no cree; siempre necesita algo que le diga *que hay algo.* Por este motivo, cuando realizo milagros impongo las manos o mojo con saliva u ofrezco un bocado de pan untado en algo. Podría hacer milagros sólo con mi pensamiento. Pero ¿crees que, en ese caso, la gente diría: "Dios ha hecho un milagro"? Dirían: "Se ha curado porque era la hora de curarse". Y atribuirían el mérito al médico, a las medicinas, a la resistencia física del enfermo. Lo mismo será para los sacramentos: formas del culto para administrar la Gracia, o devolverla, o fortalecerla en los fieles. Juan, por ejemplo, usaba la inmersión en agua para dar una figura de la purificación de los pecados. En realidad, la mortificación de confesar la propia impureza por los pecados cometidos era más útil que el agua que lavaba los miembros. Yo también tendré el bautismo, mi bautismo, que no será simplemente una figura, sino realmente eliminación en el alma de la mancha original y restitución al alma del estado espiritual (aumentado por conferirlo los méritos del Hombre-Dios) que poseían Adán y Eva antes de su pecado.

-Pero... ¡el agua no desciende al alma! El alma es espiritual. ¿Quién podrá cogerla en el recién nacido, en el adulto o en el anciano! Nadie.

-¿Ves que tú mismo admites que el agua es un medio material nulo en lo espiritual? Por tanto, no será el agua, sino la palabra del sacerdote, miembro de la Iglesia de Cristo, consagrado a su servicio, o de otro verdadero creyente que en casos excepcionales lo sustituya, la que obrará el milagro de la redención del bautizado de la culpa original.

-De acuerdo. Pero el hombre es pecador también por sí mismo... ¿Quién quitará los otros pecados?

-El sacerdote lo mismo, Santiago. Si un adulto se bautiza, junto con la culpa de origen quedarán canceladas las otras culpas; si este hombre está ya bautizado y vuelve a pecar, el sacerdote le absolverá en nombre del Dios uno y trino y por el mérito del Verbo encarnado, como hago Yo con los pecadores.

-¡Pero Tú eres santo! Nosotros...

-Debéis ser santos, porque tocáis cosas santas y administráis cosas de Dios.

-¿Vamos a bautizar varias veces al mismo hombre, como hace Juan, que concede la inmersión en el agua todas las veces que uno se acerca a él?

-Juan, con su bautismo, solamente lleva a cabo una purificación a través de la humildad de la persona que entra en el agua. Ya te lo he dicho. No bautizaréis por segunda vez a quien ya haya sido bautizado, excepto en el caso de que haya sido bautizado con una fórmula no apostólica sino cismática: en este caso se puede administrar un segundo bautismo, previa expresa petición del interesado, si es adulto, y expresa declaración de querer formar parte de la verdadera Iglesia. En las otras ocasiones,

para devolver la amistad y la paz con Dios, usaréis la palabra del perdón unida a los méritos del Cristo, y el alma que se haya acercado a vosotros con verdadero arrepentimiento y humilde acusación será absuelta.

-¿Y si una persona no puede venir por estar tan enfermo que no se le puede mover de su sitio? ¿Morirá, entonces, en pecado? ¿A1 sufrimiento de la agonía añadirá el del miedo al juicio de Dios?

-No. El sacerdote irá donde el moribundo y lo absolverá; es más, le dará una forma más amplia de absolución, no global sino para cada uno de los órganos de los sentidos, a través de los cuales el hombre generalmente comete el pecado. Tenemos en Israel el óleo santo, preparado según la regla dada por el Altísimo; con él se consagra el altar, se consagra al pontífice, a los sacerdotes y al rey. El hombre es realmente altar, recibe la realeza por su elección para un solio del Cielo. Por tanto, puede ser consagrado con el óleo de la unción. El óleo santo, con otras partes del culto israelita, pasará a mi Iglesia, si bien con otros usos. Porque no todo en Israel está mal y hay que rechazarlo; antes al contrario, en mi Iglesia habrá muchos recuerdos de la cepa antigua. Uno de ellos será el óleo de la unción, que será usado también en la Iglesia para consagrar el altar y a los pontífices y jerarquías eclesiásticas, a todas, y para consagrar a los reyes, y a los fieles (cuando sean constituidos príncipes-herederos del Reino o en el momento de la mayor necesidad del máximo auxilio para comparecer ante Dios con miembros y sentidos purificados de toda culpa: la gracia del Señor socorrerá alma y cuerpo, si esto place a Dios para bien del enfermo). Muchas veces, contribuyen a que el cuerpo no reaccione contra la enfermedad los remordimientos que turban la paz, y la acción de Satanás, que, con esa muerte, espera ganar un alma para su reino y hacer que se desesperen los que todavía viven. El enfermo pasa de la opresión satánica y turbación interior a la paz mediante la certeza del perdón de Dios, que le confiere al mismo tiempo el que Satanás se aleje. Pues bien, si tenemos en cuenta que, en Adán y Eva, el don de la inmunidad de enfermedades y de cualquier forma de dolor acompañaba al don de la Gracia, pues entonces el enfermo, devuelto a la Gracia, grande como la de un recién nacido que haya recibido mi bautismo, puede obtener también la victoria sobre la enfermedad. En esto debe ser ayudado por la oración de los hermanos en la fe, que tienen la obligación de la piedad hacia el enfermo (piedad no sólo corporal sino, sobre todo, espiritual) orientada a obtener que el hermano se salve física y espiritualmente. La oración, de por sí, ya es una forma de milagro, Santiago; como has visto en el caso de Elías, la oración de un justo puede hacer mucho.

-Te comprendo poco, pero lo que comprendo me llena de reverencia hacia el carácter sacerdotal de tus sacerdotes. Si no he entendido mal, tendremos contigo muchos puntos en común: predicación, absolución, milagro; o sea, tres sacramentos.

-No, Santiago, la predicación y el milagro no son sacramentos. Los sacramentos serán más, siete, como el sacro candelabro del Templo y los dones del Espíritu de Amor. En verdad, dones y llamas son los sacramentos, otorgados para que el hombre arda ante el Señor por los siglos de los siglos. Habrá también un sacramento para el desposorio humano: se alude a él en el símbolo de las nupcias santas de Sara de Ragüel, liberada del demonio. Este sacramento proporcionará a los esposos todos los auxilios para convivir santamente según las leyes y deseos de Dios. El marido y la mujer también serán ministros de un rito: el rito procreador; y sacerdotes de una pequeña iglesia: la familia. Deberán, por tanto, ser consagrados para procrear con la bendición de Dios, y para educar a una prole en cuyo seno se bendiga el Nombre Santísimo de Dios.

-¿Y a nosotros, los sacerdotes, quién nos va a consagrar?

-Yo, antes de dejaros. Luego vosotros consagraréis a los sucesores y a cuantos agreguéis para propagar la fe cristiana.

-¿Nos vas a enseñar Tú, verdad?

-Yo y Aquel que os he de enviar. Su venida será también un sacramento. Voluntario por parte de Dios Santísimo en su primera epifanía; otorgado, luego, por los que hayan recibido la plenitud del sacerdocio. Será fuerza e inteligencia, afirmación en la fe, piedad santa y santo temor, consejo auxiliador y sabiduría sobrenatural, posesión de una justicia que por su naturaleza y poder hará adulto al niño que la reciba. Pero, todavía no puedes comprender esto. Él mismo te lo hará comprender; Él, el divino Paráclito, el Amor eterno, cuando lleguéis al momento de recibirlo en vosotros. Y así, por ahora, no podéis comprender otro sacramento. Es tan sublime que es casi incomprensible para los ángeles, y, no obstante, vosotros, simples hombres, lo comprenderéis por virtud de fe y de amor. En verdad te digo que quien lo ame y lo haga alimento de su espíritu podrá pisotear al demonio sin sufrir daño. Porque Yo estaré entonces con él. Trata de recordar estas cosas, hermano. A ti te tocará decírselas a tus compañeros y a los fieles, muchas, muchísimas veces. Para ese entonces, sabréis ya por ministerio divino; pero tú podrás decir: "Me lo dijo un día, bajando del Carmelo. Me dijo todo porque desde entonces estaba destinado a ser la cabeza de la Iglesia de Israel".

-Debo hacerte otra pregunta. La he pensado esta noche. ¿Tengo que ser yo quien diga a los compañeros: "Seré la cabeza aquí"? No me gusta. Lo haré si lo ordenas, pero no me gusta.

-No temas. El Espíritu Paráclito descenderá sobre todos y os dará pensamientos santos. Todos tendréis los mismos pensamientos para la gloria de Dios en su Iglesia.

-¿Y no volverán a darse nunca estas discusiones tan... tan desagradables que hay ahora? ¿Y Judas de Simón no será ya un elemento que produzca malestar?

-No. Tranquilo. No lo será ya. De todas formas habrá todavía divergencias. Por eso precisamente te he dicho: vela y cuida incansablemente, cumpliendo tu deber con totalidad.

-Otra pregunta, mi Señor. En tiempo de persecución, ¿cómo me debo comportar? Parece, según lo que dices, que de los doce el único que vaya a quedarse sea yo. 0 sea, los otros se irán huyendo de la persecución. ¿Y yo?

-Tú te quedarás en tu lugar, porque, si bien es necesario que no seáis exterminados hasta que no esté bien consolidada la Iglesia -lo cual justifica la dispersión de muchos discípulos y de casi todos los apóstoles-, nada justificaría tu deserción y el abandono por parte tuya de la Iglesia de Jerusalén; es más, cuanto más esté en peligro, más tendrás que velar por ella como si fuese tu hijo más amado y estuviera a las puertas de la muerte. Tu ejemplo fortalecerá el espíritu de los fieles. Tendrán necesidad de ello para superar la prueba. Cuanto más débiles los veas, más los deberás sostener, con compasión y sabiduría. No seas inmisericorde con los débiles aunque tú seas fuerte; antes bien, sostenlos, pensando: "Para alcanzar esta fortaleza que

tengo, he recibido todo de Dios; humildemente debo decirlo y ser caritativo con los que han recibido menos dones de Dios", y entrega, entrega tu fuerza, con la palabra, la ayuda, la calma, el ejemplo.

-¿Qué debo hacer si hay fieles malos, causa de escándalo y de peligro para los demás?

-Prudencia al aceptarlos, porque es mejor ser pocos buenos que muchos no buenos. Ya conoces el viejo apólogo de las manzanas sanas y deterioradas. Haz que no se dé esto en tu iglesia. Pero si encuentras tú también tus traidores, trata por todos los medios de hacerlos cambiar, reservando las medidas severas como último recurso. Si se trata sólo de pequeñas culpas, individuales, no manifiestes una severidad apabullante. Perdona, perdona... Para redimir a un corazón, es más eficaz el perdón sazonado de lágrimas y palabras de amor que no un anatema. Si la culpa es grave, pero resultado de un repentino asalto de Satanás, una cosa tan grave que el culpable siente la necesidad de huir de tu presencia, ve tú en busca del pecador, porque él es el cordero descarriado y tú el pastor. No temas rebajarte por descender por los caminos embarrados, hurgando en las aguas estancadas, buscando en los abismos. No temas; tu frente entonces será coronada con la corona de los mártires del amor, la primera de las tres coronas... Y, si te traicionan, como traicionaron al Bautista, y a tantos otros, porque todo santo tiene su traidor, pues perdona; perdona a éste más que a ningún otro. Perdona como Dios ha perdonado y perdonará a los hombres. Sigue llamando "hijo" a quien te cause dolor, porque así os llama el Padre a través de mi boca, y, en verdad, no hay ningún hombre que no haya causado dolor al Padre de los Cielos...

Un largo silencio mientras atraviesan pastos tachonados de ovejas que pacen.

Al final, Jesús dice:

-¿No tienes otras preguntas que hacerme?

-No, Jesús. Y esta mañana he comprendido mejor mi tremenda misión...

-Porque estás menos turbado que ayer. Cuando llegue tu hora, te sentirás aún más en paz y comprenderás mejor todavía.

-Recordaré todas estas cosas... todas... menos...

-¿Qué, Santiago?

-Lo que esta noche no me dejaba mirarte sin llorar. Eso que no sé si verdaderamente me lo has dicho Tú -y, como dicho por ti, tendría que creerlo- o si ha sido una turbación demoníaca. Pero, ¿cómo podrías estar tan sereno si... si eso te fuera a suceder verdaderamente?

-¿Estarías sereno si te dijera: "Allá hay un pastor que renquea porque está impedido de una pierna. Trata de curarlo en nombre de Dios"?

-No, mi Señor. Me sentiría como fuera de mí pensando en la tentación de usurpar tu puesto.

-¿Y si te lo mandara?

-Lo haría por obediencia. No me turbaría en absoluto, porque sabría que sería voluntad tuya. No tendría miedo a no ser capaz, porque está claro que Tú, al mandarme, me darías la fuerza de cumplir tu voluntad.

-Tú lo has dicho. Es así. Piensa entonces que Yo, obedeciendo al Padre, estoy siempre en paz.

Santiago llora con la cabeza baja.

-¿Quieres verdaderamente olvidar?

-Lo que quieras Tú, Señor...

-Puedes elegir entre dos cosas: olvidar o recordar. Olvidar te liberará del dolor y del silencio absoluto ante tus compañeros, pero te dejará sin preparación. Recordar te preparará para tu misión, porque basta recordar lo que sufre en su vida terrena el Hijo del hombre para no quejarse nunca y vigorizarse espiritualmente viendo toda la realidad de Cristo en su más luminosa luz. Elige.

-Creer, recordar, amar. Esto es lo que querría. Y morir, lo antes posible, Señor... - y Santiago sigue llorando en silencio. Si no fuera por las gotas de llanto que brillan en su barba castaña, no se sabría que está llorando.

Jesús lo deja llorar...

A1 final Santiago dice:

-¿Y si más adelante vuelves a aludir a... a tu martirio, debo decir que lo sé?

-No. Guarda silencio. José supo callar respecto a su dolor de esposo que se creía traicionado, así como respecto al misterio de la concepción virginal y de mi Naturaleza. Imítalo. Aquello era también un secreto tremendo, un secreto que había que custodiar, porque el no custodiarlo, por orgullo o ligereza, habría significado poner en peligro toda la Redención. Satanás es constante en la vigilancia y en la acción. Recuérdalo. Si hablases ahora, perjudicarías a demasiados, y por demasiadas cosas. Guarda silencio.

-Guardaré silencio... aunque significará doble peso...

Jesús no responde. Deja que Santiago, al amparo de la prenda que cubre su cabeza, llore libremente.

Se encuentran con un hombre que lleva atado a sus espaldas a un pobre niño.

-¿Es tu hijo? - pregunta Jesús.

-Sí. Me ha nacido, matando a su madre, así. Ahora, que ha muerto también mi madre, cuando voy a trabajar me lo llevo conmigo para poder tener cuidado de él. Soy leñador. Lo recuesto en la hierba, encima del manto, y, mientras talo los árboles, se divierte con las flores. ¡Pobre hijo mío!

-Gran desdicha la tuya.

-¡Pues sí! Pero la voluntad de Dios debe recibirse con paz.

-Adiós, hombre. La paz sea contigo.

El hombre sube el monte. Jesús y Santiago siguen bajando.

-¡Cuántas desgracias! Esperaba que lo curases - suspira Santiago.

Jesús no da muestras de haber oído.

-Maestro, si ese hombre hubiera sabido que eres el Mesías, quizás te hubiera pedido el milagro...

Jesús no responde.

-Jesús, ¿me dejas volver para decírselo a aquel hombre? Siento compasión de aquel niño. Mi corazón está ya muy lleno de dolor; dame al menos la alegría de ver curado a aquel niño.

-Ve si quieres. Te espero aquí.

Santiago echa a correr, alcanza al hombre, lo llama:

-¡Hombre, detente, escucha! Aquel que estaba conmigo es el Mesías. Dame tu niño para que se lo lleve. Ven también tú, si quieres, para ver si el Maestro te lo cura.

-Ve tú, hombre. Tengo que segar toda esta leña. Ya se me ha hecho tarde por causa del niño. Si no trabajo, no como. Soy pobre y él me cuesta mucho. Creo en el Mesías, pero es mejor que le hables tú por mí.

Santiago se agacha para recoger al niño, que está recostado en la hierba.

-Con cuidado - advierte el leñador - es un puro dolor.

En efecto: apenas Santiago trata de alzarlo, el niño llora quejumbrosamente.

-¡Qué pena! - suspira Santiago.

-Una gran pena - dice el leñador mientras se aplica con la sierra a un tronco duro, y añade: « ¿No podrías curarlo tú?

-Yo no soy el Mesías. Soy sólo un discípulo suyo...

-¿Y qué quieres decir con eso? Los médicos aprenden de otros médicos; los discípulos, del Maestro. ¡Venga hombre! ¡Sé bueno, no dejes que siga sufriendo! Inténtalo tú. Si el Maestro hubiera querido venir, lo habría hecho. Te ha mandado a ti o porque no lo quiere curar o porque quiere que lo cures tú.

Santiago duda un momento. Luego se decide. Se endereza y ora como ve hacer a su Jesús, y ordena:

-En nombre de Jesucristo, Mesías de Israel e Hijo de Dios, queda curado.

Acto seguido, se arrodilla y dice:

-¡Señor mío, perdón! ¡He actuado sin tu permiso! Ha sido compasión por esta criatura de Israel! ¡Piedad, Dios mío! ¡Piedad para él y para mí, que soy un pecador! - y rompe a llorar, inclinado hacia el cuerpo extendido del niño. Las lágrimas caen encima de las piernecitas torcidas e inertes.

Aparece Jesús por el sendero. Ninguno lo ve, porque el leñador está trabajando, Santiago llora y el niño mira a este último con curiosidad, y, meloso, pregunta:

-¿Por qué lloras? - y alarga una manita para acariciarlo, y, sin darse cuenta, se sienta por sus propias fuerzas, se levanta y abraza a Santiago para consolarlo.

Es el grito de Santiago lo que hace que el leñador se vuelva, y entonces ve a su hijo bien derecho con sus propias piernas, que ya no están ni muertas ni torcidas. Al volverse, ve a Jesús.

-¡Ahí está! - grita mientras señala a las espaldas de Santiago, que también se vuelve y ve a Jesús, mirándolo con un rostro radiante de alegría.

-¡Maestro! ¡Maestro! No sé cómo se ha producido... La compasión... Este hombre... este niño... ¡Perdón!

-Álzate. Los discípulos no son más que el Maestro, pero pueden realizar lo que el Maestro, cuando lo hacen con santo motivo. Levántate y ven conmigo. Os bendigo. Recordad que los siervos hacen las obras del Hijo de Dios - y se marcha llevándose consigo a Santiago, que sigue diciendo: « ¿Cómo lo he hecho? No entiendo. ¿Con qué he hecho un milagro en tu nombre?

-Con tu piedad, Santiago; con tu deseo de que ese inocente y ese hombre, que creía y dudaba, me amasen. Juan hizo un milagro por amor en Jabnia: curó a un moribundo ungiéndolo mientras oraba. Tú aquí has curado con tu llanto y piedad, y con tu confianza en mi Nombre. ¿Ves qué paz produce el servir al Señor cuando hay recta intención en el discípulo? Ahora vamos a andar ligero porque aquel hombre nos sigue y no conviene todavía que los otros sepan esto. Pronto os enviaré en mi Nombre... (un fuerte suspiro de Jesús), como Judas de Simón desea ardientemente hacer (otro fuerte suspiro). Y llevaréis a cabo obras... Pero no para todos significará un bien. ¡Rápido, Santiago! Simón Pedro, tu hermano y los otros, si supieran esto, sufrirían, como si fuera parcialidad, aunque de hecho no lo es: es preparar a alguno de entre vosotros doce que sepa guiar a los de-más. Vamos a bajar al guijarral cubierto de hojarasca de este torrente para que se pierdan nuestras huellas... ¿Lo sientes por el niño?... Volveremos a encontrarlo.

## 260

## Dos parábolas de Pedro para los campesinos de la llanura de Esdrelón

-¿Qué hacéis, amigos, junto a este fuego? - pregunta Jesús cuando encuentra a sus discípulos en torno a una hoguera bien alimentada que resplandece en las primeras sombras del anochecer, en un cruce de caminos de la llanura de Esdrelón.

Los apóstoles, que no le habían visto llegar, se sobresaltan, y se olvidan del fuego para recibir con aclamaciones al Maestro, como si hiciera un siglo que no lo vieran. Luego explican:

-¡Calla! Hemos resuelto una cuestión entre dos hermanos de Yizreel, y de tan contentos como se han puesto nos han regalado cada uno un cordero. Hemos decidido asarlos y dárselos a los de Doras. Miqueas de Jocanán los ha degollado y preparado. Ahora los vamos a poner a que se asen. Tu Madre con María y Susana han ido a advertir a los de Doras para que vengan cuando se haga de noche, cuando ya a esas horas el administrador está en su casa dado a la bebida. Las mujeres llaman menos la atención... Hemos tratado de verlos pasando como viandantes por los campos, pero poco se ha hecho. Habíamos decidido reunirnos esta noche aquí y decir... algo más, para el alma, y poner los medios para que se sintieran bien también en lo corporal, como has hecho Tú las otras veces. Pero, ahora que estás Tú, será más interesante.

-¿Quién iba a hablar?

-¡Hombre, pues, un poco todos! Así, una cosa espontánea, familiar. No somos capaces de más, y mucho más si se tiene en cuenta que Juan, el Zelote y tu hermano no quieren hablar, y tampoco Judas de Simón; también Bartolomé trata de no hablar... Incluso hemos discutido por este motivo... - dice Pedro.

-¿Y por qué no quieren hablar estos cinco?

-Juan y Simón porque dicen que no está bien que siempre sean ellos... Tu hermano porque quiere que hable yo, porque dice que no empiezo nunca... Bartolomé porque... porque tiene miedo a hablar demasiado como maestro y a no saberlos convencer. Como ves son disculpas...

-¿Y tú, Judas de Simón, por qué no quieres hablar?

-¡Por las mismas razones que los demás! Por todas al mismo tiempo, porque todas son justas...

-Muchas razones, y una no ha sido dicha. Ahora juzgo Yo, y con juicio inapelable. Tú, Simón de Jonás, hablarás, como dice Judas Tadeo, que dice sabiamente. Y tú, Judas de Simón, también hablarás. Así una de las razones, la que sabe Dios y también tú, dejará de existir.

-Maestro, créeme que no hay más... - dice Judas tratando de rebatir.

Pero la voz de Pedro le sobrepuja:

-¡Oh, Señor! ¿Yo hablar estando Tú? ¡No soy capaz! Temo que te rías...

-No quieres estar solo, no quieres estar conmigo... ¿qué quieres entonces?

-Tienes razón, pero es que... ¿qué digo?

-Mira tu hermano, está viniendo con los corderos. Ayúdale, y mientras los asas piensas en ello. Todo sirve para encontrar temas.

-¿Incluso un cordero en el fuego? - pregunta incrédulo Pedro.

-Incluso. Obedece.

Pedro emite un fuerte suspiro, verdaderamente conmovedor, pero no replica más. Se llega donde Andrés, le ayuda a ensartar a los animales en una estaca puntiaguda que hace de asador, y se pone a cuidar del asado con una concentración en el rostro que le hace asemejarse a un juez en el momento de la sentencia.

-Vamos a recibir a las mujeres, Judas de Simón - ordena Jesús, y se pone en camino, en dirección a los campos sin vida de Doras.

-Un buen discípulo no desprecia lo que su Maestro no desprecia, Judas - dice, un rato después, sin preámbulos.

-Maestro, no es que desprecie, lo que pasa es que, como Bartolomé, siento que no me entenderían, y prefiero no hablar.

-Natanael lo hace por miedo a no cumplir mi deseo, o sea, iluminar y levantar los corazones. Hace mal también, porque le falta confianza en el Señor. Pero tu caso es mucho peor, porque no es que tengas miedo a no ser comprendido, es que desprecias el hacerte comprender de unos pobres campesinos, ignorantes en todo excepto en la virtud. En ésta verdaderamente superan a muchos de vosotros. Todavía no has entendido nada, Judas. El Evangelio es realmente la Buena Nueva comunicada a los pobres, enfermos, esclavos, afligidos. Luego será también de los demás, pero se da precisamente para que los infelices, de todo tipo de infelicidad, reciban ayuda y consuelo.

María, María Cleofás y Susana salen de entre una espesura.

-¡Hola, Madre! ¡Paz a vosotras, mujeres!

-¡Hijo mío! He ido a ver a esos... torturados. Pero he recibido una noticia que sirve para que mi sufrimiento no exceda los límites. Doras se ha liberado de estas tierras y han pasado a Jocanán. No es que sea un paraíso, pero ya no es aquel infierno. Hoy se lo ha dicho a los campesinos el administrador. E1 ya se ha marchado, llevándose en los carros hasta el último grano de trigo, de forma que ha dejado a todos sin comer. Y como, además, el vigilante de Jocanán hoy tiene comida solamente para los suyos, pues los de Doras se habrían tenido que quedar sin comer. ¡Ha sido verdaderamente providencia esos corderos!

-También es providencia el que no sean ya de Doras. Hemos visto sus casas... Son unos cuchitriles... - dice escandalizada Susana.

-¡Están contentos todos esos pobrecillos! - termina María Cleofás.

-También Yo estoy contento. En todo caso, estarán mejor que antes - responde Jesús, y vuelve hacia donde están los apóstoles.

Juan de Endor lo alcanza, con unas ánforas de agua que lleva junto con Hermasteo.

-Nos las han dado los de Jocanán - explica tras haber venerado a Jesús.

Vuelven todos al lugar en que están siendo asados los dos corderos entre densas nubes de humo untuoso. Pedro sigue dando vueltas a su asado, mientras rumia sus pensamientos. Sin embargo, Judas Tadeo, teniendo abrazado por la cintura a su hermano, va y viene caminando mientras habla muy animadamente. Los otros... quién trae más leña, quién prepara la mesa (!), trayendo voluminosas piedras para que hagan de asiento o de mesa, no sé.

En esto, llegan los campesinos de Doras. Más delgados y harapientos que la última vez. ¡Y, sin embargo, qué felices! Son unos veinte. No hay ni siquiera un niño ni una mujer: hombres pobres y solos...

-Paz a todos vosotros. Bendigamos juntos al Señor por haberos dado un amo mejor. Bendigámoslo orando por la conversión del que tanto os ha hecho sufrir. ¿No es verdad? ¿Te sientes feliz, anciano padre? Yo también. Podré venir más a menudo con el niño. ¿Ya te han puesto al corriente? ¿Lloras de alegría, verdad? Ven, ven, sin miedo... - dice al abuelo de Margziam, el cual le besa las manos inclinándose mucho, y llora, y susurra: «No pido nada más al Altísimo. Me ha dado más de cuanto esperaba. Ahora quisiera morir, por miedo a vivir todavía el tiempo para volver a mi sufrimiento».

Un poco azarados al principio por estar con el Maestro, los campesinos se sienten pronto serenos y seguros. De forma que cuando traen los corderos y los ponen sobre unas hojas grandes colocadas encima de las piedras que habían traído antes - luego los dividen y ponen cada una de las partes encima de unas tortas de pan, poco gruesas pero grandes, que sirven de plato-

están ya tranquilos, dentro de su simplicidad, y se ponen a comer con ganas para saciar toda el hambre acumulada; mientras tanto, cuentan los últimos acontecimientos.

Uno dice:

-Siempre he maldecido langostas, topos y hormigas, pero desde ahora los voy a ver como mensajeros del Señor, porque por ellos dejamos este infierno.

Y, a pesar de que comparar hormigas y langostas con los ejércitos angélicos sea un poco fuerte, ninguno ríe porque todos sienten el drama que se esconde bajo esas palabras.

La llama ilumina este grupo de personas, pero las caras no miran a la llama, y pocos miran a lo que tienen delante. Todos los ojos convergen hacia el rostro de Jesús. Sólo se distraen, unos momentos, cuando María de Alfeo, que se ocupa de dividir los corderos, pone más carne en los panes de los hambrientos campesinos y termina su obra envolviendo dos muslos asados en otras hojas grandes y le dice al anciano padre de Margziam:

-Ten. Así tendréis también un bocado para cada uno mañana. Entretanto, el vigilante de Jocanán proveerá.

-Pero vosotros...

-Iremos más ligeros. Toma, toma, hombre.

De los dos corderos no quedan más que los huesos descarnados y un persistente olor de grasa que ha goteado y todavía arde en la leña que ya se apaga, sucedáneo iluminar de la claridad de la luna.

También se unen a los otros los campesinos de Jocanán. Es la hora de hablar.

Los ojos azules de Jesús se alzan buscando a Judas Iscariote, que se ha puesto al lado de un árbol, un poco en la zona de sombra. Viendo que muestra no entender esa mirada, Jesús llama fuerte:

-¡Judas!».

Es inevitable el levantarse y acercarse.

-No te apartes. Te ruego que evangelices por mí. Estoy muy cansado. ¡Si no hubiera llegado esta tarde, por supuesto que tendríais que haber hablado vosotros!

-Maestro... no sé qué decir... A1 menos, hazme preguntas.

-No te las tengo que hacer Yo. A vosotros: ¿qué deseáis oír?, ¿qué deseáis que se os explique? - pregunta a los campesinos.

Los hombres se miran unos a otros... dudan... Por fin un campesino pregunta:

-Hemos conocido la potencia del Señor y su bondad. Pero bien poco conocemos de su doctrina. Ahora quizás, estando con Jocanán, podremos saber más cosas. Tenemos vivo deseo de saber cuáles son las cosas indispensables que hay que hacer para obtener el Reino que el Mesías promete. ¿Con la nada que podemos hacer podremos obtenerlo?

Judas responde:

-La verdad es que estáis en condiciones muy penosas. Todo, en vosotros y a vuestro alrededor, conjura para alejaros del Reino. La falta de libertad para venir adonde el Maestro cuando quisierais; la condición de siervos de un amo que, si bien no es una hiena como Doras, es, por las noticias que tenemos, un moloso que tiene bien prisioneros a sus siervos; los sufrimientos y el estado de degradación en que os encontráis... son condiciones desfavorables para vuestra elección para el Reino. Porque difícilmente en vosotros no habrá resentimientos y sentimientos de rencor, crítica y venganza contra quien duramente os trata; y lo mínimo necesario es amar a Dios y al prójimo; sin esto no hay salvación. Deberéis vigilar para contener vuestro corazón dentro de una sumisión pasiva a la voluntad de Dios, que se manifiesta en vuestro destino; y, aguantando pacientemente al amo, sin permitir a vuestro pensamiento siquiera la libertad de un juicio, que está claro que no podría ser benévolo respecto al amo, ni de gratitud por vuestra... por vuestro... En pocas palabras, deberéis no reflexionar, para no tener sentimientos de rebeldía que matarían el amor: quien no tiene amor no tiene salvación, porque contraviene el primer precepto. Yo, de todas formas, estoy casi seguro de que podréis salvaros, porque veo en vosotros buena voluntad unida a mansedumbre de ánimo, lo cual hace esperar que sabréis mantener lejos de vosotros el odio y el espíritu de venganza. Por lo demás, la misericordia de Dios es tan grande, que os condonará toda la perfección que todavía os falta.

Un momento de silencio. Jesús tiene muy baja la cabeza, no se ve la expresión de su rostro. A los demás se les ve la cara, y no se puede decir que sean caras dichosas: las de los campesinos expresan más abatimiento que al principio; las de los apóstoles y las de las mujeres, estupor (diría que casi miedo).

-Trataremos de no dejar que surja en nosotros ningún pensamiento que no sea de paciencia y perdón - responde humildemente el anciano.

Otro de los campesinos suspira:

-La verdad es que será difícil llegar a la perfección del amor; para nosotros, ¡que ya es mucho si no hemos acabado asesinos de nuestros verdugos! El corazón sufre, sufre, sufre, y, aunque no odie, encuentra mucha dificultad en amar, como esos niños macilentos que tienen dificultad en crecer...

-No, no, hombre. Yo, por el contrario, creo que precisamente por haber sufrido tanto sin haceros unos asesinos o personas vengativas vuestro corazón es más fuerte que el nuestro en el amor. Amáis sin percibirlo siquiera - dice Pedro para consolarlos.

Y se da cuenta de que ha hablado y se interrumpe para decir:

-¡Oh! ¡Maestro!... Pero... me has dicho que debía hablar... que encontrase el tema incluso en el cordero que iba a asar. He estado mirando, para buscar palabras buenas que decir a estos hermanos nuestros, para su caso particular. Pero, la verdad es que -sin duda alguna, porque soy un necio- no he encontrado nada apropiado, y, sin saber cómo, me he visto muy lejos, en pensamientos que no sé si llamar extravagantes -en ese caso serían míos- o santos -entonces provendrían del Cielo-; yo los manifiesto, tal y como me han venido, y Tú, Maestro, me los explicarás o me reprenderás por ellos, y todos vosotros sabréis ser comprensivos. Así pues, estaba mirando lo primero la llama, y me ha venido este pensamiento: "¿De qué está hecha la llama?

Viene de la leña. Pero la leña por sí sola no arde; es más, si no está bien seca, no arde de ninguna manera, porque el agua la carga e impide que la yesca la encienda. La leña, cuando está muerta, acaba incluso pudriéndose, desmenuzándose, por la carcoma; pero, por sí sola, no se enciende. Ahora bien, si una persona la prepara adecuadamente, y le acerca la yesca y el eslabón, y hace saltar la chispa, y favorece que la chispa prenda soplando en las ramas delgadas para aumentar la llamita inicial -porque se empieza siempre por las cosas más menudas-, entonces la llama brota, prende fuerte, se hace útil, arremete contra todo, hasta los troncos más gruesos". Y me decía a mí mismo: "Nosotros somos la leña. Por nosotros mismos no nos encendemos. Pero, eso sí, es necesario en nosotros el cuidado de no estar demasiado cargados de la pesada agua de la carne y la sangre para permitir que la yesca se encienda con su chispa. Y debemos desear arder, porque, si nos quedamos inertes, podemos ser destruidos por la intemperie y la carcoma, es decir, por la humanidad y el demonio. Sin embargo, si nos abandonamos al fuego del amor, éste empezará a quemar las ramitas más finas y las destruirá -las ramitas, para mí, eran las imperfecciones-; luego aumentará y arremeterá contra la leña más gorda, o sea, las pasiones más fuertes. Nosotros, que somos leña, cosa material, dura, opaca, incluso fea, vendremos a ser esa cosa hermosa, incorpórea, ágil, espléndida, que es la llama. Todo esto por habernos prestado al amor, que es el eslabón y la yesca, que de nuestro mísero ser de hombres pecadores hacen ángeles del tiempo futuro, ciudadanos del Reino de los Cielos". Éste ha sido un pensamiento.

Jesús ha alzado un poco la cabeza y está escuchando con los ojos cerrados y un asomo de sonrisa en sus labios. Los demás miran a Pedro, todavía con estupor, pero ya sin temor.

Él sigue hablando tranquilo:

-Mirando a los animales que se estaban asando, me ha venido otro pensamiento. No digáis que soy pueril en mis pensamientos. El Maestro me había dicho que los buscara en lo que veía... He obedecido. Bien, pues estaba mirando a los corderos, y decía: "Son dos seres inocentes y mansos. Nuestra Escritura está llena de dulces alusiones al cordero, tanto para recordar al Mesías prometido y Salvador (ya desde la alusión a Él en el cordero mosaico), como para decir que Dios tendrá compasión de nosotros. Lo dicen los profetas. Viene a congregar a sus ovejas, a socorrer a las heridas, a cargar sobre sí a las que tienen algún miembro fracturado. ¡Cuánta bondad!" decía. "¿Cómo tener miedo de un Dios que promete tener tanta compasión con nosotros, miserables? Pero" decía también "tenemos que ser mansos, al menos mansos, dado que no somos inocentes; mansos, y estar deseosos de que el amor nos consuma. Porque, hasta el más bonito y puro de los corderitos, una vez matado, ¿en qué acaba, si el fuego no lo asa? Pues en carroña podrida. Mientras que, si lo envuelve el fuego, viene a ser alimento sano y bendito". Y concluía: "En definitiva, todo el bien lo hace el amor, que nos aligera de los lastres de nuestra humanidad, nos hace resplandecientes y útiles, nos hace buenos ante los hermanos y gratos a Dios; sublima nuestras buenas cualidades, hasta un nivel que recibe su nombre de virtudes sobrenaturales. Y quien es virtuoso es santo, quien es santo posee el Cielo. Por tanto, lo que nos abre los caminos de la perfección no es ni la ciencia ni el miedo, sino el amor, el cual, mucho más que el temor al castigo, nos mantiene alejados del mal por el deseo de no entristecer al Señor, nos hace sentir compasión de nuestros hermanos y amarlos, porque vienen de Dios. Por tanto, el amor es la salvación y santificación del hombre". En estas cosas pensaba mientras miraba a mi asado, obedeciendo a mi Jesús. Perdonad si son sólo éstas, pero a mí me han hecho bien; os las entrego con la esperanza de que también a vosotros os hagan bien.

Jesús abre los ojos. Ahora están radiantes. Alarga un brazo y pone la mano en el hombro de Pedro:

-Verdaderamente has encontrado las palabras que debías. La obediencia y el amor han hecho que las encontraras; la humildad y el deseo de consolar a tus hermanos harán de ellas estrellas en su cielo oscuro. ¡Dios te bendiga, Simón de Jonás!

-¡Que Dios te bendiga a ti, Maestro mío! ¿No vas a hablar?

-Mañana los campesinos entrarán en su nueva condición de dependencia. Bendeciré su entrada con mi palabra.

Podéis marcharos en paz. Que Dios esté con vosotros.

## 261

## Exhortación a los campesinos de Doras, que ahora lo son de Jocanán

Todavía no ha surgido del todo la aurora. Jesús está erguido en medio del devastado huerto de Doras: una serie de árboles muertos, o próximos a la muerte, muchos de ellos ya abatidos o arrancados. Alrededor de Jesús están los campesinos de Doras y de Jocanán y los apóstoles, parte en pie, parte sentados en los troncos abatidos. Jesús empieza a hablar:

-Un nuevo día, una nueva despedida. No soy Yo el único que se marcha, también vosotros partís (si no materialmente, sí moralmente), porque pasáis a otro patrón. Viviréis unidos a otros campesinos buenos y píos. Formaréis una familia en que podréis hablar de Dios y de su Verbo sin tener que recurrir a subterfugios para hacerlo. Sosteneos en la fe unos a otros, ayudaos mutuamente, sed indulgentes unos con otros en los defectos personales de cada uno, edificaos recíprocamente.

Esto es amor. Ayer noche, si bien de forma distinta, habéis oído por boca de mis apóstoles cómo el amor contiene la salvación. Simón Pedro, con palabras sencillas y buenas, os ha hecho reflexionar sobre cómo el amor transforma la naturaleza pesada en naturaleza sobrenatural. Y os ha hablado de cómo el amor, de una persona que sin él puede acabar corrompida o siendo un corruptor (cual animal matado que no se asa), o, cuanto menos, un inútil (cual leña que empieza a pudrirse en el agua y no sirve para hacer fuego), de esa persona, dijo, puede hacer un hombre que viva en el ambiente de Dios (por tanto, un ser que deja la corrupción y se hace útil para el prójimo).

Porque, creedlo, hijos, la gran fuerza del universo es el amor. Nunca me cansaré de decirlo. Todas las catástrofes de la Tierra provienen de la falta de amor, empezando por la muerte y las enfermedades, que nacieron de la falta de amor de Adán y Eva hacia el Señor altísimo. *Porque el amor es obediencia.* El que no obedece es un rebelde. El rebelde no ama a aquel contra el cual se rebela. Pero, no sólo esto, sino que ¿de dónde provienen también las otras catástrofes generales como las guerras, o

individuales como la destrucción de una o dos familias rivales? Del egoísmo, que es falta de amor. Y, con la destrucción de las familias, vienen también ruinas materiales por castigo de Dios. Porque Dios, antes o después, castiga a quien vive sin amor.

Sé que por aquí circula la leyenda -y por ella algunos me odian, otros me miran con corazón temeroso, o me invocan cual nuevo castigo, o me soportan por miedo a una punición- sé que circula la leyenda de que fue mi mirada la que acarreó la maldición a estos campos. No, no fue mi mirada, sino el castigo del egoísmo de un hombre injusto y cruel. ¡Si mis miradas tuvieran que agostar las tierras de todos los que me odian, en verdad poco verde quedaría en Palestina!

Nunca vengo las ofensas contra mí; pero, eso sí, paso al Padre a aquellos que obstinadamente persisten en su pecado de egoísmo para con el prójimo y que, sacrílegamente, se burlan del precepto, y que, cuantas más palabras se les dice para persuadirlos, cuantas más obras, junto a las palabras, se hacen para convencerlos en orden al amor, más crueles son. Siempre estoy dispuesto a levantar mi mano para decir a quien se arrepiente: "Yo te absuelvo. Ve en paz". Pero no ofendo al Amor condescendiendo con la dureza inconvertible. Tened siempre presente esto, para ver las cosas en su luz exacta e im-pugnar las leyendas, las cuales, provengan de veneración o de miedo iracundo, son siempre distintas de la verdad.

Ahora pasáis a otro patrón, pero no dejáis estas tierras que, en el estado en que se encuentran, parece locura cuidar. Pues bien, no obstante, os digo: cumplid en estas tierras vuestro deber. Hasta ahora lo habéis cumplido por miedo a los castigos humanos. Seguid haciéndolo, aun sabiendo que no seréis tratados como antes. Es más, os digo: cuanta más humanidad se use con vosotros, mayor habrá de ser la alegre diligencia con que trabajéis, para devolver, con el trabajo, humanidad a quien humanidad os dé. Porque, si bien es verdad que los jefes deben ser humanos para con sus subordinados -recordando que todos somos de un mismo linaje y que, verdaderamente, todo hombre nace desnudo de una manera y muere y se convierte en podredumbre de una manera, tanto el pobre como el rico; recordando que las riquezas son obra no de quien las posee sino de los que para ellos las han atesorado, con honradez o sin ella; recordando que no hay que gloriarse de ellas ni avasallar por ellas, sino, más bien, usándolas con amor, discreción y justicia, hacer de las riquezas algo bueno también para los demás, para que nos mire sin severidad el verdadero Dueño, que es Dios, y que no se compra con talentos de oro ni se seduce con joyas, sino que antes al contrario su amistad se conquista con las buenas acciones, nuestras buenas acciones-, si bien es cierto esto, no es menos cierto que los siervos tienen el deber de ser buenos con sus jefes.

Haced con sencillez y buena voluntad la voluntad de Dios, que quiere para vosotros esta humilde condición. Ya sabéis la parábola del rico Epulón. Como veis, en el Cielo, no recibe premio el oro sino la virtud. La virtud y la sumisión a la voluntad divina hacen a Dios amigo del hombre. Sé que es muy difícil ser siempre capaces de ver a Dios a través de las obras de los hombres. En lo bueno es fácil. En lo malo es difícil, porque puede inducir al ánimo a pensar que Dios no es bueno. Vosotros superad el mal que sufrís de manos del hombre tentado por Satanás; al otro lado de esta barrera que cuesta lágrimas, ved la verdad del dolor y su belleza. El dolor viene del Mal. Pero, Dios, no pudiendo abolirlo porque la fuerza del Mal existe, y siendo ensaye del oro espiritual de los hijos de Dios, le obliga a extraer de su veneno el jugo de una medicina que da vida eterna: porque el dolor, con su mordiente, inocula en los buenos reacciones tales, que los espiritualizan cada vez más y los hacen santos.

Sed, pues, buenos, respetuosos, dóciles. No juzguéis a vuestros jefes. Ya tienen quien los juzga. Querría que quien manda sobre vosotros se hiciera justo, para que os hiciera más fácil el camino y para darle a él vida eterna. Mas debéis tener presente que cuanto más penoso es el cumplimiento del deber, mayor es el mérito a los *ojos* de Dios. No tratéis de robarle al amo. El dinero robado no enriquece; el fruto de la tierra arrebatado con fraude no quita el hambre. Tened puros las manos, los labios y el corazón. Entonces celebraréis vuestros sábados y vuestras fiestas de precepto con gracia a los *ojos* del Señor, aunque estéis sujetos a la gleba. Verdaderamente vuestro esfuerzo tendrá más valor que no la hipócrita oración de los que van a cumplir el precepto para ser alabados por la gente, contraviniendo en realidad el precepto al desobedecer a la Ley, que dice que debes cumplir tú y cuantos viven en tu casa el precepto del sábado y de las solemnidades de Israel. *Porque la oración no está en la acción sino en el sentimiento.* Y, si vuestro corazón ama a Dios con santidad, en toda contingencia, cumplirá los ritos del sábado y las fiestas, mejor que los que os lo impiden.

Os bendigo y os dejo, porque el sol ya se alza y quiero llegar a las colinas antes de que sea demasiado fuerte el calor. Nos volveremos a ver pronto, porque ya no está muy lejos el otoño. La paz quede con todos vosotros, nuevos y antiguos siervos de Jocanán, y dé serenidad a vuestro corazón».

Y Jesús se encamina, pasando por entre los campesinos y bendiciéndolos uno a uno. Detrás de un manzano seco de gran tamaño hay un hombre medio escondido. Cuando Jesús va a pasar por delante de él, fingiendo no verle, al improviso, se pone delante y dice:

-Soy el administrador de Jocanán, que me ha dicho: "Si viene el Rabí de Israel déjalo estar en mis tierras y hablar a los siervos. Trabajarán más porque sólo enseña cosas buenas". Y ayer, al saber la noticia de que desde hoy ellos (y señala a los de Doras) están conmigo, y estas tierras son de él, me ha escrito: "Si viene el Rabí, escucha lo que te diga, y actúa en consecuencia. No sea que nos vaya a suceder alguna desgracia. Cúbrelo de honores. Pero mira a ver si logras levantar la maldición que pesa sobre las tierras". Porque has de saber que Jocanán las adquirió por puntillo. Pero que se ha arrepentido de ello. No será poco si podemos dedicarlas a pastos...

-¿Me has estado oyendo mientras hablaba?

-Sí, Maestro.

-Entonces sabréis cómo actuar, tú y tu patrón, para obtener de Dios la bendición. Transmite esto a tu patrón. Y, por lo que a ti respecta, dulcifica sus órdenes, tú que ves lo que es en la práctica el trabajo del hombre de campo, y que gozas de la estima del patrón. Más te vale, de todas formas, perder la estima y el puesto, que tu alma. Adiós.

-Yo... tengo que rendir honor.

-No soy un ídolo. No necesito honores interesados para otorgar gracias. Hónrame con tu espíritu, poniendo en práctica cuanto has oído, y habrás servido a Dios y al patrón juntos.

Y Jesús, seguido por sus discípulos y las mujeres y por todos los campesinos, atraviesa los campos y toma el camino de las colinas, saludado de nuevo por todos.

## 262

## Una hija no querida y el papel de la mujer redimida. El Iscariote solicita la ayuda de María

Por un terreno ondulante de colinas en que serpentea el camino que conduce a Nazaret, aprovechando las sombras de las matas de olivos y de distintos árboles frutales diseminadas por esta región cultivada y fértil, Jesús regresa hacia su ciudad.

Cuando llega al cruce con el camino de Tolemaida, se detiene y dice:

-Detengámonos aquí, en esta casa, donde ya he estado otras veces. Vamos a reponer fuerzas. Así, mientras el Sol recorre su camino, estaremos juntos antes de separarnos de nuevo: nosotros iremos hacia Tolemaida; mi Madre y María, a Nazaret; Juan con Hermasteo, a Sicaminón.

Van, atravesando un olivar, en dirección a una casa de campesinos, ancha y baja, adornada con la indefectible higuera, enguirnaldada con los festones de una parra que extiende sus ramas escalera arriba y luego por la terraza.

-Paz a vosotros. Aquí estoy nuevamente.

-Ven, Maestro. Tu presencia siempre es bien recibida. Dios te dé esa misma paz, a ti y a los tuyos - responde un hombre anciano que en ese momento estaba cruzando el patio con una brazada de haces de leña. Luego llama: « ¡Sara! ¡Sara! Está aquí el Maestro con sus discípulos. ¡Añade harina a tu pan!».

Sale de una habitación una mujer, toda blanca de harina (la estaba cribando, porque tiene en la mano todavía la criba con el moyuelo), y se arrodilla, sonriendo, delante de Jesús.

-Paz a ti, mujer. He traído conmigo a mi Madre, como te había prometido. Es ésta. Y ésta es su cuñada, madre de Santiago y Judas. ¿Dónde están Dina y Felipe?

La mujer saluda a las dos Marías y luego responde:

-Dina ha tenido ayer a su tercera hija. Estamos un poco tristes porque no se nos concede un nieto. De todas formas, contentos, ¿no es verdad, Matatías?

-Sí, porque es una niña muy guapa, y en todo caso lleva nuestra misma sangre. Te la daremos a conocer. Felipe ha ido a buscar a Ana y a Noemí a casa de sus padres. Volverá pronto.

La mujer vuelve a su pan mientras el hombre, después de colocar en el horno los haces de leña, se preocupa de los recién llegados: les procura sillas; leche acabada de ordeñar para los que la desean; o, para el que lo prefiere, fruta y aceitunas.

La habitación de la planta baja -muy espaciosa, abierta por el frente y la trasera de la casa, con sus dos puertas situadas a la sombra de la grande higuera y de un alto seto cubierto de flores estrelladas, especie de girasoles por la forma, pero de corola no tan gigantesca- es fresca y umbría. Una luz esmeraldina entra en la espaciosa estancia: gran alivio de los ojos fatigados a causa del exceso de sol. Hay bancos y mesas en esta espaciosa habitación, que es quizás donde las mujeres hilan y tejen y los hombres arreglan los aperos de labranza o guardan las reservas de harina y fruta, a juzgar por las viguetas llenas de ganchos y, a lo largo de las paredes, las tablas apoyadas en gruesas repisas, además de los largos arquibancos. Colgados en las paredes encaladas, esponjosos copos de lino o cáñamo parecen trenzas despeinadas, y un trozo de tela rojo fuego, extendido encima de un telar que ha quedado destapado, parece alegrar toda la habitación con su color alegre y pomposo.

Vuelve la dueña de la casa, que ha terminado de elaborar el pan, y pregunta a los peregrinos si quieren ver a la recién nacida.

Jesús responde:

-La voy a bendecir, ciertamente.

María, por su parte, se levanta y dice:

-Voy a saludar a la madre.

Salen todas las mujeres.

-Se está bien aquí» dice Bartolomé (se le ve muy cansado).

-Sí. Hay sombra y silencio. A1 final nos dormiremos - confirma Pedro, ya medio adormilado.

-Dentro de tres días estaremos, y bastante tiempo, en nuestras casas. Descansaréis, porque evangelizaréis en los aledaños - dice Jesús.

-¿Y Tú?

-En general no me moveré de Cafarnaúm, salvo algunas veces que estaré en Betania. Evangelizaré a los que vengan. Luego, para la luna de Tisrí, de nuevo a caminar. Y todos los días, acabada la jornada, seguiré mejorándoos...

Jesús calla, porque ve que el sueño hace inútiles sus palabras. Sonríe meneando la cabeza mientras observa a este grupo de personas vencidas por el cansancio, que en posturas más o menos cómodas duermen con verdaderas ganas. El silencio de la casa y la solana son completos. Parece un lugar encantado. Jesús sale a la puerta cercana al seto de las flores, y mira, a través de sus ramas, las suaves colinas galileas, grises todas por los olivos inmóviles.

Un ligero rumor de pasos y un gritito débil de recién nacido suenan por encima de su cabeza. Jesús alza la cara y sonríe a su Madre, que está bajando y trae en sus brazos un bulto blanco del que sobresalen tres cositas rosáceas: una cabecita y dos manitas gesticulantes.

-¡Mira, Jesús, qué niña tan bonita! Se asemeja un poco a ti cuando tenías un día. Eras tan rubio, que se hubiera dicho que no tenías pelo, a no ser porque ya destacaba formando leves rizos, como un copo de nube; respecto al color, eras también así, como una rosa. Y... mira, mira, está abriendo los ojitos y busca el pecho; mira, con esta sombra, tiene tus ojos azul oscuros...

¡Tesoro! ¡No tengo leche, pequeñita, rosita, tortolita mía! - y la niña, acunada por la Virgen, calma su vagido, hace arrullos, como una tortolita, y se duerme.

-Mamá, ¿hacías lo mismo conmigo? - pregunta Jesús al ver a su Madre acunando a la niña con la cara apoyada en la cabecita rubia.

-Sí, Hijo. Te decía "corderito mío". ¿Es bonita, verdad?

-Muy bonita, y robusta. ¡Bien contenta puede estar la madre! - confirma Jesús, que está también encorvado observando el sueño de la inocente.

-Pues no está contenta... El marido está enfadado porque todos los hijos son niñas.

-Es verdad que con las tierras que tenemos son mejores los niños. Pero nuestra hija no tiene la culpa... - suspira la dueña de la casa, que acaba de llegar.

-Son jóvenes. Que se amen, y tendrán también niños - dice con seguridad el Señor. -Ahí está Felipe... Pondrá ceño... -murmura turbada la mujer.

Y, más fuerte, dice:

-¡Felipe, está aquí el Rabí de Nazaret!

-Me alegro mucho de verlo. La paz sea contigo, Maestro.

-Y contigo, Felipe. He visto a tu bonita niña. Es más, todavía la estoy mirando porque verdaderamente despierta admiración. Dios te bendice con hijos guapos, sanos y buenos. Debes sentirte muy agradecido a Él... ¿No respondes? Pareces preocupado...

-¡Esperaba un niño!

-¿No querrás decirme ya que eres injusto, acusando a esta inocente de ser niña, no? ¿Y, menos aún, que eres duro con tu mujer, no? - pregunta Jesús en tono severo.

-¡Yo quería un niño, por el Señor y por mí! - exclama, resentido, Felipe.

-¿Y piensas obtenerlo siendo injusto y, rebelde? ¿Has leído, acaso, el pensamiento de Dios? ¿Eres más que El, como para decirle: "Haz esto, que es lo justo"? Esta mujer, por ejemplo, discípula mía, no tiene hijos. Y, a pesar de todo, me dice: "Bendigo esta esterilidad que me pone alas para seguirte". Y ésta, madre de cuatro varones, desea que dejen de ser suyos los cuatro. ¿Verdad, Susana y María? ¿Las oyes? ¿Y tú, casado desde hace pocos años con una mujer fecunda, bendecido con tres capullos de rosa que piden tu amor, estás enfadado? ¿Con quién? ¿Por qué? ¿No quieres decirlo? Pues lo digo Yo: porque eres un egoísta. Corta enseguida tu resentimiento. Abre tus brazos a esta criatura nacida de ti y ámala. ¡Venga! ¡Tómala en tus brazos! - y Jesús coge el pequeño amasijo de ropa y se lo pone al joven padre en los brazos. Jesús añade: «Ve donde tu mujer, que está llorando. Dile que la quieres. Si no, Dios verdaderamente no te dará jamás un varón. Te lo aseguro. ¡Ve! ...

El hombre sube a la habitación donde está su esposa.

-¡Gracias, Maestro! - susurra la suegra - Se le veía muy cruel desde ayer...

Pasan unos minutos y el hombre vuelve. Dice:

Lo he hecho, Señor. La mujer te da las gracias. Dice que te pregunte el nombre de la pequeñuela, porque... porque le había destinado un nombre demasiado feo por mi injusto odio...

-Llámala María. Ha bebido el llanto amargo junto con su primera gota de leche, también amarga por tu dureza. Puede llamarse María. Y María la amará, ¿verdad, Madre?

-Sí, pobre criatura. ¡Tan bonita como es! Será, sin duda, buena.

-Será una estrellita del Cielo.

Vuelven a la habitación de antes. Los apóstoles todavía duermen profundamente, menos Judas Iscariote, que parece muy preocupado.

-¿Me querías para algo, Judas? - pregunta Jesús.

-No, Maestro; pero no logro dormir. Quisiera salir un poco.

-¿Quién te lo prohíbe? Yo también salgo. Voy a subir a aquella loma llena de sombra... Voy a descansar haciendo oración. ¿Quieres venir conmigo?

-No, Maestro. Te molestaría, porque no estoy en condiciones de orar. Quizás... quizás no me siento bien y por eso estoy inquieto...

-Quédate entonces. No obligo a nadie. Adiós. Adiós, mujeres. Madre, cuando se despierte Juan de Endor, dile que vaya a verme, que vaya solo.

-Sí, Hijo. La paz sea contigo.

Jesús sale. María y Susana se detienen a mirar la tela que está encima del telar. María se sienta y pone las manos en su regazo, con la cabeza un poco baja; quizás está orando también. María de Alfeo pronto se cansa de mirar el trabajo del telar, se sienta en el rincón más oscuro y se queda pronto dormida. Susana juzga conveniente hacer lo mismo.

Quedan despiertos María y Judas. Ella, toda recogida en sí misma; él, mirándola con *los ojos* bien abiertos, sin apartar de ella su mirada. Finalmente se levanta y se acerca sin hacer ruido. No sé por qué, pero, a pesar de su indiscutible belleza, me hace pensar en un felino o en una serpiente acercándose a su víctima. Quizás es la antipatía que siento por él lo que me hace ver artero y cruel hasta su paso... Llama en voz baja:

-¡María!

-¿Qué quieres de mí, Judas? - pregunta dulcemente María, mientras lo mira con sus *ojos* dulcísimos.

-Quisiera hablar contigo...

-Habla. Te escucho.

-Aquí no... No quisiera que me oyeran... ¿Te importa salir un poco? También afuera hay sombra...

-Bien, vamos. De todas formas, como ves, aquí están todos dormidos... podías hablar también aquí - dice la Virgen. Pero se levanta y sale antes que Judas, y se pone junto al alto seto de flores.

-¿Qué quieres de mí, Judas? - vuelve a preguntar mientras fija agudamente su mirada en el apóstol, el cual se turba un poco y muestra dificultad en encontrar las palabras - ¿Te sientes mal? ¿Has hecho algo malo y no sabes cómo decirlo? ¿Te ves a las puertas de hacer algo malo y te pesa confesar que te sientes tentado? Habla, hijo. De la misma forma que cuidé tu carne, cuidaré tu alma. Dime lo que te turba y, si puedo, te tranquilizaré. Si no puedo sola, se lo diré a Jesús. Aunque hubieras pecado mucho, te perdonará si pido perdón para ti. La verdad es que también Él te perdonaría enseguida... Pero, quizás, ante Él, que es el Maestro, te avergüenzas. Yo soy una madre... No infundo sentimiento de vergüenza...

Sí, no haces sentir vergüenza porque eres madre y además muy buena. Eres verdaderamente la paz entre nosotros. Yo... yo me siento muy turbado. Tengo un pésimo carácter, María. No sé lo que tengo en la sangre y en el corazón... De vez en cuando no sé dominarlos... en esos momentos, haría las cosas más extrañas... y las peores cosas».

-¿No logras resistir al que te tienta ni siquiera al lado de Jesús?

-No. Créeme que sufro por ello. Pero es así. Soy un desdichado.

-Oraré por ti, Judas.

-No es suficiente.

-Pondré a orar -sin decir por quién es la oración que solicito- a los justos.

-No es suficiente.

-Pondré a orar a los niños. A mi casa vienen muchos. Vienen a mi huerto, como pajarillos en busca de trigo. El trigo son las caricias y las palabras que les doy. Hablo de Dios... Y ellos, inocentes, prefieren esto antes que los juegos y las fábulas. La oración de los niños es grata al Señor.

-¡Nunca tanto como la tuya! Pero... no, no es suficiente.

-Le diré a Jesús que pida por ti al Padre».

-Tampoco es suficiente

-Pero, si más ya no hay! La oración de Jesús vence incluso a los demonios...

-Sí. Pero Jesús no oraría siempre, y yo volvería a ser yo... Jesús lo dice siempre- un día se irá. Tengo que preocuparme de cuando me falte Él. Jesús ahora nos quiere enviar a evangelizar. Me da miedo ir a sembrar la palabra de Dios acompañado por este enemigo mío que soy yo mismo. Quisiera estar ya formado para este momento.

-Pero, hijo mío, si ni siquiera puede hacerlo Jesús, ¿quién va a poder?

-¡Tú, Madre! Déjame estar un poco de tiempo contigo. Si han estado contigo paganos y meretrices, yo también puedo. Si no quieres que esté en tu casa por la noche, iré a dormir a casa de Alfeo o María de Cleofás, pero pasaré el día contigo y los niños. Las veces pasadas he tratado de actuar solo y he empeorado las cosas. Si voy a Jerusalén, tengo demasiados amigos malos, y, en las condiciones en que me encuentro cuando se apodera de mí esto, soy un juguete en sus manos... Si voy a otra ciudad, es igual. La tentación del camino se enciende en mí además de la que ya tengo. Si voy a Keriot a casa de mi madre, me esclaviza la soberbia. Si voy a un lugar solitario, el silencio me tortura con las voces de Satanás. Pero... en tu casa... ¡oh!... ¡contigo presiento que será distinto!... ¡Déjame que vaya! ¡Dile a Jesús que me lo conceda! ¿Quieres que me pierda? ¿Tienes miedo de mí? Me miras con la mirada de una gacela herida sin fuerzas para seguir huyendo de sus perseguidores. No, no te causaré ningún daño. Yo también tengo una madre, y... y te quiero más que a ella. ¡María, ten piedad de un pecador! Mira, lloro a tus pies... Si me rechazas, puede significar mi muerte espiritual... - y Judas se echa realmente a llorar a los pies de María, que lo mira con una mirada de piedad y angustia, y de miedo; está palidísima.

No obstante, da un paso hacia delante, porque estaba casi hundida en el seto, para alejarse de Judas que se le estaba acercando demasiado, y pone una mano en el pelo moreno del Iscariote.

-¡Calla! ¡Que no te oigan! Hablaré con Jesús. Si Él acepta, vendrás a mi casa. No me preocupo del juicio del mundo. No lesiona mi alma. Sólo me puede causar horror ser culpable yo ante Dios. La calumnia me deja indiferente. De todas formas, no me calumniarán, porque Nazaret sabe que su hija no es escándalo de su ciudad. Además... ¡que pase lo que pase!... lo que me preocupa es que te salves en tu espíritu. Voy donde Jesús. Queda en paz.

Se emboza en su velo, blanco como el vestido, y se echa a andar, ligera, por el sendero que conduce a una loma poblada de olivos.

Busca a su Jesús y lo encuentra absorto en profunda meditación.

-Hijo, soy yo... Escucha.

-¡Oh, Mamá! ¿Vienes a orar conmigo? ¡Qué alegría, qué consuelo me das!

-¿Qué, Hijo mío? ¿Sientes tu espíritu cansado? ¿Estás triste? ¡Díselo a tu Madre!

-Sí, cansado, tú lo has dicho, y afligido. No tanto por el cansancio y las miserias que veo en los corazones, cuanto porque veo que mis amigos no cambian. Pero no quiero ser injusto con ellos. Uno sólo me produce cansancio, Judas de Simón...

-Hijo, venía a hablarte de él...

-¿Ha hecho algo malo? ¿Te ha adolorado?

-No. Pero me ha causado la pena que me causaría el ver a una persona muy corrompida... ¡Pobre hijo! ¡Qué enfermo está en su espíritu!

-¿Sientes compasión de él? ¿Ya no te da miedo? Antes sí...

-Hijo mío, mi compasión supera a mi miedo. Quisiera ayudaros a ti y a él a salvar su espíritu. Tú lo puedes todo, no tienes necesidad de mí; pero dices que todos deben cooperar con el Cristo en la redención... ¡Y este hijo está tan necesitado de redención!...

-¿Qué más debo hacer de lo que ya hago por él?

-Tú no puedes hacer más. Pero podrías dejarme intentarlo a mí. Me ha rogado que le permita estar en nuestra casa porque le parece que así podrá liberarse de su monstruo... ¿Meneas la cabeza? ¿No quieres? Bien, se lo diré...

-No, Mamá. No es que no quiera. Meneo la cabeza porque sé que es inútil. Judas es como uno que se está ahogando y que, a pesar de ver que se está ahogando, rechaza por orgullo la soga que le echan para sacarlo a la orilla. No tiene la voluntad de venir a la orilla. De vez en cuando, sintiendo el terror de ahogarse, busca y pide ayuda, se agarra a la soga... pero luego, por el orgullo, suelta la ayuda, la rechaza, quiere salir él solo... y se hace cada vez más pesado a causa del agua fangosa que traga. Pero, para que no se diga que he dejado una posibilidad sin intentar, hágase esto también, pobre Mamá mía... Sí, pobre Mamá, que te sometes, por amor a un alma, al sufrimiento de tener a tu lado a una persona... que te da miedo.

-No, Jesús, no digas eso. Soy una pobre mujer, porque todavía estoy sujeta a antipatías. Regáñame. Lo merezco. No debería sentir repulsión por ninguna persona, por tu amor. Pero ésa es mi pobreza, sólo ésa. ¡Ah, si pudiera devolverte a Judas espiritualmente curado! Darte un alma es darte un tesoro, y quien da un tesoro no es pobre. ¡Hijo!... ¡Voy y le digo a Judas que das tu consentimiento? Dijiste: "Día llegará en que dirás: "¡Qué difícil es ser la Madre del Redentor!". Ya lo he dicho una vez... por Áglae... Pero, ¿qué es una vez! ¡La Humanidad son muchos!... Y Tú eres Redentor de todos. ¡Hijo!... ¡Hijo!... De la misma forma que te llevé a la pequeñuela en mis brazos para que la bendijeras, deja que te traiga en mis brazos a Judas para que lo bendigas...

-Mamá... Mamá... Judas no te merece.

-Jesús mío, cuando no te decidías a entregar a Margziam a Pedro, te dije que sería un bien para él. No puedes decir que Pedro no se haya renovado desde ese momento... Déjame ocuparme de Judas.

-De acuerdo. Hágase como deseas. ¡Bendita seas, por tu intención amorosa por mí y por Judas! Ahora vamos a orar juntos, Mamá. ¡Es tan dulce orar contigo!...

...Acaba de empezar el alba cuando veo que salen de la casa en que se habían alojado.

Juan de Endor y Hermasteo se despiden de Jesús nada más llegar al camino. María, por su parte, con las mujeres, prosigue junto con su Hijo por un camino que se abre paso entre los olivares de las colinas. Van hablando, naturalmente, también de los hechos de ese día.

Pedro dice:

-¡Qué loco ese Felipe! ¡A punto de repudiar a su mujer y a su hija, si no te hubieras metido a hacerlo razonar.

-Esperemos que le dure el arrepentimiento de ahora y que no le dé enseguida de nuevo la locura de la aversión hacia las mujeres. En el fondo, si el mundo va adelante, es por las mujeres - dice Tomás, y muchos se echan a reír por la ocurrencia.

-Cierto. Es verdad. Pero su condición impura es mayor que la nuestra y... - responde Bartolomé.

-¡Venga ya, hombre! ¡Si nos referimos a impureza!... Nosotros tampoco somos ángeles. Lo que quisiera saber es si después de la Redención seguirá siendo así para la mujer. Nos enseñan a honrar a nuestra madre, a tener el máximo respeto para con nuestras hermanas, o las hijas, o las tías, las nueras, las cuñadas... y luego... ¡anatemas a diestro y siniestro! En el Templo, no; estar con ellas muchas veces, no... ¿Que pecó Eva? De acuerdo. También pecó Adán. Dios dio a Eva su castigo, y bien severo; ¿no es suficiente?

-Pero, hombre, Tomás, si hasta Moisés la considera impura.

-Moisés, que si no hubiera sido por las mujeres se hubiera ahogado... Mira, escúchame un momento por favor, Bartolmái, mira, te recuerdo, a pesar de no ser docto como tú sino sólo un batihoja, que Moisés cita las impurezas físicas de la mujer para que la respetemos, no para condenarla.

La discusión se incrementa.

Jesús, que iba delante, precisamente con las mujeres y con Juan y Judas Iscariote, se para, se vuelve e interviene:

-Dios tenía ante sí un pueblo moral y espiritualmente deforme, contaminado por sus contactos con idólatras. Quería convertirlo en un pueblo fuerte en lo físico y espiritual. Dio como preceptos las normas saludables para la fortaleza física y para la honestidad de costumbres. No podía hacer otra cosa para frenar la concupiscencia del varón, para que los pecados por que fue sumergida la tierra y fueron quemadas Sodoma y Gomorra no se repitieran. En el futuro, la mujer redimida no vivirá esta opresión que vive ahora. Seguirán existiendo las prohibiciones dictadas por la prudencia física, pero los obstáculos que encuentra para acercarse al Señor quedarán eliminados. Yo ya los elimino, para preparar a las primeras sacerdotisas del tiempo futuro.

-¿Pero habrá mujeres sacerdotes!? - pregunta, atónito, Felipe.

-No me entendáis mal. No serán sacerdotisas como los hombres, no consagrarán, no administrarán los dones de Dios (los que por ahora no podéis conocer); pero sí pertenecerán lo mismo a la clase sacerdotal, cooperando con los sacerdotes de muchas maneras para el bien de las almas.

-¿Van a predicar? - pregunta, incrédulo, Bartolomé.

-Como ya predica mi Madre.

-¿Van a hacer peregrinajes apostólicos? - pregunta Mateo.

-Sí, y llevarán la Fe muy lejos, y -tengo que decirlo- con más heroísmo que los hombres.

-¿Van a hacer milagros? - pregunta, riendo, el Iscariote.

-Alguna hará también milagros. De todas formas, no os baséis en los milagros como si fuera lo esencial. Las mujeres santas harán también muchos milagros de conversiones con la oración.

-¡Mmm... las mujeres rezar hasta el punto de hacer milagros! - Natanael.

-No seas cerrado, como un escriba, Bartolomé. ¿Qué concepto tienes de la oración?

-Dirigirse a Dios con las fórmulas que sabemos.

-Es eso y más. La oración es la conversación del corazón con Dios, y debería ser el estado habitual del hombre. La mujer, por su vida más retirada que la nuestra, y porque tiene una facultad afectiva más fuerte que la nuestra, tiene más predisposición

que nosotros para esta conversación con Dios. En ella encuentra consuelo de sus dolores, alivio de sus fatigas -que no son sólo las de la casa y las de engendrar, sino también el soportarnos a nosotros los hombres-, encuentra aquello que enjuga sus lágrimas y devuelve la sonrisa a su corazón. Porque la mujer *sabe* hablar con Dios, y sabrá hacerlo todavía mejor en el futuro. Los hombres serán los gigantes de la doctrina; las mujeres serán siempre las que con su oración sostengan a los gigantes y al mundo, porque, efectivamente, por sus oraciones se evitarán muchas desventuras y muchos castigos quedarán suspendidos. Así pues, harán milagros, por lo general invisibles, conocidos sólo por Dios, pero no por ello irreales.

-También Tú hoy has hecho un milagro invisible, pero real, ¿no es verdad, Maestro? - pregunta Judas Tadeo.

-Sí, hermano.

-Mejor hubiera sido hacerlo visible - observa Felipe.

-¿Querías que transformara a la pequeña en un niño? El milagro en realidad es una alteración del destino de las cosas, por tanto es un benéfico desorden, que Dios concede para complacer la oración del hombre y mostrarle así que lo ama, o para persuadir de que Él es el que es. Pero, dado que Dios es orden, no viola de forma exagerada el orden. La niña ha nacido mujer y mujer seguirá siendo.

-¡Me sentía muy apenada esta mañana!» suspira la Virgen.

-¿Por qué? La niña despreciada no era tuya - dice Susana.

Y añade:

-Yo, cuando veo alguna desgracia en un niño, digo: "¡Menos mal que no tengo niòos!"

-No digas eso, Susana. Eso no es caridad. También yo podría decirlo, porque mi única Maternidad ha trascendido las leyes naturales. Pero no lo digo, porque siempre pienso: "Si Dios no hubiera querido que fuera virgen, quizás esa semilla habría caído en mí y sería la madre de ese infeliz", y así tengo compasión de todos... Porque digo: "Podría haber sido hijo mío", y, como madre, querría que todos fueran buenos, que estuvieran sanos, que fueran amados y merecedores de amor, porque eso es lo que desean las madres para sus hijos - responde dulcemente María. Y Jesús la mira con unos ojos tan radiantes, que parece vestirla de luz.

-Por eso tienes compasión de mí... - dice el Iscariote en voz baja.

-De todos. Aunque se tratara del asesino de mi Hijo, porque pienso que sería el más necesitado de perdón... y de amor, porque, sin duda, todos lo odiarían.

-Mujer, tendrías que empeñarte mucho en defenderlo para darle tiempo de convertirse... Yo sería el primero en quitarlo de enmedio... - dice Pedro.

-Hemos llegado al lugar de la despedida. Madre, Dios sea contigo. Y contigo, María. También contigo, Judas.

Se besan. Jesús añade:

-Recuerda que te he concedido una cosa muy grande, Judas. Haz que sea un bien para ti, no un mal. Adiós.

Y Jesús, los once restantes y Susana, van, ligeros, hacia oriente, mientras María, la cuñada de María y el Iscariote siguen recto.

## 263

## Curación del hombre del brazo atrofiado

Jesús entra en la sinagoga de Cafarnaúm, que lentamente se va llenando de fieles porque es sábado. Muy grande es el estupor al verlo. Unos a otros se lo señalan musitando comentarios. Alguno tira de la túnica a éste o a aquel otro apóstol para preguntar que cuándo han vuelto a la ciudad, porque nadie sabía que habían llegado.

-Hemos desembarcado ahora en el "pozo de la higuera" viniendo de Betsaida, para no dar ni un paso más de lo prescrito, amigo - responde Pedro a Urías el fariseo, el cual, ofendido por ver que un pescador le llama "amigo", se marcha con aire de desdén a donde están los suyos, en primera fila.

-¡No los pinches, Simón! - advierte Andrés.

-¿Pincharlos? Me ha preguntado y he respondido, diciendo incluso que hemos evitado caminar por respeto al sábado.

-Dirán que hemos trabajado con la barca...

-¡A1 final dirán que hemos trabajado porque hemos respirado! ¡No seas ignorante! Es la barca la que trabaja, el viento y las olas, no nosotros yendo en barca.

Andrés se queda con la regañina y guarda silencio.

Después de las oraciones preliminares, llega el momento de la lectura de un texto y su explicación. El jefe de la sinagoga le pide a Jesús que sea Él quien lo haga, pero Jesús señala a los fariseos y dice:

-Que lo hagan ellos.

No obstante, dado que ellos no lo quieren hacer, debe hablar Él.

Jesús lee el trozo del primer Libro de los Reyes en que se narra cómo David, traicionado por los zifitas, fue señalado a Saúl, que estaba en Guibeá. Devuelve el rollo y empieza a hablar.

-Violar el precepto de la caridad, de la hospitalidad, de la honradez, siempre es cosa reprobable. Sin embargo, el hombre no vacila en hacerlo con total indiferencia. Aquí tenemos un episodio compuesto de dos partes: esta violación y el consiguiente castigo de Dios. La conducta de los zifitas era ratera; la de Saúl no lo era menos: los primeros, viles intentando ganarse al más fuerte y sacar beneficio de él; el segundo, vil intentando eliminar al ungido del Señor: el egoísmo, por tanto, los aunaba. Y, ante la indigna propuesta, el rey falso y pecador de Israel osa dar una respuesta en que aparece nombrado el Señor: "Que el Señor os bendiga".

-¡Hacer burla de la justicia de Dios!... ¡Hacerlo habitualmente!... Demasiadas veces se invoca el Nombre del Señor y su bendición como premio o garantía de las maldades del hombre. Está escrito: "No tomarás el Nombre de Dios en vano". ¿Podrá haber algo más vano -peor: más malo- que nombrarlo para cumplir un delito contra el prójimo? Pues bien, a pesar de todo, es éste un pecado más común que ningún otro, cometido con indiferencia incluso por aquellos que ocupan siempre los primeros puestos en las asambleas del Señor, en las ceremonias y en la enseñanza. Recordad que es pecaminoso indagar, observar, prepararlo todo con la finalidad de perjudicar al prójimo; como también es pecaminoso el hacer que otros indaguen, observen y preparen todo para perjudicar al prójimo: es inducir a los demás al pecado tentándolos con recompensas o amenazándolos con represalias.

Os advierto de que es pecado; de que una conducta semejante es egoísmo y odio. Sabéis que el odio y el egoísmo son los enemigos del amor. Os lo advierto porque me preocupo de vuestras almas; porque os amo; porque no quiero que estéis en pecado; porque no quiero que Dios os castigue, como le sucedió a Saúl, el cual, mientras perseguía a David para atraparlo y matarlo, vio su tierra hollada por los filisteos. En verdad, esto le sucederá siempre a aquel que perjudica a su prójimo. Su victoria durará cuanto la hierba del prado: crecerá pronto, y pronto se secará y será triturada por el pie indiferente de los que pasan. Sin embargo, la buena conducta, la vida honrada, parece como si tuviera dificultad en nacer y consolidarse, pero, una vez formada como hábito de vida, se hace árbol robusto y frondoso que no será descuajado por el torbellino ni abrasado por la canícula; en verdad, quien es fiel a la Ley, verdaderamente fiel, se hace árbol poderoso que no será combado por las pasiones ni quemado por el fuego de Satanás.

He dicho. Si alguien quiere decir algo más, que lo diga.

-Lo que te preguntamos es si has hablado para nosotros los fariseos.

-¿Acaso está llena de fariseos la sinagoga? Sois cuatro, la gente son muchas personas. La palabra es para todos.

-La alusión, de todas formas, es muy clara.

-¡Verdaderamente no se ha visto nunca que un indiciado -denunciado sólo por un parangón- se acuse a sí mismo! Y, sin embargo, vosotros lo hacéis. ¿Por qué os acusáis si Yo no os acuso? ¿Tenéis conciencia de actuar como he dicho? Yo no lo sé. De todas formas, si fuera así, cambiad. Porque el hombre es débil y puede pecar, pero Dios lo perdona si surge en él el arrepentimiento sincero y el deseo de no volver a pecar. Ahora bien, persistir en el mal es doble pecado, y sin perdón.

-No tenemos este pecado.

-Pues entonces no os aflijáis por mis palabras.

El incidente queda zanjado. Los himnos llenan la sinagoga. Luego parece que está para disolverse la asamblea sin más incidentes. Pero, he aquí que el fariseo Joaquín detecta la presencia de un hombre entre la masa de la gente y, con la mirada y con gestos, le obliga a pasar a la primera fila. Es un hombre de unos cincuenta años, tiene un brazo atrofiado, mucho más pequeño que el otro -también la mano- porque la atrofia ha destruido los músculos. Jesús lo ve, y ve también todo el montaje que han hecho para que lo viera. En su rostro se dibuja un gesto de disgusto y compasión; es una expresión casi instantánea, pero muy clara. No obstante, no desvía el golpe, sino que afronta con firmeza la situación.

-Ven aquí al medio - ordena al hombre.

Una vez que lo tiene delante, se vuelve a los fariseos y dice:

-¿Por qué me tentáis? ¿No acabo de hablar contra la insidia y el odio? ¿No acabáis de decir: "No tenemos este pecado"? ¿No respondéis? Responded al menos a esto: ¿Es lícito hacer el bien o el mal en día de sábado? ¿Es lícito salvar o quitar la vida? ¿No respondéis? Responderé por vosotros, en presencia de todos los ciudadanos, los cuales juzgarán mejor que vosotros porque son sencillos y no tienen ni odio ni soberbia. No es lícito hacer ningún trabajo en día de sábado. Pero, de la misma forma que es lícito orar, también es lícito hacer el bien, porque el bien es oración, mayor que los himnos y salmos que hemos cantado. Sin embargo, ni en día de sábado ni los otros días es lícito hacer el mal. Y vosotros habéis hecho el mal, trajinando para poder tener hoy aquí a este hombre, que ni siquiera es de Cafarnaúm, que le habéis hecho venir desde hace dos días porque sabíais que Yo estaba en Betsaida e intuíais que vendría a mi ciudad. Lo habéis hecho para ver cómo acusarme. Actuando así, cometéis también otro pecado, el de matar vuestra alma en vez de salvarla. Por mi parte, os perdono. Respecto a este hombre, no defraudaré su fe. Le habéis hecho venir diciéndole que lo iba a curar, mientras que lo que queríais era ponerme una trampa. A él no se le puede culpar, porque ha venido aquí con la única intención de quedar curado. Pues bien, así sea. Hombre: extiende tu mano y ve en paz.

El hombre obedece y su mano queda sana, igual que la otra. La usa enseguida para coger la orla del manto de Jesús y besarla, y decir:

-Tú sabes que desconocía la verdadera intención de éstos. Si la hubiera conocido, no habría venido; hubiera preferido quedarme con la mano seca, antes que servir contra ti. Por tanto, no te enojes conmigo.

-Ve en paz, hombre. Yo sé la verdad. Respecto a ti, no siento sino benevolencia.

La gente sale comentando estas cosas. El último en salir es Jesús con los once apóstoles.

<u>Una jornada de Judas Iscariote en Nazaret</u>

La casa de Nazaret sería la más indicada para vuelos del espíritu: en ella, paz, silencio, orden. Sus piedras parecen rezumar santidad; santidad parecen exhalar los árboles del huerto; santidad parece llover del cielo sereno, su cerúlea cúpula: en realidad, emana de la mujer que en ella habita, y que se mueve ágil y silenciosa con la donosura de sus movimientos juveniles, intactos, con el paso leve que tenía cuando entró en ella después de los esponsales, y la misma sonrisa mansa que calma y acaricia.

El sol, en esta hora de la mañana, hiere el lado derecho de la casa (el que se apoya en la primera ondulación de la colina). Sólo las copas de los árboles se benefician. Primero, los olivos plantados para sujetar con sus raíces la tierra del ribazo; los olivos que quedan, re-torcidos, robustos, los de ramas más gruesas, alzadas todas al cielo como si invocaran su bendición, o como si rezasen -también ellos-desde este lugar de paz; los olivos que quedan del olivar de Joaquín, en aquel entonces bien poblado de árboles que proseguían su paseo de peregrinos orantes hasta la campiña lejana en que el olivar y los campos terminaban en pastos, y ahora reducido a pocos árboles supervivientes en la linde de la mutilada propiedad. Luego, se benefician el almendro y los manzanos, altos y robustos, que abren el paraguas de sus ramas para amparo del huerto. El tercero en beber los rayos del sol es el granado. La última, la higuera que da contra la casa, cuando ya el sol acaricia las bien cuidadas flores y verduras en los cuadros rectangulares y a lo largo de los setos dispuestos bajo la pérgola cargada de racimos.

Zumban las abejas, gotas de oro voladoras sobre todo lo que puede procurarles jugos dulces y perfumados. Se lanzan al asalto de una pequeña rama de madreselva, y lo mismo hacen con un seto de flores -cuyo nombre ignoro- en forma de campanillas que forman una panoja y que se están cerrando -deben ser flores nocturnas-, con un perfume intensísimo. Las abejas se apresuran a succionar en estas flores antes de que plieguen los pétalos en el sueño de la corola.

María va, ágil, de los nidos de las palomas a la fuentecilla que gotea junto a la pequeña gruta; de ésta a la casa, ocupada en sus labores. Pero, a pesar de su trabajo, encuentra la forma de admirar las flores o las palomas que danzan minués por los senderos o forman un corro de vuelos por encima de la casa y del huerto.

Vuelve a casa Judas Iscariote, cargado de plantas y esquejes.

-¡Hola, Madre! Me han dado todo lo que quería. He venido corriendo para que no padecieran. Creo que echarán raíces como la madreselva. Para el año que viene tendrás el jardín como un banasto lleno de flores. Así te acordarás del pobre Judas y de su estancia aquí - dice mientras extrae con cuidado de una bolsa unas plantas con las raíces envueltas en tierra y en hojas húmedas, y de otra bolsa unos esquejes.

-Gracias, Judas, muchísimas gracias. No puedes hacerte una idea de lo feliz que me siento por esa madreselva de la gruta. Cuando era pequeña, allí, al final de aquellos campos, que entonces eran nuestros, había una gruta todavía más bonita. Hiedras y madreselvas la vestían de ramas y flores: cortina de la gruta, protección de las minúsculas azucenas que crecían incluso dentro de ella, toda verde por el fino recamo de los adiantos. Porque allí había un manantial... En el Templo pensaba siempre en esa gruta, y te digo que cuando oraba, yo virgen del Templo, ante el Velo del Santo, no sentía a Dios más que allí; es más, tengo que decir que allí evocaba el sueño de los dulces coloquios de mi espíritu con mi Señor... Mi José hizo que pudiera tener esta gruta, con un útil hilo de agua; pero, sobre todo, para darme la alegría de una gruta copiada de aquélla... José era bueno, hasta en las más pequeñas cosas... Y había plantado una madreselva, y la hiedra que vive todavía. La madreselva murió durante los años del exilio... luego la volvió a plantar, pero murió también, hace tres años. Ahora tú la has puesto de nuevo. Ha agarrado, ¿ves? Eres un jardinero excelente.

-Sí. Cuando era niño me gustaban mucho las plantas. Mi madre me enseñaba a cuidarlas... Ahora, a tu lado, Madre, me siento niño de nuevo y recupero esta capacidad del pasado... por darte estas satisfacciones. ¡Eres muy buena conmigo!... - responde Judas mientras trabaja, como un experto, en colocar sus plantas en los lugares más adecuados. Va junto al seto de las flores nocturnas, a poner unas marañas de raíces, que no sé si son de muguetes o de otras flores.

-Aquí están bien - dice mientras da unos golpes con una azadilla en la parte donde ha enterrado las raíces.

-No requieren mucho sol. No me las quería dar el siervo de Eleazar, pero he insistido tanto que me las ha dado.

-Tampoco le querían dar a José esas gardenias, pero trabajó sin cobrar para procurármelas. Siempre han prosperado.

-Ya está, Madre. Ahora las riego y todo irá bien.

Riega, y luego se lava las manos en la fuente.

María lo mira - tan distinto de su Hijo como es, y tan distinto del Judas de ciertas horas de agitación -, lo escudriña, piensa, se acerca a él, y, poniendo una mano en su brazo, le pregunta dulcemente:

-¿Estás mejor, Judas? Quiero decir, en tu espíritu.

-¡Oh! ¡Madre! ¡Mucho mejor! Estoy en paz. Tú misma lo puedes ver. Encuentro gusto y salvación en las cosas humildes y en estar contigo. No debería dejar jamás esta paz ni este recogimiento. Aquí... ¡qué lejos de esta casa está el mundo!... - Judas mira al huerto, a los árboles, a la casita... y termina: «Pero, si estuviera aquí, no sería nunca apóstol, y quiero serlo...».

-Aunque -créeme- sería mejor para ti ser un alma honesta que no un apóstol deshonesto. Si comprendes que el contacto con el mundo te turba, si comprendes que las alabanzas y honores del apóstol te perjudican, renuncia a ello, Judas: es mejor para ti ser un simple fiel de mi Jesús, pero un fiel santo, que no un apóstol pecador.

Judas agacha la cabeza pensativo. María lo deja con sus meditaciones y entra en la casa, a seguir sus labores.

Judas está parado un rato, luego se pone a pasear de un lado para otro bajo la pérgola. Tiene los brazos cruzados; la cabeza, baja. Piensa, piensa... y pasa a monologar y a gesticular solo... Un monólogo incomprensible; los gestos son los propios de una persona en gran contraste de ideas: parece suplicar y rechazar, o compadecerse, o maldecir algo; y pasa de una expresión interrogante a una expresión de miedo, de angustia... hasta adquirir su rostro la expresión de sus peores momentos, y, así, de repente, se para a mitad de recorrido del sendero, y se queda así un rato, con una expresión de verdadero demonio...

Luego se lleva las manos a la cara y huye al ribazo de los olivos, lejos de la vista de María, y llora con la cara escondida entre las manos, hasta que se calma; y se queda sentado con la espalda apoyada en un olivo, como aturdido...

"...Ya no es por la mañana. Toca a su fin un intenso ocaso. Nazaret abre las puertas de sus casas, que habían permanecido continuamente cerradas al despiadado calor estival del día, ¡día de oriente además! Mujeres, hombres, niños salen a los huertos o a las calles -todavía calientes pero ya no llenas de sol- en busca de aire, o a la fuente, a jugar, a conversar... en espera de la cena. Calurosos saludos, charloteo, risas y gritos, respectivamente entre hombres, mujeres y niños.

También Judas sale y se encamina hacia la fuente con los cántaros de cobre. Los nazarenos lo ven y lo señalan con el sobrenombre de "el discípulo del Templo" (cosa que llegando a los oídos de Judas suena como una música). Pasa saludando con afabilidad, pero también con un no se qué de actitud reservada que, si no llega a ser gravedad soberbia, es pariente muy cercana de ésta.

-Eres muy bueno con María, Judas - dice un nazareno muy barbado.

-Se merece esto y más. Es verdaderamente una gran mujer de Israel. Dichosos vosotros que es paisana vuestra.

La alabanza a la mujer de Nazaret seduce mucho a los nazarenos, los cuales se repiten unos a otros lo que Judas ha dicho.

Éste, entretanto, ha llegado a la fuente, y ahora espera su turno, y extiende su cortesía hasta el punto de llevarle los cántaros a una viejecita, que no acaba nunca de bendecirlo, y también hasta el punto de tomar el agua para dos mujeres que encuentran dificultad para hacerlo porque tienen en brazos a un lactante. Levantando un poco su velo, susurran:

-Que Dios te lo pague.

-El amor al prójimo es el primer deber de un amigo de Jesús - responde Judas acompañando su palabra con una inclinación de cabeza. Luego llena sus cántaros y vuelve hacia la casa.

En el camino de regreso, lo paran el arquisinagogo de Nazaret y otros y lo invitan a que el sábado siguiente hable.

-Hace más de dos semanas que estás con nosotros y tu única lección ha sido la de una gran cortesía con todos nosotros - se queja el jefe de la sinagoga, que está con otros ancianos del pueblo.

-Pero, si no os resulta agradable la palabra de vuestro mayor hijo, ¿os puede complacer, acaso, la de su discípulo -la mía-, que además soy judío? - responde Judas.

-Tu desconfianza es injusta y nos entristece. Nuestra invitación es franca. Tú eres discípulo y judío, esto es verdad, pero eres del Templo; por tanto, puedes hablar, porque en el Templo hay doctrina. El hijo de José es sólo un carpintero...

-¡Pero es el Mesías!

-Lo dice Él... ¿Será verdad... o será un delirio?

-¿Y su santidad, nazarenos!? ¡Su santidad! - Judas se muestra escandalizado de la incredulidad de los nazarenos.

-Es grande. Es verdad. ¡Pero de eso a ser el Mesías!... Y además... ¿por qué habla con esa dureza?

-¿Dureza? ¡No! No me parece dureza. Más bien... sí, eso sí, es demasiado sincero e intransigente. No deja cubierta ninguna culpa, no duda en denunciar un abuso... y ello no gusta. Mete el dedo exactamente en el centro de las llagas, y eso hace daño. Pero es por santidad. ¡Sí, sin duda, sólo por santidad actúa así! Yo se lo he dicho en repetidas ocasiones: "Jesús, te perjudicas a ti mismo". ¡Pero no me quiere hacer caso!...

-Tú lo amas mucho, y además eres docto... Podrías guiarle.

-¡Oh, no, docto no!... Práctico... sí. ¡Eso... del Templo! Conozco los mecanismos. Tengo amigos. El hijo de Anás es como un hermano para mí. Es más, si queréis algo del Sanedrín, pues decídmelo... Pero ahora dejadme llevar el agua a María, que me espera para la cena.

-Vuelve después. En mi terraza hace fresco. Estaremos entre amigos y hablaremos...

-Sí. Adiós.

Judas va a casa, donde se disculpa ante María por haber tardado a causa de que lo han entretenido el arquisinagogo y los ancianos del pueblo. Y termina:

-Quisieran que hablase el sábado... El Maestro no me lo ha mandado. ¿Qué opinas, Madre? Aconséjame.

-¿Hablar con el jefe de la sinagoga... o hablar en la sinagoga?

-Las dos cosas. No quisiera hablar con ninguno, ni a ninguno, porque sé que son contrarios a Jesús, y también porque me parece sacrílego hablar donde sólo Él tiene derecho a ser Maestro. ¡Pero, han insistido tanto!... Quieren que vaya después de cenar... Casi he dado mi palabra. Si crees que, hablando, voy a poder quitarles ese espíritu tan penoso de resistencia al Maestro, yo, aunque me resulte cosa pesada, iré y hablaré; así, como sé hacer, como pueda, tratando de ser muy longánimo con sus obcecaciones. Porque he comprendido que si uno es duro es peor. ¡No volveré a incurrir en el error de Esdrelón! ¡El Maestro se sintió muy disgustado! No me dijo nada, pero yo lo entendí. No lo volveré a hacer. Pero querría dejar Nazaret después de haberla persuadido de que el Maestro es el Mesías y que debemos creer en El y amarlo.

Judas está hablando mientras, sentado a la mesa en el sitio de Jesús, come lo que María ha preparado. Y me duele ver a Judas sentado en ese sitio, frente a María escuchándolo y sirviéndole como una madre.

Ahora ella responde:

-Estaría bien, efectivamente, que Nazaret comprendiera la verdad y la aceptara. Yo no te pongo trabas. Ve si quieres. Nadie mejor que tú puede decir si Jesús merece amor. Piensa cuánto te ama y cómo te lo demuestra disculpándote siempre y dándote gusto siempre que puede... Que esta reflexión te dé palabras y acciones santas.

La cena termina pronto. Judas va a regar las flores del huerto antes de que la luz se nuble demasiado, y luego sale, dejando a María en la terraza ocupada en doblar la ropa que había puesto a secar.

Judas, tras saludar a Alfeo de Sara y a María Cleofás, que están hablando en la puerta de la casa del primero, se dirige hacia la casa del arquisinagogo. Además de seis ancianos, están presentes los dos primos del Señor.

Después de los ampulosos saludos, se sientan todos ceremoniosamente en asientos adornados con almohadones; toman el fresco mientras beben agua anisada o de menta, que deben estar bien frescas porque la jarra metálica suda en la separación

entre el líquido gélido y el aire, todavía caliente a pesar de la brisa que procede de las colinas situadas al norte de Nazaret y que mueve la cima de los árboles.

-Me alegro de que hayas aceptado venir. Eres joven. Un poco de solaz es cosa sana- dice el arquisinagogo, que se muestra lleno de atenciones para con Judas.

-No he venido antes porque temía ser inoportuno. Sé de vuestro desdén hacia Jesús y sus seguidores...

-¡Desdén! No. Estamos escépticos.., y heridos por sus... admitámoslo, ¿por qué no?... sus verdades demasiado crudas. Si no te invitábamos a venir es porque pensábamos que nos despreciabas.

-¡Despreciaros yo! ¡No! ¡Todo lo contrario! Os comprendo muy bien... ¿Cómo no? ¡Claro! Pero estoy convencido de que acabará habiendo paz entre vosotros y Él. Os trae cuenta siempre, tanto a Él como a vosotros: a Él, porque tiene necesidad de todos; a vosotros, porque no os conviene cargaros con el nombre de enemigos del Mesías.

-¿Para ti lo es verdaderamente? - pregunta José de Alfeo. No tiene nada de esa figura regia que nos ha sido profetizada. Quizás es porque nosotros lo recordamos como carpintero... Pero... ¿Dónde se ve en Él al rey liberador?

-David parecía también simplemente un zagal, y, sin embargo, como sabéis, no hubo rey más grande que David. Ni siquiera Salomón, en toda su gloria, lo igualó. Porque, en fin, Salomón siguió a David, nada más, y jamás tuvo la inspiración suya. ¡Sin embargo, David! ¡Pensad en la figura de David! Es gigantesca, de una realeza que casi toca el Cielo. David, rey y pastor, o, mejor, pastor y luego rey; Jesús, rey y carpintero, o, mejor, carpintero y luego rey.

-Hablas como un rabí. Se ve que has sido educado en el Templo - dice el arquisinagogo - ¿Podrías hacer saber al Sanedrín que yo, el arquisinagogo, necesito ayuda del Templo para una cuestión privada?

-¡Pues claro! ¡Sin duda! ¡Con Eleazar! ¡Fíjate tú! ¡Y luego José el Anciano, ¿sabes?, el rico de Arimatea! ¡Y el escriba Sadoq!... Y... ¡bueno, no tienes sino que hablar y basta!

-Entonces te invito mañana a mi casa. Hablaremos.

-¿A tu casa? No. No dejo sola a esa santa y afligida mujer que es María. He venido precisamente a hacerle compañía...

-¿Qué le pasa a nuestra pariente? Sabemos que está sana y que, dentro de su pobreza, vive feliz - dice Simón de Alfeo.

-Sí. No la abandonamos. Mi madre está siempre atenta a ella. También yo y mi mujer, a pesar... a pesar de que yo, particularmente, no le puedo perdonar su debilidad para con su Hijo; ni el dolor de mi padre, que por causa de Jesús murió teniendo sólo a dos de sus hijos al pie de su cama. ¡Y luego! ¡Y luego!... Bueno, las penas de familia no se pregonan desde los tejados...- suspira José de Alfeo.

-Tienes razón. Se susurran en el rincón más apartado, vertiéndolas en un corazón amigo. ¡Pero esto sucede con muchas otras penas! Yo también tengo las mías, de discípulo... ¡Pero, es mejor que no hablemos!

-¡No, no, hablemos! ¿Qué sucede? ¿Complicaciones respecto a Jesús? No aprobamos su conducta, pero seguimos siendo parientes suyos, dispuestos a ponernos de su parte contra sus enemigos. ¡Habla! - dice José.

-¿Complicaciones? ¡No, hombre, no! Era una forma de expresarme... Además, las penas de un discípulo son muchas. No es sólo dolor por el modo como el Maestro trata con amigos y enemigos, perjudicándose a sí mismo, sino también el ver que no lo aman. Quisiera que todos vosotros le amarais...

-¿Y cómo? ¡Tú mismo lo dices! ¡Tiene un modo de hacer las cosas!... No era así cuando estaba con su Madre - dice, justificándose, el arquisinagogo - ¿No es verdad, todos vosotros?

Todos asienten con gravedad y hacen comentarios muy positivos del Jesús silencioso, manso, apartado, de antes.

-¿Quién podía imaginarse que de aquel Jesús pudiera salir uno como es ahora? Todo casa y familia. ¿Y ahora? - dice un nazareno muy anciano.

Judas suspira:

-¡Pobre mujer!

-Bueno, ¿pero qué es lo que sabes? Habla - grita José.

-Nada que tú no sepas. ¿Crees que le guste sentirse abandonada?

-Si José hubiera vivido el tiempo que vivió vuestro padre, no habría sucedido eso - sentencia un nazareno también muy anciano.

-No lo creas, hombre. Habría sido lo mismo. ¡Cuando cuajan ciertas... ideas! - dice Judas.

Un siervo trae unas lámparas y las pone encima de la mesa, porque es una noche sin Luna, aunque el cielo sea todo un titilar de estrellas. Junto con la luz traen otras bebidas y el arquisinagogo quiere ofrecérselas enseguida a Judas.

-Gracias. No me entretengo más. Tengo obligaciones hacia María - dice mientras se levanta.

También los dos hijos de Alfeo se levantan y dicen:

-Vamos contigo. Es el mismo camino... - y con exuberantes saludos el grupo se divide; se quedan con el arquisinagogo los seis ancianos.

Las calles están ya desiertas y silenciosas. De arriba de las casas baja un continuo hablar quedo de voces graves. Los niños duermen ya en sus camitas: faltan, por tanto, sus gorjeos de pajarillos alegres. Con las voces, desde lo alto de las casas más ricas, descienden leves resplandores de lámparas de aceite.

Los dos hijos de Alfeo y Judas andan unos metros en silencio, luego José se para, coge de un brazo a Judas y dice:

-Mira. He comprendido que sabes algo, pero que no quieres hablar en presencia de extraños. Ahora conmigo tienes que hablar. Soy el mayor de la casa y tengo el derecho y el deber de saber todo.

-Y yo he venido con intención de decíroslo y de tutelar al Maestro, a María, a vuestros hermanos y vuestro nombre. Es una cosa muy penosa de decir y de oír; penosísimo hacerlo. Porque parece una delación. Mirad, os ruego que me comprendáis rectamente. No es una delación. Es amor y cordura, nada más. Yo sé muchas cosas, que vosotros... bueno, la verdad es que no las ignoráis. Las sé por mis amigos del Templo. Y sé que son un peligro para Jesús y para el buen nombre de la familia. He tratado de hacérselo entender al Maestro, pero no lo he conseguido. Es más, cuanto más le aconsejo, Él actúa peor, y se busca cada vez

más críticas y odios. Ello porque es tan santo, que no es capaz de comprender lo que es el mundo. En fin, es triste ver sucumbir una cosa santa por la imprudencia de su fundador.

-Pero bueno, ¿qué es? Di todo. Buscaremos el remedio. ¿Verdad, Simón?

-Ciertamente. Pero me parece imposible esto de que Jesús haga cosas imprudentes y que vayan contra su misión...

-¡Pero si este buen muchacho, que además ama a Jesús, lo dice!... ¿Ves cómo eres? ¡Siempre así! Inseguro. Vacilante. Siempre me dejas solo en el momento decisivo. Yo contra toda la parentela. ¿Es que no tienes compasión ni siquiera de nuestro nombre y de nuestro pobre hermano, que se está destruyendo!

-¡No! ¡Destruirse, no! Pero se perjudica.

-¡Habla, habla! - insiste José, mientras Simón, perplejo, guarda silencio.

-Hablaría... pero quisiera estar seguro de que no me mencionaréis ante Jesús... Juradlo.

-Lo juramos por el santo Velo. Habla.

-No debéis hablar de lo que os voy a decir ni siquiera a vuestra madre, y mucho menos con vuestros hermanos.

-Puedes estar seguro de nuestro silencio.

-¿Guardaréis silencio también ante María? Para no causarle dolor. Es un deber también el preocuparse de la paz de esta pobre madre, como yo hago, en silencio...

-Guardaremos silencio con todos. Te lo juramos.

-Pues bien, escuchad. Jesús no se limita ya a tratar con gentiles, publicanos y meretrices, a ofender a los fariseos y a las otras personas importantes; es que ahora hace cosas verdaderamente absurdas. Fijaos que fue a tierra de filisteos y nos hizo peregrinar con un macho cabrío todo negro que le seguía. Ahora ha metido a un filisteo entre los discípulos. ¿Y antes, con aquel niño que recogió? ¿No sabéis los comentarios que hubo? Y ahora, hace pocos días, una griega, esclava y que había huido de su amo romano. Y... discursos que chocan con los conocimientos ya bien sabidos. En definitiva, parece como si hubiera perdido el juicio. Y se perjudica. En Filistea se metió en una ceremonia de brujos y se puso a competir con ellos de tú a tú. Los venció, sí, pero... Ya hay escribas y fariseos que lo odian, así que si llegan estas cosas a sus oídos, ¿qué va a suceder? Tenéis el deber de intervenir, de impedir...

-Esto es grave, muy grave. ¿Cómo podíamos saberlo? Nosotros estamos aquí... Y ahora lo mismo, ¿cómo podremos estar al corriente!

-Y a pesar de todo tenéis que intervenir y poner freno. Su Madre es madre, y es demasiado buena. No debéis abandonarlo así. Ni por Él ni por el mundo. También eso de que sigue arrojando demonios... Circula la voz de que Belcebú está a su servicio. Juzgad vosotros si esto le puede beneficiar a no. ¡Y además... pero bueno ¿qué rey va a poder ser, si las turbas ya desde ahora se lo toman a risa o están escandalizadas?

-¿Hace realmente estas cosas? - pregunta, incrédulo, Simón.

-Preguntádselo a Él. Os dirá que sí, porque además lo considera una gloria.

-Deberías avisarnos...

-¡Lo haré, sí! Cuando vea algo nuevo, os mandaré un aviso. ¡Pero, cuidado, eh!, ¡silencio ahora y siempre con todos!

-Lo hemos jurado. ¿Cuándo te marchas?

-Después del sábado. Ya no tiene sentido seguir aquí. He hecho lo que debía.

-Te quedamos agradecidos. ¡Ya decía yo que estaba cambiado!

-Tú, hermano, no querías creerme... ¿Ves como tengo razón? - dice José de Alfeo.

-Me cuesta creerlo todavía. En fin, Judas y Santiago no son unos estúpidos. ¿Por qué no nos han dicho nada? ¿Por qué no toman medidas, si estas cosas suceden realmente? - dice Simón de Alfeo.

-No me vas a hacer ahora la afrenta de no creer en mis palabras, ¿no?! - replica Judas inmediatamente y resentido.

-¡No!.., pero... Basta. Perdona si te digo que creeré cuando vea.

-De acuerdo, pues pronto verás y tendrás que decirme: "Tenías razón". Bien, pues hemos llegado a vuestra casa. Os dejo. Dios sea con vosotros.

-Dios sea contigo, Judas. Y... oye, no hables tú tampoco con otros de esto. Por nuestro honor...

-No se lo diré ni al aire. Adiós.

Y se marcha caminando ligero. Entra tranquilo en casa y sube a la terraza, donde María, apoyadas las manos sobre su regazo, contempla el cielo repleto de astros; y con la leve luz de la lamparita, que Judas ha encendido para subir la escalera, se ven dos hilos de llanto brillando en las mejillas de María.

-¿Por qué lloras, Madre? - pregunta Judas con ansiosa premura.

-Porque tengo la impresión de que el mundo está más repleto de insidias que el cielo de estrellas. Insidias contra mi Jesús...

Judas se queda mirándola, atento y turbado.

Pero ella termina, dulcemente:

-Pero me anima el amor de los discípulos... Amad mucho a mi Jesús... amadlo... ¿Quieres estar aquí, Judas? Yo bajo a mi habitación. María Cleofás ya se ha ido a dormir, después de preparar la levadura para mañana.

-Sí. Me quedo. Se está bien aquí.

-La paz sea contigo, Judas.

-La paz sea contigo, María.

## Instrucciones a los doce apóstoles al comienzo de su ministerio

Jesús y los apóstoles -están todos: señal de que Judas Iscariote, cumplida su obra, se ha unido de nuevo a sus compañeros- están sentados a la mesa en la casa de Cafarnaúm. Atardece. La luz del día que declina entra por la puerta y las ventanas abiertas de par en par. A través de éstas, se puede ver cómo la púrpura del ocaso se va transformando en un rojo violáceo irreal, que en los bordes se desfleca formando abarquillamientos de un color turquí que termina en gris. Me recuerda a una hoja de papel arrojada al fuego: se enciende como el carbón en que cae, pero, en los bordes, después de la llamarada, se abarquilla y se apaga tomando un color plomo azulado que termina en un gris perlino casi blanco.

-Calor - sentencia Pedro, señalando hacia la voluminosa nube que viste el occidente de esos colores. - Calor. No agua. Eso es niebla, no nube. Esta noche duermo en la barca para estar más fresco.

-No. Esta noche vamos a los olivares. Necesito hablaros. Judas ya ha vuelto. Es tiempo de hablar. Conozco un lugar ventilado donde estaremos bien. Levantaos. Vamos.

-¿Está lejos? - preguntan mientras cogen los mantos.

-No. Muy cerca. A un tiro de honda de la última casa. Podéis dejar los mantos. Coged, eso sí, yesca y eslabón para vernos al volver.

Salen de la habitación alta y bajan la escalera tras haber saludado al dueño de la casa y a su mujer, que están tomando el fresco en la terraza.

Jesús vuelve resueltamente la espalda al lago, y, atravesada la ciudad, recorre unos doscientos o trescientos metros por entre los olivos de una primera loma de detrás de la ciudad. Se detiene cuando llega al borde de un ribazo, que, por su posición saliente y libre de obstáculos, goza de todo el aire de que es posible gozar en esta noche de bochorno.

-Vamos a sentarnos. Prestadme atención. Ha llegado la hora de vuestra labor evangelizadora. He llegado aproximadamente a la mitad de mi vida pública para preparar los corazones para mi Reino. Ahora es tiempo de que también mis apóstoles tengan parte en la preparación de este Reino. Los reyes actúan así cuando deciden conquistar un país. Primero investigan y toman contacto con personas para oír las reacciones y formarlas en la idea que persiguen. Luego extienden la obra de preparación enviando personas de confianza al reino que quieren conquistar. Envían cada vez más personas, hasta que todas las particularidades geográficas y morales del país son manifiestas. Una vez hecho esto, el rey cumple cabalmente la obra y se proclama rey de ese lugar y se corona rey. Para llevarlo a cabo corre la sangre. Porque las victorias cuestan siempre sangre...

-Estamos resueltos a luchar por ti y a derramar nuestra sangre - prometen unánimemente los apóstoles.

-Sólo derramaré la sangre del Santo y de los santos.

-¿Quieres empezar la conquista por el Templo, irrumpiendo durante la hora de los sacrificios?...

-No divaguemos, amigos. Sabréis el futuro a su debido tiempo. No os estremezcáis de horror de todas formas. Os aseguro que no voy a trastocar las ceremonias con la violencia de una irrupción. Y, no obstante, serán desbaratadas; llegará un día, una tarde, en que el terror, el terror de los pecadores, impedirá la oración ritual. Mas Yo, esa tarde, estaré en paz, en paz con mi espíritu y mi cuerpo, una paz total, beatífica...

Jesús mira, uno a uno, a sus doce; es como si mirase la misma página doce veces y en ella leyera doce veces la misma palabra escrita: no comprenden. Sonríe y prosigue.

-Pues bien, he decidido enviaros, para penetrar más y más ampliamente de cuanto Yo solo podría hacer. Pero pondré prudenciales diferencias entre mi modo de evangelizar y el vuestro, para no crearos dificultades demasiado fuertes ni meteros en peligros demasiado serios para vuestra alma y vuestro cuerpo y para no causar perjuicio a mi obra.

Todavía no estáis formados hasta el punto de poder relacionaros con cualquier persona, quienquiera que sea, sin que os perjudique o la perjudiquéis, ni -mucho menos aún- tenéis el heroísmo suficiente como para desafiar al mundo por causa de la Idea adelantándoos a hacer frente a las venganzas del mundo. Por tanto, no vayáis a los gentiles cuando vayáis a predicarme, ni entréis en las ciudades de los samaritanos; id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel: hay mucha labor que hacer con éstas; en verdad os digo que estas multitudes, que os parecen muchas, en torno a mí, son la centésima parte de las que en Israel todavía esperan al Mesías y no lo conocen ni saben que vive. Llevadles a éstas la fe y el conocimiento de mí.

Por el camino predicad: "El Reino de los Cielos está cerca". Éste debe ser el anuncio basilar, apoyad en él toda vuestra predicación. ¡Mucho me habéis oído hablar del Reino! No tenéis sino que repetir mis palabras. Ahora bien, el hombre, para sentirse atraído por las verdades espirituales, para sentirse convencido de ellas, necesita estímulos de carácter material, como si fuera un eterno niño, que no estudia una lección, no aprende un oficio, si no tiene el estímulo de un dulce de su madre o de un premio del maestro de la escuela o del maestro del oficio. Pues bien, para que dispongáis del medio para que crean en vosotros y os busquen, os concedo el don de milagros...

Los apóstoles se levantan de improviso -excepto Santiago de Alfeo y Juan- y, según el temperamento de cada uno, gritan, protestan, se exaltan... Verdaderamente el único que se pavonea de la idea de hacer milagros es Judas Iscariote, el cual, a pesar de la gran deuda que tiene en su alma de haber hecho una acusación falsa e interesada, exclama:

-¡Ya era hora de que también nosotros hiciéramos esto, para gozar de un mínimo de autoridad sobre las multitudes!

Jesús lo mira, pero no dice nada. Pedro y el Zelote -que están diciendo: « ¡No, Señor! ¡No somos dignos de tanto! Eso es para los santos»- rebaten enérgicamente a Judas: el Zelote dice: « ¿Cómo te atreves, hombre necio y orgulloso, a censurar al Maestro?»; y Pedro: « ¿Un mínimo? ¿Pero, qué quieres hacer más que milagros? ¿Ser Dios tú también? ¿Sientes, acaso, la misma comezón que Lucifer?». « ¡Silencio!» dice Jesús con tono autoritario. Y prosigue:

-Hay una cosa que supera al milagro y que convence igualmente a las multitudes, y con mayor profundidad y duración: una vida santa. Pero vosotros estáis todavía lejos de esta vida, y tú, Judas, más lejos que los demás. Mas dejadme hablar porque es una larga instrucción.

Id, pues, y curad a los enfermos, limpiad a los leprosos, resucitad a los muertos del cuerpo y del espíritu (porque cuerpo y espíritu pueden estar igualmente enfermos, leprosos, muertos). Ya sabéis cómo se obra un milagro: con vida de penitencia, ferviente oración, sincero deseo de hacer brillar el poder de Dios, humildad profunda, viva caridad, encendida fe, esperanza imperturbable ante cualquier tipo de dificultad. En verdad os digo que todo es posible para quien dispone de estos elementos. Y los demonios huirán ante el Nombre del Señor pronunciado por vosotros, si tenéis cuanto he dicho. Este poder os viene de mí y de nuestro Padre. No se compra con moneda alguna. Sólo nuestra voluntad lo concede, sólo la vida justa lo mantiene. De la misma forma que se os da gratis, gratuitamente habéis de darlo a los demás, a los que tengan necesidad de él. ¡Ay de vosotros si rebajáis el don de Dios sirviéndoos de él para engrosar vuestra bolsa! No es vuestro poder, es poder de Dios. Usadlo, mas no os apropiéis de él diciendo: "Es mío". De la misma forma que se os da, se os puede quitar.

Simón de Jonás poco antes ha dicho a Judas de Simón: "¿Tienes la misma comezón que Lucifer?". Ha expresado una justa definición. Decir: "Hago lo que hace Dios porque soy como Dios" es imitar a Lucifer. Su castigo lo conocemos. También sabemos lo que les sucedió a los dos que comieron el fruto prohibido en el paraíso terrenal, por instigación del Envidioso -que quería llevar a otros desdichados a su Infierno, además de los rebeldes angélicos que ya había-, y también por el propio prurito de soberbia perfecta.

El único fruto que os es lícito coger de lo que hacéis son las almas que con el milagro conquistaréis para el Señor y que deben entregársele al Señor. Esas son vuestras monedas, no otras; en la otra vida gozaréis de su tesoro.

Id sin riquezas. No llevéis con vosotros ni oro, ni plata, ni monedas en vuestros cinturones; ni saca de viaje con dos o más indumentos y calzado de repuesto, ni bastón de peregrino, ni armas humanas. En efecto, por ahora, vuestras visitas apostólicas serán cortas y todas las vigilias de los sábados nos veremos, y podréis dejar vuestros vestidos sudados sin tener necesidad de llevar con vosotros uno para cambiaros. No hace falta el bastón, porque el camino es aquí suave; bien distinto es lo que se necesita en los desiertos y montañas altas de lo que se necesita en colinas y llanuras. No hacen falta armas; éstas son útiles para el hombre que no conoce la santa pobreza e ignora el divino perdón. Pero vosotros no tenéis tesoros que cuidar y defender de los ladrones. El único al que debéis temer, el único ladrón para vosotros es Satanás, y Satanás se vence con la constancia y la oración, no con espadas y puñales.

Perdonad al que os ofenda. Si os despojasen del manto, dad también la túnica. Aunque os quedarais completamente desnudos por mansedumbre y desapego de las riquezas, no escandalizaríais a los ángeles del Señor ni a la infinita Castidad de Dios, porque vuestra caridad vestiría de oro vuestro cuerpo desnudo, la mansedumbre os sería compuesto cinturón, el perdón hacia el ladrón os pondría manto y corona regia; estaríais, por tanto, mejor vestidos que un rey, no de tela corruptible, sino de materia incorruptible.

No os preocupéis por qué habréis de comer. Dispondréis siempre de lo apropiado para vuestra condición y ministerio, porque el obrero es digno del alimento que le ofrecen. Siempre. Dios proveería de lo necesario a su obrero, si los hombres no lo hicieran. Ya os he mostrado que para vivir y predicar no es necesario atiborrarse de comida. Eso va bien para los animales impuros, cuya misión es la de engordar para ser entregados a la muerte y engordar a los hombres. Vosotros sólo debéis nutrir bien vuestro espíritu y el de los demás con alimentos sapienciales. Mas la Sabiduría se hace presente con su luz a una mente no embotada por la crápula, a un corazón que se nutre de cosas espirituales. Jamás habéis sido tan elocuentes como después del retiro en el monte, y en aquel entonces comisteis sólo lo indispensable para no morir; pues bien, a pesar de ello, al final del retiro estabais fuertes y joviales como nunca. ¿No es, acaso, verdad?

En cualquier ciudad que entréis, informaos de que haya quien merezca recibiros. No porque seáis Simón, Judas, Bartolomé, Santiago, Juan, etc., sino porque sois los mensajeros del Señor. Aunque hubierais sido escoria, asesinos, ladrones, publicanos, ahora, arrepentidos y a mi servicio, merecéis respeto porque sois mis mensajeros. Digo más. Digo: ¡ay de vosotros si, teniendo la apariencia de mensajeros míos, por dentro sois viles y diabólicos!, ¡ay de vosotros!; el Infierno es poco para lo que mereceríais por vuestro engaño. Pero, aunque fuerais contemporáneamente mensajeros de Dios en la apariencia y, por dentro, escoria, publicanos, ladrones, asesinos; aunque los corazones tuvieran sospechas respecto a vosotros, o casi certeza... se os debe honrar y respetar porque sois mis mensajeros. El ojo lel hombre debe ir más allá del medio, debe ver al mensajero y debe ver el fin, ver a Dios y su obra más allá del medio, que demasiado frecuentemente es deficiente. Sólo en casos de culpas graves que dañen la fe de los corazones, Yo por ahora, luego quien me suceda, tomaremos medidas para amputar el miembro corrompido. Porque no es lícito que por un sacerdote demonio se pierdan almas de fieles. Nunca será lícito, por esconder las llagas abiertas en el cuerpo apostólico, permitir que en él pervivan cuerpos gangrenados que con su aspecto repugnante obliguen a alejarse y con su hedor demoníaco envenenen.

Os informaréis, por tanto, de cuál es la familia de vida más recta, donde las mujeres saben estar retiradas y se disciplinan las costumbres. Entraréis en esa casa y en ella os alojaréis hasta el momento de vuestra partida. No imitéis a los zánganos, que después de succionar una flor pasan a otra más nutritiva. Tanto si os veis entre personas de buena cama y rica mesa, como si os toca una familia humilde, rica sólo en virtudes, quedaos donde estéis. No busquéis nunca "lo mejor'" para el cuerpo mortal. Antes bien, dadle siempre lo peor y reservad todos los derechos al espíritu. Si podéis -os digo esto porque conviene que lo hagáis-, con toda diligencia, dad la preferencia a los pobres para vuestra estancia en el lugar: para no humillarlos, y en memoria mía, que soy y permanezco pobre y me glorío de serlo, y también porque los pobres frecuentemente son mejores que los ricos. Encontraréis siempre pobres justos, mientras que será raro encontrar un rico exento de injusticia. No tenéis, por tanto, la disculpa de decir: "Sólo he encontrado bondad en los ricos", para justificar vuestra sed de bienestar.

A1 entrar en la casa saludad con mi saludo, que es el más dulce de los saludos. Decid: "La paz sea con vosotros. Paz a esta casa" o "la paz descienda sobre esta casa". En efecto, vosotros, mensajeros de Jesús y de la Buena Nueva, lleváis con vosotros la paz, y vuestra llegada a un lugar significa hacer llegar a ese lugar la paz. Si la casa es digna de la paz, la paz descenderá sobre ella y permanecerá en ella; si no lo es, la paz volverá a vosotros. Pero estad atentos a ser vosotros pacíficos, para tener por Padre a Dios. Un padre siempre ayuda; vosotros, ayudados por Dios, haréis todo, y lo haréis bien.

Puede suceder, es más, sucederá, que una ciudad o una casa no os reciban; no querrán escuchar vuestras palabras, os expulsarán, os tomarán a risa, os perseguirán a pedradas cual profetas molestos. Entonces tendréis más necesidad que nunca de ser pacíficos, humildes, mansos, como hábito de vida. Si no, la ira se impondrá y pecaréis: escandalizaréis y aumentaréis la incredulidad de los que se han de convertir. Sin embargo, si recibís con paz la ofensa que supone el ser expulsados, escarnecidos, perseguidos, convertiréis con el más bello de los discursos: la silenciosa predicación de la virtud verdadera. Un día volveréis a encontrar a los enemigos de hoy en vuestro camino, y os dirán: "Os hemos buscado porque vuestro modo de actuar nos ha persuadido de la Verdad que anunciáis. Os pedimos vuestro perdón y que nos acojáis como discípulos. Porque no os conocíamos. Pero ahora sabemos que sois santos. Por tanto, si sois santos, debéis ser mensajeros de un santo. Ahora creemos en Él". De todas formas, al salir de la ciudad o casa que no os hayan recibido, sacudíos hasta el polvo de las sandalias, para que la soberbia y la dureza de aquel lugar no se peguen ni siquiera a vuestras suelas. En verdad os digo que el día del Juicio Sodoma y Gomorra serán tratadas con menos dureza que esa ciudad.

Mirad, os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas. Porque ya sabéis cómo el mundo -que, en verdad, es más de lobos que de ovejas- me trata a mí, que soy el Cristo. Yo puedo defenderme con mi poder, y lo haré mientras no llegue la hora del triunfo temporal del mundo. Pero vosotros no tenéis este poder y necesitáis mayor prudencia y sencillez. Mayor sagacidad, por tanto, para evitar, por ahora, cárceles y flagelaciones.

Verdaderamente, a pesar de vuestras abiertas declaraciones de querer dar vuestra sangre por mí, por el momento no soportáis ni siquiera una mirada irónica o iracunda. Llegará un tiempo en que seréis fuertes como héroes contra todas las persecuciones; más fuertes que héroes, con un heroísmo inconcebible para los criterios del mundo, inexplicable, que será llamado "locura". ¡No, no será locura! Será la identificación, en virtud del amor, del hombre con el Hombre-Dios, y sabréis hacer lo que Yo haga. Para comprender este heroísmo hará falta verlo, estudiarlo y juzgarlo, desde niveles ultraterrenos, porque es una cosa sobrenatural que se escapa a todas las restricciones de la naturaleza humana. Los reyes, los reyes del espíritu serán mis héroes, eternamente reyes y héroes...

En aquella hora os arrestarán, os pondrán las manos encima, os llevarán ante los tribunales, los jefes y los reyes, para que os juzguen y condenen por ese gran pecado ante los ojos del mundo que es el ser los siervos de Dios, los ministros y tutores del Bien, los maestros de las virtudes. Por ser estas cosas os flagelarán y os castigarán de mil modos, hasta acabar con vuestra vida. Y daréis testimonio de mí a los reyes, a los jefes, a las naciones, confesando con la sangre que amáis a Cristo, el Hijo verdadero del Dios verdadero.

Cuando caigáis en sus manos, no os aflijáis por lo que tendréis que responder ni de lo que habréis de decir. En aquella hora no debéis tener ninguna pena aparte de la de la aflicción por vuestros jueces y acusadores, que Satanás desvía hasta el punto de hacerlos ciegos para la Verdad. Las palabras que habrá que decir se os darán en ese momento. Vuestro Padre las pondrá en vuestros labios, porque en aquella hora no seréis vosotros los que habléis para convertir a la Fe y para profesar la Verdad, sino que será el Espíritu del Padre vuestro el que hablará en vosotros.

En aquella hora el hermano dará muerte al hermano, el padre al hijo, los hijos se levantarán contra sus padres y los matarán. ¡No desfallezcáis ni os escandalicéis! Respondedme: ¿para vosotros es mayor delito matar a un padre, a un hermano, a un hijo, o a Dios mismo?

A Dios no se le puede matar - dice secamente Judas Iscariote.

-Es verdad. Es Espíritu inaprensible - confirma Bartolomé. Y los demás, aunque callen, son de la misma opinión.

-Yo soy Dios, y Carne soy - dice serenamente Jesús.

-Nadie pretende matarte - replica Judas Iscariote.

-Os ruego que respondáis a mi pregunta.

-¡Es más grave matar a Dios! ¡Se entiende!

-Pues bien, el hombre dará muerte a Dios, en la Carne del Hombre Dios y en el alma de los asesinos del Hombre Dios. Por tanto, de la misma forma que se llegará a cumplir este delito, sin el horror de sus autores, se llegará al delito de los padres, hermanos, hijos, contra hijos, hermanos, padres.

Seréis odiados por todos a causa de mi Nombre. Pero quien persevere hasta el final se salvará. Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra (no por vileza, sino para darle tiempo a la recién nacida Iglesia de Cristo de alcanzar la edad adulta -superando la edad del lactante débil e inexperto- en que sea capaz de afrontar la vida y la muerte sin temer a la Muerte). Aquellos a quienes el Espíritu les aconseje huir huyan, como huí Yo cuando era pequeño. Verdaderamente en la vida de mi Iglesia se repetirán todas las vicisitudes de mi vida de hombre. Todas. Desde el misterio de su formación en la humildad en los primeros tiempos, a las turbaciones e insidias que le vendrán de los hombres violentos, o a la necesidad de huir para seguir existiendo; desde la pobreza y el trabajo infatigable, hasta muchas otras cosas que vivo actualmente, o que sufriré mañana, hasta llegar al triunfo eterno. Aquellos a quienes, por el contrario, el Espíritu les aconseja quedarse quédense: sí, aunque caigan asesinados, vivirán y serán útiles a la Iglesia; sí, siempre está bien lo que el Espíritu de Dios aconseja.

En verdad os digo que no acabaréis, ni vosotros ni los que os sucedan, de recorrer los caminos y ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del Hombre. Porque Israel, por un tremendo pecado suyo, será dispersado, como cascarilla embestida por un torbellino, y diseminado por toda la Tierra; habrán de sucederse siglos y milenios, uno y otro y otro..., antes de que sea recogido de nuevo en la era de Arauná el Jebuseo (2 Samuel 24, 16 – 25; 1 Crónicas 21, 15 – 30). Cada vez que lo intente, antes de la hora señalada, será nuevamente embestido por el torbellino y dispersado, porque Israel tendrá que llorar su pecado durante tantos siglos cuantas serán las gotas que lloverán de las venas del Cordero de Dios inmolado por los pecados del mundo. Mi Iglesia -agredida por Israel en mí y en mis apóstoles y discípulos- deberá abrir sus brazos maternos, para tratar también de recoger a Israel bajo su manto, como hace una gallina con los polluelos que se dispersan. Cuando todo Israel esté bajo el manto de la Iglesia de Cristo, vendré.

Mas éstas son cosas futuras, hablemos de las inmediatas.

Tened siempre presente que el discípulo no es más que su Maestro, ni el siervo más que su Señor; bástele, pues, al discípulo ser como su Maestro (ya de por sí inmerecido honor), y al siervo como su señor (la concesión de lo cual, ya de por sí, es bondad sobrenatural). Si han llamado Belcebú al Señor de la casa, ¿qué llamarán a sus siervos? ¿Podrán, acaso, rebelarse los siervos cuando no se rebela su Señor, ni odia ni maldice, sino que, sereno en su justicia, continúa su obra, posponiendo el juicio para otro momento, una vez que, habiendo intentado todo para persuadirlos, haya visto su obstinación en el Mal? No. Los siervos no podrán hacer lo que no hace su Señor; antes bien, deberán imitarlo, pensando que ellos también son pecadores, mientras que Él no tenía pecado. No temáis, por tanto, a los que os llamen "demonios". Día llegará en que la verdad será sabida; entonces se verá quiénes eran los "demonios", si vosotros o ellos.

No hay nada escondido que quede sin revelar; nada secreto que no se venga a saber. Lo que ahora os digo en la sombra y en secreto, porque el mundo no es digno de conocer todas las palabras del Verbo -no es digno el mundo todavía, ni es hora de hacer extensiva la manifestación de estas cosas a los indignos-, cuando llegue la hora de que todo deba ser conocido, decidlo a la luz, gritad desde los tejados lo que Yo ahora os susurro más al alma que al oído. Entonces, en efecto, el mundo ya habrá sido bautizado por la Sangre. Satanás encontrará ante sí un estandarte por el que el mundo, si quiere, podrá comprender los secretos de Dios; él, sin embargo, no podrá dañar sino a quien desea su mordisco y lo prefiere a mi beso. Pero ocho partes de diez del mundo no querrán comprender. Sólo las minorías tendrán voluntad de saber todo para seguir todo lo que es mi Doctrina. No importa. Dado que no se puede separar estas dos partes santas de la masa injusta, predicad desde los tejados mi Doctrina, predicadla desde lo alto de los montes, por los mares sin confines, en las entrañas de la tierra; aunque los hombres no la escuchen, recogerán las divinas palabras los pájaros y los vientos, los peces y las olas, conservarán su eco las entrañas del suelo para decírselo a los manantiales internos, a los minerales, a los metales, y exultarán todos ellos, porque también ellos han sido creados por Dios para ser escabel de mis pies y alegría de mi corazón.

No temáis a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma; temed sólo a quien puede mandar vuestra alma a la perdición y reunirla en el Ultimo Juicio con el cuerpo resucitado, para arrojarlos al fuego del Infierno. No temáis. ¿No se venden dos pájaros por un as? Y, sin embargo, si el Padre no lo permite, ni uno de ellos caerá a pesar de todas las asechanzas del hombre. No temáis, pues. El Padre os conoce. Como también conoce el número de vuestros cabellos. ¡Vosotros valéis más que muchos pájaros! Os digo que a quien me confiese ante los hombres Yo también lo confesaré ante mi Padre, que está en los Cielos; mas a quien me niegue ante los hombres, también Yo lo negaré ante mi Padre. Confesar, aquí, significa seguir y practicar; negar significa abandonar mi camino por vileza, por ternaria concupiscencia, por mezquino cálculo, por afecto humano hacia un allegado vuestro contrario a mí. Porque estas cosas sucederán.

No creáis que haya venido a instaurar la concordia en la tierra y para la tierra. Mi paz es más alta que las paces premeditadas que tienen la finalidad de poderse uno manejar diariamente en la vida. No he venido a traer la paz, sino la espada; la espada afilada para cortar las lianas que impiden salir del fango, abriendo así los caminos a los vuelos en el mundo sobrenatural. Así pues, he venido a separar al hijo del padre, a la hija de la madre, a la nuera de la suegra. Porque Yo soy el que reina y tiene todos los derechos sobre sus súbditos. Porque ninguno es más grande que Yo en derechos sobre los afectos. Porque en mí se centran todos los amores y se subliman; soy Padre, Madre, Esposo, Hermano, Amigo: así os amo y así debo ser amado. Cuando digo: "Quiero", ningún vínculo puede resistir y la criatura es mía. Yo con mi Padre la he creado, Yo por mí mismo la salvo, Yo tengo derecho a poseerla.

Verdaderamente los enemigos del hombre, además de los demonios, son los propios hombres; enemigos del hombre nuevo, del cristiano, serán los de su propia casa, con sus quejas, amenazas o súplicas. Pues bien, quien, de ahora en adelante, ame a su padre y a su madre más que a mí no es digno de mí; quien ama a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí; el que no toma su cruz de cada día, compleja, formada de resignación, renuncias, obediencia, heroísmos, dolores, enfermedades, lutos, de todo aquello que es manifestación de la voluntad de Dios o de una prueba del hombre... el que no la toma y con ella me sigue no es digno de mí. Quien estima más su vida terrena que la vida espiritual perderá la Vida verdadera. Quien pierda su vida terrena por amor mío la volverá a encontrar, eterna y bienaventurada.

Quien a vosotros os recibe a mí me recibe, quien me recibe a mí recibe a Aquel que me ha enviado; quien reciba a un profeta como profeta recibirá premio proporcional a la caridad ejercida con el profeta; quien reciba a un justo como justo recibirá un premio proporcional al justo. Esto es así porque el que reconoce al profeta en el profeta es señal de que también él es profeta, es decir, muy santo porque el Espíritu de Dios lo tiene en sus brazos; y quien reconoce a un justo como justo demuestra que él mismo es justo, porque las almas semejantes se reconocen. A cada uno, pues, se le dará según justicia.

Quien dé aunque sólo sea un vaso de agua pura a uno de mis siervos, aunque fuera al más pequeño -y son siervos de Jesús todos los que lo predican con una vida santa, y pueden serlo tanto los reyes como los mendigos, tanto los que saben mucho como los que no saben nada, los ancianos o los niños, porque a todas las edades y en todas las clases se puede ser discípulo mío-, quien dé a un discípulo mío aunque sólo sea un vaso de agua en mi nombre y por ser discípulo mío, en verdad os digo que no perderá su recompensa.

He dicho. Ahora vamos a orar y luego volvemos a la casa. A1 alba partiréis; así: Simón de Jonás con Juan, Simón Zelote con Judas Iscariote, Andrés con Mateo, Santiago de Alfeo con Tomás, Felipe con Santiago de Zebedeo, Judas mi hermano con Bartolomé. Esta semana será así. Luego daré nuevas indicaciones. Vamos a orar.

Y oran en voz alta...

## Los discípulos del Bautista quieren verificar que Jesús es el Mesías. Testimonio sobre el Precursor e invectiva contra las ciudades impenitentes

Jesús está sólo con Mateo, que no ha podido ir con los demás a predicar por tener herido un pie. De todas formas, enfermos y otras personas deseosas de la Buena Nueva llenan la terraza y el espacio libre del huerto para oírlo y solicitarle ayuda.

Jesús termina de hablar diciendo:

-Habiendo contemplado juntos la gran frase de Salomón: "En la abundancia de la justicia está la suma fortaleza", os exhorto a poseer esta abundancia, pues es moneda para entrar en el Reino de los Cielos. Tened con vosotros mi paz y Dios sea con vosotros.

Luego se acerca a los pobres y enfermos -en muchos casos son una y otra cosa juntamente- y escucha con bondad lo que cuentan, ayuda con dinero, aconseja con palabras, sana con la imposición de las manos y con la palabra. Mateo, a su lado, se encarga de dar las monedas.

Jesús está escuchando con atención a una pobre viuda que, entre lágrimas, le narra la muerte repentina de su marido carpintero, en el banco de trabajo, acaecida pocos días antes:

-Vine corriendo a buscarte aquí. Todo el parentesco del difunto me acusó de falta de compostura y de ser dura de corazón. Ahora me maldicen. Pero había venido porque sabía que resucitabas y sabía que si te encontraba mi marido resucitaría. No estabas... Ahora él está en el sepulcro desde hace dos semanas... y yo estoy aquí con cinco hijos... Los parientes me odian y me niegan su ayuda. Tengo olivos y vides. Pocos, pero me darían pan para el invierno si pudiera tenerlos hasta la recolección. Pero no tengo dinero, porque mi marido desde hacía tiempo estaba poco sano y trabajaba poco, y, para mantenerse, comía y bebía, yo digo que demasiado. Decía que el vino le sentaba bien... la verdad es que hizo el doble mal de matarlo a él y de consumir los ya escasos ahorros por su poco trabajo. Estaba terminando un carro y un baúl; le habían encargado dos camas, unas mesas, y también unas repisas. Pero ahora... no están terminados, y mi hijo varón no llega a ocho años. Perderé el dinero... Tendré que vender los útiles y la madera. El carro y el baúl ni siquiera los puedo vender como tales, aunque estén casi ultimados, así que los voy a tener que dar como leña para el fuego. No va a ser suficiente el dinero, porque yo, mi madre anciana y enferma y cinco hijos somos siete personas... Venderé el majuelo y los olivos... Pero ya sabes cómo es el mundo... Donde hay necesidad, ahoga. Dime, ¿qué debo hacer? Quería guardar el banco y las herramientas para mi hijo, que ya sabe algo de la madera... quería conservar la tierra para vivir, y también como dote para mis hijas...

Está escuchando todo esto cuando una agitación de la gente le advierte de que hay alguna novedad. Se vuelve para ver lo que sucede y ve a tres hombres que se están abriendo paso entre la multitud. Se vuelve otra vez hacia la viuda para decirle:

-¿Dónde vives?

-En Corazín, junto al camino que va a la Fuente caliente. Una casa baja entre dos higueras.

-Bien. Iré a ultimar el carro y el baúl, de modo que podrás vendérselos a quien los había encargado. Espérame mañana a la aurora.

-¿Tú? ¿Tú trabajar para mí? - La mujer se siente ahogar del estupor.

-Volveré a mi trabajo y te daré paz a ti. A1 mismo tiempo, a esos de Corazín sin corazón les daré la lección de la caridad.

-¡Oh, sí! ¡Sin corazón! ¡Si viviera todavía el viejo Isaac! ¡No me dejaría morir de hambre! Pero ha vuelto a Abraham...

-No llores. Vuelve a casa serena. Con esto tendrás para hoy. Mañana iré Yo. Ve en paz.

La mujer se arrodilla a besarle la túnica y se marcha más consolada.

-Maestro tres veces santo, ¿te puedo saludar? - pregunta uno de los tres que habían llegado y que estaban parados respetuosamente detrás de Jesús, esperando a que despidiera a la mujer, y que, por tanto, han oído la promesa de Jesús. El hombre que ha saludado es Manahén.

Jesús se vuelve y, sonriendo, dice:

-¡Paz a ti, Manahén! ¡Entonces, te has acordado de mí!...

-Eso siempre, Maestro. Había decidido ir a verte a casa de Lázaro y al huerto de los Olivos para estar contigo. Pero antes de la Pascua apresaron a Juan el Bautista. Lo prendieron -con traición-otra vez; yo temía que, en ausencia de Herodes, que había ido a Jerusalén para la Pascua, Herodías ordenara la muerte del santo. No quiso ir para las fiestas a Sión, porque decía que estaba enferma. Enferma, sí: de odio y lujuria... Estuve en Maqueronte para vigilar y... refrenar a esa pérfida mujer, que sería capaz de matar con su propia mano... Si no lo hace, es porque tiene miedo a perder el favor de Herodes, que... por miedo o convicción, defiende a Juan y se limita a tenerlo prisionero. Ahora Herodías se ha ido a un castillo de su propiedad, huyendo del calor agobiante de Maqueronte. Yo he venido con estos amigos míos y discípulos de Juan. Los enviaba él con una pregunta para ti. Me he unido a ellos.

La gente, al oír hablar de Herodes y comprendiendo quién es el que habla de él, se arremolina, curiosa, en torno al pequeño grupo de Jesús y de los tres hombres.

-¿Qué pregunta queríais hacerme? - dice Jesús, tras recíprocos saludos con los dos austeros personajes.

-Habla tú, Manahén, que sabes todo y eres más amigo - dice uno de los dos.

-Escucha, Maestro. Sé comprensivo, si ves que, por exceso de amor, en los discípulos nace un recelo hacia Aquel al que creen antagonista o suplantador de su maestro. Lo hacen los tuyos, lo hacen igual los de Juan. Son celos comprensibles, que demuestran todo el amor de los discípulos hacia sus maestros. Yo... soy imparcial, y lo pueden decir éstos que están conmigo, porque os conozco a ti y a Juan y os amo con equidad. Tanto es así que, aunque te ame a ti por lo que eres, preferí hacer el sacrificio de estar con Juan, porque lo venero también a él por lo que es, y, actualmente, porque está en mayor peligro que Tú. Ahora, por este amor -no sin el soplo rencoroso de los fariseos- han llegado a poner en duda que Tú eres el Mesías. Y así se lo

han confesado a Juan, creyendo que le daban una alegría diciéndole: "Para nosotros el Mesías eres tú, no puede haber uno más santo que tú". Pero primero Juan los ha reprendido llamándolos blasfemos; luego, después de la reprensión, con más dulzura, ha ilustrado todas las cosas que te señalan como verdadero Mesías; en fin, viendo que todavía no estaban convencidos, ha tomado a dos de ellos, éstos, y les ha dicho: "Id donde Él y decidle en mi nombre: ¿Eres Tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?"'. No ha enviado a los discípulos que antes habían sido pastores, porque creen y no habría aportado nada el enviarlos. Los ha tomado de entre los que dudan, para acercártelos y para que su palabra disipara las dudas de otros como ellos. He venido con ellos para verte. Esto es todo. Ahora Tú acalla sus dudas.

-¡No nos creas hostiles a ti, Maestro! Las palabras de Manahén te lo podrían hacer pensar. Nosotros... nosotros... Conocemos desde hace años al Bautista, siempre lo hemos visto santo, penitente, inspirado. A ti... no te conocemos sino por boca de terceros, y ya sabes lo que es la palabra de los hombres... Crea y destruye fama y honra, por el contraste entre quien exalta y quien humilla, de la misma forma que dos vientos contrarios forman y dispersan una nube.

-Lo sé, lo sé. Leo en vuestro corazón y vuestros ojos leen la verdad en lo que os rodea, como también vuestros oídos han escuchado la conversación con la viuda. Sería suficiente para convencer. Mas Yo os digo: observad qué personas me rodean: aquí no hay ricos, ni gen-te que se dé la gran vida, aquí no hay personas de vida escandalosa; sólo hay pobres, enfermos, honrados israelitas que quieren conocer la Palabra de Dios. Éste, éste, esta mujer... también esa niñita, y aquel anciano, han venido aquí enfermos y ahora están sanos. Preguntadles y os dirán qué tenían y cómo los he curado, y cómo están ahora. Preguntad, preguntad; yo, mientras, hablo con Manahén» y hace ademán de separarse.

-No, Maestro. No dudamos de tus palabras. Danos sólo una respuesta que llevar a Juan, para que vea que hemos venido y para que pueda, sobre la base de esa respuesta, persuadir a nuestros compañeros.

-Id y referid esto a Juan: "Los sordos oyen; esta niña era sorda y muda. Los mudos hablan; aquel hombre era mudo de nacimiento. Los ciegos ven". Hombre, ven aquí. Di a éstos lo que tenías - dice Jesús mientras coge de un brazo a uno que ha sido curado milagrosamente.

Éste dice:

-Soy albañil. Me cayó en la cara un cubo lleno de cal viva. Me quemó los ojos. Desde hace cuatro años vivía en la oscuridad. El Mesías me ha mojado los ojos secos con su saliva y ahora están de nuevo más frescos que cuando tenía veinte años. ¡Bendito sea!

Jesús prosigue:

-Y no sólo ciegos, sordos o mudos, curados, sino también cojos que corren, tullidos que se enderezan. Mirad ese anciano: hace un rato estaba anquilosado, encorvado, y ahora está derecho como una palma del desierto y ágil como una gacela. Quedan curadas las más graves enfermedades. Tú, mujer, ¿qué tenías?

-Una enfermedad del pecho, por haber dado demasiada leche a bocas voraces; la enfermedad, además del pecho, me comía la vida. Ahora mirad - y se destapa el vestido y muestra, intactos, los pechos, y añade: «Lo tenía que era todo una llaga. Lo demuestra la túnica, todavía mojada de pus. Ahora voy a casa para ponerme un vestido limpio; estoy fuerte y contenta. Ayer, no más, estaba muriéndome. Me han traído aquí unas personas compasivas. Me sentía muy infeliz... por los niños, que se iban a quedar pronto sin madre. ¡Eterna alabanza al Salvador!

-¿Habéis oído? Podéis preguntarle también al arquisinagogo de esta ciudad sobre la resurrección de su hija. Y, volviendo en dirección a Jericó, pasad por Naím e informaos sobre el joven que fue resucitado en presencia de toda la ciudad, cuando ya estaba para ser introducido en la tumba; así, podréis referir que los muertos resucitan. El hecho de que muchos leprosos hayan sido curados lo podréis saber en muchos lugares de Israel; pero, si queréis ir a Sicaminón, buscad entre los discípulos y encontraréis muchos ex leprosos. Decid, pues, a Juan que los leprosos quedan limpios. Decid, además, que se anuncia la Buena Nueva a los pobres, porque lo estáis viendo. Y bienaventurado quien no se escandalice de mí. Decid esto a Juan. Y también que lo bendigo con todo mi amor.

-Gracias, Maestro. Bendícenos también a nosotros antes de marcharnos.

-No podéis iros a esta hora, con este calor... Quedaos en casa como invitados míos hasta el atardecer; así viviréis por un día la vida de este Maestro que no es Juan, pero que es amado por Juan, porque -Juan sabe quién es. Venid a casa. Está fresca. Os daré la posibilidad de reponer fuerzas. Adiós a vosotros que me escucháis. La paz sea con vosotros.

Despide a la muchedumbre y entra en la casa con sus tres invitados...

No sé de lo que hablan durante esas horas de fuego. Ahora veo la preparación de la partida de los dos discípulos hacia Jericó. Manahén parece que se queda (su caballo no ha sido traído junto con los dos fuertes asnos enfrente de la abertura de la tapia del patio). Los dos enviados de Juan, después de muchas reverencias al Maestro y a Manahén, suben a las monturas... y todavía se vuelven para mirar y saludar, hasta que un recodo del camino los esconde a la vista.

Muchos de Cafarnaúm se han congregado para ver esta despedida, porque la noticia de la venida de los discípulos de Juan y la respuesta que Jesús les ha dado se han propagado por el pueblo y creo que también por otros pueblos cercanos. Veo personas de Betsaida y Corazín, quizás ex discípulos del Bautista, que antes se han presentado a los enviados de Juan, les han preguntado por él y le han mandado saludos a través de ellos, y que ahora se quedan hablando en grupo con los de Cafarnaúm. Jesús, con Manahén a su lado, hace ademán de volver a la casa mientras habla. Pero la gente se apiña alrededor de él, curiosa de observar al hermano de leche de Herodes y su trato lleno de deferencia hacia Jesús; deseosos también de hablar con el Maestro.

Está también Jairo, el arquisinagogo. Por gracia de Dios, no hay fariseos. Precisamente Jairo dice:

-¡Estará contento Juan! No sólo le has enviado una respuesta exhaustiva, sino que, invitándolos a quedarse, has podido adoctrinarlos y mostrarles un milagro.

-¿Y no de poco relieve! -dice un hombre.

-Había traído expresamente a mi hija hoy para que la vieran. Nunca se ha sentido tan bien como ahora, y para ella es un motivo de alegría el venir a estar con el Maestro. ¿Habéis oído su respuesta, no?: "No recuerdo lo que es la muerte. Recuerdo, eso sí, que un ángel me llamó y me llevó a través de una luz que aumentaba cada vez más y al final de esa luz estaba Jesús. Como lo vi entonces, con mi espíritu volviendo a mí, no lo veo ni siquiera ahora; vosotros y yo, ahora, vemos al Hombre, pero mi espíritu vio a ese Dios que está dentro del Hombre". ¡Qué buena se ha hecho desde entonces! Era ya buena, pero ahora es un verdadero ángel. ¡Ah, que digan lo que quieran todos!, ¡para mí el único santo que hay eres Tú!

-De todas formas, también Juan es santo - dice uno de Betsaida.

-Sí, pero es demasiado severo.

-No lo es más con los demás que consigo mismo.

-Pero no hace milagros y se dice que ayuna porque es como un mago.

-Pues de todas formas es santo.

La disputa de la gente se hace mayor. Jesús alza la mano y la extiende con el gesto habitual que hace cuando pide silencio y atención porque quiere hablar; enseguida se hace el silencio.

Jesús dice:

-Juan es santo y grande. No miréis su manera de actuar ni la ausencia de milagros. En verdad os digo que es grande en el Reino de los Cielos. Allí se manifestará con toda su grandeza.

Muchos se quejan porque era y es severo hasta el punto de parecer rudo. En verdad os digo que ha hecho un trabajo de gigante para preparar los caminos del Señor. Quien trabaja de ese modo no tiene tiempo que perder en blanduras. ¿No decía, cuando estaba en el Jordán, las palabras de Isaías que lo profetizan a él y profetizan al Mesías: "Todo valle será colmado, todo monte será rebajado, los caminos tortuosos serán enderezados y las breñas allanadas", y ello para preparar los caminos al Señor y Rey? ¡Verdaderamente ha hecho él más que todo Israel, para prepararme el camino! Quien debe rebajar montes, colmar valles, enderezar caminos o transformar cuestas penosas en subidas suaves, tiene que trabajar rudamente. En efecto, era el Precursor y sólo le anticipaba a mí una breve serie de lunas; todo debía estar ultimado antes de que el Sol se alzara en el día de la Redención. El tiempo ha llegado, el Sol sube para resplandecer sobre Sión y, desde Sión, extender su luz al mundo entero. Juan ha preparado el camino, como debía.

¿Qué habéis ido a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento en distintas direcciones? ¿Qué es lo que habéis ido a ver? ¿A un hombre refinadamente vestido? ¡No!... Esas personas viven en las casas de los reyes; ataviados con delicadas vestiduras, agasajados por mil siervos y cortesanos (cortesanos que lo son de un pobre hombre como ellos). Aquí tenemos un ejemplo. Preguntadle, a ver si no experimenta desazón por la vida de Corte y admiración por el risco solitario y escabroso, en vano embestido por el rayo y el pedrisco, en vano circundado por los necios vientos que quieren arrancarlo y él se mantiene, no obstante, firme, elevándose entero hacia el cielo, con su punta tan enhiesta -puntiaguda cual llama que asciende-, que predica la alegría de lo alto. Éste es Juan. Así lo ve Manahén, porque ha comprendido la verdad de la vida y la muerte y ve la grandeza donde está, aunque esté celada bajo apariencias agrestes.

Y vosotros, ¿qué habéis visto en Juan cuando habéis ido a verlo? ¿Un profeta?, ¿un santo? Os digo que es más que un profeta; es más que muchos santos, más que los santos porque es aquel de quien está escrito: "Mando ante vosotros a mi ángel para preparar tu camino delante de ti".

*Ángel.* Pensad. Sabéis que los ángeles son espíritus puros creados por Dios según su semejanza espiritual, colocados como nexo entre el hombre (perfección de lo creado visible y material) y Dios (Perfección del Cielo y de la Tierra, Creador del reino espiritual y del reino animal). Aún en el hombre más santo subsisten la carne y la sangre que abren un abismo entre él y Dios (abismo que se ahonda profundamente con el pecado, que hace pesado incluso lo espiritual del hombre). Así pues, Dios crea a los ángeles, criaturas que tocan el vértice de la escala creadora de la misma forma que los minerales señalan su base (los minerales, el polvo que compone la tierra, las materias inorgánicas en general). Espejos tersos del Pensamiento de Dios, voluntariosas llamas que obran por amor, resueltos para comprender, diligentes para obrar, de voluntad libre como la nuestra, aunque enteramente santa, ajena a rebeliones y a estímulos de pecado. Esto son los ángeles adoradores de Dios, mensajeros suyos ante los hombres, protectores nuestros; ellos nos dan la Luz de que están investidos y el Fuego que, adorando, recogen.

La palabra profética llama "ángel" a Juan. Pues bien, Yo os digo: "Entre los nacidos de mujer no ha habido nunca uno mayor que Juan Bautista". No obstante, el menor del Reino de los Cielos será mayor que él-hombre. Porque quien es del Reino de los Cielos es hijo de Dios y no hijo de mujer. Tended, pues, todos, a ser ciudadanos del Reino.

-¿Qué os estáis preguntando entre vosotros dos?

-Decíamos: "¿Juan estará en el Reino?" y "¿cómo estará en el Reino?"

-En su espíritu está ya en el Reino. Cuando muera, estará en el Reino como uno de los soles más resplandecientes de la eterna Jerusalén. Es así por la Gracia sin resquebrajaduras que hay en él y por su propia voluntad. En efecto, ha sido, y es, violento también consigo mismo, con fin santo. A partir de Juan el Bautista, el Reino de los Cielos es de los que saben conquistárselo con la fuerza opuesta al Mal, y son los violentos los que lo conquistan. Sí, ahora ya se sabe lo que hay que hacer y todo ha sido dado para llevar a cabo esta conquista. El tiempo en que hablaban sólo la Ley y los Profetas ha pasado. Los Profetas han hablado hasta Juan. Ahora habla la Palabra de Dios, y no esconde ni una iota de cuanto ha de saberse para esta conquista. Si creéis en mí, debéis ver en Juan a ese Elías que debe venir. Quien tenga oídos para oír que oiga. ¿Con quién compararé a esta generación? Es semejante a la que describen esos muchachos, que, sentados en la plaza gritan a sus compañeros: "Hemos tocado y no habéis bailado; hemos entonado lamentos y no habéis llorado". En efecto, ha venido Juan, que no come ni bebe, y esta generación dice: "Puede hacerlo porque tiene al demonio, que le ayuda"; ha venido el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: "Ahí tenemos a un comilón y bebedor, amigo de publicanos y pecadores". ¡Así la Sabiduría ha sido acreditada por sus hijos! "En verdad os digo que sólo los niños saben reconocer la verdad, porque en ellos no hay malicia.

-Bien has dicho, Maestro - dice el arquisinagogo - Por eso mi hija, que no conoce aún la malicia, te ve como nosotros no alcanzamos a verte. Pero esta ciudad y las otras cercanas rebosan de tu poder, sabiduría y bondad, y, debo confesarlo, no te responden sino con maldad. No se convierten. El bien que de ti reciben se transforma en odio contra ti.

-¿Qué estás diciendo, Jairo? ¡Nos estás calumniando! Si estamos aquí es por fidelidad al Cristo - dice uno de Betsaida.

-Sí. Nosotros. ¿Pero cuántos somos? Menos de cien en tres ciudades que deberían estar a los pies de Jesús. De los que faltan -me refiero a los hombres- la mitad son enemigos; la cuarta parte, indiferentes; la otra cuarta parte... quiero pensar que no puede venir. ¿No es esto ya pecado ante los ojos de Dios? ¿No será castigada toda esta aversión y obcecación en el mal? Habla, Maestro, Tú que no ignoras, Tú que si guardas silencio es por tu bondad, no porque no sepas. Eres longánimo, y confunden tu longanimidad con ignorancia y debilidad. Habla, pues; que tu palabra remueva al menos a los indiferentes, ya que los malos no se convierten, sino que se hacen cada vez peores.

-Sí. Es culpa y será castigada. *Porque no se debe despreciar nunca el don de Dios, ni usarlo para hacer el mal.* ¡Ay de ti, Corazín, ay de ti, Betsaida, que hacéis mal uso de los dones de Dios! Si en Tiro y Sidón se hubieran cumplido los milagros que se han producido entre vosotros, ya haría mucho tiempo que, vestidos de cilicio y espolvoreados de ceniza, habrían hecho penitencia y habrían venido a mí. Por esto os digo que Tiro y Sidón serán tratadas con mayor clemencia que vosotras en el día del Juicio. ¿Y tú, Cafarnaúm, crees que por haberme dado alojamiento serás elevada hasta el Cielo? Hasta el Infierno bajarás. Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que Yo te he dado, estaría todavía floreciente, porque habría creído en mí y se habría convertido. Por tanto, Sodoma, en el último Juicio, será tratada con mayor clemencia que tú, que has conocido al Mesías y has oído su palabra y no te has convertido, porque Sodoma no conoció al Salvador y su Palabra, por lo cual su culpa es menor. No obstante, como Dios es justo, los de Cafarnaúm, Betsaida y Corazín que han creído y se santifican prestando obediencia a mi palabra, serán tratados con mucha misericordia; no es justo, en efecto, que los justos se vean implicados en el descalabro de los pecadores. Respecto a tu hija, Jairo, y a la tuya, Simón, y a tu hijo, Zacarías, y a tus nietos, Benjamín, os digo que, no conociendo malicia, ven ya a Dios. Ya veis que su fe es pura y activa, unida a sabiduría celestial, y también a deseos de caridad como no tienen los adultos.

Y Jesús, alzando los ojos al cielo que se va oscureciendo con la noche, exclama:

-Te doy gracias, Padre, Señor del Cielo y de la Tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los doctos y se las has revelado a los pequeños. Así, Padre, porque así te plugo. Todo me ha sido confiado por mi Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquellos a los que el Hijo quiera revelárselo. Y Yo se lo he revelado a los pequeños, a los humildes, a los puros, porque Dios se comunica con ellos, y la verdad desciende como semilla a las tierras libres, y sobre la verdad hace llover el Padre sus luces para que eche raíces y dé un árbol. Es más, verdaderamente el Padre prepara a estos espíritus de los pequeños de edad o de corazón, para que conozcan la Verdad y Yo exulte por su fe...

## 267

## Jesús, carpintero en Corazín

Jesús está trabajando con empeño en un taller de carpintero. Está terminando una rueda. Un niño, menudo y triste, le ayuda acercándole esto o aquello. Junto a la pared hay un banco en que Manahén, testigo inútil pero maravillado, está sentado.

Jesús no tiene su bonita túnica de lino, sino que se ha puesto una oscura. Como no es suya, le llega hasta las espinillas: es un indumento de trabajo, limpio pero remendado; quizás es del carpintero muerto.

Jesús da ánimos con sonrisas y buenas palabras al niño, y le enseña lo que debe hacer para conseguir que la cola adquiera el punto exacto o que queden bien lustrosas las paredes del baúl.

-Lo has terminado pronto, Maestro - dice Manahén mientras se levanta del banco y va a pasar un dedo por las molduras del baúl, que ya está terminado (ahora el niño le está dando lustre con un líquido).

-¡Estaba casi terminado!...

-Quisiera adquirir esta obra tuya, pero ya ha venido el comprador y parece que tiene sus derechos... Le has chafado: esperaba poder quedarse con todo en cambio de los pocos cuartos prestados; sin embargo, se lleva sus cosas y basta. ¡Si fuera al menos uno que creyera que Tú... tendrían para él valor infinito! Pero, ¿has oído?...

-Déjalo. Además, aquí hay madera, y la mujer se pondrá muy contenta de emplearla para sacar una ganancia. Si me encargas un baúl, te lo hago...

-¡Sí, Maestro! ¿Pero tienes intención de trabajar más?

-Hasta que se acabe le madera. Soy un obrero responsable - dice sonriendo más abiertamente.

-¡Un baúl hecho por ti! ¡Qué reliquia! ¿Y qué voy a meter dentro?

-Lo que quieras, Manahén. No será más que un baúl.

-¡Sí, pero hecho por ti!

-¿Y qué quieres decir con eso?... También el Padre ha hecho al hombre, a todos los hombres, y ¿qué ha metido el hombre dentro de sí?, ¿qué meten en el hombre los hombres?

Jesús habla, y mientras habla trabaja: va acá y allá por las herramientas necesarias, aprieta las prensas, taladra, cepilla, usa el torno, según se requiera.

-Hemos metido el pecado, es verdad.

-¡Pues ya lo ves! Debes creer también que el hombre, creado por Dios, es mucho más que un baúl hecho por mí. No confundas nunca el objeto con la acción. De un objeto hecho por mí hazte una reliquia para el espíritu, nada más.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que des a tu espíritu la enseñanza derivada de lo que hago.
-Entonces, tu caridad, tu humildad, tu laboriosidad... Estas virtudes, ¿no es verdad?
-Sí. Y en lo sucesivo haz tú lo mismo.
-Sí, Maestro; pero, ¿me haces el baúl?
-Te lo hago. Ahora bien, dado que lo ves como una reliquia, te lo haré pagar como tal. A1 menos se podrá decir que al menos una vez fui codicioso de dinero... Pero tú sabes para quién es ese dinero... Para estos huerfanitos...
-Pídeme lo que quieras. Te lo daré. A1 menos estará justificado mi ocio mientras Tú, Hijo de Dios, trabajas.
-Está escrito: "Comerás tu pan mojado con el sudor de tu frente"
-¡Pero eso fue dicho para el hombre culpable, no para ti!
-¡Un día seré el Culpable y cargaré sobre mí todos los pecados del mundo! Me los llevaré conmigo en mi primera partida.
-¿Y crees que el mundo ya no pecará más?
-Debería... Pero siempre seguirá pecando. Por este motivo, el peso que cargaré sobre mí será tal, que me quebrará el corazón, porque cargaré con los pecados cometidos desde Adán hasta aquella hora, y los cometidos desde aquella hora hasta el final de los siglos; pagaré todo por el hombre.
-Y el hombre seguirá sin comprenderte ni amarte... ¿Piensas que Corazín se va a convertir por esta lección silenciosa y santa que estás dando con el trabajo que haces para socorrer a una familia?
-No lo hará. Dirá: "Ha preferido trabajar para engañar al tiempo y para ganarse un dinero". Pero Yo ya no tenía más dinero. Había dado todo. Siempre doy todo lo que tengo, hasta la última perra, y he trabajado para dar dinero.
-¿Y para la comida para ti y Mateo?
-Dios habría proveído.
-Pues nos has dado de comer a nosotros.
-Sí.
-¿Cómo?
-Pregúntaselo al dueño de la casa.
-Se lo preguntaré, no lo dudes, en cuanto volvamos a Cafarnaúm.
Jesús ríe serenamente tras su rubia barba.
Silencio: solamente se oye el chirrido de la prensa apretando dos pedazos de rueda.
Luego Manahén pregunta:
-¿Qué piensas hacer antes del sábado?
-Iré a Cafarnaúm en espera de los apóstoles. Ha sido convenido que nos reuniríamos todas las tardes de los viernes y que estaríamos juntos todo el sábado. Luego daré las órdenes, y, si Mateo está curado, serán seis las parejas que irán evangelizando. Si no... ¿Quieres ir con ellos?
-Prefiero estar contigo, Maestro... ¿Me dejas, de todas formas, darte un consejo?
-Dilo. Si es justo, lo aceptaré.
-No te quedes nunca completamente solo. Tienes muchos enemigos, Maestro.
-Lo sé. ¿Pero crees que los apóstoles harían mucho en caso de peligro?
-Te aman, creo.
-Sin duda. Pero no sería efectivo. Los enemigos, si tuvieran la idea de capturarme, vendrían con fuerzas muy superiores a las de los apóstoles.
-No importa. No estés solo.
-Dentro de dos semanas vendrán muchos discípulos. Los voy a preparar para que vayan también a evangelizar. Tranquilo, que no estaré solo.
Mientras están hablando, mucha gente curiosa de Corazín viene a observar; miran de soslayo y se marchan sin decir nada.
-Les asombra ver que estás trabajando.
-Sí. Pero no saben ser humildes hasta el punto de decir: "Obrando así, nos enseña". Los mejores que tenía aquí están con los discípulos, menos un anciano que ha muerto. No importa. La lección es siempre lección.
-¿Qué van a decir los apóstoles cuando sepan que trabajas como obrero?
-Son once, porque Mateo ya se ha pronunciado. Serán once opiniones distintas, y por lo general contrarias; pero me servirá para adoctrinarlos.
-¿Me dejas asistir a la lección?
-Si quieres estar...
-¡Pero yo soy un discípulo y ellos los apóstoles!
-Todo lo que sea positivo para los apóstoles lo será para el discípulo.
-Tomarán a mal el que se les llame al orden en presencia mía.
-Les servirá para su humildad. Asiste, asiste, Manahén; te tendré con gusto.
-Y yo con gusto asistiré.
Se asoma la viuda y dice:
-La comida está preparada, Maestro. Pero, trabajas demasiado...
-Gano mi pan, mujer. Además... mira, aquí hay otro cliente; quiere también un baúl. Paga bien. El sitio de la madera se te va a quedar vacío - dice Jesús, y se quita un mandil roto que tenía puesto, y va afuera de la habitación para lavarse en una palangana que la mujer le ha puesto en el huerto.

Y ella, con una de esas sonrisas vacilantes que afloran de nuevo tras mucho tiempo de llanto, dice:

-Vacío el sitio de la madera, llena la casa de tu presencia y el corazón de paz. No me da miedo el mañana, Maestro; y Tú no temas jamás que te podamos olvidar.

Entran en la cocina y todo termina.

## 268

## Lección sobre la caridad con la parábola de los titos. El yugo de Jesús es ligero

Jesús -a su lado, Manahén- sale de la casa de la viuda mientras dice:

-Paz a ti y a los tuyos. Después del sábado volveré. Adiós, pequeño José. Mañana descansa y juega. Luego me seguirás ayudando.

-¿Por qué lloras?

-A lo mejor no vuelves...

-Yo digo siempre la verdad. Pero, ¿te entristece tanto el que me vaya?

El niño hace un gesto afirmativo con la cabeza.

Jesús lo acaricia y dice:

-Un día pasa enseguida. Mañana estás con tu mamá y tus hermanos; Yo estoy con mis discípulos y les hablo.

-Estos días he hablado contigo para enseñarte a trabajar; ahora voy con ellos para enseñarles a predicar y a ser buenos. No te divertirías conmigo siendo un niño solo entre tantos hombres.

-¡Me divertiría porque estaría contigo!

-Comprendo. ¡Mujer! Tu hijo hace como muchos otros, que son los mejores: no quiere dejarme. ¿Tendrías la confianza de confiármelo hasta pasado mañana?

-¡Señor, te dejaría a todos! Contigo están tan seguros como en el Cielo... Este niño, que de todos era el que más estaba con su padre, ha sufrido demasiado. Estaba él en el momento... ¡Ves?... Está siempre llorando y triste. No llores, hijo mío. Pregúntale al Señor si no es verdad lo que digo. Maestro, lo consuelo diciéndole siempre que no hemos perdido a su padre, sino que sólo se ha alejado momentáneamente de nosotros.

-Es verdad. Es exactamente como dice tu madre, pequeño José.

-Pero hasta que no me muera no lo vuelvo a ver, y soy pequeño; si me hago viejo como Isaac, ¿cuánto voy a tener que esperar?

-¡Pobre niño! El tiempo pasa rápido.

-No, Señor, que hace sólo tres semanas que no tengo a mi padre y me parece muchísimo tiempo!... No puedo vivir sin él... - y llora en silencio, pero con profunda pena.

-¿Lo ves? Siempre así, especialmente cuando no está ocupado en cosas que le absorban. El sábado es un tormento. Tengo miedo de que se me muera...

-No. Tengo otro niño sin padre ni madre. Estaba demacrado y triste. Ahora, que vive con una buena mujer de Betsaida, y con la certeza de no estar separado de sus padres, ha renacido en el cuerpo y en el espíritu. Pues lo mismo el tuyo, tanto por lo que le diga Yo, como por el hecho de que el tiempo es un gran médico; y también porque, cuando te vea más tranquila por el pan cotidiano, estará a su vez más tranquilo. Adiós, mujer. El sol declina y tengo que marcharme. Ven, José. Saluda a tu mamá, a tus hermanitos y a tu abuela, y luego vienes corriendo.

Y Jesús se marcha.

-¿Qué les vas a decir ahora a los apóstoles?

-Que tengo un discípulo ya de antes y uno nuevo.

Siguen caminando por Corazín, que se anima de gente.

Un grupo de hombres para a Jesús:

-¿Te marchas? ¿No te quedas el sábado?

-No. Voy a Cafarnaúm.

-Sin decir ni una palabra toda la semana. ¿No somos dignos de tu palabra?

-¿No os he ofrecido durante seis días la mejor palabra?

-¿Cuándo? ¿A quién?

-A todos. Detrás del banco de carpintero. Durante varios días he predicado que se debe amar al prójimo y que se le debe ayudar en todos los modos, especialmente cuando el prójimo son personas débiles, como las viudas y los huérfanos. Adiós, vosotros de Corazín. Meditad durante el sábado esta lección mía.

Y Jesús reanuda su camino, dejando desorientados a los de Corazín.

Pero el niño, que se acerca a Él corriendo, hace que la curiosidad se reavive: vuelven donde Jesús, le cortan de nuevo el paso, y le dicen:

-¿Te llevas al hijo varón de la viuda? ¿Para qué?

-Para enseñarle a creer que Dios es Padre y que en Dios encontrará también a su padre perdido; y también para que haya uno que cree, aquí, en lugar del anciano Isaac.

-Con tus discípulos hay tres de Corazín.

-Con los míos. No aquí. Éste estará aquí. Adiós.

-Y, llevando al niño en medio entre Él y Manahén, reanuda su camino, y va ligero por la campiña hacia Cafarnaúm hablando con Manahén.

Llegan a Cafarnaúm. Los apóstoles ya han llegado. Están sentados en la terraza, a la sombra de la pérgola, en torno a Mateo, y narran sus gestas a su compañero, que no está todavía curado. A1 oír el leve roce de las sandalias contra la pequeña escalera, se vuelven, y ven que la cabeza rubia de Jesús sobresale cada vez más por el antepecho de la terraza. Corren hacia É1, que viene sonriente... y se quedan de piedra cuando ven que detrás de Jesús hay un pobre niño. La presencia de Manahén, que sube suntuoso con su túnica de lino blanco -más bella de lo que ya de por sí es, por el valioso cinturón, el manto rojo llama de lino teñido (tan brillante que parece seda, y que apenas si descansa sobre los hombros, para casi formarle cola detrás) y la prenda que cubre su cabeza (de lino cendalí, sujeta con una diadema sutil de oro, lámina burilada que divide su amplia frente a la mitad y le da casi un aire de rey egipcio)-, contiene una avalancha de preguntas, expresadas, de todas formas, muy claramente con los ojos. Así que, después de los saludos recíprocos, una vez sentados ya al lado de Jesús, los apóstoles, señalando al niño, preguntan:

-¿Y éste?

-Este es mi última conquista. Un pequeño José, carpintero, como el que fue mi padre, el gran José; por tanto, amadísimo mío, como Yo amadísimo suyo. ¿No es verdad, niño? Ven aquí, que te presento a mis amigos: éstos de que tanto has oído hablar. Este es Simón Pedro, el hombre más bueno del mundo con los niños; éste es Juan, un gran niño, que te hablará de Dios incluso jugando; éste es Santiago, su hermano, serio y bueno como un hermano mayor; y éste es Andrés, hermano de Simón Pedro: harás inmediatamente buenas migas con él, porque es manso como un cordero. Luego, éste es Simón el Zelote: éste ama tanto a los niños que no tienen padre, que creo que daría la vuelta al mundo, si no estuviera conmigo, para buscarlos. Luego, éste es Judas de Simón, y éste Felipe de Betsaida y éste Natanael. ¿Ves cómo te miran? Ellos también tienen niños y quieren a los niños. Y éstos son mis hermanos Santiago y Judas. Aman todo lo que Yo amo, por eso te querrán. Ahora vamos a acercarnos a Mateo, que tiene muchos dolores en el pie, y, a pesar de todo, no guarda rencor a los niños, que, jugando alocadamente, le han pegado con una piedra puntiaguda. ¿Verdad Mateo?

-¡Oh, no, Maestro! ¿Es hijo de la viuda?

-Sí. Es un niño estupendo, pero ahora está muy triste.

-¡Pobre niño! Voy a decir que llamen a Santiaguito para que juegues con él - y Mateo lo acaricia y lo acerca a sí con una mano.

Jesús termina la presentación con Tomás, el cual, práctico como es, la completa ofreciéndole al niño un racimo de uvas arrancadas de la pérgola.

-Ahora sois amigos - concluye Jesús, y se sienta; mientras tanto, el niño saca jugo a sus uvas y responde a Mateo, que lo tiene bien pegado a su lado.

-¿Dónde has estado tan solo toda la semana?

-En Corazín, Simón de Jonás.

-Sí, lo sé.

-Pero ¿qué has hecho? ¿Has estado con Isaac?

-Isaac el Adulto ha muerto.

-¿Y entonces?

-¿No te lo ha dicho Mateo?

-No. Ha dicho sólo que te habías quedado en Corazín desde el día siguiente de nuestra partida.

-Mateo tiene más tino que tú; sabe guardar silencio, tú no sabes frenar tu curiosidad.

-No mi curiosidad, la de todos.

-Bien, pues he ido a Corazín para predicar la caridad en la práctica.

-¿La caridad en la práctica? ¿Qué quieres decir? - preguntan bastantes de los presentes.

-En Corazín hay una viuda con cinco hijos y una anciana enferma. El marido murió de repente estando trabajando en el banco de carpintero, y ha dejado tras sí miseria y unos trabajos inacabados. Corazín no ha sabido encontrar una migaja de piedad para con esta familia desdichada. He ido a terminar los trabajos y...

Se produce un pandemónium: quién pregunta, quién protesta, quién regaña a Mateo por haberlo consentido, quién manifiesta admiración, quién critica; y, por desgracia, quienes protestan o critican son la mayoría.

Jesús deja que la borrasca se calme de la misma forma que se ha formado y, por toda respuesta, dice:

-Voy a volver pasado mañana, y así hasta que termine. Mi esperanza es que al menos vosotros comprendáis. Corazín es un hueso compacto y sin semilla. Sed al menos vosotros huesos con semilla. Niño, dame esa nuez que te ha dado Simón; escucha tú también. ¿Veis esta nuez? Cojo esta nuez porque no tengo a mano otros frutos. Pero, para entender la parábola, pensad en los núcleos de piñones o palmas, pensad en los más duros, por ejemplo, en los de las aceitunas. Son envolturas clausuradas, sin fisuras, durísimas, de una madera compacta. Parecen mágicos cofres que sólo con violencia se pueden abrir. Pues bien, a pesar de todo, si se echa uno de estos titos al suelo, simplemente arrojado, y una persona, pasando por encima, lo incrusta en la tierra, aunque sea mínimamente, de forma que quede recogido en el suelo, ¿qué sucede? Pues que el cofre se abre y echa raíces y hojas. ¿Cómo se produce esto por sí solo? Nosotros, para conseguir abrirlos, tenemos que golpear mucho con el martillo; sin embargo, sin golpes, el tito se abre por sí solo. ¿Será que es una semilla mágica? No. Tiene dentro la pulpa, ¡cosa bien débil respecto a la sólida envoltura! Pues bien, todavía más: la pulpa nutre una cosa aún más pequeña: el germen. Éste es la palanca que fuerza, abre, y produce árbol con frondas y raíces. Haced la prueba de enterrar unos titos y luego esperad. Veréis como algunos nacen y otros no. Extraed de la tierra los que no han nacido. Abridlos con el martillo. Veréis como son semillas vacías. No es, pues, la humedad del suelo ni el calor los que hacen abrir el hueso, sino la pulpa; y más: el alma de la pulpa, el germen, que, hinchándose, hace palanca y abre.

Ésta es la parábola. Pero apliquémosla a nosotros.

¿Qué he hecho que no se debiera hacer? ¿Nos hemos entendido todavía tan poco, que no se comprende que la hipocresía es pecado y que la palabra, si no está corroborada por la acción, es viento? ¿Qué os he dicho siempre?: “Amaos los unos a los otros. El amor es el precepto y secreto de la gloria". ¿Y Yo, que predico, no iba a tener caridad; iba a daros el ejemplo de un maestro falaz? ¡No, jamás!

Amigos míos! Nuestro cuerpo es el hueso duro; en el hueso duro está cerrada la pulpa, el alma; dentro de ella, el germen que Yo he depositado y que está formado de muchos elementos, el principal de los cuales es la caridad. Es la caridad la que hace de palanca para abrir el hueso y librar al espíritu de las constricciones de la materia y restablece su unión con Dios, que es Caridad.

La caridad no se hace sólo de palabras o de dinero. La caridad se hace sólo con la caridad. Y no os parezca un juego de palabras. Yo no tenía dinero. Las palabras, para este caso, no eran suficientes. Aquí había siete personas al borde del hambre y la angustia. La desesperación ya lanzaba sus negras garras para hacer presa y asfixiar. El mundo se apartaba, duro y egoísta, ante esta desventura; daba muestras de no haber comprendido las palabras del Maestro. El Maestro ha evangelizado con las obras. Yo tenía la capacidad y libertad para hacerlo, y tenía el deber de amar por el mundo entero a estos míseros a quienes el mundo desprecia. He hecho todo esto.

¿Podéis todavía criticarme? ¿O debo ser Yo quien os critique, en presencia de un discípulo que no ha juzgado indecoroso el personarse entre el serrín y las virutas por no abandonar al Maestro, y que -estoy persuadido- se habrá convencido más de mí viéndome trabajar la madera que si me hubiera visto sentado en un trono; y en presencia de un niño que ha tenido experiencia de mí por lo que Yo soy, a pesar de su ignorancia, a pesar del infortunio que obnubila su mente, a pesar de su absoluta virginidad de conocimiento del Mesías cual en realidad es? ¿No decís nada? No os limitéis a sentiros humillados ahora que alzo la voz para enderezar ideas erróneas. Lo hago por amor. Debéis, además, meter dentro de vosotros ese germen que santifica y abre el hueso. Si no, siempre seréis unos seres inútiles.

Debéis estar dispuestos a hacer lo que Yo he hecho. Por amor al prójimo, por llevar a Dios un alma, ningún trabajo os debe pesar. E1 trabajo, sea cual fuere, no es nunca humillante; humillantes son las acciones bajas, las falsedades, las denuncias mentirosas, la crueldad, los abusos, la usura, las calumnias, la lujuria. Estas cosas son las que envilecen al hombre, aunque, a pesar de ello, se lleven a cabo sin sentir vergüenza (me refiero también a quienes quieren considerarse perfectos pero que se han escandalizado al verme trabajar con la sierra y el martillo).

¡Oh, el martillo!: ¡Cuán noble será si se usa para meter clavos en una madera y hacer un objeto que sirva para dar de comer a unos huerfanitos!, ¡cuán distinta será la condición del martillo, modesta herramienta, si lo usan mis manos, y además con fin santo; cuánto querrán tenerlo todos aquellos que ahora manifestarían a gritos su escándalo por causa de él! ¡Oh, hombre, criatura que deberías ser luz y verdad, cuánto eres tinieblas y mentira!

¡Vosotros, al menos vosotros, entended lo que es el bien, lo que es la caridad, lo que es la obediencia! En verdad os digo que grande es el número de los fariseos, y que no faltan entre los que me circundan.

-¡No, Maestro, no digas eso! ¡Si no queremos ciertas cosas es porque te amamos!...

-Es porque aún no habéis comprendido nada. ¡Os he hablado de la fe y la esperanza; creía que no harían falta nuevas palabras para hablaros de la caridad, pues tanto la espiro que deberíais estar saturados de ella. Pero veo que la conocéis sólo de nombre. Desconocéis su naturaleza y su forma. La conocéis como a la Luna.

¿Os acordáis de cuando os dije que la esperanza es como el brazo transversal del dulce yugo que sujeta la fe y la caridad, y que era patíbulo de la humanidad y trono de la salvación? ¿Sí? Pero no comprendisteis el significado de mis palabras. ¿Por qué, entonces, no me habéis pedido aclaración? Bien, ahora os la doy. Es yugo porque obliga al hombre a tener baja su necia soberbia bajo el peso de las verdades eternas. Es patíbulo de esta soberbia. El hombre que espera en Dios, su Señor, se ve obligado a humillar su orgullo, que querría proclamarse "dios", y a reconocer que él no es nada y Dios todo; que él no puede nada y Dios todo; que él-hombre es polvo que pasa, mientras que Dios es eternidad que eleva el polvo a un grado superior y le da un premio de eternidad. El hombre se clava en su cruz santa para alcanzar la Vida. Le clavan a la cruz las llamas de la fe y la caridad, mas al Cielo le eleva la esperanza, que entre ambas está. Recordad esta lección: si falta la caridad, le falta la luz al trono; el cuerpo, desclavado de un lado, pende hacia el fango y deja de ver el Cielo; anula así los efectos salvíficos de la esperanza, y acaba haciendo estéril incluso a la fe, porque si uno se separa de dos de las tres virtudes teologales languidece y cae en mortal hielo.

No rechacéis a Dios, ni siquiera en las cosas más pequeñas; negar ayuda al prójimo por pagano orgullo es rechazar a Dios.

Mi doctrina es un yugo que pliega a la humanidad culpable; que rompe la dura corteza para rescatar de ella al espíritu. Es yugo y es mazo, sí; pero, a pesar de ello, el que la acepta no siente el cansancio que producen todas las otras doctrinas humanas y las otras cosas humanas; el que se deja golpear por este mazo no siente el dolor de ser quebrado en su yo humano, sino que experimenta un sentido de liberación. ¿Por qué tratáis de liberaros de ella para sustituirla por el plomo y el dolor?

Todos vosotros tenéis vuestros dolores y vuestros trabajos; todos los hombres padecen dolores y trabajos, algunas veces superiores a las fuerzas humanas, desde el niño (como éste, que ya lleva sobre sus pequeños hombros un gran peso, que le hace plegarse, que borra la sonrisa de sus labios e impide a su mente vivir despreocupada, la cual -estoy hablando humanamente-, por esto, ya nunca más habrá sido una mente niña) hasta el anciano, que se pliega hacia la tumba con todos sus desengaños y trabajos y sus cargas y las heridas de su larga vida. Mi doctrina y mi fe, por el contrario, son el alivio de estas cargas agobiantes. Por eso se dice "La Buena Nueva". Quien la acepta y obedece, ya desde este mundo será bienaventurado, porque Dios será su alivio, y porque las virtudes harán fácil y luminoso su camino, asemejando a hermanas buenas que, llevándolo de la mano, con las lámparas encendidas, iluminarán su camino y su vida y le cantarán las eternas promesas de Dios, hasta que, plegando en paz el cansado cuerpo hacia la tierra, se despierte en el Paraíso.

¿Por qué, hombres, pudiendo vivir consuelo y aliento, queréis peso, desaliento, cansancio, desazón, desesperación? Vosotros también, apóstoles míos, ¿por qué queréis sentir el cansancio de la misión, su dificultad, su severidad, siendo así que, teniendo la confianza de un niño, podéis experimentar exclusivamente gozosa diligencia, luminosa facilidad para cumplirla; podéis comprender y sentir que la misión es severa exclusivamente para los impenitentes que no conocen a Dios, mientras que para sus fieles es como una mamá que ayuda en el camino, señalando a los inseguros pies del niño piedras y espinos, nidos de serpientes y zanjas, para que los advierta y no peligre en ellos?

Ahora os sentís desalentados. ¡Vuestro desaliento ha tenido un comienzo harto miserable! Os sentís desalentados: antes por mi humildad, como si hubiera sido un delito contra mí mismo; ahora, porque habéis comprendido que me habéis entristecido, y también lo lejos que estáis todavía de la perfección. En pocos este segundo estado de desaliento está exento de soberbia (de la soberbia herida por la constatación de que todavía no sois nada, mientras que, por orgullo, querríais ser perfectos). Tened exclusivamente esa voluntariosa humildad de aceptar la reprensión y de confesar que habéis errado, prometiendo en vuestro corazón que queréis la perfección por un fin sobrehumano. Y luego venid a mí. Os corrijo, mas os comprendo y os trato con indulgencia.

Venid a mí, vosotros apóstoles; venid a mí, todos vosotros, hombres que sufrís por dolores materiales, por dolores morales, por dolores espirituales (estos últimos producidos por el dolor de no saberos santificar como querríais por amor a Dios y con diligencia y sin re-tornos al Mal). El camino de la santificación es largo y misterioso, y algunas veces se cumple con desconocimiento por parte del que camina, el cual avanza entre tinieblas, con el amargor de un bebedizo en la boca, y cree que ni avanza ni bebe líquido celestial, y no sabe que esta ceguera espiritual es también un elemento de perfección.

Bienaventurados aquellos, tres veces bienaventurados aquellos que siguen andando sin goces de luz ni de dulzuras y que no se rinden por no ver ni sentir nada, y no se paran diciendo: "Mientras Dios no me dé deleites no continúo". Os digo que el más oscuro de los caminos, al improviso, se hará luminosísimo y se abrirá a paisajes celestiales; el bebedizo, después de haber quitado todo gusto por las cosas humanas, se transformará en dulzura de Paraíso para estos valientes, los cuales, asombrados, dirán: "¿Cómo es esto? ¿Por qué a mí tanta dulzura y júbilo?". Porque han perseverado y Dios les hará gozar desde la tierra lo que el Cielo es.

Pero, entre tanto, para resistir, venid a mí todos los que os sintáis sobrecargados y cansados; vosotros, apóstoles, y con vosotros todos los hombres que buscan a Dios, que lloran por causa del dolor de la tierra, que se agotan solos, y Yo os confortaré. Echad sobre vosotros mi yugo, que no es un peso sino un apoyo. Abrazad mi doctrina cual si fuere una amada esposa. Imitad a vuestro Maestro, que no se limita a predicarla sino que pone en práctica lo que enseña. Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. Encontraréis el descanso de vuestras almas, porque la mansedumbre y la humildad conceden el reino, en la tierra y en los Cielos. Ya os he dicho que los verdaderos triunfadores sobre los hombres son aquellos que los conquistan con el amor, y el amor es siempre manso y humilde. Nunca os propondría cosas superiores a vuestras fuerzas, porque os amo y quiero que estéis conmigo en mi Reino. Tomad, pues, mi enseña y mi distintivo y esforzaos por ser semejantes a mí y como mi doctrina enseña. No temáis, porque mi yugo es suave y su carga es ligera, mientras que la gloria de que gozaréis si me sois fieles es infinitamente potente. Infinita y eterna...

Os dejo por un rato. Voy con el niño al lago. Encontrará amigos... Luego partiremos el pan juntos. Ven, José; voy a llevarte a que conozcas a los pequeñuelos que me aman.

## 269

## La disputa con escribas y fariseos en Cafarnaúm. Llegada de la Madre y de los hermanos

La misma escena de la pasada visión. Jesús se está despidiendo de la viuda. Tiene ya de la mano al pequeño José y dice a la mujer:

-No vendrá nadie antes de mi regreso, a menos que no sea un gentil. De todas formas, quienquiera que venga que espere hasta pasado mañana; dile que vendré sin falta.

-Lo diré, Maestro. Si hay enfermos, les daré hospedaje, como me has enseñado.

-Adiós, entonces. La paz sea con vosotros. Ven, Manahén.

Por esta breve mención comprendo que ha venido a ver a Jesús a Corazín gente enferma y desgraciada, y que a la evangelización del trabajo ha añadido la del milagro. Si Corazín sigue indiferente, es verdaderamente señal de que es terreno agreste e incultivable. No obstante, Jesús la atraviesa, saludando a los que le saludan, como si tal cosa, para seguir hablando con Manahén, que está en duda sobre si volver a Maqueronte o quedarse una semana más...

En la casa de Cafarnaúm, entretanto, se preparan para el sábado. Mateo, cojeando todavía un poco, recibe a sus compañeros, los asiste ofreciéndoles agua y fruta fresca, mientras se interesa por sus respectivas misiones.

Pedro frunce la nariz al ver que ya hay unos fariseos zanganeando cerca de la casa:

-Tienen ganas de envenenarnos el sábado. Sería casi de la opinión de adelantarnos antes de que llegue el Maestro y decirle que vaya a Betsaida y les deje a éstos esperando en vano.

-¿Crees que el Maestro lo haría? - dice su hermano.

-Además, en la habitación de abajo está ese pobre infeliz esperando - observa Mateo.

-Se le podría llevar en la barca a Betsaida, y yo u otro adelantarnos hacia el Maestro - dice Pedro.

-Casi, casi... - dice Felipe, el cual, teniendo familia en Betsaida, de buena gana iría.

-Y mucho más que... ¿Veis, veis? Hoy la guardia está reforzada con escribas. Vamos, no perdamos tiempo. Vosotros con el enfermo pasáis por el huerto y os vais por detrás de la casa. Yo llevo la barca al "pozo de la higuera" y Santiago lo mismo. Simón Zelote y los hermanos de Jesús van al encuentro del Maestro.

-Yo no me marcho de aquí con el endemoniado - proclama Judas Iscariote.

-¿Por qué? ¿Tienes miedo a que se te pegue el demonio?

-No me hagas irritarme, Simón de Jonás. He dicho que no voy y no voy.

-Ve a buscar a Jesús con los primos.

-No.

-¡Narices! ¡Ven en la barca!

-No.

-Pero bueno, ¿qué quieres? Eres siempre el de las dificultades...

-Quiero quedarme donde estoy: aquí. No tengo miedo a ninguno. No huyo. Además, el Maestro no os agradecería esta ocurrencia. Otra vez otro discurso para llamarnos la atención, y no tengo ganas de sufrirlo por vuestra culpa. Marchaos vosotros. Yo me quedo aquí para informar...

-¡De ninguna manera! ¡O todos o ninguno!- grita Pedro.

-Pues ninguno, porque el Maestro ya está aquí. Mira allí viene - dice serio el Zelote, que estaba mirando al camino.

Pedro, de malhumor, dice algo refunfuñando entre dientes. Pero se dirige con los demás hacia Jesús. Tras los primeros saludos, le hablan de un endemoniado, ciego y mudo, que está esperando con sus padres su venida desde hace muchas horas.

Mateo explica:

-Está como inerte. Se ha echado encima de unos sacos vacíos y no se ha vuelto a mover. Sus padres esperan en ti. Ven a reponer fuerzas y luego lo socorres.

-No. Voy enseguida donde él. ¿Dónde está?

-En la habitación de abajo que está junto al horno. Lo he metido allí, con sus padres, porque hay muchos fariseos - y escribas – que parecen al acecho...

-Sí, y sería mejor no contentarlos - dice Pedro disgustado.

-¿Judas de Simón no está? - pregunta Jesús.

-Se ha quedado en casa. El debe hacer lo que no hacen los demás - dice otra vez Pedro con malhumor.

Jesús lo mira, pero no le regaña. Acelera el paso hacia la casa.

Confía el niño precisamente a Pedro, el cual lo acaricia y saca enseguida del grueso cinturón un silbato y dice:

-Uno para ti y otro para mi hijo. Mañana te llevo a que lo conozcas. Le he pedido que me los hiciera a un pastor al que he hablado de Jesús.

Jesús entra en casa, saluda a Judas, que parece todo ocupado en ordenar la loza y luego va derecho hasta una especie de despensa baja y oscura que está pegando al horno.

-Que salga el enfermo - ordena Jesús.

Un fariseo, que no es de Cafarnaúm, pero que tiene una cara de perro peor todavía que la de los fariseos del lugar, dice:

-No es un enfermo. Es un endemoniado.

-Bien, pues una enfermedad del espíritu...

-Pero tiene impedidos los ojos y el habla...

-La posesión es una enfermedad del espíritu que se extiende a miembros y órganos. Si me hubieras dejado terminar, habrías sabido que quería decir esto. También la fiebre, cuando uno está enfermo, está en la sangre, pero desde la sangre ataca luego a una u otra parte del cuerpo.

El fariseo no sabe qué replicar y guarda silencio.

Han traído al endemoniado y lo han puesto frente a Jesús. Inerte. Era como había dicho Mateo. Muy impedido por el demonio.

La gente entretanto se va concentrando. Es increíble, especialmente en las horas de recreo -voy a llamarlas así-, lo pronto que, en aquel tiempo, acudía la gente a los lugares en que había algo que ver. Ahora están las personas importantes de Cafarnaúm (entre los cuales los cuatro fariseos); están también Jairo, y, en un ángulo, con la disculpa de estar cuidando el orden, el centurión romano y con él gente de otras ciudades.

-¡En nombre de Dios, suelta las pupilas y la lengua de éste! ¡Lo quiero! ¡Libra de ti a esa criatura! ¡Ya no te es lícito poseerla! ¡Fuera! - grita Jesús, extendiendo las manos mientras da la orden.

El milagro empieza con un grito de rabia del demonio y termina con una voz de alegría del liberado, que grita:

-¡Hijo de David! ¡Hijo de David! ¡Santo y Rey!

-¿Cómo puede saber éste quién es el que lo ha curado? - pregunta un escriba.

-¡Todo esto es una comedia, hombre! ¡Esta gente está pagada por hacer esto! - dice un fariseo encogiéndose de hombros.

-Pero, ¿y quién paga? Si es lícito preguntároslo - dice Jairo.

-Tú también.

-¿Con qué finalidad?

-Para hacer famosa a Cafarnaúm.

-No rebajes tu inteligencia diciendo estupideces, ni tu lengua ensuciándola con embustes. Sabes que eso no es verdad y deberías comprender que estás diciendo una estupidez. Lo que aquí ocurre ya ha ocurrido en muchas otras partes de Israel. ¿Entonces en todos los lugares habrá quien pague? ¡La verdad es que no sabía que en Israel la plebe fuera muy rica! Porque vosotros -y con vosotros todos los otros importantes- está claro que no pagáis por esto. Entonces paga la plebe que es la única que ama al Maestro.

-Tú eres arquisinagogo y lo amas. Ahí está Manahén. En Betania está Lázaro de Teófilo. Estos no son plebe.

-Pero son ellos, y soy yo, personas honradas, que no timamos a nadie en nada y mucho menos en las cosas relativas a la fe. Nosotros no nos permitimos eso porque tememos a Dios y hemos comprendido lo que le agrada a Dios: la honestidad.

Los fariseos dan la espalda a Jairo y lanzan su ataque contra los padres del curado:

-¿Quién os ha dicho que vinierais aquí?

-¿Quién? Muchos. Personas que han sido curadas o parientes de personas curadas.

-Pero ¿qué os han dado?

-¿Dado? La garantía de que nos lo curaría.

-¿Pero estaba realmente enfermo?

-¡Oh, mentes engañosas! ¿Pensáis que se ha fingido todo esto? Id a Gadara e informaos, si es que no creéis, de la desgracia de la familia de Ana de Ismael.

La gente de Cafarnaúm, indignada, se alborota, mientras unos galileos, venidos de cerca de Nazaret, dicen:

-¡Pues este es hijo de José el carpintero!

Los de Cafarnaúm, fieles a Jesús, gritan:

-¡No! ¡Es lo que Él dice y lo que el curado ha dicho: "Hijo de Dios" e "Hijo de David"!

-¡No aumentéis la exaltación del pueblo con vuestras afirmaciones! - dice despreciativo un escriba.

-¿Y entonces qué es según vosotros?

-¡Un Belcebú!

-¡Mmm..., lenguas de víbora! ¡Blasfemos! ¡Vosotros sois los poseídos! ¡Ciegos de corazón! Perdición nuestra. Queréis quitarnos incluso la alegría del Mesías, ¿eh? ¡Sanguijuelas! ¡Piedras secas!».

¡Un buen jaleo!

Jesús, que se había retirado a la cocina para beber un poco de agua, se asoma a la puerta a tiempo de oír la trillada y necia acusación farisaica: «Éste no es más que un Belcebú, porque los demonios le obedecen. El gran Belcebú, su padre, le ayuda, y arroja los demonios con la acción de Belcebú, príncipe de los demonios, no con otra cosa».

Jesús baja los dos pequeños escalones de la puerta y avanza unos pasos, erguido, severo, sereno, para detenerse justo frente al grupo escribo-farisaico; fija en ellos, penetrante, su mirada y les dice:

-Vemos que incluso en este mundo un reino dividido en facciones contrarias se hace internamente débil, fácil presa de la agresión y acción devastadora de los estados vecinos, y éstos lo esclavizan. Ya en este mundo vemos que una ciudad dividida en partes contrarias pierde el bienestar (lo mismo se diga de una familia cuyos miembros estén divididos por el odio): se desmorona, se convierte en una fragmentación que a nadie sirve, irrisión para los ciudadanos. La concordia, además de deber, es astucia, porque mantiene la independencia, la fuerza, el afecto. Esto es lo que deberían meditar los patriotas, los ciudadanos, los miembros de una familia, cuando, por el capricho de un determinado beneficio, se ven tentados a las siempre peligrosas opresiones y separaciones, peligrosas porque se alternan con los partidos y destruyen los afectos. Y es ésta, en efecto, la astucia que ejercitan los dueños del mundo. Observad a Roma, observad su innegable poder, tan penoso para nosotros. Domina el mundo. Pero está unida en un único parecer, en una sola voluntad: "dominar". Entre ellos habrá también, sin duda, contrastes, antipatías, rebeliones. Pero estas cosas están en el fondo. En la superficie hay un único bloque, sin fisuras, sin agitaciones. Todos quieren lo mismo y obtienen resultados por este querer, y los obtendrán mientras sigan queriendo lo mismo.

Mirad este ejemplo humano de astucia cohesiva, y pensad: si estos hijos del siglo son así, ¿qué no será Satanás? Para nosotros ellos son diablos, y, sin embargo, su satanismo pagano no es nada respecto al perfecto satanismo de Satanás y sus demonios. En aquel reino eterno, sin siglo, sin final, sin límite de astucia y maldad; en ese lugar en que es gozo el hacer el mal a Dios y a los hombres -hacer el mal es el aire que respiran, es su doloroso gozo, único, atroz- se ha alcanzado con perfección maldita la fusión de los espíritus, unidos en una Sola voluntad: "hacer el mal". Ahora bien, si -como pretendéis sostener para insinuar dudas acerca de mi poder- me ayuda Satanás porque Yo soy un belcebú menor, ¿no entra Satanás en conflicto consigo mismo y con sus demonios al arrojarlos de sus poseídos? ¿Y estando en conflicto consigo mismo, podrá perdurar su reino? No, no es así. Satanás es astutísimo y no se perjudica a sí mismo. Su intención es extender su reino en los corazones, no reducirlo. Su vida consiste en "robar - hacer el mal - mentir - agredir - turbar". Robar almas a Dios y paz a los hombres. Hacer el mal a las criaturas del Padre, dándole así dolor. Mentir para descarriar. Agredir para gozar. Turbar porque es el Desorden. No puede cambiar: es eterno en su ser y en sus métodos.

Pero, responded a esta pregunta: si Yo arrojo los demonios en nombre de Belcebú, ¿en nombre de quién los arrojan vuestros hijos? ¿Querríais confesar que también ellos son belcebúes? Si lo decís, os juzgarán calumniadores; y, aunque su santidad llegue hasta el punto de no reaccionar ante esta acusación, habréis emitido veredicto sobre vosotros mismos al confesar que creéis tener muchos demonios en Israel, y os juzgará Dios en nombre de los hijos de Israel acusados de ser demonios. Por tanto, venga de quien venga el juicio, en el fondo serán ellos vuestros jueces donde el juicio no sufre soborno de presiones humanas.

Y si, como es verdad, arrojo los demonios por el Espíritu de Dios, prueba es de que ha llegado a vosotros el Reino de Dios y el Rey de este Reino, Rey que tiene un poder tal, que ninguna fuerza contraria a su Reino le puede oponer resistencia. Así que ato y obligo a los usurpadores de los hijos de mi Reino a salir de los lugares ocupados y a devolverme la presa para que Yo tome posesión de ella. ¿No es así como hace uno que quiere entrar en la casa de un hombre fuerte para arrebatarle los bienes, bien o mal conseguidos? Eso hace. Entra y lo ata. Una vez que lo ha atado, puede desvalijar la casa. Yo ato al ángel tenebroso, que me ha arrebatado lo que me pertenece, y le quito el bien que me robó. Sólo Yo puedo hacerlo, porque sólo Yo soy el Fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la Paz.

-Explícanos lo que quieres decir con "Padre del siglo futuro". ¿Es que piensas vivir hasta el próximo siglo, y, mayor necedad aún, piensas crear el tiempo, Tú, que no eres más que un pobre hombre? El tiempo es de Dios - pregunta un escriba.

-¿Y me lo preguntas tú, escriba? ¿Es que no sabes que habrá un siglo que tendrá principio pero no tendrá fin, y que será el mío? En él, triunfaré congregando en torno a mí a aquellos que son sus hijos, y vivirán eternos como el siglo que crearé, que ya estoy creando estableciendo al espíritu por encima de la carne, del mundo y de los seres infernales, porque todo lo puedo. Por esto os digo que quien no está conmigo está contra mí, y que quien conmigo no recoge desparrama. Porque Yo soy el que soy. Y quien no cree esto, que ya ha sido profetizado, peca contra el Espíritu Santo, cuya palabra fue pronunciada por los Profetas sin mentira ni error y debe ser creída sin resistencia.

Porque os digo que todo les será perdonado a los hombres, todo pecado, toda blasfemia; porque Dios sabe que el hombre no es sólo espíritu, sino también carne, y carne tentada sometida a imprevistas debilidades. Pero la blasfemia contra el Espíritu *no será per-donada.* Uno hablará contra el Hijo del hombre y será todavía perdonado, porque el peso de la carne que envuelve a mi Persona y que envuelve al hombre que contra mí habla puede también inducir a error. Pero quien hable contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en ésta ni en la vida futura, porque la Verdad es eso que es: es neta, santa, innegable, y es manifestada al espíritu de una manera que no induce a error. Otra cosa es que yerren aquellos que, queriéndolo, *quieren el error.* Negar la Verdad dicha por el Espíritu Santo es negar la Palabra de Dios y el Amor, que ha dado esa Palabra por amor hacia los hombres. Y el pecado contra el Amor no se perdona.

Pero cada uno da los frutos de su árbol. Vosotros dais los vuestros, que no son buenos. Si dais un árbol bueno para que lo planten en el huerto, dará buenos frutos; sin embargo, si dais un árbol malo, malo será el fruto que de él se recogerá, y todos dirán: "Este árbol no es bueno". Porque el árbol se conoce por el fruto. ¿Cómo creéis que podéis hablar bien vosotros, que sois malos? Porque la boca habla de lo que llena el corazón del hombre. Sacamos nuestros actos y palabras de la sobreabundancia de lo que tenemos en nosotros. El hombre bueno saca de su tesoro bueno cosas buenas; el malo, de su tesoro malo, saca las cosas malas. Y habla y actúa según su interior.

En verdad os digo que ociar es pecado, pero mejor es ociar que hacer obras malas. Y os digo también que es mejor callar que hablar ociosamente y con maldad. Aunque vuestro silencio fuera ocio, guardad silencio antes que pecar con la lengua. Os aseguro que de toda palabra dicha vanamente se pedirá a los hombres justificación en el día del Juicio, y que por sus palabras serán justificados los hombres, y también por sus palabras serán condenados. ¡Cuidado, por tanto, vosotros, que tantas decís más que ociosas!, pues que son no sólo ociosas sino activas en el mal y con la finalidad de alejar a los corazones de la Verdad que os habla.

Los fariseos consultan a los escribas y luego, todos juntos, fingiendo cortesía, solicitan:

-Maestro, se cree mejor en lo que se ve. Danos, pues, una señal para que podamos creer que eres lo que dices.

-¿Veis como en vosotros está el pecado contra el Espíritu Santo, que repetidas veces me ha señalado como Verbo encarnado? Verbo y Salvador, venido en el tiempo establecido, precedido y seguido por los signos profetizados; obrador de lo que el Espíritu dice.

Ellos responden:

-Creemos en el Espíritu, pero ¿cómo podemos creer en ti, si no vemos un signo con nuestros ojos?

-¿Cómo podéis entonces creer en el Espíritu, cuyas acciones son espirituales, si no creéis en las mías, que son sensibles a vuestros ojos? Mi vida está llena de ellas. ¿No es suficiente todavía? No. Yo mismo respondo que no. No es suficiente todavía. A esta generación adúltera y malvada, que busca un signo, se le dará sólo uno: el del profeta Jonás. Efectivamente, de la misma forma que Jonás estuvo durante tres días en el vientre de la ballena, el Hijo del hombre estará tres días en las entrañas de la tierra. En verdad os digo que los ninivitas resucitarán en el día del Juicio, como todos los hombres, y se alzarán contra esta generación y la condenarán, porque les predicó Jonás e hicieron penitencia, y vosotros no; y aquí hay Uno mayor que Jonás. Así también, resucitará y se alzará contra vosotros la Reina del Mediodía, y os condenará, porque ella vino desde los últimos confines de la Tierra para oír la sabiduría de Salomón; y aquí hay Uno mayor que Salomón.

-¿Por qué dices que esta generación es adúltera y malvada? No lo será más que las otras. Hay los mismos santos que había en las otras. El todo israelita no ha cambiado. Nos ofendes.

-Os ofendéis vosotros mismos al dañar vuestras almas; porque las alejáis de la Verdad, y por tanto de la Salvación. Os respondo lo mismo. Esta generación no es santa sino en las vestiduras y en lo externo; por dentro no es santa. En Israel existen los mismos nombres para significar las mismas cosas, pero no existe la realidad de las cosas; existen los mismos usos, vestiduras y ritos, pero falta el espíritu de estas cosas. Sois adúlteros porque habéis rechazado el sobrenatural desposorio con la Ley divina y os habéis desposado, con una segunda adúltera unión, con la ley de Satanás. Sois circuncisos sólo en un miembro efímero, el corazón ya no es circunciso. Y sois malos, porque os habéis vendido al Maligno. He dicho.

-Nos ofendes demasiado. Pero, ¿por qué, si es así, no liberas a Israel del demonio para que sea santo?

-¿Tiene Israel esta voluntad? No. La tienen esos pobrecillos que vienen para ser liberados del demonio porque lo sienten dentro de sí como peso y vergüenza. Vosotros esto no lo sentís. Liberaros a vosotros sería inútil, porque, no teniendo la voluntad de ser liberados, enseguida seríais de nuevo atrapados y con mayor fuerza. Porque cuando un espíritu inmundo sale de un hombre vaga por lugares áridos en busca de descanso y no lo encuentra. Observad que no son lugares áridos materialmente; áridos porque, no recibiéndolo, le son hostiles, de la misma forma que la tierra árida es hostil a la semilla. Entonces dice: "Volveré a mi casa, de donde he sido arrojado con la fuerza y contra su voluntad. Estoy seguro de que me recibirá y me dará descanso". En efecto, vuelve donde aquel que era suyo, y muchas veces lo encuentra dispuesto a recibirlo, porque, en verdad os digo que el hombre tiene más nostalgia de Satanás que de Dios, y, si Satanás no le somete sus miembros, por ninguna otra posesión se queja. Vuelve, pues, y encuentra la casa vacía, barrida, aviada, con olor a pureza. Entonces va por otros siete demonios, porque no quiere volverla a perder, y con estos siete espíritus peores que él, entra en ella y ahí se instalan todos. Así, este segundo estado, de uno convertido una vez y pervertido una segunda vez, es peor que el primero. Porque el demonio tiene la medida de lo amante de Satanás e ingrato a Dios que es ese hombre, y también porque Dios no vuelve a donde se pisotean sus gracias y, habiendo experimentado ya una posesión, se abren los brazos otra vez a una mayor. La recaída en el satanismo es

peor que la recaída en una tisis mortal ya curada una vez. Ya no es susceptible de mejoramiento ni de curación. Esto le sucederá a esta generación, la cual, convertida por el Bautista, ha querido de nuevo ser pecadora, porque es amante del Malvado, no de mí.

Un murmullo, ni de aprobación ni de protesta, recorre la muchedumbre, que se va apiñando y que ya es muy numerosa (además del huerto y la terraza, está llenísima de gente incluso la calle). Hay gente sentada a caballo en el pretil, y subida a la higuera del huerto y a los árboles de los huertos vecinos; porque todos quieren oír la disputa entre Jesús y sus enemigos. El murmullo, cual ola que del mar abierto arriba a la playa, llega, de boca en boca, hasta los apóstoles más cercanos a Jesús, o sea, Pedro, Juan, el Zelote y los hijos de Alfeo (porque los otros están parte en la terraza y parte en la cocina, menos Judas Iscariote, que está en la calle entre la muchedumbre).

Pedro, Juan, el Zelote, los hijos de Alfeo recogen este murmullo, y dicen a Jesús:

-Maestro, están tu Madre y tus hermanos. Están allí afuera, en la calle. Te buscan porque quieren hablar contigo. Ordena que la muchedumbre se aleje para que puedan venir a ti, porque sin duda un motivo importante los ha traído hasta aquí a buscarte.

Jesús alza la cabeza y ve al final de la gente el rostro angustiado de su Madre, que está luchando por no llorar, mientras José de Alfeo le habla con vehemencia; y ve los gestos de negación de Ella, repetidos, enérgicos, a pesar de la insistencia de José. Ve también la cara de apuro de Simón, visiblemente apenado, molesto... Pero no sonríe, no ordena nada. Deja a la Afligida con su dolor y a los primos donde están.

Baja los ojos hacia la muchedumbre y, respondiendo a los apóstoles, que están cerca, responde también a los que están lejos y tratan de hacer valer la sangre más que el deber.

-¿Quién es mi Madre? ¿Quiénes son mis hermanos?

Despliega su mirada -severa en el marco de un rostro que palidece por esta violencia que debe hacerse para poner el deber por encima del afecto y la sangre, y para suspender el reconocimiento del vínculo con su Madre por servir al Padre-y dice, señalando con un amplio gesto a la muchedumbre que se apiña en torno a Él, a la roja luz de las antorchas, bajo la luz de plata de la Luna casi llena:

-He aquí a mi madre, he aquí a mis hermanos. Los que hacen la voluntad de Dios son mis hermanos y hermanas, son mi madre. No tengo otros. Y los míos serán tales si, antes que los demás y con mayor perfección que ningún otro, hacen la voluntad de Dios hasta el sacrificio total de toda otra voluntad o voz de la sangre y del afecto.

Nace entre la muchedumbre un murmullo más fuerte, como un mar agitado por un viento repentino.

Los escribas comienzan la fuga diciendo:

-¡Es un demonio! ¡Reniega incluso su sangre!

Los parientes avanzan diciendo:

-¡Es un loco! ¡Hasta tortura a su Madre!

Los apóstoles dicen:

-¡Verdaderamente en estas palabras está todo el heroísmo!

La muchedumbre dice:

-¡Cómo nos ama!

No sin esfuerzo, María con José y Simón abren la aglomeración de gente: Ella, todo dulzura; José, todo furia; Simón, todo apuro. Y llegan a Jesús.

José arremete en seguida:

-¡Estás loco! ¡Ofendes a todos! ¡No respetas ni siquiera a tu Madre! ¡Pero ahora estoy yo aquí y te lo voy a impedir! ¿Es verdad que vas por ahí haciendo trabajos de obrero? Pues si eso es verdad, ¿por qué no trabajas en tu taller para procurar el pan a tu Madre? ¿Por qué mientes diciendo que tu trabajo es la predicación, ocioso e ingrato, que es lo que eres, si luego vas a realizar trabajo pagado a casa ajena? Verdaderamente me pareces como si estuvieras en manos de un demonio que te indujera al camino. ¡Responde!

Jesús se vuelve y toma de la mano al niño José, lo acerca a sí y lo alza sujetándolo por las axilas, y dice:

-Mi trabajo ha consistido en procurar el pan a este inocente y a su familia, y en convencerlos de que Dios es bueno; ha sido predicar en Corazín la humildad y la caridad. Y no sólo en Corazín, sino también contigo, José, hermano injusto. Pero te perdono porque sé que te muerden dientes de serpiente. Y te perdono también a ti, Simón inconstante. Nada tengo que perdonar, de nada debo pedir perdón, a mi Madre, porque Ella juzga con justicia. Que el mundo haga lo que quiera, Yo hago lo que Dios quiere. Con la bendición del Padre y de mi Madre soy más feliz que si todo el mundo me aclamara rey según el mundo. Ven, Madre, no llores; no saben lo que hacen. Perdónalos.

-¡Hijo mío! Yo sé. Tú sabes. Nada más hay que decir...

-Nada más, aparte de decirle a la gente: "Idos en paz".

Jesús bendice a la muchedumbre y luego, llevando con la derecha a María y con la izquierda al niño, se dirige hacia la pequeña escalera. Y es el primero en subirla.

## 270

## Jesús recibe la noticia de que han matado a Juan el Bautista

Jesús está curando a unos enfermos. Le asiste sólo Manahén. Están en la casa de Cafarnaúm, en el huerto umbrío en esta hora matutina. Manahén ya no lleva ni el precioso cinturón ni la lámina de oro en la frente: sujeta su túnica un cordón de lana; una cinta de te-la, la prenda que cubre su cabeza. Jesús tiene descubierta la cabeza, como siempre cuando está en casa

Una vez que ha terminado de curar y de consolar a los enfermos, Jesús sube con Manahén a la habitación alta. Se sientan los dos en el alféizar de la ventana que mira al monte (porque la parte del lago cae toda bajo el sol, que todavía calienta bien, a pesar de que la canícula ha debido pasar ya hace algo de tiempo).

-Dentro de poco empezará la vendimia - dice Manahén.

-Sí. Y luego vendrán los Tabernáculos... y pronto llegará el invierno. ¿Cuándo piensas partir?

-¡Mmm!... No me iría nunca... Pero pienso en el Bautista. Herodes es una persona débil. Si se le sabe influir positivamente, aunque no se vuelva bueno, al menos... no se hace sanguinario. Pero son pocos los que le aconsejan bien. ¡Y esa mujer!... ¡Esa mujer!... De todas formas, quisiera quedarme hasta que vuelvan tus apóstoles. No es que yo presuma mucho de mí... pero todavía valgo algo... si bien mi auge ha sufrido un duro golpe desde que han comprendido que sigo los caminos del Bien. Pero no me importa. Quisiera tener la verdadera valentía de saber abandonar todo para seguirte completamente, como los discípulos a los que esperas. Pero, ¿algún día lo lograré? Nosotros que no somos del pueblo presentamos más dura resistencia a seguirte. ¿Por qué?

-Porque los tentáculos de las míseras riquezas os retienen.

-La verdad es que sé también de algunos que no son lo que se dice ricos, sino que son doctos, o están en camino de serlo, y tampoco vienen.

-También están retenidos por los tentáculos de las míseras riquezas. No se es rico sólo de dinero. Existe también la riqueza del saber. Pocos llegan a la confesión de Salomón: "Vanidad de vanidades, todo es vanidad", considerada de nuevo y ampliada -no tanto materialmente cuanto en profundidad- en Qohélet. ¿Lo recuerdas? La ciencia humana es vanidad, porque aumentar sólo el humano saber "es afán y aflicción de espíritu, y quien multiplica la ciencia multiplica los afanes". En verdad te digo que es así. Como también digo que no sería así si la ciencia humana estuviera sostenida y refrenada por la sabiduría sobrenatural y el santo amor a Dios. El placer es vanidad, porque no dura; arde y rápido se desvanece dejando tras sí ceniza y vacío. Los bienes acumulados con distintas habilidades son vanidad para el hombre que muere, porque con los bienes no puede evitar la muerte, y los deja a otros. La mujer, contemplada como hembra y como tal apetecida, es vanidad. De lo cual se concluye que lo único que no es vanidad es el santo temor de Dios y la obediencia a sus mandamientos, o sea, la sabiduría del hombre, que no es sólo carne sino que posee la segunda naturaleza: la espiritual. Quien así sabe concluir y querer, sabe liberarse de todo tentáculo de mísero tesoro y sabe ir libre al encuentro con el Sol.

-Quiero recordar estas palabras. ¡Cuánto me has dado en estos días! Ahora puedo ir a la suciedad de la Corte -que parece luminosa sólo a los necios, poderosa y libre; y no es sino miseria, cárcel y tinieblas-, e ir con un tesoro que me permitirá vivir mejor en espera de lo mejor. ¿Pero llegaré algún día a esta cosa mejor que es ser tuyo, totalmente?

-Llegarás.

-¿Cuándo? ¿El año que viene? ¿Más adelante todavía? ¿Cuándo la vejez me haga sabio?

-Llegarás... alcanzando madurez de espíritu y perfección de voluntad en el transcurso de pocas horas.

-Manahén lo mira pensativo y escrutador... Pero no pregunta nada más.

Un rato de silencio. Luego Jesús dice:

-¿Has tenido contacto alguna vez con Lázaro de Betania?

-No, Maestro. Puedo decir que no; que si hubo algún encuentro, no puede llamarse amistad. Ya sabes... Yo con Herodes, Herodes contra él... Por tanto...

-Lázaro ahora te vería por encima de las cosas, en Dios. Debes tratar de conocerlo como condiscípulo.

-Lo haré si Tú lo quieres...

Se oyen voces inquietas en el huerto. Preguntan con angustia:

-¡El Maestro! ¡El Maestro! ¿Está aquí?

Responde la voz cantarina de la dueña de la casa:

-Está en la habitación de arriba. ¿Quiénes sois? ¿Enfermos?

-No. Discípulos de Juan y queremos ver a Jesús de Nazaret.

Jesús se asoma por la ventana y dice:

-Paz a vosotros... ¡Oh! ¡Sois vosotros? ¡Venid! ¡Venid!

Son los tres pastores Juan, Matías y Simeón.

-¡Oh! ¡Maestro! - dicen, y levantan la cabeza y dejan ver un rostro apenado. Ni siquiera viendo a Jesús se sosiegan.

Jesús deja la habitación y va a su encuentro a la terraza. Manahén lo sigue. Se encuentran justamente en el punto en que la escalera termina en la soleada terraza.

Los tres se arrodillan y besan el suelo. Luego Juan, por todos, dice:

-Ahora recíbenos, Señor, pues somos tu herencia - y unas lágrimas se deslizan por la cara del discípulo y de sus compañeros.

Jesús y Manahén, al unísono, gritan:

-¿Juan?!

-Le han dado muerte...

La palabra cae cual enorme fragor que cubre todos los ruidos del mundo, a pesar de que haya sido pronunciada muy bajo. Petrifica a quien la dice y a quien la oye. Y se produce un rato de silencio tan profundo y de tan profunda inmovilidad en los animales, frondas y aire, que parece como si la tierra, para recoger esta palabra y sentir todo su horror, suspendiera todo ruido propio. Queda suspendido el zureo de las palomas, truncada la flauta de un mirlo, enmudecido el coro de los pardales, y, como

si de golpe se le hubiera roto el artilugio, una cigarra detiene su chirrido al improviso, mientras se para el viento que, haciendo frufrú de seda y crujido de palos, acariciaba las pámpanas y las hojas.

Jesús se pone pálido como el marfil mientras sus ojos se dilatan y se vidrian de llanto. Abre los brazos y, con voz profunda por el esfuerzo de hacerla firme, dice:

-Paz al mártir de la justicia, paz a mi Precursor.

Luego recoge sus brazos y su espíritu y, claramente, ora, entrando en contacto con el Espíritu de Dios y el de Juan Bautista.

Manahén no se atreve a hacer ni un gesto. A1 contrario de Jesús, se ha puesto intensamente rojo y ha sentido un impulso de ira. Luego se ha quedado paralizado; toda su turbación se manifiesta en el movimiento mecánico de la mano derecha, que zalea el cordón de la túnica, y de la izquierda, que involuntariamente busca el puñal... y mueve la cabeza compadeciéndose de su fragilidad de mente, pues no se acordaba de que se había desarmado para ser «el discípulo del Manso», para estar «junto al Manso».

Jesús abre de nuevo su boca y sus ojos. Su rostro, su mirada, su voz han recuperado la majestad divina que habitualmente tienen en Él. Sólo queda una tristeza grave temperada de paz.

-Venid. Decidme cómo ha sucedido. Desde hoy sois míos.

Y los conduce a la habitación. Cierra la puerta, corre las cortinas -no del todo- para suavizar la luz, para crear un ambiente de recogimiento en torno al dolor y la belleza de la muerte del Bautista, para separar esta perfección de vida y el mundo corrompido.

-Hablad - ordena.

Manahén todavía parece petrificado. Está con el grupo, pero no dice una palabra.

¯Era la noche de la fiesta... No se podía prever esto... Sólo dos horas antes, Herodes había solicitado consejo de Juan, y se había despedido de él con benignidad... Y poco, poco antes de que se produjera... el homicidio, el martirio, el delito, la glorificación, había mandado a un siervo con frutas gélidas y vinos raros para el prisionero. Juan nos había distribuido esas cosas... Nunca mudó su austeridad... Estábamos sólo nosotros, porque por mérito de Manahén estábamos en el palacio como siervos en las cocinas y en las caballerizas. Esta concesión nos permitía ver siempre a nuestro Juan... Estábamos en las cocinas yo y Juan. Simeón no; él vigilaba a los caballerizos para que tratasen con cuidado las caballerías de los invitados... El palacio estaba lleno de gente importante, jefes militares, personalidades de Galilea. Herodías se había encerrado en sus habitaciones tras una escena violenta que se había producido por la mañana entre ella y Herodes...

Manahén interrumpe:

-¡Pero cuándo había llegado la hiena?

-Dos días antes. No la esperaban... Dijo al monarca que no podía vivir lejos de él y estar ausente el día de su fiesta. Víbora y maga como siempre, había hecho de él un juguete... Pero Herodes, por la mañana de este día, se había negado -a pesar de que ya estuviera embriagado de vino y lujuria- a concederle a la mujer lo que con fuertes gritos pedía.., ¡Y nadie pensaba que se tratase de la vida de Juan!... Estaba en sus habitaciones, desdeñosa. Había rechazado los alimentos reales, enviados por Herodes en preciosas fuentes. Sólo había aceptado una fuente preciosa colmada de fruta y había recompensado el presente con un ánfora de vino drogado para Herodes... Drogado... ¡Ah, era suficiente su naturaleza ebria y viciosa para alucinarlo para el delito! Por los que servían a las mesas, supimos que después de la danza de las mujeres mimos de la Corte, es más, a la mitad de la danza, había irrumpido en la sala del banquete Salomé, bailando. Los mimos, ante la joven real, se habían retirado hacia las paredes. La danza era perfecta, nos han dicho. Lúbrica y perfecta. Digna de los invitados... Herodes... ¡Oh!, ¡quizás fermentaba dentro de él un nuevo deseo de incesto!... Herodes, al final de este baile, entusiasta, dijo a Salomé: "¡Has bailado bien! Juro que mereces un premio. Juro que te lo daré. Juro que te daré cualquier cosa que me pidas. Lo juro en presencia de todos. Y la palabra de un rey es fiel incluso sin juramento. Di, pues, qué quieres". Y Salomé, fingiendo perplejidad, inocencia y modestia, recogiéndose en sus velos con gesto púdico después de tanta desvergüenza, dijo: "Permíteme, gran señor, que reflexione un momento. Me retiro y luego vuelvo, porque tu gracia me ha turbado"... y se retiró para ir donde su madre. Selma me ha dicho que entró riendo, diciendo: "¡Madre, has vencido! Dame la bandeja". Y Herodías, con un grito de triunfo, ordenó a la esclava que diera a la joven la bandeja no devuelta antes, y dijo: "Ve. Vuelve con la odiada cabeza, y te vestiré de perlas y oro". Selma, horrorizada, obedeció... Salomé volvió a entrar en la sala bailando, y, bailando, fue a postrarse a los pies del rey, y dijo: "En esta bandeja que has mandado a mi madre, en señal de que la amas y de que me amas, quiero la cabeza de Juan. Y luego seguiré bailando, si tanto te gusto. Bailaré la danza de la victoria. ¡Porque he vencido! ¡Te he vencido a ti, oh rey! ¡He vencido a la vida, y soy feliz!". Esto es lo que dijo. A nosotros nos lo repitió un amigo copero. Herodes se turbó ante estas dos solicitaciones: ser fiel a la palabra, ser justo. Pero no supo ser justo porque es hombre injusto. Hizo una señal al verdugo que estaba detrás del asiento real, y éste, habiendo cogido de las manos alzadas de Salomé la bandeja, salió de la sala del banquete para ir a las habitaciones bajas. Yo y Juan lo vimos atravesar el patio... Luego oímos el grito de Simeón: "¡Asesinos!"... y lo vimos que volvía a pasar con la cabeza sobre la bandeja... Juan, tu Precursor, había muerto...

-Simeón, ¿puedes decirme como ha muerto? - pregunta Jesús, pasado un momento.

-Sí. Estaba en oración... Me había dicho antes: "Dentro de poco volverán los dos que envié, y quien aún no cree creerá. De todas formas, recuerda que, si a su regreso ya no viviera, yo, como quien está cercano a la muerte, todavía te digo, para que tú por tu parte se lo digas a ellos: Jesús de Nazaret es el verdadero Mesías". Pensaba siempre en ti... Entró el verdugo. Yo grité fuerte. Juan alzó la cabeza y lo vio. Se puso en pie. Dijo: "Sólo puedes quitarme la vida. Pero la verdad que permanece es que no es lícito hacer el mal". Estaba para decirme algo cuando el verdugo volteó la pesada espada, mientras Juan estaba todavía de pie, y la cabeza cayó del busto, con un gran flujo de sangre que puso roja la piel caprina, de cera el rostro enjuto en que quedaron vivos, abiertos, acusadores, los ojos. Rodó a mis pies... Yo caí junto con su cuerpo, vencido por el dolor... Después... después... La cabeza, después de lacerarla Herodías, fue arrojada a los perros. Pero nosotros la recogimos diligentemente y la

envolvimos junto con el tronco en un precioso lienzo; durante la noche recompusimos el cuerpo y lo transportamos fuera de Maqueronte. Lo embalsamamos en una espesura de acacias allí cerca con los primeros rayos del Sol y la ayuda de otros discípulos... Pero de nuevo nos la arrebataron para nuevas laceraciones. Porque ella no puede ni destruirlo ni perdonarlo... Y sus esclavos, temiendo la muerte, nos quitaron esa cabeza con ferocidad mayor que la de los chacales. ¡Si hubieras estado tú, Manahén!...

-Si hubiera estado yo... Pero esa cabeza es su maldición... Aunque el cuerpo esté incompleto, nada se resta a la gloria del Precursor. ¿No es verdad, Maestro?

-Es verdad. Aunque los perros lo hubieran destruido, su gloria no habría sufrido mutación.

-Tampoco ha cambiado su palabra, Maestro. Sus ojos, a pesar de haber quedado lacerados bajo una gran herida, todavía dicen: "No te es lícito". ¡Pero nosotros lo hemos perdido! - dice Matías.

-Y ahora somos tuyos, porque así lo dijo él; y dijo también que Tú ya lo sabías.

-Sí, desde hace meses sois míos. ¿Cómo habéis venido?

-A pie, por etapas. Largo, penoso camino entre quemazón de arenas y sol, y aún más quemazón de dolor. Hace casi veinte días que caminamos...

-Ahora descansaréis.

Manahén pregunta:

-Decid: ¿Herodes no se extrañó de mi ausencia?

-Sí. Primero estuvo inquieto, luego se puso furioso; pero, pasado el furor, dijo: "Un juez menos". Así nos refirió el amigo copero.

Jesús dice:

-¡Un juez menos! Tiene a Dios por juez, que ya es suficiente. Venid a donde dormimos. Estáis cansados y llenos de polvo del camino. Encontraréis vestidos y sandalias de vuestros compañeros. Tomadlos. Descansad y reponed fuerzas. Lo que es de uno es de todos. Tú, Matías, que eres alto, puedes coger una túnica mía. Luego ya veremos. Esta noche, dado que es la vigilia del sábado, vienen mis apóstoles. La próxima semana vendrá Isaac con los discípulos, luego Benjamín y Daniel; después de los Tabernáculos, vendrán también Elías, José y Leví. Es tiempo de que a los doce se unan otros. Id ahora a descansar.

Manahén los acompaña y luego vuelve. Jesús se queda solo con Manahén. Se sienta, pensativo, visiblemente triste, con la cabeza reclinada sobre la mano y el codo apoyado en la rodilla como soporte. Manahén está sentado junto a la mesa. No se mueve. Pero está taciturno. Su rostro es toda una borrasca.

Después de mucho, Jesús alza la cabeza, lo mira y pregunta:

-¿Y tú? ¿Qué vas a hacer ahora?

-Todavía no lo sé... La idea de quedarme en Maqueronte ya no existe. Pero quisiera quedarme todavía en la Corte, para estar al corriente... para protegerte a ti estando al corriente de las cosas.

-Sería mejor para ti seguirme sin dilación. Pero no te fuerzo. Vendrás una vez que el viejo Manahén, molécula por molécula, haya quedado deshecho.

-También quisiera arrebatarle esa cabeza a esa mujer. No es digna de tenerla...

Jesús expresa un leve gesto de sonrisa, y, con franqueza, dice:

-Además no has muerto todavía a las riquezas humanas. Pero te quiero lo mismo. Sé que no te perderé aunque espere. Sé esperar...

-Maestro, quisiera darte mi generosidad para consolarte... Porque sufres. Lo veo.

-Es verdad. Sufro.¡ Mucho! ¡Mucho!...

-¿Sólo por Juan? No creo. Sabes que está en paz.

-Sé que está en paz, y no lo siento lejano.

-¿Y entonces?

-¡Y entonces!... Manahén, ¿a qué precede el alba?

-A1 día, Maestro. ¿Por qué lo preguntas?

-Porque la muerte de Juan precede al día en que seré el Redentor. Y la parte humana de mí se estremece frente a esta idea... Manahén, voy al monte. Tú quédate aquí para recibir a los que vengan y socorrer a los que ya han llegado. Quédate aquí hasta que vuelva. Luego... harás lo que quieras. Adiós.

Y Jesús sale de la habitación. Baja despacio la escalera, atraviesa el huerto y, por la parte posterior del huerto, se introduce por un senderillo entre huertos desarreglados y matas de olivos, manzanos, vides e higueras. Toma la pendiente de un suave collado donde desaparece a mi vista.

## 271

## Salida para Tariquea con los apóstoles, que han regresado a Cafarnaúm

Es ya plena noche cuando Jesús vuelve a casa. Entra en el huerto sin hacer ruido. Se asoma un momento a la oscura cocina; la ve vacía. Se asoma a las dos habitaciones donde están las esteras y las camas: también están vacías. El único indicio de que los apóstoles hayan regresado es la ropa cambiada amontonada en el suelo. La casa está tan silenciosa, que parece deshabitada.

Jesús, haciendo menos ruido que una sombra, sube la pequeña escalera -candor en el candor de la Luna llena- y llega a la terraza. La atraviesa. Parece un espectro moviéndose sin hacer ruido, un luminoso espectro. En la incandescencia blanca de la

Luna parece estilizarse, alzarse aún más. Levanta con la mano la cortina que cubre la puerta de la habitación de arriba (estaba corrida desde cuando los discípulos de Juan habían entrado en la habitación con Jesús). Dentro, sentados acá o allá, en grupos, están los apóstoles con los discípulos de Juan y con Manahén, y también Margziam, dormido, reclinada su cabeza en las rodillas de Pedro. La Luna se encarga de iluminar la habitación entrando con sus flujos fosfóricos por las ventanas abiertas. Ninguno habla. Y ninguno duerme; aparte del niño, sentado en el suelo sobre una estera.

Jesús entra despacio. El primero que lo ve es Tomás.

-¡Oh, Maestro! - dice sobresaltándose.

Todos los demás también reaccionan. Pedro, en su ímpetu, hace ademán de levantarse repentinamente, pero se acuerda del niño y se levanta suavemente, apoyando la morena cabeza de Margziam donde estaba sentado, de forma que es el último en acercarse al Maestro, mientras está respondiendo, con voz cansada como de quien ha sufrido mucho, a Juan, Santiago y Andrés, que le están expresando su dolor:

-Lo comprendo. Pero solamente el que no cree debe sentirse desolado por una muerte. No nosotros, que sabemos y creemos. Juan ya no está separado de nosotros; antes lo estaba. Es más, antes nos separaba: o conmigo o con él. Ahora ya no es así; donde está él estoy Yo, junto a mí está él.

Pedro introduce su cabeza entrecana entre las cabezas juveniles.

Jesús lo ve:

-¿También has llorado tú, Simón de Jonás?

Y Pedro, con voz más ronca de lo habitual:

-Sí, Señor. Porque yo también había sido de Juan... Y además... y además... ¡Y pensar que el viernes pasado lamentaba el que la presencia de los fariseos nos fuera a amargar el sábado! ¡Este sí que es un sábado de amargura! Había traído al niño... para gozar de un sábado más bonito... Sin embargo...

-No desfallezcas, Simón de Jonás. No hemos perdido a Juan. Te lo digo también a ti. Y en cambio tenemos tres discípulos bien formados. ¿Dónde está el niño?

-Está allí, Maestro, durmiendo.

-Déjalo dormir - dice Jesús agachándose hacia la cabecita morena que duerme tranquila. Y pregunta:

-¿Habéis cenado?

-No, Maestro. Te esperábamos a ti, y ya estábamos preocupados por la tardanza. No sabíamos dónde buscarte... Nos parecía que te habíamos perdido también a ti.

-Tenemos todavía tiempo para estar juntos. ¡Hala, preparad la cena, que luego nos marchamos a otro lugar! Necesito aislarme, entre amigos; si nos quedáramos aquí, mañana estaríamos siempre rodeados de personas.

-Y te juro que no los soportaría, especialmente a esos reptiles de las almas fariseas. ¡Y sería grave que se les escapase una sonrisa -aunque fuera una sola- referida a nosotros, en la sinagoga!

-¡Tranquilo, Simón!... Pero he calculado también esto. Por eso he vuelto para tomaros conmigo.

A la luz de las lamparillas encendidas a ambos lados de la mesa, se ven mejor las alteraciones de los rostros. Sólo Jesús se muestra con majestad solemne. Margziam sonríe en el sueño.

-El niño ha comido antes - explica Simón.

-Entonces es mejor dejarlo dormir - dice Jesús.

Y en medio de los suyos ofrece y distribuye la parca comida. Y se la comen sin ganas. Pronto termina la cena.

-Contadme ahora qué habéis hecho... - dice Jesús animándolos.

-Yo he estado con Felipe por los campos de Betsaida y hemos evangelizado y curado a un niño enfermo - dice Pedro.

-Verdaderamente ha sido Simón el que lo ha curado - dice Felipe, no queriendo tomarse una gloria no suya.

-¡Oh, Señor! No sé cómo. Sé que he orado mucho, con todo mi corazón, porque me daba pena el enfermito. Luego lo he ungido con el aceite y le he restregado ligeramente con mis rudas manos... y se ha curado. Cuando le he visto que tomaba color su cara y que abría los ojos, en pocas palabras que revivía, he sentido casi miedo.

Jesús le pone la mano en la cabeza sin decir nada.

-Juan ha causado gran asombro al arrojar un demonio. Pero hablar me ha tocado a mí - dice Tomás.

-También tu hermano Judas lo ha hecho - dice Mateo.

-Entonces también Andrés - dice Santiago de Alfeo.

-Simón el Zelote ha curado a un leproso. ¡No ha tenido miedo de tocarlo! Y luego me ha dicho: "Pero no tengas miedo. A nosotros no se nos pega ningún mal físico por voluntad de Dios"» dice Bartolomé.

-Bien dices, Simón. ¿Y vosotros dos? - pregunta Jesús a Santiago de Zebedeo y al Iscariote, que están un poco retirados; el primero hablando con los tres discípulos de Juan, el segundo solo y amostazado.

-Yo no he hecho nada - dice Santiago - Pero Judas ha hecho tres milagros potentes: un ciego, un paralítico, un endemoniado. A mí me parecía lunático. Pero la gente decía eso...

-¿Y estás ahí con esa cara habiéndote ayudado Dios tanto? - pregunta Pedro.

-Yo también sé ser humilde - responde el Iscariote.

-Luego nos ha alojado en su casa un fariseo. Yo no me sentía a gusto, pero Judas, que es más hábil, le bajó bien los humos. El primer día era altivo, pero luego... ¿Verdad, Judas?

Judas asiente sin decir nada.

-Muy bien. Y cada vez lo haréis mejor. La próxima semana estaremos juntos. Entretanto, Simón, ve a preparar las barcas. También tú, Santiago.

-¿Para todos, Maestro? No cabremos».

-¿No puedes conseguir otra?

- Si se la pido a mi cuñado, sí. Voy.

-Ve, y en cuanto hayas terminado vuelve. Y no des muchas explicaciones.

Los cuatro pescadores se marchan. Los demás bajan a coger sacos y unos mantos. Se queda Manahén con Jesús. El niño sigue durmiendo.

-Maestro, ¿vas lejos?

-Todavía no lo sé... Ellos están cansados y apenados. Yo también. Mi propósito es ir a Tariquea, a la campiña, para aislarnos en paz...

-Yo tengo el caballo, Maestro. Pero, si me lo permites, voy siguiendo el lago. ¿Vas a estar allí mucho?

-Quizás toda la semana. No más.

-Entonces iré. Maestro, bendíceme en esta primera despedida. Y quítame un peso del corazón.

-¿Cuál, Manahén?

-Tengo el remordimiento de haber dejado a Juan. Quizás, si hubiera estado...

-No. Era su hora. Además él ciertamente se ha alegrado al verte venir donde mí. No tengas este peso. Es más, trata de liberarte pronto y bien del único peso que tienes: el gusto de ser hombre. Hazte espíritu, Manahén. Puedes hacerlo. Está en ti la capacidad de serlo. Adiós, Manahén. Mi paz sea contigo. Pronto nos veremos de nuevo en Judea.

Manahén se arrodilla y Jesús lo bendice; luego lo levanta y lo besa. Vuelven los otros y se saludan recíprocamente, tanto los apóstoles como los discípulos de Juan. Los últimos en llegar son los pescadores.

-Ya está, Maestro; podemos marcharnos.

-Bien. Saludad a Manahén, que se queda aquí hasta la puesta del sol de mañana. Recoged las provisiones, tomad el agua y vámonos. Haced poco ruido.

Pedro se agacha para despertar a Margziam.

-No, deja. Podría echarse a llorar. Lo cojo en brazos yo - dice Jesús, y delicadamente levanta al niño, que refunfuña entre sueños un poco, pero luego se acomoda instintivamente en los brazos de Jesús.

Apagan las lámparas. Salen. Cierran la puerta. Bajan. En el linde del huerto saludan nuevamente a Manahén, y luego, en fila, por el camino lleno de luna van al lago: enorme espejo de plata bajo la Luna en su zenit. Tres gotas rojas sobre el espejo calmo parecen los tres farolillos de las proas ya metidas en el agua. Suben y se distribuyen por las barcas. Los últimos en subir son los pescadores: Pedro y un mozo ayudante, donde Jesús; Juan y Andrés en la otra; Santiago y otro ayudante en la tercera.

-¿A dónde, Maestro? - pregunta Pedro.

-A Tariquea. Donde desembarcamos después del milagro de los gerasenos. Ahora no habrá pantano. Y habrá calma.

Pedro se adentra en el lago, y también los otros, detrás, con las barcas: tres estelas en una. Ninguno habla. Sólo cuando están ya en zona abierta y Cafarnaúm se difumina entre el claror de la luna, que uniforma todo con su diminuto polvillo de plata, Pedro, como si le hablara a la caña del timón, dice:

-Pues me da gusto. Mañana nos buscarán, vieja mía, y gracias a ti no nos encontrarán.

-¿Con quién hablas, Simón? - pregunta Bartolomé.

-Con la barca. ¿No sabes que para los pescadores es como una esposa? ¡Cuánto he hablado con ella! ¡Más que con Porfiria, Maestro!... ¿Está bien tapado el niño? De noche hay relente en el lago...

-Sí. Mira, Simón, ven aquí, que tengo que decirte una cosa...

Pedro pasa la caña del timón al ayudante y va donde Jesús.

-He dicho Tariquea. Pero será suficiente estar allí pasado el sábado para saludar de nuevo a Manahén. ¿No podrías encontrar un sitio cerca de allí donde estar en paz?

-Maestro, ¿en paz nosotros o también las barcas? Para las barcas hace falta Tariquea, o los puertos de la otra orilla; pero, si es para nosotros, basta con que te adentres en los bosques del otro lado del Jordán, y sólo los animales te descubrirán... y quizás algún que otro pescador que esté vigilando las nasas de los peces. Podemos dejar las barcas en Tariquea, cuando lleguemos al alba; luego nos echamos a caminar veloces hasta el otro lado del vado. Se pasa bien en este período.

-Bien. Así lo haremos...

-Te da asco también a ti el mundo, ¿eh? Prefieres los peces y los mosquitos, ¿eh? Tienes razón.

-No tengo asco. No hay que tenerlo. Lo que pasa es que quiero evitar que arméis escándalos y quiero consolarme en vosotros en estas horas del sábado.

-Maestro mío...

Pedro lo besa en la frente y se retira secándose un lagrimón que se empeña en rodar afuera y bajar hacia la barba. Vuelve a su timón y apunta al sur, con firmeza, mientras la luz lunar decrece al ponerse el planeta, que desciende por debajo de la línea de un collado, escondiendo su carota a la vista de los hombres, pero dejando todavía el cielo blanco de su luz, y de plata la orilla oriental del lago; lo demás, es añil oscuro que apenas si se distingue a la luz del farol de proa.

## 272

## Reencarnación y vida eterna en el diálogo con un escriba

Cuando Jesús pone pie en la orilla derecha del Jordán -a una buena milla, quizás más, de la pequeña península de Tariquea, en esa zona en que todo es campo bien verde, porque el terreno, ahora seco pero húmedo en lo profundo, mantiene vivas todas las plantas, hasta las más gráciles-, encuentra a mucha gente esperándolo.

Vienen a su encuentro sus primos y Simón Zelote:

-Maestro, las barcas nos han delatado... Quizás también Manahén ha sido índice...

Manahén se disculpa:

-Maestro, me puse en camino de noche para no ser visto, y no he hablado con nadie. Créeme. Muchos me han preguntado dónde estabas, pero a todos les he dicho solamente: "Se ha marchado". Creo que el daño lo ha hecho un pescador, diciendo que te había dejado la barca...

-¡El imbécil de mi cuñado! - exclama con vehemencia Pedro - ¡Mira que le había dicho que guardara silencio! ¡Y le había dicho que íbamos a Betsaida! ¡Y le había dicho que si hablaba le arrancaba la barba! ¡Y lo voy a hacer! ¡Vaya que si lo hago! ¿Y ahora? ¡Adiós paz, aislamiento, descanso!

-Tranquilo, tranquilo, Simón. Hemos tenido ya nuestros días de paz. Además ya he conseguido parte del objetivo que perseguía: adoctrinaros, consolaros y tranquilizaros, para impedir ofensas y choques entre vosotros y los fariseos de Cafarnaúm. Ahora vamos con estos que nos están esperando. Para premiar su fe y amor. ¿No alivia también este amor? Sufrimos por odio, aquí hay amor: por tanto, dicha.

Pedro se calma como viento que se para de golpe. Jesús se dirige hacia la muchedumbre de los enfermos que lo esperan con el deseo grabado en su rostro. Los cura, uno tras otro, benévolo, paciente (incluso con un escriba que le presenta a su hijito enfermo).

Es este escriba el que le dice:

-¿Ves como huyes? Pero es inútil, tanto el odio como el amor son sagaces para encontrar. Aquí te ha encontrado el amor, como está escrito en el Cantar. Para demasiados eres ya como el Esposo de los Cantares. Se viene a ti como la sulamita a su esposo, desafiando a la ronda y las cuadrigas de Aminadab.

-¿Por qué dices esto? ¿Por qué?

-Porque es verdad. Venir a ti es un peligro, porque eres odiado. ¿No sabes que te acecha Roma y te odia el Templo?

-¡Oh, hombre!, ¿por qué me tientas? Pones insidia en tus palabras para llevar al Templo y a Roma mis respuestas. Yo no he curado a tu hijo con insidia...

El escriba, ante esta dulce reprensión, agacha la cabeza confundido, y confiesa:

-Me doy cuenta de que realmente ves los corazones de los hombres. Perdona. Me doy cuenta de que realmente eres santo. Perdona. He venido, sí, incubando dentro de mí el fermento que otro me había metido...

-Y que había encontrado en ti el calor apropiado para fermentar

-Sí, es verdad... Pero ahora me marcho sin fermento, o sea, con fermento nuevo.

-Lo sé. Y no siento rencor. Muchos incurren en falta por propia voluntad, muchos por voluntad ajena. Los juzgará con distinta medida el justo Dios. Tú, escriba, sé justo y en el futuro no corrompas como fuiste corrompido. Cuando te hostiguen las presiones del mundo, mira a esta gracia viva que es tu hijo, salvado de la muerte, y muéstrate agradecido con Dios.

-Contigo.

-Con Dios. A Él toda gloria y alabanza. Yo soy su Mesías y soy el primero en alabarlo y glorificarlo, el primero en obedecerlo. Porque *el hombre no se rebaja honrando y sirviendo a Dios en verdad; como se rebaja es sirviendo al pecado.*

-Dices bien. ¿Siempre hablas así? ¿Para todos?

-Para todos. Ya hablase a Anás o a Gamaliel, ya hablase al mendigo leproso del camino, las palabras son las mismas porque una es la Verdad.

-Habla, entonces, pues todos estamos aquí porque somos mendigos de una palabra o de una gracia tuyas.

-Hablaré. Para que no se diga que tengo prejuicios contra quien es honesto en sus convicciones.

-Han muerto las que tenía. Pero es verdad, en ellas era honesto; creía servir a Dios yendo contra ti.

-Eres sincero. Por eso mereces comprender a Dios, que nunca es mentira. Pero tus convicciones no han muerto todavía. Yo te lo digo. Son como malas hierbas quemadas. Superficialmente parecen muertas. En verdad han sufrido un duro ataque que las ha arrasado, pero las raíces están vivas, el terreno las nutre, el rocío las invita a echar nuevos rizomas, y éstos nuevas hojas. Hay que vigilar para que ello no suceda; si no, quedarás de nuevo invadido por las malas hierbas. ¡Israel ofrece mucha resistencia a morir!

-¿Entonces tiene que morir Israel? ¿Es árbol malo?

-Tiene que morir para resucitar.

-¿Una reencarnación espiritual?

-Una evolución espiritual. No hay ningún género de reencarnaciones.

-Hay quien cree en ella.

-Están en error.

El helenismo ha introducido en nosotros también estas creencias. Y los doctos -como si fuera un nobilísimo alimento- se alimentan de ellas y en ellas se glorían.

-Contradicción absurda en quienes lanzan anatemas por el descuido de uno de los seiscientos trece preceptos menores.

-Es verdad. Pero... es así. Agrada imitar aquello que, contrariamente, se aborrece.

-Pues entonces imitadme a mí, dado que me odiáis. Y será mejor para vosotros.

El escriba debe sonreír finamente, por fuerza, por esta salida de Jesús. La gente está escuchando boquiabierta, y los que están lejos piden a los que están cerca que les repitan las palabras de los dos.

-Pero Tú, en confidencia, ¿qué piensas de la reencarnación?

-Que es un error. Ya lo he dicho.

-Hay quien sostiene que los vivos se generan de los muertos y los muertos de los vivos, porque lo que es no se destruye.

-Lo eterno, en efecto, no se destruye. Pero, dime, según tu opinión ¿el Creador tiene límites para sí mismo?

-No, Maestro. Pensarlo sería una mengua.

-Tú lo has dicho. ¿Puede entonces pensarse que permita que un espíritu se reencarne porque llegado a un cierto número de espíritus ya no puede haber más?

-No se debería pensar. Pero hay quien lo piensa.

-Y, lo que es peor, hay quien lo piensa en Israel. Este pensamiento de una inmortalidad del espíritu -grande de por sí en un pagano, aunque unido al error de una inexacta valoración acerca de cómo se produce esta inmortalidad- debería ser perfecto en un israelita. Sin embargo, en el israelita que lo admite en los términos de la tesis pagana, se transforma en pensamiento disminuido, rebajado, culpable. No es, como en el pagano, gloria de un pensamiento que muestra ser digno de admiración por haber tocado casi, por sí mismo, la Verdad, y que, por tanto, da testimonio de la naturaleza compuesta del hombre, por esta intuición suya de la vida perenne de esa cosa misteriosa que se llama alma y que nos distingue de los animales. Pero es mengua del pensamiento que, conociendo la divina Sabiduría y al Dios verdadero, viene a ser materialista incluso en una cosa tan altamente espiritual. El espíritu no transmigra sino del Creador al ser y del ser al Creador, ante el cual se presenta después de la vida para recibir juicio de vida o de muerte. Esto es una verdad. Y eternamente permanece en el lugar a que es enviado.

-¿No admites el Purgatorio?

-Sí. ¿Por qué lo preguntas?

-Porque dices: "Permanece en el lugar a que es enviado". El Purgatorio es temporal.

-Precisamente por eso, en mi pensamiento lo asimilo a la Vida eterna. El Purgatorio es ya "vida"; mortecina, trabada, pero de todas formas vital. *(El Purgatorio, desconocido en aquel tiempo como vocablo, era conocido como concepto, ya insinuado en 2 Macabeo 12, 45. Por tanto, la expresión Purgatorio, aquí y en otros lugares puede entenderse como la traducción de ese concepto en el lenguaje de la Obra Valtortiana)* Una vez terminada la estancia temporal en el Purgatorio, el espíritu conquista la perfecta Vida, la alcanza ya sin límites ni ataduras. Quedarán dos cosas: el Cielo, el Abismo; el Paraíso, el Infierno. Dos categorías: los bienaventurados, los réprobos. Pero, de los tres reinos que actualmente existen, ningún espíritu volverá a vestirse jamás de carne hasta la resurrección final, que clausurará para siempre la encarnación de los espíritus en los cuerpos, de lo inmortal en lo mortal.

-¿De lo eterno, no?

-Eterno es Dios. La eternidad es no tener ni comienzo ni final. Ello es Dios. La inmortalidad es seguir viviendo desde que se empieza a vivir: así para el espíritu del hombre. He aquí la diferencia».

-Dices: "vida eterna".

-Sí. Desde que uno es creado a la vida, puede, por el espíritu, por la gracia y por la voluntad, conseguir la vida eterna. No la eternidad. Vida supone comienzo. No se dice "vida de Dios", porque Dios no ha tenido comienzo.

-¿Y Tú?

-Yo viviré porque soy también carne, y al espíritu divino he unido el alma del Cristo en carne de hombre.

-Dios es llamado "el que vive".

-Efectivamente, no conoce muerte. Él es Vida, la Vida inagotable. No vida de Dios, sino Vida; sólo esto. Son matices, escriba. Pero la Sabiduría y la Verdad se visten de matices.

-¿Hablas así a los gentiles?

-No, así no; no entenderían. (La respuesta de Jesús a esta pregunta puede ayudar a comprender el motivo de ciertas adaptaciones que las verdades sufren, en la presente Obra, cuando se enseñan a romanos y romanas) A ellos les muestro el Sol. Pero se lo muestro de la misma forma como se lo mostraría a un niño que hubiera sido ciego e ignorante hasta ese momento y que milagrosamente hubiera recuperado vista e inteligencia. Así: como astro; sin adentrarme a explicar su composición. Pero vosotros, los de Israel, ni estáis ciegos ni sois ignorantes; desde hace siglos el dedo de Dios os ha abierto los ojos, os ha despejado la mente...

-Es verdad, Maestro. Pero a pesar de todo estamos ciegos y somos ignorantes.

-Tales os habéis hecho. Y no queréis el milagro de quien os ama.

-Maestro...

-Es verdad, escriba.

El escriba agacha la cabeza y guarda silencio. Jesús lo deja, y va adelante. Al pasar acaricia a Margziam y al hijito del escriba, los cuales se han puesto a jugar con unas piedrecitas multicolores.

Más que una predicación, lo suyo es una conversación con éste o aquel grupo. Pero es una continua predicación porque va resolviendo todas las dudas, aclarando todas las ideas, resumiendo o ampliando cosas ya dichas o conceptos aprehendidos sólo en parte por alguno. Y las horas pasan así...

## 273

## La primera multiplicación de los panes

Sigue siendo el mismo lugar. Sólo que el sol ya no viene de oriente, filtrándose por entre el boscaje que bordea el Jordán en este lugar agreste situado junto al desagüe del lago en el lecho del río; viene, igualmente oblicuo, pero de occidente, y va declinando en medio de una gloria de rojo, rasgando el cielo con el sable de sus últimos rayos. Bajo el tupido follaje, ya la luz está muy atenuada y tiende a las equilibradas tonalidades del atardecer. Los pájaros, embriagados del sol habido durante todo

el día, del alimento arrebatado a los limítrofes campos, se abandonan a una algazara de gorjeos y cantos en las copas de los árboles. La tarde se pone con las pompas finales del día.

Los apóstoles se lo hacen notar a Jesús, que siempre adoctrina según los temas que le exponen.

-Maestro, la noche se acerca. Este lugar es un desierto, lejos de casas y pueblos, umbrío y húmedo. Dentro de poco aquí ya no será posible vernos, ni andar. La Luna se alza tarde. Despide a la gente para que vaya a Tariquea o a los pueblos del Jordán para comprarse comida y buscar alojamiento.

-No es necesario que se vayan. Dadles vosotros de comer. Pueden dormir aquí, como durmieron mientras me esperaban.

-No nos han quedado más que cinco panes y dos peces, Maestro, ya lo sabes.

-Traédmelos.

-Andrés ve a buscar al niño, que está vigilando la bolsa. Poco antes estaba con el hijo del escriba y otros dos más, fabricándose unas coronitas de flores jugando a los reyes.

Andrés va con diligencia. También Juan y Felipe se ponen a buscar a Margziam entre la muchedumbre, que continuamente se mueve. Lo encuentran casi al mismo tiempo, con su bolsa de las provisiones en bandolera, un sarmiento de clemátide arrollado en torno a la cabeza y un cinturón, también de clemátide, en que pende, haciendo de espada, un nudo: la empuñadura es el nudo propiamente dicho; la hoja, el tallo de éste. Con él están otros siete, igualmente ataviados, y hacen de cortejo al hijo del escriba, un gracilísimo niño de mirada muy seria, como de quien ha sufrido mucho, el cual, más adornado que los otros, hace de rey.

-Ven, Margziam. ¡El Maestro te requiere!

Margziam deja plantados a los amigos y va rápidamente, sin quitarse siquiera sus... distintivos florales. Pero le siguen también los otros. Pronto Jesús se ve circundado de una coronita de niños enguirnaldados de flores. Los acaricia mientras Felipe saca de la bolsa un envoltorio con pan dentro y en cuyo centro hay, a su vez envueltos, dos peces grandes: dos quilos de pescado, poco más. Insuficientes incluso para los diecisiete -es más, dieciocho con Manahén- de la comitiva de Jesús. Llevan estos alimentos al Maestro.

-Bien. Ahora traedme unos cestos. Diecisiete, como cuantos sois vosotros. Margziam dará la comida a los niños...

Jesús mira fijamente al escriba, que ha estado siempre a su lado, y le pregunta:

-¿Quieres dar también tú la comida a quienes tienen hambre?

-Me gustaría. Pero yo también estoy sin comida.

-Te concedo que des de lo mío.

-Pero... ¿pretendes dar de comer a unos cinco mil hombres, además de las mujeres y los niños, con esos dos peces y esos cinco panes?

-Sin duda. No seas incrédulo. Quien cree habrá de ver el cumplimiento del milagro.

-¡Oh, entonces sí que quiero repartir el alimento también yo!

-Que te den un canasto a ti también.

Vuelven los apóstoles con canastos y cestas (anchas y bajas u hondas y estrechas). Y vuelve el escriba con un cesto más bien pequeño. Se comprende que su fe o su incredulidad le han hecho elegir ése como el máximo.

-Está bien. Poned todo aquí delante. Disponed que se siente con orden la muchedumbre; en lo posible, regladamente.

Mientras esto se lleva a cabo, Jesús alza el pan -encima del pan, los peces-. Ofrece, ora, bendice. El escriba no quita ni un instante de El sus ojos. Luego Jesús divide los cinco panes en dieciocho partes, y los dos peces en dieciocho partes, y pone un trozo de pez -un trocito bien mísero- en cada uno de los canastos. Trocea los dieciocho pedazos de pan: cada pedazo en muchos trozos (muchos relativamente: no más de unos veinte). Cada pedazo troceado en un canasto, con el trozo de pez.

-Y ahora tomad y ofreced hasta la saciedad. Empezad. Ve, Margziam, a dárselo a tus compañeros.

-¡Huy, cuánto pesa! - dice Margziam al levantar su canasto, y se dirige enseguida hacia sus pequeños amigos, caminando como quien lleva un peso.

Los apóstoles, los discípulos, Manahén, el escriba, lo ven alejarse, perplejos... Luego cogen los canastos y, meneando la cabeza, se dicen unos a otros:

-¡El niño está de broma! No pesan más que antes.

El escriba mira incluso dentro y, dado que ya allí, en la espesura en que está Jesús, no hay mucha luz -no así más allá, en el calvero, donde todavía hay buena luz-, mete la mano para palpar el fondo.

No obstante, a pesar de la constatación, se encaminan hacia la gente y empiezan a repartir. Dan, dan, dan... De vez en cuando vuelven la cabeza asombrados, cada vez más lejanos, hacia Jesús, el cual, con los brazos cruzados, apoyado en un árbol, sonríe finamente por el estupor de ellos.

La repartición es larga y abundante... El único que no muestra estupor es Margziam, que ríe feliz de poder llenar de pan y pescado el regazo de tantos niños pobres. Es también el primero que vuelve donde Jesús, y dice:

-¡He dado mucho, mucho, mucho!... porque sé lo que es el hambre... - y levanta esa carita suya, que ya no se ve demacrada pero que, al recordar, palidece y abre los ojos como platos... Pero Jesús, su Maestro y Protector, lo acaricia, y vuelve a sonreír luminosamente ese rostro niño que, confiado, se apoya sobre Él.

Poco a poco van volviendo los apóstoles y los discípulos, enmudecidos de estupor. El último en volver es el escriba, que no dice nada; pero hace un gesto que es más que un discurso: se arrodilla y besa el borde de la túnica de Jesús.

-Tomad vuestra porción y dadme un poco a mí. Comamos el alimento de Dios.

Comen, efectivamente, pan y pescado, cada uno según su necesidad...

Entretanto la gente, saciada, intercambia sus impresiones. También los que están en torno a Jesús rompen a hablar observando a Margziam que, terminando su pescado, juega con otros niños.

-Maestro - pregunta el escriba - ¿por qué el niño ha sentido inmediatamente el peso y nosotros no? Yo incluso he palpado dentro del canasto: seguían siendo los mismos pocos trozos de pan y el único trozo de pescado. He empezado a sentir el peso yendo hacia la muchedumbre. Pero, si hubiera pesado en proporción a cuanto he repartido, habría hecho falta una pareja de mulos para llevarlo, y no el canasto sino un carro, lleno, henchido de comida. A1 principio daba escaso... luego me he puesto a dar y a dar, y, para no ser injusto, he vuelto a pasar por donde los primeros, y les he vuelto a dar, porque a los primeros les había dado poco. ¡Ha habido suficiente!

-Yo también he sentido que se hacia pesado el canasto mientras me encaminaba; enseguida he dado mucho, porque he comprendido que habías hecho un milagro - dice Juan.

-Yo, por el contrario, me he parado y me he sentado para volcar en mi regazo el peso y ver... Y he visto muchos panes. Entonces he ido - dice Manahén.

-Yo los he contado incluso, porque no quería quedar en situación ridícula. Eran cincuenta panes pequeños. He dicho: "Se los doy a cincuenta personas y luego regreso". Y he llevado la cuenta. Pero, llegado a cincuenta, el peso seguía igual. He mirado dentro. Había todavía los mismos. He seguido adelante y he repartido cientos de panes Pero no disminuían nunca - dice Bartolomé.

-Yo, lo confieso, no creía. He cogido los trozos de pan y esa miaja de pescado y los miraba diciendo: "¿Y a quién le sirve esto? ¡Es una broma de Jesús!...". Y estaba mirándolos, mirándolos, escondido detrás de un árbol, esperando y desesperando porque crecieran. Pero eran siempre iguales. Estaba para volverme, cuando ha pasado Mateo diciendo: "¿Has visto qué hermosos?". "¿Qué?" he dicho yo "¡Pues los panes y los peces!...". "¿Estás loco? Yo sigo viendo trozos de pan". "Ve a repartirlos con fe y verás.” He echado dentro del canasto esos pocos trozos de pan y he ido a disgusto... Y luego... ¡Perdóname, Jesús, porque soy un pecador! - dice Tomás.

-No. Eres un espíritu del mundo. Razonas como el mundo.

-Entonces también yo, Señor. Tanto que quería dar una moneda junto con el pan pensando: "Comerán en otro sitio" - dice el Iscariote - Esperaba ayudarte a salir mejor parado. ¿Qué soy entonces? ¿Cómo Tomás o más todavía?

-Eres "mundo" mucho más que Tomás.

-¡Y, sin embargo, pensaba dar limosna para ser Cielo! Eran denarios míos particulares...

-Limosna a ti mismo, a tu orgullo. Y limosna a Dios. Dios no 1a necesita y la limosna a tu orgullo es culpa, no mérito.

Judas baja la cabeza y calla.

-Yo pensaba que tendría que desmenuzar ese trozo de pez y esos trozos de pan para que llegaran. Pero no dudaba que serían suficientes como número y como alimento. Una gota de agua que das te puede alimentar más que un banquete - dice Simón Zelote.

-¿Y vosotros qué pensabais? - pregunta Pedro a los primos de Jesús.

-Nos acordábamos de Caná... y no dudábamos - dice serio Judas.

-¿Y tú, Santiago, hermano mío, pensabas sólo esto?

-No. Pensaba que fuera un sacramento, como me dijiste... ¿Es así o me equivoco?

Jesús sonríe:

-Es y no es. A la verdad que ha dicho Simón, del poder de nutrición en una gota de agua, debe unirse tu pensamiento en orden a una figura lejana. Pero todavía no es un sacramento.

El escriba conserva entre sus dedos un pedazo de corteza.

-¿Qué vas a hacer con ello?

-Un... recuerdo.

-Yo también la conservo. Se la voy a colgar al cuello a Margziam en una pequeña bolsita - dice Pedro.

-Yo se la llevo a nuestra madre - dice Juan.

-¿Y nosotros? Hemos comido todo... - dicen apenados los otros.

-Levantaos. Pasad otra vez con los canastos y recoged lo que ha sobrado. Separad de entre la gente a los más pobres y traédmelos aquí junto con los canastos, y luego id todos, discípulos míos, a las barcas, haceos a la mar e id a la llanura de Genesaret. Yo despido a la gente después de favorecer a los más pobres. Luego os alcanzaré.

Los apóstoles obedecen... y vuelven con doce canastos colmados de restos; los siguen unos treinta mendigos, o personas muy míseras.

-Bien. Podéis marcharos.

Los apóstoles y los de Juan saludan a Manahén y se marchan; obedecen a pesar de estar poco contentos de dejar a Jesús. Manahén espera a despedirse de Jesús cuando ya la muchedumbre, con las últimas luces del día, o se encamina hacia los poblados o busca un sitio para dormir entre los altos y secos juncos. Luego se despide. Antes de él se ha marchado el escriba; es más, uno de los primeros, porque, junto con su hijito, se ha puesto en camino cerrando la fila de los apóstoles.

Una vez que todos se han marchado, o que han caído en el sueño, 273. Jesús se levanta, bendice a los que duermen, y a paso lento se dirige hacia el lago, hacia la península de Tariquea, elevada unos metros por encima del lago, cual si fuese un recorte de colina introducido en el lago. Y, llegado a su base, no entrando en la ciudad sino bordeándola, sube el montecillo y se pone en un risco, en oración, frente al azul del lago y al blancor de la noche serena y lunar.

## 274

## Jesús camina sobre las aguas. Su prontitud en socorrer a quien le invoca

La tarde está ya avanzada; es casi de noche, porque apenas si se ve por el sendero que trepa hacia la cima de un cerro en que hay, diseminados, árboles de olivo, según me parecen. De todas formas, dada la luz, no puedo asegurarlo. Bueno, son árboles no demasiado altos, frondosos y retorcidos, como generalmente son los olivos.

Jesús está solo. Vestido de blanco y con su manto azul oscuro. Sube y se interna entre los árboles. Camina con paso largo y seguro. No va rápido, pero, debido a lo largo que da los pasos, recorre mucho camino aun yendo sin prisa. Anda hasta llegar a una especie de balcón natural, desde el que uno se asoma al lago; un lago todo calmado bajo la luz de las estrellas que ya abarrotan el cielo con sus ojos de luz. El silencio envuelve a Jesús con su abrazo relajador; le aleja y distrae su memoria de las muchedumbres y de la tierra, y le une al cielo que parece descender más para adorar al Verbo de Dios y acariciarlo con la luz de sus astros.

Jesús ora en su postura habitual, en pie y con los brazos abiertos en cruz. Tiene detrás de su espalda un olivo; parece ya crucificado en este tronco oscuro. Puesto que es alto, el follaje sobresale poco por encima de Él, y sustituye con una palabra conforme al Cristo el cartel de la cruz: allí, *Rey de los judíos;* aquí, *Príncipe de la paz.* (El pacífico olivo habla cabalmente a quien sabe oír).

Ora largo tiempo. Luego se sienta en la prominencia que sirve de base al olivo, encima de una gruesa raíz que sobresale, y toma su postura habitual, con las manos entrecruzadas y los codos apoyados sobre las rodillas. Medita. ¿Quién sabrá qué divina conversación entabla con el Padre y el Espíritu en esta hora en que está solo y puede ser todo de Dios! ¡Dios con Dios!

Creo que pasan muchas horas así, porque veo que las estrellas cambian de zona y muchas se han ocultado ya por el occidente.

En el preciso momento en que un asomo de luz -es más, de luminosidad, porque todavía no se puede llamar luz- se dibuja en el extremo horizonte del este, una vibración de viento menea el olivo Luego, calma. Luego vuelve, más fuerte. Con pausas sincopadas cada vez más violentas. La luz del alba, que apenas si acaba de nacer encuentra dificultad para abrirse camino a través de una acumulación de nubes oscuras que vienen a ocupar el cielo, empujadas por ráfagas de un viento cada vez más fuerte. El lago tampoco está ya sereno; antes al contrario, creo que está formando una borrasca como la de la visión de la tempestad. El ruido de las frondas y el ronquido de las aguas llenan ahora este espacio, poco antes tan sosegado.

Jesús sale del ensimismamiento de su meditación. Se pone en pie. Mira al lago. Busca en él, a la luz de las estrellas que aún quedan y de la pobre aurora enferma, y ve a la barca de Pedro avanzando fatigosamente hacia la orilla opuesta, pero sin llegar. Jesús se envuelve estrechamente en su manto y se echa a la cabeza, como si fuera una capucha, los bajos (que penden y le dificultarían el descenso); y baja corriendo, no por el camino ya hecho, sino por un senderillo rápido que va directamente al lago. Va tan deprisa, que parece volar.

Llegado a la orilla, sacudida por las aguas, que forman en el guijarral toda una orla de espuma rumorosa y bofa, prosigue su veloz camino como si no andara sobre un elemento líquido y todo en movimiento, sino sobre el más liso y sólido pavimento de la tierra. Ahora Él se hace luz. Parece como si toda la poca luz, que todavía llega de las raras y moribundas estrellas y de la borrascosa aurora, convergiera en El; parece como si fuera recogida como fosforescencia en torno a su cuerpo esbelto. Vuela en las olas, en las crestas espumosas, en los pliegues oscuros entre ola y ola, con los brazos extendidos hacia adelante, hinchándosele el manto en torno a la cara y flotando al viento -relativamente, porque está muy ceñido al cuerpo- con pulsación de ala.

Los apóstoles lo ven y lanzan un grito de miedo que el viento lleva hacia Jesús.

-No temáis. Soy Yo.

La voz de Jesús, a pesar de tener el viento en contra, se expande sin dificultad por el lago.

-¿Eres Tú verdaderamente, Maestro? - pregunta Pedro.

-Si eres Tú, dime que vaya a ti caminando como Tú sobre las aguas.

Jesús sonríe:

-Ven - dice sencillamente, como si caminar por el agua fuera la cosa más natural del mundo.

Y Pedro, semidesnudo como está, o sea, con una túnica ligera, corta y sin mangas, salta por encima de la borda y va hacia Jesús. Pero, cuando se encuentra a unos cincuenta metros de la barca y casi a otros tantos de Jesús, se apodera de él el miedo. Hasta ahí lo ha mantenido su impulso de amor. Ahora la humanidad le sobrepuja y... tiembla, temiendo por su propia vida. Como quien estuviera sobre un suelo resbaladizo -o mejor, sobre arena movediza-, empieza a bambolearse, a hacer movimientos bruscos, a hundirse. Y cuanto más acciona sus miembros y más miedo tiene, más se hunde.

Jesús se ha detenido y lo está mirando, serio. Espera. Pero ni siquiera extiende una mano; es más, tiene ambas manos entrecruzadas sobre el pecho. Ya no da un paso, no dice una palabra.

Pedro se hunde. Desaparecen los tobillos, las espinillas, las rodillas. El agua le llega casi a las ingles, las superan, suben hacia la cintura. Y el terror se lee en su rostro. Un terror que paraliza incluso su pensamiento. No es más que una carne con miedo a ahogarse. No piensa ni siquiera en echarse a nadar. Nada. Está alelado de miedo.

Por fin se decide a mirar a Jesús. Le basta mirarlo para que su mente empiece a razonar, a comprender dónde hay salvación.

-Maestro, Señor, sálvame.

Jesús abre los brazos y, casi como llevado por el viento y la ola, se apresura hacia el apóstol, le tiende la mano y le dice:

-¡Oh, qué hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado de mí? ¿Por qué has querido actuar por ti mismo?

Pedro, que se ha agarrado convulsamente a la mano de Jesús, no responde. Se limita a mirarlo, para ver si está airado, lo mira con mezcla de restante miedo y naciente arrepentimiento.

Pero Jesús sonríe y lo mantiene bien sujeto por la muñeca, hasta que, habiendo llegado a la barca, superan la borda y suben a bordo. Y Jesús ordena:

-Id a la orilla. Éste está empapado.

Y sonríe mientras mira al humillado apóstol.

Las olas se allanan para facilitar el arribo. La ciudad, vista otra vez desde lo alto de una colina, ahora se delinea allende la orilla. La visión me termina aquí.

Dice Jesús:

-Muchas veces no espero siquiera a ser llamado, cuando veo a hijos míos en peligro. Y muchas veces acudo también en favor del hijo ingrato conmigo.

Vosotros dormís o estáis embebidos en los cuidados de esta vida, en los afanes de esta vida. Yo velo y oro por vosotros. Ángel de todos los hombres, velo sobre vosotros, y para mí no hay nada más doloroso que el no poder intervenir por rechazar vosotros mi intervención, prefiriendo actuar por vosotros mismos, o, peor aún, solicitando la ayuda del Mal. Como un padre al que su hijo le da a entender: "No te amo. No te quiero conmigo. Sal de mi casa", quedo humillado y dolorido como no lo estuve por las heridas. Pero si lo que pasa es que estáis distraídos por esta vida y mínimamente no me instáis a que me vaya, entonces soy el eterno Velador dispuesto a acudir antes incluso de ser llamado. Y si espero a que apenas me digáis una palabra -alguna vez lo espero - es para oír vuestra llamada.

¡Qué caricia, qué dulzura oír que me llaman los hombres; percibir que se acuerdan de que soy "Salvador"! Y no te digo qué infinita alegría me penetra y exalta cuando hay alguien que me ama y me llama incluso sin esperar el momento de la necesidad; que me llama porque me quiere más que a nadie en el mundo y se siente llenar de una alegría semejante a la mía por el simple hecho de llamarme: "¡Jesús, Jesús!", como hacen los niños cuando llaman a sus madres: "¡Mamá, mamá!" y les parece como si fluyera miel de entre sus labios, pues el simple hecho de pronunciar la palabra "mamá" conlleva el sabor de los besos maternos.

Los apóstoles bogaban, obedeciendo a mi orden de que fueran a esperarme a Cafarnaúm. Yo, tras el milagro de los panes, me había alejado de la gente, no por desdén hacia ella o por cansancio.

Nunca sentía desdén hacia los hombres, ni siquiera si conmigo eran malos. Sólo me indignaba cuando veía pisoteada la Ley y profanada la casa de Dios. No estaba entonces en juego Yo, sino los intereses del Padre; y Yo era en la tierra el primero de los siervos de Dios al servicio del Padre de los Cielos. Nunca estaba cansado de dedicarme a las muchedumbres, a pesar de verlas tan obtusas, tardas, humanas, como para hacer perder el ánimo a los más optimistas en su misión. Es más, precisamente por estas grandes deficiencias, multiplicaba hasta el infinito mis lecciones, los consideraba verdaderamente como escolares retrasados y guiaba su espíritu hacia los más rudimentales descubrimientos y pasos primeros, de la misma forma que un paciente maestro guía las manitas inexpertas de los escolares para que tracen los primeros signos, para irlos haciendo cada vez más capaces de comprender y hacer. ¡Cuánto amor di a las gentes! Los cogía de la carne para llevarlos al espíritu. Sí, Yo también empezaba por la carne; pero, mientras que Satanás coge de la carne para meter en el Infierno, Yo cogía de la carne para llevar al Cielo.

Me había aislado para dar gracias al Padre por el milagro de los panes. Habían comido muchos millares de personas. Yo había exhortado a decir al Señor "gracias". Mas el hombre, una vez conseguida la ayuda, no sabe decir "gracias". Di Yo las gracias por ellos.

Y después... y después me había fundido con mi Padre, del cual sentía una nostalgia de amor infinita. Vivía en la tierra, pero como un cadáver inerte. Mi espíritu se había lanzado al encuentro de mi Padre -lo sentía inclinado hacia su Verbo- para decirle: "¡Te amo, Padre Santo!". Decirle "te amo" era mi dicha. Decírselo como Hombre además de como Dios. Prosternar ante Él el sentimiento del hombre, de la misma forma que le ofrecía mi palpitar de Dios. Me veía como un imán que atraía hacia sí todos los amores del hombre, del hombre capaz de amar un poco a Dios; y me parecía acumularlos y ofrecerlos en la cavidad de mi Corazón. Me veía Yo solo el Hombre, o sea, la raza humana, que volvía -como en los tiempos inocentes-a conversar con Dios con el fresco del atardecer.

Pero no me abstraía de las necesidades de los hombres, a pesar de que la beatitud fuera completa, pues era beatitud de caridad. Y advertí el peligro que corrían mis hijos en el lago. Entonces dejé al Amor por el amor. *La caridad debe ser diligente.*

Me tomaron por un fantasma. ¡Oh, cuántas veces, pobres hijos míos, me tomáis por un fantasma, un objeto que infunde miedo! Si pensarais continuamente en mí, me reconoceríais al momento. Pero tenéis muchos otros espectros en vuestro corazón y ello os aturde. Yo me doy a conocer. ¡Ah, si supierais oírme!

¿Por qué se hunde Pedro después de haber andado muchos metros? Tú lo has dicho: *porque la humanidad sobrepuja su espíritu.* Pedro era muy "hombre". Si hubiera sido Juan, ni habría tenido esa violenta osadía ni habría cambiado volublemente de pensamiento. *La pureza da prudencia* y *firmeza.* Mas Pedro era "hombre" en toda la extensión del término. Deseaba sobresalir, hacer ver que "ninguno" como él amaba al Maestro; quería imponerse y, sólo por el hecho de ser uno de los míos, se creía ya desarraigado de las debilidades de la carne. Sin embargo, ¡pobre Simón!, en las pruebas daba muestras contrarias no sublimes. Ello era necesario, para que luego fuera el que perpetuase la misericordia del Maestro entre la naciente Iglesia.

Pedro no sólo deja la delantera al miedo por el peligro de perder la vida, sino que queda reducido, como has dicho, a "carne que tiembla". Ya no reflexiona, ni me mira. También vosotros hacéis lo mismo. Y, cuanto más inminente es el peligro, más queréis valeros por vosotros mismos. ¡Como si pudierais hacer algo! Nunca como en los momentos en que tendríais que esperar en mí, y llamarme, os alejáis y me clausuráis vuestro corazón, y hasta me maldecís. Pedro no me maldice, pero sí me olvida, con lo cual tengo que manifestar una voluntad imperiosa para llamar hacia mí a su espíritu y que éste le haga levantar los ojos hacia su Maestro y Salvador.

Lo absuelvo con antelación de su pecado de duda porque lo amo, porque amo a este hombre impulsivo que, una vez confirmado en gracia sabrá caminar ya sin turbaciones ni cansancios hasta el martirio, echando incansablemente, hasta la muerte, su mística red, para llevar almas a su Maestro.

Y cuando me invoca, no sólo ando, sino que vuelo para ayudarle y le agarro bien fuerte para ponerlo a salvo. Mi reprensión es delicada porque comprendo todos los atenuantes de Pedro. Yo soy el defensor y juez más bueno que hay y que jamás habrá. Para todos.

[i]Os comprendo, pobres hijos míos! Y aun cuando os digo una palabra de reprensión, mi sonrisa os la dulcifica. Os amo y nada más. Quiero que tengáis fe. Si la tenéis, llego y os saco del peligro. ¡Ah, si la Tierra supiera decir: "¡Maestro, Señor, sálvame!"! Sería suficiente un grito -habría de ser de toda la Tierra- para que instantáneamente Satanás y sus colaboradores cayeran vencidos. Pero no sabéis tener fe. Voy multiplicando los medios para conduciros a la fe, pero éstos caen en vuestro lodo, como piedra en la fanguilla de un pantano, y quedan ahí sepultados.

No queréis purificar las aguas de vuestro espíritu. Os place ser pútrido fango. No importa. Yo cumplo mi deber de Salvador eterno. Aunque no pueda salvar al mundo, porque el mundo no quiere ser salvado, salvaré del mundo a aquellos que, por amarme como debo ser amado, no son ya del mundo.

## 275

## Cuatro nuevos discípulos. Jesús habla sobre las obras de misericordia corporal y espiritual

Jesús está en las llanuras de Corazín, extendidas a la largo del valle del alto Jordán, entre el lago de Genesaret y el de Merón: una campiña llena de viñas en que ya se empieza a vendimiar.

Debe estar aquí desde hace algunos días, porque esta mañana se han unido a Él los discípulos que estaban en Sicaminón -entre éstos, de nuevo Esteban y Hermas-, e Isaac justifica el no haber podido llegar antes porque dice que los que han llegado nuevos y las consideraciones acerca de si era conveniente o no traerlos lo han retrasado.

-Pero - sigue diciendo - he pensado que el camino del Cielo está abierto para todos los que tienen buena voluntad, y a mí me parece que éstos, a pesar de ser discípulos de Gamaliel, la tienen.

-Has hablado y obrado bien. Tráemelos aquí.

Isaac se marcha, y regresa con los dos.

-La paz a vosotros. ¿Tan verdadera habéis juzgado la palabra apostólica, que habéis querido uniros a ella?

-Sí. Y más la tuya. No nos rechaces, Maestro.

-¿Por qué habría de hacerlo?

-Porque somos de Gamaliel.

-¿Y qué? Yo honro al gran Gamaliel y quisiera tenerlo conmigo porque es digno de ello. Sólo le falta esto para que su sabiduría se convierta en perfección. ¿Qué os ha dicho cuando os habéis despedido de él? Porque os habréis despedido de él, ¿no?

-Sí. Nos ha dicho: "Dichosos vosotros que podéis creer. Orad porque yo olvide para poder recordar".

Los apóstoles, que, curiosos, se han apiñado en torno a Jesús, se miran unos a otros y se preguntan en voz baja:

-¿Qué ha querido decir? ¿Qué quiere? ¿Olvidar para recordar?

Jesús oye este cuchicheo y explica:

-Quiere olvidar su sabiduría para asumir la mía. Quiere olvidar que es el rabí Gamaliel para acordarse de que es un hijo de Israel que espera al Cristo. Quiere olvidarse de sí mismo para acordarse de la Verdad.

-Gamaliel no miente, Maestro - interviene Hermas disculpándolo.

-No. Lo engañoso es la maraña de pobres palabras humanas, las palabras que ocupan el puesto de la Palabra; hay que olvidarlas, despojarse de ellas, acercarse desnudo y virgen a la Verdad, para ser vestido y fecundado. Esto requiere humildad. El escollo...

-¿Entonces nosotros también tenemos que olvidar?

-Sin duda. Olvidar todo lo que es cosa de hombre. Recordar todo lo que es cosa de Dios. Venid. Vosotros podéis hacerlo.

-*Queremos* hacerlo - asegura Hermas.

-¿Habéis vivido ya la vida de los discípulos?

-Sí. Desde el día en que supimos que habían matado al Bautista. La noticia llegó muy rápida a Jerusalén, por boca de los cortesanos y principales de Herodes. Su muerte nos sacó del entorpecimiento - responde Esteban.

-La sangre de los mártires siempre significa vida para los pusilánimes, Esteban; no lo olvides.

-Sí, Maestro. ¿Vas a hablar hoy? Siento hambre de tu palabra.

-Ya he hablado. Pero hablaré más, mucho, a vosotros discípulos Los compañeros vuestros, los apóstoles, han empezado ya su misión tras una activa preparación. Pero no son suficientes para las necesidades del mundo. Y es preciso tener todo hecho dentro de los márgenes de tiempo. Yo soy como quien tiene un plazo y antes de que termine ese tiempo tiene que tener todo hecho. Os pido, a todos, ayuda, y ayuda os prometo y un futuro de gloria en nombre de Dios.

La penetrante mirada de Jesús detecta a un hombre todo arropado en un manto de lino:

-¿No eres el sacerdote Juan?

-Sí, Maestro. El corazón de los judíos es áspero como la quebrada maldita. He huido para buscarte.

-¿Y el sacerdocio?

-La lepra fue la primera que me expulsó del sacerdocio; luego fueron los hombres, porque te amo. Tu Gracia me aspira hacia sí: hacia ti; ella también me arroja de un lugar profanado para conducirme a lugar puro. Tú me has purificado, Maestro, en el cuerpo y en el espíritu. Una cosa pura no puede acercarse a una cosa impura; sería una ofensa para quien ha purificado.

-Tu juicio es severo, pero no injusto.

-Maestro, las fealdades de la familia son patentes sólo a quienes viven en ella, y no deben manifestarse sino a la persona de recto corazón. Tú lo eres. Y además Tú sabes las cosas. A otros no se lo diría. Aquí estamos Tú, tus apóstoles, y otros dos que también saben como Tú y como yo. Por tanto...

-Bien. Pero... ¿Tú también? ¡Paz a ti! ¿Has venido para ofrecer más comida?

-No. He venido por tu alimento.

-¿Se te ha malogrado la cosecha?

-¡No! ¡Nunca tan rica! Maestro mío, busco otro pan y otra cosecha: los tuyos. Tengo conmigo al leproso que curaste en mis tierras.

Ha vuelto a su patrón. Pero tanto él como yo tenemos ahora un patrón al que seguir y servir: Tú.

-Venid. Uno, dos, tres, cuatro... ¡Buena recolección! Pero, ¿habéis reflexionado sobre vuestra posición en el Templo? Vosotros ya sabéis, Yo también... y no digo más...

-Soy hombre libre y voy con quien quiero - dice el sacerdote Juan.

-Yo también - dice el último que ha llegado, el escriba Juan, que es el que el sábado dio comida al pie del monte de las Bienaventuranzas.

-Y nosotros también - dicen Hermas y Esteban. Y Esteban añade:

-Háblanos, Señor. No sabemos en qué consiste exactamente nuestra misión. Danos lo mínimo para poderte servir inmediatamente. El resto vendrá mientras te seguimos.

-Sí. En el monte hablaste de las bienaventuranzas. Ello era lección para nosotros. Pero, respecto a los demás, en el segundo amor, el del prójimo, ¿qué debemos hacer? - pregunta el escriba Juan.

-¿Dónde está Juan de Endor? - pregunta, por toda respuesta, Jesús.

-Allí, Maestro, con aquellos curados.

-Que venga aquí.

Acude Juan de Endor. Jesús le pone la mano en el hombro, con especial saludo, y dice:

-Pues bien, voy a hablar ahora. Quiero teneros delante de mí a vosotros que lleváis nombre santo: tú, mi apóstol; tú, sacerdote; tú, escriba; tú, Juan del Bautista; y tú, por último, cerrando la corona de gracias concedidas por Dios. Y, aunque te nombre el último, sabes que no eres el último en mi corazón. Un día te prometí estas palabras que voy a decir. Recíbelas.

Y Jesús, como hace habitualmente, sube a un pequeño ribazo, para que todos puedan verlo. Tiene enfrente, en primera fila, a los cinco Juanes. Detrás de éstos, el nutrido grupo de los discípulos mezclado con la multitud de los que, de todas las partes de Palestina, han venido por necesidad de salud o de palabra.

-Paz a todos vosotros. La sabiduría descienda sobre vosotros. Escuchad. Un día ya lejano uno me preguntó si Dios es misericordioso con los pecadores y hasta qué punto lo es. Quien lo preguntaba era un pecador que había sido perdonado y que no lograba convencerse del absoluto perdón de Dios. Yo por medio de parábolas lo calmé, lo conforté y prometí que para él hablaría siempre de misericordia, para que su corazón arrepentido -que, cual niño extraviado, lloraba dentro de él- se sintiera seguro de ser ya propiedad de su Padre del Cielo.

Dios es Misericordia porque es Amor. El siervo de Dios debe ser misericordioso para imitar a Dios.

Dios se sirve de la misericordia como de un medio para atraer hacia sí a los hijos descarriados. El siervo de Dios debe servirse de la misericordia como de un medio para llevar a Dios a los hijos descarriados.

El precepto del amor es obligatorio para todos. Pero debe ser triplemente obligatorio en los siervos de Dios. No se conquista el Cielo si no se ama. Decir esto es suficiente para los creyentes. A los siervos de Dios les digo: "No se hace conquistar el Cielo a los creyentes si no se los ama con perfección".

¿Y vosotros, quiénes sois, vosotros que os ceñís aquí alrededor de mí? Por lo general sois criaturas que tendéis a la vida perfecta, a la vida bendita, fatigosa, luminosa, del siervo de Dios, del ministro de Cristo. ¿Cuáles son vuestros deberes en esta vida de siervo y ministro? Un amor total a Dios, un amor total al prójimo. Vuestra finalidad: servir. ¿Cómo? Restituyendo a Dios a aquellos que el mundo, la carne, el demonio le han arrebatado. ¿En qué modo? Con el amor: el amor que tiene mil formas para desarrollarse, y un único fin: hacer amar.

Pensemos en nuestro hermoso Jordán. ¡Qué imponente, a su paso por Jericó! Pero, ¿era así en su nacimiento? No. Era un hilo de agua, y lo hubiera seguido siendo si hubiera estado siempre solo. Pero he aquí que de los montes y collados, de una y otra ribera de su valle, desciende un sinfín de afluentes, unos solos, otros ya formados de cien regatos; y todos desaguan en el lecho que va creciendo y creciendo hasta convertirse, del delicado riachuelo de plata azul que reía y jugaba en su niñez de río, en el amplio, solemne, pacífico río que inserta una cinta de azul celeste entre las feraces riberas de esmeralda.

Así es el amor. Un hilo inicial en los párvulos del camino de la Vida, que apenas si saben salvarse del pecado grave por temor al castigo; luego, prosiguiendo en el camino de la perfección, he aquí que de las montañas de lo humano, agrestes, áridas, soberbias, duras, se exprimen, por voluntad de amor, multitud de riachuelos de esta principal virtud; y todo sirve para que ésta mane y brote: los dolores, las alegrías, de la misma forma que sobre los montes sirven para formar riachuelo las nieves heladas y el sol que las derrite. Todo sirve para abrir a éstas el camino: la humildad como el arrepentimiento; todo sirve para llevarlas al río principal. Porque el alma, impulsada por ese Camino, se complace en bajar al anonadamiento del yo, aspirando a subir de nuevo, atraída por el Sol-Dios, una vez transformada en río caudaloso, hermoso, benefactor.

Los regatos que nutren el arroyo embrional del amor de temor son, además de las virtudes, las obras que las virtudes enseñan a cumplir; las obras que, precisamente por ser regatos de amor, son de misericordia. Examinémoslas juntos. Algunas ya eran conocidas por Israel, otras os las doy a conocer Yo, porque mi ley es perfección de amor.

*Dar de comer a los hambrientos*

Es deber de gratitud y amor. Deber de imitación. Los hijos se sienten agradecidos a su padre por el pan que les procura, y, cuando se hacen hombres, lo imitan procurando pan a sus hijos; y también procuran con su propio trabajo el pan a su padre, ya incapacitado para el trabajo por la edad: es ésta una amorosa restitución, obligada restitución de un bien recibido. Lo dice el cuarto precepto: "Honra a tu padre y a tu madre". También es honrar su canicie no reducirlos a mendigar el pan de otros.

Pero antes del cuarto está el primer precepto: "Ama a Dios con todo tu ser" y el segundo: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". Amar a Dios por sí mismo y amarlo en el prójimo es perfección. Se le ama dando pan a quien tiene hambre, en recuerdo de cuantas veces Él sació el hambre del hombre con milagros.

Mas no nos fijemos sólo en el maná y las codornices, fijémonos también en el milagro continuo del trigo que germina por bondad de Dios, que ha dado la tierra capaz de ser cultivada, y que regula los vientos, lluvias, estaciones, para que la semilla se haga espiga y la espiga pan. ¿No ha sido, acaso, milagro de su misericordia el haber enseñado con luz sobrenatural al hijo culpable que esos tallitos altos y finos, terminados en granazón de semillas de oro con caliente fragancia de sol, encerradas dentro de la dura capa de escamas espinosas, eran alimento que había que recolectar, y quitarle la cáscara, molerlo, amasarlo, cocerlo? Dios ha enseñado todo esto; cómo recolectarlo, limpiarlo, molerlo, amasarlo y cocerlo. Puso las piedras junto a las espigas, puso el agua junto a las piedras; encendió, con tornasoles de agua y sol, el primer fuego sobre la tierra, y el viento trajo granos y los colocó encima del fuego, y ardieron emanando agradable fragancia, para que el hombre entendiera que mejor que cuando se saca de la espiga, como es uso de las aves, o como glutinoso amasijo de harina empapada de agua, es cuando el fuego le tuesta.

¿No pensáis, vosotros que ahora coméis el buen pan cocido en el horno familiar, en cuánta misericordia significa el hecho de haber llegado a este acabado de la cocción?, ¿cuánto camino se ha hecho recorrer al conocimiento humano desde la primera espiga masticada como hace el caballo hasta el pan actual? ¿Y quién lo ha hecho? El que da el pan. Y lo mismo para todos los otros alimentos que el hombre, por benéfica luz, ha sabido detectar entre las plantas y los animales con que el Creador ha cubierto la faz de la tierra, lugar de castigo paterno para el hijo culpable.

Dar, pues, de comer a los hambrientos es oración de gratitud al Señor y Padre que nos da de comer, y es imitar al Padre, de quien tenemos semejanza dada gratis, y que es necesario aumentar cada vez más imitando sus acciones.

*Dar de beber a los sedientos*

¿Habéis pensado alguna vez que sucedería si el Padre no hiciera llover las aguas? Pues bien, si dijera: "Por vuestra dureza para con quien tiene sed, impediré a las nubes que desciendan a la tierra", ¿podríamos protestar y maldecir? El agua, más incluso que el trigo, es de Dios; porque el trigo es cultivado por el hombre, mas sólo Dios cultiva los campos de las nubes que descienden en forma de lluvias o rocíos, de nieblas o nieves, y nutren campos y aljibes, y colman ríos y lagos, recibiendo así a los peces que, junto con otros animales, sacian al hombre. ¿Podéis, pues, responder a quien os dice: "Dame de beber": "No. Esta agua es mía y no te la doy? ¡Mentirosos! ¿Quién de vosotros ha hecho un solo copo de nieve o una sola gota de lluvia?, ¿quién ha evaporado un solo diamante de rocío con su calor astral? Ninguno. Es Dios quien lo hace. Y si las aguas descienden del cielo y vuelven a subir es sólo porque Dios regula esta parte de creación, como regula el resto.

Dad pues la buena agua fresca de las venas del suelo, o la pura de vuestro pozo, o la que ha llenado vuestras cisternas, a quien tiene sed. Son aguas de Dios. Y son para todos. Dadlas a quien tiene sed. Por una obra tan pequeña, que no os cuesta dinero, que no requiere más trabajo que el de acercar una taza o una jarra, os digo que seréis recompensados en el Cielo. Porque no ya el agua sino la obra de caridad es grande ante los ojos y el juicio de Dios.

*Vestir a los desnudos*

Pasan por los caminos de la tierra personas necesitadas desnudas, avergonzadas, en condiciones que da pena. Son ancianos abandonados, inválidos por enfermedades o desgracias, leprosos que por la bondad del Señor regresan a la vida, viudas cargadas de hijos, personas a quienes un infortunio ha privado de todo lo que significa comodidad, o huerfanitos inocentes. Si tiendo mi mirada por la vasta tierra, por todas partes veo personas desnudas o cubiertas de andrajos que apenas si resguardan la decencia y no amparan del frío; y estas personas miran con ojos descorazonados a los ricos que pasan envueltos en esponjosas vestiduras, cubiertos sus pies con suave calzado: descorazonados con bondad, los buenos; con odio, los menos buenos. ¿Por qué no aligeráis su desaliento, y los hacéis mejores si ya son buenos o destruís el odio si son menos buenos, con vuestro amor?

No digáis: "Sólo me alcanza para mí". Como para el pan, siempre hay algo más de lo necesario en la mesa y en los armarios de quien no es un completo desvalido. Entre los que me estáis escuchando hay más de uno que ha sabido, de un vestido que ya no se usaba por estar deteriorado, sacar un vestidito para un huérfano o para un niño pobre, y de una sábana vieja hacer pañales para un inocente que no los tenía; y hay uno que, siendo él un pordiosero, supo compartir durante años el pan mendigado trabajosamente con quien, por la lepra, no podía ir extendiendo la mano por las puertas de los ricos. Pues bien, en verdad os digo que estos misericordiosos no han de buscarse entre los poseedores de bienes, sino entre las humildes huestes de los pobres, que, por serlo, saben lo penosa que es la pobreza.

También en este caso, como para el agua y el pan, pensad que la lana y el lino con que os vestís provienen de animales y plantas creadas por el Padre no sólo para los hombres ricos, sino para todos los hombres. Porque Dios ha dado una sola riqueza al hombre, la suya, que es la riqueza de la Gracia, de la salud, de la inteligencia. No la contaminada riqueza del oro, que habéis elevado -de metal no más bonito que los demás, y mucho menos útil que el hierro, con el cual se hacen layas y arados, gradas y hoces, cinceles, martillos, sierras, cepillos para los carpinteros, las santas herramientas del santo trabajo- a metal noble; lo habéis elevado a una nobleza inútil, engañosa, por instigación de Satanás, que, de hijos de Dios, os ha reducido a seres salvajes

como fieras. ¡La riqueza de lo santo os había puesto en condiciones de santificaros cada vez más! ¡No esta riqueza que tanta sangre y lágrimas hace brotar!

Dad como se os ha dado. Dad en nombre del Señor, sin temor a quedaros desnudos. Mejor sería morir de frío por haberse desnudado en favor del mendigo, que congelar el corazón, aun estando cubierto por esponjosas vestiduras, por falta de caridad. El suave calor del bien cumplido es más dulce que el de un manto de purísima lana, y la carne vestida del pobre habla a Dios y dice: "Bendice a quien nos ha cubierto".

Si dar de comer, dar de beber, vestir, privándose uno a sí mismo para dar a los demás, une la santa templanza a la santísima caridad, y también la bienaventurada justicia, por la cual se modifica con santidad la suerte de los hermanos infelices, dando de lo que no sin el permiso de Dios abundantemente tenemos, en pro de quien, o por la maldad de los hombres o por enfermedad, carece de ello, *hospedar a los peregrinos* une la caridad a la confianza y al recto pensamiento sobre el prójimo. Sabed que éstas son también virtudes. Virtudes que denotan, en quien las posee, además de caridad, honestidad. Porque el que es honesto obra bien, y, dado que se piensa que los demás actúan como habitualmente actuamos, sucede que la confianza, la sencillez, que creen que las palabras de los demás son verdaderas, denotan que el que escucha estas palabras dice la verdad en las cosas grandes y pequeñas, por lo que no desconfía de lo que los demás manifiestan.

¿Por qué pensar, frente al peregrino que os pide hospedaje: "¿Y si luego es un ladrón o un homicida?" ¿Tanta estima tenéis de vuestras riquezas, que os echáis a temblar por ellas ante cada extraño que llega? ¿Tanta estima tenéis de vuestra vida, que os acurrucáis de horror al pensar que os podáis quedar sin ella? ¿Acaso creéis que Dios no puede defenderos de los ladrones? ¿Acaso teméis que en el viandante se cele un ladrón y no tenéis miedo del tenebroso huésped que os despoja de aquello que es insustituible? ¡Cuántos hospedan en su corazón al demonio! Podría decir: Todos alojan el pecado capital, y ninguno tiembla por ello. ¿Entonces sólo es precioso el bien de la riqueza y la existencia? ¿No será más valiosa la eternidad, que os dejáis arrebatar y matar por el pecado? ¡Pobres almas, pobres almas despojadas de su tesoro, entregadas a las manos de los asesinos -así, sin más, como si tuviera poca importancia-, mientras que se abaluartan las casas, se meten cerrojos, perros, cajas de seguridad, para defender las cosas que no nos llevamos a la otra vida!

¿Por qué querer ver en cada peregrino un ladrón? Somos hermanos. La casa se abre para los hermanos que van de paso. ¿No es de nuestra misma sangre el peregrino? ¡Sí! Es sangre de Adán y Eva! ¿No es nuestro hermano? ¡Claro que sí! El Padre es uno sólo: Dios, que nos ha dado un alma igual, de la misma forma que a los hijos de un mismo lecho un solo padre da una misma sangre. ¿Es pobre? Haced que vuestro espíritu, privado de la amistad del Señor, no sea más pobre que él. ¿Lleva un vestido roto? Haced que no esté más rota vuestra alma por el pecado. ¿Su pie está lleno de barro o polvoriento? Haced que vuestro yo no esté más deteriorado por los vicios, que sucias sus sandalias por tanto camino hecho, rotas por haber andado mucho. ¿Su aspecto es desagradable? Haced que no lo sea más el vuestro ante los ojos de Dios. ¿Habla una lengua extranjera? Haced que el lenguaje de vuestro corazón no sea incomprensible en la ciudad de Dios.

Ved en el peregrino a un hermano. Todos somos peregrinos en camino hacia el Cielo, todos llamamos a las puertas que hay a lo largo del camino que va al Cielo; las puertas son los patriarcas y los justos, los ángeles y los arcángeles, a los cuales nos encomendamos para recibir ayuda y protección y así llegar a la meta sin caer exhaustos en la oscuridad de la noche, en medio de la crudeza del hielo, víctimas de las asechanzas de los lobos y chacales de las malas pasiones, y de los demonios. De la misma forma que queremos que los ángeles y los santos nos abran su amor para recibirnos e infundirnos nuevo aliento para proseguir el camino, hagamos lo mismo nosotros con los peregrinos de la tierra. Por cada vez que abramos la casa y los brazos, saludando con el dulce nombre de hermano a un desconocido, pensando en Dios que lo conoce, os digo que habrán quedado recorridas muchas millas del camino que va al Cielo.

*Visitar a los enfermos*

¡Oh, verdaderamente todos los hombres, de la misma forma que son peregrinos, están enfermos! ¡Verdaderamente las enfermedades más graves son las del espíritu; las invisibles y mayormente letales! Y, a pesar de ello, de éstas no se siente asco; no repugna la llaga moral, no produce náuseas el hedor del vicio, no da miedo la locura demoníaca, no horroriza la gangrena de un leproso del espíritu, no pone en fuga el sepulcro lleno de podredumbre de un hombre de corazón corrompido y putrefacto, no implica anatema acercarse a una de estas impurezas vivientes. ¡Oh, cuán pobre y pequeño es el pensamiento del hombre!

Decidme: ¿qué vale más, la carne y la sangre o el espíritu?, ¿puede lo material corromper, por proximidad, a lo incorpóreo? No, os digo que no. El espíritu tiene infinito valor respecto a la carne y la sangre; esto sí. Pero, que tenga más poder la carne que el espíritu no. Y el espíritu puede ser corrompido por cosas espirituales, no por cosas materiales. No porque uno cuide a un leproso queda contaminado de lepra en su espíritu; antes al contrario, por la caridad ejercitada hasta el punto de aislarse en valles de muerte por piedad hacia el hermano, cae de él toda mancha de pecado. Porque la caridad es absolución del pecado y la primera de las purificaciones.

Que vuestro pensamiento inicial sea siempre: "¿Qué querría que hicieran conmigo, si estuviera como éste?". Y obrad como quisierais que se obrase con vosotros.

Ahora todavía Israel tiene sus antiguas leyes. Mas llegará un día, cuya aurora no está muy lejana, en que se venerará como símbolo de absoluta belleza la imagen de Uno en quien quedará reproducido materialmente el Varón de dolores de Isaías y el Torturado del salmo davídico; Aquel que, por haberse hecho semejante a un leproso, vendrá a ser el Redentor del género humano; a sus llagas acudirán --como los ciervos a los manantiales- todos los sedientos, los enfermos, los exhaustos, los que sobre la faz de la tierra lloran, y É1 calmará su sed, los curará, los reanimará, consolará su espíritu y su carne; será aspiración de los mejores hacerse como Él, cubiertos de llagas, exangües, maltratados, coronados de espinas, crucificados, por amor de los hombres necesitados de redención, continuando la obra del Rey de los reyes y Redentor del mundo. Vosotros, que todavía sois

Israel, pero que ya estáis echando las alas para volar al Reino de los Cielos, tened desde ahora esta concepción y valoración nueva de las enfermedades, y, bendiciendo a Dios que os mantiene sanos, avecinaos a los que sufren y mueren.

Un apóstol mío dijo un día a su hermano: "No temas tocar a los leprosos. No se nos pega ninguna enfermedad por voluntad de Dios". Bien dijo. Dios tutela a sus siervos. Pero, en el caso de que fuerais contagiados cuidando a los enfermos, cual mártires del amor seréis introducidos en la otra vida.

*Visitar a los presos*

¿Creéis que en las cárceles están sólo los delincuentes? La justicia humana tiene un ojo ciego y el otro alterado por perturbaciones visuales, y es así que ve camellos donde hay nubes o confunde una serpiente con una rama florecida. Juzga mal. Y peor todavía porque es frecuente que el que la dirige cree nubes de humo para que la justicia vea peor aún. Pero, aunque todos los presos fueran ladrones y homicidas, no es justo que nosotros nos hagamos ladrones y homicidas quitándoles la esperanza del perdón con nuestro desprecio. ¡Pobres presos! Sintiéndose bajo el peso de su delito, no se atreven a alzar los ojos a Dios. En verdad, cargan sus cadenas más el espíritu que los pies. Pero, ¡ay si desesperan de Dios!: unen entonces a su delito hacia el prójimo el de la desesperación de obtener perdón. La cárcel, como la muerte en el patíbulo, es expiación. Pero no basta con pagar la parte debida a la sociedad humana por el delito cometido; hay que pagar también, y principalmente, la parte debida a Dios, para expiar, para obtener la vida eterna. Y el que es rebelde y está desesperado sólo expía respecto a la sociedad. A1 condenado o al prisionero vaya el amor de los hermanos. Será una luz entre las tinieblas. Será una voz. Será una mano que señala hacia lo alto, mientras la voz dice: "Que mi amor te exprese que también Dios te ama, Él, que me ha puesto en el corazón este amor hacia ti, hermano desventurado", y la luz permite vislumbrar a Dios, Padre compasivo. Con mayor razón aún, vaya vuestra caridad para consuelo de los mártires de la injusticia humana, de los que no son culpables de ninguna manera, o de aquellos que han sido conducidos a matar por una fuerza cruel. No añadáis vuestro juicio donde ya se ha juzgado. No sabéis la razón de por qué un hombre pudo matar. No sabéis tampoco que muchas veces el que mata no es sino un muerto, un autómata carente de razón porque un incruento asesino se la ha quitado con la mezquindad de una cruel traición. Dios sabe las cosas. Basta. En la otra vida se verán muchos de las cárceles, muchos que mataron y robaron, en el Cielo, y se verán muchos, que parecieron sufrir robo y muerte homicida, en el Infierno, porque, en realidad, los verdaderos ladrones de la paz, honradez, confianza ajenas, los verdaderos asesinos de un corazón, fueron ellos: las pseudo-víctimas: víctimas sólo en cuanto que recibieron en el extremo momento el golpe, pero después de que durante años, en el silencio, lo habían descargado ellos. El homicidio y el hurto son pecados. Pero, entre quien mata y roba arrastrado por otros a estas acciones y luego se arrepiente, y quien induce a otros al pecado y no se arrepiente de ello, recibirá mayor castigo el que induce al pecado sin sentir remordimiento.

Por tanto, no juzgando nunca, sed compasivos con los presos. Pensad siempre que, si fueran castigados todos los homicidios y robos del hombre, pocos hombres y mujeres no morirían en las cárceles o en los patíbulos.

¿Esas madres que conciben y luego no quieren traer a la luz el propio fruto, cómo habrán de llamarse? ¿No hagamos juegos de palabras! Digámosles sinceramente su nombre: 'Asesinas". ¡Los hombres que roban reputaciones y puestos, cómo los llamaremos? Pues sencillamente como lo que son: "Ladrones". ¡Esos hombres y mujeres que por ser adúlteros o por ser atormentadores familiares para con los suyos, impulsan a éstos al homicidio o al suicidio -y lo mismo los grandes de la tierra que llevan a la desesperación a sus subordinados, y con la desesperación a la violencia-, qué nombre tienen? Éste: "Homicidas". ¿Y entonces? ¿No huye ninguno? Ya veis que se vive sin darle mayor importancia a la cosa en medio de estos presidiarios escapados a la justicia, que llenan las casas y las ciudades, que nos pasan rozando por las calles y duermen en las posadas con nosotros y con nosotros comparten la mesa. ¿Y quién está libre de pecado?

Si el dedo de Dios escribiera en la pared de la sala en que celebran su festín los pensamientos de los hombres -en la frente- las acusadoras palabras de lo que fuisteis, sois o seréis, pocas frentes llevarían escrita, con letras de luz, la palabra "inocente". Las otras frentes, con letras verdes como la envidia, o negras como la traición, o rojas como el delito, llevarían las palabras "adúlteros", "asesinos'". "ladrones", "homicidas".

Sed pues, sin soberbia, misericordiosos para con los hermanos menos afortunados, humanamente, que están en las cárceles expiando lo que vosotros no expiáis por la misma culpa: saldrá beneficiada vuestra humildad.

*Enterrar a los muertos*

La contemplación de la muerte es escuela de la vida. Quisiera poder conduciros a todos ante la muerte y decir: "Sabed vivir como los santos para sufrir sólo *esta* muerte: pasajera separación del cuerpo del espíritu, para luego resucitar en triunfo eternamente, reintegrados, dichosos".

Todos nacemos desnudos. Todos morimos y venimos a ser restos destinados a corromperse. Reyes o pordioseros, así se nace, así se muere. Y aunque el fasto del rey permita una más duradera conservación del cadáver, sigue siendo la desintegración el destino de la carne muerta. Las mismas momias, ¿qué son? ¿Carne? No. Materia fosilizada por las resinas, lignificada. No será víctima de los gusanos, por haber sido vaciada y quemada por los extractos, pero sí de la carcoma, como una madera vieja.

Pero el polvo se convierte de nuevo en polvo, porque así lo ha dicho Dios. Y a pesar de todo, por el solo hecho de que este polvo haya envuelto al espíritu y por éste haya sido vivificado, hay que pensar que, cual cosa que ha tocado una gloria de Dios -tal es el alma del hombre-, hay que pensar que es polvo santificado de forma no distinta de los objetos que han estado en contacto con el Tabernáculo.

Al menos hubo un momento en que el alma fue perfecta: mientras el Creador la creaba. Si después la Mancha la desfiguró, quitándole perfección, no obstante, por el solo hecho de su Origen ya comunica belleza a la materia, y por esa belleza

que viene de Dios el cuerpo se embellece y merece respeto. Somos templos y como tales, merecemos honor, de la misma forma que siempre reciben honor los lugares en que estuvo el Tabernáculo.

Dad, pues, a los muertos la caridad de un descanso venerado en espera de la resurrección, viendo en la admirable armonía del cuerpo humano la mente divina que lo ideó y el divino pulgar que lo modeló con perfección, y venerando incluso en el cadáver la obra del Señor.

Pero el hombre no es solamente carne y sangre. Es también alma y pensamiento. También éstos sufren y deben ser socorridos misericordiosamente.

Hay *ignorantes* que hacen el mal sólo porque no conocen el bien. ¡Cuántos, que no saben, o saben mal, las cosas de Dios y las leyes morales! Cual hambrientos flaquean porque nadie les da de comer, caen en el marasmo por falta de verdades que los nutran. Id e instruidlos, pues para esto os reúno y envío. Dad el pan del espíritu para el hambre de los espíritus.

*Instruir a los que no saben* corresponde, en lo espiritual, *a dar de comer a los hambrientos; y, si* ofrecer un pan al cuerpo que flaquea, de forma que ese día no muera, será premiado, ¿qué premio recibirá aquel que dé de comer a un espíritu hambriento de verdades eternas y le dé así eterna vida? No seáis avaros de lo que sabéis. Os ha sido dado gratis y sin medida. Dadlo sin avaricia, porque es cosa de Dios como el agua del cielo y ha de darse como se nos da a nosotros. No seáis avaros, y tampoco soberbios, de lo que sabéis. Antes bien, dad con humilde generosidad.

"Y dad el alivio límpido y benéfico de la *oración a los vivos y a los muertos* que tienen sed de gracias. No se debe negar el agua a las gargantas sedientas. ¿Y qué se deberá dar a los corazones de los vivos angustiados; qué, a los espíritus en pena de los muertos? Oraciones, oraciones activas, de amor y espíritu de sacrificio; por tanto, fecundas.

La oración debe ser verdadera, no mecánica como sonido de rueda en el camino. ¿Qué hace avanzar al carro, el sonido o la rueda? La rueda, que se consume para hacerlo avanzar. Lo mismo para la oración vocal y mecánica y la oración activa. La primera es sonido, nada más; la segunda es obra en que se desgastan las fuerzas y crece el Sufrimiento: pero se obtiene la finalidad. Orad más con el sacrificio que con los labios, y proporcionaréis alivio a los vivos y a los muertos, haciendo la segunda obra de misericordia espiritual. Las oraciones de los que *saben* orar salvarán más al mundo que las fragorosas, inútiles, mortíferas batallas.

Hay muchas personas con saber en el mundo, pero que no saben creer con firmeza. Titubean, titubean, como aferrados por dos sogas opuestas, y no caminan ni un solo paso; se cansan las fuerzas y no se logra nada. Son los *vacilantes.* Son los de los "pero", los de los “sí” los de los "¿y luego?"; los de las preguntas: “¿Será así?", "¿Y si no fuera así?", "¿Voy a poder?", "¿Y si no lo logro?", etc. Son esos convólvulos que si no encuentran dónde agarrarse no suben; y, aunque lo encuentren, se bambolean para un lado o para otro, y no sólo hay que procurarles el soporte, sino que hay que colocarlos en él a cada cambio de la jornada. ¡Verdaderamente hacen practicar la paciencia y la caridad más que un párvulo retrasado!

¡Pero, en nombre del Señor, no los abandonéis! Dad toda la fe luminosa, la fortaleza ardiente, a estos prisioneros de sí mismos, de su enfermedad neblinosa. Guiadlos hacia el sol y hacia lo alto. Sed maestros y padres para con estas personas inseguras. Sin cansancios ni impaciencias. ¿Que le hacen caérsele el alma a los pies a uno? Muy bien. También vosotros muchas veces me la hacéis caer a mí, y más todavía al Padre que está en el Cielo, que debe pensar muchas veces que parece inútil el que la Palabra se haya hecho Carne, ya que el hombre, aun oyendo hablar ahora al Verbo de Dios, sigue dudando ¡No querréis ya presumir de estar por encima de Dios y de mí!

Abrid, pues, las cárceles a estos prisioneros de los "pero" y de los "si". Romped las cadenas de los "¿voy a poder?", "¿si no lo logro?" Persuadidlos de que basta con hacer lo mejor posible todo; Dios está contento así. Y, si los veis deslizarse y caer de su soporte, no paséis de largo; levantadlos otra vez; como hacen las madres, que no siguen su camino si su pequeñuelo se cae, sino que se paran, lo levantan, lo limpian, lo consuelan, lo sujetan, hasta que se le pasa el miedo de caerse otra vez; y esto lo hacen durante meses y años si el niño es débil de piernas.

*Vestid a los desnudos del espíritu* perdonando a quien os ofende La ofensa es anticaridad. La anticaridad desnuda de Dios. Por tanto, quien ofende se queda desnudo, y sólo el perdón del ofendido devuelve los vestidos a la desnudez, porque los lleva de nuevo Dios. Dios espera a que el ofendido haya perdonado para perdonar. Perdonar tanto al que ha sido ofendido por el hombre como al ofensor del hombre y de Dios. Porque, ¡digámoslo claramente!, ninguno está libre de ofensas a su Señor. Pero Dios nos concede el perdón si nosotros se lo concedemos al prójimo, y se lo concede a este prójimo si el ofendido por éste perdona. Seréis tratados de la misma forma como os comportéis con los demás.

Perdonad, pues, si queréis perdón, y exultaréis en el Cielo por la caridad que habéis dado, como por un manto de estrellas colocado sobre vuestros santos hombros.

*Sed misericordiosos con los que lloran*

Son los heridos de esta vida, los enfermos del corazón, de los sentimientos de su corazón. No os cerréis dentro de vuestra serenidad como en una fortaleza. Sabed llorar con el que llora, consolar al afligido, llenar el vacío de quien ha quedado privado, por la muerte, de un familiar; sed padres para los huérfanos, hijos para los padres, hermanos recíprocamente los unos de los otros.

Amad. ¿Por qué amar solamente a los que son felices? Ellos tienen ya su parte de sol. Amad a los que lloran. Para el mundo, son los que menos suscitan amor. Pero el mundo no conoce el valor de las lágrimas. Vosotros lo conocéis. Amad, pues, a los que lloran. Amadlos si lloran con resignación; amadlos más todavía si sufren con rebeldía: no los reprendáis, sino sed dulces con ellos para persuadirlos de la verdad del dolor y de la verdad sobre el dolor. Pueden, tras el velo del llanto, ver deformado el rostro de Dios, reducido a una expresión de un excesivo, vindicativo poder. No. ¡No os escandalicéis! No es sino alucinación

producida por la fiebre del dolor. Socorredlos para que la fiebre desaparezca. Sea vuestra fresca fe hielo que ofrecéis al que delira.

Y, cuando desaparezca la fiebre aguda, para dejar paso a la postración y al atontamiento extrañado del que sale de un trauma, entonces, como a niños cuya formación ha sido retardada por una enfermedad, reanudad vuestras palabras sobre Dios, como si se tratara de algo nuevo, hablando dulcemente, pacientemente... ¡Ah, una bonita fábula con intención de distraer a ese eterno niño que es el hombre! Luego callad. No impongáis... El alma trabaja por sí sola: "¿Entonces no era Dios?", decid: "No. Él no quería hacerte daño, porque te quiere; incluso por aquellos que ya no te quieren, o por haber muerto o por otros motivos". Y cuando el alma dice: "Pero lo he acusado", decid: "Lo ha olvidado porque era fiebre". Y cuando dice: "Entonces... lo anhelo", decid: "¡Está ahí!, a la puerta de tu corazón, esperando a que le abras".

*Soportad a las personas pesadas*

Entran en la pequeña casa de nuestro yo y crean molestias, de la misma forma que los peregrinos respecto a la casa en que vivimos. Pues bien, de la misma forma que os he dicho que acojáis a éstos, os digo también que acojáis a aquéllos. ¿Os resultan pesadas? Vosotros no las amáis, debido a la molestia que os causan; sin embargo, ellas, mejor o peor, os aman. Acogedlas por este amor. Y aunque vinieran indagando, odiando, insultando, ejercitad la paciencia y la caridad. Podéis mejorar a estas personas con vuestra paciencia, podéis escandalizarlas con vuestra anticaridad. Os debe doler el que pequen, por ellas; pero más os debe doler el hacerles pecar, y pecar vosotros mismos. Recibidlas en nombre mío si no podéis recibirlas por amor vuestro. Dios os recompensará yendo Él mismo, después, a devolveros la visita, y a borrar, con sus sobrenaturales caricias, el desagradable recuerdo.

En fin, haced por *sepultar a los pecadores para preparar su retorno a la Vida de la Gracia.*
¿Sabéis cuándo hacéis esto? Cuando los amonestáis con paterna, paciente, amorosa insistencia. Es como si fuerais enterrando poco a poco las fealdades del cuerpo, antes de deponer éste en el sepulcro en espera de la orden de Dios: "Levántate y ven a mí".

¡No purificamos, nosotros hebreos, a los muertos por respeto al cuerpo que habrá de resucitar? *Reprender a los pecadores* es como purificar sus miembros, que es la primera operación de la sepultura La Gracia del Señor hará el resto. Purificadlos con caridad, lágrimas y sacrificios. Sed heroicos para arrebatar a un espíritu de la corrupción. ¡Sed heroicos!

No quedará sin premio, porque, si se premia el ofrecimiento de un vaso de agua a un sediento del cuerpo, ¿qué habrá de recibir el que aleje de la sed infernal a un espíritu?

He dicho. Éstas son las obras de misericordia del cuerpo y del espíritu, que aumentan el amor. Id y ponedlo en práctica. Y que la paz de Dios y mía sea con vosotros ahora y siempre.

## 276

## El hombre avaro y la parábola del rico necio. Las inquietudes y la vigilancia en los siervos de Dios

Jesús está en una de las colinas de la ribera occidental del lago Ante sus ojos se muestran las ciudades o los pueblos diseminados por las riberas de una u otra orilla; pero, exactamente debajo de la colina, están Magdala y Tiberíades: la primera, con su barrio de lujo, lleno de jardines, separado netamente de las pobres casas de los pescadores, campesinos y gente humilde, por un pequeño torrente que ahora está completamente seco; la otra, espléndida en todas sus partes, es una ciudad que ignora todo lo que sea miseria y decadencia; ríe, bonita y nueva, bajo el sol, frente al lago. Entre ambas ciudades, las huertas, pocas pero bien cuidadas, de la breve llanura, y luego la ascensión de los olivos a la conquista de las colinas. A espaldas de Jesús, desde esta cima, se ve el paso de forma de silla de montar del monte de las Bienaventuranzas, por cuya base discurre el camino de primer orden que va desde el Mediterráneo hasta Tiberíades.

Quizás por esta cercanía de un camino principal muy transitado, Jesús ha elegido esta localidad a la que las personas pueden llegar desde muchas ciudades del lago o de la zona interna de Galilea, y desde la cual, cuando anochece, es fácil volver a las propias casas o hallar alojamiento en muchos pueblos. Y la temperatura es moderada, debido a la altura y a los árboles agrestes que en la cima han sustituido a los olivos. Efectivamente, hay mucha gente además de los apóstoles y discípulos. Gente que tiene necesidad de Jesús para la salud, o para pedir consejos; gente que ha venido por curiosidad; gente traída por amigos o que ha venido por espíritu de imitación. En fin, mucha gente. Las jornadas, que ya no son caniculares sino que tienden a las enervadas gracias del otoño, invitan más que nunca a peregrinar en busca del Maestro.

Jesús ha curado ya a los enfermos y ha dirigido su palabra a la gente. Ha hablado ciertamente sobre el tema de las riquezas adquiridas con injusticia, sobre el desapego de la riqueza, requerido en todos para ganarse el Cielo, indispensable en quien quiere ser discípulo suyo. Ahora está respondiendo a las preguntas de algunos discípulos ricos, que están un poco turbados por estas cosas.

El escriba Juan dice:

-¿Entonces debo destruir lo que tengo, despojando a los míos de lo suyo?

-No. Dios te ha dado unos bienes. Haz que sirvan a la Justicia y sírvete de ellos con justicia. O sea, socorre con esos bienes a tu familia: es un deber; trata con humanidad a los siervos: es caridad; favorece a los pobres; ofrece tu ayuda para aliviar las necesidades de los discípulos pobres. Obrando así, tus riquezas no te serán motivo de tropiezo; antes bien, te servirán de ayuda.

Luego, dirigiéndose a todos, dice:

-En verdad os digo que puede correr el mismo riesgo de perder el Cielo por amor a las riquezas hasta el más pobre de mis discípulos, sacerdote mío, si falta a la justicia haciendo pactos con el rico. El rico y malvado intentará muchas veces seduciros con donativos para teneros de su parte y para que consintáis su modo de vivir y su pecado. Y habrá ministros míos que cedan a la tentación de los donativos. No debe ser así. Aprended del Bautista. Poseía, sin ser ni juez ni magistrado, la perfección de ambos indicada por el Deuteronomio: "No harás acepción de personas, no aceptarás donativos, que ciegan los ojos de los prudentes y alteran las palabras de los justos". Demasiadas veces el hombre deja embotar el filo de la espada de la justicia con el oro que un pecador extiende encima. No, no debe ser así. Sabed ser pobres, sabed saber morir, pero no pactéis nunca con el pecado; ni siquiera con la disculpa de usar el oro en pro de los pobres. Es oro maldito, no les acarrearía ningún bien; es oro de pacto infame. Sois constituidos discípulos para ser maestros, médicos y redentores. ¿Qué seríais si os hicierais aprobadores del mal por interés? Maestros de mala ciencia, médicos que quitan la vida al enfermo, cooperadores en la ruina de los corazones, en vez de redentores.

Uno de entre la multitud se abre paso y dice:

-No soy discípulo, pero te admiro. Responde, pues, a esta pregunta: ¿puede uno retener el dinero de otro?

-No, hombre; es hurto, igual que quitarle la bolsa a un viandante.

-¿También cuando es dinero de la familia?

-También. No es justo que una persona se apropie del dinero de la comunidad.

-Entonces, Maestro, ven a Abelmaín, en el camino de Damasco, manda a mi hermano que reparta conmigo la herencia de nuestro padre, muerto sin haber dejado escrita palabra alguna. Se ha quedado con toda. Considera, además, que somos gemelos, nacidos de un primer y único parto. Tengo, pues, los mismos derechos que él.

Jesús lo mira y dice:

-Es una triste situación. Está claro que tu hermano no se está comportando bien. De todas formas, lo único que puedo hacer es orar por ti, y, más aún, por él, para que se convierta: y puedo ir a tu ciudad a evangelizar y así tocar su corazón. No me pesa el camino, si puedo poner paz entre vosotros.

El hombre salta encolerizado:

-¿Y para qué me sirven tus palabras? ¡Mucho más que palabras hace falta en este caso!

-Pero no me has dicho que le ordene a tu hermano que...

-Mandar no es evangelizar. La orden siempre va unida a una amenaza. Amenázalo con hacerle algún mal a su físico, si no me da lo mío. Puedes hacerlo. De la misma forma que devuelves la salud, puedes inducir la enfermedad.

-Hombre, he venido a convertir, no a herir. Si tienes fe en mis palabras hallarás paz.

-¿Qué palabras?

-Te he dicho que oraré por ti y por tu hermano, para consuelo tuyo y conversión suya.

-¡Cuentos! ¡Cuentos! No soy tan simplón como para creer en ellos. Ven y ordena.

Jesús, cuya actitud era mansa y paciente, adquiere un aspecto majestuoso y severo. Se yergue -antes estaba un poco curvado hacia este hombre bajo y corpulento y encendido de ira- y dice:

-¿Hombre, ¿quién me ha constituido juez y árbitro entre vosotros? Ninguno. De todas formas, para zanjar una división entre dos hermanos, había aceptado ir para ejercer mi misión de pacificador y redentor. Si hubieras creído en mis palabras, al regreso a Abelmaín habrías encontrado ya convertido a tu hermano. No sabes creer, y no se te dará e1 milagro. Si hubieras podido ser el primero en hacerte con el tesoro, te habrías quedado con él y le habrías dejado sin nada a tu hermano; porque, en verdad, de la misma forma que habéis nacido gemelos, tenéis gemelas las pasiones, y tanto tú como tu hermano tenéis un solo amor: el oro, una sola fe: el oro. Quédate, pues, con tu fe. Adiós.

El hombre se marcha maldiciendo a Jesús, con escándalo de todos, que querrían darle un escarmiento.

Pero El se opone. Dice:

-Dejad que se marche. ¿Por qué queréis mancharos las manos pegando a un hombre brutal? Yo perdono porque está poseído por el demonio del oro que lo pervierte. Perdonad también vosotros. Oremos, más bien, por este infeliz, para que vuelva a ser un hombre de alma adornada de libertad.

-Es cierto. Su avaricia le ha puesto incluso una cara horrenda. ¿Has visto? - se preguntan unos a otros los discípulos y la gente que estaba cerca del avaro.

-¡Es verdad! ¡Es verdad! No parecía el mismo de antes.

-Sí. Y luego, cuando ha rechazado al Maestro -y que casi le ha pegado mientras lo maldecía-, su cara era de demonio.

-Un demonio tentador. Estaba tentando al Maestro a la maldad.

-Escuchad - dice Jesús - Verdaderamente las alteraciones del alma se reflejan en la cara. Es como si el demonio aflorase a la superficie de la persona poseída. Pocos son los que son demonios y no dejan ver eso que en realidad son, o con hechos o con el aspecto. Y estos pocos son los perfectos en el mal, los perfectamente poseídos. Por el contrario, el rostro del justo es siempre hermoso, aunque físicamente sea deforme, por una belleza sobrenatural que se expande de dentro afuera; siendo así que -y no es una forma de hablar, sino cosas reales- observamos en quien está incontaminado de vicios una frescura incluso en su carne. El alma está en nosotros y nos abraza por completo. Y el hedor de un alma corrompida corrompe también el cuerpo, mientras que el perfume de un alma pura preserva. El alma corrompida impulsa a la carne a pecados obscenos, y éstos aviejan y deforman; el alma pura impulsa a la carne a una vida pura, y ello conserva la lozanía y comunica majestuosidad.

Haced que en vosotros permanezca la juventud pura del espíritu, o que resucite si la perdisteis, y estad atentos a guardaros de todo apetito desenfrenado, tanto de sensualidad como de poder. La vida del hombre no depende de la abundancia de los bienes que posee; ni ésta ni mucho menos la otra, la eterna. Depende de su forma de vivir. Y, con la vida, la felicidad en esta tierra y en el Cielo. Porque el vicioso no se siente nunca feliz, realmente feliz; pero el virtuoso siempre, con una felicidad celeste, aunque sea pobre y esté solo. Ni siquiera la muerte impresiona al virtuoso, porque no siente culpas ni remordimientos

que le hagan temer el encuentro con Dios, ni añoranzas de lo que deja en esta tierra. Él sabe que en el Cielo está su tesoro, de forma que, como quien va a recibir la herencia que le corresponde -herencia santa además-, se encamina dichoso y diligente al encuentro de la muerte, que le abre las puertas de aquel Reino en que está su tesoro.

Empezad inmediatamente a acumular vuestro tesoro. Ya desde la juventud los que sois jóvenes. Trabajad incansablemente, vosotros ancianos, que por la edad tenéis más cercana la muerte; y, puesto que la muerte es plazo ignorado, y frecuentemente sucede que fallece antes el niño que el anciano, no aplacéis el trabajo de haceros un tesoro de virtudes y buenas obras en la otra vida, para que no os llegue la muerte sin que hayáis acumulado un tesoro de méritos en el Cielo. Hay muchos que dicen: "¡Soy joven y fuerte! Por ahora gozaré en la tierra. Más adelante me convertiré". ¡Gran error!

Escuchad esta parábola. Un hombre rico había obtenido mucho fruto de sus campos. Verdaderamente una cosecha portentosa. Entonces se puso a contemplar, dichoso, toda esta exuberancia que se acumulaba en sus campos y en sus eras y que no cabía en los graneros; tanto que ocupaba improvisados cobertizos y hasta habitaciones de la casa. Y dijo: "He trabajado como un esclavo, pero la tierra no me ha defraudado. He trabajado por diez cosechas. Ahora quiero descansar otros tantos años. ¿Cómo haré para dejar bien acondicionada toda esta recolección? No quiero vender una parte, porque me autoobligaría a trabajar para cosechar otra vez el año que viene. Ya sé: voy a derruir mis graneros y voy a hacer otros más grandes, de forma que quepa todo lo cosechado y todos mis bienes; luego diré a mi alma: "¡Oh, alma mía, tienes acumulados bienes para muchos años. Descansa, pues. Come, bebe, goza"'. Éste, como muchos, confundía el cuerpo con el alma, mezclaba lo sagrado con lo profano; porque la verdad es que en las comilonas y el ocio el alma no goza antes bien, languidece. Éste también, como muchos tras la primera buena cosecha en los campos del bien, se paraba, pareciéndole que había hecho todo.

¿No sabéis que cuando se pone la mano en el arado es necesario perseverar, uno, diez, cien años, todo lo que dure la vida, porque detenerse es delito hacia uno mismo? Efectivamente, uno se niega una gloria mayor. ¿Y no sabéis que es retroceder? En efecto, quien se para, generalmente, no sólo no sigue adelante, sino que se vuelve para atrás. El tesoro del Cielo tiene que aumentar año tras año para ser bueno; porque, si es cierto que la Misericordia será benigna con quien tuvo pocos años para atesorar, cierto es también que no será cómplice de los perezosos que, disponiendo de larga vida, hacen poco. Es un tesoro en continuo aumento. Si no, deja de ser fructífero para hacerse pasivo, y ello va en detrimento de una inmediata paz del Cielo.

Dios dijo al necio: "Hombre necio, que confundes el cuerpo y los bienes de la tierra con lo que es espíritu y de una gracia de Dios te procuras un daño: has de saber que esta misma noche se te pedirá el alma y te será arrebatada, y el cuerpo yacerá inerte. ¿De quién va a ser cuanto has preparado? ¿Podrás llevártelo contigo? No. Dejarás la tierra y vendrás a mi presencia desnudo de terrenas recolecciones y de obras espirituales, y serás pobre en la otra vida. Mejor hubiera sido para ti hacer con tus cosechas obras de misericordia para el prójimo y para ti mismo, pues siendo misericordioso con los demás lo hubieras sido también con tu alma; y, en vez de nutrir pensamientos ociosos, cultivar actividades que te hubieran acarreado un honesto provecho para tu cuerpo y grandes méritos para tu alma, hasta que Yo te hubiera llamado". Y el hombre murió durante la noche y fue severamente juzgado. En verdad os digo que esto es lo que le sucede a quien atesora para sí y no se enriquece ante los ojos de Dios.

Ahora marchaos, y haced tesoro con la doctrina que se os da. La paz sea con vosotros.

Jesús bendice y se retira con apóstoles y discípulos a una espesura del bosque para comer y descansar. Mientras comen, continúa la lección de antes, repitiendo un tema del que ya ha hablado en varias ocasiones a los apóstoles, y que creo que nunca se habrá expresado suficientemente, porque el hombre está demasiado absorbido por miedos estúpidos.

-Creed – dice - que sólo hay que preocuparse de este enriquecimiento en virtud. Estad atentos, además, a que vuestra preocupación no sea nunca ansiosa, inquieta. El bien es enemigo de las inquietudes, de los miedos, de las prisas; todas estas cosas denotan demasiado todavía la avaricia, la rivalidad, la humana desconfianza. Que vuestro trabajo sea constante, esperanzado, pacífico; sin arranques bruscos ni bruscas detenciones, como hacen los onagros silvestres (que ninguno que esté en su sano juicio los usa para recorrer seguro camino). Pacíficos en las victorias, pacíficos en las derrotas. El dolor por un error cometido, que os entristece porque con él habéis contrariado a Dios, debe ser también pacífico, debe sentir el alivio de la humildad y la confianza. El abatimiento, el odio hacia uno mismo es siempre síntoma de soberbia y de falta de confianza. El humilde sabe que es un pobre hombre sujeto a las miserias de la carne, que algunas veces triunfa; el humilde tiene confianza no tanto en sí mismo cuanto en Dios, y mantiene la calma incluso en las graves derrotas, diciendo: "Perdóname, Padre. Sé que conoces mi debilidad que a veces me domina. Sientes compasión de mí, lo creo. Confío firmemente en que me vas a ayudar, incluso más que antes, en el futuro, a pesar de que te satisfaga tan poco". No os mostréis apáticos ni avaros respecto a los bienes de Dios. Dad la sabiduría y virtud que tengáis. Sed laboriosos en el espíritu, como los hombres lo son para las cosas de la carne.

Y, respecto a la carne, no imitéis a los del mundo que siempre tiemblan por su futuro, por el miedo de que les falte lo superfluo, de que les venga una enfermedad o la muerte, de que los enemigos los puedan perjudicar, etc. Dios sabe de qué tenéis necesidad. No temáis, por tanto, por vuestro mañana. Vivid libres de los miedos, que pesan más que las cadenas de los galeotes. No os afanéis por vuestra vida, ni por la comida, la bebida o el vestido. La vida del espíritu vale más que la del cuerpo, y el cuerpo más que el vestido, porque vivís con el cuerpo, no con el vestido; y con la mortificación del cuerpo ayudáis al espíritu a conseguir la vida eterna. Dios sabe hasta cuándo dejaros el alma en el cuerpo; hasta esa hora os dará lo necesario. Si se lo da a los cuervos, animales impuros que se alimentan de cadáveres y que tienen su razón de existir precisamente en esta función suya de eliminar sustancias en putrefacción, ¿no os lo va a da a vosotros? Ellos no tienen despensas ni graneros, y Dios los nutre igualmente. Vosotros sois hombres, no cuervos. Además, los presentes sois la flor y nata de los hombres, porque sois los discípulos del Maestro, los evangelizadores del mundo, los siervos de Dios. ¿Vais a pensar que Dios, que cuida el muguete, cuyo único trabajo es el de perfumar, adorando, y lo hace crecer y lo viste con vestidura tan hermosa como jamás tuviera Salomón, puede descuidaros, incluso en lo relativo a vuestro vestido? Vosotros sí que no podéis añadir ni un diente a las bocas

desdentadas, ni alargar una pulgada a una pierna contraída, ni volver aguda la pupila empañada. No siendo capaces de estas cosas, ¿vais a pensar que podéis repeler miseria y enfermedad, hacer brotar del polvo frutos? No podéis. Pero no seáis gente de poca fe. Tendréis siempre lo necesario. No os entristezcáis como la gente del mundo, que se desvive por conseguir cosas de que gozar. Vosotros tenéis a vuestro Padre, que conoce vuestras necesidades. Debéis sólo buscar el Reino de Dios y su justicia. Sea éste vuestro primer interés. Todo lo demás se os dará por añadidura.

No temáis, vosotros de mi pequeño rebaño. Mi Padre se ha complacido en llamaros al Reino para que poseáis este Reino. Podéis, por tanto, aspirar a él y ayudar al Padre con vuestra buena voluntad y santa laboriosidad. Vended vuestros bienes, distribuidlos en limosna, si estáis solos. Dejad a los vuestros la provisión para el viaje de vuestro abandono de la casa por seguirme a mí, porque justo es no dejar sin pan a los hijos o esposas. Y si no podéis, por este motivo, sacrificar las riquezas pecuniarias, sacrificad las riquezas de afecto, que son también monedas, valoradas por Dios por lo que son: oro más puro que ningún otro, perlas más preciosas que las que se arrebatan a los mares, rubíes más singulares que los de las entrañas de la tierra. Porque renunciar a la familia por mí es caridad más perfecta que oro sin un solo átomo impuro, es perla hecha de llanto, rubí hecho de sangre que rezuma por la herida del corazón, desgarrado por la separación del padre y de la madre, de la esposa y de los hijos. Estas bolsas no merman, este tesoro no se devalúa jamás. Los ladrones no se introducen en el Cielo, la carcoma no come lo que en él se deposita. Tened el Cielo en el corazón y el corazón en el Cielo junto a vuestro tesoro. Porque el corazón, en el bueno y en el malo, está donde lo que consideráis amado tesoro vuestro. Por tanto, de la misma forma que el corazón está donde el tesoro (en el Cielo), el tesoro está donde el corazón (es decir, en vosotros); es más, el tesoro está en el corazón, y, con el tesoro de los santos, está, en el corazón, el Cielo de los santos.

Estad siempre preparados, como quien va a emprender un viaje o espera a su amo. Vosotros sois siervos del Amo-Dios. En cualquier momento os puede llamar a su presencia, o venir a vosotros. Estad, pues, siempre preparados para ir, o a rendirle honor, ceñida la cintura con cinturón de viaje y de trabajo, con las lámparas encendidas en vuestras manos. A1 salir de una fiesta nupcial con uno que os haya precedido en los Cielos y en la consagración a Dios en la tierra, El puede recordarse de vosotros, que estáis esperando; y puede decir: "Vamos donde Esteban, o donde Juan, o Santiago y Pedro". Y Dios es rápido para venir, o para decir: "Ven". Por tanto, estad preparados para abrirle la puerta cuando llegue; o para salir, si os llama.

Bienaventurados los siervos a quienes encuentre en vela el Amo cuando llegue. En verdad os digo que, para recompensarlos por la fiel espera, se ceñirá el vestido, los sentará a la mesa y se pondrá a servirlos. Puede llegar a la primera vigilia, o a la segunda, o a la tercera… no lo sabéis. Por tanto, estad siempre vigilantes. ¡Dichosos vosotros, si estáis así y así os encuentra el Amo! No os engañéis diciendo: "¡Hay tiempo! Esta noche no viene". Sería un mal para vosotros No sabéis. Si uno supiera cuándo viene el ladrón, no dejaría sin guardia la casa para que el malhechor pudiera forzar la puerta y las arcas. Estad preparados también vosotros, porque, cuando menos os lo penséis, vendrá el Hijo del hombre y dirá: "Es la hora"».

Pedro, que incluso se ha olvidado de terminar su comida por escuchar al Señor, viendo que Jesús calla, pregunta:

-¿Esto que dices es para nosotros o para todos?

-Para vosotros y para todos; pero más para vosotros, porque vosotros sois como administradores puestos por el Amo al frente de los siervos, y tenéis doble obligación de estar preparados: por vosotros como administradores y por vosotros como simples fieles. ¿Cómo debe ser el administrador al que el amo ha colocado al frente de sus domésticos para dar a cada uno, a su tiempo, la debida porción? Debe ser avisado y fiel. Para cumplir su propio deber, para hacer cumplir a los subordinados el deber que ellos tienen. Si no, saldrían perjudicados los intereses del amo, que paga para que el administrador actúe haciendo las veces de él y vele por sus intereses en su ausencia.

Dichoso el siervo al que el amo, al volver a su casa, encuentre obrando con fidelidad, diligencia y justicia. En verdad os digo que lo hará administrador de otras propiedades, de todas sus propiedades, descansando y exultando en su corazón por la seguridad que ese siervo le da. Mas si ese siervo dice: "¡Ah! ¡Bien! El amo está muy lejos y me ha escrito que tardará en volver. Por tanto, puedo hacer lo que me parezca, y luego, cuando calcule que esté próximo a regresar, tomaré las medidas oportunas". Y empieza a comer y a beber hasta emborracharse, y a dar órdenes de borracho, y -ante la oposición a cumplirlas, por no perjudicar al amo, por parte de los siervos buenos subordinados a él- empieza a pegar a los siervos y a las siervas hasta hacerlos enfermar y languidecer. Y se siente feliz y dice: "Por fin saboreo lo que significa ser jefe y ser temido por todos". ¿Qué le sucederá? Le sucederá que llegará el amo cuando menos se lo espere, quizás incluso sorprendiéndolo en el momento en que está robando dinero o sobornando a alguno de los siervos más débiles; entonces, os digo que el amo lo quitará del puesto de administrador, y lo cancelará incluso de las filas de sus siervos, porque no es lícito mantener a los infieles y traidores entre los honestos; y tanto mayor será su castigo cuanto más lo quiso y lo instruyó su amo.

Porque el que conoce más la voluntad y el pensamiento de su amo más obligado está a cumplirlo con exactitud. Si no hace como su amo le ha dicho (ampliamente, como a ningún otro), recibirá muchos bastonazos. Sin embargo, el que, como siervo menor, sabe poco, y yerra creyendo actuar correctamente, recibirá un castigo menor. A quien mucho se le dio mucho le será pedido. Mucho tendrá que restituir aquel a quien mucho se le confió. Porque hasta del alma de un niño de una hora se pedirá cuenta a mis administradores.

Mi elección no es fresco reposo en un soto florido. He venido a traer fuego a la tierra; ¿qué puedo desear, sino que arda? Por eso me fatigo, como quiero que os fatiguéis vosotros hasta la muerte y hasta que la tierra toda sea una hoguera de celeste fuego. Debo ser bautizado con un bautismo. ¡Cuán angustiado viviré hasta que se cumpla! ¿No os preguntáis por qué? Porque por él os podré hacer portadores del Fuego, fermento activo *en todas y contra todas* las capas sociales, para fundirlas en una única cosa: el rebaño de Cristo.

¿Creéis que he venido a poner paz en la tierra?, ¿según los modos de ver de la tierra? No. Todo lo contrario: discordia y separación. Porque, de ahora en adelante, mientras toda la tierra no sea un único rebaño, de cinco que haya en una casa, dos estarán contra tres, y el padre estará contra el hijo y el hijo contra el padre, y la madre contra las hijas, y éstas contra aquélla, y las suegras y nueras tendrán un motivo más para no entenderse, porque habrá labios que hablen un lenguaje nuevo, y será

como una Babel; porque una profunda agitación estremecerá el reino de los afectos humanos y sobrehumanos. Mas luego vendrá la hora en que todo se unificará en una lengua nueva que hablarán todos los salvados por el Nazareno, y se depurarán las aguas de los sentimientos, irán al fondo las escorias y brillarán en la superficie las límpidas ondas de los lagos celestes.

Verdaderamente, servirme no es descansar, según el significado que el hombre da a esta palabra; es necesario ser héroes, infatigables. Mas os digo que al final será Jesús, siempre Jesús, el que se ceñirá el vestido para serviros, y luego se sentará con vosotros a un banquete eterno, y todo cansancio y dolor serán olvidados.

Ahora, dado que ninguno nos ha vuelto a buscar, vamos al lago. Descansaremos en Magdala. En los jardines de María de Lázaro hay sitio para todos, y ella ha puesto su casa a disposición del Peregrino y de sus amigos. No hace falta que os diga que María de Magdala ha muerto con su pecado y que de su arrepentimiento ha renacido María de Lázaro, discípula de Jesús de Nazaret; ya lo sabéis, porque la noticia ha corrido como fragor de viento en un bosque. No obstante os digo una cosa que no sabéis: que todos los bienes personales de María de Lázaro son para los siervos de Dios y para los pobres de Cristo. Vamos...

## 277

## En Magdala, en los jardines de María. El amor y la corrección entre hermanos

Jesús no está ya donde la última visión, sino en un vasto jardín que se prolonga hasta el lago. Pasado el jardín -bueno, en realidad está dentro-, la casa, precedida y flanqueada por él, que por detrás se extiende al menos tres veces más que por los lados y por delante Hay flores, pero, sobre todo, árboles y bosquetes, y rincones herbosos, unos rodeando pilones de mármol precioso, otros en forma de quioscos con mesas y asientos de piedra. Y debía haber estatuas diseminadas, tanto a lo largo de los senderos como en el centro de los pilones. Ahora quedan sólo los pedestales de las estatuas, para recuerdo de ellas al pie de laureles o bojes, o para reflejarse en los pilones colmados de límpida agua.

La presencia de Jesús con los suyos y la presencia de gente de Magdala, entre los cuales está el pequeño Benjamín que osó llamar malo al Iscariote, me hace pensar que se trata de los jardines de la casa de la Magdalena... supervisados y modificados para su nuevo uso, quitando aquellas cosas que hubieran podido ser desagradables o escandalizar y recordar el pasado.

El lago es todo un crep gris-azul, reflejando el cielo en que corretean nubes cargadas con las primeras lluvias del otoño. Pero es hermoso también así, con esta luz detenida y leve de un día ni sereno ni todavía del todo lluvioso. Sus riberas ya no tienen muchas flores, pero, en compensación, están pintadas por ese sumo pintor que es el otoño, y muestran pinceladas de ocre y púrpura y extenuada palidez de hojas agonizantes en los árboles y vides que cambian de color antes de entregar a la tierra sus vestiduras vivas. En el jardín de una casa de campo que está a orillas del lago, como ésta, hay un punto lleno, que rojea, como sangre derramada en las aguas, por un seto de ramas flexuosas que el otoño ha teñido de cobre flamígero, mientras los sauces diseminados por la orilla, poco lejos, tiemblan: tiemblan sus hojas glauco-argentinas, finas, más pálidas de lo normal antes de morir.

Jesús no está mirando a lo mismo que yo. Mira a unos pobres enfermos a quienes imparte la curación; a unos ancianos mendigos, y les da dinero; a unos niños presentados a Él por sus madres para que los bendiga. Mira compasivamente a unas mujeres, hermanas, que le están refiriendo la conducta de su único hermano --causa de la muerte de su madre, por congoja, y de la ruina de ellas mismas-; le ruegan estas pobres mujeres que les dé un consejo y que pida por ellas.

-Verdaderamente oraré por vosotras. Le pediré a Dios que os dé paz y que vuestro hermano se convierta y se acuerde de vosotras, con la devolución de lo que es justo y, sobre todo, con renovado amor a vosotras. Porque si hace esto, hará todo lo demás. ¿Pero lo queréis, o le guardáis rencor?, ¿lo perdonáis de corazón, o lloráis con desdén? Porque él también es infeliz, y más que vosotras; y, a pesar de sus riquezas, es más pobre que vosotras; así que hay que compadecerlo. Ya no tiene amor, y carece del amor de Dios. ¿Os dais cuenta de lo desdichado que es? Con la muerte --como primero vuestra madre- cerraréis con júbilo esta vida triste que os ha provocado; él, sin embargo, no: es más, del falso gozo de ahora pasaría a un tormento eterno y atroz. Venid conmigo. Voy a hablar a todos hablándoos a vosotras.

Y Jesús se dirige al medio de un prado salpicado de matas de flores, en cuyo centro antes debía haber una estatua; ahora sólo queda la base, rodeada de un seto bajo de mirto y rositas menudas. Jesús se pone junto a ese seto y hace ademán de querer hablar. Todos se agrupan en torno a É1 y guardan silencio.

Paz a vosotros. Escuchad.

Está escrito: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". Pero, ¿en el prójimo quién está contenido? Todo el género humano tomado en general. Luego, más en particular, todos los de la misma nación; luego, más en particular todavía, todos los de la misma ciudad; luego, restringiendo aún más, todos los parientes; en fin, último círculo de esta corona de amor ceñida cual pétalos de rosa en torno al corazón de la flor, el amor a los hermanos de sangre, que son los primeros prójimos. El centro del corazón de la flor de amor es Dios: el amor a Dios es el primero que hay que tener. Alrededor de este centro, el amor a los padres, que es el segundo que hay que tener, porque realmente el padre y la madre son los pequeños "Dios" de la tierra, al crearnos y cooperar con Dios en nuestra creación, además de cuidarnos con amor incansable. Alrededor de este ovario, llameante de pistilos, que exhala los perfumes de los más selectos amores, se disponen estrechamente ceñidos los círculos de los varios amores. El primero de ellos es el del amor a los hermanos nacidos del mismo seno y de la misma sangre de que nacimos nosotros.

Pero, ¿cómo se debe amar al propio hermano? ¿Sólo porque su carne y su sangre sean iguales que las nuestras? Eso lo saben hacer también los pajarillos agrupados en un nido. Ellos, efectivamente lo único que tienen en común es el haber nacido de una misma nidada y el sentir en común en su lengua el sabor de la saliva materna y paterna. Los hombres valemos más que

los pájaros. Tenemos más que carne y sangre. Tenemos al Padre, además de un padre y una madre Tenemos el alma, y tenemos a Dios, Padre de todos. Así pues, hay que saber amar al hermano como hermano por el padre y la madre que nos han generado, y como hermano por Dios, que es Padre universal.

Hay que amarlo, por tanto, además de carnalmente, espiritualmente; amarlo no sólo por la carne y la sangre, sino por el espíritu que tenemos en común; amar --como tiene que ser- más el espíritu que la carne de nuestro hermano, porque el espíritu es más que la carne, porque el Padre Dios es más que el padre hombre, porque el valor del espíritu es mayor que el de la carne, porque nuestro hermano sería mucho más infeliz si perdiera al Padre Dios que perdiendo al padre hombre. Ser huérfano de padre - hombre es cosa verdaderamente lastimosa, pero es sólo media orfandad. Se resiente de ella sólo lo terreno, nuestra necesidad de ayuda y caricias. El espíritu, sí sabe creer, no queda lesionado por la muerte del padre. Es más, el espíritu del hijo, para seguir al justo hasta el lugar en que se encuentra, asciende como atraído por una fuerza de amor. En verdad os digo que ello es amor, amor a Dios y al padre que con su espíritu ha subido a región sabia. Asciende a estos lugares en que Dios está más cercano, y obra con más rectitud, porque no le falta lo que es la verdadera ayuda (las oraciones de su padre, que ahora sabe amar cumplidamente); ni el freno que le viene de la certeza de que el padre ahora ve las obras de su hijo mejor que en vida, y también de deseo de poder reunirse con él mediante una vida santa.

Por eso hay que preocuparse más del espíritu que del cuerpo del propio hermano. Bien pobre amor sería un amor que se dirigiera sólo a lo perecedero, descuidando aquello que es imperecedero y que, habiéndolo descuidado, puede perder la alegría eterna. Demasiados son los que trabajan por cosas inútiles, se afanan por cosas de relativo mérito, mientras pierden de vista aquello que es verdaderamente necesario. Las buenas hermanas, los buenos hermanos, no deben preocuparse solamente de tener en orden la ropa, preparada la comida, o de ayudar a sus hermanos con el trabajo; deben poner atención a los espíritus de sus hermanos y oír sus voces, percibir sus defectos y, con amorosa paciencia, trabajar para darles un espíritu sano y santo, si en esas voces y defectos ven un peligro para su vida eterna; y deben -si recibieron ofensa de su hermano- empeñarse en perdonar y en que Dios lo perdone mediante su retorno al amor, sin el cual Dios no perdona.

Está escrito en el Levítico: "No odies a tu hermano en tu corazón, sino repréndelo públicamente, para no cargarte de pecados por su causa". Pero, de no odiar a amar hay todavía un abismo. Quizás os parece que la antipatía, la separación y la indiferencia no son pecado por el hecho de no ser odio. No. Yo vengo a dar nuevas luces al amor, y, por tanto, necesariamente, al odio; pues lo que clarifica en todos sus detalles al primero sabe clarificar en todos sus detalles al segundo; la misma elevación del primero a altas esferas produce como consecuencia un alejamiento mayor del segundo, pues cuanto más se eleva el primero el segundo parece hundirse en un fondo cada vez más profundo.

Mi doctrina es perfección, finura de sentimiento y de juicio, verdad sin metáforas ni perífrasis; y os digo que la antipatía, la separación y la indiferencia son ya odio; simplemente porque no son amor. Lo contrario del amor es el odio. ¿Vas a dar otro nombre a la antipatía, o al hecho de alejarse de un ser, o a la indiferencia? Quien ama siente simpatía por el amado; así que, si siente antipatía por él, es que ya no lo ama. Quien ama sigue cerca del amado con su espíritu, aunque materialmente la vida lo haya alejado de él; por lo cual, cuando uno se separa de otro con el espíritu, es porque ya no lo ama. Quien ama no siente jamás indiferencia hacia el amado; antes al contrario, todas sus cosas le interesan; así pues, si uno siente indiferencia por una persona, es señal de que ya no lo ama. Como veis, estas tres cosas son ramificaciones de un solo árbol: el del odio.

Veamos, ¿qué sucede en cuanto nos sentimos ofendidos por una persona a la que amamos? El noventa por ciento de las veces, si no viene odio, viene antipatía, separación o indiferencia. No. No os comportéis así. No congeléis vuestro propio corazón con estas tres formas del odio. Amad. Os preguntáis: "¿Cómo podremos hacerlo?". Os respondo: "De la misma forma que puede Dios, que ama también a quien lo ofende; es un amor doloroso, pero siempre bueno". Decís: "'¿Cómo lo hacemos?". Pues bien, os doy la nueva ley sobre las relaciones con el hermano ofensor: "Si tu hermano te ofende, no lo humilles públicamente reprendiéndole delante de los demás; antes bien, alarga tu amor hasta cubrir la culpa de tu hermano ante los *ojos* del mundo"; tendrás gran mérito ante los *ojos* de Dios si por amor niegas anticipadamente a tu orgullo toda satisfacción.

¡Cuánto le gusta al hombre que se sepa que fue ofendido y que sufrió por ello! No va al rey, a pedir una dádiva de oro, sino que, cual mendigo sin juicio, va a donde otros insensatos y pordioseros como para pedir unos puñados de ceniza y estiércol y sorbos de ardiente bebedizo: esto da el mundo al ofendido que va lamentándose y mendigando consuelos. Dios, el Rey, da oro puro a quien, habiendo sido ofendido, va, sin rencor, sólo a llorar a sus pies su dolor y a pedirle, a pedir al Amor y Sabiduría, consuelo de amor y enseñanza para esa penosa contingencia. Por tanto, si queréis consuelo, id a Dios y obrad con amor.

Corrijo la ley antigua y os digo: "Si tu hermano peca contra ti, ve y corrígelo a solas. Si te escucha, habrás ganado de nuevo a tu hermano, y muchas bendiciones de Dios. Pero si tu hermano no te hace caso y, obstinado en su culpa, te rechaza, entonces, porque no se diga que asientes a su pecado o que no te importa el bien del espíritu de tu hermano, toma contigo a dos o tres testigos serios, buenos, dignos de confianza, vuelve con ellos donde tu hermano y repite en su presencia tus observaciones, para que los testigos puedan dar fe de que hiciste todo lo que estaba en tu mano para corregir con santidad a tu hermano. Porque es éste el deber de un buen hermano, dado que ese pecado contra ti, cometido por él, lesiona su alma, y tú te debes preocupar de su alma. Si no da resultado esto tampoco, ponlo en conocimiento de la sinagoga, para que lo llame al orden en nombre de Dios. Si ni siquiera con esto se corrige, sino que rechaza a la sinagoga o al Templo de la misma forma que te rechazó a ti, considéralo publicano y gentil.

Haced esto con los hermanos de sangre y con los hermanos de amor, pues hasta con vuestro más lejano prójimo debéis obrar con santidad, y sin codicia ni intransigencia ni odio. Y cuando haya causas por las que sea necesario ir a los jueces y estés yendo ya con tu adversario, Yo te digo, ¡oh, hombre, que muchas veces te ves metido en males mayores por tu culpa!, te digo que hagas todo lo que esté de tu mano, mientras vas de camino, por reconciliarte con él, tengas razón o no; porque la justicia humana es siempre imperfecta, y generalmente el astuto se sale con la suya a costa de la justicia, de forma que podría pasar por inocente el culpable y tú, inocente, podrías pasar por culpable. Entonces te sucedería que no sólo no obtendrías reconocimiento

de tu derecho, sino que incluso perderías la causa, que pasarías, de inocente, a la situación de culpable de difamación con lo cual el juez te entregaría al brazo de la justicia, y no te soltarían hasta que hubieras pagado el último centavo.

Sé conciliador. ¿Que tu orgullo se resiente? Muy bien. ¿Que bolsa se consume? Mejor todavía. Basta con que tu santidad aumente. No sintáis nostalgia por el oro, no seáis codiciosos de alabanzas. Procuraos la alabanza que viene de Dios, procuraos una rica bolsa en el Cielo. Y orad por los que os ofenden, para que se enmienden; si ello sucede, serán ellos mismos quienes os restituirán honores y bienes; si no lo hacen, Dios proveerá.

Podéis marcharos, ahora que es la hora de la comida. Que se queden sólo los mendigos para sentarse a la mesa apostólica. La paz sea con vosotros.

## 278

## El perdón y la parábola del siervo inicuo. La misión confiada a setenta y dos discípulos

Transcurrida la comida y después de haber saludado a los pobres, Jesús continúa con los apóstoles y discípulos en el jardín de María de Magdala. Van al límite de éste a sentarse, al lado mismo de las tranquilas aguas del lago, donde unas barcas de vela se mueven en busca de pesca.

Pedro, que está observando, comenta:

-Tendrán buena pesca.

-Tú también tendrás buena pesca, Simón de Jonás.

-¿Yo, Señor? ¿Cuándo? ¿Te refieres a que vaya a pescar para procurarnos comida para mañana? Voy inmediatamente y...

-No tenemos necesidad de comida en esta casa. La pesca tuya es futura, y en el campo espiritual. Y contigo serán también magníficos pescadores la mayor parte de los presentes.

-¿No todos, Maestro? - pregunta Mateo.

-Los que, perseverando, vengan a ser sacerdotes míos tendrán buena pesca. No todos.

-¿Conversiones, no? - pregunta Santiago de Zebedeo.

-Convertir, perdonar, guiar hacia Dios... ¡muchas cosas!

¯Maestro, antes has dicho que a uno que no preste oídos a su hermano ni siquiera en presencia de testigos se le lleve a que le aconseje la sinagoga. Ahora bien, si he entendido bien lo que nos has dicho desde que nos conocemos, me parece que la sinagoga va a ser sustituida por la Iglesia, eso que vas a fundar. Entonces, ¿a dónde vamos a ir para que aconsejen a los hermanos cabezotas?

A vosotros mismos, porque vosotros seréis mi Iglesia. Por tanto, los fieles se dirigirán a vosotros, bien sea para que los aconsejéis en un asunto propio, bien sea para que les deis un consejo para terceros. Os digo más aún: no sólo podréis dar consejos, sino que podréis incluso absolver en mi Nombre. Podréis liberar de las cadenas del pecado y vincular a dos que se aman haciendo de dos una sola carne. Y cuanto hagáis será válido ante los ojos de Dios como si hubiera sido el mismo Dios quien lo hubiera hecho. En verdad os digo: lo que atéis en la tierra será atado en el Cielo, lo que desatéis en la tierra será desatado en el Cielo. Y os digo también esto -para que comprendáis la potencia de mi Nombre, del amor fraterno y de la oración-: si dos discípulos míos (quiero decir ahora todos aquellos que crean en el Cristo) se reúnen para pedir cualquier cosa justa, en mi Nombre, mi Padre se la concederá. Gran poder tiene, efectivamente, la oración; gran poder, la unión fraterna; grandísimo, infinito poder, mi Nombre y mi presencia entre vosotros. Donde dos o tres se reúnan en mi Nombre, efectivamente, Yo estaré en medio de ellos, y oraré con ellos, y mi Padre no dirá que no a quien conmigo ora. Porque muchos no obtienen porque oran solos, o porque oran por motivos ilícitos, o con orgullo, o con pecado en su corazón. Lavad vuestro corazón, para que pueda estar con vosotros; luego orad, y seréis escuchados.

Pedro está pensativo. Jesús se da cuenta y le pregunta el porqué Pedro explica:

-Estoy pensando en la magnitud de la responsabilidad que se nos asigna. Y siento miedo, miedo de no saber hacerle bien.

-Efectivamente, Simón de Jonás o Santiago de Alfeo o Felipe, y así los demás, no sabrían hacerlo bien; pero el sacerdote Pedro, el sacerdote Santiago, el sacerdote Felipe o Tomás, sabrán hacerlo bien, porque obrarán junto con la divina Sabiduría.

¿Cuántas veces deberemos perdonar a un hermano? ¿Cuántas, si pecan contra los sacerdotes?, ¿cuántas, si pecan contra Dios? Porque, si sucede como ahora, sin duda pecarán contra nosotros, visto que pecan contra ti tantísimas veces. Dime si debo perdonar siempre o sólo un determinado número de veces; por ejemplo, ¿siete veces?, ¿o más?

-No te digo siete, sino setenta veces siete; un número sin medida, porque el Padre también os perdonará a vosotros (a vosotros, que deberíais ser perfectos) muchas veces, un número grande de veces Pues bien, debéis ser con los demás como el Padre es con vosotros, porque representáis a Dios en la tierra. Es más, oíd esta parábola que os voy a exponer y que servirá para todos.

Y Jesús, que estaba rodeado solamente por los apóstoles, en un pequeño quiosco de boj, se dirige hacia los discípulos, que, respetuosamente, están en grupo en una plazoleta embellecida con un pilón, lleno de agua cristalina. La sonrisa de Jesús es una señal de que va a hablar; así que, mientras Él camina, con su paso lento y largo por lo cual, sin apresurarse, recorre mucho espacio en poco tiempo-, los discípulos se llenan de alegría... y, cual niños reunidos en torno a alguien que los hace felices, se cierran en círculo: es una corona de rostros atentos. Jesús, se adosa a un alto árbol y empieza a hablar.

- Cuanto he dicho antes a la gente debe ser perfeccionado para vosotros, que sois los elegidos de entre la gente.

E1 apóstol Simón de Jonás me ha dicho: "¿Cuántas veces debo perdonar? ¿A quién? ¿Por qué?". Le he respondido en privado. Ahora voy a repetir para todos mi respuesta en aquello que es justo que sepáis ya desde ahora. Escuchad cuántas veces y cómo y por qué se tiene que perdonar.

Hay que perdonar como perdona Dios, el cual, si uno peca mil veces, pero se arrepiente, mil veces perdona; le basta ver que en el culpable no hay voluntad de pecar, no hay búsqueda de lo que hace pecar, sino que el pecado es sólo fruto de una debilidad del hombre. En el caso de persistencia voluntaria en el pecado, no puede haber perdón por las culpas cometidas contra la Ley. Pero vosotros perdonad el dolor que estas culpas os produzcan individualmente. Perdonad siempre a quien os haga un mal. Perdonad para ser perdonados, porque también vosotros tenéis culpas con Dios y con los hermanos. El perdón abre el Reino de los Cielos tanto al perdonado cuanto al que perdona; asemeja a lo que sucedió entre un rey y sus súbditos:

Un rey quiso hacer cuentas con sus súbditos. Los llamó, pues, uno a uno, empezando por los que estaban más arriba. Vino uno que le debía diez mil talentos. Pero este súbdito no tenía con qué pagar el anticipo que el rey le había prestado para que se construyera la casa y adquiriese todo tipo de cosas que necesitara, porque verdaderamente no había administrado -por muchos motivos, más o menos justos- solícitamente la suma que había recibido para estas cosas. El rey-amo, indignado por la holgazanería de su súbdito y por la falta a su palabra, ordenó que fueran vendidos él, su mujer, sus hijos y cuanto poseía, hasta que quedase saldada la deuda. Pero el súbdito se echó a los pies del rey, y, llorando y suplicando, le rogaba: "Déjame marcharme. Ten un poco de paciencia y te devolveré todo lo que te debo, hasta el último denario". El rey, movido a compasión por tanto dolor -era un rey bueno-, no sólo aceptó esto, sino que, habiendo sabido que entre las causas de la poca diligencia y de no pagar había también enfermedades, llegó incluso a condonarle la deuda.

El súbdito se marchó contento. Pero, saliendo de allí, encontró en el camino a otro súbdito, un pobre súbdito al que había prestado cien denarios tomados de los diez mil talentos que había recibido del rey.

Convencido de gozar del favor regio, creyó todo lícito, así que cogió al infeliz por el cuello y le dijo: "Devuélveme inmediatamente lo que me debes". Inútil fue que el hombre, llorando, se postrase a besarle los pies gimiendo: "Ten piedad de mí, que estoy viviendo muchas desgracias. Ten un poco de paciencia todavía, y te devolveré todo, hasta el último centavo". El súbdito, inmisericorde, llamó a los soldados e hizo que el infeliz fuera encarcelado para que se decidiera a pagar, so pena de perder la libertad o incluso la vida.

La cosa se vino a saber ampliamente entre los amigos del desdichado, los cuales, llenos de tristeza, fueron a referirlo al rey y amo. Éste, conocido el hecho, ordenó que fuera conducido a su presencia el servidor despiadado. Mirándolo severamente, dijo: "Siervo inicuo, te había ayudado para que te hicieras misericordioso, para que consiguieras incluso una riqueza; luego te he ayudado condonándote la deuda por la que tanto implorabas que tuviera paciencia. Tú no has tenido piedad de un semejante tuyo, mientras que yo, que soy rey había tenido mucha piedad de ti. ¿Por qué no has hecho lo que yo hice contigo?". Y lo entregó, indignado, a los carceleros, para que lo retuvieran hasta que pagase todo, diciendo: "De la misma forma que no tuvo piedad de uno que le debía muy poco, cuando yo, que soy rey, había tenido mucha piedad de él, de la misma forma no halle piedad en mí".

Esto hará también mi Padre con vosotros, si sois despiadados con vuestros hermanos; si, habiendo recibido tanto de Dios, os cargáis de culpas más que un fiel. Recordad que tenéis más obligación de evitar el pecado que ningún otro. Recordad que Dios os anticipa un gran tesoro, pero que quiere que le rindáis cuentas de él. Recordad que ninguno como vosotros debe saber practicar amor y perdón.

No seáis siervos que queráis mucho para vosotros y luego no deis nada a quien os pide. El comportamiento que tengáis será el que recibiréis. Y se os pedirá cuenta del comportamiento de los demás que hayan sido impulsados al bien o al mal por vuestro ejemplo. ¡Si sois santificadores, recibiréis verdaderamente una gloria grandísima en el Cielo! Pero, de la misma forma, si sois corruptores, o simplemente holgazanes en santificar, seréis duramente castigados.

Os lo repito: si alguno de vosotros no está dispuesto a ser víctima de su propia misión, que se marche, pero que no falte a su misión. Y digo: que no falte en las cosas verdaderamente nocivas para su propia formación y la de los demás. Y sepa tener a Dios por amigo ofreciendo siempre en su corazón perdón a los débiles. Así, Dios Padre ofrecerá el perdón a todo aquel de vosotros que sepa perdonar.

La pausa ha terminado. Se acerca el tiempo de los Tabernáculo. Aquellos a quienes esta mañana he hablado aparte, desde mañana irán precediéndome y anunciándome a la gente de los respectivos lugares; los que no vienen que no se desalienten. Si he reservado a algunos de ellos, ha sido por motivo de prudencia y no por desprecio; estarán conmigo, pero pronto los enviaré como ahora envío a los primeros setenta y dos. La mies es mucha y los obreros serán siempre pocos respecto a las necesidades; habrá, pues, trabajo para todos, y ni siquiera serán suficientes. Por tanto, sin rivalidades, rogad al Dueño de la mies que siga mandando nuevos obreros para su cosecha.

Entretanto, marchaos. Yo y los apóstoles, en estos días de pausa, hemos completado vuestra instrucción acerca del trabajo que tenéis delante, repitiendo lo que Yo ya dije antes de enviar a los doce.

Uno de vosotros me ha preguntado: “¿Cómo curaré en tu Nombre?". Curad siempre antes el espíritu. Prometedles a los enfermos que obtendrán el Reino de Dios si saben creer en mí, y, vista en ellos la fe, ordenad a la enfermedad que se aleje, y se alejará. Y haced lo mismo con los enfermos del espíritu. Encended, antes que nada, la fe. Comunicad, con la palabra firme, la esperanza. Yo me agregaré depositando en ellos la divina caridad, como la deposité en vuestros corazones después de que creísteis en mí y esperasteis en la misericordia. Y no temáis ni a los hombres ni al demonio. No os harán ningún mal. Lo único que debéis temer es la sensualidad, la soberbia, la avaricia, que pueden ser causa de entregaros a Satanás y a los hombres-demonio, que también existen.

Poneos, pues, en movimiento y precededme por los caminos del Jordán. Cuando lleguéis a Jerusalén, id al valle de Belén a reuniros con los pastores, y, con ellos, volved donde mí, al lugar que sabéis: celebraremos juntos la fiesta santa, para luego regresar más confirmados que nunca a nuestro ministerio.

Idos con paz. Os bendigo en el santo Nombre del Señor».

## 279

## Encuentro con Lázaro en el campo de los Galileos

El famoso campo de los Galileos -creo que es lo que significa la palabra usada por Jesús para designar el lugar de encuentro con los setenta y dos discípulos enviados delante de El- no es sino una parte del monte de los Olivos, más apartado hacia el camino de Betania (es más, el camino pasa por ahí). Es también el lugar exacto en que, en una visión ya lejana, vi que acampaban Joaquín y Ana con el entonces pequeño Alfeo, junto a otras chozas de ramas, en los Tabernáculos que precedieron a la concepción de la Virgen.

La cima del monte de los Olivos es suave: Todo es suave en ese monte: las subidas, los panoramas, la cima. Espira realmente paz, vestido como está de olivos y silencio. Ahora no, porque ahora es un verdadero hormigueo de gente aplicada a hacer las chozas. Pero generalmente es un lugar de gran quietud, de meditación. A su izquierda, respecto a un observador que mire orientándose hacia el norte, hay una leve depresión; luego una nueva cima (aún menos cerrada que la del monte de los Olivos):

Aquí, en esta explanada, acampan los galileos. No sé si es por costumbre religiosa ya secular o si es por orden de los romanos, con la finalidad de evitar choques con los judíos o con otros de otras regiones, poco corteses con los galileos. No lo sé. Sí sé que ya veo a muchos galileos, entre los cuales a Alfeo de Sara de Nazaret, a Judas, el anciano hacendado de la zona de Merón, al arquisinagogo Jairo, y a otros cuyo nombre desconozco y venidos de Betsaida, Cafarnaúm y otras ciudades galileas.

Jesús señala el lugar que deberán ocupar para sus cabañas: justo en las lindes orientales del campo de los Galileos. Se ponen a construir las cabañas los apóstoles y algunos discípulos, entre los cuales están el sacerdote Juan y el escriba Juan, el arquisinagogo Timoneo más Esteban, Hermasteo, José de Emaús, Abel de Belén de Galilea.

En esto -mientras construyen las cabañas y Jesús habla con unos niños de Cafarnaúm que se han ceñido en torno a Él y le están preguntando un sinfín de cosas y confiándole otras tantas-, por el camino que viene de Betania, aparece Lázaro, junto con el inseparable Maximino. Jesús está vuelto de espaldas y no lo ve venir. En cambio el Iscariote sí lo ve y avisa al Maestro, el cual deja automáticamente a los niños y, sonriendo, se dirige hacia su amigo. Maximino se detiene para dejar plena libertad a los dos en el primer momento de su encuentro. Lázaro recorre los últimos metros, caminando con más dificultad que nunca, rápidamente en la medida de sus posibilidades, con una sonrisa en la que tiemblan el sufrimiento en su boca y las lágrimas en sus ojos. Jesús abre los brazos y Lázaro cae sobre su corazón prorrumpiendo en un fuerte llanto.

-Pero hombre, amigo mío, ¿lloras todavía?... - le pregunta Jesús, y lo besa en la sien (es bastante más alto que Lázaro - toda la cabeza-, y parece todavía más alto, porque Lázaro está inclinado en su abrazo de amor y respeto).

Levanta por fin la cabeza Lázaro y dice:

-Lloro, sí. El año pasado te di las perlas de mi triste llanto, justo es que recibas las perlas de mi llanto de alegría. ¡Maestro, Maestro mío! Estimo que nada hay más humilde y santo que el llanto bueno... y es lo que te doy, para decirte "gracias" por mi María que ahora es enteramente una niña dichosa, serena, pura, buena... ¡mucho más buena todavía que cuando era pequeña! Yo, que en mi orgullo de israelita fiel a la Ley me sentía muy por encima de ella, ahora me siento muy pequeño, muy nada, respecto a ella, que ya no es una criatura sino una llama de fuego, una llama santificadora. Yo... no llego a entender dónde halla esa sabiduría, esas palabras, esas obras que encuentra y que edifican a toda la casa. La miro como se mira un misterio. ¿Cómo, tanto fuego y tantas gemas podían celarse en tranquila convivencia bajo tanta podredumbre? Ni yo ni Marta subimos hasta donde ella sube. ¿Cómo lo hace, si ha tenido rotas las alas por el vicio? No entiendo...

-Ni falta que hace que entiendas. Basta con que entienda Yo. Pero te digo que María tiene las energías de su ser orientadas hacia el Bien. Ha encauzado su temperamento hacia la perfección, y, dado que es un temperamento de poderoso absolutismo, se lanza sin reservas por este camino. Utiliza su experiencia del mal para ser potente en el bien como lo fue en el mal; usando los mismos sistemas de darse enteramente, que tenía en el pecado, se da toda a Dios. Ha comprendido la ley del "ama a Dios con todo tu ser, con tu cuerpo y con tu alma, con todas tus fuerzas". Si Israel estuviera hecho de Marías, si el mundo estuviera hecho de Marías, tendríamos en la tierra el Reino de Dios cual será en el altísimo Cielo.

-¡Oh! ¡Maestro, Maestro! ¡Y es María de Magdala la que merece estas palabras!...

-Es María de Lázaro, la gran amiga hermana del gran amigo mío. ¿Cómo habéis sabido que estaba aquí, si todavía mi Madre no ha ido a Betania?

-Ha venido, forzando el camino, el encargado de Agua Especiosa, y me ha dicho que venías. Todos los días he mandado aquí a uno de la servidumbre. Hace poco ha vuelto diciendo: "Ha llegado. Está en el campo galileo". Me he puesto en marcha inmediatamente...

-Pero si estás mal...

-¡Muy mal, Maestro! Estas piernas...

-¡Y has venido! Habría ido Yo pronto...

-Mi prisa por manifestarte mi alegría era demasiado angustiosa Hace meses que lo tengo dentro. ¡Una carta! ¡Qué es una carta para decirte una cosa como ésta! Ya no podía esperar más... ¿Vas a venir a Betania?

-Ciertamente. En cuanto termine la fiesta.

-Te esperan con gran impaciencia... La griega... ¡Qué mente! Converso mucho con ella, ávida de saber de Dios. Pero es muy culta... y yo, que no sé bien ciertas cosas, debo ceder; haces falta Tú.

-Iré. Ahora vamos con Maximino; luego, te ruego que te consideres mi invitado. Mi Madre se alegrará al verte. Y podrás descansar Dentro de poco vendrá con el niño.

Y Jesús llega donde Maximino, el cual se arrodilla para saludarlo...

## 280

## El regreso de los setenta y dos. Profecía sobre los místicos futuros

En el largo crepúsculo de un sereno día de Octubre, regresan los setenta y dos discípulos con Elías, José y Leví. Cansados, llenos de polvo... ¡Pero, qué dichosos! Dichosos los tres pastores por poder ya servir libremente al Maestro; dichosos también de estar -después de tantos años de separación- unidos a sus compañeros de antaño; dichosos los setenta y dos, por haber desarrollado bien su primera misión: los rostros resplandecen más que las lamparillas que iluminan las cabañas construidas para este numeroso grupo de peregrinos.

En el centro está la cabaña de Jesús. Dentro de ella, María con Margziam, que le ayuda a preparar la cena; alrededor, las cabañas de los apóstoles. En la de Santiago y Judas está María de Alfeo; en la de Juan y Santiago, María Salomé con su marido; en la que esta pegando a esta última, Susana con su marido, que no es ni apóstol ni discípulo... oficial, pero que debe haber hecho valer su derecho de estar allí, sobre la base de haber concedido a su mujer ser toda de Jesús. Luego, alrededor, las de los discípulos, quién con familia, quién sin ella; los que están solos -los más- se han agregado a uno o más compañeros. Juan de Endor ha tomado consigo al solitario Hermasteo, pero ha tratado de acercarse lo más posible a la cabaña de Jesús; así es que Margziam va a menudo donde él a llevar esto o aquello o a alegrarle con sus palabras de niño inteligente y feliz de estar con Jesús, María y Pedro, y además en una fiesta.

Terminada la cena, Jesús se encamina hacia las laderas del monte de los Olivos. Los discípulos le siguen en masa.

Aislados del runrún y la multitud, después de orar en común, informan a Jesús más ampliamente de cuanto no han podido hacerlo antes en medio de unos que iban y otros que venían. Se revelan asombrados y contentos, mientras dicen:

-¿Sabes, Maestro, que por la fuerza de tu Nombre hemos dominado no sólo las enfermedades sino incluso a los demonios? ¡Qué cosa, Maestro! ¡Nosotros, nosotros, unos pobres hombres, por el simple hecho de que nos habías enviado Tú podíamos liberar al hombre del espantoso poder de un demonio!... - y narran muchos casos, sucedidos en uno u otro lugar.

Sólo de uno dicen:

-Sus familiares, para más exactitud su madre y unos vecinos, lo trajeron a la fuerza a nuestra presencia. Pero el demonio se burló de nosotros diciendo: "He vuelto aquí por voluntad suya, después de que Jesús Nazareno me había expulsado, y ya no me vuelvo a marchar de él porque me ama más a mí que a vuestro Maestro y me ha buscado de nuevo". Y, de repente, con una fuerza irresistible, arrancó al hombre de las manos del que lo sujetaba y lo arrojó por una escarpada. Corrimos a ver si se había espachurrado. ¡Qué va, hombre! Corría como una joven gacela, profiriendo blasfemias y palabras burlescas que ciertamente no eran de este mundo... Sentimos compasión de la madre... ¡Pero él! ¡Pero él! ¿Pero puede hacer eso el demonio?

-Eso y más todavía - dice afligido Jesús.

-Quizás si hubieras estado Tú...

-No. A ese hombre le había dicho: "Ve y no quieras volver a caer en tu pecado". Ha querido. Era consciente de querer el Mal y ha querido. Está perdido. El que sufre posesión por su primitiva ignorancia es distinto del que se deja poseer sabiendo que, haciéndolo, se vende de nuevo al demonio. No habléis de él. Es un miembro amputado sin esperanza. Es un voluntario del Mal. Alabemos, más bien, al Señor por las victorias que os ha dado. Yo sé el nombre del culpable y los nombres de los salvados. Veía a Satanás caer del Cielo como un rayo por vuestro mérito unido a mi Nombre. Porque he visto también vuestros sacrificios, vuestras oraciones, el amor con que ibais a los desdichados para cumplir lo que Yo había indicado. Habéis obrado con amor y Dios os ha bendecido. Otros harán lo mismo que hacéis vosotros, pero sin amor, y no obtendrán conversiones... Mas no os alegréis por haber dominado a los espíritus, alegraos porque vuestros nombres están escritos en el Cielo. No los borréis jamás de allí...

-Maestro, ¿cuándo vendrán esos que no van a obtener conversiones? ¿Quizás cuando ya no estés con nosotros? - pregunta un discípulo cuyo nombre desconozco.

-No, Agapo. En todo tiempo.

-Es decir, ¿incluso mientras nos adoctrinas y nos amas?

-Sí. Amaros os amaré siempre, aunque estéis lejos de mí. Mi amor llegará siempre a vosotros, y lo sentiréis.

-¡Es verdad! Yo lo sentí una tarde que estaba preocupado por no saber qué responder a las preguntas de uno. Ya estaba para marcharme avergonzado. Pero me acordé de tus palabras: "No temáis. En su momento se os darán las palabras que habréis de decir", y te invoqué con mi espíritu. Dije: "Sin duda Jesús me ama, así que pido el auxilio de su amor" y me vino el amor... como un fuego, una luz... una fuerza... El hombre estaba frente a mí, y me observaba y sonreía maliciosamente con ironía haciendo guiños a sus amigos; se sentía seguro de vencer la disputa. Abrí mi boca y fue como un torrente de palabras que salía con gozo de mi necia boca. Maestro, ¿viniste realmente o fue una ilusión? No lo sé. Sé que, al final, el hombre – y era un escriba- se ha arrojado a mi cuello diciéndome: "Bienaventurado tú y quien te ha conducido a esta sabiduría". Me pareció una persona deseosa de buscarte. ¿Vendrá?

-La idea del hombre es lábil como palabra escrita en el agua, su voluntad se mueve cual ala de golondrina que revolotea en busca de la última comida del día. De todas formas, ora por él... Y... sí, fui a ti; y, como tú, me tuvieron también Matías y

Timoneo, Juan de Endor, Simón, Samuel y Jonás. Quién advirtió mi presencia, quién no la advirtió; pero he estado con vosotros, y estaré con quien me sirva en amor y verdad, hasta el final de los siglos.

-Maestro, no nos has dicho todavía si entre los presentes habrá personas sin amor...

-No es necesario saberlo. Sería falta de amor por mi parte indisponeros hacia un compañero que no sabe amar.

-¿Pero hay? Esto sí lo puedes decir...

-Hay. El amor es la cosa más sencilla, dulce e infrecuente que hay; no siempre arraiga, aunque haya sido sembrado.

-Pero, si no te amamos nosotros, ¿quién te puede amar?

Casi hay indignación en los apóstoles y discípulos, que se alborotan, descontentos, por la sospecha y el dolor.

Jesús baja los párpados, y con sus ojos cela también su mirada para que no señale a nadie. Eso sí, hace su gesto de resignación, el gesto dulce y triste de sus manos, que se abren con las palmas hacia arriba; su gesto de resignada confesión, de resignada constatación, y dice:

-Así debería ser. Pero no es así. Muchos todavía no se conocen. Pero Yo sí los conozco, y siento compasión de ellos.

-¡Oh! ¡Maestro, Maestro! ¿No seré yo, eh? - pregunta Pedro mientras se pega literalmente a Jesús, aplastando al pobre Margziam entre sí y el Maestro, y echa sus brazos cortos y robustos a los hombros de Jesús, y lo agarra y lo menea, enloquecido por el terror de ser uno que no ama a Jesús.

Jesús abre sus ojos, luminosos a pesar de estar tristes, y mira el rostro interrogativo y aterrorizado de Pedro, y le dice:

-No, Simón de Jonás, tú no eres; tú sabes amar y sabrás amar cada vez más; tú eres mi Piedra, Simón de Jonás, una buena piedra, sobre la cual apoyaré las cosas que más quiero, y estoy seguro de que las sostendrás imperturbable.

-¿Y entonces?,

-¿Yo?,

-¿Yo? Las preguntas se repiten de boca en boca, como el eco.

-¡Calma! ¡Calma! Estad tranquilos y esforzaos en poseer todos el amor.

-Pero, de nosotros, ¿quién sabe amar más?

Jesús extiende su mirada (una caricia sonriente) a todos... luego baja su mirada y la posa en Margziam, que sigue apretado entre Él y Pedro, y apartando un poco a Pedro y poniendo al niño de cara a la pequeña muchedumbre, dice:

-Éste es el que más sabe amar de vosotros. El niño. No os acongojéis, de todas formas, los que tenéis ya barba en la cara e hilos canos en los cabellos. Todo el que renace en Mí se hace "un niño". ¡Marchaos en paz! Alabad a Dios, que os ha llamado, porque verdaderamente veis con vuestros ojos los prodigios el Señor. Bienaventurados los que vean lo que vosotros veis. Porque os digo que muchos profetas y reyes anhelaron ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y muchos patriarcas habrían querido saber lo que vosotros sabéis y no lo supieron, y muchos justos habrían querido escuchar lo que vosotros oís y no pudieron escucharlo. Mas, de ahora en adelante, los que me amen sabrán todo.

-¿Y después, cuando te vayas, como dices?

-Después hablaréis vosotros por mí. Y luego... ¡Oh, las grandes formaciones, no por número sino por gracia, de los que verán, sabrán y escucharán lo que vosotros ahora veis, sabéis y oís! ¡Oh, las grandes, amadas formaciones de mis "pequeños-grandes"! ¡Ojos eternos, mentes eternas, oídos eternos! ¿Cómo explicaros a vosotros que estáis en torno a mí lo que será este eterno vivir -más que eterno, sin medida- de los que me amarán y por mí serán amados hasta el punto de abolir el tiempo, y serán los "ciudadanos de Israel" -aunque vivan cuando ya Israel no sea sino un recuerdo de nación-, los contemporáneos de Jesús vivo en Israel? Estarán conmigo, en mí, hasta el punto de conocer lo que el tiempo ha borrado y la soberbia ha confundido. ¿Qué nombre les daré? Vosotros apóstoles, vosotros discípulos, los creyentes serán llamados "cristianos". ¿Y éstos? ¿Qué nombre tendrán éstos? Un nombre conocido solamente en el Cielo. ¿Qué premio tendrán ya en la Tierra? Mi beso, mi voz, el calor de mi carne. Todo, todo, todo Yo mismo. Yo, ellos. Ellos, Yo. La comunión total... Podéis iros. Yo me quedo aquí a deleitar mi espíritu en la contemplación de mis futuros conocedores y amantes absolutos. La paz sea con vosotros.

## 281

## En el Templo durante la fiesta de los Tabernáculos. Las condiciones para seguir a Jesús. La parábola de los talentos y la parábola del buen samaritano

Jesús se dirige al Templo. Le preceden en grupos los discípulos, le siguen en grupo las discípulas, es decir, su Madre, María Cleofás. María Salomé, Susana, Juana de Cusa, Elisa de Betsur, Analía de Jerusalén, Marta y Marcela. No está la Magdalena. En torno a Jesús, los doce apóstoles y Margziam.

Jerusalén muestra la pompa de las ocasiones solemnes. Gente de todos los lugares en todas sus calles. Cantos, discursos, murmullo de oraciones, imprecaciones de asnerizos, algún llanto de niño. Cubriéndolo todo, un cielo nítido que se deja ver entre las casas, y un sol que desciende alegre a dar vivacidad a los colores de los vestidos, a encender los mortecinos colores de las pérgolas y árboles que acá o allá se vislumbran tras las tapias de los jardines recintados o de los antepechos de las terrazas.

Hay veces que Jesús se cruza con personas conocidas; entonces el saludo es más o menos deferente, según la disposición de éstas. Así, es respetuosísimo, aunque gravedoso, el de Gamaliel, que mira fijamente a Esteban; éste le sonríe desde el grupo de los discípulos (Gamaliel, después de inclinarse ante Jesús, llama aparte a Esteban y le dice unas palabras, y luego Esteban regresa al grupo). De veneración es el saludo del anciano arquisinagogo Cleofás de Emaús, que se dirige con sus paisanos al Templo. Desabrido como una maldición, el saludo de respuesta de los fariseos de Cafarnaúm.

Los campesinos de Jocanán, capitaneados por el administrador, saludan echándose al suelo y besando los pies de Jesús entre el polvo del camino. La gente, extrañada, se detiene a observar a este grupo de hombres que, en un cruce de calles, se

arroja con un grito a los pies de un hombre joven, que no es ni un fariseo ni un famoso escriba, que no es ni un sátrapa ni un alto cortesano. Alguno pregunta que quién es. Corre un murmullo:

-Es el Rabí de Nazaret, el que se dice que es el Mesías.

Entonces, prosélitos y gentiles se arremolinan, curiosos, de forma que empujan al grupo hacia una pared y crean un atasco en la minúscula placita; hasta que un grupo de arrieros los disgrega gritando imprecaciones contra el obstáculo. Mas la multitud, exigente, brutal en esta manifestación suya que es también de fe, se aglomera de nuevo, separando las mujeres de los hombres. Todos quieren tocar el vestido de Jesús, decirle una palabra, hacerle alguna pregunta... esfuerzo inútil, porque esa misma prisa, esa ansia, ese nerviosismo por pasar adelante rechazándose unos a otros, hace que ninguno pueda llegar. Las preguntas y respuestas se confunden también en un único rumor incomprensible.

El único que se abstrae de la escena es el abuelo de Margziam. Ha respondido con un grito al grito de su nietecito, y, enseguida, tras venerar al Maestro, ha estrechado contra su corazón al nieto, y luego, todavía apoyado sobre los talones, ambas rodillas en tierra, lo ha sentado en su regazo, y lo admira y acaricia con lágrimas y besos de dicha mientras le pregunta y escucha. El anciano se siente tan feliz que está ya en el Paraíso.

Acuden los soldados romanos, creyendo que hay alguna pelea. Se abren paso. Pero sonríen cuando ven a Jesús, y, limitándose a aconsejar a los presentes que dejen libre ese importante cruce, se retiran tranquilos. Jesús obedece inmediatamente, aprovechando el espacio que crean los romanos, que van unos pasos delante de Él como para abrirle camino, aunque en realidad es para volver a su puesto de piquete, porque la guardia romana ha sido reforzada mucho, como si Pilatos fuera al corriente de un descontento entre la muchedumbre y temiera amotinamientos en estos días en que Jerusalén está colmada de hebreos procedentes de todas partes. Y es bonito verlo caminar precedido por este grupo armado romano, como un rey al que se va abriendo paso cuando se dirige a sus posesiones.

Cuando ha empezado a moverse ha dicho al niño y al anciano:

-Estad juntos y seguidme - y al administrador de Jocanán: "Te ruego que me dejes a tus hombres. Serán invitados míos hasta la noche".

El administrador responde obsequioso:

-Hágase todo lo que quieras - y, tras un respetuoso saludo, se marcha solo.

E1 Templo está ya cerca, y el bullicio de la multitud, como movimiento de hormigas junto a la entrada del hormiguero, es aún mayor. En esto, un campesino de Jocanán grita:

-¡El amo! - y cae de rodillas para saludar, y lo imitan los demás.

Jesús está en pie en medio de un grupo de hombres postrados (porque los campesinos se habían arrimado bien a Él). Vuelve la mirada hacia el lugar señalado y encuentra la mirada de un fariseo pomposamente vestido, que no me resulta nuevo pero que no sé dónde lo he visto.

El fariseo Jocanán está con otros de su casta: un montón de preciosos tejidos, de franjas, hebillas, cinturones, filacterias; todo de dimensiones exageradas respecto a lo común. Jocanán fija su atención en Jesús: es una mirada de pura curiosidad, aunque no irreverente. Es más, lo saluda: estirado, apenas una inclinación de cabeza... pero al fin y al cabo es un saludo, al cual Jesús responde con deferencia. También lo saludan otros dos o tres fariseos, mientras que otros miran despreciativos o fingen mirar a otra parte; sólo uno lanza una ofensa (seguro, porque veo que los que van en torno a Jesús se sobresaltan, y el mismo Jocanán se vuelve de repente para fulminar con la mirada al ofensor, que es un hombre más joven que él, de facciones marcadas y duras).

Una vez rebasados, cuando ya los campesinos se atreven a hablar, uno de ellos dice:

-El que te ha maldecido es Doras, Maestro.

-Déjalo. Os tengo a vosotros, que me bendecís - dice tranquilo Jesús.

Apoyado en el intradós de un arco, junto con otros, está Manahén, el cual, en cuanto ve a Jesús, alza los brazos acompañando el gesto con una exclamación de alegría:

-¡Éste es un día jubiloso, porque te he encontrado! - y viene hacia Jesús, seguido por los que lo acompañan. Lo venera bajo el umbrío arco que hace retumbar las voces como si fuera una cúpula.

Precisamente mientras lo está venerando, pasan, rozando al grupo apostólico, los primos Simón y José con otros nazarenos... y no saludan... Jesús los mira apenado, pero no dice nada.

Judas y Santiago, agitados, cambian recíprocamente unas palabras, y Judas, encendido su rostro de indignación, inútilmente sujetado por su hermano, echa a correr tras ellos. Pero Jesús lo llama con un tan imperioso: « ¡Judas, ven aquí!», que el inquieto hijo de Alfeo se vuelve para atrás... -Déjalos. Son semillas que todavía no han sentido la primavera. Déjalos que estén en la sombra del avariento terrón. Penetraré igualmente, aunque éste se transformase en jaspe cerrado en torno a la semilla. Lo haré a su tiempo.

Más fuerte que la respuesta de Judas de Alfeo resuena el llanto de María de Alfeo, desolada: un llanto largo, propio de una persona abatida... Pero Jesús no se vuelve para consolarla, a pesar de que se oiga bien nítido ese lamento bajo el arco lleno de ecos.

Sigue hablando con Manahén, el cual le dice:

-Éstos que están conmigo son discípulos de Juan. Quieren, como yo, ser tuyos.

-Paz a los buenos discípulos. Allá delante están Matías, Juan y Simeón, conmigo para siempre. Os recibo a vosotros como los recibí a ellos, porque Yo amo todo lo que me viene del santo Precursor.

Llegan a los muros del Templo.

Jesús da órdenes al Iscariote y a Simón Zelote para las compras y ofrendas de rito. Luego llama al sacerdote Juan y dice:

-Tú, que eres de este lugar, te encargarás de invitar a algún levita que sepas que es digno de conocer la Verdad. Porque verdaderamente este año puedo celebrar una fiesta de alegría. Nunca volverá a ser tan dulce el día...

-¿Por qué, Señor? - pregunta el escriba Juan.

-Porque os tengo a todos en torno a mí, o con la presencia visible o en espíritu.

-¡Siempre estaremos! Y, con nosotros, muchos otros - asegura con vehemencia el apóstol Juan, secundado en coro por todos los demás. Jesús sonríe y calla mientras el sacerdote Juan, con Esteban, se adelanta, al Templo, para cumplir la orden. Jesús le grita detrás:

-Nos encontraréis en el pórtico de los Paganos.

Luego entran, y, casi enseguida, se topan con Nicodemo, el cual hace un gesto respetuoso de saludo; no se acerca a Jesús, pero le dirige una sonrisa de avenencia llena de paz.

Las mujeres, no pudiendo ir más allá, se detienen. Mientras, Jesús con los hombres va a la oración, al lugar de los hebreos, y luego, cumplidos todos los ritos, se vuelve para reunirse con los que lo esperan en el pórtico de los Paganos.

Los pórticos, vastísimos y altísimos, están llenos de gente que escucha las lecciones de los rabíes. Jesús se dirige a donde ve que están parados los dos apóstoles y los dos discípulos que había mandado delante. Enseguida se forma un círculo alrededor de Él; a los apóstoles y discípulos se unen otras, numerosas personas que estaban, acá o allá, entre la muchedumbre que llena el patio marmóreo. Tanta es la curiosidad, que hasta algunos alumnos de rabíes -no sé si espontáneamente o mandados por sus maestros- se acercan al círculo que se ciñe en torno a Jesús.

Él, sin rodeo alguno, dice:

-¿Por qué os apiñáis alrededor de mí? Responded. Tenéis rabíes conocidos y sabios, bienquistos de todos; Yo soy el Desconocido y el Malquisto. ¿Por qué, pues, venís a mí?

-Porque te amamos - dicen algunos, y otros: «Porque tienes palabras distintas de los otros», y otros: «Para ver tus milagros», y «Porque hemos oído hablar de ti», y «Porque sólo Tú tienes palabras de vida eterna y obras que corresponden a las palabras», y en fin: «Porque queremos unirnos a tus discípulos».

Jesús mira a cada uno según va hablando, como para traspasarlos con la mirada y leer los más ocultos sentimientos; alguno, no resistiendo esa mirada, se aleja, o, cuanto menos, se esconde detrás de una columna o de gente más alta.

Jesús continúa:

-¿Pero sabéis qué quiere decir y qué es el hecho de seguirme? Doy respuesta solamente a estas palabras, porque la curiosidad no merece respuesta, y porque quien tiene hambre de mis palabras, como consecuencia, me ama y desea unirse a mí. Por tanto, los que han hablado se clasifican en dos grupos: los curiosos, de los cuales no me ocupo, y los que ponen buena voluntad; a éstos los adoctrino sin engaño acerca de la severidad de esta vocación.

Venir a mí como discípulo quiere decir renuncia de todos los amores en aras de un solo amor: el mío. Amor egoísta a uno mismo: amor culpable a las riquezas, a la sensualidad o el poder; amor justo a la propia esposa; santo, hacia la madre o el padre; amor cariñoso de los hijos y a los hijos o hermanos: todo debe ceder ante mi amor, si uno quiere ser mío. En verdad os digo que mis discípulos han de ser más libres que las aves que extienden su vuelo por el cielo, más libres que los vientos que recorren el firmamento sin ser detenidos por nadie ni por nada; libres, sin pesadas cadenas, sin vínculos de amor material, sin siquiera las finas telarañas de las más leves barreras. El espíritu es como una delicada mariposa enclaustrada dentro del capullo pesado de la carne; su vuelo lo puede obstaculizar -o pararlo del todo- simplemente la irisada e impalpable tela de una araña: la araña de la propia sensibilidad, de la falta de generosidad en el sacrificio. Quiero todo, sin reservas. El espíritu tiene necesidad de esta libertad de dar, de esta generosidad de dar, para poder estar seguro de no caer en la telaraña de las inclinaciones, costumbres, reflexiones, miedos, tejido todo ello como otros tantos hilos de esa monstruosa araña que es Satanás, ladrón de almas.

Si uno quiere venir a mí y no odia santamente a su padre, a su madre, su mujer y sus hijos, a sus hermanos y hermanas, e incluso la propia vida, no puede ser discípulo mío. He dicho: "odia santamente". En vuestro corazón decís: "El odio -Él lo enseña- no es jamás santo. Por tanto, se contradice". No. No me contradigo. Digo que se odie lo grave del amor, la pasionalidad terrenal del amor al padre y a la madre, a la esposa y a los hijos, a los hermanos y hermanas, a la propia vida; pero ordeno que se ame, con la libertad ingrávida propia de los espíritus, a los padres y la vida. Amadlos en Dios y por Dios, no posponiendo jamás a Dios, no posponiéndolo a ellos, ocupándoos y preocupándoos de conducirlos a donde el discípulo ha llegado, o sea, a Dios Verdad. Así amaréis santamente a los padres y a Dios, y conciliaréis los dos amores, y haréis de los vínculos de la sangre no un peso sino alas, no culpa sino justicia.

Debéis estar dispuestos a odiar también vuestra vida para seguirme a mí. Odia su vida aquel que, sin miedo a perderla o a que sea humanamente triste, la pone a mi servicio. Pero es sólo apariencia de odio, un sentimiento erróneamente llamado "odio" por la mente del hombre que no sabe elevarse, del hombre todo terrenal, superior en poco a los animales. En realidad, este aparente odio, que es el negar las satisfacciones sensuales a la existencia para dar cada vez más amplia vida al espíritu, es amor; amor es, y del más alto que existe, del más bendito. Negarse las bajas satisfacciones, prohibirse la sensualidad de los deseos, atraerse reprensiones y comentarios injustos, arriesgarse a sufrir castigos, rechazos, maldiciones, quizás persecuciones, todo esto es una serie continua de penas. Mas es necesario abrazarse a ellas, e imponérselas como una cruz, un patíbulo en que expiar todos los pecados pasados para presentarse uno justificado ante Dios; un patíbulo del cual se obtienen todas las gracias, verdaderas, poderosas, santas gracias de Dios para aquellos a quienes amamos. Quien no carga con su cruz y no me sigue, quien no sabe hacer esto, no puede ser discípulo mío.

Por tanto, los que decís: "Hemos venido porque queremos unirnos a tus discípulos" pensadlo mucho, mucho. No es vergüenza, sino sabiduría, sopesarse, juzgarse y confesar, a sí mismo y a los demás: "No tengo la aptitud del discípulo". Los paganos, como base de una de sus disciplinas, tienen la necesidad de "conocerse uno a sí mismo". ¿Acaso vosotros, israelitas, no vais a saber hacerlo para conquistar el Cielo? Porque -recordad esto siempre- bienaventurados los que vienen a mí. Pero, si venís para luego traicionarme a mí y al que me ha enviado, mejor es no venir para nada y seguir siendo hijos de la Ley como

habéis sido hasta ahora. ¡Ay de aquellos que primero dicen: "Voy" y luego, traicionando la idea cristiana, escandalizando a los pequeños y buenos, perjudican al Cristo! ¡Ay de ellos!... ¡Y los habrá, siempre los habrá!

Sed, pues, como aquel hombre que, queriendo edificar una torre, primero calcula atentamente los gastos necesarios y hace balance de su dinero, para ver si tiene los medios para concluirla, y no verse obligado, una vez echados los cimientos, a suspender la obra por falta de dinero. Si esto sucediera, perdería incluso lo que tenía primero y se quedaría sin torre y sin talentos; a cambio atraería hacia sí las burlas del pueblo, que diría: "Éste empezó a edificar, pero no pudo concluir; ahora tendrá que llenar su estómago con los restos de su construcción inacabada".

Sed también -sacando así enseñanza sobrenatural de los pobres-hechos de este mundo- como los reyes de la Tierra, que, cuando quieren hacer la guerra a otro rey, examinan todo con calma y atención, los pros y los contras; meditan si lo que van a sacar con la conquista les compensa o no el sacrificio de las vidas de sus súbditos; estudian si es posible conquistar el lugar, estudian la posibilidad de victoria de su ejército (numéricamente la mitad del de su rival pero más combativo); y, si, lógicamente, ven que es improbable que diez mil venzan a veinte mil, entonces, antes de que estalle la batalla, mandan al encuentro de su rival -que ya está en guardia a causa de las operaciones militares del otro- una embajada con ricos presentes, y lo amansan, lo apaciguan con pruebas de amistad, anular sus sospechas, en fin firman un tratado de paz, que siempre es más ventajoso, humana y espiritualmente, que una guerra.

Eso es lo que debéis hacer vosotros antes de empezar la nueva vida y de tomar partido contra el mundo. Porque ser discípulo mío significa eso: presentar batalla a la vortiginosa y violenta corriente del mundo, de la carne, de Satanás. Si no os sentís con valor de renunciar a todo por amor a mí, no vengáis porque no podéis ser discípulos míos.

¯Bien. Lo que dices es verdad - admite un escriba que se ha mezclado en el grupo - Pero, si nos despojamos de todo, ¿con qué te servimos? La Ley tiene prescripciones que son como monedas que Dios ha dado al hombre para que, usándolas, se compre la vida eterna Dices: "Renunciad a todo", y mencionas el padre, la madre, las riquezas, los honores. Dios ha dado también estas cosas, y nos ha dicho, por boca de Moisés, que las usáramos con santidad para aparecer justos ante los ojos de Dios. Si nos quitas todo, ¿qué nos das?

-He dicho, rabí, que el verdadero amor. Os doy mi doctrina, que no quita ni una iota a la antigua Ley; antes bien, la perfecciona.

-Entonces todos somos discípulos iguales, porque todos tenemos las mismas cosas.

-Todos según la Ley mosaica, no todos según la Ley que perfecciono Yo según el Amor. Pero no todos, en ésta, alcanzan la misma suma de méritos. Entre mis propios discípulos no todos obtendrán una suma de méritos igual; y alguno de ellos, no sólo no alcanzará suma alguna, sino que perderá incluso su única moneda: su alma.

-¿Cómo? A quien más se le da, más le quedará. Tus discípulos, y más tus apóstoles, te siguen en tu misión, y conocen tu forma de actuar; han recibido muchísimo. Mucho han recibido tus discípulos efectivos; menos, los discípulos que lo son sólo de nombre. Nada han recibido los que, como yo, te oyen sólo por una contingencia. Es evidente que en el Cielo los apóstoles tendrán muchísimo; mucho, los discípulos efectivos; menos, los discípulos de nombre; nada, los que son como yo.

-Humanamente es evidente, y humanamente puede ser también un mal. Porque no todos son capaces de hacer producir los bienes recibidos. Escucha esta parábola, y perdona si adoctrino demasiado tiempo aquí; pero es que Yo soy la golondrina que va de paso, y estaré poco tiempo en la Casa del Padre, pues he venido para todo el mundo y, además, este pequeño mundo que es el Templo de Jerusalén no quiere dejarme recoger el vuelo y permanecer donde la gloria del Señor me llama.

-¿Por qué dices eso?

-Porque es la verdad.

El escriba mira a su alrededor y agacha la cabeza. Ve que lo que ha dicho Jesús es verdad. Lo ve en demasiados rostros de miembros del Sanedrín, rabíes y fariseos, que han ido engrosando cada vez más la aglomeración de gente que hay en torno a El: rostros verdes de bilis o purpúreos de ira; miradas que equivalen a maldiciones y a esputos de veneno; rencor en fermentación por todas partes; deseos de pegarle a Cristo, que queda en deseo sólo por miedo a los muchos que circundan al Maestro con devoción y que están dispuestos a todo por defenderlo, miedo quizás también a represalias por parte de Roma, que mira con benignidad al pacífico Maestro galileo.

Jesús reanuda sereno la exposición de su pensamiento con la parábola:

-Un hombre, antes de emprender un largo viaje y ausentarse por un largo período, llamó a todos sus siervos y les confió todos sus bienes. A uno le dio cinco talentos de plata; a otro, dos de plata; a uno, uno sólo, de oro. A cada uno según su grado y habilidad. Y luego se marchó.

Entonces, el siervo que había recibido cinco talentos de plata negoció sagazmente sus talentos, y, pasado un tiempo, le produjeron otros cinco. E1 que había recibido dos talentos de plata hizo lo mismo, y dobló la suma recibida. Pero el que había recibido más de su señor (un talento de oro puro), víctima del miedo a no saber negociar del miedo a los ladrones, a mil quimeras, víctima, sobre todo, de la holgazanería, cavó un profundo hoyo en el suelo y escondió el dinero de su señor.

Pasaron muchos, muchos meses. Volvió el amo. Llamó enseguida a sus súbditos para que restituyeran el dinero que habían recibid' en depósito.

Vino el que había recibido cinco talentos de plata y dijo: "Aquí tienes, mi señor. Me diste cinco talentos. Me parecía mal no hacer producir lo que me habías dado, así que me las he ingeniado para ganar otros cinco. No he podido más...".

-Bien, muy bien, siervo bueno y fiel. Has sido fiel en lo poco, te has aplicado con buena voluntad, has sido honesto. Te daré autoridad sobre muchas cosas. Entra en la alegría de tu señor.

Luego vino el otro, el de los dos talentos, y dijo:

-Me he permitido emplear tus bienes para beneficio tuyo. Aquí tienes las cuentas para que veas cómo he empleado tu dinero. ¿Ves? Eran dos talentos de plata. Ahora son cuatro. ¿Estás contento, mi señor?".

Y el amo dio a este siervo bueno la misma respuesta que había dado al primero. Vino por último aquel que, por gozar de la máxima confianza del amo, había recibido el talento de oro. Desenrolló el paño en que lo conservaba, lo sacó y dijo:

-Me confiaste lo que tenía mayor valor, porque me juzgas prudente y fiel, de la misma forma que yo sé que eres intransigente y exigente y que no toleras pérdidas de tu dinero, sino que si te sobreviene la desgracia te resarces con quien tienes a tu lado, porque, en verdad, cosechas donde no sembraste, recoges donde no esparciste, siendo así que no perdonas un centavo ni al encargado de tus tierras ni a tu banquero, por ninguna razón. Tu dinero debe ser el que tú dices. Ahora bien, yo, temiendo disminuir este tesoro, lo he cogido y lo he escondido. No me he fiado de nadie, ni siquiera de mí mismo. Ahora lo he desenterrado y te lo devuelvo. Aquí tienes tu talento".

"¡Oh, siervo inicuo y holgazán! Verdaderamente no me has amado porque no me has conocido, ni has amado mi bienestar porque has dejado el talento improductivo. Has traicionado la estima que había depositado en ti. Te desautorizas a ti mismo. Por ti mismo te acusas y te condenas. Sabías que cosecho donde no he sembrado y recojo donde no he esparcido. ¿Por qué, entonces, no has obrado de forma que pudiera cosechar y recoger? ¿Así respondes a mi confianza? ¿Así me conoces? ¿Por qué no has llevado el dinero a los banqueros, de forma que a mi regreso lo hubiera retirado con los intereses? Te había instruido para ello con especial esmero, mas tú, necio holgazán, no lo has tenido en cuenta. Te sea, pues, arrebatado el talento, y todos los demás bienes, para el que tiene diez talentos".

-Pero tiene ya diez, y éste se queda sin nada... - objetaron.

-Eso es. A quien tiene, y trabaja con eso que tiene, le será dado más, hasta que le sobre. Pero a quien no tiene, porque no quiso tener, le será arrebatado incluso lo que se le dio. Respecto al siervo parásito que ha traicionado mi confianza y ha dejado improductivos los dones recibidos, arrojadlo de mi propiedad, y que se aleje con lágrimas en los ojos y remordimiento en el corazón.

Ésta es la parábola. Ves, rabí, que le quedó menos al que más tenía, porque no supo merecer la conservación del don de Dios. No se puede afirmar que uno de esos que llamas discípulos sólo de nombre (que tienen poco con que negociar), y de los que, como dices, me escuchan sólo por una contingencia, y que tienen la única moneda de su alma, no lleguen a poseer el talento de oro -arrebatado a uno de los más beneficiados- y sus frutos correspondientes. Las sorpresas del Señor son infinitas, porque infinitas son las reacciones del hombre. Veréis a gentiles que alcanzan la Vida eterna, a samaritanos recibiendo el Cielo, y veréis a israelitas puros y seguidores míos perder el Cielo y la eterna Vida.

Jesús calla y, como queriendo truncar toda discusión, se vuelve hacia los muros del Templo.

Pero un doctor de la Ley, que estaba sentado escuchando seriamente bajo el pórtico, se alza y se le pone delante para preguntarle:

-Maestro, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna? Has respondido a los otros, respóndeme también a mí.

-¿Por qué quieres tentarme? ¿Por qué quieres mentir? ¿Esperas que diga algo disconforme con la Ley por el hecho de que añado a la Ley conceptos más luminosos y perfectos? ¿Qué está escrito en la Ley? ¡Responde! ¿Cuál es el mandamiento principal de la Ley?

-Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con toda tu inteligencia. Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

-Bueno, has respondido bien; haz eso y obtendrás la vida eterna.

-¿Y quién es mi prójimo? El mundo está lleno de gente buena y mala, conocida y desconocida, amiga y enemiga de Israel. ¿Cuál es mi prójimo?

-Un hombre, bajando de Jerusalén a Jericó, en uno de los pasos estrechos de las montañas, se topó con unos ladrones. Éstos lo hirieron cruelmente, lo despojaron de todo cuanto llevaba, incluso de sus vestidos, y lo dejaron más muerto que vivo en el borde del camino. Pasó por ese mismo camino un sacerdote que había terminado su turno en el Templo. ¡Todavía perfumado de los inciensos del Santo! ¡Debería haber tenido también el alma perfumada de bondad sobrenatural y de amor, pues que había estado en la Casa de Dios, casi en contacto con el Altísimo! Este sacerdote tenía prisa de volver a su casa. Miró, pues, hacia el herido y no se detuvo. Pasó ligero de largo y dejó al desdichado en la cuneta.

Luego, un levita. ¿Contaminarse, teniendo que servir en el Templo? ¡De ninguna manera! Recogió su vestido para que no se manchase de sangre, lanzó una mirada huidiza hacia el hombre que gemía en medio de su sangre y aceleró el paso en dirección a Jerusalén, hacia el Templo.

El tercero que pasó, viniendo de Samaria, en dirección al vado, fue un samaritano. Vio la sangre, se detuvo, descubrió la presencia del herido en el crepúsculo que ya se iba espesando; se apeó del burro, se acercó al herido, lo confortó con un trago de vino generoso, desgarró su manto para hacer vendas, le lavó las heridas con vinagre, se las ungió con aceite, se las vendó con amor; luego cargó al herido sobre su jumento, guió con cautela al animal, sujetando al mismo tiempo al herido y confortándolo con buenas palabras, sin preocuparse del cansancio, sin enfado por el hecho de que el herido fuera de nacionalidad judía. Cuando llegó a la ciudad, lo llevó a una posada y lo veló toda la noche. A1 alba, viéndolo mejorado, lo dejó en manos del posadero, a quien pagó con antelación unos denarios y dijo: "Cuídalo como si se tratara de mí mismo. A mi regreso te daré lo que hayas gastado de más, y con medida generosa, si haces bien las cosas". Y se marchó.

Doctor de la Ley, respóndeme: ¿Quién de estos tres fue "prójimo" del que se topó con los ladrones? ¿Acaso el sacerdote? ¿Acaso el levita? ¿No lo fue, más bien, el samaritano, que no se preguntó quién era el herido, porque estaba herido, o si hacía mal en socorrerlo perdiendo tiempo y dinero y arriesgándose a ser acusado de haberlo herido él?

El doctor de la Ley respondió:

-Fue "prójimo" éste, porque tuvo misericordia.

-Haz tú lo mismo, y amarás al prójimo y a Dios en el prójimo y merecerás la vida eterna.

Ya ninguno se atreve a hablar. Jesús aprovecha para ir donde las mujeres, que estaban esperando al pie de los muros, e ir con ellas de nuevo a la ciudad. Ahora se han añadido al grupo de los discípulos dos sacerdotes, o más exactamente un sacerdote y un levita: jovencísimo éste, patriarcal el otro.

Pero Jesús está ahora hablando con su Madre -entre sí y ella, tiene a Margziam-, y le pregunta:

-¿Me has escuchado, Madre?

-Sí, Hijo mío, y a la tristeza de María Cleofás se ha unido la mía. Ella ha llorado poco antes de entrar en el Templo...

-Lo sé, Madre; sé el motivo. No debe llorar, sólo orar.

-¡Ora mucho! Las noches pasadas, dentro de su cabaña, entre sus hijos dormidos, oraba y lloraba. La oía llorar a través de la pared delgada de los ramajes adyacentes. ¡Ver a pocos pasos a José y a Simón, cercanos pero tan lejos!... Y no es la única que llora. Juana, que la ves tan serena, ha llorado en mi presencia...

-¿Por qué, Madre?

-Porque Cusa... se comporta de una forma... inexplicable. Un poco la complace en todo, un poco la rechaza en todo; si están solos, donde nadie los ve, es el marido ejemplar de siempre, pero si están con él otras personas - naturalmente de la Corte - se vuelve autoritario y despreciativo para con su mansa esposa. Ella no comprende por qué...

-Te lo digo Yo. Cusa es siervo de Herodes. Entiéndeme, Madre: "Siervo". Esto no se lo digo a Juana para no apenarla. Pero es así. Cuando no teme la reprensión y el escarnio del soberano, es el buen Cusa; cuando tiene motivo para temerlos, deja de serlo.

-Es porque Herodes está muy irritado por Manahén y...

-Es porque Herodes ha perdido el juicio por el tardío remordimiento de haber cedido a las peticiones de Herodías. Pero Juana tiene ya mucho bien en la vida. Debe, bajo la diadema, llevar su cilicio.

-Analía también llora... ¿Por qué?

-Porque su prometido se está poniendo contra ti.

-Que no llore. Díselo. Se trata de una resolución. Es bondad de Dios. Su sacrificio conducirá de nuevo a Samuel al Bien. Por el momento esto la librará de presiones para la celebración del matrimonio. Le prometí que la tomaría conmigo. Me precederá en la muerte...

-¡Hijo!... - María, palideciendo, aprieta la mano de Jesús.

-¡Mi querida Mamá! Es por los hombres. Ya lo sabes. Es por amor a los hombres. Bebemos nuestro cáliz con buena voluntad, ¿no es verdad?

María traga las lágrimas y responde:

-Sí. (Un "sí" acongojado, verdaderamente desgarrador).

Margziam alza su carita y dice a Jesús:

-¿Por qué dices estas cosas feas que hacen sufrir a Mamá? Yo no te voy a dejar morir. Te voy a defender como defendía a los corderos.

Jesús lo acaricia, y, para animar a los dos afligidos, pregunta al niño:

-¿Qué harán ahora tus ovejitas? ¡No las echas de menos?

-¡Pero si estoy contigo! De todas formas pienso en ellas siempre, y me pregunto: "¿Las habrá sacado a pastar Porfiria?, ¿habrá tenido cuidado de que Espuma no se meta en el lago?". Porque Espuma es muy vivaracho, ¿sabes? Su madre lo llama una y otra vez, ¡pero nada! Hace lo que quiere. ¡Y Nieve, que es tan glotona que come hasta que se siente mal! Mira, Maestro, yo entiendo lo que es ser sacerdote en tu Nombre, lo comprendo mejor que los otros. Ellos -y señala con la mano a los apóstoles, que vienen detrás- dicen muchas palabras elevadas, hacen muchos proyectos... para el futuro. Yo digo: "Seré pastor. Seré para los hombres como con las ovejitas. Será suficiente". Mamá, nuestra Mamá, me ha contado ayer un pasaje muy bonito de los profetas... y me ha dicho: "Exactamente así es nuestro Jesús". Y yo dentro del corazón dije: "Pues yo también seré exactamente así". Luego le dije a nuestra Mamá: "Por ahora soy cordero, pero luego seré pastor; sin embargo, Jesús ahora es Pastor, y... también Cordero. Pero tú eres siempre la Cordera, sólo nuestra Cordera, blanca, bonita, encantadora, con palabras más dulces que la propia leche. Por eso Jesús es tan Cordero: porque ha nacido de ti, Corderita del Señor.

Jesús se inclina y lo besa, impetuosamente. Luego pregunta:

-¿Entonces verdaderamente quieres ser sacerdote?

-¡Sí, claro, mi Señor! Por eso trato de hacerme bueno y de saber mucho. Voy siempre donde Juan de Endor. Me trata siempre como a un hombre, y con mucha bondad. Quiero ser pastor de las ovejas descarriadas y de las no descarriadas, y médico-pastor de las heridas y de las que tengan algún miembro fracturado, como dice el Profeta. ¡Qué bonito!». Y el niño da un salto y choca las manos.

-¿Por qué está tan contento este curruco? - pregunta Pedro mientras se acerca.

-Ve su camino. Clarísimamente. Hasta el final. Yo con mi "sí" consagro esta visión suya.

Se paran delante de una casa que, si no me equivoco, está en la zona del barrio de Ofel, pero en un lugar más distinguido.

-¿Nos detenemos aquí?

-Esta es la casa que Lázaro me ha ofrecido para el banquete de alegría. María ya está aquí.

-¿Por qué no ha venido con nosotros? ¿Por miedo a las burlas?

-¡No! Ha sido una disposición mía.

-¿Por qué, Señor?

-Porque el Templo es más susceptible que una esposa encinta. Mientras pueda, no quiero provocar ningún choque, y no es por cobardía.

-No te va a servir de nada, Maestro. Yo en tu lugar no sólo chocaría con él, sino que lo echaría abajo del Moria junto con todos los que viven dentro.

-Simón, eres un pecador; se debe orar por los semejantes, no matarlos.

-Yo soy pecador, pero Tú no... y... deberías hacerlo.

-Habrá quien lo haga. Cuando se colme la medida del pecado.

-¿Qué medida?

-Una medida tan grande, que henchirá el Templo y rebosará hacia Jerusalén. No puedes comprender... ¡Marta, abre, pues, tu casa al Peregrino!

Marta se hace reconocer y abren. Entran todos en un largo atrio terminado en un patio empedrado que tiene cuatro árboles en sus cuatro ángulos. Una amplia sala se abre en el piso superior; por sus ventanas abiertas, se ve toda la ciudad con sus subidas y bajadas. Deduzco, por tanto, que la casa está en las pendientes meridionales, o sur-orientales de la ciudad. La sala está preparada para recibir a una gran cantidad de invitados. Han colocado gran número de mesas, paralelas las unas a las otras. Un centenar de personas puede cómodamente comer.

María Magdalena, que estaba en otra parte de la casa ocupándose de las despensas, viene enseguida y se postra delante de Jesús. Y viene Lázaro, con una sonrisa feliz en su cara achacosa. Van llegando también los invitados: unos, un poco azorados; más seguros otros: pero la amabilidad de las mujeres hace que pronto todos se sientan a gusto.

El sacerdote Juan lleva a la presencia de Jesús a los dos que ha traído del Templo.

-Maestro, mi buen amigo Jonatán y mi joven amigo Zacarías. Son auténticos israelitas, sin malicias ni rencores.

-Paz a vosotros. Me alegro de que hayáis venido. El rito debe ser observado incluso en estas delicadas costumbres. Es hermoso que la Fe antigua tienda su mano amiga a la nueva Fe nacida de su mismo tronco. Sentaos a mi lado hasta que llegue la hora de ponerse a la mesa.

Habla el patriarcal Jonatán, mientras el joven levita mira a todas las partes, curioso, asombrado y, quizás, también acobardado. Creo que quiere dar la impresión de desenvoltura, aunque en realidad se sienta como un pez fuera del agua. Tiene la suerte de que Esteban viene en su ayuda y le trae, uno tras otro, a los apóstoles y discípulos principales.

El viejo sacerdote, acariciándose la barba de nieve, dice:

-Cuando Juan vino a mí, precisamente a mí, su maestro, a que viera que estaba curado, sentí ganas de conocerte. Pero, Maestro, ya casi no salgo de mi recinto. Soy viejo... De todas formas, tenía esperanza de verte antes de morir. Yeohveh ha escuchado mi deseo. ¡Loado sea! Hoy te he oído en el Templo. Superas a Hil.lel, el anciano, el sabio. No quiero -es más, no puedo- dudar de que eres lo que mi corazón espera. ¿Sabes lo que significa beber durante ochenta años esta fe de Israel, como es ahora, tras siglos de... elaboración humana? Se ha hecho sangre nuestra. ¡Y soy tan viejo!... Oírte a ti es como oír el agua que brota de manantial fresco. ¡Sí, agua virgen! Y yo... estoy harto de esta agua cansada que viene de muy lejos y está cargada de muchas cosas. ¿Cómo librarme de esta hartura para saborearte a ti?

-Creyendo en mí y amándome. No es necesario nada más para el justo Jonatán.

-¡Pero si voy a morir pronto! ¿Me va a dar tiempo a creer en todo lo que dices? Ni siquiera tendré tiempo para seguir todas tus palabras, o para conocerlas por boca de otros. ¡Entonces!

-Las aprenderás en el Cielo. Sólo el réprobo muere a la Sabiduría. Sin embargo, quien muere en gracia de Dios alcanza la Vida y vive en la Sabiduría. ¿Qué crees que soy Yo?

-Sólo puedes ser el Esperado, que ha sido precedido por el hijo de mi amigo Zacarías. ¿Lo conociste?

-Era pariente mío.

-¡Oh! ¿Eres pariente del Bautista?

-Sí, sacerdote.

-Ha muerto... y no puedo decir: "¡Desdichado!". Porque ha muerto fiel a la justicia, tras haber cumplido su misión, y porque... ¡Oh, qué tiempos más atroces vivimos! ¿No sería mejor volver a Abraham?

-Sí. Pero vendrán tiempos aún más atroces, sacerdote.

-¿Tú crees? ¿Roma, no?

-No sólo Roma. Israel, con su culpabilidad, será la primera causa.

-Es verdad. Dios nos castiga. Lo merecemos. Pero también Roma... Habrás oído lo de los galileos asesinados por Pilatos mientras consumaban un sacrificio. Su sangre se unió a la de la víctima. ¡Hasta el mismo altar! ¡Hasta el mismo altar!

-Sí, lo he oído.

-Todos los galileos se alborotan por este atropello. Gritan: «Es verdad que era un falso Mesías. ¿Pero por qué ha tenido que matar a sus seguidores después de haber descargado su mano sobre él? ¿Y por qué en ese momento? ¿Es que quizás eran más pecadores?

Jesús impone paz y dice:

-¿Os preguntáis si éstos eran más pecadores que muchos otros galileos, y si ha sido éste el motivo de su muerte? No, no lo eran. En verdad os digo que han pagado; y que muchos otros pagarán, si no os convertís al Señor. Si no hacéis todos penitencia, pereceréis todos igualmente, en Galilea y en otros lugares. Dios está enojado con su pueblo. Os lo digo. No se crea que son siempre los peores los que sufren el daño. Que cada uno se examine a sí mismo, se juzgue a sí mismo, y no a otros. También esos dieciocho sobre los que cayó la torre de Siloé y los mató no eran los más pecadores de Jerusalén. Os lo digo. Haced penitencia, haced penitencia si no queréis morir aplastados como ellos incluso en el espíritu. Ven, sacerdote de Israel. La mesa está preparada. Te toca a ti -porque el sacerdote debe ser siempre enaltecido por la Idea que representa y recuerda-, te toca a ti, patriarca entre todos nosotros más jóvenes, ofrecer y bendecir.

-¡No, Maestro! ¡No! ¡No puedo delante de ti! ¡Tú eres el Hijo de Dios!

-¡Tú ofreces el incienso ante el altar! ¿No crees que allí esté Dios?

-¡Sí que lo creo! ¡Con todas mis fuerzas!

-¿Entonces? Si no vacilas en ofrecer dones antes la Gloria santísima del Altísimo, ¿por qué quieres temblar ante la Misericordia, que se ha vestido de carne para traerte -también a ti- la bendición de Dios antes de que te alcance la noche? ¡Oh, no sabéis los de Israel que he corrido sobre mi Divinidad irresistible el velo de la carne precisamente para que el hombre pueda aproximarse a Dios sin morir por ello! Ven y cree, y sé feliz. En ti venero a todos los sacerdotes santos, desde Aarón hasta el último sacerdote justo de Israel; quizás hasta ti, porque, verdaderamente, la santidad sacerdotal languidece entre nosotros como planta sin asistencia.

## 282

## La delación al Sanedrín respecto a Hermasteo, Juan de Endor y Síntica

Jesús, con los apóstoles y discípulos, va camino de Betania. Está precisamente hablando con los discípulos; les está dando la orden de separarse: los judíos irán por Judea, los galileos subirán por la Transjordania, anunciando al Mesías.

Esto último despierta alguna objeción. Me parece que la Transjordania no gozaba de buena fama entre los israelitas. Hablan de ella casi como de regiones paganas. Pero ello ofende a los discípulos de esta zona. Entre ellos están el arquisinagogo de Agua Especiosa -la voz más autorizada- y también un joven cuyo nombre desconozco; y defienden enfervorizadamente a sus ciudades y paisanos.

Timoneo dice:

-Ven a Aera, Señor. Verás como allí te respetan. No encontrarás en Judea tanta fe como allí. 0, mejor: yo no quiero ir. Tenme contigo. Que vaya un judío con un galileo a mi ciudad. Verán cómo ha sabido creer en ti sólo por mi palabra.

Y el joven dice:

-Yo he sabido creer sin haberte visto ni siquiera una vez. Después del perdón de mi madre, te he buscado. De todas formas, me gustaría volver, a pesar de que ello comporte burlas de los malos del lugar, malos como era yo antes, y reproches de los buenos por mi pasada conducta. Pero no me importa. Te predicaré con mi ejemplo.

-Bien dices. Harás como has dicho. Luego subiré Yo. Tú también. Timoneo, has hablado con buen juicio. Irán, pues, Hermas y Abel de Belén de Galilea a anunciarme a Aera, mientras que tú, Timoneo, te quedarás conmigo. Pero no quiero estas discusiones. Ya no sois ni judíos ni galileos; sois los discípulos. Es suficiente. El nombre y la misión os equiparan en región, en grado, en todo. Sólo os podéis diferenciar en una cosa, en la santidad: la santidad será individual y tendrá la medida que cada uno sepa alcanzar. De todas formas, quisiera que tuvierais todos la misma medida, la perfecta. ¿Veis a los apóstoles? Estaban como vosotros, divididos por razas u otras cosas. Ahora, después de más de un año de instrucción, son únicamente los apóstoles. Haced vosotros lo mismo, de forma que, como entre vosotros el sacerdote convive con el que fue pecador, el rico con el que fue mendigo, el joven junto al hombre longevo, haced que se anule la separación de pertenecer a esta o aquella región. Tenéis una sola patria: el Cielo. Porque habéis emprendido voluntariamente el camino que lleva al Cielo. No deis nunca a mis enemigos la impresión de ser enemigos entre vosotros. El enemigo es el pecado, y ningún otro.

Avanzan en silencio un rato. Luego, Esteban se acerca al Maestro y dice:

-Tendría que decirte una cosa. He esperado a que me la preguntes, pero no lo has hecho. Ayer me habló Gamaliel...

-Lo vi.

-¿No me preguntas lo que me dijo?

-Espero a que me lo digas tú, porque el buen discípulo no tiene secretos para su Maestro.

-Gamaliel... Maestro, ven unos metros delante conmigo...

-Vamos, sí. Pero podías hablar en presencia de todos...

Se adelantan unos metros. Esteban, ruborizado, dice:

-Debo darte un consejo, Maestro. Perdóname...

-Si es bueno, lo aceptaré. Habla.

-Maestro, en el Sanedrín todo se sabe antes o después. Es una institución que tiene mil ojos y cien tentáculos. Penetra por todas partes, ve todo, oye todo. Sus informadores superan en número a los ladrillos de los muros del Templo. Muchos viven así...

-Como espías. Termina, sí. Es verdad. Lo sé. ¿Y entonces? ¿Qué han dicho, más o menos verdadero, en el Sanedrín?

-Han dicho... todo. No sé cómo se las arreglan para saber ciertas cosas. Ni siquiera sé si son o no verdaderas... Pero te digo que me ha dicho Gamaliel textualmente: "Di al Maestro que haga circuncidar a Hermasteo, o que, si no, que lo separe del grupo, para siempre. No hace falta decir nada más"

-Efectivamente, no hace falta decir nada más. Ante todo, porque si voy a Betania es precisamente para esto; estaré allí hasta que Hermasteo pueda viajar de nuevo. En segundo lugar, porque ninguna justificación podría demoler las prevenciones y... las exageradas reservas de Gamaliel, que está escandalizado por el hecho de que lleve conmigo a un incircunciso de un miembro del cuerpo. ¡Ay, si mirase a su alrededor y dentro de sí!, ¡cuántos incircuncisos en Israel.

-Pero Gamaliel...

-Es el perfecto representante del viejo Israel. No es malo, pero... Mira este canto. Podría romperlo, pero no lo haría maleable. Lo mismo él. Deberá ser triturado para adquirir nueva forma. Y lo haré.

-¿Quieres hacer la guerra a Gamaliel? ¡Atento, porque es poderoso!

-¿Hacerle la guerra, como si fuese un enemigo? No. A1 contrario de presentarle batalla, lo amaré, complaciéndole en un deseo para su cerebro momificado, y derramando sobre él un bálsamo que ha de disgregarlo para darle forma nueva.

-Pediré yo también para que esto se cumpla, porque lo quiero. ¿Hago mal?

-No. Debes amarlo orando por él; y lo harás, ciertamente lo harás. Es más, serás tú precisamente el que me ayude a elaborar el bálsamo... En todo caso, dile a Gamaliel, para que se tranquilice, que ya había pensado en Hermasteo, y que le agradezco el consejo. Bien, hemos llegado a Betania. Detengámonos. Hemos llegado al lugar en que nos separaremos. Quiero bendeciros a todos.

Y se reúne de nuevo con el espeso y único grupo de los apóstoles y discípulos. Los bendice y se despide de ellos, de todos menos de Hermasteo, Juan de Endor y Timoneo.

Luego, con los que se han quedado, recorre ligero los pocos pasos que todavía le separan de la cancilla del jardín de Lázaro (ya abierta de par en par para recibirlo). Entra alzando la mano para bendecir a la casa hospitalaria. En el vasto parque, distanciados, están los dueños de la casa y las pías mujeres, que ríen de las carreras de Margziam por los senderos ornados con las últimas rosas. Además de los dueños y las mujeres, cuando éstas gritan, aparecen por un sendero José de Arimatea y Nicodemo, que también gozan de la hospitalidad de Lázaro para que así puedan estar tranquilamente con el Maestro Acuden todos a recibir a Jesús: María, con su dulce sonrisa; María de Magdala, con su grito de amor: «¡Rabbuní!»; Lázaro, cojeando: luego, los dos solemnes miembros del Sanedrín; al final, las pías mujeres de Jerusalén y Galilea, rostros marcados de arrugas y rostros lisos de mujeres jóvenes, y, dulce como la de un ángel, la carita virginal de Analía, que se ruboriza al saludar al Maestro.

-¿No está Síntica? - pregunta Jesús después de los primeros saludos.

-Con Sara, Marcela y Noemí, adornando las mesas. Pero... ahí llegan.

Llegan, en efecto, junto con la anciana Ester de Juana: dos caras marcadas por la edad y por los dolores pasados, en medio de otras dos caras serenas, y -distinto por la raza y por todo un no sé qué que distingue a Síntica- el rostro grave, aunque luminoso de paz, de la griega.

No podría tampoco definirla como una belleza en el verdadero sentido de la palabra. Y, no obstante, si me refiero a sus *ojos,* de un negro mitigado con tonalidades de añil oscurísimo bajo una frente alta y nobilísima, impresionan más aún que su cuerpo, que, eso sí, es sin duda más hermoso que la cara. Un cuerpo esbelto sin ser delgado, proporcionado, armónico en su caminar y en sus ademanes. Pero lo que impresiona es la mirada, esta mirada inteligente, abierta, profunda, que parece aspirar el mundo, seleccionarlo, retener lo bueno, lo útil, lo santo, y rechazar todo lo malo, esta mirada sincera que se deja hurgar hasta las mayores profundidades y a través de la cual el alma se asoma a escrutar a quien se le acerca. Si es verdad que los *ojos* permiten conocer al individuo, yo digo que Síntica es mujer de juicio seguro y de firmes y honestos pensamientos.

Ella también se arrodilla con las otras, y espera a alzarse a que el Maestro lo diga.

Jesús sigue por el verde jardín hasta el pórtico que precede a la casa y entra luego en una sala donde los domésticos están preparados para ofrecer refrigerio a los recién llegados y ayudarlos en las purificaciones de antes de la comida. Todas las mujeres se retiran. Jesús se queda con los apóstoles en la sala. Juan de Endor con Hermasteo van a la casa de Simón Zelote para dejar los fardos de que se han cargado.

-¿Ese joven que ha salido con Juan el bizco es el filisteo que has aceptado? - pregunta José.

-Sí, José. ¿Cómo lo sabes?

-Maestro... Yo y Nicodemo llevamos ya algunos días preguntándonos cómo es que lo sabemos, y cómo es que lo saben los otros del Templo, por desgracia. Lo cierto es que lo sabemos. Antes de los Tabernáculos, durante la sesión que precede siempre a las fiestas, algunos fariseos dijeron que sabían con precisión que a tus discípulos se habían unido un filisteo incircunciso y una pagana, además de... -perdona, Lázaro- las pecadoras conocidas y desconocidas, y de los publicanos -perdona, Mateo hijo de Alfeo-, y de los ex presidiarios. Por lo que respecta a la pagana, que es ciertamente Síntica, se comprende que se pueda saber, o por lo menos intuir. El jaleo que preparó el romano fue grande, y ha sido objeto de carcajadas entre los de su ambiente y entre los judíos... incluso porque fue, quejumbroso y amenazador al mismo tiempo, a buscar por todos los rincones a su fugitiva, e importunó incluso a Herodes, porque decía que se había escondido en casa de Juana y que el Tetrarca debía imponer a su oficial que la entregase a su amo. Ahora bien, que, entre tantos hombres como te siguen, se sepa que uno es filisteo e incircunciso, y otro es un ex presidiario... es extraño, muy extraño. ¿No te parece?

-Sí y no. 'Tomaré oportunas medidas para Síntica y para el ex presidiario.

-Sí. Bien harás. Sobre todo, en desprenderte de Juan. No está bien entre tus seguidores.

-José, ¿ahora eres fariseo? - pregunta severo Jesús.

-No... Pero...

-¿Debería, por un estúpido escrúpulo del peor fariseísmo, humillar a un alma regenerada? ¡No lo haré! Me ocuparé de su tranquilidad. De la suya, no de la mía. Velaré por su formación, como también velo por la del inocente Margziam. ¡En verdad, no hay diferencia entre el desconocimiento espiritual de uno y otro!: uno de ellos está empezando a decir palabras de sabiduría porque Dios lo ha perdonado, porque ha renacido en Dios, porque Dios ha abrazado al pecador; el otro las dice porque, pasando de una niñez abandonada a una adolescencia custodiada por el amor del hombre además del de Dios, abre su alma al sol como una corola, y el Sol lo ilumina con su propia Luz; su Sol: Dios. Y el primero se aproxima a decir las últimas palabras... ¿No tenéis ojos para ver que se está consumiendo de penitencia y amor? ¡Ya querría tener muchos Juanes de Endor en Israel y entre mis adictos! Querría que tú, José, y tú, Nicodemo, tuvierais un corazón como el suyo, y, sobre todo, que lo tuviera su delator, esa abyecta serpiente que se cela bajo apariencia de amigo, y que espía antes de asesinar; esa serpiente que envidia las alas del pájaro, y que lo acosa para arrancárselas y meterlo en la prisión. ¡Ah! ¡No! El ave está ya para transformarse en ángel. Aunque la serpiente pudiera -no podrá- arrancarle las alas, éstas se transformarían en su cuerpo glutinoso en alas de demonio. Todo delator es ya un demonio.

-¿Dónde estará el tal delator? Decídmelo, para que pueda ir inmediatamente a arrancarle la lengua - exclama Pedro.

-Sería mejor que le arrancases los dientes del veneno - dice Judas de Alfeo.

-¡No, hombre, no! ¡Mejor estrangularlo! Así no hará ya ningún daño con nada. Son seres que siempre pueden causar daños... - dice resueltamente el Iscariote.

Jesús fija en él sus ojos y termina:

-... Y mentir. Pero ninguno debe hacer nada contra él. Es quebranto, por ocuparse de la culebra dejar perecer al ave. Por lo que respecta a Hermasteo, voy a estar aquí un tiempo, en casa de Lázaro precisamente, para su circuncisión; él abraza, por amor a mí y para evitar persecuciones de las restringidas mentes hebreas, la religión santa de nuestro pueblo. No es sino tránsito de las tinieblas a la luz. Y no es necesario para que un corazón reciba la luz. De todas formas, lo concedo para calmar las susceptibilidades de Israel y para poner de manifiesto la verdadera voluntad de este filisteo de llegar a Dios. Ahora bien, os digo que en el tiempo del Cristo no es necesario esto para ser de Dios. Basta la voluntad y el amor, basta la rectitud de conciencia. ¿Y dónde vamos a circuncidar a la griega? ¿En qué punto de su espíritu, si por sí sola ha sabido sentir a Dios mejor que muchos en Israel? En verdad, entre los presentes muchos son tinieblas respecto a los que despreciáis como tinieblas. En todo caso, el delator y vosotros, miembros del Sanedrín, podéis informar a quien haya que hacerlo de que el escándalo, desde hoy mismo, está eliminado.

-¿Para quién? ¿Para los tres?

-No, Judas de Simón. Para Hermasteo. Ya me encargaré de los otros. ¿Tienes algo más que preguntar?

-Yo no, Maestro.

-Y Yo tampoco tengo más que decirte. Sin embargo, a vosotros os pregunto, si lo sabéis, qué es del amo de Síntica.

-Pilatos lo mandó a Italia con el primer barco que tuvo a mano, para no tener complicaciones con Herodes y con los hebreos en general. Pilatos está pasando momentos difíciles... y ya le bastan... - dice Nicodemo.

-¿Esta noticia es segura?

-Si quieres, Maestro, puedo asegurarme - dice Lázaro.

-Sí, hazlo. Y luego dime la verdad.

-Pero en mi casa Síntica está igualmente segura.

-Lo sé. También Israel tutela a una esclava que haya huido de su amo extranjero y cruel. Pero quiero saberlo.

-Y yo quisiera saber quién es el delator, el informador, el gracioso espía de los fariseos... y -esto se puede saber y lo quiero saber-quiénes son los fariseos denunciadores. Que salgan los nombres de los fariseos y de su ciudad. Me refiero a los fariseos que han hecho la bonita obra de informar -previa traición de uno de nosotros, porque sólo nosotros sabemos ciertas cosas, nosotros los discípulos antiguos y nuevos- de informar al Sanedrín sobre las cosas que hace el Maestro, cosas que son todas justas; y es un demonio el que diga y piense lo contrario, y...

-Y basta, Simón de Jonás. Te lo ordeno.

-Y yo obedezco, aun a costa de que se me revienten las venas del corazón por el esfuerzo. En todo caso, lo bonito de esta jornada ya se ha perdido...

-No. ¿Por qué? ¿Ha cambiado algo entre nosotros? ¿Entonces? ¡Oh, Simón mío! Ven aquí a mi lado, hablemos de las cosas buenas...

-Vienen a decirnos que es la hora de la comida, Maestro - dice Lázaro.

-Pues vamos entonces...

## 283

## Síntica habla de su encuentro con la Verdad

Jesús está sentado en el patio interior de pórticos de la casa de Betania, el patio que vi abarrotado de discípulos la mañana de la Resurrección de Jesús. Sentado en un asiento de mármol cubierto de almohadones, apoyadas sus espaldas contra la pared de la casa, rodeado por los dueños de ésta, por los apóstoles y los discípulos Juan y Timoneo, más José y Nicodemo, y por las pías mujeres, está escuchando a Síntica, la cual, erguida, frente a El, parece estar respondiendo a alguna pregunta suya. Todos, más o menos interesados y en distintas posturas (quién sentado en asientos, quién sentado en el suelo, quién de pie, quién apoyado en las columnas o en la pared, escuchan.

-...Era una necesidad. Para no sentir todo el peso de mi condición. Era no convencerme, un no querer convencerme de estar sola, de ser esclava, de estar exiliada de la patria. Pensar que mi madre; mis hermanos, que mi padre e Ismene, tan tierna y dulce, no estaban perdidos para siempre; sino que, a pesar de que todo el mundo insistía con saña en separarnos, como Roma, que nos había dividido siendo libres y nos había vendido como a bestias de carga, un lugar, más allá de esta vida, nos uniría de nuevo. Pensar que no es sólo materia nuestro vivir, materia que se encadena, sino que dentro tiene una fuerza libre que ninguna cadena sujeta excepto la cadena voluntaria del vivir en el desorden moral y en la crápula material.

Vosotros a esto lo llamáis "pecado". Aquel y aquellos que eran mi luz en la oscuridad de mi noche de esclava lo definen de otra manera. Pero ellos también admiten que un alma clavada al cuerpo por las pasiones malas y corporales no alcanza lo que vosotros llamáis Reino de Dios y nosotros convivencia en el Hades con los dioses. Para ello es necesario abstenerse de caer en la materialidad, esforzarse por alcanzar la libertad respecto al cuerpo, dándonos a nosotros mismos un patrimonio de virtud para obtener una feliz inmortalidad y el juntarnos de nuevo con los propios seres queridos.

Pensar que las almas de los muertos no se ven imposibilitadas para ayudar a las almas de los vivos, y sentir, por tanto, junto a una misma el alma materna, encontrar de nuevo su mirada y su voz hablándole al alma de su hija, y poder decir: "Sí, madre. Por ir a ti, sí. Por no turbar tu mirada, sí. Por no poner lágrimas en tu voz, sí. Por no enlutar el Hades en que vives en paz, sí. Por todo esto mantendré mi alma libre: la única propiedad que tengo y que nadie me puede arrebatar, y que quiero conservar pura para poder razonar según virtud".

Pensar así era libertad y alegría. Y así quise pensar. Y obrar. Porque pensar pero luego obrar con incoherencia respecto al pensamiento no es sino demediada y falsa filosofía. Pensar así significaba construirse de nuevo una patria incluso en el exilio. Una íntima patria en el yo, con sus altares, su fe, su instrucción, sus afectos... Y una patria grande, misteriosa, y al mismo tiempo no misteriosa, por ese "algo" de misterioso que hay en el alma, que sabe que no desconoce el más allá, a pesar de que al presente lo conozca sólo como un marinero conoce desde plena alta mar en una mañana brumosa los detalles de la costa, es decir, confusamente, en boceto, sólo con algún que otro punto netamente delineado, pero suficiente, suficiente para el cansado navegante mortificado por las borrascas, que puede decir: "Allí está el puerto, la paz". La patria de las almas, el lugar de proveniencia... el lugar de la Vida. Porque la vida se engendra de la muerte...

¡Oh, entendía esto a medias, hasta que vine a saber una cosa que Tú habías dicho! Después... después fue como si un rayo de sol hiriera el diamante de mi pensamiento. Todo fue luz, y entendí hasta qué punto acertaban los maestros de Grecia, y cómo después, a falta de un dato, uno sólo, para resolver con equidad el teorema de la Vida y a Muerte, erraban. El dato era: ¡el verdadero Dios, Señor y Creador de todo cuanto existe!

¿Puedo nombrarlo con estos labios míos paganos? Sí, sí puedo. Porque de Él vengo, como todos. Porque ha puesto capacidad en las mentes de los hombres todos, y en los más sabios una inteligencia superior, en virtud de la cual verdaderamente muéstranse semidioses de ultrahumana potencia. Sí, porque Él les hizo escribir aquellas verdades que son ya religión, si no divina como la tuya, moral, capaz de mantener "vivas" a las almas no en este espacio de tiempo que dura la estancia aquí en la tierra sino siempre.

Después entendí lo que quería decir: "la vida se genera de la muerte". El que lo dijo estaba no como uno totalmente ebrio, pero sí con la inteligencia cargada. Dijo una frase sublime, pero no la entendió enteramente. Yo -perdona, Señor, mi orgullo- yo entendí más que él, y desde ese momento soy feliz.

-¿Qué comprendiste?

-Que esta existencia no es sino el principio embrional de la vida, que la verdadera Vida empieza cuando la muerte nos da a luz... para el Hades, como pagana, para la Vida eterna, como creyente en Ti ¿Me equivoco?

-Es como dices, mujer - aprueba Jesús.

-Nicodemo interrumpe:

-Pero, ¿cómo es que tuviste noticia de las palabras del Maestro?

-Quien tiene hambre busca comida, señor. Yo buscaba mi comida. Siendo lectora -porque era culta y tenía una bonita voz y una buena pronunciación-, podía leer mucho en las bibliotecas de mis amos. Pero no me sentía saciada todavía. Sentía que había otra realidad al otro lado de las paredes historiadas de ciencia humana, y, cual prisionera en cárcel de oro, golpeaba con los nudillos, trataba de forzar las puertas para salir, para encontrar... Viniendo a Palestina con el último amo, temía caer en las tinieblas... sin embargo, venía hacia la Luz. Cada palabra de los siervos de Cesárea era un golpe de pico que iba resquebrajando las paredes y abriendo agujeros cada vez mayores por los que entraba tu Palabra. Yo recogía estas palabras y noticias. Como un niño que ensarta perlas, me las alineaba y me adornaba con ellas, y sacaba fuerzas de ellas para estar cada vez más purificada para recibir la Verdad. En la catarsis sentía que hallaría. Ya desde la tierra. A costa de la vida quise ser pura para el encuentro con la Verdad, con la Sabiduría, con la Divinidad. Señor, estoy diciendo palabras sin juicio. Éstos me miran atónitos. Pero has sido Tú quien me las ha pedido...

-Habla, habla. Es necesario.

-Con fortaleza y templanza he resistido a las presiones externas. Bastaría que hubiera querido y habría podido ser libre y feliz, según el mundo. Pero no quise trocar el saber por el placer. Porque sin sabiduría no es útil tener las otras virtudes. Él, el filósofo, lo dijo: "Justicia, templanza y fortaleza, separadas del saber, son semejantes a un escenario pintado, virtudes verdaderamente de esclavos sin nada firme y real". Quería tener cosas reales. El amo, necio, hablaba de ti en mi presencia. Entonces fue como si las paredes se transformasen en velos. Bastaba con querer para rasgar el velo y unirse a la Verdad. Y lo hice.

-No sabías que nos ibas a encontrar - dice el Iscariote.

-Sabía creer que el dios premia la virtud. No quería ni oro, ni honores, ni libertad física, ni siquiera la libertad física; lo que quería era la Verdad. A Dios le pedía esto, o morir. Quería que me fuera evitada la humillación de acabar siendo sólo un "objeto" y, más todavía, de consentir en serlo. Renunciando a todo lo corporal en mi búsqueda de ti, ¡oh, Señor!, porque buscar por medio del sentido es siempre imperfecto -Tú lo viste cuando huí al verte, engañada por mis ojos- me abandoné al Dios que está sobre nosotros y en nosotros y que de sí informa el alma. Y te encontré porque el alma me condujo a ti.

Habla otra vez el Iscariote y dice:

-Tu alma es pagana.

-Pero el alma tiene siempre en sí misma algo de lo divino, especialmente cuando, con esfuerzo, se ha preservado del error... Y, por tanto, tiende a las cosas que tienen su misma naturaleza.

-¿Te estás comparando con Dios?

-No.

-Entonces, ¿por qué dices eso?

-¿Cómo? ¿Y me lo preguntas tú, que eres discípulo del Maestro? ¿A mí, que soy griega y libre desde hace poco? ¿No escuchas cuando habla? ¿O es que en ti el fermento del cuerpo es tal que te obceca? ¿No dice siempre Él que somos hijos de

Dios? Pues entonces somos dioses, si somos hijos del Padre, de ese Padre suyo y nuestro de que habla siempre. Me podrás reprochar falta de humildad, pero no que soy una incrédula y una distraída.

-¿Así que te crees más que yo? ¿Crees haber aprendido todo con tus libros de tu Grecia?

-No. Ni una cosa ni la otra. De todas formas, los libros de los sabios, de cualquier lugar que sean, me han dado ese mínimo para tenerme en pie. No pongo en duda que un israelita sea más que yo. Pero estoy contenta con esta suerte mía que de Dios me viene. ¿Qué más puedo desear? Encontrando al Maestro he encontrado todo. Y pienso que ello era destino, porque verdaderamente veo que hay un Poder que vela sobre mí y que me ha designado un gran destino; yo, sintiéndolo bueno, no he hecho más que secundarlo.

-¡Bueno! Has sido esclava, y de amos crueles... Si el último te hubiera atrapado de nuevo, por ejemplo, ¿cómo habrías secundado el destino, tú, que tan sabia eres?

-¿Te llamas Judas, verdad?

-Sí... ¡y qué quieres decir?

-Quiero decir... Nada. Quiero recordar tu nombre además de tu ironía. Mira que la ironía es desaconsejable incluso en los virtuosos... ¿Cómo habría secundado el destino? Quizás me habría matado. Porque, realmente, hay casos en que es mejor morir que vivir, a pesar de que el filósofo diga que ello no es correcto y que es cosa impía el procurarse este bien por propia iniciativa porque los dioses son los únicos que tienen derecho a llamarnos. Esto de esperar una señal de los dioses para hacerlo ha sido lo que siempre me ha refrenado en medio de las cadenas de mi triste suerte. Pero esta vez, si me hubiera capturado mi repulsivo amo, habría visto la señal suprema, y habría preferido morir a vivir. Yo, hombre, también tengo una dignidad.

-¿Y si ahora te atrapara de nuevo? Estarías en las mismas condiciones...

-Ahora ya no me mataría. Ahora sé que la violencia contra la carne no hiere al espíritu que no consiente. Ahora resistiría hasta que me doblegasen con la fuerza, hasta morir a causa de las violencias. Porque interpretaría también esta violencia como señal con la que Dios me llamaría a su presencia. Ahora moriría tranquila, sabiendo que perdería algo perecedero.

-Bien has respondido, mujer - dice Lázaro, y Nicodemo también aprueba.

-El suicidio nunca está permitido - dice el Iscariote.

-Muchas son las cosas prohibidas, y no se respeta la prohibición.

-Tú, Síntica, debes pensar que Dios, de la misma forma que te ha guiado siempre, te habría preservado también de la violencia sobre ti misma. Ahora ve. Te agradecería que me buscases al niño y me lo trajeses - dice Jesús dulcemente.

La mujer se prosterna hasta tocar el suelo y se marcha. Todos la siguen con la mirada.
Lázaro susurra:

-¡Y siempre es así! No logro entender cómo las cosas que en ella han significado "vida", para nosotros de Israel han significado "muerte". Si tienes modo de continuar examinándola, verás que precisamente ese helenismo que nos ha corrompido a nosotros, que ya poseíamos una Sabiduría, a ella la ha salvado. ¿Por qué?

-Porque los caminos del Señor son admirables, y Él se los abre a quien lo merece. Ahora, amigos, os saludo porque declina la tarde. Estoy contento de que todos vosotros hayáis oído hablar a la griega. De la constatación de que Dios se revela a los mejores, sacad la lección de que excluir de las filas de Dios a todos aquellos que no son de Israel es odioso y peligroso. Que esto os sirva de norma para el futuro... No murmures Judas de Simón. Y tú, José, no tengas escrúpulos que no vienen a cuento. Ninguno de vosotros se ha contaminado en nada por haber estado al lado de una griega. Ocupaos, eso sí, de no estar con el demonio o darle cabida en vosotros. Adiós José, adiós Nicodemo. ¿Os voy a poder ver otra vez mientras estoy aquí? Ahí está Margziam... Ven, niño, saluda a los jefes del Sanedrín. ¿Qué les dices?

-La paz sea con vosotros, y... digo también: a la hora del incienso pedid por mí.

-No lo necesitas, niño. Pero, ¿por qué precisamente a esa hora?

-Porque la primera vez que entré en el Templo con Jesús, me habló de la oración del atardecer... ¡Oh, qué bonito!...

-¿Y tú vas a orar por nosotros? ¿Cuándo?

-Rezaré... rezaré por la mañana y al atardecer. Para que Dios os preserve del pecado de día y de noche.

-¿Y qué vas a decir, niño?

-Diré: "Señor Altísimo, haz de José y Nicodemo unos verdaderos amigos de Jesús". Será suficiente, porque quien es amigo verdadero no apena al amigo. Y quien no apena a Jesús está seguro de poseer el Cielo.

-¡Que Dios te conserve así, niño! - dicen los dos miembros del Sanedrín mientras lo acarician.

Luego saludan al Maestro, después a la Virgen y a Lázaro en particular, y a todos los demás en grupo, y se marchan.

## 284

## La casita donada por Salomón. Cuatro apóstoles se quedarán en Judea

Jesús regresa con los apóstoles de una gira apostólica por las cercanías de Betania. Debe haber sido una gira breve, porque no traen siquiera los talegos de las provisiones.

Vienen hablando entre ellos. Dicen:

-Ha sido un buen regalo el de Salomón el barquero, ¿no es verdad, Maestro?

-Sí, un buen regalo.

Naturalmente, Judas disiente de los demás:

-No veo mucho de bueno en esa cosa. Nos ha dado lo que ya a él, que es discípulo, no le sirve. No hay motivo para ensalzarlo...

-Una casa siempre viene bien - dice serio el Zelote.

-Si fuera como la tuya. Pero, ¿qué es? Una casucha malsana.

-Es todo lo que tiene Salomón - replica el Zelote.

-Y de la misma forma que él allí se ha hecho viejo sin enfermedades, podremos ir de vez en cuando nosotros. ¿Qué quieres? ¿Todas las casas como la de Lázaro? - añade Pedro.

-No quiero nada. No veo la necesidad de este regalo. Cuando se fuera a ese lugar, se podría estar en Jericó. Están sólo a unos pocos estadios de distancia. Para unos como nosotros, que parecemos gente perseguida, obligados a caminar siempre, ¿unos pocos estadios qué es?

Jesús interviene, antes de que la paciencia de los otros falle, como ya claros signos lo avisan.

-Salomón, en proporción a sus bienes, ha dado más que nadie. Porque ha dado todo. Lo ha dado por amor. Lo ha dado para ofrecernos un cobijo en caso de que nos coja la lluvia en esa zona poco hospitalaria, o en caso de una crecida del río, y, sobre todo, en caso de que la mala voluntad judía se haga tan fuerte que sea aconsejable interponer entre ella y nosotros el río. Esto por lo que respecta al regalo. Y el que un discípulo, humilde y rudo, pero muy fiel y lleno de buena voluntad, haya sabido llegar a esta generosidad, que denota en él la clara voluntad de ser *para siempre* discípulo mío, me procura una gran alegría. Verdaderamente veo que muchos discípulos con las pocas lecciones que han recibido de mí os han superado a vosotros, que mucho habéis recibido. Vosotros no me sabéis sacrificar, tú especialmente, ni siquiera eso que no cuesta nada: el juicio personal. Tú te lo conservas duro, resistente a cualquier flexión.

-Dices que la lucha contra uno mismo es la más costosa...

-¿Y con eso quieres decirme que me equivoco al decir que no cuesta nada? ¿Es así? ¡Tú sabes bien lo que quiero decir! Para el hombre -y verdaderamente eres un auténtico hombre- sólo tiene valor lo que es comerciable. El yo no se comercia a precio de moneda. A menos que... a menos que uno se venda a alguien esperando un beneficio. Un tráfico ilícito, semejante al que el alma contrae con Satanás. Es más, mayor, porque además de al alma abraza también al pensamiento, o juicio, o libertad del hombre, llámala como quieras. Existen también estos desdichados... Pero no pensemos en ellos por el momento. He elogiado a Salomón porque veo todo lo bueno que hay en su acto. Y basta así.

Un momento de silencio. Luego Jesús continúa:

-Dentro de algunos días Hermasteo podrá andar sin perjuicio. Yo voy a volver a Galilea. No vendréis todos conmigo. Una parte se quedará en Judea y luego volverá arriba con los discípulos judíos, de forma que estemos todos juntos para la fiesta de las Luces.

-¿Tanto tiempo? ¿Y a quién le va a tocar? - dicen entre sí los apóstoles.

Jesús recoge el cuchicheo y responde:

-Les va a tocar a Judas de Simón, a Tomás, a Bartolomé y a Felipe. Pero no he dicho que haya que estar en Judea hasta la fiesta de las Luces. Incluso quiero que recojáis o aviséis a los discípulos para que estén para la fiesta de las Luces. Por tanto, iréis, los buscaréis. Los reunís y los avisáis, y, mientras, les ponéis atención y les ayudáis. Luego seguiréis mis pasos trayendo con vosotros a los que hayáis encontrado; para los otros, dejáis dado el aviso de que vengan. En estos momentos tenemos ya amigos en los principales lugares de Judea. Nos harán este favor de avisar a los discípulos. Después, en el camino de regreso hacia Galilea, por la Transjordania, y sabiendo que Yo iré por Gerasa, Bosra, Arbela, hasta Aera, vais recogiendo a todos los que a mi paso no se hayan atrevido a manifestar su petición de doctrina o milagro y que luego hayan lamentado el no haberlo hecho. Los conduciréis a mí. Estaré en Aera hasta vuestra llegada.

-Entonces convendría salir en seguida - dice el Iscariote.

-No. Saldréis al caer de la tarde del día antes de mi partida. Iréis donde Jonás, al Getsemaní. Allí estaréis hasta el día siguiente. Luego saldréis para Judea. Así podrás ver a tu madre y le servirás de ayuda en este momento de contrataciones agrícolas.

-Ya hace años que ha aprendido a arreglárselas por sí sola.

-¿No te acuerdas de que el año pasado le eras indispensable para la vendimia? - pregunta Pedro no sin una buena dosis de ironía. Judas se pone más rojo que una amapola, afeado por su ira y vergüenza.

Pero Jesús sale al paso de cualquier posible respuesta hablando Él:

-Un hijo siempre sirve de ayuda y de confortación a su madre. Ya hasta Pascua, e incluso después, no te volverá a ver. Por tanto, ve y haz lo que te digo.

Judas no replica ya a Pedro, pero descarga su rabia contra Jesús:

-Maestro, ¿sabes qué tengo que decirte? Que tengo la impresión de que quieres deshacerte de mí, al menos separarme, porque tienes sospechas, porque me crees injustamente culpable de algo, porque me faltas a la caridad, porque...

-¡Judas! ¡Basta! Podría decirte muchas cosas. Sólo te digo: "Obedece".

Jesús se muestra majestuoso al decir esto. Alto, con mirada centelleante y rostro severo... Hace temblar.

Judas también tiembla. Se pone el último de todos, mientras que Jesús se pone a la cabeza, solo. Entre ambos, el grupo enmudecido de los apóstoles.

## 285

## Lázaro ofrece un refugio para Juan de Endor y Síntica. Viaje feliz hacia Jericó sin Judas Iscariote

-Lázaro, amigo mío, te pido que vengas conmigo - dice Jesús, presentándose en la puerta de la sala en que Lázaro está reclinado en un lecho leyendo un volumen.

-Inmediatamente, Maestro. ¿A dónde vamos? - pregunta Lázaro, y se alza enseguida.

-Por el campo. Necesito estar completamente solo contigo.

Lázaro lo mira turbado, y pregunta:

-¿Tienes tristes noticias que darme en secreto? ¿O...? No, no quiero pensarlo...

-Es sólo tratar contigo una cosa, y ni siquiera el aire debe saber lo que hablemos. Manda preparar el carro, porque no te quiero cansar. Cuando estemos en plena campiña te hablaré.

-Entonces guío yo. Así ni siquiera el criado sabrá lo que hayamos hablado.

-Sí. Exactamente así.

-Voy enseguida, Maestro. Dentro de poco estoy preparado - y sale.

Jesús se queda un poco pensativo en medio de la rica estancia. Mientras piensa, mueve mecánicamente dos o tres objetos, recoge el rollo que estaba caído en el suelo, y, en fin, al colocarlo en una estantería por ese innato instinto del orden que es tan fuerte en Jesús, permanece con el brazo levantado observando unos objetos de un arte raro, por lo menos distinto del arte corriente de Palestina, que están alineados en la balda de la estantería: son ánforas y copas antiquísimas -parece- con relieves y dibujos que imitan los frisos de los templos de la antigua Grecia y franjas de urnas funerarias. No se lo que estará viendo detrás del objeto... Luego sale y va al patio interior, donde están los apóstoles.

-¿A dónde vamos, Maestro? - preguntan, al ver que Jesús se coloca el manto.

-A ninguna parte. Salgo con Lázaro. Esperadme aquí, todos juntos. Regreso pronto.

Los doce se miran unos a otros... Se les ve poco contentos... Pedro dice:

-¿Vas solo? Ten cuidado...

.No temas nada. Mientras esperáis no estéis ociosos. Seguid instruyendo a Hermasteo para que vaya conociendo más la Ley y haceos mutuamente buena compañía, sin discusiones ni desaires. Sed indulgentes unos con otros, quereos.

Se encamina hacia el jardín. Todos le siguen. A1 poco viene un carro ligero, cubierto, con Lázaro ya.

-¿Vas con el carro?

-Sí, para que no se le cansen las piernas a Lázaro. Adiós, Margziam. Sé bueno. Paz a todos vosotros.

Monta. El carro, haciendo rechinar la fina grava del paseo, sale del jardín para tomar el camino principal.

-¿Vas a Agua Especiosa, Maestro? - grita detrás Tomás.

-No. Una vez más os digo que os comportéis bien.

El caballo parte con un vigoroso trote. El camino, el que va de Betania a Jericó, pasa por esta campiña que va perdiendo su lozanía; cuanto más se baja hacia la llanura, más se nota este languidecer de la hierba.

Jesús piensa. Lázaro guarda silencio, se ocupa sólo de guiar el caballo. Llegados a la llanura (fértil, ya preparada toda para nutrir la semilla de la futura mies, o durmiente en sus viñas como una mujer que poco antes haya dado a luz su fruto y descansa ahora de su dulce fatiga), Jesús hace señal de pararse. Lázaro, obediente, para, y lleva al caballo a un camino secundario que conduce a unas casas lejanas... y explica:

-Aquí estaremos todavía más tranquilos que en el camino grande. Estos árboles nos ocultarán a la vista de muchos.

En efecto, un grupo de árboles bajos y tupidos hacen como de mampara contra la curiosidad de los viandantes. Lázaro está erguido frente a Jesús, esperando.

-Lázaro, necesito mandar lejos a Juan de Endor y a Síntica. La prudencia, como ves, lo aconseja, y también la caridad. Tanto para él como para ella sería una prueba peligrosa, un dolor inútil, el tener noticia de la persecución que se ha desencadenado contra ellos... y que podría -al menos para uno- provocar penosísimas sorpresas.

-En mi casa...

-No. Ni siquiera en tu casa. No los tocarían materialmente, quizás, pero sí los humillarían moralmente. El mundo es cruel. Destroza a sus víctimas. No quiero que se pierdan así estas dos buenas fuerzas. Por tanto, de la misma forma que un día junté al anciano Ismael con Sara, ahora voy a juntar a mi pobre Juan con Síntica. Quiero que muera en paz, y que no esté solo, y que no lleve consigo la quimera de que se le manda a otro lugar porque es "el ex galeote", sino porque es el discípulo prosélito que puede trasladarse a otro lugar para predicar al Maestro. Y Síntica le ayudará... Síntica es una gran persona, y será una gran fuerza en y para la Iglesia futura. ¿Me puedes aconsejar a dónde mandarlos? No a Judea, ni a Galilea, ni siquiera a la Decápolis. A los lugares a los que voy Yo, y conmigo los apóstoles y discípulos, no. A1 mundo pagano tampoco. ¿Dónde entonces? ¿Dónde, de forma que sean útiles y estén seguros?

-Maestro... yo... ¿Aconsejarte yo a ti...!

.No, no. Habla. Tú me amas, no traicionas, amas a quienes amo Yo, no eres restringido de mente como otros.

-Yo... Sí. Te aconsejaría que los mandases a uno de los lugares donde tengo amigos. A Chipre o a Siria. Elige Tú. En Chipre tengo personas de confianza. ¡Y en Siria.., bueno!... Tengo todavía alguna pequeña casa, custodiada por un administrador fiel, más fiel que una ovejita. ¡Nuestro viejo Felipe! Por mí hará todo lo que diga. Y, si me lo concedes, ellos, estos a quienes Israel persigue y Tú estimas, podrán considerarse desde ahora huéspedes míos, seguros en la casa... ¡Oh, no es un palacio! En esa casa vive sólo Felipe con un nieto que se ocupa de los jardines de Antigonio, los amados jardines de mi madre; los hemos conservado para recuerdo de ella. Había llevado a esos jardines las plantas de esencias exóticas de sus jardines judíos... ¡La madre mía!... ¡Con ellas, cuánto bien hacía a los pobres!... Eran su secreta propiedad... Mi madre... Maestro, pronto iré a decirle: “Alégrate, madre buena. El Salvador está en la Tierra". Te esperaba...

Dos hilos de llanto aparecen en el rostro doliente de Lázaro. Jesús lo mira y sonríe. Lázaro recobra los ánimos:

-Pero, hablemos de ti. ¿Te parece un buen lugar?

-Me parece un buen lugar. Una vez más te doy las gracias, por mí y por ellos. Me quitas un gran peso...

-¿Cuándo se marchan? Lo pregunto para preparar una carta para Felipe. Diré que son dos amigos míos de aquí, necesitados de paz. Será suficiente.

-Sí. Será suficiente. Pero, te ruego que ni siquiera el aire sepa nada de esto. ¡Ya lo ves! Me espían...

-Lo veo. No lo hablaré ni siquiera con mis hermanas. Pero, ¿cómo piensas llevarlos allí? Tienes contigo a los apóstoles...

-Ahora subo hasta Aera sin Judas de Simón, Tomás, Felipe y Bartolomé. Entretanto, instruiré a fondo a Síntica y a Juan... para que vayan con una buena provisión de Verdad. Luego bajaré al Merón y de allí a Cafarnaúm. Y allí... y allí enviaré otra vez a los cuatro, con otras misiones; entonces haré que partan para Antioquía los dos. A esto me veo obligado...

-A tener que temer de los tuyos. Tienes razón... Maestro, sufro viéndote afligido...

-Pero tu buena amistad me conforta mucho... Lázaro, gracias... Pasado mañana me marcho y me llevo a tus hermanas. Necesito muchas discípulas para confundir entre ellas a Síntica. Viene también Juana de Cusa. De Merón irá a Tiberíades, porque va a pasar el invierno allí. Eso quiere el marido, para tenerla más cerca, porque Herodes va a volver a Tiberíades una temporada.

-Se hará como deseas. Mis hermanas son tuyas, como lo soy yo, y mis casas, mis criados, mis bienes. Todo es tuyo, Maestro. Utilízalo para el bien. Te prepararé la carta para Felipe. Es mejor que la tengas Tú directamente.

-Gracias, Lázaro.

-Es todo lo que puedo hacer... Si estuviera sano, iría... Cúrame, Maestro, y voy.

-No, amigo. Tengo necesidad de ti así como estás.

-¿A pesar de que no hago nada?

-Aun así. ¡Oh, mi Lázaro! - y Jesús lo abraza y besa.

Suben de nuevo al carro y regresan.

Ahora es Lázaro quien está muy silencioso y pensativo. Jesús le pregunta la razón de ello.

-Pienso que pierdo a Síntica. Me atraían su ciencia y su bondad...

-Le gana Jesús...

-Es verdad. Es verdad. ¿Cuándo te voy a volver a ver, Maestro?

-Para la primavera.

-¿Hasta la primavera no? El año pasado estabas en mi casa para las Encenias...

-Este año voy a complacer a los apóstoles. Pero para el otro año estaré mucho contigo. Te lo prometo.

Betania aparece bajo el sol de Octubre. Están ya casi llegando, cuando Lázaro para el caballo para decir:

-Maestro, bueno será que te deshagas del hombre de Keriot. Tengo miedo de él. No te ama. No me gusta. Nunca me ha gustado. Es sensual y ambicioso. Por eso puede cometer cualquier pecado. Maestro, es él el que te ha denunciado...

-¿Tienes pruebas?

-No.

-Pues entonces no juzgues. No eres muy experto en tus juicios. Acuérdate de que juzgabas inexorablemente perdida a tu María... No digas que es mérito mío. Ella fue la primera en buscarme.

-Eso también es verdad. Pero, en fin, desconfía de Judas.

Poco después entran en el jardín donde están esperando, curiosos, los apóstoles.

La ausencia de cuatro apóstoles, y sobre todo de Judas, hace, por un lado, más íntimo el grupo de los que quedan; por otro, más feliz.

Es verdaderamente una familia -con Jesús y María como cabezas- esta que, dando la espalda a Betania en una mañana serena de Octubre, se dirige hacia Jericó para pasar a la orilla opuesta del Jordán.

Las mujeres marchan agrupadas en torno a María. Sólo falta Analía en el grupo femenino de las discípulas, o sea, en el grupo de las tres Marías, Juana, Susana, Elisa, Marcela, Sara y Síntica. Agrupados en torno a Jesús, Pedro, Andrés, Santiago y Judas de Alfeo, Mateo, Juan y Santiago de Zebedeo, Simón Zelote, Juan de Endor, Hermasteo y Timoneo. Margziam, por su parte, saltando como un cabritillo, va y viene incansable de este grupo a aquél (que caminan a pocos metros uno tras otro). Cargados con pesados talegos, van alegres por el camino dulcemente soleado, por la campiña solemne transida de quietud.

Juan de Endor anda con esfuerzo, oprimido por el peso que le cuelga de sus espaldas.

Pedro se da cuenta y dice:

-Dámelo, ya que has querido coger de nuevo este lastre. ¿Sentías nostalgia de esto?

-Me lo ha indicado el Maestro.

-¿Sí? ¡Ésta sí que es buena! ¿Y cómo así?

-No lo sé. Ayer por la noche me dijo: "Coge otra vez tus libros y sígueme con ellos".

-¡Hay que ver!... Bueno, pero, si lo ha dicho Él, está claro que es una cosa buena. Quizás lo hace por esa mujer. ¡Cuánto sabe, ¿no?! ¿Tú también sabes tantas cosas?

-Casi. Es muy docta.

-De todas formas, no vas a seguir viniendo detrás de nosotros con este peso, ¿no? Qué

-¡No creo! No lo sé. De todas formas, lo puedo llevar también yo...

-No, amigo. Me preocupa mucho que no enfermes. ¿No te das cuenta de que estás mal de salud?

-Sí, lo sé. Me siento morir.

-No gastes bromas y déjanos al menos llegar a Cafarnaúm! Se está tan bien ahora, nosotros solos sin ese... ¡Maldita lengua! ¡He faltado una vez más a mi promesa al Maestro!... ¿Maestro? ¿Maestro?

-¿Qué quieres, Simón?

-He murmurado de Judas y te había prometido que no lo volvería a hacer. Perdóname.

-Sí. Trata de no volver a hacerlo.

-Tengo todavía 489 veces de recibir tu perdón...

-Pero, ¿qué dices, hermano? - pregunta Andrés sorprendido.

Y Pedro, lleno de brillo de sagacidad su rostro bueno, torciendo el cuello bajo el peso del saco de Juan de Endor:

-¿Y no te acuerdas de que dijo que debíamos perdonar setenta veces siete? Por tanto me quedan todavía 489 perdones. Y llevaré la cuenta escrupulosamente...

Todos se echan a reír, incluso Jesús tiene que sonreír por fuerza; pero responde:

-Mejor sería, niño grande, que es lo que eres, si llevaras la cuenta de todas las veces que sabes ser bueno.

Pedro se junta a Jesús y con el brazo derecho rodea su cintura, diciendo:

-¡Querido Maestro mío! ¡Qué feliz me siento de estar contigo! ¡Bah! Tú también estás contento... Y entiendes lo que quiero decir. Estamos nosotros solos. Está tu Madre. Está el niño. Vamos a Cafarnaúm. La estación es hermosa... Cinco razones para sentirnos felices. ¡Verdaderamente es hermoso ir contigo! ¿Dónde vamos a detenernos esta noche?

-En Jericó.

-El año pasado en Jericó vimos a la Velada. ¿Quién sabe qué habrá sido de ella?... Me gustaría saberlo... Y hemos encontrado también al de las viñas...

La carcajada de Pedro es tan sonora que contagia a los demás. Se echan a reír todos, recordando la escena del encuentro con Judas de Keriot.

-¡Eres incorregible, Simón! - dice Jesús en tono de reprensión.

-No he dicho nada, Maestro. Me han venido ganas de reír al pensar en su cara cuando nos ha encontrado allí... en sus viñas...

Pedro ríe con verdaderas ganas, tanto que debe pararse, mientras los otros siguen caminando y riéndose por fuerza.

Las mujeres alcanzan a Pedro. María pregunta con dulzura:

-¿Qué te sucede, Simón?

-No lo puedo decir porque cometería otra falta de caridad. Pero... mira, Madre, tú que eres sabia, quisiera saber tu opinión. Si acuso con un fondo maligno a alguien, o, peor todavía, levanto una calumnia, peco, es natural. Pero, si me río de una cosa que todos saben, de un hecho que todos conocen, una cosa que hace reír, como, por ejemplo, recordar la sorpresa de un embustero, su turbación, sus explicaciones para disculparse, y volver a reírme como entonces nos reímos, ¿está también mal?

-Es una imperfección respecto a la caridad. No es pecado como lo es la maledicencia o la calumnia, y ni siquiera como una acusación velada, pero es, de todas formas, una falta de caridad. Es como un hilo sacado en una tela. No es un desgarrón, ni que la tela esté con sumida, pero es algo que va contra la integridad de la tela y su belleza, y facilita deslavazaduras y agujeros. ¿No te parece?

Pedro se restriega la frente y dice un poco avergonzado:

-Sí. No lo había pensado nunca.

-Piénsalo ahora y no lo vuelvas a hacer. Hay carcajadas que ofenden a la caridad más que un bofetón. ¿Alguno ha cometido un error? ¿Lo hemos pillado en una mentira o en otra falta? ¿Y entonces? ¿Por qué recordarlo? ¿Por qué hacérselo recordar a otros? Corramos un velo sobre las faltas de los hermanos, pensando siempre: "Si fuera yo el que hubiera faltado, ¿me gustaría que otro recordase esta falta y que la hiciera recordar a otros?". Hay sonrojos íntimos, Simón, que hacen sufrir mucho. No menees la cabeza. Sé lo que quieres decir... Pero también los culpables los tienen, créelo. Sea siempre tu primer pensamiento: "¿Desearía eso para mí?". Verás como no volverás a pecar contra la caridad. Y sentirás siempre mucha paz dentro de ti. Mira a Margziam allí cómo salta y canta feliz. Es porque no tiene ninguna preocupación en su corazón; no tiene que pensar en itinerarios, ni en compras, ni en las palabras que tendrá que decir. Sabe que otros se preocupan por él de estas cosas. Haz tú igual. Abandona todo en Dios, incluso el juicio sobre las personas. Mientras puedas ser como un niño guiado por el buen Dios, ¿por qué querer cargarte con el peso de decidir y juzgar? Llegará el momento en que tengas que ser juez y árbitro y entonces dirás: "¡Antes era mucho más fácil y menos peligroso!", y te juzgarás necio por haber querido cargarte antes de tiempo con tanta responsabilidad. ¡Juzgar! ¡Qué cosa tan difícil! ¿Has oído lo que ha dicho Síntica hace unos días? "Buscar por medio del sentido es siempre imperfecto". Dijo una cosa muy exacta. Muchas veces juzgamos siguiendo justamente las reacciones de los sentidos, y, por tanto, con suma imperfección. Deja de juzgar...

-Sí, María. A ti verdaderamente te lo prometo. ¡Pero yo no sé todas esas cosas maravillosas que sabe Síntica!

-¿Y te apena, hombre? – dice la aludida - ¿No sabes que yo quiero desembarazarme de ellas para tomar solamente las cosas que tú conoces?

-¿Lo dices de verdad? ¿Por qué?

-Porque con la ciencia puedes mantenerte en esta tierra, pero con la sabiduría conquistas el Cielo. Lo mío es ciencia, lo tuyo sabiduría.

-¡Pero con tu ciencia has sabido llegar a Jesús! Por tanto, es una cosa buena.

-Mezclada con muchos errores; por eso querría despojarme de ella para revestirme solamente de sabiduría. ¡Fuera las vestiduras engalanadas y vanas! Sea mi vestido el austero y sin externa vistosidad de la sabiduría, que viste con imperecedero vestido no lo corruptible sino lo inmortal. La luz de la ciencia tiembla y vacila; la de la sabiduría resplandece uniforme y siempre constante como es lo Divino de que se genera.

Jesús ha aminorado el paso para oír. Se vuelve y dice a la griega:

-No debes aspirar a despojarte de todo lo que sabes. Lo que debes hacer es entresacar de este saber tuyo aquello que sea un átomo de Inteligencia eterna, conquistado por mentes de innegable valor.

-¿Entonces, esas mentes han encarnado en sí el mito del fuego arrebatado a los dioses?

-Sí, mujer. En este caso, no es que lo hayan arrebatado, sino que han sabido cogerlo cuando la Divinidad los rozaba con sus fuegos, acariciándolos como ejemplares -diseminados entre una humanidad venida a menos- de lo que es el hombre, un ser dotado de razón.

-Maestro, deberías señalarme lo que tengo que conservar y lo que tengo que dejar. No sería buen juez. Y luego, para llenar los espacios vacíos, meter luces de tu sabiduría.

-Ésa es mi intención. Te indicaré hasta dónde es sabio el pensamiento adquirido por ti y lo continuaré desde ese punto hasta el final de la idea verdadera. Para que sepas. Les vendrá bien también a éstos, destinados a tener muchos futuros contactos con los gentiles.

-No vamos a entender nada - dice con tono de lamento Santiago de Zebedeo.

-Por ahora, poco. Pero llegará el día en que comprendáis, tanto las lecciones de ahora como su necesidad. Tú, Síntica, exponme los puntos que para ti son oscuros. Durante las pausas de nuestro camino te los iré aclarando.

-Sí, mi Señor. El deseo de mi alma se funde con tu deseo. Yo, discípula de la Verdad; Tú, Maestro. El sueño de toda mi vida: poseer la Verdad.

## 286

## En Ramot con el mercader Alejandro Misax. Lección a Síntica sobre el recuerdo de las almas

Después de una fértil llanura, seguida por un largo tramo allende el Jordán -y es hermoso caminar en esta estación serena y dulce de un morir de Octubre-, y de un alto en un pueblecillo acurrucado a los pies de las primeras pendientes de una respetable cadena montañosa -alguna de sus cimas puede tomar el verdadero nombre de montaña-, Jesús se pone de nuevo en camino, a la zaga de una larga caravana rica de cuadrúpedos y de hombres bien armados, con los que ha hablado antes, mientras daban de beber a sus animales en los pilones de la plaza. Son, en su mayor parte, hombres altos y muy morenos, ya de apariencia asiática. Montado en un fortísimo mulo, está el jefe de la caravana, armado hasta los dientes, más otras armas que penden de la silla. Y, no obstante, se ha mostrado muy deferente con Jesús.

Los apóstoles preguntan a Jesús:

-¿Quién es?

-Un rico mercader de allende el Eufrates. Le he preguntado a dónde iba, y ha sido amable. Pasa por la ciudad por la que tengo intención de pasar Yo. Es una cosa providencial por estos montes, llevando mujeres con nosotros.

-¿Temes algo?

-Como robos nada, porque no tenemos nada. Pero sería ya suficiente el miedo para las mujeres. Un puñado de ladrones no asalta jamás a una caravana tan fuerte; y podrá sernos útil también para conocer los pasos mejores y superar los difíciles. Me ha preguntado: "¿Eres el Mesías?", y, habiendo sabido que sí, ha dicho: "Estaba en el patio de los Paganos, hace días, y, más que verte, porque soy pequeño, te he escuchado. Bien, yo te protejo a ti y Tú me proteges a mí. Llevo una cargamento de mucho valor".

-¿Es prosélito?

-No creo. Pero quizás procede de nuestro pueblo.

La caravana se mueve despacio, como si no quisiera agotar las fuerzas de los cuadrúpedos marchando mucho. Por eso es fácil seguir su ritmo; es más, a menudo es necesario pararse, porque los acemileros hacen pasar a los animales cargados de uno en uno, llevándolos del cabestro en los puntos difíciles.

A pesar de que sea montaña propiamente dicha, la zona es muy fértil y está bien cultivada. Quizás los montes, los situados al nordeste, que van siendo más altos, protegen de las corrientes frías del norte o de las perjudiciales del este, y esto favorece los cultivos. La caravana sigue el curso de un torrente que ciertamente vierte en el Jordán, bien nutrido de aguas que descienden quién sabe de qué cima. La vista es bella, cada vez más bella a medida que se va subiendo: se extiende hacia occidente por la llanura del Jordán, y, más allá de la llanura, presenta los graciosos perfiles de los collados y montes de la Judea del Norte; a oriente y a septentrión es una continua variación de panoramas, ora paisajes abiertos a lejanías, anchurosos ora paisajes que ofrecen a la mirada un encabalgarse de lomas y picos verdes, o rocosos, que parecen cerrar el camino cual improviso muro laberíntico.

Acercase el sol a su ocaso tras los montes de Judea, arrebolando intensamente el cielo y las pendientes, cuando el rico mercader, que se había detenido dejando pasar a la caravana, dice a Jesús:

-Hay que llegar al pueblo antes de que anochezca. Pero muchos de los tuyos parecen cansados. Este trayecto es duro. Diles que monten en los mulitos de reserva. Son animales tranquilos. Tendrán toda la noche para descansar, y además no es fatiga llevar el peso de una mujer.

Jesús acepta. El hombre da orden de pararse para que puedan montar en los animales las mujeres. Jesús dispone que también monte a caballo Juan de Endor. Los que van a pie -también Jesús - cogen los ramales para hacer más segura la marcha a las mujeres. Margziam quiere comportarse como un hombre y, aunque esté derrengado, no quiere de ninguna manera subir a la montura con nadie; antes al contrario, coge él también un ramal del mulito de María Santísima, que queda así entre Jesús y el niño, y camina con coraje.

E1 mercader se ha quedado al lado de Jesús y dice a María:

-¿Ves, Mujer, aquel pueblo? Es Ramot. Nos detendremos allí. Me conocen en la posada porque recorro este camino dos veces al año mientras que otras dos veces voy por la costa, para vender o comprar. Mi vida... dura vida. Pero tengo doce hijos, y muy pequeños Me he casado tarde. A uno lo he dejado con nueve días. Ahora me lo encontraré ya con los primeros dientes.

-Una bonita familia... - comenta María, y termina: «Que el Cielo te la conserve.

-Efectivamente, no me quejo de su ayuda, a pesar de que me la merezca muy poco.

Jesús pregunta:
-¿Eres al menos prosélito?
-Debería serlo... Mis antepasados eran verdaderos israelitas. Luego... nos aclimatamos allí...
-El alma se aclimata a un solo ambiente, el del Cielo.
-Tienes razón. Pero, ya sabes... Mi bisabuelo se casó con una que no era de Israel. Sus hijos fueron menos fieles... Los hijos de sus hijos se casaron a su vez con nuevas mujeres que no eran de Israel, y dieron hijos que sólo mantenían el respeto hacia el nombre judío; porque, como origen, somos judíos. Ahora yo, nieto de nietos... ya nada. Estando en contacto con todos, he cogido de todos, para terminar por no ser de ninguno.
-No es buena razón esto que me dices. Te lo voy a demostrar. Si tú, yendo por este camino, que sabes que es bueno, te encontraras con cinco o seis personas, las cuales te dijeran: "¡No, hombre, no, ve por allí!", "Vuelve para atrás", "Párate", "Ve hacia oriente", "Tuerce a occidente", ¿qué dirías?
-Diría: "Sé que éste es el camino más corto y atinado. No lo dejo".
-Otro ejemplo: si tuvieras que concluir un trato, y conocieras el método adecuado para llevarlo a cabo, ¿prestarías oídos a quienes, o por mera petulancia o por astucia calculada, te aconsejasen en otra línea?
-No. Seguiría aquello que mi experiencia me señala como mejor.
-Muy bien. Tú, originario de Israel, tienes a tus espaldas milenios de fe. No eres ni un estúpido ni un inculto. ¿Por qué, entonces, absorbes lo que te viene de los contactos con todos en materia de fe, mientras que sabes rechazarlo en materia de dinero o de seguridad de caminos? ¿No te parece esto deshonroso incluso humanamente? Postergar a Dios al dinero y al camino...
-No pospongo a Dios. Lo he perdido de vista...
-Porque tienes como dioses el comercio, el dinero, la vida. Y, sin embargo, es Dios, es Él, quien te permite tener estas cosas... ¿Por qué entraste, entonces, en el Templo?
-Por curiosidad. En la calle, saliendo de una casa en que había contratado unos productos, vi a un grupo de hombres en actitud de venerarte, y me volvió a la mente lo que oí en Ascalón a un fabricante de alfombras. Pregunté quién eras, porque me vino la sospecha de que fueras aquel de que hablaba la mujer. Habiendo sabido que eras Tú, te seguí. Había concluido mis tratos por ese día... Luego te perdí de vista. En Jericó te volví a ver, aunque sólo un momento. Ahora te encuentro otra vez... Mira...
-Mira, pues, cómo Dios une y cruza nuestros caminos. No tengo regalos que ofrecerte para agradecer tus gestos de bondad. Pero antes de dejarte espero poder darte un regalo, a menos que no me abandones antes.
-¡No, eso no lo haré! ¡Alejandro Misax no se vuelve atrás cuando se ha ofrecido! Mira, pasado ese recodo empieza el pueblo. Me voy a adelantar. Nos veremos en la posada - e hinca las espuelas y se marcha casi al galope por el borde del camino.
-Es un hombre honrado e infeliz, Hijo mío - dice María.
-Y querrías verlo feliz según la Sabiduría, ¿no?
Se sonríen dulcemente, envueltos ya por las primeras sombras de la noche.
En la larga noche de Octubre, reunidos todos en una vasta habitación de la posada, los peregrinos esperan a irse a dormir. En un ángulo, aislado, está el mercader, afanado en sus cuentas. En el ángulo opuesto, Jesús con todos los suyos. No hay más huéspedes. De los establos llegan rebuznos, relinchos y balidos, lo cual hace suponer que en la posada hay otras personas. Pero quizás ya están en la cama.
Margziam se ha quedado dormido en los brazos de la Virgen, olvidándose de golpe de que era "un hombre". Pedro hay momentos que cede al sueño; no es el único, también las mujeres ancianas, que bisbiseaban, se han quedado medio dormidas y ahora callan. Están bien despiertos Jesús, María, las hermanas de Lázaro, Síntica, Simón Zelote, Juan y Judas.
Síntica está hurgando en el saco de Juan de Endor, como buscando algo. Pero luego prefiere juntarse con los demás y escuchar a Judas de Alfeo, que está hablando de las consecuencias del exilio de Babilonia; Judas concluye:
-…Y quizás ese hombre es todavía una consecuencia de aquello. Cualquier exilio conlleva una destrucción...
Síntica hace un gesto involuntario con la cabeza pero no dice nada, y Judas de Alfeo termina:
-De todas formas, es extraño que con tanta facilidad uno se pueda despojar de lo que constituye un tesoro secular para ser totalmente distinto, especialmente en estas cosas de religión, y de una religión como la nuestra...
Jesús responde:
-No deberías asombrarte, cuando dentro de Israel ves a Samaria.
Un momento de silencio... Los ojos oscuros de Síntica miran fijamente el perfil sereno de Jesús. Mira con intensidad, pero no habla. Jesús siente esa mirada y se vuelve a mirarla.
-¿No has encontrado nada de tu agrado?
-No, Señor. He llegado al punto de no poder ya conciliar el pasado con el presente, las ideas de antes con las de ahora. Y me parece casi una defección, porque las ideas de antes me han ayudado muchísimo a tener las de ahora. Tiene razón tu apóstol en lo que dice... Pero la mía es una destrucción dichosa.
-¿Qué se te ha destruido?
-Toda la fe en el Olimpo pagano, Señor. De todas formas, me siento un poco turbada, porque leyendo vuestra Escritura - me la ha dado Juan, y la leo porque sin conocimiento no se posee- he encontrado que también en vuestra historia... desde los albores, lo llamaré así, hay hechos que no se diferencian mucho de los nuestros. Pues bien, quisiera saber...
-Ya te he dicho que preguntes, que te responderé.
-¿Todo es error en la religión de los dioses?
-Sí, mujer. Sólo hay un Dios, que no es engendrado por otros, que no subyace a las pasiones y necesidades humanas, un Dios único, eterno, perfecto, creador.

-Yo lo creo. Pero quiero poder responder -no con una forma que no acepta discusión, sino argumentando para convencer- a las preguntas que otros paganos me pudieran hacer. Yo, por virtud de este Dios paterno y benefactor, me he dado por mí misma respuestas carentes de forma, pero suficientes para infundir paz en mi espíritu. Y en mí había voluntad de alcanzar la Verdad. Otros habrá menos ansiosos que yo de la Verdad, a pesar de que todos deberían tener este afán. No tengo intención de quedarme parada y no hacer nada con las almas. Quisiera dar lo que he recibido. Para dar tengo que saber. Concédemelo y te serviré en nombre del amor. Hoy, por el camino, mientras observaba las montañas y algunos aspectos me traían vivas a la memoria las cadenas de Hélade y las historias de la Patria, por asociación de ideas se me ha representado el mito de Prometeo, el de Deucalión... Vosotros tenéis también una cosa semejante en la fulminación de Lucifer, en la infusión de la vida en la arcilla, en el diluvio de Noé. Son concomitancias pequeñas, pero que evocan... Ahora dime: ¿cómo es que las supimos, si no hubo ningún contacto entre nosotros y vosotros, y vosotros las poseíais ciertamente antes que nosotros, y nosotros las recibimos, pero no hay noticia acerca de su origen? Actualmente no nos conocemos en muchas cosas. ¿Cómo es que, hace milenios, ya tuvimos leyendas que recuerdan vuestras verdades?

-Mujer, eres la que menos me lo debería preguntar, porque has leído obras que podrían, por sí solas, responder a esta pregunta tuya. Hoy, por asociación de ideas, del recuerdo de tus montes natales has pasado al recuerdo de los mitos natales y a hacer comparaciones. ¿No es verdad? ¿Y, por qué?

-Porque mi pensamiento, despertado, recordó.

-Muy bien. Pues las almas de los más antiguos, que dieron una religión a tu tierra, también recordaron. Confusamente, hasta donde puede una persona imperfecta, que está al margen de la religión revelada. Pero se acordaron. En el mundo hay muchas religiones. Ahora bien, si tuviéramos aquí, en un cuadro claro, todos los detalles de ellas, veríamos que hay como un hilo áureo perdido entre abundante fango, un hilo con nudos; y, contenidos en estos nudos, retazos de la Verdad verdadera.

-¿Pero no venimos todos de un tronco común? Eso dices. Entonces por qué los antiguos de entre los antiguos, que descendían del tronco originario, no supieron conservar consigo la Verdad? ¿No es una injusticia haberlos privado de ella?

-¿Has leído el Génesis, no es verdad? ¿Qué has encontrado en él? En sus comienzos, un pecado complejo, un pecado que abraza los tres estados del hombre: materia, pensamiento y espíritu. Luego un fratricidio. Luego un dúplice homicidio como contrapeso de la obra de Enoc de mantener la luz en los corazones; luego corrupción, uniéndose, por sed carnal, los hijos de Dios con las hijas de la sangre. Y, a pesar de la purificación del Diluvio y la reconstrucción de la raza a partir de buen germen, no de piedras como se dice en vuestros mitos -de la misma forma que la primera arcilla modelada por Dios, a imagen suya y con forma de hombre, no se había animado debido a un robo de fuego vital por parte del hombre, sino por infusión de Fuego vital por parte de Dios-, a pesar de ello, volvió a aparecer el fermento soberbio, el ultraje a Dios: "Vamos a tocar el cielo", y también la maldición divina: "Dispérsense y no se comprendan"... Y el único tronco, como agua que al chocar contra la piedra se disgrega formando regueros y no se vuelve a unir, se dividió: la raza se separó en razas. La Humanidad, puesta en fuga por su pecado y el castigo divino, se dispersó y no se volvió a reunir, llevando consigo la confusión que la soberbia había creado. Pero las almas recuerdan, siempre queda algo en ellas; y las más virtuosas y sabias vislumbran una luz, aunque débil, en las tinieblas de los mitos: la luz de la Verdad. Es este recuerdo de la Luz, vista antes de la vida, lo que remueve en ellas verdades que contienen retazos de la Verdad revelada. ¿Me has comprendido?

-En parte. Pensaré en ello ahora. La noche es amiga del que piensa y dentro de sí se recoge.

-Entonces vamos a recogernos cada uno en sí mismo. Vamos, amigos. Paz a vosotras, mujeres, paz a vosotros discípulos míos. Paz a ti, Alejandro Misax.

-Adiós, Señor. Dios esté contigo - responde el mercader inclinándose...

## 287

## De Ramot a Gerasa con la caravana del mercader

Con la luz un poco cruda de una mañana bastante ventosa, la singularidad de este pueblo que yace sobre una plataforma rocosa elevada en medio de una corona de picos, unos más altos, otros más bajos que él, se muestra en toda su peculiar belleza. Parece una gran bandeja de granito que tuviese encima casas de distintos tamaños, puentes y fuentes, para diversión de un niño gigante.

Las casas parecen labradas en la roca calcárea que constituye la materia base de esta zona. Edificadas a escuadra, a base de superposición de sillares, algunos sin revoque, algunos ni siquiera desbastados, parecen realmente casitas del pueblo de un Nacimiento construido con hexaedros por un gigantesco niño ingenioso.

Y todo alrededor de este pueblecillo se contempla su fértil campiña poblada de árboles y variados cultivos, que hacen que desde arriba parezca una alfombra de cuadrados, trapecios, triángulos: unos, pardos de tierra poco antes arada; otros, verde esmeralda por la hierba renacida con las lluvias de otoño; otros, rojeantes por las últimas hojas de vides y árboles frutales; otros, verdegrises por los chopos y sauces, o de un verde lustroso por las encinas y algarrobos, o verde-bronce por los cipreses y coníferas. ¡Muy bonito, verdaderamente muy bonito!

Y caminos que van, como cintas a partir de un nudo, del pueblo a la lejana llanura, o hacia montes incluso más elevados; y se hunden bajo los bosques; o separan con una marca cenicienta el color verde de los prados, el pardo de los campos arados.

Hay un risueño curso de agua: allende el pueblo en la dirección de su nacimiento, argénteo; de un azul esfumado tendente al color del jaspe, por el lado opuesto, en el descenso hacia el valle entre angosturas y suaves cuestas; que aparece o desaparece, juguetón, cada vez más caudaloso, cada vez más azul a medida que, aumentando sus aguas, va impidiendo a las

cañas de su fondo y a las hierbas nacidas en su lecho durante los meses secos, teñirlo de verde, para reflejar, antes al contrario, el cielo, sepultados ahora los leves tallos bajo una capa de aguas ya profundas.

El cielo es de un azul irreal: una preciosa lastra de esmalte azul intenso, sin siquiera una veta impura en su estupenda totalidad.

Y la caravana reanuda así su marcha, con las mujeres todavía a caballo, porque, como dice el mercader, el camino es penoso allende el pueblo, y deben recorrerlo pronto para llegar a Gerasa esa noche. Arrebozados, ligeros por haber descansado, van a buen ritmo por el camino que sube entre un estupendo boscaje, rozando las pendientes más altas de un monte solitario que se eleva como un enorme bloque por encima de los dorsos de los otros montes más bajos: un verdadero gigante como los que pueden verse en los puntos más altos de nuestros Apeninos.

-Galaad - dice, señalando, el mercader, que se ha quedado al lado de Jesús, conduciendo todavía del ramal al mulito de la Virgen. Y añade: «Después de esto el camino es mejor. ¿Habías estado alguna vez aquí?».

-Nunca. Quería recorrerlo en primavera. Pero en Galgala no me aceptaron.

-¿Rechazarte a ti? ¡Qué error!

Jesús lo mira y calla.

El mercader ha subido a la silla de su caballería a Margziam, que realmente penaba con sus piernecitas cortas para seguir el paso ágil de los caballos. ¡Bien sabe Pedro si es ágil! Camina deprisa y con fatiga, con toda su energía, imitado por los otros, pero aún así bastante distanciado de la caravana. Suda, pero está contento porque oye que Margziam ríe, y ve que la Virgen va descansada y el Señor alegre. Habla, resoplando, con Mateo y su hermano Andrés, que son los que van en la cola como él, y los hace reír diciendo que si en vez de piernas tuviera alas esa mañana se sentiría dichoso. Se ha desembarazado de todos los pesos, como los otros, atando los talegos a las sillas de las mujeres, pero el camino es verdaderamente tremendo, por piedras resbaladizas a causa del rocío. Los dos Santiagos, junto con Juan y el Tadeo se las apañan mejor y logran mantener el paso al lado de las mulas de las mujeres. Simón Zelote habla con Juan de Endor. Timoneo y Hermasteo cooperan en guiar a los mulitos.

Por fin la parte peor queda atrás. Un escenario completamente distinto se abre ante los ojos asombrados. El valle del Jordán ha dejado de verse definitivamente. Ahora la mirada se extiende hacia el oriente por un altiplano de dimensiones imponentes, en el que sólo una encrespadura de cerros apenas quiere elevarse para interrumpir la monotonía del paisaje. No habría imaginado nunca que pudiera existir en Palestina una cosa como ésta. Parece como si la tempestad rocosa de los montes se hubiera petrificado y calmado en una ingente onda que hubiera quedado suspendida entre el nivel del fondo y el cielo, y en la que el único recuerdo de su furia originaria, al extenderse el agua de la onda por una superficie plana de una magnificencia maravillosa, fueran esas encrespaduras de cerros (la espuma de las crestas solidificada acá o allá). A esta zona de paz se accede a través de la última garganta, bravía como el abismo entre dos golpes de mar que se embisten, los dos últimos golpes de una marejada; en su fondo hay un nuevo torrente espumeante que corre de este a oeste por un atormentado y furioso camino entre rocas y cascadas, tan en contraste con la paz lejana del enorme altiplano.

-A partir de ahora el camino será bueno. Si me lo permites, doy la orden de que se paren - dice el mercader.

-Me dejo guiar por ti, hombre. Tú conoces esto.

Se apean todos y se diseminan por la ladera en busca de leña para asar los alimentos, agua para los pies cansados y para las gargantas sedientas. Los animales, librados de su carga, rozan la abundante hierba y bajan a abrevarse en las cristalinas aguas del torrente. Olor de resinas y carne asada emanan de las pequeñas hogueras, que se yerguen para asar los corderos.

Los apóstoles se han preparado su fueguecillo y están calentando en él pescado salado, previo lavado en el agua fresca del torrente. Pero el mercader lo ve, y viene con un corderito despellejado -quizás es un cabritillo- y obliga a aceptar. Pedro se dispone a asarlo, después de llenarlo bien lleno de poleo fresco.

La comida pronto está terminada y pronto consumida. Y bajo el sol cenital del mediodía se reanuda la marcha por un camino mejor, que sigue el curso del torrente en dirección nordeste, en una zona de maravillosa fertilidad y muy bien cultivada, rica en ovejas y en manadas de cerdos, los cuales, al encontrarse la caravana, huyen gruñendo.

-Aquella ciudad fortificada es Gerasa, Señor. Una ciudad con un gran porvenir. Ahora se está formando. No creo que me equivoque si digo que pronto competirá con Joppe y Ascalón, con Tiro y muchas otras ciudades, en belleza, comercio y riqueza. Los romanos ven la importancia que tiene, situada en esta vía que desde el mar Rojo, por tanto desde Egipto, pasando por Damasco, va hasta el mar Póntico. Así que ayudan a los gerasenos a construir... Tienen vista y buen olfato. Por ahora sólo tiene mucho comercio, ¡pero más adelante!... ¡Será bonita y rica! Una pequeña Roma, con templos, piscinas, circos y termas. Yo sólo tenía en esta ciudad relaciones comerciales. Pero ahora he comprado ya mucho terreno, para abrir bazares, o venderlo a alto precio dentro de poco, o quizás para construir una casa de verdadero señor y venir a pasar mi vejez cuando Baltasar, Nabor, Félix y Sidmia puedan, respectivamente, tener y llevar adelante los bazares de Sinopo, Tiro, Joppe y Alejandría en la desembocadura del Nilo. Mientras tanto, crecerán mis otros tres hijos varones, y les daré los bazares de Gerasa, Ascalón, y quizás Jerusalén. Las mujeres, ricas y guapas, recibirán propuestas, se casarán bien y me darán muchos nietos...

El mercader sueña con los *ojos* abiertos el más rosa y áureo futuro.

Jesús pregunta sereno:

-¿Y luego?

El mercader torna en sí, lo mira perplejo y dice:

-¿Y luego? Nada más. Luego vendrá la muerte... Es triste, pero es así.

-¿Y dejarás todas las actividades, todos los bazares, todos los sentimientos de afecto?

-¡Señor, no quisiera, pero de la misma forma que he nacido debo morir, y tengo que dejar todo! - y suelta un suspiro tal, que sería capaz de hacer avanzar sólo con su viento a la caravana...

-¿Pero quién te ha dicho que cuando uno muere deja todo?

-¿Quién? ¡Los hechos! Una vez que uno está muerto... nada más Ya no tenemos manos, ni *ojos,* ni orejas...
-No eres sólo manos, *ojos* y orejas.
-Soy un hombre. Eso lo sé. Tengo otras cosas. Pero todas terminan con la muerte. Es como el ocaso del sol. El ocaso lo anula...
-Pero la aurora lo crea otra vez, o, mejor, lo hace presente de nuevo. Eres un hombre, eso has dicho; no eres un animal como el que cabalgas. Él, cuando muera, sí acabará realmente. Tú no. Tú tienes el alma. ¿No lo sabes? ¿Ya no sabes ni siquiera esto?
El mercader percibe la triste reprensión, triste y dulce, e, inclinando la cabeza, susurra:
-Eso lo sé todavía...
-¿Y entonces? ¿No sabes que el alma sigue viviendo?
-Lo sé.
-¿Y entonces? ¿No sabes que en el más allá tiene siempre una actividad?: santa si es santa, mala si es mala. Tiene sus sentimientos ¡Claro que los tiene!: de amor, si es santa; de odio, si es réproba ¿Odio, a quién? a las causas de su condena. En tu caso las actividades, los bazares, los afectos exclusivamente humanos. ¿Amor, a quién? A las mismas cosas. ¡Ah, qué bendiciones para los hijos y para las actividades de los hijos puede dar un alma que vive la paz del Señor!
El hombre está pensativo. Luego dice:
-Es tarde. Soy viejo ya – y detiene al mulo.
Jesús sonríe y responde:
-No te obligo, te aconsejo - y luego se vuelve para mirar a los apóstoles, los cuales, en la pausa que precede a la entrada en la ciudad, ayudan a las mujeres a bajar de las cabalgaduras y cogen sus talegos.
La caravana reemprende la marcha y pronto entra en la ciudad -que está muy concurrida- por la puerta que custodian las torres. El mercader se acerca otra vez a Jesús:
-¿Quieres seguir conmigo todavía?
-Si no me rechazas, ¿por qué no voy a querer?
-Por lo que te he dicho. Siendo Santo como eres, debo darte asco.
-¡Oh! ¡no! He venido para los que son como tú. Os amo porque sois los más necesitados. No me conoces todavía. Soy el Amor que pasa mendigando amor.
-¿Entonces no me odias?
-Te amo.
Los ojos profundos del hombre brillan; pero sonríe y dice:
-Entonces estaremos juntos. En Gerasa estaré tres días por negocios. Aquí dejo los mulos y tomo los camellos. Tengo la posta de las caravanas en los lugares de las etapas mayores, y uno de mis servidores cuida los animales que dejo en estos lugares. ¿Tú qué vas a hacer?
-El sábado evangelizaré. Te habría dejado si no te hubieras detenido, porque el sábado está consagrado al Señor.
El hombre frunce la frente, piensa, y, como con dificultad, asiente:
-..Sí... Es verdad. Está consagrado al Dios de Israel. Está consagrado. Está consagrado - Mira a Jesús... «Si me lo permites, te lo voy a consagrar.»
-A Dios. No a su Siervo.
-A Dios y a ti, escuchándote. Haré los negocios entre hoy y mañana por la mañana. Luego te escucharé. ¿Vienes a la posada ahora?
-¡Por fuerza! Tengo a las mujeres y aquí soy un desconocido.
-Ahí está. Es la mía. Es mía porque están mis caballerizas de un año para otro. Pero dispongo de vastas salas para las mercancías. Si piensas...
-Dios te lo pague. Vamos.

## 288

## Palabras a los habitantes de Gerasa y alabanza de una mujer a la Madre de Jesús

¡Creía El que no lo conocían! Cuando al día siguiente por la mañana pone pie fuera del edificio de uso de Alejandro, encuentra ya personas que lo están esperando. Jesús sale sólo con los apóstoles. Las mujeres y los discípulos se quedan en casa, descansando. La gente lo saluda y lo rodea. Le dicen que lo conocen por lo que de Él dijo uno que había sido curado de los demonios y que ahora no está porque se había puesto en camino con dos discípulos que habían pasado por la ciudad unos días antes.
Jesús escucha benignamente todas estas cosas mientras anda por esta ciudad, que muestra muchas zonas sobre las que se abate, febril, un verdadero fragor de talleres: albañiles construyendo; cavadores rebajando o colmando desniveles; canteros desbastando piedras para las murallas; herreros trabajando el hierro para este o aquel uso; carpinteros serrando, cepillando, sacando palos de gruesos troncos. Jesús pasa y mira, cruza un puente construido para salvar un pequeño torrente cantarín que pasa exactamente por el centro de la ciudad (las casas aquí están alineadas a ambos lados con pretensiones de formar una avenida a lo largo del río). Sube luego hacia la parte alta de la ciudad, cuyo plano está un poco en desnivel, siendo así que el lado sudoeste es más alto que el lado nordeste, pero ambos están más altos que el centro de la ciudad, dividido en dos por el pequeño curso de agua.

Hay una vista bonita desde el sitio en que se ha detenido Jesús Toda la ciudad, bastante grande, se muestra al observador. Detrás, por los lados de oriente, meridión y occidente, hay una herradura de suaves colinas enteramente verdes; hacia el norte la mirada se extiende por una llanura abierta y vasta que en el horizonte muestra una elevación del terreno, tan ligera que no puede llamarse colina, toda dorada de un sol matutino que pone preciosas las pámpanas amarillentas de las vides que cubren esta ondulación del terreno, como queriendo mitigar la melancolía de las hojas que agonizan con el fasto de una pincelada de oro.

Jesús observa. La gente de Gerasa lo mira. Jesús se los conquista diciendo:

-Esta ciudad es muy bonita. Hacedla bonita también en justicia y santidad. Dios os ha dado las colinas, el arroyo, la verde llanura. Roma os ayuda ahora a haceros casas y edificios bellos. Pero depende solamente de vosotros el dar a vuestra ciudad el nombre de ciudad santa y justa.

La ciudad es como la hacen sus habitantes. Porque la ciudad es una parte de la sociedad recintada dentro de sus murallas, pero quien hace la ciudad son los ciudadanos. La ciudad en sí misma no peca. No puede pecar el arroyo, ni el puente ni las casas ni las torres; son materia, no alma. Pero sí pueden pecar los que están dentro del recinto amurallado de la ciudad, en las casas, en las tiendas, los que pasan por el puente, los que se bañan en el arroyo. Se dice de una ciudad facciosa y cruel: "Es una ciudad pésima". Pero está mal dicho. No es la ciudad, los que son pésimos son los ciudadanos. Los individuos, que forman, uniéndose, una cosa múltiple, pero al mismo tiempo una cosa individual, que se llama "ciudad". Escuchad. Si en una ciudad diez mil habitantes son buenos y sólo mil no lo son, ¿podría decirse que esa ciudad es mala? No se podría decir. De la misma forma: si en una ciudad de diez mil habitantes hay muchos partidos y cada uno de ellos tiende a beneficiar al propio, ¿se puede seguir diciendo que esa ciudad está unida? No se puede decir. ¿Y creéis que esa ciudad será próspera? No lo será.

Vosotros, habitantes de Gerasa, estáis ahora todos unidos con el propósito de hacer de vuestra ciudad una cosa grande. Y lo lograréis, porque todos queréis lo mismo y cada uno trata de superar al otro en conseguir este fin. Pero si mañana entre vosotros surgieran partidos distintos y uno dijera: "No, mejor es extenderse hacia el occidente", y otro partido: "De ninguna manera. Nos extenderemos hacia el norte, que está la llanura", y un tercero: "Ni hacia aquí ni hacia allá. Todos queremos estar concentrados en el centro, cerca del arroyo", ¿qué sucedería? Pues que se pararían los trabajos ya empezados; quienes prestan los capitales los retirarían, quienes tienen intención de establecerse aquí se marcharían a otra ciudad en que los ciudadanos estuviesen más de acuerdo; y lo ya hecho, expuesto a las inclemencias del tiempo sin estar ultimado por causa de las diatribas de los ciudadanos, se derrumbaría. ¿Es así o no? Decís que es así, y es como decís. Por tanto, hace falta concordia entre los ciudadanos para construir el bien de la ciudad, y, como consecuencia, de los propios ciudadanos, porque en la sociedad el bien de ella redunda en bienestar de quienes la componen.

Ahora bien, no sólo existe la sociedad cual vosotros la pensáis, la sociedad de los ciudadanos, o de los miembros de la misma patria, o la pequeña y amada sociedad de la familia. Existe una sociedad más grande, infinita: la de los espíritus.

Todos nosotros, que vivimos, tenemos un alma. Esta alma no muere con el cuerpo, sino que a la muerte del cuerpo sigue viviendo, eternamente. Idea del Creador Dios, que ha dado al hombre el alma, era que todas las almas de los hombres se reunieran en un único lugar: el Cielo, constituyendo el Reino de los Cielos, cuyo monarca es Dios y cuyos súbditos bienaventurados serían los hombres tras una vida santa y una plácida dormición. Satanás vino a dividir y a crear desorden, a destruir y a afligir a Dios y a los espíritus. E introdujo el pecado en los corazones, y, con el pecado, acarreó la muerte al cuerpo al final de la existencia, con la esperanza de dar muerte también a los espíritus. La muerte de los espíritus es la condenación, que es un seguir existiendo, sí, pero con una existencia privada de aquello que es verdadera vida y júbilo eterno: de la visión beatífica de Dios y de su eterna posesión en las luces eternas. Y la Humanidad se dividió en sus voluntades, como una ciudad dividida por partidos contrarios. Actuando así, encontró su ruina.

En otro sitio ya lo he dicho a quien me acusaba de expulsar a los demonios con la ayuda de Belcebú: "Todo reino dividido en sí mismo caerá". En efecto, si Satanás se echara a sí mismo de un lugar, caería con su tenebroso reino.

Yo, por el amor que Dios tiene a la Humanidad que ha creado, he venido a recordar que sólo un Reino es santo: el de los Cielos. Y he venido a predicarlo, para que los mejores acudan a él. ¡Oh, quisiera que todos lo hicieran, incluso los peores, convirtiéndose, liberándose del demonio, que los tiene esclavizados, ora de forma evidente en el caso de las posesiones que además de ser espirituales son corporales, ora secretamente en el caso de las posesiones sólo espirituales! Por ello voy curando a los enfermos, arrojando demonios de los cuerpos poseídos, convirtiendo a los pecadores, perdonando en nombre del Señor, instruyendo para el Reino, obrando milagros para persuadiros de mi poder y de que Dios está conmigo. Porque no se pueden obrar milagros sin tener a Dios por amigo. Por tanto, si arrojo a los demonios con el dedo de Dios, si curo a los enfermos, limpio a los leprosos, convierto a los pecadores, si anuncio el Reino y lo propongo como meta en nombre de Dios e instruyo para el Reino; si la condescendencia, clara e indiscutible, de Dios está conmigo -y solamente los enemigos desleales pueden decir lo contrario-, señal es de que el Reino de Dios está ya entre vosotros y debe ser constituido, porque ésta es la hora de su fundación.

¿Cómo se funda el Reino de Dios en el mundo y en los corazones? Volviendo a la Ley mosaica o, si se ignora, con su conocimiento exacto; y, sobre todo, con la aplicación total de la Ley en uno mismo, en cada uno de los hechos y momentos de la vida. ¿Cuál es esta Ley' ¿Es algo tan severo que no se puede practicar? No. Es una serie de diez preceptos santos y fáciles, cuales incluso el hombre moralmente bueno, verdaderamente bueno, siente que debe darse a sí mismo, aunque sea uno que viva sepultado bajo el intrincado techo vegetal de las más impenetrables selvas de la misteriosa África. Y dice:

"Yo soy el Señor tu Dios, y no hay ningún otro Dios aparte de mí.

No tomes el nombre de Dios inútilmente.

Respeta el sábado según el precepto de Dios y la necesidad de la criatura.

Honra a tu padre y a tu madre si quieres vivir largamente y recibir bienes en la tierra y en el cielo.

No matarás.

No robarás.
No cometerás adulterio.
No dirás falsos testimonios contra el prójimo.
No desearás la mujer de tu prójimo.
No envidiarás las cosas ajenas".

¿Quién es el hombre de buen corazón, aunque sea primitivo, que, al recorrer con su mirada cuanto le rodea, no se diga a sí mismo: "Todo esto no se ha podido formar por sí solo; por tanto, existe Uno, más poderoso que la naturaleza y que el propio hombre, que lo ha hecho"? Y adora a este Ser Poderoso (cuyo Nombre santísimo sabe o no sabe, pero que siente que existe). Y siente tanta reverencia por El que, al pronunciar el nombre que le ha dado o que le enseñaron a decir para nombrarlo, tiembla de reverencia, y siente que ora con el solo hecho de nombrarlo con reverencia. Pues, efectivamente, es oración pronunciar el Nombre de Dios queriendo adorarlo o darlo a conocer a la gente que no lo conoce.

Igualmente, por el simple hecho de una prudencia moral, todo hombre siente el deber de conceder descanso a sus miembros, para que resistan mientras dura la vida. Con mayor razón, el hombre que no ignora al Dios de Israel, al Creador y Señor del Universo, siente que debe consagrar al Señor este descanso animal, para no ser como el jumento, que, cansado, descansa sobre el estrato de paja triturando el forraje con sus fuertes dientes.

También la sangre grita amor hacia aquellos de que procede. Lo vemos en ese pollino que corre hacia su madre que regresa de los mercados. Estaba jugando en la manada, la ha visto; se acuerda de que ella lo ha amamantado, lo ha lamido con amor, lo ha defendido, le ha dado calor. ¿Veis?: restriega sus blandos ollares contra el cuello de su madre; bota de alegría; roza su joven grupa contra el vientre que lo llevó. Amar a los padres es un deber y un placer. No hay animal que no ame a la que lo engendró. ¿Y entonces? ¿Será el hombre más bajo que el gusano que vive en el barro de la tierra?

El hombre moralmente bueno no mata. La violencia le produce repulsa. Siente que no es lícito quitar la vida a nadie, que sólo Dios que la dio tiene el derecho de quitarla. Y huye del homicidio.

De la misma forma, el hombre moralmente sano no se aprovecha de las cosas de los demás. Prefiere comer un pedazo de pan con conciencia tranquila junto a la fuente argentina, que no un suculento asado fruto de un robo; prefiere dormir en el suelo con la cabeza sobre una piedra, y sobre su cabeza las estrellas amigas derramando paz y consuelo a la conciencia honesta, que no el sueño agitado en una cama conseguida con latrocinio.

Y, si es moralmente sano, no desea otras mujeres no suyas; no entra, ensuciando y con vileza, en tálamo ajeno. En la mujer de su amigo ve una hermana y no tiene para con ella miradas ni deseos distintos de los que se tienen con una hermana.

El hombre de corazón recto, aunque sólo sea naturalmente recto, sin más conocimiento del Bien sino aquel que le viene de su buena conciencia, no se permite nunca testificar lo que no es verdadero, pareciéndole ello lo mismo que un homicidio o un hurto... y efectivamente es así. Como es honesto su corazón, honestos son sus labios, y, como su corazón y sus labios, honestas son sus miradas, por lo cual no pone su apetito en la mujer de otro. Ni siquiera apetece, porque siente que apetecer es el primer estímulo para pecar. Y no envidia. Porque es bueno. El que es bueno no envidia nunca. Está tranquilo con su suerte.

¿Os parece esta ley tan exigente que no se pueda practicar? ¡No faltéis contra vosotros mismos! Estoy seguro de que no lo haréis. Y, si no lo hacéis, fundaréis el Reino de Dios en vosotros y en vuestra ciudad. Y un día os reuniréis, felices, con aquellos a quienes amasteis y que, como vosotros, conquistaron el Reino eterno en el júbilo sin fin del Cielo.

Pero en nuestro propio interior están las pasiones cual ciudadanos dentro del recinto de las murallas de la ciudad. Es necesario que todas las pasiones del hombre quieran lo mismo: la santidad. Si no, será inútil que una parte tienda al Cielo, si otra descuida la vigilancia de las puertas y deja que entre el seductor, o si neutraliza las acciones de una parte de los espirituales habitantes con disputas y pereza, haciendo así perecer la ciudad interior, abandonándola al reinado de ortigas, plantas venenosas, malas hierbas, serpientes, escorpiones, ratas y chacales, y búhos, es decir, de las malas pasiones y de los ángeles de Satanás. Hay que velar sin desistir nunca, como centinelas puestos en las murallas, para impedir que el Maligno entre donde queremos construir el Reino de Dios.

En verdad os digo que el fuerte, mientras vigila armado el atrio de su casa, está seguro de todo lo que hay en ella. Pero si viene uno más fuerte que él, o si deja sin guardia la puerta, este más fuerte lo vence, lo desarma; y él, sin las armas en que confiaba, se desmoraliza y se rinde; y el fuerte, haciéndolo prisionero, se apodera de los despojos del vencido. Pero si el hombre vive en Dios, mediante la fidelidad a la Ley y a la justicia santamente practicada, Dios está con él, Yo estoy con él, y nada malo le puede suceder. La unión con Dios es el arma que ningún fuerte puede vencer. La unión conmigo es seguridad de victoria y de botín de virtudes eternas, por las cuales eternamente será ofrecido un lugar en el Reino de Dios. Pero, quien se separa de mí o se hace enemigo mío, rechaza, como consecuencia, las armas y la seguridad de mi palabra. Quien rechaza al Verbo rechaza a Dios. Quien rechaza a Dios llama a Satanás. Quien llama a Satanás destruye cuanto tenía para conquistar el Reino.

Por tanto, quien no está conmigo está contra mí, quien no cultiva lo que Yo siembro recoge lo que siembra el Enemigo, quien conmigo no recoge desparrama, y pobre y desnudo se presentará ante el Juez supremo, que lo mandará con su amo, con el amo al que se vendió prefiriendo a Belcebú antes que a Cristo.

Habitantes de Gerasa: edificad en vosotros y en vuestra ciudad el Reino de Dios.

Como un gorjeo, una voz de mujer se eleva, límpida cual canto de alondra, por encima del rumor de la multitud de gente admirada, cantando la nueva bienaventuranza, o sea, la gloria de María:

-¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos de que mamaste!

Jesús se vuelve hacia la mujer que ha exaltado a la Madre por admiración hacia el Hijo. Sonríe, porque le es dulce la alabanza dirigida a su Madre. Pero luego dice:

-Más dichosos aquellos que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica. Hazlo tú, mujer.

Y luego bendice y se encamina hacia la campiña seguido por los apóstoles, que le preguntan:

-¿Por qué has dicho esto?

-Porque en verdad os digo que en el Cielo no se mide con las medidas de la tierra. Mi propia Madre será bienaventurada no tanto por su alma inmaculada cuanto por haber escuchado la palabra de Dios y haberla puesto en práctica con obediencia. El "hágase el alma de María sin mancha" es prodigio del Creador; a Él, pues, la gloria por ello. Pero el "hágase de mí según tu palabra" es prodigio de mi Madre; por esto, pues, grande es su mérito. Tan grande, que sólo por esa capacidad suya de escuchar a Dios, que hablaba por boca de Gabriel, y por su voluntad de poner en práctica la palabra de Dios, sin pararse a sopesar las dificultades y dolores inmediatos y futuros que tal adhesión acarrearían, ha venido el Salvador al mundo. Así pues, podéis ver que Ella es mi bienaventurada Madre no sólo porque me ha generado y amamantado, sino también porque ha escuchado la palabra de Dios y la ha puesto en práctica con la obediencia. Pero volvamos a casa. Mi Madre sabía que iba a estar fuera poco tiempo y, si ve que tardo, se podría preocupar. Estamos en una ciudad semipagana; aunque, en verdad, es mejor que otras. De todas formas, vamos. Vamos a dar la vuelta por detrás de los muros, para huir de la gente, que, si no, me entretendría todavía. Venga, bajemos deprisa, por detrás de estas arboledas espesas...

## 289

## El sábado a Gerasa. Asueto de Margziam. La pregunta de Síntica sobre la salvación de los paganos.

Largas son las horas de un día cuando no se sabe qué hacer. Y verdaderamente no saben qué hacer este sábado los que están con Jesús, en una ciudad donde no conocen a nadie, en una casa en que se ven divididos por las diferencias de lengua y costumbres, como si no fueran ya suficientes los prejuicios hebreos para tenerlos divididos de los caravaneros y de los servidores de Alejandro Misax. Por eso muchos están todavía en la cama, o dando cabezadas al sol que calienta el vasto patio cuadrado de la casa. Un patio adecuadísimo para recibir caravanas, con pilas, con argollas clavadas en las paredes o en las columnas de un rústico pórtico dispuesto a lo largo de los cuatro lados, y numerosas caballerizas y henales y pajares en tres de los lados. Las mujeres están retiradas en sus habitaciones: no se ve ni una sola.

Margziam encuentra motivo de distracción incluso en este patio cerrado: observa el trabajo de los estableros, que almohazan a los mulos, cambian las camas, examinan las pezuñas, remachan las herraduras flojas, o -y ello suscita en él aún mayor interés, porque es una cosa nueva- observa encandilado lo que hacen los camelleros, preparando ya desde hoy la carga para cada uno de los animales, distribuyéndolo en proporción al animal, equilibrándolo, y cómo les hacen arrodillarse y levantarse para poderlos cargar y descargar, para premiarlos después con un puñado de legumbres secas -me parecen habas-; en fin... una distribución de bayas de algarrobo, que también los hombres mastican con gusto.

Margziam está verdaderamente asombrado y mira alrededor de sí para encontrar a alguien con quien compartir su asombro. Pero queda desilusionado porque los adultos no están atentos a los camellos: unos hablan entre sí, otros están adormilados. Se acerca a Pedro, que duerme como un bendito, apoyada la cabeza sobre el blando heno. Le tira de una manga. Pedro abre medio ojo y pregunta:

-¿Qué pasa? ¿Quién me requiere?

-Yo. Ven a ver los camellos.

-Déjame dormir. He visto muchos camellos... Son animales feos.

El niño va donde Mateo, que está haciendo cuentas, pues en este viaje el tesorero es él:

-He estado viendo los camellos, ¿sabes? Comen como las ovejas, ¿sabes? Y se arrodillan como los hombres y parecen barcas subiendo y bajando cuando andan. ¿Tú los has visto?

Mateo, que ha perdido la cuenta por la interrupción, responde con un seco: «Sí» y vuelve a sus monedas. Otra desilusión... Margziam mira a su alrededor... Allí están Simón y Judas Tadeo hablando...

-¡Qué bonitos son los camellos! ¡Y qué buenos! Los han cargado y descargado, y se han agachado para que los hombres no se fatigaran. Luego han comido algarrobas. También los hombres. A mí me gustaría... pero no sé cómo lograr entenderme. Ven... - y coge de la mano a Simón.

Simón, absorto en el pacífico debate con el Tadeo, responde distraídamente:

-Sí, bonito... Ve, ve, pero ten cuidado de no hacerte daño.

Margziam lo mira perplejo... Simón ha dado una respuesta fuera de lugar. Casi llora. Se aleja desilusionado y va a apoyarse en una columna...

Jesús sale de una habitación y lo ve muy murrioso y solo. Se acerca al niño, le pone una mano encima de la cabeza:

-¿Qué haces todo solo y triste?

-Ninguno me hace caso...

-¿Qué querías de ellos?

-Nada... Hablaba de los camellos... Son bonitos... me gustan. Estar ahí arriba debe ser como estar en una barca... Y comen algarrobas; también los hombres...

-¿Y quieres subir arriba y comer las algarrobas. Ven, vamos donde los camellos - y Jesús lo coge de la mano y va al fondo del vasto patio con el niño, que se ha calmado por completo.

Va derecho hacia un camellero y lo saluda con una sonrisa. Éste se inclina y sigue observando a su animal (está colocándole la cabezada y regulándole las bridas).

-Hombre, ¿me entiendes?

-Sí, señor. Hace veinte años que os conozco.

-Este niño tiene un deseo grande: subir a un camello, y un deseo pequeño: comer una algarroba - Jesús sonríe más vivamente todavía.

-¿Tu hijo?

-No tengo hijos. No tengo mujer.

-Tú, muy guapo y fuerte, ¿no encontrado mujer?

-No la he buscado.

-¿No sentido deseo de mujer?

-No. Nunca.

El hombre lo mira estupefacto. Luego dice:

-Yo nueve hijos en Isquilo... Voy: hijo. Voy: hijo. Siempre.

-¿Los quieres a tus hijos?

-¡Sangre mía! Pero trabajo duro. Yo aquí, hijos allí. Lejos... Pero para pan ellos. ¿Entiendes?

-Entiendo. Entonces puedes comprender a este niño que quisiera montar en el camello y comer unas algarrobas.

-Sí. Ven. ¿Miedo? ¿No? Bien. ¡Bonito el niño! También yo. Uno así. Así moreno. Aquí. Coge aquí. Fuerte - y le pone la mano en el original agarre de la parte delantera de la silla.

-Sujetar. Ahora voy yo. Y camello arriba. No miedo, ¿eh?

Y el hombre trepa hasta la alta silla, se coloca bien e incita al camello, el cual, obediente, con una fuerte arfada, se alza.

Margziam ríe contento; y mucho más contento dado que el camellero le ha puesto en la boca una magnífica algarroba. El hombre pone el camello al paso, a lo largo del patio; luego, al trote; en fin, al ver que Margziam no tiene miedo, grita algo a un compañero y éste abre la grandísima puerta trasera del patio, y el camellero desaparece con su carga hacia el verde de la campiña.

Jesús vuelve hacia la casa y entra en una habitación grande donde están las mujeres. Sonríe tanto, que María le pregunta:

-¿Qué sucede, Hijo mío, que estás tan contento?

-Es la alegría de Margziam, que está galopando montado en un camello. Salid para que lo veamos volver.

Salen todos al patio y se sientan en una paredilla baja cabe los pilones. Los apóstoles que no duermen se acercan; los que estaban asomados a las ventanas de la habitación miran hacia abajo, ven y se acercan también. Sus voces altas y juveniles - son las de Juan y los dos Santiagos- despiertan a Pedro y Andrés y hacen reaccionar a Mateo. Ahora están al completo, pues viene también Juan de Endor con los dos discípulos.

-Pero, ¿dónde está Margziam, que no lo veo? - pregunta Pedro.

-De paseo en el camello. Ninguno de vosotros lo escuchaba... Lo he visto triste y he puesto el remedio oportuno.

Pedro, Mateo y Simón recuerdan:

-¡Ah! ¡Claro! Hablaba de camellos... y de algarrobas. ¡Pero yo tenía sueño!»; «yo tenía cuentas que hacer, para darte la relación de lo que he recibido de los gerasenos y de lo que he dado como limosna»; « ¡y yo estaba hablando de cosas de fe con tu hermano!».

-No importa. Me he preocupado Yo. De todas formas, dicho sea de paso, también es amor ocuparse de los juegos de un niño... Pero ahora vamos a hablar de otra cosa. Fuera, toda la ciudad está de fiesta. De nuestro sábado el único recuerdo que hay es una alegría general. Es mejor que ahora nos quedemos aquí dentro, con mucha más razón considerando que si quieren pueden encontrarnos. Saben dónde estamos. Ahí está Alejandro inspeccionando sus camellos. Voy a decirle que falta uno por mi culpa.

Y Jesús va raudo hacia el mercader y le habla.

Vuelven juntos. El mercader dice:

-Muy bien. Se divertirá, y le sentará bien una carrera bajo el sol. Puedes estar seguro de que el hombre lo tratará bien. Calipio es un hombre recto. A cambio de la carrera te pido algunas palabras. Esta noche pensaba en tus palabras... en las de Ramot entre Tú y la mujer, en las de ayer. Ayer tenía la impresión de estar subiendo a un alto monte, como los de la tierra en que habito, que tiene su cima verdaderamente en las nubes. Impulsabas hacia arriba, hacia arriba, hacia arriba. Me sentía como enganchado por un águila: una de esas de nuestro monte mayor, el primero que emergió del Diluvio. Todo lo veía nuevo, cosas en las que nunca había pensado, todas hechas de una luz... Y las comprendía. Luego se me han embrollado. Sigue hablando.

-¿Y de qué tengo que hablar?

-No sé... Todo era hermoso. Lo que decías de volvernos a encontrar en el Cielo... He comprendido que allí se amará de forma distinta y, no obstante, igual. Por ejemplo: no tendremos las inquietudes de ahora, y, no obstante, seremos todos para uno y uno para todos, como si fuéramos una única familia. ¿Me equivoco?

-No. Es más, formaremos una sola familia incluso con los que todavía viven. Las almas no quedan separadas por la muerte. Estoy hablando de los justos. Ellos constituyen una sola gran familia. Imagínate un gran templo donde haya unos que adoran y oran y otros que trabajan; los primeros oran por éstos también, y éstos trabajan para los que oran. Lo mismo las almas. Nosotros trabajamos aquí en la tierra. Ellos nos ayudan con sus oraciones. Y nosotros debemos ofrecer nuestros sufrimientos por su paz. Es una cadena que no se rompe. El Amor une a los que vivieron con los que viven. Y los que viven deben ser buenos para volverse a unir con los que vivieron y desean que estén con ellos.

Síntica hace un gesto involuntario que frena inmediatamente. Pero Jesús lo ve y la invita a salir de la circunspección que ella siempre observa.

-Pensaba... Ya hace días que lo pienso y, a decir verdad, me turba, porque me parece que creer en tu Paraíso significa perder para siempre a mi madre y a mis hermanas... - un sollozo quiebra la voz de Síntica, y no continúa para no llorar.

-¿Qué pensamiento es este que tanto te turba?

-Yo ahora creo en ti. A mi madre no sé pensarla sino como pagana. Era buena... ¡Muy buena! ¡Eran muy buenas también mis hermanas! La pequeña Ismene era la criatura más buena que la Tierra haya tenido. Pero eran paganas... Pero cuando yo era como ellas pensaba en el Hades y decía: "Volveremos a estar juntas". Ahora ya no existe el Hades. Existe tu Paraíso, el Reino de los Cielos para los que han servido con justicia al Dios verdadero. ¿Y esas pobres almas? ¡No tienen culpa de haber nacido griegas! Ninguno de los sacerdotes de Israel vino a decir: "El Dios verdadero es el nuestro". ¿Y entonces? ¿Sus virtudes, nada? ¿Sus sufrimientos, nada? ¿Tinieblas eternas y eterna separación de mí? Te digo: ¡un tormento! Me parece como haberlas renegado. Perdona, Señor... Yo lloro... - y se postra de rodillas y llora desolada.

Alejandro Misax dice:

-¡Sí! Yo también pensaba si, haciéndome justo, volvería a ver a mi padre, a mi madre, a mis hermanos, a mis amigos...

Jesús posa sus dedos sobre la cabeza morena de Síntica y dice:

-Constituye culpa cuando, conociendo la Verdad se persiste en el Error; no cuando uno está convencido de estar en la verdad y ninguna voz se ha acercado nunca a decir: "Traigo la verdad. Abandonad vuestras quimeras por esta Verdad y tendréis el Cielo". Dios es justo. ¿Crees que no va a premiar la virtud por el hecho de que se haya formado aislada entre la corrupción de un mundo pagano? Tranquilízate, hija.

-¿Y el pecado original? ¿Y el culto nefando? Y...

Más cosas -para amontonarse sobre el alma afligida de Síntica- saldrían de la boca de los israelitas, si Jesús, con un gesto, no impusiera silencio.

Dice:

-El pecado original es común a todos, de Israel y no de Israel. No es particularidad de los paganos. El culto pagano constituirá culpa cuando la Ley de Cristo esté difundida en el mundo. La virtud será siempre virtud a los ojos de Dios. Y, por la unión mía con el Padre, digo -y lo digo en su Nombre, traduciendo en palabras el Pensamiento santísimo- que los caminos del poder misericordioso de Dios son tantos y tan totalmente orientados a la dicha de los virtuosos, que serán eliminadas las barreras entre las almas, y los que merecieron paz paz tendrán. No sólo esto, sino que digo que en el futuro los que, convencidos de estar en la Verdad, sigan la religión de sus padres con justicia y santidad, no serán malquistos de Dios ni castigados por El. Es la malicia, la falta de buena voluntad, el rechazar deliberadamente la Verdad conocida, es, sobre todo, el impugnar la Verdad revelada y luchar contra ella, es el vivir vicioso lo que realmente separará para siempre las almas de los justos de las de los pecadores. Alza el espíritu abatido, Síntica. Estas melancolías son un asalto infernal por la ira que Satanás siente hacia ti, presa para siempre perdida. El Hades no existe. Existe mi Paraíso. Pero no es causa de dolor, sino de dicha. Nada de la Verdad debe ser causa de abatimiento o duda; antes al contrario, fuerza para creer cada vez más y con gozosa seguridad. Pero tú manifiéstame siempre tus razones. Quiero que tengas luz segura y firme como la del Sol.

Síntica, todavía arrodillada, le toma la mano y la besa...

El crrr crrr del camellero da a entender que el camello está para volver, al paso, sin hacer ruido en la tupida hierba que hay fuera de la trasera, la cual abre sin demora uno de los hombres de la caravana. Y Margziam vuelve contento, colorado por la carrera: un minúsculo hombrecito subido a la alta grupa. Ríe agitando los brazos mientras el camello se arrodilla, se deja deslizar desde la original silla, acaricia al camellero de piel morena, y luego corre hacia Jesús gritando:

-¡Qué bonito! ¿Vinieron en estos animales para adorarte los Sabios de Oriente? ¡Y yo voy a ir con ellos a predicarte por todas partes! El mundo parece más grande visto desde allí arriba, y dice: "¡Venid, venid, vosotros que conocéis la Buena Nueva!". ¡Oh! ¿Sabes?... También ese hombre la necesita... Y también tú, mercader, y todos tus hombres... ¡Cuánta gente espera, y muere sin poderla recibir!... Más gente que la arena del río. ¡Todos sin ti, Jesús! ¡Dísela pronto a todos! - y se le abraza a la cintura levantando la cabeza.

Jesús se agacha para besarlo y promete:

-Verás el Reino de Dios evangelizado en los confines más lejanos de Roma. ¿Contento?

-Yo sí. Luego iré a decirte: "Mira: éste, aquél y aquel otro país te conocen". Entonces sabré los nombres de esas tierras lejanas. ¿Y Tú qué me dirás?

-Te diré: "Ven, pequeño Margziam. Recibe una corona por cada país en que me has predicado, y luego ven aquí, a mi lado, como aquel día en Gerasa; descansa de tus fatigas porque has sido un siervo fiel y ahora es justa tu bienaventuranza en mi Reino".

## 290

## El hombre de los ojos ulcerosos. El alto en la "fuente del Camellero". Más sobre el recuerdo de las almas

La caravana sale del vasto patio de Alejandro. Ordenada como para un desfile militar. Cierran la marcha Jesús y todos los suyos. Los camellos caminan meciendo con su rítmico paso su pesada carga, y las cabezas, sobre los arqueados cuellos, a cada paso parecen preguntar: « ¿Por qué? ¿Por qué?», con un movimiento mudo pero típico, como el de las palomas, que a cada paso parecen decir: «Sí, sí» a todo lo que ven. Tiene que atravesar la ciudad la caravana; lo hace en un nítido ambiente matutino. Todos van arrebozados, porque hace fresco. Los cascabeles de los camellos, el crrr crrr de los camelleros, la voz estridente de un camello que prefiere el inactivo establo, advierten a los gerasenos de la marcha de Jesús.

La noticia se extiende rápida como el relámpago, y unos gerasenos vienen a despedirlo y a traerle ofrendas de fruta y otros alimentos. Corre también un hombre con un niñito enfermo.

-¡Bendícelo para que se cure! ¡Ten piedad!

Jesús bendice alzando la mano, y añade:

-Ve seguro. Ten fe.

El hombre responde un «sí» tan lleno de confianza, que una mujer pregunta:

-¿Curarías a mi marido, que está enfermo de úlceras en los ojos?

-Si sois capaces de creer, sí.

-Entonces voy por él. Espérame, Señor - y, más que echarse a correr, vuela como una golondrina.

¡Esperar! ¡Parece fácil! Los camellos siguen adelante. Alejandro, que va a la cabeza de la columna, no sabe de las exigencias de los que van atrás. La única solución es mandarle un aviso.

-Corre, Margziam. Ve a decir al mercader que se pare antes de salir de las murallas» -dice Jesús.

Y Margziam sale corriendo raudo para cumplir su misión. La caravana se detiene. El mercader retrocede hacia Jesús.

-¿Qué pasa?

-Quédate aquí y verás.

Pronto regresa la mujer de Gerasa con su marido enfermo de los ojos. ¡Decía úlceras!: son dos huras de podredumbre abiertas en medio de la cara. Los ojos se ven allí en el centro, enturbiados, enrojecidos, semiciegos, en medio de una resudación de repugnantes lágrimas. En cuanto el hombre levanta la venda oscura que protege de la luz, el lagrimeo aumenta porque la luz aumenta el dolor de los ojos enfermos.

El hombre gime:

-¡Piedad! ¡Sufro mucho!

-También has pecado mucho. ¿De eso no te quejas? ¿Sólo te afliges de poder perder la pobre vista del mundo? ¿No sabes nada de Dios? ¿No te da miedo una oscuridad eterna? ¿Por qué has pecado?

El hombre se echa a llorar y agacha la cabeza, sin decir nada. Su mujer también llora y gime:

-Yo he perdonado...

-También Yo perdonaré si me jura aquí que no volverá a caer en su pecado.

-¡Sí, sí! Perdón. Ahora sé lo que el pecado trae consigo. Perdón. Como la mujer, perdóname. Tú eres el Bueno.

-Te perdono. Ve a aquel riachuelo, lávate en el agua la cara y quedarás curado.

-El agua fría lo empeora, Señor - gime la mujer.

Pero el hombre no piensa sino en ir al riachuelo, y va... a ciegas hasta que el apóstol Juan, compasivo, lo toma de la mano y lo guía; Juan solo, hasta que la mujer sujeta al hombre de la otra mano, el cual desciende hasta el límite del agua gélida, que borbota entre las piedras, se agacha, toma el agua con los cuencos de las manos unidas y se lava una y otra vez la cara. No da señales de dolor. Es más, da la impresión de que lo que está haciendo le alivia.

Luego, con la cara todavía mojada, remonta el margen del riachuelo y vuelve donde Jesús, que le pregunta:

-¿Y bien? ¿Estás curado?

-No, Señor. Por ahora no. Pero Tú lo has dicho y yo quedaré curado.

-Permanece, entonces, en tu esperanza. Adiós.

La mujer se derrumba llorando... Está desilusionada. Jesús hace una señal al mercader de que se puede continuar; y éste, también desilusionado, hace pasar la voz. Los camellos reanudan la marcha con ese movimiento suyo como de una barca que alzara y bajara la proa y el tajamar contra la ola, salen fuera de las murallas, toman el amplio y polvoriento camino de caravanas que se extiende en dirección sudoeste.

Ya la última pareja del grupo apostólico (o sea, Juan de Endor y Simón Zelote) ha sobrepasado en unos veinte metros los muros, cuando un grito corta el aire silencioso: parece llenar de sí el mundo, se repite, cada vez más alto, jubiloso, laudatorio:

-¡Veo! ¡Jesús! ¡Bendito mío! ¡Veo! ¡Veo! ¡He creído! ¡Veo! ¡Jesús, Jesús! ¡Bendito mío! - y el hombre, cuya cara ha recuperado completamente la salud y cuyos ojos han vuelto a ser bonitos -dos carbunclos llenos de luz y vida-, hiende las filas apostólicas para caer a los pies de Jesús, y acaba casi debajo de las patas del camello del mercader, que apenas si tiene tiempo de apartar al animal del hombre prosternado.

El hombre besa el manto de Jesús mientras repite:

-¡He creído! ¡He creído y veo! ¡Bendito mío!

-Levántate y vive feliz, y, sobre todo, sé bueno. Di a tu mujer que sepa creer completamente. Adiós.

Jesús se libera de los brazos del curado y reanuda la marcha.

E1 mercader se acaricia la barba pensativo... Termina preguntando:

-¿Y si no hubiera sabido seguir creyendo después de la desilusión del lavado?

-Se hubiera quedado como estaba.

-¿Por qué exiges tanta fe para hacer un milagro?

-Porque la fe testifica la presencia de esperanza en Dios y amor a Dios.

-¿Y por qué has exigido antes el arrepentimiento?

-Porque el arrepentimiento hace a Dios amigo.

-Yo, que no tengo enfermedades, ¿qué tendría que hacer para testificar que tengo fe?

-Allegarte a la Verdad.

-¿Y podría ir a la Verdad sin la amistad de Dios?

-No podrías hacerlo sin la bondad de Dios. El Señor permite que quien -todavía sin arrepentimiento- lo busque, lo encuentre; porque el arrepentimiento generalmente llega cuando el hombre, conscientemente o con un mínimo atisbo de conciencia de lo que su alma quiere, conoce a Dios. Antes de esto es como un idiota guiado sólo por el instinto. ¿No has sentido nunca la necesidad de creer?

-Muchas veces. Lo que pasaba es que no me sentía satisfecho de lo que tenía. Sentía que había otra realidad, más fuerte que el dinero y que los hijos, mi esperanza... Pero a la hora de la verdad no me preocupaba de tratar de saber aquello mismo que buscaba sin saberlo.

-Tu alma buscaba a Dios. La bondad de Dios ha permitido que encontraras a Dios. El arrepentimiento de tu yerto pasado lejos de Dios te dará la amistad con Dios.

-Entonces, para... para obtener el milagro de ver con el alma la Verdad, ¿tendría que arrepentirme de mi pasado?

-Ciertamente. Arrepentirte y decidirte a un completo cambio de vida...

El hombre vuelve a acariciarse la barba. Tanto fija su mirada, que parece como si estuviera estudiando y contando los pelos del cuello del camello. Sin querer, golpea con el talón al animal, que interpreta el golpe como una incitación a acelerar el paso, de forma que acelera y va adelante con el mercader, hacia la cabeza de la caravana. Jesús no lo detiene. A1 contrario, Él mismo se para, dejándose adelantar por las mujeres y los apóstoles, hasta que llegan Simón Zelote y Juan de Endor. Jesús se une a éstos.

-¿De qué habláis? - pregunta.

-Hablábamos del desconsuelo que debe sentir quien no cree en nada o quien pierde la fe que tenía. Ayer Síntica estaba verdaderamente angustiada, a pesar de haber pasado a una fe perfecta - responde el Zelote.

-Yo le decía a Simón que, si es penoso pasar del Bien al Mal, también es desconcertante pasar del Mal al Bien. En el primer caso, uno se siente torturado por la recriminación de su conciencia; en el segundo, uno se siente... acongojado... como debe sentirse quien se encuentra transportado a un país extranjero, absolutamente desconocido... O es la zozobra de quien, siendo un mísero y un inculto, se viera puesto en medio de una Corte regia, entre doctos y nobles. Es un sufrimiento... Yo lo conozco... Mucho sufrimiento... Uno no es capaz de creer que sea verdad, que pueda durar... que se pueda merecer... especialmente cuando se tiene manchada el alma... como estaba la mía...

-¿Y ahora, Juan? - pregunta Jesús.

El rostro extenuado de Juan de Endor, extenuado y triste, se ilumina con una sonrisa que lo hace menos macilento. Dice:

-Ahora no. Queda la gratitud; es más, aumenta la gratitud hacia el Señor, que ha querido esto. Queda el recuerdo del pasado para mantenerme humilde. Pero hay seguridad. Me siento aclimatado. Ya no me siento extranjero en este dulce mundo tuyo de perdón y de amor. Me he tranquilizado. Estoy sereno, feliz.

-¿Juzgas buena tu experiencia?

-Sí. Si no fuera porque me duele haber pecado, porque con mi pecado he entristecido a Dios, diría que siento que mi pasado ha estado bien; me puede servir mucho para sostener a almas que son voluntariosas pero se sienten desconcertadas en los primeros momentos de su nueva fe.

-Simón, ve a decir al muchacho que no salte tanto, que esta noche estará agotado.

Simón mira a Jesús, pero comprende la verdad de la orden. Sonríe inteligentemente y se marcha, dejando así solos a los dos.

-Ahora que estamos solos, Juan, escucha este deseo mío. Tú, por muchas razones, tienes una amplitud de juicio y pensamiento que ningún otro de mis seguidores tiene, y tienes una cultura más vasta que la común entre los israelitas. Por eso, te ruego que me ayudes...

-¿Yo ayudarte a ti? ¿En qué?

-Para Síntica. ¡Tú eres un magnífico pedagogo! Margziam contigo aprende pronto y bien. Tanto es así, que tengo intención de dejaros juntos unos meses, porque quiero en Margziam un conocimiento más amplio que el del pequeño mundo de Israel. Para ti ocuparte de él es motivo de alegría; también a mí me da alegría el veros juntos, tú enseñando, él aprendiendo, tú rejuveneciéndote, él madurando mientras está ocupado. Pero tendrás que ocuparte también de Síntica, como de una hermana desorientada. Tú lo has dicho: es sentirse desconcertados... Ayúdala a aclimatarse en mi ambiente. ¿Me haces este favor?

-¡Pero, mi Señor, si para mí es gracia hacerlo! No me acercaba a ella porque tenía la impresión de ser yo una persona superflua. Pero, si Tú lo quieres... Ella lee mis volúmenes: los hay sagrados y solamente cultos: libros de Roma y de Atenas. Veo que consulta y medita. Pero nunca me había entrometido a ayudarla. Si Tú lo quieres...

-Sí, lo quiero. Quiero veros amigos. Ella también, como Margziam y tú, estará en Nazaret un tiempo. Será bonito. Mi Madre y tú maestros de dos almas que se abren a Dios. Mi Madre: la angélica Maestra de la Ciencia de Dios; tú: el experto maestro del humano saber, que ahora puedes explicar con referencias sobrenaturales. Será bonito y bueno.

-¡Sí, mi bendito Señor! ¡Demasiado bonito para el pobre Juan!... - y el hombre sonríe ante el pensamiento de estos próximos días de paz junto a María, en la casa de Jesús...

Y el camino serpentea bordeando las pequeñas elevaciones que hay inmediatamente después de Gerasa, bajo un calorcillo de sol que cada vez se siente más, en una lindura de campiña que acaba siendo toda llana. Un camino que está bien conservado y por el que se camina cómodamente. Y se reemprende el camino después del alto del mediodía.

Es casi de noche cuando por primera vez oigo reír con ganas a Síntica: Margziam le ha contado no se qué y ha hecho reír a todas las mujeres. Veo que la griega se inclina a acariciar al niño y a rozarle la frente con un beso, tras lo cual el niño empieza otra vez a saltar como si no sintiera cansancio.

Pero todos los demás sí que están cansados, de forma que la decisión de pernoctar en la fuente del Camellero es recibida con alegría. El mercader dice:

-Hago noche siempre ahí. La etapa de Gerasa a Bosrá es demasiado larga, para los hombres y para los animales.

-Es humano este mercader - observan entre sí los apóstoles, comparándolo con Doras...

La "fuente del Camellero" no es sino un puñado de casas alrededor de numerosos pozos. Una especie de oasis no en la aridez del desierto, porque aquí no hay aridez. Es un oasis en la amplitud deshabitada de los campos y matas de árboles frutales

que se intercalan durante millas y que, en esta anochecida de Octubre, emanan la misma tristeza que el mar a la hora del crepúsculo. Así que ver casas, oír rumor de voces, llantos de niños, sentir el olor de las chimeneas humeantes, ver las primeras lamparillas encendidas, es dulce como volver al propio hogar.

Mientras los camelleros se detienen para que los camellos beban una primera vez, los apóstoles y las mujeres siguen a Jesús, y, con el mercader, entran en la... muy prehistórica posada que los hospedará durante la noche...

...En la mísera y fumosa, vasta habitación donde han cenado y donde van a dormir los hombres, y mientras los domésticos preparan las yacijas hechas con heno amontonado encima de unos cañizos, se reúnen todos, cerca de un amplio hogar que ocupa toda la pared estrecha de la habitación. El fuego está encendido porque la noche ha traído consigo humedad y frío.

-Mientras no se ponga de agua el tiempo...- suspira Pedro.

El mercader lo tranquiliza:

-Debe terminar todavía esta luna antes de que venga el mal tiempo. Aquí hace así por la noche, pero mañana tendremos sol.

-¡Es por las mujeres, eh! No por mí. Soy pescador. Vivo en el agua. Y te aseguro que prefiero el agua a las montañas y al polvo.

Jesús habla con las mujeres y con sus dos primos. Lo están escuchando también Juan de Endor y el Zelote. Sin embargo, Timoneo, Hermasteo y Mateo están leyendo uno de los volúmenes de Juan; los dos israelitas le explican a Hermasteo los pasajes bíblicos de mayor oscuridad para él.

Margziam los escucha embelesado, pero con una carita que se vela de sueño. Lo ve María de Alfeo y dice:

-Ese niño está cansado. Ven, amor, que vamos a dormir. Ven, Elisa; ven, Salomé. Ancianos y niños están mejor en la cama. Y haríais bien todos en iros a la cama, que estáis cansados.

Pero, aparte de las ancianas, excepto Marcela y Juana de Cusa, ninguno se mueve.

En cuanto, recibida la bendición, se marchan, Mateo susurra:

-¿Quién les iba a haber dicho a estas mujeres, hace poco, que iban a tener que dormir en paja, muy lejos de casa?

-Jamás he dormido tan bien - afirma categóricamente María de Magdala. Y Marta lo confirma.

Pero Pedro da la razón a su compañero:

-Mateo tiene razón. Me pregunto, y no lo entiendo, por qué os ha traído a vosotras aquí el Maestro

-Hombre, ¡pues porque somos las discípulas!

-¿Entonces, si fuera... a tierras de leones, iríais?

-¡Pues claro, Simón Pedro! ¡Como si fuera mucho caminar unos pasos! ¡Y, además, con Él al lado!...

-Hablando de pasos, la verdad es que son muchos. Y para mujeres que no están acostumbradas...

Pero las mujeres protestan tanto, que Pedro se encoge de hombros y calla.

Santiago de Alfeo, alzando la cabeza, ve una sonrisa tan luminosa en el rostro de Jesús, que le pregunta:

-¿Nos quieres decir la verdadera finalidad de este viaje, sólo con nosotros, con las mujeres, y... con poco fruto respecto al esfuerzo?

-¿Podrías pretender ver ahora el fruto de la semilla enterrada en los campos que hemos atravesado?

-No. Lo veré en primavera.

-Yo también te digo: "Lo verás a su tiempo".

Los apóstoles no replican nada.

Se alza la voz argentina de María:

-Hijo mío, hoy veníamos hablando entre nosotras de lo que has dicho en Ramot. Cada una de nosotras tenía impresiones y reflexiones distintas. ¿Querrías manifestarnos tu pensamiento? Yo decía que lo mejor era llamarte en ese momento. Pero ibas hablando con Juan de Endor.

-La verdad es que he sido yo la que ha suscitado la cuestión. Porque soy una pobre pagana y no tengo las espléndidas luces de vuestra fe. Sed indulgentes conmigo.

-¡Quisiera yo tener tu alma, hermana mía! - dice impulsiva la Magdalena. Y, siempre exuberante, la abraza y la mantiene junta a sí con un brazo.

Con su espléndida belleza parece iluminar ella sola la mísera barraca y transferir aquí la opulencia de su casa suntuosa. La griega, estrechada a ella, completamente distinta pero también de un físico singular, coloca una nota de pensamiento junto al grito de amor que parece emanar siempre de la pasional María; mientras que, sentada, su dulce rostro alzado hacia su Hijo, las manos entrecruzadas casi como si estuviera orando, recortado en el fondo de la negra pared su perfil purísimo, la Virgen es la perpetua Adoradora. Susana está en la penumbra del rincón, adormilada. Marta, activa a pesar del cansancio y de las insistencias de los demás, aprovecha la luz del hogar para asegurar unas hebillas en el vestidito de Margziam.

Jesús dice a Síntica:

-Pero no era un pensamiento penoso porque te he oído reír.

-Sí, por el niño, que resolvía la cuestión con soltura diciendo: "Yo sólo quiero volver si vuelve Jesús. Pero si quieres saber todo, ve, y luego vuelve y nos dices si te acuerdas".

Se echan a reír todas otra vez y dicen que Síntica había pedido a María explicación sobre el recuerdo que las almas conservan y que da razón de cierta posibilidad en los paganos de tener vagos recuerdos de la Verdad.

-Yo decía: "¿Será que esto confirma la teoría de la reencarnación en que creen muchos paganos?" y tu Madre, Maestro, me explicaba que lo que Tú dices es distinto. Ahora te pido que me expliques también esto, mi Señor.

-Escucha. No debes creer que, porque los espíritus tengan espontáneos recuerdos de Verdad, esté demostrado que vivimos varias vidas. Ya conoces suficiente para saber cómo fue creado el hombre, cómo pecó, cómo fue castigado. Te ha sido

explicado cómo Dios incorpora en el animal-hombre un alma individual. Es creada cada vez una y *jamás* un alma es usada para posteriores encarnaciones. Esta certeza debería anular mi aserción acerca del recuerdo de las almas. Debería... para cualquier otro ser aparte del hombre, dotado de un alma hecha por Dios. El animal no puede recordar nada, naciendo una sola vez; el hombre puede recordar, a pesar de nacer una sola vez. Recordar con su parte mejor: el alma. ¿De dónde viene el alma, toda alma de hombre? De Dios. ¿Quién es Dios? El Espíritu inteligentísimo, potentísimo, perfecto. Esta cosa admirable que es el alma, cosa creada por Dios para darle al hombre su imagen y semejanza como signo indiscutible de su Paternidad santísima, presenta dotes propias de Aquel que la creó: es, pues, inteligente, espiritual, libre, inmortal, como el Padre que la creó. Sale perfecta del Pensamiento divino y en el instante de su creación es igual, durante una milésima de instante, que la del primer hombre: una perfección que entiende la Verdad por don dado gratis. *Una milésima de instante.* Luego, una vez formada, es lesionada por la culpa original. Para que entiendas mejor, te diré que es como si Dios estuviera grávido del alma que crea, y el creado, al nacer, fuera herido por una señal incancelable. ¿Me comprendes?

-Sí. Mientras es pensada es perfecta. Una milésima de instante, este pensamiento creador. Luego, el pensamiento traducido a hecho, el hecho queda sujeto a la ley provocada por la Culpa.

-Bien has respondido. El alma se encarna, por tanto, así en el cuerpo humano, llevando consigo, cual gema celada en el misterio de su ser espiritual, el recuerdo del Ser Creador, o sea, de la Verdad. El niño nace. Puede ser bueno, puede ser magnífico o pérfido; puede serlo todo porque en su querer es libre. El ministerio de los ángeles con sus luces ilumina sus "recuerdos"; el artero los cubre de tinieblas. Según que el hombre desee las luces y aspire, por tanto, también a una virtud cada vez mayor, haciendo al alma señora de su ser, he aquí que aumenta en ella la facultad de recordar, como si la virtud fuera haciendo cada vez más sutil la pared que se interpone entre el alma y Dios. Así se comprende por qué los hombres virtuosos de todos los pueblos sienten la Verdad (no perfectamente, por estar embotados por doctrinas contrarias o por letal ignorancia, pero sí suficientemente como para ofrecer páginas de formación moral a los pueblos a que pertenecen). ¿Has comprendido? ¿Estás convencida?

-Sí. Concluyendo: la religión de las virtudes practicadas heroicamente predispone al alma a la Religión verdadera y al conocimiento de Dios».

-Exacto. Y ahora ve a descansar con mi bendición. Y tú también, Mamá, y vosotras hermanas y discípulas. La paz de Dios descienda sobre vuestro descanso.

## 291

## Margziam descubre por qué Jesús ora todos los días a la hora nona

Tenía razón el mercader. Octubre no podía conceder a los peregrinos un día más hermoso. Disipada la leve niebla que velaba la campiña, como si la naturaleza hubiera querido cubrir con un velo el sueño de las plantas durante la noche, los campos se ven ahora en su majestuosa extensión de cultivos caldeados por el sol. Parece como si la niebla se hubiera recogido en copos de espuma transparente para ornar las lejanas cimas, mostrándolas aún más desvanecidas bajo el cielo sereno.

-¿Qué son aquéllas? ¿Montañas que tenemos que subir? - pregunta Pedro preocupado.

-No, no. Son los montes de Aurán. Nos quedaremos en la llanura, más acá de ellos. Antes de que se haga de noche, estaremos en Bosrá de Auranítida, una hermosa y buena ciudad. Mucha actividad comercial - dice para consolar y en tono de elogio el mercader, que como base de la belleza de un lugar pone siempre la prosperidad comercial.

Jesús está completamente solo, detrás, como algunas veces hace cuando desea aislarse. Margziam se vuelve para mirarlo varias veces. Luego, no resistiendo más, deja a Pedro y a Juan de Zebedeo, se sienta al borde del camino, en un mojón que debe ser una señal militar romana, y espera. Cuando Jesús llega a su altura, el niño se levanta y sin decir nada, se pone al lado de Jesús, pero un poco retrasado para que ni siquiera el verlo le moleste, y observa, observa...

Sigue observando, hasta que Jesús sale de su meditación y, al oír las leves pisadas detrás de El, se vuelve, y sonríe tendiendo la mano al niño, y dice:

-¡Oh, Margziam! ¿Qué haces aquí tan solo?

-Te estaba mirando. Hace días que te miro. Todos tienen ojos, pero no todos ven las mismas cosas. He visto que Tú, de vez en cuando, te aíslas... Los primeros días pensaba que quizás estabas afligido por algo. Pero luego he visto que lo haces siempre a las mismas horas, y que tu Mamá, que siempre te consuela cuando estás triste, no te dice nada cuando tienes esa expresión de cara; es más, si está hablando, se calla y se recoge profundamente. ¡Yo veo, eh!... Porque siempre os miro a ti y a ella para hacer lo que hacéis vosotros. Les he preguntado a los apóstoles que qué es lo que haces, porque está claro que algo haces. Me han dicho: "Está orando". Y les he preguntado: "¿Qué dice?". Ninguno me ha respondido, porque no lo saben. Están contigo desde hace años y no lo saben. Hoy te he seguido siempre que veía que ponías esa expresión, y te he estado mirando mientras orabas. Pero no es siempre la misma cara. Esta mañana, al amanecer, parecías un ángel de luz. Mirabas las cosas con unos ojos que creo que las sacabas de las sombras más que el Sol. A las cosas y a las personas. Y luego observabas el cielo, y tenías la misma cara que cuando ofreces el pan, en la mesa. Más tarde, cruzando ese pueblecito, te has puesto el último, solo: tanto te esforzabas en decir, al pasar, palabras buenas a los pobres de ese pueblo, que me parecías un padre. A uno le has dicho: "Soporta con paciencia, que pronto te aliviaré, a ti y a otros como tú". Era el esclavo de aquel hombre feo que nos ha embriscado a sus perros. Luego, mientras preparaban la comida, nos mirabas con ojos de una bondad repleta de amor. Parecías una madre... Pero ahora tu cara era de dolor... ¿En qué piensas, Jesús, a esta hora, que estás siempre así?... De todas formas, por la noche, algunas veces, si no duermo, te veo muy serio. '¿Me dices cómo rezas?, ¿me dices qué te mueve a rezar?

-Por supuesto que te lo digo. Así rezarás conmigo. La jornada nos la da Dios, toda: tanto la iluminada como la oscura: el día y la noche. Es un don vivir y gozar de luz. Es un modo de santificación el modo de vivir. ¿No es verdad? Pues entonces uno tiene que santificar todos los momentos del día, para conservarse en santidad y tener presente en su corazón al Altísimo y su bondad, y, al mismo tiempo, mantener alejado al Demonio. Observa los pajarillos. Con el primer rayo de sol cantan. Bendicen la luz. También nosotros debemos bendecir la luz, que es un don de Dios, y bendecir a Dios, que nos la concede y que es Luz. Tener deseos de El ya desde los albores de la mañana, como para poner un sigilo de luz, una nota de luz en todo el día que transcurre, para que todo él sea luminoso y santo. Unirnos a toda la Creación para alabar al Creador. Luego, a medida que las horas van pasando, y pasando nos traen la constatación de cuánto dolor e ignorancia hay en el mundo, orar también, para que sea aliviado el dolor y caiga la ignorancia y conozcan a Dios, lo amen, le eleven sus oraciones, todos los hombres; que si conocieran a Dios se verían siempre consolados incluso en su sufrimiento. En la hora sexta, orar por amor a la familia. Saborear este don de estar unidos a quien nos ama, que también esto es un don de Dios. Pedir que la comida no se transforme de algo útil en pecado. Y, al declinar la tarde, orar pensando que la muerte es ese ocaso que a todos nos espera. Orar para que nuestro ocaso, de un día o de toda la vida, se produzca siempre con el alma en gracia. Y, cuando se encienden las luces, orar para dar las gracias por el día que ha concluido y para pedir protección y perdón, para echarse a dormir sin miedo a un improviso juicio, a asaltos demoníacos. Orar, en fin, por la noche -pero esto es para los que ya no son niños- para ofrecer reparación por los pecados de la noche, para alejar a Satanás de los débiles, para que en los que hayan incurrido en culpa surjan la reflexión, la contrición, los buenos propósitos que se harán realidad con los primeros rayos del sol. Y así el justo durante todo el día ora, y por estas cosas ora.

-Pero no me has dicho por qué te abstraes, tan serio y majestuoso, a la hora nona...

-Porque... digo: "Por el Sacrificio de esta hora venga tu Reino al mundo y sean redimidos todos aquellos que creen en tu Verbo". Dilo también tú...

-¿Qué sacrificio es? Dijiste que el incienso se ofrece por la mañana y al atardecer. Las víctimas, a las mismas horas, todos los días, en el altar del Templo; y las víctimas, si son por votos y expiaciones, se ofrecen a todas las horas. No hay una hora nona señalada con rito especial.

Jesús se para, toma al niño con las dos manos, lo alza, lo mantiene fijo frente a sí y, como si recitase un salmo, alzando el rostro, dice:

-Y entre la sexta y la nona aquel que vino como Salvador y Redentor, aquel de que hablan los profetas, consumará su sacrificio, después de comer el pan amargo de la traición y de dar el dulce Pan de la Vida, después de prensarse a sí mismo como el racimo en el lagar y dar de beber de sí a los hombres y a la hierba, después de tejerse púrpura de rey con su sangre, y ceñir corona, y empuñar el cetro y elevar al lugar alto su trono, para que lo vea Sión, Israel y el mundo. Levantado, con el purpúreo vestido de sus llagas infinitas, en medio de las tinieblas para dar Luz, en la muerte para dar Vida, morirá a la hora nona y será redimido el mundo.

Margziam lo mira aterrorizado, pálido, con muchas ganas de llorar en los labios y en sus ojos asustados. Con voz insegura, dice:

-¡Pero el Salvador eres Tú! ¿Entonces eres Tú el que va a morir a esa hora?

Las lágrimas empiezan a descender por las mejillas y la pequeña boca las bebe, mientras, entreabierta, espera una desmentida.

Pero Jesús dice:

-Soy Yo, pequeño discípulo. Y también por ti.

Y, dado que el niño rompe a llorar convulsivamente, lo aprieta contra su corazón y dice:

-¿Entonces te duele que Yo muera?

-¡Oh, Tú eres mi única alegría! ¡No quiero esto! Yo... Déjame morir en lugar de ti...

-Tú tienes que predicarme en todo el mundo. Ya está dicho. Pero, escúchame: moriré contento porque sé que tú me amas; luego resucitaré. ¿Te acuerdas de Jonás? Salió mejor compuesto del vientre de la ballena, descansado, fuerte. Yo también, e iré inmediatamente a ti y te diré: "Pequeño Margziam, tu llanto apagó mi sed, tu amor me ha hecho compañía en el sepulcro. Ahora vengo a decirte: “Sé sacerdote mío"'. Y te besaré teniendo todavía en mí el aroma del Paraíso.

-Pero, ¿dónde voy a estar yo? ¿No voy a estar con Pedro?, ¿no con la Madre?

-Te salvaré de las olas infernales de esos días. Salvaré a los más débiles e inocentes. Menos a uno. Margziam, pequeño apóstol, quieres ayudarme a orar por aquella hora?

-¡Oh, sí, Señor! ¿Y los demás?

-Esto es un secreto entre nosotros dos. Un gran secreto. Porque a Dios le place revelarse a los pequeñuelos... No llores más. Sonríe, pensando que después no volveré a sufrir nunca más y sólo recordaré todo el amor de los hombres, el primero el tuyo. Ven, ven. Mira qué lejos están los otros. Vamos a correr para alcanzarlos - y lo pone en el suelo y, llevándolo de la mano, se echa a correr con el niño hasta que se unen al grupo.

-Maestro, ¿qué has estado haciendo?

-Le he explicado a Margziam las horas del día.

-¿Y el niño ha llorado? Será que se ha comportado mal y Tú, por bondad, lo disculpas - dice Pedro.

-No, Simón. Ha observado que oraba. Vosotros no lo habéis observado. Me ha pedido una explicación, y se la he dado. El niño se ha emocionado por mis palabras. Ahora dejadlo tranquilo. Ve donde mi Madre, Margziam. Y vosotros escuchad todos, que no os vendrá mal a vosotros la lección.

Y Jesús explica otra vez la utilidad de la oración en las horas principales del día, omitiendo la explicación de la hora nona. Termina:

-La unión con Dios es este tenerlo presente en todo momento para alabarlo e invocarlo. Hacedlo y progresaréis en la vida del espíritu.

Bosrá está ya cerca. Extendida en la llanura, se ve grande; parece bonita, con torres y circundada de muros. La tarde, al caer, desvanece los tonos de las casas y los campos en un lila ceniciento lleno de languor, en que se confunden los contornos, mientras balidos de ovejas y gruñidos de cerdos, dentro de unos recintos fuera de los muros, rompen el silencio de la campiña. Silencio que cesa en cuanto, atravesada la puerta, la caravana entra en un dédalo de callecitas, que defraudan a quien desde fuera juzgaba bonita la ciudad. Voces, olores y... hedores se depositan en las callejuelas retorcidas, y acompañan a los peregrinos hasta una plaza --ciertamente un mercado— en que está la posada.

La llegada a Bosrá se ha cumplido.

## 292

## Insidia de escribas y fariseos en Bosrá

Bosrá, sea por la estación del año, sea porque está muy concentrada en sus callejuelas, se muestra opaca de niebla por la mañana. Opaca y muy sucia. Los apóstoles, de regreso de las compras en el mercado, hablan de esto entre sí. En efecto, la industria hostelera de aquellos tiempos y de estos lugares era tan prehistórica, que cada uno tenía que preocuparse de sus abastecimientos. Se comprende que los dueños no quieren salir perdiendo ni una miaja; se limitan a cocinar lo que los clientes llevan (¡y esperemos que no sisen!). A1 máximo compran para el cliente, o le venden directamente las provisiones de que tienen reservas, haciendo de carniceros, si hace falta, con los pobres corderos destinados a ser asados.

Esto de comprarle al hospedero no le resulta simpático a Pedro. Ahora continúa la divergencia de opiniones entre el apóstol y el hospedero, que tiene una cara muy pícara y que no desaprovecha la ocasión para injuriar al apóstol llamándole "galileo", el cual replica, señalando a un cerdito que acaba de degollar el hospedero por cuenta de unos clientes de paso:

-Yo galileo, tú cerdo; que lo que eres es un pagano. En tu fétida posada no me quedaría ni una hora, si fuera dueño de mí. Ladrón y... -y aquí añade otro término muy... ilustrativo, que dejo en el tintero - Deduzco que entre estos de Bosrá y los galileos hay una de esas muchas incompatibilidades regionales y religiosas de que estaba lleno Israel, o, mejor, Palestina.

El hospedero grita más fuerte:

-Si no fuera porque estás con el Nazareno y porque soy mejor que vuestros repulsivos fariseos, que lo odian sin motivo, te lavaría el morro con la sangre del cerdo; así tendrías que largarte de aquí para correr a purificarte. Pero le tengo respeto a Él, que ciertamente tiene poder. Y te digo que con todas vuestras historias sois unos pecadores. Somos mejores nosotros que vosotros. Nosotros no tendemos emboscadas, ni traicionamos. Vosotros... ¡Pfff!... Raza de traidores y granujas, que no respetáis ni siquiera a los pocos santos que tenéis entre vosotros.

-¿A quién, traidores? ¿A nosotros? ¡Ah, vive el Cielo que ahora...!

Pedro está enfurecido y a punto de lanzarse contra el hombre; su hermano y Santiago lo sujetan y Simón se pone en medio con Mateo.

Pero, más que esta acción, es la voz de Jesús, que se asoma por una puerta y dice:

-Y ahora tú, Simón, calla, y tú, hombre, también - lo cual hace deponer la ira.

-Señor, el hospedero ha sido el primero que ha tirado una puntada y que ha amenazado.

-Nazareno, el primer ofendido he sido yo.

Yo, él. Él y yo. Se echan la culpa el uno al otro los dos culpables. Jesús se acerca serio y sereno.

-Tenéis la culpa los dos. Y tú, Simón, más que él. Porque tú conoces la doctrina del amor, del perdón, de la mansedumbre, de la paciencia, de la hermandad. Tenemos que hacernos respetar como santos, si no queremos que nos traten mal como a galileos. Y tú, hombre, si te sientes mejor que los demás, bendice a Dios por ello, y sé digno de ser cada vez mejor. Y, sobre todo, no ensucies tu alma con acusaciones que no son verdaderas: mis discípulos ni traicionan ni actúan subrepticiamente.

-¿Estás seguro, Nazareno? ¿Y entonces por qué aquellos cuatro han venido a preguntarme que si habías venido, que con quién estabas, y otras muchas cosas cucas?

-¡Qué! ¡Qué! ¿Quiénes son? ¿Dónde están?

Los apóstoles se arremolinan, olvidando que al hacerlo se acercan a uno que está embadurnado de sangre de cerdo, lo cual, antes, sobrecogidos, los mantenía distantes.

-Id vosotros a vuestras ocupaciones. Tú puedes quedarte, Misax.

Los apóstoles van a la habitación de la que había salido Jesús. En el patio sólo se quedan: uno frente al otro, Jesús y el hospedero; a unos pasos de Jesús, el mercader, observando la escena con asombro.

-Responde, hombre, con sinceridad. Y perdona si la sangre ha enfurecido la lengua de un discípulo mío. ¿Quiénes son esos cuatro y qué han dicho?

-No sé concretamente quiénes son. Eso sí, escribas y fariseos de la otra parte. No sé quién los ha traído aquí. No los he visto jamás. Pero están bien al corriente de ti. Saben de dónde vienes, a dónde vas, con quién vas. De todas formas, si venían a mí es porque querían asegurarse. No. Seré un granuja, pero sé mi oficio. No conozco a nadie, no veo nada, no sé nada... para los demás, claro, porque para mí sé todo. Pero, ¿por qué voy a tener que decir a otros lo que sé?, y menos todavía a los hipócritas. ¿Granuja?, sí. Si fuera menester, ayudaría incluso a unos ladrones. Total, ya lo sabes... Pero no sabría robarte, o tratar de robarte, a ti la libertad, el honor o la vida. Y ésos -dejaría de ser Fara de Tolomeo, si no fuera verdad lo que digo-, ésos te acechan para causarte un mal. ¿Y quién los envía? ¿Uno de Perea o de la Decápolis?, ¿uno de la Traconítida, de la Gaulanítida o

de la Auranítida? No, que nosotros o no te conocemos o, si te conocemos, te respetamos como a un justo, si es que no creemos en ti como santo. ¿Entonces, quién los ha enviado? Uno de la parte tuya, y quizás uno de tus amigos, porque saben demasiadas cosas...

-Saber de mi caravana es fácil... - dice Misax.

-No, mercader, no de ti, de otros que van con Jesús. Yo no sé, ni quiero saber; no veo, ni quiero ver. De todas formas, te digo: si ves que eres responsable, repara; si ves que te están traicionando, toma las medidas oportunas.

-No se trata de culpa, hombre, ni de traición; lo único que sucede es que Israel no me comprende. Pero... ¿y tú, cómo tienes noticias de mí?

-Por un joven. Un calavera que daba que hablar en Bosrá y en Arbela: aquí porque venía a consumar sus pecados, allí porque deshonraba a su familia. Luego se convirtió, se hizo más honesto que un justo. Ahora se ha unido a tus discípulos, se ha hecho discípulo también él, y te espera en Arbela, con sus padres, para rendirte honor. Y va diciendo a todos que le cambiaste el corazón por las oraciones de su madre. Felipe de Jacob tendrá el mérito, si esta región se santifica, de haber sido su santificador; y si en Bosrá hay alguien que cree en ti, es por él.

-¿Dónde están ahora estos escribas que han venido?

-No lo sé. Se marcharon porque les dije que no tenía sitio para ellos. Lo tenía, pero no he querido dar hospedaje a las serpientes junto a la paloma. Se habrán quedado, ciertamente, por los alrededores. Ten cuidado.

-Gracias. ¿Cómo te llamas?

-Fara. He cumplido con mi deber. Acuérdate de mí.

-Sí, y tú de Dios. Y perdona a mi Simón. Algunas veces le ciega el gran amor que me tiene.

-Nada malo. Yo también le he ofendido... Pero la verdad es que hace daño cuando a uno lo insultan. Tú no insultas...

Jesús suspira... y dice:

-¿Quieres ayudar al Nazareno?

-Si está en mi mano...

-Me gustaría predicar en este patio...

-Te dejo que hables. ¿Cuándo?

-Entre la sexta y la nona.

-Ve tranquilo a donde quieras. Bosrá sabrá que predicas. Yo me encargo de ello.

-Dios te lo pague - y Jesús le dirige una sonrisa que ya en sí es paga. Luego se encamina hacia la habitación donde estaba antes. Alejandro Misax dice:

-Maestro, sonríeme igual a mí... Yo también voy a decir a la gente que venga a oír hablar a la Bondad. Conozco a muchas personas. Adiós.

-Que Dios te retribuya a ti también - y Jesús le sonríe.

Entra en la habitación. Las mujeres están alrededor de María -que tiene expresión de pena-, la cual se levanta enseguida y va hacia su Hijo. No dice nada, mas todo en ella es una pregunta. Jesús le sonríe y le responde diciendo a todos:

-Estad libres para la hora sexta. Hablaré a muchos aquí. Mientras tanto, idos todos, menos Simón Pedro, Juan y Hermasteo; anunciadme y dad muchas limosnas.

Los apóstoles se marchan.

Pedro se acerca lentamente a Jesús, que está con las mujeres, y pregunta:

-¿Por qué no voy yo también?

-Cuando uno es demasiado impulsivo se queda en casa. ¡Simón, Simón! ¿Cuándo vas a aprender a dirigir tu caridad al prójimo? Actualmente es una llama encendida, pero toda para mí; es una lámina recta y rígida, pero sólo para mí. Sé manso, Simón de Jonás.

-Tienes razón, Señor. Ya me ha regañado tu Madre, como sabe hacerlo ella, sin hacer daño. Hasta lo más hondo ha penetrado en mí. Pero... regáñame también Tú, pero... luego no me mires con tanta tristeza.

-Sé bueno. Sé bueno... Síntica, querría hablarte aparte. Sube a la terraza. Ven tú también, Madre mía...

Y por la rústica terraza que cubre un ala del edificio, con el tibio sol que caldea el aire, Jesús, paseando lentamente entre María y la griega, dice:

-Mañana nos separaremos durante un tiempo. Cerca de Arbela, las mujeres, con Juan de Endor, iréis hacia el mar de Galilea y proseguiréis juntos hasta Nazaret. Pero, para no mandaros solas con un hombre casi imposibilitado, os acompañarán también mis hermanos y Simón Pedro. Presiento discrepancias por esta separación. Pero la obediencia es la virtud del justo. Pasando por las tierras que Cusa vigila en nombre de Herodes, Juana podrá disponer de escolta para el resto del camino. Entonces dejaréis partir a los hijos de Alfeo y a Simón Pedro. Y si te he pedido que subieras aquí era para esto: quiero decirte, Síntica, que he decidido que estés un período en casa de mi Madre. Ella ya sabe. Contigo estarán Juan de Endor y Margziam. Estad allí con amor, formándoos cada vez más en la Sabiduría. Quiero que cuides mucho del pobre Juan. A mi Madre no se lo digo porque no necesita consejos. Tú puedes comprenderlo y sufrir con él, y él puede hacerte mucho bien porque es un experto maestro. Después iré Yo. ¡Pronto! Nos veremos con frecuencia. Espero encontrarte cada vez más sabia en la Verdad. Te bendigo, Síntica, en particular; éste es mi adiós a ti por esta vez. En Nazaret encontrarás amor y odio, como en todas partes; pero en mi casa encontrarás paz, siempre.

-Nazaret no se ocupará de mí ni yo de ella. Viviré alimentándome de la Verdad y el mundo no significará nada para mí, Señor».

-Bien. Puedes marcharte, Síntica. Y, por ahora, guarda silencio. Madre, tú sabes... Te confío estas perlas mías predilectas. Mientras gozamos de paz nosotros, Mamá, haz que tu Jesús encuentre conforte en tus caricias...

-¡Cuánto odio, Hijo mío!

-¡Cuánto amor!
-¡Cuánta amargura, mi querido Jesús!
-¡Cuánta dulzura!
-¡Cuánta incomprensión, Hijito mío!
-¡Cuánta comprensión, Mamá!
-¡Tesoro mío! ¡Mi querido Hijo!
-¡Mamá! ¡Alegría de Dios y mía! ¡Mamá!».

Se besan y luego se quedan juntos, sentados en el banco de piedra que recorre el antepecho de la terraza: Jesús abrazando, protector y amoroso, a su Madre; ella apoyando en el hombro de su Hijo la cabeza, las manos en su mano: beatíficos... El mundo está muy lejos... sepultado bajo olas de amor y fidelidad…

## 293

## Palabras de Jesús y milagros en Bosrá, después de la irrupción de dos fariseos. El don de la fe a Alejandro Misax

...Y también está muy cerca el mundo con sus olas de odio, traición, dolor, necesidad, curiosidad. Y las olas vienen, como las del mar a un puerto, a morir aquí, dentro del patio de la posada de Bosrá, limpio ahora de excrementos e inmundicias por el respeto del hospedero, cuyo corazón es mejor de lo que su cara hace suponer. Mucha gente, del lugar y no del lugar, aunque todavía de la región; y gente que, por lo que dicen, comprendo que vienen de lejos, de las riberas del lago o de allende el lago. Nombres de pueblos y fragmentos de dolor se captan de las palabras que, a la espera de Jesús, se entrecruzan. Gadara, Ippo, Gerguesa, Gamala, Afeq, y Naím, Endor, Yizreel, Magdala y Corazín pasan de boca en boca; con ellos las referencias de los motivos que hasta aquí los han traído desde tan lejos.

-Cuando supe que Él había venido por la Transjordania me desanimé; pero, cuando iba a volver a Yizreel vinieron unos discípulos, y nos dijeron a los que estábamos esperando en Cafarnaúm: "Ahora estará seguro más allá de Gerasa. Id sin demora a Bosrá o a Arbela", y he venido con éstos...

-Yo vi pasar por Gadara a unos fariseos que preguntaban si Jesús de Nazaret estaba en la región. Tengo a mi mujer enferma. Me uní a ellos. Luego, ayer, en Arbela, supe que iba a venir antes a Bosrá, así que he venido aquí.

-Yo vengo de Gamala, por este niño. Le embistió una vaca furiosa. Se me ha quedado así... - y muestra a su hijo, tullido por entero, incapaz de mover libremente siquiera los brazos.

-Yo no he podido traer al mío. Vengo de Meguiddó. ¿Creéis que me lo curará desde aquí? - gime una mujer con el rostro enrojecido por el llanto.

-¡Hace falta el enfermo!

-No. Basta tener fe.

-No. Si no impone las manos no hay curación. Así hacen también sus discípulos.

-¡Has recorrido mucho camino para nada, mujer!

La mujer se abandona al llanto diciendo:

-¡Ay de mí! Lo he dejado, casi agonizando, esperando que... No lo va a curar y ahora tampoco lo voy a consolar yo cuando muera...

Otra mujer la conforta:

-No lo creas, mujer, que yo vengo a darle las gracias porque me hizo un gran milagro desde el monte donde estaba hablando.

-¿Qué mal tenía tu hijo?

-No era mi hijo. Era mi marido, que se había vuelto loco... - y las dos mujeres siguen hablando en voz baja.

-Es verdad. También la madre de Arbela recuperó convertido a su hijo sin que el Maestro lo viera - dice uno de Arbela, y sigue hablando con otros que tiene al lado...

-¡Abrid paso, por piedad! ¡Abrid paso! - gritan unos que transportan unas angarillas cubiertas por entero.

La muchedumbre se separa y la camilla pasa con su carga de dolor para disponerse en el fondo, casi detrás de un pajar. ¡Quién sabe si es hombre o mujer la persona extendida en las angarillas!

Entran dos fariseos todo orondos y bien conservados de aspecto, más soberbios que nunca. Asaltan, como si fueran dos locos, al pobre hospedero gritando:

-¡Maldito embustero! ¿Por qué nos dijiste que no estaba? ¿Eres cómplice suyo? ¡Burlarte así de nosotros, los santos de Israel, por favorecer a... ¿a quién?! ¿Tú qué sabes quién es? ¿Qué es para ti?

-¿Qué es? Pues lo que vosotros no sois. De todas formas no he mentido. Vino pocas horas después de vuestra llegada. Y no se ha escondido, ni yo lo escondo. Pero, dado que quien manda aquí soy yo, en este mismo instante os digo: "¡Fuera de mi casa!". Aquí no se injuria al Nazareno. ¿Entendido? ¡Y si no entendéis las palabras puedo hablaros con los hechos, abusones, que no sois más que unos abusones!

El fornido hospedero parece tan dispuesto a pasar a la acción, que los dos fariseos cambian de tono y reptan como perrillos amenazados con el azote.

-¡No, pero si lo buscábamos para venerarlo! ¿Qué idea te has hecho? Lo que nos ha sacado de nuestras casillas ha sido el pensar que por tu culpa no lo íbamos a poder ver. Sabemos quién es. El Mesías, santo y bendito, y no somos dignos de alzar nuestra mirada a Él: nosotros, polvo; El, gloria de Israel. Llévanos a El. Nuestra alma arde de deseo de oír su palabra.

El hospedero les devuelve la pelota maravillosamente, respondiendo:

-¡Oh, pues fíjate, ¿cómo he podido pensar que fuera otra cosa, yo que he oído hablar de la justicia de los fariseos?! ¡Pues claro, habéis venido a adorarlo! ¡Os consume este deseo! Voy a decírselo. Voy... ¡No, por Satanás, tú no me sigues! Y tú tampoco, u os pego una sacudida, momias viejas venenosas, que os hago entrar al uno en el otro. Vosotros os quedáis aquí. Tú aquí, donde te planto, y tú aquí. Lo que siento es no poderos hincar en el suelo hasta el cuello para servirme de vosotros como una estaca para atar a los cerdos y degollarlos - y une la acción a las palabras: coge primero al fariseo más delgaducho, por las axilas, lo alza y lo planta en el suelo con tanta violencia que, verdaderamente, si no fuera una tierra bien dura, el desdichado habría entrado al menos hasta el tobillo (pero es tierra dura y el fariseo queda de pie, tras un fuerte bamboleo, como si fuera un muñeco); luego coge al otro y, a pesar de ser más bien obeso, lo levanta y lo baja con igual furia, y, como reacciona y forcejea, al final, en vez de ponerlo derecho, lo tira al suelo, y el fariseo cae sentado: un envoltorio de carne y ropa... Luego se marcha, diciendo una palabrota que se pierde entre los lamentos de los dos fariseos y las carcajadas de muchos.

Entra por un pasillo, pasa a un patio pequeño, toma una escalera, pone pie en una galería, y luego en una habitación amplia donde Jesús con todos los suyos, más el mercader, están terminando de comer.

-Han llegado dos de los cuatro fariseos. Te lo digo para tu gobierno. Yo, por el momento, ya les he dado un repaso. Pretendían venir detrás de mí. No he querido. Ahora están abajo, en el patio, entre muchos enfermos, muchos, y más gente.

-Voy enseguida. Gracias, Fara. Tú ya puedes ir yendo.

Se levantan todos. Pero Jesús ordena que los discípulos se queden donde están, y también las mujeres, excepto su Madre, María Cleofás, Susana y Salomé. Y, visto el dolor que se dibuja en los rostros de los que quedan excluidos, dice:

-Subid a la terraza. Me podréis oír igualmente.

Sale con los apóstoles y las cuatro mujeres. Sigue en sentido contrario el mismo recorrido del hospedero. Entra en el patio grande. La gente alarga el cuello para ver; los más astutos se suben a los pajares, a los carros que están aparcados en uno de los lados, a los bordes de los pilones...

Los dos fariseos se adelantan respetuosísimos para recibirlo. Jesús los saluda con su habitual saludo, como si fueran sus más fieles amigos. No obstante, no se detiene a responder a sus preguntas hipócritas:

-¿Tan pocos sois? ¿Sin discípulos? ¿Te han abandonado?

Jesús, continuando su paso, responde serio:

-Ningún abandono. Venís de Arbela, donde habéis encontrado a los que me preceden; en Judea habéis encontrado a Judas de Simón, Tomás, Natanael y Felipe.

El fariseo corpulento no se atreve a seguirle más y se para de golpe, colorado como una brasa. El otro, más descarado, insiste:

-Es verdad. Pero, precisamente sabíamos que estabas con discípulos fieles y con las mujeres, y nos extrañaba verte con tan pocos. Queríamos ver tus nuevas conquistas para congratularnos contigo - y ríe falaz.

-¿Mis nuevas conquistas? ¡Aquí están! - y Jesús hace un gesto en semicírculo señalando a la multitud, que, en su mayor parte, son de la Transjordania, o sea, de esta región donde está Bosrá. Luego, sin darle al fariseo tiempo para replicar, empieza su discurso.

-"Me han buscado los que antes no se hacían cuestión de mí, me han encontrado los que antes no me buscaban. Y he dicho: "Aquí estoy, aquí estoy" a una nación que no invocaba mi Nombre" *(Cita aquí Jesús a Isaías 65, 1 y siguientes, y 63)*

¡Gloria al Señor, que habla la verdad por la boca de los Profetas! Yo, verdaderamente, al ver a esta muchedumbre que se apiña en torno a mí, exulto en el Señor, porque veo cumplidas las promesas que el Eterno me hizo cuando me envió al mundo, aquellas promesas que Yo mismo encendí, con el Padre y el Paráclito, en el pensamiento, en la boca, en el corazón de los Profetas, aquellas promesas que conocí antes de ser Carne y me incitaron a vestirme de carne. Y me sostienen. Sí, me sostienen frente al odio, el rencor, la sospecha y la mentira. Me han buscado los que antes no se hacían cuestión de mí, me han encontrado los que no me buscaban. ¿Por qué esto, si aquellos a quienes he tendido la mano diciendo: "Aquí estoy", por el contrario, me han rechazado? Y éstos me conocían, mientras que aquéllos no me conocían. ¿Entonces?

He aquí la clave del misterio. Ignorar no es pecado, renegar sí. Demasiados de los que tienen noticia de mí -a los cuales he tendido la mano- me han renegado como si fuera espurio, o un ladrón, o un diablo corruptor; porque en su soberbia han apagado la fe, se han descarriado por caminos no buenos, retorcidos, pecaminosos, abandonando el camino que mi voz les indica. El pecado está en el corazón, en los platos, en los lechos, en los corazones, en las mentes de este pueblo que me rechaza y que, viendo reflejada en todas partes su propia impureza, la ve también en mí, más concentrada aún por su odio; y entonces me dice: "Aléjate porque eres impuro".

¿Qué habrá de decir, pues, Aquel que viene con sus vestiduras teñidas de rojo, vestido de esplendor, caminando en la grandeza de su fuerza? Va a cumplir ya lo que dice Isaías, no va a guardar silencio, pero, ¿verterá en el interior de ellos cuanto se merecen? No. Antes debe pisar en su lagar, completamente solo, abandonado por todos, para hacer el vino de la Redención. El vino que embriaga a los justos para hacerlos bienaventurados, el vino que embriaga a los culpables del gran pecado para triturar su sacrílego poder. Sí. Mi vino, el que va madurando hora tras hora al sol del eterno Amor, significará ruina y salvación de muchos, como ha dicho una profecía no escrita aún, mas sí depositada en la roca sin hendidura de que ha brotado la Vid que produce el Vino de Vida eterna.

¿Entendéis? No, no entendéis, doctores de Israel. Pero no importa que no entendáis. Está descendiendo sobre vosotros la tiniebla de que habla Isaías: "Tienen ojos pero no ven, oídos pero no oyen". Con vuestra malignidad os protegéis de la Luz; así se podrá decir que la Luz ha sido rechazada por las tinieblas y el mundo no ha querido conocerla.

Sin embargo, vosotros, vosotros que viviendo en las tinieblas habéis sabido creer en la Luz que os anunciaban, vosotros que la habéis deseado, buscado y encontrado, exultad. Exulta, pueblo de los fieles que has venido a la Salud, por montes, ríos, valles y lagos, sin contar el peso del largo camino. Lo mismo se hace por el otro camino, espiritual, que es el que, de las tinieblas de la ignorancia, te conducirá, pueblo de Bosrá, a la luz de la Sabiduría.

¡Exulta, pueblo de la Auranítida! Exulta en la alegría de conocer. Verdaderamente también de ti se habla, y de tus pueblos limítrofes, cuando canta el Profeta que vuestros camellos y dromedarios se apiñarán por los caminos de Neftalí y Zabulón, para llevar adoración al verdadero Dios y para ser sus siervos en la santa y dulce ley que sólo impone la observancia de los diez preceptos del Señor, a cambio de paternidad divina y bienaventuranza eterna: amar al verdadero Dios con la totalidad de uno mismo, amar al prójimo como a uno mismo, respetar los sábados sin profanarlos, honrar a los padres, no matar, no robar, no cometer adulterio, no ser falso en los testimonios, no desear la mujer ni las cosas de los demás. Bienaventurados vosotros si, viniendo desde más lejos, superáis a los que estaban en la casa del Señor, y que la han dejado, aguijoneados por los diez preceptos de Satanás: el desamor a Dios, el amor a uno mismo, la corrupción del culto, la dureza con los padres, el deseo homicida, el afán de hurtar la santidad ajena, la fornicación con Satanás, los falsos testimonios, la envidia por la naturaleza y misión del Verbo, el horrendo pecado que fermenta y va madurando en el fondo de los corazones, *de demasiados corazones.*

Exultad, vosotros los sedientos, los hambrientos, los afligidos! ¿Erais los repudiados, los proscritos, los despreciados, los extranjeros? ¡Venid! ¡Exultad! Ahora ya no. Yo os doy casa, bienes, paternidad, patria. Os doy el Cielo. ¡Seguidme, porque soy el Salvador! ¡Seguidme, porque soy el Redentor! ¡Seguidme, pues soy la Vida! ¡Seguidme, pues soy Aquel a quien el Padre no niega gracias! ¡Exultad en mi amor! ¡Exultad! Para que veáis -vosotros que me habéis buscado con vuestros dolores, que habéis creído en mí antes de conocerme- que os amo, para que este día sea de verdadera exultación, oro así: "¡Padre, Padre santo! ¡Sobre todas las heridas, las enfermedades, las llagas de los cuerpos, las angustias, los tormentos, los remordimientos de los corazones, sobre todas las fes que están naciendo, sobre las que vacilan, sobre las que se fortalecen, descienda, descienda salud, gracia, paz! ¡Paz en mi Nombre! ¡Gracia en tu Nombre! ¡Salud por nuestro recíproco amor! ¡Bendice, oh Padre santísimo! ¡Recoge y funde en un solo rebaño a estos tus hijos e hijos míos dispersos! ¡Haz que donde esté Yo estén ellos, una sola cosa contigo, Padre santo, contigo, conmigo y con el divinísimo Espíritu!

Jesús, con los brazos abiertos en forma de cruz, las palmas elevadas hacia el cielo, el rostro alzado, su voz sonando aguda e intensa como una trompeta de plata, ha hablado arrolladoramente... Ahora se queda así, en silencio, durante unos minutos. Luego sus ojos de zafiro dejan de mirar al cielo para mirar al vasto patio lleno de gente, que suspira emocionada y vibra de esperanza; las manos se juntan extendiéndose levemente hacia delante, y, con una sonrisa que le transfigura, lanza su último grito:

-¡Exultad, vosotros que creéis y esperáis! ¡Pueblo que sufre, yérguete y ama al Señor Dios tuyo!

Simultánea y globalmente, se produce la curación de todos los enfermos: un clamor de trino y trueno, de gritos y voces, se eleva para ensalzar al Salvador. Desde el fondo del patio, todavía arrastrando la sábana que la cubría, una mujer hiende la muchedumbre para caer a los pies del Señor. El clamor de la gente se hace distinto, de terror:

-¡María, la leprosa, la mujer de Joaquín! - y huyen en todas las direcciones.

-¡No temáis! Está curada. El contacto con ella ya no os puede hacer ningún daño - dice Jesús en tono tranquilizador. Y luego dice a la mujer que está prosternada: «Levántate, mujer. Tu gran esperanza te ha premiado y te merece el perdón de haber conculcado la prudencia que debías guardar con los hermanos. Vuelve a tu casa después de las purificaciones por la curación.

La mujer, joven y pasablemente guapa, llora mientras se pone de pie. Jesús la muestra a la gente, que se acerca un poco, admira el milagro y expresa con gritos su maravilla:

-El marido la adoraba. Le había construido un refugio en el extremo de sus tierras y todas las tardes iba y, llorando, le daba comida...

-Había enfermado por su piedad, atendiendo a un mendigo que no había dicho que era leproso.

-Pero, ¿cómo ha venido María, la buena?

-Con esa camilla. ¿Cómo no hemos pensado que eran dos servidores de Joaquín?

-Se han arriesgado a que los lapidaran.

-¡Su ama! La quieren, sabe hacerse querer más que a uno mismo...

Jesús hace un gesto y todos guardan silencio:

-Habéis visto que el amor y la bondad provocan el milagro y la alegría. Sabed ser buenos, pues. Puedes marcharte, mujer. Nadie te hará ningún mal. Paz a ti y a tu casa.

La mujer sale seguida por los servidores, que han prendido fuego a la camilla en medio del patio; detrás de ella, mucha gente.

Jesús, después de escuchar a alguno, despide a la multitud y se retira a casa seguido de los que estaban con Él.

-¡Qué palabras, Maestro!

-¡Qué transfigurado estabas!

-¡Qué voz!

-¡Y qué milagros!

-¿Has visto cuándo han desaparecido los fariseos?

-Se han marchado reptando como dos lagartos después de las primeras palabras.

-Los de Bosrá y de todos estos pueblos tienen de ti un recuerdo espléndido...

-Madre, ¿y tú qué dices?

-Te bendigo, Hijo. Por mí y por ellos.

-Y tu bendición me acompañará hasta que nos volvamos a reunir.

-¿Por qué dices eso, Señor? ¿Es que las mujeres nos dejan?

-Sí, Simón. Mañana, con los primeros albores, Alejandro parte para Aera. Iremos con él hasta el camino de Arbela, luego lo dejaremos... con dolor, créeme, Alejandro Misax, tú que has sido un amable guía del Peregrino. Te recordaré siempre, Alejandro...

La emoción se transparenta en el anciano. Está saludando con los brazos cruzados, con gran reverencia, a la manera oriental, un poco inclinado, frente a Jesús. Mas, al oír estas palabras, dice:

-Sobre todo, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino.

-¿Lo deseas, Misax?

-Sí, mi Señor.

-Yo también deseo una cosa de ti.

-¿Cuál, Señor? Si puedo, te la daré; aunque fuera la cosa más valiosa que poseo.

-Es la más valiosa. Quiero tu alma. Ven a mí. A1 principio del viaje te dije que esperaba ofrecerte un don al final. El don es la Fe. ¿Crees en mí, Misax?

-Creo, Señor.

-Entonces santifica tu alma, para que la Fe no signifique para ti un don que no sólo sería ineficaz sino incluso perjudicial.

-Mi alma es vieja. Pero me esforzaré en hacerla nueva. Señor, soy un viejo pecador. Pero, absuélveme y bendíceme para que desde ahora empiece una vida nueva. Llevaré conmigo tu bendición como la mejor ayuda en mi camino hacia tu Reino... ¿No nos vamos a volver a ver, Señor?

-Nunca más en esta tierra. Pero tendrás noticias mías y tu fe aumentará, porque no te dejaré sin evangelización. Adiós, Misax. Mañana tendremos poco tiempo para saludarnos. Saludémonos ahora, antes de comer juntos por última vez.

Lo abraza y lo besa. También lo hacen los apóstoles y los discípulos, mientras que las mujeres saludan con un único saludo.

Pero Misax se arrodilla casi delante de María diciendo:

-Tu luz de pura estrella de la mañana resplandezca en mi pensamiento hasta la muerte.

-Hasta la Vida, Alejandro. Ama a mi Hijo y me amarás a mí, y yo te amaré.

Simón Pedro pregunta:

-¿Pero de Arbela vamos a ir a Aera? Tengo miedo de que nos coja el mal tiempo. Mucha niebla... Hace tres días que baja al alba y al atardecer...

-Porque aquí hemos descendido. ¿No te parece que hemos bajado mucho? De todas formas es así. A partir de mañana subirás hacia los montes de la Decápolis y ya no tendrás nieblas - explica Misax.

-¿Hemos bajado? ¿Cuándo? Era camino llano...

-Sí, pero en continua bajada. ¡Tan suave que no se advierte! ¡Pero por millas y millas!...

-¿Cuánto tiempo estaremos en Arbela?

-Tú, Santiago y Judas, ni siquiera una hora - dice resueltamente Jesús.

-¿Yo... Santiago y Judas... ni siquiera una hora? ¿Y a dónde voy, si no estoy con todos vosotros?

-A otro lugar. Hasta las tierras que custodia Cusa. Acompañarás con los otros a mi Madre y a las mujeres hasta allí. Luego seguirán solas con los servidores de Juana, y vosotros volveréis y os reuniréis conmigo en Aera.

-¡Oh, Señor, me castigas porque estás enojado conmigo!... ¡Cuánto dolor me causas, Señor!

-Se siente castigado quien tiene conciencia de culpa, Simón. Esta conciencia de culpa, y no el castigo en sí mismo, debe producir dolor. Pero no creo que sea un castigo el acompañar a mi Madre y a las discípulas en el camino de regreso.

-¿Pero no sería mejor que vinieras Tú también con nosotros? Deja Aera, y estos lugares, y ven con nosotros.

-He prometido que iría e iré.

-Pues entonces voy también yo.

-Tú obedece como hacen mis hermanos sin protestar.

-¿Y si encuentras fariseos?

-Ciertamente no eres tú el más indicado para convertirlos. Pero precisamente porque los voy a encontrar es por lo que quiero que tú, con Santiago y Judas, os separéis antes de Arbela con las mujeres y con Juan de Endor y Margziam.

-¡Ah!... ¡Entiendo! Bien.

Jesús se vuelve hacia las mujeres y las bendice, una a una, dándoles a cada una consejos apropiados.

Magdalena, al agacharse a besar los pies de su Salvador, pregunta:

-¿Te voy a ver antes de volver a Betania?».

-Sin duda, María. Para Etanim estaré en el lago.

## 294

## La rica dádiva del mercader. Adiós a la Madre y a las discípulas.

La veneración de Misax se pone de manifiesto la mañana si- ofreciendo los camellos para recorrer los primeros kilómetros de camino (ha dispuesto que se coloque la carga de forma que sea cómoda concavidad para los inexpertos caballeros). Es discretamente cómico el ver emerger de entre bultos y cajas las cabezas morenas o rubias, con sus cabellos largos hasta las orejas en el caso de los hombres, o con las trenzas que sobresalen de la mata de pelo oculta bajo el velo de las mujeres. A veces el viento de la carrera, porque los camellos van deprisa, echa hacia atrás estos velos y brillan al sol los cabellos de oro encendido de María de Magdala o los más tenuemente rubios de María Stma.; mientras que las cabezas morenas o levemente negras de Juana, Síntica, Marta, Marcela, Susana y Sara adquieren reflejos de añil o bronceaduras oscuras; y las cabezas canas de Elisa, Salomé y María Cleofás parecen espolvoreadas de plata bajo el límpido sol que las caldea. Los hombres van con destreza en el nuevo medio de transporte, y Margziam ríe feliz.

Se constata que la afirmación del mercader era verdadera cuando, volviéndose, se ve allá abajo Bosrá con sus torres y sus altas casas en medio del dédalo de estrechas calles. A1 noroeste se presentan leves colinas. Es por la base de estas colinas por donde avanza el camino que lleva a Aera, es allí donde se detiene la caravana para que bajen los peregrinos y separarse. Los camellos se arrodillan, con su cabeceo muy sensible, que hace gritar a más de una mujer. Me doy cuenta ahora de que las mujeres habían sido prudentemente aseguradas a las sillas con ligaduras. Bajan, un poco aturdidas de tanto balanceo, pero descansadas.

Baja también Misax, que había llevado en su silla a Margziam, y, mientras los camelleros colocan de nuevo la carga en su forma habitual, se acerca a Jesús para una nueva despedida.

-Gracias, Misax. Nos has ahorrado mucha fatiga y mucho tiempo.

-Sí. En una hora escasa hemos recorrido más de veinte millas. Los camellos tienen patas largas. De todas formas su ambladura no es delicada, y espero que no la hayan sufrido demasiado las mujeres.

Todas las mujeres confirman que están descansadas y sin padecimientos.

-Ya estáis sólo a seis millas de Arbela. Que el Cielo os acompañe y os dé un camino ligero. Adiós, mi Señor. Permíteme que bese tus pies santos. Me alegro de haberte encontrado, Señor. Acuérdate de mí.

Misax besa los pies de Jesús y luego sube de nuevo a la silla; su crrr crrr hace alzar a los camellos.... y la caravana parte al galope por el camino llano, entre nubes de polvo.

-Es un hombre bueno. Estoy todo magullado, pero en compensación los pies han descansado. ¡Pero qué bamboleos! ¡Mucho más que una tempestad de tramontana en el lago! ¿Os reís? No tenía almohadones como las mujeres. ¡Viva mi barca! Sigue siendo la cosa más limpia y segura. Y ahora vamos a cargar con los talegos y nos ponemos en marcha.

Es una competición por cargarse más que los demás. La ganan los que se quedan con Jesús, o sea, Mateo, el Zelote, Santiago y Juan, Hermasteo y Timoneo, los cuales cogen todo para dejar libres a los tres que van a ir con las mujeres, es más cuatro, porque va también Juan de Endor, aunque su ayuda será muy relativa por su estado de salud tan quebrantado.

Van a buen paso durante unos kilómetros. Ganada la cima del pacífico collado que hacía de mampara por la parte occidental, aparece de nuevo una fértil llanura, circundada de un anillo de collados más altos que el primero que han encontrado, en cuyo centro se alza un otero de forma alargada. En la llanura, una ciudad: Arbela.

Descienden. Pronto están en la llanura.

Andan todavía un rato; luego Jesús se para y dice:

-Ha llegado la hora de la separación. Vamos a comer juntos y luego nos separaremos. Ésta es la bifurcación de Gadara. Vosotros tomaréis ese camino. Es el más corto. Antes del anochecer podréis estar ya en las tierras custodiadas por Cusa.

No se ve mucho entusiasmo, pero... pues se obedece.

Mientras están comiendo, Margziam dice:

-Entonces también es el momento de darte esta bolsa. Me la ha dado el mercader cuando iba en la silla con él. Me ha dicho: "Se la darás a Jesús antes de separarte de Él, y le dirás que me ame como te ama a ti". Aquí está. Aquí entre la ropa me pesaba. Parece llena de piedras.

-¡A ver! ¡A ver! ¡El dinero pesa!».

Todos se muestran curiosos. Jesús desata los cordones de cuero arroscado que mantienen cerrada la bolsa de piel de gacela -según creo, porque parece gamuza- y vuelca el contenido en su regazo. Ruedan unas monedas, pero son lo menos; caen también muchos saquitos de levísimo lino cendalí: saquitos atados con un hilo. A través del ligerísimo lino se transparentan hermosos colores, y el sol parece encender en esos saquitos una pequeña hoguera, como brasas bajo un fino estrato de cenizas.

-¿Qué es? ¿Qué es? Desata, Maestro.

Todos están inclinados hacia El, que, muy tranquilamente, desata el nudo de un primer saquito de dorado fuego: topacios de distintas dimensiones, todavía sin labrar, resplandecen libres bajo el sol. Otro saquito: rubíes, gotas de sangre cuajada. Otro: preciado reír de color verde, por lascas de esmeraldas. Otro: láminas de cielo de zafiros puros. Otro: pálidas amatistas. Otro: índigo morado de berilos. Otro: esplendor negro de ónices... Y así hasta doce saquitos. En el último, el más pesado, todo él un cabrilleo de oro de crisolitos, un pequeño pergamino: «Para tu racional de verdadero Pontífice y Rey».

El regazo de Jesús se ha transformado en un diminuto prado sembrado de luminosos pétalos... Los apóstoles hunden sus manos en esta luz hecha materia multicolor. Están asombrados...

Pedro murmura:

-¡Si estuviera Judas de Keriot!...

-¡Calla! Mejor que no esté - dice secamente el Tadeo.

Jesús pide un trozo de tela para hacer un único saquito de las piedras, y, mientras los comentarios continúan, piensa.

Los apóstoles dicen:

-¡Era muy rico ese hombre!

Y Pedro hace reír a los demás diciendo:

-Hemos venido trotando sobre un trono de gemas. No pensaba que estaba encima de semejante esplendor. ¡Pero, si hubiera sido más mullido!... ¿Qué vas a hacer con esto ahora?

-Lo voy a vender para los pobres.

Alza los ojos y, sonriendo, mira a las mujeres.

-¿Y dónde encuentras aquí el joyero que te compre esto?

-¿Dónde? Aquí. Juana, Marta y María, ¿compráis mi tesoro?

Las tres mujeres, sin siquiera consultarse entre sí, dicen:

-Sí - impetuosamente.

Pero Marta añade:

-Aquí tenemos poco dinero.

-Tenédmelo preparado en Magdala para la nueva luna.

-¿Cuánto quieres, Señor?

-Para mí nada, para mis pobres mucho.

-Dámelo. Mucho tendrás - dice la Magdalena, y coge la bolsa y se la mete en el seno.

Jesús se queda sólo con las monedas. Se pone en pie. Besa a su Madre, a su tía, a sus primos, a Pedro, a Juan de Endor y a Margziam. Bendice a las mujeres y se despide de ellas. Y ellas se marchan. Se vuelven todavía, hasta que una curva los esconde.

Jesús con los que han quedado -ahora es una comitiva muy reducida, formada solamente por ocho personas- se dirige hacia Arbela. Caminan ligeros y silenciosos hacia la ciudad, cada vez más cercana.

## 295

## Palabras y milagros en Arbela, ya evangelizada por Felipe de Jacob

Con la primera persona a la que se dirigen, preguntándole por Felipe de Jacob, se dan cuenta de lo mucho que ha trabajado el joven discípulo. La persona consultada, una viejecita llena de arrugas, que con fatiga transporta un cántaro lleno de agua, mirando fijamente con sus ojitos hundidos por la edad al hermoso rostro de Juan -que le ha hecho la pregunta sonriendo y precediéndola con un «La paz sea contigo» tan dulce que la anciana ha quedado conquistada- dice:

-¿Eres el Mesías?

-No. Soy su apóstol. Él viene allí.

La anciana deja en el suelo su cántaro y dirige sus pasos, renqueando, al punto indicado; cuando llega, se arrodilla ante Jesús.

Juan, que está con Simón frente al cántaro, que casi se ha volcado, derramándose la mitad de su contenido, sonríe mientras dice a su compañero:

-Creo que es mejor que tomemos este cántaro y vayamos donde la anciana.

Toma el cántaro y se encamina, mientras Si- añade:

-Nos servirá para beber, que todos tenemos sed.

En llegando donde la viejecita -la cual, no sabiendo exactamente qué decir, repite una y otra vez: «¡Bonito, santo Hijo de la Madre más santa!», arrodillada, bebiéndose con sus ojos la figura de Jesús, quien, a su vez, le sonríe, repitiendo también: «Levántate, madre. ¡Pero mujer, levántate!»-, en llegando, Juan le dice:

-Hemos cogido tu cántaro, que casi se había volcado. Hay poca agua. Pero, si nos lo permites, bebemos esta agua y luego te lo llenamos.

-Sí, hijos, sí. Lo que siento es tener solamente agua para vosotros. Leche, como cuando alimentaba a mi Judas, querría tener en mi pecho, para daros lo más dulce que hay en la tierra: la leche de una madre; vino querría tener, del más selecto, para daros fuerzas... Pero Mariana de Eliseo es vieja y pobre...

-Tu agua, madre, es para mí vino y leche, porque la ofreces con amor - responde Jesús, y bebe, Él el primero, del cántaro que Juan le ha acercado. Luego beben los demás.

La anciana se ha levantado por fin, y ahora los mira como miraría al Paraíso; pero, al ver que han bebido todos y ahora van a tirar el agua que queda y ya hacen ademán de ir a la fuente que gorgotea en el fondo de la calle, la anciana se interpone defendiendo el cántaro y dice:

-No, no. Esta agua de la que ha bebido Él es más santa que el agua lustral. La conservaré con esmero para que me purifiquen con ella cuando muera.

Y, aferrando su cántaro, dice:

-Me lo llevo a casa. Tengo otros. Ya llenaré ésos. Antes ven, Santo, que te enseño la casa de Felipe - y va dando trotecillos, ligera, encorvada toda, todo risueños su rostro rugoso y sus ojillos, avivados por la alegría; va dando trotecillos teniendo cogido el borde del manto de Jesús con sus dedos, como temiendo que se le pueda escapar, y defiende su cántaro de las insistencias de los apóstoles; que quisieran que no llevase ese peso; va dando trotecillos, sí, dichosa, mirando la calle y las casas de Arbela (desierta la primera, cerradas éstas, en el atardecer) con la mirada de un conquistador feliz de su victoria.

Por fin, al pasar de esta calle secundaria a otra más céntrica, en que hay gente que se apresura a llegar a casa -y la gente la observa con asombro, señalándosela unos a otros y preguntándole-, ella espera a que se forme alrededor un corro de gente y grita:

-¡Tengo conmigo al Mesías de Felipe! Corred a decirlo por todas partes; primero a la casa de Jacob. Que estén preparados para glorificar al Santo.

Grita hasta desgañitarse. Sabe hacerse obedecer. Le ha llegado, pobre ancianita lugareña, sola y desconocida, la hora de mandar. Y ve a toda una ciudad revolucionada por su imperativo.

Jesús, mucho más alto que ella, le sonríe cuando, de vez en cuando, ella lo mira; y le pone una mano en su cabeza senil, con una caricia de hijo que la hace desmayarse de felicidad.

La casa de Jacob está en una calle céntrica. Abierta de par en par e iluminada, muestra tras el portal una larga entrada, en que hay movimiento de gente con lámparas, personas que, en cuanto Jesús aparece en la calle, corre afuera jubilosa: el joven discípulo Felipe, luego su madre y su padre, parientes, domésticos y amigos.

Jesús se detiene y responde con majestuosidad al reverente saludo de Jacob, luego se agacha hacia la madre de Felipe -la cual, de rodillas, lo está venerando- y la hace ponerse de pie, la bendice y le dice:

-Sé siempre feliz por tu fe.

Luego saluda al discípulo y al otro que ha venido con él.

La anciana Mariana, a pesar de todo, no suelta el borde del manto, ni su puesto al lado de Jesús, hasta que están ya para poner pie en el atrio. Entonces gime:

-¡Una bendición para que yo sea feliz! Ahora Tú estarás aquí... yo voy a mi pobre casa y... ¡todo lo bonito se acabó!

¡Cuánta nostalgia en esa voz senil!

Jacob, al que su mujer le ha hablado en voz baja, dice:

-No, Mariana de Eliseo. Quédate tú también en mi casa, como si fueras una discípula. Quédate el tiempo que el Maestro esté con nosotros, y sé feliz así.

-Dios te bendiga, hombre. Tú comprendes la caridad.

-Maestro... Ella te ha traído a mi casa. Tú me has concedido gracia y caridad. No hago sino restituir, y, en todo caso, míseramente, lo mucho que de ti y de ella he recibido. Entra. Entrad. Quisiera que encontrarais acogedora mi casa.

La multitud, afuera, en la calle, los ve entrar y grita:

-¿Y nosotros? Queremos oír su palabra.

Jesús se vuelve:

-Es ya de noche. Estáis cansados. Preparad vuestra alma con un santo descanso. Mañana oiréis la Voz de Dios. Por ahora, os acompañen la paz y la bendición.

Y el portal se cierra, cubriendo con ello la felicidad de esta casa. Santiago de Zebedeo, mientras se purifican del viaje, hace esta observación al Señor:

-Quizás hubiera sido mejor hablar inmediatamente y partir al alba. Los fariseos están en la ciudad. Me lo ha dicho Felipe. Te van a crear conflictos.

-Los que habrían tenido conflictos con ellos están lejos. Los problemas que me puedan causar no tienen importancia. El amor anulará...

Es la mañana del día siguiente... La salida, alegre, entre los familiares de Felipe y los apóstoles. La ancianita va detrás. La cita con los de Arbela, que esperan pacientemente. El camino hacia la plaza principal, donde Jesús empieza a hablar.

Se lee en el capítulo octavo del segundo de Esdras esto que ahora os repito aquí: "Llegado el séptimo mes..." (Jesús me dice: "No escribas más. Repito íntegramente las palabras del libro*"). (Las palabras del libro son las de Nehemías 8, porque el primero y el segundo libro de Esdras reciben, respectivamente, en los nuevos títulos de los libros de la Biblia, los nombres de libro de Esdras y libro de Nehemías)*

¿Cuándo vuelve a su patria un pueblo? Cuando regresa a las tierras de sus padres. Yo vengo a conduciros de nuevo a las tierras del Padre vuestro, al Reino del Padre. Puedo hacerlo porque para hacer esto he sido enviado. Vengo, por tanto, a llevaros al Reino de Dios. Es, pues, justo equipararos con los que con Zorobabel regresaron a Jerusalén, la ciudad del Señor; y es justo hacer con vosotros como hiciera Esdras, el escriba, con el pueblo recogido de nuevo dentro de los muros sagrados. Porque, reconstruir una ciudad, dedicándola al Señor, y no reconstruir las almas, cada una semejante a una pequeña ciudad de Dios, es necedad sin igual.

¿Cómo reconstruir estas pequeñas ciudades espirituales, por muchas razones derruidas? ¿Qué materiales se habrán de usar para hacerlas sólidas, hermosas, duraderas? Los materiales están en los preceptos del Señor. Los diez mandamientos. Vosotros los sabéis porque Felipe, hijo vuestro y discípulo mío, os los ha recordado. Los dos santos de entre los preceptos santos, “Ama a Dios con todo tu ser, ama al prójimo como a ti mismo", son el compendio de la Ley. Y estos preceptos predico Yo, porque con ellos segura es la conquista del Reino de Dios. En el amor, uno encuentra la fuerza de conservarse santo o de venir a serlo, la fuerza del perdón, la fuerza de las virtudes heroicas: todo lo encuentra en el amor.

No es el miedo lo que salva. El miedo al juicio de Dios, a las sanciones de los hombres, a las enfermedades. El miedo nunca es constructivo; antes bien, agita, disgrega, desencaja, quebranta. El miedo lleva a la desesperación; lleva sólo a la astucia para ocultar las malas acciones; lleva sólo a temer, cuando ya el temor es inútil porque el mal ya está en nosotros. ¿Quién se preocupa, mientras está sano, de ser prudente, por piedad hacia su cuerpo? Nadie. Pero en cuanto el primer escalofrío de fiebre culebrea por las venas, o una mancha hace pensar en enfermedades impuras, en ese momento, viene el miedo, como tormento que se agrega a la enfermedad, como fuerza disgregadora en un cuerpo al que ya la enfermedad disgrega.

*(Nota.- Con respecto a lo que dice Jesús “No es el miedo lo que salva. El miedo al juicio de Dios”, hay que entender sus palabras en el contexto de todo el mensaje evangélico. Digo esto porque alguno puede pensar que es malo predicar la existencia del Infierno y sus sufrimientos para conseguir la salvación de las almas, lo que no es exacto, ya que Jesús habla hasta catorce veces del Infierno a lo largo del Evangelio, ¿por qué? Porque también hay que tener en cuenta, a la hora de salvar nuestras almas, la existencia del Infierno con sus horrores, donde podemos ir, si no cumplimos los Mandamientos. Cuando la tentación se muestra cercana, palpable, sensual, a veces se apaga el amor de Dios y entonces, solo el conocer la posibilidad de poder condenarnos en un Infierno horrible y eterno, hace al alma entrar en sí y da marcha atrás, y no peca. Por eso la Virgen en Fátima se apareció a los tres pastorcillos y les hizo ver el Infierno. La Beata Jacinta decía luego que la visión del Infierno y sus horrores, la motivó a ser Santa, cosa que consiguió. Hoy no se habla del Infierno, es tabú hacerlo, y así vemos los resultados: la impiedad, el ateísmo y la condenación de muchos es palpable, porque, quitado todo temor, el alma se lanza a todos los vicios, contando, presuntuosamente, con la bondad de Dios y su misericordia, olvidando su Justicia…Metido así hasta el cuello en el vicio, el alma pierde la fe en Dios y, al final, se condena. Santa Teresa de Jesús dice que a Dios se va con dos alas: el amor y el temor. La Iglesia Católica considera el perdón de los pecados por dos caminos: por amor, o contrición, y atrición, o temor a condenarse, también válido este último arrepentimiento para salvarse, aunque el de contrición sea más perfecto, algo que nadie dudar: cumplir los Mandamientos por amor a Dios es el ideal supremo, pero cumplir los Mandamientos por el temor a condenarse, aunque inferior, también es válido. ¿Es bueno, entonces hablar del Infierno? Sí, y muy necesario en nuestros días,*

*porque hay muchos, que ante el temor de condenarse, se salvarían, algo que ahora, como hemos mencionado antes, no ocurre perdiéndose lamentablemente las almas por esta desidia del clero actual progresista…En estas palabras, pues, de Jesús, lo que Él insiste y nos quiere decir es que cumplir los Mandamientos por amor a Dios es mucho más perfecto que por el temor, pero no descarta, no rechaza, el cumplimiento de los Mandamientos por temor a condenarse, como se comprueba a lo largo de todo el contexto evangélico y bíblico)*

El amor, por el contrario, construye. El amor edifica, da solidez, mantiene la cohesión, preserva. El amor porta esperanza en Dios; aleja de las malas acciones; conduce a la prudencia hacia el propio cuerpo, que no es el centro del universo (como lo creen y lo hacen los egoístas, los falsos amantes de sí mismos, porque aman sólo una parte, la menos noble, con perjuicio de la parte inmortal y santa), pero que, en todo caso, debe ser conservado sano, hasta que Dios no decida lo contrario, para ser útiles a nosotros mismos, a la familia, a la propia ciudad, a la nación toda.

Es inevitable que vengan las enfermedades, y no se puede decir que toda enfermedad sea prueba de vicio o castigo. Existen enfermedades santas, enviadas por el Señor a sus justos, para que en el mundo, que de sí mismo hace el todo y el medio del gozo, haya santos como rehenes de guerra para salvación de los demás, los cuales pagan personalmente para expiar con su sufrimiento la dosis de culpa que el mundo diariamente acumula y que acabaría cayendo sobre la Humanidad, sepultándola bajo su maldición. ¿Recordáis al anciano Moisés orando mientras Josué combatía en nombre del Señor? Tenéis que pensar que quien sufre con santidad presenta la mayor batalla al más feroz guerrero que habita en el mundo, celado bajo apariencias de hombres y pueblos, a Satanás, el Torturador, el Origen de todo mal; y combate por todos los demás hombres. ¡Mas, cuánta diferencia entre estas santas enfermedades que Dios manda y las enviadas por el vicio a causa de un pecaminoso amor por la carnalidad!: las primeras son pruebas de la voluntad benéfica de Dios; las segundas, pruebas de la corrupción satánica.

Así pues, es necesario amar para alcanzar la santidad, porque el amor crea, preserva, santifica.

Yo también, anunciándoos esta verdad, os digo, como Nehemías y Esdras: "Este día está consagrado al Señor Dios nuestro. No guardéis luto, no lloréis". Porque todo luto cesa cuando se vive el día del Señor. La muerte suspende su aspereza, pues de la pérdida de un hijo, del marido, de un padre o una madre o un hermano, se transforma en una separación transitoria y limitada: transitoria, porque con nuestra muerte cesa; limitada, porque se limita al cuerpo, a lo sensible. El alma nada pierde con la muerte del familiar perecido. Es más, de las dos partes, ahora una sola está limitada en su libertad, la nuestra, que todavía permanecemos con el alma encerrada en la carne; la otra parte, la que ha pasado a la segunda vida, goza de la libertad y del poder de velar por nosotros y de obtener para nosotros mucho más que cuando nos amaba en la cárcel de su cuerpo.

Os digo, como Nehemías y Esdras: "Id a comer pingües carnes y a beber dulce vino, y enviad raciones a quienes no tienen, porque es día consagrado al Señor, y en este día ninguno debe sufrir. No os entristezcáis, porque el gozo del Señor, que está entre vosotros, es la fuerza de quien recibe la gracia del Señor altísimo en su ciudad y en su corazón".

Ya no podéis celebrar los Tabernáculos. Su tiempo ha pasado. Alzad, eso sí, tabernáculos espirituales en vuestros corazones. Subid al monte, es decir, ascended hacia la Perfección. Coged ramas de olivo, mirto, palma, encina, hisopo, de los más bellos árboles. Ramas de las virtudes: paz, pureza, heroísmo, mortificación, fortaleza, esperanza, justicia... todas, todas las virtudes. Adornad vuestro espíritu celebrando la fiesta del Señor. Sus Tabernáculos os esperan. Los suyos. Tabernáculos hermosos, santos, eternos, abiertos a todos aquellos que viven en el Señor. Y, conmigo, hoy, proponeos hacer penitencia del pasado, proponeos empezar una vida nueva.

No tengáis miedo del Señor. Os llama porque os ama. No temáis. Sois sus hijos como cualquiera de Israel. También para vosotros ha hecho la Creación y el Cielo, y suscitó a Abraham y a Moisés, abrió el mar, creó la nube que guiaba, bajó del Cielo para dar la Ley, abrió las nubes para que soltaran el maná, hizo fecundas a las rocas para que dieran agua. Y ahora, ¡sí!, ahora también para vosotros envía el vivo Pan del Cielo para vuestra hambre, la verdadera Vid y la Fuente de la Vida eterna para vuestra sed. Y, por mi boca, os dice: "Entrad. Tomad posesión de la Tierra que Yo, alzando mi mano, os entrego". Mi Tierra espiritual: el Reino de los Cielos».

La multitud intercambia palabras entusiastas.

Luego... los enfermos. Muchos. Jesús los manda colocarse en dos filas. Mientras se lleva esto a cabo, pregunta a Felipe de Arbela:

-¿Por qué no los has curado tú?

-Para que tengan lo que yo tuve: la curación por medio de ti.

Jesús pasa bendiciendo, uno a uno, a los enfermos, y se repite el mismo prodigio de ciegos que recuperan la vista, sordos que oyen, mudos que hablan, tullidos que se enderezan, fiebres y estados de debilidad que desaparecen.

Las curaciones han quedado concluidas. Al final, después del último enfermo, están los dos fariseos que habían ido a Bosrá y otros dos.

-Paz a ti, Maestro. ¿A nosotros no nos dices nada?

-He hablado para todos.

-Pero nosotros no tenemos necesidad de esas palabras. Somos los santos de Israel.

-A vosotros, que sois maestros, os digo: comentad entre vosotros el capítulo que sigue, el noveno del segundo de Esdras, *(El noveno capítulo del segundo libro de Esdras corresponde a Nehemías 9, según la aclaración de la nota precedente)* recordando cuántas veces Dios ha tenido misericordia con vosotros hasta el presente; y, dándoos golpes de pecho, repetid, como si fuera una oración, la conclusión del capítulo.

-Bien has dicho, bien has dicho, Maestro. ¿Y tus discípulos lo hacen?

-Sí, es lo primero que exijo.

-¿Todos? ¿Incluso los homicidas que hay en tus filas?

-¿Os hiede el olor de la sangre?

-Es voz que clama al Cielo.

-Pues entonces no imitéis nunca a quienes la derraman.

-¡No somos asesinos!

Jesús clava en ellos sus ojos taladrándolos con su mirada.

No se atreven a decir nada durante un rato. Pero se ponen en la cola del grupo que vuelve a la casa de Felipe, el cual se siente obligado a invitarlos a entrar y a participar en el banquete.

-¡Con mucho gusto, con mucho gusto! Así estaremos más tiempo con el Maestro - dicen haciendo enormes reverencias.

Pero una vez dentro de la casa parecen sabuesos... Miran, ojean, hacen preguntas astutas a la servidumbre, incluso a la viejecita, que me parece atraída por Jesús como el hierro por el imán. Pero ella responde enseguida:

-Ayer he visto sólo a éstos. Vosotros soñáis. Los he acompañado hasta aquí, y el único Juan era ese muchacho rubio y bueno como un ángel.

Los fariseos fulminan a la abuelita con un improperio y se vuelven hacia otra parte.

Pero uno de la servidumbre, sin responderles directamente a ellos, se inclina hacia Jesús, que habla, sentado, con el dueño de la casa, y le pregunta:

-¿Dónde está Juan de Endor? Este señor lo bus ca.

El fariseo fulmina al hombre y le signa con el apelativo de «necio».

Pero Jesús ya está al corriente de sus intenciones y hay que arreglar las cosas de alguna manera, así que el fariseo dice:

-Era para congratularnos con este prodigio de tu doctrina, Maestro, y honrarte a ti a través del convertido.

-Juan está lejos ya para siempre y cada vez estará más lejos.

-¿Ha vuelto a caer en el pecado?

-No. Está ascendiendo al Cielo. Imitadlo y en la otra vida lo encontraréis.

Los cuatro no saben qué más decir y, prudentemente, hablan de otras cosas.

Los domésticos anuncian que están preparadas las mesas. Todos pasan a la sala del banquete.

## 296

## Llegada a Aera bajo la lluvia. Curación de los enfermos que allí esperan

Ya también Arbela ha quedado lejos. Se han añadido a la comitiva Felipe de Arbela y el otro discípulo que oigo que le llaman Marcos.

El camino está embarrado, como si hubiera llovido mucho. El cielo está ceniciento. Un riachuelo, bastante digno de este nombre, corta el camino de Aera. Lleno por las lluvias -que está claro que han arreciado con furia en esta zona -, no presenta ciertamente un color cerúleo, sino amarillo rojizo, como si portase aguas pasadas por terrenos ferruginosos.

-Ya el tiempo se ha puesto mal. Has hecho bien despidiendo a las mujeres. Este tiempo ya no es adecuado para que estén por los camino - sentencia Santiago.

Y Simón el Zelote, siempre sereno, incluso en su absoluta dedicación al Maestro, proclama:

-E1 Maestro todo lo que hace lo hace bien. No es torpe como nosotros. Ve y prevé todo en el mejor de los modos, y más por nosotros que por Él.

Juan, contento de ir al lado de Jesús, lo mira de abajo arriba con su rostro risueño y dice:

-Eres el Maestro más encantador y bueno que jamás tuvo la tierra, tiene ni tendrá, además del más santo.

-Esos fariseos... ¡Qué desilusión! También el mal tiempo ha contribuido a convencerlos de que verdaderamente Juan de Endor no estaba. Pero, ¿y por qué la tienen tomada con él de esa forma? - pregunta Hermasteo, que siente mucha ternura por Juan de Endor.

Responde Jesús:

-Esa aversión no es contra él ni por él. Es un instrumento que mueven contra mí.

Felipe de Arbela dice:

-Bien, pues el agua los ha requeteconvencido de que era inútil esperar y sospechar de Juan de Endor. ¡Viva el agua! Ha servido también para tenerte yo en mi casa cinco días.

-¡Qué preocupados estarán los de Aera! Ya será mucho si no vemos venir a nuestro encuentro a mi hermano - dice Andrés.

-¿A nuestro encuentro? Vendrá detrás de nosotros - observa Mateo.

-No. Iba por el camino del lago. Porque desde Gadara iba al lago y luego con alguna barca a Betsaida, para ver a su mujer y decirle que el niño está en Nazaret y que él pronto regresaría. De Betsaida a Merón tomaba el camino de Damasco durante un tramo, y luego el camino de Aera. Está, sin duda, en Aera.

Pasa un momento de silencio. Luego Juan dice sonriendo:

-¡Pero esa viejecita, Señor!

-Estaba casi convencido de que le ibas a conceder la alegría de morir apoyada en tu pecho, como a Saúl de Keriot - observa Simón Zelote.

-Mi amor ha sido mayor incluso. Porque espera a llamarla a mí en el momento en que el Cristo vaya a abrir las puertas del Cielo. No tendrá que esperarme mucho la pequeña madre. Ahora vive con su recuerdo y, con la ayuda de tu padre, Felipe, su vida será menos triste. Yo os bendigo de nuevo a ti y a tu familia.

Una nube más espesa que la que cubre el cielo vela ahora la alegría de Juan.

Jesús lo ve y dice:
-¿No estás contento de que la ancianita vaya pronto al Paraíso?
-Sí... pero no estoy contento porque ello querrá decir que Tú te marchas... ¿Por qué morir, Señor?
-Quien ha nacido de mujer muere.
-¿Vas a tenerla sólo a ella, Señor?
-¡Oh, no... y qué exultante será el paso de estos que salvo como Dios y que he amado como hombre!...
Atraviesan otros dos pequeños ríos, muy cercanos el uno del otro. Empieza a llover en la llana región que se abre ante los peregrinos una vez superados los cerros (donde se cruzan con el camino que aprovecha un valle para proseguir hacia el norte).
Al norte - es más, a un noroeste muy poco oeste - se delinea una alta, poderosa sierra sobre cuyos montes se superponen nubes y más nubes, que casi crean nuevos, ilusorios montes de nubes encima de los reales, de roca, cubiertos de bosques a los lados y de nieves en sus cúspides. Pero es una sierra muy lejana.
-Aquí agua, allá nieve. Es la cadena del Hermón. En las cúspides hay ahora una capa más vasta de blancura. Si en Aera tenemos sol, veréis lo bonito que es cuando el sol pone rosa el pico mayor - dice Timoneo, que se siente impulsado por el amor patrio a cantar las bellezas de su región.
-Sí, pero mientras tanto llueve. ¿Está lejos todavía Aera? - pregunta Mateo.
-Mucho. Hasta la noche no llegaremos.
-Que Dios nos salve entonces de cogernos alguna enfermedad - termina Mateo, poco entusiasta de caminar con este mal tiempo. Van todos arrebozados en sus mantos, debajo de los cuales llevan los sacos de viaje, para resguardarlos de la humedad, y resguardar así la ropa para poderse cambiar nada más llegar, pues la que llevan está ya chorreando de agua y los bajos están completamente cargados de lodo.
Jesús va a la cabeza, absorto en sus pensamientos. Los demás van dando mordiscos a sus respectivos panes. Juan dice alegremente:
-No tenemos necesidad de buscar fuentes para calmar la sed. Basta con volver hacia atrás la cabeza y abrir la boca, y los ángeles nos dan el agua.
Hermasteo, que, siendo joven también, tiene en común con Felipe de Arbela y Juan la envidiable suerte de tomarse todo con alegría, dice:
-Simón de Jonás se quejaba de los camellos. Pero ya preferiría yo estar encima de aquella torre sacudida por un terremoto que no en este barro. ¿Tú qué opinas?
Y Juan:
-Digo que en todas partes estoy bien, con tal de que esté Jesús...
Los tres jóvenes se dan a una animada conversación entre ellos. Los cuatro más mayores aceleran hasta alcanzar a Jesús. La pareja restante, Timoneo y Marcos, se pone al final, hablando...
-Maestro, en Aera estará Judas de Simón... - dice Andrés.
-Ciertamente. Y con él Tomás, Natanael y Felipe.
-Maestro... echo de menos estos días de paz - suspira Santiago.
-No debes decir eso, Santiago.
Lo sé... Pero no puedo evitarlo... - y lanza otro gran suspiro.
-Estará también Simón Pedro con mis hermanos. ¿No te alegras de ello?
-¡Mucho! Maestro, ¿por qué Judas de Simón es tan distinto de nosotros?
-¿Por qué el agua se alterna con el sol, el calor con el frío, la luz con las tinieblas?
-Pues porque no se podría tener siempre una cosa. Moriría la vida en la tierra.
-¡Así es, Santiago.
-Sí, pero eso no tiene que ver con Judas...
-Respóndeme. ¿Por qué las estrellas no son todas como el Sol, grandes, calientes, espléndidas, poderosas?
-Porque... la tierra se abrasaría bajo tanto fuego.
-¿Por qué las plantas - me refiero a todos los vegetales - no son como aquellos nogales?
-Porque... los animales no podrían comérselas.
-¿Y entonces por qué no son todas como hierbas?
-Porque... no tendríamos leña para el fuego, para las casas, para hacer utensilios, carros, barcas, muebles.
-¿Por qué los pájaros no son todos águilas y todos los animales elefantes o camellos?
-¡Buenos estaríamos si fuera así!
-¿Esta variedad te parece entonces una cosa buena, no?
-Sin duda.
-Juzgas entonces que... ¿Por qué, según tú, Dios la ha hecho?
-Para ofrecernos la mayor ayuda posible.
-Entonces para bien, ¿no? ¿Estás seguro de ello?
-Como de que vivo en este momento.
-Entonces, si ves justo que haya variedad de especies animales, vegetales y astrales, ¿por qué pretendes que todos los hombres sean iguales? Cada uno tiene su misión y su forma. ¡La infinita diversidad de especies te parece signo de potencia o de impotencia del Creador?
-De potencia. Una sirve para hacer resaltar a la otra.

-Muy bien. También Judas sirve para lo mismo, y tú les sirves a tus compañeros, y tus compañeros a ti. Tenemos treinta y dos dientes en la boca, pero, si los miras bien, entre sí son bien diferentes. No sólo por lo que respecta a las tres clases, sino incluso entre los elementos de una misma clase. Pues bien, puesto que estás comiendo, observa su oficio. Verás que incluso los que parecen poco útiles y que trabajan poco son precisamente los que hacen el primer trabajo de cortar el pan y de llevarlo a los otros, que lo desmenuzan, para pasarlo a los otros que lo transforman en papilla. ¿No es así? A ti te parece que Judas no hace nada, o que su actuación es negativa. Te recuerdo que ha evangelizado, y bien, la Judea meridional, y que - tú lo has dicho - sabe tener tacto con los fariseos

-Es verdad.

Mateo observa:

-También es muy hábil para obtener dinero para los pobres. Pide, sabe pedir como no lo sé hacer ni siquiera yo... Quizás porque el dinero ahora me da asco.

Simón Zelote agacha el rostro, carmesí de tan rojo como se ha puesto.

Andrés lo ve y pregunta:

-¿Te encuentras mal?

-No, no... El cansancio... no sé.

Jesús lo mira fijamente, y Simón se pone cada vez más rojo. Pero Jesús no dice nada.

Viene corriendo Timoneo:

-Maestro, allí se ve el pueblo antes de Aera. Podremos hacer un alto en el camino o pedir burros

-Ya está dejando de llover. Es mejor seguir.

-Como quieras Maestro. Pero ahora, con tu permiso, me adelanto.

-Bien.

Timoneo se echa a correr con Marcos. Jesús, sonriendo, observa:

-Quiere que tengamos un ingreso triunfal.

De nuevo están todos en grupo. Jesús deja que se metan a hablar con pasión de las diferencias de las regiones. Luego se retrasa, tomando consigo al Zelote. En cuanto están solos, pregunta:

-¿Por qué te has puesto colorado, Simón?

-Vuelve a ponerse rojo como las brasas, pero no dice nada. Jesús repite la pregunta. Simón, más rojo y más callado. Jesús insiste en la pregunta.

-¡Señor, pero si Tú ya lo sabes! ¿Por qué me obligas a hablar? - grita el Zelote, dolido como si fuera un torturado.

-¿Tienes certeza?

-No me lo ha negado. Sin embargo, ha dicho: "Lo hago por previsión. Soy sensato. El Maestro no piensa nunca al mañana". Forzando las cosas, hasta podría ser así. Pero... en todo caso es... en todo caso es... Maestro, mete Tú la palabra exacta.

-En todo caso es una demostración de que Judas es solamente un "hombre". No sabe elevarse a ser un espíritu. Pera, más o menos, sois todos así. Teméis por estupideces. Os preocupáis de previsiones inútiles. No sabéis creer que la Providencia es potente y está presente. Bien, que esto quede entre nosotros dos. ¿No es verdad?

-Sí, Maestro

Un momento de silencio. Luego Jesús dice:

-Pronto volveremos al lago... Será hermoso un poco de recogimiento después de tanto camino. Nosotros dos iremos a Nazaret y estaremos allí un tiempo, hacia las Encenias. Estás sólo... Los otros estarán en familia. Tú, conmigo».

-Señor, Judas y Tomás, y también Mateo, están solos.

-No te preocupes. Cada uno celebrará las fiestas con la familia. Mateo tiene a su hermana. Tú estás solo. A menos que quieras ir con Lázaro...

-No, Señor - interviene inmediatamente Simón - No. Quiero a Lázaro. Pero estar contigo es estar en el Paraíso. Gracias, Señor - y le besa la mano.

Hace poco que han dejado atrás el pueblecillo, cuando he aquí que, bajo otro aguacero, aparecen de nuevo por el camino inundado Timoneo y Marcos, que gritan:

-¡Deteneos! Está Simón Pedro con unos burros. Lo he encontrado mientras venía para acá. Lleva ya tres días de camino hacia aquí con los animales, bajo la lluvia.

Se detienen al amparo de un robledal que resguarda un poco del chaparrón. Y ven venir, montado en un asno - el primero de una fila de borriquillos - a Pedro, que, con la manta que se ha echado sobre la cabeza y la espalda, parece un fraile.

-¡Dios te bendiga, Maestro! ¡Ya decía yo que estaría mojado como uno que se hubiera caído al lago! ¡Venga, enseguida, a caballo todos, que Aera hace tres días que está ardiendo de tanto como tiene encendidas sus chimeneas para secarte! Rápido, rápido... ¡En qué esta-do!... ¡Fijaos aquí! ¿Pero no erais capaces de hacerle esperar? ¡Ah, si no estoy yo! ¡Pero, yo digo...! ¡Pero mirad aquí! Tiene el pelo tieso como un ahogado. Debes estar helado. ¡Con toda esta agua! ¡Qué imprudencias! ¿Y vosotros? ¿Y vosotros? ¡Infames! Tú el primero, hermano, que no piensas. Y todos los demás. ¡Bien guapos estáis! ¡Parecéis sacos caídos a un pantano! ¡Venga, ligeros! ¡Ya no me vuelvo a fiar de confiároslo! Me falta poco para ahogarme de horror...

-Y de lo que hablas, Simón - dice sereno Jesús mientras el asno trota al lado del de Pedro, a la cabeza de la caravana asnal. Jesús repite: «Y de lo que hablas. De palabras inútiles. No me has dicho si han llegado los otros, si han partido las mujeres, si tu mujer está bien... No me has dicho nada.

-Te diré todo. Pero ¿por qué te has puesto en camino con esta lluvia?

-¿Y tú por qué has venido?

-Porque tenía prisa de verte, Maestro mío.

-Porque tenía prisa de reunirme contigo, Simón mío.
-¡Oh, mi querido Maestro! ¡Cuánto te quiero! ¡Mujer, niño, casa? ¡Nada, nada! Todo es feo si Tú no estás. ¿Crees que te quiero así?
-Lo creo. Sé quién eres, Simón.
-¿Quién?
Un gran niño lleno de pequeños defectos, y, bajo estos defectos, sepultadas, muchas dotes excelentes. Pero hay una que no está sepultada: tu honestidad en todo. ¿Y entonces, quién está en Aera?
-Judas, tu hermano, con Santiago, más Judas de Keriot con los otros. Parece que Judas ha hecho las cosas muy bien. Todos lo alaban...
-¿Te ha hecho preguntas?
-¡Muchas! No he respondido a nada. He dicho que no sabía nada. Y es así, porque ¿qué sé yo, aparte de haber acompañado hasta Gadara a las mujeres? Mira, no le he dicho nada de Juan de Endor. Él cree que está contigo. Deberías decírselo a los otros.
-No. Ellos, como tú, tampoco saben dónde está Juan. Inútil decir más cosas. ¿Pero estos burros?... ¡tres días!... ¡Qué gasto! ¿Y los pobres?
-Los pobres... Judas tiene un montón de dinero. Se ocupa él. Estos burros no me cuestan una perra. Los habitantes de Aera me habrían dejado incluso mil, sin ningún gasto, para ti. He tenido que levantar la voz para impedir venir a buscarte con un ejército de asnos. Tiene razón Timoneo. Aquí todos creen en ti. Son mejores que nosotros... - y suspira.
-¡Simón, Simón! En la Transjordania nos honraron; hubo un galeote, paganas, pecadoras, mujeres, que os dieron lecciones de perfección. Recuérdalo siempre, Simón de Jonás.
-Trataré de recordarlo, Señor. Mira, mira, los primeros de Aera. ¡Mira cuánta gente! Está la madre de Timoneo. Ahí están tus hermanos entre la multitud. Y los discípulos a los que habías dicho que se adelantaran, y los que luego han venido con Judas de Keriot. Ahí está el más rico de Aera con sus servidores. Quería que te alojaras en su casa. Pero la madre de Timoneo ha hecho valer su derecho y estarás en su casa. ¡Mira, mira! Están irritados porque el agua apaga las antorchas. Hay muchos enfermos, ¡eh! Se han quedado en la ciudad, junto a las puertas, para verte enseguida. Uno que tiene un almacén de leña ha puesto a su disposición los cobertizos. Hace tres días que están allí, ¡pobre gente!; desde que llegamos nosotros y nos extrañamos de no verte.
El grito de la multitud impide que Pedro continúe, así que se calla y permanece al lado de Jesús como si fuera un escudero. Ya han llegado a la gente. La multitud se va abriendo, y Jesús pasa con su borriquillo, bendiciendo continuamente mientras pasa.
Entran en la ciudad.
-Donde los enfermos, inmediatamente - dice Jesús, sin hacer caso de las protestas de quienes quisieran ofrecerle un techo y darle alimento y fuego por miedo a que sufra demasiado - Ellos sufren más que Yo - responde.
Tuercen a la derecha. Ya llegan al rústico recinto del almacén de la leña.
Abren de par en par la puerta. Del interior del recinto sale un clamor quejumbroso: -¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de nosotros!
Es un coro suplicante, constante como una letanía. Voces de niños, de mujeres, de hombres, de ancianos: tristes como balidos de corderos en pena; acongojadas como de madres en agonía; descorazonadas como de quien tiene una sola esperanza; temblorosas como de quien ya sólo sabe llorar...
Jesús entra en el recinto. Se yergue lo más que puede sobre los estribos, y, levantando la mano derecha, dice con su voz potente:
-¡A todos los que creen en mí, salud y bendición!
Se apoya de nuevo en la silla y hace ademán de volver afuera. Pero la multitud le oprime, los que han quedado curados se cierran en torno a Él. Y, a la luz de las antorchas, que al amparo de los pórticos arden y dan viveza de resplandores al crepúsculo, se ve al gentío que bulle delirante de alegría aclamando al Señor; al Señor, que casi desaparece en medio de un tapiz de flores de niños sanados que las madres le han puesto en los brazos, en el regazo, y hasta en el cuello del asno, sujetándolos para que no se caigan. Jesús tiene los brazos colmados de niños, como si fueran flores, y sonríe feliz, y los besa, porque, sujetándolos como está con los brazos, no puede bendecirlos. En fin, retiran a los niños. Ahora son los ancianos curados los que lloran de alegría y le besan el vestido, y luego los hombres y las mujeres...
Es ya de noche cuando puede entrar en la casa de Timoneo y reponerse con el fuego y la ropa seca.

## 297

## Con el sermón de Aera termina el segundo gran viaje apostólico

Jesús está hablando en la plaza principal de Aera:
-«...Y no os estoy expresando, como he hecho en otros lugares, las primeras e indispensables cosas que hay que saber y hacer para salvarse. Ya las sabéis, y muy bien, por obra de Timoneo, sabio arquisinagogo de la Ley antigua, sapientísimo ahora al renovarla con la luz de la Ley nueva. Lo que quiero es poneros en guardia contra un peligro que en el estado de espíritu en que os encontráis no podéis ver. Es el peligro de presiones o malignas acusaciones que os desvíen, con la intención de separaros de esta fe que ahora tenéis en mí. Os voy a dejar a Timoneo durante un tiempo. Con otros, os explicará las palabras del Libro a la luz nueva de mi Verdad, que él ha abrazado. Pero antes de dejaros, habiendo escrutado vuestros corazones, habiéndolos visto

sinceramente amantes, voluntariosos y humildes, quiero comentar con vosotros un punto del cuarto Libro de los Reyes. *(Corresponde, en la nueva nomenclatura bíblica a 2 Reyes 18, 17-36)*

Cuando Ezequías, rey de Judá, sufrió el asalto de Senaquerib, fueron a él los tres altos personajes del rey enemigo para aterrorizarlo con temores de quiebra de alianzas, de potencias que ya lo circundaban. A las palabras de los poderosos enviados, respondieron Elyaquim, Sebná y Yoaj: "Habla de forma que el pueblo no comprenda" (para que el pueblo aterrorizado no invocara la paz). Pero esto es lo que querían los mensajeros de Senaquerib, así que dijeron con fuerte voz y en perfecto hebreo: "Que no os seduzca Ezequías... Concertad con nosotros lo que os conviene y rendíos, y todos podrán comer de su vid y de su higuera, y podréis beber el agua de vuestras cisternas, hasta cuando vengamos a llevaros a una tierra como la vuestra, fecunda, rica en vino, una tierra abundante de pan y uvas, tierra de aceitunas, aceite y miel; así viviréis y no moriréis...". Y está escrito que el pueblo no respondió porque había recibido la orden del rey de no responder.

Ved. Yo también, por compasión de vuestras almas asediadas por fuerzas más feroces aún que las de Senaquerib, que podía dañar los cuerpos mas no lesionar los espíritus - mientras que la guerra que os plantea el ejército enemigo capitaneado por el más fiero y cruel déspota que hay en la creación es contra vuestros espíritus -, Yo también he rogado a sus mensajeros, a esos mensajeros suyos que, para perjudicarme a mí en vosotros, tratan de aterrorizarnos a mí y a vosotros con amenazas de tremendos castigos, les he suplicado diciendo: "Habladme a mí, pero dejad en paz a las almas que nacen ahora a la Luz. Meteos conmigo, torturadme a mí, acusadme a mí, matadme a mí, pero no os ensañéis con estos pequeñuelos de la Luz. Son débiles todavía. Un día serán fuertes, pero ahora son débiles. No arremetáis contra ellos. No arremetáis contra la libertad que tienen los espíritus de elegir un camino. No arremetáis contra el derecho que Dios tiene a llamar a sí a estos que lo buscan con sencillez y amor".

¿Pero puede, acaso, uno que odia ceder a las súplicas de la persona odiada? ¿Puede, acaso, uno que es víctima del odio conocer el amor? No puede. De aquí que, con mayor dureza aún, y cada vez con mayor dureza, vendrán a deciros: "Que no os seduzca el Cristo. Venid con nosotros y tendréis todos los bienes". Y os dirán: "¡Ay de vosotros si le seguís! ¡Seréis perseguidos!". Y os urgirán con ficticia bondad: "Salvad vuestras almas. Es un Satanás". Muchas cosas os dirán de mí, muchas, para persuadiros a abandonar la Luz.

Yo os digo: “A los tentadores responded con el silencio". Después, cuando descienda la Fuerza del Señor a los corazones de los fieles de .Jesucristo, Mesías y Salvador, entonces podréis hablar, porque no seréis vosotros, sino el mismo Espíritu de Dios, el que hablará en vuestros labios, y vuestros espíritus serán adultos en la Gracia, fuertes e invencibles en la Fe.

Sed perseverantes. Sólo os pido esto. Recordad que Dios no puede ceder a los sortilegios de un enemigo suyo. Que sean vuestros enfermos, aquellos que han recibido confortación y paz en su espíritu, los que hablen siempre entre vosotros, con su sola presencia, de quién es el que vino a vosotros para deciros: "Perseverad en mi amor y en mi doctrina y tendréis el Reino de los Cielos". Mis obras hablan más aún que mis palabras, y, a pesar de que saber creer sin necesidad de pruebas sea perfecta bienaventuranza, os he permitido ver los prodigios de Dios para el fortalecimiento de vuestra fe.

Responded a vuestro cerebro, tentado por los enemigos de la Luz, con las palabras de vuestro espíritu: "Creo porque he visto a Dios en sus obras". Responded al enemigo con el silencio activo y diligente. Y con estas dos respuestas caminad en la Luz. La paz sea siempre con vosotros.

Y los despide. Luego se encamina afuera de la plaza.

-¿Por qué les has hablado tan poco, Señor? Timoneo quizás se ha quedado desilusionado - dice Natanael.

-No se sentirá desilusionado porque es un justo y comprende que advertir a uno de un peligro es amarlo con amor más intenso. Este peligro está muy presente.

-Como siempre, los fariseos, ¿no? - pregunta Mateo.

-Ellos y otros.

-¿Estás apesadumbrado, Señor? - pregunta afligido Juan.

-No. No más que de costumbre...

-Sin embargo, estabas más alegre estos días pasados...

-Será tristeza por no tener ya consigo a los discípulos. Pero, ¿y por qué los has despedido? ¿Es que quieres seguir el viaje? - pregunta el Iscariote.

-No. Éste es el último lugar. De aquí se va a casa. Pero las mujeres no podían continuar con estas condiciones climáticas. Han hecho mucho. No deben hacer más.

-¿Y Juan?

-Enfermo. En una casa amiga como estuviste tú.

Luego Jesús se despide de Timoneo y de otros discípulos que se quedan en la comarca, a los cuales se ve que les ha dado órdenes para el futuro pues no insiste en más consejos.

Están en la puerta de la casa de Timoneo, porque Jesús ha querido bendecir una vez más a la dueña de la casa. La gente, respetuosa, lo observa, y lo sigue cuando reanuda el camino en dirección al arrabal, a las huertas, a la campiña. Los más tenaces lo siguen todavía un poco más, en un grupo cada vez más reducido, hasta sólo nueve, luego cinco, luego tres, luego uno... Este uno también se vuelve para Aera, mientras Jesús toma la dirección de occidente, sólo con los doce apóstoles, pues también Hermasteo se ha quedado, con Timoneo.

Jesús dice:

-El viaje, el segundo gran viaje apostólico, está cumplido. Ahora es el regreso a los conocidos campos de Galilea.

## La ayuda prestada a los huerfanitos María y Matías y las enseñanzas que de ella se deducen

Vuelvo a ver el lago de Merón en un lúgubre día de agua... Fango y nubes. Silencio y calígine. El horizonte desaparece entre las brumas. La cadena del Hermón está sepultada bajo la espesa capa de nubes bajas. Pero desde este lugar - una llanura alta, situada cerca del pequeño lago todo oscuro y amarillento por el fango de mil riachuelos crecidos y el cielo de Noviembre lleno de nubes - se ve bien este pequeño lago alimentado por el Alto Jordán, que de él sale luego para ir a alimentar al otro lago; más grande, de Genesaret.

Cae la tarde, cada vez más triste y amenazadora de lluvia, cuando Jesús toma el camino que corta el Jordán después del lago de Merón. Entra luego por una vereda que lleva a una casa...

Otra dulce visión de Jesús y dos niños.

Digo esto porque veo que Jesús, al pasar por una vereda abierta entre campos - que deben haber recibido la simiente poco antes porque la tierra está todavía mullida y oscura como cuando ha sido sembrada recientemente -, se detiene a acariciar a dos pequeñuelos: un niño de no más de cuatro años y una niña que tendrá unos ocho o nueve. Deben ser niños muy pobres a juzgar por sus míseros vestiditos descoloridos y rotos y su carita triste y flaca.

Jesús no les pregunta nada. Se limita a mirarlos fijamente mientras los acaricia. Luego reanuda ligero su paso, hacia una casa que está en el fondo de la vereda. Es una casa labriega pero de buen aspecto, con una escalera exterior que sube del suelo a la terraza, en que hay un emparrado, ahora desnudo de racimos y hojas: solamente queda alguna que otra última hoja ya amarilla, que pende y se mueve con el viento húmedo de un desagradable día de otoño. En el murete de la casa unas palomas zurean esperando el agua que el cielo gris y todo nublado promete.

Jesús, seguido por los suyos, empuja la tosca cancela de la albarrada que rodea la casa; entra en un patio - nosotros diríamos una era -, con su pozo y en un ángulo, también un horno (supongo que sea eso aquel tabuco de paredes más oscuras por el humo que incluso ahora sale y que el viento empuja hacia la tierra).

A1 oír el rumor de los pasos, una mujer se asoma a la puerta de este cuartucho. Al ver a Jesús, lo saluda con alegría y corre a avisar a la casa.

Un hombre más bien anciano, y grueso, sale a la puerta de la casa, y va enseguida hacia Jesús.

-¡Qué gran honor verte, Maestro! - lo saluda.

Jesús responde con su saludo:

-La paz sea contigo - y añade: «Está anocheciendo y la lluvia se acerca. Vengo a pedirte alojamiento y un pan para mí y mis discípulos.

-Entra, Maestro. Mi casa es tuya. La doméstica está para sacar el pan del horno. Con mucho gusto te lo ofrezco, con el queso de mis ovejas y los productos de mis campos. Entra, entra, que el viento es húmedo y frío... - y, solícito, sujeta la puerta y hace una reverencia cuando pasa Jesús. Pero inmediatamente cambia de tono dirigiéndose a alguien que ha visto, y dice airado: « ¿Todavía estás aquí? ¡Vete! ¡No hay nada para ti! ¡Vete! ¿Entendido? Aquí no hay sitio para los vagabundos... - y farfulla entre dientes: «...y quizás rateros como tú».

Una vocecita llorosa responde:

-Piedad, señor. A1 menos un pan para mi hermanito. Tenemos hambre...

Jesús, que había entrado en la vasta cocina, alegrada e iluminada con un vivo fuego, sale a la puerta. Su rostro es ya distinto. Severo y triste, pregunta, no al huésped sino en general - parece como si se lo preguntara a la era silenciosa, a la desnuda higuera, al oscuro pozo -:

-¿Quién tiene hambre?

-Yo, Señor. Yo y mi hermano. Sólo un pan y nos vamos.

Jesús está ya afuera, en el ambiente cada vez más lúgubre por el crepúsculo y la lluvia inminente.

-Pasa - dice.

-¡Tengo miedo, Señor!

-Ven, te digo. No tengas miedo de mí.

De detrás de una arista de la casa sale la pobre niña. De la mísera tuniquita viene agarrado su hermanito. Se acercan temerosamente: una mirada tímida a Jesús; una de susto al dueño de la casa, que pone ojos amenazadores mientras dice:

-Son vagabundos, Maestro. Y ladrones. Hace poco he encontrado a ésta fisgando cerca de la almazara. Está claro que quería entrar a robar. ¡A saber de dónde vendrán! No son del lugar.

Jesús lo escucha... digamos que lo escucha. Mira muy fijamente a la niña de carita demacrada, de trenzas despeinadas (dos coletitas a los lados de ambas orejas, atadas al extremo con una cintita de trapo viejo). El rostro de Jesús no es severo mientras mira a la pobrecita; está triste, pero sonríe para animar a la niña:

-¿Es verdad que querías robar? Di la verdad.

-No, Señor. Había pedido un poco de pan, porque tengo hambre. No me lo han dado. He visto una corteza de pan untada, allí, en el suelo, cerca del molino del aceite, y había ido a recogerla. Tengo hambre, Señor. Ayer he conseguido sólo un pan, pero lo guardé para Matías... ¿Por qué no nos han metido en la tumba con nuestra mamá?

La niña llora desconsoladamente, y su hermanito también.

-No llores.

Jesús la consuela acariciándola y arrimándola a su pecho.

-Responde: ¿de dónde eres?

-De la llanura de Esdrelón.

-¿Y has venido hasta aquí?

-Sí, Señor.
-¿Hace mucho que ha muerto tu madre? ¿No tienes padre?
-Mi padre murió por el sol en el tiempo de la cosecha; mi mamá, la pasada luna... ella y el niño que iba a nacer murieron... - y el llanto aumenta.
-¡No tienes ningún pariente?
-¡Venimos de muy lejos! No éramos pobres... Luego mi padre tuvo que ponerse al servicio de un patrón. Ahora ha muerto y mi mamá con él.
-¿Quién era el patrón?
-El fariseo Ismael.
-¡El fariseo Ismael!... (es intraducible el modo como Jesús repite este nombre). - -¿Saliste de allí por propia voluntad o te echó él?
-Me echó, Señor. Dijo: "Los perros hambrientos a la calle".
-¿Y tú, Jacob, ¿por qué no has dado un pan a estos niños; un pan, un poco de leche y un manojo de heno como cama para su cansancio? ...
-Pero... Señor... tengo justo el pan que necesito... poca leche... y meterlos en casa... Éstos son como animales vagabundos. Si se les pone buena cara luego ya no se marchan...
-¿Y te falta sitio y alimento para estos dos infelices? ¿Lo puedes decir con verdad, Jacob? La cosecha abundante, la abundancia de vino, de aceite, de fruta, que han hecho famosa tu propiedad este año, ¿por qué te han venido? ¿No te habrás olvidado ya, no? El año pasado, el granizo había depauperado tus bienes. Estabas preocupado por tu vida... Vine y te pedí un pan... Tú me habías oído hablar un día y me fuiste fiel... En medio de tu aflicción me abriste tu corazón y tu casa. Me diste un pan y me alojaste. ¿Qué te dije al salir a la mañana siguiente? “Jacob, has comprendido la Verdad. Sé siempre misericordioso y obtendrás misericordia. Por el pan que has dado al Hijo del hombre, estos campos te darán muchos cereales; llenos de aceitunas, como si soportaran los granos de la arena marina, estarán tus olivos; tus manzanos, plegados hasta el suelo por su peso". Lo has tenido, y eres el más rico de la comarca este año. ¿Y niegas un pan a dos niños!...
-Pero tú eras el Rabí...
-Precisamente porque lo era podía hacer de las piedras pan; éstos, no. Ahora te digo: verás un nuevo milagro y te producirá aflicción, *gran aflicción...* Cuando llegue ese momento, dándote golpes de pecho, di: "Me lo he merecido".
Jesús se vuelve a los niños:
-No lloréis. Id a ese árbol y coged los frutos.
-Pero si está vacío, Señor - objeta la niña.
-Ve.
La niña va, y vuelve con el vestidito alzado lleno de manzanas rojas y hermosas.
-Comed y venid conmigo - y a los apóstoles: «Vamos a llevar a estos dos pequeñuelos a Juana de Cusa. Ella sabe recordar los beneficios recibidos y es compasiva por amor a quien usó con ella misericordia. Vamos.
El hombre, confundido y apesadumbrado, trata de arreglar las cosas:
-Es de noche, Maestro. Te puede venir el agua por el camino. Entra en mi casa. Mira, la doméstica va a sacar ya el pan del horno... Te doy también para ellos.
-No hace falta. No sería por amor, lo darías por miedo al castigo prometido.
-Entonces no es éste - y señala a las manzanas que los dos niños hambrientos se están comiendo con avidez, cogidas del árbol antes vacío -, no es éste, entonces, el milagro?
-No.
Jesús se muestra severísimo.
-¡Oh, Señor, Señor, ten piedad de mí! ¡Entiendo! ¡Tienes intención de castigarme en las mieses! ¡Piedad, Señor!
-No todos los que me dicen "Señor" me tendrán, porque el amor y el respeto no se testifican con la palabra sino con obras. Tendrás la piedad que tú has tenido.
-Yo te amo, Señor.
-No es verdad. *Me ama quien ama,* porque esto es lo que he enseñado. Tú sólo te amas a ti mismo. Cuando me ames como enseño, el Señor volverá. Ahora me marcho. Mi techo es hacer el bien, consolar a los afligidos, enjugar las lágrimas de los huérfanos. Como la gallina extiende sus alas sobre los pollitos indefensos, así extiendo mi poder sobre los que sufren y viven en el dolor. Venid, niños. Pronto tendréis casa y pan. Adiós, Jacob.
Y, no contento con marcharse, indica que cojan en brazos a la niña fatigada (Andrés la toma y la arropa en su manto), y Él toma al niño; y se echan a andar, por la vereda ya oscura, con su carga de piedad que ya no llora.
Pedro dice:
-¡Maestro! ¡Qué gran suerte para éstos el que hayas llegado en este momento! ¡Pero para Jacob!... ¿Qué vas a hacer, Maestro?
-Justicia. No llegará a conocer el hambre, porque tiene todavía muy llenos los graneros, pero sí que conocerá la estrechez, porque el trigo sembrado no producirá grano, y los olivos y manzanos solamente hojas. Estos inocentes, no de mí, sino del Padre, han recibido pan y casa; porque mi Padre es también Padre de los huérfanos; sí, Él, que da el nido y el alimento a los pájaros de los bosques. Éstos pueden decir, y con ellos todos los desvalidos, los desvalidos que saben permanecer "hijos inocentes y amorosos", que en sus pequeñas manos Dios ha depositado el alimento y que, con paterna guía, los conduce a casa hospitalaria.
La visión cesa así, y me deja una gran paz.
Dice Jesús:

-Para todos es la enseñanza de que sé ser el "Señor" con justicia. A mí no se me engaña, ni se me adula con falaz obsequio. Quien cierra su corazón a su hermano lo cierra a Dios, y Dios a él.

¡Oh, hombres, es el primer mandamiento: Amor y amor. El que no ama, y se profesa cristiano, miente. Es inútil frecuentar los sacramentos y los ritos, inútil la oración, si falta la caridad. Quedan con vertidos en fórmulas, e incluso en sacrilegios. ¿Cómo podéis venir al Pan eterno y saciaros con É1, cuando habéis negado un pan a un hambriento? ¿Vale más, acaso, vuestro pan que el mío? ¿Es más santo? ¡Hipócritas! Yo me doy a vuestra miseria sin medida, y vosotros, que sois miseria, no tenéis piedad de miserias que ante los ojos de Dios no son odiosas como lo son las vuestras: porque aquellas son desventuras, mientras que las vuestras son pecado. Demasiadas veces me decís: "Señor, Señor" para ganar mi benignidad para vuestros intereses. Pero no lo decís por amor al prójimo y no hacéis nada por el prójimo en nombre del Señor. Mirad: colectiva e individualmente, ¿qué os ha dado vuestra falaz religión y auténtica anticaridad? El abandono de Dios. Y el Señor volverá cuando sepáis amar como Yo he enseñado.

Pero, a vosotros, pequeño rebaño formado por los que sufren siendo buenos, os digo: "Nunca estáis huérfanos, nunca abandonados. No existiría Dios, antes que faltarles la Providencia a sus hijos. Tended la mano: el Padre os da todo como “padre”, o sea, con amor que no humilla. Enjugad vuestras lágrimas. Yo os tomo y os llevo conmigo porque siento piedad de vuestro abatimiento".

La criatura más amada es el hombre. ¿Vais a poner en duda que el Padre se mostrará más compasivo con el hombre fiel que con los pájaros?, ¿con el hombre fiel, Él, que es longánimo incluso con el pecador, y le da tiempo y manera de ir a Él? ¡Ah, si el mundo comprendiera lo que es Dios!

Dice María (la Virgen):

-María (habla a María Valtorta), habla Mamá. Mi Jesús ha hablado de la infancia del espíritu, requisito necesario para conquistar el Reino. Ayer te mostré una página de su vida de Maestro. Has visto ayer a unos niños, a unos pobres niños. ¿No habría nada que añadir? Sí, y lo añado yo. A ti, que quiero que seas cada vez más amada de Jesús. Es un detalle en el cuadro que ha hablado a tu espíritu para el espíritu de muchos. Pero son los detalles los que hacen hermoso el cuadro, los que revelan la capacidad del pintor y la sabiduría del observador. Quiero que observes la humildad de mi Jesús.

Aquella pobre niña, en su ignorante simplicidad, no trata de forma distinta al pecador de corazón de piedra y a mi Hijo. No sabe ni de "Rabí" ni de "Mesías". Siendo poco menos que una pequeña salvaje, que ha vivido en los campos, en una casa donde se despreciaba al Maestro - porque el fariseo Ismael despreciaba a mi Jesús -, no había oído jamás hablar de Él, no lo había visto.

Su padre y su madre, quebrantados por el trabajo insoportable que el cruel patrón exigía, no tuvieron tiempo ni modo de levantar la cabeza de la gleba que roturaban. Habrían oído, quizás, mientras segaban el heno o las mieses, mientras recogían la fruta o los racimos, mientras trituraban la aceituna en la dura muela, un clamor de ¡hosanna! Habrían, incluso, alzado un momento su cansada cabeza. Mas el miedo y el cansancio habrían vencido enseguida esas cabezas bajo su yugo. Y murieron pensando que el mundo era sólo odio y dolor; en cambio, el mundo, desde que lo pisaban los santísimos pies de mi Jesús, era amor y bien. Siendo sólo los pobres siervos de un despiadado patrón, murieron sin cruzarse siquiera una vez con la mirada y la sonrisa de mi Jesús; sin haber oído su palabra, que daba una riqueza al espíritu por la que los indigentes se sentían ricos, los hambrientos hartos, los enfermos sanos, consolados los que sufrían. Pues bien, Jesús no dice: "Yo, que soy el Señor, te digo: haz esto". Conserva su anonimato. Y la pequeñuela, tan simple que no comprendió ni siquiera al ver el milagro de un manzano, desnudo incluso de hojas, que carga una rama suya de manzanas para saciar su hambre, lo sigue llamando "Señor", como llamaba a su patrón Ismael y al cruel Jacob. Se siente atraída hacia este Señor bueno porque la bondad siempre atrae. Pero nada más. Le sigue con confianza. Lo ama inmediatamente, instintivamente, esta pobre criaturita sola en el mundo, ignorada voluntariamente por el mundo, por ese "mundo importante de los poderosos y de los que gozan de la vida" que quiere mantener en la sombra a los inferiores para poderlos torturar más a gusto y explotar más acerbamente.

Más adelante sabrá quién era aquel "Señor" que - pobre como ella, sin casa ni alimento, sin madre porque todo lo había dejado por amor al hombre (también a esa pizquita de ser humano que era ella, pobre criaturita niña) - le había dado milagrosos frutos, queriéndole quitar de sus labios y su corazón el amargor de la maldad humana que crea el odio de los desvalidos contra los poderosos, con un fruto del Padre, no con un mendrugo de pan ofrecido tarde y que para ella habría tenido en todo caso sabor de dureza y llanto. ¡Ah, verdaderamente esas manzanas recordaban el pomo del Paraíso Terrenal! Fruto nacido en la rama para el Bien y para el Mal, determinaría redención de todas las miserias - la primera la de la ignorancia de Dios -para los dos huerfanitos; determinaría castigo para aquel que, conociendo ya la Palabra, había obrado como si no la conociera. Sabrá más adelante, de boca de la mujer buena que en nombre de Jesús la acogió, quién era Jesús: para ella Salvador repetidamente: del hambre, de la intemperie, de los peligros del mundo, del pecado original.

Pero, para ella, Jesús tuvo siempre la luz de aquel día, bajo esa luz lo vio siempre: el Señor bueno con bondad de cuento infantil, el Señor que tenía caricias y dones, el Señor que le había hecho olvidar que no tenía ni padre ni madre, ni casa ni vestidos, porque había sido para ella bueno como su padre y dulce como su madre y había ofrecido un nido para el cansancio de los dos, su pecho y el de otros hombres buenos que estaban con Él, y abrigo para la desnudez de los dos, su manto y el de otros hombres buenos que con Él estaban. Una luz paterna y suave, que no se apagó con el flujo de las lágrimas, ni siquiera cuando supo que había muerto atormentado en una cruz; ni siquiera cuando, pequeña fiel de la primera Iglesia, vio el aspecto del rostro de su "Señor" con los golpes y las espinas y pensó cómo era El ahora, en el Cielo, a la derecha del Padre. Una luz que le sonrió en su última hora de la tierra, y la condujo sin temor hacia su Salvador. Una luz que le sonrió una vez más con inefable dulzura en el fulgor del Paraíso.

Jesús te mira a ti también así. Míralo siempre como lo veía tu lejana homónima y siéntete feliz de este amor suyo. Sé sencilla, humilde, fiel, como la pobre y pequeña María que has conocido. Ve adónde ha llegado, a pesar de que fuera una pobre ignorantilla de Israel: al corazón de Dios. El Amor se le reveló como se ha revelado a ti y se hizo docta con la verdadera Sabiduría.

Ten fe, vive en la paz. No existe miseria alguna que mi Hijo no pueda transformar en riqueza; no hay soledad alguna que no pueda colmar; como tampoco hay falta alguna que no pueda borrar. El pasado no existe, cuando el amor lo anula. Ni siquiera un pasado horrendo. ¿Temerás tú si no temió Dimas el ladrón? Ama, ama y no tengas miedo de nada.

Mamá te deja con su bendición.

## 299

## A Juana de Cusa le son confiados, para su tutela, los huerfanitos María y Matías

Todo el lago de Tiberíades es una lastra cenicienta. Parece mercurio turbio, de tan pesado como se ve, en una calma chicha que apenas si permite indicios de cansadas olas que no logran hacer espuma y en cuanto inician el movimiento ya se detienen, se amansan, se uniforman a esta masa de agua sin brillo bajo un cielo también opaco. Pedro y Andrés en torno a su barca, Santiago y Juan al lado de la suya, preparan la partida en la pequeña playa de Betsaida. Olor de hierbas y de tierra empapada de agua, leve bruma sobre las planicies herbosas hacia Corazín. Tristeza de Noviembre en todas las cosas.

Jesús sale de la casa de Pedro, llevando de la mano a los dos pequeñuelos Matías y María. La mano de Porfiria los ha arreglado con maternal cuidado y ha sustituido el vestidito de María por uno de Margziam. Matías, que es demasiado pequeño, no ha podido gozar de la misma gracia y tiembla todavía con su tuniquita de algodón descolorida; tanto que Porfiria, compasiva, vuelve a casa y sale con un pedazo de manta y arropa al niño como si la manta fuera un manto. Jesús le da las gracias mientras ella se arrodilla al despedirse, para retirarse después de haber dado a los dos huerfanitos un último beso.

-Con tal de tener niños, se habría hecho cargo de éstos también - comenta Pedro, que ha observado la escena, y que a su vez se agacha para ofrecer a los dos niños un pedazo de pan untado con la miel que tenía guardada debajo de un asiento de la barca; lo cual hace reír a Andrés, que dice:

-¿Y tú no? ¡Hasta le has robado la miel a tu mujer para dar un poco de alegría a estos dos!...

-¡Robado! ¡Robado! ¡La miel es mía!

-Sí, pero mi cuñada la guarda con celo porque es de Margziam. Y tú, que lo sabes, has entrado esta noche descalzo como un ratero en la cocina a coger la cantidad de miel que te hacía falta para preparar ese pan. Te he visto, hermano, y me he reído porque mirabas a tu alrededor como un niño que teme los bofetones de su madre.

-¡Qué granuja este espía! - ríe Pedro mientras abraza a su hermano, que a su vez lo besa diciendo:

-¡Pero qué hermano más majo tengo!

Jesús observa y sonríe abiertamente, entre los dos niños, que devoran su pan.

Del interior de Betsaida llegan los otros ocho apóstoles. Quizás estaban alojados donde Felipe y Bartolomé.

-¡Ligeros! - grita Pedro, y toma en un único abrazo a los dos niños para llevarlos a la barca sin que se mojen los piececitos desnudos.

-¿No tenéis miedo, verdad? - pregunta mientras chapotea en el agua con sus piernas cortas y gruesas, desnudo hasta un palmo abundante por encima de las rodillas.

-No, señor - dice la niña, pero se agarra convulsamente al cuello de Pedro, y cierra los ojos cuando la pone dentro de la barca (que se balancea con el peso de Jesús, que acaba de subir). El niño, más valiente, o más impresionado, no habla siquiera.

Jesús se sienta, arrima hacia sí a los dos pequeñuelos y los tapa con su manto, que parece un ala extendida para proteger a dos pollitos.

Seis en una barca, seis en la otra, todos ya están a bordo. Pedro quita el madero del arribo y empuja fuertemente con la mano la barca para meterla más en el agua; luego, con un último salto, salva el borde de la barca; Santiago le imita con la suya. La acción de Pedro ha hecho bambolearse mucho a la barca; la niña gime: « ¡Mamá!» y esconde la cara en el regazo de Jesús agarrándose con fuerza a sus rodillas. Mas ahora ya avanzan suavemente, aunque con fatiga para Pedro, Andrés y el mozo, que tienen que remar, ayudados por Felipe, que hace de cuarto. La vela, que pende floja con esta calma chicha pesada y húmeda, no sirve. Tienen que trabajar con los remos.

-¡Qué boga! - grita Pedro a los de la barca gemela, en la que hace de cuarto el Iscariote, que rema perfectamente, lo cual es alabado por Pedro.

-¡Dale, Simón! - responde Santiago - Dale o te ganamos. Judas tiene la fuerza de un galeote. ¡Muy bien, Judas!

-Sí. Te nombraremos jefe de remadores - confirma Pedro, que rema por dos. Y ríe diciendo: «Pero no conseguiréis quitarle el primado a Simón de Jonás. A los veinte años ya era remador principal en las apuestas entre los pueblos» y, alegre, da la voz de estrepada a sus remadores: « ¡O-e!, ¡o-e!». Las voces avanzan sobre el silencio del lago desierto en esta hora matutina.

Los niños recobran seguridad. Cubiertos todavía por el manto, alzan sus caritas demacradas, y apenas si asoma a ellas una sonrisa, una por este lado, la otra por el otro lado del Maestro, que los tiene abrazados. Se interesan por el trabajo de los remadores. Intercambian algunos comentarios.

-Parece como si fuéramos en un carro sin ruedas - dice el niño.

-No. En un carro por las nubes. ¡Mira! Es como andar por el cielo. ¡Mira, mira, ahora subimos a una nube! - dice María, al ver que la barca hunde su punta en un lugar que refleja un nubarrón algodonoso. Y ríe levemente.

Mas el sol rompe la bruma, y, aunque sea sólo un pálido sol de Noviembre, las nubes se hacen de oro y el lago las refleja brillando.

-¡Qué bonito! Ahora andamos sobre el fuego. ¡Qué bonito! ¡Qué bonito!

El niño choca las manos.

Pero la niña calla, y luego rompe a llorar. Todos le preguntan el porqué de ese llanto. Entre sollozos explica:

-Mi mamá decía una poesía, o un salmo, no sé, para tenernos tranquilos, para que pudiéramos rezar a pesar de tanto dolor... y decía esa poesía de un Paraíso que será como un lago de luz, de dulce fuego, donde sólo estará Dios, sólo habrá alegría, adonde irán los buenos... después de la venida del Salvador... Este lago de oro me lo ha recordado... ¡Oh, mi mamá!

Se echa a llorar también Matías. Y todos participan de este dolor.

Pero, de entre el rumor de las distintas voces y el lamento de los huerfanitos, se alza la dulce voz de Jesús:

-No lloréis. Vuestra mamá os ha traído a mí, y está aquí con nosotros mientras os llevo a una mamá que no tiene hijos. Se alegrará de tener dos niños buenos en vez del suyo, que ahora está donde vuestra mamá. Porque también ella ha llorado, ¿sabéis? Como a vosotros se os ha muerto vuestra mamá, a ella se le murió su hijito...

-¡Entonces nosotros vamos con ella y su hijo irá con nuestra mamá! - dice María.

-Exactamente así. Y seréis todos felices.

-¿Cómo es esta mujer? ¿Qué hace? ¡Es una labriega? ¿Tiene un buen amo?

Los niños se interesan.

-No es campesina. Pero tiene un jardín lleno de rosas y es buena como un ángel. Su marido también es bueno. Él también os querrá».

-¿Tú crees, Maestro? - pregunta un poco incrédulo Mateo.

-Estoy seguro. Y vosotros también os convenceréis de ello. Hace tiempo Cusa quería a Margziam para hacer de él un noble.

-¡Ah, eso de ninguna manera! - grita Pedro.

-Margziam será un noble de Cristo. Sólo esto, Simón. ¡Tranquilo!

El lago se pone de nuevo de color ceniza. Se frunce al levantarse un poco de viento. La vela se tensa, la barca avanza vibrando. Pero los niños están tan embelesados con la idea de su nueva mamá, que no sienten miedo.

Pasa Magdala con sus casas blancas entre la verdura de los campos. Pasa la campiña entre Magdala y Tiberíades. Se ven las primeras casas de Tiberíades.

-¿A dónde, Maestro?

-Al embarcadero de Cusa.

Pedro vira y da indicaciones al mozo. La vela cae, mientras la barca orienta su proa hacia el embarcadero para adentrarse luego en él, hasta detenerse junto al pequeño espigón, seguida por la otra. Están paradas las dos, una detrás de otra, como dos ánades cansadas. Bajan todos. Juan se adelanta corriendo para dar una voz a los jardineros.

Los niños, acobardados, se arriman a Jesús, y María, emitiendo un suspiro, tirando del vestido de Jesús, pregunta:

-¿Pero es buena de verdad?

Juan vuelve:

-Maestro, un doméstico está abriendo la cancela. Juana ya está levantada.

-Bien. Esperad todos aquí. Voy a adelantarme.

Y Jesús se encamina solo. Los otros lo ven ir adelante y hacen comentarios más o menos favorables al paso que quiere dar Jesús. No faltan dudas ni críticas. Desde el lugar donde están, sólo ven que acude Cusa al encuentro de Jesús, se inclina profundamente en el umbral de la cancela, y se adentra en el jardín a la izquierda de Jesús. Luego no se ve nada más.

Pero yo sí veo. Veo a Jesús andando despacio al lado de Cusa, que muestra toda su alegría de recibirlo en su casa:

-Mi Juana se pondrá muy contenta. Yo también lo estoy. Está cada vez mejor. Me ha hablado del viaje. ¡Qué éxitos, mi Señor!

-¿No te ha causado pesar?

-Juana es feliz. Yo me siento feliz de verla feliz a ella. Podía no tenerla ya desde hace meses, Señor.

-Podía haber sido así... Y Yo te la di de nuevo. Tienes que saber ser agradecido con Dios.

-Cusa lo mira turbado... y susurra:

-¿Es una reprensión, Señor?

-No. Un consejo. Sé bueno, Cusa.

-Maestro, sirvo a Herodes...

-Lo sé. Pero tu alma no está sometida a nadie, aparte de Dios, si no lo quieres.

-Es verdad, Señor. Me enmendaré. Algunas veces se apodera de mí el respeto humano...

-¿Lo habrías tenido el año pasado, cuando querías salvar a Juana?

-¡No! A costa de perder cualquier honor, me habría dirigido a quien hubiera pensado que la podía salvar.

-Haz lo mismo por tu alma. Es más valiosa aún que Juana. Ahí viene ella.

Viene a su encuentro corriendo por el paseo. Ellos aceleran el paso.

-¡Maestro mío! No esperaba volver a verte tan pronto. ¿Qué bondad tuya te conduce a tu discípula?

-Una necesidad, Juana.

-¿Una necesidad? ¿Cuál? Habla, que, si podemos, te ayudamos - dicen a la vez los dos esposos.

-Ayer tarde he encontrado en un camino desierto a dos niños... una niñita y un pequeñuelo... Descalzos, andrajosos, hambrientos, solos... y he visto a un hombre de corazón de lobo que los arrojaba de su presencia como si fueran lobos. Estaban medio muertos de hambre... A ese hombre le procuré el bienestar el año pasado y ahora ha negado un pan a dos huérfanos. Porque son huérfanos. Huérfanos... por los caminos de este mundo cruel. Ese hombre recibirá su castigo. ¿Queréis vosotros mi bendición? Yo, Mendigo de amor, extiendo ante vosotros mi mano, para estos huérfanos sin casa, sin vestidos, sin pan, sin amor. ¿Queréis ayudarme?

-¡Pero, Maestro, ¿lo pides?! ¡Di lo que quieres; cuanto quieras; di todo!... - dice impetuoso Cusa. Juana no habla, pero, con las manos juntas en su pecho, una lágrima en sus largas pestañas, una sonrisa de anhelo en sus rojos labios, espera... y habla más que si hablara.

Jesús la mira y sonríe:

-Quisiera que esos niños tuvieran una madre, un padre, una casa. Y que la madre se llamara Juana...

No tiene tiempo de terminar, porque el grito de Juana es como el de uno que hubiera sido liberado de una prisión, mientras se postra a besar los pies de su Señor.

-¿Y tú, Cusa, qué dices? ¿Acoges en mi nombre a estos mis amados?, ¿a estos que para mi corazón son mucho más estimables que las preseas?

-Maestro, ¿dónde están? Llévame a ellos. Por mi honor te juro que desde el momento en que deposite mi mano sobre sus cabezas inocentes, los querré en tu nombre como un verdadero padre.

-Venid, entonces. Sabía que no venía en vano. Venid. Son agrestes, están asustados, pero son buenos. Fiaos de mí, que veo los corazones y el futuro. Darán paz y unión a vuestra unión, no tanto ahora cuanto en el futuro. En su amor os identificaréis de nuevo. Sus inocentes abrazos serán la mejor argamasa para vuestra casa de esposos. Y el Cielo se os mostrará benigno, siempre misericordioso por esta caridad que hacéis. Están afuera, en la cancela. Venimos de Betsaida...

Juana no escucha más. Se adelanta, corriendo, cautiva del frenesí de acariciar niños. Y lo hace: cae de rodillas, para estrechar contra su pecho a los dos huerfanitos, y besa sus mejillas macilentas, mientras ellos miran atónitos a esta hermosa señora de vestido enjoyelado. Miran también a Cusa, que los acaricia y coge en brazos a Matías. Miran también el espléndido jardín, y a los domésticos, que están acudiendo al lugar... Y miran la casa, que abre sus vestíbulos llenos de riquezas a Jesús y a sus apóstoles. Y miran a Ester, que los cubre de besos. El mundo de los sueños se ha abierto ante estos pequeños desvalidos...

Jesús observa y sonríe...

## 300

## Con escribas y fariseos en casa del resucitado de Naím

Hay gran ambiente festivo en la ciudad de Naím: recibe a Jesús por primera vez después del milagro del joven Daniel resucitado de la muerte.

Precedido y seguido por un buen número de personas, Jesús atraviesa la ciudad bendiciendo. Además de los de Naím, hay personas de otros lugares, que vienen de Cafarnaúm, adonde habían ido a buscarlo y de donde los habían mandado a Caná, y de esta ciudad a Naím. Tengo la impresión de que, ahora que tiene muchos discípulos, Jesús ha creado una red de informaciones, de forma que los peregrinos que lo buscan lo puedan encontrar a pesar de su continuo cambio de lugar, que, de todas maneras, es de pocas millas al día, tanto cuanto consienten la época del año y la brevedad de los días. Entre estas personas que han venido de otros lugares buscándole, no faltan fariseos y escribas, aparentemente respetuosos...

Jesús se hospeda en casa del joven resucitado, en la que han concurrido también las personas importantes de la ciudad; y la madre de Daniel, al ver a los escribas y fariseos - siete como los pecados capitales -, toda humilde, los invita, disculpándose de no poder ofrecerles una morada más digna.

-Está el Maestro, está el Maestro, mujer. Ello daría valor incluso a una cueva. Tu casa es mucho más que una cueva. Así que entramos y decimos: "Paz a ti y a tu casa".

Efectivamente, la mujer, a pesar de que ciertamente no es rica, ha hecho lo posible y lo imposible para dar honor a Jesús. No hay duda de que han entrado en liza todos los bienes de Naím, puestos conjuntamente en movimiento para embellecer la casa y aderezar las mesas. Las respectivas propietarias ojean, desde todos los puntos posibles, a la comitiva que pasa por el pasillo de entrada, y que se dirige a dos habitaciones situadas una frente a la otra, donde la dueña de la casa ha preparado las mesas. Quizás han pedido sólo esto por el préstamo de vajillas, manteles, asientos, y por su ayuda en la cocina; esto sólo: ver de cerca al Maestro y respirar donde Él respira. Y ahora se asoman acá o allá, rojas, llenas de harina o de ceniza, o goteándoles las manos, según su tarea culinaria; ojean, reciben su pedacito de mirada divina, su porcioncita de voz divina, beben la dulce bendición con el oído y la dulce figura con la mirada, y vuelven, todavía más rojas, felices, a la lumbre, a la amasadera o al fregadero.

Felices ellas. Felicísima la que, con la dueña de la casa, ofrece las jofainas de las abluciones a los invitados importantes. Es una jovencita oscura de ojos y cabellos, pero de tez tenuemente sonrosada; más rosa cuando la dueña de la casa explica a Jesús que es la prometida de su hijo y que pronto se celebrarán la boda.

-Hemos esperado a que vinieras para celebrarlas, para que toda la casa quedara por ti santificada. Ahora bendícela, para que sea una buena esposa en esta casa

Jesús la mira, y, dado que ella se inclina, le impone las manos diciendo:

-Florezcan en ti las virtudes de Sara, Rebeca y Raquel; de ti nazcan verdaderos hijos de Dios, para su gloria y para alegría de esta morada.

Ya Jesús y las personas importantes se han purificado y entran en la sala del banquete con el joven, dueño de la casa, mientras los apóstoles, con otros hombres de Naím menos influyentes, entran en la habitación de enfrente. El banquete empieza.

Comprendo, por lo que hablan, que, antes de que empezase la visión, Jesús había predicado y curado en Naím. Pero los fariseos y escribas poco se detienen en esto. En cambio llenan de preguntas a los de Naím para saber detalles sobre la enfermedad de que había muerto Daniel, sobre las horas que habían transcurrido entre la muerte y la resurrección, y sobre si había sido embalsamado completamente o no, etc. etc.

Jesús se abstrae de todas estas indagaciones hablando con el resucitado, que está magníficamente y come con un apetito formidable. Pero un fariseo llama a Jesús para preguntarle si había sabido antes de la enfermedad de Daniel.

-Venía de Endor por pura coincidencia, porque había querido complacer a Judas de Keriot, como también había complacido a Juan -le Zebedeo. Ni siquiera sabía que había de pasar por Naím cuando empecé el camino para el peregrinaje pascual - responde Jesús.

-¿Ah, no habías ido premeditadamente a Endor? - pregunta asombrado un escriba.

-No. No tenía, entonces, ni la más mínima intención de ir a Endor.

-¿Y entonces cómo es que fuiste?

-Lo acabo de decir: porque Judas de Simón quería ir.

-¿Y por qué este capricho?

-Para ver la gruta de la maga.

-Quizás es que Tú habías hablado de eso,...

-¡Jamás! No tenía motivo para hablar de eso.

-Lo que quiero decir es que... quizás habías explicado con ese episodio otros sortilegios, para iniciar a tus discípulos en...

-¿En qué? Para iniciar en la santidad no se necesitan peregrinajes. Una celda o una landa desierta, un pico de montaña o una casa solitaria van bien igualmente. Basta, en quien enseña, autoridad y santidad, y, en quien escucha, voluntad de santificarse. Yo enseño esto y no otras cosas.

-Pero los milagros que ahora hacen ellos, los discípulos, qué son sino prodigios y...

-Y voluntad de Dios. Sólo eso. Y cuanto más santos vayan siendo más harán. Con la oración, con el sacrificio y con su obediencia a Dios. No con otras cosas.

-¿Estás seguro de eso? - pregunta un escriba, con la mano en el mentón y mirando de reojo, y de abajo arriba, a Jesús, con tono discretamente irónico y no sin un sentido de conmiseración.

-Son las armas y las doctrinas que les he dado. Si luego alguno de ellos, y son muchos, se corrompe con innobles prácticas, por soberbia o por otra cosa, el consejo no habrá provenido de mí. Puedo orar para tratar de redimir al culpable. Puedo imponerme duras penitencias expiatorias para obtener que Dios le ayude especialmente con luces de su sabiduría para que vea el error. Puedo arrojarme a sus pies para suplicarle que abandone el pecado, con todo mi amor de Hermano, Maestro y Amigo. Y no pensaría que me estaría rebajando al hacer eso, porque el precio de un alma es tal, que merece la pena sufrir cualquier humillación para ganarla. Pero no puedo hacer más. Si, a pesar de eso, continúa el pecado, llanto y sangre rezumarán de los ojos y el corazón del traicionado e incomprendido Maestro y Amigo.

¡Qué dulzura y qué tristeza en la voz y en la expresión de Jesús!

Los escribas y fariseos se miran entre sí. Es todo un juego de miradas. Pero no hacen ningún comentario al respecto.

En cambio, eso sí, hacen preguntas al joven Daniel: ¿se acuerda de qué es la muerte?; ¿qué sintió al volver a la vida?; ¿qué vio en el espacio entre la muerte y la vida?

-Yo sé que estaba enfermo y que sufrí la agonía. ¡Oh, qué cosa más tremenda! ¡No me hagáis recordarlo!... Y, no obstante, llegará el día en que tendré que volverla a sufrir. ¡Oh, Maestro!... - Lo mira aterrorizado, y empalidece ante el pensamiento de que tendrá que morir otra vez.

Jesús lo consuela dulcemente diciendo:

-La muerte es de por sí expiación. Tú, muriendo dos veces, quedarás purificado de toda mancha y gozarás enseguida del Cielo. Pero que este pensamiento te haga vivir una vida santa, de forma que sólo haya en ti involuntarias y veniales culpas.

Pero los fariseos vuelven al ataque:

-¿Pero qué experimentaste al volver a la vida?

-Nada. Me he encontré vivo y sano como si me hubiera despertado de un largo sueño pesado.

-¿Pero te acordabas de haber muerto?

-Me acordaba de que había estado muy mal, hasta la agonía, y nada más.

-¿Y qué recuerdas del otro mundo?

-Nada. No hay nada. Un agujero negro, un espacio vacío en mi vida... Nada.

-¿Entonces para ti no hay Limbo, ni Purgatorio ni Infierno?

-¿Quién ha dicho que no existen? Claro que existen. Pero yo no los recuerdo.

-¿Pero estás seguro de haber estado muerto?

Reaccionan todos los que hay de Naím:

-¿Que si estaba muerto? ¿Qué más queréis? Cuando lo pusimos en la lechiga estaba casi empezando a oler. ¡Y, además!... con todos esos bálsamos y vendas habría muerto hasta un coloso.

-¿Pero tú no te acuerdas de haber muerto?

-Os he dicho que no.

El joven se impacienta y añade:

-¿Pero qué es lo que queréis establecer con estas lúgubres argumentaciones?: ¿que un entero pueblo aparentaba que me tenía muerto a mí, incluida mi madre, incluida mi mujer, que estaba en la cama muriendo de dolor, incluido yo, atado y embalsamado, y que no era verdad? ¿Qué estáis diciendo?: ¿que en Naím éramos todos niños o imbéciles con ganas de bromas? Mi madre se puso blanca en pocas horas, mi mujer tuvo que ser asistida porque el dolor y la subsiguiente alegría la habían como enloquecido. ¿Y vosotros dudáis? ¿Y por qué lo íbamos a haber hecho?

-¿Por qué? ¡Es verdad! ¿Por qué lo íbamos a haber hecho? - dicen los de Naím.

-Jesús no habla. Se entretiene con el mantel como si estuviera ausente. Los fariseos no saben qué decir... Pero Jesús, al improviso, cuando la conversación y el asunto parecían concluidos, abre su boca y dice:

-El porqué es el siguiente. Ellos (y señala a los fariseos y escribas) quieren establecer que tu resurrección no fue sino una artimaña bien montada para aumentar mi estima ante las multitudes: Yo, el que la ideó; vosotros, cómplices para traicionar a Dios y al prójimo. No. Yo dejo las fullerías a los innobles. No necesito hechicerías ni estratagemas, ni artimañas o complicidades, para ser lo que soy. ¿Por qué queréis negar a Dios el poder de devolver e1 alma a una carne? Si El la da cuando la carne se forma, y crea una a una las almas, ¿no podrá restablecerla cuando, volviendo a la carne por la oración de su Mesías, puede ser incentivo para que multitud de gente se acerque a la Verdad? ¿Podéis negar a Dios e1 poder del milagro? ¿Por qué 1o queréis negar?

-¿Eres Tú Dios?

-Yo soy quien soy. Mis milagros y mi doctrina dicen quién soy.

-¿Y entonces por qué éste no recuerda, mientras que los espíritus invocados saben decir lo que es el más allá?

-Porque esta alma, ya santificada por la penitencia de una primera muerte, habla la verdad; mientras que lo que sale de los labios de los nigromantes no es verdad.

-Pero Samuel...

-Pero Samuel fue, por mandato de Dios y no de la maga, a llevar al desleal para con la Ley el veredicto del Señor cuyas disposiciones no se hacen objeto de burla.

-¿Y entonces, por qué tus discípulos lo hacen?

La voz arrogante de un fariseo, que ha alzado el tono porque se ha sentido tocado en la herida, llama la atención de los apóstoles, que están en la habitación de enfrente, separados por un pasillo de poco más de un metro de ancho y sin separación de puertas o cortinas gruesas. Sintiendo que es algo que los atañe, se levantan y van al pasillo sin hacer ruido, y se poner a escuchar.

-¿En qué lo hacen? Explícate. Si tu acusación es verdadera, les advertiré que no vuelvan a obrar contra la Ley.

-Yo sé en qué, y como yo muchos otros. Pero descúbrelo Tú por ti mismo, Tú, que resucitas a los muertos y te dices más que profeta. Nosotros, puedes estar seguro, no te lo vamos a decir. Además, tienes ojos para ver también muchas otras cosas cometidas por tus discípulos, hechas cuando no se debe o no hechas cuando se deben hacer. Y Tú no le das importancia a esto.

-¿Queréis indicarme algunas de estas cosas?

-¿Por qué tus discípulos violan las tradiciones de los antepasados? Hoy los hemos observado. ¡Hoy otra vez! ¡No hace más de una hora! ¡Han entrado en su sala para comer y antes no se han purificado las manos!» (Si los fariseos hubieran dicho: «y antes han degollado a unos cuantos de la ciudad» no habrían expresado un tono tan profundamente lleno de horror).

-Sí, los habéis observado. Hay muchas cosas que ver. Cosas hermosas y buenas, cosas que mueven a bendecir al Señor por habernos dado la vida, para que pudiéramos verlas, y por haberlas creado o consentido. Esas no las veis. Y, como vosotros, otros muchos. Y la verdad es que perdéis el tiempo y la paz yendo detrás de las cosas no buenas.

Parecéis chacales, o mejor, hienas que corren tras la estela de una pestilencia y no se cuidan de la afluencia de perfumes que vienen en el viento desde jardines llenos de aromas. A las hienas no les gustan las azucenas ni las rosas, jazmines ni alcanfores, cinamomos ni claveles. Para ellas significan olores desagradables. Pero el hedor de un cuerpo en putrefacción en el fondo de un barranco, o en un camino, sepultado bajo los espinos a que lo ha arrojado un asesino, o lanzado a una playa desierta por la tempestad, hinchado, cárdeno, agrietado, horrendo, ¡ah, ese hedor es perfume agradable para las hienas! Olisquean el viento vespertino, que condensa y transporta consigo todos los olores que el sol destila de las cosas que ha calentado, para sentir este vago, sugestivo olor; y, una vez descubierto, una vez captada su dirección, empiezan a correr, con el hocico alzado, los dientes descubiertos por la vibración - semejante a una risa histérica - de las mandíbulas, para ir al lugar de la podredumbre. Y, ya sea cadáver de hombre o de cuadrúpedo, o de culebra quebrantada por el campesino) garduña muerta a manos del ama de casa, o aunque fuera una simple rata... les gusta, sí, les gusta, les gusta. Y en ese hedor en fermentación hunden sus patas, comen, se relamen...

¿Que hay hombres que día tras día se santifican? ¡Eso no les interesa! Pero basta con que uno sólo haga algún mal, basta con que algunos descuiden no ya un precepto divino sino una práctica humana - llamadla tradición, precepto o como queráis... al fin y al cabo una cosa humana -, basta eso para ir allí y acusar; aunque se trate solamente de una sospecha... cuando menos para darse la satisfacción de ver que la sospecha era una realidad.

Pues bien, responded ahora vosotros, vosotros que habéis venido aquí no por amor, sino con maligna intención, responded: ¿Por qué violáis el precepto de Dios por una tradición vuestra? ¡No me diréis ahora que una tradición es más que un mandamiento! Pues bien, Dios dijo: "Honra a tu padre y a tu madre", y también: "Quien maldijere a su padre o a su madre será reo de muerte". Pero vosotros decís: “Aquel que dijere a su padre y a su madre: `Lo que debías recibir de mí es korbán no está obligado a usarlo para su padre o para su madre". Por tanto, con vuestra tradición, habéis anulado el precepto de Dios.

¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías diciendo: "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí; en vano me honran, pues, enseñando doctrinas y preceptos de hombre".

Estáis atentos a las tradiciones de los hombres, al lavado de ánforas y copas, de platos y manos, y otras cosas semejantes; pero, eso sí, descuidáis los preceptos de Dios. Os escandalizáis porque uno no se lave las manos; pero, eso sí,

justificáis la ingratitud y la avaricia de un hijo ofreciéndole la escapatoria de la ofrenda sacrificial para no dar un pan a quien lo engendró y ahora necesita ayuda y él tiene la obligación de honrarlo porque es padre suyo. Alteráis y violáis la palabra de Dios por obedecer a palabras vuestras, elevadas por vosotros a precepto. Así, os proclamáis más justos que Dios. Os arrogáis el derecho de legisladores, siendo así que sólo Dios es Legislador en su pueblo. Vosotros...

Y seguiría; pero el grupo enemigo abandona la sala bajo la granizada de acusaciones, chocándose con los apóstoles y con todas las otras personas que estaban en la casa, invitados o gente venida a ayudar a la dueña de la casa, los cuales, atraídos por el tañido de la voz de Jesús, se habían agrupado en el pasillo.

Jesús, que se había puesto de pie, se sienta de nuevo, e indica a todos los presentes que entren adonde está Él. Les dice:

-Escuchad todos y comprended esta verdad. No hay nada fuera del hombre que entrando en él lo pueda contaminar. Lo que sale del hombre es lo que contamina. Quien tenga oídos para oír que oiga, y use la razón para comprender y la voluntad para obrar. Y ahora salgamos. Vosotros de Naím perseverad en el bien y esté siempre con vosotros mi paz.

Se levanta, saluda en particular a los dueños de la casa, y se encamina por el pasillo.

Pero ve a las mujeres amigas, que, recogidas en un ángulo, lo miran embelesadas, y se dirige a ellas para decirles:

-Paz a vosotras también. Que el Cielo os pague el haberme socorrido con un amor que no me ha permitido echar de menos la mesa materna. He sentido vuestro amor de madres en cada miga de pan, en cada una de las viandas guisadas o asadas, en el dulce de miel, en el vino fresco y aromático. Amadme siempre así, buenas mujeres de Naím. Y la próxima vez no trabajéis tanto para mí. Es suficiente un pan y un puñado de aceitunas condimentadas con vuestra sonrisa materna y vuestra mirada honesta y buena. Sed felices en vuestras casas, porque tenéis el agradecimiento del Perseguido, que se pone en camino consolado por vuestro amor.

Las mujeres, todas, felices a pesar de estar llorando, se han arrodillado; y El, al pasar, roza apenas, una a una, sus cabellos blancos o negros, como para bendecirlas. Luego sale y reanuda su camino...

Las primeras sombras de la noche descienden y celan la palidez de Jesús, entristecido por demasiadas cosas.

## 301

## Parábola de las frentes destronadas y explicación de la parábola sobre lo no puro.

Jesús regresa solamente a Endor. Se detiene en la primera casa del pueblo, que es más un aprisco que una casa; pero, precisamente por serlo, con establos bajos, cerrados, colmados de heno, puede alojar a los trece peregrinos. El dueño, un hombre rudo pero bueno, se apresura a llevar una lámpara y un pequeño cubo de leche espumosa, y unos panes muy oscuros. Luego se retira, con la bendición de Jesús, que se queda sólo con los doce apóstoles.

Jesús ofrece el pan y lo distribuye. A falta de escudillas o tazas, cada uno moja sus rebanadas de pan en el cubo y, cuando tiene sed, bebe directamente de él. Jesús sólo bebe un poco de leche. Está serio, silencioso... Tanto que, acabada la comida, saciada el hambre que en los apóstoles nunca falta, terminan por darse cuenta de su mutismo.

Andrés es el primero que pregunta:

-¿Qué te sucede, Maestro? Te veo triste o cansado...

-No niego que lo esté.

-¿Por qué? ¿Por esos fariseos? Pues si ya deberías estar acostumbrado a ellos... ¡Casi, casi que me he acostumbrado yo que...! Ya sabes cómo era yo las primeras veces con ellos. ¡Cantan siempre la misma canción!... La verdad es que las serpientes sólo pueden silbar; jamás ninguna logrará imitar el canto del ruiseñor. Se termina por no hacer caso - dice Pedro, parte convencido, parte queriendo liberar de preocupaciones a Jesús.

-Así es como se pierde el control y se cae en sus roscas. Os ruego que no os habituéis nunca a las voces del Mal como si fueran voces inocuas.

-¡Ah, sí! Pero no deberías estar triste, si es sólo por eso. Ya ves cómo te ama el mundo - dice Mateo.

-¿Pero es sólo por eso por lo que estás triste de esa forma? Dímelo, Maestro bueno. ¿O es que te han referido mentiras, o te han insinuado calumnias, o sospechas, o qué sé yo... respecto a nosotros, que te queremos? - pregunta presuroso y lisonjero el Iscariote, pasando un brazo por detrás de Jesús, que está sentado en el heno a su lado.

Jesús vuelve la cara en la dirección de Judas. Sus ojos emanan un relámpago fosfórico a la luz trémula de la lámpara colocada en el suelo, en medio del círculo de los que están sentados en el heno dispuesto como bajo asiento en redondel. Jesús mira muy fijamente a Judas de Keriot, y mirándolo, le pregunta:

-¿Y me crees tan necio como para recibir como verdaderas las insinuaciones de cualquiera, hasta el punto de preocuparme por ellas? Son las realidades, Judas de Simón, las que me preocupan - y su mirada no deja ni un momento de hincarse, derecha como un calador, en la pupila oscura de Judas.

-¿Qué realidades te turban, entonces? - pregunta seguro el Iscariote.

-Las que veo en el fondo de los corazones y leo en las frentes destronadas.

Jesús marca mucho esta palabra.

Todos se agitan:

-¿Destronadas? ¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

-Un rey pierde el trono cuando es indigno de permanecer en él. Lo primero que se le quita es la corona que tiene en su frente como en el lugar más noble del hombre, único animal que - siendo animal como materia, pero sobrenatural como ser dotado de alma - tiene la frente erguida hacia el cielo. Pero no es necesario ser rey con un trono terreno para poder ser

destronados. Todo hombre es rey por el alma y su trono está en el Cielo. Pero cuando un hombre prostituye su alma y viene a ser un animal, y viene a ser un demonio, entonces pierde el trono. El mundo está lleno de frentes destronadas, que ya no están erguidas hacia el Cielo, sino agachadas hacia el Abismo, gravadas con la palabra que en ellas ha esculpido Satanás. ¿Queréis saber qué palabra es? Es la que leo en las frentes. Está escrito en ellas: "¡Vendido!". Y, para que no tengáis dudas acerca de quién es el comprador, os digo que es Satanás, en sí mismo y en los siervos que tiene en el mundo».

-¡Comprendo! Esos fariseos, por ejemplo, son siervos de un siervo que está por encima de ellos y que a su vez es siervo de Satanás -dice convencido Pedro.

Jesús no rebate.

-Pero, ¿sabes, Maestro, que esos fariseos, cuando han oído tus palabras, se han marchado escandalizados? A1 salir se han chocado conmigo y lo decían... Has estado muy tajante - observa Bartolomé.

Y Jesús replica:

-Pero muy verdadero. Si se tienen que decir estas cosas, es culpa de ellos, no mía. Es más, decirlas es un acto de caridad por mi parte. Toda planta que no haya plantado mi Padre celeste debe ser arrancada; y plantas no plantadas por Él es el improductivo brezal de parásitas hierbas, sofocantes, espinosas, que ahogan la semilla de la Verdad santa. Caridad es extirpar las tradiciones y preceptos que ahogan el Decálogo, lo enmascaran, hacen de él una cosa ineficaz e imposible de ser observado. Para las almas honestas, es caridad hacerlo. Respecto a ésos, a los alteros obstinados, cerrados a toda acción y consejo del Amor, dejadlos; que los sigan los que por corazón y por tendencias son semejantes a ellos. Son ciegos, guías de ciegos. Si un ciego guía a otro ciego, por fuerza caerán los dos en la fosa. Dejadlos que se nutran de esas cosas contaminadas a las que dan el nombre "pureza"; ya no pueden contaminarlos más, porque lo único que hacen es colocarse bien en la matriz de que provienen.

-Esto que dices ahora empalma con cuanto dijiste en casa de Daniel, ¿no es verdad? Que no es lo que entra en el hombre lo que contamina, sino lo que sale del hombre» pregunta, pensativo, Simón e1 Zelote.

-Sí - dice escuetamente Jesús.

Pedro, después de un silencio, porque la seriedad de Jesús congela hasta el carácter más exuberante, solicita:

-Maestro, yo - y no sólo yo - no he comprendido bien la parábola. Explícanosla un poco. ¿Cómo es que lo que entra no contamina y lo que sale contamina? Yo, si tomo un ánfora limpia y meto en ella agua sucia, la ensucio. Por tanto, lo que entra en el ánfora la ensucia. Pero si de un ánfora llena de agua pura arrojo agua al suelo, no ensucio el ánfora, porque del ánfora sale agua pura. ¿Y entonces?

Y Jesús:

-Nosotros no somos ánforas, Simón. No somos ánforas, amigos. ¡Y en el hombre no todo es puro! ¿Entonces también vosotros estáis sin inteligencia? Reflexionad sobre el caso que esgrimían contra vosotros los fariseos. Vosotros, decían, os contaminabais porque llevabais alimento a vuestra boca con manos polvorientas, sudadas... bueno, sin lavar. Pero, ¿esa comida a dónde iba? De la boca al estómago, de éste al vientre, del vientre a la cloaca. ¿Podrá, pues, portar impureza a todo el cuerpo, y a lo que en él está contenido, pasando sólo por el canal a ello destinado, cumpliendo su oficio de nutrir a la carne, sólo a ella, para terminar, como conviene, en una cloaca? ¡No es esto lo que contamina al hombre! Lo que contamina al hombre es lo que es suyo, únicamente suyo, aquello que suyo ha engendrado y dado a la luz. O sea, aquello que tiene en el corazón y del corazón sube a los labios y a la cabeza y corrompe el pensamiento y la palabra y contamina a todo el hombre. Del corazón vienen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios y las blasfemias. Del corazón vienen avaricias, lujurias, soberbias, envidias, iras, apetitos intemperados, ocios pecaminosos. Del corazón viene el fómite de las distintas acciones; si el corazón es malo, malas serán éstas como el corazón. Todas las acciones: desde los actos de idolatría a las murmuraciones insinceras... Todas estas cosas malas que van del interior hacia afuera contaminan al hombre, no el comer sin lavarse las manos. La ciencia de Dios no es cosa del suelo, lodo para ser pisado por todo pie; es algo sublime, que habita en las regiones de las estrellas, de donde desciende con rayos de luz para informar de sí a los justos. No queráis, vosotros al menos, arrancarla de los cielos para envilecerla en el fango... Id a descansar ahora. Yo salgo para orar.

## 302

## En Magdala, antes de mandar a todos a sus respectivas familias para las Encenias.

Agua, agua, agua... Los apóstoles, poco satisfechos de ir bajo la lluvia, insinúan a Jesús que si no sería mejor buscar refugio en Nazaret, que no está lejos... y Pedro dice: - -Luego podríamos reanudar la marcha con el niño...

El «no» de Jesús es tan seco, que ninguno se atreve a insistir.

Jesús va delante, completamente solo... Los otros van detrás, mohínos, en dos grupos.

Luego Pedro, no sabiendo resistir más, se acerca a Jesús.

-Maestro, ¿me aceptas aquí? - pregunta un poco apesadumbrado.

-Siempre me eres grato, Simón. Ven.

Pedro se tranquiliza. Camina con paso forzado al lado de Jesús, que con sus largos pasos recorre mucho camino fácilmente. A1 poco rato dice:

-Maestro... ¡qué bonito si hubiéramos traído con nosotros al niño para la fiesta...!

Jesús no responde.

-Maestro, ¿por qué no me das esta satisfacción?

-Simón, te estás arriesgando a que te quite el niño.

-¡No! ¡Señor! ¿Por qué?

Pedro está aterrorizado por la amenaza y desolado.

-Porque no quiero que estés atado a nada. Te lo dije cuando te concedí a Margziam. Tú, sin embargo, te estás encallando en este afecto.

-No es pecado amar. Y amar a Margziam... Tú también lo quieres...

-Pero este amor no me impide darme enteramente a mi misión. ¿No tienes presentes mis palabras sobre los afectos humanos?, ¿mis consejos - tan claros que son órdenes - acerca de quien quiere poner la mano en el arado? ¿Te estás cansando, Simón de Jonás, de ser heroicamente mi discípulo?

Pedro responde con voz ronca de llanto:

-No, Señor. Tengo presente todo y no estoy cansado. Me da la impresión de que sea lo contrario... Que Tú estés cansado de mí, del pobre Simón que ha dejado todo por seguirte...

-Que ha hallado todo siguiéndome, querrás decir.

-No... Sí... Maestro... Yo soy un pobre hombre...

-Lo sé. Precisamente por eso te labro. Para hacer del pobre hombre un hombre, y de éste un santo, mi Apóstol, mi Piedra. Soy duro para hacerte duro. No quiero que seas blando como este fango, sino un bloque escuadrado, perfecto: la Piedra de base. ¿No comprendes que esto es amor? ¿No recuerdas lo que dice el Sabio? Dice que quien ama es severo. ¡Pero compréndeme, hombre! ¡Compréndeme tú, al menos! ¿No ves cómo estoy agobiado, desolado por tantas incomprensiones, por demasiadas simulaciones, por la mucha indiferencia, y por las aún más numerosas desilusiones?

-¿Te sientes... te sientes así, Maestro? ¡Oh! ¡Divina Misericordia! ¡Y yo sin darme cuenta! ¡Pero qué animal soy!... Pero, ¿desde cuándo? ¡Por causa de quién? Dímelo...

-No se gana nada con decírtelo. No podrías hacer nada. Ni siquiera Yo puedo hacer nada...

-¿No podría hacer absolutamente nada para aliviarte?

-Ya te lo he dicho: comprender que mi severidad es amor. Ver el amor en todo acto mío respecto a ti.

-Sí, sí. Ya no hablo más. ¡Mi amado Maestro! Ya no hablo más. Perdona a este completo animal que soy. Dame una prueba de que realmente me perdonas...

-¡La prueba! Verdaderamente debería bastarte mi sí. De todas formas te doy la prueba. Mira: no puedo ir a Nazaret porque en Nazaret están Juan de Endor y Síntica además de Margziam, y no se debe saber.

-¡¿Ni siquiera nosotros? ¿Por qué?... ¡Ah! ¡¿Maestro?! ¡¿Maestro?! ¿Desconfías de alguno de nosotros?

-La prudencia enseña que cuando se debe guardar secreto de una cosa demasiado es que dos la sepan. Se puede hacer daño también con una palabra dicha a la ligera. Y no todos ni siempre sois reflexivos.

-Es verdad... no lo soy tampoco yo. Pero cuando quiero sé callar. Y en este caso callaré. ¡Sin duda callaré! Dejaré de ser Simón de Jonás si no sé callar! Gracias, Maestro, por tu estima. Esto sí que es una gran prueba de amor... ¿Entonces ahora vamos a Tariquea?

-Sí. Luego a Magdala con las barcas. Tengo que retirar el oro de las joyas...

-¡Ves como sé guardar silencio! ¡No le he dicho nada a Judas, eh!

Jesús no comenta la interrupción. Continúa:

-Una vez que haya retirado el oro, os dejo a todos libres hasta el día de las Encenias. Si necesito a alguno de vosotros, os llamo para que vayáis a Nazaret. Los judíos, excepto Simón Zelote, acompañarán a las hermanas de Lázaro y a sus criadas, más Elisa de Betsur, a la casa de Betania. Luego irán para las Encenias a sus casas. Me bastará con que estén de regreso para el final de Sabat; entonces reanudaremos la marcha. Esto lo sabes tú sólo, ¿verdad, Simón Pedro?

-Lo sé yo sólo. Pero... de todas formas, tendrás que decirlo...

-Lo diré en su momento. Ahora regresa con los compañeros y estáte seguro de mi amor.

Pedro obedece contento, y Jesús se vuelve a ensimismar en sus pensamientos.

Las olas se rompen contra la playita de Magdala, cuando las dos barcas tocan tierra al caer de una tarde del mes de Noviembre. No son olas grandes. En todo caso, son molestas para quien desembarca, porque los vestidos se mojan. Pero la perspectiva del ya próximo alojamiento en casa de María de Magdala hace soportar sin refunfuños el no deseado baño.

-Poned en seguro las barcas y luego nos alcanzáis - dice Jesús a los mozos. Y, enseguida, se pone en camino siguiendo el litoral, porque han desembarcado en una pequeña ensenada que está un poco fuera de la ciudad y en la que hay otras barcas de pescadores de Magdala.

-Judas de Simón y Tomás, venid aquí conmigo - llama Jesús. Los dos van sin demora. -He decidido daros un encargo de confianza y, al mismo tiempo, una alegría. El cometido es éste: que acompañéis a las hermanas de Lázaro a Betania. Y, con ellas, a Elisa. Os estimo lo suficiente como para confiaros las discípulas. Aprovecharéis para llevar una carta mía a Lázaro. Luego, una vez cumplido este cometido, iréis a vuestras casas, para las Encenias... No interrumpas, Judas. Todos pasaremos las Encenias en nuestra casa, este año. Es un invierno demasiado lluvioso para poder viajar. Como podéis ver, incluso los enfermos son más escasos. Por tanto, aprovecharemos de ello para descansar y dar una satisfacción a nuestras familias. Os espero en Cafarnaúm para el final de Sabat.

-¿Pero vas a estar en Cafarnaúm? - pregunta Tomás.

-No estoy todavía seguro de dónde voy a estar. En un sitio o en otro, para mí es igual. Basta con tener cerca a mi Madre.

-Yo prefería pasar las Encenias contigo - dice el Iscariote.

-Te creo. Pero, si me amas, obedece; mucho más, considerando que vuestra obediencia os proporcionará la manera de ayudar a los discípulos que se han vuelto a esparcir por todas partes. ¡Sí que tenéis que ayudarme en esto! En las familias los hijos mayores son los que ayudan a los padres en la formación de los hijos menores. Vosotros sois los hermanos mayores de los

discípulos, que son los menores, y os debéis sentir contentos de que Yo me ponga en vuestras manos. Ello es señal de que he quedado contento de vuestra reciente actuación.

Tomás dice sencillamente:

-Demasiado bueno, Maestro. Pero, por lo que a mí respecta, trataré de hacer las cosas ahora todavía mejor. De todas formas, siento dejarte... Bueno... pasará pronto... Y mi anciano padre se sentirá contento de tenerme para la fiesta... y también mis hermanas... ¿Y mi hermana gemela?... Debe haber tenido un niño, o estará para tenerlo... Mi primer sobrino... Si es varón y nace cuando estoy yo, ¿qué nombre le pongo?

-José.

-¿Y si es niña?

-María. No hay nombres más dulces.

Judas, sin embargo, orgulloso del encargo recibido, ya está pavoneándose y haciendo proyectos, y más proyectos... Se ha olvidado completamente de que se aleja de Jesús, mientras que, poco tiempo antes (hacia los Tabernáculos, si bien recuerdo), había protestado como un potro salvaje ante la disposición de Jesús de separarse de Él por un tiempo. Pierde también de vista completamente la sospecha de entonces de que era un deseo de Jesús de apartarlo. Todo lo olvida... y está contento de ser considerado una persona a la que se le pueden confiar cometidos delicados. Promete:

-Te traeré mucho dinero para los pobres - y, mientras, saca la bolsa y dice: «Toma éstos. Es todo lo que tenemos. No tengo más. Tú dame el viático para nuestro viaje de Betania a nuestra casa.

-Pero no partimos esta noche - objeta Tomás.

-No importa. En casa de María no hace falta más dinero, por tanto... Bien contento estoy de no tener más dinero que manejar... Cuando vuelva le traeré a tu Madre semillas de flores. Se las pediré a mi madre. Quiero también traer un regalo a Margziam... - Judas está exaltado. Jesús lo mira...

Ya llegan a la casa de María de Magdala. Se dan a conocer y entran todos. Las mujeres acuden llenas de alegría al encuentro del Maestro, que ha venido a alojarse en su hogar.

Después de la cena, cuando ya los apóstoles, cansados, se han retirado, Jesús, sentado en el centro de una sala, rodeado por el círculo de las discípulas, comunica a éstas su deseo de que partan cuanto antes. A1 contrario de los apóstoles, ninguna de ellas protesta. Inclinan la cabeza en señal de asentimiento y salen para preparar sus equipajes.

Jesús llama a la Magdalena cuando está para atravesar el umbral de la puerta. - ¿Entonces, María? ¿Por qué me has susurrado a mi llegada: "Tengo que hablarte en secreto"?

-Maestro, he vendido las piedras preciosas. En Tiberíades. Las ha vendido Marcela con la ayuda de Isaac. Tengo la suma en mi habitación. No he querido que Judas viera nada... - y se pone muy colorada.

Jesús la mira fijamente, pero no dice nada.

La Magdalena sale... y vuelve con una pesada bolsa y se la da a Jesús.

-Aquí tienes – dice - Las han pagado bien.

-Gracias, María.

-Gracias, Rabbuní, por haberme pedido este favor. ¿Deseas pedirme alguna cosa más?...

-No, María. Y tú, ¿tienes algo más que decirme?

-No, Señor. Bendíceme, Maestro mío.

-Sí. Te bendigo... María... ¿estás contenta de volver donde Lázaro? Imagínate que Yo ya no estuviera en Palestina. ¿Volverías gustosa a casa, entonces?

-Sí, Señor. Pero...

-Termina, María. No tengas miedo nunca de manifestarme lo que piensas.

-Pero estaría más contenta de volver a casa si en vez de Judas de Keriot viniera Simón el Zelote, gran amigo de familia.

-Lo necesito para una seria misión.

-Entonces tus hermanos, o Juan, de corazón de paloma. Bueno, todos menos él... Señor no me mires con severidad... Quien se ha alimentado de lujuria siente su proximidad... No la temo. Sé controlar a alguien que supera ampliamente a Judas. Es mi terror a no ser perdonada, es mi yo, es Satanás, que ciertamente da vueltas en torno a mí, es el mundo... Pero si María de Teófilo no tiene miedo de ninguno, María de Jesús siente repulsa por el vicio que la había subyugado, y la... Señor... El hombre que brega por la carnalidad me da asco...

-No estás sola en el viaje, María. Y contigo estoy seguro de que no se volverá para atrás... Ten presente que debo proveer para la partida de Síntica y Juan para Antioquía, y que ello no debe saberlo quien es un imprudente...

-Es verdad. Iré entonces... Maestro, ¿cuándo nos volveremos a ver?

-No lo sé, María. Quizás no antes de la Pascua. Ve en paz ahora. Te bendigo esta noche y todas las noches, y, contigo, a tu hermana y al buen Lázaro.

María se agacha para besar los pies de Jesús y sale, dejando solo a Jesús en la silenciosa habitación.

## 303

## Jesús donde su Madre en Nazaret

Una noche oscura de Diciembre. Fría, ventosa. Aparte de las hojas arrancadas de aquellos árboles que todavía las tienen y que zurren con los silbidos del viento, no se siente ruido alguno por las calles de Nazaret, oscuras como las de una ciudad muerta. A través de las casas trancadas no se filtran ni luz ni ruidos. Es verdaderamente una noche de lobos...

Y, no obstante, por las calles desiertas de Nazaret, se mueve el Cordero de Dios, en dirección a su casa. Alta sombra oscura con su vestido oscuro, casi se pierde en la tiniebla de esta noche sin estrellas, y su paso es sólo un leve crujido cuando su pie apoya sobre un conjunto de hojas que el viento, tras haberlas remolineado en el aire, ha depositado en el suelo, para, inmediatamente, volver a tomarlas y llevarlas a otro sitio.

Llega a la casa de María Cleofás. Un momento duda si entrar en el huerto y llamar a la puerta de la cocina o si seguir... Pero luego sigue, sin detenerse. Ya está en la callecita de su casa. Ya se ve el atormentado ondear de los olivos en el promontorio contra el que está construida la casa: un ondear negro en el cielo negro. Acelera el paso. Llega a la puerta. Escucha atentamente. ¡Tan fácil es oír lo que sucede en esa casa tan pequeña! Basta arrimarse a las jambas para tener sólo los pocos centímetros de la madera de la puerta entre quien escucha y quien habla... Y, no obstante, no oye ninguna voz.

-Es tarde – suspira - Esperaré a que amanezca para llamar.

Pero mientras está para irse llega hasta Él el rítmico sonido del telar. Sonríe. Dice: -Está levantada. Teje. Sin duda es Ella... Es la cadencia de Mamá.

Yo no puedo ver su cara, pero estoy segura de que sonríe, porque la sonrisa se oye en su voz, antes triste, ahora alegre.

Llama. El sonido cesa un momento; luego, el ruido de una silla echada para atrás; luego, la voz argentina que pregunta:

-¿Quién llama?

-¡Yo, Mamá!

-¡Hijo mío!

Un dulce grito de alegría (grito, aunque mantenido en tono bajo). Se oye el rumor confuso de las manos en los cerrojos... se oye descorrerlos... y la puerta se abre, poniendo un recorte de oro en el color negro de la noche. María cae en los brazos de Jesús, allí mismo, en el umbral de la puerta... como si no pudieran retrasar un minuto: Él, recibirla; Ella, abandonarse en ese Corazón.

-¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo mío!

Besos, las dulces palabras «Mamá - Hijo»... Luego entran y la puerta se cierra de nuevo, despacio.

María, en voz baja, explica:

-Están todos durmiendo. Yo velaba... Desde que han vuelto Santiago y Judas y han dicho que Tú venías detrás, te he esperado siempre hasta tarde. ¿Tienes frío, Jesús? Sí. Estás de hielo. Ven. He mantenido encendida la lumbre. Voy a echar un haz de ramas. Así te calentarás.

Y lo lleva de la mano como si siguiera siendo el pequeño Jesús...

La llama resplandece alegre y crepitante en la lumbre avivada. María mira a Jesús, que extiende las manos hacia la llama para calentárselas.

-¡Qué pálido estás! No estabas así cuando nos separamos... Cada vez estás más delgado y pálido, Hijo mío. Tiempo atrás eras de leche y rosas; ahora pareces hecho de marfil añoso. ¿Qué otras cosas te han sucedido, Hijo mío? ¿Otra vez los fariseos?

-Sí... y más cosas. Pero ahora me siento feliz, aquí contigo; muy pronto estaré perfectamente. ¡Este año se celebran aquí las Encenias, Mamá! Cumplo la edad perfecta aquí a tu lado. ¿Te sientes contenta?

-Sí. Pero la edad perfecta para ti, corazón mío, está todavía lejana... Eres joven, y para mí sigues siendo mi Niño. Mira, ya está caliente la leche. ¿Quieres beberla aquí o allí en la otra habitación?

-Allí, Mamá. Ahora tengo calor. Me la bebo mientras cubres tu telar.

-Vuelven a la pequeña habitación. Jesús se sienta en el arquibanco, junto a la mesa, y se bebe la leche. María lo mira y sonríe. Sonríe más todavía cuando toca el talego de Jesús y lo pone encima de una repisa. Sonríe tanto que Jesús pregunta:

-¿En qué piensas?

-Estoy pensando en que has llegado precisamente en el aniversario de nuestra partida para Belén. También entonces había talegos y arquetas abiertas y llenas de ropa, especialmente de ropa pequeña... para un Pequeñuelo que podía nacer -decía a José -, que *debía* nacer - me decía a mí misma -, en Belén de Judá... Los tenía escondidos en el fondo, porque José tenía miedo de esto... No sabía todavía que el nacimiento del Hijo de Dios no estaría sujeto, ni para Él mismo ni para su Mamá, a las comunes miserias de dar a luz y de nacer. No sabía... y tenía miedo de estar lejos de Nazaret conmigo en ese estado. Estaba segura de que iba a ser Puérpera allí... Exultabas demasiado en mí por la alegría de haber llegado a tu Natalicio, y, por tanto, al Natalicio de la Redención, como para que pudiera equivocarme. Los ángeles remolineaban en torno a la Mujer que te llevaba a ti, mi Dios... Ya no era el sublime Arcángel, ni el dulcísimo Ángel custodio mío, como meses antes. En ese momento era un sinfín de coros de ángeles, que, como saetas, venían del Cielo de Dios a mi pequeño Cielo: mi seno, donde estabas Tú... Los oía cantar y hablarse con sus palabras de luz... palabras ansiosas de verte a ti, Encarnado Dios... Los oía en esas fugas suyas de amor, fugas del Paraíso para venir a adorarte, Amor del Padre, escondido en mi seno. Y yo trataba de aprender sus palabras... sus cantos... sus ardores... Pero una criatura humana no puede ni decir ni tener cosas de Cielo...

Jesús la escucha, sentado. Ella está de pie, junto a la mesa. El, muy feliz; ella, soñando... una mano relajada sobre la oscura madera; la otra, apoyada contra el corazón... Jesús cubre su mano blanca y delicada con la suya, larga y más oscura; y aprieta en su puño esa mano santa... Y cuando ella calla, casi deplorando el no haber podido aprender de los ángeles palabras, cantos y ardores, Jesús dice:

-¡Todas las palabras de los ángeles, todos sus cantos, todos sus ardores, no me habrían hecho feliz en la tierra, si no hubiera gozado de los tuyos, Mamá mía! Tú me dijiste y me diste aquello que ellos no pudieron darme. De ti, ellos aprendieron, no tú de ellos... Ven aquí, Mamá, a mi lado; sígueme contando cosas... No de entonces, sino de ahora. ¿Qué estabas haciendo?

-Estaba trabajando...

-Lo sé. Pero, ¿qué era? De seguro que te estabas fatigando por mí. Déjame ver...

María se pone más colorada que la tela que está sobre el telar y que está siendo observada por Jesús, que se ha levantado.

-¿Púrpura? ¿Quién te la ha dado?

-Judas de Keriot. La consiguió de los pescadores de Sidón, creo. Quiere que te haga una túnica regia... Te voy a hacer la túnica, pero Tú no necesitas la púrpura para ser rey.

«Judas es más tozudo que un mulo» es el único comentario respecto a la púrpura regalada...

Luego se vuelve a su Madre:

-¿Y se hace una túnica entera con eso que te ha dado?

-¡No Hijo! Podrá servir para las orlas de la túnica y del manto. Más no.

-Bien. Entiendo por qué tejes franjas estrechas. Entonces... Mamá, me parece muy bien esta idea. Consérvame aparte estas franjas; un día te diré que las uses para un bonito vestido. Pero todavía hay tiempo. No te mates a trabajar.

-Trabajo cuando estoy en Nazaret...

-Es verdad... ¿Y los otros qué han hecho en este tiempo?

-Se han instruido.

-Es decir, los has instruido. ¿Qué te parecen?

-¡Oh, son tres personas buenas! Aparte de ti, nunca he tenido alumnos más dulces y atentos. He tratado también de dar un poco de fuerzas a Juan. Está muy enfermo. No vivirá mucho...

-Lo sé. Pero para él es un bien. Por lo demás, él mismo lo desea. Ha comprendido espontáneamente el valor del sufrimiento y de la muerte. ¿Y Síntica?

-Es una pena mandarla lejos. Vale por cien discípulos por santidad y por capacidad de entender lo sobrenatural.

-Comprendo. Pero tengo que hacerlo.

-Lo que haces está siempre bien hecho, Hijo.

-¿Y el niño?

-También aprende. Pero estos días está muy triste... Se acuerda de la desgracia de la que ahora se cumple un año... ¡Oh, no ha habido mucha alegría aquí!... Juan y Síntica están afligidos pensando en la partida de aquí, el niño llora pensando en su mamá muerta...

-¿Y tú?

-Yo... ya sabes, Hijo. No hay sol cuando estás lejos de mí. No lo habría ni aunque el mundo te amara; pero, al menos, habría cielo sereno... Sin embargo...

-Hay llanto. ¡Pobre Mamá!... ¿No te han hecho preguntas acerca de Juan y Síntica?

-¿Quién crees que iba a hacerlas? María de Alfeo sabe, pero guarda silencio. Alfeo de Sara ha visto ya a Juan, pero no se siente curioso. Lo llama "el discípulo".

-¿Y los demás?

-Menos María y Alfeo, ninguno viene a esta casa. Alguna mujer, para algún trabajo o consejo. Pero los hombres de Nazaret ya no atraviesan mi puerta.

-¿Ni siquiera José y Simón?

-...No... Simón me manda aceite, harina, aceitunas, leña, huevos... como para subsanar el hecho de no comprenderte, como para hablar a través de estos presentes. Pero se los da a María, su madre, y aquí no viene. Pero es que además viniera quien viniere solamente me vería a mí, porque Síntica y Juan se retiran cuando llama alguna persona...

-Una vida muy triste.

-Sí. Y el niño sufre un poco por ello; tanto es así que ahora María de Alfeo se lo lleva consigo cuando me hace las compras. Pero ahora ya no estaremos tristes, mi Jesús: ¡estás Tú!

-Estoy Yo... Ahora vamos a dormir. Bendíceme, Mamá, como cuando era niño.

-Bendíceme, Hijo. Soy tu discípula.

Se besan... Encienden una nueva lamparita y salen para ir a descansar.

## 304

## Con Juan de Endor, Síntica y Margziam. María es Madre y Maestra.

-¡Maestro! ¡Maestro! ¡Maestro!

Los tres gritos de Juan de Endor, que al salir de su habitación para ir a la pila a lavarse se ha encontrado de frente a Jesús que de allí viene, despiertan a Margziam, el cual sale corriendo de la habitación de María, vestido sólo con una camisola sin mangas y corta, todavía descalzo, todo ojos y boca, para ver y gritar: « ¡Está aquí Jesús!», y todo piernas para correr y trepar a sus brazos. Despiertan también a Síntica (que duerme en el ex taller de José), la cual, pasados unos momentos, sale, ya vestida pero con sus obscuras trenzas todavía semisueltas y colgándole por los hombros.

Jesús, con el niño todavía en los brazos, saluda a Juan y a Síntica, y los exhorta a entrar en la casa, porque la tramontana es muy fuerte. Entra Él el primero, y lleva al semidesnudo Margziam, que castañetea los dientes a pesar de su entusiasmo, al lado de la lumbre, ya encendida, donde María se apresura a calentar leche y luego la ropa del niño para que no contraiga una enfermedad.

Los otros dos no hablan, pero parecen la personificación de la alegría extática. Jesús, que está sentado con el niño en su regazo mientras la Virgen, presurosamente, lo arreboza en la ropa calentada, alza la cara y les sonríe diciéndoles:

-Os prometí que vendría. Y hoy o mañana viene también Simón Zelote. Ha ido, por indicación mía, a otro lugar, pero pronto vendrá y estaremos juntos bastantes días.

El aseo de Margziam ha terminado; ya el color vuelve a sus carrillitos lívidos de frío. Jesús lo baja de sus rodillas y se pone de pie. Pasa a la habitación de al lado, seguido por todos. La última es María, con el niño de la mano, al cual regaña dulcemente así:

-¿Qué tendría que hacer yo ahora contigo? Has desobedecido. Te había dicho: "Estáte en la cama hasta que vuelva", y has venido antes...

-Me he despertado por los gritos de Juan... - se disculpa Margziam.

-Precisamente entonces debías saber obedecer. Estar en la cama mientras uno duerme no es obediencia, y no hay ningún mérito en hacerlo. Debías haber sabido hacerlo cuando había mérito porque exigía voluntad. Yo te habría llevado a Jesús. Lo habrías tenido todo para ti, y sin el riesgo de coger una enfermedad.

-No sabía que hacía tanto frío.

-Pero yo sí que lo sabía. Me apena el verte desobediente.

-No, Mamá. Me apena más a mí el verte así... ¡Si no hubiera sido por Jesús no me habría levantado ni aunque me hubieras olvidado en la cama sin comer, Mamá guapa, Mamá mía!... Dame un beso. Mamaíta. ¡Ya sabes que soy un pobre niño!...

María lo toma en brazos y lo besa, deteniendo así las lágrimas en su carita, a la que devuelve la sonrisa con la promesa del niño:

-No te voy a volver a desobedecer nunca, nunca, nunca!

Jesús, entretanto, habla con los dos discípulos. Se informa de sus progresos en la Sabiduría, y, dado que dicen que por la palabra de María todo se ilumina en ellos, dice:

-Lo sé. La sobrenaturalmente luminosa Sabiduría de Dios se hace comprensible luz incluso para los más duros de corazón si es ella quien la expone. Pero vosotros no sois duros de corazón, así que os beneficiáis enteramente de su enseñanza.

-Ahora estás Tú, Hijo. La maestra se convierte de nuevo en alumna.

-¡No! Tú sigues siendo maestra. Yo te escucharé como ellos. Estos días soy sólo "el Hijo". Nada más. Tú serás la Madre y Maestra de los cristianos. Lo eres ya desde ahora: Yo, tu Primogénito y primer alumno; éstos, y con ellos Simón cuando venga, los otros... ¿Ves, Madre? El mundo está aquí: el mundo del mañana en el pequeño israelita puro que ni siquiera se dará cuenta de hacerse "el cristiano"; el mundo, el viejo mundo de Israel, en el Zelote; la humanidad en Juan; los gentiles en Síntica. Y vienen todos a ti, santa Criadora que das leche de Sabiduría y Vida al mundo y a los siglos. ¡Cuántas bocas han deseado prenderse a tu pezón! ¡Y cuántas lo harán en el futuro! Te anhelaron los Patriarcas y los Profetas, porque de tu seno fecundo había de venir el Alimento del hombre. Y te buscarán, como otro Margziam cada uno de ellos, los "míos", para ser perdonados, instruidos, defendidos, amados. ¡Y dichosos los que lo hagan! Porque no será posible perseverar en Cristo si no se fortalece la gracia con tu ayuda, Madre llena de Gracia.

María parece una rosa vestida de oscuro, de tanto como se le ha encendido el rostro por la alabanza de su Hijo: una espléndida rosa muy humildemente vestida, de gruesa lana marrón oscura...

-Llaman y entran en grupo María de Alfeo, Santiago y Judas, cargados, estos últimos, de ánforas de agua y haces de leña. La alegría de verse es recíproca, y aumenta cuando vienen a saber que pronto llegará el Zelote. El afecto de los hijos de Alfeo por él es claro, incluso sin tener en cuenta la frase que Judas dice como respuesta a la observación de su madre, que repara en esta alegría de ellos:

-María, precisamente en esta casa, una noche muy triste para nosotros, nos dio afecto de padre, y lo mantiene. Esto no podemos olvidarlo. Para nosotros es "el padre"; nosotros para él "los hijos". ¿Qué hijos no exultan al volver a ver a un padre bueno?

María de Alfeo reflexiona y suspira... Luego, muy práctica incluso en medio de sus penas, pregunta:

-¿Y dónde lo vais a meter para dormir? No tenéis sitio. Mandadlo a mi casa.

-No, María. Estará bajo mi techo. Se resuelve pronto. Síntica duerme con mi Madre, Yo con Margziam, Simón en el taller. Es más, lo mejor será preparar las cosas enseguida. Vamos.

Y los hombres salen al huerto con Síntica, mientras las dos Marías van a la cocina para sus tareas.

## 305

## Jesús consuela a Margziam con la parábola de los pajarillos

Jesús sale de casa llevando al niño de la mano. No entran en el centro de Nazaret; al contrario, salen del centro, por la misma calle recorrida por Jesús la primera vez que dejó su casa para la vida pública; llegados a las primeras matas de olivos, dejan la vía principal para seguir senderos que van por entre los árboles, en busca del sol templado que ha seguido a días de temporal.

Jesús invita al niño a correr y a saltar. Pero Margziam responde:

-Prefiero estar a tu lado. Ya soy grande y soy un discípulo.

Jesús sonríe por esta... competente profesión de edad y dignidad. Verdaderamente, es un bien pequeño discípulo el que camina a su lado: nadie le echaría más de diez años. Pero nadie puede negar que sea un discípulo, y menos de todos Jesús, que se limita a decir: «Pero te vas a aburrir estando callado mientras Yo hago oración. Te traía conmigo con intención de que te divirtieras.

No podría divertirme estos días... Pero estar a tu lado me consuela mucho... Te he añorado mucho durante este tiempo... porque... porque...

El niño aprieta los labios temblorosos y no dice nada más.

Jesús le pone una mano en la cabeza y dice:

-Quien cree en mi palabra no debe estar triste como los que no creen. Yo digo la verdad siempre. Digo la verdad también cuando aseguro que no hay separación entre las almas de los justos que están en el seno de Abraham y las de los justos que están en la tierra. Yo soy la Resurrección y la Vida, Margziam. Y transmito la Vida incluso antes de cumplir mi misión. Siempre me has dicho que tus padres anhelaban la venida del Mesías y le pedían a Dios vivir mucho para verlo. Por tanto creían en mí. Se han dormido en esta fe. Por tanto ya están salvados por ella, ya han resucitado y viven por ella. Porque esta fe da vida dando sed de justicia. Piensa tú cuántas veces habrán resistido a las tentaciones para ser dignos de encontrar al Salvador...

-Pero han muerto sin haberte visto, Señor... Y han muerto de esa forma... Yo vi sacar de la tierra a todos los muertos del pueblo ¿sabes?... A mi mamá, a mi padre... a mis hermanitos... ¿Qué me importa si para consolarme me decían: "Los tuyos no están así. No han sufrido"? ¡Oh, que no han sufrido!... ¿Acaso eran plumas las rocas que les cayeron encima? ¿Era aire la tierra y el agua que los ahogó? ¿Su razón acaso no habrá sufrido sintiéndose morir, pensando er mí?...

El niño está muy nervioso por el dolor. Gesticula vivamente erguido frente a Jesús, casi agresivo...

Pero Jesús comprende ese dolor, esa necesidad de expresarlo, y lo deja hablar. Jesús no es de esos que a quien delira por un verdadero dolor le dice: «Calla, que me escandalizas».

E1 niño prosigue:

-¿Y después? ¿Qué sucedió después? ¡Ya sabes lo que sucedió después! Si no hubieras venido Tú, me habría convertido en una fiera, o habría muerto como una serpiente en el bosque Y no habría vuelto a reunirme con mi mamá, con mi padre, con mis hermanos, porque odiaba a Doras y... y ya no amaba a Dios como antes cuando estaba mi mamá que me quería y que me hacía amar al prójimo. Sentía casi odio por los pájaros que se llenaban el buche que tenían plumas calientes, que rehacían sus nidos... yo, que tenía hambre, que llevaba una túnica rota, que ya no tenía casa... Los alejaba de mí, yo, que siento amor por los pájaros, por la ira que me venía al compararme con ellos. Y luego lloraba porque sentía que había sido malo y que merecía el Infierno...

-¡Ah! ¿Te arrepentías, entonces, de ser malo?

-Sí, Señor. ¿Pero, cómo podía ser bueno? Mi anciano padre (el abuelo) era bueno. Pero él decía: "Dentro de poco terminará todo. Soy viejo..." ¡Pero yo no era viejo! ¿Cuántos años, antes de poder trabajar como un hombre y comer no como un perro callejero? Si no hubieras venido Tú, habría acabado siendo un maleante.

-No habrías acabado maleante, porque tu mamá oraba por ti- ¿Ves como vine y te tomé conmigo? Esto es prueba de que Dios te amaba y de que tu madre velaba por ti.

El niño guarda silencio, pensando. Mira tanto al suelo que pisa, que parece como si buscara luz en él, mientras va caminando al lado de Jesús por la hierba un poco requemada a causa de la tramontana de los días anteriores. Luego levanta la cabeza y pregunta:

-¿Pero no habría sido una prueba más bonita, si no hubiera llamado de este mundo a mi mamá?

Jesús sonríe por la lógica humana de la mente infantil. Pero explica, serio y bueno:

-Mira, Margziam. Para que comprendas, te voy a poner una comparación. Tú me has dicho que te gustan los pajaritos, ¿no es verdad? Escúchame ahora. ¿Los pajaritos están hechos para volar o para estar en una jaula?

-Para volar.

-Bien. ¿Y las mamás de los pajaritos cómo los alimentan cuando son pequeños?

-Les dan la comida en el pico.

-Sí. ¿Pero qué les dan?

-Semillas, moscas, larvas, o migas de pan, o trocitos de fruta que se encuentran, volando por ahí.

-Muy bien. Ahora escúchame. Si esta primavera encontraras un nido en el suelo, con las crías dentro y la madre encima, ¿qué harías?

-Lo cogería.

-¿Todo? ¿Así como está? ¿También con la madre?

-Todo. Porque es demasiado triste ser una cría y no tener mamá.

-Verdaderamente en el Deuteronomio está escrito que se coja sólo a las crías y se deje libre a la madre, sagrada para generar.

-Pero si es una buena mamá no se marcha. Corre a donde están sus polluelos. La mía habría hecho eso. Ni siquiera a ti me habría entregado para siempre, porque todavía soy un niño. Venir también ella conmigo no habría podido, porque mis hermanitos eran todavía más pequeños que yo. Así que no me habría dejado que me fuera.

-Está bien. Pero, escucha: según tú, ¿demostrarías más amor a esa madre de los pajaritos, y a los propios polluelos, teniendo la jaula abierta para que entrara y saliera con el alimento apropiado, o teniendo prisionera también a la madre?

-¡Hombre!... Le demostraría más amor dejándola entrar y salir hasta que sus pequeñuelos fueran grandes... y le demostraría todo el amor si, quedándome con ellos, una vez que fueran grandes, la dejase libre a ella, porque el pájaro está hecho para volar... Verdaderamente... para ser bueno completamente... debería dejar que se marcharan también los polluelos ya crecidos y devolverlos al estado libre... Sería el más auténtico amor que podría demostrarles... Y el más justo... ¡Ah, sí! El más justo, porque obrando así no haría sino permitir que se cumpliera cuanto Dios ha querido para los pájaros...

-¡Exactamente, Margziam! ¿Has hablado verdaderamente como un sabio! ¡Serás un gran maestro de tu Señor, y quien te escuche te creerá porque hablarás como persona sabia!

-¿Sí, Jesús?

La carita, antes inquieta y triste, luego sombría por la reflexión, concentrada en el esfuerzo de juzgar lo mejor, se tranquiliza y resplandece de alegría laudatoria.

-Sí, Margziam. Ahora observa esto: tú, sólo porque eres un niño excelente, juzgas así. Imagínate cómo juzgará Dios, que es Perfección en todo, respecto a las almas y su bien. Como pájaros son las almas, que la carne aprisiona en su jaula. La tierra es el lugar al que son conducidas con la jaula. Pero aspiran ardientemente a la libertad del Cielo, anhelan el Sol que es Dios, el Alimento justo para ellas, que es la contemplación de Dios. Ningún amor humano, ni siquiera el santo amor de la madre por sus hijos o de los hijos por su madre, es tan fuerte como para ahogar este deseo de las almas de reunirse con su Origen, que es Dios. Como tampoco Dios, por su perfecto amor hacia nosotros, encuentra razón alguna que sea tan fuerte como para superar su deseo de reunirse con el alma que lo desea. ¿Y entonces qué sucede? Algunas veces la ama tanto que le dice: "¡Ven! Te libero". Y lo dice aunque haya niños en torno a una madre. El ve todo, sabe todo, todo lo que hace lo hace bien. Cuando libera a un alma - podrá no parecerles así a los hombres con su intelecto relativo, pero es así, cuando libera a un alma, siempre lo hace por un bien mayor, de esa propia alma y de sus allegados. Él entonces -ya te lo he dicho otras veces - añade al ministerio del ángel custodio el ministerio de esa alma que ha llamado a sí, y que ama a sus allegados con un amor exento de lastres humanos, pues los ama en Dios. Cuando libera a un alma, Él mismo se encarga de sustituirla a ella en los cuidados hacia los que siguen en la tierra. ¿No lo ha hecho contigo acaso? ¿No ha hecho de ti, pequeño hijo de Israel, mi discípulo, mi sacerdote del mañana?

-Sí, Señor.

-Ahora, fíjate. Yo liberaré a tu madre y no tendrá necesidad de tus sufragios. Pero tú, si ella hubiera muerto después de la Redención y hubiera necesitado sufragios, habrías podido sufragarla como sacerdote. Fíjate: sólo habrías podido gastar en ofrendas a un sacerdote del Templo, para que se llevase a cabo un sacrificio por ella, de víctimas como corderos o palomas u otro producto de la tierra; esto si hubieras seguido siendo el pequeño labriego Yabés junto a tu madre. ¡Sin embargo, tú, Margziam, sacerdote de Cristo, podrías celebrar para ella directamente el Sacrificio verdadero de la Víctima perfecta, en cuyo nombre todo perdón es concedido!

-¿Y ya no lo voy a poder hacer?

-No por tu padre, tu madre y tus hermanitos; pero lo podrás hacer por amigos y discípulos tuyos. ¿No es hermoso todo esto?

-Sí, Señor.

-Volvamos, pues, a casa, sosegados.

-Sí... ¡Pero no te he dejado hacer oración!... Lo siento...

-¡Pero si hemos hecho oración, hombre! Hemos considerado las verdades, hemos contemplado a Dios en sus bondades... Todo esto es oración. Has hecho oración como un verdadero adulto. ¡Animo, ahora! Vamos a cantar un bonito salmo de alabanza por la alegría que tenemos.

Y entona: "Un bonito canto ha brotado de mi corazón...". Margziam une su voz de plata al bronce y oro de la de Jesús.

## 306

## También Simón Zelote está en Nazaret. Lección sobre los daños del ocio.

Anochece pronto en Diciembre. Pronto se encienden las lámparas y la familia se reúne en una única habitación. También es así en la casita de Nazaret, y, mientras las dos mujeres trabajan, una en el telar, la otra con la aguja, Jesús y Juan de Endor, sentados junto a la mesa, conversan en tono bajo, y Margziam termina de alisar dos arcones puestos en el suelo.

El niño trabaja con todo su ahínco, hasta que Jesús se levanta, se agacha a tocar la madera y dice:

-Ya basta. Está bien lisa. Mañana la podremos barnizar. Ahora mete todo en su sitio, que mañana seguiremos trabajando.

Y, mientras Margziam sale con sus instrumentos de pulimento -espátulas duras con pieles rasposas de pescado clavadas en ellas, que cumplen el oficio de nuestra lija; y una especie de cuchillos, que ciertamente no son de acero, empleados para el mismo trabajo -, Jesús toma en sus fuertes brazos uno de los arcones y lo lleva al taller, donde ciertamente se ha trabajado porque hay serrín y viruta junto a uno de los bancos, que, para esta ocasión, ha sido puesto de nuevo en el centro. Margziam ya ha colocado sus herramientas en los correspondientes soportes, y ahora está recogiendo la viruta para - dice - echarla al fuego; querría también barrer el serrín, pero prefiere hacerlo Juan de Endor. Todo está ya en orden cuando Jesús vuelve con el segundo arcón y lo coloca junto al primero.

Cuando están para salir los tres, se oye llamar a la puerta de la casa; inmediatamente después, la voz grave del Zelote resuena con el reverente saludo que dirige a María:

-Te saludo, Madre de mi Señor. Bendigo vuestra bondad, que me concede habitar bajo vuestro techo.

-Ha llegado Simón. Ahora sabremos el porqué de su retraso. Vamos... - dice Jesús.

Entran en la pequeña habitación donde está el apóstol con las mujeres, cuando éste se está liberando de un voluminoso envoltorio que lleva a las espaldas.

-Paz a ti, Simón...

-¡Oh, Maestro bendito! ¿Me he retrasado, verdad? Pero he hecho todo y lo he hecho bien...

Se besan. Luego Simón sigue explicando:

-He estado en casa de la viuda del carpintero. Tus ayudas son muy oportunas. La anciana está muy enferma y, por tanto, han aumentado los gastos. El pequeño carpintero se da maña en trabajar en objetos pequeños como él, y te recuerda

siempre. Todos te bendicen. Luego fui a ver a Nara, Samira y Sira. El hermano se muestra más duro que nunca, pero ellas están en paz, como santas que son, y comen su pobre pan condimentado con llanto y perdón. Te bendicen por la ayuda que les has enviado. Pero te suplican que ores para que su duro hermano se convierta. También te bendice la anciana Raquel por el óbolo. Por último, he estado en Tiberíades para las compras. Espero haber acertado. Ahora lo verán las mujeres... Pero en Tiberíades me han retenido algunos que me creían un emisario tuyo. Me han tenido secuestrado tres días... ¡Prisión dorada, hasta cierto punto, pero prisión al fin y al cabo!... Querían saber muchas cosas... He dicho la verdad: que nos habías dejado libertad a todos y que Tú, por tu parte, te habías retirado durante el período más malo del invierno... Cuando se persuadieron de que era verdad - incluso porque fueron a casa de Simón de Jonás y de Felipe y no te encontraron ni supieron más cosas -, me dejaron partir. Incluso la disculpa del mal tiempo, con estos bonitos días no valía ya. Por eso me he retrasado.

-No importa. Tendremos tiempo de estar juntos. Gracias por todo... Madre, mira con Síntica lo que hay en el envoltorio y dime si piensas que es suficiente para lo que ya sabes...- y, mientras las mujeres desenvuelven el envoltorio, Jesús se sienta y habla con Simón.

-¿Y Tú qué has hecho, Maestro?

-Dos arcones, para no estar ocioso y porque serán útiles. He paseado, he gozado de mi casa...

Simón lo mira muy fijamente... Pero no dice nada.

Las exclamaciones de Margziam, que ve salir del envoltorio telas, prendas de lana, sandalias, velos y cinturones, hacen que Jesús y sus dos compañeros se vuelvan en esa dirección.

María dice:

-Todo va bien, muy bien. Nos pondremos en seguida a trabajar y pronto estará todo cosido.

El niño pregunta:

-¿Te vas a casar, Jesús?

Todos se echan a reír. Jesús pregunta:

-¿Qué te lo hace suponer?

-Esta ropa de hombre y de mujer, y los dos arcones que has hecho. Son el ajuar tuyo y de la prometida. ¿Me la presentas?

-¿Quieres verdaderamente conocer a mi prometida?

-¡Oh, sí! ¡Será guapísima y muy buena! ¿Cómo se llama?...

-Es un secreto por ahora. Porque tiene dos nombres, como tú, que primero eras Yabés y luego Margziam.

-¿Y no puedo saberlos?

-Por ahora no. Pero un día los sabrás.

-¿Me invitas a los esponsales?

-No será una fiesta adecuada para niños. Te invitaré a la fiesta nupcial. Serás uno de los invitados y testigos. ¿Te parece bien?

-Pero ¿cuánto tiempo falta? ¿Un mes?

-¡Mucho más!

-¿Y entonces por qué has trabajado tan deprisa que te has provocado ampollas en las manos?

-Las ampollas me han salido porque había dejado de trabajar con las manos. ¿Ves, niño, que el ocio es penoso? Siempre. Cuando luego uno vuelve al trabajo sufre el doble, porque se ha hecho demasiado delicado. Imagínate tú: ¡si perjudica así a las manos, qué daño no hará al alma! ¿Ves? Esta misma tarde he tenido que decirte: "ayúdame", porque sufría tanto que no podía tener la escofina, mientras que hace sólo dos años trabajaba incluso catorce horas al día sin sentir dolor. Lo mismo pasa con quien se vuelve tibio en el fervor, en la voluntad. Pierde vigor, se hace débil. Más fácilmente se cansa de todo. Con mayor facilidad, siendo débil, entran en él los venenos de las enfermedades espirituales. Por el contrario, cumple con doble dificultad las obras buenas que antes no le costaba cumplir porque estaba en continuo ejercicio. ¡No conviene nunca estar ociosos diciendo: "Pasado este período volveré más fresco al trabajo"! No lo lograría nunca; o con extremo esfuerzo.

-¡Pero Tú no has estado ocioso!

-No. He hecho otro tipo de trabajo. Pero date cuenta de que el ocio de mis manos ha sido perjudicial para ellas.

Y Jesús muestra las palmas enrojecidas y con ampollas en varios puntos.

Margziam las besa diciendo:

-Mi mamá, cuando yo me hacía daño, hacía esto, porque el amor cura.

-Sí, el amor cura de muchas cosas... Bien... Ven, Simón. Dormirás en el taller del carpintero. Ven, que te voy a decir dónde puedes colocar tu ropa y...

Salen y todo termina.

## 307

## Controversia en la casa de Nazaret acerca de las culpas de los nazarenos. Lección sobre la tendencia al pecado a pesar de la Redención.

El telar está parado porque María y Síntica están cosiendo muy diligentemente las telas que ha traído el Zelote. Doblan y ponen encima de la mesa, en montones ordenados por colores, los pedazos de vestidos ya cortados. Cada cierto tiempo, las mujeres cogen uno para hilvanarlo sobre la mesa. Así que los hombres se ven arrinconados hacia el inactivo telar, cerca, pero no interesados en el trabajo de las mujeres.

Están también los dos apóstoles Judas y Santiago de Alfeo, los cuales, por su parte, observan la intensa labor femenina, sin hacer preguntas, pero creo que no sin curiosidad.

Los dos primos hablan de sus hermanos, especialmente de Simón, que los ha acompañado hasta la puerta de Jesús y luego se ha marchado «porque tiene un niño enfermo» dice Santiago para suavizar la cosa y disculpar a su hermano. Judas se muestra más severo; dice:

-Precisamente por eso debía venir. Pero parece que él también se ha vuelto idiota. Como todos los nazarenos, por lo demás, si se excluyen Alfeo y los dos discípulos que ahora quién sabe dónde están. Se ve que Nazaret no tiene de bueno nada más, y que ha escupido todo lo bueno que tenía, como si fuera un sabor molesto para esta ciudad nuestra...

-No hables así - ruega Jesús - No te envenenes el corazón... No es culpa suya...

-¿De quién, entonces?

-De muchas cosas... No investigues. De todas formas, no toda Nazaret es enemiga. Los niños...

-Porque son niños.

-Las mujeres...

-Porque son mujeres. Pero no son ni los niños ni las mujeres quienes afirmarán tu Reino.

-¿Por qué, Judas? Te equivocas. Los niños de hoy serán precisamente los discípulos de mañana, los que propagarán el Reino por toda la Tierra. Y las mujeres... ¿Por qué no lo pueden hacer?

-Ciertamente, no podrás hacer de las mujeres apóstoles; al máximo, serán discípulas, como Tú has dicho, que servirán de ayuda a los discípulos.

-Un día cambiarás la opinión sobre muchas cosas, hermano mío. Pero ni siquiera intento convencerte de tu error. Chocaría contra una mentalidad que te viene de siglos de conceptos y prejuicios errados acerca de la mujer. Lo único que te ruego es que observes, que anotes, en ti, las diferencias que ves entre las discípulas y los discípulos, y que observes, fríamente, su adecuación a mis enseñanzas. Verás cómo, empezando por tu madre, que se podría decir que ha sido la primera de las discípulas en el orden del tiempo y del heroísmo - y lo sigue siendo, haciendo frente con valentía a toda una ciudad que la vitupera por serme fiel; resistiendo contra las voces de su sangre, que no le ahorra reproches por serme fiel -, verás cómo las discípulas son mejores que vosotros.

-Lo reconozco, es verdad. ¿Pero en Nazaret dónde están también las mujeres discípulas? Las hijas de Alfeo, las madres de Ismael y de Aser y sus hermanas. Y basta. Demasiado poco. Querría no volver a Nazaret para no ver todo esto.

-¡Pobrecilla tu madre! Le darías un gran dolor - interviene María.

-Es verdad - dice Santiago - Tiene muchas esperanzas de lograr conciliar a nuestros hermanos con Jesús y con nosotros. Creo que no desea sino esto. Pero, ciertamente, no es estando lejos como lo conseguiremos. Hasta ahora te he hecho caso en estar como aislado; pero, desde mañana, quiero salir a estar con unos u otros... Porque, si vamos a tener que evangelizar incluso a los gentiles, ¿no vamos a evangelizar nuestra ciudad? Me niego a creer que toda ella sea mala, que no se la puede convertir.

Judas Tadeo no rebate, pero está visiblemente inquieto.

Simón Zelote, que había estado todo el tiempo callado, interviene:

-No querría insinuar sospechas. Pero consentidme que os haga una pregunta para consolar vuestro espíritu. Ésta: ¿Estáis seguros de que en la actitud de reserva de Nazaret no haya fuerzas externas, venidas de otros lugares y que aquí operan bien, sobre la base de un elemento que debería, si se razonara con justicia, dar las mejores garantías de seguridad de que el Maestro es el Santo de Dios? El conocimiento de la vida perfecta de Jesús, nazareno, debería facilitar a los nazarenos el aceptarlo como el Mesías prometido. Yo más que vosotros, y conmigo muchos de mi edad, en Nazaret hemos conocido, al menos de oídas, a algunos supuestos Mesías. Y os aseguro que su vida íntima desacreditaba las más obstinadas aserciones de mesianidad en ellos. Roma los ha perseguido ferozmente como a rebeldes. Pero, aparte de la idea política, que Roma no podía permitir que existiera en los lugares de su dominio, estos falsos Mesías, por muchos motivos privados, habrían merecido castigo. Nosotros los instigábamos y sosteníamos, porque nos servían para saciar nuestro espíritu de rebelión contra Roma; los secundábamos, porque, estando embotados, hemos creído - hasta que el Maestro ha aclarado la verdad, y, por desgracia, a pesar de esto, todavía no creemos como deberíamos, o sea, totalmente -, hemos creído ver en ellos al "rey" prometido. Ellos halagaban nuestro espíritu afligido con esperanzas de independencia nacional y de reconstrucción del reino de Israel. ¡Pero, ay, qué miseria! ¡¿Qué reino, lábil y degenerado, habría sido?! No. Llamar a esos falsos Mesías reyes de Israel y fundadores del Reino prometido era en verdad degradar profundamente la idea mesiánica. En el Maestro, a la profundidad de su doctrina se une la santidad de vida, y Nazaret, como ninguna otra ciudad, la conoce. No tengo ninguna intención de acusar a los nazarenos de incredulidad respecto al carácter sobrenatural de su venida, que ellos ignoran. ¡Pero la vida! ¡Su vida!... Ahora tanto resentimiento, tanta impenetrable resistencia... Bueno, mucho más que eso: tanta resistencia aumentada. ¿Y el origen de una resistencia tan crecida no podría estar en maniobras enemigas? Sabemos cómo son los enemigos de Jesús, sabemos la influencia que tienen. ¿Pensáis que sólo aquí se hayan mantenido inactivos y ausentes, si en todos los lugares nos han precedido, o se nos han juntado, o nos han seguido, para destruir la obra de Cristo? No acuséis a Nazaret como si fuera la única culpable. Más bien llorad por ella, desviada por los enemigos de Jesús.

-Muy bien lo has dicho, Simón: Llorad por ella... - dice Jesús. Y está triste.

Juan de Endor observa:

-También has dicho muy bien eso de que el elemento favorable se transforma en desfavorable porque el hombre raramente piensa con justicia. Aquí el primer obstáculo es el nacimiento humilde, la infancia humilde, la adolescencia humilde, la juventud humilde de nuestro Jesús. El hombre olvida que los valores se celan bajo apariencias modestas, mientras que los que no son nada se camuflan bajo apariencia de grandes seres para imponerse a las muchedumbres.

-Será así... Pero ello no cambia en nada mi pensamiento acerca de los nazarenos. Sea cual fuere lo que les hayan dicho, debían saber juzgar por las obras reales del Maestro, no por las palabras de unos desconocidos.

Un largo silencio, roto únicamente por el ruido de telas que la Virgen divide en franjas para hacer de ellas orlas. Síntica no ha hablado en todo este tiempo, a pesar de haber estado atentísima. Conserva siempre esa actitud suya de profundo respeto, de discreción, que solamente con María o con el niño se hace menos rígida. Pero ahora el niño se ha dormido, sentado en un taburete justo a los pies de Síntica y con la cabeza apoyada en las rodillas de ella sobre su brazo doblado. Por eso ella no se mueve y espera a que María le pase las franjas de tela.

-¡Qué sueño más inocente!... ¡Está sonriendo!... - observa María inclinándose hacia la carita durmiente.

-¿Qué estará soñando? - dice, sonriendo, Simón.

-Es un niño muy inteligente. Aprende pronto y pide explicaciones precisas. Hace preguntas muy agudas y quiere respuestas claras. Sobre todas las cosas. Confieso que algunas veces me veo en dificultad para responder. Son argumentos superiores a su edad, y, algunas veces, también a mi capacidad de explicarlos - dice Juan.

-¡Ah, sí! Como aquel día... ¿Te acuerdas, Juan? ¡Tuviste dos alumnos muy mortificantes ese día! ¡Y muy ignorantes! - dice Síntica, sonriendo levemente y mirando fijamente al discípulo con su mirada profunda.

Juan sonríe a su vez y dice:

-Sí. Y vosotros tuvisteis un maestro muy incapaz, que tuvo que pedir ayuda a la verdadera Maestra... porque, en ninguno de los muchos libros que había leído, este pedagogo ignorante había encontrado la respuesta para un niño. Señal de que soy un pedagogo ignorante todavía.

-La ciencia humana es ignorante todavía. Lo insuficiente no era el pedagogo, sino lo que le habían dado para serlo. ¡La pobre ciencia humana! ¡Oh, qué mutilada la veo! Me recuerda a una divinidad que era venerada en Grecia. ¡Se requería verdaderamente la materialidad pagana para poder creer que, por estar privada de alas, la Victoria fuera para siempre propiedad de los griegos! No sólo las alas a la Victoria; la libertad incluso nos han quitado... Mejor hubiera sido, en nuestra creencia, que hubiera tenido alas. Habríamos podido concebirla capaz de volar para arrebatar rayos celestes y asaetear a los enemigos. Pero, así, sin alas, no daba esperanza sino desconsuelo y mensaje de tristeza. No la podía mirar sin apenarme... La veía doliente, descorazonada por su mutilación. Un símbolo de dolor, no de alegría... Y lo fue. Pero es que el hombre hace con la Ciencia lo mismo que con la Victoria. Le amputa las alas que bañarían en lo sobrenatural el saber y darían una clave para abrir muchos secretos de lo cognoscible y de la creación. Han creído, y creen, que, mutilándole las alas la tienen cautiva... Lo único que han hecho ha sido reducirla a minusválida... La Ciencia alada sería Sabiduría. Así, en ese estado, es solamente comprensión parcial.

-¿Y mi Madre os dio respuesta ese día?

-Con perfecta claridad y con casta palabra, adecuada para el oído de un niño y de dos adultos de sexo distinto sin que ninguno se ruborizase.

-¿Sobre qué versaba?

-Sobre el pecado original, Maestro. Tomé nota de la explicación de tu Madre para recordarla - dice Síntica; y también Juan de Endor dice: «También yo. Creo que será una cosa muy solicitada, si un día se va a los gentiles. Yo no creo que vaya porque...».

-¿Por qué, Juan?

-Porque viviré poco.

-¿Pero irías con gusto?

-Más que muchos otros de Israel, porque no tengo prejuicios. Y también... Sí, también por esto. Yo di mal ejemplo entre los gentiles, en Cintium, y en Anatolia. Hubiera deseado poder hacer el bien en los lugares en que he hecho el mal. El bien que debería hacer: llevar tu palabra allí, darte a conocer... Pero habría sido demasiado honor... No lo merezco...

Jesús lo mira sonriendo, pero no dice nada a este respecto. Pregunta:

-¿Y no tenéis otras preguntas que hacer?

-Yo tengo una. Me ha surgido la otra noche, cuando hablabas del ocio con el niño. He tratado de darme una respuesta, pero no lo he conseguido. Esperaba al sábado para hacértela, cuando las manos están inactivas y nuestra alma, en tus manos, es elevada a Dios - dice Síntica.

-Haz ahora tu pregunta, mientras esperamos la hora del descanso.

-Maestro. Tú dijiste que, si uno se vuelve tibio en el trabajo espiritual, se debilita y predispone a las enfermedades del espíritu. ¿No es así?

-Sí, mujer.

-Pues bien, esto me parece en contraste con cuanto os he oído a ti y a tu Madre acerca del pecado original, sus efectos en nosotros, la liberación de éste por medio de ti. Me habéis enseñado que con la Redención quedará anulado el pecado original. Creo que no yerro si digo que será anulado no para todos, sino solamente para aquellos que crean en ti.

-Es verdad.

-Dejo, por tanto a los otros, y tomo en consideración a uno de estos salvados. Lo contemplo después de los efectos de la Redención. Su alma ya no tiene el pecado original. Vuelve, pues, a poseer la Gracia como la tenían los Progenitores. ¿Esto no le dará un vigor que no podrá sufrir desfallecimiento alguno? Tú dirás: "El hombre comete también pecados personales". Bien, de acuerdo. Pero pienso que también éstos caerán con tu Redención. No te pregunto cómo. Pero supongo que, como testimonio de que ella se ha producido verdaderamente - y no sé cómo acontecerá, si bien cuanto se refiere a ti en el Libro sagrado hace temblar, y espero que sea sufrimiento simbólico, restringido a lo moral, aunque el dolor moral no es una ilusión sino un espasmo quizás mucho más atroz que el físico -, dejarás, digo, unos medios, unos símbolos. Todas las religiones los tienen; en algunas ocasiones los llaman "misterios"... El bautismo actual, vigente en Israel, es uno de ellos, ¿no es verdad?

-Lo es. Y habrá, con nombre distinto del que tú les das, en mi Religión también signos de esta Redención, que serán aplicados a las almas para purificarlas, fortalecerlas, iluminarlas, sostenerlas, nutrirlas, absolverlas.

-¿Y entonces? Si son absueltas también de los pecados personales, siempre estarán en gracia... ¿Cómo es que, entonces, serán débiles y propensas a enfermedades espirituales?

-Te pongo una comparación. Tomemos un niño recién nacido de padres sanísimos, sano y robusto. No hay en él ninguna tara física, hereditaria. Esqueleto y órganos perfectos. Goza de sangre sana. Tiene, pues, todos los requisitos para desarrollarse fuerte y sano, dándose, además, el caso de que su madre tiene leche abundante y sustanciosa. Mas, he aquí que en los albores de su vida se manifiesta en él una gravísima enfermedad cuya causa se desconoce; una enfermedad auténticamente mortal. A duras penas se salva, por la piedad de Dios, que le retiene la vida que estaba a punto de marcharse de ese cuerpecito. Pues bien, ¿crees que, después, ese niño tendrá el mismo vigor que si no hubiera sufrido esa enfermedad? No. Tendrá siempre en sí un estado de debilidad, que, aunque no se manifieste claramente, estará ahí y lo predispondrá a las enfermedades más fácilmente que si no hubiera estado enfermo. Algún órgano ya nunca estará íntegro como antes. Su sangre será menos fuerte y pura que antes. Razones todas éstas por las que contraerá enfermedades más fácilmente, las cuales, a su vez, cada vez que le afecten, lo dejarán más propenso a enfermarse de nuevo. Lo mismo sucede en el campo espiritual. El pecado original quedará cancelado en los que crean en mí. Pero el espíritu conservará una tendencia al pecado que no habría tenido sin el pecado original. Por tanto, es necesario vigilar y cuidar continuamente el propio espíritu, como hace la solícita madre con su hijito debilitado por una enfermedad infantil. Por tanto, es necesario no holgar, sino ser siempre diligentes para fortalecerse en virtud. Si uno cae en la indolencia o en la tibieza, más fácilmente será seducido por Satanás. Y cada pecado grave, siendo semejante a una grave recaída, predispondrá cada vez más a la enfermedad y muerte del espíritu. Por el contrario, la Gracia, restituida por la Redención, si va acompañada de una voluntad activa e incansable, se conserva. No sólo se conserva, sino que aumenta, porque queda asociada a las virtudes conseguidas por el hombre. ¡Santidad y Gracia! ¡Qué alas más seguras para volar a Dios! ¿Has comprendido?

-Sí, mi Señor. Tú, o sea, la Trinidad santísima, dais el Medio base al hombre. El hombre, con su trabajo y atención, no lo debe destruir. Comprendo. Todo pecado grave significa destrucción de la Gracia, o sea, de la salud del espíritu. Los signos que vas a dejarnos devolverán, sí, la salud; pero el pecador obstinado, que no lucha por no pecar, será cada vez más débil, aunque todas las veces sea perdonado. Es necesario, pues, vigilar para no perecer. Gracias, Señor... Margziam se está despertando. Es tarde...

-Sí. Vamos a orar todos juntos y luego iremos a descansar.

Jesús se levanta y todos lo imitan (también el niño, que todavía está adormilado). Y el "Pater noster" resuena, fuerte y armónico, en la pequeña habitación.

## 308

## Curación del hijo de Simón de Alfeo. Margziam es el primero de los niños discípulos

Jesús, con Simón Zelote y Margziam, atraviesa Nazaret en dirección a la campiña que separa Nazaret de Caná. Atraviesa esta ciudad suya incrédula y hostil, precisamente por las calles del centro y cortando oblicuamente la plaza del mercado, llena de gente en esa hora matutina. Muchos se vuelven a mirarlo; algún nazareno - pocos - lo saluda; las mujeres, especialmente las ancianas; le sonríen; pero, aparte de algún que otro niño, ninguno se acerca a El. Un murmullo le sigue cuando termina de pasar. Jesús ve todo, pero hace como si no viera. Habla con Simón, o con el niño, que va entre los dos hombres, y sigue por su camino.

Ya han llegado a las últimas casas. A la puerta de una de éstas hay una mujer de unos cuarenta años. Parece esperar a alguien. Al ver a Jesús hace ademán de moverse, luego se queda quieta e inclina la cabeza ruborizándose.

-Es una pariente mía, la mujer de Simón de Alfeo - dice Jesús al apóstol.

La mujer parece incómoda, en lucha con un fuerte contraste de sentimientos. Cambia de color, alza y baja los ojos, todo su rostro expresa un deseo de hablar, contenido por algún motivo.

-Paz a ti, Salomé - saluda Jesús, que ha llegado a la altura de ella. La mujer lo mira como asombrada de la afectuosidad que hay en la voz de su Pariente, y, ruborizándose más todavía, responde:

-Paz i...

Un nudo de llanto le impide concluir la frase. Se tapa la cara con un brazo doblado y llora acongojadamente, contra la jamba de la puerta de su casa.

-¿Por qué lloras así, Salomé? ¿No puedo hacer nada para consolarte? Ven aquí, detrás de esta esquina, y dime qué te pasa... - y, tomándola por un codo, la conduce a una callejuela estrecha que hay entre su casa y el huerto de otra casa. Simón y Margziam, que está todo asombrado, se quedan a la entrada de aquélla.

-¿Qué te pasa, Salomé? Sabes que siempre te he querido. Os he querido siempre. A todos. Y os quiero. Debes creerlo y tener, por tanto, confianza...

E1 llanto se detiene a intervalos como para escuchar esas palabras y comprender su verdadero significado. Luego vuelve con más fuerza, entrecortado con palabras quebradas: -Tú sí... Nosotros... Yo no... Ni tampoco Simón... Pero él es más necio que yo... Yo le decía... "Llama a Jesús"... Pero tenemos la oposición de todo un pueblo... Tú... yo... y mi hijo...

Habiendo tocado el punto trágico, el llanto se hace también trágico. La mujer se contorsiona y gime, Mientras se golpea la cara como en un delirio de dolor.

Jesús le coge las manos y dice:

-No hagas esto. Estoy aquí para consolarte. Habla. Haré todo...

La mujer lo mira con unos ojos desorbitados por el estupor y el dolor. Pero la esperanza le da fuerzas para hablar, para hablar incluso con orden:

-¿Aunque Simón sea reprobable, usarás misericordia conmigo? ¿Sí?... ¡Oh, Jesús que a todos salvas! ¡Mi hijo! ¡Alfeo, el último, está mal... se está muriendo! Tú amabas a Alfeo. Le tallabas juguetes de madera... Lo alzabas para que cogiera uvas e higos de tu huerta... y, antes de marcharte para... para ir por el mundo, ya le enseñabas muchas cosas buenas... Ahora no podrías hacerlo... Está como muerto... Ya no volverá a comer ni uvas ni higos. Ya no aprenderá nada más... - y llora fuertemente.

-Salomé, cálmate. Dime qué le pasa.

-Su vientre está muy enfermo. Ha estado muchos días gritando, con dolores atroces, delirando. Ahora ya no dice nada. Está como si hubiera recibido un golpe en la cabeza. Gime, pero no responde. Ni siquiera se da cuenta de sus gemidos. Está violáceo. Se está poniendo frío. Hace muchos días que le suplico a Simón que vaya a ti. Pero... ¡oh!... Lo he amado siempre, pero ahora lo odio, porque es un estúpido, que por una idea estúpida permite que muera mi hijo. Pero, cuando se muera, me voy. A mi casa. Con mis otros hijos. No es capaz de ser padre en el momento necesario. Protejo a mis hijos. Me voy. Sí. Que la gente diga lo que quiera. Me voy.

-No digas eso. Abandona inmediatamente este pensamiento de venganza.

-De justicia. Me rebelo. ¿Ves? Te he esperado yo, porque ninguno te decía: "Ven". Te lo digo yo. Pero he tenido que hacerlo como si fuera una mala acción. Y no te puedo decir: "Entra", porque en casa están los de José y...

-No es necesario. ¿Me prometes que perdonarás a Simón?, ¿que serás siempre una buena esposa? Si me lo prometes, te digo: "Entra en casa, que tu hijo te sonreirá curado". ¿Eres capaz de creer esto?

-Yo creo en ti. Creo, aunque sea contra todo el mundo.

-¿Y, de la misma forma que tienes fe, eres capaz de perdonar?

-… ¿Pero verdaderamente me lo vas a curar?

-No sólo eso. Te prometo que cesará la vacilación de Simón respecto a mí, y que el pequeño Alfeo, y con él tus otros hijos y tú misma, con tu esposo y padre de tus hijos, volveréis a mi casa. María te menciona muchas veces...

-¡Oh! ¡María! ¡María! Estaba ella cuando Alfeo nació... Sí, Jesús. Perdonaré. No le diré nada... No, es más, le diré: "Mira cómo responde Jesús a tu comportamiento: te rescata un hijo". ¡Puedo decir esto?

-Lo puedes decir... Ve, Salomé. Ve. No llores más. Adiós. Paz a ti, buena Salomé. Ve. Ve.

La acompaña de nuevo a la puerta. La mira mientras entra. Sonríe al ver que por el ansia que la invade se echa a correr por el vestíbulo, sin cerrar siquiera la puerta; y la entorna É1, lentamente, hasta cerrarla del todo.

Se vuelve a sus dos y dice:

-Y ahora vamos a donde teníamos que ir...

-¿Crees que Simón se convertirá? - pregunta el Zelote.

-No es una persona infiel. Sólo es uno que se deja dominar por el más fuerte.

-¡Pues entonces! ¡Más fuerte que el milagro!...

-Como ves, tú te das la respuesta... Estoy contento de haber salvado al niño. Lo vi cuando tenía sólo unas pocas horas. Siempre me ha querido mucho...

-¡Cómo te quiero yo? ¿Se va a hacer discípulo? - pregunta Margziam, interesado y un poco incrédulo de que uno pueda amar a Jesús como lo ama él.

-Tú me quieres como niño y como discípulo. Alfeo me quería sólo como niño. Pero más adelante me querrá también como discípulo. Pero ahora es muy niño. Está para cumplir ocho años. Lo verás.

-¿Entonces, niño y discípulo soy sólo yo?

-Por ahora tú sólo. Eres el adalid de los niños discípulos. Cuando seas hombre plenamente maduro, acuérdate de que supiste no peor que los hombres ser discípulo; abre, pues, los brazos a todos los niños que vayan a ti buscándome a Mí diciendo: “Quiero ser discípulo de Cristo". ¿Lo vas a hacer?

-Lo haré» promete serio Margziam...

Los campos abiertos, llenos de sol, ya los rodean, y ellos se me alejan bajo el sol...

## 309

## Sacrificio de Margziam por la curación de una niña. Enmienda de Simón de Alfeo

Los acoge una casa pobre con una abuelita rodeada de un buen pelotón de niños de diez a dos años apenas. La casa está en medio de unas parcelas poco cuidadas, muchas de ellas convertidas de nuevo en prados, en que se yerguen algunos restantes árboles frutales.

-La paz a ti, Juana. ¿Va mejor hoy? ¿Han venido a ayudarte?

-Sí, Maestro y Jesús. Y me han dicho que volverán para sembrar. Nacerá con retraso, pero me han dicho que sí que nacerá todavía.

-Nacerá, sin duda. Lo que sería milagro de la tierra y de la semilla se convertirá en milagro de Dios; por tanto, milagro perfecto. Tus campos serán los más hermosos de esta región, y estos pajaritos que te circundan tendrán grano abundante para

sus bocas. No llores más. El año que viene irá ya mucho mejor. Pero Yo te seguiré ayudando. O mejor, te ayudará una mujer que tiene tu mismo nombre y que nunca se sacia de ser buena. Mira, esto es para ti. Con esto podrás tirar adelante hasta la cosecha.

La anciana toma bolsa y mano de Jesús juntas, y besa esta mano llorando. Luego pregunta:

-Dime, Señor, ¿quién es esta criatura buena, para que yo diga su nombre al Señor?

-Una discípula mía y hermana tuya. Su nombre lo conocemos Yo y el Padre de los Cielos.

-¡Oh, eres Tú!...

-Yo soy pobre, Juana. Doy cuanto me dan. Lo único mío que puedo dar es el milagro. Siento no haber tenido antes noticia de tu desventura. Nada más decírmelo Susana, he venido. Tarde ya. Pero así resplandecerá más la obra de Dios.

-¡Tarde! Sí. ¡Tarde! ¡Dalló muy rápida la muerte aquí! Y se ha llevado a los jóvenes. No a mí, que ya no sirvo; no a éstos, que todavía no sirven. Se llevó a los que podían trabajar. ¡Maldita luna de Elul, cargada de malignos influjos!

-No maldigas al planeta; que no tiene nada que ver... ¿Son buenos estos niños? Venid aquí. ¿Veis? Éste también es un niño sin padre ni madre. Y ni siquiera puede vivir con su abuelo. Pero Dios no lo abandona de todas formas. Y no lo abandonará mientras sea bueno. ¿Verdad, Margziam?

Margziam asiente y habla a los pequeños - por edad más pequeños que él, aunque algunos le sacan un buen trozo de estatura -, que han hecho círculo en torno a él. Dice:

-¡Oh, es verdad que Dios no abandona! Yo lo puedo decir. Mi abuelo rezó por mí. Y, sin duda, también mi madre y mi padre desde la otra vida. Y Dios ha escuchado esas oraciones, porque es muy bueno y siempre escucha las oraciones de los justos, estén vivos o hayan muerto ya. Por vosotros, sin duda, han orado vuestros muertos y esta abuelita tan maja. ¿La queréis?

-Sí, sí...

Los piídos de la huérfana nidada se alzan entusiastas. Jesús calla para escuchar el coloquio de su pequeño discípulo y de los huerfanitos.

-Hacéis bien. No se debe hacer llorar a los ancianos. No se debe hacer llorar a nadie, porque quien causa dolor al prójimo causa dolor a Dios. ¡Pues mucho menos a los ancianos! El Maestro trata bien a todos. Bueno, pues con los ancianos, como con los niños, es todo caricias. Porque los niños son inocentes y los ancianos sufren. ¡Han llorado ya mucho! ¡Hay que quererlos el doble, el triple, diez veces más, por todos los que no los quieren ya. Jesús dice siempre que quien no honra al anciano, como quien maltrata al niño, es doblemente malo. Porque los ancianos y los niños no se pueden defender. Por tanto, sed buenos con vuestra anciana madre.

-Yo alguna vez no la ayudo... - dice uno de los más grandecitos.

-¿Por qué? ¡Comes el pan que ella te ofrece con su trabajo! ¿No sientes en el pan el sabor del llanto cuando la entristeces? ¿Y tú, mujer (la *mujer* tendrá al máximo diez años y es una criatura muy menudita y pálida), la ayudas?

Sus hermanitos dicen en coro:

-¡Raquel es buena! Se queda despierta hasta tarde para hilar la poca lana y el poco estambre que tenemos, y se ha cogido las fiebres por trabajar en el campo preparando las tierras para la simiente cuando nuestro padre se estaba muriendo.

-Dios te premiará - dice serio Marziam.

-Ya me ha premiado confortando a la abuela.

Jesús interviene:

-¿No pides nada más?

-No, Señor.

-¿Pero estás curada?

-No, Señor. Pero no importa. Ahora, aunque me muera, la abuela está socorrida. Antes me apenaba morir porque la ayudaba.

-Pero la muerte es fea, niña...

-Dios, de la misma forma que me ayuda mientras vivo, me ayudará cuando muera. Iré con mi mamá... ¡No llores, abuela! También te quiero a ti, amor. No lo volveré a decir, si te hace llorar. Es más, si quieres, le diré al Señor que me cure... No llores, mamaíta mía... – y abraza a la ancianita desolada.

-Cúrala, Señor. A mi abuelo lo hiciste feliz, por mí. Haz feliz a esta anciana, ahora – dice Margziam.

-Las gracias se obtienen con sacrificio. ¿Qué sacrificio haces para obtenerla? - pregunta serio Jesús.

Margziam piensa... Busca la cosa cuya renuncia es más penosa...

Luego sonríe:

-No tomaré miel durante toda una luna.

-¡Poco! La de Kisléu está ya muy avanzada...

-Digo luna para decir cuatro fases. Y... fíjate... que en estos días está la fiesta de las Luces y los bollos de miel...

-Es verdad. Bien, pues entonces Raquel sanará por mérito tuyo.

-Ahora vámonos. Adiós, Juana. Antes de mi partida volveré. Adiós, Raquel, y tú, Tobiolo. Sé siempre bueno. Adiós a todos vosotros, pequeños. Quede con vosotros mi bendición y en vosotros mi paz.

Salen, seguidos de las bendiciones de la anciana y de los niños.

Margziam, habiendo terminado de ser "apóstol y víctima", se pone a saltar como un cabritillo corriendo adelante.

Simón observa sonriendo:

-Su primera predicación y su primer sacrificio. Promete, ¿no te parece, Maestro?

-Sí. Pero ya ha predicado otras veces. También a Judas de Simón...

-...Al cual parece que el Señor le habla a través de los niños... Quizás para impedir venganzas por parte de él...

-Venganzas no... No creo que llegue a tanto. Pero sí reacciones turbulentas. Quien merece reproche no ama la verdad... Y a pesar de todo hay que decirla...

Jesús suspira.

Simón lo observa. Luego pregunta:

-Maestro, dime la verdad. Lo has apartado, y has tomado la decisión de mandar a todos a casa para las Encenias, para impedir que Judas esté ahora en Galilea. No te pregunto ni quiero que me digas por qué es conveniente que el hombre de Keriot no esté entre nosotros. Me basta con saber si he acertado. Todos pensamos esto, ¿sabes? El mismo Tomás. Y me ha dicho: "Yo voy sin poner objeciones porque comprendo que detrás hay un motivo serio". Y ha añadido: "Y el Maestro hace bien así. Demasiados Nahum, Sadoq, Jocanán y Eleazar en las amistades de Judas...". ¡Tomás no es estúpido! Ni tampoco malo, si bien es muy hombre. En su afecto por ti es muy sincero...

-Lo sé. Y es verdad lo que habéis pensado. Pronto conoceréis el motivo...

-No te lo preguntamos.

-Pero tendré que pediros ayuda y os lo tendré que decir.

Vuelve Margziam corriendo:

-Maestro, allí, donde termina el sendero en el camino, está tu primo Simón, todo sudado, como si hubiera corrido mucho. Me ha preguntado: "¿Dónde está Jesús?". He respondido: "Viene detrás, con Simón Zelote". Me ha dicho: "¿Pasa por aquí?". "Sí, sí" he respondido. "Pasa por aquí de regreso a casa, a menos que no haga como los pájaros, que vuelan y van por todas partes para volver al nido. ¿Quieres verlo?" he preguntado yo también. Tu hermano se ha quedado indeciso. Pero quiere verte, estoy seguro.

-Maestro, ha visto ya a su mujer... Vamos a hacer esto: yo y Margziam te dejamos libre; damos la vuelta por detrás de Nazaret. Total... no tenemos prisa en llegar... Y Tú vas por el camino normal.

-Sí. Gracias, Simón. Adiós a los dos.

Se separan. Jesús acelera el paso hacia el camino principal.

Ya se ve a Simón, jadeante y secándose el sudor, apoyado en un tronco. En cuanto ve a Jesús, alza los brazos... pero luego los deja caer de nuevo y baja la cabeza descorazonado.

Jesús llega adonde él, le pone una mano en un hombro y le dice:

-¿Qué quieres de mí, Simón? ¿Hacerme feliz con una palabra tuya de amor, que desde hace muchos días espero?

Simón baja más la cabeza y calla...

-Dime, entonces. ¿Soy un extraño para ti? No, la verdad es que sigues siendo mi buen hermano Simón, y Yo, para ti, el pequeño Jesús que llevabas en brazos, no sin esfuerzo pero con mucho amor, cando volvimos a Nazaret.

El hombre se tapa el rostro con las manos y se desliza al suelo de rodillas gimiendo:

-¡Oh, mi Jesús! Soy yo el culpable, pero ya he recibido suficiente castigo...

-Vamos, ¡levántate! ¡Somos parientes! Vamos, ¿qué quieres?

-¡Mi hijo! Está... - el llanto no le consiente seguir.

-¿Tu hijo? Sí... ¿qué?

-Está agonizando. Con él muere también el amor de Salomé... Yo me quedo con dos remordimientos: haber perdido a mi hijo y a mi mujer juntos... Esta noche he creído que ya hubiera muerto verdaderamente. Ella me parecía una hiena. Me gritaba a la cara: "¡Asesino de tu hijo!". He suplicado que no sucediera, jurándome a mí mismo ir a ti si el niño se recobraba, aun a costa de ser rechazado -que por lo demás me lo merezco -, para manifestarte esto: que solamente Tú puedes impedir mi desventura. A la aurora el niño se ha recobrado un poco... He salido inmediatamente de mi casa, hacia la tuya, por detrás de la ciudad para no encontrar obstáculos... He llamado. María me ha abierto y se ha asombrado. Habría podido tratarme mal. Y, sin embargo, no ha dicho sino: "¿Qué te sucede, pobre Simón?". Y me ha acariciado como si fuera todavía un niño... Esto me ha hecho llorar mucho. La soberbia y la vacilación han terminado así. No puede ser verdad lo que nos dijo Judas, tu apóstol, no mi hermano. Esto a María no se lo he dicho, pero me lo digo a mí mismo, dándome golpes de pecho y diciéndome a mí mismo todo tipo de injuria, desde aquel momento. A ella le he dicho: "¿Está Jesús? Es por Alfeo. Se me está muriendo...". María me ha dicho: "¡Corre! Está hacia Caná, con el niño y un apóstol. Por el camino que va a Caná. Pero date prisa. Ha salido al alba. Estará para volver. Oraré para que lo encuentres". ¡Ninguna palabra de reprensión, ni siquiera una, para mí, que tantas merezco!

-Yo tampoco te reprendo, sino que te abro los brazos para...

-¡Ay! ¡Para decirme que Alfeo ha muerto!...

-No. Para decirte que te quiero.

-¡Ven, entonces! ¡Pronto! ¡Pronto!...

-No. No hace falta.

-¿No vienes? ¡Ah, ¿no perdonas?! ¿O es que Alfeo ha muerto? Pero, aunque hubiera muerto, ¡Jesús, Jesús, Jesús, Tú que resucitas a los muertos, rescátame a mi criatura! ¡Jesús bueno!... ¡Jesús santo!... ¡Jesús al que yo he abandonado!... ¡Oh, Jesús, Jesús, Jesús!...

El llanto del hombre llena el camino solitario, y, de rodillas nuevamente, convulso, soba la túnica de Jesús o le besa los pies, atormentado por el dolor, por el remordimiento, por el amor paterno...

-¿No has pasado por casa antes de venir aquí?

-No. He venido corriendo hasta aquí como un loco... ¿Por qué? ¿Hay algún otro dolor? ¿Salomé ha huido? ¿Se ha vuelto loca? Lo parecía ya esta noche...

-Salomé me ha hablado. Ha llorado. Ha creído. Ve a casa, Simón. Tu hijo está curado.

-¡Tú!... ¡Tú! ¡¿Tú has hecho esto, por mí, que te he ofendido creyendo a esa serpiente?! ¡Señor, no soy digno de tanto! ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón! Dime qué quieres que haga para reparar, para decirte que te amo, para convencerte de que sufría mostrándome falto de cordialidad, para decirte que desde que estás aquí, incluso antes de que Alfeo se pusiera tan enfermo, deseaba hablar contigo!... Pero... Pero...

-Déjalo. Son cosas pasadas. Yo ya no me acuerdo de ellas. Haz tú lo mismo. Y olvida también las palabras de Judas de Keriot. Es un muchacho. De ti quiero solamente esto: que tú, ni ahora ni nunca, digas esas palabras a mis discípulos, a mis apóstoles y, menos que a nadie, a mi Madre. Esto solamente. Ahora, Simón, ve a tu casa. Ve. Queda en paz... No te demores en gozar de la alegría que llena tu hogar. Ve.

Lo besa y lo empuja dulcemente hacia Nazaret.

-¿No vienes conmigo?

-Te espero en mi casa, con Salomé y Alfeo. Ve. Y recuerda que es por tu mujer, que ha sabido creer sólo en la verdad, por quien tienes la alegría presente. Por ella.

-Quieres decir que a mí...

-No. Quiero decir que he sabido percibir el arrepentimiento en ti. Y el arrepentimiento te ha venido por el grito acusador de ella... ¡Verdaderamente Dios grita por la boca de los buenos, y reprende, y aconseja!... Y he visto la fe humilde y fuerte de Salomé. Ve, te digo. No tardes más en decirle "gracias".

Casi lo empuja rudamente para convencerlo de que se marche. Y cuando Simón por fin se marcha, lo bendice... Luego menea la cabeza, en un mudo soliloquio, y lentas lágrimas descienden por el rostro quebrado... Una sola palabra da la dirección de su pensamiento: ¡Judas!...

Se encamina hacia casa por el mismo camino que había tomado el Zelote, detrás del límite de la ciudad.

## 310

## Con Pedro, en Nazaret, Jesús organiza la partida de Juan de Endor y Síntica

Está avanzada ya la mañana cuando Pedro llega, solo e inesperado, a la casa de Nazaret. Viene cargado de cestas y talegos, como un mozo de cuerda; pero tan feliz, que no siente el peso ni la fatiga.

Dedica una sonrisa llena de felicidad y un saludo, gozoso y respetuosísimo al mismo tiempo, a María, que ha ido a abrirle. Luego pregunta:

-¿Dónde están el Maestro y Margziam?

-Están en el ribazo, encima de la gruta, pero de la parte de la casa de Alfeo. Creo que Margziam está cogiendo aceitunas; Jesús está meditando. Voy a llamarlos.

-Lo hago yo.

-Descarga todos esos pesos al menos.

-No, no. Son sorpresas para el niño. Me gusta verlo abrir del todo los ojos y hurgar ansioso... Son sus delicias, pobre niño mío.

Sale al huerto. Va al pie del ribazo. Se esconde muy bien en la oquedad de la gruta y grita cambiando un poco la voz:

-La paz a ti, Maestro - y luego con su voz natural: « ¡Margziam!...».

La vocecita de Margziam, que llenaba de exclamaciones el aire calmo, calla... Una pausa, luego la vocecita, casi de niña, del muchacho pregunta:

-Maestro, ¿pero no era mi padre el que me ha llamado?

Quizás Jesús estaba tan inmerso en sus pensamientos, que no ha oído nada, y lo confiesa con sencillez.

Pedro llama de nuevo:

-¡Margziam! - y se echa a reír con su abierta risa.

-¡Sí, sí, es él! ¡Padre! ¡Padre mío! ¿Dónde estás?

-Se asoma prominentemente para mirar al huerto. Pero no ve nada...

También Jesús se acerca y mira... Ve a María, sonriente, en la puerta, y a Juan y Síntica, que están en el local que hay en el fondo del huerto, junto al horno, y se asoman también.

-¡Ah, Margziam no espera más! Se echa abajo desde el borde, justo al lado de la gruta. Pedro está preparado para agarrarlo antes de que toque el suelo. Es conmovedor el saludo de los dos. Jesús, María y los dos que están en el fondo del huerto lo observan sonriendo; luego se acercan todos al grupo de amor.

Pedro se libera a duras penas del apretón del muchacho para saludar a Jesús de nuevo con una inclinación. Y Jesús lo abraza, abarcando al mismo tiempo al niño, que no se separa del apóstol y que pregunta:

-¿Y mi madre?

Pero Pedro responde a la pregunta de Jesús « ¿por qué has venido tan pronto?»:

-¿Creías que podía estar tanto tiempo sin verte? Y además... estaba Porfiria, que no me dejaba tranquilo: "Ve a ver a Margziam. Llévale esto, llévale aquello". Parecía como si viera a Margziam en medio de bandidos o en un desierto. La última noche se levantó para hacer los bollos, y nada más que acabaron de cocerse me apremió para que me pusiera en camino...

-¡Sopla! ¡Los bollos!... - grita Margziam. Pero, inmediatamente, se calla.

-Sí. Están aquí dentro, junto con los higos secados en el horno y las aceitunas y las manzanas rojas. Y también te ha untado un pan. Y te manda quesitos de tus ovejitas. Hay también una túnica que no absorbe el agua. Y luego, y luego... No sé qué más. ¿Cómo? ¿Ya no sientes apremio? ¿Casi lloras? ¿Por qué?

-Porque hubiera preferido que me hubieras traído a ella, antes que todas estas cosas... Yo la quiero, ¿sabes?

-¡Oh, Divina Misericordia! ¿Quién lo iba a pensar? Si estuviera aquí y te oyera, se derretiría como la mantequilla...

-Margziam tiene razón. Podías haber venido con ella. Evidentemente, desea verlo después de tanto tiempo. Nosotras las mujeres somos así con nuestros niños... - dice María.

-Bien... Pero dentro de poco lo verá, ¿no es verdad, Maestro?
-Sí. Después de las Encenias, cuando nos marchemos... Es más... Sí, cuando vuelvas, después de las Encenias, vendrás con ella. Estará con él aquí, unos días, y luego volverán juntos a Betsaida.
-¡Oh, qué bonito! ¡Aquí con dos madres!
El niño está ya calmado y contento.
Entran todos en casa y Pedro se descarga de los bultos.
-Mirad: pescado seco, en salmuera, y fresco. Le será útil a tu Madre. Y ese queso tierno que te gusta tanto, Maestro. Y aquí huevos para Juan. Esperemos que no se hayan roto... No. Menos mal. Y luego uvas. Me las ha dado Susana en Caná, donde he dormido. Y luego... ¡Ah, y esto! Mira, Margziam, qué color de oro tiene. Parece hecho con los cabellos de María - ... y abre un tarro lleno de miel filamentosa.
-¡Pero por qué tantas cosas? Ha sido un sacrificio para ti, Simón - dice María ante los envoltorios, grandes y pequeños, vasijas y orzas que tapan la mesa.
-¿Un sacrificio? No. Por lo que se refiere al pescado, he pescado mucho y con mucho resultado. Lo demás son cosas de la casa. No cuesta nada, y, en compensación, da mucha alegría traerlo. Además... Ya estamos en las Encenias... Es tradición, ¿no? ¿No pruebas la miel?
-No puedo - dice serio Margziam.
-¿Por qué? ¿Estás mal?
-No. Pero no puedo comerla.
-¿Pero por qué?
El niño se pone colorado, pero no responde. Mira a Jesús y calla. Jesús sonríe y explica:
-Margziam ha hecho un voto para obtener una gracia. No puede comer miel durante cuatro semanas.
-¡Ah! ¡Bien! La comerás después... De todas formas, toma el tarro... ¡Fíjate tú! ¡No pensaba que fuera tan... tan...
-Tan generoso, Simón. Quien de niño acomete la penitencia encontrará fácil durante toda la vida el camino de la virtud - dice Jesús mientras el niño se marcha con su tarro entre las manos.
Pedro lo mira, con admiración, mientras se marcha. Luego pregunta:
-¿No está el Zelote?
-Está en casa de María de Alfeo. Volverá pronto. Esta noche dormiréis juntos. Vamos allí, Simón Pedro.
Salen. María y Síntica se quedan a ordenar la habitación invadida de envoltorios.
-Maestro... Yo he venido para verte a ti y al niño. Es verdad. Pero también porque he pensado mucho estos días, especialmente después de la llegada de tres abejorros venenosos... a los que les dije más mentiras que peces hay en el mar. Ahora están yendo al Getsemaní, creyendo que encontrarán a Juan de Endor; luego van a casa de Lázaro, esperando encontraros allí a Síntica y a ti. ¡Que anden, que anden!... Pero luego volverán y... Maestro, te quieren crear problemas por estos dos pobrecitos...
-Ya hace meses que he tomado las medidas oportunas. Cuando ésos regresen buscando a estos dos perseguidos, ya no los encontrarán, en ningún lugar de Palestina. ¿Ves estos arcones? Son para ellos. ¿Has visto todos esos vestidos doblados junto al telar? Son para ellos. ¿Estás asombrado?
-Sí, Maestro. ¿Y a dónde los mandas?
-A Antioquía
Pedro da un silbido significativo y pregunta:
-¿A casa de quién? ¿Y cómo van?
-Van a una casa de Lázaro. La última que tiene Lázaro donde su padre gobernó en nombre de Roma. Irán por mar...
-¡Ah, eso; porque si Juan tuviera que ir con sus piernas!...
-Por mar. Me complace también a mí el poder hablar contigo. Habría mandado a Simón a decirte: "Ve", para preparar todo. Escucha. Dos o tres días después de las Encenias, nos marcharemos de aquí, pero no todos juntos, para no llamar la atención. Formaremos parte de la comitiva: Yo, tú, tu hermano, Santiago y Juan y mis dos hermanos, más Juan y Síntica. ¡Iremos a Tolemaida! Desde allí, con una barca, tú los acompañarás a Tiro. Allí subiréis a bordo de una nave que va a Antioquía, como si fuerais prosélitos que regresan a sus casas. Luego os volveréis y me encontraréis en Akzib. Estaré en la cima del monte todos los días, y además el espíritu os guiará...
-¿Cómo? ¿No vienes con nosotros?
-Me notarían demasiado. Quiero dar paz al espíritu de Juan.
-¿Y cómo me las voy a arreglar yo, que no he salido nunca de aquí?
-No eres un niño... y pronto tendrás que ir mucho más lejos que a Antioquía. Me fío de ti. Como ves te estimo...
-¿Y Felipe y Bartolomé?
-Irán a nuestro encuentro a Yotapata, y evangelizarán en espera de nosotros. Les escribiré. Tú llevarás la carta.
-Y... ¿Esos dos que están ahí ya saben su destino?
-No. Les dejo celebrar en paz la fiesta...
-¡Mmm! ¡Pobrecillos! ¡Vamos, hombre, que uno tenga que verse perseguido por gentuza y...!
-No te ensucies la boca, Simón.
-Sí, Maestro... Oye... ¿y cómo vamos a llevar estos arcones? ¿Y a Juan? Lo veo verdaderamente muy enfermo.
-Nos serviremos de un burro.
-No. Tomamos un carrito.
-¿Y quién lo guía?

-¡Hombre, si Judas de Simón ha aprendido a remar, Simón de Jonás aprenderá a guiar! ¡A fin de cuentas, no debe ser una cosa tan difícil llevar por el ramal a un asno! En el carro metemos los arcones y a los dos... y nosotros vamos a pie. ¡Sí, sí, créeme que será una buena solución!

-¿Y quién nos deja el carrito? Recuerda que no quiero que se note la partida.

Pedro piensa... Decide:

-¡Tienes dinero?

-Sí. Mucho todavía, de las joyas de Misax.

-Entonces todo es fácil. Dame una suma. Tomaré asno y carro de alguien y... sí, sí... luego le regalamos el asno a algún necesitado, y el carrito... pues ya veremos... He hecho bien en venir. ¿Y entonces tengo que volver con mi mujer?

-Sí. Conviene.

-Pues así será. ¡Pero, esos dos pobrecillos!... Siento que nos tengamos que separar de Juan. Ya de por sí lo íbamos a tener poco tiempo... ¡Pero, pobrecillo! Podía morir aquí, como Jonás...

-No se lo habrían permitido. El mundo odia a quien se redime.

-Le va a doler...

-Encontraré un expediente para que parta consolado.

-¿Cuál?

-El mismo que ha servido para apartar a Judas de Simón: el de trabajar para mí.

-Sólo que en Juan será santidad, pero en Judas es solamente soberbia.

-Simón, no murmures.

-¡Más difícil que hacer cantar a un pez! Es verdad, Maestro, no es murmuración... Pero, creo que ha venido Simón con tus hermanos. Vamos allí.

-Vamos. Y silencio con todos.

-No es necesario que me lo digas. No puedo callar la verdad cuando hablo, pero sé callar del todo, si quiero. Y *quiero.* Me lo he jurado a mí mismo. ¡Yo ir hasta Antioquía! ¡A1 otro extremo del mundo! ¡Ya ardo en deseos de volver de allí! No dormiré hasta que todo se haya hecho...

Salen y ya no sé nada más.

## 311

## La renuncia de Margziam es ocasión de una lección sobre los sacrificios hechos por amor

No sé si es el mismo día, pero supongo que sí por la presencia de Pedro en la mesa familiar de Nazaret. Ya casi han terminado de comer. Síntica se levanta para llevar a la mesa manzanas, nueces, uva y almendras que concluyen la cena, porque es de noche y las lámparas están ya encendidas.

El tema de conversación versa precisamente sobre las lámparas, mientras Síntica lleva la fruta. Pedro dice:

-Este año encenderemos una más, y en lo sucesivo siempre una más, por ti, hijo mío. Sí, queremos encenderla nosotros por ti, aunque estés aquí. Es la primera vez que la encendemos por un niño... - y Simón se emociona un poco al terminar: «La verdad es que... si tú estuvieras, sería más bonito...

-El año pasado era yo, Simón, la que suspiraba así por mi Hijo lejano, y conmigo María de Alfeo y Salomé, y también María de Simón, en su casa de Keriot, y la madre de Tomás...

-¡Oh, 1a madre de Judas! Este año tendrá con ella a su hijo... pero no creo que se sienta más feliz... Bueno, vamos a dejarlo... Nosotros estábamos en casa de Lázaro. ¡Cuántas lámparas!... Parecía un cielo de oro y fuego. Este año Lázaro tiene a su hermana... Pero estoy seguro de que no me equivoco sí digo que estarán afligidos pensando que Tú no estás. '¿Y para el que viene, dónde estaremos?

-Yo, muy lejos... - susurra Juan.

Pedro se vuelve a mirarlo, porque lo tiene a su lado, y está para preguntar algo, pero, afortunadamente, se sabe retener por la llamada de atención de Jesús con la mirada.

Margziam pregunta:

-¿Dónde vas a estar?

-Por la misericordia del Señor, espero que con Abraham, en su seno...

-¿Quieres morir? ¿No quieres evangelizar? ¿No te pesa morir sin haber evangelizado?

-La palabra del Señor debe salir de labios santos. Ya es mucho el que me haya permitido escucharla y redimirme por ella. Me habría gustado... Pero es tarde...

-Sin embargo, evangelizarás. Ya lo has hecho. Tanto que has atraído hacia ti la atención. Por eso serás igualmente llamado discípulo evangelizador, aunque no peregrines esparciendo la Buena Nueva. Y recibirás en la otra vida el premio reservado a mis evangelizadores.

-Tu promesa me hace desear la muerte... Cada minuto de vida puede celar un peligro que yo, siendo débil como soy, quizás no podría superar. Si Dios me acoge, satisfecho de lo que he realizado, ¿no es bondad grande que debe ser bendecida?

-En verdad te digo que la muerte será suma bondad para muchos, que, así, conocerán hasta qué punto el hombre se puede volver demonio, desde un punto donde la paz los consolará de esta cognición y la transformará en alabanza, porque estará unida a la inefable alegría de la liberación del Limbo.

-¿Y los años siguientes dónde vamos a estar, Señor? - pregunta atento Simón Zelote.

-Donde quiera el Eterno. ¿Pretendes fijar anticipadamente el tiempo lejano, cuando no estamos seguros del momento que vivimos, ni sí nos será concedido terminarlo? Y, además, cualquiera que fuere el lugar en que se celebren las futuras Encenias, en todo caso será santo, si estáis allí para cumplir la voluntad de Dios».

-¿Estáis? ¿Y Tú? - pregunta Pedro.

-Estaré siempre donde estén mis amados.

-María no ha hablado en todo este tiempo. Pero sus ojos no han dejado ni un momento de examinar el rostro de su Hijo...

La saca de su ensimismamiento la observación de Margziam que dice:

-¿Madre, ¿por qué no has puesto en la mesa los bollos de miel? A Jesús le gustan y a Juan le vendrían bien para su garganta. Y además también le gustan a mi padre...

-Y a ti - termina Pedro.

-Para mí... es como si no existieran. He hecho una promesa...

-Por esto, encanto, no los he traído... - dice María acariciándolo, porque Margziam está entre Ella y Síntica en uno de los lados de la mesa, mientras que los cuatro hombres están en el lado opuesto.

-No, no. Los puedes traer. Es más, debes traerlos. Y se los doy yo a todos.

Síntica coge una lámpara, sale, vuelve con los bollos. Y Margziam coge la bandeja y empieza a distribuir. Le da a Jesús el más hermoso (dorado, esponjado con la maestría de un pastelero). Uno, el segundo en perfección, a María. Luego es el turno de Pedro, luego de Simón, luego de Síntica. Y, para dárselo a Juan, el niño se levanta y se pone al lado del anciano y enfermo pedagogo y le dice:

-Para ti el tuyo y el mío, y además un beso, por todo lo que me enseñas.

Luego vuelve a su sitio y deposita con resolución la bandeja en medio de la mesa y cruza los brazos.

-Así se me atraganta esta cosa deliciosa - dice Pedro al ver que Margziam ni lo prueba. Y añade: «A1 menos un trocito. ¡Venga, hombre, del mío; aunque sólo sea para no morir de ganas! Sufres demasiado... Jesús te lo concede.

-Pero si no sufriera no tendría mérito, padre mío. He ofrecido este sacrificio precisamente porque sabía que me iba a hacer sufrir.... Y, en definitiva... estoy tan contento desde que lo he hecho, que me siento como todo lleno de miel. Siento el sabor de la miel en todas partes. Hasta me da la impresión de respirarlo junto con el aire...

-Es porque te mueres de las ganas.

-No. Es porque sé que Dios me dice: "Haces bien, hijo mío".

-El Maestro te habría contentado incluso sin este sacrificio. ¡Te quiere mucho!

-Sí. Pero no es justo que me aproveche porque me quiera. Además, Él dice que es grande la recompensa en el Cielo incluso por un vaso de agua ofrecido en su nombre. Pienso que, si es grande por un vaso ofrecido a otros en su nombre, también lo será por un bollo o un poco de miel negados a nosotros mismos por amor a un hermano. ¿Me equivoco, Maestro?

-Hablas sabiamente. Yo podía, efectivamente, sin tu sacrificio, concederte también la cosa que me pedías para la pequeña Raquel, porque bueno era hacerla y mi corazón la deseaba. Pero la hice con más alegría porque me ayudaste tú. El amor hacia nuestros hermanos no se limita a medios y límites humanos, sino que se yergue a lugares mucho más altos. Cuando es perfecto, toca absolutamente el trono de Dios y se funde con su infinita caridad y bondad. La comunión de los santos es exactamente este continuo obrar, de la misma forma que continuamente y en todos los modos obra Dios, para ayudar a los hermanos, sea en sus necesidades materiales, sea en sus necesidades espirituales, o en las dos, como en el caso de Margziam, que, obteniendo la curación de Raquel, la libera de la enfermedad y, al mismo tiempo, eleva el espíritu abatido de la anciana Juana y enciende una confianza cada vez mayor en el Señor en el corazón de todos los de aquella familia. Sí, también el sacrificio de una cucharada de miel puede servir para devolver la paz y la esperanza a una persona afligida; así como un bollo, u otro alimento que no se come por una finalidad de amor, puede conseguir un pan, ofrecido milagrosamente, para una persona hambrienta lejana que nunca conoceremos; y retener, por espíritu de sacrificio, una palabra de ira, aunque fuera justa, puede impedir un delito lejano; así como resistir a las ganas de coger un fruto, por amor, puede servir para inspirar a un ladrón la idea de enmendarse, impidiendo así un latrocinio. Nada se pierde en la economía santa del amor universal. No se pierde el holocausto de un mártir, no se pierde el heroico sacrificio de un niño ante una bandeja de bollos. Es más, os digo que el holocausto de un mártir frecuentemente tiene origen en la heroica educación que se haya procurado desde la infancia por amor a Dios y al prójimo.

-Entonces conviene mucho que haga siempre sacrificios. Para cuando seamos perseguidos - dice convencido Margziam.

-¿Perseguidos? - pregunta Pedro.

-Sí. ¿No te acuerdas que lo dijo?: "Seréis perseguidos por causa mía". Me lo dijiste tú la primera vez que viniste, solo, a Betsaida a evangelizar, en verano.

-Este niño se acuerda de todo - comenta Pedro admirado.

La cena termina. Jesús se levanta. Ora por todos y bendice. Luego, mientras las mujeres van a sus labores de ordenar la loza, Jesús con los hombres se pone en un ángulo de la habitación y labra un trozo de madera, que, ante la sorprendida mirada de Margziam, se transforma en una ovejita...

## 312

## Jesús comunica a Juan de Endor la decisión de enviarle a Antioquía. Final del segundo año

Es una lluviosa mañana de invierno. Jesús se ha levantado y está trabajando en su taller. Trabaja en objetos de pequeño tamaño. Pero en uno de los ángulos ya está listo un telar novísimo, no muy grande pero sí bien acabado.

Entra María con una taza de leche humeante.

-Bebe, Jesús. Hace mucho que estás levantado, y el ambiente está húmedo y hace frío.

-Sí. Pero al menos he podido ultimar todo... Estos ocho días de fiesta habían paralizado el trabajo...

Jesús se ha sentado en el banco de carpintero, un poco al bies, y bebe la leche mientras María observa el telar y lo acaricia con la mano.

-¿Lo bendices, Mamá? - pregunta sonriendo Jesús.

-No. Lo acaricio, porque lo has hecho Tú. La bendición se la has dado Tú, haciéndolo. Has tenido una buena idea. A Síntica le servirá. Es muy experta en la textura. Y esto le servirá para entablar relación con mujeres y muchachas. ¿Qué otras cosas has hecho, que veo virutas finas, de olivo, me parece, al lado del torno?

-He hecho cosas que le servirán a Juan. ¿Ves? Un estuche para las plumas y una pequeña mesa para escribir. Y estos ambones para tener dentro sus libros. No lo habría podido hacer si Simón de Jonás no hubiera tenido la idea del carro. Así ahora podremos cargar también esto... y sentirán que los he amado también en estas pequeñas cosas...

-¿Sufres mandándolos lejos, verdad?

-Sufro... Por mí y por ellos. He esperado hasta ahora a hablar... ya se demora demasiado Simón con Porfiria... Es hora de que hable…Un sufrimiento que he tenido en el corazón todos estos días y que me ha hecho tristes incluso las luces de muchas lámparas... Un sufrimiento que ahora debo dar a otros... ¡Mamá, hubiera querido padecerlo Yo solo!...

-¡Hijo bueno! - María le acaricia una mano para consolarlo.

Un momento de silencio... Luego Jesús dice:

-¿Se ha levantado -Juan?

-Sí. Le he oído toser. Quizás está en la cocina bebiéndose la leche. ¡Pobre Juan!...

Una lágrima desciende por las mejillas de María. Jesús se levanta:

-Voy... Tengo que ir a decírselo. Con Síntica será más fácil... Pero para él... Mamá, ve donde Margziam, despiértalo, y orad mientras hablo a este hombre... Es como si tuviera que hurgar en sus entrañas. Puedo matar o paralizar su vitalidad espiritual... ¡Qué dolor, Padre mío!... Voy... - y sale, realmente abatido.

Da los pocos pasos que conducen del taller a la habitación de Juan, que es la misma en que murió Jonás, o sea, la de José. Se encuentra con Síntica, que está volviendo con una fajina que ha cogido del horno y que lo saluda desconocedora de la cosa. Responde absorto al saludo de la griega y luego se detiene a mirar un cuadro de lirios que apenas muestran el hacecillo de sus hojas. Pero quizás no los ve... Luego se decide. Se vuelve y llama a la puerta de Juan, y éste se asoma y su rostro se llena de luminosidad al ver a Jesús que viene a él.

-¿Puedo entrar un poco en tu habitación? - pregunta Jesús.

-¡Oh! ¡Maestro! ¡Siempre! Estaba escribiendo lo que dijiste ayer noche sobre la prudencia y la obediencia. Es más, sería conveniente que lo vieras, porque me parece que no he recogido bien lo que se refiere a la prudencia.

Jesús ha entrado en la habitación ya ordenada, a la que ha sido agregada una mesita para comodidad del viejo maestro. Jesús se inclina hacia el pergamino y lee.

-Muy bien. Has transcrito muy bien.

-¿Ves? Creía que había sido inexacto en esta frase. Siempre dices que no debemos afanarnos por el mañana, ni por el propio cuerpo. Ahora bien, decir aquí que la prudencia, incluso la que se refiere a las cosas relativas al mañana, es una virtud, me parecía un error: mío, naturalmente.

-No. No has errado. Dije exactamente eso. El afán exagerado y temeroso del egoísta es distinto del cuidado prudente del justo. Pecado es la avaricia dirigida al mañana, que quizás no gozaremos nunca; no es pecado la sobriedad para garantizarse un pan, y garantizárselo a los nuestros, en los tiempos de escasez. Pecado es el cuidado egoísta del propio cuerpo, exigiendo que todos los que están alrededor de nosotros estén preocupados de él, evitando todos los trabajos o sacrificios por miedo a que la carne sufra; no es pecado preservar el cuerpo de inútiles enfermedades, cogidas por imprudencias, enfermedades que luego serán un peso para los familiares y una pérdida de productivo trabajo para nosotros. Dios ha dado la vida. Es un don suyo. Debemos, por tanto, hacer uso de ella santamente, sin imprudencias y sin egoísmos. ¿Ves? Algunas veces la prudencia aconseja acciones que a los necios pueden parecerles vileza o volubilidad, mientras que no son sino santos actos de prudencia derivados de hechos nuevos que se han presentado. Por ejemplo: si Yo te enviara ahora a estar precisamente entre gente que te pudiera dañar... Por ejemplo, los familiares de tu mujer o los guardianes de las minas en que trabajaste, ¿actuaría bien o mal?

-Yo... no quisiera juzgarte, pero diría que sería mejor mandarme a otro sitio, donde no hubiera peligro de que mi poca virtud fuera sometida a una prueba demasiado dura.

-¡Eso es! Juzgarías con sabiduría y prudencia. Por esto mismo Yo nunca te mandaría a Bitinia o a Misia, donde ya has estado. Ni siquiera a Cintium, a pesar de que tú, espiritualmente, hayas deseado ir. Allí, podrían dominar sobre tu espíritu las muchas intransigencias humanas, y tu espíritu podría retroceder. La prudencia, pues, enseña a no mandarte a un lugar en que

serías inútil, mientras que podría mandarte a otro sitio, con buen fruto para mí y para las almas del prójimo y la tuya. ¿No es verdad?

Juan, que ignora lo que el destino le reserva, no capta las alusiones de Jesús a una posibilidad de misión fuera de Palestina. Jesús le estudia el rostro, lo ve tranquilo y escuchándolo dichoso, y resuelto en la respuesta:

-Sin duda, Maestro, produciría más en otro lugar. Yo mismo, cuando, hace unos días, he dicho: "Querría ir a los gentiles para dar buen ejemplo en el lugar en que di mal ejemplo", me he reprendido a mí mismo diciendo: “A los gentiles sí, porque no tienes las reservas de los otros de Israel; pero a Cintium no, y tampoco a los yermos montes en que viviste como presidiario y como un lobo, trabajando en el plomo o en los mármoles preciosos. Ni siquiera podrías ir allí por sed de sacrificio absoluto. Se te subvertiría el corazón con recuerdos crueles, y, si te reconocieran, aun en el caso de que no arremetieran contra ti, dirían: “Calla, asesino. No podemos escucharte”, y sería inútil ir allí". Esto es lo que me he dicho. Y es un buen pensamiento.

-Como puedes ver, tú también posees la prudencia. Yo también. Por eso te he evitado las fatigas del apostolado como lo hacen los otros, y te he traído aquí al descanso y a la paz.

-¡Oh! ¡Sí! ¡Cuánta paz! Si viviera todavía cien años, aquí sería siempre igual. Es una paz sobrenatural. Y, si me marchara a otro lugar, me la llevaría conmigo. La llevaré incluso a la otra vida... Los recuerdos podrán todavía subvertir mi corazón, las ofensas podrán hacerme sufrir, porque soy hombre, pero ya nunca seré capaz de odiar, porque aquí el odio ha quedado inerte para siempre, hasta en sus más profundas extremidades. Ya tampoco tengo antipatía hacia la mujer, que veía como el animal más inmundo y despreciable de la tierra. Tu Madre está al margen de todo esto. A tu Madre la veneré desde el momento en que la vi, porque la sentí distinta a todas la mujeres. Ella es el perfume de la mujer; pero el de la mujer santa. ¿Quién no estima el perfume de las flores más puras?... Pero también las otras mujeres, las discípulas buenas, amorosas, pacientes con su peso de llanto, como María Cleofás y Elisa, o generosas como María de Magdala, tan absoluta en su cambio de vida, o delicadas y puras como Marta y Juana, o dignas, inteligentes, llenas de pensamiento y de rectitud, como Síntica; sí, también ellas me han reconciliado con la mujer. Bueno, te confieso que a Síntica es a la que prefiero. Afinidades de mente me la hacen estimable; afinidades de condición - ella esclava, yo presidiario - me permiten tener con ella un familiaridad que la diversidad de las otras me impide. Para mí Síntica es descanso. No sabría decirte exactamente lo que veo en ella ni cómo la veo. Yo, viejo respecto a ella, la veo como a una hija, esa hija sabia y estudiosa que habría deseado tener... Pero, como enfermo asistido por ella con tanto afecto, como hombre triste y solitario que ha llorado y ha echado de menos a la propia madre durante toda la vida, y que ha buscado a la mujer-madre en todas las mujeres, sin encontrarla, pues ahora veo en ella la realidad de ese sueño soñado y siento que el rocío de un afecto materno desciende a mí cansada cabeza y a mí alma que va al encuentro de la muerte... Como ves, percibiendo en Síntica un alma de hija y de madre, siento en ella la perfección de la mujer, y por ella perdono todo el mal que de la mujer me vino. Si, suponiendo una cosa imposible, aquella infame, que tuve por mujer y que yo maté, resucitara, siento que la perdonaría, porque ahora he comprendido el alma femenina, propensa al afecto, generosa en darse... sea en el mal, sea en el bien.

-Me alegro mucho de que hayas encontrado todo esto en Síntica. Será una buena compañera tuya para el resto de la vida y juntos haréis mucho bien. Porque os voy a asociar...

Jesús estudia nuevamente a Juan. Pero en el discípulo - el cual no obstante, no es un superficial - no hay ningún signo de que su atención se haya despertado. ¿Qué misericordia divina le vela hasta el momento decisivo su sentencia? No lo sé. Sé que Juan sonríe diciendo:

-Trataremos de servirte con lo mejor de nosotros.

-Sí. Y estoy también seguro de que lo haréis, sin discutir ni trabajo ni el lugar que os asignaré, aun no siendo como vosotros deseáis...

Juan tiene un primer barrunto de lo que le espera. Cambia de cara y de color: se pone serio y pálido, y su único ojo ahora mira fijamente, atento y escudriñador, al rostro de Jesús, que prosigue:

-¿Te acuerdas, Juan, cuando, para calmar tus dudas acerca del perdón de Dios te dije: "Para hacer que comprendas la Misericordia te emplearé en obras especiales de misericordia y para ti expondré las parábolas de la misericordia"?

-Sí. Y fue verdad. Me persuadiste y me has concedido exactamente hacer obras de misericordia, y diría que las más delicadas, como limosnas, como la instrucción de un niño, de un filisteo y de una griega. Esto me ha dicho que Dios había conocido tanto mi verdadero arrepentimiento - y lo había visto real -, que me confiaba almas inocentes o almas de personas en vías de conversión, para que los formase en El.

Jesús abraza a Juan acercándoselo a su costado - es el gesto que hace habitualmente con el otro Juan - y palideciendo por el dolor que debe causar, dice:

-También ahora Dios te confía una tarea delicada y santa. Una tarea de predilección. Sólo tú, que eres generoso, que no tienes restricciones ni prevenciones, que eres sabio, que, sobre todo, te has ofrecido a todas las renuncias y penitencias para purgar aquel resto de expiación, aquella deuda que todavía tenías con Dios; sólo tú lo puedes hacer. Cualquier otro no querría, y tendría razón, porque le faltarían los requisitos necesarios. Ninguno de mis apóstoles posee todo lo que tú tienes para ir a preparar los caminos del Señor... Bueno, y te llamas Juan. Serás, por tanto, un precursor de mi Doctrina... prepararás los caminos a tu Maestro... es más, harás las veces de tu Maestro, que no puede ir tan lejos...

Juan se sobresalta y trata de liberarse del brazo de Jesús para mirarle a la cara, pero no lo consigue, porque Jesús lo tiene estrechado dulce pero autoritariamente y ya su boca da el golpe final...)

-...No puede ir tan lejos... hasta Siria... hasta Antioquía...

-¡Señor! - grita Juan liberándose violentamente del abrazo de Jesús - ¡Señor! ¿A Antioquía? ¡Dime que he entendido mal! ¡Dímelo, por piedad!...

Está de pie... todo en él es súplica: su único ojo, su rostro, que se ha puesto cinéreo, sus labios trémulos, sus manos temblorosas extendidas hacia adelante, su cuerpo, que parece plegarse hacia el suelo como subyugado por la noticia.

Pero Jesús no puede decir: «Has entendido mal». Abre los brazos, levantándose a su vez para recibir en su corazón al anciano pedagogo, y abre los labios para confirmar:

-A Antioquía, sí. A casa de Lázaro. Con Síntica. Partiréis mañana o pasado mañana.

La desolación de Juan es verdaderamente lastimosa. Se libera del abrazo a mitad, y, frente a frente, bañadas en lágrimas sus flacas mejillas, grita:

-¡Ah, ya no me quieres a tu lado! ¿En qué te he contrariado, mi Señor? - y se separa y se deja caer en la mesa mientras rompe en sollozos desgarradores, lastimosos, intercalados con accesos ásperos de tos, insensible a las caricias de Jesús, susurrando: «Me alejas de ti, me alejas de ti, no te volveré a ver...

Jesús sufre visiblemente, y ora... Luego sale quedamente. Ve en la puerta de la cocina a María con Margziam, que está asustado de ese llanto... Más allá está Síntica, también sorprendida.

-Madre, ven aquí un momento.

-María va, ligera y pálida. Entran juntos. María se inclina hacia el hombre que llora como si fuera un pobre niño, y dice:

-¡Cálmate, pobre hijo mío, cálmate! ¡No, esto no! Te perjudicará.

Juan alza su cara desencajada y grita:

-¡Me despide!... Moriré solo, lejos... Podía esperar unos meses y dejarme morir aquí. ¿Por qué este castigo? ¿En qué he pecado? ¿Te he causado alguna vez molestias? ¿Por qué me has dado esta paz para luego... para luego…

Se deja caer de nuevo encima de la mesa, llorando más fuerte, jadeando...

Jesús le pone la mano en sus flacos y convulsos hombros, mientras dice:

-¿Cómo puedes pensar que, si hubiera podido, no te habría tenido aquí? ¡Oh, Juan! En el camino del Señor hay tremendas necesidades. Y el primero que sufre por ello soy Yo. Yo, que llevo mi dolor y el de todo el mundo. Mírame, Juan. Observa si mi rostro es el de una persona que te odia, que está cansada de ti... Ven aquí, a mis brazos, siente cómo palpita de dolor mi corazón. Compréndeme, Juan; no me entiendas mal. Es la última expiación que Dios te impone, para abrirte las puertas del Cielo. Escucha... - lo levanta y lo estrecha entre sus brazos - Escucha... Mamá, sal un momento... Ahora que estamos solos, escucha. Tú sabes quién soy. ¿Crees firmemente que soy el Redentor?

-Claro que sí. Por ello quería estar contigo siempre, hasta la muerte...

-Hasta la muerte... ¡Horrenda será mi muerte!...

-La mía, digo. ¡La mía!...

-La tuya será tranquila, confortada por mi presencia, que te infundirá la certeza del amor de Dios; y por el amor de Síntica, además de por la alegría de haber preparado el triunfo del Evangelio en Antioquía. ¡Pero la mía!... Me verías reducido a un amasijo de carne llagada, cubierta de esputos, infamada, abandonada en manos de una muchedumbre rabiosa, dada a la muerte colgándola de una cruz, como un delincuente... ¿Podrías soportar esto?

Juan, que a cada descripción de cómo será Jesús en la Pasión ha respondido gimiendo: « ¡No, no!», grita un «no» seco, y añade: Odiaría de nuevo a la Humanidad... Pero yo ya habré muerto, porque Tú eres joven y...

-Y veré ya sólo una vez las Encenias.

Juan lo mira fijamente, aterrorizado...

-Te lo he dicho en secreto para explicarte que una de las razones por las que te mando lejos es ésta. No serás el único. A todos aquellos que no quiero que sean turbados por encima de sus fuerzas los mandaré antes a otro lugar. ¿Esto te parece falta de amor?...

-No, mi mártir Dios... Pero yo te debo dejar... y moriré lejos.

-Por la Verdad que soy, te prometo que estaré inclinado hacia la almohada de tu agonía.

-¿Y cómo, si estaré muy lejos y me dices que Tú no vas tan lejos? Lo dices para que me vaya menos triste...

-Juana de Cusa, agonizando a los pies del Líbano, me vio, y Yo estaba muy lejos y no me conocía todavía. Pues allí la devolví a la pobre vida de esta tierra. ¡Créeme que el día de mi muerte ella lamentará haber vivido!... Sin embargo, para ti, alegría de mi corazón en este segundo año de Maestro, haré más. Iré a conducirte a la paz, te daré la misión de decir a los que esperan: "La hora del Señor ha llegado. Así como ahora llega la primavera a la tierra, para nosotros llega la primavera del Paraíso". Pero, no iré sólo entonces... Iré, me sentirás, siempre... Lo puedo hacer y lo haré. Tendrás al Maestro en ti como ni siquiera ahora me tienes. Porque el Amor puede comunicarse a aquel a quien ama, y tan sensiblemente que puede tocar no solo el espíritu sino los mismos sentidos. ¿Más tranquilo ahora, Juan?

-Sí, mi Señor. ¡Pero qué dolor!

-De todas formas, ¿no te rebelas, no?

-¿Rebelarme? ¡Jamás! Te perdería del todo. Digo "mi" Padrenuestro: hágase tu voluntad.

-Sabía que me comprenderías...

Lo besa en las mejillas surcadas por un continuo, aunque sereno, llanto.

-¿Me permites saludar al niño?... Este es otro dolor... Le que-... - El llanto vuelve, ahora más intenso...

-Sí. Lo llamo enseguida... Y también a Síntica, que también sufrirá... Tú, siendo hombre, debes ayudarla...

-Sí, Señor.

Jesús sale. Mientras, Juan llora, y besa y acaricia las paredes y los objetos de la pequeña habitación hospitalaria.

Entran juntos María y Margziam.

-¡Madre! ¿Has oído? ¿Lo sabías?

-Lo sabía, y me dolía... Pero yo también me he separado de Jesús... Y soy su Madre...

-¡Es verdad!... Margziam, ven aquí. ¿Sabes que me marcho y que no volveremos a vernos?...

Quiere mostrarse fuerte. Pero... coge al niño en brazos, se sienta en el borde de la cama y llora abundantemente encima de la cabeza morena de Margziam, que, a su vez, bien se encarga de imitarlo.

Entra Jesús con Síntica. Ésta pregunta:

-¿Por qué tanto llanto, Juan?

-Nos traslada, ¿no lo sabes? ¿No lo sabes todavía? ¡Nos manda a Antioquía!

-¿Y qué quieres decir con ello? ¿No ha dicho Él que si dos están congregados en su nombre estará en medio de ellos? ¡Ánimo, Juan.' Quizás es que hasta ahora tú has elegido siempre tu destino, y entonces la imposición de una voluntad, aunque sea de amor, te abate. Yo... yo estoy acostumbrada a aceptar el destino impuesto por otras personas. ¡Y qué destino!... Por eso ahora doblego con gusto mi cabeza ante este nuevo destino. Si no me he rebelado contra la despótica esclavitud sino cuando pretendía imponerse a mi alma, ¿debería rebelarme ahora contra esta dulce esclavitud de amor que no lesiona sino que eleva nuestra alma y nos confiere el título de siervos suyos? ¿Te da miedo el mañana porque te encuentras mal? Trabajaré para ti. ¿Tienes miedo a quedarte solo? No te dejaré nunca. Puedes estar seguro de esto. La única finalidad de mi vida es amar a Dios y al prójimo. Tú eres el prójimo que Dios me confía. ¡Imagínate cuánto te voy a querer!

-No tendréis necesidad de trabajar para vivir, porque estaréis en una casa de Lázaro. Eso sí, os aconsejo que uséis la vía de la enseñanza para entablar contactos con la gente: tú, como maestro; tú, mujer, con trabajos femeninos: servirá para el apostolado y para llenar vuestras jornadas.

-Así lo haremos, Señor - responde firmemente Síntica.

Juan sigue teniendo en brazos al niño y llora quedamente. Margziam lo acaricia...

-¿Te vas a acordar de mí?

-Siempre, Juan, y rezaré por ti... Es más... Espera un momento...

Sale corriendo.

Síntica pregunta:

-¿Cómo vamos a ir a Antioquía?

-Por mar. ¿Tienes miedo?

-No, Señor. Además nos mandas Tú y eso nos protegerá.

-Iréis con los dos Simones, mis hermanos, los hijos de Zebedeo. Andrés y Mateo. De aquí a Tolemaida en el carro, donde se van a cargar los arcones y un telar que te he hecho, Síntica, y algunos objetos útiles para Juan...

-Yo ya me había imaginado algo al ver los arcones y los vestidos. Así que había preparado mi alma para la separación. ¡Era demasiado bonito vivir aquí!...

Un sollozo reprimido quiebra la voz de Síntica. Pero se rehace para sostener el valor de Juan. Pregunta con voz reafirmada:

-¿Cuándo partimos?

-En cuanto lleguen los apóstoles. Quizás mañana.

-Entonces, si me permites, voy a colocar los vestidos en los arcones. Dame tus libros, Juan.

Creo que Síntica desea estar sola para llorar...

Juan responde:

-Cógelos... Pero dame ese rollo atado con azul.

Vuelve Margziam con su tarro de miel.

-Ten, Juan. Te la comerás por mí...

-¡No, niño! ¿Por qué?

-Porque Jesús ha dicho que una cucharada de miel ofrecida puede dar paz y esperanza a una persona afligida. Tú estás afligido... Te doy toda la miel para llenarte de consuelo.

-Pero es demasiado sacrificio, niño.

-¡No, no! En la oración de Jesús se dice: "No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal". Este tarro era una tentación para mí... y podía ser un mal porque podía hacerme infringir el voto. Así ya no lo veo... y es más fácil... y estoy seguro de que Dios te va a ayudar por este nuevo sacrificio. Pero no llores más. Y tampoco tú, Síntica...

Efectivamente, la griega ya llora, silenciosamente, mientras recoge los libros de Juan. Y Margziam los acaricia alternadamente, con un gran deseo de llorar también. Mas Síntica sale, cargada de rollos, María la sigue con el tarro de miel.

Juan se queda con Jesús, que se sienta a su lado, y con el niño en sus brazos. Está sereno, pero alicaído.

-Une también al volumen tu último escrito - aconseja Jesús - Creo que se lo quieres dar a Margziam...

-Sí... Yo tengo para mí una copia... Aquí tienes, muchacho. Estas son las palabras del Maestro. Las que ha dicho cuando tú no estabas, y otras... Quería seguir copiándolas, para ti, porque tú tienes la vida por delante... ¡y quién sabe cuánto evangelizarás!... Pero ya no puedo continuar… Ahora soy yo quien se queda sin tus palabras…

Y se echa de nuevo a llorar con fuerza.

Margziam muestra un nuevo gesto, dulce y viril: se echa al cuello de Juan y dice:

-Ahora seré yo quien las escriba para ti y te las mandaré… ¿Verdad, Maestro? Se puede, ¿no?

-Claro que se puede. Y será una gran obra de caridad.

-Lo haré. Y, cuando no esté yo, se lo encargaré a Simón Zelote. Nos quiere a los dos, y lo hará por ejercitar la caridad con nosotros. Así que no llores más. Y voy a ir a verte... No es que te vayas a ir lejos...

-¡Ah, sí, qué lejos! Cientos de millas... Y moriré pronto.

El niño está desilusionado y afligido. Pero se rehace con la bella serenidad del niño al que todo parece fácil.

-De la misma forma que vas tú, puedo ir yo con mi padre. Y además... nos escribiremos. Cuando se leen las páginas sagradas es como estar con Dios, ¿no es verdad? Pues, cuando se lee una carta es como estar con la persona a la que queremos y que nos la ha escrito. Venga, ven conmigo allí...

-Sí, vamos allí, Juan. Dentro de poco vendrán mis hermanos con el Zelote. Les he mandado aviso de que vengan.

-¿Están al corriente?

-Todavía no. Espero a decirlo cuando estén presentes todos...

-De acuerdo, Señor. Vamos...

Es un anciano muy encorvado el que sale de la habitación de José. Un anciano que parece saludar a cada uno de los hilos de hierba, a cada tronco, al pilón y a la gruta, mientras se dirige hacia el vasto taller, donde María y Síntica, silenciosamente, están colocando los objetos y los vestidos en el fondo de los arcones...

Y así, silenciosos y tristes, los encuentran Simón, Judas y Santiago. Observan... pero no hacen preguntas, y no logro comprender si intuyen la verdad.

Dice Jesús:

-Había indicado, para claridad de los lectores, el lugar de la expiación carcelaria de Juan con el nombre que se usa actualmente. Se plantea objeción. Pues bien, ahora especifico: "Bitinia y Misia" para quien quiere los nombres antiguos.

Pero éste es el Evangelio para los sencillos y los pequeños. No para los doctores, que, en su gran mayoría, lo consideran inaceptable e inútil. Y los sencillos y los pequeños comprenden más "Anatolia" que “Bitinia o Misia". ¿No es verdad, pequeño Juan, que lloras por el dolor de Juan de Endor? ¡Y hay muchos Juanes de Endor en el mundo' Son los hermanos desolados por los que te hacía sufrir el año pasado Ahora descansa, pequeño Juan que jamás serás enviado lejos del Maestro; es más, cada vez estarás más cerca.

Y con esto se concluye el segundo año de predicación y de vida pública: el año de la Misericordia... Y no puedo hacer otra cosa sino repetir el lamento con que cerraba el primer año. Pero no toca a mi portavoz, el cual, contra obstáculos de todo tipo, continúa su obra. Verdaderamente no son los "grandes", sino los "pequeños", los que corren los caminos heroicos, y los allanan, con su sacrificio, también para aquellos a quienes demasiadas cosas gravan. Los "pequeños”, o sea, los sencillos, los mansos, los puros de corazón y de intelecto. Los "párvulos".

Y Yo os digo, ¡oh párvulos!, os digo, ¡oh Romualdo y María!, y con vosotros a los que son como vosotros: "Venid a mí para seguir oyendo, ahora y siempre, al Verbo que os habla porque os ama, que os habla para bendeciros. Mi paz sea con vosotros”

## Contents

# Tercer año de la vida pública de Jesús

## 313

## Preparativos para salir de Nazaret, después de la visita de Simón de Alfeo con su familia. Durante el tercer año, Jesús será el Justo.

Juan, Santiago, Mateo y Andrés han llegado ya a Nazaret, y. mientras esperan a Pedro, pasean por el huerto de Nazaret, jugando con Margziam o hablando entre ellos. No veo a ningún otro, como si Jesús faltara en este momento de casa y María estuviera ocupada en algunas labores (por el humo del horno, yo diría que está allí dentro. haciendo el pan).

A los cuatro apóstoles se les ve contentos de estar en casa del Maestro, y lo exteriorizan. Hasta tres veces les dice Margziam:

-¡Pero no os riáis de esa forma!

Y, la tercera vez, Mateo nota la recomendación y pregunta:

-¿Por qué, chico? ¿No es justo sentirse contentos de estar aquí? Tú has disfrutado de este sitio, ¿no? Pues ahora nosotros - y le da afablemente un cachetito. Margziam lo mira muy serio. Pero sabe callar.

Regresa Jesús con sus primos Judas y Santiago, los cuales saludan efusivamente a los compañeros, de los que han estado separados muchos días. María de Alfeo asoma la cabeza desde el interior del horno, toda colorada y llena de harina, y sonríe a sus hijotes.

El último en regresar es el Zelote, que dice:

-He hecho todo, Maestro. Dentro de poco, Simón estará aquí.

-¿Qué Simón? ¿Mi hermano o Simón de Jonás?

-Tu hermano, Santiago. Viene a saludarte con toda la familia.

Efectivamente, pasados pocos minutos, unos golpes en la puerta y una densa parlería anuncian la llegada de la familia de Simón de Alfeo, que es el primero en entrar, llevando de la mano a un niñito de unos ocho años; tras él, Salomé, rodeada por su nidada. María de Alfeo se apresura a salir del cuarto del horno y besa a sus nietos, contenta de verlos ahí.

-¿Te marchas, entonces, otra vez? - pregunta Simón, mientras sus hijos estrechan amistad con Margziam, el cual, me parece, conoce bien sólo a Alfeo, el curado.

-Sí, es hora.

-Tendrás todavía días lluviosos.

-No importa. Los días nos van acercando a la primavera.

-¿Vas a Cafarnaúm?

-Sí, iré también allí. Pero no enseguida. Ahora atravesaré la Galilea e iré allende sus confines.

-Cuando estés en Cafarnaúm y yo lo sepa, iré a verte. Te llevaré a tu Madre y a la mía.

-Te quedaré agradecido. Entretanto no la desatiendas. Se queda completamente sola. Tráele a los niños. Aquí puedes estar seguro de que no se vician...

Simón se pone como la brasa por la alusión de Jesús a sus pensamientos pasados y por la ojeada que le ha lanzado su mujer como diciendo: «¿Has oído? Te está bien empleado». Y Simón cambia de tema diciendo:

-¿Dónde está tu Madre?

-Está haciendo el pan. Ahora vendrá...

Pero los hijos de Simón no esperan y van al horno detrás de su abuela. Y una niñita, poco mayor que el curado Alfeo, sale casi inmediatamente, diciendo:

-María está llorando. ¿Por qué? ¡Eh, Jesús!, ¿por qué llora tu Madre?

-¿Está llorando? ¡Oh, querida mía! Voy con ella - dice Salomé solícita.

Y Jesús explica:

-Llora porque me marcho... Pero vendrás a hacerle compañía, ¿no? Te enseñará a bordar y tú alegrarás sus días. ¿Me lo prometes?

-Vendré también yo, ahora que mi padre me deja - dice Alfeo mientras se come un bollito caliente que le acaban de dar. Pero, aunque el bollo esté tan caliente que casi no puede ser sujetado con los ledos, creo que está helado respecto al calor de vergüenza que asalta a Simón de Alfeo por las palabras de su hijito. A pesar de ser una mañana de invierno más bien fresca (debido a un ligero cierzo que [b]arre las nubes del cielo pero raspa la piel), Simón se cubre de abundante sudor, como si fuera pleno verano...

Jesús hace como que no se da cuenta y los apóstoles aparentan m gran interés por lo que están contando los hijos de Simón; así se concluye el incidente, y Simón puede reponerse y preguntar a Jesús que por qué no están todos los apóstoles.

-Simón de Jonás está para llegar. Los demás me alcanzarán en el momento oportuno. Ya está determinado.

-¿Todos?

-Todos.

-¿También Judas de Keriot?

-También él...

-Jesús, ven un momento conmigo - le solicita su primo Simón. Y, separados ya hacia el fondo del huerto, Simón pregunta:

-¿Pero sa- bien quién es Judas de Simón?

-Es un hombre de Israel. Nada más. Nada menos.

-¡No querrás decirme que es...!

Ya está para acalorarse y levantar la voz.

Pero Jesús lo calma interrumpiéndole y poniéndole una mano en un hombro mientras le dice:

-Es como lo hacen las ideas imperantes y los que entran en contacto con él. Porque, por ejemplo, si *aquí (y* recalca mucho las palabras) hubiera encontrado *solamente corazones justos y mentes inteligentes,* no habría sentido interés en pecar. Pero no los ha encontrado. Por el contrario, ha encontrado un elemento totalmente humano, y en él ha asentado sin ninguna dificultad su yo muy humano, que me sueña, me ve, trabaja por mí, como rey de Israel, en el sentido *humano* del término; de la misma forma que me sueñas y me quisieras ver tú, y estarías dispuesto a trabajar tú, y contigo José, tu hermano, y, con vosotros dos, Leví, arquisinagogo de Nazaret, y Matatías y Simeón y Matías y Benjamín, y Jacob, y, menos tres o cuatro, todos vosotros de Nazaret. Y no sólo los de Nazaret... Encuentra dificultades para formarse porque todos vosotros contribuís a deformarlo. Cada vez más. Es el más débil de mis apóstoles. Pero, por ahora, no es sino un débil. Tiene impulsos buenos, deseos rectos, amor por mí (desviado en cuanto a la forma, pero amor en todo caso). Vosotros no le ayudáis a separar estas partes buenas de las partes no buenas que forman suyo; antes al contrario, agraváis éstas cada vez más añadiendo vuestras incredulidades y limitaciones humanas. Pero vamos a casa. Los demás han entrado ya...

Simón lo sigue un poco apesadumbrado. Están ya casi en la puerta, cuando para a Jesús y dice:

-Hermano mío, ¿estás airado conmigo?

-No. Es que intento formarte también a ti, como formo a todos los demás discípulos. ¿No has dicho que quieres ser discípulo?

-Sí, Jesús. Pero las otras veces no hablabas así, ni siquiera cuando corregías. Eras más dulce...

-¿Y para qué ha servido? Antes lo era. Hace dos años que lo soy... Unos, a costa de mi paciencia y bondad, os habéis emperezado, otros habéis afilado colmillos y garras. El amor os ha servido para dañarme. ¿No es así?...

-Es así. Es verdad. Pero, ¿vas a seguir siendo bueno?

-Seré justo. Y aun así seré como no merecéis, vosotros de Israel que no queréis reconocer en mí al Mesías prometido.

Entran en la pequeña habitación, tan abarrotada de personas, que muchos han terminado en la cocina o en el taller de José. Y éstos son los apóstoles, menos los dos hijos de Alfeo, que se han quedado con su madre y su cuñada. A ellas ahora se añade María, que entra llevando de la mano al pequeño Alfeo. El rostro de María presenta claros signos de haber llorado.

Pero, mientras María está para responder a Simón, que le asegura que irá a su casa todos los días, por la callejuela serena avanza un carrito, con tanto sonido de cascabeles, que llama la atención de los hijos de Zebedeo por la bulla que hace, y... mientras afuera llaman, -contemporáneamente, dentro abren. Aparece el rostro alegre de Simón Pedro, que ha llamado con e1 mango de la tralla y está todavía sentado en el carro... A su lado, tímida pero sonriente, Porfiria, sentada encima de cajas de tamaño decreciente como si fuera un trono.

Margziam sale corriendo y trepa al carro para saludar a su madre adoptiva. Salen también los demás, entre los cuales Jesús.

-Maestro, aquí estoy. He traído a mi mujer; con este vehículo, porque es una mujer que resiste poco caminando. María, el Señor esté contigo. También contigo, María de Alfeo. Mira a todos, mientras baja de su vehículo y ayuda a bajar a su mujer, y saluda conjuntamente al grupo.

Quisieran ayudarle a descargar el carrito, pero él se opone enérgicamente. «Después, después» dice. Y, ni corto ni perezoso, se acerca a la ancha puerta del taller de José y la abre de par en par, tratando de hacer entrar el carrito como está. No pasa, naturalmente. Pero la maniobra sirve para atraer la atención de los que han venido de visita y hacer comprender que sobra gente... Efectivamente, Simón de Alfeo se despide con toda su familia...

-Oh, ahora que estamos solos, vamos a preocuparnos de nosotros...-dice Simón de Jonás haciendo retroceder al burrito, que, cubierto como está de cascabeles, hace bulla por diez; tanto que Santiago de Zebedeo no puede contenerse de preguntar, riendo: «¿Y dónde lo has encontrado tan enjaezado?».

Pero Pedro está concentrado en coger las cajas que había en el carro y pasárselas a Juan y Andrés, que se quedan asombrados, pues creían que iban a sentir peso y, sin embargo, las cajas son ligeras; y lo comentan...

-¡Venga, id para el huerto y no os quedéis ahí como chorlitos! - ordena Pedro, mientras, a su vez, baja con una cajita que sí que pesa, para colocarla en un rincón de la habitación.

-Y ahora el burro y el carro. ¿El burro y el carro? ¿El burro y el carro!... ¡Esto es lo difícil!... Y tiene que entrar todo en casa...

-Por el huerto, Simón - dice en voz baja María - Hay una valla en el seto del fondo. No lo parece, porque está cubierta de ramajes... Pero está. Sigue el sendero que va bordeando la casa, entre esta casa y el huerto vecino. Yo voy a mostrarte dónde está la valla... ¿Quién viene a apartar las matas que la cubren?

-Yo. Yo.

Todos se dirigen presurosos hacia el fondo del huerto. Entretanto, Pedro se marcha con su rumoroso cargamento y María de Alfeo cierra la puerta... Trabajando con un hocino, queda libre el rústico vallado y abren un paso por el que entran burro y carro.

-¡Bueno, bien! Y ahora quitamos todo esto. Me han roto los oídos - y Pedro se apresura a cortar los lazos que mantienen sujetos los cascabeles a los jaeces.

-¿Y por qué los has tenido, entonces? - pregunta Andrés.

-Para que toda Nazaret me oyera llegar. Y lo he conseguido... Ahora los quito para que nadie de Nazaret nos oiga partir. Lo mismo, he metido vacías las cajas... Nos marcharemos con las cajas llenas, y nadie, si es que alguien nos ve, se sorprenderá de

ver a una mujer sentada a mi lado en las cajas. El que ahora está lejos se las da de tener tino y sentido práctico. Bueno, pues, cuando quiero, también lo tengo yo...

-Perdona, hermano. ¿Para qué es necesario todo esto? - pregunta Andrés, que ha dado de beber al burro y lo ha llevado al lado de la tosca leñera que hay junto al horno.

-¿Para qué? ¡No sabes nada!... ¡Maestro, no saben todavía nada!

-No, Simón. Estaba esperándote a ti para hablar. Venid todos al taller. Las mujeres están bien donde están. Lo que has hecho ha estado bien hecho, Simón de Jonás.

Van al taller. Porfiria con el niño y las dos Marías se han quedado en casa.

-He querido que vinierais porque tenéis que ayudarme a mandar fuera de aquí, muy lejos, a Juan y a Síntica. Lo tengo decidido desde los Tabernáculos. Como habéis podido constatar, no era posible tenerlos con nosotros, ni siquiera aquí, sin poner en peligro su paz. Como siempre, Lázaro de Betania me ayuda en esta obra. Ellos ya lo saben. Simón Pedro lo sabe desde hace pocos días. Vosotros lo sabéis ahora. Esta noche dejaremos Nazaret. Aunque en lugar de la primera luna tuviéramos agua y viento. Ya deberíamos haber partido, pero supongo que es que Simón de Jonás habrá tenido dificultades para encontrar el medio de transporte...

-¡No lo sabes bien! Ya perdía la esperanza de encontrarlo. Pero, al final, lo he podido conseguir de un ruin griego... Será útil...

-Sí. Será útil, especialmente para Juan de Endor.

-¿Dónde está, que no se le ve? - pregunta Pedro.

-En su habitación, con Síntica.

-Y... ¿cómo ha recibido la cosa? - pregunta otra vez Pedro.

-Con mucho dolor. También la mujer...

-Y también Tú, Maestro. En tu frente hay una arruga que no tenías. Y tienes mirada grave y triste - observa Juan.

-Es verdad. Estoy muy apenado... Pero, hablemos de lo que tenemos que hacer. Escuchadme bien, porque luego nos tendremos que separar. Partimos esta noche, a mitad de la primera vigilia. Nos marcharemos como quien huye... porque son culpables. Sin embargo, nosotros no vamos con intención de hacer ningún mal, ni huimos por haberlo hecho; nos vamos para impedir que algún otro lo haga a quien no tendría la fuerza para soportarlo. Partiremos pues... Iremos por el camino de Sefori... Haremos un alto a mitad de camino, en una casa, para partir al alba. Es una casa que tiene muchos pórticos para los animales. En ella hay pastores amigos de Isaac. Los conozco. Me darán hospedaje sin pedir nada. Luego tenemos que llegar a Yiftael, necesariamente ese mismo día aunque sea de noche; allí pernoctaremos. ¿Crees que podrá el animal?

-¡Y mucho más! Ese griego deshonesto me lo ha hecho pagar, pero me ha dado un animal bueno y fuerte.

-Está bien. A1 día siguiente por la mañana iremos a Tolemaida y nos separaremos. Vosotros, guiados por Pedro, que es vuestro jefe, y al cual debéis obedecer ciegamente, iréis por mar hasta Tiro. Allí encontraréis una nave preparada para zarpar en dirección a Antioquía. Subiréis y daréis esta carta al patrón de la nave para que la vea. Es de Lázaro de Teófilo. Vosotros pasáis por dependientes suyos enviados a sus tierras de Antioquía, o mejor, a sus jardines de Antigonio. Esto sois para todos. Sabed mostraos atentos, serios, prudentes y silenciosos. Cuando lleguéis a Antioquía, id enseguida a ver a Felipe, el administrador de Lázaro, y le dais esta carta...

-Maestro, él me conoce - dice el Zelote.

-Muy bien.

-¿Cómo va a creer que soy un subordinado?

-Para Felipe no hace falta. Sabe que debe recibir y hospedar a dos amigos de Lázaro y ayudarlos en todo. Así está escrito. Vosotros los habéis acompañado. Nada más. Él os llama: "sus queridos amigos de Palestina". Y es lo que sois, congregados por la fe y por la acción que lleváis a cabo. Descansaréis hasta que la nave, acabadas sus operaciones de descarga y carga, vuelva para Tiro. De Tiro, con la barca, vendréis a Tolemaida y desde allí vendréis a reuniros conmigo a Akzib...

-¡Por qué no vienes con nosotros? - suspira Juan.

-Porque me quedo a orar por vosotros, y especialmente por estos dos pobres. Me quedo para orar. Así empieza mi tercer año de vida pública. Empieza con una partida bien triste; como el primero y el segundo. Empieza con una intensa oración y penitencia, como el primero... Porque éste tiene las dificultades dolorosas del primero, y más aún. Entonces me preparaba para convertir al mundo. Ahora me preparo para una obra sin duda más vasta y potente. Pero, escuchadme atentamente: habéis de saber que, si en el primero fui el Hombre-Maestro, el Sabio que llama a la Sabiduría con humanidad perfecta e intelectual perfección, y en el segundo fui el Salvador y Amigo, el Misericordioso que pasa acogiendo, perdonando, compadeciéndose, soportando, en el tercero seré el Dios Redentor y Rey, el Justo. No os asombréis, pues, si veis en mí formas nuevas, si en el Cordero veis el súbito fulgor del Fuerte. ¿Qué ha respondido Israel a mi invitación de amor? ¿Qué ha respondido ante mis brazos abiertos a él y mis palabras: "Ven, Yo amo y perdono"? Ha respondido con embotamiento y dureza de corazón voluntarios y cada vez mayores, con el embuste, con la insidia. Pues bien, así sea. Lo había llamado - sin excluir clase alguna al hacerlo - plegando mi frente hasta el polvo: Israel ha escupido encima de la Santidad que se humillaba. Le había invitado a santificarse: me ha respondido entregándose al demonio. He cumplido mi deber en todo: ha llamado "pecado" a mi deber. He callado: ha llamado "prueba de culpabilidad" mi silencio. He hablado: ha llamado "blasfemia" mi palabra. ¡Basta ya! No me ha dado respiro, no me ha concedido una sola alegría. Y la alegría para mí era nutrir y formar en la vida del espíritu a los recién nacidos a la Gracia. Les tienden insidias y debo arrancármelos de mi pecho, produciendo en ellos y en mí el espasmo de padres e hijos arrancados el uno al otro, para ponerlos a salvo del maligno Israel. Los poderosos de Israel, que se llaman a sí mismos "santificadores" haciendo alarde de serlo, me impiden, quisieran impedirme, salvar y gozar de mis salvados. Hace ya muchos meses que tengo a un Leví publicano como amigo y a mi servicio: el mundo puede constatar si Mateo es motivo de escándalo o de emulación. Pero la acusación no cesa. Como no cesará tampoco para María de Lázaro ni para los otros muchos a quienes

salvaré. ¡Basta ya! Yo recorro mi camino, cada vez más áspero y regado de llanto... Yo camino... Ninguna de mis lágrimas caerá inútilmente. Elevan su grito a mi Padre... Después elevará su grito otro humor mucho más poderoso. Yo camino. El que me ame que me siga y se haga viril, porque llega la hora severa. No me detengo. Nada me detiene. Tampoco ellos se detendrán... Pero, ¡ay de ellos! ¡Ay de ellos! ¡Ay de aquellos para quienes el Amor se hace Justicia!... El signo del nuevo tiempo será una Justicia severa para todos los que se obstinan en su pecado contra las palabras del Señor y la acción del Verbo del Señor...

Jesús parece un arcángel castigador. Yo diría que tanto resplandecen sus ojos, que lanza fuego contra la pared humosa... Hasta su voz, que tiene tonos agudos de bronce y plata golpeados con violencia, parece resplandecer.

Los ocho apóstoles se han puesto pálidos y están casi encogidos de temor. Jesús los mira... con piedad y amor. Dice:

-No os lo digo a vosotros, amigos míos. No son para vosotros estas amenazas. Vosotros sois mis apóstoles, Yo os he elegido.

La voz es ahora dulce y profunda. Termina:

-Vamos allí. Hagámosles ver a los dos perseguidos - y os recuerdo que piensan que parten para prepararme el camino a Antioquía - que los amamos más que a nosotros mismos. Venid...

## 314

## La cena en la casa de Nazaret. La dolorosa partida

Y ya llegó la noche. Otra noche de despedida para la casita de Nazaret y sus habitantes. Otra cena durante la cual la pena quita las ganas de comer a las bocas y pone taciturnas a las personas.

Están sentados a la mesa Jesús, Juan y Síntica, Pedro, Juan, Simón y Mateo. Los demás no han podido: ¡es tan pequeña la mesa de Nazaret! ¡Hecha realmente para una pequeña familia de justos, que, al máximo, pueden invitar a sentarse al peregrino y al afligido, para ofrecerles un alivio más de amor que de alimento! A1 máximo, esta noche, se hubiera podido sentar a la mesa Margziam, porque es un niño, y muy menudito, que ocupa poco sitio... Pero Margziam, muy serio y silencioso, está comiendo en un rincón, sentado en una banquetita, a los pies de Porfiria - para quien la Virgen ha reservado su silla del telar -, que, sumisa y silenciosa, come la comida que le han dado, mirando con ojos compasivos a los dos que están para partir. Estos tratan de tragar sus bocados con la cabeza muy baja para esconder el rostro excoriado por las lágrimas. Los demás, o sea, los dos hijos de Alfeo, Andrés y Santiago de Zebedeo, se han instalado en la cocina, junto a una especie de hintero. Pero se les ve por la puerta abierta.

María Santísima y María de Alfeo van y vienen sirviendo a éstos y a aquéllos, maternales, acongojadas, tristes. Y, si María santísima acaricia con su sonrisa - muy dolorosa esta noche - a aquellos a quienes se acerca, María de Alfeo, menos reservada y más campechana, une a la sonrisa el acto y la palabra, y más de una vez anima, añadiendo una caricia o incluso un beso, según quién sea la persona favorecida, a éste o a aquél a nutrirse tomando los alimentos más apropiados para su físico y para el próximo viaje. Tanto se aplica a convencer al exhausto Juan - que en estos días de espera está aún más demacrado - para que coma esto o aquello, alabando su sabor y sus propiedades salutíferas, que deduzco que, por amor compasivo hacia él, le daría de comer a sí misma. Pero, a pesar de sus... seducciones, los alimentos se quedan casi intactos en el plato de Juan, y María de Alfeo se aflige por ello como una madre que ve que su lactante rechaza el pezón.

-¡Pero así no puedes partir, hijo! - exclama. Y, movida por la maternidad de su alma, no reflexiona que Juan de Endor tiene más o menos su edad y que el nombre de hijo está mal dado. Pero ella ve en él sólo una criatura que sufre, y por ello, no encuentra sino este nombre para consolarlo... - Te va a hacer daño viajar con el estómago vacío en esa carreta tambaleante con el frío húmedo de la noche. Y, además, ¡a saber cómo comeréis durante este horrible y largo viaje!... ¡Eterna piedad! ¡Por mar tantas millas! Yo me moriría de miedo. Y costeando tierras fenicias. ¡Y luego!... ¡peor todavía! Claro, el patrón de la nave será filisteo, o fenicio, o de alguna otra nación infernal... y no tendrá piedad con vosotros... ¡Venga, hombre, ahora que tienes todavía a tu lado a una madre que te quiere!... Come: sólo un trocito de este pescado bonísimo... Aunque sólo sea por contentar a Simón de Jonás, que lo ha preparado en Betsaida con mucho amor y hoy me ha enseñado a cocinarlo de esta manera, para ti y para Jesús, para que os dé muchas fuerzas. ¿No te apetece realmente?... Entonces... ¡Ah, esto si que te lo comerás! - y va ligera hacia la cocina y vuelve con una bandeja repleta de una humeante polentita. No sé lo que es... Ciertamente un tipo de harina, o de granos cocidos en leche hasta deshacerlos: «Mira, esto lo he hecho yo, porque me he acordado de que un día hablaste de ello como de un dulce recuerdo le tu niñez... Es rico y bueno. ¡Venga, un poco!».

Juan se deja meter en el plato alguna cucharada de este blando manjar, y trata de tragarlo; pero las lágrimas descienden para mezclar su sal con el alimento mientras pliega aún más su rostro hacia el plato.

Los otros reciben con muchos signos de alegría este alimento (quizás una gollería). Sus rostros se han iluminado al verlo. Margziam se ha puesto de pie... pero luego ha sentido la necesidad de preguntarle a María Santísima:

-¿Lo puedo comer? Faltan todavía cinco días para el final del voto...

-Sí, hijo mío. Lo puedes comer - dice María con una caricia.

Pero el niño vacila todavía. Entonces María, para calmar los escrúpulos del pequeño discípulo, consulta a su Hijo:

-Jesús, Margziam pregunta si puede comer la cebada monda… por la miel, que hace que sea un plato dulce, ¿sabes?...

-Sí, sí, Margziam. Esta noche te dispenso Yo de tu sacrificio, a condición de que Juan se coma también su cebada con miel. ¿Ves cómo lo desea el niño? Pues ayúdale a conseguir esto.

Y Jesús, que está al lado de Juan, le toma la mano y se la sujeta mientras éste se esfuerza, obediente, en terminar su cebada.

María de Alfeo ahora está más contenta. Y vuelve al asalto con un buen plato de peras cocidas en el horno, humeantes. Entra, del huerto, con su bandeja y dice:

-Llueve. Empieza ahora. ¡Qué pena!

-¡No, mujer, no! ¡A1 revés! ¡Es mejor! Así no habrá nadie por las calles. Cuando uno se marcha, los saludos hacen siempre daño... Mejor correr con el viento en la vela y sin encontrar bajos o escollos que le hagan detenerse a uno y moverse lentamente; y los curiosos son exactamente eso: bajos y escollos... - dice Pedro, que en toda acción ve la vela y la navegación.

-Gracias, María. Pero no como más - dice Juan, tratando de rechazar la fruta.

-¡Ah, esto no! Las ha cocido María. ¿No querrás despreciar la comida hecha por ella? ¡Mira qué bien las ha preparado! Con sus especias en el agujerito... con su mantequilla en la parte baja... Deben ser un manjar regio. Almíbar. Para cocerlas tan doradas, se ha dorado también ella en el fuego del horno. Vienen bien para la garganta, para la tos... Dan calor y son medicinales. María dile cuánto bien le hacían a mi Alfeo cuando estaba enfermo. Pero las quería hechas por ti. ¡Sí, claro! ¡Tus manos son santas y dan salud!... ¡Benditos los alimentos que preparas tú!... Estaba más tranquilo mi Alfeo después de comer esas peras... respiraba con más suavidad... ¡Pobre marido mío!... - y María aprovecha la oportunidad de la evocación para poder por fin llorar, y salir a llorar.

Quizás es un mal pensamiento mío, pero creo que, sin la pena por los dos que parten, para el "pobre Alfeo" no habría habido ni una lágrima de la consorte, esa noche... María de Alfeo estaba llena de llanto por Juan y Síntica, y por Jesús, Santiago y Judas, que se marchan; tan llena, que abrió una salida al llanto para no ahogarse.

María toma su lugar ahora, pone delicadamente una mano en el hombro de Síntica, que está frente a Jesús, entre Simón y Mateo.

-¡Venga, ánimo, comed! ¿Queréis marcharos añadiendo a mi angustia la de que os habéis marchado casi en ayunas?

-Yo he comido, Madre - dice Síntica mientras levanta su cara cansada y signada por el llanto de varios días. Y luego la baja hacia el hombro en que está la mano de María, y roza la mejilla contra la mano menuda para recibir su terneza. María le acaricia con la otra mano los cabellos y acerca hacia sí la cabeza de Síntica, cuya cara ahora está apoyada en el pecho de María.

-Come, Juan. Te vendrá muy bien. No te puedes enfriar. Tú, Simón de Jonás, te encargarás de darle la leche caliente con miel todas las noches, o, al menos, agua muy caliente con miel. Acuérdate.

-También yo me ocuparé de ello, Madre. Puedes estar segura - dice Síntica.

-Efectivamente, estoy segura. Pero lo harás a partir de que te instales en Antioquía. Por ahora se encargará Simón de Jonás. Y acuérdate, Simón, de darle mucho aceite de oliva. Por eso te he dado esa orza. Cuida de que no se rompa. Y, si le ves más cerrado de respiración, haz como te he dicho con el otro frasco de bálsamo. Tomas la cantidad suficiente para untarle el pecho, la espalda y la parte de los riñones, y lo calientas hasta que lo puedas tocar sin quemarte; luego le untas y le recubres enseguida con esas fajas de lana que te he dado. Lo he preparado concretamente para eso. Tú, Síntica, recuerda su composición. Para volver a hacerlo. Siempre tendrás lirios, alcanfor y díctamo, resinas, claveles, laurel, artemisias y todo lo demás. He oído que Lázaro tiene en Antigonio jardines de esencias.

-Y además magníficos - dice el Zelote, que los ha visto. Y añade: «No doy ningún consejo. Pero digo que para Juan ese lugar debería ser saludable, para el espíritu y para el cuerpo; incluso más que Antioquía. Está protegido del viento. Tiene una brisa ligera que viene de los bosquecillos de árboles de resinas arraigados en las laderas de un pequeño collado que hace de barrera al viento del mar, pero que permite a las sales marinas beneficiosas extenderse hasta allí. Es un lugar sereno, silencioso, y, no obstante, alegre, por las mil flores y los mil pájaros que viven allí en paz... Bueno, bien, vosotros veréis lo que más os hace al caso. ¡Síntica es muy juiciosa! Porque en estas cosas es mejor ponerse en manos de las mujeres. ¿No es verdad?

-Por eso Yo confío a mi Juan al buen juicio y al buen corazón de Síntica - dice Jesús.

-Y yo también - dice Juan de Endor - Yo... yo... yo no tengo ya ninguna energía... y... ya jamás serviré para nada...

-¡Juan, no digas eso! Si el otoño desnuda los árboles, no se puede concluir que no tengan ya vitalidad; al contrario, trabajan, con celada energía, para preparar el triunfo de los próximos frutos. Tú eres lo mismo. Ahora te ves empobrecido por el viento frío de este dolor, pero, en realidad, en lo profundo de ti, trabajas ya para los ministerios nuevos. Tu propio dolor te servirá de acicate para la acción. Estoy segura. Entonces serás tú, siempre tú, el que me ayudarás a mí, que soy una pobre mujer que todavía tiene mucho que aprender para llegar a ser *algo* para Jesús.

-¿Pero qué crees que puedo ser ya? Ya nada tengo que hacer... ¡Estoy acabado!

-No. ¡No está bien decir eso! Sólo el que muere puede decir: "Como hombre estoy acabado". Otro no puede decirlo. ¿Crees que no tienes ya nada que hacer? Todavía te queda lo que un día me dijiste: cumplir el sacrificio. ¿Y cómo, sino con el sufrimiento? Juan, es necio citarte a los sabios a ti, que eres un pedagogo; pero te recuerdo a Gorgias de Leontina (o Leontine). Enseñaba que sólo *con los dolores y sufrimientos se expía en esta vida y en la otra.* Y te recuerdo también a nuestro gran Sócrates: "Desobedecer a quien es superior a nosotros, sea dios u hombre, es un mal y una vergüenza". Ahora bien, si éste era un justo modo de actuar ante una injusta sentencia emanada de hombres injustos, ¿qué no será, ante una orden emanada del Hombre santísimo y de nuestro Dios? Obedecer, por el solo hecho ya de que es obedecer, es una cosa grande; grandísima será, entonces, prestar obediencia a una orden santa que juzgo - y tú conmigo debes juzgarla igual - gran misericordia. Tú siempre dices que tu vida se acerca a su fin, y todavía no sientes haber anulado tu deuda con la Justicia. ¿Por qué no juzgas, entonces, este gran dolor como un medio para anular la deuda, y además para hacerlo en el breve tiempo que te queda? ¡Un gran dolor para conseguir una gran paz! Créeme: vale la pena sufrirlo. Lo único importante en la vida es llegar a la muerte habiendo conquistado la Virtud.

-Me das ánimos, Síntica... Hazlo siempre.

-Lo haré. Lo prometo aquí. Pero tú facilítamelo, como hombre y como cristiano.

La cena ha terminado. María recoge las peras que han quedado, las mete en un recipiente y se las da a Andrés, que sale, para volver luego diciendo:

-Llueve cada vez más. Yo diría que es mejor...

-Sí. Esperar siempre es más angustioso. Voy enseguida a preparar el burro. Venid también vosotros, con los arcones y todo lo demás. Tú también, Porfiria, ¡rápidamente! Eres tan paciente, que te has conquistado al asno y se deja vestir (dice exactamente esto) sin resistirse. Después se encargará Andrés, que te asemeja. ¡Venga, todos fuera!

Y Pedro incita a todos a que salgan de la habitación y de la cocina, excepto a María, a Jesús, a Juan de Endor y a Síntica.

-¡Maestro! ¡Oh, Maestro, ayúdame! ¡Llegó el momento de... sentir que se me desgarra el corazón! ¡Ha llegado, sí, el momento! ¿Por qué, Jesús bueno, no has hecho que muriese aquí, una vez experimentada la congoja de mi condena y hecho el esfuerzo de aceptarla?

Y Juan cae en el pecho de Jesús, llorando angustiosamente.

María y Síntica tratan de calmarlo. María, a pesar de que siempre es tan reservada, lo separa de Jesús, lo abraza y le dice:

-Hijo amado, hijo mío predilecto...

Síntica, entretanto, se arrodilla a los pies de Jesús y dice:

-Bendíceme, conságrame, para quedar fortalecida. Señor, Salvador, Rey, yo, aquí, en presencia de tu Madre, juro y profeso que seguiré tu doctrina y te serviré hasta el último respiro. Juro y profeso que me dedicaré a tu doctrina y a los seguidores de ella, por amor a ti, Maestro y Salvador. Juro y profeso que mi vida no tendrá ninguna otra finalidad, y que todo lo que significa mundo y carne ha muerto definitivamente para mí. Y espero, con la ayuda de Dios y de las oraciones de tu Madre, vencer al Demonio, para que no me arrastre al error y no ser condenada en la hora de tu Juicio. Juro y profeso que no me doblegarán ni las seducciones ni las amenazas y que no tendré memoria lábil, a menos que Dios permita que suceda de otra forma. Pero espero en Él y creo en su bondad, por lo cual estoy segura de que no me dejará a merced de fuerzas oscuras más fuertes que las mías. Consagra a tu sierva, oh Señor, para que se sienta defendida de las insidias de todos los enemigos.

Jesús extiende las manos sobre su cabeza, con las palmas abiertas, como hacen también los sacerdotes, y ora por ella.

María lleva a Juan al lado de Síntica y le hace arrodillarse, y dice:

-También a él, Hijo mío, para que te sirva con santidad y paz.

Y Jesús repite el acto sobre la cabeza inclinada del pobre Juan. Luego lo levanta y hace levantarse a Síntica, pone las manos de ellos en las de María, y dice:

-Que sea ella la última que os acaricia, aquí – y sale rápidamente para ir no sé a dónde.

-¡Madre, adiós! ¡No olvidaré nunca estos días! - gime Juan.

-Yo tampoco te olvidaré, amado hijo.

-Igual yo, Madre... Adiós. Déjame besarte una vez más... ¡Después de tantos años, me había saciado de besos maternos!... Pero ahora ya no... - Síntica llora en los brazos de María, que la besa.

Juan da rienda suelta a su llanto. María lo abraza también a él; ahora tiene - verdadera Madre de los cristianos - a los dos entre sus brazos, y toca apenas, con sus labios purísimos, la mejilla rugosa de Juan: un beso pudoroso, pero amorosísimo. Con el beso queda el llanto de la Virgen en la flaca mejilla...

Entra Pedro:

-Está preparado. Venga, vamos... - y no dice nada más, porque está emocionado.

Margziam, que sigue a su padre como la sombra al cuerpo, se echa al cuello de Síntica y la besa; luego abraza a Juan y lo besa, lo besa... Pero llora también él.

Salen: María, llevando de la mano a Síntica; Marziam de la mano de Juan.

-Nuestros mantos... - dice entre lágrimas Síntica, y hace ademán de entrar en las habitaciones.

-¡Están aquí, están aquí! ¡Tomad, rápido!... - Pedro se muestra rudo para no dejar ver su emoción; pero, detrás de los dos que ahora se arropan en sus mantos se enjuga las lágrimas con el dorso de la mano...

A1 otro lado del seto, el farolillo trémulo del carro dibuja un cerco amarillo en el ambiente oscuro... Se oye el susurro de la lluvia entre el ramaje de los olivos, y su choque contra el pilón rebosante de agua... Una paloma, despertada por la luz de las lámparas que llevan los apóstoles amparadas bajo los mantos, bajas, para iluminar los senderos llenos de charcos, zurea quejumbrosamente...

Jesús ya está al pie del carrito, sobre el cual ha sido extendida como techo una manta.

-¡Venga, venga, que llueve recio - incita Pedro. Y, mientras Santiago de Zebedeo sustituye a Porfiria en los ramales, él, sin muchas ceremonias, levanta del suelo a Síntica y la pone en el carro, y, todavía más expeditivamente, agarra a Juan de Endor y lo mete encima del carro; sube él, y da un fustazo tan enérgico al pobre burro, que éste, casi llevándose por delante a Santiago, empieza a correr inmediatamente. Y Pedro insiste hasta que llegan al camino propiamente dicho, bastante lejos de las casas... Un último grito de despedida sigue a los que parten, que lloran inconteniblemente...

Pedro para luego al burro fuera de Nazaret, para esperar a Jesús y a los demás, que no tardan en darles alcance caminando ligeros bajo la lluvia que arrecia.

Toman un camino entre las huertas, para ir de nuevo hacia el norte de la ciudad sin cruzarla. Pero Nazaret está oscuro y duerme bajo el agua gélida de la noche de invierno... y creo que ni los que están despiertos oyen el chocar de los cascos del asno, poco perceptibles contra el suelo de tierra empapado...

La comitiva avanza con el máximo silencio. Sólo se oyen los sollozos de los dos discípulos, mezclados con el rumor de la lluvia entre las frondas de los olivares.

## El viaje hacia Yiftael y las reflexiones de Juan de Endor

Debe haber llovido toda la noche. Pero con el alba ha venido un viento seco que ha repelido las nubes hacia el sur, más allá de las colinas de Nazaret. Por ello, un tímido sol invernal se atreve a asomarse y a encender con su rayo un diamante en cada hoja de los olivos; mas es vestido de gala que pronto pierden, porque el viento agita sus frondas y las desnuda, y parecen llorar esquirlas de diamante que se desvanecen entre la hierba aljofarada o en el camino lodoso.

Pedro, con la ayuda de Santiago y Andrés, prepara carro y burro. No se ve a los otros todavía. Luego salen uno tras otro quizás de una cocina (porque dicen a los tres que ya estaban fuera:

-Id ahora vosotros a tomar algo - y los tres entran, para salir poco después, esta vez con Jesús.

-He vuelto a poner la cubierta, por el viento - explica Pedro. Si estás decidido a ir a Yiftael, tendremos de frente el viento... y punza. No comprendo por qué no cogemos el camino que va a Sicaminón, luego el del litoral... Es más largo, pero menos escabroso. ¿Has oído lo que decía ese pastor al que he logrado tirar de la lengua? Ha dicho: "Yotapata, durante los meses de invierno, queda aislada. Sólo hay un camino para llegar a ella. Y no se va con corderos, no... No se debe llevar nada en las espaldas, porque hay pasos que se salvan más con las manos que con los pies... Y los corderos no pueden nadar... Hay dos ríos, llenos muchas veces, y hasta el propio camino es un torrente que corre por un fondo de rocas. Yo voy allí después de los Tabernáculos, y en plena primavera, y vendo bien, porque entonces la gente se aprovisiona para meses". Eso ha dicho... Y nosotros... con este cacharro... (y da una patada a la rueda del carrito)... y con este burro... ¡Mmmm!...

-El camino que va de Sefori a Sicaminón era mejor. Pero lo utiliza mucha gente... Recuerda que conviene no dejar rastro de Juan...

-El Maestro tiene razón. Podríamos encontrar incluso a Isaac con otros discípulos... ¡Y en Sicaminón ya no digamos!... - observa el Zelote.

-Pues nada... vamos...

-Voy a llamar a esos dos... - dice Andrés.

Y mientras Andrés hace esto Jesús se despide de una anciana y de un niño, que salen de un aprisco con unos cubos de leche. Llegan también unos pastores, barbados. Jesús les agradece la hospitalidad ofrecida en la noche de lluvia.

Juan y Síntica ya están en el carro, que ahora, guiado por Pedro, emboca el camino. Jesús acelera el paso para seguirlo; a su lado el Zelote y Mateo; detrás de Él, Andrés, Santiago, Juan y los dos hijos de Alfeo.

El viento corta la cara e hincha los mantos. La cobertura extendida sobre los arcos del carro cruje como una vela, a pesar de que la lluvia de la noche la haya hecho más pesada.

-¡Bueno, hombre, pues se secará pronto! - susurra Pedro mirándola - ¡Basta con que a este pobre hombre no se le sequen los pulmones!... Espera, Simón de Jonás... Se hace así - Y para el burro, se quita el manto, sube al carro y arropa muy bien a Juan.

-¿Pero por qué? Ya tengo el mío...

-Porque yo, tirando del asno, tengo ya tanto calor como si estuviera en un horno de pan. Y además estoy habituado a estar desnudo en la barca, y cuanto más tormenta más desnudo. El frío es para mí un acicate y me hace más ágil. ¡Venga, arrópate bien! María me ha dado en Nazaret tantas recomendaciones, tantas, que, si te pones malo, no voy a poder presentarme a ella jamás...

Baja del carro y coge otra vez los ramales e incita al asno para que camine. Pero pronto debe pedir ayuda a su hermano y a Santiago, para ayudar al burro a salir de un sitio cenagoso en que se ha hundido la rueda. Y así van, empujando por turnos el carro para facilitar la labor al burro, que hinca sus robustas patas en el fango y tira - ¡pobre animal! -, resoplando afanoso y espurreando ávido (es que Pedro lo estimula a caminar ofreciéndole unos pedazos de pan y unos tronchos de manzana, que le concede sólo cuando hacen un alto en el camino).

-Eres un engañador, Simón de Jonás - dice bromeando Mateo, que observa la maniobra.

-No. Aplico con dulzura al animal a su deber. Si no hiciera esto, tendría que usar la tralla, y eso me duele. Si no pego a la barca cuando hace caprichos, y es de madera, ¿por qué debería pegar a éste, que es de carne? Ahora mi barca es éste... está en el agua... ¡vaya que si está en el agua! Por tanto, lo trato como a la barca. ¡Yo no soy Doras, eh! ¿Sabéis que quería llamarlo Doras, antes de comprarlo? Pero luego oí su nombre y me gustó. Se lo he dejado...

-¿Cómo se llama? - preguntan curiosos.

-¡Adivinad! - y Pedro se ríe bajo su barba.

Salen los más extraños nombres, y los de los más cafres fariseos o saduceos, etc. etc. Pero Pedro siempre menea su cabeza... Se dan por vencidos.

-¡Se llama Antonio! ¿No es un nombre bonito? ¡Ese maldito romano! ¡Se ve que el griego que me lo vendió también tenía sus resentimientos contra Antonio!

Todos ríen, mientras Juan de Endor explica:

-Será uno de los que obtuvo la libertad previo pago de una talla, después de la muerte de César. ¿Es viejo?

-Tendrá setenta años... y debe haber hecho todos los tipos de trabajos... Ahora tiene un hospedaje en Tiberíades...

Llegan al trivio de Sefori con el camino de Nazaret Tolemaida. Nazaret-Sicaminón, Nazaret-Jotapata (hago la observación de que la J la pronuncian como una "ye" muy sonora). El hito consular tiene escritas las tres indicaciones de Tolemaida, Sicaminón y Yotapata.

-¿Entramos en Sefori, Maestro?

-Es inútil. Vamos a Yiftael. Sin detenernos. Comeremos mientras andamos. Es preciso estar allí antes de que anochezca.

Marchan y marchan, atravesando dos torrentillos bien cargados, afrontando las primeras pendientes de un sistema de montes en dirección norte-sur, pero que forman al norte un nudo escabroso que luego se resuelve hacia el este.

-Allí está Yiftael - dice Jesús.

-No veo nada - observa Pedro.

-Está a septentrión. Por la parte nuestra hay pendientes a pico, y lo mismo a oriente y a poniente.

-De modo que hay que rodear todo aquel monte, ¿no?

-No. Hay un camino junto al monte más alto, al pie de él, en el valle. Acorta mucho, aunque es un camino muy empinado.

-¿Has estado allí alguna vez?

-No. Pero lo sé.

¡Verdaderamente es un camino empinado! Tanto que, llegados a él se sienten desfallecer: parece como si uno, de tanto como se reduce la luz en el fondo de este valle, tan horrendo y escarpado que me hace pensar en las dantescas simas del octavo círculo, descendiera veloz al encuentro de la noche. Es un camino verdaderamente ahondado en el volumen rocoso; tan lleno de desniveles, que está dispuesto casi en escalones; un camino estrecho, agreste, encajado entre un torrente rabioso y una pendiente aún más rabiosa, que continúa, con empinada subida, hacia el norte.

La luz aumenta a medida que se sube, pero, como contrapartida, aumenta también el cansancio; tanto que aligeran de los talegos personales el carro, y baja también Síntica para que el carrito vaya lo más ligero posible. Juan de Endor, que después de aquellas pocas palabras no había vuelto a abrir la boca sino para toser, querría bajarse también. No se lo conceden, así que se queda donde estaba, mientras todos empujan el carro y tiran del asno, y sudan cada vez que hay un desnivel. Pero ninguno se queja. A1 contrario, todos tratan de mostrarse satisfechos del ejercicio para no humillar a los dos por los que lo hacen (los cuales ya más de una vez han expresado su pesar por este esfuerzo).

El camino hace un ángulo recto, y luego otro ángulo, más corto, que termina en una ciudad acoclada en lo alto de una ladera, o empinada que, como dice Juan de Zebedeo, da la impresión de que vaya a deslizarse hacia abajo con sus casas.

-Sin embargo, es muy sólida. Todo un bloque con la roca.

-Como Ramot entonces... - dice Síntica recordándose.

-Más todavía. Aquí la roca es parte de las casas, no sólo base de ellas. Recuerda más a Gamala. ¿Os acordáis?

-Sí, y también de aquellos cerdos... - dice Andrés.

-De allí justamente partimos para Tariquea, el Tabor y Endor...- recuerda Simón Zelote.

-Estoy destinado a daros recuerdos penosos y grandes trabajos... - suspira Juan de Endor.

-¡De ninguna manera! Tú nos has dado una amistad fiel. Nada más, amigo - dice impetuosamente Judas de Alfeo. Y todos se unen a él para confirmar más claramente.

-De todas formas... alguno no me ha amado... Ninguno me lo dice... Pero yo sé meditar, sé reunir en un solo cuadro los hechos diseminados. Esta partida, no, no estaba prevista, y la decisión no es espontánea...

-¿Por qué hablas así, Juan? - pregunta dulcemente afligido Jesús.

-Porque es verdad. Alguno no me ha aceptado. He sido elegido yo, no otros, ni siquiera los grandes discípulos, para ir lejos.

-¿Y entonces Síntica? - pregunta Santiago de Alfeo entristecido por esta luz que viene a la mente del hombre de Endor.

-Síntica viene para no trasladarme a mí solo... para celarme compasivamente la verdad...

-¡No, Juan!...

-Sí, Maestro. Fíjate, podría hasta decirte el nombre de mi torturador. ¿Sabes dónde lo leo? ¡Me basta mirar a estas ocho personas buenas para leerlo! ¡Me basta reflexionar en la ausencia de los otros para leerlo! El hombre por quien Tú me encontraste es el mismo que quisiera que Belcebú me encontrara. Y me ha conducido a este momento - y a ti también, Maestro, porque Tú también sufres come yo, o quizás más que yo - y me ha conducido a este momento para hacerme caer de nuevo en la desesperación y en el odio. Porque es malo, es cruel, es envidioso... y más cosas. El alma oscura en medio de tus siervos luminosísimos es Judas de Keriot...

-No hables así, Juan. No falta sólo él. Todos, excepto el Zelote, que no tiene familia, faltaron durante las Encenias. De Keriot, y menos aún en este período, no se viene en pocas etapas. Son casi doscientas millas de camino. Y era justo que fuera a casa de su madre, como Tomás. También he prescindido de Natanael, porque es anciano, y de Felipe, para que acompañara a Natanael...

-Sí. Faltan otros tres. Pero... ¡Oh, Jesús bueno!... Tú conoces los corazones porque eres el Santo. Pero no eres el único que los conoce También los perversos conocen a los perversos, porque se reconocen en ellos. Yo fui perverso, y me he visto de nuevo, en mis peores instintos, en Judas. De todas formas, lo perdono. Solamente por una cosa le perdono el que me mande a morir tan lejos: porque precisamente por él vine a ti. Y que Dios le perdone todo lo demás... todo lo demás.

Jesús no intenta rebatir... Calla. Los apóstoles se miran unos a otros mientras a fuerza de brazos empujan al carro por el camino resbaladizo.

Está ya cerca la noche cuando llegan a la ciudad. Allí, desconocidos entre desconocidos, se alojan en una posada construida en el extremo sur del pueblo, el extremo sur: un risco, cuya pared está tan cortada a pico y es tan profunda, que lanzar hacia abajo la mirada por ella hace venir vértigo; mientras en el fondo - ruido, sólo ruido, en la sombra de pez que ya viste al valle - ruge un torrente.

## Jesús se despide de Juan de Endor y de Síntica

A1 día siguiente, perseguidos por un tiempo lluvioso y frío que dificulta la marcha, reanudan el viaje por el mismo camino (el único, por lo demás, de este pueblo que parece un nido de águila en la cima de un pico solitario).

Tiene que bajar del carro también Juan de Endor, porque el camino cuesta abajo es todavía más peligroso que cuesta arriba, y, aunque el burro por sí solo no correría peligro, el peso del carro, fuertemente empujado hacia adelante por el desnivel, hace que el pobre animal vaya muy mal. Como van también mal sus conductores, que hoy tienen que sudar no ya para empujar sino para retener el vehículo, que podría despeñarse, provocando alguna desgracia o, por lo menos, pérdida de la carga. El camino es, así, horrible hasta llegar a un tercio, aproximadamente, de su longitud (el último tercio respecto al valle). Y se bifurca: un ramal, más cómodo y llano, va hacia el oeste.

Se paran a descansar y se secan el sudor. Pedro premia al borrico, que tiembla todo, de jadeo, y que sacude las orejas resoplando, ciertamente absorto en una profunda meditación sobre la dolorosa condición de los asnos y sobre los caprichos de los hombres que escogen estos caminos. A1 menos también Simón de Jonás atribuye a estas consideraciones la expresión pensativa del animal, y, para subirle los ánimos, le cuelga al cuello una saca de habas forrajeras, y, mientras el asno quebranta el duro alimento con ávido placer, también los hombres comen pan y queso y beben la leche de que sus odres están llenos.

Termina la comida. Pero Pedro quiere dar de beber a «mi Antonio, que merece los honores más que César» dice. Y va con un cubo que tiene en el carro a coger agua a un torrente que discurre hacia el mar.

-Ahora podemos reanudar la marcha... Iremos incluso al trote, porque pienso que detrás de aquel collado es todo llanura... Pero nosotros no podemos trotar. De todas formas, caminaremos ligero. ¡Venga, Juan y tú, mujer, montad y vamos!

-Yo también subo, Simón, y guío Yo. Todos los demás seguidnos... -dice Jesús en cuanto suben los dos.

-¿Por qué? ¿Te encuentras mal? ¡Estás muy pálido!...

-No, Simón. Quiero hablar a solas con ellos... - y señala a los dos que, como Él, están pálidos también, intuyendo que ha llegado el momento del adiós.

-Ah! Bien. Sube, sube. Nosotros te seguimos.

Jesús se sienta en la tabla que hace de asiento para el conductor y dice:

-Ven aquí a mi lado, Juan. Y tú, Síntica, acércate...

Juan se sienta a la izquierda del Señor. Síntica a sus pies, casi en el borde del carro, de espaldas al camino, con la cara alzada hacia Jesús. Colocada así, sentada sobre los talones, relajada como si soportara un peso agotador, abandonadas las manos en su regazo y unidas para mantenerlas quietas, porque tiemblan, la cara cansada, sus bellísimos ojos de color negro-violeta como empañados por el mucho llanto vertido, bajo la sombra de su velo y su manto - muy cubierta con ambos -, parece una Piedad desolada. ¡Y Juan...! Creo que si al final del camino le esperara el patíbulo estaría menos turbado.

El asno se pone al paso, tan obediente y juicioso que no obliga a Jesús a estrecha vigilancia. Y Jesús aprovecha de ello para abandonar los ramales y coger la mano de Juan y poner la otra en la cabeza de Síntica.

-Hijos míos, os agradezco toda la alegría que me habéis procurado. Este año ha estado para mí tachonado de flores de alegría, porque he podido tomar vuestras almas y ponérmelas delante, para no ver las cosas feas del mundo, y perfumarme el aire viciado por el pecado del mundo e infundirme dulzura y confirmarme en la esperanza de que mi misión no es inútil. Margziam, tú, Juan mío, Hermasteo, tú, Síntica, y María de Lázaro, y Alejandro Misax, y otros más... Las flores triunfales del Salvador, al que sólo sienten como tal los rectos de corazón... ¿Por qué meneas la cabeza, Juan?

-Porque eres bueno y me pones entre los rectos de corazón. Per$^{o}$ yo siempre tengo en mi pensamiento mi pecado...

-Tu pecado es el fruto de una carne azuzada por dos malvados. Tu rectitud de corazón es el substrato de tuyo honesto, deseoso de cosas honestas, desgraciado porque estas cosas te fueron arrebatadas por la muerte o la maldad, mas no por ello menos vivo aun bajo el cúmulo de tanto dolor. Fue suficiente que la voz del Salvador se filtrara en las profundidades donde tu yo se marchitaba, para que saltaras y te pusieras en pie, liberándote de todo peso, para venir a mí. ¿No es así? Pues entonces eres recto de corazón; mucho, mucho más recto que otros que no tienen tu pecado, pero que tienen otros mucho peores, que son pecados meditados y conservados vivos obstinadamente... Benditos seáis, pues, vosotros, mis flores de mi triunfo de Salvador en este mundo, tardo en comprender y enemigo, que da de beber amargura y aversión al Salvador, habéis representado el amor. ¡Gracias! En las horas más penosas que he vivido este año, os he tenido presentes para recibir de vosotros consuelo y apoyo; en las horas más penosas que viviré, os tendré todavía más presentes. Hasta la muerte. Y estaréis conmigo eternamente. Os lo prometo.

Os confío mis más estimados intereses, o sea, la preparación de mi Iglesia de Asia Menor. Allí no puedo ir porque aquí, en Palestina, está mi lugar de misión, y porque la mentalidad reaccionaria de los importantes de Israel me perjudicaría con todos los medios si fuera a otro lugar distinto. ¡Ya quisiera tener otros Juanes y otras Sínticas para otros países, de modo que mis apóstoles encontraran arada la tierra para esparcir la semilla en la hora que ha de llegar!

Sed dulces y pacientes, y al mismo tiempo fuertes para penetrar y soportar. Encontraréis cerrazón y escarnio. No os descorazonéis por ello. Pensad esto: "Comemos el mismo pan y bebemos el mismo cáliz que bebe nuestro Jesús". No sois más que vuestro Maestro y no podéis pretender mejor suerte que la suya. La mejor suerte es ésta: compartir lo que es del Maestro.

Doy una sola orden: que no os desaniméis, que no pretendáis daros una respuesta acerca de esta lejanía, que no es un destierro como quiere pensar Juan, sino que es, antes al contrario, un poneros a las pue$^{r}$tas de la Patria antes que a todos los demás, como a siervos más formados que ningún otro. El Cielo desciende para vosotros, como materno velo, y el Rey de los Cielos ya os acoge en su seno, os protege bajo sus alas de luz y amor, como a los primogénitos de la inconmensurable nidada de los siervos de Dios, del Verbo de Dios, que en nombre del Padre y del eterno Espíritu os bendice para ahora y para siempre.

Y orad por mí, el Hijo del hombre que se está acercando a todas sus torturas de Redentor. ¡Oh, verdaderamente mi Humanidad está para conocer todas las más amargas experiencias, que van a triturarla!... Orad por mí. Tendré necesidad de vuestras oraciones...

*("Orad, por mí"…Para evitar malas interpretaciones, explico: Orar es acordarse de un ser, bien Dios, bien sea el prójimo. Acordarse de uno quiere decir amarlo, Jesús tenía deseos de amor y consuelo por todo el odio que lo rodeaba. También ahora, tiene deseos de que los hombres se acuerden de orar porque el mundo lo ame para obtener salud. Tendré necesidad de vuestras oraciones: necesidad no como puede tenerla un hombre cualquiera para sus más variadas necesidades, sino para sentir en su espíritu el consuelo del amor de sus discípulos, expresado con la oración, "a Él" y "para El".*

*Estas dos observaciones de María Valtorta pueden valer también para otros pasos de la Obra en que Jesús pide amor y oración para Él)*

Serán caricias... Serán profesiones de amor... Serán ayudas, para no llegar a decir: "La Humanidad está hecha sólo de demonios"...

-¡Adiós, Juan! Vamos a darnos el beso del adiós... No llores de ese modo... Aun a costa de arrancarme jirones de carne, te habría tenido conmigo, si no hubiera visto todo el bien que esta separación producirá para ti y para mí. Eterno bien...

Adiós, Síntica. Sí, besa si quieres mis manos, pero piensa que si la diversidad de sexo me veda besarte como a una hermana, a tu alma sí le doy mi beso fraterno...

Y esperadme, con vuestro espíritu. Iré. Me tendréis cerca de vuestros trabajos y de vuestras almas. Sí, porque, si bien el amor por el hombre ha encerrado mi naturaleza divina en carne mortal, no ha podido limitar su libertad. Libre soy de ir, como Dios, a quien merece tener consigo a Dios.

Adiós, hijos míos. El Señor está con vosotros...

Y se deshace del abrazo convulso de Juan, que circunda con fuerza sus espaldas, y de Síntica, que se ha agarrado a sus rodillas; y salta del carro, hace un gesto de saludo a sus apóstoles, y se echa a correr por el camino ya recorrido, rápido como ciervo perseguido. E1 asno, al sentir caer del todo los ramales que antes estaban encima de las rodillas de Jesús, se ha parado; y también, atónitos, los ocho apóstoles, mirando al Maestro que se aleja cada vez más.

-Lloraba... -susurra Juan.

-Y estaba pálido como un muerto... - dice en voz baja Santiago de Alfeo.

-Ni siquiera ha tomado su talego... Ahí está en el carro... - observa el otro Santiago.

-¿Y ahora cómo se las va a componer? - se pregunta Mateo.

Judas de Alfeo lanza toda su poderosa voz:

-¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!...

Pero un recodo del camino absorbe dentro del verde de sus plantas al Maestro, sin que Él se vuelva siquiera a mirar quién lo llama...

-Se ha marchado... Lo único que podemos hacer es ponernos en marcha también nosotros... - dice Pedro desolado mientras monta en el carro y coge los ramales para arrear al burro.

Y el carro se pone en camino, con su chirrido, acompañado del rítmico sonido de los cascos herrados y del angustioso llanto de los dos, que, abatidos en el fondo del carro, gimen:

-No lo volveremos a ver: Nunca, nunca...

## 317

## La oración de Jesús por la salvación de Judas Iscariote

Jesús está de nuevo al pie del macizo sobre el que se alza Yiftael. No en la calzada - llamémosla así - o camino de herradura recorrido antes con el carro, sino en una senda, tan empinada, que se diría ser para cabras monteses, toda formada de grandes lascas, toda ella grietas profundas, pegada contra el monte, yo diría que excavada en la pared vertical del monte, como si éste hubiera sido rayado por una enorme uñarada. La limita un tajo que se abre a pico a nuevas profundidades, en cuyo fondo espuma rabioso un torrente.

Pisar en falso ahí significa despeñarse sin esperanza, rebotando de una mata a otra, matas de zarzas y de otras plantas agrestes, nacidas no sé cómo entre las fisuras de la roqueda y sin la disposición vertical propia de las plantas, sino oblicua, o incluso horizontal, porque a ello las constriñe su lugar de arraigamiento. Pisar en falso ahí significa la laceración a causa de todos los peines espinosos de estas plantas; quedar deslomado por los golpes contra los troncos rígidos que se asoman hacia el abismo. Pisar en falso ahí significa desgarraduras con las piedras aguzadas que sobresalen de las paredes del tajo. Pisar en falso ahí significa llegar sangrando y quebrantado a las aguas espumosas del rabioso torrente, y ahogarse, y yacer sumergido en un lecho de escollos puntiagudos, a merced de los ramalazos de las violentas aguas. Mas, a pesar de ello, Jesús recorre este sendero, este arañazo en roca, más peligroso aún por la humedad que sube del torrente, evaporándose; que rezuma de la pared superior; que gotea de las plantas nacidas en esta pared superior vertical (yo diría casi levemente cóncava).

Va lentamente, estudiando dónde pone el pie sobre las aguzadas piedras, algunas removidas. A veces, el sendero se estrecha tanto que se ve obligado a apretarse contra la pared. Para pasar puntos sobremanera peligrosos, debe agarrarse a las ramas colgantes de la pared. Rodea así el lado oeste y llega al lado sur, que es el lado en que el monte, después de un descenso a plomada desde la cima, se hace más cóncavo, y da más respiro en anchura al sendero, aunque se lo quita en altura: tanto que, en ciertos puntos, Jesús tiene que caminar agachado para no golpear la cabeza contra las rocas.

Quizás tiene intención de detenerse al llegar a un lugar en que el sendero termina bruscamente como por rocas desprendidas. Pero observa, y ve que hay debajo una caverna - más que una caverna una grieta del monte -, y desciende a ella por entre las rocas caídas. Entra. Una grieta al principio; dentro, una amplia gruta (como si el monte hubiera sido excavado mucho tiempo atrás a golpe de pico, no sé con qué finalidad). Se ve claramente dónde se han asociado a las curvas naturales de la roca las producidas por los hombres, 1os cuales, en el lado opuesto a la hendidura de entrada, abrieron con una estrecha galería, en cuyo fondo hay una franja de luz y una lejana vista de bosques que indican que la galería penetra de sur a este cortando el espolón del monte.

Jesús se mete por esa galería semioscura y estrecha, y la recorre hasta llegar a la abertura, situada por encima del camino que sigue con los apóstoles y el carro para subir a Yiftael. Los montes que rodean el lago de Galilea están frente a Él, allende el valle; en dirección nordeste resplandece el gran Hermón vestido de nieve. Hay, excavada en la ladera del monte - aquí no tan vertical, ni hacia arriba ni hacia abajo -, una escalerita primitiva que conduce al camino de herradura del valle y también a la cima donde está Yiftael.

Jesús se muestra satisfecho de su exploración. Vuelve para atrás al interior de la vasta caverna, y busca un sitio resguardado. Allí amontona hojarasca que el viento ha empujado hacia dentro del antro: una bien mísera yacija, un velo de hojas secas entre su cuerpo y el suelo desnudo y gélido... Se deja caer encima, y se queda así, inmóvil, extendido, con las manos debajo de la cabeza, los ojos fijos en la bóveda rocosa, absorto, yo diría aturdido, como quien hubiera soportado un esfuerzo o un dolor superior a sus fuerzas.

Luego, lágrimas lentas, sin sollozos, empiezan a descender de sus ojos, y caen a ambos lados de la cara para perderse entre sus cabellos, hacia las orejas, y terminar ciertamente entre la hojarasca... Llora así, largamente, y sin decir nada ni hacer ningún movimiento… Luego se sienta y con la cabeza entre las rodillas, alzadas y ceñidas con sus manos entrelazadas, llama, con toda su alma, a su lejana Madre:

-¡Madre! ¡Madre! ¡Madre mía! ¡Mi eterna dulzura! ¡Oh, Mamá, cuánto quisiera tenerte a mi lado! ¿Por qué no te tengo siempre, único consuelo de Dios?

Solamente la gruta hueca responde a sus palabras, a sus sollozos, con un susurro de imperfecto eco; y parece que ella misma llore y solloce también, con sus salientes, sus rocas, y las pocas y todavía pequeñas estalactitas que en un ángulo penden (quizás el más sujeto a labor de aguas internas).

E1 llanto de Jesús continúa, aunque ahora más tranquilo - como si el simple hecho de haber invocado a su Madre lo hubiera consolado, y, lentamente, se transforma en un monólogo.

-Han partido... ¿Y por qué? ¿Y por quién? ¿Por qué he tenido que dar este dolor, y a mí mismo también, si ya el mundo me llena de dolor mis jornadas?... ¡Judas!...

¿Quién sabrá a dónde vuela ahora el pensamiento de Jesús, que levanta la cabeza de las rodillas y mira hacia adelante con ojos dilatados y el rostro tenso propio de quien está absorto en espectáculos espirituales futuros o en gran meditación! Ya no llora, pero sufre visiblemente. Luego parece responder a un interlocutor invisible. Para hacerlo se yergue en pie.

-Soy hombre, Padre. Soy el Hombre. La virtud de la amistad, herida y arrancada de mí, se lamenta y se retuerce dolorosamente... Sé que debo sufrir todo. Lo sé. Como Dios, lo sé, y, como Dios, lo quiero por el bien del mundo. También como hombre lo sé, porque mi espíritu divino lo comunica a mi humanidad. Y también como hombre *lo quiero,* por el bien del mundo. ¡Pero, qué dolor, oh Padre mío! Esta hora es mucho más penosa que la que viví con mi espíritu y el tuyo en el desierto... Y es mucho más fuerte la tentación presente de no amar y no soportar a mi lado a ese ser legamoso y tortuoso que tiene por nombre Judas, causa del mucho dolor que hasta la saciedad como y bebo y que tortura las almas a las que Yo había dado paz.

(*"Y es mucho más fuerte la tentación presente..." María Valtorta comenta esta expresión con la siguiente nota autógrafa en una copia mecanografiada*: *Lucha entre las dos naturalezas unidas en Cristo. Como Dios, no podía sino amar. Como Hombre, no podía no sentir rechazo por el falso discípulo. Aviándose hacia la meta de su misión redentora, ad-vertía la preparación a ese abandono paterno que sería total en las horas de la Pasión. El gran Solitario y gran Desconocido, como era el Verbo encarnada, venido a vivir en medio de los hombres, se sintió siempre "solo y desconocido". Sólo su Madre lo conoció verdaderamente y fue su perfecta compañera. En los demás, a medida que iba acercándose la hora redentora, iba aumentando la incomprensión, el odio o el abandono. La pasión incruenta, pero pasión al cabo. Y, respecto a la oración que sigue, aproximadamente una página después, María Valtorta hace esta observación: Que no sorprenda a los supercríticos esta oración al Padre. Es evangelio que Cristo fue tentado "como Hombre" en el desierto y que sufrió hasta sudar sangre en su lucha de Hombre, puro hombre, ya no sostenido por la Divinidad, en el Getsemaní, en la noche del Jueves Santo. Ésta es otra de sus horas de "auténtico" Hombre, de totalmente hombre, sujeto al amor y al dolor humanos, en Él perfectos porque era perfecto entre todos los hombres)*

-Padre, siento que te vas haciendo riguroso con tu Hijo a medida que me voy acercando al final de esta expiación mía por el género humano. Se va alejando de mí cada vez más tu suavidad, y aparece severo tu rostro a mi espíritu, que cada vez se ve más apartado hacia las profundidades, donde la humanidad, padeciendo tu castigo, gime desde milenios. Me era suave el sufrimiento; suave el camino al principio de la existencia; suave, también, cuando, de hijo del carpintero, pasé a ser Maestro del mundo, arrancándome de una Madre para darte a ti, Padre, al hombre caído. Me fue suave también, respecto a este momento, la lucha con el Enemigo en la Tentación del desierto. La afronté con el ardimiento del héroe que cuenta con todas sus fuerzas... ¡Oh, Padre mío!... que ahora mis fuerzas están debilitadas por la falta de amor de demasiados y el conocimiento de demasiadas cosas...

Yo sabía que Satanás, una vez terminada la tentación, se marcharía; y así fue. Y los ángeles vinieron a consolar de ser hombre al Hijo tuyo, de ser objeto de la tentación del Demonio. Pero ahora no cesará, una vez pasada la hora en que e1 Amigo sufre por los amigos enviados a un país lejano, y por el amigo perjuro que lo perjudica de cerca y de lejos. No cesará. No vendrán tus ángeles a consolarme en este momento, ni pasado este momento. Antes al contrario, vendrá el mundo con todo su odio, su

burla, su incomprensión; vendrá y estará cada vez más cerca y será cada vez más tortuoso y legamoso el perjuro, el traidor, el vendido a Satanás. ¡Padre!...

Es verdaderamente un grito de congoja, de espanto, de invocación; y Jesús se estremece y me trae a la mente la hora del Getsemaní.

¡Padre! Lo sé. Lo veo... Mientras Yo aquí sufro y seguiré sufriendo, y te ofrezco mi sufrimiento por su conversión y por los que me han sido arrebatados de mis brazos y están marchando a su destino con el corazón traspasado, él se está vendiendo para ser mayor que Yo. ¡El Hijo del hombre!

¿Soy Yo, no es verdad, el Hijo del hombre? Sí. Pero no soy el único que lo es. La Humanidad, la Eva fecunda ha generado a sus hijos, si Yo soy Abel, el Inocente, no falta Caín entre la prole de la Humanidad. Y, si soy el Primogénito, porque soy como habrían debido ser los hijos del hombre, sin mancha ante tus ojos, él, el engendrado en pecado, es el primero de lo que vinieron a ser después de que mordieron el fruto envenenado. Ahora, no contento con tener dentro de los fómites repugnantes y blasfemos de la mentira, la anticaridad, la sed de sangre, la avidez de dinero, la soberbia y la lujuria, se hace como el demonio para ser - hombre que podía hacerse ángel - el hombre que se convierte en demonio... "Y Lucifer quiso ser como Dios; por ello, fue expulsado del Paraíso, y, transformado en demonio, habitó el Infierno."

¡Pero, Padre! ¡Oh, Padre mío! Yo lo amo... lo amo todavía. Es un hombre... Es uno de aquellos por quienes te dejé... Por mi humillación, sálvalo... ¡concédeme redimirlo, Señor Altísimo! ¡Sé que es incongruente lo que pido, Yo, que conozco todo cuanto existe!... Pero, Padre mío, no veas en mí por un instante a tu Verbo. Contempla sólo mi humanidad de Justo... y deja que Yo, por un instante, pueda ser sólo "el Hombre" en gracia tuya, el Hombre que no conoce el futuro, que puede forjarse ilusiones... el Hombre que, no conociendo el ineluctable sino, puede orar, con esperanza absoluta, para arrancar el milagro. ¡Un milagro! ¡Un milagro a Jesús de Nazaret, a Jesús de María de Nazaret, nuestra eterna Amada! ¡Un milagro que viole lo signado y lo anule! ¡La salvación de Judas! Ha vivido a mi lado, ha bebido mis palabras, ha compartido conmigo el alimento, ha dormido sobre mi pecho... ¡No sea él, no, no sea él mi demonio!...

No te pido no ser traicionado... Debe suceder, y sucederá... para que, por mi dolor de ser traicionado, sean anuladas todas las mentiras; por mi dolor de ser vendido, quede expiada toda avaricia; por mi congoja de ser blasfemado, reparadas todas las blasfemias; y, por la congoja de no ser creído, reciban la fe aquellos que no la tienen ahora o en el futuro; para que, por mi tortura, queden purificados todos los pecados de la carne... ¡Pero, te lo ruego: no él, no él, Judas, mi amigo, mi apóstol!

Yo querría que ninguno traicionara... Ninguno... Ni siquiera el más lejano habitante de los hielos hiperbóreos o de los fuegos de la zona tórrida... Yo quisiera que sólo Tú fueras el Sacrificador... como otras veces lo fuiste, quemando los holocaustos con tu fuego... Mas, dado que debo morir a manos del hombre - y más que el verdugo real será verdugo el amigo traidor, el corrompido que portará en sí ese hedor de Satanás que ya está aspirando, buscando ser como Yo en cuanto al poder... así piensa en su orgullo y ansia -, dado que debo morir a manos del hombre, Padre, otorga que no sea e1 Traidor aquel a quien he llamado amigo y he amado como tal.

Multiplica, Padre mío, mis torturas, pero dame el alma de Judas... Pongo esta oración sobre el altar de mi Persona víctima... ¡Padre, acógela!...

¡El Cielo está cerrado y mudo!... ¿Es éste el horror que tendré conmigo hasta la muerte? ¡El Cielo está mudo y cerrado!... ¿Será éste el silencio y la mazmorra en que exhalaré mi espíritu? ¡El Cielo está cerrado y mudo!... ¿Será ésta la suprema tortura del Mártir?...

Padre, hágase tu Voluntad y no la mía... Pero, por mis penas, ¡oh, al menos esto!, por mis penas, da paz e ingenuidad al otro mártir de Judas, a Juan de Endor, Padre mío... Él realmente es mejor que muchos. Ha recorrido un camino como pocos saben ni sabrán. Para él ya se ha cumplido todo de la Redención. Dale, pues, tu paz plena y completa, para que Yo lo tenga en mi Gloria cuando también para mí todo se haya cumplido para honrarte y obedecerte...

¡Padre mío!...

Jesús, lentamente, ha ido arrodillándose. Ahora llora rostro en tierra, ora mientras la luz del breve día invernal muere precoz en el antro oscuro, y el grito del torrente parece ganar voz cuanto más aumenta la sombra en el valle...

## 318

## En barca de Tolemaida a Tiro

La ciudad de Tolemaida da la impresión de que va a ser aplastada por un cielo bajo, de plomo, sin una rendija azul, sin una sola variación en su lóbrego aspecto. No. Ni una nube o un cirro o un nimbo que surquen aislados la capa cerrada del firmamento. Es una única bóveda cóncava y pesada como una tapa que fuera a ser abatida sobre una caja; una enorme tapa de estaño sucio, fuliginoso, opaco, agobiante. Las casas blancas de la ciudad parecen de yeso, un yeso áspero, crudo, desolado, bajo esta luz... y el verde de las plantas siempre verdes parece empañado, triste; los rostros de las personas, lívidos y espectrales; los colores de los vestidos, apagados. La ciudad se ahoga en el cargante siroco.

El mar responde al cielo con su mismo aspecto de muerte. Un mar sin límites, quieto, desierto. No es siquiera plomizo, sería errado definirlo así. Es una extensión ilimitada, diría incluso sin repliegues, de una sustancia oleaginosa, gris como deben ser los lagos de petróleo crudo, o, mejor, si fuera posible, los lagos de una plata mezclada con hollín, con ceniza, para formar una pomada. Tiene un especial brillo de lasca cuarzosa, y, no obstante, se ve tan muerto y paco, que no parece brillar. Su resplandor no se advierte sino con la molestia que sufren los ojos, deslumbrados por este cabrilleo de madreperla negruzca que cansa y no alegra. No se ve ni una sola ola hasta donde alcanza la vista. La mirada llega al horizonte, donde el muerto mar toca el cielo

muerto, sin ver movimiento alguno de ola, aunque, por su subyacente ondeo, apenas sensible en la superficie con el cabrilleo sucio de las aguas, se comprende que no son aguas solidificadas. Tan muerto, que en la orilla las aguas están detenidas como agua de un pilón, sin el más mínimo indicio de ola o resaca. Y la arena está claramente marcada de humedad a poco más de un metro del agua, confesando así que no ha habido movimiento de olas en la orilla desde hace muchas horas. Es la calma chicha absoluta.

Las naves, pocas, que hay en el puerto están completamente inmóviles. Tan inmóviles, que parecen clavadas en una materia sólida. Los pocos paños tendidos en los altos puentes - enseñas o indumentos, no lo sé - penden inmóviles.

Por una callecita del barrio popular del puerto, vienen hacia la marina los apóstoles con los dos que van a Antioquía. No sé qué ha sido del burro y el carro. No están ya. Pedro y Andrés llevan un arcón, Santiago y Juan el otro; Judas de Alfeo, por su parte, se ha liado a los hombros el telar, desmontado; Mateo, Santiago de Alfeo y Simón Zelote van cargados con los talegos de todos, incluido el de Jesús. Síntica lleva en la mano solamente un cesto con comida. Juan de Endor no lleva nada. Caminan deprisa por entre la gente que, en general, regresa de los mercados con las compras, o que, si son gente de mar, se apresura en dirección al puerto, para cargar o descargar las naves, o repararlas, según las necesidades.

Simón de Jonás camina seguro. Debe saber ya a dónde ir porque no mira a los lados. Todo colorado, sujeta de su parte el arcón, por una lazada de la cuerda, puesta como asidero; Andrés, de su parte, hace lo propio. Y se ve, tanto en ellos como en los compañeros Santiago y Juan, el esfuerzo del peso que llevan, porque se les ponen turgentes los músculos de las pantorrillas y de los brazos (y es que, para estar más libres, llevan sólo la prenda de debajo, corta y sin mangas); en todo, semejantes a los mozos de cuerda, que, ágiles, van de los fondaques a las naves, o viceversa, para sus operaciones. Por tanto, pasan completamente desapercibidos.

Pedro no va al muelle grande, sino a otro más pequeño, a través de una pasarela chirriante: es un andén construido en forma de arco, que delimita como un segundo embarcadero, mucho más pequeño, para las barcas de pesca. Mira y da una voz.

Responde un hombre, alzándose del fondo de una barca fuerte y bastante grande.

-¡Estás decidido a zarpar de verdad? Ten en cuenta que la vela hoy no sirve. Tendrás que ir a fuerza de remos.

-Así me caliento y se me abre el apetito.

-¿Pero sabes de verdad navegar?

-¿Pero qué dices, hombre? No sabía decir "mamá" y ya mi padre me había puesto en la mano la sondaleza y las cuerdas de las velas. He amolado con ellas los dientes de leche...

-Es porque... ¿sabes?... esta barca es todo lo que poseo, ¿sabes?...

-Ya desde ayer me lo estás diciendo. ¿No sabes otra canción?

-Lo que sé es que si te vas a pique pierdo todo y...

-¡Yo sí que pierdo todo, que me dejo la piel ahí, no tú!

-Pero esto es mi bien, mi pan, la alegría mía y de mi mujer, y es la dote de mi niña, y...

-¡Uf! ¡Mira, no me pinches más los nervios, que tienen ya un calambre... un calambre... mucho peor que el de los nadadores! Te he dado tanto, que podría decir: "he comprado la barca". No te he regateado lo que me has pedido. Tú eres un barquero largo de uñas, hombre. Te he demostrado que conozco el remo y la vela mejor que tú. Ya todo estaba acordado. Ahora, si la ensalada de puerros que has cenado ayer - que te huele la boca como una sentina - te ha dado una pesadilla y ahora te arrepientes, me importa un bledo. El acuerdo se ha efectuado delante de dos testigos, uno tuyo, otro mío, y es suficiente. Baja de ahí, cangrejo peludo, y déjame entrar.

-Pero yo... al menos una garantía... Si mueres, ¿quién me paga la nave?

-¿La nave? ¿Llamas nave a esta calabaza despulpada? ¡Miserable! ¡Soberbio! De todas formas, te voy a calmar, para que te decidas: te voy a dar otras cien dracmas. Con éstas y con lo que has pedido como alquiler te construyes otros tres topos de éstos... Bueno, no... de dinero nada. Serías capaz incluso de llamarme loco, y luego pedirme más todavía, a la vuelta. ¡Porque vuelvo, eh, puedes estar seguro! A lo mejor para quitarte la barba a tortazos, si me has dado una barca con los fondos defectuosos. Te dejo como seña el burro y el carro... ¡No! ¡Tampoco eso! No dejo en tus manos a mi Antonio. Te creo capaz de cambiar de oficio y pasarte de barquero a carretero, y escaparte en mi ausencia. Mi Antonio vale diez veces lo que tu barca. Mejor te dejo el dinero. Pero ten en cuenta que son como seña, y tú me lo devuelves a mi regreso. ¿Está bien claro? ¡Eh, los de esa nave! ¿Quién es de Tolemaida?

En una nave cercana se asoman tres caras:

-Nosotros.

-Venid aquí...

-No, no, no hace falta. Nos arreglamos entre nosotros - suplica el barquero.

Pedro lo mira indagador, razona para sí, y, viendo que el hombre baja de la barca y se apresura a cargar el telar que Judas había dejado en el suelo, susurra:

-¡Comprendo!

Luego grita a los de la nave:

-¡Ya no hace falta. Quedaos ahí - y extrae de una bolsa pequeña unas monedas, las cuentas, las besa y dice: « ¡Adiós, amigas!» y se las da al barquero.

-¿Por qué las has besado? - pregunta éste extrañado.

-Un... rito. ¡Adiós, ladrón! Arriba, vosotros; tú, al menos, sujeta la barca. Ya las contarás. Verás que están justas. No quiero tenerte como compañero en el infierno, ¡eh! Yo no robo... ¡Aaarriba! ¡Aaarriba!

Y embarca el primer baúl. Luego ayuda a los otros a estibar el suyo, los talegos y todo, equilibrando el peso y colocando los objetos de forma que pueda estar libre para las maniobras; y, después de las cosas, las personas.

-¿Ves como sé, vampiro? Suelta ahora y ve a tu destino.

Y, junto con Andrés, hinca el remo contra el andén para separar la barca.
Una vez tomada la dirección de la corriente, deja el timón a Mateo mientras le dice:
-Bueno, tú, para sacarnos los hígados, venías a pescarnos cuando pescábamos, y sabes llevar el timón pasablemente.
Luego se sienta en la proa, dando la espalda a la proa, en el primer banco, con Andrés a su lado. Frente a él están sentados Santiago y Juan de Zebedeo, que bogan con ritmo regular y poderoso.
La barca avanza - sin tirones, rápida, a pesar de ir bastante cargada - muy cerca del flanco de las naves grandes, desde cuya borda descienden palabras de alabanza por la perfecta boga. Luego, superados los espigones, el mar abierto... Tolemaida, al estar construida a orillas del mar y teniendo su puerto en el sur de la ciudad, desfila toda ante los ojos del grupo que parte. En la barca el silencio es absoluto. Sólo se oyen los chirridos de los remos en los toletes.
Pasado un buen rato, habiendo ya dejado atrás Tolemaida, Pedro dice:
-Pero si hubiera un poco de viento... ¡Pero nada! ¡Ni un hilo!...
-¡Con tal de que no llueva!... - dice Santiago de Zebedeo.
-¡Mmm! Tiene muchas ganas de llover...
Silencio y cansancio de remos durante largo tiempo.
Luego Andrés pregunta:
-¿Por qué has besado las monedas?
-Porque se saluda a quien parte para siempre. No las volveré a ver. Y lo siento. Hubiera preferido dárselas a algún necesitado... ¡Paciencia!... La barca la verdad es que es buena y fuerte y está bien construida. Es la mejor de Tolemaida. Por eso he cedido a las pretensiones de su dueño. También para evitar muchas preguntas sobre el lugar adonde vamos. Por eso le he dicho: "A comprar al Jardín blanco"... ¡Ay, ay, ay, que empieza a llover! Cubríos, vosotros que podéis hacerlo. Tú, Síntica, dale el huevo a Juan. Es la hora... Y a mayor razón porque con un mar así no se revuelve nada en el estómago... ¿Y que me estará haciendo Jesús? ¿Qué estará haciendo? ¡Sin vestidos, sin dinero! ¿Y dónde estará ahora?
-Sin duda, orando por nosotros - responde Juan de Zebedeo.
-Sí, pero ¿dónde?...
Ninguno puede decir dónde. Y la barca da bordadas, con dificultad, pesada, bajo el cielo de plomo, en un mar de betún cinéreo, en medio de un sirimiri fino como niebla y latoso como cosquillas prolongadas. Los montes, que tras una zona de llanura vuelven a arrimarse al mar, se acercan, lívidos en el ambiente neblinoso. El mar, de cerca, sigue produciendo molestia a los ojos con su extraña fosforescencia; más lejos, se pierde en un velo brumoso.
-En aquel pueblo nos detendremos para descansar y comer - dice Pedro, que boga incansablemente. Los demás asienten.
Llegan al pueblo: un pequeño conglomerado de casas de pescadores al abrigo del espolón de un monte que penetra en el mar.
-Aquí no se desembarca. No se toca fondo... - dice Pedro entre dientes - Bien, pues comeremos aquí donde estamos.
Y así es: los bogadores comen con buen apetito; los dos exiliados, sin ganas. La lluvia, alternativamente, sigue o se para.
No se ve a gente en el pueblo; como si estuviera deshabitado. Pero, vuelos de palomas de una casa a otra y ropa tendida en las azoteas dicen que hay gente. En fin, aparece en la orilla un hombre semidesnudo que va hacia una barquita sacada al margen.
-¡Eh! ¡Tú, hombre! ¿Eres pescador? - grita Pedro haciendo embudo con las manos.
-Sí.
El sí llega débil por la distancia.
-¿Qué tiempo hará?
-Mar tendida dentro de poco. Si no eres de aquí, te aconsejo que vayas enseguida más allá del cabo. Allá la ola es más calma, sobre todo si vas bordeando la orilla. Puedes, porque es profundo el mar. Pero ve sin demora...
-Sí. ¡Paz a ti!
-¡Paz y suerte a vosotros!
-Ánimo, entonces - dice Pedro a sus compañeros - Y que Dios esté con nosotros.
-Está ciertamente con nosotros. Jesús ciertamente ora por nosotros - responde Andrés mientras se pone de nuevo a remar.
Pero la ola tendida, en efecto, ya se ha formado, y repele y aspira la pobre barca cada vez que viene; mientras tanto, la lluvia se hace cada vez más tupida... y un viento rítmico se agrega para torturar a los pobres navegantes. Simón de Jonás lo gratifica con todos los más pintorescos epítetos, porque es un viento malo que no puede ser usado para la vela y que trata de empujar a la barca contra los escollos de1 cabo ya cercano. La barca navega con dificultad en la curva de este pequeño golfo, más oscuro que la tinta. Reman, reman, con dificultad, rojos, sudados, apretando los dientes, sin desaprovechar ni una miaja de fuerza en palabras. Los otros, sentados frente a ellos - yo los veo de espaldas - callan, mudos, bajo la tediosa lluvia. Juan y Síntica, en el centro (junto al mástil de la vela); detrás de ellos, los hijos de Alfeo; últimos, Mateo y Simón, que luchan por mantener derecho el timón a cada golpe de ola.
Doblar el cabo es empresa fatigosa. Por fin lo hacen... Los remadores, que deben estar extenuados, pueden gozar de un poco de paz. Se consultan sobre si refugiarse en un pueblecillo de allende el cabo. Pero se impone la idea de que «se debe obedecer al Maestro incluso contra lo sensato. Y Él dijo que se debe llegar a Tiro todo en una jornada». Y continúan...
El mar se calma al improviso. Notan el fenómeno. Alfeo dice:
-El premio de la obediencia.
-Sí, Satanás se ha marchado porque no ha logrado hacernos desobedecer - confirma Pedro.
-De todas formas llegaremos a Tiro de noche. Esto nos ha retrasado mucho... -dice Mateo.

-No importa. Iremos a dormir, y mañana buscaremos la nave - responde Simón Zelote.
-¿Y la encontraremos?
-Jesús lo ha dicho. Por tanto, la encontraremos - dice seguro el Tadeo.
-Podemos izar la vela, hermano - observa Andrés - Ahora hay viento bueno. Iremos raudos.
La vela, efectivamente, se hincha, no mucho, pero lo suficiente como para que sea mucho menos necesario remar; y la barca se desliza, como aligerada, hacia Tiro, cuyo promontorio - mejor: cuyo istmo - albea allá, al norte, con las últimas luces del día.
Y la noche cae rápida. Y parece extraño, después de tanta lobreguez de cielo, ver asomarse las estrellas a través de un imprevisto claro, y titilar resplandecientes los astros de la Osa, mientras el mar se ilumina con los serenos rayos de luna, tan blancos que casi parece rayar el alba, después de un día penoso, sin el intervalo de la noche...
Juan de Zebedeo alza la cabeza al cielo, mira y sonríe, y, al improviso, abre su boca al canto, acompañando el movimiento del remo con la estrofa y ritmando ésta con el remo:

"Ave, Estrella de la Mañana,
Jazmín de la noche,
Luna de oro de mi Cielo,
Madre santa de Jesús.

Espera en ti el navegante,
Te sueña el que sufre y muere,
¡Ilumina, Estrella santa y pía,
a quien te ama, oh María!..."

Canta feliz, a pleno pulmón, con voz de tenor.
-¿Pero qué haces? Estamos hablando de Jesús ¿y tú hablas de María? - pregunta su hermano.
-Él está en Ella y Ella en Él. Pero si Él está aquí es porque ha estado antes Ella... Déjame cantar...
Y pone ahínco y arrastra a los demás...
Llegan así a Tiro. La arribada es cómoda en el puertecito más pequeño, el que está al sur del istmo, velado por lámparas que cuelgan de muchas barcas. Los que están allí no niegan su ayuda a los recién llegados.
Pedro y Santiago de Zebedeo se quedan en la barca para vigilar los baúles. Mientras tanto, los otros, con un hombre de otra barca, se dirigen al hospedaje para descansar.

## 319

## Partida de Tiro en la nave del cretense Nicomedes

Tiro se despierta entre ráfagas de mistral. El mar es todo un cabrilleo de olitas, azul-blanco, esplendor agitado bajo un cielo azul y altos cirros blancos en movimiento (como abajo se mueve la espuma de las olas). El sol goza de su jornada de cielo claro después de tanta oscuridad de mal tiempo.
-Entendido - dice Pedro poniéndose en pie en la barca, donde ha dormido - Es hora de moverse. Y "él" (y señala al mar que entra inquieto incluso en el puerto) nos ha proporcionado el agua lustral... ¡Mmm! Vamos a consumar la segunda parte del sacrificio... Dime, Santiago... ¿No te da la impresión realmente de que estamos llevando a dos víctimas al sacrificio? A mí sí.
-También a mí, Simón. Y... le agradezco al Maestro la estima en que nos tiene, pero.., no hubiera querido ser yo el que viera tanto dolor; y nunca me habría imaginado que habría visto esto...
-Tampoco yo... Pero... ¿Sabes? Digo que el Maestro no lo habría hecho si el Sanedrín no hubiera metido el hocico...
-Ya lo ha dicho... Pero ¿quién habrá informado al Sanedrín? Esto es lo que querría saber...
-¿Quién? ¡Dios eterno, hazme guardar silencio, haz que no piense! Es un voto que he hecho, para quitarme esta sospecha que me trepana. Ayúdame, Santiago, a no pensar. Habla de otra cosa completamente distinta.
-Pero ¿de qué? ¿Del tiempo?
-Sí, por ejemplo.
-Es que no entiendo de mar...
-Yo creo que vamos a bailar - dice Pedro mirando al mar.
-¡No, hombre, no! Un poco de oleaje. Una cosa amena, nada más... Más feo estaba ayer. Desde encima de la nave será bonito este mar agitado. A Juan le va a gustar... Hará que se ponga a cantar. ¿Cuál será la nave?
Se pone de pie también Santiago, y observa las naves que están en la otra parte; visibles, con sus altas superestructuras, sobre todo cuando la ola alza la barquita de ellos con un movimiento de sube y baja. Miran, estudiando las distintas naves, haciendo pronósticos... El puerto se anima.
Pedro pregunta a un barquero, o algo parecido, que trajina en el muelle:
-¿Sabes si está en el puerto, en aquel puerto de allí, la nave de... espera que leo este nombre (y saca del cinturón un pergamino atado)... aquí está: Nicomedes Filadelfio de Filipo, cretense de Paleocastro...
-¡El gran navegante! ¿Quién no lo conoce? Creo que lo conocen no sólo desde el Golfo de las Perlas hasta las Columnas de Hércules, sino incluso hasta los mares fríos, aquellos de que se dice que durante meses enteros es de noche! ¿Cómo es que no lo conoces, tú que eres marinero?

-No. No lo conozco, pero pronto lo conoceré, porque lo busco de parte de nuestro amigo Lázaro de Teófilo, que fue gobernador en Siria.

-¡Ah! Cuando yo navegaba - ahora soy viejo - en Antioquía estaba él... Hermosos tiempos... ¿Tu amigo? ¿Y buscas a Nicomedes el cretense? Ve seguro entonces. ¿Ves aquella nave de allí, la más alta, con esos estandartes al viento? Es la suya. Zarpa antes de la hora sexta. ¡No le teme al mar! ...

-Efectivamente, no hay por qué tenerle miedo. No es nada del otro mundo - observa Santiago. Pero un rudo embate de una ola le demuestra lo contrario, mojando a los dos de los pies a la cabeza.

-Ayer, demasiado quieto; hoy, demasiado agitado. ¡Caramba, qué loco! Prefiero el lago... - refunfuña Pedro mientras se seca la cara.

-Os aconsejo que entréis en las dársenas. Van todos, ¿veis?

-Pero nosotros tenemos que partir. Tenemos que marcharnos con la nave de... de... espera: Nicomedes, y todo lo demás - dice Pedro, que no logra recordar los nombres extraños del cretense.

-¡No querréis cargar la barca en la nave!

-¡No, claro!

-Entonces en las dársenas hay sitio para la custodia, y hombres de guardia hasta el regreso. Una moneda al día hasta el regreso. Porque supongo que volveréis...

-¡Claro, claro! Vamos y volvemos... una vez visto el estado de los jardines de Lázaro.

-¡Ah!, ¿sois sus administradores?

-Y más que eso...

-Bien. Venid conmigo. Os enseño el sitio. Está pensado precisamente para los que dejan, como vosotros, las barcas...

-Espera... Ahí están los otros. Te alcanzamos enseguida.

Y Pedro salta al andén del puerto y corre al encuentro de los compañeros, que están viniendo.

-¿Has dormido bien, hermano? - pregunta solícito Andrés.

-Como un niño en la cuna. Y no me han faltado ni el meneo ni la canción...

-Me parece que tampoco te ha faltado el chapuzón - dice sonriendo el Tadeo.

-Tampoco. El mar es... tan bueno, que me ha lavado la cara para quitarme el sueño.

-Un poco rudo, me parece - objeta Mateo.

-¡Si supierais con quién vamos! ¡Uno conocido hasta por los peces de los hielos!

-¿Ya lo has visto?

-No. Pero me ha hablado de él uno que me dice que hay un sitio para las barcas, un depósito... Venid, vamos a descargar los arcones y nos ponemos en marcha, porque Nicodemo, no, Nicomedes el cretense, parte dentro de poco.

-En el canal de Chipre sí que vamos a bailar bien - dice Juan de Endor.

-¿Sí? - pregunta, preocupado, Mateo.

-Sí. Pero Dios nos ayudará.

Ya están otra vez al pie de la barca.

-Aquí estamos, hombre. Ahora descargamos estas cosas y luego vamos allí, dado que eres tan bueno.

-Nos ayudamos unos a otros... - dice el hombre de Tiro.

-¡Sí, claro! Nos ayudamos, nos deberíamos ayudar. Nos deberíamos amar unos a otros, porque ésta es la Ley de Dios...

-Me dicen que en Israel ha surgido un nuevo Profeta que predica esto. ¿Es verdad?

-¡Vaya que si es verdad! ¡Esto y otras cosas! ¡Y qué milagros hace! Ánimo, Andrés, aúpa, aúpa, más a la derecha. Venga, mientras la ola levanta la barca... ¡Eso es! ¡Ya está...! Te estaba diciendo, hombre: ¡y qué milagros! Muertos que resucitan, enfermos que quedan curados, ciegos que recuperan la vista, ladrones que se convierten, y hasta... ¿Ves? Si estuviera aquí, diría al mar: "Detente" y el mar se calmaría... ¿Puedes, Juan? Espera, voy yo. Vosotros sujetad fuerte y bien pegado... ¡Arriba!, ¡arriba!... Un poco más... Tú, Simón, agarra el asa... ¡Cuidado con la mano, Judas! ¡Arriba!, ¡arriba!, gracias, hombre... ¡Cuidado, no os caigáis al agua, vosotros los de Alfeo!... ¡Arriba!... ¡Eso es! ¡Loado sea Dios! Ha sido menor el trabajo para meterlas abajo que para sacarlas arriba... Yo es que tengo los brazos deshechos del ejercicio de ayer... Volviendo a lo que decía del mar...

-Pero, ¿y es verdad eso?

-¡Verdad! ¡Lo he visto yo!

-¡Sí!... Pero ¿dónde?

-En el lago de Genesaret. Sube a la barca, que te explico mientras vamos allí... - y se marcha, con el hombre y con Santiago, remando por el canal que conduce a las dársenas.

-Y Pedro se queja de incapacidad... - observa el Zelote.

-Sin embargo, tiene el arte de explicar las cosas así, con sencillez; y hace más que todos.

-Lo que me gusta mucho de él es su honestidad - dice el hombre de Endor.

-Y su constancia - añade Mateo.

-Y su humildad. ¡Fijaos cómo no se ensoberbece sabiendo que es el "jefe"! Trabaja más que ninguno. Se preocupa más de nosotros que de sí mismo... - dice Santiago de Alfeo.

-Y así es virtuoso, como él entiende. Un hermano bueno. Ni más ni menos... - termina Síntica

-¿Así que está decidido? ¿Pasáis por hermanos? - pregunta después de un rato el Zelote a los dos discípulos.

-Sí. Es mejor. Y no es mentira. Es una verdad espiritual. Es mi hermano mayor. No de las mismas nupcias, pero sí de un único padre: el Padre es Dios; las nupcias distintas, Israel y Grecia. Y Juan es mayor que yo, y se ve, en edad y como discípulo más antiguo que yo (eso no se ve, pero es así). Ahí vuelve Simón...

-Ya está todo hecho. Vamos...

Se cargan con los arcones y, por el istmo estrecho, pasan al otro puerto. El hombre de Tiro los acompaña - tiene ya experiencia - por las callejuelas que forman las balas de mercancías apiladas bajo vastísimas cubiertas; los acompaña hasta la poderosa nave del cretense, que está haciendo las maniobras de la ya próxima partida, y da una voz a los marineros para que vuelvan a echar la pasarela que habían alzado.

-No se puede. Terminada la carga - grita el contramaestre.

-Debe entregar en mano unas cartas - dice el hombre señalando a Simón de Jonás.

-¿Cartas? ¿De quién?

-De Lázaro de Teófilo, el que fue gobernador de Antioquía.

-¡Ah! Voy a decírselo al patrón.

Simón dice al otro Simón y a Mateo:

-Ahora os toca a vosotros. No soy hábil para tratar con estas personas...

-No. Tú eres el jefe. Actúas, y sabes actuar. Nosotros, eso sí, te ayudaremos, si hace falta. Pero no hará falta.

-¿Dónde está el hombre de las cartas? Que suba» dice, asomándose por la obra muerta, un hombre moreno como un egipcio, delgado, guapo, esbelto, severo, de cuarenta años o poco más. Y manda que echen de nuevo la pasarela.

Simón de Jonás, que se ha puesto túnica y manto mientras esperaba la respuesta, sube todo digno. Detrás de él, el Zelote y Mateo.

-La paz a ti, hombre - saluda gravemente Pedro.

El cretense responde al saludo y pregunta:

-¿La carta dónde está?

-Es ésta.

El cretense rompe el sello, desenrolla y lee.

-¡Bienvenidos sean los enviados de la familia de Teófilo! Los cretenses no olvidan su bondad y buen trato. Pero agilizad la operación. ¿Tenéis mucho que cargar?

-Lo que ves en el andén.

-¿Y cuántos sois...?

-Diez.

-Bien. Prepararemos un sitio para la mujer. Vosotros os arreglareis como mejor podáis. Apresuraos. Hay que zarpar y llegar a alta mar antes de que el viento aumente, lo cual sucederá después de la hora sexta.

Y ordena, con silbidos lacerantes, cargar y estibar los arcones. Luego suben los apóstoles y los dos discípulos. Se alza la pasarela, se cierra la obra muerta, se sueltan las amarras, se izan las velas. Y la nave empieza su marcha. Bascula fuertemente al salir del puerto. Luego, las velas, muy hinchadas por el viento, se ponen tirantes y crujen. Y, con un amplio cabeceo, la nave sale a alta mar y huye rauda en dirección a Antioquía...

A pesar de la violencia del viento, Juan y Síntica, cerca el uno del cro, agarrados a un aparejo, en la popa, observan cómo la costa se va alejando, la tierra de Palestina, y lloran...

## 320

## Prodigios en la nave en medio de una tempestad

El Mediterráneo es una planicie borrascosa de aguas verdeazules que se embisten entre sí formando altísimas olas con cresta de espuma. Hoy no hay niebla de calina, no. Pero el agua marina, pulverizada por los continuos embates de unas olas contra otras, se transforma en líquidas partículas saladas, que abrasan, que traspasan incluso los vestidos, enrojecen los ojos, queman las gargantas, y parecen esparcirse como un velo de polvos de tocador salinos por todas partes, tanto en el aire, haciéndola opaca como por una niebla sutil, como encima de las cosas, que parecen asperjadas con una harina brillante: los diminutos cristales salinos. Esto no sucede en los lugares a donde llegan los embates de las olas, o sus vigorosas mojaduras, que lavan el puente de un lado al otro, y se precipitan hacia dentro, saltando por encima de una parte de la obra muerta, para volver a caer al mar, con estrépito de cascada, por los vanos de la parte opuesta. Y la nave se alza y se hunde, pajuela a merced del océano, reducida a una nada respecto a éste, y cruje y se queja desde las sentinas a lo más alto de los mástiles... El mar es realmente el amo y la nave su juguete...

Aparte de los que están maniobrando, no hay ya nadie en el puente. Ni ninguna mercancía. Sólo los botes de salvamento. Los hombres de la tripulación (el primero de todos el cretense Nicomedes), completamente desnudos, bamboleándose como se bambolea la nave, corren acá o allá, a protegerse o a hacer maniobras, que son difíciles porque el puente está continuamente inundado y resbaladizo. Las escotillas, trancadas, no permiten ver lo que sucede bajo cubierta. Pero, ciertamente, no creo que ahí dentro estén muy tranquilos...

No logro hacerme una idea de dónde están, porque alrededor sólo hay mar, y una costa lejana, que se ve muy montañosa, con verdaderos montes, no colinas. Yo diría que ya ha pasado más de una jornada de navegación, porque se ve claramente que son horas de la mañana, dado que el sol, que aparece y desaparece tras nimbos muy densos, viene todavía de oriente. Creo que la nave, a pesar del zarandeo a que se ve sometida, avanza muy poco. Y el mar parece ponerse cada vez más feo.

Con una terrible, fragorosa avalancha, se rompe un trozo de mástil - desconozco el nombre exacto de esta parte de la arboladura -, y al caer, arrastrado ahora por una avalancha de agua que irrumpe en el puente junto con un verdadero torbellino de viento, abate un trozo del casco.

Los que están debajo deben tener la sensación de estar naufragando... Como demostración de esto, después de unos momentos, se ve que se entreabre el portillo de una escotilla y aparece la cabeza entrecana de Pedro. Mira, ve, vuelve a cerrar a tiempo de impedir a un torrente de agua descender por la escotilla entreabierta. Pero luego, en un momento de ausencia de ola, vuelve a abrir y salta afuera. Se agarra a los soportes y observa ese infierno en que se ha convertido el mar; silba como todo comentario, y masculla algunas palabras.

Lo ve Nicomedes:

-¡Fuera! ¡Fuera! – grita - ¡Cierra ese portillo! ¡Si la nave se carga, se va a pique! ¡Ya es mucho si no me veo obligado a deshacerme de la carga!... ¡Jamás he visto una tempestad como ésta! ¡Vete, te digo! No quiero hombres de tierra estorbándome. Éste no es sitio para jardineros, y...

No puede seguir, porque otra ola barre el puente, cubriendo a los que están en él.

-¿Lo ves? - grita a Pedro, que chorrea agua.

-Lo veo. Pero esto no me altera. No sólo sé vigilar jardines. He nacido en el agua. De lago, es verdad... ¡Pero también el lago!... Antes de... cultivador fui pescador y conozco...

Pedro está tranquilísimo y sabe acompañar las oscilaciones a la perfección con sus piernas separadas, y musculosas.

El cretense lo observa mientras se mueve para acercarse a él.

-¿No tienes miedo? - le pregunta.

-¡En absoluto!

-¿Y los otros?»

-Tres son pescadores como yo, o sea, lo eran... Los otros, excepto e1 enfermo, son fuertes.

-¿También la mujer?... ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Sujétate!

Otra avalancha de agua señorea en el puente.

Pedro espera a que pase y luego dice:

-Este frescor me habría hecho falta este verano... ¡Paciencia! ¿Decías que qué hace la mujer? Reza... y tú también deberías ponerte a rezar. Pero, ¿dónde estamos hora exactamente? ¿En el canal de Chipre?

-¡Si así fuera!... Me arrimaría a la isla y esperaría a que se calmaran los elementos. Apenas si estamos a la altura de Colonia Julia, o Bertius si lo prefieres. Y ahora viene lo feo... Aquellas son las montañas del Líbano.

-¿Y no podrías entrar allí, en aquel pueblo?

-El puerto no es bueno y hay bajíos y escollos. No se puede.¡Cuidado!...

Otro torbellino y otro pedazo de mástil que se va; pero antes ha caído sobre un hombre, que, si no es arrastrado por las aguas, es sólo porque la ola lo lleva contra un obstáculo.

-¡Ve abajo! ¡Ve abajo! ¿Ves?

-Ya veo, ya veo... ¿Pero aquel hombre?...

-Si no está muerto, volverá en sí. ¡Ya ves que no puedo atenderlo!...

Efectivamente, el cretense debe estar atento a todo por la vida de todos.

-Déjamelo a mí. Le atenderá la mujer...

-¡Lo que quieras, pero vete!...

Pedro se arrastra hasta el hombre inmóvil. Lo agarra por un pie tirando, lo acerca a sí. Lo mira, silba... Masculla:

-Tiene la cabeza abierta como una granada madura. Aquí haría falta el Señor... ¡Si estuviera Él! ¡Señor Jesús! Maestro mío, ¿por qué nos has dejado?

Un gran dolor acompaña a su voz...

Se carga al moribundo a hombros. Se llena de sangre. Vuelve a la escotilla.

El cretense le grita:

-Esfuerzo inútil. Nada que hacer. ¿No lo ves? ...

Pero Pedro, yendo cargado, le hace un gesto como diciendo: «Veremos» y se arrima contra un palo para resistir una nueva ola. Abre la escotilla y grita:

-¡Santiago, Juan! ¡Aquí! - y con la ayuda de ellos descuelga al herido y baja también él; luego tranca el portillo.

A la luz humeante de lámparas suspendidas ven a Pedro lleno de sangre:

-¿Estás herido? - preguntan.

-Yo no. Es sangre de éste... Pero... poneos a rezar, porque... Síntica, mira aquí un momento. Una vez me dijiste que sabías curar heridos. Mira esta cabeza...

Síntica deja de sujetar a Juan de Endor, que está bastante mal, para acercarse a la mesa sobre la que han extendido al desdichado, y mira...

-¡Una herida fea! La he visto dos veces, en dos esclavos: uno por un golpe del amo; el otro por un golpe de una piedra grande en Caprarola. Haría falta agua, mucha agua, para limpiar y cortar la hemorragia...

-¡Si solamente quieres agua!... ¡Hay incluso demasiada! Ven, Santiago, con la artesa. Es mejor entre dos.

Van y vuelven, chorreando. Y Síntica, con paños empapados en agua, lava y aplica compresas en la nuca... Pero la herida es fea. Desde la sien hasta la nuca el hueso está al descubierto. No obstante, el hombre abre de nuevo los ojos, vagarosos. Está estertoroso. Se apodera de él el miedo instintivo de morir.

-¡Tranquilízate! Ahora te curas - le dice, maternal, la griega para consolarlo (se lo dice en griego, porque él habla en griego).

El hombre, a pesar de estar aturdido, la mira con asombro y con un atisbo de sonrisa al oír la lengua natal, y busca la mano de Síntica... el hombre, que es niño en cuanto siente el sufrimiento, y busca a la mujer, que es siempre madre en esos casos.

-Voy a probar con el ungüento de María - dice Síntica cuando la sangre mana menos.
-Pero es para los dolores... - objeta Mateo, pálido como un muerto, no sé si por el mar o por la sangre, o si por las dos cosas.
-¡Lo ha hecho María con sus manos! Yo lo uso orando... Orad también vosotros. Mal no puede hacer. El aceite es siempre medicamentoso...
Va al talego de Pedro, saca un recipiente - yo diría que es de bronce -, lo abre, toma un poco de ungüento y lo calienta sobre una lámpara en la misma tapadera de la vasija. Lo vierte encima de un paño, doblado varias veces, y lo aplica en la cabeza herida. Luego, con unos pedazos de tela hechos tiras, hace un vendaje apretado. Pone un manto plegado debajo de la cabeza del herido, que parece adormecerse, y se sienta junto a él para orar; también los demás oran.
Arriba se sigue abatiendo la furia de los elementos sobre la nave, que se hunde y se empina sin tregua. Pasado un rato, se abre el portillo y entra presuroso un marinero.
-¿Qué pasa? - pregunta Pedro.
-Que estamos en peligro. Vengo por los inciensos y las oblaciones para un sacrificio...
-¡Olvídate de esas historias!
-¡Nicomedes quiere sacrificar a Venus! Estamos en su mar...
-Que está desenfrenado, como ella - barbota en voz baja Pedro, luego dice más fuerte: «Venid vosotros. Vamos al puente. Quizás tenemos que intervenir... ¿Tienes miedo de quedarte con el herido y con estos dos?
Los dos son Mateo y Juan de Endor, que están hechos unos guiñapos por el mal de mar.
-No, no. Id, id - responde Síntica.
De camino hacía el puente se topan con el cretense, que está tratando de encender los inciensos, y que arremete furioso contra ellos, para mandarlos dentro de nuevo, gritando:
-¿Pero no veis que sin milagro naufragamos? ¡La primera vez! ¡La primera vez desde que navego!
-¡Vas a ver como ahora dice que somos nosotros los del maleficio! - susurra Judas de Alfeo.
En efecto, el hombre grita más fuerte:
-¡Malditos israelitas, ¿qué lleváis con vosotros? ¡Perros hebreos, me habéis traído el maleficio! Fuera, que voy a sacrificar a Venus naciente...
-No, de ninguna manera. Sacrificamos nosotros...
-¡Fuera! Sois paganos, sois demonios, sois...
-¡Escucha! Te juro que si nos dejas verás el prodigio.
-No. ¡Fuera! - y enciende los inciensos, y tira al mar, como mejor puede, unos líquidos, que primero ha ofrecido y gustado, y unos polvos que no sé lo que son. Pero las olas apagan los inciensos, y, en vez calmarse, el mar se pone más furioso y se lleva todos los aparejos del rito, y por poco, también al propio Nicomedes...
-¡Buena respuesta te da tu diosa! Ahora a nosotros. También nosotros tenemos Una, más pura que ésta, hecha de espuma, y además... Canta, Juan, como ayer; nosotros te acompañamos; ¡vamos a ver qué sucede!
-¡Sí, vamos a ver! Pero, sí sucede algo peor, os arrojo al mar como víctimas propiciatorias.
-Bien. ¡Ánimo, Juan!
Y Juan entona su canción, acompañado por todos los demás, incluso Pedro, que normalmente no canta, porque desafina. El cretense, con los brazos cruzados y una sonrisa entre colérica e irónica en su rostro, los mira. Luego, terminada la canción, oran con los brazos abiertos. Debe ser el "Pater noster", pero está recitado en hebreo y no entiendo nada. Luego cantan más fuerte. Y siguen así, alternativamente, sin miedo, sin interrupción, a pesar de los embates que reciben de las olas. Ni siquiera se sujetan a los soportes, y, no obstante, están seguros, como si formaran un bloque con la madera del puente. Y las olas realmente disminuyen de violencia poco a poco. No cesan del todo, y tampoco el viento, pero ya no es la furia de antes; de hecho las olas ya no llegan al puente.
La cara del cretense es todo un poema de estupor... Pedro lo mira de reojo y sigue orando. Juan sonríe, y canta más fuerte... Los otros lo acompañan, y van triunfando cada vez más netamente sobre el fragor, a medida que el mar para volver a su movimiento regular, y el viento para soplar normalmente, se van aplacando.
-¿Y ahora... qué tienes que decir?
-¿Pero, qué habéis dicho? ¿Qué fórmula es?
-La del Dios verdadero y de su santa Sierva. Puedes izar las velas y arreglar todos los desperfectos, esto... ¿Aquello no es una isla?
-Sí. Es Chipre... Y en el canal el mar está todavía más calmo... ¡Extraño! Pero, ¿esa estrella a la que adoráis quién es? En todo caso Venus, ¿no?
-Veneráis, se dice; se adora sólo a Dios. Pero nada de Venus. Es María. María de Nazaret, María hebrea, la Madre de Jesús, Mesías de Israel.
-¿Y eso otro qué era? No era hebreo eso...
-No, era nuestro dialecto, el de nuestro lago, de nuestra patria. Pero no te lo podemos decir a ti, que eres pagano. Es una oración a Yeohveh. Sólo los creyentes la pueden conocer. Hasta luego, Nicomedes. Y no te preocupes por lo que ha ido al fondo. Un... sortilegio me-nos para poderte atraer una desgracia. Hasta luego, ¡eh! ¿Eres de sal?
-No... Pero... Perdonad... Antes os he insultado.
-No importa. Son efectos del... del culto de Venus... Vamos, muchachos, a donde los demás... - y, sonriendo feliz, Pedro se encamina hacia la escotilla.
El cretense los sigue:
-¡Eh! ¿Y el hombre? ¿Muerto?

-¡No, hombre, no! Quizás te le devolvemos pronto sano... Otro juego de nuestros... maleficios...

-¡Perdonad! ¡Perdonad! Decidme: ¿dónde se pueden aprender, para gozar de su ayuda? Yo pagaría por esto...

-¡Adiós, Nicomedes! Es un trato largo y... no permitido. No se deben dar las cosas sagradas a los paganos. ¡Adiós! ¡Que te vaya bien, amigo! ¡Que te vaya bien!

Y Pedro, seguido de los demás, baja adentro, sonriente. También sonríe el mar calmado, con un viento mistral armónico que favorece la navegación, mientras declina el sol y, a oriente, se dibuja un huso de luna tendente a su plenitud...

## 321

## Arribo a Seleucia. Se despiden de Nicomedes

En una bellísima puesta de sol, se delinea la ciudad de Seleucia como un voluminoso aglomerado blanco en el límite de las aguas azules del mar calmo y risueño (todo un jugueteo de olitas bajo un cielo que funde su cobalto sin nubes con la púrpura del ocaso). La nave, desplegadas sus velas, enfila veloz hacia la ciudad lejana, y tanto inciden en ella los esplendores del sol poniente, que parece incendiarse, con fuego de alegría por la fiesta de la llegada ya cercana.

En el puente de la nave, entre los marineros, que ya ni trajinan ni están inquietos, están los pasajeros, que ven acercarse la meta. Sentado junto a Juan de Endor (más macilento aún que cuando partió), se ve al marinero herido. Todavía tiene fajada la cabeza con una venda ligera; su tez, pálida-marfil por la gran cantidad de sangre que ha perdido. Pero sonríe y habla con sus salvadores, o con los compañeros que, pasando, se congratulan con él de verlo en el puente.

También el cretense se percata de su presencia. Deja por un momento su puesto, poniéndolo en manos del jefe de la tripulación, para ir a saludar a su «óptimo Demetes», que ha vuelto al puente por primera vez después de sufrir la herida. «Y gracias a todos vosotros» dice a los apóstoles. «No tenía ninguna esperanza de que sobreviviera, después del golpe de ese pesado travesaño y del hierro que lo hacía todavía más pesado. Verdaderamente, Demetes, éstos te han dado de nuevo a la vida, porque estabas ya dos veces muerto. La primera, yaciendo como una mercancía en el puente, donde habrías perecido por la sangre que salía y por las olas, que te hubieran llevado al mar; habrías descendido al reino de Neptuno, a hacer compañía a nereidas y tritones. La segunda, por haberte curado con esos maravillosos ungüentos. ¡Déjame, pues, ver la herida!

El hombre se suelta la venda y muestra la cicatriz: bien cerrada, es como una señal roja desde la sien hasta la nuca, hasta el límite de los cabellos, que se ven cortados (quizás los cortó Síntica para que no entrasen en la herida).

Nicomedes toca apenas, levemente, la señal:

-¡También está soldado el hueso! ¡Te ha mostrado su amor Venus marina! Ha querido tenerte sólo en la superficie del mar y en las riberas de Grecia. Séate, pues, propicio Eros, ahora que ponemos pie en tierra, y contribuya a quitarte el recuerdo de la desgracia y el terror de Tánatos, que a te tenía en sus manos.

La cara de Pedro, al oír todas estas filigranas mitológicas, es todo un panorama de impresiones: apoyado en un mástil, con las manos detrás de la espalda, no habla; pero todo en él habla para aplicar un epíteto incisivo al pagano Nicomedes y a su paganismo, y para expresar su asco por todo lo que significa gentilismo.

No menos los otros... Judas de Alfeo tiene la cara de los momentos peores; su hermano se da la vuelta mostrando un gran interés por el mar. Santiago de Zebedeo y Andrés optan por dejar plantados a todos y bajar por los talegos y el telar. Mateo manosea su cinturón; el Zelote también se ocupa exageradamente de sus sandalias como si fueran una cosa nueva. Juan de Zebedeo se extasía mirando al mar.

Son tan manifiestos el desprecio y el tedio de los ocho - y no lo es menos el mutismo de los dos discípulos que están sentados junto al herido -, que el cretense se da cuenta y presenta disculpas:

-Mirad, es nuestra religión. Como vosotros creéis en la vuestra, yo y todos nosotros creemos en la nuestra...

Ninguno responde, y el cretense opta por dejar en paz a sus dioses y bajar del Olimpo a la tierra, o mejor, al mar, a la nave, e invita a los apóstoles a ir a la proa para ver bien la ciudad que ya se va acercando.

-Ahí tenéis, ¿veis? ¿Habéis estado alguna vez aquí?

-Yo una vez, pero viniendo por tierra - dice el Zelote, serio y seco. «

-¡Ah, bien! Entonces, al menos sabes que el verdadero puerto de Antioquía es Seleucia, en la costa, en la desembocadura del Oronte, que también se presta gentilmente a acoger a las naves, y, cuando las aguas son profundas, puede ser remontado por embarcaciones ligeras hasta Antioquía. Estáis viendo Seleucia, la más grande; la otra, orientada al sur, no es una ciudad, sino ruinas de un lugar devastado. Engañan: es sólo una ciudad muerta. Aquella cadena montañosa es el Pierio que da a la ciudad el nombre de Seleucia Pieria. Aquel pico más hacia dentro, después de la llanura, es el monte Casio, que domina como un gigante la llanura de Antioquía. La otra cadena, al norte, es la del Amán. ¡Ya veréis qué obras han hecho los romanos en Seleucia y Antioquía! Mayores ya no podían. Un puerto de tres fondeaderos, que es uno de los mejores; y canales, y rompeolas, y diques. Tanto no se ve en Palestina. Pero Siria es mejor que otras provincias del Imperio...

Sus palabras caen en un silencio glacial. Hasta Síntica, que por ser griega es menos quisquillosa que los demás, aprieta los labios y su rostro adquiere más que nunca la expresividad de un rostro esculpido en una medalla o un bajorrelieve: un rostro de diosa, desdeñosa de los contactos terrenos.

El cretense se da cuenta y se disculpa:

-¡En el fondo, yo gano con los romanos!...

La respuesta de Síntica es tajante cual golpe de sable: «Y el oro hace perder el filo a la espada del honor nacional y de la libertad», y lo dice de tal forma y con un latín tan puro que el otro se queda paralizado...

Luego se atreve a preguntar:

-¿Pero no eres griega?

-Soy griega. Pero tú amas a los romanos. Te hablo en la lengua de tus amos, no en la mía, la de la Patria mártir.

El cretense está desconcertado, y los apóstoles mudamente entusiastas por la lección dada al elogiador de Roma, el cual opta por cambiar de tema: pregunta que de qué se van a servir para ir de Seleucia a Antioquía.

-De las piernas, hombre - responde Pedro.

-Pero ya está anocheciendo. Cuando pongáis pie en tierra será de noche...

-Habrá un sitio donde dormir.

-¡Sí, claro! Pero también podríais dormir aquí hasta mañana.

Judas Tadeo, que ha visto que han traído ya todo lo necesario para un sacrificio a los dioses, que quizás se hará a la llegada al puerto, dice:

-No hace falta. Te agradecemos tu bondad. Pero preferimos viajar. ¿No, Simón?

-Sí, sí. También nosotros tenemos que hacer nuestras oraciones y... o tú y tus dioses o nosotros y nuestro Dios.

-Como os parezca mejor. Quería hacer algo que fuera grato al hijo de Teófilo.

-También nosotros al Hijo de Dios, convenciéndote de que hay un solo Dios. Pero eres un escollo que no cede. Como ves, estamos a la par. Pero quién sabe si un día nos encontraremos y tú para entonces -eras menos tenaz... - dice serio el Zelote.

Nicomedes hace un gesto que es como decir: « ¡A saber cuándo!»: es un gesto de irónico desinterés acerca de la invitación a reconocer al Dios verdadero y a abandonar al falso. Luego va a su puesto de piloto, porque el puerto está cerca.

-Vamos a bajar a coger los arcones. Nosotros solos. Quiero alejarme cuanto antes de este hedor pagano - dice Pedro. Y bajan todos, menos Síntica y Juan.

Ellos, los dos exiliados, están cerca el uno del otro, mirando a los espigones, que se van acercando cada vez más.

-Síntica, otro paso hacia lo desconocido, otra escisión respecto al dulce pasado, otra agonía, Síntica... Yo no puedo más...

Síntica le coge la mano. Está muy pálida, afligida, pero sigue siendo la mujer fuerte que sabe infundir fuerza.

-Sí, Juan, otra escisión, otra agonía. Pero no digas: otro paso hacia lo desconocido... No es justificable. Conocemos nuestra misión aquí. Jesús la ha declarado. Así que nosotros no vamos hacia lo desconocido; antes al contrario, cada vez nos fundimos más con lo que conocemos, con la voluntad de Dios. Tampoco es justificable decir: "otra escisión". Nos unimos a su voluntad. La escisión separa, nosotros nos unimos. Por tanto no nos escindimos. Únicamente nos desprendemos de todas las delicias sensibles de nuestro amor a Él, nuestro Maestro, reservándonos las delicias suprasensibles, trasladando el amor y el deber a un plano ultraterreno. ¿Estás convencido de que es así? ¿Sí? Entonces no debes decir tampoco: "otra agonía". Agonía presupone muerte próxima. Pero nosotros, alcanzando las alturas espirituales para morada, aire y alimento nuestros, no morimos; antes al contrario, "vivimos". Porque lo espiritual es eterno. Por tanto, ascendemos a una vida más viva, anticipación de la Vida grande de los Cielos. ¡Ánimo, pues! Olvídate de que eres el hombre-Juan y recuerda que eres el destinado al Cielo. Razona, obra, piensa y espera únicamente como ciudadano de esta Patria inmortal...

Vuelven los otros con sus cargas, precisamente en el momento en que la nave está entrando, majestuosa, en el vasto puerto de Seleucia.

-Y ahora desaparecemos lo antes posible y vamos a la primera posada que veamos. Tiene que haber alguna aquí cerca. Y mañana... o en barca o en carro, iremos a nuestro destino.

Entre secos silbidos de mando, la nave atraca, y echan la pasarela. Nicomedes se acerca a los que están para partir.

-Adiós, hombre. Y gracias - dice Pedro por todos.

-Adiós, hebreos. Gracias también de mi parte. Si seguís esa calle, encontraréis en seguida alojamiento. Adiós.

Los apóstoles bajan por esa parte; él se marcha por la otra, hacia su altar. Y, mientras Pedro y los demás, cargados como faquines, van a descansar, el pagano comienza su inútil rito...

## 322

## Partida de Seleucia en un carro y llegada a Antioquía.

-En los mercados encontraréis seguro un carro. Pero, si queréis el mío, os lo dejo, en recuerdo de Teófilo. Si vivo tranquilo, se lo debo a él. Me defendió, porque era justo. Ciertas cosas no se olvidan - dice el anciano posadero, erguido enfrente de los apóstoles bajo el primer sol de la mañana.

-Es que tú estarías sin tu carro varios días... Y, además, ¿quién lo guía? Yo con un burro... todavía... ¡pero con un caballo!...

-¡Es igual! No te voy a dar un potro indómito. Te doy un prudente caballo de tiro, bueno como un cordero. Llegaréis pronto y sin fatigaros. Para la hora novena estaréis en Antioquía; mucho más considerando que el caballo conoce muy bien el camino y va solo. Me lo devolverás cuando quieras, sin interés por mi parte, si no es el de hacer una cosa grata al hijo de Teófilo. Decidle que todavía le debo muchas cosas, y que lo recuerdo y me siento siervo suyo.

-¿Qué hacemos? - pregunta Pedro a sus compañeros.

-Lo que te parezca mejor. Tú juzga y nosotros obedecemos...

-¿Probamos con el caballo? Por Juan lo digo... y también para abreviar... Me siento como si estuviera llevando a uno a la muerte y estoy deseando acabar todo esto lo antes posible...

-Tienes razón - dicen todos.

-Entonces, hombre, acepto.

-Y yo ofrezco con alegría. Voy a aparejar el vehículo.

El hospedero se marcha. Pedro da rienda suelta a su pensamiento:

-He consumido en estos pocos días la mitad del tiempo de vida que tenía. ¡Una pena!... ¡Una pena!... Habría querido tener el carro de Elías, el manto que cogió Eliseo, cualquier cosa rápida para abreviar el tiempo... Pero, sobre todo, habría deseado, a costa de morir, dar a esos pobres algo que los consolase, que les hiciera olvidar, que les... ¡No sé! Algo, en definitiva, que no les hiciera sufrir tanto... Pero, si logro saber quién es la causa principal de este dolor, dejo de ser Simón de Jonás si no lo retuerzo como a un paño empapado. No digo matarlo, ¡no!, pero sí exprimirlo, como él ha exprimido la alegría y la vida a esos dos pobrecillos...

-Tienes razón. Es una gran pena. Pero Jesús dice que se debe perdonar las ofensas... - dice Santiago de Alfeo.

-Si me las hubieran hecho a mí, debería perdonar. Y podría. Estoy sano y fuerte, y si alguien me ofende tengo fuerza para reaccionar incluso contra el dolor. ¡Pero, el pobre Juan! No, no puedo perdonar la ofensa contra el redimido del Señor, contra uno que muere afligido de esta forma...

-Yo pienso en el momento en que lo dejemos del todo... - suspira Andrés.

-Yo también. Es un pensamiento fijo y que aumenta a medida que se acerca el momento... - susurra Mateo.

-Hagámoslo pronto, por piedad - dice Pedro.

-No, Simón. Perdona si te observo que te equivocas deseando eso. Tu amor al prójimo se está transformando en un amor desviado, y esto no debe suceder en ti, que siempre has sido recto - dice sereno el Zelote, poniendo una mano en el hombro de Pedro.

-¿Por qué, Simón? Eres culto y bueno. Muéstrame mi error, y yo, si así lo veo, te diré: tienes razón.

- Tu amor se está haciendo malsano, porque está para transformarse en egoísmo.

-¿Cómo? ¿Me aflijo por ellos y soy egoísta?

-Sí, hermano, porque tú, por exceso de amor - todo exceso es desorden y, por tanto, induce al pecado - te envileces. Quieres no sufrir tú de ver sufrir. Eso es egoísmo, hermano en el nombre del Señor.

-¡Es verdad! Tienes razón. Y te agradezco esta advertencia. Así se debe hacer entre buenos compañeros. Bien. Entonces ya no tendré prisa... Pero, decid la verdad, ¿no es un acto de piedad?

-Lo es, lo es... -dicen todos.

-¿De qué forma los vamos a dejar?

-Propondría hacerlo cuando nos haya recibido Felipe, pero quedándonos quizás ocultos un tiempo en Antioquía y preguntándole a Felipe cómo se van adaptando... - sugiere Andrés.

-No. Sería hacerles sufrir demasiado con una separación tan brusca - dice Santiago de Alfeo.

-Entonces... sigamos a medias el consejo de Andrés. Quedémonos en Antioquía, pero no en casa de Felipe, y durante unos días vamos a verlos, cada vez menos, cada vez menos, hasta que... no volvemos - dice el otro Santiago.

-Dolor renovado una y otra vez, y cruel desilusión. No. No se debe hacer - dice Judas Tadeo.

-¿Qué hacemos, Simón?

-¡Ah!, por lo que a mí respecta, quisiera estar en su lugar más bien que tener que decir: "Me despido de vosotros" - dice Pedro abatido.

-Propongo una cosa. Vamos con ellos a casa de Felipe. Nos quedamos allí. Luego, siguiendo todavía juntos, vamos a Antigonio. Es un lugar ameno... Y allí también estamos un tiempo. Una vez que ellos se hayan aclimatado, nos retiramos, con dolor pero con virilidad. Yo diría esto. A menos que Simón-Pedro tenga órdenes distintas del Maestro - dice Simón Zelote.

-¿Yo? No. Me dijo: "Haz todo, bien, con amor, sin pereza y sin prisa, y de la forma que juzgues mejor". Hasta ahora creo que lo he hecho. ¡Está eso de que dije que era pescador!... Pero, si no lo hubiera dicho no me habría dejado estar en el puente.

-No te crees escrúpulos tontos, Simón. Son puntadas del demonio para turbarte - conforta Judas Tadeo.

-¡Verdaderamente es así! Creo que está alrededor de nosotros como no lo ha estado jamás, poniéndonos obstáculos y creándonos miedos para movernos a actos viles - dice Juan apóstol, y concluye en voz baja: «Creo que quería inducir a la desesperación a ellos dos reteniéndolos en Palestina... y ahora que se escapan de su asechanza se venga en nosotros... Me lo siento alrededor como una serpiente escondida entre la hierba... Y ya hace meses que me lo siento alrededor así... Mirad, ahí vienen el hospedero por un lado y Juan y Síntica por el otro. Os diré el resto cuando estemos solos, si os interesa.

En efecto, por un lado del patio viene el carro, un carro sólido al que está unido un robusto caballo guiado por el hospedero; por el otro, vienen hacia ellos los dos discípulos.

-¿Es hora de marcharnos? - pregunta Síntica.

-Sí. Es la hora. ¿Estás cubierto bien, Juan? ¿Van mejor tus dolores?

-Sí. Estoy envuelto en lana y la unción con el ungüento me ha hecho bien.

-Entonces sube, que ahora subimos también nosotros.

...Y, ultimada la carga, todos ya en el carro, salen por la amplia puerta, después de repetidos aseguramientos del hospedero de que e1 caballo es dócil. Cruzan una plaza que les ha sido indicada y entran por una calle que bordea los muros de la ciudad, hasta que salen por una puerta; después siguen el curso de un profundo canal y luego el propio río. Es un camino bonito y bien mantenido, que va en dirección norte-este, pero siguiendo los meandros del río. Por el otro lado hay montes muy verdes, con sus pendientes, sus concavidades, sus barrancas; y ya se ven en los matorrales del monte bajo, en los lugares más expuestos al sol, llenarse las gemas de mil arbustos.

-¡Cuántos arrayanes! -exclama Síntica.

-¡Y laurel! - añade Mateo.

-Cerca de Antioquía hay un lugar sagrado dedicado a Apolo - dice Juan de Endor.

-Quizás el viento ha traído las semillas hasta aquí...

-Quizás. Pero éste es un lugar todo lleno de plantas hermosas - dice el Zelote.

-Tú, que has estado aquí, ¿crees que pasaremos por Dafne?

-Por fuerza. Veréis uno de los valles más bonitos del mundo. Aparte del culto obsceno y degenerado en orgías que cada vez son más asquerosas, es un valle de paraíso terrenal, y si en él entra la Fe se transformará en un paraíso verdadero. ¡Cuánto bien podréis hacer aquí! Os deseo corazones fértiles como fértil es el suelo... - dice el Zelote para suscitar en los dos discípulos pensamientos consoladores.

Pero Juan agacha la cabeza y Síntica suspira.

E1 caballo trota cadencioso. Pedro, estando todo centrado en el esfuerzo de guiar, aunque el animal va seguro sin necesidad de guía o estímulo, no habla. Así que el camino discurre bastante rápidamente. Llegan a un puente y se detienen para comer y para que el caballo descanse. El sol está en su culmen; vese toda la hermosura de la bellísima naturaleza.

-De todas formas... prefiero estar aquí antes que en el mar... - dice Pedro observando en derredor.

-¡Pero qué tempestad!

-El Señor ha orado por nosotros. Lo he sentido cerca cuando orábamos en el puente de la nave. Cerca como si estuviera en medio de nosotros... - dice sonriendo Juan.

-¿Y dónde estará? No estoy tranquilo pensando que no tiene ropa... ¿Y si se moja? ¿Y qué come? Es capaz de hacer ayuno...

-Puedes estar convencido de que lo hace, para ayudarnos a nosotros - dice con seguridad Santiago de Alfeo.

-Y también por otros motivos. Nuestro hermano está muy afligido desde hace un tiempo. Creo que se mortifica continuamente para vencer al mundo - dice Judas Tadeo.

-Querrás decir: a1 demonio que hay en el mundo – dice Santiago de Zebedeo.

-Es lo mismo.

-No lo va a conseguir. Tengo el corazón oprimido por mil miedos... - suspira Andrés.

-¡Ahora que nosotros estarnos lejos, todo irá mejor! – dice, no sin aflicción, Juan de Endor.

-No pienses eso. Tú y ella no erais nada respecto a las "grandes culpas" del Mesías según los grandes de Israel - dice resueltamente Judas Tadeo.

-¿Estás seguro? Yo, dentro de mi sufrimiento, tengo en el corazón también la espina de haber sido con mi llegada causa de mal para Jesús. Si estuviera seguro de que no es así, sufriría menos - dice Juan de Endor.

-¿Me crees veraz, Juan? - pregunta Judas Tadeo.

-¡Sí que lo creo!

-Pues bien, entonces, en nombre de Dios y mío, te aseguro que tú has dado sólo una pena a Jesús: la de tener que mandarte aquí en misión. En todas las otras penas suyas, pasadas, presentes y futuras, tú no estás implicado.

La primera sonrisa, después de tantos días de lóbrega melancolía ilumina el rostro asendereado de Juan de Endor, que dice:

-¡Qué alivio me das! E1 día me parece más luminoso, más ligero mi mal, más consolado el corazón. ¡Gracias, Judas de Alfeo! ¡Gracias!

Vuelven a subir al carro, y pasando por el puente, toman la otra orilla del río, el otro camino, que va derecho hacia Antioquía, a través de una zona fertilísima.

-¡Allí está! En aquel valle poético está Dafne, con su templo y sus bosquecillos. Y allá, en aquella llanura, se ve Antioquía, y sus torres que se alzan sobre las murallas. Entraremos por la puerta que hay al lado del río. La casa de Lázaro no está muy lejos de las murallas. Las casas más bonitas han sido vendidas. Queda ésta, que fue lugar de parada tanto para el personal de Teófilo como para sus clientes, con muchas caballerizas y graneros. Ahora vive en ella Felipe. Un buen viejo. Un fiel de Lázaro. Os encontraréis bien. Y, juntos, iremos a Antigonio, donde estaba la casa en que vivían Euqueria y sus hijos, que entonces eran niños...

-Muy fortificada esta ciudad, ¿eh?- observa Pedro, que respira tranquilo ahora que ve que su primer intento como auriga ha ido bien.

-Mucho. Murallas de altura y anchura grandiosas. Más de cien torres, que, como veis, parecen gigantes enhiestos encima de las murallas, y fosos infranqueables al pie de ellas. El Silpio también contribuye con sus cimas a la defensa, y hace de contrafuerte de las murallas en la parte más débil... Ahí está la puerta. Es mejor que pares y entres sujetando el bocado. Yo te guío porque sé el camino...

Pasan la puerta, vigilada por romanos.

Juan apóstol dice:

-Quién sabe si está aquí ese soldado de la puerta de los Peces... Jesús se alegraría de saberlo...

-Lo buscaremos. Pero ahora camina raudo - ordena Pedro, turbado por la idea de ir a una casa desconocida.

Juan obedece sin decir nada; se limita a mirar atentamente a todos los soldados que ve.

Un camino corto, luego una casa sólida y sencilla, o sea, un alto muro sin ventanas. Solamente un portal en el centro del muro.

-Aquí es. Para - dice el Zelote.

-¡Anda, Simón, habla tú ahora!

-¡Sí, hombre, si ello te agrada, hablo yo! - y el Zelote llama al recio portalón.

Simón se presenta como un enviado de Lázaro. Entra solo. Sale con un anciano alto y de noble porte, que se prodiga en profundas reverencias y da a uno del servicio la orden de abrir el portón para permitir entrar al carro; luego se disculpa por hacerles pasar a todos por esa puerta, en vez de por la puerta de casa.

El carro se para en un vasto patio con pórticos, bien cuidado, con cuatro recios plátanos en los cuatro ángulos y otros dos en el centro que amparan un pozo y un pilón para abrevar a los caballos.

-Preocúpate del caballo - ordena el administrador a su subordinado. Y dice a los que recibe como huéspedes: «Por favor, venid. Bendito sea el Señor, que me manda siervos suyos y amigos de mi jefe. Ordenad, que vuestro siervo escucha».

Pedro se pone colorado, porque especialmente a él van esas palabras y esas reverencias, y no sabe qué decir...

Le ayuda el Zelote.

-Los discípulos del Mesías de Israel, de que te habla Lázaro de Teófilo, que a partir de ahora vivirán en tu casa para servir al Señor, no necesitan sino descansar. ¿Nos enseñas dónde pueden habitar?

-Siempre tenemos preparadas habitaciones para peregrinos, como era costumbre de mi ama. Venid, venid...

Y, seguido por todos, entra en un pasillo y luego en un pequeño patio. A1 final de este patio está la verdadera casa. Abre la puerta. Va por un vestíbulo. Tuerce a la derecha. Una escalera. Suben. Otro pasillo con habitaciones a los lados.

-Aquí tenéis. Que sea agradable vuestra permanencia. Voy a decir que traigan agua y ropa. Dios sea con vosotros - dice el anciano, y se marcha.

Abren las contraventanas de las habitaciones que eligen. Las murallas y fuertes de Antioquía están frente a las ventanas de un lado; el tranquilo patio ornado de rosales trepadores, por ahora pobres a causa del período del año en que están, se ve por las del otro lado.

Y, después de tanto caminar, por fin una casa, una habitación, un lecho... Para algunos, sólo una etapa; para otros, meta...

## 323

## La visita a Antigonio

-Mi hijo Tolmái ha venido para los mercados. Hoy, a la sexta, regresa a Antigonio. El día está templado. ¿Queréis ir, según vuestro deseo? - pregunta el anciano Felipe mientras sirve a los huéspedes leche humeante.

-Iremos, seguro. ¿Cuándo has dicho?

-A la sexta. Podréis volver mañana, si queréis; o, si no, si preferís, en la víspera del sábado, al caer de la tarde, cuando vienen para las funciones del sábado todos los subalternos hebreos o los que han entrado en la fe.

-Lo haremos así. Y se podría incluso elegir ese lugar para que vivieran éstos.

-Será un placer en todo caso, aunque los pierda. Porque es un lugar salubre. Y podríais hacer mucho bien con los subalternos, algunos de los cuales son todavía los que dejó el amo. Otros provienen de la bondad de la bendita ama, que los rescató de amos crueles. Por eso no son todos israelitas. Pero ahora ya no son tampoco paganos. Hablo de las mujeres. Los hombres, todos, están circuncidados. No sintáis aversión... Pero están todavía muy lejos de la justicia de Israel. Los santos del Templo, que son perfectos, se escandalizarían de ellos...

-¡Ah, ya! ¡Ya! ¡Ya!... ¡Bueno, bien! Ahora podrán progresar aspirando sabiduría y bondad de los enviados del Señor... ¿Estáis oyendo cuántas cosas que hacer tenéis aquí? - termina Pedro, dirigiéndose a los dos.

-Lo haremos. No defraudaremos al Maestro - promete Síntica. Y sale para preparar lo que cree oportuno.

Juan de Endor pregunta a Felipe:

-¿Piensas que en Antigonio voy a poder hacer un poco de bien también a otros, enseñando como pedagogo?

-Mucho bien. El anciano Plauto ha muerto ya hace tres lunas y los niños de los gentiles no tienen escuela. En cuanto a los hebreos, no hay maestro, porque todos los nuestros huyen de ese lugar que está cerca de Dafne. Se necesita uno que sea... que sea... como era Teófilo... Sin rigideces para... para...

-Sí, en fin, sin fariseísmo, quieres decir - concluye Pedro expeditivo.

-Eso... sí... No quiero criticar... Pero pienso... Maldecir no sirve para nada. Mejor sería ayudar... Como hacía la ama, que con su sonrisa conducía a la Ley más y mejor que un rabí.

-¡Ahora comprendo por qué me ha enviado aquí el Maestro! Soy exactamente el hombre con los requisitos precisos... ¡Haré su voluntad! ¡Hasta el último respiro! Ahora creo, creo con firmeza que es exclusivamente una misión de predilección ésta mía. Voy a decírselo a Síntica. Vais a ver como nos quedamos allí... Voy, voy a decírselo - y sale, animado como hacía tiempo no lo estaba.

-¡Altísimo Señor, te doy las gracias y te bendigo! Sufrirá todavía, pero no como antes... ¡Ah, qué alivio! - exclama Pedro. Y luego siente el deber de explicar a Felipe un poco, de la forma que puede, el por qué de su alegría: «Debes saber que los... "rígidos" de Israel - tú los llamas "rígidos" - persiguen a Juan.

-¡Ah, comprendo! Perseguido político como... como... - y mira al Zelote.

-Sí, como yo y más; por otros motivos también. Porque, además de por la casta distinta, los irrita por ser del Mesías. Por lo cual, dicho sea de una vez por todas, él y ella quedan confiados a tu fidelidad... ¿Comprendes?

-Comprendo. Y sabré cómo moverme.

-Ante los demás, ¿cómo los vas a llamar?

-Dos pedagogos recomendados por Lázaro de Teófilo, él para los niños, ella para las niñas. Veo que tiene bordados y telares... Gente extranjera hace y vende muchas labores femeninas en Antioquía. Pero son labores toscas y recargadas. Ayer he visto una labor suya que me ha recordado a la buena ama mía... Serán labores muy solicitadas...

-Una vez más, alabado sea el Señor - dice Pedro.

-Sí. Esto disminuye en nosotros el dolor de la ya próxima despedida.

-¿Ya os queréis marchar?

-Tenemos que marcharnos. La tormenta nos ha hecho perder tiempo. Para los primeros días de Sabat tenemos que estar con el Maestro. Nos está esperando, porque ya vamos con retraso – explica Judas Tadeo.

Se separan y va cada uno a sus incumbencias: Felipe a donde lollama una mujer; los apóstoles al sol, en la azotea.

-Podríamos partir el día siguiente del sábado. ¿Qué os parece? - pregunta Santiago de Alfeo.

-¡Por mí!... ¡Fíjate tú! Todos los días me levanto con el tormentode Jesús solo, sin ropa, desatendido, y todas las noches me acuesto con el mismo tormento. De todas formas, hoy lo decidimos.

-Decidme. ¿Creéis que el Maestro sabía todo esto? Hace días que me pregunto cómo sabía que encontraríamos al cretense; cómo ha visto con anticipación el trabajo de Juan y Síntica; cómo, cómo... en definitiva, muchas cosas - dice Andrés.

-Verdaderamente creo que el cretense tiene épocas fijas de estancia en Seleucia. Quizás Lázaro se lo dijo a Jesús, y Él, por ello, decidió la partida sin esperar a la Pascua... - explica el Zelote.

-¡Sí! ¡Eso! ¿Y Juan cómo va a celebrar la Pascua? - pregunta Santiago de Alfeo.

-Pues como todos los israelitas... - dice Mateo.

-No. Sería caer en la boca del lobo».

-¿Pero qué dices, hombre? Entre tanta gente, ¿quién lo va a descubrir?

-El Iscar... ¡Oh, ya hablé! No penséis en ello. Es un capricho de mi mente...

Pedro está colorado, afligido por haber hablado.

Judas de Alfeo le pone una mano en el hombro, sonriendo con su sonrisa grave, y dice:

-¡Bueno, hombre! Todos pensamos lo mismo... Pero mejor no decírselo a ninguno. Bendigamos, más bien, al Eterno, que ha desviado la mente de Juan de este pensamiento.

Todos, abstraídos, guardan silencio. Pero para ellos, verdaderos israelitas, es una preocupación el cómo va a poder celebrar la Pascua en Jerusalén el discípulo exiliado... y vuelven sobre el tema.

-Yo creo que Jesús proveerá. Quizás Juan lo sabe. Basta preguntárselo - dice Mateo.

-No lo hagáis. No creéis deseos y espinas donde apenas si se acaba de establecer la paz - suplica Juan apóstol.

-Sí. Es mejor preguntárselo al Maestro mismo - confirma Santiago de Alfeo.

-¿Cuándo lo veremos? ¿Qué pensáis vosotros? - pregunta Andrés.

-Si partimos el día siguiente del sábado, para el final de la luna estaremos seguro en Tolemaida... - dice Santiago de Zebedeo.

-Si encontramos nave... - observa Judas Tadeo.

Y su hermano añade:

-Y si no hay tempestad.

-Por lo que se refiere a la nave, siempre hay alguna que parte para. Y, pagando, haremos que se haga escala en Tolemaida aunque la nave vaya para Joppe. ¿Tienes todavía? - pregunta el Zelote a Pedro.

-Sí. Contando incluso con que me ha pelado bien ese ladrón del cretense, a pesar de todas sus declaraciones de querer favorecer a Lázaro. Pero tengo que pagar la permanencia de la barca y la de Antonio... Y no toco los denarios que me han dado para Juan y Síntica. Sagrados. Los dejo intactos, a costa incluso de no comer.

-Haces bien. Ese hombre está muy enfermo. Él cree que podrá ejercer la función de pedagogo. Yo creo que su única función será la de enfermo, pronto... - juzga el Zelote.

-Sí, también yo creo eso. Síntica, más que labores, tendrá que hacer ungüentos - confirma Santiago de Zebedeo.

-¿Ese ungüento, eh? ¡Qué prodigio! Síntica me ha dicho que quiere hacer más y usarlo para poder entrar en familias de aquí» dice Juan.

-¡Buena idea! Un enfermo que se cura es siempre un discípulo conquistado, y con él los suyos - proclama Mateo.

-¡Ah, no, eso no! - exclama Pedro.

-¿Cómo? ¿Quieres decir que el milagro no arrastra hacia el Señor? - le pregunta Andrés, y también dos o tres más.

-Sois unos niñitos! ¡Parece que acabáis de bajar del Cielo! ¿Pero no veis lo que le hacen a Jesús? ¿Se ha convertido Elí de Cafarnaúm? ¿Y Doras? ¿Y Oseas de Corazín? ¿Y Melquías de Betsaida? ¿Y - perdonad los de Nazaret - y toda Nazaret por los cinco, seis, diez milagros cumplidos, hasta el último, el de vuestro sobrino? - pregunta Pedro.

Ninguno replica, porque es la amarga verdad...

-No hemos encontrado todavía al soldado romano. Jesús ya lo había dado a entender... - dice Juan después de un poco.

-Se lo diremos a los que se quedan. Es más, será otra misión más en su vida - responde el Zelote.

-Vuelve Felipe:

-Mi hijo está ya listo. Se ha dado prisa. Está con su madre, que prepara regalos para los nietos.

*(Mi hijo: así llama a Tolmái el anciano Felipe, abuelo suyo, padre de su padre José. Los hebreos llamaban hijo también al nieto, de la misma forma que a los abuelos los llamaban padre y madre; y extendían la calificación de hermano o hermana a los primos y cuñados. En la Obra valtortiana se encuentran los dos modos de llamar a los distintos grados de parentesco: el de los tiempos de Jesús y el de nuestros tiempos)*

-¿Es buena tu nuera, no?

-Buena. Ha sido consuelo mío en la pérdida de mi José. Es como una hija. Era sierva de Euqueria. La educó ella. Venid a reponer fuerzas antes de poneros en marcha. Los otros ya lo están haciendo...

...Y, precedidos por el carro de Tolmái, nieto de Felipe, trotan hacia Antigonio...

Llegan pronto a esta pequeña ciudad. Sepultada en la feracidad de sus jardines, protegida de las corrientes por las cadenas de montes que tiene alrededor - suficientemente lejanas para no ahogarla, pero suficientemente cercanas para

protegerla y derramar sobre ella los efluvios de sus bosques de árboles resinosos y esenciales -, toda llena de sol, alegra la vista y el corazón con sólo cruzarla.

Los jardines de Lázaro están al sur de la ciudad. Están precedidos por un paseo, por ahora sin frondas, a lo largo del cual están las casas de los que trabajan en los jardines. Son casitas bajas, pero bien cuidadas. A sus puertas se asoman caras de niños que observan curiosos, y de mujeres que saludan sonriendo. Las razas distintas se manifiestan en la diversidad de los rostros.

Tolmái, en cuanto traspasan la cancilla donde empieza la propiedad, hace un especial chasquido de tralla al ir pasando por delante de todas las casas; debe ser como una señal. Y los que viven en ellas, tras haber observado, entran de nuevo y luego vuelven a salir, cierran las puertas y empiezan a caminar por el paseo, detrás de los dos carros, que van al paso y luego se paran en el centro de una confluencia de senderos (dirigidos, como los radios de una rueda, en todas las direcciones, entre muchos campos dispuestos en cuadros, cuáles desnudos, cuáles de un verde perenne, custodiados por laureles, por acacias o árboles semejantes, o por otros árboles que a través de los tajos incididos en su tronco rezuman leche olorosa y resinas). En el ambiente hay un olor mixto de aromas balsámicos, resinosos, fragantes. Panales por todas partes. Y pilones para el riego, en que beben palomas blanquísimas. Y, en zonas especiales, de tierra desnuda, recientemente cavada, escarban gallinitas también blancas custodiadas por muchachas.

Tolmái restalla la tralla repetidas veces, hasta que todos los súbditos del pequeño reino se reúnen en torno a los llegados. Entonces empieza su discursito:

-Escuchad. Felipe, jefe nuestro y padre de mi padre, manda y recomienda a estos santos de Israel, venidos aquí por voluntad de nuestro patrón. Que Dios esté siempre con él y con su casa. Mucho nos quejábamos porque aquí faltaba la voz de los rabíes santos. He aquí que la bondad del Señor y de nuestro patrón, lejano pero que mucho nos ama - Dios le compense el bien que ofrece a sus siervos -, nos procuran lo que nuestro corazón soñaba. En Israel ha aparecido Aquel que había sido prometido a las gentes. Ya nos lo habían dicho durante las Fiestas en el Templo y en la casa de Lázaro. Pero ahora realmente ha llegado para nosotros el tiempo de la gracia, porque el Rey de Israel ha pensado en sus siervos más pequeños y ha enviado a sus ministros a portarnos sus palabras. Éstos son sus discípulos, y dos de ellos vivirán en medio de nosotros, aquí o en Antioquía, enseñando la Sabiduría para ser instruidos en orden al Cielo, y también la otra que se necesita para la tierra. Juan, pedagogo y discípulo de Cristo, enseñará a nuestros niños estas dos sabidurías; Síntica, discípula y maestra con la aguja, enseñará la ciencia del amor a Dios y el arte del trabajo femenil a las muchachas. Recibidlos como bendición del Cielo, y amadlos como los ama Lázaro de Teófilo y Euqueria - gloria a sus almas y paz - y como los aman las hijas de Teófilo, Marta y María, nuestras amadas señoras y discípulas de Jesús de Nazaret, el Rabí de Israel, el Prometido, el Rey.

El pequeño pueblo de hombres, vestidos con cortas túnicas, de manos terrosas que sostienen utensilios de jardinería, de mujeres, de niños de todas las edades, escucha asombrado. Luego bisbisean. En fin, saludan con una profunda reverencia.

Tolmái empieza las presentaciones:

-Simón de Jonás, el jefe de los enviados del Señor; Simón el Cananeo, amigo de nuestro señor; Santiago y Judas, hermanos del Señor; Santiago y Juan, Andrés y Mateo.

Y luego, a los apóstoles y discípulos:

-Ana, mi mujer, de la tribu de Judá, como, por lo demás, mi madre, porque somos puros, venidos con Euqueria de Judá. José, el varón consagrado al Señor, y Teoqueria, primogénita, que en el nombre lleva e1 recuerdo de los justos señores, sabia hija y amante de Dios como una verdadera israelita. Nicolái y Dositeo. Nicolái es nazireo. Dositeo es el tercero de los hijos; ya lleva casado (y un fuerte suspiro acompaña el anuncio de esto) varios años con Hermiona. Ten aquí, mujer...

Se adelanta una jovencísima morenita con un lactante en brazos.

-Ésta es. Es hija de un prosélito y de una griega. Mi hijo la vio en Alejandrocena de Fenicia cuando fue para unas compraventas... y la quiso para sí... y Lázaro no se opuso, antes al contrario me dijo: "Mejor así que al mal". Y no es ningún mal. Pero yo quería sangre de Israel...

La pobre Hermiona está con la cabeza agachada como una acusa-da. Dositeo está visiblemente agitado y se ve que sufre. Ana, la madre y suegra, mira con ojos entristecidos...

Juan, a pesar de ser el más joven, siente la necesidad de elevar los espíritus humillados y dice:

-En el Reino del Señor no hay ya griegos o israelitas, romanos o fenicios, sino solamente hijos de Dios. Cuando, a través de estos que han venido, conozcas la Palabra de Dios, sentirás elevarse tu corazón a nuevas luces, y ésta ya no será "la extranjera" sino la discípula, como tú y como todos, del Señor nuestro Jesús.

Hermiona levanta la humillada cabeza y sonríe con gratitud a Juan. En los rostros de Dositeo y de Ana se ve la misma expresión de agradecimiento.

Tolmái responde austero:

-Y Dios quiera que sea así, porque, aparte del origen, nada tengo que recriminar a mi nuera. El que está en sus brazos es Alfeo, el último nacido, que del padre de ella, prosélito, ha tomado el nombre. La pequeña de los ojos de cielo bajo los rizos de ébano es Mírtica, del nombre de la madre de Hermiona, y éste, el primogénito, es Lázaro, porque así lo quiso el señor nuestro, y el otro es Hermas.

-El quinto se debe llamar Tolmái y la sexta Ana, para decir al Señor y al mundo que tu corazón se ha abierto a nuevas comprensiones - dice otra vez Juan.

Tolmái se inclina sin decir nada. Luego reanuda las presentaciones:

-Éstos son dos hermanos de Israel: Miriam y Silvano, de la tribu de Neftalí. Y éstos son Elbónides Danita y Simeón judío. Luego, aquí están los prosélitos, que eran romanos, o, al menos, de romanos, caridad de Euqueria hecha obra, arrancados por ella al yugo y a gentilidad: Lucio, Marcelo, Solón, hijo de Elateo.

-Nombre griego - observa Síntica.

-De Tesalónica. Esclavo de un siervo de Roma - el desprecio es manifiesto al decir "siervo de Roma" - Euqueria lo tomó, junto con el padre agonizante, en un momento confuso; si el padre murió pagano, Solón es prosélito... Priscila ven aquí adelante con tus hijos...

Una mujer alta y delgada, de rostro aquilino, se adelanta empujando a una niña y a un niño; cogidas de la falda lleva a dos rapazuelos.

-Ésta es la mujer de Solón, que fue liberta de una romana ya difunta, y Mario, Cornelia, María y Martila, gemelas. Priscila es experta en esencias. Amiclea, ven con tus hijos. Ésta es hija de prosélitos. Y prosélitos son los dos niños, Casio y Teodoro. Tecla, no te escondas. Es la mujer de Marcelo. Su dolor es que es estéril. También hija de prosélitos. Éstos son los colonos. Ahora a los jardines. Venid.

Y los guía por la vasta propiedad, seguido de los jardineros, que explican los cultivos y trabajos, mientras las muchachas vuelven a sus gallinitas, que han aprovechado la ausencia de las guardianas para irse a otros lugares sobrepasando los límites establecidos.

Tolmái explica:

-Se las trae aquí para limpiar la tierra de larvas antes de la siembra de los cultivos anuales.

Juan de Endor sonríe a las gallinitas, que cloquean, y dice:

-Parecen las que tenía yo... - y se agacha para echar miguitas de pan que tenía en el talego, hasta que se ve rodeado de polluelas, y ríe porque una de ellas, petulante, le arrebata el pan de los dedos.

-¡Menos mal! - exclama Pedro dando con el codo a Mateo y señalando a Juan, que juega con los pollos, y a Síntica, que está hablando griego con Solón y Hermiona.

Luego vuelven hacia la casa de Tolmái, que explica:

-Éste es el sitio. Pero, si queréis enseñar, se puede hacer un lugar. ¿Os quedáis aquí o...?

-¡Sí, Síntica! ¡Aquí! ¡Es más bonito! Antioquía me ahoga de recuerdos... - ruega quedamente Juan a su compañera.

-¡Sí, hombre, claro! Como quieras. Basta con que tú estés bien. Para mí todo es igual. No miro ya hacia atrás... sólo adelante, adelante... ¡Ánimo, Juan! Aquí estaremos bien. Niños, flores, palomas y gallinas para nosotros, pobres criaturas. Y para nuestra alma el gozo de servir al Señor. ¿Qué opináis vosotros? - pregunta volviéndose a los apóstoles.

-Pensamos como tú, mujer.

-Pues ya está dicho.

-Muy bien. Nos iremos contentos...

-¡Oh, no os marchéis! ¡No os volveré a ver! ¿Por qué tan pronto? ¿Por qué?... - Juan vuelve a su dolor.

-¡No nos marchamos ahora! Estamos aquí hasta... hasta que seas...

Pedro no sabe expresar lo que será Juan, y, para que no se vea que también él está repleto de lágrimas, abraza a Juan, que está llorando, y trata de consolarlo así.

## 324

## Las pláticas de los ocho apóstoles antes de dejar Antioquía. El adiós a Juan de Endor y a Síntica

Los apóstoles están otra vez en la casa de Antioquía; con ellos, los dos discípulos y todos los hombres de Antigonio, no vestidos ya con túnicas cortas y de trabajo, sino con indumentos largos, festivos. De esto deduzco que es sábado.

Felipe ruega a los apóstoles que hablen al menos una vez a todos, antes de su ya inminente partida.

-¿Sobre qué?

-Sobre todo lo que queráis. Habéis oído estos días lo que hemos dicho. De acuerdo con ello, decidid.

Los apóstoles se miran unos a los otros. ¿Quién debe hablar? ¡Pedro, es natural! ¡Es el jefe! Pero Pedro no querría hablar y defiere a Santiago de Alfeo o a Juan de Zebedeo el honor de hacerlo. Sólo cuando los ve irremovibles se decide a hablar.

-Hoy hemos oído en la sinagoga explicar el capítulo 52 de Isaías. El comentario que se ha hecho ha sido docto según el mundo, pero deficiente según la Sabiduría. De todas formas no se debe recriminar al comentador, que ha dado lo que podía con esa sabiduría suya que carece de la parte mejor: el conocimiento del Mesías y del tiempo nuevo que Él ha traído. No obstante, no hagamos críticas, sino oraciones para que llegue al conocimiento de estas dos gracias y las pueda aceptar sin obstáculo. Me habéis dicho que durante la Pascua oísteis hablar del Maestro con fe y también con menosprecio. Y que solamente por la gran fe que llena los corazones de la casa de Lázaro, todos los corazones, habíais podido resistir a la desazón que las acusaciones de otros metían en el corazón; mucho más si se considera que estos otros eran precisamente los rabíes de Israel. Pero ser doctos no quiere decir ser santos ni poseer la Verdad. La Verdad es ésta: Jesús de Nazaret es el Mesías prometido, el Salvador de que hablan as Profetas, de los cuales el último descansa desde hace poco en el seno de Abraham después del glorioso martirio sufrido por la justicia. Juan el Bautista - y aquí están presentes los que oyeron esas palabras - dijo: "Éste es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo". Sus palabras fueron creídas por los más humildes de entre los que se hallaban presentes,

porque la humildad ayuda a llegar a la Fe, mientras que a los soberbios les es difícil el camino - cargados como están de lastre - para llegar a la cima del monte donde vive, casta y luminosa, la Fe. Estos humildes, porque tales eran y por haber creído, han merecido ser los primeros en el ejército del Señor Jesús. Podéis ver, pues, cuán necesaria es la humildad para tener fe solícita, y cuánto es premiado el saber creer, incluso cuando las apariencias se presentan contrarias. Os exhorto y estimulo a tener estas dos cualidades en vosotros; entonces seréis del ejército del Señor y conquistaréis el Reino de los Cielos... A ti, Simón Zelote. Yo he terminado. Continúa tú.

El Zelote, cogido tan al improviso y tan claramente indicado como segundo orador, tiene que salir adelante sin demoras ni quejas. Y dice:

-Voy a continuar la plática de Simón Pedro, cabeza de todos nosotros por voluntad del Señor. Voy a continuar sin dejar el tema del capítulo 52 de Isaías, visto por uno que conoce la Verdad encarnada, de la que es siervo para siempre. Está escrito: "¡Levántate, revístete de -tu fuerza, oh Sión, vístete de fiesta, ciudad del Santo!". Así verdaderamente debería ser. Porque, cuando una promesa se cumple, cuando una paz se establece, cuando cesa una condena y cuando viene el tiempo de la alegría, los corazones y las ciudades deberían vestirse de fiesta y levantar las frentes abatidas, sintiendo que ya no son personas odiadas, derrotadas, golpeadas, sino amadas y liberadas. No estamos aquí haciendo un proceso a Jerusalén. La caridad, primera entre todas las virtudes, lo prohíbe. Dejemos, pues, de observar el corazón de los demás y miremos al nuestro. Revistamos de fuerza nuestro corazón con esa fe de que ha hablado Simón, y vistámonos de fiesta, porque nuestra fe secular en el Mesías ahora se corona con la realidad de la cosa. El Mesías, el Santo, el Verbo de Dios está realmente entre nosotros. Y tienen prueba de ello no sólo las almas, que reciben palabras de Sabiduría que las fortalecen e infunden santidad y paz, sino también los cuerpos, que por obra del Santo, al cual el Padre todo concede, se ven liberados de las más atroces enfermedades, e incluso de la muerte; para que las tierras y los valles de nuestra patria de Israel queden llenos de las alabanzas al Hijo de David y al Altísimo, que ha enviado a su Verbo, como había prometido a los Patriarcas y Profetas. El que os habla estaba leproso, destinado a morir, transcurriendo primero años de cruel angustia, en la soledad de fiera que es propia de los leprosos. Un hombre me dijo: "Ve a Él, al Rabí de Nazaret, y serás curado". Tuve fe. Fui. Quedé curado. En el cuerpo. En el corazón. En el primero desapareció la enfermedad que separa de los hombres; en el segundo, el rencor que separa de Dios. Y con un corazón nuevo, pasé, de proscrito, enfermo. inquieto, a ser su siervo, llamado a la feliz misión de ir a los hombres y amarlos en nombre suyo e instruirlos en la única cosa que es necesario conocer: que Jesús de Nazaret es el Salvador y que son bienaventurados los que creen en Él. Habla tú ahora, Santiago de Alfeo.

-Yo soy el hermano del Nazareno. Mi padre y su padre eran hermanos nacidos del mismo seno. Y, no obstante, no puedo llamarme hermano, sino siervo. Porque la paternidad de José, hermano de mi padre, fue una paternidad espiritual, y en verdad os digo que el verdadero Padre de Jesús, Maestro nuestro, es el Altísimo al que nosotros adoramos. El cual ha permitido que la Segunda Persona de su Divinidad Una y Trina se encarnara y viniera a la tierra, permaneciendo de todas formas siempre unida con aquellas que viven en el Cielo. Porque ello lo puede hacer Dios, el infinitamente Potente. Y lo hace por el Amor, que es su naturaleza. Jesús de Nazaret es nuestro hermano, ¡oh hombres!, porque ha nacido de mujer y es semejante a nosotros por su humanidad. Es nuestro Maestro porque es el Sabio, es la Palabra misma de Dios que ha venido a hablarnos para hacernos de Dios. Y es nuestro Dios, siendo uno con el Padre y con el Espíritu Santo, con los cuales está siempre en unión de amor, potencia y naturaleza. Sea propiedad vuestra también esta verdad, que con manifiestas pruebas fue concedido conociera el Justo que fue pariente mío. Y contra el mundo, que tratará de separaros de Cristo diciendo: "Es un hombre cualquiera", responded: "No. Es el Hijo de Dios, es la Estrella nacida de Jacob, es el Cayado que se eleva en Israel, es el Dominador": no dejéis que ninguna cosa os disuada. Ésta es la Fe. A ti, Andrés.

-Ésta es la Fe. Yo soy un pobre pescador del lago de Galilea, y en las silenciosas noches de pesca, bajo la luz de los astros, tenía mudos coloquios conmigo mismo. Decía: "¿Cuándo vendrá? ¿Viviré todavía? Faltan todavía muchos años, según la profecía". Para el hombre, de vida limitada, unas pocas decenas de años son siglos... Me preguntaba: "¿Cómo vendrá? ¿Dónde? ¿De quién?". Y mi embotamiento humano me hacía soñar regios esplendores, regias moradas y cortejos y poder, e irresistible majestad... Y decía: "¿Quién podrá mirar a este gran Rey?". Lo imaginaba manifestándose en modo más aterrorizador que el propio Yeohveh en el Sinaí. Me decía: "Los hebreos, allí, vieron al monte lanzando resplandores, pero no quedaron reducidos a cenizas parque el Eterno estaba más allá de los nimbos. Pero aquí nos mirará con ojos mortíferos y moriremos...". Era discípulo del Bautista. Y en las pausas de la pesca iba donde él, con otros compañeros. Era un día de esta luna... Las márgenes del Jordán estaban llenas de gente que temblaba al oír las palabras del Bautista. Yo había visto a un joven hermoso y calmo venir hacia nosotros por un sendero. Humilde la túnica, dulce el aspecto. Parecía pedir amor y dar amor. Sus ojos azules se posaron un momento en mí, y experimenté una cosa que no he vuelto a experimentar jamás. Me pareció como si me acariciaran el alma, como si alas de ángel me rozaran apenas. Por un momento, me sentí tan lejos de la tierra, tan distinto, que dije: "¡Ahora muero! Es la convocatoria de Dios a mi espíritu". Pero no morí. Me quedé hechizado contemplando al joven desconocido, que, a su vez, había fijado su mirada azul en el Bautista. Y el Bautista se volvió, se apresuró a ir a Él, se inclinó ante Él. Se hablaron. Y, dado que la voz de Juan era un trueno continuo, las misteriosas palabras llegaron hasta mí, que estaba escuchando, deseando vehementemente saber quién era el joven desconocido. Mi alma lo sentía distinto de todos. Decían: "Yo debería ser bautizado por Ti...". "Deja, ahora. Conviene cumplir toda justicia"... Juan ya había dicho: "Vendrá uno al que no soy digno de desatar las correas de las sandalias". Había dicho ya: "En medio de vosotros, en Israel, hay uno que no conocéis. Tiene ya en su mano el aventador y limpiará su era y quemará la paja con el fuego inextinguible". Yo tenía ante mí a un joven común, de aspecto manso y humilde, y, no obstante había oído que era Aquel al que ni siquiera el Santo de Israel, el último profeta, el Precursor, era digno de desatarle las sandalias. Había oído que era Aquel al que no conocíamos. Pero no sentí miedo de Él. Es más, cuando Juan, pasado el superextasiante trueno de Dios, pasado el inconcebible esplendor de la Luz en forma de paloma de paz, dijo: "Éste es el Cordero de Dios", yo, con la voz del alma, jubiloso por haber presentido al Rey Mesías en el joven manso y humilde de

aspecto, grité con la voz del espíritu: "¡Creo!". Por esta fe soy su siervo. Sedlo vosotros también y tendréis paz. Mateo, a ti el narrar las otras glorias del Señor.

-Yo no puedo usar las palabras límpidas de Andrés. Él era un justo; yo, un pecador. Por eso mi palabra no tiene notas festivas, aunque no le falta la paz confidencial de un salmo. Era un pecador, un gran pecador. Vivía en el error completo. Me había endurecido en el error y no sentía desazón. Si alguna vez los fariseos o el arquisinagogo me herían con sus insultos o reprensiones, recordándome al Dios Juez implacable, experimentaba un momento de terror... y luego me arrellanaba en la necia idea: "Total ya soy un réprobo. Gocemos, pues, sentidos míos, mientras podamos hacerlo". Y, más que nunca, me hundía en el pecado. Hace dos primaveras, vino un Desconocido a Cafarnaúm. También para mí era un desconocido. Lo era para todos, porque estaba en los comienzos de su misión. Solamente unos pocos hombres lo conocían por lo que Él era realmente. Estos que veis y otros pocos. Me asombró su espléndida virilidad, más casta que la castidad de una virgen. Esto fue lo primero que me impresionó. Lo veía con porte grave, y, a pesar de ello, dispuesto a escuchar a los niños que iban a El como las abejas a la flor; su único entretenimiento eran sus juegos inocentes y sus palabras sin malicia. Luego me impresionó su poder. Hacía milagros. Dije: "Es un exorcista. Un santo". Pero me sentía tan ignominioso a su lado, que me apartaba de Él. Él me buscaba. Ésa era mi impresión. No había vez que pasara cerca de mi banco que no me mirase con su mirada dulce y un poco triste. Y cada vez se producía como un sobresalto de la conciencia entorpecida, la cual no volvía ya al mismo nivel de torpor. Un día - la gente magnificaba siempre su palabra - sentí deseos de oírle. Escondiéndome detrás de una esquina de una casa le oí hablar a un pequeño grupo de hombres. Hablaba con sencillez, sobre la caridad, que es como indulgencia por nuestros pecados... Desde aquella tarde yo, el exigente y duro de corazón, quise conseguir de Dios el perdón de muchos pecados. Hacía las cosas en secreto... Pero Él sabía que era yo, porque lo sabe todo. Otra vez, le oí explicar precisamente el capítulo 52 de Isaías: decía que en su Reino, en la Jerusalén celestial, no estarían los impuros ni los incircuncisos de corazón, y prometía que aquella Ciudad celeste - cuyas bellezas expresaba con tan persuasiva palabra, que me vino nostalgia de ella - sería de quien a Él fuera. Y luego,... y luego... ¡oh, aquel día no fue una mirada de tristeza, sino de mando! Me desgarró el corazón, puso mi alma al desnudo, la cauterizó, tomó en su poder a esta pobre alma enferma, la atormentó con su amor exigente... y mi alma fue nueva. Fui a Él con arrepentimiento y deseo. No esperó a que le dijera: "¡Señor, piedad!". Dijo Él: "¡Sígueme!". El Manso había vencido a Satanás en el corazón del pecador. Que esto os diga, si alguno de vosotros tiene culpas que le turban, que es el Salvador bueno y que no hay que apartarse de Él, sino que, cuanto más pecador es uno, más debe ir a El con humildad y arrepentimiento para ser perdonado. Santiago de Zebedeo, habla tú.

-Verdaderamente no sé qué decir. Habéis hablado y dicho lo que yo habría dicho. Porque la verdad es ésta y no puede cambiar. Yo también estaba, con Andrés, en el Jordán, pero no me di cuenta de Él sino cuando me lo indicó la mención del Bautista. Yo también creí inmediatamente, y, cuando se marchó, después de su luminosa manifestación, me quedé como uno al que de una cima llena de sol lo llevan a una oscura cárcel. Sentía un incontenible deseo de volver a encontrar el sol. El mundo carecía totalmente de luz, después de habérseme presentado la Luz de Dios y luego haber desaparecido de mi presencia. Estaba solo entre los demás hombres. Mientras comía tenía hambre. Durante el sueño velaba con la parte mejor de mí mismo. Dinero, oficio, afectos, todo había pasado a un segundo lugar respecto a este deseo incontenible de El; había quedado lejos, sin atractivo. Cual niño que ha perdido a su madre, gemía: "¡Vuelve, Cordero del Señor! ¡Altísimo, como enviaste a Rafael a guiar a Tobías, envía a tu ángel a guiarme a los caminos del Señor para que lo encuentre, lo encuentre, lo encuentre!". Y, a pesar de todo, cuando, después de decenas de días de inútil espera y de búsqueda ansiosa - que, por su inutilidad, nos hacía sentir más cruel la perdida de nuestro Juan, que había sido arrestado por primera vez -, se nos presentó por el sendero, viniendo del desierto, no lo reconocí inmediatamente. Llegado a este punto, quiero, hermanos en el Señor, enseñaros otro camino para ir a Él y reconocerlo. Simón de Jonás ha dicho que hace falta fe y humildad para reconocerlo. Simón Zelote ha confirmado la absoluta necesidad de la fe para reconocer en Jesús de Nazaret a Aquel que es, en el Cielo y en la tierra, según cuanto ha sido dicho. Y Simón Zelote necesitaba una fe muy grande, para esperar incluso para su cuerpo inevitablemente enfermo. Por eso Simón Zelote dice que fe y esperanza son los medíos para poseer al Hijo de Dios. Santiago, hermano del Señor, habla del poder de la fortaleza para conservar lo hallado. La fortaleza, que impide que las insidias del mundo y de Satanás socaven nuestra fe. Andrés muestra toda la necesidad de unir a la fe una santa sed de justicia, tratando de conocer y retener la verdad, cualquiera que fuere la boca santa que la anuncie, no por un orgullo humano de ser doctos, sino por el deseo de conocer a Dios. Quien se instruye en las verdades encuentra a Dios. Mateo, que fue pecador, os indica otro camino por el que se alcanza a Dios: despojarse de la sensualidad por espíritu de imitación, yo diría que por reflejo de Dios, que es Pureza infinita. El, el pecador, se siente impresionado, lo primero, por la "virilidad casta" del Desconocido que había ido a Cafarnaúm, y, casi como si ésta tuviera el poder de resucitar su muerta continencia, se veda a sí mismo, lo primero, el sentido carnal, liberando así de obstáculos el camino para la llegada de Dios y para la resurrección de las otras virtudes muertas. De la continencia pasa a la misericordia, de ésta a la contrición, de la contrición a la superación de todo sí mismo y a la unión con Dios. "Sígueme." "Voy." Pero su alma había dicho ya: "Voy", y el Salvador había dicho ya: "Sígueme", desde la primera vez que la virtud del Maestro había atraído la atención del pecador. Imitad. Porque toda experiencia ajena, aunque fuera penosa, es guía para evitar el mal y encontrar el bien en aquellos que tienen buena voluntad. Yo, por mi, digo que, cuanto más se esfuerza el hombre en vivir para el espíritu, más apto es para reconocer al Señor; y la vida angélica favorece esto al máximo. Entre nosotros, discípulos de Juan, el que lo reconoció, después de la ausencia, fue el alma virgen. Él, más incluso que Andrés, lo reconoció, a pesar de que la penitencia hubiera cambiado el rostro del Cordero de Dios. Por eso digo: "Sed castos para poderlo reconocer". Judas, ¿quieres hablar tú ahora?

-Sí. Sed castos para poderlo reconocer. Pero sedlo también para poderlo conservar en vosotros con su Sabiduría, con su Amor, con todo É1 mismo. Sigue diciendo Isaías en el capítulo 52: "No toquéis lo impuro,... purificaos los que lleváis los vasos del Señor". Verdaderamente, toda alma que se hace discípula suya es semejante a un vaso colmado del Señor, y el cuerpo que la contiene es como el portador del vaso consagrado al Señor. No puede Dios estar donde hay impureza. Mateo ha dicho cómo el

Señor estaba explicando que nada que fuera impuro o que estuviera separado de Dios habitará en la Jerusalén celeste. Sí. Pero es necesaria no ser impuros aquí abajo, y no estar separados de Dios, para poder entrar en ella. Desdichados aquellos que aplazan a la última hora su arrepentimiento. No siempre tendrán tiempo de hacerlo. De la misma manera que los que ahora lo calumnian no tendrán tiempo de hacer nuevo su corazón en el momento de su triunfo, siendo así que no gozarán de los frutos de este. Quienes esperan ver en el Rey santo y humilde un monarca terreno, y, más aún, quienes temen ver en El un monarca terreno, no estarán preparados para aquella hora; engañados y defraudado su pensamiento, que no es el pensamiento de Dios sino un pobre pensamiento humano, pecarán cada vez más. La humillación de ser el Hombre pesa sobre Él. Debemos tener presente esto. Isaías dice que todos nuestros pecados tienen mortificada a la Persona Divina bajo una apariencia común. Cuando pienso que el Verbo de Dios tiene alrededor de sí, como una costra sucia, toda la miseria de la Humanidad desde que ésta existe, pienso con profunda compasión y con profunda comprensión en el sufrimiento que debe producirle ello a su alma sin culpa: la repulsa de una persona sana que fuera recubierta con los andrajos y las porquerías de un leproso. Es verdaderamente el traspasado por nuestros pecados, el llagado por todas las concupiscencias del hombre. Su alma, que vive entre nosotros, debe temblar con los contactos como por escalofrío de fiebre. Y, no obstante, no dice nada. No abre la boca para decir: "Me producís horror". La abre solamente para decir: "Venid a mí, que os quite vuestros pecados". Es el Salvador. En su infinita bondad, ha querido velar su irresistible belleza. Esa belleza que, si se hubiera presentado cual es en el Cielo, nos habría reducido a cenizas, como ha dicho Andrés. Esa belleza ahora se ha hecho atractiva, como de manso Cordero, para poder acercarse a nosotros y salvarnos. Su opresión, su condena durará hasta que, consumido por el esfuerzo de ser el Hombre perfecto en medio de los hombres imperfectos, sea elevado por encima de la multitud de los rescatados, en el triunfo de su realeza santa. ¡Dios que conoce la muerte, para salvarnos a la Vida!... Que estos pensamientos os hagan amarlo sobre todas las cosas. El es el Santo. Yo lo puedo decir, yo que con Santiago he crecido con E1. Y lo digo y lo diré, dispuesto a dar mi vida para firmar esta confesión; para que los hombres crean en El y tengan la Vida eterna. Juan de Zebedeo, te toca hablar a ti.

-¡Qué hermosos en los montes los pies del mensajero! Del Mensajero de paz, de Aquel que anuncia la felicidad y predica la salud, de Aquel que dice a Sión: "¡Reinará tu Dios!". Y estos pies van, incansables, desde hace dos años, por los montes de Israel, convocando a las ovejas de la grey de Dios para reunirlas, confortando, sanando, perdonando, dando paz. Su paz. Verdaderamente me resulta extraño el no ver estremecerse de alegría los montes y exultar las aguas de la patria, bajo la caricia de su pie. Pero lo que más me asombra es el no ver a los corazones estremecerse de alegría y exultar diciendo: "¡Gloria al Señor! ¡El Esperado ha venido! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!". Aquel que derrama gracias y bendiciones, paz y salud, y llama para el Reino abriéndonos el camino que a Él conduce; Aquel, sobre todo, que espira amor de cada una de sus acciones o palabras, de cada mirada, de cada respiro. ¿Qué es este mundo, pues, para estar ciego a la Luz que vive en medio de nosotros? ¿Qué losas, más espesas que la piedra que cierra las puertas de los sepulcros, le muran la vista del alma para no ver esta Luz? ¿Qué montañas de pecados tiene encima de sí para estar tan oprimido, separado, cegado, ensordecido, encadenado, paralizado, de forma que permanece pasivo ante el Salvador? ¿Qué es el Salvador? Es la Luz fundida con el Amor. La boca de mis hermanos ha cantado las alabanzas del Señor, ha recordado sus obras, ha indicado las virtudes que deben practicarse para llegar a su camino. Yo os digo: amad. No hay virtud mayor ni más semejante a su Naturaleza. Si amáis, practicaréis todas las virtudes sin esfuerzo, empezando por la castidad. Y no os será gravoso el ser castos, porque amando a Jesús no amaréis a nadie inmoderadamente. Seréis humildes porque veréis en É1 sus infinitas perfecciones con ojos amantes, por lo cual no os ensoberbeceréis de las vuestras, mínimas. Seréis creyentes. ¿Quién no cree en aquel a quien ama? Sentiréis la contrición del dolor que salva, porque será recto vuestro dolor, es decir será un dolor por la pena causada a Él, no por la pena por vosotros merecida. Seréis fuertes. ¡Oh, sí! ¡Cuando uno está unido a Jesús, es fuerte! Fuerte contra todo. Estaréis llenos de esperanza, porque no dudaréis del Corazón de los corazones, que os ama con la totalidad de sí mismo. Seréis sabios. Seréis todo. Amad a Aquel que anuncia la felicidad verdadera, que predica la salud, que va, incansable, por los montes y los valles convocando al rebaño para reunirlo; a Aquel en cuyo camino está la Paz, como también hay paz en su Reino, que no es de este mundo, sino que es verdadero, como verdadero es Dios. Abandonad cualquier camino que no sea el suyo. Liberaos de toda tiniebla. Id a la Luz. No seáis como el mundo, que no quiere ver la Luz, que no quiere conocerla. Vosotros id a nuestro Padre, que es el Padre de las luces, que es Luz sin medida, a través del Hijo, que es la Luz del mundo, para gozar de Dios en el abrazo del Paráclito, que es fulgor de las Luces en una sola beatitud de amor, que a los Tres centra en Uno. ¡Infinito océano del Amor, sin tempestades, sin tinieblas, acógenos! ¡A todos! A los inocentes y a los convertidos. ¡A todos! ¡En tu paz! ¡A todos! Para toda la eternidad. A todos los que habitamos sobre la tierra, para que te amemos a ti, Dios, y al prójimo como tú quieres. A todos, en el Cielo, para que sigamos amando, siempre, no sólo a ti y a los celestes habitantes, sino también, y todavía, a los hermanos que militen en la tierra en espera de la paz, y, cual ángeles de amor, los defendamos y apoyemos en las batallas y tentaciones, para que después puedan estar contigo en tu paz, para gloria eterna del Señor nuestro Jesús, Salvador, Amador del hombre, hasta el límite sin límite del anonadamiento sublime.

Como siempre, Juan, ascendiendo en sus vuelos de amor, lleva consigo a las almas a lugares de amor levísimo y silencio místico. Debe pasar un rato antes de que retorne la palabra a los labios del auditorio. El primero en hablar es Felipe, dirigiéndose a Pedro:

-¿Y Juan, el pedagogo, no habla?

-Os hablará por nosotros continuamente. Ahora dejadlo en su paz, y dejadnos también a nosotros un buen rato con él. Tú, Saba, haz lo que te he dicho antes; y tú también, buena Berenice...

Salen todos. Se quedan en la amplia sala los ocho con los dos. Hay un silencio grave: Están todos un poco pálidos: los apóstoles, porque saben lo que está para producirse; los dos discípulos, porque lo presienten.

Pedro abre sus labios, pero encuentra sólo esta palabra: «Oremos», y entona el "Pater noster". Luego - está verdaderamente pálido, quizás más que en el momento de la muerte -, yendo a ponerse entre los dos y colocando una mano sobre sus hombros, dice:

-Es la hora de la despedida, hijos. ¿Qué le digo al Señor en nombre vuestro? ¿A Él, que ciertamente estará ansioso de saber de vuestra santidad?

Síntica cae de rodillas y se cubre el rostro con las manos. Juan la imita. Pedro los tiene a sus pies, y, mecánicamente, los acaricia mientras se muerde los labios para no ceder a la emoción.

Juan de Endor alza su acongojado rostro y dice:

-Dirás al Maestro que nosotros hacemos su voluntad...

Y Síntica:

-Y que nos ayude a cumplirla hasta el final...

El llanto impide frases más largas.

-Bien. Démonos el beso de despedida. Esta hora debía llegar...

También Pedro se corta, ahogado por un nudo de llanto.

-Antes bendícenos - suplica Síntica.

-No. No yo. Mejor uno de los hermanos de Jesús...

-No. Tú eres el jefe. Nosotros los bendeciremos con el beso. Bendícenos a todos, a nosotros que nos marchamos y a ellos que se quedan - dice Judas Tadeo, poniéndose el primero de rodillas.

Y Pedro, el pobre Pedro - que ahora está rojo por el esfuerzo de mantener firme la voz y por la emoción de bendecir, con las manos extendidas hacia el pequeño núcleo arrodillado a sus pies - pronuncia, con voz aún más áspera por el llanto, casi de viejo, la bendición mosaica... Luego se agacha, besa en la frente a la mujer, como si fuera una hermana; levanta y abraza, besándolo fuerte, a Juan, y... se marcha valientemente de la habitación, mientras los otros imitan su acto para con los dos que se quedan...

Afuera, el carro está ya preparado. Sólo están presentes Felipe y Berenice, y el siervo, que sujeta el caballo. Pedro ha subido ya al carro...

-Dirás al amo que esté tranquilo respecto a sus recomendados - dice Felipe a Pedro.

-Dirás a María que siento la paz de Euqueria desde que ella es discípula - dice en voz baja Berenice al Zelote.

-Le diréis al Maestro, a María, a todos, que los amamos, y que... ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Oh, no los volveremos a ver! ¡Adiós, hermanos! Adiós...

Corren afuera, al camino, los dos discípulos... Pero el carro, que ha partido al trote, ya ha doblado la esquina... Ha desaparecido...

-¡Síntica!

-¡Juan!

-¡Estamos solos!

-¡Dios está con nosotros!... Ven, pobre Juan. El sol declina. Te sienta mal estar aquí...

-Para mí el Sol se ha puesto para siempre... Sólo volverá a salir en el Cielo.

Y entran donde antes estaban con los demás, se dejan caer sobre una mesa y se entregan, ya sin freno, al llanto...

Dice Jesús:

«Y el tormento causado por un hombre, sólo querido por el hombre malo, quedó consumado, deteniéndose como un curso de agua en un lago después de haber realizado su recorrido...

Te hago notar cómo también Judas de Alfeo, a pesar de estar más nutrido de sabiduría que los demás, da al texto de Isaías, sobre mis sufrimientos de Redentor, una explicación humana. Y así era todo Israel, que se negaba a aceptar la realidad profética y contemplaba las profecías sobre mis dolores como alegorías y símbolos. Fue el gran error, por el que, en la hora de la Redención, bien pocos en Israe1 supieron ver todavía al Mesías en el Condenado.

La Fe no es sólo una corona de flores. Tiene espinas también. Y es santo aquel que sabe creer tanto en las horas de gloria como en las horas trágicas; y sabe amar, tanto si Dios lo cubre de flores, como si lo coloca sobre espinas.

## 325

## Los ocho apóstoles se reúnen con Jesús cerca de Akcib.

Jesús - un Jesús muy delgado y pálido, muy triste, atormentado yo diría - está en la cima, exactamente en la cima más alta de un montecito, que es sede de un pueblo. Pero Jesús no está en el pueblo (que está en la cima, sí, pero vuelto hacia la ladera sureste), sino en una pequeña prominencia, la más alta, que mira hacia el noroeste (la verdad es que más oeste que norte).

Jesús, dado que mira desde varios lados, ve una cadena ondulada de montes, que en los extremos noroeste y suroeste introduce sus últimos ramales en el mar: al suroeste, con el Carmelo, que se difumina a lo lejos en este día claro; al noroeste, con un cabo cortante como un espolón de nave, muy parecido a nuestras Apuanas, por las venas rocosas que albean bajo el sol. Por las laderas de esta cadena ondulada de montes descienden torrentes y regatos (todos bien colmados de aguas en esta estación del año) que por la llanura costera corren a introducirse en el mar. Cerca de la amplia bahía de Sicaminón, el más exuberante de ellos, el Kisón, desemboca en el mar, tras haber formado casi un pequeño lago en la confluencia con otro riachuelo, poco antes de la desembocadura. El sol meridiano del claro día extrae de los cursos de agua reflejos de topacios o zafiros, mientras que el mar es un inmenso zafiro veteado de livianos collares de perlas.

La primavera del sur se perfila ya con las nuevas hojas, que, de las abiertas gemas, brotan, tiernas, brillantes, tan nuevas, tan desconocedoras de polvo y tempestades, de mordeduras de insectos y de contactos de hombre, que yo diría virginales. Y las ramas de los almendros son ya borlas de espuma blanco-rosada; tan blandas, tan livianas, que da la impresión de que vayan a

desprenderse del tronco natal y navegar, cual pequeñas nubes, por el aire sereno. También los campos de la llanura, no vasta pero sí fértil, comprendida entre los dos cabos, el del noroeste y el del suroeste, muestra un tierno verdear de cereales, que quitan toda tristeza a los campos, poco antes desnudos.

Jesús mira. Desde el punto en que se encuentra, ve tres caminos: el que sale del pueblo y va a terminar ahí (es un caminito sólo para personas) y otros dos, que van hacia abajo, desde el pueblo, y se bifurcan en opuestas direcciones: hacia el noroeste, hacia el suroeste.

¡Qué Jesús tan desmejorado' Signado por la penitencia mucho más que cuando ayunó en el desierto: entonces era el hombre empalidecido, pero todavía joven y vigoroso; ahora es el hombre consumido por un complejo sufrir que deprime tanto las fuerzas físicas como las morales. Sus ojos están muy tristes, una tristeza dulce y grave al mismo tiempo. Las mejillas, enflaquecidas, hacen realzar aún más la espiritualidad del perfil, de la frente alta, de la nariz larga y derecha, de esa boca cuyos labios carecen absolutamente de sensualidad. Un rostro angélico, de tanto como excluye la materialidad. Tiene la barba más larga que de costumbre, crecida incluso en los carrillos hasta confundirse con los cabellos, que le caen sobre las orejas; de forma que de su rostro son visibles solamente la frente, los ojos, la nariz y los pómulos, flacos y de un color marfil sin sombra de róseo. Tiene los cabellos peinados rudimentariamente, cabellos que se han vuelto opacos y conservan, para recuerdo del antro en que ha estado, muchos pequeños fragmentos de hojas secas y de palitos que se han quedado enredados en la larga cabellera. Y la túnica y el manto, arrugados y polvorientos, denuncian también el lugar agreste en que han sido vestidos y usados sin tregua.

Jesús mira... El sol del mediodía lo calienta, y da la impresión de que ello le es agradable, porque evita la sombra de algunos robles para ir bien al sol; pero, a pesar de que sea un sol neto, resplandeciente, no enciende reflejos en sus cabellos polvorientos ni en sus ojos cansados, ni da color a su rostro enflaquecido.

No es el sol lo que lo conforta y aviva su color; es el ver a sus queridos apóstoles, que suben, gesticulando y mirando hacia el pueblo por el camino que viene del noroeste, el más llano. Entonces se produce la metamorfosis: la mirada se le aviva; el rostro parece perder en parte su aspecto demacrado, por una leve coloración rosada que se extiende sobre las mejillas, y más por la sonrisa que lo ilumina. Abre los brazos - los tenía cruzados - y exclama: «¡Mis amados!». Lo dice alzando la cara, extendiendo su mirada sobre las cosas, como queriendo comunicar su alegría a las hierbas y a los árboles, al cielo sereno, al aire, que ya sabe a primavera.

Recoge el manto ciñéndoselo bien al cuerpo, para que no se quede enganchado en las matas, y baja raudo, por un atajo, al encuentro de ellos, que suben y que todavía no lo han visto. Cuando la distancia puede ser salvada por la voz, los llama para detener su marcha en dirección al pueblo.

Oyen la llamada lejana. Quizás desde el punto en que están no pueden ver a Jesús, cuyo indumento oscuro se confunde con la espesura del bosque que cubre la ladera. Miran a su alrededor, gesticulan... Jesús los llama de nuevo... Por fin, un claro del bosque lo muestra a sus ojos, bajo el sol, con los brazos un poco extendidos, como queriéndolos abrazar ya. Entonces se oye un fuerte grito, que se refleja en la abrupta ladera:

-¡El Maestro! - y, dejando el camino, empieza una gran carrera hacia arriba por las escarpaduras, arañándose, tropezando, jadeando, sin sentir el peso de los talegos ni la fatiga del paso... llevados de la alegría de verlo de nuevo.

Naturalmente, los primeros en llegar son los más jóvenes y los más ágiles, es decir, los dos hijos de Alfeo, de paso seguro, propio de quien ha nacido en las colinas, y Juan y Andrés, que corren como dos cervatillos, sonriendo felices. Y caen a sus pies, amorosos y reverentes, felices, felices, felices... Luego llega Santiago de Zebedeo. Los últimos en llegar, casi juntos, son los tres menos expertos en carreras y en montañas: Mateo y el Zelote y, el último, el último de todos, Pedro.

Pero se abre paso - ¡vaya que si se abre paso! - para llegar al Maestro. Los primeros que han llegado están abrazados a sus piernas y no se cansan de besarle las vestiduras o las manos, que El les ha dejado abandonadas. Coge enérgicamente a Juan y a Andrés, que están agarrados a las vestiduras de Jesús como ostras a un escollo, y jadeante por el esfuerzo realizado, los aparta lo suficiente como para poder caer también él a los pies de Jesús, y dice:

-¡Oh, Maestro mío! ¡Ahora vuelvo a vivir, por fin! Ya no podía más. He envejecido y adelgazado como por una mala enfermedad. Mira como es verdad, Maestro... - y alza la cara para que Jesús lo mire. Pero, al hacerlo, ve en él el cambio de Jesús, y se pone en pie gritando: « ¿Maestro? ¿Pero qué has hecho? ¡Necios! ¡Pero mirad! ¿No veis nada vosotros? ¡Jesús ha estado enfermo!... ¡Maestro, Maestro mío, ¿qué has tenido? ¡Díselo a tu Simón!».

-Nada, amigo.

-¿Nada? ¿Con esa cara? ¡Entonces es que alguien te ha tratado mal!

-¡No, hombre, Simón!

-¡Imposible! ¡O enfermo o has sufrido persecución! ¡Que tengo ojos, eh!...

-Yo también los tengo. Y, efectivamente, te veo enflaquecido y más viejo. Entonces tú ¿por qué estás así? - pregunta sonriendo el Señor a su Pedro, el cual lo observa atentamente como si quisiera leer la verdad en el pelo, en la piel, en la barba de Jesús.

-¡Pero yo he sufrido! No lo niego. ¿Crees que ha sido placentero ver tanto dolor?

-¡Tú lo has dicho! Yo también he sufrido por el mismo motivo...

-¿Sólo por eso, realmente, Jesús? - pregunta, enternecido y afectuoso, Judas de Alfeo.

-Por el dolor, sí, hermano mío. El dolor causado por tener que mandar a otro sitio...

-Y por el dolor de haberte visto obligado a ello por...

-¡Por favor!... ¡Silencio! Prefiero el silencio ante mi herida a cualquier palabra que quiera consolarme diciéndome: "Sé por qué has sufrido". Y, además, sabedlo todos, he sufrido por muchas cosas, no solo por ésta. Y, si Judas no me hubiera interrumpido, os lo habría dicho - Jesús se muestra severo al decir esto. Todos se intimidan.

Pedro es el primero en reaccionar, y pregunta:

-¿Y dónde has estado, Maestro? ¿Qué has hecho?

-He estado en una gruta... orando... meditando... fortaleciendo mi espíritu, obteniendo fortaleza para vosotros en vuestra misión, para Juan y Síntica en su sufrimiento.

-¿Pero dónde, dónde? ¡Sin vestidos, sin dinero! ¿Cómo te las has arreglado?

Simón está nervioso.

-En una gruta no necesitaba nada.

-Pero, ¿y la comida?, ¿y el fuego?, ¿y la cama?, ¿y...? ¡Bueno, todo! Yo te imaginaba - era mi esperanza -, al menos, huésped, como un peregrino que hubiera perdido el camino, en Yiftael, o en otra parte... en definitiva, en una casa. Eso me tranquilizaba un poco. ¡Pero, de todas formas...! Decid vosotros si no era mi tormento el pensamiento de que Él estaba sin ropa, sin comida, sin medios para procurársela, sin, sobre todo esto, sin voluntad de procurársela. ¡Jesús, no debías haberlo hecho! ¡Y no me lo volverás a hacer, nunca! De ahora en adelante, no te dejaré ni por una hora. Me coseré a tu túnica, para seguirte como una sombra, quieras o no. Sólo si muero seré separado de ti.

-O si muero Yo.

-¡Tú no! Tú no debes morir antes que yo. No digas eso. ¿Quieres entristecerme del todo?

-No. Es más, quiero alegrarme contigo, con todos, en esta hermosa hora que me trae de nuevo a mis amados, predilectos amigos. ¿Veis? Ya estoy mejor, porque vuestro amor sincero me alimenta, me da calor, me consuela de todo.

Y los acaricia, uno a uno, mientras sus rostros resplandecen con una sonrisa dichosa y sus ojos brillan y tiemblan los labios por la emoción de estas palabras, preguntando:

-¿De verdad, Señor?

-¿Es realmente así?

-¿Tanto nos quieres?

-Sí. Os quiero mucho. ¿Habéis traído comida?

-Sí. Presentía que estabas exhausto y la he comprado por el camino. Tengo pan, carne asada, leche, queso y manzanas, y una borracha con vino generoso y huevos para ti, si es que no se han roto...

-Bien, entonces vamos a sentarnos aquí, bajo este buen sol, y vamos a comer. Mientras comemos me habláis...

Se sientan al sol en un risco. Pedro abre su talego y observa sus tesoros:

-¡Todo salvo! – exclama - Incluso la miel de Antigonio. ¡Pero hombre! ¡Si ya lo he dicho yo! Al regreso, aunque nos hubiéramos metido en una cuba para rodar impulsados por un loco, o en un bote sin remos, hasta incluso con agujero, y además en una tempestad, habríamos llegado sanos y salvos... ¡Pero a la ida! Cada vez me convenzo más de que era el demonio el que nos ponía obstáculos, para no dejarnos ir con esos dos pobrecitos...

-Si, claro, ahora ya no tenía objeto... - confirma el Zelote.

-Maestro, ¿has hecho penitencia por nosotros? - pregunta Juan, que se olvida de comer por contemplar a Jesús.

-Sí, Juan. Os he seguido con el pensamiento. He sentido vuestros peligros y aflicciones. Os he ayudado como he podido...

-¡Yo lo he sentido! Y os lo dije, ¿os acordáis?

-Sí, es verdad - confirman todos.

-Ahora me estáis devolviendo lo que os he dado.

-¿Has ayunado, Señor? - pregunta Andrés.

-¿Qué remedio! - le responde Pedro - Aunque hubiera querido comer, sin dinero, en una gruta, ¿cómo querías que comiera?

-¡Por causa nuestra! ¡Cuánto me apena esto! - dice Santiago de Alfeo.

-¡Oh, no! ¡No os aflijáis! No solamente por vosotros. También por todo el mundo. He hecho lo que cuando empecé la misión. En aquella ocasión, al final, fui socorrido por los ángeles; ahora me socorréis vosotros. Y, creedme, para mí es doble alegría. Porque en los ángeles es inderogable el ministerio de caridad, pero en los hombres es menos fácil de encontrar. Vosotros lo estáis ejerciendo. Y habéis pasado, por amor a mí, de hombres a ángeles, habiendo elegido la santidad por encima de toda otra cosa. Por tanto, me hacéis feliz como Dios y como Hombre-Dios. Porque me dais aquello que es de Dios: la Caridad, y me dais aquello que es del Redentor: vuestra elevación a la Perfección. Esto me viene de vosotros, y alimenta más que cualquier otro alimento. También en aquel entonces, en el desierto, fui nutrido de amor después del ayuno. Y ello me confortó. ¡Lo mismo ahora, lo mismo ahora! Todos hemos sufrido. Yo y vosotros. Pero no ha sido un sufrimiento inútil. Creo, sé, que este sufrimiento os ha favorecido más que todo un año de instrucción. El dolor, la meditación sobre el mal que un hombre puede hacer a su semejante, la piedad, la fe, la esperanza, la caridad que habéis debido ejercer, y además solos, os han madurado, como niños que se hacen hombres...

-¡Oh, sí! Me he hecho viejo. No volveré a ser el Simón de Jonás que era al partir. He comprendido lo dolorosa y fatigosa que es nuestra misión, a pesar de ser hermosa... - suspira Pedro.

-Bueno, pues ahora estamos aquí, juntos. Referid...

-Habla tú, Simón. Sabes hacerlo mejor que yo - dice Pedro al Zelote.

-No. Tú, como jefe competente que eres, habla por todos - responde.

Y Pedro empieza, diciendo como preliminar:

-Pero ayudadme.

Narra con orden hasta la partida de Antioquía. Luego comienza la narración del regreso:

-Sufríamos todos, ¿eh? Nunca olvidaré las últimas voces de los dos...

Pedro se seca con el dorso de la mano dos lagrimones que ruedan al improviso...

-Me parecieron el último grito de uno que se estuviera ahogando... ¡En fin! Bueno, hablad vosotros... yo no puedo... - y se levanta y se aparta un poco para controlar su emoción.

Continúa Simón Zelote:

-Ninguno habló durante mucho camino... No podíamos hablar... La garganta estaba tan hinchada de llanto que nos dolía... Y no queríamos llorar... porque si hubiéramos empezado, aunque hubiera sido uno sólo, ya no habría tenido solución. Llevaba los ramales yo, porque Simón de Jonás, para que no se viera que sufría, se había puesto en el fondo del carro a hurgar en los talegos. Nos detuvimos en un pueblecito a mitad de camino entre Antioquía y Seleucia. A pesar de que la luna fuera cada vez más clara a medida que la noche avanzaba, no conociendo bien el lugar, nos detuvimos allí. Y nos quedamos adormilados ahí, entre nuestras cosas. No comimos, ninguno, porque... no podíamos. Pensábamos en ellos dos... Con la primera luz del alba, pasamos el puente y llegamos antes de la hora tercera a Seleucia. Restituimos el carro y el caballo al hospedero y - era un hombre muy bueno - le pedimos consejo respecto a la nave. Dijo: "Voy yo al puerto. Me conocen y conozco gente". Y así hizo. Encontró tres naves que estaban para zarpar para estos puertos. Pero en una de ellas había ciertos... seres que no quisimos tener cerca. Nos lo dijo el hombre, que lo había sabido por el jefe de la nave. La segunda era de Ascalón, y no quería hacer escala para nosotros en Tiro, a menos que hubiéramos dado una suma que ya no teníamos. La tercera era una goleta bien mísera, cargada de madera bruta. Una barca pobre, con pocos tripulantes, y creo que con mucha miseria. Por eso, a pesar de que se dirigía a Cesárea, aceptó detenerse en Tiro, previo desembolso de una jornada de comida y paga para toda la tripulación. Nos venía bien. Yo, verdaderamente, y conmigo Mateo, teníamos un poco de miedo. Es época de tempestades... Y ya sabes lo que encontramos a la ida. Pero Simón Pedro dijo: "No sucederá nada". Y subimos a la barca. Iba tan suave y veloz que parecía que los ángeles fueran las velas de la nave. Empleamos para llegar a Tiro menos de la mitad del tiempo tardado a la ida; y en Tiro el patrón fue tan bueno, que nos concedió remolcar la barca hasta cerca de Tolemaida. Bajaron a la barca Pedro, Andrés y Juan, para las maniobras. Pero era muy simple... No como a la ida... En Tolemaida nos separamos. Estábamos tan contentos, que, antes de bajar todos a la barca, donde estaban ya nuestras cosas, les dimos más dinero del convenido. En Tolemaida nos hemos detenido un día, y luego hemos venido aquí... Pero nunca olvidaremos el dolor sufrido. Simón de Jonás tiene razón.

-¿No tenemos también razón ai decir que el demonio nos ponía obstáculos sólo a la ida? - preguntan más de uno.

-Tenéis razón. Ahora escuchad. Vuestra misión ha terminado. Volvemos hacia Yiftael, a esperar a Felipe y Natanael. Y hay que hacerlo pronto. Luego vendrán los demás. Entretanto, evangelizaremos aquí, en los confines de Fenicia y en la propia Fenicia. Pero todo lo ocurrido ha quedado para siempre sepultado en nuestros corazones. No se dará respuesta a ninguna pregunta.

-¿Ni siquiera a Felipe y Natanael? Saben que hemos venido contigo.

-Hablaré Yo. He sufrido mucho, amigos, y vosotros lo habéis visto. He pagado con mi sufrimiento la paz de Juan y Síntica. Haced que mi sufrimiento no sea inútil. No carguéis mis hombros con un peso más. ¡Tengo ya muchos!... Y su peso crece cada día que pasa, cada hora que pasa... Decid a NatanaeI que he sufrido mucho. Decídselo a Felipe. Y que sean buenos. Decídselo a los otros dos. Pero no digáis más. Decir que habéis entendido que he sufrido, y que os lo he confirmado, es una verdad. No hace falta más.

Jesús habla cansado... Los ocho lo miran apenados, y Pedro, que está detrás de Él, se atreve incluso a acariciarle la cabeza. Jesús la alza y mira a su honesto Simón con una sonrisa de tristeza afectuosa.

-¡No, no puedo verte así! Me parece, tengo la sensación de que la alegría de nuestra unión haya terminado, y que de ella quede la santidad, sólo la santidad. Entretanto... vamos a Akcib. Te cambiarás de túnica, te rasurarás los carrillos, ordenarás tus cabellos. ¡Así no, así no! No puedo verte así... Me pareces... uno que hubiera logrado huir de manos crueles, o que le hubieran maltratado, o una persona al límite de sus fuerzas... Me pareces Abel de Belén de Galilea, liberado de sus enemigos...

-Sí, Pedro. Pero el maltratado es el corazón de tu Maestro... y no se curará nunca... Es más, será herido cada vez más. Vamos...

Juan suspira:

-Lo siento... hubiera deseado contar a Tomás, que tanto quiere a tu Madre, el milagro de la canción y del ungüento...

-Un día lo contarás... No ahora. Todo manifestaréis un día. Entonces podréis hablar. Yo mismo os diré: "Id a decir todo lo que sabéis". Pero, entretanto, sabed ver en el milagro la verdad, ésta: el poder de la fe. Tanto Juan como Síntica han calmado el mar y curado al hombre no por las palabras, no por el ungüento, sino por la fe con que han usado el nombre de María y el ungüento hecho por Ella. Y otra cosa: ello se produjo porque en torno a su fe estaba la vuestra, la de todos vosotros, y vuestra caridad. Caridad hacia el herido. Caridad hacia el cretense. A1 primero le quisisteis conservar la vida; al otro quisisteis darle la fe. Pero si aun es fácil curar los cuerpos, cosa muy dura es curar los espíritus... No hay morbo más difícil de erradicar que el espiritual... - y Jesús suspira fuerte.

Están a la vista de Akcib. Pedro se adelanta con Mateo para encontrar alojamiento. Le siguen los demás, compactos en torno a Jesús. El sol declina rápidamente mientras entran en el pueblo...

## 326

## Un alto en Akcib

-Señor, esta noche he estado pensando... ¿Por qué quieres venir tan lejos, para luego volver a los confines fenicios? Deja que vaya yo con otro. Venderé a Antonio... Lo siento... pero ahora ya no hace falta y llamaría la atención. Me toparé con Felipe y Bartolomé. Sólo pueden recorrer ese camino, así que los encontraré, sin duda. Y puedes estar seguro de que no hablaré. No quiero causarte dolores... Tú descansas aquí, con los demás, nos ahorramos todos ese camino de Yiftael... y tardamos menos» - dice Pedro mientras salen de la casa donde han dormido. Y parecen menos demacrados, porque tienen túnicas frescas, y las barbas y los cabellos han sido arreglados por mano experta.

-Tu idea es buena. No te impido hacerlo. Bien, ve con quien quieras de tus compañeros.

-Entonces con Simón. Señor, bendícenos.

Jesús los abraza diciendo:

-Con un beso. Id.

Los miran mientras se marchan, descendiendo raudos hacia la llanura.

-¡Qué bueno es Simón de Jonás! Estos días lo he apreciado como nunca lo había hecho - dice Judas Tadeo.

-También yo - dice Mateo - Nunca egoísta, nunca soberbio, nunca exigente.

-No se ha aprovechado nunca del hecho de ser el jefe. ¡A1 contrario! Parecía el último de nosotros, y, no obstante, conservaba su puesto - añade Santiago de Alfeo.

-A nosotros esto no nos asombra. Lo conocemos desde hace años. Fogoso, pero todo corazón. ¡Y además tan honesto...! - dice Santiago de Zebedeo.

-Mi hermano, a pesar de ser rudo, es bueno. Y, desde que está con Jesús, se ha hecho doblemente bueno. Yo tengo un carácter completamente distinto, y... algunas veces se ponía nervioso, pero era porque comprendía que yo sufría por ese carácter; se inquietaba por mi bien. Uno, una vez que lo comprende, se lleva bien con él - dice Andrés.

-Estos días nos hemos entendido siempre y hemos sido un corazón solo - afirma Juan.

-¡Sí, sí! Yo también lo he percibido. Durante toda una luna, y en momentos incluso de verdadera tensión, no hemos tenido nunca malos humores... Mientras que otras veces... no sé por qué... monologa Santiago de Zebedeo.

-¿Por qué? ¡Pues es fácil de entender! Porque tenemos intención recta. No somos perfectos, pero sí rectos. Por eso aceptamos el bien que uno propone; o descartamos el mal, cuando uno de nosotros nos lo indica como tal y antes no lo habíamos intuido nosotros solos. ¿Por qué? ¡Es fácil responder! Porque nosotros ocho tenemos solo un pensamiento: hacer las cosas de forma que Jesús se sienta contento. ¡Eso es todo! - exclama Judas Tadeo.

-No creo que los otros tengan un pensamiento distinto - dice, conciliador, Andrés.

-No. No Felipe, ni Bartolomé, aunque sea muy anciano y muy Israel... Y tampoco Tomas, a pesar de que sea más hombre que espíritu. Sería injusto con ellos si los acusara de... Jesús, tienes razón. Perdona. Pero, si supieras lo que me produce el verte sufrir. ¡Y por él! Yo soy discípulo tuyo, como todos los otros. Pero, además, soy hermano y amigo tuyo, y llevo en mis venas la fogosa sangre de Alfeo. Jesús, no me mires tan severo y tan triste. Tú eres el Cordero y yo... el león. Créeme que a duras penas logro sujetarme para no romper de un zarpazo la red de calumnias que te circunda, y para no abatir el cobijo en que se cela el verdadero enemigo. Quisiera ver la realidad de su rostro espiritual, al cual doy un nombre... aunque quizás calumnio al hacerlo; y lo marcaría con una señal, si lograse conocer su realidad sin riesgo de error... que le quitaría para siempre las ganas de dañarte - dice vehementemente Judas Tadeo, que se ha contenido, al principio de su intervención, por una mirada de Jesús.

Santiago de Zebedeo le responde:

-¡Deberías marcar a la mitad de Israel!... Pero Jesús seguirá adelante igual. Ya has visto estos días que nada puede contra Jesús. ¿Qué hacemos ahora Maestro? ¿Has hablado aquí?

-No. Hacía menos de un día que había llegado a estas laderas. Dormí en el bosque.

-¿Porque no te recibieron?

-Su corazón rechazó al Peregrino... No tenía dinero...

-¡Entonces son corazones de piedra! ¿De qué tenían miedo?

-De que fuera un bandido... Pero no importa. El Padre que está en los Cielos hizo que encontrara una cabra, perdida o que había huido. Venid, os la muestro. Vive en la espesura con su cabritillo. No huyó al verme llegar. Es más, me dejó exprimir su leche en mi boca... como si fuera una criatura suya Yo también. Y dormí al lado de ella, con el cabritillo casi en mi corazón. ¡Dios es bueno con su Verbo!

Van hacia el lugar del día anterior, a un boscaje espeso y espinoso. En su centro hay un roble secular, que no sé cómo puede vivir con esa base tan hendida: como si el terreno se hubiera abierto y hubiera desgajado su tronco poderoso, fajado todo de verdes hiedras y de espinos por ahora carentes de hojas. Allí cerca está pastando la cabra con su cabritillo. A1 ver a tantos hombres, apunta hacia ellos los cuernos en señal de defensa. Pero luego reconoce a Jesus y se calma. Le echan unas cortezas de pan y se retiran.

-Ahí dormí - explica Jesús - Y hubiera seguido allí, si no hubierais venido. Ya tenía hambre. El objetivo del ayuno estaba terminado... No era necesario insistir por otras cosas que ya no se pueden cambiar...

Jesús está de nuevo triste... Los seis se intercambian breves miradas, pero no dicen nada.

-¿Y ahora? ¿A dónde vamos?

-Nos quedamos aquí, por hoy. Mañana bajaremos a predicar en el camino de Tolemaida. Luego iremos hacia los confines fenicios, para regresar aquí antes del sábado.

Y, lentamente, regresan al pueblo.

## 327

## En los confines de Fenicia. Palabras de Jesús sobre la igualdad de los pueblos. Parábola de la levadura

El camino que de Fenicia viene hacia Tolemaida es hermoso. Corta, muy derecha, la llanura que hay entre el mar y los montes. Y es muy transitado (por cómo está mantenido). A menudo cortado por caminos menores - que de los pueblos del interior van hacia los de la costa -, ofrece numerosos cruces, cabe los cuales generalmente hay una casa, un pozo y un rudimentario taller de herrador para los cuadrúpedos que puedan necesitar herraduras.

Jesús, con los seis que se han quedado con El, recorre un buen trecho de camino, por lo menos dos kilómetros, viendo siempre las mismas cosas. A1 final se detiene junto a una de estas casas con pozo y taller de herrador, en una bifurcación, junto a un torrente por encima del cual pasa un puente, que, siendo fuerte pero de una anchura que apenas si da para el paso de un carro, hace que tengan que detenerse los que van o los que vienen, porque las dos corrientes opuestas no podrían pasar al mismo tiempo. Y ello da ocasión a los transeúntes (de razas diversas, por lo que logro entender, o sea, fenicios e israelitas en el verdadero sentido de la palabra, que se odian recíprocamente), de aunarse en una única intención: imprecar contra Roma... Pero sin Roma no tendrían ni siquiera ese puente, y con el torrente colmado no sé cómo habrían podido pasar. ¡Pero bueno... al opresor siempre se le odia, aunque haga cosas útiles!

Jesús se para junto al puente, en el ángulo lleno de sol en que está la casa. El maloliente taller de herrador está en el lado de la casa paralelo al torrente; en él se están forjando herraduras para un caballo y dos asnos, que las han perdido. El caballo está enganchado a un carro romano. En el carro hay unos soldados que, poniendo caras burlonas a los hebreos que imprecan, se lo pasan bien. Y, a un viejo narigudo, más avieso que todos los otros, una verdadera boca viperina, que creo que con mucho gusto mordería a los romanos con tal de envenenarlos, le tiran encima un puñado de estiércol equino...

¡Se puede uno imaginar lo que sucede! El viejo hebreo sale corriendo y gritando como si le hubieran infectado de lepra, y a él se agregan en coro otros hebreos. Los fenicios gritan irónicos:

-¿Os gusta el nuevo maná? Comed, comed, para tener energías para gritar contra estos que son demasiado buenos con vosotros, víboras hipócritas.

Los soldados sueltan burlonas risotadas... Jesús calla.

El carro romano, por fin, se pone en marcha, saludando al herrador con el grito:

-¡Salve, Tito, y próspera permanencia!

El hombre, vigoroso, anciano, de cuello toroso, desbarbado el rostro, ojos negrísimos a los lados de una nariz fuerte y bajo la cubierta de una frente saliente y amplia, un poco pelada en las sienes por falta de cabellos (los cuales, donde están, son cortos y muy crespos), alza el pesado martillo con un gesto de despedida, y de nuevo se vuelve hacia el yunque, donde un joven ha puesto un hierro candente, mientras otro muchacho está quemando el casco de un burrito, reglándolo para el herrado ya próximo.

-Casi todos estos herradores que están por los caminos son romanos; soldados que se han quedado aquí una vez terminado su servicio. Y ganan bien... Nunca tienen impedimentos para atender a las caballerías... Y un asno se puede desherrar también antes de la puesta del sol del sábado, o en tiempos de Encenias... - observa Mateo.

-E1 que herró a Antonio estaba casado con una hebrea - dice Juan.

-Hay más mujeres necias que sensatas - sentencia Santiago de Zebedeo.

-¿Y los hijos, de quién son? ¿De Dios o del paganismo? - pregunta Andrés.

-Son del cónyuge más fuerte, generalmente - responde Mateo - Y, basta con que la mujer no sea apóstata, para que sean hebreos, porque el hombre, estos hombres, dejan libertad. No son muy... fanáticos ni siquiera de su Olimpo. Me parece que ya no creen en ninguna otra cosa, si no es en la necesidad de ganar dinero. Están llenos de hijos.

-Pero son uniones abyectas. Sin una fe, sin una verdadera patria... mal vistos por todos... - dice Judas Tadeo.

-No. Te equivocas. Roma no los desprecia. Es más, siempre los ayuda. Sirven más así que cuando llevaban las armas. Desvirtuando la sangre, se introducen en nosotros más que con la violencia. La que sufre, si es que sufre, es la primera generación. Luego se dispersan... el mundo olvida... - dice Mateo, que parece muy práctico.

-Sí, son los hijos los que sufren. ¡Pero, hay que ver también las mujeres hebreas, unidas en matrimonio así!... Por ellas mismas y por sus hijos... Me dan pena. Nadie les habla ya de Dios. Mas no será así en el futuro. Entonces no permanecerán estas separaciones de personas y de naciones, porque las almas estarán unidas en una sola Patria: la mía - dice Jesús, que hasta ahora ha estado silencioso.

-¡Pero entonces ya habrán muerto!... - exclama Juan.

-No. Habrán sido congregadas en mi Nombre. No serán ya romanos o libios, griegos o pónticos, iberos o galos, egipcios o hebreos, sino almas de Cristo. Y ¡ay de aquellos que quieran distinguir a las almas - todas igualmente amadas por mí y por las cuales habré sufrido de igual modo - según sus patrias terrenas! Quien así lo hiciere demostraría que no ha comprendido la Caridad, que es universal.

Los apóstoles sienten la velada corrección y agachan la cabeza y guardan silencio...

E1 fragor del hierro batido en el yunque ha callado; ya amainan los golpes en el último casco asnal. Jesús aprovecha para alzar la voz y ser oído por la gente. Parece como si continuara hablando a sus apóstoles, en realidad habla a los transeúntes, y quizás también a los habitantes de la casa, mujeres ciertamente, porque reclamos de femeniles voces recorren el aire tibio.

-Aunque parezca que no exista, siempre hay en los hombres un parentesco: el de proceder de un único Creador. Porque, aunque luego estos hijos de un único Padre se hayan separado, no por ello ha cambiado el vínculo de origen, de la misma forma que no cambia la sangre de un hijo cuando repudia la casa paterna. Después de que el delito lo hiciera fugitivo por el vasto mundo, siguió circulando la sangre de Adán por las venas de Caín; y, por las venas de los hijos nacidos después del dolor de Eva, que lloraba a su hijo asesinado, circulaba la misma sangre que hervía en las del lejano Caín.

Lo mismo, y con razón más pura, se diga de la igualdad entre los hijos del Creador. ¿Descarriados? Sí. ¿Exiliados? Sí. ¿Apóstatas? Sí. ¿Culpables? Sí. ¿Que hablan lenguas y creen fes que para nosotros son detestables? Sí. ¿Contaminados por uniones con paganos? Sí. Pero su alma procede de Uno solo, y es siempre esa alma, aunque esté lacerada, descarriada, exiliada, contaminada... Aunque sea motivo de dolor para el Padre Dios, sigue siendo un alma creada por Él.

Los hijos buenos de un Padre bonísimo deben tener sentimientos buenos. Buenos hacia su Padre, buenos hacia sus hermanos, al margen de lo que éstos hayan venido a ser, porque son hijos del Mismo. Buenos hacia su Padre, tratando de consolar su dolor conduciendo de nuevo a Él a los hijos, que son su dolor o porque son pecadores o porque son apóstatas o

porque son paganos. Buenos hacia ellos, porque tienen esa alma que procede del Padre cerrada en un cuerpo culpable, o manchada, u obnubilada por una religión errada, pero sigue siendo alma del Señor e igual que la nuestra.

Recordad, vosotros los de Israel, que no hay ninguno - aunque fuera el idólatra más lejano de Dios con su idolátrica religión, o el más pagano de los paganos, o el más ateo de los hombres -, no hay ninguno que esté absolutamente privado de una huella de su origen. Recordad, vosotros los que habéis errado separándoos de la justa religión, descendiendo a connubios de sexos que nuestra religión condena, recordad que, aunque os parezca que todo lo que era Israel haya muerto en vosotros sofocado por el amor a un hombre de distinta fe y raza, muerto no está. Hay uno que vive todavía, y es Israel. Y tenéis la obligación de soplar en este fuego que muere, debéis alimentar la chispa que subsiste por voluntad de Dios, para hacerla crecer por encima del amor carnal. Éste cesa con la muerte. Pero vuestra alma no cesa con la muerte. Recordadlo. Y vosotros, vosotros, quienesquiera que seáis, que veis y muchas veces os causa horror el ver esos híbridos connubios de una hija de Israel con un hombre de distinta raza y fe, recordad que tenéis la obligación, el deber, de ayudar caritativamente a esa hermana extraviada a volver a los caminos del Padre.

Ésta es la nueva Ley, santa y grata al Señor: que los seguidores del Redentor rediman dondequiera haya necesidad de redención, para que Dios sonría por las almas que vuelven a la Casa paterna, y para que no quede convertido en estéril o demasiado escaso el sacrificio del Redentor.

Para hacer fermentar mucha harina, la mujer de casa toma un trocito de la masa hecha la semana anterior. ¡Una cantidad mínima separada de la voluminosa masa! La sepulta en el montón de harina y mantiene todo ello al amparo de hostiles vientos, en el calorcillo próvido de la casa.

Haced vosotros lo mismo, verdaderos discípulos del Bien; haced vosotros lo mismo, criaturas que os habéis alejado del Padre y de su Reino. Dad vosotros, los primeros, una pequeña porción de vuestra levadura para ser añadida a las segundas y reforzarlas; ellas la unirán a la molécula de justicia que en ellas subsiste. Y, tanto vosotros como ellas, mantened al amparo de los vientos hostiles del Mal, en el calor de la Caridad - señora vuestra, o tenaz superviviente en vosotros, aunque esté ya languideciendo: según lo que seáis -, la levadura nueva. Y cerrad bien las paredes de la casa, de la correligión, en torno a lo que fermenta en el corazón de una correligionaria extraviada; que se sienta amada todavía por Israel, todavía hija de Sión y hermana vuestra, para que fermenten todos los buenos deseos y venga a las almas y para las almas, para todas, el Reino de los Cielos.

-¿Pero quién es? ¿Pero quién es? - se pregunta la gente, que ya no siente la prisa de pasar, a pesar de que el puente haya quedado libre; ni de proseguir, si ya lo ha atravesado.

-Un rabí.

-Un rabí de Israel.

-¿Aquí? ¿En los confines de Fenicia? ¡Es la primera vez que sucede!

-Pues es así. Aser me ha dicho que es el que llaman el Santo.

-Entonces quizás se refugia entre nosotros porque allá lo persiguen.

-¡Menudos reptiles son!

-¡Está bien que venga a nuestra tierra! Hará prodigios...

Entretanto, Jesús ha puesto tierra de por medio, por un sendero que atraviesa los campos. Y se marcha...

## 328

## En Alejandrocena donde los hermanos de Hermiona

Llegan de nuevo a la vía, tras una larga vuelta por los campos y habiendo atravesado el torrente por un puentecito de tablas crujientes, que solamente puede ser utilizado para el paso de personas: una pasarela más que un puente.

La marcha prosigue por la llanura, que se va estrechando al aproximarse las colinas al litoral, tanto que, después de otro torrente, con su indispensable puente romano, la vía de llanura se transforma en camino de montaña, bifurcándose en el puente con otro menos empinado que se prolonga hacia el nordeste por un valle, mientras que éste, el que ha elegido Jesús, según la indicación del cipo romano: "Alejandrocena - m. Vª", es verdaderamente una escalera en el monte rocoso y empinado, que hunde su testera puntiaguda en el Mediterráneo, el cual se va ofreciendo cada vez más a la vista a medida que se sube. Sólo viandantes y asnos recorren esa vía, esas gradas, como sería mejor decir. Pero, quizás porque acorta mucho, es una vía muy transitada; y la gente observa con curiosidad al grupo tan insólito galileo que la recorre.

-Éste debe ser el cabo de la Tempestad - dice Mateo señalando al promontorio que penetra en el mar.

-Sí, ahí abajo está el pueblo desde el que nos habló el pescador - confirma Santiago de Zebedeo.

-¿Pero quién habrá hecho este camino?

-¿Quién sabe desde cuándo estará? Quizás es obra fenicia...

-Desde la cima veremos Alejandrocena, allende la cual está el cabo Blanco. ¡Verás mucho mar, Juan mío! - dice Jesús ciñendo con un brazo los hombros del apóstol.

-Me sentiré feliz. Pero... dentro de poco es de noche. ¿Dónde vamos a pararnos?

-En Alejandrocena. ¿Ves? El camino ya desciende. Abajo es llanura, hasta la ciudad que se ve allí.

-Es la ciudad de aquella mujer de Antigonio... ¿Cómo podríamos cumplir su deseo? - dice Andrés.

-¿Sabes, Maestro? Nos dijo: "Id a Alejandrocena. Mis hermanos son propietarios de almacenes allí y son prosélitos. Proveed a que sepan del Maestro. También somos hijos de Dios nosotros..." y lloraba porque la soportan poco como nuera... de manera que sus hermanos nunca van a visitarla y ella no tiene noticias de ellos... - explica Juan.

-Buscaremos a los hermanos de la mujer. Si nos acogen como a peregrinos, tendremos modo de cumplir su deseo...

-Pero, ¿y cómo hacemos para decir que la hemos visto?
-Trabaja para Lázaro. Nosotros somos amigos de Lázaro - dice Jesús.
-Es verdad. Hablas Tú...
-Sí. Pero acelerad el paso para encontrar la casa. ¿Sabéis dónde es?
-Sí. Cerca del Castro. Tienen muchos contactos con los romanos. Les venden muchas cosas.
-Bien.
Recorren velozmente la calzada, toda llana, bonita: una verdadera vía consular, que enlaza con las del interior (o, mejor: prosigue hacia el interior tras haber proyectado su ramal rocoso, dispuesto en gradas, a lo largo de la costa, dominando el promontorio).
Alejandrocena es una ciudad más militar que civil. Debe tener una importancia estratégica que no conozco. Agazapada como está entre dos promontorios montañosos, parece un centinela puesto ahí para vigilar ese trecho de mar. Ahora que el ojo puede mirar a ambos cabos, se ve que en ellos abundan las torres militares, que forman cadena con las del llano, de la ciudad, donde, orientado hacia la marina, impera el majestuoso Castro.
Entran en la ciudad, después de haber atravesado otro torrente, pequeño, sito a las propias puertas de ésta. Se dirigen hacia la mole adusta de la fortaleza, mirando, curiosos, alrededor, y siendo observados con curiosidad. Los soldados son muy numerosos, y - parece -- en buenas relaciones con los habitantes de la ciudad, cosa que hace mascullar a los apóstoles:
-¡Gente fenicia! ¡Sin honor!
Llegan a los almacenes de los hermanos de Hermiona cuando los últimos marchantes salen cargados con los más variados tipos de mercancías, que van desde tejidos a vajillas, desde vajillas a heno y cereales, o aceite y otros alimentos. Olor de cueros, especias, almiares, lana basta, llena el amplio atrio por el que se accede al patio, vasto como una plaza, bajo cuyos pórticos están los distintos depósitos.
Acude un hombre barbudo y moreno.
-¿Qué queréis? ¿Víveres?
-Sí... y también alojamiento, si no te desdeñas de hospedar peregrinos. Venimos de lejos. Nunca hemos estado aquí. Acógenos en nombre del Señor.
El hombre mira atentamente a Jesús, que habla por todos. Lo escruta... Luego dice:
-A decir verdad, no doy alojamiento. Pero Tú me caes bien. ¿Eres galileo, no es verdad? Mejores los galileos que los judíos. Demasiada arrogancia en ellos. No nos perdonan el tener sangre no pura. Más les valdría tener el alma pura. Ven, entra aquí, que vuelvo enseguida. Cierro, que ya es de noche.
Efectivamente, la luz ya es crepuscular, y más aún en el patio dominado por el poderoso Castro.
Entran en una estancia. Se sientan, fatigados, en asientos desperdigados acá o allá...
Vuelve el hombre con otros dos, uno más viejo, el otro más joven, y señala a los huéspedes, los cuales se levantan y saludan. Dice:
-Éstos son. ¿Qué pensáis vosotros? A mí me parecen honrados...
-Sí. Has hecho bien - dice el más viejo al hermano, y luego, vuelto hacia los huéspedes (mejor: hacia Jesús, que aparece claramente como el jefe), pregunta:
-¿Cómo os llamáis?
-Jesús de Nazaret, Santiago y Judas también de Nazaret, Santiago y Juan de Betsaida, y también Andrés, y Mateo de Cafarnaúm.
-¿Cómo es que estáis por aquí? ¿Os persiguen?
-No. Evangelizamos. Hemos recorrido más de una vez Palestina, desde Galilea a Judea, desde un mar al otro. Hemos estado incluso en Transjordania, en Auranítida. Ahora hemos venido aquí... a adoctrinar.
-¿Un rabí aquí? ¡Asombroso!, ¿no es verdad, Felipe y Elías?» pregunta el más anciano.
-Mucho. ¿De qué casta eres?
-De ninguna. Soy de Dios. Creen en mí los buenos del mundo. Soy pobre, amo a los pobres, pero no desprecio a los ricos; a éstos les enseño el amor a la misericordia y el desapego de las riquezas; a los pobres, a amar su pobreza confiando en Dios, que no deja perecer a ninguno. Entre los amigos ricos y discípulos míos está Lázaro de Betania...
-¿Lázaro? Una hermana nuestra está casada con uno que vive al servicio suyo.
-Lo sé. También he venido para esto, para deciros que ella os manda saludos y que os quiere.
-¿La has visto?
-Yo no. Estos que están conmigo, enviados por Lázaro a Antigonio.
-¡Oh! ¡Contadnos! ¿Qué hace Hermiona? ¿Vive feliz verdaderamente?
-Su marido y su suegra la quieren mucho. El suegro la respeta... - dice Judas Tadeo.
-Pero no le perdona la sangre materna. Dilo.
-Pronto se la perdonará. Nos ha hecho grandes alabanzas de ella. Y tiene cuatro niños muy guapos y buenos. Ello la hace feliz. A vosotros os tiene siempre en su corazón. Nos dijo que viniéramos a traeros al Maestro divino.
-Pero... cómo... ¿Eres el... eres ese que llaman el Mesías, Tú?
-Lo soy.
-Eres verdaderamente el...? Nos dijeron en Jerusalén que eres, que te llaman, el Verbo de Dios. ¿Es verdad?
-Sí.
-¿Pero lo eres para aquellos de allí o para todos?
-Para todos. ¿Podéis creer que lo soy?
-Creer no cuesta nada, mucho más cuando se espera que la cosa creída pueda quitar lo que hace sufrir.

-Es verdad, Elías. Pero no hables así. Es un pensamiento muy impuro, mucho más que la mezcla de sangre. Alégrate no en la esperanza de que caiga lo que hace que sufras como hombre el desprecio de los demás; alégrate, más bien, por la esperanza de conquistar el Reino de los Cielos.

-Tienes razón. Soy un medio pagano, Señor...

-No te deprimas por ello. También te amo a ti. Por ti también he venido.

-Estarán cansados, Elías. Los estás entreteniendo en hablar. Vamos a cenar y luego los llevamos a que descansen. Aquí no hay mujeres... Ninguna de Israel ha querido venir con nosotros, y nosotros queríamos una de ellas... Perdona, pues, si la casa te parece fría y desnuda.

-Vuestro corazón me la hará parecer adornada y cálida.

-¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?

-No más de un día. Quiero ir hacia Tiro y Sidón, y quisiera estar en Akcib antes del sábado.

-¡No puedes, Señor! ¡Sidón está lejos!

-Mañana quisiera hablar aquí.

-Nuestra casa es como un puerto. Sin salir de ella, tendrás el auditorio que quieras; mucho más, siendo mañana día de mercado grande.

-Vamos, pues, y que el Señor os pague vuestra caridad.

## 329

## En el mercado de Alejandrocena. La parábola de los obreros de la viña.

El patio de los tres hermanos está la mitad en sombra, la mitad luminoso de sol. Está lleno de gente que va y viene para sus compras, mientras que fuera del portón, en la placita, vocea el mercado de Alejandrocena en medio de un confuso ir y venir de adquisidores y compradores, de asnos, de ovejas, de corderos, de volatería; porque se comprende que aquí tienen menos remilgos y llevan al mercado también a los pollos, sin miedo a ningún tipo de contaminación. Rebuznos, balidos, cacareos de gallinas y triunfales quiquiriquíes de gallitos se mezclan con las voces de los hombres, formando un alegre coro que, de vez en cuando, adquiere notas agudas y dramáticas por algún altercado.

También dentro del patio de los hermanos hay bullicio, y no falta algún que otro altercado, o por el precio o porque un marchante ha tomado lo que otro para sus adentros había elegido. No falta el quejido lastimero de los mendigos que, en la plaza, cerca del portón, recitan la letanía de sus miserias con una cadencia cantora y triste como un aúllo de moribundo.

Soldados romanos, con aire de dueños, van y vienen por el fondac y la plaza; supongo que en servicio, porque los veo armados y nunca solos, en medio de los fenicios, que también van todos armados.

Jesús pasea arriba y abajo por el patio, con los seis apóstoles, como esperando el momento adecuado para hablar. Luego sale a la plaza un momento. Pasa cerca de los mendigos y les da una limosna. La gente se distrae unos minutos a mirar al grupo galileo y se pregunta quiénes serán esos extranjeros. Hay quien informa de quiénes son los huéspedes de los tres hermanos, porque les ha pedido a éstos información.

Un rumor sigue los pasos de Jesús, que va tranquilo, acariciando a los niños que encuentra en su camino. En el rumor no faltan risitas irónicas y epítetos poco halagüeños para los hebreos, como tampoco falta el honesto deseo de oír a este «Profeta», a este «Rabí», a este «Santo», a este «Mesías» de Israel (sí, se lo señalan unos a otros con tales nombres, según su grado de fe y su rectitud de corazón). Oigo a dos madres:

-¿Pero es verdad?

-Me lo ha dicho Daniel, precisamente a mí. Y él ha hablado en Jerusalén con gente que ha visto los milagros del Santo.

-Sí, de acuerdo. ¿Pero será el mismo hombre?

-Me ha dicho Daniel que no hay duda de que es Él, por lo que dice.

-Entonces... ¿qué piensas... me concederá la gracia aunque sea sólo prosélito?

-Yo diría que sí... Inténtalo. Quizás no vuelve. ¡Inténtalo, inténtalo! ¡Mal no te hará, eso está claro!

-Sí - dice la mujercita, y, dejando plantado a un vendedor de loza con el que estaba contratando unos cuencos, se marcha. Vendedor que ha oído la conversación de las dos, y ahora, defraudado, enfadado por el buen trato que se ha esfumado, se abalanza contra la mujer que queda y la cubre de improperios cuales: «Maldita neófita. Sangre de hebrea. Mujer vendida» etc., etc.

Oigo a dos hombres, barbudos y de porte grave:

-Me gustaría oírlo hablar. Dicen que es un gran Rabí.

-Un Profeta debes decir. Mayor que el Bautista. ¡Me ha dicho Elías unas cosas! ¡Unas cosas! Él las sabe porque tiene una hermana que está casada con uno que vive al servicio de un rico de Israel, y, para saber de ella, va a preguntar a los compañeros de servicio. Este rico es muy amigo del Rabí...

Un tercero, un fenicio quizás, que, estando cerca, ha oído la conversación, asoma su cara enjuta, satírica, entre los dos, y, con sardónica risotada, dice:

-¡Pues vaya santidad! ¡Aderezada con riquezas! ¡Por lo que yo sé, el santo debería vivir en pobreza!

-Calla, Doro, mala lengua. Tú, pagano, no eres digno de juzgar estas cosas.

-¡Ah, vosotros sí sois dignos, especialmente tú, Samuel! Mejor sería que me pagaras esa deuda.

-¡Ten, y no sigas dando vueltas alrededor de mí, vampiro de cara de fauno!...

Oigo a un anciano semiciego, que está acompañado de una muchachita y que pregunta:

-¿Dónde está, dónde está el Mesías? - y la niña: « ¡Dejad paso al viejo Marcos! ¡Por favor, decidle al viejo Marcos dónde está el Mesías!».

Las dos voces - la senil, feble y trémula; la niña, argentina y segura - se expanden en vano por la plaza, hasta que otro hombre dice:

-¿Buscáis al Rabí? Ha vuelto hacia la casa de Daniel. Ahí está, parado, hablando con los mendigos.

Oigo a dos soldados romanos:

-Debe ser ese al que persiguen los judíos. ¡Menudos bichos, ésos! A simple vista se ve que es mejor que ellos.

-¡Eso es lo que los fastidia!

-Vamos a decírselo al alférez. Ésa es la orden.

-¡Disparatada, Cayo! Roma se guarda de los corderos, y soporta, diría incluso que acaricia, a los tigres.

-¡No creo, Escipión! ¡A Poncio matar le es fácil!

-Sí... pero no cierra su casa a las hienas rastreras que lo adulan.

-¡Política, Escipión! ¡Política!.

-Vileza, Cayo, y necedad. De éste debería hacerse amigo. Ganaría una ayuda para mantener obediente a esta gentuza asiática. No sirve bien a Roma Poncio desatendiendo a este hombre bueno y adulando a los malos.

-No critiques al Procónsul. Somos soldados. El superior es sagrado como un dios. Hemos jurado obediencia al divino César y el Procónsul lo representa.

-Eso está bien en lo que respecta al deber hacia la Patria, sagrada e inmortal, pero no para el juicio interno.

-Pero la obediencia viene del juicio. Si tu juicio se rebela contra una orden y la critica, ya no obedecerás totalmente. Roma se apoya en nuestra obediencia ciega para tutelar sus conquistas.

-Pareces un tribuno, y es correcto lo que dices. Pero te hago una observación: Roma es reina, pero nosotros no somos esclavos, sino súbditos. Roma no tiene, no debe tener, ciudadanos esclavos, y esclavitud es imponer silencio a la razón de los ciudadanos. Yo digo que mi razón juzga que Poncio hace mal no ocupándose de este israelita... llámalo Mesías, Santo, Profeta, Rabí, lo que quieras. Y siento que puedo decirlo porque, diciéndolo, no viene a menos ni mi fidelidad a Roma, ni mi amor; es más, si deseo esto es porque siento que Él, enseñando respeto a las leyes y a los Cónsules, como hace, ayuda al bienestar de Roma.

-Eres culto, Escipión... Llegarás lejos. ¡Ya vas adelante! Yo soy un pobre soldado. Pero, ¿ves, mientras, allí? La gente se ha amontonado en torno al Hombre. Vamos a decírselo a los jefes militares...

Efectivamente, cerca del portón de los tres hermanos, hay un montón de gente alrededor de Jesús, al cual se le ve bien por su alta estatura. Luego, de repente, se eleva un grito y la gente se agita. Otros, que estaban en el mercado, acuden corriendo, y algunos del remolino de gente corren hacia la plaza e incluso más allá de la plaza. Preguntas... respuestas...

-¿Qué ha pasado? ¿Qué sucede?

-¡El Hombre de Israel ha curado a Marcos, el anciano! El velo de sus ojos se ha disipado.

Jesús, entretanto, ha entrado en el patio, seguido de una cola de gente. Renqueando, al final, viene uno de los mendigos: un renco que se arrastra más con las manos que con las piernas. Pero, si las piernas están torcidas y carecen de fuerza - por lo cual, sin los bastones, no andaría -, la voz, por el contrario, es bien vigorosa. Parece una sirena que desgarra el aire luminoso de la mañana:

-¡Santo! ¡Santo! ¡Mesías! ¡Rabí! ¡Piedad de mí! - grita desgañitándose y sin tregua.

Se vuelven dos o tres personas:

-¡No malgastes energías! Marcos es hebreo, tú no. ¡Para los israelitas verdaderos hace milagros, no para los hijos de perro!

-Mi madre era hebrea...

-Y Dios la ha castigado dándole a ti, un monstruo, por su pecado. ¡Fuera, hijo de loba! Vuelve a tu sitio, lodo en el lodo...

El hombre se pega a la pared, acobardado, atemorizado ante los amenazadores puños levantados...

Jesús se detiene, se vuelve, mira. Ordena:

-¡Hombre, ven aquí!

El hombre lo mira, mira a los que lo amenazan... y no se atreve a avanzar.

Jesús se abre paso entre la pequeña muchedumbre y se acerca a él. Lo toma de la mano (o sea: le pone la mano en el hombro) y dice:

-No tengas miedo. Ven aquí delante conmigo - y, mirando a los despiadados, dice severo: «Dios es de todos los hombres que lo buscan y que son misericordiosos».

Comprenden la alusión, y ahora son ellos los que se quedan al final; más aún, los que se quedan parados donde están.

Jesús se vuelve de nuevo. Los ve allí, confusos, casi decididos a marcharse, y les dice:

-No, venid también vosotros. Os vendrá bien también a vosotros, para enderezar y fortalecer vuestra alma, de la misma forma que enderezo y fortalezco a éste porque ha sabido tener fe. Hombre, Yo te lo digo, queda curado de la enfermedad.

Y quita la mano del hombro del renco, tras haber experimentado éste como una sacudida.

El hombre se yergue, seguro, sobre sus propias piernas, arroja las muletas ya consumidas por el uso, y grita:

-¡El me ha curado! ¡Bendito sea el Dios de mi madre! - y se arrodilla para besar los bordes de la túnica de Jesús.

El tumulto de quien quiere ver, o ya ha visto y ahora comenta, alcanza su culmen. En el profundo atrio, que de la plaza conduce al patio, las voces resuenan con sonoridad de pozo y producen eco contra las murallas del Castro.

Los soldados deben temer que se haya producido una reyerta - debe ser fácil en estos lugares, con tantos contrastes de razas y fes, de forma que acude un pelotón y se abre paso rudamente preguntando que qué sucede.

-¡Un milagro, un milagro! Jonás, el renco, ha sido curado. Ahí está, al lado del Hombre galileo.

Los soldados se miran unos a otros. No hablan hasta que no ha pasado toda la muchedumbre (detrás se ha agregado más gente, de la que había en los locales del fondac y en la plaza, donde ahora se ve solamente a los vendedores, enojadísimos por el imprevisto reclamo, que hace fracasar el mercado de ese día). Luego, al ver pasar a uno de los tres hermanos, preguntan:

-Felipe, ¿sabes lo que piensa hacer ahora el Rabí?

-Va a hablar, a adoctrinar. ¡Y además en mi patio! - dice Felipe todo alborozado.

Los soldados se consultan. ¿Quedarse? ¿Marcharse?

-El alférez nos ha dicho que vigilemos...

-¿A quién? ¿A1 Hombre? Por Él podríamos ir a jugarnos a los dados un ánfora de vino de Chipre - dice Escipión, el soldado que antes defendía a Jesús ante su compañero.

-¡A mí me parece que es Él el que necesita ser protegido, no el derecho de Roma! ¿No lo veis? Ninguno de nuestros dioses tiene un aspecto tan manso, y al mismo tiempo tan viril. Esta gentuza no es digna de Él. Y los indignos son siempre malos. Vamos a quedarnos a protegerlo. Si hace falta le guardamos las espaldas, y se las acariciamos a estos bribones - dice, medio sarcástico, medio admirado, otro.

-Bien dices, Pudente. Es más, para que Prócoro, el alférez, que siempre está soñando complots contra Roma y... ascensos para él, por gracia y mérito de su solícita vigilancia por la salud del divino César y de la diosa Roma, madre y señora del mundo, se convenza de que aquí no va a conquistar brazalete o corona, ve a llamarlo, Acio.

Un soldado joven se marcha corriendo, y corriendo vuelve, diciendo:

-Prócoro no viene, manda al triario Aquila...

-¡Bien! ¡Bien! Mejor él que el propio Cecilio Máximo. Aquila ha servido en África, en Galia, y estuvo en las crueles selvas que nos arrebataron a Varo y a sus legiones. Conoce a griegos y bretones y tiene buen olfato para distinguir... ¡Salve! ¡Aquí tenemos al glorioso Aquila! ¡Ven, enséñanos, a nosotros, míseros, a comprender el valor de los seres!

-¡Viva Aquila, maestro de soldados! - gritan todos, dándole afectuosos zarandeos al viejo soldado, marcado de cicatrices en el rostro (y, como el rostro, así tiene sus brazos y pantorrillas desnudos).

É1 sonríe bonachón y exclama:

-¡Viva Roma, maestra del mundo; no yo, que soy un pobre soldado! ¿Qué sucede, pues?

-Vigilar a ese hombre alto y rubio como el más claro cobre.

-Bien. Pero, ¿quién es?

-El Mesías, según dicen. Se llama Jesús y es de Nazaret. Es aquel, ¿ya sabes, no?, por el que se comunicó aquella orden...

-¡Mmm! Bien... pero me parece que perseguimos nubes.

-Dicen que quiere hacerse rey y suplantar a Roma. El Sanedrín, los fariseos, saduceos y herodianos, lo han denunciado ante Poncio. Ya sabes que los hebreos tienen esta obsesión en la cabeza y, de vez en cuando, aparece un rey...

-Sí, sí... ¡Pero si es por este hombre!... De todas formas, vamos a oír lo que dice. Creo que se dispone a hablar.

-He sabido por el soldado, que está con el centurión, que Publio Quintiliano le ha hablado de Él como de un filósofo divino...

-Las mujeres imperiales se muestran entusiastas... - dice otro soldado, joven.

-¡Claro! También yo me sentiría entusiasta de El si fuera una mujer, y querría tenerlo en mi cama... - dice, riéndose abiertamente, otro soldado joven.

-¡Cállate, impúdico! ¡La lujuria te come! - dice otro bromeando.

-¿Y tú no, Fabio? Ana, Sira, Alba, María...

-Silencio, Sabino. Está hablando y quiero escuchar - ordena el triario. Y todos guardan silencio.

Jesús ha subido encima de una caja que está colocada contra una pared. Todos, por tanto, lo pueden ver bien. Ya se ha esparcido por el aire su dulce saludo, seguido luego por las palabras: «Hijos de un único Creador, escuchad», para proseguir, en el atento silencio de la gente:

-El tiempo de la Gracia para todos ha llegado, no sólo para Israel, sino para todo el mundo. Hombres hebreos que estáis aquí por diversas razones, prosélitos, fenicios, gentiles, todos: oíd la Palabra de Dios, comprended la Justicia, conoced la Caridad. Teniendo Sabiduría, Justicia y Caridad, dispondréis de los medios para llegar al Reino de Dios, a ese Reino que no es una exclusividad de los hijos de Israel, sino que es de todos aquellos que amen de ahora en adelante al verdadero, único Dios, y crean en la palabra de su Verbo.

Escuchad. He venido de muy lejos, no con miras de usurpador, ni con la violencia del conquistador. He venido sólo para ser el Salvador de vuestras almas. Los dominios, las riquezas, los cargos, no me seducen. Para mí no son nada; son cosas a las que ni siquiera miro. Es decir, las miro con conmiseración, porque me producen compasión, siendo como son cadenas para apresar a vuestro espíritu, impidiéndole así acercarse al Señor eterno, único, universal, santo y bendito. Las miro y me acerco a ellas como a las más grandes miserias. Y trato de liberarlas del lisonjero y cruel engaño que seduce a los hijos de los hombres, para que puedan usarlas con justicia y santidad, no como crueles armas que hieren y matan al hombre (y lo primero, siempre, al espíritu de aquel que las usa no santamente).

Pero, en verdad os digo, me es más fácil curar a un cuerpo deforme que a un alma deforme; me es más fácil dar luz a las pupilas apagadas, salud a un cuerpo agonizante, que luz a los espíritus y salud a las almas enfermas. ¿Por qué? Porque el hombre ha perdido de vista el verdadero fin de su vida, y se ocupa de lo transitorio.

El hombre no sabe, o no recuerda, o, recordando, no quiere prestar obediencia a esta santa orden del Señor - y hablo también para los gentiles que me escuchan - de hacer el bien, que es bien en Roma como lo es en Atenas, en Galia o en África, porque la ley moral existe bajo todos los cielos y en todas las religiones, en todo corazón recto. Y las religiones, desde la de Dios hasta la de la moral individual, dicen que la parte mejor de nosotros sobrevive, y que según como haya obrado en la tierra así será su suerte en la otra vida. Fin, pues, del hombre es la conquista de la paz en la otra vida; no las comilonas, la usura, el abuso

de la fuerza, el placer, aquí, por poco tiempo, para pagarlos eternamente con muy duros tormentos. Pues bien, el hombre no sabe, o no recuerda, o no quiere recordar esta verdad. Si no la sabe, es menos culpable; si no la recuerda, es bastante culpable, porque hay que tener encendida la verdad, cual antorcha santa, en las mentes y en los corazones; pero, si no la quiere recordar, y, cuando resplandece, cierra los ojos para no verla, aborreciéndola como a la voz de un orador pedante, entonces su culpa es grave, muy grave.

Y, no obstante, Dios perdona esta culpa, si el alma repudia su comportamiento malo y se propone perseguir durante el resto de la vida el fin verdadero del hombre, que es conquistarse la paz eterna en el Reino del Dios verdadero. ¿Habéis seguido hasta ahora un camino malo? ¿Abatidos, pensáis que es tarde para tomar el camino recto? ¿Desconsolados, decís: "¡No sabía nada de esto! Ahora me veo ignorante e inhábil"? No. No penséis que es como con las cosas materiales, y que hace falta mucho tiempo y fatiga para rehacer de nuevo, con santidad, lo ya hecho. La bondad del eterno, verdadero Señor Dios, es tal que, ciertamente, no os hace recorrer hacia atrás la vida vivida para colocaros de nuevo en la bifurcación en que vosotros, errando, dejarais el recto sendero para seguir el malo; es tanta que, desde el momento en que decís: "Quiero ser de la Verdad", o sea, de Dios, porque Dios es Verdad, Dios, por un milagro enteramente espiritual, infunde en vosotros la Sabiduría, siendo así que ya no sois ignorantes sino poseedores de la ciencia sobrenatural, igual que los que desde años antes la poseen.

Sabiduría es desear tener a Dios, amar a Dios, cultivar el espíritu, tender al Reino de Dios repudiando todo lo que es carne, mundo y Satanás. Sabiduría es obedecer a la ley de Dios, que es ley de caridad, de obediencia, de continencia, de honestidad. Sabiduría es amar a Dios con todo el propio ser, amar al prójimo como a nosotros mismos. Estos son los dos elementos indispensables para ser sabios con la Sabiduría de Dios. Y en el prójimo están incluidos no sólo los que tienen nuestra misma sangre o raza o religión, sino todos los hombres, ricos o pobres, sabios o ignorantes, hebreos, prosélitos, fenicios, griegos, romanos...

Jesús se ve interrumpido por un grito amenazador de algunos exaltados. Los mira y dice:

-Sí. Esto es el amor. Yo no soy un maestro servil. Digo la verdad porque debo hacerlo así para sembrar en vosotros lo necesario para la Vida eterna. Os guste o no, tengo que decíroslo, para cumplir mi deber de Redentor; os toca a vosotros cumplir con el vuestro de personas necesitadas de Redención. Amar al prójimo, pues. Todo el prójimo. Con un amor santo. No amarlo con deshonesto concubinato de intereses, de forma que es "anatema" el romano, fenicio o prosélito - o viceversa -, mientras no hay de por medio sensualidad o dinero; y luego, si surgen en vosotros el deseo carnal o de la ganancia, ya no es "anatema"...
Se oye otra vez el rumor de la gente. Los romanos, por su parte, en su sitio en el atrio, exclaman: « ¡Por Júpiter! ¡Habla bien éste!». Jesús deja que se calme el rumor y prosigue:

-Amar al prójimo como querríamos ser amados nosotros. Porque no nos agrada ser maltratados, vejados, o que nos roben o subyuguen, ni ser calumniados o que nos traten groseramente. La misma susceptibilidad, nacional o individual, tienen los demás. No nos hagamos, pues, recíprocamente, el mal que no quisiéramos recibir nosotros. Sabiduría es prestar obediencia a los diez preceptos de Dios:

"Yo soy el Señor tu Dios. No tengas otro Dios aparte de mí. No tengas ídolos, no les rindas culto.

No tomes el Nombre de Dios en vano. Es el Nombre del Señor tu Dios, y Dios castigará a quien lo use sin razón o por imprecación o para convalidar un pecado.

Acuérdate de santificar las fiestas. El sábado está consagrado al Señor, que descansó en sábado de la Creación y le ha bendecido y santificado.

Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas en paz largamente sobre la tierra y eternamente en el Cielo.

No matarás.

No cometerás adulterio. No robarás.

No hablarás con falsedad contra tu prójimo.

No desearás la casa, la mujer, el siervo, la sierva, el buey, el asno, ni nada que pertenezca a tu prójimo".

Ésta es la Sabiduría. Quien esto hace es sabio y conquista la Vida y el Reino que no tienen fin. Desde hoy, pues, proponeos vivir según la Sabiduría, anteponiéndola a las pobres cosas de la tierra.

¿Qué decís? Hablad. ¿Decís que es tarde? No. Escuchad una parábola.

Un amo de una viña, al amanecer de un día, salió para contratar obreros para su viña, y ajustó con ellos un denario al día.

Salió de nuevo a la hora tercera, y, pensando que eran pocos los jornaleros contratados, viendo en la plaza a otros desocupados en espera de que los contratara, los tomó y dijo: "Id a mi viña, que os daré lo que he prometido a los otros". Y éstos fueron.

Habiendo salido a la hora sexta y a la hora nona, vio todavía a otros y les dijo: "¿Queréis trabajar para mí? Doy un denario al día a mis jornaleros". Aceptaron y fueron.

Salió, en fin, a la hora undécima. Vio a otros, que, ya declinando el sol, estaban inactivos: "¿Qué hacéis aquí, tan ociosos? ^No os da vergüenza estar sin hacer nada todo el día?", les preguntó.

"Nadie nos ha contratado. Hubiéramos querido trabajar y ganarnos el pan. Pero nadie nos ha llamado a su viña".

"Bien, pues yo os llamo a mi viña. Id y recibiréis el salario de los demás". Eso dijo porque era un buen patrón y sentía piedad del abatimiento de su prójimo.

Llegada la noche, terminados los trabajos, el hombre llamó a su administrador, y dijo: "Llama a los jornaleros y paga su salario, según lo que he fijado, empezando por los últimos, que son los más necesitados, porque no han tenido durante el día el alimento que los otros una o varias veces han tenido, y, además, son los que, agradeciendo mi piedad, más han trabajado; los he observado; licéncialos, que vayan a su merecido descanso y gocen con su familia de los frutos de su trabajo". Y el administrador hizo como el patrón le ordenaba, y dio a cada uno un denario.

Habiendo llegado al final aquellos que llevaban trabajando desde la primera hora del día, se asombraron al recibir también un solo denario, y manifestaron sus quejas entre sí y ante el administrador, el cual dijo: "He recibido esta orden. Id a

quejaros al patrón, no vengáis a quejaros a mí". Y fueron y dijeron: "¡No eres justo! Hemos trabajado doce horas, primero en medio del aguazo, luego bajo el sol de fuego, y luego otra vez con la humedad del anochecer, ¡y tú nos has dado lo mismo que a esos haraganes que han trabajado sólo una hora!... ¿Por qué?". Y especialmente uno de ellos levantaba la voz juzgándose traicionado y explotado indignamente.

"Amigo, ¿y en qué te he perjudicado? ¿Qué he pactado contigo al alba? Una jornada de continuo trabajo y, como salario, un denario. ¿No es verdad?".

"Sí. Es verdad. Pero tú has dado lo mismo a ésos, por mucho menos trabajo...".

"¿Has aceptado este salario porque te parecía bueno?"

"Sí. He aceptado porque los otros daban incluso menos".

"¿Te he maltratado aquí?”

"No, en conciencia no".

"Te he concedido reposo a lo largo de la jornada, y comida, ¿no es verdad? Te he dado tres comidas. Y la comida y el descanso no habían sido pactados. ¿No es verdad?".

"Sí, no estaban acordados.”

"Entonces, ¿por qué los has aceptado?”

"Hombre, pues... Tú dijiste: `Prefiero así, para evitar que os canséis volviendo a vuestras casas'. No dábamos crédito a nuestros oídos... Tu comida era buena, era un ahorro, era...".

"Era una gracia que os daba gratuitamente y que ninguno podía pretender. ¿No es verdad?".

"Es verdad."

"Por tanto, os he favorecido. ¿Por qué os quejáis entonces? Debería quejarme yo de vosotros, que, habiendo comprendido que tratabais con un patrón bueno, trabajabais perezosamente, mientras que éstos, que han llegado después de vosotros, habiendo gozado del beneficio de una sola comida - y los últimos de ninguna -, han trabajado con más ahínco, haciendo en menos tiempo el mismo trabajo que habéis hecho vosotros en doce horas. Os habría traicionado si os hubiera reducido a la mitad el salario para pagar también a éstos.

No así. Por tanto, coge lo tuyo y vete. ¿Pretendes venir a imponerme en mi casa lo que a ti te parece? Hago lo que quiero y lo que es justo. No quieras ser malo y tentarme a la injusticia. Yo soy bueno".

¡Oh, vosotros todos, que me escucháis! En verdad os digo que el Padre Dios propone a todos los hombres el mismo pacto y les promete la misma retribución. A1 que con diligencia se pone a servir al Señor, Él lo tratará con justicia, aunque fuere poco su trabajo debido a la muerte cercana. En verdad os digo que no siempre los primeros serán los primeros en el Reino de los Cielos, y que allí veremos a últimos ser primeros y a primeros ser últimos. Allí veremos a hombres no pertenecientes a Israel más santos que muchos de Israel. He venido a llamar a todos, en nombre de Dios. Pero, si muchos son los llamados, pocos son los elegidos, porque pocos desean la Sabiduría. No es sabio el que vive del mundo y de la carne y no de Dios. No es sabio ni para la tierra ni para el Cielo: en la tierra se crea enemigos, castigos, remordimientos, y pierde el Cielo para siempre.

Repito: sed buenos con el prójimo, quienquiera que sea. Sed obedientes, dejando a Dios la tarea de castigar a quien manda injustamente. Sed continentes sabiendo resistir a la sensualidad; honrados, sabiendo resistir al oro; coherentes, calificando de anatema a aquello que se lo merece, y no cuando os parece y luego estrecháis contactos con el objeto que antes habíais maldecido como idea. No hagáis a los demás lo que no querríais para vosotros, y entonces...

-¡Vete, profeta molesto! ¡Nos has fastidiado el mercado!... ¡Nos has arrebatado los clientes!... - gritan los vendedores irrumpiendo en el patio... Y los que habían hecho alboroto en el patio cuando Jesús había empezado a enseñar - no todos fenicios: también hay hebreos, que están en esta ciudad por un motivo que desconozco - se unen a los vendedores para insultar y amenazar, y sobre todo, para obligar a abandonar el lugar...

Jesús no gusta porque no aconseja en orden al mal... Cruza los brazos y mira, triste, solemne.

La gente, dividida en dos partidos, se enzarza, defendiendo u ofendiendo al Nazareno. Improperios, alabanzas, maldiciones, bendiciones, gritos de: «Tienen razón los fariseos. Eres un vendido a Roma, amigo de publicanos y meretrices», o de: « ¡Callad, lenguas blasfemas! ¡Vosotros sois los vendidos a Roma, fenicios del infierno!», «¡Sois diablos!», «¡Que os trague el infierno!», «¡Fuera! ¡Fuera!», « ¡Fuera vosotros, ladrones que venís a mercadear aquí, usureros!» etcétera, etcétera.

Intervienen los soldados diciendo: « ¡De amotinador nada! ¡Es Él la víctima!». Y con las lanzas echan fuera del patio a todos y cierran el portón.

Se quedan con Jesús los tres hermanos prosélitos y los seis apóstoles.

-¿Pero cómo se os ha ocurrido hacerle hablar? - pregunta el triario a los tres hermanos.

-¡Muchos hablan! - responde Elías.

-Sí. Y no pasa nada porque enseñan lo que gusta al hombre. Pero este no enseña eso. Y es indigesto...

El viejo soldado mira atentamente a Jesús, que ha bajado de su sitio y está callado, como abstraído.

Fuera, la gente sigue enzarzada. Tanto que, del recinto militar salen otros soldados y con ellos el propio centurión. Instan para que les abran, mientras otros se quedan a rechazar tanto a quien grita: « ¡Viva el Rey de Israel!», como a quien lo maldice.

El centurión, inquieto, da unos pasos adelante. Arremete coléricamente contra el viejo Aquila:

-¡Así tutelas a Roma tú? ¡Dejando aclamar a un rey extranjero en la tierra dominada?

El viejo saluda con reciedumbre y responde:

-Enseñaba respeto y obediencia y hablaba de un reino que no es de esta tierra. Por eso lo odian. Porque es bueno y respetuoso. No he hallado motivo para imponer silencio a quien no iba contra nuestra ley.

El centurión se calma, y barbota:

-Entonces es una nueva sedición de esta fétida gentuza... Bien. Dadle a este hombre la orden de marcharse inmediatamente. No quiero problemas aquí. Cumplid esto y, en cuanto esté libre el trayecto, escoltadlo hasta fuera de la ciudad. Que vaya a donde quiera. A los infiernos, si quiere. Pero que se vaya de mi jurisdicción. ¿Entendido?

-Sí. Lo haremos.

El centurión da media vuelta, con grandes resplandores de coraza y ondeos de manto purpurino, y se marcha sin ni siquiera mirar a Jesús. Los tres hermanos dicen a Jesús:

-Lamentamos...

-No tenéis la culpa vosotros. No temáis. No os ocasionará ningún mal, Yo os lo digo...

Los tres cambian de color... Felipe dice:

-¿Cómo es que sabes que tenemos este temor?

Jesús sonríe dulcemente (un rayo de sol en su rostro triste):

-Conozco lo que hay en los corazones y en el futuro.

Los soldados se han puesto al sol, a esperar; y no pierden ojo, más o menos solapadamente, mientras hacen comentarios...

-¿Podrán querernos a nosotros, si odian incluso a ése, que no los subyuga?

-Y que hace milagros, debes decir...

-¡Por Hércules! ¿Quién de nosotros ha sido el que ha venido avisar de que estaba el sospechoso y había que vigilarlo?

-¡Ha sido Cayo! H

-¡El cumplidor! Ya hemos perdido el rancho y perder el beso de una muchacha!... ¡Ah, sí!

-¡Epicúreo! ¿Dónde está la bella?

-¡Está claro que a ti no te lo digo, amigo!

-Detrás del alfarero, en los Cimientos. Lo sé, unas noches...dice otro.

El triario, como paseando, va hacia Jesús. Se mueve alrededor de Él, mirándolo insistentemente. No sabe qué decir… Jesús le sonríe para infundirle ánimo. El hombre no sabe qué hacer…Pero se acerca más.

Jesús, señalando las cicatrices, dice:

-¿Son todas heridas? Se ve que eres un hombre valeroso y fiel...

El viejo soldado se pone como la púrpura por el elogio.

-Has sufrido mucho por amor a tu patria y a tu emperador... ¿No querrías sufrir algo por una patria más grande: el Cielo?; ¿por un eterno emperador: Dios?

El soldado mueve la cabeza y dice:

-Soy un pobre pagano. De todas formas, quién sabe si no llegaré también yo a la hora undécima. Pero, ¿quién me instruye? ¡Ya ves!... Te echan. ¡Éstas heridas sí que hacen daño, no las mías!... Al menos yo se las he devuelto a los enemigos. Pero Tú, a quién te hiere, ¿que le das?

-Perdón, soldado. Perdón y amor.

-Tengo razón yo. La sospecha sobre ti es estúpida. Adiós, galileo.

-Adiós, romano.

Jesús se queda solo, hasta que vuelven los tres hermanos y los discípulos, con comida: los hermanos ofrecen a los soldados; los discípulos, a Jesús. Éstos comen, inapetentes, al sol, mientras los soldados comen y beben alegremente.

Luego un soldado sale a dar una ojeada a la plaza silenciosa.

-Podemos ponernos en marcha – grita - Se han ido todos. Sólo están las patrullas.

Jesús se pone en pie dócilmente. Bendice y conforta a los tres hermanos, y les da una cita para la Pascua en el Getsemaní. Luego sale, encuadrado entre los soldados. Le siguen sus discípulos, apesadumbrados. Y recorren las calles vacías, hasta la campiña.

-Salve, galileo - dice el triario.

-Adiós, Aquila. Te ruego que no hagáis ningún mal a Daniel, Elías y Felipe. Sólo Yo soy el culpable. Díselo al centurión.

-No digo nada. A estas horas ya ni se acuerda de esto. Y los tres hermanos nos proveen bien, especialmente de ese vino de Chipre que el centurión prefiere a la propia vida. Quédate tranquilo. Adiós.

Se separan. Los soldados franquean, de regreso, las puertas, mientras Jesús y los suyos se encaminan por la campiña silenciosa, en dirección este.

## 330

## Santiago y Juan "hijos del trueno". Hacia Akcib con el pastor Anás.

Jesús va caminando por una zona muy montañosa. No son montes altos, pero es un continuo subir y bajar de collados, y un fluir de torrentes (alegres en esta estación fresca y nueva; límpidos como el cielo; niños como las primeras hojas, cada vez más numerosas, sobre las ramas). Mas, a pesar de que la estación del año sea tan bella y alegre que podría aliviar el corazón, no parece que Jesús esté muy aliviado de espíritu, y menos que Él lo están los apóstoles. Caminan, muy callados, por el fondo de un valle. Solamente pastores y greyes se presentan ante sus ojos. Pero Jesús ni tan siquiera da muestras de verlos.

Lo que capta la atención de Jesús es el suspiro desconsolado de Santiago de Zebedeo, y sus improvisas palabras, fruto de un pensamiento amargo... Santiago dice:

-¡Derrotas y más derrotas!... Parecemos como malditos...
Jesús le pone la mano en el hombro: «
-¿No sabes que ése es el sino de los mejores?
-¡Sí, sí! ¡Lo sé desde cuando estoy contigo! Pero, de vez en cuando sería necesario algo distinto - y antes lo teníamos - para confortar el corazón y la fe...
-¿Dudas de mí, Santiago?
¡Cuánto dolor tiembla en la voz del Maestro!
-¡No, no!...
La verdad es que no es muy seguro el "no".
-Pero dudar, dudas. ¿De qué, entonces? ¿Ya no me amas como antes? ¿Ver que me echan de un lugar, o que se burlan de mí, o, sencillamente, que no me prestan atención en estos confines fenicios, ha debilitado tu amor?
Hay un llanto tembloroso en las palabras de Jesús, a pesar de que no haya sollozos ni lágrimas: es verdaderamente su alma la que llora.
-¡Eso no, Señor mío! Es más, mi amor a ti crece a medida que te veo menos comprendido, menos amado, más postrado, más afligido. Y, por no verte así, por poder cambiar el corazón a los hombres, solícito daría mi vida en sacrificio. Debes creerme. No me tritures el corazón, ya tan afligido, con la duda de que piensas que no te amo. Si no... Si no, romperé todos los cánones. Volveré para atrás y me vengaré de los que te causan dolor, para demostrarte que te amo, para quitarte esta duda. Y, si me atrapan y me matan, no me importará lo más mínimo. Me conformaré con haberte dado una prueba de amor.
-¡Oh, hijo del trueno! ¿De dónde tanta impetuosidad? ¿Es que quieres ser un rayo exterminador?
Jesús sonríe por la fogosidad y los propósitos de Santiago.
-¡A1 menos, te veo sonreír! Ya es un fruto de estos propósitos míos. ¿Tú que opinas, Juan? ¿Debemos llevar a cabo mi pensamiento para confortar al Maestro, abatido por tantas reacciones contrarias?
-¡Sí, sí! Vamos nosotros. Hablamos de nuevo. Y si lo vuelven a insultar, llamándolo rey de palabras, rey hazmerreír, rey sin dinero, rey loco, repartimos palos a diestro y siniestro, para que se den cuenta de que el rey tiene también un ejército de fieles y que estos fieles no permiten burlas. La violencia es útil en ciertas cosas. ¡Vamos, hermano! - le responde Juan (y ahora, tan colérico como se manifiesta, no parece él, que siempre es dulce).
Jesús se mete entre los dos, los aferra por los brazos para detenerlos y dice:
-¿Pero los estáis oyendo? ¿Y Yo qué he predicado durante tanto tiempo? ¡Sorpresa de las sorpresas! ¡Hasta incluso Juan, mi paloma, se me ha transformado en gavilán! Miradlo, vosotros, qué feo está, tenebroso, hosco, desfigurado por el odio. ¡Qué vergüenza! ¿Y os asombráis porque unos fenicios reaccionen con indiferencia, y de que haya hebreos que tengan odio en su corazón, y de que unos romanos me conminen a marcharme, cuando vosotros sois los primeros que no habéis entendido todavía nada después de dos años de estar conmigo, cuando vosotros os habéis llenado de hiel por el rencor que tenéis en el corazón, cuando arrojáis de vuestros corazones mi doctrina de amor y perdón, la echáis afuera como cosa estúpida, y acogéis por buena aliada a la violencia? ¡Oh, Padre santo! ¡Esta si que es una derrota! En vez de ser como gavilanes que se afilan rostro y garfas, ¿no sería mejor que fuerais ángeles que orasen al Padre para que confortara a su Hijo? ¿Cuándo se ha visto que un temporal beneficie con sus rayos y granizadas? Pues bien, para recuerdo de este pecado vuestro contra la caridad, para recuerdo de cuando vi aflorar en vuestra cara el animal-hombre en vez del hombre-ángel que quiero ver siempre en vosotros, os voy a apodar "los hijos del trueno".
Jesús está semiserio mientras habla a los dos inflamados hijos de Zebedeo. Pero el reproche, al ver el arrepentimiento de ellos, pasa, y, con cara luminosa de amor los estrecha contra su pecho diciendo:
-Nunca más, feos de esta forma. Y gracias por vuestro amor. Y también por el vuestro, amigos - dice, dirigiéndose a Andrés, Mateo y los dos primos.
-Venid aquí, que quiero abrazaros también a vosotros. ¿No sabéis que, aunque no tuviera nada más que la alegría de hacer la voluntad de mi Padre y vuestro amor, sería siempre feliz, aunque todo el mundo me abofetease? Estoy triste, mas no por mí, por mis derrotas, como vosotros las llamáis; estoy triste por piedad hacia las almas que rechazan la Vida. Bien, ahora estamos todos contentos, ¿no es verdad?, niños grandes, que es lo que sois. Ánimo, entonces. Id donde esos pastores que están ordeñando el rebaño. Pedid un poco de leche en nombre de Dios. No tengáis miedo - dice al ver la mirada desolada de los apóstoles. -Obedeced con fe. Recibiréis leche y no palos, aunque el hombre sea fenicio.
Y los seis se dirigen hacia el hombre indicado, mientras Jesús los espera en el camino. Y ora, entretanto, este Jesús triste al que ninguno quiere...
Vuelven los apóstoles con un pequeño cubo de leche, y dicen:
-Ha dicho el hombre que vayas allí, que tiene que decirte algo y no puede dejar las cabras a los zagales, porque son antojadizas e imprevisibles.
Jesús dice:
-Vamos entonces allí, a comer nuestro pan.
Y suben todos a lo alto de la escarpa, desde donde se asoman, prominentemente, las caprichosas cabras.
¯Te agradezco la colodra de leche que me has dado. ¿Qué deseas de mí?
-Tú eres el Nazareno, ¿verdad? ¿El que hace milagros?
-Soy el que predica la Bienaventuranza eterna. Soy el Camino para ir al Dios verdadero; la Verdad que se da; la Vida que os vivifica. No soy el hechicero que hace prodigios. Éstos son las manifestaciones de mi bondad y de vuestra debilidad, que tiene necesidad de pruebas para creer. Pero, ¿qué deseas de mí?
-Mira... ¿Hace dos días estabas en Alejandrocena?
-Sí. ¿Por qué?

-Yo también estaba, con mis cabritillos. Cuando he comprendido que iba a producirse una riña, he desaparecido, porque es costumbre suscitarlas para robar lo que hay en los mercados. Son ladrones todos: los fenicios... y también los otros. No debería decirlo, porque soy de padre prosélito y de madre siria, y yo mismo soy prosélito. Pero es la verdad. Bien. Volvamos a lo que estaba diciendo. Me había metido en una caballeriza, con mis animales, esperando a que llegara el carro de mi hijo. A1 atardecer, al salir de la ciudad, encontré a una mujer que lloraba con una hijita suya en los brazos. Había recorrido ochos millas para llegar a ti, porque está fuera, en los campos. Le pregunté que qué le sucedía. Es prosélito. Había venido para vender y comprar. Había oído hablar de ti, y le había nacido la esperanza en el corazón. Había ido corriendo a casa, había tomado en brazos a la niña. ¡Pero con un peso se anda despacio! Cuando llegó a los almacenes de los hermanos, ya no estabas. Ellos, los hermanos, le dijeron: "Lo han echado. Pero ayer por la tarde nos dijo que haría de nuevo un alto en Tiro". Yo - también yo soy padre - le dije: "Pues entonces ve a Tiro". Pero ella me respondió: "¿Y si, después de todo lo que ha sucedido, pasa por otros caminos para volver a Galilea?". Le dije: "Mira. O ese confín o el otro. Yo pastoreo entre Rohob y Lesemdán, justamente en el camino que hace de confín entre aquí y Neftalí. Si lo veo, se lo digo; palabra de prosélito". Y te lo he dicho.

-Y que Dios te recompense por ello. Iré a ver a esa mujer. Tengo que volver a Akcib.

-¿Vas a Akcib? Entonces podemos ir juntos, si no desdeñas a un pastor.

-No desdeño a nadie. ¿Por qué vas a Akcib?

-Porque allí tengo los corderos. A no ser que... ya no los tenga...

-¿Por qué?

-Porque hay una enfermedad... No sé si ha sido una hechicería o qué. Sé que mi lindo rebaño se me ha enfermado. Por eso he traído aquí las cabras, que están todavía sanas, para separarlas de las ovejas. Aquí estarán con dos hijos míos. Ahora están en la ciudad, para hacer las compras. Vuelvo allá... para ver morir a mis lindas ovejas lanosas...

El hombre suspira... Mira a Jesús y se disculpa:

-Hablarte a ti, siendo quien eres, de estas cosas, y afligirte, estando ya afligido de cómo te tratan, es una necedad. Pero las ovejas son afecto y dinero, ¿sabes?, para nosotros...

-Comprendo. Pero se pondrán buenas. ¿No las has llevado a que las vea una persona entendida?

-Todos me han dicho lo mismo: "Mátalas y vende sus pieles. No hay otra posibilidad", e incluso me han amenazado si las saco... Tienen miedo de que las suyas se cojan la enfermedad. Así que las tengo que tener encerradas... y aumenta la mortalidad. Son malos, ¿sabes?, los de Akcib...

Jesús dice simplemente:

-Lo sé.

-Yo digo que me las han embrujado...

-No. No creas esas historias... ¿En cuanto vengan tus hijos te pones en marcha?

-Inmediatamente. De un momento a otro llegarán. ¿Éstos son tus discípulos? ¿Son sólo éstos?

-No. Tengo otros más.

-¿Y por qué no vienen aquí? Una vez, cerca de Merón, me encontré con un grupo de ellos. A la cabeza del grupo había un pastor. Decía serlo. Uno alto, fuerte, de nombre Elías. Fue en Octubre, me parece. Antes o después de los Tabernáculos. ¿Ahora te ha abandonado? -Ningún discípulo me ha abandonado.

-Me habían dicho que...

-¿Qué te habían dicho?

-Que Tú... que los fariseos... En fin, que los discípulos te habían abandonado por miedo, y porque Tú eras un...

-Demonio. Dilo tranquilamente. Lo sé. Doble mérito para ti, que crees igualmente.

-¿Y por este mérito no podrías?... Quizás estoy pidiendo una cosa sacrílega...

-Dila. Si es una cosa mala, te lo digo.

-¿No podrías, al pasar, bendecir a mi rebaño? - se le ve lleno de ansiedad al hombre...

-Bendeciré a tu rebaño. A éste... - y alza la mano bendiciendo a las cabritas desperdigadas,...y al de las ovejas.

-¿Crees que mi bendición las salvará?

-De la misma forma que salvas a los hombres de las enfermedades, podrás salvar a los animales. Dicen que eres el Hijo de Dios. Las ovejas las ha creado Dios. Por tanto son cosas del Padre. Yo... no sabía si era una cosa respetuosa el pedírtelo. Pero, si se puede, hazlo, Señor, y llevaré al Templo grandes ofrendas de alabanza; o, mejor: te lo doy a ti, para los pobres, que será mejor.

Jesús sonríe y calla.

Llegan los hijos del pastor. Poco después, Jesús con los suyos y el viejo se ponen en marcha. Dejan a los zagales custodiando las cabras. Caminan raudos porque quieren llegar pronto a Quedes, para dejarla también enseguida, con intención de tomar la vía que del mar va hacia el interior. Debe ser la misma que recorrieron yendo a Alejandrocena, la que se bifurca a los pies del promontorio. A1 menos yo lo entiendo así, por lo que conversan el pastor y los discípulos. Jesús va adelante, solo.

-¿No nos encontraremos con otros problemas? - pregunta Santiago de Alfeo.

-Quedes no depende de aquel centurión. Está fuera de los confines fenicios. A los centuriones basta con no pincharlos, y se desinteresan de religión.

-Y además no nos vamos a detener...

-¿Vais a aguantar más de treinta millas en un día? - pregunta el pastor.

-¡Sí, hombre! ¡Somos peregrinos perpetuos!

Caminan ininterrumpidamente... Llegan a Quedes. La atraviesan sin ningún contratiempo. Toman la vía directa. En el mojón está indicada Akciba. El pastor lo señala diciendo:

-Mañana llegaremos. Esta noche venís conmigo. Conozco labriegos de estos valles, pero muchos están dentro de los confines fenicios... ¡Bueno!, pues pasaremos los confines. Seguro que no nos van a descubrir inmediatamente... ¡Lo que es la vigilancia!... ¡Mejor sería que vigilasen a los bandidos!...

El sol declina, y los valles ciertamente no contribuyen a mantener la luz, menos aún siendo boscosos. Pero el pastor conoce muy bien la zona y va seguro.

Llegan a un pueblecito muy pequeño, verdaderamente un puñado de casas.

-Vamos a ver si nos dan posada. Aquí son israelitas. Estamos justamente en los confines. Si no nos reciben, vamos a otro pueblo, que es fenicio.

-No tengo prejuicios, hombre.

Llaman a una casa.

-¿Tú, Anás? ¿Con amigos? Ven, ven, y que Dios sea contigo - dice una mujer muy anciana.

Entran en una amplia cocina alegrada por una lumbre. Alrededor de la mesa está reunida una numerosa familia de todas las edades, pero que hace sitio amablemente a los que, al improviso, acaban de llegar.

-Éste es Jonás. Ésta es su esposa, y sus hijos y nietos y nueras. Una familia de patriarcas fieles al Señor - dice el pastor Anás a Jesús. Y luego, volviéndose hacia el anciano Jonás: «Y éste que está conmigo es el Rabí de Israel, al que deseabas conocer.

-Bendigo a Dios por ser hospitalario y por tener sitio esta noche. Y, pidiendo bendición, bendigo al Rabí que ha venido a mi casa.

Anás explica que la casa de Jonás es casi una posada para los peregrinos que del mar van hacia el interior.

Se sientan todos en la caliente cocina. Las mujeres sirven a los llegados. El respeto que hay es tal, que incluso paraliza. Pero Jesús resuelve la situación rodeándose, nada más terminar la cena, de los muchos niños presentes, e interesándose por ellos, los cuales en seguida fraternizan. Detrás de ellos, durante el breve espacio de tiempo que separa la cena del descanso, encuentran valor los hombres de la casa y narran lo que han sabido del Mesías, y preguntan cosas nuevas. Jesús, benigno, rectifica, confirma, explica, en serena conversación, hasta que peregrinos y familiares se van a descansar, tras haberlos bendecido Jesús a todos.

## 331

## La fe de la mujer cananea y otras conquistas. Llegada a Akcib.

-¿El Maestro está contigo? - pregunta el viejo campesino Jonás a Judas Tadeo, que entra en la cocina, donde la lumbre ya resplandece para calentar la leche y el lugar, que está un poco frío en estas primeras horas de una bellísima mañana de finales de Enero, creo, o primeros de Febrero; bellísima, pero bastante punzante.

-Habrá salido a orar. Sale frecuentemente al alba, cuando sabe que puede estar solo. Regresará pronto. ¿Por qué lo preguntas?

-Lo he preguntado también a los otros, que se han desperdigado para buscarlo, porque hay una mujer allí, con mi esposa. Es una del pueblo de allende el confín. La verdad no sabría decir cómo ha podido saber que está aquí el Maestro. Pero lo sabe. Y quiere hablar con Él.

-Bien. Hablará con Él. Quizás es la mujer que Él está esperando, con una hijita enferma. La habrá guiado aquí su espíritu.

-No. Está sola. No tiene hijos consigo. Los pueblos están tan cercanos... por eso la conozco... y el valle es de todos. Yo, además, pienso que para servir al Señor no hace falta ser crueles con los vecinos si son fenicios. Estaré equivocado, pero...

-El Maestro también dice siempre que tenemos que ser compasivos con todos.

-Él lo es, ¿no es verdad.

-Lo es.

-Me ha dicho Anás que también esta vez lo han tratado mal. ¡Mal, siempre mal!... En Judea, en Galilea, en todos los lugares. ¿Por qué, me pregunto yo, Israel es tan malo con su Mesías? Me refiero a los principales de Israel. Porque el pueblo lo ama.

-¿Cómo sabes estas cosas?

-Vivo aquí, lejos; pero soy un fiel israelita. ¡Basta ir para las fiestas de precepto al Templo para saber todo lo bueno y todo lo malo! Y el bien se sabe menos que el mal. Porque el bien es humilde y no hace autoalabanza. Deberían proclamarlo los que han sido agraciados. Pero pocos son los agradecidos después de recibir una gracia. El hombre acepta el beneficio y lo olvida... El mal, sin embargo, toca fuerte sus trompetas y hace escuchar sus palabras incluso a quienes no quieren oírlas. ¡Vosotros, sus discípulos, no sabéis cuánto abundan en el Templo las críticas y acusaciones contra el Mesías! Los escribas ya sólo tratan de esto en sus lecciones. Yo creo que se han hecho un libro de lecciones sobre cómo acusar al Maestro, y de hechos que presentan como objetos de acusación verosímiles. Y se necesita una conciencia muy recta, firme y libre, para saber resistir y juzgar con cordura. ¿Él está al corriente de todas estas maniobras?

-De todas. Y también nosotros, más o menos, las conocemos. Pero Él no se intranquiliza. Continúa su obra, y los discípulos o las personas que creen en Él aumentan cada día que pasa.

-Dios quiera que perseveren hasta el final. Pero el hombre es de pensamiento mudable. Y débil... Está viniendo el Maestro hacia la casa, con tres discípulos.

Y el viejo sale afuera, seguido por Judas Tadeo, para venerar a Jesús, que, lleno de majestad, viene hacia la casa.

-La paz sea contigo hoy y siempre, Jonás.
-Gloria y paz contigo, Maestro, siempre.
-Paz a ti, Judas. ¿Andrés y Juan no han vuelto todavía?
-No. Y no los he oído salir. A ninguno. Estaba cansado y dormía profundamente.
-Entra, Maestro. Entrad. El ambiente está fresco esta mañana. En el bosque debía hacer mucho frío. Ahí hay leche caliente para todos.
Están bebiendo la leche, y - excepto Jesús - mojando en ella unos recios trozos de pan, cuando he aquí que llegan Andrés y Juan, junto con Anás, el pastor.
-¡Ah! ¿Estás aquí? Volvíamos para decir que no te habíamos encontrado... - exclama Andrés.
Jesús dirige su saludo de paz a los tres, y añade:
-Pronto. Tomad vuestra parte y pongámonos en marcha. Quiero estar, antes de que anochezca, al menos en las faldas del monte de Akcib. Esta noche empieza el sábado.
-¿Y mis ovejas? - pregunta, perplejo, el pastor.
Jesús sonríe y responde:
-Estarán curadas después de la bendición.
-¡Pero yo estoy a oriente del monte! Tú vas hacia poniente para ir a ver a esa mujer...
-Déjalo en manos de Dios y Él a todo proveerá.
Terminado el desayuno, los apóstoles suben por los talegos de viaje, preparándose para partir.
-Maestro... ¿no vas a escuchar a esa mujer que está allí?
-No tengo tiempo, Jonás. El camino es largo, y además Yo he venido para las ovejas de Israel. Adiós, Jonás. Que Dios te recompense por tu caridad. Mi bendición a ti y a todos tus parientes. Vamos.
El viejo, entonces, se pone a gritar con todas sus fuerzas:
-¡Hijos! ¡Mujeres! ¡El Maestro se marcha! ¡Venid!
Y, como responde a la voz de la clueca que los llama una nidada de pollitos desperdigados por un pajar, de todas las partes de la casa acuden mujeres y hombres, ocupados en sus labores o todavía medio dormidos, y niños semidesnudos con su carita sonriente recién salida del sueño... Se apiñan en torno a Jesús, que está en medio de la era, las madres envuelven en sus amplias faldas a los niños para protegerlos del aire, o los estrechan entre sus brazos hasta que una criada llega con los vestiditos, que enseguida son empleados.
Pero viene también una que no es de la casa. Una pobre mujer que llora. Se la ve abochornada. Camina encorvada, casi arrastrándose. Llegada cerca del grupo en cuyo centro está Jesús, se pone a gritar:
-¡Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David! Mi hija vive malamente atormentada por el demonio, que le hace hacer cosas vergonzosas. Ten piedad, porque sufro mucho y todos se burlan de mí por esto. Como si mi hija tuviera la culpa de hacer lo que hace... Ten piedad, Señor, Tú que lo puedes todo. Alza tu voz y tu mano y ordena al espíritu inmundo que salga de Palma. Sólo tengo a esta criatura, y soy viuda... ¡Oh, no te vayas! ¡Piedad!...
Jesús, efectivamente, una vez que ha terminado de bendecir a cada uno de los componentes de la familia, después de haber amonestado a los adultos por haber hablado de su venida - ellos se disculpan diciendo: « ¡Créenos, Señor, no hemos hablado!» - se marcha, inexplicablemente duro para con la pobre mujer, que se arrastra sobre sus rodillas, tendidos los brazos en actitud de congojosa súplica, ,mientras dice:
-¡Yo, yo te vi ayer cuando pasabas el torrente, y oí que te llamaban: "Maestro". He venido siguiéndoos, ocultándome entre las matas. Oía lo que iban diciendo éstos. He comprendido quién eres... Y esta mañana, todavía de noche, he venido a ponerme aquí a la puerta como un perrito; hasta que se ha levantado Sara y me ha invitado a entrar. ¡Señor, piedad! ¡Piedad de una madre y de una niña!
Pero Jesús camina ligero, sordo a toda apelación.
Los de la casa dicen a la mujer:
-¡Resígnate! No te quiere escuchar. Ya ha dicho que ha venido para los de Israel...
Pero ella se pone en pie desesperada, y al mismo tiempo llena de fe, y responde:
-No. Suplicaré tanto, que me escuchará.
Y se echa a seguir al Maestro suplicando a gritos sin parar. Sus súplicas hacen que salgan a las puertas de las casas del pueblo todos los que están despiertos, los cuales, como los de la casa de Jonás, se ponen a seguir a la mujer para ver en qué termina la cosa.
Los apóstoles, por su parte, se miran recíprocamente con estupor, y susurran:
-¿Pero por qué hace esto? ¡No lo ha hecho nunca! ...
Y Juan dice:
-En Alejandrocena ha curado incluso a aquellos dos.
-Pero eran prosélitos - responde Judas Tadeo. ¿Y esta a la que va a curar ahora?
-También es prosélito - dice el pastor Anás.
-¿Y cuántas veces ha curado también a gentiles o a paganos? ¿Y la niña romana, entonces?... - dice desconsolado Andrés, que no logra tranquilizarse ante la dureza de Jesús hacia la mujer cananea.
-Yo os digo lo que pasa - exclama Santiago de Zebedeo - Lo que pasa es que el Maestro está indignado. Su paciencia se acaba ante tantos asaltos de maldad humana. ¿No veis cómo ha cambiado? ¡Tiene razón! De ahora en adelante se dedicará sólo a los que conoce convenientemente. ¡Y hace bien!
-Sí. Pero, mientras tanto, ésta viene aquí detrás de nosotros gritando, y la sigue una buena cola de gente. Si quiere pasar inadvertido, ha encontrado la manera de llamar la atención hasta de los árboles... - se queja Mateo.

-Vamos a decirle que la despida... ¡Fijaos aquí qué lindo cortejo tenemos a nuestras espaldas! ¡Si llegamos así a la vía consular, estamos frescos! Y ésta, si no le dice que se marche, no nos deja... - dice, molesto, Judas Tadeo, el cual, además, se vuelve y conmina a la mujer:

-¡Calla y vete!

Y lo mismo hace Santiago de Alfeo, solidario con su hermano. Pero ella no se impresiona por las amenazas y órdenes y sigue suplicando.

-Vamos a decirle al Maestro que la eche Él, dado que no quiere concederle lo que pide. ¡Así no se puede seguir! - dice Mateo, mientras Andrés susurra: «¡Pobrecilla!», y Juan repite sin tregua: «No comprendo... no comprendo...». Juan está confundido por el modo de actuar de Jesús.

Mas ya, acelerando el paso, han alcanzado al Maestro, que camina raudo como un perseguido.

-¡Maestro! ¡Dile a esa mujer que se vaya! ¡Es un escándalo! ¡Viene gritando detrás de nosotros! ¡Nos señala ante todos! El camino se va poblando cada vez más de gente... y muchos se ponen detrás de ella. Dile que se marche.

-Decídselo vosotros. Yo ya le he respondido.

-No nos escucha. ¡Díselo Tú, hombre! Y además severamente.

Jesús se detiene y se vuelve. La mujer interpreta ello como signo de gracia; acelera el paso y alza el tono, ya agudo, de la voz; su rostro palidece por la aumentada esperanza.

-Calla, mujer. Vuelve a casa. Ya lo he dicho: "He venido para las ovejas de Israel". Para curar a las enfermas y buscar a las perdidas. Tú no eres de Israel.

Pero la mujer ya está a sus pies y se los besa, adorándolo, sujetándolo fuerte por los tobillos como si fuera una náufraga que hubiera encontrado un escollo de salvación, y gime: -¡Señor, ayúdame! Tú lo puedes, Señor. Dale una orden al demonio, Tú que eres santo... Señor, Señor, Tú eres el amo de todo: de la gracia y del mundo. Todo está sometido a ti, Señor. Yo lo sé. Lo creo. Toma, pues, tu poder y úsalo para mi hija.

-No está bien tomar el pan de los hijos de la casa y arrojarlo a los perros de la calle.

-Yo creo en ti. Creyendo, he pasado de ser perro de la calle a ser perro de la casa. Ya te he dicho que he venido antes del alba a acurrucarme a la puerta de la casa donde estabas, y, si hubieras salido, habrías tropezado en mí. Pero has salido por el otro lado y no me has visto. No has visto a este pobre perro lacerado, hambriento de tu gracia, que esperaba entrar, arrastrándose, adonde Tú estabas, para besarte los pies así, pidiéndote que no la arrojaras de tu presencia...

-No está bien echar el pan de los hijos a los perros - repite Jesús.

-Pero los perros entran en la habitación donde come el amo con sus hijos, y comen lo que cae de la mesa, o los desperdicios que les dan los de la familia, lo que ya no sirve. No te pido que me trates como a una hija, no te pido que me invites a sentarme a tu mesa; te pido al menos las migas...

Jesús sonríe. ¡Cómo se transfigura su rostro con esta sonrisa de gozo!...

La gente, los apóstoles, la mujer, lo miran admirados... sintiendo que está para suceder algo.

Y Jesús dice:

-¡Oh, mujer! ¡Grande es tu fe! Con tu fe consuelas mi espíritu. Ve, pues, y te suceda como quieres. Desde este momento, el demonio ha salido de tu hijita. Ve en paz. Y, de la misma forma que, como perro extraviado, has sabido querer ser perro de casa, sabe ser hija en el futuro, sentada a la mesa del Padre. Adiós.

-¡Oh! ¡Señor! ¡Señor! ¡Señor!... Quisiera echarme a correr, para ver a mi Palma amada... ¡Quisiera estar contigo, seguirte! ¡Bendito! ¡Santo!

-Ve, ve, mujer. Ve en paz.

Y Jesús reanuda su camino, mientras la cananea, más ligera que una niña, regresa corriendo por el mismo camino que había venido; tras ella la gente, curiosa de ver el milagro...

-¿Pero, por qué, Maestro, la has hecho suplicar tanto, si luego la ibas a escuchar? - pregunta Santiago de Zebedeo.

-Por causa tuya y de todos vosotros. Esta no es una derrota, Santiago. Aquí no me han expulsado, no se han burlado de mí, no me han maldecido... Sirva ello para levantar vuestro espíritu abatido. Yo ya he recibido mi dulcísimo alimento. Y bendigo a Dios por ello. Y ahora vamos a ver a esta otra que sabe creer y esperar con fe segura.

-¿Y mis ovejas, Señor? Dentro de poco tendría que tomar un camino distinto del tuyo para ir a mi pastura... - Pregunta de nuevo el pastor Anás.

Jesús sonríe, pero no responde.

Es bonito andar, ahora que el sol calienta el aire y hace brillar como esmeraldas las hojitas nuevas de los bosques y la hierba de los prados, transformando en engastes los cálices de las flores para las gotas de rocío que brillan en los aros radiados multicolores de las florecillas del campo. Jesús camina, sonriente. Los apóstoles, en seguida animados de nuevo, lo siguen sonrientes...

Llegan a la desviación. El pastor Anás, afligido, dice:

-Y aquí tendría que dejarte... ¿Entonces no vienes a curar a mis ovejas? Yo también tengo fe, y soy prosélito... ¿Me prometes, al menos, que vendrás después del sábado?

-¡Anás! ¿Pero no has comprendido todavía que tus ovejas están curadas desde que alcé mi mano hacia Lesemdán? Ve, pues, tú también a ver el milagro y a bendecir al Señor.

Creo que la mujer de Lot, después de su petrificación en sal, no sería distinta del pastor, que se ha quedado en la posición en que estaba, un poco encorvado e inclinado, con la cabeza vuelta hacia arriba para mirar a Jesús, un brazo semiextendido a media altura... Parece una estatua. Podría tener debajo el cartel: "El suplicador". Mas luego vuelve en sí, se postra y dice:

-¡Bendito! ¡Bueno! ¡Santo!... Pero te había prometido mucho dinero y aquí solamente tengo algunas dracmas... Ven, ven a visitarme después del sábado...

-Iré. No por el dinero, sino para bendecirte una vez más por tu fe sencilla. Adiós, Anás. La paz sea contigo.

Y se separan...

-Y tampoco ésta es una derrota, amigos. Aquí tampoco se han burlado de mí, ni me han expulsado o maldecido... "¡Venga, raudos! Hay una madre esperándonos desde hace días...

Y la marcha prosigue, con un breve alto en el camino para comer pan y queso y beber en un manantial...

El sol está en mediodía cuando se ve aparecer la bifurcación del camino.

Allá en el fondo empieza la escalera de Tiro - dice Mateo. Y se alegra al pensar que la mayor parte del trayecto está ya recorrido. Apoyada en el mojón romano hay una mujer. A sus pies, en un traspuntín, hay una pequeñuela de unos siete u ocho años. La mujer mira en todas las direcciones: hacia la escalera excavada en el monte rocoso, hacia la vía de Tolemaida, hacia el camino recorrido por Jesús. Y, de vez en cuando, se inclina para acariciar a su niña, para proteger su cabeza del sol con un paño, o cubrirle los pies y las manos con un chal.

-¡Ahí está la mujer! Pero, ¿dónde habrá dormido estos días? - pregunta Andrés.

-Quizás en aquella casa de cerca de la bifurcación. No hay otras casas cercanas responde Mateo.

-O al raso dice Santiago de Alfeo.

-No, por la niña - responde su hermano.

-¡Con tal de obtener la gracia!... - dice Juan.

Jesús no habla. Pero sonríe. Todos en fila (El en el centro, tres de esta parte, tres de la otra), ocupan toda la vía, en esta hora de pausa de viandantes, que se han parado a comer en los respectivos lugares en que los ha sorprendido el mediodía. Jesús sonríe, alto, hermoso, en el centro de la fila. Su rostro está tan radiante que parece como si toda la luz del sol se hubiera concentrado en él. Parece emanar rayos.

La mujer levanta los ojos... Ya están a unos cincuenta metros de distancia. Quizás ha llamado su atención, distraída al oír llorar a su hija, la mirada de Jesús fija en ella. Mira... Se lleva las manos al corazón con un gesto involuntario de ansia, de sobresalto.

Jesús aumenta su sonrisa. Y esa fúlgida sonrisa, inefable, debe decirle tantas cosas a la mujer, que, ya sin ansia, sonriente, como si va fuera feliz, se agacha a coger a su niña y, sosteniéndola en su jergoncillo, con los brazos extendidos, como si se la estuviera ofreciendo a Dios, da unos pasos hacia Jesús. En llegando a los pies de Él, se arrodilla levantando lo más que puede a la niña, que está en posición echada y que mira, extática, el hermosísimo rostro de Jesús.

La mujer no dice ni una palabra. ¿Qué podría decir que fuera más profundo que lo que dice con toda su figura?...

Jesús dice solamente una palabra, corta pero poderosa, letificante como el "Fiat" de Dios en la creación del mundo:

-Sí». Y apoya la mano sobre el pequeño pecho de la niña echada.

Entonces la niña, emitiendo un grito de calandria liberada de la jaula, exclama:

-¡Mamá! - se sienta de golpe, pasa a poner pie en tierra, abraza a su madre, la cual - ella sí -, exhausta, vacila y está a punto de caerse boca arriba, desmayada por el cansancio, por la cesación del ansia, por la alegría que sobrecarga las ya debilitadas fuerzas del corazón por tanto dolor pasado.

Jesús está atento a sujetarla: una ayuda más eficaz que la de la niñita, que, recargando con su peso los miembros maternos, no es, ciertamente, el más indicado factor para sujetar a su madre sobre las rodillas. Jesús la ayuda a sentarse y le transfunde fuerzas... Y la mira, mientras mudas lágrimas descienden por la cara, cansada y dichosa al mismo tiempo, de la mujer.

Luego es el momento de las palabras:

-¡Gracias, mi Señor! ¡Gracias y bendiciones! Mi esperanza ha sido coronada... Te he esperado mucho... Pera ahora soy feliz...

La mujer, superado su semidesmayo, se arrodilla de nuevo, adorando, teniendo delante de sí a la niñita curada y que ahora recibe las caricias de Jesús. Y explica:

-Hacía dos años que un hueso de la columna se le consumía, la paralizaba y la llevaba a la muerte lentamente y con grandes dolores. La habíamos llevado a que la vieran médicos de Antioquía, Tiro, Sidón, y también de Cesárea y Panéade. Hemos gastado tanto en médicos y medicinas, que hemos vendido la casa que poseíamos en la ciudad para retirarnos a la de campo. Habíamos despedido a los sirvientes de la casa y nos habíamos quedado sólo con los de los campos. Habíamos puesto en venta los productos que antes consumíamos nosotros... ¡Nada aprovechaba! Te vi. Tenía noticia de lo que hacías en otros lugares. He esperado la gracia también para mí... ¡Y la he obtenido! Ahora vuelvo a casa, aligerada, dichosa... Le daré una alegría a mi esposo... a mi Santiago, que me puso en el corazón la esperanza, narrándome lo que por tu poder sucede en Galilea y Judea. ¡Si no hubiéramos tenido miedo de no encontrarte, habríamos venido con la niña! ¡Pero Tú estás siempre en camino!...

-Caminando he venido a verte... Pero, ¿dónde has pasado estos días?

-En aquella casa... Bueno, por la noche, se quedaba sólo la niña. Hay allí una buena mujer, que me la cuidaba. Yo he estado siempre aquí, por miedo a que pasaras de noche.

Jesús le pone la mano sobre la cabeza:

-Eres una buena madre. Dios te ama por ello. ¿Ves cómo te ha ayudado en todo?

-¡Oh, sí, lo he sentido precisamente mientras venía. Había venido de casa a la ciudad con la confianza de encontrarte; por tanto, con poco dinero, y sola. Luego, siguiendo el consejo de aquel hombre, seguí por este lugar. Mandé un aviso a casa y vine... y no me ha faltado nunca nada, ni pan, ni refugio, ni fuerza.

-¿Siempre con ese peso en los brazos? ¿No podías servirte de un carro?... - pregunta enternecido Santiago de Alfeo.

-No. Ella habría sufrido demasiado: hasta morir incluso. En los brazos de su mamá ha venido mi Juana a la Gracia.

Jesús acaricia en el pelo a las dos:

-Ahora podéis marcharos. Sed siempre fieles al Señor. El Señor esté con vosotras y con vosotras mi paz.

Jesús reanuda su camino por la vía que conduce a Tolemaida.

-Esta tampoco es una derrota, amigos. Tampoco aquí me han expulsado, ni se han burlado de mí, ni me han maldecido.

Siguiendo la vía directa, pronto se llega al taller del herrador que está al lado del puente. El herrador romano está descansando al sol, sentado contra el muro de la casa. Reconoce a Jesús y lo saluda.

Jesús devuelve el saludo y añade:

-¿Me dejas estar aquí, para descansar un poco y comer un poco de pan?

-Sí, Maestro. Mi mujer quería verte... porque le he referido la parte de tu discurso que ella no había oído la otra vez. Ester es hebrea. Pero, siendo romano, no me atrevía a decírtelo. Te la habría mandado...

-Llámala, entonces.

Y Jesús se sienta en el banco que hay contra la pared, mientras Santiago de Zebedeo distribuye pan y queso... Sale una mujer de unos cuarenta años, turbada, roja de vergüenza.

-Paz a ti, Ester. ¿Tenías deseos de conocerme? ¿Por qué?

-Por lo que dijiste... Los rabíes nos desprecian a nosotras, casadas con un romano... Pero he llevado a todos mis hijos al Templo, y los varones están todos circuncidados. Se lo dije antes a Tito, cuando me quiso como esposa... Y él es bueno... Siempre me ha dejado libertad de acción con los hijos. Costumbres, ritos, ¡aquí todo es hebreo!... Pero los rabíes, los arquisinagogos, nos maldicen. Tú no... Tú tienes palabras de piedad para nosotras... ¡No sabes cuánto significa eso para nosotras! Es como sentirnos abrazadas por el padre y la madre que nos han repudiado y maldecido, o que se muestran severos con nosotras... Es como volver a poner pie en la casa que hemos dejado y no sentirse extranjeras en ella... Tito es bueno. Durante nuestras Fiestas cierra el taller, con gran pérdida de dinero, y me acompaña con nuestros hijos al Templo. Porque dice que sin religión no se puede estar. Él dice que su religión es la de la familia y el trabajo, como antes era la del deber de soldado... Pero yo... Señor... quería hablar contigo por una cosa... Tú dijiste que los seguidores del verdadero Dios deben separar un poco de su levadura santa y meterla en la buena harina para hacerla fermentar santamente. Yo lo he hecho con mi esposo. He tratado, en estos veinte años que llevamos juntos, de trabajar su alma, que es buena, con la levadura de Israel. Pero no se decide nunca... es ya mayor... Querría tenerlo conmigo en la otra vida... Unidos por la fe como lo estamos por el amor... No te pido riquezas, bienestar, salud. Lo que tenemos es suficiente, y bendito sea Dios por ello. Pero sí que querría esto... ¡Pide por mi esposo! Que sea del verdadero Dios...

-Lo será. Puedes estar segura. Pides una cosa santa y te será dada. Has comprendido los deberes de la esposa hacia Dios y hacia su esposo. ¡Si así fueran todas las esposas! En verdad te digo que muchas deberían imitarte. Sigue así y recibirás la alegría de tener a tu Tito a tu lado, en la oración y en el Cielo. Muéstrame a tus hijos.

La mujer llama a la numerosa prole: «Jacob, Judas, Leví, María, Juan, Ana, Elisa, Marco». Y luego entra en la casa y vuelve a salir con una que apenas si sabe andar todavía y con uno de tres meses como mucho:

-Y éste es Isaac, y esta pequeñita es Judit - dice terminando la presentación.

-¡Abundancia! - dice riendo Santiago de Zebedeo.

Y Judas exclama:

-¡Seis varones! ¡Y todos circuncisos! ¡Y con nombres puros! ¡Sí señora, muy bien!

La mujer está contenta, y hace elogios de Jacob, Judas y Leví, los cuales ayudan a su padre «todos los días menos el sábado, el día en que Tito trabaja solo, poniendo las herraduras ya hechas» dice. Elogia también a María y a Ana, «ayuda de su mamá». Pero no deja de elogiar también a los cuatro más pequeños «buenos y sin caprichos. Tito, que ha sido un soldado disciplinado, me ayuda a educarlos» dice mientras mira con mirada afectuosa al hombre, el cual, apoyado en la jamba, con una mano en la cadera, ha escuchado todo lo que ha dicho su mujer, con una franca sonrisa en su rostro claro, y que ahora, al oír la memoria de sus méritos de soldado, rebosa complacencia.

-Muy bien. La disciplina de las armas no repugna a Dios, cuando se cumple con humanidad el propio deber de soldado. Todo consiste en ser siempre moralmente honestos, en todos los trabajos, para ser siempre virtuosos. Tu pasada disciplina, que ahora transfundes en tus hijos, te debe preparar para incorporarte a un más alto servicio: el de Dios. Ahora vamos a despedirnos. Tengo el tiempo justo para llegar a Akcib antes de que se cumpla el ocaso. Paz a ti, Ester, y a tu casa. Sed, dentro de poco, todos del Señor».

La madre y los hijos se arrodillan, mientras Jesús alza la mano bendiciendo. El hombre, como si de nuevo fuera el soldado de Roma ante su emperador, se cuadra, saludando a la romana.

Y se ponen en marcha... Después de unos metros, Jesús pone la mano en el hombro de Santiago:

-Una vez más aún, la cuarta de hoy, te hago la observación de que ésta no es una derrota, ni es ser expulsado, satirizado o maldecido. ¿Qué dices ahora?

-Que soy un necio, Señor - dice impetuosamente Santiago de Zebedeo.

-No. Tú, como todos vosotros, sois todavía demasiado humanos. Todas vuestras opciones son las propias de quien está más sujeto a humanidad que a espíritu. El espíritu, cuando es soberano, no se altera ante cualquier soplo del viento, que no siempre puede ser brisa perfumada... Podrá sufrir, pero no se altera. Yo oro siempre porque alcancéis esta soberanía del espíritu. Pero vosotros me tenéis que ayudar con vuestro esfuerzo... ¡Bueno, este viaje ha terminado! En él he sembrado lo necesario para prepararos el trabajo, para cuando seáis vosotros los evangelizadores. Ahora podemos iniciar el reposo sabático con la conciencia de haber cumplido nuestro deber. Y esperaremos a los otros... Luego proseguiremos... todavía... siempre... hasta que todo quede cumplido...

## La sufrida separación de Bartolomé, que con Felipe vuelve a unirse al Maestro.

Jesús está reunido con los seis en una habitación donde hay yacijas muy míseras, arrimadas unas a otras. El espacio que queda libre apenas si consiente andar de un lado a otro de la estancia. Comen su más que humilde comida sentados encima de los lechos, porque no hay ni mesa ni asientos. Pasa un rato y Juan va a sentarse en el alféizar de la ventana, en busca de sol. Por eso él es el primero que ve a los esperados Pedro, Simón, Felipe y Bartolomé, que vienen en dirección a la casa. Les da una voz y sale corriendo, seguido por todos. Se queda sólo Jesús, el cual los únicos movimientos que hace son ponerse en pie y volverse hacia la puerta para mirar...

Entran los llegados. Es fácil imaginar la exuberancia de Pedro; también, la reverencia profunda de Simón Zelote. Lo que causa sorpresa es la actitud de Felipe, y especialmente la de Bartolomé. Entran, yo diría que casi con temor, con congoja, y, a pesar de que Jesús les abra los brazos para intercambiar con ellos el ósculo de paz que ya ha dado a Pedro y a Simón, ellos caen de rodillas y se curvan hasta tocar casi con la frente en el suelo, y besan los pies de Jesús. Permanecen así... Y los suspiros ahogados de Bartolomé denuncian que llora silenciosamente sobre los pies de Jesús.

-¿Por qué esta congoja, Bartolmái? ¿No vienes a los brazos de: Maestro? ¿Y tú, Felipe, por qué tan temeroso? Si no supiera que sois dos hombres honestos, en cuyo corazón no puede anidar la malicia, tendría que sospechar que sois culpables de algo. Pero no es así. ¡Ánimo, pues! Hace mucho que deseo vuestro beso y ver la límpida mirada de vuestros ojos fieles...

-También nosotros, Señor... - dice Bartolomé, levantando su cara, en que brillan las lágrimas - Tú has sido nuestro único deseo Nos preguntábamos en qué podíamos haberte desagradado para merecer tanta separación. Nos parecía una cosa injustificada... Pero ahora sabemos... ¡Oh, perdón, Señor! Te pedimos perdón. Sobre todo yo, porque Felipe ha estado separado de ti por mí. A él ya le he pedido perdón. Yo, yo sólo culpable, yo, el viejo israelita reticente a renovarse, yo, que te he causado dolor...

Jesús se inclina y lo alza con la fuerza, como alza también a Felipe, y, juntos, los aprieta entre sus brazos, mientras dice:

-¿Pero de qué te acusas? No has hecho nada malo. ¡Ningún mal! Y Felipe tampoco. Sois mis amados apóstoles, y hoy me siento verdaderamente feliz de teneros conmigo, de nuevo juntos, para siempre...

-No, no... Durante mucho tiempo hemos ignorado el motivo por el que, justamente, has desconfiado de nosotros hasta el punto de excluirnos de tu familia apostólica. Pero ahora lo sabemos... y te pedimos perdón, perdón, perdón; yo especialmente. Jesús, Maestro mío...Y Bartolomé lo mira con congoja, con amor, con compasión. Siendo anciano como es, parece un padre mirando a su hijo afligido, examinando su rostro, más afilado a causa de una pena que no había intuido, y en el cual antes no había notado el enflaquecimiento, el envejecimiento... Entonces, nuevas lágrimas gotean en las mejillas de Bartolomé. Y exclama: -¿Pero qué te han hecho? ¿Qué nos han hecho, para hacernos sufrir a todos de este modo? Parece como si un espíritu malo hubiera entrado entre nosotros, para turbarnos, para volvernos tristes, débiles, apáticos, necios... Necios hasta el punto de no comprender que Tú sufrías... Es más, hasta el punto de aumentarte el sufrimiento con nuestras mezquindades, cerrazones, respetos humanos, y con nuestras vejeces, las de nuestro hombre viejo... Sí, el hombre viejo ha triunfado en nosotros, siempre, y tu vitalidad perfecta no nos ha podido renovar nunca. ¡Esto, esto es lo que no me deja tranquilo! No he sabido renovarme, comprenderte, seguirte, con todo mi amor... Te he seguido sólo materialmente... Pero Tú... Tú querías que te siguiéramos espiritualmente... y te comprendiéramos en tu perfección... para ser capaces de perpetuarte... ¡Oh! ¡Maestro mío! ¡Maestro mío, que un día te marcharás, después de tantas luchas, insidias, desazones, después de tantos dolores, y con el dolor de vernos todavía inmaduros!...

Y Bartolomé reclina su cabeza en el hombro de Jesús y llora, lleno de desolación, compungido por la conciencia de haber sido un discípulo obtuso.

-No te achiques, Natanael. Ves todo esto como una enormidad que te sorprende. Pero tu Jesús sabía que sois hombres... y no pretende nada por encima de cuanto podáis dar. ¡Ah, me daréis todo, absolutamente todo! Mas ahora tenéis que crecer, formaros... Es una obra lenta. Pero sé esperar. Y gozo con vuestro crecimiento. Porque es un crecimiento continuo en mi Vida. Incluso tu llanto, y la concordia de los que estaban conmigo, y la piedad que ha sustituido a las intransigencias que constituían vuestra naturaleza, a egoísmos, a avaricias espirituales; incluso vuestra seriedad actual: todo es fase de crecimiento en mí. Animo, pues. Queda en paz, porque Yo sé. Todo. Conozco tu honestidad, tu buena fe, tu generosidad, tu sincero amor. ¿Dudar Yo de mi sabio Bartolmái y de Felipe, tan equilibrado y fiel? Sería hacer un agravio a mi Padre, que me ha concedido el contaros entre los más amados. Pero ahora... ¡venga, vamos a sentarnos aquí!, y que quien ya haya descansado se ocupe de los hermanos cansados y hambrientos, ofreciéndoles comida y descanso. Entretanto contad a vuestro Maestro y a los hermanos lo que ellos ignoran.

Y se sienta en su yacija, teniendo consigo, a ambos lados, a Felipe y a Natanael; Pedro y Simón se sientan en la yacija que hay frente a Jesús: unas rodillas contra otras.

-Habla tú, Felipe. Yo ya he hablado. Y tú has sido más justo que yo en este tiempo...

-¡Oh! ¡Bartolomé! ¡Justo! Sólo había entendido que el hecho de no naber querido que estuviéramos a su lado no era ni animosidad ni cambio voluble del Maestro respecto a nosotros... Intentaba tranquilizarte así... tratando de impedirte que pensaras en cosas que te habrían dado dolor por haberlas pensado, y remordimiento. Yo tenía sólo un remordimiento: haberte retenido la desobediencia al Maestro cuando querías seguir a Simón de Jonás, que iba por Margziam a Nazaret... Después... te veía sufrir tanto en el cuerpo y en el alma, que decía: "¡Mejor hubiera sido dejarle hacer lo que quería! El Maestro le habría perdonado su desobediencia, y Bartolomé no se seguiría envenenando el alma con estas ideas"... Pero tú mismo puedes ver

que, si hubieras partido, no habrías tenido nunca la clave del misterio... y quizás tu sospecha sobre la volubilidad del Maestro no habría desaparecido ya nunca. Sin embargo, así...

-Sí. Sin embargo, así he entendido. Maestro, Simón de Jonás y Simón Zelote - los asalté con mis preguntas para saber muchas cosas o para que me confirmaran muchas otras que ya sabía - me dijeron solamente: "El Maestro ha sufrido mucho; tanto, que ha adelgazado y se ha envejecido. Y todo Israel, nosotros los primeros, tenemos la culpa. Él nos ama y perdona. Pero desea no hablar del pasado. Por tanto os aconsejamos que ni preguntéis ni habléis...". Pero yo quiero hablar. Preguntar, no preguntaré. Pero debo hablar. Para que Tú sepas. Porque ninguna cosa presente en el alma de tu apóstol te debe quedar celada. Un día - ya llevaban varios fuera Simón y los otros - vino a verme Micael de Caná. Un poco pariente, muy amigo, compañero de estudios ya desde la infancia... El, estoy seguro, venía con buena fe. Por afecto hacia mí. Pero quien le enviaba no tenía buena fe. Quería saber por qué yo me había quedado en casa... mientras que los otros se habían marchado. Y me dijo: "¡Entonces es verdad! Te has separado porque eres un buen israelita y no puedes aprobar ciertas cosas. Y de buena gana te dejan separado los otros, empezando por Jesús de Nazaret, porque están seguros de que no los ayudarías ni siquiera con la complicidad del silencio. ¡Haces bien' Reconozco en ti al hombre de tiempos pasados. Creía que te habías corrompido, que habías renegado de Israel. Haces bien, por tu espíritu y por tu bienestar y el de los tuyos. Porque lo que está sucediendo no será perdonado por el Sanedrín, y serán perseguidos los que hayan participado en ello". Yo le dije: "¿Pero de qué estás hablando? Ya te he dicho que recibí la orden de quedarme en casa por la estación que era. Eso por una parte, y también por si venían peregrinos, para encaminarlos hacia Nazaret, o decirles que esperasen al Maestro para el final de Sabat en Cafarnaúm. ¿Y tú me hablas de separaciones, complicidades, persecuciones! ¡Explícate!...". ¿No es verdad que le dije eso, Felipe?

Felipe asiente con un gesto.

-Entonces - prosigue Bartolomé - Micael me dijo que se sabía que Tú te mostrabas rebelde al consejo y a la orden de los miembros del Sanedrín, porque seguías teniendo contigo a Juan de Endor y a una griega... Señor, te causo dolor, ¿verdad? Pero... tengo que hablar. Te pregunto: ¿Es verdad que estaban en Nazaret?

-Sí. Es verdad.

-¿Es verdad que partieron contigo?

-Sí. Es verdad.

-¡Felipe, Micael tenía razón! ¿Pero cómo podía saberlo?

-¡Pero hombre, si son las serpientes que me pararon a mí, y a Simón, y quién sabe a cuántos más! Son las víboras de siempre – dice Pedro, vehemente.

Jesús, sin embargo, sereno pregunta:

-¿No te dijo nada más? Sé totalmente sincero con tu Maestro.

-Nada más. Quería saber por boca mía... Pero yo le mentí a Micael. Dije: "Hasta Pascua estoy en mi casa". Por miedo a que me siguiera, por miedo a que... no sé... Por miedo a perjudicarte... Y entonces comprendí también por qué me habías dejado... Habías sentido que yo era todavía demasiado Israel...

Bartolomé llora de nuevo...

…Y dudaste de mí...

-No. ¡Eso no! En absoluto. En ese momento no se necesitaba tu presencia junto a tus compañeros; sin embargo, eras necesario, como puedes ver, en Betsaida. A cada uno su misión. A cada edad sus fatigas...

-¡No, no! No me vuelvas a separar por ninguna fatiga, Señor. No tengas en cuenta nada... Tú eres bueno. Pero yo quiero estar contigo. Es un castigo estar lejos de ti... Y yo, necio, incapaz de todo, hubiera podido al menos consolarte, si no podía hacer otra cosa. He comprendido... Has enviado a éstos con los dos... No me lo digas. No quiero saberlo. Pero siento que es así y lo digo. Pues entonces, habría podido, y debido, estar contigo. Pero Tú no me has tomado contigo como castigo por ser tan reacio a hacerme "nuevo". Pero, te juro, Maestro, que lo que he sufrido me ha renovado, y que jamás volverás a ver al viejo Natanael.

-Como puedes ver, el sufrimiento ha terminado para todos en alegría. Ahora nos pondremos en marcha, al encuentro de Tomás y Judas. Sin esperar a que vayan al lugar establecido. Luego, con ellos, seguiremos caminando... ¡Hay mucho que hacer!... Mañana nos pondremos en camino. Pronto.

-Y harás bien. Porque el tiempo se pone nórtico. Una desgracia para los cultivos... - dice Felipe.

-¡Pues sí! Las últimas granizadas han quemado en franjas los campos. ¡Si lo hubieras visto, Señor! Parece como si hubiera pasado el fuego por ciertos lugares. Y lo curioso es que son así verdaderamente: devastaciones en franjas - dice Pedro.

-En vuestra ausencia, ha granizado mucho. Un día, a mitad de la luna de Tébet, parecía un flagelo. Me dicen que en la llanura algunos tienen que volver a sembrar. Hacía más calor antes. Pero, desde entonces, se busca el sol con placer. Se vuelve para atrás... ¡Qué signos más extraños! ¿Qué serán? - pregunta Felipe.

-Sólo efectos de lunaciones. No le des importancia. No son éstas las cosas que deben causar impresión. Además, nosotros iremos hacia la llanura, y la marcha será bonita. Frío, pero no mucho; en cambio, tiempo seco. Entretanto, venid. En la terraza hay buen sol. Estaremos ahí arriba descansando todos juntos...

## 333

## Con los diez apóstoles hacia Sicaminón

¯Y ahora que hemos complacido también al pastor, ¿qué hacemos? - pregunta Pedro, que está solo con Jesús, mientras que los otros van en grupo unos metros más atrás.

-Volvemos a la vía de la costa, y vamos hacia Sicaminón.

-¿Sí? Creía que íbamos a Cafarnaúm...

-No es necesario, Simón de Jonás. No es necesario. Has tenido noticias de tu mujer y del niño, y, por lo que se refiere a Judas,... será más sencillo ir a su encuentro.

-Pues precisamente, Señor. ¿No toma el camino del interior, del río y del lago? Es el más corto y resguardado...

-Pero él no lo tomará. Recuerda que debe prestar atención a los discípulos, y están muy desperdigados en el lado occidental en esta época del año, de nuevo tan fría además.

-Bueno, bien. Si Tú lo dices... Por lo que a mí respecta, me conformo con estar contigo y verte menos triste. Y... no tengo ninguna prisa de encontrar a Judas de Simón. ¡Ojalá no lo encontráramos!... ¡Hemos estado tan bien entre nosotros!...

-¡Simón! ¡Simón! ¿Es ésta tu caridad fraterna?

-Señor... ésta es mi verdad - dice Pedro con franqueza. Y lo dice con tal ímpetu y tal expresión, que Jesús se tiene que esforzar en no reírse. Pero, ¿cómo se puede amonestar severamente a un hombre tan franco y fiel?

Jesús prefiere guardar silencio, mostrando un excesivo interés por las cuestas que hay a su izquierda; a la derecha, sin embargo, la llanura se abre, cada vez más plana. Detrás de ellos, en grupo, van hablando los otros nueve; Juan parece un "buen pastor" para un cordero que lleva sobre los hombros, quizás un regalo del manadero Anás.

Pasa un rato, y Pedro vuelve a preguntar:

-¿Y no vamos a Nazaret?

-Iremos, sí. A mi Madre le agradará tener noticias del viaje de Juan y Síntica.

-¡Y verte!

-Y verme.

-¿A1 menos a Ella la habrán dejado en paz?

-Ya lo sabremos.

-Pero, ¿y por qué son tan sañosos? También en Judea hay muchos como Juan (de Endor), y no obstante... Es más, se protegen y se ocultan por fastidiar a Roma...

-Convéncete de que no lo hacen por Juan, sino porque él es un elemento de acusación contra mí.

-¡No le encontrarán nunca! Has hecho bien todo... Mandarnos solos... por mar... primero en una barca una serie de millas, luego, más allá de los confines, en una nave... ¡Oh, todo bien! Espero verdaderamente que se lleven una desilusión.

-Se la llevarán.

-Tengo curiosidad por ver a Judas de Keriot, para astrologar en é1 un poco, como en un cielo lleno de vientos y signos, y ver si...

-¡Pero bueno, hombre!...

-Tienes razón. Es un clavo aquí dentro - y se golpea en la frente.

Jesús, para distraerlo, llama a todos los demás y les hace notar la extraña destrucción producida por el granizo y el frío, llegado éste cuando era presumible considerarlo ya superado por ese año... Quién dice una cosa, quién otra: todos queriendo ver en ello un signo de castigo divino a la proterva Palestina que no acoge al Señor. Los más doctos citan hechos semejantes, conocidos por las narraciones antiguas; los más jóvenes y menos cultos escuchan admirados y atentos.

Jesús menea la cabeza.

-Es efecto lunar y de vientos lejanos. Ya os lo he dicho. En los países septentrionales se ha producido un fenómeno y sufren sus consecuencias regiones enteras.

-Pero, ¿por qué, entonces, algunos campos están bien?

-Así se comporta el granizo.

-¿Pero no podría ser un castigo para los más malos?

-Podría ser. Pero no lo es. ¡Ay si lo fuera!...

-Quedaría yerma y desolada casi toda nuestra Patria, ¿no es verdad, Señor? - dice Andrés.

-Pero en las profecías está escrito, a través de símbolos, qué daño va a recibir quien no acoja al Mesías. ¿Es que pueden mentir los Profetas?

-No, Bartolomé. Lo que está escrito sucederá. Pero el Altísimo es tan bueno, infinitamente bueno, que necesita mucho más de lo que ahora está sucediendo para castigar. Sed buenos también vosotros, sin desear siempre castigos para los duros de corazón y de intelecto. Desead para ellos conversión, no castigo. Juan, pasa el cordero a un compañero, y ven a mirar tu mar desde lo alto de aquellas crestas de arena. Voy Yo también.

En efecto, ahora van por un camino muy cercano al mar, separado de éste sólo por una larga faja de dunas onduladas, en las que ondean finas palmas, o vegetan tarayes de desordenadas frondas, lentiscos y otras plantas de las arenas.

Jesús va con Juan. Pero ¡quién deja a Jesús! Ninguno. Y, pronto están todos arriba, bajo el lindo sol que no molesta, frente al mar sereno y riente...

La ciudad de Tolemaida está muy cerca con sus casas blancas.

-¿Vamos a entrar en la ciudad? - pregunta Judas de Alfeo.

-No es necesario. Nos detendremos a comer junto a las primeras casas. Quiero estar esta noche en Sicaminón. Quizás encontramos allí a Isaac.

-Cuánto bien hace, ¿eh? ¿Has oído lo que han dicho Abel, Juan y José?

-Sí. Pero todos los discípulos son muy diligentes. Por esto bendigo día y noche a mi Padre. Todos vosotros... Mis alegrías, mis paces, mis seguridades... - y los mira con tal amor, que a los diez les suben las lágrimas a los ojos...

## 334

## También Tomas y Judas Iscariote se unen de nuevo al grupo apostólico

El valle del Kisón, a pesar del sol resplandeciente en el cielo sereno, aparece inclemente, peinado por un viento helado que viene salvando los collados septentrionales y destruyendo los tiernos cultivos, que se estremecen de frío y se arrugan quemados, destinados a morir en sus verdes renuevos.

-¿Pero va a durar todavía mucho este frío? - pregunta Mateo, arrebujándose más todavía en el manto, bajo el cual aparece únicamente un trocito de cara, o sea, los ojos y la nariz.

Con voz ahogada por el manto, que también a él le cubre la boca, le responde Bartolomé:

-Quizás el resto de la luna.

-¡Pues estamos apañados! ¡Bueno, paciencia! Menos mal que en Nazaret estaremos en casa hospitalaria... Mientras tanto, pasará.

-Sí, Mateo. Pero para mí ya ha pasado la cosa, viendo a Jesús menos apesadumbrado. ¿No te parece que está más alegre? - pregunta Andrés.

-Lo está. Pero yo... bueno, quiero decir que me parece imposible que se haya consumido tanto por lo que sabemos. ¿No ha habido realmente ninguna otra cosa nueva, que vosotros sepáis? - pregunta Felipe.

-Nada. Nada, nada. Te digo que en los confines siro-fenicios le dieron mucha alegría espíritus creyentes, e hizo esos milagros que te hemos dicho - asegura Santiago de Alfeo.

-Desde hace algunos días está mucho con Simón de Jonás. Y Simón está muy cambiado... ¡Sí! Estáis todos cambiados. No sé... sois más... eso: austeros - dice Felipe.

-¡Eso es que te da esa impresión!... En realidad somos iguales que antes. Claro, ver al Maestro tan apenado por tantas cosas, no ha sido motivo de satisfacción, ni tampoco el oír con qué saña le atacan... Pero lo defenderemos. ¡No le harán nada si estamos con Él! Ayer noche le he dicho, después de haber oído lo que decía Hermas, que es un hombre serio y digno de credibilidad: "De ahora en adelante, no debes estar solo. Ya tienes a los discípulos, que, ya lo ves, actúan, y bien, y aumentan continuamente. Por tanto, nosotros estaremos contigo. No quiero decir que tengas que hacer todo Tú, que ya es hora de aliviarte, hermano mío. Pero Tú estarás con nosotros, entre nosotros, como Moisés en el monte, y nos batiremos por ti, dispuestos, si fuese necesario, a defenderte incluso físicamente. Lo que le ha sucedido a Juan Bautista no te debe suceder a ti". Porque, en fin, si los discípulos del Bautista no se hubieran reducido a dos o tres, no habría sido apresado. Nosotros, al fin y al cabo, somos doce, y quiero convencerlo de que se una, o, por lo menos, de tener a su lado a alguno de los más fieles y enérgicos discípulos. Los que estaban con Juan en Maqueronte, por ejemplo. Hombres de fe y coraje. Juan, Matías y también José. ¿Sabéis que ese joven promete mucho?- dice Judas Tadeo.

-Sí, Isaac es un ángel, pero su fuerza está enteramente en el espíritu. José, sin embargo, es fuerte también en el cuerpo. Tiene la misma edad que nosotros.

-Y aprende rápidamente. ¿Has oído lo que ha dicho Hermas? "Si éste hubiera estudiado, sería, además de un justo, un rabí." Y Hermas sabe lo que dice.

-Yo, no obstante... tendría cerca también a Esteban y a Hermas y al sacerdote Juan. Por su conocimiento de la Ley y del Templo. ¿Sabéis lo que significa su presencia frente a los escribas y fariseos? Un control, un freno... Y para la gente vacilante equivale a decir: "¿Veis como no faltan en torno al Rabí, a su servicio y como discípulos, los mejores de Israel?" - dice Santiago de Alfeo.

-Tienes razón. Se lo decimos al Maestro. Ya habéis oído lo que ha dicho ayer: "Vosotros debéis obedecer, pero tenéis también la obligación de abrirme vuestro corazón y decirme lo que juzgáis justo. Para habituaros a saber dirigir en un futuro. Yo, si veo que es como decís, aceptaré vuestros pensamientos" - dice el Zelote.

-Quizás lo hace también para mostrarnos que nos quiere, visto que estamos todos más o menos convencidos de que somos la causa de su sufrimiento - observa Bartolomé.

-0 está realmente cansado de tener que pensar en todo y de ser el único que toma decisiones y asume responsabilidades. Quizás también reconoce que su santidad perfecta es... casi una imperfección, yo diría, respecto a quienes tiene frente a sí: el mundo, que no es santo. Nosotros no somos santos perfectos. Sólo un poquito menos granujas que los otros... y, por tanto, capaces de responder a aquellos que son casi como nosotros - dice Simón Zelote.

-¡Y de conocerlos, debes decir! - aumenta Mateo.

-¡Oh, respecto a esto, estoy seguro de que El también los conoce.' Es más, los conoce mejor que nosotros, porque lee en los corazones. Estoy seguro de ello como de que estoy vivo - dice Santiago de Zebedeo.

-¿Y entonces por qué algunas veces hace lo que hace, buscándose problemas y peligros? - pregunta, desconsolado, Andrés.

-La verdad es que no sé que responder - dice Judas Tadeo encogiéndose de hombros; y con él confiesan lo mismo los otros.

Juan guarda silencio. Su hermano lo provoca:

-Tú que sabes siempre todo de Jesús - parecéis dos enamorados algunas veces -, ¿no te ha dicho nunca por qué actúa así?

-Sí. Se lo he preguntado, incluso recientemente. Siempre me ha respondido: "Porque debo hacerlo. Debo actuar como si el mundo estuviera compuesto enteramente de criaturas ignorantes pero buenas. A todos les doy la misma doctrina; así se separarán los hijos de la Verdad de los de la Mentira". Me ha dicho también: "¿Ves, Juan? Esto es como un primer juicio, no

universal, colectivo, sino individual. Sobre la base de sus acciones de fe, caridad, justicia, serán separados los corderos de las cabras. Esto continuará después, cuando Yo ya no esté, cuando esté mi Iglesia, durante siglos y siglos, hasta el fin del mundo. El primer juicio de las masas humanas se cumplirá en el mundo, en el lugar en que los hombres actúan con libertad, teniendo frente a sí el Bien y el Mal, la Verdad y la Mentira; como el primer juicio fue dictado en el Paraíso Terrenal, ante el árbol del Bien y del Mal, violado por los que desobedecieron a Dios. Después, en la hora de la muerte de cada uno de los hombres, será ratificado el juicio, ya escrito en el libro de las acciones humanas, por una Mente que no tiene defecto alguno. Por último, el Gran Juicio, el Terrible, y entonces, nuevamente, en masa, serán juzgados los hombres. Desde Adán al último hombre. Juzgados por aquello que hayan querido para ellos, libremente, en la tierra. Ahora bien, si Yo por mí mismo ya seleccionara a quien merece el Milagro, el Amor, la Palabra de Dios, y a quien no la merece - y podría hacerlo por derecho divino y por divina capacidad -, los que quedasen excluidos, aunque fueran verdaderos diablos, gritarían fuerte el día de su juicio individual: "¡El culpable es tu Verbo, que no quiso adoctrinarnos!" Pero esto no podrán decirlo... O sea, lo dirán mintiendo una vez más. Y serán juzgados por ello".

-¿Entonces, no acoger la doctrina es ser un réprobo? - pregunta Mateo.

-Eso no lo sé. No sé si todos los que no crean serán realmente réprobos. Si os acordáis, hablando a Síntica, dio a entender que los que obran con honestidad en la vida no son réprobos, aunque crean en otras religiones. Pero se lo podemos preguntar. Claro que Israel, que tiene conocimiento del Mesías y que ahora cree parcialmente y mal en el Mesías, o que lo rechaza, será severamente juzgado.

-El Maestro habla mucho contigo, y sabes muchas cosas que nosotros no sabemos- observa su hermano Santiago.

-Culpa tuya y vuestra. Yo le pregunto con sencillez. Algunas veces pregunto cosas que deben darle una imagen de su Juan como persona muy necia. Pero no me importa dar esta imagen. Me basta con conocer su pensamiento, y tenerlo dentro de mí para hacerlo mío. Deberíais hacer lo mismo vosotros. ¡Pero tenéis siempre miedo!... ¿Y de qué? ¿De ser ignorantes? ¿De ser superficiales? ¿De ser cabezotas? Deberíais tener miedo sólo de estar todavía pobremente preparados cuando Él se marche. Lo dice siempre... y me lo digo siempre, para prepararme a la separación... Pero siento que significará siempre un gran dolor...

-¡No me lo recuerdes! - exclama Andrés. Y repiten lo mismo los otros, y suspiran.

-Pero, ¿cuándo sucederá? Dice siempre: "Pronto". Pero "pronto" puede ser dentro de un mes o de años. Es muy joven y el tiempo pasa muy rápido... ¿Qué te pasa, hermano? Te estás poniendo muy pálido... - pregunta Judas Tadeo a Santiago.

-¡Nada, nada! Pensaba... - dice pronto Santiago, con la cabeza agachada.

Y Judas Tadeo se inclina para verlo bien...

-¡Pero si se te saltan las lágrimas! ¿Qué te pasa?...

-No más que lo que os pasa a vosotros... Pensaba en cuando estemos solos.

-¿Pero qué le pasa a Simón de Jonás, que se adelanta corriendo y gritando como un somorgujo en día de tempestad? - pregunta Santiago de Zebedeo, señalando a Pedro, que ha dejado a Jesús solo, y que ahora corre, gritando palabras que el viento impide oír.

Aceleran el paso y ven que Pedro ha tomado un senderillo que viene de la ya cercana Sefori (eso dicen los discípulos, mientras se preguntan si va a Sefori por orden de Jesús por aquel atajo). Pero luego, observando bien, ven que los dos únicos viandantes que de la ciudad vienen hacia la vía principal son Tomás y Judas.

-¡Atiza! ¡Aquí? ¿Precisamente aquí? ¿Y qué hacen aquí? De Nazaret, si acaso, tenían que ir a Caná y luego a Tiberíades... - se preguntan varios.

-Quizás venían buscando a los discípulos. Era su misión - dice prudente el Zelote, que siente que la sospecha, cual serpiente despertada, alza su cabeza en el corazón de muchos.

-Vamos a acelerar el paso. Jesús está solo y parece que nos espera... - aconseja Mateo.

Van, y llegan donde Jesús al mismo tiempo que Pedro, Judas y Tomás.

Jesús está palidísimo, tanto que Juan pregunta:

-¿Te encuentras mal?

Pero Jesús le sonríe y hace un gesto de negación; mientras tanto, saluda a los dos que han regresado después de tanta ausencia.

Abraza primero a Tomás, pujante y alegre como siempre, pero que se pone serio mirando al Maestro, tan manifiestamente cambiado, y pregunta solícito:

-¿Has estado enfermo?

-No, Tomás. En absoluto. ¿Y tú?, ¿has estado bien, contento?

-Yo sí, Señor. Siempre bien y siempre contento. Sólo me faltabas Tú para hacer beato a mi corazón. Mi padre y mi madre te agradecen el que me hayas mandado un tiempo. Mi padre estaba un poco enfermo, así que he trabajado yo. He estado donde mi hermana gemela y he conocido al sobrinito. Le hemos puesto el nombre que me dijiste. Luego vino Judas, y me ha hecho dar más vueltas que una tórtola en período de amores: arriba, abajo... donde había discípulos. Él ya se había movido, por su propia cuenta, no poco. Pero bueno, ahora te contará él, porque ha trabajado como diez y merece que lo escuches.

Jesús lo deja y ahora es la vez de Judas, que ha esperado pacientemente y que se acerca franco, desenvuelto, triunfante. Jesús lo perfora con su mirada de zafiro. Pero lo besa y recibe su beso, igual que con Tomás. Y las palabras que siguen son afectuosas:

-¿Y tu madre, Judas, ha estado contenta de tenerte? ¿Está bien esa santa mujer?

-Sí, Maestro, y te bendice por haberle enviado a su Judas. Quería mandarte unos presentes. Pero, ¿cómo podía llevármelos conmigo acá y allá por montes y valles? Puedes estar tranquilo, Maestro. Todos los grupos de discípulos que he visitado trabajan santamente. La idea se va extendiendo cada vez más. Yo he querido personalmente controlar las repercusiones de ella en los más poderosos escribas y fariseos. A muchos de ellos ya los conocía, a otros los he conocido ahora, por amor a ti.

He tratado con saduceos, herodianos... ¡Oh, te aseguro que me han machacado bien la dignidad!... ¡Pero, por amor a ti, haré esto y más! He sido desdeñosamente rechazado, he recibido anatemas. Pero también he logrado suscitar simpatías en algunos que tenían prevenciones respecto a ti. No quiero tus elogios. Me basta con haber cumplido mi deber, y agradezco al Eterno el que me haya ayudado siempre. He tenido que usar el milagro en algunos casos, lo cual me ha dolido, porque merecían rayos y no bendiciones. Pero Tú dices que hay que amar y ser pacientes... Lo he sido, para honor y gloria de Dios y para alegría tuya. Espero que muchos obstáculos queden abatidos para siempre; mucho más si consideramos que por mi honor he garantizado que ya no estaban aquellos dos que creaban tanta sombra. Después me vino el escrúpulo de haber afirmado lo que no sabía con certeza. Y entonces quise verificar para poder tomar las oportunas medidas, para no ser hallado en embuste, lo cual me habría colocado para siempre en situación sospechosa ante los que caminan hacia la conversión... ¡Fíjate! ¡He ido a ver incluso a Anás y a Caifás!... ¡Oh, querían reducirme a cenizas con sus censuras!... Pero yo me he mostrado tan humilde y persuasivo, que al final me han dicho: "Bueno, pues si las cosas están exactamente así... Pensábamos que estaban de otro modo. Los rectores del Sanedrín, que podían conocer la situación, nos habían referido lo contrario y...".

-No querrás decir que José y Nicodemo han sido unos embusteros» interrumpe el Zelote, que se ha contenido hasta ese momento, pero no más, y está lívido por el esfuerzo hecho.

-¿Y quién ha dicho eso? ¡Todo lo contrario! José me vio cuando salía de donde Anás y me dijo: "¿Por qué estás tan alterado?". Le conté todo. Le dije también que, siguiendo el consejo suyo y de Nicodemo, Tú, Maestro, habías despedido al presidiario y a la griega. Porque los has despedido, ¿no es verdad? - dice Judas mirando fijamente a Jesús con sus ojos de azabache, brillantes hasta la fosforescencia. Parece como si quisiera perforarlo con la mirada para leer lo que Jesús ha hecho.

Jesús, que sigue frente a Judas, cercanísimo, dice sereno:

-Te ruego que continúes tu narración, que me interesa mucho. Es un relato exacto, que puede ser muy útil.

-¡Ah!, bueno, decía que Anás y Caifás han cambiado de opinión. Lo cual significa mucho para nosotros, ¿no es verdad? ¡Y luego!... ¡Ahora os voy a hacer reír! ¿Sabéis que los rabíes me metieron en medio y me sometieron a otro examen, como si fuera un menor en el paso a la mayoría de edad? ¡Y qué examen! Bien. Los convencí y ya no me entretuvieron más. Entonces me vino la duda y el miedo de haber dicho algo que no fuera verdad. Y pensé tomar conmigo a Tomás e ir de nuevo a donde estaban los discípulos, o donde se podía pensar que se hubieran refugiado Juan y la griega. He estado con Lázaro, con Manahén, en el palacio de Cusa, con Elisa de Betsur, en Béter en los jardines de Juana, en el Getsemaní, en la casita de Salomón del otro lado del Jordán, en Agua Especiosa, donde Nicodemo, donde José...

-¿Pero no lo habías visto?

-Sí. Y me había asegurado que no había vuelto a ver a esos dos. Pero... ya sabes... yo quería asegurarme... Resumiendo: he inspeccionado todos los lugares en que pensaba que pudiera estar él... Y no creas que sufría por no encontrarlo. Sería injusto. Siempre - y Tomás lo puede confirmar - siempre que salía de un lugar sin haberlo encontrado y sin haber visto siquiera algún indicio de él, decía: "¡Alabado sea el Señor!", y decía: "¡Oh, Eterno, haz que no lo encuentre jamás!". Exactamente así. El suspiro de mi alma... El último lugar fue Esdrelón... ¡Ah, a propósito! Ismael ben Fabí, que está en su palacio de los campos de Meguiddó, desea invitarte a su casa... Pero yo en tu lugar no iría...

-¿Por qué? Iré sin falta. También Yo deseo verlo. Es más, iremos enseguida. En vez de ir a Sefori, vamos a Esdrelón, y, pasado mañana, que es vigilia de sábado, a Meguiddó, y de allí a la casa de Ismael».

-¡No, no, Señor! ¿Por qué? ¿Piensas que te estima?

-Pero, si has ido a hablar con él y lo has cambiado a favor mío, ¿por qué no quieres que vaya?

-No fui a hablar con él... Estaba él en las tierras y me reconoció. Pero yo - ¿verdad, Tomás? - quería huir cuando lo vi. No pude porque me llamó por el nombre. Yo... sólo puedo aconsejarte que no vayas nunca más donde ningún fariseo, o escriba, o seres semejantes. No es útil para ti. Quedémonos nosotros solos con el pueblo y basta. Incluso Lázaro, Nicodemo, José... será un sacrificio... pero es mejor, para no crear celos, rencores, y dar armas a las críticas... En la mesa se habla... y ellos estudian deslealmente tus palabras. Pero, volvamos a Juan... Yo estaba yendo a Sicaminón, a pesar de que Isaac, que lo he visto en los confines de Samaria, me había jurado que desde Octubre no lo había vuelto a ver.

-Pues Isaac ha jurado una cosa verdadera. Pero esto que aconsejas respecto a los contactos con escribas y fariseos se contradice con lo que has dicho antes. Tú me has defendido... Eso has hecho, ¿no es verdad? Has dicho: "He desmontado muchas prevenciones contra ti". Has dicho esto, ¿no es verdad?

-Sí, Maestro.

-¿Y entonces por qué no puedo Yo mismo terminar de defenderme? Así que iremos a casa de Ismael. Y tú, ahora, vuelves, y vas a avisarle. Contigo van Andrés, Simón el Zelote y Bartolomé. Nosotros nos detendremos donde los campesinos. Respecto a Sicaminón, venimos de allí. Éramos once. Te aseguramos que Juan no está allí. Y tampoco en Cafarnaúm, o en Betsaida, Tiberíades, Magdala, Nazaret, Corazín, Belén de Galilea, y así sucesivamente en todas las etapas que quizás tenías pensado recorrer para... tu propia seguridad respecto a la presencia de Juan entre los discípulos o en casas amigas.

Jesús habla sereno, con tono natural... Y, no obstante, algo debe haber en El que turba a Judas, el cual, por un instante, cambia de color. Jesús lo abraza como para besarlo... Y, mientras lo tiene así, su mejilla al lado de la de Judas, le susurra quedo:

-¡Desdichado! ¿Qué has hecho de tu alma!

-Maestro... yo...

-¡Vete! ¡Que apestas a infierno más que el mismo Satanás! ¡Calla!... Y arrepiéntete si puedes.

Judas... Bueno yo me habría escapado a todo correr. ¡Pero él!... Dice con desfachatez en alta voz:

-Gracias, Maestro. Lo que sí que te rogaría, antes de marcharme, sería dos palabras en secreto.

Todos se separan bastantes metros.

-¿Por qué, Señor, me has dicho esas palabras? Me han dolido.

-Porque son la verdad. Quien trata con Satanás se coge el olor de Satanás.

-¡Ah! ¿Es por la nigromancia? ¡Qué miedo me has hecho pasar! ¡Una broma! ¡Sólo una broma de niño curioso! Y me ha servido para conocer a algunos saduceos y perder el hambre de la nigromancia. Como ves, me puedes absolver con toda tranquilidad. Son cosas inútiles cuando se tiene tu poder. Tenías razón. ¡Venga, Maestro! ¡Es tan leve el pecado!... Grande es tu sabiduría. Pero, ¿quién te lo ha dicho?

Jesús lo mira severamente y no responde.

-¿Pero verdaderamente me has visto en el corazón el pecado? - pregunta un poco atemorizado Judas.

-Y me has dado repugnancia. ¡Vete! Y no digas ni una sola palabra más.

Y le vuelve la espalda. Regresa adonde los discípulos y les ordena que cambien de camino. Pero primero despide a Bartolomé, Simón y Andrés, los cuales van hasta donde Judas y se echan a andar a buen paso. Los que se quedan, por el contrario, caminan lentamente, desconocedores de la verdad que sólo Jesús conoce.

Tan desconocedores, que elogian a Judas por su actividad y sagacidad. Y el honesto de Pedro se acusa sinceramente del pensamiento temerario que tenía en el corazón respecto a su compañero...

Jesús sonríe, una sonrisa leve, de persona un poco cansada, como si estuviera abstraído y apenas oyera el charloteo de sus compañeros, que de las cosas saben sólo aquello que su humanidad les permite saber.

## 335

## La falsa amistad de Ismael ben Fabí, y el hidrópico curado en sábado.

Veo a Jesús que va andando rápidamente por una vía de primer orden que el viento frío de una mañana de invierno barre y endurece. Los campos, aquende y allende la vía, apenas presentan una tímida pelusa de gramíneas que ya brotan, un velo de verde en que hay una promesa de futuro pan, pero una promesa que apenas si ha sido pensada. Los surcos umbrosos carecen todavía de este verde bendito; sólo los que están en lugares más soleados tienen ese verdear, tan leve y ya tan festivo porque habla de próxima primavera. Los árboles frutales están todavía desnudos; ni siquiera una yema se hincha en sus oscuras ramas. Sólo los olivos presentan su eterno pardo verde, triste tanto bajo el sol de Agosto como bajo este claror de reciente mañana invernal. Y, como ellos, también tienen verde - un verde pastoso de cerámicas acabadas de pintar - las carnosas hojas de las cácteas.

Jesús camina, como sucede a menudo, dos o tres pasos más adelante que los discípulos. Van todos bien tapados con sus mantos de lana. En llegando a un punto, Jesús se para, se vuelve y pregunta a los discípulos:

-¿Conocéis bien el camino?

-El camino es éste. Pero... ¿la casa?... no se sabe, porque está en el interior... Quizás allí, donde aquella mata de olivos...

-No. Debe estar allá al final, donde aquellos árboles grandes sin hojas...

-Debería haber un camino para carros...

En definitiva, no saben nada con precisión. No se ven personas ni por la vía ni por los campos. Van sin rumbo definido, hacia delante, buscando el camino.

Encuentran una pequeña casita de pobres, con dos o tres terrenitos alrededor. Una niña saca agua de un pozo.

-Paz a ti, niña - dice Jesús mientras se detiene en el limen del seto, que tiene una abertura para quien va o viene.

-Paz a ti. ¿Qué quieres?

-Una información. ¿Dónde está la casa de Ismael el fariseo?

-Vas mal por aquí, Señor. Tienes que volver a la bifurcación y tomar el camino que va hacia donde se pone el sol. Pero tienes que andar mucho, mucho, porque tienes que volver allí, a la bifurcación, y luego andar y andar. ¿Has comido? Hace frío y se siente más con el estómago vacío. Entra, si quieres. Somos pobres. Pero tú tampoco eres rico. Te puedes adaptar. Ven.

Y llama con voz aguda:

-¡Mamá!

Se asoma a la puerta una mujer de unos treinta y cinco o cuarenta años. Su cara es honesta, aunque un poco triste. Lleva en brazos a un niño de unos tres años, medio desnudo.

-Entra. E1 fuego está encendido. Voy a darte leche y pan.

-No vengo sólo. Tengo conmigo a estos amigos.

-Que entren todos y que la bendición de Dios descienda sobre los peregrinos mis huéspedes.

Entran en una cocina baja y oscura alegrada por un fuego vivo. Se sientan acá o allá en rústicos arquibancos.

-Ahora os preparo... Es pronto... No he puesto en orden nada todavía... Perdonad.

-¿Vives sola?

Es Jesús el que habla.

-Tengo marido e hijos. Siete. Los dos mayores están todavía en el mercado de Naím. Tienen que ir ellos porque mi marido está enfermo. ¡Qué pena!... Las niñas me ayudan. Este es el más pequeño. Pero tengo otro muy poco mayor que él.

El pequeñuelo, ya vestido con su tuniquita, corre descalzo hacia Jesús y lo mira con curiosidad. Jesús le sonríe. Ya son amigos.

-¿Quién eres? - pregunta el niño con confianza.

-Soy Jesús.

La mujer se vuelve y lo mira atentamente. Se ha quedado ahí, con un pan en las manos, entre el hogar y la mesa. Abre la boca para hablar, pero calla.

El niño continúa:
-¿A dónde vas?
-Voy por los caminos del mundo.
-¿Para qué?
-Para bendecir a los niños buenos y a sus casas, donde hay fidelidad a la Ley.
La mujer hace otra vez un gesto. Luego hace una seña a Judas Iscariote, que es el que está más cerca de ella. Judas se inclina hacia la mujer, y ésta pregunta:
-¿Pero quién es tu amigo?
Y Judas, todo presumido (parece como si el Mesías fuera tal por su mérito y bondad):
-Es el Rabí de Galilea, Jesús de Nazaret. ¿No lo sabes mujer?
-¡Esta vía queda apartada y yo tengo muchas penas!... Pero... ¿podría hablarle?
-Puedes - dice con entono Judas. Me parece como una persona importante del mundo concediendo audiencia...
Jesús sigue hablando con el niño, que le pregunta si tiene también Él niños.
Mientras la niña vista antes y otra más mayorcita traen leche y avíos de mesa, la mujer se acerca a Jesús. Un momento de pausa y luego un grito ahogado:
-¡Jesús, piedad de mi marido!
Jesús se levanta. La domina con su estatura, pero la mira con tanta bondad, que ella recobra la seguridad.
-¿Qué quieres que haga?
-Está muy enfermo. Hinchado como un odre. No puede ya agacharse y trabajar. No puede descansar porque se ahoga, y se agita... Y nuestros hijos son todavía pequeñitos...
-¿Quieres que lo cure? ¿Pero, por qué lo quieres de mí?
-Porque Tú eres Tú. No te conocía, pero había oído hablar de ti. La fortuna te ha conducido a mi casa después de haberte buscado yo tres veces en Naím y en Caná. Dos veces estaba también mi marido. Ir en carro le hace sufrir mucho, y, no obstante, te buscaba... Está también fuera ahora, con su hermano... Nos habían comunicado que el Rabí, dejada Tiberíades, iba hacia Cesárea de Filipo. Ha ido allí a esperarte...
-No he ido a Cesárea. Voy a casa del fariseo Ismael y luego hacia el Jordán...
-¿Tú, que eres bueno, donde Ismael.
-Sí. ¿Por qué?
-Porque... porque... Señor, sé que dices que no hay que juzgar, que hay que perdonar y que tenemos que amarnos. No te había visto nunca. Pero he tratado de saber de ti lo más que podía, y rogaba al Eterno poderte escuchar al menos una vez. No quiero hacer nada que te desagrade... Pero, ¿cómo se puede no juzgar a Ismael, y amarlo? No tengo nada en común con él, y, por tanto, no tengo nada que perdonarle. Nos sacudimos las insolencias que nos lanza cuando encuentra nuestra pobreza en su camino, con la misma paciencia con que nos sacudimos el barro y el polvo que nos echa cuando pasa rápido con sus carruajes. Pero amarlo y no juzgarlo es demasiado difícil... ¡Es muy malo!
-¿Es muy malo? ¿Con quién?
-Con todos. Subyuga a sus siervos, presta con usura, y es exigente hasta la crueldad. Sólo se ama a sí mismo. Es el más cruel de la comarca. No lo merece, Señor.
-Lo sé. Dices la verdad.
-¿Y Tú vas allí?
-Me ha invitado.
-Desconfía, Señor. No lo habrá hecho por amor. No te puede amar. Y Tú... no lo puedes amar.
-Yo amo también a los pecadores, mujer. He venido para salvar a quien está perdido...
-Pero a éste no lo salvarás. ¡Oh, perdón por haber juzgado! Tú eres sabio... Todo lo que haces está bien hecho. Perdona a mi necia lengua y no me castigues.
-No te castigo. Pero no lo vuelvas a hacer. Ama a los malvados también. No por su maldad, sino porque con el amor es como se obtiene para ellos la misericordia que convierte. Tú eres buena y tienes deseos de serlo más todavía. Amas la Verdad, y la Verdad que te está hablando te dice que te ama porque eres compasiva para con el huésped y el peregrino, según la Ley, y así has educado a tus hijos. Dios será tu recompensa. Yo tengo que ir a casa de Ismael, que me ha invitado para presentarme a muchos amigos suyos que me quieren conocer. No puedo esperar más a tu marido. Has de saber que está regresando. Pero, exhórtale a sufrir todavía un poco y dile que venga enseguida a casa de Ismael. Ven tú también. Lo curaré.
-¡Oh, Señor!... - la mujer está de rodillas a los pies de Jesús, y lo mira con sonrisa y llanto. Luego dice: « ¡Pero hoy es sábado!...».
-Lo sé. Necesito que sea sábado para decirle a Ismael algo al respecto. Todo lo que Yo hago lo hago con una finalidad clara y sin error. Sabedlo todos, también vosotros, amigos míos que tenéis miedo y querríais que me comportara según las conveniencias humanas para no recibir, de lo contrario, daño. Os guía el amor. Lo sé. Pero tenéis que saber amar mejor a quien amáis. No posponiendo nunca el interés divino al interés de vuestro amado. Mujer, voy y te espero. La paz sea perenne en esta casa en que se ama a Dios y a su Ley, se respeta el vínculo matrimonial, se educa santamente a la prole, se ama al prójimo y se busca la Verdad. Adiós.
Jesús pone la mano en la cabeza de la mujer y de las dos mocitas y luego se agacha para besar a los niños más pequeños, y sale. Ahora un solecillo de invierno templa el aire crudo. Un muchacho de unos quince años espera con un rústico carro muy desvencijado.
-Sólo tengo esto, Señor. Pero, en todo caso, llegarás antes y con más comodidad.
-No, mujer. Conserva fresco tu caballo para venir a casa de Ismael. Indícame sólo el camino más corto.

El muchacho se pone a su lado y, por campos y prados, van hacia una ondulación del terreno, tras la cual hay una depresión de algunas hectáreas, bien cultivada, en cuyo centro hay una hermosa casa ancha y baja, circundada por una faja de jardín bien cultivado.

-La casa es aquélla, Señor - dice el muchacho. «Si no te hago más falta, vuelvo a casa para ayudar a mi madre.

-Ve, y sé siempre un hijo bueno. Dios está contigo...

...Jesús entra en la suntuosa casa de campo de Ismael. Gran número de siervos acuden al encuentro del Huésped, ciertamente esperado. Otros van a avisar al amo, y éste sale al encuentro de Jesús haciendo profundas reverencias.

-¡Bien vienes, Maestro, a mi casa!

-Paz a ti, Ismael ben Fabí. Deseabas mi presencia. Vengo. ¿Para qué querías verme?

-Para ser honrado con tu presencia y para presentarte a mis amigos. Quiero que lo sean también tuyos. De la misma forma que deseo que Tú seas amigo mío.

-Yo soy amigo de todos, Ismael.

-Lo sé. Pero, ya sabes... Conviene tener amistades en las altas esferas. Y la mía y las de mis amigos son de ésas. Tú - perdona si te lo digo - pasas por alto demasiado a quienes te pueden apoyar...

-¿Y tú eres de ésos? ¿Por qué?

-Yo soy de ésos. ¿Por qué? Porque te admiro y quiero tenerte como amigo.

-¡Amigo! ¿Pero sabes, Ismael, el significado que doy Yo a esta palabra? Para muchos, "amigo" quiere decir "conocido"; para otros, "cómplice"; para otros, "siervo". Para mí quiere decir "fiel a la Palabra del Padre". Quien no es tal no puede ser amigo mío, ni Yo suyo.

-Pero si quiero tu amistad precisamente porque quiero ser fiel, Maestro. ¿No lo crees? Mira: ahí llega Eleazar. Pregúntale cómo te he defendido ante los Ancianos. Eleazar, te saludo. Ven, que el Rabí quiere preguntarte una cosa.

Grandes saludos y recíprocas ojeadas indagadoras.

-Di tú, Eleazar, lo que dije del Maestro la última vez que nos reunimos.

-¡Oh, un verdadero elogio! ¡Una defensa apasionada! Ismael habló de ti tanto (como del Profeta más grande que haya venido al pueblo de Israel), Maestro, que sentí apetencia de escucharte. Recuerdo que dijo que ninguno tenía palabra más profunda que la tuya, ni atractivo mayor que el tuyo, y que, si como sabes hablar sabes sujetar la espada, no habrá ningún rey más grande que Tú en Israel.

-¡Mi Reino!... Este Reino no es humano, Eleazar.

-¿Pero el Rey de Israel?

«Ábranse vuestras mentes para comprender el sentido de las palabras arcanas. Vendrá el Reino del Rey de los reyes. Pero no en la medida humana. No respecto a lo perecedero, sino a lo eterno. A él se accede no por florida vía de triunfos ni sobre purpúrea alfombra de sangre enemiga, sino por empinado sendero de sacrificio y por benigna escalera de perdón y amor. Las victorias contra nosotros mismos nos darán este Reino. Y quiera Dios que la mayor parte de Israel pueda entenderme. Mas no será así. Vosotros pensáis lo que no es. En mi mano habrá un cetro puesto por el pueblo de Israel. Regio y eterno. Ningún rey podrá ya arrebatárselo a mi Casa. Pero muchos en Israel no podrán verlo sin estremecerse de horror, porque tendrá un nombre atroz para ellos.

-¿No nos crees capaces de seguirte?

-Si quisierais, podríais. Pero no queréis. ¿Por qué no queréis? Sois ya ancianos. La edad debería haceros comprender y ser justos. Justos incluso con vosotros mismos. Los jóvenes... podrán errar y luego arrepentirse. ¡Pero vosotros! La muerte está siempre muy cerca de los ancianos. Eleazar, tú estás menos envuelto en las teorías de muchos de tus iguales. Abre tu corazón a la Luz...

Vuelve Ismael con otros cinco pomposos fariseos:

-Venid, pues, adentro - dice el amo de la casa. Y, dejado el atrio, rico de sillas y alfombras, entran en una estancia. Traen ánforas y palanganas para las abluciones. Luego pasan al comedor, muy ricamente preparado.

-Jesús a mi lado, entre yo y Eleazar - ordena el amo. Y Jesús, que había permanecido en el fondo de la sala, junto a los discípulos, un poco arredrados y olvidados, debe sentarse en el sitio de honor.

Empieza el banquete, con numerosos servicios de carnes y pescados asados. Vinos y, según me parece, jarabes, o por lo menos aguamieles, pasan una y otra vez.

Todos tratan de hacer hablar a Jesús. Uno, un viejo todo tembloroso, pregunta con voz bronca de decrépito:

-Maestro, ¿es verdad lo que se dice, que pretendes modificar la Ley?

-No cambiaré ni una iota a la Ley. Es más - y Jesús recalca las palabras -, he venido realmente para devolverle su integridad, como cuando le fue dada a Moisés.

-¿Insinúas que ha sido modificada?

-De ninguna manera. Ha sufrido la suerte de todas las cosas excelsas que han sido puestas en manos del hombre, nada más.

-¿Qué quieres decir? Especifica.

Quiero decir que el hombre, por la antigua soberbia o por el antiguo fomes de la triple lujuria, quiso retocar la palabra clara, e hizo de ella una cosa opresiva para los fieles; mientras que para los autores de los retoques no es más que un cúmulo de frases que... bueno, que es para los demás.

-¡Pero, Maestro! Nuestros rabíes...

-¡Esto es una acusación!

-¡No frustres nuestro deseo de favorecerte!...

-¡Ah, ya! ¡Tienen razón cuando te llaman rebelde!

-¡Silencio! Jesús es mi invitado. Que hable libremente.

Nuestros rabíes comenzaron su esfuerzo con la santa finalidad de facilitar la aplicación de la Ley. Dios mismo dio comienzo a esta escuela cuando a las palabras de los diez mandamientos añadió explicaciones más detalladas. Para que el hombre no tuviera la excusa de no haber sabido comprender. Obra santa, pues, la de los maestros que desmenuzan para los pequeñuelos de Dios el pan que Dios ha dado al espíritu: santa si persigue recto fin. No siempre fue así. Y ahora menos que nunca. Pero, ¿por qué me queréis hacer hablar, vosotros que os ofendéis si os enumero las culpas de los poderosos?

-¿Culpas? ¿Culpas? ¿No tenemos sino culpas?

-¡Quisiera que tuvierais sólo méritos!

-Pero no los tenemos: eso es lo que piensas, y tu mirada lo delata. Jesús, no se logra la amistad de los poderosos criticando. No reinarás. No conoces el arte de reinar.

-No pido reinar a la manera que vosotros creéis. Ni mendigo amistades. Quiero amor. Pero un amor honesto y santo. Un amor que vaya de mí a aquellos a quienes amo, y que se demuestre usando con los pobres lo que predico que se use: misericordia.

-Yo, desde que te oí hablar, no he vuelto a prestar con usura – dice uno.

-Dios te recompensará.

-El Señor me es testigo de que no he vuelto a pegar a los siervos que merecían azotes, desde que me refirieron una parábola tuya - dice otro.

-¿Y yo? ¡He dejado en los campos, para los pobres, más de diez moyos de cebada! - dice un tercero.

Los fariseos se alaban excelsamente.

Ismael no ha hablado. Jesús pregunta:

-¿Y tú, Ismael?

-Oh, ¿yo? Siempre he usado misericordia. Sólo debo seguir actuando como siempre.

-¡Bien para ti! Si es realmente así, eres el hombre que no conoce remordimientos.

-¡Ciertamente no!

Jesús lo perfora con su mirada de zafiro.

Eleazar le toca en el brazo:

-Maestro, escúchame. Tengo un caso especial que someter a tu consideración. Recientemente he adquirido de un pobre desdichado una propiedad; este hombre se ha echado a perder por una mujer. Me ha vendido la propiedad, pero sin decirme que en ella hay una sierva anciana, su nodriza, ya ciega y medio chiflada. El vendedor no la quiere. Yo... no la querría. Pero, ponerla en plena calle... ¿Qué harías tú, Maestro?

-¿Tú qué harías, si tuvieras que dar a otro un consejo?

-Diría: "Quédate con ella, que no va a ser un pan lo que te arruine".

-¿Y por qué dirías eso?

-Bueno, pues... porque creo que yo actuaría así y querría que hicieran eso conmigo...

-Estás muy cerca de la justicia, Eleazar, y el Dios de Jacob estará siempre contigo.

-Gracias, Maestro.

Los otros murmuran entre sí.

-¿Qué tenéis que criticar? - pregunta Jesús - ¿No he hablado rectamente? ¿Y éste?, ¿no ha hablado también rectamente? Ismael, defiende a tus invitados, tú que siempre has usado misericordia.

-Maestro, hablas bien, pero... ¡si se actuara siempre así!... Seríamos víctimas de los demás.

-Y es mejor, según tú, que sean los demás víctimas nuestras ¿no?

No digo eso. Pero hay casos...

-La Ley dice que hay que tener misericordia...

-Sí, hacia el hermano pobre, hacia el forastero, el peregrino, la viuda y el huérfano. Pero esta vieja que ha venido a parar a los brazos de Eleazar no es su hermana, ni peregrina, forastera, huérfana o viuda. Para él no es nada; ni menos ni más que un objeto viejo del ajuar - no suyo -, olvidado en la propiedad vendida por quien es su verdadero dueño. Por eso Eleazar podría incluso echarla sin escrúpulos de ningún tipo. A fin de cuentas, la culpa de la muerte de la vieja no sería suya, sino de su verdadero amo...

-...El cual, siendo también pobre, no la puede seguir manteniendo; de forma que también está exento de obligaciones. Así que, si la anciana se muere de hambre, la culpa es de la anciana. ¿No es así?

-Así, Maestro. Es la suerte de los que... ya no sirven. Enfermos, viejos, incapaces, están condenados a la miseria, a la mendicidad. Y la muerte es lo mejor para ellos... Así es desde que el mundo existe, y así será...

-¡Jesús, ten piedad de mí!

Un lamento entra a través de las ventanas trancadas (porque la sala está cerrada y las lámparas encendidas; quizás por el frío).

-¿Quién me llama?

-Algún importuno. Haré que lo manden afuera. O algún mendigo. Diré que le den un pan.

-Jesús, estoy enfermo. ¡Sálvame!

-Ya decía yo. Un importuno. Castigaré a los siervos por haberlo dejado pasar.

Y se levanta Ismael.

Pero Jesús, al menos veinte años más joven que él, y todo el cuello y la cabeza más alto, lo sienta de nuevo poniéndole la mano en el hombro mientras ordena:

-Quédate ahí, Ismael. Quiero ver a este que me busca. Que entre.

Entra un hombre de cabellos todavía negros. Puede tener unos cuarenta años. Pero está hinchado como una cuba y amarillo como un limón; violáceos los labios en la boca jadeante. Le acompaña la mujer de la primera parte de la visión. El hombre avanza con dificultad, por la enfermedad y por temor. ¡Se ve tan mal mirado!...

Pero ya Jesús ha dejado su sitio y ha ido hasta el infeliz. Luego lo ha tomado de la mano y lo ha llevado al centro de la sala, al espacio vacío que hay entre las mesas, colocadas en forma de "u" justo debajo de la lámpara.

-¿Qué quieres de mí?

-Maestro... te he buscado mucho... desde hace mucho... Nada quiero aparte de salud... por mis hijos y mi mujer... Tú puedes todo... Ya ves mi mísero estado...

-¿Y crees que te puedo curar?

-¡Vaya que si lo creo!... Cada paso que doy me hace sufrir... cada movimiento brusco es un dolor para mí... y, no obstante, he recorrido kilómetros para buscarte... y luego, con el carro, te he seguido aún... pero no te alcanzaba nunca... ¡Vaya que si lo creo! Me extraña no estar ya curado desde que mi mano está en la tuya, porque todo en ti es santo, ¡oh, Santo de Dios!

El pobrecillo resopla como un fuelle por el esfuerzo de tantas palabras. La mujer mira a su marido y a Jesús, y llora.

Jesús los mira y sonríe. Luego se vuelve y pregunta:

-Tú, anciano escriba (habla al viejo tembloroso que ha hablado el primero), respóndeme: ¿es lícito curar en sábado?

-En sábado no es lícito hacer obra alguna.

-¿Ni siquiera salvar a uno de la desesperación? No es trabajo manual.

-El sábado está consagrado al Señor.

-¿Cuál obra más digna de un día sagrado que hacer que un hijo de Dios diga al Padre: "Te amo y te alabo porque me has curado"?».

-Debe hacerlo aunque sea infeliz.

-Cananías, ¿sabes que en este momento tu bosque más hermoso está ardiendo y toda la ladera del Hermón resplandece envuelta en purpúreas llamas?

El viejecillo pega un salto como si le hubiera mordido un áspid:

-Maestro, ¿dices la verdad o estás bromeando?

-Digo la verdad. Yo veo y sé.

-¡Oh, pobre de mí! ¡Mi más hermoso bosque! ¡Miles de siclos reducidos a ceniza! ¡Maldición! ¡Malditos sean los perros que me lo han prendido fuego! ¡Que ardan sus entrañas como mi madera!

El viejecillo está desesperado.

-¡No es más que un bosque, Cananías, y te lamentas! ¿Por qué no alabas a Dios en esta desventura? Éste no pierde madera, que renace, sino la vida y el pan para los hijos, y debería dar a Dios esa alabanza que tú no le das. Entonces, escriba, ¿no me es lícito curar en sábado a éste?

-¡Maldito Tú, él y el sábado! Tengo otras cosas mucho más graves en que pensar... - y, dando un empujón a Jesús, que le había puesto una mano en el brazo, sale enfurecido, y se le oye dar gritos con su voz bronca para que le traigan su carro.

-¿Y ahora? - pregunta Jesús mirando a los que tiene alrededor.

-Y ahora, decidme, ¿es lícito o no?

Ninguna respuesta. Eleazar agacha la cabeza. Antes había entreabierto los labios, pero vuelve a cerrarlos, sobrecogido por el hielo que reina en la sala.

-Bien, pues voy a hablar Yo - dice Jesús, con majestuoso aspecto y voz tronante, como siempre cuando está para realizar un milagro.

-Voy a hablar Yo. Hablo. Digo: hombre, hágase en ti según crees. Estás curado. Alaba al Eterno. Ve en paz.

El hombre se queda desorientado. Quizás pensaba que iba a volverse de golpe esbelto, como tiempo atrás. Y le da la impresión de no estar curado. Pero... a saber lo que siente... Emite un grito de alegría, se arroja a los pies de Jesús y se los besa.

-¡Ve, ve! Sé siempre bueno. ¡Adiós!

El hombre sale, seguido de la mujer, la cual hasta el último momento se vuelve a saludar a Jesús.

-Pero, Maestro... En mi casa... En sábado...

-¿No das tu aprobación? Ya lo sé. Por esto he venido. ¿Tú, amigo? No. Enemigo mío. No eres sincero ni conmigo ni con Dios.

-¿Ofendes ahora?

-No. Digo la verdad. Has dicho que Eleazar no está obligado a socorrer a esa anciana porque no es de su propiedad. Pero tú tenías a dos huérfanos en tu propiedad. Eran hijos de dos de tus siervos fieles, que se han muerto trabajando, uno de ellos con la hoz en el puño, la otra matada por la excesiva fatiga por haberte tenido que servir - como le exigías para no despedirla -, servirte por ella y por su marido. Tú decías: "He hecho contrato por dos personas que trabajaran, y para seguirte teniendo, quiero el trabajo tuyo y el del muerto". Y ella te lo ha dado, y ha muerto con el fruto de su concebimiento; porque esa mujer era madre. Y no hubo para ella la piedad que se tiene con la bestia encinta. ¿Dónde están ahora esos dos niños?

-No lo sé... Desaparecieron un día.

-No mientas ahora. Basta haber sido cruel. No es necesario añadir el embuste para que Dios aborrezca tus sábados, a pesar de su total carencia de obras serviles. ¿Dónde están esos niños?

-No lo sé. Ya no lo sé. Créelo.

-Yo lo sé. Los encontré una noche de Noviembre, fría, lluviosa, oscura. Los encontré hambrientos y temblando, cerca de una casa, como dos perrillos en busca de un pedazo de pan que llevarse a la boca... Maldecidos y despedidos por quien tenía entrañas de perro más que un perro verdadero. Porque un perro habría tenido piedad de aquellos dos huerfanitos. Y ni tú ni aquel hombre la habéis tenido. ¿Ya no te servían sus padres, verdad? Estaban muertos. Los muertos sólo lloran, en sus

sepulcros, al oír los sollozos de esos hijos infelices de que los demás no se ocupan. Pero los muertos, con su espíritu, elevan sus llantos y los de sus huérfanos a Dios, y dicen: "Señor, vénganos tú, porque el mundo aplasta cuando ya no le es posible seguir explotando". ¿No te servían todavía los dos pequeñuelos, verdad? Apenas si la niña podía servir para espigar... Y tú los despediste negándoles incluso aquellos pocos bienes que pertenecían a su padre y a su madre. Podían morir de hambre y frío como dos perros en un camino de carros. Podían vivir y hacerse el uno ladrón, la otra prostituta. Porque el hambre porta al pecado. ¿Pero a ti qué te importaba?

Hace un rato citabas la Ley como apoyo de tus teorías. ¿Es que la Ley no dice: "No vejéis a la viuda y al huérfano, porque, si lo hacéis y elevan su voz hacia mí, escucharé su grito y mi furor se desencadenará y os exterminaré y vuestras mujeres se quedarán viudas y vuestros hijos huérfanos"? ¿No dice eso la Ley? Y entonces, ¿por qué no la observas? ¿Me defiendes ante los demás? ¿Y por qué no defiendes mi doctrina en ti mismo? ¿Quieres ser amigo mío? ¿Y por qué haces lo opuesto de lo que Yo digo? Uno de vosotros va corriendo a más no poder, arrancándose los pelos, por la destrucción de su bosque. ¡Y no se los arranca ante las ruinas de su corazón! ¿Y tú a qué esperas a hacerlo?

¿Por qué queréis siempre creeros perfectos, vosotros a quienes la suerte ha hecho subir? Y, suponiendo que lo fuerais en algo, ¿por qué no tratáis de serlo en todo? ¿Por qué me odiáis porque os destapo las llagas? Yo soy el Médico de vuestro espíritu. ¿Puede un médico curar si no destapa y limpia las llagas? ¿No sabéis que muchos - y esa mujer que ha salido es uno de ellos - merecen, a pesar de su pobre apariencia, el primer puesto en el banquete de Dios? No es lo externo, es el corazón, es el espíritu, lo que vale. Dios os ve desde lo alto de su trono. Y os juzga. ¡Cuántos ve mejores que vosotros! Por tanto, escuchad. Como regla comportaos así, siempre: cuando os inviten a un banquete de bodas, elegid siempre el último puesto. Recibiréis doble honor cuando el amo de la casa os diga: “Amigo, ven adelante". Honor de méritos y honor de humildad. Mientras... ¡Oh, triste hora para un soberbio, ser puesto en evidencia y oír que le dicen: "Ve allá, al final, que aquí hay uno que es más que tú"! Y haced lo mismo en el banquete secreto del desposorio de vuestro espíritu con Dios. Quien se humilla será ensalzado y quien se ensalza será humillado.

Ismael, no me odies porque te medico. Yo no te odio. He venido para curarte. Estás más enfermo que aquel hombre. Tú me has invitado para darte lustre a ti mismo y satisfacción a los amigos. Invitas a menudo, pero es por soberbia y gusto. No lo hagas. No invites a ricos, a parientes y a amigos. Abre, más bien, la casa, abre el corazón, a los pobres, mendigos, lisiados, cojos, huérfanos y viudas. La única compensación que te darán serán bendiciones. Pero Dios las transformará para ti en gracias. Y al final... ¡oh, al final, qué feliz ventura para todos los misericordiosos, que serán retribuidos por Dios en la resurrección de los muertos! ¡Ay de aquellos que acarician solamente una esperanza de ganancia y luego cierran su corazón al hermano que ya no puede ser útil! ¡Ay de ellos! Yo vengaré a los abandonados.

-Maestro... yo... quiero complacerte. Tomaré de nuevo a esos niños.

-No.

-¿Por qué?

-¿Ismael?!...

Ismael agacha la cabeza. Quiere aparentar humildad. Pero es una víbora a la que se le ha hecho soltar el veneno, y no muerde porque sabe que no lo tiene, pero espera la ocasión para morder...

Eleazar trata de instaurar de nuevo la paz diciendo:

-Dichosos los que participan en el banquete con Dios, en su espíritu y en el Reino eterno. Pero, créelo, Maestro, a veces es la vida la que supone un obstáculo. Los cargos... las ocupaciones...

Jesús dice aquí la parábola del banquete, y termina:

-Has dicho los cargos... las ocupaciones. Es verdad. Pero por eso te he dicho al principio de este convite que mi Reino se conquista con victorias sobre uno mismo y no con victorias de armas en el campo de batalla. E1 puesto en la gran Cena es para estos humildes de corazón que saben ser grandes con su amor fiel que no mide el sacrificio y que todo lo supera para venir a mí. Una hora basta para transformar un corazón. Si ese corazón quiere. Y basta una palabra. Yo os he dicho muchas. Y miro... En un corazón está naciendo una planta santa. En los otros, espinos para mí, y dentro de los espinos hay áspides y escorpiones. No importa. Yo voy por mi camino recto. El que me ame que me siga. Yo paso llamando. Los que sean rectos que vengan a mí. Paso instruyendo. Los buscadores de justicia acérquense a la Fuente. Respecto a los otros... respecto a los otros juzgará el Padre santo. Ismael, me despido de ti. No me odies. Medita. Siente que fui severo por amor, no por odio. Paz a esta casa y a sus habitantes. Paz a todos, si merecéis paz.

## 336

## En Nazaret con cuatro apóstoles. El amor de Tomás por María Santísima.

Jesús con los suyos están de nuevo en la vía que va de la llanura Esdrelón a Nazaret. Deben haber pernoctado en algún lugar, porque es otra vez por la mañana. Van en silencio durante un tiempo. Primero va Jesús solo delante; luego Jesús con Pedro y Simón (los ha llamado); después todos juntos, hasta una bifurcación que es intersección de la vía de Nazaret con una que va hacia el nordeste. Los montes ya están cercanos por los dos lados.

Jesús indica a los que van hablando que guarden silencio, y dice:

-Dividámonos ahora. Yo voy a Nazaret con los hermanos, con Pedro y con Tomás. Vosotros, dirigidos por Simón Zelote, id, por la vía del Tabor y de las caravanas, a Debaret, a Tiberíades, Magdala, Cafarnaúm; y de allí iréis hacia Merón y os detenéis en casa de Jacob para ver si se ha convertido, y lleváis mi bendición a Judas y Ana. Os alojaréis donde os hospeden con más

insistencia. Una noche sólo en cada sitio, porque la noche del sábado nos encontraremos en la vía de Sefet. Pasaré el sábado en Corazín, en casa de la viuda. Pasad a avisarle. Así terminaremos de dar paz al alma de Judas, que se persuadirá de que Juan no está tampoco en estos cobijos hospitalarios...

-¡Maestro, que yo creo!...

-Pero siempre conviene que te asegures, para que no tengas que ponerte colorado delante de Caifás y Anás, como no me pongo colorado Yo delante de ti ni delante de ningún otro hombre afirmando que Juan ya no está con nosotros. A Tomás me lo llevo a Nazaret. Así podrá tranquilizarse también respecto a ese lugar, viendo con sus propios ojos...

-¡Pero yo, Maestro! ¿Qué crees que me puede interesar! A1 contrario, siento que no esté ya con nosotros ese hombre. Habrá sido lo que haya sido. Pero, desde que lo hemos conocido, ha sido siempre mejor que muchos ilustres fariseos. Me bastaría con saber que no te ha renegado ni causado dolor. Y además... sea que esté en la tierra, sea que lo tenga Abraham en su seno, a mí no me interesa. Créeme. Aunque estuviera en mi casa... no sentiría ninguna repulsa. Espero que no pienses que tu Tomás tenga en el corazón más que una natural curiosidad, y ninguna mala intención, ningún estímulo de investigar con más o menos rectitud, ninguna tendencia al espionaje, ni voluntario ni involuntario ni autorizado, ningún deseo de causar daño…

-¡Tú me ofendes! ¡Estás haciendo insinuaciones! ¡Mientes! ¿Por qué dices eso, si has visto que en todo este tiempo no he tenido sino un único modo santo de actuar? ¿Qué puedes decir de mí? ¡Habla! - Judas está encolerizado, furioso.

-¡Silencio! Tomás me responde a mí. A mí sólo, que soy quien le ha hablado. Creo en las palabras de Tomás. Pero quiero que se haga así*, y* así sea, y ninguno de vosotros tiene derecho a criticar mi modo de actuar.

-No te estoy criticando. Es que la insinuación me ha tocado y...

-Sois doce. ¿Por qué te ha tocado sólo a ti lo que he dicho a todos? - pregunta Tomás.

-Porque he sido yo el que ha buscado a Juan.

Jesús dice:

-También lo han hecho otros compañeros tuyos, y otros discípulos lo harán, y por ello ninguno se considerará ofendido por las palabras de Tomás. No es pecado preguntar honestamente por un condiscípulo. No duele oír palabras como las que han sido dichas cuando en nosotros no hay sino amor y honestidad; cuando nada remuerde en el corazón y cuando, por no haber sido herido ya el corazón por el diente del remordimiento, nada le hace ultrasensible. ¿Por que quieres hacer estas protestas en presencia de tus compañeros? ¿Quieres que sospechen pecado en ti? La ira y la soberbia son dos malas compañeras, Judas. Arrastran al delirio, y uno que delira ve lo que no existe, dice lo que no debería decir... de la misma forma que la avaricia y la lujuria arrastran a acciones culpables con tal de satisfacerse... Líbrate de estas malvadas siervas... Y de momento has de saber que durante estos muchos, muchos días de ausencia tuya ha habido buena concordia entre nosotros, siempre, y ha habido obediencia y respeto siempre. Nos hemos amado, ¿comprendes?... Adiós, amados amigos. Idos, y amad. ¿Comprendéis? Amaos, sed compasivos los unos para con los otros, hablad poco y actuad bien. La paz sea con vosotros.

Los bendice. Mientras ellos van a la derecha, Jesús continúa su camino con los primos y con Pedro y Tomás.

Continúa en medio de un gran silencio, hasta que Pedro salta con un potente y solitario:

-¡Sabe Dios!... - puesto como corolario de quién sabe qué larga meditación. Los demás lo miran...

Jesús, al quite, desvía otras preguntas diciendo:

-Estáis contentos vosotros dos de venir a Nazaret conmigo? - y pasa los brazos por los hombros a Pedro y a Tomás.

-¿Y lo preguntas? - dice Pedro con su exuberancia.

Tomás, más tranquilo, pero con su cara regordeta resplandeciente de alegría, añade: -¿No sabes que para mí estar al lado de tu Madre es una dulzura que no encuentro palabras para describírtela? María es mi amor. No estoy consagrado virgen, y no era contrario a tener una familia; ya había puesto mi mirada en algunas jóvenes, sin decidirme sobre cuál elegir por esposa. ¡Pero ahora... ahora!... ¡Que sí, que mi amor es María! El inasible amor para la carne. ¡Pero la carne muere con sólo pensar en Ella! El letificante amor para el espíritu. ¡Ah!, todo lo que he visto en las mujeres - incluso las más queridas, como mi madre y mi hermana gemela -, todo lo que de bueno veo en ellas, lo comparo con lo que veo en tu Madre, y digo dentro de mí: "En Ella habita toda justicia, toda gracia y belleza. Plantío de flores paradisíacos es su espíritu amable... un poema su figura...". ¡Oh, porque nosotros israelitas no osamos pensar en los ángeles y con pávida reverencia observamos a los querubines del Santo de los Santos!... ¡Qué necios! ¿Y no sentimos luego diez veces más de devotísimo temblor mirándola a Ella! Ella, que - estoy seguro - supera ante los ojos de Dios toda belleza angélica...

Jesús mira al enamorado de su Madre, que parece espiritualizarse de tanto como su sentimiento hacia María le muda la expresión bondadosa del rostro.

-Bueno, pues unas horas, pocas, estaremos con Ella. Nos detendremos hasta pasado mañana. Luego vamos a ir a Tiberíades, a ver a los dos niños y a tomar una barca para Cafarnaúm.

-¿Y a Betsaida? - pregunta Pedro.

-Al regreso, Simón. A1 regreso iremos a Betsaida para recoger a Margziam para el peregrinaje de Pascua...

...Y es la noche del mismo día, en Nazaret, en la casita pacífica, donde Pedro y Tomás ya duermen. Y se oye el coloquio delicado entre la Madre y el Hijo.

-Todo ha ido bien, Madre mía. Ahora tienen paz. Tus oraciones han ayudado a los peregrinos, y ahora, como rocío en flores agostadas, están curando su dolor.

-¡Quisiera curar el tuyo, Hijo mío! ¡Cuánto debes haber sufrido!

-Mira. Aquí, en las sienes, tu carne se hunde, y aquí, en las mejillas una arruga corta tu frente como señal de espada. ¿Quién te ha herido de este modo, corazón mío?

-El dolor de tener que dar dolor, Mamá.

-¿Eso sólo, Jesús mío? ¿Tus discípulos no te han dado dolor?

-No, Mamá. Han sido de una bondad de santos.

-Los que estaban contigo... Pero yo me refiero a todos...

-Como puedes ver, he traído a Tomás para premiarlo, y hubiera querido traer también a los que no habían estado aquí la otra vez. Pero tenía que enviarlos a otro lugar, adelante...

-¿Y Judas de Keriot?

-Judas está con ellos.

María abraza a su Hijo y reclina la cabeza en su hombro llorando.

-¿Por qué lloras, Mamá? - pregunta Jesús acariciando su pelo.

María guarda silencio y llora. Sólo a la tercera pregunta susurra:

-Por el terror que siento... Siempre deseo que te abandone... ¿Peco - no es verdad, deseando esto? Pero es tan fuerte, tan fuerte el miedo que le tengo, por ti...

-Sólo si desapareciera muriendo cambiarían las cosas. Pero, ¿por qué debería morir?

-No soy tan mala como para desearlo... ¡Él también tiene una madre! Y tiene un alma... Un alma que todavía puede salvarse. Pero... ¡oh, Hijo mío!... ¿no sería, acaso, un bien para él la muerte?

Jesús suspira y susurra:

-Para muchos sería un bien la muerte...

Y luego, en voz alta:

-¿Has sabido algo de la anciana Juana? ¿Sus campos?...

-He ido con María de Alfeo y Salomé de Simón después de las granizadas. Pero su trigo, al haber sido sembrado con retraso, no había nacido todavía y no se ha dañado. Hace tres días volvió María para ver cómo iba. Dice que parece una alfombra. Los campos más lindos de esta tierra. Raquel está bien y la anciana contenta. También María de Alfeo está contenta, ahora que Simón es todo para ti. Mañana lo verás. Viene todos los días. Hoy acababa de salir cuando has llegado. ¿Sabes?, ninguno se dio cuenta de nada. Alguno habría hablado, si se hubiera dado cuenta de que estaban aquí. Pero... si verdaderamente no estás cansado, cuéntame su viaje...

Y Jesús cuenta todo a la Madre atenta, menos su sufrimiento en la gruta de Yiftael.

## 337

## El sábado en Corazín. Parábola sobre los corazones imposibles de labrar. Curación de una mujer encorvada.

Jesús está en Corazín, en la sinagoga, que se va llenando lentamente de gente. Los notables del lugar deben haber insistido para que Jesús este sábado adoctrinase allí. Lo comprendo por las razones que aducen y por las respuestas de Jesús.

-No somos más arrogantes que los judíos o que los de la Decápolis – dicen - y, sin embargo, vas una y otra vez... y vuelves allí a menudo.

-También aquí lo mismo. Con palabras y obras, con mi silencio y mis actos, os he adoctrinado.

-Pero, si somos más duros que los otros, razón de más para insistir...

-Bien, bien.

-¡Claro que sí; que bien! Te dejamos que uses nuestra sinagoga como lugar de adoctrinamiento, precisamente porque juzgamos que está bien hecho. Acepta, pues, la invitación y habla.

Jesús abre los brazos - señal de silencio para los presentes - y empieza su discurso, y habla con tono de salmo: una recitación lenta, melodiosa y enfática:

-Arauná respondió a David: “Que el rey mi señor tome y ofrende como quiera. Ahí están los bueyes para el holocausto, el carro y los yugos de los bueyes como leña; todo, ¡oh rey!, da Arauná al rey'. Y añadió: “Que el Señor Dios acepte propicio tu voto”. Mas el rey respondió y dijo: “No será como quisieras. No. Quiero comprar con dinero. No quiero ofrecer al Señor mi Dios holocaustos que me hayan sido regalados".

Jesús baja la mirada, pues hablaba con la cara casi vuelta hacia el techo; mira fijamente, agudamente, al arquisinagogo y a los cuatro notables que estaban con él, y pregunta:

-¿Habéis comprendido el significado?

-Esto está en el segundo de los Reyes, cuando el rey santo compró la era de Arauná... Pero no comprendemos por qué nos lo has citado. Aquí no hay pestilencia y no se tiene que ofrecer un sacrificio. Tú no eres rey... Bueno, queremos decir: no todavía.

-En verdad, tarda es vuestra mente para comprender los símbolos, e insegura vuestra fe. Si fuera segura, veríais que ya soy Rey como he dicho; si tuvierais intuición despierta, comprenderíais que aquí hay una pestilencia muy grave, más que la que preocupaba a David: tenéis la de la incredulidad que os hace perecer.

-¡Bien! Pues si somos tardos e incrédulos, danos inteligencia y fe y explícanos lo que has querido decir.

-Digo: no ofrezco a Dios los holocaustos forzados, los que se ofrecen por mezquino interés. Y Aquel que para hablar ha venido no acepta el hablar sólo si se le concede: es mi derecho y me lo tomo. Bajo el sol o entre cerradas paredes, encima de los montes o en el fondo de los valles, en el mar o sentado en las orillas del Jordán, en todas partes, tengo el derecho y el deber de adoctrinar y de comprar con mi esfuerzo los únicos holocaustos agradables a Dios: los corazones convertidos y hechos fieles por mi palabra.

Aquí, vosotros de Corazín, habéis concedido al Verbo la palabra no por respeto y fe, sino porque tenéis en vuestro corazón una voz que os tortura como carcoma que roe la madera: "Este castigo del hielo es por nuestra dureza de corazón". Y

queréis arreglar las cosas. Por la economía, no por el alma. ¡Oh, Corazín pagana y obcecada! Pero no toda Corazín es igual. Para los que no son así, hablaré, con una parábola.

Oíd. Un necio rico llevó a un artista un trozo grande de una sustancia blonda como la miel más fina, y le ordenó que lo trabajara para hacer de él un ánfora decorada.

"No es un material bueno para ser trabajado" dijo el artista al adinerado. "¿Ves? Es blando, elástico. ¿Cómo puedo esculpirlo y modelarlo?".

"¿Cómo! ¿No es bueno? Es una resina preciada. Y un amigo mío tiene una pequeña ánfora de esta resina y en ella su vino adquiere un sabor delicioso. La he pagado a precio de oro, para disponer de un ánfora más grande y humillar así a mi amigo jactancioso. Házmela inmediatamente. Si no, diré que eres un artista incapaz".

"La de tu amigo será de alabastro blondo." "No. Es de este material".

"Será de ámbar fino." "No. Es de este material".

"Aunque fuera de este material - vamos a suponerlo - habrá adquirido compacidad, dureza, por siglos de antigüedad o con la mezcla de otras substancias solidificantes. Pregúntaselo y vuelve a decirme cómo fue hecha la suya".

"No. Me la ha vendido él mismo, asegurándome que se usa así". "Pues entonces te ha timado para castigarte por envidiar su bonita ánfora."

"¡Mide tus palabras! Trabaja. Si no, te castigo quitándote el taller; que todo lo que tienes no vale cuanto me cuesta esta estupenda resina".

El artista, desconsolado, se puso manos a la obra. Plasmaba la sustancia... Pero ésta se le quedaba pegada a las manos. Trataba de solidificar un trocito con mástiques y polvos... Pero la resina perdía su transparencia de oro. La ponía junto al horno de fusión esperando que el calor la endureciera... Pero, desesperado, tenía que quitarla porque se licuaba. Mandó por nieve helada a la cima del alto Hermón; metió la resina dentro de la nieve... Se endurecía, seguía siendo bonita, pero ya no se podía modelar. "La voy a modelar con el cincel" dijo. Pero al primer golpe de cincel la resina se hizo pedazos.

El artista, totalmente desesperado, convencido ya de que nada podía hacer apto para ser trabajado a aquel material, intentó una última prueba. Reunió los trozos, los hizo de nuevo líquidos al calor del horno, los volvió a congelar con la nieve, aunque esta vez no demasiado, e intentó trabajar en la masa ligeramente blanda con el cincel y la espátula. ¡Se modelaba!, ¡sí!... Pero, nada más dejar cincel y espátula, volvía a la forma de antes, como si fuera masa de pan en fermentación en la artesa.

El hombre se dio por vencido. Y para huir de las represalias del rico, y de la ruina, durante la noche cargó en un carro a su mujer, a sus hijos, los enseres y los instrumentos de trabajo; y dejó en el centro del taller completamente vacío la masa blonda de la resina con una tira de papel encima con las palabras: "Imposible de labrar". Luego huyó allende los confines...

Yo he sido enviado a labrar los corazones en orden a la Verdad y la Salud. Han venido a mis manos corazones de hierro, plomo, estaño, alabastro, mármol, plata, oro, jaspe, piedras preciosas. Corazones duros, corazones toscos, corazones demasiado tiernos, corazones volubles, corazones endurecidos por las penas, corazones valiosísimos: todo tipo de corazones. Los he labrado a todos. Y a muchos los he modelado según el deseo de Aquel que me ha enviado. Algunos me han herido mientras los trabajaba, otros han preferido romperse antes que dejarse trabajar con toda profundidad. Pero, quizás con odio, conservarán siempre un recuerdo mío.

Vosotros sois imposibles de labrar. Calor de amor, paciencia de instrucción, frío de reprensiones, fatiga de cincel... nada sirve con vosotros. Nada más retirar mis manos, volvéis a ser como erais. Tendríais que hacer una única cosa para ser cambiados: abandonaros totalmente en mí. No lo hacéis. No lo haréis nunca. El Trabajador, desconsolado, os abandona a vuestro destino. Pero, dado que es justo, no os abandona a todos igual. Desconsolado, sabe todavía elegir a los que merecen su amor, y los consuela y bendice.

-¡Mujer, ven aquí! - dice señalando a una mujer que está junto a la pared, tan encorvada que parece un signo de interrogación.

La gente ve a dónde señala Jesús, pero no ve a la mujer, la cual por su conformación, no puede ver a Jesús ni tampoco su mano.

-¡Ve Marta! Que te llama - le dicen varias personas. Y la pobrecita va renqueando con su bastón, que le llega a la altura de la cabeza.

Ahora está delante de Jesús, que le dice:

-Mujer, quédate con un recuerdo de mi paso y con un premio a tu fe silenciosa y humilde Queda liberada de tu enfermedad - grita al final, poniéndole las manos en la espalda.

Y enseguida la mujer se alza y, derecha como una palma, levanta los brazos y grita: -¡Hosanna! ¡Me ha curado! Ha visto a su sierva fiel y la ha agraciado. ¡Sea alabado el Salvador y Rey de Israel! ¡Hosanna al Hijo de David!

La gente responde con sus "¡hosanna!" a los de la mujer, la cual ahora está de rodillas a los pies de Jesús, besándole el borde de la túnica, mientras Él le dice:

-Ve en paz y persevera en la fe.

El arquisinagogo - deben quemarle todavía las palabras dichas por Jesús antes de la parábola - quiere responder con veneno a la reprensión, y, mientras la muchedumbre se abre para dejar pasar a la mujer curada milagrosamente, grita indignado:

-¡Hay seis días para trabajar, seis días para pedir y dar! ¡Venid, pues, en esos días, tanto para pedir como para dar! ¡Venid a recobrar la salud en esos días, sin violar el sábado, pecadores e infieles, corrompidos y corruptores de la Ley! - y trata de empujar a todos fuera de la sinagoga, como para arrojar la profanación del lugar de oración.

Pero Jesús, que lo ve ayudado en su acción por los cuatro notables de antes y por otros que están repartidos entre la muchedumbre (los cuales dan los signos más manifiestos de estar escandalizados, torturados por el... delito de Jesús), a su vez grita (mientras con los brazos recogidos sobre el pecho, severo, majestuoso, lo mira):

-¡Hipócritas! ¿Quién de vosotros en este día no ha desatado el buey o el asno del pesebre y lo ha llevado a beber? ¿Y quién no ha llevado los haces de hierba a las ovejas del rebaño y no ha extraído la leche de las ubres llenas? ¿Y por qué, si tenéis seis días para hacerlo, lo habéis hecho también hoy, por unos pocos denarios de leche, o por miedo de perder el buey y el asno a causa de la sed? ¿Y no debía soltar Yo a ésta de sus cadenas, después de que Satanás la ha tenido atada durante dieciocho años, sólo porque es sábado? Idos. He podido soltar a esta mujer de su desventura involuntaria; mas no podré jamás soltaros a vosotros de las vuestras, que son voluntarias, ¡oh enemigos de la Sabiduría y de la Verdad!

La gente buena, de entre los muchos no buenos de Corazín, aprueba y alaba; la otra parte, lívida de rabia, huye, dejando plantado al también lívido arquisinagogo.

También Jesús lo deja plantado y sale de la sinagoga, rodeado de los buenos, que siguen circundándole hasta que llega a los campos, lugar donde Él bendice una última vez, para tomar luego la vía de primer orden, junto con los primos y Pedro y Tomás...

## 338

## Judas Iscariote pierde el poder de milagros. La parábola del cultivador

La vía que conduce a Sefet deja la llanura de Corazín para arremeter contra un grupo montañoso bastante notable y muy poblado de árboles. Un curso de agua desciende de estos montes para dirigirse ciertamente al lago de Tiberíades.

Los peregrinos esperan en este puente a que lleguen los otros, los que habían sido enviados al lago de Merón. No esperan mucho. Puntuales a la cita, vienen ligeros, y se reúnen alegres con el Maestro y los compañeros. Luego refieren cómo se ha desarrollado su viaje, que ha sido bendecido por algunos milagros hechos a turno por «todos los apóstoles» dicen; pero Judas de Keriot corrige: «Menos por mí, que no he logrado hacer nada», y su bochorno al confesarlo es penoso.

-Ya te hemos dicho que era porque estábamos frente a un gran pecador - le responde Santiago de Zebedeo. Y explica: «¿Sabes, Maestro? Era Jacob. Estaba muy enfermo. Te invoca por este motivo. Porque tiene miedo a la muerte y al juicio de Dios. Pero ahora es más avaro que nunca, porque prevé un verdadero desastre para su cosecha, que ha sido completamente destruida por el hielo. Ha perdido toda la simiente de trigo, y no puede sembrar más porque está enfermo, y la sierva, agotada de fatigas y hambre - porque él economiza incluso la harina para el pan, pues tiene miedo a quedarse un día sin comer -, no tiene fuerzas para arar el campo. Nosotros - quizás hemos pecado, porque trabajamos todo el viernes, y después de la puesta del sol, hasta la última luz, e incluso con antorchas y hogueras encendidas para ver -, nosotros aramos una gran extensión de terreno. Felipe, Juan y Andrés saben, y yo también. ¡Lo que hemos currado!... Simón, Mateo y Bartolomé venían detrás de nosotros limpiando las glebas del trigo nacido pero luego muerto. Judas fue, en tu nombre, a pedir un poco de simiente a Judas y Ana, y les prometió nuestra visita de hoy. Se la dieron, y además selecta. Entonces dijimos: "Mañana sembramos". Por este motivo hemos tardado un poco. Porque empezamos al principio de la puesta del sol. Que el Eterno nos perdone por el motivo por el que hemos pecado. Judas, mientras tanto, estaba al pie de la cama de Jacob para convertirlo. Él sabe hablar mejor que nosotros. Al menos eso es lo que dijeron también Bartolomé y el Zelote. Pero Jacob se mostraba sordo a toda razón. Quería la curación porque la enfermedad le cuesta, e injuriaba a la mujer llamándola holgazana. Para calmarlo, visto que decía "Me convertiré si me curo", Judas le impuso las manos. Pero Jacob siguió enfermo como antes. Judas, desconsolado, nos lo dijo. Lo intentamos nosotros antes de irnos a dormir. Pero no obtuvimos el milagro. Ahora Judas sostiene que es porque él, habiéndote disgustado, ha caído en desgracia tuya; y está deprimido. Pero nosotros decimos que es porque teníamos frente a nosotros a un pecador obstinado, que pretende obtener todo lo que quiere, poniendo condiciones y dando órdenes hasta a Dios. ¿Quién tiene razón?

-Vosotros siete. Es como habéis dicho. ¿Y Judas y Ana? ¿Sus campos?

-Muy dañados. Pero tienen recursos y ya está todo solucionado. ¡Pero ellos son buenos! Ten. Te mandan este donativo y estos alimentos. Esperan verte en alguna ocasión. Lo que entristece es el estado espiritual de Jacob. Habría deseado curarle el alma más que el cuerpo... - dice Andrés.

-¿Y en los otros lugares?

-¡Oh! En el camino de Debaret, cerca del pueblo, curamos - fue Mateo - a uno que tenía fiebres y que volvía de un médico que lo había desahuciado. Nos hospedamos en su casa y la fiebre no volvió desde la puesta del sol hasta la aurora, y él afirmaba que se sentía bien y fuerte. Luego, en Tiberíades, fue Andrés el que curó a un barquero que se había roto un hombro cayendo en el puente. Le impuso las manos y el hombro quedó curado. ¡Imagínate el hombre! Nos quiso llevar sin pagar a Magdala y a Cafarnaúm, luego a Betsaida, y allí se ha quedado, porque allí están los discípulos Timoneo de Aera, Felipe de Arbela, Hermasteo y Marcos de Josías, uno de los liberados del demonio cerca de Gamala. Quiere ser discípulo también José el barquero... Los niños, en casa de Juana, están bien. Ya no parecen los mismos. Estaban en el jardín jugando con Juana y Cusa...

-Los he visto. Yo también he pasado por allí. Seguid.

-En Magdala fue Bartolomé el que convirtió a un corazón vicioso y curó un cuerpo vicioso. ¡Qué bien habló! Explicó que el desorden del espíritu genera desorden en el cuerpo, y que toda concesión a la deshonestidad degenera en pérdida de la tranquilidad, de la salud y al final del alma. Cuando lo vio arrepentido y convencido, le impuso las manos y el hombre quedó curado. Querían retenernos en Magdala. Pero nosotros obedecimos: pasada la noche, proseguimos para Cafarnaúm. Allí había cinco que pedían les concedieras una gracia. Y ya estaban para marcharse desconsolados. Los curamos. No vimos a ninguno porque embarcamos de nuevo enseguida para Betsaida, para evitar preguntas de Elí, Urías y sus compañeros. '¡En Betsaida!... ¡Cuenta tú, Andrés, a tu hermano!... - termina Santiago de Zebedeo, que era el que hablaba.

-¡Oh! ¡Maestro! ¡Simón! ¡Si vierais a Margziam! ¡No se le reconoce!...

-¡Maldición! ¿Qué?, ¿es mujer ahora? - exclama y pregunta Pedro.

-¿Pero qué dices, hombre? Un jovencito muy majo, alto, delgado, porque ha crecido mucho... ¡Una cosa maravillosa! Nos costó reconocerlo. Está tan alto como tu mujer y yo...

-¡Hombre, ni yo ni tú ni Porfiria somos palmas! A1 máximo se nos podrá comparar con una zarza... - dice Pedro (pero exulta de alegría al oír que su hijo adoptivo se ha desarrollado).

-Sí, hermano. Pero en las Encenias, no más, era todavía un niñito escasamente desarrollado, que apenas si nos llegaba a los hombros. Ahora es verdaderamente un hombre joven, por la estatura, la voz y la gravedad. Ha hecho como esas plantas que no crecen durante años y luego, al improviso, se desarrollan de forma asombrosa. Tu mujer ha estado muy ocupada en alargar túnicas o hacerlas nuevas. Y las hace con dobladillos muy anchos y amplios pliegues en la cintura, porque prevé, con razón, que Margziam seguirá creciendo. Y en sabiduría crece todavía más. Maestro, la humildad de Natanael no te había dicho que durante casi dos meses Bartolomé ha sido maestro del más pequeño y heroico de los discípulos, que se levanta antes del amanecer para llevar a pastar a las ovejas, cortar la leña, sacar agua, encender el fuego, barrer, hacer las compras por amor a su mamá de adopción, y luego, por la tarde y hasta bien de noche, estudia y escribe como un pequeño doctor. ¡Fíjate! Ha reunido a todos los niños de Betsaida y los sábados les imparte pequeñas lecciones evangélicas. Así, los pequeños, excluidos de la sinagoga porque no molesten en las funciones, tienen su jornada de oración como los mayores. Y me han dicho las madres que es bonito oírle hablar, y que los niños lo quieren y le obedecen con respeto y se hacen mejores. ¡Qué discípulo va a ser!

-¡Pues fíjate!, ¡fíjate! Yo... estoy emocionado... ¡Mi Margziam! Pero ya también en Nazaret, ¿eh?: ¡qué heroísmo por... aquella niña! ¿Raquel, verdad?

Pedro se para a tiempo, y se pone como la púrpura por el miedo a haber dicho demasiado.

Por suerte, Jesús viene en su auxilio, y Judas está meditabundo o distraído. 0 finge estarlo. Jesús dice:

-Raquel. Tienes buena memoria. Está curada. Y sus campos producirán mucho trigo. Hemos pasado por allí Yo y Santiago. Mucho puede el sacrificio de un niño justo.

-En Betsaida fue Santiago el que realizó un milagro en aquel pobre lisiado; y Mateo, por el camino, yendo a la casa de Jacob, curó a un niño. Y precisamente hoy, en la plaza de aquel pueblecito que está al pie del puente, Felipe y Juan han hecho curaciones: el primero a un enfermo de los ojos; el segundo, a un niño endemoniado.

-Lo habéis hecho todos bien. Muy bien. Ahora vamos a ir hasta aquel pueblo de las laderas. Nos detendremos en alguna casa para dormir.

-¿Y tú, Maestro mío, qué has hecho? ¿Cómo está María? ¿Y la otra María? - pregunta Juan.

-Están bien y os saludan a todos. Están preparando túnicas y cuanto se necesita para el peregrinaje de primavera. Están ya deseando que llegue, para estar con nosotros.

-Susana y Juana y nuestra madre tienen la misma ansia - dice también Juan.

Bartolomé dice:

-También mi mujer, con las hijas, quiere ir este año, después de tantos, a Jerusalén. Dice que nunca volverá a ser tan bonito como este año... No sé por qué lo dice. Pero ella sostiene que lo siente en el corazón.

-Entonces seguro que vendrá también la mía. No me lo ha dicho... Pero lo que hace Ana lo hace siempre María - dice Felipe.

-¿Y las hermanas de Lázaro? Vosotros que las habéis visto... - pregunta Simón Zelote.

-Obedecen con sufrimiento a la orden del Maestro y a la necesidad... Lázaro está muy enfermo, ¿verdad, Judas? Casi siempre está en la cama. Pero esperan con mucha ansia al Maestro - dice Tomás.

-Pronto será Pascua e iremos a casa de Lázaro.

-¿Pero Tú qué has hecho en Nazaret y Corazín?

-En Nazaret he saludado a los parientes y amigos y a los parientes de los dos discípulos. En Corazín he hablado en la sinagoga y he curado a una mujer. Nos hemos detenido donde la viuda. Se le ha muerto la madre. Un dolor y un alivio al mismo tiempo, por los pocos recursos y por el tiempo que la asistencia a la enferma quitaba del trabajo de la viuda, que se ha puesto a hilar por cuenta de terceros. Pero ya no está desesperada. Tiene asegurado lo necesario y se siente satisfecha con eso. José va todas las mañanas donde un carpintero del Pozo de Jacob para aprender el oficio.

-¿Son mejores los de Corazín? - pregunta Mateo.

-No, Mateo. Son cada vez peores - confiesa con franqueza Jesús - Y nos han tratado mal. Los notables, es natural, no el pueblo llano.

-Es un lugar muy poco recomendable. No vuelvas - dice Felipe

-Sería causa de dolor para el discípulo Elías, y para la viuda y la mujer curada hoy y las otras personas buenas.

-Sí. Pero son tan pocos, que... yo no me ocuparía más de ese lugar. Tú lo has dicho: "Es imposible de labrar" - dice Tomás.

-Una cosa es la resina y otra los corazones. Algo permanecerá, como semilla hundida bajo muchas glebas muy compactas. Tardará mucho en nacer, pero, al final, nacerá. Lo mismo Corazín. Un día nacerá lo que he sembrado. No hay que desmoralizarse ante las primeras derrotas.

-Oíd esta parábola. Podría ser titulada: "La parábola del buen labrador".

Un rico tenía una grande y hermosa viña. En ella había también higueras de distintas variedades. A la viña se dedicaba un sirviente, experto viñador y podador de árboles frutales, que cumplía con su deber con amor a su señor y a las plantas. Todos los años, el rico, en el mejor período del año, iba reiteradas veces a su viña para ver madurar las uvas y los higos y probar estos frutos cogiéndolos de las plantas con sus manos. Un día, pues, se acercó a una higuera de muchísima calidad, el único árbol de esa calidad que había en la viña. Pero también aquel día, como en los dos años anteriores, la encontró todo follaje y nada fruta.

Llamó al viñador y dijo: "Hace tres años que vengo a buscar fruta a esta higuera y no encuentro sino hojas. Se ve que el árbol ha terminado de dar frutos. Córtalo, pues. Es inútil que esté aquí ocupando sitio y ocupando tu tiempo, para después no acabar en nada. Córtala, échala al fuego, limpia de raíces el terreno, y en el lugar suyo planta un arbolito nuevo. Dentro de algunos años dará fruto". El viñador, que era paciente y amoroso, respondió: "Tienes razón. Pero déjame todavía un año. No corto el árbol. Es más, con mayor dedicación aún, le cavaré el suelo de alrededor, lo abonaré, lo podaré. ¿Quién sabe, a lo mejor da todavía fruto? Si después de esta última prueba no da fruto, obedeceré tu deseo y lo cortaré".

Corazín es la higuera que no da frutos. Yo soy el buen Labrador. El rico impaciente sois vosotros. Dejad actuar al buen Labrador.

-De acuerdo. Pero tu parábola no concluye. ¿La higuera, al año siguiente, dio fruto? - pregunta el Zelote.

-No dio fruto y fue cortada. Pero el labrador quedó justificado de haber cortado un árbol que todavía era joven y pujante, porque había hecho todo su deber. Yo también quiero ser justificado por aquellos a quienes tenga que meter la segur y separarlos de mi viña, donde son árboles estériles o plantas venenosas, cobijos de serpientes, acaparadores de jugos nutritivos, parásitos o elementos tóxicos, que deterioran y dañan a los compañeros discípulos; o bien, que entran sin haber sido llamados, reptando con sus malignas raíces para proliferar en mi viña, rebeldes a todo injerto, venidos sólo para espiar, menoscabar y hacer estéril mi campo. A éstos los cortaré cuando todo haya sido intentado para convertirlos. Por ahora, antes de la segur, alzo las tijeras y el cuchillo del podador, desramo e injerto... Será un trabajo duro, para mí, que lo hago, y para los que lo sufran. Pero hay que hacerlo. Para que se pueda decir en el Cielo: "Ha cumplido todo. Pero ellos, cuanto más los ha podado, cuanto más ha injertado o removido la tierra de alrededor o abonado, con sudor y lágrimas, fatiga y sangre, ellos se han hecho cada vez más estériles y malos"... Hemos llegado al pueblo. Id todos adelante y pedid alojamiento. Tú, Judas de Keriot, quédate conmigo.

Se quedan solos y, en la penumbra de la noche, caminan uno al lado del otro en el máximo silencio.

Por fin Jesús dice, como hablando consigo mismo:

-Y, no obstante, aunque se haya caído en desgracia de Dios por haber infringido su Ley, siempre podemos volver a ser lo que éramos, renunciando al pecado...

Judas no responde nada.

Jesús sigue:

-Y si hemos comprendido que no podemos seguir recibiendo de Dios el poder, porque Dios no está donde está Satanás, con facilidad se puede solucionar, prefiriendo lo que Dios concede a lo que quiere nuestra soberbia.

Judas calla.

Jesús - y ya están a la altura de la primera casa del pueblo - todavía como hablando consigo mismo, dice:

-Y pensar que he sufrido áspera penitencia para que se enmiende y torne al Padre suyo...

Judas se estremece, levanta la cabeza, lo mira... pero no dice nada.

También Jesús lo mira... y luego pregunta:

-Judas, ¿a quién estoy hablando?

-A mí, Maestro. Por ti ya no tengo poder. Porque me lo has quitado para aumentárselo a Juan, a Simón, a Santiago, a todos, excepto a mí. ¡No me amas, eso es lo que pasa! Y acabaré por no amarte y por maldecir la hora en que te amé, y me hundí ante los ojos del mundo por un rey imbele que se deja supeditar incluso por la plebe. ¡No esperaba esto de ti!

-Ni Yo tampoco de ti. Pero nunca te he engañado, ni te he obligado. ¿Por qué, pues, permaneces a mi lado?

-Porque te amo. No puedo ya separarme de ti. Me atraes y me produces repulsión. Te deseo como el aire que respiro y... me das miedo. ¡Ah, soy un maldito! ¡Estoy condenado! ¿Por qué no arrojas de mí el demonio, Tú que puedes?

La cara de Judas está lívida y descompuesta, enajenada, llena de miedo y odio... Recuerda ya, aunque pálidamente, la máscara satánica del Judas del Viernes Santo.

Y el rostro de Jesús recuerda el del Nazareno flagelado, que, sentado en el patio del Pretorio encima de la artesa puesta boca abajo, mira a los que se burlan de Él con toda su piedad amorosa. Dice, y parece que hay ya un sollozo en su voz:

-Porque no hay arrepentimiento en ti, sino solamente ira contra Dios, casi como si El fuera el culpable de tu pecado.

Judas dice entre dientes una fea imprecación...

-¡Maestro, hemos encontrado lo que buscábamos. Cinco en un sitio, tres en otro, dos en otro, y uno y uno en otros dos. No hemos podido mejor - dicen los discípulos.

-Está bien. Yo voy con Judas de Keriot - dice Jesús.

-No. Prefiero estar solo. Estoy inquieto. No te dejaría descansar...

-Como quieras... Entonces iré con Bartolomé. Vosotros haced lo que queráis. Entretanto vamos a donde haya más sitio, para poder cenar juntos.

## 339

## La noche pecaminosa de Judas Iscariote

Una bonita aurora de primavera pone rosicler el cielo y alegra las colinas. Los discípulos se manifiestan unos a otros su contento por ello, mientras se reúnen a la entrada del pueblo en espera de los rezagados.

-Es el primer día que no hace frío, después de las granizadas - dice Mateo frotándose las manos.

-¡Ya era hora de que llegara! ¡Estamos en la neomenia de Adar! - exclama Andrés.

-¡Bien! ¡Bien! ¡Si hubiéramos tenido que subir a los montes con el fresco de estos días pasados!... - comenta Felipe.

-¿Pero luego a dónde vamos? - pregunta Andrés.

-No sé... De aquí vamos a Sefet o a Meirón. ¿Pero luego...? -le responde Santiago de Zebedeo, y se vuelve a preguntar a los dos hijos de Alfeo: «¿Sabéis vosotros a dónde vamos?».

-Jesús nos ha dicho que quiere ir hacia septentrión; nada más - dice lacónico Judas de Alfeo.

-¿Otra vez? Para la próxima luna tenemos que empezar el peregrinaje de Pascua... - dice no demasiado entusiasta Pedro.

-Tendremos tiempo de sobra - le rebate Judas Tadeo.

-Sí, pero nada de descanso en Betsaida...

-Pasaremos por allí seguro para recoger a las mujeres y a Margziam - responde Felipe a Pedro.

-Lo que os ruego es que no deis muestras de fastidio, desgana u otras cosas por el estilo. Jesús está muy afligido... Ayer por la noche lloraba. Me lo he encontrado llorando mientras preparábamos la cena. No estaba orando afuera, en la terraza, como creíamos. Lloraba - dice Juan.

-¿Por qué? ¿Se lo preguntaste? - dicen todos.

-Sí. Pero sólo me dijo: "Ámame, Juan".

-Quizás... es por los de Corazín.

El Zelote, que está llegando en ese momento, dice:

-El Maestro está viniendo con Bartolomé. Vamos a su encuentro.

Van... pero siguen con lo que estaban comentando:

-O es por Judas. Ayer por la noche se habían quedado solos... - dice Mateo.

-¡Ya! Y Judas había declarado antes que estaba inquieto y no quería a ninguno consigo - observa Felipe.

-¡No ha querido estar ni siquiera con el Maestro! ¡Y yo que de tan buena gana habría estado! - suspira Juan.

-¡También yo! - dicen todos los demás.

-Ese hombre no me gusta... 0 está enfermo o hechizado o loco o endemoniado... Algo le pasa - dice seguro Judas Tadeo.

-Y, sin embargo, creedlo, en el viaje de regreso fue ejemplar. Defendió constantemente al Maestro y los intereses del Maestro como ninguno de nosotros ha hecho nunca. ¡Lo vi yo, lo oí yo! Espero que no dudéis de mi palabra - afirma Tomás.

-¿Cómo piensas que no te creemos? ¡No, hombre, no, Tomás! Y estamos contentos de que Judas sea mejor que nosotros. Pero ya lo ves tú. ¿Es extraño, sí o no? - pregunta Andrés.

-¡Extraño lo es! Pero quizás es que sufre por cosas íntimas... Quizás también porque no ha hecho milagros. Es un poco orgulloso. ¡Con buena finalidad, claro! Pero para él es importante hacer mucho y ser encomiado...

-¡Mmm...! ¡Será así! La cosa es que el Maestro está triste. Miradlo allí, decidme si asemeja al hombre que conocimos. Pero, ¡vive Dios, que si logro descubrir quién es el que hace sufrir al Maestro!... ¡Basta! ¡Yo sé lo que le hago! - dice Pedro.

Jesús, que viene en vivaz conversación con Natanael, los ve y acelera el paso sonriendo.

-Paz a vosotros. ¿Estáis todos?

-Falta Judas de Simón... Creía que estaba contigo, porque en la casa donde dormía me han dicho que han encontrado la habitación vacía y todo en orden... - explica Andrés.

Jesús frunce un momento la frente, agacha la cabeza y se concentra en su pensamiento. Luego dice:

-No importa. Vámonos de todas formas. Decid a los de las últimas casas que vamos a Meirón y luego a Yiscala. Si Judas nos busca, que lo manden allí. Vamos.

Todos sienten borrasca en el ambiente y obedecen sin rechistar. Jesús sigue hablando con Bartolomé, adelantado algunos pasos respecto a los demás. Y oigo pasar grandes nombres en lo que dicen, Hil.lel, Yael, Barac; y glorias patrias, que pasan por la mente y las palabras; y comentarios de admiración sobre grandes doctores; y añoranzas en Bartolomé...

-¡Si viviera todavía el Sabio! Hil.lel era bueno. Pero también era fuerte. No se habría dejado turbar. ¡Habría emitido su propio juicio acerca de ti!

-¡No te lo tomes a pecho, Bartolmái! Bendice al Altísimo que lo ha llamado a su paz. El espíritu del Sabio no conoció así la turbación de tanto odio contra mí.

-¡Mi Señor! ¡No sólo odio!...

-Más odio que amor, amigo. Y así será siempre.

-No estés triste. Nosotros te defenderemos...

-No me angustia la muerte... sino el ver el pecado de los hombres.

-¡La muerte no!... No hables de muerte. No llegarán a tanto... porque tienen miedo...

-El odio será más fuerte que el miedo. Bartolomé, después de mi muerte, luego, cuando esté lejos, en el Cielo santo, di a los hombres: "El, más que por la muerte, sufrió por vuestro odio"...

-¡Maestro! ¡Maestro! ¡Maestro! ¡No hables así! Nadie te va a odiar hasta el punto de hacer que mueras. Y Tú siempre puedes impedirlo, Tú que eres poderoso...

Jesús sonríe con tristeza (yo diría: cansado), mientras sube con su paso mesurado el camino montano que conduce a Meirón, y que a medida que se eleva va descubriendo un vasto y bonito panorama sobre el lago de Tiberíades, visible a través de la brecha de una hoz, y sobre colinas cercanas que, en forma de arco, hacen de mampara a la vista del lago de Merón, y luego, más allá del lago de Tiberíades, sobre el altiplano de la Transjordania, hasta los recortados montes lejanos de Aurán, Traconítida y Perea.

Jesús señala, no obstante, en dirección norte-nordeste diciendo:

-Después de la Pascua tendremos que ir allá, a la tetrarquía de Filipo; en cuanto tengamos tiempo, para estar de nuevo para Pentecostés en Jerusalén.

-¿Pero no te convendría más hacerlo ahora? Pasando a la Transjordania, hacia el nacimiento del Jordán... volviendo por la Decápolis...

Jesús se pasa la mano por la frente, con gesto cansado, como cuando uno tiene la mente ofuscada, y susurra:
-No sé, no sé todavía!... ¡Bartolomé!...
¡Cuánto desconsuelo, dolor, invocación hay en la voz!...
Bartolomé se curva un poco, como herido por ese tono extraño y nuevo en Jesús, y dice, congojoso de amor:
-¿Maestro? ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres del viejo Natanael?
-Nada, Bartolmái... Tu oración... Por que vea bien lo que hay que hacer... Pero, nos llaman, Bartolmái... Parémonos aquí...
Y se paran junto a un grupo de árboles.
Se ve por la curva del sendero a los otros, en grupo:
-Maestro, Judas nos sigue, corriendo a toda velocidad...
-Bueno, pues lo esperamos.
Judas, en efecto, aparece pronto, corriendo...
-Maestro... Me he retrasado... Me he quedado dormido y...
-¿Dónde, si en casa no te he encontrado? - pregunta extrañado Andrés.
Judas se queda confundido un momento, pero rápidamente se rehace y dice:
-¡Oh, siento que mi penitencia haya quedado manifiesta! He estado en el bosque, toda la noche, orando, haciendo sacrificio... A1 alba me ha vencido el sueño... Soy una persona débil... Pero el Señor altísimo tendrá compasión de su pobre siervo. ¿No es verdad, Maestro? Me he despertado tarde y todo dolorido.
-Efectivamente, tienes una cara muy deslucida - observa Santiago de Zebedeo.
Judas se echa a reír:
-¡Sí! ¡Ya! Pero tengo el alma más contenta. La oración sienta bien. La penitencia da un corazón alegre, y también humildad y generosidad. Maestro, perdona a tu necio Judas... - y se arrodilla a los pies de Jesús.
-Sí. Levántate y vamos.
-Dame la paz con un beso tuyo. Será la señal de que me has perdonado los malos humores de ayer. No deseé estar contigo, es verdad. Pero era porque quería orar...
-Habríamos podido orar juntos...
Judas se ríe y dice:
-No, no podías orar conmigo esta noche, estar donde yo estaba...
-¡Esta sí que es buena! ¿Por qué? ¡Está siempre con nosotros, y nos ha enseñado Él a orar! - dice Pedro asombrado.
Todos se echan a reír. Pero Jesús no se ríe. Fija sus ojos en Judas, que lo ha besado y ahora lo está mirando con ojos jocosos de punzante malicia, como si lo desafiara.
Tiene la osadía de repetir:
-¿No es verdad que no podías estar conmigo esta noche?
-No podía. No podía y no podré nunca, en efecto, compartir los abrazos de mi espíritu y mi Padre con un tercero, todo carne y sangre, como eres tú, y en los lugares a donde tú vas. Amo la soledad poblada de ángeles, para olvidar que el hombre es un hedor de carne corrompida por la sensualidad, el oro, el mundo y Satanás.
Judas ya no se ríe ni siquiera con los ojos. Responde serio:
-Tienes razón. Tu espíritu ha visto la verdad. ¿A dónde vamos ahora?
-A venerar las tumbas de los grandes rabíes y héroes de Israel
-¿Qué? ¿Cómo? Pero si Gamaliel no te ama. Pero si los otros te odian - dicen muchos de los presentes.
-No importa. Yo me inclino ante las tumbas de los justos que esperan Redención. Voy a decir a sus huesos: "Pronto Aquel que os espiró vuestro espíritu estará en el Reino de los Cielos, pronto para bajar de allí al extremo Día, para hacer que viváis de nuevo, eternamente, en el Paraíso".
Caminan, caminan hasta que encuentran el pueblo de Meirón. Bonito, bien cuidado, lleno de luz y de sol, situado entre fértiles colinas y cumbres.
-Detengámonos. Por la tarde iremos hacia Yiscala. Las grandes tumbas están esparcidas por estas pendientes, en espera de su glorioso despertar.

## 340

## El enmendamiento de Judas Iscariote y el choque con los rabíes junto al sepulcro de Hil.lel.

Dejando el pueblo de Meirón, Jesús, con sus apóstoles, toma un camino, también éste de montaña, que va en dirección noroeste, entre bosques y prados. Sigue subiendo. Quizás han venerado ya algunas tumbas, porque oigo que hablan de ello.
Ahora es precisamente Judas Iscariote el que va delante con Jesús. Se comprende que en Meirón han recibido y dado limosnas. Judas rinde cuentas, diciendo los donativos que han recibido y las limosnas que han dado. Termina diciendo:
-Y ahora, aquí, mi donativo. He jurado esta noche que te lo iba a dar para los pobres, como penitencia. No es mucho. Pero no tengo mucho dinero. De todas formas, he convencido a mi madre de que me mande dinero a menudo a través de muchos amigos. Las otras veces que dejaba mi casa era con mucho dinero. Pero esta vez, teniendo que ir por los montes solo, o sólo con Tomás, he tomado lo suficiente para la duración del viaje. Prefiero hacerlo así. La única cosa es que... tendré que pedirte alguna vez autorización para separarme de vosotros durante unas horas para ir donde mis amigos. Ya he dispuesto todo... Maestro, ¿sigo teniendo el dinero yo? ¿Todavía yo? ¿Te fías todavía de mí?

-Judas, tú solo dices todo. Y no sé el motivo por el que lo haces. Has de saber que para mí nada ha cambiado... porque espero con ello que cambies tú y vuelvas a ser el discípulo que fuiste, y llegues a ser el justo por cuya conversión oro y sufro.

-Tienes razón, Maestro. Pero, con tu ayuda, ciertamente lo seré. Por lo demás... son imperfecciones de juventud. Cosas sin peso. Es más, sirven para poder comprender a los semejantes y para curarlos.

-¡Verdaderamente, Judas, tu moral es muy extraña! Y debería decir más. Nunca se ha visto a un médico que enferme voluntariamente para poder decir después: "Ahora sé curar mejor a los que tienen esta enfermedad". ¿Así que Yo soy un incapaz?

-¿Quién lo dice, Maestro?

-Tú. Yo no cometo pecados; por tanto, no sé curar a los pecadores.

-Tú eres Tú. Pero nosotros no somos Tú, y tenemos necesidad de la experiencia para saber hacer...

-Es tu vieja idea. La misma de hace unas veinte lunas. Sólo que entonces opinabas que Yo debía pecar para ser capaz de redimir. Verdaderamente me sorprende que no hayas tratado de corregir este... defecto mío, según tus modos de juzgar, y de dotarme de esta... capacidad de comprender a los pecadores.

-Estás bromeando, Maestro. Bien, me agrada que bromees. Me causabas pena. Estabas muy triste. Y para mí es doble satisfacción el que sea precisamente yo quien te hace bromear. Pero nunca he pensado en elevarme a ser tu pedagogo. Además, ya ves que he corregido mi modo de pensar; tanto, que digo que esta experiencia es necesaria sólo para nosotros. Para nosotros, pobres hombres. Tú eres el Hijo de Dios, ¿no es verdad? Tienes, por tanto, una sabiduría que, para ser sabiduría, no tiene necesidad de experiencias

-Bueno, pues, has de saber que la inocencia también es sabiduría, mucho mayor que el bajo y peligroso conocimiento del pecador. Donde la santa ignorancia del mal limitaría la capacidad de guiarse y de guiar, suple el ministerio angélico, que jamás se ausenta de un corazón puro. Cree que los ángeles, aun siendo purísimos, saben distinguir el Bien y el Mal, y conducir al hombre puro que custodian por el sendero recto y hacia actos rectos. El pecado no es aumento de sabiduría. No es luz. No es guía. Jamás. Es corrupción. Es privación de ver. Es caos. De modo que quien lo cometa conocerá su sabor, mas perderá también la capacidad de saber muchas otras espirituales cosas y ya no tendrá a un ángel de Dios, espíritu de orden y amor, que lo guíe; sino a un ángel de Satanás, para conducirlo por la vía de un desorden cada vez mayor, por el odio insaciable que devora a estos espíritus diabólicos.

-Y... escucha, Maestro. ¿Si uno quisiera volver a tener la guía angélica? ¿Basta el arrepentimiento, o, por el contrario, el veneno del pecado perdura incluso después de que uno se ha arrepentido y ha sido perdonado?... Ya sabes... uno que se ha dado al vino, por ejemplo, aunque jure no volver a emborracharse, y lo jure con verdadera voluntad de cumplirlo, sigue sintiendo la incitación a beber. Y sufre...

-Claro. Sufre. Por este motivo uno no se debería hacer nunca esclavo de lo malo. Pero sufrir no es pecar. Es expiar. Como un borracho arrepentido no comete pecado, sino que adquiere mérito, si resiste heroicamente a la incitación y deja de beber vino; asimismo, quien ha pecado y se arrepiente y resiste a todas las incitaciones, adquiere un mérito; y no le falta la ayuda sobrenatural para esta resistencia. Ser uno tentado no es pecado. Es más, es batalla que procura victoria. Y - cree también esto - Dios desea sólo perdonar y ayudar a quien habiendo errado luego se arrepiente...

Judas está en silencio un rato... Luego, toma la mano de Jesús y la besa, y curvado todavía hacia la mano que ha besado, dice:

-Pero yo ayer por la noche me he pasado de la raya. Te he insultado, Maestro... Te he dicho que acabaré odiándote... ¡He dicho estas blasfemias! ¿Pueden acaso serme perdonadas?

-El mayor pecado es desesperar de la misericordia divina... Judas, Yo he dicho: "Todo pecado contra el Hijo del hombre será perdonado". El Hijo del hombre ha venido para perdonar, salvar, curar, para llevar al Cielo. ¿Por qué quieres perder el Cielo? ¡Judas! ¡Judas'. ¡Mírame! Lávate el alma en el amor que brota de mis ojos...

-¿Pero no te causo repulsa?

-Sí... Pero el amor es mayor que la repulsa. Judas, pobre leproso, el mayor leproso de Israel, ven a invocar la salud a Aquel que te la puede dar...

-Dame la salud, Maestro.

-No. No así. No hay en ti arrepentimiento verdadero y voluntad firme. Hay sólo un conato de amor sobreviviente por mí, por tu pasada vocación. Hay un pulular de sentimiento, pero enteramente humano. No es que sea malo todo esto. Es más, es el primer paso hacia el Bien. Cultívalo, auméntalo, injértalo en lo sobrenatural, haz de ello un verdadero amor por mí, una vuelta verdadera a lo que eras cuando viniste a mí, ¡eso al menos!, ¡eso al menos! Haz de ello, no un latido transitorio, emotivo, de sentimentalismo inactivo, sino un verdadero sentimiento, activo, de atracción al Bien. Judas, Yo espero. Sé esperar. Yo oro. Soy Yo quien suple, en esta espera, a tu ángel disgustado. Mi piedad, mi paciencia, mi amor; siendo perfectos, son superiores a los angélicos, y pueden permanecer a tu lado, en medio de los desagradables hedores de lo que te fermenta en el corazón, para ayudarte...

Judas se estremece, no fingidamente, sino en la realidad. Con labios temblorosos, con voz quebradiza por lo que le estremece, pálido, pregunta:

-¿Pero Tú sabes realmente lo que he hecho?

-Todo, Judas. ¿Quieres que te lo diga o prefieres que te ahorre esta humillación?

-Pero... bueno, es que no puedo creer...

-Bien, pues entonces vamos a recorrer hacia atrás el camino y a decirle al incrédulo la verdad. Esta mañana ya has mentido más de una vez, sobre el dinero y sobre cómo has pasado la noche. Tú ayer por la noche has tratado de ahogar con la lujuria todos tus otros sentimientos, todos los odios, los remordimientos. Tú...

-¡Basta! ¡Basta! ¡Por caridad, no sigas! O huiré de tu presencia.

-Deberías, por el contrario, abrazarte a mis rodillas pidiendo perdón.
-¡Sí, sí! ¡Perdón! ¡Perdón, Maestro mío! ¡Perdón! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame! ¡Es más fuerte que yo! Todo es más fuerte que yo.
-Menos el amor que deberías tener por Jesús... Pero, ven aquí, para vencerte la tentación y librarte de ella.
Y lo toma entre sus brazos y llora silenciosas lágrimas encima de la cabeza morena de Judas.
Los demás, que están algunos metros más atrás, se han detenido prudentemente y ahora comentan:
-¿Veis? Quizás Judas tiene verdaderamente algún pesar.
-Y esta mañana se ha abierto con el Maestro.
-¡Qué tonto! Yo lo hubiera hecho inmediatamente.
-Serán cosas penosas.
-¡Seguro que no es por mala conducta de su madre! ¡Es una santa mujer! ¿Qué puede ser de penoso?
-Quizás intereses que van mal...
-¡No, hombre, no! ¡Él gasta y da, según le parece, con generosidad!
-¡Bueno! ¡Asuntos suyos! Lo importante es que esté concorde con el Maestro, y parece que es así. Ya llevan mucho tiempo hablando y en paz. Ahora están abrazados... Muy bien.
-Sí, porque es una persona con capacidad y que conoce a mucha gente. Es buena cosa que esté en armonía y con buena voluntad con nosotros, y especialmente con el Maestro.
-Jesús dijo en Hebrón que las tumbas de los justos son lugares de milagros, o más o menos... En estos lugares hay muchas tumbas de justos. Quizás las de Meirón han hecho un milagro respecto a la turbación de Judas.
-¡Entonces terminará de hacerse santo ahora ante la tumba de Hil.lel! ¿Aquello no es Yiscala?
-Sí, Bartolomé.
-Pues el año pasado no pasamos por aquí...
-¡Hombre, claro; como que vinimos por la otra parte!
Jesús se vuelve y los llama. Se acercan alegres.
-Venid. La ciudad está cerca. Tenemos que cruzarla para encontrar la tumba de Hil.lel. Hagámoslo en grupo - dice Jesús sin explicar nada más, mientras los once miran curiosos con el rabillo del ojo tanto a Él como a Judas. Pero si éste último muestra un rostro pacificado, aunque mustio, Jesús no lo tiene radiante: su expresión es solemne, pero seria.
Entran en Yiscala, que es vasta y bonita, y está bien cuidada Debe haber en ella un floreciente centro rabínico porque veo a muchos doctores reunidos acá o allá, con alumnos a su lado escuchando sus lecciones. Bien se nota el paso de los apóstoles, y especialmente, del Maestro, y muchos se ponen detrás del grupo. Alguno sonríe maliciosamente, otros llaman a Judas de Keriot; pero él va al lado del Maestro y ni siquiera se vuelve.
Salen de la ciudad y se dirigen a la tumba de Hil.lel.
-¡Qué descaro!
-¡Es imprudente.
-Nos provoca.
-¡Profanador!
-¡Díselo, Uziel!
-Yo no me contamino. Díselo tú, Saúl, que eres sólo alumno.
-No. Se lo decimos a Judas. Ve a llamarlo.
El joven llamado Saúl, menudo, pálido, todo ojos y boca, va a donde Judas y le dice: -Ven. Te llaman los rabíes.
-No voy. Me quedo donde estoy. Dejadme.
El joven vuelve y refiere esto a sus jefes.
Entretanto, Jesús, circundado por los suyos, ora con veneración ante el sepulcro de Hil.lel, bien cándido de cal.
Los rabíes se acercan despacio, como serpientes silenciosas, y observan. Dos de ellos, barbudos, ancianos, tiran de la túnica de Judas, el cual, al ponerse a hacer oración ha quedado desprotegido de las parejas de los otros compañeros.
-Pero bueno, ¿qué queréis? - pregunta en voz baja, aunque con resentimiento. ¿Ni siquiera orar se puede?
-Sólo una palabra. Luego te dejamos en paz.
Simón Zelote y Judas Tadeo se vuelven y se callan los cuchicheadores.
Judas se separa dos o tres pasos y pregunta:
-¿Qué queréis?
No percibo lo que el más viejo le susurra al oído. Pero sí veo bien la reacción de Judas, que, sin mediar reflexión alguna, se separa de repente y dice:
-No. Dejadme en paz, ánimas de veneno. No os conozco, no quiero seguiros conociendo.
Una carcajada de burla sale del grupito rabínico, y una amenaza:
-¡Atento a lo que haces, muchacho estúpido!
-Atentos vosotros. ¡Fuera! Id a decírselo también a los demás. A todos los demás. ¿Habéis entendido? Hablad con quien queráis, pero no conmigo, demonios, que es lo que sois - y los deja plantados.
Ha hablado tan fuerte que los apóstoles, atónitos, se han vuelto; Jesús, no, ni siquiera por la carcajada burlona y la promesa: « ¡Nos volveremos a ver, Judas de Simón!» que resuena en el silencio del lugar.
Judas vuelve a su sitio; es más, aparta a Andrés, que se había puesto al lado de Jesús, y, casi como para buscar defensa y protección, toma con sus manos un extremo del manto de Jesús.
La ira, entonces, arremete contra Jesús. Se aproximan, amenazadores, y gritan:

-¿Qué haces aquí, anatema de Israel? ¡Fuera! No turbes los huesos del Justo al que no eres digno de acercarte. Se lo diremos a Gamaliel para que seas castigado.

Jesús se vuelve y los mira, uno por uno.

-¿Por qué nos miras así, endemoniado?

-Para conocer bien vuestras caras y vuestros corazones. Porque no sólo mi apóstol os volverá a ver. Yo también, y entonces querré haberos conocido bien para poderos reconocer enseguida.

-Bien, ¿ya nos has visto? Márchate de aquí. Gamaliel, si estuviera, no lo permitiría.

-El año pasado he estado con él aquí...

-¡No es verdad, embustero!

-Preguntádselo. Como es una persona honesta, os dirá que es verdad. Yo amo y venero a Hil.lel, y respeto y honro a Gamaliel. Son dos hombres en los cuales, por su justicia y sabiduría, se pone de manifiesto el origen del hombre, recordando que el hombre ha sido hecho a semejanza de Dios.

-¿En nosotros no, eh? - interrumpen los energúmenos.

-En vosotros está entenebrecido por los intereses y el odio.

-¿Pero lo estáis oyendo? ¡En casa ajena así habla y ofende! ¡Fuera! ¡Fuera de aquí, corruptor de los mejores de Israel! Si no, echamos mano a las piedras. Que aquí no está Roma para protegerte, amigo de contubernios con el enemigo pagano...

-¿Por qué me odiáis? ¿Por qué me perseguís? ¿Qué mal os he hecho? Algunos de vosotros han recibido beneficios de mí; todos, respeto. ¿Por qué, pues, sois crueles conmigo?

Jesús se muestra humilde, manso, afligido y amoroso. Les suplica su amor.

Ellos toman esto como signo de debilidad y miedo, y acosan: la primera piedra vuela, y roza a Santiago de Zebedeo. Éste, rápido, hace el gesto de reaccionar lanzándola a los agresores. Mientras, todos se apiñan en torno a Jesús. Pero son doce contra aproximadamente un centenar. Otra piedra le da a Jesús en la mano, que está ordenando a los suyos que no reaccionen. La mano, herida en el dorso, sangra: parece ya la herida del clavo...

Entonces Jesús ya no ora. Se yergue, imponente; los mira, los fulmina con sus miradas. Pero otra piedra hace sangrar a Santiago de Alfeo en la sien. Jesús debe paralizar cualquier otro acto con su poder, para defender a sus apóstoles, los cuales, obedientes, sufren la apedrea sin reaccionar. Y cuando la voluntad de Jesús domina a los viles, Él - su imponencia es terrible- dice con voz de trueno:

-Me voy. Pero sabed que, por lo que hacéis, Hil.lel os habría maldecido. Me voy. Pero recordad que ni siquiera el mar Rojo detuvo a los israelitas en el camino que Dios les había señalado. Todo se allanó y quedó abierto el camino ante la voluntad de Dios que pasaba. Y lo mismo para mí. De la misma forma que ni egipcios ni filisteos ni amorreos ni cananeos ni ningún otro pueblo detuvieron la marcha triunfal de Israel, así vosotros, que sois peores que ellos, tampoco detendréis mi camino ni mi misión: Israel. Recordad que fue cantado al pozo del agua por Dios dada: "Mana, pozo, pozo cavado por los príncipes, preparado por los jefes del pueblo, con el dador de la Ley, con los propios bastones". ¡Yo soy aquel Pozo! ¡Aquel Pozo soy Yo! Cavado desde los Cielos por todas las oraciones y la justicia de los verdaderos príncipes y jefes del Pueblo santo, que no sois vosotros. No. No lo sois. Por vosotros jamás el Mesías habría venido, porque no os lo merecéis. Porque su venida es vuestra ruina. Porque el Altísimo conoce todos los pensamientos de los hombres, y los conoce desde siempre, desde antes de que existiera Caín, del cual procedéis, y Abel, al que asemejo; desde antes de Noé, figura mía; antes que Moisés, que fue el primero en usar mi símbolo; desde antes de que existiera Balaam, que profetizó la Estrella, e Isaías, y todos los profetas. Y conoce los vuestros, Dios, y le horrorizan. Siempre le han horrorizado, de la misma forma que siempre ha exultado por los justos por quienes justo era enviarme, y que verdaderamente, ¡oh, sí, verdaderamente!, me han aspirado desde las profundidades de los Cielos para portar el Agua viva para la sed de los hombres. Yo soy la Fuente de Vida eterna. Pero vosotros no queréis beber. Y moriréis.

Y pasa lentamente por entre los paralizados rabíes y alumnos, y sigue su camino, lento, solemne, en un silencio atónito de hombres y cosas.

## 341

## La mano herida de Jesús. Curación de un sordomudo en los confines sirofenicios.

No sé dónde han pernoctado los peregrinos. Sé que es de nuevo por la mañana, que están en camino, por lugares montañosos como antes, que Jesús tiene vendada la mano y Santiago de Alfeo la frente, que Andrés cojea bastante y Santiago de Zebedeo no lleva el talego (lo ha cogido su hermano Juan).

Jesús ha preguntado dos veces:

-¿Puedes seguir andando, Andrés?

-Sí, Maestro. Camino mal por el vendaje. Pero el dolor no es fuerte.

Y la segunda vez añade:

-¿Y tu mano, Maestro?

-Una mano no es una pierna. Está en descanso y duele poco.

-¡Mmm! Poco no creo, tan hinchada como está y tan abierta, hasta el hueso... El aceite hace bien. Pero quizás hubiera sido mejor si de ese ungüento de tu Madre le hubiéramos pedido un poco a...

-A mi Madre. Tienes razón - dice rápidamente Jesús, sintiendo lo que está para salir de los labios de Pedro, el cual, confuso, se pone colorado y mira con mirada desolada a su Jesús; tan desolada, que Él sonríe y apoya la mano, precisamente la herida, encima del hombro de Pedro, para arrimársele a sí.

-Te hará daño estar así.

-No. Simón. Tú me quieres y tu amor es un magnífico aceite saludable.

-¡Oh, entonces, si es por eso, ya deberías estar curado! Hemos sufrido todos de verte tratado de ese modo, y hay quien ha llorado.

Pedro mira a Juan y a Andrés...

-Aceite y agua son buena medicina, pero el llanto de amor y piedad es más potente que cualquier otra cosa. ¿Veis? Estoy mucho más alegre hoy que ayer. Porque hoy sé cuán obedientes sois y cuánto me queréis. Todos - y Jesús los mira con su mirada dulce, en cuya ya habitual tristeza hay una tenue luz de alegría esta mañana.

¯Pero qué hienas, ¡eh! ¡Jamás he visto un odio como ése! - dice Judas de Alfeo. -Debían ser todos judíos.

-No, hermano. La región no tiene nada que ver. El odio es igual en todos los sitios. Recuerda que en Nazaret, hace meses, fui expulsado y me querían apedrear. ¿No te acuerdas? - dice sereno Jesús (y ello sirve de consuelo de las palabras de Judas Tadeo para los que son judíos).

Tanto consuelo, que el Iscariote dice:

-¡Ah, pero esto lo voy a decir! ¡Vaya que si lo voy a decir! No estábamos haciendo nada malo No hemos reaccionado. Y Él ha hablado lleno de amor al principio. Han empezado a pedradas con nosotros, como si fuéramos serpientes. Lo voy a decir.

-¿Y a quién se lo vas a decir, si están todos contra nosotros?

-Yo sé a quién decírselo. De momento, en cuanto vea a Esteban y a Hermas se lo digo. Lo sabrá enseguida Gamaliel. Pero para Pascua se lo digo a quien yo me sé. Voy a decir: "No es justo actuar así. Con vuestro furor sois ilegales. Vosotros sois culpables, no Él"

-Mejor sería que no te acercaras mucho a esos "señores"!... Tengo la impresión de que para ellos tú también eres culpable - aconseja sabiamente Felipe.

-Es verdad. Mejor es que no vuelva a tener nunca contacto con ellos. Sí. Es mejor. Pero a Esteban sí se lo digo. Es bueno y no envenena...

-¡Déjalo, hombre, Judas! No harías mejorar nada. Yo he perdonado. No pensemos más en ello - dice sereno y persuasivo Jesús.

Dos veces que encuentran riachuelos, tanto Andrés como los dos Santiagos se mojan las vendas que cubren sus contusiones. Jesús no. Prosigue tranquilo, como si no sintiera dolor.

Y, sin embargo, el dolor debe ser notable, si, cuando se detienen para comer, debe pedir a Andrés que le parta el pan; si, cuando se le desata una sandalia, debe rogar a Mateo que se la ate de nuevo; si, sobre todo, al bajar por un atajo con fuerte declive, y yendo a chocar contra un tronco porque su pie ha resbalado, no puede reprimir un quejido; si se le pone otra vez roja de sangre la venda (tanto que, en la primera casa de un pueblo, al que llegan hacia el crepúsculo, se detienen y piden agua y aceite para medicarle la mano, la cual, quitadas las vendas, aparece muy hinchada y de un color aturquesado en el dorso, con la herida rojiza en el centro).

Mientras esperan a que la mujer de la casa llegue con lo que han pedido, se arriman todos a la mano herida para observarla, y hacen sus respectivos comentarios. Pero Juan se retira un poco más allá para esconder su llanto.

Jesús lo llama:

-Ven aquí. No es una cosa grave. No llores.

-Lo sé. Si lo tuviera yo, no lloraría. Pero lo tienes Tú; y no dices todo el daño que te hace esta amada mano, que no ha dañado nunca a nadie - responde Juan. Jesús le ha dejado la mano relajada. Juan la acaricia dulcemente, en la punta de los dedos, en la muñeca, todo alrededor de la moradura, y la vuelve con dulzura, para besar su palma y apoyar su mejilla en el cuenco de la mano, y dice: «Está ardiendo... ¡Cuánto te debe doler! - y lágrimas de piedad caen sobre ella.

La mujer trae el agua y el aceite. Con un pedazo de tela, Juan quiere limpiar la mano manchada de sangre; con delicadeza, hace circular agua tibia sobre la parte herida; luego la unge, la venda con unas tiras limpias de tela, y en el lazo pone un beso. Jesús le coloca la otra mano en la cabeza, que tiene agachada.

La mujer pregunta:

-¿Es tu hermano?

-No. Es mi Maestro, nuestro Maestro.

La mujer sigue preguntando, esta vez a los otros:

-¿De dónde venís?

Del Mar de Galilea. ¡Lejos! ¿Para qué?

Para predicar la Salud.

-Es casi de noche. Quedaos en mi casa. Casa de pobres, pero de gente honrada. Puedo daros leche en cuanto vuelvan mis hijos con las ovejas. Mi marido os acogerá con gusto.

-Gracias, mujer. Si el Maestro quiere, nos quedamos aquí.

La mujer va a sus labores mientras los apóstoles le preguntan a Jesús qué deben hacer.

-Sí. Bien. Mañana vamos a ir a Quedes y luego hacia Panéade. He reflexionado, Bartolomé. Conviene hacer como dices. Me has dado un buen consejo. Espero encontrar así a otros discípulos y enviarlos delante de mí a Cafarnaúm. Sé que a estas alturas ya deben haber estado algunos discípulos en Quedes, entre los cuales los tres pastores libaneses.

Vuelve la mujer y pregunta:

-¿Entonces?

-Sí, buena mujer. Pasamos aquí esta noche.

-Y cenáis. Aceptadlo. No me pesa. Y, además, algunos, que son discípulos de ese Jesús de Galilea, al que llaman Mesías, que hace tantos milagros y predica el Reino de Dios, nos han enseñado la misericordia. Pero El no ha venido nunca aquí. Quizás

porque estamos en los confines sirofenicios. Pero sí han venido sus discípulos. Y ya es mucho. Para Pascua, los del pueblo queremos ir todos a Judea para ver si vemos a este Jesús. Porque tenemos enfermos y los discípulos han curado a algunos, pero a otros no. Y entre éstos está un hijo, joven, de un hermano de la mujer de mi cuñado.

-¿Qué le pasa? - pregunta Jesús sonriendo.

-Es... No habla y no oye. Nació así. Quizás un demonio entró en el vientre de la madre para hacerla desesperarse y sufrir. Pero es bueno. Un endemoniado no sería así. Los discípulos han dicho que para él es necesario Jesús de Nazaret, porque debe faltarle algo, y sólo este Jesús... ¡Ah, aquí están mis hijos y mi marido! Melquías, he acogido a estos peregrinos en nombre del Señor. Estaba hablando de Leví... Sara, ve pronto a ordeñar la leche, y tú, Samuel, baja a la gruta por aceite y vino, y trae manzanas del desván. Date prisa, Sara; preparamos las camas en las habitaciones altas.

-No te afanes, mujer. Estaremos bien en cualquier sitio. ¿Podría ver al hombre de que hablabas?

-Sí... Pero... ¡Oh! ¡Señor! ¿No serás Tú el Nazareno?

-Soy Yo.

La mujer cae de rodillas, y grita:

-¡Melquías, Sara, Samuel! ¡Venid a adorar al Mesías! ¡Qué gran día! ¡Qué gran día! ¡Y yo lo tengo en mi casa! ¡Y estaba hablando con Él, así! ¡Y le he traído el agua para lavar la herida!... ¡Oh!... - se ahoga de emoción. Y corre a donde el barreño. Lo ve vacío: « ¿Por qué habéis tirado esa agua? ¡Era santa! ¡Melquías! ¡El Mesías en nuestra casa!

-Sí. Pero tranquilízate, mujer. Y no se lo digas a nadie. Más bien, ve por el sordomudo y tráemelo... - dice Jesús sonriendo...

...Y pronto regresa Melquías con el joven sordomudo, los parientes de él y medio pueblo al menos... La madre del infeliz adora a Jesús y le suplica.

-Sí, será como tú quieres.

Toma de la mano al sordomudo, le separa un poco de la masa de personas que se apiña, mientras los apóstoles, por compasión hacia la mano herida, luchan por mantener a la gente separada. Jesús arrima a sí bien al sordomudo; le pone los índices en las orejas y la lengua en los entreabiertos labios; luego, alzando los ojos al cielo ya algo oscurecido, expele su aliento sobre el rostro del sordomudo y grita fuertemente: «¡Abríos!» y lo suelta.

El joven lo mira por un momento, mientras la gente cuchichea.

Es sorprendente el cambio de la cara del sordomudo: primero apática y triste, ahora sorprendida y sonriente. Se lleva las manos a las orejas. Aprieta y suelta... Se convence de que realmente oye... Abre a boca y dice:

-¡Mamá! ¡Oigo! ¡Oh, Señor, yo te adoro!

Se apodera de la gente el entusiasmo habitual; mucho más todavía, porque se preguntan:

-¿Y cómo puede saber hablar, si nunca, desde que nació, oyó palabra alguna? ¡Un milagro en el milagro! Le ha soltado el habla y al mismo tiempo le ha enseñado a hablar. ¡Viva Jesús de Nazaret! ¡Hosanna al Santo, al Mesías!

Y se apiñan contra Él, que levanta su mano herida para bendecir, mientras algunas personas, informadas por la mujer de la casa, se mojan la cara y los miembros con las gotas de agua que habían quedado en el barreño.

Jesús los ve y grita:

-Por vuestra fe, quedad todos curados. Id a vuestras casas. Sed buenos, honestos. Creed en la palabra del Evangelio. Y conservad para vosotros lo que sabéis, hasta que llegue la hora de proclamarlo en las plazas y por los caminos de la tierra. Mi paz sea con vosotros.

Y entra en la amplia cocina, donde resplandece el fuego y tiemblan las luces de dos lámparas.

## 342

## En Quedes. Los fariseos piden un signo. La profecía de Habacuc.

La ciudad de Quedes está situada en un montecillo, separado un poco de una larga cadena que va de norte a sur, dispuesta a oriente respecto a aquél; a occidente, una cadena de colinas, casi paralelas, que se orienta igualmente de norte a sur: dos líneas paralelas, que, sin embargo, se estrechan y forman casi un esbozo de X. En el punto más estrecho, y más apoyado en la cadena oriental que en la occidental está el otero en cuyas pendientes se sitúa Quedes: extendida desde la cima a las laderas, más bien poco inclinadas, dominando el valle fresco y verde, muy estrecho al sur, más amplio al oeste.

Es una bonita ciudad rodeada de muros, con casas bonitas y una imponente sinagoga; como imponente es la fuente, con sus muchas bocas que dejan caer agua fresca y abundante en la pila de debajo de la cual salen unos canalillos destinados a alimentar otras fuentes, quizás, o jardines... no sé.

Jesús entra en esta ciudad en día de mercado. Su mano ya no está vendada, pero tiene todavía una costra oscura y un amplio hematoma en el dorso. También Santiago de Alfeo tiene una pequeña costra, de color entre rojo y marrón, en la sien, y, todo alrededor, una amplia moradura. Andrés y Santiago de Zebedeo, menos heridos, ya no muestran señales de la pasada aventura. Y caminan ligero, mirando a todas partes, especialmente a los lados y hacia atrás, porque están escalonados, delante, detrás y al lado de Jesús. Tengo la impresión de que se hayan detenido dos o tres días en el lugar descrito ayer, o en sus cercanías, quizás para descansar, o para distanciar a los rabíes, temiendo que hubieran ido a las ciudades principales con la esperanza de cogerlos en renuncio y dañarlos más todavía. Al menos esto hace pensar lo que dicen.

-¡Pero ésta es una ciudad de refugio! - dice Andrés.

-¡Sí, vaya, precisamente ellos van a respetar el amparo y la santidad de un lugar! ¡Pero qué ingenuo eres, hermano! - le responde Pedro.

Jesús va entre los dos Judas. Delante de Él, en vanguardia, Santiago y Juan, y luego el otro Santiago con Felipe y Mateo. Detrás de Él, Pedro, Andrés y Tomás. Los últimos, Simón Zelote y Bartolomé.

Todo va bien hasta la entrada en una bonita plaza (la de la taza de la fuente y la sinagoga) en que se aglomera la gente que trata de negocios. El mercado, no obstante, está más abajo y en el suroeste de la ciudad, donde desembocan la vía principal que viene del sur y la otra, la que ha recorrido Jesús, que viene del oeste (ambas confluyen en ángulo recto y se funden en una sola, que penetra por la puerta de la ciudad hasta transformarse en una vasta plaza oblonga, en que hay asnos y esteras, vendedores, compradores, y el consabido jaleo...

Pero cuando llegan a esta plaza más bonita - el corazón de la ciudad, creo, no tanto porque equidiste del contorno de los muros, cuanto porque la vida espiritual y comercial de Quedes late aquí (parece decirlo también su posición elevada respecto a la mayor parte del pueblo, posición dominadora, fácil para la defensa, como una ciudadela) - cuando llegan a esta plaza, empiezan las dificultades. Junto al portón amplio y bello de esculturas y frisos de la rica sinagoga, hay un grupo numeroso de fariseos y saduceos, grupo de perros gruñidores a la espera de saltarle encima a un inerme cachorro, o, mejor, grupo de perros rastreros al acecho de la caza, cuyo olor han sentido ya en el viento; grupo mezclado - como elemento excitante - con un grupito de rabíes ya vistos en Yiscala, entre los cuales aquél llamado Uziel. Y, enseguida, unos a otros se hacen señas indicando a Jesús y a los apóstoles.

-¡Vaya, Señor! ¡Están también aquí! - dice asustado Juan volviéndose hacia atrás a hablar con Jesús.

-No temas. Sigue adelante seguro. De todas formas, los que no se sientan dispuestos a hacer frente a esos desdichados que se retiren y se vayan a la posada. Quiero, por encima de todo, hablar aquí, antigua ciudad levítica y de refugio.

Protestan todos:

-Maestro, ¿cómo puedes pensar que te vamos a dejar solo?!Que nos maten a todos, si quieren!. Nosotros compartiremos tu suerte.

Jesús pasa por delante del grupo enemigo y va a colocarse contra la tapia de un jardín, por encima de la cual llueven los cándidos pétalos de un peral en flor: la tapia oscura y la nube cándida son marco y corona de Cristo, que tiene enfrente a sus doce.

Jesús empieza a hablar, y su bonita voz entonada, que dice:

-¡Vosotros, aquí reunidos, venid a escuchar la Buena Nueva, porque más útil que los negocios y las monedas es la conquista del Reino de los Cielos! - llena la plaza y hace volverse a quienes están en ella.

-¡Oh, pero si ése es el Rabí galileo! - dice uno. Venid. Vamos a oír lo que dice. Quizás hace algún milagro.

Y otro:

-Yo, en Bet Yinna, le vi hacer uno. ¡Y qué bien habla! No como esos gavilanes rapaces y esas serpientes astutas.

Pronto mucha gente circunda a Jesús. Y Él prosigue para esta gente atenta:

-En el corazón de esta ciudad levítica no quiero recordar la Ley. Sé que la tenéis presente en vuestros corazones como en pocas ciudades de Israel, y lo demuestra incluso el orden que en ella he encontrado, la honestidad de que me han dado prueba los comerciantes a quienes he comprado el alimento para mí y mi pequeño rebaño, y esta sinagoga, ornamentada como conviene al lugar donde se honra a Dios. Mas, dentro de vosotros hay también un lugar donde se honra a Dios, un lugar donde residen las aspiraciones más santas y resuenan las palabras más dulcemente esperanzadoras de nuestra fe y las oraciones más ardientes para que la esperanza se haga realidad: el alma: éste es el lugar santo e individual, donde se habla de Dios y con Dios en espera de que la Promesa se cumpla. Pero la Promesa se ha cumplido ya. Israel tiene su Mesías, y Él os trae la palabra y la certeza de que el tiempo de la Gracia ha llegado, de que la Redención está próxima, de que el Salvador está en medio de vosotros, de que el invicto Reino de Dios comienza.

¡Cuántas veces habréis oído la lectura de Habacuc! Y los más meditativos de vosotros habrán susurrado: "Yo también puedo decir “¡Hasta cuándo, Señor, tendré que gritar sin que me prestes oídos?" Desde siglos Israel gime así. Mas ahora el Salvador ha venido. El gran hurto, el perpetuo apuro, el desorden y la injusticia causado por Satanás, están a punto de caer, porque el Enviado por Dios está para reintegrar al hombre en lo que es su dignidad de hijo de Dios y coheredero del Reino de Dios. Miremos la profecía de Habacuc con ojos nuevos, y sentiremos que da testimonio de mí, que habla ya el lenguaje de la Buena Nueva que Yo traigo a los hijos de Israel.

Mas aquí soy Yo quien debe expresar un lamento: "Se ha verificado el juicio, y, no obstante, la oposición triunfa". Y lo expreso con profundo dolor. No tanto por mí, que estoy por encima del parecer humano, cuanto por aquellos que, por ser adversarios, se condenan, y por los que se extravían por causa de los adversarios. ¿Os asombra lo que digo? Entre vosotros hay mercaderes de otros lugares de Israel. Ellos os pueden decir que no miento. No miento con una vida contraria a lo que enseño o no haciendo lo que del Salvador se espera. No miento cuando digo que la oposición humana se yergue contra el juicio de Dios, que me ha enviado, y contra el juicio de las gentes humildes y sinceras, que me han oído y juzgado rectamente en lo que soy.

Algunos de la multitud comentan:

-¡Es verdad! ¡Es verdad! Nosotros, del pueblo, lo estimamos, y sentimos que es santo. Pero aquéllos (y señalan a los fariseos y compañeros) lo hostigan.

Jesús prosigue:

-En aras de esta oposición se lacera la Ley, y cada vez será más maltratada, hasta llegar incluso a abolirla, con tal de cometer la suprema injusticia, la cual, no obstante, no durará mucho. Bienaventurados los que en la breve y espantosa espera, cuando parezca que la oposición haya triunfado contra mí, sepan seguir creyendo en Jesús de Nazaret, en el Hijo de Dios, en el Hijo del hombre, anunciado por los profetas: Yo podría cumplir el juicio de Dios con toda extensión, salvando a todos los hijos de Israel. Mas no podré hacerlo, porque el impío triunfará contra sí mismo, *contra la parte mejor de sí mismo,* y, de la misma forma que pisotea mis derechos y a mis fieles, pisoteará los derechos de su espíritu, que tiene necesidad de mí para ser salvado y que es entregado a Satanás con tal de negármelo a mí.

Los fariseos murmuran turbulentos. Pero un anciano de majestuoso porte hace ya un rato que se ha acercado al lugar donde está Jesús, y ahora, durante un momento de pausa del discurso, dice:

-Entra en la sinagoga, te lo ruego; enseña en ella. Nadie tiene más derecho que Tú a hacerlo. Soy Matías, el jefe de la sinagoga. Ven, que la Palabra de Dios habite mi casa como mora en tu boca.

-Gracias, justo de Israel. La paz sea siempre contigo.

Y Jesús, a través de la muchedumbre, que se abre como una ola para dejarlo pasar, y luego se cierra formando estela y lo sigue, cruza de nuevo la plaza y entra en la sinagoga, pasando otra vez por delante de los fariseos gruñidores, que entran también en la sinagoga, tratando de abrirse paso violentamente. Pero la gente los mira con cara de pocos amigos y dice:

-¿De dónde venís? Id a vuestras sinagogas y esperad allí al Rabí. Ésta es nuestra casa y entramos nosotros.

Y rabíes, saduceos y fariseos, tienen que soportar quedarse humildemente a la puerta para no ser expulsados por los habitantes de Quedes.

Jesús está en su sitio. Tiene cerca al arquisinagogo y a otros de la sinagoga, no sé si hijos o coadyutores. Reanuda su discurso:

-Habacuc dice - ¡y con qué amor os invita a observar! -: "Extended vuestra mirada sobre las naciones, y observad, maravillaos, asombraos, porque en vuestros días ha sucedido una cosa que nadie creerá cuando se la cuenten". También ahora tenemos enemigos materiales en Israel. Pero dejad pasar este pequeño detalle de la profecía y miremos solamente al gran vaticinio enteramente espiritual que contiene. Porque las profecías, aunque parecen tener una referencia material, su contenido es siempre espiritual. La cosa, pues, que ha sucedido - y es tal, que nadie podrá aceptarla si no está convencido de la infinita bondad del verdadero Dios - es que Él ha mandado a su Verbo para salvar y redimir al mundo. Dios que se separa de Dios *(María Valtorta explica en una copia mecanografiada la expresión Dios que se separa de Dios con la siguiente nota: Aun siendo todavía "una cosa" con el Padre, el Verbo ya no estaba en el Padre como antes de la Encarnación. La nota puede valer también para otras afirmaciones análogas)* para salvar a la criatura culpable. Pues bien, Yo he sido mandado a esto. Y ninguna fuerza del mundo podrá detener mi ímpetu de Triunfador sobre reyes y tiranos, sobre pecados y necedades. Venceré porque soy el Triunfador.

Una carcajada burlona y un grito se dejan oír desde el fondo de la sinagoga. La gente protesta. El jefe de la sinagoga, que está tan concentrado en escuchar a Jesús que tiene incluso los ojos cerrados se pone de pie e impone silencio, amenazando con la expulsión a los perturbadores.

-No te opongas a ellos; es más, invítalos a que expongan sus divergencias - dice Jesús en voz alta.

-¡Bien! ¡Esto esta bien! Déjanos acercarnos a ti, que queremos hacerte unas preguntas - gritan en tono irónico los objetores.

-Venid. Dejadlos pasar, vosotros de Quedes.

Y la gente, con miradas hostiles y caras disgustadas - y no falta algún que otro epíteto - los deja ir adelante.

-¿Qué queréis saber? - pregunta Jesús en tono severo.

-¿Tú, entonces, dices que eres el Mesías? ¿Estás verdaderamente seguro de ello?

Jesús, cruzados los brazos, mira con tal autoridad al que ha hablado, que a éste se le cae de golpe la ironía y cierra la boca.

Pero otro toma la palabra en su lugar y dice:

-No puedes pretender que se te crea por tu palabra. Cualquiera puede mentir, incluso con buena intención. Para creer se necesitan pruebas. Danos, pues pruebas de que eres eso que dices ser.

-Israel está lleno de mis pruebas - dice secamente Jesús.

-¡Ah! ¡Esas!... Pequeñas cosas que cualquier santo puede hacer ¡Han sido hechas y serán hechas en el futuro por los justos de Israel! - dice un fariseo.

Otro añade:

-¡Y no se da por sentado que Tú las hagas por santidad y ayuda de Dios! Se dice, y verdaderamente es muy verosímil, que cuentas con la ayuda de Satanás. Queremos otras pruebas. Superiores, cuales Satanás no pueda dar.

-¡Sí, hombre, una victoria sobre la muerte!... - dice otro.

-Ya la habéis visto.

-Eran apariencias de muerte. Muéstranos a uno ya descompuesto que se reanime y recomponga, por ejemplo, para tener la seguridad de que Dios está contigo. Dios: el único que puede dar de nuevo respiro al fango que ya se vuelve polvo.

-Nunca fue pedido esto a los Profetas para creer en ellos.

Un saduceo grita:

-¡Tú eres más que un profeta. ¡Tú, al menos Tú lo dices, eres el Hijo de Dios!... ¡Ja! ja! ¿Por qué, entonces, no actúas como Dios? ¡Ánimo, pues! ¡Danos una señal! ¡Una señal!

-¡Sí, eso! Una señal del Cielo que diga que eres Hijo de Dios. Entonces te adoraremos - grita un fariseo.

-¡Sí! ¡Eso es, Simón! No queremos caer de nuevo en el pecado de Aarón. No adoramos al ídolo, al becerro de oro, ¡pero podríamos adorar al Cordero de Dios! ¿No eres Tú? Si es que el Cielo nos indica que lo eres - dice el que tiene por nombre Uriel, que estaba en Yiscala, y ríe sarcásticamente.

Interviene otro, a voces:

-Déjame hablar a mí, a Sadoq, el escriba de oro. ¡Óyeme, oh Cristo! Demasiados te han precedido, que no eran cristos. Basta ya de engaños. Una señal de que lo eres. Dios, si está contigo, no te lo puede negar. Y nosotros creeremos en ti y te ayudaremos. Si no, ya sabes lo que te espera, según el Mandamiento de Dios.

Jesús alza la diestra herida y la muestra bien a su interlocutor.

-¿Ves esta señal? La has hecho tú. Has indicado otra señal. Te alegrarás cuando la veas abierta en la carne del Cordero. ¡Mírala! ¿La ves? La verás también en el Cielo, cuando te presentes a rendir cuentas de tu modo de vivir. *Porque Yo te he de juzgar,* y estaré allí arriba con mi Cuerpo glorificado, con las señales de mi ministerio y del vuestro, de mi amor y de vuestro odio. Y tú también la verás, Uriel, y tú, Simón, y la verán Caifás y Anás, y otros muchos, en el último Día, día de ira, día tremendo, y por ello preferiréis estar en el abismo, porque mi señal abierta en la mano herida os asaeteará más que los fuegos del Infierno.

-¡Eso son palabras y blasfemias! ¿Tú en el Cielo con el cuerpo? ¡Blasfemo! ¿Tú juez en lugar de Dios? ¡Anatema seas! ¡Insultas al Pontífice! Merecerías la lapidación - gritan en coro fariseos, saduceos y doctores.

El jefe de la sinagoga se pone de nuevo en pie, patriarcal, con su espléndida canicie como un Moisés, y grita:

-Quedes es ciudad de refugio y levítica. Tened respeto...

-¡Viejas historias! ¡Ya no cuentan!

-¡Oh, lenguas blasfemas! Vosotros sois los pecadores, no Él, y yo lo defiendo. No dice nada malo. Explica los Profetas. Nos trae la Promesa Buena. Y vosotros lo interrumpís, lo tentáis, lo ofendéis. No lo permito. Él está bajo la protección del viejo Matías, de la estirpe de Leví por parte de padre y de Aarón por parte de madre. Salid y dejad que ilumine con su doctrina mi vejez y la madurez de mis hijos.

Y, mientras, tiene su anciana, rugosa mano puesta en el antebrazo de Jesús, como defendiendo.

-¡Que nos dé una señal verdadera y nos iremos convencidos!- gritan los enemigos.

-No te inquietes, Matías. Hablo Yo - dice Jesús calmando al arquisinagogo. Y, dirigiéndose a los fariseos, saduceos y doctores, dice:

-A1 atardecer examináis el cielo, y si, en llegando el ocaso, está rojizo, sentenciáis en virtud de un viejo proverbio: "Mañana hará buen tiempo, porque el ocaso pone rojo el cielo". Lo mismo al alba, cuando en el aire pesado de niebla y vaho el sol no se anuncia áureo, sino que parece esparcir sangre por el firmamento, decís: "No pasará este día sin que haya tormenta". Sabéis, pues, leer el futuro del día a partir de los signos inestables del cielo y de los aún más volubles de los vientos. ¿Y no alcanzáis a distinguir los signos de los tiempos? Esto no honra ni vuestra mente ni vuestra ciencia, y completamente deshonra vuestro espíritu y vuestra presunta sabiduría. Sois de una generación malvada y adúltera, nacida en Israel de la unión de quien fornicó con el Mal. Vosotros sois sus herederos, y aumentáis vuestra maldad y vuestro adulterio repitiendo el pecado de los padres de este desmán. Pues bien, sabedlo, tú, Matías, vosotros, habitantes de Quedes, y todos los presentes, fieles o enemigos: Esta es la profecía que digo, profecía mía, en vez de la que quería explicar de Habacuc: a esta generación malvada y adúltera, que pide una señal, no le será dada sino la de Jonás... Vamos. La paz sea con los buenos de voluntad.

Y, por una puerta lateral, que da a una calle silenciosa situada entre huertos y casas, se aleja con sus apóstoles.

Pero los de Quedes no se dan por vencidos. Algunos lo siguen, y, al ver que ha entrado en una pequeña posada de los arrabales orientales del pueblo, lo comunican al arquisinagogo y a los conciudadanos; de forma que no ha terminado de comer todavía Jesús y ya el patio soleado de la posada está abarrotado de gente, y el anciano arquisinagogo de Quedes se asoma a la puerta de la habitación donde está Jesús y se inclina implorando:

-Maestro, en nosotros ha quedado todavía el deseo de tu palabra. ¡Era tan hermosa, explicada por ti la profecía de Habacuc! ¿Porque haya quien te odia, deberán quedarse sin conocerte los que te aman y creen en tu verdad?

-No, padre. No sería justicia castigar a los buenos por causa de los malos. Oíd entonces...- (y Jesús deja de comer para asomarse a la puerta y hablar a los que están aglomerados en el patio sereno).

-En las palabras de vuestro arquisinagogo se oye un eco de las de Habacuc. Él, en nombre propio y vuestro, confiesa y profesa que Yo soy la Verdad. Habacuc confiesa y profesa: "Desde el principio Tú eres, y estás con nosotros y no moriremos". Y así será. No perecerá quien cree en mí. Me pinta el Profeta como Aquel que ha sido establecido por Dios para juzgar, como Aquel al que Dios ha hecho fuerte para castigar, como Aquel cuyos ojos son demasiado puros como para ver el mal, y que no podrá soportar la iniquidad. Pero, si bien es verdad que el pecado me repugna, podéis ver que abro los brazos a los que están arrepentidos de su pecar, porque soy el Salvador. Por esto vuelvo la mirada también hacia el culpable e invito al impío a arrepentirse...

¡Oh, vosotros de Quedes, ciudad levítica, ciudad santificada por el edicto de la caridad para el culpable de un delito - y todo hombre tiene delitos hacia Dios, hacia su alma, hacia su prójimo -, venid, pues, a mí, Refugio de los pecadores! Aquí, en mi amor, ni siquiera el anatema de Dios podría alcanzaros, porque mi mirada suplicante en favor de vosotros transforma el anatema de Dios en bendición de perdón.

¡Escuchad, escuchad! Escribid en vuestros corazones esta promesa, como Habacuc escribió su profecía cierta en el rollo. Allí se lee: "Si tarda, esperadlo, porque quien ha de venir vendrá sin tardanza". Pues bien, Aquel que había de venir ha venido: soy Yo.

"El incrédulo no tiene en sí un alma justa" dice el Profeta, y su palabra condena a los que me han tentado e insultado. No los condeno Yo. Los condena el Profeta que me vio anticipadamente y en mí creyó. El, de la misma forma que me describe a mí, al Triunfador, describe al hombre soberbio, diciendo que no tiene honor porque ha abierto su alma a la avidez y a la insaciabilidad, como ávido e insaciable es el infierno. Y amenaza: "¡Ay de aquel que acumula cosas que no son suyas y se echa encima denso fango!". Las malas acciones contra el Hijo del hombre son este fango; querer despojarle a Él de su santidad para que no haga sombra a la propia es avidez.

"¡Ay de aquel - dice el Profeta - que reúne en su casa los frutos de su perversa avaricia para colocar alto su nido, creyendo salvarse de las garras del mal!" Es deshonrarse y matar la propia alma.

"¡Ay de aquel que edifica una ciudad sobre la sangre y apresta castillos sobre la injusticia!". En verdad, demasiados en Israel consolidan sus ávidas fortalezas amasando con sus lágrimas y su sangre, y esperan hasta el final para obtener la más dura mezcla. ¿Pero, qué puede una fortaleza contra los dardos de Dios; qué, un puñado de hombres contra la justicia de todo el mundo, que gritará de horror por el sin par delito?

¡Qué bien lo expresa Habacuc!: "¿Para qué sirve la estatua?". Estatua idolátrica ha venido a ser la falsa santidad de Israel. Sólo el Señor mora en su Templo santo, sólo ante Él se inclinará la tierra adoradora y temblará atemorizada, mientras la señal prometida será dada, más de una vez, y el Templo verdadero en que Dios descansa subirá, glorioso, a decir en los Cielos: "¡Ha quedado cumplido!", de la misma forma que, con lágrimas, lo habrá manifestado a la tierra para limpiarla con su anuncio.

"¡Fiat!" dijo el Altísimo, y el mundo empezó a ser; "fiat" dirá el Redentor, y el mundo será redimido. Yo procuraré al mundo con qué ser redimido. Los redimidos serán aquellos que tengan la voluntad de serlo.

"Ahora alzaos. Vamos a decir la oración del Profeta... ¡Qué apropiado es pronunciarla en este tiempo de gracia!:

"He oído, Señor, tu anuncio, y he exultado." Ya no es tiempo de miedo, vosotros que creéis en el Mesías.

"Señor, tu obra está en medio de los años, hazla vivir a pesar de las insidias de los enemigos. En medio de los años la darás a conocer". Sí, cuando la edad sea perfecta, la obra quedará cumplida.

"Y en el enojo resplandecerá la misericordia", porque el enojo será sólo para aquellos que hayan echado redes y lazos y lanzado flechas al Cordero Salvador.

"Dios viene de la Luz al mundo." Yo soy la Luz que viene a traeros a Dios. Mi esplendor inundará la tierra brotando a raudales "donde los afilados cuernos" hayan desgarrado las Carnes de la Victima, última victoria "de la Muerte y de Satanás, que huirán, derrotados, ante el Viviente y el Santo".

¡Gloria al Señor! ¡Gloria al Hacedor! ¡Gloria al Dador del Sol y de los astros! ¡Al Artífice de los montes! ¡A1 Creador de los mares! ¡Gloria, infinita gloria al Bueno que quiso a Cristo para salvación de su pueblo, para redención del hombre!

Uníos, cantad conmigo, porque la Misericordia ha venido al mundo y se acerca el tiempo de la Paz. Aquel que tiende hacia vosotros sus manos os exhorta a creer en el Señor y a vivir en Él, porque se acerca el tiempo en que Israel será juzgado con verdad.

Paz a vosotros, aquí presentes, a vuestras familias, a vuestras casas.

Jesús traza un amplio gesto de bendición y hace ademán de retirarse.

Pero el jefe de la sinagoga suplica:

-Quédate más tiempo.

-No puedo, padre.

-A1 menos, envíanos aquí a tus discípulos.

-Los tendréis, sin duda. Adiós. Ve en paz.

Se quedan solos...

-Yo quisiera saber quién nos los ha enredado entre las piernas. Parecen nigromantes... - dice Pedro.

Judas Iscariote se adelanta, pálido; se arrodilla a los pies de Jesús:

-Maestro, yo soy el culpable. He hablado en aquel pueblo... con uno de ellos, que me hospedaba...

-¿Cómo? ¡Vaya, vaya, conque penitencia ¿eh? Tú eres...

-¡Silencio, Simón de Jonás! Tu hermano, sinceramente, se está excusando. Hónralo por esta humillación suya. No te angusties, Judas. Te perdono. Tú *sabes* que Yo perdono. Sé prudente otra vez... Y ahora vamos. Caminaremos mientras dure la luna. Tenemos que cruzar el río antes del amanecer. Vamos. Aquí detrás empieza el bosque. Perderán nuestras huellas tanto los buenos como los malos. Mañana estaremos en el camino de Paneas.

## 343

## La levadura de los fariseos. El Hijo del hombre. El primado a Simón Pedro.

La llanura costea el Jordán antes de que éste vierta sus aguas en lago de Merón. Un hermoso llano, en que, cada día que pasa, crecen más exuberantes los cereales y van enfloreciéndose los árboles frutales. Los montes, allende los cuales está Quedes, ahora quedan a espaldas de los peregrinos, que con frío andan ligeros bajo las primeras luces del día, mirando anhelantes al sol, que sube, y buscándolo, apenas su rayo toca los prados y acaricia el follaje. Deben haber dormido al raso, o como mucho en un pajar, porque los indumentos están arrugados y conservan algunas pajuelas y hojas secas, que ellos se van quitando según las van descubriendo con la luz más fuerte.

El río anuncia su presencia por su murmullo, que parece fuerte enmedio del silencio matutino del campo, y también por una densa hilera de árboles con hojas nuevas que tiemblan con la leve brisa de la mañana; pero todavía no se ve, porque fluye profundo en la rasa llanura. Cuando sus aguas azules, incrementadas por numerosos torrentillos que bajan de los montes occidentales, se ven brillar entre la hierba nueva de las márgenes, se está casi en la orilla.

-¿Seguimos la orilla hasta el puente, o pasamos el río por aquí? - preguntan a Jesús, que estaba solo, meditativo, y que se había parado a esperarlos.

-Mirad a ver si hay una barca para pasar. Es mejor atravesar por aquí...

-Sí. En el puente, que está justo en la vía para Cesárea Paneas, podríamos encontrar otra vez a algunos que hubieran seguido nuestra pista - observa Bartolomé, ceñudo, mirando a Judas.

-No. No me mires mal. Yo no sabía que íbamos a venir aquí, y no he dicho nada. Era fácil comprender que de Sefet Jesús iría a las tumbas de los rabíes y a Quedes. Pero jamás habría imaginado que quisiera llegarse hasta la capital de Filipo. Por tanto, ellos lo ign°ran. Y no nos los encontraremos por culpa mía, ni por su voluntad. A menos que no tengan como guía a Belcebú - dice tranquilo y humilde Judas Iscariote.

-Esto está bien. Porque con cierta gente... Hay que tener ojo y medir las palabras; no dejar indicios de nuestros proyectos. Tenemos que estar atentos a todo. Si no, nuestra evangelización se transformará en un huir permanente - replica Bartolomé.

Vuelven Juan y Andrés. Dicen:

-Hemos encontrado dos barcas Nos pasan a una dracma por barca. Vamos a bajar al borde.

Y en dos barquichuelas, en dos veces, pasan a la otra orilla. La llanura rasa y fértil los acoge también aquí. Una llanura fértil y, sin embargo, poco poblada. Sólo los campesinos que la cultivan tienen casa en ella.

-¡Mmm! ¿Cómo vamos a conseguir el pan? Yo tengo hambre. Y aquí... no tenemos ni siquiera las espigas filisteas... Hierba y hojas, hojas y flores. No soy ni una oveja ni una abeja - comenta Pedro a sus compañeros, los cuales sonríen ante la observación.

Judas Tadeo - que iba un poco más adelante - se vuelve y dice:

-Compraremos pan en el próximo pueblo.

-Siempre y cuando no nos hagan huir - termina Santiago de Zebedeo.

-Absteneos, vosotros que decís que hay que estar atentos a todo, de la levadura de los fariseos y saduceos; que creo que la estáis tomando sin reflexionar en lo que de malo hacéis. ¡Tened cuidado! ¡Guardaos! - dice Jesús.

Los apóstoles se miran unos a otros y cuchichean:

-¿Pero qué dice? Han sido aquella mujer del sordomudo y el posadero de Quedes los que nos han dado el pan. Y está todavía aquí; es el único que tenemos. Y no sabemos si podremos encontrar pan que comprar para nuestra hambre. ¿Cómo dice, entonces, que compramos a saduceos y fariseos pan con su levadura? Quizás no quiere que se compre en estos pueblos...

Jesús, que, todo solo, estaba de nuevo delante, se vuelve otra vez.

-¿Por qué tenéis miedo a quedaros sin pan para vuestra hambre? Aunque aquí todos fueran saduceos y fariseos, no os quedaríais sin comida por causa de mi consejo. No me refiero a la levadura del pan. Por tanto, podéis comprar donde os parezca el pan para vuestros vientres. Y, si nadie quisiera vendéroslo, igualmente no os quedaríais sin pan. ¿No os acordáis de los cinco panes con que comieron cinco mil personas? ¿No os acordáis que recogisteis doce cestas colmadas de los trozos sobrados? Podría hacer para vosotros, que sois doce y tenéis un pan, lo que hice para cinco mil con cinco panes. ¿No comprendéis a qué levadura aludo? A la que fermenta en el corazón de los fariseos, saduceos y doctores, contra mí. Eso es odio, es herejía. Y vosotros estáis yendo hacia el odio como si hubiera entrado en vosotros parte de la levadura farisaica. No debemos odiar ni siquiera a nuestro enemigo. No abráis siquiera una rendija a lo que no es Dios. Tras el primero entrarían otros elementos contrarios a Dios. Hay veces que, por excesivo deseo de combatir a los enemigos con las mismas armas, uno termina pereciendo o vencido. Y, una vez vencidos, podríais, por contacto, absorber sus doctrinas. No. Tened caridad y prudencia. No tenéis en vosotros todavía tanto como para poder combatir estas doctrinas, sin que ellas mismas os contaminen. Porque también vosotros tenéis algunos de sus elementos, de los cuales uno es el odio a ellos. Os digo más: podrían cambiar de método para seduciros y arrancaros de mí, usando con vosotros mil amabilidades, mostrándose arrepentidos, deseosos de hacer la paz. No debéis huir de ellos. Pero, cuando quieran daros sus doctrinas, habréis de saber no acogerlas. A esta levadura me refiero. Es la malevolencia que va contra el amor, y las falsas doctrinas. Os digo: sed prudentes.

-¿Esa señal que pedían los fariseos ayer tarde era "levadura" Maestro? - pregunta Tomás.

-Era levadura y veneno.

-Has hecho bien en no dársela.

-Pero se la daré un día.

-¿Cuándo? ¿Cuándo? - preguntan curiosos.

-Un día...

-¿Y qué señal es? ¿No nos lo dices ni siquiera a nosotros, tus apóstoles? Para poder reconocerla inmediatamente - pregunta, deseoso, Pedro.

-Vosotros no deberíais necesitar una señal.

-¡Bueno, no para poder creer en ti! No somos gente con muchos pensamientos. Tenemos uno sólo: amarte a ti - dice vehementemente Santiago de Zebedeo

-Pero, la gente - vosotros que tratáis con ella, así llanamente más que Yo, sin el sentido de temor que Yo puedo infundir - ¿quién dice que soy? ¿Y cómo define al Hijo del hombre?

-Hay quien dice que Tú eres Jesús, o sea, el Cristo, y son los mejores; los otros te consideran Profeta, otros sólo Rabí, y otros - ya lo sabes - un loco y un endemoniado.

-Pero hay alguno que usa para ti el mismo nombre que Tú te das y te llama: "Hijo del hombre".

-Y algunos dicen también que no puede ser eso, porque el Hijo del hombre es otra cosa muy distinta. Y esto no es siempre una cosa negativa, porque, en el fondo, admiten que eres más que el Hijo del hombre: eres el Hijo de Dios. Otros, sin embargo, dicen que Tú no eres siquiera el Hijo del hombre, sino un pobre hombre agitado por Satanás o a merced de la demencia. Como puedes ver, los pareceres son muchos y todos distintos - dice Bartolomé.

-¿Pero, para la gente, entonces, quién es el Hijo del hombre?

-Es un hombre que debe poseer todas las virtudes más hermosas del hombre, un hombre que reúna en sí todos los requisitos de la inteligencia, sabiduría, gracia, que pensamos que tenía Adán; y algunos, a estos requisitos, añaden el de no morir. Ya sabes que circula la voz de que Juan Bautista no ha muerto, sino solamente que ha sido transportado a otro lugar por los ángeles, y que Herodes, para no reconocerse vencido por Dios, y más todavía Herodías, han mostrado, como cadáver del Bautista, el cuerpo mutilado del siervo. ¡Bueno, la gente dice tantas cosas!... Por eso, hay muchos que piensan que el Hijo del hombre es o Jeremías, o Elías, o alguno de los Profetas, e incluso el mismo Bautista, que tenía sabiduría y gracia, y se decía el Precursor del Cristo. Cristo: el Ungido de Dios. El Hijo del hombre: un gran hombre nacido del hombre. Muchos no pueden

admitir, o no quieren admitirlo, que Dios haya podido enviar a su Hijo a la tierra. Tú ayer lo dijiste: "Creerán sólo los que están convencidos de la infinita bondad de Dios". Israel cree en el rigor de Dios más que en su bondad... - añade Bartolomé.

-Ya, claro. Se sienten, efectivamente, tan indignos, que juzgan imposible que Dios sea tan bueno como para mandar a su Verbo a salvarlos. El estado degradado de su alma les es obstáculo para creerlo - confirma el Zelote. Y añade: «Tú mismo dices que eres el Hijo de Dios y del hombre. En efecto, en ti mora toda gracia y sabiduría como hombre. Y yo pienso que, realmente, uno que hubiera nacido de un Adán en gracia se habría parecido a ti en belleza, inteligencia en todas las demás cualidades. Y en ti brilla Dios por la potencia. ¿Pero quiénes de los que se creen dioses y en su soberbia infinita miden a Dios con el patrón de sí mismos podrán creerlo? Ellos, los crueles, los que odian, los rapaces, los impuros, no pueden, claro, pensar que Dios haya extendido su dulzura hasta darse a sí mismo para redimirlos; su amor hasta salvarlos, su generosidad hasta entregarse a merced del hombre, su pureza hasta sacrificarse en medio de nosotros. No pueden, no, siendo como son tan inexorables y escrupulosos en buscar y castigar las culpas.

-¿Y vosotros quién decís que soy Yo? Decidlo por vuestro juicio, sin más; sin tener en cuenta ni mis palabras ni las de los demás. Si estuvierais obligados a dar un juicio sobre mí, ¿qué diríais que soy?

-¡Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo! - grita Pedro mientras se arrodilla con los brazos extendidos hacia arriba, hacia Jesús. Y Jesús lo mira con una faz toda luz y se agacha a levantarlo de nuevo para abrazarlo, y dice:

-¡Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás! Porque esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos. Desde el primer día que viniste a mí te hiciste esta pregunta, y, por ser sencillo y honesto, supiste comprender y aceptar la respuesta que te venía de los Cielos. No viste manifestaciones sobrenaturales, como tu hermano y Juan y Santiago. No conocías mi santidad de hijo, de obrero, de ciudadano, como Judas y Santiago, mis hermanos. No fuiste objeto de milagros ni los viste hacer, ni te di señal de poder, como hice y vieron en el caso de Felipe, Natanael, Simón Cananeo, Tomás, Judas. No fuiste subyugado por mi voluntad como en el caso de Leví el publicano. Y, no obstante, exclamaste: "¡El es el Cristo!"'. Desde la primera hora en que me viste, creíste, y nunca tu fe se ha tambaleado. Por eso te llamé Cefas. Y por esto, sobre ti, Piedra, edificaré mi Iglesia, y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos. Lo que atares en la tierra será atado en los Cielos; lo que desatares en la tierra será desatado en los Cielos. Sí, hombre fiel y prudente, cuyo corazón he podido pulsar. Y aquí, desde este momento, tú eres el jefe y se te debe obediencia y respeto como a otro Yo mismo. Esto le proclamo delante de todos vosotros.

Si Jesús hubiera aplastado a Pedro con una granizada de correcciones, el llanto de Pedro no habría sido tan alto. Llora todo convulso de sollozos, apoyada la cara en el pecho de Jesús. Un llanto que encuentra paralelo sólo en aquél, incontenible, de su dolor de haber renegado a Jesús. El de ahora está hecho de mil sentimientos humildes y buenos... Otro poco del antiguo Simón - el pescador de Betsaida que, ante el primer anuncio de su hermano, se había reído diciendo: « ¡El Mesías se te aparece a ti!... ¡Precisamente!» incrédulo y jocoso - un poco mucho del antiguo Simón se desmorona bajo ese llanto, para dejar aparecer, bajo la costra ahora más delgada de su humanidad, cada vez más claramente, al Pedro pontífice de la Iglesia de Cristo.

Cuando alza la cara, tímido, confuso, no sabe hacer sino un acto para decir *todo,* para prometer *todo,* para entregarse *todo* con renovada energía al nuevo ministerio: echar sus cortos y musculosos brazos al cuello de Jesús y obligarle a agacharse más para besarlo, mezclando sus cabellos y su barba, un poco híspidos y entrecanos, con los cabellos y la barba, suaves y dorados, de Jesús; y luego lo mira, con una mirada de adoración, amorosa, suplicante, de sus ojos un poco overos, brillantes y rojos de las lágrimas lloradas, mientras tiene entre sus manos callosas, anchas, rudas, cual si se tratara de un vaso del que fluyera licor vital, el rostro ascético del Maestro, inclinado hacia el suyo... y bebe, bebe, bebe dulzura y gracia, seguridad y fuerza, de ese rostro, de esos ojos, de esa sonrisa...

Se separan por fin y reanudan la marcha hacia Cesárea de Filipo. Jesús entonces dice a todos:

-Pedro ha dicho la verdad. Muchos la intuyen, vosotros la sabéis. Pero, por ahora, no digáis a nadie lo que es el Cristo, en la verdad completa de lo que sabéis. Dejad que Dios hable en los corazones como habla en el vuestro. En verdad os digo que quienes a mis afirmaciones o a las vuestras añaden la fe perfecta y el perfecto amor, llegan a saber el verdadero significado de las palabras `Jesús, el Cristo, el Verbo, el Hijo del hombre y de Dios".

## 344

## Encuentro con los discípulos en Cesárea de Filipo y explicación de la sedal de Jonás.

Debe ser una ciudad de reciente construcción, como Tiberíades y Ascalón. Dispuesta en plano inclinado, culmina en la maciza fortaleza erizada de torres. Está circundada por murallas ciclópeas, y defendida por profundos fosos que reciben parte del agua de dos riachuelos que, casi unidos antes formando un ángulo, se separan luego, para fluir uno por fuera de la ciudad, el otro por dentro. Y las bonitas calles, plazas, fuentes, el aire de moda romana en las construcciones dicen que también aquí el obsequio servil de los Tetrarcas, pisoteando todo respeto por las costumbres de la Patria, se ha manifestado.

La ciudad, quizás por ser nudo de importantes vías de primer orden y rutas de caravanas dirigidas a Damasco, Tiro, Sefet y Tiberíades, como indican en cada puerta los postes señaladores, está llena de movimiento y gente. Gente a pie o a caballo y largas caravanas de asnos y camellos se cruzan en las calles amplias y bien conservadas; en las plazas, bajo los soportales, o junto a las casas lujosas - quizás hay también termas -, corrillos de negociantes o de ociosos, tratan de negocios u ocian en charloteos fatuos.

-¿Sabes dónde podremos encontrarlos? - pregunta Jesús a Pedro.

-Sí. Me han dicho las personas a las que he preguntado que los discípulos del Rabí suelen reunirse a las horas de comer en una casa de fieles israelitas que está cerca de la ciudadela. Y me la han descrito. No puedo equivocarme: una casa de Israel

incluso en el aspecto externo: una fachada sin ventanas exteriores y un portón alto con ventanillo; en un lado del muro, una fuentecita; las tapias altas del jardín prolongadas por dos lados en callejuelas; una terraza llena de palomas, en el tejado.

-Bien. Entonces vamos...

Cruzan toda la ciudad hasta la ciudadela. Llegan a la casa que buscaban. Llaman. A1 ventanillo se asoma el rostro rugoso de una anciana.

Jesús se pone delante y saluda:

-La paz sea contigo, mujer. ¿Han vuelto los discípulos del Rabí?

-No, hombre. Están hacia la "fuente grande", con otros que han venido de muchos pueblos de la otra orilla a buscar precisamente al Rabí. Todos lo están esperando. ¿Tú también eres de ellos?

-No, Yo buscaba a los discípulos.

-Entonces mira: ¿ves aquella calle casi enfrente de la fuente? Tómala y ve hacia arriba, hasta que te encuentres de frente un paredón de rocas del que sale agua que cae en una especie de pilón y luego forma como un regato. Por allí cerca los encontrarás. ¿Pero, vienes de lejos? ¿Quieres reposar?, ¿entrar aquí a esperarlos? Si quieres llamo a mis señores. ¡Son buenos israelitas, eh! Y creen en el Mesías Son discípulos sólo por haberlo visto una vez en Jerusalén en el Templo. Pero ahora los discípulos del Mesías los han instruido sobre Él y han hecho milagros aquí, porque...

-Bien, buena mujer. Volveré más tarde con los discípulos. Paz a ti. Vuelve, vuelve a tus labores - dice Jesús con bondad, aunque también con autoridad para detener esa avalancha de palabras.

Se ponen de nuevo en marcha. Los más jóvenes de los apóstoles se ríen con ganas por la escena de la mujer, y hacen sonreír también a Jesús.

-Maestro - dice Juan -parecía ella la "fuente grande". ¿No te parece? Echaba palabras sin interrupción, y ha hecho de cada uno de nosotros un pilón que se hace regato al estar lleno de palabras...

-Sí. Espero que los discípulos no hayan hecho milagros en su lengua... Habría que decir: habéis hecho *demasiado* milagro - dice Judas Tadeo, que, contrariamente a lo normal, se ríe con ganas.

-¡Lo mejor va a ser cuando nos vea volver y conozca al Maestro por lo que es! ¿Quién va a poderla callar? - pregunta Santiago de Zebedeo.

-No, no, se quedará muda de asombro - dice, tomando parte en los juveniles comentarios, Mateo.

-Alabaré al Altísimo si el asombro le paraliza la lengua. Será porque estoy casi en ayunas, pero, la verdad, ese remolino de palabras me ha mareado - dice Pedro.

-¡Y cómo gritaba! ¿Será que es sorda? - pregunta Tomás.

-No. Creía que los sordos éramos nosotros - responde Judas Iscariote.

-Dejadla en paz. ¡Pobre viejecita! Era buena y creyente. Su corazón es tan generoso como su lengua - dice semiserio Jesús.

-¡Entonces, Maestro mío, entonces esa anciana es generosa hasta el heroísmo! - dice riéndose abiertamente Juan.

Ya se puede ver la pared rocosa y calcárea, ya se oye el murmullo de las aguas que caen en el pilón.

-Éste es el regato. Vamos a seguirlo... Ahí está la fuente... y allí.., ¡Benjamín! ¡Daniel! ¡Abel! ¡Felipe! ¡Hermasteo! ¡Estamos aquí! ¡Viene también el Maestro! - grita Juan a un nutrido grupo de hombres que están congregados en torno a uno que no se ve.

-Calla, muchacho, que, si no, vas a ser tú también como esa vieja gallina - aconseja Pedro.

Los discípulos se han vuelto. Han visto. Y ver y lanzarse hacia abajo a saltos desde el escalón ha sido todo uno. Veo, ahora que se disgrega el compacto grupo, que con los discípulos, que son muchos, ya ancianos, están mezclados habitantes de Quedes y del pueblo del sordomudo. Deben haber tomado caminos más directos, porque han precedido al Maestro.

La alegría es mucha; también las preguntas y respuestas. Jesús, pacientemente, escucha y responde, hasta que, con otros dos, se ve venir al delgado y risueño Isaac, cargado de provisiones.

-Vamos a la casa hospitalaria, mi Señor. Allí nos dirás lo que no hemos podido decir por no saberlo tampoco nosotros. Éstos, los últimos en llegar - están con nosotros desde hace unas pocas horas - quieren saber qué es para ti la señal de Jonás que has prometido dar a la generación malvada que te persigue - dice Isaac.

-Se lo explicaré mientras vamos...

¡Ir! ¡Es fácil decirlo! Como si un aroma de flores se hubiera esparcido por el aire y numerosas abejas hubieran acudido, de todas partes viene gente para unirse a los que ya están alrededor de Jesús.

-Son nuestros amigos - explica Isaac - Gente que ha creído y que te esperaba...

-¡Gente que de éstos, y de él en especial, han recibido beneficios! - grita uno de la muchedumbre mientras señala a Isaac.

Isaac se pone rojo como la brasa, y, casi excusándose, dice:

-Pero yo soy el siervo, Él es el Señor. ¡Vosotros que esperáis, aquí tenéis al Maestro Jesús!

¡Entonces sí! El ángulo tranquilo de Cesárea, un poco apartado por estar relegado a la periferia, se transforma en un lugar más animado que un mercado, y también más rumoroso. Voces de aleluya, aclamaciones, súplicas... de todo hay.

Jesús avanza muy lentamente, comprimido en esa tenaza de amor. Pero sonríe y bendice. Tan lentamente, que algunos tienen tiempo de marcharse corriendo a esparcir la noticia y a volver con amigos o parientes, que traen a los niños y los aúpan para que puedan llegar, sin sufrir daño, hasta Jesús, el cual los acaricia y bendice.

Llegan así a la casa de antes. Llaman. La criada anciana de antes, al oír las voces, abre sin reserva alguna. Pero... ve a Jesús en medio del gentío aclamador, y comprende... Cae al suelo gimiendo:

-¡Piedad, mi Señor! ¡Tu sierva no te había conocido y no te había venerado!

-No hay mal en ello, mujer. No conocías al hombre, pero creías en Él. Esto es lo que se requiere para ser amados por Dios. Levántate y condúceme adonde tus señores.

La anciana obedece, toda temblorosa de respeto. Y ve a sus señores, también anonadados de respeto, literalmente contra la pared en el fondo del vestíbulo un poco oscuro. Los señala:

-¡Ahí están!

-Paz a vosotros y a esta casa. Os bendiga el Señor por vuestra fe en el Cristo y por vuestra caridad para con sus discípulos - dice Jesús yendo hacia los dos ancianos cónyuges, o hermano y hermana. Un gesto de veneración y lo acompañan al vasto mirador, donde tienen preparadas muchas mesas, bajo un tupido toldo. La vista se extiende libre sobre Cesárea y los montes que la ciudad tiene a sus espaldas y a los lados. Las palomas trenzan vuelos desde la terraza al jardín, lleno de plantas en flor.

Mientras un doméstico aumenta los puestos, Isaac explica

-¡Benjamín y Ana no sólo nos reciben en su casa a nosotros, sino también a todos los que vienen en busca de ti! Lo hacen en tu Nombre.

-Que el Cielo los bendiga cada vez que lo hacen.

-Disponemos de medios y no tenemos herederos. En el ocaso de la vida, adoptamos como hijos a los pobres del Señor - dice con sencillez la anciana.

Y Jesús le pone la mano en su encanecida cabeza diciendo:

-Y esto te hace madre más que si hubieras concebido superabundantemente. Mas ahora permitidme que explique a éstos lo que deseaban saber, para poder despedir luego a los de la ciudad y sentarnos a la mesa.

La terraza está invadida de gente, que sigue entrando y apiñándose en los espacios libres.

Jesús está sentado en medio de una corona de niños, que lo miran extáticos con sus ojazos inocentes. Vuelve las espaldas a la mesa y sonríe a estos niños, aunque esté hablando de un tema grave. Parece como si leyera en sus caritas inocentes las palabras de la verdad solicitada.

-Escuchad. La señal de Jonás, que prometí a los malos, y que prometo también a vosotros, no porque seáis malos, sino, al contrario, para que podáis creer con perfección cuando la veáis cumplida, es ésta.

Como Jonás permaneció tres días en el vientre del monstruo marino y luego fue restituido a la tierra para convertir y salvar a Nínive, así será para el Hijo del hombre. Para calmar las violentas olas de una grande, satánica tempestad, los principales de Israel creerán útil sacrificar al Inocente. Lo único que conseguirán será aumentar sus peligros, porque, además del conturbador Satanás, tendrán a Dios con su castigo tras el delito cometido. Podrían triunfar contra la tempestad de Satanás creyendo en mí. Pero no lo hacen porque ven en mí la razón de sus inquietudes, miedos, peligros y desmentidas contra su insincera santidad. Mas, llegada la hora, ese monstruo insaciable que es el vientre de la tierra, que se traga a todo hombre que muere, se abrirá de nuevo para restituir la Luz al mundo que renegó de ella.

He aquí, pues, que, como Jonás fue signo para los ninivitas de la potencia y misericordia del Señor, así el Hijo del hombre lo será para esta generación; con la diferencia de que Nínive se convirtió, mientras que Jerusalén no se convertirá, porque está llena de esta generación malvada de que he hablado. Por ello, la Reina del Mediodía se alzará el Día del Juicio contra los hombres de esta generación y los condenará. Porque ella vino, en su tiempo, desde los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, mientras que esta generación, que me tiene presente, y siendo Yo mucho más que Salomón, no quiere oírme, y me persigue y expele como a un leproso y a un pecador. También los ninivitas, que se convirtieron con la predicación de un hombre, se alzarán en el día del Juicio contra la generación malvada que no se convierte al Señor su Dios. Yo soy más que un hombre, aunque se tratara de Jonás o cualquier otro Profeta.

Por tanto, daré la señal de Jonás a quien pide una señal sin posibles equívocos. Más de una señal daré a quien no baja la frente proterva ante las pruebas ya dadas de vidas que renacen por voluntad mía. Daré todas las señales: tanto la de un cuerpo en descomposición que vuelve a vivir y a recomponerse, como la de un Cuerpo que por sí solo se resucita porque a su Espíritu le es dada la plenitud del poder. Pero éstas no serán gracias. No significarán aligeramiento de la situación. Ni aquí ni en los libros eternos. Lo escrito escrito está. Y, como piedras para una próxima lapidación, las pruebas se amontonarán: contra mí, para perjudicarme sin lograrlo; contra ellos, para arrollarlos eternamente con la condena de Dios a los incrédulos malvados.

A esta señal de Jonás me refería. ¿Tenéis más cosas que preguntar?

-No, Maestro. Se lo comunicaremos a nuestro jefe de la sinagoga, que ha juzgado la señal prometida con juicio muy cercano a la verdad.

-Matías es un justo. La Verdad se revela a los justos como se revela a estos inocentes, que mejor que nadie saben quién soy Yo. Dejadme, antes de despedirme de vosotros, oír alabar la misericordia de Dios por boca de los ángeles de la tierra. Venid niños.

Los niños, que habían estado quietos con pena hasta ese momento, corren hacia Él.

-Decidme, criaturas sin malicia, ¿para vosotros, cuál es mi señal?

-Que eres bueno.

-Que curas a mi mamá con tu Nombre.

-Que quieres a todos.

-Que ninguno puede ser tan guapo como Tú.

-Que haces volverse bueno hasta al que era malo como mi padre.

Cada una de las boquitas, más o menos niñas, anuncia una dulce propiedad de Jesús, y testifica penas que Jesús ha transformado en sonrisas.

Pero el más simpático de todos es un pilluelo de unos cuatro años que trepa hasta el regazo de Jesús y se abraza a su cuello diciendo

-Tu señal es que quieres a todos los niños y que los niños te quieren. Así te quieren... - y abre lo más que puede sus bracitos regordetes, y ríe, para luego abrazarse otra vez al cuello de Jesús restregando su mejilla infantil con la de Jesús, que lo besa y pregunta: «Pero, ¿por qué me queréis si no me habéis visto nunca antes de ahora?».

-Porque pareces el ángel del Señor.

-Tú no lo has visto, pequeñuelo... - prueba Jesús, sonriendo.

El niño se queda un momento desorientado. Pero luego se echa a reír, mostrando todos los dientecitos, y dice:

-¡Pero lo ha visto bien mi alma! Dice mi mamá que la tengo, y está aquí, y Dios la ve, y el alma ha visto a Dios y a los ángeles, y los ve. Y mi alma te conoce porque eres el Señor.

Jesús lo besa en la frente y dice:

-Que te aumente, por este beso, la luz en el intelecto - y lo pone en el suelo. El niño, entonces, corre donde su padre dando brincos, teniendo la mano apretada contra la frente en el lugar en que ha sido besado, y grita: «¡Vamos donde mamá, donde mamá! Que bese aquí, donde ha besado el Señor y le vuelva la voz y no llore más.

Explican a Jesús que se trata de una mujer casada, enferma de la garganta, deseosa de milagro, pero que no lo habían realizado en ella los discípulos, los cuales no habrían podido curar ese mal, que no se podía tocar de tan profundo como estaba.

-La curará el discípulo más pequeño, su hijito. Ve en paz, hombre Y ten fe como tu hijo - dice mientras despide al padre del pequeñuelo

Besa a los otros niños, que se han quedado deseosos del mismo beso en la frente, y despide a los que viven en la ciudad. Se quedan los discípulos, los de Quedes y los del otro lugar.

Mientras se espera la comida, Jesús ordena la partida, para el día siguiente, de todos los discípulos, que habrán de precederlo a Cafarnaúm para unirse con los otros procedentes de otros lugares.

-Tomaréis luego con vosotros a Salomé y a las mujeres e hijas de Natanael y Felipe, y a Juana y Susana, según vais descendiendo hacia Nazaret. Allí tomaréis con vosotros a mi Madre y a la madre de mis hermanos, y las acompañaréis a Betania, a la casa donde está José, en las tierras de Lázaro. Nosotros iremos por la Decápolis.

-¿Y Margziam? - pregunta Pedro.

-He dicho: "precededme a Cafarnaúm". No "id". Pero desde Cafarnaúm podrán avisar a las mujeres de nuestra llegada, de modo que estén preparadas cuando nosotros vayamos hacia Jerusalén por la Decápolis. Margziam, que ya es un jovencito, irá con los discípulos escoltando a las mujeres...

-Es que... quería llevar también a mi mujer, pobrecilla, a Jerusalén. Siempre lo ha deseado y... no ha ido nunca porque no quería yo problemas... Pero este año querría darle esta satisfacción. ¡Es tan buena!

-Pues sí, Simón. Razón de más para que Margziam vaya con ella. Harán lentamente el viaje y nos reuniremos de nuevo todos allí...

El anciano dueño de la casa dice:

-¿Tan poco tiempo aquí?

-Padre, tengo todavía mucho que hacer, y quiero estar en Jerusalén al menos ocho días antes de la Pascua. Ten en cuenta que la primera fase de la luna de Adar ya ha terminado...

-Es verdad. ¡Pero tanto te he anhelado!... Teniéndote, me parece estar en la luz del Cielo... y que esta luz se haya de apagar en cuanto te marches.

-No, padre. Te la dejaré en tu corazón. Y a tu esposa. A toda esta casa hospitalaria.

Se sientan a las mesas y Jesús ofrece y bendice los alimentos, que luego el doméstico distribuye a las distintas mesas.

## 345

## Milagro en el castillo de Cesárea Paneas

Terminada la comida en la casa hospitalaria, Jesús sale con los doce, los discípulos y el anciano dueño de la casa. Vuelven al "manantial grande". Pero no se detienen allí. Siguen el camino siempre subiendo en dirección norte.

El camino que han tomado, aunque vaya muy cuesta arriba, es cómodo, porque es un verdadero camino, por el que pueden transitar incluso carros y cabalgaduras. En su parte más alta, en la cima del monte, hay un macizo castillo, o fortaleza si se prefiere, que causa estupor por su forma singular. Parece formado por dos construcciones colocadas a algunos metros de desnivel una de la otra, de manera que la más retrasada, y al mismo tiempo la más belicosa, está más alta que la otra, a la que domina y defiende. Hay un alto y ancho muro - sobre el cual se alzan torres cuadradas, bajas pero sólidas - entre las dos construcciones, que, aun siendo así, son una única construcción, porque está rodeada por un único cerco de murallas de bloques de piedra almohadillados, murallas derechas, o un poco oblicuas en la base para sostener mejor el peso del bastión. No veo el lado oeste. Pero los dos lados norte y sur caen a pico, formando una unidad con el monte, que está aislado y desciende también a pico por esos dos lados. Y creo que el lado oeste presentará las mismas características.

El anciano Benjamín, por ese sutil orgullo propio de todo ciudadano respecto a su ciudad, ilustra el castillo del Tetrarca, que es, además de castillo, lugar de defensa de la ciudad, y enumera su belleza y fortaleza, su solidez, las comodidades de las cisternas y pilones para e1 agua, y del amplio espacio, las facilidades de su vasto radio de visión, de su posición, etc. etc.

-Los romanos también dicen que es bonito. ¡Y ellos entienden de castillos!... - termina el anciano. Y añade: «Conozco al administrador. Por eso puedo entrar. Os voy a enseñar el más amplio y bonito panorama de Palestina».

Jesús escucha benigno. Los otros sonríen un poco: ¡ellos que han visto tantos panoramas!... pero el anciano es tan bueno que no tienen corazón para contrariarlo y secundan su deseo de mostrar cosas bonitas a Jesús.

Llegan a la cima. La vista es verdaderamente bonita ya incluso desde la plazoleta que hay delante del portón de entrada guarnecido de hierro. Pero el anciano dice:

-¡Venid, venid!... Dentro es más bonito. Vamos a subir a la torre más alta de la ciudadela. Veréis...

Y penetran en el oscuro pasaje abierto en la muralla de bastantes metros de anchura. Van hasta un patio. Allí están esperándolos el administrador y su familia. Los dos amigos se saludan y el anciano explica el objeto de la visita.

-¡El Rabí de Israel! ¡Qué pena que no esté Filipo! Deseaba verlo, porque su fama ha llegado hasta aquí. Filipo estima a los rabíes verdaderos, porque son los únicos que han defendido sus derechos, y también por desdén hacia Antipa, que no los estima. ¡Venid, venid!... - El hombre, al principio, ha mirado un momento a Jesús; luego ha decidido honrarlo con una reverencia digna de un rey.

Cruzan otro pasaje. Aparece un segundo patio y una nueva poterna que da acceso a un tercer patio. Pasado éste, hay una profunda cárcava y el murallón torreado de la ciudadela. Caras curiosas de armígeros o domésticos se asoman por todas partes. Entran en la ciudadela, y luego, por una estrecha escalera, suben al bastión, y de éste a una torre. En la torre entran sólo Jesús y el administrador, Benjamín y los doce. Más no podrían, porque ya están apretados como sardinas. Los otros se quedan en el bastión.

¡Qué vista, cuando desde la torre Jesús y los que están con él salen a la terracita que corona la torre y asoman todos la cabeza por el alto parapeto de bloques de piedra! Asomándose hacia el precipicio que hay en este lado oeste, el más alto del castillo, se ve toda Cesárea, extendida a los pies de este monte, y se ve bien, porque ella tampoco es llana, sino que está construida sobre suaves ondulaciones. Más allá de Cesárea, se extiende toda la fértil llanura que precede al lago Merón. Y parece un pequeño mar de un verde tierno, con tornasoles de aguas de turquesas claras, resplendentes en la vasta llanura glauca cual jirones de cielo sereno. Y luego graciosas colinas dispuestas como collares de un esmeralda oscuro irisado con la plata de los olivos, esparcidos acá o allá en los confines de la llanura. Y penachos esponjosos de árboles que florecen, o bolas compactas de árboles ya florecidos... Y, mirando hacia el norte y hacia oriente se ve el Líbano potente, el Hermón que brilla bajo el sol con sus nieves perladas y los montes de Iturea; y el valle del Jordán, por la cavidad comprendida entre los collados del mar de Tiberíades y los montes de la Galaunítida, aparece en un atrevido recorte, para perderse luego en lejanías de ensueño.

-¡Bonito! ¡Bonito! ¡Muy bonito - exclama Jesús mientras mira con admiración, y parece bendecir y querer abrazar estos lugares tan hermosos con su rostro sonriente y sus brazos abiertos. Y responde a los apóstoles, que piden una u otra explicación, señalando los lugares donde han estado, o sea las comarcas y las direcciones en que éstas se encuentran.

-Pero no veo el Jordán - dice Bartolomé.

-No lo ves, pero está allá, en aquella extensión entre dos cadenas montañosas; al pie de esa de poniente está el río. Bajaremos por allí, porque la Perea y la Decápolis todavía esperan al Evangelizador.

Pero, entretanto, se vuelve, preguntando casi al aire, por un quejido largo, ahogado, que no es la primera vez que hiere su oído. Y mira al administrador como para preguntarle qué sucede.

-Es una de las mujeres del castillo. Una mujer casada. Va a tener un niño. El primero y el último, porque su marido murió en las calendas de Kisléu. No sé si vivirá siquiera, porque la mujer, desde que se ha quedado viuda, no hace sino consumirse en llanto. Es un espectro. ¿Oyes? Ni siquiera tiene fuerza para gritar... Claro que... viuda a los diecisiete años... Y se querían mucho. Mi mujer y su suegra le dicen: "En tu hijo tendrás de nuevo a Tobit". Pero son palabras...

Bajan de la torre y pasan por los bastiones, admirando el lugar y el panorama. Luego el administrador quiere ofrecer a la fuerza unas bebidas y fruta a los visitantes; entran, pues, en una vasta habitación de la parte anterior del castillo, a donde los siervos traen las cosas requeridas.

El quejido es más desgarrador y más cercano. El administrador presenta disculpas por ello, incluso porque el hecho tiene ocupada a su mujer y no puede venir con el Maestro. Pero al lamento de antes sigue un griterío aún más doloroso, y hace suspender en el aire las manos que traen la fruta, o las copas en las bocas.

-Voy a ver qué ha sucedido - dice el administrador. Y sale, mientras la cacofonía de gritos y llantos penetra aún más intensamente por la puerta entreabierta.

Vuelve el administrador:

-Se le ha muerto el niño nada más nacer... ¡Qué congoja! Está tratando de reanimarlo con sus fuerzas huidizas... Pero ya no respira. ¡Está negro!... - y menea la cabeza, para concluir: «¡Pobre Dorca!».

-Tráeme al niño

-¡Pero si está muerto, Señor!

-Tráeme al niño, te digo. Como está. Y di a la madre que tenga fe.

El administrador se marcha corriendo. Vuelve:

-No quiere. Dice que no se lo deja a nadie. Parece loca. Dice que lo que queremos es quitárselo.

-Llévame a la puerta de su habitación. Que me vea.

-Pero...

-¡No te preocupes! Ya me purificaré después, si acaso...

Van raudos por un corredor oscuro hasta una puerta cerrada. Jesús mismo la abre y se queda en el umbral, frente a la cama, donde una liviana criatura alabastrina aprieta contra su corazón a una criaturita que no da señales de vida.

-La paz a ti, Dorca. Mírame. No llores. Soy el Salvador. Dame a tu pequeñuelo...

No sé lo que hay en la voz de Jesús. Sé que la desesperada, que en el primer momento, al verlo, había apretado ferozmente al recién nacido contra su corazón, lo mira y sus ojos acongojados y dementes se abren a una luz dolorosa pero llena de esperanza. Cede a la criaturita envuelta en paños delicados a la mujer del administrador... y se queda allí, con las manos extendidas hacia delante, con la vida, con la fe en sus ojos dilatados, sorda a las súplicas de la suegra que querría ponerla cómoda sobre las almohadones,

Jesús toma el fardito de carnes semifrías y de paños. Mantiene al pequeñuelo derecho por las axilas. Apoya su boca en los labiecitos entreabiertos, curvado hacia adelante porque la cabecita pende hacia atrás. Sopla fuerte en la inerte garganta... Está un instante con los labios apoyados en la boquita, luego se separa... Y un piar de pajarillo tiembla en el aire inmóvil... un segundo, más fuerte... un tercero... y, en fin, un verdadero vagido mientras oscila la cabecita, se agitan las manitas y los piececitos, y, contemporáneamente, durante el largo, triunfal llanto del recién nacido, toma color la cabecita pelada, la carita minúscula... Le responde el grito de la madre:

-¡Hijo mío! ¡Mi amor! ¡La semilla de mi Tobit! ¡En el corazón! ¡En el corazón de tu mamá... para que muera feliz!... - dice con un susurro que se apaga en un beso y en una reacción comprensible de abandono.

-¡Se muere! - gritan las mujeres.

-No. Entra en un merecido descanso. Cuando se despierte, decidle que al niño le ponga por nombre Iesaí Tobit. La paz sea con vosotras.

Cierra de nuevo, lentamente, la puerta, y se vuelve para regresar adonde estaba antes, adonde sus discípulos. Pero están todos allí, montón conmovido que ha presenciado y que ahora lo mira con maravilla.

Vuelven juntos al patio. Saludan al estupefacto administrador, que no hace sino repetir:

-¡Cuánto va a sentir el Tetrarca no haber estado! - y emprenden de nuevo la bajada para volver a la ciudad.

Jesús pone la mano en el hombro del anciano Benjamín diciendo:

-Te agradezco lo que nos has mostrado y el haber sido la razón de un milagro...

## 346

## Primer anuncio de la Pasión y reprensión a Simón Pedro.

Jesús debe haber dejado la ciudad de Cesárea de Filipo con las primeras luces de la mañana, porque ya queda lejos con sus montes y la llanura lo rodea de nuevo. Se dirige hacia el lago de Merón para ir después hacia el de Genesaret. Van con Él los apóstoles y todos los discípulos que estaban en Cesárea. Pero una expedición tan numerosa por el camino no causa estupor a nadie, porque ya se ven otras, dirigidas a Jerusalén, de israelitas o prosélitos, procedentes de todos los lugares de la Diáspora, que desean pasar un tiempo en la Ciudad Santa para escuchar a los rabíes y respirar largamente el aire del Templo.

Caminan a buena marcha, bajo un sol ya alto pero que todavía no molesta, porque es un sol de primavera que juega con el follaje nuevo y las frondas florecidas, y suscita flores, flores, flores por todas partes. La llanura que precede al lago, toda ella, es una alfombra florecida. La mirada, volviéndose hacia los montes que la circundan, ve a éstos remendados con las matas cándidas, tenuemente róseas, o de color rosa intenso, o rosa casi rojo, de los diversos tipos de árboles frutales; y, al pasar cerca de las raras casas de campesinos o de los talleres de herrador esparcidos por el camino, la vista se alegra ante los primeros rosales florecidos en los huertos o a lo largo de los setos o contra las tapias de las casas.

-Los jardines de Juana deben estar todos en flor - observa Simón Zelote.

-También el huerto de Nazaret debe parecer un cesto lleno de flores. María es la dulce abeja que va de rosal en rosal; de los rosales a los jazmines, que pronto florecerán; a las azucenas, que ya tienen los capullos en el tallo; y tomará la rama del almendro, como hace siempre, es más, ahora tomará la del peral o del granado, para ponerla en el ánfora de su habitación. Cuando éramos niños le preguntábamos todos los años: "¿Por qué tienes siempre ahí una rama de árbol en flor y no metes en su lugar las primeras rosas?". Y Ella respondía: "Porque en esos pétalos veo escrita una orden que me vino de Dios y siento el aroma puro del aura celeste". ¿Te acuerdas, Judas? - pregunta Santiago de Alfeo a su hermano.

-Sí. Me acuerdo. Y recuerdo que, ya hombre, esperaba con ansia la primavera, para ver a María caminar por su huerto bajo las nubes de sus árboles en flor y entre los setos de las primeras rosas; nunca vi espectáculo más hermoso que esa eterna niña moviéndose evanescente entre las flores y entre vuelos de palomas...

-¡Oh, vamos pronto a verla, Señor! ¡Yo también quiero ver todo eso! - suplica Tomás.

-Basta con que aceleremos el paso y hagamos paradas breves, por las noches, para llegar a Nazaret a tiempo - responde Jesús.

-¿Me das esta satisfacción verdaderamente, Señor?

-Sí, Tomás. Iremos a Betsaida todos, y luego a Cafarnaúm. Allí nos separaremos: nosotros vamos en la barca a Tiberíades, y luego a Nazaret. Así cada uno, salvo vosotros judíos, vamos a tomar los indumentos más ligeros. El invierno ha concluido.

-Sí. Y nosotros vamos a decir a la Paloma: "Álzate, apresúrate, amada mía; ven, porque el invierno ha pasado, la lluvia ha terminado, las flores pueblan el suelo... Álzate, amiga mía; ven, paloma escondida, muéstrame tu faz y deja que oiga tu voz".

-¡Sí señor, Juan! ¡Pareces un enamorado cantando su canción a su amada! - dice Pedro.

-Lo estoy. De María lo estoy. No veré a otras mujeres que despierten mi amor. Sólo María, la amada de todo mi ser.

-También lo decía yo hace un mes. ¿Verdad, Señor? - dice Tomás.

-Yo creo que estamos todos enamorados de Ella. ¡Un amor tan alto, tan celestial!... Como sólo esa Mujer puede inspirar. Y el alma ama completamente su alma, la mente ama y admira su intelecto, la vista mira y se complace en su gracia pura, que embelesa sin producir agitación, como cuando se mira una flor... María, la Belleza de la tierra y creo, la Belleza del Cielo... - dice Mateo.

-¡Es verdad! ¡Es verdad! Todos vemos en María cuanto de más dulce hay en la mujer: la niña pura y la madre dulcísima; y no se sabe por cuál de estas dos gracias se la ama... - dice Felipe.

-Se la ama porque es "María". ¡Eso es! - sentencia Pedro.

Jesús los ha estado oyendo hablar y dice:

-Todos habéis hablado bien, y Pedro muy bien. María se ama porque es "María". Os dije, mientras íbamos a Cesárea, que solamente aquéllos que unan una fe perfecta a un amor perfecto llegarán a conocer el verdadero significado de las palabras: "Jesús, el Cristo, el Verbo, el Hijo de Dios y el Hijo del hombre". Pero ahora os digo que hay otro nombre denso en significados. Y es el de mi Madre. Sólo aquellos que unan una perfecta fe a un perfecto amor llegarán a conocer el verdadero significada del nombre "María", de la Madre del Hijo de Dios. Y el verdadero significado empezará a aparecer claro para los verdaderos creyentes y para los verdaderos amantes en una hora tremenda de tormento, cuando la Madre sea sometida a suplicio con su Hijo, cuando la Redentora redima con el Redentor, a los ojos de todo el mundo y por todos los siglos de los siglos.

-¿Cuándo? - pregunta Bartolomé mientras se detienen a orillas de un caudaloso arroyo, en el que están bebiendo muchos discípulos.

-Detengámonos aquí a compartir el pan. El sol marca mediodía. A1 caer de la tarde, estaremos en el lago Merón, y podremos acortar el camino con unas barcas - responde Jesús evasivamente.

Se sientan todos sobre la tierna hierbecita, tibia de sol, de las orillas del arroyo. Juan dice:

-Es una pena echar a perder estas flores tan delicadas. Parecen pedacitos de cielo caídos aquí en los prados. Son cientos y cientos de miosotis.

-Renacerán más bonitas mañana. Han florecido para hacer del suelo una sala de banquetes para su Señor - lo consuela Santiago, su hermano.

Jesús ofrece y bendice los alimentos y todos se ponen a comer alegremente. Los discípulos, todos, como si fueran girasoles, miran en dirección a Jesús, que está sentado en el centro de la fila de sus apóstoles.

La comida pronto termina, condimentada con serenidad y agua pura. Pero, dado que Jesús permanece sentado, ninguno se mueve. Es más, los discípulos se cambian de sitio para acercarse, para oír lo que dice Jesús como respuesta a los apóstoles, que siguen preguntando sobre lo que había dicho antes, de su Madre.

-Sí. Porque ser madre de mi carne ya sería una gran cosa. Fijaos que se recuerda a Ana de Elcana como madre de Samuel, y él era sólo un profeta; pues bien, la madre es recordada por haberlo engendrado. Por tanto ya María sería recordada, y con altísimas alabanzas, por haber dado al mundo a Jesús el Salvador. Pero ello sería poco, respecto a cuanto Dios exige de Ella para completar la medida requerida para la redención del mundo. María no defraudará el deseo de Dios. Jamás lo ha *defraudado.* Desde las demandas de amor *total* hasta las de sacrificio *total.* Ella se ha entregado y se entregará. Y, cuando haya consumado el máximo sacrificio, conmigo, por mí, en favor del mundo, los verdaderos fieles y los verdaderos amantes comprenderán el verdadero significado de su Nombre. Y, por todos los siglos, a todo verdadero fiel, a todo verdadero amante, le será concedido comprenderlo. El Nombre de la Gran Madre, de la Santa Nutriz que lactará por todos los siglos a los párvulos de Cristo con su llanto, para criarlos para la Vida de los Cielos.

-¿Llanto, Señor? ¿Debe llorar tu Madre? - pregunta Judas Iscariote.

-Todas las madres lloran. La mía llorará más que ninguna otra.

-¿Pero por qué? Yo he hecho llorar a la mía alguna vez, porque no soy siempre un buen hijo. ¿Pero Tú? No das nunca pesares a tu Madre.

-No. Efectivamente, como Hijo suyo, no le doy pesares. Pero le daré muchos como Redentor. Dos harán llorar con un llanto sin fin a mi Madre: Yo, salvando a la Humanidad; la Humanidad, con sus continuos pecados. Todo hombre que haya vivido, que vive, o que vivirá, cuesta lágrimas a María.

-¿Pero por qué? - pregunta, sorprendido, Santiago de Zebedeo.

-Porque todo hombre me cuesta torturas a mí para redimirlo.

-¡Pero decir esto de los que ya han muerto o no han nacido toda vía! Te harán sufrir los vivos, los escribas, fariseos, saduceos, con sus acusaciones, sus celos, sus mezquindades; pero más no - afirma con tono seguro Bartolomé.

-También mataron a Juan Bautista... Israel no ha matado sólo a este profeta, ni es el único sacerdote de la Voluntad eterna matado por causa del odio de los que no obedecen a Dios.

-Pero Tú eres más que un profeta y que el mismo Bautista, tu Precursor. Tú eres el Verbo de Dios. Israel no levantará su mano contra ti - dice Judas Tadeo.

-¿Lo piensas así, hermano? Estás en un error - le responde Jesús.

-No. ¡No puede ser! ¡No puede suceder! ¡Dios no lo permitirá! Sería degradar para siempre a su Cristo! - Judas Tadeo está tan agitado que se pone en pie.

Jesús también se levanta y lo mira fijamente a la cara palidecida, a los ojos sinceros. Dice lentamente:

-Y sin embargo así será - y baja el brazo derecho, que lo tenía alzado, como jurando.

Todos se ponen en pie y se arriman aún más a Él: una corona de caras afligidas, y, más aún, incrédulas. Una serie de comentarios recorre el grupo:

-Si fuera así... tendría razón Judas Tadeo.

-Lo que le sucedió a Juan el Bautista fue una cosa mala, pero exaltó al hombre, heroico hasta el final; si le sucediera eso al Cristo sería disminuirlo.

-Cristo puede ser perseguido, pero no degradado.

-Tiene la unción de Dios.

-¿Y quién podría ya creer, si te vieran en poder de los hombres?

-No lo permitiremos.

El único que permanece en silencio es Santiago de Alfeo.

Su hermano arremete contra él:

-¿No hablas? ¡No te mueves! ¡No oyes! ¡Defiende a Cristo contra sí mismo!

Santiago, por toda respuesta, se lleva las manos a la cara, se separa bastante, y llora.

-¡Es un estúpido! - sentencia su hermano.

-Quizás menos de lo que crees - le responde Hermasteo. Y añade - Ayer, explicando la profecía, el Maestro habló de un cuerpo deshecho que se reintegra y de uno que por sí mismo se resucita. Creo que uno no puede resucitar sin estar antes muerto.

-Pero puede haber muerto de muerte natural, de vejez. ¡Y ya sería mucho para el Cristo! - rebate Judas Tadeo, y muchos le dan la razón.

-Sí, pero entonces no sería una señal para esta generación, que es mucho más vieja que Él - observa Simón Zelote.

-Ya. Pero no está claro que hable de sí mismo - rebate Judas Tadeo, obstinado en su amor y respeto.

-Ninguno que no sea el Hijo de Dios puede resucitarse a sí mismo, como tampoco ninguno que no sea el Hijo de Dios puede nacer como nació Él. Yo lo digo, yo que vi su gloria natal - dice Isaac testimoniando firmemente.

Jesús, con los brazos cruzados, los ha escuchado mirándolos a medida que hablaban. Ahora es Él el que hace ademán de hablar, y dice:

-El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres porque es el Hijo de Dios, sí, pero también el Redentor del hombre; y no hay redención sin sufrimiento. Mi sufrimiento será corporal, de la carne y de la sangre, para reparar los pecados de la carne y de 1a sangre; moral, para reparación de los pecados de la mente y las pasiones; espiritual, para reparación de las culpas del espíritu. Será completo. Por tanto, a la hora establecida, me prenderán, en Jerusalén, y tras haber sufrido ya mucho por culpa de los Ancianos y de los Sumos Sacerdotes, de los escribas y fariseos, seré condenado a una muerte infamante. Y Dios no lo impedirá, porque así debe suceder, siendo Yo el Cordero de expiación por los pecados del mundo entero. Y, en un mar de angustia, compartida por mi Madre y por otras, pocas personas, moriré en el patíbulo; y tres días después, por mi voluntad divina, por ella sola, resucitaré a una vida eterna y gloriosa como Hombre y volveré a ser: Dios en el Cielo con el Padre y el Espíritu. *(Volveré a ser: Dios en el Cielo, es decir, ya no Dios en la tierra (Hijo que permanece unido con el Padre), sino Dios en el Cielo (Hijo que vuelve al Padre) La expresión es similar a la reseñada en Juan 16, 28: "Salí del Padre y he venido al mundo, ahora dejo otra vez el mundo y voy al Padre"; y es conforme con la formulación del Credo: "bajó del Cielo, ... subió al Cielo, y está sentado a la derecha del Padre")* Pero antes tendré que padecer toda suerte de oprobios, y sentir mi corazón traspasado por la Mentira y el Odio.

Un coro de gritos se eleva en el aire tibio y perfumado de primavera.

Pedro - el rostro profundamente preocupado, y escandalizado como los demás - coge de un brazo a Jesús, lo separa un poco y le dice en voz baja al oído:

-Pero, Señor...! No digas esto. No está bien. Ya ves que se escandalizan. Decaes del concepto en que te tienen. Por nada del mundo debes permitir esto. Ya de por sí nunca te va a pasar nada semejante, ¿por qué pensarlo como si fuera verdadero? Debes subir cada vez más en el concepto de los hombres, si te quieres afirmar; debes terminar, por ejemplo, con un último milagro, como reducir a cenizas a tus enemigos. Pero nunca degradarte hasta aparecer como un malhechor castigado. Pedro parece un maestro o un padre afligido corrigiendo con amorosa angustia a un hijo que ha dicho una necedad.

Jesús, que estaba un poco agachado para escuchar el bisbiseo de Pedro, se yergue severo, con rayos en los ojos, pero rayos de amargura, y grita fuerte, para que todos oigan y la lección sirva para todos:

-¡Aléjate de mí, tú que en este momento eres un diablo que me aconseja desistir de la obediencia a mi Padre! ¡Para esto he venido! ¡No para los honores! Tú, aconsejándome la soberbia, la desobediencia y el rigor sin caridad, tratas de seducirme al mal. ¡Vete! ¡Me escandalizas! ¿No comprendes que la grandeza no está en los honores sino en el sacrificio, y que nada importa aparecer a los ojos de los hombres como gusanos si Dios nos considera ángeles? Tú, hombre ignorante, no comprendes lo que es grandeza y razón según Dios, y ves, juzgas, sientes, hablas según el hombre.

El pobre Pedro queda anonadado por esta severa corrección; se separa, compungido, y rompe a llorar... No es el llanto gozoso de pocos días antes, sino el sollozo desolado de quien comprende que ha pecado y ha causado dolor a la persona amada.

Jesús lo deja llorar. Se descalza, se remanga las vestiduras y vadea el arroyo. Los demás hacen lo mismo en silencio. Ninguno se atreve a decir una palabra. A1 final de todos va el pobre Pedro, en vano consolado por Isaac y el Zelote.

Andrés se vuelve más de una vez y lo mira, y luego susurra algo a Juan, que está muy afligido; pero Juan menea la cabeza en señal de negación. Entonces Andrés se decide. Se adelanta corriendo. Alcanza a Jesús. Lo llama suavemente, con visible temor:

-¡Maestro! ¡Maestro!...

Jesús deja que lo llame varias veces. A1 final se vuelve, severo, y pregunta:

-¿Qué quieres?

-Maestro, mi hermano está compungido... llora...

-Se lo ha merecido.

-Es verdad, Señor. Pero de todas formas es un hombre... No puede hablar bien siempre.

-Efectivamente, hoy ha hablado muy mal - responde Jesús. Pero ya se le ve menos severo, y un atisbo de sonrisa dulcifica la mirada divina.

Andrés se siente más seguro y aumenta la peroración en pro de su hermano.

-Pero Tú eres justo, y sabes que el amor a ti ha sido lo que le ha hecho caer...

-El amor debe ser luz, no tinieblas. Él lo ha hecho tinieblas y ha envuelto en ellas su espíritu.

-Es verdad, Señor. Pero las vendas se pueden quitar cuando se quiera. No es como tener el espíritu mismo tenebroso. Las vendas son lo externo; el espíritu es lo interno, el núcleo vivo... El interior de mi hermano es bueno.

-Que se quite entonces las vendas que se ha puesto.

-¡Lo hará, sin duda, Señor! Ya lo está haciendo. Vuélvete y mira: lo desfigurado que está por ese llanto que no consuelas Tú. ¿Por qué tan severo con él?

-Porque él tiene el deber de ser "el primero", de la misma forma que le he dado el honor de serlo. Quien mucho recibe mucho debe dar.

-¡Es verdad, Señor, sí! Pero, ¿no te acuerdas de María de Lázaro?, ¿de Juan de Endor?, ¿de Áglae?, ¿de la Beldad de Corazín?, ¿de Leví? A éstos les diste todo... y ellos todavía te habían dado sólo la intención de redimirse... ¡Señor!... Atendiste mi súplica por la Beldad de Corazín y por Áglae... ¿No lo harías ahora por tu Simón y mi Simón, que ha pecado por amor a ti?

Jesús baja su mirada hacia este hombre apacible que se vuelve intrépido y apremiante en favor de su hermano, como lo fue, silenciosamente, en favor de Áglae y de la Beldad de Corazín, y su rostro resplandece de luz:

-Ve a llamar a tu hermano – dice - y tráemelo aquí.

-¡Gracias, mi Señor! Voy... - y se echa a correr, raudo como una golondrina.

-¡Ven, Simón. El Maestro ya no está irritado contigo. Ven, que te lo quiere decir.

-No, no. Me da vergüenza... Hace demasiado poco que me ha corregido... Será que quiere que vaya para reprenderme otra vez...

-¡Qué mal lo conoces! ¡Venga, ven! ¿Piensas que yo te llevaría a otro sufrimiento? Si no estuviera seguro de que te espera allí una alegría, no insistiría. Ven.

-¿Y qué le voy a decir? - dice Pedro mientras se pone en marcha un poco recalcitrante, frenado por su humanidad, aguijado por su espíritu, que no puede estar sin la indulgencia de Jesús y sin su amor - ¿Qué le voy a decir? - sigue preguntando.

-¡Nada, hombre! ¡Será suficiente con que le muestres tu rostro! - le dice su hermano animándolo.

Todos los discípulos, a medida que los dos hermanos los van adelantando, los miran y, comprendiendo lo que sucede, sonríen. Llegan donde Jesús. Pero Pedro, al último momento, se detiene. Andrés no se anda con chiquitas. Con un enérgico envite, como los que da a la barca para empujarla al mar, lo echa hacia adelante. Jesús se para... Pedro alza la cara... Jesús la baja... Se miran... Dos lagrimones se deslizan por las mejillas enrojecidas de Pedro...

-Ven aquí, niño grande irreflexivo, que te haga de padre enjugando este llanto - dice Jesús, y levanta su mano, en que es bien visible aún la señal de la pedrada de Yiscala, y seca con sus dedos esas dos lágrimas.

-¡Oh, Señor! ¿Me has perdonado? - pregunta Pedro lleno de temblor, agarrando la mano de Jesús con las suyas y mirándolo con unos ojos como los de un perro fiel que desea obtener el perdón del amo resentido.

-Nunca te he condenado...

-Pero antes...

-Te he amado. Es amor no permitir que en ti arraiguen desviaciones de sentimiento y de pensamiento. Debes ser el primero en todo, Simón Pedro.

-¿Entonces... entonces me estimas todavía? ¿Me quieres contigo todavía? No es que yo quiera el primer puesto, ¡eh! Me conformo con el último, pero estar contigo, a tu servicio... y morir verdaderamente a tu servicio, Señor, mi Dios.

Jesús le pasa el brazo por encima de los hombros y lo estrecha contra su costado.

Entonces Simón, que no ha dejado suelta en todo este tiempo la otra mano de Jesús, se la cubre de besos... dichoso. Y susurra:

-¡Cuánto he sufrido!... Gracias, Jesús.

-Da las gracias más bien a tu hermano. Y en el futuro lleva bien tu carga con justicia y heroísmo. Vamos a esperar a los otros. ¿Dónde están?

Están parados en el lugar en que se encontraban cuando Pedro alcanzó a Jesús, para dejar libertad al Maestro de hablar a su apóstol humillado. Jesús les hace señas para que se acerquen. Con ellos hay un grupito de labriegos, que habían dejado de trabajar en los campos para venir a hacer preguntas a los discípulos.

Jesús, todavía con la mano en el hombro de Pedro, dice:

-Por lo que ha pasado habéis entendido que estar a mi servicio es una cosa severa. Le he reprendido a él. Pero la corrección era para todos. Porque los mismos sentimientos estaban en la mayoría de los corazones, o formados o en gestación. Así os los he truncado; y quien todavía los cultiva muestra que no comprende ni mi Doctrina ni mi Misión ni mi Persona.

He venido para ser Camino, Verdad y Vida. Os doy la Verdad con lo que enseño. Os aliso el Camino con mi sacrificio; os lo trazo e indico. Pero la Vida os la doy con mi Muerte. Y acordaos de que quien responde a mi llamada y se alista en mis filas para cooperar en la redención del mundo debe estar dispuesto a morir para dar a otros la Vida. Por tanto, quien quiera seguirme debe estar dispuesto a negarse a sí mismo, *al viejo yo* con sus pasiones, tendencias, costumbres, tradiciones, pensamientos, y seguirme con su *nuevo yo*.

Tome cada cual su cruz como Yo la tomaré. La tome, aunque le parezca demasiado infamante. Deje que el peso de su cruz triture a su yo humano para liberar al yo espiritual, al cual no produce horror la cruz; antes al contrario, le es apoyo y objeto de veneración, porque *el espíritu sabe y recuerda. Y* que me siga con su cruz. ¿Que al final del camino le esperará la muerte ignominiosa como me espera a mí? No importa. No se aflija; antes al contrario, exulte por ello, porque la ignominia de la tierra se transformará en grande gloria en el Cielo, mientras que será un deshonor la vileza frente a los heroísmos espirituales.

Siempre decís que queréis seguirme hasta la muerte. Seguidme entonces, y os guiaré al Reino por un camino abrupto, pero santo y glorioso, al final del cual conquistaréis la Vida eternamente inmutable. Esto será "vivir". Por el contrario, seguir los caminos del mundo y la carne es "morir". De modo que quien quiera salvar su vida en esta tierra la perderá, mas aquel que pierda su vida en esta tierra por causa mía y por amor a mi Evangelio la salvará. Pensad esto: ¿de qué le servirá al hombre ganar todo el mundo, si luego pierde su alma?

Y otra cosa: guardaos bien, ahora y en el futuro, de avergonzaros de mis palabras y acciones. Eso también sería "morir". Porque el que se avergüence de mí y de mis palabras delante de esta generación necia, adúltera y pecadora, de que he hablado,

y esperando recibir su protección y ganancia, la adule, renegando de mí y de mi Doctrina, arrojando a las bocas inmundas de los cerdos y perros las perlas recibidas, para recibir luego, como paga, excrementos en vez de dinero, será juzgado por el Hijo del hombre cuando venga en la gloria de su Padre, con los ángeles y santos, a juzgar al mundo. Él, entonces, se avergonzará de estos adúlteros y fornicadores, de estos villanos y usureros, y los arrojará fuera de su Reino; porque no hay sitio en la Jerusalén celeste para adúlteros, ruines, fornicadores, blasfemos y ladrones. Y os digo, en verdad, que algunos de mis discípulos y discípulas presentes no experimentarán la muerte antes de haber visto la fundación del Reino de Dios, y ungido y coronado a su Rey. *(El Reino de Dios vio sus comienzos el Viernes Santo, por los méritos de Cristo, y luego se afirmó con la Iglesia constituida. Pero no todos vieron esta creciente afirmación)*

Reemprenden la marcha, hablando animadamente, mientras el sol desciende lentamente en el cielo...

## 347

## En Betsaida. Profecía sobre el martirio de los Apóstoles y curación de un ciego.

Ya no andan. Corren. Corren con la nueva aurora, aún más riente y genuina que las anteriores; todo un destellar de gotas de rocío que llueven, junto con pétalos multicolores, sobre cabezas y prados, para poner tonalidades de flores deshojadas junto a las ya innumerables de las florecillas de las márgenes y del interior que se yerguen sobre sus tallos, y para encender nuevos diamantes en los hilos de hierba reciente. Corren entre cantos de aves en celo y de brisa ligera, de risueñas aguas, que suspiran o arpegian: pasando entre las ramas, acariciando el heno y los cereales que crecen día tras día, o fluyendo entre las márgenes, y alejándose, plegando delicadamente los tallos que tocan las límpidas aguas. Corren como si fueran a un banquete de amor. Incluso los ancianos, como Felipe, Bartolomé, Mateo, el Zelote, comparten la alegre prisa de los jóvenes. Y lo mismo sucede entre los discípulos: los más viejos emulan a los más jóvenes en andar deprisa. No se ha secado todavía el rocío en los prados cuando llegan a la zona de Betsaida comprendida en el poco espacio que hay entre el lago, el río y el monte.

Y, del bosque del monte, desciende por un sendero un jovencito corvo bajo el peso de un haz de ramas. Baja raudo, casi corriendo. Por la postura no ve a los apóstoles... Canta contento, corriendo así, bajo su haz de leña. Cuando llega al camino principal, a la altura de las primeras casas de Betsaida, deja caer al suelo su carga y se endereza para descansar, y echa hacia atrás sus cabellos oscuros. Alto y fino, derecho, de cuerpo fuerte y extremidades ágiles y delgadas, también fuertes: una bonita figura juvenil.

-Es Margziam - dice Andrés.

-¿Estás mal de la cabeza? Ése es un hombre ya - le responde Pedro.

Andrés pone abocinadas las manos en la boca y lo llama con fuerza.

El jovencito, que estaba agachándose para coger de nuevo la carga, tras haberse ceñido bien con el cinturón la corta túnica – que apenas si le llega a las rodillas, y que está abierta en el pecho, porque probablemente ya no cabe en ella -, se vuelve en la dirección del reclamo y ve a Jesús, a Pedro y a los demás, que lo están mirando, parados junto a un grupo de sauces llorones que sueltan sus frondas en las aguas de un ancho arroyo, el último afluente del Jordán por la izquierda antes del lago de Galilea y situado justamente en donde empieza el pueblo. Deja caer el haz, alza los brazos y grita:

-¡Mi Señor! ¡Mi padre! - y se lanza de carrera.

Pero también Pedro se echa a correr, vadea el arroyo sin quitarse siquiera las sandalias, limitándose a remangarse las vestiduras, para correr luego por el camino polvoriento, dejando las grandes señales húmedas de sus sandalias marcadas en el terreno seco.

-¡Padre mío!

-¡Hijo mío querido!

Están, recíprocamente, el uno entre los brazos del otro. Y, verdaderamente, Margziam es tan alto como Pedro, de forma que sus cabellos oscuros, durante el beso de amor, caen sobre el rostro de Pedro; de todas formas, siendo esbelto, parece más alto que Pedro.

Pero Margziam se separa del dulce abrazo y prosigue su carrera hacia Jesús, que ya está en esta parte del arroyo y viene caminando lentamente en medio de la corona de los apóstoles. Margziam cae a sus pies, con los brazos alzados, y dice:

-¡Oh, mi Señor, bendice a tu siervo!

Mas Jesús se inclina, lo pone de pie, lo acerca a su corazón, lo besa en las dos mejillas y le desea «continua paz y crecimiento en sabiduría y en gracia en los caminos del Señor.

También los demás apóstoles saludan jovialmente al jovencito: especialmente los que no lo veían desde hacía meses le manifiestan su contento por su desarrollo.

¡Pero Pedro! ¡Ah, Pedro!... ¡Si lo hubiera procreado él, no se sentiría tan contento! Da una vuelta alrededor de Margziam, lo mira, lo toca y pregunta a éste o a este otro:

-¿No es acaso guapo? ¿No está bien modelado? ¡Fijaos que derecho! ¡Qué pecho tan alto! ¡Qué piernas más derechas!... Un poco delgado, con poco músculo todavía. ¡Pero promete! ¡Verdaderamente promete mucho! ¡Y la cara? Observad y decidme si parece ahora esa criaturita que llevaba en brazos el año pasado y me parecía como llevar a un pajarillo: desnutrido, apagado, triste, asustadizo... ¡Hay que ver Porfiria! ¡Verdaderamente lo ha hecho muy bien, con toda su miel, mantequilla, aceite, huevos, hígado de pescado. Merece que se lo diga inmediatamente. ¿Me dejas, no, Maestro, ir donde mi esposa?

-Ve, ve, Simón. Yo iré pronto.

Margziam, todavía de la mano de Jesús, dice:

-Maestro, estoy seguro de que mi padre encarga a mi madre que haga de comer. Déjame dejarte para ayudarla...

-Ve. Y que Dios te bendiga por honrar a quienes son para ti padre y madre.

Margziam se marcha corriendo, toma de nuevo su haz de leña, se lo carga, da alcance a Pedro y camina al lado de él.

-Parecen Abraham e Isaac subiendo el monte - observa Bartolomé.

-¡Pobre Margziam! ¡Sólo faltaría eso! - dice Simón Zelote.

-¡Y pobre hermano mío! No sé si sería capaz de hacer de Abraham... - dice Andrés.

Jesús lo mira, luego mira la cabeza entrecana de Pedro, que se va distanciando al lado de su Margziam, y dice:

-En verdad os digo que llegará un día en que Simón Pedro sentirá alegría al saber que su Margziam ha sido encarcelado, herido, flagelado, colocado ante el umbral de la muerte; y que se sentiría con fuerzas incluso de extenderlo con su propias manos sobre el patíbulo para revestirlo de la púrpura de los Cielos y para fecundar con la sangre del mártir la tierra; envidioso y afligido sólo por un motivo: por no estar él en el lugar de su hijo y subalterno, porque su elección como Jefe supremo de mi Iglesia le obligará a reservarse para ella hasta que Yo le diga: "Ve a morir por ella". Vosotros no conocéis todavía a Pedro. Yo lo conozco. -¿Prevés el martirio para Margziam y mi hermano?

-¿Te duele, Andrés?

-No. Lo que me duele es que no lo preveas también para mí.

-En verdad, en verdad os digo que seréis revestidos todos de púrpura, menos uno.

-¿Quién? ¿Quién?

-Dejemos el silencio sobre el dolor de Dios - dice triste y solemne Jesús. Y todos callan atemorizados y pensativos.

Entran en la primera calle de Betsaida, entre huertas llenas de plantas tiernas. Pedro, con otros de Betsaida, está llevando a un ciego a la presencia de Jesús. Margziam no está. Sin duda se ha quedado a ayudar a Porfiria. Con los de Betsaida y los padres del ciego hay muchos discípulos venidos a Betsaida de Sicaminón y otras ciudades; entre éstos, Esteban, Hermas, el sacerdote Juan y Juan el escriba y muchos otros. (Recordarse de todos ya es un buen jaleo. Son muchos).

-Te lo he traído, Señor. Estaba aquí esperando desde hace varios días - explica Pedro mientras el ciego y sus padres entonan una nenia de «¡Jesús, Hijo de David, piedad de nosotros!», «Pon tu mano en los ojos de mi hijo y verá», «¡Ten piedad de mí, Señor! ¡Yo creo ti!».

Jesús toma de la mano al ciego y retrocede con él unos metros para resguardarlo del sol, que ya inunda la calle. Lo arrima a la pared cubierta de follaje de una casa, la primera del pueblo, y Él se pone de frente. Se moja de saliva los dos índices y le restriega los párpados con los dedos húmedos; luego le aprieta los ojos con las manos (la base de la mano en la concavidad de las órbitas y los dedos abiertos y metidos entre los cabellos del desdichado). Así ora. Luego le quita las manos.

-¿Qué ves? - pregunta al ciego.

-Veo hombres. Son sin duda hombres. Pero así me imaginaba los árboles vestidos de flores; pero son hombres, porque andan y gesticulan en dirección a mí.

Jesús impone otra vez las manos y las vuelve a quitar y dice:

-¿Y ahora?

-¡Ahora veo bien la diferencia entre los árboles plantados en la tierra y estos hombres que me están mirando!... ¡Y te veo a ti! ¡Que hermosura la tuya! Tus ojos son iguales que el cielo y tus cabello parecen rayos de sol... y tu mirada y tu sonrisa son propios de Dios ¡Señor, te adoro! - y se arrodilla para besarle la orla de su túnica.

-Levántate y ven adonde tu madre, que durante tantos años ha sido para ti luz y consolación y de la cual no conoces otra cosa sino el amor.

Lo toma de la mano y lo lleva a su madre, que está arrodillada a algunos pasos de distancia, en actitud de adoración, de la misma forma que antes estaba en actitud de súplica.

-Levántate, mujer. Aquí tienes a tu hijo, que ve la luz del día Quiera su corazón seguir la Luz eterna. Ve a casa. Sed felices. Y sed santos por agradecimiento a Dios. Pero, al pasar por los pueblos, no digáis a ninguno que te he curado, para que la muchedumbre no se desplace aquí enseguida para impedirme ir a donde es justo que vaya a llevar confirmación en la fe y luz y alegría a otros hijos de mi Padre.

Y, rápido, por un senderillo que discurre entre huertos, se escabulle en dirección hacia la casa de Pedro, donde entra saludando a Porfiria con su dulce saludo.

## 348

## Manahén da algunas noticias acerca de Herodes Antipas, y desde Cafarnaúm va con Jesús a Nazaret. Revelación de las transfiguraciones de la Virgen.

Cuando ponen pie en la playita de Cafarnaúm, los recibe el griterío de los niños, que, tanto corren, veloces, chillando con sus vocecitas, desde la playa a las casas, que emulan a las golondrinas afanadas en la construcción de los nuevos nidos; alborozados con esa sencilla alegría de los niños, para los cuales es espectáculo maravilloso un pececito muerto encontrado en la orilla, y mágico objeto una piedrecita pulida por las olas y que por su color asemeja a una piedra preciosa, o la flor descubierta entre dos piedras, o el escarabajo tornasolado capturado en vuelo: prodigios todos dignos de ser mostrados a las mamás, para que participen de la alegría de su hijito.

Mas ahora estas golondrinitas humanas han visto a Jesús, y todos sus vuelos convergen hacia Él, que está para desembarcar en la playita. Entonces se abate sobre Jesús una templada, viva avalancha de carnes niñas, y lo ciñe; una cadena suave de tiernas manitas, que lo ata; un amor de corazones infantiles, que, cual dulce fuego, le da calor.

-¡Yo! ¡Yo!

-¡Un beso!

-¡A mí!

-¡También yo!

-¡Jesús! ¡Te quiero!

-¡No te vuelvas a marchar por tanto tiempo!

-¡Venía todos los días aquí para ver si venías!

-¡Yo iba a tu casa!

-Ten esta flor. Era para mi mamá. Pero te la doy.

-Otro beso más para mí, muy fuerte. El de antes no me ha tocado, porque Yael me ha empujado para atrás...

Y las vocecitas continúan mientras Jesús trata de caminar entre esa red de ternuras.

-¡Pero dejadlo un poco en paz! ¡Fuera! ¡Basta! - gritan discípulos y apóstoles tratando de aflojar el cerco. ¡Ya, ya! ¡Parecen lianas provistas de ventosas! Por esta parte las separan, por allá se pegan.

-¡Dejad! ¡Dejadlos! Con paciencia llegaremos - dice Jesús sonriendo, y da pasos increíblemente pequeños para poder andar sin pisar piececitos descalzos.

Pero lo que le libra del amoroso cerco es la improvisa llegada de Manahén con otros discípulos, entre los cuales los pastores que estaban en Judea.

-¡La paz a ti, Maestro! - dice con voz potente el solemne Manahén, espléndidamente vestido, aunque ya sin objetos de oro en la frente y en los dedos; eso sí, con una magnífica espada a la cintura que suscita la admiración llena de reverencia de los niños, los cuales, ante este magnífico caballero vestido de púrpura y con un arma tan estupenda en su cintura, se apartan atemorizados.

Y así Jesús puede abrazarlo, y abrazar a Elías, a Leví, a Matías; a José, a Juan, a Simeón, y no sé a cuántos otros más.

-¿Cómo es que estás aquí? ¿Y cómo has sabido que había arribado?

-Saberlo, se ha sabido por los gritos de los niños. Han traspasado los muros como flechas de alegría. Pero he venido aquí porque pensaba que está próximo tu viaje a Judea y que ciertamente tomarán parte en él las mujeres... He querido estar también yo... Para protegerte, Señor, si no es demasiada soberbia pensarlo. Hay mucha efervescencia en Israel contra ti. Esto es una cosa dolorosa de decir. Per no la ignoras.

Hablando así, llegan a la casa y entran en ella. Manahén continúa hablando después de que el jefe de casa y su mujer han saludado reverentemente al Maestro.

-Ya en estos momentos la efervescencia y el interés que suscitas ha penetrado por todas partes, agitando y llamando la atención incluso de los más insensibles y distraídos por cosas muy distintas de lo que Tú eres. Las noticias de tus obras han penetrado incluso dentro de las sucias murallas de Maqueronte y en los lujuriosos refugio de Herodes, bien sean éstos el palacio de Tiberíades, o los castillos de Herodías o la espléndida mansión de los Asmoneos cerca del Sixto. Franquean, como oleadas de luz y poder, las barreras de tinieblas y mezquindad. Abaten los cúmulos de pecados dispuestos como trinchera y refugio para los sucios amores de la Corte y los atroces delitos. Asaetean, como dardos de fuego, escribiendo palabras mucho más graves que las del banquete de Baltasar en las licenciosas paredes de las alcobas y de las salas del trono y de los banquetes. Gritan tu Nombre y tu poder, tu naturaleza y tu misión. Y Herodes tiembla de miedo por ello; y Herodías se contuerce en los lechos, con miedo a que Tú seas el Rey vengador que habrá de arrebatarle riquezas e inmunidades, si no incluso la vida, y arrojarla a merced de las turbas, que vengarían sus muchos delitos. En la Corte tiemblan. Y es por ti. Tiemblan de miedo humano y sobrehumano. Desde que la cabeza de Juan cayó cortada, un fuego parece devorar las entrañas de quienes lo mataron. Ya no tienen siquiera su mísera paz de antes, paz de puercos hartos de comilonas, que encuentran el silencio a las acusaciones de la conciencia en la ebriedad y en la cópula. Ya no hay nada que les dé paz... Están perseguidos... Y después de cada una de las horas de amor se odian, hartos el uno de la otra, culpándose recíprocamente de haber cometido el delito que turba, que ha sobrepasado la medida; mientras que Salomé, como poseída por un demonio, vive zarandeada por un erotismo que degradaría a una esclava de las moliendas. El Palacio es más hediondo que un albañal. Herodes me ha preguntado varias veces acerca de ti. Siempre he respondido: "Para mí es el Mesías, el Rey de Israel de la única estirpe real, la de David. Es el Hijo del hombre a que se refieren los Profetas, es el Verbo de Dios, Aquel que, por ser el Cristo, el Ungido de Dios, tiene derecho a reinar sobre todos los vivientes". Y Herodes palidece de miedo sintiéndote el Vengador. Y rechaza el miedo, el grito de la conciencia desmembrada por el remordimiento, diciendo - porque los de la Corte para confortarlo dicen que Tú eres Juan falsamente considerado muerto, y con ello le hacen deprimirse más que nunca, de horror; o Elías, o algún otro profeta del pasado -, diciendo: "¡No, no puede ser Juan! Lo decapitaron por orden mía y su cabeza la tiene Herodías en segura custodia. Y no puede ser uno de los profetas. No se vive de nuevo una vez muertos. Pero tampoco puede ser el Cristo. ¿Quién lo dice? ¿Quién dice que lo es? ¿Quién osa decirme que es el Rey de la única estirpe regia? ¡Yo soy el rey! ¡Yo! Y ningún otro. El Mesías fue matado por Herodes el Grande: fue ahogado, recién nacido, en un mar de sangre. Fue degollado como un corderito... y tenía pocos meses... ¿Oyes cómo llora? Su balido me grita continuamente dentro de la cabeza, junto con el rugido de Juan: `No te es lícito'... ¿No me es lícito? Sí. Todo me es lícito, porque yo soy `el rey'. Aquí vino y mujeres, si Herodías rechaza mis abrazos amorosos, y que dance Salomé para despertar mis apetitos aterrorizados por esas cosas pavorosas que dices". Y se emborracha entre las mimas de la Corte, mientras en sus habitaciones grita la desquiciada mujer sus blasfemias contra el Mártir, y sus amenazas contra ti; y, en las suyas, Salomé conoce lo que es el haber nacido del pecado de dos lujuriosos y el haber sido cómplice de un delito conseguido con el abandono del propio cuerpo a los frenesíes lúbricos de un hombre inmundo. Pero luego Herodes vuelve en sí y quiere saber de ti, y querría verte. Y por este motivo favorece el que yo venga a ti, con la esperanza de que te lleve a su presencia; cosa que no haré nunca, para no llevar tu santidad a un antro de fieras inmundas. Y querría tenerte Herodías para agredirte; y lo grita con su estilete en

las manos... Y querría tenerte Salomé, que te vio en Tiberíades sin que Tú lo supieras, el pasado Etanim, en su insania por ti... ¡Éste es el Palacio, Maestro! Pero yo permanezco en él, porque así vigilo las intenciones respecto a ti.

-Yo te lo agradezco y el Altísimo te bendice por ello. También esto es servir al Eterno en sus decretos.

-Lo he pensado. Y por este motivo he venido.

-Manahén, dado que has venido, te ruego una cosa. No bajes a Jerusalén conmigo, sino con las mujeres. Yo voy con éstos por camino ignoto; no podrán hacerme ningún mal. Pero ellas son mujeres indefensas, y el que las acompaña es de corazón manso y está enseñado a ofrecer la mejilla a quien ya lo ha golpeado. Tu presencia será segura protección. Un sacrificio, lo comprendo. Pero estaremos juntos en Judea. No me niegues esto, amigo.

-Señor, todo deseo tuyo es ley para tu siervo. Estoy al servicio de tu Madre y de las condiscípulas, desde este momento hasta cuando quieras.

-Gracias. Esta obediencia tuya también será escrita en el Cielo. Ahora vamos a dedicar la espera de las barcas para todos a curar a los enfermos que me aguardan.

Y Jesús baja al huerto, donde hay camillas o enfermos, y los cura rápidamente, mientras recibe el saludo deferente de Jairo y de los amigos, pocos, de Cafarnaúm.

Las mujeres, entretanto - y son Porfiria y Salomé, más la anciana esposa de Bartolomé y la menos anciana de Felipe con sus hijas jovencitas - se ocupan de la comida para el numeroso grupo de los discípulos, que habrán de saciar el hambre con las nasas de pescado que Betsaida y Cafarnaúm han ofrecido. Y una intensa actividad de abrir vientres argénteos todavía palpitantes, de enjuagar peces en los barreños, y una intensa crepitación de frito sobre las parrillas, se produce en la cocina, mientras Margziam, con otros discípulos, alimenta los fuegos y trae cántaros de agua para ayudar a las mujeres.

La comida pronto está hecha y pronto consumida. Y habiendo sido ya reclutadas las barcas para el transporte de tanta gente, no falta sino embarcarse en dirección a Magdala, por un lago de encanto: tan sereno... tan angélico, engastado en sus orillas esmeraldinas. Los jardines y la casa de María de Magdala se abren hospitalarios en el mediodía solar para recibir al Maestro y a sus discípulos, y toda Magdala se lanza a la calle a saludar al Rabí que va hacia Jerusalén.

Y las frescas laderas de las colinas galileas sienten la marcha diligente y alegre de la turba fiel, seguida de un cómodo carro en que van Juana con Porfiria, Salomé, las mujeres de Bartolomé y Felipe y las dos hijas jovencitas de este último, más los risueños María y Matías, de aspecto irreconocible respecto a lo que eran cinco meses antes. Margziam marcha con bravura con los adultos; es más, por voluntad de Jesús, está incluso en el grupo apostólico, entre Pedro y Juan, y no se pierde ni una palabra de cuanto dice Jesús.

El sol resplandece en un cielo purísimo. Tibias rachas de viento traen olor a bosque, a calamanto, a violeta, y el olor de los primeros muguetes y de los rosales que se van poblando cada vez más de flores; soberano, sobrepujando a todos, ese olor fresco, levemente amargoso, de las flores de los árboles frutales, que, desde todas partes, esparcen nieve de pétalos sobre los prados. Todos tienen algunos de estos pétalos entre el pelo, mientras caminan en medio de un continuo gorjeo de pájaros, en medio de cantos de seducción y vibrantes reclamos de unas frondas a otras entre los audaces machos y las púdicas hembras; y mientras las ovejas rozan, pingües de maternidad, y los primeros corderitos chocan el morrito rosado contra la torneada ubre para aumentar la secreción de leche, o, como niños felices, corretean haciendo círculos por los prados de hierba reciente.

¡Qué pronto llega Nazaret después de Caná!, donde Susana se une a las otras mujeres llevando consigo los productos de su tierra en cestas y frascos, y una rama entera de rosas rojas, todas en capullo todavía, próximos a abrirse, que - dice - «son ofrenda para María».

-Yo también, ¿ves? - dice Juana, y destapa una especie de caja donde están cuidadosamente colocadas bastantes rosas entre musgo húmedo: «Las primeras y las más bonitas. ¡Siempre será nada para Ella, que es tan encantadora!

Veo que todas las mujeres han traído consigo provisiones para el viaje pascual; y, con las provisiones, quién esta flor, quién esa otra planta, para el huerto de María... Porfiria se disculpa porque no ha traído más que una maceta de alcanfor, espléndido con esas diminutas hojitas glaucas que emanan su aroma con sólo rozarlas.

-María deseaba esta planta balsámica... - dice.

Y todas la elogian por la belleza exuberante del arbolito.

-¡Oh! Lo he vigilado todo el invierno, resguardándolo del hielo y del granizo en mi habitación. Margziam me ayudaba a llevarla al sol todas las mañanas y a retirarla cuando caía la tarde... Este niño encantador, si no hubiera estado la barca y ahora el carro, se lo habría cargado a las espaldas para llevárselo a María, por cortesía con Ella y conmigo - dice la humilde mujer, que cada vez se siente más segura por la bondad de Juana, y que no cabe en sí de la alegría de estar en viaje hacia Jerusalén, y además con el Maestro, con su marido y con su Margziam.

-¿No has estado nunca en Jerusalén?

-Mientras vivía mi padre, todos los años. Pero luego... Mi madre no volvió a ir... Mis hermanos me habrían llevado, pero yo servía de ayuda a mi madre y ella no me dejaba partir. Después me casé con Simón... y no he vuelto a estar muy bien de salud. Simón habría debido estar mucho de viaje, y se aburría... Así que me quedaba en casa esperándolo... El Señor veía mi deseo... y era como si hiciera el sacrificio en el Templo... - dice la mansa mujer.

Y Juana, que la tiene cerca, le pone una mano en sus espléndidas trenzas y le dice: -¡Querida mía!

Y en esa expresión hay mucho amor, mucha comprensión, mucho significado.

Llegan a Nazaret... Llegan a la casa de María de Alfeo, que ya está entre los brazos de sus hijos, y ella, con las manos goteando y rojas por la colada que está haciendo, los acaricia, para correr luego, secándoselas en el tosco mandil, a abrazar a Jesús... Llegan a la casa de Alfeo de Sara, que precede inmediatamente a la de María. Alfeo ordena al nietecito más grande que corra a avisar a María, mientras se dirige a pasos de gigante hacia Jesús, con una brazada de nietecitos encima; y lo saluda junto con esa nidada estrechada entre sus brazos como un ramo de flores ofrecido a Jesús.

He ahí a María, asomándose a la puerta, bajo el sol, con su vestido de casa de un azul claro un poco descolorido, y con el oro - brillante, vaporoso sobre la frente virginal, macizo en el tupido nudo de las trenzas sobre la nuca - el oro de sus cabellos; hela cayendo sobre el pecho de su Hijo, que la besa con todo su amor. Los demás se detienen, prudentes, para dejarlos libres en los primeros momentos.

Pero Ella se separa enseguida y vuelve el rostro, inexpugnable a la edad, ahora todo rosado por la sorpresa y luminoso por la sonrisa, y saluda con su voz de ángel:

-La paz a vosotros, siervos del Señor y discípulos de mi Hijo. La paz a vosotras, hermanas en el Señor – y, con las discípulas, que han bajado del carro, intercambia un beso fraterno.

-¡Oh, Margziam, ya no voy a poder tenerte entre mis brazos! Ya eres un hombre. Pero ven con la Mamá de todos los buenos, que sí te daré un beso todavía. ¡Tesoro mío! Que Dios te bendiga y te haga crecer en sus caminos, robusto como crece tu joven cuerpo, y más aún. Hijo mío, habrá que llevarlo a que lo vea su abuelo. Se pondrá muy contento de verlo así - dice luego volviéndose hacia Jesús.

Y luego abraza a Santiago y a Judas de Alfeo. Y les da la noticia que ciertamente desean oír:

-Este año Simón viene conmigo, como discípulo del Maestro. Me lo ha dicho.

Luego saluda, uno por uno, a los más conocidos, a los más influyentes, y tiene para cada uno de ellos una palabra de gracia. Jesús acerca a Manahén a Ella y se lo presenta como escolta suya en el viaje hacia Jerusalén.

-¿No vienes con nosotros, Hijo?

-Madre, tengo más lugares que evangelizar. Nos veremos en Betania.

-Hágase tu voluntad ahora y siempre. Gracias, Manahén. Tú: ángel humano; nuestros custodios: ángeles del Cielo; estaremos tan seguras como estando en el Santo de los Santos. Y ofrece su mano menuda a Manahén en señal de amistad. El caballero, crecido en el fasto, se arrodilla para besar la gentil mano que se le ofrece.

Entretanto, han descargado las flores y todas las otras cosas que deben quedarse en Nazaret. Luego el carro va a su lugar: alguna de las caballerizas de la ciudad.

La pequeña casa parece una rosalera por las rosas que las discípulas han distribuido por todas partes. Pero la planta de Porfiria, que ha sido puesta encima de la mesa, recoge la más viva admiración de María; y dice que la lleven a un lugar apropiado según las indicaciones de la mujer de Pedro.

Ciertamente no pueden entrar todos en la minúscula casa, ni en el huerto, que no es ni un latifundio ni una hacienda, pero que, eso sí, parece ascender hacia el cielo sereno, hacerse etéreo (por la gran cantidad de nubes de flores de los árboles de este hortezuelo).

Y Judas de Alfeo, sonriendo, pregunta a María:

-¿Has cortado hoy también la rama para tu ánfora?

-Claro, Judas. La estaba contemplando cuando habéis llegado...

-Y soñando de nuevo, Mamá, tu vasto misterio - dice Jesús, ciñéndola con su brazo izquierdo y arrimándola contra su pecho.

María alza su rostro enrojecido, y suspira:

-Sí, Hijo mío... y también el primer latido de tu corazón en mí...

Jesús dice:

-Que se queden las discípulas, los apóstoles, Margziam, los discípulos pastores, el sacerdote Juan, Esteban, Hermas y Manahén. Los demás que se dispersen en busca de alojamiento...

-Muchos pueden alojarse en mi casa... - grita desde la puerta, donde está retenido, Simón de Alfeo.

-Soy condiscípulo de ellos y los reclamo.

-¡Hermano, acércate para que te pueda besar - dice, efusivo, Jesús, mientras Alfeo de Sara e Ismael y Aser, los dos discípulos ex arrieros de asnos, de Nazaret, dicen, a su vez:

-¡A nuestra casa. ¡Venid, venid!

Los discípulos que no habían sido nombrados se marchan. Se puede entonces cerrar la puerta... para ser abierta de nuevo inmediatamente, por la llegada de María de Alfeo, que no puede estar lejos aunque se estropee su colada. Son casi cuarenta personas, así que se esparcen por el huerto tibio y calmo. Se distribuyen los alimentos. Todos, tan contentos como están de consumirlos en la casa del Señor y además distribuidos por María, los encuentran de un sabor celestial.

Regresa Simón, después de acomodar convenientemente a los discípulos, y dice:

-No me has llamado como a los demás, pero soy hermano tuyo y vengo de todas formas.

-Bien. Ven, Simón. He querido que estuvierais aquí para daros a conocer a María. Muchos de vosotros conocéis a la "madre" María algunos a la "esposa" María. Pero ninguno conoce a la "virgen" María. Os la quiero dar a conocer en este jardín en flor, al cual vuestro corazón viene, con el deseo, en los momentos de lejanía forzada, como a un lugar de reposo, durante las fatigas del apostolado.

He oído lo que decíais, apóstoles, discípulos y parientes; he oído vuestras impresiones, vuestros recuerdos, vuestras afirmaciones acerca de mi Madre. Quiero transfiguraros todo esto - cargado de admiración pero todavía muy humano - en conocimiento sobrenatural. Porque mi Madre, antes de mí, debe ser transfigurada ante los ojos de los más merecedores, para ser mostrada cual Ella es. Veis a una mujer. Una mujer que por su santidad os parece distinta de las demás, y que veis en realidad como un alma envuelta en la carne, como la de todas sus hermanas de sexo. Pero ahora quiero descubriros el alma de mi Madre, su verdadera y eterna belleza.

Ven aquí, Madre mía. No te ruborices. No te eches hacia atrás atemorizada, paloma suave de Dios. Tu Hijo es la Palabra de Dios, No puede hablar de ti y de tu misterio, de tus misterios, ¡oh sublime Misterio de Dios! Vamos a sentarnos aquí, bajo esta sombra ligera de árboles en flor, junto a la casa, junto a tu habitación santa. ¡Así! Vamos a descorrer esta cortina ondeante.

Que salgan olas de santidad y de Paraíso de esta habitación virginal para saturarnos de ti a todos... Sí. A mí también, y quede perfumado de ti, Virgen perfecta, para poder soportar los hedores del mundo, para, teniendo saturada la pupila de tu Candor, poder ver candor... Venid aquí, Margziam, Juan, Esteban, y vosotras, discípulas, poneos bien de frente a la puerta abierta de la morada casta de la que es Casta entre todas las mujeres. Y detrás vosotros, amigos míos. Y aquí, a mi lado, tú, amada Madre mía.

Poco antes os he dicho: "la eterna belleza del alma de mi Madre". Soy la Palabra y por ello sé hacer uso de la palabra sin error. He dicho: eterna, no inmortal. Y no lo he dicho sin una finalidad. Inmortal es quien, habiendo nacido, ya no muere. Así, el alma de los justos es inmortal en el Cielo, el alma de los pecadores es inmortal en el Infierno; porque el alma, una vez creada, ya no muere sino a la gracia. Pero el alma tiene vida, existe desde el momento en que Dios la piensa. La crea el Pensamiento de Dios. El alma de mi Madre *desde siempre* es pensada por Dios. Por tanto es eterna en su belleza, en la cual Dios ha vertido todas las perfecciones para recibir de ella delicia y confortación.

Está escrito en el Libro de nuestro antepasado Salomón, que te antevió, y, por tanto, puede ser llamado profeta tuyo: "Dios me poseyó al principio de sus obras, desde el mismo principio, antes de la Creación. Ab aeterno fui establecida, al principio, antes de que fuera hecha la Tierra. No existían todavía los abismos y yo había sido ya concebida. No manaban aún las fuentes de las aguas, no habían sido asentadas aún las montañas sobre su pesada mole y yo ya existía. Antes de las colinas había sido dada a luz. Él no había hecho todavía la Tierra, ni los ríos, ni los fundamentos del mundo, y yo ya existía Cuando preparaba los cielos y el Cielo, estaba presente. Cuando con ley inviolable cerró debajo de la bóveda el abismo, cuando afianzó en lo alto la bóveda celeste y colgó de ella las fuentes de las aguas, cuando fijó al mar sus confines y dictó a las aguas la ley de no superarlos, mientras echaba los cimientos de la Tierra, yo estaba con Él dando orden a todas las cosas. En medio de una constante alegría, jugaba en su presencia continuamente. Jugaba en el orbe".

¡Sí, oh Madre de la que Dios, el Inmenso, el Sublime, el Virgen, el Increado, estaba grávido, y te llevaba como al dulcísimo fruto de su seno, exultando al sentirte agitarte dentro de Él, dándole las sonrisas con las que hizo la Creación! Tú, a la que dio a luz al dolor para darte al Mundo, alma suavísima, nacida del Virgen para ser la "Virgen", Perfección de la Creación, Luz del Paraíso, Consejo de Dios, el cual, mirándote, pudo perdonar la Culpa, porque sólo tú, tú sola, sabes amar como no sabe hacerlo toda la Humanidad junta. ¡En ti e1 Perdón de Dios! ¡En ti la Medicina de Dios, tú, caricia del Eterno en la herida infligida por el hombre a Dios! ¡En ti la Salud del mundo, Madre del Amor encarnado y del Redentor concedido!

¡Oh, el alma de mi Madre! ¡Fundido en el Amor con el Padre, te miraba dentro de mí, oh alma de mi Madre!... Tu esplendor, tu oración, la idea de que tú me llevaras, eran eterno consuelo de mi destino de dolor y de experiencias inhumanas, de lo que significa para el Dios perfectísimo el mundo corrompido. ¡Gracias, Madre! He venido ya saturado de tus consuelos, he descendido sintiéndote sólo a ti, tu perfume, tu canto, tu amor... ¡Alegría, alegría mía!

Pero, oíd, vosotros que ahora sabéis que una sola es la mujer en la que no hay mancha, una sola la Criatura que no cuesta heridas al Redentor, oíd la segunda transfiguración de María, la Elegida de Dios.

Era una tarde serena de Adar. Estaban en flor los árboles en el huerto silencioso. María, desposada con José, había cogido una rama de árbol florecido para sustituir a la otra que había en su habitación. Hacía poco que María había venido a Nazaret, tomada del Templo para adornar una casa de santos. Y, con el alma tripartita (entre el Templo, la casa y el Cielo), miraba la rama florecida, pensando que con una parecida a ésa, florecida en modo insólito, una rama cortada en este hortezuelo en pleno invierno y que había echado flores como en primavera delante del Arca del Señor - quizás le había dado calor el Sol-Dios radiante en el lugar de su Gloria - Dios le había expresado su voluntad... Y pensaba también que el día de la boda José le había llevado otras flores, aunque no como esa primera, que tenía escrito en sus pétalos ligeros: "Te quiero unida a José"... Muchas cosas pensaba... Y pensando subió a Dios. Las manos se movían diligentes entre la rueca y el huso, e hilaban un hilo más delgado que un cabello de su joven cabeza...

El alma tejía un tapiz de amor, yendo diligente, como la lanzadera del telar, de la tierra al Cielo; de las necesidades de la casa, de su esposo, a las del alma, de Dios. Y cantaba y oraba. El tapiz se formaba en el místico telar, se desenrollaba desde la tierra al Cielo, subía para perderse arriba... ¿Formado con qué? Con los hilos finos, perfectos, fuertes, de sus virtudes; con el veloz hilo de la lanzadera que Ella creía "suya", y, sin embargo, era de Dios: la lanzadera de la Voluntad de Dios en la cual estaba arrollada la voluntad de la pequeña, grande Virgen de Israel, la Desconocida para el Mundo, la Conocida para Dios; su voluntad arrollada, hecha una con la Voluntad del Señor. Y el tapiz se adornaba con flores de amor, de pureza, con palmas de paz, de gloria, con violetas, jazmines... Todas las virtudes florecían en el tapiz del amor que la Virgen de Dios extendía, invitante, desde la tierra hasta el Cielo. Y, no bastando el tapiz, lanzaba su corazón cantando: "Venga mi Amado a su jardín y coma el fruto de sus árboles frutales... Baje mi Amado a su jardín, a la era de los aromas, a halagarse en los jardines, a recoger lirios. ¡Yo soy de mi Amado, y mi Amado es mío; Él, que se halaga entre los lirios!".

Y, desde lejanías infinitas, entre torrentes de Luz, venía una Voz cual oído humano no puede oír, ni garganta humana formar. Decía: "¡Cuán hermosa eres, amiga mía! ¡Qué hermosa!... Miel gotean tus labios... ¡Un jardín cerrado eres tú, una fuente sellada, oh hermana, esposa mía!...", y las dos voces se unían para cantar la eterna verdad: "El amor es más fuerte que la muerte. Nada puede extinguir o ahogar `nuestro' amor". La Virgen se transfiguraba así..., así... así... mientras descendía Gabriel y la reclamaba, con su llamear, a la Tierra; uníale de nuevo el espíritu al cuerpo, para que Ella pudiera oír y comprender la demanda de Aquel que la había llamado "Hermana" pero que la quería "Esposa".

Pues bien, allí tuvo lugar el Misterio... Y una púdica, la más púdica entre todas las mujeres, Aquella que ni siquiera conocía el estímulo instintivo de la carne, se turbó ante el ángel de Dios, porque hasta un ángel turba la humildad y la verecundia de la Virgen; y sólo se calmó oyéndolo hablar; y creyó; y dijo la palabra por la que el amor *"de Ella y* Él " se hizo Carne y vencerá a la Muerte, y no habrá agua que pueda apagarlo ni maldad que pueda sumergirlo…

Jesús se inclina dulcemente hacia María, que ha caído a sus pies, casi extática, al rememorar la lejana hora, iluminada con una luz especial que parece exhalar del alma; y le pregunta quedo:

-¡Cuál fue, ¡Purísima!, tu respuesta a aquel que te aseguraba que viniendo a ser Madre de Dios no perderías tu perfecta Virginidad?

Y María, casi en sueño, lentamente, sonriendo, con los *ojos* dilatados por un feliz llanto:

-¡He aquí a la Sierva del Señor! Hágase en mí según su Palabra - y reclina, adorando, la cabeza en las rodillas de su Hijo.

Jesús la cubre con su manto, celándola así a los *ojos* de todos, y dice:

-Y se cumplió. Y se cumplirá hasta el final. Hasta sus otras transfiguraciones. Ella será siempre "la Sierva de Dios". Hará siempre lo que diga "la Palabra". ¡Ésta es mi Madre! Bueno es que empecéis a conocerla en toda su santa Figura... ¡Madre! ¡Madre! Alza tu cara, Amada... Llama a tus devotos a esta Tierra en que por ahora estamos... - dice mientras destapa a María, después de un rato en que no se ha oído ningún sonido aparte del zumbido de las abejas Y el gorgoteo de la fuentecita.

María levanta la cara, cubierta de llanto, y susurra:

-¿Por que me has hecho esto Hijo? Los secretos del Rey son sagrados...

-Pero el Rey los puede revelar cuando quiere. Madre, lo he hecho para que se comprenda lo que dijo un Profeta: "Una Mujer abarcará al Hombre", y lo otro del otro Profeta: "La Virgen concebirá y dará a luz a un Hijo". Y también para que ellos, que se horrorizan por demasiadas cosas del Verbo de Dios que consideran humillantes, tengan como contrapeso otras muchas cosas que los confirmen en el gozo de ser "míos". Así no se volverán a escandalizar, y conquistarán así también el Cielo... Ahora los que tengan que ir a las casas hospitalarias que vayan. Yo me quedo aquí con las mujeres y Margziam. Que mañana, al alba, estén aquí todos los hombres; quiero llevaros a un lugar cercano. Luego regresaremos para saludar a las discípulas. Después volveremos a Cafarnaúm y reuniremos a los otros discípulos para enviarlos detrás de ellas...

## 349

## La Transfiguración en el monte Tabor y el epiléptico curado al pie del monte. Un comentario para los predilectos.

¿Hay, acaso, algún hombre que no haya visto, al menos una vez, un alba serena de Marzo? Si tal hombre existe, es un gran desagraciado, porque desconoce una de las gracias más hermosas de la naturaleza despertada de primavera, de nuevo virgen, niña, cual debía ser el primer día.

En esta gracia, que es pura en todos sus aspectos y cosas - desde las hierbas nuevas y cargadas de rocío, hasta las florecillas que se abren, como niños que nacen. ante la primera sonrisa de la luz del día: hasta los pájaros que se despiertan con un batir de alas y dicen su primer "¿chip?" interrogativo, preludio de todos sus canoros discursos de la jornada; hasta el mismo olor del aíre, que ha perdido durante la noche, por la lavación del rocío y la ausencia del hombre, hasta la más mínima contaminación de polvo, humo e indicio de cuerpos humanos -, en medio de esta gracia, van Jesús, los apóstoles y los discípulos. Está con ellos también Simón de Alfeo.

Van en dirección sureste, superando las colinas que hacen de corona a Nazaret, vadeando un torrente, atravesando una llanura estrecha situada entre las colinas nazarenas y un grupo de montes hacia el este. Estos montes están precedidos por el cono semitruncado del Tabor, cuya cima, curiosamente, me recuerda, vista de perfil, la punta del gorro de nuestra policía nacional.

Llegan al monte. Jesús se para y dice:

-Pedro, Juan y Santiago de Zebedeo subirán conmigo al monte. Vosotros diseminaos por la base, separándoos hacia los caminos que la bordean, y predicad al Señor. A1 atardecer quiero estar de nuevo en Nazaret, así que no os alejéis mucho. La paz sea con vosotros. Y, volviéndose a los tres que había nombrado, dice:

-Vamos.

Y empieza a subir sin volverse ya, y con un paso tan expedito, que pone a Pedro en dificultad para seguirle.

En un alto que hacen, Pedro, rojo y sudado, le pregunta con respiración afanosa:

-¿Pero a dónde vamos? No hay casas en el monte. En la cima, aquella vieja fortaleza. ¿Quieres ir a predicar allí?

-Habría subido por la otra vertiente. Como puedes ver, le vuelvo las espaldas. No vamos a ir a la fortaleza, y quien esté en ella ni siquiera nos verá. Voy a unirme con mi Padre. He querido teneros conmigo porque os amo. ¡Venga, ligeros!

-¡Oh, mi Señor! ¿Y no podríamos ir un poco más despacio, y hablar de lo que oímos y vimos ayer, que nos ha tenido despiertos toda la noche para comentarlo?

*-A las citas con Dios hay que ir siempre sin demora.* ¡Ánimo, Simón Pedro! Que arriba os permitiré que descanséis.

Y reanuda la subida...

Suben más alto todavía y la mirada se expande por dilatados horizontes que un hermoso día sereno hace detalladamente nítidos hasta en las zonas más lejanas.

El monte no forma parte de un sistema montañoso como el de Judea; se yergue aislado, teniendo, respecto al lugar en que nos encontramos, el oriente de frente, el norte a la izquierda, el sur a la derecha, y, detrás, al oeste, la cima, que se alza aún unos centenares de pasos. Es muy alto, y la mirada puede ver libremente en un vasto radio.

El lago de Genesaret parece un recorte de cielo engastado en el verde de la tierra, una turquesa oval ceñida de esmeraldas de distintas tonalidades; un espejo trémulo, que se riza con el viento leve y por el que se deslizan, con agilidad de gaviotas, las barcas con sus velas desplegadas, ligeramente inclinadas hacia la superficie azulina, con la misma gracia del vuelo cándido de una gaviota cuando sigue el curso de la onda en busca de presa. Luego, de la vasta turquesa sale una vena, de un azul más pálido en los lugares donde el guijarral es más ancho, y más oscuro donde las orillas se estrechan y el agua es más

profunda y opaca por la sombra que proyectan los árboles que crecen vigorosos junto al río, nutridos con su linfa. El Jordán parece una pincelada casi rectilínea en el verde de la llanura.

A uno y otro lado del río, diseminados por la llanura, hay unos pueblecillos. Algunos de ellos son realmente un puñado de casas, otros son más grandes, ya con aire de pequeñas ciudades. Las vías de comunicación son rugosidades amarillentas en el verde. Pero aquí, en la parte del monte, la llanura está mucho más cultivada y es mucho más fértil, muy bonita. Se ve a los distintos cultivos, con sus distintos colores, sonreír al bonito sol que desciende del cielo sereno.

Debe ser primavera, quizás Marzo, si calculo la latitud de Palestina, porque veo los cereales ya altos, aunque todavía verdes, ondear como un mar glauco, y veo a los penachos de los más precoces de entre los árboles frutales colocar como nubecillas blancas y róseas sobre este pequeño mar vegetal, y luego prados enteramente florecidos, por los altos henos, sobre los cuales, ovejitas al pasto parecen pequeños cúmulos de nieve amontonadas acá o allá sobre la hierba.

A1 pie del monte, en las colinas que constituyen su base - bajas y breves colinas -, hay dos pequeñas ciudaditas, una hacia el sur, la otra hacia el norte. La llanura ubérrima se extiende especial y más ampliamente hacia el sur.

Jesús, después de una breve pausa al fresco de un puñado de árboles (pausa que, sin duda, ha sido concedida por piedad hacia Pedro, que en las subidas se cansa visiblemente), reanuda la ascensión. Sube casi hasta la cima, hasta un rellano herboso con un semicírculo de árboles hacia la parte de la ladera.

-Descansad, amigos. Yo voy allí a orar.

Y señala con la mano una voluminosa roca que sobresale del monte y que se encuentra, por tanto, no hacia la ladera sino hacia dentro, hacia la cima.

Jesús se arrodilla en la tierra herbosa y apoya las manos y la cabeza en la roca, en la postura que tomará también en la oración del Getsemaní. El sol no incide en Él, porque la cima lo resguarda. Pero el resto de la explanada herbosa está toda alegre de sol, hasta el límite de sombra del borde arbolado a cuya sombra se han sentado los apóstoles.

Pedro se quita las sandalias y las sacude para quitar el polvo y las piedrecitas, y se queda así, descalzo, con sus pies cansados entre la hierba fresca, casi echado, apoyada la cabeza, como almohada, en un matojo esmeraldino que sobresale más que los demás en su trozo de prado. Santiago hace lo mismo, pero, para estar cómodo, busca un tronco de árbol; en él apoya su manto, y en el manto la espalda. Juan permanece sentado, observando al Maestro. Pero la calma del lugar, el vientecíllo fresco, el silencio y el cansancio lo vencen a él también, y se le caen: sobre el pecho, la cabeza; sobre los ojos, los párpados. Ninguno de los tres duerme profundamente; están en ese estado de somnolencia veraniega que atonta.

Los despabila una luminosidad tan viva, que anula la del Sol y se esparce y penetra hasta debajo del follaje de las matas y árboles bajo los cuales se han puesto.

Abren, estupefactos, los ojos, y ven a Jesús transfigurado. Es ahora como lo veo en las visiones del Paraíso, tal cual. Naturalmente sin las Llagas y sin la enseña de la Cruz. Pero la majestad del Rostro y del Cuerpo es igual; igual es su luminosidad, igual el indumento, que, de un rojo oscuro, se ha transformado en el adiamantado y perlino tejido inmaterial que le viste en el Cielo. Su Rostro es un sol de luz sideral, pero intensísima, en el cual centellean los ojos de zafiro. Parece más alto aún, como si su glorificación hubiera aumentado su estatura. No sabría decir si la luminosidad, que pone incluso fosforescente el rellano, proviene enteramente de El, o si a la luz propia se une toda la luz que hay en el universo y en los cielos, concentrada en su Señor. Sé que es algo indescriptible.

(*Nota de María Valtorta sobre la Transfiguración "Para desviar las intrigas de Satanás y las insidias de los futuros - y no desconocidos para Dios Padre - enemigos del Verbo Encarnado, Dios envolvió a Cristo de aspectos que son comunes a todos los nacidos de mujer, y no sólo mientras fue "el niño y el hijo del carpintero", sino también cuando fue "el Maestro". Sólo la sabiduría y los milagros lo distinguían de los demás. Pero Israel - aunque en menor medida - conocía otros maestros (los profetas) y obradores de milagros. Ello debía seriar también para probar la fe de sus elegidos: los apóstoles y discípulos- quienes debían "creer sin ver" cosas extraordinarias y divinas. Así, veían al Hombre docto y santo que, también, hacía milagros, pero que, en todo lo demás, era similar a ellos en sus necesidades humanas. Pero, para confirmar a los tres, después de la turbación sufrida por el anuncio de la futura muerte de cruz, El ahora se manifiesta en toda la gloria de su Naturaleza Divina. Después de ello, ya no podía subsistir la duda que e1 anuncio de la muerte de cruz había insinuado en sus más cercanos seguidores. Habían visto a Dios, a Dios en e1 Hombre que sería crucificado. Era la manifestación de las dos Naturalezas hipostáticamente unidas, manifestación innegable que no podía dejar dudas. Y al Hijo-Dios que como tal se manifiesta se une el Padre-Dios con sus palabras y el Cielo, representado por Moisés Y Elías. Después de zarandear su fe por el anuncio de su muerte, Jesús restablece - es más, la aumenta - la fe de los tres apóstoles, transfigurándose)*

Jesús está ahora de pie; bueno, diría incluso que está levantado del suelo, porque entre Él y la hierba del prado hay como una luz en evaporación, un espacio constituido únicamente por una luz, sobre el cual parece erguirse Él. Pero es tan viva, que podría incluso engañarme, y el no ver el verde de la hierba bajo las plantas de Jesús podría estar provocado por esta luz intensa que vibra y produce ondas como algunas veces se ve en los fuegos intensos. Ondas, aquí, de un color blanco, incandescente. Jesús tiene el Rostro alzado hacia el cielo y sonríe como respuesta a una visión que lo sublima.

Los apóstoles sienten casi miedo y lo llaman, porque ya no les parece que sea su Maestro, de tanto como está transfigurado.

-¡Maestro, Maestro! - dicen bajo, pero con ansia. Él no oye.

-Está en éxtasis - dice Pedro temblando - ¿Qué estará viendo?

Los tres se han puesto en pie. Querrían acercarse a Jesús, pero no se atreven.

La luz aumenta todavía más, debido a dos llamas que bajan del cielo y se colocan a ambos lados de Jesús. Una vez asentadas en el rellano, se abre su velo y aparecen dos majestuosos y luminosos personajes. Uno, más anciano, de mirada aguda y grave y con barba larga bipartida. De su frente salen cuernos de luz que me dicen que es Moisés. El otro es más joven, enjuto, barbudo y velloso, aproximadamente como el Bautista, al cual yo diría que se asemeja por estatura, delgadez, conformación y

gravedad. Mientras que la luz de Moisés es cándida como la de Jesús, especialmente en los rayos de la frente, la que emana Elías es solar, de llama viva.

Los dos Profetas toman una postura reverente ante su Dios Encarnado, y, aunque Él les hable con familiaridad, ellos no abandonan esa su postura reverente. No comprendo ni siquiera una de las palabras que dicen.

Los tres apóstoles caen de rodillas temblando, cubriéndose el rostro con las manos. Querrían ver, pero tienen miedo.

Por fin Pedro habla:

-¡Maestro, Maestro, óyeme!

Jesús vuelve la mirada sonriente hacia su Pedro, el cual recobra vigor y dice:

-Es hermoso estar aquí contigo, con Moisés y con Elías. Si quieres hacemos tres tiendas para ti, para Moisés y para Elías, y nosotros os servimos...

Jesús vuelve a mirarlo y sonríe más vivamente. Mira también a Juan y a Santiago: una mirada que los abraza con amor. También Moisés y Elías miran a los tres fijamente. Sus ojos centellean. Deben de ser como rayos que atraviesan los corazones.

Los apóstoles no se atreven a decir nada más. Atemorizados, callan. Dan la impresión de personas un poco ebrias, como personas aturdidas. Pero, cuando un velo, que no es niebla, que no es nube, que no es rayo, envuelve y separa a los Tres gloriosos detrás de una pantalla aún más luminosa que la que ya los circundaba, celándolos a la vista de los tres, y una Voz potente y armónica vibra y llena de sí el espacio, los tres caen con el rostro contra la hierba.

-Éste es mi Hijo amado, en quien me he complacido. Escuchadlo.

Pedro, al arrojarse rostro en tierra, exclama:

-¡Misericordia de mí, que soy un pecador! ¡La Gloria de Dios está descendiendo!

Santiago no dice nada. Juan susurra, con un suspiro, como si estuviera próximo a desmayarse:

-¡El Señor habla!

Ninguno se atreve a levantar la cabeza, ni siquiera cuando el silencio se hace de nuevo absoluto. No ven, por tanto, siquiera el retorno de la luz a su naturaleza de luz solar, que muestra a Jesús solo, de nuevo el Jesús de siempre, con su túnica roja.

Él anda en dirección a ellos, sonriendo; los mueve y toca y llama por su nombre.

-Alzaos. Soy Yo. No temáis - dice, porque los tres no se atreven a levantar la cara e invocan misericordia para sus pecados, temiendo que sea el Ángel de Dios queriendo mostrarles al Altísimo.

-Alzaos. Os lo ordeno - repite Jesús con tono imperioso.

Alzan el rostro y ven a Jesús sonriente.

-¡Oh, Maestro, Dios mío! - exclama Pedro - ¿Cómo vamos a vivir a tu lado, ahora que hemos visto tu gloria? ¿Cómo vamos a vivir en medio de los hombres, y nosotros, hombres pecadores, ahora que hemos oído la voz de Dios?

-*Deberéis* vivir conmigo y ver mi gloria hasta el final. Sed dignos de ello, porque el tiempo está próximo. Obedeced al Padre mío y vuestro. Volvemos ahora con los hombres, porque he venido para estar con ellos y para llevarlos a Dios. Vamos. Sed santos en recuerdo de esta hora, fuertes, fieles. Participaréis en mi más completa gloria. Pero no habléis ahora de esto que habéis visto a nadie, ni siquiera a vuestros compañeros. Cuando el Hijo del hombre resucite de entre los muertos y vuelva a la gloria del Padre, entonces hablaréis. Porque entonces será necesario creer para tener parte en mi Reino. *(Pero no habléis... ni siquiera a vuestros compañeros. La prudencia, perfecta en Cristo, lo impuso así para evitar fanatismos de veneración y de odio, ambos prematuros y nocivos: así lo anota MV en una copia mecanografiada)*

-¿Pero no tiene que venir Elías para preparar tu Reino? Los rabíes dicen eso.

-Elías ha venido ya y ha preparado los caminos al Señor. Todo sucede como ha sido revelado. Pero los que enseñan la Revelación no la conocen ni la comprenden, y no ven ni reconocen los signos de los tiempos ni a los enviados de Dios. Elías ha vuelto una vez. Vendrá la segunda cuando esté cercano el último tiempo, para preparar a los últimos para Dios. Ahora ha venido para preparar a los primeros para Cristo, y los hombres no lo han querido reconocer, le han hecho sufrir y lo han matado. Lo mismo harán con el Hijo del hombre, porque los hombres no quieren reconocer lo que es su bien. *(Elías ha vuelto una vez. El Elías que "ha vuelto una vez", al que alude Jesús, era Juan el Bautista: así lo anota MV en una copia mecanografiada)*

Los tres agachan la cabeza pensativos y tristes, y bajan con Jesús por el mismo camino por el que han subido.

...Y es otra vez Pedro el que, en un alto a mitad de camino, dice:

-¡Ah, Señor! Yo también digo como tu Madre ayer: "¿Por qué nos has hecho esto?", y también digo: "¿Por qué nos has dicho esto?". ¡Tus últimas palabras han borrado de nuestro corazón la alegría de la gloriosa visión! ¡Ha sido un día de grandes miedos! Primero, el miedo de la gran luz que nos ha despertado, más fuerte que si el monte ardiera, o que si la Luna hubiera bajado a resplandecer al rellano ante nuestros ojos; luego tu aspecto, y el hecho de separarte del suelo como si estuvieras para echar a volar y marcharte. He tenido miedo de que Tú, disgustado por las iniquidades de Israel, volvieras a los Cielos, quizás por orden del Altísimo. Luego he tenido miedo de ver aparecer a Moisés, al que los suyos de su tiempo no podían ver ya sin velo, de tanto como resplandecía en su rostro el reflejo de Dios, y todavía era hombre, mientras que ahora es espíritu bienaventurado y encendido de Dios; y a Elías... ¡Misericordia divina! He pensado que había llegado a mi último momento, y todos los pecados de mi vida, desde cuando robaba de pequeño la fruta de la despensa hasta el último de haberte aconsejado mal hace unos días, me han venido a la mente. ¡Con qué temblor me he arrepentido! Luego me dio la impresión de que me amaban esos dos justos... y he tenido la intrepidez de hablar. Pero incluso su amor me producía miedo, porque no merezco el amor de semejantes espíritus. ¡Y después... después!... ¡El miedo de los miedos! ¡La voz de Dios!... ¡Yeohveh ha hablado! ¡A nosotros! Nos ha dicho: "¡Escuchadle!". Tú. Y te ha proclamado "su Hijo amado en el cual Él se complace". ¡Qué miedo! ¡Yeohveh!... ¡A nosotros!... ¡Verdaderamente sólo tu fuerza nos ha mantenido en vida!... Cuando nos has tocado y tus dedos ardían como puntas de fuego, he sentido el último momento de terror. He creído que era la hora de ser juzgado y que el Ángel me tocaba para tomar mi alma

y llevársela al Altísimo... ¡Pero, ¿cómo pudo tu Madre ver... oír... vivir en definitiva, ese momento del que hablaste ayer, sin morir, Ella que estaba sola, siendo jovencita aún, sin Ti?!

-María, la Sin Mancha, no podía tener miedo de Dios. Eva no tuvo miedo de Dios mientras fue inocente. Y Yo estaba en ese lugar. Yo, el Padre y el Espíritu, Nosotros, que estamos en el Cielo y en la tierra y en todas partes, y que teníamos nuestro Tabernáculo en el corazón de María - dice dulcemente Jesús.

-¡Qué cosa! ¡Qué cosa!... Pero después hablaste de muerte... Y toda alegría se borró... Pero, ¿por qué a nosotros tres todo esto?, ¿por qué a nosotros? ¿No convenía dar a todos esta visión de tu gloria?

-Precisamente porque desfallecéis al oír hablar de muerte, y muerte de suplicio, del Hijo del hombre, el Hombre-Dios os ha querido fortalecer para aquella hora y para siempre, con la precognición de lo que seré después de la Muerte: recordad todo esto, para decirlo a su tiempo... ¿Habéis entendido?

-¡Oh, sí, Señor. No es posible olvidar. Y sería inútil decirlo. Dirían que estaríamos ebrios.

Reanudan la marcha hacia el valle. Pero, llegados a un punto, Jesús tuerce por un sendero pino en dirección a Endor, o sea, por el lado opuesto al otro en que dejó a los discípulos.

-No los encontraremos - dice Santiago - El sol empieza a bajar. Se estarán agrupando para esperarte en el lugar donde los dejaste.

-Ven y no te crees pensamientos necios.

En efecto, en cuanto la espesura se abre dando lugar a una pradera que desciende suavemente hasta tocar el camino de primer orden, ven a toda la masa de los discípulos, aumentada por la presencia de viandantes curiosos, de escribas venidos de no sé dónde, moviéndose en la base del monte.

-¡Vaya! ¡Escribas!... ¡Y ya disputan! - dice Pedro señalándolos. Y baja los últimos metros disgustado.

Pero también los que están abajo los han visto y unos a otros se los señalan, y luego se echan a corren hacia Jesús, gritando:

-¿Cómo es que vienes por esta parte, Maestro? Estábamos para encaminarnos al lugar establecido. Pero nos han entretenido en disputas los escribas, y con sus súplicas un padre afligido.

-¿De qué discutíais entre vosotros?

-Por un endemoniado. Los escribas se han burlado de nosotros porque no hemos podido liberarlo. Lo ha intentado de nuevo, ya por pundonor, Judas de Keriot; pero ha sido inútil. Entonces hemos dicho: "Intentadlo vosotros". Han respondido: "No somos exorcistas". Ha coincidido que pasaban algunos, que venían de Caslot - Tabor, entre los que había dos exorcistas. Pero ellos tampoco nada. Aquí viene el padre a suplicarte. Escúchalo.

Un hombre, en efecto, se acerca suplicante. Se arrodilla frente a Jesús, que se ha quedado en el prado en pendiente, estando, pues, al menos, tres metros por encima del camino, y, por tanto, bien visible a todos.

-Maestro - le dice el hombre - venía a Cafarnaúm con mi hijo, buscándote. Te traía a mi hijo infeliz para que lo liberaras, Tú que expulsas los demonios y curas toda enfermedad. Frecuentemente se apodera de él un espíritu mudo. Cuando se apodera de él sólo puede emitir gritos roncos, como un animal que se estuviera ahogando. El espíritu lo tira al suelo, y él, en el suelo, se revuelca, le crujen los dientes, echa espuma como un caballo que muerde el bocado, y se hiere, o puede incluso morir por asfixia, o quemado, o destrozado, porque el espíritu, más de una vez, lo ha arrojado al agua, al fuego, o lo ha tirado por las escaleras. Tus discípulos lo han intentado, pero no han podido. ¡Oh, Señor bueno! ¡Piedad de mí y de mi niño!

Jesús centellea de poder mientras grita:

-¡Oh generación perversa, oh turba satánica, legión rebelde, pueblo del infierno incrédulo y cruel, ¿hasta cuándo tendré que estar contigo?, ¿hasta cuándo tendré que soportarte?

Se muestra majestuoso, tanto, que se hace un silencio absoluto y cesan las risitas maliciosas de los escribas.

Jesús dice al padre:

-Levántate y tráeme a tu hijo.

El hombre se marcha y regresa con otros hombres; en medio de éstos viene un muchacho de unos doce o catorce años. Un muchacho guapo, pero con una mirada un poco cretina, como si estuviera aturdido. En su frente rojea una herida alargada; más abajo se ve una cicatriz vieja, blanquecina. Nada más ver a Jesús, que lo está mirando fijamente con sus ojos magnéticos, lanza un grito ronco, y se contuerce todo su cuerpo convulsivamente, y cae al suelo echando espuma y girándole los ojos (de forma que se ve solamente el bulbo blanco, mientras se revuelca por el suelo con una típica convulsión epiléptica).

Jesús se acerca unos pasos para llegar a su lado y dice:

-¿Desde cuándo le sucede esto? Habla fuerte, que todos te oigan.

Y el hombre, gritando, mientras se va estrechando el círculo, y los escribas se ponen más arriba de Jesús para dominar la escena, dice:

-Desde niño. Ya te he dicho que a menudo cae en el fuego, en el agua, o desde las escaleras o desde los árboles, porque el espíritu lo asalta desprevenidamente y lo empuja con violencia para acabar con él. Está todo lleno de cicatrices y quemaduras. Ya es mucho que no se haya quedado ciego a causa de las llamas de la lumbre. Ningún médico, ningún exorcista, ni siquiera tus discípulos lo han podido curar. Pero Tú, si, como creo firmemente, puedes algo, ten piedad de nosotros v socórrenos.

-Si puedes creer así, todo me es posible, porque todo se le concede al que cree.

-¡Oh, Señor, claro que creo! Pero, si no creo todavía suficientemente, aumenta mi fe: para que sea completa y obtenga el milagro - dice el hombre llorando de rodillas junto al hijo, que padece más convulsiones que nunca.

Jesús se endereza, retrocede dos pasos, y, mientras la muchedumbre, más que nunca, restringe su círculo, grita fuerte:

-¡Espíritu maldito que haces sordo y mudo al niño y lo atormentas, te ordeno que salgas de él y no vuelvas a entrar nunca!

El niño, a pesar de su postura (está echado en el suelo), da unos botes espantosos, haciendo presión contra el suelo con la cabeza y los pies, en forma de arco, y lanza gritos no humanos. Un último salto, con el que se vuelve boca abajo y golpea la frente y la boca contra una roca que sobresale de la hierba; ésta se pone roja de sangre. Luego se queda inmóvil.

-« ¡Se ha muerto!» gritan muchos. « ¡Pobre niño!», « ¡Pobre padre!» - dicen, compasivos, los mejores.

Y los escribas, riéndose burlonamente, dicen:

-¡Buen servicio te ha hecho el Nazareno! - o: « ¡Maestro ¿cómo es esto?! Esta vez Belcebú te ha hecho quedar mal...» y se echan a reír venenosamente.

Jesús no responde a nadie. Ni siquiera al padre, que ha dado la vuelta a su hijo y ahora le está secando la sangre de la frente herida y de los labios heridos, gimiendo, invocando a Jesús. Pero el Maestro se inclina y toma de la mano al niño. Y éste abre los ojos dando un fuerte suspiro, como si se despertase de un sueño, luego se sienta y sonríe. Jesús lo acerca hacia sí, le hace ponerse de pie y se lo entrega a su padre, mientras los presentes gritan de entusiasmo y los escribas huyen seguidos de las burlas de la gente...

-Y ahora vamos - dice Jesús a sus discípulos.

Despide a la gente, costea el lado del monte y va al camino recorrido por la mañana.

Dice Jesús (a María Valtorta):

-No te elijo sólo para conocer las tristezas de tu Maestro, y sus dolores; quien sabe estar conmigo en el dolor debe tener parte conmigo en la alegría.

Quiero que tengas, delante de tu Jesús, que se te muestra, los mismos sentimientos de humildad y arrepentimiento de mis discípulos. Jamás soberbia. Serías castigada perdiéndome.

Continuo recuerdo de quién soy Yo y de quién eres tú.

Continuo pensamiento de tus faltas y de mi perfección, para tener un corazón lavado por la contrición; pero, al mismo tiempo, también mucha confianza en mí.

He dicho: "No temáis. Alzaos. Vamos. Vamos con los hombres, porque he venido para estar con ellos. Sed santos, fuertes y fieles en recuerdo de esta hora". Te lo digo a ti también, y a todos mis predilectos de entre los hombres, a los que me tienen de forma especial. No tengáis miedo de mí. Me muestro para elevaros, no para reduciros a cenizas.

Alzaos: que la alegría del don os dé vigor y no os embote en el sopor del quietismo, creyéndoos ya salvados porque os haya mostrado el Cielo.

Vamos juntos a los hombres. Os he invitado a obras sobrehumanas con sobrehumanas visiones y lecciones, para que podáis servirme más de ayuda. Os asocio a mi obra. Pero Yo no he conocido, ni conozco, descanso. Porque el Mal no descansa nunca y el Bien debe estar siempre activo para anular lo más que se pueda la obra del Enemigo. Descansaremos cuando el Tiempo llegue a su cumplimiento. Ahora es necesario caminar incansablemente, obrar continuamente, consumirse infatigablemente por la mies de Dios. Que mi continuo contacto os santifique, mi continua lección os fortalezca, mi amor de predilección os haga fieles contra toda insidia.

No seáis como los antiguos rabíes, que enseñaban la Revelación y luego no le prestaban fe, hasta el punto de que no reconocían los signos de los tiempos ni a los enviados de Dios. Reconoced a los precursores de Cristo en su segunda venida, porque las fuerzas del Anticristo están en marcha, y, haciendo una excepción a la medida que me he impuesto, porque sé que bebéis de ciertas verdades no por espíritu sobrenatural sino por sed de curiosidad humana, os digo en verdad que lo que muchos creerán victoria sobre el Anticristo, paz ya próxima, no será sino un alto para dar tiempo al Enemigo de Cristo de recuperar fuerzas, curarse las heridas, reunir su ejército para una lucha más cruel.

Reconoced, vosotros que sois las "voces" de este vuestro Jesús, del Rey de reyes, del Fiel y Veraz, que juzga y combate con justicia y será el Vencedor de la Bestia y de sus siervos y profetas, reconoced vuestro Bien y seguidle siempre. Que ningún engañoso aspecto os seduzca y ninguna persecución os aterre. Diga vuestra "voz" mis palabras. Sea vuestra vida para esta obra. Y si tenéis destino, en la tierra, común con Cristo, su Precursor y Elías, destino cruento o atormentado por vejaciones morales, sonreíd a vuestro destino futuro y seguro, el que tendréis en común con Cristo, con su Precursor, con su Profeta.

Iguales en el trabajo, en el dolor, en la gloria. Aquí Yo Maestro y Ejemplo; allí Yo Premio y Rey. Tenerme será vuestra bienaventuranza. Será olvidar el dolor. Será algo que para hacéroslo comprender ninguna revelación es suficiente, porque la alegría de la vida futura es demasiado superior a la posibilidad de imaginar de la criatura que todavía está unida a la carne.

## 350

## Lección a los discípulos sobre el poder de vencer a los demonios.

Están ahora nuevamente en la casa de Nazaret. Es más, para ser más exactos, están esparcidos en el rellano de los olivos, en espera de separarse para ir a descansar. Ya ha oscurecido y la Luna se alza tarde, así que han encendido una pequeña hoguera para aclarar la noche; noche tibia, «demasiado incluso» como sentencian los pescadores previendo próximas lluvias. Y es bonito estar allí, todos unidos: las mujeres en el huerto florecido, alrededor de María; los hombres aquí arriba; y, en el borde del rellano, de forma que lo vean tanto éstos como aquéllas, Jesús, respondiendo a uno o a otro, mientras las discípulas escuchan atentas. Deben haber referido lo del lunático curado al pie del monte y todavía siguen los comentarios al respecto.

-¡Vamos, que has hecho falta Tú! - exclama el primo Simón.

-¡Pero ni siquiera el ver que incluso sus exorcistas no podían nada, a pesar de haber dicho que habían usado las fórmulas más fuertes, ha convencido a esos cernícalos! - dice, meneando la cabeza, el barquero Salomón.

-Y no convencerán a sus escribas ni siquiera diciéndoles sus conclusiones.

-¡Ya, claro! Me parecía que hablaban bien, ¿no es verdad? - pregunta uno que no conozco.

-Muy bien. Excluyeron todo tipo de sortilegio demoníaco en el poder de Jesús, y dijeron que se sintieron invadidos de profunda paz cuando el Maestro hizo el milagro; mientras que - decían - cuando sale de uno un poder malvado lo sienten como un sufrimiento - responde Hermas.

-¡Pero hay que ver qué espíritu más fuerte! ¡No se quería marchar! Pero, ¿cómo es que no lo tenía continuamente poseído?

-¿Era un espíritu rechazado, solitario; o era tan santo el muchacho, que por sí mismo lo repelía?- pregunta otro discípulo cuyo nombre desconozco.

Jesús responde espontáneamente:

-He explicado varias veces que toda enfermedad, siendo un tormento y un desorden, puede esconder a Satanás, y Satanás se puede esconder en una enfermedad, usarla, crearla, para atormentar y hacer blasfemar contra Dios. El niño era un enfermo, no un poseído. Un alma pura. Por eso con gran alegría la he liberado del astutísimo demonio, que quería dominarla hasta el punto de hacerla impura.

-¿Y por qué, si era una simple enfermedad, no hemos podido resolverlo nosotros? - pregunta Judas de Keriot.

-¡Sí, eso! Se comprende que los exorcistas, si no era un endemoniado, no hayan podido hacer nada. Pero nosotros... - observa Tomás.

Y Judas de Keriot (que no ha encajado la afrenta de haber intentado muchas veces con el muchacho y haber obtenido sólo que cayera en un estado de agitación o incluso en convulsiones) dice:

-Pero nosotros... hasta parecía que se le empeorase. ¿Recuerdas, Felipe? Tú que me ayudabas oíste y viste las burlas que me dirigía. Me dijo incluso: "¡Vete! De los dos el más demonio eres tú". Lo cual hizo que a mis espaldas se rieran los escribas.

-¿Y ello te ha dolido? - pregunta Jesús como sin interés.

-¡Claro que sí! No es una cosa bonita que se burlen de uno. Y no es útil cuando se es apóstol tuyo. Se pierde autoridad.

-Cuando uno tiene a Dios tiene autoridad, aunque el mundo entero se burle, Judas de Simón.

-De acuerdo. Pero Tú aumenta, al menos en nosotros los apóstoles, el poder, para no sufrir otra vez ciertas derrotas.

-Ni es justo ni sería útil que Yo aumentara el poder. Por vosotros mismos lo tenéis que hacer, para salir vencedores. Si habéis fracasado ha sido por vuestra insuficiencia, y también por haber disminuido cuanto os había dado, con elementos no santos que habéis querido añadir esperando mayores triunfos.

-¿Lo dices por mí, Señor? - pregunta Judas Iscariote.

-Tú sabrás si lo mereces. Hablo a todos.

Bartolomé pregunta:

-¿Pero entonces qué hay que tener para vencer a estos demonios?

-Oración y ayuno. No se necesita nada más. Orad y ayunad. Y no sólo en la carne. Por eso bien está el que vuestro orgullo haya quedado en ayunas, sin ser satisfecho. El orgullo saciado vuelve apáticas la mente y el alma, y la oración se hace tibia, inerte; de la misma forma que el cuerpo demasiado lleno está somnoliento y pesado. Y ahora vamos también nosotros al justo descanso. Que mañana al amanecer todos, menos Manahén y los discípulos pastores, estén en el camino de Caná. La paz sea con vosotros.

Y retiene a Isaac y a Manahén y da particulares instrucciones para el día siguiente, día de la partida para las discípulas y María, que, junto con Simón de Alfeo, y Alfeo de Sara empiezan el peregrinaje pascual.

-Pasaréis por Esdrelón para que Margziam vea al anciano. Daréis a los labriegos la bolsa que por indicación mía os ha dado Judas de Keriot. Y durante el viaje socorreréis a todos los pobres que os encontréis con la otra que os he dado hace poco. Cuando lleguéis a Jerusalén, id a Betania, y decid que me esperen para la neomenia de Nisán. Poco podré tardar a partir de ese día. Os confío a la persona que más estimo y a las discípulas. Pero estoy tranquilo de que estarán seguras. Partid. Nos volveremos a ver en Betania y estaremos bastante tiempo juntos.

Los bendice y, mientras ellos se alejan en la noche, salta hacia abajo, al huerto, y entra en casa, donde ya están las discípulas y su Madre, que, con Margziam, están apretando los cordones de los fardos de viaje, y disponiendo todas las cosas para esta ausencia cuya duración no se conoce.

## 351

## El tributo al Templo pagado con la moneda hallada en la boca del pez.

Las dos barcas tomadas para volver a Cafarnaúm se deslizan por un lago inverosímilmente calmo: una verdadera lastra de cristal zarco, que, en cuanto pasan las dos barcas, recompone su lisa unidad. Pero no son las barcas de Pedro y Santiago, sino otras dos, quizás alquiladas en Tiberíades. Y oigo que Judas se lamenta un poco por haberse quedado sin dinero después de este último gasto.

-Hemos pensado en los demás. ¿Pero en nosotros? ¿Cómo nos las vamos a arreglar ahora? Tenía esperanzas de que Cusa... Pero nada Estamos en las condiciones de un mendigo, uno de tantos como ahora salen a los caminos a pedir limosna a los peregrinos - dice a Tomás, rezongando, en voz baja.

Pero éste, bondadoso, responde:

-¿Y qué tendría de malo si fuera así? Yo no me preocupo de nada.

-Sí, pero a la hora de comer eres el que quiere comer más que ninguno.

-¡Claro! Tengo hambre. También en el hambre soy vigoroso Bien, pues hoy, en vez de pedir al que suministra el pan y las viandas, pediré directamente a Dios.

-¡Hoy! ¡Hoy! Mañana estaremos en las mismas condiciones, y pasado mañana lo mismo; y estamos yendo hacia la Decápolis, donde no nos conocen y son medio paganos. Y no es sólo el pan, también se gastan las sandalias, y luego... los pobres que te dan la lata, y uno se podría sentir mal y...

-Y, si sigues más todavía, dentro de poco ya me habrás imaginado muerto y tendrás que proveer para un funeral. ¡Pero cuántas preocupaciones! Yo... es que no tengo ninguna preocupación. Estoy alegre, tranquilo como un recién nacido.

Jesús, que parecía absorto en sus pensamientos, sentado en la proa, casi en el borde, se vuelve y dice fuerte a Judas, que está en la popa (pero lo dice como hablando a todos): -Está muy bien no tener ni una perra, así brillará más la paternidad de Dios incluso en las cosas más pequeñas.

-Desde hace unos días para ti está todo bien. Bien si no se produce un milagro, bien si no nos dan dinero, bien haber dado todo lo que teníamos; en definitiva, todo bien... Pero yo me siento muy incómodo... Eres un Maestro grato, un santo Maestro, pero para la vida material... no vales nada - dice sin acritud Judas, como haciendo una observación a un hermano bueno de cuya bondad imprevisora incluso se gloría.

Y Jesús, sonriendo, le responde:

-Es mi mejor cualidad, ser un hombre que no vale nada para la vida material... Y, repito: está muy bien no tener ni una perra - y sonríe luminosamente.

La barca roza en el guijarral. Se detiene. Bajan de ella. Mientras tanto, la otra barca se acerca para detenerse. Jesús, con Judas, Tomás, Judas y Santiago, Felipe y Bartolomé, se encamina hacia la casa...

Pedro baja de la segunda barca, con Mateo, los hijos de Zebedeo, Simón Zelote y Andrés. Pero Pedro no se pone en marcha como todos, sino que se queda en la orilla hablando con los barqueros que los han traído, y que quizás conoce, y luego los ayuda a partir de nuevo. Después, se vuelve a poner la túnica larga y remonta la playa en dirección a la casa.

Atravesando la plaza del mercado, vienen hacia él dos, lo paran y dicen:

-Escucha, Simón de Jonás.

-Escucho. ¿Qué queréis?

-¿Tu Maestro, por el hecho de serlo, paga o no las dos dracmas que corresponden al Templo?

-¡Claro que las paga! ¿Por qué no lo iba a hacer?

-Pues... porque dice que es el Hijo de Dios y...

-Y lo es - replica secamente Pedro, que ya está rojo de indignación. Luego añade: «Pero, dado que también es un hijo de la Ley, el mejor que tiene la Ley, paga sus dracmas como todo israelita...

-Según lo que sabemos no es así. Nos han dicho que no paga, así que le aconsejamos que pague.

-Mmm-m-m - balbuce Pedro, cuya paciencia está para agotarse - Mmm-m-m... Mi Maestro no necesita vuestros consejos. Id en paz y decid al que os envía que las dracmas serán depositadas en la primea ocasión.

-¡En la primera ocasión!... ¿Y por qué no enseguida? ¿Quién nos asegura que lo vaya a hacer, si está siempre acá o allá sin rumbo fijo?

-Enseguida no, porque en este momento no tiene ni una perra. Podríais ponerlo boca abajo y no caería al suelo ni una sola moneda. Estamos todos sin un solo denario, porque nosotros, que no somos fariseos, que no somos escribas, que no somos saduceos, que no somos ricos, que no somos espías, que no somos áspides, normalmente damos lo que tenemos a los pobres, por su doctrina. ¿Entendéis? Y ahora hemos dado todo, y mientras no intervenga el Altísimo podemos morir de hambre o ponernos a pedir limosna en una esquina de la calle. Decid también esto a los que dicen que Él es un comilón ¡Adiós! - y los deja plantados y se marcha barbotando y ardiendo de enojo.

Entra en casa y sube a la habitación de arriba, donde está Jesús escuchando a uno que le ruega que vaya a una casa que está en el monte de detrás de Magdala, donde hay uno muriéndose.

Jesús despide al hombre prometiendo que irá enseguida, Luego cuando éste se marcha, se vuelve hacia Pedro, que se ha sentado en un rincón y está pensativo, y le dice: -¿Qué opinas, Simón? ¿Según las reglas, los reyes de la tierra de quién reciben los tributos y el censo?, ¿de sus propios hijos o de los extraños?

Pedro se sobresalta. Dice:

-¿Cómo sabes, Señor, lo que debía decirte?

Jesús sonríe haciendo un gesto como diciendo: «No le des importancia»; luego dice: -Responde a lo que te pregunto.

-De los extraños, Señor.

-Entonces los hijos están eximidos, como efectivamente es justo Porque un hijo es de la sangre y casa de su padre, y no debe pagar al padre sino el tributo del amor y la obediencia. Así que Yo, Hijo del Padre, no debería pagar tributo al Templo, que es la casa del Padre. Les has respondido bien. Pero, como hay una diferencia entre tú y ellos, y es ésta: que tú crees que Yo soy el Hijo de Dios, y ellos y quienes los han enviado no lo creen, pues, para no escandalizarlos, pagaré el tributo, y además enseguida, mientras están todavía en la plaza recaudando.

-¿Y con qué, si no tenemos ni una perra? - pregunta Judas, que se ha acercado con los otros.

-¿Ves como es necesario tener algo?

-Se lo pedimos prestado al dueño de la casa - dice Felipe.

Jesús hace con la mano un gesto de guardar silencio y dice:

-Simón de Jonás, ve a la orilla del mar y echa lo más lejos que puedas un sedal provisto de un anzuelo resistente. En cuanto pique el pez, tira hacia ti el sedal. Será un pez grande. En la orilla ábrele la boca. Encontrarás dentro un estáter. Tómalo, ve donde aquellos dos y paga por mí y por ti. Luego trae el pez. Lo asaremos; y Tomás, caritativamente, nos proveerá de un poco

de pan. Comeremos e iremos enseguida donde el hombre que está muriéndose. Santiago y Andrés, preparad las barcas, que las usaremos para ir a Magdala; la vuelta la haremos esta noche a pie para no estorbar la pesca a Zebedeo y al cuñado de Simón.

Pedro se marcha. Un rato después se le ve en la orilla montando en una barca cuya proa está ya metida en el agua. Echa un cordel delgado y fuerte, provisto hacia el final de una piedra pequeña, o plomo, y que termina en el hilo fino del sedal propiamente dicho. Las aguas del lago se abren con salpicaduras de plata cuando el peso se hunde en él; luego todo vuelve a la calma mientras las aguas se serenan después de un alejarse de giros concéntricos...

Pasa un rato. El cordel, que estaba flojo en las manos de Pedro, se tensa y vibra... Pedro tira, tira, tira. La cuerda sufre sacudidas cada vez más enérgicas. Al final, da un tirón y el sedal emerge con su presa, que se contorsiona en el aire, formando un arco por encima de la cabeza del pescador, para luego caer en la arena amarillenta, donde se contuerce, sufriendo el espasmo del anzuelo que le hiende el paladar y el de la asfixia que comienza.

Es un magnífico pez, grande como un rombo del peso de al menos tres quilos. Pedro le arranca el anzuelo de los labios carnosos, le mete en la garganta su grueso dedo y extrae una gruesa moneda de plata. La coge entre el pulgar y el índice y la alza para mostrársela al Maestro, que está en el pretil de la terraza. Luego recoge el cordel, lo enrolla, toma el pez y se echa a correr en dirección a la plaza.

Los apóstoles se han quedado todos de piedra... Jesús sonríe y dice:

-Así habremos eliminado un escándalo...

Regresa Pedro:

-Ya estaban para venir aquí. Y además con Elí, el fariseo. He tratado de ser delicado como una niña. Los he llamado y he dicho: "¡Eh, enviados del Fisco! Tomad. ¿Son cuatro dracmas, verdad? Pues dos por el Maestro y dos por mí. ¿Estamos en paz, no? Hasta que nos veamos en el valle de Josafat, especialmente contigo, querido amigo". Se han ofendido porque he dicho "Fisco". "Somos del templo, no del Fisco.” "Cobráis impuestos como los recaudadores. Todo recaudador para mí es “fisco” "' he respondido. Pero él me ha dicho: "¡Insolente! ¿Me estás deseando la muerte?". "¡No, amigo! De ninguna manera. Te deseo un feliz viaje al valle de Josafat. ¿No vas para la Pascua a Jerusalén? Pues podremos encontrarnos por allí, amigo". "No lo deseo, ni quiero que te permitas llamarme amigo tuyo.” "Efectivamente, es demasiado honor" he respondido. Y me he vuelto. Lo mejor es que estaba allí medio Cafarnaúm, que ha visto que he pagado por ti y por mí. Así esa vieja serpiente ya no podrá decir nada.

Los apóstoles no han podido evitar reírse por la narración y 1a mímica de Pedro. Jesús quiere estar serio, pero una leve sonrisa se escapa, no obstante, de sus labios mientras dice:

-Eres peor que 1amostaza - y termina: «Asad el pez; y vamos a darnos prisa, que para la puesta del sol quiero estar aquí de nuevo.

## 352

## Un convertido de María de Magdala. Parábola para el pequeño Benjamín y lección sobre quién es grande en el reino de los Cielos.

Y justo mientras se incendian el cielo y el lago por el fuego del ocaso, regresan hacia Cafarnaúm. Están contentos. Vienen hablando unos con otros. Jesús habla poco, pero sonríe. Hacen la observación de que, si el mensajero hubiera sido más preciso, habrían podido ahorrar camino. Pero también dicen que la fatiga ha merecido la pena, porque un grupo de hijos de tierna edad ha recuperado a su padre sano, cuando ya se estaba enfriando por la cercana muerte; y también porque ya no están sin un mínimo de dinero.

-Ya os había dicho que el Padre proveería a todo - dice Jesús.

-¿Y es un antiguo amante de María de Magdala? - pregunta Felipe.

-Parece... Según lo que nos han dicho... - responde Tomás.

-¿A ti, Señor, que te dijo el hombre? - pregunta Judas de Alfeo.

Jesús sonríe evasivamente.

-Yo lo he visto más de una vez con ella cuando iba a Tiberíades con amigos. Esto es cierto - afirma Mateo.

-¡Venga hombre, hermano, condesciende a nuestra pregunta!... ¡El hombre te pidió sólo la salud o también ser perdonado? - pregunta Santiago de Alfeo.

-¡Qué pregunta más sin sentido! ¿Pero cuándo el Señor no exige arrepentimiento para conceder una gracia? - dice Judas Iscariote con mucho desdén hacia Santiago de Alfeo.

-Mi hermano no ha dicho una estupidez. Jesús cura, o libera, y luego dice: "Ve y no peques más" - le responde Judas Tadeo.

-Porque ve ya el arrepentimiento en los corazones - rebate Judas Iscariote.

-En los endemoniados no hay arrepentimiento ni voluntad de ser liberados. Lo cual no lo ha demostrado sólo uno. Recuerda todos los casos y verás que o huían o arremetían como enemigos, o por lo menos intentaban una o la otra cosa, y si no lo llevaban a cabo era sólo porque se lo impedían sus parientes - replica Judas Tadeo.

-Y por el poder de Jesús – añade el Zelote.

-Pero en ese caso Jesús tiene en cuenta la voluntad de los parientes, que representan la voluntad del endemoniado, el cual, si no estuviera impedido por el demonio, desearía la liberación.

-¡Cuántas sutilezas! ¿Y para los pecadores entonces? Me da la impresión de que usas la misma fórmula, aunque no sean endemoniados - dice Santiago de Zebedeo.

-A mí me dijo: "Sígueme", y no le había dicho todavía ni una palabra respecto a mi estado» observa Mateo.

-Pero te la veía en el corazón - dice el Iscariote, que quiere tener siempre razón, a toda costa.

-¡Bueno, bien! Pero ese hombre, que según la opinión general era un gran lujurioso y un gran pecador, no endemoniado, o, mejor, no poseído - porque un demonio, con los pecados que tenía ese hombre, lo debía tener por maestro, si no incluso por posesor -, moribundo, etc. etc., ¿qué ha pedido?, en definitiva. Estamos paseando por las nubes, me parece... Estamos en la primera pregunta - dice Pedro.

Jesús condesciende a su deseo:

-Ese hombre ha querido estar solo conmigo para poder hablar con libertad. Lo primero que ha expuesto no ha sido su estado de salud... sino el de su espíritu. Ha dicho: "Estoy muriendo, pero no cuanto he hecho creer a los demás para poderte tener pronto. Necesito tu perdón para sanar. Pero me basta tu perdón. Si no me curas, me resignaré. Lo he merecido. Lo que te pido es que salves mi alma" y me ha confesado sus muchos pecados. Una nauseante cadena de pecados...

Jesús dice esto, pero su rostro resplandece de alegría.

-¿Y sonríes, Maestro? ¡Me sorprende! - observa Bartolomé.

-Sí, Bartolmái. Sonrío. Porque esos pecados ya no existen, y por-que junto con los pecados he sabido el nombre de la redentora. En este caso el apóstol ha sido una mujer.

-¡Tu Madre! - dicen bastantes.

Otros:

-¡Juana de Cusa! Si él iba a menudo a Tiberíades, quizás la conoce.

Jesús menea la cabeza.

Le preguntan:

-¿Entonces quién?

-María de Lázaro - responde Jesús.

-¿Ha venido aquí? ¿Por qué sin que la viéramos ninguno de nosotros?

-No ha venido. Ha escrito a su antiguo compañero de pecado. He leído las cartas. Todas suplican lo mismo: escucharla, redimirse como ella se ha redimido, seguirla en el Bien como la había seguido en el pecado, y, con palabras de lágrimas, esas cartas le ruegan que alivie el alma de María del remordimiento de haber seducido su alma. Y lo ha convertido. Tanto, que se había aislado en su campiña para vencer las tentaciones de las ciudades. La enfermedad, más de remordimiento del alma que física, ha acabado de prepararlo a la Gracia. Eso es. ¿Estáis contentos ahora? ¿Comprendéis ahora por qué sonrío?

-Sí, Maestro - dicen todos.

Y luego, viendo que Jesús alarga el paso como para aislarse, se ponen a conversar en tono bajo entre sí…

Están a la vista de Cafarnaúm cuando, en la confluencia del camino que han recorrido ellos con el que bordea el lago viniendo de Magdala, se cruzan con los discípulos, que han venido a pie, evangelizando desde Tiberíades. Todos, menos Margziam, los pastores y Manahén, que han ido desde Nazaret hacia Jerusalén con las mujeres. Es más, los discípulos han aumentado, por algún otro que se ha unido a ellos de retorno de la misión y que trae consigo nuevos prosélitos de la doctrina cristiana.

Jesús los saluda dulcemente. Pero enseguida se vuelve a aislar en una meditación y oración profundas, unos pasos más adelante que ellos.

Los apóstoles, por su parte, se unen al grupo de los discípulos, especialmente con los más influyentes, o sea, Esteban, Hermas, el sacerdote Juan, Juan el escriba, Timoneo, José de Emaús, Hermasteo (que por lo que entiendo vuela en el camino de la perfección), Abel de Belén de Galilea, cuya madre va al final del nutrido grupo con otras' mujeres. Y discípulos y apóstoles se intercambian preguntas y respuestas sobre las cosas acaecidas desde que se dejaron. Así, se habla de la curación y conversión de hoy, y del milagro del estáter en la boca del pez... Esto, por las causas que lo han originado, suscita grandes comentarios, que se propagan de fila en fila cual fuego aplicado a pajas secas...

Veo, andando por un camino, a Jesús, seguido y circundado por sus apóstoles y discípulos.

Se entrevé poco lejano el lago de Galilea, resplandeciente, todo sereno y azul, bajo un lindo sol de primavera o de otoño (porque no es un sol violento como el de verano). Pero me inclinaría a pensar que es primavera, porque la naturaleza se ve muy fresca, sin esos tonos dorados y cansinos del otoño.

Parece que, acercándose la noche, Jesús se está retirando a la casa que lo hospeda; parece que se dirige, por tanto, al pueblo que se ve ya aparecer. Jesús, como hace frecuentemente, va unos pasos más adelante de los discípulos; dos o tres, no más: lo suficiente como para poder aislarse en sus pensamientos, necesitado de silencio después de una jornada de evangelización. Camina absorto. Lleva en la mano derecha una ramita verde, que, sin duda, ha arrancado de alguna mata, y con ella golpea levemente, ensimismado, las hierbas del ribazo.

Por el contrario, los discípulos, detrás de Él van hablando animadamente. Evocan los episodios de la jornada y no son demasiado delicados al sopesar los defectos o bribonadas ajenos. Todos, más o menos, critican el hecho de que los de la recaudación del tributo al Templo hayan querido que Jesús les pagara.

Pedro, siempre vehemente, define el hecho como un sacrilegio, porque el Mesías no está obligado a pagar el tributo:

-Esto es como pretender que Dios se pague a sí mismo – dice - Y no es justo. Y si lo que pasa es que creen que no es el Mesías, pues entonces ya es un sacrilegio.

Jesús se vuelve un momento y dice:

-¡Simón, Simón, muchos habrá que duden de mí! Incluso de los que se creen seguros e inquebrantables en la fe en mí. No juzgues a los hermanos, Simón. Júzgate, siempre primero a ti mismo.

Judas, con una sonrisita irónica, dice al humillado Pedro que ha agachado la cabeza: -Ésta es para ti. Por ser el más anciano siempre quieres hablar como un doctor. ¿Quién ha dicho que a uno lo juzguen los méritos por la edad? Entre nosotros hay quien te supera en saber y en poder social.

Se enciende una disputa sobre los respectivos méritos: quién se jacta de ser uno de los primeros discípulos, quién apoya su tesis de preferencia en que para seguir a Jesús ha dejado un puesto influyente, quién dice que ninguno tiene tantos derechos como él porque ninguno se ha convertido tanto a sí mismo como él al pasar de publicano a discípulo. La disputa se alarga, y, si no temiera ofender a los apóstoles, diría que asume el tono de una verdadera discusión.

Jesús se abstrae de ello. Da la impresión de no oír ya nada. Mientras tanto, han llegado a las primeras casas del pueblo, que sé que es Cafarnaúm. Jesús prosigue, y los otros detrás discutiendo todavía.

Un niño pequeño, de unos siete u ocho años, viene tras Jesús corriendo y dando brincos. Adelanta al grupo vocinglero de los apóstoles. Es un niño guapo, de cabellos castaño oscuro muy rizados, cortos. En su faz morena tiene dos ojitos negros e inteligentes. Llama: confidencialmente al Maestro como si lo conociera bien.

-Jesús – dice - ¿me dejas ir contigo hasta tu casa?

-¿Tu mamá lo sabe? - pregunta Jesús, mirándolo con una sonrisa buena.

-Lo sabe.

-¿De verdad?

Jesús, aunque sigue sonriendo, mira con una mirada penetrante.

-Sí, Jesús, de verdad.

-Entonces ven.

El niño da un salto de alegría, y agarra la mano izquierda que Jesús le tiende. ¡Con qué amorosa confianza el niño mete su manita morena en la larga mano de mi Jesús! ¡Quisiera hacer lo mismo yo!

-Cuéntame una parábola bonita, Jesús - dice el niño, que va dando saltitos al lado de Jesús y mirándolo de abajo arriba con una carita resplandeciente de alegría.

También Jesús lo mira con una alegre sonrisa que le entreabre la boca sombreada por el bigote y la barba rubio-roja, que el sol enciende como si fuera de oro; los ojos de zafiro oscuro le ríen de alegría mientras mira al niño.

-¿Y qué vas a hacer con la parábola? No es un juego.

-Es más bonita que un juego. Cuando me voy a la cama la pienso para mí y la sueño y mañana la recuerdo y me la repito para mis adentros para ser bueno. Me hace ser bueno.

-¿La recuerdas?

-Sí. ¿Quieres que te diga todas las que me has dicho?

-Eres grande, Benjamín; más que los hombres, que olvidan. Como premio te voy a decir la parábola.

El niño ya no salta. Camina serio y mesurado como un adulto, y no se pierde ni una palabra, ni una inflexión, de Jesús, al cual mira atentamente sin preocuparse siquiera de en dónde pisa.

-Un pastor muy bueno, habiendo venido a saber que en un lugar del mundo había muchas ovejas que habían sido abandonadas por pastores poco buenos, y que corrían peligro por caminos perversos y en pastos nocivos, y que se acercaban cada vez a barrancos sombríos, fue a ese lugar, y, sacrificando todo lo que poseía, adquirió esas ovejas y corderos. Quería llevarlos a su reino, porque ese pastor era también rey, como lo han sido muchos reyes en Israel. En su reino, esas ovejas y esos corderos encontrarían pastos sanos, frescas y puras aguas, caminos seguros y refugios invulnerables contra los ladrones y lobos feroces. Por eso ese pastor reunió a sus ovejas y corderos y les dijo: "He venido a salvaros, a llevaros a un lugar donde ya no sufriréis, donde ya no conoceréis peligros ni dolor. Amadme, seguidme, porque yo os amo mucho y por teneros me he sacrificado en todos los modos. Pero, si me amáis, mi sacrificio no me pesará. Venid tras mí y vamos". Y el pastor delante, detrás las ovejas, tomaron el camino que conducía al reino de la alegría. El pastor, a cada momento, se volvía para ver si le seguían; para exhortar a las cansadas, infundir coraje a las desanimadas, socorrer a las enfermas, acariciar a los corderos. ¡Cómo las quería! Les ofrecía su pan y su sal. Probaba antes él el agua de las fuentes y la bendecía, para experimentar si era sana y hacerla santa. Pero las ovejas - ¿lo crees, Benjamín? -, las ovejas, pasado un tiempo, se cansaron. Primero una, luego dos, luego diez, luego cien, se quedaron atrás a rozar la hierba hasta llenarse y no poder moverse; luego se echaron, cansadas y llenas en el polvo y en el lodo. Otras se asomaban prominentemente a los precipicios, a pesar de que el pastor dijera: "No lo hagáis"; y algunas, dado que él se ponía donde había mayor peligro para impedirles que fueran a esos sitios, le chocaron con la cabeza proterva y trataron de despeñarlo más de una vez. Así, muchas terminaron en los barrancos y murieron míseramente. Otras se enzarzaron y, a fuerza de cornadas y mochadas, se mataron unas a otras. Sólo un corderito no se distrajo nunca. Corría, balando, y con su balido decía al pastor: "Te quiero". Corría tras el pastor bueno. Cuando llegaron a las puertas de su reino, sólo quedaban ellos dos: el pastor, el corderito fiel. Entonces el pastor no dijo: "entra", sino dijo: "ven" y lo tomó en brazos y lo estrechó contra su pecho y lo llevó adentro; luego llamó a todos sus súbditos y les dijo: "Mirad. Este me ama. Quiero que esté eternamente conmigo. Vosotros amadlo, porque es el predilecto de mi corazón". La parábola ha terminado, Benjamín. ¿Ahora sabes decirme quién es ese pastor bueno?

-Tú, Jesús.

-¿Y ese corderito quién es?

-Soy yo, Jesús.

-Pero Yo ahora me voy a marchar y te olvidarás de mí.

-No, Jesús. No me olvidaré de ti porque te quiero.

-Se te terminará el amor cuando dejes de verme.

-Diré dentro de mí las palabras que me has dicho y será como si estuvieras presente. Te voy a querer y a obedecer así. ¿Y Tú, Jesús, dime: te vas a acordar de Benjamín?

-Siempre.
-¿Y cómo vas a hacer para acordarte?
-Me diré a mí mismo que me has prometido amarme y obedecerme; y así me acordaré de ti.
-¿Y me vas a dar tu Reino?
-Si eres bueno, sí.
-Seré bueno.
-¿Cómo vas a llevarlo a cabo? La vida es larga.
-Pero también tus palabras son muy buenas. Si me las repito y hago lo que tus palabras dicen que hay que hacer, me conservaré bueno toda la vida. Y lo voy a hacer porque te quiero. Cuando se ama no cuesta ser bueno. A mí no me cuesta obedecer a mi mamá, porque la quiero. Y no me va a costar obedecerte a ti porque te quiero.
Jesús se ha parado y está mirando a esta carita encendida más que por el sol por el amor. La alegría de Jesús es tan viva, que parece que otro sol se ha encendido en su alma y emite sus resplandores a través de las pupilas. Se agacha y besa en la frente al niño.
Se ha detenido a la altura de una casita modesta que tiene en la parte de delante un pozo. Jesús va luego a sentarse junto al pozo, y allí le alcanzan los discípulos, que siguen todavía midiendo las respectivas prerrogativas.
Jesús los mira. Luego los convoca:
-Venid aquí, alrededor, y oíd la última enseñanza de la jornada, vosotros que os quedáis roncos celebrando vuestros méritos y tenéis vuestro pensamiento centrado en adjudicaros un puesto según la medida de ellos. ¿Veis a este niño? Está más que vosotros en la verdad. Su inocencia le da la llave para abrir las puertas de mi Reino. Ha comprendido, en su sencillez infantil, que en el amor está la fuerza para llegar a ser grandes, y en la obediencia realizada por amor la fuerza para entrar en mi Reino. Sed sencillos, humildes; amad con un amor que no sea sólo para mí, sino recíproco entre vosotros; sed obedientes a mis palabras, a todas, también a éstas, si queréis llegar al lugar en que habrán de entrar estos inocentes. Aprended de los pequeños. Como el Padre les revela a ellos la verdad, no se la revela a los sabios.
Jesús, mientras habla, mantiene contra sus rodillas, derecho, a Benjamín, y tiene apoyadas las manos en los hombros del niño. El rostro de Jesús ahora se muestra lleno de majestad. Está serio; no enojado, pero sí serio. Verdaderamente como Maestro. El último rayo de sol forma un nimbo de rayos encima de su cabeza rubia.
La visión se me termina aquí, y me deja llena de dulzura en medio de mis dolores.
Bien, pues los discípulos no han podido entrar en la casa. Es natural. Por el número y por respeto. Nunca lo hacen, si no es por invitación del Maestro a todos o a algunos en particular. Observo siempre un gran respeto, una gran discreción, a pesar de la afabilidad del Maestro y la ya duradera familiaridad con él. Incluso Isaac (del que podría decir que es el primero del número de los discípulos), no se permite jamás la libertad de acercarse a Jesús si una sonrisa, al menos una sonrisa del Maestro, no lo llama.
¿Un poco distinto, no? respecto al modo como muchos tratan lo sobrenatural: a la ligera y casi burlescamente... Es un comentario mío que veo justo, porque no acabo de digerir el que la gente tenga para con lo que está por encima de nosotros maneras que no usamos para con los hombres como nosotros por el solo hecho de que estén una miaja por encima... ¡En fin!... Vamos a seguir adelante...
Los discípulos, pues, se han esparcido, por la margen del lago, para comprar pescado para la cena, pan y las demás cosas necesarias. Vuelve también Santiago de Zebedeo y llama al Maestro, que está sentado en la terraza, con Juan, que está acoclado a sus pies, en un dulce y sosegado coloquio. Jesús se levanta y se asoma por el guardalado.
Santiago dice:
-¡Cuánto pescado, Maestro! Mi padre dice que has bendecido las redes con tu llegada. Mira: esto es para nosotros - y enseña una cesta de pescado, de un pescado que parece de plata.
-Dios le sea grato por su generosidad. Preparadlo, que después de cenar vamos a ir a la orilla, donde los discípulos.
Y así lo hacen. La noche pone negro el lago, en espera de la Luna, que se levanta tarde. Más que vérsele, se le oye borbollar, gorgotear entre los cantos del guijarral. Sólo las inverosímiles estrellas propias de los países de oriente se reflejan en las aguas tranquilas. Se sientan en círculo, alrededor de una barca vuelta, sobre la que se ha sentado Jesús. Han traído al centro del círculo los pequeños faroles de las barcas, los cuales apenas si iluminan las caras más cercanas. El rostro de Jesús está todo iluminado, de abajo arriba, por un farolillo colocado a sus pies; todos, por tanto, lo pueden ver bien mientras habla a uno o a otro de los presentes.
A1 principio es una conversación sencilla, familiar. Pero luego adquiere el tono de una lección. Es más, Jesús lo dice abiertamente:
-Venid. Escuchad. Dentro de poco nos vamos a separar. Quiero adoctrinaros más para formaros mejor.
Hoy os he oído disputar, y no siempre con caridad. A los mayores de entre vosotros les he dado ya la lección. Pero quiero dárosla a vosotros también. No les vendrá mal tampoco a éstos, mayores que vosotros, oírla repetir. Ahora no está aquí, apoyado contra mis rodillas, el pequeño Benjamín. Está durmiendo en su cama, soñando sus sueños inocentes. Pero quizás su alma cándida está de todas formas aquí, en medio de nosotros. Imaginad que él, o cualquier otro niño, estuviera aquí, para ejemplo vuestro.
En vuestro corazón tenéis todos una obsesión que os preocupa, una curiosidad, un peligro. La obsesión: ser el primero en el Reino de los Cielos. La curiosidad: saber quién será este primero. Y, en fin, el peligro: el deseo, aún humano, de oírse responder: "Tú eres el primero en el Reino de los Cielos", o bien de los compañeros con un sentido de aprobación, o bien y sobre todo del Maestro, cuya verdad y penetración de las cosas futuras conocéis. ¿No es, acaso, así? Las preguntas tiemblan en vuestros labios y viven en el fondo del corazón.

El Maestro, mirando a vuestro bien, secunda esta curiosidad, a pesar de que aborrezca condescender con las curiosidades humanas. Vuestro Maestro no es un charlatán al que se le consulta por dos centavos en medio del bullicio de un mercado; no es uno poseído por un espíritu pitónico que le procura dinero con el oficio de adivino, para secundar las restringidas mentes del hombre, que quiere conocer el futuro para *"saberse guiar".* El hombre no se puede guiar por sí solo. Dios lo guía, ¡si el hombre tiene fe en Él! Y no aprovecha el conocer, o creer que se conoce, el futuro, si luego no se dispone de los medios para desviar ese futuro profetizado. Sólo hay un medio: la oración al Padre y Señor para que por su misericordia nos ayude. En verdad os digo que la oración confiada puede transformar un castigo en bendición. Pero quien recurre a los hombres para intentar, como hombre y con los medios de los hombres, desviar el futuro no sabe orar o sabe orar muy mal. Yo, esta vez, dado que esta curiosidad puede daros una buena enseñanza, le doy respuesta, aunque aborrezco las preguntas dictadas por la curiosidad e irrespetuosas.

Os preguntáis: "¿Quién de entre nosotros es el mayor en el Reino de los Cielos?".

Anulo la limitación "entre nosotros". Amplío los límites a todo el mundo, presente y futuro, y respondo: "El mayor en el Reino de los Cielos es el más pequeño entre los hombres". O sea, aquel que es considerado "mínimo" por los hombres. El sencillo, el humilde, el que no desconfía, el inexperto. Por tanto: el niño, o aquel que sabe construirse de nuevo un alma de niño. No es la ciencia ni el poder ni la riqueza o la actividad (aunque sea buena) lo que os harán "el mayor" en el Reino bienaventurado, sino el ser como los pequeñuelos, en benevolencia, humildad, sencillez, fe.

Observad cómo me aman los niños, e imitadlos; cómo creen en mí, e imitadlos; cómo recuerdan lo que digo, e imitadlos; cómo ponen en práctica mis enseñanzas, e imitadlos; cómo no se ensoberbecen de lo que hacen, e imitadlos; cómo no experimentan rivalidades contra mí o contra sus compañeros, e imitadlos. En verdad os digo que si no cambiáis vuestra manera de pensar, actuar y amar, reconstruyéndola según el modelo de los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Ellos saben lo mismo que vosotros sabéis de esencial en mi doctrina. ¡Pero con qué diferencia practican lo que enseño! Vosotros, a cada acto bueno que realizáis, decís: "Lo he hecho yo"; el niño me dice: `Jesús, me he acordado de ti hoy, y por ti he obedecido, he amado, he contenido un deseo de reñir... y estoy contento porque Tú, lo sé, sabes cuándo soy bueno y te alegras". Observad también a los niños cuando cometen una falta. Con qué humildad me confiesan: "Hoy he sido malo. Lo siento, porque te he apenado". No buscan disculpas. Saben que Yo sé las cosas. Creen. Sienten dolor por mi dolor.

¡Oh, amados de mi corazón, niños, en los cuales no hay soberbia, doblez, lujuria! Os digo: Haceos como los niños, si queréis entrar en mi Reino. Amad a los niños como al ejemplo angélico que todavía podéis tener. Porque como ángeles deberíais ser. Podríais decir para disculparos: "No vemos a los ángeles". Pero Dios os da a los niños por modelos, y los tenéis en medio de vosotros. Y si veis a un niño abandonado material o moralmente, y que puede perecer, acogedlo en mi Nombre, porque son los muy amados de Dios. Quienquiera que reciba a un niño en mi Nombre me recibe a mí mismo, porque Yo estoy en el alma de los niños, que es inocente. Y quien me recibe a mí recibe a Aquel que me ha enviado, es decir, al Señor Altísimo.

Y guardaos de escandalizar a uno de estos pequeños, cuyos ojos ven a Dios. No se debe nunca escandalizar a nadie. Pero, ¡ay!, ¡tres veces ay de aquel que tan sólo roce el ingenuo candor de los niños! Dejadlos ángeles lo más que podáis. ¡Demasiado repugnante es el mundo y la carne para el alma que viene del Cielo! Y el niño, por su inocencia, es todavía todo alma. Tened respeto hacia el alma del niño, y a su propio cuerpo, como lo tenéis para con un lugar sagrado. También el niño es sagrado, porque tiene a Dios dentro de sí. En todo cuerpo está el templo del Espíritu; pero el templo del niño es el más sagrado y profundo, está más allá del doble Velo. No mováis tan siquiera las cortinas de la sublime ignorancia de la concupiscencia con el viento de vuestras pasiones.

Yo querría un niño en cada familia, en medio de cada grupo de personas, para que fuera freno de las pasiones de los hombres. El niño santifica, da confortación y frescura, con sólo el rayo de sus *ojos* sin malicia. Pero, ¡ay de aquellos que sustraen santidad al niño con su manera de actuar escandalosa! ¡Ay de aquellos que con sus licencias infunden malicia en los niños! ¡Ay de aquellos que con sus palabras e ironías lesionan la fe en mí de los niños! Sería mejor que a todos éstos se les atara al cuello una piedra de molino y se los arrojara al mar para que se ahogaran junto con su escándalo. ¡Ay del mundo por los escándalos que da a los inocentes! Porque, si es inevitable que sucedan escándalos, ¡ay del hombre que los provoca!

Nadie tiene derecho de hacer violencia a su cuerpo ni a su vida, porque vida y cuerpo nos vienen de Dios y solamente Él tiene derecho a tomar o partes o el todo. Pero Yo os digo que si vuestra mano os escandaliza es mejor que la cortéis, que si vuestro pie os lleva a dar escándalo conviene que lo cortéis. Es mejor para vosotros entrar mancos o cojos en la Vida, que ser arrojados al fuego eterno con las dos manos y los dos pies. Y si no es suficiente tener un pie cortado o una mano, haced que os corten también la otra mano o el otro pie, para no escandalizar más y para tener tiempo de arrepentiros antes de ser arrojados adonde el fuego no se extingue y roe eternamente como un gusano. Y, si es vuestro ojo el que os es motivo de escándalo, sacáoslo: es mejor no tener un ojo que estar en el infierno con los dos: con un ojo sólo, o incluso sin ojos, llegados al Cielo veríais la Luz, mientras que con los dos ojos escandalosos sólo tinieblas y horror veríais en el infierno. Recordad todo esto.

No despreciéis a los pequeños, no los escandalicéis, no os burléis de ellos. Son más que vosotros, porque sus ángeles ven siempre a Dios, que les dice las verdades que han de revelar a los niños y a los que tienen el corazón de niño.

Y vosotros, como niños, amaos unos a otros. Sin disputas, sin orgullos. Estad en paz unos con otros. Tened espíritu de paz con todos. Sois hermanos, en el nombre del Señor; no enemigos. No hay, no debe haber enemigos para los discípulos de Jesús. El único Enemigo es Satanás. De ése sed enemigos acérrimos. Descended a combatir contra él y contra los pecados que llevan a Satanás a los corazones.

Sed incansables en combatir el Mal, cualquiera que fuere la forma que asuma. Y pacientes. No hay limitación al actuar del apóstol, porque no hay limitación al actuar del Mal. El demonio no dice nunca: "Basta. Ahora estoy cansado, así que voy a descansar". Es el incansable. Pasa de un hombre a otro, ágil como el pensamiento y más aún; tienta y atrapa y seduce y atormenta y no da tregua. Asalta traidoramente y derriba, si uno no está más que vigilante. A veces se instala como conquistador por debilidad de la víctima; otras veces entra como amigo, porque el modo de vivir de la víctima buscada es ya tal

que constituye alianza con el Enemigo. Hay veces que, habiendo sido arrojado de uno, da vueltas para caer sobre el mejor, para vengarse de la afrenta recibida de Dios o de un siervo de Dios. Pues bien, vosotros debéis decir lo mismo: "No descanso". Él no descansa para poblar el infierno, vosotros no debéis descansar para poblar el Paraíso. No le deis tregua. Os predigo que cuanto más combatáis contra él más os hará sufrir. *Pero no debéis tener en cuenta esto*. Puede recorrer, agresivo, la tierra, pero en el Cielo no entra. Por tanto, allí no os molestará más. Y allí estarán todos aquellos que hayan combatido contra él...

Jesús interrumpe bruscamente y dice:

-Pero bueno, ¿por qué estáis siempre molestando a Juan? ¿Qué quieren de ti?

Juan se pone rojo como el fuego. Bartolomé, Tomás y Judas Iscariote, viéndose descubiertos, agachan la cabeza.

-¿Entonces? - pregunta imperativamente Jesús.

-Maestro, mis compañeros quieren que te diga una cosa.

-Pues dila.

-Hoy, mientras estabas en casa de ese enfermo y nosotros estábamos por el pueblo como habías dicho, hemos visto a un hombre, que no es discípulo tuyo y que nunca hemos visto entre los que escuchan tu doctrina, que arrojaba demonios en tu nombre de un grupo de peregrinos que iban a Jerusalén. Y lo conseguía. Ha curado a uno que tenía un temblor que le impedía cualquier tipo de trabajo; y ha devuelto el habla a una niña que había sido agredida en el bosque por un demonio con apariencia de perro que le había trabado la lengua. Decía: "Vete, demonio maldito, en nombre del Señor Jesús, el Cristo, Rey de la estirpe de David, Rey de Israel. Él es el Salvador y Vencedor. ¡Huye ante su Nombre!", y el demonio huía realmente. Nosotros nos hemos resentido. Y se lo hemos prohibido. Nos ha dicho: "¿Qué hago de malo? Honro al Cristo liberándole el camino de los demonios que no son dignos de verlo". Le hemos respondido: "No eres exorcista según Israel ni discípulo según Cristo. No te es lícito hacerlo". Ha dicho: "Hacer el bien es siempre lícito", y se ha rebelado contra nuestra orden diciendo: "Y seguiré haciendo lo que hago". Bien, querían que te dijera esto, especialmente ahora que has dicho que en el Cielo estarán todos aquellos que hayan combatido contra Satanás.

' -Bien. Ese hombre será uno de ellos. Lo es. Tenía razón. Los equivocados habéis sido vosotros. Los caminos del Señor son infinitos. No se puede afirmar que sólo los que tomen el camino directo llegarán al Cielo. En cualquier lugar, siempre, de mil modos distintos, habrá criaturas que vendrán a mí quizás por un camino inicialmente malo. Dios verá su recta intención y los atraerá hacia el camino bueno. Y, de la misma forma, habrá algunos que por concupiscente y ternaria embriaguez saldrán del camino bueno y tomarán un camino más largo, o incluso desviado. Por tanto, no debéis jamás juzgar a vuestros semejantes. Sólo Dios ve. Cuidad de no saliros vosotros del camino bueno, en el que, más que vuestra voluntad, la voluntad de Dios os ha puesto. Y, cuando veáis a uno que cree en mi Nombre y por él actúa, no lo llaméis extranjero ni enemigo ni sacrílego. Es en todo caso un súbdito mío, amigo y fiel, porque cree en mi Nombre, espontáneamente y mejor que muchos de vosotros. Por eso mi Nombre, en sus labios, obra prodigios como los vuestros y quizás mayores. Dios lo ama porque me ama, y terminará de llevarlo al Cielo. Ninguno que haga prodigios en mi Nombre puede ser enemigo mío ni hablar mal de mí; antes al contrario, con su actuación da honor a Cristo y testimonio de fe. En verdad os digo que creer en mi Nombre es Salvación. Así que os digo: si lo encontráis otra vez, no se lo volváis a prohibir. Antes al contrario, llamadle "hermano", porque lo es, aunque esté todavía fuera del recinto de mi Redil. Quien no está contra mí está conmigo. Quien no está contra vosotros está con vosotros.

-¿Hemos pecado, Señor? - pregunta, afligido, Juan.

-No. Habéis actuado por ignorancia, pero sin malicia. Por tanto, no hay pecado. Pero en lo sucesivo sería pecado, porque ahora ya sabéis. Y ahora vamos a nuestras casas. La paz sea con vosotros.

Dice luego Jesús(a los que leen este Evangelio):

-Lo que he dicho a mi pequeño discípulo os lo digo también a vosotros. El Reino es de los corderos fieles que me aman y me siguen sin perderse en lisonjas. Me aman hasta el final. Y os digo también a vosotros lo que dije a mis discípulos adultos: `Aprended de los pequeños".

Lo que hace conquistar el Reino de los Cielos no es el hecho de ser doctos, ricos, audaces. No es serlo humanamente, sino con la ciencia del amor, que hace a uno docto, rico, audaz, sobrenaturalmente: ¡Cómo ilumina el amor para comprender la Verdad!., ¡cuán rico lo hace a uno para adquirirla, cuán audaz para conquistarla!, ¡qué confianza inspira, qué seguridad!

Haced lo que el pequeño Benjamín, mi pequeña flor que perfumó mi corazón en aquel atardecer y cubrió el olor de la humanidad que fermentaba en los discípulos; que le cantó una música angélica y cubrió el rumor de las disputas humanas.

¿Quieres saber lo que fue de Benjamín después? Siguió siendo el pequeño cordero de Cristo, y, una vez perdido su gran Pastor, porque había vuelto al Cielo, se hizo discípulo del que más se me parecía, y de la mano de éste recibió el bautismo y el nombre de Esteban, el primer mártir mío. Fue fiel hasta la muerte, y con él sus parientes, que fueron atraídos a la Fe por el ejemplo de su pequeño apóstol de familia.

¿No es conocido? Son muchos los desconocidos de los hombres que son conocidos por mí en mi Reino. Y esto los hace felices. La fama del mundo no añade ni un destello a la aureola de los bienaventurados.

Pequeño Juan (a María Valtorta), camina siempre con tu mano en la mía. Irás segura, y, cuando llegues al Reino, no te diré "entra", sino "ven", y te tomaré en mis brazos para colocarte en el lugar preparado por mi Amor y merecido por el tuyo.

Ve en paz. Te bendigo.

## 353

## La segunda multiplicación de los panes y el milagro de la multiplicación de la Palabra.

Veo un lugar que ciertamente no es llanura - no es tampoco montaña: hay unos montes a oriente, pero bastante lejanos; luego hay un pequeño valle y otras elevaciones más bajas y planas: planicies elevadas, herbosas -. Parecen los primeros relieves de un sistema de colinas. El terreno es más bien adusto y carente de árboles. Puede verse algo de hierba, corta y rala, diseminada por el terreno pedregoso. Acá o allá algún que otro matojo muy bajo de plantas espinosas. Hacia occidente el horizonte se abre amplio y luminoso. No veo nada más, en cuanto a paisaje. Es todavía de día, pero yo diría que declina la tarde, porque el poniente está rojo, por el ocaso, mientras que los montes de oriente están ya violáceos con la luz que se hace crepuscular: un comienzo de crepúsculo, que hace más negras las hendeduras profundas y pone apenas violeta las partes más elevadas.

Jesús está erguido encima de una voluminosa piedra. Habla a mucha, a muchísima gente que está esparcida por el páramo. Los discípulos lo circundan. El, sobrepujando en altura, porque su pedestal lo eleva, domina la muchedumbre de todas las edades y condiciones que está en torno a Él.

Debe haber realizado milagros, pues oigo que dice:

-No a mí, sino al que me ha enviado, debéis ofrecer alabanza y gratitud. Y la alabanza no es la que sale, como el sonido del viento, de labios distraídos; es la que sale del corazón y es el sentimiento verdadero de vuestro corazón. Ésta es la alabanza que le es grata a Dios. Los curados amen al Señor con un amor de fidelidad; y así también los parientes de los curados. No hagáis mal uso del don de la salud recuperada. Tened más miedo de las enfermedades del corazón que de las del cuerpo. Y no queráis pecar. Porque todo pecado es una enfermedad. Y las hay que pueden acarrear la muerte. Así pues, vosotros que ahora exultáis, no destruyáis la bendición de Dios con el pecado. Cesaría vuestro júbilo, porque las malas acciones quitan la paz, y donde no hay paz no hay júbilo. Antes al contrario, sed santos. Sed perfectos como el Padre vuestro quiere. Lo quiere porque os ama, y a los que ama quiere darles un Reino. Mas en su Reino santo sólo entran aquellos a quienes la fidelidad a la Ley hace perfectos. La paz de Dios sea con vosotros.

Y Jesús calla. Recoge sobre el pecho los brazos y con los brazos así, observa a la muchedumbre que tiene alrededor. Luego mira en torno a sí. Alza los ojos al cielo sereno, que se está oscureciendo al menguar la luz. Piensa. Baja de su roca. Habla a los discípulos. -Siento compasión de esta gente. Me siguen desde hace tres días. No tienen ya provisiones. Estamos lejos de todos los lugares habitados. Temo que los más débiles sufran demasiado si los despido sin alimentarlos.

-¿Y cómo quieres resolverlo, Maestro? Tú mismo dices que estamos lejos de todo centro habitado. ¿Dónde encontrar pan en este lugar desierto? ¿Y quién nos daría tanto dinero como para comprarlo para todos?

-¿No tenéis nada vosotros ahí?

-Tenemos unos pocos peces y algún pedazo de pan. Las sobras de nuestra comida. No es suficiente para nadie. Si se lo das a los más cercanos se produce una revolución. Nos privas a nosotros y no haces un bien a nadie.

Es Pedro el que habla.

-Traedme todo lo que tenéis.

Traen, dentro de una cesta pequeña, siete pedazos de pan. No son ni siquiera panes enteros. Parecen gruesas rebanadas cortadas de hogazas grandes. Los pececillos... un puñado de pobres animalitos chamuscados por la llama.

-Encargaos de que esta muchedumbre se siente en corros de cincuenta y que estén quietos y callados si quieren comer.

Los discípulos, parte subiendo encima de piedras, parte circulando entre la gente, se afanan, solícitos, para poner el orden que ha pedido Jesús. Con empeño, lo consiguen. Algún niño lloriquea porque tiene hambre y sueño, algún otro gimotea porque, para hacerle obedecer, su mamá, o algún otro pariente, le ha administrado un bofetón.

Jesús toma los panes, no todos, naturalmente: dos, uno en cada mano, y los ofrece; luego los deposita en la cesta y los bendice. Toma los pececillos (son tan pocos, que caben casi todos en la concavidad de sus largas manos), los ofrece también, los deposita y también los bendice.

-Y ahora tomad, circulad por entre la muchedumbre y dad a cada uno *con abundancia.*

Los discípulos obedecen.

Jesús, de pie, erguido, blanca figura que sobresale en medio de este pueblo de personas sentadas en vastos círculos que cubren toda la planicie, observa y sonríe.

Los discípulos se alejan cada vez más, y dan sin cesar, y la cesta siempre está llena de comida. La gente come mientras llega la noche, y hay un gran silencio y una gran paz.

Dice Jesús (a María Valtorta):

-He aquí otra cosa que molestará a los doctores difíciles: cómo aplico esta visión evangélica. No te propongo meditar en mi poder y bondad, ni en la fe y obediencia de los discípulos. Nada de esto. Quiero que veas la analogía del episodio con la obra del Espíritu Santo.

Mira: Yo ofrezco mi palabra, todo aquello que podéis comprender y, por tanto, asimilar como alimento del alma. Pero la fatiga y el tedio os han vuelto tan tardos, que no podéis asimilar todo el alimento que hay en mi palabra. Os haría falta mucha, mucha, mucha. Pero no sabéis recibir mucha. ¡Estáis tan pobres de fuerzas espirituales! Os pesa sin daros ni sangre ni fuerza. He aquí que entonces el Espíritu obra el milagro para vosotros. El milagro espiritual de la multiplicación de la Palabra. Os *ilumina - y* por tanto, la multiplica - *todos sus más recónditos significados,* de forma que vosotros, sin cargaros con un peso que os aplastaría sin fortaleceros, os nutrís de ella, de forma que ya no caéis, quebrantados, en el desierto de la vida.

¡Siete panes y pocos peces!

Prediqué durante tres años, y, como dice mi amado Juan, "si se escribieran todas las palabras que dije y los milagros que llevé a cabo para daros un alimento abundante, capaz de llevaros sin debilidades hasta el Reino, no bastaría la Tierra para contener los volúmenes". Pero, aunque se hubiera hecho esto, no habríais podido leer una mole tan grande de libros. ¡No leéis ni siquiera, como deberíais lo poco que de mí se ha escrito!... Lo único que deberíais conocer, como conocéis las palabras más necesarias desde la más tierna edad.

Y entonces el Amor viene y multiplica. También Él, Uno conmigo y con el Padre, siente "compasión de vosotros que morís de hambre" y, con un milagro que se repite desde siglos, dobla, decuplica, centuplica los significados, las luces, el alimento de todas mis palabras. Y así tenéis un tesoro sin fondo de celeste alimento que la Caridad os ofrece. Extraed de él sin miedo. Cuanto más extraiga vuestro amor de ese tesoro, éste, fruto del Amor, ampliará más su afluencia.

Dios no conoce límites en sus riquezas ni en sus posibilidades. Vosotros sois relativos, Él no. Es infinito. En todas sus obras. También en ésta, o sea, en poderos dar en cada momento, en cada cosa que sucede, aquellas luces que necesitáis *en ese determinado instante. Y,* de la misma forma que el día de Pentecostés, el Espíritu derramado sobre los apóstoles hizo la palabra de éstos comprensible pan: Partos, Medas, Escitas, Capadocios, Pónticos y Frigios, y, como lengua natal, para Egipcios y Romanos, Griegos y Libios; de la misma forma, os consolará si lloráis, os dará consejo si pedís, compartirá vuestra alegría si estáis alegres, con la misma Palabra.

Porque, verdaderamente, si el Espíritu os manifiesta: "Ve en paz,, *no quieras pecar",* esta frase significa premio para quien no ha pecado, ánimo para el que todavía es débil pero no quiere pecar, perdón para el culpable que se arrepiente, reprensión no sin misericordia para aquel que no tiene más que un barrunto de arrepentimiento. Y es *sólo una* frase, y de las más sencillas. ¡Y cuántas hay en mi Evangelio! Cuántas que, como capullos de flor que después de un aguacero y un sol abrileño se abren para poblar la rama en que había uno sólo florecido, y la cubren por entero, para gozo de quien los mira, se abren en nosotros con su espiritual perfume para atraernos hacia el Cielo. Descansa, ahora. La paz del Amor esté contigo.

## 354

## Jesús habla sobre el Pan del Cielo en la sinagoga de Cafarnaúm.

La playa de Cafarnaúm bulle de gente que desembarca de una verdadera flotilla de barcas de todas las dimensiones. Y los primeros que echan pie a tierra se ponen a buscar entre la gente para ver si ven al Maestro, a un apóstol o, al menos, a un discípulo. Y van preguntando...

Un hombre, por fin, responde:

-¿Maestro? ¿Apóstoles? No. Se han marchado después del sábado, enseguida, y no han vuelto. Pero volverán porque hay algunos discípulos. Acabo de hablar con uno de ellos. Debe ser un discípulo importante. ¡Habla como Jairo! Ha ido hacia aquella casa que está entre los campos, costeando el mar.

El hombre que ha preguntado hace extender la voz, y todos se ponen en rápido movimiento hacia el lugar indicado. Pero, recorridos unos doscientos metros por la orilla, encuentran a todo un grupo de discípulos que vienen hacia Cafarnaúm gesticulando animadamente. Los saludan y preguntan:

-¿El Maestro dónde está?

Los discípulos responden:

-Durante la noche, después del milagro, se ha marchado con los suyos con las barcas atravesando el mar. Hemos visto las velas bajo el claror de la Luna, en dirección a Dalmanuta.

-¡Ah! ¡Claro! ¡Lo hemos buscado en Magdala, en casa de María, y no estaba! ¡De todas formas... nos lo podían haber dicho los pescadores de Magdala!

-No lo sabrían. Quizás había subido a los montes de Arbela a orar. Ya fue allí una vez el año pasado antes de la Pascua. Lo encontré en esa ocasión por suma gracia del Señor a su pobre siervo - dice Esteban.

-¿Pero no va a volver aquí?

-Ciertamente volverá. Nos debe despedir y darnos las indicaciones. Pero, ¿qué queréis?

-Seguirle oyendo. Seguirlo. Hacernos suyos.

-Ahora va a Jerusalén. Lo encontraréis allí. Allí, en la Casa de Dios, el Señor os hablará. Si os conviene ir tras El. Porque debéis saber que, si bien Él no rechaza a nadie, nosotros tenemos dentro aspectos que rechazan la Luz. De forma que quien tenga tantos aspectos de éstos que no sólo esté ya saturado -1o cual no sería un gran mal, porque Él es la Luz y cuando nos hacemos lealmente suyos con voluntad decidida, su Luz penetra en nosotros venciendo a las tinieblas -, sino que esté incluso unido a ellos como a la carne de nuestro cuerpo, y los estime como a la carne de su cuerpo, entonces éste conviene que se abstenga de venir, a menos que no se destruya para rehacerse nuevo. Meditad, pues, sobre si tenéis en vosotros la fuerza de asumir un nuevo espíritu, un nuevo modo de pensar, un nuevo modo de querer. Y luego, si lo juzgáis conveniente, venid. Quiera el Altísimo, que guió a Israel en su "paso", guiaros a vosotros en este "pésac" a seguir la estela del Cordero, allende los desiertos, hacia la Tierra eterna, hacia el Reino de Dios - dice Esteban, hablando por todos sus compañeros.

-¡No, no! ¡Inmediatamente! ¡Inmediatamente! Nadie hace las cosas que Él hace. Queremos seguirle - dice, agitada, la muchedumbre.

Esteban expresa con una sonrisa muchas cosas. Abre los brazos y dice:

-¿Porque os haya dado pan bueno y abundante queréis venir? ¿Creéis que os va a dar siempre sólo esto? A los que le siguen les promete aquello que constituye su acervo: dolor, persecución, martirio: no rosas sino espinas, no caricias sino bofetadas, no pan sino piedras están preparadas para los "cristos". Y diciendo esto no blasfemo, porque sus verdaderos fieles serán ungidos con el aceite santo hecho con su Gracia, generado con su sufrimiento; nosotros seremos "ungidos" para ser víctimas en el altar y reyes en el Cielo.

-¡Y! ¿Es que tienes celos? ¿No estás tú? Pues también queremos estar nosotros. El Maestro es de todos.

-Bien. Os lo decía porque os amo y quiero que sepáis lo que significa ser "discípulos", de forma que después no sea uno un desertor. Vamos entonces todos juntos a esperarlo a su casa. Se está empezando a poner el sol y comienza el sábado. Vendrá para pasarlo aquí antes de partir.

Y se dirigen, conversando, a la ciudad. Muchos hacen preguntas a Esteban y a Hermas (que ha llegado también); los israelitas ven a los dos con una luz especial por ser alumnos predilectos de Gamaliel.

Muchos preguntan:

-¿Pero qué dice Gamaliel de Él?», otros: « ¿Os ha dicho él que vinierais?», y otros: « ¿No le ha dolido perderos?», o: « ¿Y el Maestro qué dice del gran rabí?».

Los dos, pacientemente, responden:

-Gamaliel habla de Jesús de Nazaret como del hombre más grande de Israel.

-¿Más grande que Moisés? - dicen casi escandalizados.

-Dice que Moisés es uno de los muchos precursores del Cristo, pero que no es sino el siervo suyo.

-¿Entonces para Gamaliel es el Cristo? ¿Es esto lo que dice? Si dice eso el rabí Gamaliel, la cosa está clara: ¡es el Cristo!

-No dice eso. Todavía no es capaz de creerlo, por desgracia para él. Pero dice que el Cristo está ya en la Tierra porque habló con Él hace muchos años; él y el sabio Hil.lel. Espera una señal que aquel Cristo le prometió para reconocerlo - dice Hermas.

-¡Pero por qué creyó que aquél era el Cristo? ¿Qué hacía? Yo tengo tantos años como Gamaliel y no he oído nunca que en nuestra tierra alguien hiciera las cosas que el Maestro hace. Si no se convence con estos milagros, ¿qué vio de milagroso en aquel Cristo para poder creer en El?

-Vio que estaba ungido con la Sabiduría de Dios. Así dice - responde otra vez Hermas.

-¿Y entonces qué es éste para Gamaliel?

-El mayor de entre los hombres, maestro y precursor de Israel. Si pudiera decir: "Es el Cristo", quedaría salvada el alma sabia y justa de mi primer maestro - dice Esteban, y termina: «Y pido porque se cumpla esto cueste lo que cueste».

-Y si no cree que es el Cristo, ¿por qué os ha dicho que vinierais?

-Nosotros queríamos venir. Nos ha dejado venir, diciendo que estaba bien venir.

-Quizás para sacar informaciones y referírselas al Sanedrín... - insinúa uno.

-¿Qué dices? Gamaliel es una persona honesta. No espía al servicio de nadie, ¡y menos al servicio de los enemigos de un inocente! - reacciona inmediatamente Esteban (y tanto es su desdén, casi radiante santamente indignado, que parece un arcángel).

-De todas formas, le habrá dolido perderos - dice otro.

-Sí y no: como hombre que nos quería, sí; como espíritu muy recto, no. Porque dijo: "El es más que yo y más joven; por tanto podré cerrar los ojos en paz respecto a vuestro futuro, sabiendo que sois del `Maestro de los maestros`».

-¿Y Jesús de Nazaret qué dice del gran rabí?

-¡Sólo tiene para él palabras selectas!

-¿No le tiene envidia?

-Dios no envidia - dice Hermas en tono severo - No hagas suposiciones sacrílegas.

-¿Pero para vosotros entonces es Dios? ¿Estáis seguros?

Y los dos, a una sola voz:

-Como de que estamos vivos en este momento.

Y Esteban termina:

-Y os exhorto a que queráis creerlo también vosotros para obtener la verdadera Vida.

Están otra vez en la playa, que se ha transformado en plaza; la atraviesan para ir a la casa. En la puerta está Jesús acariciando a unos niños.

Discípulos y curiosos se aglomeran y preguntan:

-Maestro, ¿cuándo has venido?

-Hace unos momentos.

El rostro de Jesús presenta todavía esa majestuosidad solemne un poco extática de cuando ha orado mucho.

-¿Has estado en oración, Maestro? - pregunta Esteban en voz baja por reverencia (y, por el mismo motivo, tiene inclinado su cuerpo)

-Sí. ¿Qué te lo hace pensar, hijo mío? - pregunta Jesús mientras le pone, con una dulce caricia, la mano sobre su pelo oscuro.

-Tu rostro de ángel. Yo soy un pobre hombre, pero tu aspecto es tan límpido que en él se leen los latidos y acciones de tu espíritu.

-También el tuyo es límpido. Tú eres uno de esos que permanecen niños...

-¿Qué hay en mi rostro, Señor?

-Ven aparte y te lo digo - y lo toma de la muñeca y lo lleva a un pasillo oscuro. -Caridad, fe, pureza, generosidad, sabiduría. Te las ha dado Dios. Tú las has cultivado y las cultivarás más todavía. En fin, de acuerdo con tu nombre, tienes la corona: de oro puro con una gran gema que brilla en la frente. En el oro y en la gema hay dos palabras grabadas: "Predestinación" y "Primicia". Sé digno de tu destino, Esteban. Ve en paz con mi bendición. Y le pone nuevamente la mano en el pelo mientras Esteban se arrodilla para luego inclinarse y besar los pies de Jesús.

Vuelven adonde los demás.

-Esta gente ha venido para escucharte... - dice Felipe.

-Aquí no se puede hablar. Vamos a la sinagoga. Jairo se pondrá contento.

Jesús delante, detrás el cortejo de los demás, se encaminan hacia la bonita sinagoga de Cafarnaúm. Jesús es saludado por Jairo y luego entra. Ordena que todas las puertas queden abiertas para que los que no logren entrar puedan oírle desde la calle y la plaza, que están a los lados de la sinagoga.

Jesús va a su sitio, en esta sinagoga amiga en que hoy, por buena ventura, no están los fariseos (quizás se han puesto ya en marcha pomposamente hacia Jerusalén). Empieza a hablar.

-En verdad os digo: me buscáis no por escucharme y por los milagros que habéis visto, sino por el abundante pan que os he dado, gratis, con que saciar vuestra hambre. Las tres cuartas partes de vosotros por esto me buscabais, y por curiosidad, viniendo de todas las partes de nuestra patria. Es, pues, una búsqueda sin espíritu sobrenatural. Domina el espíritu humano con sus curiosidades malsanas (o, al menos, de una imperfección infantil: no por ser curiosidad sencilla como la de los niños, sino deficiente cual la inteligencia de un obtuso mental). Y, con la curiosidad, quedan la sensualidad y el sentimiento viciado: la sensualidad, que se esconde, sutil como el demonio, de quien es hija, detrás de apariencias y en actos aparentemente buenos; el sentimiento viciado, que es simplemente una desviación morbosa del sentimiento y que, como todo aquello que es "enfermedad" necesita drogas, y tiende a ellas, drogas que no son el alimento sencillo (el buen pan, el agua buena, el aceite genuino, la leche pura) suficiente para vivir, y vivir bien. El sentimiento viciado quiere cosas extraordinarias para sentirse impresionado y sentir el estremecimiento placentero, el estremecimiento enfermo de los paralizados, que necesitan drogas para experimentar sensaciones con que creerse aún íntegros y vigorosos. La sensualidad que quiere satisfacer sin esfuerzo la gula (en este caso con el pan no sudado recibido por bondad de Dios).

Estos regalos de Dios no son lo habitual, sino lo extraordinario. No se pueden exigir. No se puede uno volver perezoso y decir: "Dios me los dará". Está escrito: "Comerás el pan mojado con el sudor de tu frente", o sea, el pan ganado con el trabajo. Porque si Aquel que es Misericordia dijo: "Siento compasión de las turbas, que me siguen desde hace tres días y no tienen ya nada que comer y podrían desfallecer por el camino antes de llegar a Ippo, en la orilla del lago, o a Gamala o a otros ciudades", y proveyó a esta necesidad, no quiere ello decir que deba ser seguido por esto. A mí se me ha de seguir por mucho más que por un poco de pan, destinado a estiércol después de la digestión; no por el alimento que llena el vientre, sino por el que nutre al alma. Porque no sois sólo animales que deben rozar y rumiar, u hozar en el plato y engordar. ¡Sois almas! ¡Esto es lo que sois! La carne es la vestidura, el ser es el alma. Es el alma la que perdura. La carne, como todo vestido, se aja y acaba, y no merece la pena ocuparse de ella cual si fuere una perfección a la que hubiera que prestar todos los cuidados.

Buscad, pues, lo que es oportuno procurarse, no lo que no lo es. Tratad de procuraros no el alimento perecedero, sino el que permanece para la vida eterna. El Hijo del hombre os dará siempre este alimento, cuando lo queráis. Porque el Hijo del hombre tiene a su disposición todo lo que viene de Dios, y puede darlo, El, que es el dueño, magnánimo dueño, de los tesoros del Padre Dios, que ha imprimido en El su sello para que los ojos honestos no sean confundidos. Y, si tenéis en vosotros el alimento imperecedero, siendo nutridos con el alimento de Dios, podréis hacer obras de Dios.

¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios? Observamos la Ley y los Profetas. Por tanto, ya nos nutrimos de Dios y hacemos obras de Dios.

Es verdad. Observáis la Ley; más exactamente: "conocéis" la Ley. Pero conocer no es practicar. Nosotros conocemos, por ejemplo, las leyes de Roma, y, no obstante, un fiel israelita no las practica sino en aquellas fórmulas impuestas por su condición de súbdito. Por lo demás, nosotros - hablo de los fieles israelitas - no practicamos las costumbres paganas de los romanos aunque las conozcamos. La Ley que todos vosotros conocéis, y los Profetas, debería, efectivamente, nutriros de Dios, y daros, por tanto, capacidad de realizar obras de Dios. Pero, para hacer esto, debería haberse hecho unidad en vosotros, como sucede con el aire que respiráis y el alimento que asimiláis, que se transforman en vida y sangre. Sin embargo, os son extraños, a pesar de estar en vuestra casa, como lo es un objeto de la casa, que conocéis y os es útil pero que si un día faltara no os quitaría la existencia. Mientras que... ¡privaos unos minutos de respirar, o, durante muchos días, de comer, a ver qué sucede! Veréis que no podéis vivir. Pues así debería sentirse vuestro yo en la desnutrición y asfixia de una Ley y unos Profetas conocidos pero no asimilados y hechos unidad con vosotros. Yo he venido a enseñar y dar esto: la savia, el aire de la Ley y los Profetas; para procurar de nuevo sangre y respiro a vuestras almas agonizantes por inanición y asfixia. Sois semejantes a niños incapacitados, por una enfermedad, para distinguir aquello que puede nutrirlos. Tenéis ante vosotros mucha abundancia de alimentos, pero no sabéis que deben ser ingeridos para transformarse en algo vital, o sea, que debemos hacerlos verdaderamente nuestros, con una fidelidad pura y generosa a la Ley del Señor, que habló a Moisés y a los Profetas por todos vosotros. Venir, pues, a mí para recibir aire y savia de Vida eterna es un deber. Pero este deber presupone en vosotros una fe. Porque si uno no tiene fe no puede creer en mis palabras, y si no cree no viene a decirme: "Dame el verdadero pan". Y si no tiene el verdadero pan no puede hacer obras de Dios, no teniendo la capacidad de realizarlas. Por tanto, para nutriros de Dios y realizar obras de Dios es necesario que realicéis la obra-base, que es ésta: creer en Aquel que Dios ha enviado.

-Bien, ¿pero qué milagros haces para que podamos creer en ti como en el Enviado de Dios, y para que podamos ver en ti el sello de Dios? ¿Qué haces Tú que ya - aunque de forma menor - no hayan hecho los Profetas? Moisés incluso te superó, porque durante cuarenta años, y no sólo alguna que otra vez, nutrió con maravilloso alimento a nuestros padres. Así está escrito: que nuestros padres, durante cuarenta años, comieron el maná en el desierto; y está escrito que, por eso, Moisés - él, que podía dárselo - les dio de comer pan bajado del cielo.

-Estáis en un error. No Moisés, sino el Señor, pudo hacer eso. En el Éxodo se lee: "Mira: haré llover pan del cielo. Que el pueblo salga y recoja la cantidad suficiente cada día; así probaré si el pueblo camina según mi ley. Y que el sexto día recoja el doble, por respeto al séptimo día, que es el sábado". Y los hebreos vieron que el desierto se cubría cada mañana de aquella "cosa menuda, como algo machacado en el mortero, semejante a la escarcha de la tierra, semejante a la semilla de cilantro, con agradable sabor a flor de harina mezclada con miel". Así pues, no fue Moisés, sino Dios, quien proporcionó el maná. Dios, que *todo lo puede. Todo.* Castigar y bendecir. Privar de algo y concederlo. Y os digo que de estas dos cosas prefiere siempre bendecir y conceder, antes que castigar o negar.

Dios, como dice la Sabiduría, por amor a Moisés - de quien el Eclesiástico dice que era "amado de Dios y de los hombres, de bendita memoria, hecho por Dios semejante en gloria a los santos, grande y terrible para los enemigos, capaz de suscitar prodigios y poner fin a ellos, glorioso delante de los reyes, ministro suyo ante su pueblo, conocedor de la gloria de Dios y de la voz del Altísimo, custodio de los preceptos y de la Ley de vida y ciencia" -, Dios, decía, por amor a Moisés, alimentó a su pueblo con el pan de los ángeles; le dio un pan que bajaba del cielo, ya bien hechito, sin necesidad de trabajo, y que contenía todas las delicias, todas las suavidades de sabor. Y - tened bien presente lo que dice la Sabiduría -, y, como venía del Cielo, de Dios, y revelaba su dulzura hacia sus hijos, para cada uno tenía el sabor que cada uno quería, y en cada uno producía los efectos deseados: era útil tanto al niño, con su estómago todavía imperfecto, como al adulto, con su apetito y digestión vigorosos; tanto a la niña delicada, como al anciano caduco. Y también, para testificar que no era obra de hombre, subvirtió las leyes de los elementos, de forma que resistió al fuego ese misterioso pan que cuando salía el sol se derretía como escarcha. 0 más exactamente: el fuego - sigue diciendo la Sabiduría - olvidó su propia naturaleza por respeto a la obra de Dios su Creador y a las necesidades de los justos de Dios; de forma que, mientras que lo que normalmente hace es inflamarse para consumir, aquí se hizo suave para hacer el bien a los que confiaban en el Señor.

Por eso entonces, transformándose todo, sirvió a la gracia del Señor que a todos sustentaba, según la voluntad de quien oraba al Eterno Padre, para que sus hijos amados aprendieran que no es la reproducción de los frutos lo que alimenta a los hombres, sino que es la palabra del Señor la que conserva a quien cree en Dios. Efectivamente, el fuego no consumió - como habría podido - el suave maná, a pesar de que la llama era alta y viva, mientras que bastaba para derretirlo el suave sol de la mañana; para que los hombres recordaran y aprendieran que deben buscar los dones de Dios desde el principio de la jornada y de la vida, y que, para recibirlos, es necesario adelantarse a la luz, y erguirse para alabar al Eterno desde el rayar del día.

Esto les enseñó el maná a los hebreos. Yo os lo recuerdo porque es un deber que permanece, y permanecerá, hasta el final de los siglos. Buscad al Señor y sus dones celestes, sin ser perezosos, hasta las postreras horas del día o de la vida. Levantaos para alabarlo antes incluso de que lo haga el naciente sol; alimentaos con su palabra, que conserva, preserva y conduce a la Vida verdadera.

No fue Moisés el que os dio el pan del Cielo; en verdad, fue el Padre Dios el que lo dio; y ahora, verdad de las verdades, es mi Padre el que os da el *verdadero* Pan, el Pan nuevo, el Pan eterno que baja del Cielo, el Pan de misericordia, de Vida, el Pan que da al mundo la Vida, que calma toda hambre y elimina toda flaqueza, el Pan que da, a quien lo toma, la Vida eterna y la eterna alegría.

-Danos, Señor, ese pan, y ya no moriremos.

-Vosotros moriréis como muere todo hombre. Pero, si os alimentáis *santamente* con este Pan, resucitaréis para Vida eterna, porque hace incorruptible a quien lo come. Respecto a dároslo, será dado a quienes se lo piden a mi Padre con puro corazón, recta intención y santa caridad. Por eso he enseñado a decir: "Danos el pan cotidiano''. Pero los que se nutran indignamente con este Pan vendrán a ser un hervidero de gusanos infernales, como los gomor de maná conservados en contra de la orden recibida. Ese Pan de salvación y vida se transformará para ellos en muerte y condena. Porque el sacrilegio más grande lo cometerán aquellos que pongan ese Pan en una mesa espiritual corrompida y fétida, o lo profanen mezclándolo con la sentina de sus incurables pasiones. ¡Más les valdría no haberlo tomado nunca!

-¿Pero dónde está este Pan? ¿Cómo se halla? ¿Qué nombre tiene?

-Yo soy el Pan de Vida. En mí se halla. Su nombre es Jesús. Quien viene a mí no tendrá ya hambre, y quien cree en mí no tendrá ya sed, porque los ríos celestes verterán sobre él sus aguas y extinguirán toda sed material. Ya os lo he dicho. Ya me habéis conocido. Y, a pesar de todo, no creéis. No podéis creer que todo está en mí. Y, sin embargo, es así. En mí están todos los tesoros de Dios. Todas las cosas de la tierra me han sido dadas. De forma que en mí se reúnen el glorioso Cielo y la tierra militante; e incluso está en mí la masa, la que purga y espera, de los muertos en gracia de Dios. Porque todo poder está en mí y a mí me es dado todo poder. Y os digo que todo lo que el Padre me da vendrá a mí, y no rechazaré a quien venga a mí, porque he bajado del Cielo no para hacer mi voluntad sino la de Aquel que me ha enviado. Y la voluntad del Padre mío, del Padre que me ha enviado, es ésta: que no pierda ni siquiera uno de los que me ha dado, sino que los resucite en el último día. Ahora bien, la voluntad del Padre que me ha enviado es que todo el que conoce al Hijo y cree en Él tenga la Vida eterna y Yo lo pueda resucitar en el Ultimo Día, viéndolo nutrido de la fe en mí y signado con mi sello.

Se oye no poco rumor en la sinagoga y fuera de ella por las nuevas e intrépidas palabras del Maestro, el cual, tras un momento para recuperar el aliento, vuelve sus ojos centelleantes de arrobamiento hacia el lugar donde más se murmura (son exactamente los grupos en que hay judíos). Reanuda su discurso.

-¿Por qué murmuráis entre vosotros? Sí, Yo soy el Hijo de María de Nazaret, hija de Joaquín de la estirpe de David, virgen consagrada en el Templo, luego casada con José de Jacob, de la estirpe de David. Muchos de vosotros conocieron a los justos que dieron vida a José, carpintero regio, y a María, virgen heredera de la estirpe regia. Por ello murmuráis: "¿Cómo puede éste decir que ha bajado del Cielo?" y surge en vosotros la duda.

Os recuerdo a los Profetas, sus profecías sobre la Encarnación del Verbo. Os recuerdo también cómo - más para nosotros israelitas que para cualquier otro pueblo --, es dogmático que Aquel que no osamos nombrar no podía darse una Carne según las leyes de la humanidad, y de una humanidad, además, caída. El Purísimo, el Increado, si se ha humillado haciéndose Hombre por amor al hombre, no podía sino elegir un seno de Virgen más pura que las azucenas para revestir de Carne su Divinidad.

E1 pan bajado del Cielo en tiempos de Moisés fue depositado en el arca de oro cubierta por el propiciatorio, custodiada por los querubines, tras los velos del Tabernáculo. Y con el pan estaba la Palabra de Dios. Así debía ser, porque debe prestarse sumo respeto a los dones de Dios y a las tablas de su santísima Palabra. Pues bien, ¿qué habrá preparado entonces Dios para su misma Palabra y para el Pan verdadero venido del Cielo? Un arca más inviolada y preciosa que el arca de oro, y cubierta con el

precioso propiciatorio de su pura voluntad de inmolación, custodiada por los querubines de Dios, velada tras el velo de un candor virginal, de una humildad perfecta, de una caridad sublime, de todas las más santas virtudes.

¿Entonces? ¿No comprendéis todavía que mi paternidad está en el Cielo y que, por tanto, de allí vengo? Sí, Yo he bajado del Cielo para cumplir el decreto de mi Padre, el decreto de salvación de los hombres, según cuanto prometió en el momento mismo de la condena y repitió a los Patriarcas y Profetas.

Pero esto es fe. Y la fe la da Dios a quien tiene una disposición de buena voluntad. Por tanto, nadie puede venir a mí si mi Padre no lo trae, viéndolo en las tinieblas pero rectamente deseoso de luz. Está escrito en los Profetas: "Serán todos adoctrinados por Dios". Está escrito. *Es Dios quien les enseña a dónde ir para ser instruidos en orden a Dios.* Todo aquel, pues, que ha oído, en el fondo de su espíritu recto, hablar a Dios ha aprendido del Padre a venir a mí.

-¿Y quién puede haber oído a Dios o haber visto su Rostro? - preguntan no pocos de los presentes, y empiezan a dar señales de irritación y de escándalo. Y terminan: «0 deliras o eres un iluso».

-Nadie ha visto a Dios excepto Aquel que viene de Dios. Éste ha visto al Padre. Éste soy Yo.

Y ahora escuchad el "credo" de la vida futura, sin el cual ninguno se puede salvar.

*En verdad, en verdad os digo que quien cree en mí tiene la Vida eterna. En verdad, en verdad os digo que Yo soy el Pan de la Vida eterna.*

Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron. Porque el maná era un alimento santo pero temporal, y daba la vida en la medida necesitada para llegar a la tierra prometida por Dios a su pueblo. Mas el Maná que Yo soy no tendrá límites ni de tiempo ni de poder. No sólo es celeste, es divino; produce aquello que es divino: la incorruptibilidad, la inmortalidad de cuanto Dios ha creado a su imagen y semejanza. Este Maná no durará sólo cuarenta días, cuarenta meses, cuarenta años, cuarenta siglos. Durará mientras dure el tiempo, y será dado a todos aquellos que tengan hambre de él, hambre santa y grata al Señor, que exultará dándose sin medida a los hombres por quienes se ha encarnado, para que tengan la Vida que no muere.

Yo puedo darme, puedo transubstanciarme por amor a los hombres, para que el pan sea Carne y la Carne sea Pan, para saciar el hambre espiritual de los hombres, que sin este Alimento morirían de hambre y enfermedades espirituales. Pero el que coma de este Pan con justicia vivirá eternamente. El pan que Yo daré será mi Carne inmolada para la vida del mundo, será mi Amor distribuido en las casas de Dios para que a la mesa del Señor se acerquen todos los que aman o son infelices, y encuentren la satisfacción de su necesidad de unirse con Dios o de sentir aliviada su pena.

-¿Pero cómo puedes darnos de comer tu carne? ¿Por quién nos has tomado? ¿Por fieras sanguinarias?, ¿por salvajes?, ¿por homicidas? Nos repugna la sangre y el delito.

-En verdad, en verdad os digo que muchas veces el hombre es peor que una fiera, y que el pecado hace al hombre más que salvaje, que el orgullo provoca sed homicida y que no a todos los presentes les repugnará ni la sangre ni el delito. Y también en el futuro el hombre será así, porque Satanás se pone ferino con la sensualidad y el orgullo. Por tanto, más necesidad que nunca tiene y tendrá el hombre de eliminar de sí los terribles gérmenes con la infusión del Santo. *En verdad, en verdad os digo que si no coméis la Carne del Hijo del hombre y no bebéis su Sangre no tendréis en vosotros la Vida.* Quien come dignamente mi Carne y bebe mi Sangre tiene la Vida eterna y Yo lo resucitaré en el último Día. Porque mi Carne es verdaderamente Comida y mi Sangre es verdaderamente Bebida. El que come mi Carne y bebe mi Sangre permanece en mí y Yo en él. Como el Padre que vive me envió, y Yo vivo por el Padre, así el que me come vivirá por mí e irá a donde lo envíe, y hará lo que Yo deseo; vivirá austero como hombre, ardiente como serafín; será santo, porque para poder nutrirse de mi Carne y de mi Sangre se prohibirá a sí mismo los pecados y vivirá ascendiendo para acabar su ascensión a los pies del Eterno.

-¡Pero éste está desquiciado! ¿Quién puede vivir así? En nuestra religión sólo el sacerdote debe ser purificado para ofrecer la víctima. Aquí Él quiere hacer de cada uno de nosotros una víctima de su demencia. ¡Esta doctrina es demasiado penosa y este lenguaje es demasiado duro! ¿Quién puede escuchar esto y practicarlo? - murmuran los presentes, y muchos son de los ya reputados discípulos.

La gente desaloja el lugar haciendo comentarios. Y muy mermadas aparecen las filas de los discípulos cuando se quedan solos en la sinagoga el Maestro y los más fieles. No los cuento, pero digo que, a ojo de buen cubero, no sé si llegarán a cien. Es decir que la defección ha debido ser abundante incluso en las filas de los antiguos discípulos que ya estaban al servicio de Dios.

Entre los que quedan están los apóstoles, el sacerdote Juan y el escriba Juan, Esteban, Hermas, Timoneo, Hermasteo, Ágapo, José, Salomón, Abel de Belén de Galilea y Abel el que fue leproso de Corazín, con su amigo Samuel, Elías (el que dejó de enterrar a su padre por seguir a Jesús), Felipe de Arbela, Aser e Ismael de Nazaret, y otros que no conozco de nombre. Todos éstos hablan en voz baja entre sí, comentando la defección de los otros y las palabras de Jesús, que está pensativo, con los brazos cruzados y apoyado en un alto ambón.

-¿Y os escandalizáis de lo que he dicho? ¿Y si os dijera que veréis un día al Hijo del hombre subir al Cielo adonde estaba antes y sentarse al lado del Padre? ¿Qué habéis entendido, absorbido, creído hasta ahora? ¿Con qué habéis escuchado y asimilado? ¿Sólo con vuestra humanidad? Es *el espíritu lo que vivifica y tiene valor. La carne nada aprovecha. Mis palabras son espíritu y vida; hay que oírlas y comprenderlas con el espíritu para que den vida.* Pero muchos de vosotros tienen muerto el espíritu porque no tienen fe. Muchos de vosotros no creen con verdad. Inútilmente permanecen conmigo. No recibirán Vida, sino Muerte. Porque están, como he dicho al principio, o por curiosidad o por humano gusto, o, peor, con fines todavía más indignos. No los trae el Padre como premio a su buena voluntad, sino Satanás. En verdad, ninguno puede venir a mí si no le es concedido por mi Padre. Marchaos, sí, vosotros que permanecéis a duras penas porque humanamente os avergonzáis de abandonarme pero sentís más vergüenza aún de estar al servicio de Uno que os parece "loco y duro". Marchaos. Mejor lejos que aquí para perjudicar.

Y muchos otros se separan del grupo de los discípulos (entre ellos el escriba Juan y Marcos, el geraseno endemoniado que había sido curado mandando los demonios a los cerdos). Los discípulos buenos se consultan y corren tras estos renegados tratando de pararlos.

En la sinagoga están ahora Jesús, el arquisinagogo y los apóstoles...

Jesús se vuelve a los doce - que, apesadumbrados, están en un rincón - y dice: -¿Queréis marcharos también vosotros?

Lo dice sin acritud, sin tristeza, pero sí con mucha seriedad.

Pedro, con ímpetu doloroso, le dice:

-Señor, ¿y a dónde quieres que vayamos? ¿Con quién? Tú eres nuestra vida y nuestro amor. Sólo Tú tienes palabras de Vida eterna. Nosotros hemos conocido que eres el Cristo, Hijo de Dios. Si quieres, recházanos. Pero nosotros, por nosotros, no te dejaremos, ni aunque... ni aunque dejaras de amarnos... - y Pedro llora quedo, con grandes lagrimones...

También Andrés, Juan, las dos hijas de Alfeo, lloran abiertamente. Los otros, pálidos o rojos por la emoción, no lloran, pero sufren visiblemente.

-¿Por qué habría de rechazaros? ¿No os he elegido Yo a vosotros doce?...

Jairo, prudentemente, se ha retirado para dejar a Jesús que conforte o reprenda a sus apóstoles. Jesús, notando su silencioso alejamiento, sentándose abatido, como si la revelación que hace le costase un esfuerzo superior a lo que puede hacer, cansado, disgustado, apenado, dice:

-Y, sin embargo, uno de vosotros es un demonio.

La frase cae lenta, terrible, en la sinagoga en que la única cosa alegre es la luz de las muchas lámparas... y ninguno se atreve a decir nada. Pero se miran unos a otros con pávido horror, angustiosamente inquisitivos; y cada uno, con un interrogante aún más angustioso e íntimo, se examina a sí mismo...

Pasa un tiempo en que ninguno se mueve. Jesús está ahí, solo, en su asiento, con las manos cruzadas encima de las rodillas y la cara baja. La alza, en fin, y dice:

-Venid. ¡No me he vuelto leproso! ¿O creéis que lo soy?...

Entonces Juan corre adelante, se enrosca a su cuello y dice:

-Contigo entonces en la lepra, mi único amor. Contigo en la condena, contigo en la muerte, si crees que te espera eso...

Pedro se arrastra hasta sus pies, los toma y los pone encima de sus hombros y dice entre singultos:

-¡Aquí, aprieta, pisa! Pero evita que piense que desconfías de tu Simón.

Los otros, viendo que Jesús acaricia a los dos primeros, se acercan y besan a Jesús en el vestido, en las manos, en el pelo... Sólo Judas Iscariote osa besarle en la cara.

Jesús se levanta de repente, y su reacción es tan improvisa que casi lo aparta bruscamente, y dice:

Vamos a casa. Mañana por la noche partiremos con las barcas hacia Ippo.

## 355

## El nuevo discípulo Nicolái de Antioquía y el segundo anuncio de la Pasión.

Jesús está completamente solo en la terraza de la casa de Tomás de Cafarnaúm. El pueblo ocia por el sábado. Un pueblo ya muy reducido de habitantes, porque los más cuidadosos en cumplir las prácticas de fe se han puesto ya en marcha hacia Jerusalén; como también aquellos que van con las familias, y tienen niños que no pueden hacer marchas largas y obligan a los adultos a pararse y a hacer breves trayectos. Así que falta, en este día ya de por sí un poco nublado, la nota de oro de la infancia festiva.

Jesús está muy pensativo: sentado en un banco pequeño y bajo, en un rincón, junto al pretil, de espaldas a la escalera, casi escondido por el antepecho; tiene un codo apoyado en la rodilla, y la frente en la mano con gesto cansado, casi de sufrimiento.

Interrumpe su meditación la llegada de un niñito que quiere saludarlo antes de salir para Jerusalén. « ¡Jesús! ¡Jesús!» llama, a cada peldaño que sube (no ve a Jesús, que está celado por el murete a la vista de quien está abajo). Y Jesús está tan concentrado que no oye la vocecita ligera ni el paso de palomita... de forma que, cuando el pequeño llega a la terraza, está todavía en esa postura de sufrimiento. El niño se atemoriza. Se para en el umbral de la terraza, se mete un dedito entre los labios y piensa... luego decide: lentamente se acerca... ya está casi junto a Jesús por detrás... se inclina para ver lo que hace... y dice:

-¡No, bonito! ¡No llores! ¿Por qué? ¿Por esos hombrachos feos de ayer? Lo hablaba mi padre con Jairo, que son indignos de ti. Pero no debes llorar. Yo te quiero. Y también te quiere mi hermanita y Santiago y Tobías, y Juana y María y Miqueas y todos, todos los niños de Cafarnaúm. No llores más... - y se echa a su cuello, muy cariñoso, para terminar: «Si no, voy a llorar también yo, y siempre... durante todo el viaje...

-No, David, ya no lloro. Tú me has consolado. ¡Has venido solo' ¿Cuándo partís?

-Después de que se ponga el sol. Con la barca hasta Tiberíades Ven con nosotros. Mi padre te quiere, ¿sabes?

-Lo sé, querido mío. Pero tengo que ir a ver a otros niños... Gracias por haber venido a saludarme. Te bendigo, pequeño David. Vamos a darnos el beso de adiós y luego vuelve con tu mamá. ¿Sabe que estás aquí?...

-No. Me he escabullido porque no te he visto con tus discípulos y he pensado que estabas llorando.

-Ya ves que ya no lloro. Ve, ve donde tu mamá, que quizás te está buscando temiendo mucho por ti. Adiós. Ten cuidado con los asnos de las caravanas. ¿Ves? En todas partes hay asnos parados.

-¿Pero ya de verdad que no lloras?

-No. Ya no estoy afligido. Tú me has consolado. Gracias, niño.

El niño baja la escalera saltando. Jesús lo observa. Menea la cabeza. Luego vuelve a su sitio, a la dolorosa meditación de antes. Pasa un rato. El sol, cuando se abren las nubes, se muestra descendiendo.

Un paso más pesado en la escalera. Jesús alza la cara. Ve a Jairo, que viene hacia El. Lo saluda. Recibe de Jairo un saludo respetuoso.

-¿Cómo por aquí, Jairo?

-¡Señor! Quizás me he equivocado. Pero Tú que ves el corazón de los hombres verás que en mi error no había mala voluntad. Yo hoy no te he invitado a la sinagoga para que hablaras. Pero he sufrido mucho por ti, ayer, y te he visto sufrir tanto, que... no me he atrevido. He consultado a los tuyos y me han respondido: "Quiere estar solo"... Pero hace poco ha llegado Felipe, padre de David, diciéndome que su hijo te ha visto llorar. Ha dicho que le has dado las gracias por haber venido a ti. He venido yo también. Maestro, los que quedan todavía en Cafarnaúm están para reunirse en la sinagoga. Y mi sinagoga es tuya, Señor.

-Gracias, Jairo. Hoy hablarán otros en ella. Iré como simple fiel...

-No estarías obligado. Tu sinagoga es el mundo. ¿Entonces no vienes, Maestro?

-No, Jairo. Estoy aquí con mi espíritu ante el Padre, que me conoce y que no encuentra culpas en mí.

Un titileo de lágrimas aparece en los ojos tristes de Jesús.

-Yo tampoco encuentro culpas en ti... Adiós, Señor.

-Adiós, Jairo.

Y Jesús se sienta de nuevo. Sigue meditabundo.

Ligera como una paloma sube, vestida de blanco, la hija de Jairo. Mira... Llama delicadamente:

-¡Salvador mío!

Jesús vuelve la cabeza, la ve, le sonríe, le dice:

-Ven a mí.

-Sí, mi Señor. Pero quisiera llevarte a los demás. ¿Por qué debe estar hoy muda la sinagoga?

-Están tu padre y muchos otros para llenarla de palabras.

-Pero son palabras... La tuya es la Palabra. ¡Oh, mi Señor! Con tu palabra me restituiste para mi madre y mi padre, y estaba muerta. ¡Mira a los que se dirigen a la sinagoga! Muchos están más muertos que yo entonces. Ven a darles la Vida.

-Hija, tú la merecías; ellos... Ninguna palabra puede dar vida a uno que para sí elige la muerte.

-Sí, mi Señor. Pero ven de todas formas. Hay también personas que, oyéndote, viven cada vez más,.. Ven. Pon tu mano en la mía y vamos. Yo soy el testimonio de tu poder, y estoy pronta para testificarlo incluso ante tus enemigos, aunque me costara perder esta segunda vida, que la verdad es que ya no es mía. Tú me la has dado, Maestro bueno, por compasión hacia una madre y un padre. Pero yo...

La niña, una bonita niña, ya mujercita, de dulces ojos grandes que brillan en su rostro puro e inteligente, se detiene a causa de un acceso de llanto que la ahoga y gotea de las largas pestañas a las mejillas.

-¿Por qué lloras ahora? - pregunta Jesús poniéndole la mano en el pelo.

-Porque... me han dicho que Tú dices que vas a morir...

-Todos morimos, niña.

-¡Pero no como Tú dices! Yo... no querría ahora estar viva de nuevo, para no verlo, para no estar cuando... suceda este horror...

-Entonces no habrías estado tampoco para darme el consuelo que ahora me das. ¿No sabes que la palabra - una sola incluso – de una persona pura y de una persona que me ama me quita todas las penas?

-¿Sí? ¡Oh! ¡Entonces no tienes que tener ya penas, porque te quiero más que a mi padre, más que a mi madre y más que a mi vida!

-Así es.

-Entonces ven. No estés solo. Habla para mí, para Jairo, para mi madre, para el pequeño David, en fin, para los que te quieren. Somos muchos. Y seremos más todavía. Pero no estés solo. Viene melancolía - y, materna por instinto, como toda mujer honesta, termina así: «Conmigo cerca, ninguno te hará ningún mal. Y además yo te defenderé».

Jesús la complace y se levanta. La mano en la mano, atraviesan las calles y entran en la sinagoga por una puerta lateral.

Jairo, que está leyendo en voz alta un libro, suspende la lectura y, mediando un reverente saludo, dice:

-Maestro, te ruego que hables para los rectos de corazón. Prepáranos para la Pascua con tu santa palabra.

-¿Estás leyendo de los Reyes, no?

-Sí, Maestro. Quería que meditaran que quien se separa del Dios verdadero cae en idolatría de becerros de oro.

-Bien has hablado. ¿Ninguno tiene nada que decir?

Se crea rumor entre la gente. Quién quiere que hable Jesús, quién grita:

-¡Tenemos prisa! ¡Que se digan las oraciones y se concluya la reunión! Además, vamos a Jerusalén; allí oiremos a los rabíes.

Los que gritan así son los muchos desertores de ayer, retenidos en Cafarnaúm por el sábado.

Jesús los mira con suma tristeza y dice:

-Tenéis prisa. Es verdad. También Dios tiene prisa de juzgaros. Marchaos, marchaos. Luego, volviéndose hacia los que los reprenden, dice: «No los increpéis. Cada planta da su fruto».

-¡Señor! ¡Repite el gesto de Nehemías! ¡Habla contra ellos, Tú, Sacerdote supremo! - grita, indignado, Jairo; y le hacen coro los apóstoles, los discípulos fieles y los de Cafarnaúm.

Jesús extiende en cruz los brazos. Palidísimo (un rostro verdaderamente mortificado, y, no obstante, dulcísimo), grita:

-¡Acuérdate, propicio, de mí, oh mi Dios! ¡Y acuérdate también propiciamente de ellos! ¡Yo los perdono!

La sinagoga se vacía. Quedan los que son fieles a Jesús...

Hay un extranjero en un rincón. Un hombre robusto, no observado por ninguno, al que ninguno dirige la palabra; bueno, él tampoco habla con nadie. Sólo mira fijamente a Jesús; tanto que el Maestro vuelve su mirada en aquella dirección, lo ve y pregunta a Jairo que quién es.

-No sé. Sin duda uno de paso.

Jesús lo interpela:

-¿Quién eres?

-Nicolái, prosélito de Antioquía. Me dirijo a Jerusalén para la Pascua.

-¿A quién buscas?

-A ti, Señor Jesús de Nazaret. Deseo hablarte.

-Ven.

Y sale, ya con él al lado, al huerto de detrás de la sinagoga para escucharlo.

-Hablé en Antioquía con un discípulo tuyo de nombre Félix. He deseado ardientemente conocerte. Me dijo que Cafarnaúm es lugar en que te detienes, y que tienes a tu Madre en Nazaret; y también que vas al Getsemaní o a Betania. El Eterno ha hecho que te encuentre en el primer lugar. Estaba ayer... Estaba no lejos de ti, esta mañana, mientras llorabas orando cabe la fuente... Te amo, Señor. Porque eres santo y manso. Creo en ti. Tus acciones, tus palabras, me habían hecho ya tuyo. Pero tu misericordia de hace un rato para con los culpables me ha determinado. ¡Señor, acógeme en cambio de quien te abandona! Vengo a ti con todo lo que tengo: la vida, los bienes, todo.

Se ha arrodillado diciendo las últimas palabras.

Jesús lo mira fijamente... luego dice:

-Ven. Desde hoy serás del Maestro. Vamos adonde tus compañeros.

Vuelven a la sinagoga, donde hay una intensa conversación de los discípulos y los apóstoles con Jairo.

-Aquí tenéis a un nuevo discípulo. El Padre me consuela. Amadlo como a un hermano. Vamos con él a compartir el pan y la sal. Luego, ya de noche, saldréis con él hacia Jerusalén; nosotros iremos a Ippo con las barcas... Y no digáis mi camino a nadie, para que no me entretengan.

Entretanto el sábado ha terminado, y los que quieren evitar a Jesús se agolpan en la playa para contratar las barcas para Tiberíades. Y discuten con Zebedeo, que no quiere ceder su barca ya preparada para la partida nocturna de Jesús con los doce y cercana a la de Pedro.

-¡Voy a ayudarle! - dice Pedro, que está irritado.

Jesús, para evitar choques demasiado fuertes, lo retiene y dice:

-Vamos todos, no tú solo.

Y así lo hacen... Y saborean la amargura de ver que los que huyen se van sin siquiera un saludo, cortando netamente toda discusión con tal de alejarse de Jesús... y oyen algún que otro epíteto despreciante y consejos mordaces a los discípulos fieles...

Jesús se vuelve para regresar a casa, una vez que la turba hostil se ha marchado, y dice al nuevo discípulo:

-¿Los has oído? Esto es lo que te espera siguiéndome.

-Lo sé. Por eso me quedo. Te había visto en un día glorioso, entre la muchedumbre que te aclamaba y te saludaba como rey. Me encogí de hombros diciendo: "¡Otro pobre iluso! ¡Otro azote para Israel!", y no te seguí porque parecías un rey. Ya me había olvidado de ti. Ahora te sigo porque en tus palabras y en tu bondad veo al Mesías prometido».

-Verdaderamente eres más justo que muchos otros. Y digo, una vez más, que se retire quien espere de mí un rey terreno; se retire quien siente que se va a avergonzar de mí ante el mundo acusador; se retire quien se vaya a escandalizar de verme tratado como un malhechor. Os digo esto mientras todavía podéis hacerlo sin veros comprometidos ante los ojos del mundo. Imitad a los que huyen en aquellas barcas, si no os sentís dispuestos a compartir mi destino en el oprobio para poder compartirlo después en la gloria. Porque va a suceder pronto esto: van a acusar al Hijo del hombre, lo van a entregar en manos de los hombres, los cuales lo van a matar como a un malhechor y creerán que lo han vencido. Pero habrán cometido su delito inútilmente, porque resucitaré a los tres días y triunfaré. ¡Dichosos aquellos que sepan estar conmigo hasta el final!

Ya han llegado a la casa. Jesús confía a los discípulos el nuevo llegado, y sube solo al lugar de antes; más exactamente, entra en la habitación de arriba, y se sienta a pensar.

Pasa un rato. Suben Judas Iscariote y Pedro.

-Maestro, Judas me ha hecho reflexionar en cosas convenientes.

-Dilas.

-Tomas contigo a este Nicolái, un prosélito cuyo pasado además ignoramos. Ya hemos tenido muchas complicaciones... y las tenemos todavía. ¿Y ahora? ¿Qué sabemos de él? ¿Podemos fiarnos? Judas, con razón, dice que podría ser un espía enviado por los enemigos.

-¡Que sí! ¡Un traidor! ¿Por qué no quiere decir de dónde viene ni quién lo envía? Le he hecho preguntas, pero sólo dice: "Soy Nicolái de Antioquía, prosélito". Yo tengo serias sospechas.

-Te recuerdo que viene porque me ve traicionado.

-¡Puede ser mentira! ¡Puede ser una traición!

-Quien por todas partes ve mentira o traición es alma capaz de esas cosas. Porque se mide con el propio modelo - dice serio Jesús.

-¡Señor, me ofendes! - grita Judas indignado.

-Pues déjame y vete con los que me abandonan.

Judas sale dando un portazo con malos modales.

-De todas formas, Señor, Judas no está equivocado en todo... Y además no quisiera que... ese hombre hablara de Juan. Sólo puede ser el hombre de Endor el Félix que te lo manda...

-Ciertamente es así. Pero Juan de Endor es prudente y ha tomado de nuevo su viejo nombre. Estáte tranquilo, Simón. Un hombre que se hace discípulo porque siente que mi causa humana está ya perdida, no puede ser sino una persona recta de espíritu. Muy distinto es el que ha salido ahora, que vino a mí porque esperaba ser príncipe de un rey poderoso... y no se convence de que Yo soy Rey sólo para el espíritu...

-¿Sospechas de él, Señor?

-De ninguno. Pero, en verdad te digo que adonde llegará Nicolái, discípulo y prosélito, Judas de Simón, apóstol, israelita y judío, no llegará.

-Señor, quisiera preguntar a Nicolái sobre... Juan.

-No lo hagas. Juan no le ha dado ningún encargo porque es prudente. No seas tú el imprudente.

-No, Señor. Sólo te lo preguntaba...

-Vamos a bajar para acelerar la cena. Partiremos con la noche plena... Simón... ¿me amas tú?

-Maestro, pero ¿qué dices?

-Simón, mi corazón está más oscuro que el lago en una noche de tormenta, y tan desazonado como él...

-¡Oh, Maestro mío!... ¿Qué te puedo decir, si yo estoy todavía más... oscuro y desazonado que Tú? Te digo: "Aquí tienes a tu Simón. Si mi corazón te puede confortar, tómalo". Es lo único que tengo. Pero es sincero.

Jesús pone unos momentos la cabeza en ese pecho amplio y fuerte; luego se pone de pie y baja con Pedro.

## 356

## Hacia Gadara. Las herejías de Judas Iscariote y las renuncias de Juan, que quiere sólo amar.

Jesús está ya en Transjordania. Y, por lo que entiendo, la ciudad que se ve en lo alto de una colina toda verde es Gadara; es también la primera ciudad que tocan después de haber bajado de las barcas en la orilla suroriental del lago de Galilea, porque allí han puesto pie en tierra, sin bajar a Ippo, adonde habían llegado ya las barcas que llevaban a los contrarios de Jesús. Creo que han desembarcado, por tanto, justo enfrente de Tariquea, en la salida del Jordán del lago.

-¿Sabes el camino más corto para ir a Gadara, ¿no? ¿Te acuerdas de por dónde es? - pregunta Jesús.

-¡Hombre, claro! Cuando lleguemos a las caldas del Yarmok, sólo tendremos que seguir el camino - responde Pedro.

-¿Y dónde vas a encontrar los manantiales? - pregunta Tomás.

-¡Basta tener buen olfato para encontrarlos! ¡Huelen desde algunas millas antes de llegar! - exclama Pedro arrugando con disgusto la nariz.

-No sabía que sufrieras de dolores... - observa Judas Iscariote.

-¿Dolores yo? ¿Y cuándo!

-¡Es que conoces tan bien las caldas del Yarmok que debes haber estado allí!

-¡Nunca he tenido necesidad de baños para estar bien! Me han salido los venenos de los huesos con las sudaderas del trabajo honrado... y, además, habiendo trabajado más que gozado, han entrado pocos venenos, siempre pocos, en mí...

-Lo dices por mí, ¿no es verdad? ¡Ya! ¡Yo tengo la culpa de todo!... - dice inquieto Judas.

-¿Pero quién te ha picado? Tú preguntas, yo respondo; a ti como habría respondido al Maestro o a un compañero. Y creo que ninguno de ellos, ni siquiera Mateo, que... ha sido una persona de mundo, se lo habría tomado a mal.

-¡Pues yo me lo tomo a mal!

-No te creía tan delicado. Pero te pido perdón de esa supuesta insinuación. Por amor al Maestro, ¿sabes? A1 Maestro, que tanta aflicción recibe de los extraños y no tiene necesidad de recibir más de nosotros. Míralo, en vez de correr tras tus sensibilidades, y verás que necesita paz y amor.

Jesús no habla. Se limita a mirar a Pedro y a sonreírle agradecido. Judas no responde al respecto de la justa observación de Pedro. Está cerrado e inquieto. Quiere aparecer amable, pero la rabia, el malhumor, la desilusión que tiene en su corazón, se manifiestan a través de la mirada, la voz, la expresión, y hasta a través de su paso arrogante, que choca fuertemente las suelas, como para desahogarse, golpeando con ira el suelo para desfogarse de todo lo que le hierve dentro.

Pero se esfuerza en parecer sereno y en ser amable; no lo consigue, pero lo intenta... Pregunta a Pedro:

-¿Y entonces cómo conoces estos lugares? Quizás es que has estado aquí con tu mujer...

-No. He pasado por aquí en Etanim, cuando vinimos a Aurán con el Maestro. Acompañé a su Madre y las discípulas hasta las tierras de Cusa; por eso, viniendo de Bosra, pasé por aquí - responde sincera y prudentemente Pedro.

-¿Estabas tú solo? - pregunta con ironía Judas.

-¿Por qué? ¿No crees que valgo solo por muchos, cuando hay que valer y hay que hacer un encargo de confianza y, además, se hace por amor?

-¡Cuánta soberbia! ¡Querría haberte visto!

-Habrías visto a un hombre serio acompañando a mujeres santas.
-¿Pero estabas realmente solo? - pregunta Judas con acto verdaderamente de inquisidor.
-Estaba con los hermanos del Señor.
-¡Ah! ¡Ya empiezan las admisiones!
-¡Y empiezan a ponérseme de punta los nervios! ¿Se puede saber qué te pasa?
-Es verdad. Es una vergüenza - dice Judas Tadeo.
-Y ya es hora de acabar con esto - añade Santiago de Zebedeo.
-No te es lícito injuriar a Simón - dice Bartolomé en tono de reproche.
-Porque deberías recordar que es el jefe de todos nosotros - termina el Zelote.
Jesús no habla.
-No injurio a nadie, y no me pasa nada en absoluto; lo único es que me gusta pincharle un poco...
-¡No es verdad! ¡Mientes! Haces preguntas astutas porque quieres llegar a precisar algo. El artero considera a todos arteros. Aquí no hay secretos. Estábamos todos. Todos hicimos lo mismo: lo que había ordenado el Maestro. Y no hay nada más. ¿Comprendes? - grita, verdaderamente airado, el otro Judas.
-Silencio. Parecéis mujeres riñendo. Todos estáis en error. Y me avergüenzo de vosotros - dice severo Jesús.
Se abate un profundo silencio, mientras van hacia la ciudad situada sobre la colina.
Rompe el silencio Tomás diciendo:
-¡Qué mal olor!
-Son las caldas. Aquél es el Yarmok y aquellas construcciones son las termas de los romanos. Detrás de las termas hay una calle bonita toda adoquinada que va a Gadara. Los romanos quieren viajar bien. ¡Gadara es muy bonita! - dice Pedro.
-Será todavía más bonita porque no nos encontraremos en ella a ciertos.., seres... A1 menos no abundantes - murmura Mateo entre dientes.
Cruzan el puente del río entre acres olores de aguas sulfurosas. Pasan muy cerca de las termas, entre los vehículos romanos; toman una bonita calle pavimentada con losas grandes, que conduce a la ciudad edificada en lo alto de la colina, hermosa dentro de sus murallas.
Juan se pone al lado del Maestro:
-¿Es verdad que donde están aquellas aguas, antiguamente, fue arrojado a las entrañas de la tierra un réprobo? Mi madre, cuando éramos pequeños, nos lo decía, para que comprendiéramos que no se debe pecar; si no, el infierno se abre bajo los pies de aquel a quien Dios maldice, y se lo traga. Y luego, como recuerdo y advertencia, quedan fisuras de las que sale olor, calor y aguas de infierno. Yo tendría miedo a bañarme en esas aguas...
-¿De qué, muchacho? No te corromperían. Es más fácil ser corrompidos por los hombres que llevan dentro el infierno y de él emanan hedor y venenos. Pero se corrompen solamente aquellos que, por sí mismos, tienen ya tendencia a corromperse.
-¿Me podrían corromper a mí?
-No. Aunque estuvieras en medio de una turba de demonios, no.
-¿Por qué? ¿Qué tiene de distinto de los demás? - pregunta inmediatamente Judas de Keriot.
-Tiene que es puro bajo todos los aspectos. Por tanto, ve a Dios - responde Jesús. Y Judas ríe maliciosamente.
Juan pregunta otra vez:
-¿Entonces no son bocas del infierno esos manantiales?
-No. Son, al contrario, cosas buenas puestas por el Creador para sus hijos. El infierno no está bajo la tierra. Está sobre la tierra, Juan; en el corazón de los hombres. Más allá, se completa. *(Aquí Jesús no niega que el Infierno esté en el centro de la Tierra, sino que, lo que quiere decir es que el Infierno, fundamentalmente, está, en primer lugar, en el alma del condenado, lo lleva cada réprobo en su propia alma, lo que no quiere decir que no exista el Infierno como lugar físico, real, en el centro de la Tierra, como afirman San Francisco Javier, la Beata Ana Catalina Emmerick, etc.)*
-¿Pero existe verdaderamente el Infierno? - pregunta Judas Iscariote.
-¿Pero qué dices?- le preguntan, escandalizados, los compañeros.
-Digo: ¿existe verdaderamente? Yo - y hay otros, no soy sólo yo - no lo creo.
-¡Pagano! - gritan con horror.
-No. Israelita. Somos muchos en Israel los que no creemos en ciertas patrañas.
-¿Pero, entonces, cómo puedes creer en el Paraíso?, ¿y en la justicia de Dios?, ¿dónde metes a los pecadores?, ¿cómo explicas a Satanás? - gritan muchos.
-Digo lo que pienso. Se me ha echado en cara hace poco que soy un embustero. Os demuestro que soy sincero, aunque esto os haga escandalizaros de mí y me haga odioso ante vuestros ojos. Además, no soy el único en Israel que cree esto, desde que Israel ha progresado en el saber, en contacto con helenistas y romanos. Y el Maestro, el único cuyo juicio respeto, y que protege a los griegos y es visiblemente amigo de los romanos, no puede censurarnos ni a mí ni a Israel... Yo parto de este concepto filosófico: si Dios controla todo, todo lo que hacemos es por su voluntad; por tanto, nos debe premiar a todos de una única forma, porque no somos sino autómatas movidos por Él. Somos seres desprovistos de voluntad. Lo dice también el Maestro. Dice: "La voluntad del Altísimo. La voluntad del Padre". Ésa es la única Voluntad. Y es tan infinita, que aplasta y anula la voluntad limitada de las criaturas. Por tanto, Dios hace tanto el bien como el mal, porque nos los impone, aunque parezcan hechos por nosotros. Y, por tanto, no nos castigará por el mal y así quedará ejercida su justicia, porque nuestras culpas no son voluntarias, sino impuestas por quien quiere que las hagamos para que en la tierra haya bien y mal. E1 malo es el medio de expiación de los menos malos. Y él sufre el no poder ser considerado bueno, expiando así su parte de culpa. Jesús ha dicho que el infierno está sobre la tierra y en el corazón de los hombres. Yo no siento a Satanás. No existe. Tiempo ha lo creía. Pero ya desde hace algo de tiempo estoy seguro de que todo es una patraña. Y creer de esta forma es llegar a la paz.

Judas exhibe estas... teorías con un engreimiento tan formidable, que los otros se quedan sin respiración...
Jesús guarda silencio. Y Judas le incita:
-¿No tengo razón, Maestro?
-No.
El "no" es tan seco, que parece un estallido.
-Pues a pesar de todo yo... no siento a Satanás y no admito el libre albedrío, el Mal. Y todos los saduceos están conmigo, y muchos otros, de Israel o de fuera de Israel. No. Satanás no existe.
Jesús lo mira. Una mirada tan compleja, que no se puede analizar: de juez, de médico, de persona afligida, asombrada... hay todo en esa mirada...
Judas, ya lanzado, termina:
-Será que he superado el terror de los hombres hacia Satanás porque soy mejor que los demás, más perfecto.
Y Jesús guarda silencio.
Y él pincha:
-¡Pero habla! ¿Por qué no siento terror de él?
Jesús calla.
-¿No respondes, Maestro? ¿Por qué? ¿Tienes miedo?
-No. Soy la Caridad. Y la Caridad retiene su juicio hasta que no se ve obligada a emitirlo... Déjame, y retírate - dice, terminando, porque Judas intenta abrazarlo; y termina, susurrando, estrechado a la fuerza entre los brazos del blasfemo: « ¡Me horrorizas! ¡No ves ni sientes a Satanás porque forma unidad contigo! ¡Márchate, diablo!
Judas, con verdadero descaro, lo besa y ríe, como si el Maestro le hubiera hecho en secreto algún elogio.
Vuelve donde los otros, que se han detenido horrorizados, y dice:
-¿Os dais cuenta? Yo sé abrir el corazón al Maestro. Y lo hago feliz porque me abro a Él y de Él recibo la lección correspondiente. ¡Vosotros, por el contrario!... Jamás os atrevéis a hablar. Porque sois soberbios. ¡Oh, yo seré el que más sepa de Él! Y podré hablar...
Llegan a las puertas de la ciudad. Entran todos juntos, porque Jesús los ha esperado. Pero, mientras cruzan el pasaje, Jesús ordena:
-Que mis hermanos y Simón se adelanten para reunir a la gente.
-¿Por qué no yo, Maestro? ¿Ya no me encargas misiones? ¿No son ahora ya necesarias? Me diste dos seguidas, y de varios meses...
-Y te quejaste diciendo que quería tenerte lejos. ¿Ahora te quejas porque te tengo cerca?
Judas no sabe qué responder y calla. Se pone delante con Tomás, el Zelote, Santiago de Zebedeo y Andrés. Jesús se detiene para dejar pasar a Felipe, a Bartolomé, a Mateo y a Juan, como si quisiera estar solo. No se oponen.
Pero Juan, cuyos ojos durante las disputas y blasfemias de Judas más de una vez han brillado de lágrimas, movido por su amoroso corazón, se vuelve poco después: a tiempo para ver que Jesús, creyendo pasar desapercibido en la callecita solitaria y sombría (por las ininterrumpidas arcadas que la cubren), se lleva las manos a la frente con un gesto de dolor, y se curva como quien sufre mucho. Deja plantados a sus compañeros el rubio Juan y vuelve donde su Maestro:
-¿Qué te pasa, Señor mío? ¿Sufres otra vez tanto como cuando nos reunimos contigo en Akcib? ¡Oh, mi Señor!
-¡Nada, Juan, nada! Ayúdame tú, con tu amor. Y calla ante los demás. Ora por Judas.
-Sí, Maestro. ¿Es muy infeliz, no es verdad? Está en las tinieblas y no lo sabe. Cree haber alcanzado la paz... ¿Es paz ésa?
-Es muy infeliz - dice Jesús abatido.
-No te abatas de esta forma, Maestro. Piensa en cuántos pecadores, endurecidos en el pecado, han vuelto a ser buenos. Lo mismo hará Judas. ¡Oh, Tú ciertamente lo salvarás! Pasaré esta noche en oración por esto. Le voy a decir al Padre que haga de mí uno que sólo sepa amar; no deseo ninguna otra cosa. Soñaba con dar la vida por ti y hacer brillar tu potencia a través de mis obras. Ahora sólo esto. Renuncio a todo, elijo la vida más humilde y común y pido al Padre que dé todo lo mío a Judas... para hacerlo feliz... y para que así se vuelva hacia la santidad... Señor... tendría que decirte algunas cosas... Creo saber por qué Judas es así.
-Ven esta noche. Oraremos juntos y hablaremos.
-¿Y el Padre me escuchará? ¿Aceptará mi sacrificio?
-E1 Padre te bendecirá. Pero sufrirás por ello...
-No, no; me basta con verte a ti contento... y con que Judas... y con que Judas...
-Sí, Juan. Mira, nos están llamando. Corramos.
La callecita se transforma en una bonita calle, y luego en una arteria adornada con pórticos y fuentes; y se adorna de plazas, a cuál más hermosa; se cruza con otra arteria igual. A1 final, hay ciertamente un anfiteatro. Y en un ángulo de los pórticos ya están reunidos en espera del Salvador distintos enfermos.
Pedro viene al encuentro de Jesús:
-Han conservado la fe en lo que dijimos de ti en Etanim. Han venido inmediatamente.
-Y Yo inmediatamente voy a premiar su fe. Vamos.
Y se dirige, en el ocaso ya avanzado que tiñe de rojo los mármoles, a sanar a los que con fe le esperan.

## Juan y las culpas de Judas Iscariote. Los fariseos y la cuestión del divorcio.

Las magníficas estrellas de una serena noche de marzo resplandecen en el cielo de Oriente; tan amplias y vivaces, que parece que el firmamento haya descendido, como un baldaquino, hacia la terraza de la casa que ha acogido a Jesús: una casa muy alta, y edificada en uno de los puntos más altos de la ciudad; de modo que el horizonte infinito se abre delante, y alrededor, de quien mira, desde cualquier ángulo. Y, si la tierra - no alegrada todavía por la Luna, que está en su fase menguante - se anula en la oscuridad de la noche, el cielo resplandece con un sinfín de luces. Es verdaderamente la revancha del firmamento, que expone victoriosamente sus pensiles de astros, sus praderas de Galatea, sus gigantes planetarios, sus bosques de constelaciones contra la efímera vegetación de la tierra, que, aunque sea secular, es, en todo caso, de una hora respecto a éstas, que existen desde cuando el Creador hizo el firmamento. Y, perdiéndose mirando arriba, paseando la mirada por esas esplendorosas avenidas, en que las estrellas son los árboles, uno tiene la impresión de percibir las voces, los cantos de aquellas florestas de esplendores, de ese enorme órgano de la más sublime de las catedrales, en que gustosamente imagino que hacen de fuelles y registros los vientos de las carreras astrales, y de voces las estrellas lanzadas en sus trayectorias. Y parece percibirse mucho más, dado que el silencio nocturno de esta Gadara durmiente es absoluto. No canta una fuente, no canta un pájaro. El mundo duerme, duermen las criaturas. Duermen los hombres - menos inocentes que las otras criaturas - sus sueños, más o menos tranquilos, en las casas oscuras.

Pero, por la puerta de la habitación que da a la terraza inferior - porque hay otra, superior, que está encima de la habitación más alta - se muestra una sombra alta, apenas visible en la noche, por la blancura del rostro y de las manos que contrastan con el indumento oscuro; le sigue otra más baja. Caminan de puntillas para no despertar a los que quizás duermen en la habitación de abajo, y de puntillas suben la escalera externa que conduce a la última terraza. Luego se toman de la mano y van, así, a sentarse en un banco que está adosado a todo lo largo del antepecho, muy alto, que circunda la terraza. El banco bajo y el antepecho alto hacen que todas las cosas desaparezcan ante sus ojos. Aunque hubiera en el cielo la más clara Luna, que bajara a iluminar el mundo, para ellos no sería nada; porque la ciudad está escondida toda, y con ella las sombras más oscuras, en la oscuridad de la noche, de los montes cercanos. Solamente se les muestra el cielo con sus constelaciones de primavera y las magníficas estrellas de Orión (Rigel y Betelgeuse), Aldebarán, Perseo, y Andrómeda y Casiopea, y las Pléyades unidas como hermanas. Y Venus (zafíreo y diamantino), Marte (de pálido rubí) y el topacio de Júpiter son los reyes del pueblo astral, y titilan, titilan como saludando al Señor, acelerando sus latidos de luz para la Luz del mundo.

Jesús levanta la cabeza, apoyándola contra el alto pretil, para mirarlas; Juan hace lo mismo, perdiéndose mirando arriba, donde se puede ignorar el mundo... Luego Jesús dice:

-Y ahora que nos hemos limpiado en las estrellas, vamos a orar.

Se pone en pie. Juan también. Una larga oración, silenciosa, apremiante, toda alma, con los brazos abiertos en cruz, la cara alzada vuelta hacia oriente, donde se preludia un primer claror de luna. Y luego el Pater dicho en común, lentamente, no una vez sino tres, y - lo manifiesta claramente la voz - con un progresivo aumento de insistencia en la súplica; una súplica que es tan ardiente, que separa de la carne el alma y deja a ésta por los caminos del infinito.

Luego silencio. Se sientan donde estaban antes, mientras la Luna blanquece cada vez más la tierra durmiente.

Jesús pasa un brazo por los hombros de Juan, lo arrima hacia sí, y dice:

-Dime, pues, lo que sientes que tienes que decirme. ¿Qué cosas son las que mi Juan ha intuido, con ayuda de la luz espiritual, en el alma tenebrosa del compañero?

-Maestro... estoy arrepentido de haberte dicho eso. Cometeré dos pecados...

-¿Por qué?

-Porque te voy a causar dolor manifestándote incluso lo que no sabes, y... porque... Maestro, ¿es pecado manifestar el mal que vemos en otro? Sí, ¿no es verdad? ¿Y entonces cómo puedo decir esto si lesiono la caridad!...

Juan está angustiado.

Jesús da luz a su alma:

-Escucha, Juan. ¿Para ti es más el Maestro o el condiscípulo?

-El Maestro, Señor. Tú estás por encima de todos.

-¿Y qué soy Yo para ti?

-El Principio y el Fin. Eres el Todo.

-¿Crees que Yo, siendo Todo, conozco también todo lo que existe?

-Sí, Señor. Por esto siento una gran contrariedad dentro de mí. Porque pienso que sabes y sufres. Y porque recuerdo que un día me dijiste que en ocasiones Tú eres el Hombre, sólo el Hombre, y por tanto el Padre te hace conocer lo que es ser hombre que debe conducirse según razón. Y pienso también que Dios, por compasión hacia ti, podría ocultarte estas feas verdades...

-Atente a este pensamiento, Juan. Y habla. Con confidencia. Confiar lo que sabes a quien para ti es "Todo" no es pecado. Porque el "Todo" no se escandaliza, ni murmura, ni faltará a la caridad, ni siquiera con el pensamiento, hacia el desdichado. Sería pecado si dijeras lo que sabes a quien no puede ser todo amor, a tus compañeros por ejemplo, que murmurarían, e incluso agredirían sin misericordia al culpable, dañándolo a él y a sí mismos. Porque hay que tener misericordia, una misericordia que ha de ser mucho mayor en la medida en que tengamos ante nosotros a una pobre alma enferma de todas las enfermedades: un médico, un enfermero compasivo, o una madre, si es poco el mal que sufre un enfermo, se impresionan

poco, y poco luchan por curarle; pero si el hijo, o el hombre, está muy enfermo, en peligro de muerte, ya gangrenoso y paralizado, ¡cómo luchan, venciendo repugnancias y fatigas, para curarlo! ¿No es así?

-Así es, Maestro - dice Juan, que ahora está en esa postura suya del brazo en torno al cuello del Maestro y la cabeza apoyada en su hombro.

-Pues bien, no todos saben tener misericordia con las almas enfermas. Por eso hay que ser prudentes en dar a conocer sus males, para que el mundo no las rehúya y no las dañe con el desprecio. Un enfermo que se ve menospreciado se entristece, y empeora. Si, por el contrario, le asisten con alegre esperanza, puede sanar, porque la alegría esperanzada del que le asiste entra en él y ayuda a la acción de la medicina. Pero tú sabes que Yo soy la Misericordia y que no humillaré a Judas. Habla, pues, sin escrúpulos. No eres un espía. Eres un hijo que confía a su padre, con amorosa solicitud, el mal que ha descubierto en su hermano, para que el padre le asista. ¡Animo, pues...!

Juan emite un fuerte suspiro, luego inclina aún más la cabeza, dejándola caer hasta el pecho de Jesús, y dice:

-¡Cuán penoso es hablar de cosas corrompidas!... Señor... Judas es un impuro... y me tienta a la impureza. No me importan sus escarnios hacia mí, lo que me duele es que se acerque a ti manchado de sus amores. Desde que ha vuelto me ha tentado varias veces. Cuando las circunstancias nos dejan solos - cosa que él provoca en todos los modos - no hace otra cosa que hablar de mujeres... y yo siento la repulsa que sentiría si me sumergieran en materias fétidas que trataran de introducirme en la boca...

-¿Pero en lo profundo te sientes turbado?

-¿En qué sentido turbado? Mi alma se estremece. La razón grita contra estas tentaciones... No quiero ser corrompido...

-¿Y tu carne qué hace?

-Se retrae horrorizada.

-¿Solamente esto?

-Esto, Maestro, y lloro entonces, porque me parece que Judas no podría ofender más a quien se ha consagrado a Dios. Dime: ¿esto va a lesionar mi ofrenda?

-No. No más que un puñado de barro arrojado a una lámina de diamante. No raya la lámina, no penetra en ella. Para limpiarla basta echar encima una copa de agua. Y queda más bonita que antes.

-Límpiame entonces.

-Tu caridad te limpia, y tu ángel. Nada queda en ti. Eres un altar limpio y Dios baja a él. ¿Qué más hace Judas?

-Señor, él... ¡Oh, Señor! - la cabeza de Juan desciende más todavía.

-¿Qué?

-El... No es verdad que sea dinero suyo el que te da para los pobres; es el dinero de los pobres que roba para sí: para ser alabado por una generosidad no verdadera. Le enfureciste al quitarle todo el dinero al regreso del Tabor. Y a mí me dijo: "Hay soplones entre nosotros". Yo dije: "¿Soplones de qué? ¿Acaso robas?". "No" me respondió, "pero soy previsor y hago dos bolsas. Alguno se lo ha dicho al Maestro y El me ha impuesto que dé todo; tan enérgicamente lo ha impuesto, que me he visto constreñido a hacerlo". Pero no es verdad, Señor, que haga eso por previsión. Lo hace para tener dinero. Podría declararlo con la casi certeza de decir la verdad.

-¡Casi certeza! Esta duda sí que es leve culpa. No puedes acusarlo de ser ladrón si no estás absolutamente seguro de ello. Las acciones de los hombres a veces tienen apariencia mala y son buenas.

-Es verdad, Maestro. No lo volveré a acusar, ni siquiera con el pensamiento. De todas formas, eso de que tiene dos bolsas, y que la que dice que es suya y te da es tuya, y que lo hace buscando alabanza, eso es verdad. Y yo eso no lo haría. Siento que no está bien hacerlo.

-¡Tienes razón. '¿Qué más debes decir?

Juan alza una cara asustada, abre la boca para hablar, pero la cierra. Se desliza hasta caer de rodillas. Esconde la cara en la túnica de Jesús. Él le pone una mano sobre sus cabellos.

-¡Ánimo! Quizás has juzgado equivocadamente. Yo te ayudaré a juzgar bien. Me debes decir también lo que piensas acerca de las posibles causas de que Judas peque.

-Señor, Judas se siente sin la fuerza que querría para hacer milagros... Tú sabes que siempre lo ha deseado fogosamente... ¿Te acuerdas de Endor? Y, sin embargo, es el que hace menos milagros. Y... bueno... desde que ha regresado, ya no consigue nada... y por la noche se queja de ello incluso en sueños, como si fuera una pesadilla, y... ¡Maestro, Maestro mío!

-Venga. Habla. Todo.

-Impreca... y practica la magia. Esto no es una mentira ni una duda. Lo he visto. Me elige como compañero porque tengo un sueño profundo. Es más, lo tenía. Ahora, lo confieso, lo vigilo, y mi sueño es menos profundo porque en cuanto se mueve lo oigo... Quizás he hecho mal. Pero he fingido dormir para ver lo que hacía. Y dos veces le he visto y oído hacer cosas feas. No es que yo entienda de magia, pero eso es magia.

-¿Sólo?

-No y sí. En Tiberíades lo seguí. Fue a una casa. Después pregunté quién vivía allí. Uno que practica la necromancia con otros. Y, cuando Judas salió, casi de mañana, por las palabras que dijeron, comprendí que se conocen y que son muchos... y no todos extranjeros. Pide al demonio la fuerza que Tú no le das. Por esto sacrifico yo mi fuerza al Padre, para que se la pase a él, y él deje de ser pecador.

-Haría falta que le dieras tu alma. Pero eso no lo permitiríamos ni el Padre ni Yo...

Un largo silencio. Luego dice Jesús con voz cansada:

-Vamos. Juan. Vamos a bajar y a descansar en espera del alba.

-¡Estás más triste que antes, Señor! ¡No debía haber hablado!

-No. Yo ya lo sabía. Pero tú al menos estás más tranquilo... y eso es lo que importa...

-Señor, ¿debo evitarlo?

-No. No temas. Satanás no perjudica a los Juanes. Los aterroriza, pero no puede quitarles la gracia que Dios continuamente les otorga. Ven. Por la mañana voy a hablar. Luego iremos a Pel.la. No podemos demorarnos, porque el río está crecido, por la fusión de las nieves y el agua de los días pasados. Pronto estará colmo, y mucho más teniendo en cuenta que la Luna aureolada predice lluvias abundantes...

Bajan y deja de vérselos en la habitación de debajo de la terraza.

Es por la mañana. Una mañana de Marzo. Por tanto, nubes y claros se alternan en el cielo. Pero las nubes sobrepujan a los claros y tratan de apoderarse del cielo. Un aire caliente, con rachas rítmicas, sopla y carga el ambiente enrareciéndolo con polvo venido probablemente de las zonas del altiplano.

-¡Si no cambia el viento, esto es agua! - sentencia Pedro al salir de la casa con los otros.

El último en salir es Jesús, que se despide de las dueñas de la casa. El dueño acompaña a Jesús. Se dirigen hacia una plaza.

Dados pocos pasos, los para un suboficial romano que está con otros soldados.

-¿Eres Tú Jesús de Nazaret?

-Lo soy.

-¿Qué haces?

-Hablo a las gentes.

-¿Dónde?

-En la plaza.

-¿Palabras sediciosas?

-No. Preceptos de virtud.

-¡Ojo! No mientas. Roma ya tiene suficientes falsos dioses.

-Ven tú también. Verás como no estoy mintiendo.

El hombre que ha alojado a Jesús siente el deber de intervenir:

-¿Pero desde cuándo tantas preguntas a un rabí?

-Denuncia de hombre sedicioso.

-¿Sedicioso? ¿Él? ¡Pero hombre, Mario Severo, eso es una ilusión! Éste es el hombre más manso de la Tierra. Te lo digo yo.

El suboficial se encoge de hombros y responde:

-Mejor para Él. Pero esta es la denuncia que ha recibido el centurión. Que vaya si quiere. Está avisado.

Se da la media vuelta y se marcha con los subalternos.

-¿Pero quién puede haber sido? ¡No lo entiendo! - dicen varios. Jesús responde: -Dejad de entender. No hace falta. Vamos a la plaza mientras haya muchos. Luego nos marcharemos también de aquí.

Debe ser una plaza más bien comercial. No es un mercado pero poco le falta, porque está circundada de fondaques en los que hay depósitos de mercancías de todos los tipos. Y la gente se aglomera en ellos. Por tanto, hay mucha gente en la plaza, y alguno hace señas de que está Jesús, de forma que pronto un círculo de gente está alrededor del "Nazareno". Un círculo compuesto de personas de todo tipo, clase y nación. Quién por veneración, quién por curiosidad.

Jesús hace un gesto de querer hablar.

-¡Vamos a escucharlo! - dice un romano que sale de un almacén.

-¿No nos tocará oír alguna lamentación? - le responde un compañero suyo.

-No lo creas, Constancio. Es menos indigesto que uno de nuestros oradores de rigor.

-¡Paz a quien me escucha! Está escrito en el libro de Esdras, en la oración de Esdras: "¿Qué vamos a decir ahora, Dios nuestro, después de las cosas que han sucedido? ¿Qué, si hemos abandonado los preceptos que habías decretado por medio de tus siervos...?".

-¡Detente, Tú que hablas! ¡Nosotros proponemos el tema! - grita un puñado de fariseos que se abre paso entre la gente.

Casi al mismo tiempo, vuelve a aparecer la unidad armada y se detiene en el ángulo más cercano. Los fariseos están ya frente a Jesús.

-¿Eres Tú el Galileo? ¿Eres Jesús de Nazaret?

-¡Lo soy!

-¡Bendito sea Dios por haberte encontrado!

La verdad es que tienen unas caras de tanta mala uva, que no se ve que estén alegres por el encuentro...

El más viejo habla:

-Te seguimos desde hace muchos días, pero llegamos siempre cuando Tú ya te has marchado.

-¿Por qué me seguís?

-Porque eres el Maestro y deseamos ser adoctrinados sobre un punto oscuro de la Ley.

-No hay puntos oscuros en la Ley de Dios.

-En ella no. Pero... en fin... pero la Ley ha sufrido "superposiciones", como Tú dices... en fin... que han proyectado oscuridad.

-Penumbras, al máximo. Y basta volver el intelecto a Dios para eliminarlas.

-No todos lo saben hacer. Nosotros, por ejemplo, permanecemos en penumbra. Tú eres el Rabí, así que ayúdanos.

-¿Qué queréis saber?

-Queríamos saber si le es lícito al hombre repudiar por un motivo cualquiera a su mujer. Es una cosa que sucede frecuentemente, y, siempre, donde sucede esto, da mucho que hablar. Vienen a nosotros para saber si es lícito. Y nosotros, según el caso, respondemos.

-Aprobando lo sucedido en el noventa por ciento de los casos. Y el diez por ciento que queda desaprobado pertenece a la categoría de los pobres o de vuestros enemigos.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque sucede así en todas las cosas humanas. Y agrego a la categoría la tercera clase: la que - si fuera lícito el divorcio - más derecho tendría, por ser la de los verdaderos casos penosos: como una lepra incurable, o una cadena perpetua, o enfermedades innominables...

-¿Entonces para ti nunca es lícito?

-Ni para mí ni para el Altísimo ni para ninguno de corazón recto. ¿No habéis leído que el Creador, al comienzo de los días, creó al hombre y a la mujer? Y los creó varón y hembra; y no tenía necesidad de hacerlo, porque, si hubiera querido, habría podido, para el rey de la creación, hecho a su imagen y semejanza, crear otro modo de procreación, y hubiera sido igualmente bueno aun siendo distinto de todos los otros naturales. Y dijo: "Así, por esto el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne". Así pues, Dios los unió en una sola unidad. No son, por tanto, ya "dos" sino "una" sola carne. Lo que Dios ha unido, porque vio que "es buena cosa", no lo separe el hombre, pues si así sucediera sería una cosa ya no buena.

-¿Pero por qué, entonces, Moisés dijo: "Si el hombre ha tomado consigo una mujer, pero la mujer no ha hallado gracia ante sus ojos por algún defecto desagradable, él escribirá un libelo de repudio, se lo entregará en mano y la despedirá de su casa"?

-Lo dijo por la dureza de vuestro corazón. Para evitar, con una orden, desórdenes demasiado graves. Por esto os permitió repudiar a vuestras mujeres. Pero desde el principio no fue así. Porque la mujer es más que el animal, el cual sigue el capricho del amo o de las libres circunstancias naturales, y va a este o a aquel macho, es carne sin alma que hace pareja para reproducirse. Vuestras mujeres tienen un alma como vosotros, y no es justo pisotearla despiadadamente. Porque, si bien la condena dice: "Estarás sometida a la potestad de tu marido y él te dominará", ello debe acaecer según justicia y no con atropello lesivo de los derechos del alma libre y digna de respeto. Vosotros, con el repudio, que no os es lícito, ofendéis al alma de vuestra compañera, a la carne gemela que se ha unido a la vuestra, a ese todo que es la mujer con que os habéis casado exigiendo su honestidad, mientras que vosotros, ¡perjuros!, vais a ella deshonestos, minorados, a veces corrompidos, y seguís corrompidos, y aprovecháis todas las ocasiones para herirla y dar mayor campo a la lujuria insaciable que hay en vosotros. ¡Prostituidores de vuestras esposas! Por ningún motivo podéis separaros de la mujer que está unida a vosotros según la Ley y la Bendición. Sólo en el caso de que la gracia os toque, y comprendáis que la mujer no es una propiedad sino un alma, y que, por tanto, tiene iguales derechos que vosotros de ser reconocida parte del hombre y no su objeto de placer, y sólo en el caso de que vuestro corazón sea tan duro que no sepáis elevarla a esposa, después de haber gozado de ella como una prostituta, sólo en el caso de anular este escándalo de dos que conviven sin que Dios bendiga su unión, podéis despedirla. Porque entonces vuestra unión no es tal, sino que es fornicación, y frecuentemente sin el honor de unos hijos, porque, o son eliminados forzando la naturaleza, o repudiados como una vergüenza. En ningún otro caso. En ningún otro. Porque si tenéis hijos ilegítimos de vuestra concubina, tenéis el deber de poner término al escándalo casándoos con ella, si sois libres. No contemplo el caso del adulterio consumado contra la esposa ignara. Para ese caso, santas son las piedras de la lapidación y las llamas del Seol. Y para el que repudia a su esposa legítima, porque está saciado de ella, y toma a otra, hay sólo una sentencia: ése es adultero. Y es adúltero el que toma a la repudiada, porque, si el hombre se ha arrogado el derecho de separar lo que Dios ha unido, *la unión matrimonial continúa ante los ojos de Dios, y maldito aquel que pasa a segunda esposa sin ser viudo.* Y maldito aquel que toma otra vez a su mujer primera después de haberla despedido por repudio y haberla abandonado a los miedos de la vida, siendo así que ella haya cedido a nuevo matrimonio para ganarse el pan, si queda viuda del segundo marido. Porque, aunque sea viuda, fue adúltera por culpa vuestra, y haríais doble su adulterio. ¿Habéis comprendido, fariseos que me tentáis?

Éstos se van humillados, sin responder.

-Es un hombre severo. Si fuera a Roma, vería que allí fermenta un fango aún más hediondo - dice un romano.

También algunos de Gadara se quejan:

-¡Dura cosa ser hombres, si hay que ser castos de esa forma!...

Y algunos, más fuerte:

-¡Si tal es la condición del hombre respecto a la mujer, es mejor no casarse!

Y también los apóstoles repiten este razonamiento mientras toman de nuevo el camino que conduce a los campos, tras haber dejado a los de Gadara. Lo dice Judas con sarcasmo. Lo dice Santiago de Zebedeo con respeto y reflexión. Y Jesús responde al uno y al otro:

-No todos comprenden esto, ni lo comprenden bien. Algunos, efectivamente, prefieren el celibato para tener libertad de secundar sus vicios; otros para evitar la posibilidad de pecar siendo maridos no buenos. Sólo algunos - a los cuales les es concedido - comprenden la belleza de estar limpios de sensualidad e incluso de una honesta hambre de mujer. Y son los más santos, los más libres, los más angélicos sobre la faz de la tierra. Hablo de aquellos que se hacen eunucos por el Reino de Dios. Hay hombres que nacen así. A otros los hacen eunucos. Los primeros son personas deformes que deben suscitar compasión; los segundos... son abusos que hay que reprimir. Mas está esa tercera categoría de eunucos voluntarios, los cuales, sin usar violencia para consigo - por tanto con doble mérito -, saben adherirse a eso que Dios pide, y viven como ángeles para que el altar abandonado de la tierra tenga todavía flores e inciensos para el Señor. Éstos no complacen a su parte inferior, para crecer en la parte superior, de forma que ésta florezca, en el Cielo, en los arriates más próximos al trono del Rey. Y en verdad os digo

que no son personas mutiladas, sino seres dotados de aquello que a la mayor parte de los hombres les falta. No son, pues, objeto de necio escarnio; antes al contrario, de gran veneración. Comprenda esto quien debe, y respete, si puede.

Los apóstoles casados musitan entre sí.

-¿Qué os pasa? - pregunta Jesús.

-¿Y nosotros? No sabíamos esto, y hemos tomado mujer. Pero nos gustaría ser como Tú dices... - dice por todos Bartolomé.

-Y no os está prohibido hacerlo de ahora en adelante. Vivid en continencia, viendo en vuestra compañera a vuestra hermana, y tendréis gran mérito ante los ojos de Dios. Vamos a acelerar el paso. Para estar en Pel.la antes de la lluvia.

## 358

## En Pel.la. El jovencito Yaia y la madre de Marcos de Josías

El camino que de Gadara va a Pel.la recorre una zona fértil extendida entre dos órdenes de collados, uno más alto que el otro. Parecen dos enormes peldaños de una escalera de gigantes fabulosos, para subir del valle del Jordán a los montes de Aurán. Cuando el camino se junta más al escalón de occidente, la mirada se enseñorea no sólo sobre los montes del otro lado - creo que son los de la Galilea meridional, y ciertamente los de Samaria -, sino también sobre la verde lindura que hace de ala al río azul por una y otra parte; cuando se separa, acercándose a las cadenas de oriente, entonces pierde de vista el valle del Jordán, pero ve todavía las cimas de las cadenas de Samaria y Galilea recortadas con su verde en el fondo gris del cielo.

En día de sol sería un hermoso panorama, con tonalidades vivas de graciosa belleza. Hoy que el cielo está ya enteramente cubierto de nubes bajas, acumuladas por un siroco que aumenta sin cesar y va empujando nuevas masas de nubes densas para superponerse a las ya existentes, bajando así el cielo con toda esta guata gris y enredada, el panorama pierde la luminosidad de los colores verdes, que aparecen apagados como por una opacidad de niebla.

Llegan a algún que otro pueblecito, y los dejan atrás, sin que suceda nada particular. La indiferencia acoge y sigue al Maestro. Sólo los pordioseros, que van pidiendo limosna, no dejan de interesarse por el grupo de peregrinos galileos. No faltan los ciegos, que en su mayor parte tienen los ojos destruidos por el tracoma, o los casi ciegos, que van con la cabeza baja, soportando malamente la luz, pegados a las tapias, unas veces solos, otras con una mujer o un niño. En un pueblo, donde se entrecruza el camino hacia Pel.la con el de Gerasa y Bosra hacia el Lago de Tiberíades, hay un grupo numeroso que asalta las caravanas con sus quejidos semejantes a gruñidos de perros, quebrados de tanto en tanto por verdaderos ululatos. Están atentos. Es un grupo de miseria, mugre y harapos, pegado a las tapias de las primeras casas. Mordisquean cortezas de pan, y aceitunas; o están adormilados, y las moscas pican con toda libertad en los párpados ulcerados. Pero, al primer ruido de cascos o de roces de numerosos pies, se alzan y van - harapiento coro de tragedia antigua -, todos con las mismas palabras y los mismos gestos, hacia los que llegan. Alguna moneda vuela y algún mendrugo de pan, y los ciegos o semiciegos exploran nerviosamente el polvo y la inmundicia para encontrar el óbolo.

Jesús los observa y dice a Simón Zelote y a Felipe:

-Llevadles dinero y pan. Judas tiene el dinero; el pan, Juan.

Los dos se adelantan solícitos a realizar lo que ha sido ordenado, y se detienen a hablar mientras Jesús se acerca despacio, impedido por una fila de asnos que tapa el camino.

Los mendigos se asombran de la forma de saludarlos y de la gracia que les ofrecen los recién llegados, y preguntan:

-¿Quiénes sois, que nos tratáis amablemente?

-Los discípulos de Jesús de Nazaret, el Rabí de Israel, el que ama a los pobres y a los infelices porque es el Salvador, y pasa anunciando la Buena Nueva y haciendo milagros.

-Este es el milagro - dice uno que tiene los párpados atrozmente devastados. Y le da un mordisco a su pedazo de pan limpio; un verdadero animal que no siente y admira sino las cosas materiales.

Una mujer que, al pasar con sus ánforas de cobre, oye y dice:

-¡Cállate ahí, holgazán indecente!

Y se vuelve a los discípulos para decir:

-No es del pueblo. Es pendenciero y violento con sus semejantes. Habría que echarlo, porque roba a los pobres del pueblo. Pero tenemos miedo de sus venganzas - y, en voz baja, verdaderamente una pizca de voz, susurra: «Se dice que es un ladrón que, durante años, ha robado y matado - bajando de los montes de Caracamoab y Sela, que ahora los dominadores llaman Petra - a los que recorren los caminos de los desiertos. Se dice que es un soldado desertor de aquel romano que fue allí para... que vieran lo que es Roma... Elio, me parece, y otro nombre más... Si le hacéis beber, habla... Ahora, ciego, ha venido a parar aquí... ¿Es aquel el Salvador? - pregunta luego señalando a Jesús, que ha pasado recto.

-Es ése. ¿Quieres decirle algo?

-¡No, no! - dice la mujer con indiferencia.

Los dos apóstoles se despiden de ella y se encaminan para alcanzar al Maestro. En esto, se produce un alboroto entre los ciegos, y se alza un llanto casi de niño. Varios se vuelven. La mujer de antes, que está en el umbral de la puerta de su casa, explica:

-Será ese despiadado que quita el dinero a los más débiles. Siempre lo hace.

También Jesús se ha vuelto, a mirar.

Efectivamente, un niño, o más bien un adolescente, sale sangrando y llorando del grupo y se queja:

-¡Me ha quitado todo! ¡Y mi madre ya no tiene pan!

Unos se muestras compasivos, otros se ríen...
-¿Quién es? - pregunta Jesús a la mujer.
-Un niño de Pel.la. Pobre. Viene mendigando. Todos ciegos en su casa, por una enfermedad cogida los unos de los otros. El padre ha muerto. La madre está en casa. E1 jovencito pide limosna a los que pasan y a los campesinos.
El muchacho se acerca con su bastoncito, secándose con un ribete de su manto desgarrado el llanto y la sangre, que le mana de la frente.
La mujer lo llama:
-¡Párate, Yaia! ¡Te lavo la frente y te doy un pan!
-¡Tenía dinero y pan para varios días! ¡Ahora nada! Mi madre me espera para comer... - se lamenta el desdichado mientras se lava con el agua de la mujer.
Jesús se acerca y dice:
-Yo te doy todo lo que tengo. No llores.
-¿Pero Señor? ¿Por qué? ¿Dónde vamos a hospedarnos? ¿Qué haremos? - dice inquieto Judas.
-Alabaremos a Dios, que nos conserva sanos. Es ya suma gracia.
El muchacho dice:
-¡Sí que lo es! ¡Si yo viera! Trabajaría para mi madre.
-¿Querrías curarte?
-Sí.
-¿Por qué no vas a los médicos?
-Ninguno nos ha curado nunca. Nos han dicho que hay Uno en Galilea que no es médico pero que cura. Pero, ¿cómo vamos a donde Él?
-Ve a Jerusalén. A1 Getsemaní. Es un olivar que está en las faldas del monte de los olivos, cerca del camino de Betania. Pregunta por Marcos y Jonás. Todos los del arrabal de Ofel te darán indicaciones. Puedes unirte a una caravana. Pasan muchas. A Jonás pregúntale por Jesús de Nazaret...
-¡Eso! ¡Es ese nombre! ¿Me curará?
-Si tienes fe, sí.
-Tengo fe. ¿Tú a dónde vas, Tú que eres bueno?
-A Jerusalén, para la Pascua.
-¡Llévame contigo entonces! No te daré fastidio. Dormiré al raso, me bastará un pedazo de pan. Vamos a Pel.la ¿Tú vas allí, verdad? Y se lo decimos a mi madre, y luego vamos... ¡Ver! ¡Eres bueno, Señor!... - y el jovencito se arrodilla buscando los pies de Jesús para besarlos.
-Ven. Te llevaré a la luz.
-¡Bendito seas!
Reanudan el camino y la mano de Jesús sujeta de un brazo al niño para guiarlo solícitamente. Y el niño habla:
-¿Quién eres? ¿Un discípulo del Salvador?
-No.
-¿Pero lo conoces al menos?
-Sí.
-¿Y crees que me va a curar?
-Lo creo.
-Pero... ¿querrá dinero? No tengo. ¡Los médicos quieren mucho dinero! Por las curas hemos conocido el hambre...
-Jesús de Nazaret sólo quiere fe y amor.
-Es muy bueno entonces. Pero también Tú eres bueno - dice el jovencito, y, para coger y acariciar la mano que lo guía, palpa la manga de la túnica.
-¡Qué buena túnica llevas! ¡Eres un señor! ¿No te avergüenzas de mí, que voy andrajoso?
-Me avergüenzo sólo de las culpas que deshonran al hombre.
-Yo tengo las de murmurar alguna vez por mi estado, y de desear ropa caliente, pan y, sobre todo, la vista.
Jesús lo acaricia:
-No son culpas que deshonren. Pero trata de no tener ni siquiera esas imperfecciones y serás santo.
-Pero, si me curo, ya no las tendré... ¿O es que no me voy a curar y Tú lo sabes y me estás preparando para mi destino y enseñándome a santificarme como Job?
-Te curarás. Pero después, sobre todo después, tienes que estar siempre contento de tu condición, aun no siendo de las más halagüeñas.
Llegan a Pel.la. Las huertas que siempre preceden a las ciudades exponen la fecundidad de sus cuadros con un pujante verdecer de hortalizas.
Algunas mujeres que están trabajando en los surcos, o en las tinas de la colada, saludan a Yaia y le dicen:
-Vuelves pronto hoy. ¿Te ha ido bien? ¿Has encontrado un protector? Pobre hijo.
Una, anciana, grita desde el fondo de una huerta:
-¡Yaia! Si tienes hambre, hay una escudilla para ti. Si no, para tu madre. ¿Vas a casa? Tómala.
-Voy a decir a mi madre que voy con este señor bueno a Jerusalén para curarme. Conoce a Jesús de Nazaret y me guía a donde Él.
El camino, casi a las puertas de Pel.la, está lleno de gente. Hay mercaderes, pero hay también peregrinos.

Una mujer de buen aspecto, que hace su viaje en un burro, acompañada de una sierva y un siervo, al oír hablar de Jesús, se vuelve; luego tira de las riendas, para al burro, baja, y se dirige a Jesús.

-¿Conoces a Jesús de Nazaret? ¿Vas a donde El? Yo también voy... Para la curación de un hijo. Quisiera hablar con el Maestro porque... - se echa a llorar debajo del tupido velo.

-¿Qué enfermedad tiene tu hijo? ¿Dónde está?

-Es de Gerasa. Pero ahora está camino de Judea. Va como un poseso... ¡Oh!, ¿qué he dicho?

-¿Está endemoniado?

-Señor, lo estaba y fue curado. Ahora... es más demonio que antes, porque... ¡Esto sólo se lo puedo decir a Jesús de Nazaret!

-Santiago, tomad al niño entre Simón y tú, e id adelante con los otros. Esperadme fuera de la puerta. Mujer, puedes decir a los siervos que sigan adelante. Hablaremos entre nosotros.

La mujer dice:

-¡Pero Tú no eres el Nazareno! Yo quiero hablarle sólo a Él. Porque sólo Él puede comprender y tener misericordia.

Entretanto se han quedado solos. Los otros ya se han adelantado por su cuenta. Jesús espera a que la calle se desaloje y luego dice:

-Puedes hablar. Yo soy Jesús de Nazaret.

La mujer gime y hace ademán de arrodillarse.

-No. La gente no debe saberlo por ahora. Vamos. Allí hay una casa abierta. Vamos a pedir un lugar para estar y vamos a hablar. Ven.

Van por una callecita que discurre entre dos huertas, a una casa aldeana en cuya era retozan unos niños.

-La paz sea con vosotros. ¿Me permitís que pueda descansar unos momentos esta mujer? Debo hablar con ella. Venimos de lejos para podernos hablar y Dios nos ha hecho confluir antes de la meta.

-Entrad. El huésped es bendición. Os daremos leche y pan, y agua para los pies cansados - dice una anciana.

-No hace falta. Nos basta un lugar tranquilo para poder hablar.

-Venid - y sube con ellos a una terraza enguirnaldada con una vid en que ya brotan hojas esmeraldinas.

Se quedan solos.

-Habla, mujer. Ya he dicho que Dios nos ha hecho encontrarnos antes de la meta para alivio tuyo.

-¡No hay, no hay ya alivio para mí! Tenía un hijo. Quedó poseído por el demonio. Una fiera entre los sepulcros. Nada lo tenía sujeto. Nada lo curaba. Te vio. Te adoró con la boca del demonio, y Tú le curaste. Quería seguirte. Tú pensaste en mí, su madre, y me lo enviaste. Para que me diera nueva vida y nuevo juicio, que vacilaban por el dolor de un hijo endemoniado. Le enviaste también para que te predicara, dado que quería amarte. Yo... ¡Oh! ¡Ser madre de nuevo; y además, de un hijo santo, de un siervo tuyo! Pero, ¡dime, dime! Cuándo le dijiste que regresara, ¿sabías que era... que sería otra vez un demonio? Porque es un demonio, que te deja después de tanto bien recibido, después de haberte conocido, después de haber sido elegido para el Cielo... ¡Dímelo! ¿Lo sabías? ¡Oh, estoy desvariando! Hablo y no te digo por qué es un demonio... Hace algo de tiempo que ha caído otra vez en locura. Pocos días, pero para mí más penosos que los largos años que vivió endemoniado... Y entonces creía que nunca sufriría penas más grandes que ésa... Ha venido... y ha demolido la fe que Gerasa cultivaba hacia ti por mérito tuyo y suyo, diciendo infamias de ti. ¡Y ahora te precede hacia el vado de Jericó, procurándote daño, procurándote daño!

La mujer, que no se ha quitado en todo este tiempo el velo bajo el cual solloza desconsoladamente, se arroja a los pies de Jesús suplicando:

-¡Márchate! ¡Aléjate! ¡No te dejes insultar! Yo me he puesto en camino, de acuerdo con mi marido enfermo, rogando a Dios hallarte. ¡Me ha escuchado! ¡Bendito sea! ¡No quiero, no quiero permitir que Tú, Salvador, seas maltratado por causa de mi hijo! ¿Por qué lo he traído al mundo? ¡Te ha traicionado, Señor! Cita mal tus palabras. El demonio se ha apoderado de nuevo de él. Y... ¡oh, Altísimo y Santo!... ¡piedad de una madre! Y se condenará. ¡Mi hijo, mi hijo! Antes no tenía culpa de estar lleno de demonios. Era una desventura que le había sucedido. ¡Pero ahora, ahora que lo habías liberado, ahora que había conocido a Dios, ahora que Tú lo habías instruido! ¡Ahora ha querido ser un demonio, y ya ninguna fuerza lo liberará! ¡Oh!

La mujer está por el suelo: un amasijo de vestidos y carne agitándose en medio de los sollozos. Y gime:

-Dime, dime qué debo hacer por ti, por mi hijo. ¡Para desagraviar! ¡Para salvar! No. ¡Desagraviar! Ya ves que mi dolor es desagravio. ¡Pero salvar! No puedo salvar al que reniega de Dios. Está condenado... Y, para mí, israelita, ¿qué es esto? Tormento.

Jesús se agacha. Le pone la mano en el hombro.

-¡Álzate, cálmate! Te tengo amor. Escucha, pobre madre.

-¿No me maldices por haberlo generado?

-¡No! No eres responsable de su error. Has de saber, además, para consuelo tuyo, que sí puedes ser causa de su salvación. Los quebrantos de los hijos pueden ser reparados por las madres. Y tú lo vas a hacer. Tu dolor, siendo bueno como es, no es estéril; es fecundo. Por tu dolor será salvada el alma que amas. Expías por él, y expías con una intención tan recta, que eres la indulgencia de tu hijo. Volverá a Dios. No llores.

-¿Pero cuándo? ¿Cuándo será?

-Cuando tu llanto se disuelva en mi Sangre.

-¿Tu Sangre? ¿Entonces es verdad lo que dice él? ¿Que te matarán porque mereces la muerte?... ¡Blasfemia horrenda!

-Es verdad verdadera en la primera parte. Me matarán para haceros dignos de Vida. Soy el Salvador, mujer. La salvación se da con la palabra, con la misericordia y con el holocausto. Para tu hijo es necesario esto. Y lo daré. Pero ayúdame. Dame tu dolor. Ve con mi bendición. Consérvala en ti para poder ser misericordiosa y paciente con tu hijo, y recordarle así que Otro fue misericordioso con él. Ve, ve en paz.

-¡Pero no hables en Pel.la! ¡No hables en Perea! Te los ha puesto en contra. Y no está solo. Pero yo veo sólo a él y hablo sólo de él...

-Hablaré con un hecho, que será suficiente para anular la obra de otros. Ve en paz a tu casa.

-Señor, ahora que me has absuelto de haberlo generado, ve mi rostro, para saber cómo es el rostro de una madre acongojada - y se destapa la cara diciendo «Aquí ves la cara de la madre de Marcos de Josías, renegador del Mesías y torturador de la que lo engendró» y baja de nuevo el tupido velo para cubrir su rostro devastado por el llanto, y dice gimiendo:

-¡Ninguna otra madre de Israel me igualará en el dolor!

Bajan del lugar hospitalario. Toman la calle otra vez. Entran en Pel.la y se reúnen de nuevo la mujer con los siervos y Jesús con los apóstoles.

Pero la mujer le sigue, como hechizada, mientras Jesús va detrás del muchacho, que se dirige a su pobre casuca: una casa situada en un sótano de una construcción pegada a la ladera del monte, característica de esta ciudad que sube a escalones, de forma que el bajo del lado oeste es el segundo piso del lado este, pero en realidad es un bajo también allí, porque se puede acceder a él desde el camino que pasa por arriba, que está al nivel del último piso.

El muchacho llama con fuerza:

-¡Madre! ¡Madre!

Del interior del antro mísero y oscuro sale una mujer todavía joven, ciega, desenvuelta porque conoce bien el recinto.

-¿Ya de regreso, hijo mío? ¡Tan numerosas han sido las limosnas, que regresas estando todavía alto el día?

-Mamá, he encontrado a uno que conoce a Jesús de Nazaret y que dice que me lleva a donde Él para que me cure. Es muy bueno. ¿Me dejas ir, mamá?

-¡Claro, Yaia! Me quedo sola, pero ve, ve, bendito, ¡y mira también por mí al Salvador!

La adhesión, la fe de la mujer es absoluta. Jesús sonríe. Habla:

-¿No dudas, mujer, ni de mí ni del Salvador?

-No. Si Tú lo conoces y eres amigo suyo, tienes que ser bueno sin duda. ¡Él puede hacerlo! ¡Ve, ve, hijo! No te retrases ni un momento. Vamos a darnos un beso y ve con Dios.

A tientas se encuentran y se besan.

Jesús pone encima de la tosca mesa un pan y unas monedas.

-Adiós, mujer. Aquí tienes con qué procurarte comida. La paz sea contigo.

-Salen. La comitiva reanuda la marcha. Caen las primeras gotas de lluvia.

-¿Pero no nos paramos? Llueve... - dicen los apóstoles.

-En Yabés Galaad nos detendremos. Caminad.

Se echan los mantos por encima de las cabezas. Jesús extiende el suyo sobre la cabeza del muchacho. La madre de Marcos de Josías le sigue con los siervos, en su asno. Da la impresión de que no se puede separar de Él.

Salen de Pel.la. Se adentran en la verde campiña, triste en este día lluvioso.

Recorren al menos un kilómetro. Luego Jesús se para. Toma la cabeza del cieguito entre sus manos, le besa en los ojos extinguidos y dice:

-Y ahora regresa. Ve a decir a tu madre que el Señor premia a quien tiene fe, y ve a decir a los de Pel.la lo que es el Señor.

Lo deja marcharse y se aleja rápido.

Pero no han pasado tres minutos cuando el muchacho grita:

-¡Pero si veo! ¡Oh! ¡No te vayas! ¡Tú eres Jesús! ¡Haz que Tú seas lo primero que vea! - y cae de rodillas en el camino mojado de lluvia.

Por una parte la mujer gerasena y los siervos, por otra los apóstoles, corren a ver el milagro.

También Jesús vuelve, lentamente, sonriente. Se agacha a acariciar al muchacho. -Ve; ve donde tu mamá. ¡Que sepas creer en mí, siempre!

-Sí, Señor mío... ¿Pero a mi madre nada? ¿En la oscuridad ella, que cree como yo?

Jesús sonríe aún más luminosamente. Mira a su alrededor. Ve en el borde del camino una mata de pequeñas margaritas aljofaradas de agua. Se agacha. Las coge. Las bendice. Se las da al niño.

-Pásalas por encima de los ojos de tu madre y ella verá. Yo no vuelvo para atrás. Voy adelante. El que sea bueno que me siga con su espíritu, y que hable de mí a los que vacilan. Tú habla de mí en Pel.la, que titubea en la fe. Ve. Dios está contigo.

Y luego se vuelve a la mujer de Gerasa:

-Y tú síguele. Ésta es la respuesta de Dios a todos los que tratan de disminuir la fe de los hombres en el Cristo. Que esto refuerce tu fe y la de Josías. Ve en paz.

Se separan. Jesús reanuda la marcha hacia el sur; el niño, la gerasena y los siervos, hacia el norte. El velo tupido del agua los separa como tras una cortina de humo...

## 359

## En la cabaña de Matías cerca de Yabés Galaad.

El valle profundo y boscoso donde surge Yabés Galaad se oye rumoroso debido a un arroyuelo muy cargado de agua, que va espumando hacia el cercano Jordán. El crepúsculo y la jornada, tenebrosos, agravan los aspectos sombríos de las frondas; así que el pueblo se presenta triste e inhóspito ya desde los primeros momentos.

-¡Mmm! No quisiera que después de siglos se vengara en nosotros este pueblo, de la desagradable sorpresa que le dio Israel. ¡Basta! ¡Vamos a sufrir por el Señor! - dice Tomás, que conserva su buen humor, a pesar de que su ropa esté como recién sacada de una tina (barro caminando, de la cabeza a las caderas, de las caderas a los pies). *(La desagradable sorpresa que le dio Israel está narrada en: I Macabeos 5, 9-36)*

No los vapulean, eso no. Pero los echan de todas partes, llamándolos ladrones, y peor todavía. Felipe y Mateo tienen que pegarse una buena carrera para salvarse de un perro de grandes dimensiones embriscado por un pastor cuando habían ido a la puerta de un aprisco a pedir alojamiento para la noche «al menos en el cobertizo de los animales».

-¿Y ahora qué hacemos? No tenemos pan.

-Ni dinero. ¡Sin dinero no se encuentra ni pan ni posada!

-Y estamos empapados, helados, hambrientos.

-Y llega la noche. ¡Sí que vamos a estar cucos mañana, después de una noche en el bosque!

De doce que son, siete rezongan abiertamente; tres tienen escrito en el rostro su mal humor, y aunque de hecho guardan silencio, es como si hablaran. Simón Zelote va cabizbajo, indescifrable. Juan parece como sobre las brasas encendidas, y su cabeza se vuelve veloz, de los rezongones a Jesús y de éste a aquéllos, con la pena dibujada en la cara. Jesús continúa llamando de casa en casa, personalmente, puesto que los apóstoles no quieren o lo hacen con temor; continúa recorriendo, paciente, las callejuelas convertidas en pantanos resbaladizos y fétidos. Pero en todas partes es rechazado.

Ya están en el extremo del pueblo. Allí el valle se abre en los pastos de la llanura transjordánica. Alguna que otra casa, todavía... Todo son desilusiones...

-Busquemos en los campos. ¿Juan, eres capaz de subir a este olmo? Desde arriba puedes ver.

-Sí, mi Señor.

-E1 olmo está resbaladizo de lluvia. El muchacho no va a subir y se va a hacer daño. Y, por si fuera poco, vamos a tener un herido - dice Pedro descontento.

Y, Jesús, mansamente:

-¡Subo Yo!

-¡De ninguna manera! - gritan en coro. Los que más alzan la voz son los pescadores, que añaden: «Si es peligroso para nosotros, que somos pescadores, ¿cómo vas a poder Tú, que no has trepado nunca por las costanas ni por las cuerdas?

-Lo hacía por vosotros. Para buscaros un alojamiento. Para mí es indiferente. No es el agua lo que me resulta penoso...

¡Cuánta tristeza! ¡Cuánta noción a la piedad por El hay en la voz!

Algunos se aperciben y callan. Otros, que son, para mayor exactitud, Bartolomé y Mateo, dicen:

-Ya es demasiado tarde para poner remedio. Se debía haber pensado antes.

-Sí, y no hacer caprichos queriendo salir de Pel.la aunque ya lloviera. Has sido un testarudo, y un imprudente, y ahora todos tenemos que pagar las consecuencias. ¿Qué remedio vas a poner ahora? ¡Si hubiéramos tenido una bolsa bien nutrida, hubieras visto como se habrían abierto todas las casas! ¡Pero Tú!... ¿Por qué no haces un milagro, al menos un milagro para tus apóstoles, puesto que los haces hasta para los indignos? - dice Judas de Keriot, gesticulando como un loco, agresivo; tanto que los otros, aunque en el fondo piensen en parte come él, sienten la necesidad de exigirle respeto.

Jesús parece ya el Condenado mirando pacífico a sus verdugos. Y calla. Este callar, que va siendo cada vez más frecuente en Jesús desde hace un tiempo, preludio del "gran silencio" ante el Sanedrín, ante Pilatos y ante Herodes, me da mucha pena. Me semejan esas pausas de silencio que se oyen en el quejido de un moribundo, que no son signo de calma de los dolores, sino preludio de la muerte. Siento la impresión de que estos silencios de Jesús gritan, más que cualquier otra palabra, con su callar, y que expresan todo el dolor de Jesús ante la incomprensión de los hombres y su desamor. Y su mansedumbre que no reacciona, esta postura suya con la cabeza un poco baja, me lo presentan ya atado, consignado al odio de los hombres.

-¿Por qué no hablas? - le preguntan.

-Porque diría palabras que vuestro corazón no entendería en este momento... Vamos. Vamos a andar para no congelarnos... Y perdonad...

Se vuelve sin demora y se pone a la cabeza de esta comitiva que en parte es comprensiva; en parte, acusadora; en parte, polémica con los compañeros.

Juan se rezaga un poco, pero de forma que ninguno se dé cuenta. Luego se acerca a un árbol grande, alto - creo que es chopo o fresno-, y, arrojados manto y túnica, se pone a subir semidesnudo, fatigosamente, hasta que las primeras ramas no le facilitan la subida. Sube, sube, sube, como un gato. Alguna vez también resbala, pero se afianza de nuevo. Está ya casi en la cima. Escudriña el horizonte bajo las últimas luces del día, más claras aquí - en abierta llanura - que en el valle, porque además las plomizas nubes son menos espesas. Agudiza la mirada en todas las direcciones. Por fin un gesto de alegría. Se deja resbalar rápidamente hasta el suelo, se pone los indumentos que se había quitado, se echa a correr hasta alcanzar y pasar a sus compañeros. Ya llegó donde el Maestro. Dice, jadeante por el esfuerzo realizado y por la carrera:

-Una cabaña, Señor... una cabaña hacia oriente... pero hay que volver atrás... He subido a un árbol... Ven, ven...

-Voy con Juan por esta parte. Si queréis venir, venid; si no, proseguid hasta el próximo pueblo siguiendo el río. Allí nos encontraremos - dice Jesús serio y decidido.

Los siguen todos por los prados empapados.

-¡Pero estamos volviendo a Yabés!

-Yo no veo casas...

-¿Quién sabe lo que habrá visto el muchacho!

-¡Quizás un pajar!

-O la cabaña de un leproso.

-Así terminamos de mojarnos. Estos prados parecen esponjas - se lamentan los apóstoles.

Pero no es ni la cabaña de un leproso ni un pajar lo que se presenta a sus ojos detrás de una espesura de troncos. Es una cabaña, eso sí. Ancha, baja, semejante a un aprisco pobre. Tejado de paja hasta la mitad, paredes de barro que apenas si se sujetan con los cuatro machones angulares de piedras sin desbastar. Una serie de estacas circuye la casucha; en el espacio intermedio, hortalizas que chorrean agua.

Juan da una voz. Se asoma un anciano.

-¿Quién es?

-Peregrinos camino de Jerusalén. ¿Posada en nombre de Dios! - dice Jesús.

-Siempre. Es un deber. Pero mal sitio os ha tocado. Tengo poco espacio y no tengo camas.

-No importa. Tendrás fuego al menos.

El hombre se afana en abrir el cierre y lo abre.

-Entrad. La paz sea con vosotros.

Pasan por la minúscula huerta. Entran en la habitación única, que es cocina y dormitorio. En el hogar está encendido el fuego. Hay orden y pobreza. No hay ni un utensilio más de los necesarios.

-¿Veis? ¡Lo único que tengo es un corazón grande y adornado! Pero si os adaptáis... ¿Tenéis pan?

-No. Un puñado de aceitunas...

-Yo no tengo pan para todos. Pero os voy a hacer una cosa con la leche, Tengo dos ovejas. Me bastan. Voy a ordeñarlas. ¿Me dais los mantos? Así los extiendo en el aprisco, aquí detrás. Se secarán un poco. Mañana con la llama se acabarán de secar.

El hombre sale cargado con la ropa húmeda. Todos están cerca del fuego y se alegran por el calor.

Vuelve el hombre trayendo una tosca estera. La extiende.

-Quitaos las sandalias. Así las lavo y les quito el barro y las cuelgo para que se sequen. También os voy a dar agua caliente para quitaros el barro de los pies. La estera es tosca, pero es gruesa y está limpia; la agradeceréis más que el suelo frío.

Descuelga un caldero lleno de agua verdosa, por las verduras que cuecen dentro, y vierte el agua mitad en un barreño mitad en una tina. La alarga con agua fría y dice:

-Aquí tenéis. Os reanimará. Lavaos. Éste es un paño limpio.

Y, entretanto, se afana avivando la llama, vierte leche en un caldero y la pone en el fuego. Y, en cuanto empieza a hervir, echa semillas dentro de la leche (creo que son o cebada molida o millo descascarado). Y remueve la papilla.

Jesús, que ha sido uno de los primeros que se ha lavado, se acerca a él:

-Que Dios te recompense por tu caridad.

-No hago sino restituir lo que he recibido de El. Estaba leproso. De los treinta y siete a los cincuenta y uno, leproso. Luego me curé. Pero en el pueblo me encontré ya que mis padres habían muerto, y mi mujer; y la casa estaba devastada. Además yo era "el leproso"... Vine aquí y me hice mi nido; yo solo y con la ayuda de Dios. Primero una cabaña de juncos, luego de madera. Luego tapias... Todos los años una cosa nueva. El año pasado hice el lugar para las ovejas. Las he comprado fabricando esteras que vendo, y también platos y vasos de madera. Tengo un manzano, un peral, una higuera, una vid. Detrás tengo una parcelita de cebada; delante, las hortalizas. Cuatro parejas de palomas y dos ovejas. Dentro de poco tendré corderos. Esperemos que sean hembras esta vez. Bendigo al Señor y no pido más cosas. ¿Y Tú quién eres?

-Un galileo. ¿Tienes prejuicios?

-Ninguno, aunque sea de raza judía. Si hubiera tenido hijos, habría podido tener uno como Tú... Hago de padre a las palomitas...

-Estoy acostumbrado a estar solo.

-¿Y para las Fiestas?

-Lleno los comederos y me marcho. Alquilo un asno. Corro, hago lo que tengo que hacer, y vuelvo. Jamás me ha faltado ni una sola hoja. Dios es bueno.

-Sí, con los buenos y con los menos buenos; pero los buenos están bajo sus alas.

-Sí. Lo dice también Isaías... A mí me ha protegido.

-De todas formas, has sido leproso» observa Tomás.

-Y me he quedado pobre y solo. Pero, mira, volver a ser un hombre y tener techo y pan es gracia de Dios. Mi modelo en la desventura fue Job. Espero merecer como él la bendición de Dios, no en riquezas sino en gracia.

-La tendrás. Eres un justo. '¿Cómo te llamas?

-Matías.

Y quita del fuego su caldero, lo lleva a la mesa, añade mantequilla y miel, remueve, vuelve a ponerlo en el fuego y dice:

-Tengo sólo seis piezas de vajilla entre platos y cuencos. Os turnáis.

-¿Y tú?

-El que da hospitalidad es el último en servirse. Primero los hermanos que Dios envía. Bueno, ya está a punto. Esto sienta bien.

Y echa unos cazos de papilla humeante en cuatro platos y dos cuencos. Cucharas de madera sí que hay.

Jesús sugiere a los más jóvenes que coman.

-No. Tú, Maestro - dice Juan.

-No, no. Conviene que se sacie Judas, y vea que hay siempre comida para los hijos.

Judas Iscariote cambia de color, pero come.

-¿Eres un rabí?

-Sí. Éstos son mis discípulos.

-Yo iba donde el Bautista, cuando él estaba en Betabara. ¿Sabes algo del Mesías? Dicen que ya ha venido y que Juan lo señaló. Siempre que voy a Jerusalén espero verlo. Pero nunca lo he logrado. Cumplo el rito y no me detengo. Será por esto por

lo que no lo veo. Aquí vivo aislado, y además... gente no buena en Perea. Hablé con unos pastores que vienen aquí por los pastos. Ellos sabían del Mesías. Me hablaron. ¡Qué palabras! ¿Qué será cuando las diga Él!...

Jesús no se da a conocer. Le toca ahora comer y lo hace serenamente, al lado del buen anciano.

-¿Y ahora? ¿Cómo vamos a hacer para dormir? Os cedo la cama. Pero es solo una... Yo voy donde las ovejas.

-No, vamos nosotros. El heno es bueno para quien está cansado.

La cena ha terminado. Ahora piensan en acostarse para partir al alba. Pero el anciano insiste y a su cama va Mateo, que está muy constipado.

Pero la aurora es un diluvio. ¿Cómo ponerse en marcha bajo esas cataratas? Siguen el consejo del viejo y se quedan. Entretanto cepillan y secan las túnicas, untan las sandalias, dan descanso a sus cuerpos. El viejo cuece otra vez cebada en la leche, para todos; luego mete unas manzanas entre las cenizas. La comida de todos. Lo están consumiendo cuando llega de fuera una voz.

-¿Otro peregrino? ¿Cómo nos vamos a arreglar? - dice el anciano. Pero se pone en pie y sale, envuelto en una manta de lana basta, impermeable.

En la cocina hay calor de fuego, pero no de humor bueno. Jesús guarda silencio.

Vuelve el anciano, con los ojos desmesuradamente abiertos. Mira a Jesús, mira a los otros. Parece sentir miedo... parece en duda y escrutador. A1 fin dice:

-¿Uno de vosotros es el Mesías? Decidlo, porque los de Pel.la lo buscan para adorarlo, por un gran milagro que ha hecho. Llevan llamando, desde ayer tarde, a todas las casas, hasta el río, hasta el primer pueblo... Ahora, regresando, han pensado en mí. Alguno ha indicado mi casa. Están afuera, con los carros. ¡Mucha gente!

Jesús se levanta. Los doce dicen:

-No vayas. Si has dicho que era prudente no detenernos en Pel.la, es inútil mostrarte ahora.

-¡Pero entonces!... ¡Oh! ¡Bendito! ¡Bendito Tú y quien te ha enviado! ¡Y bendito yo, que te he acogido! Eres el rabí Jesús, aquel... ¡Oh!

E1 hombre está de rodillas, con la frente contra el suelo.

-Soy Yo. Pero deja que vaya a estos que me buscan. Luego vendré a ti, hombre bueno. Se libera los tobillos apresados por las manos del anciano y sale a la huerta inundada.

-¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Hosanna!

Se apean rápidamente de los carros. Son hombres y mujeres, y está el cieguito de ayer con su madre, y está la gerasena. Sin preocuparse del barro, se arrodillan y suplican:

-¡Regresa, regresa donde nosotros, a Pel.la!

-¡No: a Yábés! - gritan otros, que son ciertamente de allí.

-¡Te queremos con nosotros! ¡Estamos arrepentidos de haberte echado! - gritan los de Yabés.

-No, donde nosotros. A Pel.la, donde está vivo tu milagro. A ellos los ojos; a nosotros, la luz del alma.

-No puedo. Voy a Jerusalén. Allí me encontraréis.

-Estás enfadado porque te hayamos echado.

-Estás disgustado porque sabes que habíamos creído las calumnias de un pecador.

La madre de Marcos se tapa la cara y llora.

-Dile tú, Yaia, al que te ha amado, que vuelva.

-Me encontraréis en Jerusalén. Marchaos. Y perseverad. No seáis como los vientos, que van en todas las direcciones. Adiós.

-No. Ven. Te raptamos por la fuerza, si no vienes.

-Vosotros no alzaréis contra mí vuestra mano. Esto es idolatría, no verdadera fe. La fe cree incluso sin ver. Persevera aunque se la combata. Crece aun sin milagros. Me quedo en casa de Matías, que ha sabido creer sin ver nada y que es un justo.

-A1 menos, acepta nuestros presentes. Dinero, pan. Nos han dicho que habéis dado todo lo que teníais a Yaia y a su madre. Toma un carro. Irás en él. Lo dejas en Jericó, en casa de Timón el posadero. Tómalo. Llueve. Y va a seguir lloviendo. Estarás resguardado. Llegarás antes. Muéstranos que no nos odias.

Ellos al otro lado de la estacada, Jesús a este lado, se miran; los de la parte de allá están agitados. Detrás de Jesús está el anciano Matías, de rodillas, con la boca abierta; luego, de pie, los apóstoles.

Jesús tiende la mano y dice:

-Acepto para los pobres. Pero no acepto el carro. Soy el Pobre entre los pobres. No insistáis. Yaia, mujer, y tú de Gerasa, venid que os bendiga en particular.

Y cuando los tiene a su lado, puesto que Matías ha abierto la estacada, los acaricia y bendice, y se despide de ellos. Bendice luego a los otros, que se han aglomerado en torno a la entrada y están dando a los apóstoles monedas y víveres, y los despide.

Vuelve a casa...

-¿Por qué no les has hablado?

-Habla el milagro de los dos ciegos.

-¿Por qué no has tomado el carro?

-Porque ir a pie está bien.

Y se vuelve a Matías:

-Te habría recompensado con las bendiciones. Ahora puedo darte, además, un poco de dinero por los gastos que te ocasionamos...

-No, Señor Jesús... No lo quiero. Esto lo he hecho de buen corazón. Ahora... ahora lo hago sirviendo al Señor. No paga el Señor. No está obligado a ello. ¡He sido yo quien ha recibido, no Tú! ¡Este día vendrá, con su recuerdo, hasta la otra vida!

-Bien has hablado. Encontrarás tu misericordia hacia los peregrinos escrita en el Cielo, y también tu fe solícita. En cuanto se aclare el cielo un poco, te dejo. Aquellos podrían volver. Insistentes mientras están bajo la impresión del milagro; luego... tardos como antes, o enemigos. Yo continúo mi camino. Hasta ahora me he detenido, tratando de convertirlos. Ahora vengo y paso, sin detenerme. Voy al destino mío que me apremia. Dios y el hombre me acucian. No puedo ya detenerme. Me aguija el amor y me aguija el odio. Quien me ama puede seguirme. Pero el Maestro ya no va a correr detrás de las ovejas indóciles.

-¿No te aman, Maestro divino? - pregunta Matías.

-No me comprenden.

-Son malos.

-Los gravan las concupiscencias.

El hombre ya no se atreve a mostrarse con la libertad de antes. Parece como si estuviera delante del altar. Jesús, por el contrario, ahora que ya no es el Desconocido, se muestra menos reservado y habla al anciano como a un familiar.

Y así pasan las horas, hasta un principio de sol de mediodía. La nube, rota, promete suspensión de la lluvia. Jesús ordena la partida. Y, mientras el anciano va a recoger los mantos ya secos, deposita en un cajón unas monedas y dispone que metan panes y quesos en una masera.

Regresa el anciano. Jesús lo bendice. Luego reanuda su camino, y se vuelve todavía a mirar a la blanca cabeza que sobresale de la estacada oscura.

## 360
## El malhumor de los apóstoles y el descanso en una gruta. El encuentro con Rosa de Jericó.

La llanura del lado oriental del Jordán, por las continuas lluvias, parece haberse convertido en una laguna, especialmente en el lugar en que se encuentran ahora Jesús y los apóstoles. Hace poco, han cruzado un torrente que desciende por una estrechura de las cercanas colinas, las cuales parecen formar verdaderamente una presa ciclópica, de norte a sur, paralela al Jordán, interrumpida acá o allá por estrechos valles por los que surge el inevitable torrente. Parece como si Dios hubiera puesto un gran festón de collados para orla del gran valle del Jordán, por esta parte. Diría, incluso, que son tan iguales sus salientes, formas y alturas, que es un festón monótono. El grupo apostólico está entre los dos últimos torrentes, que además se han desbordado y han ocupado las zonas rayanas de sus orillas, ampliando así su lecho; especialmente el que está al sur, imponente por la masa de agua que trae de las montañas, que rumorea, turbia, en dirección al Jordán, cuyo rumor, a su vez, se oye fuerte, especialmente en las zonas en que las curvas naturales - podría decir, las estrechuras que continuamente presenta - o la desembocadura de un afluente producen una excesiva acumulación de aguas. Pues bien, Jesús está dentro de este triángulo truncado, formado por tres cursos de agua crecidos; y salir de ese pantano no es cosa fácil.

E1 humor apostólico está más turbio que el día. Con eso está todo dicho. Todos quieren expresar su opinión. Todas las cosas que se dicen celan, bajo la apariencia de un consejo, una crítica. Es la hora de los: «Yo lo había dicho», «si se hubiera hecho como aconsejaba yo»... tan violentos para una persona que haya cometido un error, para alguien que ya de por sí se sienta abatido por ello.

Aquí se dice: «Hubiera sido mejor pasar el río a la altura de Pel.la y luego ir por la otra parte, que es menos dificultosa», o: « ¡Hubiera convenido tomar aquel carro! Sí, hemos cumplido, ¿pero luego?...», y también: «¡Si nos hubiéramos quedado en los montes, no habría este barro!».

Juan dice:

-Sois los profetas de las cosas realizadas. ¿Quién podía prever esta insistencia de la lluvia?

Es su tiempo. Era natural - sentencia Bartolomé.

-Los otros años no han sido así antes de la Pascua. Cuando fui donde vosotros, el Cedrón no estaba crecido, y el año pasado hemos tenido incluso tiempo seco. Vosotros que os quejáis, ¿no os acordáis de la sed que pasamos en la llanura filistea? - dice el Zelote.

-¡Claro! ¡Natural! ¡Hablan los dos sabios y nos contradicen! - dice con ironía Judas de Keriot.

-Tú cállate, por favor. Sabes sólo criticar. Pero, en los momentos importantes, cuando hay que hablar con algún fariseo o similar, te quedas callado como si tuvieras trabada la lengua - le dice, inquieto, Judas Tadeo.

-Sí. Tiene razón. ¿Por qué no has replicado ni una palabra a esas tres serpientes en el último pueblo? Sabías que habíamos estado también en Yiscala y en Meirón, respetuosos y obsequiosos; y que allí quiso ir Él, justamente Él, que honra a los grandes rabíes difuntos. ¡Pero no has hablado! Sabes cómo exige de nosotros respeto a la Ley y a los sacerdotes. ¡Pero no has hablado! Hablas ahora. Ahora, porque hay alguna ironía que hacer sobre los mejores de entre nosotros, y críticas que hacer a las acciones del Maestro - dice, en tono apremiante, Andrés, que normalmente es paciente pero que hoy se manifiesta muy nervioso.

-Calla tú. Judas está equivocado. Él, que es amigo de muchos, demasiados, samaritanos... - dice Pedro.

-¡Yo! ¿Quiénes son? Dime sus nombres, si puedes.

-¡Sí, sí, amigo! Todos los fariseos, saduceos y gente influyente de cuya amistad te jactas. ¡Se ve que te conocen! A mí no me saludan nunca. A ti, sí.

-¡Estás celoso! Bueno, yo pertenezco al Templo y tú no.

-Por gracia de Dios soy un pescador. Sí, y me glorío de ello.

-Un pescador tan necio, que no ha sabido ni siquiera prever este tiempo.

-¿No? Ya lo dije: "Luna de Nisán mojada, agua a cantaradas" - sentencia Pedro.

-¡Ah! ¡Aquí te quería ver! ¿Y tú qué opinas, Judas de Alfeo? ¿Y tú, Andrés? ¡También Pedro, el Jefe, critica al Maestro!

-Yo no critico absolutamente a ninguno. Estoy diciendo un proverbio.

-Que, para quien lo oye, significa crítica y reproche

-Sí... pero todo esto no sirve para secar la tierra, me parece. Ya estamos aquí, y aquí debemos estar. Vamos a reservar el aliento para desencajar los pies de este pantano - dice Tomás.

¿Y Jesús? Jesús guarda silencio. Va un poco adelantado, chapoteando en el lodo, o buscando pedazos de tierra herbosa no sumergidos. Pero también basta con pisarlos para que salpiquen agua hasta la mitad de las espinillas, como si el pie hubiera pisado una bolsa, en vez de un trozo de tierra con hierba. Guarda silencio, los deja hablar, descontentos, enteramente hombres, nada más que hombres a quienes la mínima molestia vuelve irascibles e injustos.

Ya está cerca el río más meridional. Jesús, viendo pasar a lo largo del ribazo inundado a un hombre a lomos de un mulo, pregunta:

-¿Dónde está el puente?

-Más arriba. Yo también paso por él. El otro, hacia abajo, el romano, está ya sumergido.

Otro coro de quejas... Pero se apresuran a seguir al hombre, que habla con Jesús.

-De todas formas, te conviene subir hacia las colinas - dice. Y termina: «Vuelve al llano cuando encuentres el tercer río después del Yaloc. Tendrás ya cerca el vado. Pero apresúrate. No te detengas. Porque el río crece cada hora que pasa. ¡Qué estación más horrible! Primero el hielo, luego el agua. Y fuerte como ahora. Un castigo de Dios. ¡Pero es justo! Cuando no se apedrea a los blasfemos de la Ley, Dios castiga. ¡Y tenemos blasfemos de ésos! ¿Tú eres galileo, no es verdad? Entonces conocerás a ese de Nazaret del que todos los buenos se separan porque provoca todos los males. ¡Atrae las potencias destructoras con su palabra! ¡Los castigos! Hay que oír lo que cuentan de Él los que lo seguían. Tienen razón los fariseos en perseguirlo. ¡Qué gran ladrón será! Debe dar miedo como Belcebú. Me vinieron ganas de ir a escucharlo, porque antes me habían hablado muy bien de Él. Pero... eran discursos de los de su banda. Todos gente sin escrúpulos como Él. Los buenos lo abandonan. Y hacen bien. Yo, por mi parte, ya no trataré de verlo otra vez. Y si me coincide en mi camino, lo apedreo, como se debe hacer contra los blasfemos.

-Apedréame entonces. Soy Yo Jesús de Nazaret. No huyo ni te maldigo. He venido para redimir al mundo derramando mi Sangre. Aquí me tienes. Sacrifícame, pero hazte justo.

Jesús dice esto abriendo un poco los brazos, hacia abajo; lo dice lentamente, mansamente, con tristeza. Pero, si hubiera maldecido al hombre, no le habría impresionado más. Éste tira tan bruscamente de los ramales, que el mulo pega una reparada que por poco si no se cae por el ribazo al río hinchado. Jesús echa mano al bocado y sujeta al animal, a tiempo de salvar hombre y mulo.

El hombre no hace sino repetir:

-¡Tú! ¡Tú!... - y, viendo el acto que lo ha salvado, grita:

-¡Pero si te he dicho que te apedrearía!... ¿No comprendes?

-Y Yo te digo que te perdono y que sufriré también por ti para redimirte. Esto es el Salvador.

El hombre lo mira todavía; luego da un golpe de talón en el costado del mulo y se marcha veloz... Huye... Jesús agacha la cabeza... Los apóstoles sienten la necesidad de olvidarse del barro, la lluvia y todas las otras miserias, para consolarlo. Lo circundan y dicen: -¡No te aflijas! No tenemos necesidad de bandidos. Y ése lo es. Porque sólo una persona mala puede creer que son verdaderas las calumnias que se dicen de ti, y tener miedo de ti.

-De todas formas - dicen también - ¡qué imprudencia, Maestro! ¿Y si te hubiera agredido? ¿Por qué decir que eras Tú Jesús de Nazaret?

-Porque es la verdad... Vamos hacia las colinas, como ha aconsejado. Perderemos un día, pero vosotros saldréis del pantano.

-También Tú - objetan.

-¡Para mí no cuenta! El pantano que me cansa es el de las almas muertas - y dos lágrimas gotean de sus ojos.

-No llores, Maestro. Nosotros nos quejamos, pero te queremos. ¡Si encontramos a los que te difaman!... Nos vengaremos.

-Vosotros perdonaréis como perdono Yo. Pero dejadme llorar. ¡Al fin y al cabo, soy el Hombre! Y que me traicionen, que renieguen de mí, que me abandonen, me causa dolor.

-Míranos a nosotros, a nosotros. Pocos pero buenos. Ninguno de nosotros te traicionará ni te abandonará. Créelo, Maestro.

-¡Ciertas cosas no hay ni que decirlas! ¡Pensar que podamos cometer una traición es una ofensa a nuestra alma! - exclama Judas Iscariote.

Pero Jesús está afligido. Guarda silencio. Y lentas lágrimas ruedan por las pálidas mejillas de un rostro cansado y enflaquecido.

Se acercan a los montes.

-¿Vamos a subir allá arriba o sólo vamos a bordear las bases de los montes? Hay pueblos a mitad de la ladera. Mira. De esta parte del río y de la otra - le indican.

-Está cayendo la tarde. Vamos a tratar de llegar a un pueblo. Que sea uno u otro es lo mismo.

Judas Tadeo, que tiene muy buenos ojos, escruta las laderas. Se acerca a Jesús. Dice: -En caso de necesidad, hay grietas en el monte. ¿Las ves allí? Nos podemos refugiar en ellas. Siempre será mejor que no el barro.

-Encendemos fuego - dice Andrés queriendo consolar.

-¿Con la leña húmeda? - pregunta con ironía Judas de Keriot. Ninguno le responde.
Pedro susurra:
-Bendigo al Eterno porque no están con nosotros ni las mujeres ni Margziam.
Pasan el puente - verdaderamente prehistórico -, que está justo en los lindes del valle. Toman el lado meridional de éste, por un camino de herradura que lleva a un pueblo. Las sombras descienden rápidamente; tanto, que deciden refugiarse en una amplia gruta para huir de un chaparrón violento. Quizás es una gruta que sirve de refugio a los pastores, porque hay paja, suciedad y un tosco hogar.
-Como cama no sirve. Pero para hacer fuego... - dice Tomás, señalando los ramajes sucios y desmenuzados que hay por el suelo, desperdigados; y helechos secos y ramas de enebro o de otra planta similar. Y los arrima al hogar ayudándose con un palo. Los amontona. Prende fuego.
Humo y hedor, junto a olor de resina y enebro, se alzan del fuego. Y, no obstante, se agradece ese calor; todos hacen un semicírculo, y comen pan y queso a la luz móvil de las llamas.
-De todas formas se habría podido intentar en el pueblo - dice Mateo, que está ronco y resfriado.
-¡Sí, ya! ¿Para repetir la historia de hace tres noches? De aquí no nos echa nadie. Estamos sentados en aquella leña y hacemos fuego hasta que podamos. Ahora que se ve, ¿hay leña en cantidad, eh? ¡Mira, mira, también paja!... Es un redil. Para verano, o para cuando trashuman. ¿Y por aquí? ¿A dónde se va? Coge una rama encendida, Andrés, que quiero ver - ordena Pedro, mientras se mueve buscando hacer algún descubrimiento.
Andrés obedece. Se meten por una estrecha hendidura que hay en una pared de la gruta.
-¡Tened cuidado, no vaya a haber algún animal peligroso! - gritan los otros.
-O leprosos - dice Judas Tadeo.
A1 cabo de poco, llega la voz de Pedro.
-¡Venid! ¡Venid! Aquí se está mejor. Está limpio y seco, y hay bancos de madera, y leña para el fuego. ¡Es un palacio para nosotros! Traed ramas encendidas, que hacemos fuego inmediatamente.
Debe ser, sí, un refugio de pastores: ésta es la gruta donde duermen los que están de descanso, mientras que en la otra velan los que, por turno, vigilan el rebaño. Es una excavación en el monte, mucho más pequeña, quizás hecha por el hombre, o por lo menos ampliada y reforzada con palos, colocados para sujetar la bóveda. Una campana de chimenea primitiva se pliega en forma de gancho hacia la primera gruta, para aspirar el humo que, si no, no tendría salida. Contra las paredes, toscos bancos y paja; en éstas hay clavados unos ganchos para colgar lámparas, indumentos o bolsas.
-¡Está magnífico, hombre! ¡Venga, vamos a hacer un buen fuego! Estaremos calientes y se secarán los mantos. Fuera los cintos; vamos a usarlos como cuerdas para tender los mantos - indica Pedro.
Luego se pone a colocar los bancos y la paja y dice:
-Y ahora, un poco cada uno, dormimos y nos turnamos en mantener vivo el fuego. Para ver y estar calientes. ¡Qué gracia de Dios!
Judas barbota entre dientes. Pedro se vuelve resentido:
-Respecto a la gruta de Belén, donde nació el Señor, esto es un palacio; si Él nació allí, podremos estar una noche nosotros aquí.
-También es más bonita que las grutas de Arbela. Allí lo único hermoso que había era nuestro corazón, que era mejor que ahora - dice Juan, internándose en un místico recuerdo suyo.
-También es mucho mejor que la que hospedó al Maestro para prepararse a la predicación - dice en tono severo el Zelote, mirando a Judas Iscariote como diciéndole "ya está bien, ¿no?".
Jesús, por último, abre su boca y dice:
-Y es, sin comparación, más caliente y cómoda que en la que hice penitencia por ti, Judas de Simón, el pasado Tébet.
-¡Penitencia por mí! ¿Por qué? ¡No hacía falta!
-¡Verdaderamente deberíamos tú y Yo pasar la vida en penitencia para liberarte de todo lo que te grava! Y no sería suficiente todavía.
La sentencia, muy decidida aunque haya sido dada con serenidad, cae como un rayo en el grupo atónito... Judas baja la cara y se retira a un rincón. No tiene la audacia de reaccionar.
-Yo me quedo despierto. Me encargo del fuego. Dormid vosotros - ordena Jesús pasado un rato.
Y, poco después, a los chasquidos de la leña se une la respiración pesada de los doce cansados, echados entre paja encima de los toscos bancos. Y Jesús, sí la paja se cae y los deja descubiertos, se levanta y vuelve a extenderla encima de los durmientes, amoroso como una madre. Y llora incluso mientras contempla los rostros herméticos de algunos en el sueño, o plácidos, o contrariados. Mira a Judas Iscariote, que parece sonreír maliciosamente incluso en el sueño, torvo, con los puños cerrados... Mira a Juan, que duerme con una mano debajo de la cara, velado el rostro por sus rubios cabellos, róseo, sereno como un niño en la cuna. Mira el rostro honesto de Pedro y el grave de Natanael, el picado de viruelas del Zelote, el rostro aristocrático de su primo –Judas, y se detiene largamente a mirar a Santiago de Alfeo, que es un José de Nazaret muy joven. Sonríe al oír los monólogos de Tomás y Andrés, que parecen hablar al Maestro. Tapa muy bien a Mateo, que respira con dificultad, cogiendo más paja para que esté caliente; paja que extiende encima de sus pies después de haberla calentado al fuego. Sonríe al oír a Santiago proclamar: «Creed en el Maestro y tendréis la Vida»... y continuar predicando a personajes de sueño. Y se inclina a recoger una bolsa donde Felipe conserva entrañables recuerdos, y se la coloca despacio debajo de la cabeza. En los intervalos medita y ora...
El primero en despertarse es el Zelote. Ve a Jesús todavía cabe el fuego encendido en la gruta ya bien caliente. Y, por el montón de la leña, reducido a una miseria, comprende que han pasado muchas horas. Baja de su yacija y se acerca de puntillas a Jesús.

-¿Maestro, no vienes a dormir? Velo yo.
-Ya amanece, Simón. Hace poco he ido allí y he visto que el cielo se está aclarando.
-Pero, ¿por qué no nos has llamado? ¡Tú también estás cansado!
-Simón, tenía mucha necesidad de pensar... y de orar - y le apoya la cabeza sobre el pecho.
El Zelote, en pie, junto a Él sentado, lo acaricia, y suspira. Pregunta:
-¿Pensar en qué, Maestro? Tú no tienes necesidad de pensar. Tú sabes todo.
-Pensar no en lo que debo decir, sino en lo que debo hacer. Estoy desarmado frente al mundo astuto, porque no tengo ni la malicia del mundo ni la astucia de Satanás. Y el mundo me vence... Y estoy muy cansado...
-Y apenado. Y nosotros contribuimos a ello, Maestro bueno inmerecido por nuestra parte. Perdóname a mí y a mis compañeros. Lo digo por todos.
-Os amo mucho... Sufro mucho... ¿Por qué tantas veces no me comprendéis?
E1 bisbiseo de los dos despierta a Juan, que es el que está más cerca. Abre sus ojos azul claro, mira a su alrededor extrañado, luego recuerda y enseguida, se pone de pie, y se acerca por detrás a los dos que están hablando.
Por este motivo, oye las palabras de Jesús:
-Para que todo el odio y las incomprensiones se transformaran en una insignificancia soportable, me bastaría vuestro amor, vuestra comprensión... Pero vosotros no me comprendéis... Y ésta es mi primera tortura. ¡Es dura! ¡Dura! Pero no tenéis culpa de ello. Sois hombres... Será vuestro dolor el no haberme comprendido, cuando ya no podáis repararlo... Por eso, porque entonces expiaréis las superficialidades de ahora, las mezquindades de ahora, las cerrazones de ahora, Yo os perdono y digo anticipadamente: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen, ni el dolor que me causan".
Juan cae delante y de rodillas, y abraza las rodillas de su Jesús afligido, y ya está para llorar cuando susurra:
-¡Oh, Maestro mío!
El Zelote, que sigue teniendo en su pecho la cabeza de Jesús, se inclina a besarlo en los cabellos y dice:
-¡Y, a pesar de todo, te queremos mucho! Sólo que pretenderíamos de ti una capacidad de defenderte, de defendernos, de triunfar. Nos deprime el verte hombre, sujeto a los hombres, a las inclemencias, a la miseria, a la maldad, a las necesidades de la vida... Somos unos necios. Pero así es. Para nosotros eres el Rey, el Triunfador, el Dios. No logramos comprender la sublimidad de tu renuncia a tanto por amor nuestro. Porque Tú sólo sabes amar. Nosotros no sabemos...
-Sí, Maestro. Simón ha hablado bien. No sabemos amar como ama Dios: Tú. Y lo que es infinita bondad, infinito amor, lo interpretamos como debilidad y nos aprovechamos de ello... Aumenta nuestro amor, aumenta tu amor, Tú que eres su fuente; hazlo desbordarse como ahora se desbordan los ríos; empápanos, satúranos de amor, como están los prados en todo el valle. No son necesarios la sabiduría, el coraje, la austeridad, para ser perfectos como Tú quieres. Basta con tener el amor... Señor, yo me acuso por todos: no sabemos amar.
-Vosotros, los dos que más comprenden, os acusáis. Sois la humildad. *Y la humildad es amor.* Pero también los otros tienen sólo una barrera para ser como vosotros. Y Yo la abatiré. Porque efectivamente soy Rey, Triunfador y Dios. Eternamente. Pero ahora soy el Hombre. Mi frente pesa ya bajo el suplicio de mi corona. Siempre ha sido una corona torturadora el ser Hombre... Gracias, amigos. Me habéis consolado. Porque esto tiene de bueno el ser hombres: tener una madre que ama y amigos sinceros. Ahora vamos a despertar a los compañeros. Ya no llueve. Los mantos están secos. Los cuerpos descansados. Comed y nos ponemos en marcha.
Alza la voz lentamente, hasta que el «nos ponemos en marcha» es una orden firme. Todos se levantan y manifiestan su contrariedad por haber dormido todo el tiempo mientras Jesús velaba. Se arreglan un poco, comen, cogen los mantos, apagan el fuego y salen al sendero húmedo, y empiezan a bajar hasta el camino de herradura, que tiene el suficiente desnivel como para no ser un mar de lodo. La luz todavía es poca, porque ni hay sol ni el cielo está claro. Suficiente, de todas formas, para ver.
Andrés y los dos hijos de Alfeo van delante de todos. Llegados a un punto del camino, se inclinan, miran y rápidamente vuelven.
-¡Hay una mujer! ¡Parece muerta! Tapa el sendero.
-¡Qué lata! Ya empezamos mal. ¿Cómo es posible? ¡Ahora vamos a tener que purificarnos incluso!». Las primeras quejas del día.
-Vamos a ver nosotros si está muerta - dice Tomás a Judas Iscariote.
-Voy yo contigo, Tomás - dice el Zelote, y va adelante.
-Llegan adonde la mujer, se agachan, y Tomás regresa corriendo y gritando.
-Quizás la han asesinado - dice Santiago de Zebedeo.
-O ha muerto de frío - responde Felipe.
Pero Tomás se llega a ellos y grita:
-¡Lleva la túnica descosida de los leprosos...! (está tan desconcertado, que parece como si hubiera visto al diablo).
-¿Pero está muerta? - preguntan.
-¿Qué sé yo? He salido corriendo.
El Zelote se levanta y a buen paso, viene hacia Jesús. Dice:
-Maestro, una hermana leprosa. No sé si está muerta. Creo que no. Creo que el corazón todavía late.
-¿La has tocado?! - gritan bastantes separándose.
-Sí. Desde que soy de Jesús, no tengo miedo de la lepra. Y siento compasión, porque sé lo que es ser leproso. Quizás le han dado un golpe, porque está sangrando por la cabeza. Quizás había bajado buscando algo de comer. Es tremendo, ¿sabéis?, morirse de hambre y tener que hacer frente a los hombres para conseguir un pan.
-¿Está muy maltrecha?

-No. Es más, no sé cómo es que está con los leprosos. No tiene ni escamas ni llagas ni gangrenas. Quizás es leprosa desde hace poco. Ven, Maestro. Te lo ruego. ¡Como de mí, ten piedad de esta hermana leprosa!

-Vamos. Dadme pan, queso y ese poco de vino que tenemos todavía.

-¿No le irás a dar de beber de donde bebemos nosotros! - grita aterrorizado Judas Iscariote.

-No temas. Beberá en mi mano. Ven, Simón.

Van hacia delante... pero la curiosidad manda adelante también a los otros. Sin sentir ya molestias por el agua del follaje (que llueve de las ramas encima de las cabezas cuando menean aquéllas) ni por el musgo empapado, suben por la ladera para ver a la mujer sin acercarse. Y ven que Jesús se agacha, la toma por las axilas, la arrastra sentada y la apoya contra una roca. La cabeza pende como si estuviera muerta.

-Simón, vuélvele la cabeza, para que pueda echarle en la garganta un poco de vino.

El Zelote obedece sin miedo, y Jesús, manteniendo en alto el calabacino, deja caer unas gotas de vino dentro de los labios entreabiertos y lívidos. Y dice:

-¡Está helada esta infeliz! Y empapada.

-Si no fuera leprosa, la podíamos llevar adonde hemos estado nosotros - dice Andrés compadecido.

-¡Sí! - prorrumpe Judas - ¡sólo faltaba eso!

-¡Pero si no está leprosa! No tiene señales de lepra.

-Tiene la túnica y es suficiente.

E1 vino actúa mientras tanto. La mujer emite un suspiro cansado. Jesús, viendo que traga, le vierte un chorro en la boca. La mujer abre los ojos obnubilados y asustados. Ve a algunos hombres. Trata de alzarse y de huir, mientras grita:

-¡Estoy contaminada! ¡Estoy contaminada!

Pero las fuerzas no le ayudan. Se tapa el rostro con las manos y gime:

-¡No me apedreéis! He bajado porque tengo hambre... Hace tres días que ninguno me echa nada...

-Aquí hay pan y queso. Come. No tengas miedo. Bebe un poco de vino en mi mano - dice Jesús echando en el cuenco de su mano un poco de vino y dándoselo.

-¡Pero no tienes miedo! - dice, asombrada, la infeliz.

-No tengo miedo - responde Jesús. Y, poniéndose en pie, sonríe; se queda, de todas formas junto a la mujer, que come con avidez el pan y el queso.

Parece una fiera hambrienta. Jadea incluso, por el ansia de nutrirse. Luego, sedada la animalidad de las entrañas vacías, mira alrededor de sí... Cuenta en voz alta:

-Uno... dos... tres... trece... ¿Pero entonces?... ¿Quién es el Nazareno? ¿Tú, no? ¡Sólo Tú puedes tener compasión como has tenido de una leprosa!...

La mujer se pone de rodillas con dificultad por la flaqueza.

-Soy Yo, sí. ¿Qué quieres? ¿Curarte?

-Eso también... Pero antes debo decirte una cosa... Yo tenía noticia de ti. Me habían hablado hace mucho unos que pasaron... ¿Mucho? No. El otoño pasado. Pero para un leproso... cada día es un año... Hubiera deseado verte. Pero ¿cómo podía ir a Judea o a Galilea? Me llaman "leprosa". Pero lo único que tengo es una llaga en el pecho, que me la ha transmitido mi marido, que me tomó virgen y sana, y él no estaba sano. Pero es una persona importante... y puede todo. Incluso decir que le había traicionado yendo a él ya enferma, y así repudiarme, para tomar a otra mujer de la que estaba prendado. Me denunció como leprosa. Por pretender justificarme, empezaron a pedradas conmigo. ¿Era justo, Señor? Ayer tarde, un hombre ha pasado, de Bet Yaboc, avisando que venías, y exhortando a salir a tu encuentro para echarte de aquí. Yo estaba... Había bajado hasta las casas porque tenía hambre. Habría hurgado incluso en los estercoleros para matar mi hambre... Yo, que era la "señora", habría querido quitarles a los pollos un poco de su frangollo agriado...

Llora... Luego continúa:

-La ansiedad por encontrarte - por ti, para decirte: "¡Huye!"; por mí, para decirte: "¡Piedad!" - me ha hecho olvidarme de que, infringiendo nuestra ley, perros, cerdos y pollos viven junto a las casas de Israel pero que el leproso no puede bajar a pedir un pan, ni siquiera cuando es una que de leprosa sólo tiene el nombre. Y he venido, preguntando dónde estabas. No me vieron en ese momento, por la oscuridad, y me dijeron: "Sube por el ribazo del río". Pero luego me vieron, y en vez de pan me dieron piedras. Salí corriendo, en la noche, para venir a tu encuentro, para evitar los perros. Tenía hambre, tenía frío, tenía miedo. Caí donde me has encontrado. Aquí. Creía que moría. Sin embargo, te he encontrado a ti. Señor, no estoy leprosa. Pero esta llaga que tengo aquí en el pecho me impide volver con los vivos. No pido volver a ser la Rosa de Jericó de los tiempos de mi padre; pero por lo menos vivir con los demás hombres y seguirte a ti. Los que me hablaron en Octubre dijeron que tienes discípulas y que estabas con ellas... Pero primero sálvate Tú. ¡No mueras, Tú que eres bueno!

-No moriré hasta que no llegue mi hora. Ve allí, a aquella peña. Hay una gruta segura. Descansa. Luego ve al sacerdote.

-¿Para qué, Señor?

La mujer tiembla de ansiedad.

Jesús sonríe:

-Vuelve a ser la Rosa de Jericó que florece en el desierto y que siempre está viva aunque parezca muerta. Tu fe te ha curado.

La mujer alza ligeramente la parte de vestido que cubre el pecho, mira... y grita:

-¡Ya no hay nada! ¡Oh, Señor, mi Dios! - y cae rostro en tierra.

-Dadle pan y otras cosas de comer. Y tú, Mateo, dale un par de sandalias tuyas. Yo doy un manto. Para que pueda ir, después de reponer fuerzas, al sacerdote. Dale también el óbolo, Judas. Para los gastos de purificación. La esperaremos en Getsemaní para dársela a Elisa, que me pidió una hija.

-No, Señor. No descanso. Me pongo en marcha ya. Enseguida. Enseguida.

-Baja, entonces al río, lávate, ponte encima el manto...

-Señor, se lo doy yo a la hermana leprosa. Deja que lo haga. Yo la guío adonde Elisa. Me curo otra vez viéndome a mí en ella, así, dichosa - dice el Zelote.

-Sea como quieres. Dale todo lo necesario. Mujer, escucha bien. Irás a purificarte. Luego irás a Betania y preguntarás por Lázaro. Le dices que te dé hospedaje hasta que llegue Yo. Ve en paz.

-¡Señor! ¿Cuándo voy a poder besarte los pies?

-Pronto. Ve. Pero has de saber que sólo el pecado me produce horror. Y perdona a tu marido, porque por medio suyo me has encontrado a mí.

-Es verdad. Lo perdono. Me voy... ¡Oh, Señor! No te detengas aquí que te odian. Piensa que he caminado exhausta, durante una noche, para venir a decírtelo, y que si en vez de encontrarte a ti hubiera encontrado a otros me podían haber matado a pedradas como a una serpiente.

-Lo recordaré. Vete, mujer. Quema la túnica. Acompáñala, Simón. Nosotros os seguiremos. En el puente os alcanzaremos.

Se separan.

-Pero ahora tenemos que purificarnos. Todos estamos contaminados.

-No era lepra, Judas de Simón. Yo te lo digo.

-Bueno, pues, de todas formas me voy a purificar. No quiero cargar con impuridades.

-¡Que cándida azucena! - exclama Pedro. ¡No se siente impuro el Señor, y te vas a sentir tú impuro!

-¿Y por una que El dice que no está leprosa? Pero, ¿qué tenía, Maestro? ¿Has visto la llaga?

-Sí. Un fruto de la lujuria masculina. Pero no era lepra. Y si el hombre hubiera sido honesto no la habría repudiado, porque estaba más enfermo que ella. Pero todo les sirve a los lujuriosos para saciar su hambre. Tú, Judas, si quieres, vete también. Nos encontraremos en el Getsemaní. ¡Y purifícate! ¡Purifícate! Pero la primera purificación es la sinceridad. Tú eres hipócrita. No lo olvides. Vete, vete, si quieres.

-¡No, no, que me quedo! Si Tú lo dices, creo. No estoy, por tanto, contaminado y me quedo contigo. Tú quieres decir que soy lujurioso y que aprovechaba la ocasión para... Te demuestro que mi amor eres Tú.

Y caminan raudos cuesta abajo.

## 361

## Los dos injertos que transformarán a los apóstoles. María de Magdala advierte a Jesús de un peligro. Milagro ante la riada del Jordán.

Por fin puedo escribir lo que desde el rayar del alba de esta mañana ocupa mi vista y oído mentales, y me hace sufrir por el esfuerzo de oír cosas externas y de casa mientras que lo que *debo* ver y oír son las cosas de Dios, y me hace intolerante respecto a todas las demás cosas que no sean lo que el espíritu ve.

¡Cuánta paciencia necesito para... no perder la paciencia esperando el momento de decir a Jesús: «¡Aquí me tienes! ¡Ahora puedes seguir adelante»! Porque - lo he dicho otras veces y ahora lo repito - cuando no puedo proseguir o empezar la narración de lo que veo, la escena se detiene al principio, o en el punto en que me interrumpen, y luego continúa su secuencia o empieza de nuevo, cuando puedo seguirla libremente. Creo que Dios quiere esto para que no omita o confunda ni siquiera un detalle particular, lo cual podría sucederme si escribiera un tiempo después de haber visto.

*Aseguro por mi conciencia, que cuanto escribo, por verlo u oírlo, lo escribo mientras lo veo y oigo.*

Así pues, esto es lo que veo desde el comienzo de la mañana, y mi interno consejero me dice que es el comienzo de una larga y hermosa visión.

Jesús, con un tiempo de lobos, va por un camino campestre embarradísimo. El camino es un pequeño río de lodo que a cada pisada cede y salpica; un lodo amarillento, pegajoso, resbaladizo cual jabón blando, que se agarra a las sandalias y las aspira como si fuera una ventosa, y al mismo tiempo se desliza bajo sus suelas, haciendo penosa la marcha en medio de muchos patinazos.

Debe haber llovido y requetellovido en esos días. Y el cielo (un cielo bajo, plúmbeo, recorrido por nubarrones densos impulsados por los vientos siroco o gregal, tan densos que el aire parece, en la boca, un cuerpo dulzarrón, una pátina empalagosa) todavía promete más lluvia. No alivia este rítmico soplo de viento, que plega hierbas y ramas y luego pasa para tornar todo a la inmovilidad pesada del bochorno tempestuoso. De vez en cuando, un nubarrón se abre, y gruesas gotas, calientes como si provinieran de una ducha templada, caen para formar borbollones en el lodo, que salpica aún más en las túnicas y las piernas.

Los bajos de las túnicas - a pesar de que Jesús y los suyos las hayan recogido, disponiéndolas muy abolsadas en torno a las caderas con la ayuda del cordón que las ciñe a las cinturas - son una entera cazcarria de fango, muy húmedo en la parte más baja, casi seco en las salpicaduras más altas. Túnicas y mantos - éstos también los llevan lo más alto posible: los han plegado en dos y así los llevan, por limpieza y para protegerse doblemente de los chaparrazos breves pero violentos - están enteramente sucios de barro. ¿Y los pies y las piernas?: hasta la mitad de las espinillas parecen cubiertos de una espesa media de lana cascarriosa, y que, sin embargo, es lodo, lodo y más lodo encostrado.

Hasta aquí el comienzo. Ahora prosigue.

Los discípulos se quejan un poco del tiempo y del camino, y, digámoslo también, de las ganas poco... aconsejables del Maestro de estar por ahí caminando con un tiempo como éste.

Jesús parece que no oye. Pero oye. Y dos o tres veces se vuelve levemente - van casi en fila india para seguir el lado izquierdo del camino, que, por su nivel un poco más alto que el derecho, está menos cenagoso -, se vuelve para mirarlos, pero no habla.

La última vez es el más anciano de los apóstoles el que dice:

-¡Pobre de mí! ¡Con esta humedad que se me está secando encima voy a tener dolores para tomar y dejar! ¡Yo ya soy viejo! ¡Ya no tengo treinta años!

También Mateo refunfuña:

-¿Y yo, entonces? Yo es que no estaba acostumbrado... Cuando llovía en Cafarnaúm, ya sabes, Pedro, que no salía de mi casa. Ponía a unos siervos en la mesa de los impuestos y ellos me traían a los que tenían que pagar. Había organizado un verdadero servicio para esto. ¡Hombre, claro! ¿Quién salía cuando hacía mal tiempo? ¡Pues... algún que otro melancólico y nada más! Mercados y viajes se hacen con el buen tiempo...

-¡Callad! ¡Que oye! - dice Juan.

-No, hombre, que no oye. Está pensando, y cuando piensa... es como si nosotros no existiéramos - dice Tomás.

-Y cuando establece una cosa no la remueve ninguna justa consideración. Quiere hacer lo que quiere Él. Sólo se fía de sí mismo. Será su ruina. Si se asesorase un poco conmigo... ¡Que yo sé muchas cosas! - dice Judas con ese empaque de "yo hago todo" y de "soy más que los demás".

-¿Qué sabes tú?- pregunta Pedro, ya rajo como un gallito. ¡Tú sabes todo! ¿Qué amigos tienes? ¿Qué es, que eres una personalidad de Israel? ¡Vete por ahí, hombre! Tú eres un pobre hombre como yo y los demás. Un poco más guapo... Pero la belleza de juventud es una flor que dura un día. ¡Yo también era guapo!

-Una fresca carcajada de Juan quiebra el aire. También los otros se ríen, y toman un poco el pelo a Pedro por sus arrugas, sus piernas divergentes, como las de todos los marineros, sus ojos un poco prominentes y enrojecidos por los vientos del lago.

-Reíos si queréis, pero es así. Y... no me interrumpáis. Di, Judas. ¿Qué amigos tienes? ¿Qué sabes? Para saber lo que das a entender, debes tener amigos entre los enemigos de Jesús. Y quien tiene amigos entre los enemigos es un traidor. ¡De modo que, muchacho, cuida de ti, si te preocupa tu belleza! Porque, si bien es verdad que ya no soy guapo, es verdad que soy todavía fuerte, y no me costaría mucho esfuerzo dejarte desdentado o deshacerte un ojo - dice Pedro.

-¡Qué modos de hablar! ¡Verdaderamente propios de un tosco pescador! - dice Judas con un desprecio de príncipe ofendido.

-Sí señor, y a mucha honra. Pescador, pero sincero como mi lago, que si quiere hacer tormenta no dice: "Hago bonanza", sino que se estremece y se pone, como testigos en el zócalo del cielo, unas borlas de nubes que para qué; de forma que basta con que uno no sea un animal o esté borracho para que entienda la alusión y tome las medidas que correspondan. Tú... tú me asemejas a este barro, que parece sólido y, mira» (y pisa enérgicamente, y el barro salpica hasta el mentón del guapo Iscariote).

-¡Pero Pedro! ¡Son modales indignos! ¡Pues sí que dan en ti buen fruto las palabras del Maestro sobre la caridad!

-Y en ti sobre la humildad y la sinceridad. Venga. Escupe lo que sabes. ¿Qué sabes? ¿Es verdad que sabes, o te das importancia para hacer creer que tienes amigos poderosos? ¡Tú, que eres sólo un pobre gusano!

-Yo sé lo que sé, y no vengo a decírtelo a ti para que se produzcan riñas como te gustaría, como galileo que eres. Repito que sería una cosa muy buena que el Maestro fuera menos testarudo. Y menos violento. La gente se cansa de oír que la ofenden.

-¡Violento! Si lo fuera, debería hacerte volar al río, inmediatamente. Un buen vuelo por encima de aquellos árboles. Así te lavarías el barro que te ensucia el perfil. ¡Ojalá sirviera para lavarte el corazón, que... me equivocaré, pero debe estar más costroso que mis piernas embarradas!

Efectivamente, Pedro, velludo y bajo de estatura, tiene las piernas más embarradas. El y Mateo son verdaderamente de arcilla casi hasta la rodilla.

-Dejadlo, ¿no?! ¡Ya está bien! - dice precisamente Mateo.

Juan, que ha notado que Jesús ha aminorado la marcha, sospecha que haya oído, y, acelerando el paso, pasando a dos o tres compañeros, se llega hasta Él, se pone a su lado y lo llama:

-¡Maestro! - dulcemente como siempre, y con esa mirada suya de amor, volviendo la cabeza hacia arriba, porque es más bajo y porque va hacia el centro del camino y, por tanto, fuera del ligero desnivel por el que todos marchan.

-¡Juan! ¿Me has alcanzado?

Jesús le sonríe.

Juan, estudiando con amor y preocupación su rostro para tratar de ver si ha oído, responde:

-Sí, Maestro mío. ¿Me quieres contigo?

-Siempre te quiero conmigo. A todos os querría tener al lado, ¡y con tu corazón! Pero, si sigues caminando por ahí, te acabarás de mojar.

-¡No me importa, Maestro! ¡Nada me importa, con tal de estar a tu lado!

-¿Siempre quieres estar conmigo? Tú no piensas que soy imprudente y que puedo meteros en líos también a vosotros. ¿No te sientes ofendido porque no atiendo tus consejos?

-¡Maestro! ¿Entonces has oído? - Juan está consternado.

-He oído todo. Desde las primeras palabras. De todas formas, no te aflijas. No sois perfectos. Lo sabía desde cuando os llamé. Y no pretendo que seáis perfectos rápidamente. Antes deberéis ser transformados de agrestes en delicados, con dos injertos...

-¿Cuáles, Maestro?

-Uno de sangre, otro de fuego. Después seréis héroes del Cielo y convertiréis al mundo, empezando por vosotros.

-¿De sangre? ¿De fuego?

-Sí, Juan. La Sangre: la mía...

-¡No, Jesús!

Juan le interrumpe con un gemido.

-Serénate, amigo. No me interrumpas. Sé tú el primero en escuchar estas verdades. Lo mereces. La Sangre: la mía. Ya sabes que para esto he venido. Soy el Redentor... Piensa en los Profetas. No omitieron ni una iota describiendo mi misión. Seré el Hombre descrito por Isaías. Y, cuando me desangren, mi Sangre os fecundará a vosotros. Pero no me limitaré a esto. Sois tan imperfectos, débiles, obtusos y miedosos, que Yo, glorioso al lado del Padre, os enviaré el Fuego, la Fuerza que procede de mi ser por generación del Padre y que vincula al Padre y al Hijo en una arra indisoluble, haciendo de Uno, Tres: el *Pensamiento,* la *Sangre,* el *Amor.* Cuando el Espíritu de Dios, o mejor, el Espíritu del Espíritu de Dios, la Perfección de las Perfecciones divinas, descienda sobre vosotros, vosotros dejaréis de ser lo que ahora sois. Seréis nuevos, potentes, santos... Pero para uno nula será la Sangre y nulo el Fuego. Porque la Sangre, para él, significará poder de condenación, y para toda la eternidad conocerá otro fuego, en el cual arderá, arrojando y tragando sangre, porque verá sangre en todos los lugares donde ponga sus ojos mortales o sus ojos espirituales, desde cuando haya traicionado la Sangre de un Dios.

-¡Oh, Maestro! ¿Quién es?

-Lo sabrás un día. Ahora ignora. Y, por la caridad, no trates ni siquiera de indagar. La averiguación presupone sospecha. No debes sospechar de tus hermanos, porque la sospecha es ya falta de caridad.

-Me basta con que me asegures que no seremos ni yo ni Santiago los que te traicionemos.

-¡No, tú no! Y tampoco Santiago. ¡Tú eres mi consuelo, Juan bueno! - y Jesús le pone un brazo encima de los hombros y lo arrima hacia sí, y prosiguen así unidos.

Van en silencio un rato. También los demás ahora guardan silencio. Se oyen sólo las pisaduras sobre el lodo.

Luego, otro ruido. Es un susurro, un gorgoteo: me asemeja al pesado ronquido de una persona acatarrada. Un ronquido monótono, interrumpido de vez en cuando por pequeños chasquidos.

-¿Oyes? - dice Jesús - El río está cerca.

-Pero al vado no llegaremos antes de la noche. Dentro de poco empezará a oscurecer.

-Dormiremos en alguna cabaña. Y mañana pasaremos. Hubiera querido llegar antes, porque cada hora que pasa se engrosa más el río. ¿Oyes? Los cañizares de las orillas se rompen bajo el peso de las aguas crecidas.

-¡Te han entretenido mucho en las ciudades de la Decápolis! Nosotros se lo decíamos a aquellos enfermos: "¡Otra vez será!" pero...

-Pero quien está enfermo quiere curarse, Juan. Y quien tiene piedad cura inmediatamente, Juan. No importa. Pasaremos de todas formas. Quiero recorrer la otra orilla antes de volver a Jerusalén para Pentecostés.

Callan de nuevo. Cae la tarde con la rapidez de las tardes lluviosas. La marcha, en el crepúsculo cada vez más oscuro, se hace aún más difícil. Y los árboles que hay a lo largo del camino aumentan la oscuridad con su follaje.

-Vamos a pasar a la otra margen del camino. Ya estamos muy cerca del vado. Vamos a buscar una cabaña.

Cruzan. Los demás los siguen. Salvan un pequeño canal cenagoso - más cieno que agua - que va a afluir, burbujeando, al río. Casi a tientas pasan entre los árboles, y se dirigen hacia el río, cuyo rumor se oye cada vez más cercano y fuerte.

Un primer rayo de luna perfora las nubes, penetra entre dos nubes y baja haciendo brillar el agua limosa del Jordán, que está muy engrosado y ancho en ese punto. (Si calculo bien, el río tiene una anchura de cincuenta o sesenta metros. Soy una verdadera calamidad en cuestión de cálculo de medidas, pero creo que mi casa cabría en ese cauce, al menos, nueve o diez veces, y tenía una anchura de aproximadamente cinco metros y medio).

Ahora no es el hermoso, calmo y azul Jordán, de aguas pacíficas y bajas que dejan al descubierto la fina arena del guijarral en las orillas, donde empiezan los cañizares, que siempre son un temblor sonoro. Ahora el agua ha invadido toda, y los primeros cañizares, combados, rotos y sumergidos, ya no se ven; todo lo más, alguna cinta de las hojas ondea en la superficie del agua y parece hacer un gesto de adiós y pedir ayuda. E1 agua está ya al pie de los primeros árboles gruesos. No sé qué árboles son. Son altos y frondosos, compactos como una muralla, oscura en la noche oscura. Algún sauce hunde las cimas de sus desordenadas frondas en el agua amarillenta.

-Por aquí ya no se puede vadear - dice Pedro.

-Por aquí no. ¿Pero allí? ¿Ves? Se pasa todavía - dice Andrés.

Efectivamente, dos cuadrúpedos están pasando con cautela e1 río. El agua toca el vientre de los animales.

Si pasan ellos, pasan también las barcas.

-Pero es mejor pasar enseguida, aunque ya sea de noche. Hay menos nubes, y hay luna. No dejemos pasar este momento. Vamos a buscar si hay una barca...

Y Pedro lanza tres veces un largo y lamentoso “¡0... eh!”

Ninguna respuesta.

Vamos abajo, al pie del vado. Melquías con sus hijos debe estar. Es el mejor período del año para él. Nos pasará.

Andan lo más deprisa que pueden por el senderillo que, casi lamido por el río, lo bordea.

-¿Pero aquélla no es una mujer? - dice Jesús, mirando a los dos que ya han cruzado el río con los caballos y que ahora están parados en el sendero.

-¿Una mujer?

Pedro y los demás no ven ni distinguen si es hombre o mujer el bulto oscuro que ha bajado del caballo y está esperando.

-Sí. Es una mujer. Es... es María. Mirad, ahora que cae bajo el rayo de la luna.

-¡Dichoso Tú que ves! ¡Dichosos tus ojos!

-María es. ¿Qué querrá? - y Jesús grita: « ¡María!».

-¡Rabbuní! ¿Eres Tú? ¡Gloria a Dios, que te he encontrado! - y María corre como una gacela hacia Jesús. No me explico cómo no tropieza en el accidentado sendero. Ha dejado caer un primer manto grande y grueso, y ahora viene con su velo y un manto más ligero arrollado al cuerpo encima de una túnica oscura.

Cuando llega donde Jesús, se arroja a sus pies sin tener en cuenta el barro. Jadea, pero se la ve feliz. Repite:

-¡Gloria a Dios, que me ha hecho encontrarte!

-¿Por qué, María? ¿Qué sucede? ¿No estabas en Betania?

-Estaba en Betania con tu Madre y las mujeres, como habías dicho... Pero he venido a tu encuentro... Lázaro no podía porque sufre mucho... Entonces he venido yo con el doméstico...

-¡Tú salir de casa sola con un muchacho y con este tiempo!

-¡Rabbuní, no irás a decirme que piensas que tengo miedo! No he tenido miedo de hacer tanto mal... no lo tengo ahora de hacer el bien.

-¿Y bien? ¿Para qué has venido?

-Para decirte que no pases... En la otra parte te esperan con intención de hacerte daño... Lo he sabido... Lo he sabido de un herodiano que hace tiempo... que hace tiempo me amaba... No sé si lo habrá dicho por amor, todavía, o por odio... Sé que anteayer me vio a través de la cancilla y me dijo: "María necia, ¿estás esperando a tu Maestro? Haces bien, porque será la última vez, porque en cuanto pase y venga a Judea le echan mano. Míralo bien y luego huye, porque no es prudente estar cerca de Él ahora...". Entonces... te puedes imaginar con qué coraje... he indagado... Como sabes... he conocido a muchos... y, aunque quizás llamándome loca y... poseída, todavía me hablan... He sabido que es verdad. Entonces he tomado dos caballos y he venido, sin decir nada a tu Madre... para no causarle dolor. Regresa..., vuélvete inmediatamente, Maestro. Si saben que estás aquí, pasado el Jordán, vienen. Y estás ya demasiado cerca de Maqueronte. ¡Vete, vete por piedad, vete por piedad, Maestro!...

-No llores, María...

-¡Tengo miedo, Maestro!

-¡No! ¿Miedo tú, tan valiente que has pasado el río crecido y de noche?..,

-Pero esto es un río y ésos son hombres enemigos tuyos y que te odian... Tengo miedo del odio a ti... Porque te quiero, Maestro.

-No temas. No me prenderán aún. No es mi hora. Aunque pusieran a lo largo de todos los caminos formaciones y más formaciones de soldados, no me prenderían. No es mi hora. Pero seguiré tu deseo. Regresaré...

Judas barbota unas palabras entre dientes. Jesús responde:

-Sí, Judas. Es exactamente como dices. Exactamente en la primera mitad de tu frase. Hago caso de ésta; sí, hago caso de ella. Pero no porque sea mujer, como insinúas, sino porque es la que ha recorrido más camino de amor. María, vuelve a casa mientras puedas hacerlo. Yo regreso. Pasaré... por donde pueda, y me iré a Galilea. Ven con mi Madre y las otras a Caná, a casa de Susana. Allí os daré instrucciones. Ve en paz, bendita. Dios está contigo.

Jesús le pone la mano en la cabeza, bendiciéndola así. María toma las manos de Cristo y las besa, luego se levanta y se vuelve. Jesús la mira mientras se marcha. La mira mientras recoge el grueso manto y se lo pone, mientras va hasta e1 caballo y monta, mientras entra de nuevo en el vado y pasa.

-Y ahora vamos - dice.

-Quería que descansarais, pero no me es posible. Me preocupo de vuestra incolumidad, piense lo que piense Judas en contra. Creedme: si cayerais en manos de mis enemigos sería peor para vuestra salud que el agua y el barro...

Todos bajan la cabeza, porque han comprendido el reproche velado, y dado como respuesta a sus conversaciones de antes.

Caminan, caminan, caminan toda la noche, entre disipaciones de nubes y breves chubascos. A la entrada de una pobrísima aldea, que se extiende junto al río con sus casuchas de barro, los sorprende una aurora cenicienta. El río es un poco menos ancho que en el vado. Hay algunas barcas que han sido arrastradas a la tierra, incluso hasta dentro de la propia aldea, para salvarlas de la crecida.

Pedro lanza su grito: "¡0... eh!"

Sale de un tugurio un hombre vigoroso, aunque anciano.

-¿Qué quieres?

-Barcas para pasar.

-¡Imposible! El río está demasiado crecido... La corriente....

-¡Eh, amigo! ¿A quién se lo estás diciendo? Soy pescador de Galilea.

-Una cosa es el mar... esto es río... no quiero quedarme sin barca. Y además... sólo tengo una, y tú y los que te acompañan sois muchos.

-¡Embustero! ¿Me vas a contar que tienes una barca sólo?

-¡Que se me sequen los ojos si miento, yo...

-Ten cuidado, no sea que se te vayan a secar de verdad. Éste es el Rabí de Galilea, que da ojos a los ciegos y que... puede complacerte secándote los tuyos...

-¡Misericordia! ¡El Rabí! ¡Perdóname, Rabbuní!

-Sí. Pero no vuelvas a mentir. Dios ama a los sinceros. ¿Por qué decir que tienes una barca sólo, cuándo todo el pueblo puede desmentirte? ¡Demasiado humillante es para un hombre la mentira y e1 quedar desenmascarado! ¿Me prestas tus barcas?

-Todas, Maestro.

-¿Cuántas hacen falta, Pedro?

-En tiempos normales son suficientes dos. Pero con el río crecido es más difícil la maniobra y hacen falta tres.

-Tómalas, pescador. Pero, ¿cómo voy a recuperarlas?

-Ven en una. ¿No tienes hijos?

-Tengo un hijo y dos yernos y algunos nietos.

-Dos por cada barca son suficientes para regresar.

-Vamos.

El hombre llama a los otros, y, con la ayuda de Pedro, Andrés, Santiago y Juan, empujan las barcas adentro. La corriente es fuerte y trata de arrastrarlas enseguida corriente abajo. Las cuerdas que sujetan las barcas a los troncos más cercanos están tensas come las de un arco, y crujen por la tensión. Pedro mira. Mira las barcas, el río; mira y menea la cabeza y se alborota con una mano sus cabellos entrecanos; luego lanza una ojeada curiosa a Jesús.

-¿Tienes miedo, Pedro?

-¡Hombre!... casi, casi...

-No temas. Ten fe. Y también tú, hombre. Quien lleva a Dios y a sus enviados no debe temer. Vamos a bajar a las barcas. Yo a la primera.

El dueño de las barcas hace un gesto de resignación. Estará pensando que ha llegado la última hora para sí y para sus parientes; lo mínimo que estará pensando es que va a perder las barcas o que quién sabe dónde van a terminar.

Jesús ya está en la barca. De pie, en la proa. Bajan también los otros, a ésta o a las otras dos barcas. Queda en tierra solamente un viejecito, el ayudante quizás, que vigila las sogas.

-¿Ya?

-Sí, ya.

-¿Preparados los remos?

-Preparados.

-Suelta, tú, de la orilla.

El viejecito desanuda los cabos de la espiga con que formaban nudo cabe el tronco. Las barcas, a medida que van quedando libres, dan un bandazo un poco hacia el sur en la dirección de la corriente.

Pero Jesús tiene la expresión del rostro de cuando obra milagros. No sé lo que le dice al río. Lo que sé es que la corriente casi se para (tiene sólo el movimiento lento del Jordán cuando no está crecido). Las barcas cortan el agua sin esfuerzo; es más, a una velocidad que debe asombrar al dueño de las barcas.

Ya están en la otra parte. Bajan fácilmente; y la corriente, mientras están parados los remos, no intenta arrastrar hacia abajo a las barcas.

-Maestro, veo que eres verdaderamente poderoso - dice el dueño de las barcas. Bendice a tu siervo y acuérdate de mí, que soy un pecador.

-¿Por qué poderoso?

-¿Hombre, te parece poco? ¡Has detenido la corriente impetuosa del Jordán!...

-Josué ya hizo este milagro, y mayor aún, porque desaparecieron las aguas del río, para que pasara el Arca...

-Y tú, hombre, has pasado a la verdadera Arca de Dios - dice Judas con su empaque.

-¡Oh, Dios Altísimo! ¡Sí, lo creo! ¡Tú eres el verdadero Mesías! El Hijo de Dios Altísimo. Voy a decir esto por ciudades y pueblos de la ribera. Voy a decir esto, lo que has hecho, lo que te he visto hacer. ¡Vuelve, Maestro! Mi pobre aldea tiene muchos enfermos. ¡Ven a curarlos!

-Iré. Tú, mientras, predica en mi Nombre la fe y la santidad para ser gratos a Dios. Adiós, hombre. Ve en paz. Y no temas por el regreso.

-No tengo miedo. Si tuviera miedo, te habría pedido que tuvieras compasión de mi vida. Pero creo en ti y en tu bondad y voy a la otra orilla sin pedir nada. Adiós.

Vuelve a subir a la barca. Es el primero en meter la proa en el río. Y marcha seguro y veloz. Toca la orilla.

Jesús, que ha estado parado hasta que lo ha visto en tierra, hace un gesto de bendición. Luego se retira hacia el camino.

El río reemprende su marcha vortiginosa... Y todo termina así.

## 362

## La misión de las "voces" en la Iglesia futura. El encuentro con la Madre y las discípulas.

Están ahora en la otra parte del Jordán y andan ligeros en dirección suroeste, orientados hacia una segunda cadena de montes - más elevada que la primera, formada por bajas colinas - pasada la cual se ve la llanura del Jordán. Por lo que comentan, comprendo que han evitado la llanura para no caer de nuevo en el limo que han dejado en la otra parte, y piensan ir a donde deben siguiendo los caminos internos, mejor mantenidos y más transitables, especialmente en tiempo de lluvia.

-¿A qué altura estaremos? - pregunta Mateo, que se orienta mal.

-Sin duda, entre Silo y Betel. Reconozco los montes - dice Tomás.
-Pasamos hace poco por aquí, con Judas, que en Betel se hospedó donde algunos fariseos.
-Te podían hospedar también a ti. No quisiste venir. Pero ni yo ni ellos te dijimos: "No vengas".
-Yo tampoco digo que me lo dijerais. Digo sólo que preferí quedarme con los discípulos que evangelizaban aquí.
Y el incidente termina. Es más, Andrés manifiesta su alegría:
-Si en Betel tenemos fariseos amigos, no vendrán contra nosotros.
-Pero estamos volviendo, no estamos yendo a Jerusalén - le objetan.
-¡Tendremos que ir en todo caso para la Pascua! Y no sé cómo nos las vamos a ingeniar...
-¡Sí, claro! ¿Por qué ha dicho que vuelve a Caná? Podían volver las mujeres, y nosotros cumplir el peregrinaje...
-¡Está escrito que mi mujer no celebre la Pascua en Jerusalén! - exclama Pedro.
Juan le consulta a Jesús, que está hablando animadamente con el Zelote:
-Maestro, ¿cómo nos las vamos a ingeniar para que nos dé tiempo a ir y volver?
-No lo sé. Me pongo en las manos de Dios. Si nos retrasamos, no será culpa mía.
-Has hecho bien siendo prudente - dice el Zelote.
-¡Por mí habría seguido! Porque no ha llegado todavía mi hora. Esto Yo lo siento.
-Pero, ¿cómo habríais soportado, vosotros, la aventura; vosotros que de un tiempo a esta parte estáis tan... cansados?
-Maestro... tienes razón. Parece como si un demonio hubiera espirado su aliento entre nosotros. ¡Estamos muy cambiados!
-El hombre se cansa. Quiere las cosas rápidas. Y sueña cosas estúpidas. Cuando se percata de que el sueño es distinto de la realidad, se agita y, si no tiene buena voluntad, cede. Olvida que el Omnipotente, que hubiera podido, en un instante, hacer del Caos el Universo, lo hizo en fases ordenadas y separadas en espacios de tiempo que se han llamado días. Yo debo sacar del Caos espiritual de todo un mundo el Reino de Dios. Y lo haré. Construiré sus bases. Ya las estoy construyendo. Y debo quebrar la roca durísima, para labrar dentro de ella los cimientos que no han de derrumbarse. Vosotros levantaréis lentamente los muros. Vuestros sucesores continuarán la obra, en altura y anchura. De la misma manera que Yo moriré en la obra, vosotros también moriréis, y habrá muchos otros que morirán cruenta o incruentamente, consumidos, de todas formas, por este trabajo que requiere espíritu de inmolación, de generosidad, y lágrimas y sangre y paciencia sin medida...
Pedro introduce su cabeza entrecana entre Jesús y Juan. «
-¿Se puede saber qué decís?
-¡Hombre, Simón! Ven aquí. Hablábamos de la futura Iglesia. Estaba explicando que, al contrario de vuestras prisas, cansancios, desánimos, etc. requiere calma, constancia, esfuerzo, confianza. Estaba explicando que requiere el sacrificio de todos sus miembros. Desde mí, que soy su Fundador, su Cabeza mística, hasta vosotros, hasta todos los discípulos, hasta todos aquellos que lleven el nombre de cristianos y el de pertenecientes a la Iglesia universal. Y, en verdad, los que harán verdaderamente vital a la Iglesia, no pocas veces, serán los más humildes de la gran escala de las jerarquías, es decir, aquellos que parezcan simplemente "números". Verdaderamente, no pocas veces tendré que refugiarme en éstos para seguir manteniendo viva la fe y la fuerza de los colegios apostólicos que se renovarán siempre; y tendré que hacer de estos apóstoles personas atormentadas por Satanás y por los hombres envidiosos, soberbios e incrédulos. Y su martirio moral no será menos penoso que el martirio material: sí, se verán entre la voluntad activa de Dios, y la voluntad mala del hombre, instrumento de Satanás, que tratará con todas las artes y violencias de presentarlos embusteros, locos, obsesos, para paralizar mi obra en ellos y los frutos de mi obra, cada uno de los cuales es un golpe victorioso contra la Bestia.
-¿Y resistirán?
-Resistirán. Incluso sin tenerme materialmente a su lado. Deberán creer no sólo en lo que se debe creer, sino también en su secreta misión; creerla santa, creerla útil, creerla proveniente de mí. Y, mientras, en torno a ellos, Satanás, sibilante, tratará de aterrorizarlos, y el mundo gritará para escarnecerlos, y gritarán los no siempre perfectamente luminosos ministros de Dios para condenarlos. Éste es el destino de mis futuras voces. Y, con todo, no tendré otro modo de hacer reaccionar a los hombres y llevarlos al Evangelio y a Cristo. Ahora bien, como contrapartida de todo lo que les pida y les imponga y de todo lo que reciba de ellos, ¡oh, les daré eterno gozo, una gloria especial! En el Cielo hay un libro cerrado. Sólo Dios puede leerlo. En él están todas las verdades. Pero Dios alguna vez quita los sellos y despierta las verdades ya dichas a los hombres, y constriñe a un hombre, elegido para tal destino, a conocer el pasado, presente y futuro como están contenidos en el libro misterioso. ¿Habéis visto alguna vez a un hijo, el mejor de la familia, o a un alumno, el mejor de la escuela, ser convocados por el padre o el maestro para leer en un libro de adultos y para escuchar la explicación? Está al lado de su padre o de su maestro, abarcado por uno de sus brazos, mientras la otra mano, del padre o maestro, señala con e1 índice los renglones que quiere que lea y conozca el predilecto. Lo mismo hace Dios con sus consagradas para tal destino. Los acerca hacia sí, los tiene cogidos con su brazo, y los fuerza a leer lo que Él quiere, y a saber su significado, y luego a decirlo, y recibir a cambio burlas y dolor. Yo, el Hombre, encabezo la estirpe de los que dicen las Verdades del libro celeste; y recibo burlas, dolor y muerte. Pero el Padre ya prepara mi Gloria. Y Yo, cuando haya subido a ella, prepararé la gloria de aquellos a quienes haya forzado a leer en el libro cerrado los puntos que quería que leyeran, y, en presencia de toda la Humanidad resucitada y de los coros angélicos, los señalaré como lo que fueron, y los invitaré a acercarse; entonces abriré los sellos del Libro que ya será inútil tener cerrado, y ellos sonreirán al verlas de nuevo escritas, al volver a leer las palabras que ya les fueran iluminadas cuando sufrían en la tierra.
-¿Y los otros? - pregunta Juan, que está atentísimo a la lección.
-¿Qué otros?
-Los otros, que como yo no han leído en la tierra aquel libro, ¿no sabrán nunca lo que dice?
-Los bienaventurados en el Cielo, absorbidos en la Sabiduría infinita, sabrán todo.
-¿Inmediatamente? ¿Nada más morir?

-Nada más entrar en la Vida.
-¿Pero entonces por qué en el Ultimo Día vas a hacer ver que los llamas para conocer el Libro?
-Porque no estarán sólo los bienaventurados viendo esto, sino toda la Humanidad. Y muchos, en la parte de los condenados, serán de aquellos que se burlaron de las voces de Dios como de voces de locos y de endemoniados, y los atormentaron por causa de aquel don suyo. Tardía pero obligada revancha concedida a estos mártires del malvado embotamiento del mundo.
-¡Qué bonito será verlo! - exclama Juan arrobado.
-Sí. Y ver a todos los fariseos amolar los dientes de rabia - dice Pedro, y se frota las manos.
-¡Yo creo que miraré sólo a Jesús y a los benditos que lean con Él el Libro!... - responde Juan con una sonrisa de niño en sus labios rojos, soñando con esa hora, perdidos sus ojos en quién sabe qué visión de luz, ahora más brillantes por un acceso de llanto emotivo que no brota pero pone esplendorosos sus iris garzos.
El Zelote lo mira, también Jesús lo mira. Pero Jesús no dice nada. El Zelote, sin embargo, dice:
-¡Te mirarás entonces a ti mismo! Porque si entre nosotros hay uno que será "voz de Dios" en la tierra y será llamada a leer los puntos del Libro sellado, ése eres tú, Juan, predilecto de Jesús y amigo de Dios.
-¡No digas eso! Yo soy el más ignorante de todos. Soy tan negado para todo, que, si Jesús no dijera que de los niños es el Reino de Dios, pensaría que no podría nunca alcanzarlo. ¿No es verdad, Maestro, que yo valgo sólo porque soy semejante a un niño?
-Sí, perteneces a la bienaventurada infancia. ¡Y bendito seas por ello!
Siguen andando todavía un rato; luego Pedro, que mira hacia atrás por el camino de caravanas en que ya se encuentran, exclama:
-¡Misericordiosa Providencia! ¡Aquél es el carro de las mujeres!
Todos se vuelven. Es realmente el pesado carro de Juana. Viene tirado por dos robustos caballos al trote. Se paran para esperarlo. La cubierta de cuero, enteramente echada, impide ver a las personas que vienen dentro del carro. Pero Jesús hace un gesto de que se detenga, y el conductor reacciona con una exclamación de alegría cuando ve a Jesús erguido y con el brazo levantado al borde del camino.
Mientras el hombre para a los dos caballos que venían resoplando, se asoma por la apertura del tendal el rostro flaco de Isaac:
-¡El Maestro! – grita - ¡Madre, alégrate! ¡Está aquí!
Voces de mujeres y confuso rumor de pisadas se producen en el interior del carro; pero antes de que una sola de las mujeres baje, ya han saltado al suelo Manahén, Margziam e Isaac, y corren para venerar al Maestro.
-¿Todavía aquí, Manahén?
-Fiel a la consigna. Y ahora más que nunca, porque las mujeres tenían miedo... Pero... Te hemos obedecido porque se debe obedecer, aunque - créelo - no había nada preocupante. Sé con certeza que Pilatos ha llamado al orden a los turbulentos, diciendo que quienquiera que provoque sediciones en estos días de fiesta será castigado duramente. Creo que no es ajena a esta protección de Pilatos su mujer, y, sobre todo, las damas amigas de su mujer. En la Corte se sabe todo y nada. Pero se sabe lo suficiente... - y Manahén se aparta para ceder el sitio a María, que ha bajado del carro y ha recorrido los pocos metros de camino, trémula y emocionada toda.
Se besan, mientras las discípulas, todas, veneran al Maestro. Pero no están ni María ni Marta de Lázaro.
María susurra:
-¡Cuánta congoja desde aquella noche! ¡Hijo, cómo te odian todos! - y unas lágrimas descienden siguiendo las líneas rojas que son señal en el rostro de muchas otras vertidas esos días.
-Pero ya ves que el Padre provee. ¡Así que no llores! Yo desafío con coraje a todo el odio del mundo. Pero una sola lágrima tuya me abate. ¡Ánimo, Madre santa! - y, teniéndola arrimada contra sí con un brazo, se vuelve hacia las discípulas para saludarlas; y dedica palabras especiales a Juana, que ha querido regresar para acompañar a María.
-¡Maestro, no es ningún esfuerzo estar con tu Madre! María está retenida en Betania por los sufrimientos de su hermano. He venido yo. He dejado los niños a la mujer del guardián del palacio; es una mujer buena y maternal. Y ya está también Cusa. ¡Fíjate Tú si le va a faltar algo a nuestro querido Matías, predilecto de mi marido! Pero también Cusa me dijo que partir era inútil. La medida de contención impuesta por el Procónsul le ha roto las uñas también a Herodías. Y además él, el Tetrarca, tiembla de miedo, y no tiene más que un pensamiento: vigilar para que Herodías no lo destruya ante los ojos de Roma. La muerte de Juan ha echado abajo muchas cosas que estaban a favor de Herodías. Y Herodes siente también, y muy bien, que el pueblo está rebelado contra él por la muerte de Juan. La raposa intuye que el peor castigo sería perder la odiosa y humillante protección de Roma. El pueblo arremetería contra él inmediatamente. Por tanto, no dudes que no hará nada por propia iniciativa.
-¡Entonces volvemos a Jerusalén! Podéis caminar tranquilos respecto a vuestra incolumidad. Vamos. Que las mujeres monten de nuevo en el carro, y con ellas Mateo y quien esté cansado. Descansaremos en Betel. Vamos.
Las mujeres obedecen. Suben con ellas Mateo y Bartolomé. Los otros prefieren seguir al carro a pie junto con Manahén, Isaac y Margziam. Y Manahén cuenta cómo ha hecho las averiguaciones para saber lo que había de verdad en la bravata del herodiano que había extendido un velo de dolor sobre el grupo tranquilo reunido en Betania en casa de Lázaro, «que sufre mucho» (dice Manahén).
-¿Ha ido una mujer a Betania?
-No, Señor. Pero nosotros hace tres días que faltamos de allí. ¿Quién es?
-Una discípula. Se la daré a Elisa, porque es joven, está sola y no tiene medios.

-Elisa está en el palacio de Juana. Quería venir. Pero está muy constipada. Ardía en deseos de verte. Decía: "¿Pero no comprendéis que mi paz está en verlo?"

-Voy a darle también una alegría con esta joven. ¿Y tú, Margziam, no hablas?

-Escucho, Maestro.

-El muchacho escucha y escribe. De uno u otro requiere que le repitamos tus palabras, y escribe, escribe. ¿Pero las habremos dicho bien? - dice Isaac.

-Las miraré Yo y añadiré lo que falte en el trabajo de mi discípulo - dice Jesús acariciando el carrillo morenito de Margziam. Y pregunta: « ¿Y el anciano padre? ¿Lo has visto?».

-¡Sí! No me reconocía. Lloró de alegría. Pero lo veremos en el Templo porque Ismael los envía. Es más, les ha dado más días este año. Tiene miedo de ti.

-¡Claro, mira tú éste! ¡Después de la bromita que le sucedió a Cananías en Sebat! - dice Pedro, y ríe.

-Pero el miedo a Dios no construye; al contrario, destruye. No es amistad. Es sólo una espera que a menudo se transforma en odio. Pero cada uno da lo que puede...

Prosiguen el camino y los pierdo de vista.

## 363

## En Rama, en casa de la hermana de Tomás. Jesús habla sobre la salvación. Apóstrofe a Jerusalén.

Tomás, que iba en la cola de la comitiva hablando con Manahén y Bartolomé, se separa de los compañeros y alcanza al Maestro, que va delante con Margziam e Isaac.

-Maestro, dentro de poco estaremos cerca de Rama. ¿Quieres venir a bendecir al hijo de mi hermana? ¡Ella tiene muchos deseos de verte! Podremos hacer un alto allí. Hay sitio para todos. ¡Dime que sí, Señor!

-Te complaceré, y además con alegría. Mañana entraremos en Jerusalén descansados.

-¡Oh! ¡Entonces me adelanto para avisar! ¿Me dejas ir?

-Ve. Pero recuerda que no soy el amigo mundano. No obligues a los tuyos a un gasto grande. Trátame como "Maestro". ¿Entiendes?

-Sí, mi Señor. Se lo diré a mi familia. ¿Vienes conmigo, Margziam?

-Si Jesús quiere...

-Ve, ve, hijo.

Los otros, que han visto a Tomás y a Margziam marcharse en dirección a Rama, situada un poco a la izquierda del camino que de Samaria, creo, va a Jerusalén, aceleran el paso para preguntar que qué pasa.

-Vamos a casa de la hermana de Tomás. He estado en las casas de todas vuestras familias. Es justo que vaya también a su casa. Lo he mandado adelante por esto.

-Entonces, con tu permiso, hoy me adelanto yo también, para sondear si no hay novedades. Cuando entres por la puerta de Damasco, si hay dificultades, estaré yo. Si no, te veo... ¿dónde, Señor? - dice Manahén.

-En Betania, Manahén. Me dirijo sin demora a casa de Lázaro. Pero dejaré a las mujeres en Jerusalén. Voy solo. Es más, te ruego que después de la pausa de hoy las escoltes a sus casas.

-Como quieras, Señor.

-Avisad al conductor que nos siga hacia Rama.

En efecto, el carro sube lentamente para ir detrás de la comitiva apostólica. Isaac y el Zelote se detienen para esperarlo, mientras todos los demás toman el camino secundario que, con suave desnivel, conduce a la colina, muy baja, sobre la cual está Rama.

Tomás, que no cabe dentro de sí y que aparece aún más rubicundo por la alegría que resplandece en su rostro, está a la entrada del pueblo, esperando. Corre al encuentro de Jesús:

-¡Qué felicidad, Maestro! ¡Está toda mi familia! ¡Mi padre, que tantos deseos tenía de verte, mi madre, mis hermanos! ¡Qué contento estoy!

Y se pone al lado de Jesús, y va tan derecho mientras atraviesa el pueblo, que parece un conquistador en la hora del triunfo.

La casa de la hermana de Tomás está en un cruce situado hacia el este de la ciudad. Es la típica casa acomodada israelita: fachada casi sin ventanas, puerta principal herrada, con su ventanillo; por techo la terraza; los muros del jardín, altos y oscuros - por encima de los cuales sobresalen las copas de los árboles frutales -, que se prolongan por detrás de la casa.

Pero hoy la doméstica no necesita mirar por el ventanillo. La puerta está abierta de par en par. Todos los habitantes de la casa están dispuestos en orden en el atrio. Y continuamente se ven manos adultas alargarse para sujetar a un niño o a una niña del nutrido grupo de los niños, los cuales, agitados, exaltados por el anuncio, rompen continuamente filas y jerarquías, se escabullen y van a la delantera de la familia, a los sitios de honor, donde, en primera fila están los padres de Tomás, y la hermana con su marido.

Pero cuando Jesús llega al umbral de la puerta, no hay quien sujete a los rapazuelos. Parecen una nidada saliendo del nido después de una noche de descanso. Y Jesús recibe el choque de este pelotón gorjeador y primoroso que se abate contra sus rodillas y lo ciñe, y que levanta las caritas en busca de besos y no se separa a pesar de las llamadas maternas o paternas, ni por algún que otro pescozón afectuoso propinado por Tomás para poner orden.

-¡Dejadlos! ¡Dejadlos! ¡Ojalá fuera todo el mundo así! - exclama Jesús, que se ha agachado para complacer a todos estos rapazuelos.

Por fin puede entrar, entre saludos más reverenciales de los adultos. Pero el que me gusta especialmente es el saludo del padre de Tomás, un anciano típicamente judío, al que Jesús invita y ayuda a levantarse, y luego lo besa «en señal de gratitud por la generosidad de haberle dado un apóstol.

-Dios me ha amado más que a ningún otro en Israel, porque mientras todo hebreo tiene un varón, el primogénito, consagrado al Señor, yo tengo dos: el primero y el último; y la consagración del último es incluso mayor, porque, sin ser levita ni sacerdote, hace lo que ni siquiera el Sumo Sacerdote hace: ve constantemente a Dios y acoge sus mandatos - dice con esa voz un poco temblorosa de los ancianos, y aún más trémula por la emoción. Y termina:

-Dime sólo una cosa, para hacer dichosa mi alma. Tú, que no mientes, dime: ¿este hijo mío, por la forma en que te sigue, es digno de servirte y de merecer la Vida eterna?

-Reposa en la paz, padre. Tu Tomás tiene un gran puesto en el corazón de Dios por el modo como vive, y tendrá un gran puesto en el Cielo por la forma como habrá servido a Dios hasta el último respiro.

Tomás boquea como un pez, de la emoción por lo que está oyendo decir.

El anciano levanta sus trémulas manos, mientras dos hilos de llanto se deslizan por las incisiones de las profundas arrugas para perderse entre la barbota patriarcal, y dice:

-Descienda sobre ti la bendición de Jacob; la bendición del patriarca al más justo de sus hijos: "Te bendiga el Omnipotente con las bendiciones del cielo, que está arriba, con las bendiciones del abismo, que abajo yace, con las bendiciones de los pechos y del seno. Las bendiciones de tu padre sobrepujen las de mis padres, y, hasta que no se cumpla el anhelo de los collados eternos, desciendan sobre la cabeza de Tomás, sobre la cabeza del consagrado entre sus hermanos".

Y todos responden:

-¡Así sea!

-Y ahora bendice Tú, Señor, a esta casa, y, sobre todo, a éstos que son sangre de mi sangre - dice el anciano señalando a los niños.

Y Jesús, abriendo los brazos, recita con voz potente la bendición mosaica, y la alarga diciendo:

-Dios, en cuya presencia caminaron vuestros padres, Dios que me nutre desde mi adolescencia hasta hoy, que me ha librado de todo mal, bendiga a estos niños, lleven ellos mi Nombre y los nombres de mis padres y se multipliquen copiosamente sobre la tierra - y termina tomando de los brazos de la madre al último nacido para besarlo en la frente y dice: «Y a ti desciendan, como miel y mantequilla, las virtudes selectas que vivieron en el Justo cuyo nombre te he dado, y lo hagan pingüe cual palma de dorados dátiles, adornado como cedro de regia copa, para los Cielos».

*(La bendición de Jacob está en Génesis 49, 25-26; la sucesiva bendición mosaica está en Números 6, 22-27)*

Todos los presentes están emocionados y extáticos. Pero luego un gorjeo de alegría estalla en todas las bocas y acompaña a Jesús, que entra en la casa y no se detiene hasta llegar al patio, donde hace la presentación de su Madre, de las discípulas, apóstoles y discípulos, a los huéspedes.

Ya no es por la mañana, ni mediodía. El rayo enfermo de un sol que a duras penas orada las desmadejadas nubes de un tiempo que lucha por restablecerse dice que el astro se encamina al ocaso y el día al crepúsculo.

Las mujeres ya no están, y tampoco Isaac y Manahén; Margziam sí, se ha quedado y está feliz al lado de Jesús, que sale de casa y va caminando con los apóstoles y todos los familiares varones de Tomás a ver algunas vides, que al parecer tienen un especial valor. Tanto el anciano como el cuñado de Tomás explican la posición del majuelo y la rareza de las plantas, que por ahora tienen sólo pequeñas y tiernas hojas.

Jesús, benignamente, escucha estas explicaciones, interesándose de podas y escardaduras como de las cosas más útiles del mundo. A1 final dice a Tomás sonriendo:

-¿Debo bendecir esta dote de tu gemela?

-¡Mi Señor! Yo no soy Doras ni Ismael. Sé que tu respiro, tu presencia en un lugar, son ya bendición. Pero si quieres levantar tu diestra sobre estas plantas hazlo, y su fruto ciertamente será santo.

-¿Y abundante, no? ¿Tú que opinas, padre?

-Basta que sea santo. ¡Santo basta! Y lo pisaré y te lo mandaré para la próxima Pascua. Lo usarás en el cáliz del rito.

-Está dicho. Cuento con ello. Quiero, en la próxima Pascua, consumir el vino de un verdadero israelita.

Salen de la viña para volver al pueblo.

La noticia de la presencia en el pueblo de Jesús de Nazaret se ha esparcido, y todos los de Rama están en las calles, y con fervientes ganas de acercarse.

Jesús lo ve y dice a Tomás:

-¿Por qué no vienen? ¿Es que tienen miedo de mí? Diles que los quiero.

¡Tomás no deja que se lo repita dos veces! Va de uno a otro corrillo, tan rápido que parece una mariposa volando de flor en flor. Y los que oyen la invitación tampoco esperan a que se lo digan dos veces. Todos se pasan la voz y, corriendo, van alrededor de Jesús; de forma que, llegados al cruce donde está la casa de Tomás, hay ya una discreta aglomeración de personas que respetuosamente habla con los apóstoles y los familiares de Tomás, preguntando esto o aquello.

Comprendo que Tomás ha trabajado mucho durante los meses de invierno, y mucho de la doctrina evangélica se conoce en el pueblo.

Pero desean una explicación más detallada, y uno, que se ha quedado muy impresionado por la bendición que Jesús ha dado a los niños de la casa que lo hospeda y por cuanto ha dicho de Tomás, pregunta:

-¿Entonces todos serán justos por esta bendición tuya?

-No por la bendición. Por sus acciones. Les he dado la fuerza de la bendición para confirmarlos en sus acciones. Pero son ellos los que tienen que cumplir las acciones, y que éstas sean sólo acciones justas, para conseguir el Cielo. Yo bendigo a todos... pero no todos se salvarán en Israel.

-Es más, se salvarán muy pocos, si siguen como ahora - dice Tomás en tono de queja.

-¿Qué dices?

-La verdad. El que persigue a Cristo y lo calumnia, el que no practica lo que Él enseña, no tendrá parte en su Reino - dice Tomás con su voz fuerte.

Uno le tira de la manga:

-¿Es muy severo? - pregunta, señalando a Jesús.

-¡Lo contrario, demasiado bueno!

-¿Yo? ¿Tú que opinas, que me salvaré? No estoy entre los discípulos. Pero tú sabes cómo soy y cómo he creído siempre en lo que me decías. Más no sé hacer. ¿Qué tengo que hacer, exactamente, para salvarme, además de lo que ya hago?

-Pregúntaselo a Él. Tendrá mano más suave que la mía, y juicio más justo.

El hombre avanza hacia Jesús y dice:

-Maestro, yo observo la Ley, y, desde que Tomás me repitió tus palabras, trato de ser todavía más observante. Pero soy poco generoso. Hago lo que no tengo más remedio que hacer. Me abstengo de hacer lo que no está bien porque tengo miedo del Infierno. Pero estoy apegado a mis comodidades, y... lo confieso, me las ingenio mucho para hacer las cosas sin pecar pero tampoco incomodándome demasiado a mí mismo. ¿Con esta forma de actuar me salvaré?

-Te salvarás. Pero, ¿por qué ser avaro con el buen Dios, que tan generoso es contigo? ¿Por qué pretender para uno mismo sólo la salvación, a duras penas arrebatada, y no la gran santidad que produce inmediatamente eterna paz? ¡Ánimo, hombre! ¡Sé generoso con tu alma!

El hombre dice humildemente:

-Lo pensaré, Señor. Lo pensaré. Siento que tienes razón, y que perjudico a mi alma obligándola a una larga expiación antes de conseguir la paz.

-¡Eso es! Este pensamiento ya es un comienzo de perfeccionamiento.

Otro de Rama pregunta:

-¿Señor, son pocos los que se salvan?

-Si el hombre supiera vivir con respeto hacia sí mismo y amor reverencial a Dios, todos los hombres se salvarían, como Dios desea. Pero el hombre no actúa así. Como un necio, se entretiene con el simulacro, en vez de coger el oro verdadero. Sed generosos en vuestro deseo del Bien. ¿Os cuesta? En eso está el mérito. Esforzaos en entrar por la puerta estrecha. La otra, bien ancha y engalanada, es una seducción de Satanás para descaminaros. La del Cielo es estrecha, baja, austera, adusta. Para pasar por ella hay que ser ágiles y ligeros y no estar apegados a la pompa ni a la materialidad. Para poder pasar hay que ser espirituales. Si no, cuando llegue la hora de la muerte, no lograréis cruzarla. En verdad, se verá a muchos que tratarán de entrar, pero tan engrosados de materialidad, tan engalanados de pompas humanas, tan endurecidos por una costra de pecado, tan incapaces de agacharse a causa de la soberbia que ya es su esqueleto, que no lo lograrán. Irá entonces el Amo del Reino para cerrar la puerta, y los que estén afuera, los que no hayan podido entrar en el debido momento, desde fuera, llamarán a la puerta gritando: "¡Señor, ábrenos! ¡Estamos también nosotros aquí!". Pero Él dirá: "En verdad os digo que no os conozco, ni sé de dónde venís". Y ellos: "¿Cómo es posible? ¿No te acuerdas de nosotros? Hemos comido y bebido contigo, te hemos escuchado cuando enseñabas en nuestras plazas". Pero Él responderá: "En verdad no os reconozco. Cuanto más os miro, más os veo saciados de aquellas cosas que declaré alimento impuro. En verdad, cuanto más os escruto, más veo que no sois de mi familia. En verdad, veo ahora de quién sois hijos y súbditos: del Otro. Tenéis por padre a Satanás, por madre la Carne, por nodriza la Soberbia, por siervo el Odio, por tesoro tenéis el pecado y vuestras gemas son los vicios. En vuestro corazón está escrito "Egoísmo". Vuestras manos están manchadas de fraudes contra los hermanos. ¡Fuera de aquí! ¡Lejos de mí todos vosotros obradores de iniquidad!". Y entonces, mientras que Abraham, Isaac, Jacob y todos los profetas y justos del Reino de Dios se presentarán viniendo de lo profundo del Cielo fúlgidos de gloria, ellos, los que no tuvieron amor sino egoísmo, no sacrificio sino molicie, serán arrojados lejos, recluidos en el lugar donde el llanto es eterno y no hay sino terror. Y los resucitados gloriosos, venidos de oriente y occidente, de septentrión y mediodía, se congregarán a la mesa nupcial del Cordero, Rey del Reino de Dios. Entonces se verá que muchos que parecieron "mínimos" en el ejército de la tierra serán los primeros en la ciudadanía del Reino. Y, de la misma forma, verán que no todos los poderosos de Israel serán poderosos en el Cielo, ni todos los que Cristo eligiera para el destino de siervos suyos habrán sabido merecer la elección para la mesa nupcial. Antes al contrario, verán que muchos, considerados "los primeros", serán no sólo los últimos, sino que no serán ni siquiera últimos. Porque muchos son los llamados, mas pocos los que de la elección saben hacerse una verdadera gloria.

Mientras Jesús está hablando, al improviso llegan unos fariseos. Forman parte de un peregrinaje que se dirige a Jerusalén, o que viene, en busca de alojamiento, de una Jerusalén saturada. Ven la concentración de gente y se acercan para ver. Pronto descubren la rubia cabeza de Jesús resplandeciente contra el fondo oscuro de la casa de Tomás.

-¡Dejad paso, que queremos decir unas palabras al Nazareno! - irrumpen gritando.

Sin ningún entusiasmo se separa la gente. Los apóstoles ven venir hacia ellos al grupo farisaico.

-¡Maestro, paz a ti!

-La paz a vosotros. ¿Qué queréis?

-¿Vas a Jerusalén?

-Como todo fiel israelita.

-¡No vayas! Te espera un peligro allí. Lo sabemos porque venimos de allá al encuentro de nuestras familias. Hemos venido a advertirte, porque hemos sabido que estabas en Rama.

-¿Quién os lo ha dicho, si es lícito preguntarlo? - dice Pedro, escamado y dispuesto a empezar una discusión.

-No es asunto de tu incumbencia, hombre. Basta con que sepas, tú que nos llamas serpientes, que hay muchas serpientes cerca del Maestro, y que deberías desconfiar de los demasiados, y de los *demasiado poderosos,* discípulos.

-¿Cómo dices? ¿No querrás insinuar que Manahén o...

-Silencio, Pedro. Y tú, fariseo, has de saber que ningún peligro puede apartar de su deber a un fiel. Si se pierde la vida, no pasa nada. Lo grave es perder la propia alma contraviniendo a la Ley. Pero tú lo sabes, y sabes que Yo lo sé. ¿Por qué, entonces, me tientas? ¿No sabes, acaso, que sé por qué lo haces?

-No te tiento. Te digo la verdad. Muchos de nosotros serán enemigos tuyos, pero no todos. Nosotros no te odiamos. Sabemos que Herodes te busca, y te decimos: márchate. Márchate de aquí, porque si Herodes te captura te mata seguro. Lo está deseando.

-Lo está deseando, pero no lo hará. Esto lo sé Yo. ¿Y sabéis lo que os digo?: id a decirle a esa vieja raposa que la persona que él busca está en Jerusalén. Pues vengo expulsando demonios y obrando curaciones, sin esconderme. Y lo seguiré haciendo hoy, mañana y pasado mañana, mientras dure mi tiempo. Y es que es necesario que siga caminando hasta tocar el final. Y es necesario que hoy y luego otra vez, y otra, y otra más, entre en Jerusalén; porque no es posible que mi camino se detenga antes. Y debe cumplirse en justicia, o sea, en Jerusalén.

-El Bautista murió en otro lugar.

-Murió en santidad, y santidad quiere decir: `Jerusalén". Porque, si bien ahora Jerusalén quiere decir "Pecado", ello se refiere sólo a lo que sólo es terrestre y pronto perecerá. Yo me refiero a lo eterno y espiritual, o sea, a la Jerusalén de los Cielos. En ella, en su santidad, mueren todos los justos y los profetas. En ella moriré Yo, e inútil es vuestro deseo de inducirme al pecado. Y moriré, además, entre las colinas de Jerusalén; pero no por mano de Herodes, sino por voluntad de quien me odia más refinadamente que él, porque ve en mí al usurpador del Sacerdocio apetecido, al purificador de Israel, de todas las enfermedades que lo corrompen. No le carguéis, pues, a Herodes todo el afán de matar; tomad, más bien, cada uno vuestra parte... en efecto, el Cordero está encima de un monte al que suben por todas partes lobos y chacales, para degollarlo y...

Los fariseos huyen bajo la granizada de estas verdades que queman...

Jesús los mira mientras huyen. Luego se vuelve hacia mediodía, hacia un claror más luminoso, que quizás indica la zona de Jerusalén, y, con tristeza, dice:

-¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a tus profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como reúne el ave en el nido a sus pequeñuelos bajo sus alas, y tú no has querido! Pues bien, tu verdadero Amo dejará desierta tu Casa. Él vendrá, hará - como establece el rito - lo que deben hacer el primero y el último de Israel, y luego se marchará. Ya no permanecerá dentro de tu recinto, para purificarte con su presencia. Y te aseguro que ni tú ni tus habitantes me volveréis a ver, *en mi verdadera figura,* hasta que llegue el día en que digáis: "Bendito el que viene en nombre del Señor"... Y vosotros de Rama recordad estas palabras, y todas las otras, para no tener parte en el castigo de Dios. Sed fieles... Podéis marcharos. La paz sea con vosotros.

Y Jesús se retira a la casa de Tomás con todos los familiares de éste y con sus apóstoles.

## 364

## En el Templo. Oración universal y parábola del hijo verdadero y los hijos bastardos.

Dice Jesús:

-Levántate, María. Vamos a santificar el día con una página del Evangelio. Porque mi Palabra es santificación. Ve, María. Porque ver los días terrenos de Cristo es santificación. Escribe, María. Porque escribir acerca de Cristo es santificación, repetir lo que dice Jesús es santificación, predicar a Jesús es santificación, instruir a los hermanos es santificación. Grande será tu recompensa por esta obra de caridad.

Jesús ha dejado Rama y ya está a la vista de Jerusalén. Mientras anda - como el año pasado - va cantando los salmos prescritos. Muchos, en la vía llena de gente, se vuelven para mirar al grupo apostólico que pasa. Quién saluda con reverencia; quién se limita a echar una ojeada curiosa (éstas son por lo general las mujeres), sonriendo respetuosamente; quién se limita a observar; quién dibuja en sus labios una sonrisita irónica y desdeñosa; quién, en fin, pasa altivo y con evidente malevolencia. Jesús va tranquilo, vestido con una túnica limpia y buena. También Él, como todos, se ha cambiado, para entrar con orden y, diría, con elegancia, en la ciudad santa.

Y también Margziam este año está a la altura de las circunstancias con su ropa nueva. Camina al lado de Jesús, cantando a pleno pulmón, con esa voz suya que la verdad es que es un poquillo áspera porque no es todavía viril. Pero su tono imperfecto se pierde en el coro, lleno, de las voces de sus compañeros, emergiendo sólo, límpido como tintín de plata, en los agudos que emite todavía con voz blanca y segura. Está feliz Margziam...

En un intervalo de los cantos - ya a la vista de la Puerta de Damasco, porque entran por allí para ir inmediatamente al Templo -, mientras esperan a que pase una pomposa caravana que ocupa toda la vía y crea obstrucciones (de forma que los prudentes se detienen en los márgenes), Margziam pregunta:

-Señor mío, ¿no vas a decir otra parábola bonita para tu hijo lejano? Querría unirla a los otros escritos que tengo; porque está claro que en Betania vamos a encontrar a sus enviados y sus noticias. Y me consume el deseo de darle una alegría, según le prometí y su corazón y el mío queremos...

-Sí, hijo mío. Te daré la parábola.

-Pero una que lo consuele, que le diga que sigue siendo tu amado...

-Así lo diré. Y será para mí alegría porque será decir una verdad.

-¿Cuándo la vas a decir, Señor?

-Inmediatamente. Vamos a ir enseguida al Templo, como es deber, y allí hablaré antes de que se me impida hacerlo.

-¿Y vas a hablar para él?

-Sí, hijo mío.

-¡Gracias, Señor! Debe ser muy doloroso el estar separado así... - dice Margziam, que tiene casi un brillo de llanto en sus ojos negros. Jesús le pone la mano encima del pelo y se vuelve para indicar a los doce que se acerquen y así reemprender la marcha. Y es que los doce se habían detenido a oír lo que decían algunos, no sé si creyentes en el Maestro o deseosos de conocerlo, que a su vez se habían parado por la misma causa que había detenido a Jesús y a los suyos.

-Ya vamos, Maestro. Estábamos escuchando a éstos. Algunos de ellos son prosélitos que vienen de lejos y preguntaban que dónde podrían acercarse a conocerte - dice Pedro yendo.

-¿Por qué motivo lo desean?

Y Pedro, ya al lado de Jesús - que está reanudando la marcha - dice:

-Porque quieren oír tu palabra, y para ser curados de algunas enfermedades. ¿Ves ese carro cubierto, después de ellos? Dentro hay prosélitos de la Diáspora que han venido por mar o con un largo viaje, movidos a realizarlo además de por el respeto a la Ley por la fe en ti. Los hay de Éfeso, Perge e Iconio, y hay uno, pobre, de Filadelfia, al que han acogido en el carro por piedad los otros, que son mercantes ricos por lo general, pensando propiciarse al Señor.

-Margziam, ve a decirles que me sigan al Templo. Tendrán lo uno y lo otro: salud del alma, con la palabra, y salud para los cuerpos si saben tener fe.

El jovencito va ligero. Pero de los doce se eleva un coro de desaprobación por "la imprudencia" de Jesús, que quiere mostrarse públicamente en el Templo...

-Vamos a propósito, para que vean que no tengo miedo. Para que vean que ninguna amenaza me puede hacer desobedecer al precepto. ¿Pero es que no habéis entendido todavía su juego? Todas estas amenazas, todos estos consejos, amigables sólo en apariencia, tienen la pretensión de hacerme pecar, para poder disponer de un elemento verdadero de acusación. No seáis cobardes. Tened fe. No es mi hora.

-¿Pero por qué no vas antes a tranquilizar a tu Madre? Te espera... - dice Judas Iscariote.

-No. Primero voy al Templo, que, hasta el momento señalado por el Eterno para la nueva época, es la Casa de Dios. Mi Madre, esperándome, sufrirá menos de lo que sufriría sabiendo que estoy predicando en el Templo. De esta forma, honraré al Padre y a la Madre, dándole al Primero la primicia de mis horas pascuales, y a la segunda la tranquilidad. Vamos. No temáis. Por lo demás, quien tenga miedo que vaya al Getsemaní, a incubar su miedo entre las mujeres.

Los apóstoles, con la pulla de esta última observación, no hablan más. Se ponen de nuevo en fila, de tres en tres. Sólo en la fila donde está Jesús, la primera, son cuatro, hasta que llega Margziam y la hace de cinco (tanto que Judas Tadeo y el Zelote se ponen detrás de Jesús, dejándolo así en el centro entre Pedro y Margziam).

En la Puerta de Damasco ven a Manahén.

-Señor, he pensado que era mejor que me vieran, para disolver toda posible duda sobre la situación. Te aseguro que, aparte de la malevolencia de los fariseos y escribas, no hay nada que sea peligroso para ti. Puedes ir seguro.

-Lo sabía, Manahén. De todas formas, te lo agradezco. Ven conmigo al Templo, si no te es molestia...

-¿Molestia? ¡Por ti desafiaría al mundo entero! ¡Afrontaría cualquier fatiga!

Judas Iscariote barbota algunas palabras. Manahén se vuelve ofendido. Dice con voz segura:

-No, hombre. No son "palabras". Le ruego al Maestro que compruebe mi sinceridad.

-No hace falta, Manahén. Vamos.

Siguen adelante entre el atasco de gente. Llegados a una casa amiga, se liberan de los talegos; Santiago, Juan y Andrés los depositan por todos en un atrio largo y oscuro, y luego dan alcance a sus compañeros.

Entran en el recinto del Templo pasando cerca de la Antonia. Los soldados romanos miran, pero no se mueven. Se susurran algunas cosas. Jesús los observa, para ver si hay alguno que conozca. Pero no ve ni a Quintiliano ni al mílite Alejandro.

Ya están en el Templo, en medio del hormigueo de gente, poco sagrado, de los primeros patios, donde hay mercaderes y cambistas. Jesús mira y vibra. Se pone pálido. Su andadura severa es tan solemne, que parece aumentar más todavía de estatura.

Judas Iscariote lo tienta:

-¿Por qué no repites aquel gesto santo? Ya ves... lo han olvidado... De nuevo la profanación ha entrado en la Casa de Dios. ¿No te duele? ¿No te lanzas a defender?

Este rostro moreno y bello, pero irónico y falso (a pesar de todas las artes de Judas para que no aparezca así), toma un aspecto incluso zorruno mientras, un poco agachado, como por reverencial respeto, dice estas palabras a Jesús, escrutándolo de abajo arriba.

-No es la hora. Pero todo eso será purificado. ¡Y para siempre!.. - dice secamente Jesús.

Judas sonríe ligeramente y comenta:

-¡El "para siempre" de los hombres! ¡Ya ves, Maestro, que es muy precario!...

Jesús no le responde, pues trata de saludar desde lejos a José de Arimatea, que pasa seguido por otras personas, envuelto en sus vistosos indumentos.

Recitan las oraciones rituales y luego regresan al Patio de los Gentiles, bajo cuyos pórticos se agolpa la gente.

Los prosélitos a los que habían encontrado viniendo al Templo han seguido todo este tiempo a Jesús. Han traído con ellos a sus enfermos y ahora los están colocando a la sombra, debajo de los pórticos, cerca del Maestro. Sus mujeres, que los han esperado aquí, se acercan muy despacio. Todas veladas. Pero una está ya sentada, quizás por estar enferma, y las

compañeras la llevan al lado de los otros enfermos. Más gente se agolpa alrededor de Jesús. Veo estupor y desorientación en los grupos rabínicos y sacerdotales por la abierta venida y la abierta predicación de Jesús.

-¡La paz sea con todos vosotros que escucháis!

La Pascua Santa trae de nuevo a los hijos fieles a la Casa del Padre. Parece, esta Pascua bendita nuestra, una madre que piensa solícita en el bien de sus hijos, que los llama con fuerte voz para que vengan de todas partes, aplazando todas las ocupaciones por una más importante, la única que es verdaderamente grande y útil: honrar al Señor y Padre. En esto se comprende que somos hermanos; de esto, con testimonio delicado, surge el orden y el compromiso de amar al prójimo como a uno mismo. ¿No nos hemos visto nunca? ¿No sabíamos los unos de los otros? Así es. Pero, si estamos aquí, porque somos hijos de un único Padre que quiere congregarnos en su Casa para el banquete pascual, entonces, aunque no sea con los sentidos materiales, sí ciertamente con la parte superior, sentimos que somos iguales, hermanos, provenientes de Uno solo, y nos amamos, por tanto, como si hubiéramos crecido juntos. Y esta unión de amor nuestra es anticipación de la otra, más perfecta, de que gozaremos en el Reino de los Cielos, bajo la mirada de Dios, abrazados todos por su Amor: Yo, Hijo de Dios y del hombre, con vosotros, hombres hijos de Dios; Yo, Primogénito, con vosotros, hermanos amados sobre toda humana medida, hasta hacerme Cordero por los pecados de los hombres.

Recordemos también, nosotros que gozamos en el momento presente de nuestra fraterna unión en la Casa del Padre, a los que están lejos y también son hermanos nuestros en el Señor y en el origen. Tengámoslos en nuestro corazón. Llevemos en nuestro corazón ante el altar santo a los ausentes. Oremos por ellos, recogiendo con el espíritu sus lejanas voces, sus añoranzas de estar aquí, sus anhelos. Y, de la misma forma que recogemos estos conscientes anhelos de los israelitas lejanos, recojamos también los de las almas que pertenecen a hombres que no saben siquiera que tienen un alma y que son hijos de Uno solo. Todas las almas del mundo gritan en las prisiones de los cuerpos hacia el Altísimo. Alzan, en oscura cárcel, su gemido hacia la Luz. Nosotros, que estamos en la luz de la fe verdadera, tengamos misericordia de ellos. Oremos así:

Padre nuestro que estás en los Cielos, sea santificado por toda la humanidad tu Nombre. Conocer tu Nombre es encaminarse hacia la santidad. Haz, Padre santo, que los gentiles y paganos conozcan tu existencia, y que vengan a Dios, a ti, Padre, guiados por la Estrella de Jacob, por la Estrella de la Mañana, por el Rey y Redentor de la estirpe de David, por tu Ungido, ya ofrecido y consagrado para ser Víctima por los pecados del mundo; que vengan como los tres sabios de entonces, de un tiempo ya lejano pero no inoperante, porque nada de lo que tiene algo que ver con la venida de la Redención al mundo es inoperante.

Venga tu Reino a todos los lugares de la tierra: donde se te conoce y ama, y donde aún no se te conoce; y, sobre todo, a los que son triplemente pecadores, los cuales, aun conociéndote, no te aman en tus obras y manifestaciones de luz, y tratan de rechazar y apagar la Luz que ha venido al mundo, porque son almas de tinieblas, que prefieren las obras de tinieblas, y no saben que querer apagar la Luz del mundo es ofenderte a ti mismo, porque Tú eres Luz santísima y Padre de todas las luces, comenzando por la que se ha hecho Carne y Palabra para traer tu luz a todos los corazones de buena voluntad.

Padre santísimo, que todos los corazones de este mundo hagan tu voluntad, es decir, que se salven todos los corazones y no quede para ninguno sin fruto el sacrificio de la Gran Víctima; porque ésta es tu voluntad: que el hombre se salve y goce de ti, Padre santo, después del perdón que está para ser otorgado.

Danos tu ayuda, Señor: *todas* tus ayudas. Ayuda a todos los que esperan, a los que no saben esperar, a los pecadores con el arrepentimiento que salva, a los paganos con la herida de tu llamada que estremece; ayuda a los infelices, a los reclusos, a los desterrados, a los enfermos en el cuerpo o en el espíritu, a todos, Tú que eres el Todo; porque el tiempo de la Misericordia ha llegado.

Perdona, Padre bueno, los pecados de tus hijos. Los de tu pueblo, que son los más graves, los de los culpables de querer estar en el error, mientras que tu amor de predilección ha dado la Luz precisamente a este pueblo. Perdona a los que están afeados por un paganismo corrompido que enseña el vicio, y se hunden en la idolatría de este paganismo pesado y mefítico, mientras que entre ellos hay almas preciadas y que Tú amas porque las has creado. Nosotros perdonamos, Yo el primero, para que Tú puedas perdonar. E invocamos tu protección sobre la debilidad de las criaturas para que libres del Principio del Mal, del cual vienen todos los delitos, idolatrías, culpas, tentaciones y errores, a tus criaturas. Líbralas, Señor, del Príncipe horrendo, para que puedan acercarse a la Luz eterna.

La gente ha seguido atenta esta solemne oración. Se han acercado rabíes famosos, entre los cuales, sujetándose pensativo el barbado mentón, está Gamaliel... Y se ha acercado también un grupo de mujeres, enteramente envueltas en mantos, con una especie de capucha que oculta sus rostros. Y los rabíes se han acercado con desprecio... Y también han venido, reclamados por la noticia de que había llegado el Maestro, muchos discípulos fieles, entre los cuales están Hermas, Esteban y el sacerdote Juan. Y también Nicodemo y José, inseparables, y otros amigos suyos que creo haber visto ya.

Durante la pausa que sigue a la oración del Señor, recogido ahora dentro de sí, solemnemente austero, se oye a José de Arimatea decir:

-¿Y entonces, Gamaliel? ¿No te parece todavía palabra del Señor?

-José, se me dijo: "Estas piedras se estremecerán con el sonido de mis palabras" - responde Gamaliel.

Esteban, impetuosamente, grita:

-¡Cumple el prodigio, Señor! ¡Da la orden, y se desarticularán! ¡Gran don sería que se derrumbase el edificio, pero se elevaran en los corazones las murallas de tu Fe! ¡Házselo a mi maestro!

-¡Blasfemo! - grita un grupo rabioso de rabíes con sus alumnos.

-No - grita a su vez Gamaliel - Mi discípulo habla con palabra inspirada. Pero nosotros no somos capaces de aceptarla porque el Ángel de Dios todavía no nos ha purificado del pasado con el tizón tomado del Altar de Dios... Y, quizás, ni aunque el grito de su voz - y señala a Jesús - desencajara los quicios de estas puertas, sabríamos creer...

Se recoge un extremo del amplio manto blanquísimo y con él se cubre la cabeza, ocultándose casi el rostro; luego se marcha. Jesús lo mira mientras se va... Luego continúa hablando. Ahora responde a algunos que murmuran entre sí, que se muestran escandalizados y que hacen más visible su escándalo descargándolo sobre Judas de Keriot, con una rociada de protestas que el apóstol encaja sin reaccionar, encogiéndose de hombros y poniendo una cara que de satisfecha no tiene nada.

Jesús dice:

-En verdad, en verdad os digo que los que parecen ilegítimos son hijos verdaderos, y que los que son hijos verdaderos se hacen ilegítimos. Escuchad todos una parábola.

Hubo una vez un hombre que, debido a algunas ocupaciones, tuvo que ausentarse durante largo tiempo de casa, dejando en ella a algunos hijos que todavía eran poco más que unos niños. Desde el lugar en que se hallaba, escribía cartas a sus hijos mayores para mantener siempre en ellos el respeto hacia el padre lejano y para recordarles sus enseñanzas. El último, nacido después de su partida, se estaba criando todavía con una mujer que vivía lejos de allí, de la región de la esposa, que no era de su raza. Y la esposa murió, siendo pequeño y viviendo lejos de casa todavía este hijo. Los hermanos dijeron: "Dejémoslo allí, donde está, con los parientes de nuestra madre. Quizás nuestro padre se olvida de él. Saldremos ganando porque tendremos que repartir con uno menos, cuando nuestro padre muera". Y así lo hicieron. De esta forma, el niño lejano creció con los parientes maternos, ignorando las enseñanzas de su padre, ignorando que tenía un padre y unos hermanos, o, peor, conociendo la amargura de esta reflexión: "Todos ellos me han desechado como si fuera ilegítimo", y tanto se sentía repudiado por su padre, que llegó incluso a creer que ello fuera verdad.

Siendo ya un hombre y habiéndose puesto a trabajar - porque, agriado como estaba por los pensamientos mencionados, aborrecía también a la familia de su madre, a quien consideraba culpable de adulterio -, quiso el azar que este joven fuera a la ciudad donde estaba su padre. Y entró en contacto con él, aunque no sabía quién era, y tuvo la ocasión de oírlo hablar. El hombre era un sabio. No teniendo la satisfacción de los hijos, que estaban lejos - a esas alturas ya vivían por su cuenta y mantenían con su padre lejano sólo unas relaciones convencionales... bueno, para recordarle que eran "sus" hijos y que, como consecuencia, se acordara de ellos en el testamento -, se ocupaba mucho en dar rectos consejos a los jóvenes a quienes tenía ocasión de conocer en esa tierra en que estaba. El joven se sintió atraído por esa rectitud, que era paterna hacia muchos jóvenes; no sólo se acercó a él, sino que atesoró todas sus palabras, y vino a hacer bueno su agriado ánimo. El hombre enfermó. Tuvo que decidir regresar a su patria. El joven le dijo: "Señor, eres la única persona que me ha hablado con justicia y me ha elevado el corazón. Deja que te siga como siervo. No quiero volver a caer en el mal de antes". "Ven conmigo. Ocuparás el puesto de un hijo del que no he podido volver a tener noticias". Y regresaron juntos a la casa paterna.

Ni el padre ni los hermanos ni el propio joven intuyeron que el Señor hubiera congregado de nuevo a los de una única sangre bajo un único techo.

Mas el padre hubo de llorar mucho por sus hijos conocidos, porque los encontró olvidados de sus enseñanzas, codiciosos, duros de corazón, con muchas idolatrías en sus corazones en vez de creyentes en Dios: la soberbia, la avaricia y la lujuria eran sus dioses, y no querían oír hablar de nada que no fuera ganancia humana. El extranjero, sin embargo, cada vez se acercaba más a Dios; se hacía cada vez más justo, bueno, amoroso, obediente. Los hermanos lo odiaban porque el padre quería a ese extranjero. Él perdonaba y amaba porque había comprendido que en el amor estaba la paz.

El padre, un día, disgustado con la conducta de sus hijos, dijo: "Vosotros os habéis desinteresado de los parientes de vuestra madre, y hasta de vuestro hermano. Me recordáis la conducta de los hijos de Jacob hacia su hermano José. Quiero ir a esas tierras para tener noticias de él. Quizás lo encuentro para consuelo mío". Y se despidió, tanto de los hijos conocidos como del joven desconocido, dando a este último una reserva de dinero para que pudiera volver al lugar de donde había venido y montar allí un pequeño comercio.

Llegado a la región de su difunta esposa, los familiares de ella le contaron que el hijo abandonado había pasado a llamarse Manasés, de Moisés que se llamaba, porque realmente con su nacimiento había hecho olvidar al padre que era justo, pues lo había abandonado.

"¡No me ofendáis! Me habían referido que se había perdido el rastro del niño. Y no esperaba siquiera encontrar aquí a ninguno de vosotros. Pero habladme de él. ¿Cómo es? ¿Ha crecido robusto? ¿Se parece a mi amada esposa que se consumió dándomelo? ¿Es bueno? ¿Me ama?".

"Robusto, es robusto, y guapo como su madre, aparte de tener los ojos de un color negro intenso. De su madre tiene hasta la mancha de forma de algarroba en la cadera, y de ti ese estorbo ligero de la pronunciación. Cuando se hizo hombre, se marchó, agriado por su sino, con dudas sobre la honestidad de su madre, y sintiendo rencor hacia ti. Habría sido bueno, si no hubiera tenido este rencor en el alma. Se marchó más allá de los montes y de los ríos. Llegó a Trapecius para..."

"¿Decís Trapecius? ¿En Sinopio? Seguid, seguid, que yo estaba allí, y vi a un joven con este ligero estorbo en la pronunciación, solo y triste, y muy bueno por debajo de su costra de dureza. ¿Es él? ¡Hablad!".

«Quizás es. Búscalo. En la cadera derecha tiene la algarroba saliente y oscura como la tenía tu mujer".

El hombre se marchó a toda velocidad, con la esperanza de encontrar todavía al extranjero en su casa. Había partido ya para regresar a la colonia de Sinopio. El hombre fue detrás... Lo encontró. Le hizo acercarse para descubrirle la cadera. Lo reconoció. Cayó de rodillas alabando a Dios por haberle devuelto el hijo, y más bueno que los otros, que cada vez se hacían más animales, mientras que éste, en estos meses que habían pasado, se había hecho cada vez más santo. Y dijo al hijo bueno: "Recibirás la parte de tus hermanos, porque, sin ser amado por nadie, te has hecho más justo que todos los demás".

¿No era, acaso, justicia? Lo era. En verdad os digo que son verdaderos hijos del Bien aquellos que, rechazados por el mundo y despreciados, odiados, vilipendiados, abandonados como ilegítimos, considerados oprobio y muerte, saben superar a los hijos crecidos en la casa pero rebeldes a las leyes de ésta. No es el hecho de ser de Israel lo que da derecho al Cielo; ni asegura el destino el ser fariseos, escribas o doctores. La cosa es tener buena voluntad y acercarse generosamente a la Doctrina de amor, hacerse nuevos en ella, hacerse por ella hijos de Dios en espíritu y verdad.

Sabed todos los que me escucháis que muchos, que se creen seguros en Israel, serán sustituidos por los que para ellos son publicanos, meretrices, gentiles, paganos y galeotes. El Reino de los Cielos es de quien sabe renovarse acogiendo la Verdad y el Amor.

Jesús se vuelve hacia el grupo de los enfermos prosélitos.

-¿Sabéis creer en cuanto he dicho? - pregunta con voz fuerte.

-¡Sí! ¡Señor! - responden en coro.

-¿Queréis acoger la Verdad y el Amor?

-¡Sí! ¡Señor!

-¿Os quedaríais satisfechos aunque no os diera más que Verdad y Amor?

-Señor, Tú sabes qué es lo que necesitamos más. Danos, sobre todo, tu paz y la vida eterna.

-¡Levantaos e id a alabar al Seor! Estáis curados en el Nombre santo de Dios.

Y, rápido, se dirige hacia la primera puerta que encuentra, y se mezcla con la muchedumbre que satura Jerusalén, antes de que la emoción y el estupor que hay en el Patio de los Paganos puedan transformarse en aclamadora búsqueda de Él...

Los apóstoles, desorientados, lo pierden de vista. Sólo Margziam, que no ha dejado nunca de tenerle cogido un extremo del manto, corre a su lado, feliz, y dice:

-¡Gracias, gracias, gracias, Maestro! ¡Por Juan, gracias! He escrito todo mientras hablabas. Sólo me queda añadir el milagro. ¡Qué bonito! ¡Justo para él! ¡Se pondrá muy contento!...

## 365

## Judas Iscariote insidia la inocencia de Margziam. Un nuevo discípulo, hermano de leche de Jesús. En Betania, en la casa de Lázaro, enfermo.

Jesús entra en la verde quietud del Huerto de los Olivos.

Margziam sigue a su lado, y sonríe al pensar en la afanosa carrera que va a pegarse Pedro para alcanzarlos. Dice:

-Maestro, quién sabe lo que dirá! Y, si hubieras seguido hasta Betania sin pararte aquí, se sentiría verdaderamente desconsolado.

También sonríe Jesús, mirando al jovencito, y responde:

-Sí. Me va a sepultar a lamentos. De todas formas, le servirá para otra vez. Así estará más atento. Yo hablaba y él se distraía charlando con unos o con otros...

-Es que le preguntaban, Señor - dice Margziam para disculpar, sin reírse ya.

-Se hace un gesto delicado de que se responderá después, cuando calle la Palabra del Señor. Acuérdate de esto para tu vida futura. Para cuando seas sacerdote. Exige el máximo respeto en las horas y lugares de instrucción.

-Pero entonces será el pobre Margziam, Señor, el que hable...

-No importa. Es Dios el que habla por los labios de sus siervos en las horas de su ministerio, y como tal debe ser escuchado con silencio y respeto.

Margziam hace una leve mueca significativa, como comentario de un razonamiento suyo interior.

Jesús, que lo observa, dice:

-¿No estás convencido? ¿Por qué esa expresión? Habla, hijo, sin temor.

-Señor mío, me preguntaba si Dios está también en los labios y en el corazón de sus sacerdotes de ahora... y... con terror me decía si serían iguales los futuros... Y concluía diciendo que... muchos sacerdotes hacen quedar mal al Señor... He pecado, sin duda... Pero son tan malos y antipáticos, tan secos... que...

-No juzgues. Pero recuerda esta impresión de disgusto. Tenla presente en el futuro. Y, con todas tus fuerzas, preocúpate de no ser como estos que te desagradan; y que tampoco lo sean los que dependan de ti. Haz servir para el bien incluso el mal que ves. Toda acción y toda cognición deben ser transformadas en bien pasando por un juicio y una voluntad rectos.

-¡Señor, antes de entrar en la casa, que ya se ve, respóndeme a otra cosa! Tú no niegas que el actual sacerdocio sea defectuoso. Me dices a mí que no juzgue. Pero Tú juzgas. Y puedes hacerlo. Y juzgas con justicia. Escucha, Señor, mi pensamiento. Cuando los actuales sacerdotes hablan de Dios y de la religión - siendo la mayoría de ellos como son, y me refiero ahora a los peores -, ¿deben ser escuchados como verdad?

-Siempre, hijo mío. Por respeto a su misión. Cuando realizan actos de su ministerio, no son el hombre Anás, el hombre Sadoq... Son *"el sacerdote".* Separa siempre del ministerio la pobre humanidad.

-Pero si realizan mal también su ministerio...

-Dios suplirá. ¡Y, además!... ¡Escúchame, Margziam! No hay ningún hombre completamente bueno ni completamente malo. Y ninguno es tan completamente bueno que tenga derecho a juzgar a los hermanos como completamente malos. Tenemos que tener presentes nuestros defectos, contrastar con ellos las buenas cualidades de los que queremos juzgar. Entonces tendríamos una medida justa de juicio caritativo. Yo todavía no he encontrado un hombre completamente malo.

-¿Ni siquiera Doras, Señor?

-Ni siquiera él, porque es marido honesto y padre amoroso.

-¿Ni siquiera el padre de Doras?

-También él era marido honesto y padre amoroso.

-Pero nada más que eso, ¿eh?

-Sólo eso. Pero en eso no era malo. Por tanto, no era completamente malo.

-¿Y tampoco Judas es malo?

-No.

-Pero no es bueno.

-No es totalmente bueno, como no es totalmente malo. ¿No estás convencido de lo que digo?

-Estoy convencido de que Tú eres totalmente bueno, y que estás absolutamente exento de maldad. Tanto, que no encuentras nunca una acusación para ninguno. Esto sí.

-¡Oh, hijo mío! ¡Si pronunciara la primera sílaba de una palabra de acusación, todos vosotros arremeteríais como fieras contra el acusado!... Yo, actuando así, evito que os manchéis con pecado de juicio. Entiéndeme, Margziam. No es que Yo no vea el mal donde lo hay. No es que no vea la mezcla de mal y bien que hay en algunos. No es que no comprenda cuándo un alma sube o baja del nivel en que la puse. No es nada de esto, hijo mío. Es prudencia, para evitar las anticaridades entre vosotros. Y actuaré siempre así. *También en los siglos venideros, cuando tenga que pronunciarme sobre una criatura.* ¿No sabes, hijo, que a veces vale más una palabra de alabanza, de ánimo, que mil reprensiones? ¿No sabes que de cien casos pésimos, señalados como relativamente buenos, al menos la mitad vienen a ser realmente buenos al no faltarles, después de mi benévola palabra, la ayuda de los buenos, que, en caso distinto, huirían del individuo señalado como pésimo? *Hay que sostener a las almas, no hundirlas.* Pero si Yo no soy el primero en sostener, en celar las partes feas, en solicitar para ellas vuestra benevolencia y ayuda, jamás os entregaríais a ellas con activa misericordia. Recuérdalo, Margziam...

-Sí, Señor... (un fuerte suspiro). Lo recordaré... (otro fuerte suspiro)... Pero es muy difícil ante ciertas evidencias...

Jesús lo mira fijamente. Pero del jovencito no ve sino la parte alta de la frente porque baja mucho la cara.

-Margziam, levanta la cara. Mírame. Y respóndeme. ¿Qué evidencia es esa que es difícil pasar por alto?

Margziam se azora... Se pone rojo bajo el color morenito de la piel... Responde:

-Pues... son muchas, Señor...

Jesús insta:

-¿Por qué has nombrado a Judas? Porque es una "evidencia". Quizás la que te es más difícil superar... ¿Qué te ha hecho Judas? ¿En qué te ha escandalizado? - y Jesús pone las manos encima de los hombros del muchacho, que ahora está tan colorado que es todo púrpura oscura.

Margziam lo mira, con los ojos brillantes... luego se suelta y se marcha gritando:

-¡Judas es un profanador!... Pero no puedo hablar... ¡Respétame, Señor!... - y se introduce en el bosque, llorando, en vano llamado por Jesús, que pone un gesto de desconsolado dolor.

Su voz, de todas formas, ha llamado la atención de los que están en la casa del Getsemaní. Y a la puerta de la cocina se asoma Jonás, luego la Madre de Jesús, detrás las discípulas: María de Cleofás, María Salomé y Porfiria. Ven a Jesús y se echan a andar hacia Él.

-¡La paz a todos vosotros! ¡Aquí me tienes, Mamá!

-¿Sólo? ¿Por qué?

-Me he adelantado. He dejado a los demás en el Templo... Pero estaba con Margziam...

-¿Y dónde está ahora mi hijo, que no lo veo? - pregunta Porfiria un poco inquieta.

-Ha subido allá arriba... Pero ahora vendrá. ¿Tenéis comida para todos? Dentro de poco vendrán los demás.

-No, Señor. Habías dicho que ibas a Betania...

-Sí, claro... Pero he pensado que convenía hacer esto. Id sin demora por todo lo necesario, y volved sin demora. Yo me quedo con mi Madre.

Las discípulas obedecen sin replicar.

Se quedan solos Jesús y María, y pasean lentamente bajo los enmarañados ramajes de los árboles, a través de cuyas copas se filtran agujas solares que ponen circulitos de oro en la hierbecilla verde y florida.

-Después de comer iré a Betania con Simón.

-¿Simón de Jonás?

-No. Con Simón Zelote. Y llevaré conmigo a Margziam...

Jesús calla pensativo.

María lo observa. Luego pregunta:

-¿Te causa sinsabores Margziam?

-¡No, Mamá, todo lo contrario! ¿Por qué piensas eso?

-¿Por qué estás pensativo?... ¿Por qué lo llamabas con autoridad? ¿Por qué te ha dejado? ¿Por qué se ha separado de ti como vergonzoso? ¡No ha venido siquiera a saludar a su madre ni a mí!

-El niño ha huido por una pregunta que le he hecho.

-¡Oh!... - el estupor de María es profundísimo. Guarda silencio por un momento y luego susurra, como hablando para sí:

-Los dos en el Paraíso Terrenal huyeron, después del pecado, al oír la voz de Dios... Pero, Hijo mío, hay que tener compasión del niño. Empieza a ser hombre... y quizás... Hijo mío, Satanás muerde a todos los hombres...

Es una María toda compasiva y suplicante...

Jesús la mira y le dice:

-¡Cuán madre eres! ¡Cuánto eres "la Madre"! Pero no pienses que el niño ha pecado. Debes pensar que sufre por la quemadura de una revelación. Es muy puro. Es muy bueno... Lo llevaré conmigo, hoy. Para que comprenda, sin palabras, que lo comprendo. Cualquier palabra sobraría... y no encontraría ninguna para disculpar al profanador de un inocente. Es un Jesús severo en estas últimas palabras.

-¡Hijo! ¿En esto estamos? No te pido nombres. Pero si uno de entre nosotros ha sido capaz de turbar al niño, sólo puede haber sido uno... ¡Hay que ver qué diablo!

-Vamos a buscar a Margziam, Mamá. Ante ti no huirá.

Van y lo descubren detrás de una mata de espino albar.

-¿Estabas cogiendo flores para mí, hijo mío? - pregunta María mientras se acerca a él y lo abraza...

-No. Pero te echaba de menos - dice Margziam con lágrimas en la cara todavía.

-Y yo he venido. ¡Ánimo, sin demora! ¡Que hoy tienes que ir con mi Jesús a Betania! Y debes estar arreglado como conviene.

La cara de Margziam, ya olvidado de su turbación de antes, se ilumina, y dice:

-¿Yo solo con El?

-Y con Simón Zelote.

Margziam, muy niño todavía, da un salto de alegría, sale inmediatamente de su escondite y va a caer en el pecho de Jesús... Está confuso.

Pero Jesús sonríe y le instiga diciendo:

-Corre a ver si ha venido tu padre.

Margziam se echa a correr, y Jesús observa:

-Es un niño todavía, a pesar de ser ya juicioso de pensamiento. Turbar su corazón es un gran delito. Pero pondré una solución - y mientras tanto camina con María hacia la casa.

Pero antes de llegar ya ven a Margziam galopando tras ellos.

-Maestro... Madre... Hay personas... personas de las que estaban en el Templo... Los prosélitos... Hay una mujer... Una mujer que quiere verte, Madre... Dice que te conoció en Belén... Se llama Noemí.

-¡Conocí a muchas entonces! Pero vamos...

Llegan a la pequeña explanada donde está la casa. Un grupo de personas espera. En cuanto ven a Jesús se postran. Pero, enseguida, una mujer se levanta y corre a arrojarse a los pies de María mientras la saluda con su nombre.

-¿Quién eres? No me acuerdo de quién eres. Levántate.

La mujer se alza, pero, cuando está para hablar, llegan, jadeantes, los apóstoles.

-¡Pero Señor! ¿Por qué? Hemos corrido como locos por Jerusalén. Pensábamos que habías ido a casa de Juana o de Analía... ¿Por qué no has esperado? - preguntan, e informan, confusamente.

-Ahora estamos juntos. Es inútil explicar el porqué. Dejad que esta mujer hable tranquila.

Todos se apiñan para escuchar.

-Tú no te acuerdas de mí, María de Belén. Pero yo recuerdo desde hace treinta y un años tu nombre y tu rostro como nombre y rostro de piedad. Había venido yo también de lejos, de Perge, por el Edicto. Estaba embarazada. Pero esperaba regresar a tiempo. Mi marido enfermó por el camino, y en Belén se debilitó hasta el extremo de que murió. Yo había dado a luz veinte días antes de que muriera. Mis gritos perforaron el cielo y me secaron la leche y la hicieron veneno. Me cubrí de pústulas, y de pústulas se cubrió mi hijo... Nos arrojaron a una gruta a morir... Pues bien... tú, sólo tú, viniste, cautelosa, cada poco tiempo durante toda la luna, a traerme comida y a curar mis llagas, y llorabas conmigo y dabas leche a mi criatura, que si vive es sólo por ti... Corriste el riesgo de que te lapidaran, porque me llamaban "la leprosa"... ¡Oh, mi estrella delicada! Esto no lo he olvidado. Una vez curada, me marché. En Éfeso tuve noticias de la matanza. ¡Te busqué mucho! ¡Mucho! ¡Mucho! No podía pensar que te hubieran matado con tu Hijo en aquella noche tremenda. Pero jamás te encontré. El verano pasado, uno de Éfeso oyó a tu Hijo, supo quién era, lo siguió durante un tiempo, fue, acompañado de otros, a los Tabernáculos... Y, cuando volvió, contó. He venido para verte, ¡oh Santa!, antes de morir. Para bendecirte tantas veces cuantas fueron las gotas de leche que diste a mi Juan, en detrimento incluso de tu Hijo bendito...

La mujer llora, en una posición reverencial, un poco inclinada, agarrando con sus manos los brazos de María...

-La leche no se niega nunca, hermana. Y...

-¡Oh, no! ¡No hermana tuya! Tú, Madre del Salvador. Yo era una pobre mujer sola, lejos de su casa, viuda, con un hijo de pecho y con el pecho agotado como torrente en verano... Sin ti me habría muerto. Me diste todo, y, si pude volver donde mis hermanos, mercaderes de Éfeso, fue por ti.

-Éramos dos madres, dos pobres madres, con dos hijos, por el mundo. Tú tenías el dolor de haberte quedado viuda, yo el de tener que ser traspasada en mi Hijo, como decía en el Templo el anciano Simeón. No hice otra cosa sino cumplir con mi deber de hermana dándote lo que tú ya no tenías. ¿Y tu hijo vive?

-Está ahí. Tu Hijo santo me lo ha curado esta mañana. ¡Bendito sea! - y la mujer se postra ante el Salvador gritando:

-¡Ven, Juan, a dar gracias al Señor!

Se aproxima, dejando a sus compañeros, un hombre de la edad de Jesús, fuerte, de rostro no hermoso pero leal; de hermoso tiene la expresión de sus ojos profundos.

-La paz a ti, hermano de Belén. ¿De qué te he curado?

-De la ceguera, Señor. Un ojo perdido, el otro próximo a perderse. Era arquisinagogo, pero ya no podía leer los sagrados rollos.

-Ahora los leerás con mayor fe.

-No, Señor. Ahora te leeré a ti. Quiero quedarme como discípulo. Y sin pretender derechos por las gotas de leche extraídas del pecho en que Tú te nutrías. Nada son los días de una luna para crear un vínculo; todo, la piedad de tu Madre entonces y la tuya de esta mañana.

Jesús se vuelve hacia la mujer:

-¿Y tú que opinas?

-Que mi hijo te pertenece doblemente. Acéptalo, Señor. Y se cumplirá el sueño de la pobre Noemí.

-De acuerdo. Serás de Cristo. A vosotros: recibid a este compañero en nombre del Señor - dice volviéndose a los apóstoles.

Los prosélitos están exaltados de emoción. Los hombres querrían quedarse también inmediatamente. Todos. Pero Jesús dice con firmeza:

-No. Vosotros seguid siendo lo que sois. Volved a vuestras casas, conservad la fe y esperad la hora de la llamada. El Señor esté siempre con vosotros. Podéis marcharos.

-¿Podremos encontrarte todavía aquí? -preguntan.

-No. Como un pájaro que vuela de rama en rama me moveré continuamente. No me encontraréis aquí. No tengo ni itinerario ni morada. Pero, si es justo, nos veremos y me escucharéis. Marchaos. Que se quede la mujer con el nuevo discípulo.

Y entra en casa, seguido por las mujeres y los apóstoles, que comentan con emoción el episodio ignorado hasta ese momento y la caridad profunda de María.

* * *

Jesús, con paso raudo, va hacia Betania; a un lado y otro de Él, Simón Zelote y Margziam. Felices de ser ellos dos los preferidos para esta visita.

Margziam, ya completamente tranquilo, hace mil preguntas sobre la mujer que ha venido de Éfeso, pregunta si Jesús sabía ese hecho, etc.

-No lo sabía. E1 tesoro de bondades de mi Madre es infinito, y lo hace con un silencio tan delicado, que, la mayor parte de las veces, sus buenas acciones quedan secretas.

-Pero es un episodio muy bonito, ¿eh?» dice el Zelote.

-Sí. Tanto que quiero contárselo a Juan de Endor. Maestro, ¿crees que vamos a encontrar sus cartas en Betania?

-Estoy casi seguro.

-Debería estar también la mujer curada de la lepra - observa el Zelote.

-Sí. Ha observado con fidelidad los preceptos. Pero ya debe haberse cumplido el tiempo de la purificación.

Betania aparece en su llanura elevada. Pasan por delante de la casa en que en otros tiempos había pavos reales, flamencos y grullas. Ahora está abandonada y cerrada. Simón lo observa.

Pero su observación se ve interrumpida por el jovial saludo de Maximino que improvisamente sale por la cancilla.

-¡Maestro santo! ¡Qué felicidad en medio de tanto dolor!

-Paz a ti. ¿Por qué, dolor?

-Porque Lázaro tiene dolores lancinantes a causa de sus piernas ulceradas. Y no sabemos qué hacer para aliviar ese dolor. Pero viéndote a ti estará mejor, al menos de espíritu.

Entran en el jardín, y, mientras Maximino se adelanta veloz, ellos siguen a paso lento hacia la casa.

Corre afuera María de Magdala con su grito adorador:

-Rabbuní!

La sigue, más sosegada, Marta. Ambas están pálidas como quien ha sufrido y velado.

-Levantaos. Vamos inmediatamente donde Lázaro.

-¡Maestro, Maestro que todo lo puedes, cúrame a mi hermano! - suplica Marta.

-¡Sí, Maestro bueno! ¡Sufre por encima de sus fuerzas! Se está consumiendo. Gime. Y, claro, morirá si sigue así. ¡Ten piedad de él, Señor! - insta María.

-Tengo toda la piedad. Pero no es para él hora de milagro. Debe ser fuerte, y vosotras con él. Ayudadle a hacer la voluntad del Señor.

-¿Quieres decir que deberá morir? - pregunta, gimiendo, Marta en lágrimas.

Y María, nadando sus ojos en el llanto y la pasión en la voz, la dúplice pasión por Jesús y por su hermano:

-¡Oh, Maestro, pero de esta forma me impides seguirte y servirte, e impides a mi hermano gozar de mi resurrección! ¿Es que no quieres en casa de Lázaro el júbilo por una resurrección?

Jesús la mira con una sonrisa buena y perspicaz, y dice:

-¿Por una? ¿Sólo una? ¡Pero entonces me creéis muy poca cosa, si creéis que puedo una cosa sola! Sed buenas y fuertes. Vamos. Y no lloréis de esa forma. Lo abatiríais con dolorosas conjeturas.

Y, Él el primero, se encamina hacia donde está Lázaro, el cual, sin duda para que sea más fácil asistirle, ha sido acomodado en una sala que está junto a la biblioteca, en frente de la sala mayor, dedicada a convites. Maximino señala la puerta, pero deja a Jesús que entre solo.

-¡Paz a ti, Lázaro, amigo mío!

-¡Oh, Maestro santo! La paz a ti. Para mí, en mis miembros, la paz ya no existe. Y siento abatido mi espíritu. ¡Sufro mucho, Señor! Pronuncia para mí la amada orden: "Lázaro, sal afuera", y me pondré en pie, curado, para servirte...

-Te daré esa orden, Lázaro. Pero no ahora - responde Jesús abrazándolo.

Lázaro está muy delgado, amarillento, visiblemente muy enfermo y muy debilitado, y tiene hundidos los ojos. Llora como un niño al enseñar sus piernas hinchadas, azuladas, con llagas que yo diría varicosas, abiertas en varios puntos. Quizás espera que Jesús, al mostrarle ese destrozo, se conmueva y haga un milagro. Pero Jesús se limita a colocar de nuevo, con delicadeza, sobre las llagas, las vendas untadas de bálsamo.

-¿Has venido para quedarte? - pregunta Lázaro, no sin desilusión.

-No. Pero vendré a menudo.

-¿Cómo? ¿Tampoco vas a celebrar este año la Pascua conmigo? He dicho que me trajeran aquí por ese motivo. Me habías prometido, cuando los Tabernáculos, que ibas a estar mucho conmigo, después de las Encenias...

Y estaré. Pero no ahora. ¿Te molesto si me siento aquí en la orilla de tu cama?

-¡No, no! Todo lo contrario. La frescura de tu mano parece como si mitigara el ardor de mi fiebre. ¿Por qué no te quedas, Señor?

-Porque como a ti te atormentan las llagas, a mí los enemigos. A pesar de que Betania esté considerada dentro de los límites para la Cena, y para todos; para mí, celebrar aquí la Pascua se consideraría pecado. De lo que Yo hago, para el Sanedrín y los fariseos, todo son camellos y vigas...

-¡Ah! ¡Los fariseos! ¡Es verdad! Pero entonces en una casa mía... ¡Esto al menos!

-Eso sí. Pero lo diré en el último momento. Por prudencia.

-¡Ah, sí, no te fíes! Te ha ido bien con Juan, ¡eh!, ¿sabes? Ayer ha venido Tolmái con otros y me ha traído cartas para ti. Las tienen mis hermanas. ¿Pero dónde se han quedado Marta y María? ¿No se preocupan de recibirte con honor?

Lázaro está inquieto, como muchos enfermos.

-Tranquilo. Están afuera, con Simón y Margziam. He venido con ellos. Y no necesito nada. Ahora los llamo.

Y así es; llama a los que prudentemente se habían quedado afuera.

Marta sale y vuelve con dos rollos y se los entrega a Jesús. María, entretanto, refiere que el siervo de Nicodemo ha dicho que precede a su señor, que viene con José de Arimatea. Y, contemporáneamente, Lázaro se acuerda de una mujer («que ha llegado ayer en nombre tuyo» dice).

-¡Ah! ¡Sí! ¿Sabes quién es?

-Nos lo ha dicho. Es hija de un rico de Jericó que hace años fue a Siria, de joven. La llamó Anastásica, en recuerdo de la flor del desierto. Pero no ha querido revelar el nombre de su marido - explica Marta.

-No es necesario. La ha repudiado. Por tanto, ella es únicamente "la discípula". ¿Dónde está?

-Duerme. Está cansada. Ha vivido muy mal estos días y estas noches. Si quieres la llamo.

-No. Deja que duerma. Me ocuparé mañana.

Lázaro mira admirado a Margziam, el cual está en ascuas; y es que quisiera saber lo que dicen los rollos. Jesús lo comprende y los abre. Lázaro dice: ¿Cómo? ¿Él lo sabe?

-Sí. Él y los otros, excepto Natanael, Felipe, Tomás y Judas...

-¡Has hecho bien en no revelárselo a él! - interviene bruscamente Lázaro - Tengo muchas sospechas...

-No soy imprudente, amigo - le interrumpe Jesús. Lee los rollos y luego refiere las noticias principales, o sea, que los dos se han aclimatado, que la escuela prospera y que, si no fuera por el declinar de Juan, todo iría bien.

Pero no puede decir nada más porque se anuncia la llegada de Nicodemo y José.

-¡Dios te salve, Maestro, esta mañana y siempre!

-Gracias, José. ¿Y tú, Nicodemo, no estabas?

-No. Pero, sabido que habías llegado, he pensado en venir a casa de Lázaro, casi seguro de que te encontraría. Y José se ha unido a mí.

Hablan alrededor de la cama de Lázaro de los hechos de la mañana. Y él se interesa tanto, que parece aliviado de su sufrimiento.

-¿Y Gamaliel, Señor? ¿Oíste? - dice José de Arimatea.

-Oí.

Nicodemo dice:

-Yo, sin embargo, digo: ¿Y Judas de Keriot, Señor? Después de tu partida, me lo encontré vociferando como un demonio en medio de un grupo de alumnos de los rabíes. Te acusaba y defendía al mismo tiempo. Estoy seguro de que estaba convencido de actuar bien. Ellos querían encontrarte culpas, ciertamente estimulados por sus maestros. Él rebatía las acusaciones con pasión enardecida. Decía: «Sólo una culpa tiene mi Maestro: hacer resaltar demasiado poco su poder. Deja pasar el momento oportuno. Cansa a los buenos con su excesiva mansedumbre. ¡Rey es, debe actuar como rey! Vosotros lo tratáis como a un siervo, porque es manso. Y El, por ser sólo manso, se destruye. Para vosotros, que sois viles y crueles, no hay otra cosa aparte del azote de un poder absoluto y violento. ¡Ah, si pudiera hacer de El un violento Saúl!"

Jesús menea la cabeza sin decir nada.

-De todas formas, a su manera, te ama - observa Nicodemo.

-¡Qué hombre más desconcertante! - exclama Lázaro.

-Sí. Bien has dicho. Yo no lo entiendo, y hace dos años que estoy con él - confirma el Zelote.

María de Magdala se alza, con majestuosidad de reina, y con su espléndida voz proclama:

-Yo lo he entendido más que todos: es el oprobio al lado la Perfección. Y no hay nada más que decir - y sale para alguna gestión, llevándose consigo a Margziam.

-Quizás María tiene razón - dice Lázaro.

-También lo creo yo - dice José.

-¿Y Tú, Maestro, qué dices?

-Digo que Judas es "el hombre". Como lo es Gamaliel. El hombre limitado junto a Dios infinito. El hombre está tan restringido en su pensamiento, mientras no lo airean sobrenaturalmente, que puede acoger una sola idea, incrustarla dentro de sí, o incrustarse en ella, y quedarse así. Incluso contra la evidencia. Terco. Obstinado. Incluso por fidelidad hacia la cosa que más le ha impresionado. En el fondo, Gamaliel tiene una fe, como pocos en Israel, en el Mesías que vislumbró y reconoció en un niño. Y es fiel a las palabras de aquel niño… Y lo mismo Judas. Saturado de la idea mesiánica como la mayor parte de Israel la

cultiva, confirmado en ella por mi primera manifestación a él, ve, quiere ver, en el Cristo el rey. El rey temporal y poderoso... Y es fiel a este concepto suyo. ¡Cuántos, incluso en el futuro, se malograrán por una concepción de fe equivocada, terca contra toda razón! ¿Pero qué creéis, que es fácil seguir la verdad y la Justicia en todas las cosas? ¿Qué creéis, que es fácil salvarse sólo porque se sea un Gamaliel y un Judas apóstol? No. En verdad, en verdad os digo que es más fácil que se salve un niño, un fiel común, que uno elevado a especial cargo y a especial misión. Generalmente entra, en los llamados a extraordinaria suerte, la soberbia de su vocación, y esta soberbia abre las puertas a Satanás, expulsando a Dios. Las caídas de las estrellas son más fáciles que las de las piedras. El Maldito trata de apagar los astros y se insinúa, se insinúa tortuoso para hacer de palanca contra los elegidos y poder volcarlos. Si miles de hombres caen en los errores comunes, su caída no arrastra nada más que a ellos mismos. Pero si cae uno de los elegidos para una extraordinaria suerte, y viene a ser instrumento de Satanás en vez de serlo de Dios, su voz en vez de "mi" voz, su discípulo en vez de "mi" discípulo, entonces la ruina es mucho mayor y puede dar origen incluso a profundas herejías que dañan a un número sin número de espíritus. El bien que Yo doy a una persona producirá mucho bien si cae en un terreno humilde y que sabe permanecer humilde; pero, si cae en un terreno soberbio o que se hace soberbio por el don recibido, entonces de bien se transforma en mal. A Gamaliel le fue concedida una de las primeras epifanías del Cristo. Debía ser su precoz llamada a Cristo; sin embargo, es la razón de su sordera a mi voz que lo llama. A Judas le ha sido concedido ser apóstol: uno de los doce apóstoles entre los millares de hombres de Israel. Debía ser esto su santificación. Pero, ¿qué será?... Amigos míos, el hombre es el eterno Adán... Adán tenía todo. Todo menos una cosa. Quiso ésa. ¡Y si el hombre se queda en Adán! ¡Ah, pero muy a menudo se transforma en Lucifer! Tiene todo menos la divinidad. Quiere la divinidad. Quiere lo sobrenatural para causar asombro, para ser aclamado, temido, conocido, celebrado... Y, para conseguir algo de eso que sólo Dios puede gratuitamente dar, se agarra fuertemente a Satanás, que es el Simio de Dios y da sucedáneos de dones sobrenaturales. ¡Qué horrenda suerte la de estos que se han transformado en demonios! Os dejo, amigos. Me retiro bastante. Tengo necesidad de recogerme en Dios...

Jesús, muy turbado, sale... Los que se quedan (Lázaro, José, Nicodemo y el Zelote) se miran.

-¿Has visto cómo se ha turbado? - pregunta en voz baja José a Lázaro.

-Sí, lo he visto. Parecía como si estuviera viendo un espectáculo horrendo.

-¿Qué tendrá en el corazón? - pregunta Nicodemo.

-Sólo Él y el Eterno lo saben - responde José - ¿Tú no sabes nada, Simón?

-No. Lo cierto es que hace meses que está muy angustiado.

-¡Dios lo proteja! Pero lo cierto es que el odio aumenta.

-Sí, José. El odio aumenta... Creo que pronto el Odio va a vencer al Amor.

-¡No digas eso, Simón! ¡Si debe suceder así, no volveré a pedir la curación! Mejor morir que asistir al más horrendo de los errores».

-De los sacrilegios, debes decir, Lázaro...

.Y... Israel es capaz de esto. Está maduro para repetir el gesto de Lucifer declarando la guerra al Señor bendito - suspira Nicodemo.

Un silencio penoso se forma, cual mordaza que estrangula todas las gargantas... Declina la tarde en la habitación en que cuatro hombres honestos piensan en los futuros delincuentes.

## 366

## Anastática entre las discípulas. Las cartas de Antioquía.

Jesús ha dejado Betania junto con los que estaban con Él, o sea, Simón Zelote y Margziam; pero a ellos se ha unido Anastática, la cual, velada toda, camina al lado de Margziam. Jesús va un poco retrasado con Simón. Las dos parejas conversan mientras caminan, cada una por su cuenta y del tema que prefieren.

Dice Anastática a Margziam, continuando un tema ya empezado:

-Ardo en deseos de conocerla.

Quizás la mujer se refiera a Elisa de Betsur.

-Creo que no estaba tan nerviosa cuando mis bodas ni cuando me declararon leprosa. ¿Cómo la voy a saludar?

Y Margziam, sonriendo dulce y seriamente al mismo tiempo:

-¡Con su verdadero nombre! ¡Mamá!

-¡Pero si yo no la conozco! ¿No es demasiada confidencia? A fin de cuentas, ¿quién soy yo respecto a ella?

-Lo que yo el año pasado. ¡Bueno, tú mucho más que yo! Yo era un pobre huerfanito sucio, aterrorizado, paleto. Y, a pesar de todo, ella me ha llamado siempre hijo, desde el primer momento, y ha sido para mí una verdadera madre. El año pasado era yo el que estaba tan agitado que temblaba, en espera de verla. Pero luego, sólo con verla, se me paró el temblor. Se pasó del todo el terror que se me había quedado en la sangre desde que había visto con mis ojos de niño, primero, la furia de la naturaleza que había destruido todo de mí casa y de mi familia, y luego... y luego, con estos ojos míos de niño, había podido, había tenido que ver cómo el hombre es una fiera más cruel que el chacal y el vampiro... Temblar siempre... llorar siempre... sentir un nudo aquí, estrecho, duro, doloroso, de miedo, de sufrimiento, de odio, de todo... En pocos meses conocí todo el mal, el dolor y la crueldad que hay en el mundo... Y ya no podía creer que existieran todavía la bondad, el amor, el amparo...

-¿Y cómo es eso? ¿Y cuando el Maestro te tomó consigo?... ¿Y cuando te viste entre esos discípulos suyos tan buenos?

-Temblaba todavía, hermana... y odié todavía. Ha hecho falta tiempo para convencerme de no tener miedo... Y más tiempo todavía para no odiar a quien había hecho sufrir a mi alma dándole a conocer lo que puede ser un hombre: un demonio

con aspecto de fiera. No se sufre, especialmente cuando uno es niño, sin que haya consecuencias largas... Queda la señal, porque nuestro corazón está todavía tierno y tiene aún el calor materno de los besos; más hambriento de besos que de pan. Y, en vez de besos, ve dar golpes...

-¡Pobre niño!

-Sí. Pobre. ¡Muy pobre! No tenía ni siquiera ya la esperanza en Dios ni el respeto por el hombre... Tenía miedo del hombre. Incluso al lado de Jesús y en los brazos de Pedro tenía miedo... Decía: "¿Es posible? No, no durará así. Ellos también se cansarán de ser buenos...". Y suspiraba por llegar donde María. Una mamá es siempre una mamá, ¿no es verdad? Y así fue: cuando la vi, cuando me vi entre sus brazos, dejé de temer. Comprendí que todo el pasado había terminado y que del infierno había pasado al paraíso... El último dolor fue que vi que me olvidaban aparte, solo... Siempre sospechaba algo malo. Y lloré con ganas. ¡Ah! ¡Con qué amor me tomó entonces! No. No he vuelto a llorar añorando a mi madre desde aquel momento, no he vuelto a temblar... María es la dulzura y la paz de los infelices...

-Y de dulzura y paz tengo necesidad yo... - suspira la mujer.

-Dentro de poco las tendrás. ¿Ves aquella zona verde de allá abajo? Allí la dulzura y la paz, ocultas dentro de la casa del Getsemaní.

-¿Estará también Elisa? ¿Y qué les voy a decir? ¿Qué me dirán?

-No sé si estará Elisa. Estaba enferma.

-¿No se morirá? ¿Quién me tomaría como hija, en ese caso?

-No temas. Él ha dicho: "Tendrás madre y casa". Y así será. Vamos a seguir un poco más ligeros. No sé frenarme cuando estoy cercano a María.

Aceleran y ya no oigo lo que dicen.

El Zelote los ve casi correr por el poblado camino y hace a Jesús esta observación: -Parecen hermanos. Mira qué buenos amigos son.

-Margziam sabe estar con todos. Es una virtud difícil y muy necesaria para su futura misión. Pongo cuidado en aumentar en él esta oportuna disposición, porque le servirá mucho.

-A él lo modelas a tu gusto, ¿verdad, Maestro?

-Sí. La edad me lo permite.

-Pero también has podido modelar al anciano Juan Félix...

-Sí. Pero porque se ha dejado abatir y crear de nuevo, completamente, por mí.

-Es verdad. He notado que los más grandes pecadores, cuando se convierten, nos superan en la justicia a nosotros, hombres de relativa culpabilidad. ¿Por qué?

-Porque su contrición es proporcional a su pecado. Inmensa. Por tanto, los tritura con la muela del dolor y la humildad. "Mi pecado está siempre frente a mí" dice el salmista. Ello mantiene humilde al espíritu. Es un recuerdo bueno, cuando está unido a esperanza y confianza en la Misericordia. Las medias perfecciones, o incluso menos que medias, muchas veces se detienen porque carecen del acicate del remordimiento de haber pecado gravemente y de tener que expiar, carecen de este acicate que las haga continuar hacia la perfección verdadera. Se estancan como aguas cerradas. Se sienten satisfechas de ser límpidas. Pero hasta el agua más cristalina, si no se depura con el movimiento de las partículas de polvo, de los detritos que e1 viento le aporta, termina siendo lodosa y putrefacta.

-¿Y las imperfecciones que dejamos existir y persistir en nosotros son polvo y detritos?

-Sí, Simón. Todavía tendéis demasiado a estancaros. Tenéis un movimiento casi imperceptible hacia la perfección. ¿No sabéis que el tiempo es veloz? ¿No sabéis que en el espacio que queda deberíais esforzaros por alcanzar vuestra perfección? Si no poseéis la fuerza de 1a perfección, conquistada con decidida voluntad en este tiempo que queda, ¿cómo podréis resistir a la tempestad que Satanás y sus hijos desencadenarán contra el Maestro y su Doctrina? Llegará un día en que, desconcertados, os preguntaréis: "¿Cómo es que fuimos arrollados, nosotros que estuvimos tres años con Él?". La respuesta está en vosotros, en vuestro modo de actuar. El que más se esfuerce en alcanzar la perfección en este tiempo que queda será más capaz de ser fiel.

-Tres años... Pero, entonces... ¡Oh! ¡Mi Señor!... ¿Entonces te vamos a perder la primavera que viene?

-Estos árboles tienen ya frutos incipientes. Los comeré maduros. Pero no volveré a probar, después de los frutos de este año, nuevas cosechas... No te abatas, Simón. El abatimiento es estéril. Debes saber esto y poner los medios para confirmarte en la justicia, para poder ser fiel en el momento terrible.

-Sí. Lo haré. Con todas mis fuerzas. ¡Puedo decir esto a los demás? Para que se preparen también ellos.

-Puedes decirlo. Pero sólo quien tenga fuerte voluntad querrá.

-¿Y los otros? ¿Perdidos?

-No, pero sí duramente probados por su propio acto. Serán como uno que se creía fuerte y se encuentra en el suelo y vencido. Desconcertados. Humillados. *¡Humildes, por fin!* Porque - créelo, Simón -, si no hay humildad, no se avanza. El orgullo es la piedra que Satanás usa como pedestal. ¿Por qué tenerla en el corazón? ¿Es maestro agradable este horrendo ser?

-No, Maestro.

-Y, no obstante, tenéis en el corazón el punto de apoyo, la tarima para sus lecciones. Estáis penetrados de orgullo. Tenéis orgullo en todo y por todos los motivos. Incluso del hecho de ser "míos". ¡Cortos de inteligencia! ¿No os cura el comparar lo que sois con Aquel que os ha elegido? No es porque os haya llamado por lo que seréis santos. Será por el modo en que hayáis evolucionado después de mi llamada. La santidad es edificio que cada uno eleva por sí mismo. La Sabiduría le puede indicar el método y el proyecto. Pero la obra material os toca a vosotros.

.Es verdad. ¿Pero entonces no nos vamos a perder? ¿Después de la prueba vamos a ser más santos por ser más humildes?...

-Sí.

El "sí" es breve y grave.

-¿Lo dices así, Maestro?

-Así lo digo.

-Querrías de nosotros santidad antes de la prueba...

-Eso querría. Y para todos.

-¿Para todos? ¿No seremos iguales en la prueba?

-No seréis iguales ni antes ni durante ni después de ella... a pesar de que a todos os haya ofrecido la misma palabra...

-Y el mismo amor, Maestro. Nuestra culpa hacia ti es grande...

Jesús suspira...

El Zelote, después de un silencio más bien largo, está ya para hablar cuando, casi corriendo, vienen hacia ellos los apóstoles y discípulos que han encontrado a Margziam en las primeras subidas del Getsemaní. Simón guarda silencio. Jesús responde a los saludos de todos, para caminar luego al lado de Pedro en dirección al olivar y a la casa.

Pedro informa de que estaban alerta desde el alba; de que Elisa está todavía enferma en casa de Juana; de que la noche anterior habían venido unos fariseos; de que... de que... de que... un haz muy enmarañado de noticias, de las cuales, al final, surge la pregunta: «¿Y Lázaro?», pregunta a la que Jesús responde exhaustivamente. Pedro, muy curioso, no sabe contenerse y pregunta: « ¿Y... nada, Señor? Ninguna... noticia...».

-Sí. A su tiempo las sabrás. ¿Dónde están Margziam y la mujer? ¿Ya en la casa?

-¡No, no! La mujer no se ha atrevido a seguir adelante. Está sentada en un cembo y te espera. Margziam... Margziam... me ha desaparecido. Habrá ido corriendo a la casa.

-Vamos a acelerar el paso.

Pero, a pesar de acelerar, no llegan a la casa antes de que María con su cuñada, Salomé, Porfiria y las mujeres de Bartolomé y Felipe hayan salido ya, venerantes. Jesús las saluda de lejos, pero se dirige hacia el lugar en que, humilde, está Anastática; la toma de la mano y la conduce hacia su Madre y las mujeres.

-Mira, ésta es la flor de esta Pascua, Madre. Aunque sea sólo una este año, que te signifique delicadeza, puesto que te la traigo Yo.

La mujer se ha arrodillado. María se agacha y la levanta mientras dice:

-Las hijas están en el corazón de sus madres, no a sus pies. Ven, hija. Conozcamos nuestras caras como ya se conocen nuestros espíritus. Aquí están las hermanas. Vendrán otras. Que sea una dulce familia, toda ella santidad para la gloria de Dios y amor entre sus miembros.

Las discípulas se dan recíprocamente el beso de amor, y recíproca y profundamente se miran. Entran y suben a la terraza de la casa, circundada del glauco de centenares de olivos. Los grupos se separan: Jesús con los hombres; las mujeres, aparte, en torno a la nueva llegada. Regresa Susana, que había ido a la ciudad con su marido. Viene Juana con los niños. Aparece Analía con su cara de ángel. Jairo, mezclado con los discípulos que venían presurosos hacia Jesús, regresa con su hija, la cual va al grupo de las mujeres y se pone junto a María, que la acaricia.

Paz y amor hay en esta reunión de personas. Luego el sol declina, y Jesús, antes de saludar a los que regresan a sus propias casas o a las casas en que se alojan, reúne a todos en oración y los bendice. Luego los saluda. Se queda solamente con los que prefieren estar estrechos en la casa del Getsemaní o pernoctar debajo de los olivos antes que marcharse. Así pues, se quedan María, María de Alfeo, Salomé, Anastática, Porfiria y otras mujeres; y Jesús, Pedro, Andrés, Santiago y Judas de Alfeo, Santiago y Juan de Zebedeo, Simón Zelote, Mateo, Margziam y otros hombres.

Pronto consumen la cena. Después, Jesús invita a su Madre y a María de Alfeo a ir con Él y con los discípulos por el olivar silencioso. Quizás las otras tres mujeres irían también de buena gana. Pero Jesús no las llama; es más, dice a Salomé y a Porfiria:

-Hablad santas palabras con la nueva hermana y luego acostaos. No nos esperéis. La paz sea con vosotros.

Y las tres se resignan a su destino.

Pedro está un poco enfurruñado, y calla mientras todos hablan yendo en grupo, precisamente hacia el futuro peñasco de la agonía. Se sientan en el ribazo. Tienen frente a ellos a Jerusalén, la cual, tras el ajetreo de la jornada, se aquieta.

-Enciende unas ramas, Pedro - ordena Jesús.

-¿Para qué?

-Quiero leeros lo que escriben Juan y Síntica. Y has de saber, tú que estás enfadado, que éste es el motivo por el que no he dejado venir a las tres mujeres.

-¡Pero si mi mujer estaba aquella noche!...

-Pero excluir de las antiguas discípulas sólo a Salomé habría sido feo... Además esto te dará la manera de desahogar tu lengua contando a tu prudente esposa lo que ahora vas a oír.

Pedro, alborozado por el elogio dado a Porfiria y por la concesión de poderla poner al corriente del secreto, pierde de golpe su gesto de enfado, y se dedica a encender una alegre hoguera de la que se elevan llamas derechas, quietas en el ambiente calmo.

Jesús saca de su cinturón las dos cartas. Las abre. Lee en medio del círculo atento de once rostros:

"A Jesús de Nazaret, honor y bendición. A María de Nazaret, bendición y paz. A los hermanos santos, paz y salud. Al bien amado Margziam, paz y caricias.

Lágrimas y sonrisas hay en mi corazón y en mi rostro mientras me siento a escribir esta carta para todos vosotros. Recuerdos, nostalgias, esperanzas y paz del deber cumplido hay en mí. Tengo ante mí todo el pasado que considero de valor, es decir, el que empezó hace doce meses; y un salmo de agradecimiento a Dios, demasiado compasivo con el culpable, brota de mi corazón. ¡Bendito seas, y contigo la Santa que te ha dado al mundo, y la otra madre que recuerdo como la compasión

encarnada; y contigo Pedro, Juan, Simón, Santiago y Judas y el otro Santiago, y Andrés y Mateo, y, en fin, el amadísimo Margziam, a quien pongo en mi pecho para bendecirlo! ¡Benditos por todo lo que me habéis dado desde el momento en que os conocí hasta el momento en que os dejé, ciertamente no por voluntad mía! Os he sido arrebatado. ¡Que Dios los perdone! ¡Que Dios los perdone! Y que aumente en mí la capacidad de perdonar por mi parte. Por ahora, con su ayuda, junto con Él lo puedo hacer. Pero solo no puedo; no, todavía no podría, porque demasiado quema la herida que me han hecho arrancándome de mi verdadera Vida, de ti, Santísimo. Demasiado quema todavía, a pesar de que tus consuelos sean una lluvia continua y balsámica que desciende sobre mí..."

Jesús pasa muchas líneas sin leerlas. Y reanuda: «"Mi vida..."».

Pero Pedro, que para ayudar al Maestro a ver ha cogido una rama encendida y la mantiene alzada, estando junto al Maestro y alargando el cuello para ver el escrito, dice:

-¡No, no, no es así! ¿Por qué no lees, Maestro? ¡Hay otras cosas entre medias! Soy animal, pero no tanto como para no saber leer despacio. Yo leo: "Tus promesas han superado mis esperanzas..."

-Eres terrible, ¿eh? ¡Peor que un muchacho! - dice Jesús sonriendo.

-¡Hombre, claro! ¡Ya me estoy haciendo viejo! Por eso tengo más malicia que un muchacho.

-Deberías tener también más prudencia.

-Es buena para los enemigos. Aquí estamos entre amigos. Aquí Juan dice una serie de cosas bonitas de ti. Quiero saberlas. Para saber cómo tendría que hacer yo, cuando me expidieras a otro lugar como una mercancía. ¡Venga, hombre, lee todo! Madre, dile tú también que no es justo darnos las noticias triadas como si fueran pececillos. ¡Saca! ¡Saca todo! Algas, barro, peces pequeños y peces excelentes. ¡Todo! ¡Ayudadme vosotros! Parecéis un conjunto de estatuas. ¡Es que me sacáis de quicio! ¡Y se ríen!

Ante la agitación de Pedro, que salta acá y allá como un potro encabritado, sacudiendo su rama encendida sin preocuparse de las chispas que le llueven encima, es difícil no reírse.

Jesús tiene que ceder para calmarlo y poder seguir leyendo:

"Tus promesas han superado mis esperanzas en ellas. Maestro santo, cuando, aquella triste mañana de invierno, me prometiste que vendrías a consolar a tu discípulo triste, no comprendí el verdadero valor de tu promesa. El dolor y la relatividad del hombre oprimían las facultades del espíritu, de forma que éste era tardo en entender el alcance de tu promesa. ¡Bendito seas, espiritual visitador de mis noches, que no son por eso desolación ni dolor, como pensaba, sino una espera de ti. ¡Oh, gozoso encuentro contigo! La noche - horror de los enfermos, de los desterrados, de los que están solos, de los culpables -, para mí, que soy verdaderamente Félix haciendo tu voluntad y sirviéndote, se ha convertido en "la espera de las vírgenes prudentes a que llegue el esposo". E incluso más tiene mi pobre alma: la beatitud de ser la esposa que espera a su Amor, que viene a la estancia nupcial para darle todas las veces la alegría del primer encuentro y el éxtasis fortalecedor de la fusión.

¡Oh, Señor y Maestro mío, mientras te bendigo por lo mucho que me das, te ruego que recuerdes las otras dos promesas que me hiciste. La más importante, para este hombre débil en demasía que soy yo, es no mantenerme en vida para la hora de tu dolor Conoces mi debilidad. No permitas que aquel que por tu amor se ha despojad del odio haya de volver a vestir, por el odio hacia los hombres tus verdugos, el uniforme híspido e hiriente del odio. La segunda es para tu pobre discípulo, igualmente débil en demasía e incompleto en la perfección: ven a mi lado, como dijiste, a la hora de mi muerte. Ahora que sé que para ti no existen distancias, y que ni mares ni monte ni ríos ni voluntad de hombre te impiden dar a quien te ama el consuelo de tu sensible presencia, no dudo poder tenerte cuando expire.¡Ven, Señor Jesús! Y ven pronto a introducirme en la paz.

Y ahora que he hablado del espíritu, te daré noticias de mi trabajo.

Tengo muchos discípulos, de todas las razas y países. Para no herir la sensibilidad de unos u otros y dada la ausencia de pedagogo aquí, he dividido los días, de forma que alterno un día a los paganos, uno a los fieles, con mucho provecho. Doy lo que gano a los pobres, así los atraigo hacia el Señor. He vuelto a tomar mi viejo nombre; no por apego, sino por prudencia. En las horas en que soy del mundo soy "Félix". En las horas en que soy sólo de Jesús, soy "Juan": la gracia de Dios. He explicado a Felipe que el verdadero nombre era Félix que me llamaban Juan sólo para distinguirme entre los hermanos. Y la cosa no ha creado ningún estupor, dada la facilidad con que cambiamos de nombre o llamamos por sobrenombres.

Espero hacer aquí mucho trabajo, para preparar el camino a los hermanos santos. Si tuviera más fuerzas, querría adentrarme en la campiña para dar a conocer tu Nombre. Quizás pueda al principio del verano o con el frescor del otoño. Basta que pueda y lo haré. El aire puro de Antigonio, estos jardines tan serenos y hermosos, las flores, los niños, las gallinitas, el afecto de los jardineros, y sobre todo, el grande, sabio, filial afecto de Síntica me hacen mucho bien. Yo diría que he mejorado. No piensa lo mismo Síntica... Bueno, esta opinión suya se manifiesta solamente por los solícitos y continuos cuidados que me dispensa: mi comida, mi descanso, que no coja frío... Pero me siento mejor. ¿Esta sensación no viene, quizás, del deber heroicamente cumplido? Eso dice Síntica. Querría saber si está acertada. Porque el deber es cosa moral, mientras que la enfermedad es cosa carnal.

Y querría saber también si Tú vienes realmente o sólo te me apareces a los sentidos espirituales, aunque de forma tan perfecta que no me dejas distinguir dónde termina la realidad material de tu Presencia.

Maestro amado y bendito, tu Juan se arrodilla pidiéndote tu bendición. A la Madre, a María, a los hermanos santos, paz y bendición. A Margziam un beso para que se acuerde de enviar las santas palabras, pan para los que estamos en tierras lejanas trabajando en la viña del Señor".

-Esta es la carta de Juan... ¿Qué opináis?

Se cruzan diversas impresiones... Pero la más fuerte de todas es la que se refiere a la presencia de Jesús. Le abruman a preguntas... sobre cómo puede ser, sobre si puede ser, si Síntica ve, etc. etc.

Jesús hace un gesto de silencio y abre el rollo de Síntica. Lee:

"Síntica al Señor Jesús con todo el amor de que es capaz. A la Madre bendita, veneración y alabanza. A los hermanos en el Señor, gratitud y bendición. A Margziam el abrazo de su hermana distante. Juan te ha expuesto, Maestro, nuestra vida. Muy sintéticamente, te ha dicho lo que hace y lo que yo, como mujer, hago. Tengo mi pequeña escuela llena de niñas. Gano mucho espiritualmente, porque las gano para ti, ¡oh mi Señor!, hablando del verdadero Dios a través incluso del trabajo. Esta región, donde tantas razas se han mezclado, es una maraña enredada de religiones. Tan enredada, que... ya no son sino religiones impracticables, deshiladuras de religiones que ya no sirven para nada. En medio, rígida e intransigente, la fe de los israelitas, que con su peso rompe los hilos ya deteriorados de las otras, sin obtener nada.

Juan, teniendo varones, debe actuar con prudencia. Yo, con las niñas, me muevo más libremente. Ser mujer es siempre una inferioridad; tanto, que a las familias de distintas religiones no les importa si las niñas se mezclan en una única escuela. Basta con que aprendan el productivo arte del bordado. Y bendito sea este concepto despreciativo que el mundo tiene de nosotras las mujeres, porque así me permite extender cada vez más mi radio de acción. Los bordados se venden maravillosamente, la fama se difunde, vienen damas de lejos. A todas les puedo hablar de Dios... ¡Ah, los hilos, que, en el telar o en la tela, se transforman en flores, animales, estrellas, también sirven, con sólo quererlo, para encauzar a las almas hacia la Verdad! Conociendo varias lenguas, puedo usar el griego con los griegos, el latín con los romanos, el hebreo con los hebreos; es más, en esta última lengua progreso cada vez más con la ayuda de Juan.

Otro medio de penetración es el ungüento de María. He hecho mucho ungüento nuevo, con las esencias que existen aquí, mezclando en él una porcioncita del originario para santificarlo. Úlceras y dolores, heridas y dolor de pecho desaparecen. Verdad es que yo, mientras unto y vendo, no ceso de repetir los dos Nombres santos: Jesús-María. Es más, haciendo una relación con el significado griego de Cristo, he llamado a este bálsamo "Ungüento Mirra". ¿Es así, no? ¿No posee, acaso, la esencia salutífera de la Mirra de Dios que te engendró, Óleo precioso que nos haces reyes? Muchas veces me debo quedar levantada para poder preparar más ungüento. Le rogaría a la Santa que preparase también Ella más, y que me lo mandase para los Tabernáculos, para poderlo mezclar con el otro, hecho por la ínfima sierva de Dios. De todas formas, si no fuera correcto lo que hago, dímelo, Señor, y jamás lo volveré a hacer.

El amado Juan me ensalza mucho. ¿Qué debería decir yo de él, entonces? Sufre agudamente, pero tiene una fortaleza maravillosa. Si no conociera su secreto, estaría asombrada. Pero desde aquella noche en que, regresando de un enfermo, lo descubrí extático y transfigurado, y oí sus palabras y me arrodillé porque intuí que Tú estabas presente ante tu siervo, ya no puedo asombrarme. Quizás algún hermano sí que se asombrará si oye que no deploro el no haber visto yo misma. ¿Por qué debería hacerlo? Todo está bien, todo lo que Tú das es suficiente. Cada uno recibe la parte que merece y que le es necesaria. Bien está, pues, que Juan te tenga en forma visible y yo sólo en el espíritu.

¿Soy feliz? Como mujer, hecho de menos el tiempo en que estaba contigo y María. Pero como alma, soy felicísima, porque sólo ahora te sirvo, mi Señor. Pienso que el tiempo es nada. Pienso que la obediencia es moneda para entrar en tu Reino. Pienso que ayudarte es gracia que supera cuanto la pobre esclava podía soñar, incluso en horas de delirio, y que Tú me has concedido ayudarte. Pienso que, separada ahora, te tendré al final para toda la eternidad. Y canto la canción de Juan cual calandria en primavera por los campos de oro de la Hélade. Mis niñas la cantan porque dicen que es bonita. Yo las dejo cantar al compás del telar, tan semejante al del remo de aquel día lejano, porque pienso que decir tu nombre, Madre, es prepararse a la Gracia.

Juan me ruega que añada la noticia de que te ha enviado un magnífico ciudadano de Antioquía. Se llama Nicolái. Es su primera conquista para tu rebaño. Tenemos mucha confianza en que Nicolái no defraude el concepto que tenemos de él en nuestro corazón.

Bendice a tu sierva, Señor. Bendícela, Madre. Bendecidme todos, santos, y tú, niño bendito que creces en sabiduría junto al Señor".

-Esto escribe Síntica. Y ha añadido una apostilla sin que Juan lo supiera. Dice: "Juan sólo en el espíritu se manifiesta grande y se refuerza; en lo demás declina, a pesar de todos los cuidados. Tiene muchos proyectos para el principio del verano, pero creo que no podrá llevar a cabo lo que dice. Creo que el invierno ahogará su exigua vida... Pero está en paz. Y se santifica con las obras y el sufrimiento. ¡Mantenle la fuerza con tu presencia, mi Señor! Te pido que me sometas a mí a cualquier pena a cambio de este don para tu discípulo. Enviando las presentes con Tolmái a Lázaro, te suplico que les digas a él y a sus hermanas que recordamos su bondad hacia nosotros y que constante y ardientemente oramos por ellos".

Todos se intercambian de nuevo impresiones.

Andrés se inclina para preguntar algo a María, pero se queda sorprendido al ver lágrimas en su cara.

-¿Lloras? - pregunta.

-¿Por qué llora? ¿Cómo es eso, Madre? - dicen muchos de los presentes.

-Yo sé por qué llora - dice Margziam.

-¿Por qué llora?

-Porque Juan ha recordado la muerte del Señor.

-Ya, claro. ¿Es verdad? ¿Y cómo lo sabe, si ya no estaba cuando la predijiste?

-Porque lo ha sabido de mi boca, para su consuelo.

-¡Mmm! ¡Consuelo! ...

-Sí, consuelo. La promesa de que no esperará mucho a tener el Reino. El lo merece porque os ha superado en la voluntad y obediencia. Vamos a volver a casa. Vamos a preparar las respuestas para dárselas a Tolmái; tú, Margziam, adjuntarás tus libros.

-¡Ah! ¡Comprendo! ¡Comprendo! ¡Escribía para ellos!...

-Sí. Vamos. Mañana iremos al Templo...

# 367

## El jueves prepascual. Preparativos en el Getsemaní.

Apenas un principio de aurora. Mas ya los hombres imitan a las aves, que bullen con sus primeros vuelos y trabajos y cantos del día. La casa del Getsemaní, poco a poco, se va despertando; y se ve precedida por el Maestro, que regresa ya de la oración hecha en las primeras luces del alba, después de una noche entera de oración; pero no entra.

Se va despertando poco a poco el cercano campo de los galileos en la planicie del Monte de los Olivos, y gritos y llamadas van por el aire sereno, atenuados por la distancia, aunque suficientemente netos como para comprender que los píos peregrinos reunidos allí de un momento a otro van a reanudar las ceremonias pascuales interrumpidas la noche anterior.

Se despierta la ciudad, más abajo. Empieza el clamor que la llena (superpoblada en estos días), con los rebuznos de los burritos (de hortelanos y vendedores de corderos que se apretujan en las puertas para entrar), y con el llanto - ¡qué conmovedor! - de centenares de corderos que, montados en carros, o dentro de bastos más o menos grandes, o simplemente a hombros, se dirigen a su trágico destino, y llaman a las madres... lloran su lejanía, sin saber que deberían llorar la vida que tan precozmente llega a su fin. Y sigue aumentando, sin cesar, el rumor en Jerusalén, por el ruido de los pasos en las calles y las llamadas de una terraza a otra o de éstas a la calle, o viceversa; y el rumor llega, como el de las ondas marinas, atenuado por la distancia, hasta la serena hondonada del Getsemaní.

Un primer rayo de sol corta el aire en dirección a una exquisita cúpula del Templo, y la inflama toda, como si un sol hubiera descendido a la Tierra, un pequeño sol posado encima de un cándido pedestal, pero bellísimo a pesar de su pequeñez.

Los discípulos y las discípulas miran admirados ese punto de oro. ¡Es la Casa del Señor! ¡Es el Templo! Para comprender lo que era este lugar para los israelitas, basta ver cómo fijan en él sus miradas. Parecen ver relampaguear, entre el rutilar del oro encendido por el sol, la Faz Santísima de Dios. Adoración y amor patrio, santo orgullo de ser hebreos, aparecen evidentes en esas miradas, más que si hablaran los labios.

Porfiria, que no ha vuelto a Jerusalén desde hace muchos años, vierte incluso lágrimas de emoción, mientras, inconscientemente, aprieta el brazo de su marido, que le está señalando no sé qué con la mano, y se abandona un poco sobre él, como una recién casada, enamorada de su esposo, admirada de él, feliz de ser por él instruida. Entretanto, las otras mujeres hablan quedo, casi en monosílabas, para consultarse lo que debe hacerse este día. Anastática, todavía sin práctica y un poco ajena a este nuevo ambiente, está ligeramente separada, absorta en sus pensamientos.

María, que estaba hablando con Margziam, la ve, se acerca a ella y le pasa un brazo alrededor de la cintura:

-¿Te sientes un poco sola, hija mía? Bueno, hoy irá mejor. ¿Ves? Mi Hijo está indicando a los apóstoles que vayan a las casas de las discípulas para advertirles que se reúnan y lo esperen por la tarde en casa de Juana. Se ve que quiere hablarnos, concretamente a las mujeres; bueno, antes te habrá dado ya una madre. ¿Es buena, sabes? La conozco desde cuando estaba yo en el Templo. Era una madre ya desde entonces para con las más pequeñas de las consagradas. Y comprenderá tu corazón, porque también ella ha llorado mucho. Mi Hijo la curó el año pasado de una melancolía mortal que se había apoderado de ella después de la muerte de sus dos hijos. Te lo digo sólo para que sepas quién es la que de ahora en adelante te va a querer, y a la que tú vas a querer. Pero te digo lo mismo que el año pasado dije a Simón cuando recibía por hijo a Margziam: "Que este afecto no debilite la voluntad de tu corazón de servir a Jesús". Si así fuera, el don de Dios te sería más pernicioso que la lepra, porque apagaría en ti la voluntad buena que un día te dará la posesión del Reino».

-No temas, Madre. En lo que está de mi parte, haré una llama de este afecto para encenderme a mí misma cada vez más al servicio del Salvador. No me gravaré con él, ni gravaré a Elisa, sino que, al contrario, juntas, apoyándonos y estimulándonos recíprocamente en una santa competición, volaremos, con la ayuda del Señor, por sus caminos.

Mientras están hablando, del campo de los galileos, de la ciudad, de casas esparcidas por las laderas, del suburbio - o quizás es un barrio - que está ligeramente fuera de la ciudad (en una de las dos vías que van de Jerusalén a Betania, y, más exactamente, en la más larga, la que Jesús recorre sólo raras veces), empiezan a llegar discípulos antiguos y recientes; los últimos son: Felipe y su familia, Tomás solo, Bartolomé con su mujer.

-¿Dónde están los hijos de Alfeo, Simón y Mateo? - pregunta Tomás, que no los ve.

Jesús le responde:

-Ya van delante. Los dos últimos, a Betania, para avisar a las hermanas de que estén por la tarde en casa de Juana; los dos primeros, a ver a Juana y a Analía, para avisarlas de lo mismo. Nos encontraremos a la hora tercera en la Puerta Dorada. Vamos entretanto a dar la limosna a los mendigos y leprosos. Que Bartolomé se adelante con Andrés, para comprar alimentos para ellos. Nosotros los seguiremos lentamente. Nos detendremos en el barrio de Ofel, junto a la Puerta. Y luego iremos donde los pobres leprosos.

-¿Todos? - dicen poco entusiastas algunos.

-Todos y todas. La Pascua, este año, nos reúne como hasta ahora nunca había sido posible. Vamos a hacer juntos lo que serán los deberes futuros de los hombres y mujeres que trabajen en mi Nombre. Ahí viene deprisa Judas de Simón. Me alegro, porque quiero que esté él también con nosotros.

En efecto, Judas viene jadeante.

-¿Llego con retraso, Maestro? Culpa de mi madre. Ha venido, en contra de la costumbre y de lo que le había dicho. La he encontrado ayer noche en casa de un amigo de nuestra familia. Y esta mañana me ha entretenido hablándome... Quería venir conmigo, pero yo no he querido.

-¿Por qué? ¡María de Simón no merece, acaso, estar donde tú estás? Es más, lo merece mucho más que tú. Así que ve corriendo a recogerla y luego nos alcanzas en el Templo, en la Puerta Dorada.

Judas se marcha sin poner objeciones. Jesús se pone en camino, delante, con los apóstoles y los discípulos; las mujeres, con María en el centro, detrás de los hombres.

## 368

## El jueves prepascual. En Jerusalén y en el Templo.

No veo la distribución de comida a los leprosos de Hinnon, de los cuales sólo oigo hablar. No creo que se hayan producido milagros entre ellos, porque Simón Pedro dice:

-La soledad atroz no les ha dado la gracia de creer y saber dónde está la Salud.

Después la ciudad los recibe por la Puerta que introduce en el bullicioso y poblado barrio de Ofel.

Después de algunos metros, por la puerta entreabierta de una casa, aparece al improviso, jubilosa, Analía, que hace un acto de veneración al Maestro mientras dice:

-Tengo permiso de mi madre para estar hasta la noche contigo, Señor.

-¿No se sentirá molesto Samuel?

-Ya no existe Samuel en mi vida, Señor. Y gracias sean dadas al Altísimo. Solamente me conceda que no te deje a ti, mi Dios, como me ha dejado a mí.

La boca juvenil sonríe heroicamente, mientras un brillo de llanto resplandece en sus ojos castos.

Jesús la mira fijamente y, por toda respuesta, le dice:

-Únete a las discípulas - y reanuda el camino.

Pero la anciana madre de Analía, más anciana por los dolores que por la edad, se acerca a su vez, muy inclinada en un saludo devotísimo y rendido, y dice:

-La paz a ti, Maestro. ¿Cuándo podría hablar contigo? ¡Estoy muy acongojada!...

-Enseguida, mujer.

Y, volviéndose a los que están con Él, ordena:

-Quedaos aquí fuera. Voy a entrar un momento en esta casa - y hace ademán de seguir a la mujer.

Pero Analía, desde el grupo de las mujeres, reclama su atención, con una sola palabra: « ¡Maestro!», ¡pero cuánto hay en esa palabra! Y junta las manos al decirla, como si suplicara...

-No temas. Ten paz. Tu causa está en mis manos, y también tu secreto - la tranquiliza Jesús. Y luego, raudo, entra por la puerta entreabierta.

Fuera se hacen comentarios sobre este hecho, y curiosidades masculinas y femeninas compiten para saber... saber... saber... Dentro se escucha y se llora. Jesús escucha. Apoyado de espaldas contra la puerta, que ha cerrado tras sí en cuanto ha entrado, con los brazos recogidos sobre el pecho, escucha a la madre de la muchacha, que le habla de la volubilidad del novio, el cual habría aprovechado un pretexto para liberarse completamente del vínculo...

-De forma que Analía es como una repudiada, y nunca más se casará, porque ha declarado que Tú no apruebas a quien después del repudio vuelve a casarse. Pero no es así. ¡Ella es célibe todavía! No se vende a otro hombre, porque de ningún hombre ha sido. Y él es culpable de crueldad. Y más. Porque le han venido ganas de otras bodas; pero es mi hija la que va a aparecer como culpable, y el mundo la escarnecerá. Haz algo, Señor, porque es por ti por quien sucede esto.

-¿Por mí, mujer? ¿En qué he pecado?

-¡No, Tú no has pecado! Pero él dice que Analía te ama. Y finge estar celoso. Ayer noche ha venido. Ella había ido a verte. Se enfureció y juró que ya no la querría por esposa. Analía, que llegó en ese momento, le respondió: "Haces bien. Lo único que siento es que vistas la verdad de mentira o de calumnia. Sabes que a Jesús se le ama sólo con el alma. Pero es precisamente tu alma la que se ha corrompido y deja la Luz por la carne, mientras que yo dejo la carne por la Luz. No podríamos ser ya un solo pensamiento, como dos esposos deben ser. Ve, pues, y que Dios te ampare". Ni una lágrima, ¿comprendes? ¡Nada que tocara el corazón del hombre! ¡Mis esperanzas defraudadas! Ella... ciertamente por superficialidad, causa su ruina. Llámala, Señor. Habla con ella. Doblégala a la razón. Busca a Samuel. Está en casa de Abraham su pariente, en la tercera casa después de la Fuente de la higuera. ¡Ayúdame! Pero primero habla enseguida con ella...

-Hablar, hablaré. Pero deberías dar gracias a Dios, que rompe un vínculo humano que está claro que no prometía mucho. Ese hombre es voluble e injusto para con Dios y para con su novia...

-Sí, pero es atroz que el mundo la crea culpable, y que te crea culpable a ti, por el simple hecho de que sea discípula tuya.

-El mundo acusa y luego olvida. El Cielo, por el contrario, es eterno. Tu hija será una flor del Cielo.

-¿Entonces por qué has permitido que viviera? Habría sido una flor sin sufrir la lapidación de las calumnias. Tú que eres Dios llámala, hazla razonar, y luego haz razonar a Samuel...

-Recuerda, mujer, que ni siquiera Dios puede avasallar la voluntad y libertad del hombre. Ellos, Samuel y tu hija, tienen derecho a seguir lo que sienten que es bueno para ellos. Especialmente Analía tiene derecho...

-¿Por qué?

-Porque Dios la ama más que a Samuel. Porque ella da a Dios más amor que Samuel. ¡Tu hija es de Dios!

-No. En Israel no es así. La mujer debe casarse... Es mía la hija... Sus esponsales me prometían paz para el futuro...

-Tu hija estaría en el sepulcro desde hace un año, si Yo no hubiera actuado. ¿Quién soy Yo para ti?

-El Maestro y Dios.

-Y como Dios y Maestro digo que el Altísimo tiene más derecho que nadie sobre sus hijos, y que mucho va a cambiar en la Religión, y de ahora en adelante podrán las vírgenes ser vírgenes eternamente por amor a Dios. No llores, madre. Deja tu casa y ven con nosotros, hoy. ¡Ven! Ahí afuera está mi Madre y otras madres heroicas que han dado sus hijos al Señor. Únete a ellas...

-Habla con Analía... ¡Inténtalo, Señor! - gime la mujer entre sollozos.

-De acuerdo. Haré como quieres - dice Jesús. Y, abierta la puerta, llama: «Madre, ven con Analía».

Las dos requeridas van presurosas. Entran.

-Muchacha, tu madre quiere que te diga que lo pienses más. Quiere que hable con Samuel. ¿Qué debo hacer? ¿Qué respuesta me das?

-Habla con Samuel si quieres. Es más, te suplico que lo hagas. Pero sólo porque querría que se hiciera justo oyéndote. Respecto a mí, ya sabes; te ruego que le des a mi madre la respuesta más verdadera.

-¿Has oído, mujer?

-¿Cuál es la respuesta? - pregunta con voz quebrada la anciana, la cual al principio de las palabras de su hija creía que ésta se hubiera vuelto atrás y luego ha comprendido que no es así.

-La respuesta es que desde hace un año tu hija es de Dios, y el voto es perenne mientras dura la vida.

-¡Pobre de mí! ¿Qué madre hay más infeliz que yo?

María suelta la mano de la joven para abrazar a la mujer y decirle dulcemente:

-No peques con tu pensamiento y con tu lengua. Dar a Dios un hijo no es una desdicha; antes al contrario, es una gran gloria. Un día me dijiste que tu dolor era el haber tenido sólo una hija, porque querrías haber tenido el varón consagrado al Señor. Tú tienes no un varón sino un ángel, un ángel que precederá al Salvador en su triunfo. ¿Y te vas a considerar infeliz? Mi madre, habiéndome concebido en tarda edad, espontáneamente me consagró al Señor desde el primer latido mío que oyó en su seno. Y me tuvo sólo tres años. Y yo tampoco la tuve, sino en mi corazón. Pues bien, su paz al morir fue el haberme dado a Dios... ¡Ánimo, ven al Templo a cantar las alabanzas a Aquel que tanto te ama que ha elegido a tu hija como esposa! Ten una verdadera sabiduría en tu corazón. Verdadera sabiduría es no poner límites a la propia generosidad hacia el Señor.

La mujer ha dejado de llorar. Escucha... Luego se decide. Toma el manto y se envuelve en él. Y al pasar por delante de la hija suspira:

-Primero la enfermedad, luego el Señor... ¡Se ve que no debía tenerte!...

-No, mamá. No digas eso. Nunca me has tenido tanto como ahora. Tú y Dios. Dios y tú. Sólo vosotros, hasta la muerte... - y la abraza dulcemente y le pide: «¡Una bendición, madre! Una bendición... porque he sufrido por tener que hacerte sufrir. Pero Dios me quería así...».

Se besan llorando. Luego salen, precedidas por Jesús y María, y cierran la casa; luego se ponen detrás del grupo de las discípulas...

-¿Por qué entramos por aquí, Señor? ¿No era mejor entrar por la otra parte? - pregunta Santiago de Zebedeo.

-Porque, pasando por aquí, pasamos por delante de la Antonia.

-Y esperas... ¡Ten cuidado, Maestro!... El Sanedrín te espía - dice Tomás.

-¿Cómo lo sabes? - le pregunta Bartolomé.

-Basta reflexionar en el interés de los fariseos para comprender. ¡Me decís que con mil disculpas vienen continuamente a observar lo que hacemos!... ¿Con qué finalidad, si no es buscando de qué acusar al Maestro?

-Tienes razón. Entonces es mejor no pasar por delante de la Antonia, Maestro. Si los romanos no te ven, pues mejor.

-Y en esta razón está contenido más el asco por ellos que la solicitud por mí, ¿no es verdad, Bartolmái? ¡Qué sabio serías si quitaras de tu corazón estas miserias! - responde Jesús, que sigue de todas formas por su camino sin escuchar a nadie.

Para ir a la Antonia tienen que pasar por el Sixto, donde están el palacio de Juana y el de Herodes, poco separados el uno del otro. Jonatán está en la puerta del palacio de Cusa. En cuanto ve a Jesús, da la voz a los de la casa. Sale inmediatamente Cusa y hace una reverencia. Le sigue Juana, ya preparada para unirse al grupo de las discípulas.

Cusa habla:

-He oído que hoy estarás donde Juana. Concede a tu siervo tenerte como invitado en un banquete.

-Sí. Con tal de que me concedas que haga de él un banquete de caridad para los pobres y los infelices.

-Como te parezca, Señor. Ordena y haré lo que Tú quieras.

-Gracias. La paz sea contigo, Cusa.

Juana pregunta:

-¿Tienes órdenes para Jonatán? Está a tu disposición.

-Las daré cuando vuelva del Templo. Vamos, porque nos esperan.

Pasan poco después junto al bonito y cruel palacio de Herodes (cerrado como si estuviera deshabitado). Pasan junto a la Antonia. Los soldados observan el pequeño cortejo del Nazareno.

Entran en el Templo. Mientras las mujeres se detienen en la parte inferior, los hombres prosiguen por el lugar concedido a ellos. Llegan así al sitio donde se presenta a los niños y se purifican las mujeres. Un pequeño grupito de gente acompaña a una joven madre y se detiene para cumplir las ceremonias del rito.

-¡Un pequeñuelo consagrado a1 Señor, Maestro! - dice Andrés, que observa la escena.

-Es, si no me equivoco, la mujer de Cesárea de Filipo, la del castillo. Pasó por delante de mí mientras te esperábamos en la Puerta Dorada - dice Santiago de Alfeo.

-Sí. Está también la suegra y el administrador de Felipe. No nos han visto. Pero nosotros los hemos visto a ellos - añade Judas Tadeo.

Y Mateo añade:

-Y nosotros dos hemos visto a María de Simón con un anciano. Pero Judas no estaba. Parecía muy triste la mujer. Miraba afligida a su alrededor.

-Luego la buscaremos. Ahora vamos a orar. Y tú, Simón de Jonás, presenta la ofrenda en el gazofilacio. Por todos.

Oran largamente. La gente advierte claramente su presencia y unos a otros se señalan al Maestro.

Un breve altercado, del que sobresale la nota aguda de una voz femenina, hace volver la cabeza a los que oran menos recogidos.

-¡Si he estado aquí para ofrecer el hijo varón a Dios, puedo quedarme otro poco para ofrecérselo a quien lo salvó para el Señor! - dice la voz aguda.

La joven Dorca, implicada en medio, causa de tanto jaleo, rompe a llorar y grita:

-¡No le hagáis ningún mal por causa mía!

Pero ya algunos exaltados han llegado donde el Señor y le dicen impositivamente:

-¡Ven aquí y responde!

Los apóstoles y discípulos están agitados de ira y temor. Jesús, sereno y solemne, sigue a los que lo han llamado.

-¿Reconoces a esta mujer? - gritan mientras lo empujan al centro del corro que se ha formado alrededor de Dorca, a la que señalan como si fuera una leprosa.

-Sí. Es una joven viuda y madre de Cesárea de Filipo. Y ésa es su suegra. Y ése es el administrador del castillo. ¿Y entonces...?

-Ella te acusa de que entraste en su habitación mientras se producía el parto.

-¡No es verdad, Señor! No he dicho eso. He dicho que me reviviste a mi hijo. ¡Y nada más! Quería rendirte honor, y te he perjudicado. ¡Perdón, perdón!

El administrador de Filipo interviene para ayudarla y dice:

-No es verdad. Vosotros mentís. La mujer no ha dicho eso, y yo soy testigo y puedo jurarlo; como también que el Rabí no entró en la habitación, sino que obró el milagro desde la puerta.

-¡Calla, siervo!

-¡No! ¡No callaré! ¡Y se lo diré a Filipo, que venera al Rabí más que vosotros, falsos devotos del Dios altísimo!

El altercado pasa de la mujer al terreno religioso y político. Jesús guarda silencio. Dorca llora.

Eleazar, el invitado justo del banquete de la casa de Ismael, dice:

-Creo que se ha aclarado la duda y no tiene ya objeto la acusación; y que el Rabí, justificado, puede libremente marcharse.

-No. Quiero saber si se purificó después de tocar al muerto. ¡Que lo jure por Yeohveh! - grita Jonatán de Uziel.

-¡No me purifiqué porque el niño no estaba muerto, sino que sólo tenía dificultad para respirar.

-Ah, ahora te va bien decir que no resucitó, ¿eh?! - grita un fariseo.

-¿Por qué no haces ostentación como en Quedes? - pregunta otro.

-¡No perdamos tiempo en palabras! Vamos a echarlo de aquí y a llevar esta nueva imputación al Sanedrín. ¡Un cúmulo de imputaciones!

-¿Qué otra? - pregunta Jesús.

-¿Que qué otra! ¡El haber tocado a la leprosa sin purificarte después! ¿Puedes negarlo? ¿Y haber blasfemado en Cafarnaúm, tanto que los más justos te han abandonado? ¿Puedes negarlo?

-No niego nada. Pero no tengo pecado, porque tú, Sadoq, tú que acusas, sabes por el marido de Anastática que no *estaba leprosa;* tú lo sabes, paraninfo del adulterio de Samuel, tú, embustero con él ante el mundo para favorecer la lujuria de un inmundo, dando el nombre de lepra a lo que no era tal, y condenando a una mujer a la tortura que significa el ser llamado "leproso" en Israel, sólo porque eres cómplice del marido culpable.

El escriba Sadoq, uno de los que estaban en Yiscala y luego en Quedes, herido en pleno centro, se escabulle sin decir nada más. Le siguen los gritos burlones de la gente.

-¡Silencio! Es lugar sagrado - dice Jesús. Y ordena a la mujer y a los que estaban con ella: «Vamos. Venid conmigo a donde me esperan». Y se encamina, severo y majestuoso, seguido por los suyos.

Entretanto, la mujer, ante las preguntas de muchos, cuenta una y otra vez, repitiendo siempre: «Mi hijo es suyo y a Él se lo consagro». El administrador se acerca a Jesús y dice:

-Maestro, he referido a Filipo el milagro. Me ha enviado para decirte que te estima. Tenlo presente en las insidias de Herodes... y de los otros. Querría ver también él, y oírte. ¿No vienes hoy a su casa? Te acogería con gusto, incluso en la Tetrarquía.

-No soy ni un histrión ni un mago. Soy el Maestro de la Verdad. Que venga a la Verdad y no lo rechazaré.

Están en el patio de las mujeres.

-¡Ahí está! ¡Ahí está! - dicen las discípulas a María, que está preocupada por el retraso.

Se reúnen. Jesús quisiera despedirse de los de Cesárea, para ir a buscar a María, madre de Judas; pero Dorca se arrodilla y dice:

-Te buscaba yo antes que ella, antes que esa mujer que buscas y que es madre de un discípulo. Te buscaba para decirte: "Este hijo es tuyo. Varón unigénito. Te lo consagro. Tú eres el Dios vivo. Que sea siervo tuyo".

-¿Sabes lo que esto significa? Quiere decir consagrar a tu hijo al dolor, perderlo como madre y ganarlo como mártir en el Cielo. ¿Te sientes con fuerzas de ser mártir en tu hijo?

-Sí, mi Señor. Mártir me habría hecho su muerte, un martirio de una pobre mujer madre. Por ti seré mártir de forma perfecta, grata al Señor.

-¡Pues así sea!... ¡Oh, María de Simón! ¿Cuándo has venido?
-Ahora. Con Ananías, un pariente mío... Yo también te buscaba, Señor...
-Lo sé. Y había enviado a Judas a decirte que vinieras. ¿No ha ido?
La madre de Judas agacha la cabeza, y susurra:
-Salí inmediatamente después de él para ir al Getsemaní. ¡Pero ya te habías marchado!... He venido rápidamente al Templo... Ahora te encuentro... A tiempo de oír a esta muchacha, ya madre, ¡y tan dichosa!... ¡Cómo desearía poder decirte sus mismas palabras, Señor, respecto a un Judas recién nacido... lleno de dulzura... como uno de estos corderitos... - y, llorando, señala a los corderitos baladores que van hacia los que los han de inmolar. Se envuelve en el manto para esconder su llanto.
-Ven conmigo, madre. Hablaremos en casa de Juana. Este no es el sitio apropiado.
Las discípulas toman consigo, en medio de ellas, a María, madre de Judas. El pariente Ananías, por su parte, se mezcla con los discípulos. Entre las discípulas también van Dorca y su suegra. María de Alfeo y Salomé entran en éxtasis haciendo mimos al pequeñuelo.
Se encaminan hacia la salida. Pero, antes de llegar, he aquí que un esclavo romano trae una tablilla encerada a Juana, que la lee y responde:
-Dirás que sí. Por la tarde en mi casa, en el palacio.
Y luego es el gorjeo de Yaia y su madre al ver al Salvador:
-¡Ahí está el Donador de la luz! ¡Bendito seas, Luz de Dios! - y están rostro en tierra, felices.
La gente se arremolina, pregunta, comprende, aclama.
Y luego es el anciano Matías el que venera y bendice (el hombre que ofreció hospedaje en la noche de tormenta a Jesús y a los suyos cerca de Yabés Galaad).
Luego es el abuelo de Margziam y los otros campesinos. Jesús, después de hablar con Juana, les dice: «Venid conmigo». Y ya se lo ha dicho a Dorca, a Yaia, a Matías.
Pero, cerca de la Puerta Dorada, están Marcos de Josías (el discípulo apóstata) y Judas Iscariote hablando animadamente. Judas ve venir al Maestro y se lo dice a su compañero; éste, cuando tiene a Jesús detrás, se vuelve. Las miradas se entrecruzan. ¡Qué mirada la de Cristo! Pero el otro ya está sordo ante cualquier santo poder. Para huir antes, casi echa a Jesús contra una columna. Y Jesús no reacciona sino diciendo:
-¡Marcos, detente! ¡Por piedad de tu alma y de tu madre!
-¡Satanás! - grita el otro. Y se marcha.
-¡Qué horror! - gritan los discípulos.
-¡Maldícelo, Señor!
Y el primero en decirlo es Judas Iscariote.
-No. Dejaría de ser Jesús... Vamos...
-¿Pero cómo, cómo es que se ha vuelto así? ¡Tan bueno como era! - dice Isaac, que parece como traspasado por una flecha de lo apenado que está por el cambio de Marcos.
-Es un misterio. ¡Una cosa inexplicable! - dicen muchos.
Y Judas de Keriot:
-Sí. Le dejaba hablar. Todo una herejía. ¡Pero cómo la dice! Casi te persuade. No era tan sabio cuando era justo.
-Debes decir que no estaba tan enajenado cuando estaba endemoniado cerca de Gamala - dice Santiago de Zebedeo.
Y Juan pregunta:
-¿Por qué, Señor, cuando estaba endemoniado te causaba menos daño que ahora? ¿No puedes curarlo para que no te perjudique?
-Porque ahora ha recibido dentro de sí a un demonio inteligente. Antes era una posada tomada por la fuerza por una legión de demonios. Pero faltaba en él el consenso de tenerlos. Ahora su inteligencia ha *querido* a Satanás, y Satanás ha puesto en él una fuerza demoníaca inteligente. Contra esta segunda posesión nada puedo. Debería violentar la voluntad libre del hombre.
-¿Sufres, Maestro?
-Sí. Son mis angustias... mis derrotas... Y si me aflijo es porque son almas que se pierden. Sólo por esto. No por el mal que me hacen a mí.
Estando todos parados, a la espera de que el camino quede libre de un atasco de gente y caballerías, forman corrillo. La mirada de la madre de Judas es de una potencia tal, que su hijo le pregunta:
-¡Pero bueno!, ¿qué te pasa? ¿Es la primera vez que ves mi cara? Tú es que estás enferma. Tengo que llevarte al médico...
-¡No estoy enferma, hijo! ¡Ni es la primera vez que te veo!
-¿Y entonces?
-Entonces... nada. Lo único es que quisiera que no merecieras jamás estas palabras del Maestro.
-Yo ni lo abandono ni lo acuso. ¡Soy su apóstol!
Reanudan la marcha, hasta que Jesús se detiene para saludar a Juana y a las discípulas que van con Juana a su casa. Los hombres, todos, van al Getsemaní.
-Podíamos haber ido todos allá. Hubiera querido ver lo que decía Elisa - masculla Pedro.
-Lo verás. Porque será hoy cuando sepa, y de mi boca, que a Anastática se la confío a ella.
-¿Y esta noche banquete?
-Sí. Ya he dicho a Juana lo que debe hacer.
-¿Qué debe hacer? ¿Cuándo se lo has dicho? - pregunta más de uno.

-Lo veréis. Antes de dejarla. Mientras la saludaba. Vamos sin demora, para estar pronto en el jardín de Juana.

## 369

## El jueves prepascual. Parábola de la lepra de las casas.

Y en el camino de regreso hacia la casa de Juana, estando un poco aislados en medio de la gente que se aglomera en los caminos y que separa a unos de otros a los componentes de la nutrida comitiva que sigue a Jesús, Pedro, que va con el Maestro y con los dos hijos de Alfeo, pregunta:

-Ahora que podemos hablar un poco entre nosotros, Señor, ¿me dices una cosa que estoy pensando desde ayer por la noche?

-Sí, Simón. Dime de qué se trata y te responderé.

-Ya desde ayer por la noche pienso en la gracia especial que concedes a Juan en Antigonio. Es muy grande esa gracia, ¿eh? Es una cosa única. ¡Exclusivamente para él! Y la verdad es que Síntica también merece mucho... Y, en fin, hay mucha gente magnífica que... merecería verte... y que no te ve sino cuando está a tu lado. Nosotros, por ejemplo, ¡qué consolados nos habríamos sentido cuando nos has mandado por los caminos! Y hemos atravesado momentos en que una palabra tuya nos habría sacado de la incertidumbre... Pero a nosotros no vienes nunca... ¿Por qué esta diferencia?

-Concluyendo, ¿tú, Simón mío, estás un poco celoso?...

-¡No, hombre, no! Pero... Bueno... querría saber tres cosas: ¿por qué a Juan de Endor?; si sólo a él; y si no existe la posibilidad de que un día nos suceda también a nosotros, a mí, por ejemplo, que te vea milagrosamente y sepa de tu boca cómo actuar.

-Te respondo. A Juan porque es un espíritu lleno de buena voluntad, que, no obstante, tiene debilidades, más bien de tipo físico, que podrían derrumbar el edificio de su elevación a Dios, que él ha construido. ¿Ves, amigo mío? El pasado, habiendo estado mucho tiempo sobre nosotros como una costra profundamente radicada, no sólo ha incidido signos indelebles, sino que deja indelebles tendencias en todos los hombres. Mira, por ejemplo, aquella casucha construida al pie del monte. Las aguas del suelo, las que corren monte abajo durante las lluvias, se han filtrado lentamente en ella. Ahora hay sol caliente, y lo habrá durante meses. Pero el moho que ha penetrado en la argamasa estará siempre presente cual manchas de lepra. La casa ha sido abandonada por haber sido declarada leprosa. En otros tiempos menos irrespetuosos la casa habría sido demolida, según la Ley. ¿Porque le ha acaecido este desastre a la pobre casa? Porque los propietarios no se han preocupado de disponer zanjas alrededor para no permitir que las aguas se estancaran en la base, para desviar, lejos del lado que apoya en el monte, las aguas que bajan. Ahora la casa no sólo es fea, sino que está minada por la humedad. Si un hombre voluntarioso se preocupara de hacer esos trabajos, y luego la limpiara bien, y raspara las paredes y cambiara los adobes enmohecidos por otros nuevos; podría ser usada todavía. Pero, de todas formas, presentaría unas debilidades tales, que en un terremoto sería la primera en derrumbarse. Juan ha estado, durante años, penetrado de los venenos del mal del mundo. Ha puesto los medios, con su voluntad, para desterrarlos de su alma revivida. Pero en la base escondida en la carne, en la parte inferior, han quedado debilidades... El espíritu está fuerte, pero su carne es débil; y la carne se desata incluso en tempestades, cuando sus fómites se juntan con elementos del mundo, capaces de zarandear el yo. ¡Juan!... ¡Qué remoción de partículas del pasado por cuanto ha sucedido! Yo le ayudo en la resistencia, en la depuración, en la victoria sobre el pasado que tiende a resurgir; doy consuelo a su excesivo sufrimiento en la manera que puedo. Porque lo merece. Porque es justo ayudar a una voluntad santa que sufre el asalto de toda la iniquidad del mundo. ¿Te convences?

-Sí, Maestro. ¿Y... sólo te muestras a él?

Jesús sonríe mirando a Pedro, que a su vez lo mira desde abajo y parece un niño observando la cara de su padre. Responde:

-No sólo a él. También a otros que están lejos construyéndose su santidad, fatigosamente y solos.

-¿Quiénes son?

-No es necesario saberlo.

Santiago de Alfeo pregunta:

-¿Y a nosotros, por ejemplo, cuando estemos solos y - ¡a saber cuánto! - atormentados por el mundo?... ¿no nos vas a ayudar con tu presencia?

-Tendréis al Paráclito con sus luces.

.De acuerdo... Pero yo... no lo conozco... y... creo que no lograré jamás comprenderlo. Tú... es otra cosa... Diré: "¡Oh, el Maestro!" y te preguntaré lo que hay que hacer, con la seguridad de que eres Tú...» dice Pedro. Y termina: « ¡El Paráclito! ¡Demasiado excelso para este pobre pescador! ¡Quién sabe lo difícil que habla y lo... ligero que es: un soplo que pasa...! No sé si alguno se dará cuenta siquiera... Yo necesito un buen meneo, un grito, para que mi cocota se despierte y pueda entender. ¡Pero, si te me apareces Tú, te veo, y entonces!... Prométeme, o mejor a todos, prométenos que te nos vas a aparecer también a nosotros. ¡Pero así, ¿eh?! De carne y sangre. Que se te vea bien y se te oiga mejor.

-¿Y si lo hiciera para regañar?

-¡No importa! Al menos - ¿verdad, vosotros dos? -, al menos sabríamos lo que tendríamos que hacer.

Los dos hijos de Alfeo asienten.

-Pues os lo prometo. A pesar de que - creedlo - el Paráclito sabrá hacer que vuestras almas lo entiendan. Pero iré Yo a deciros: "Santiago, haz esto o aquello. Simón Pedro, no está bien que hagas esa otra cosa. Judas, fortalécete para estar preparado para esto o para aquello".

-Muy bien. Ahora estoy más tranquilo. ¡Y ven a menudo, ¿eh?! Porque yo estaré como un pobre niño desamparado que no hará sino que llorar y... hacer cosas no buenas...

Y casi casi Pedro ya se echa a llorar desde ahora...

Judas Tadeo pregunta:

-¿No podrías hacerlo para todos desde ahora? Quiero decir: para los que dudan, para los culpables, los desleales. Quizás un milagro...

-No, hermano. El milagro hace mucho bien, especialmente el milagro de ese tipo, cuando se da a tiempo y en el lugar oportuno, a personas no maliciosamente culpables. Dado a personas maliciosamente culpables, aumenta su culpabilidad porque aumenta su soberbia. Toman el don de Dios como debilidad de Dios, que les suplicaría a ellos, a los orgullosos, permitir amarlos. Toman el don de Dios como producto de sus grandes méritos. Se dicen a sí mismos: "Dios se humilla conmigo porque soy santo". Entonces es la ruina completa. La ruina, por ejemplo, de un Marcos de Josías, y con él de otros... ¡Ay de aquel que entra por este camino satánico!: el don de Dios se transforma en él en veneno de Satanás. Ser agraciado con dones extraordinarios constituye la prueba más grande y segura del grado de elevación y de voluntad santa en un hombre. Muy frecuentemente, el hombre se embriaga de ello humanamente, y de espiritual, pasa a ser todo humanidad, y luego baja y se hace satanicidad.

-¿Y entonces por qué los concede Dios? ¡Sería mejor que no los concediera!

-Simón de Jonás, ¿para enseñarte a andar tu madre te tuvo siempre entre pañales y en brazos?

-No. Me ponía en el suelo, y me soltaba.

-¡Pero te caerías, ¿no?!

-¡Una infinidad de veces! Bueno y mucho más porque yo era muy... Bueno, que ya desde pequeño tenía pretensiones de actuar por mí mismo y de hacer todo bien.

-¡Pero ahora ya no te caes!

-¡Estaría bueno! Ahora sé que subirme al respaldo de una silla es peligroso, sé que pretender usar los desagües para bajar del tejado al patio es un error, sé que querer volar desde la higuera hasta dentro de la casa, como si fuéramos pájaros, es cosa de locos. Pero de pequeño no lo sabía. Y lo que es un misterio es que no me matara. Pero poco a poco fui aprendiendo a usar bien las piernas y la cabeza.

-Entonces Dios ha hecho bien dándote piernas y cabeza; y tu madre, dejándote aprender sufriendo en ti las consecuencias, ¿no?

-¡Claro está!

-Lo mismo hace Dios con las almas. Les da los dones y, como una madre, advierte y enseña. Pero luego cada uno debe razonar por sí mismo sobre cómo usarlos.

-¿Y si es un deficiente mental?

-Dios no da los dones a los deficientes mentales. A éstos los ama, porque son infelices, pero no les da aquello de cuya posesión no tendrían conciencia.

-¡Pero si se los diera y los usaran mal?

-Dios los trataría según su realidad, es decir, como a personas incapaces y por tanto, sin responsabilidad. No los juzgaría.

-¿Y si uno es inteligente cuando los recibe y luego se vuelve necio o loco?

-Si es por enfermedad, no es culpable de no usar el don recibido.

-¿Pero... uno de nosotros, por ejemplo? ¿Josías... o... ¡bueno... u otro!?

-¡Más le valdría no haber nacido! Pero así se separan los buenos los malos... Operación dolorosa, pero justa.

-¿Qué decís de bueno? ¿Nada para nosotros? - preguntan otros apóstoles que, dada la anchura de la calle, pueden reunirse con Jesús.

-Hablábamos de muchas cosas. Jesús me ha dicho una parábola sobre la lepra de las casas. Luego os la digo yo - responde Pedro.

-¡De todas formas, qué supersticiones, ¿eh?! Dignas de aquellos tiempos. Las paredes no cogen lepra. Los antiguos, ignorantes, aplicaban a vestidos y a paredes propiedades animales. Cosas ridículas que nos hacen ridículos - dice con aires de sabio Judas Iscariote. -No son como dices, Judas. Bajo la apariencia - que era como era necesaria para las mentes de aquel tiempo - hay una finalidad grande formada de santas previsiones. Como muchos otros preceptos del viejo Israel. Preceptos orientados a la salud del pueblo. Conservar sano a un pueblo es deber de los legisladores, es honrar a Dios y servirle, porque el pueblo está constituido por criaturas de Dios. No se le debe desatender, de la misma forma que no se desatiende ni a los animales ni a las plantas. Las casas definidas leprosas no tienen, es verdad, la enfermedad carnal de la lepra. Pero tienen defectos de construcción y de ubicación que las hacen malsanas y que se manifiestan con las manchas definidas "lepra de las paredes". Con el paso del tiempo se hacen no sólo malsanas para el hombre, sino peligrosas porque están expuestas a un fácil derrumbamiento. Por eso bien prescribe la Ley, y ordena abandonarlas y reconstruirlas, e incluso destruirlas si, una vez reconstruidas, vuelven a aparecer enfermas.

-¡Hombre, pero un poco de humedad, qué va a hacer? Se seca con braseros.

-Y la humedad no aparece externamente, y el engaño aumenta. La humedad aumenta por dentro, y mina, y un buen día se derrumba la casa y sepulta a sus habitantes. ¡Judas, Judas! ¡Mejor tener excesiva vigilancia que ser imprudentes!

-Yo no soy una casa.

-Eres la casa de tu alma. No dejes que en la casa se filtre el mal y corroa... Vigila por la incolumidad de tu alma. Vigilad todos.

-Vigilaré, Maestro. Pero, dime la verdad, ¿estás impresionado por las palabras de mi madre? Esta mujer está enferma. Ve fantasmas. Tengo que llevarla al médico. Cúramela Tú, Maestro.

-La consolaré. Pero tú eres el único que puedes curarla, calmando su congoja.

-Congoja sin fundamento. Créeme, Señor.

-Mejor así, Judas. Mejor así. Pero tú, con una conducta cada vez más justa, trata de anular esa congoja. Si ha surgido, habrá habido un motivo. Anula incluso el recuerdo de ese motivo, y tu madre y Yo te bendeciremos.

-¡Maestro, temías que me pusiera de acuerdo con Marcos de Josías?

-No temo nada.

-¡Ah! ¡Bien! Porque yo trataba de convencerlo. Creo que era mi deber. ¡Ninguno lo hace! ¡Yo tengo celo por las almas!

-Ten cuidado de que no te ocurra un mal - dice Pedro bondadosamente.

-¿Qué quieres decir? - dice Judas agresivo.

-Nada más que esto: que para tocar algo que quema hay que coger algo que aísle.

-¿Qué, en nuestro caso?

-¿Qué? Una gran santidad.

-¿Y yo no la tengo, no es verdad?

-Ni tú, ni yo, ni ninguno de nosotros. Por eso... podríamos quemarnos y quedar marcados.

-¿Y entonces quién se va a ocupar de las almas?

-Por ahora el Maestro. Después, cuando, según la promesa, tengamos los medios para poderlo hacer, nosotros.

-Pero yo quiero actuar antes. Nunca se trabaja demasiado pronto para el Señor.

-Creo que lo que dices está bien, pero también creo que el primer trabajo para el Señor lo tenemos que hacer en nosotros. ¿Ir a predicar santidad a los otros antes que a nosotros mismos?...

-Eres egoísta.

-En absoluto.

-Sí.

-No.

Empieza la discusión. Interviene Jesús:

-Pedro tiene razón en buena parte. Tú también tienes un poco de razón. Porque la predicación se debe apoyar sobre los hechos. Por eso santificarse para poder decir: "Haced lo que digo porque es justo". Y esto apoya lo que dice Pedro. Pero también el trabajar en los espíritus de los demás sirve para formar los propios, porque nos obliga a mejorarnos para no ser objeto de observaciones por parte de los que se hayan de convertir. Pero ya hemos llegado a la casa de Juana... Vamos a entrar a gozar del amor de contarnos entre los obreros del Señor; y a predicar, con los hechos, el tiempo futuro.

## 370

## El jueves prepascual. En el convite de los pobres en el palacio de Cusa.

-Paz a esta casa y a todos los presentes - es el saludo de Jesús mientras entra en el vasto vestíbulo, muy fastuoso, que está todo iluminado a pesar de ser de día.

Y no son superfluas las lámparas. Y es que, si bien es cierto que es de día, no es menos cierto que afuera hay un sol cegador, en las calles y en las fachadas blancas de cal, mientras que aquí, en este amplio, pero sobre todo largo, corredor vestíbulo, que debe cortar toda la casa, desde el sólido portal hasta el jardín - cuyo verde lleno de sol aparece allá, en el fondo, y parece lejano por un juego de la perspectiva -, debe haber habitualmente una penumbra que, para quien viene de fuera, cegados sus ojos por el intenso sol, es sombra completa. Por eso, Cusa se ha preocupado de que las grandes y numerosas lamparillas de cobre repujado, fijadas a distancias constantes en ambas paredes del vestíbulo, estén todas encendidas, y también la lámpara central (un cuenco grande de alabastro rosa en que están incrustados, en el róseo leve del alabastro, diaspros y otras lascas preciosas y multicolores que, por la luz encendida dentro, resplandecen como si fueran estrellas, proyectando arcoiris sobre las paredes pintadas de azul oscuro, sobre las caras, sobre el suelo de mármol veteado). Y parece como si menudas estrellas se posaran en las paredes, en los rostros, en el suelo, menudas y móviles estrellitas multicolores, porque la lámpara ondea levemente debido a la corriente de aire que recorre el vestíbulo y los tornasoles de las lascas preciosas cambian continuamente de posición.

-Paz a esta casa - repite Jesús mientras se adentra y va bendiciendo sin cesar a los criados, que le hacen una profunda reverencia, y a los invitados, asombrados de estar allí reunidos, en contacto con el Rabí, en un palacio principesco...

¡Los invitados! El pensamiento de Jesús se delinea claramente. El convite de amor querido por Él en casa de la buena discípula es una página del Evangelio traducida en acción. Son mendigos, tullidos, ciegos, huérfanos, ancianos, jóvenes viudas con sus pequeñuelos agarrados a los vestidos o que maman la escasa leche de su desnutrida madre. La riqueza de Juana ya ha proveído a sustituir los vestidos harapientos con vestidos modestos pero limpios y nuevos. Mas si las cabelleras ordenadas, como oportuna medida de aseo, y si los vestidos limpios dan a estos desdichados - a quienes los criados alinean o sujetan para llevarlos al sitio - un aspecto ciertamente menos miserable del que tenían cuando Juana dispuso que fueran a recogerlos a los callejones, a los cruces, a los caminos que conducen a Jerusalén, a aquellos lugares en que su miseria se celaba abochornada o se exponía en busca de limosnas; si ello es así, por el contrario, resultan todavía visibles las penalidades en las caras, las debilidades en los miembros, las desventuras, las soledades en las miradas...

Jesús pasa y bendice. Cada infeliz recibe su bendición. Si la derecha está levantada bendiciendo, la izquierda baja a acariciar temblorosas y canas cabezas de ancianos, o inocentes cabecitas de niños. Recorre así, hacia arriba y hacia abajo, el

vestíbulo, para bendecir a todos, incluso a los que entran mientras ya está bendiciendo y todavía haraposos, se esconden con miedo y empacho en un rincón, hasta que los criados, con modos corteses, los llevan a otro sitio para ser lavados y vestidos con ropa limpia, como los que han llegado antes que ellos.

Pasa una joven viuda con su nidada de niños... ¡Qué miseria! El más pequeño, completamente desnudo, envuelto en el velo desgarrado de su madre... los más grandecitos sólo con lo indispensable para salvar la decencia; sólo el mayor, un jovencito flaquísimo, lleva un vestido que puede llamarse tal, pero como contrapartida va descalzo.

Jesús observa esto, llama a la mujer y dice:

-¿De dónde vienes?

- De la llanura de Sarón, Señor. Leví ya me ha llegado a la mayoría de edad... He tenido que acompañarle al Templo... yo... porque ya no tiene padre - y la mujer llora quedo, ese llanto mudo de quien ha llorado *demasiado.*

-¿Cuándo se te ha muerto tu marido?

-Ha hecho un año en Sebat. Hacía dos lunas que estaba encinta... - y traga los sollozos para no causar turbación, curvándose toda hacia el pequeñuelo.

-¿El niño tiene entonces ocho meses?

-Sí, Señor.

-¿Qué hacía tu marido?

La mujer susurra tan bajo, que Jesús no entiende. Se inclina para oír, diciendo:

-Repite sin temor.

-Mí marido trabajaba como herrador en una forja... Pero se enfermó mucho... porque tenía heridas que supuraban.

Y termina en voz bajísima:

-Era un soldado de Roma.

-Pero ¿tú eres de Israel?

-Sí, Señor. No me arrojes de tu presencia como impura, como hicieron mis hermanos cuando fui a implorar piedad después de la muerte de Cornelio...

-¡No tengas esos miedos! ¿Qué haces ahora como trabajo?

-Soy criada, si me aceptan; espigadora, batanera, bato el cáñamo... hago de todo... para el pan de éstos. Leví ahora va a ponerse a trabajar en el campo... si lo aceptan, porque... es bastardo de raza.

-¡Confía en el Señor!

-Si no hubiera confiado, me habría matado con todos ellos, Señor.

-Ve, mujer. Nos veremos aún - y la saluda.

Juana, entretanto, se ha acercado y está arrodillada, a la espera **d**e que el Maestro la vea. Él, efectivamente, se vuelve y la ve.

-Paz a ti, Juana. Me has obedecido a la perfección.

-Obedecerte es mi alegría. Pero no he sido la única que te ha procurado "la corte" como Tú querías. Cusa me ha ayudado en todos los modos, y Marta y María también. Y Elisa. Quién mandando a los criados por lo necesario y a ayudar a los criados míos a reunir a los invitados, quién ayudando a las siervas y a los siervos de los baños a limpiar a los "bienamados", como Tú los llamas. Ahora, con tu permiso, voy a dar a todos un poco de comida, para que no desfallezcan mientras esperan las viandas.

-Sí, sí, como quieras. ¿Dónde están las discípulas?

-En la terraza superior, donde he dispuesto que se preparen las mesas. ¿He pensado bien?

-Sí, Juana. Arriba estarán tranquilos, y también nosotros.

-Sí, yo también he pensado lo mismo. Y es que, además, en ninguna sala habría podido preparar para tantos... Y no quería hacer separaciones para no crear celos y dolor. ¡Las personas desagraciadas tienen una sensibilidad, es más, una dolorabilidad, tan aguda!... Son todo una llaga, y basta una mirada para hacerlos sufrir.

-Sí, Juana. Tienes alma compasiva y comprendes. Que Dios te recompense tu piedad. ¿Hay muchas discípulas?

-¡Todas las que están en Jerusalén!... Pero... Señor... yo quizás he pecado... Querría decirte una cosa en secreto.

-Llévame a un lugar solitario.

Van los dos solos a una habitación. Por los juguetes que hay diseminados par todas partes, se intuye que es lugar de juegos de María y Matías.

-¿Entonces, Juana?

-Mí Señor, sin duda he sido imprudente... Pero el gesto me ha venido tan espontáneo, tan impetuoso... Cusa me ha regañado. Pero la verdad es que ya... Ha venido al Templo un esclavo de Plautina con una tablilla. Ella y sus compañeras preguntaban si era posible verte. He respondido: "Sí, por la tarde en mi casa". Y vendrán... ¿He hecho mal? ¡No por ti!... Por los demás, por las que son *enteramente* Israel... y no amor como Tú. Si he faltado, repararé como convenga... Pero es que deseo tanto que el mundo, el *mundo entero,* te ame, que... que no me he parado a pensar que en el mundo sólo Tú eres Perfección, y demasiados pocos tratan de parecerse a ti.

-Has hecho bien. Hoy os predico a todos vosotros con las obras. Y en el futuro una de las cosas que habrán de hacer los que crean en mí será el que entre los creyentes en Jesús Salvador haya gentiles. ¿Dónde están los niños?

-Por todas partes, Señor - sonríe Juana, ya tranquilizada, y termina: «La fiesta los exalta y corren de un lado para otro como pajarillos felices».

-Jesús la deja. Vuelve al vestíbulo, hace un gesto a los hombres que estaban con Él y se encamina hacia el jardín para luego subir a la amplia terraza.

Una alegre laboriosidad llena la casa desde los subterráneos hasta el tejado. Unos van, otros vienen, con comida o enseres, con fajos de vestidos, con asientos; otros acompañan a invitados o responden a quien pregunta. Todos con alegría y amor. Jonatán, solemne en su función de administrador, incansable, dirige, vigila, aconseja.

La anciana Ester, feliz de ver a Juana tan animada y lozana, ríe en medio de un círculo de niños pobres, y les distribuye unos bollos mientras relata cosas maravillosas. Jesús se detiene un momento a escuchar la conclusión espléndida de uno de estos relatos: «Dios concedió a la buena Alba de mayo, que nunca se rebelaba contra el Señor por motivo de los dolores que habían sobrevenido a su casa, muchas ayudas, por las que en Alba de mayo pudieron hallar salvación y bien sus hermanitos. Los ángeles llenaban la pequeña masera, terminaban el trabajo en el telar para ayudar a la niña buena, diciendo: "Es nuestra hermana porque ama al Señor y a su prójimo. Tenemos que ayudarla".

-¡Que Dios te bendiga, Ester! ¡Casi que me paro Yo también a. escuchar tus parábolas! ¿Me aceptas? - dice Jesús sonriendo.

-¡Oh, mi Señor!¡Soy yo quien debe escucharte a ti! ¡Pero para los pequeñuelos basto yo, que soy una pobre vieja ignorante!

-Tu alma justa es útil también para los adultos. Sigue, sigue, Ester... - y le sonríe mientras se marcha.

Ya están diseminados por el vasto jardín los invitados y consumen su primer bocado mirando a su alrededor y mirándose recíprocamente con asombro. Hablan, se intercambian comentarios sobre esta inesperada suerte. Pero, cuando ven pasar a Jesús, se ponen en pie si pueden hacerlo y se inclinan adorando.

-Comed, comed. Sentíos con libertad y bendecid al Señor – dice Jesús al pasar, yendo hacia las dependencias de los jardineros, desde las cuales empieza la escalera que por una ventilada rampa conduce a la amplia terraza.

-¡Rabbuní mío! - grita la Magdalena, saliendo rauda de una habitación, con los brazos cargados de pañales y camisolas para los párvulos. Y su voz aterciopelada de órgano de oro llena el pasaje umbrío, bajo el cual hay festones de rosas.

-María, Dios esté contigo. ¿A dónde vas tan deprisa?

-¡Tengo a diez bebés que vestir! Los he lavado y ahora voy a vestirlos, y luego te los traeré, frescos como flores. Voy corriendo, Maestro, porque... ¿no los oyes? parecen diez corderitos que balan... - y se marcha corriendo y sonriente, espléndida y serena, con su sencilla y señorial túnica de blanco lino, ceñida a la cintura con un cinturón delgado de plata, y los cabellos recogidos en un moño simple sobre la nuca, sujetos con una cinta blanca anudada a la frente.

-¡Qué distinta de la que estaba en el Monte de las Bienaventuranzas! - exclama Simón Zelote.

En la primera rampa de las escaleras se cruzan con la hija de Jairo y Analía, que bajan tan veloces que parecen volar.

-¡Maestro! ¡Señor! - exclaman.

-Dios esté con vosotras. ¿A dónde vais?

-Por unos manteles. Nos ha mandado la criada de Juana. ¿Vas a hablar, Maestro?

-¡Por supuesto!

-¡Entonces corre, Miriam! ¡Vamos a darnos prisa! - dice Analía.

-Tenéis todo el tiempo que queráis para hacer eso que tenéis que hacer. Espero a otras personas. Pero, ¿desde cuándo, niña, te llamas Miriam? - dice mirando a la hija de Jairo.

-Desde hoy. Desde ahora. Me ha puesto este nombre tu Madre. Porque... ¿verdad, Analía? Hoy es un gran día para cuatro vírgenes...

-¡Oh, sí! ¡Se lo decimos al Señor, o dejamos que sea María la que lo diga?

-María, María. Ve, ve, Señor, Tu Madre te hablará - y se marchan ágiles, apenas en la flor de su juventud, humanas en sus hermosas formas, angélicas en sus miradas radiantes...

Están en la tercera rampa cuando se cruzan con Elisa de Betsur, que baja sosegadamente junto con la mujer de Felipe.

-¡Ah, Señor! - grita esta última - ¡A unos quitas y a otros das!... ¡De todas formas, bendito seas!

-¿De qué hablas, mujer?

-Ahora lo sabrás... ¡Qué dolor y qué gloria, Señor! Me mutilas y me coronas.

Felipe, que está al lado de Jesús, dice:

-¿Qué dices? ¿De qué hablas? Eres mi mujer, y lo que a ti te pasa me toca también a mí...

-Lo sabrás, Felipe. Ve, ve con el Maestro.

Jesús, entretanto, le está preguntando a Elisa si está bien curada. Y la mujer, a la cual el gran dolor de los tiempos pasados ha dado una majestad de reina doliente, dice:

-Sí, mi Señor. Pues sufrir con la paz en el corazón no es congoja. Y yo ahora tengo la paz en mi corazón.

-Y pronto tendrás más todavía.

-¿Qué, Señor?

-Ve y vuelve, y lo sabrás.

-¡Está Jesús! ¡Está Jesús!»

Es el trino de dos niños, que tienen su carita apoyada en la baranda de arabescos que limita la terraza por los dos lados que miran al jardín; y de la baranda penden ramas florecidas de rosas y jazmines (porque la terraza - sobre la cual, en esta hora de sol, está extendido un toldo multicolor - es un vasto jardín pénsil).

Todas las personas que en la terraza se mueven de un lado para otro en preparativos se vuelven al oír el grito de María y Matías, y dejando a medias lo que estaban haciendo, van hacia Jesús, en cuyas rodillas ya están enroscados los dos niños.

Jesús saluda a las numerosas mujeres que se aglomeran. Mezcladas con las que son discípulas en el verdadero sentido de la palabra, o con las esposas, hijas o hermanas de apóstoles y discípulos, están otras menos conocidas, menos íntimas, como la mujer del primo Simón, las madres de los asnerizos de Nazaret, la madre de Abel de Belén de Galilea, Ana de Judas (casa junto al lago Merón), María de Simón, madre de Judas de Keriot, Noemí de Éfeso, Sara y Marcela de Betania (Sara es la mujer a la que

curó Jesús en el Monte de las Bienaventuranzas y envió a casa de Lázaro con el anciano Ismael; ahora parece doméstica de María de Lázaro), luego la madre de Yaia, la madre de Felipe de Arbela, Dorca (la joven madre de Cesárea de Filipo) y su suegra, la madre de Analía, María de Bosrá (la curada de lepra que ha venido con su marido a Jerusalén), y otras, y otras... nuevas para la vista, pero a las que la mente no sabe mencionar con nombre propio.

Jesús se adentra en la vasta terraza rectangular que por un lado mira al Sixto, y va a colocarse al lado de la habitación en que termina la escalera interior - creo - y que asemeja a un hexaedro bajo puesto en el ángulo septentrional de la terraza. Jerusalén se muestra toda, y sus cercanías con ella: una vista estupenda. Todas las discípulas, o mejor: todas las mujeres, dejan de ocuparse de las mesas para juntarse alrededor de Él. Los criados prosiguen sus trabajos.

María está al lado de su Hijo. Bajo la luz dorada que se filtra a través del gran toldo extendido sobre buena parte de la terraza, y que se hace luz delicadamente esmeraldina en los lugares en que, para llegar a las caras, debe filtrarse a través de un enredo de jazmines y rosales dispuestos como pérgola, Ella parece todavía más joven y esbelta: una hermana de las más jóvenes discípulas, apenas un poco mayor, y hermosa, hermosa como la más espléndida de las rosas florecidas en el jardín pénsil, en los vastos macetones que lo rodean para contener rosas, jazmines, muguetes, lirios y otras plantas finas.

-Madre, mi mujer ha dicho una serie de cosas que... ¿Qué ha pasado para que mi mujer se pueda considerar mutilada y coronada al mismo tiempo? - pregunta Felipe, que se consume en el deseo de saber.

María sonríe dulcemente mientras lo mira y - Ella que es tan poco dada a confidencias - le toma la mano y le dice:

-¿Serías capaz de dar a mi Jesús lo que más amas? La verdad es que deberías... porque Él te da a ti el Cielo y el camino para ir.

-Por supuesto, Madre, que sabría... especialmente si lo que le diera tuviera el poder de hacerlo feliz

-Lo tiene. Felipe, también tu otra hija se consagra al Señor. Nos lo ha dicho hace poco a mí y a su madre, en presencia de muchas discípulas...

-¿Tú? ¿Tú? - pregunta Felipe turbado, señalando con el índice a la gentil muchacha, que se arrima a María casi buscando protección. El apóstol encaja con dificultad este segundo golpe, que le priva para siempre de la esperanza de unos nietos. Se seca el sudor repentino que le ha producido la noticia... vuelve su mirada hacia las caras que tiene alrededor. Lucha... Sufre.

La hija gime:

-Padre... tu perdón... y tu bendición... - y cae a sus pies.

Felipe le acaricia mecánicamente los cabellos castaños, despeja su garganta del nudo que la comprime, y, en fin, habla:

-Se perdona a los hijos que pecan... Tú no pecas consagrándote al Maestro... y... y... y tu pobre padre sólo puede decirte... decirte: "¡Bendita seas!"... ¡Ah! ¡Hija! ¡Hija mía!... ¡Cuán suave y tremenda es la voluntad de Dios! - y se inclina, la levanta, la abraza, la besa en la frente y en el pelo, llorando... Y luego, teniéndola todavía entre sus brazos, va hacia Jesús y le dice: «Mira, yo la he engendrado, pero Tú eres su Dios... Tu derecho es mayor que el mío... Gracias... gracias, Señor, por la... por la alegría que... - no puede continuar. Cae de rodillas a los pies de Jesús y se agacha para besarle los pies gimiendo: « ¡Nunca más, nunca más tendré nietos!... ¡Mí sueño!... ¡La sonrisa de mí ancianidad!... Perdona este llanto, Señor... Soy un pobre hombre...».

-Levántate, amigo mío. Y alégrate de ofrecer las primicias a los jardines angélicos. Ven. Ven aquí, entre mí y mi Madre. Oigamos de Ella cómo ha sucedido la cosa, porque te aseguro que por mi parte no tengo ni culpa ni mérito.

María explica:

-Poco sé yo también. Estábamos hablando las mujeres entre nosotras y, como sucede a menudo, me preguntaban acerca de mi voto virginal, y también sobre cómo serán las vírgenes del futuro, y sobre qué oficios y glorias preveía para ellas. Yo respondía como sé... Para el futuro preveía para ellas vida de oración, de consuelo de los sufrimientos que el mundo dará a mi Jesús. Decía. "Serán las vírgenes las que sostendrán a los apóstoles, las que lavarán este mundo ensuciado, y lo vestirán con su pureza y con ella lo perfumarán; serán los ángeles que cantarán las alabanzas para cubrir las blasfemias. Y Jesús se sentirá feliz, y otorgará gracias al mundo, y misericordia a estas corderas diseminadas en medio de lobos..." y otras cosas decía. Ha sido entonces cuando la hija de Jairo me ha dicho: "Dame un nombre, Madre, para mi futuro de virgen, porque no puedo conceder el que un hombre goce el cuerpo que fue reanimado por Jesús. Sólo de Él es este cuerpo mío, hasta que no sea la carne del sepulcro y el alma del Cielo"; y Analía dijo: "Yo también he sentido que debo hacer lo mismo. Y hoy estoy más alegre que las golondrinas, porque se han roto todas las ataduras". Y ha sido también entonces cuando tu hija, Felipe, ha dicho: "Yo también seré como vosotras. ¡Virgen para toda la eternidad!". Su madre se acercó entonces y le hizo considerar que así no se podía tomar una decisión tan importante. Pero ella no cambió de parecer. Y a quien le preguntaba si era un pensamiento ya viejo decía "no", y a quien le preguntaba cómo le había venido decía: "No lo sé. Como una flecha de luz, me ha abierto en dos el corazón y he comprendido con qué amor amo a Jesús".

La mujer de Felipe dice a su marido:

-¿Has oído?

-Sí, mujer, la carne gime... y debería cantar, porque es su glorificación. Nuestra carne pesada ha engendrado a dos ángeles. No llores, mujer. Tú has dicho antes que Él te ha coronado... Una reina no llora cuando recibe la corona...

Pero llora también Felipe, "y otros muchos lloran, hombres y mujeres, ahora que todos están recogidos aquí arriba. María de Simón llora a lágrima viva en un rincón... María de Magdala llora en otro, manoseando el lino de su túnica y arrancando mecánicamente los hilos del ribete que la adorna. Anastática llora mientras trata de esconder con la mano su cara llorosa.

-¿Por qué lloráis? - pregunta Jesús.

Ninguno responde.

Jesús llama a Anastática y le pregunta de nuevo, y ella:

-Porque, Señor, por un goce nauseabundo de una sola noche he perdido el ser una virgen tuya.

-*Todos los estados son buenos, si en ellos se sirve al Señor.* En la Iglesia futura harán falta vírgenes y matronas. Todas útiles para el triunfo del Reino de Dios en el mundo y para el trabajo de los hermanos sacerdotes. Elisa de Betsur, ven aquí. Consuela a esta casi niña... - Y pone con sus propias manos a Anastática entre los brazos de Elisa.

Las observa mientras Elisa la acaricia y la otra se abandona en esos brazos de madre, y luego pregunta:

-Elisa, ¿conoces su historia?

-Sí, Señor. Y me da mucha pena de esta pobre paloma sin nido.

-Elisa, ¿amas a esta hermana?

-¿Amarla? Mucho. Pero no como hermana. Ella podría ser hija mía. Y ahora que la tengo entre mis brazos me parece volver a ser la madre feliz del tiempo pasado. ¿A quién vas a confiar esta dulce gacela?

-A ti, Elisa.

-¿A mí?

La mujer desata el círculo de sus brazos para mirar, incrédula, al Señor...

-A ti. ¿No la quieres?

-¡Oh! ¡Señor! ¡Señor! ¡Señor!...

Elisa, de rodillas, se arrastra hasta Jesús, y no sabe, no sabe qué decir, ni cómo, ni qué hacer, para expresar su alegría.

-Levántate. Sé para ella una madre santa, y que ella sea para ti una hija santa, y caminad las dos por el camino del Señor. María de Lázaro, ¿por qué lloras, tú que estabas hace poco tan alegre? ¿Dónde están esas diez flores que me querías traer?...

-Duermen satisfechos en la limpieza, Maestro... Y yo lloro porque ya jamás tendré esa limpieza de las vírgenes, y mi alma siempre llorará, nunca satisfecha, porque... porque pequé...

-Mi perdón y tu llanto te hacen más limpia que esas flores. Ven aquí. No llores más. Deja el llanto para quien tenga algo de qué avergonzarse. ¡Ánimo! Ve por tus flores; id también vosotras, esposas y vírgenes. Id a decir a los invitados de Dios que suban. Hay que despedirlos antes de que cierren las Puertas, porque muchos de ellos viven diseminados por los campos.

Obedecen. En la terraza se quedan solamente: Jesús, donde estaba, acariciando a María y a Matías; Elisa y Anastática, que, un poco más allá están cogidas de la mano, mirándose a los ojos, con una sonrisa embebida en un llanto dichoso; María de Simón, hacia la cual se inclina piadosamente María Stma.; y Juana, que está en la puerta de la habitación y mira titubeante, un poco hacia dentro un poco hacia fuera (hacia Jesús). Los apóstoles y discípulos han bajado, junto con las mujeres, para ayudar a los criados a traer a los tullidos, ciegos, cojos, lisiados, ancianos, por la larga escalera.

Jesús, que tenía inclinada su cabeza hacia los dos niños, la alza y ve a María que está atendiendo a la madre de Judas. Se levanta y se acerca a ellas. Pone la mano encima de la cabeza entrecana de María de Simón:

-¿Por qué lloras, mujer?

-¡Oh! ¡Señor! ¡Señor! ¡Yo he dado a luz a un demonio! ¡Ninguna otra madre de Israel me igualará en el dolor!

-María, otra madre, y también por ese motivo tuyo, me ha dicho y dice estas palabras. ¡Pobres madres!...

-¡Mi Señor! ¿Entonces hay otro que sea como mi Judas, pérfido y desalmado contigo? ¡No puede ser! Él, que te tiene a ti, se ha dado a prácticas inmundas; él, que respira tu aliento, es un lujurioso y un ladrón, y quizás se hará homicida. ¡Mentira es su pensamiento, fiebre su vida! ¡Haz que muera, Señor! ¡Por piedad, haz que muera!

María, tu corazón te lo hace ver peor de lo que es; el miedo te enajena. Cálmate y razona. ¿Qué pruebas tienes de su actuación?

-Respecto a ti, nada. Pero es un alud que está descendiendo. Lo he sorprendido y no ha podido ocultar las pruebas de... Ahí está... ¡Calla, por piedad! Me mira. Sospecha. Es mi dolor. ¡No hay ninguna Madre más desdichada que yo en Israel!...

María susurra:

-Yo... Porque a mi dolor uno el de todas las madres infelices... Porque la causa de mi dolor es el odio no de uno sino de todo un mundo.

Jesús va donde Juana, que ha solicitado su presencia. Entretanto, Judas viene donde su madre, a la que María sigue consolando. Y le regaña:

-¿Ya has podido manifestar tus delirios? ¿Calumniarme? ¿Estás contenta ya?

-¡Judas! ¿Hablas así a tu madre? - pregunta, severa, María. Es la primera vez que la veo así...

-Sí, porque estoy cansado de su persecución.

-¡Hijo mío, no es una persecución! Es amor. Dices que estoy enferma. Pero el enfermo eres tú. Dices que te calumnio y que escucho a tus enemigos. Pero tú te haces daño a ti mismo y sigues a personas nefastas que te arrastrarán tras sí, y cultivas su compañía. Porque eres débil, hijo mío, y ellos se han dado cuenta... Escucha a tu madre. Escucha a Ananías, anciano y sabio. ¡Judas! ¡Judas! ¡Piedad de ti, de mí! ¡¡¡Judas!!! ¿A dónde vas, Judas?

Judas, que está cruzando casi corriendo la terraza, se vuelve y grita:

-¡A donde soy útil y venerado! - y baja atropelladamente la escalera, mientras la infeliz madre, asomándose al antepecho, le grita:

-¡No vayas! ¡No vayas! ¡Quieren tu ruina! ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo mío!...

Judas ha llegado abajo, y los árboles lo ocultan a la vista de su madre. Se le vuelve a ver un momento en un espacio vacío antes de entrar en el vestíbulo.

-Va... La soberbia le devora - gime su madre.

-Vamos a orar por él, María. Las dos juntas... - dice la Virgen teniendo cogida de la mano a la triste madre del futuro deicida.

Mientras tanto, empiezan a subir los invitados... y Jesús habla con Juana.

-De acuerdo. Que vengan. Sí. Mucho mejor si se han puesto vestidos hebreos, para no chocar con el prejuicio de muchos. Las espero aquí. Ve a llamarlas - y, apoyado a la jamba, observa el aflujo de los invitados, guiados con amorosidad a las mesas por discípulos y discípulas según un orden ya establecido. En el centro está la mesa baja de los niños; luego, a una parte y a otra, todas las otras mesas, paralelas.

Y, mientras ciegos, cojos, lisiados, tullidos, ancianos, viudas y mendigos, imprimidas en sus rostros sus historias de dolores, se colocan, he aquí que traen - delicados como cestos de flores – unos cestos transformados en cunas, e incluso unas pequeñas arquetas, donde duermen satisfechos, colocados encima de almohadones, los lactantes tomados de sus madres mendigas. Y María de Magdala, ya tranquila, se acerca a Jesús presurosa y dice:

-Han llegado las flores. Ven a bendecirlas, Señor.

Pero contemporáneamente aparece Juana por la escalera interior y dice:

-Maestro, están aquí las discípulas paganas.

Son siete mujeres, que vienen con vestidos oscuros y humildes semejantes a los de las hebreas. Todas traen los rostros velados y vienen cubiertas hasta los pies con un manto. Dos son altas y de aspecto majestuoso; las otras, de media estatura. Pero cuando, habiendo venerado antes al Maestro, se quitan el manto, es fácil reconocer a Plautina, a Lidia, a Valeria, a la liberta Flavia (la que escribió las palabras de Jesús en el jardín de Lázaro). Y otras tres desconocidas: una que, a pesar de tener mirada acostumbrada a mandar, se arrodilla y le dice al Señor: «Y que conmigo se postre Roma a tus pies»; otra es una venusta matrona de unos cincuenta años; en fin, una jovencita grácil y serena como una flor del campo.

María de Magdala reconoce a las romanas, a pesar de sus vestidos hebreos, y susurra: «¡¡¡Claudia!!!», con los ojos como platos. «Yo. ¡Basta ya de oír por palabras ajenas! La Verdad y la Sabiduría deben ser recogidas directamente de la fuente».

-¿Crees que nos reconocerán? - pregunta Valeria a María de Magdala.

-Si no os descubrís nombrándoos, creo que no. Además, os voy a poner en un sitio seguro.

-No, María. A las mesas, a servir a los mendigos. Ninguno podrá pensar que las patricias sean siervas de los pobres, de los ínfimos del mundo hebraico - dice Jesús.

-Bien sentencias, Maestro. Porque la soberbia es innata en nosotros.

-Y la humildad es el signo más claro de mi doctrina. Quien me quiera seguir debe amar la Verdad, la Pureza y la Humildad, debe tener caridad con todos y heroísmo para desafiar la opinión de los hombres y las presiones de los tiranos. Vamos.

-Perdona, Rabí. Esta jovencita es una esclava hija de esclavos. La he rescatado porque es de origen israelita y Plautina la tiene consigo. Pero yo te la ofrezco, porque pienso que es lo correcto. Su nombre es Egla. Te pertenece.

-María, acógela. Luego veremos cómo... Gracias, mujer.

Jesús va a la terraza a bendecir a los niños. Las damas despiertan mucha curiosidad, pero vestidas y peinadas así a la hebrea, con túnicas casi pobres, no levantan sospechas. Jesús va al centro de la terraza, junto a la mesa de los niños, y ora, ofreciendo por todos el alimento al Señor, bendice y da la orden de empezar la comida. Apóstoles, discípulos, discípulas, damas, son los siervos de los pobres, y Jesús da ejemplo remangándose las amplias mangas de la túnica roja y ocupándose de "sus" niños, ayudado por Miriam de Jairo y por Juan. Las bocas de muchos desnutridos trabajan egregiamente, pero todos los ojos se centran en el Señor. Cae la tarde y se recoge el toldo; contemporáneamente, los criados traen lámparas que todavía son innecesarias.

Jesús circula entre las mesas. No deja a ninguno sin el consuelo de unas palabras o de una ayuda. Así, pasa varias veces casi rozando a las regias Claudia y Plautina, que, humildes, cortan el pan o acercan el vino a los labios de los ciegos, paralíticos y mancos; sonríe a las vírgenes, que se ocupan de las mujeres; a las madres discípulas llenas de piedad para con estos pobrecillos; a María de Magdala, dedicada solícitamente a una mesa de personas muy ancianas, la mesa más triste de todas, llena de toses, de temblores, de mandíbulas desdentadas que mascujan y de bocas que babean; y ayuda a Mateo que da unos zarandeos a un niñito al que se le ha atravesado una miga de torta que estaba chupando y mordiendo con sus dientecitos nuevos; felicita a Cusa, quien, llegado al principio de la comida, está trinchando las carnes y sirviendo como un criado experto.

La comida termina. En las caras con color, en los ojos ahora más alegres, se manifiesta la satisfacción de estos pobrecillos.

Jesús se inclina hacia un anciano tembloroso y dice:

-¿En qué piensas, padre, que sonríes?

-Pienso que no es un sueño. No, no lo es. Hasta hace poco creía dormir y estar soñando. Pero ahora siento que realmente es verdad. ¿Pero quién te hace tan bueno, que haces tan buenos a tus discípulos? ¡Viva Jesús! - grita para terminar.

Y todas las voces de estos desdichados - y son centenares – gritan: «¡Viva Jesús!».

Jesús va de nuevo al centro y abre los brazos haciendo señal de que guarden silencio y estén quietos, y empieza a hablar, sentado con un niñito encima de sus rodillas.

-Viva, sí, viva Jesús. No porque Yo sea Jesús, sino porque Jesús quiere decir el amor de Dios hecho carne y venido aquí abajo, en medio de los hombres, para que lo conozcan y para dar a conocer el amor, que será el signo de la nueva era. Viva Jesús porque Jesús quiere decir "Salvador". Y Yo os salvo. A todos: ricos y pobres, niños y ancianos, israelitas y paganos. A todos. Con tal de que vosotros queráis darme la voluntad de ser salvados. Jesús es para todos, no es para éste o para aquél, es de todos; de todos los hombres y para todos los hombres. Para todos soy el Amor misericordioso y la Salvación segura. ¿Qué es necesario hacer para ser de Jesús, y, por tanto, para ser salvados? Pocas cosas, pero grandes. No grandes porque sean cosas difíciles como las que hacen los reyes, sino grandes porque exigen que el hombre se renueve para llevarlas a cabo y para ser de Jesús. Por tanto, amor, humildad, fe, resignación, compasión. Esto es. Vosotros, que sois discípulos, ¿qué habéis hecho hoy de grande? Diréis: "Nada. Hemos servido una comida". No. Habéis servido el amor. Os habéis humillado. Habéis tratado como hermanos a desconocidos de todas las razas, sin preguntar quiénes son, si están sanos, si son buenos. Y lo habéis hecho en nombre del

Señor. Quizás esperabais de mí grandes palabras, para vuestra instrucción. He querido que hicierais grandes hechos. Hemos empezado el día con la oración, hemos socorrido a leprosos y mendigos, hemos adorado al Altísimo en su Casa, hemos comenzado los ágapes fraternos y el cuidado de peregrinos y pobres, hemos servido porque servir por amor es asemejarse a mí, que soy Siervo de los siervos de Dios, Siervo hasta el anonadamiento de la muerte para daros salvación...

*(Y Yo os salvo. A todos: ...Con tal de que vosotros queráis darme la voluntad de ser salvados. Este concepto, que aparece repetidamente en la Obra, sirve para justificar ciertas expresiones de impotencia por parte de Jesús. Incluso cuando no está cuestionada la salvación Jesús puede no ejercitar la propia omnipotencia divina si falta la adhesión de la libre voluntad del hombre)*

Un fuerte rumor de voces y pasos interrumpe a Jesús. Un grupo exaltado de israelitas está subiendo apresuradamente las escaleras. Las romanas más conocidas, o sea, Plautina, Claudia, Valeria y Lidia, buscan un lugar retirado y se echan el velo. El grupo perturbador irrumpe en la terraza como si buscaran.., ¡qué sé yo que cosa! Cusa, ofendido, se pone delante de ellos y pregunta:

-¿Qué queréis?

-Nada que se refiera a ti. Buscamos a Jesús de Nazaret, no a ti.

-Aquí estoy. ¿No me veis? - pregunta Jesús dejando en el suelo al niño e irguiéndose majestuoso.

-¿Qué haces aquí?

-Ya lo veis. Hago lo que enseño, y enseño lo que se debe hacer: el amor a los pobres. ¿Qué os habían dicho?

-Se han oído gritos de sedición. Y, dado que donde Tú estás hay sedición, hemos venido a ver.

-Donde Yo estoy hay paz. El grito era: "Viva Jesús"».

-Precisamente eso. Se ha pensado, tanto en el Templo como en el palacio de Herodes, que aquí hubiera una conjura contra...

-¿Quién? ¿Contra quién? ¿Quién es rey en Israel? No es el Templo, ni Herodes. Domina Roma. Y quien piense en proclamarse rey donde Roma impera es un loco.

-Tú dices que eres rey.

-Soy Rey. Pero no de este reino. ¡Demasiado mísero para mí! Demasiado mísero es también el imperio. Soy Rey del Reino santo de los Cielos, del Reino del Amor y del Espíritu. Idos en paz, o quedaos, si queréis, y aprended cómo se entra en este Reino mío. Estos son mis súbditos: los pobres, los infelices, los oprimidos; y también los buenos, los humildes, los caritativos. Quedaos, uníos a ellos.

-Pero siempre estás en banquetes en casas lujosas, entre mujeres guapas y...

-¡Basta! No se provoca ni se ofende al Rabí en mi casa. ¡Salid! - grita Cusa con voz de trueno.

Pero en esto, de la escalera interna, sale al improviso a la terraza una figurita esbelta de joven velada. Corre ligera, como una mariposa, hasta Jesús, y arroja velo y manto; cae a sus pies y trata de besárselos.

-¡Salomé! - grita Cusa, y con él otros.

Jesús se ha retirado tan violentamente, para huir del contacto, que su asiento se vuelca y Él aprovecha para ponerlo entre sí y Salomé como separación. Sus ojos están fosforescentes, son terribles: tanto que dan miedo.

Salomé, frívola y descarada, zalamera al máximo, dice:

-Sí, yo. La aclamación ha llegado al Palacio. Herodes envía una embajada para decirte que desea verte. Pero la he precedido. Ven conmigo, Señor. ¡Yo te amo mucho y te deseo mucho! Yo también soy carne de Israel.

-Márchate a tu casa.

-La Corte te espera para tributarte honor.

-Mi Corte es ésta. No conozco otra Corte, ni otros honores - y con la mano señala a los pobres que están sentados a las mesas.

-Te traigo presentes para ella. Aquí tienes mis joyas.

-No las quiero.

-¿Por qué las rechazas?

-Porque son inmundas y se ofrecen con inmunda finalidad. ¡Vete!

Salomé se levanta confundida. Mira de refilón al Terrible, al Purísimo que la fulmina con su brazo extendido y su mirada de fuego. Mira furtivamente a todos, y ve burla y náusea en las caras. Los fariseos están petrificados observando la fuerte escena. Las romanas se aventuran a acercarse para ver mejor.

Salomé intenta una última prueba:

-Tratas incluso con los leprosos... - dice en tono sumiso y suplicante.

-Son personas enfermas. Tú eres una impúdica. ¡Vete!

El último « ¡vete!» es tan imperioso que Salomé recoge velo y manto, y, agachada, se arrastra hacia las escaleras.

-¡Ten cuidado, Señor!... Tiene poder... ¡Podría perjudicarte! - susurra Cusa en voz baja.

Pero Jesús responde con voz fortísima, para que todos puedan oír, sobre todo la expulsada.

-No importa. Prefiero que me maten antes que aliarme con el vicio. Sudor de mujer lasciva y oro de meretriz son venenos de infierno. Las alianzas viles con los poderosos son pecado. Yo soy Verdad, Pureza y Redención. Y no cambio. Ve. Acompáñala...

-Castigaré a los criados que la han dejado pasar.

-No castigarás a nadie. Sólo una debe ser castigada. Ella. Y ya lo es. Y que sepa, y sepáis vosotros, que conozco su pensamiento, y me repele. Que vuelva la serpiente a su guarida, que el Cordero vuelve a sus jardines.

Se sienta. Suda. Guarda silencio. Luego dice:

-Juana, da a cada uno el óbolo, para que durante algunos días sea menos triste la vi-da... ¿Qué más debo hacer con vosotros, hijos del dolor? ¿Qué queréis, que os pueda dar? Leo en los corazones. ¡A los enfermos que saben creer, paz y salud!

Un instante de pausa y luego un grito... y son muchísimos los que se alzan curados. Los judíos, que habían venido con ánimo de pillar a Jesús en renuncio, se marchan atónitos por el milagro y la pureza de Jesús, y desapercibidos en medio del delirio general de aclamaciones.

Jesús sonríe mientras besa a los niños. Luego despide a los invitados. Pero detiene un momento a las viudas y habla con Juana en favor de ellas. Juana toma nota y las invita para el día siguiente; luego se marchan también ellas. Los últimos en salir son los ancianos...

Se quedan los apóstoles, los discípulos, las discípulas y las romanas. Jesús dice:

-Así es y debe ser la unión futura. No hay palabras. Que sean los hechos los que hablen con su evidencia a los espíritus y a las mentes. La paz sea con vosotros.

Se dirige hacia la escalera interior y desaparece seguido por Juana y luego por los demás.

Al pie de la escalera se topa con Judas:

-¡Maestro, no vayas a Getsemaní! Hay enemigos que te buscan allí. Y tú, madre, ¿qué dices ahora?, tú que me acusas. Si no hubiera ido, no me habría enterado de la asechanza que tienden al Maestro. ¡A otra casa! ¡Vamos a otra asa!

-A la nuestra, entonces. En casa de Lázaro sólo entran los que son amigos de Dios - dice María de Magdala.

-Sí. Los que ayer estaban en Getsemaní que vengan con las hermanas a la residencia de Lázaro. Mañana tomaremos una serie de medidas.

## 371

## El jueves prepascual. Por la noche en el palacio de Lázaro.

¡Ciertamente no brillan por su heroísmo los que siguen a Jesús! La noticia que ha traído Judas es semejante a la aparición de un gavilán en una era llena de pollitos; o de un lobo en el ribazo, cercano a m rebaño. Terror, o por lo menos agitación, se ven en, al menos, nueve décimos de los rostros presentes, y especialmente de los rostros masculinos. Yo creo que muchos tienen ya la impresión del filo de la espada o del azote contra la epidermis, y a decir poco piensan que tendrán que experimentar las mazmorras de las cárceles en espera de juicio. Las mujeres están menos agitadas. Más que agitadas, están preocupadas por los hijos o los maridos y aconsejan a unos o a otros que desaparezcan en pequeños grupos diseminándose por los campos.

María de Magdala arremete contra esta ola de miedo exagerado:

-¡Cuántas gacelas hay en Israel! ¿No os da vergüenza temblar de ese modo? Os he dicho que en mi residencia estaréis más seguros que en una fortaleza. Así que venid. Os aseguro, y empeño mi palabra, que no os sucederá nada de nada. Si, además de los que ya ha designado Jesús, hay otros que piensan que estarán seguros en mi casa, que vengan. Hay camas o divanes para una centuria. ¡Vamos, decidid, en vez de acoquinaros! Lo único que ruego a Juana es que ordene a sus criados seguirnos con provisiones. Porque en nuestra casa no hay comida para tantos, y ya es de noche. Una buena comida es la mejor medicina para dar nuevas fuerzas a los pusilánimes.

Y no sólo está majestuosa con su túnica blanca, sino que tiene también una buena dosis de ironía en sus espléndidos ojos mientras mira, desde su alta estatura, a este rebaño aterrorizado que se apiña en el vestíbulo de Juana.

-Me encargo enseguida. Podéis marcharos, que Jonatán os seguirá con los criados; y yo iré con él, os lo aseguro, tan sin miedo que voy a llevar conmigo a los niños - dice Juana.

Se retira a dar las indicaciones oportunas, mientras los de vanguardia del aterrado ejército asoman cautos la cabeza por el portal, y, viendo que no hay nada temible, se aventuran a salir a la calle y a encaminarse seguidos por los otros.

El grupo virginal va en el centro, inmediatamente después de Jesús, que está en las primeras filas. Detrás... ¡oh, detrás de las vírgenes las mujeres, y luego los más... vacilantes en el coraje, cubiertas sus espaldas por María de Lázaro, que se ha unido a las romanas, decididas a no separarse de Jesús tan pronto! Pero luego María de Lázaro, rauda, va adelante a decir algo a su hermana, y las siete romanas se quedan con Sara y Marcela, que se mantienen también en la retaguardia por orden de María, quien intenta que pasen aún más desapercibidas las siete romanas.

En esto, llega, a paso rápido, Juana, trayendo de la mano a los niños; detrás de ella, Jonatán con los criados cargados de bolsas y cestas. Estos se ponen en la cola de la pequeña multitud que, a decir verdad, pasa desapercibida de todos, porque en las calles pululan grupos dirigidos a las casas o a los campamentos, y la penumbra ha-ce menos reconocibles las caras. Ahora María de Magdala, junto con Juana, Anastática y Elisa, va en primera fila, guiando hacia su residencia, por callejuelas secundarias, a sus huéspedes.

Jonatán camina casi a la altura de las romanas, y les dirige la palabra como si fueran siervas de las discípulas más ricas. Aprovecha Claudia para decirle:

-Hombre, te ruego que vayas a llamar al discípulo que ha traído la noticia. Dile que venga aquí. Pero dilo sin llamar la atención. ¡Ve!

El vestido es humilde, pero el modo es, involuntariamente, potente, como de persona habituada a mandar. Jonatán abre mucho sus ojos tratando de ver, a través del velo bajado, quién le habla así. Pero no logra ver sino el centelleo de dos ojos imperiosos. Debe intuir que no es una sierva la mujer que le habla, y antes de obedecer hace una reverencia.

Llega adonde Judas de Keriot, que va hablando animadamente con Esteban y Timoneo, y le tira de la túnica.

-¿Qué quieres?

-Tengo que decirte una cosa.

-Dila.

-No. Ven atrás conmigo. Te requieren, creo que para una limosna...

La disculpa es buena y es aceptada con tranquilidad por los compañeros de Judas y con entusiasmo por él, de forma que, ligero, se retrasa junto con Jonatán.

Ya está en la última fila.

-Mujer, aquí tienes al hombre que querías - dice Jonatán a Claudia.

-Te quedo agradecida por este servicio - responde ella, que permanece velada. Y luego, dirigiéndose a Judas: «Ten a bien quedarte n momento a escucharme».

Judas, que oye un modo de hablar muy refinado y ve dos ojos espléndidos a través del velo sutil, y sintiéndose quizás próximo a una gran aventura, acepta sin poner dificultad.

El grupo de las romanas se separa. Se quedan, con Claudia, Plautina y Valeria; las otras siguen adelante. Claudia mira alrededor, ve que la callecita en que se han detenido está solitaria, y, con su bellísima mano, aparta el velo y descubre la cara.

Judas la reconoce y, pasado un momento de estupor, se inclina para saludar con una mezcla de gestos judíos y palabra romana:

-¡Dómina!

-Sí. Yo. Yérguete y escucha. Tú amas al Nazareno. Te preocupas por su bien. Eso es correcto. Es una persona virtuosa y se le debe defender. Nosotros lo veneramos como *grande y justo.* Los judíos no lo veneran. Lo odian. Lo sé. Escucha y comprende bien, recuerda bien y aplica bien. Quiero protegerlo. No como la lujuriosa de poco antes, sino con honestidad y virtud. Cuando tu amor y sagacidad te hagan comprender que se trama contra Él, ven o envía a alguien. Claudia tiene todo el poder sobre Poncio. Claudia obtendrá protección para el Justo. ¿Entiendes?

-Perfectamente, dómina. Que nuestro Dios te proteja. Iré, si puedo, yo personalmente. Pero ¿cómo puedo pasar a ti?

-Pregunta siempre por Albula Domitila. Es una segunda yo misma, y ninguno se sorprende si habla con los judíos, siendo ella la que se ocupa de mi prodigalidad. Te creerán un cliente. Quizás te humilla...

-No, dómina. Servir al Maestro y obtener tu protección es un honor.

-Sí. Os protegeré. Soy mujer. Pero soy de los Claudios. Tengo más poder que todos los grandes de Israel, porque detrás de mí está Roma. Entretanto, ten. Para los pobres del Cristo. Es nuestro óbolo. Pero... quisiera permanecer entre los discípulos esta noche. Procúrame este honor y Claudia te protegerá.

En una persona como el Iscariote, las palabras de la patricia obran prodigiosamente. ¡Sube al séptimo cielo!... Osa incluso preguntar:

-¿Pero verdaderamente le vas a ayudar?

-Sí. Su Reino merece ser fundado, porque es reino de virtud. Bienvenido sea en oposición a las ruines corrientes que cubren los reinos actuales y me dan asco. Roma es grande, pero el Rabí es mucho más grande que Roma. Nosotros tenemos las águilas en nuestras enseñas y la soberbia sigla. Pero en las suyas estarán los Genios y su santo Nombre. Grandes serán, verdaderamente grandes, Roma y la Tierra, cuando pongan ese Nombre en sus enseñas y esté su signo en los lábaros y en los templos, en los arcos y columnas.

Judas está maravillado, soñante, extático. Sopesa en forma mecánica la pesada bolsa que le han dado, y dice con la cabeza "sí", "sí", "sí", a todo...

-Bien, ahora vamos a alcanzarlos. ¿Somos aliados, no es verdad? Aliados para proteger a tu Maestro y al Rey de los corazones honestos.

Se echa el velo y ágil, va presurosa, casi corriendo a alcanzar al grupo que la ha adelantado, seguida por las otras y por Judas, que jadea, no tanto por el ritmo veloz, cuanto por lo que ha oído. La residencia de Lázaro está engullendo las últimas parejas de discípulos cuando llegan a ella. Entran rápidamente y el portón se cierra con fragor de cerrojos que el guardián echa.

Una solitaria lámpara, que lleva la mujer del guardián, a duras penas da claridad al cuadrado vestíbulo, todo blanco, de la residencia de Lázaro. Se comprende que la casa no está habitada, a pesar de que esté bien guardada y mantenida en orden. María y Marta guían a los huéspedes a un vasto salón - reservado para banquetes, ciertamente - de fastuosas paredes cubiertas de preciosos tejidos que dejan ver sus arabescos a medida que van siendo encendidas las lámparas y puestas las luces encima de los aparadores, o de los baúles preciosos colocados junto a las paredes alrededor de la sala, o en las mesas arrimadas a un lado, listas para ser usadas, pero desde hace tiempo ineficientes. María ordena, en efecto, que las lleven al centro de la sala y las preparen con las cosas para la cena con los alimentos que los criados de Juana están ya extrayendo de las bolsas y cestas y poniendo encima de los aparadores.

Judas toma aparte a Pedro y le dice algo al oído.

Veo a Pedro que pone los ojos como platos y sacude una mano como si se hubiera quemado los dedos, mientras exclama:

-¡Rayos y ciclones! ¿Pero qué dices?

-Sí. Mira. ¡Y fíjate! ¡No tener ya miedo, no estar ya tan angustiados!

-¡Es maravilloso! ¡Maravilloso! ¿Pero qué ha dicho? ¿Que nos protege? ¿Ha dicho eso? ¡Que Dios la bendiga! ¿Pero cuál es?

-Aquella vestida de color tórtola silvestre, alta, esbelta. Nos está mirando...

Pedro mira a la alta mujer de cara armónica y seria, de ojos dulces pero imperiosos.

-¿Y... cómo has conseguido hablar con ella? No has tenido...

-No, no, en absoluto.

-¡Pues tú aborrecías todo contacto con ellos! Como yo, como todos...

-Sí, pero lo he superado por amor al Maestro. Como también he superado el deseo de truncar las relaciones con mis antiguos compañeros del Templo... ¡Todo por el Maestro! Todos vosotros, y mi madre también, creéis que soy ambiguo. Tú., recientemente, me has echado en cara las amistades que tengo. Pero si no las mantuviera, no sin fuerte dolor, no sabría muchas cosas. No debemos ponernos vendas en los ojos y cera en los oídos por miedo a que el mundo entre en nosotros por los ojos y los oídos. Cuando uno está en una empresa como la nuestra, es necesario vigilar con ojos y oídos más que libres. Vigilar por Él, por su bien, por su misión, por la fundación de este reino bendito...

Muchos de los apóstoles y algún discípulo se han acercado y están escuchando, asintiendo con la cabeza; porque, efectivamente, no se puede decir que Judas hable mal.

Pedro, honesto y humilde, lo reconoce y dice:

-¡Tienes toda la razón! Perdona mis recriminaciones. Tú vales más que yo, eres hábil. Vamos a decírselo al Maestro, a su Madre, a la tuya. Estaba muy angustiada.

-Porque malas lenguas han murmurado... Pero por ahora calla. Después, más tarde. ¿Ves? Se están sentando a la mesa y el Maestro nos hace señales de que vayamos...

...La cena es rápida. Las romanas, sentadas en la mesa de las mujeres, entremezcladas con ellas, de forma que precisamente Claudia está entre Porfiria y Dorca, también comen en silencio lo que les ponen, y entre ellas y Juana y María de Magdala se intercambian misteriosas palabras hechas de sonrisas y guiños. Parecen escolaras en vacaciones.

Jesús, después de la cena, ordena que se forme un cuadrado de sillas y que tomen asiento para escucharlo. Él se pone en el centro y empieza a hablar en medio de un cuadrado de rostros atentos, de los que sólo los inocentes ojos del hijito de Dorca, que duerme en el regazo de su madre, están cerrados, y están velándose de sueño los de María, que está sentada en las rodillas de Juana, y los de Matías, que se ha acurrucado encima de las rodillas de Jonatán.

-Discípulos y discípulas aquí reunidos en nombre del Señor, o atraídos por un deseo de Verdad, deseo que también viene de Dios, que quiere luz y verdad en todos los corazones, escuchad.

Esta noche se nos concede estar todos juntos, y nos lo procura precisamente la maldad que nos quiere ver separados. Vosotros, de sentidos limitados, no sabéis cuán profunda y vasta es esta unión, verdadera aurora de las que habrán de venir, cuando el Maestro ya no esté entre vosotros físicamente sino con su espíritu. Entonces sabréis amar. Entonces sabréis practicar. Por ahora sois como niños todavía de pecho; entonces seréis como adultos que podréis comer todo tipo de alimentos sin que ello os perjudique; entonces sabréis, como Yo digo, decir: "Venid a mí todos vosotros, porque todos somos hermanos, y El se ha inmolado por todos".

¡Demasiados prejuicios en Israel!: cada uno un dardo que lesiona la caridad. Os hablo a vosotros, fieles, porque entre vosotros no hay traidores, ni personas llenas de prejuicios que separan, que se transforman en incomprensión, en obcecación, en odio hacia mí que os señalo los caminos del futuro. Yo no puedo hablar de otra forma. Y de ahora en adelante hablaré menos, porque veo que las palabras son inútiles o casi. Habéis oído palabras capaces de santificaros e instruiros de forma perfecta. Pero poco habéis avanzado, especialmente vosotros, hombres hermanos, porque os gusta la palabra pero no la ponéis por obra. De ahora en adelante, y con una medida cada vez más restringente, os haré realizar lo que tendréis que hacer una vez que el Maestro haya vuelto al Cielo del que viniera. Haré que presenciéis lo que es el Sacerdote futuro. Más que las palabras, observad mis hechos; repetidlos, aprendedlos, unidlos a la enseñanza. Entonces seréis discípulos perfectos.

¿Qué ha hecho hoy el Maestro? ¿Qué os ha hecho hacer y practicar hoy el Maestro? La caridad en sus múltiples formas. Caridad hacia Dios. No la caridad de oración, vocal, de rito solamente; sino la caridad activa que renueva en el Señor, que despoja del espíritu del mundo, de las herejías del paganismo, el cual no está sólo en los paganos, sino también en Israel con las mil costumbres que han desplazado a la verdadera Religión, santa, abierta, simple como todo lo que de Dios viene. No acciones buenas, o aparentemente buenas, para ser alabados por los hombres, sino acciones santas para merecer la alabanza de Dios.

Todo el que ha nacido muere. Ya lo sabéis. Pero la vida no termina con la muerte. Prosigue de otra forma y eternamente con un premio para quien fue justo, con un castigo para quien fue malvado. Este pensamiento de un juicio cierto no signifique parálisis durante la vida ni a la hora de la muerte; antes bien, acicate y freno: acicate que estimula al bien; freno que contiene de malas pasiones. Sed, por tanto, verdaderamente amantes del Dios verdadero y actuad en la vida siempre con la finalidad de merecerlo en la vida futura. Vosotros que amáis las grandezas, ¿cuál grandeza mayor que haceros hijos de Dios y, por tanto, dioses? Vosotros que teméis el dolor, ¿cuál seguridad de no sufrir mayor que la que os espera en el Cielo? Sed santos. ¿Queréis fundar también un reino en la Tierra? ¿Os sentís hostigados y teméis no lograrlo? Si obráis como santos, lo lograréis. Porque ni la misma autoridad que nos domina podrá impedirlo, a pesar de sus cohortes, porque convenceréis a las cohortes de que sigan la doctrina santa, de la misma forma que Yo, sin coacción, he persuadido a las mujeres de Roma que aquí hay Verdad...

-¡Señor!... - exclaman las romanas, viéndose descubiertas.

-Sí, mujeres. Escuchad y recordad. Yo manifiesto a mis seguidores de Israel y a vosotras - que no sois de Israel pero tenéis corazón justo - el estatuto de mi Reino.

No motines. No hacen falta. Santificar a la autoridad impregnándola de nuestra santidad. Será un largo trabajo, pero victorioso. Con mansedumbre y paciencia, sin estúpidas prisas, sin desviaciones humanas, sin inútiles sublevaciones, obedeciendo donde obedecer no perjudique a la propia alma, llegaréis a hacer de la autoridad que ahora os domina paganamente una autoridad protectora y cristiana. Cumplid vuestro deber de súbditos para con la autoridad, como cumplís el

de fieles para con Dios. Ved en cualesquiera autoridades no a un opresor sino a alguien que eleva, porque os proporciona la manera de santificarlo y de santificaros con el ejemplo y el heroísmo.

De la misma forma que sois buenos fieles y ciudadanos, sed buenos maridos, buenas esposas, santos, castos, obedientes, amorosos recíprocamente, unidos para educar a los hijos en el Señor, para ser paternos y maternos incluso con los que estén a vuestro servicio y con los esclavos, porque también ellos tienen alma y carne, sentimientos y afectos como vosotros los tenéis. Si la muerte os arrebata al compañero o la compañera, no queráis, si podéis, desear nuevo matrimonio; amad a los huérfanos también por la parte del compañero desaparecido. Y vosotros, criados, estad sometidos a vuestros señores, y, si son imperfectos, santificadlos con vuestro ejemplo. Tendréis gran mérito a los ojos del Señor. En el futuro, en mi Nombre, no habrá ya amos y siervos, sino hermanos; no habrá ya razas, sino hermanos; no habrá ya oprimidos y opresores que se odien, porque los oprimidos llamarán hermanos a sus opresores.

Amaos vosotros de la misma fe, ayudándoos recíprocamente, como hoy os he puesto a hacer. Pero no os limitéis a la ayuda a los pobres, peregrinos o enfermos, de vuestra raza; abrid los brazos a todos, de la misma forma que la Misericordia os abre los brazos a vosotros. El que tenga más que dé a quien no tiene o tiene poco. El que sepa más que enseñe al que no sabe o sabe poco, y que enseñe con paciencia y humildad, recordando que, en verdad, antes de que Yo os instruyera nada sabíais. Buscad la Sabiduría no para prestigio vuestro, sino como ayuda en el camino por las vías del Señor.

Las mujeres casadas que amen a las vírgenes, y éstas a las casadas, y que ambas den afecto a las viudas; todas sois útiles en el Reino del Señor. Los pobres no envidien, los ricos no susciten odios creando sus riquezas y siendo duros de corazón. Preocupaos de los huérfanos, de los enfermos, de los que no poseen una casa. Abrid el corazón antes incluso que la bolsa y la casa, porque si dais, pero con mal garbo, no honráis a Dios, que está presente en todos los desdichados; antes al contrario, lo ofendéis.

En verdad, en verdad os digo que no es difícil servir al Señor. Es suficiente con amar. Amar al Dios verdadero, amar al prójimo, quienquiera que sea. En todas las heridas o fiebres que sanéis, Yo estaré. En todas las desventuras que socorráis, Yo estaré. Y todo lo que me hagáis a mí en el prójimo, si está bien, habrá sido hecho a mí; y, si mal, también habrá sido hecho a mí. ¿Queréis hacerme sufrir? ¿Queréis perder el Reino de paz? ¿Queréis no haceros dioses? ¿Sólo por no ser buenos con vuestro prójimo?

Nunca volveremos a estar todos unidos de esta forma. Vendrán otras Pascuas... y no podremos estar juntos por muchas causas. Respecto a las primeras: una prudencia santa en parte y en parte excesiva - y todo exceso es culpa - que nos hará estar divididos. Respecto a las otras Pascuas, porque ya no estaré entre vosotros... Pero acordaos de este día. Haced en el futuro, y no sólo en Pascua sino siempre, lo que os he hecho hacer.

Nunca he sido lisonjero diciéndoos que era fácil pertenecerme. Pertenecerme quiere decir vivir en la Luz y la Verdad, pero comer también el pan de la lucha y de las persecuciones. Ahora bien, cuanto más fuertes seáis en el amor, más fuertes seréis en la lucha y en la persecución.

Creed en mí. En lo que soy realmente: Jesucristo, el Salvador, cuyo Reino no es de este mundo, cuya venida señala la paz a los buenos, cuya posesión quiere decir conocer y poseer a Dios; porque verdaderamente quien me tiene a mí en sí y se tiene a sí en mí está en Dios, y posee a Dios en su espíritu para poseerlo después en el Reino celeste para siempre.

La noche ha descendido. Mañana es Parasceve. Id. Purificaos, meditad, cumplid una Pascua santa.

Mujeres de raza distinta, pero de recto espíritu, podéis iros; la buena voluntad que os anima sea para vosotras camino para alcanzar la Luz. En nombre de los pobres, de los que Yo mismo soy uno, os bendigo por la limosna generosa y os bendigo por vuestras buenas intenciones hacia el Hombre que ha venido a traer amor y paz a la tierra. ¡Id! Y tú, Juana, y los demás que ya no temen asechanzas, podéis marcharos también.

Un rumor de asombro recorre a la asamblea mientras las romanas, reducidas a seis porque Egla se queda con María de Magdala, guardadas en una bolsa las tablillas enceradas que Flavia ha escrito mientras Jesús hablaba, salen después de un saludo colectivo. Tanto es el estupor, que ninguno de los presentes se mueve, excepto Juana, Jonatán y los siervos de Juana, que llevan en brazos a los pequeños durmientes. Pero, cuando el ruido sordo del portón al cerrarse dice que las romanas se han marchado, un clamor sucede al rumor.

-¿Pero quiénes son? ¿Cómo entre nosotros? ¿Qué han hecho?

Y más que nadie, grita Judas:

-¿Cómo tienes noticia, Señor, de la limosna que me han dado?

Jesús apacigua el tumulto con un gesto y dice:

-Son Claudia y sus damas. Y, mientras que las altas damas de Israel, temiendo la ira de sus consortes, o con el mismo pensamiento y corazón de sus consortes, no se atreven a ser seguidoras mías, las despreciadas paganas, con santa astucia, saben venir a recibir la Doctrina que, aunque por ahora la acepten sólo humanamente, siempre eleva... Y esta niña, que fue esclava, pero de raza judía, es la flor que Claudia ofrece a las filas de Cristo, devolviéndola a la libertad y dándola a la fe de Cristo. Respecto a lo de tener noticia de la limosna... ¡Judas! ¡Todos menos tú podrían hacerme esta pregunta! Tú sabes que veo dentro de los corazones.

-¡Entonces verás que dije la verdad hablando de que había una asechanza y que yo la he disuelto yendo a hablar con... seres culpables!

-Es verdad.

-Dilo entonces bien fuerte. Que mi madre lo oiga... Madre, soy un muchacho, sí, pero no un truhán... Madre, vamos a hacer las paces. Vamos a comprendernos, a amarnos, unidos sirviendo a nuestro Jesús.

Y Judas va, humilde y amoroso, a abrazar a su madre, que dice:

-¡Sí, hijito! ¡Sí, Judas mío! ¡Sé bueno! ¡Sé bueno! ¡Sé siempre bueno, hijo mío! ¡Por ti, por el Señor, por tu pobre mamá!

Entretanto, la sala se ha llenado de agitación y comentarios, y muchos definen imprudente el haber acogido a las romanas y censuran a Jesús.

Judas lo oye. Deja a su madre y acude en defensa del Maestro. Cuenta su coloquio con Claudia y termina:

-No es una ayuda despreciable. Antes de recibirla entre nosotros tampoco nos hemos librado de la persecución. Dejémosla actuar. Y tened bien presente que es mejor callar con todo el mundo. Pensad que, si es peligroso para el Maestro, no lo es menos para nosotros el ser amigos de paganos. El Sanedrín, que en el fondo se contiene por miedo hacia Jesús por un temor que les queda a alzar la mano contra el Ungido de Dios, no tendría muchos escrúpulos en matarnos como a perros, a nosotros, que somos unos pobres hombres cualesquiera. En vez de poner esas caras escandalizadas, acordaos de que hace poco erais como gorrionas aterrorizadas; y bendecid al Señor porque nos ayuda, con medios impensados, ilegales si queréis, pero muy fuertes, a fundar el Reino del Mesías. ¡Todo lo podremos si Roma nos defiende! ¡Yo ya no temo! ¡Gran día hoy! Más que por todas las otras cosas, por ésta... ¡Ah, cuando Tú seas la Cabeza! ¡Qué poder tan dulce, fuerte y bendito! ¡Qué paz! ¡Qué justicia! ¡El Reino fuerte y benévolo del Justo! ¡Y el mundo que se acerca a él lentamente!... ¡Las profecías cumpliéndose! ¡Turbas, naciones... el mundo a tus pies! ¡Oh, Maestro! ¡Maestro mío! Tú, Rey; nosotros, tus ministros... En la Tierra paz, en el Cielo gloria... Jesucristo de Nazaret, Rey de la estirpe de David, Mesías Salvador, te saludo y te adoro.

Y Judas, que parece en un rapto de éxtasis, se postra y termina:

-En la Tierra, en el Cielo y hasta en los Infiernos tu Nombre es conocido, infinito tu poder. ¿Qué fuerza puede resistirte, Cordero y León, Sacerdote y Rey, Santo, Santo, Santo? - y se queda en actitud de gran reverencia, en esta sala muda de estupor.

## 372

## El día de la Parasceve. Despertar en el palacio de Lázaro.

La residencia de Lázaro, transformada esa noche en dormitorio, muestra, diseminados por todas partes, cuerpos de hombres dormidos. No se ve a las mujeres. Quizás las han conducido a las habitaciones superiores. El alba clara blanquece lentamente la ciudad, penetra en los patios de la casa, provoca los primeros gorjeos tímidos entre las frondas de los árboles plantados para dar sombra a aquéllos, y también los primeros arrullos de las palomas que duermen en la armadura del alero. Pero los hombres no se despiertan: cansados saciados de comida y emociones, duermen y sueñan...

Jesús sale al vestíbulo sin hacer ruido, y de ahí pasa al patio de honor. Se lava en una fuente clara que canta en el centro, dentro de un cuadrado de arrayanes a cuyo pie hay pequeños lirios muy parecidos a los llamados muguetes franceses. Se asea y, también sin hacer ruido, vuelve a donde está la escalera que conduce a los pisos de arriba y a la terraza que corona la casa; sube hasta ella, a orar, a meditar...

Paseando lentamente, va y viene. Sólo lo ven las palomas, las cuales, alargando el cuello y haciendo arrullos, parecen preguntarse una a otra: « ¿Quién es éste?». Luego se apoya en el antepecho y se queda recogido dentro de sí, inmóvil. En fin, alza 1a cabeza, reclamada quizás su atención por los primeros rayos del sol, que se levanta tras las colinas que celan Betania y el valle del Jordán. Jesús mira el panorama puesto a sus pies.

La residencia de Lázaro se alza sobre una de las tantas elevaciones del suelo que hacen de las calles de Jerusalén, especialmente de las menos bonitas, una ondulación continua. Está casi en el centro de la ciudad, pero ligeramente retirada hacia el suroeste. Construida en una bonita calle que termina en el Sixto, formando con ella una T, domina la ciudad baja. Tiene, enfrente, Beceta, Moria y Ofel, y, detrás de éstos, la cadena del monte de los Olivos; en la parte de atrás, perteneciente ya al lugar en que está construida, el monte Sión; Mientras que, por el lado sur, la vista se extiende hacia las colinas meridionales, y al Norte, Beceta oculta buena parte del panorama. Pero, allende el valle de Guijón, la cabeza calva del Gólgota emerge amarillenta - siempre lúgubre, incluso con esta luz alegre - bajo el rosicler de la aurora.

Jesús la mira... Su mirada, aunque ahora es más viril y pensativa, me recuerda a aquella de la lejana visión de Jesús a los doce años en la escena de la disputa con los doctores. Ahora, como tampoco entonces, no es una mirada de terror. No. Es una mirada digna, de un héroe que mira al campo de su postrera batalla.

Luego se vuelve a mirar a las colinas del sur de la ciudad y dice: « ¡La casa de Caifás!» y, con la mirada, traza todo un itinerario desde aquel sitio hasta el Getsemaní, y luego al Templo, y luego mira más allá de las murallas de la ciudad, hacia el Calvario...

El sol, entretanto, ha salido del todo y la ciudad se enciende de luz...

Alguien da vigorosos golpes al portón de la casa, sin dejar intervalo entre uno y otro. Jesús se asoma para ver, pero el alero, muy saliente, y el hecho de que el portón esté muy adentro en los gruesos muros, le impiden ver quién llama. Eso sí, oye enseguida las voces de los durmientes, que se despiertan, mientras alguien cierra con estrépito el portón, abierto por Leví. Luego oye que muchas voces de hombre y de mujer gritan su Nombre... Se apresura a bajar y dice:

-Estoy aquí. ¿Qué queréis?

Los que lo llamaban, nada más oírlo, toman al asalto la escalera y suben corriendo y hablando alto. Son los apóstoles y los discípulos más antiguos; en medio de ellos, Jonás, el encargado del Getsemaní. Hablan todos a la vez y no se entiende nada.

Jesús debe imponer con violencia que se paren donde están y que guarden silencio, para poderlos calmar; se llega a ellos y dice al instante:

-¿Qué sucede?

Otro alboroto fragoroso, inútil por incomprensible. A las espaldas de los que gritan se asoman caras de aflicción o estupor, de mujeres y discípulos...

-Hablad de uno en uno. Tú, Pedro, el primero.

-Ha venido Jonás... Ha dicho que eran muchos y que te habían buscado por todas partes. Él ha estado mal toda la noche; luego, a la hora de la apertura de las puertas, ha ido a casa de Juana y ha sabido que estabas aquí. Pero ¿qué hacemos? ¡Tendremos que celebrar la Pascua, digo yo!

Jonás del Getsemaní refuerza la noticia diciendo:

-Sí, me han maltratado incluso. He dicho que no sabía dónde estabas, que quizás no volvías. Pero han visto vuestras túnicas y han comprendido que volvéis al Getsemaní. ¡No me seas causa de daño, Maestro! Siempre te he hospedado con amor. Esta noche he sufrido por ti. Pero... pero...

-¡No tengas miedo! No te volveré a poner en peligro de ahora en adelante. No volveré a detenerme en tu casa. Me limitaré a ir de paso, durante la noche, a orar... No me lo puedes prohibir...

Jesús se muestra dulcísimo hacia el aterrorizado Jonás del Getsemaní.

Pero la voz de oro de María de Magdala prorrumpe vehemente:

-¿Desde cuándo, hombre, te olvidas de que eres siervo y que es nuestra condescendencia la que te hace usar modos de amo? ¿De quién son la casa y el olivar? Sólo nosotros podemos decir al Rabí: "No vayas a causar daño a nuestros bienes". Pero no lo decimos. Porque sumo bien sería siempre si, por buscarlo a Él, los enemigos del Cristo destruyeran incluso los árboles y las paredes, y hundieran los bancales; porque todo habría sido destruido por haber hospedado al Amor, y el Amor nos daría amor a nosotros sus fieles amigos. ¡Que vengan! ¡Que destruyan! ¡Que pisoteen! ¿Y qué?¡Basta con que El nos ame y resulte ileso!

Jonás está entre dos miedos: a los enemigos y a su ardiente ama, y susurra: «

-¿Y si hacen daño a mi hijo?...

Jesús lo conforta:

-No temas, te digo. No volveré a detenerme en tu casa. Puedes decir a quien te lo pregunte que el Maestro ya no se hospeda en el Getsemaní... ¡No, María! Conviene hacerlo así, y déjame que lo haga así. Te agradezco tu generosidad... Pero no es mi hora, ¡no es todavía mi hora! Supongo que serían fariseos...

.Y miembros del Sanedrín, y herodianos y saduceos... y soldados de Herodes... y... todos... todos... No me logro quitar el temblor del miedo... Pero, ¿ves, Señor, que he venido corriendo a avisarte?... a casa de Juana... luego aquí...

El hombre se preocupa de que se vea que, con el riesgo de su paz, ha cumplido su deber hacia el Maestro.

Jesús sonríe con compasión y bondad y dice:

-¡Lo veo! ¡Lo veo! ¡Que Dios te lo pague! Ahora ve en paz a tu casa. Enviaré a alguien para que te diga a dónde se deben mandar las bolsas, o a que las retire directamente.

El hombre se marcha, y ninguno, excepto Jesús y María Stma., le ahorran reproches o afrentas. Lo que dice Pedro es punzante, mordaz lo de Judas Iscariote, irónico lo de Bartolomé. Judas Tadeo no habla, ¡pero lo mira de una manera...! Y el murmullo y las miradas de reproche le acompañan también entre las filas de las mujeres, para terminar con la pulla final de María de Magdala, la cual, a la reverencia del servidor-campesino cuando la saluda, responde:

-Referiré a Lázaro que para la comida de la fiesta... vaya a procurarse pollos bien cebados a las tierras del Getsemaní.

-No tengo gallinero, ama.

-Tú, Marcos y María: ¡tres magníficos capones!

Todos se echan a reír por la salida nerviosa y... significativa de María de Lázaro, que está furiosa por ver el miedo de sus subordinados y por la molestia que sufre el Maestro, privado del tranquilo nido del Getsemaní.

-¡No te inquietes, María! ¡Paz! ¡Paz! ¡No todos tienen tu coraje!

-¡Ah, no, por desgracia! ¡Si todos tuvieran mi coraje, Rabbuní!¡Ni lanzas y flechas dirigidas contra mí me harían separarme de ti!

Un murmullo entre los hombres... María lo recoge y responde solícita:

-Sí. ¡Y lo veremos! Y esperemos que sea pronto, si puede servir para enseñaros la valentía. ¡Nada me dará miedo si puedo servir a mi Rabí! ¡Servir! ¡Servir! ¡Y se sirve en las horas de peligro, hermanos! En las otras... ¡En las otras no es servir! ¡Es gozar!... ¡Y al Mesías no se le sigue para gozar!

Los hombres agachan la cabeza, punzados por esta verdad.

María hiende las filas y se pone enfrente de Jesús.

-¿Qué decides, Maestro? Es Parasceve. ¿Dónde tu Pascua? Ordena... y, si tanto he encontrado gracia ante ti, concédeme ofrecerte un cenáculo mío y ocuparme de todo...

-Has hallado gracia ante el Padre de los Cielos, y por tanto, gracia ante el Hijo del Padre, para el que es sagrado todo movimiento del Padre. Acepto el cenáculo, pero deja que a sacrificar el cordero, al Templo, vaya yo como buen israelita...

-¿Y si te echan mano? - dicen muchos.

-No me echarán mano. En la noche, en la oscuridad, como acostumbran a hacer los granujas, pueden atreverse; pero no entre la muchedumbre que me venera. ¡No me os hagáis cobardes!...

-¡Además ahora está Claudia! - grita Judas - ¡El Rey y el Reino ya no están en peligro!...

-Judas, te ruego que no dejes que se derrumben en ti. No los hostigues dentro de ti. Mi Reino no es de este mundo. No soy un rey como los que están en los tronos. Mi Reino es del espíritu. Si lo rebajas a la pequeñez de un reino humano, en ti mismo lo hostigas y lo derrumbas.

-¡Pero Claudia...!

-Pero Claudia es una pagana. Así que no puede conocer el valor del espíritu. Ya es mucho si intuye y apoya a quien para ella es un Sabio... ¡Muchos en Israel no me juzgan siquiera como sabio!... ¡Pero tú no eres pagano, amigo mío! No hagas que tu encuentro providencial con Claudia se vuelva perjuicio; y no hagas que todos los dones que Dios te da para afirmar tu fe y tu voluntad de servir al Señor se te transformen en ruina espiritual.

-¿Cómo podría suceder, mi Señor?

-Fácilmente. No sólo en ti. Si un don, dado como socorro de la debilidad del hombre, en lugar de fortalecerlo y aumentar cada vez más su deseo de bien sobrenatural, o incluso simplemente moral, le sirviera para tener más rémoras de apetitos humanos y alejarlo del recto camino, por caminos en cuesta abajo, entonces el don se habría transformado en daño. Basta la soberbia para hacer de un don un daño. Basta perder e1 norte, a causa de algo que exalta, perdiendo, por tanto, de vista el Fin supremo y bueno, para hacer de un don un daño. ¿Estás convencido de esto? El que haya venido Claudia debe darte sólo la fuerza de una consideración. Ésta: si una pagana ha sentido la grandeza de mi doctrina y la necesidad de que triunfe, tú, y contigo todos los discípulos, debéis sentir todo esto con más fuerza aún, y, como consecuencia, entregaros a ello totalmente. Pero siempre espiritualmente. Siempre... Y ahora vamos a decidir. ¿Dónde decís que conviene celebrar la Pascua? Quiero que estéis en paz de espíritu para esta Cena de rito, para oír a Dios, que no se oye en la agitación. Somos muchos. Pero me sería dulce que estuviéramos todos juntos para que pudierais decir: "Celebramos una Pascua con Él''. Elegid, pues, un lugar donde podamos decir: "Estábamos unidos y cada uno oía la voz del otro hermano", a pesar de subdividirnos según el ritual formando grupos que puedan comer el propio cordero.

Quién menciona un lugar, quién menciona otro. Pero las hermanas de Lázaro se salen con la suya.

-¡Señor, aquí! Mandamos a alguien por nuestro hermano. ¡Aquí! Hay muchas salas y habitaciones. Estaremos juntos y según el rito. ¡Acepta, Señor! La casa tiene habitaciones con capacidad para, al menos, doscientas personas divididas en grupos de veinte. Y tantos no somos. ¡Danos esta alegría, Señor! Por nuestro Lázaro que está tan triste... tan enfermo... - Las dos hermanas lloran, y terminan: «..., que no se puede pensar que coma otra Pascua...».

-¿Qué opináis? ¿Pensáis que se les debe conceder a estas buenas hermanas? - dice Jesús dirigiéndose a todos.

-Yo diría que sí - dice Pedro.

-Yo también - dice Judas Iscariote, y muchos otros. Quien no habla asiente.

-Encargaos entonces de ello. Nosotros vamos al Templo, a mostrar que quien está seguro de obedecer a1 Altísimo ni tiene miedo ni es vil. Vámonos. Mi paz para quien queda.

Y Jesús baja el resto de la escalera, atraviesa el vestíbulo y sale con los discípulos a la calle llena de gente.

## 373

## El día de la Parasceve. En el Templo.

Jesús entra en el Templo. Y, desde sus primeros pasos en él, es fáci1 comprender el humor de los ánimos hacia el Nazareno: miradas hostiles; órdenes a los miembros de la guardia del Templo de vigilar al «conturbador», órdenes dadas abiertamente, para que todos vean y oigan; palabras de desprecio para los que vienen con É1; incluso empujones voluntarios a los discípulos... En fin, el odio es tal, que los relumbrantes fariseos, escribas y doctores asumen posturas y acciones de mozos de cuerda o peor todavía: y están tan cegados por el rencor, que no piensan que se rebajan mucho, incluso como hombres, actuando así.

Jesús pasa tranquilo, ¡como si ni siquiera se refiriera a Él eso que hacen! Es el primero en saludar, en cuanto ve a algún personaje que, por grado sacro o por poder, es un "superior" del mundo hebreo. Y, si éste no responde al saludo correcto que Jesús le dirige, no por ello Jesús cambia de actitud. Eso sí, su rostro, cuando se vuelve de uno de estos soberbios hacia uno o varios de los muchos humildes que hay, toma un aspecto de sonrisa dulcísimo. Y muchos son los mendigos y enfermos pobres que ayer ha recogido y que, debido a la suerte imprevista que han tenido, pueden celebrar una Pascua como quizás desde hacía años no celebraban. Ahora, reunidos en grupos, en pequeñas sociedades nacidas espontáneamente, van a comprar los corderos que habrán de ser inmolados, contentos de ser - ellos que eran los despreciados - iguales que los demás, en vestidos y posibilidades. Y Jesús se para, benigno, a escucharlos: sus propósitos, sus narraciones de asombro, sus bendiciones... Ancianos, niños, viudas, enfermos ayer, ahora curados; miserables ayer, andrajosos, hambrientos, despreciados, hoy vestidos, ¡y felices de ser hombres como los demás en estos días de la gran fiesta de los Ázimos!

Las voces - muy variadas: desde las de plata de los pequeñuelos a las temblorosas de los viejos, y, entre estos dos extremos, las voces vibrantes de las mujeres - saludan, acompañan, siguen a Jesús. Llueven los besos en sus vestiduras y en sus manos. Y Jesús sonríe y bendice, mientras sus enemigos, lívidos de rabia por la gran luminosidad de paz que hay en Él, se concomen de ira impotente.

Capto fragmentos de lo que dicen unos u otros...

-¡Tienes razón! Pero a nada que hagamos nos destrozan -(y un fariseo señala al pueblo que se apiña en torno a Jesús).

-¡Fijaos! Nos ha recogido, nos ha dado de comer, nos ha vestido, nos ha curado, y muchos, por medio de los discípulos ricos, han encontrado trabajo y asistencia. Pero la verdad es que todo ha venido por Él. ¡Que Dios lo salve siempre! - dice un hombre que quizás ayer estaba enfermo y mendigaba.

-¡Claro, así yo también! ¡Este sedicioso compra a la plebe así, para lanzarla contra nosotros! - gruñe entre dientes un escriba, hablando con un colega.

-Una discípula suya ha tomado mi nombre, y me ha dicho que vaya a su casa después de la Pascua, que me va a llevar a los campos que tiene en Béter. ¿Comprendes, mujer? Yo y mis hijos. Voy a trabajar. Pero, ¿qué es trabajar cuando hay protección y seguridad? ¡Es una alegría! Y mi Leví ya no tendrá que destrozarse trabajando en los cereales, porque la discípula que se hace cargo de nosotros lo va a poner en las rosaleras... ¡Vamos, te digo que un juego! ¡El Eterno dé gloria y bien a su Mesías! - dice 1a viuda de la llanura de Sarón a una israelita de clase más bien rica que le está preguntando.

-¡Oh! ¿Y yo no puedo?... ¿Estáis ya todos situados, todos a los que ayer ha recogido? - dice la mujer rica israelita.

-No, mujer. Hay todavía otras viudas con hijos, y otros hombres.

-Quisiera decirle que si me concede la gracia de ayudarle.
-¡Llámalo!
-No me atrevo.
-Ve tú, Leví mío, a decirle que una mujer quiere hablar con Él…
El niño va raudo y refiere esto a Jesús.
Entretanto, un saduceo trata con violencia a un anciano, que pontifica en medio de una masa de gente venida de la Transjordania y que teje el elogio del Maestro de Galilea.
El anciano se defiende diciendo:
-¿Qué estoy haciendo de malo? ¿Querías que te alabara a ti? Bastaría con que hicieras lo que hace Él. Pero tú - que Dios te perdone - desprecias las canas y la miseria en vez de amarlas; falso israelita, que no respetas el Deuteronomio teniendo piedad de los pobres.
-¿Estáis oyendo? ¡Este es el fruto de la doctrina del agitador! Enseña a la plebe a ofender a los santos de Israel.
Le responde un sacerdote del Templo:
-Pero la culpa es nuestra si sucede esto. No hacemos más que amenazar, sin traducir en acción las amenazas.
...Jesús, mientras tanto, dice a la mujer de Israel:
-Si verdaderamente te comprometes a ser madre de los huérfanos y hermana de las viudas, ve al palacio de Cusa, al Sixto. Di a Juana que te mando Yo. Ve, y fructifique tu tierra como la del Edén por tu piedad, y más aún fructifique tu corazón en un amor cada vez mayor a tu prójimo.
En esto, ve a los miembros de la guardia que arrastran al anciano que había hablado antes. Grita.:
-¿Qué le hacéis a ese anciano? ¿Qué ha hecho?
-¡Ha insultado a los oficiales que le reprendían!
-¡No es verdad! Un saduceo ha arremetido contra mí porque hablaba de ti a aquellos peregrinos. Y, como ha levantado contra mí su mano, porque soy viejo y pobre, le he dicho que es un falso israelita que pisotea las palabras del Deuteronomio.
-Soltad a ese anciano. Está conmigo. Su boca ha expresado la verdad. No la sinceridad: la Verdad. Dios habla por los labios de los niños, pero también por los de los ancianos. Está escrito: "No desprecies al hombre en su vejez, porque son de los nuestros los que envejecen". Y también: "No desprecies las palabras de los ancianos sabios: antes bien, te sean familiares sus máximas, porque de ellos aprenderás la sabiduría y las enseñanzas de la inteligencia". Y también: "Donde hay ancianos no hables mucho". Recuerde esto Israel, esa parte de Israel que quiere llamarse perfecta, porque en caso contrario el Altísimo sabe cómo desmentirla. Padre, ven a mi lado.
El anciano, de porte señorial, va donde Jesús, mientras los saduceos, afectados por el reproche, se marchan airados.
-Soy una mujer hebrea de la Diáspora, Rey esperado. ¿Podría servirte como esa mujer que has enviado a Juana? - dice una que me recuerda en todo a la que, de nombre Nique, enjugó el rostro de Jesús en el Gólgota y obtuvo el Sudario. Pero las hebreas son muy semejantes entre sí, y pasados ya meses desde aquella visión, podría equivocarme.
Jesús la mira. Ve a una mujer de unos cuarenta años, bien vestida, de maneras francas. Le pregunta:
-¿Eres viuda, no es verdad?
-Sí, y sin hijos. He vuelto hace poco y he adquirido unas tierras en Jericó. Para estar cerca de la Ciudad Santa. Pero ahora veo que Tú eres más grande que ella. Y te sigo. Y te ruego que me recibas a tu servicio. Sé de ti por discípulos. Pero superas lo que ellos cuentan.
-De acuerdo. Concretamente, ¿qué quieres?
-Ayudarte en los pobres y, según mis posibilidades, hacer que seas amado y conocido. Conozco a muchos de las colonias de la Diáspora, porque he seguido a mi marido en sus actividades comerciales. Dispongo de medios y me basta con poco, así que puedo hacer mucho; y quiero hacer mucho, por tu amor y para sufragio del espíritu de aquel que me tomó, virgen, hace veinte años, y fue para mí dulce compañero hasta el último suspiro. Parecía profetizar cuando moría. Decía: "Cuando muera, entrega a la tumba la carne que te amó, y ve a nuestra patria. Encontrarás al Prometido. ¡Tú lo verás! Búscalo. Síguelo. Es el Redentor y Resucitador, y me abrirá las puertas de la Vida. Sé buena para ayudarme a estar preparado cuando abra los Cielos a los que no tengan ya deudas con la Justicia; y sé buena para merecer encontrarlo pronto. Jura que lo harás y que cambiarás en fortaleza hacendosa las estériles lágrimas de una viudez. Ten, esposa, a Judit como ejemplo tuyo, y todas las naciones conocerán tu nombre". ¡Pobre esposo mío! Lo único que pido es que me conozcas Tú…
-Te conoceré como discípula buena. Ve tú también donde Juana, y que Dios esté contigo...
..Pesados como abejas, vuelven al asalto los enemigos de Jesús, mientras Él, inmolado el cordero y habiendo esperado a que fueran inmolados los que habían tomado los discípulos para tener los necesarios para tantos, regresa hacia las murallas del Templo.
-¿Cuándo tienes pensado acabar con estas ostentaciones de rey? ¡Tú no eres rey! ¡Tú no eres profeta! ¿Hasta cuándo vas a abusar de nuestra bondad, hombre pecador, rebelde, causa de mal para Israel? ¿Cuántas veces te tenemos que decir que no tienes derecho a venir aquí como rabí?
-He venido a inmolar el cordero. No podéis impedírmelo. No obstante, os recuerdo a Adonías y Salomón.
-¿Qué tienen que ver con esto? ¿Qué quieres decir? ¿Eres Tú Adonías?
-No. Adonías se hizo rey fraudulentamente, pero la Sabiduría velaba y aconsejaba, de forma que fue rey sólo Salomón. Yo no soy Adonías, sino Salomón.
-¿Y Adonías quién es?
-Todos vosotros.
-¿Nosotros? ¡Atento a lo que dices!
-Hablo con verdad y justicia.

-Observamos todos los puntos de la Ley, creemos en los profetas y...

-No. No creéis en los profetas. Ellos me nombran, y vosotros no creéis en mí. No. No observáis la Ley. La Ley aconseja obras justas. Vosotros no las hacéis. Ni siquiera son rectas esas ofrendas que venís a hacer.

Está escrito: "Inmunda es la ofrenda de quien sacrifica bienes malamente adquiridos". Está escrito: "El Altísimo no acepta los dones de los inicuos, no vuelve su mirada hacia sus oblaciones, ni perdonará sus pecados porque acumulen muchos sacrificios". Está escrito: "Quien ofrece sacrificio con los bienes de los pobres es como quien degüella a un hijo ante los ojos de su padre". ¡Esto está escrito, Jocanán! Está escrito: "El pan de los indigentes es la vida de los pobres, quien se lo arrebata es un asesino". ¡Esto está escrito, Ismael!

Está escrito: "Quien arrebata el pan del sudor es como si matara al pobre". ¡Esto está escrito, Doras hijo de Doras!

Está escrito: "Quien vierte la sangre y quien quita su jornal al jornalero son hermanos". ¡Esto está escrito, Jocanán, Ismael, Cananías, Doras, Jonatán. Y recordad también que está escrito: "Quienquiera que sea el que cierre sus oídos a los gritos de los pobres, gritará también él y no será escuchado".

Y tú, Eleazar ben Anás, recuerda, y recuerda a tu padre, que está escrito: "Mis sacerdotes han de ser santos y no se contaminarán por ningún motivo".

Y tú, Cornelio, ten presente que está escrito: "Quien maldiga a su padre y a su madre sea muerto", y no es muerte sólo la que procura el verdugo: una muerte mayor espera a los que pecan contra los padres, eterna, tremenda muerte.

Y tú, Tolmé, recuerda que está escrito: “A1 que practica la magia lo extermino Yo".

Y tú, Sadoq, escriba de oro, recuerda que entre el adúltero y su paraninfo en el adulterio no hay diferencia a los ojos de Dios; y está escrito que quien jura lo falso es consumido por las llamas sin fin. Y di a aquel que lo ha olvidado que quien toma a una virgen y saciado ya, la separa de sí con acusaciones falsas, recibe condena. ¡No aquí! En la otra vida: por la mentira, el juramento falso, el daño contra la esposa, y por el adulterio.

¿Qué sucede? ¿Huís? ¿Ante el inerme que dice palabras no suyas, sino de aquellos a quienes vosotros citáis como santos en Israel? De forma que no podéis decir que el inerme sea un blasfemo, porque, si lo dijerais, llamaríais blasfemos a los libros sapienciales y a los libros mosaicos, que han sido dictados por Dios. ¿Huís ante el inerme? ¿Son, acaso, piedras mis palabras? ¿0 es que despiertan en vosotros, golpeando en el bronce duro de vuestro duro corazón, la conciencia, y la conciencia siente el deber de purificarse - ella y no sólo los miembros - en esta Parasceve, para poder consumir, sin pecado de impureza, e1 cordero santo? ¡Oh, si así es, gloria al Señor! Porque, os lo digo a vosotros que queréis ser alabados como sabios, verdadera sabiduría es conocerse a sí mismo, reconocer los propios errores, arrepentirse de ellos e ir a los ritos con "verdadera" devoción, o sea, con culto y rito en el alma, y no rito externo...

-¡Se han marchado! Vámonos también nosotros, a dar paz a quien nos espera...

## 374

## El día de la Parasceve. Por las calles de Jerusalén y en el barrio de Ofel.

Salen del Templo, que hormiguea de gente, para sumergirse en el hormigueo de las calles en que todos se mueven presurosos, atareados en los últimos preparativos pascuales; y los que llegan con retraso buscan afanosamente una habitación, un vestíbulo, un sitio cualquiera, y transformarlo en cenáculo para comer e1 cordero.

Es fácil así encontrarse. También es fácil no reconocerse, en medio de este gentío que se agolpa, agitado continuamente, y que hace pasar ante los ojos caras de todas las edades, de todas las regiones en que hay israelitas y donde la sangre pura de Israel ha contraído, por mezclas de sangre o simplemente por mimetismo, semejanzas con otras razas. De forma que se ven hebreos que parecen egipcios, y también que, por los labios salientes, las narices chatas y el ángulo facial, parecen cruzamientos con nubienses; otros que, por las caras afiladas, pequeñas, las extremidades gráciles, las miradas perspicaces, delatan su procedencia de las colonias griegas o su mezcla con griegos; mientras que otros, hombres altos y fuertes, de rostros escuadrados, revelan claramente que no son del todo ajenos a los latinos; y hay también muchos que nosotros modernos diríamos que son circasianos o persas, con un vestigio de ojos mongólicos o indios: en los rostros blanquísimos de los primeros, en los rostros aceitunados de los segundos. ¡Un bonito calidoscopio de caras y vestidos! Los ojos se cansan, tanto que es fácil que al final miren sin ver. Pero lo que a uno le pasa desapercibido otro lo observa. Es, pues, comprensible que lo que le pasa desapercibido al Maestro, siempre un poco absorto dentro de sí cuando lo dejan en paz y no le hacen preguntas, lo note uno u otro de los que están con El. Y los apóstoles, los que van más cerca de Jesús, se señalan unos a otros lo que ven, y cuchichean entre sí una serie de comentarios... muy humanos, respecto a las personas señaladas.

Jesús capta uno de estos comentarios incisivos, sobre un ex discípulo que pasa con empaque fingiendo no verlos:

-¿A quién decís esas palabras? - pregunta.

-A ese mochuelo - dice Santiago de Zebedeo mientras lo señala - Ha hecho como que no nos veía. Y no es el único que lo hace. Pero cuando debías curarlo y te buscaba, ¡ah, entonces sabía vernos! ¡A ver si le viene la pústula maligna!

-¡¡Santiago!! ¿Con estos sentimientos estás a mi lado y te preparas a comer el cordero? Verdaderamente tú eres más incoherente que él. Él se ha separado con franqueza, cuando ha sentido que no podía hacer lo que Yo decía. Tú te quedas, pero no haces lo que digo. ¿No eres entonces más pecador que él?

Santiago se pone colorado hasta de los compañeros, avergonzado.

-¡Es que duele ver que actúan así, Maestro! - dice Juan, para ayudar a su hermano que ha sido corregido - Nuestro amor se rebela al ver su desamor...

-Sí, ya. ¿Y pensáis que los vais a llevar al amor de esta forma? Desaires, malas palabras, insultos nunca han llevado a un rival o a uno que piense de forma distinta al punto a donde se querría llevar. Son la dulzura, la paciencia, la caridad - perseverantes a pesar de todas las negativas -, las que al final consiguen. Yo comprendo vuestro corazón, que sufre al no verme amado, y lo compadezco. Pero querría percibiros, veros más sobrenaturales en vuestras acciones y en vuestros medios para hacer que me amen. ¡Ánimo, Santiago, ven aquí! No he hablado para avergonzarte. Comprendámonos, amémonos al menos entre nosotros, amigos míos... ¡Que ya hay mucha incomprensión y dolor para el Hijo del hombre!

Santiago, tranquilizado, vuelve junto a Jesús.

Andan un rato en silencio. Luego Tomás interviene bruscamente con una fuerte exclamación:

-¡Pero es una verdadera vergüenza!

-¿El qué? - pregunta Jesús.

-¡Pues la vileza de muchos! Maestro, ¿no ves cuántos fingen que no te conocen?

-¿Y qué? ¿Cambiará, acaso, su modo de actuar una iota de lo que está escrito acerca de mí? No. Sólo para ellos se cambia lo que se podría escribir. Porque en los libros eternos se podría decir de ellos: "Los discípulos buenos", y se escribirá: "Los que no fueron buenos, aquellos para quienes fue nada la venida del Mesías". Palabra tremenda, ¿sabéis? Peor que la de: "Adán, con Eva, pecó". Porque Yo puedo anular aquel pecado. Pero no podré anular este de renegar del Verbo Salvador... Vamos a torcer por esta parte. Yo me detengo con los hermanos, con Simón Pedro y Santiago en el barrio de Ofel. Judas de Simón se quedará también. Pero Simón Zelote, Juan y Tomás irán al Getsemaní por las bolsas...

-Sí, así no se le atravesará el cordero a Jonás - dice Pedro todavía inquieto. Los otros ríen...

-¡Tranquilo, tranquilo! No te asombres de que tenga miedo. Mañana podrías tener miedo tú.

-¿Yo, Maestro? Es más fácil que el mar de Galilea se transforme en vino que no que tenga miedo yo - afirma Pedro con seguridad.

-Sin embargo... la otra noche... Simón... no parecías muy valiente en la escalera del palacio de Cusa - muerde Judas de Keriot, sin mucha ironía pero... siempre con el sarcasmo suficiente como para punzar a Pedro.

-¡Estaba agitado porque... temía por el Señor! No por otra cosa.

-¡Bien! ¡Bien! Esperemos que no tengamos nunca... miedo a quedar mal nosotros, ¿eh?» responde Judas de Keriot dándole una palmada en el hombro, protector y maligno... En otros momentos su modo de actuar habría desencadenado una reacción. Pero Pedro, desde la noche anterior, vive en estado de... admiración por Judas y lo soporta en todo.

Jesús dice:

-Felipe y Natanael con Andrés y Mateo que vayan al palacio de Lázaro, a decir que estamos yendo.

Se separan estos últimos, y los otros siguen con Jesús. Los discípulos, menos Esteban e Isaac, van con los apóstoles que han sido enviados al palacio.

En el barrio de Ofel, una nueva separación. Los encargados de ir al Getsemaní se encaminan, raudos, junto con Isaac. Esteban se queda con Jesús, los hijos de Alfeo, Pedro, Santiago y Judas Iscariote: y, para no estar parados en el cruce, prosiguen lentamente en la misma dirección de los que van al Getsemaní. Van precisamente por la callecilla que será recorrida por Jesús entre sus torturadores la noche del Jueves Santo. Ahora, que es hacia mediodía, está vacía de gente. Después de pocos pasos, hay una pequeña placita, con una fuente sombreada por una higuera que abre sus tiernas hojas sobre la balsa del agua quieta.

-Ahí está Samuel de Analía - dice Santiago de Alfeo, que debe conocerlo bien. El joven está para entrar en casa con el cordero... Va cargado también con otros alimentos.

-Se ocupa de la cena pascual también para su pariente - observa Judas de Alfeo.

-¿Pero ahora se ha establecido aquí? ¿No estaba fuera? - dice Pedro.

-Sí. Se ha establecido aquí. Se dice que tiene relaciones con la hija de Cleofás, el fabricante de sandalias. Tiene mucho dinero esa mujer...

-¡Ah! ¿Y por qué dice, entonces, que Analía lo ha abandonado? - pregunta Judas Iscariote.

-¡Es una mentira!

-El hombre se sirve fácilmente de la mentira. Y no sabe que haciéndolo se mete por el camino del mal. Basta el primer paso, un paso, para no poderse ya liberar... Es como el ajonje... es un laberinto... una armadija. Una armadija en bajada... - dice Jesús a Judas

-¡Qué pena! ¡Parecía tan bueno el año pasado ese hombre! - dice Santiago de Zebedeo.

-Sí. Yo creía que imitaría a su prometida en cuanto a entregarse totalmente a ti, haciendo así una pareja de esposos ángeles y siervos tuyos. ¡Vamos que lo habría jurado!... - dice Pedro.

-¡Simón mío! No jures nunca sobre el futuro de un hombre. Es la cosa más incierta que hay. Ningún elemento presente en el momento del juramento puede ser fianza de juramento seguro. Hay delincuentes que se hacen santos, y hay justos, o que tienen apariencia de justos, que se hacen delincuentes - le responde Jesús.

Samuel, entretanto, después de entrar en casa, ha vuelto a salir para ir a la fuente por agua pura... Y ve a Jesús. Lo mira con visible desprecio y lanza un insulto; sí, ciertamente es un insulto, pero es en hebreo y no lo entiendo.

Judas Iscariote se lanza repentinamente hacia delante, lo coge por un brazo y le da unos meneos como si fuera un árbol del que se quisiera hacer caer la fruta madura:

-¿Así hablas al Maestro, pecador? ¡Abajo! ¡De rodillas! ¡Inmediatamente! ¡Pídele perdón, lengua sucia de inmundicia de cerdo! ¡Abajo! ¡0 te destrozo!

Es terrible este Judas con esta violencia repentina. Su rostro se altera terriblemente. Inútilmente Jesús trata de calmarlo. Hasta que no ve al blasfemo arrodillado en la tierra fangosa que hay alrededor de la fuente, no afloja la presión.

-Perdón - dice entre dientes el malaventurado, que debe sentirse torturado por la tenaza de los dedos de Judas. Pero lo dice mal. Sólo porque se ve forzado.
Jesús responde:
-No guardo rencor. Tú sí, a pesar de lo que dices. La palabra es inútil, si no está acompañada del movimiento del corazón. Tú, en el corazón, blasfemas contra mí todavía. Y con doble culpa; porque me acusas y me odias por un motivo que tu conciencia, en lo profundo, te dice que no es verdad, y porque tú eres el único que ha faltado, no Analía, ni tampoco Yo. Pero te lo perdono todo. Ve y trata de volver a ser honesto y grato a Dios. Déjalo, Judas.

-Me marcho. ¡Pero te odio! Me has pervertido a Analía y te odio...

-De todas formas, te consuelas con Rebeca, hija del fabricante de sandalias; y te consolabas con ella ya desde cuando Analía era tu prometida y, estando enferma, pensaba sólo en ti...

-Me veía ya sin mujer... eso pensaba... y me buscaba esposa... Ahora he vuelto a Rebeca porque... porque... Analía no me acepta - dice Samuel disculpándose, al ver descubiertos sus enjuagues.

Judas Iscariote termina:

...Y porque Rebeca es muy rica. Fea como una sandalia destaconada... y vieja como una suela perdida en el sendero... pero rica, eso sí, rica... - y ríe sarcásticamente mientras el otro huye.

-¿Cómo lo sabes? - pregunta Pedro.

-¡Es fácil saber dónde hay vírgenes y dinero!

-¡Bien! ¿Vamos por esa calle estrecha, Maestro? Esta plaza es un horno de pan. Allí hay sombra y ventilación - suplica Pedro, que está sudando.

Y caminan, despacio porque esperan a los otros de regreso. La pequeña calle está desierta.

Una mujer se separa de una puerta y viene a postrarse a los pies de Jesús llorando.

-¿Qué te pasa?

-¡Maestro!... ¿Ya te has purificado?

-Sí. ¿Por qué lo preguntas?

-Porque quería decirte... Pero no te puedes acercar a él. Es todo podredumbre... El médico dice que está infectado. Después de la Pascua voy a llamar al sacerdote... y... Hinnon lo recibirá. No me culpes. No lo sabía... Trabajó durante muchos meses en Joppe y me volvió así, diciendo que se había herido. Usé bálsamos y lavados con aromas... Pero no aprovechaban. Consulté a un herbolario. Me dio polvos para la sangre... Separé a los hijos... separé la cama... porque... me empezaba a dar cuenta. Empeoró. Llamé a un médico. Me dijo: "Mujer, tú sabes tu deber y yo el mío. Esto es herida de lujuria. Sepáralo de ti; yo lo separaré del pueblo; el sacerdote, de Israel. Tenía que haber reflexionado cuando ofendía a Dios, te ofendía a ti y se ofendía a sí mismo. Ahora que pague". Obtuve el silencio suyo hasta el día siguiente de los Ázimos. Pero, si Tú tuvieras piedad del pecador, y de mí, que todavía lo amo, y de los cinco hijos inocentes…

-¿Qué quieres que te haga? ¿No crees que quien ha pecado es justo que expíe?

-¡Sí, Señor! ¡Pero Tú eres la Misericordia viviente!

Toda la fe de que una mujer es capaz está presente en la voz, en la mirada, en el gesto de la mujer arrodillada con los brazos extendidos hacia el Salvador.

-¿Y él que tiene en su corazón?

-Humillación... ¿Qué otra cosa podría tener, Señor?

-¡Sería suficiente un movimiento sobrenatural de arrepentimiento, de justicia, para obtener piedad!...

-¿Justicia?

-Sí. Decir: "He pecado... Mi pecado merece esto y mucho más, y a los que he ofendido les pido misericordia".

-Yo ya se la he dado. Tú, Dios, dásela. No puedo decirte: entra... Ya ves que no te toco ni siquiera yo... Pero, si quieres, lo llamo, y le digo que hable desde la terraza.

-Sí.

La mujer mete la cabeza dentro de la puerta de casa y llama fuerte:

-¡Jacob! ¡Jacob! Sube al tejado. Asómate. No temas.

El hombre, pasados unos momentos, se asoma por el antepecho de la terraza. Una cara amarillenta, hinchada; vendados el cuello y una mano... Una ruina tábida de hombre... Mira con los ojos aguosos propios del enfermo de innobles enfermedades. Pregunta:

-¿Quién me requiere?

-¡Jacob, está aquí el Salvador!...

La mujer no dice nada más, pero parece como si quisiera hipnotizar al enfermo, infundirle su pensamiento...

El hombre, sea porque siente este pensamiento de ella, sea por un movimiento espontáneo, extiende los brazos y dice:

-¡Libérame! ¡Creo en ti! ¡Es horrible morir así!

-Es horrible faltar al propio deber. ¿No pensabas en ésta, ni en los hijos?

-Piedad, Señor... Por ellos, por mí... ¡Perdón! ¡Perdón!

Y se deja caer encima del murete, llorando. Las manos, vendadas, sobresalen con todo el brazo, descubierto ahora por haberse subido la manga, con manchas por las ya próximas pústulas, hinchado, repelente... El hombre, así como está, parece una marioneta macabra, un cadáver arrojado allí, ya próximo a la descomposición: da pena y náusea al mismo tiempo.

La mujer llora, todavía en el polvo del suelo, de rodillas.

Jesús parece esperar aún una palabra... que, por fin, baja, entre sollozos:

-¡Elevo mi dolor a ti contrito de corazón! Dame al menos la promesa de que ellos no sufrirán hambre... y luego... me marcharé, resignado, a expiar. ¡Y salva mi alma, Salvador bendito! ¡Al menos mi alma! ¡Al menos mi alma!

-Sí. Te curo. Por los inocentes. Para darte el modo de mostrarte justo. ¿Comprendes? Recuerda que el Salvador te ha curado. Dios, por el modo en que respondas a esta gracia, te absolverá de tus pecados. Adiós. La paz a ti, mujer.

Y se marcha, casi corriendo, al encuentro de los que regresan del Getsemaní. Ni siquiera los gritos del hombre, que siente y ve que se está curando, lo detienen, ni tampoco los de la mujer...

-Vamos a torcer por esta callejuela, para no pasar otra vez por allí - dice Jesús después de haberse reunido con los otros.

Entran por una callejuela miserable, tan estrecha que a duras penas dos pasan de lado, y, si viene por ella un burro con albardas, no queda otra solución sino aplastarse contra la pared como un sello. Hay penumbra, por los tejados que casi se tocan, y soledad, silencio y mal olor. Van en fila, como si fueran frailes, hasta el final de la callejuela miserable. Luego, en una placita llena de muchachos, se reúnen otra vez en grupo.

-¿Por qué has dicho esas palabras a aquel hombre? No las usas nunca... - pregunta curioso Pedro.

-Porque aquel hombre será uno de mis enemigos. Y este pecado agravará el que ya tiene.

-¡¿Y lo has curado?! - preguntan todos, estupefactos.

-Sí. Por los pequeñuelos inocentes.

-¡Mmm! Volverá a enfermar...

-No. De la vida del cuerpo, después del susto y el sufrimiento pasados, tendrá cuidado; no volverá a enfermar.

-Pero dices que pecará contra ti. Yo le quitaba la vida.

-Tú eres un hombre pecador, Simón de Jonás.

-Y Tú demasiado bueno, Jesús de Nazaret - replica Pedro.

Los absorbe una calle central y ya no veo nada más.

*Nota mía. (de María Valtorta.-) Reconozco tanto al hombre curado como a Samuel. El primero es el que, en la Pasión, golpea con una piedra a Jesús en la cabeza. Reconozco más que a él a su mujer, doliente ahora como entonces; y la casa, que tiene una puerta sui generis, alta, sobre tres peldaños. Y lo mismo, con la máscara de odio que lo transforma, reconozco en Samuel al joven que mata a su madre de una patada, para poder ir a golpear al Maestro con un garrote.*

## 375

## La cena ritual en casa de Lázaro y el banquete sacrílego en la casa de Samuel.

Cuando Jesús entra en el palacio, ve que está invadido por una gran cantidad de personas de servicio que han venido de Betania y se apresuran en los preparativos. Lázaro, echado en un triclinio y con muchos dolores, saluda con una pálida sonrisa a su Maestro, el cual acelera el paso hacia él y se inclina, todo amor, hacia el triclinio, diciendo:

-Has sufrido mucho con los bamboleos del carro, ¿no es verdad, amigo mío?

-Mucho, Maestro - responde Lázaro, tan postrado que con sólo evocar lo que ha sufrido le vuelven de nuevo las lágrimas a los ojos.

-¡Por culpa mía! ¡Perdóname!

Lázaro coge una de las manos de Jesús y se la lleva a la cara, frota contra ella el carrillo enflaquecido, la besa, y susurra:

-¡No por culpa tuya, Señor! Y estoy muy contento de que celebres conmigo la Pascua... mi última Pascua...

-Si Dios lo quiere, a pesar de todo, celebrarás muchas otras todavía, Lázaro. Y tu corazón siempre estará conmigo.

-Ha llegado mi fin. Me quieres consolar... pero ya es el fin. Y lo siento...

Llora.

-¿Lo ves, Señor? Lázaro no hace más que llorar - dice Marta compasiva - Dile que no lo haga. ¡Se agota!

-La carne tiene también sus derechos. El sufrimiento es penoso, Marta, y la carne llora. Necesita este desahogo. Pero el alma está resignada, ¿no es verdad, amigo mío? Tu alma de justo hace complacientemente la voluntad del Señor...

-Sí... Pero ahora lloro porque Tú, estando tan perseguido, no vas a poder asistirme en la muerte... Me estremece la muerte, tengo miedo de morir... Si estuvieras Tú, no tendría nada de esto. Me refugiaría en tus brazos... y me dormiría así... ¿Cómo voy a lograr morir sin sentir movimientos contra la obediencia a esta tremenda voluntad?

-¡Ánimo, hombre! ¡No pienses en estas cosas! ¿Ves? Haces llorar a tus hermanas... El Señor te ayudará tan paternamente que no sentirás miedo. Son los pecadores los que tienen que tener miedo...

-¿Pero Tú, si puedes, vienes a mi agonía? ¡Prométemelo!

-Te lo prometo. Esto y más todavía.

-Mientras preparan las cosas, cuéntame lo que has hecho esta mañana...

Y Jesús, sentado en el borde del triclinio, con una de las enflaquecidas manos de Lázaro entre las suyas, cuenta can pelos y señales todo lo que ha sucedido, hasta que Lázaro, rendido, se adormece; y Jesús no lo deja ni siquiera entonces; permanece inmóvil para no disturbar ese sueño reparador, y hace señas de que se haga el menor ruido posible, tanto que Marta, después de traer a Jesús algo de comer, se retira de puntillas, corre la tupida cortina y cierra la robusta puerta. El ruido de la casa, toda en movimiento, se atenúa así para transformarse en un susurro apenas sensible. Lázaro duerme. Jesús ora y medita.

Pasan las horas así, hasta que María de Magdala viene a traer una lamparilla, porque cae la tarde y ya se cierran las ventanas.

-¿Duerme todavía? - susurra.

-Sí. Está muy tranquilo. Le viene bien.
-Hacía meses que no dormía tanto... Creo que mucha de su agitación era el miedo a la muerte. Contigo al lado, no hay miedo... a nada... ¡Qué fortuna para él!
-¿Por qué, María?
-Porque te podrá tener a su lado cuando muera. Pero yo...
-¿Por qué tú no?
-Porque Tú quieres morir... y pronto. Y yo, ¿quién sabe cuándo moriré? ¡Haz que muera antes de ti, Maestro!
-No, debes servirme mucho tiempo todavía.
-¡Entonces tengo razón al hablar de la fortuna de Lázaro!
-Todos los amados tendrán su misma fortuna, y más que él.
-¿Quiénes son? ¿Las personas puras, verdad?
-Los que saben amar totalmente. Por ejemplo tú, María.
-¡Oh, Maestro mío!
María se deja caer al suelo, encima de la estera multicolor que cubre el piso de esta habitación, y ahí permanece en adoración a su Jesús.
Marta, buscándola, introduce la cabeza.
-¡Ven, oye! Tenemos que decorar la sala roja para la cena del Señor.
-No, Marta. Dejad esa sala para los más humildes, para los campesinos de Jocanán, por ejemplo.
-¿Pero por qué, Maestro'?
-Porque cada pobre es otro Jesús y Yo estoy en ellos. Honrad siempre al pobre al que ninguno ama, si queréis ser perfectas. Para mí preparad en el atrio. Teniendo abiertas las puertas de las muchas habitaciones que dan a él, todos me verán por igual, y Yo veré a todos.
Marta, no demasiado satisfecha, objeta:
-¡Pero Tú en un vestíbulo!... ¡No es digno para ti! ...
-Ve, ve. Haz lo que te digo. Es dignísimo hacer lo que el Maestro aconseja.
Marta y María salen sin hacer ruido y Jesús se queda, paciente, velando al amigo que descansa.
Las cenas están en pleno desarrollo: con una poca justa distribución de los invitados, según el punto de vista humano, pero con una visión superior, tendente a dar honor y amor a aquellos que el mundo normalmente no considera.
Así, en la espléndida, regia sala roja, cuya bóveda apoya en dos columnas de pórfido rojo, entre las cuales ha sido colocada la larga mesa, están sentados los campesinos de Jocanán, junto con Margziam e Isaac, más otros discípulos, hasta completar el número adecuado. En la sala en que tuvo lugar la cena de la noche precedente hay otros discípulos de entre los más humildes. En la sala blanca - un sueño de candor - están las discípulas vírgenes, y con ellas, que son sólo cuatro, están las hermanas de Lázaro y Anastática y otras jóvenes; pero la reina de la fiesta es María, la Virgen por excelencia. En la habitación de al lado, que quizás es una biblioteca - porque está recubierta de altas arcas oscuras que quizás contienen rollos, o los contenían - , están las viudas y las mujeres casadas; presiden el grupo Elisa de Betsur y María de Alfeo. Y así sucesivamente.
Pero lo que impresiona es ver a Jesús en el atrio marmóreo. Es verdad que el gusto señorial de las dos hermanas de Lázaro ha hecho del cuadrado vestíbulo un verdadero salón luminoso, floreteado, más espléndido que una sala. ¡Pero sigue siendo un vestíbulo! Jesús está con los doce; a su lado, Lázaro y con Lázaro Maximino.
Prosiguen las cenas según el rito... Jesús rebosa de alegría por estar en el centro de todos sus discípulos fieles.
Terminada la cena, bebido el último cáliz, cantado el último salmo, todos los que estaban en las distintas salas afluyen al atrio; pero no caben, dada la presencia de la mesa, que ocupa no poco espacio.
-Vamos a la sala roja, Maestro. Corremos la mesa contra la pared y nos ponemos todos alrededor de ti - sugiere Lázaro, y hace una señal a los criados para que así lo hagan.
Ahora Jesús, sentado en el centro, entre dos columnas de preciado valor, bajo la lámpara rutilante, elevado encima de un pedestal hecho con dos triclinios usados para la cena, parece verdaderamente un rey sentado en el trono en medio de sus cortesanos. La túnica de lino que se ha puesto antes de la cena resplandece como si estuviera confeccionada con hilos preciosos, y parece aún más blanca en el contraste con el rojo mate de las paredes y el rojo brillante de las columnas. Y su rostro es verdaderamente divino y regio mientras habla o escucha a los que tiene alrededor. Los más humildes - a quienes ha querido tener muy cerca -, sintiéndose amados por los demás fraternalmente, hablan con seguridad, manifestando sus esperanzas y congojas con sencillez y fe.
¡Pero el más feliz entre tantas personas felices es el abuelo de Margziam! No se separa ni un instante de su nieto, goza mirándolo y escuchándolo... De vez en cuando, dado que está sentado junto a Margziam, que está de pie, reclina su cabeza cana en el pecho de su nieto, y éste la acaricia.
Jesús ve este gesto varias veces y pregunta al anciano:
-¿Padre, tu corazón se siente feliz?
-¡Muy feliz, mi Señor! Ni siquiera me parece verdad. Sólo quisiera una cosa...
-¿Cuál?
-Morir, si fuera posible, en esta paz. Pronto por lo menos. Porque el máximo bien ya lo he recibido. Más no puede tener una criatura sobre la faz de la tierra... Irme... no sufrir más... Marcharme... Como has dicho justamente en el Templo, Señor. "Quien ofrece sacrificios con los bienes de los pobres es como quien degüella a un hijo ante los ojos de su padre.” Lo único que retiene a Jocanán para emular a Doras es el miedo a ti. Está empezando a pasársele el recuerdo de lo que le sucedió al otro. Sus campos prosperan y él los fertiliza con nuestro sudor. ¿No es el sudor, acaso, un bien de los pobres, su propio yo que se exprime

en trabajos superiores a sus fuerzas? No nos pega, nos da lo que hace falta para mantenernos fuertes para el trabajo. Pero, ¿no nos explota más que a los bueyes? Decidlo vosotros, compañeros míos...

Los labriegos de Jocanán - los viejos y los nuevos - asienten.

-¡Mmm! Creo que... Sí, que tus palabras le hacen ser más vampiro que nunca; y a costa de éstos... ¿Por qué las dijiste, Maestro? - pregunta Pedro.

-Porque se las merecía. ¿No es verdad, vosotros de los campos?

-¡Sí! Los primeros meses... fue bien. Pero ahora... peor que antes - afirma Miqueas.

-El cubo del pozo por su propio peso desciende - sentencia el sacerdote Juan.

-Sí, y el lobo pronto se cansa de aparecer como cordero – añade Hermas.

Las mujeres hablan bajo entre sí, compasivas. Jesús, dilatados sus ojos por la compasión, mira a los pobres labriegos, afligido de verse impotente para quitarles este peso.

Lázaro dice:

-Había ofrecido sumas locas para conseguir esos campos y dar a éstos la paz. Pero no he logrado hacerme con ellos. Doras me odia. Es semejante en todo a su padre.

-Bueno... pues moriremos así. Este es nuestro destino. ¡Pero bienvenido será el descanso en el seno de Abraham! - exclama Saulo, otro campesino de Jocanán.

-¡En el seno de Dios, hijo! En el seno de Dios. La Redención se cumplirá, los Cielos se abrirán, y vosotros iréis al Cielo y...

Alguien golpea vigorosamente el portón. Los golpes retumban fuertes. Nace la alarma entre los presentes.

-¿Quién es?

-¿Quién está por la calle la noche de Pascua?

-¿Soldados?

-¿Fariseos?

-¿Soldados de Herodes?

Pero, mientras la agitación se extiende, aparece Leví, el guardián del palacio:

-Perdona, Rabí – dice - hay un hombre que pregunta por ti. Está en la entrada. Parece muy afligido. Es una persona anciana; del pueblo llano, me parece. Pregunta por ti. Y con urgencia.

-¡Hala! ¡No es ésta la noche más adecuada para milagros! Que vuelva mañana... - dice Pedro.

-No. Todas las noches son tiempo de milagros y de misericordia - dice Jesús poniéndose en pie; y desciende de su sitial para ir hacia el atrio.

-¿Vas solo? ¡Voy yo también! - dice Pedro.

-No. Quédate donde estás.

Sale al lado de Leví.

En el fondo, junto al pesado portón, en el atrio semioscuro - han sido apagadas las lámparas que antes lo iluminaban - hay un anciano. Está muy nervioso. Jesús se acerca a él.

-Detente, Maestro. Quizás he tocado un muerto y no quiero contaminarte. Soy el pariente de Samuel, el prometido de Analía. Estábamos consumiendo la cena, y Samuel bebía, bebía, bebía... contra lo que es lícito. Pero es que ese joven, desde hace un tiempo, me parece un desquiciado. ¡Es el remordimiento, Señor! Medio borracho y bebiendo más, decía: "Así no me acordaré de que le he dicho que lo odio. Porque yo, sabedlo, he maldecido al Rabí". Y me parecía Caín, porque repetía: "Mi iniquidad es demasiado grande. ¡No merezco perdón! ¡Tengo que beber! Beber para no recordar. Porque está escrito que quien maldice a su Dios llevará consigo su pecado y es reo de muerte". Deliraba ya así, cuando ha entrado en la casa un pariente de la madre de Analía para preguntar el porqué del repudio. Samuel, medio borracho, ha reaccionado con malas palabras. El hombre, por su parte, lo ha amenazado con llevarlo al magistrado por el perjuicio que causa al honor de la familia. Samuel ha sido el primero en darle una bofetada. Se han enzarzado... Yo soy viejo, como también es vieja mi hermana, y viejos son el criado y la criada. ¿Qué podíamos hacer nosotros cuatro, y qué podían hacer las dos niñas, hermanas de Samuel? ¡Podíamos gritar! ¡Podíamos tratar de separarlos! Nada más... Y Samuel ha cogido el hacha con que habíamos preparado la leña para el cordero y le ha dado con ella en la cabeza... No le ha abierto la cabeza porque ha golpeado con el reverso, no con al tajo. Pero el otro ha empezado a tambalearse, borbotando, y se ha caído... Hemos dejado de gritar... para... para que no viniera gente... Nos hemos atrincherado en casa... Aterrorizados... Esperábamos que el hombre volviera en sí echándole agua en la cabeza. Pero sigue borbotando, borbotando. Se va a morir, está claro. En algunos momentos parece ya muerto. Yo, en uno de estos momentos, me he marchado para venir a llamarte. Mañana... quizás antes, los parientes buscarán al hombre. En nuestra casa, porque sabían que había venido. Y lo encontrarán muerto... Y matarán a Samuel, según la Ley... ¡Señor! ¡Señor! La deshonra ya ha caído sobre nosotros... ¡Pero esto no! ¡Por mi hermana piedad, Señor! El te ha maldecido... pero su madre te ama... ¿Qué debemos hacer?

-Espérame aquí. Voy Yo - y Jesús vuelve a la sala y desde la puerta, dice:

-Judas de Keriot, ven conmigo.

-¿A dónde, Señor? - dice Judas obedeciendo inmediatamente.

-Lo sabrás. Vosotros todos seguid aquí con paz y amor. Volvemos pronto.

Salen de la sala, del vestíbulo, de la casa. Pronto recorren las calles, desiertas y oscuras. Llegan a la casa fatal.

-¿La casa de Samuel? ¿Por qué?...

-Silencio, Judas. Te he tomado conmigo porque tengo confianza en tu buen sentido.

El viejo se ha dado a reconocer. Entran. Suben al comedor, hasta donde han arrastrado al hombre agredido.

-¿Un muerto? ¡Pero Maestro! ¡Nos contaminamos!

-No está muerto. ¿No ves que respira?, ¿no oyes los estertores? Ahora lo voy a curar...

-¡Pero tiene un golpe en la cabeza! ¡Aquí ha habido un delito! ¿Quién ha sido?... ¡Y en el día del cordero!

Judas está horrorizado.

-Ha sido él - dice Jesús señalando a Samuel, que está en el suelo, en un rincón, hecho un ovillo, más moribundo que el propio moribundo, con estertores de terror como el otro de agonía, cubierta su cabeza con el extremo del manto, para no ver y no ser visto, mirado por todos con horror, por todos menos por la madre, que al horror por el homicida une la angustia por el hijo culpable y condenado ya de antemano por la férrea ley de Israel.

-¿Ves a dónde conduce un primer pecado? ¡A esto. Judas! Empezó siendo perjuro contra la mujer, luego contra Dios; luego se ha hecho calumniador, embustero, blasfemo, luego se ha dado al vino y ahora es un homicida. Así se cae en el poder de Satanás. Judas. Tenlo siempre presente...

Jesús se muestra terrible mientras señala a Samuel con su brazo extendido.

Pero luego mira a la madre, que, agarrada a una contraventana, apenas si se tiene en pie, temblorosa (parece ya cercana a la muerte), y con tristeza dice:

-¡Y así, Judas, se mata, sin más arma que la del delito del hijo, a las pobres madres!... De ella siento compasión. ¡Yo siento compasión por las madres! Yo, el Hijo que no verá compasión hacia su Madre...

Jesús llora... Judas lo mira estupefacto...

Jesús se inclina hacia el moribundo y le pone una mano en la cabeza. Ora. El hombre abre los ojos. Parece como un poco ebrio. Atónito... Pero pronto vuelve en sí.

Hincando los puños contra el suelo, se sienta. Mira a Jesús. Pregunta:

-¿Quién eres?

-Jesús de Nazaret.

-¡El Santo! ¿Por qué aquí junto a mí? ¿Dónde estoy? ¿Dónde está mi hermana y su hija? ¿Qué ha sucedido?

Trata de recordar.

-Hombre, tú me llamas santo. ¿Me crees santo entonces?

-Sí, Señor. Tú eres el Mesías del Señor.

-¿Entonces mi palabra es sagrada para ti?

-Sí, Señor.

-Entonces - Jesús se yergue, está majestuoso - ...entonces Yo, como Maestro y Mesías, te ordeno que perdones. Has venido aquí y has sido insultado...

-¡Ah! ¡Samuel! ¡Sí!... ¡El hacha! Lo denun...» dice mientras se levanta.

-No. Perdona en nombre de Dios. Te he curado para esto. Nutres afecto por la madre de Analía porque ha sufrido; pues esta de Samuel sufriría más todavía. Perdona.

El hombre se muestra muy elusivo. Mira con claro rencor al que lo ha herido. Mira a la madre angustiada. Mira a Jesús, que lo domina... No se sabe decidir.

Jesús le abre los brazos y lo arrima contra su pecho, diciendo:

-¡Por amor a mí!

El hombre rompe a llorar... ¡Estar entre los brazos del Mesías, sentir su aliento en los cabellos y un beso que desciende al lugar donde estaba el golpe!... Llora, llora...

Jesús dice:

-¿Sí, no es verdad? ¿Perdonas por amor a mí? ¡Dichosos los misericordiosos! Llora, llora en mi corazón. ¡Salga con el llanto todo rencor! ¡Completamente nuevo! ¡Completamente puro! ¡Así! ¡Manso, manso como debe ser un hijo de Dios!...

El hombre levanta la cara y dice entre lágrimas:

-Sí. Sí. ¡Tu amor es muy dulce! ¡Tiene razón Analía! Ahora la comprendo... ¡Mujer! ¡No llores más! El pasado es pasado. Nadie sabrá nada por boca mía. Goza de tu hijo, si es que puede darte alegría. Adiós, mujer. Regreso a mi casa - y hace ademán de salir.

Jesús le dice:

-Voy contigo, hombre. Adiós, madre. Adiós, Abraham. Adiós, niñas.

No dice una sola palabra a Samuel, el cual, a su vez, no encuentra ninguna palabra.

La madre le quita de la cabeza bruscamente el manto, y, como reacción al momento pasado, se abalanza hacia el hijo:

-¡Da gracias al Salvador, alma dura! ¡Dale gracias, hombre indigno, que no eres otra cosa!...

-Déjalo, déjalo, mujer. Su palabra no tendría valor. El vino lo tiene alelado y su alma está cerrada. Ora por él... Adiós.

Baja las escaleras, alcanza en la calle a Judas y al otro, se libera del anciano Abraham, que quiere besarle las manos, y se pone a andar raudo bajo los primeros rayos de la Luna.

-¿Estás lejos? - pregunta al hombre.

-A1 pie del Moria.

-Entonces tenemos que separarnos.

-Señor, me has conservado para los hijos, para mi mujer, para mi vida. ¿Qué debo hacer por ti?

-Ser bueno, perdonar y callar. Jamás, por ningún motivo, debes decir ni una palabra de cuanto ha sucedido. ¿Lo prometes?

-¡Lo juro por el sagrado Templo! A pesar de que me duela el no poder decir que me has salvado...

-Sé un hombre justo y Yo salvaré tu alma. Y esto sí que lo podrás decir. Adiós, hombre. La paz sea contigo.

El hombre se arrodilla, saluda, se separan.

-¡Qué cosas! ¡Qué cosas! - dice Judas, ahora que están solos.

-Sí. Horrendas. Judas, tú tampoco debes hablar.

-No, Señor. Pero, ¿por qué has querido que viniera yo contigo?

-¿No estás contento de mi confianza?
-¡Mucho! Pero...
-Pues porque quería que meditaras sobre esto: a dónde puede conducir la mentira, la avidez de dinero, la crápula y las prácticas inertes de una religión que ha dejado de sentirse, y de practicarse, espiritualmente. ¿Qué era el banquete simbólico para Samuel? ¡Nada! Crápula. Un sacrilegio. Y en él se ha hecho homicida. Muchos en el futuro serán como él, y con el sabor del Cordero en la lengua - y no del cordero nacido de oveja, sino del Cordero divino - irán al delito. ¿Y por qué sucede eso? ¿Cómo sucede? ¿No te lo preguntas? Pues te lo digo igualmente: porque habrán preparado esa hora con muchos hechos precedentes cometidos, primero por desatenciones, por obstinación después. Recuerda esto, Judas.
-Sí, Maestro. ¿Y qué vamos a decir a los demás?
-Que había uno muy grave. Es verdad.
Tuercen rápidamente por una calle y los pierdo de vista.

## 376

## Lección sobre la obra salvífica de los santos, y condena al Templo corrompido.

Muchos discípulos y discípulas ya se han despedido, y han regresado a las casas que los hospedan, o han tomado de nuevo el camino por el que habían venido.

En la espléndida tarde de este Abril ya avanzado, quedan en la casa de Lázaro los discípulos en el verdadero sentido de la palabra, y especialmente los más consagrados a la predicación, o sea, los pastores, Hermas y Esteban, el sacerdote Juan, Timoneo, Hermasteo, José de Emaús, Salomón, Abel de Belén de Galilea, Samuel y Abel de Corazín, Agapo, Aser e Ismael de Nazaret, Elías de Corazín, Felipe de Arbela, José (el barquero de Tiberíades), Juan de Éfeso, Nicolái de Antioquía. De las mujeres, quedan, además de las discípulas más conocidas, Analía, Dorca, la madre de Judas, Mirta, Anastática, las hijas de Felipe. Ya no veo a Miriam de Jairo, ni al propio Jairo (quizás ha regresado a donde estaba hospedado).

Pasean lentamente por los patios, o también por la terraza de la casa. Alrededor de Jesús, que está sentado junto al triclinio de Lázaro, están casi todas las mujeres y todas las antiguas discípulas. Lo escuchan mientras habla con Lázaro describiendo los pueblos que han atravesado en las últimas semanas que han precedido al viaje pascual.

-Has llegado justo a tiempo de salvar al pequeño - comenta Lázaro después de la narración de lo del castillo de Cesárea de Filipo, señalando al lactante que duerme feliz en los brazos maternos. Y Lázaro añade: « ¡Es un niño muy bonito! Mujer, ¿me lo dejas ver de cerca?

Dorca se levanta y, silenciosamente, pero triunfalmente, ofrece a su hijo a la admiración del enfermo.

-¡Un niño muy bonito! ¡Precioso! Que el Señor te lo proteja y lo haga crecer sano y santo.

-Y fiel a su Salvador. Si no fuera fiel en el futuro, lo querría muerto, ya ahora. ¡Todo menos que, después de haber sido salvado, sea ingrato con el Señor! - dice Dorca firmemente, y vuelve a su sitio.

- Señor llega siempre a tiempo de salvar - dice Mirta, madre de Abel de Belén - El mío no estaba menos cerca de la muerte que el pequeñuelo de Dorca. ¡Y qué muerte! Pero llegó Él... y salvó. ¡Qué hora tan tremenda!...

Mirta palidece todavía al recordarlo...

-Entonces vendrás a tiempo también para mí, ¿no es verdad? Para darme paz... - dice Lázaro acariciando la mano de Jesús.

-¿Pero no estás un poco mejor, hermano mío? - pregunta Marta. Ya desde ayer te veo mejorado...

-Sí. Estoy asombrado yo mismo. Quizás Jesús...

-No, amigo. Es que vierto en ti mi paz. Tu alma está saturada de esta paz, y ello atenúa el sufrimiento de los miembros. Es decreto de Dios que sufras.

-Y que muera. Dilo, dilo. Bien, pues... hágase su voluntad, como Tú enseñas. Desde este momento no volveré a pedir ni curación ni alivio. He recibido tanto de Dios (y mira involuntariamente a María, su hermana), que es justo que con mi docilidad corresponda a lo mucho que he recibido...

-Haz más, amigo mío. Ya es mucho el que uno se resigne y sufra el dolor. Tú, no obstante, da al dolor un valor mayor.

-¿Cuál, mi Señor?

-Ofrecerlo por la redención de los hombres.

-Yo soy también un pobre hombre, Maestro. No puedo aspirar a ser un redentor.

-Lo dices tú. Pero estás equivocado. Dios se ha hecho Hombre para ayudar a los hombres. Pero los hombres pueden ayudar a Dios. Las obras de los justos serán unidas a las mías en la hora de la Redención; de los justos muertos ya hace siglos, de los que viven y de los futuros. Tú, ya desde ahora, agrega las tuyas. ¡Es tan hermoso unirse a la Bondad infinita, agregar a ella aquello que podamos ofrecer de *nuestra* bondad limitada, y decir: "Yo también contribuyo, Padre, al bien de los hermanos"! No puede haber amor más grande, hacia el Señor y hacia el prójimo, que este de saber padecer y morir por dar gloria al Señor y salvación eterna a nuestros hermanos. ¿Salvarse uno para sí mismo? Es poco. Es un "mínimo" de santidad. Hermoso es salvar. Darse para salvar. Impulsar el amor hasta convertirnos en hoguera inmoladora para salvar. Entonces el amor es perfecto. Y grandísima será la santidad del generoso.

-Qué bonito es todo esto, ¿no es verdad, hermanas mías? - dice Lázaro con embelesada sonrisa en su rostro afilado.

Marta asiente, emocionada, con la cabeza.

María, que está sentada en un almohadón a los pies de Jesús, en su postura habitual de humilde y ardiente adoradora, dice:

-¿Cuesto yo estos sufrimientos a mi hermano? ¡Dímelo, Señor, para que mi congoja sea completa!...

Lázaro exclama:

-¡No, María, no! Yo... debía morir a causa de ello. No te claves flechas en el corazón.

Pero Jesús, sincero hasta el extremo, dice:

-¡Sí, ciertamente! Yo he oído las oraciones de tu buen hermano, y los latidos de su corazón. Pero esto no debe producirte una angustia gravosa; antes bien, debe darte la voluntad de ser perfecta, por lo que cuestas. ¡Y exulta! Exulta porque Lázaro, por haberte arrebatado al demonio…

-¡No yo! Tú, Maestro.

...Por haberte arrebatado al demonio, ha merecido de Dios un premio futuro, por el que hablarán de él las gentes y los ángeles. Y, lo mismo que para el caso de Lázaro, también de otros, y especialmente de otras, que han arrancado con su heroísmo la presa de las manos de Satanás.

-¿Quiénes son? ¿Quiénes son? - preguntan curiosas las mujeres, y quizás todas esperan ser ellas, una por una.

María de Judas no habla. Pero mira, mira al Maestro... Jesús también la mira. Podría darle falsas esperanzas. No lo hace. No la mortifica, pero tampoco le infunde falsas esperanzas. Responde a todas:

-Lo sabréis en el Cielo.

La siempre angustiada madre de Judas pregunta:

-¿Y sí una, a pesar de quererlo, no logra el objetivo? ¿Cuál será su destino?

-El que merece su alma buena.

-¿El Cielo? Pero, Señor, una esposa, una hermana, una madre que... que no lograra salvar a aquellos a quienes ama y los viera condenados, ¿podría tener el Paraíso aun estando en el Paraíso? ¿No crees que esa mujer no tendrá jamás alegría, porque... la carne de su carne y la sangre de su sangre habrán merecido condena eterna? Yo creo que no podrá gozar mientras ve a su amado en atroz pena...

-Estás en un error, María. La visión de Dios, la posesión de Dios, son fuentes de una dicha tan infinita, que para los bienaventurados no subsiste ninguna pena. Diligentes y atentos para ayudar todavía a los que pueden ser salvados, no sufren por los que están separados de Dios y, por tanto, de ellos mismos que están en Dios. La comunión de los santos es para los santos.

-Pero si siguen ayudando a los que pueden ser salvados, es señal de que estos que reciben la ayuda no son todavía santos - objeta Pedro.

-Pero tienen voluntad, al menos pasiva, de serlo. Los santos en Dios ayudan incluso en las necesidades materiales para hacer pasar a aquéllos de una voluntad pasiva a una activa. ¿Me comprendes?

-Sí y no. Te pongo un ejemplo. Si yo estuviera en el Cielo y viera, vamos a suponerlo, un movimiento apenas perceptible de bondad en... digamos Elí el fariseo, ¿qué haría?

-Echarías mano de todos los medios para aumentar sus movimientos buenos.

-¿Y si no sirviera para nada? ¿Después?

-Después, una vez condenado, te desinteresarías de él.

-Y si, como sucede ahora, mereciera completamente la condenación, pero lo estimase - cosa que no sucederá jamás - ¿qué debería hacer?

-En primer lugar has de saber que corres peligro de condenarte si dices que jamás lo estimarás; en segundo lugar, has de saber que si estuvieras en el Cielo, formando unidad con la Caridad, pedirías por él, por su salvación, hasta el momento de su juicio. Habrá espíritus que serán salvados en el último momento, después de toda una vida de oración por ellos.

Entra un criado diciendo:

-Ha venido Manahén. Quiere ver al Maestro.

-Que venga. Sin duda querrá hablar de cosas serias.

Las mujeres, discretas, se retiran; los discípulos las siguen. Pero Jesús llama a Isaac, al sacerdote Juan, a Esteban y a Hermas, y de los pastores discípulos, a Matías y a José.

-Conviene que lo oigáis también vosotros que sois discípulos - explica.

Entra Manahén y se inclina.

-La paz a ti - saluda Jesús.

-La paz a ti, Maestro. El sol se está poniendo. Para ti el primer paso después del sábado, mi Señor.

-¿Has tenido una buena Pascua?

-¿Buena? ¡Nada bueno puede suceder donde están Herodes y Herodías! Espero haber comido por última vez el cordero con ellos. ¡A costa de la vida, no prolongo mi permanencia con ellos!

-Creo que cometes un error. Puedes servir al Maestro quedándote -objeta Judas Iscariote.

-Eso es verdad. Y es lo que hasta ahora me ha retenido. Pero, ¡qué náusea! Podría substituirme Cusa...

Bartolomé le hace una observación:

-Cusa no es Manahén. Cusa es... Sí. Se mueve entre dos aguas. No denunciaría jamás a su señor. Tú eres más franco.

-Eso es verdad. Y es verdad lo que dices. Cusa es el cortesano. Es sensible al hechizo de la realeza... ¿Realeza? ¿Qué estoy diciendo? ¡Del fango regio! Pero se ve rey estando con el rey... Le acongoja la pérdida de la privanza del rey. La otra noche parecía un lebrel apaleado cuando, casi arrastrándose, se presentó ante Herodes, que lo había llamado tras haber escuchado las quejas de Salomé, a la que Tú habías arrojado de tu presencia. Cusa estaba en un momento muy escabroso. El deseo de salvarse, a toda costa, incluso quizás acusándote a ti, criticándote, estaba escrito en su cara. Pero Herodes... Quería sólo reírse a espaldas de la muchacha, de la cual ya ha llegado un momento que siente náuseas, como también de la madre de ella. Y se reía como un desquiciado oyendo tus palabras dichas por Cusa. Repetía: "Demasiado, demasiado dulces todavía, para esa joven... (y

dijo una palabra tan indecente que no te la digo). Habría debido pisotear sus entrañas insaciables... ¡Pero se habría contaminado!" y reía. Luego, poniéndose serio, dijo: "Pero... la afrenta, merecida por esa hembra, no se puede permitir para la corona. Yo soy magnánimo (está obsesionado con que lo es, y, dado que nadie se lo dice, pues se lo dice él a sí mismo) y perdono al Rabí, incluso considerando que ha dicho a Salomé la verdad. Pero quiero que venga a la Corte para perdonarlo del todo. Quiero verlo, oírlo y hacerle obrar milagros. Que venga y yo me haré protector suyo". Esto decía la otra noche. Y Cusa no sabía qué responder. No quería decirle que no al monarca. Por otra parte, no podía decirle que sí. Porque Tú, ciertamente, no puedes condescender con los caprichos de Herodes. Hoy me ha dicho a mí: "Tú que vas donde Él... Hazle saber mi voluntad". La hago saber. Pero... ya sé la respuesta. De todas formas dímela, para poder transmitirla.

-¡No!

Un "no" que parece un rayo.

-¿No te crearás un enemigo demasiado fuerte? - pregunta Tomás.

-Y un verdugo también. Pero no puedo responder sino: "no".

-Nos perseguirá...

-Dentro de tres días ya no se acordará - dice Manahén encogiéndose de hombros. Y añade: «Le han prometido unas mimas... Llegan mañana... ¡Se olvidará de todo!...

Vuelve el doméstico:

-Señor - dice a Lázaro -, han venido Nicodemo, José, Eleazar y otros fariseos y jefes del Sanedrín. Quieren saludarte.

Lázaro mira a Jesús interrogativamente. Jesús comprende:

-Que vengan. Los saludaré de buena gana.

Poco después entran: José; Nicodemo; Eleazar, aquel justo del banquete de Ismael; Juan, aquel del banquete, ya lejano en el tiempo, del de Arimatea; otro, que oigo que le llaman Josué; otro, Felipe; otro, Judas; el último, Joaquín. Saludos sin fin. Menos mal que la sala es grande... si no, ¿cómo habrían podido meter en ella tantas reverencias y tanto abrir de brazos y tantas ampulosidades? Pero, a pesar de ser grande, se llena tanto, que los discípulos deciden desaparecer. ¡Quizás no dan crédito al hecho de no estar bajo el fuego de tantas pupilas de miembros del Sanedrín! Se quedan solamente Lázaro y Jesús.

-Lázaro, sabemos que estás en Jerusalén. ¡Así que hemos venido! - dice el que tiene por nombre Joaquín.

-Me asombra y me alegra. Ya casi que no recordaba tu cara - dice, un poco irónico Lázaro.

-¡Hombre!... ya sabes... Queríamos venir. Pero... habías desaparecido...

-¡Lo cual hubiera sido maravilloso! ¡Efectivamente, es muy difícil visitar a un desdichado!

-¡No! ¡No digas eso! Nosotros... respetábamos tu deseo. Pero ahora que... ahora que... ¿verdad Nicodemo?

-Sí, Lázaro. Los viejos amigos vuelven. Incluso por el deseo de saber noticias tuyas y de venerar al Rabí.

-¿Qué noticias me traéis?

-¡Mmm!... Las cosas de siempre... E1 mundo... Ya... - miran de reojo a Jesús, que está rígido en su asiento, un poco absorto.

-¿Y cómo es que estáis todos juntos hoy nada más terminar el sábado?

-Ha habido una reunión extraordinaria.

-¿Hoy? ¿Pues qué motivo había tan urgente?...

Los recién llegados miran furtiva y significativamente a Jesús. Pero Él está absorto...

Muchos motivos... - responden luego.

-¿No tienen que ver con el Rabí?

-Sí, Lázaro. También con Él. Pero también se ha juzgado un hecho grave, acaecido mientras estábamos todos reunidos en la ciudad por las fiestas... - explica José de Arimatea.

-¿Un hecho grave? ¿Cuál?

-Un... un error de... juventud... ¡Mmm! ¡En fin! Una grave controversia... porque... Rabí, escúchanos. Estás entre personas honestas. No somos discípulos tuyos, pero tampoco somos enemigos. En casa de Ismael me dijiste que no estaba lejos de la justicia - dice Eleazar.

-Es verdad. Y lo confirmo.

-Y yo te defendí contra Félix en el banquete de José - dice Juan.

-Eso también es verdad.

-Y éstos piensan como nosotros. Hoy hemos sido llamados a decidir... y no estamos contentos de lo que se ha decidido. Porque se han salido con la suya la mayoría, que estaban contra nosotros. Escucha y juzga Tú, que eres más sabio que Salomón.

Jesús los perfora con su profunda mirada. Luego dice:

-Hablad.

-¿Estamos seguros de que nadie nos oye? Porque es... una cosa horrenda... - dice el que se llama Judas.

-Cierra la puerta y corre la cortina, y estaremos en una tumba - le responde Lázaro.

-Maestro, ayer por la mañana dijiste a Eleazar de Anás que no se contaminara por ninguna razón. ¿Por qué se lo dijiste? - pregunta Felipe.

-Porque había que decirlo. Él se contamina, Yo no; los libros sagrados lo dicen.

-Es verdad. Pero ¿cómo sabes que se contamina? ¿Te habló quizás la joven antes de la muerte? - pregunta Eleazar.

-¿Qué joven?

-La que ha muerto después de la violencia, y con ella su madre. Y no se sabe si las ha matado el dolor o si se han matado, o si las han matado con veneno para que no hablaran.

-Yo no sé nada de esto. Veía el alma depravada del hijo de Anás. Sentía su mal olor. Hablé. Ni sabía ni veía más cosas.

-¿Pero qué ha pasado? - pregunta Lázaro con interés.

-Ha pasado que Eleazar de Anás vio a una joven, hija única de una viuda, y... la atrajo a sí con el pretexto de encargarle un trabajo, porque para vivir hacían labores de costura, y... abusó de ella. La joven murió... tres días después, y con ella la madre. Pero, antes de morir, a pesar de las amenazas recibidas, dijeron todo a su único pariente... Y éste fue donde Anás con la acusación. Pero, no contento todavía, se lo dijo a José, a mí y a otros... Anás ha mandado que lo arresten y lo metan en la cárcel. De ahí pasará a la muerte, o no volverá a ser libre. Hoy Anás ha querido saber nuestra opinión - dice Nicodemo.

-No lo habría hecho, si no hubiera sabido que nosotros ya estábamos al corriente - masculla entre dientes José.

-Sí... Vamos que con una apariencia de votación, con una simulación de juicio, se ha decidido sobre el honor y la vida de tres desdichados y sobre la pena para el culpable - termina Nicodemo.

-¿Y entonces?

-¡Pues entonces! ¡Es natural! Nosotros, que hemos votado por la libertad del hombre y el castigo de Eleazar, hemos sido amenazados y expulsados como personas injustas. ¿Tú qué opinas?

-Que Jerusalén me produce náuseas, y que en Jerusalén el bubón más fétido es el Templo - dice pausada y terriblemente Jesús. Y termina: «Se lo podéis decir a los del Templo».

-¿Y Gamaliel qué ha hecho? - pregunta Lázaro.

-En cuanto oyó el hecho, se tapó la cara y salió diciendo: "¡Venga pronto el nuevo Sansón para acabar con los filisteos depravados!".

-¡Bien ha dicho! Pronto vendrá.

Un momento de silencio.

-¿Y de El no se ha hablado? - pregunta Lázaro señalando a Jesús.

-¡Sí, claro! Antes que de ninguna otra cosa. Ha habido quien ha referido que calificaste de mezquino al reino de Israel. Por eso te han tachado de blasfemo; es más, de sacrílego. Porque el reino de Israel viene de Dios.

-¿Ah, sí? ¿Y cómo ha llamado el Pontífice al violador de una virgen, al profanador de su ministerio? ¡Responded! - pregunta Jesús.

-Es el hijo del Sumo Sacerdote. Porque el verdadero rey allí dentro es Anás - dice, atemorizado por la majestuosidad de Jesús, Joaquín, que está frente a Él, alto, de pie, con el brazo extendido...

-Sí. El rey de la depravación. ¿Y queréis que no llame mezquino a un País en que tenemos un Tetrarca que es un sucio y un homicida un Sumo Sacerdote cómplice de un violador y asesino?...

-Quizás la joven se ha matado o ha muerto de dolor - susurra Eleazar.

-Asesinada, en cualquier caso, por su violador... ¿Y ahora no se hace una tercera víctima con el pariente, encarcelado para que no hable? ¿Y no se profana el altar acercándose a él con tantos delitos? ¿Y no se ahoga la justicia imponiendo silencio a los justos, demasiado escasos, del Sanedrín? ¡Sí, venga pronto el nuevo Sansón, y abata este lugar profanado; extermine para dar nueva salud!... Yo, a punto de vomitar, por la náusea que siento, no sólo llamo mezquino a este País desdichado, sino que me alejo de su corazón lleno de podredumbre, lleno de delitos sin nombre, cueva de Satanás... Me marcho. No por miedo a la muerte. Os demostraré que no tengo miedo. Me marcho porque no ha llegado mi hora y no doy perlas a los puercos de Israel, sino que se las llevo a los humildes, diseminados por las cabañas, por los montes, por los valles de los pueblos pobres. Lugares donde todavía se sabe creer y amar, si alguien lo enseña; lugares donde, bajo las toscas vestiduras hay espíritus. Aquí, por el contrario, las túnicas y mantos sagrados, y más todavía el efod y el racional, sirven para cubrir inmundas carroñas y para contener armas homicidas. Decid a éstos que en nombre del Dios verdadero los consagro a su condena, y, como nuevo Miguel, los arrojo del Paraíso. Y para siempre. Ellos que quisieron ser dioses y son demonios. No necesitan estar muertos para ser juzgados. Ya están juzgados. Y sin remisión.

Los miembros del Sanedrín y los fariseos, antes solemnes, se arrinconan de tal forma, ante la tremenda ira de Cristo, que parecen hacerse pequeños. Jesús, por el contrario, parece hacerse un gigante, de tanto fulgor como hay en sus miradas y de tanta impetuosidad como hay en sus gestos.

Lázaro gime:

-¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

Jesús lo oye, y, cambiando de tono y aspecto, dice:

-¿Qué te sucede, amigo mío?

-¡No! ¡No con ese aspecto terrible! ¡No eres ya el mismo! ¿Cómo se podrá tener esperanza en la misericordia, si te muestras tan terrible?

-Y, no obstante, así estaré, y más todavía, cuando juzgue a las doce tribus de Israel. Pero, ten valor, Lázaro. Quien cree en Cristo ya ha sido juzgado…

Se sienta de nuevo.

Un momento de silencio.

A1 final, Juan pregunta:

-¿Y nosotros, por haber preferido los improperios a mentir en el ejercicio de la justicia, cómo seremos juzgados?

-Con justicia. Perseverad y llegaréis a donde Lázaro ya ha llegado: a la amistad con Dios.

Se levantan.

-Maestro, nos marchamos. La paz a ti. Y a ti, Lázaro.

-La paz a vosotros.

Varios suplican:

-Que lo que se ha dicho quede aquí.

-No temáis. Marchaos. Que Dios os guíe en todos los nuevos actos.

Salen.

Se quedan solos Jesús y Lázaro. Después de un poco, éste dice

-¡Qué horror!

-Sí. ¡Qué horror!... Lázaro, voy a preparar la partida de Jerusalén. Seré huésped tuyo en Betania hasta el final de los Ázimos.

Y sale...

## 377

## Parábola del agua y del junco para María de Magdala, que ha elegido la mejor parte.

Comprendo inmediatamente que la figura de la Magdalena ocupa todavía el lugar central, porque lo primero que veo es a ella, vestida con una sencilla túnica de un rosa lila semejante a la flor de la malva. Ningún adorno precioso, los cabellos simplemente recogidos en trenzas sobre la nuca. Parece más joven que cuando era una obra maestra de tocador. No tiene ya los ojos altaneros de cuando era la "pecadora", ni la mirada humillada de cuando escuchaba la parábola de la oveja, avergonzada y brillante de llanto de cuando estaba en la sala del fariseo... Ahora tiene una mirada serena, límpida otra vez como la de un niño, y una sonrisa pacífica resplandece en sus ojos.

Está apoyada en un árbol, cerca del linde de la propiedad de Betania, y mira hacia la calle. Espera. Luego lanza un grito de alegría. Se vuelve hacia la casa y grita fuerte, para ser oída, grita con su espléndida voz pastosa y pasional, inconfundible:

-¡Está llegando!... ¡Marta, era como nos habían dicho! ¡E1 Rabí está aquí! - y corre a abrir la pesada cancilla. No les da a los domésticos el tiempo de hacerlo y sale a la calle con los brazos abiertos, como hace un niño hacia su mamá, y con un grito de amorosa alegría: -¡Rabbuní mío! - (yo escribo "Rabbuní" porque veo que el Evangelio dice eso. Pero todas las veces que he oído a la Magdalena llamarlo me ha parecido como si dijera "Rabbumí", con la *eme* y no con la *ene),* y se postra a los pies e Jesús y se los besa entre el polvo de la calle.

-Paz a ti. María. Vengo a descansar bajo tu techo.

-¡Maestro mío! - repite María levantando la cara con una expresión de reverencia, y de amor que dice muchas cosas... Es gratitud, bendición, alegría, invitación a entrar, y júbilo por el hecho de que entre...

Jesús le ha puesto la mano sobre la cabeza y parece como si la absolviera una vez más.

María se levanta y, al lado de Jesús, vuelve a entrar en el recinto de la propiedad. Entretanto han acudido ya los domésticos y Marta: éstos, con ánforas y copas; Marta sólo con su amor, pero es mucho.

Los apóstoles, sudorosos, beben las frescas bebidas que los criados vierten. Hubieran querido ofrecérselo primero a Jesús, pero Marta se les ha adelantado: ha tomado una copa llena de leche y se la ha ofrecido a Jesús; debe saber que le gusta mucho.

Una vez que los discípulos han apagado su sed, Jesús les dice:

-Id a advertir a los fieles. Por la noche hablaré para ellos.

Los apóstoles, dejado apenas el jardín, se diseminan en distintas direcciones.

Jesús se adentra en él entre Marta y María.

-Ven, Maestro - dice Marta - Mientras llega Lázaro, descansa y repón fuerzas.

Están poniendo pie en una fresca habitación que da al pórtico umbroso, cuando regresa María, que se había alejado a paso rápido. Vuelve con un ánfora de agua, seguida por uno de los domésticos, que trae una jofaina. Pero es María la que quiere lavar los pies a Jesús. Desata sus sandalias polvorientas y se las da al criado para que las traiga limpias, junto con el manto (también se lo ha dado para que le sacuda el abundante polvo). Luego sumerge los pies en el agua, que está un poco rosada por algún aroma que contiene, los seca, los besa. Luego cambia el agua y ofrece agua limpia a Jesús para las manos. Y, mientras espera a que el criado vuelva con las sandalias, acoclada a los pies de Jesús, se los acaricia, y, antes de meterle las sandalias, se los besa una vez más diciendo:

-¡Santos pies que tanto habéis andado para buscarme!

Marta, con un amor más práctico, va a lo humanamente positivo: pregunta:

-Maestro, ¿además de tus discípulos, quién va a venir?

Y Jesús:

-No lo sé con exactitud todavía. Pero puedes preparar para otros cinco además de los apóstoles.

Marta se marcha.

Jesús sale al fresco del jardín umbroso. Lleva simplemente su túnica azul marina. El manto, cuidadosamente plegado por María, queda encima de un arquibanco de la habitación. María sale al lado de Jesús.

Caminan por paseos bien cuidados, entre parterres floridos, hasta el estanque de los peces, que parece un espejo caído entre el verde. Sólo el zigzagueo argénteo de algún pez y la menudísima lluvia del finísimo surtidor alto y central rompe apenas, acá o allá, el agua límpida. Junto al amplio estanque, que parece un pequeño lago, hay unos lugares para sentarse; de él salen pequeños canales de riego Más exactamente: creo que uno es el que alimenta el estanque y los otros, más pequeños, son los de desagüe y se utilizan para el riego.

Jesús se sienta en un asiento que está colocado justo contra el borde del estanque. María se sienta a los pies de Jesús, en la hierba verde y bien cuidada. En un primer momento no hablan. Jesús, visiblemente, goza del silencio y del descanso en el fresco del jardín. María se deleita en mirarlo.

Jesús juega con el agua cristalina del estanque. Sumerge en ella sus dedos, la peina separándola en pequeñas estelas, y luego deja que toda la mano se sumerja en ese frescor puro.

-¡Qué bonita es esta agua límpida! - dice.

Y María:

-¿Tanto te gusta, Maestro?

-Sí, María. Porque es cristalina. Mira, no tiene ni un vestigio de barro. Hay agua, pero es tan pura que parece que no hay nada, casi como si no fuera un elemento, sino espíritu. Podemos leer en el fondo las palabras que se dicen los pececillos...

-Como se lee en el fondo de las almas puras. ¿No es verdad, Maestro? - y María suspira con una celada nostalgia.

Jesús oye el suspiro cortado, lee la nostalgia celada con una sonrisa, y medica inmediatamente la pena de María.

-¿Dónde tenemos las almas puras, María? Es más fácil que un monte ande que no que una criatura sepa mantenerse pura con las tres purezas. Demasiadas cosas se mueven y fermentan en torno a un adulto. Y no siempre se puede impedir que entren dentro. Sólo los niños tienen el alma angélica, preservada por su inocencia de las cogniciones que pueden transformarse en fango. Por esto los amo tanto. Veo en ellos un reflejo de la Pureza infinita. Son los únicos que llevan consigo este recuerdo de los Cielos.

Mi Madre es la Mujer de alma de niño. Más aún, es la Mujer de alma de ángel. Cual era Eva cuando salió de las manos del Padre. ¿Te imaginas, María, qué sería la primera azucena florecida en el jardín terrenal? También son muy bonitas estas que hacen de guía a esta agua. ¡Pero la primera que salió de las manos del Creador!... ¡Ah!, ¿era flor o diamante?, ¿eran pétalos o láminas de plata purísima? Pues bien, mi Madre es más pura que esa primera azucena que perfumó el viento. Y su perfume de Virgen intacta llena Cielo y Tierra, y tras él irán los buenos por los siglos de los siglos. El Paraíso es luz, perfume y armonía. Pero si en él no se deleitara el Padre en contemplar a la Toda Hermosa que hace de la Tierra un paraíso, y si el Paraíso no tuviere en el futuro a la Azucena viva en cuyo seno están los tres pistilos de fuego de la Divina Trinidad, quedarían disminuidos en la mitad la luz, el perfume y la armonía, la alegría del Paraíso. La pureza de la Madre será la gema del Paraíso.

*(El Paraíso es luz... Todos los elementos del discurso, considerados en su contexto, no pueden llevar sino a la siguiente interpretación: El Paraíso sin la Virgen estaría disminuido a su mitad, no en la bienaventuranza (que consiste en la posesión y contemplación de Dios, y, en cuanto tal, es inalterable), sino en la preciosidad del pueblo de los bienaventurados, que son como gemas que, todas juntas, valen lo que la gema por excelencia: a Virgen Stma.)*

¡Pero el Paraíso es inconmensurable! ¿Qué diríais de un rey que tuviera sólo una gema en su tesoro?, ¿aunque fuera la Gema por excelencia? Cuando Yo abra las puertas del Reino de los Cielos... – no suspires, María: para esto he venido - muchas almas de justos y de niños entrarán, estela de candor, detrás de la púrpura del Redentor. Pero serán todavía pocas gemas para poblar los Cielos, pocos para formar los ciudadanos de la Jerusalén eterna. Y después... cuando los hombres conozcan la Doctrina de verdad y santificación, cuando mi Muerte haya dado de nuevo la Gracia a los hombres, ¿cómo podrían los adultos conquistar los Cielos, si la pobre vida humana es continuo lodo que contamina? ¿Será entonces sólo de los niños el Paraíso? ¡No!, ¡no! Es necesario saber hacerse niños, pero el Reino se abre también para los adultos. Como niños... Esta es la pureza.

¿Ves esta agua? Parece muy limpia. Pero, observa: basta con que Yo, con un junco, remueva el fondo, para que se vuelva turbia. Afloran detritos, y lodo. Su cristal se pone amarillento y ninguno bebería de ella. Pero si quito el, junco, vuelve la paz, y el agua, poco a poco, vuelve a ser cristalina y bonita. El junco: el pecado. Así sucede con las almas. El arrepentimiento, créeme, es lo que depura...

Llega improvisamente Marta, apurada:

-¿Estás todavía aquí, María? ¡Y yo agobiada!... Pasa el tiempo. Los invitados vendrán pronto y hay muchas cosas que hacer. Las criadas están con el pan, los domésticos desollando y cociendo las carnes, yo estoy con la vajilla, las mesas y las bebidas. Pero todavía hay que coger la fruta y preparar el agua de menta y miel...

María medio escucha las quejas de su hermana. Con una sonrisa dichosa sigue mirando a Jesús, sin cambiar de posición.

Marta invoca la ayuda de Jesús:

-Maestro, mira cómo sudo. ¿Te parece justo que trajine yo sola? Dile que me ayude. Marta está verdaderamente inquieta.

Jesús la mira con una sonrisa mitad dulce mitad un poco irónica, mejor: un poco de broma.

Marta se inquieta un poco más:

-Lo digo de verdad, Maestro. Mira cómo está ociosa mientras yo trabajo. Y está aquí y ve...

Jesús se pone más serio:

-No es ocio, Marta. Es amor. El ocio era *antes.* Y tú lloraste mucho por aquel ocio indigno. Tu llanto puso más alas a mi marcha para salvarla para mí y devolverla a tu honesto afecto. ¿Vas a querer impedirle amar a su Salvador? ¿Preferirías, entonces, verla lejos de aquí para no verte trabajar, pero lejos también de mí? ¡Marta, Marta! ¿Tendré que decirte, entonces, que ésta (Jesús le pone una mano en la cabeza), venida de tan lejos, te ha superado en el amor? ¿Debo decirte, entonces, que ésta, que no conocía ni una palabra de bien, es ahora docta en la ciencia del amor? ¡Déjala en su paz! ¡Ha estado muy enferma! Ahora es una convaleciente que se cura bebiendo las bebidas que la fortalecen. Ha vivido muy atormentada... Ahora que se ha liberado de la pesadilla, mira alrededor de sí y hacia dentro de sí, y se descubre *nueva* y descubre un mundo nuevo. Déjala que se refuerce con ello. Con esta "novedad" suya debe olvidar el pasado, y conquistarse la eternidad... que no será conquistada únicamente con el trabajo, sino también con la adoración. El que dé un pan a un apóstol o a un profeta recibirá recompensa. Sí. Pero doble recompensa recibirá el que, por amarme, se olvide incluso de comer, porque más grande que la carne habrá tenido el espíritu, que habrá oído voces más fuertes que las de las necesidades -incluso lícitas - humanas. Tú te preocupas de demasiadas cosas, Marta; ella, de una sola. Pero es la que es suficiente para su espíritu y sobre todo, para su Señor y el tuyo. Deja pasar las cosas inútiles. Imita a tu hermana. María ha escogido la parte mejor, la que no le será arrebatada jamás. Cuando todas las virtudes queden atrás, al no serles ya necesarias a los ciudadanos del Reino, quedará sólo la caridad, La caridad permanecerá siempre. Ella sola. Soberana. Ella, María, ha escogido la caridad, la ha tomado por escudo y bordón, y con ella, como impulsada por alas de ángel, vendrá a mi Cielo.

Marta agacha su cara avergonzada y se marcha.

-Mi hermana te quiere mucho y se preocupa por darte honor... - dice María para disculparla.

-Lo sé. Y será recompensada por ello. Pero necesita ser depurada de su modo de pensar humano, como se ha limpiado esta agua. ¡Mira cómo se ha aclarado otra vez mientras hablábamos! Marta se depurará por las palabras que le he dicho. Tú... tú por la sinceridad de tu arrepentimiento...

-No. Por tu perdón, Maestro. No bastaba mi arrepentimiento para lavar mi gran pecado...

-Bastaba y bastará a las hermanas tuyas que te imiten; a todos los pobres enfermos del espíritu. E1 arrepentimiento sincero es filtro que depura; y el amor es sustancia que preserva de todo nuevo emponzoñamiento. Por eso aquellos a quienes la vida hace adultos y pecadores podrán volver a ser inocentes como niños, y entrar como ellos en mi Reino. Vamos ahora a la casa. Que Marta no esté demasiado en su dolor. Vamos a llevarle nuestra sonrisa de Amigo y hermana.

Dice Jesús:

-No hace falta hacer un comentario. La parábola del agua es comentario de la operación del arrepentimiento en los corazones.

Así tienes completo el ciclo de la Magdalena. De la muerte a la Vida. Es la más grande de las resucitadas de mi Evangelio. Resucitó de siete muertes. Nació de nuevo. Ya has visto cómo, cual planta que da flores, ha alzado del lodo el tallo de su nueva flor, cada vez más alto; y luego la has visto florecer para mí, esparcir fragancia para mí, morir para mí. La has visto pecadora, luego mujer sedienta que se acercaba a la Fuente, luego arrepentida, luego perdonada, luego amante, luego piadosa ante el Cuerpo despojado de vida de su Señor, luego sirviendo a mi Madre, amada por ser Madre mía; en fin, penitente ante el umbral de su Paraíso.

Almas que teméis, aprended a no tener miedo de mí leyendo la vida de María de Magdala. Almas que amáis, aprended de ella a amar con seráfico ardor. Almas que habéis cometido errores, aprended de ella la ciencia que prepara para el Cielo.

Os bendigo a todos para ayudaros a subir. Ve en paz.

## 378

## La parábola de los pájaros, criticada por unos judíos enemigos que tienden una trampa.

Jesús está en Betania (toda fértil y florida en este hermoso mes de Nisán, sereno, puro, como si la creación hubiera sido lavada de toda suciedad). Pero las turbas, que sin duda lo han buscado en Jerusalén y que no quieren marcharse sin antes escucharlo, para poderse llevar en su corazón su palabra, le dan alcance. Es tanta gente, que Jesús ordena reunirla para poder adoctrinarla. Y los doce con los setenta y dos - que han vuelto a formar ese número, más o menos con los nuevos discípulos que se han agregado a ellos en estos últimos tiempos - se diseminan por todas partes para llevar a cabo la orden recibida.

Entretanto, Jesús, en el jardín de Lázaro, se despide de las mujeres (especialmente de su Madre), que por orden suya vuelven a Galilea acompañadas por Simón de Alfeo, Jairo, Alfeo de Sara, Margziam, el marido de Susana y Zebedeo. Hay saludos y lágrimas. No faltan tampoco muchos deseos de no obedecer, deseos que nacen también del amor al Maestro. Pero más fuerte aún es la fuerza del amor perfecto, perfecto, por ser enteramente sobrenatural, hacia el Verbo Stmo: y esta fuerza hace que obedezcan aceptando la dolorosa separación.

La que menos habla es María, la Madre de Jesús. Pero su mirada dice más que todas las otras juntas. Jesús, que lee su mirada, la tranquiliza, la consuela, la sacia de caricias, si es que una madre puede ser saciada, y especialmente esta Madre toda amor y congoja por el Hijo perseguido. Y las mujeres al final se marchan, y se vuelven una y otra vez saludando al Maestro, saludando a los hijos y a las afortunadas discípulas judías que todavía se quedan con el Maestro.

-Han sufrido por marcharse... - observa Simón Zelote.

-Pero convenía que se marcharan, Simón.

-¿Prevés días tristes?

-Turbulentos, por lo menos. Las mujeres no pueden soportar las fatigas como nosotros. Además, ahora que tengo un número casi igual de judías y galileas, conviene que estén separadas. Me tendrán por turnos, y por turnos tendrán la alegría de servirme; y Yo el consuelo de su afecto santo.

La gente, mientras tanto, va aumentando. El pomar que hay entre la casa de Lázaro y la que era del Zelote hormiguea de gente. Hay personas de todas las castas y condiciones; y no faltan fariseos de Judea, miembros del Sanedrín y mujeres veladas.

De la casa de Lázaro salen en grupo, bien juntos alrededor de una litera en que aquél es transportado, los miembros del Sanedrín que el sábado pascual estaban de visita en casa de Lázaro en Jerusalén, y otros más. Lázaro, al pasar, dedica a Jesús un gesto y una sonrisa feliz. Jesús se lo devuelve mientras se pone al final del pequeño cortejo para ir al lugar donde ya espera la gente.

Los apóstoles vienen a Él, y Judas Iscariote, al que desde hace algunos días se le ve jubiloso, en una fase felicísima, lanza en todas las direcciones las miradas de sus ojos negrísimos y centelleantes, y anuncia al oído de Jesús los descubrimientos que va haciendo.

-¡Mira, hay también sacerdotes!... ¡Mira, mira, está también Simón el del Sanedrín! Y Elquías. ¡Mira qué mentiroso! Hace sólo unos pocos meses decía cosas infernales de Lázaro, y ahora lo reverencia como si fuera un dios... Y allí están Doro el Anciano y Trisón. ¿Ves que saluda a José? Y el escriba Samuel con Saulo... ¡Y el hijo de Gamaliel! Y allí hay un grupo de los de Herodes... Y aquel grupo de mujeres tan veladas son, sin lugar a dudas, las romanas; están apartadas, pero ¿ves cómo observan

dónde te diriges para poder cambiar de sitio y oírte? Reconozco sus figuras, a pesar de los mantos. ¿Ves? Dos altas, una más bien ancha que alta, las otras de media estatura, pero en la justa proporción. ¿Voy a saludarlas?

-No. Vienen como desconocidas, como personas anónimas que desean la palabra del Rabí. Debemos considerarlas como tales.

-Como quieras, Maestro. Lo decía por... recordarle a Claudia la promesa...

-No hay necesidad. Y aunque la hubiera, no nos volveremos nunca pedigüeños, Judas. ¿No es verdad? El heroísmo de la fe debe formarse en medio de las dificultades.

-Pero era por... por ti, Maestro.

-Y por tu perenne idea de un triunfo humano. Judas, no te crees ficciones, ni sobre mi modo de actuar futuro ni sobre las promesas recibidas. Tú crees en lo que te dices tú solo. Pero nada podrá cambiar el pensamiento de Dios, que es que Yo sea Redentor y Rey de un reino espiritual.

Judas no replica.

Jesús está en su sitio, con los apóstoles en círculo en torno a É1. Casi a sus pies está Lázaro en su triclinio; poco lejos de Él, las discípulas judías, o sea, las hermanas de Lázaro, Elisa, Anastática, Juana con los pequeños, Analía, Sara, Marcela, Nique. Las romanas, o al menos las mujeres a las que Judas ha señalado como tales, están más atrás, casi en el fondo, mezcladas entre un montón de gente poblana. Los miembros del Sanedrín, fariseos, escribas, sacerdotes, están - es inevitable - en primera fila; pero Jesús les ruega que dejen paso a tres camillas con enfermos, a los cuales hace algunas preguntas, aunque sin curarlos enseguida.

Jesús, para tomar la idea de su discurso, centra la atención de los presentes en el gran número de pájaros que tienen sus nidos en las frondas del jardín de Lázaro y del huerto en que está reunido el auditorio.

-Observad. Hay pájaros autóctonos y exóticos, de todas las razas y dimensiones. Y, cuando desciendan las sombras, en su lugar, aparecerán las aves nocturnas, que también son numerosas aquí, a pesar de que, sólo por el hecho de no verlas, es casi posible olvidarlas. ¿Por qué hay tantas aves del aire aquí? Porque encuentran de qué vivir felices: sol, paz, abundante comida, lugares de amparo seguros, frescas aguas. Y se congregan, viniendo de oriente y occidente, de mediodía y septentrión, si son migratorias, o permaneciendo fieles a este lugar, si son autóctonas. ¿Qué pensar? ¿Que las aves del aire superan en sabiduría a los hijos del hombre? ¡Cuántos de estos pájaros son hijos de pájaros ya muertos pero que el año pasado, o más lejos en el tiempo, nidificaron aquí y encontraron el bienestar! Ellos se lo han dicho a sus hijos antes de morir. Han indicado este lugar, y éstos, los hijos, han venido obedientes. Y el Padre que está en los Cielos, el Padre de los hombres todos, ¿no ha dicho a sus santos sus verdades?, ¿no ha dado todas las indicaciones posibles para el bienestar de sus hijos? Todas las indicaciones: las que tienen por objeto el bien de la carne y las que tienen por objeto el bien del espíritu. ¿Pero qué observamos? Vemos que lo que fue enseñado para la carne - desde las túnicas de pieles que Él hizo a Adán y Eva, despojados ya ante sus propios ojos del vestido de la inocencia que el pecado había desgarrado, hasta los últimos descubrimientos que el hombre, por la luz de Dios, ha hecho - se recuerda, transmite y enseña; mientras que lo otro, lo que fue enseñado, mandado, indicado para el espíritu, no se conserva, no se enseña, no se practica.

Muchos del Templo cuchichean. Pero Jesús los calma con un gesto.

-El Padre, de una bondad que el hombre ni con mucho puede pensar, manda a su Siervo a recordar su enseñanza, a reunir a las aves en los lugares de salvación, a darles exacto conocimiento de aquello que es útil y santo, a fundar el Reino en que toda angélica ave, todo espíritu, encontrará gracia y paz, sabiduría y salvación. Y en verdad, en verdad os digo que, de la misma forma que los pájaros nacidos en este lugar en primavera dirán a otros de otros lugares: “Venid con nosotros, que hay un lugar bueno donde exultaréis con la paz y la abundancia del Señor", siendo así que se verá para el nuevo año nuevos pájaros que afluirán aquí; del mismo modo, de todas las partes del mundo, como dicen los profetas, veremos afluir gran número de espíritus a la Doctrina venida de Dios, al Salvador fundador del Reino de Dios. Pero entre las aves diurnas están mezcladas en este lugar pájaros nocturnos, rapaces, que alteran el orden, capaces de sembrar terror y muerte entre los pajaritos buenos. Éstas son las aves que desde hace años, desde una serie de generaciones, son lo que son, y nada las puede desanidar porque sus obras se hacen en las tinieblas y en lugares impenetrables para el hombre. Éstas, con su cruel mirada, con su vuelo mudo, con su voracidad, con su crueldad, trabajan en las tinieblas, y siembran, ellas inmundas, inmundicia y dolor. ¿A quién podremos compararlas? A cuantos en Israel no quieren aceptar la Luz que ha venido a iluminar las tinieblas, la Palabra que ha venido a adoctrinar, la Justicia que ha venido a santificar. Para ellos he venido inútilmente. Es más, para ellos soy motivo de pecado, porque me persiguen a mí y persiguen a mis fieles. ¿Qué diré entonces? Una cosa que ya he dicho otras veces: "Muchos vendrán de oriente y occidente y se sentarán con Abraham y Jacob en el Reino de los Cielos. Pero los hijos de este reino serán arrojados a las tinieblas exteriores".

-¿Los hijos de Dios a las tinieblas? ¡Blasfemas! - grita uno de los miembros del Sanedrín que están en contra. Es la primera salpicadura de la baba de los reptiles que han estado demasiado tiempo callados, y que no pueden seguir callados porque se ahogarían en su propio veneno.

-No los hijos de Dios - responde Jesús.

-¡Lo has dicho Tú! Has dicho: "Los hijos de este reino serán arrojados a las tinieblas exteriores".

-Y lo repito. Los hijos de este reino. Del reino donde señorean la carne, la sangre, la avaricia, el hurto, la lujuria, el delito. Pero éste no es mi Reino, que es Reino de la Luz. Éste, el vuestro, es el reino de las tinieblas. A1 Reino de la Luz vendrán de oriente y occidente, mediodía y septentrión, los espíritus rectos, incluso los que por ahora son paganos, idólatras, despreciables para Israel. Y vivirán en santa comunión con Dios, habiendo acogido dentro de ellos la luz de Dios, en espera de ascender a la verdadera Jerusalén, donde ya no habrá lágrimas ni dolor, y sobre todo, donde no hay mentiras. La mentira que ahora gobierna el mundo de las tinieblas y satura a los hijos de ese mundo hasta el punto de que en ellos no cabe ni una pizca de luz divina. ¡Oh!

¡Que vengan los hijos nuevos a ocupar el lugar de los hijos apóstatas! ¡Vengan! ¡Cualquiera fuere su procedencia, Dios los iluminará y reinarán por los siglos de los siglos!

-¡Has hablado para insultarnos! - gritan los judíos enemigos.

-He hablado para decir la verdad.

-Tu poder está en la lengua; con ella Tú, serpiente nueva, seduces a las multitudes y las perviertes.

-Mi poder está en la potencia que me viene de ser uno con mi Padre.

-¡Blasfemo! - gritan los sacerdotes.

-¡Salvador!... Tú, que yaces a mis pies, ¿qué mal padeces?

-De niño tuve rota la columna, y desde hace treinta años estoy echado sobre la espalda.

-¡Levántate y anda! Y tú, mujer, ¿qué mal padeces?

-Mis piernas penden inertes desde que este que me lleva con mi marido vio la luz - y señala a un joven de al menos dieciséis años.

-También tú levántate y alaba al Señor. Y ese niño ¿por qué no va solo?

-Porque nació idiota, sordo, ciego, mudo. Un amasijo de carne que respira - dicen los que están con el desdichado.

-En el nombre de Dios, recibe inteligencia, palabra, vista y oído. ¡Lo quiero!

Y, realizado el tercer milagro, se vuelve a los enemigos y dice:

-¿Qué decís ahora?

-Milagros de dudoso valor. Si lo puedes todo, ¿por qué no curas a tu amigo y defensor?

-La voluntad de Dios es otra.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ya! ¡Dios! ¡Cómoda disculpa! Si te trajéramos nosotros un enfermo, o mejor dos, ¿los curas?

-Sí. Si lo merecen.

-Espéranos entonces - y se marchan raudos sonriendo maliciosamente.

-¡Ten cuidado, Maestro! ¡Te están tendiendo alguna trampa!» dicen muchos.

Jesús hace un gesto como queriendo decir: « ¡Bah, dejadlos!», y se inclina a acariciar a unos niños que poco a poco se han ido acercando É1 dejando a sus padres; algunas madres también se acercan, y llevan a Jesús a los que todavía andan inseguramente o a los lactantes. -¡Bendice a nuestras criaturas, Tú, bendito, para que sean amantes de la Luz - dicen las madres.

Y Jesús impone las manos bendiciendo. Ello origina todo un movimiento en la multitud. Todos los que tienen niños quieren la misma bendición, y empujan y gritan para abrirse paso. Los apóstoles, en parte porque están nerviosos por las habituales ruindades de los escribas y fariseos, en parte por compasión hacia Lázaro, en peligro de ser arrollado por la oleada de padres que conducen a los pequeñuelos a la divina bendición, se inquietan, y llaman la atención a unos o a otros gritando, y rechazan a unos o a otros, especialmente a los niños pequeños que han llegado allí solos.

Pero Jesús, dulce, amoroso, dice:

-¡No, no! ¡No hagáis eso! No impidáis nunca a los niños venir a mí, ni les impidáis a los padres traérmelos. E1 Reino es precisamente de estos inocentes. Ellos serán inocentes del gran Delito, y crecerán en mi Fe. Dejad, pues, que los consagre a ella. Los traen a mí sus ángeles.

Jesús está ahora rodeado por un seto hecho de niños mirándolo arrobados, un seto de caritas alzadas, de ojos inocentes, de boquitas sonrientes...

Las mujeres veladas han aprovechado el desorden para dar un rodeo por detrás de la multitud y venir detrás de Jesús, como incitadas por la curiosidad.

Vuelven los fariseos, escribas, etc. etc., con dos que parecen muy enfermos. Uno, especialmente, gime en su camilla, todo cubierto con el manto. El otro está, al menos aparentemente, menos grave, pero ciertamente muy enfermo porque está en los huesos y respira con dificultad.

-Éstos son nuestros amigos. Cúralos. Estos están verdaderamente enfermos. Sobre todo, éste - y señalan al que gime.

Jesús baja los ojos hacia los enfermos, luego los alza de nuevo, hacia los judíos. Asaetea a sus enemigos con una mirada terrible. Erguido detrás del seto inocente de niños, que no le llegan ni a la ingle, parece alzarse sobre una macolla de pureza para ser el Vengador, como si de esta pureza sacara la fuerza para serlo. Abre los brazos y grita: -¡Embusteros! ¡Éste no está enfermo! Yo os lo digo. ¡Destapadlo! Si no, realmente estará muerto dentro de un instante por este engaño contra Dios.

El hombre salta bruscamente de su camilla gritando:

-¡No, no'. ¡No descargues tu mano sobre mí! ¡Y vosotros, malditos, quedaos con muestras monedas! - y arroja una bolsa a los pies de los fariseos y huye a todo correr...

La gente gruñe, ríe, silba, aplaude...

El otro enfermo dice:

-¿Y yo, Señor? A mí me han sacado de mi cama con la fuerza y ya desde esta mañana me molestan... Pero no sabía que estaba en manos de tus enemigos...

-¡Para ti, pobre hijo, salud y bendición! - y le impone las manos abriendo el seto vivo de los niños.

El hombre levanta por un momento la manta que estaba extendida encima de su cuerpo, mira no sé qué... Luego se pone en pie. Aparece desnudo de los muslos hacia abajo. Y grita, grita hasta quedarse ronco:

-¡Mi pie! ¡Mi pie! ¿Pero quién eres, quién eres, que devuelves las cosas perdidas? - y cae a los pies de Jesús, y se pone otra vez de pie, se pone de un brinco, en equilibrio inestable, encima de su camilla y grita: «¡La enfermedad me roía los huesos! ¡El médico me había arrancado los dedos, me había quemado la carne, me había sajado hasta el hueso de la rodilla! ¡Mirad! ¡Mirad las señales! ¡Y me moría de todas formas! Y ahora... ¡Todo curado! ¡Mi pie! ¡Mi pie recompuesto!... ¡Y ya no tengo dolor! Y siento fuerza y bienestar... ¡El pecho libre...! ¡El corazón sano!... ¡Madre! ¡Madre! ¡Voy a llevarte la alegría!

Hace ademán de echarse a correr. Pero el agradecimiento lo detiene. Vuelve de nuevo donde Jesús y besa continuamente los benditos pies hasta que Jesús no le dice, acariciándole en el pelo:

-Ve. Ve donde tu madre y sé bueno.

Luego mira a sus chasqueados enemigos y dice con voz de trueno:

-¿Y ahora? ¿Qué debería hacer con vosotros? ¿Qué debería hacer, digo a todos los presentes, después de este juicio de Dios?

La muchedumbre grita:

-¡A la lapidación los ofensores de Dios! ¡A muerte! ¡Basta ya de insidiar al Santo! ¡Malditos seáis! - y agarran terruños, ramas, cantos, ya dispuestos a empezar a apedrear.

Los detiene Jesús.

-Esta es la palabra de la multitud, ésta es su respuesta. La mía es distinta. Digo: ¡Marchaos! No me ensucio descargando mi mano sobre vosotros. E1 Altísimo, que es mi defensa contra los impíos, se encargará de vosotros.

Los culpables, en vez de callarse, a pesar de tener miedo de la multitud, tienen el descaro de ofender al Maestro, y echando baba de ira gritan:

-¡Nosotros somos judíos y poderosos! ¡Te ordenamos que te vayas! ¡Te prohibimos enseñar! Te expulsamos de aquí. ¡Vete! ¡Vete! ¡Basta ya de ti! Tenemos el poder en nuestras manos y hacemos uso de él, y cada vez más lo haremos, maldito, usurpador...

Quieren todavía decir más cosas, en medio de un tumulto de gritos, llantos, silbidos, cuando la más alta de las mujeres veladas, que ha avanzado con movimiento rápido e imperioso hasta colocarse entre Jesús y sus enemigos, descubre su rostro. Y, con mirada y voz aún más imperiosos, cae su frase, cortante, más zaheridora que un látigo para los galeotes y que una segur para el cuello:

-¿Quién olvida que es esclavo de Roma?

Es Claudia. Vuelve a bajar el velo. Se inclina levemente ante el Maestro. Vuelve a su sitio.

Pero ha sido suficiente. Los fariseos se calman de golpe. Uno solo, en nombre de todos, y con un servilismo arrastrado, dice:

-¡Dómina, perdona! Pero es que Él turba el antiguo espíritu de Israel. Tú, que eres poderosa, deberías impedirlo; haz que lo impida el justo y valeroso Procónsul. ¡A él vida y larga salud!

-No son cosas nuestras. Basta con que no altere el orden de Roma. ¡Y no lo hace! - responde desdeñosa la patricia; luego da una seca orden a sus compañeras y se aleja, yendo hacia una espesura de árboles que hay en el fondo del sendero, y tras los árboles desaparece de la escena, para volver a aparecer montada en el carro chasqueante, cubierto, cuyas cortinas han sido echadas por orden de ella.

-¿Estás contento de habernos expuesto al insulto? - preguntan volviendo al ataque los judíos, fariseos, escribas y otros compañeros.

La muchedumbre grita indignada. José, Nicodemo y todos los que han dado muestras de amistad - y con éstos, sin unirse a ellos pero con palabras iguales, está el hijo de Gamaliel - sienten la necesidad de intervenir reprochándoles su exceso. La discusión pasa de ser de los enemigos contra Jesús a ser de los dos grupos opuestos, de forma que dejan fuera de la disputa al más relacionado con ella.

Y Jesús guarda silencio, con los brazos cruzados, escuchando. Yo creo que despide fuerza para contener a la multitud, y especialmente a los apóstoles, que de la ira que sienten ven rojo.

-¡Tenemos que defendernos y defender! - grita un judío exaltado.

-¡Ya está bien de ver a las turbas siguiéndole hechizadas! - dice otro.

-¡Nosotros somos los poderosos!

-¡Sólo nosotros! Sólo a nosotros se nos tiene que escuchar y seguir - vocea un escriba. -¡Que se marche de aquí! ¡Jerusalén es nuestra! - se desgañita un sacerdote, rojo como un pavo.

-¡Sois pérfidos!

-¡Estáis más que ciegos!

-¡Las turbas os abandonan porque os lo merecéis!

-¡Sed santos, si queréis ser amados!

-¡No se conserva el poder cometiendo vejaciones! ¡El poder se funda en la estima del pueblo hacia quien le gobierna! - gritan a su vez los del partido opuesto y muchos de la multitud.

-¡Silencio! - impone Jesús.

Y, cuando se hace el silencio, dice:

-La tiranía y las imposiciones no pueden modificar ni los sentimientos íntimos ni las consecuencias del bien recibido. Recojo lo que he dado: amor. Vosotros, persiguiéndome, lo único que hacéis es aumentar este amor que quiere compensarme de vuestro desamor. ¿No sabéis, con toda vuestra sabiduría, que *perseguir una doctrina no sirve sino para aumentar su poder,* especialmente cuando corresponde en los hechos a lo que se enseña? Oíd una profecía mía, vosotros de Israel. Cuanto más persigáis a1 Rabí de Galilea y a sus seguidores, tratando con esa tiranía de anular su doctrina, que es divina, más próspera y extendida por el mundo haréis a esta doctrina. Cada una de las gotas de los mártires que hagáis, esperando triunfar y reinar con vuestros preceptos y leyes corrompidos e hipócritas, que ya no responden a la Ley de Dios, y cada lágrima de los santos vilipendiados, será semilla de futuros creyentes. Y seréis vencidos cuando creáis que habréis triunfado. Marchaos. Yo también me marcho. Los que me aman que me busquen en los confines de Judea y en Transjordania, o que me esperen allí, porque veloz como relámpago que corre de oriente a occidente será el paso del Hijo del hombre hasta que suba al altar y al trono, como

Pontífice y Rey nuevo, y en ellos permanezca, bien firme ante la presencia del mundo, de la creación y de los Cielos, en una de sus muchas epifanías, que solamente saben comprender los buenos.

Los fariseos hostiles y sus compañeros se han marchado. Se quedan los otros. El hijo de Gamaliel lucha dentro de sí por acercarse a Jesús, y, al final, se marcha sin decir nada...

-Maestro, no nos odiarás por ser de sus mismas castas, ¿no? - pregunta Eleazar.

-Nunca pronuncio un anatema contra el individuo por el hecho de que la clase sea rea. No temas - responde Jesús.

-Ahora nos van a odiar... - susurra Joaquín.

-¡Honor para nosotros, si nos odian! - exclama Juan, el miembro del Sanedrín.

-Fortalezca Dios a los que vacilan y bendiga a los fuertes. Yo os bendigo a todos en nombre del Señor - y, abiertos los brazos, da la bendición mosaica a todos los presentes.

Luego se despide de Lázaro y de las hermanas de éste, de Maximino, de las discípulas, y empieza su marcha...

Las verdes campiñas paralelas al camino que va a Jericó lo reciben con su verdor que enrojece ahora por un fastuoso ocaso.

## 379

## Una premonición del apóstol Juan.

-¿A dónde vamos?, porque cae ya la tarde - se preguntan entre sí los apóstoles. Y van hablando con circunspección sobre las cosas que han sucedido. Pero no dicen nada alto para no abrumar al Maestro, que se ve muy pensativo.

Cae la tarde mientras prosiguen detrás del Maestro pensativo. En esto, un pueblo aparece al pie de una cadena de montes muy recortados.

-Quedémonos ahí para pernoctar - ordena Jesús - Mejor: quedaos ahí; Yo voy a aquellos montes a orar...

-¿Solo? ¡No, no! ¡No vas solo al Adomín, no! ¡Con todos esos bandidos que te acechan! ¡De ninguna manera!... - dice muy resueltamente Pedro.

-¿Y qué piensas que me van a hacer? ¡No tengo nada!

-Tienes... a ti mismo. Me refiero a los bandidos más auténticos, a los que te odian. Para ésos es suficiente tu vida. No debes morir como... como... eso... en una mísera emboscada. Y dar a tus enemigos la forma de inventar qué sé yo qué cosa para alejar a las turbas incluso de tu doctrina - rebate Pedro.

-Simón de Jonás tiene razón, Maestro. Serían capaces de hacer desaparecer tu cuerpo y decir que has huido porque te habías visto desenmascarado. 0, de... pues de llevarte incluso a un lugar malo, a casa de una meretriz, para poder decir: "¿Veis dónde y cómo ha muerto? En una pelea por una meretriz". Tú has dicho bien: *"Perseguir una doctrina quiere decir aumentar su poder",* y he notado, porque no lo he perdido nunca de vista, que el hijo de Gamaliel aprobaba con la cabeza mientras lo decías. Pero decir que *cubrir de ridículo a un santo y su doctrina es el arma más segura para derrumbar la doctrina y para quitar al santo la estima de las turbas,* también es exacto - dice Judas Tadeo.

-Sí. Y no tiene que suceder eso contigo - termina Bartolomé.

-No te prestes al juego de tus enemigos. Piensa que esta imprudencia acarrearía no sólo la anulación de ti, sino también de la Voluntad de quien te ha enviado; y que se vería que los hijos de las Tinieblas habrían derrotado a la Luz, al menos momentáneamente - añade el Zelote.

-¡Sí, hombre! Siempre dices, que han de matarte, y cuando lo dices nos traspasas el corazón. Recuerdo tu reprensión a Simón Pedro y no te digo: "No suceda jamás eso". Pero creo que no soy Satanás si digo: "Que al menos suceda de forma que signifique glorificación para ti, inequívoco sello de tu Ser santo y condena segura para tus enemigos. Que las multitudes sepan, puedan tener elementos para distinguir y creer". Al menos esto, Maestro. La misión santa de los Macabeos nunca apareció así tanto como cuando Judas, hijo de Matatías, murió como héroe y salvador sobre el campo de batalla. ¿Quieres ir al Adomín? Bien, nosotros contigo. ¡Somos tus apóstoles! Donde estés Tú, la Cabeza, allí hemos de estar nosotros, tus ministros - dice Tomás, y pocas veces lo he oído hablar con tanta solemne elocuencia.

-¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Y si te asaltan, tienen que asaltarnos antes a nosotros! - dicen varios.

-¡No nos asaltarán tan fácilmente! Están medicándose la quemazón de las palabras de Claudia y... son astutos, mucho, demasiado. No pasan por alto en su reflexión el hecho de que Poncio sabría a quién castigar por tu muerte. Se han traicionado demasiado a sí mismos, y ante los ojos de Claudia, así que lo meditarán, estudiando trampas más seguras que una vulgar agresión. Quizás nuestro miedo es estúpido. Ya no somos los pobres desconocidos de antes. ¡Ahora está Claudia! - dice Judas Iscariote.

-Bien, bien... Pero no nos sometamos a nosotros mismos a dura prueba. ¿Y qué es lo que quieres hacer en el Adomín? - pregunta Santiago de Zebedeo.

-Orar y buscar un sitio para orar todos, en los días futuros, para prepararnos a las nuevas luchas, cada vez más ensañadas.

-¿De nuestros enemigos?

-También de nuestro yo. Tiene mucha necesidad de ser fortalecido.

-¿Pero no has dicho que quieres ir a los confines de Judea y a la Transjordania?

-Sí. Iré. Pero después de la oración. Iré a Acor, y luego por Doc a Jericó.

-¡No, no, Señor! Son lugares nefastos para los santos de Israel. ¡No vayas allí, no vayas allí! ¡Yo te lo digo, lo percibo! Hay algo en mí que me lo dice. ¡No vayas allí! ¡En nombre de Dios, no vayas! - grita Juan, que parece próximo a salir de sus sentidos, como dominado por una especie de éxtasis terrible...

Todos lo miran estupefactos, porque así no lo han visto nunca. Pero ninguno se burla de él. Tienen todos la percepción de que están en presencia de un hecho sobrenatural, y, respetuosos, mantienen silencio.

También Jesús calla, hasta que no ve a Juan adquirir de nuevo su aspecto habitual y decir:

-¡Oh, mi Señor! ¡Cómo he sufrido!

-Lo sé. Iremos al Carit. ¿Qué dice tu espíritu?

Me impresiona profundamente el respeto con que Jesús se dirige al inspirado...

-¿Me preguntas esto a mí, Señor? ¿Tú, Sabiduría Stma., al pobre muchacho ignorante?

-A ti. Sí. El más pequeño es el más grande cuando, con humildad, comunica con su Señor para el bien de los hermanos. Habla...

-Sí, Señor. Vamos al Carit, donde hay hoces seguras para recogerse en Dios, y están cerca los caminos de Jericó y los que van a Samaria. Nosotros bajaremos para reunir a los que te aman y esperan en ti, y los conduciremos a ti, o te conduciremos a ti a ellos, y luego seguiremos nutriéndonos de oración... Y descenderá el Señor a hablar a nuestros espíritus... a abrir nuestros oídos, que oyen al Verbo pero no lo comprenden enteramente... y, sobre todo, a invadir nuestros corazones con su fuego. Porque sólo si ardemos sabremos resistir los martirios de la tierra. Porque sólo habiendo sufrido antes el dulce martirio del completo amor podremos estar preparados para sufrir los del odio humano... Señor... ¿qué he dicho?

-Mis palabras, Juan. No temas. Entonces nos quedamos aquí, y mañana, al alba, iremos a los montes.

## 380

## El amor de los apóstoles, de la contemplación a la acción.

Desde un grupo montañoso, que parece ocupado y concentrado en elevarse cada vez más - y, voy a decirlo así, cada fase de su esfuerzo está marcada por una abrupta cadena de colinas rocosas, de laderas escarpadas, a pico, cortadas por valles estrechos como gigantescos tajos, coronadas por agrestes crestas -, se puede vislumbrar fortuitamente retazos de Mar Muerto, que está situado al sureste del lugar en que se hallan los apóstoles con el Maestro. No se ven ni el Jordán ni su amplio valle, fértil y sereno; ni se ve Jericó ni tampoco otras ciudades. Sólo montes y más montes, que se alzan en dirección a Samaria; y el oscuro Mar Muerto entre dos secciones puntiagudas de monte. Abajo, un torrente en dirección oeste-este, que va sin duda al Jordán. Intenso chillar de halcones y graznar de cuervos en el cielo azul vivo; intenso trinar de pájaros bajo las frondas de las agrestes laderas. Y las flautas de los vientos por los desfiladeros, traen olores y sonidos lejanos, que sobrepujan incluso a los cercanos, según que sean aquéllos ligeros o intensos. Algún sonido de cascabeles que sube desde el camino (situado, más abajo). Algún balido de oveja que pasta en las llanuras altas. Algún rumor de aguas goteando de las rocas o resonando en los torrentes. Pero la época del año es buena, seca, templada; las laderas son todo un esmaltado de flores sobre la esmeralda de la hierba, y más flores, en racimos y festones, penden de los troncos y de las frondas. Alegre es el aspecto del lugar.

Muy alegres, sobrenaturalmente alegres, se ven las caras de los trece que están allí reunidos. El mundo ha sido olvidado. Está lejos... Los espíritus han recuperado el equilibrio removido por tantos envites, han podido entrar de nuevo en el halo de Dios, o sea, en la paz. Y la paz se lee en las caras.

Pero la parada ha terminado, y Jesús lo dice. Pedro, entonces, repite su súplica del Tabor:

-¿Por qué no nos quedamos aquí? ¡Es hermoso estar aquí contigo!

-Porque nos espera el trabajo, Simón de Jonás. No podemos ser sólo personas contemplativas. El mundo nos espera para ser adoctrinado. Los obreros del Señor no pueden estar parados mientras haya campos que sembrar.

-Pero entonces... yo, que sólo cuando me aíslo así es cuando me hago un poco bueno, no voy a poder nunca... ¡El mundo es muy grande! ¿Cómo vamos a arreglárnoslas para trabajarlo todo y, antes de morir, alcanzar el recogimiento en Ti?

-No, no lo trabajaréis todo. Se requerirán muchos siglos. Y, cuando ya una parte esté trabajada, Satanás entrará en ella para estropear lo realizado. Por eso, será un trabajo continuo hasta el final de los siglos.

-¿Y entonces cómo me las voy a arreglar para prepararme a morir!

Pedro está verdaderamente desconsolado.

Jesús lo tranquiliza abrazándolo y diciendo:

-Tendrás tiempo. No hace falta mucho. Basta un instante de recogimiento perfecto para prepararse a comparecer ante Dios. Pero tú tendrás tiempo de sobra. Además, has de saber que llevar a cabo la, voluntad de Dios es siempre preparación para la muerte en santidad. Si Dios quiere que seas activo y tú obedeces, te preparas mejor en la acción obediente, que si te encerraras entre las más solitarias rocas a orar y contemplar. ¿Estás convencido de esto?

-¡Sí, claro! ¡Lo dices Tú! ¿Entonces qué tenemos que hacer?

-Diseminaros por los caminos de los valles. Reunir a los que están esperándome, predicar al Señor y la Fe hasta que Yo vaya».

-¿Te quedas solo?

-¡Pues claro! No temáis. Como podéis observar, el mal sirve al bien alguna vez. Aquí los cuervos dieron de comer a Elías. Nosotros podemos decir que los feroces buitres nos dieron de comer.

-¿Crees que ha habido un movimiento de conversión?

-No. Pero la caridad, aun siendo movida por la idea de que usando generosidad nos habrían puesto en condiciones de no traicionarlos.

-¡Pero nosotros no los habríamos traicionado! - exclama Andrés.

-No. Pero ellos, los desdichados bandidos, no lo saben. Nada espiritual obra en ellos, estando - como están - cargados de delitos.

-Señor, decías que la caridad... ¿Qué querías decir? - pregunta Juan.

-Quería decir: la caridad que han practicado hacia nosotros no quedará sin recompensa, al menos en los mejores. La conversión, que no se ha dado ahora, puede producirse lentamente; lentamente pero puede llegar. Por eso os dije: "No rechacéis lo que den". Y lo he aceptado aunque para mí tuviera hedor de pecado.

-Pero Tú ni siquiera lo has probado...

-Pero no he humillado a los pecadores rechazándolos. Tenían un movimiento inicial de bondad. ¿Por qué destruirlo? ¿Aquel torrente del fondo no nace del manantial que gotea de aquella escarpa? Recordadlo siempre. Es una lección para vuestra vida futura. Para cuando Yo no esté ya con vosotros. Si encontráis maleantes por los caminos de vuestros viajes apostólicos, no seáis como los fariseos, que desprecian a todos y no se preocupan de - estando pervertidos como están - despreciarse antes a sí mismos. Tratad con ellos con amor grande. Quisiera poder decir con "infinito amor". Es más, lo digo. Y ello es posible, a pesar de que el hombre sea "finito y limitado" en sus hechos y acciones.

¿Sabéis cómo puede poseer el hombre infinito amor? Estando unido a Dios de tal forma que sea una sola cosa con Dios. Entonces verdaderamente, desapareciendo la criatura en el Creador, obra el Creador, que es infinito. Y así deben ser mis apóstoles: una cosa con su Dios, por una potencia de amor abrazada al Origen hasta el punto de fundirse con él. *Convertiréis a los corazones, no por cómo habléis, sino por cómo améis.* ¿Vais a encontrar pecadores? Amadlos. ¿Vais a sufrir por discípulos que se descarríen? Tratad de salvarlos con el amor. Recordad la parábola de la oveja perdida. Esta parábola, durante muchos siglos, será la dulcísima llamada lanzada a los pecadores; mas será también la orden segura dada a mis sacerdotes. Con suma habilidad, con sumo sacrificio, incluso a costa de perder la vida por tratar de salvar un alma, con suma paciencia, habéis de ir buscando a los descarriados para devolverlos al Redil. El amor os producirá gozo. Os dirá: "No temas". Os dará un poder de expansión en el mundo como ni Yo mismo tuve.

El amor de los futuros justos ya no debe ponerse, cual signo exterior, sobre el corazón y en el brazo, como dice el Cantar de los Cantares; sino que debe ser puesto en el corazón. Debe ser la palanca que impulse al alma a todas las acciones. Y *todas las acciones deben ser sobreabundancia de la caridad,* que no se siente ya satisfecha de amar a Dios o al prójimo sólo mentalmente, sino que salta a la palestra, a luchar contra los enemigos de Dios, para amar a Dios y al prójimo incluso en lo contingente, en acciones incluso materiales, que son vías para acciones más grandes y perfectas que concluyen en la redención y santificación de los hermanos. Por la contemplación se ama a Dios, pero por la acción se ama al prójimo. Estos dos amores no están separados, porque uno solo es el amor, y amando al prójimo amamos a Dios, que nos ordena este amor y que nos ha dado al prójimo por hermano.

No podréis, ni vosotros ni los sacerdotes futuros, decir que sois mis amigos si vuestra caridad, y la de ellos, no se vuelve toda a la salvación de las almas por las cuales Yo me he encarnado y por las cuales sufriré. Os doy ejemplo de cómo se ama. Y lo que hago Yo debéis hacerlo vosotros y deberán hacerlo los que vendrán después de vosotros. Llega el tiempo nuevo. El del amor. Yo he venido a derramar este fuego en los corazones, y crecerá aún más después de mi Pasión y Ascensión, y os inflamará cuando el Amor del Padre y del Hijo descienda a consagraros al ministerio.

¡Divinísimo Amor! ¿A qué esta tardanza tuya en consumir la Víctima y en abrir los ojos y oídos, en soltar las lenguas y los miembros a este rebaño mío, para que se meta en medio de los lobos y enseñe que Dios es Caridad y que quien no tiene caridad dentro de sí no es sino una bestia y un demonio? ¡Ven, Espíritu dulcísimo y fortísimo, e inflama la Tierra, no para destruirla sino para purificarla! ¡Inflama los corazones! Haz de ellos otros como Yo, otros Cristos, o sea, ungidos por el amor, obradores por amor, santos y santificadores por amor.

¡Bienaventurados los que aman, porque serán amados; no cesará ni un momento su alma de cantar a Dios, junto con los ángeles, hasta que canten la eterna gloria en la luz de los Cielos. Cúmplase esto en vosotros, amigos míos. Ahora podéis marcharos, y haced con amor lo que os he dicho.

## 381

## La parábola del administrador infiel y sagaz. Hipocresía de los fariseos y conversión de un esenio.

Espera al Maestro mucha gente, diseminada por las laderas más bajas de un monte que está más bien aislado, porque sobresale de una red de valles que lo circundan, a partir de los cuales sus laderas se alzan (mejor: afloran bruscamente, escarpadas, casi a pico, en ciertos casos totalmente a pico). Para llegar a la cima, un sendero labrado en la roca calcárea araña, serpenteando, las abruptas laderas del monte; en ciertos lugares tiene, como límite, por una parte la pared recta del monte, por otra el despeñadero escarpado. Y el sendero escabroso, amarillento oscuro, tendente casi al rojizo, parece una cinta arrojada en medio del verde polvoriento de bajos matorrales espinosos, punzantísimos; yo diría que las hojas son las púas mismas que cubren las rocosas y áridas pendientes, adornándose acá o allá con una flor espléndida morado-roja semejante a un penacho o a un copo de seda arrancado de las vestiduras de algún desventurado que ha pasado por este zarzal. Y este manto desapacible, hecho de puntas espinosas, de un verde glauco, triste como si estuviera empolvado con impalpable ceniza, se extiende en franjas hasta el pie del monte y por la llanura que hay entre él y otras elevaciones, tanto al noroeste coma al sureste, para alternar con los primeros lugares de hierba verdadera y verdaderos arbustos que no significan ni tortura ni inutilidad.

La gente está acampada en estos lugares y espera pacientemente la llegada del Señor. Debe ser el día siguiente del discurso a los apóstoles, porque es por la mañana. Una mañana fresca. El rocío todavía no se ha evaporado de todos los pedúnculos, y, especialmente en los que están más a la sombra, todavía decora de sí espinas y hojas, y transforma en una borla adiamantada las originales flores de los arbustos espinosos. Es ciertamente la hora de la belleza para este triste monte; porque en las otras horas, bajo el sol despiadado o en las noches de luna, debe tener el horrible aspecto de un lugar de expiación infernal.

A1 este, una rica y vasta ciudad se ve en la ubérrima llanura. Y, desde esta ladera, baja todavía, donde están los peregrinos, no se ve nada más; pero, desde la cima, la vista debe gozar de un panorama sin par sobre las zonas cercanas. Yo creo que, por la altura del monte, deberá dominarse el Mar Muerto y las zonas orientales de éste, y hasta las cadenas de Samaria y las que ocultan Jerusalén. Pero yo no he estado en la cima, así que...

Los apóstoles circulan por entre la muchedumbre tratando de mantenerla serena y ordenada, y de poner en los puestos mejores a los enfermos. Algunos discípulos los ayudan en esta labor. Quizás son los que desarrollan su actividad en esa zona, y que habían guiado hasta cerca de los confines de Judea a los peregrinos deseosos de escuchar al Maestro.

De improviso, aparece Jesús, vestido de lino blanco, pero envuelto en su manto rojo, para conciliar el calor de las horas solares con el fresco de las noches aún no veraniegas. Mira - a Él no lo han visto todavía - a la gente que lo espera, y sonríe. Parece que viene de detrás (oeste) del monte, de una altura media. Desciende rápido por el difícil sendero.

Es un niño el que ve a Jesús (no sé si por seguir el vuelo de unos pájaros que están anidados entre los matorrales y han alzado el vuelo, asustados, por una piedra que desde arriba ha caído rodando, o quizás por atracción de la mirada), y grita mientras se pone en pie de un salto:

-¡El Señor!

Todos se vuelven y ven a Jesús, que está ya como mucho a doscientos metros. Su intención sería ir a su encuentro, pero Él, con el gesto de los brazos y la voz que llega nítida, quizás por la resonancia del monte, dice:

-Quedaos donde estáis.

Y, sonriendo todavía, baja hasta los que esperan. Se detiene en el punto más alto del rellano. Desde allí saluda:

-La paz a todos vosotros - y con una sonrisa especial repite el saludo a los apóstoles y discípulos que se han acercado dispuesto en torno a Él.

Jesús está radiante de belleza. Con el sol en la frente y la pared verdosa del monte a sus espaldas, parece una visión de sueño. Las horas pasadas en soledad, algún hecho que no conocemos, quizás una sobreabundancia en Él de las caricias paternas, no sé realmente qué cosa, acentúan su siempre perfecta belleza, la hacen gloriosa y majestuosa, pacífica, serena, yo diría: gozosa, como de uno que regresa de un encuentro de amor y trae consigo la alegría del momento en todo su aspecto, en la sonrisa, en las miradas. Aquí el testimonio de este encuentro de amor, que es divino, se trasluce multiplicado cientos de veces respecto a lo que habitualmente es visible después de un encuentro de pobre amor humano: Cristo está radiante. Y subyuga a los presentes, que, admirados, lo contemplan en silencio, como acobardados por la intuición de un misterio de conjunción del Altísimo con su Verbo... Es un secreto, una secreta hora de amor entre e1 Padre y el Hijo. Ninguno la conocerá jamás. Pero el Hijo conserva la señal, casi como si, después de haber sido el Verbo del Padre cual es en el Cielo, a duras penas pudiera volver a ser el Hijo del hombre. La infinidad, la sublimidad encuentra dificultad para ser otra vez "el Hombre". La Divinidad rebosa, estalla, irradia a través de la humanidad como óleo suave a través de un vaso de arcilla poroso, o como luz de horno a través de un velo de cristales opacos.

Y Jesús baja sus ojos radiantes, agacha la cara gozosa, esconde su prodigiosa sonrisa, encorvándose hacia los enfermos, acariciándolos y curándolos; los cuales, a su vez, miran, asombrados, ese rostro de sol y amor inclinado hacia su miseria para dar alegría. Pero al final se tiene que erguir de nuevo y debe mostrar a las turbas lo que es el rostro del Pacífico, del Santo, del Dios hecho Carne, todo envuelto todavía en la luminosidad dejada por el éxtasis. Repite:

-La paz a vosotros.

Hasta la voz es más musical que de costumbre, penetrada de notas suaves y triunfales... Poderosa, se expande sobre los mudos oyentes, busca los corazones, los acaricia, los hace reaccionar, los llama a amar.

Todos están impresionados, menos el grupo de fariseos, más secos y ásperos, más espinosos y desabridos que el propio monte, que están como estatuas de incomprensión y odio en un ángulo; y menos otro grupo que, todo blanco y apartado, escucha desde un ribazo, un grupo al que oigo que Bartolomé y el Iscariote señalan como «esenios» (y Pedro dice con tono arisco:

-¡Y así hay una camada más de gavilanes!

-¡Déjalos! ¡El Verbo es para todos! - dice Jesús sonriendo a su Pedro, aludiendo a los esenios.

Luego empieza a hablar.

-Hermoso sería que el hombre fuera perfecto como desea el Padre de los Cielos. Perfecto en todos sus pensamientos, afectos, actos. Pero el hombre no sabe ser perfecto y usa mal los dones de Dios, que ha dado al hombre libertad de obrar, aunque mandando las cosas buenas y aconsejando las perfectas, para que el hombre no pudiera decir: "No sabía".

¿Cómo usa el hombre la libertad que Dios le ha dado? Pues, la mayor parte de la Humanidad como podría usarla un niño, o un estúpido; o como un malhechor, las otras partes. Pero luego viene la muerte. Entonces el hombre estará sujeto al Juez, que preguntará severo: "¿Qué uso y qué abuso hiciste de lo que te di?". ¡Tremenda pregunta! ¡Ah, entonces los bienes de la tierra, aquellos por los que tan a menudo el hombre se hace pecador, con qué claridad aparecerán menores que briznas de paja! Pobre - una pobreza eterna -, despojado de un vestido irreemplazable, estará abatido y tembloroso ante la majestad del Señor, y no hallará palabra con que justificarse. Porque en la Tierra es fácil justificarse, engañando al pobre ser humano. Pero en el Cielo esto no puede suceder. A Dios no se le engaña. Jamás. Y Dios no acepta contubernios. Jamás.

¿Cómo salvarse entonces? ¿Cómo hacer que sirva todo para la salvación, incluso lo que proviene de la Corrupción, que ha mostrado los metales y las gemas como instrumentos de riqueza, que ha encendido ansias de poder y apetitos carnales? ¿No podrá entonces el hombre - que, por muy pobre que sea, siempre puede pecar deseando inmoderadamente el oro, los cargos, la mujer, haciéndose a veces ladrón de estas cosas para poseer lo que el rico tenía -, no podrá entonces el hombre, sea pobre o sea rico, salvarse nunca? Sí puede. ¿Cómo? Aprovechando la abundancia para el Bien, aprovechando la miseria para el Bien. El pobre que no envidia, que no impreca ni atenta contra lo que a otros pertenece, sino que se conforma con lo que tiene, ése, aprovecha su humilde condición para obtener de ella santidad futura. En verdad, la mayoría de los pobres lo sabe hacer. Menos lo saben hacer los ricos, para los cuales la riqueza es una continua trampa de Satanás, de la ternaria concupiscencia.

Mas oíd una parábola, y veréis que también los ricos pueden salvarse a pesar de ser ricos, o reparar sus pasados errores con un buen uso de las riquezas, aunque hayan sido adquiridas mal. Porque Dios, el Bonísimo, deja siempre muchos medios a sus hijos para que se salven.

Había, pues, un rico que tenía un administrador. Algunos, enemigos de éste porque envidiaban el buen puesto que tenía, o muy amigos del rico y por tanto, celosos de su bienestar, acusaron al administrador ante su jefe. "Disipa tus bienes. Se queda con una parte. No se preocupa de que produzcan. ¡Ten cuidado! ¡Defiéndete!".

El rico, oídas estas repetidas acusaciones, ordenó al administrador que compareciera ante él. Y le dijo: "Me han dicho de ti esto y aquello. ¿Cómo es que has actuado así? Ríndeme cuentas de tu administración porque ya no te permito que sigas llevándola. No puedo fiarme de ti ni puedo dar un ejemplo de injusticia y de excesiva condescendencia que induciría a los consiervos a actuar como tú has obrado. Ve y regresa mañana con todas las escrituras, para que las examine y vea cuál es la situación de mis bienes, antes de confiarlos a un nuevo administrador".

Y despidió al administrador, que se marchó pensativo diciendo para sí: "¿Y ahora? ¿Cómo me las voy a arreglar ahora que el amo me quita la administración? No tengo ahorros porque, convencido como estaba que no me iban a pillar, dilapidaba en mis placeres todo lo que distraía. Entrar como labrador, y además subordinado, no me hace ninguna gracia, porque ya no tengo costumbre de trabajar y siento el peso de las juergas. Pedir limosna me hace menos gracia todavía. ¡Demasiada humillación! ¿Qué voy a hacer?".

Pensando y pensando, encontró la manera de salir de la penosa situación. Dijo: "¡Ya sé! Con el mismo medio con que me he asegurado una buena vida hasta ahora, en el futuro me voy a asegurar amigos que me reciban, por agradecimiento, cuando ya no tenga la administración. Quien hace favores tiene siempre amigos. Vamos, pues, a hacer favores para recibirlos; inmediatamente además, antes de que la noticia se difunda y sea demasiado tarde".

Y fue a casa de los distintos deudores de su amo. Dijo al primero: "¿Cuánto debes a mi jefe, por la suma que te prestó en la primavera de hace tres años?".

El interlocutor respondió: "Cien barriles de aceite por la suma y los intereses".

"¡Vaya, hombre, pobrecillo! ¡Tú que estás tan cargado de prole, afligido por enfermedades de tus hijos, tener que dar tanto!... ¿Pero no te dio por un valor de treinta barriles?".

"Sí. Pero tenía urgente necesidad, y me dijo: "Yo te lo doy. Pero con la condición de que me devuelvas todo lo que esta suma te produzca en tres años". Ha producido por un valor de cien barriles. Tengo que entregarlos''.

« ¡Pero hombre, es usura! No, no. É1 es rico, y a ti poco te falta para pasar hambre. El tiene poca familia; tú, mucha. Escribe que te ha producido por valor de cincuenta barriles y despreocúpate ya de ello. Yo juraré que es verdad, y tú tendrás bienestar".

« ¿No me traicionarás, no? ¿Si viene a saberlo?".

« ¡Pero hombre!... Yo soy el administrador, y lo que juro es sagrado. Haz lo que te digo y vive feliz".

El hombre escribió, entregó y dijo: "¡Bendito seas, amigo y salvador mío! ¿Cómo pagarte esto?".

"¡Con nada! Esto significa que si por ti sufriera algún daño y me echaran, me recibirías por agradecimiento".

"¡Hombre claro! ¡Claro! Puedes contar con ello".

El administrador fue a casa de otro deudor, y mantuvo más o menos la misma conversación. Éste tenía que devolver cien fanegas de trigo porque durante tres años la sequía había destruido sus cereales y había tenido que pedir al rico para dar de comer a la familia.

"¡No hombre, no te preocupes de doblar lo que te dio! ¡Negar el trigo! ¡Exigir el doble a uno que tiene hambre e hijos, mientras que su trigo se agorgoja en los graneros por sobreabundancia! Escribe ochenta fanegas".

"¿Pero si se acuerda de que me dio veinte, y veinte y luego diez?". "¿Cómo se va a acordar? Te las di yo, *y yo no quiero* acordarme. Hazlo así. Haz como te digo y arregla tu situación. ¡Hace falta justicia entre pobres y ricos! Por mi parte, si fuera yo el patrón, hubiera pedido sólo las cincuenta, y quizás las perdonase incluso".

"Tú eres bueno. ¡Si fueran todos como tú! Recuerda que ésta es una casa amiga para ti".

El administrador fue a ver a otros, usando el mismo método, manifestándose dispuesto a sufrir para subsanar las cosas con justicia. Y le llovieron bendiciones y ofertas de ayuda.

Despreocupado ya respecto al futuro, fue tranquilo a ver a su jefe, el cual, por su parte, había estado siguiendo los pasos del administrador y había descubierto su juego. Y, no obstante, lo alabó diciendo: "Tu acción no es buena. No te alabo por ella. Pero debo alabarte por tu sagacidad. En verdad, en verdad los hijos del siglo son más astutos que los hijos de la luz".

Y Yo os digo también lo que dijo el rico: "El fraude no es una cosa bonita y nunca alabaré por él a ninguno. Pero os exhorto a ser, al menos en cuanto hijos del siglo, astutos con los medios del siglo, para darles un uso como monedas para entrar en el Reino de la Luz". O sea, con las riquezas terrenas, medios injustos en la repartición y usados para alcanzar un bienestar transitorio que no tiene valor en el Reino eterno, haceos amigos que os abran las puertas de él. Haced el bien con los medios de que disponéis, restituid lo que vosotros, u otros de vuestra familia, hayáis tomado sin derecho, separaos del apego enfermo y

culpable hacia las riquezas. Y todas estas cosas serán como amigos que, en la hora de la muerte, os abrirán las puertas eternas y os recibirán en las moradas bienaventuradas.

¿Cómo podéis exigir que Dios os dé sus bienes paradisíacos, si veis que no sabéis hacer buen uso ni siquiera de los bienes terrenos? ¿Pretendéis que, suponiendo un imposible, admita en la Jerusalén celeste elementos disipadores? No, nunca. Allá arriba se vivirá con caridad y con generosidad y justicia. Todos para Uno y todos para todos. La comunión de los santos es sociedad activa y honesta, es sociedad santa. Y ninguno que haya mostrado ser injusto e infiel puede entrar en ella.

No digáis: "Pero allá arriba seremos fieles y justos, porque tendremos todo sin sujeción a temor alguno". No. El que es infiel en lo poco sería infiel aunque poseyera el Todo, y quien es injusto en lo poco es injusto en lo mucho. Dios no confía las verdaderas riquezas al que en la prueba terrena muestra que no sabe hacer uso de las riquezas terrenas. ¿Cómo podrá Dios confiaros un día en el Cielo la misión de ser espíritus auxiliadores de vuestros hermanos de la Tierra, cuando habéis mostrado que arrebatar y robar, o conservar con avidez, es vuestra prerrogativa? Por eso os negará vuestro tesoro, el que había conservado para vosotros; y se lo dará a aquellos que supieron ser astutos en la Tierra usando incluso lo injusto y malsano en obras que lo hacían justo y sano.

*(El que es infiel en lo poco sería infiel aunque poseyera el Todo... La expresión, que ha de entenderse a la luz de Lucas 16, 10-12 fue aclarada por MV con la siguiente observación en una copia mecanografiada: "Lenguaje figurado para hacer comprensible la comparación. Es cierto que en el Cielo no se puede pecar ni ser infieles porque los que están en el Cielo están ya confirmados en gracia y ya no pueden pecar. Pero Jesús pone esta comparación para ser comprendido más fácilmente)*

Ningún siervo puede servir a dos señores. Porque será de uno de los dos u odiará a uno de los dos. Los dos señores que el hombre puede elegir son Dios o la Ganancia, Pero, si quiere ser del primero no puede ponerse los distintivos, seguir las voces, usar los medios del segundo».

Una voz se alza del grupo de los esenios:

-El hombre no es libre para elegir. Está obligado a seguir un destino. Y no se diga que éste está distribuido sin sabiduría. Es lo contrario: la Mente perfecta ha establecido, como propio designio perfecto, el número de los que serán dignos de los Cielos. Los otros inútilmente se esfuerzan en serlo. Así es. No puede ser de otra forma. De la misma manera que uno, saliendo de casa, puede encontrar la muerte a causa de una piedra desprendida de la cornisa, y otro, en el corazón de una batalla, se puede salvar hasta de la más pequeña herida, igualmente e1 que quiere salvarse, pero no está escrito que se haya de salvar, lo único que hará será pecar incluso sin saberlo, porque su condenación está ya designada.

-No, hombre. No es así. Y cambia de idea. Pensando así haces una grave injuria al Señor.

-¿Por qué? Demuéstramelo y me enmendaré.

-Porque tú, diciendo esto, admites mentalmente que Dios es injusto hacia sus criaturas. Él las ha creado de igual modo y con un mismo amor. Él es un Padre. Perfecto en su paternidad, como en todas las cosas. ¿Cómo puede entonces hacer distinciones y maldecir a un hombre cuando es concebido y es un inocente embrión, maldecirlo desde cuando es incapaz de pecar?

-Para resarcirse de la ofensa recibida del hombre.

-No. ¡Dios no se resarce así! No se conformaría con un mísero sacrificio como éste, de un injusto y forzado sacrificio. La culpa contra Dios sólo la puede quitar el Dios hecho Hombre. Él será el Expiador. No éste o aquel hombre. ¡Ojalá hubiera sido posible que Yo tuviera que quitar sólo 1a culpa original! ¡Que la Tierra no hubiera tenido ningún Caín, ningún Lámek, ningún pervertido sodomita, ningún homicida, ladrón, fornicador, adúltero, blasfemo, ninguno sin amor a sus padres, ningún perjuro, y así sucesivamente! Mas, de cada uno de estos pecados el pecador, y no Dios, es culpable y autor. Dios ha dejado libertad a sus hijos de elegir el Bien o el Mal.

-¡No hizo bien! - grita un escriba - ¡Nos ha tentado sobremodo!. Sabiendo que éramos débiles, ignorantes, gente corrompida, nos puso en la tentación. Ello es o imprudencia o maldad. Tú que eres justo deberás convenir en que digo una verdad.

-Dices una mentira para tentarme. Dios había dado a Adán y Eva todos los consejos. ¿Y de qué sirvió?

-Hizo mal también entonces. No debía haber puesto el árbol, la tentación, en el Jardín.

-¿Y entonces dónde está el mérito del hombre?

-Hubiera prescindido del mérito. Hubiera vivido sin mérito propio, sólo por mérito de Dios.

-Te quieren tentar, Maestro. Deja a esas serpientes. Escúchanos a nosotros, que vivimos en continencia y meditación - grita de nuevo el esenio.

-Sí, vivís así. Pero malamente. ¿Por qué no vivir así santamente?

El esenio no responde a esta pregunta, sino que pregunta:

-De la misma forma que me has dado una razón convincente sobre el libre arbitrio, y la voy a meditar sin animosidad, esperando poder aceptarla, dime ahora: ¿Crees realmente en una resurrección de la carne y en una vida de los espíritus completados por ella?

-¿Tú crees que Dios va poner fin así, sin más, a la vida del hombre?

-Pero el alma... Dado que el premio la hace dichosa, ¿para qué sirve hacer resucitar la materia? ¿Va a aumentar eso el gozo de los santos?

-Nada aumentará el gozo que un santo tendrá cuando posea a Dios. 0 sea, sólo una cosa lo aumentará en el último Día: el saber que el pecado ya no existe. ¿Y no te parece justo que, de la misma forma que durante este día carne y alma estuvieron unidas en la lucha por poseer el Cielo, en el Día eterno carne y alma estén unidas para gozar del premio? ¿No estás convencido de esto? ¿Y entonces por qué vives en continencia y meditación?

-Para... para ser más plenamente hombre, señor por encima de los otros animales, que obedecen a los instintos sin freno; y para ser superior a la mayor parte de los hombres, que están embadurnados de animalidad, a pesar de ostentar filacterias y fimbrias, y fórmulas, y amplias vestiduras, y se llaman "los apartados".

-¡Anatema!

Los fariseos, recibido de lleno el flechazo, que hace murmurar aprobadora a la multitud, se retuercen y gritan como endemoniados.

-¡Nos está insultando, Maestro! Tú conoces nuestra santidad. Defiéndenos - gritan gesticulando.

Jesús responde:

-También él conoce vuestra hipocresía. Las vestiduras no corresponden a la santidad. Mereced las alabanzas y entonces podré hablar. Pero a ti, esenio, te respondo que te sacrificas por demasiado poco. ¿Por qué? ¿Por quién? ¿Por cuánto? Por una alabanza humana. Por un cuerpo mortal. Por un tiempo rápido como vuelo de halcón. Eleva tu sacrificio. Cree en el Dios verdadero, en la bienaventurada resurrección, en la voluntad libre del hombre. Vive como asceta. Pero por estas razones sobrenaturales. Y con la carne resucitada gozarás de la eterna alegría.

-¡Es tarde! ¡Soy viejo! Quizás he malgastado mi vida estando en una secta de error... ¡Ya nada!...

-No. ¡Nunca es demasiado tarde para quien quiere el bien! Oíd, vosotros pecadores, vosotros que estáis en errores, vosotros, cualquiera que sea vuestro pasado. Arrepentíos. Venid a la Misericordia. Os abre los brazos. Os indica el camino. Yo soy fuente pura, fuente vital. Alejad de vosotros las cosas que os han descarriado hasta este momento. Venid desnudos al lavacro. Revestíos de luz. Renaced. ¿Habéis robado como salteadores de caminos, o elegante y astutamente en las transacciones y administraciones? Venid. ¿Habéis tenido vicios o pasiones impuras? Venid. ¿Habéis sido opresores? Venid. Venid. Arrepentíos. Venid al amor y a la paz. Dejad que el amor de Dios pueda derramarse sobre vosotros. Consolad este amor acongojado por vuestra resistencia, por vuestro miedo, por vuestra vacilación. Os lo ruego en nombre del Padre mío y vuestro. Venid a la Vida y a la Verdad, y tendréis la vida eterna.

Un hombre de la muchedumbre grita:

-¡Yo soy rico y pecador! ¿Qué debo hacer para ir?

-Renuncia a todo por amor a Dios y por amor a tu alma.

Los fariseos murmuran y satirizan a Jesús como «vendedor de cosas ilusorias y de herejías», como «pecador que pasa por santo», y le advierten que los herejes son siempre herejes, y que eso son los esenios. Dicen que las conversiones repentinas no son sino exaltaciones momentáneas y que el impuro seguirá siéndolo siempre, el ladrón ladrón, el homicida homicida, para terminar diciendo que sólo ellos, que viven en santidad perfecta, tienen el derecho al Cielo y a la predicación.

-Era un día feliz. Una siembra de santidad caía en los corazones. Mi amor, nutrido por el beso de Dios, daba a las semillas vida. El Hijo del hombre se sentía feliz de santificar... Vosotros me amargáis el día. Pero no importa. Yo os digo - y si no soy dulce la culpa es vuestra -, Yo os digo que sois de esos que se muestran justos, o tratan de hacerlo, a los ojos de los hombres, pero que no lo son. Dios conoce vuestros corazones. Lo que es grande a los ojos de los hombres es abominable ante la inmensidad y perfección de Dios. Vosotros citáis la Ley antigua. ¿Por qué, entonces, no la vivís? Modificáis para ventaja vuestra la Ley, cargándola con pesos que os producen una ventaja. ¿Por qué, entonces, no dejáis que Yo la modifique en favor de estos pequeños, quitándole todas las fórmulas y sutilezas cargosas, inútiles, de los preceptos que habéis establecido vosotros, tales y tantos que la Ley esencial desaparece bajo ellos y muere ahogada? Yo siento compasión de estas turbas, de estas almas que buscan respiro en la Religión y encuentran un nudo corredizo; que buscan el amor y encuentran el terror...

No. ¡Venid, pequeños de Israel! ¡La Ley es amor! ¡Dios es amor! Esto digo a los que vosotros atemorizáis. La Ley severa y los profetas amenazadores que me han anunciado sin lograr mantener distanciado el pecado, a pesar de los gritos de su profetismo angustioso, llegan hasta Juan. De Juan en adelante viene el Reino de Dios, el Reino del amor. Y digo a los humildes: "Entrad en él. Es para vosotros". Y todos los que tienen buena voluntad se esfuerzan en entrar. Pero, para los que no quieren agachar la cabeza, golpearse el pecho, decir: "He pecado", no habrá Reino. Está escrito: "Circuncidad vuestro corazón y no endurezcáis más vuestra cerviz".

Esta tierra vio el prodigio de Eliseo, que hizo dulces las aguas amargas echando en ellas la sal. ¿Y Yo no echo la sal de la Sabiduría en vuestros corazones? ¿Y entonces por qué sois inferiores al agua y no cambiáis vuestro espíritu? Añadid a vuestras fórmulas mi sal y tendrán un nuevo sabor, porque volverán a dar a la Ley la primitiva fuerza. En vosotros, los más necesitados, antes que en ningún otro. ¿Decís que cambio la Ley? No. No mintáis. Devuelvo a la Ley su primitiva forma, que vosotros habéis alterado. Porque es una Ley que durará cuanto dure la Tierra, y antes desaparecerán el cielo y la tierra que uno solo de sus elementos constitutivos o de sus consejos. Y si la cambiáis, por satisfacer vuestro gusto, y entráis en sutilezas buscando escapatorias a vuestras culpas, sabed que ello no es beneficioso. ¡No es beneficioso, Samuel! ¡No es beneficioso, Isaías! Permanentemente está escrito: "No cometas adulterio", y Yo completo: "Quien despide a su esposa para tomar otra es adúltero, y quien se casa con una mujer repudiada por su marido es adúltero, porque sólo la muerte puede dividir lo que Dios ha unido".

Pero las palabras duras son para los pecadores impenitentes. Los que han pecado pero se afligen desconsoladamente por haberlo hecho, sepan, crean que Dios es Bondad, y se acerquen a Aquel que absuelve, perdona y admite a la Vida. Salid de aquí con esta certeza. Esparcidla en los corazones. Predicad la misericordia que os da la paz bendiciéndoos en el nombre del Señor.

La gente empieza a marcharse del lugar, lentamente (bien porque el sendero es estrecho, bien porque Jesús los atrae), pero dejan el lugar...

Se quedan con Jesús los apóstoles. A su vez se ponen en marcha, y van hablando. Buscan sombra caminando al lado de un pequeño bosquecillo de tamarices de desordenadas frondas. Pero dentro hay un esenio. El que ha hablado con Jesús. Se está quitando sus vestiduras blancas.

Pedro, que va delante de todos, lleno de estupor al ver que el hombre se queda sólo con el calzón corto, se echa a correr hacia el grupo diciendo:

-¡Maestro! ¡Un loco! El que hablaba contigo, el esenio. Se ha desnudado y llora y suspira. No podemos ir allí.

Pero el hombre, delgado, con poblada barba, su cuerpo completamente desnudo a excepción del calzón corto y las sandalias, ya sale de la espesura del bosquete y viene hacia Jesús llorando y golpeándose el pecho. Se arrodilla:

-Yo soy el curado milagrosamente en el corazón. Me has curado el espíritu. Obedezco tu palabra. Tomo nuevo vestido, de luz, dejando todo pensamiento que fuera para mí vestido de error. Me separo para meditar sobre el Dios verdadero, para obtener vida y resurrección. ¿Es suficiente? Dame el nuevo nombre y un lugar donde vivir de ti y de tus palabras.

-¡Está loco! ¡No sabemos hacerlo nosotros que oímos tantas! Y él... por un solo discurso... - comentan entre sí los apóstoles.

Pero el hombre, que lo oye, dice:

-¿Queréis poner límites a Dios? Él me ha quebrantado el corazón para darme un espíritu libre. ¡Señor!... - suplica con los brazos extendidos hacia Jesús.

-Sí. Llámate Elías y sé fuego. Aquel monte está lleno de cavernas. Ve a él, y cuando sientas temblar la tierra por un tremendo terremoto, sal y busca a los siervos del Señor para unirte a ellos. Habrás nacido de nuevo, para ser siervo tú también. Ve.

El hombre le besa los pies, se alza y se pone en camino.

-¿Pero va así desnudo? - preguntan asombrados.

-Dadle un manto, un cuchillo, yesca y eslabón, y un pan. Caminará hoy y mañana, y luego se retirará en oración al lugar donde estuvimos nosotros. El Padre se ocupará de su hijo.

Andrés y Juan se echan a correr y le dan alcance cuando ya está para desaparecer tras un recodo.

Vuelven diciendo:

-Lo ha cogido. Le hemos indicado también el lugar donde estábamos. ¡Qué conquista tan inesperada, Señor!

-Dios hace germinar flores hasta en las rocas. También en los desiertos de los corazones hace surgir espíritus de voluntad para consuelo mío. Ahora vamos hacia Jericó. Nos alojaremos en alguna casa del campo.

## 382

## Un alto en casa de Nique.

El camino, a pesar de que corte verdes campos orlados de árboles frondosos en su linde con él, es un horno bajo el sol cenital. De los campos - los cereales se encaminan rápidamente a su maduración - viene un calor y olor como de horno en que la flor de la harina se transforma en pan. La luz es deslumbradora. Cada espiga, entre las glumas áureas y las aristas puntiagudas, parece una pequeña lámpara de oro, y los visos del sol en la paja de los tallos molestan a los ojos, como también los reflejos del camino, cegador de tanto sol. En vano los ojos buscan alivio en las frondas: si se alzan buscándolo, quedan aún más a merced del sol despiadado y han de bajarse enseguida, huyendo de esa violencia, y restringirse, reducirse a una abertura sutil entre las pestañas polvorientas, entre los bordes de los párpados enrojecidos y doloridos. El sudor forma líneas brillantes en los carrillos polvorientos. Los pies cansados se arrastran levantando nuevo polvo que atormenta, atormenta, atormenta.

Jesús consuela a sus cansados apóstoles. Aunque Él también suda, se ha puesto sobre la cabeza el manto, para defenderse del sol, y aconseja a los demás que hagan lo mismo. Ellos obedecen sin decir nada. Están demasiado cansados para encontrar la fuerza necesaria para una de sus habituales manifestaciones de descontento. Van como borrachos...

-¡Ánimo!, que allá entre los campos hay una casa... - dice Jesús.

-Si es como las otras... lo único será el desconsuelo de recorrer mucho camino sin sentido por esas tierras abrasadoras - rezonga Pedro bajo el manto. Y los otros lo confirman con un « ¡mmm!» desconsolado.

-Voy Yo. Quedaos aquí, debajo de esta poca sombra.

-No. No. Vamos también nosotros. Aquí no falta el agua. A1 menos tendrán un pozo... Y bebemos para apagar el fuego que tenemos dentro.

-Beber tan sudorosos os haría daño.

-Moriremos.., pero en todo caso será mejor que lo que tenemos ahora...

Jesús no rebate. Suspira y se pone a caminar delante del grupo, por un senderillo que hay entre los campos de cereales.

Los campos no llegan hasta la casa, sino sólo hasta los límites de un pomar maravilloso, lleno de sombra, donde la luz y el calor están mitigados, y que forma un cinturón óptimo y reconfortador en torno a la casa. Y los apóstoles, con un «¡ah!» de alivio, se lanzan adentro. Jesús sigue andando, sin tener en cuenta sus peticiones de quedarse allí un buen rato.

Zurear de palomas, chirrío de garruchas, serenas voces de mujer vienen de la casa y se esparcen en el silencio soleado del campo. Jesús aparece en una placita que circunda a la casa, como una acera ancha y limpia sobre la que una pérgola de uva extiende un bordado de frondas y sombra protectora. Dos pozos, uno en el lado derecho, otro en el lado izquierdo de la casa, ensombrados por la vid. Arriates junto a las paredes de la casa. Cortinas ligeras, de rayas oscuras, ondean en las puertas abiertas. Voces de mujeres y rumor de movimiento de loza salen de una habitación.

Jesús se dirige a ella, y a su paso una docena de palomas, que estaban picoteando unos granos de cereales, alzan el vuelo con fuerte aleteo. El ruido atrae la atención de quien está en la habitación, y mientras Jesús aparta la cortina con la mano por la parte derecha, al mismo tiempo una criada la aparta por la izquierda... y se queda asombrada ante el Desconocido.

-¡Paz a esta casa! ¿Podéis darme refrigerio, como peregrino? - dice Jesús desde la puerta de esta habitación, que es una cocina grande donde las domésticas están lavando la loza usada para la comida del mediodía.

-La ama no te cerrará su casa. Voy a avisarle.

-Pero traigo conmigo a otros doce, y si pudiera darme refrigerio sólo a mí preferiría quedarme sin él.

-Vamos a decírselo a la ama sin duda...

-¡Maestro y Señor! ¿Tú aquí? ¿En mi casa? ¿Qué gracia especial es ésta? - interrumpe una voz; y una mujer, Nique, se acerca rápidamente y se arrodilla a besar los pies de Jesús.

Las criadas parecen estatuas. La que estaba lavando los platos se ha quedado con el trapo en la derecha y un plato que gotea en la izquierda enrojecida por el agua hirviendo. Otra, que estaba sacando brillo a los cuchillos, en un rincón, sentada en el suelo sobre los talones, se yergue sobre sus rodillas para ver mejor, y se le caen los cuchillos al suelo con estrépito. Una tercera, que estaba vaciando de ceniza los fogones, levanta la cara cenizosa y se queda así, por encima del nivel del hogar, con la boca abierta.

-¡Aquí estoy. Nos han rechazado en muchas casas. Estamos cansados y sedientos.

-¡Oh! ¡Ven! ¡Ven! No aquí. A las salas de septentrión, que son frescas y umbrosas. Y vosotras preparad agua para los cuerpos y bebidas aromáticas. Y tú, niña, corre a despertar al administrador; que te ayude para las primeras cosas de comer, en espera del banquete...

-¡No, Nique! No soy el invitado mundano. Soy tu Maestro perseguido. Te pido alojamiento y amor más que comida. Pido piedad. Más para mis amigos que para mí mismo...

-Sí, Señor. Pero ¿cuándo habéis comido por última vez?

-Ellos no lo sé. Yo ayer, al rayar el día, con ellos.

-¿Lo ves?... No voy a derrochar. Pero, como una madre o hermana, voy a darles a todos lo necesario, y a ti, como sierva y discípula, honor y ayuda. ¿Dónde están los hermanos?

-En el huerto. Pero quizás ya vienen. Oigo voces.

Nique corre fuera y los ve. Los llama y luego los conduce, junto con Jesús, a un fresco vestíbulo donde ya hay barreños y toallas y pueden refrescarse la cara, brazos y pies, del abundante polvo y del sudor.

-Por favor, quitaos esa ropa tan sudada; dádselo todo inmediatamente a las criadas. Es un gran descanso tener los vestidos limpios y las sandalias frescas. Y luego venid a esa sala. Os espero allí.

Y Nique se marcha, cerrando la puerta...

...¡Ah! ¡Pues se está bien en esta sombra y así, bien refrescados! - suspira Pedro entrando en 1a sala donde Nique los espera, atenta y respetuosa.

-Mi alegría por poderos aliviar es más grande que tu propio alivio, apóstol de mi Señor.

-¡Mmm! Apóstol... Ya... bueno... Mira, Nique, vamos a hacer una cosa simple, ¿eh? Tú sin mostrar que eres rica y culta, yo sin mostrar que soy apóstol; así... como buenos hermanos, que tienen necesidad el uno del otro para el alma y el cuerpo. Me da demasiado... miedo pensar que soy "apóstol".

-¿Miedo a qué? - pregunta sorprendida la mujer, y sonríe.

-De... ser demasiado... demasiado voluminoso respecto a la arcilla que soy, y de que vaya a romperme por el peso... Miedo a... hacerme un engreído por la soberbia... Miedo de que... con la idea de que soy el apóstol, los otros... quiero decir, los discípulos... y las almas buenas, se mantengan distantes de mí y callen aunque me equivoque... Y yo esto no lo quiero, porque entre los discípulos, incluso entre los que creen, así, llanamente y sin más, hay muchos que son mejores que yo, unos en una cosa, otros en otra; y yo quiero hacer como... como esa abeja que ha entrado y se ha chupado un poco de esto un poco de lo otro de las cestas de fruta que has mandado traer para nosotros, y ahora, para completar, añade los jugos de esas flores, y luego irá afuera a chupar tréboles y flores de lis, manzanillas y convólvulos. Toma de todos. Y yo necesito hacer como ella...

-¡Tú libas la más hermosa flor: el Maestro!

-Sí, Nique. Pero de É1 aprendo a hacerme hijo de Dios; de los hombres aprenderé a hacerme hombre.

-Lo eres.

-No, mujer. Soy poco menos que un animal. Y no sé verdaderamente cómo es que me soporta el Maestro...

-Te soporto porque sabes lo que eres, y por eso puedes ser trabajado como la pasta. Pero si hicieras resistencia y fueras terco, soberbio sobre todo, te alejaría de mí como a un demonio - dice Jesús.

Entran unas criadas con tazas de leche fría, y ánforas porosas donde los líquidos ciertamente están muy frescos.

-Por favor, tomad este refresco - dice Nique - Después podréis descansar hasta la noche. La casa tiene habitaciones y camas. Y, si no las tuviera, dejaría las mías para que descansarais vosotros. Maestro, me retiro para las labores de la casa. Sabéis todos dónde encontrarme, a mí y a las criadas.

-Ve. Y no estés preocupada por nosotros.

Nique sale. Los apóstoles hacen honor al refresco que les ha sido ofrecido. Y, comiendo con alegre apetito, hablan y comentan.

-¡Buena fruta!

-Y buena discípula.

-Bonita casa. No lujosa, pero no pobre.

-Y gobernada por una mujer que es dulce y fuerte al mismo tiempo. Orden, limpieza, respeto, y al mismo tiempo afectuosidad.

-¡Qué campos tan bonitos tiene alrededor! ¡Una buena riqueza!

-Sí. ¡Un horno!... - dice Pedro, que no ha olvidado todavía lo que ha sufrido. Los otros ríen.

-Pero aquí se está bien. ¿Y sabías que Nique estaba aquí? - pregunta Tomás.

-No más de lo que lo supierais vosotros. Sabía que cerca de Jericó tenía unas tierras que había adquirido hacía poco. Nada más. El amado ángel de los peregrinos nos ha guiado.

-La verdad es que te ha guiado a ti. Nosotros no queríamos venir.

-Yo estaba dispuesto ya a echarme al suelo y dejarme achicharrar por el sol antes que dar un sólo paso más - dice Mateo.

-Ya no se puede andar de día. Este año el sol muy pronto es fuerte. Parece que también él se está volviendo loco.

-Sí. Vamos a caminar durante las primeras horas del día y cuando sea de noche. Pero pronto iremos a los montes. Allí el calor está más mitigado.

-¿A mi casa? - pregunta Judas Iscariote.

-Sí, Judas. Y a Yuttá y a Hebrón.

-Pero no a Ascalón, ¿eh?

-No, Pedro. Iremos a lugares a donde no hayamos ido todavía. De todas formas, tendremos también sol y calor. Un poco de sacrificio por amor a mí y a las almas. Ahora descansad. Voy a orar al huerto.

-¿Pero Tú no estás nunca cansado? ¿No sería mejor que descansaras Tú también? - pregunta Judas de Alfeo.

-Quizás el Maestro quiere estar aquí un tiempo... - observa el Zelote.

-No, partimos al rayar el alba. Para esguazar el río durante las horas frescas.

-¿A dónde vamos a la otra orilla del Jordán?

-Las turbas regresan después de la Pascua a sus casas. En Jerusalén demasiados me buscaron en vano. Predicaré y curaré en el vado. Luego iremos a poner en orden la casita de Salomón. Nos será preciosa...

-¿Pero no volvemos a Galilea?

-También iremos allí. Pero estaremos mucho en estas partes meridionales y un refugio será precioso. Dormid. Yo salgo.

La cena debe haber tenido lugar. Es de noche. Abundantes gotas de rocío que de los aleros caen sonando en las hojas de la vid. Estrellas inverosímiles en el cielo; un número incalculable de estrellas, de estrellas en que se pierde la mirada. Cantos de grillos y aves nocturnas, y silencio de los campos.

Los apóstoles ya se han retirado. Pero Nique está levantada, escuchando al Maestro. Él está sentado rígidamente en un asiento de piedra que apoya contra la casa. La mujer está de pie, delante de Él, con postura de atento respeto.

Jesús debe estar terminando de desarrollar unas palabras. Dice:

-Sí. La observación es cabal. Pero es cierto que a este penitente, o mejor: a este que "está renaciendo", no le habría faltado la ayuda del Señor. Mientras cenábamos y tú preguntabas al mismo tiempo que servías, Yo pensaba que la ayuda eres tú. Has dicho: "No puedo seguirte sino por breves períodos, porque se debe vigilar la casa y a la servidumbre nueva". Y manifestabas tu desazón por ello, diciendo que si hubieras sabido que me ibas a haber encontrado enseguida, no habrías adquirido esto que te vincula. Como puedes ver, esto ha servido para hospedar a los evangelizadores. Por tanto, es bueno. Pero es que, de todas formas, puedes servir... En espera de servir perfectamente a tu Señor, te pido un servicio, por amor a esa alma que está renaciendo, que está llena de buena voluntad, pero que es muy débil. El exceso de penitencia podría angustiarla, y Satanás servirse de esa angustia.

-¿Qué debo hacer, mi Señor?

-Ir. Cada luna, ir como si fuera un rito. Lo es. Es un rito de amor fraterno. Irás al Carit y, subiendo por el sendero que va entre los robles, llamarás: "¡Elías! ¡Elías!". Él se asomará, extrañado, para ver. Tú lo saludarás así: "La paz a ti, hermano, en nombre de Jesús el Nazareno". Le llevarás tantos panes bizcochados cuantos días tiene una luna. Nada más en el verano. Desde los Tabernáculos en adelante, junto con los panes le llevarás cuatro loges de aceite cada mes. Y para los Tabernáculos le llevarás una túnica caprina, que es pesada y no se moja, y una manta. Ninguna otra cosa.

-¿Y ninguna palabra?

-Las estrictamente útiles. Te preguntará por mí. Dirás lo que sabes. Te confiará sus dudas, esperanzas y desalientos. Tú dirás lo que tu fe y piedad te inspiren. Por otra parte, no durará mucho el sacrificio... Ni siquiera doce lunas... ¿Quieres ser compasiva conmigo y con el penitente?

-Sí, mi Señor... Pero ¿por qué tan triste?

-¿Y tú por qué lloras?

-Porque en tus palabras presiento presagio de muerte... ¿Te voy a perder tan pronto, Señor?

Nique llora en su velo.

-¡No llores! Tendré mucha paz, después... Sin odio. Sin celadas. Sin todo este... horror del pecado contra mí, en torno a mí... Sin compañías atroces... ¡No llores, Nique! Tu Salvador estará en paz. Victorioso...

-Pero antes... pero antes... Con mi marido siempre leíamos a los profetas... Y temblábamos de horror por las palabras de David e Isaías... Pero, ¿te va a pasar eso?, ¿exactamente eso?

-Eso y más todavía...

-¡Oh!... ¿Quién te consolará? ¿Quién hará que en tu muerte tengas... esperanza todavía'?

-El amor de los discípulos, y especialmente de las discípulas fieles.

-También el mío, entonces. Porque yo bajo ningún concepto estaré lejos de mi Redentor. Sólo... ¡oh! ¡Señor!... exige de mi todas las penitencias, todos los sacrificios, pero dame un coraje viril para esa hora. Cuando Tú seas "como una teja reseca", y tengas "la lengua pegada al paladar" por la sed, cuando parezcas "el leproso que se cubre la cara", haz que yo te conozca como Rey de reyes y te asista como sierva devota. ¡No me escondas tu rostro torturado, Dios mío! Como ahora dejas que me deleite en tu fulgor, Estrella de la mañana, haz que pueda mirarte entonces, y que tu rostro se estampe en mi corazón, que - ¡ay, el mío también, como el tuyo! - ese día estará blando como la cera, por el dolor...

Nique está ahora de rodillas, casi abatida, y de vez en cuando levanta su cara bañada en lágrimas a mirar a su Señor, candor de carne bajo el candor de la luna contra el color oscuro de la pared.

-Tendrás todo esto. Y Yo, tu piedad. Subirá conmigo a mi patíbulo y de allí subirá conmigo al Cielo. Tu corona para toda la eternidad. Ángeles y hombres dirán de ti la más bella alabanza: "En la hora de la desventura, del pecado, de la duda, ella fue fiel, no pecó y socorrió a su Señor". Levántate, mujer. Y bendita seas ya desde ahora y para siempre.

Le impone las manos mientras ella hace ademán de ponerse de pie, y luego vuelven a la casa silenciosa, para el descanso de la noche.

## 383

## Discurso sobre la muerte junto al vado del Jordán.

Las orillas del Jordán en las inmediaciones del vado, en estos días de regreso de las caravanas hacia las diversas comarcas de residencia, asemejan en todo a un campamento nómada. Hay, esparcidas por todas partes, a lo largo de los bosques que forman una orla verde en los lados del río, tiendas, o incluso simplemente mantas extendidas de un tronco a otro, apoyadas en palos hincados en el suelo, atadas a la alta silla de un camello, en definitiva, sujetas de alguna manera, lo suficiente como para poderse meter uno debajo y ampararse del aguazo, que debe ser hasta lluvia en estos lugares por debajo del nivel del mar.

Cuando Jesús llega a las orillas con los suyos, al norte del vado, los campamentos se están despertando lentamente. Jesús debe haber salido de la casa de Nique verdaderamente con los primeros albores, porque todavía no es plena aurora. Ya el aspecto del lugar es bello, fresco, sereno. Los más diligentes empiezan a salir de las variopintas tiendas y a bajar al río para lavarse, despertados por los relinchos o rebuznos, por los gritos estridentes de caballos, asnos y camellos, y por las peleas o cantos de centenares de pájaros y otras aves que están entre el follaje de los sauces, de los cañaverales, o de los altos árboles que forman galerías verdes sobre las márgenes floridas. Algún lloro de niño y voces dulces de madres hablando a sus hijos. La vida vuelve en todas sus manifestaciones, a cada minuto. De la cercana Jericó vienen vendedores de todas las especies y nuevos peregrinos, y guardias y soldados con la misión de vigilar y mantener el orden, en estos días en que gente de todas las regiones se encuentran y no se ahorran insultos ni reproches, y en los cuales no deben ser poco frecuentes los robos de rateros que se mezclan con apariencia de peregrinos - en realidad para cometer ladronerías - entre el gentío. Tampoco faltan las mujeres públicas que tratan de hacer "su" peregrinaje pascual, o sea, sacar a los peregrinos más ricos y lujuriosos dinero y regalos como pago a una hora de placer, en la cual míseramente quedan anuladas todas las purificaciones pascuales... Las mujeres honestas que están entre los peregrinos junto con sus maridos o sus hijos ya adultos chillan como urracas inquietas para llamar a sus hombres (a los que están embobados - o les parece que lo están a sus mujeres o madres- observando a las meretrices). Éstas ríen con desfachatez, y responden ásperamente a los... apelativos que las honestas les propinan. Los hombres, especialmente los soldados, ríen, y no rehúsan bromear con las mujeres públicas. Algún israelita, verdaderamente rígido de moral, o sólo hipócritamente, se aleja desdeñado, y otros... anticipan el alfabeto de los sordomudos, porque con gestos se entienden maravillosamente con las mundanas.

Jesús no sigue el camino recto que le llevaría al centro del campamento, sino que baja al guijarral del río, se descalza y camina por donde el agua ya lame la hierba. Los apóstoles lo siguen.

Los más ancianos, los más intransigentes, dicen con enfado:

-¡Y pensar que aquí el Bautista predicó penitencia!

-¡Ya! ¡Claro! ¡Este lugar ahora está más degradado que un pórtico de termas romanas!

-¡Y los que se llaman santos no se desdeñan de buscar aquí su pasatiempo!

-¿Ves también tú?

-También tengo ojos en la cara. ¡Veo! ¡Veo!...

En la cola de la pequeña tropa, que lleva a la cabeza a Jesús, entre Andrés, Juan, Judas y Santiago de Alfeo, van los más jóvenes o los menos severos, o sea: Judas de Keriot, que ríe y mira muy atentamente lo que sucede en los grupos acampados y no se desdeña de contemplar a las guapas descaradas que han venido en busca de clientes; Tomás, que se ríe con ganas al ver las iras de las honestas; los desdenes de los fariseos; Mateo, que, habiendo sido un pecador, no puede hablar severamente contra el vicio y los viciosos, y se limita a suspirar y a menear la cabeza; y Santiago de Zebedeo, que observa sin interés ni críticas, con indiferencia.

El rostro de Jesús está serio, marmóreo, como esculpido en una piedra. Y se pone cada vez más serio cuanto más llegan a Él, desde lo alto del ribazo, frases admiradoras, o conversaciones desvergonzadas entre un hombre poco honesto y una mujer de placer. Mira siempre hacia adelante, fijamente. No quiere ver. Y su intención es muy clara por todo su aspecto.

Pero un joven, muy ricamente vestido, que con otros de su edad está hablando con dos mujeres mundanas, dice fuerte a una de ellas:

-¡Venga, venga! Que nos queremos reír un poco. ¡Ofrécete! ¡Consuélalo! Está triste porque es pobre y no puede comprarse hembras.

A Jesús le afluye por un momento el color rojo a su cara de marfil, que luego palidece de nuevo; pero no vuelve la mirada: la alteración del color es la única señal de que ha oído.

La desvergonzada, toda ella un traqueteo de adornos entre un liviano ondear de vestidos, con un grito zalamero, salta al guijarral desde la parte baja del ribazo, y encuentra la forma, al hacerlo, de mostrar furtivamente muchas secretas bellezas. Cae justo a los pies de Jesús, y toda ella un trino de risas en su bonita boca, y una invitación de ojos y de formas, grita:

-¡Oh, el más guapo de los nacidos de mujer! ¡Por un beso de tu boca, toda yo gratis!

Juan, Andrés, Judas y Santiago de Alfeo se han quedado inmóviles de escandalizado estupor y no saben hacer ningún gesto. ¡Pero Pedro! Da un salto de pantera y, desde su grupo, se abalanza sobre la malaventurada, que está de rodillas medio echada para atrás, la zarandea, la levanta, la arroja contra el ribazo con un epíteto tremendo, y arremete contra ella para darle el resto.

Jesús dice:

-¡Simón!

Un grito en que hay más que en un discurso.

Y Simón vuelve, rojo de ira, donde su Señor.

-¿Por qué no me dejas castigarla?

-Simón, no se castiga un vestido manchado. Se le lava. Esa mujer tiene por vestido su carne manchada, y su alma está profanada. Debemos orar para limpiarla en el alma y en la carne.

Y lo dice dulcemente, en voz baja, pero no tan baja que no lo pueda oír la mujer; y, reanudando la marcha, vuelve - ahora sí que la vuelve - un instante la mirada de sus dulces ojos a la desventurada. ¡Una mirada, una sola! ¡Un instante, uno solo! ¡Pero hay en ella toda la potencia del misericordioso amor! Y la mujer agacha la cabeza y sube el velo, se envuelve en él... Jesús prosigue su camino.

Ya está en el vado. Las aguas, bajas, permiten que pasen por ellas a pie los adultos. Basta con subirse la ropa por encima de las rodillas y buscar las piedras anchas y sumergidas que blanquean bajo las aguas cristalinas para hacer de acera a los que vadean el río; mientras que los que van en cabalgaduras pasan río abajo.

Los apóstoles chapotean contentos dentro del agua, que les llega hasta la mitad del muslo. Pedro... no da crédito a ello. Promete y se promete que durante la estancia en casa de Salomón no faltará el modo de regalarse un baño «refrescante», dice él, como compensación de la «tostadura» de ayer.

Ya están en la otra parte. También aquí hay mucha gente, que se pone en movimiento después de la noche o que se seca tras haber vadeado el río.

Jesús ordena:

-Diseminaos para decir que está el Rabí. Yo voy junto a aquel tronco derribado y os espero.

Pronto mucha gente ha sido avisada y ya acude.

Jesús empieza a hablar. Toma como motivo un cortejo que pasa llorando detrás de unas angarillas, sobre las cuales hay uno que se ha enfermado en Jerusalén; ahora, desahuciado por los médicos, lo llevan rápidamente a casa para que muera allí. Todos hablan de él porque es rico y joven todavía. Y muchos dicen:

-¡Pues debe ser un gran dolor el morir con tantas riquezas y tan pocos años!

Y hay quien dice (quizás son personas que ya creen en Jesús):

-¡Le está bien empleado! No sabe tener fe. Los discípulos han ido a decir a los parientes: “Allí está el Salvador. Si tenéis fe y pedís, el enfermo se curará". Pero - el primero él - se han negado a venir al Rabí.

Las críticas siguen a las manifestaciones de compasión. Y Jesús se sirve de todo esto para empezar a hablar.

-¡La paz a todos vosotros!

Ciertamente a los ricos y jóvenes que son ricos y jóvenes sólo en dinero y años les duele morir, pero a los que son ricos en virtud y jóvenes por pureza de costumbres no les duele. E1 verdadero sabio, desde el uso de razón en adelante, se conduce de forma tal, que su muerte sea plácida. *La vida es la preparación de la muerte, como la muerte es la preparación a la Vida más grande que hay.* El verdadero sabio, desde que comprende la verdad de la vida y de la muerte, de la muerte para la resurrección, se industria en todos los modos posibles para despojarse de todo lo inútil y para enriquecerse con todo lo útil, o sea, las virtudes y las buenas acciones, y así disponer de un bagaje de bienes ante Aquel que lo llama a su presencia para juzgarlo, para premiarlo, o para castigarlo con justicia perfecta. El verdadero sabio conduce una vida que lo hace más adulto en la sabiduría que un anciano, y más joven que un adolescente, porque, viviendo con virtud y justicia, conserva en el corazón una frescura de sentimientos que en algunos casos ni siquiera los adolescentes tienen. ¡Qué dulce es entonces morir! Reclinar la cabeza cansada en el seno del Padre, recogerse en su abrazo, decir entre las brumas de la vida que huye: "Te amo, espero en ti, en ti creo", decirlo por última vez en la Tierra para decir después el jubiloso "¡Te amo!", eternamente, entre los fulgores del Paraíso.

¿Duro pensamiento la muerte? No. Justo decreto para todos los mortales, no grávido de angustia sino para aquellos que no creen y están cargados de culpas. Inútilmente el hombre, para explicar las angustias exasperadas de uno que muere y que en su vida no fue bueno, dice: "Es porque no quisiera morir todavía, porque no ha hecho ningún bien, o ha hecho poco bien, y querría vivir más para satisfacer por ello". En vano dice: "Si hubiera vivido más, habría podido conseguir un premio mayor, porque habría hecho más". El alma sabe, al menos confusamente, cuánto tiempo le es dado: respecto a la eternidad, prácticamente *nada. Y* el alma incita a todo el yo a actuar. *(El alma sabe... Con una nota en una copia mecanografiada, MV precisa:* ***“****Sabe que la duración de la vida terrena es breve y la muerte puede descargar su mano de improviso, incluso en tierna edad o juventud. Por eso incita a obrar bien, enseguida...”)* Pero, ¡pobre alma! La verdad es que en muchas ocasiones se ve oprimida, pisoteada, amordazada para no oír sus palabras.

Esto sucede en los que no tienen buena voluntad. Por el contrario, los hombres justos, desde la niñez, escuchan al alma, obedecen sus consejos, y, laboriosos, obran continuamente. Joven en años pero rico en méritos muere el santo, algunas veces en la aurora de la vida; y no podría ser más santo de cuanto lo es ya, por cien o mil años que se añadieran, porque el amor a Dios y al prójimo, practicados en todas sus formas y con toda generosidad, lo hacen perfecto. En el Cielo no se mira cuántos años ha vivido uno, sino cómo ha vivido.

Se hace duelo ante los cadáveres. Se lloran. Pero el cadáver no llora. Uno tiembla por tenerse que morir, pero esa misma persona no se preocupa de vivir de forma que no haya de temblar en la hora de la muerte. ¿Y por qué no se llora y se

hace duelo ante los cadáveres vivos, que son los cadáveres más verdaderos, aquellos que, como en un sepulcro, llevan en el cuerpo un alma muerta? ¿Y por qué los que lloran al pensar que su carne tiene que morir, no lloran por el cadáver que llevan dentro? ¡Cuántos cadáveres veo Yo, y que ríen y gastan bromas y no se lloran a sí mismos! ¡Cuántos padres, madres, esposos, hermanos, hijos, amigos, sacerdotes, maestros, veo que lloran sin sentido por un hijo, un cónyuge, un hermano, un padre, un amigo, un fiel, un discípulo, fallecidos en evidente amistad con Dios, después de una vida que ha sido una guirnalda de perfecciones; y que no lloran ante los cadáveres de las almas de un hijo, cónyuge, hermano, padre, amigo, fiel, discípulo, que está muerto por el vicio, por el pecado, y además muerto eternamente, perdido para siempre, si no se enmienda! ¿Por qué no tratar de resucitarlos? ¡Es amor, ¿sabéis?! Es el más grande amor. ¡Oh, lágrimas sin sentido por algo que era polvo y en polvo se ha convertido! ¡Idolatría del afecto! ¡Hipocresía del afecto! Llorad, sí, pero que sea por las almas muertas de vuestras personas más amadas. Tratad de llevarlos a la Vida. Y os hablo especialmente a vosotras, mujeres, que tanto podéis ante aquellos a quienes amáis.

Ahora, juntos, veamos aquello que la Sabiduría indica como causa de muerte y vergüenza.

No insultéis a Dios haciendo mal uso de la vida que os ha dado, manchándola con malas acciones que deshonran al hombre. No insultéis a vuestros padres con una conducta que arroja fango sobre sus cabellos blancos y espinos de fuego sobre sus últimos días. No injuriéis a quien os hace el bien, para no ser maldecidos por el amor que pisoteáis. No injuriéis a quien gobierna, porque no es con la rebelión contra los gobernantes como se hacen grandes y libres las naciones, sino que la ayuda del Señor se obtiene con la conducta santa de los ciudadanos, y el Señor puede tocar el corazón de los gobernantes o quitarlos de su puesto o quitarles incluso la vida, como ha enseñado en repetidas ocasiones nuestra historia de Israel, cuando sobrepasan la medida, y, especialmente, cuando el pueblo, santificándose, merece el perdón por parte de Dios y Dios retira el instrumento opresor del cuello de los castigados. No injuriéis a vuestra mujer con la afrenta de adúlteros amores, ni hiráis la inocencia de vuestros hijos con el conocimiento de amores ilícitos.

Sed santos ante aquellos que en vosotros ven, por afecto y por deber, a la persona que debe ser el ejemplo de su vida. No podéis escindir la santidad hacia el prójimo más próximo de la santidad hacia Dios, porque una genera la otra como los dos amores, a Dios y al prójimo, se generan recíprocamente.

Sed justos con los amigos. La amistad es un parentesco del alma. Está escrito: "¡Cuán bello es para los amigos caminar juntos!". Pero es hermoso si se camina por un camino de bien. ¡Ay de aquel que corrompe y traiciona la amistad haciendo de ella un egoísmo, o una traición, o un vicio, o una injusticia! Demasiados son los que dicen: "Te amo" para saber las cosas del amigo y aprovecharlas en propio beneficio. Demasiados, los que usurpan los derechos del amigo.

Sed honestos con los jueces. Todos los jueces. Desde el altísimo, que es Dios, al cual no se le tima ni se le engaña con prácticas hipócritas, hasta el íntimo, que es la conciencia; hasta los amorosos, y dolientes, y atentos con su amor vigilante, que son los ojos de los familiares; hasta el severo, que son los jueces del pueblo. No mintáis invocando a Dios para dar fuerza a la mentira.

Sed honestos en las ventas y en las compras. Cuando vendéis y la concupiscencia os dice: "Roba para conseguir más ganancia", mientras que la conciencia os dice: "Sé honrado porque a ti te dolería que te robaran", escuchad esta última voz, recordando que no se debe hacer a los demás aquello que no querríamos que nos hicieran a nosotros mismos. El dinero que os dan a cambio de un producto muchas veces está bañado del sudor y el llanto del pobre. Cuesta esfuerzo. Vosotros no sabéis cuánto dolor cuesta ese dinero, cuántos dolores hay detrás de esa moneda que a vosotros, vendedores, os parece siempre demasiado escasa por lo que dais. Niños enfermos, niños sin padre, ancianos escasos de dinero... ¡Oh, dolor santo y santa dignidad del pobre que el rico no comprende, ¿con qué finalidad no sois meditados?! ¿Por qué se vende con honradez al fuerte, al poderoso, por miedo a sus represalias, mientras que se abusa del indefenso, del hermano desconocido? Ello es un delito más contra el amor que contra la honradez misma. Y Dios lo maldice, porque la lágrima extraída de los ojos del pobre, que sólo posee el llanto como reacción contra el atropello, para el Señor tiene la misma voz que la sangre extraída de las venas de un hombre por un homicida, por un Caín de su propio semejante.

Sed honestos en las miradas, como en la palabra y en las acciones. Una mirada dada a quien no la merece es semejante a un lazo, una mirada negada a quien la merece es como un puñal. La mirada que se anuda con la pupila desvergonzada de la meretriz, y le dice: "¡Eres guapa!", y responde a su mirada invitante con la suya de adhesión, es peor que el nudo corredizo para el ahorcado. La mirada negada al pariente pobre o al amigo caído en la miseria es semejante a un puñal clavado en el corazón de estos desdichados. Y lo mismo la mirada de odio para el enemigo, o de desprecio para el mendigo. Al enemigo se le debe perdonar y amar al menos con el espíritu, si la carne se niega a amarlo. El *perdón es amor del espíritu. No vengarse es amor del espíritu.* Al mendigo se le debe amar porque ninguno lo conforta. No es suficiente arrojar una limosna y pasar despreciativos. La limosna sirve para la carne hambrienta, desnuda, sin cobijo. Pero la piedad que sonríe cuando da, que se interesa por el llanto del infeliz, es pan del corazón. Amad, amad, amad.

Sed honestos en los diezmos y en las costumbres. Sed honestos dentro de vuestras casas, sin abusar del siervo sobrepasando la medida y sin atentar contra la sierva que duerme bajo vuestro techo: si bien el mundo ignora el hurto cometido en el secreto de la casa, el hurto a la esposa desconocedora de los hechos y a la sierva a la que deshonráis, Dios conoce vuestro pecado.

Sed honestos en cuanto a la lengua. Y honestos en la educación de los hijos y las hijas. Está escrito: "Haz esto para que tu hija no te haga el hazmerreír de la ciudad". Yo digo: "Haced esto para que el espíritu de vuestra hija no muera".

Y ahora idos. Yo os he dado un viático de sabiduría y también me marcho ahora. El Señor esté con los que se esfuerzan en amarlo.

Los bendice con el gesto y rápido, baja del tronco derribado para tomar un senderillo que hay entre los árboles. Remonta el río y pronto desaparece entre las verdes marañas de frondas.

La muchedumbre hace animados comentarios, no sin pareceres contrarios. Naturalmente los contrarios son los pocos ejemplares de escribas y fariseos presentes entre las turbas de los humildes.

## 384

## El anciano Ananías, guardián de la casita de Salomón.

La casita de Salomón - la que vi sin saber quién era su propietario, en Marzo de 1944, en la visión de la resurrección de Lázaro - es una de las últimas de la única calle, que acaba en el río, de este pueblecito pobre y apartado. Un pueblecito de barqueros. Sus casitas más... ricas están dispuestas a lo largo de esta callecita polvorienta: las otras, esparcidas a la buena de Dios entre los árboles de las orillas. Verdaderamente no son muchas - no creo que lleguen a cincuenta -, y tan pequeñas que cabrían todas en uno de esos bloques de viviendas proletarias de las grandes ciudades actuales. Ahora la primavera les da una apariencia menos mísera, porque las decora con su frescura, y hay guirnaldas de convólvulos, o festones de vides, o un franco reír de flores amarillas de calabaza, en las rudimentarias estacadas que señalan las propiedades, en las orillas de los techos, u orlando las puertas de las casas, y no falta alguna rosa como desorientada, ella bella en medio de cestas y redes, en medio del dorado de la mostaza en flor, en medio del humilde cimbreo de las primeras vainas de las legumbres.

La calle también parece menos fea, porque el cañaveral del fondo no tiene sólo las cuentas duras de los nudos polvorientos, sino que se adorna con los penachos de las heleocarias, y, entre las cintas de las hojas de las cañas, eleva los cuchillos de los gladios silvestres, que lucen las multicolores mazorcas de sus flores, mientras los sutiles zarcillos de tallito filiforme abrazan en espiral nudos y cañas y en cada giro ponen el cáliz delicadísimo de su florecilla de un color rosa lila tenuísimo. Y pájaros, a miríadas, se requieren de amores entre los cañizares, coqueteando en lo alto de las cañas, acunándose colgados de los zarcillos, poniendo trinos y colores entre el verdor de las orillas palustres.

Jesús empuja la tosca cancilla, pequeña, que introduce en una huertecilla o patio. La verdad es que, si era una huerta, ahora es un revoltijo agreste de hierbas crecidas de nuevo; y, si era un patio, es igualmente un lío de yerbajos sembrados por los vientos. Sólo algunas calabazas han mostrado inteligencia, agarrándose a la única planta de vid y a la higuera, y subiendo a poner las bocas rientes de sus flores al lado de los racimos en miniatura de la vid o al lado de las tiernas hojas de la higuera, las cuales en su base, en la concavidad del pecíolo, tienen la yema dura de los higos-flor apenas formados. Las ortigas martirizan los pies desnudos, tanto que Pedro y Tomás, recogidos dos remos carcomidos, se lían a abatir las irritantes plantas para disminuir su veneno.

Entretanto, Santiago y Juan tratan de hacer funcionar la gran cerradura oxidada, y, conseguido su objetivo, abren la tosca puerta y entran en una habitación-cocina que huele fuertemente a moho y a cerrado. Polvo y telarañas decoran las paredes; una basta mesa, unos bancos y otros asientos, una repisa, son su mobiliario; dos puertas se abren en una de las paredes.

Pedro explora...

-Aquí hay un cuarto pequeño con una cama sola. Buena para Jesús... ¿Y aquí? ¡Ah! ¡Ya! Esto es la despensa, el trastero, el granero y la ratonera... ¡Fíjate qué carreras de ratones! Han roído todo en estos meses. Pero ahora voy a arreglaros yo, no lo dudéis. Maestro... ¿podemos movernos aquí como si fuéramos los amos?

-Eso dijo Salomón.

-¡Muy bien! ¡Venga, hermano, y tú, Santiago! Venid aquí a cerrar todos los agujeros. Y Tú, Mateo, con Judas, métete en la puerta, y estáte atento a que no salga ni un solo ratón. Imagínate que eres todavía el amable recaudador de Cafarnaúm. Entonces no se te escapaba ni un solo cliente, ni aunque se hiciera ligero como una lagartija cuando se despierta... Y vosotros id a la huerta a recoger la mayor cantidad que podáis de yerbajos y traedlos aquí. Y tú, Maestro, ve... donde quieras, mientras... yo arreglo a estos diablos inmundos que han destrozado estas cómodas redes y se han comido la quilla entera de una barca...

Y mientras habla amontona maderas roídas, pedazos de red reducida a estopa, haces de leña... todo en medio de la habitación, y, cuando ya tiene las hierbas verdes, las pone encima de lo demás y prende fuego y se separa mientras las primeras espiras de humo se alzan del montón. Ríe diciendo:

-¡Y que mueran todos los filisteos!

-¿No vas a prender fuego a todo? - pregunta Simón Zelote.

-No, amigo. Porque la humedad de los ramajes mantiene bajas las llamas, y las llamas sacan de las yerbas el humo, de forma que, con buena alianza, lo seco y lo verde se ayudan en la venganza. ¿Sientes qué mal huele? ¡Dentro de poco verás qué chillidos! ¿Quién me hablaba de los cisnes que cantan antes de morir? ¡Ah, Síntica! Dentro de poco también cantarán los ratones.

Judas Iscariote corta bruscamente una carcajada y observa:

-No se ha podido saber nada más de ella. Y tampoco nada de Juan de Endor. ¿Quién sabe a dónde habrán ido a parar?

-Sin duda al lugar adecuado - responde Pedro.

-¿Lo sabes?

-Sé que ya no están para ser diana de la malevolencia.

-¿No has preguntado a nadie? Yo sí.

-Y yo no. No es una cosa que me interese el saber dónde están. Me basta con pensar que son santos y orar porque sigan siéndolo.

Tomás dice:

-A mí me han preguntado por ellos algunos fariseos ricos, clientes de mi padre. Pero he respondido que no sé nada.

-¿Y no sientes curiosidad por saberlo? - insiste Judas.

-Yo no, y digo la verdad...

-¡Mirad! ¡Mirad! El humo hace efecto. Pero vamos a salir, que, si no, nos ahogamos también nosotros - dice Pedro. Y desviando así la atención se pone fin al tema.

Jesús está en la huerta. Endereza unos tallos de legumbres arrastradas por el suelo, nacidas de semillas que han caído ahí.

-¿Estás de hortelano, Maestro? - pregunta sonriendo Felipe.

-Sí. Me da pena ver una planta arrastrada por el suelo, inútil, cuando, por el contrario, está destinada a elevarse hacia el sol y a dar fruto.

-Bonito tema para un discurso, Maestro - observa Bartolomé.

-Sí. Bonito. Todo sirve como tema para quien sabe meditar.

-Te ayudamos también nosotros. ¡Venga! ¿Quién va a las cañas del río, a coger algunas para las legumbres?

Van los jóvenes, riendo, y los más ancianos se ponen a hacer limpieza arrancando con atención las hierbas parásitas.

-¡Así se ve que es una huerta! No hay hortalizas para ensalada. Pero sí que hay puerros, ajos, verduras, hierbas delicadas y legumbres. ¡Y calabazas! ¡Cuántas calabazas! Hay que podar la vid, liberar la higuera y...

-¡Pero Simón, no nos vamos a quedar aquí!... - dice Mateo.

-Pero vendremos varias veces. Lo ha dicho Él. Y no nos perjudicará el tener un poco de orden aquí alrededor. ¡Mira, mira! También hay un jazmín - ¡pobrecito! - debajo de esta cascada de calabazas. Si viera Porfiria esta planta tan triste, lloraría sobre ella y le hablaría como a un niño. Sí, porque antes de tener a Margziam les hablaba a sus flores como a hijos... Exactamente. También aquí he hecho espacio. He quitado la calabaza porque... "¡Ah!, ahí vienen los muchachos con las cañas y con un... ¡Maestro, hay trabajo para ti! ¡Está ciego!

En efecto, entran Santiago y Juan, Andrés y Tomás, cargados de cañas, y Tomás trae, casi en peso, a un pobre viejecito todo harapiento y que tiene los ojos blancos debido a las cataratas.

-Maestro, estaba buscando plantas de achicoria en las orillas y le ha faltado poco para caerse al agua. Está solo desde hace algunos meses, porque el hijo que lo mantenía ha muerto; la nuera se ha vuelto a su casa y él.., vive como puede. ¿Verdad, padre?

.Sí. Sí. ¿Dónde está el Señor? - dice mientras le giran los ojos velados.

-Aquí está. ¿Ves esa blancura alargada? Es Él.

Pero Jesús ya se ha acercado y lo toma de la mano.

-¿Estás solo, pobre padre? ¿Y no ves?

-No. Mientras podía ver, tejía cestas y nasas, y hacía redes. Pero ahora... Veo más con los dedos que con los ojos, y cuando busco hierbas me equivoco y algunas veces me hago daño al vientre con hierbas nocivas.

-Pero en el pueblo...

-Son todos pobres y están llenos de hijos, y yo soy viejo... Duele que se muera un burro.... ¡Pero si se muere un viejo!... ¿Qué es un viejo? ¿Qué soy? Mi nuera se me ha llevado todo. Pero si por lo menos me hubiera llevado con ella, como una oveja vieja, para que gozara de la presencia de mis nietos... los hijos de mi hijo... - llora apoyado en el pecho de Jesús, que lo tiene entre sus brazos y lo acaricia.

-¿No tienes casa?

-La vendí.

-¿Y cómo vives?

-Como los animales. Los primeros días me ayudaba el pueblo. Pero luego se cansaron...

-Salomón está degenerando entonces, porque es generoso - observa Mateo.

-Es generoso con nosotros. ¿Por qué no ha dado la casa a este anciano? - pregunta Felipe.

-Porque, cuando pasó por aquí la última vez, yo tenía todavía una casa. Salomón es bueno. Pero el pueblo lo llama "el loco" desde hace un tiempo, y ya no hacen lo que él había enseñado que había que hacer - dice el anciano.

-¿Quisieras quedarte aquí conmigo?

-¡Ya no echaría de menos a mis nietos!

-Aunque siguieras siendo pobre y siguieras estando ciego, ¿te bastaría servirme para ser feliz?

-¡Sí!

Un "sí" tembloroso pero muy seguro.

-De acuerdo, padre. Escúchame. Tú no puedes andar el camino que ando Yo. No puedo quedarme aquí. Pero podemos querernos y hacernos el bien mutuamente.

-Tú a mí, sí. Pero yo... ¿Qué puede hacer el viejo Ananías?

-Cuidarme la casa y la huerta, para que cada vez que vuelva las encuentre ordenadas. ¿Te gusta?

-¡Sí! Pero estoy ciego... La casa... me acostumbraré a las paredes. Pero la huerta... ¿Qué puedo hacer para cuidarla, si no distingo las hierbas? ¡Oh, sí, qué bonito sería servirte, Señor! Terminar la vida así...

El viejecito tiene las manos contra el corazón, soñando esta cosa imposible.

Jesús se inclina sonriendo y le besa los ojos velados...

-Pero yo... empiezo a ver... Veo... ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!...

Vacila de alegría, y se desplomaría si Jesús no lo sujetase.

-¡Claro... la alegría!... - dice Pedro con la voz ronca de la emoción.

-Y también el hambre... Ha dicho que hace días que vive sólo a base de achicoria, sin aceite ni sal... - termina Tomás.

-Sí, por eso lo hemos traído. Para darle de comer...

-¡Pobre anciano! - todos se muestran compasivos.

El viejecito vuelve en sí y llora, llora. El pobre llanto de los ancianos... tan triste, aun cuando es de alegría; y susurra:

-¡Ahora sí, ahora puedo servirte, bendito! ¡Bendito! ¡Bendito! - y hace ademán de agacharse a besar los pies de Jesús.

-No, padre. Ahora vamos a entrar, vamos a comer, y luego te damos una túnica; tú estarás entre hijos y nosotros tendremos un padre que nos dará su bienvenida cada vez que volvamos y su bendición cada vez que salgamos. Buscaremos dos palomas, para que tengas criaturas vivas a tu alrededor. Buscaremos simientes para la huerta. Sembrarás semillas en los cuadros de la huerta, y la fe en mí en los corazones de este pueblo.

-¡Enseñaré la caridad! ¡No la tienen!

-También la caridad. Pero sé dulce...

-Lo seré. No dije ninguna palabra dura a mi nuera mientras me abandonaba. He comprendido y perdonado.

-Te lo he visto en tu corazón. Por eso te he amado. Ven. Ven conmigo...

Y Jesús entra en la casa llevando de la mano al viejecito. Pedro los ve caminar y se seca una lágrima con el dorso de la mano, antes de reanudar el trabajo interrumpido.

-¿Lloras, hermano?

Pedro no responde. Andrés insiste:

-¿Por qué lloras, hermano?

-Tú preocúpate de las gramas. Si lloro es porque... bueno, yo sé por qué...

-Dínoslo, sé condescendiente - dicen varios.

-Es porque... Es porque a mí me tocan más el corazón estas lecciones tan... tan... bueno este tipo de lecciones, que no sus solemnes invectivas...

-¡Pero en esos casos se ve en Él el Rey! - exclama Judas.

-Y aquí se ve el Santo. Tiene razón Pedro - dice Bartolomé.

-Pero para reinar tiene que ser fuerte.

-Pero para redimir tiene que ser santo.

-Para las almas, sí; para Israel...

-Israel no será nunca Israel si las almas no se santifican.

Los síes y los noes se entrecruzan. Y cada uno con su distinto parecer.

El viejecito sale de nuevo, esta vez con una jarra en la mano. Va a tomar agua a la fuente. Está tan feliz, que no parece el mismo de antes.

-Anciano padre, escucha. Según tú, ¿de qué tiene necesidad Israel para ser grande - pregunta Andrés -, de un rey o de un santo?

-Tiene necesidad de Dios. De ese Dios que ahí dentro ora y medita. ¡Ah! ¡Hijos, hijos! ¡Sed buenos, vosotros que lo seguís! ¡Sed buenos, buenos, buenos! ¡Qué don os ha dado el Señor! ¡Qué don! ¡Qué don! - y se aleja, agitando los brazos hacia el cielo y susurrando: « ¡Qué don! ¡Qué don!»...

## 385

## Parábola de la encrucijada y milagros cerca del pueblo de Salomón.

Sale de la casita la pequeña tropa, aumentada por el anciano, que se contempla a si mismo, admirado, con la túnica de alguno de los apóstoles de pequeña estatura.

-Si quieres quedarte, padre... - empieza a decir Jesús.

Pero el anciano le interrumpe:

-¡No, no! ¡Voy yo también! ¡Déjame ir! ¡He comido ayer! He dormido esta noche, ¡y además en una cama! ¡Y ya no tengo el dolor en el corazón! Estoy fuerte como un joven...

-Pues ven. Estarás conmigo, con Bartolomé y mi hermano Judas. Vosotros, de dos en dos, diseminaos como se ha dicho. Antes de la sexta todos aquí de nuevo. Id, y que la paz sea con vosotros.

Se separan. Unos van hacia el río, otros hacia los campos. Jesús deja que se adelanten y luego se pone en marcha Él también, el último. Cruza lentamente el pueblo, y no pasa desapercibido a los pescadores que regresan del río o que van a él, ni a las diligentes amas de casa que se han levantado con el alba para las coladas, para regar sus pequeñas huertas o para hacer el pan. Pero ninguno dice nada.

Sólo un muchachito, que empuja hacia el río a siete ovejas, pregunta al anciano:

-¿A dónde vas, Ananías? ¿Te vas del pueblo?

-Voy con el Rabí. Pero vuelvo con Él. Soy su siervo.

-No. Eres mi padre. Todos los ancianos justos son un padre y una bendición para el lugar que los hospeda y para quien los socorre. Bienaventurados los que aman y honran a los ancianos - dice Jesús con aspecto solemne.

El niño lo mira con temor. Luego susurra:

-Yo daba siempre un poco de mi pan a Ananías... - como queriendo decir: «No me regañes, que no lo merezco».

-Sí. Micael era bueno conmigo. Era amigo de mis nietos... y luego ha seguido siéndolo también del abuelo. Su madre no es mala tampoco. Ayudaría. Pero tiene once hijos y viven todos con la pesca...

Algunas mujeres se acercan curiosas y se ponen a escuchar

-Dios ayudará siempre a quien ayuda lo que puede al pobre. Y siempre hay forma de ayudar. Muchas veces, el decir: "No puedo" es embuste. Porque, si uno se lo propone, siempre se encuentra el bocado superfluo, la manta rota, el vestido que ya no se usa, para dárselo a quien no tiene estas cosas. Y el Cielo recompensa el don. Dios te recompensará, Micael, por esos pedazos de pan que has dado al anciano.

Jesús acaricia al niño y reanuda su camino.

Las mujeres se quedan cabizbajas donde estaban. Luego preguntan al niño, el cual dice lo que sabe. Y el miedo se apodera de las avaras mujeres que han cerrado el corazón a las necesidades del anciano...

Entretanto, Jesús ha llegado a la altura de la última casa y ahora se dirige hacia la bifurcación que desde el camino de primer orden se desvía hacia el pueblecito. Se ve desde aquí que por el camino principal pasan caravanas que van de regreso hacia las ciudades de ta Decápolis y la Perea.

-Vamos allí y predicamos. ¿Quieres hacerlo tú también, padre?

-No sé hacerlo. ¿Qué digo?

-Sí que sabes. Tu alma posee la sabiduría de perdonar y de ser fiel a Dios y de tener resignación incluso en las horas de dolor. Y sabes que Dios socorre a quien en Él espera. Ve y díselo a los peregrinos.

-¡Ah, esto sí!

-Judas, ve con él. Yo me quedo con Bartolomé en la bifurcación.

Y así es: en llegando allí, se pone a la sombra de un grupo de plátanos frondosos, y espera paciente.

Alrededor, los campos están bonitos de espigas y de árboles frutales. Frescos en esta hora matutina. La mirada los contempla con placer. Y las caravanas pasan por el camino... Pocos miran a los dos que están apoyados a los troncos de los plátanos. Quizás creen que son viandantes cansados. Pero alguno reconoce a Jesús y lo señala, o se inclina saludando.

En fin... El primero para su burrito y los de los parientes, y que baja y se dirige hacia Jesús:

-¡Dios sea contigo, Rabí! Soy de Arbela. Te escuché el otoño pasado. Ésta es mi esposa; ésta, su hermana viuda; y mi madre. Este hombre anciano es su hermano. Y ése, joven, es el hermano de mi mujer. Y aquí ves a los hijos de todos nosotros. Tu bendición, Maestro. He sabido que has hablado en el vado. Pero llegué allí de noche... ¿No nos vas a decir a nosotros ninguna palabra?

-La Palabra no se niega nunca. Pero espera unos minutos, porque están viniendo otros...

En efecto, abatidos, están llegando a la bifurcación los habitantes del pueblo, y otros, que ya habían pasado por el camino en dirección hacia el norte, regresan; otros, despertada su curiosidad, se detienen y bajan de sus cabalgaduras, o se quedan sobre la silla. Se forma un pequeño auditorio, que va aumentando cada vez más.

Vuelven también Judas de Alfeo y el anciano, y con ellos vienen dos enfermos y varios sanos.

Jesús empieza a hablar.

Los que recorren los caminos del Señor, los caminos indicados por el Señor, y los recorren con voluntad buena, acaban encontrando al Señor. Vosotros encontráis al Señor regresando de cumplir vuestro deber de fieles israelitas respecto a la Pascua santa. Y he aquí que la Sabiduría os habla, como deseáis, en este cruce donde nos hace encontrarnos la bondad divina. Muchas son las encrucijadas que el hombre encuentra en el camino de su vida, y más encrucijadas sobrenaturales que materiales. Todos los días, la conciencia se ve puesta ante las bifurcaciones y cruces del Bien y del Mal. Y debe elegir con atención para no errar. Y, si yerra, debe saber volver para atrás humildemente cuando alguien lo llama o le advierte. Y, aunque le pareciera más bonita la vía del Mal, o simplemente la de la tibieza, debe saber elegir la vía escabrosa pero segura del Bien.

Escuchad una parábola.

Un grupo de peregrinos, venidos de lejanas regiones en busca de trabajo, se encontró en los confines de un estado. En estos confines había unos contratantes de trabajo, que habían sido enviados por distintos patrones. Había quien buscaba hombres para las minas. Otros buscaban hombres para las tierras de labor y para los bosques; otros, siervos para un rico infame; otros, soldados para un rey que estaba en la cima de un monte, en su castillo, al cual se llegaba por un camino muy empinado.

El rey quería soldados, pero exigía que fueran no tanto soldados de violencia cuanto soldados de sabiduría, para enviarlos luego por las ciudades a santificar a sus súbditos. Por eso vivía arriba, como en un eremitorio, para formar a sus siervos sin que las distracciones mundanas los corrompieran ni retrasaran o anulasen la formación de su espíritu. No prometía altos salarios. No prometía vida cómoda. Pero aseguraba que el estar a su servicio produciría santidad y premio. Esto decían sus enviados a los que llegaban a las fronteras. Sin embargo, los enviados de los patrones de las minas o de las tierras decían: "No será una vida cómoda, pero seréis libres y ganaréis lo suficiente para vivir un poco holgadamente". Y los que buscaban siervos para un patrón infame prometían incluso abundante comida, ocio, goces, riquezas: "Basta con que consintáis a sus caprichos - ¡de ninguna manera penosos! - y todos gozaréis como sátrapas".

Los peregrinos se consultaron entre sí. No querían dividirse... Preguntaron: "¿Pero están cerca las tierras y las minas y el palacio del mundano y el del rey?".

"¡No!" respondieron los contratantes. "Venid a esa encrucijada para mostraros los distintos caminos.”

Fueron.

"Mirad. Aquel camino espléndido, umbrío, florido, liso, con fuentes frescas, desciende hacia el palacio del señor" dijeron los contratantes de los siervos.

"Mirad. Este camino polvoriento, que va entre campos serenos, conduce a las tierras de labor. Calienta el sol, pero, como podéis ver, también está bien" dijeron los de las tierras.

"Mirad. Este camino, tan marcado por ruedas pesadas, y con manchas oscuras, señala la dirección de las minas. No es ni buena ni mala..." dijeron los de las minas.

"Mirad. Este sendero empinado, hundido entre rocas encendidas por el sol, sembrado de espinos y barrancos, que hacen lenta la marcha, pero, en compensación, procuran una fácil defensa contra los asaltos de los enemigos, conduce a oriente, al castillo severo, diríamos casi sagrado, donde los espíritus se forman en el Bien" dijeron los del rey.

Y los peregrinos miraban y miraban, y calculaban... Tentados por muchas cosas, de las cuales sólo una era totalmente buena. Y lentamente se fueron dividiendo. Eran diez. Tres torcieron hacia los campos... dos hacia las minas. Los que quedaban se miraron, y dos dijeron: "Venid con nosotros. Donde el rey. No vamos a ganar, ni vamos a gozar en la Tierra, pero seremos santos eternamente".

"¿Aquel sendero de allí? ¡Ni locos! ¿No ganar? ¿No gozar? No merecía la pena dejar todo y venir a tierras extranjeras para tener todavía menos de lo que teníamos en nuestra patria. Nosotros queremos ganar y gozar...".

"¡Pero perderéis el Bien eterno! ¿No habéis oído que es un patrón infame?".

"¡Eso son cuentos! Después de un poco lo dejamos, y habremos gozado y seremos ricos".

"No os liberaréis jamás de él. Mal han hecho los primeros, siguiendo la avidez de dinero. ¡Pero, vosotros! Vosotros seguís la avidez de placer. ¡Oh! ¡No cambiéis el destino eterno por una hora que pasa!".

"Sois unos estúpidos y creéis en las promesas ideales. Nosotros vamos a la realidad. ¡Adiós!..." y echándose a correr entraron por el bonito camino umbrío, florido, rico en agua, liso, en cuyo fondo brillaba bajo el sol el mágico palacio del mundano.

Los dos restantes tomaron, llorando y orando, el empinado sendero. Y era tan difícil que, a los pocos metros, casi se desanimaron. Pero perseveraron. Y la carne parecía cada vez más ligera, a medida que avanzaban. Y la fatiga se sentía consolada por un extraño júbilo.

Llegaron jadeantes, arañados, a la cima del monte. Fueron admitidos a comparecer ante el rey, el cual les dijo todo lo que exigía para incorporarlos en el número de sus valientes, y terminó: "Pensadlo durante ocho días y luego dad una respuesta".

Y ellos pensaron mucho y sostuvieron duras luchas contra el Tentador, que quería amilanar; contra la carne, que decía: "Vosotros me sacrificáis"; contra el mundo, cuyos recuerdos todavía seducían. Pero vencieron. Permanecieron. Vinieron a ser héroes del Bien.

Llegó la muerte, o sea, la glorificación. Desde lo alto del Cielo vieron en las profundidades a aquellos que habían ido donde el amo infame. Encadenados también ahora, después de la vida, gemían en la oscuridad del Infierno. "¡Y querían ser libres y gozar!" dijeron los dos santos.

Y los tres condenados, horrendos de aspecto, los vieron y los maldijeron, y maldijeron a todos, a Dios el primero, diciendo: "^Nos habéis engañado a todos!".

"No. No podéis decir eso. Se os había advertido el peligro. Habéis querido vosotros vuestro mal" respondieron los bienaventurados, que, a pesar de que veían y oían los torpes gestos de burla y blasfemias lanzados contra ellos, estaban serenos.

Y vieron a los de los campos, y las minas en distintas regiones purgativas, y ellos a su vez los vieron y dijeron: "No fuimos ni buenos ni malos, y ahora expiamos nuestra tibieza. ¡Orad por nosotros!". "¡Lo haremos! Pero, ¿por qué no vinisteis con nosotros?".

"Porque fuimos no demonios, pero sí hombres... No tuvimos generosidad. Amamos más que al Eterno y Santo a lo que, aun siendo honesto, era transitorio. Ahora aprendemos a conocer y a amar con justicia".

La parábola ha terminado. Todos los hombres están en la encrucijada. Toda la vida en una encrucijada. Bienaventurados los que son firmes y generosos en la voluntad de seguir los caminos del Bien. Dios sea con ellos. Y Dios toque y convierta a quien así no es y lo conduzca a serlo. Idos en paz.

-¿Y los enfermos? ¿Qué tiene la mujer?

-Fiebres malignas que le retuercen los huesos. Ha ido hasta las aguas milagrosas del Mar Grande. Pero sin alivio.

Jesús se inclina hacia la enferma y le pregunta: ¿Quién crees tú que soy Yo?

-El que buscaba. El Mesías de Dios. ¡Piedad de mí, que te he buscado mucho!

-Tu fe te dé salud, tanto a tus miembros como a tu corazón. ¿Y tú, hombre?

El hombre no responde. Por él habla la mujer que le acompaña:

-Un cáncer le roe la lengua. No puede hablar. Y muere de hambre.

Efectivamente, el hombre es un esqueleto.

-¿Tienes fe en que te puedo curar?

El hombre indica que sí con la cabeza.

-Abre tu boca - ordena Jesús, y acerca su cara a la horrenda boca roída por el cáncer. Echa en ella su aliento y dice: « ¡Quiero!».

Un momento de espera y luego dos gritos:

-¡Mis huesos otra vez sanos!

-¡María, estoy curado! ¡Mirad! Mirad mi boca. ¡Hosanna! ¡Hosanna! - y quiere levantarse, pero se tambalea por la flaqueza.

-Dadle de comer - ordena Jesús. Y hace ademán de retirarse.

-¡No te marches! ¡Vendrán otros enfermos! Volverán atrás otros... ¡También a ellos, también a ellos! - grita la multitud.

-Todas las mañanas, desde la aurora hasta la hora sexta vendré aquí. Que alguna persona voluntariosa se ocupe de reunir a los peregrinos.

-¡Yo, yo, Señor! - dicen no pocos.

-Que Dios os bendiga por esto.

Y Jesús tuerce hacia el pueblo con sus primeros compañeros, y con los otros, que han ido viniendo poco a poco - todos con más gente - mientras hablaba.

-¿Pero dónde están Pedro y Judas de Keriot? - pregunta Jesús.

-Han ido a la ciudad que está cercana. Llenos de dinero. A comprar...

-Sí. Judas ha obrado un milagro y está de fiesta - observa sonriendo Simón Zelote.

-También Andrés, y tiene una oveja como recuerdo. Le ha curado a un pastor la pierna rota, y el pastor le ha recompensado así. Se la daremos al padre... la leche es buena para los ancianos... - dice Juan mientras acaricia al viejecito, que está alegre.

Entran en la casa y preparan un poco de comida...

Están ya para sentarse a la mesa, cuando llegan los dos que faltaban, cargados como burros y seguidos por un carrito cargado de esos cañizos que sirven de cama a los pobres de Palestina.

-Perdona, Maestro. Pero esto era necesario. Ahora estaremos bien - dice Pedro.

Y Judas:

-Observa. Hemos comprado lo estrictamente necesario, limpio y pobre. Como te gusta a ti - y se ponen a trabajar para descargar, y luego despiden al carrero.

-Doce yacijas y doce cañizos. Algunos utensilios para la comida. Aquí las semillas. Aquí las palomas. Ahí los denarios. Y mañana mucha gente. ¡Uf! ¡Qué calor! Pero ahora va todo bien. ¿Tú qué has hecho Maestro?...

Y, mientras Jesús narra, se sientan a la mesa, contentos.

## 386

## Hacia la orilla occidental del Jordán.

Jesús está de nuevo en camino. Ha dado la espalda al norte y ahora bordea los meandros del río en busca de alguien que lo pase a la otra orilla. Está acompañado de los suyos, que evocan los acontecimientos de los pocos días pasados en el pueblecito y en la casa de Salomón. Según lo que entiendo, han estado allí hasta que se ha difundido entre los ambientes enemigos la voz de la presencia del Maestro en ese lugar; entonces, se han marchado, dejando al anciano Ananías, sereno en su pobreza ya no desconsolada, como custodio de la casita, ahora de nuevo en orden.

-Esperemos que los estados de ánimo permanezcan como al presente - dice Bartolomé.

-Si vamos y venimos como el Maestro dice, los mantendremos en esas disposiciones - responde Judas de Alfeo.

-¡Pobre anciano! Lloraba. Ha cogido cariño...

-Y me ha gustado su último discurso. ¿Verdad, Maestro, que habló sabiamente? - dice Santiago de Zebedeo.

-¡Santamente ha hablado, yo digo! - exclama Tomás.

-Sí. Y tendré presente su deseo - responde Jesús.

-¿Pero qué ha dicho exactamente? Yo estaba fuera con Juan para decirle a la madre de Micael que se acordara de hacer lo que el Maestro había dicho, y no sé exactamente - dice el Iscariote.

-Ha dicho: "Señor, si pasas por el pueblo de mi nuera, dile que no le guardo rencor y que estoy contento por no ser ya un desamparado, porque así será menor para ella el juicio de Dios. Dile que eduque a mis nietos en la fe del Mesías porque así los tendré conmigo en el Cielo, y en cuanto esté en la paz pediré por ellos y por su salud". Y lo voy a decir. Voy a buscar a la mujer y se lo voy a decir, porque es una cosa buena - dice Jesús.

-¡Ni una palabra acusatoria! A1 contrario, se congratula porque, no muriendo ya de hambre y desamparo, disminuye el pecado de la mujer. ¡Es admirable! - observa Santiago de Alfeo.

-¿Pero disminuirá realmente a los ojos de Dios la culpa de la nuera? ¡No está tan clara la cosa! - dice Judas de Alfeo.

Pareceres contrarios. Mateo se dirige a Jesús:

-¿Tú que piensas, Maestro? ¿Las cosas seguirán como antes o cambiarán?

-Cambiarán...

-¿Ves como tengo razón yo?... - dice Tomás victorioso.

Pero Jesús hace un gesto de que le dejen hablar y dice:

-Cambiarán para el anciano: de la misma forma que han cambiado en la Tierra por su dulzura indulgente, cambiarán en el Cielo. Para la mujer no cambiarán: su pecado sigue gritando en la presencia de Dios; sólo arrepintiéndose podría modificarse el juicio severo. Y se lo voy a decir.

-¿Dónde vive?

-En Masada, con sus hermanos.

-¿Y quieres ir hasta allí?

-También hay que evangelizar esos lugares...

-¿Y a Keriot'?

-Desde Masada subiremos a Keriot. Luego iremos a Yuttá, a Hebrón, Betsur, Béter, para subir de nuevo a Jerusalén para Pentecostés.

-Masada es un sitio de Herodes...

-¿Qué importa? Es una fortaleza, pero él no está allí. ¡Y aunque estuviera!... La presencia de un hombre no me podrá impedir ser el Salvador.

-Pero ¿por dónde atravesamos el río?

-A la altura de Guilgal. Desde allí seguiremos adelante bordeando los montes. Las noches son frescas y la nueva luna de Ziv está luminosa en cielo sereno.

-Si vamos por esos lugares, ¿por qué no vamos al monte donde ayunaste? Bueno es que todos lo conozcamos bien - dice Mateo.

-Iremos también allí. ¡Ah, ahí hay una barca! Contratad el pasaje para que podamos cruzar a la otra parte.

## 387

## En Guilgal. El mendigo Ogla y los escribas tentadores. Los apóstoles comparados con las doce piedras del prodigio de Josué.

No sé cómo será ahora Guilgal. En este momento en que entra Jesús, es como una de las tantas ciudades palestinas. Bastante poblada, construida sobre un collado poco alto y cubierto, por lo general, de viñas y olivos. Pero el sol domina tanto aquí, que también los cereales pueden encontrar un lugar, sembrados al azar, bajo los árboles o entre las hileras de vides; y maduran, a pesar de las frondas, porque los tuesta bien este sol que ya evoca el cercano desierto. Polvo, rumor de voces, suciedad, confusión de día de mercado. Y, como el destino, inexorables, los consabidos escrupulosos fariseos y escribas, que con vistosos gestos polemizan y conversan con aire de sabios en el mejor ángulo de la plaza, y que fingen no ver a Jesús, o no conocerlo.

Jesús continúa recto. Va a comer a una placita secundaria, casi de la periferia, toda umbrosa debido al entrelazado de ramas que forman los árboles (árboles de todo tipo). Mi impresión es que se trata de una parte de monte incluida hace poco en el poblado y que conserva todavía ese recuerdo de su estado natural.

E1 primero que se acerca a Jesús, que está comiendo pan y aceitunas, es un hombre andrajoso. Pide un poco de pan. Jesús le da el suyo y todas las aceitunas que tiene en la mano.

-¿Y Tú? Ya sabes que no tenemos cuartos, ¿no?... - observa Pedro.

-Hemos dejado todo a Ananías...

-No importa. No tengo hambre. Sed, sí...

El mendigo dice:

-Aquí detrás hay un pozo. Pero, ¿por qué me has dado todo? Podías haberme dado la mitad de tu pan... Si no te da asco tomarlo de nuevo...

-Come, come. Puedo pasar sin él. Pero, para quitarte esa sospecha de que tengo asco de ti, dame con tus manos un solo bocado; me lo comeré para ser tu amigo...

El hombre, de rostro triste y deslucido, se reviste de la belleza de una sonrisa de admiración, y dice:

-¡Es la primera vez, desde que soy el pobre Ogla, que uno me dice que quiere ser amigo mío! - y da el pedazo de pan a Jesús. Y pregunta: « ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?».

-Soy Jesús de Nazaret, el Rabí de Galilea.

-¡Ah!... He oído por otros hablar de ti... Pero... ¿no eres el Mesías?..

-Lo soy.

-Y Tú, el Mesías, ¿eres tan bueno con los mendigos? El Tetrarca manda a sus siervos que nos peguen si nos encuentra en su camino...

-Yo soy el Salvador. No pego. Amo.

El hombre lo mira muy fijamente. Luego empieza a llorar lentamente.

-¿Por qué lloras?

-Porque... querría ser salvado... ¿Ya no tienes sed, Señor? Te llevaría hasta el pozo y hablaría contigo...

Jesús intuye que el hombre quiere confesar algo. Se levanta y dice:

-Vamos.

-¡Voy yo también! - reacciona Pedro.

-No. Además... vuelvo enseguida... Y debemos sentir estima por los que se arrepienten.

Va con el hombre detrás de una casa a partir de la cual ya empiezan los campos.

-Allí está el pozo... Bebe y luego escúchame.

-No, hombre. Vierte antes en mí tu preocupación... Luego beberé- Quizás hallo una fuente aún más dulce que el agua del suelo para mi sed.

-¿Cuál, Maestro?

-Tu arrepentimiento. Vamos debajo de aquellos árboles. Aquí las mujeres nos observan. Ven - y le pone la mano en el hombro y lo mueve hacia una espesura de olivos.

-¿Cómo sabes que tengo culpas y que estoy arrepentido?

-¡Habla, hombre! Y no tengas miedo de mí.

-Señor... Éramos siete hermanos de un solo padre, pero yo había nacido de la mujer con que mi padre se había casado cuando se quedó viudo. Y los otros seis me odiaban. Mi padre, al morir, dividió entre todos por igual. Pero, una vez fallecido,

sobornando a los jueces, los seis me despojaron de todo y nos expulsaron a mí y a mi madre con acusaciones infames. Ella murió cuando yo tenía dieciséis años... Murió a causa de la penuria... Desde entonces no he tenido a nadie que me amara... - llora con ahogo.

Toma nuevas fuerzas y continúa:

-Los seis, ricos y felices, prosperaban sirviéndose también de lo mío, y yo me moría de hambre, porque me había puesto enfermo asistiendo a mi agotada madre... Pero Dios los castigó, uno a uno. Los maldije tanto, los odié tanto, que se abatió sobre ellos el maleficio. ¿Hice mal? Sí, sin duda. Lo sé. Y lo sabía. Pero, ¿cómo podía no odiarlos y maldecirlos? El último, que en realidad era el tercero, resistía contra todas las maldiciones; es más, prosperaba con los bienes de los otros cinco, que había tomado: legítimamente respecto a los tres más pequeños, que habían muerto sin dejar mujer, casándose con la mujer del primogénito, que había muerto sin dejar hijos; fraudulentamente respecto al segundo, habiendo adquirido, con engaños y préstamos, de la viuda y de los huérfanos, buena parte de los bienes del padre. Y, cuando me encontraba de casualidad en los mercados a donde yo iba, como siervo de un rico, a vender alimentos, me insultaba y me pegaba... Una noche me encontré con él... Yo estaba solo; él también, y un poco embriagado de vino... yo, embriagado de recuerdos y odio... Habían pasado diez años desde el día en que había muerto mi madre... Me insultó, e insultó a la muerta... La llamó "perra inmunda" y a mí me llamó "hijo de hiena...". Señor... si no hubiera tocado a mi madre... habría soportado. Pero la insultó... Lo agarré por el cuello. Luchamos... Quería solamente pegarle... Pero resbaló y cayó al suelo... y la tierra estaba cubierta de hierba resbaladiza, en pendiente... y abajo había un barranco y un torrente... Rodó - estaba borracho -, y cayó... Después de tantos años, todavía lo buscan... Pero está debajo de las rocas y de la arena de uno de los torrentes del Líbano. Yo no volví donde mi patrón. Y él no volvió a Cesárea Paneas. Yo me alejé, sin paz... ¡La maldición de Caín! Miedo a la vida... miedo a la muerte... Enfermé... Y luego... oí hablar de ti... Pero tenía miedo... Decían que veías el interior de los corazones. ¡Y son tan malos los rabíes de Israel!... No conocen la piedad... Tú, Rabí de los rabíes, eras mi terror... Y huía de ti. Y, no obstante, querría ser perdonado...

Llora echado en el suelo...

Jesús lo mira y susurra:

-¡Carguemos sobre mí también estos pecados!... ¡Hijo! Escucha. Yo soy la Piedad, no el terror. También he venido para ti. No te acobardes ante mí... Soy el Redentor. ¿Quieres ser perdonado? ¿De qué?

-De mi delito. ¿Me lo preguntas? He matado a mi hermano.

-Has dicho: "Quería sólo pegarle", porque en ese momento te sentías herido y airado. Lo hacías como el respirar: espontáneamente. El odio y la maldición, la alegría cuando veías su castigo era tu pan espiritual, ¿no es verdad?

-Sí, Señor. Mi pan durante diez años.

-Pues bien, en realidad tu mayor delito lo empezaste desde el momento en que odiaste y maldijiste. Eres seis veces homicida de tus hermanos.

-Pero Señor, me habían arruinado y odiado... Y mi madre había muerto de hambre...

-¿Quieres decir que tenías razón en vengarte?

-Sí. Quiero decir esto.

-No tienes razón. Para castigar estaba Dios, tú debías amar. Y Dios te habría bendecido en la Tierra y en el Cielo.

-¿Entonces ya no me va a bendecir nunca?

-El arrepentimiento atrae de nuevo la bendición. ¡Pero, cuánto dolor, cuanta angustia te has causado con tu odio! Mucho más de cuanto te causaban tus hermanos...

-¡Es verdad! ¡Es verdad! Un horror que dura ya desde hace veintiséis años. ¡Perdóname en nombre de Dios! Tú eres testigo de mi dolor por el pecado. No pido nada para mi vida. Soy un mendigo y un enfermo. Quiero seguir así y sufrir y expiar. ¡Pero dame la paz de Dios! He hecho sacrificios en el Templo, padeciendo hambre para acumular la suma para el holocausto. Pero no podía manifestar mi delito, y no sé si habrá sido grato mi sacrificio.

-Nulo. Aunque todos los días hubieras ofrecido uno, ¿de qué te servía, cuando lo inmolabas con falsedad? El *rito que no va precedido de una sincera confesión del pecado es supersticioso e inútil.* Una culpa añadida a otra culpa, y; por tanto, aún más que inútil. Ofrenda sacrílega. ¿Qué le decías al sacerdote?

-Decía: "Quiero expiar, porque he pecado por ignorancia haciendo cosas que el Señor ha prohibido". Yo pensaba: "Sé en qué he pecado, y Dios también lo sabe. Pero al hombre no le puedo hablar con claridad. Dios, que ve todo, sabe que pienso en mi pecado".

-Restricciones mentales, escapatorias indignas. El Altísimo odia estas cosas. Cuando se peca, se expía. No lo vuelvas a hacer.

(*Nota: la restricción mental a veces es necesaria y la Iglesia la admite, como aquel sacerdote perseguido que preguntado si era sacerdote, para fusilarlo, respondió: ¡No, soy presbítero!... y se escapó. En el caso que Jesús reprueba, el mendigo, en confesión, ante el sacerdote, no debía haber usado la restricción mental, sólo lícita cuando el que nos pregunta no tiene derecho a saber la verdad: el médico que es preguntado, imprudente y maliciosamente sobre la enfermedad de su enfermo, el abogado sobre la causa que defiende, el profesor sobre el examen que pondrá, el sacerdote sobre la confesión de un penitente, etc.)*

-No, Señor. ¿Y seré perdonado? ¿O debo ir a confesar todo? ¿Pagar con la vida la vida que tomé? Me basta morir con el perdón de Dios.

-Vive para expiar. No podrías devolver el marido a la viuda, ni el padre a los hijos... ¡Antes de matar, antes de dejar que el odio se haga nuestro amo, habría que pensar! Pero levántate, y camina por la nueva vía. Encontrarás en tu camino a algunos discípulos míos. Ellos recorren los montes de Judea, si vas de Tecua a Belén, y más allá, hacia Hebrón. Diles que te manda Jesús y que dice que antes de Pentecostés subirá hacia Jerusalén, pasando por Betsur y Béter. Pregunta por Elías, José, Leví, Matías, Juan, Benjamín, Daniel, Isaac. ¿Te acordarás de estos nombres? Dirígete especialmente a ellos. Ahora vamos...

-¿Y no bebes?

-He bebido tu llanto. ¡Un alma que vuelve a Dios! No hay para mí refrigerio mejor.
-¿Entonces estoy perdonado? Dices: "Vuelve a Dios"...
-Sí. Estás perdonado. Y no vuelvas a odiar nunca.
El hombre se agacha de nuevo, porque se había puesto de pie, y besa los pies de Jesús.
Vuelven donde los apóstoles y los encuentran disputando con algunos escribas.
-Ahí está el Maestro. Él os puede responder y decir que sois pecadores.
-¿Qué sucede? - pregunta Jesús, con un saludo deferente que no halla respuesta.
-Maestro, nos están humillando con preguntas y burlas...
-Soportar las molestias es obra de misericordia.
-Pero te están ofendiendo a ti. Te hacen objeto de burla... y la gente titubea. ¿Ves? Habíamos logrado reunir a unas personas... ¿Ahora quién queda? Dos o tres mujeres...
-¡No, no, tenéis también a un hombre, a un hombre repugnante!¡Y es demasiado incluso para vosotros! Sólo una cosa, Maestro: ¿No te parece que te contaminas demasiado, Tú que dices siempre que te estremecen las cosas inmundas? - dice con mofa un escriba joven, señalando al mendigo que está al lado de Jesús.
-Éste no es inmundicia. Esta miseria no me estremece. Éste es "el pobre". El pobre no repugna. Su miseria debe solamente abrir el alma a sentimientos de piedad fraterna. Lo que me estremece son las miserias morales de los corazones hediondos, de las almas harapientas, de los espíritus llagados.
-¿Y Tú sabes si él no es de éstos?
-Sé que cree y espera en Dios y en su misericordia, ahora que la ha conocido.
-¿Conocido? ¿Y dónde vive? Dilo, para ir también nosotros a ver su rostro. ¡Ja, ja! ¡El Dios terrible, al que Moisés no se atrevía a mirar, debe tener un rostro no poco terrible incluso en la misericordia, aún cuando se hubiera suavizado su rigor después de tantos siglos! - rebate el joven escriba, y se ríe con una risa más opugnadora que una blasfemia.
-¡Yo, que te estoy hablando, soy la Misericordia de Dios! - grita Jesús, erguido e irradiando poder a través de sus ojos y su gesto.
No me explico cómo el otro no tiene miedo... De todas formas, aunque no huya, no se atreve a seguir haciendo sarcasmos y se calla, mientras otro lo reemplaza:
-¡Oh, cuántas palabras inútiles! Nosotros quisiéramos sólo poder creer. No pediríamos nada mejor. Pero para creer hay que tener pruebas. Maestro, ¿sabes lo que es Guilgal para nosotros?
-¿Me crees un ignorante? - dice Jesús. Y, tomando tono de salmo, lento, un poco espacioso, empieza: «"Y Josué, habiéndose alzado antes del alba, levantó el campamento. Partieron de Setim él y todos los hijos de Israel, y llegaron al Jordán, donde se detuvieron tres días, al final de los cuales los heraldos recorrieron el campamento gritando: "Cuando veáis el Arca de la Alianza del Señor Dios vuestro y a los sacerdotes de la estirpe de Leví llevándola, partid también vosotros y seguidlos. Pero entre vosotros y el Arca ha de haber un trecho de dos mil codos, para que podáis ver desde lejos y distinguir el camino por donde debéis andar, pues no habéis pasado nunca y..."'».
-¡Basta, basta! Sabes la lección. Ahora bien, nosotros querríamos de ti, para creer, un milagro igual. En el Templo, en la Pascua, nos quedamos maravillados por la noticia que traía un barquero de que habías calmado la corriente del río crecido. Pues bien, si por un hombre cualquiera hiciste tanto, por nosotros - mucho más que un hombre - baja al Jordán con los tuyos y atraviésalo a pie enjuto, como Moisés el Mar Rojo, y Josué en Guilgal. ¡Animo! Los sortilegios sirven sólo para los ignorantes. A nosotros no nos seducirá tu nigromancia, aunque conozcas - y esto es sabido - los secretos de Egipto y las fórmulas mágicas.
-No tengo necesidad de ello.
-Bajemos al río y creeremos en ti.
-¡Está escrito: "No tientes al Señor tu Dios"!
-¡Tú no eres Dios! Eres un pobre loco. Eres un agitador de las masas ignorantes. Con ellas es fácil, porque Belcebú está contigo. Pero con nosotros, adornados con los distintivos del exorcismo, eres menos que nada - zahiere un escriba.
-¡No lo ofendas! Ruégale que nos complazca. De esa forma que usas se deprime y pierde el poder. ¡Ánimo, Rabí de Nazaret! Danos una prueba y te adoraremos - dice, serpentino, un viejo escriba, y con sus lisonjas sinuosas es más enemigo que los otros con su abierta saña.
Jesús lo mira. Luego se vuelve hacia el suroeste y abre los brazos extendiéndolos hacia delante. Dice:
-Allí está el desierto de Judá, y allí me propuso el Espíritu del Mal que tentara al Señor mi Dios. Y le respondí: "¡Aléjate, Satanás! Está escrito que sólo a Dios hay que adorar, y no tentarlo, y ha de seguírsele por encima de la carne y la sangre". Lo mismo os digo a vosotros.
-¿Nos estás llamando Satanás a nosotros? ¿A nosotros? ¡Ah! ¡Maldito! - y, pareciendo más unos gamberros que doctores de la Ley, echan mano a las piedras que hay diseminadas por el suelo con intención de lanzárselas, y gritan: « ¡Vete! ¡Vete! ¡Maldito para siempre!».
Jesús los mira, sin miedo. Les paraliza el sacrílego gesto. Recoge su manto y dice: -¡Vamos! Hombre, tú ve delante de mí - y vuelve hacia el pozo, hacia el olivar de la confesión, y se adentra en la espesura... Y baja la cabeza, abatido, con dos lágrimas incontenibles que desde las pestañas ruedan por su pálido rostro.
Llegan a un camino. Jesús se para y dice al mendigo:
-No puedo darte dinero. No tengo. Te bendigo. Adiós. Haz lo que te he dicho.
Se separan...
Los apóstoles están afligidos. No hablan. Se miran de reojo... Jesús rompe el silencio reanudando el tono de salmo interrumpido por el escriba:

-"Y el Señor dijo a Josué: `Toma a doce hombres, uno por cada tribu, y diles que saquen del medio del Jordán, donde han pisado los pies de los sacerdotes, doce durísimas piedras; y las erigiréis en el lugar de los campamentos, donde vais a montar las tiendas esta noche". Y Josué, habiendo convocado a doce hombres elegidos entre los hijos de Israel, uno por cada tribu, les dijo: "Id delante del Arca del Señor Dios vuestro al medio del Jordán y sacad de allí, cargadas sobre vuestros hombros, cada uno una piedra, según el número de los hijos de Israel, para hacer con ellas un monumento en medio de vosotros. Y cuando, en el futuro, vuestros hijos os pregunten: ¿Qué significan estas piedras?, respondedles: Las aguas del Jordán desaparecieron delante del Arca de la Alianza del Señor, que las cruzaba, y estas piedras fueron colocadas como eterno monumento de los hijos de Israel".

Levanta la cabeza (la tenía bajada). Recorre con su mirada a los doce, que a su vez lo miran. Dice con otra voz, su voz de los momentos de mayor tristeza:

-Y el Arca penetró en el río. Y no las aguas, sino los cielos se abrieron, por respeto al Verbo, que estaba dentro de ellas santificándolas más que cuando el Arca se detuvo en el lecho del río. Y el Verbo ha elegido para sí doce piedras. Durísimas. Porque tienen que durar hasta el fin del mundo. Y porque tienen que servir de fundamentos al Templo nuevo y a la Jerusalén eterna. Doce. Recordadlo. Éste debe ser el número. Y luego escogió otras doce para un segundo testimonio. Los primeros pastores y Abel el leproso y Samuel el tullido, los primeros curados... y agradecidos... ¡Durísimas también, porque habrán de resistir los golpes de Israel, que odia a Dios!... ¡Que odia a Dios!...

¡Qué voz tan afligida y mortecina, casi blanca, la de Jesús llorando por la dureza de Israel!

Prosigue:

-"En el río los siglos y el hombre desparramaron las piedras-recuerdo... En la Tierra, el odio desparramará a mis doce. En las orillas del río, los siglos y los hombres han destruido el altar-recuerdo... Las primeras y las segundas piedras, habiendo servido para todos los usos por el odio de los demonios - que no están sólo en el infierno, sino también dentro de los hombres - ya no se reconocen. Algunas sirvieron incluso para matar. ¿Y quién me asegura que entre las piedras alzadas contra mí no había fragmentos de las piedras durísimas elegidas por Josué? ¡Durísimas! ¡Enemigas! ¡Oh, durísimas! También entre los míos habrá quienes, diseminados, harán de acera para los demonios que marcharán contra mí... y se harán piedras para herirme... y ya no serán piedras elegidas... sino diablos... ¡Oh, Santiago, hermano mío! Israel es durísimo con su Señor! - y, una cosa que nunca he visto, Jesús, abatido por no sé qué imponente desconsuelo, se apoya sobre el hombro de Santiago de Alfeo y lo abraza llorando...

## 388

## Exhortación a Judas Iscariote, que irá a Betania con Simón Zelote.

Deben haber proseguido en la noche de luna. Deben haberse detenido en alguna caverna, durante unas horas, para reanudar la marcha al alba. Están visiblemente cansados, por el difícil camino sobre rocas desmenuzadas y entre arbustos espinosos y lianas rasantes que apresan los pies. Guía la marcha Simón Zelote, que parece conocer muy bien el lugar y que se disculpa por la dificultad del camino, como si la dificultad dependiera de él.

-Ahora, cuando subamos de nuevo a esos montes que veis, iremos mejor, y os prometo abundante miel silvestre y aguas cristalinas también abundantes...

-¿Agua? ¡Me lanzo a ella! La arena me ha roído los pies como si hubieran caminado por sal, y me escuece toda la piel. ¡Qué lugares más malditos! ¡Se siente, sí, se siente que estamos cerca de los lugares castigados con el fuego del Cielo! Ha quedado en el viento, en la tierra, en las espinas. ¡En todo! - exclama Pedro.

-Sin embargo, eran lugares bellos tiempo ha. ¿Verdad, Maestro?

-Mucho. En los primeros siglos del mundo, eran un pequeño Edén. Fertilísimo el suelo, rico en manantiales que podían ser utilizados para muchos usos, manantiales ordenados sólo para producir cosas buenas. Luego... el desorden de los hombres pareció pasar a los elementos. Y fue la ruina. Los sabios del mundo pagano explican de muchas maneras e1 terrible castigo. Pero de maneras humanas, y algunas veces con terror supersticioso. Y, sin embargo, habéis de creer que lo que quitó de los elementos el orden fue la voluntad de Dios, sólo la voluntad de Dios. Entonces, los elementos del cielo llamaron a los de las profundidades, se estremecieron, arremetieron los unos contra los otros por un maléfico torbellino; los rayos encendieron el betún esparcido desordenadamente por las venas del suelo abiertas. Y fuego proveniente de las entrañas de la tierra y en la tierra, y fuego del cielo para alimentar el de la tierra y para abrir, con las espadas de los rayos, nuevas heridas en la tierra que temblaba con convulsión espantosa, quemó, destruyó, consumió muchos estadios de un lugar que antes era un paraíso, e hizo de él el infierno que veis y en el cual no puede haber vida.

Los apóstoles escuchan atentamente...

Bartolomé pregunta:

-¿Crees que, si se pudiera eliminar la capa de las aguas profundas, en el fondo del Mar Grande encontraríamos restos de las ciudades castigadas?

-Sin duda. Y casi intactas, porque el espesor de las aguas forma a manera de argamasa para las ciudades sepultadas. Y mucha arena ha vertido sobre ellas el Jordán. Y están doblemente sepultadas, para que no vuelvan a renacer: símbolo de aquellos que, obstinados en el pecado, están inexorablemente sepultados por la maldición de Dios y por el despotismo de Satanás, al que con tanto frenesí han servido durante su vida.

-¿Y aquí se refugió Matatías de Juan de Simeón, el justo asmoneo que es gloria, junto con sus hijos, de todo Israel?

-Aquí. Entre montes y desiertos. Y aquí reorganizó al pueblo y al ejército. Y Dios estuvo con él.

-Pero, al menos... A él le fue más fácil, ¡porque los Asideos fueron más justos que no los fariseos contigo!

-¡La verdad es que ser más justo que los fariseos es fácil! Más fácil que pinchar para este espino que se me ha agarrado a las piernas... ¡Mirad esto! - dice Pedro, que, escuchando, no ha mirado al suelo y se ha enredado en una maraña espinosa que le hace sangrar en las pantorrillas.

-En los montes hay menos espinos. ¿Ves como ya están disminuyendo? - dice Simón de Zelote para consolar.

-¡Mmm! Conoces muy bien...

-He vivido aquí proscrito y perseguido...

-¡Ah! ¡Bueno, entonces!...

Efectivamente, los pequeños montes se visten de un verde menos molesto, aunque tienen poca sombra y hierbas poco altas (pero olorosísimas, y tachonadas de flores, como una alfombra de colores). Un sinfín de abejas allí se sacian, y luego van a las cavernas que hay en
las laderas montanas, y allí, debajo de colgantes cortinas de hiedras : madreselvas, depositan la miel en colmenas naturales.

Simón Zelote va a una caverna y sale con panales de miel de oro; a otra, y a otra más, hasta que tiene para todos; y ofrece al Maestro y a los amigos, que comen con gusto la dulce y filamentosa miel.

-¡Si hubiera pan! ¡Qué buena está! - dice Tomás.

-Sin pan, también está buena. Mejor que las espigas filisteas. Y... esperemos que ningún fariseo venga a decirnos que no podemos comerla! - dice Santiago de Zebedeo.

Van comiendo así, y llegan a una cisterna donde vierten sus aguas algunos regatos, para ser dirigidas luego no sé a dónde. El agua que rebosa sale del depósito por la bóveda de la roca en que está excavada la cisterna. Estando protegida del sol y de las impurezas, es fresca y cristalina. Cayendo luego, forma como un laguito minúsculo en la roca silícea y negruzca. Con visible placer, los apóstoles se quitan sus ropas y, por turnos, se zambullen en la piscina inesperada. Pero antes han querido que disfrutara del agua Jesús, «para luego ser santificados en el cuerpo» dice Mateo.

Reanudan la marcha, refrescados pero con más hambre que antes; y los más hambrientos, además de comerse la miel, mordisquean unos tallos de hinojo silvestre y otros vástagos comestibles cuyos nombres desconozco.

La vista es bella desde los rellanos elevados de estos originales montes, a los que parece se les hubiera decapitado la cima de un espadazo. Retazos de otros montes verdes y de llanuras fértiles se ven al sur, y también algún fragmento de horizonte del Mar Muerto, bien visible al este, con los montes lejanos de la otra orilla vaporosos por una niebla de livianas nubes que surgen del sudeste; al norte, cuando se muestra entre crestas de montes, se ve el verde lejano de la llanura jordánica; al oeste, los altos montes de Judea.

E1 sol empieza a quemar y Pedro sentencia que «aquellas nubes en los montes de Moab son señal de calor fuerte».

-Ahora vamos a bajar al valle del Cedrón. Es umbroso... - dice Simón.

-¿El Cedrón? ¿Cómo es que hemos llegado tan pronto al Cedrón?

-Sí, Simón de Jonás. Ha sido un camino áspero, pero ¡cuánto ha abreviado el trayecto! Yendo por su valle, pronto se llega a Jerusalén - explica el Zelote.

-Y a Betania... "Debería enviar a algunos de vosotros a Betania, para decir a las hermanas que lleven a Egla a casa de Nique. Me lo ha pedido con mucha insistencia. Y es una petición justa. La viuda sin hijos tendrá un santo amor. La niña sin padres tendrá una madre verdaderamente israelita, que la educará en nuestra antigua fe y en la mía. Quisiera ir Yo también... Descanso de paz para el espíritu afligido... En la casa de Lázaro el corazón de Cristo encuentra amor, sólo amor... ¡Pero es largo el viaje que quiero hacer antes de Pentecostés!

-Mándame a mí, Señor. Y, conmigo, a alguno que tenga buenas piernas. Iremos a Betania; luego subo a Keriot y allí nos encontramos - dice, entusiasta, Judas Iscariote. Los otros, sin embargo, ante la expectativa de ser elegidos para ese viaje que los separaría del Maestro, no se muestran de ninguna manera entusiastas.

Jesús piensa. Y mientras piensa mira a Judas. Duda si consentir. Judas insta:

-¡Sí, Maestro! ¡Di que si! ¡Dame esta satisfacción!...

-Judas, eres el menos indicado de todos para ir a Jerusalén.

-¿Por qué, Señor? ¡La conozco mejor que ningún otro!

-¡Es precisamente por eso!... No sólo la conoces. Penetra en ti más que en ningún otro.

-Maestro, te doy mi palabra de que no me detendré en Jerusalén, y de que no veré a ninguno de Israel, por propia voluntad... Pero, déjame ir. Te precederé en Keriot y...

-¿Y no vas a hacer presiones para darme honores humanos?

-No, Maestro. Lo prometo.

Jesús piensa aún.

-¿Por qué, Maestro, titubeas tanto? ¿Tanto desconfías de mí?

-Eres un débil, Judas. En cuanto te alejas de la Fuerza, caes. ¡Estás siendo tan bueno desde hace una temporada...! ¿Por qué quieres turbarte a ti y causarme dolor a mí?

-¡Que no, Maestro, que no quiero eso! ¡Día llegará en que tendré que estar sin ti, ¿no?! ¡Y entonces? ¿Cómo voy a afrontarlo, si no me he preparado?

-Judas tiene razón - dicen varios.

-¡Bien, de acuerdo!... Ve. Ve con Santiago, mi hermano.

Los otros respiran de alivio. Santiago suspira de pena, pero dócilmente dice:

-¡Sí, mi Señor! Bendícenos y nos pondremos en marcha.

Simón Zelote tiene compasión de su pena y dice:

-Maestro, los padres sustituyen gustosamente a sus hijos para darles una alegría. Yo a éste lo he tomado, junto con Judas, como a hijo. El tiempo ha pasado, pero mi pensamiento sigue siendo el mismo. Acoge mi petición... Mándame a mí con Judas de Simón. Soy viejo, pero resistente como un joven, y Judas no tendrá motivo de queja conmigo.

-¡No, no es justo que te sacrifiques tú separándote del Maestro en mi lugar! Ciertamente para ti es un dolor no ir con Él... - dice Santiago de Alfeo.

-El dolor se mitiga con la alegría de dejarte a ti con el Maestro. Después me contarás lo que hicisteis... Por otra parte... voy de buen grado a Betania... - termina el Zelote como queriendo disminuir el valor de su ofrecimiento.

-Bien. Iréis vosotros dos. Entretanto, vamos a seguir hasta aquel pueblecito. ¿Quién sube a buscar pan en nombre de Dios?

-¡Yo! ¡Yo!

Quieren ir todos.

Pero Jesús retiene a Judas de Keriot. Una vez que todos se han alejado, Jesús lo toma las manos y le habla cara a cara, verdaderamente cara a cara. Parece como si quisiera transfundirle su pensamiento, sugestionarle hasta el punto de que Judas no pudiera tener otros pensamientos sino los que Jesús quiere.

-Judas... ¡No te dañes a ti mismo! ¡No te dañes, Judas mío! ¿No te sientes más tranquilo y feliz desde hace una temporada, libre de los potentes tentáculos de tu peor yo, de ese yo humano que es juguete tan fácil de Satanás y del mundo? ¡Sí, sí que te sientes así! Pues protege tu paz, tu bienestar. No te perjudiques, Judas. Yo leo en ti. ¡Estás en un momento tan bueno...! ¡Ah, si pudiera, si pudiera, a costa de toda mi sangre, mantenerte así, destruir el último baluarte en que anida un gran enemigo para ti, y hacerte todo espíritu, inteligencia espiritual, amor espiritual, espíritu, espíritu!

Judas, frente a frente, cara a cara con Jesús, las manos en sus manos, está casi aturdido. Susurra:

-¿Perjudicarme? ¿Ultimo baluarte? ¿Pero cuál?...

-¿Cuál?! Tú lo sabes. ¡Sabes con qué te perjudicas! Cultivando pensamientos de grandeza humana, y amistades que supones útiles para proporcionarte esta grandeza. Créeme: Israel no te ama. Te odia, como me odia a mí y como odia a quienquiera que pueda tener aspecto de posible triunfador. Y tú, precisamente porque no ocultas tu pensamiento de querer serlo, eres odiado. No creas en sus engañosas palabras, ni en sus preguntas falaces, hechas con la disculpa de interesarse en lo que piensas para ayudarte. Merodean a tu alrededor para hacer daño, para saber y hacer daño. Y no te ruego por mí, sino por ti, por nadie más. Yo, aunque sea blanco de la iniquidad, seré siempre el Señor. Podrán torturar la carne, matarla; más no. ¡Pero tú! ¡Pero tú! A ti te matarían el alma... ¡Evita la tentación, amigo mío! ¡Dime que vas a evitarla! ¡Da a tu pobre Maestro perseguido, afligido, esta palabra de paz!

Lo tiene ahora tomado entre sus brazos y le está hablando junto al oído, su cara arrimada a la de Judas, y sus cabellos de oro oscuro se mezclan con los espesos rizos morenos de Judas.

-Yo sé que tengo que padecer y morir. Sé que mi única corona será la del mártir. Sé que mi única púrpura será la de mi Sangre. Para esto he venido. Porque por este martirio redimiré a la Humanidad, y el amor me impulsa desde un tiempo sin límites a esta acción. Pero quisiera que ninguno de los míos se perdiera. ¡Oh, amo a todos los hombres, porque llevan en sí la imagen y semejanza de mi Padre, el alma inmortal que Él ha creado! Pero vosotros, vosotros amados con predilección, vosotros sangre de mi Sangre, niña de mis ojos, ¿perderos?, ¡no, no! ¡Que no habrá tortura semejante a ésta - ni Satanás que clavara en mí sus armas ardientes de azufres infernales, y me mordiera, me estrujara, él, el Pecado, el Horror, la Repugnancia -, no habrá tortura semejante a ésta para mí: la de un elegido mío que se pierda...! ¡Judas, Judas, Judas mío! ¿Quieres que pida al Padre sufrir tres veces mi horrenda Pasión, y que de estas tres dos sean para salvarte solamente a ti? Dímelo, amigo, y lo haré. Diré que se multipliquen hasta el infinito mis sufrimientos por esto. Te amo, Judas. Mucho te amo. Y querría, querría darte a mí mismo, hacerte ser Yo mismo, para que te salvaras por ti mismo...

-No llores, no digas eso, Maestro. Yo también te amo. Yo también me ofrecería a mí mismo para verte fuerte, respetado, temido, triunfante. No te amaré con perfección... No pensaré con perfección... Pero todo lo que soy lo uso, quizás abusando, por el ansia de verte amado. Pero te juro, te juro por Yeohveh, que no trataré con escribas, ni fariseos, ni saduceos, ni judíos, ni sacerdotes. Dirán que estoy loco. Pero no me importa. Me basta con que Tú no estés afligido por mí. ¿Estás contento? Un beso, Maestro, un beso como tu bendición, como tu protección.

Se dan un beso y se separan, mientras los otros regresan raudos colina abajo agitando hogazas grandes y quesos frescos. Se sientan en la hierba verde de las laderas y se reparten la comida contando que han sido bien recibidos, porque en las pocas casas que hay hay gente que conoce a los pastores-discípulos y se muestra propicia al Mesías.

-No hemos dicho que estabas, porque si no... - termina Tomás.

-Trataremos de pasar por aquí alguna vez. No se debe desatender a ninguno - responde Jesús.

La comida termina. Jesús se pone en pie y bendice a los dos que van a Betania, y que no esperan a que caiga la tarde para reanudar el camino, dado que el valle es umbroso y tiene agua fresca. Jesús y los diez que quedan se echan en la hierba y descansan en espera de la puesta del sol para volver hacia el camino de Engadí y Masada, como oigo que dicen los que se han quedado.

## 389

## Llegada a Engadí con diez apóstoles.

Los peregrinos, a pesar de estar cansados por una larga marcha, cubierta quizás en dos etapas, desde el ocaso a esta aurora, y por senderos ciertamente no fáciles, no pueden contener una exclamación de maravilla cuando, dejado atrás el último tramo del camino que va por una pendiente encendida de diamantes con el primer sol le la mañana, se encuentran abierto frente a ellas el panorama completo del Mar Muerto con sus dos orillas.

Mientras que la orilla occidental deja un pequeño espacio de llanura entre el Mar Muerto y la línea de los pequeños montes que, siendo poco altos, parecen la última ondulación de las cadenas de montes de Judea - una ondulación que ha avanzado hacia el litoral bajo desolado y se ha quedado allí, hermosa de vegetación, después de haber puesto el desierto desnudo entre sí y la primera cadena judía -, en la oriental los montes descienden casi a pico en el lecho del Mar Muerto. Se tiene verdaderamente la impresión de que la tierra, en una espantosa catástrofe telúrica, se haya derrumbado así, con un corte neto, dejando fallas, verticales al lago, por las cuales descienden torrentes más o menos ricos de aguas destinadas a evaporarse en sal en las sombrías y malditas aguas del Mar Muerto. Detrás, más allá del lago y del primer marco de montes, más y más montes, hermosos con el sol de la mañana. A1 norte, la entrada verde-azul del Jordán; al sur, montes que hacen de marco al lago.

Un espectáculo de grandeza solemne, triste, monitoria, en que se funden los graciosos aspectos de los montes y el sombrío aspecto del Mar Muerto, que parece recordar así lo que pueden el pecado y la ira del Señor. ¡Porque es tremenda una superficie de agua tan extensa y sin una vela, una barca, un ave, un animal, que lo surque o lo recorra en vuelo, o beba en sus orillas! Y, como contraste del aspecto punitivo del mar, los milagros del sol en las colinas y en las dunas, hasta en las arenas del desierto, donde los cristales de sal adquieren el aspecto de jaspes preciosos diseminados en la arena, en las piedras, en los tallos rígidos de las plantas desérticas, transformando todo en belleza, recubierto por el polvo diamantino esparcido sobre todas las cosas. Y, aún más milagroso, el fértil aspecto de una meseta situada a unos cien o ciento cincuenta metros sobre el nivel del mar, espléndida con sus palmas y plantas y vides de todo tipo, donde fluyen aguas azules y se extiende una bonita ciudad rodeada de sus exuberantes campiñas. Parece, pasando la mirada desde el sombrío aspecto del mar; desde el aspecto desapacible de la orilla oriental, que muestra paz, desabrida paz, solamente en una lengua de tierra baja y verde que se adentra hacia el sureste en el mar; desde el aspecto desolado del desierto de Judea; desde el severo aspecto de los montes judíos... hasta éste, tan delicado, risueño, florido... parece como si terminara bruscamente una febril pesadilla para transformarse en una suave visión de paz.

-Aquella ciudad es Engadí, cantada por los poetas de nuestra Patria. ¡Admirad cuán bella es la región alimentada por aguas de gracia en medio de tanta desolación! Vamos a bajar a sumergirnos en sus jardines, porque todo es jardín allí: el prado, el bosque, las viñas. Es la antigua Jasasón Tamar, cuyo nombre hace referencia a sus hermosas palmas, bajo las cuales más hermoso aún era levantar las cabañas y cultivar la tierra y amarse y criar a los hijos y a los rebaños bajo el frufrú cantarín del follaje de las palmas. Es el oasis riente, resto, entre las otras tierras, del edén castigado por Dios; circundado, cual perla en un engaste, por senderos practicables sólo para las cabras y corzos, como está escrito en los Reyes; senderos en que se abren cavernas hospitalarias para los perseguidos cansados o abandonados. Recordad a David, rey nuestro, y su bondad hacia Saúl, su enemigo. Es Jasasontamar, que es Engadí, la fuente, la bendita, la belleza, la ciudad desde donde atacaron los enemigos del rey Josafat y de los hijos del pueblo suyo, los cuales, desalentados, fueron confortados por Yajaziel, hijo de Zacarías, hablando en él el Espíritu de Dios. Y obtuvieron una gran victoria porque tuvieron fe en el Señor y merecieron ayuda por la penitencia y la oración que hicieron antes de la batalla. Es la ciudad cantada por Salomón como semejanza de las bellezas de la Bella entre las bellas. Es la ciudad mencionada por Ezequiel como una de las alimentadas por las aguas del Señor... ¡Vamos a bajar! Vamos a llevar el Agua viva, que del Cielo desciende, a la gema de Israel.

Y empieza a descender, casi corriendo, por un sendero tremendamente inclinado, todo vueltas, y zigzagues en el roquedo calcáreo rojizo, y que, en los puntos en que más se acerca al mar, va justo hasta el extremo del monte que enmarca a éste: un sendero que haría venirles el vértigo hasta a los más diestros montañeros. Los apóstoles sólo con dificultad siguen su paso; y los más viejos, cuando el Maestro se para ante las primeras palmas y viñas de la fértil meseta que canta con sus aguas cristalinas y con sus aves de todas las especies, están ya totalmente distanciados.

Ovejas blancas pacen bajo el susurrante techo de palmeras, de mimosas, de árboles balsamíferos, de árboles de pistachos, y de otros, que exhalan aromas delicados o penetrantes para fundirse con los de los rosales y del espliego en flor, de la canela, el cinamomo, la mirra, e1 incienso, el azafrán, los jazmines, lirios, muguetes, y de la flor de aloe, que aquí es gigante, y de los claveles, y de los benjuíes que exudan, junto con otras resinas, de los tajos hechos en los troncos. Verdaderamente es "el huerto cerrado, la fuente de jardín", ¡y frutas y flores y fragancias y belleza se alzan de todas las partes! No hay en Palestina un lugar tan hermosamente vasto y sincero como éste. Se comprenden, al mirarlo, muchas páginas de poetas de Oriente, cuando cantan las bellezas de los oasis como bellezas de paraísos desperdigados sobre la superficie de la Tierra.

Los apóstoles, sudorosos, pero maravillados, se juntan de nuevo con el Maestro y, en grupo, bajan, por un camino bien cuidado, hacia la orilla, a la que se llega después de pasar una serie de terrazas, todas cultivadas, a través de las cuales, con cascadas risueñas, descienden beneficiosas aguas a alimentar todos los cultivos hasta la llanura, que termina en la playa. A mitad de la pendiente, entran en la ciudad blanca, susurrante por las palmeras, olorosa por los rosales y las mil flores de sus jardines. Buscan alojamiento, en nombre de Dios, en las primeras casas. Y las casas, benignas como la naturaleza, se abren sin vacilaciones, mientras los que en ellas viven preguntan que quién es «el profeta que parece el rey Salomón vestido de lino y radiante de belleza»...

Jesús, con Juan y Pedro, entra en una casita donde vive una viuda con su hijo. Los otros se dispersan acá o allá, después de la bendición del Maestro y el acuerdo de reunirse a la puesta del sol en la plaza más grande.

## La fe de Abraham de Engadí y la parábola de la semilla de palma.

Jesús, hacia la hora de la puesta del sol, un ocaso de fuego que enrojece las casas blanquísimas de Engadí y da visos de madreperla negra al Mar Muerto, se encamina hacia la plaza principal. Está con Él el joven que lo ha hospedado y que ahora lo guía por las vueltas y revueltas de la ciudad, de arquitectura verdaderamente oriental. Para defenderse del sol - que debe ser muy fuerte en estos lugares tan abiertos, situados cara a la superficie densa del Mar Salado, del cual me da la impresión de que en los meses de verano deben provenir masas de aire abrasador; en estos lugares tan aislados en medio del desierto yermo, sobre el que el sol debe incidir despiadado y poner el suelo incandescente - para defenderse del sol, digo, los habitantes de Engadí han construido calles estrechas, que parecen aún más estrechas a causa de los canalones y los aleros de las casas, que sobresalen mucho, de forma que si se alza la mirada se ve sólo una cintita de cielo, de un azul violento, aparecer arriba.

Las casas son altas, casi todas de dos pisos, coronadas por una terraza hasta la que han trepado, a pesar de la altura, extendiéndose, las vides para dar sombra y deleite de racimos, que deben ser - cumplida su maduración bajo el sol soberano, entre la reverberación de las tapias y del suelo de la terraza - dulces como moscatel paso. Y las vides se hacen la competencia unas a otras en refrescar a los hombres y a los numerosísimos pájaros que, desde el gorrión a la paloma, hacen sus nidos en Engadí, con sus palmeras nacidas por todas partes y que agitan sus ramas; con sus árboles frutales de magnífica opulencia, que se alzan en los patios, en los huertos comprendidos entre las casas, y se asoman a las callejuelas, y rebosan, colgantes, por las tapias blancas con sus ramas ya cargadas de fruta que madura bajo el sol festivo, y sobrepasan los numerosísimos arcos, que en ciertos lugares forman verdaderas galerías, interrumpidas acá o allá por exigencias arquitectónicas, y se elevan hacia el cielo azul, un cielo tan uniforme, de un color tan pastoso, que da la impresión de que, si fuera posible tocarlo, sería como tocar tupido terciopelo o cuero liso, pintados o teñidos por un sabio artífice con tintura perfecta, más cargada de turquesa, menos cargada de zafiro, bellísima, inolvidable.

Y agua... ¡Cuántos manantiales y fuentes deben gorgotear en los patios y jardines de las casas, entre el verdor de mil plantas! Pasando por las callejuelas aún desiertas - porque los habitantes están o trabajando o en sus casas - se oye su gorgoteo y el caer de las gotas y el frufrú de las frondas, como notas de arpa arrebatadas por una arpista escondida. Y aumentan su hechizo los arcos arquitectónicos y los continuos rincones de las calles, recogiendo esas voces de aguas, amplificándolas, aumentando su número con los ecos, haciendo de ellas todo un arpegiar de acordes.

Y palmeras, palmeras, palmeras. Dondequiera que haya una placita, que puede ser no más grande que una habitación normal, allí se ven lanzarse hacia el cielo sus esbeltos, altísimos tallos; y allá arriba apenas oscila la copa de hojas susurrantes abrazadas en forma de pincel en la cúspide del tallo; mientras la sombra, que a mediodía cae perpendicular sobre las minúsculas plazas cubriéndolas enteras, ahora se refleja caprichosamente en los muretes de las terrazas más altas.

Pero la ciudad está limpia respecto a las otras ciudades palestinas. Quizás las casas, tan pegadas unas a otras, o el hecho de que todas tengan patios y jardines cultivados, ha sido lo que ha contribuido a enseñar a los habitantes a no arrojar basura a las calles, sino a reunirla, junto con las suciedades animales, en estercoleros ya dispuestos para ello, y así abonar los árboles y parterres... o quizás es un caso muy raro de orden. Las callecitas están limpias, secas por el sol, y no se encuentran esas poco graciosas exposiciones de desechos de verduras, sandalias rotas, trapos sucios, excrementos y cosas semejantes, que se ven en la propia Jerusalén, en cuanto una calle es un poco periférica.

Pero está llegando el primer labriego. Vuelve de su trabajo a lomos de un borrico gris. Como defensa contra las moscas, el hombre ha puesto toda una gualdrapa de ramas de jazmín a su borrico, que va dando trotecillos y meneando las orejas y los cascabeles en medio de la ondeante y perfumada cubierta de ramas. El hombre mira y saluda. El joven dice:

-Ven a la plaza grande, para oír al Rabí que está en mi casa»

También un rebaño de ovejas. Invade la calle, encanalándose en ella proveniente de una placita allende la cual se ve la campiña como fondo. Van encajonadas unas con otras, metiendo las pezuñitas en los mismos sitios que las otras; todas con la cabeza agachada, como si fueran cabezas demasiado pesadas para el cuello delgado en relación al cuerpo obeso; trotando con su paso extraño y sus cuerpos regordetes que parecen fardos apoyados en cuatro estacas... Jesús, Juan y Pedro, hacen lo mismo que el hombre que está con ellos y se pegan contra la pared caliente de una casa para dejarlas pasar. Un hombre y un mozalbete siguen al rebaño. Miran y saludan. El joven dice:

-Meted las ovejas en el aprisco y venid a la plaza grande con vuestros parientes. Tenemos con nosotros al Rabí de Galilea. Nos habla.

Y también la primera mujer que sale, rodeada de una nidada de hijos, para ir quién sabe a dónde. El joven dice:

-Ven con Juan y los hijos a oír al Rabí que llaman Mesías.

Las casas se van abriendo al caer de la tarde, y permiten ver fondos verdes de jardines, o serenos patios en que las palomas comen su última comida. El joven introduce la cabeza en cada una de las puertas abiertas y grita: ¡Venid a oír al Rabí, el Señor!

Aparecen, en fin, en una calle recta, la única recta en esta ciudad, que no se ha construido como habría querido, sino como han querido las palmeras o los robustos árboles de pistachos, sin duda centenarios, y respetados como a ciudadanos ilustres por los vecinos, que a ellos deben el no morir de insolación. Y se ve, en el fondo, una plaza en que hacen de columnas los troncos de numerosas palmas: parece una de esas salas hipóstilas de templos y palacios antiquísimos, hechas de un amplio espacio colmado de columnas colocadas a distancias constantes para formar una selva de piedra que sujete el techo. Aquí las palmeras hacen de columnas, y, siendo muchas y bien juntas, forman, con las hojas que se besan, un techo de esmeralda para la blanca plaza, en medio de la cual hay una alta y cuadrada fuente colmada de aguas cristalinas que brotan de una columnita

situada en el centro de la taza, que caen en pilas más bajas, donde pueden beber los animales. En este momento las palomas, domésticas, pacíficas, la han tomado al asalto y beben o se mueven a ritmo de minué con sus patitas rosas en el borde más alto; o se salpican las plumas, que brillan aumentando sus tornasoles por las gotas de agua suspendidas un instante de las barbas de las plumas.

Hay gente. También están los ocho apóstoles que habían ido a distintos sitios en busca de alojamiento, y cada uno ha juntado a sus fieles, deseosos de oír a Aquel que han indicado como el Mesías prometido. Los apóstoles, provenientes de todas las partes, acuden presurosos hacia el Maestro, y, como las cometas, arrastran tras sí a los grupitos de sus conquistas.

Jesús levanta la mano para bendecir a los discípulos y a los de Engadí.

Judas de Alfeo habla por todos:

-Maestro y Señor: Hemos hecho lo que nos dijiste. Éstos saben que hoy la Gracia de Dios está enmedio de ellos. Pero desean también la Palabra. Muchos te conocen de oídas. Algunos porque te han visto en Jerusalén. Todos, especialmente las mujeres, querían verte, y el primero de todos el jefe de la sinagoga. Aquí está. Ven, Abraham.

El hombre, muy anciano (mucho), se acerca. Está emocionado. Querría hablar, hablar, pero, con la emoción que tiene, ya no encuentra ninguna palabra de las que se había preparado. Se inclina para arrodillarse apoyándose en su bastón, pero Jesús se lo impide y lo primero que hace es abrazarlo, luego dice:

-¡Paz al anciano y justo siervo de Dios! - y el otro, cada vez más emocionado, sólo sabe responder:

-¡Alabado sea Dios! ¡Mis ojos han visto al Prometido! ¿Qué más podría pedir a Dios? - y, levantando los brazos, con postura hierática, entona el salmo de David (el 40°): «"Esperé ansiosamente al Señor y Él se inclinó hacia mí"». Pero no lo dice entero. Recita los puntos más adecuados al acontecimiento:

«"Escuchó mi grito y me sacó del abismo de la miseria y del fango del pantano...

Puso en mi boca un canto nuevo.

Dichoso el hombre que ha puesto su esperanza en el Señor. Muchas cosas maravillosas has hecho, oh Señor Dios mío. Ninguno es comparable a ti en tus designios. Quisiera enunciarlos, manifestarlos, mas su número excede toda cuenta.

No has querido sacrificio ni oblación, pero has abierto mis oídos... (se emociona cada vez más).

Está escrito que debo hacer tu voluntad... Tu ley está en el centro de mi corazón.

He anunciado tu justicia en la gran asamblea. No, Tú sabes, Señor, que no he tenido mis labios cerrados.

No he escondido tu justicia dentro de mí, he proclamado tu verdad y la salvación que de ti viene...

Pero Tú, Señor, no alejes de mí tu compasión...

Desgracias sin fin (y ahora ya llora abiertamente, diciendo las palabras con voz aún más vieja y temblorosa a causa del llanto) me han envuelto...

Soy un mendigo, un necesitado, pero el Señor me cuida. Tú eres mi auxilio, mi protector, ¡oh Dios mío, no tardes!...".

-Éste es el salmo, mi Señor, y añado cosas mías: Dime: "Ven" y te responderé lo que dice el salmo: "¡Sí, voy!"».

Y guarda silencio, llorando, con toda la fe concentrada en sus ojos nublados por los años.

La gente explica:

-Se le ha muerto su hija y le ha dejado nietos de corta edad. Su mujer se ha quedado ciega y alelada por las muchas penas. Y de su único hijo varón no se sabe nada. Desapareció, sin más, de la noche a la mañana...

Jesús pone la mano encima del hombro del anciano y le dice:

-Los sufrimientos de los justos pasan veloces como las golondrinas, respecto a la duración del premio eterno. Pero devolveremos a tu Sara los ojos que tenía y la mente de sus veinte años, para que dé consuelo a tu vejez.

-Se llama Paloma - observa uno del pueblo...

-Para él es su princesa. Mas ahora escuchad la parábola que os propongo...

-¿No vas a liberar antes de las tinieblas los ojos *y* la mente de mi mujer para que pueda también ella saborear la Sabiduría? - pregunta ansioso el viejo arquisinagogo.

-¿Eres capaz de creer que Dios lo puede todo, y que su poder va desde un mundo al otro?

-¡Sí, Señor! Recuerdo un atardecer de hace muchos años. Entonces yo era feliz. Pero era creyente aun viviendo en la alegría. ¡Porque es así! El hombre mientras es feliz puede a lo mejor olvidarse de Dios. Yo creía en Dios incluso en aquel tiempo de alegría, cuando mi mujer era joven y estaba sana, y crecía mi Elisa, ya novia, una jovencita bonita como una palmera, y Eliseo la igualaba en hermosura y la superaba en fuerza, como es natural en el hombre... Yo había ido con el niño a las fuentes que están rayanas con las viñas de la dote de Paloma. Había dejado a mi mujer y a mi hija en los telares, donde se tejía el ajuar nupcial... Pero quizás te estoy aburriendo. El mísero sueña la pasada alegría recordando... pero a los demás no les interesa...

-¡Habla, habla!

-Había ido con el niño... Las fuentes... Si has venido por el camino de occidente, sabes dónde están... Las fuentes estaban en el límite del lugar bendito, y mirando se veía, en el fondo, el desierto, y el camino blanquecino por las piedras romanas (entonces todavía bien visibles en las arenas de Judá)... Después... se borró también aquella señal. Al fin y al cabo, no importa que una señal se pierda en las arenas. Lo que sí es una mala cosa es que se haya borrado la señal de Dios, enviada para señalarte, en los espíritus de Israel. ¡En demasiados espíritus!

Mi hijo dijo: "¡Padre! ¡Mira! Una gran caravana y caballos y camellos y pajes y señores en dirección a Engadí. Quizás vienen a las fuentes antes de que anochezca...". Levanté los ojos de los sarmientos que estaba trabajando, mis ojos cansados después de mucha vendimia, y vi... Sí, los hombres venían precisamente a las fuentes. Y bajaron y me vieron y preguntaron si podían acampar en ese lugar durante una noche.

"Engadí tiene casas hospitalarias, y está cerca" respondí.

"No. Estamos alerta para estar preparados para huir, porque nos busca Herodes. Los que estén de guardia desde aquí verán todos los caminos, y será fácil escaparnos de quien nos busca".

"¿Qué pecado habéis cometido?" pregunté asombrado y ya dispuesto a indicarles las cavernas de nuestros montes, como es nuestra sagrada costumbre hacia los perseguidos. Y añadí: "Sois extranjeros, y de lugares distintos... No sé cómo habréis podido pecar contra Herodes...".

"Hemos adorado al Mesías que ha nacido en Belén de Judá. Nos había guiado a Él la estrella del Señor. Herodes lo busca, y por eso nos busca también a nosotros, para que le indiquemos dónde se encuentra. Y lo busca para darle muerte. Nosotros quizás muramos en los desiertos, o a causa del camino largo y desconocido, ¡pero no denunciaremos al Santo que ha bajado del Cielo!".

¡El Mesías! ¡El sueño de todo verdadero israelita! ¡Mi sueño! ¡Y estaba en el mundo! ¡Y en Belén de Judá, según lo predicho!... Pedí, abrazando contra mi pecho a mi hijo, todas las noticias que pudieran darme, y decía: "¡Escucha, Eliseo! ¡Recuerda! ¡Tú lo verás sin duda!". Yo tenía ya cincuenta años y no esperaba verlo... ni esperaba vivir tanto como para verlo ya adulto... Eliseo... ya no lo puede adorar...

El anciano llora nuevamente. Pero recobra ánimos. Dice:

-Los tres Sabios hablaron con paciente dulzura y te describieron como eras en tu santidad niña, y a tu Madre, y a tu padre... Habría transcurrido con ellos la noche... Pero Eliseo se adormecía en mi pecho. Saludé a los tres Sabios con la promesa de guardar silencio para no permitir posibles delaciones contra ellos. Pero a Paloma, en la habitación nupcial, le conté todo... y esto fue el sol en las desventuras que habían de ocurrirnos después. Luego se tuvo noticia de la matanza... y durante años no supe si te habías salvado. Ahora lo sé. Pero sólo yo, porque Elisa ha muerto, Eliseo no está, y Paloma no puede entender la feliz noticia... Pero la fe en el poder de Dios, que ya era viva, se hizo perfecta desde aquel lejano atardecer en que tres hombres, de distinta raza, testimoniaron la potencia de Dios con su unión, por la voz de los astros y de las almas, en el camino de Dios, para adorar a su Verbo.

-Y tu fe será premiada. Ahora escuchad.

¿Qué es la fe? Semejante a una dura semilla de palma, algunas veces es minúscula, formada por una breve frase: "Dios existe", nutrida con una sola aserción: "Yo lo he visto". Como fue la de Abraham en mí por las palabras de los tres Sabios de Oriente. Como fue la de nuestro pueblo, desde los más lejanos patriarcas, transmitida de uno a otro, desde Adán a los descendientes, desde Adán, pecador, pero que fue creído cuando dijo: "Dios existe, y nosotros existimos porque Él nos ha creado. Y yo lo he conocido". Como fue - cada vez más revelada y por tanto cada vez más perfecta - la que vino después y es para nosotros herencia, refulgente de manifestaciones divinas, de apariciones angélicas, de luces del Espíritu. En todo caso, minúsculas semillas respecto al Infinito. Minúsculas semillas. Pero, echando raíces, hendiendo la dura corteza de la animalidad con sus dudas y tendencias, triunfando sobre las hierbas nocivas de las pasiones, de los pecados, sobre el moho de los desalientos, sobre las carcomas de los vicios, triunfando sobre todo, se alza en los corazones, crece, se eleva impetuosa hacia el Sol, hacia el cielo, y sube, sube... hasta que se libera de la restricción de la carne y se funde con Dios, en su conocimiento perfecto, en su completa posesión, más allá de la vida y la muerte, en la verdadera Vida.

Quien posee la fe posee el camino de la Vida. El que sabe creer no yerra. Ve, reconoce, sirve al Señor y tiene la salvación eterna. Para él es vital el Decálogo, y cada mandamiento que contiene es una gema con la que adorna su futura corona. Para él es salud la promesa del Redentor. ¿Ha muerto ya el creyente que creía antes de que Yo viniera a la Tierra? No importa. Su fe lo equipara a aquellos que ahora se acercan a mí con amor y fe. Los justos ya fallecidos exultarán pronto, porque su fe está para recibir el premio. Yo iré, después de cumplir la voluntad de mi Padre, y diré: "¡Venid!", y todos los que murieron en la fe subirán conmigo al Reino del Señor.

Imitad en la fe a las palmeras de vuestra tierra, nacidas de una pequeña semilla, pero con este gran deseo de crecer, y de crecer tan derechas, olvidadas del suelo y enamoradas del sol, de los astros, del cielo. Tened fe en mí. Sabed creer lo que demasiados pocos en Israel creen, y Yo os prometo que poseeréis el Reino celeste, por el perdón del pecado de origen y por la justa recompensa a todos los que practican mi doctrina, que es la dulcísima perfección del perfecto Decálogo de Dios.

Voy a quedarme aquí con vosotros hoy y mañana, que es sábado sacro, y partiré al alba del día después del sábado. ¡El que esté afligido que venga a mí! ¡El que dude que venga a mí! ¡E1 que quiera la Vida venga a mí! Sin temor, porque Yo soy la Misericordia y el Amor.

Y Jesús hace un amplio gesto de bendición para despedir a los que lo están escuchando, de forma que puedan ir a cenar y a descansar; y hace ademán de moverse, cuando he aquí que una ancianita, hasta ahora ocultada por la esquina de una callejuela, hiende la multitud que aún quiere estar con el Maestro, y, entre el asombrado clamor de la misma muchedumbre, va a arrodillarse a los pies de Jesús gritando:

-¡Bendito seas! ¡Y el Altísimo que te ha enviado! ¡Y las entrañas que te engendraron, que son más que de mujer, si han podido llevarte a ti!

Un grito de hombre se funde con el suyo:

-¡Paloma! ¡Paloma! ¡Ves! ¡Comprendes! ¡Hablas con sabiduría reconociendo al Señor! ¡Oh! ¡Dios! ¡Dios de mis padres! ¡Dios de Abraham, Isaac y Jacob! ¡Dios de los profetas! ¡Dios de Juan, el Profeta! ¡Dios! ¡Dios mío! ¡Hijo del Padre! ¡Rey como el Padre! ¡Salvador en obediencia al Padre! ¡Dios como el Padre, y Dios mío, Dios de tu siervo! ¡Bendito seas, y amado, seguido, adorado eternamente!

Y el anciano jefe de la sinagoga cae de rodillas al lado de su ancianita, y abrazándola con el brazo izquierdo, apretándola contra su corazón, se inclina y la mueve a inclinarse para besar los pies del Salvador, mientras un clamor exultante de toda la gente hace vibrar los troncos, de tan intenso como es; y hace que se asusten las palomas, las cuales, ya posadas en sus nidos, ahora alzan de nuevo su vuelo, y rolan por Engadí como para difundir por todos los rincones de la ciudad buena la nueva de que el Salvador está en ella.

## Curación del leproso Eliseo de Engadí

Deben haber adelantado la hora de salida, quizás por consejo de los propios habitantes de Engadí, porque es totalmente de noche y la Luna, que se prepara al plenilunio, ilumina con vivísima luz la ciudad. Las callecitas son cintas de plata entre los cubos de las casas y las tapias de los jardines, que parecen transformar la cal en mármol escultóreo por el efecto del mágico rayo lunar. Las palmeras y los otros árboles, envueltos en la fosforescencia de la luna, adquieren un aspecto fantasmal. Las fuentes, los regatillos de agua, son, respectivamente, pequeñas cascadas y collares de diamantes. Y en las frondas los ruiseñores desgranan collares de notas de oro, uniendo sus prodigios a las voces de las aguas, que, en la noche, parecen sonar cada vez más nítidas.

La ciudad duerme. Pero algunas personas están con Jesús, que se marcha: son los hombres de las casas que lo habían hospedado a Él y también a los apóstoles. Algunos otros vecinos se han añadido. E1 arquisinagogo camina al lado de Jesús. ¡No quiere renunciar a acompañarlo, ni siquiera cuando Jesús se lo ruega antes de adentrarse en abierta campiña! Y marchan, en dirección al camino que conduce a Masada: no el camino bajo, el que bordea el Mar Muerto y que oigo que lo catalogan como insalubre y peligroso por la noche, sino el camino del interior, hendido en la ladera montana, casi en las cimas de los collados que bordean el lago.

¡Es espléndido el oasis en la noche de luna! Da la impresión de caminar por un país de ensueño. Luego el oasis, el verdadero oasis, termina, y se hacen más raras las palmeras. Entonces empieza el terreno de monte propiamente dicho, con sus árboles agrestes y sus prados y sus laderas escindidas por cavernas, como casi todos los montes palestinos. Pero yo diría que aquí las cavernas son más abundantes, y sus bocas extrañas - unas longitudinales, otras planas, unas derechas, otras oblicuas, unas redondas, a mitad de la ladera, otras reducidas a una fisura - presentan espantosos aspectos bajo el claro de luna.

-Abraham, el camino está más abajo. ¿Por qué subes de nuevo? ¡Alargas el camino y tomas un sendero impracticable! - dice con tono autoritario uno de Engadí.

-Porque tengo que enseñarle al Mesías una cosa, y pedirle que sume una cosa más a los grandes favores que ya ha hecho para nosotros. Pero, si estáis cansados, volved a casa o esperadme aquí. Iré yo solo - responde el viejo arquisinagogo, que va renqueando y jadeando por el sendero difícil y empinado.

-¡No! Vamos contigo. Pero nos da pena tu fatiga. Tu corazón trabaja demasiado...

-No es el sendero... Es otra cosa. Es una espada que me da vueltas dentro del corazón... es una esperanza que lo hincha. Venid, hijos míos, y sabréis cuánto dolor, cuánto dolor había en el corazón del que consolaba todos vuestros dolores. Cuánta... no desesperación, eso no, pero sí... aceptación de que no había que hacerse ya ilusiones de volver a ser feliz había en el que siempre os decía que esperaseis en el Señor, que todo lo puede... Os he enseñado a creer en el Mesías... ¿Os acordáis de la seguridad con que hablaba de Él, cuando podía hacerlo ya sin perjudicarlo? Vosotros decíais: "¡Pero la matanza de Herodes?". ¡Sí! ¡Era una espina muy grande en el corazón! Pero me agarraba con todo mi ser a la esperanza... Decía: "Si Dios a tres que no eran ni siquiera de Israel les mandó la estrella para invitarlos a adorar al Niño Mesías, y los guió con ella a la casa pobre ignorada por los rabíes de Israel y los príncipes de los sacerdotes y escribas; si con un sueño les advirtió que no volvieran donde Herodes, para salvar al Niño, ¿no va a haber avisado, con más poder aún, a su padre y a su Madre, de que huyan para poner a salvo la esperanza de Dios y del hombre?". Y la fe en que se había salvado crecía, inútilmente acosada por la duda humana y por las palabras de otros... y cuando... y cuando el mayor dolor de un padre se apoderó de mí... cuando tuve que conducir a un sepulcro a un vivo... y decirle... y decirle... "Estáte aquí mientras dure tu vida... y piensa que si el deseo de las caricias maternas u otro motivo te impulsaran hacia las casas, Yo tendría que maldecirte, tendría que ser el primero en golpearte, y relegarte al lugar donde ni siquiera ya mi desolado amor podría darte auxilio", cuando tuve que hacer esto... me aferré aún más a la fe en Dios, Salvador de su Salvador; y también cuando tuve que decirme a mí mismo y a mi hijo... a mi hijo leproso... ¿os dais cuenta?, leproso... decir... "¡Inclinemos nuestra cabeza ante la voluntad del Señor y creamos en su Mesías! Yo, Abraham, y tú, Isaac, inmolado por 1a enfermedad, no por el fuego, ofrezcamos el dolor para obtener el milagro...". Y cada mes, en cada neomenia... al venir aquí a escondidas, cargado de alimentos... de vestidos... de amor... que debía depositar lejos de mi hijo... porque tenía que volver donde vosotros... hijos míos... y donde mi esposa ciega, la esposa que había perdido la razón, cegada y alelada por el tremendo dolor... volver a mi casa que ya no tenía hijos... que ya no tenía la paz de un recíproco consciente amor... a mi sinagoga y hablaros de Dios... de sus grandezas... de sus bellezas esparcidas por la creación... y tenía ante mis ojos la figura corroída de mi hijo... y ni siquiera podía defenderlo cuando llegaban a mis oídos murmuraciones contra él, en que se decía que era un ingrato, o un malhechor escapado de casa... y todos los meses, al hacer este peregrinaje de padre a la tumba de mi hijo vivo, le decía, para sostener su corazón, le repetía: "El Mesías está entre nosotros. Vendrá. Te curará...". El año pasado, en Pascua en Jerusalén, mientras te buscaba, durante el breve tiempo que estaba lejos de mi mujer ciega, me dijeron: "Es verdad que está entre nosotros. Ayer ha estado aquí. Incluso ha curado a unos leprosos. Va por toda Palestina curando, consolando, adoctrinando". ¡Oh! ¡Regresé tan veloz, que parecía un joven yendo a su boda! Ni siquiera me detuve en Engadí, sino que vine aquí y llamé a mi niño, a mi hijo varón, al fruto mío que se muere, y le dije: "¡Vendrá!". "Señor... Has beneficiado en todo a nuestra ciudad. Te marchas sin dejar ni siquiera a uno enfermo... Has bendecido incluso nuestras plantas y nuestros animales... ¿No vas a querer?... Me has curado a mi mujer... ¿No vas a tener piedad del fruto de sus entrañas?... ¡Un hijo a la madre! ¡Devuelve un hijo a la madre, Tú que eres el Hijo perfecto de la Madre de todas las gracias! ¡En nombre de tu Madre, ten piedad de mí, de nosotros!...

Lloran todos junto con el anciano, que ha hablado al mismo tiempo con fuerza y con angustia...

Y Jesús lo recibe entre sus brazos mientras él solloza, y le dice:

-¡No llores más! Vamos a donde tu Eliseo. Tu fe, tu justicia, tu esperanza, merecen esto y más todavía. ¡No llores, padre! Bien, no nos demoremos más en liberar del horror a una criatura.

-La Luna se oculta. El sendero es difícil. ¿No podríamos esperar a la aurora? - dicen algunos.

-No. Abundan en torno a nosotros los árboles de resina. Coged unas ramas, encendedlas, y vamos - ordena Jesús.

Suben todavía por un sendero estrecho y penoso; parece el lecho desecado de alguna agua aluvial. Las antorchas crepitan humosas y rojizas, esparciendo un fuerte olor de resinas por el aire.

Una caverna, estrecha de abertura, casi celada tras una frondosa espesura, nacida a los lados de un manantial, muéstrase allende un estrecho rellano dividido en medio por una hendidura en la que aquél vierte su agua.

-Allí está Eliseo, desde hace años... en espera de la muerte o de la gracia de Dios... - dice el anciano en voz baja señalando hacia la gruta.

-Llama a tu hijo. Consuélalo. Que no tenga miedo, sino fe.

Y Abraham llama fuerte:

-¡Eliseo! ¡Eliseo! ¡Hijo mío! - y repite el grito temblando de miedo por el silencio que sólo le responde.

-¿Habrá muerto? - dicen algunos.

-¡No! ¡Muerto ahora, no! ¡A1 final de la tortura! ¡Sin ninguna alegría, no! ¡Oh, mi hijo! - gime el padre...

-No llores. Llama otra vez.

-¡Eliseo! ¡Eliseo! ¿Por qué no respondes al...?

-¡Padre! ¡Padre mío! ¿Cómo es que vienes fuera del tiempo normal? ¿Es que ha muerto mi madre y me lo vienes a... - la voz, primero lejana, se ha acercado, y un espectro separa las ramas que ocultan la abertura, un horrendo espectro, un esqueleto, semidesnudo, corroído... el cual, al ver a tanta gente con antorchas y palos, quién sabe qué se imaginará, y retrocede gritando: «Padre, ¿por qué me has traicionado? No he salido nunca de aquí... ¿Por qué me traes a mis apedreadores?!

La voz se aleja, mientras de la aparición no queda como recuerdo sino el ondear de las ramas.

-¡Confórtalo! ¡Dile que está aquí el Salvador - insta Jesús. Pero el hombre ya no tiene fuerzas... Llora desolado...

Es Jesús el que habla:

-Hijo de Abraham y del Padre de los Cielos, escucha. Se cumple lo que tu justo padre te profetizaba. Aquí está el Salvador, y con Él tus amigos de Engadí y los apóstoles del Mesías, que han venido a gozar de tu resurrección. ¡Ven sin miedo! Acércate hasta la quebraja. Yo también me acerco. Te tocaré y quedarás limpio. ¡Ven sin miedo al Señor, que te ama!

Las ramas vuelven a separarse y el leproso mira adelante lleno de miedo. Mira a Jesús, forma blanca que camina sobre la hierba del rellano y que se detiene en el límite de la quebraja... Mira a los otros... especialmente a su anciano padre, que, como hechizado, sigue a Jesús con los brazos extendidos y los ojos fijos en el rostro de su hijo leproso. Se acerca, ya más tranquilo; cojea mucho, por las llagas de los pies... extiende los brazos con sus manos corroídas... Se pone frente a Jesús... Lo mira... Y Jesús alarga sus bellísimas manos, alza los ojos al cielo, recoge, parece recoger en sí, toda la luz de las infinitas estrellas, e irradiar su esplendor purísimo sobre las carnes maculadas, pútridas, desprendidas, que las antorchas, agitadas para que den más luz, hacen aparecer aún más terribles a la luz roja de las ramas encendidas.

Jesús se inclina hacia la quebraja y toca con el extremo de sus dedos el extremo de los dedos leprosos y dice:

-¡Quiero! - y lo dice con una sonrisa de belleza indescriptible.

Repite:

-¡Quiero! - otras dos veces.

Ora y manda con esa palabra...

Luego se separa, retrocede un paso, abre los brazos en cruz y dice:

-Purifícate y luego predica al Señor porque a Él perteneces. Recuerda que Dios te ha amado para que fueras un buen israelita y un hijo bueno. Ten una esposa e hijos, y edúcalos para el Señor. Tu amarguísima amargura ha quedado anulada. ¡Bendice a Dios y vive gozoso!

Luego se vuelve y dice:

-¡Vosotros, los de las antorchas! Acercaos y ved lo que puede el Señor para los que lo merecen.

Baja los brazos - que, abiertos y cubiertos con el manto, obstaculizaban la visión del leproso - y se separa.

El primer grito es el del anciano, arrodillado detrás de Jesús:

-¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo, como eras a tus veinte años! ¡Guapo como entonces! ¡Sano como entonces! ¡Guapo, oh, más guapo que entonces!... ¡Oh, una tabla, una rama, algo para pasar adonde estás! - y hace ademán de lanzarse.

Pero Jesús le retiene:

-¡No! Tu alegría no te haga violar la Ley. Antes debe purificarse. ¡Míralo! Bésalo con los ojos y el corazón. Sé fuerte ahora como lo has sido durante tantos años. Y sé feliz...

Efectivamente éste es un milagro completo. No es sólo curación, sino restauración de lo que la enfermedad había destruido, y el hombre, de unos cuarenta años, está intacto como si no hubiera tenido nunca nada; sólo sigue muy delgado: una delgadez que le da un aspecto ascético de una belleza no común y sobrenatural. Y él agita los brazos, se arrodilla, bendice... no sabe qué hacer para decirle a Jesús que le da las gracias. En fin, ve unas flores entre la hierba, las arranca, las besa y las arroja al otro lado de la grieta, a los pies del Salvador.

-¡Vamos! Vosotros de Engadí quedaos con vuestro arquisinagogo. Nosotros proseguimos hacia Masada.

-Pero no sabéis... No veis...

-Sé, sé el camino. ¡Sé todo! Y conozco los caminos de la Tierra y los de los corazones por los que pasan Dios y el Enemigo de Dios, y veo quién acepta a éste o a Aquél. ¡Quedaos! ¡Quedaos con mi paz! Además, pronto se hará de día y con ramas encendidas iluminaremos hasta el alba. Abraham, ven que te dé el beso de despedida. El Señor esté siempre contigo, como lo ha estado hasta ahora, y con los tuyos y con tu ciudad buena.

-¿No vas a volver a ella, Señor?, ¿para ver mi casa feliz?

-No. Mi camino está ya cercano a su meta. Pero en el Cielo estarás conmigo, y los tuyos contigo. Amadme y educad a los pequeños en la fe de Cristo... Adiós a todos. Paz y bendición a todos los presentes y a sus familias. Paz a ti, Eliseo. Sé perfecto por agradecimiento al Señor. Venid vosotros, apóstoles míos...

Y se pone a la cabeza del pequeño cortejo, que lleva en alto ramas encendidas, y camina, y tuerce tras un peñasco saledizo, y desaparece con su indumento blanco; luego desaparecen, uno a uno, los apóstoles; se aleja el rumor de sus pasos; se desvanece la rojura de las ramas encendidas...

Se quedan en el rellano padre e hijo, sentados en los márgenes de la grieta, en mutua contemplación... Y, detrás, en grupo, con bisbiseos de admiración, los de Engadí... Esperan al alba para volver al pueblo con la noticia de la prodigiosa curación.

## 392

## La hostilidad de Masada, ciudad-fortaleza.

Están ascendiendo por una subida de cabras a una ciudad que parece un nido de águilas en la cima de un pico alpino. Sí, es verdaderamente un pico alto, solitario, de laderas escarpadas, como les gusta a las águilas para sus regios amores, que desdeñan testigos y colectividades. Y con gran fatiga lo acometen, yendo de occidente hacia oriente, volviendo las espaldas a una cadena continua de montes que ya forman parte del sistema montañoso judío, y que, con un ramal poderoso, semejante al contrafuerte de una colosal muralla, se extiende hacia el Mar Muerto en su lado occidental extremo, o sea, hacia el extremo sur de este mar.

-¡Qué camino, Dios mío! - gime Pedro.

-Peor todavía que el de Yiftael - confirma Mateo.

-Pero aquí no llueve, no hay humedad, no resbala uno; lo cual ya es algo... - observa Judas Tadeo.

-¡Sí, bueno, tenemos este consuelo... pero sólo éste! ¡Que no, hombre, que no caes en manos de los enemigos! ¡Si no te echa abajo un terremoto, tú, por mano de hombre, no caes! - dice Pedro hablando a la ciudad-fortaleza, bien cerrada dentro del anillo estrecho de sus defensas, con sus casas apiñadas, apretadas unas contra otras como las semillas de una granada en el escriño de su gruesa cáscara.

-¿Tú crees, Pedro? - pregunta Jesús.

-¿Que si lo creo? ¡Lo veo, que es más!

Jesús mueve la cabeza, pero no rebate.

-Quizás hubiera sido mejor venir por la parte del mar. Si hubiera estado Simón... Conoce bien estos lugares - suspira Bartolomé, que ya no puede más.

-Cuando estemos en la ciudad, y veáis el otro camino, me agradeceréis haber elegido éste. Por aquí puede subir con fatiga un hombre. Por el otro, con fatiga sube una cabra -responde Jesús.

-¿Cómo lo sabes? ¿Alguno te ha informado, o...?

-Sé. Y, además, por esta parte está la nuera de Ananías. La primera cosa que quiero hacer es hablar con ella.

-Maestro... ¿no habrá peligros allá arriba?... Porque... aquí no puede uno escaparse rápidamente, y, si nos siguen... no volvemos a ver nuestra casa. ¡Mira qué precipicios! ¡Y qué piedras tan cortantes! ... - dice Tomás.

-No tengáis miedo. No encontraremos una Engadí. Poquísimas hay como Engadí en Israel. Pero no nos sucederá nada malo.

-Es porque... ¿Sabes que es una fortaleza de Herodes?...

-¿Y qué quieres decir con eso? ¡Que no tengas miedo, Tomás! Hasta que no llega la hora, nada sucede verdaderamente grave.

Caminan, caminan, y llegan al pie de los adustos muros cuando el sol ya está alto. Pero la altura mitiga el calor.

Entran en la ciudad pasando bajo el arco de una puerta estrecha, tenebrosa. Los muros de los bastiones son robustos, con macizas torres y estrechas aberturas.

-¡Qué trampa para caza! - dice Mateo.

-Yo pienso en los desdichados que hayan traído aquí los materiales, estos bloques, estas grandes láminas de hierro... - dice Santiago de Alfeo.

-El amor santo a la patria y a la independencia les hizo ligeros los pesos a los hombres de Jonatán Macabeo; el amor malvado de sí mismo y el terror a la ira del pueblo impuso un pesado yugo, no a súbditos sino a peor que esclavos, por voluntad de Herodes el Grande. Y, bautizada con sangre y lágrimas, perecerá en la sangre y en las lágrimas, cuando llegue la hora del castigo divino.

-Maestro, ¿pero qué culpa tienen los habitantes?

-Ninguna. Y toda. Porque cuando los súbditos emulan a los jefes en las culpas o en los méritos, reciben el mismo premio o castigo que sus jefes. Pero hemos llegado a la casa, que es la tercera de la segunda calle, la que tiene el pozo delante. Vamos...

Jesús llama a la puerta cerrada de una casa alta y estrecha. Abre un niño.

-¿Eres pariente de Ananías?

-Llevo su nombre porque es padre de mi padre.

-Llama a tu madre. Dile que vengo del pueblo donde está Ananías y el sepulcro de su marido fallecido.

El niño se marcha y vuelve.

-Ha dicho que no le interesa saber nada del viejo. Que te puedes marchar.
Jesús pone una cara muy severa.
-No me iré sino después de haber hablado con ella. Niño, ve y dile que Jesús de Nazaret, en quien creía su marido, está aquí y quiere hablar con ella. Dile que no tema. El anciano no está...
El niño se marcha otra vez. La espera es larga. Algunas personas se han parado a observar y alguno pregunta a los discípulos. Pero se percibe un ambiente arisco, o indiferente, o irónico... Los apóstoles tratan de ser amables, pero están visiblemente influenciados por la situación. Y terminan de estarlo cuando llegan los notables de la ciudad y hombres de armas; tanto unos como otros con unas caras de... delincuentes, que no inspiran ni pizca de confianza.
Jesús, en el umbral de la puerta, apoyado en una jamba, con los brazos cruzados, espera, paciente, absorto.
Por fin sale la mujer. Alta, morena, de mirada dura y perfil desabrido. No es ni vieja ni fea, pero su expresión la hace parecer vieja y fea.
-¿Qué quieres? Date prisa, que tengo cosas que hacer - dice altanera.
-No quiero nada. Nada. Tranquila. Que sólo te traigo el perdón de Ananías, su afecto, su súplica...
-¡No lo tomo conmigo de nuevo! Inútil suplicar. No quiero viejos lamentosos. Ya no tenemos nada que ver yo y él. Y, además, pronto me voy a casar otra vez y no puedo imponer en la casa de un rico a ese burdo labriego que es él. ¡Ya he tenido de sobra con mi error de aceptar casarme con su hijo! Pero entonces era una niña ignorante y me fijé sólo en la belleza del hombre. ¡Qué desventura para mí! ¡Qué desventura! ¡Maldito sea el motivo que me lo puso en mi camino! ¡Y maldito el recuerdo de...
Parece una máquina...
-¡Basta! Respeta, mujer más árida que el sílex, a los vivos y a los muertos que no merecías tener. ¡Desventura para ti! ¡Sí! ¡Desventura! Porque en ti no hay amor al prójimo, y por tanto Satanás está en ti. ¡Pues teme, mujer! ¡Teme que las lágrimas del anciano, que las del marido, al cual ciertamente has oprimido con tu aborrecimiento, no se vuelvan lluvia de fuego sobre lo que tú amas! ¡Tienes hijos, mujer!...
-¡Hijos! ¡Ojalá no los tuviera! ¡Habría desaparecido el último vínculo! Y... bueno, además no quiero oír nada. No quiero oírte. ¡Vete! Estoy en mi casa, en casa de mi hermano. No te conozco. No quiero recordar al viejo. No... - grita como una urraca desplumada viva. Una verdadera arpía...
-Atenta! - dice Jesús.
-¿Me estás amenazando?
-Es un llamamiento que te hago en orden a Dios, a su Ley, por piedad hacia tu alma. ¿Qué hijos vas a educar con estos sentimientos? ¿No temes el juicio de Dios?
-¡Basta! Saúl, ve a llamar a mi hermano y dile que venga con Jonatán. ¡Ahora verás! Te...
-No. No hace falta. Dios no va a forzar tu alma. Adiós.
Y Jesús se marcha abriéndose paso entre la gente.
La calle es estrecha, entre altas casas. Pero la ciudad, adecuada para la defensa, tiene el corazón como la propia defensa de la parte oriental, donde todo cae a plomo por cientos de metros, y donde la delgada cinta de un sendero sinuoso, de una inclinación verdaderamente impresionante, sube desde la llanura, desde las orillas del mar, hasta la cima del pico.
Jesús va precisamente allí, donde hay una placita para las máquinas de guerra, y empieza a hablar, repitiendo una vez más su llamada al Reino de los Cielos, del cual expone las líneas esquemáticas.
Y está para desarrollarlas cuando, abriéndose un pasaje entre la pequeña muchedumbre, más curiosa que creyente, van hacia Él, voceando entre sí, unos notables. En cuanto están frente a Jesús, dicen - confusamente porque hablan todos juntos, concordes sólo en expulsarlo - en tono conminatorio:
-¡Vete de esta ciudad! Aquí nos bastamos nosotros para educar a los hijos de Israel.
-¡Márchate! ¡Nuestras mujeres no necesitan de tus recriminaciones, galileo!
-¡Vete con tus ultrajes! ¿Cómo te atreves a ofender a la mujer de un herodiano, en una de las ciudades predilectas del gran Herodes? ¡Usurpador, ya desde el nacimiento, de sus derechos soberanos! ¡Fuera de aquí!
Jesús los mira, especialmente a estos últimos, y dice una sola palabra:
-¡Hipócritas!
-¡Fuera! ¡Fuera!
Un verdadero tumulto de voces discordes, y, cada una por su cuenta, acusa o defiende a la propia casta. No hay quien se aclare. En la placita estrecha, hay mujeres que chillan y se desmayan, niños que lloran, soldados que tratan de abrirse paso - salen de la fortaleza propiamente dicha - y que para abrirse paso hacen daño a la gente que está apiñada en la plaza, la cual reacciona imprecando contra Herodes y sus soldados, contra el Mesías y sus seguidores. ¡Un buen jaleo! Los apóstoles, formando una barrera en torno a Jesús - son los únicos que lo defienden, más o menos valientemente - gritan a su vez improperios punzantes, y no se salva de sus improperios ninguno.
Jesús los llama y dice:
-Nos marchamos de aquí. Torcemos por detrás de la ciudad y nos marchamos...
-¡Y para siempre, ¿eh?! ¡Para siempre! - grita Pedro, lívido de ira.
-Sí, para siempre...
Se marchan, uno después de otro. Contra todas las insistencias de los suyos, el último es Jesús. Los soldados, a pesar de sus burlas hacia el «profeta burlado», como dicen, haciendo todo tipo de gestos burlescos, tienen la prudencia de cerrar enseguida el portillo de la muralla y apoyarse contra él con las armas vueltas hacia la plaza. Jesús camina por un senderito que bordea las murallas, un sendero de dos palmos de ancho, bajo el cual está el vacío, la muerte. Los apóstoles lo siguen, evitando

mirar al abismo pavoroso. Ya están otra vez delante de la puerta por la que habían entrado. Jesús, sin detenerse, empieza a bajar. La ciudad tiene cerrada la puerta también por este lado...

A muchos metros de la ciudad, Jesús se para y pone la mano en el hombro de Pedro, el cual, secándose el sudor, dice:

-¡De buena nos hemos librado! ¡Maldita ciudad! ¡Y maldita mujer! ¡Pobre Ananías! ¡Esa es peor que mi suegra!... ¡Qué serpiente!

-Sí. Tiene el corazón frío de las serpientes... Simón de Jonás, ¿tú qué opinas? ¿Te parece segura esta ciudad, a pesar de todas las defensas?

-¡No, Señor! No tiene a Dios consigo. Digo que compartirá con Sodoma y Gomorra la misma suerte.

-Bien has respondido, Simón de Jonás. Está acumulando contra sí los rayos de la ira divina. Y no tanto por haberme echado, cuanto porque en ella se violan todos los mandamientos del Decálogo. Vámonos. Nos acogerá la sombra fresca de una gruta, en estas horas de sol. Y, cuando se ponga el sol, nos encaminaremos hacia Keriot, mientras lo permita la Luna...

-¡Maestro mío! - gime Juan en un improviso acceso de llanto.

-¿Pero qué te pasa? - preguntan todos.

Juan no se explica. Llora, llevadas las manos a la cara, un poco agachado... Parece ya el Juan desolado del día de la Pasión...

-¡No llores! Ven aquí... Nos quedan todavía horas dulces por delante - dice Jesús arrimándolo hacia sí (lo cual consuela el corazón, pero hace aumentar el llanto).

-¡Oh! ¡Maestro! ¡Maestro mío! ¿Cómo voy a resistir? ¿Cómo voy a resistir?

-¿Pero el qué, hermano? ¿El qué, amigo? - preguntan Santiago y los otros.

Juan no logra hablar. Luego, levantando la cara y echándole los brazos al cuello a Jesús, y obligándole a agacharse hacia su rostro desolado, grita, respondiendo a Jesús en vez de a los que le han preguntado:

-¡El verte morir!

-¡Dios te socorrerá, niño suyo predilecto! No te faltará su ayuda. No llores más. ¡Vamos! Vamos... - y Jesús se echa a andar, llevando de la mano al ciego a causa de las lágrimas...

## 393

### En la casa de campo de María de Keriot.

Llegan a la casa de campo de Judas, en una fresca y espléndida mañana. Los manzanos están aljofarados de rocío, y la hierba a sus pies es una alfombra de flores sobre la cual zumban las abejas. La casa tiene ya abiertas de par en par las ventanas. La que la dirige, la mujer fuerte que mitiga su autoridad con una gran bondad, está impartiendo órdenes a los criados y campesinos, y distribuye con sus propias manos los alimentos antes de mandar a cada uno a su trabajo. Por la amplia puerta, abierta también de par en par, de la vasta cocina, se la ve pasar una y otra vez, vestida de oscuro, hablando con uno u otro, haciendo las fracciones según las necesidades del trabajador. Una banda de palomas espera su parte arrullando delante de la puerta.

Jesús se aproxima sonriendo, y ya está casi en la puerta cuando, con un saquito de grano en la mano, María de Salomé se asoma diciendo:

-Y ahora a vosotras, palomitas. Ésta es la primera comida. Luego id, felices, a alabar al Señor. ¡Tranquilas, tranquilas, que hay para todas sin necesidad de picaros!...

Y esparce las semillas, arrojándolas en todas las direcciones para impedir peleas violentas entre las voraces palomas. No ve a Jesús porque tiene la cabeza baja, y se agacha incluso a acariciar a algunas aves que le picotean suavemente los dedos de los pies como caricia de amor. María toma una de ellas entre sus manos y la acaricia. Luego la deja en el suelo y suspira.

Jesús da un paso hacia delante y dice:

-¡La paz a ti, María, y a tu casa!

-¡El Maestro! - exclama la mujer, dejando caer el saquito que tenía debajo del brazo, y corre hacia Jesús, y al hacerlo espanta a las palomas, las cuales, no obstante, se posan inmediatamente en el suelo, y trabajan con ahínco en la cuerdecita del saquito para soltarla y en su tela para aflojarla y satisfacer su voracidad.

-¡Oh! ¡Señor! ¡Qué día más santo y dichoso! - y hace ademán de arrodillarse a besar los pies de Jesús.

Pero Él se lo impide diciendo:

-Las madres de mis apóstoles y las israelitas santas no deben humillarse como esclavas en mi presencia. Me han dado su espíritu fiel y su hijo, Yo les doy a ellas un amor de predilección.

La madre de Judas, emocionada, le besa entonces las manos susurrando:

-¡Gracias, Señor!

Luego alza la cabeza y mira al pequeño grupo de los apóstoles, que se había detenido a la altura de los últimos árboles, y, extrañada de no ver que su hijo venga a ella, observa mejor al grupo. Su rostro palidece por el temor. Casi se le escapa un grito para preguntar:

-¡Mi hijo dónde está? - y mira con miedo y dolor a Jesús.

-No temas, María. Lo he mandado con Simón Zelote a casa de Lázaro para una misión. Si me hubiera podido detener en Masada el tiempo que había decidido, lo habría encontrado aquí; pero no he podido quedarme allí: la ciudad hostil me ha expulsado. Y he venido sin demora a buscar consuelo en una madre y a darle a ella el consuelo de saber que su hijo sirve al Señor - dice Jesús subrayando las últimas palabras para darles un significado más amplio.

María es como una flor mustia que cobrase nuevo vigor. Recupera e1 color de sus mejillas y la luz de su mirada. Pregunta:

-¡Verdaderamente, Señor, es bueno y te es motivo de satisfacción? ¿Sí? ¡Oh, gozo, gozo del corazón de la madre! ¡He orado mucho! ¡Mucho! ¡He dado muchas limosnas! ¡Muchas! Y he hecho muchas penitencias... Muchas... ¿Y qué no haría para hacer de mi hijo un santo? ¡Gracias, Señor! Gracias por amarlo tanto. Porque tu amor es lo que salva a mi Judas...

-Sí. Lo... sostiene *"nuestro"* amor...

-¡Nuestro amor! ¡Qué bueno eres, Señor! ¡Poner mi pobre amor al lado del tuyo, unido al tuyo, divino!... ¡Oh, qué palabra me has dicho! ¡Cuánta seguridad! ¡Cuánto consuelo y paz me das con ella! Mientras se trataba de mi pobre amor, poco beneficio podía obtener -Judas de él. Pero Tú, con tu perdón... porque conoces sus pecados, Tú, con tu infinito amor, que parece crecer en la medida en que él, después de un pecado, lo necesita, ¡oh! Tú... mi Judas se vencerá a si mismo, finalmente, para siempre. ¿No es verdad, Maestro?

La mujer lo mira fijamente, con sus ojos serios y profundos, las manos juntas suplicantes.

Jesús... Jesús, que no puede decirle que sí y que no quiere negarle esta hora de paz, de dispersión de sus temores, encuentra unas palabras que no son una mentira, y que tampoco son una promesa, pero que pueden ser recibidas por la mujer con alivio. Dice:

-Su buena voluntad unida a nuestro amor puede hacer verdaderos milagros, María. Ten paz en tu corazón pensando siempre que Dios te ama. Mucho. Te comprende. Mucho. Y será *siempre* amigo tuyo.

María le besa de nuevo las manos en señal de agradecimiento. Y luego dice:

-Entra entonces en mi casa hasta que llegue Judas. Aquí hay amor y paz, Maestro bendito.

Jesús llama a los suyos y entra en la casa para descansar y reponer fuerzas.

Atardece. La noche desciende lentamente sobre la campiña. Cesan los ruidos, uno a uno, y no queda más que el viento ligero entre las frondas como voz en el silencio. Luego... óyese el primer grillo en los campos de mieses. Otro... otro... y toda la campiña canta monótonamente... hasta que un ruiseñor lanza la primera pregunta canora a las estrellas... calla escuchando y luego repite. Calla de nuevo... ¿Qué espera?... ¿Quizás el primer rayo de luna?... Musita quedamente. Debe haberse metido en el tupido nogal que hay junto a la casa; quizás tiene ahí su nido. Parece cuchichear con su compañera, que quizás está encobando... Un balido insistente poco lejano. Un sonar de cascabeles en el camino que conduce a Keriot. Luego silencio.

Jesús está sentado al lado de María, en unos asientos que han sido colocados delante de la casa. Descansa en ambiente sereno, entre los suyos y los domésticos. Es una hora dulce, sosegada. Y ello es descanso para los cuerpos y los espíritus. Jesús habla poco, sólo de vez en cuando; deja que hablen los apóstoles, de Engadí, del anciano jefe de la sinagoga, del milagro. María y los criados escuchan atentos.

Algo se mueve entre los troncos de los manzanos. Pero, si bien aquí, en la plazoleta de delante de la casa, aún se ve un poco, por las claras estrellas que pueblan el cielo, allí, bajo el tupido follaje, no hay ni pizca de luz, y solamente llega a los oídos el ruido de algo que se mueve.

-¿Algún animal nocturno? ¿Alguna oveja descarriada? - se preguntan varios. Y el haber mencionado una oveja evoca en el pensamiento de muchos una oveja que se queja porque le han quitado a su cordero para matarlo.

-¡No acaba de resignarse! - dice el administrador - Temo que se le coagule la leche. Desde esta mañana no come y no hace otra cosa que balar... ¡Oídla!...

-Se le pasará... Tienen hijos para que nosotros nos comamos el cordero - dice filosóficamente uno de los domésticos.

-Pero no todas son iguales. Ésta es más inteligente y sufre más. ¿Oyes? ¿No parece realmente llanto? No me llames tonta, Maestro... Me duele como el llanto de una mujer que hubiera perdido a su hijo.

-¡Tú, por el contrario, madre, encuentras a tu hijo! - dice Judas de Keriot apareciendo a sus espaldas junto con Simón y haciéndoles sobresaltarse a todos por la sorpresa.

-¡Maestro! Danos tu bendición ahora que regresamos, como nos la diste cuando nos marchamos.

-Sí, Judas - y Jesús abraza a los dos que han vuelto.

-La tuya, mamá...

También María besa y abraza a su hijo.

-¡No creíamos verte ya aquí, Maestro. Hemos andado incansablemente, casi siempre por atajos para evitar que nos entretuvieran. Pero hemos encontrado a algunos discípulos y hemos avisado a Juana y a Elisa de que pronto nos verán - explica Simón.

-Sí. Y Simón caminaba como un joven. Maestro, hemos llevado el mensaje. Lázaro está muy mal. El calor le hace sufrir más todavía. Solicita que vayamos pronto a verlo... Maestro, no he ido a ningún sitio aparte de a la Antonia, por caridad hacia Egla, que antes de partir para Jericó quería dar las gracias a Claudia. ¿Verdad, Simón?

-Es verdad. Y a la Antonia fuimos a la hora sexta, un día de bochorno que aconsejaba a todos quedarse en casa. Mientras Judas hablaba con Claudia, a la que Álbula Domitila había llamado al jardín, me hacían preguntas las otras mujeres. No creo haber hecho mal explicando como podía lo que querían saber.

-Hiciste bien. En ellas hay verdadera voluntad de conocer la Verdad.

-Y en Claudia hay verdadera voluntad de ayudarte. Se despidió de Egla, que fue a saludar a Plautina y a las otras, y me hizo muchas preguntas. Si entendí bien, quiere convencer a Poncio de que no crea las calumnias fariseas, saduceas, etc. Poncio sólo hasta cierto punto se fía de sus centuriones, que son buenos para la batalla pero poco buenos para transmitir mensajes. Y, para saber con seguridad las cosas, se sirve mucho de su mujer, que debe ser inteligente hasta rayar con la astucia. La verdad es que el Procónsul es Claudia. Poncio debe ser una nulidad que si está arriba es porque ella es quien es, como poder y como consejera. Quisieron darnos dinero para tus pobres. Aquí está.

-¿Cuándo habéis llegado? No parecéis cansados ni traéis polvo - pregunta Santiago de Zebedeo.

-Entre la hora tercera y la sexta. Hemos ido a Keriot para ver si estaba mi madre y para avisar de tu llegada. Pero me he comportado como Tú quieres, Maestro. No me he dejado tentar por deseos humanos. ¿No es verdad, Simón?

-Es verdad.

-Has hecho bien. Obedece siempre y te salvarás.

-Sí, Maestro. ¡Oh, ahora que sé que Claudia está con nosotros, ya no tengo mis necias prisas! Todas amor, de todas formas. Tienes que reconocerlo. Amor desordenado... Desordenado porque se sentía sin protección, sin ayuda para conseguir su finalidad, que es que te amen, que te respeten como mereces, como *debe* ser. Ahora estoy más tranquilo. Ya no tengo miedo. Y me resulta suave incluso esperar...

Judas sueña con los ojos abiertos.

-No te abandones a los sueños, Judas. Estáte en la verdad. Yo soy la Luz del mundo y la luz será siempre odiada por las tinieblas... advierte Jesús.

La Luna se ha levantado. Su blancura inunda la campiña, pone pálidos los rostros, viste de plata las casas y los árboles. El nogal está envuelto todo de luna a oriente. El ruiseñor recoge la invitación lunar y desata su canto, largo, melodioso, que tenía reservado, para saludar a la noche y a la Luna.

## 394

## Parábola de las dos voluntades y despedida de los habitantes de Keriot.

Jesús habla en el interior de la sinagoga de Keriot, que está increíblemente abarrotada de gente. Está respondiendo a éste o a aquél, que le consultan aparte pidiéndole consejos íntimos. Luego, una vez que ha satisfecho a todos, empieza a hablar en voz alta.

-Gentes de Keriot, oíd mi parábola de despedida. Le vamos a dar el nombre de: "Las dos voluntades".

Un padre perfecto tenía dos hijos, amados ambos con igual amor sabio. Orientados los dos por caminos buenos. Ninguna diferencia en su modo de amar o de dirigir. Y sin embargo había entre los dos hijos una sensible diferencia. Uno, el primogénito, era humilde, obediente: hacía la voluntad paterna sin discutir; siempre jovial y contento de su trabajo. El otro, aun siendo menor, frecuentemente se mostraba malcontento y tenía controversias con su padre y con su propio yo. Siempre meditaba - con meditación muy humana - acerca de las órdenes y consejos que recibía; y, en vez de llevarlos a cabo como le eran propuestos, se permitía el modificarlos en todo o en parte, como si quien lo mandaba fuera un necio. El mayor le decía: "No te comportes así. ¡Das dolor a nuestro padre!". Pero él respondía: "Eres un necio. Ya eres grande y desarrollado, y además el primogénito, y ya adulto... yo no querría quedarme en el rango en que nuestro padre te ha puesto. Yo querría hacer más. Imponerme a los subalternos. Que comprendan que soy el amo. Pareces un subalterno tú también, con tu perpetua mansedumbre. ¿No ves que en el fondo pasas desapercibido con toda tu primogenitura? Alguno se burla de ti incluso...". El segundogénito, tentado - más que tentado, discípulo de Satanás, cuyas insinuaciones ponía atentamente en práctica -, tentaba al primogénito. Pero éste, que era fiel al Señor en el respeto de la Ley, se mantenía fiel también a su padre, al cual honraba con su conducta perfecta.

Pasaron los años. El segundogénito, molesto por no poder reinar como soñaba, después de haber rogado al padre varias veces: "Dame la facultad de actuar en tu nombre, por tu honor, en vez de confirmársela a ese necio que es más manso que una oveja", después de haber tratado de mover a su hermano a hacer más de lo que el padre hubiera dispuesto, para imponerse a los subalternos, a los conciudadanos y vecinos, se dijo a sí mismo: "¡Basta! ¡Aquí está en juego también nuestra reputación! Dado que ninguno quiere actuar, voy a actuar yo". Y se puso a hacer cosas según su propio criterio, abandonándose a la soberbia y a la mentira y desobedeciendo sin escrúpulos. Su padre le decía: "Hijo mío, estáte sujeto al primogénito. Él sabe lo que hace". Decía: "Me dicen que has hecho esto. ¿Es verdad?". Y el hijo menor decía, encogiéndose de hombros, respectivamente, a una y a otra de las cosas que su padre le decía: "¡Ya... sabe, sabe! Es demasiado tímido, titubea demasiado. Pierde las ocasiones de triunfo"; "no lo he hecho". El padre decía: "No busques ayudas de unos u otros. ¿Quién crees que podrá ayudarte mejor que nosotros a dar lustre a nuestro nombre? Son falsos amigos, que te azuzan para luego reírse a tus espaldas". Y el hijo menor respondía: "¿Estás celoso de que sea yo el que tiene iniciativa? Por lo demás, sé que estoy haciendo bien las cosas".

Pasó más tiempo. El primero crecía cada vez más en justicia y el otro nutría cada vez más las malas pasiones. A1 final, el padre dijo: “¡Ya se ha terminado, ¡eh?: o te doblegas a lo que se ha dicho o pierdes mi amor!". Y el rebelde fue a decírselo a sus falsos amigos. "¡Y te preocupas por esto! ¡No, hombre, no! Hay una manera de poner al padre en la imposibilidad de preferir un hijo al otro. Ponlo en nuestras manos y nosotros lo resolvemos. Tú no tendrás culpa material, y florecerán con nuevo vigor las riquezas, porque, una vez quitado de en medio el demasiado bueno, podrás darles gran esplendor. ¿No sabes que es mejor una acción fuerte, aunque produzca dolor, que no la inercia, que produce daño a los bienes?" respondieron. Y el segundogénito, ya saturado de malevolencia, prestó su adhesión al indigno complot.

Ahora decidme vosotros: ¿se puede acusar al padre de haber dado dos sistemas de educación a los dos hijos?; ¿se le puede llamar cómplice? No. ¿Y cómo es que, mientras que un hijo es santo, el otro es malo? ¿Acaso el hombre recibe, con anterioridad, la voluntad en dos modos? No. La voluntad es dada de una sola manera. Pero el hombre, en su propio interés, la muta: el que es bueno hace buena su voluntad; el malo, mala.

Os exhorto a vosotros de Keriot - y esta exhortación a que sigáis caminos de sabiduría será la última - a seguir únicamente la buena voluntad. Casi al final de mi ministerio, os repito las palabras que fueron cantadas cuando nací: "Paz hay para los hombres de buena voluntad". ¡Paz! O sea, éxito, o sea, victoria en la Tierra y en el Cielo, *porque Dios está con quien*

*tiene la buena voluntad de obedecerlo. Dios no mira tanto a las obras altisonantes que el hombre hace por propia iniciativa, cuanto a la humilde obediencia, diligente, fiel, a las obras que Él propone.*

Os recuerdo dos episodios de la historia de Israel. Dos demostraciones de que Dios no está donde el hombre quiere actuar por su propia cuenta pisoteando la orden recibida.

Veamos los Macabeos. Está escrito en ellos que, mientras Judas Macabeo con Jonatán iba a combatir a Galaad, y Simón iba a liberar a los otros de Galilea, les había sido ordenado a José de Zacarías y a Azarías, jefes del pueblo, que permanecieran en Judea para defenderla. Y Judas les dijo: "Cuidad de este pueblo y no entabléis batalla con las naciones hasta nuestro regreso". Pero José y Azarías, oyendo las grandes victorias de los Macabeos, quisieron actuar también, y dijeron: "Vamos a hacer célebre también nuestro nombre y vamos a combatir contra las naciones de los alrededores". Y fueron vencidos y castigados y "grande fue la huida del pueblo, porque no habían hecho caso a Judas y a sus hermanos, creyendo que obraban como héroes". La soberbia y la desobediencia.

¿Y qué se lee en los Reyes? Se lee que Saúl fue corregido una vez y luego otra, y la segunda fue tan corregido por haber desobedecido, que se eligió en su lugar a David. ¡Por haber desobedecido! ¡Recordad! ¡Recordad! "¿Acaso quiere el Señor holocaustos o víctimas, y no más bien que se obedezca la voz del Señor? La obediencia vale más que los sacrificios; el hacer caso, más que ofrecer la grasa de los carneros; porque la rebelión es como un reato de magia, el no querer someterse es como un delito de idolatría. Pues bien, como has rechazado la palabra del Señor, el Señor te ha rechazado a ti para no dejarte seguir siendo rey".

¡Recordad! ¡Recordad! Cuando Samuel, obediente, llenó su cuerno de aceite y fue a ver a Jesé Betlemita, porque allí el Señor se había procurado otro rey, habiendo entrado Jesé con sus hijos al banquete, después del sacrificio, le fueron presentados a Samuel estos hijos. Primero Eliab, hermoso de cara, edad y estatura. Pero el Señor dijo a Samuel: "No te fijes en su cara ni en su gran estatura, porque Yo lo he descartado. No juzgo según los criterios humanos. Porque el hombre mira las cosas que ven sus ojos, pero el Señor ve el corazón". Y Samuel no quiso tomar como rey a Eliab. Le fue presentado a Abinadab, pero Samuel dijo: "El Señor no ha elegido tampoco a éste". Y Jesé le presentó a Sammá. Pero Samuel dijo: "Tampoco éste es el elegido del Señor". Y así con los siete hijos de Jesé presentes en el banquete. Pero Samuel dijo: "¿Todos tus hijos están aquí?". "No" respondió Jesé. "Queda uno, todavía niño, que está apacentando las ovejas.” "Dile que venga, porque no nos sentaremos a la mesa sino cuando él haya llegado.” Y vino David, rubio y hermoso, un niño. Y el Señor dijo: "Úngelo. Es él el rey". Porque, sabedlo siempre, *Dios elige a quien quiere y depone a quien, habiendo degradado su voluntad con soberbia y desobediencia, desmerece.*

No volveré a vuestra ciudad. El Maestro está para cumplir su ministerio. Después será más que Maestro. Preparad vuestro corazón para aquella hora; porque habéis de tener presente que, de la misma forma que mi nacimiento fue salud para los que tuvieron buena voluntad, así mi elevación significará salud para los que me hayan seguido como Maestro en mi doctrina con buena voluntad, y para los que en ella me sigan después, incluso después de mi elevación.

¡Adiós, hombres, mujeres, niños de keriot! ¡Adiós! ¡Mirémonos bien a los ojos! Hagamos que los corazones, el mío y los vuestros, se fundan en un abrazo de amor y de despedida, y que el amor permanezca, siempre vivo, incluso cuando Yo ya no esté, no vuelva a estar nunca más, entre vosotros... Aquí, la primera vez que vine, un justo expiró en el beso de su Salvador, en una visión de gloria... Aquí, esta vez, la última que vengo, os bendigo con el amor...

¡Adiós!... Que el Señor os dé fe, esperanza y caridad en medida perfecta. Os dé amor, amor, amor. Por El, por mí, por los buenos, por los desdichados, por los culpables, por los que llevan el peso de una culpa no propia...

Acordaos. Sed buenos. No seáis injustos. Recordad que Yo he perdonado siempre no sólo a los culpables, sino que he envuelto de amor a todo Israel. Todo Israel, que está compuesto de buenos y no buenos, de la misma forma que en una familia están los buenos y los no buenos, y sería una injusticia decir que toda una familia es mala porque lo fuera uno de sus miembros.

Yo me marcho... Si todavía alguno de vosotros tiene que hablar conmigo, que venga esta noche a la casa de labranza de María de Simón.

Jesús levanta la mano y bendice, luego sale raudo por la puertecita secundaria, seguido de los suyos.

La gente susurra:

-¡No vuelve!

-¿Qué ha querido decir?

-En la despedida tenía lágrimas...

-¿Habéis oído? ¡Ha hablado de su elevación!

-¡Entonces verdaderamente tiene razón Judas! Está claro que después, como rey, ya no estará entre nosotros como ahora...

-Pero yo he hablado con sus hermanos. Dicen que no será rey como nosotros pensamos, sino Rey de redención como dicen los profetas. O sea, que será el Mesías.

-¡Sí, claro, el Rey Mesías!

-¡Que no, hombre! El Rey Redentor. El varón de dolores.

-Sí.

-No...

Jesús, entretanto, camina ligero hacia los campos.

# Las dos madres infelices de Keriot. Adiós a la madre de Judas.

**-¡**Señor, aceptarías venir conmigo, sólo conmigo, a ver a una madre infeliz? Esto es lo que deseo, más que ninguna otra cosa - dice María de Simón, en actitud respetuosa delante de Jesús, mientras, después de la comida de mediodía, los apóstoles se han separado para el descanso, antes de reanudar el camino al atardecer. Jesús, por su parte, está bajo la sombra fresca de los manzanos plagados de manzanitas verdes que levemente empiezan a madurar. Da la impresión de que María reanudara una precedente conversación.

-Sí, mujer. Yo también he deseado estar contigo, solos en estas últimas horas, como en las primeras que estuve aquí. Vamos.

Y entran en la casa para tomar Jesús el manto y María el velo y el manto.

Van por unos caminos situados entre los campos, entre manzanos y otros árboles, agrestes. Hace todavía calor. De los campos de cereales maduros llegan hálitos ardientes; pero el viento de la montaña atenúa el calor, que en la llanura sería insoportable.

-Siento hacerte caminar con este calor. Pero después... ya no podríamos. Y he deseado mucho esto, aunque nunca me atrevía a pedírtelo. Hace poco me has dicho: "María, para mostrarte que te quiero como si fueras mi madre, te digo: pídeme lo que desees, que te complaceré", y entonces me he atrevido. Señor, ¿sabes a dónde vamos?

-No, mujer.

-Vamos a la casa de la que debería haber sido la suegra de Judas... (María suspira con dolor). Debería haber sido... Pero ni lo es ni lo será jamás, porque Judas abandonó a la muchacha, que murió de dolor... y la madre nos guarda rencor a mí y a mi hijo. Lo maldice siempre... Judas es tan... es tan... tan débil para el Mal, que la verdad es que necesita sólo bendiciones... Yo quisiera que hablaras con ella... Tú la puedes convencer... decirle que ha sido una gracia el que no se verificara esa boda... decirle que yo no tengo culpa de ello... decirle que muera sin rencor; porque esa mujer está muriendo lentamente, y con ese nudo en el alma. Querría que entre nosotras hubiera paz... porque he sufrido, y con vergüenza, por cuanto sucedió; y veo con dolor rota una amistad con una que era para mí una compañera desde que vine aquí cuando me casé. Bueno, ya lo sabes, Señor...

-Sí, no te angusties. Tu petición es justa, y Yo cumpliré esta petición buena.

Suben, después de dejar atrás un pequeño valle, a otra elevación sobre la cual hay un pueblecillo.

-Ana está aquí desde que ocurrió la muerte de su hija. En sus propiedades. Antes estaba en Keriot. Pero, mientras vivía allí, cuando nos veíamos, sus reproches me atormentaban el corazón.

Tuercen por un sendero poco antes del pueblo y llegan a una casa baja que está entre los campos.

-Hemos llegado. Se estremece mi corazón ahora que estoy aquí. No querrá verme... me echará... se irritará y su pobre corazón sufrirá más todavía... Maestro...

-Sí, voy Yo. Tú quédate aquí hasta que te llame. Y ora para ayudarme.

Y Jesús va adelante, solo, hasta la puerta de la casa, abierta de par en par; entra saludando con su dulce saludo.

Acude una mujer:

-¿Qué quieres? ¿Quién eres?

-Vengo a dar consuelo a tu ama. Llévame donde ella.

-¿Un médico? ¡No hace falta ya! ¡Ya no hay esperanza! Su corazón se está muriendo.

-Todavía hay que curar el alma. Soy el Rabí.

-No haces falta tampoco en ese sentido. Está irritada con el Eterno y no quiere oír sermones. Déjala tranquila.

-Precisamente porque está en ese estado, he venido. Déjame pasar y ella será menos infeliz en sus últimos días.

La mujer se encoge de hombros y dice:

-Entra.

Un pasillo semioscuro y fresco. Unas puertas. En el fondo, la última está entreabierta y por ella salen unos lamentos. La mujer va allí y entra. Dice:

-Ama mía, hay un rabí que quiere hablar contigo.

-¿Para qué?... ¿Para llamarme maldita? ¿Para decirme que no tendré paz ni siquiera en la otra vida? - dice, jadeando, inquieta, la enferma.

-No. Para decirte que tu paz será completa y que serás bienaventurada con tu Yoana, eternamente, con sólo quererlo tú - dice Jesús apareciendo en el umbral de la puerta.

La enferma, amarilla, hinchada, jadeante en la cama, apoyada sobre muchos almohadones, le mira y dice:

-¡Qué palabras! Es la primera vez que un rabí no me reprende... ¡Qué esperanza!... Mi Yoana... conmigo... en bienaventuranza... sin dolor ya... el dolor producido por un hombre maldito... no impedido por la que lo engendró... y que me traicionó... después de decirme lisonjas... Pobre hija mía...

Jadea cada vez más fuerte.

-¿Ves como la haces estar mal? Ya lo sabía yo. Sal.

-No. Sal tú. Déjame sólo...

La mujer sale meneando la cabeza.

Jesús se acerca a la cama lentamente. Seca con bondad el sudor de la enferma, que ella con dificultad trata de enjugar con sus manos increíblemente hinchadas; le da aire con un abanico de palma; le da de beber, pues ella busca refresco en la bebida que hay encima de una mesilla: parece un hijo junto a su madre enferma. Luego se sienta, dulcemente pero firmemente decidido a cumplir su misión.

La mujer lo observa y contemporáneamente se calma, y con una sonrisa impregnada de sufrimiento dice:

-Eres hermoso y bueno. ¿Quién eres, Rabí? Me alivias con la delicadeza de mi amada hija.

-¡Soy Jesús de Nazaret!

-¡¿Tú?! ¡¿Tú?!... ¿Has venido a mi casa?... ¿Por qué?...

-Porque te amo. Yo también tengo una madre, y en todas las madres veo a la mía, y en las lágrimas de las madres veo las de la mía...

-¿Por qué? ¿Llora tu Madre? ¿Por qué? ¿Es que se le ha muerto un hijo?

-Todavía no... Yo soy su unigénito y vivo todavía. Pero llora porque sabe que *debo* morir.

-¡Pobrecilla! ¡Saber con antelación que un hijo debe morir! Pero, ¿cómo lo sabe? Estás sano y fuerte. Eres bueno. ¡Yo me hice ilusiones hasta que se me murió, y estaba muy enferma!... ¿Cómo puede saber tu Madre que debes morir?

-Porque soy el Hijo del hombre, anunciado por los profetas. Soy el Varón de dolores que vio Isaías, el Mesías cantado por David y descrito en sus torturas de Redentor. Soy el Salvador, el Redentor, mujer. Y la muerte me espera, una muerte horrenda... y mi Madre asistirá a ella... y mi Madre sabe, desde que nací, que su corazón será abierto como el mío por el dolor... No llores... Con mi muerte abriré las puertas del Paraíso a tu Yoana...

-¡También a mí! ¡También a mí!

-Sí. A su tiempo. Pero antes debes aprender a amar y a perdonar. A volver a amar. A ser justa. Y a perdonar... Si no, no podrás ir al Cielo, con Yoana, conmigo...

La mujer llora con congoja. Gime:

-Amar... Amar cuando los hombres nos han enseñado a odiar... cuando Dios ha dejado de amarnos no usando piedad con nosotros, es difícil... ¿Cómo amar, cuando los hombres nos han torturado, las amigas nos han herido y Dios nos ha abandonado?...

-No. Abandonado, no. Yo estoy aquí. Para hablarte de promesas celestiales. Para asegurarte que tu dolor acabará en gozo con sólo quererlo tú. Ana, escúchame... Lloras por unas nupcias anuladas, a las que consideras causante de todos tus dolores; acusas de homicidio a un hombre por esto, y de cómplice a su infeliz madre. Escucha, Ana. No pasarán más que unos meses y verás que fue una gracia del Cielo el que Yoana no fuera mujer de Judas...

-¡No lo menciones! - grita la mujer.

-Lo menciono. Y es para decirte que debes dar gracias al Señor, y le darás gracias dentro de pocos meses...

-Pronto moriré...

-No. Estarás viva y me recordarás, y comprenderás que hay dolores mayores que el tuyo...

-¿Mayores? ¡Imposible!

-¿Dónde colocas el dolor de mi Madre, que me verá morir en una cruz?

Jesús se ha puesto de pie. Su aspecto es majestuoso.

-¿Y dónde colocas el de la madre del traidor de Jesucristo, del Hijo de Dios? Piensa, mujer, en esa madre... Tú... Toda Keriot, y los campos y otros lugares más lejanos, se han compadecido de tu dolor, del cual has podido gloriarte como de corona de mártir. ¡Pero esa madre! Como Caín, sin ser Caín, es más siendo Abel - la víctima de su hijo traidor, asesino de Dios, sacrílego, hombre maldito -, ella no podrá soportar la mirada de los hombres, porque todas las miradas serán como una piedra de lapidación, y en todas las palabras de los hombres, en todas las palabras, le parecerá oír una maldición, un improperio, y no encontrará refugio sobre la faz de la Tierra, jamás, hasta la muerte, hasta que Dios, que es justo, no tome consigo a la mártir y cancele de su memoria el hecho de ser la madre del asesino de Dios, dándole la posesión de Dios... ¿No es mayor este dolor de esta madre?

-¡Un inmenso dolor!...

-Ya lo ves... Sé buena, Ana. Reconoce que Dios ha sido bueno en su actuación...

-¡Pero mi hija ha muerto! Judas hizo que se me muriera, porque buscaba una dote mayor... Su madre lo aprobó.

-No. Eso no. Te lo digo Yo, que veo dentro de los corazones. Judas - es mi apóstol, pero lo digo - ha obrado mal, y recibirá su castigo. Pero la madre es inocente. Te ama, querría que tú la amaras... Ana, sois dos madres infelices. Pero tú te glorías de tu niña muerta, inocente, pura, celebrada con honor por el mundo... María de Simón no puede gloriarse de su hijo. Los hombres condenan sus acciones.

-Eso es verdad. Pero si se hubiera casado con Yoana no sería censurado.

-Pero dentro de poco verías morir de dolor a Yoana, porque Judas morirá de muerte violenta.

-¿Qué dices? ¡Oh, pobre María! ¿Cuándo? ¿Dónde?

-Pronto. Y de una manera horrenda... ¡Ana! ¡Ana! ¡Tú eres buena! ¡Eres madre! ¡Sabes lo que es el dolor de una madre! ¡Ana, vuelve a ser amiga de María! Que el dolor os una como habría debido uniros la alegría. Déjame partir contento sabiendo que ella tendrá una amiga, *una sola, una al menos...*

-Señor... amarla... quiere decir perdonarla... Es muy penoso... Me parece como sepultar de nuevo a mi hija... matarla yo también...

-¡Pensamientos que vienen de las Tinieblas! No los escuches. Escúchame a mí, Luz del mundo. La Luz te dice que la suerte de Yoana, muriendo virgen, ha sido menos amarga que muriendo viuda de Judas. Créeme, Ana. Y piensa que, más infeliz que tú es María de Simón...

La mujer piensa, piensa, lucha, llora, dice:

-Pero yo la he maldecido, a ella y al fruto de sus entrañas. He pecado...

-Y Yo te absuelvo de ello. Y, cuanto más la ames, mayor será tu absolución en el Cielo.

-Pero, si soy amiga suya... me veré con Judas. ¡No puedo hacer esto, Señor!...

-No te volverás a encontrar con él. Yo no volveré ya nunca más a Keriot, y Judas tampoco. Hemos saludado ya a los de Keriot...

-Has dicho...

-Que no volveré nunca más. Judas ha dicho que no podrá volver hasta después de mi elevación; pero él cree que me verá subir a un trono. Y, sin embargo, me espera la muerte de cruz. Y cree que será un ministro mío. Y, sin embargo, le espera la muerte. Pero tú no has de decir esto. Jamás. Que la madre lo ignore hasta que todo se cumpla. Tú lo has dicho: "¡Pobrecilla! ¡Saber con antelación que el hijo debe morir!". Pero, si los sufrimientos de mi Madre, incluido ése, van a aumentar ya los méritos de mi sacrificio, para María de Simón es misericordioso el silencio. No hablarás.

-No, Señor. Lo juro en nombre de mi Yoana.

-¡Quiero otra promesa! ¡Grande! ¡Santa! Tú eres buena. Me amas ya...

-Sí. Mucho. Estoy en paz desde que estás aquí...

-Cuando María de Simón no tenga ya a su hijo y el mundo la cubra de… desprecio, tú - y serás la única - le abrirás casa y corazón. ¿Me lo prometes? En nombre de Dios y de Yoana. Ella lo habría hecho, porque María era siempre para ella la madre del siempre amado - insta Jesús.

-¡...Sí! - y un sollozo...

-¡Dios te bendiga, mujer, y te dé paz... y salud!... Ven, vamos a ver a María, a darle el beso de paz...

-Pero... Señor... Yo no puedo andar. Tengo hinchadas e inmóviles las piernas. ¿Ves? Estoy aquí, vestida, pero soy sólo un tronco...

-Lo eras. ¡Ven! - y alarga, invitante, hacia ella la mano.

La mujer, fijos sus ojos en los de Jesús, mueve las piernas, las saca de la cama, pone en el suelo sus pies descalzos, se levanta, anda... Parece hechizada, No se da cuenta siquiera de la curación que se ha producido... Sale, cogida todo el tiempo de la mano de Jesús, al pasillo semioscuro... Va hacia la salida. Estando ya cerca, encuentra a la criada de antes, la cual da un grito de gozoso susto... Acuden otros servidores, temiendo que sea indicio de muerte, y ven a su ama, que antes se moría y guardaba rencor a María de Simón, ir deprisa ahora, habiendo dejado a Jesús; ir hacia María, que está abatida; ir con los brazos abiertos y llamarla y recibirla en su corazón, llorando ambas...

...Y, regresando hacia la casa, después del saludo de paz, María de Simón da las gracias a su Señor y pregunta:

-¿Cuándo vas a venir otra vez a hacer otro bien?

-Nunca más, mujer. Ya se lo he dicho a los de Keriot. Pero mi corazón estará siempre contigo. Recuerda, recuerda siempre que te he amado y que te amo. Recuerda que sé que eres buena, y que Dios te ama por ello. Recuérdalo siempre. Incluso cuando lleguen tremendas horas. Que no se apodere de ti jamás el pensamiento de que Dios te juzga como culpable. A sus ojos, tu alma aparece y aparecerá siempre adornada con las gemas de tus virtudes y con las perlas de tu sufrimiento. María de Simón, madre de Judas, quiero bendecirte, quiero abrazarte y besarte, para que tu beso materno, sincero, fiel, me compense todos los otros... para que mi beso te compense de todos los dolores. Ven, madre de Judas. Y gracias, gracias por todo el amor y honor que me has dado - y la abraza y la besa en la frente, como hace con María de Alfeo.

-¡Pero nos veremos todavía! Iré para la Pascua...

-No. No vayas. Te lo ruego. ¿Quieres hacerme feliz? No vayas. ¡Las mujeres en la próxima Pascua no!

-¿Y por qué?...

-Porque... Jerusalén estará tremendamente revuelta la próxima Pascua. ¡No es lugar para mujeres! Es más... María, ordenaré a tu pariente que venga aquí contigo. Estad juntos. Lo necesitas, porque... Judas, de ahora en adelante, no va a poder ayudarte ni venir...

-Haré como Tú dices... ¿Y entonces ya nunca más voy a ver tu rostro, que refleja la paz del Cielo? ¡Cuánta paz has vertido en mi corazón doliente a través de tus ojos!... - María llora.

-No llores. La vida es breve. Después me verás para siempre en mi Reino.

-¿Entonces piensas que tu humilde sierva va a entrar en él?...

-Veo ya tu sitio entre las filas de las mártires y de las corredentoras. No temas, María. El Señor será tu eterno premio. Vamos. Cae la tarde y es hora de ponerse en camino...

Y recorren en sentido inverso el mismo camino entre los campos y las matas de árboles frutales, hasta la casa donde están esperando los apóstoles.

Jesús abrevia las despedidas, bendice, se pone a la cabeza de los suyos... Se marcha... María llora, de rodillas...

## 396

## En Yuttá, con los niños. La mano de Jesús obradora de curaciones.

Veo un lugar de montaña. No sé dónde está.

*(No sé dónde está. La presente visión, en efecto, es anterior a las de los capítulos 76 y 212, relativas a las precedentes visitas de Jesús a Yuttá)*

Hay una angostura formada por montes que entran y salen con sus ramales en un valle por cuyo lecho corre un riachuelo torrentoso lleno de saltos y espumas. Es estrecho, pero, como todos los cursos de agua montanos es rápido, todo un sonar de cascaditas. Va en dirección sur respecto a mí. Hay otros montes más lejanos, tras otra ladera de pendiente muy pronunciada, tras otro valle.

Comprendo que estoy en un grupo de montes, no excesivamente altos, pero ya montes, no colinas. Como son nuestros Apeninos en muchos lugares, como, por ejemplo, en el valle de la Magra o hacia Porretta. La vegetación es más adecuada para el pastoreo que para cultivos. Veo prados verdes que descienden o suben, arriba y abajo, por las escarpas, que, en esta hora que me parece aviarse ya al ocaso, parecen teñirse, en las partes más bajas, de un violeta añil. La estación del año debe ser un comienzo de verano, porque la hierba está hermosa (ya alta, pero todavía no agostada).

Veo, desde el lugar en que me encuentro, un camino de herradura que sube hacia un pueblo y entra por entre sus casas. Un típico camino de montaña, pedregoso y con continuos desniveles. Sube de sur a norte (siempre respecto a mí), de forma que lo veo entrar en esa dirección en el pueblo y correr al encuentro del arroyo, que va en la dirección contraria, pero no por el pueblo sino abajo, por el valle.

Hay también otro caminito, que desde el valle trepa hacia lo alto de este espolón donde se anida el pueblo. Un caminito que es más un sendero que un camino, y que sigue exactamente la cresta del monte; por debajo de este sendero, la montaña desciende en pronunciado declive con pastos verdes que llegan hasta el torrentillo espumeante, allende el cual hay más pastos que acometen otros montes agrupados al este.

Por el sendero sube Jesús junto con los discípulos. No todos. Veo a Pedro y a Andrés, a Juan y a Judas Iscariote. No veo a los otros. -Jesús está vestido de blanco, y envuelto en un manto azul oscuro, más azul marino que azul. Va con la cabeza descubierta y sube ágilmente, solo. Detrás, en grupo, los cuatro apóstoles, hablando entre sí. Jesús los precede unos metros y no habla. Piensa. Mira en torno a sí, pero no habla nunca.

En un cierto lugar, el caminito bordea un murete de piedra seca que delimita - al menos me lo parece - una propiedad, como para impedir que la tierra de ésta se deslice hacia el valle. Jesús entra en esta propiedad, de pastos muy bien cuidados, en los cuales hay, diseminados, manzanos, nogales e higueras, árboles todos ellos cuidados con esmero y ya llenos de frutos.

Jesús se detiene un instante justo en el punto donde el espolón del monte forma como un triángulo puntiagudo, semejante al tajamar de un barco. Se apoya en el murete y mira hacia abajo, hacia arriba, alrededor. Espera a los apóstoles, que suben, especialmente Pedro, más bien lentos. Luego, una vez juntos, les dice unas palabras que no capto. Lo veo inclinarse ligeramente para hablar, porque es mucho más alto que ellos. No comprendo las palabras, pero intuyo su significado, porque veo a Judas Iscariote dirigirse a buen paso hacia una casa que se alza al final del murete.

Es una casa muy distinta de la de Caná. Ésta no tiene terraza en el tejado, sino que está coronada por una especie de cúpula de doble curvatura, quizás para impedir que las nieves invernales se depositen en el tejado, porque, dada la zona, el invierno debe ser, sin duda, nevoso, o por lo menos muy lluvioso. En vez de la terraza que falta, tiene un ala que sobresale por un lado, ala en la que termina la escalera, externa pero protegida como por un techo saliente. Esta ala tiene: en el bajo, un pórtico; encima, una galería cubierta. La casa es toda blanca y destaca contra el verde que la rodea. Tiene en la parte de delante una explanada herbosa, con un pozo en el centro, rodeado de árboles frutales plantados ya con la intención de hacer un jardín, porque hay florecillas sembradas alrededor de ellos formando parterres circulares. Me da la impresión de que es casa de personas acomodadas y más finas que las de la casa de Caná.

El camino de herradura pasa por el frente de la casa, de forma que se puede acceder a ésta tanto por el atajo como por este camino. El seto de espinos no es una barrera infranqueable, y mucho más si se considera que las dos toscas cancillas que en él se abren están sólo un poco entornadas.

Judas entra libremente en la casa, como si conociera muy bien a sus habitantes. Y sale enseguida una lozana mamá rodeada por tres niños y con el más pequeño en brazos. Se dirige sonriendo hacia Jesús, que entretanto se ha acercado hasta el pozo.

Observo que esta mujer es muy morena y de formas hermosas y agraciadas. Tiene unos treinta años. Lleva el pelo, negrísimo y más bien rizado, recogido en dos trenzas que rodean su cabeza. También los ojos son negros y grandes. La nariz, aguileña; su boca, con labios más bien gruesos y muy rojos. Es alta, y bien modelada. Observo también que va vestida de forma distinta de como visten María y las otras mujeres vistas en Caná. Lleva también ésta una larga túnica de un azul casi blanco; pero está toda envuelta en una especie de chal azul oscuro, ceñido, que resalta sus formas y que pasa por debajo de las axilas, por las dos partes, y un extremo, el superior, va luego por detrás del hombro izquierdo, sube hasta velar la cabeza, para caer luego su punta franjeada sobre la frente. El conjunto de todo me hace pensar que no es galilea, porque los caracteres somáticos y el vestido son distintos de los observados en las mujeres galileas.

E1 pequeñuelo que está en brazos de la mujer, morenito como ella, tendrá dos años como mucho. Es un niño lindo, vestido con una especie de camisita de lana blanca. Los otros niños son: una niñita de aproximadamente seis años, de pelo muy rizado rubio castaño, vestida de color rosa pálido; y dos chiquillos, más pequeños, que llevan también dos tuniquitas de lana color azul claro, como su mamá. Deben conocer muy bien a Jesús, porque se arremolinan risueños alrededor de Él.

La joven mamá lo saluda:

-Entra, Maestro, que mi casa es tuya – y sonríe.

Jesús le responde:

-El Señor te recompense - y luego alarga el brazo derecho - el izquierdo lo tiene doblado, en el pecho, y tiene recogido con la mano un extremo del manto - para acariciar al pequeñín. Veo la bonita mano de mi Jesús acariciando la frente del pequeñuelo, que se pone mimoso y esconde su cabecita, riendo, contra el cuello de su mamá, y desde ese nido mira a Jesús y ríe, ríe para invitarle a repetir la caricia.

Cerca del pozo, bajo un manzano, cargado de fruta que ya empieza a madurar, hay un banco de piedra, un lugar para sentarse. Jesús se sienta allí, mientras la mujer entra en casa y vuelve con un ánfora. Jesús le dice que le deje el niñito, y lo sienta en sus piernas mientras la mujer saca el agua y luego vuelve con una copa colmada de agua y otra de leche, y se las da a Jesús, y elige para Él manzanas maduras (entre otras agrias), y se las ofrece también, disponiendo todo en una bandeja colocada encima del banco, al lado de Jesús. Se comprende que ya otras veces lo ha hecho así. Sabe lo que le gusta a Jesús.

Los apóstoles han seguido a Judas y también beben bajo el pórtico.

Jesús bebe primero el agua; sigue teniendo al pequeñuelo en sus piernas, y ríe, porque el niño le coge el pelo y la barba. Los otros tres están alrededor de Jesús. Jesús coge las manzanas y da, una a una, a los tres más grandes y, por último, toma Él también una y se la come. A1 pequeño, sin embargo, le da de beber de la leche que hay en la copa y luego bebe Él también. Jesús está contento. Ríe como nunca lo he visto reír.

La niña se echa contra sus rodillas y, confidentemente, le pone la cabecita encima de las piernas. Jesús le acaricia los rizos. Los dos chiquitos, que se habían alejado corriendo, vuelven: uno con una palomita contra su pecho; el otro arrastrando, cogido de una oreja, a un corderito de pocos días, que bala desesperadamente. Muestran a Jesús sus tesoros.

Jesús se interesa, pero, apiadado de la condición de los dos pobres animales, dice que le den la palomita y, después de admirarla, la deja volar a su nido, y sube al corderito al banco y lo acaricia y lo tiene custodiado hasta que la mamá de los niños vuelve y lo lleva de nuevo a su sitio.

La niña, no teniendo otra cosa, se agacha, hace un ramito de flores y se lo da a Jesús.

El Maestro es *maestro* también con estos pequeñuelos, y habla de las flores a los más grandes, mientras sigue teniendo en brazos al más pequeño, de las flores «hechas tan bonitas por el Padre celestial, desde las más grandes a las más pequeñas; las flores, que son a los ojos de Dios bonitas como los niños *cuando son buenos.* Y para ser buenos hay que ser como las flores que no hacen el mal a nadie, sino que, al contrario, dan perfume y alegría a todos y hacen siempre la voluntad del Señor naciendo donde Él quiere, floreciendo cuando Él quiere, dejándose arrancar si le place a Él.

Habla de las palomas «tan fieles a su nido y tan limpias, que no se posan nunca encima de las cosas feas, y que recuerdan siempre su casa, y amadas por Dios porque son fieles y puras. También los hijos de Dios deben ser así: como tortolitas que aman la casa del Señor y en ella hacen su nido de amor y que, para ser dignos de ella, saben conservarse puros».

Habla de los corderitos «tan mansos, tan pacientes, tan resignados, que dan lana y leche y carne y se dejan inmolar para bien nuestro, dándonos un gran ejemplo de amor y mansedumbre; los corderitos, tan amados de Dios, que Dios llamará "Cordero" a su Hijo. El buen Dios ama, como a hijos predilectos, a aquellos que saben conservar su alma de cordero hasta la muerte».

Mientras Jesús habla, otros niños entran en el recinto y se arremolinan a su alrededor. Y no sólo niños. También hay adultos escuchando. Hay otras mamás, que ofrecen a los más pequeños y a algunos que están enfermos a Jesús para que los acaricie, los suba un momento a sus piernas. Los más grandecitos se las arreglan solos.

Jesús está rodeado de una nidada de niños. Tiene niños delante, a los lados, detrás, entre las piernas. No puede moverse. Pero ríe en medio de esta barrera agitada y también un poco reñidora. Todos querrían el primer puesto y los amitos de casa no tienen intención de cederlo, cosa que da la manera a Jesús de ser maestro una vez más:

-No hay que ser egoístas ni siquiera en el bien. Sé que me queréis, y me alegro por ello. Yo también os quiero, pero os querré más si ahora dejáis a los otros venir a mí. Un poco para cada uno. Como buenos hermanos. Sois todos hermanos e iguales ante los ojos de Dios y ante *los ojos* míos. Todos iguales. Es más, los que son obedientes y amorosos para con sus compañeros son los más amados por mí y por Dios.

El enjambre, para mostrar que... es obediente y amoroso, se aleja de golpe. *Son todos buenos* (¡). Jesús ríe.

Pero luego vuelve otra vez el enjambre inocente; vuelve a despecho de las mamás, que no querrían tanta extralimitación impertinente, y a despecho, sobre todo, de los discípulos. Judas Iscariote es el más intransigente, Juan el menos (se ha sentado en la hierba y ríe él también, rodeado de niños). Pero Judas pone ojos amenazadores y gruñe. También Pedro se queja.

Pero los niños, apiñados en torno a Jesús, no hacen caso. Miran desafiantes a los rezongadores y sólo el respeto a Jesús los contiene de hacer alguna mueca contra los dos. Se sienten protegidos por Jesús, que ha abierto los brazos y ha arrimado hacia sí a la mayor cantidad de niños que ha podido: un ramo de flores vivas.

Hay algunos niños que enseñan a Jesús unos juguetes... rotos. Y Jesús, con un trocito de rama, pone de nuevo el eje a las ruedas de un carrito, y arregla (con una cuerdecita y el refuerzo de un palo) la pierna a un caballito de madera que le enseña un niño morenito. Hay unos pastorcitos que, dejado un momento el rebaño en el camino - ya cae la tarde -, se acercan a Jesús, que los acaricia y bendice. Uno le trae una corderita herida, y Jesús, que no quiere que el patrón regañe a su pequeño amigo, detiene la sangre de la corderita y la devuelve.

Entra una mamá y se abre paso. Lleva en brazos a un niño céreo, enfermo. Está muy enfermo. Totalmente sin fuerzas sobre el pecho de su madre. Jesús, que ya ha tocado a otros niños enfermizos que le habían presentado las madres, abre los brazos y toma en sus piernas al casi muertecito. La madre implora llorando.

Jesús la escucha y la mira. Luego mira a la pobre criaturita flaca y pálida. La acaricia y la besa, y la acuna un poco porque llora. El niño, o niña - no distingo lo que es, porque tiene el pelito largo hasta las orejas - abre los ojos y mira a Jesús con una triste sonrisa. Jesús le habla en voz baja. No entiendo lo que dice, porque lo dice susurrando. El enfermito sonríe otra vez.

Jesús se lo devuelve a su mamá, que está llorando, y la mira fijamente con sus ojos dominadores:

-Mujer, ten fe. Mañana por la mañana, tu niño jugará junto con éstos. Ve en paz.

Y traza una señal de bendición en la carita de cera.

Y aquí tengo la impresión de acercarme a mi Jesús y decirle:

-Maestro, ¿qué hay en tu mano, que toda se arregla o se cura, o cambia de aspecto, cuando uno la toca?

Una pregunta muy tonta, verdaderamente. Pero a ella mi Jesús responde con divina bondad:

-Nada, hija, aparte del fluido de mi inmenso amor. Mira mi mano, obsérvala.

Y me ofrece la derecha.

La tomo con veneración, con la punta de los dedos, por la punta de los dedos. No me atrevo a más, mientras el corazón me late muy fuerte. No he tocado nunca a Jesús. El me ha tocado, pero yo no me había atrevido nunca. Ahora lo toco. Siento el

leve calor de sus dedos. Siento su epidermis lisa, las uñas muy largas (no salientes, sino largas de forma en la última falange). Veo los largos dedos delgados, la palma marcadamente cóncava; noto que el metacarpo es mucho más corto que los dedos; observo, en donde empieza la muñeca, el recamo de las venas.

Jesús me deja su mano benignamente. Ahora se ha puesto de pie y yo estoy de rodillas. Por eso no veo su cara, pero siento que sonríe, porque su voz porta la sonrisa:

-Como puedes ver, alma amada, no hay nada. Mis años de trabajo me han proporcionado la habilidad de arreglar los juguetes de los niños, y uso esta habilidad mía porque sirve también para atraer hacia mí a las criaturas que prefiero: los niños. Mi humanidad, que se acuerda de haber sido obrera, obra en esto. Mi divinidad obra en esto otro de curar a los niños enfermos, de la misma forma que curo los juguetes enfermos y los corderitos. No tengo nada *aparte de mi amor y mi poder de Dios. Y* no lo derramo sobre nadie con tanta alegría como sobre estos inocentes que os doy como modelo para entrar en el reino de los Cielos. En su compañía, Yo descanso. Son sencillos y francos. Y Yo, que soy el Traicionado, y siento horror de quien traiciona, hallo paz junto a estos que no saben traicionar; y Yo, que seré Aquel de quien tantos desconfiarán, hallo alegría junto a estos que no saben desconfiar. Y Yo, que seré abandonado por quienes, con reflexión de adulto, piensen en ponerse a salvo en horas de borrasca, hallo consuelo junto a estos que creen en mí sin pensar si su fe puede acarrearles un bien o un mal; creen porque me aman. Sé tú también una niña. Como una de éstas, y tuyo será el reino de los Cielos, que se abre con el empuje impaciente de Jesús, que arde en deseos de tener a su lado a aquellos a quienes más ha amado porque lo han amado más. Puedes ir en paz ahora. Te acaricio como a uno de estos pequeñuelos para hacerte feliz. Ve en paz.

La visión ha venido mientras, con el sinsabor de una respuesta desconsiderada - que no es la primera de hoy - lloraba desconsolada y desolada y llena de nostalgia y sinsabor por las cosas que constato del corazón de otros. La visión me ha tranquilizado desde que empezó, y luego me ha dado alegría. Y, cuando luego he podido experimentar la alegría de sentir los dedos de Jesús, he sentido la dulzura del éxtasis sobrepujando todas las amarguras.

Miro mi mano, que escribe y conserva la sensación de haber tocado la mano de Jesús, y me parece santa como una cosa que ha tocado una reliquia. ¡Bendito sea mi Jesús!

## 397

## Despedida de los fieles de Yuttá.

Jesús habla en una tranquila mañana a la gente de Yuttá. Verdaderamente se puede decir que toda Yuttá está a sus pies. Incluso los pastorcillos - normalmente diseminados arriba en los montes - están allí, con sus ovejas, a los márgenes de la multitud; y también están allí los que normalmente se desplazan a los campos, a los bosques, a los mercados; y los ancianos caducos; y alrededor de Jesús, pegados a Él, los joviales pequeñuelos; y las jovencitas; y las recién casadas; y las que darán pronto a luz una criatura; y las que ya la lactan: toda Yuttá.

El espolón montano que se alarga hacia el sur es el anfiteatro que acoge a esta serena reunión de gente. Sentados en 1a hierba o a caballo del murete de piedra seca, con el vasto horizonte alrededor, el cielo ilimitado encima, el torrente abajo, que ríe y brilla bajo el sol matutino, la belleza de los montes herbosos, boscosos, que se alzan por todas partes, los de Yuttá escuchan la palabra del Maestro, que habla en pie, erguido, apoyado en un altísimo nogal, vestido de blanco lino, contra el oscuro tronco, sonriente el rostro, encendidos los ojos por la alegría de ser amado y los cabellos por el sol de oriente que lo acaricia. En medio de un silencio reverente, atento, roto sólo por los cantos de los pájaros y la voz del torrente de allá abajo, sus palabras caen lentas en los corazones, y su voz perfecta llena de musicalidad el aire tranquilo.

Está repitiendo, mientras yo escribo, una vez más la necesidad de obedecer al Decálogo, perfeccionado en su aplicación en los corazones por su doctrina de amor «para edificar en los espíritus la morada donde el Señor vivirá hasta el día en que aquellos que hayan vivido fieles a la Ley vayan a vivir en Él al Reino de los Cielos» esto dice. Y prosigue:

-Porque es así. La inhabitación de Dios en los hombres y de los hombres en Dios se lleva a cabo con la obediencia a su Ley, que empieza con un precepto de amor y que es toda ella amor desde el primero al último precepto del Decálogo. Ésta es la verdadera casa que Dios quiere, donde Dios habita; y el premio del Cielo, premio por la obediencia a la Ley, es 1a verdadera Casa en que habitaréis con Dios, eternamente. Porque - tened presente el capítulo 66°- de Isaías - Dios no tiene morada en la Tierra, que es escabel, sólo escabel para su inmensidad Dios tiene por trono el cielo, que es en todo caso pequeño, una nada, para contener al Infinito, pero lo tiene en el corazón de los hombres.

Sólo la perfectísima bondad del Padre de todo amor puede conceder a sus hijos recibirlo; y el hecho de poder estar el Dios uno y trino, el purísimo triniforme Espíritu, en el corazón de los hombres es ya un infinito misterio que cada vez más se perfecciona. ¡Oh, ¿cuándo, cuándo, Padre santo, me vas a otorgar hacer, de estos que te aman, no sólo, no ya sólo un templo a nuestro Espíritu, sino, por tu perfección de amor y de perdón, un tabernáculo, y hacer de cada uno de los corazones fieles el arca donde esté el verdadero Pan del Cielo, como estuvo en el seno de la Bendita entre todas las mujeres?!

Amadísimos discípulos de Yuttá, que me fue preparada por un justo, tened presente al Profeta y lo que dice - y es el Señor el que habla - cuando se dirige a aquellos que edifican vacíos templos de piedra en que no hay justicia y amor, y no saben edificar en sí mismos el trono de su Señor con la obediencia a sus preceptos. Dice el Profeta: "¿Qué es esta casa que me vais a edificar?, ¿qué es este lugar para mi descanso?". Y quiere decir: "¿Creéis que me tenéis, por edificarme unas pobres paredes?, ¿creéis que me dais alegría con unas prácticas falsas que no se manifiestan en una santidad de vida?". No. A Dios no se le tiene por una serie de exterioridades que ocultan úlceras y vacío, cual manto de oro arrojado sobre un leproso o sobre una estatua de arcilla que por dentro está vacía, sin la vida del alma. Y dice el Señor, confesando - Él, que es el Amo del mundo - su pobreza de Rey con demasiado pocos súbditos, de Padre de demasiados hijos fugitivos de su casa: "¿A quién volveré mi mirada, sino al

pobre, al contrito de corazón trémulo ante mis palabras?". ¿A qué se debe su temblor? ¿Es sólo por temor a Dios? No. tiembla por profundo respeto, por auténtico amor. Por humildad de súbdito, de hijo, que dice, que reconoce que el Señor es el Todo y él la nada, y vibra de emoción sintiéndose amado, perdonado, asistido por el Todo.

¡Oh, no busquéis a Dios donde están los soberbios! Allí no esta: No lo busquéis donde están los duros de corazón. Allí no está. No le busquéis donde están los impenitentes. Allí no está. É1 está en los sencillos, en los puros, en los misericordiosos, en los pobres de espíritu, en los mansos, en los que lloran sin imprecar, en los buscadores de justicia, en los perseguidos, en los pacíficos. Allí está Dios. Y está en los que se arrepienten y quieren perdón y piden expiar. Y no ofrecen, todos éstos, el sacrificio de un buey o de una oveja, la oblación de esto o de aquello, para ser aplaudidos, por terror supersticioso a un castigo, por la soberbia de aparecer perfectos. Sino que hacen el sacrificio del propio corazón contrito y humillado, si son pecadores: del propio corazón obediente hasta el heroísmo, si son justos. Éstas son las cosas gratas al Señor; éstos son los ofrecimientos por los cuales Él se dona con sus inefables tesoros de amor Y de delicias sobrenaturales. A los otros no se dona. Los otros tienen ya *sus pobres* delicias en las abominaciones, y es inútil que Dios los llame a sus caminos, dado que ellos ya han elegido su propio camino. A éstos les enviará sólo abandono, miedo, castigo, porque no han respondido al Señor, no han obedecido, han hecho el mal ante los ojos de Dios, con burla y malvada elección.

Mas vosotros, vosotros, mis amados de Yuttá, vosotros que vibráis de amor en el conocimiento de Dios, vosotros que por mi causa sois escarnecidos corno necios por los poderosos, y seguís amándome a pesar de las burlas, vosotros que sois rechazados, y lo seréis cada vez más, por causa de mi Nombre y de mí, y repudiados como hijos bastardos de Israel, como hijos bastardos de Dios, mientras que precisamente en vosotros y en quienes son como vosotros está injertado el sarmiento de la Vid eterna, de Aquel que tiene sus raíces en el Padre, y por tanto sois parte de Dios, de Dios, y de su savia vivís, vosotros a quienes quisieran convencer de error, y ante cuyos ojos, los vuestros, sencillos pero iluminados por la Gracia, querrían justificarse para no aparecer como sacrílegos y malhechores, vosotros a quienes se dice: "Muestre el Señor su gloria y lo reconoceremos por vuestra misma alegría", sólo vosotros tendréis la alegría. Ellos quedarán confundidos.

-¡Oh, ya oigo, tras la confusión que los aplastará, pero sin hacerlos mejores; ya oigo las víboras, que no cesan de ser nocivas sino cuando se les aplasta su execrable cabeza, y muerden y matan aunque estén partidas en dos, aunque sobresalga sólo su cabeza de debajo de una aplastante manifestación de Dios; ya las oigo gritar: "¿Cómo va a haber dado a luz el Señor de repente a su nuevo pueblo, si nosotros, a quienes lleva desde hace mucho tiempo en su seno, todavía no hemos nacido a la Luz? ¿Puede, acaso, una dar a luz sin que el grito de los dolores del parto llene toda la casa? ¿Ha podido el Señor dar alguna vez a luz antes del tiempo? ¿Puede, acaso, dar a luz la Tierra en un solo día; y puede, acaso, ser dado a luz un pueblo todo junto?".

Yo respondo, y acordaos de esta respuesta para dársela a los que os persigan con burla: "Jamás podrían nacer a la Luz los que son fruto muerto en el seno de Dios, fruto que se ha secado porque se ha separado de la matriz y ha quedado inerte, como cosa mala oculta en el seno en vez de embrión que se completa. Y para expulsar del seno el fruto muerto, y tener hijos, de forma que no muera su Nombre en la Tierra, Dios se ha hecho fecundo en nuevos hijos, signados con su Tau, y, en el secreto, en el silencio, de forma que Satanás y los diablos que sirven a Lucifer no pudieran perjudicar, con anticipación debida a ardor de amor, ha dado a luz a su Hijo varón, y con Él da al mismo tiempo a Luz a su nuevo pueblo, porque el Señor lo puede todo". ¡Oh! Él lo dice por boca del profeta Isaías: "¿Acaso no voy a poder dar a Luz yo, que hago dar a luz a los otros? ¿Voy a ser estéril Yo, que a los demás concedo la fecundidad?".

¡Alegraos con la Jerusalén de los Cielos, exultad con ella, todos vosotros, los que amáis al Señor! Alegraos con ella con verdadera alegría, vosotros que esperáis, vosotros que esperáis, vosotros que sufrís!

¡Volved, volved a mí palabras! Palabras salidas del Verbo de Dios. Palabras pronunciadas por el portavoz de Dios, Isaías, su profeta. ¡Venid, volved a la Fuente, palabras eternas, para ser esparcidas sobre esta era de Dios, sobre este rebaño, sobre esta prole! ¡Oh, venid! ¡Ésta es una de las horas, una de las asambleas, para las que fuisteis dadas, vosotras proféticas palabras, sonido de amor, voces veraces! Ved, ya vuelven, ya vuelven a quien las inspirara. Y Yo, en nombre del Padre, de mi Ser y del Espíritu, las digo a estos a quienes Dios ama, a los elegidos de entre el rebaño de Dios, que debía estar formado sólo por corderos, pero que se ha degenerado con carneros e incluso con otros animales más inmundos. Mamaréis y os hartaréis en los pechos de la Consolación divina y extraeréis abundantes delicias de la múltiple gloria de Dios.

Ved, os dice el Señor: Derramaré sobre vosotros como un río de paz, y os veréis inundados mucho más que por la gloria de las naciones, porque os inundará la gloria del Cielo cual torrente desbordante. De ella os alimentaréis, y seréis llevados en brazos y acariciados encima de sus rodillas. Sí, como una madre acaricia a su niño, como Yo acaricio a este pequeñuelo al que puse mi nombre - y realmente Jesús toma al pequeño Iesaí de los brazos de su madre, que está casi a sus pies, entre sus tres hijos -, así os he de consolar Yo a vosotros, que me amáis y seguiréis amándome, y pronto seréis consolados para siempre en mi Reino. Esto lo veréis, vosotros los libres de todo miedo por ser fieles a mí, y vuestro corazón exultará y vuestros huesos reverdecerán como la hierba, cuando el Señor venga en el fuego, en una carroza semejante a un torbellino, a guiar hacia el fuego del amor y de la justicia, y a castigar o a glorificar, separando a los corderos de los lobos, es decir, de aquellos que creían santificarse, y hacerse puros y, sin embargo, se hacían idólatras.

El Señor, que ahora se marcha, vendrá. ¡Bienaventurados aquellos a los que encuentre perseverantes hasta el final! Este es mi adiós, y con él mi bendición. Arrodillaos para que os fortalezca con ella. El Señor os bendiga y os guarde; os muestre su rostro y tenga misericordia de vosotros; os dé su paz el Señor. Podéis marcharos. Dejad que me despida de los buenos de entre los buenos de Yuttá.

La gente se marcha, aunque con pocas ganas. Y, cuando un niño dice:

-Señor, deja que te bese la mano - y, consintiéndolo Jesús, es el primero en hacerlo, entonces todos quieren dar un beso en la carne santa del Cordero de Dios, e incluso quien ya se estaba encaminando hacia el pueblo vuelve atrás: y besos de niños en la cara, de ancianos en las manos, de mujeres en los pies desnudos que pisan la hierba, caen junto con lágrimas y palabras de adiós y bendición. Jesús, paciente, los acoge y dedica a todos un saludo especial.

En fin, todos han sido complacidos... Se queda la familia de la casa hospitalaria, y se arriman a Jesús. Y Sara dice:

-¿Realmente no vas a volver?

-No, mujer. Nunca. Pero no nos separaremos. Mi amor estará siempre contigo, con vosotros, y el vuestro conmigo. Sé que no me olvidaréis. De todas formas os digo: no acojáis la Mentira ni siquiera en las horas más tremendas, que vendrán; no la acojáis ni siquiera como huésped que va de paso o como invasor inesperado... Déjame el pequeño, Sara.

La mujer le da a Iesaí y Jesús se sienta en la hierba con el pequeño en sus piernas, y, bajando su cara hacia los delicados cabellos del niño, habla. Dice:

-Recordad siempre que Yo soy el Cordero del que Isaac os enamoró antes incluso de que me conocierais. Y que un cordero es siempre inocente, como este niño pequeño, aunque lo cubran de piel de lobo para hacerlo pasar por un malhechor. Recordad que Yo soy más inocente aún que este niño..., que - ¡dichoso él! - por su inocencia y niñez no podrá comprender la calumnia contra su Señor por parte de los hombres, y por este motivo no sufrirá turbación... y seguirá queriéndome así... como ahora... Tened su mismo corazón, tenedlo para el Cordero, el Amigo, el Inocente, el Salvador, que os ama y bendice de forma muy especial. ¡Adiós, María! Ven a darme un beso... ¡Adiós, Emmanuel! Ven tú también... ¡Adiós, Iesaí, corderito del Cordero!... Sed buenos... Amadme...

-¿Estás llorando, Señor? - pregunta asombrada la niña, viendo brillar una lágrima entre los cabellos de Iesaí.

-¿Llora? - pregunta el marido de Sara.

-¡Estás llorando, Maestro! ¿Por qué? - pregunta la mujer.

-No os aflijáis por mi llanto. Es amor y bendición... ¡Adiós, Sara! ¡Adiós, hombre! Venid, como los otros, a besar a vuestro Amigo que se marcha... - y tras recibir en sus manos el beso de los dos esposos pone de nuevo al pequeño en los brazos de su madre, bendice una vez más; luego, sin demora, empieza la bajada por la misma vereda usada para venir.

Las voces de adiós de los que se quedan le siguen: profunda, la del hombre; conmovida, la de la mujer; gorjeantes, las de los niños... hasta el pie del collado. Luego es sólo el torrente, remontado hacia el norte, el que saluda todavía al Maestro, que para siempre deja la tierra de Yuttá.

## 398

## Palabras de despedida en Hebrón. Los delirios de Judas Iscariote.

Y ahí está Hebrón, en medio de sus montes ricos en bosques y prados. La entrada de Jesús en ella es recibida con gritos de hosanna de los primeros que lo ven, parte de los cuales van veloces a difundir la noticia por todo el pueblo. Viene el arquisinagogo, vienen los curados del año anterior, vienen los notables de la ciudad. Todos quieren que el Señor se aloje en su casa.

Pero Jesús, dando las gracias a todos, dice:

-No, me voy a detener sólo el tiempo indispensable para dirigiros unas palabras... Vamos, pues, a la pobre y santa casa del Bautista. Para saludar también a esa casa... Es lugar de milagro. Vosotros no lo sabéis.

-Sí que lo sabemos, Maestro. ¡Los que fueron curados allí viven entre nosotros!... - dicen muchos.

-Mucho antes de hace un año fue lugar de milagro. Lo fue, por primera vez, hace treinta y tres años, cuando la gracia del Señor reverdeció las entrañas aridecidas para hacer de ellas árbol para el dulce pomo de mi Precursor. Lo fue hace treinta y dos años, cuando, por obra misteriosa lo presantifiqué, siendo Yo y él dos frutos que maduraban en profundo seno. Y luego cuando liberé la palabra trabada al padre de Juan. Pero, a las secretas operaciones del Encarnado que todavía no había nacido, se añade un gran milagro acaecido hace dos años y que todos vosotros ignoráis. ¿Os acordáis de la mujer que vivía en esa casa?...

-¿Quién? ¿Aglae? - preguntan muchos.

-Ella. La reverdecí, no respecto a sus entrañas sino a su alma aridecida por el paganismo y el pecado, y la hice fecunda en justicia, liberándola de lo que la sujetaba, ayudado por su buena voluntad. Y os la propongo como modelo. No os escandalicéis. En verdad os digo que ella debe ser citada como ejemplo digno de imitación, porque pocos en Israel han recorrido tanto camino como ella, pagana y pecadora, para alcanzar las fuentes de Dios.

-Creíamos que había huido con otros amantes... Había quien decía que había cambiado, que era buena... Pero decíamos: "¡Es un capricho!". Había quien decía que había ido a ti para... pecar... - explica el arquisinagogo.

-Vino a mí, en efecto; pero para ser redimida.

-Hemos cometido pecado de juicio...

-Por eso digo: "No juzguéis".

-¿Y dónde está ahora?

-Sólo Dios lo sabe. Sin duda cumpliendo áspera penitencia. Orad para sostenerla... ¡Te saludo, casa santa de mi Pariente y Precursor! ¡Paz a ti! ¡A pesar de que ahora estés sola y desolada, siempre la paz a ti, santa morada de paz y fe!

Jesús pone pie, bendiciendo, en el jardín ahora agreste, y se adentra en medio de las hierbas invasoras, y bordea lo que en otro tiempo eran pérgolas u ordenadas espalderas de laureles y bojes y ahora son una enmarañada familia de árboles o plantas ceñidos de hiedras, clemátides, convólvulos, que oprimen. Va hasta el fondo, hasta los restos de lo que era el sepulcro, y se detiene allí. La gente se apiña, ordenada y silenciosa, en círculo, alrededor de Él.

-¡Hijos de Dios, pueblo de Hebrón, escuchad!

Para que no os sintáis turbados ni caigáis en un error de juicio acerca de vuestro Salvador, como caísteis respecto a la pecadora, vengo a confirmaros y a fortaleceros en la fe. Vengo a daros el viático de mi palabra, para que permanezca luminosa en vosotros en la hora de las tinieblas, y Satanás no os haga perder el camino del Cielo.

Pronto llegarán horas en que vuestros corazones dirán con gemido las palabras del salmo de Asaf, cantor profético, y diréis: "¿Por qué, oh Dios, nos has rechazado para siempre? ¿Por qué tu furor se enciende contra las ovejas que pastoreas?", y verdaderamente podréis, en ese momento, alzar, cual derecho de protección, la redención cumplida, y gritar: "¡Éste es tu pueblo, Tú lo has redimido!" para invocar protección contra los enemigos, que habrán llevado a cabo toda suerte de males en el verdadero Santuario donde Dios está como en el Cielo, en el Cristo del Señor, y, habiendo primero abatido al Santo, tratarán de abatir después los muros de aquél, sus fieles. Verdaderos profanadores y perseguidores de Dios, más que Nabucodonosor y Antíoco, más que los que habrán de venir, levantan ya sus manos para abatirme en su soberbia sin límites, que no quiere ser convertida, que no quiere tener fe, caridad, justicia, y que, como levadura en un montón de harina, crece y rebosa del Santuario, transformado en ciudadela de los enemigos de Dios.

¡Hijos, escuchad! Cuando os persigan por haberme amado, fortaleced vuestro corazón pensando que antes que vosotros Yo fui el Perseguido. Recordad que ya tienen en su garganta el ululato de sus gritos de triunfo, y ya preparan sus banderas para que ondeen al viento en una hora de victoria, y en cada una de esas banderas habrá una mentira contra mí, que pareceré el Vencido, el Malhechor, el Maldito.

¿Meneáis la cabeza? ¿No creéis? Vuestro amor os es obstáculo para creer... Gran cosa es el amor... gran fuerza... y gran peligro. Sí, peligro. *El choque de la realidad en la hora de las tinieblas será de una violencia sobrehumana en aquellos corazones a los que el amor, no ordenado todavía en perfección, hace ciegos. No* podéis creer que Yo, el Rey, el Poderoso, pueda ser entregado al capricho de los que no son nada. No lo podréis creer sobre todo entonces, y surgirá la duda: "¿Era realmente El? Si lo era, ¿cómo ha podido ser derrotado?".

¡Reforzad el corazón para esa hora! Sabed que, si "en un momento" los enemigos del Santo han cercenado las puertas, han derruido todo, y han incendiado con fuego de odio el Santo de Dios, si han abatido y derruido el Tabernáculo del Nombre santísimo, diciendo en su corazón: "Hagamos cesar sobre la faz de la Tierra todas las fiestas de Dios" (porque es fiesta tener a Dios entre vosotros), diciendo: "No vuelvan a verse sus enseñas, no vuelva a haber ningún profeta que nos conozca por lo que somos", pronto, más pronto todavía, Aquel que hizo sólido el mar y aplastó en las aguas las impuras cabezas de los cocodrilos sagrados y de sus adoradores, Aquel que hizo brotar fuentes y torrentes y secar ríos perennes, Aquel de quien son el día y la noche, el verano y la primavera, la vida y la muerte, *todo,* hará resucitar, como está escrito, a su Cristo, y será Rey. Rey para toda la eternidad. Y los que se hayan mantenido firmes en la fe reinarán con Él en el Cielo.

Recordad esto. Y, cuando me veáis elevado y escarnecido, no vaciléis; y, cuando seáis elevados y escarnecidos, no vaciléis.

¡Oh, Padre! ¡Padre mío! ¡Te ruego en nombre de éstos, amados por ti y por mí! ¡Escucha a tu Verbo, escucha al Propiciador! No abandones en manos de las bestias a las almas de los que, amándome, te glorifican, no olvides para siempre a las almas de tus pequeñuelos; considera, oh Dios bueno, tu pacto, porque los lugares oscuros de la Tierra son cubiles de iniquidad de donde sale e1 terror para asustar a tus pequeñuelos. ¡Padre! ¡Oh, Padre mío! ¡No se marche confundido el humilde que espera en ti! ¡El pobre y el necesitado glorifiquen tu Nombre por la ayuda que de ti recibirán! ¡Manifiéstate, oh Dios! Te ruego por esa hora, por esas horas. ¡Manifiéstate, oh Dios! ¡Por el sacrificio de Juan y la santidad de tus patriarcas y profetas! ¡Por mi sacrificio, Padre, defiende a este rebaño tuyo y mío! ¡Dale luz en las tinieblas, fe y fortaleza contra los seductores! ¡Date Tú mismo a ellos, Padre! ¡Danos a Nosotros mismos a ellos, ahora, mañana y siempre, hasta la entrada en tu Reino! Nosotros en su corazón hasta la hora en que donde Nosotros estemos estén ellos también por los siglos de los siglos. Y así sea.

Y Jesús, en ausencia de milagros que cumplir, pasa por entre las filas de la gente, casi extática, y bendice, uno a uno, a los que lo escuchaban. Y reanuda el camino, bajo el sol ya alto, pero soportable por los frondosos árboles y el aire montano.

Detrás, en grupo, van hablando los apóstoles. Hablan sin parar.

-¡Qué palabras! ¡Son estremecedoras! - dice Bartolomé.

-¡Pero qué tristes son! ¡Provocan llanto! - suspira Andrés.

-¡Hombre, es su despedida! Tengo razón yo. Se está encaminando directamente al trono - exclama Judas Iscariote.

-¿Trono? ¡Mmm! ¡Me parece que hablan de persecuciones y no de honores! - observa Pedro.

-¿Pero qué dices, hombre? ¡El tiempo de las persecuciones se ha terminado! ¡Ah, soy feliz! - grita Judas Iscariote.

-¡Suerte la tuya! Yo querría estar todavía en los días en que no nos conocían, hace dos años... o en Agua Especiosa... Estoy angustiado por los días futuros... - dice Juan.

-Porque eres un corazón de cervatillo... ¡Pero yo! Veo ya en el futuro... ¡Cortejos!... ¡Cantores!... ¡Pueblo postrado!... ¡Honores de otras naciones!... ¡Oh, es la hora! Verdaderamente vendrán los camellos de Madián y las turbas de todas partes... y no serán los tres pobres Magos... sino una multitud... Israel grande como Roma... Más que Roma... Superadas las glorias de los Macabeos, de Salomón... todas las glorias... Él, el Rey de los reyes... y nosotros sus amigos... ¡Oh, Dios Altísimo, ¿quién me dará fuerza para esa hora?!... ¡Si viviera mi padre todavía!...

Judas está exaltado. Resplandece evocando el futuro que sueña vivir...

Jesús está muy adelante. Pero se para el futuro rey según Judas, y, sediento, con el cuenco de las dos manos toma agua de un regatillo, y bebe... como un pajarillo de bosque o un cordero que pace; luego se vuelve y dice:

-Aquí hay frutos silvestres. Vamos a recoger algunos para nuestra hambre...

-¿Tienes hambre, Maestro? - pregunta el Zelote.

-Sí - confiesa humildemente Jesús.

-¡Hombre claro! ¡Ayer noche has dado todo a aquel pobrecillo! - exclama Pedro.

-¿Pero y por qué no has querido detenerte en Hebrón? - pregunta Felipe.

-Porque Dios me llama a otra parte. Vosotros no sabéis.

Los apóstoles se encogen de hombros y se ponen a recoger los pequeños frutos, todavía acerbos, de árboles silvestres esparcidos por las prominencias montanas. Parecen pequeñas manzanas silvestres. Y el Rey de los reyes se nutre de ellas, junto con sus compañeros, que ponen caras de disgusto por la aspereza del fruto silvestre y acerbo. Jesús, absorto, come y sonríe.

-¡Me das casi rabia! - exclama Pedro.

-¿Por qué?

-Porque podías estar bien y hacer felices a los de Hebrón, y, sin embargo, te estropeas el estómago y los dientes en este veneno más amargo y ácido que la cañarroya.

-¡Os tengo a vosotros, que me queréis! Cuando sea alzado y tenga sed y hambre, pensaré con añoranza en esta hora, en este alimento, en vosotros, que ahora estáis conmigo, y que entonces...

-¡Pero Tú en esa hora no tendrás ni sed ni hambre! ¡Un rey tiene de todo! ¡Y nosotros estaremos todavía más cerca de ti! - exclama Judas Iscariote.

-Lo dices tú.

-¿Y crees que no será así, Maestro? - pregunta Bartolomé.

-No, Bartolmái. Cuando te vi debajo de la higuera, sus frutos eran tan acerbos que a quien los hubiera cogido se le habrían abrasado la lengua y la garganta... Y, sin embargo, los frutos acerbos de la higuera o de estos árboles son, respecto a lo que será para mí mi elevación, más dulces que un panal de miel... Vamos...

E inicia de nuevo la marcha, delante de todos, meditabundo, mientras los doce, detrás, bisbisean, bisbisean.

## 399

## Palabras de despedida en Betsur. El amor materno de Elisa.

Acaba de hacerse de día cuando los infatigables caminantes ya ven Betsur. Cansados, con sus túnicas arrugadas debido a un descanso ciertamente muy incómodo en los bosques, miran con alegría a la pequeña ciudad ya cercana donde están seguros de que hallarán hospitalidad.

Los campesinos que se dirigen a sus labores son los primeros que encuentran a Jesús, y piensan que lo mejor es olvidarse de sus tareas y volver a la ciudad para escuchar al Maestro. Lo mismo hacen unos pastores, después de haber preguntado si se va a detener o no. -A1 atardecer dejo Betsur - responde Jesús.

-¿Y vas a hablar, Maestro?

-Ciertamente».

-¿Cuándo?

-Enseguida.

-Nosotros tenemos los rebaños... ¿No podrías hablar aquí, en el campo? Las ovejas comerían la hierba y nosotros no perderíamos tu palabra.

-Seguidme. Hablaré en los pastos de septentrión. Tengo que ver antes a Elisa.

Los pastores con sus cayados hacen volver a las ovejas, y detrás de los hombres se ponen ellos y sus ovejas, que van balando. Cruzan el pueblo.

Mas ya ha llegado la noticia a la casa de Elisa. Y Elisa y Anastática rinden su homenaje de discípulas al Maestro, que las bendice en la plaza de delante de su casa.

-Entra en mi casa, Señor. La liberaste del dolor y ella quiere ser, en cada uno de sus habitantes y objetos, confortante para ti - dice Elisa.

-Sí, Elisa. Pero, ¿ves cuánta gente nos sigue? Ahora voy a hablar a todos; luego, después de la hora tercia, vendré y estaré en tu casa, para partir de nuevo al atardecer. Y hablaremos entre nosotros... - promete para consolar a Elisa, que esperaba una estancia más larga y que pone cara de desilusión al oír lo que tiene pensado hacer Jesús.

Pero Elisa es una buena discípula y no pone objeciones. Solamente pide permiso para dar indicaciones a los subalternos antes de ir con los demás a donde Jesús se dirige. Y lo hace con rapidez: bien distinta de la mujer inactiva del año pasado...

Jesús está ya parado en un vasto prado sobre el cual juguetea el sol filtrándose a través de las leves frondas de agrestes árboles, que, si no me equivoco, son fresnos. Está curando a un niño y a un anciano: el primero, enfermo de alguna enfermedad interna; el segundo, de *los ojos. No* hay otros enfermos y Jesús bendice a los niños que las madres le acercan, y espera pacientemente a que Elisa llegue junto con Anastática. Ahí están, por fin.

Jesús empieza inmediatamente a hablar.

-Pueblo de Betsur, escucha. El año pasado os dije qué había que hacer para ganar el Reino de Dios. Ahora os lo confirmo, para que no suceda que perdáis lo que habéis ganado. Es la última vez que el Maestro os habla así, en una asamblea en que no falta ninguno. Después podré encontraros, por azar, separadamente o en pequeños grupos, por los caminos de nuestra patria terrena. Después, pasado más tiempo, podré veros en mi Reino. Pero, como ahora, no volverá a ser.

Llegará un momento en que os digan de mí muchas cosas, contra mí, y de vosotros y contra vosotros. Pretenderán aterrorizaros. Yo, con Isaías, os digo: No temáis, porque os he redimido y os he llamado por vuestro nombre. Solamente los que quieran abandonarme tendrán motivo de temer; no los que, siendo fieles, son míos. ¡No temáis'. Sois míos y Yo soy vuestro. Ni aguas de ríos ni llamas de hogueras ni piedras ni espadas podrán separaros de mí, si en mí perseveráis; es más, llamas, aguas,

espadas, piedras, reforzarán vuestra unión conmigo, y seréis otros Cristos y recibiréis mi premio. Yo estaré con vosotros en las horas de los tormentos, con vosotros en las pruebas, con vosotros hasta la muerte; y después, nada podrá separarnos jamás.

¡Oh, pueblo mío, pueblo al que he llamado y congregado, y más aún llamaré y congregaré cuando sea elevado, atrayéndote entero hacia mí, oh pueblo elegido, pueblo santo, no temas! Porque estoy y estaré contigo, y tú me anunciarás, pueblo mío, por lo cual, vosotros que lo componéis, seréis llamados ministros míos, y a vosotros os daré, os doy ya desde ahora, la orden de decir al septentrión, al oriente, al occidente y al mediodía, que restituyan a los hijos e hijas del Dios Creador, incluso a los de los extremos confines del mundo, para que todos me conozcan como Rey suyo y me invoquen según mi verdadero Nombre, y tengan aquella gloria para la que han sido creados y sean la gloria de quien los ha hecho y formado.

Dice Isaías que las tribus y naciones, para creer, invocarán testigos de mi gloria. ¿Y dónde encontraré testigos, si el Templo y el Palacio, si las castas poderosas me odian, y mienten por no querer decir que Yo soy quien soy? ¿Dónde los hallaré? ¡Aquí están, oh Dios, mis testigos! Estos a quienes he instruido en la Ley, estos cuyo cuerpo y cuyo espíritu he curado, estos que estaban ciegos y ahora ven, sordos y ahora oyen, mudos y ahora saben decir tu Nombre, estos que estaban subyugados y ahora están liberados, todos, todos estos para los cuales tu Verbo ha sido Luz, Verdad, Camino, Vida. Vosotros sois mis testigos, los siervos que he elegido para que conozcan y crean y comprendan que soy Yo, Yo y no otro, el Salvador. Creedlo. Para bien vuestro. Fuera de mí no hay otro Salvador. Sabed creer esto contra toda calumnia humana o satánica. Olvidad todo lo que os haya sido dicho por otra boca que no sea la mía y que discrepe de mi palabra. Rechazad todo lo que en el futuro os puedan decir. Decid a quienquiera que os quiera hacer abjurar de Cristo: "Sus obras hablan a nuestro espíritu" y sed perseverantes en la fe.

Mucho he hecho para daros una fe intrépida. He curado a vuestros enfermos, he aliviado vuestros dolores, os he instruido como un Maestro bueno, os he escuchado como un Amigo, he partido con vosotros el pan y he compartido la bebida. Mas son éstas todavía obras de santo y profeta; otras haré, tales que harán desaparecer toda duda que las tinieblas puedan suscitar, como e1 torbellino pone nubes de tormenta en la claridad de un cielo de verano. Dejad pasar el nimbo firmes en la caridad hacia vuestro Jesús, hacia este Jesús que ha dejado al Padre para venir a salvaros y que dejará la vida para daros la salud.

Vosotros, vosotros, a quienes he amado y amo mucho más que a mi mismo (porque no hay amor más grande que el de inmolarse por el bien de aquellos a quienes se ama), no aceptéis el ser inferiores a aquellos que en la profecía de Isaías son llamados bestias salvajes, dragones y avestruces, o sea, gentiles, idólatras, paganos, impuros, los cuales - cuando Yo solo haya testificado el poder de mi amor y de mi Naturaleza, venciendo solo incluso a la Muerte, cosa constatable y que ninguno, que no sea embustero, podrá negar - dirán: "¡Era el Hijo de Dios!", y, venciendo obstáculos aparentemente insuperables de siglos y siglos de impuro paganismo y de tinieblas y vicio, vendrán a la Luz, a la Fuente, a la Vida. No seáis, no seáis como demasiado Israel, que no me ofrece su holocausto ni me honra con sus víctimas, sino que, al contrario, me produce dolor con sus iniquidades y me hace víctima de su duro corazón, y a mi amor que perdona responde con el odio subterráneo que me socava el suelo para hacerme caer y poder decir: "¿Lo veis? Ha caído porque Dios lo ha fulminado".

Habitantes de Betsur, sed fuertes. Amad mi Palabra porque es verdadera, y mi Señal porque es santa, ¡Que el Señor esté siempre con vosotros y vosotros con los siervos del Señor; todos unidos, para que cada uno de vosotros esté donde Yo voy y tengan una morada eterna en el Cielo todos los que, superada la tribulación y vencida la batalla, mueran en el Señor y en el Señor resuciten, para toda la eternidad!

-¡Señor, pero ¿qué has querido decir? ¡En tu discurso ha habido gritos de triunfo y de dolor! - dicen algunos de Betsur.

-Sí. Pareces a uno que se supiera rodeado de enemigos - dicen otros.

-Y nos has dado a entender que nosotros también lo estaremos - dicen otros.

-¿Qué hay en tu mañana, Señor? - otros.

-¡La gloria! - grita Judas de Keriot.

-¡La muerte! - suspira Elisa llorando.

-La Redención. El cumplimiento de mi misión. No temáis. No lloréis. Amadme. Yo me siento feliz de ser el Redentor. Ven, Elisa. Vamos a tu casa... - y Él el primero, se pone en marcha, abriéndose paso entre la gente, que está turbada por opuestas emociones.

-Pero, ¿por qué, Señor, siempre estos discursos? - dice Judas, de mal genio, preguntando y censurando.

Y añade:

-No son propios de un rey.

Jesús no le responde. Responde, sin embargo, a su primo Santiago, que le pregunta con los ojos empañados de llanto:

-¿Por qué, hermano, haces siempre citas del Libro en tus despedidas?

Para que quien me acuse no diga ni que desvarío ni que blasfemo, y para que quien no quiera rendirse ante la realidad de las cosas comprenda que desde siempre la Revelación me ha mostrado Rey de un reino *no humano,* que se configura, se construye y cimenta con la inmolación de la Víctima, de la *única* Víctima que puede recrear el Reino de los Cielos, destruido por Satanás y la primera pareja. Soberbia, odio, mentira, lujuria, desobediencia, han destruido; humildad, obediencia, amor, pureza, sacrificio, reconstruirán... No llores, mujer. Los que tú amas, que esperan, suspiran por la hora de mi inmolación...

Entran en la casa y, mientras los apóstoles se dedican a reponer las fuerzas de sus cuerpos y a confortar su estómago, Jesús va al jardín (un jardín ordenado, florido) y, sólo con Elisa, la escucha.

-Maestro, Juana quiere hablar contigo en secreto; sólo yo lo sé. Me ha mandado aquí a Jonatán. Ha dicho: "Por cosas muy graves". Ni siquiera la hija que me diste - y bendito seas por ello - lo sabe. Juana ha enviado a servidores suyos en todas las direcciones para buscarte. Pero no te han encontrado...

-Estaba muy lejos, y habría ido aún más lejos, si no me hubiera impulsado el espíritu a volver... Elisa, vendrás conmigo y con el Zelote a casa de Juana. Los otros se quedarán aquí dos días descansando, luego irán a Béter. Tú regresarás con Jonatán.

-Sí, mi Señor...

Elisa lo mira, maternal, lo escudriña... No sabe contenerse una palabra:
-¿Sufres?
Jesús menea la cabeza sin un verdadero signo de negación, pero con claro desconsuelo.
-Soy una madre... Tú eres mi Dios... pero... ¡Oh, mi Señor! ¿Qué crees que quiere Juana? Hablabas de muerte y yo lo he comprendido, porque en el Templo las vírgenes leían mucho los lugares de las Escrituras donde se habla de ti, Salvador, y me acuerdo de esas palabras. Hablabas de muerte y tu rostro resplandecía de alegría celestial... Ahora no resplandece tu rostro... María fue para mí como una hija... y Tú eres el Hijo de Ella... Por eso, si no es pecado decirlo, te veo un poco como hijo mío... Tu Madre está lejos... Pero tienes a tu lado a una madre. Bendito de Dios, ¿no puedo aliviar tu pena?
Ya la alivias porque me quieres. ¿Que qué pienso acerca de lo que Juana me tiene que decir? Mi vida es como este rosal. Las rosas sois vosotras, discípulas buenas. ¿Pero, si se quitan las rosas, que queda? Espinas...
-Pero a nosotras nos tendrás hasta la muerte.
-Es verdad. ¡Hasta la muerte! Y el Padre os bendecirá por el consuelo que me habréis de procurar. Vamos a entrar en la casa. Descansemos. A la puesta del sol partiremos para Béter.

## 400

## En Béter, en casa de Juana de Cusa, la cual habla del daño provocado por Judas Iscariote ante Claudia.

Jesús, seguido por el Zelote, que lleva de la rienda el burrito cabalgado por Elisa, llama a la puerta del guardián de Béter. No han recorrido el camino de la otra vez. Han llegado a la propiedad de Juana por el pueblecillo que hay diseminado por las pendientes occidentales del monte sobre el que se alza el castillo.
El guardián, reconociendo al Señor, se apresura a abrir de par en par la cancilla que está a un lado de su casita y que introduce en el jardín que precede al edificio: es el principio de ese lugar de ensueño que son los jardines de rosas de Juana. Un intenso olor de rosas frescas y de esencia de rosas está suspendido en el aire caliente del ere crepúsculo, y, cuando la primera corriente de aire de la noche, proveniente de levante, pasa cimbreando los rosales en flor, más penetrante se hace el perfume, más fresco, más genuino, porque viene de las lomas de rosales cultivados y sobrepuja el denso perfume de la esencia, proveniente de un bajo y vasto cobertizo colocado contra el muro occidental de la propiedad.
El guarda explica:
-Mi ama está allí. Todos los días, al anochecer va donde se reúnen a esta hora los recolectores y los de las esencias y habla con ellos, les pregunta cosas, los cura, los anima. Nuestra ama es muy buena. Siempre lo ha sido. ¡Y no digamos desde que es tu discípula!... Voy a llamarla... Es una temporada de mucho trabajo y no son suficientes los recolectores fijos, a pesar de que hayan aumentado desde Pascua con los nuevos dependientes, hombres y mujeres, que ha contratado. Espérame, Señor...
-No, voy Yo donde ella. Que Dios te bendiga y te dé paz - dice Jesús mientras alza la mano para bendecir al anciano guarda, al que hasta ese momento, ha estado escuchando pacientemente. Lo deja y se dirige hacia el bajo y vasto cobertizo.
E1 ruido de los pasos contra la tierra dura del sendero hace sacar la cabeza a Matías, muy curiosón. Y el niño, dando un grito, sale corriendo, con los brazos abierto; y subidos, como invitación y deseo de abrazo.
-¡Está aquí Jesús! ¡Está aquí Jesús! - grita echándose a correr. Y cuando está ya entre los brazos del Señor, que lo besa, se asoma Juana y con ella sus dependientes.
-¡El Señor! - grita a su vez, y cae de rodillas para venerarlo inmediatamente desde el lugar en que se encuentra. Se postra y luego se alza (la faz teñida, por la emoción, de un color purpurino semejante a pétalo de rosa encendida). Luego se acerca a Jesús. Se postra otra vez para besarle los pies.
-La paz a ti, Juana. ¿Me requerías? He venido.
-Te requería... Sí, Señor...
La tez de Juana palidece de nuevo y su rostro se pone serio.
Jesús lo nota.
-Levántate, Juana. ¿Cusa está bien?
-Sí, mi Señor.
-¿Y María, la pequeña, que no la veo?
-También, Señor... Ha ido con Ester a llevar medicinas a un trabajador enfermo.
-¿Por ese hombre me has llamado?
-No, Señor... Por... ti.
Es bien visible que Juana no quiere hablar en presencia de todos, que se han aglomerado alrededor.
Jesús, comprendiéndolo, dice:
-Bien. Vamos a ver tus rosales...
-Estarás cansado, Señor. Tendrás que comer... Tendrás sed...

-No. Durante las horas de mayor calor nos hemos detenido en una casa de discípulos de los pastores. No estoy cansado...

-Entonces vamos... Jonatán, prepara todo para el Señor y los que han venido con Él... Baja, Matías... - indica al encargado, que está al lado de ella, respetuoso, y al niño, que se ha hecho un nido en los brazos de Jesús y cariñoso, tiene su cabecita morena en la concavidad del cuello de Jesús, como una tortolita bajo el ala paterna. El niño lanza un suspirón de pena, pero hace ademán de obedecer.

Pero Jesús dice:

-No. Viene con nosotros. No molestará. Será un pequeño ángel, ante e1 cual no puede hacerse ni decirse nada escandaloso, y que impedirá que surja la más leve sospecha en los corazones. Vamos...

-Maestro, ¿yo y Elisa entramos en casa, o quieres que estemos contigo? - pregunta el Zelote.

-Id, id.

Juana guía a Jesús por un amplio paseo que divide el jardín, y dirige hacia las parcelas de rosales, que suben y bajan las opuestas ondulaciones que constituyen la propiedad florida de la discípula. Juana continúa, como buscando aislarse en donde no haya sino rosales y árboles, y pajaritos entre las frondas (en las últimas riñas por encontrar un sitio para el sueño, o en los últimos cuidados a las crías en los nidos). Las rosas, cerradas aún en su capullo en este atardecer - mañana, abiertas, caerán bajo las tijeras-, esparcen intensa fragancia antes de descansar bajo las gotas de rocío. Se paran en una hondonada entre dos pliegues del terreno en que, formando festones, ríen, por una parte rosas encarnadas, por la otra rosas rojas como manchas de sangre que se esté coagulando. Y hay una piedra grande, que sirve de asiento o de apoyo para los cestos de los recolectores. Hay rosas y pétalos ajados entre la hierba y encima de la piedra, testimonio del trabajo del día.

Juana, con la mano ensortijada, quita del asiento esos restos y dice:

-Siéntate, Maestro. Tengo que hablar contigo... mucho.

Jesús se sienta. Matías se pone a correr para acá o para allá por la hierba, hasta que encuentra un gran interés en perseguir a un grueso sapo que había venido a tomar el fresco del atardecer, y se aleja con gritos y saltos de alegría, yendo y viniendo, detrás del pobre sapo, hasta que distrae su atención la hura de un grillo, y se pone a hurgar en ella con un palito.

-Juana, estoy aquí para escucharte... ¿No hablas? - pregunta Jesús después de un rato de silencio, y deja de observar al niño para mirar a la discípula, que está frente a Él erguida, seria y silenciosa.

-Sí, Maestro. Pero... es muy difícil.., y creo que es una cosa dolorosa de escuchar...

-Habla con sencillez y confianza...

Juana se deja deslizar hasta la hierba, semisentada en los calcañares, baja respecto a Jesús, que está sentado más arriba, en su asiento, con actitud austera y rígida, distante como hombre más que si estuviera separado por muchos metros y por muchos obstáculos cercano como Dios y Amigo por la bondad de la mirada y la sonrisa Y Juana lo mira, lo mira, en el suave crepúsculo de la tarde de Mayo. Por fin habla:

-Mi Señor... antes de hablar... necesito preguntarte… necesito conocer tu pensamiento... comprender si me he equivocado siempre al comprender tus palabras... Soy mujer, una mujer ignorante... quizás he soñado... y solamente ahora sé realmente las cosas... las cosas como las has dicho, como las has preparado, como la quieres para tu Reino... Quizás tiene razón Cusa... y yo estoy equivocada...

-¿Te ha regañado Cusa?

-Sí y no, Señor. Sólo me ha dicho, con autoridad de marido, que si es como los últimos hechos hacen pensar, *debo* dejarte, porque él, dignatario de Herodes, no puede permitir que su mujer conspire contra Herodes.

-¿Y cuándo has sido conspiradora! ¿Quién tiene intención de dañar a Herodes? Su pobre trono, tan ruin como es, es menos que este asiento entre los rosales. Aquí me siento, allí no me sentaría. ¡Se puede tranquilizar Cusa! No despierta mi interés el trono de Herodes, y ni siquiera el de César. No son ésos mis tronos, ni son ésos mis reinos.

-¿Sí, Señor? ¡Bendito seas! ¡Cuánta paz me das! Hacía días que sufría por esto. ¡Maestro mío, santo y divino, mi amado Maestro, mi Maestro de siempre, como te he comprendido, te he visto, te he amado, como te he creído, tan alto, tan por encima de la Tierra, tan... tan divino, mi Señor y Rey celeste! - y Juana, habiendo cogido la mano de Jesús, besa su dorso respetuosamente mientras está de rodillas, como en adoración.

-¿Qué es lo que ha pasado, entonces? ¿Qué cosa, que ignoro, capaz de turbarte de esta forma, capaz de empañar en ti la claridad de mi figura moral y espiritual? ¡Habla!

-¿Qué cosa? Maestro, los ríos del error, de la soberbia, de la codicia, de la obstinación, se han elevado, como de fétidos cráteres, y han empañado el concepto de ti en algunos, en algunas... y trataban de hacer lo mismo en mí. Pero yo soy tu Juana; tu gracia, oh Dios. Y no me habría perdido, al menos eso espero, sabiendo lo bueno que es Dios. Pero el que es todavía sólo un embrión de alma que lucha por formarse, bien puede morir por una desilusión. Y quien todavía no es más que uno que desde el mar fangoso, agitado por corrientes violentas, trata de arribar a la orilla, al puerto, trata de purificarse, de conocer otros lugares de paz, de justicia, bien puede sucumbir de cansancio, si desespera de esta playa, de estos lugares, y dejarse atrapar de nuevo por las corrientes y el fango. Y yo, por esta ruina de almas para las cuales impetro tu Luz, sentía dolor y tortura. Amamos más a las almas que damos a la Luz eterna que a los cuerpos que damos a la luz terrena. Ahora comprendo lo que es ser madre de una carne y madre de un alma. Se llora por el hijito que muere. Pero ese dolor es sólo el nuestro. Por un espíritu al que hemos tratado de formar en tu Luz, y que muere, se sufre no por nosotras solas. Se sufre contigo, con Dios... porque en nuestro dolor por la muerte espiritual de un alma está también tu dolor, infinito dolor de Dios... No sé si me explico bien...

-¡Te explicas muy bien! Pero cuéntame con orden las cosas. Si quieres que te consuele.

-Sí, Maestro. Mandaste a Simón Zelote y a Judas de Keriot a Betania, ¿no es verdad? Por aquella niña hebrea que te han dado las romanas y que has enviado a Nique...

-Sí. ¿Y entonces?

-Maestro... Debo darte un dolor... ¿Maestro, Tú eres un Rey del espíritu y no piensas de ninguna manera en reinos terrenos?

-¡Que no, Juana! ¿Cómo puedes pensar esto todavía?

Maestro, es para sentir de nuevo la alegría de verte divino, sólo divino. Pero, precisamente porque lo eres, te he de dar un dolor... Maestro, el hombre de Keriot no te comprende, y no comprende a quien te respeta como sabio, como gran filósofo, como Virtud sobre la Tierra, y aunque sólo sea por eso ya te admira y se profesa protectora tuya. Es extraño que unas mujeres paganas comprendan lo que un apóstol tuyo no comprende, después de estar contigo desde hace tanto...

-Lo ciega la humanidad, el amor humano.

-Lo disculpas... Pero te perjudica, Maestro. Mientras Simón hablaba con Plautina, Lidia y Valeria, Judas habló con Claudia, en tu nombre, como embajador tuyo. Quería arrancarle promesas para una restauración del reino de Israel. Claudia le hizo *muchas* preguntas... El habló *mucho.* Ciertamente piensa que está a las puertas de su sueño demencial, en las regiones donde el sueño se transforma en realidad. Maestro, Claudia se ha enojado por esto. Es hija de Roma... Lleva el imperio en su sangre... ¡Querer Tú que ella, precisamente ella, hija de los Claudios, vaya contra Roma! Ha sido para ella un choque tan hondo, que ha dudado de ti y de la santidad de tu doctrina. Ella todavía no puede concebir, comprender la santidad de tu origen... Pero llegará a ello, porque tiene buena voluntad. Llegará a ello cuando se haya tranquilizado respecto a ti. Ahora le apareces como rebelde, usurpador, ambicioso, falso... Plautina y las otras han tratado de infundirle seguridad... Pero ella quiere una respuesta inmediata y tuya.

-Dile que no tema. Yo soy el Rey de los reyes, el que los crea y los juzga, y no tendré trono alguno aparte del del Cordero, primero inmolado, luego triunfante en el Cielo. Transmíteselo inmediatamente.

-Sí, Maestro. Iré yo personalmente. Antes de que dejen Jerusalén, porque Claudia está tan enojada que no sigue ya más tiempo en la Antonia... para no... ver a los enemigos de Roma, dice.

-¿Quién te ha dicho esto?

-Plautina y Lidia. Vinieron... y Cusa estaba presente... y después... me puso en el dilema: o Tú eres el Mesías espiritual o dejarte para siempre.

En el rostro de Jesús, palidecido de dolor por lo que ha contado Juana, se ve una sonrisa de cansancio, y dice:

-¿Cusa no viene aquí?

-Mañana es sábado y estará él.

-Y Yo lo tranquilizaré. No temas. Ninguno tema. Ni Cusa por su puesto en la Corte, ni Herodes por posibles usurpaciones, ni Claudia por amor a Roma, ni tú por miedo a haberte equivocado, a verte separada... Ninguno tema... Sólo yo debo temer... y sufrir...

-Maestro. No hubiera querido darte este dolor. Pero callar hubiera sido un engaño... Maestro ¿cómo te vas a comportar con Judas?... Tengo miedo de sus reacciones... por ti, que conste que es por ti...

-Con verdad. Haciéndole comprender que estoy al corriente de las cosas y que desapruebo su acción y su obstinación.

-Me odiará, porque comprenderá que lo sabes por mí...

-¿Te duele?

-Tu odio me dolería, no el suyo. Soy mujer, pero más viril que él en servirte. Yo te sirvo porque te amo, no para recibir honores de ti. Si mañana por ti perdiera las riquezas, el amor de mi marido e incluso la libertad y la vida, te amaría más todavía. Porque entonces Tú serías el único para mi amor y para amarme - dice Juana, con ímpetu, poniéndose de pie.

También Jesús se levanta y dice:

-Bendita tú, Juana, por estas palabras. Y quédate tranquila. Ni el odio ni el amor de Judas pueden alterar lo que está escrito en el Cielo. Mi misión será cumplida como está decidido. No tengas remordimientos, nunca. Estáte tranquila como el pequeño Matías, que después de haber trabajado en hacerle una casa, según él más bonita, a su grillo, se ha dormido con la frente contra unos pétalos de rosa, y sonríe... creyendo tenerla sobre las rosas. Porque es bonita la vida cuando uno es inocente. Yo también sonrío, a pesar de que mi vida humana no tiene flores, sino pétalos deshojados, lacios. Pero en el Cielo tendré todas las rosas de los salvados... Ven. Está anocheciendo. Dentro de poco ya no veremos el sendero.

Juana hace ademán de tomar al niño en brazos.

-Deja... Lo tomo yo. ¡Mira cómo sonríe! Sin duda está soñando con el Cielo. Con su mamá. Y contigo... Yo también, en mis penas de todas las horas, sueño con el Cielo, con mi Madre y con las buenas discípulas.

Y lentamente se encaminan hacia la casa...

## 401

## Pedro y Bartolomé en Béter por un grave motivo. Éxtasis de la escritora.

Jesús pasea entre las florestas de rosas, donde bulle el trabajo de los recolectores. Halla así la manera de hablar con uno o con otro, y también con la mujer viuda y sus hijos, a la que Juana en la Pascua ha tomado, por su amor, a su servicio después del banquete de los pobres. Ya no parecen los mismos. Con nueva vitalidad, serenos, cumplen su trabajo con alegría, cada uno según sus propias capacidades, y los más pequeños, que verdaderamente no saben todavía ni siquiera distinguir una rosa de otra por el color o por la lozanía para escogerlas, juegan con otros pequeñuelos en los sitios más tranquilos, y sus gorjeos de pajarillos humanos todavía en el nido se unen a los de los implumes que pían, que chillan entre las frondas de los árboles para saludar a sus padres que regresan con la comida para sus bocas.

Jesús se acerca a estas pequeñas nidadas humanas, y se agacha, se interesa, acaricia, calma pequeñas riñas, levanta al que se ha caído y gimotea, sucio de tierra, arañadas con el suelo la frente o las manitas. Y los llantos, las riñas, los celos, cesan de golpe con la caricia y la palabra del Inocente a los inocentes, o se transforman incluso en el ofrecimiento del objeto causa de la discusión o de la caída (el escarabajo dorado, la piedrecita de color o brillante, una flor cortada, etc.)... Jesús tiene llenas de estas cosas las manos y el cinturón, y, cuando deposita escarabajos y mariquitas entre el follaje, restituyéndolos así a la libertad, lo hace sin ser visto.

¡Cuántas veces he notado el perfecto tacto de Jesús incluso en los más pequeños, para no herirlos, para no defraudarlos! Tiene el arte y el atractivo para saber mejorarlos y para hacerse querer, con cosas aparentemente insignificantes, aunque en realidad son perfecciones de amor adaptado a la pequeñez del niño...

Como a mí. ¡A mí me ha tratado siempre como a un "niño" para mejorar mi miseria, para hacerse querer! Después, cuando lo he amado con todo mi ser, ha apretado la mano, me ha tratado como adulta, sordo a mis súplicas: « ¿Pero no ves que soy una inútil?». Ha sonreído y me ha obligado a hacer obras de adultos... ¡Oh! Sólo cuando la pobre María está toda llena de aflicción, Él vuelve a ser el Jesús de los niños para mi pobre alma, tan incapaz, y se muestra satisfecho de... mis escarabajos y mis piedrecitas... y mis florecillas... de lo que logro darle... y me muestra que los ve bonitos... y que me ama porque soy “la nada que se abandona, se pierde, en el Todo”.

¡Querido Jesús mío! ¡Amado, amado hasta la locura! ¡Amado con todo mi ser! ¡Sí, lo puedo proclamar! En la vigilia de mi año 49, examinándome atentamente, en la vigilia de la sentencia humana sobre mi obra como portavoz, escudriñando atentamente mi espíritu y toda mí misma para descifrar las palabras verdaderas que hay en mí, puedo decir que ahora amo, comprendo que amo a mi Dios con todo mi ser. He tardado 48 años en llegar a este amor total, tan total que excluye un pensamiento de temor personal en vistas de una condena, teniendo tan sólo una profunda aflicción por la repercusión que ésta pudiera tener en almas que yo he llevado a Dios, que estoy convencida de que han sido redimidas por el Jesús vivo dentro de mí, y que se separarían de la Iglesia, anillo de enlace entre la humanidad y Dios.

Dirán algunos: « ¿No te da vergüenza haber tardado tanto?». No, en absoluto. Era tan débil, tan nada, que he tardado todo este tiempo. Y además estoy convencida de que he tardado exactamente el tiempo que Jesús ha querido. Ni un minuto más ni un minuto menos; porque - esto puedo decirlo - desde que empecé a comprender - qué es Dios, no le he negado a Dios nada. Desde cuando, teniendo yo cuatro años, lo *sentía tan omnipresente,* que creía incluso que estar en la madera del respaldo de la silla en que me sentaba y le pedía disculpa por darle la espalda y por apoyarme en Él; desde cuando también a los cuatro años, hasta en el sueño meditaba que nuestros pecados lo habían herido y matado, y me ponía de pie encima de mi cama, suplicando, vestida con mi camisón de noche, sin mirar a ningún cuadro sagrado, sino volviéndome a mi Amado matado por nosotros, suplicando: «¡Yo no! ¡Yo no! ¡Quítame la vida, pero no me digas que yo te he herido!». Y así sucesivamente...

Amor mío, Tú conoces mis ardores, no desconoces ni siquiera uno... Tú sabes que bastaba que se perfilase una propuesta tuya para que ya *inmediatamente* fuera aceptación en tu María. Aunque me propusieras que te diera mi amor de novia - es más, precisamente entonces, en la Navidad del 1921, se reafirmó mi amor por ti -, o el amor de los parientes o la vida o la salud o la comodidad... y que, cada vez más, fuera una "nada" en la vida social, un desecho, mirado por el mundo con compasión o burla... Una que no puede tomar un vaso de agua si tiene sed si no hay quien se lo acerque, una que está clavada como Tú, como Tú, y como he deseado tanto estarlo, y como quisiera enseguida volver a estar si Tú me curaras. ¡Todo! La nada ha dado todo, su todo de criatura... Bien, pues también ahora, también ahora, que puedo ser juzgada negativamente, que puedo sufrir interdicción, que pueden actuar contra mí, ¿qué te digo? «Déjame a ti, déjame tu Gracia. Todo el resto es nada. Lo único que te ruego es que no me suspendas tu amor y que no permitas que los que te he dado vuelvan a caer en las tinieblas.

¿Pero, a dónde he ido, oh Sol mío, mientras paseas entre los rosales? A donde mi corazón, que ha hecho esfuerzo de amor por ti, me lleva. Y late, y me enciende la sangre en las venas. Y la gente dirá: «Tiene fiebre y palpitaciones». No. Es que esta mañana te estás derramando en mí con la fuerza de un divino huracán de amor, y yo... y yo me anulo en ti, que me invades, y ya no coordino como criatura, y siento lo que debe ser el vivir de los serafines... y ardo y deliro y te amo, te amo, te amo. ¡Piedad, en tu amor! Piedad, si quieres que viva todavía para servirte, oh Amor divinísimo, eterno, oh Amor dulcísimo, oh Amor de los Cielos y de la Creación, Dios, Dios, Dios...

¡O... no... piedad, no! ¡Antes al contrario, más aún! ¡Hasta la muerte en la hoguera del amor! ¡Fundámonos! ¡Amémonos! Para estar en el Padre, como dijiste orando por nosotros: «Que estén (los que me aman) donde estamos Nosotros. *Que sean uno». ¡Uno!* Ésta es una de *las* afirmaciones del Evangelio que siempre me han hecho sumirme en un abismo de adoración amorosa. ¿Qué pediste para nosotros, mi Divino Maestro y Redentor? ¿Qué pediste, mi Divino loco de amor? Que nosotros seamos uno contigo, con el Padre, con el Espíritu Santo, porque quien está en Uno está en los Tres, ¡oh, inseparable y verdaderamente libre Trinidad del Dios uno y trino! ¡Bendito! ¡Bendito! ¡Bendito con cada uno de mis latidos y respiros!...

Pero volvamos a la visión, porque veo venir con paso veloz, tanto que sus vestiduras se mueven como una vela azotada por el viento, a Pedro, seguido por Bartolomé, que camina más tranquilo. Se presenta repentinamente a espaldas del Maestro, que está agachado acariciando a unos lactantes - los cuales son, sin duda, hijos de recolectoras - puestos en unos traspuntines a la sombra fresca de las plantas.

-¡Maestro!

-¡Simón! ¿Cómo es que estás aquí? ¿Y tú, Bartolomé? Teníais que partir mañana por la tarde, después de la puesta de sol del sábado...

-Maestro, no nos regañes... Escúchanos antes.

-Os escucho. Y no os regaño, porque pienso que habréis desobedecido por un grave motivo. Solamente aseguradme que ninguno de vosotros está herido o enfermo.

-No, no, Señor. No nos ha sucedido ningún mal - se apresura a decir Bartolomé.

Pero Pedro, siempre sincero e impulsivo, dice:

-¡Mmm! Yo por mí digo que hubiera sido mejor si tuviéramos todos las piernas rotas, o incluso la cabeza, antes que...

-¿Qué ha sucedido entonces?

-Maestro, hemos pensado que era mejor venir para acabar con... - está diciendo Bartolomé cuando Pedro le interrumpe:

-¡Pero habla más deprisa!

Y termina:

-Judas es un verdadero demonio desde que te has marchado. Ya no podíamos hablar, no razonaba. Ha discutido con todos... Y ha escandalizado a todos los dependientes de Elisa y a otras personas...

-Quizás se ha puesto celoso porque has tomado a Simón contigo... - dice Bartolomé queriendo disculpar, al ver que la cara de Jesús se pone muy severa.

-¡Qué van a ser celos! ¡Deja de una vez de disculparlo!... O riño contigo para desahogarme de no haber podido reñir con él... ¡Porque Maestro, he logrado estar callado! ¡Fíjate! ¡Estar callado! Por pura obediencia y amor a ti... ¡Pero qué esfuerzo! Bien. En un momento en que Judas se marchó, dando portazos, hemos deliberado entre nosotros... y hemos pensado que era mejor partir para poner fin al escándalo en Betsur y... evitar... darle unos guantazos... Y yo y Bartolomé nos hemos marchado inmediatamente. He rogado a los otros que me dejaran marcharme enseguida, antes de que él volviera... porque... porque sentía realmente que no me iba a contener ya más... Esto es. He dicho. Ahora corrígeme, si te parece que he cometido un error.

-Has hecho bien. Habéis hecho todos bien.

-¿También Judas? ¡Ah, no, mi Señor! ¡No digas esto! ¡Ha dado un espectáculo indigno!

-No. Él no ha hecho bien. Pero no lo juzgues.

-...No, Señor...

El "no" sale con mucho esfuerzo.

Un momento de silencio. Luego Pedro pregunta:

-¿Me dices, al menos, por qué Judas, de repente, se ha vuelto así? ¡Parecía haberse vuelto tan bueno! ¡Se estaba tan bien! Yo había hecho oraciones y sacrificios para que continuara... Porque no puedo verte afligido. Y Tú estás afligido cuando nos causamos daño... Y, desde las Encenias, sé que incluso el sacrificio de una cucharada de miel tiene valor... Esta verdad me la ha tenido que enseñar un discípulo, el más pequeño de los discípulos, un pobre niño, a mí, tu apóstol necio. Pero no la he desatendido. Porque he visto su fruto. Porque también yo, que soy un zopenco, he comprendido algo por luz de la Sabiduría que se ha inclinado benigna hacia mí, que ha bajado hasta mí, hasta el rudo pescador, hasta el hombre pecador. He comprendido que es necesario amarte no sólo con las palabras, sino salvándote las almas con nuestro sacrificio. Para darte una alegría. Para no verte así como estás ahora, como estabas en Sebat. Tan pálido y triste, mi Maestro y Señor que no somos dignos de tenerte, que no te comprendemos: nosotros, gusanos al lado de ti, Hijo de Dios; nosotros, lodo al lado de ti, Estrella; nosotros, tinieblas al lado de ti, Luz. ¡Pero no ha servido para nada! ¡Para nada! Es verdad. Mis pobres ofrendas... tan pobres; tan defectuosas... ¿Y para qué iban a servir? Ha sido soberbia mía, creer que pudieran servir... Perdóname. Pero te he dado cuanto tenía. Me he ofrecido para darte todo lo que tengo. Y creía estar justificado porque te he amado, oh mi Dios, con todo mi ser, con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas, como está escrito. Y ahora comprendo también esto y lo digo yo también como dice siempre Juan, nuestro ángel, y te ruego (y se arrodilla a los pies de Jesús) que aumentes tu amor en tu pobre Simón, para que aumente mi amor por ti, oh mi Dios.

Y Pedro se agacha a besar los pies de Jesús, y se queda así. Bartolomé, que ha estado escuchando, admirando y asintiendo, hace lo mismo.

-Alzaos, amigos. Mi amor crece sin pausa en vosotros, y crecerá cada vez más. Y benditos seáis por el corazón que tenéis. ¿Cuándo van a venir los otros?

-Antes de la puesta del sol.

-Está bien. También Juana y Elisa y Cusa volverán antes del ocaso. Pasaremos el sábado aquí y luego partiremos.

-Sí, Señor. ¿Pero para qué te ha llamado Juana con tanta urgencia? ¿No podía esperar? ¡Estaba ya concordado que vendríamos aquí!

-¡Con su imprudencia ha causado un buen jaleo!...

-No la acuses, Simón de Jonás. Ha actuado por prudencia y amor. Me ha llamado porque había almas cuya buena voluntad había que confirmar.

-¡Ah! Entonces ya no hablo más... Pero, Señor, ¿por qué Judas se ha alterado de esa forma?

-¡No pienses en ello! ¡No pienses en ello! Goza de este Edén, todo flores y paz. Goza de tu Señor. Y deja, y olvida, las formas peores de la Humanidad, sus asaltos contra el espíritu de tu pobre compañero Lo único que debes recordar es orar por él, mucho, mucho. Venid. Vamos donde aquellos pequeños que nos miran asombrados. Hace poco les estaba hablando de Dios, de alma a alma, con el amor, y a los más grandecitos con las bellezas de Dios...

Y echa sus brazos alrededor del talle de sus dos apóstoles, para dirigirse a un círculo de niños que lo esperan.

## 402

## Judas Iscariote se siente descubierto durante el discurso de despedida en Béter.

No sé cómo voy a poder escribir porque estoy agotada a causa de los continuos ataques cardíacos diurnos y nocturnos... Pero veo, y debo escribir.

Veo a Jesús en la parte de delante del palacio de Juana en Béter. Ahí el jardín que precede a la casa se ensancha, formando como dos alas verdes en forma de tenaza, creando así una pequeña explanada semicircular, desnuda de árboles en el centro, pero limitada en los bordes por árboles muy altos y añosos, frondosos, que, con la brisa que corre por esta cima de colina, susurran levemente su frufrú y proyectan una propicia sombra para protección del sol cuando éste está en occidente. Debajo de los árboles, un seto de rosas pone un semicírculo de colores y fragancias como linde de la explanada.

La hora se acerca al ocaso, porque el sol, que - estando este castillo sobre un lugar elevado - se ve nítidamente descender por un buen arco de horizonte, está para ocultarse detrás de los montes que hay a occidente y que Andrés señala a Felipe recordando el miedo de los dos, allí, en Bet Yinna, por tener que anunciar al Señor. Se comprende que en estos montes está Bet Yinna, donde el Señor, hace un año, curó a la hija del posadero, al principio de su peregrinaje hacia las orillas mediterráneas, si recuerdo bien. Estoy sola y no puedo pedir que me den los fascículos de hace unos meses, para confrontar; y mi cabeza no es capaz de recordar.

Están presentes todos los apóstoles. No sé cómo ha tenido lugar el encuentro de Jesús con Judas. Aparentemente en el mejor de los modos, porque no noto caras serias ni alteradas, y Judas se muestra desenvuelto, alegre, como si no pasara nada; tanto que es todo amabilidad incluso con los subalternos más humildes, cosa que no es muy fácil en él y que desaparece del todo cuando está inquieto.

Está todavía Elisa, y también Anastática, que ha venido, sin duda, con los apóstoles y la doméstica de Elisa. Y está Cusa, respetuoso todo, con Matías de la mano; y Juana, junto a Elisa, con la pequeña María al lado. Y Jonatán está detrás de su ama.

Frente a Jesús - a quien protege del sol, que todavía cae sobre esta fachada occidental, un toldo tendido sobre unas cuerdas y unos postes, como un baldaquino - están todos los domésticos y jardineros de Béter, y no son sólo los habituales, sino también los adventicios, tomados del pueblo que depende del castillo. Están a la sombra fresca del frondoso semicírculo, protegidos del sol, silenciosos, alineados, esperando la bendición de Jesús, que parece ya próximo a la partida, en espera sólo de que el ocaso señale el final del sábado.

Jesús habla ahora con Cusa; están un poco retirados. No sé qué le dice, porque hablan en voz baja. Pero veo que Cusa se prodiga en reverencias y en declaraciones de garantías, poniéndose la mano derecha en el pecho como para decir: «Empeño mi palabra, estáte seguro de que por mi parte» etc. etc.

Los apóstoles, discretos, se han reunido en un ángulo. Pero ninguno les puede impedir observar, y si en el rostro de Pedro y Bartolomé se ve la sencilla mirada de quien sabe ya un poco de qué se trata, en el rostro de los otros, menos Judas, hay aprensión, una expresión triste, especialmente en los rostros de Santiago de Alfeo, Juan y Simón y Andrés, mientras que Judas de Alfeo parece casi inquieto y severo; el otro Judas, que quiere aparecer desenvuelto, mira más que todos, y parece querer descifrar, por los movimientos de las manos, de los labios, lo que Jesús y Cusa dicen.

Las discípulas, calladas, respetuosas, también observan, y Juana sonríe involuntariamente, con un poco de ironía en medio de su tristeza, y parece compadecer a su esposo cuando Cusa, alzando la voz al final del coloquio, proclama:

-Mi deuda de gratitud es tal, que de ninguna manera podré jamás quedar desobligado. Por tanto, te concedo lo que más amo: mi Juana... Pero debes comprender mi prudente amor por ella... El enojo de Herodes... su legítima defensa... se habrían descargado en forma de represalias contra nuestros bienes, contra... contra nuestro poder... y Juana está habituada a estas cosas, está delicada... necesita estas cosas... Yo tutelo sus intereses. Pero te juro que ahora que estoy seguro de que Herodes no se va a enojar conmigo, como contra un siervo suyo cómplice de un enemigo, te voy a servir con absoluta alegría y nada más, y concederé a Juana toda libertad...

-Está bien. Pero recuerda que trocar los bienes eternos por un breve honor humano es como trocar la primogenitura por un plato de lentejas. Y mucho peor todavía...

Las discípulas han oído estas palabras. Pero también los apóstoles. Y, mientras que a la mayor parte les sabe a discurso académico, Judas de Keriot percibe en ellas un sabor especial: cambia de color y de expresión, y echa una mirada entre asustada e irritada a Juana. Intuyo que hasta este momento Jesús no ha hablado de cuanto ha sucedido, y que sólo ahora Judas tiene la primera sospecha de que su juego ha sido descubierto.

Jesús se vuelve a Juana y le dice:

-Bueno, pues ahora vamos complacer a la buena discípula. Voy a hablar, como has deseado, a tus dependientes antes de partir.

Da unos pasos hacia delante, hasta el límite de sombra que se va alargando cada vez más, debido a que el sol va descendiendo, va descendiendo lentamente (parece ya una naranja cortada por la base, y cada vez más se va ensanchando el corte, a medida que el astro va bajando por detrás de los montes de Bet - Yinna, dejando un enrojecimiento de fuego en el cielo terso).

-Amados amigos Cusa y Juana, y vosotros, servidores buenos de ella, que ya conocéis al Señor por boca de mi discípulo Jonatán, desde hace muchos años, y por boca de Juana desde cuando es fiel discípula mía, escuchad.

Me he despedido de todos los lugares judíos donde tengo mayor número de discípulos, por obra de mis primeros discípulos, los pastores, y también por la respuesta coherente al Verbo, que ha pasado instruyendo para salvar. Ahora me despido de vosotros, porque no volveré nunca más a este Edén, bellísimo (no tanto por los rosales y la paz que reinan en él, y no sólo por la buena ama que en él es reina, cuanto porque aquí se cree en el Señor y se vive según su Palabra). ¡Un paraíso! Sí. ¿Qué era el paraíso de Adán y Eva? Un espléndido jardín donde se vivía sin pecado y donde resonaba la voz de Dios, amada, acogida con alegría por sus primeros dos hijos...

Ahora bien, Yo os exhorto a vigilar para que no os suceda lo que sucedió en el Edén: no suceda que se introduzca la serpiente de la mentira, de la calumnia, del pecado, y os muerda en el corazón y separe de Dios. Vigilad y manteneos firmes en la Fe... No os turbéis. No hagáis actos de incredulidad, lo cual podría suceder porque el Maldito entrará, tratará de entrar, por todas partes, como ya ha entrado en muchos lugares, para destruir la obra de Dios. Y mientras que entre en los lugares, el

Perspicaz, el Astuto, el Incansable, y escudriñe y se ponga a la escucha y tienda asechanzas y desbabe y trate de seducir, poco mal será todavía. Nada ni nadie pueden impedirle que lo haga. Lo hizo en el Paraíso Terrenal... *Pero un mal mayor es dejarlo estar y no echarlo.* El enemigo que no se expulsa acaba haciéndose amo del lugar, porque se instala en él y en él construye sus defensas y sus ofensas. Id a la caza de él enseguida, ponedlo en fuga usando el arma de la fe, de la caridad, de la esperanza en el Señor. Pero es sumo mal cuando no sólo se le deja vivir tranquilamente entre los hombres, sino que se le deja penetrar desde el exterior hasta el interior, y se le deja hacer un nido en el corazón del hombre. ¡¡Ah, entonces!!

Y, a pesar de todo, ya muchos hombres lo han acogido en su corazón, contra Cristo. Han acogido a Satanás con sus malas pasiones, arrojando fuera a Cristo. Y si no hubieran conocido todavía a Cristo en su verdad; si su conocimiento hubiera sido superficial, como se conocen unos viandantes que se ven por casualidad en un camino, muchas veces sólo mirándose un momento, desconocidos que se ven por primera y última vez, otras veces intercambiando solamente algunas palabras para preguntar el camino procedente, para pedir un poco de sal, o yesca para encender el fuego, o el cuchillo para preparar la carne; si así hubieran conocido a Cristo estos corazones que ahora, y más mañana, cada vez más, arrojan a Cristo para dejar espacio a Satanás... aún podrían ser compadecidos y tratados con misericordia, por ser ignorantes respecto a Cristo. Pero, ¡ay de aquellos que me conocen como lo que soy, realmente, que se han nutrido de mi palabra y de mi amor, y ahora me arrojan afuera, acogiendo a Satanás, que los seduce con falaces promesas de triunfos humanos cuya realidad será la eterna condenación!

Vosotros, vosotros que sois humildes y no soñáis tronos ni coronas, vosotros que no buscáis las glorias humanas, sino la paz y el triunfo de Dios, su Reino, su amor, la vida eterna, y sólo esto, no los imitéis jamás. ¡Vigilad! ¡Vigilad! Conservaos limpios de corrupciones, fuertes contra las acusaciones malignas, contra las amenazas, contra todo.

Judas, que ha comprendido que Jesús sabe algo, ha tomado el aspecto de una máscara térrea de hiel. Sus ojos lanzan fulgores malignos contra el Maestro y contra Juana... Se retira, detrás de sus compañeros, como para apoyarse en la pared. En realidad lo hace para que no se vea su contrariedad.

Jesús prosigue después de una breve interrupción, colocada como para separar la primera parte del discurso de la segunda. Dice:

-Hubo un tiempo en que el yizraelita Nabot tenía una viña junto al palacio de Ajab, rey de Samaria. Una viña de sus padres, muy apreciada, por tanto, por su corazón, casi sagrada para él porque era la herencia que su padre le había dejado tras haberla heredado a su vez de su padre, y éste del suyo, y así sucesivamente. Generaciones de parientes habían sudado en aquella viña para que fuera cada vez más pujante y hermosa. Nabot la apreciaba mucho. Ajab le dijo: "Cédeme tu viña, que está pegando a mi casa y me servirá para hacerme una huerta para mí y los que viven conmigo. Yo en cambio te daré una viña mejor, o dinero si lo prefieres". Pero Nabot respondió "Siento no complacerte, oh rey. No puedo complacerte. Esta viña me viene en herencia de mis padres y me es sagrada. Dios me guarde de darte la herencia de mis padres". *(1 Reyes 21)*

Vamos a meditar esta respuesta. Se medita en ella demasiado poco, y demasiados pocos en Israel meditan en ella. Los otros, la mayoría, los que he mencionado antes, que con facilidad arrojan afuera a Cristo para acoger a Satanás, no tienen mucho respeto hacia la herencia de sus padres, y, con tal de tener mucho dinero o mucho terreno, o sea, los honores y la seguridad de que no los suplanten fácilmente, aceptan ceder la herencia de sus padres, a sea, la idea mesiánica en lo que ella es verdaderamente, como ha sido revelada a los santos de Israel, y que debía ser sagrada en todos sus detalles sin manipular en ella, sin alterarla, sin rebajarla con limitaciones humanas. ¡Cuántos, cuántos, cuántos truecan la luminosa idea mesiánica, enteramente santa y espiritual, por un títere de regiedumbre humana, agitado como un espantajo para perjuicio de la autoridad o blasfemo contra la verdad!

Yo, Misericordia, no llego a maldecirlos con las tremendas maldiciones de Moisés contra los transgresores de la Ley. Pero detrás de la Misericordia está la Justicia. ¡Deben recordarlo todos! Yo, por mi parte, les recuerdo a éstos - y, si entre los presentes hay alguno de éstos, que reciba la corrección con corazón bueno -, les recuerdo otras palabras de Moisés, dichas para los que querían ser más de lo que Dios había establecido para ellos.

Dijo Moisés a Coré, Datán y Abirón, que se consideraban santos al igual que Moisés y Aarón y se oponían a ser sólo hijos de Leví en el pueblo de Israel: "Mañana el Señor dará a conocer quién le pertenece y dejará que se acerquen a El los santos; aquellos a quienes haya elegido se acercarán a Él. Meted fuego en vuestro incensario y, en el fuego, incienso delante del Señor, y venid vosotros y los vuestros con Aarón. Y veremos a quién elige el Señor. ¡Os ensalzáis un poco demasiado, hijos de Leví!". *(Números 16)*

Vosotros, buenos israelitas, conocéis cuál fue la respuesta de Dios a los que se querían ensalzar un poco demasiado, olvidándose de que el único que destina los puestos de sus hijos y elige es Dios, y elige con justicia, y elige hasta el punto exacto. Yo también tengo que decir: "Hay algunos que se quieren ensalzar un poco demasiado, y serán castigados de forma que los buenos comprendan que aquellos han blasfemado contra el Señor".

Los que truecan la idea mesiánica, tal y como la ha revelado el Altísimo, por la pobre idea suya, humana, onerosa, limitada, vindicativa, ¿no son, acaso, semejantes a aquellos que querían juzgar la santidad de Moisés y Aarón? ¿No os parece que los que, con tal de alcanzar su objetivo, la realización de su pobre idea, quieren tomar propias iniciativas motu proprio, considerándolas soberbiamente más justas que las de Dios, no os parece que quieren ensalzarse un poco demasiado y que quieren pasar ilegalmente de estirpe de Leví a estirpe de Aarón? Aquellos que sueñan con un pobre rey de Israel y lo prefieren al Rey de reyes espiritual, aquellos que tienen por pupilas, enfermas, la soberbia y la ambición - por lo cual ven deformadas las verdades eternas que están escritas en los libros santos - y a los cuales la fiebre de una humanidad concupiscente les hace incomprensibles las palabras clarísimas de la Verdad revelada, ¿no son, acaso, los que truecan por una insignificancia sin valor la herencia de toda la estirpe, la más sagrada herencia?

Pero, aunque ellos lo hagan, Yo no trocaré la herencia del Padre y de los padres, y moriré fiel a esta promesa, que vive desde cuando la redención fue necesaria, fiel a esta obediencia que *existe desde siempre,* porque Yo no he defraudado nunca a mi Padre y nunca lo defraudaré por temor a la muerte, por horrenda que sea. Se procuren los enemigos los falsos testigos, finjan

celo y práctica perfectas. No cambiará esto ni su delito ni mi santidad. Mas aquel y aquellos que - cómplices suyos después de haber sido sus corruptores - crean poder extender la mano sobre lo que es *mío,* hallarán en la Tierra a perros y buitres para ingerir su cuerpo y su sangre, y en el Infierno a demonios para ingerir su sacrílego espíritu, sacrílego y deicida.

Os he dicho esto para vuestro conocimiento. Para que todos tengáis conocimiento, y quien sea malvado pueda arrepentirse mientras pueda hacerlo, imitando a Ajab, y quien es bueno no sea turbado en la hora de las tinieblas.

¡Oh, hijos de Béter, adiós! Que el Dios de Israel esté siempre con vosotros y la Redención haga descender su rocío sobre un campo limpio, para que en él se abran todas las semillas que el Maestro, que os ha amado hasta la muerte, ha esparcido en vuestros corazones.

Jesús los bendice y los mira mientras ellos se marchan lentamente. Ya se ha puesto el sol, del cual, como recuerdo, queda sólo un color rojo, que se va apagando lentamente, pasando a violáceo. El reposo sabático ha terminado.

Jesús puede partir. Besa a los pequeños, saluda a las discípulas, saluda a Cusa. Y en el umbral de la cancilla se vuelve y dice fuerte, para que todos oigan:

-Hablaré, cuando pueda, a esas criaturas. Pero tú, Juana, preocúpate de hacerles saber que en mí sólo se halla e", enemigo del pecado y el rey del espíritu. Y recuérdalo tú también. Cusa. Y no temas. Ninguno debe tener miedo de mí. Ni siquiera los pecadores, porque soy la Salud. Sólo los impenitentes hasta la muerte deben tener miedo de Cristo, Juez después de haber sido el Todo Amor... La paz sea con vosotros.

Y es el primero en salir, y empieza a bajar...

## 403

## Una lucha y victoria espiritual de Simón de Jonás.

Y te aferro por fin de nuevo, dulce Evangelio, santo seguimiento de mi Maestro por los caminos de Palestina. Llevadas a cabo todas las obediencias, vuelvo a ti; mejor dicho, vuelves a mí.

No sé sí hay alguien que reflexione sobre la lección muda, pero muy formativa, que da e1 Señor con sus silencios, causados por tres motivos distintos: 1°, la piedad por la debilidad del portavoz enfermo, a veces verdaderamente a los bordes de la muerte; 2°, el castigo del silencio para quien no se comporta bien respecto a su don; 3°, la lección que me da - y es de ésta de la que quiero hablar - del deber de obedecer *siempre,* aunque sea una obediencia que nos pueda parecer inferior al trabajo que por ella suspendemos.

¡Oh, no es fácil ser "voz"! Se vive siempre en un ejercicio continuo de vigilancia y obediencia. Y Jesús - Él, que es el Amo del mundo - no se permite hacer transgredir la obediencia que está cumpliendo su instrumento, cuando es una obediencia dada por quien goza de competencia para poder darla.

Yo, en estos días, debía obedecer a las cosas que me había indicado el P Migliorini; eran muy burocráticas y, por tanto, muy latosas. Pero Jesús no ha intervenido en ningún momento, porque *debía* llevar a cabo la obediencia. Y además exacta, total, como ayer dijo Azarías en su explicación de la Santa Misa. *(Como ayer dijo Azarías en uno de los comentarios a las Misas festivas, que forman parte del "Libro de Azarías")*

Pero ahora, hecho todo, te puedo contemplar, oh mi Señor que desciendes por los caminos escarpados hacia el fértil valle, dejando a tus espaldas el castillo de Béter, aún luminoso en este día que ya muere, allá arriba, en lo alto de su collado florido... Dejando allá arriba el amor de las discípulas, de los niños, de los humildes, y bajando hacia los caminos que van a Jerusalén, hacia el mundo, hacia abajo... Y no son más oscuros que las cimas sólo porque sean "valle" - y, por tanto, el sol, la luz, desde hace un rato se han ido -, sino porque, sobre todo porque abajo, en el mundo, está la emboscada, el odio... mucho mal hay esperándote, mi Señor...

Jesús va delante de todos: forma blanca y silenciosa que, incluso descendiendo por los senderos incómodos y abruptos, tomados para acortar el recorrido, camina majestuosa. En la bajada, la larga túnica, el amplio manto, rozan el suelo de la pendiente, y Jesús parece ya envuelto en regio manto que forma cola tras sus pasos.

Detrás de Él, menos majestuosos, pero igualmente silenciosos, los apóstoles... El último, Judas, un poco distanciado, feo con su sombría rabia. Alguna vez los más simples - Andrés, Tomás - se vuelven a mirarlo, y Andrés incluso le dice: « ¿Por qué estás tan solo y tan atrás? ¿Te sientes mal?», lo cual provoca un áspero: « ¡Preocúpate de ti!» que sorprende a Andrés, mucho más considerando que la frase va acompañada de un epíteto vulgar.

Pedro es el segundo de la fila de los apóstoles (detrás de Santiago de Alfeo, que sigue inmediatamente al Maestro). Y Pedro oye, en medio del gran silencio de la noche en los montes. Y, como impulsado por un resorte, se vuelve. Está ya para volver hacia atrás impulsivamente, para ir donde Judas... pero se queda clavado con sus dos pies. Piensa un momento, corre donde Jesús. Le agarra un brazo bruscamente y lo menea diciendo inquieto: -Maestro, ¿me aseguras que es exactamente como me has dicho la otra noche? ¿Que sacrificios y oraciones no quedan nunca frustrados, aunque parezca que no sirvan?...

Jesús, manso, triste, pálido, mira a su Simón, que suda por el esfuerzo de no reaccionar inmediatamente al insulto, que está lívido, que incluso tiembla, que quizás le hace daño por lo rudamente que le tiene cogido el brazo, y responde con una sonrisa de triste paz:

-No quedan nunca sin premio. Puedes estar seguro de ello.

Pedro lo deja, y va no a su sitio sino a la pendiente del monte, se mete entre los árboles y se desahoga rompiendo, rompiendo arbustos y árboles jóvenes con una violencia que estaba dirigida a otro lugar y que se descarga ahí, en los troncos.

-¿Pero qué haces? ¿Estás loco? - le preguntan varios.

Pedro no responde. Rompe, rompe, rompe. Se deja pasar por toda la fila de los apóstoles, por Judas... y rompe, rompe, rompe. Parece como si trabajara a destajo de tanta velocidad como imprime. A sus pies hay un haz que sería suficiente para asar un ternero. Se lo carga con dificultad y se pone a dar alcance a sus compañeros. No sé cómo lo logra, tan obstaculizado como está por el manto, el peso, la alforja, el sendero incómodo... pero va, muy curvado, como bajo un yugo...

Y Judas se ríe al verlo venir, y dice:

-¡Pareces un esclavo!

Pedro tuerce con dificultad la cabeza desde debajo de su yugo y está para decir algo, pero calla, aprieta los dientes y sigue adelante.

-¿Te ayudo, hermano? - dice Andrés.

-No.

-Pero para un cordero es demasiada leña - observa Santiago de Zebedeo.

Pedro no responde. Prosigue así. Debe estar que no puede más, pero no cede.

Por fin, cerca de una gruta que está casi al final de la bajada, Jesús se para, y con Él todos.

-Nos detendremos aquí. Reanudaremos la marcha con las primeras luces - indica el Maestro - Preparad la cena.

Entonces Pedro arroja al suelo su carga y se sienta encima, sin explicar a nadie el motivo de ese gran esfuerzo suyo. Hay leña por todas partes.

Pero, cuando unos van a un sitio y otros a otro, para tomar agua de beber, para limpiar el suelo de la gruta o para lavar el cordero que será asado, y Pedro se queda sólo con su Maestro, entonces Jesús, de pie, pone la mano en la cabeza entrecana de su Simón y acaricia esa cabeza honesta...

Entonces Pedro aferra esa mano y la besa, y la mantiene contra su cara y vuelve a besarla y la acaricia... Una gota desciende a la mano blanca, una gota que no es sudor del rudo y honesto apóstol, sino que es su llanto silencioso de amor y aflicción, de victoria después del esfuerzo.

Jesús se inclina, lo besa y le dice:

-¡Gracias, Simón!

Pedro, la verdad, no es un hombre guapo; pero sucede que cuando echa hacia atrás la cabeza para mirar a su Jesús, que lo ha besado y le ha dado las gracias porque ha comprendido, sólo Él ha comprendido, entonces la veneración y la alegría lo hacen guapo...

Y con esta transformación me cesa la visión.

## 404

## En camino hacia Emaús de la llanura.

E1 alba pone una luminosidad verde láctea en la bóveda del cielo, alto sobre el valle fresco y silencioso. Y luego ese claror suyo tan indefinible, que es ya luz y no lo es todavía, baña las cimas de las dos vertientes. Parece acariciar levemente las partes más altas de los montes judíos; decir a los árboles añosos que las coronan: «Aquí estoy. Bajo del cielo. Vengo de oriente. Precedo a la aurora. Pongo en fuga las sombras. Traigo la luz, la laboriosidad, la bendición de un nuevo día que Dios os concede», y las cimas se despiertan con un suspiro de frondas, con el silbo de los primeros pájaros despertados por ese leve vibrar del follaje y ese primer claror. Y baja más el alba, a los matorrales del monte bajo, luego a las hierbas, luego a las laderas, cada vez más abajo, y lo saludan gorjeos cada vez más numerosos entre las frondas, y rumores, entre las hierbas, de los lagartos despertados. Y llega al torrentillo del fondo, transforma sus aguas oscuras en un opaco cabrilleo de plata, que se va haciendo cada vez más limpio y brillante. Y arriba, entretanto, en el cielo, que apenas si había aclarado su añil nocturno en un celeste pálido verdoso de alba, marca sus pinceladas el primer anuncio de aurora, que pone celeste el cielo con notas de rosa... Y luego un cirro, delicado, esponjoso, ya todo de espuma rosada, surcando el cielo...

Jesús sale de la gruta y mira... Luego se lava en el torrente, se asea, se viste de nuevo, echa una ojeada dentro de la gruta... No llama... Sube al monte y va a orar encima de un pico que sobresale, ya tan elevado que concede un vasto radio de visibilidad sobre el oriente todo róseo de la aurora, y sobre el occidente aún penetrado de añil. Ora... ora ardientemente, de rodillas, apoyados los codos en la tierra, casi prono... Y ora así hasta que desde abajo suben las voces de los doce, que se han despertado y lo llaman.

Se levanta. Responde:

-¡Voy!

Y el eco del angosto valle repite varias veces el eco de la voz perfecta. El valle parece propagar a la llanura, que se vislumbra al oeste, la promesa del Señor: «Voy», para que exulte anticipadamente.

Jesús se encamina con un suspiro y una frase que compendian su larga oración y la explican:

-Y Tú, Padre, confórtame...

Baja a buen paso y, en llegando abajo, saluda con una sonrisa dulcísima a sus apóstoles y con las palabras habituales:

-La paz sea con vosotros en este nuevo día.

-También a ti, Maestro - responden los apóstoles. Todos. 'También Judas, que, no sé si es porque el silencio mantenido por Jesús, que no le ha reprendido y que lo trata como a todos los otros, lo ha tranquilizado o si es porque durante la noche ha meditado un plan en favor propio, está menos torvo y menos apartado. Es más, es precisamente él el que pregunta por todos:

-¿Vamos a Jerusalén? Si vamos, hay que recorrer un poco de camino hacia atrás y tomar aquel puente; al otro lado hay un camino que va recto a Jerusalén.

-No. Vamos a Emaús de la llanura.

-¿Pero por qué? ¿Y Pentecostés?

-Hay tiempo. Quiero ir a ver a Nicodemo y a José, por las llanuras hacia el mar...

-¿Pero para qué?

-Porque no he estado todavía allí y ese pueblo me espera... Y porque así lo han deseado los buenos discípulos. Tendremos tiempo para todo.

-¿Te dijo eso Juana? ¿Para eso te llamó?

-No había necesidad de ello. Me lo dijeron directamente a mí en los días de la Pascua. Y Yo cumplo.

-Yo no iría... Quizás estarán ya en Jerusalén... La fiesta está cercana... Y además... Podrías encontrar enemigos, y...

-En todas partes encuentro enemigos, y los tengo siempre cerca... – y Jesús lanza una mirada que es una saeta al apóstol de su dolor... Judas no dice nada más. ¡Demasiado peligroso es seguir adentrándose! Lo percibe y calla.

Vuelven Juan y Andrés con unas frutas de pequeño tamaño, parecen de la familia de la frambuesa, o fresas grandes, pero son más oscuras, casi como moras no maduras; se las ofrecen al Maestro:

-Te gustan. Las vimos ayer al anochecer y hemos subido a cogerlas para ti. Cómelas, Maestro. Son buenas.

Jesús acaricia a los dos buenos y jóvenes apóstoles, que le ofrecen sus frutos en una ancha hoja lavada en el torrente, y que, más que los frutos, le ofrecen su amor; escoge las frutitas mejores y da un poco de ellas a todos, que las comen con el pan.

-Hemos buscado leche para ti. Pero todavía no hay ningún pastor... - dice excusándose Andrés.

-No importa. Vamos a ponernos en marcha para estar en Emaús antes del calor intenso.

Y van caminando - los que tienen más apetito siguen comiendo - por el fresco valle, que se va haciendo cada vez más ancho y termina por desembocar en una fértil llanura en que ya bulle el trabajo de los segadores.

-No sabía que Nicodemo tuviera casas en Emaús - observa Bartolomé.

-No en, sino después de Emaús. Tierras que ha heredado de parientes... - explica Jesús.

-¡Qué bonita campiña! - exclama el Tadeo.

Efectivamente, es un mar de espigas de oro, en que están intercalados pomares de ensueño y viñas que ya prometen una gloria de racimos. Estando bien regada por los cercanos montes que vierten en ella innumerables torrentillos en los meses más necesitados de irrigación, y ciertamente dotada de venas de agua subterránea, es un verdadero edén agrícola.

-¡Mmm! Está más bonita que el año pasado - murmura Pedro - A1 menos hay agua y fruta...

-La de Sarón está más bonita incluso - le responde el Zelote.

-¿Pero no es ya ésta?

-No. Viene después de ésta. Pero en ésta ya se presiente la Llanura de Sarón...

Los dos apóstoles se ponen a hablar entre sí, alejándose un poco.

-¿Esto es de fariseos, no? - pregunta Santiago de Zebedeo, señalando la bonita campiña.

-De judíos, sin duda. Han cogido los lugares mejores usurpándoselos, con mil modos, a los primeros propietarios - le responde Judas Tadeo, que quizás recuerda los bienes paternos de Judea, de los cuales fueron expulsados, perdiendo mucho bienestar.

Judas Iscariote se da por aludido:

-Si han sido cogidos es porque vosotros, galileos, sois menos santos, inferiores...

-Te ruego que recuerdes que Alfeo y José eran de la estirpe de David. Tanto que el edicto les hizo ir a apuntarse a Belén de Judá. Y Él nació allí por esto - responde sereno Santiago de Alfeo, previniendo la respuesta punzante de su fogoso hermano y señalando al Señor, que está hablando con Mateo y Felipe.

-¡Ah! ¡Bueno! Yo lo que pienso es que buenos y malos hay en todas partes. En nuestras compraventas hemos tenido contacto con personas de todas las razas, y os aseguro que en todas he encontrado honestos y deshonestos. Y además... ¿por qué enorgullecerse de ser judíos? ¿Acaso lo hemos querido *nosotros?* ¡Mmm! ¡Sí tenía yo mucho conocimiento, cuando estaba en el seno de mi madre, de lo que era ser judío o galileo! Estaba allí... y estaba conforme. Luego, cuando nací, estuve entre pañales, bien calentito, sin preguntarme si el aire que respiraba era judío o galileo... Lo único que conocía era el pezón materno... Y, como, yo, todos nosotros. Ahora, ¿por qué tomarse tan a pecho el que uno haya nacido más arriba y el otro más abajo? ¿No somos igualmente de Israel? - dice, bondadoso y justo, Tomás.

-Tienes razón, Toma - responde Juan. Y concluye: «Y además ahora somos de una única estirpe, la de Jesús».

-Sí, el cual - y creo que lo haya querido el Altísimo para enseñarnos que las divisiones atentan al amor al prójimo y que ha sido enviado a recoger a *todos* como la amorosa clueca de que hablan los libros santos - es de estirpe judía, pero fue concebido en Galilea y ha vivido allí, después de nacer en Belén, como si quisiera decirnos, con la voz de los hechos, que es el Redentor de todo Israel, del septentrión al mediodía. Por el simple hecho de que le llamen "el Galileo" ya no se debería sentir desprecio por los galileos - dice, dulce y firme, Santiago de Alfeo.

Jesús, que parecía distraído hablando, unos metros más adelante, con Mateo y Felipe, se vuelve y dice:

-Bien has hablado, Santiago de Alfeo. Comprendes la Verdad y las verdades, y la justicia de cada acto de Dios. Porque Dios, recordad esto todos y siempre, no hace nunca nada sin una finalidad, como tampoco deja sin premio nada de lo que hacen los que tienen recto corazón. ¡Bienaventurados los que saben ver las razones de Dios en las cosas que suceden, incluso en las más insignificantes, y las respuestas de Dios a los sacrificios de los hombres!

Pedro se vuelve y hace ademán de hablar. Luego cierra de nuevo la boca y se limita a sonreír a su Maestro, que ahora, siendo el lugar por donde van una ancha vía de primer orden entre campos de oro, se une al grupo de sus apóstoles.

Prosiguen hacia Emaús, que está ya cercana: una aglomeración de un blanco cegador en medio del oro de los cereales maduros y el verde de los óptimos pomares.

-¡Maestro! ¡Maestro! ¡Detente! ¡Tus discípulos! - gritan voces lejanas, y un puñado de hombres, dejando plantados a unos labradores que descansan un poco a la sombra de un manzano, corren hacia Jesús por una senda llena de sol. Son Matías y Juan, ex pastores, discípulos luego del Bautista; y, con ellos, Nicolái, Abel ex leproso, Samuel, Hermasteo y otros más.

-¡La paz a vosotros. ¿Estáis aquí?

-Sí, Maestro. Hemos recorrido toda la costa. Ahora vamos hacia Jerusalén. Más arriba están Esteban y otros; más arriba todavía, Hermas y otros. Y luego, más arriba aún, Isaac, el pequeño maestro de todos nosotros. A1 menos estaba. Como también estaba Timoneo en Transjordania. Pero a estas alturas estarán todos para ir a la fiesta de Pentecostés. Nos hemos dividido así, en muchos grupos, pequeños pero no pasivos. Así, si nos persiguen, podrán capturar a algunos, pero no a todos - explica Matías.

-Habéis hecho bien. Me extrañaba no encontraros por toda la Judea meridional...

-Maestro... Por ahí ibas Tú... ¿Quién mejor que Tú? ¡Y además... ha recibido más de lo necesario para hacerse santa!... ¡Y sin embargo!... Da piedras a quien lleva la palabra del Cielo. Elías y José fueron agredidos en las hoces del Cedrón, y fueron a la Transjordania, a casa de Salomón. A José le dieron un golpe en la cabeza con una piedra y casi lo mataron. Pasaron ocho días en una gruta profunda, con uno que Tú habías mandado y que conocía todos los secretos de los montes. Después, de noche, lentamente, fueron a la otra parte...

Discípulos y apóstoles están agitados: los primeros evocando estas persecuciones, los segundos conociéndolas. Pero Jesús los calma diciendo:

-Los Inocentes han teñido con la púrpura de su sangre inocente el camino de Cristo. Pero ese camino debe ser purpurado una y otra vez, constantemente, para borrar las huellas del Mal en el camino de Dios. Es camino regio. Lo purpuran los mártires por amor a mí. ¡Bienaventurados entre los bienaventurados aquellos que por mí sufren persecución!

-Maestro, estábamos hablando a esos labriegos. ¿No vas a hablar Tú ahora? - pregunta el ex pastor Juan.

-Id a decir que a la puesta del sol hablaré en la puerta de Emaús. Ahora el sol lo impide. Id. Y que Dios esté con vosotros. Yo estaré al final de este camino.

Los bendice y reanuda la marcha, buscando sombra, porque el sol es abrasador en el blanco camino, en el que no hay más que dos delgadas franjas de sombra, de plátanos puestos como protección en los bordes del camino.

## 405

## Descanso en un henil y discurso a la entrada de Emaús de la llanura. El pequeño Miguel.

Cabe la puerta de Emaús hay una casa de campesinos. Silenciosa, porque todos están en los campos trabajando. En el corral ya están amontonadas las gavillas del día anterior. Y hay heno en los rústicos heniles. El sol abrasador del mediodía extrae un olor caliente del heno y las gavillas. No se oye ruido alguno, aparte del zureo de las palomas y la parlería de los gorriones, siempre chismosos y pendencieros. Las unas y los otros van, sin tregua, del tejado o de los árboles cercanos a los montones de gavillas y de heno, y - son los primeros de entre todos los que saborearán esos productos - picotean entre las espigas enhiestas, se enzarzan con golpes de ala, giran para arramplar más semillas, para robar las pajitas más blandas de heno, ávidos, batalladores, libres de escrúpulos.

Los únicos ladrones comunes en Israel (donde - lo he notado - existe el máximo respeto a la propiedad ajena). ¡Las casas tienen ganas de estar abiertas, y los corrales y viñas sin guardia! Aparte de los rarísimos profesionales de la depredación, los verdaderos bandidos que asaltan en las quebradas de los montes, no hay ladronzuelos, y, ni siquiera, simplemente... golosos que alarguen la mano hacia el árbol frutal o hacia el pichón ajeno. Cada uno va por su camino y, aun cuando atraviesa la propiedad del prójimo, es como si no tuviera ni ojos ni manos. Es verdad que la hospitalidad se ejercita tan ampliamente que no hay necesidad de robar para poder comer. Sólo para Jesús, y por causa de un odio que es tan grande que suspende la costumbre secular de ser hospitalarios con el peregrino; sólo para Él, se verifica el hecho de casas que niegan hospitalidad y comida. Pero para los otros, generalmente, siempre hay piedad, especialmente entre las clases humildes.

Y así sucede que, sin miedo, los apóstoles, después de haber llamado a esta casa cerrada y no haber encontrado a nadie, se han refugiado debajo de un cobertizo en que hay aperos de labranza y cántaros vacíos; y, como si fuera suyo, han hecho uso del heno para sentarse, de los cubos para sacar agua del pozo, de las jarros para beber y mojar así los bocados de pan viejo y de cordero frío, que comen casi en silencio, por el mucho sueño que tienen y lo aturdidos que están por el sol. Y, con la misma libertad con que se han servido del heno y de las jarras, se tumban en el fragante heno; y pronto se oye un coro de ronquidos de distintos tonos y duración.

También Jesús está cansado. Más que cansado, triste. Mira durante un rato a los doce durmientes. Ora. Piensa... Piensa mientras sigue con los ojos, mecánicamente, las luchas de los gorriones y las palomas y el vuelo de saeta de las golondrinas por el corral lleno de sol. Da la impresión de que los chillidos de estas veloces dominadoras del vuelo ponen afirmaciones netas a las preguntas dolorosas que Jesús se plantea. Luego también Él se echa sobre el heno, y pronto los dulces y tristes ojos de zafiro se velan bajo los párpados, mientras el rostro se entona en el sueño, y quizás porque se sume en el sueño con la tristeza en el corazón, su rostro toma mucho de la expresión cansada y dolorosa que tendrá en la muerte.

Regresan los campesinos propietarios de la casa. Hombres, mujeres, niños. Y con ellos están también los discípulos vistos antes. Ven a Jesús y a los suyos, durmiendo en el heno, y convierten las voces en susurros, para no despertarlos. Alguna mamá propina un pescozón al niño que no quiere callarse; o al menos hace ademán de querer hacerlo.

Un crío va con pasitos de tortolita y un dedito en la boca a observar a Jesús, «el más guapo» dice, que duerme con la cabeza apoyada en el brazo doblado para hacer de almohada. Y todos, descalzos, de puntillas, acaban imitándolo; los primeros, Matías y Juan, que se enternecen viéndolo durmiendo así en el heno. Y Matías observa:

-Como en su primer sueño está nuestro Maestro, pero menos feliz que entonces... Le falta también su Madre...

-Sí. Lo único que tiene es siempre cerca la persecución. Pero nosotros lo amaremos siempre, lo amamos siempre como en aquella hora... - responde Juan.

-Más que entonces, Matías. Más que entonces. Entonces amábamos sólo por fe y porque es tierno amar a un niño; pero ahora amamos también por conocimiento...

-Ha sido odiado desde pequeño, Juan. ¡Recuerda lo que sucedió para matarlo!... - y el rostro de Matías se quiebra recordando.

-Es verdad... ¡Pero, bendito sea aquel dolor! Todo lo perdimos, menos a Él. Y eso es lo que cuenta. ¿De qué nos habría servido el tener todavía parientes y casa y nuestro pequeño bienestar, si Él hubiera muerto?

-Es verdad. Tienes razón, Matías. ¿Y de qué nos servirá tener todo el mundo, cuándo no esté ya en el mundo?

-No me hables de eso... Entonces seremos verdaderamente unos desvalidos... Marchaos vosotros. Nosotros nos quedamos con el Maestro - dice luego Juan despidiéndose de los campesinos.

-Siento no haber pensado en dejarles la llave. Podían entrar en casa, estar mejor... - dice el hombre más anciano de la casa.

-Se lo diremos... De todas formas, se sentirá feliz también por vuestro amor. Id, id...

Los campesinos entran en la casa, y pronto el humo que sube de la chimenea dice que están preparando la comida. Pero lo hacen con finura, conteniendo a los niños, haciendo poco ruido... y, también sin hacer ruido, llevan lo que han cocinado a los discípulos, y susurran:

-Para cuando se despierten. Lo hemos tenido aparte para ellos...

Luego el silencio envuelve de nuevo la casa. Quizás los segadores, que han estado trabajando desde el alba, se han echado en las camas para descansar en estas horas en que imposible sería estar en las tierras bajo el sol incandescente. Se adormilan también los discípulos... Las palomas y los gorriones han hecho una pausa... Sólo las golondrinas pasan como saetas, incansables, y su vuelo rápido escribe palabras azules en los espacios y palabras de sombra en el blanco corral...

El pequeñín de antes, precioso con su camisita corta, único indumento a que se ha quedado reducido en esta hora tórrida, saca su cabecita morena por la puerta de la cocina, echa una ojeada, da unos pasos, cautamente, con sus tiernos piececitos, que sufren en contacto con el suelo hirviente de sol. La camisita, desatada, se le cae casi del hombro regordete. Llega donde los discípulos e intenta pasar por encima de ellos, para ir otra vez a mirar a Jesús. Pero sus piernecitas son demasiado cortas para poder superar los cuerpos musculosos de los adultos; tropieza y se cae encima de Matías, que se despierta y ve la carita turbada, próxima al llanto, del pequeñuelo. Sonríe y dice, intuyendo la maniobra del niño: -Ven aquí, te pongo entre Jesús y yo. Pero estáte callado y quieto. Déjalo dormir, que está cansado.

Y el niño, feliz, se sienta a adorar el hermoso rostro de Jesús. Lo mira, lo escruta, siente grandes deseos de hacerle una caricia, de tocarle sus cabellos de oro. Pero Matías vigila sonriente y no se lo permite. Entonces el pequeño pregunta en voz baja:

-¿Duerme siempre así'?

-Siempre así - responde Matías.

-¿Está cansado? ¡Por qué?

-Porque anda mucho y habla mucho.

-¿Por qué habla y anda?

-Para enseñar a los niños a ser buenos, a amar al Señor para ir con Él al Cielo.

-¿Allí arriba? ¿Y cómo? Está lejos...

-El alma. ¿Sabes lo que es el alma?

-¡Nooo!

-Es la cosa más bonita que hay en nosotros, y...

-¿Más que los ojos? Mi mamá me dice que mis ojos son dos estrellas. ¡Y las estrellas son muy bonitas, eh!

El discípulo sonríe y responde:

-Es más bonita que las estrellitas de tus ojos, porque el alma buena es más bonita que el Sol.

-¡Oh! ¿Y dónde está? ¿Dónde la tengo?

-Aquí. En tu corazoncito. Y ve, oye todo, y no muere nunca. Y cuando uno no es nunca malo y muere como un justo, el alma vuela arriba con el Señor.

-¿Con Él - y el niño señala a Jesús.

-Con Él.

-¿Pero Él tiene alma?

-Tiene alma y divinidad. Porque ese Hombre al que estás mirando es Dios.

-¿Tú cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

-Los ángeles.

El niño, que se había sentado completamente encima de Matías, no puede recibir esta noticia tranquilamente, y bruscamente se pone de pie y dice:

-¿Tú has visto a los ángeles? - y mira a Matías con los ojos como platos. La noticia es tan impresionante, que por un instante se olvida de Jesús, siendo así que no ve que Él entreabre los ojos, despertado por el grito ligero del niñito, y los vuelve a cerrar y gira la cabeza hacia la otra parte.

-¡Calla! ¿Lo ves? Lo despiertas... Te mando a casa.

-Estoy quieto. ¿Pero cómo son los ángeles? ¿Cuándo los has visto? - la vocecita es de nuevo un susurro.

Y Matías, paciente, cuenta la noche de Navidad al pequeñuelo que se ha vuelto a sentar en su pecho, arrobado. Y, paciente, responde a todos los porqués: « ¿Por qué había nacido en un establo? ¿No tenía casa? ¿Era tan pobre que no encontraba una casa? ¿Y ahora no tiene casa? ¿No tiene a su Mamá? ¿Dónde está su Mamá? ¿Por qué lo deja solo, si sabe que ya lo han querido matar? ¿No lo quiere?...

Una lluvia de preguntas y también de respuestas. Y la última - a la que Matías responde:

-Esta Mamá santa quiere mucho a su divino Hijo. Pero hace el sacrificio de su dolor de dejar que se marche para que los hombres se salven. Para consolarse piensa que hay todavía hombres buenos capaces de amarlo...» - suscita esta respuesta: « ¿Y no sabe que hay niños buenos que lo quieren? ¿Dónde está? Dímelo, que voy y le digo: "No llores. Yo le doy el amor a tu Hijo". ¿Tú qué crees, que se pondrá contenta?

-Mucho, niño - dice Matías, y lo besa.

-¿Y Él se pondrá contento?

-Mucho, mucho. Díselo cuando se despierte.

-¡Sí, sí! ¿Pero cuándo se despierta?

El niño está ansioso...

Jesús no resiste más. Se vuelve otra vez, con los *ojos* bien abiertos y una sonrisa luminosa, y dice:

-Ya me lo has dicho, porque he oído todo. Ven aquí niño.

El niño no se lo hace repetir dos veces. Se vuelca encima de Jesús y lo acaricia, lo besa, le toca con su dedito la frente, las cejas, las pestañas de oro, se mira en el espejo de sus ojos azules, se frota contra la blanda barba y contra los sedosos cabellos, y dice a cada descubrimiento: « ¿Qué bonito eres! ¡Bonito! ¡Bonito!». Jesús sonríe y también Matías.

Y luego, a medida que se van despertando los otros, porque ahora el pequeño ya no tiene tantos miramientos, sonríen discípulos y apóstoles al ver ese examen detallado, repetido por este hombrecito en miniatura, semidesnudo, regordete, que se pasea todo tranquilo y feliz por el cuerpo de Jesús para observarlo de la cabeza a los pies, y al final dice:

-¡Date la vuelta! - y explica: «para ver las alas» y pregunta desilusionado: «¿Por qué no las tienes?».

-No soy un ángel, niño.

-¡Pero eres Dios! ¿Cómo puedes ser Dios sin estar lleno de alas? ¿Cómo vas a poder ir al Cielo?

-Soy Dios. Precisamente porque soy Dios no necesito alas. Hago lo que quiero y todo lo puedo.

-Entonces hazme los *ojos* como los tuyos. Son bonitos.

-No. Los que tienes te los he dado Yo, y me gustan así. Di, más bien, que te haga un alma de justo para amarme cada vez más.

-También me has dado Tú el alma. Entonces te gustará como la tengo - dice con lógica infantil el pequeño.

-Sí, ahora me gusta mucho porque es inocente. Pero, mientras que tus ojos serán siempre de este color de aceituna madura, tu alma de blanca puede pasar a negra si te vuelves malo.

-Malo no. Te quiero y quiero hacer lo que decían los ángeles cuando naciste: "Paz a Dios en el Cielo y gloria a los hombres de buena voluntad" - dice el niñito equivocándose, lo cual provoca una fragorosa carcajada en los adultos, cosa que le hace sentir vergüenza y callarse.

Pero Jesús lo consuela, no sin corregirle:

-Dios es siempre Paz, niño. Es la Paz. Los ángeles lo glorificaban por el nacimiento del Salvador, y daban a los hombres la primera regla para obtener la paz que vendría por mi nacimiento: "tener buena voluntad". La que tú quieres.

-Sí. Dámela entonces. Métemela aquí, donde ese hombre dice que tengo el alma - y con los dos índices se golpea repetidamente el pequeño pecho.

-Sí, pequeño amigo. ¿Cómo te llamas?

-¡Miguel!

-Nombre del poderoso arcángel. Entonces buena voluntad para ti, Miguel. Y que seas un confesor del Dios verdadero, diciendo a los perseguidores lo que tu angélico patrón: "¿Quién como Dios?". Te bendigo, ahora y para siempre - y le impone las manos.

Pero el pequeñuelo no está convencido. Dice:

-No. Besa aquí, en el alma; entrará dentro tu bendición y quedará cerrada dentro - y descubre el pequeño pecho para ser besado sin que ningún obstáculo se interponga entre su cuerpecito y los labios divinos.

Los presentes sonríen y, al mismo tiempo, están conmovidos. ¡Y no falta el motivo! La fe maravillosa del inocente, que - por instinto, dirían algunos; por impulso espiritual, digo yo - ha ido a Jesús, es verdaderamente conmovedora; y Jesús lo señala diciendo:

-¡Si todos tuvieran el corazón de los niños!...

Entretanto han pasado las horas. La casa toma vida de nuevo. Óyense voces de mujer, de niños, de hombres. Y una madre llama:

-¡Miguel! ¡Miguel! ¿Dónde estás? - y se asoma asustada, mirando, con un atroz pensamiento en su corazón, al pozo bajo.

-No temas, mujer. Tu hijo está conmigo.

-¡Oh! Temía... Le gusta mucho el agua...

-Sí, ha venido al Agua viva que baja del cielo a dar Vida a los hombres.

-Te ha molestado... Se me ha escabullido tan callandito que no he oído... - dice la mujer excusándose.

-¡Oh! ¡No! No me ha molestado. Me ha consolado. Los niños nunca causan dolor a Jesús.

Se acercan los hombres y las otras mujeres. El jefe de la familia dice:

-Entra y repón fuerzas. Y perdona si no te hemos hecho amo de nuestra casa nada más verte...

-No tengo que perdonar nada. He estado aquí, y he estado bien. Tu respeto me da todo honor. Teníamos comida y tu pozo es fresco, mullido el heno: más de lo que necesita el Hijo del hombre; no soy un sátrapa sirio.

Y Jesús, seguido por los suyos, entra en la vasta cocina para comer, mientras en el corral los hombres preparan sitio para los que ya están llegando procedentes de todos los lugares para oír al Maestro; otros se apresuran a preparar bebidas y comida, y a despellejar un corderito para dárselo a los evangelizadores como viático, y las mujeres traen huevos y mantequilla. Esto provoca las protestas de Pedro, que, con razón, dice que no puede llevar en las alforjas ese alimento tan fácil de derretirse con esos calores. Pero para algo están los jarros... Y ellas colman uno de mantequilla, lo cierran y lo meten en el pozo para que esté más frío que nunca.

Jesús manifiesta su agradecimiento. Quisiera limitar estos presentes. ¡Pero ya, ya!... Palabras desperdiciadas: otros dones vienen de todas partes y cada uno se excusa de dar poco...

Pedro susurra:

-Se ve que aquí han estado los pastores. Terreno bonificado... terreno bueno.

El corral está lleno de gente, imperturbable, a pesar de que todavía no haya refrescado el día y aún roce el corral el último rayo de sol. Jesús empieza a hablar:

-¡La paz sea con todos vosotros! No voy a repetir, aquí que veo que ya es conocida la doctrina del Maestro de Israel por obra de los discípulos buenos, lo que vosotros ya sabéis. Dejo a los discípulos buenos la gloria de haberos instruido y la misión de seguir haciéndolo siempre, hasta daros la perfecta seguridad de que Yo soy el Prometido por Dios y que mi Palabra es propia de Dios.

-¡Y tus milagros son propios de Dios, bendito! - grita una voz de mujer desde el medio de la aglomeración de gente, y muchos se vuelven a mirar en esa dirección. La mujer levanta en los brazos a un niño lozano y sonriente y grita: «Maestro, es el pequeño Juan, el que curaste en Agua Especiosa. El niñito de las caderas rotas, que ningún médico podía curar y que yo te llevé con fe y Tú lo curaste teniéndolo sentado en tus piernas».

-Me acuerdo, mujer. Tu fe merecía el milagro.

-Ha aumentado, Maestro. Toda mi parentela cree en ti. Ve, hijo, a dar las gracias al Salvador. Dejadlo que vaya donde Él... - ruega la mujer.

Y la multitud se abre y deja pasar al niño, que va raudo hacia Jesús tendiendo hacia adelante los brazos para poder abrazarlo, lo cual sucede en medio de las aclamaciones y comentarios de la gente de la ciudad o de los forasteros; porque los de los campos ya conocen el hecho y no muestran estupor. Jesús reanuda su discurso teniendo de la mano al niño.

-Y aquí veis confirmada por una madre agradecida mi Naturaleza y confirmado el poder que ejerce la fe en el corazón de Dios, que no defrauda jamás las confiadas y justas peticiones de sus hijos.

Os invito a recordar a Judas Macabeo, cuando se asomó a esta llanura para estudiar el formidable campamento de Gorgias, que contaba con cinco mil infantes y mil caballeros, adiestrados a la batalla, bien protegidos con corazas y armas y torres de guerra. Judas miraba con sus tres mil infantes sin escudo ni espada, y sentía insinuarse el temor en el corazón de sus soldados. Entonces habló, respaldado por su derecho, aprobado por Dios por estar orientado no a abusos sino a la defensa de la Patria invadida y profanada. Y dijo: "No os asuste su número, no tengáis miedo de su ataque. Recordad cómo nuestros padres fueron salvados en el Mar Rojo, cuando el Faraón los seguía con un gran ejército". Y, reanimada la fe en la potencia de Dios, que está siempre con los justos, enseñó a los suyos los medios para obtener ayuda. Dijo: “Alcemos, pues, la voz al Cielo y el Señor tendrá piedad de nosotros, y, recordándose de la alianza que hizo con nuestros padres, hoy destruirá delante de nosotros a este ejército, y todas las gentes sabrán que hay un Salvador que libera a Israel”.

*(I Macabeos 4, 1-25. Forman parte de ese fragmento dos referencias bíblicas (versículos 6-11 y 14-25)*.

Bien. Yo os señalo dos puntos capitales para tener a Dios con nosotros, como ayuda en las empresas justas.

La primera cosa: para tenerlo como aliado, tener el corazón justo que tenían nuestros padres. Recordad la santidad, la prontitud de los patriarcas en obedecer al Señor, tanto si la cosa solicitada era de poco valor como si era de valor sumo. Recordad con qué fidelidad permanecieron fieles al Señor. Mucho nos quejamos en Israel de no tener ya al Señor con nosotros, mientras que en el pasado era benigno. ¿Pero sigue teniendo Israel el corazón de sus padres? ¿Quién rompió y rompe continuamente la alianza con el Padre?

Segunda cosa capital para tener a Dios con nosotros: la humildad. Judas Macabeo era un gran israelita y un gran soldado. Pero no dice: "Yo hoy destruiré a este ejército y las gentes sabrán que soy el salvador de Israel". No. Dice: "Y el Señor destruirá a este ejército delante de nosotros, que somos incapaces de hacerlo porque somos débiles". Porque Dios es Padre y tiene cuidado de sus pequeñuelos.-para que no mueran, manda a sus poderosas formaciones para combatir a los enemigos de sus hijos con armas sobrehumanas. Cuando Dios está con nosotros, ¿quién podrá vencernos? Decid siempre esto ahora y en un futuro, cuando pretendan derrotaros, y no ya en una cosa relativa como es una batalla nacional, sino en una cosa mucho más vasta en el tiempo y en las consecuencias, como es en el caso de vuestra alma. No dejéis que se apoderen de vosotros ni el temor ni 1a soberbia. Ambos son dañinos. Dios estará con vosotros si sois perseguidos a causa de mi Nombre, y os dará fuerza en las persecuciones Dios estará con vosotros si sois humildes, si reconocéis que vosotros, por vosotros mismos, no sois capaces de nada, pero que todo lo podéis si estáis unidos al Padre.

Judas no se pavonea ornándose con el título de Salvador de Israel, sino que da ese título al Dios eterno. Efectivamente, vanos son los afanes de los hombres si Dios no acompaña sus esfuerzos. Mientras que sin afanarse vence quien confía en el

Señor, que sabe cuándo es justo premiar con victorias y cuándo es justo castigar con derrotas Necio el hombre que quiere juzgar a Dios, aconsejarle o criticarle ¿Os imagináis a una hormiga que, observando la obra de un cortador de mármol, dijera: "No sabes hacerlo. Yo lo haría mejor y antes que tú"? La misma imagen de sí da el hombre que quiere ser maestro de Dios. Y a la imagen ridícula añade la de un ser ingrato y arrogante que se ha olvidado de lo que es: criatura, y de lo que es Dios: Creador. Ahora bien, si Dios ha creado un ser tan bien creado que puede creerse capaz de dar consejos al mismo Dios, ¿cuál será la perfección del Autor de todas las criaturas? Debería bastar este pensamiento para mantener baja la soberbia, para destruir este malo y satánico árbol, este parásito que, una vez que se insinúa en un intelecto, lo invade; y suplanta, ahoga, mata todo árbol bueno, toda virtud que hace grande al hombre en la Tierra, verdaderamente grande, no por censo ni por coronas, sino por justicia y sabiduría sobrenaturales, y bienaventurado en el Cielo para toda la eternidad.

Y observemos otro consejo que nos dan el gran Judas Macabeo y los acontecimientos de ese día en esta llanura. Habiéndose encendido la batalla, las tropas de Judas, con las cuales estaba Dios, vencieron y desbarataron a los enemigos, a una parte poniéndolos en fuga hasta Jéceron, Azoto, Idumea y Yamnia, dice la historia, a otra parte traspasándolos con la espada y dejando muertos en los campos a más de tres mil. Pero Judas dice a sus soldados ebrios de victoria: "No os detengáis a recoger botín, porque la guerra no ha terminado y Gorgias con su ejército está en la montaña cerca de nosotros. Tenemos que seguir combatiendo contra nuestros enemigos y vencerlos completamente; después, tranquilamente, recogeremos el botín". Y así hicieron. Y obtuvieron segura victoria y rico botín y liberación, y, al regreso, cantaban bendiciones a Dios porque "es bueno, porque su misericordia es eterna".

También el hombre, todo hombre, es como los campos que están alrededor de la ciudad santa de los judíos. Rodeado de enemigos externos e internos, todos crueles, todos anhelosos de presentar batalla a la ciudad santa del individuo humano - su espíritu -, y presentarla además al improviso, para cogerla de sorpresa con mil astucias, y destruirla. Las pasiones, cultivadas e incitadas por Satanás, y no vigiladas por el hombre con toda su voluntad para tenerlas sujetas, peligrosas si no logra domarlas, pero inocuas si están vigiladas como un ladrón encadenado, y el mundo, que desde fuera conjura con ellas con sus seducciones de carnalidad, de riquezas, de orgullo, bien asemejan a los poderosos ejércitos de Gorgias, revestidos de coraza, dotados de torres de guerra, de arqueros buenos flechadores, de caballeros veloces, siempre preparados para empezar el ataque a las órdenes del Mal. ¿Pero qué puede el Mal si Dios está con el hombre que quiere ser justo? El hombre sufrirá, será herido, pero salvará su libertad y su vida, y conocerá la victoria después de la buena batalla, que no se produce sólo una vez, sino que se renueva siempre mientras dura la vida, o hasta que el hombre se despoja tanto de su humanidad y se convierte en espíritu más que carne, espíritu fundido con Dios, que las flechas, los ataques, los fuegos de guerra no pueden ya dañarlo en lo profundo y caen, tras haberlo agredido superficialmente, como puede hacer una gota en la superficie de un duro y resplandeciente jaspe.

No os detengáis a recoger botín, no os distraigáis hasta llegar a la puerta de la vida, no de esta vida de la Tierra, sino de la verdadera Vida de los Cielos. Entonces, victoriosos, recoged vuestro botín y entrad, adentraos, gloriosos, hasta la presencia del Rey de los reyes, y decid: "He vencido. Aquí está mi botín. Lo he recogido con tu ayuda y con mi buena voluntad, y te bendigo, Señor, porque eres bueno y tu misericordia es eterna".

Esto se refiere a la vida en general, para todos. Pero para vosotros, para vosotros que en mí creéis, se esconde, al acecho, otra batalla. Más batallas. Las batallas contra la duda, contra las palabras que os dirán, contra las persecuciones.

Dentro de poco seré elevado al lugar para el que he venido del Cielo. Este lugar os va a producir miedo, os va a parecer un mentís contra mis palabras. No. Mirad el hecho con ojo espiritual, y veréis que lo que va a suceder será la confirmación de lo que soy realmente: no el pobre rey de un pobre reino, sino el Rey anunciado por los profetas, a los pies de cuyo trono único, inmortal, vendrán, como ríos al océano, todas las gentes de la Tierra, y dirán: "Te adoramos, oh Rey de los reyes y Juez eterno, porque por tu santo Sacrificio has redimido al mundo".

Resistid a la duda. Yo no miento. Yo soy Aquel de quien hablan los profetas. Como la madre de Juan hace un rato, alzad el recuerdo de lo que os he hecho, y decid: "Estas obras son propias de Dios. Nos las ha dejado como recuerdo, como confirmación, como ayuda para creer, y creer además en esta hora precisamente". Luchad y venceréis contra la duda que sofoca la respiración de las almas. Luchad contra las palabras que os van a decir. Recordad a los profetas y mis obras. A las palabras enemigas responded con los profetas y con los milagros que me habéis visto hacer. No tengáis miedo. Y no seáis ingratos por miedo, callando lo que Yo he hecho para vosotros. Luchad contra las persecuciones; mas no luchéis persiguiendo a quien os persiga, sino ofreciendo el heroísmo de vuestra confesión a quien pretenda persuadiros, con amenazas de muerte, a que reneguéis de mí. Luchad siempre contra los enemigos. Todos. Contra vuestra humanidad, vuestros miedos, los compromisos indignos, los pactos interesados, las presiones, las amenazas, las torturas, la muerte.

¡La muerte! No soy el jefe de un pueblo que dice a su pueblo: "Sufre por mí mientras yo gozo". No. Yo soy el primero en sufrir, para daros ejemplo. No soy un caudillo de ejércitos que dice a los ejércitos "Combatid para defenderme. Morid para darme la vida". No. Yo soy el primero que combate. Seré el primero en morir, para enseñaros a morir. De la misma forma que siempre he hecho lo que he dicho que se haga, y predicando la pobreza he sido pobre; la continencia, casto; la templanza, temperante; la justicia, justo; el perdón, he perdonado, y perdonaré... y, de la misma forma que he hecho todo esto, haré también la última cosa. Os voy a enseñar cómo se redime. Os lo voy a enseñar no con palabras, sino con los hechos. Os voy a enseñar a obedecer obedeciendo a la más dura de las obediencias, la de mi muerte...

Os voy a enseñar a perdonar, perdonando en medio de los últimos tormentos como perdoné en la paja de mi cuna a la Humanidad que me había arrancado de los Cielos. Perdonaré como he perdonado siempre. A *todos. Por cuenta mía, a todos. A* los pequeños enemigos, a los neutrales, indiferentes, volubles, y a los grandes enemigos, que no sólo me causan el dolor de ser apáticos ante mi poder y mi deseo de salvarlos, sino que me dan, y darán, el inmenso dolor de ser los deicidas. Perdonaré. Y, puesto que a los deicidas impenitentes no podré darles absolución, seguiré orando, con mis últimos tormentos, al Padre por ellos... para que los perdone... pues estarán ebrios de un satánico licor... Perdonaré... Y vosotros perdonad en mi nombre. Y amad. Amad como amo Yo, como os amo y os amaré, eternamente.

Adiós. Cae la tarde. Vamos a orar juntos. Luego que cada una vuelva a su casa con la palabra del Señor en su corazón, y en vuestros corazones haga espiga ya granada para vuestras hambres futuras, cuando deseéis oír todavía al Amigo, al Maestro, al Salvador vuestro, y sólo lanzando el espíritu a los Cielos podáis encontrar a Aquel que os ha amado más que a sí mismo. Padre nuestro que estás en el Cielo...

Y Jesús, con los brazos abiertos - alta y cándida cruz contra el fondo del oscuro muro de la fachada septentrional -, dice lentamente el *Pater.* Luego bendice con la bendición mosaica. Besa a los niños. Los bendice una vez más. Se despide y va hacia el norte, bordeando los muros de Emaús sin entrar en la ciudad. Los tonos violáceos del crepúsculo absorben lentamente la dulce visión del Maestro, que va, que va cada vez más hacia su destino...

En el corral semioscuro hay un silencio de paz dolorosa... Casi de espera. Luego el llanta del pequeño Miguel, un llanto semejante al de un corderito que se encuentra solo, rompe el hechizo, y muchos ojos se humedecen de lágrimas y muchos labios repiten las inocentes palabras del pequeño:

-¡Oh! ¿Por qué te has marchado? ¡Vuelve! ¡Vuelve!... ¡Hazle volver, Señor!

Y, una vez que Jesús desaparece del todo, el desolado reconocimiento del hecho cumplido: « ¡Ya no está Jesús!», que inútilmente trata de aliviar la madre del pequeño Miguel, el cual llora como si hubiera perdido más que a la madre, y desde los brazos de ella tiene ojos solamente para el punto donde ha desaparecido Jesús, y extiende los brazos, y llama:

-¡Jesús! ¡Jesús!

...Jesús espera a estar bastante lejos. Luego dice:

-Vamos a ir a Joppe. Los discípulos han trabajado mucho en esa ciudad, que ahora espera la palabra del Seor.

No hay mucho entusiasmo por este plan, que alarga más el camino, pero Simón Zelote puntualiza que desde Joppe hasta las propiedades de Nicodemo y José se llega pronto y por buenos caminos, y Juan está contento de ir hacia el mar... Y los otros, movidos por estas consideraciones, terminan por ir con más voluntad por el camino que se dirige al mar.

## 406

### En Joppe. Palabras inútiles a Judas de Keriot y diálogo sobre el alma con algunos Gentiles.

Veo a Jesús sentado en un patio interior de una casa de decente aspecto, pero no lujosa. Parece muy cansado. Está sentado en un banco de piedra colocado al lado de un pozo, bajo de brocal, sobre el cual hay una pérgola verde en forma de arco. Los racimos apenas si se insinúan. Hace poco debe haber caído la flor, y los pequeños granos parecen de mijo, colgados de sutiles pedúnculos verdes. Jesús tiene apoyado el codo derecho en la rodilla derecha, y el mentón en el hueco de la mano; algunas veces, como para descansar mejor, apoya el brazo, doblado, en el borde del pozo, y en el brazo la cabeza. Como si quisiera dormir. El pelo entonces desciende como velo sobre su rostro cansado, que, si no, vese pálido y serio entre las matas onduladas de sus cabellos blondo-rojos.

Una mujer va y viene con las manos enharinadas, pasando de una habitación de la casa a un tabuco que está en el lado opuesto del patio y que debe ser el horno. Todas las veces mira a Jesús. Pero no turba su descanso. Debe estar ya cercano el atardecer, porque el sol apenas ya toca la cima de la terraza que corona la casa; cada vez menos, cada vez menos, hasta que la abandona.

Unas diez palomas quieren bajar al patio, zureando, para su última comida. Giran alrededor de Jesús, como para hacerse idea de quién es el desconocido, y, desconfiadas, no se atreven a posarse en el suelo. Jesús deja sus pensamientos y sonríe, extiende una mano, vuelta hacia arriba la palma, y dice:

-¿Tenéis hambre? Venid - como si hablara a seres humanos. La más audaz se posa en esa mano, y después de ésta, otra y otra más. Jesús sonríe: «No tengo nada Yo» dice ante sus peticiones hechas de arrullos. Y luego llama a la mujer en voz alta: « ¡Mujer! Tus palomas tienen hambre. ¿Tienes grano para ellas?».

-Sí, Maestro. Está en el saco que hay debajo del pórtico. Voy yo ahora.

-Deja. Se lo doy Yo. Me gusta.

-No irán. No te conocen.

-¡Tengo ya palomas en los hombros y hasta en la cabeza!...

Jesús camina, en efecto, con su extraña cimera, hecha de una paloma plomosa, que tiene un pecho que parece una coraza preciosa por su riqueza de tornasoles.

La mujer, incrédula, se asoma y exclama:

-¡Oh!

-¿Lo ves? Las palomas son mejores que los hombres, mujer. Sienten quién las quiere. Los hombres... no.

-No te preocupes por lo sucedido, Maestro. Aquí son pocos los que te odian; los otros, si no todos, te quieren, te respetan al menos.

-No, si esto no me deprime. Lo digo para hacerte la observación de que frecuentemente los animales son mejores que los hombres.

Jesús ha abierto el saco y ha hundido en él su larga mano, ha extraído el dorado grano y se lo ha puesto en el vuelo de su manto. Lo cierra y vuelve al centro del patio, defendiéndose de la intromisión de las palomas, que quieren servirse ellas mismas. Abre su taleguito y esparce por el suelo los granos, y ríe ante el carrusel que forman estas glotonas aves, y por sus riñas. Pronto acaba la comida. Las palomas beben en un plato hondo que hay junto al pozo, y miran todavía a Jesús.

-Ahora marchaos. No hay nada más.

Los animalitos revolotean y se posan aún un poco en los hombros y las rodillas de Jesús para volver luego a sus nidos. Jesús cae de nuevo en su meditación.

Golpes vigorosos en la puerta. La mujer se apresura a abrir. Son los discípulos.

-Venid - dice Jesús.

-¿Habéis distribuido el dinero a los pobres?

-Sí, Maestro.

-¿Hasta la última moneda? Recordad que lo que nos dan no es para nosotros, sino para la caridad. Nosotros somos pobres y vivimos de la misericordia de los demás. *¡Desdichado el apóstol que aprovecha su misión para fines humanos!*

-¿Y si un día estamos sin pan y nos acusan de violar la Ley porque imitamos a los gorriones desgranando espigas?

-¿Te ha faltado algo alguna vez, Judas?, ¿algo esencial, desde que estás conmigo? ¿Has caído desfallecido alguna vez por el camino?

-No, Maestro.

-¿Cuando te dije: "Ven", te prometí comodidades y riquezas? En mis palabras a los que me escuchan, he prometido alguna vez que daría a los "míos" ganancia en la Tierra'?

-No, Maestro.

-¿Y entonces, Judas? ¿Por qué estás tan distinto? ¿No sabes, no sientes que tu descontento, tu mengua me producen dolor? ¿No ves que este descontento se comunica a tus hermanos? ¿Por qué, Judas, amigo, tú que has sido llamado a tan alto destino, tú que viniste con tanto entusiasmo a mi amor y a mi luz, ahora me abandonas?

-Maestro, no te abandono. Soy el que más se preocupa de ti, de tus intereses, de tu éxito. Quisiera verte triunfar en todas partes, créeme.

-Lo sé. Humanamente quieres esto. Ya es mucho. Pero Yo no quiero eso, Judas, amigo mío... He venido para mucho más que un triunfo humano y un reino humano... He venido, no para dar a mis amigos migajas de un triunfo humano, sino para daros una retribución generosa, llena, copiosa; una retribución que de tan llena no es ya retribución: es coparticipación en mi Reino eterno, es unión en los derechos de hijos de Dios... ¡Oh! ¡Judas! ¿Por qué no te exalta esta sublime herencia, a que se accede por renuncia, pero que no conoce ocaso?

Ven más cerca, Judas. ¿Ves? Estamos solos. Los otros han comprendido que quería hablarte a ti, distribuidor de mis... riquezas, de las limosnas que el Hijo del hombre, que el Hijo de Dios recibe para darlas en nombre de Dios y del Hombre al hombre. Y se han retirado a la casa. Estamos solos, Judas, en esta hora tan dulce del atardecer en que nuestro corazón vuela a nuestras casas lejanas, a nuestra, madres, que, sin duda, mientras preparan sus cenas solitarias, piensan en nosotros y acarician con su mano el lugar donde nos sentábamos antes de esta hora de Dios, en que la Voluntad santísima nos ha tomado para promover el amor a Él en espíritu y en verdad.

¡Nuestras madres! La mía, tan santa y pura, y que tanto os quiere y que ora por vosotros, amigos de su Jesús... La mía, cuya única paz en las tribulaciones de su maternidad de Madre del Cristo, es la de verme rodeado de vuestro afecto... No defraudéis, no hiráis este corazón de Madre, amigos. ¡No lo quebrantéis con una mala acción vuestra! Tu madre, Judas. Tu madre, que la última vez que hemos pasado por Keriot no terminaba de bendecirme y quería besarme los pies, porque es feliz de que su Judas esté en la luz de Dios, y me decía: "¡Oh! ¡Maestro! ¡Haz santo a mi Judas! ¿Qué quiere un corazón de madre, sino el bien de su hijo? ¿Y qué bien hay mayor que el Bien eterno?". ¡Exacto! ¡Qué bien será mayor, Judas, que aquel al que quiero llevaros y al cual se llega siguiendo mi camino? Santa mujer tu madre, Judas. Una verdadera hija de Israel. No quise que me besara los pies, porque sois mis amigos y porque en cada una de vuestras madres, en cada madre buena, veo a la mía, Judas. Y Yo quisiera que vosotros, en la vuestra, vierais a la mía con su *tremendo* destino de Corredentora; y no quisierais matarla, no, no quisierais matarla... porque os parecería matar a la vuestra.

Judas, no llores. ¿Por qué llorar? Si no tienes en el corazón nada que te remuerda hacia tu madre, que lo es también mía, ¿por qué te brota ese llanto? Ven aquí, pon la cabeza en mi hombro y manifiesta a tu Amigo tu angustia. ¿Has faltado? ¿Te sientes próximo a faltar? ¡Oh! ¡No estés solo! Vence a Satanás con la ayuda de quien te ama. Soy Jesús, Judas. Soy el Jesús que sana las enfermedades y expulsa a los demonios. Soy el Jesús que salva... y que te quiere mucho, que se aflige viéndote tan debilitado. Soy el Jesús que enseña que se debe perdonar setenta veces siete. Pero Yo, en mi caso, no setenta sino setecientas, siete mil veces siete os perdono... y *no hay pecado, Judas, no hay pecado, Judas, no hay pecado, Judas, que Yo no perdone, que Yo no perdone, que Yo no perdone, si,* arrepentido, el culpable me dice: “Jesús, he pecado". Menos aún, si tan sólo dice: "¡Jesús!". Aún menos, con sólo mirarme suplicante. Y los primeros pecados que perdono, ¿sabes, amigo, a quiénes se los perdono? A los más *culpables y a los* más *arrepentidos. Y* los primeros en absoluto que perdono, ¿sabes cuáles son?: los *pecados contra* mí.

¿Judas?... ¿No encuentras una palabra de respuesta para tu Maestro?... ¿Tan grave es tu angustia que te corta la palabra? ¿Temes que te denuncie? ¡No lo temas! Hace mucho que quiero hablarte así, teniéndote apoyado en mi Corazón, como dos hermanos nacidos en una cuna, de un único parto, casi una carne sola, dos que se han intercambiado recíprocamente el tibio pezón y han sentido el sabor de la saliva fraterna unida al dulzor de la leche materna. Ahora te tengo y no te dejo, hasta que no me digas que te he curado. No temas, Judas. Es una confesión lo que quiero. Pero tus compañeros, de tanto como resplandecerán después de este coloquio nuestros rostros, de paz recíproca y de recíproco amor, pensarán que es un coloquio de amor. Y haré que lo crean cada vez más, teniendo tu cabeza sobre mi pecho esta noche en la cena, untándote mi propio pan y ofreciéndotelo con predilección, y serás el primero al que dé la copa, después de haber dado las gracias a Dios. Serás el rey del convite, Judas. Y lo serás realmente. Esposa del Esposo serás, oh alma a la que amo, si te haces puro y libre, depositando tu fango en mi seno purificador ¿Todavía no hablas para explicarme tu llanto?

-Me has hablado tan dulcemente... de mi madre... de la casa... de tu amor... Un momento de debilidad... ¡Estoy tan cansado!... Y me parecía que Tú ya no me amaras así desde hacía tiempo...

-No. No es esto. En tus palabras no hay más que una verdad: que estás cansado. Pero no cansado del camino, del polvo, del sol, del barro, de la multitud. *Estás cansado de ti. Tu* alma está cansada de tu carne y de tu mente. Tan cansada que acabará apagándose por mortal cansancio. ¡Pobre alma a la que llamé a los resplandores eternos! ¡Pobre alma que sabe que te amo y te acusa de arrebatarla a mi amor! ¡Pobre alma que te acusa - inútilmente, como Yo, inútilmente, te acaricio con mi amor - de obrar engañosamente con tu Maestro! Pero no eres tú el que actúa. Es el que te odia y me odia. Por eso te decía: "No estés solo". Pues bien, escucha. Tú sabes que mis noches pasan en gran parte en oración. Si un día sientes en ti la valentía de ser hombre y la voluntad de ser mío, ven a mí mientras tus compañeros duermen. Las estrellas, las flores, los pájaros son testigos prudentes y buenos. Secretos. Compasivos. Se horrorizan por el delito cometido, ante sus ojos, pero no toman la palabra para decir a los hombres: "Éste es un Caín de su hermano". ¿Has comprendido, Judas?

-Sí, Maestro. Pero, créeme, lo único que me pasa es que estoy cansado y emocionado. Yo te amo con todo mi corazón y...

-Bien. Basta.

-¿Me das un beso, Maestro?

-Sí, Judas. Éste y otros te daré...

Jesús suspira profundamente, con pena. Pero besa a Judas en la mejilla. Y luego le toma la cabeza entre las palmas y teniéndolo bien apretado entre la prensa de sus manos, frente a sí, a la distancia de pocos decímetros, lo mira fijamente, lo escruta, lo perfora con su mirada magnética. Y el infame de Judas ni se inmuta. Aparentemente permanece impertérrito ante este examen. Sólo se pone un poco pálido y cierra un instante los ojos. Y Jesús lo besa en los párpados bajados, y luego en la boca y luego en el corazón, agachando la cabeza para buscar el corazón del discípulo... y dice:

-Para alejar las ofuscaciones, para hacerte sentir la dulzura de Jesús, para fortalecerte el corazón.

*(El beso en la boca como señal de amistad en el Israel del tiempo de Jesús era algo usual, acostumbrado; actualmente se practica en el pueblo ruso y otros países orientales; en España o Francia es costumbre, sin embargo, besarse en las mejillas los parientes)*

Y luego lo suelta y se encamina hacia la casa, seguido por Judas.

-¡Llegas a punto, Maestro! Todo está listo. Te esperábamos sólo a ti - dice Pedro.

-Ya. Bien. Estaba hablando con Judas de muchas cosas... ¿Verdad, Judas? Habrá que pensar también en aquel pobre anciano al que le mataron al hijo.

-¡Ah!

Judas coge al vuelo esta buena ocasión para terminar de recobrarse y para desviar las sospechas de los demás, si es que las hubiera.

-¡Ah! ¿Sabes, Maestro? Hoy nos ha parado un grupo de gentiles mezclados con judíos de las colonias romanas de Grecia. Querían saber muchas cosas. Hemos respondido como hemos podido. Pero está claro que no los hemos convencido. De todas formas, han sido buenos y nos han dado mucha moneda. Aquí está, Maestro. Vamos a poder hacer mucho bien.

Y Judas pone en la mesa una gruesa bolsa de blanda piel, la cual, golpeando contra aquélla, suena con sonido de plata. Es gruesa como una cabeza de niño.

-De acuerdo, Judas. Distribuirás el dinero con equidad. ¿Qué querían saber esos gentiles?

-Cosas sobre la vida futura... si el hombre tiene alma y si es inmortal. Mencionaban los nombres de maestros suyos. Pero nosotros... ¿qué podíamos decir?

-Debíais haberles dicho que vinieran.

-Se lo hemos dicho. Quizás vienen.

Sigue la comida. Jesús tiene cerca a Judas y le da el pan mojado en el jugo que hay en el plato de la carne asada.

Están comiendo pequeñas aceitunas negras cuando se oye llamar a la puerta. Pasado un momento, entra la mujer de la casa y dice:

-Maestro, te requieren.

-¿Quiénes son?

-Hombres extranjeros.

-¡Imposible! ¡El Maestro está cansado! ¡Lleva todo el día andando y hablando! ¡Y además, gentiles en casa! ¡Figúrate!». Los doce están revolucionados como una colmena disturbada.

-¡Chist! ¡Paz! No me es fatigoso escuchar a quien me busca. Es mi descanso.

-¡Podría ser una trampa! ¡A esta hora!...

-No. No lo es. Estad tranquilos y descansad vosotros. Yo ya he descansado mientras os esperaba. Voy. No os pido que vengáis conmigo, a pesar de que... a pesar de que os digo que precisamente a los gentiles tendréis que llevar vuestro judaísmo, que ya no será sino cristianismo. Esperadme aquí».

-¿Vas solo? ¡Ah! ¡Eso nunca! - dice Pedro, y se levanta.

-Quédate donde estás. Voy solo.

Sale. Se asoma a la puerta de la calle. En el crepúsculo son muchos hombres los que esperan.

-La paz sea con vosotros. ¡Me requeríais?

-¡Salve, Maestro!

Habla un anciano de grave aspecto, vestido con una túnica romana que sobresale bajo un pequeño manto de forma redondeada y provista de capucha, que cubre su cabeza.

-Hoy hemos hablado con tus discípulos. Pero no nos han sabido decir mucho. Quisiéramos hablar contigo.

-¿Sois los de la generosa limosna? Gracias por los pobres de Dios». Jesús se vuelve a la dueña de la casa y dice: «Mujer, salgo con éstos. Di a los míos que vengan a reunirse conmigo a la orilla, porque, si no veo mal, éstos son comerciantes de los emporios...

-Y navegantes, Maestro. Bien ves.

Salen todos juntos a la calle, iluminada por un hermoso claro de luna.

-¿Venís de lejos?

Jesús está en el centro del grupo. A su lado, el anciano que habló primero, un anciano de buena presencia y afilado perfil latino. A1 otro lado va otro también entrado en años, de rostro netamente hebreo; y luego, alrededor, dos o tres delgados y aceitunados, de ojos penetrantes y un poco irónicos, y otros más robustos de distintas edades. Unas diez personas.

-Somos de las colonias romanas de Grecia y Asia. Parte judíos, parte gentiles... No nos atrevíamos a venir por este motivo... Pero nos han asegurado que no desprecias a los gentiles... como hacen 1os otros... Los judíos observantes, quería decir, los de Israel, porque en otros lugares también los judíos son... menos intransigentes. Tanto que yo, romano, tengo por esposa a una judía de Licaonia, y éste, hebreo de Éfeso, tiene por esposa a una romana.

-No desprecio a nadie... Pero hay que comprender a quienes todavía no saben pensar que, *siendo Uno el Creador, todos los hombres son de una única sangre.*

-Sabemos que eres grande entre los filósofos. Y cuanto dices lo confirma. Grande y bueno.

-Bueno es quien hace el bien. No quien habla bien.

-Tú hablas bien y obras el bien. Por tanto eres bueno.

-¿Qué queríais saber por mí?

-Hoy - y perdona, Maestro, si te cansamos con nuestras curiosidades, pero son curiosidades buenas, porque buscan con amor la Verdad -, hoy queríamos saber por los tuyos la verdad acerca de una doctrina que fue ya señalada por filósofos antiguos de Grecia, y que Tú - eso nos dicen - vuelves a predicar más grande y hermosa. Eunica, mi mujer, habló con judíos que te escucharon y me repitió aquellas palabras. Es que Eunica, griega, es culta y conoce las palabras de los sabios de su patria. Encontró puntos comunes entre tus palabras y las de un gran filósofo griego. Y también a Éfeso llegaron esas palabras tuyas. Conque, habiendo venido a este puerto, quién por comercio, quién por rito, nos hemos encontrado de nuevo los amigos y hemos hablado. Los negocios no distraen de pensar también en otras cosas más elevadas. Llenados los almacenes, y las bodegas, tenemos tiempo de resolver esta duda. Tú dices que el alma es eterna. Sócrates dice que es inmortal. ¿Conoces las palabras del maestro griego?

-No. No he estudiado en las escuelas de Roma ni de Atenas. Pero, de todas formas, habla. Te entiendo igualmente. No ignoro el pensamiento del filósofo griego.

-Sócrates, contrariamente a lo que creemos nosotros los de Roma, y también a lo que creen vuestros saduceos, admite y sostiene que el hombre tiene un alma, y que ésta es inmortal. Dice que, siendo inmortal, la muerte no es más que una liberación para el alma y paso de ella de una cárcel a un lugar libre, donde se reúne con aquellos a quienes amó, y allí conoce a los sabios de cuyo ingenio oyó hablar, y a los grandes, a los héroes, a los poetas, y no encuentra ya ni injusticias ni dolor, sino felicidad eterna, en una morada de paz, abierta a las almas inmortales que vivieron con justicia. ¿Tú que opinas de esto, Maestro?

-En verdad te digo que el maestro griego, a pesar de estar en el error de una religión no verdadera, estaba en la verdad llamando inmortal al alma. Buscador de lo Verdadero y cultor de la Virtud, sen tía en el fondo de su espíritu susurrar la voz del Dios desconocido, del verdadero Dios, del Dios único: el altísimo Padre de quien Yo vengo para llevar a los hombres a la Verdad. El hombre tiene un alma. Una. Verdadera. Eterna. Señora. Merecedora de premio o castigo. Toda suya. Creada por Dios. Destinada, en el Pensamiento creador, a volver a Dios. Vosotros, gentiles, demasiado os dedicáis al culto de la carne. Admirable obra, en verdad, que lleva la señal del Pulgar eterno. Demasiado admiráis la mente, joya encerrada en el cofre de vuestra cabeza, desde donde emana sus sublimes rayos. Grande, supremo don de Dios Creador, que os ha hecho según su Pensamiento como formas, o sea, obra perfecta de órganos y miembros, y os ha dado su semejanza con el Pensamiento y con el Espíritu. Pero la perfección de la semejanza está en el espíritu. Porque Dios no tiene miembros ni calígine de carne, como tampoco tiene sentidos ni fómite de lujuria, sino que es Espíritu purísimo, eterno, perfecto, inmutable, incansable en el obrar, y se renueva continuamente en sus obras, adecuadas paternalmente al camino ascendente de su criatura. El espíritu, creado por una misma Fuente de potencia y bondad, para cada hombre, no conoce inicial variación de perfección, pero conoce muchas variaciones a partir de su infusión en la carne. Uno solo es el Espíritu increado y perfectísimo, y que siempre ha permanecido así; tres han sido los espíritus creados perfectos y...

-Uno eres Tú, Maestro.

-No Yo. En mi Carne Yo tengo el Espíritu divino, no creado sino generado por el Padre por exuberancia de amor. Y tengo alma, el alma que me ha creado el Padre, siendo Yo, ahora, el Hombre; alma perfecta como conviene al Hombre Dios. Hablo de otros espíritus.

*(No Yo. En una copia mecanografiada, MV añadió: Habla aquí como Dios-Verbo "por quien todas las cosas fueron hechas ", incluso su alma de Hombre. Si hablara como Hombre, diría que Dios, o sea, también Él, creó "el único espíritu perfectísimo" para unirlo a su Carne de Verbo encarnado en que todos las perfecciones convergen. Y habla con gentiles, por tanto, de forma adecuada a su ignorancia pagana)*

-¿Cuáles, pues?

-Los dos progenitores de quienes viene la raza, creados perfectos y posteriormente caídos, voluntariamente, en imperfección. El tercero, creado para delicia de Dios y del Universo, es demasiado superior a la posibilidad de pensamiento y de fe del mundo de ahora como para que os lo señale. Los espíritus, decía, creados por una misma Fuente con igual medida de perfección, sufren luego, por su mérito y voluntad, una dúplice metamorfosis.

-¿Entonces admites segundas vidas?

-*No hay más que una vida.* En ella el alma, que ha recibido la semejanza inicial con Dios, pasa, por la justicia fielmente practicada en todas las cosas, a una más perfecta semejanza, a una, diría, segunda creación de sí misma, por lo que pasa a una doble semejanza con su Creador, haciéndose capaz de pasar a poseer la santidad, que *es perfección de justicia y semejanza de hijo con el Padre.* Ésta se da en los bienaventurados, o sea, en aquellos que vuestro Sócrates dice que habitan en el Hades, mientras que Yo os digo que, cuando la Sabiduría haya dicho sus palabras y las haya firmado con la sangre, éstos serán llamados los bienaventurados del Paraíso, del Reino, es decir, de Dios.

-¿Y dónde están ahora éstos?

-Esperando.

-¿A qué?

-A1 Sacrificio. A1 Perdón. A la Liberación.

-Se dice que será el Mesías el Redentor, y que ése eres Tú... ¿Es verdad?

-Es verdad. Soy Yo, el que os habla.

-¿Entonces deberás morir? ¿Por qué, Maestro? E1 mundo tiene mucha necesidad de Luz, ¿y Tú quieres dejarlo?

-¿Tú, griego, me preguntas esto? ¿Tú, en quien las palabras de Sócrates tienen trono?

-Maestro, Sócrates era un justo. Tú eres santo. Mira cuánta necesidad de santidad tiene la Tierra.

Aumentará potenciada diez mil veces por cada dolor, cada herida, cada gota de mi Sangre.

-¡Por Júpiter! Jamás hubo un estoico mayor que Tú, que no te limitas a predicar el desprecio de la vida, sino que te apresuras a desecharla.

-No desprecio la vida. La amo como la cosa más útil para comprar la salvación del mundo.

-¡Pero eres joven, Maestro, para morir!

-Tu filósofo dice que los dioses aman lo santo, y tú me has llamado santo. Si soy santo, debo tener sed de volver a la Santidad de la cual he venido. Nunca tan joven, pues, como para no tener esta sed. Dice también Sócrates que quien es santo anhela hacer cosas gratas a los dioses. ¿Qué cosa más grata que restituir al abrazo del Padre a los hijos que la culpa ha alejado y dar al hombre la paz con Dios, fuente de todo bien?

-Dices que no conoces las palabras socráticas. ¿Cómo es que sabes entonces estas que dices?

-Yo sé todo. El pensamiento de los hombres - cuanto es pensamiento bueno - no es sino el reflejo de un pensamiento mío. Cuanto no es bueno no es mío; de todas formas, lo he leído en las épocas históricas y he sabido, sé y sabré, cuando fue, es y será dicho. Yo sé.

-Señor, ven a Roma, faro del mundo. Aquí estás rodeado de odio, allí te rodeará la veneración.

-A1 hombre. No al Maestro de lo sobrenatural. Yo he venido para lo sobrenatural, que debo ofrecer a los hijos del pueblo de Dios, a pesar de que sean los más duros con el Verbo.

-¿Roma y Atenas no te tendrán, entonces?

-Me tendrán. No temáis. Me tendrán. Los que quieran tenerme me tendrán.

-Pero si te matan...

-El espíritu es inmortal. El de cada uno de los hombres. ¿No lo va a ser el mío, Espíritu del Hijo de Dios? Iré con mi Espíritu operante... Iré... Veo las muchedumbres infinitas y las casas elevadas en honor de mi Nombre... Están en todos los lugares... Hablaré en las catedrales y en los corazones... No conocerá pausa mi evangelización... El Evangelio recorrerá la Tierra... los buenos, todos a mí... y... paso a la cabeza de mi ejército de santos, y lo llevo al Cielo. Venid a la Verdad...

-¡Oh! ¡Señor! Tenemos el alma envuelta en fórmulas y en errores ¿Cómo lograremos abrir sus puertas?

-Yo abriré las puertas del Infierno, abriré las puertas de vuestro Hades y de mi Limbo. ¿No voy a poder abrir las vuestras? Decid "Quiero" y, como cierre hecho con alas de mariposa, caerán pulverizadas al paso de mi Rayo.

-¿Quién vendrá en tu Nombre?

-¿Veis a aquel hombre que viene hacia aquí junto con otro poco más que adolescente? Ellos irán a Roma y al mundo. Y con ellos muchos otros. Tan diligentes, como ahora, por el amor a mí que los impulsa y que no los deja hallar descanso sino a mi lado, irán, por el amor de los redimidos por mi Sacrificio, a buscaros, a reuniros, a conduciros a la Luz. ¡Pedro! ¡Juan! Venid. He terminado, creo. Ahora estoy con vosotros. ¿Tenéis algo más que decirme?

-Sí, Maestro. Que nos vamos y llevamos con nosotros tus palabras.

-Germinen en vosotros con raíces eternas. Id. La paz sea con vosotros.

-Salve a ti, Maestro. Y la visión termina...

Pero dice todavía Jesús:

-¿Estás agotada? El dictado ha sido cansado. Más dictado que visión. Pero es un tema deseado por algunos. ¿Quién? Lo sabrás en mí Día. Ahora ve en paz tú también.

Por mi parte añado que el coloquio entre Jesús y los gentiles tenía lugar en una calle de ciudad marítima paralela a la orilla. Bien visibles con el claro de luna eran las serenas olas, que iban a morir con resaca en los escollos del rompeolas de un vasto puerto lleno de naves. No he podido decirlo antes, porque el grupo ha hablado sin parar y, si describía el lugar, perdía el hilo de las palabras. Hablan caminando por un tramo de la calle cercano al puerto. La calle está solitaria porque no hay viandantes, y todos los marineros han regresado a sus naves, cuyos faroles rojos se ven resplandecer como estrellas de rubí en la noche. Esta ciudad (Joppe) es bonita e importante.

## En los campos de Nicodemo. La parábola de los dos hijos.

Jesús llega durante una fresca aurora. Es hermosa esta fértil campiña del buen Nicodemo bajo las primeras luces del sol. Hermosa a pesar de que muchas parcelas ya hayan sido segadas y muestren el aspecto cansado de los campos tras la muerte de las mieses, que, en parvas de oro, o todavía extendidas en el suelo como cadáveres, esperan a que las lleven a las eras. Y con ellas mueren los lises estrellados y zafíreos, las violáceas becerras, las menudas corolas de las escabiosas, el lábil cáliz de las campanillas, los rientes nimbos radiados de las camomilas y margaritas, las violentas amapolas y las cien otras flores que, en forma de estrellas o de panojas, de ramos o de nimbos radiados, reían antes donde ahora hay... amarillez de rastrojos. Pero, para consuelo del dolor de la tierra despojada de sus mieses, están las frondas de los árboles frutales, cada vez más alegres por los frutos que ya crecen y se pincelan con distintas tonalidades, y que, en esta hora, tienen el brillo de un polvo diamantino por las gotitas de rocío todavía no evaporadas por el sol.

Los campesinos están ya trabajando, contentos de acercarse ya al final del fatigoso trabajo de la siega; y cantan mientras siegan, y ríen alegres, desafiándose a quién es más rápido y experto en manejar la hoz o apretar las gavillas... Filas y filas de bien nutridos campesinos, contentos de trabajar para su buen señor. Y, en las lindes de los campos, o detrás de los atadores, niños, viudas, ancianos, que esperan para espigar, y esperan sin ansia porque saben que habrá para todos, como siempre, «por orden de Nicodemo», como explica una viuda a Jesús, que le ha preguntado.

-Vigila – dice - para que, a sabiendas, se dejen muchas espigas fuera de las gavillas, para nosotros. Y, no satisfecho todavía de tanta caridad, después de coger el justo fruto en proporción a lo sembrado, distribuye el resto entre nosotros. ¡Y no es que espere a hacerlo en el **año sabático**! *(El año sabático era el último año de una serie de siete, y en él debía cesar, por ejemplo, un estado de esclavitud o el pago de una deuda. Respecto a la tierra, cesaba el trabajo del hombre, y los productos crecidos espontáneamente estaban reservados para los pobres y para los animales, como se prescribe en Éxodo 23, 10-11 y en Levítico 25, 3 – 7. La institución del año sabático está en relación con la del sábado, es decir, del reposo del séptimo día, recordado con frecuencia en la Obra valtortiana, y prescrito en Éxodo 20, 8-11; 23, 12; 31, 12-17, Levítico 23, 3; 25, 1-2)* Esto de favorecer al pobre con sus cereales lo hace siempre, y lo mismo hace con las aceitunas y la vid. Por eso Dios lo bendice con cosechas milagrosas. Las bendiciones de los pobres son como rocío para las semillas y las flores, y hacen que cada semilla dé varias espigas y que no caiga una flor sin cuajar en fruto. Y este año nos ha dicho que todo es nuestro, porque es un año de gracia. No sé a qué gracia se refiere. A no ser que sea porque decimos nosotros los pobrecillos y dicen sus felices dependientes que es discípulo en secreto del que dice ser el Cristo, que predica el amor a los pobres para mostrar amor a Dios... Quizás lo conoces, si eres amigo de Nicodemo... Porque los amigos normalmente tienen los mismos afectos... José de Arimatea, por ejemplo, es muy amigo de Nicodemo, y también de él se dice que es amigo del Rabí... ¿Oh, qué he dicho? ¡Que Dios me perdone! ¡He perjudicado a dos hombres buenos de la llanura!...

La mujer está consternada.

Jesús sonríe y pregunta:

-¿Por qué, mujer?

-Porque... Dime: ¿eres verdadero amigo de Nicodemo y de José, o eres uno del Sanedrín, uno de los falsos amigos que harían daño a dos hombres buenos si tuvieran la certeza de que son amigos del Galileo?

-Tranquilízate. Soy verdadero amigo de estos dos hombres buenos. Pero tú sabes muchas cosas, mujer. ¿Cómo las sabes?

-¡Todos las sabemos! Arriba con odio, abajo con amor. Porque, aunque no conozcamos al Cristo, lo amamos; nosotros, el desecho de todos, amados sólo por Él, que enseña a amarnos. Y tememos por Él... ¡Son tan pérfidos los judíos, los fariseos, los escribas y los sacerdotes!... ¡Oh, te estoy escandalizando!... Perdona. Es lengua de mujer y no sabe callar... Pero es porque todo el dolor nos viene de ellos, de los poderosos que nos aplastan sin piedad y nos obligan a ayunos no prescritos por la Ley, sino impuestos por la necesidad de encontrar denarios para pagar todos los diezmos que ellos, los ricos, han cargado sobre los pobres... Y es porque toda la esperanza está en el reino de este Rabí que, si es tan bueno ahora que lo persiguen, ¿cómo será cuando pueda ser rey!

-Su Reino no es de este mundo, mujer. No tendrá ni palacios ni soldados. No impondrá leyes humanas. No distribuirá denarios, pero enseñará a los mejores a hacerlo. Y los pobres encontrarán no dos o diez o cien amigos entre los ricos, sino que todos los que creen en el Maestro unirán sus bienes para ayudar a los hermanos sin bienes. Porque de ahora en adelante no se llamará "prójimo" al propio semejante, sino *"hermano"*, en nombre del Señor.

-¡Oh!...

La mujer está admirada, soñando ya esta era del amor. Acaricia a sus niños, sonríe, luego levanta la cabeza y dice:

-¿Entonces me aseguras que no he perjudicado a Nicodemo... hablando contigo? Me ha venido espontáneo... ¡Son tan dulces tus ojos!... ¡Es tan sereno tu aspecto!... No sé... Me siento segura como si estuviera al lado de un ángel de Dios... Por eso he hablado...

-No has perjudicado. Puedes estar segura. Es más, has dicho de mi amigo una gran alabanza, por la que Yo lo alabaré y lo apreciaré más todavía... ¿Eres de estos lugares?

-¡No, no, Señor! Soy de entre Lida, y Bet-Dagón. ¡Pero, cuando hay posibilidad de alivio, uno corre, Señor, aunque sea largo el camino! Más largos son los meses de invierno y hambre...

-Y más larga que la vida es la eternidad. Habría que tener para el alma la diligencia que se tiene para la carne, y correr a donde hay palabras de vida...

-Yo lo hago con los discípulos del Rabí Jesús, el bueno, el único bueno de entre los demasiados rabíes que tenemos.

-Haces bien, mujer - dice Jesús sonriendo y haciendo una señal a Andrés y a Santiago de Zebedeo - que están con Él, mientras que los otros han ido hacia la casa de Nicodemo - de que dejen de hacer un verdadero jeribeque para dar a entender a la mujer que el Rabí Jesús es el que le está hablando.

-Claro que hago bien. No quiero tener el pecado de no haberlo amado y no haber creído en Él... Dicen que es el Cristo... Yo no lo conozco. Pero quiero creer. Porque pienso que buena les va a caer a los que no quieren aceptarlo como tal.

-¿Y si sus discípulos estuvieran en un error? - pone a prueba Jesús.

-No puede ser, Señor. Son demasiado buenos, humildes y pobres como para pensar que sigan a uno no santo. Y además... He hablado con gente curada por Él. ¡No cometas el pecado de no creer, Señor! Te condenarías el alma... En fin..., yo creo que, aun en el caso de que todos estuviéramos en error y Él no fuera el Rey prometido, seguro que es santo y amigo de Dios, si dice esas palabras y cura almas y cuerpos... Y estimar a los buenos siempre beneficia.

-Bien has hablado. Persevera en tu fe... Ahí está Nicodemo...

-Sí. Con algunos discípulos del Rabí. Es que están evangelizando por los campos a los segadores. También ayer comimos su pan.

Nicodemo, entretanto, sin haber visto al Maestro, se acerca, vestido con una sucinta túnica, y ordena a los campesinos que no recojan ni siquiera una espiga de las que han segado.

-Tenemos pan para nosotros... Vamos a dar el don de Dios a quien carece de él. Y démoselo sin temor. El hielo tardío podía habernos destruido los cereales, y no se ha perdido ni una sola semilla. Devolvamos a Dios su pan dándoselo a sus hijos infelices. Y os aseguro que la cosecha del año que viene será aún más fructífera, el mil por ciento, porque Él lo ha dicho: “A quien dé le será dada una medida rebosante".

Los campesinos, deferentes y contentos, escuchan al amo con gesto de asentimiento. Y Nicodemo, de una parcela a otra, de una fila a otra, va repitiendo su orden buena.

Jesús, semioculto por una cortina de cañas que hay en una zanja divisoria, aprueba y sonríe. Y aumenta su sonrisa a medida que Nicodemo se va acercando y va siendo inminente el encuentro y la sorpresa.

Ya está saltando la pequeña zanja para pasar a las otras parcelas... ya se queda petrificado frente a Jesús, que tiende a él los brazos. En fin, le vuelve la palabra:

-Maestro santo, ¿cómo Tú, bendito, a mí?

-Para conocerte, si hubiera necesidad, por las palabras de los testigos más verdaderos: las personas a las que favoreces…

Nicodemo está de rodillas, profundamente prosternado hasta tocar el suelo; también están de rodillas los discípulos, capitaneados por Esteban y José de la Emaús montana. Los campesinos intuyen, Intuyen los pobres, y todos están de rodillas con devotísimo estupor. -Alzaos. Hasta hace poco era el Viandante que inspira confianza... Seguidme viendo todavía así. Y amadme sin miedos. Nicodemo, he mandado a tu casa a los diez que faltan...

-He pasado la noche fuera, para cuidar de que se cumpliera una orden...

-Sí. Una orden por la que Dios te bendice. ¿Qué voz te ha dicho que éste es un año de gracia, y no el año que viene, por ejemplo?

...No lo sé... Y sí que lo sé... No soy profeta, pero tampoco estúpido. A mi inteligencia se ha unido una luz del Cielo. Maestro mío... quería que los pobres gozaran de los dones de Dios mientras Dios está todavía en medio de los pobres... Y no me atrevía a esperar tenerte aquí, a dar sabor delicado y potencia santificadora a estos cereales, y a mis aceitunas, y a las viñas y pomares, que serán para los pobres hijos de Dios, mis hermanos... Pero ahora que estás aquí, alza tu bendita mano y bendice, para que, junto con el alimento para la carne, descienda a los que lo coman la santidad que de ti emana.

-Sí, Nicodemo. Justo deseo que el Cielo aprueba.

Y Jesús abre los brazos para bendecir.

-¡Espera! Que voy a llamar a los campesinos - y con un silbato silba tres veces; un silbido agudo que se expande por el aire quieto y provoca una carrera de segadores, espigadores, curiosos, de todas las partes. Una pequeña muchedumbre...

Jesús abre los brazos y dice:

-Por la fuerza del Señor, por el deseo de su siervo, la gracia de la salud del espíritu y de la carne descienda a cada uno de los granos, a cada uva, aceituna o fruto, y favorezca y santifique a los que lo coman con espíritu bueno, libre de concupiscencias y de odios y deseoso de servir al Señor con la obediencia a su divina y perfecta Voluntad.

-Así sea - responden Nicodemo, Andrés, Santiago, Esteban y los otros discípulos... -Así sea - repite la pequeña muchedumbre, y se levantan, porque se habían arrodillado para ser bendecidos.

¯Suspende las labores, amigo. Quiero hablarles.

-Don sobre don. ¡Gracias por ellos, Maestro!

Van a la sombra de un espeso pomar y esperan a que se unan a ellos los diez que han sido enviados a la casa. Estos llegan jadeantes, y desilusionados de no haber encontrado a Nicodemo.

Luego Jesús habla:

-La paz sea con vosotros. Os voy a proponer, a todos vosotros que estáis alrededor de mí, una parábola. Y que cada uno coja la enseñanza y la parte que más sintonice con él. Oíd.

Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y dijo: "Hijo mío, ven a trabajar hoy en la viña de tu padre". ¡Gran signo de honor este del padre! Consideraba al hijo capaz de trabajar en donde, hasta ese momento, el padre había trabajado. Señal de que veía en su hijo buena voluntad, constancia, aptitud, experiencia y amor hacia su padre Pero el hijo, un poco distraído por cosas del mundo, temiendo aparecer externamente como un siervo - Satanás usa estos espejismos para alejar del Bien -, temiendo burlas y quizás incluso represalias de enemigos de su padre, que contra éste no se atrevían a levantar la mano pero

que tendrían menos consideraciones con su hijo, respondió: "No voy. No tengo ganas". El padre fue entonces al otro hijo y le dijo lo mismo que había dicho al primero; y el segundo hijo respondió enseguida: "Sí, padre. Voy inmediatamente".

¿Pero qué sucedió? Pues que el primer hijo, siendo de ánimo recto, después de un primer momento de debilidad en la tentación y de rebelión, arrepentido de haber disgustado a su padre, fue a la viña sin decir nada y estuvo trabajando todo el día aprovechando hasta la anochecida; luego volvió satisfecho a su casa, con la paz en el corazón por el deber cumplido. El segundo, por el contrario, mentiroso y débil, salió de casa, sí, pero luego se entretuvo a vagabundear por el pueblo haciendo inútiles visitas a amigos influyentes, de los cuales esperaba obtener alguna ventaja. Y decía en su corazón: "Mi padre es viejo y no sale de casa. Le diré que le he obedecido y se lo creerá...". Pero, llegado el anochecer también para él y habiendo regresado a casa, su aspecto cansado de ocioso, los indumentos sin arrugas y el saludo inseguro a su padre, que lo observaba y lo comparaba con el primero - que había vuelto cansado, sucio, despeinado, pero jovial y con una mirada humilde y sincera, buena, que, sin querer jactarse del deber cumplido, quería decir al padre: "Te amo. Te amo de verdad. Tanto que, para complacerte, he vencido la tentación" - hablaron claramente al intelecto del padre, el cual, abrazando al hijo cansado, dijo: "¡Bendito tú, porque has comprendido el amor!". Efectivamente, ¿qué os parece? ¿Cuál de los dos había amado? Sin duda decís: "El que había hecho la voluntad del padre suyo". ¿Y quién la había hecho? ¿El primero o el segundo hijo?

-El primero - responde la gente con unanimidad.

-El primero. Sí. También en Israel, y vosotros os quejáis de ello, no son los que dicen: “¡Señor! ¡Señor!", dándose golpes de pecho sin tener en su corazón el verdadero arrepentimiento de sus pecados - tanto es así, que cada vez se hacen más duros de corazón -, no son los que ostentan devotos ritos para que los llamen santos, y luego, privadamente, se comportan sin caridad ni justicia, no son éstos, que se rebelan en verdad contra la voluntad de Dios que me envía y la impugnan como si fuera voluntad de Satanás - y esto no será perdonado -, no son éstos los que son santos a los ojos de Dios; sino que lo son los que, reconociendo que Dios todo lo que hace lo hace bien, acogen al Enviado de Dios y escuchan su palabra para saber hacer mejor, cada vez mejor, lo que el Padre quiere; son éstos los que son santos y amados para el Altísimo.

En verdad os digo: los ignorantes, los pobres, los publicanos, las meretrices precederán a muchos que son llamados "maestros", "poderosos", "santos", y entrarán en el Reino de Dios.

Y será justo. Porque vino Juan a Israel para guiarlo por los caminos de la Justicia, y demasiado Israel no lo creyó, el Israel que a sí mismo se llama "docto y santo", mientras que los publicanos y las meretrices lo creyeron. Y he venido Yo, y los doctos y santos no me creen, y, sin embargo, creen en mí los pobres, los ignorantes, los pecadores. Y he hecho milagros, y ni siquiera se ha creído en ellos, y tampoco viene arrepentimiento de no creer en mí; al contrario, se desata el odio contra mí y contra los que me aman.

Pues bien, digo: "Benditos los que saben creer en mí y hacer esta voluntad del Señor en que hay salud eterna". Aumentad vuestra fe y sed constantes. Poseeréis el Cielo, porque habréis sabido amar la Verdad.

Podéis marcharos. Dios esté siempre con vosotros.

Los bendice y se despide de ellos. Luego, al lado de Nicodemo, se dirige hacia la casa del discípulo para estar en ella mientras el sol abrasa...

## 408

## Multiplicación del trigo en los campos de José de Arimatea.

También aquí trabajan fervientemente los segadores. Es más - está mejor dicho - ha sido ferviente el trabajo de las segadores. Ya son inútiles las hoces, porque no hay en pie una sola espiga en estos campos aún más cercanos a la orilla mediterránea que los de Nicodemo. Pero Jesús no ha ido a Arimatea, sino a los terrenos que José posee en el llano, hacia el mar, y que antes de la siega, por su gran extensión, debían ser otro pequeño mar de espigas.

Una casa baja, ancha, blanca, está ahí, en el centro de los campos desnudos. Una casa de campo, pero bien cuidada. Sus cuatro eras se están llenando de gran cantidad de gavillas, puestas en haces (como disponen los soldados el bagaje durante los altos en el campo). Muchos carros traen ese tesoro de los campos a las eras, y muchos hombres descargan y amontonan. José va de una era a otra y vigila que todo se haga, y se haga bien.

Un campesino, desde lo alto del montón hacinado en un carro, anuncia:

-Hemos terminado, patrón. Todo el trigo está en tus eras. Este es el último carro de tu último terreno.

-Bien. Descarga y luego suelta a los bueyes y llévalos a los pilones y a los establos. Han trabajado bien y merecen descanso. Y también todos vosotros habéis trabajado bien y merecéis descanso. Pero la última fatiga será leve, porque para los corazones buenos es alivio la alegría de los demás. Ahora vamos a traer a los hijos de Dios y vamos a darles el don del Padre. Abraham, ve a llamarlos - dice luego volviéndose hacia un patriarcal campesino, que quizás es el primero de los campesinos al servicio de esta propiedad de José. Pienso esto porque veo que el respeto de los otros dependientes es muy visible hacia este anciano, que no trabaja pero ayuda al patrón vigilando y aconsejando.

Y el anciano va... Lo veo dirigirse hacia una vasta y muy baja construcción, más parecida a un cobertizo que a una casa, provista de dos puertas gigantescas que tocan el canalón. Creo que será una especie de almacén donde estén guardados los carros y los otros aperos de labranza. Entra allí dentro y luego sale seguido por un heterogéneo y mísero grupo humano de todas las edades... y de todas las miserias... Hay seres macilentos, aunque sin desgracias físicas, y hay tullidos, ciegos, mancos, enfermos de los ojos... Muchas viudas rodeadas de sus muchos huerfanitos, o también las mujeres de algún enfermo, tristes, apocadas, enflaquecidas por las noches en vela y los sacrificios para cuidar al enfermo.

Vienen con ese aspecto particular de los pobres cuando van a un lugar donde recibirán una gracia: timidez en las miradas, esquivez propia del pobre honrado, no sin una sonrisa que aflora encima de la tristeza imprimida por días de dolor en los rostros demacrados, no sin una chispa mínima de triunfo, casi como una respuesta al destino, que se ha cebado sobre ellos en días tristes, continuos, una respuesta al destino:

-¡Hoy es fiesta, para nosotros también hay un día de fiesta, hoy es fiesta, es alegría, es consuelo para nosotros!

Los pequeños ponen ojos como platos al ver los montones de gavillas, más altos que la casa, y dicen a sus mamás mientras las señalan:

-¿Para nosotros? ¡Qué bonitas!

Los ancianos susurran:

-¡El Bendito bendiga al compasivo!

Los mendigos, tullidos, o ciegos, o mancos, o enfermos de los ojos:

-¡Por fin tendremos pan también nosotros, sin tener que alargar siempre la mano!

Y los enfermos a sus familiares:

-Al menos podremos medicarnos sabiendo que vosotros no sufrís por nosotros. Nos harán bien ahora las medicinas.

Y los familiares a los enfermos:

-¿Veis? Ahora ya no diréis que ayunamos para dejaros a vosotros el pedazo de pan. ¡Alegraos, pues, ahora!...

Y las viudas a los huerfanitos:

-Hijitos míos, habrá que bendecir mucho al Padre de los Cielos que os hace de padre, y al buen José, que es su administrador. Ahora no os oiremos llorar por hambre, hijos nuestros que tenéis sólo a vuestras madres para ayudaros... a vuestras pobres mamás, que de rico tienen sólo el corazón...

Un coro y un espectáculo que alegran, pero también hacen venir lágrimas a los ojos...

Y José, teniendo ya delante a estos infelices, se pone a recorrer las filas, a llamar a uno por uno, preguntando cuántos son en su familia, desde cuánto tiempo están viudas, o desde cuándo están en enfermos, etc... y toma nota. Y para cada caso ordena a los campesinos que están a su servicio:

-Da diez. Da treinta.

-Da sesenta - dice después de escuchar a un anciano semiciego que se le ha acercado con diecisiete nietecitos, todos por debajo de los doce años, hijos de dos hijos suyos, muertos uno en la siega del año anterior, la otra de parto...

-…Y - dice el anciano - el marido ha encontrado consuelo y se ha casado otra vez, pasado un año. Me ha remitido los cinco hijos diciendo que se preocuparía de ellos. Sin embargo, ¡jamás un sólo denario!... Ahora se me ha muerto también mi mujer estoy solo... con éstos...

-Da sesenta al anciano padre. Tú, padre, espera, que después te voy a dar vestidos para los pequeños.

El campesino observa que, si se va a sesenta gavillas por cada vez, no va a llegar el trigo para todos...

-¿Dónde está tu fe? Si acumulo y distribuyo las gavillas, ¿lo hago por mí? No. Es para los más amados hijos del Señor. El Señor mismo proveerá a que baste para todos - responde José al campesino.

-Sí, patrón. Pero el número es número...

-Y la fe es fe. Y yo, para mostrarte que la fe puede todo, ordeno que se doble la medida que ha sido dada a los primeros. Quien ha recibido diez que reciba otras diez, quien veinte otras veinte, y al anciano dadle ciento veinte. ¡Hacedlo! ¡Hacedlo!

Los campesinos se encogen de hombros y cumplen la orden. Y continúa la distribución, en medio del gozoso asombro de los beneficiados, que ven que les dan una medida que supera todas sus más descabelladas esperanzas. José sonríe por ello, y acaricia a los pequeñuelos, que ponen todo su ahínco en ayudar a sus mamás; o ayuda a los tullidos, que hacen su pequeño montón; ayuda a los ancianos demasiado caducos como para hacerlo; o a las mujeres demasiado macilentas; y ordena apartar a dos enfermos para darles otras ayudas, como ha hecho con el anciano de los diecisiete nietos. Los montones, más altos que la casa, ahora son muy bajos, casi al nivel del suelo. Pero todos han recibido su parte, y en medida abundante. José pregunta:

-¿Cuántas gavillas quedan todavía?

-Ciento doce, patrón - dicen los campesinos tras contar lo que queda.

-Bien. Tomaréis...

José recorre la lista de los nombres que ha apuntado, y dice:

-Tomaréis cincuenta. Las guardaréis para simiente, porque es semilla santa. Que se dé el resto, una a cada uno, a cada cabeza de familia aquí presente. Son exactamente sesenta y dos cabezas de familia.

Los campesinos obedecen. Meten bajo un pórtico las cincuenta gavillas y distribuyen el resto. Ahora las eras ya no tienen los voluminosos montones de oro. Pero, en el suelo, hay sesenta y dos pequeños montones de distinto volumen. Y sus propietarios, solícitos, los atan y los cargan en rudimentarias carretillas, o en precarios jumentos a los que han ido a desatar de un vallado que está detrás de la casa.

E1 anciano Abraham, que ha hablado aparte con los principales campesinos al servicio de José, se acerca con éstos al patrón, y éste les pregunta:

-¿Entonces? ¿Habéis visto? ¡Ha habido para todos! ¡Y ha sobrado!

-¡Pero patrón, aquí hay un misterio! Nuestros campos no pueden haber dado el número de gavillas que has distribuido. Yo he nacido aquí y tengo setenta y ocho años. Siego desde hace sesenta y seis. Y sé. Mi hijo tenía razón. ¡Sin un misterio, no habríamos podido dar tanto!...

-Pero que lo hemos dado es una realidad, Abraham. Tú estabas a mi lado. Los campesinos han entregado las gavillas. No hay ningún sortilegio. No es irrealidad. Las gavillas se pueden contar todavía. Están todavía allí, aunque sea divididas en muchas partes.

-Sí, patrón. Pero... No es posible que los campos hayan dado tantas gavillas.

-¿Y la fe, hijos míos? ¿Y la fe? ¿Dónde metéis la fe? ¿Podía desacreditar el Señor a su siervo, que prometía en su Nombre y con santo fin?

-¿Entonces tú has hecho un milagro? - dicen los campesinos, ya dispuestos a los gritos de hosanna.

-No soy hombre de milagros. Soy un pobre hombre. Lo ha hecho el Señor. Ha leído en mi corazón y ha visto en él dos deseos: el primero, llevaros a la misma fe; el segundo, dar mucho, mucho, mucho a estos hermanos míos infelices. Dios ha asentido a mis deseos... y ha actuado. ¡Bendito sea! - dice José inclinándose reverentemente como si estuviera delante de un altar.

-Y su siervo con Él - dice Jesús, que hasta ese momento ha estado oculto detrás de la esquina de una pequeña casa - no sé si horno o almazara - rodeada por un seto, y que ahora aparece abiertamente en la era donde está José.

-¡Maestro mío y Señor mío!! - exclama José, cayendo de rodillas para venerar a Jesús.

-La paz a ti. He venido para bendecirte en nombre del Padre. Para premiar tu caridad y tu fe. Soy huésped tuyo esta noche. ¿Me aceptas?

-¡Oh, Maestro! ¿Y lo preguntas? La única cosa... La única cosa es que aquí no voy a poder darte honor... Estoy con mis domésticos-campesinos... en mi casa del campo... No tengo vajilla fina ni maestros de mesa ni criados capacitados... No tengo ni manjares ni vinos selectos... No tengo amigos... Será una hospitalidad muy pobre... Pero bueno, serás comprensivo... ¿Por qué, Señor, no me has avisado? Habría dispuesto lo necesario... Pero anteayer Hermas, con los suyos, estuvo aquí... Es más, he aprovechado sus servicios para avisar a éstos, a quienes quería dar, devolver, lo que es de Dios... ¡Pero Hermas no me dijo nada! ¡Si lo hubiera sabido!... Permíteme, Maestro, que dé indicaciones, que trate de remediar... ¿Por qué sonríes así? - pregunta, en fin, José, que está todo agitado por la improvisa alegría y por la situación que juzga... desastrosa.

-Sonrío por tus inútiles penas. José, ¿qué buscas? ¿Lo que tienes?

-¿Qué tengo? No tengo nada.

-¡Cuán hombre eres todavía! ¿Por qué no eres ya el José espiritual de hace un rato, cuando hablabas como persona sabia y prometías, seguro, por la fe y para dar la fe?

-¡Oh! ¿Has estado oyendo?

-He oído y he visto, José. Aquel seto de laureles es muy útil para ver que lo que he sembrado no ha muerto en ti. Y por esto te dije que te creas inútiles penas. ¿Que no tienes ni maestros de mesa ni servidores capacitados? Pero si donde se ejercita la caridad esta Dios, y donde está Dios están sus ángeles. ¿Y qué maestros de casa quieres tener más capacitados que ellos? ¿Que no tienes ni manjares ni vinos selectos? ¿Y qué manjar quieres ofrecerme, y qué bebida, más selectos que el amor que has tenido hacia éstos y tienes hacia mí? ¿Que no tienes amigos para darme honor? ¿Y éstos? ¿A qué amigos ama el Maestro de nombre Jesús más que a los pobres y a los infelices? ¡Ánimo, hombre, José! Ni siquiera convirtiéndose Herodes y abriéndome sus salas para recibirme y darme honor, en un palacio purificado, y teniendo con él los jefes de todas las castas para darme honor, Yo tendría una corte más selecta que ésta. Y quiero dirigirles unas palabras y ofrecerles un don. ¿Permites?

-¡Pero Maestro, si todo lo que Tú quieres lo quiero yo! Ordena.

-Diles que se reúnan. Que se reúnan también los campesinos. Para nosotros siempre habrá un pan... Mejor es que ahora escuchen mi palabra en vez de correr para acá o allá, afanándose en pobres cuidados.

La gente se apiña con diligencia, asombrada...

Jesús habla:

-Aquí habéis visto que la fe puede multiplicar el trigo cuando este deseo viene de un deseo de amor. Pero no limitéis vuestra fe a las necesidades materiales. Dios creó el primer grano de trigo y desde entonces el trigo produce espigas para el pan de los hombres. Pero Dios creó también el Paraíso, que espera a sus ciudadanos. Ha sido creado para los que viven en la Ley y permanecen fieles a pesar de las pruebas dolorosas de la vida. Tened fe y lograréis conservaros santos con la ayuda del Señor, de la misma forma que José ha logrado asignar el doble de trigo para haceros felices doblemente y confirmar en la fe a sus campesinos. En verdad, en verdad os digo que si el hombre tuviera fe en el Señor, y esa fe fuera por un justo motivo, ni siquiera las montañas, hincadas en el suelo con sus entrañas rocosas, podrían resistir, y ante la orden de quien tiene fe en el Señor cambiarían de sitio. ¿Tenéis vosotros fe en Dios? - pregunta dirigiéndose a todos.

-¡Sí, Señor!

-¿Quién es Dios para vosotros?

-El Padre santísimo, como enseñan los discípulos del Cristo.

-¿Y el Cristo quién es para vosotros?

-El Salvador. El Maestro. ¡El Santo!

-¿Sólo esto?

-El Hijo de Dios. Pero no se debe decir, porque los fariseos nos persiguen si lo decimos.

-¿Pero vosotros creéis que lo es?

-Sí, Señor.

-Pues bien, creced en vuestra fe. Aunque calléis vosotros, las piedras, las plantas, las estrellas, el suelo, todas las cosas, proclamarán que el Cristo es el verdadero Redentor y Rey Lo proclamarán en la hora de su elevación, cuando lo envuelva la púrpura santísima y tenga la corona de Redención. Bienaventurados los que sepan creer esto ya desde ahora, y que más aún lo crean entonces, y tengan fe en Cristo y, por tanto, vida eterna. ¿Tenéis vosotros esta fe inquebrantable en Cristo?

-Sí, Señor. Enséñanos dónde está Él, y nosotros le pediremos que aumente nuestra fe para ser bienaventurados de esa forma.

Y la última parte de esta súplica la dicen no sólo los pobres, sino también los campesinos, los apóstoles y José.

-Sí tenéis fe como un grano de mostaza, y la tenéis - perla preciosa - en el corazón, sin dejar que os la arrebate ninguna cosa humana, o sobrehumana pero mala, podréis todos decir incluso a ese robusto moral que da sombra al pozo de José: “Arráncate de ahí y trasplántate a las olas del mar".

-¿Pero Cristo dónde está? Lo esperamos para ser curados. Los discípulos no nos han curado, pero nos han dicho: "Él puede hacerlo". Quisiéramos curarnos para trabajar - dicen unos hombres enfermos o impedidos.

-¿Y creéis que Cristo lo puede? - dice Jesús mientras hace una señal a José de que no diga que Cristo es Él.

-Lo creemos. Es el Hijo de Dios. Lo puede todo.

-Sí. Lo puede todo... ¡Y lo quiere todo! - grita Jesús extendiendo con imperio el brazo derecho y bajándolo como para jurar. Y termina con un grito potente: « ¡Y así sea, para gloria de Dios!».

Y hace ademán de volverse hacia la casa. Pero los curados, unos veinte, gritan, se acercan y lo encierran en un laberinto de manos extendidas para tocar, bendecir, buscar sus manos, sus vestidos, para besar, acariciar. Lo aíslan de José, de todos...

Y Jesús sonríe, acaricia, bendice... Se libera lentamente y, todavía seguido, desaparece entrando en la casa, mientras los gritos de hosanna suben al cielo, que se pone violáceo con el principio del crepúsculo.

## 409

## El drama familiar del Anciano Juan.

José de Arimatea descansa en una habitación que está semioscura debido a que todas las cortinas están echadas, para proteger del sol. En toda la casa hay un silencio absoluto. José duerme con sueño ligero en un bajo diván cubierto de esteras... Entra un criado, se dirige al patrón, le toca para despertarlo. José abre sus ojos cargados y mira al criado con gesto interrogativo.

-Señor, está aquí tu amigo Juan...

-¿Mi amigo Juan? ¿Cómo es que está aquí no habiéndose terminado el sábado?

José se ha despertado de golpe ante la sorpresa de la visita de un Anciano en sábado. Y ordena:

-Que entre enseguida.

El criado sale. José, mientras espera, pasea pensativo por la habitación semioscura y fresca...

-¡Dios sea contigo, José! - dice el Anciano Juan, el que vimos ya en el primer banquete ofrecido a Jesús en Arimatea y también en casa de Lázaro en la última Pascua (siempre en una actitud que, aunque no fuera de discípulo, al menos no era hostil respecto a Jesús).

-¡Y contigo, Juan! Pero... sabiendo que eres justo, me asombra verte antes del ocaso...

-Es verdad. He quebrantado la ley sabática. Y he pecado sabiendo que pecaba. Por tanto, gran pecado el mío... Y grande será el sacrificio que ofreceré para ser perdonado. Pero también es muy grande el motivo que me ha incitado a este pecado... Yahveh, que es justo, tendrá compasión de su siervo culpable considerando el importante motivo que me ha impulsado a la culpa...

-Hace un tiempo no hablabas así. Para ti el Altísimo era sólo rigor, inflexibilidad. Y eras perfecto porque le temías como a un Dios intransigente...

-¡Oh! ¡Perfecto!... José, a ti nunca te he confesado mis culpas secretas... Pero es verdad. Consideraba a Dios *intransigente. Como* muchos en Israel. Nos han enseñado a considerarlo el Dios de las venganzas...

-Y has seguido creyéndolo después de que el Rabí ha venido a dar a conocer a su pueblo el verdadero Rostro de Dios, su verdadero Corazón... Un rostro y un corazón de Padre...

-Es verdad. Es verdad. Pero... todavía no le había oído hablar extensamente... De todas formas, como recordarás, desde la primera vez que lo vi, en el convite en tu casa, ya tomé una actitud hacia el Rabí que, si no era de amor, al menos era de... respeto.

-Es verdad... Pero por lo que yo te quiero quisiera que pasaras a una actitud de amor a El. Es demasiado poco el respeto...

-¿Tú lo amas, verdad, José?

-Sí. Y te lo digo, aun sabiendo que los príncipes de los sacerdotes odian a los que aman al Rabí. Pero tú no eres capaz de delación...

No. No soy capaz... Y quisiera ser como tú. Pero, ¿lo lograré alguna vez?

-Pediré porque lo logres. Significaría tu bienaventuranza eterna, amigo...

Un silencio lleno de reflexiones...

Luego José pregunta:

-Me has dicho que un importante motivo te ha movido a violar el sábado. ¿Y cuál? ¿Puedo preguntártelo sin ser demasiado indiscreto? Creo que has venido a casa de tu amigo en busca de ayuda... Y para ayudarte tengo que saber...

Juan se pasa la mano por la frente, aprieta esta frente de hombre en plena madurez, amplia y con ligeras entradas; se acaricia mecánicamente el pelo, que apenas ha empezado a encanecerse, y la tupida y escuadrada barba... Luego levanta la cabeza y mira fijamente a José. Dice:

-Sí. Un motivo importante, y penoso; y... y una gran esperanza...

-¿Cuáles?

-José, ¿te imaginas que mi casa es un infierno y que pronto ya no será una casa, sino... sino una cosa devastada, desbaratada, destruida, acabada?

-¿Qué? ¿Qué dices? ¿Desvarías?

-No. No desvarío... Mi mujer quiere marcharse... ¿Estás sorprendido?

-...Sí... porque... siempre la he visto buena y... porque vuestra familia me parecía ejemplar... tú, todo bondad... ella, toda virtud...

Juan se sienta y mete la cabeza entre las manos...

José prosigue:

-Ahora... esta... esta decisión... Yo... bueno que no puedo creer que Ana haya faltado... o que tú hayas faltado... Pero todavía menos lo creo de ella... toda casa, toda hijos... ¡No!... ¡En ella no puede haber culpa!...

-¿Estás seguro? ¿Estás completamente seguro?

-¡Oh! ¡Pobre amigo! No tengo el ojo de Dios. Pero, por lo que puedo juzgar, juzgo así...

-¿No crees que Ana sea... infiel...?

-¿Ana? ¡Pero, amigo! ¿El sol del verano te ha enfermado la cabeza? ¿Infiel con quién? No sale nunca de casa. Prefiere el campo a la ciudad. Trabaja como la primera de las domésticas. Es humilde, discreta, trabajadora, amorosa contigo y con los niños. Una mujer ligera no ama estas cosas. Créelo. ¡Oh, Juan!, pero ¿en qué fundas las sospechas? ¿Desde cuándo?

-Desde siempre.

-¿Desde siempre? ¡Ah, entonces esto tuyo es una enfermedad!...

-Sí. Y... José, yo he cometido muchos errores. Pero no quiero confesártelos a ti solo. Anteayer han pasado unos discípulos por mi casa, y también unos pobres. Decían que el Rabí estaba viniendo a tu casa. Y ayer... ayer fue un día muy turbulento para mi casa... tanto que Ana ha tomado la decisión que he dicho... Por la noche - ¡y que noche! - he pensado mucho... Y he sacado la conclusión de que sólo Él, e1 Rabí perfecto...

-¡Divino, Juan, divino!

-..Como quieras... Que sólo Él puede curarme y reparar... reconstruir mi casa, darme de nuevo a Ana... y a mis hijos... reconstruirme todo...

El hombre llora. Entre lágrimas prosigue:

-Porque sólo Él ve y dice la verdad... y a Él lo creeré... José, amigo mío, déjame estar aquí esperándolo...

-El Maestro está aquí. Partirá después de la puesta del sol. Voy e llamarlo - y José sale...

Pocos minutos de espera y la cortina se separa nuevamente para dejar paso a Jesús... Juan se pone de pie y se inclina con deferente saludo.

-La paz a ti, Juan. ¿Por qué motivo me buscas?

-Para que me ayudes a ver... y para que me salves. Soy muy infeliz. He pecado contra Dios y contra mi carne gemela. Y de pecado en pecado he llegado a violar la ley del sábado. Absuélveme, Maestro.

-¡La ley del sábado! ¡Grande, santa ley! ¡Lejos de mí el pensamiento de considerarla pequeña y superada! Pero ¿por qué la antepones al primero de los mandamientos? ¿Y cómo es que pides absolución por haber violado el sábado y no la pides por haber faltado al amor y torturado a una inocente, y haber llevado a la desesperación y al umbral del pecado al alma de tu esposa? ¡Por esto debes angustiarte más que por todas las otras cosas! Por haberla calumniado...

-Señor, sólo con José, hace poco, he hablado de ella. Con ningún otro, créelo. Tenía tan celado mi dolor, que José, buen amigo mío, no se había percatado de nada y se ha quedado sorprendido. Ahora él te lo ha dicho. Pero ha sido para ayudarme. Con ninguna otra persona hablará el justo José.

-Conmigo no ha hablado. Me ha dicho solamente que me buscabas.

-¿Y entonces cómo lo sabes?

-¿Cómo lo sé? Como sabe Dios los secretos de los corazones. ¿Quieres que te diga el estado del tuyo?...

José hace ademán de retirarse discretamente. Pero es el propio Juan el que lo detiene diciendo:

-¡Quédate. ¡Tú eres amigo mío! ¡Puedes ayudarme ante el Rabí, tú, paraninfo de mi boda!... - y José vuelve a ponerse junto a los dos.

-¿Quieres que te lo diga? ¿Quieres que te ayude a conocerte? ¡No temas! No tengo mano cruel. Sé descubrir las heridas. No las hago sangrar para curarlas. Sé comprender y compadecerme. Y sé cuidar y curar; basta con que uno quiera ser curado. Tú tienes este deseo. Tanto que me has buscado. Siéntate aquí, a mi lado, entre mí y José. Él fue el paraninfo de tu boda terrestre, Yo quisiera ser el paraninfo de tu boda espiritual... ¡Oh, cuánto lo quisiera!... ¡Así! Y ahora escúchame bien. Y responde con sinceridad a todo. ¿Tú cómo crees que fue el acto de Dios de crear al hombre y a la mujer para que estuvieran unidos? ¿Un acto bueno o un acto malo?

-Bueno, Señor. Como todas las cosas hechas por Dios.

-Has respondido bien. Ahora dime: si el acto era bueno, ¿cuáles debían ser sus consecuencias?

-Igualmente buenas, Señor. Y fueron buenas, a pesar de que Satanás entrara a disturbarlas, porque Adán siempre encontró confortación en Eva y Eva en Adán. Es más, fue aún más sensible esta confortación cuando solos, desterrados en la Tierra, fueron ayuda el uno para el otro. Y fueron buenas las consecuencias materiales, o sea, los hijos, por los cuales se propagó el hombre, y a través de los cuales brilló el poder y la bondad de Dios.

-¿Por qué? ¿Qué poder y bondad?

-Hombre, pues... la que ha sido desarrollada en favor de los hombres. Si miramos hacia atrás... sí... hay justos castigos, pero hay también, y más numerosos, actos de bondad... Bondad infinita es el pacto establecido con Abraham y repetido luego a Jacob, y así hasta... hasta el día de hoy. Y repetido por bocas sin mentira: los profetas... hasta Juan...

-Y por la boca del Rabí, Juan - interrumpe José.

-No es boca de profeta... No es boca de Maestro... Es... más.

Jesús sonríe, aunque casi imperceptiblemente, ante la... profesión de fe, aún vinculada, del Anciano, que no llega a decir: «Es boca divina» pero ya lo piensa.

-Entonces Dios ha hecho bien uniendo al hombre y a la mujer. Está escrito. ¿Pero cómo quiso que fueran el hombre y la mujer - pregunta Jesús.

-Una carne sola.

-Bien. ¿Entonces puede la carne odiarse a sí misma?

-No.

-¿Puede un miembro odiar al otro miembro?

-No.

-¿Puede un miembro separase del otro miembro?

-No. Sólo una gangrena o una lepra o una desventura pueden separar un miembro del resto del cuerpo.

-Muy bien. ¿Entonces solamente una cosa dolorosa o mala puede separar lo que por voluntad de Dios no es sino una unidad?

-Así es, Maestro.

-¿Y entonces por qué tú, convencido como estás de estas cosa, no amas a tu carne; y tanto la odias, que haces surgir una gangrena entre uno y el otro miembro, por lo cual, el miembro más débil, cayendo en mortificación, se separa y te deja solo?

Juan agacha la cabeza y guarda silencio mientras manosea las franjas de la túnica...

-Yo te digo el porqué. Porque Satanás ha entrado, a turbar, entre ti y tu mujer. Es más, ha entrado en ti con un amor desordenado hacia tu mujer. El amor, cuando es desordenado se transforma en odio. Juan. Satanás ha trabajado en tu sensualidad de varón para conseguir hacerte pecar. Porque ahí ha empezado tu pecado, a partir de tu desorden que ha ido engendrando nuevos y cada vez mayores desórdenes. En tu mujer no has visto solamente la buena compañera y la madre de tus hijos, sino también el objeto de placer. Y esto te ha puesto pupilas como las del buey, que ve todo alterado. Has visto como tú veías. Así has visto a tu mujer. Objeto de placer para ti, la has juzgado lo mismo para los demás; y de aquí vienen tus febriles celos, tu miedo infundado, tu arrogancia pecaminosa que ha hecho de ella una miedosa, una encarcelada, una torturada, una calumniada ¿Qué importa si no le pegas, si públicamente no la vituperas? ¡Tu sospecha es un palo! ¡Tu duda es una calumnia! La calumnias pensando de ella que es capaz de traicionar. ¿Qué importa si la tratas como su rango te impone? En lo íntimo de tu casa es para ti menos que una esclava, por tu bestialidad lujuriosa, que la humilla sobremanera, y que ha sido soportada siempre por ella en silencio y con docilidad esperando persuadirte, calmarte, hacerte bueno, y lo cual no ha servido sino para aumentar tu exasperación, hasta el punto de que has hecho de tu casa un infierno donde rugen los demonios de la lujuria y de los celos. ¡Los celos! ¿Qué habrá más calumniador, para una esposa, que los celos? ¿Qué, más claramente indicador del estado real de un corazón que los celos? Debes creer que donde los celos se anidan - ¡y tan estúpidos e irracionales, infundados, ofensivos, y obstinados! - no hay ni amor al prójimo ni amor a Dios. Lo que hay es egoísmo. ¡Por esto debes angustiarte, no por una fracción de sábado violado! Y para ser perdonado debes satisfacer por la devastación que has provocado...

-Pero Ana se quiere marchar ya... Ven a convencerla Tú... Sólo Tú puedes, oyéndola hablar, juzgar si verdaderamente es inocente y...

-¡Juan! ¿Quieres sanar y no quieres creer en lo que digo?

-Tienes razón, Señor. Cámbiame el corazón. Es verdad. No tengo motivo de fundada sospecha. Pero la quiero mucho... lujuriosamente, es verdad... Has visto bien... Y todo me es tiniebla...

-Entra en la luz. Sal de la maraña ardiente de una sensualidad tan feroz. A1 principio te costará... Pero mucho más te costaría perder a una buena esposa y ganarte el infierno y pagar por tu pecado de desamor, calumnia y adulterio, y por el suyo, porque te recuerdo que quien mueve a una mujer al divorcio se pone a sí mismo y la pone a ella en el camino del adulterio. Si sabes resistir durante una luna, al menos durante una luna, a tu demonio, te prometo que terminará la pesadilla. ¿Me lo prometes?

-¡Oh! ¡Señor! ¡Señor! Quisiera... Pero es un fuego... Apágamelo Tú. Tú que eres poderoso...

El Anciano Juan ha caído de rodillas delante de Jesús y llora con la cabeza en las manos apoyadas en el suelo.

-Te lo adormeceré. Te lo circunscribiré. Pondré frenos y límites a este demonio... Pero tú has pecado mucho, Juan, y tienes que trabajar tú mismo en tu resurrección. Los que Yo he convertido han venido a mí con la plena voluntad de hacerse nuevos, de quedar liberados... Habían obrado ya, con sus propias fuerzas, el comienzo de su redención. Así Mateo y María de Lázaro y otros. Tú has venido aquí sólo para saber si ella era culpable y para que te ayudase a no perder la fuente en que se sacia tu placer. Yo circunscribo el poder de tu demonio, no durante una luna, sino durante tres. Durante este tiempo medita y elévate. Propónte tomar una nueva vida de marido. Una vida de hombre dotado de alma. Y no la vida animal que has llevado hasta ahora. Y, que sepas, fortalecido por la oración y la meditación, por la paz que te doy durante tres meses, luchar y conquistarte la Vida eterna y reconquistarte el amor de tu esposa y la paz de tu casa. Ve.

-¿Pero qué le voy a decir a Ana? Quizás me la encontraré ya preparada para marcharse... ¿Qué palabras, después de tantos años de... ofensas, para convencerla de que la amo y de que no quiero perderla? Ven Tú...

-No puedo. Pero, ¡es tan simple!... Sé humilde. Llámala aparte y confiesa tu tormento. Dile que has venido a verme porque quieres ser perdonado por Dios. Y dile que te perdone, porque recibirás el perdón de Dios sólo si ella te lo invoca y es la primera en dártelo… ¡Oh! ¡Desdichado! ¡Cuánto bien, cuánta paz has desparramado con tu fiebre! ¿Cuánto mal crea la indisciplina de los sentidos, el desorden en los afectos! ¡Ánimo, levántate! Y vete tranquilo. ¿Pero no comprendes que ella, siendo buena y fiel a ti, está más angustiada que tú por el pensamiento de dejarte y no espera más que una palabra tuya para decirte: "Todo te es perdonado"? Ánimo, muévete. El ocaso ya está cumplido. No cometes, pues, pecado por volver a tu casa… Y de haberlo cometido por venir a tu Salvador; tu Salvador te absuelve. Vete en paz. Y no peques más.

-¡Oh! ¡Maestro! ¡Maestro!... ¡No merezco estas palabras!... Maestro... yo... querré amarte de ahora en adelante...

-Sí, sí, ve. No te demores. Y recuerda esta hora en la hora en que Yo sea el Inocente calumniado.

-¿Qué quieres decir?

-Nada. Ve. Adiós.

Y Jesús se retira, dejando a los dos miembros del Sanedrín conmovidos y, enardecidos, juzgándole verdaderamente santo y sabio como sólo Dios puede serlo.

*(Nota: aquí se observa que el sanedrita Juan se excedía en su vida sexual con su mujer, buscando más el placer sexual que la comprensión, el afecto, la vida espiritual y conyugal con su esposa, ya que el placer sexual, dentro del matrimonio y siendo generosos en hijos ante Dios, no sólo no es malo sino positivo, pero sin obsesiones ni desviaciones, en las que, por lo visto, Juan, el sanedrita, incurrió con su esposa, por lo que pecó ante Dios y el diablo actuó contra él)*

## 410

## Provocaciones de Judas Iscariote en el grupo apostólico.

-¡Tengo unas ganas locas de estar en los montes! - exclama Pedro, resoplando y secándose el sudor que le gotea por los carrillos y el cuello.

-¿Cómo? ¿Tú que odiabas los montes ahora los añoras? - pregunta con sarcasmo Judas Iscariote, que, habiendo visto que su miedo de ser descubierto había terminado en nada, vuelve a mostrarse desconsiderado y atrevido.

-Sí, exactamente. Ahora los añoro. En esta época del año son benignos. Nunca como mi mar... ¡Mi mar... ah!... Pero, no sé por qué los campos están más calientes después de la siega. El sol es el mismo, y no obstante...

-No es que estén más calientes. Es que están más tristes y uno se cansa más al verlos así que cuando tienen cereales - responde con buen sentido Mateo.

-No. Simón tiene razón. Después de la siega están de un caliente insoportable. Jamás he sentido un calor como éste - dice Santiago de Zebedeo.

-¿Nunca? ¿Y dónde metes el que sentimos yendo a casa de Nique? - replica Judas de Keriot.

-No como éste - le responde Andrés.

-¡Vaya que sí! El verano está cuarenta días más adelantado y el sol calienta en proporción - insiste Judas.

-Hay una cosa objetiva: los rastrojos emanan más calor que los campos con espigas. Y esto tiene una explicación. E1 sol, que antes se detenía encima de las espigas, ahora escalda directamente el suelo desnudo y agostado, y el suelo refleja sus calores hacia arriba como respuesta al sol que de arriba baja abajo, y el hombre se encuentra entre dos llamas - sentencia Bartolomé.

El Iscariote se ríe irónicamente y hace un ampuloso saludo a su compañero diciendo:

-Rabí Natanael, te saludo y te agradezco tu docta lección.

Se muestra más ofensivo que nunca.

Bartolomé lo mira... y calla. Pero Felipe lo defiende:

-¡No veo de qué haya que hacer ironía! ¡Ha dicha una verdad! No querrás negar una verdad que millones de cerebros con sentido común han juzgado verdadera, lógica y constatable, ¿no?

-¡Sí, hombre, sí! Ya sé, ya sé que vosotros sois doctos, expertos, sensatos; buenos, perfectos... ¡Sois todo! ¡Todo! ¡Yo soy la única oveja negra de este rebaño blanco!... El único cordero bastardo, el oprobio manifiesto y que saca cuernos de carnero... Yo soy el único pecador, el imperfecto, la causa de todos nuestros males, y de Israel y del mundo... e incluso quizás de las estrellas... ¡Ya no aguanto más! No aguanto más el ver que soy el último, el ver que unas nulidades, como aquellos dos necios que están hablando con el Maestro, son admirados como dos oráculos santos. Estoy cansado de…

-Mira, muchacho... - empieza a decir Pedro, que está más rojo por el esfuerzo de contenerse que por el calor.

Pero Judas Tadeo le interrumpe:

-¿Mides a los demás con tu medida? Trata de ser tú "nulidad", como lo son Santiago, mi hermano, y Juan de Zebedeo, y dejará de haber imperfecciones en el grupo apostólico.

-¡Fijaos si no tengo razón yo! ¡La imperfección soy yo! ¡Ah, esto es demasiado! Esto es...

-Sí, efectivamente, creo que ha sido demasiado el vino que nos ha hecho beber José... y con este calor te hace daño... Malas pasadas de la sangre... - dice con toda tranquilidad Tomás, para transformar en broma la disputa que se está encendiendo...

Pero Pedro ha agotado ya su aguante y, apretando los dientes y los puños para dominarse todavía, dice:

-Mira, muchacho. Para ti es aconsejable una cosa. Sepárate durante un poco...

-¿Yo? ¿Separarme yo? ¿Porque lo dices tú? El único que me puede mandar es el Maestro y sólo lo obedezco a Él. ¿Quién eres tú? Un pobre...

-Pescador, ignorante, tosco, que no vale para nada. Tienes razón... Me lo digo yo antes que tú. Y, delante de nuestro Yeohveh omnipresente y omnividente, testifico que preferiría ser el último antes que el primero, testifico que querría verte a ti, a cualquier otro, en mi lugar, pera a ti más que a ninguno, para que te vieras liberado del monstruo de los celos que te hace injusto, y para no tener que hacer otra cosa sino obedecer, obedecerte, muchacho... Y, créeme, me costaría menos esfuerzo que tener que hablarte como "primero". Pero Él, el Maestro, me ha hecho "primero" entre vosotros... Y debo obedecerlo a Él lo primero, y a Él más que a ninguna otra persona... Y tú debes obedecer. Y con mi sentido común de pescador te digo, no que te separes, en el sentido que tú, viendo fuego en las palabras más frescas, has entendido, sino que te retrases un rato, que estés

solo, que reflexiones... ¿No fuiste desde Béter al valle en la cola del grupo? Haz lo mismo ahora... El Maestro en cabeza... tú en la cola En medio, nosotros... las nulidades... Basta con estar solos para comprender*, y* para calmarse... Haz caso... Es mejor para todos, Para ti el primero...

Y lo toma por un brazo, lo separa del grupo y dice:

-Ahí, estáte ahí mientras nosotros alcanzamos al Maestro. Y Luego... continúas muy lentamente... y verás como se te pasa... la tormenta - y lo deja plantado y da alcance a los compañeros, que ya están unos metros más adelante.

-¡Uf! He sudado más hablándole que andando... ¡Qué temperamento! ¿Pero se va a poder obtener algo alguna vez de él?

-Nunca, Simón. Mi hermano se empeña en tenerlo. Pero... nunca hará nada bueno - le responde Judas Tadeo.

-¡Es un buen castigo que tenemos en medio de nosotros!» suspira Andrés, y termina: «Yo y Juan tenemos casi miedo de él y siempre nos callamos por temor a otras discusiones».

-Es la medida mejor, efectivamente - dice Bartolomé.

-Yo no logro callarme - confiesa el Tadeo.

-Yo también lo logro a duras penas... Pero he encontrado el secreto - dice Pedro.

-¿Cuál? ¿Cuál? Enséñanoslo... - dicen todos.

-Trabajando como un buey en el arado. Un trabajo que puede ser inútil a lo mejor... Pero que sirva para hacerme arrojar lo que me bulle dentro sobre... algo que no sea Judas.

-¡Ah! ¡Comprendo! ¡Por eso hiciste esa devastación en los árboles cuando bajábamos el valle! ¿Por eso, no? - le pregunta Santiago de Zebedeo.

-Sí, por eso... Pero hoy... aquí... no tenía nada que romper sin hacer un daño. No hay más que árboles frutales y hubiera sido una pena destruirlos... Me ha costado tres veces más... romperme a mí mismo para no... para no ser el viejo Simón de Cafarnaúm... Tengo los huesos doloridos por ello...

Bartolomé y el Zelote hacen el mismo gesto y dicen las mismas palabras: abrazan a Pedro exclamando:

-¿Y te asombras de que Él te haya hecho el primero entre nosotros? Eres un maestro para nosotros...

-¿Yo? ¿Por esto?... ¡Bah! Son insignificancias... Soy un pobre hombre... Lo único que os pido es que me améis dándome sabios consejos, amorosos y sencillos consejos. Amor y sencillez, para que me haga como vosotros... Y únicamente por amor a Él, que tiene ya muchas penas...

-Tienes razón. ¡A1 menos no se las demos nosotros! - exclama Mateo.

-Me dio mucho miedo la llamada de Juana. Vosotros dos que os habéis adelantado ¿no sabéis absolutamente nada? - pregunta Tomás.

-No, con certeza no. Pero dentro de nosotros hemos pensado que ha sido ese que viene detrás, que... ha armado algún lío - responde Pedro.

-¡Calla! Tuve el mismo pensamiento cuando aquel sábado oí hablar al Maestro - confiesa Judas Tadeo.

-Yo también - añade Santiago de Zebedeo.

-¡Tate!... No lo había pensado... ni siquiera cuando vi a Judas tan sombrío aquel atardecer... y tan grosero, que ésa es la pura verdad - dice Tomás.

-Bien. No hablemos más de esto. Tratemos de... hacerlo mejor con mucho amor y mucho sacrificio, como nos ha enseñado Margziam... - dice Pedro.

-¿Qué hará Margziam? - pregunta, sonriendo, Andrés.

-¿Mmm?... Pronto estaremos con él. Tengo unas ganas locas... Me cuestan muchísimo estas separaciones.

-¿Quién sabe por qué las querrá el Maestro? Ya podría estar con nosotros también Margziam. Ya ni es un niño ni está físicamente frágil - observa Santiago de Zebedeo.

-Además... Si ha recorrido tanto camino el año pasado cuando estaba tan flaco, con mayor motivo podría caminar ahora - dice Felipe.

-Yo creo que es para que no presencie ciertas bribonadas... – dice Mateo.

-O que no esté con ciertas compañías... - dice con enfado el Tadeo, que verdaderamente no soporta a Judas Iscariote.

-Quizás tenéis razón los dos - dice Pedro.

-¡No, hombre, no! Lo hará para que se fortalezca del todo. Ya veréis como para el año que viene está con nosotros – afirma Tomás.

-¡El año que viene! ¿Estará todavía con nosotros el Maestro el año que viene? - pregunta pensativo Bartolomé - ¡A mí sus discursos me parecen tan... significativos...!

-¡No digas eso! - suplican los otros.

-No quisiera decirlo. Pero no hablar no sirve para alejar lo que está designado.

-Bueno, pues... razón de más para nosotros para mejorarnos mucho en estos meses... Para no causarle penas y estar preparados. Quiero decirle que ahora, cuando estemos descansando en Galilea, nos instruya mucho, mucho, estrictamente a nosotros doce... Muy pronto llegaremos...

-Sí. Y tengo unas ganas locas. Soy viejo y estas marchas con este calor me dan muchas molestias que no se ven - confiesa Bartolomé

-A mí también. He sido un vicioso y estoy más viejo de lo que se piensa contando los años. ¡Los excesos... claro! Ahora los siento todos en los huesos... Además nosotros, hijos de Leví, sufrimos de dolores ya por naturaleza...

-¿Y yo? He estado enfermo durante años... y aquella vida, en cavernas, con poca y mísera comida. ¡Estas cosas aparecen ahora!... - dice el Zelote.

-¿Pero no has dicho siempre que desde tu curación te has sentido siempre fuerte? - pregunta a sus espaldas Judas, que los ha alcanzado - ¿Se te ha terminado el efecto dei milagro?

El Zelote pone una expresión típica en su rostro feo y expresivo; parece decir: «¡Está aquí! ¡Señor, dame paciencia!». Pero responde con suma cortesía:

-No. No se ha terminado el efecto del milagro, como puede verse, porque no he vuelto a enfermar. Estoy fuerte. Tengo resistencia. Pero los años son años y las fatigas fatigas. Y estos calores que nos hacen sudar como si hubiéramos caído en una acequia, y luego estas noches, yo diría gélidas respecto al calor del día, que nos hielan el sudor encima, y luego el aguazo que termina de mojar ropa ya empapada de sudor, ciertamente no me hacen ningún bien. Y tengo unas ganas enormes de un tiempo de reposo para cuidarme un poco. Por la mañana, especialmente si dormimos al raso, estoy todo rígido. Si me enfermo del todo, ¿para qué sirvo?

-Para sufrir. Él dice que el sufrimiento vale como trabajo y como oración - le responde Andrés.

-De acuerdo. Pero yo preferiría servirle apostólicamente y...

-Y estás cansado también tú. Confiésalo. Estás cansado de continuar con esta vida sin perspectivas de tiempos buenos, sino, al contrario, con perspectivas de persecuciones y... derrotas. Empiezas a pensar que corres el peligro de volver a ser un proscrito - dice Judas de Keriot.

-No pienso nada. Digo que siento que enfermo.

-¡Oh, de la misma manera, que te ha curado una vez...! - y Judas ríe irónico.

Bartolomé siente cercana otra discusión y la desvía llamando a Jesús.

-¡Maestro! ¿Para nosotros no hay nada? ¡Siempre estás adelante! ...

-Tienes razón, Bartolmái. Ahora nos paramos. ¿Ves aquella casita? Vamos allí, porque el sol es demasiado fuerte. Con el atardecer reanudaremos la marcha. Tenemos que apresurar el retorno a Jerusalén, porque Pentecostés está a las puertas.

-¿De qué hablabais entre vosotros? - pregunta Judas Tadeo a su hermano.

-¡Fíjate! Habíamos empezado a hablar de José de Arimatea y hemos terminado hablando de la vieja propiedad de Joaquín en Nazaret y de su costumbre - mientras pudo hacerlo - de tomar para sí la mitad de lo que recogía y dar el resto a los pobres, cosa que los viejos de Nazaret recuerdan muy bien. ¡Cuántas abstinencias aquellos dos justos que eran Ana y Joaquín! ¡Cómo no iban a obtener el milagro de la Hija, de esa Hija!... Y con Jesús evocaba cuando éramos niños...

Continúa la narración mientras siguen caminando en dirección a la casa entre los campos llenos de sol.

## 411

## Una lección extraída de la naturaleza y espigueo milagroso para una viejecita. Cómo ayudar a quien se enmienda.

Por una campiña toda gualda de mieses pasa Jesús con sus discípulos. Hace mucho calor, a pesar de que el día esté en sus primeras horas. Los segadores hacen vacíos en el oro de los cereales cortando con las hoces entre los surcos repletos de espigas. Las hoces brillan un instante bajo el sol, desaparecen entre las altas espigas, vuelven luego un instante por la otra parte, y el manojo se pliega y se recuesta, como cansado de haber estado enhiesto muchos meses, en la tierra caliente de sol. Pasan unas mujeres, atando gavillas, detrás los segadores. La campiña, por todas partes, está dedicada a este trabajo. La cosecha ha sido muy buena y los segadores exultan. Muchos, cuando el grupo apostólico pasa por el camino y están ya cerca, suspenden un momento el trabajo; se apoyan en la hoz, se secan el sudor y miran, y lo mismo las mujeres que atan las gavillas. Vestidas de colores vivos, cubierta su cabeza con un pedazo de tela blanca, parecen flores que emergen de la tierra despojada de trigo: amapolas, lises, margaritas. Los hombres, vestidos con cortas túnicas, pardas o amarillentas, son menos visibles. No tienen, de tono claro, nada más que el pedazo blanco de tela atado a la cabeza con una cuerdecita y que cae sobre el cuello y los carrillos. En el marco de ese blanco, los rostros bronceados por el sol parecen incluso más negros.

Jesús, cuando se ve observado, pasa saludando:

-La paz y la bendición de Dios sea con vosotros - y ellos responden: «Se revierta sobre ti la bendición de Dios», o también, más sencillamente: «Sea también contigo».

Algunos, más locuaces, reclaman el interés de Jesús por la cosecha diciendo:

-Ha sido buena este año. Mira qué espigas más granadas, y lo apretadas que están en los surcos. Se siegan con dificultad ¡Pero es pan!...

-Mostraos agradecidos al Señor. Y ya sabéis que la gratitud se debe mostrar no con palabras sino con obras. Sed misericordiosos en esta cosecha vuestra, pensando en el Altísimo, que ha sido magnánimo en rocío y sol para vuestros campos, para que tuvierais mucho trigo. Recordad el precepto del Deuteronomio *(24, 19).* Pensad, mientras recogéis la riqueza que os ha dado Dios, en quien no la tiene, y dejad para ellos un poco de lo vuestro. Santa ficción esta que es caridad con el prójimo vuestro, y que Dios ve. Mejor ser diligentes en dejar que ávidos en recoger. Dios bendice a los generosos. *Dar es mejor que recibir,* porque obliga al justo Dios a dar más abundante retribución a aquel que fue compasivo.

Jesús pasa y va repitiendo sus consejos de amor.

Viene el sol más caliente. Los segadores suspenden el trabajo: los que están cerca de sus casas entran en ellas; los que están lejos se recogen a la sombra de árboles y allí descansan, comen, se adormecen.

También Jesús se refugia en una arboleda muy espesa que hay en el interior de la campiña, y, sentado en la hierba, después de haber orado ofreciendo la parca comida de pan, queso y aceitunas, distribuye las fracciones y come mientras habla

con los suyos. Hay sombra y aire fresco y un gran silencio. El silencio de las horas llenas de sol del estío. Un silencio que invita al sueño. La mayoría, efectivamente, se quedan traspuestos después de la comida. Jesús no. Descansa con la espalda apoyada contra un árbol, y, entretanto, se interesa por el trabajo de los insectos en las flores.

Pasa un tiempo. Hace una señal a Juan, a Judas Iscariote y a uno de los más ancianos - Bartolomé - y, cuando están a su lado, dice:

-Observad qué trabajo está haciendo este pequeño insecto. Mirad. Hace bastante tiempo que lo observo. Quiere arrebatar a este cáliz tan pequeñito la miel que llena su fondo, y, dado que no pasa, mirad, alarga primero una patita y luego la otra, las unta en la miel y luego se la come. Dentro de poco la habrá vaciado. ¡Observad qué cosa más admirable es la providencia de Dios! No ignorando que sin ciertos órganos el insecto, creado para ser un crisólito volador sobre la hierba de los prados, no podría nutrirse, lo ha provisto de esos minusculísimos filamentos en la superficie de sus patitas. ¿Los veis? ¿Tú, Bartolomé? ¿No? Mira. Ahora lo cojo y te le enseño a contraluz - y, delicadamente, coge el escarabajo, que parece de oro bruñido, y lo pone boca arriba en la mano.

E1 escarabajo se hace el muerto y los tres observan sus patitas. Y luego se pone a mover las patas para huir. No lo consigue, naturalmente, pero Jesús le ayuda y lo apoya sobre las patas. El animalito camina por la palma, sube a la punta de los dedos, se balancea, abre las alas. Pero está receloso.

-No sabe que no quiero sino el bien de todos los seres. Sólo dispone de su pequeño instinto; perfecto en relación con su naturaleza, suficiente para todo lo que necesita, pero muy inferior al pensamiento humano. Por eso el insecto no es responsable si hace una mala acción. No así el hombre. El hombre dispone de una luz de inteligencia superior, y la aumentará en la medida en que aumente su instrucción en las cosas de Dios. Por eso será responsable de sus acciones.

-¿Entonces, Maestro - dice Bartolomé -, nosotros, instruidos por Ti, tenemos mucha responsabilidad?

-Mucha. Y más tendréis en el futuro, cuando el Sacrificio se cumpla y venga la Redención y con ésta la Gracia, que es fuerza y luz. Y, después de ella, vendrá uno que os hará aún más capaces de querer. Quien, luego, no quiera, tendrá mucha responsabilidad.

-¡Entonces muy pocos se salvarán!

-¿Por qué, Bartolomé?

-¡Porque es muy débil el hombre!

-Pero, si fortalece su debilidad con la confianza en mí, se hace fuerte. ¿Creéis que no comprendo vuestras luchas y no me compadezco de vuestras debilidades? ¿Veis? Satanás es como esa araña que está tendiendo su lazo desde aquella ramita a este talluelo. ¡Es tan fina y subrepticia...! Mirad cómo resplandece ese hilo. Parece plata de una impalpable filigrana. Por la noche será invisible, mañana al alba estará esplendoroso de gemas, y las moscas imprudentes, que dan vueltas por la noche en busca de alimento poco limpio, caerán dentro, y también las mariposas ligeras, que se ven atraídas por lo que resplandece...

Otros apóstoles se han acercado y están escuchando esta lección sacada de los reinos vegetal y animal.

-...Pues bien, mi amor hace, respecto a Satanás, lo que ahora hace mi mano. Destruye la tela. Mirad como huye la araña y se esconde. Tiene miedo del más fuerte. *También Satanás tiene miedo del más fuerte. Y el más fuerte es el Amor.*

-¿No sería mejor destruir a la araña? - dice Pedro, que es muy práctico en sus conclusiones.

-Sería mejor. Pero esa araña hace su deber. Es verdad que mata a las pobres mariposas, que son tan bonitas, pero extermina también a un gran número de moscas sucias que transmiten enfermedades y contaminaciones de enfermos a sanos, de muertos a vivos.

-¿Pero, en nuestro caso, qué hace la araña?

-¿Que qué hace, Simón? - Simón es muy anciano, y es el que se quejaba de los reumatismos -. Hace lo que hace la buena voluntad en vosotros. Destruye las tibiezas, los quietismos, las vanas presunciones. Os obliga a estar vigilantes ¿Qué es lo que os hace dignos de premio? La lucha y la victoria. ¿Podéis vencer sin luchar? La presencia de Satanás obliga a una vigilancia continua. Por su parte el Amor, que os ama, hace que esta presencia no sea inexorablemente nociva. Si estáis cerca del Amor, Satanás intenta, pero queda incapacitado para perjudicar verdaderamente.

-¿Siempre?

-Siempre. En las cosas grandes y en las pequeñas. Por ejemplo, una cosa pequeña: a ti inútilmente te aconseja tener cuidado de tu salud. Es un consejo subrepticio para tratar de separarte de mí. El Amor te tiene bien cogido, Simón, y tus dolores pierden valor incluso ante tus ojos.

-¡Señor! ¿Lo sabes?...

-Sí. Pero no te deprimas. ¡Ánimo, ánimo! El Amor, que ahora es el primero en sonreír ante tu humanidad que tiembla por sus reumas, te dará mucho coraje.

Jesús ríe ante su desconcertado apóstol y, para consolarlo, lo abraza. Aun riendo muestra plena dignidad. También los otros ríen.

-¿Quién viene a ayudar a aquella pobre anciana? - dice Jesús señalando a una viejecita que, desafiando al sol tórrido, espiga en los surcos segados.

-Yo - dice Juan y, con él, Tomás y Santiago.

Pero Pedro toma a Juan por una manga, se lo lleva un poco aparte y le dice:

-Pregúntale al Maestro que qué es lo que le produce tanta felicidad. Yo ya se lo he preguntado, pero sólo me ha dicho: "Mi felicidad es ver que un alma busca la Luz". Pero si se lo preguntas tú... A ti te dice todo.

Juan se debate entre la discreción y el deseo de complacer a Pedro. Se llega lentamente donde Jesús, que está ya en las tierras espigando. La viejecita, al ver a todos esos jóvenes, pone un gesto de desconsuelo y se empeña en ser rápida.

-¡Mujer! ¡Mujer! - grita Jesús - Estoy espigando para ti. No estés al sol, madre. Ahora voy.

La viejecita, desorientada por tanta bondad, lo mira fijamente; luego obedece y lleva su cuerpecito delgaducho, curvado y un poco tembloroso, a la estrecha faja de sombra del ribazo. Jesús se mueve diligentemente, recogiendo espigas. Juan le sigue de cerca. Más lejos están Tomás y Santiago.

-¡Maestro! -dice afanado Juan - ¿Cómo encuentras tantas espigas? ¡Yo en el surco de al lado encuentro tan pocas!

Jesús sonríe y no habla. No podría jurarlo, pero me parece que donde se deposita la mirada divina surgen espigas cortadas y no recogidas. Jesús recoge y sonríe. Tiene un verdadero fajo de espigas entre los brazos.

-Ten, Juan, el mío. Así tienes muchas también tú y la pequeña madre se pondrá contenta.

-Pero, Maestro... ¿Estás haciendo un milagro? ¡No es posible que encuentres tantas!

-¡Chist! Es para esa pequeña madre... pensando en la mía y en la tuya. ¡Mira de qué viejecita se trata!... El buen Dios, que da de comer al pajarillo recién nacido, quiere llenar el minúsculo granero de esta abuelita. Tendrá pan para estos meses que le quedan. No verá la nueva cosecha. Pero no quiero que pase hambre en su último invierno. ¡Ahora vas a ver qué exclamaciones! Prepárate, Juan, que se te van a lastimar los oídos; como Yo me preparo a ser lavado de llanto y besos...

-¡Qué contento estás, Jesús, desde hace unos días! ¿Por qué?

-¿Lo quieres saber tú o alguien te manda?

Juan, ya rojo por el esfuerzo, se pone carmesí.

Jesús comprende:

-Di a quien te manda que hay un hermano mío que está enfermo y busca curación. Su voluntad de curarse me llena de alegría.

-¿Quién es, Maestro?

-Un hermano tuyo, uno a quien ama Jesús, un pecador.

-¿Entonces no es uno de nosotros?

-Juan, ¿crees que entre vosotros no exista el pecado? ¿Crees que Yo sólo exulto por vosotros?

-No, Maestro. Sé que también nosotros somos pecadores y que quieres salvar a todos los hombres.

-¿Entonces? Te dije: "No indagues" cuando se trataba de descubrir el mal. Te digo lo mismo ahora que hay una aurora de bien. ¡Paz a ti, madre! Aquí están nuestras espigas. Mis compañeros vendrán después con las suyas.

-Que Dios te bendiga, hijo. ¿Cómo has encontrado tantas? En verdad que veo poco, pero son dos gavillas grandísimas...

La anciana las palpa, su mano temblorosa las acaricia, las quiere alzar. No puede.

-Te ayudaremos. ¿Dónde está tu casa?

-Aquélla - señala a una casita que está detrás de los campos.

-¿Estás sola, verdad?

-Sí. ¿Cómo lo sabes? ¿Quién eres

-Soy uno que tiene una madre.

-¿Éste es tu hermano?

-Es mi amigo.

El amigo, desde detrás de Jesús, hace grandes gestos a la ancianita. Pero ésta, que tiene veladas sus pupilas, no los ve. Y además está demasiado centrada en observar a Jesús. Su anciano corazón de madre se conmueve.

-Estás sudando, hijo. Ven aquí a la sombra de este árbol. Siéntate. ¡Mira cómo te gotea el sudor! Sécate con mi velo. Está raído pero limpio. Toma, toma, hijo mío.

-Gracias, madre.

-¡Bendita la que es madre de ti, que eres bueno! Dime tu nombre y el suyo. Para decírselos a Dios y que os bendiga.

-María y Jesús.

-María y Jesús... María y Jesús... Espera. Una vez lloré mucho... El hijo de mi hijo había caído muerto por defender a su niño. Mi hijo murió de dolor por esto... Entonces se decía que había caído el inocente porque se buscaba a uno de nombre Jesús... Ahora estoy a las puertas de la muerte y vuelve ese nombre...

-En aquellos días lloraste por aquel Nombre, madre. Bendígate ahora ese nombre...

-Eres Tú aquel Jesús... díselo a una que se acerca a la muerte, y que ha vivido sin maldecir porque le dijeron que su dolor era para salvar el Mesías, a Israel.

Juan redobla sus gestos. Jesús calla.

-¡Oh! ¡Dímelo! ¿Eres Tú? ¿Tú que me bendice al final de mi vida? En nombre de Dios, habla.

-Yo soy.

-¡Ah!

La viejecita se postra contra el suelo.

-¡Salvador mío! He vivido esperando y no esperaba ya verte. ¿Veré tu triunfo?

-No, madre. Como Moisés, morirás sin conocer ese día. Pero te anticipo la paz de Dios. Yo soy la Paz, el Camino y la Vida. Tú, madre y abuela de justos, me verás en otro, eterno triunfo, y te abriré las puertas, a ti y a tu hijo, al hijo de tu hijo y a su niño. ¡Consagrado al Señor aquel niño muerto por Mí! ¡No llores, madre!...

-¡Y yo te he tocado! ¡Y Tú me has recogido las espigas! ¡Oh, ¿cómo he merecido este honor?!

-Por tu resignación santa. Ven, madre. A tu casa. Y que este trigo te dé pan para el alma más que para el cuerpo. Yo soy el Pan verdadero que ha bajado del Cielo para saciar todas las hambres de los corazones. Vosotros - Tomás y Santiago han llegado con sus manojos - tomad estas gavillas. Y vamos.

Y van los tres cargados de espigas, y Jesús los sigue con la abuelita que llora y susurra palabras de oración.

Llegan a la casita. Dos cuartitos, un horno minúsculo, una higuera, un poco de vid. Limpieza y pobreza.

-¿Este es tu nido?

-Este. ¡Bendícelo, Señor!

-Llámame hijo. Y pide porque mi madre tenga consuelo en su dolor, tú que sabes lo que es el dolor de una madre. Adiós, madre. Te bendigo en el nombre del Dios verdadero.

Y Jesús alza la mano y bendice la pequeña morada. Luego se agacha para abrazar a la viejecita, la aprieta contra su corazón y la besa en la cabeza cubierta de pocos pelitos blancos. Y ella llora y pasa sus labios por las manos de Jesús, lo venera, lo ama... y a mí me abate el dolor, porque pienso en mi madre, que tuvo miedo de ti, Jesús, cuando te vio... ¿Por qué miedo de ti, Jesús?

Dice Jesús (a María Valtorta):

-La otra pregunta que tienes en tu corazón es saber si Yo sabía que Judas no se salvaría a pesar de aquel conato hacia la salvación. Lo sabía. ¿Y entonces por qué estaba contento? Porque el simple deseo de ese momento, flor en la landa del corazón de Judas, hacía que el Padre mirase benignamente a este discípulo mío que Yo amaba y que *no* podría salvar. ¡La mirada de Dios sobre un corazón! ¿Qué más quisiera Yo, sino que el Padre os mirase a todos y con amor? Y *debía estar dichoso, para dar al desdichado también ese medio para resurgir. El acicate de mi alegría al verlo volver a mí.* Un día, después de mi muerte, Juan supo esta verdad, y la comunicó a Pedro, Santiago, Andrés y a los otros, porque así se lo había ordenado Yo al Predilecto, el cual no desconoció *ningún* secreto de mi corazón. Lo supo y lo dijo, para que todos dispusieran, después, de una norma en la guía de los discípulos y fieles.

Al alma que, caída, va al ministro de Dios y confiesa su error, al amigo o hijo, al marido o hermano que, habiendo errado, vienen diciendo: "Tenme contigo. Quiero no cometer más errores para no causar dolor a Dios y a ti", no se le debe - además de las otras cosas - privar de la satisfacción de ver nuestra dicha por verlos deseosos de hacernos felices. *Se requiere un tacto infinito en el cuidado de los corazones. Yo,* Sabiduría, aun sabiendo que en el caso de Judas era inútil, tuve este tacto *para enseñar a todos el arte de redimir, de ayudar a quien se redime.*

Y ahora te digo a ti también, como a Simón cananeo: "¡Ánimo, ánimo!", y te abrazo para hacerte sentir que hay quien te ama. De estas manos descienden castigos y también caricias, y de mis labios palabras severas y también - más numerosas y dichas con mucha más alegría - palabras de complacencia.

Ve en paz, María. No has causado dolor a tu Jesús. Ello sea tu consuelo.

## 412

## Elogio del lirio de los valles, símbolo de María. Pedro se sacrifica por el bien de Judas.

El grupo apostólico ha vuelto las espaldas a la llanura y, por caminos de colinas, entre montes y abiertos valles, se dirige hacia Jerusalén. Para abreviar, no han tomado el camino de primer orden, sino atajos solitarios, fatigosos pero muy rápidos.

En este momento están en el fondo de un verde valle, rico en aguas y florecillas, y no faltan los escapos olorosos de los muguetes, cosa que hace observar a Judas Tadeo que es muy apropiado el llamar "lirio del valle" al muguete y exaltar su belleza; frágil y al mismo tiempo resistente, y tan delicadamente fragante.

-Pero son lirios al revés - observa Tomás - Miran hacia abajo en vez de hacia arriba.

-¡Pero qué pequeños son! Tenemos flores más pomposas que ésta. No sé por qué la han alabado tanto... - dice Judas, golpeando con desprecio una matita de muguetes en flor.

-¡No! ¿Por qué? ¡Tan graciosas como son! - interviene Andrés en defensa de las pobres flores, y se agacha a recoger los escapos rotos.

-Parecen heno y nada más. Más bonita es la flor de la agave, tan majestuosa y potente. Digna de Dios y de florecer para Dios.

-Yo veo más a Dios en estos cálices menudos... ¡Fíjate qué finura!... Denticulados, y tan cóncavos... parecen de alabastro, de cera virgen, labrados por manitas pequeñísimas... ¡Sin embargo, los ha hecho el Inmenso! ¡Oh! ¡Potencia de Dios!...

Andrés está casi extático en la contemplación y meditación de las flores y de la Perfección creadora.

-¡Me pareces una mujercita enferma de los nervios!... - dice en tono de mofa Judas de Keriot, riendo maliciosamente.

-No. Verdaderamente encuentro también yo - y soy orfebre y, por tanto, entiendo de esto - que estos escapos son una perfección. En el metal es más difícil de hacer que la agave. Porque has de saber, amigo, que lo que revela la habilidad del artista es la infinita pequeñez. Dame un escapo, Andrés... Y tú, con tus ojos de buey que admiran sólo lo grandioso, ven aquí y observa. ¿Qué artista podría hacer estas copas tan ligeras, perfectas; decorarlas con este topacio minúsculo ahí en el fondo, y unirlas al tallo con este escapo de filigrana combado de esta forma, liviano como éste... ¡Es una maravilla!...

-¡Oh, qué poetas han surgido entre nosotros! También tú, Tomás, así...

-No soy ni un necio ni una mujer, ¿sabes? Soy un artista, y además sensible. Y me glorío de ello. Maestro, ¿te gustan estas flores? - Tomás pregunta al Maestro, que ha estado oyendo todo sin decir nada.

-De la creación todo me gusta. Pero estas flores están entre las cosas predilectas...

-¿Por qué? - preguntan varios. Y, al mismo tiempo, pregunta Judas:

-¿También te gustan las víboras? - y se ríe.

-También ellas. Son útiles...

-¿Para qué? - preguntan bastantes de los presentes.

-Para morder. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! - se ríe, ofensivo, Judas.

-Entonces te deberían gustar muchísimo a ti - le rebate el Tadeo, truncándole la carcajada con esta alusión muy explícita. Ahora son los otros los que se ríen por el buen palo que le ha dado.

Jesús no ríe. Es más, está pálido y triste. Mira a sus doce, especialmente a los dos antagonistas, que se miran el uno con ira, el otro con severidad, y responde a todos para responder a Judas Iscariote en particular.

-Si Dios las ha hecho es señal de que son útiles. Nada inútil, totalmente nocivo, hay en la creación. Sólo el Mal es netamente, y solamente, nocivo. ¡Ay de aquellos que se dejan morder por él! Uno de los frutos de su mordisco es la posterior incapacidad de distinguir el Bien del Mal, es la desviación hacia cosas no buenas de la razón y de la conciencia pervertida, y es la ceguera espiritual, por la cual, ¡oh Judas de Simón!, ya no se ve resplandecer la potencia de Dios en las cosas... incluso en las diminutas. En esta flor, la potencia de Dios está grabada, por la belleza, el perfume, la forma tan distinta de la de todas las demás flores, por esta gota de rocío que tiembla y brilla suspendida del borde céreo del minúsculo pétalo (y parece una lágrima de gratitud para el Creador que ha hecho todo, y todo bien, todo útil, todo variado). Pero está escrito que todo era hermoso para los dos primeros, hasta que les vinieron las cataratas del pecado... Y todo les hablaba de Dios, hasta que en las cosas, o mejor: en sus pupilas, fue instilado el humor que trastornó su capacidad de ver a Dios... También en el momento actual, cuanto más se revela Dios, más el espíritu es rey en una criatura...

-¡Salomón cantó las maravillas de Dios, y lo mismo David... y. ciertamente, no tenían como rey al espíritu! Maestro, esta vez te he pillado en un error.

-¡Pero qué descarado eres! ¿Cómo te atreves a decir esto? - reacciona bruscamente Bartolomé.

-Déjalo hablar... No tengo en cuenta sus palabras. Son palabras que disemina el viento. De ellas no se escandalizan ni las hierbas ni los árboles. Nosotros, los únicos que las escuchamos, sabemos darles el peso que merecen, ¿no es verdad? Y no nos acordamos ya de ellas. La juventud es frecuentemente irreflexiva, Bartolomé; sé comprensivo con ella... Pero uno de vosotros me había preguntado que por qué prefiero el lirio de los valles... Bien, respondo: "Por su humildad". Todo en él habla de humildad... Los lugares que prefiere... la actitud de la flor... Me hace pensar en mi Madre... Esta flor... tan pequeña y sin embargo, fijaos cómo perfuma un solo escapo. El aire de alrededor queda perfumado... También mi Madre humilde, modesta, ignorada y que no pedía otra cosa sino seguir siendo ignorada... Y sin embargo su perfume de santidad fue tan intenso, que me aspiró del Cielo...

-¿Ves un símbolo de tu Madre en esta flor?

-Sí, Tomás.

-¿Y piensas que nuestros antiguos, cantando al lirio de los valles, la presentían? - pregunta Santiago de Alfeo.

-La compararon con otros árboles y flores: con el olivo, con la rosa; y con los más graciosos animales: tórtolas, palomas... - dice casi con ira el Iscariote.

-Cada uno de ellos le decía lo más hermoso que veía en la creación. Y de la creación Ella es realmente la Toda Hermosa. Pero Yo, para cantar sus alabanzas, la llamaría Lirio del valle y pacífico Olivo - y Jesús se serena y se ilumina al pensar en su Madre, y se adelanta para aislarse...

La caminata continúa, a pesar de la hora calurosa, porque el fondo del valle es una sucesión de árboles que protegen del sol.

Pedro, pasado un rato, acelera el paso y alcanza al Maestro. Lo llama quedo: -¡Maestro mío!

-¡Mi Pedro!

-¿Te molesto si voy contigo?

-No, amigo. ¿Qué cosa tan urgente quieres decirme, que te mueve a venir al lado de tu Maestro?

-Una pregunta... Maestro, yo soy un hombre curioso...

-¿Y entonces? - Jesús mira a su apóstol sonriendo.

-Y me gusta saber muchas cosas...

-Eso es un defecto, Pedro mío.

-Lo sé... Pero no creo que esta vez sea defecto. Si quisiera saber cosas negativas, o bribonadas para poder criticar a quien las hizo, ¡ah entonces sería defecto! Pero ya ves que no te he preguntado si Judas tenía que ver con la llamada a Béter, y para qué...

-Pero tenías muchas ganas de preguntar...

-Sí. Es verdad. Pero eso es un mérito mayor, ¿no?

-Es mérito mayor. Como es mérito grande el dominarse a sí mismo. Esto demuestra, en quien lo hace, una buena, seria evolución en lo espiritual, un verdaderamente activo aprender y asimilar las lecciones del Maestro.

-¿Sí, verdad? ¡Y Tú te sientes contento de ello?

-¿Me lo preguntas, Pedro? Me siento dichoso.

-¿Sí? ¿Verdaderamente? ¡Oh, Maestro mío! ¿Pero entonces es tu pobre Simón el que te hace feliz?

-Sí. Pero ¿no lo sabías ya?

-No osaba creerlo. Pero, al verte tan contento ayer, he mandado a uno a preguntarte. Porque pensaba que podía ser también Judas el que se mejoraba... aunque no tenga pruebas de ello... Pero puede ser que vea mal yo. Juan me dijo que le dijiste que te sentías feliz porque había uno que se hacía santo... Luego, hace un momento, me has dicho que estás contento de mí porque me hago mejor. Ahora sé. El que te hace feliz y alegre soy yo, el pobre Simón... Pero ahora quisiera que mis sacrificios hicieran cambiar a Judas. No soy envidioso. Quisiera ver a todos perfectos para hacerte verdaderamente feliz. ¿Lo lograré?

-Confía, Simón, confía y persevera.

-¡Lo haré! Cierto que lo haré. Por ti... y también por él. Porque seguro que no goza de ser siempre así. En el fondo... podría ser casi hijo mío... ¡Mmm! ¡Verdaderamente prefiero ser padre de Margziam Pero... seré padre para él, trabajando para darle un alma digna de ti.

-Y de ti, Simón - y Jesús se inclina y lo besa en el pelo.

Pedro está lleno de felicidad... Pasado un momento, pregunta

-¿Y no me dices nada más? ¿No hay ninguna otra cosa buena, alguna flor entre las espinas que encuentras por todas partes?

-Sí. Un amigo de José que viene a la Luz.

-¿Sí? ¿Un miembro del Sanedrín?

-Sí. Pero no hay que decirlo. Se debe orar. Sufrir por esto. ¿No me preguntas quién es? ¿No tienes curiosidad?

-¡Mucha! Pero no lo pregunto. Un sacrificio por este desconocido.

-¡Bendito tú, Simón! Hoy me haces verdaderamente feliz. Continúa así y te amaré cada vez más y cada vez más te amará Dios. Ahora vamos a pararnos a esperar a los demás...

## 413

## Llegada a Jerusalén para la fiesta de Pentecostés y disputa con los doctores del Templo.

La ciudad está llena de gente. Jesús ha subido al Templo nada más entrar en Jerusalén, casi inmediatamente porque ha entrado por la puerta situada junto a la Probática, antes de que la gente se pudiera dar cuenta de que estaba en la ciudad, antes de que la noticia se propagase desde la casa en que han dejado las bolsas y se han limpiado el polvo y el sudor para entrar limpios en el Templo, que está abarrotado de gente.

La indecorosa algazara de siempre, de vendedores y cambistas; el aspecto calidoscópico de siempre, de colores y rostros.

Jesús con los apóstoles, que han comprado lo necesario para la ofrenda, va directamente al lugar de oración y allí se detiene largamente. Naturalmente lo ven muchos, buenos y malos, de forma que un susurro corre como el viento, y con rumor de viento entre frondas, por el vasto patio exterior donde la gente se detiene a orar. Y cuando, después de la oración, Él se mueve para volver sobre sus pasos, un séquito de gente, que se va engrosando cada vez más, lo sigue por los otros atrios, pórticos, patios, hasta que, ya muchedumbre, lo circunda y pide su palabra.

-En otro momento, hijos. En otro lugar - dice Jesús, y alza la mano para bendecir mientras trata de alejarse.

Pero si bien, esparcidos entre la gente, hay escribas, fariseos y doctores (éstos con sus discípulos) que hacen risitas y se dicen los unos a los otros medias frases que son burlas (como: «Lo aconseja la prudencia», o: «¡Eh, un poco de miedo...!», o: «Ha alcanzado la edad del discernimiento», o también: «Menos estúpido de cuanto pensábamos...»), la mayoría, los que o por conocerlo con amor o por un buen deseo de conocerlo no odian, insisten diciendo: -¿Nos vas a privar de esta fiesta en la Fiesta? ¡Maestro bueno, no puedes hacerlo! Muchos de nosotros han hecho sacrificios para estar aquí esperándote... - y algunos tapan la boca, o responden bruscamente, a algún sarcástico.

Está claro que la masa estaría dispuesta a pisotear a estas minorías malvadas, las cuales, astutas y subrepticias, captan el mensaje y no sólo se callan sino que tratan de alejarse. Y, a pesar de estar dentro de los muros del Templo, muchos no vacilan en hacer, a espaldas de los que se alejan, gestos de burla, o en lanzar algún epíteto; mientras otros, de los más ancianos y por tanto más reflexivos, preguntan a Jesús:

-¿Qué va a ser, Tú que sabes, de este lugar, de esta ciudad, de todo Israel: que no se pliegan a la Voz del Señor?

Jesús mira con piedad a estas cabezas entrecanas, o blancas por completo, y responde:

-Jeremías *(18, 1-11, 19, 10; 20, 1-2; 24, 1-2)* os dijo lo que será de aquellos que ante la centella del enojo divino responden con aumento de pecado, de aquellos que toman la piedad divina como prueba de debilidad por parte de Dios. Porque de Dios nadie se burla, hijos. Vosotros, como dijo el Eterno por boca de Jeremías, sois como la arcilla en las manos del alfarero, como arcilla son los que se creen potentes, como arcilla son los habitantes de este lugar y los del palacio. No hay poder humano que pueda oponer resistencia a Dios. Y si la arcilla se opone al alfarero y quiere tomar formas extrañas, horribles, el alfarero reduce de nuevo lo ya hecho a un puñado de arcilla y da nueva forma a su vasija, hasta que ésta se persuade de que el más fuerte es el alfarero y hasta que no se pliega a su voluntad. Y puede incluso suceder que la vasija, por obstinarse en no dejarse modelar, por repeler el agua con que el alfarero la moja para poder modelarla sin grietas, quede reducida a fragmentos. Entonces el alfarero arroja a la basura la arcilla reacia, los cascos inútiles, intrabajables, y toma arcilla nueva y la plasma en la forma que mejor le parece.

¿No dice esto el Profeta narrando el símbolo del alfarero y de la vasija de arcilla? Esto dice. Y, repitiendo las palabras del Señor, dice “Así, como la arcilla en las manos del alfarero, tú estás, oh Israel, en las manos de Dios". Y añade el Señor, como aviso a los reacios, que sólo la penitencia y el arrepentimiento ante la corrección de Dios pueden hacer modificar el decreto de Dios de castigo hacia el pueblo rebelde.

Israel no se ha arrepentido. Por eso las amenazas de Dios contra Israel se han repetido una y mil veces con toda gravedad. Israel no se arrepiente ni siquiera ahora, ahora que no un profeta, sino más que un profeta, le habla. Y Dios, que ha tenido para con Israel la suprema misericordia y me ha enviado, ahora os dice: "Puesto que no escucháis a mi propia Voz, me doleré del bien que os he hecho y prepararé contra vosotros la desventura". Y Yo, que soy la Misericordia, aun sabiendo que esparzo inútilmente mi voz, grito a Israel: "Que cada uno vuelva sobre sus pasos dejando su mal camino. Haced, cada uno, recta vuestra conducta y vuestras tendencias. Para que, al menos, cuando se cumpla el designio de Dios para la Nación culpable, los mejores de ella, en medio de la pérdida general de los bienes, de la libertad, de la unión, conserven su espíritu libre de la culpa, unido a Dios, y no pierdan los bienes eternos de la misma forma que habrán perdido los bienes terrenos".

Las visiones de los profetas no suceden sin una finalidad: la de avisar a los hombres de lo que puede ocurrir. Y ha sido dicho, por medio de la figura de la vasija de arcilla cocida, rota en presencia del pueblo, lo que les espera a las ciudades y reinos que no se dobleguen ante el Señor y...

Los ancianos, escribas, doctores y fariseos, que antes se habían marchado, deben haber ido a avisar a los guardias del Templo y a los magistrados encargados del orden. Y uno de ellos, seguido por un puñado de estos guardias de pasta de papel, que de guerrero sólo tienen las caras (una mixtura de estupidez con un poco de malicia y una buena dosis de dureza, por no decir de delincuencia), viene hacia Jesús, que está hablando apoyado en una columna del pórtico de los Paganos, y, no pudiendo atravesar la compacta barrera de la muchedumbre que hace círculo en torno al Maestro, grita:

-¡Vete! ¡O haré que mis soldados te pongan fuera de los muros...!

-¡Uf! ¡Uf! ¡Los moscardones verdes! ¡Los héroes contra corderos! ¿Y no sabéis entrar a arrestar a los que hacen de Jerusalén un lupanar, del Templo un mercado? Vete de aquí, cara de conejo, ve con las garduñas... ¡Uuu! ¡Uuu!

La gente se rebela contra estos soldados de caricatura, y muestra claramente que no tiene intención de dejar que se injurie al Maestro.

-Obedezco las órdenes recibidas... - dice, excusándose, el jefe de estos... tutores del orden.

-Tú obedeces a Satanás y no te das cuenta. Ve, ve a impetrar misericordia por haber osado insultar y amenazar al Maestro. ¡El Maestro no se toca! ¿Habéis entendido? Vosotros, nuestros opresores; É1, el Amigo de los pobres. Vosotros, nuestros corruptores; Él, nuestro Maestro santo. Vosotros, ruina nuestra; Él, nuestra Salud. Vosotros, pérfidos; Él, bueno. ¡Fuera! Si no, os haremos lo que Matatías hizo en Modín. Os tiramos abajo por la cuesta del Moira como a altares idolátricos y hacemos limpieza lavando con vuestra sangre el lugar profanado, y los pies del único Santo de Israel pisarán esa sangre para ir al Santo de los Santos a reinar, Él que lo merece. ¡Fuera de aquí! ¡Vosotros y vuestros jefes! ¡Fuera, esbirros siervos de esbirros!...

Un tumulto espantoso... De la Antonia acuden las guardias romanas con un suboficial viejo, severo, expeditivo.

-¡Abrid paso, asquerosos! ¿Qué pasa aquí? ¿Os estáis descuartizando entre vosotros por alguno de vuestros corderos sarnosos?

Se rebelan contra los guardias... - quiere explicar el magistrado.

-¡Por Marte invicto! ¿Estos... guardias? ¡Ja! ¡Ja! Ve a combatir contra las cucarachas, guerrero de bodega. Hablad vosotros... - ordena a la gente.

-Querían imponer silencio al Rabí galileo. Querían echarlo. Quizás arrestarlo...

-¿A1 Galileo? Non licet. En la lengua de Roma os digo la frase del degollado. ¡Ja! ¡Ja! Vete a tu caseta tú y tus gozquezuelos. Y di que se estén en su caseta también los mastines (que la Loba los sabe también descuartizar)... ¿Comprendido? Sólo Roma tiene derecho de juicio. Y Tú, Galileo, cuenta tus fábulas si quieres... ¡Ja! ¡Ja! - y vuelve de golpe, con relumbre de corazas al sol, y se marcha.

-Exactamente como a Jeremías...

-Como a todos los profetas debes decir...

-Pero Dios triunfa igual.

-Maestro, sigue hablando. Las víboras han huido.

-No. Dejadlo que se marche. No vaya a ser que vuelvan con más fuerza y lo encadenen los nuevos Pasjures...

-No hay peligro... Mientras dura el rugido del león, no salen las hienas...

La gente habla y comenta formando una buena confusión.

-Os equivocáis - dice todo almibarado un fariseo pomposamente vestido, seguido de otros semejantes a él y de algunos doctores de Ley - Os equivocáis. No debéis creer que toda una casta sea como algunos de sus componentes. ¡En todos los árboles hay parte buena y parte mala!

-Sí. Efectivamente, los higos en general son dulces. Pero, si todavía no están maduros o lo están demasiado, son ásperos o ácidos. Vosotros, ácidos. Como los del pésimo cesto del profeta Jeremías – dice en medio de la multitud uno que no conozco, pero que deben conocerlo bien muchos, y debe ser influyente además, porque veo que muchos se hacen señas y observo que el fariseo encaja el golpe sin reaccionar.

No sólo eso, sino que, aún más almibarado, se dirige al Maestro y le dice:

-Espléndido tema para tu sabiduría. Háblanos, Rabí, sobre este tema. Tus explicaciones son tan... nuevas... tan... doctas... Las saboreamos con ávida hambre.

Jesús mira fijamente a este ejemplo farisaico y le responde:

-Tienes también otra hambre, no confesada, Elquías, y también tus amigos. Pero recibiréis también ese alimento... Y más ácido que los higos. Y corromperá vuestro interior como los higos acedados corrompen las entrañas.

-No. Maestro. ¡Te juro en nombre del Dios vivo que ni yo ni mis amigos tenemos otra hambre aparte de la de oírte hablar!... Dios ve si nosotros...

-Basta así... El honesto no necesita juramentos. Sus obras son juramentos y testimonios. Pero no voy a hablar de los higos óptimos y de los higos estropeados...

-¿Por qué, Maestro? Temes que los hechos contradigan tus explicaciones?

-¡No, no! Es más...

-¿Entonces es que prevés para nosotros aflicciones y oprobios, espada, peste y hambre?

-Eso y más.

-¿Más todavía? ¿Y qué es? ¿Es que ya no nos ama Dios?

-Os ama tanto, que ha cumplido la promesa.

-¿Tú? ¿Porque Tú eres la promesa?

-Lo soy.

-¿Y entonces cuándo vas a fundar tu Reino?

-Ya están echados los cimientos.

-¿Dónde? ¿Dónde?

-En el corazón de los buenos.

-¡Pero eso no es un reino! ¡Es una enseñanza!

-Mi Reino, siendo espiritual, tiene por súbditos a los espíritus. Y los espíritus no tienen necesidad de palacios, casas, guardias, muros, sino de conocer la Palabra de Dios y ponerla en práctica: lo que se está produciendo en los buenos.

-¿Tú puedes decir esta Palabra? ¿Quién te autoriza?

-La propiedad.

-¿Qué propiedad?

-La propiedad de la Palabra. Doy lo que soy. Uno que tiene vida puede dar la vida. Uno que tiene dinero puede dar dinero. Yo tengo, por mi eterna naturaleza la Palabra que traduce el divino Pensamiento, y doy la Palabra; pues el Amor me mueve a este don de dar a conocer el Pensamiento del Altísimo, que es mi Padre.

-¡Cuidado con lo que dices! ¡Es un modo audaz de hablar! ¡Podría perjudicarte!

-Más me perjudicaría mentir, porque sería desnaturalizar mi Naturaleza y renegar de Aquel de quien procedo.

-¿Entonces eres Dios, el Verbo de Dios?

-Lo soy.

-¿Y lo dices así? ¿En presencia de tantos testigos que podrían denunciarte?

-La Verdad no miente. La Verdad no hace cálculos. La Verdad es heroica.

-¿Y esto es una verdad?

-La Verdad es el que os habla. Porque el Verbo de Dios traduce Pensamiento de Dios, y Dios es Verdad.

La gente escucha concentrada, en medio de un silencio atento, para seguir la disputa, la cual, de todas formas, se desarrolla sin asperezas. Otros, desde otros lugares, han ido allí. El patio está lleno, abarrotado de gente. Centenares de caras dirigidas hacia un solo punto. Y por los desembocaderos que conducen de otros patios a éste se asoman muchas caras, alargando el cuello para ver y oír...

El Anciano Elquías y sus amigos se miran... Una verdadera telefonía de miradas. Pero se contienen. No sólo eso, sino que un viejo doctor pregunta todo amable:

-¿Y para evitar los castigos que prevés, qué tendríamos que hacer?

-Seguirme. Y, sobre todo, creerme. Y más aún, amarme.

-¿Eres una especie de mascota?

-No. Soy el Salvador.

-Pero no tienes ejércitos...

-Me tengo a mí mismo. Recordad, recordad, por vuestro bien, por piedad hacia vuestras almas, recordad las palabras del Señor a Moisés y a Aarón cuando estaban todavía en la tierra de Egipto: "Cada miembro del pueblo de Dios tome un cordero sin mancha, macho, de un año. Uno por cada casa. Y, si no basta el número de los miembros de la familia para acabar el cordero, que llame a los vecinos. Lo inmolaréis el día decimocuarto de Abid, que ahora se llama Nisán, y con la sangre del inmolado untaréis las jambas y el dintel de la puerta de vuestras casas. Esa misma noche comeréis su carne asada al fuego, con pan sin levadura y hierbas silvestres. Y lo que pudiera sobrar destruidlo con el fuego. Comeréis así: ceñidas vuestras cinturas, calzados vuestros pies, el bastón en la mano. Comeréis deprisa, porque pasa el Señor. Y esa noche pasaré hiriendo a todos los primogénitos de hombre o de animal que se encuentren en las casas no señaladas con la sangre del cordero". *(Éxodo 12, 1-13)* A1 presente, ahora que pasa de nuevo Dios - *el más verdadero* paso porque realmente Dios pasa visible entre vosotros, reconocible por sus signos -, la salvación se detendrá en aquellos que estén señalados con la señal salvífica de la Sangre del Cordero. Porque, en verdad, todos seréis señalados por ella, pero sólo los que aman al Cordero y amen su Signo obtendrán de esa Sangre salvación. Para los otros será la marca de Caín. Y ya sabéis que Caín no mereció volver a ver el rostro del Señor, y que jamás conoció descanso. Y, con el peso a sus espaldas del remordimiento, del castigo y de Satanás, su cruel rey, fue errante y fugitivo por la Tierra mientras tuvo vida. Gran figura, grande, del Pueblo que agredirá al nuevo Abel...

-También Ezequiel *(9, 4-6)* habla de la Tau... ¿Tú crees que tu Signo es la Tau de Ezequiel?

-Es ése.

-¿Entonces nos estás acusando de que en Jerusalén haya abominaciones?

-Quisiera no poder hacerlo. Pero es así.

-¿Y entre los signados con la Tau no hay pecadores? ¿Puedes jurarlo?

-Yo no juro nada. Pero digo que, si entre los signados hay pecadores, su castigo será aún más tremendo, porque los adúlteros del espíritu, los apóstatas, los que después de haber sido seguidores de Dios sean sus asesinos serán los más grandes en el Infierno.

-Pero los que no pueden creer que Tú seas Dios no tendrán pecado. Serán justificados...

-No. Si no me hubierais conocido, si no hubierais podido constatar mis obras, si no hubierais podido verificar mis palabras, no tendríais culpa. Si no fuerais doctores en Israel, no tendríais culpa. Pero vosotros conocéis las Escrituras y veis mis obras. Podéis confrontarlas. Y, si lo hacéis con honestidad, me veréis a mí en las palabras de la Escritura, y veréis las palabras de la Escritura traducidas en obras en mí. Por eso no seréis justificados de no reconocerme y de odiarme. Demasiadas abominaciones, demasiados ídolos, demasiadas fornicaciones, donde sólo Dios debería estar. Y en todos los lugares donde estáis vosotros. La salvación está en repudiar estas cosas y en acoger a la Verdad que os habla. Por eso, donde matáis o tratáis de matar seréis muertos. Y por eso seréis juzgados en las fronteras de Israel, donde todo poder humano viene a menos y solamente el Eterno es Juez de sus criaturas.

-¿Por qué hablas así, Señor? Te muestras severo.

-Me muestro veraz. Yo soy la Luz. La Luz ha sido enviada para iluminar las Tinieblas. Y la Luz debe resplandecer libremente. Sería inútil el que el Altísimo hubiera enviado su Luz, si luego la hubiera cubierto con el moyo. No hacen eso los hombres cuando encienden una luz, porque habría sido inútil encenderla. Si la encienden es para que ilumine y que el que entre en la casa vea. Yo vengo a dar Luz a la entenebrecida casa terrena de mi Padre, para que los que la habitan vean. Y la Luz brilla. Bendecidla si con su rayo purísimo os descubre reptiles, escorpiones, trampas, telas de araña, grietas en las paredes. Os hace esto por amor. Para daros la manera de conoceros, limpiaros, arrojar los animales perjudiciales - las pasiones, los pecados -; para daros la manera de reconstruiros antes de que sea demasiado tarde; para daros la manera de ver dónde ponéis el pie - en la trampa de Satanás - antes de que os hundáis. Pero para ver, además de la luz nítida, es necesario tener el ojo limpio. A través de un ojo cubierto de materia por una enfermedad, no pasa la luz. Limpiad vuestros ojos. Limpiad vuestro espíritu para que la Luz pueda descender y entrar en vosotros. ¿Por qué perecer en las Tinieblas, cuando el Bonísimo os envía la Luz y la Medicina para curaros? No es todavía demasiado tarde. Venid, en el tiempo que os queda, venid a la Luz, a la Verdad, a la Vida. Venid al Salvador vuestro, que os abre los brazos, que os abre el corazón, que os suplica que lo acojáis para vuestro eterno bien.

Jesús se muestra verdaderamente suplicante, amorosamente suplicante, despojado de cualquier otra cosa que no sea amor... Hasta las fieras más obstinadas, más ebrias de odio, lo sienten, y sus armas se sienten vencidas, sus rencores no tienen fuerza de escupir su ácido.

Se miran. Luego Elquías habla por todos:

-¡Has hablado bien Maestro! Te ruego que aceptes el convite que ofrezco en tu honor. -No pido ningún honor aparte del de conquistar vuestras almas. Déjame en mi pobreza...

-¿No querrás ofenderme negándote a aceptar?

-No hay ninguna ofensa. Te ruego que me dejes con mis amigos.

-¡También ellos! ¿Quién puede dudarlo? Ellos también contigo ¡Gran honor para mi casa!... ¡Gran honor!... Vas también a la casa de otros grandes. ¿Por qué no a la casa de Elquías?

-Bien, voy a ir. Pero cree que no podré decirte en el secreto de la casa palabras distintas de las que te he dicho aquí delante del pueblo.

-¡Tampoco yo! ¡Y tampoco mis amigos! ¿Lo dudas acaso?...

Jesús lo mira muy fijamente. Dice:

-No dudo sino de lo que ignoro. Pero no ignoro el pensamiento de los hombres. Vamos a tu casa... La paz a los que me han escuchado.

Y al lado de Elquías se dirige hacia la salida del Templo, seguido de la fila de sus apóstoles, mezclados - no entusiastas de ello - con los amigos de Elquías.

## 414

## Invectiva contra fariseos y doctores en el convite en casa del Anciano Elquías.

Elquías ha invitado a Jesús a su casa, situada poco lejos del Templo, aunque un poco avanzada hacia el barrio que está al pie de Tofet. Jesús entra en ella. Es una casa decorosa, un poco severa, de cumplidor estricto. Creo que hasta los clavos están puestos en número y posición tales, que alguno de los seiscientos trece preceptos lo indique como bueno. No hay ni un motivo ornamental en las cortinas, ni un friso en las paredes, ni un pequeño objeto de adorno... ninguna de esas mínimas cosas que hasta en las casas de José y Nicodemo y de los mismos fariseos de Cafarnaúm hay, para embellecerlas. Gélida, de tan desnuda como está de todo lo que signifique ornamento; adusta, con sus muebles oscuros y pesados escuadrados como sarcófagos: rezuma por todas partes el espíritu de su amo: es una casa que repele, que no acoge, sino que se clausura, como casa enemiga, a quien en ella entra.

Y Elquías lo señala con jactancia:

-¿Ves, Maestro, como soy cumplidor? Todo lo dice. Mira: cortinas sin motivos ornamentales, muebles sin objetos de adorno, nada de vasijas de formas esculpidas o lámparas que imiten flores. No falta nada. Pero todo está regulado según el precepto: "No te harás ninguna escultura, ni representación de lo que hay arriba en el cielo, o abajo en la tierra, o en las aguas de debajo de la tierra". Tanto en la casa como en mis indumentos o los de mis familiares. Yo, por ejemplo, no apruebo en este discípulo tuyo (Judas Iscariote) estas labores en la túnica y en el manto. Me dirás: "Muchos las llevan". Dirás: "Es sólo una greca". De acuerdo. Pero con esos ángulos, con esas curvas, recuerda demasiado los signos de Egipto. ¡Qué horror! ¡Cifras demoníacas! ¡Signos de nigromancia! ¡Siglas de Belcebú! Llevar estas cosas no te honra, Judas de Simón; ni a ti tampoco, Maestro, el permitírselo.

Judas responde con una risita sarcástica. Jesús responde humildemente:

-Más que las señales en los vestidos, vigilo que no haya señales de horror en los corazones. De todas formas, solicitaré, es más, ya desde este momento solicito de mi discípulo que lleve indumentos menos adornados, para no escandalizar a nadie.

Judas tiene una buena reacción:

-Verdaderamente mi Maestro me ha dicho varias veces que habría preferido más sencillez en mis indumentos. Pero yo... he hecho mi voluntad porque me gusta vestirme así.

-Mal, muy mal. Que un galileo enseñe a un judío está muy mal, además a ti, que eras del Templo... ¡oh!

Elquías muestra todo su escándalo, y sus amigos lo apoyan.

Judas está ya cansado de ser bueno, y replica:

-¡Entonces habría muchas pomposidades que quitaros también a vosotros del Sanedrín! Si os quitarais todos los motivos ornamentales con que cubrís las caras de vuestras almas, apareceríais bien feos.

-¡Mide tus palabras!

-Son las palabras de uno que os conoce.

-¡Maestro! ¿Lo estás oyendo?

-Oigo y digo que hace falta humildad por ambas partes, y, en ambas, verdad. Y recíproca indulgencia. Sólo Dios es perfecto.

-¡Bien dicho, Rabí! - dice uno de los amigos... Escuálida y solitaria voz en el grupo farisaico y doctoral.

-No. Está mal dicho - rebate Elquías - El Deuteronomio es claro en sus maldiciones. Dice: "Maldito el hombre que hace una imagen esculpida, o fundida, cosa abominable, obra de manos de artífice y..."

-Pero éstos son indumentos, no esculturas - responde Judas.

-Silencio tú. Habla tu Maestro. Elquías, sé justo y distingue Maldito quien hace ídolos. Pero no el que hace motivos ornamentales copiando la belleza que el Creador ha puesto en la creación. Cogemos las flores para adornar...

-Yo no cojo flores, ni quiero ver adornadas de flores las habitaciones. ¡Ay de las mujeres de mi casa, si cometen este pecado, aunque sea en las habitaciones propias! Sólo debe ser admirado Dios.

-Es un pensamiento justo. Sólo Dios. Pero se puede admirar a. Dios también en una flor, reconociendo que É1 es el artífice de la flor.

-¡No, no! ¡Paganismo! ¡Paganismo!

-Judit se adornó, y se adornó Ester para finalidad santa...

-¡Mujeres! Y la mujer es siempre un ser despreciable. Pero te ruego, Maestro, que entres en la sala del banquete mientras yo me retiro un momento, porque tengo que hablar con mis amigos.

Jesús da su consentimiento sin oposición.

-¡Maestro!... ¡Siento ahogo!... - exclama Pedro.

-¿Por qué? ¿Te sientes mal? - preguntan algunos.

-No. Pero sí, molesto... como uno que hubiera caído en una trampa.

-No te pongas nervioso. Y sed todos muy prudentes - aconseja Jesús.

Permanecen en grupo, de pie, hasta que vuelven los fariseos, seguidos por los criados.

-A las mesas sin demora. Tenemos una reunión y no podemos retrasarnos - ordena Elquías. Y distribuye los puestos, mientras ya los criados trinchan las carnes.

Jesús está al lado de Elquías y junto a Él Pedro. Elquías ofrece los alimentos y la comida empieza en medio de un silencio helador... Pero luego empiezan las primeras palabras, naturalmente dirigidas a Jesús, porque a los otros doce no se los considera; es como si no estuvieran.

E1 primero que pregunta es un doctor de la Ley.

-Maestro, ¿entonces estás seguro de que eres lo que dices?

-No es que sea Yo el que lo diga; ya los profetas lo habían dicho, antes de mi venida a vosotros.

-¡Los profetas!... Tú que niegas que nosotros somos santos, puedes también recibir como buenas mis palabras, si digo que nuestros profetas pueden ser unos exaltados.

-Los profetas son santos.

-Y nosotros no, ¿no es verdad? Considera que Sofonías une los profetas a los sacerdotes en la condena contra Jerusalén: "Sus profetas son unos exaltados, hombres sin fe, y sus sacerdotes profanan las cosas santas y violan la Ley". Tú nos echas en cara esto continuamente. Pero, si aceptas al profeta en la segunda parte de lo que dice, debes aceptarlo también en la primera, y reconocer que no hay base de apoyo en las palabras que vienen de los exaltados.

-Rabí de Israel, respóndeme. Cuando pocos renglones después Sofonías dice: "Canta y alégrate, hija de Sión... El Señor ha retirado el decreto que había contra ti... El Rey de Israel en medio de ti", ¿tu corazón acepta estas palabras?

-Mi gloria consiste en repetírmelas a mí mismo soñando aquel día.

-Pero son palabras de un profeta, por tanto de un exaltado...

El doctor de la Ley se queda desorientado un momento.

Le ayuda un amigo:

-Ninguno puede poner en duda que Israel reinará. No sólo uno, sino todos los profetas y los pre-profetas, o sea los patriarcas, han manifestado esta promesa de Dios.

-Y ninguno de los pre-profetas ni de los profetas ha dejado de señalarme como lo que soy.

-¡Sí! ¡Bueno! ¡Pero no tenemos pruebas! Puedes ser Tú también un exaltado. ¿Qué pruebas nos das de que eres el Mesías, el Hijo de Dios? Dame una seña para que pueda juzgar.

-No te digo mi muerte, descrita por David e Isaías, sino que te digo mi resurrección.

-¿Tú? ¿Tú? ¿Resucitar Tú? ¿Y quién te va a hacer resucitar?

-Vosotros no, está claro; ni el Pontífice ni el monarca ni las castas ni e1 pueblo. Resucitaré por mí mismo.

-¡No blasfemes, Galileo, ni mientas!

-Sólo doy honor a Dios y digo la verdad. Y con Sofonías te digo "Espérame en mi resurrección". Hasta ese momento podrás tener dudas, podréis tenerlas todos, podréis trabajar en instilarlas en el pueblo. Pero no podréis ya cuando el Eterno Viviente, por sí mismo, después de haber redimido, resucite para no volver a morir, Juez intocable, Rey perfecto que con su cetro y su justicia gobernará y juzgará hasta el final de los siglos y seguirá reinando en los Cielos para siempre.

-¿Pero no sabes que estás hablando a doctores y Ancianos? – dice Elquías.

-¿Y qué, pues? Me preguntáis, Yo respondo. Mostráis deseos de saber, Yo os ilustro la verdad. No querrás hacerme venir a la mente, tú que por un motivo ornamental en un vestido has recordado la maldición del Deuteronomio, la otra maldición del mismo: "Maldito el que hiere a traición a su prójimo".

-No te hiero, te doy comida.

-No. Pero las insidiosas preguntas son golpes dados por la espalda. Ten cuidado, Elquías, porque las maldiciones de Dios se siguen, y la que he citado va seguida por esta otra: "Maldito quien acepta regalos para condenar a muerte a un inocente".

-En este caso el que aceptas regalos eres Tú, que eres mi invitado.

-Yo no condeno ni siquiera a los culpables si están arrepentidos.

-No eres justo, entonces.

-No, es justo, porque Él considera que el arrepentimiento merece perdón, y por eso no condena - dice el mismo que ya había manifestado su aprobación en el atrio de la casa a las palabras de Jesús.

-¡Cállate, Daniel! ¿Pretendes saber de estas cosas más que nosotros? ¿O es que estás seducido por uno sobre el cual mucho hay que decidir todavía y que no hace nada por ayudarnos a decidir en su favor? - dice un doctor.

-Sé que sois los que sabéis, y yo un simple judío, que ni siquiera sé por qué a menudo queréis que esté con vosotros...

-¡Pues porque eres de la familia! ¡Es fácil de entender! ¡Quiero que los que entran en mi parentela sean santos y sabios! No puedo consentir ignorancias en la Escritura, ni en la Ley, ni en los Halasiots, Midrasiots y en la Haggada. Y no las soporto. Hay que conocer todo. Hay que observar todo...

-Y te agradezco tanta preocupación. Pero yo, simple labriego de tierras, que indignamente he pasado a ser pariente tuyo, me he preocupado solamente de conocer la Escritura y los Profetas para consuelo de mi vida. Y, con la sencillez de un iletrado, te confieso que reconozco en el Rabí el Mesías, precedido por su Precursor, que nos lo ha señalado... Y Juan - no puedes negarlo - estaba penetrado del Espíritu de Dios.

Un momento de silencio. No quieren negar que Juan el Bautista fuera infalible; afirmarlo, tampoco.

Entonces otro dice:

-Bien... digamos que el Precursor es precursor del ángel que Dios envía para preparar el camino del Cristo. Y... admitamos que en el Galileo hay santidad suficiente para juzgar que Él es ese ángel. Después de Él vendrá el tiempo del Mesías. ¿No os parece a todos conciliador este pensamiento? ¿Lo aceptas, Elquías? ¿Y vosotros, amigos? ¿Y Tú, Nazareno?

-No. No. No.

Los tres noes son seguros.

-¿Cómo? ¿Por qué no lo aprobáis?

Elquías calla. Callan sus amigos. Solamente Jesús, sincero, responde:

-Porque no puedo aprobar un error. Yo soy más que un ángel. El ángel fue el Bautista, Precursor del Cristo, y el Cristo soy Yo.

Un silencio glacial, largo. Elquías, apoyado el codo sobre el triclinio y la cara en la mano, piensa, adusto, cerrado como toda su casa. Jesús se vuelve y lo mira. Luego dice:

-¡Elquías, Elquías, no confundas la Ley y los Profetas con las minucias!

-Veo que has leído mi pensamiento. Pero no puedes negar que has pecado incumpliendo el precepto.

-Como tú has incumplido el deber hacia el invitado; además con astucia, por tanto con más culpa. Lo has hecho con *voluntad* de hacerlo. Me has distraído y me has mandado aquí, mientras tú con tus amigos te purificabas, y cuando has vuelto nos has pedido que no nos demorásemos, porque tenías una reunión. Todo para poder decirme: "Has pecado".

-Podías recordarme mi deber de darte con qué purificarte.

-Te podría recordar muchas cosas, pero no serviría para nada más que para hacerte más intransigente y enemigo.

-No. Dilas. Dilas. Queremos escucharte y...

-Y acusarme ante los Príncipes de los Sacerdotes. Por este motivo te he recordado la última y la penúltima maldición. Lo sé. Os conozco. Estoy aquí, inerme, entre vosotros. Estoy aquí, aislado del pueblo que me ama, ante el cual no os atrevéis a agredirme. Pero no tengo miedo. Y no acepto arreglos ni me comporto cobardemente. Y os manifiesto vuestro pecado, de toda vuestra casta y vuestro, oh fariseos, falsos puros de la Ley, oh doctores, falsos sabios, que confundís y mezcláis a propósito lo verdaderamente bueno y lo falsamente bueno; que a los demás y de los demás exigís la perfección incluso en las cosas exteriores y a vosotros no os exigís nada. Me criticáis, unidos al que nos ha invitado aquí, a mí y a vosotros, el que no me haya lavado antes de la comida. Sabéis que vengo del Templo, donde no se entra sino tras haberse purificado de las suciedades del polvo y del camino. ¿Es que queréis confesar que el Sagrado Lugar es contaminación?

-Nosotros nos hemos purificado antes de la comida.

-Y a nosotros nos ha sido impuesto: "Id allí, esperad". Y después "A las mesas sin demora". Luego entonces, entre tus paredes desnudas de motivos ornamentales había un motivo intencional: engañarme. ¿Qué mano ha escrito en las paredes el motivo para poderme acusar? ¿Tu espíritu u otra potencia a la que escuchas y que dicta a tu espíritu sus reglas? Pues bien, oíd todos.

Jesús se pone en pie. Tiene las manos apoyadas en el borde de la mesa. Empieza su invectiva:

-Vosotros, fariseos, laváis la copa y el plato por fuera, y os laváis las manos y os laváis los pies, casi como si plato y copa, manos y pies, entrasen en ese espíritu vuestro que os place proclamar puro y perfecto. Pero no sois vosotros, sino Dios, quien tiene que proclamarlo. Pues bien, sabed lo que Dios piensa de vuestro espíritu. Piensa que está lleno de mentira, suciedad y codicia; lleno de iniquidad está, y nada puede desde fuera corromper lo que ya está corrompido.

Quita la derecha de la mesa y empieza involuntariamente a hacer gestos con ella mientras prosigue:

-¿Y no puede, acaso, quien ha hecho vuestro espíritu, como ha hecho vuestro cuerpo, exigir, al menos en igual medida, para lo interno el respeto que tenéis para lo externo? Necios que cambiáis los dos valores e invertís su potencia, ¿no querrá el Altísimo un cuidado aún mayor para el espíritu - hecho a semejanza suya y que por la corrupción pierde la Vida eterna -, que no para la mano o el pie, cuya suciedad puede ser eliminada con facilidad, y que, aunque permanecieran sucios no influirían en la limpieza interior? ¿Puede Dios preocuparse de la limpieza de una copa o de una bandeja, cuando no son sino cosas sin alma y que no pueden influir en vuestra alma?

Leo tu pensamiento, Simón Boetos. No. No es consistente. Vosotros no tenéis estos cuidados, ni practicáis estas purificaciones, por una preocupación por la salud, ni por una tutela de la carne o de la vida. El pecado carnal, más claramente, los pecados carnales de gula, de intemperancia, de lujuria, son ciertamente más dañinos para la carne que no un poco de polvo en las manos o en el plato. Y, a pesar de ello, los practicáis sin preocuparos de tutelar vuestra existencia y la incolumidad de vuestros familiares. Y cometéis pecados de más de una naturaleza, porque, además de la contaminación de vuestro espíritu y de vuestro cuerpo, además del despilfarro de bienes, de la falta de respeto a los familiares, ofendéis al Señor por la profanación de vuestro cuerpo, templo de vuestro espíritu, en que debería estar el trono para el Espíritu Santo; y lo ofendéis por el juicio que hacéis de que os debéis tutelar por vosotros mismos de las enfermedades que vienen de un poco de polvo, como si Dios no pudiera intervenir para protegeros de las enfermedades físicas si recurrierais a Él con espíritu puro.

¿Es que Aquel que ha creado lo interno no ha creado acaso también lo externo y viceversa? ¿Y no es lo interno lo más noble y lo más marcado por la divina semejanza? Haced entonces obras que sean dignas de Dios, y no mezquindades que no se elevan por encima del polvo para el cual y del cual están hechas, del pobre polvo que es el hombre considerado como criatura animal, barro compuesto en una forma y que a ser polvo vuelve, polvo dispersado por el viento de los siglos. Haced obras que permanezcan, obras regias y santas, obras que se coronen de la divina bendición. Haced caridad, haced limosna, sed honestos, sed puros en las obras y en las intenciones, y sin recurrir al agua de las abluciones todo será puro en vosotros.

¿Pero qué os creéis? ¿Que estáis en regla porque pagáis los diezmos de las especias? No. ¡Ay de vosotros, fariseos que pagáis los diezmos de la menta y de la ruda, de la mostaza y del comino, del hinojo y de todas las demás verduras, y luego descuidáis la justicia y el amor a Dios! Pagar los diezmos es un deber y hay que cumplirlo. Pero hay otros deberes más altos, que también hay que cumplir. ¡Ay de quien cumple las cosas exteriores y descuida las interiores basadas en el amor a Dios y al prójimo! ¡Ay de vosotros, fariseos, que estimáis los primeros puestos en las sinagogas y en las asambleas y deseáis que os hagan reverencias en las plazas, y no pensáis en hacer obras que os den un puesto en el Cielo y os merezcan la reverencia de los ángeles. Sois semejantes a sepulcros escondidos, inadvertidos para el que pasa junto a ellos sin repulsa (sentiría repulsa si pudiera ver lo que encierran); pero Dios ve las más recónditas cosas y no se equivoca cuando os juzga.

Le interrumpe, poniéndose también de pie, en oposición, un doctor de la Ley.

-Maestro, hablando así nos ofendes también a nosotros; y no te conviene, porque nosotros debemos juzgarte.

-No. No vosotros. Vosotros no podéis juzgarme. Vosotros sois los juzgados, no los jueces, y quien os juzga es Dios. Vosotros podéis hablar, emitir sonidos con vuestros labios. Pero ni la más potente de las voces llega a los cielos, ni recorre toda la Tierra. Después de un poco de espacio es silencio... Después de un poco de tiempo es olvido. Pero el juicio de Dios es voz que permanece y no está sujeto a olvidos. Siglos y siglos han pasado desde que Dios juzgó a Lucifer y juzgó a Adán. Y la voz de ese juicio no se apaga, las consecuencias de ese juicio permanecen. Y si ahora he venido para traer de nuevo la Gracia a los hombres, mediante el Sacrificio perfecto, el juicio sobre la acción de Adán permanece igual, y siempre será llamado "pecado original". Los hombres serán redimidos, lavados con una purificación que supera todas las demás, pero nacerán con esa marca, porque Dios ha juzgado que esa marca debe estar en todos los nacidos de mujer, menos para Aquel que, no por obra de hombre, sino por Espíritu Santo fue hecho, y para la Preservada y el Presantificado, vírgenes eternamente: la Primera, para poder ser la Virgen Deípara; el segundo, para poder preceder al Inocente naciendo ya limpio por un disfrute anticipado de los méritos infinitos del Salvador Redentor.

Y Yo os digo que Dios os juzga. Y os juzga diciendo: "¡Ay de vosotros, doctores de la Ley, porque cargáis a la gente con pesos insoportables, transformando en castigo el paterno decálogo del Altísimo para su pueblo". Lo había dado con amor y por amor, para que una justa guía sostuviera al hombre, al hombre, a ese eterno e imprudente e ignorante niño. Y vosotros, habéis cambiado la amorosa pollera con que Dios había abrazado a sus criaturas para que pudieran andar por el camino suyo y llegar a su corazón; la habéis cambiado por montañas de puntiagudas piedras, pesadas, angustiosas, un laberinto de prescripciones, una pesadilla de escrúpulos, a causa de lo cual el hombre se abate, se pierde, se detiene, teme a Dios como a un enemigo. Obstaculizáis la marcha de los corazones hacia Dios. Separáis al Padre de los hijos. Negáis con vuestras imposiciones esta dulce, bendita, verdadera Paternidad. Pero vosotros no tocáis ni con un dedo esos pesos que cargáis a los demás. Os creéis justificados sólo por haberlos dado. Necios, ¿no sabéis que seréis juzgados precisamente por lo que habéis considerado necesario para salvarse? ¿No sabéis que Dios os va a decir: "Juzgabais como sagrada, justa, vuestra palabra. Pues bien, también Yo la juzgo así. Y os juzgo con vuestra palabra, porque se la habéis impuesto a todos y habéis juzgado a los hermanos conforme a cómo la acogieron y practicaron. Quedad condenados porque no habéis hecho lo que habéis dicho que había que hacer"?

¡Ay de vosotros, que erigís sepulcros a los profetas asesinados por vuestros padres! ¿Es que creéis disminuir con ello la dimensión de la culpa de vuestros padres?, ¿cancelarla ante los ojos de la posteridad? No. A1 contrario. Dais testimonio de estas obras de vuestros padres. No sólo eso, sino que las aprobáis, dispuestos a imitarlos, elevando luego un sepulcro al profeta perseguido para deciros a vosotros mismos: "Lo hemos honrado". ¡Hipócritas! Por esto la Sabiduría de Dios dijo: "Les enviaré profetas y apóstoles. A unos los matarán, a otros los perseguirán; para que se pueda pedir a esta generación la sangre de todos los profetas que ha sido derramada desde la creación del mundo en adelante, desde la sangre de Abel hasta la de Zacarías, asesinado entre el altar y el santuario. Sí, en verdad, en verdad os digo que de toda esta sangre de santos se pedirá cuentas a esta generación que no sabe distinguir a Dios en donde está, y persigue al justo y lo aflige porque e1 justo es el vivo cotejo con su injusticia.

¡Ay de vosotros, doctores de la Ley, que habéis arrebatado la llave de la ciencia y habéis cerrado su templo para no entrar, y así no ser juzgados por ella, y tampoco habéis permitido que otros entraran! Porque sabéis que, si el pueblo fuera instruido por la verdadera Ciencia, o sea, la Sabiduría santa, podría juzgaros. De forma que preferís que sea ignorante para que no os juzgue. Y me odiáis porque soy la Palabra de la Sabiduría, y quisierais encerrarme prematuramente en una cárcel, en un sepulcro para que ya no siguiera hablando.

Pero hablaré hasta que plazca a mi Padre que lo haga. Y después hablarán mis obras, más aún que mis palabras; y hablarán mis méritos, más aún que mis obras; y el mundo será instruido y sabrá y os juzgará. Este es el primer juicio contra vosotros. Luego vendrá el segundo, el juicio particular para cada uno de vosotros que muera. En fin, el último: el universal. Y recordaréis este día y estos días, y vosotros, sólo vosotros, conoceréis a ese Dios terrible que os habéis esforzado en agitar, como una visión de pesadilla, ante los espíritus de los sencillos, mientras que vosotros, dentro de vuestro sepulcro, os habéis mofado de Él, y no habéis obedecido ni respetado los mandamientos, desde el primero y principal (el del amor) hasta el último que fue dado en el Sinaí.

Es inútil, Elquías, que no tengas figuras en tu casa. Es inútil, todos vosotros, que no tengáis objetos esculpidos en vuestras casas. Dentro de vuestro corazón tenéis el ídolo, los ídolos. El de creeros dioses, los de vuestras concupiscencias.

Venid, vosotros. Vamos.

Y, haciéndose preceder por los doce, sale el último.

Un silencio...

Luego, los que se han quedado en la casa, rompen en un clamor diciendo todos juntos:

-¡Hay que perseguirlo, pillarlo en un renuncio, encontrar motivos de imputación! ¡Hay que matarlo!

Otro silencio.

Y luego, mientras dos de ellos se marchan con la náusea del odio o de los propósitos farisaicos - son el pariente de Elquías y el otro que dos veces ha defendido al Maestro -, los que se quedan se preguntan:

-¿Y cómo?

Otro silencio.

Luego, con una carcajada ronca, Elquías dice:

-Hay que trabajar a Judas de Simón...

-¡Sí, claro! ¡Buena idea! ¡Pero lo has ofendido!...

-Me encargo yo - dice el que ha sido llamado Simón Boetos por Jesús - Yo y Eleazar de Anás... Lo embaucaremos...

-Unas pocas promesas...

-Un poco de miedo...

-Mucho dinero...

-No. Mucho no... Promesas, promesas de mucho dinero...

-¿Y luego?

-¿Cómo "y luego"?

-Sí. Luego. Terminada la cosa. ¿Qué le vamos a dar?

-Pues nada! La muerte. Así... *no hablará nunca* - dice lenta y cruelmente Elquías.

-¡Oh, la muerte!...

-¿Te aterroriza? ¡Venga hombre! Si matamos al Nazareno, que es un justo... podremos matar también al Iscariote, que es un pecador...

Hay vacilaciones...

Pero Elquías, poniéndose de pie, dice:

-Se lo diremos también a Anás... Y veréis como... juzgará buena la idea. Y vendréis también vosotros... ¡Claro que vendréis! ...

Salen todos detrás del amo de la casa, que se marcha diciendo:

-Vendréis... ¡Claro que vendréis!

## 415

## Un alto en el camino en Betania.

El ocaso arrebola el cielo cuando Jesús llega a Betania. Sudorosos, llenos de polvo, le siguen los suyos. Y Jesús y los apóstoles son los únicos que desafían al horno del camino, poco amparado por los árboles que se extienden desde el Monte de los Olivos hasta los relieves de Betania.

El verano se intensifica. Pero más aún se intensifica el odio. Los campos están pelados y agostados: hornos son que reflejan soplos de fuego. Los corazones de los enemigos de Jesús están todavía más pelados, no digo ya de amor, sino de honradez, de moral incluso humana, agostados por el odio... Y para Jesús sólo hay una casa. Hay sólo un refugio: Betania. Allí hay amor, alivio, protección, fidelidad... El Peregrino perseguido se dirige allí con su indumento blanco, su rostro apenado, su paso cansado - como quien no puede detenerse por venir detrás, aguijoneándole, los enemigos - y la mirada resignada como quien ya contempla la muerte que de hora en hora, a cada paso, se acerca, y que ya acepta, por obediencia a Dios...

La casa, en medio de su vasto jardín, está toda cerrada y muda, en espera de horas más frescas. El jardín está vacío y mudo; en él sólo el sol reina, despótico.

Tomás llama con su fuerte voz de barítono.

Una cortina se separa, una cara mira... Luego un grito:

-¡El Maestro! - y los siervos se apresuran a salir afuera, seguidos por las asombradas amas, que ciertamente no esperaban a Jesús en esa hora todavía de fuego.

-¡Rabbuní!, ¡Mi Señor!

Marta y María saludan desde lejos, ya inclinadas, preparadas para postrarse, cosa que hacen en cuanto, abierta la cancilla, Jesús no está ya separado de ellas.

-Marta, María, la paz a vosotras y a vuestra casa.

La paz a ti, Maestro y Señor... Pero, ¿cómo a esta hora? - preguntan las hermanas (indicando a los domésticos que se marchen para que Jesús pueda hablar libremente).

-Para dar reposo al cuerpo y al espíritu donde no se me odia... - dice con tristeza Jesús mientras tiende hacia ellas las manos como para decir: « ¿Me queréis con vosotras?», y se esfuerza en sonreír pero es una sonrisa bien triste, contradicha por la mirada de sus ojos apenados).

-¿Te han hecho algún mal? - pregunta María encendiéndose.

-¿Qué te ha sucedido? - pregunta Marta, y, materna, añade:

-Ven, te daré alivio. ¿Desde cuándo andas, que estás tan cansado?

-Desde el alba... y puedo decir que sin parar, porque la corta pausa en casa de Elquías el Anciano ha sido peor que un largo camino.

-¿Allí te han angustiado?...

-Sí... y antes en el Templo...

-¿Pero por qué has ido a casa de esa serpiente? - pregunta María.

-Porque no ir hubiera servido para justificar su odio, que me habría acusado de despreciar a los miembros del Sanedrín. Pero ya... vaya Yo o no vaya, la medida del odio farisaico está colmada... y ya no habrá tregua...

-¿En esta situación estamos? Quédate con nosotros. Maestro. Aquí no te harán ningún mal...

-Faltaría a mi misión... Muchas almas esperan a su Salvador. Debo ir...

-¡Pero no te van a dejar ir!

-No. Me perseguirán permitiéndome moverme para estudiar todos los pasos que dé, dejándome hablar para estudiar todas mis palabras, vigilándome como los sabuesos a su presa para tener... algo que pueda parecer falta... y todo servirá para ese fin...

Marta, que es siempre tan discreta, se siente tan invadida de piedad, que alza la mano como para una caricia en la mejilla enflaquecida; pero se detiene y se ruboriza. Dice:

-¡Perdona! ¡Me has hecho sentir la misma pena que me hace sentir nuestro Lázaro! ¡Perdóname, Señor, por haberte amado como a un hermano que sufre!

-Soy el hermano que sufre... Amadme con puro amor de hermanas... Pero, ¿y Lázaro?

-Cada vez más desfallecido, Señor... - responde María, y a las lágrimas que ya le irritan los ojos da rienda suelta con esta confesión, que se une a la pena de ver tan afligido a su Maestro.

-No llores, María. Ni por mí ni por él. Hacemos la divina voluntad. Se debe llorar por quien no sabe hacer esta voluntad...

María se inclina para tomar la mano de Jesús y la besa en la punta de los dedos.

Entretanto han llegado a la casa. Entran y van inmediatamente a donde Lázaro; los apóstoles por su parte descansan y se refrescan con lo que ofrecen los criados.

Jesús se inclina hacia el consumido Lázaro, cada vez más consumido; lo besa sonriente para aligerar la tristeza de su corazón.

-¡Maestro, cuánto me quieres! Ni siquiera has esperado a la caída de la tarde para venir a mí. Con este calor...

-Amigo mío, Yo me deleito en ti y tú en mí. Lo demás es nada.

-Es verdad. Es nada. Incluso mi sufrimiento me es nada... Ahora sé por qué sufro, y qué puedo con mi sufrimiento - y Lázaro sonríe con una íntima, espiritual sonrisa.

-Así es, Maestro. Casi se diría que nuestro Lázaro ve con placer la enfermedad y... - un sollozo quiebra la voz de Marta, que calla.

-Sí, dilo, ¿por qué no?: y la muerte. Maestro, diles a ellas que me deben ayudar, como hacen los levitas con los sacerdotes.

-¿A qué, amigo mío?

-A consumar el sacrificio...

-¡Y sin embargo tenías miedo de la muerte hasta hace poco tiempo! ¿Entonces ya no nos quieres? ¿Ya no quieres al Maestro? ¿No le quieres servir?... - pregunta más fuerte, pero pálida de dolor, María, acariciando la mano amarillenta de su hermano.

-¿Y lo preguntas tú, precisamente tú, alma ardiente y generosa? ¿No soy tu hermano? ¿No tengo tu misma sangre y tus mismos santos amores: Jesús, las almas y vosotras, amadas hermanas?... Pero desde Pascua mi alma conserva una gran palabra. Y amo la muerte. Señor, te la ofrezco por tu misma intención.

-¿Entonces ya no me pides la curación?

-No, Rabbuní. Te pido bendición para saber sufrir y... morir... y, si no es demasiado pedir, para redimir... Tú lo dijiste...

-Lo dije. Y te bendigo para darte todas las fuerzas.

Y le impone las manos. Luego lo besa.

-Estaremos juntos y me instruirás...

-No ahora, Lázaro. No me detengo. He venido unas pocas horas. Cuando se haga de noche me marcho.

-¿Por qué - preguntan, desilusionados, los tres hermanos.

-Porque no puedo detenerme... Volveré en otoño. Y entonces... estaré mucho aquí y mucho haré aquí... y en los alrededores...

Silencio triste. Luego Marta suplica:

-Entonces, al menos, descansa y repón fuerzas...

-Nada me dará como vuestro amor nuevas fuerzas. Haced que descansen mis apóstoles y a mí dejadme estar aquí, con vosotros, con esta paz...

Marta sale, llorando, y vuelve con unas tazas de leche fría y fruta temprana...

-Los apóstoles han comido y ahora duermen cansados. Maestro mío, ¿verdaderamente no quieres descansar?

-No insistas, Marta. No habrá surgido todavía el alba y ellos ya me estarán buscando aquí, en el Getsemaní, en casa de Juana, en todas las casas amigas. Pero para el alba Yo ya estaré lejos.

-¿A dónde vas, Maestro? - pregunta Lázaro.

-Hacia Jericó, pero no por el camino usual... Tuerzo hacia Tecua y luego retrocedo hacia Jericó.

-Camino molesto en este período… - susurra Marta.

-Precisamente por eso está solitario. Caminaremos de noche. Las noches son claras, incluso antes de que se alce la Luna... Y el alba viene tan rápido...

-¿Y luego? - pregunta María.

-Y luego la Transjordania. Y a la altura de Samaria, en su septentrión, pasaré el río y vendré a esta parte.

-Ve pronto a Nazaret. Estás cansado... - dice Lázaro.

-Antes tengo que ir a la orilla del mar... Luego... iré a Galilea. Pero también me perseguirán allí...

-Tendrás en todo caso a tu Madre, que te consuela... - dice Marta.

-¡Sí, pobre Mamá!

-Maestro, Magdala es tuya. Ya lo sabes - recuerda María.

-Lo sé, María... Conozco todo el bien y todo el mal...

-¡Separados así!... ¡durante tanto tiempo! ¿Me encontrarás vivo, Maestro?

-No lo dudes. No lloréis... Hay que habituarse también a las separaciones. Y son útiles para probar la fuerza de los afectos. Se entienden mejor los corazones amados viéndolos con ojo espiritual, desde lejos. Cuando, no bajo el efecto del gusto humano por la cercanía física del amado, se puede meditar en su espíritu y en su amor... se comprende más el yo de la persona lejana... Estoy seguro de que pensando en vuestro Maestro lo comprenderéis mejor todavía cuando veáis y contempléis en paz mis acciones y mis afectos.

-¡Oh, Maestro! ¡Pero nosotros no tenemos dudas respecto a ti!

-Ni yo respecto a vosotros. Lo sé. Pero me conoceréis más todavía. Y no os digo que me améis, porque conozco vuestro corazón. Digo solamente: orad por mí.

Los tres hermanos lloran... ¡Está tan triste Jesús!... ¿Cómo no llorar?

-¿Qué queréis? Dios había puesto el amor entre los hombres. Pero los hombres, en su lugar, han metido el odio... Y el odio divide no sólo a los enemigos entre sí, sino que también se introduce astutamente para separar a los amigos.

Un silencio largo. Luego Lázaro dice:

-¡Maestro, vete de Palestina durante un tiempo!...

-No. Mi puesto está aquí. Para vivir, evangelizar, morir.

-Pero encontraste un remedio para Juan y la griega. Ve con ellos.

-No. A ellos había que salvarlos. Yo *debo* salvar. Y ésta es la diferencia que explica todo. El altar está aquí, y aquí está la cátedra. No puedo ir a otro lugar. Y además... ¿Creéis que ello cambiaría lo que está decidido? No. Ni en la Tierra ni en el Cielo. Lo único que haría sería empañar la pureza espiritual de la figura mesiánica. Sería "el cobarde" que se salva con la fuga. Debo dar el ejemplo, a los del presente y a los del futuro, de que en las cosas de Dios, en las cosas santas, no hay que ser cobardes...

-Tienes razón, Maestro - suspira Lázaro...

Y Marta, apartando la cortina, dice:

-Tienes razón... La tarde avanza. Ya no hay sol...

María se echa a llorar angustiosamente, como si esta palabra hubiera tenido el poder de disolver su fuerza moral, que contenía su llanto vertiendo lágrimas sólo silenciosamente. Llora más desconsoladamente que en la casa del fariseo, cuando con su llanto pedía perdón al Salvador...

-¿Por qué lloras así? - pregunta Marta.

-¡Porque has dicho la verdad, hermana! Ya no hay Sol... El Maestro se marcha... Ya no hay Sol para mí... para nosotros...

-Calmaos. Os bendigo. Quede con vosotros mi bendición. Y ahora dejadme con Lázaro, que está cansado y necesita silencio. Velando a mi amigo descansaré. Asistid a los apóstoles y haced que estén preparados para la hora de las sombras...

Las discípulas se retiran y Jesús se queda silencioso, recogido en sí mismo, sentado al lado del amigo que pierde vigor y que, satisfecho con esa cercanía, se duerme con una leve sonrisa en el rostro.

## Un mendigo samaritano en el camino de Jericó.

Veo a Jesús yendo por una calzada de primer orden llena de polvo y sol. No hay ni un hilo de sombra ni una pizca de verdor. Polvo en el camino y en las incultas tierras que lo bordean. Ciertamente no son las dulces colinas de Galilea, ni los montes más bosquivos de Judea, tan ricos en agua y pastos. Este terreno no es desértico por propia naturaleza, pero ha venido a serlo por la acción del hombre, que lo ha dejado yermo. Es llanura. No veo ninguna colina, ni siquiera en la lejanía. No conociendo en absoluto Palestina, no puedo decir qué región es. Eso sí, es una región que no he visto nunca en las precedentes visiones. A un lado de la calzada hay montones de pedralla; quizás acumulados para repararla, pues está en pésimas condiciones. Por ahora uno se hunde en la arena. Cuando llueve debe transformarse en un torrente de lodo. No veo ninguna casa, ni cercana ni lejana.

Jesús, como siempre, va algunos metros delante de los apóstoles, que lo siguen en grupo, sudorosos y cansados. Para resguardarse del sol se han echado sobre la cabeza los mantos: parecen una cofradía vestida con hábitos multicolores. Jesús, sin embargo, lleva la cabeza descubierta. Parece que no le da ninguna molestia el sol. Viste una túnica de lino blanco, de mangas cortas hasta el codo, muy amplia y suelta; no lleva siquiera el habitual cinturón de cordones: es un indumento verdaderamente indicado para este lugar tórrido. También el manto debe ser de lino - teñido de azul -, porque es muy fino y cae liviano sobre el cuerpo, al que arropa mucho menos de lo habitual; cubre los hombros pero deja libres los brazos. No sé cómo lo ha sujetado para hacer que esté así.

Sentado, semiechado más bien, en uno de los montones de pedralla, hay un hombre. Un pobre, un mendigo sin duda. Está vestido - digámoslo así - con una sucia y andrajosa, pequeña túnica que quizás ha sido blanca pero que ahora es de color barro. Calza dos miserables sandalias destaconadas: dos suelas semidesfondadas sujetas con unos cordeles. En las manos, un bastón hecho con una rama de árbol. En la frente una venda sucia; en la pierna izquierda, entre la rodilla y el extremo superior, otro trapajo sucio y ensangrentado. El pobre está demacrado: un montón de huesos; abatido, sucio, hirsuto, despeinado.

Antes de que él invoque a Jesús, Jesús va hacia él. Se acerca al mísero y pregunta:

-¿Quién eres?

-Un pobre que pide pan.

-¿Por este camino?

-Voy a Jericó.

-El camino es largo y la región está despoblada.

-Lo sé, pero es más fácil que me den un pan y una moneda los gentiles que pasan por este camino, que no los judíos. Vengo de estar entre judíos.

-¿Vienes de Judea?

-Sí. De Jerusalén. Pero he tenido que dar una vuelta grande para pasar por donde ciertas personas buenas de los campos, que siempre me ofrecen ayuda. En la ciudad no. No hay piedad.

-Es como has dicho. No hay piedad.

-Tú la tienes. ¿Eres judío?

-No. De Nazaret.

-Hace tiempo tenían mal nombre los nazarenos. Pero ahora hay que decir que son mejores que los de Judá. También en Jerusalén sólo los seguidores de ese Nazareno que llaman Profeta son buenos. ¿Lo conoces?

-¿Y tú lo conoces?

-No. Había ido porque, mira, tengo la pierna muerta y agarrotada, y me muevo con dificultad. No puedo trabajar. Me muero de hambre, y también por los golpes. Tenía esperanza de encontrarlo, porque me dicen que cura a quien toca. Es verdad que no soy del pueblo elegido... pero dicen que es bueno con todos. Me habían dicho que estaba en Jerusalén para la fiesta de las Semanas. Pero yo andaba lento... y me han pegado, y he enfermado por el camino... Cuando llegué a Jerusalén ya se había marchado, porque, me han dicho, los judíos le han tratado mal también a Él.

-¿Y a ti te han maltratado?

-Siempre. Sólo los soldados romanos me dan un pan.

-¿Y qué se dice en Jerusalén, entre el pueblo, de este Nazareno?

-Que es Hijo de Dios, un gran profeta, un santo, un justo.

-¿Y tú qué crees que es?

-Yo soy... soy un idólatra. Pero creo que es el Hijo de Dios.

-¿Cómo puedes creerlo, si ni siquiera lo conoces?

-Conozco sus obras. Sólo un Dios puede ser bueno como Él y decir las palabras que dice Él.

-¿Quién te ha referido esas palabras?

-Otros pobres, enfermos curados, niños que me traen el pan... Los niños son buenos y no saben nada ni de creyentes ni de idólatras.

-¿Pero de dónde eres?

-...

-Dilo. Yo soy como los niños. No tengas miedo. Sólo sé sincero.

-Soy... samaritano. Pero no me pegues...

-No pego a nadie. No desprecio nunca a nadie. Tengo piedad de todos.

-Entonces... ¡Entonces eres el Rabí de Galilea!

El mendigo se postra, se arroja abajo desde su montón de piedras, como un cuerpo muerto, rostro en tierra delante de Jesús.

-Levántate. Soy Yo. No temas. Levántate y mírame.

El mendigo alza el rostro, aunque sigue de rodillas, muy ladeado por su deformidad.

-Dad un pan y de beber a este hombre - ordena Jesús a los discípulos que ya han llegado. Es Juan el que da pan y agua - Ponedlo sentado, que coma tranquilamente. Come, hermano.

El pobre llora. No come. Mira a Jesús con los ojos de un pobre perro vagabundo que por primera vez se ve acariciado y alimentado por una persona compasiva.

-¡Come! - ordena Jesús sonriendo.

El pobrecillo come entre un sollozo y otro, y las lágrimas mojan el pan. Pero en su llanto hay también una sonrisa. Poco a poco se tranquiliza.

-¿Quién te ha hecho esta herida? - pregunta Jesús, tocando con sus dedos la venda sucia de la frente.

-Me atropelló, adrede, con su carro, un fariseo rico... Yo me había puesto en un cruce pidiendo un pan. Dirigió contra mí a los caballos, tan rápido que no pude apartarme. Por eso he estado a punto de morir. Tengo todavía un agujero en la cabeza que mana materia putrefacta.

-¿Y ahí quién te ha golpeado?

-Me había acercado a la casa de un saduceo, donde había un banquete, para pedir las sobras de las mesas, después de que habían elegido los restos mejores para los perros. Me vio y me embriscó los perros. Uno me desgarró el muslo.

-¿Y esta cicatriz grande que te deforma la mano?

-Fue un golpe con un palo que me dio un escriba hace tres años. Me reconoció como samaritano y me golpeó y me rompió los dedos. Por esto no puedo trabajar. Deformada la derecha, muerta una pierna, ¿cómo puedo ganar para vivir?

-¿Pero por qué sales de la Samaria?

-La necesidad es dura, Maestro. Somos muchos los necesitados y no hay pan para todos. Si Tú me ayudaras...

-¿Qué quieres que haga contigo?

-Sanar para trabajar.

-¿Crees que puedo hacerlo?

-Sí, lo creo, porque Tú eres el Hijo de Dios.

-¿Crees tú esto?

-Lo creo.

-¿Tú, samaritano, lo crees? ¿Por qué?

-Por qué, no lo sé. Sé que creo en ti y en quien te ha enviado. Ahora que has venido, ya no hay diferencia de adoración. Basta adorarte a ti para adorar a tu Padre, Señor eterno. Donde Tú estás está el Padre.

-¿Oís, amigos? (Jesús se vuelve a los discípulos). Este hombre habla por el Espíritu que le ilumina la verdad. Y este hombre, en verdad os digo, es superior a los escribas y fariseos, a los saduceos crueles, a todos estos idólatras que mentirosamente se dicen hijos de la Ley. La Ley dice que hay que amar al prójimo, después de a Dios. Y éstos al prójimo que sufre y pide pan le dan palos; contra el prójimo que suplica lanzan caballos y perros; al prójimo que se rebaja, que se coloca más abajo que los perros del rico, le embriscan a los mismos perros para hacerlo todavía más infeliz de lo que ya la enfermedad lo hace. Despreciadores, crueles, hipócritas, *no quieren* que Dios sea conocido ni amado. Si lo quisieran, lo darían a conocer a través de las obras, como éste ha dicho. Son las obras, no las prácticas, las que revelan a Dios vivo en el corazón de los hombres y llevan a los hombres a Dios. ¿No debo, Judas que me echas en cara que soy imprudente, censurarlos? Callar, fingir que los apruebo, sería aprobar su conducta. No. Por la gloria de Dios, no puedo Yo, su Hijo, permitir que la gente humilde, infeliz, buena, crea que apruebo los pecados de éstos. He venido para hacer, de los gentiles, hijos de Dios. ¿Pero cómo puedo hacerlo si ellos ven que los hijos de la Ley - se llaman eso a sí mismos, pero son bastardos - practican un paganismo más culpable que el suyo?, porque estos hebreos han conocido la Ley de Dios y ahora escupen encima de nosotros el vómito de sus pasiones apagadas a la manera de animales inmundos. ¿Debo creer, Judas, que tú eres como ellos? ¿Tú que me censuras por las verdades que digo? ¿O debo pensar que estás preocupado por tu vida? El *que me sigue no debe tener preocupaciones humanas.* Lo he dicho. Estás a tiempo todavía, Judas, de elegir entre mi vida y la de los judíos que apruebas. Pero piensa: la mía va a Dios; la otra, al Enemigo de Dios. Piensa y decide. Pero sé auténtico. Y tú, amigo, levántate y anda. Quítate esas vendas. Vuelve a tu casa. Estás curado por tu fe.

El mendigo lo mira asombrado. No se atreve a tratar de extender la mano... luego prueba. Está intacta. Vuelve a ser idéntica a la izquierda. Deja el bastón, apoya las manos en el montón de piedras y hace fuerza. Se levanta. Se sujeta de pie. La parálisis que agarrotaba la pierna está curada. Mueve la pierna, la dobla... da un paso, dos, tres. Camina... Mira a Jesús con un grito y un sollozo de alegría. Se quita la venda de la cabeza de un tirón. Se toca hacia el occipital, donde estaba el agujero purulento. Nada. Todo curado. Se quita, también bruscamente, del muslo el andrajo ensangrentado: la piel está intacta.

-¡Maestro! ¡Maestro y Dios mío! - grita alzando los brazos para arrojarse luego de rodillas a besar los pies de Jesús.

-Ve a casa ahora y cree siempre en el Señor.

-¿Y a dónde debo ir, Maestro y Dios, sino tras ti, que eres santo y bueno? No me rechaces, Maestro...

-Ve a Samaria. Y habla de Jesús de Nazaret. La hora de la Redención está cercana. Sé mi discípulo entre tus hermanos. Ve en paz.

Jesús lo bendice y luego se separan. El curado va raudo hacia el norte. Se vuelve de vez en cuando para mirar otra vez.

Jesús con los apóstoles deja el camino, y se adentran hacia oriente por los campos incultos, para tomar una vereda que corta al camino de primer orden y que no se hace más ancha hasta mucho más adelante. Quizás es el camino de Jericó. No lo sé.

## Historia de Zacarías el leproso y conversión de Zaqueo el publicano.

Veo una vasta plaza - parece un mercado - rica en sombra de palmeras y otros árboles más bajos y frondosos. Las palmeras crecen, acá o allá sin orden, y cimbrean el penacho de sus hojas, que crepitan con un viento caliente y alto portador de abundante polvo rojizo como si viniera de un desierto o, por lo menos, de lugares agrestes de tierra rojiza. Los otros árboles forman como una galería a lo largo de los lados de la plaza, una galería de sombra, bajo la cual están refugiados vendedores y compradores, en medio de un jaleo inquieto y vocinglero.

En un ángulo de la plaza, exactamente en donde termina el camino principal, hay una primitiva oficina de recaudación de impuestos donde se ven balanzas y medidas y un banco, tras el cual está sentado un hombre pequeño que vigila, observa y cobra, y con el cual todos hablan como si fuera conocidísimo. Sé que es Zaqueo el recaudador, porque muchos lo llaman, quién para preguntarle sobre las cosas sucedidas en la ciudad - son los forasteros -, quién para depositarle sus impuestos. Muchos se asombran de su preocupación. En efecto, parece distraído y absorto en un pensamiento. Responde con monosílabos y a veces con gestos. Ello asombra a muchos, porque se ve que habitualmente Zaqueo es locuaz. Alguno le pregunta si se siente mal, o si tiene parientes enfermos. Pero él lo niega.

Sólo dos veces se interesa vivamente. La primera, cuando pregunta a dos que vienen de Jerusalén y que hablan del Nazareno, contando milagros y predicación. Entonces Zaqueo hace muchas preguntas:

-¿Es verdaderamente bueno como dicen que es? ¿Sus palabras corresponden a los hechos? ¿La misericordia que predica la usa realmente? ¿Para todos? ¿Incluso para los publicanos? ¿Es verdad que no rechaza a nadie?

Y escucha y piensa y suspira. Otra vez es cuando uno le señala a un hombre de poblada barba, que pasa con su jumento cargado de enseres.

-¿Ves, Zaqueo? Aquél es Zacarías el leproso. Hacía diez años que vivía en un sepulcro. Ahora que está curado compra de nuevo los enseres para su casa, vaciada por la Ley cuando él y los suyos fueron declarados leprosos.

-Llamadlo.

Zacarías viene.

-¿Tú eras leproso?

-Lo era, y conmigo mi mujer y mis dos hijos. La enfermedad se apoderó primero de ella y no nos dimos cuenta inmediatamente. Los niños se contagiaron durmiendo en brazos de su madre y yo acercándome a mi mujer. ¡Todos estábamos leprosos! Cuando se dieron cuenta, nos echaron del pueblo... Habrían podido dejarnos en nuestra casa. Era la última... al final de la calle. No habríamos creado dificultades... Ya había dejado crecer mucho el seto, para que ni siquiera fuéramos vistos. Era ya un sepulcro... pero era nuestra casa... Nos echaron. Nos echaban. Ningún pueblo nos aceptaba. ¡Es justo! ¡Ni siquiera el nuestro nos había aceptado! Nos instalamos cerca de Jerusalén, en un sepulcro vacío. Allí hay muchos desdichados. Pero los niños, con el frío de la caverna, murieron. Enfermedad, frío y hambre los mataron pronto... Eran dos varones... guapos antes de la enfermedad. Fuertes y guapos. Brunos como dos moras de agosto, de cabellos rizados, despabilados... Se habían convertido en dos esqueletos cubiertos de llagas... Sin pelo, cerrados los ojos por las costras, cayéndose en escamas blancas los piececitos y las manos. ¡Se fueron deshaciendo ante mis ojos mis niños!... No tenían ya figura humana aquella mañana en que murieron, a pocas horas de distancia... Los sepulté como a despojos de animales, debajo de poca tierra y muchas piedras, mientras la madre gritaba... Unos meses después murió la madre... y me quedé solo... Estaba esperando la muerte, y no habría tenido ni siquiera una fosa excavada con las manos de los demás...

Estaba casi ciego ya, cuando un día pasó el Nazareno. Desde mi sepulcro grité: "¡Jesús! ¡Hijo de David, ten piedad de mí!". Me había referido un mendigo, que no había tenido miedo de llevarme su pan, que él había sido curado de su ceguera invocando al Nazareno con aquel grito. Y decía: "No me ha dado sólo la vista de los ojos, sino también la del alma. He visto que es el Hijo de Dios y veo a todos a través de Él. Por este motivo no huyo de ti, hermano, sino que te traigo pan y fe. Ve donde el Cristo. Que haya uno más que lo bendiga". Ir no podía. Los pies, llagados hasta el hueso, no me permitían caminar... y además... me habrían apedreado, si me hubieran visto. Estuve atento a cuando pasase (lo hacía frecuentemente para ir a Jerusalén). Un día vi - lo que podía ver - una polvareda en el camino, y muchedumbre de gente, y oí voces. Me arrastré hasta el borde de la colina donde estaban las grutas sepulcrales, y cuando me pareció ver una cabeza rubia descubierta que resplandecía entre las otras cabezas cubiertas, grité. Fuerte. Con toda la voz que tenía: Tres veces grité. Hasta que le llegó mi grito.

Se volvió. Se detuvo. Vino hacia mí. Solo. Llegó justo debajo del lugar donde yo estaba y me miró. ¡Hermoso, bueno, con dos ojos, una voz, una sonrisa...! Dijo: "¿Qué quieres que te haga?".

“Quiero quedar limpio".

"¿Crees que puedo hacerlo? ¿Por qué?" me preguntó.

"Porque eres el Hijo de Dios.”

"¿Lo crees?”

"Lo creo" respondí. "Veo el resplandor de la gloria del Altísimo sobre tu cabeza. ¡Hijo de Dios, piedad de mí!".

Él entonces extendió la mano con un rostro que era todo fuego. Los ojos parecían dos soles azules. Dijo: "Lo quiero. Queda limpio” ¡Y me bendijo con una sonrisa!... ¡Qué sonrisa! Sentí que una fuerza entraba en mí. Como una espada de fuego que corría buscándome el corazón, que corría por las venas. El corazón, que estaba muy enfermo, volvió a como cuando tenía veinte años; la sangre helada de mis venas se volvió de nuevo caliente y rápida. Cesaron el dolor y la debilidad, y... ¡una alegría...

una alegría...! Él me miraba, con esa sonrisa suya que me hacía feliz. Luego dijo: "Ve, preséntate a los sacerdotes. Tu fe te ha salvado".

Entonces comprendí que estaba curado. Miré mis manos y mis piernas. Ya no estaban las llagas. Donde antes estaba descubierto el hueso, había entonces carne rosada y fresca. Corrí a un regato y me miré. La cara también estaba limpia. ¡Estaba limpio! ¡Estaba limpio después de diez años de asquerosidad!... ¡Ah! ¿Por qué no había pasado antes, en los años en que estaba viva mi mujer y mis niños? Nos habría curado. Ahora, ¿ves? Compro para mi casa... ¡Pero estoy solo!...

-¿No lo has vuelto a ver?

-No. Pero sé que está por esta zona y he venido a propósito. Quisiera bendecirlo una vez más y ser bendecido para tener fuerza en mi soledad.

Zaqueo baja la cabeza y calla. El grupo se disuelve.

Pasa un tiempo. La hora se hace calurosa. La gente desaloja el mercado. El recaudador, con la cabeza apoyada en la mano piensa, sentado tras su banco.

-¡Ahí está! ¡Ahí está el Nazareno! - gritan unos niños, señalando al camino principal.

Mujeres, hombres, enfermos, mendigos se apresuran a correr a su encuentro. La plaza se queda vacía. Sólo los asnos, los camellos, atados a las palmeras, permanecen en su sitio; y Zaqueo en su banco.

Pero luego se pone en pie. Se sube encima de su banco. Todavía no ve nada, porque muchos han arrancado ramajes y los ondean como por júbilo y Jesús está inclinado hacia algunos enfermos. Entonces Zaqueo se quita el vestido, de forma que se queda sólo con la túnica corta, y trepa a uno de los árboles. Sube con dificultad, contra el tronco grueso y liso que mal aferran sus cortas piernas y sus cortos brazos. Pero lo consigue, y se pone entre dos ramas, como en una terraza: las piernas penden por delante de este barandal; y de la cintura para arriba se asoma, como uno a una ventana, y mira.

La muchedumbre llega a la plaza. Jesús alza los ojos y sonríe al solitario espectador acomodado entre las ramas.

-Zaqueo, baja enseguida. Hoy me alojo en tu casa - ordena.

Y Zaqueo, tras un momento de estupor, con la cara lívida por la emoción, se desliza hacia abajo como un saco. Está nervioso y, patosamente, se pone de nuevo su vestido. Cierra sus registros y su caja con movimientos que, queriendo ser demasiado rápidos, son más lentos. Pero Jesús es paciente. Acaricia a unos niños mientras espera.

Por fin Zaqueo está preparado. Se acerca al Maestro y lo guía hasta una bonita casa, con un amplio jardín alrededor, que está en el centro de la ciudad (una ciudad bonita; es más, una ciudad inferior en poco a Jerusalén, si no en cuanto a las dimensiones, sí en cuanto a las construcciones).

Jesús entra. Mientras espera a que la comida esté preparada, se ocupa de enfermos y sanos. Con una paciencia... que sólo puede ser suya.

Zaqueo va y viene muy activamente. No cabe dentro de sí mismo de la alegría. Quisiera hablar con Jesús, pero Jesús está rodeado siempre de una muchedumbre.

A1 fin, Jesús se despide de todos, diciendo:

-Volved a la puesta del sol. Ahora id a vuestras casas. La paz a vosotros.

El jardín se desaloja. Se sirve la comida en una bonita y fresca sala que da al jardín. Zaqueo ha hecho las cosas con riqueza. No veo a otros familiares, por lo cual pienso que Zaqueo era célibe y vivía solo con muchos criados.

Acabada la comida, cuando los discípulos se diseminan a la sombra de las matas para descansar, Zaqueo se queda con Jesús en la fresca sala. Es más, durante un poco se queda solo Jesús, porque Zaqueo se retira como para dejarlo descansar. Pero luego vuelve y mira por una rendija de una cortina. Ve que Jesús no está durmiendo, sino que piensa. Entonces se acerca. Trae en sus brazos una pesada arca. La pone en la mesa al lado de Jesús y dice:

-Maestro... hace tiempo me hablaron de ti. Un día dijiste en un monte muchas verdades que nuestros doctores ya no saben decir. Se me quedaron en el corazón... y desde entonces pienso en ti... Me ha sido referido después que eres bueno y no rechazas a los pecadores. Yo soy pecador. Maestro. Me han dicho que curas a los enfermos. Yo tengo enfermo el corazón porque he cometido hurto, porque he cometido usura, porque he sido vicioso, ladrón, duro con los pobres. Pero ahora, ahora estoy curado porque me has hablado. Te has acercado a mí y el demonio de la sensualidad y de la riqueza ha huido. Y desde hoy soy tuyo, si no me rechazas, y para mostrarte que nazco de nuevo en ti, mira, me despojo de las riquezas mal adquiridas y te doy la mitad de mis bienes para los pobres; la otra mitad la usaré para restituir, cuadruplicado, cuanto he tomado con fraude. Sé a quién he robado. Luego, después de haber devuelto a cada uno lo suyo, te seguiré, Maestro, si lo permites...

-Lo quiero. Ven. He venido para salvar y llamar a la Luz. Hoy Luz y Salvación han venido a la casa de tu corazón. Los que allí, al otro lado de la cancilla, murmuran porque te he redimido sentándome a tu banquete, olvidan que eres hijo de Abraham como ellos y que he venido para salvar a quien estaba perdido y a dar Vida a los muertos del espíritu. Ven, Zaqueo. Has comprendido mi palabra mejor que muchos que me siguen sólo para poder acusarme. Por eso de ahora en adelante estarás conmigo.

La visión cesa aquí.

Dice Jesús (a María Valtorta):

-Hay levadura y levadura. Está la levadura del Bien y está la del Mal. La levadura del Mal, veneno satánico, fermenta con mayor facilidad que la del Bien, porque encuentra la materia más adecuada para su fermentación en el corazón del hombre, en el pensamiento del hombre, en la carne del hombre, seducidos los tres por una voluntad egoísta, contraria, por tanto, a la Voluntad universal que es la de Dios.

La voluntad de Dios es universal porque no se limita nunca a un pensamiento personal, sino que tiene presente el bien de todo el Universo. A Dios nada puede aumentarle ninguna perfección, habiendo poseído siempre todo de forma perfecta. Por tanto, no puede haber en É1 un pensamiento de propia ganancia en la base de ninguna acción suya.

Cuando se dice: "Se hace esto para mayor gloria de Dios, en el interés de Dios", no es porque la gloria divina sea susceptible en sí misma de aumento, sino porque toda cosa que en la creación lleve una impronta de bien y toda persona que haga el bien -,y por tanto merezca poseerlo -, se adorna con el signo de la Gloria divina y da así gloria a la Gloria misma, que ha creado gloriosamente todas las cosas. Es un testimonio, en definitiva, dado a Dios por las personas y las cosas: testificando con hechos acerca del Origen perfecto del que proceden.

Por eso Dios, cuando os manda, os aconseja u os inspira una acción, no lo hace por interés egoísta, sino por un pensamiento altruista, caritativo, de bienestar vuestro. Por eso la voluntad de Dios no es nunca egoísta; antes bien, es una voluntad enteramente abierta al altruismo, a la universalidad; la única y verdadera fuerza en el mundo universo que tenga pensamiento de bien universal.

Pero la levadura del Bien, germen espiritual que viene de Dios, crece con mucha adversidad y esfuerzo, con mucha dificultad, teniendo como tiene, en contra, los estímulos propicios para la otra levadura: la carne, el corazón y el pensamiento del hombre, impregnados de un egoísmo que es la antítesis del Bien, que por su origen no puede ser sino Amor. Falta en la mayoría de los hombres la voluntad de bien, y por tanto el Bien pierde la fecundidad y muere, o vive tan precariamente, que no fermenta: se queda ahí. No hay culpa grave, pero tampoco hay un esfuerzo para hacer el máximo bien. Por eso el espíritu yace inerte; no muerto, pero sí infructífero.

Considerad que *no hacer el mal sirve solamente para evitar el Infierno.* Para gozar enseguida del hermoso Paraíso es absolutamente necesario hacer el bien. En la medida en que se logre hacer. Luchando contra uno mismo y contra los demás. Porque Yo he dicho que había venido a traer guerra y no paz entre padre e hijos, entre hermanos y hermanas, cuando esta guerra viniera del hecho de defender la Voluntad de Dios y su Ley contra las supercherías de las voluntades humanas, orientadas en direcciones contrarias a lo que Dios quiere. En Zaqueo, el pequeño puñado de levadura de bien había fermentado para masa grande. En su corazón había caído sólo una partícula originaria: le habían referido mi discurso de la Montaña. Incluso deficientemente, sin duda amputado en muchas de sus partes, como sucede con los discursos referidos.

Publicano y pecador, Zaqueo. Pero no por mala voluntad. Era como uno que con un velo de catarata en las pupilas viera mal las cosas. Pero sabe que la vista, liberada de ese velo, vuelve a tener la capacidad de ver bien. Y ese enfermo desea que le quiten ese velo. Lo mismo Zaqueo. Ni estaba convencido ni era feliz: no estaba convencido de las prácticas farisaicas, que habían llegado a sustituir a la verdadera Ley; no se sentía feliz de su manera de vivir.

Buscaba instintivamente la luz, la verdadera Luz. Vio un resplandor de Luz en ese fragmento de discurso y lo guardó en su corazón como un tesoro. Y, puesto que lo amaba - date cuenta, María, de esto -, dado que lo amaba, el resplandor se fue haciendo cada vez más vivo, amplio e impetuoso, y lo llevó a ver nítidamente el Bien y el Mal y a elegir rectamente, cortando con generosidad todos los tentáculos que antes, de las cosas al corazón y del corazón a las cosas, lo habían envuelto en una red de esclavitud maligna.

"Puesto que lo amaba". Éste es el secreto del éxito o del no éxito. Se tiene éxito cuando se ama. Se tiene poco éxito cuando se ama raquíticamente. No se tiene ningún éxito cuando no se ama. En cualquier cosa. Con mayor razón en las cosas de Dios, donde, por ser Dios invisible para los sentidos corporales, hace falta tener un amor que me atrevería a llamarlo perfecto, respecto a la perfección que puede tocar la criatura, para tener éxito en una empresa, en la santidad en este caso.

Zaqueo - sintiendo aversión del mundo y de la carne, asqueado también por las mezquindades de las prácticas farisaicas, tan capciosas, intransigentes para los demás y demasiado condescendientes para ellos - amó ese pequeño tesoro de mi palabra, llegado a él por puro azar, humanamente hablando; lo amó como a la cosa más hermosa que su vida de cuarenta años hubiera poseído. Y desde ese momento polarizó su corazón y su pensamiento hacia este punto.

Donde está el tesoro está el corazón del hombre. No sólo en el mal. También en el bien. ¿Los santos no han tenido, acaso, en la vida su corazón en donde estaba su tesoro: Dios? Sí. Y, por este motivo, mirando sólo a Dios, supieron pasar por la Tierra sin corromper su alma con el fango de la Tierra.

Aquella mañana, aunque no hubiera hecho acto de presencia, habría conseguido igualmente un prosélito. Porque la narración del leproso había acabado la metamorfosis de Zaqueo. Tras el banco de la recaudación ya no estaba el publicano ladrón y vicioso, sino el hombre arrepentido de su pasado y decidido a cambiar de vida. Si no hubiera hecho acto de presencia en Jericó, él habría cerrado su banco, habría cogido su dinero y habría venido en busca de mí, porque no podía ya estar sin el agua de la Verdad, sin el pan del Amor, sin el beso del Perdón.

Esto no lo veían, y mucho menos lo entendían, los censores de siempre, que siempre me observaban para criticarme. Por eso se asombraban de que comiera con un pecador. ¡Ah, si no juzgarais nunca, y dejarais a Dios esta tarea, pobres ciegos incapaces incluso de juzgaros a vosotros mismos! Nunca fui con los pecadores para aprobar su pecado. Iba para sacarlos del pecado, a menudo porque ellos ya sólo tenían lo externo del pecado: el alma contrita estaba ya transformada en una nueva alma viva para expiar ¿Entonces, estaba Yo con un pecador? No. Con un redimido que necesitaba sólo un guía para sujetarse en medio de su debilidad de resucitado de la muerte.

"¡Cuánto os puede enseñar el episodio de Zaqueo! El poder de la recta intención que suscita el deseo. E1 deseo recto que impulsa a buscar una cognición cada vez mayor del bien y a buscar a Dios continuamente hasta alcanzarlo. Un recto arrepentimiento que da el coraje de la renuncia. Zaqueo tenía la recta intención de oír palabras de *verdadera* Doctrina. Habiendo oído alguna, su recto deseo le impulsa a mayor deseo y, por tanto, a una continua búsqueda de esta Doctrina. La búsqueda de Dios, oculto en la verdadera Doctrina, lo separa de los mezquinos dioses del dinero y la sensualidad y lo hace héroe de renuncia.

"Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y ven detrás de mí" dije al joven rico, que no lo supo hacer. Pero Zaqueo, a pesar de estar más endurecido en la avaricia y en la sensualidad, sabe hacerlo. Porque, a través de la escasa Palabra que le había sido transmitida, había visto a Dios, como el mendigo ciego y leproso que curé. ¿Podrá, acaso, un espíritu que ha visto a Dios encontrar ya atracción alguna en las pequeñas cosas de la Tierra? ¿Lo puede, acaso, mi pequeña esposa?

# 418

## Curación del discípulo José, herido en la cabeza y recogido en la casita de Salomón.

Jesús llega al pueblo de Salomón ya muy de noche. La Luna, por la posición en que se encuentra, hace pensar que son más o menos las dos antemeridianas. Una bonita Luna, apenas un poco menguada, que desde el medio del cielo sereno resplandece expandiendo paz sobre la tierra. Paz y abundante rocío, los fuertes rocíos de los países calientes, benéficos para las plantas después de la quemazón diurna del sol.

Los peregrinos deben haber seguido el guijarral del río, que hacia las orillas está seco, porque el caudal es más restringido por el estiaje. Y suben de los cañizares al bosque que limita las márgenes, y las sostiene con la red de las raíces hundidas en la tierra cercana al agua.

-Vamos a detenernos aquí, en espera de que llegue el día – dice Jesús.

-Maestro... yo soy todo un dolor... - dice Mateo.

-Y yo temo que me haya venido la fiebre. No es sano este río en verano... Ya lo sabes - añade Felipe.

-De todas formas, hubiera sido peor si del río hubiéramos subido a los montes judíos. También se sabe esto - dice el Zelote, que siente piedad de Jesús, al cual todos manifiestan sus pequeños miedos y quejas y del cual ninguno comprende el estado de ánimo.

-Deja, deja, Simón. Tienen razón. Pero dentro de poco descansaremos... Os ruego un poco de camino todavía... Y un poco de espera aquí. Ya veis cómo la Luna cambia su curso hacia occidente. ¿Por que despertar a ese anciano y a José, que quizás está enfermo todavía cuando dentro de poco será de día?...

-Es que aquí está todo empapado de aguazo. No se sabe dónde estar... - refunfuña Judas Iscariote.

-¿Tienes miedo de estropearte la túnica? ¡Venga, hombre, que después de estas marchas de penados entre polvo y rocío, huelga ya presumir de túnica! Y además... así le gustaría más al afable Elquías. Tus grecas... ¡Ja! ¡Ja!, las de los bajos y de las mangas se han quedado, a jirones, en los arbustos espinosos del desierto de Judá, y el sudor te ha destruido la del cuello... Ahora eres un perfecto judío... - dice, siempre alegre, Tomás.

-Un perfecto sucio, y me da asco - replica airado Judas.

-Te sea suficiente tener el corazón limpio, Judas - dice serenamente Jesús - Es lo que tiene valor...

-¡Valor! ¡Valor! Estamos extenuados de cansancio, de hambre... Perdemos la salud, que es lo único que tiene valor - dice con malos modales Judas.

-No te retengo a la fuerza... Tú eres el que quiere estar.

-¿A estas alturas?... Me conviene hacerlo. Estoy...

-¡Di la palabra que te quema, hombre!: "Estás comprometido ante los ojos del Sanedrín". Pero siempre puedes remediar... y volver a conseguir su confianza...

-No quiero remediar... porque te amo y quiero estar contigo.

-Verdaderamente lo dices de una forma que más que amor parece odio... - masculla entre dientes Judas de Alfeo.

-Bien, pues... cada uno tiene su manera de expresar el amor.

-Sí, claro. También hay quien ama a su mujer pero la mata a palos... No me gustaría este tipo de amor - dice Santiago de Zebedeo, tratando de cortar el incidente con una broma.

Pero ninguno se ríe. De todas formas, gracias a Dios, ninguno replica.

Jesús aconseja:

-Vamos a sentarnos a la puerta de la casa. El alero es ancho y protege del aguazo, y está ese resalto que hace de base a la casa...

Obedecen sin decir nada. Llegados a la casa, se sientan en fila en su base.

Pero la simple observación de Tomás:

-Tengo hambre. Estas caminatas nocturnas dan hambre - enciende de nuevo la cuestión.

-¡Caminatas! ¡Lo que pasa es que desde hace días se vive con nada! - sigue siendo Judas Iscariote el que responde.

-La verdad es que en casa de Nique y de Zaqueo hemos comido, y bien; y Nique nos dio tanto, que hemos tenido que dar a los pobres, porque se habría estropeado. El pan no nos ha faltado nunca. Nos dio también pan y compango aquel caravanero... - observa Andrés. Judas, que no puede negarlo, calla.

Un gallo lejano saluda el primer indicio de albor.

-¡Oh! ¡Bien! ¡Dentro de poco el alba! - dice Pedro desperezándose, porque se había dormido casi.

Esperan en silencio a que se aproxime el día.

Un balido en un aprisco... Luego un cascabillo lejano que viene del camino principal, a las espaldas de ellos... Un cercano cru-cru de las palomas de Ananías. Una ronca voz de hombre entre los cañizares... Es un pescador que vuelve con la pesca nocturna y que profiere imprecaciones porque es poca. Ve a Jesús y se para. Vacila. Dice:

-¡Si te doy la pesca, me prometes abundancia en el futuro?

-¿Por ganancia o por necesidad?

-Por necesidad. Tengo siete hijos, mi mujer y la madre de mi mujer.

-Tienes razón. Sé una persona benéfica y te prometo que no te faltará lo necesario.

-Ten, entonces. Está también allá dentro ese herido que no se recupera a pesar de los cuidados...

-Que Dios te remunere y te dé paz - dice Jesús.

El hombre saluda y se marcha, dejando sus peces ensartados por la boca en una ramita de sauce.

Se abate de nuevo el silencio, quebrado apenas por el frufrú de las cañas, por algún silbo de pájaro... Luego un chirrido cercano... La rústica verja que Ananías ha construido gira chirriando, y el anciano se asoma al camino escrutando el cielo. Le sigue la oveja balando...

-¡La paz a ti, Ananías!

-¡Maestro! Pero... ¿desde cuándo estás ahí? ¿Por qué no has llamado para que se te abriera?

-Desde hace poco. No quería molestar a nadie... ¿Cómo está José?

-¿Lo sabes?... Está mal. Le sale materia de una oreja y sufre mucho de la cabeza. Creo que morirá. Quiero decir que creía. Ahora estás Tú y creo que se curará. Salía para buscar hierbas para unas cataplasmas...

-¿Están aquí los compañeros de José?

-Dos. Los otros se han adelantado ya. Aquí están Salomón y Elías.

-¿Os han molestado los fariseos?

-Poco después de tu partida. Luego ya no. Querían saber a dónde habías ido. Dije: “A casa de mi nuera, a Masada". ¿Hice mal?

-Hiciste bien.

-¿Y... has estado? - el anciano está ansioso y expectante.

-Sí. Está bien.

-Pero... ¿No te escuchó?

-No. Hace falta orar mucho por ella.

-Y por sus hijos pequeños... Que los eduque para el Señor... - dice el anciano, y dos lagrimones caen para decir lo que él calla.

-Termina:

-¿Los viste?

-A uno puedo decir que lo vi... A los otros sólo de refilón. Están todos bien.

-Ofrezco a Dios renuncia y perdón... De todas formas... es muy amargo decir: "No volveré a verlos"...

-Pronto verás a tu hijo, y con él estarás en el Cielo en paz.

-Gracias, Señor. Entra...

-Sí. Vamos enseguida donde el herido. ¿Dónde está?

-En la mejor cama.

Entran en el huerto, que está bien ordenado, y del huerto a la cocina y de la cocina a la pequeña habitación. Jesús se agacha hacia el enfermo, que duerme gimiendo. Se agacha, se agacha... y espira hacia la oreja, envuelta en hilas ya llenas de pus. Se endereza de nuevo. Retrocede sin hacer ruido.

-¿No lo despiertas? - pregunta el anciano en voz baja.

-No. Déjalo dormir. Ya no tiene dolor. Se repondrá. Vamos donde los demás.

Jesús entorna la puerta sin hacer ruido y pasa a la habitación grande, donde están los lechos comprados la otra vez. Los dos discípulos, cansados, duermen todavía.

-Velan hasta el alba. Yo del alba hasta la caída de la tarde. Así que están cansados. Son muy buenos.

Los dos deben dormir con los oídos abiertos, porque se despiertan inmediatamente:

-¡Maestro! ¡Nuestro Maestro! ¡A tiempo has llegado! José está...

-Curado. Ya lo he hecho. Duerme sin saberlo. Pero ya no tiene nada. Sólo tendrá que limpiarse la podredumbre y estará sano como antes.

-¡Oh! Entonces límpianos también a nosotros, porque hemos pecado.

-¿En qué?

-Por asistir a José no hemos estado en el Templo...

-La caridad hace un templo en todo lugar. Y en el Templo de la caridad está Dios. Si todos nos amáramos, la Tierra sería toda un Templo. Estad en paz. Día llegará en que Pentecostés quiera decir “Amor". Manifestación del amor. Vosotros habéis celebrado, precediendo a los meses, el Pentecostés futuro, porque habéis amado a vuestro hermano.

Desde la otra habitación, la voz de José llama:

-¡Ananías! ¡Elías! ¡Salomón! ¡Que estoy curado! - y el hombre aparece, vestido sólo con la túnica corta, enflaquecido, todavía pálido, pero sin sufrimiento. Ve a Jesús y dice:

-¡Ah! ¡Has sido Tú, Maestro mío! - y corre a besarle los pies.

-Que Dios te dé paz, José; y perdóname si has sufrido por mí.

-Me glorío de haber derramado sangre por ti, como la derramó mi padre. Te bendigo por haberme hecho digno de esto.

El rostro rústico de José resplandece con la alegría de estas palabras y adquiere nobleza, una belleza que viene de una luz interior.

Jesús le hace una caricia y dice a Salomón:

-Tu casa sirve para hacer mucho bien.

-¡Porque es tuya, ahora! Antes servía sólo para el sueño pesado del barquero. Pero me alegro de que te haya servido y haya servido a este justo. Ahora tendremos algunos días buenos aquí contigo.

-No, amigo. Vosotros partiréis enseguida. Ya no se nos concede descanso. Este tiempo será verdaderamente de prueba, y sólo las voluntades fuertes permanecerán fieles. Ahora vamos a compartir el pan, luego partiréis, enseguida, siguiendo el curso del río, precediéndome en media jornada.

-Sí, Maestro. ¿También José?

-También. A menos que tema una nueva herida...

-¡Maestro! ¡Quisiera Dios que te precediera en la muerte dando mi sangre por ti!

Salen al huerto rociado, brillante bajo el sol primero. Y Ananías hace los honores recogiendo los higos tempranos de las ramas más propicias para la maduración, y pide disculpas por no poder ofrecer un pichoncito, debido a que las dos nidadas han sido usadas para el enfermo. Pero están los peces; y, con gran rapidez, se ponen a preparar la comida.

Jesús pasea entre Elías y José, los cuales cuentan la aventura pasada y la fuerza de Salomón, que llevó a hombros al herido durante kilómetros y kilómetros, recorridos de noche en pequeñas etapas...

-Pero tú, José, perdonas, ¿no? A quien te hirió.

-Nunca he sentido rencor hacia esos desdichados. He ofrecido el perdón y el sufrimiento por su redención.

-¡Es como hay que hacer, discípulo bueno! ¿Y Ogla?

-Ogla fue con Timoneo. No sé si continuará siguiéndolo o si se detendrá en el Hermón. Hablaba siempre de que quería ir al Líbano.

-Ya. Que Dios lo guíe para lo mejor.

Ahora un intenso trinar de pájaros hace coro en las frondas; y balidos, voces de niños, de mujeres, rebuznos, garruchas chirriantes en los pozos denotan que el pueblo está despierto.

En el mismo huerto se parten los panes y se distribuyen los peces. Se consume la comida y, sin dilación, los tres discípulos, bendecidos por Jesús, dejan la casa. Recorren raudos el camino que va hasta el río y se introducen en los cañaverales frescos y umbrosos... Ya no se los ve...

-Ahora vamos a descansar hasta la caída de la tarde. Luego los seguiremos - ordena Jesús.

Y, quién en las yacijas, quién encima de un montón de redes, trenzadas por Ananías - el cual explica que así no está ocioso y gana su pan de cada día -, se echan, buscando un buen sueño reparador.

Ananías, entretanto, recoge las túnicas sudadas, sale sin hacer ruido, cierra la puerta y la verja y baja al río a lavar aquéllas, para que estén frescas y secas para el atardecer...

## 419

## Curaciones en un pueblecito de la Decápolis. Parábola del escultor y de las estatuas.

Veo cuanto sigue. Un pueblecito fluvial de pocas casas muy modestas. Debe ser aquel del que salió Jesús cuando atravesó en barca el Jordán cuando la avenida, porque veo que hacia Jesús - que había mandado delante a Judas Iscariote y a Tomás para prepararle la vía - se dirige el barquero con sus parientes.

El barquero, cuando lo ve venir de lejos, acelera el paso. Llegado a la presencia de Jesús, se inclina con suma reverencia y dice:

-Bien vienes, Maestro, a nuestros enfermos. Te esperan. He hablado mucho de ti. Todo el pueblo te saluda por mi boca diciendo: "¡Bendito el Mesías del Dios Altísimo!"

-La paz a ti y a este pueblo. Estoy aquí por vosotros. No quedarán defraudadas vuestras esperanzas. El que cree hallará compasivo el Cielo. Vamos.

Y Jesús se pone al lado del barquero, y sigue caminando hacia el centro del pueblecillo.

Mujeres, niños, hombres, salen a las puertas para seguir luego al pequeño cortejo, a medida que éste va avanzando. A cada metro que pasa, la gente va creciendo, porque incesantemente se une más gente a la que ya había. Unos saludan, otros bendicen, otros invocan.

-¡Maestro! - grita una madre - ¡Mi hijo está enfermo! ¡Ven, bendito!

Y Jesús cambia de dirección, hacia una casa pobre; pone una mano en el hombro de la madre envuelta en lágrimas y pregunta

-¿Dónde está tu hijo?

-Aquí, Maestro. Ven.

Entran la madre, Jesús, el barquero, Pedro, Juan, el Tadeo y algunas personas del lugar. Los demás se arremolinan delante de la puerta y miran alargando los cuellos para ver.

En un rincón de la pobre y oscura cocina, hay una pobre yacija junto al hogar encendido. Y, encima, un cadaverito de niño de unos siete años. Digo un cadaverito por lo consumido, amarillento e inmóvil que está. El único movimiento es el jadeo estertoroso del pequeño pecho, enfermo - diría - de tuberculosis.

-Mira, Maestro. He gastado todos mis recursos para salvarlo, al menos, a él. Ya no tengo marido. Los otros dos hijos se me murieron a la misma edad de éste. Lo he llevado hasta Cesárea Marítima para que lo viera un médico romano. Pero lo único que ha sabido decirme ha sido: "Resígnate. Lo corroe la caries". Mira...

Y la madre descubre a la pobre criaturita echando hacia atrás las cobijas. En donde no hay vendas, se ven huesecitos que sobresalen bajo una piel reseca y amarillenta. Pero poca parte del cuerpo está descubierta. La otra parte está bajo vendas y pañales, que, cuando los quita la madre, muestran los típicos agujeros exudativos de las caries óseas. Un espectáculo lastimoso.

E1 enfermito está tan decaído, que no hace ningún gesto. Da la impresión de que no se tratara siquiera de él. Abre levemente los ojos hundidos y alelados, echa una mirada indiferente - diría: molesta - a la gente. Luego los vuelve a cerrar.

Jesús lo acaricia. Pone su larga mano encima de la cabecita relajada y el niño abre de nuevo los ojos; ahora mira con más interés a ese hombre desconocido, que con tanto amor lo toca y con tanta piedad le sonríe.

-¿Quieres curarte?

Jesús habla quedo, agachándose hacia la carita macilenta. Antes ha tapado el cuerpecito, diciendo a la madre, que quería poner otros lienzos:

-No hace falta, mujer. Déjalo así.

El enfermito asiente sin hablar.

-¿Para qué?

-Por mi mamá - dice la labilísima vocecita. La madre llora más fuerte.

-¿Vas a ser siempre bueno si te curas? ¿Un buen hijo? ¿Bueno en el pueblo? ¿Un buen fiel?

Hace las preguntas bien separadas, para darle tiempo al pequeñuelo de responder a cada una.

-¿Vas a recordar lo que ahora prometes? ¿Siempre?

Los leves, y no obstante tan profundos de deseo, síes, caen uno tras otro como suspiros de alma.

-Dame una mano, pequeño.

El enfermito quiere dar la sana, la izquierda. Pero Jesús dice:

-Dame la otra. No te voy a hacer daño.

-Señor - dice la madre - es toda una llaga. Deja que la vende. Por ti...

-No importa, mujer. Sólo me repugnan las impurezas de los corazones. Dame la mano y di conmigo: "Quiero ser siempre bueno como hijo, como hombre y como creyente del Dios verdadero".

El niño repite forzando la vocecita. ¡Oh, está toda su alma en esa voz, y la esperanza... y ciertamente también la de su madre!

Un silencio solemne se ha hecho en la habitación y en la calle. Jesús, que sujeta con la izquierda la derecha del enfermo, levanta su mano derecha - su gesto de cuando anuncia una verdad o de cuando impone su voluntad a las enfermedades y a los elementos - y, erguido, solemne, con potente voz, dice:

-Y Yo quiero que quedes curado. Levántate, niño, y alaba al Señor - y le suelta la manita, que ahora está completamente sana, delgada, pero sin la más mínima excoriación, y dice a la madre: «Destapa a tu criatura».

La mujer, que tiene la cara de quien está entre una sentencia de muerte y una de gracia, retira titubeante las cobijas... y grita y se echa encima del cuerpecito, delgadísimo pero sano, lo besa, lo abraza... está fuera de sí de la alegría. Tanto que no ve que Jesús se separa del lecho y se encamina hacia la puerta.

Pero el enfermito lo ve y dice:

-¡Bendíceme, Señor, y deja que yo te bendiga! ¿Mamá, no das las gracias?

-¡Oh! ¡Perdón!...

La mujer, con el niño entre sus brazos, se arroja a los pies de Jesús.

-Comprendo, mujer. Ve en paz y sé feliz. Adiós, niño. Sé bueno. Adiós a todos.

Y sale.

Numerosas mujeres aúpan a sus hijos para que la bendición de Jesús los preserve del mal en el futuro. Algunos niños se introducen entre los grandes en busca de caricias. Y Jesús bendice, acaricia, escucha, y se detiene a curar a tres enfermos de los ojos y a uno que tiembla muchísimo, como por el baile de San Vito. Ahora está en el centro del pueblo.

-Hay aquí un pariente mío que es sordo y mudo de nacimiento. Tiene inteligencia despierta, pero no puede hacer nada. Cúralo, Jesús - dice el barquero.

-Llévame donde él.

Entran en un huertecito en cuyo fondo hay un joven de unos treinta años que está sacando agua de un pozo y echándola en las verduras. Siendo sordo y estando vuelto de espaldas, no se percata de cuanto sucede, de modo que continúa inmutable su ocupación, a pesar de que los gritos de la gente sean tan fuertes que las palomas de los tejados se espanten.

El barquero se llega a él. Lo toma de un brazo y lo lleva a Jesús. Jesús se pone enfrente del desdichado; muy cerca, rayanos los dos cuerpos, de forma que con su lengua toca la lengua del mudo, que tiene la boca abierta. Y con los dos medios en los oídos del sordomudo ora un instante, levantados los ojos hacia el cielo. Luego dice: « ¡Abríos!», y quita las manos y se separa.

-¿Quién eres, que me destraba la palabra y el oído? - grita el curado.

Jesús hace un gesto y trata de proseguir para salir por detrás de la casa. Pero tanto el curado como el barquero lo detienen, uno diciendo: «Es Jesús de Nazaret, el Mesías» y el otro exclamando: « ¡Quédate, que yo te adore!».

-Adora al Dios Altísimo y sé siempre fiel a Él. Ve. No pierdas tiempo en inútiles palabras, no hagas del milagro objeto de humano pasatiempo. Usa el habla en el bien; más que con los oídos, escucha con el corazón las voces del Espíritu Creador que te ama y bendice.

¡Ya, ya! ¡Decirle a uno que está felicísimo que no hable de su felicidad, es inútil! El curado se desquita de los muchos años de mutismo y sordera hablando con todos los presentes.

E1 barquero insiste para que Jesús entre en su casa a descansar y tomar algo. Se siente el autor de todo el respeto que circunda a Jesús, y se siente orgulloso de ello. Quiere que sea reconocido su derecho.

-Pero yo aquí en el pueblo soy el ciudadano ilustre - dice un anciano de aspecto grave.

-Pero si no hubiera estado yo con mis barcas, tú qué ibas a haber visto a Jesús - responde el barquero.

Y Pedro, siempre franco e impulsivo:

-La verdad es que... si no te hubiera dicho yo una cosita, tú... las barcas...

Jesús interviene providencialmente, contentando a todos.

-Vamos a la orilla del río. Allí, mientras esperamos la comida - y que sea parca y frugal, porque el alimento debe servir al cuerpo y no ser finalidad del cuerpo -, evangelizaré. Quien me quiera oír y hacerme preguntas que venga conmigo.

Podría decir que todo el pueblo lo sigue.

Jesús sube a una barca sacada al guijarral. Desde esa tribuna improvisada, habla a los que lo escuchan, que están frente a Él, sentados en semicírculo en la orilla y entre los árboles.

Toma como motivo la pregunta que hace un hombre:

-Nuestra Ley Maestro, casi señala como castigados por Dios a los que nacen desdichados; tanto que les prohíbe cualquier servicio al altar. Pero, ¿qué culpa tienen de ello estas personas? ¿No sería justo considerar culpables a sus padres, que los traen a este mundo desdichados? Especialmente las madres. ¿Y cómo debemos comportarnos con estos que han nacido desgraciados?

-Escuchad. Un escultor sumo y perfecto hizo un día la forma de una estatua. Y su obra fue tan perfecta, que se complació en ella y dijo: "Quiero que la Tierra esté llena de una tal maravilla". Pero él solo no podía llevar a cabo un trabajo así. Pidió entonces ayuda a otras personas. Les dijo: "Con este modelo hacedme millares de estatuas igualmente perfectas. Yo después les daré el último retoque, infundiendo expresión a sus fisonomías". Pero los ayudantes no eran capaces de tanto, pues, además de ser muy inferiores a su maestro en habilidad, se habían embriagado un poco saboreando un fruto cuyo jugo creaba delirios y ofuscaciones. Entonces el escultor les dio como formas y dijo: "Modelad en ellas la materia; será una obra adecuada, y yo la haré completa dándole la vitalidad del último golpe". Y los ayudantes se pusieron manos a la obra.

Pero el escultor tenía un gran enemigo, suyo personal y de sus ayudantes, que trataba con todos los medios de hacer quedar mal al escultor y de crear desavenencias entre él y los ayudantes. Por eso éste en las obras de ellos metió su astucia: acá, alterando la materia que había de ser vertida en la forma; allá, haciendo más débil el fuego; más allá, infundiendo sopor en los ayudantes. Por lo cual sucedió que el rector del mundo, para tratar de impedir lo más posible que la obra saliera en copias imperfectas, puso sanciones graves contra los modelos salidos en modo imperfecto. Una de estas sanciones fue que tales modelos no pudieran ser expuestos en la Casa de Dios. Allí todo debe, o debería, ser perfecto. Digo: debería, porque no es así. La apariencia es buena, pero la realidad no lo es. Los que están en la Casa de Dios parecen sin defectos, pero el ojo de Dios descubre en ellos los más graves: los que están en el corazón.

¡Oh! ¡El corazón! Con él se sirve a Dios; en verdad, se le sirve con él. No hace falta ni es suficiente tener el ojo limpio y el oído perfecto, voz armoniosa, hermosos miembros, para cantar las alabanzas que a Dios placen. No hace falta ni basta tener bonitos indumentos y limpios y perfumados. Limpio ha de ser el espíritu en la mirada, perfecto ha de tener el oído, y armoniosa la voz, bien construido ha de resultar en sus formas espirituales, que deben estar adornadas de pureza: ésta es la túnica hermosa y limpia y perfumada de caridad; éste, el aceite henchido de esencia que agrada a Dios.

¿Y qué caridad sería la de uno que, siendo feliz y viendo a un infeliz, manifestara hacia él burla y odio? Pues más aún para quien, inculpable, ha nacido desgraciado: ha de dársele doble y triple caridad. La desgracia es pena que da mérito a quien la lleva y a quien, familiar del que tiene la desgracia, la ve llevar y sufre por ello por amor de pariente y quizás se da golpes de pecho pensando: "La causa de este dolor soy yo, con mis vicios". Y no debe ser jamás causa de culpa espiritual en quien la ve. Se transforma en culpa si viene a ser anticaridad. Por eso os digo: "Nunca seáis personas sin caridad hacia vuestro prójimo. ¿Ha nacido con una desgracia? Amadlo porque lleva su gran dolor. ¿La desgracia le ha venido por su culpa? Amadlo porque su culpa ya se ha transformado en castigo. ¿Es padre o madre de uno que ha nacido desgraciado o que lo ha venido a ser después': Amadlos, porque no hay dolor mayor que el de un padre o una madre heridos en su hijo. ¿Es una madre que ha engendrado a un monstruo? Amadla, porque está literalmente aplastada por ese dolor, que considera el más inhumano. Inhumano es.

Pero aún mayor es el dolor de una que es madre de un monstruo de alma y que se da cuenta de que ha dado a luz a un demonio y a un peligro para la tierra, la patria, la familia, los amigos. ¡Oh! ¡Esta mujer no se atreve ya ni siquiera a levantar la frente, pobre madre de un hombre feroz, de un abyecto, de un homicida, un traidor, un ladrón, un degenerado! Pues bien, os digo: amad también a estas madres, las más infelices. Las que a través de los siglos pasarán con el nombre de madres de un asesino, de un traidor.

En todas partes la Tierra ha oído el llanto de las madres torturadas por la muerte cruel del propio hijo. De Eva en adelante, cuántas madres han sentido desgarrárseles las entrañas más que en los dolores del parto. Y mucho más aún: han sentido que una mano feroz les arrancaba las entrañas y con ellas el corazón, ante el cadáver del hijo asesinado, ajusticiado, martirizado por los hombres; y han gritado su espasmo, revolcándose, con un delirio de espasmódico amor doliente, abrazadas a esos despojos que ya no las oían, que no se calentaban ya con su calor, que no podían ya hacer ningún movimiento para decir con la mirada o con el gesto, si no con la boca: "Madre, te oigo".

Y, a pesar de todo, os digo que todavía la Tierra no ha oído el grito y recogido el llanto de la más santa y de la más infeliz. De aquellas que estarán eternamente en el recuerdo del hombre. La Madre del asesinado Redentor y la madre del que será su traidor. Estas dos, mártires en modos distintos, se oirán gemir; y será la Madre inocente y santa, la más inocente, la inocente Madre del Inocente, la que dirá a su hermana lejana, mártir de un hijo cruel más que de ninguna otra cosa: "Hermana, yo te amo".

Amad, para sed dignos de Esta que amará por todos y a todos. El amor es lo que salvará a la Tierra.

Jesús baja de su tosco púlpito y se agacha para acariciar a un niñito semidesnudo, sólo vestido con una camisita, que se revuelca en la hierba de la orilla. Después de tantas sublimes palabras de Maestro, es dulce el verlo así, interesándose por un niñito, como un hombre sencillo, y luego partir el pan y ofrecerlo y darlo a los que tiene más cerca, y sentarse y comer humanamente, mientras oye ya en su corazón, sin duda, el grito de su Madre y ve a Judas a su lado.

A mí, a mí que soy tan impulsiva, me impresiona más que muchas otras cosas este dominio suyo sobre los sentimientos. Para mí es una lección continua. Pero los presentes, sin embargo, parece como si se hubieran quedado yo diría incluso hechizados. Comen, pensativos y silenciosos, mirando con veneración al dulce Maestro de amor.

## 420

## Curación de un endemoniado completo. La vocación de la mujer al amor.

Jesús y los suyos siguen estando por los campos. Aquí la siega de los cereales está ya terminada y los campos muestran los rastrojos resecos. Jesús camina por el margen de un sendero umbroso. Va hablando con unos hombres que se han unido al grupo de los apóstoles.

-Sí - dice uno - Nada lo cura. Está más que desquiciado. Mira, es el terror de todos, especialmente de las mujeres, porque las sigue con gestos o palabras obscenos. ¡Y ay si las echara mano?

-Nunca se sabe dónde está - dice otro.

-En los montes, en los bosques, en los surcos de los prados... aparece al improviso como una serpiente... Las mujeres tienen mucho miedo de él. Una, jovencita, murió a causa de él en pocos días por una fuerte fiebre.

-El otro día, mi cuñado había ido al lugar donde ha preparado para sí y los suyos el sepulcro, porque se le ha muerto el padre de su mujer, para aprestar todo para la sepultura. Pero tuvo que huir, porque dentro estaba el poseso, desnudo y gritando, como siempre, y lo amenazaba lanzándole piedras... Lo siguió hasta el pueblo y luego volvió al sepulcro, y ha tenido que sepultar al muerto en mi sepulcro.

-¿Y aquella vez que se recordó de que Tobías y Daniel lo habían cogido por la fuerza, lo habían atado y lo habían llevado de nuevo a su casa? Los esperó medio sepultado entre las cañas y el barro del río y, cuando montaron en barca para la pesca o para atravesar el río, no sé bien, con su fuerza de demonio alzó la barca y la volcó. Salvaron la vida de milagro, pero todo lo que había en la barca se perdió y la misma barca salió de aquello con la quilla rota y los remos destrozados.

-¿Pero no lo mostrasteis a los sacerdotes?

-Sí. Atado como una carga de mercancía lo llevaron hasta Jerusalén... ¡Qué viaje! ¡Qué viaje!... Te digo - yo estaba - que no necesito bajar al infierno para saber lo que sucede y se dice allí. Pero no sirvió de nada...

-¿Como antes?

-¡Peor!

-¡Y, sin embargo... el sacerdote!...

-Sí, ya, pero... Se necesitaría...

-¿Qué? Continúa...

Silencio.

-Habla, pues. No temas. No te voy a acusar.

-Bien... estaba diciendo... pero no quiero pecar... estaba diciendo... que... sí... el sacerdote lo podría conseguir si... si...

-Si fuese santo, quieres decir, y no te atreves a decirlo. Yo te digo: evita el juzgar. Pero es verdad cuanto dices. ¡Es dolorosamente verdadero! ... - dice Pedro.

Jesús calla y suspira. Un breve silencio embarazoso.

Luego uno se atreve a hablar de nuevo.

-Si lo encontramos, ¿lo curas? ¿Liberas estas comarcas?

-¿Esperas que pueda hacerlo? ¿Por qué?

-Porque eres santo.

-Santo es Dios».

-Y Tú, que eres Hijo suyo.

-¿Cómo puedes saberlo?

-¡Hombre, corre la voz! Y además somos del río y sabemos lo que hiciste hace tres lunas. ¿Quién para una crecida, si no es Hijo o Dios?

-¿Y Moisés? ¿Y Josué?

-Obraban en nombre de Dios y para su gloria. Y podían porque eran santos. Tú los superas.

-¿Lo vas a hacer, Maestro?

-Lo haré, si lo encontramos.

Prosiguen. El calor, que aumenta, los induce a dejar el camino y a buscar alivio en una espesura de árboles que hay en la orilla del río, que ya no está agitado como cuando la crecida, sino que, aunque todavía baje rico en aguas, las tiene quietas y azules, llenas de resplandor bajo el sol.

El sendero se ensancha y muestra en el fondo una blancura de casas. Debe ser un pueblo que se va haciendo cada vez más cercano. En las márgenes, construcciones pequeñas, blanquísimas y sin más aberturas que una en una pared. Parte están abiertas; la mayoría, sin embargo, cerradas herméticamente. En los alrededores de ellas no hay nadie. Están diseminadas en un terreno yermo y agreste; parece abandonado. Sólo yerbajos y pedruscos.

-¡Vete! ¡Vete! ¡Retrocede o te mato!

-¡Ahí está el poseso y nos ha visto! Yo me marcho.

-Yo también.

-Y yo os sigo.

-No temáis. Quedaos y ved.

Jesús se muestra tan seguro que los... valientes obedecen, aunque, eso sí, se ponen detrás de Jesús. También se quedan atrás los discípulos. Jesús va adelante solo y solemne, como si nada viera ni oyera.

-¡Vete!

El grito de la voz es desgarrador, tiene componentes de gruñido y aullido. Parece imposible que pueda salir de garganta humana.

-¡Vete! ¡Atrás! ¡Te mato! ¿Por qué me persigues? ¡No quiero verte!

El poseso pega saltos, completamente desnudo, moreno, barba y pelo largos y enredados. Los mechones negros e hirsutos, llenos de hojas secas y polvo, le caen por encima de los ojos torvos, inyectados de sangre, móviles alrededor de sus órbitas; y llegan hasta la boca, abierta mientras grita y mientras emite demenciales carcajadas que parecen una pesadilla, hasta la boca que emite espuma y que sangra (porque el desquiciado se golpea la boca con una piedra puntiaguda) y dice:

-¿Por qué no te puedo matar? ¿Quién me ata la fuerza? ¿Tú? ¿Tú?

Jesús lo mira y sigue adelante.

El loco se revuelca por el suelo, se muerde, echa más espuma todavía, se golpea con su piedra, se pone de nuevo en pie bruscamente, apunta el índice hacia Jesús, mirándolo fuera de sí, y dice:

-¡Oíd! ¡Oíd! Este que viene es...

-¡Calla, demonio del hombre! Te lo ordeno.

-¡No! ¡No! ¡No! No me callo, no, no me callo. ¿Qué hay entre nosotros y Tú? ¿Por qué no nos dejas tranquilos? ¿No te ha bastado habernos encerrado en el reino de infierno? ¿No te basta venir, haber venido para arrebatarnos al hombre? ¿Por qué nos impeles hasta allá abajo? ¡Déjanos vivir en nuestras presas! Tú, grande y poderos$^{o}$ pasa y conquista, si puedes. Pero déjanos a nosotros gozar y hacer daño. Para eso estamos. ¡Oh! ¡Mal...! ¡No! ¡No puedo decirlo! ¡No te lo dejes decir! ¡No te lo dejes decir! ¡No puedo maldecirte! ¡Te odio! ¡Te persigo! ¡Te espero para torturarte! ¡Te odio a ti y a Aquel de quien procedes, y odio a Aquel que es vuestro Espíritu! ¡Odio el Amor, yo que soy Odio! ¡Quiero maldecirte! ¡Quiero matarte! Pero no puedo. ¡No puedo! ¡No puedo todavía! Pero te espero, Cristo, te espero. ¡Muerto te veré! ¡Oh, hora de felicidad! ¡No! ¡No felicidad! ¿Muerto Tú? No. No muerto. ¡Y yo vencido! ¡Vencido! ¡Siempre vencido'… ¡¡¡Ah!!!...

El paroxismo toca su culmen.

Jesús sigue andando hacia el poseso, teniéndolo bajo el rayo de sus ojos magnéticos. Ahora Jesús está completamente solo. Apóstoles y lugareños se han quedado atrás. Éstos, detrás de los apóstoles, los apóstoles, separados de Jesús unos treinta metros al menos.

Algunos habitantes del pueblo, que parece muy poblado y también rico, han salido, atraídos por los gritos; están observando la escena, preparados también para huir como el otro grupo. Así la escena se desarrolla de esta manera: en el centro el poseso y Jesús, ya a pocos metros el uno del otro; detrás de Jesús, a la izquierda, apóstoles y lugareños; a la derecha, detrás del poseso, los habitantes de pueblo.

Jesús, después de la orden de callar, no ha vuelto a hablar. Solamente mira fijo al poseso. Pero ahora Jesús se detiene y alza los brazos, los extiende hacia el endemoniado, está para hablar. Los gritos se hacen verdaderamente infernales. El poseso se retuerce, da saltos a la derecha, a la izquierda, hacia arriba. Parece como si quisiera huir o arremeter, pero no puede. Está clavado allí y aparte de sus contorsiones no se le concede ningún otro movimiento. Cuando Jesús tiende sus brazos, con las manos extendidas como quien jura, el demente grita más fuerte y, después de mucho haber imprecado, reído y blasfemado, se pone a llorar y a suplicar.

-¡En el infierno no! ¡No en el infierno! ¡No me mandes allí! Horrenda es mi vida ya aquí, en esta cárcel de hombre, porque quiero recorrer el mundo y despedazarte a tus criaturas. ¡Pero allí, allí, allí! ¡No! ¡No! ¡No! ¡Déjame fuera!...

-Sal de éste. Te lo mando.

-¡No!

-¡Sal!

-¡No!

-¡Sal!

-¡No!

-¡En el nombre del Dios verdadero, sal!

-¡Oh! ¿Por qué me vences? Pero no salgo, no. Tú eres el Cristo, Hijo de Dios, pero yo soy...

-¿Quién eres?

-Yo soy Belcebú, Belcebú soy, el Amo del mundo, y no me doblego. ¡Te desafío, Cristo!

El poseso se inmoviliza de golpe, rígido, casi hierático, y mira fijo a Jesús con ojos fosforescentes, apenas moviendo los labios con palabras no inteligibles y haciendo, con las manos llevadas hacia los hombros, los codos flexionados, leves movimientos.

Jesús también se ha detenido. Ahora tiene los brazos recogidos sobre el pecho. Lo mira. También Jesús mueve levemente los labios. Pero no oigo ninguna palabra.

Los presentes esperan con opiniones contrarias:

-¡No lo consigue!

-Sí, ahora el Cristo lo consigue.

-No. Vence el otro.

-Es bien fuerte.

-¡Sí!,

-¡No!

Jesús abre los brazos. Su rostro es un resplandor de imperio, su voz un trueno.

-Sal. Por última vez. ¡Sal, Satanás! ¡Lo mando Yo!

-¡Aaaaah! (es un grito larguísimo de aflicción infinita. No lo emite así uno que sea traspasado lentamente por una espada). Y luego el grito se concreta en palabras:

-Salgo, sí. Me has vencido. Pero me vengaré. Tú me echas a mí, pero tienes un demonio a tu lado y en ése entraré para poseerlo, invistiéndolo con todos mis poderes. Y no habrá orden tuya que me lo arrebate. En todo tiempo, en todo lugar, me engendro hijos. Yo, el autor del Mal. Y como Dios se ha generado por sí mismo yo por mí mismo me genero. Me concibo en el corazón del hombre, y éste me da a luz, da a luz un nuevo Satanás que es él mismo, y yo exulto, ¡exulto de tener tanta prole! Tú y los hombres siempre encontraréis estas criaturas mías que son otros idénticos a mí. Voy, Cristo, a tomar posesión de mi nuevo reino, como Tú quieres, y te dejo este trapo de hombre maltratado por mí. Por este que te dejo, limosna de Satanás a ti, Dios, me tomo ahora mil, diez mil, y los encontrarás cuando seas un sucio harapo de carne, arrojada como escarnio a los perros; y tomaré otros, en el transcurso de los siglos, millares y millares, para hacer de ellos mi instrumento y tu tormento. ¿Crees vencer alzando tu Signo? Los míos lo echarán abajo y yo venceré... ¡Ah! ¡No, no te venzo! ¡Pero te torturo en ti y en los tuyos! ...

Se oye un fragor como de rayo. Pero no hay ni culebrina de luz ni rumor de trueno. Sólo un estallido seco y desgarrador, y, mientras el poseso cae como muerto al suelo y se queda allí, un grueso tronco que está cerca de los discípulos cae al suelo, como si a un metro de la base hubiera sido segado por una sierra de acción fulmínea. El grupo apostólico apenas si tiene tiempo de apartarse. ¿Y los lugareños?... Huyen del todo.

Pero Jesús, que se ha agachado a tomar de la mano al hombre caído, se vuelve, estando así agachado y teniendo la mano del liberado en la suya, y dice:

-¡Venid. No temáis!

Temerosa, la gente se acerca.

-Está curado. Traed una túnica.

Uno sale a la carrera.

El hombre vuelve en sí poco a poco. Abre los ojos y encuentra la mirada de Jesús. Se sienta. Con la mano libre se seca el sudor, la sangre y la baba, se echa hacia atrás el pelo, se observa. Se ve desnudo delante de tanta gente y se avergüenza. Se acurruca y pregunta:

-¿Qué ha sido? ¿Quién eres? ¿Por qué estoy aquí, desnudo?

-Nada, amigo. Ahora te traerán ropa y volverás a tu casa.

-¿De dónde vengo? ¿Y tú de dónde vienes?

Habla con voz de enfermo, cansada y blanca.

-Vengo del Mar de Galilea.

-¿Y cómo me conoces? ¿Por qué me socorres? ¿Cómo te llamas?

Llegan algunos hombres con una túnica. Se la ofrecen al hombre que ha recibido el milagro. Y llega una pobre vieja llorando y aprieta al curado contra su corazón.

-¡Hijo mío!

-¡Mamá! ¿Por qué me has dejado durante tanto tiempo?

La anciana llora más fuerte y lo besa y acaricia. Quizás iba a decir otras palabras, pero Jesús la domina con sus ojos y le inspira otras, más compasivas:

-¡Has estado muy enfermo, hijo mío! Alaba a Dios, que te ha curado, y a su Mesías, que ha obrado en el nombre de Dios.

-¿Éste? ¿Cómo se llama?

-Jesús de Galilea. Pero su nombre es Bondad. Bésale las manos, hijo; dile que te perdone por cuanto has hecho o dicho... Cierto que has hablado estando...

-Sí, ha hablado estando con fiebre - dice Jesús para detener las palabras imprudentes - Pero no era él el que hablaba, y Yo no soy severo con él. Sé bueno ahora. Sé continente- recalca la palabra. El hombre baja la cabeza, confundido.

Pero lo que Jesús ahorra no lo ahorran los ciudadanos ricos, que ahora ya están cerca. Entre ellos están los indefinibles fariseos.

-¡Te ha ido bien! ¡Suerte la tuya, que has encontrado a éste, amo de los demonios!

-¿Endemoniado yo?

El hombre está aterrorizado.

La vieja reacciona:

-¡Malditos! ¡Sin piedad ni respeto! ¡Víboras odiosas y crueles! Y tú también, inútil ministro de la sinagoga. ¿Amo de los demonios el Santo?

-¿Y quién crees que puede tener poder sobre ellos, si no su rey y padre?

-¡Sacrílegos! ¡Blasfemos! ¡M...!

-Silencio, mujer. Sé feliz con tu hijo. No impreques. A mí no me causa ni preocupación ni afrenta. Id en paz todos. A los buenos, mi bendición. Vamos, amigos.

-¿Puedo seguirte? - Es el curado el que habla.

-No. Quédate. Sé testimonio mío y alegría para tu madre. Ve.

Y, entre gritos de aplauso y cuchicheos de burla, Jesús atraviesa parte de la ciudad para luego entrar de nuevo en las sombras de los árboles que están a lo largo del río.

Los apóstoles se pegan a Él.

Pedro pregunta:

-¿Por qué, Maestro, el espíritu inmundo ha opuesto tanta resistencia?

-Porque era un espíritu completo.

-¿Qué quiere decir esta palabra?

-Escuchadme. Hay quien se da a Satanás abriendo una puerta a un vicio capital. Hay quien se da dos veces, quién tres, quién siete. Cuando uno ha abierto el espíritu a los siete vicios, entonces entra en él un espíritu completo. Entra Satanás, el príncipe negro.

-¿Ese hombre, joven todavía, cómo podía estar poseído por Satanás?

-¡Oh! ¡Amigos! ¿Sabéis por qué sendero viene Satanás? Tres son las vías generalmente holladas, y una no falta nunca. Tres: la carnalidad, el dinero, la soberbia de la mente. La carnalidad es la que no falta nunca. Emisaria de las otras concupiscencias, pasa sembrando su veneno y todo florece con floración satánica. Por esto os digo: "Sed dueños de vuestra carne". Que sea este dominio el comienzo de cualquier otro dominio, de la misma forma que esta esclavitud es el comienzo de cualquier otra. El esclavo de la lujuria se hace ladrón y tramposo, cruel, homicida, con tal de servir a su ama. La misma sed de poder está emparentada con la carne. ¿No os parece así? Así es. Meditad y veréis si me equivoco. Por la carne Satanás entró en el hombre, y feliz si puede hacerlo, por la carne entra de nuevo; él, uno y septipartito, con la proliferación de sus legiones de demonios menores.

-María de Magdala, Tú dijiste que tenía siete demonios, Tú lo dijiste, y ciertamente eran demonios de lujuria. Y, sin embargo, la liberaste con mucha facilidad.

-Sí, Judas, es verdad.

-¿Y entonces?

-Y entonces - dices - mi teoría se viene abajo. No, amigo. La mujer quería ya ser liberada de su posesión. Quería. La voluntad es todo.

-¿Por qué, Maestro, vemos que muchas mujeres están atrapadas por el demonio y - se puede decir - por este demonio?

-Mira, Mateo. La mujer no es igual que el hombre ni en su formación ni en las reacciones a la culpa original. El hombre tiene otras metas para su deseo, mejor o peor. La mujer tiene una meta: el amor. El hombre tiene otra formación. La mujer tiene ésta, sensible, aún más perfecta porque está destinada a la generación. Tú sabes que toda perfección genera un aumento de sensibilidad. Un oído perfecto oye aquello que pasa desapercibido a otro oído menos perfecto, y goza en ello. Y así el ojo, el paladar y el olfato. La mujer debía haber sido la dulzura de Dios en la Tierra; debía haber sido el amor, la encarnación de este fuego que mueve Aquel que es; la manifestación, el testimonio de este amor. Dios, por eso, la había dotado de un espíritu supraeminentemente sensible, para que, madre un día, supiera y pudiera, a sus hijos, abrirles los ojos del corazón al amor hacia Dios y hacia sus semejantes, de la misma forma que el hombre habría abierto los ojos de la mente a sus hijos para la inteligencia y la acción. Reflexiona sobre el imperativo de Dios a sí mismo: "Hagámosle a Adán una compañera". Dios-Bondad no podía sino querer hacer una buena compañera a Adán. Quien es bueno ama. La compañera de Adán debía, por tanto, ser capaz de amar para acabar de hacer dichoso el día de Adán en el Jardín feliz. Debía ser tan capaz de amar, que fuera segunda, colaboradora y sustituta de Dios en amar al hombre, su criatura, de forma que, incluso en las horas en que la Divinidad no se revelaba a su criatura con su voz de amor, el hombre no se sintiera infeliz por falta de amor. Satanás sabía que existía esta perfección. *Muchas cosas sabe Satanás.* Es él el que habla en los labios de los pitones, diciendo mentiras entremezcladas con verdades. Y dice estas verdades, que él odia porque es Mentira, sólo - tenedlo presente todos vosotros y los futuros - para *seduciros con la quimera de que no es la Tiniebla la que habla sino la Luz.* Satanás, astuto, tortuoso y cruel, se introdujo en esta perfección y ahí mordió, y ahí dejó su veneno. La perfección de la mujer en el amar se hizo así instrumento de Satanás para dominar a la mujer y al hombre y propagar el mal...

-¿Pero y nuestras madres, entonces?

-Juan, ¿temes por ellas? No todas las mujeres sirven de instrumento a Satanás. Perfectas en el sentimiento, son siempre extremas en la acción: ángeles, si quieren ser de Dios; demonios, si quieren ser de Satanás. Las mujeres santas, y tu madre entre ellas, quieren ser de Dios, y son ángeles.

-¿No te parece injusto el castigo de la mujer, Maestro? También el hombre pecó.

-¿Y el premio entonces? Está escrito que por la Mujer volverá al mundo el Bien y será vencido Satanás.

-No juzguéis nunca las obras de Dios. Esto lo primero. Pensad, más bien, que, como por la mujer entró el Mal, por la Mujer es justo que entre el Bien en el mundo. Debe ser anulada una página escrita por Satanás. Y lo hará el llanto de una Mujer. Y, puesto que Satanás gritará eternamente sus voces, he aquí que una voz de Mujer cantará para cubrir esas voces.

-¿Cuándo?

-En verdad os digo que su voz ya ha descendido de los Cielos donde eternamente cantaba su aleluya.

-¿Será más grande que Judit?

-Más grande que cualquier otra mujer.

-¿Qué hará? ¿Qué será lo que hará!

-Invertirá a Eva y a su ternario pecado. Obediencia absoluta. Pureza absoluta. Humildad absoluta. Sobre esta base se erguirá, regia y victoriosa...

-¿Pero no es tu Madre, Jesús, la más grande por haberte engendrado?

-Grande es quien hace la voluntad de Dios. Y María por esto es grande. Todo otro mérito viene de Dios. Pero éste es todo suyo, y bendita sea por ello.

Y todo termina.

Dice Jesús:

-Has visto a un "poseso" de Satanás. Muchas respuestas hay en mis palabras. No tanto para ti; más bien para otros. ¿Les servirán? No. A aquellos a quienes más necesidad tienen de ellas no les servirán. Descansa con mi paz.

## 421

## El endemoniado curado, los fariseos y la blasfemia contra el Espíritu Santo.

Pasada la Semana Santa y la consecuente penitencia del no ver, vuelve esta mañana la visión espiritual del Evangelio. Y todas mis angustias se olvidan en esta alegría, que se anuncia siempre con una indescriptible sensación de júbilo sobrehumano...

...Y veo a Jesús - caminando todavía por las arboledas que bordean el río - que se detiene y ordena un alto en el camino, en estas horas demasiado calientes para permitir la marcha. Porque, si es verdad que la tupida maraña de las frondas protege del sol, esta misma maraña forma también como una capa de impedimento al paso de las brisas, apenas sensibles, siendo así que el aire bajo las frondas es caliente, está parado, es pesado y húmedo (la humedad que emana del suelo cercano al río, una humedad que no es alivio, sino tormento pegajoso que se mezcla, aumentándolo, con el ya de por sí tormentoso sudor que se desliza por los cuerpos).

-Vamos a detenernos hasta el atardecer. Luego bajaremos al guijarral claro, visible incluso con la luz de las estrellas, y proseguiremos de noche. Ahora vamos a comer y a descansar.

¡-Ah!, antes de la comida me tomo el alivio del agua. Estará también tibia, como un brebaje para la tos; pero servirá para quitarme el sudor. ¿Quién viene conmigo? - pregunta Pedro.

Todos van con él. Todos, incluso Jesús, que está sudado como todos y con la túnica pesada de polvo y sudor. Toma cada uno, de la bolsa, una túnica limpia y bajan al río. En la hierba, como señal de su presencia, no quedan más que las trece bolsas y los odres del agua, velado ello por los añosos árboles y por innumerables pájaros, que observan curiosos con sus ojitos de azabache las trece bolsas hinchadas y multicolores diseminadas en la hierba. Las voces de los bañistas se alejan y se confunden entre el rumor del río. Sólo de vez en cuando alguna risa aguda vibra como una nota alta por encima de los acordes bajos y monótonos del río.

Pero pronto un rumor de pisaduras rompe el silencio. Algunas cabezas se asoman a través de unos ramajes, dan una ojeada, dicen con expresión contenta:

-Están aquí. Se han parado. Vamos a decírselo a los otros - y desaparecen alejándose tras las matas...

...Mientras tanto, refrescados, con los cabellos todavía húmedos a pesar de que hayan sido rudimentariamente secados, descalzos y con las sandalias lavadas, que gotean, sujetas de las correas, vestidos con túnicas frescas - quizás han dejado las otras sobre los cañizares, después de una enjuagadura en las aguas azules del Jordán - regresan los apóstoles con el Maestro. Visiblemente aliviados por el prolongado baño.

Ignorando que han sido descubiertos, se sientan, después de que Jesús ha ofrecido y distribuido la comida. Después de la comida, cargados de sueño, se tumbarían y dormirían. Pero... viene un hombre, y después del primero el segundo, y el tercero...

-¿Qué queréis? - pregunta Santiago de Zebedeo, que los ve venir y pararse cerca de una espesura, dudando si acercarse o no. Los otros, incluido Jesús, se vuelven para ver con quién habla Santiago.

-¡Ah, son los del pueblo!... ¡Nos han seguido! - dice sin entusiasmo Tomás, que se disponía a dormir un poco.

Entretanto los interpelados responden, un poco atemorizados al ver la manifiesta aversión de los apóstoles a recibirlos:

-Queríamos hablar con el Maestro... Decir que... ¿Verdad Samuel?... - y, como no se atreven a seguir hablando, se interrumpen.

Pero Jesús, benigno, alzándose y dirigiéndose hacia ellos, los anima:

-Hablad, hablad. ¿Tenéis otros enfermos?

-Maestro, estás cansado, incluso más que nosotros. Descansa un poco y que ellos esperen… - dice más de un apóstol.

-Aquí hay criaturas que me requieren. Por eso ellos tampoco tienen descanso de paz en el corazón. Y el cansancio del corazón supera al de los miembros. Dejad que los escuche.

-¡Bueno, pues bien! ¡Adiós descanso nuestro!... - dicen en tono malhumorado los apóstoles, subyugados por el cansancio y el calor hasta el punto de hacer un reproche a su Maestro en presencia de extraños, tanto que dicen: «Y cuando, sin prudencia, nos hayas enfermado a todos, demasiado tarde comprenderás que te éramos necesarios».

Jesús los mira... con piedad. No hay otra cosa en sus dulces ojos cansados... Pero responde:

-No, amigos. No pretendo que hagáis lo mismo que Yo. Mirad, vosotros quedaos aquí descansando; Yo me alejo un poco con éstos, los escucho y luego vengo a descansar con vosotros.

Es tan dulce la respuesta, que obtiene más que con un reproche. El buen corazón, el afecto de los doce se despierta y toma la iniciativa:

-¡No, hombre, no, Señor! Quédate ahí y habla con ellos. Nosotros vamos a dar la vuelta a las túnicas para que se sequen por el otro lado. Así vencemos el sueño y luego venimos y descansamos juntos.

Y los que más sueño tienen van hacia el río... Se quedan Mateo, Juan y Bartolomé.

Pero, mientras tanto, los tres habitantes del pueblo se han transformado en más de diez, y siguen aumentando...

-¿Entonces? Acercaos y hablad sin temor.

-Maestro, cuando te has marchado, los fariseos se han hecho todavía más violentos... Han arremetido contra el hombre que has liberado y... si no se vuelve loco será un nuevo milagro... porque... le han dicho que... que lo has liberado de un demonio que sólo obstaculizaba a la razón, pero que le has dado un demonio más fuerte, tan fuerte que ha vencido al primero, más

fuerte que el primero porque éste condena y domina su espíritu, y por eso mientras que de la primera posesión no habría debido llevar las consecuencias a la otra vida, porque sus acciones no eran... ¿cómo han dicho, Abraham?...

-Han dicho... ¡oh, es un nombre extraño!... Bueno, que de esas acciones Dios no le habría pedido cuentas, porque habían sido hechas sin libertad de mente, mientras que ahora él, adorando por imposición del demonio que tiene dentro de su corazón, introducido por ti - ¡perdona si te lo decimos! -, por ti, príncipe de los demonios, adorándote a ti con mente ya cuerda, es sacrílego y maldito, y será condenado. Así que el pobre infeliz añora el estado de antes, y... casi impreca contra ti... Por tanto, más desquiciado que antes... y la madre se desespera por el hijo que desespera de salvarse... y toda alegría se ha transformado en congoja. Nosotros, para dar paz, te hemos buscado, y ciertamente nos ha guiado hasta aquí el ángel... Señor, nosotros creemos que Tú eres el Mesías. Y creemos que el Mesías tiene dentro de sí al Espíritu de Dios. Por tanto, es Verdad y Sabiduría. Y te pedimos que nos des paz y explicación...

-Estáis en la justicia y en la caridad. Benditos seáis. Pero, ¿dónde está el infeliz?

-Viene detrás de nosotros con su madre, llorando su desesperación. ¿Ves? Todo el pueblo, menos ellos, menos los crueles fariseos, viene hacia aquí, sin preocuparse de las amenazas de ellos. Porque nos han amenazado castigos porque creemos en ti. Pero Dios nos protegerá.

-Dios os protegerá. Llevadme donde el beneficiado.

-No. Te lo traemos aquí. Espera - y muchos se dirigen hacia el núcleo más numeroso, que se acerca gesticulando, mientras dos llantos agudos dominan el murmullo de la muchedumbre. Los otros, los que se han quedado, son muchos ya, y, cuando a éstos se unen los otros teniendo en el centro al endemoniado curado y a la madre de éste, alrededor de Jesús, entre los árboles, se apiña verdaderamente una muchedumbre. La gente se sube incluso a los árboles en busca de un sitio para oír y ver.

Jesús va hacia el beneficiado con el milagro. Éste, en cuanto lo ve, arrancándose los pelos y arrodillándose, dice:

-¡Devuélveme el primer demonio! ¡Por piedad de mí, de mi alma! ¿Qué te he hecho para que me perjudicaras tanto?

Y su madre, también de rodillas:

-¡Delira por el miedo, Señor! No escuches sus blasfemas palabras. No. Líbralo del miedo que esos crueles le han infundido, para que no pierda la vida del alma. Lo has liberado una vez... ¡Por piedad de una madre, libéralo otra vez!

-Sí, mujer. ¡No temas! ¡Hijo de Dios, escucha!

Y Jesús apoya sus manos sobre la cabeza despeinada del hombre que delira de miedo sobrenatural.

-Escucha. Y juzga. Juzga por ti mismo, porque ahora tienes un juicio libre y puedes juzgar con justicia. Hay un modo seguro para comprender si un prodigio viene de Dios o de un demonio. Y es lo que experimenta el alma. Si el hecho extraordinario viene de Dios, se infunde paz en el alma, paz y júbilo majestuoso; si viene de un demonio, con el prodigio viene turbación y dolor. Y también viene paz y júbilo de las palabras de Dios, mientras que de las de un demonio - sea demonio espíritu o demonio hombre - viene turbación y dolor. Y también de la proximidad de Dios viene paz y júbilo, mientras que de la proximidad de espíritus u hombres malvados viene turbación y dolor. Ahora reflexiona, hijo de Dios. ¿Cuando, cediendo al demonio de la lujuria, empezaste a acoger dentro de ti a tu opresor, gozabas de júbilo y paz?

El hombre reflexiona y, ruborizándose, responde:

-No, Señor.

-¿Y cuando el perpetuo Adversario se apoderó de ti del todo, tuviste paz y júbilo?

-No, Señor. Jamás. Mientras comprendía, mientras tuve un retal de mente libre, experimenté turbación y dolor por el atropello del Adversario. Luego... no sé... Ya mi intelecto no era capaz de comprender lo que yo sufría... Era peor que un animal... Pero incluso en ese estado en que parecía menos inteligente que un animal... ¡oh, cuánto podía sufrir todavía! No sé decir de qué... ¡El infierno es tremendo! Es una totalidad horrenda... y no se puede decir lo que es...

El hombre tiembla ante el informe recuerdo de sus sufrimientos de poseído. Tiembla, palidece, suda... La madre lo abraza y lo besa en la mejilla para distraerlo de esa pesadilla... La gente susurra comentarios.

-¿Y cuando te has despertado con la mano en mi mano, que has experimentado?

-¡Oh, un estupor tan dulce!... y luego una alegría, una paz mayor aún... Parecía como si saliera de una cárcel oscura donde un sinnúmero de serpientes habían sido las cadenas, y el aire hedores de pútrida cloaca, y entrara en un jardín en flor, pleno de sol, de cantos... He conocido el Paraíso... pero tampoco esto se puede describir... - El hombre sonríe como arrobado en el recuerdo de su breve y reciente hora de júbilo. Luego suspira y termina: «Pero pronto ha terminado...».

-¿Estás seguro? Dime, ahora que estás a mi lado y lejos de los que te han turbado, ¿qué sientes?

-La paz también. Aquí contigo no puedo creer que esté condenado y sus palabras me parecen blasfemia... Pero yo las he creído... ¿No he pecado contra ti entonces?

-No has pecado tú. Ellos sí. Levántate, hijo de Dios, y cree en la paz que hay en ti. La paz viene de Dios. Tú estás con Dios. No peques y no temas - y quita las manos de la cabeza del hombre permitiéndole así levantarse.

-¿Verdaderamente es así, Señor? - preguntan muchos.

-Verdaderamente es así. La duda suscitada por estas palabras deliberadamente dañinas ha sido la última venganza de Satanás que ha salido de éste vencido y deseoso de recuperar la presa perdida.

Con muy buen sentido un lugareño dice:

-¡Pero entonces... los fariseos... han servido a Satanás! - y muchos aplauden esta justa observación.

-No juzguéis. Hay quien juzga.

-Pero al menos somos francos en nuestros juicios... y Dios ve que juzgamos por culpas claras. Ellos fingen ser lo que no son. Actúan con falsedad y con miras no buenas. Y, a pesar de ello, triunfan más que nosotros, que somos honrados y sinceros. Son nuestro terror. Extienden su poder hasta la libertad de fe. Se tiene que creer y practicar como les gusta a ellos. Y nos

amenazan porque te amamos. Tratan de reducir tus milagros a brujerías, para que la gente te tema. Conspiran, oprimen, hacen daño...

La muchedumbre habla tumultuosamente. Jesús hace un gesto imponiendo silencio y dice:

-No acojáis en el corazón lo que es de ellos. Ni sus insinuaciones ni sus sistemas. Y ni siquiera la idea: "son malos y, a pesar de ello, triunfan". ¿No os acordáis de las palabras de la Sabiduría: "Breve es el triunfo del pérfido" y de la otras, de los Proverbios: "No sigas, hijo, los ejemplos de los pecadores y no escuches las palabras de los impíos, porque quedarán atrapados en las cadenas de sus culpas y engañados por su gran necedad"? No introduzcáis en vosotros lo que es de aquellos que vosotros mismos, aún siendo imperfectos, juzgáis injustos. Introduciríais en vosotros la misma levadura que los corrompe a ellos. La levadura de los fariseos es la hipocresía. Que la hipocresía no esté nunca en vosotros, ni respecto a las formas del culto a Dios, ni respecto al modo de manifestaros con los hermanos. Guardaos de la levadura de los fariseos. Pensad que no hay nada oculto que no pueda ser descubierto, nada escondido que no termine siendo conocido.

Ya veis. Me habían dejado partir y luego habían sembrado cizaña donde el Señor había esparcido selecta semilla. Creían haber actuado fina y victoriosamente. Y habría sido suficiente que no me hubierais encontrado, que Yo hubiera pasado el río sin dejar huella mía en el agua, que se junta después de abrirla la proa, para que su mala forma de obrar, bajo apariencia de un obrar recto, triunfase. Pero pronto ha sido descubierto el juego, y su mala acción ha sido anulada. Y así de todas las acciones del hombre, Uno al menos, Dios, las conoce, y provee. Lo que se dice en la oscuridad termina siendo revelado por la Luz, y lo que se trama en secreto en una habitación puede ser revelado como si hubiera sido preparado en una plaza. Porque todo hombre puede tener su delator. Y porque Dios ve a todos los hombres, y Dios puede intervenir y desenmascarar a los culpables.

Por eso hay que actuar siempre con honestidad para vivir con paz. Y quien vive así no tenga miedo. Ni miedo en esta vida, ni miedo por la otra vida. No, amigos míos, os digo: quien obra como justo no tema. Ni miedo de los que matan - sí, de los que pueden matar el cuerpo -, pero que después de eso no pueden hacer más. Os digo qué debéis temer. Temed a aquellos que, después de haberos hecho morir, os pueden mandar al infierno, o sea temed a los vicios, a los malos compañeros, a los falsos maestros, a todos los que os insinúan el pecado o la duda en el corazón, temed a los que más que al cuerpo tratan de corromper al alma y llevaros a la separación de Dios y a pensamientos de desesperación de la divina Misericordia. Temed esto, os lo repito. Porque en ese caso vuestra muerte será eterna. Pero, por lo demás, por vuestra existencia, no temáis. El Padre vuestro no pierde de vista ni siquiera a uno de estos pájaros pequeñitos que hacen sus nidos entre las frondas de los árboles. Ni uno de ellos cae en la red sin que su Creador lo sepa. Y, no obstante, es muy pequeño su valor material: cinco pájaros por dos ases. Y nulo es su valor espiritual. Y, a pesar de ello, Dios los cuida. ¿Cómo, entonces, no va a cuidar de vosotros, de vuestra vida, de vuestro bien? Hasta los cabellos de vuestra cabeza son manifiestos al Padre, y ninguna injuria que hagan a sus hijos le pasa desapercibida; porque vosotros sois sus hijos, o sea, mucho más que los pájaros que hacen sus nidos en los tejados o entre el follaje.

Hijos sois mientras no renunciáis por propia iniciativa a serlo por vuestra libre voluntad. Y se renuncia a esta filiación cuando uno reniega de Dios y del Verbo que Dios ha enviado al mundo para llevar a los hombres a Dios. Entonces, si uno no me quiere reconocer ante los hombres, por temor a un daño por causa de este reconocimiento, entonces tampoco Dios lo reconocerá como hijo suyo, y el Hijo de Dios y del hombre tampoco lo reconocerá delante de los ángeles del Cielo; y quien haya renegado de mí delante de los hombres será negado como hijo ante los ángeles de Dios. Y quien haya hablado mal y contra el Hijo del hombre será todavía perdonado, porque Yo intercederé ante el Padre por su perdón; pero el que haya blasfemado contra el Espíritu Santo no será perdonado. ¿Por qué esto? Porque no todos pueden conocer la extensión del Amor, su perfecta infinidad, y ver a Dios en una carne semejante a toda otra carne de hombre. Los gentiles, los paganos no pueden creer esto por fe, porque su religión no es amor. También entre nosotros el respeto temeroso que tiene Israel por Yeohveh puede impedir el creer que Dios se haya hecho hombre, y el más humilde de los hombres. Es una culpa el no creer en mí. Pero, cuando ésta se apoya en un excesivo temor de Dios, todavía se perdona. Sin embargo, no puede ser perdonado aquel que no se rinde a la verdad que se transparenta a través de mis actos, y niega al Espíritu de Amor el que haya podido mantener la palabra dada de enviar al Salvador en el tiempo establecido, el Salvador precedido y acompañado por los signos anunciados.

Éstos, los que me persiguen, conocen a los profetas. Las profecías están llenas de mí. Conocen las profecías y conocen lo que Yo hago. La verdad es manifiesta. Pero la niegan por voluntad de negarla. Sistemáticamente niegan que Yo sea no sólo el Hijo del hombre, sino también el Hijo de Dios anunciado por los profetas, el Nacido de una Virgen no por voluntad del hombre sino del Amor eterno, del eterno Espíritu que me ha anunciado para que los hombres me pudieran reconocer. Ellos, para poder decir que la oscuridad de la espera del Cristo continúa, se obstinan en tener cerrados los ojos para no ver la Luz presente en el mundo, y por eso reniegan del Espíritu Santo, de su Verdad, de su Luz. Y para éstos el juicio será más severo que para los que no saben. Y llamarme "satanás" no les será perdonado, porque el Espíritu por mí hace obras divinas, no satánicas. Y llevar a otros a la desesperación cuando el Amor los ha llevado a la paz no será perdonado. Porque todas estas cosas son ofensas al Espíritu Santo, a este Espíritu Paráclito que es Amor y da amor y pide amor, y que espera mi holocausto de amor para derramarse en amor de sabiduría que iluminará los corazones de mis fieles. Y cuando esto suceda, y os sigan persiguiendo acusándoos ante los magistrados y los príncipes en los tribunales y en las sinagogas, no os preocupéis pensando en cómo os justificaréis. El mismo Espíritu os dirá lo que habréis de responder para servir a la Verdad y conquistaros la Vida, de la misma forma que el Verbo os está dando cuanto es necesario para entrar en el Reino de la Vida eterna.

Idos en paz. En mi paz. En esa paz que es Dios y que Dios emana para saturar con ella a sus hijos. Idos y no temáis. Yo no he venido para engañaros, sino para instruiros; no para perderos, sino para redimiros. Bienaventurados los que sepan creer en mis palabras. Y tú, hombre, dos veces salvado, sé fuerte y recuerda la paz mía para decir a los tentadores: "No tratéis de seducirme. Mi fe es que Él es el Cristo". Ve, mujer. Ve con él y queda en paz. Adiós. Volved a las casas y dejad al Hijo del hombre con el humilde descanso sobre la hierba, antes de reanudar su perseguido camino en busca de otros a quienes salvar, hasta el final. Mi paz esté con vosotros.

Los bendice y regresa al lugar en donde han comido. Y los apóstoles con Él. Y, habiéndose marchado la gente, se echan, apoyadas las cabezas en las bolsas, y pronto el sueño se apodera de ellos, con el calor bochornoso de la tarde y el pesado silencio de estas horas tórridas.

## 422

## El Iscariote, con sus malos humores, ocasiona la lección sobre los deberes y los siervos inútiles.

Y así el guijarral se ve blanco en la noche sin luna, pero clarísima por millares de estrellas, grandes, inverosímilmente grandes estrellas de cielo de Oriente. No es luz intensa como la de la Luna, pero es una fosforescencia delicada que permite, a quien tiene la vista acostumbrada a la oscuridad, ver por dónde camina y lo que le rodea. Aquí, a la derecha de los caminantes, que suben hacia el norte siguiendo el curso del río, la suave luminosidad estelar muestra el límite vegetal hecho de cañedos, de sauces y luego de árboles altos, y, dado que la luz es muy leve, parece formar un muro compacto, continuo, sin interrupción, sin posibilidad de penetración, apenas roto en el lugar en que el lecho de un riachuelo o torrente, completamente secos, coloca una raya blanca que se adentra hacia oriente y desaparece en la primera curva del minúsculo afluente ahora seco. A la izquierda, sin embargo, los caminantes disciernen el brillo de las aguas que descienden hacia el Mar Muerto, borbollando, suspirando, susurradoras, tranquilas, serenas. Y entre la línea brillante de las aguas de color añil, en la noche, y la masa negro-opaca de hierbas, arbustos y árboles, se extiende la cinta clara del guijarral, a veces más ancha, a veces más estrecha, a veces interrumpida por una minúscula balsa - residuo de la pasada avenida -, todavía con un poco de agua en curso de reabsorción, y donde forman aún mata verde las hierbas, que en otras partes están resecas en la sequedad del guijarral, sin duda ardiente en las horas de sol.

Los apóstoles se ven obligados - por estas pequeñas balsas, o también por marañas de juncos secos, pero peligrosos como cuchillos para el pie sólo semicubierto por las sandalias - a separarse de vez en cuando, para juntarse de nuevo luego en torno a su Maestro, que va siempre majestuoso, generalmente callado, con su paso largo, levantando la mirada hacia las estrellas más que inclinándola hacia el suelo. Los apóstoles no, no callan; hablan entre sí, recapitulando los hechos de la jornada, sacando las conclusiones de éstos o previendo su futuro desarrollo. Alguna rara palabra de Jesús, la mayoría de las veces dicha para responder a una pregunta directa o para corregir alguna ponderación errada o no caritativa, se intercala en la parlería de los doce. Y el camino continúa en la noche, ritmando el silencio nocturno con un elemento nuevo en esas regiones desiertas: las voces humanas y el triscar de los pasos. Y se callan los ruiseñores entre las frondas, asombrados de que sonidos disonantes y ásperos se mezclen, turbadores, con el habitual rumor de las aguas y las brisas, habituales acompañamientos de sus solos virtuosos.

Pero una pregunta directa, que no tiene que ver con lo que ha pasado, sino con lo que ha de suceder, va a romper, con la violencia de una rebelión, además de con el tono más agudo de las voces agitadas por indignación o ira, la paz (no sólo la de la noche, sino también la más íntima de los corazones). Felipe pregunta si y dentro de cuántos días estarán en sus casas. Una latente necesidad de descanso, un no dicho pero sí implícito deseo de afectos familiares están presentes en la sencilla pregunta del apóstol ya entrado en años, que es marido y padre además de apóstol, que tiene intereses de que ocuparse...

Jesús siente todo esto y se vuelve a mirar a Felipe, se detiene para esperarlo, pues Felipe va un poco más atrás, con Mateo y Natanael. Cuando lo tiene a su lado, lo coge con un brazo mientras le dice:

-Pronto, amigo mío. Pero pido a tu bondad todavía otro pequeño sacrificio, a no ser que quieras separarte antes de mí...

-¿Yo? ¿Separarme? ¡Jamás!

-Entonces... te tengo todavía un poco de tiempo lejos de Betsaida. Quiero ir a Cesárea Marítima pasando por Samaria. A1 regreso iremos a Nazaret y estarán conmigo los que no tienen familia en Galilea. Luego, después de un poco, os alcanzaré en Cafarnaúm... Y allí os evangelizaré, para haceros aún más aptos. Pero si crees que tu presencia en Betsaida es necesaria... vete si quieres, Felipe. Nos encontraremos allá...

-No, Maestro. ¡Es más necesario estar contigo! Pero... Es dulce la casa... y las hijas... Pienso que no las tendré mucho conmigo en el futuro... y quisiera gozar un poco de su casta dulzura. Pero si debo elegir entre ellas y Tú, te elijo a ti... y por más de un motivo... - termina, suspirando, Felipe.

-Y haces bien, amigo. Porque Yo te seré arrebatado antes que tus hijas...

-¡Maestro! ... - dice con pena el apóstol.

-Así es, Felipe - termina Jesús, y besa al apóstol en la sien.

Judas Iscariote, que ha estado barbotando entre dientes desde que Jesús ha nombrado Cesárea, alza la voz, como si ver el beso dado a Felipe le hiciera perder el control de sus acciones. Y dice:

-¡Cuántas cosas inútiles! ¡Verdaderamente no sé qué necesidad hay de ir a Cesárea! - y lo dice con una impetuosidad llena de bilis; parece como si quisiera decir implícitamente: «y Tú que vas eres un necio».

-No eres tú quien tiene que juzgar sobre las necesidades de las cosas que hacemos, sino el Maestro - le responde Bartolomé.

-¿Sí, eh? ¡Casi como si Él viera claras las necesidades naturales!

-¡Oye! ¿Estás sano o estás loco? ¿Sabes de quién hablas? - le pregunta Pedro meneándole por un brazo.

-No estoy loco. Soy el único que tiene el cerebro sano. Y sé lo que digo.

-« ¡Pues vaya cosas que dices tú!», « ¡Ruega a Dios que no te lleve la cuenta de ellas!», « ¡La modestia no es amiga tuya!», «Se diría que tienes miedo de que, yendo a Cesárea, se te pueda conocer por lo que eres» - dicen juntos y respectivamente Santiago de Zebedeo, Simón Zelote, Tomás y Judas de Alfeo.

Judas Iscariote se vuelve contra este último:

-No tengo nada que temer y vosotros no tenéis nada que conocer. Lo que sucede es que estoy cansado de ver que se pasa de un error a otro y nos destruimos. Choques con los ancianos, disputas con los fariseos. Ahora nos faltan los romanos...

-¿Cómo? ¡Pero si hace apenas dos lunas que estabas exaltado de alegría, estabas seguro, estabas, estabas, estabas... todo estabas, porque tenías por amiga a Claudia! - observa con ironía Bartolomé, el cual, siendo el más... intransigente, es el que si no se rebela contra los contactos con los romanos es sólo por obediencia al Maestro. Judas enmudece un momento, porque la lógica de la irónica pregunta es evidente, y, so pena de aparecer ilógico, uno no puede contradecir lo que ha dicho antes. Pero luego se recobra:

-No digo esto por los romanos. Me refiero a los romanos como enemigos. Ellas, porque en el fondo no son más que cuatro mujeres romanas, cuatro, cinco, seis como mucho, ellas nos han prometido ayuda y nos la darán. Pero lo que pasa es que ello aumentará el odio de sus enemigos, y Él no lo comprende y...

-Su odio es completo, Judas. Y tú lo sabes como Yo, e incluso mejor que Yo - dice con serenidad Jesús, recalcando la palabra "mejor".

-¿Yo? ¿Yo? ¿Qué quieres decir? ¿Quién sabe las cosas mejor que Tú?

-Acabas de decir que sólo tú conoces las necesidades y el cómo comportarse en ellas... - le rebate Jesús.

-Pero para las cosas naturales. Yo digo que conoces las cosas espirituales mejor que nadie.

-Eso es verdad. Pero precisamente por eso te decía que conoces mejor que Yo las cosas - feas si quieres, degradantes si quieres - naturales, como el odio de mis enemigos, como sus propósitos...

-¡Yo no sé nada! Nada sé yo. Lo juro por mi alma, por mi madre, por Yeohveh...

-¡Basta! Está escrito que no se ha de jurar - dice con tono tajante Jesús, con una severidad que parece endurecerle hasta los rasgos del rostro dándole perfección de estatua.

-Bueno, pues no juraré. Pero me será lícito decir, porque no soy un esclavo, que no es necesario, que no es útil, es más, que es peligroso ir a Cesárea, hablar con las romanas...

-¿Y quién te dice que va a ser así? - pregunta Jesús.

-¿Quién? ¡Hombre, pues todo! Tú tienes necesidad de asegurarte de una cosa. Estás siguiendo las huellas de una... - se para, porque comprende que la ira le hace hablar demasiado. Luego continúa: «Y yo te digo que deberías pensar también en nuestros intereses. Nos has arrebatado todo. Casa, ganancias, afectos, tranquilidad. Somos gente perseguida por causa tuya y lo seguiremos siendo después. Porque Tú - lo dices de todos los modos - un buen día de marcharás. Nosotros, sin embargo, nos quedamos. Y nos quedaremos destruidos, y nosotros...

-Tú no serás perseguido cuando Yo ya no esté entre vosotros. Esto te lo digo Yo, que soy la Verdad. Y te digo que he tomado lo que espontánea e insistentemente me habéis dado. Así que no puedes acusarme de haberos arrebatado violentamente ni un solo cabello de los que se os caen cuando os peináis. ¿Por qué me acusas?

Jesús está ya menos severo, muestra ahora una tristeza deseosa de reconducir a la razón con dulzura, y creo que esta misericordia suya, tan plena, tan divina, es freno para los demás, que no la tendrían, no, hacia el culpable.

Judas también siente esto, y, con una de esas bruscas mudanzas de su alma atrapada entre dos fuerzas contrarias, se arroja al suelo y se golpea la cabeza y el pecho y grita:

-Porque soy un demonio. Un demonio soy yo. ¡Sálvame, Maestro, como salvas a tantos endemoniados! ¡Sálvame! ¡Sálvame!

-No esté inerte tu voluntad de ser salvado.

-La hay. Ya lo ves. Quiero ser salvado.

-Por mí. Pretendes que Yo haga todo. Pero Yo soy Dios y respeto tu libre arbitrio. Te daré las fuerzas para llegar a "querer". Pero querer no ser esclavo debe venir de ti.

-¡Lo quiero! ¡Lo quiero! ¡Pero no vayas a Cesárea! ¡No vayas! Escúchame a mí como escuchaste a Juan cuando querías ir a Acor. Tenemos todos los mismos derechos. Te servimos todos igualmente. Tienes la obligación de complacernos por lo que hacemos... ¡Trátame como a Juan! ¡Lo quiero! ¿Qué hay de distinto entre yo y él?

-¡El corazón! Mi hermano no habría hablado jamás como tú hablas. Mi hermano no...

-Silencio, Santiago. Hablo Yo. Y a todos. Y tú levántate y compórtate como un hombre, como Yo te trato, no como un esclavo lastimero a los pies de su amo. Sé hombre, puesto que tanto te importa ser tratado como Juan, el cual, en verdad, es más que un hombre, porque es casto y está saturado de Caridad. Vamos. Es tarde. Y al alba quiero pasar el río. A esa hora regresan los pescadores que han retirado las nasas y es fácil encontrar un bote para cruzar el río. La Luna en sus últimos días eleva cada vez más su arco fino, así que podemos, con su mayor luz, caminar más de prisa.

Oíd. En verdad os digo que ninguno debe gloriarse de cumplir con el propio deber y exigir por ello, que es una obligación, especiales favores.

Judas ha recordado que me habéis dado todo. Y me ha dicho que por ello tengo el deber de complaceros a cambio de lo que hacéis. Pero, considerad esto. Entre vosotros hay pescadores, propietarios de tierras, más de uno que tiene un obrador, y el Zelote que tenía un criado. Ahora bien, cuando los mozos de la barca, o los hombres que como subalternos os ayudaban en el olivar, en la viña o en los campos, o los aprendices del obrador, o simplemente el criado fiel que cuidaba la casa y la mesa, terminaban sus trabajos, ¿acaso os poníais vosotros a servirlos? ¿Y no es así en todas las casas e incumbencias? ¿Qué hombre que tiene un siervo arando o apacentando, o un obrero en el obrador, dice a éste cuando termina el trabajo: "Ve inmediatamente a la mesa"? Ninguno. Más bien, sea que vuelva de los campos, sea que haya dejado las herramientas del trabajo, todo patrón dice: "Hazme de comer, límpiate, y, con túnica limpia y ceñida, sírveme mientras yo como y bebo. Después comerás y beberás tú". Y no se puede decir que ello sea dureza de corazón. Porque el siervo debe servir a su señor, y éste no le queda deudor porque el siervo haya hecho lo que por la mañana el señor había ordenado. Porque, si es verdad que el señor

tiene el deber de ser humano con el propio siervo, así el siervo tiene el deber de no ser holgazán y dilapidador, sino de cooperar al bienestar de su señor, que lo viste y le da de comer. ¿Soportaríais vosotros que vuestros mozos de barca, los campesinos, los obreros, el criado de casa, os dijeran: "Sírveme porque he trabajado"? No creo.

Así también vosotros, mirando a lo que habéis hecho y hacéis por mí - y, en el futuro, mirando a lo que haréis para continuar mi obra y seguir sirviendo a vuestro Maestro - debéis decir siempre, porque veréis también que habréis hecho siempre mucho menos de cuanto era justo hacer para estar nivelados con la mucha ayuda recibida de Dios: "Somos siervos inútiles, porque no hemos hecho sino nuestro deber". Si razonáis así, veréis como no sentiréis ya más surgir en vosotros ni exigencias ni malos humores, y obraréis con justicia.

Jesús calla. Todos reflexionan.

Pedro choca a Juan con el codo, que reflexiona teniendo sus ojos zarcos fijos en las aguas, las cuales del color añil pasan a un plata azul por el toque de la Luna, y le dice:

-Pregúntale cuándo uno hace más de su deber. Quisiera llegar a hacer más de mi deber, yo...

-Yo también, Simón. Estaba pensando precisamente en esto - le responde Juan con su hermosa sonrisa en los labios, y pregunta con voz fuerte: «Maestro, dime: ¿el hombre siervo tuyo no podrá nunca hacer más de su deber, para decirte con este "más" que te ama completamente?».

-Niño, Dios te ha dado tanto que, por justicia, todo heroísmo tuyo sería siempre poco. Pero el Señor es tan bueno, que mide lo que le dais no con su medida infinita. Lo mide con la medida limitada de la capacidad humana. Y, cuando ve que habéis dado sin parsimonia, con una medida colmada, rebosante, generosa, entonces dice: "Este siervo mío me ha dado más de cuanto era su deber. Por eso le daré la sobreabundancia de mis premios".

-¡Oh! ¡Qué feliz me siento! Entonces te voy a dar medida rebosante para recibir esta sobreabundancia! - exclama Pedro.

-Sí. Me darás esa medida. Vosotros me la daréis. Todos los que son amantes de la Verdad, de la Luz, me la darán. Y conmigo serán sobrenaturalmente felices.

## 423

## Partida del Iscariote, que ocasiona la lección sobre el amor y el perdón.

Ya están en la otra margen. Tienen a la derecha el monte Tabor y el pequeño Hermón; a la izquierda, los montes de Samaria; a sus espaldas, el Jordán; de frente, acabada la llanura en que se hallan, los collados ante los que se encuentra Meguiddó (si recuerdo bien este nombre, oído en una visión ya lejana, la en que Jesús se reúne con Judas de Keriot y Tomás, después de la separación causada por la necesidad de tener oculta la presencia de Síntica y Juan de Endor).

Deben haber descansado todo el día en alguna casa hospitalaria, porque ya cae de nuevo la tarde y es visible que están descansados. Hace todavía calor, pero el relente empieza a bajar y a suavizar el ardor. Y descienden las sombras violáceas del crepúsculo tras los últimos arreboles de un ocaso de fuego.

-Aquí se camina bien - observa, contento, Mateo.

-Sí. Andando tan bien, estaremos antes del galicinio en Meguiddó - le responde el Zelote.

-Y al alba habremos pasado los collados y veremos la llanura de Sarón - termina Juan.

-Y tu mar, ¿eh? - lo anima su hermano.

-Sí. Mi mar... - responde Juan sonriendo.

-Y te marcharás con el espíritu en una de tus peregrinaciones espirituales - le dice Pedro, agarrándole con fuerza un brazo con afecto rudo y benigno. Y termina: «Enséñame también a mí la manera de extraer, a partir de la visión de las cosas, ciertos pensamientos tan... angélicos. Yo he mirado muchas veces el agua... la he amado... pero... nunca me ha servido para otra cosa sino para navegar y pescar. ¿Qué ves tú en el mar?...

-Veo agua, Simón. Como tú y como todos. De la misma forma que ahora veo campos y árboles frutales... Pero luego, además de los ojos de la cabeza, tengo como otros ojos aquí dentro y ya no veo la hierba y el agua, sino palabras de sabiduría que salen de esas cosas materiales. No soy yo quien piensa. No sería capaz de ello. Es otro quien piensa en mí.

-¿Eres acaso profeta? - pregunta un poco irónico Judas Iscariote.

-¡Oh, no! No soy profeta...

-¿Y entonces? ¿Crees que posees a Dios?

-Menos todavía...

-Entonces desvarías.

-Puede ser, porque soy muy pequeño y débil. Pero si es así, es un desvarío bien dulce y me lleva a Dios. Mi enfermedad se transforma entonces en un don, y bendigo por ello al Señor.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! - ríe fragorosa y falsamente Judas.

Jesús, que ha escuchado, dice:

-No está enfermo, no es profeta. Pero el alma pura posee la sabiduría, que es la que habla en el corazón del hombre justo.

-Entonces yo no llegaré nunca, porque no he sido siempre bueno... - dice Pedro desconsolado.

-¿Y yo entonces? - le responde Mateo.

-Amigos, pocos, demasiado pocos serían los que podrían poseer la sabiduría por ser puros desde siempre. Pero el arrepentimiento y la buena voluntad hacen al hombre, antes culpable e imperfecto, justo; entonces la conciencia recobra su virginidad en el lavacro de la humildad, de la contrición y del amor; y, virgen así de nuevo, puede emular a los puros.

-Gracias, Señor - dice Mateo, inclinándose a besar la mano del Maestro.

Un silencio. Luego Judas Iscariote exclama:

-¡Estoy cansado! No sé si voy a ser capaz de andar toda la noche.

-¡Hombre, claro! ¡Hoy has querido estar dando vueltas por ahí como un moscardón mientras nosotros dormíamos! - le responde Santiago de Zebedeo.

-Quería ver si encontraba a algunos discípulos...

-¿Y qué te apuraba? El Maestro no lo ha dicho, así que...

-Bien. Y yo lo he hecho. Y, si el Maestro me lo permite, me quedo en Meguiddó. Creo que hay allí un amigo nuestro que baja todos los años por esta época, después de la cosecha de los cereales. Querría hablarle de mi madre y...

-Haz lo que creas conveniente. Una vez terminada tu ocupación te dirigirás a Nazaret. Allí llegaremos nosotros. Avisarás así a mi Madre y a María de Alfeo de que al cabo de poco estaremos en casa.

-Yo también te digo como Mateo: "Gracias, Señor".

Jesús no responde nada y acoge el beso en la mano como ha acogido el de Mateo. No es posible ver las expresiones porque es ese momento de la noche en que la luz diurna ha desaparecido ya totalmente y todavía no hay luz estelar. Hay tanta oscuridad, que con dificultad siguen por el camino y para eliminar todo inconveniente, Pedro y Tomás se deciden a encender unas ramas - que arden crepitando - cogidas de las matas. Pero la luz, primero ausente, ahora móvil y humeante, no permite ver bien las expresiones de los rostros.

Los collados, entretanto, se aproximan. Sus oscuras prominencias se delinean con un negro más negro que el de los campos segados y blancuzcos de rastrojos en medio de la negrura de la noche, y cada vez se delinean más por la cercanía y el claror de las primeras estrellas...

-Yo te dejaría aquí, porque mi amigo está un poco fuera de Meguiddó. Estoy muy cansado...

-Bien, ve. Que el Señor vele sobre tus pasos.

-Gracias, Maestro. Adiós, amigos.

-Adiós, adiós - dicen los otros sin dar mucha importancia al saludo.

Jesús repite:

-Que el Señor vele sobre tus acciones.

Judas se marcha raudo.

-¡Mmm! Ya no parece tan cansado - observa Pedro.

-Sí. Aquí iba arrastrando las sandalias. Allí corre como una gacela... - dice Natanael.

-Tu saludo ha sido santo, Hermano. Pero, a menos que el Señor lo someta con su voluntad, no servirá la asistencia de Dios para hacerle cumplir buenos pasos y acciones justas.

-¡Judas, no porque me seas hermano estás exento de reprensión! Te reprendo, por tanto, tu acritud e intransigencia hacia tu compañero. El tiene sus culpas. Pero tú también tienes las tuyas. Y la primera es el no saber ayudarme a formar esa alma. Lo exasperas con tus palabras. Los corazones no se vencen con la violencia. ¿Crees que tienes derecho a censurar todas sus acciones? ¿Te sientes tan perfecto como para poder hacerlo? Te recuerdo que Yo, tu Maestro, no lo hago, porque amo a esa alma informe. Es la que más piedad me produce de todas... precisamente por ser informe. ¿Crees que goza de su estado? ¿Y cómo vas a poder ser mañana maestro de espíritus, si no te ejercitas con un compañero en usar la infinita caridad que redime a los pecadores?

Judas de Alfeo agacha la cabeza ya desde las primeras palabras. Pero, al final, hinca en tierra sus rodillas y dice:

-Perdóname. Soy un pecador. Y repréndeme cuando esté en culpa, porque la corrección es amor y el único que no comprende la gracia de ser corregido por el sabio es el necio.

-Ya ves que lo hago, por tu bien. Pero con la reprensión va unido el perdón, porque sé comprender la razón de tu rigor y porque la humildad del corregido desarma al que corrige. Levántate, Judas, y no peques más - y lo tiene a su lado con Juan.

Los otros apóstoles hacen comentarios entre sí, primero bisbiseando, luego más alto por el hábito que tienen de hablar en voz alta. Y así oigo que están comparando a los dos Judas.

-¡Si hubiera sido Judas de Keriot el que hubiera oído ese reproche! ¡Habría que haber visto cómo se habría sublevado! Tu hermano es bueno - dice Tomás a Santiago.

-Pero... bueno... no se puede decir que haya hablado mal. Ha dicho una verdad sobre Judas de Keriot. ¿Tú crees eso del amigo que va a Judea? Yo no - dice con franqueza Mateo.

-Serán... cuestiones de viñas como en el mercado de Jericó - dice Pedro recordando la escena que no puede olvidar. Todos ríen.

-Cierto que se necesita el Maestro para compadecerlo tanto... - observa Felipe.

-¿Tanto? "Siempre", debes decir - le rebate Santiago de Zebedeo.

-Si fuera yo, yo no sería tan paciente - dice Natanael.

-Tampoco yo. La escena de ayer ha sido verdaderamente desagradable - confirma Mateo.

-Ese hombre no debe estar completamente sano de mente - dice conciliador el Zelote.

-Pero siempre sabe hacer bien sus cosas, demasiado bien incluso. Me apostaría mi barca, mis redes, la casa incluso, con la seguridad de no perder nada, a que está yendo a ver a algún fariseo mendigando protecciones... - dice Pedro.

-¡Es verdad! ¡Ismael! ¡Ismael está en Meguiddó! ¿Cómo no lo hemos pensado?!Hay que decírselo al Maestro! - exclama Tomás, dándose un manotazo en la frente.

-Es inútil. El Maestro lo seguiría disculpando y a nosotros nos reprendería - dice el Zelote.

-De todas formas... vamos a probar. Ve tú, Santiago. Te ama, eres su pariente...

-Para Él somos todos iguales. Aquí, en nosotros, no ve parientes o amigos; ve solamente apóstoles, y es imparcial. Pero por complaceros voy - dice Santiago de Alfeo. Y acelera el paso para destacarse de los compañeros y alcanzar a Jesús.

-Pensáis que ha ido a ver a un fariseo. A uno o a otro, poco importa... Pero yo pienso que lo ha hecho por no venir a Cesárea. No va allí de buena gana... - dice Andrés.

-De un tiempo a esta parte, da la impresión de que siente repulsa por las romanas - nota Tomás.

-Y, a pesar de todo... mientras vosotros ibais a Engadí y yo a casa de Lázaro con él, estuvo todo contento de hablar con Claudia... - observa el Zelote.

-Sí... pero... Creo que precisamente entonces había hecho alguna cosa mal hecha. Y yo creo que Juana lo sabe y que llamó a Jesús por eso y... y... muchas cosas trituro aquí dentro desde que Judas se enfureció así en Betsur... - masculla Pedro.

-¿Dices que...? - pregunta curioso Mateo.

-Pues... No sé... Ideas... Veremos...

-¡No pensemos mal! El Maestro no quiere. Y no tenemos ninguna prueba de que haya hecho algo malo - dice Andrés con tono de ruego.

-¡No me querrás decir que hace bien causando dolor al Maestro, faltándole al respeto, creando malos humores...!

-¡Tranquilo, Simón! Te aseguro que está un poco loco... - dice el Zelote.

-Bien. Será así. Pero es uno que peca contra la bondad de nuestro Señor. Yo, aunque me escupiera en la cara, aunque me abofeteara, lo soportaría por ofrecérselo a Dios por su redención. Me he metido en la cabeza hacer todo tipo de sacrificio por esto, y para dominarme, me muerdo la lengua, me hinco las uñas en las palmas cuando se comporta como un loco. Pero lo que no puedo perdonar es que sea malo con nuestro Maestro. El pecado que comete contra Él es como si me lo hiciera a mí, y no lo perdono. ¡Además... si fuera de vez en cuando! ¡Qué va! ¡Está siempre detrás! ¡No consigo hacer que se me pase la rabia que me hierve dentro por alguna escena suya, y ya arma otra! Una, dos, tres... ¡Hay un límite!

Pedro habla casi gritando, y gesticulando lleno de genio.

Jesús, que va unos diez metros por delante, se vuelve -sombra blanca en la noche - y dice:

-No hay límite para el amor y el perdón. No lo hay. Ni en Dios ni en los verdaderos hijos de Dios. Mientras hay vida no hay límite. La única barrera que es obstáculo para que descienda el perdón y el amor es la resistencia impenitente del pecador. Pero, si éste se arrepiente, se le ha de perdonar siempre. Aunque pecase no una, dos, tres veces al día, sino muchas más.

Vosotros también pecáis y queréis perdón de Dios y a Él vais y decís: "¡He pecado! ¡Perdóname!". Y os es dulce el perdón, de la misma forma que a Dios le es dulce perdonar. Y vosotros no sois dioses. Por eso, menos grave es la ofensa que un semejante vuestro os hace, que la que hace a Aquel que no es semejante de ningún otro. ¿No os parece? Y, sin embargo, Dios perdona. Haced también vosotros lo mismo. ¡Estad atentos a vosotros! Estad atentos a que vuestra intransigencia no se transforme en daño, provocando intransigencia de Dios hacia vosotros. Ya lo he dicho, pero lo repito otra vez: Sed misericordiosos para obtener misericordia. Ninguno está tan sin pecado, que pueda ser intransigente con el pecador. Mirad vuestros pesos, antes de los que gravan el corazón ajeno; quitad primero de vuestro espíritu los vuestros, luego ocupaos de los ajenos, para mostrar a los demás no rigor que condena sino amor que enseña, y ayuda a ser liberados del mal.

Para poder decir - sin que el pecador te haga callar -, para poder decir: "Has pecado respecto a Dios y respecto al prójimo", es necesario no haber pecado, o, al menos, haber expiado el pecado. Para poder decir a quien se siente abatido por haber pecado: "Ten fe, que Dios perdona a quien se arrepiente", como siervos de este Dios que perdona a quien se arrepiente, debéis perdonar mostrando mucha misericordia. Entonces podréis decir: "¿Ves, pecador arrepentido? Yo perdono tus culpas una y mil veces, porque soy siervo de Aquel que perdona innumerables veces a quien otras tantas veces se arrepiente de sus pecados. Piensa entonces cómo te perdona el Perfecto, si yo, sólo porque lo sirvo, sé perdonar. ¡Ten fe!". Esto debéis poder decir. Y decirlo con la acción, no con las palabras. Decir perdonando.

Por eso, si vuestro hermano peca, reprendedlo con amor y si se arrepiente, perdonadlo. Y si al cabo del día ha pecado siete veces y siete veces os dice: "Me arrepiento", otras tantas veces perdonadlo. ¿Habéis comprendido? ¿Me prometéis que lo haréis? Mientras está lejos, ¿me prometéis que tendréis compasión de él? ¿Me prometéis ayudarme a curarlo con vuestro sacrificio de conteneros cuando yerra? ¿No queréis ayudarme a salvarlo? Es un hermano vuestro de espíritu, al venir de un único Padre; de raza, al venir de un único pueblo; de misión, al ser apóstol como vosotros. Tres veces debéis amarlo pues. Si en vuestra familia tuvierais un hermano que diera dolor a vuestro padre y diera de sí motivo de críticas, ¿no trataríais de corregirlo para que vuestro padre no sufriera más y el pueblo no hablase mal de vuestra familia? ¿Y entonces? ¿No es la vuestra una más grande y santa familia cuyo Padre es Dios, cuyo Primogénito soy Yo? ¿Por qué, entonces, no queréis consolarnos al Padre y a mí, y ayudarnos a hacer bueno al pobre hermano que - creedme - no es feliz de ser así?...

Jesús, angustiadamente, suplica por el apóstol tan lleno de faltas... Y termina:

-Yo soy el gran Mendigo. Y os pido el óbolo más preciado: almas os pido. Las voy buscando. Pero vosotros me tenéis que ayudar... Saciad el hambre de mi Corazón, que busca amor y no lo encuentra sino en demasiado pocos. Porque los que no tienden a la perfección, para mí son como panes arrebatados a mi hambre espiritual. Dad almas a vuestro Maestro, afligido de ser aborrecido e incomprendido...

Los apóstoles están conmovidos... Muchas cosas quisieran decir. Y todas las palabras les parecen demasiado mezquinas... Se arriman al Maestro, todos quieren acariciarlo para hacerle sentir que lo quieren.

En fin, es el manso Andrés el que dice:

-Sí, Señor. Con paciencia y silencio y sacrificio, las armas que convierten, te daremos almas. También ésa... si Dios nos ayuda...

-Sí, Señor. Y Tú ayúdanos con tu oración.

-Sí, amigos. Entretanto, vamos a orar juntos por el compañero que se ha marchado. "Padre nuestro que estás en el Cielo...".

La voz perfecta de Jesús dice las palabras del Pater articulándolas clara y lentamente. Los otros le hacen coro en tono bajo. Y, orando, se alejan en la noche.

## 424

## Pensamientos de gloria y martirio ante la vista de la costa mediterránea.

Desde las cimas de las últimas elevaciones, que ya no es propio llamar colinas, pues son de una altura muy relativa, aparece un amplio radio de la costa mediterránea, limitado al norte por la elevación del Carmelo, libre al sur hasta las extremas lejanías que la vista humana puede alcanzar. Una plácida costa, casi recta, que tiene a sus espaldas una llanura feraz, apenas interrumpida por levísimas ondulaciones. Las ciudades marítimas son visibles con la blancura de sus casas entre el verde del interior y el azul espléndido del mar plácido y sereno que refleja el azul puro del cielo.

Cesárea se halla un poco al norte del lugar en que están los apóstoles con Jesús y algunos discípulos, encontrados quizás en los pueblos que han atravesado al anochecer o al alba. Porque ahora ya está superada el alba, y superada la aurora, a pesar de que todavía el día transcurra sus primeras horas: esas horas tan hermosas de las mañanas estivales en que el cielo, después del rosicler de la aurora, vuelve a ser azul, y fresco el aire nítido, frescos los campos, intacto de velas el mar; horas virginales del día, en que se abren las nuevas flores, y las gotas de rocío, secándose con el primer sol, exhalan consigo los aromas de las hierbas, y confían el frescor y el perfume al respiro leve de la brisa matutina, que apenas si mueve las hojas en sus tallitos y riza apenas la superficie llana del mar.

La ciudad - bonita como todos los lugares en que el refinamiento romano tiene sede - aparece extendida sobre la orilla. Termas y palacios marmóreos albean, como bloques de nieve endurecida, en los barrios más cercanos al mar, custodiados por una torre, también blanca, alta, cuadrada, enclavada junto al puerto. Quizás un castro o un lugar de vigía. Luego las casitas más modestas, periféricas, construidas en estilo hebreo. Y, por todas partes, verdor de pérgolas y jardines elevados (más o menos fastuosos, ubicados en las terrazas que coronan las casas) y descollar de copas de árboles.

Los apóstoles admiran, se detienen a la sombra fresca de un grupo de plátanos puesto casi en la cima de la colina.

-¡Se ensancha el respiro viendo esta inmensidad! - exclama Felipe.

-Y a uno le parece ya sentir todo el frescor de aquellas bonitas aguas azules - dice Pedro.

-¡Sí, verdaderamente! ¡Después de tanto polvo, piedras, zarzas... mira que tersura! ¡Qué frescor! ¡Qué paz! El mar da siempre paz - comenta Santiago de Alfeo.

-¡Mmm! Menos cuando... te bambolea y te hace dar vueltas a ti y a la barca como a bolos en manos de chavales... - le responde Mateo, que probablemente recuerda su mal de mar.

-Maestro... yo pienso... pienso en todas las palabras de nuestros salmistas, en el libro de Job, en las palabras de los libros sapienciales... pienso en los lugares en que se celebra la potencia de Dios. Y, no sé por qué, este pensar, que me viene de lo que veo, me hace brotar el pensamiento de que seremos sublimados hasta una belleza perfecta en una pureza azul y luminosa, si somos justos hasta el final, hasta la gran revista, hasta el momento de tu triunfo eterno, el que Tú nos describes y que significará el final del Mal... Y me parece ver poblada esta inmensidad celeste de luminosos cuerpos resucitados en ti, refulgente más que mil soles, en el centro de los bienaventurados, y ya no habrá dolor ni lágrimas ni insultos ni denigraciones como las de ayer al anochecer... y paz, paz, paz... Pero, ¿cuándo va a terminar de hacer daño el Mal? ¿Va a romper, acaso, las puntas de sus saetas contra tu Sacrificio? ¿Se va a persuadir de estar derrotado? - dice Juan, el cual, si al principio sonreía, ahora está angustiado.

-Jamás. Siempre creerá que es triunfador, a pesar de todos los mentís que le den los santos. Y mi Sacrificio no despuntará sus saetas. Pero llegará la hora, la hora final, en que el Mal será vencido, y en una belleza aún más infinita de la que tu espíritu prevé, los elegidos serán el único Pueblo, eterno, santo, el Pueblo verdadero del Dios verdadero.

-¿Y nosotros estaremos allí todos? - preguntan los apóstoles.

-Todos.

*(Todos. María Valtorta precisa en una copia mecanografiada*: *“Puede decir "todos" porque Judas Iscariote no está presente, y de los apóstoles sólo el hombre de Keriot se condenó”)*

-¿Y nosotros? - pregunta el grupo, más numeroso, de los discípulos.

-Vosotros también estaréis todos.

-¿Todos los presentes o todos los que somos discípulos? Ya somos muchos, a pesar de los que se han separado.

-Y cada vez seréis más. Aunque no todos seréis fieles hasta el final. Pero muchos estarán conmigo en el Paraíso. Unos recibirán el premio después de una expiación, otros desde el primer momento después de la muerte; pero el premio será tal, que, de la misma forma que olvidaréis la Tierra y sus dolores, olvidaréis también el Purgatorio con sus penitenciales nostalgias de amor.

-Maestro, Tú nos has dicho que sufriremos persecuciones y martirios. Entonces, podremos ser apresados y muertos sin tener tiempo de arrepentirnos; o nuestra debilidad nos hará faltar de resignación a la muerte cruenta... ¿Y entonces? - pregunta Nicolái de Antioquía, que está entre los discípulos.

-No creas eso. Por vuestra debilidad de hombres no podríais, efectivamente, sufrir resignados el martirio. Pero a los grandes espíritus, que deben dar testimonio del Señor, el Señor les infunde una ayuda sobrenatural...

-¿Cuál? ¿La insensibilidad quizás?

-No, Nicolái. El amor perfecto. Llegarán a un amor tan completo, que el suplicio de la tortura, el suplicio de las acusaciones, el suplicio de las separaciones de los parientes o de la vida o de todo, no serán ya una realidad que abate. Antes al contrario, y sobre todo, se transformará en base para elevarse al Cielo, para acoger este Cielo, para verlo; por tanto, para tender los brazos y el corazón hacia las torturas y así ir a donde ya estará su corazón: al Cielo.

-Uno que muera así estará muy perdonado entonces - dice un discípulo anciano cuyo nombre desconozco.

-No mucho, perdonado del todo, Papías. Porque el amor es absolución y el sacrificio es absolución, y la confesión heroica de la fe es absolución. Así pues, como ves, los mártires recibirán un ternario lavacro.

-¡Oh! Entonces... Yo he pecado mucho, Maestro, y he seguido a éstos para obtener perdón, y ayer me lo has dado y por eso has sido insultado por quien no perdona y es culpable. Yo creo que tu perdón es válido. Pero por mis largos años de culpa dame el martirio absolutorio.

-Mucho pides, hombre.

-No será nunca cuanto debo dar para obtener la bienaventuranza que Juan de Zebedeo ha descrito y Tú has confirmado. Te lo suplico, Señor: haz que muera por ti, por tu doctrina...

-Mucho pides, hombre. La vida del hombre está en las manos de mi Padre...

-Pero todas tus oraciones hayan acogida, como hayan acogida todos tus juicios. Pídele al Eterno este perdón para mí...

El hombre está de rodillas a los pies de Jesús, que lo mira á los ojos y dice:

-¿Y no te parece martirio vivir cuando el mundo ha perdido todo atractivo y cuando el corazón tiene su anhelo puesto en el Cielo; y vivir para adoctrinar a otros en orden al amor y conocer las desilusiones del Maestro y perseverar sin cansancios para darle almas al Maestro? Haz la voluntad de Dios, siempre, aunque te pareciera más heroica la tuya, y serás santo... Pero ahí están los compañeros que vienen con las provisiones. Vamos a ponernos en camino para llegar a la ciudad antes de las horas tórridas.

Y se pone Él el primero en marcha por la suave bajada, que pronto toca la llanura cortada por la cinta blanca de la calzada que conduce a Cesárea Marítima.

## 425

## En Cesárea Marítima. Romanos mundanos y parábola de los hijos con destinos distintos.

Cesárea tiene vastos mercados, a los que afluyen productos alimenticios finos para las refinadas mesas romanas. Cerca de las plazas de los mercados donde, formando una imagen calidoscópica de rostros, colores y géneros, están los alimentos más humildes, se encuentran los almacenes para los alimentos más ricos, importados de todas partes - bien sea de las distintas colonias romanas o de la distante Italia - para hacer menos penosa la ausencia de la lejana Patria. Y los almacenes de los vinos o de las finuras culinarias traídas de otros lugares están bajo profundos pórticos, porque a los romanos no les gusta que el sol los queme, ni que los mojen las lluvias, mientras buscan para sus paladares refinados los alimentos que consumirán en los festines. De acuerdo con ser epicúreos en el gusto del paladar, pero ello no debe faltar al respeto a los otros miembros... así que sombras de pórticos frescos, arcos protectores para las lluvias conducen desde el barrio romano - casi todo él reunido en torno al palacio del Procónsul, apretado entre la vía litoral y la plaza de los edificios militares y telonios - a los almacenes romanos cercanos a los mercados de los judíos.

Hay mucha gente bajo estos pórticos, que, si bien no son bonitos en esta parte extrema suya que desemboca en los mercados, cómodos sí que son. Gente de todos los tipos. Esclavos y libertos, y también algún que otro epicúreo señor circundado de esclavos, que, dejada su litera en la vía, va indolente de una tienda a otra, comprando cosas que los esclavos llevan a casa. Las consabidas ociosas conversaciones, cuando dos señores romanos se encuentran: el tiempo, el aburrimiento de la ciudad, que no ofrece las satisfacciones de la Italia lejana, añoranzas de espectáculos grandiosos, programas de festines y conversaciones licenciosas.

Un romano, precedido por un grupo de unos diez esclavos cargados de sacos y paquetes, se cruza con otros dos de su clase. Saludos recíprocos:

-¡Salve, Enio!

-¡Salud, Floro Tulio Cornelio! ¡Salud, Marco Heracles Flavio!

-¿Cuándo has vuelto?

-Cansado, al alba de anteayer.

-¿Tú cansado? ¿Pero cuándo sudas tú! - dice, burlón, el joven llamado Floro.

-No te burles, Floro Tulio Cornelio. ¡También ahora estoy sudando por los amigos!

-¿Por los amigos? No te hemos pedido fatigas - objeta el otro, más anciano, llamado Marco Heracles Flavio.

-Pero mi amor piensa en vosotros. ¿Veis, vosotros, crueles que os burláis de mí, esta fila de esclavos cargados de pesos? Otros los han precedido con otros pesos. Y todo para vosotros. Para daros honores».

-¿Este es entonces tu trabajo? ¿Un banquete? ¿Y por qué? - gritan rumorosamente los dos amigos.

-¡Chist! ¡Un alboroto como éste entre nobles patricios! Os parecéis a la plebe de esta ciudad donde nos consumimos en...

-Orgías y ocio. Que no hacemos sino eso. Todavía me pregunto: ¿para qué estamos aquí?, ¿qué misiones tenemos?

-Morir de aburrimiento es una.

-Enseñar a vivir a estas plañideras quejumbrosas es otra.

-Y... sembrar a Roma en los sagrados bacinetes de las mujeres hebreas es otra más.

-Y otra es gozar, aquí como en otras partes, de nuestra riqueza y poder, al cual todo le está permitido.

Los tres se alternan como por una letanía, y ríen.

Pero el joven Floro se para y se pone serio, y dice:

-Pero desde hace ya un tiempo una neblina se abate sobre la alegre corte de Pilato. Las más hermosas damas parecen castas vestales y sus maridos las secundan en el capricho. Ello quita mucho a las habituales fiestas...

-¡Ya! El capricho por ese tosco Galileo... Pero pasará pronto...

-Te equivocas, Enio. Sé que también Claudia está conquistada, y por eso una... extraña morigeración de costumbres se ha establecido en su palacio. Parece como si reviviera allí la austera Roma republicana...

-¡Uf! ¡Qué aburrimiento! ¿Pero desde cuándo?

-Desde el dulce Abril propicio a los amores. Tú no lo sabes... Estabas ausente. Nuestras damas han regresado fúnebres como las lloronas de las urnas cinerarias, y nosotros, pobres hombres, tenemos que buscar en otros lugares muchos solaces, que tampoco se nos conceden en presencia de las púdicas.

-Una razón más para que os socorra. Esta noche gran cena... y además gran orgía, en mi casa. En Cintium, donde he estado, he encontrado delicias que estos inmundos consideran impuras: pavos reales, perdices y zancudas de todas las especies, y crías de jabalíes: la madre matada y ellos cogidos vivos y criados para nuestras cenas. Y vinos... ¡Ah, delicados, preciosos vinos de las colinas romanas, de mis cálidas pendientes de Liternum y de tus soleadas playas en Aciri!... Y aromáticos vinos de Quío y de la isla en que Cintium es la gema. Y embriagadores vinos de Iberia, propicios para encender la sensualidad para el goce final. ¡Oh, tiene que ser una gran fiesta! Para sacudirnos el aburrimiento de este exilio. Para persuadirnos de que somos todavía viriles...

-¿También mujeres'?

-También... Y más guapas que rosas. De todos los colores y... sabores. Un tesoro me ha costado adquirir todas las mercancías, y entre ellas las hembras... Pero soy generoso para los amigos... Ahora aquí estaba terminando de comprar las últimas cosas: las que en el viaje podían estropearse. ¡Después del banquete... a nosotros el amor!...

-¿Has tenido buena navegación?

-Magnífica. Venus marina me ha sido propicia. En fin... le dedico a ella el rito de esta noche...

Los tres se ríen de forma vulgar, catando ya con anticipación las próximas, indignas delicias...

Pero Floro pregunta:

-¿Por qué esta extraordinaria fiesta? ¿Hay un motivo para ella?...

-Tres motivos: mi amado nieto se pone en estos días la toga viril. Debo dar solemnidad a este acontecimiento. Una obediencia al presagio que me decía que Cesárea se transformaba en dolorosa morada y había que conjurar el hado con un rito a Venus. El tercero... - bajo, os lo digo bajo - es que estoy de boda...

-¡Tú! ¡Embustero!

-Estoy de boda. Es "boda" cada vez que uno saborea el primer trago de un ánfora cerrada. Yo esta noche lo voy a hacer. He pagado por ella veinte mil sextercios o, si lo preferís, doscientos áureos, porque en realidad es lo que he terminado por desembolsar entre intermediarios y... similares. Pero no la habría encontrado más hermosa y pura ni aunque la hubiera dado a luz Venus en una aurora de Abril y la hubiera hecho de espumas y rayos de oro. Un capullo, un capullo cerrado... ¡Ah, y yo soy su dueño!

-¡Profanador! - dice, burlón, Marco Heracles.

-¡No te pongas censor, que eres como yo!... Cuando se marchó Valeriano, aquí languidecíamos de aburrimiento. Pero yo tomo su lugar... Los tesoros de los antepasados están para esto. Y no voy a ser como él, tan necio que espere a que la más rubia que la miel, Gala Ciprina - la he llamado así -, sea corrompida por las melancolías y filosofías de los emasculados que no saben gozarse la vida...

-¡Sí señor! pero, de todas formas... la esclava de Valeriano era culta y...

-... y estaba desquiciada con sus lecturas de los filósofos... Alma, segunda vida, virtud... ¡qué va hombre!... vivir es gozar. Y aquí se vive. Ayer he arrojado a las llamas todos los volúmenes funestos, y so pena de muerte, he mandado a los esclavos que no recuerden miserias de filósofos ni de galileos. Y la muchacha me conocerá sólo a mí...

-¿Pero dónde la has encontrado?

-Ya ves, hubo quien fue sagaz y adquirió esclavos después de las guerras gálicas y no los usó más que como reproductores, manteniéndolos bien. Sólo debían procrear para dar flores nuevas... Y Gala es una de éstas. Ahora es púber, y el amo la ha vendido... Y yo la he comprado... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

-¡Libidinoso!

-Si no hubiera sido yo, hubiera sido otro... Por tanto... no debía nacer mujer...

-Si te oyera... ¡Oh, ahí está!

-¿Quién?

-El Nazareno que ha hechizado a nuestras damas. Está detrás de ti...

Enio se vuelve como si tuviera a sus espaldas un áspid. Mira a Jesús, que avanza lentamente entre la gente que se apiña alrededor de Él, pobre gente común y también esclavos de romanos, y, riendo maliciosamente, dice:

-¿Ese andrajoso? Las mujeres son unas depravadas. Pero vamos a largarnos, ¡no vaya a ser que nos hechice también a nosotros! Vosotros - dice por fin a sus pobres esclavos, que han estado todo el tiempo bajo sus cargas, semejantes a cariátides para las cuales no hay piedad - vosotros, id a casa, y raudos, que habéis perdido tiempo hasta ahora y los preparadores están

esperando las especias, los perfumes. ¡Corriendo! Y recordad que os espera el azote, si todo no está preparado para la puesta del sol.

Los esclavos se marchan corriendo y más lentamente, los sigue el romano con los dos amigos...

Jesús avanza. Triste, porque ha oído el final de la conversación de Enio. Y desde lo alto de su estatura mira con infinita compasión a los esclavos que corren bajo sus pesos. Se vuelve en torno a sí, busca otras caras de esclavos de romanos... Ve algunas, mezcladas entre la turba que le aprieta, temblorosas de miedo (los esclavos tienen miedo a ser sorprendidos por los encargados u obligados por los hebreos a marcharse), y, deteniéndose, dice:

-¿No hay entre vosotros alguno de aquella casa?

-No, Señor. Pero los conocemos - responden los esclavos presentes.

-Mateo, dales abundante limosna. Lo repartirán con sus compañeros, para que sepan que hay quien los quiere. Y vosotros sabed, y decídselo a los otros, que con la vida cesa el dolor sólo para los que fueron buenos y honestos en sus cadenas, y con el dolor cesa la diferencia entre ricos y pobres, esclavos y libres. Después hay un único y justo Dios para todos, el cual, sin tener en cuenta ni riquezas ni cadenas, dará premio a los buenos y castigo a los no buenos. Recordadlo.

-Sí, Señor. Pero nosotros los de las casas de Claudia y Plautina vivimos bastante felices, como también los de Livia y Valeria; y te bendecimos porque has mejorado nuestra condición - dice un anciano, al que todos escuchan como jefe.

-Para mostrarme que me estáis agradecidos, sed cada vez más buenos, y tendréis al verdadero Dios como vuestro eterno Amigo.

Jesús alza la mano como para despedirse y bendecir, y luego se pone junto a una columna y empieza a hablar en medio del atento silencio de la muchedumbre. Y ya no se marchan los esclavos, sino que se quedan a escuchar las palabras que salen de la boca divina.

-Oíd. Un padre que tenía muchos hijos dio a cada uno de ellos, ya adultos, dos monedas de mucho valor, y les dijo: "No pienso seguir trabajando para cada uno de vosotros. Ya estáis en la edad de ganaros la vida. Por tanto os doy a cada uno una cantidad igual de dinero, para que la empleéis como más os plazca y para vuestro interés. Yo estaré esperando aquí, dispuesto a aconsejaros, dispuesto también a ayudaros, si por una involuntaria calamidad perdierais todo el dinero que ahora os doy o parte de él. Pero recordad bien que seré intransigente con el que lo disipe con malicia voluntaria y con los holgazanes que lo gasten o lo dejen como está, con el ocio o con los vicios. A todos os he mostrado el Bien y el Mal. Así que no podéis decir que vais ignorantes al encuentro de la vida. A todos os he dado ejemplo de laboriosidad sabia y justa y de vida honesta. Por tanto, no podéis decir que os haya pervertido el espíritu con mi mal ejemplo. He cumplido con mi deber. Cumplid vosotros ahora con el vuestro, que ni sois tontos ni estáis sin la necesaria preparación ni sois analfabetos. Idos", y se despidió de ellos y se quedó solo, a la espera, en su casa.

Los hijos se dispersaron por el mundo. Tenían todos las mismas cosas: dos monedas de gran valor, de las que podían libremente disponer, y un tesoro mayor de salud, energía, conocimientos y ejemplos paternos. Por tanto, habrían debido llegar todos de la misma forma a un resultado positivo. Pero ¿qué sucedió? Que entre los hijos hubo quien hizo buen uso de las monedas y consiguió pronto un grande y honesto tesoro con el trabajo asiduo y honesto y una vida moderada, conformada a las enseñanzas del padre; hubo quien al principio se enriqueció honestamente, pero luego despilfarró la fortuna con el ocio y las orgías; hubo quien hizo dinero con usura y comercio indigno; y hubo quien no hizo nada, porque fue pasivo, perezoso, vacilante, y acabó las monedas de mucho valor sin haber podido encontrar todavía una ocupación cualquiera.

Después de un tiempo, el padre de familia mandó servidores a todas las partes donde sabía que estaban sus hijos, y dijo a los servidores: "Diréis a mis hijos que se reúnan en mi casa. Quiero que rindan cuentas de lo que han hecho en este tiempo, y hacerme idea directa de sus condiciones". Y los servidores fueron por todos los lugares y encontraron a los hijos de su señor; transmitieron el mensaje y cada uno de ellos regresó con el hijo de su señor encontrado.

El padre de familia los recibió con mucha solemnidad. Como padre, pero también como juez. Y todos los parientes de la familia estaban presentes, y con los parientes los amigos, los conocidos, los criados, los convecinos y los de los lugares limítrofes. Una reunión solemne. El padre estaba en su sitial de cabeza de familia. En torno, en semicírculo, todos los parientes, amigos, conocidos, servidores, convecinos y habitantes de zonas limítrofes. Enfrente, alineados, los hijos.

Incluso sin preguntas, su diverso aspecto daba respuesta acerca de la verdad: los que habían sido laboriosos, honrados, morigerados, y habían construido una santa fortuna, tenían el aspecto lozano, pacífico y holgado propio de quien tiene abundantes medios, buena salud y serenidad de conciencia. Miraban a su padre con una sonrisa buena, agradecida, humilde pero al mismo tiempo triunfadora, esplendorosa por la alegría de haber honrado al padre y a la familia y por haber sido buenos hijos, buenos ciudadanos y buenos fieles. Los que habían derrochado sus haberes en la negligencia o en el vicio estaban apesadumbrados, mustios, deslucidos la cara y el vestido, con las señales de las orgías o del hambre claramente imprimidas en todos ellos. Los que se habían enriquecido con maniobras delictivas tenían la agresividad, la dureza, en su rostro, la mirada cruel y turbada de fieras que temen al domador y se preparan a reaccionar...

El padre empezó el interrogatorio por estos últimos: "¿Cómo es que vosotros, que teníais un aspecto tan sereno cuando os marchasteis, ahora parecéis fieras preparadas a despedazar? ¿De dónde os viene ese aspecto?".

"Nos lo ha dado la vida. Y tu dureza de mandarnos fuera de casa. Tú nos pusiste en contacto con el mundo".

".Bien. ¿Y qué habéis hecho en el mundo?".

"Lo que hemos podido para obedecer a tu orden de ganarnos la vida con la nada que nos diste.”

"Bien. Poneos en aquel rincón... Y ahora a vosotros, delgados, enfermos y mal vestidos. ¿Qué habéis hecho para acabar así? Cuando os marchasteis estabais sanos y bien vestidos".

"En diez años la ropa se deteriora..." objetaron los holgazanes.

"¿Es que ya no hay telares en el mundo que hagan telas para los indumentos de los hombres?".

"Sí... Pero se necesita dinero para comprar estas cosas...". "Lo teníais.”

"En diez años... se han requeteterminado. Todo lo que tiene principio tiene fin".

"Sí, si se saca sin meter. Pero, ¿por qué habéis sacado sólo? Si hubierais trabajado, podíais meter y sacar sin que se terminara el dinero; es más, consiguiendo que aumentara. ¿Habéis estado enfermos?".

"No, padre".

"¿Y entonces?".

"Nos sentimos desorientados... sin saber qué hacer, sin saber qué fuera lo bueno... Temíamos actuar mal, y para no actuar mal no hicimos nada'".

"¿Y no estaba vuestro padre a quien dirigirse para ser aconsejados? ¿Es que he sido alguna vez un padre intransigente, amedrentador?".

"¡Oh, no! Pero nos avergonzábamos de decirte: `No somos capaces de tomar iniciativas'. ¡Tú has sido siempre tan activo!... Nos hemos escondido por vergüenza".

"Bien. Id al centro de la estancia. ¡A vosotros! ¿Qué me decís vosotros, vosotros que al aspecto del hambre unís el de la enfermedad? ¿Quizás os ha enfermado el excesivo trabajo? Sed sinceros y no os regañaré".

Algunos de los interpelados se hincaron de rodillas golpeándose el pecho y diciendo: "¡Perdónanos, padre! Ya Dios nos ha castigado, y nos lo merecemos. Pero tú, que eres nuestro padre, perdónanos... Habíamos empezado bien, pero no perseveramos. Viéndonos fácilmente ricos, dijimos: `Pues bien, ahora vamos a gozar un poco, como nos sugieren los amigos, y luego volveremos al trabajo y reconstruiremos lo perdido'. Y queríamos hacerlo así de verdad. Volver a las dos monedas y luego volver a hacerlas producir, como por juego. Y dos veces - dos dicen dos, uno dice tres - lo conseguimos. Pero luego la suerte nos abandonó... y consumimos todo el dinero".

"Pero ¿por qué no os corregisteis después de la primera vez?”

"Porque el pan condimentado con el vicio corrompe el paladar y ya uno no puede prescindir de él...”

"Estaba vuestro padre...”

"Es verdad. Y te anhelábamos con añoranza y nostalgia. Pero te hemos ofendido... Suplicábamos al Cielo que te inspirara llamarnos para recibir tu reprensión y tu perdón; esto pedíamos y pedimos, más que las riquezas que ya no queremos porque nos han extraviado".

"Bien. Poneos también junto a los de antes, en el centro de la estancia. ¿Y vosotros, enfermos y pobres como éstos, pero que estáis silenciosos y no mostráis dolor, qué decís?".

"Lo que han dicho los primeros. Que te odiamos porque con tu imprudente modo de actuar nos has causado la ruina. Tú, que nos conocías, no debías lanzarnos a las tentaciones. Nos has odiado y te odiamos. Nos has preparado esta trampa para librarte de nosotros. ¡Maldito seas!".

"Bien. Id junto a los primeros a aquel rincón. Y ahora a vosotros, de lozano aspecto, serenos, ricos hijos míos. Decid. ¿Cómo habéis alcanzado esto?".

"Poniendo en práctica tus enseñanzas, ejemplos, consejos, órdenes, todo. Resistiendo a los tentadores por amor a ti, padre bendito que nos has dado la vida y los conocimientos".

"Bien. Venid a mi derecha. Y oíd todos mi juicio y mi defensa. Yo he dado a todos igual en dinero, ejemplo y conocimientos; mis hijos han respondido de formas diferentes. De un padre trabajador, honrado, morigerado, han salido algunos semejantes a él, luego ociosos, luego débiles que con facilidad caen en tentación, y crueles que odian a su padre, a sus hermanos y al prójimo, contra quien - aunque no lo digan, lo sé - han ejercitado usura y han cometido delitos. Y en los débiles y los ociosos están los arrepentidos y los impenitentes. Ahora juzgo. Los perfectos ya están a mi derecha, a mi nivel en la gloria como en las obras; los arrepentidos estarán de nuevo sujetos, como niños que han de instruirse todavía, hasta que alcancen el grado de capacidad que los haga de nuevo adultos; los impenitentes y culpables, que sean arrojados fuera de mis fronteras y perseguidos por la maldición de quien ya no es su padre, porque su odio a mí anula las relaciones de paternidad y filiación entre nosotros. Y recuerdo a todos que cada uno se ha construido su destino, porque yo he dado a todos las mismas cosas, que, en los que las han recibido, han producido cuatro desenlaces distintos, y no puedo ser acusado de haber querido su mal".

La parábola ha terminado, oh vosotros que habéis escuchado. Ahora os doy sus equivalencias.

El Padre de los Cielos está celado en el padre de familia numerosa. Las dos monedas dadas por el padre a todos los hijos antes de mandarlos al mundo son el tiempo y la libre voluntad que Dios da a cada uno de los hombres, para que los use como mejor le parezca, después de haber sido adoctrinado y edificado con la Ley y los ejemplos de los justos. A todos, iguales dones. Pero cada hombre los usa como su voluntad quiere: quién atesora el tiempo, los medios, la educación, la riqueza, todo, en el bien y se mantiene sano y santo, rico con una riqueza multiplicada; quién empieza bien y luego se cansa y disipa los bienes; quién no hace nada pretendiendo que sean los demás los que hagan las cosas; quién acusa al Padre de los propios errores; quién se arrepiente, dispuesto a ofrecer reparación; quién no se arrepiente y acusa y maldice como si su ruina hubiera estado forzada por otros. Y Dios a los justos les da inmediatamente premio; a los arrepentidos, misericordia y tiempo de expiar para alcanzar el premio por su arrepentimiento y expiación; y da maldición y castigo a quien pisotea el amor con la impenitencia después del pecado. A cada uno le da lo suyo.

No malgastéis nunca las dos monedas, el tiempo y el libre arbitrio; antes bien, usad éstos con justicia para estar a la derecha del padre, y, si habéis faltado, arrepentíos y tened fe en el misericordioso Amor. Idos. ¡La paz esté con vosotros!

Los bendice y los mira mientras se alejan bajo el sol que inunda la plaza y las calles. Pero los esclavos están todavía allí...

-¿Todavía aquí, pobres amigos? ¿Y no os van a castigar?

-No, Señor, si decimos que te hemos estado escuchando a ti. Nuestras amas te veneran. ¿A dónde vas ahora, Señor? Desean verte desde hace mucho...

-A casa del soguero del puerto. Pero me marcho esta noche, y vuestras amas estarán en la fiesta...

-Lo diremos igualmente. Nos tienen ordenado, desde hace meses y meses, que señalemos todas las veces que pases.

-De acuerdo. Marchaos. Y también vosotros haced buen uso del tiempo y del pensamiento, que es siempre libre aunque el hombre esté encadenado.

Los esclavos se prosternan y se marchan hacia los barrios romanos; Jesús y los suyos, por una callecita modesta, van hacia el puerto.

## 426

## Con las romanas en Cesárea Marítima. Profecía en Virgilio. La joven esclava salvada.

Jesús es huésped de la humilde familia del soguero. Una casita baja, y salitrosa por la proximidad de las aguas marinas. Detrás de la casa, unos almacenes poco fragantes, donde se descargan las mercancías antes de que los distintos compradores las retiren. Delante, un camino polvoriento, surcado por pesadas ruedas, rumoroso a causa de los descargadores, de los muchachos traviesos, de los carreteros, de los marineros que van y vienen ininterrumpidamente. A1 otro lado del camino, una pequeña dársena, de agua oleaginosa por los detritos arrojados en ella y por su inmovilidad. De la dársena sale un pequeño puerto-canal, que desemboca en el verdadero, amplio puerto capaz de recibir naves grandes. Por la parte occidental, una plaza arenosa donde se fabrica la cuerda en medio de un fuerte rechinar de cabrestantes de torsión movidos a mano. En la parte oriental otra plaza, mucho más pequeña y aún más ruidosa y desordenada, donde hombres y mujeres apañan redes y velas. Luego casuchas bajas y salitrosas, llenas de críos semidesnudos.

Ciertamente no se puede decir que Jesús haya elegido un lugar señorial de alojamiento. Moscas, polvo, batahola, olor de agua detenida y cáñamo puesto a remojo antes de ser usado son los soberanos del lugar. Y el Rey de los reyes, echado con sus apóstoles encima de un montón de cáñamo sin elaborar, duerme, cansado, en ese pobre cuarto, medio trastero, medio almacén, que está en la parte de atrás de la casita y a través del cual se entra, por una puerta negra como el alquitrán, a la cocina, también negra, y por una puerta carcomida y corroída por el polvo y el salitre, que le dan una tonalidad blanco-gris de pómez, se sale a la plaza donde se fabrica la cuerda y de don-de llegan hedores de cáñamo en maceración.

E1 sol azota la plaza, a pesar de cuatro enormes plátanos, dos a un lado, dos al otro, de la plaza rectangular, bajo los cuales están los cabrestantes para retorcer el cáñamo. No sé si digo la palabra correcta para nombrar la máquina que usan. Los hombres, cubiertos con una túnica reducida a lo esencial para tapar lo que la decencia impone, empapados de sudor como si estuvieran debajo de una ducha, dan vueltas y vueltas a su cabrestante, con movimiento continuo como galeotes condenados... No hablan sino para decir las indispensables palabras inherentes al trabajo. Por tanto, si se quita el chirrío de las ruedas de los cabrestantes y el del cáñamo estirado en la torsión, no hay ningún otro ruido en la plaza, extraño contraste con el que hay en los otros lugares de alrededor de la casa del soguero.

Por eso sorprende, como cosa no pensada, la exclamación de uno de los sogueros:

-¿Mujeres?! ¿A estas horas tremendas? ¡Mirad! Vienen justamente hacia aquí...

-Tendrán necesidad de cuerdas para atar a sus maridos... - dice bromeando un joven soguero.

-Pueden necesitar también cáñamo para labores.

-¡Mmm! ¿El nuestro, tan tosco como es, cuando hay quien lo da espadillado?

-Cuesta menos el nuestro. ¿Ves? Son pobres...

-Pero no son hebreas. Fíjate que el manto es distinto...

-Serán no hebreas. En Cesárea ya hay un poco de todo...

-Quizás buscan al Rabí. Estarán enfermas... Fíjate cómo están completamente tapadas a pesar de este calor...

-Con tal de que no sean leprosas... Miseria sí, pero lepra no; no la quiero ni siquiera por resignación a Dios - dice el soguero al que todos obedecen.

-¿Pero oyes lo que dice el Maestro?: "Hay que aceptar todo lo que Dios manda".

-Pero Dios no manda la lepra. La mandan los pecados, los vicios y los contagios...

Las mujeres han llegado ya a las espaldas, no de estos que hablan, y que están en el lado opuesto de la plaza, sino de los que están en la parte de la casa - más próximos, por tanto, para llegar a ellos -, y una se inclina a decir algo a uno de los sogueros, el cual se vuelve, asombrado, y se queda donde está como atolondrado.

-Vamos un poco a oír qué dicen... Tan tapadas... ¡Lo único que me faltaría sería lepra en casa, con todos los hijos que tengo!... - dice el soguero patrón, dejando de mover el cabrestante y poniéndose en camino. Sus compañeros lo siguen...

-Simón, esta mujer quiero algo, pero habla extranjero. Mira a ver tú, que has navegado - dice el hombre al que se ha dirigido la mujer.

-¿Qué quieres? - pregunta el rudo soguero, tratando de verla a través del lino cendalí teñido de oscuro que cubre su rostro.

Y en un griego purísimo la mujer responde:

-El Rey de Israel. El Maestro.

-¡Ah! Comprendo. ¿Pero... sois leprosas?

-No.

-¿Quién me lo asegura?

-Él mismo. Pregúntale a Él.

El hombre duda... Luego dice:

-Bien. Pondré un acto de fe y Dios me protegerá... Voy a llamarlo. Quedaos ahí.

Las mujeres, cuatro, no se mueven: grupo ceniciento y mudo, mirado con estupor y con muy claro temor por parte de los sogueros, que se han agrupado a algunos pasos de distancia.

E1 hombre va al almacén y toca a Jesús, que duerme.

-Maestro... Sal afuera. Te buscan.

Jesús se despierta y se alza enseguida, preguntando:

-¿Quién?

-¡Mmm!... Mujeres griegas... Tapadas completamente... Dicen que no son leprosas y que Tú me lo puedes asegurar...

-Voy enseguida - dice Jesús. Se anuda las sandalias que se había quitado, se ata la túnica en la parte del cuello y se ciñe el cinturón (se lo había quitado para estar más libre en el sueño). Y sale con el soguero.

Las mujeres hacen ademán de ir hacia Él.

-¡Estad ahí, os digo! No quiero que caminéis por donde juegan mis hijos... Primero quiero que Él diga que estáis sanas.

Las mujeres se paran.

Jesús se llega a ellas. La más alta, no la que ha hablado antes en griego, dice en voz baja una palabra. Jesús se vuelve al soguero:

-Simón, puedes estar tranquilo. Las mujeres están sanas y necesito escucharlas en paz. ¿Puedo entrar en casa?...

-No. Está la vieja, más charlatana y curiosa que una urraca. Ve allí, al final, debajo del cobertizo de los pilones. Hay también un cuartito. Allí estás solo y en paz.

¯Venid... - dice Jesús a las mujeres. Y va con ellas al final de la plaza, debajo del hediondo cobertizo, dentro del cuartucho - estrecho como una celda - donde hay herramientas rotas, trapajos, sobras de cáñamo, telas de araña gigantescas, y donde el olor de la maceración y del moho raspan la garganta, de lo penetrantes que son. Jesús, que está muy serio y pálido, sonríe levemente y dice:

-No es un lugar adecuado para vuestros gustos... Pero no tengo otro...

-No vemos el lugar, porque vemos a Aquel que está en él en este momento - responde Plautina quitándose el velo y el manto. Y las otras, que son Lidia, Valeria y la liberta Álbula Domitila, hacen lo mismo.

-De ello arguyo que, a pesar de todo, me creéis todavía un justo.

-Más que un justo. Y Claudia nos manda precisamente porque te cree más que un justo y no tiene en cuenta las palabras oídas. Pero quiere tu confirmación al respecto para tributarte doble veneración.

-O suspenderla, si le aparezco como han querido dibujarme. Pero, tranquilizadla. No tengo miras humanas. Mi ministerio y mi deseo son total y solamente sobrenaturales. Quiero, sí, reunir en un único reino a todos los hombres. ¿Pero qué de los hombres? ¿La carne y la sangre? No. Eso se lo dejo, materia lábil, a las lábiles monarquías, a los imperios inseguros. Quiero reunir bajo mi cetro solamente a los espíritus de los hombres, espíritus inmortales en un reino inmortal. Yo repudio cualquier otra versión de mi voluntad, quienquiera que fuere el que la diese, distinta de ésta. Y os ruego que creáis y que digáis a la que os envía que la Verdad tiene solamente una palabra...

-Tu apóstol hablaba con tal seguridad...

-Es un muchacho exaltado, y tal hay que considerarlo cuando se le escucha.

-¡Pero te perjudica! Repréndelo... Despídelo...

-¿Y mi misericordia entonces dónde estaría? Hace eso por un amor errado. ¿No debo tener compasión, pues? ¿Y qué cambiaría si lo despidiera? Se haría doble mal a sí mismo y me haría doble mal a mí.

-¿Entonces para ti es como una bola atada al pie!...

-Para mí es como un infeliz al que redimir...

Plautina cae de rodillas extendiendo los brazos y diciendo:

-¡Ah, Maestro más grande que cualquier otro, qué fácil es creerte santo cuando se siente tu corazón en tus palabras! ¡Qué fácil es amarte y seguirte por esta caridad tuya que es más grande aún que tu inteligencia!

-No más grande, sino más comprensible para vosotras... que tenéis vuestro intelecto estorbado por demasiados errores y no tenéis la generosidad de despojarlo de todo para acoger la Verdad.

-Tienes razón. Eres adivino y sabio.

-La sabiduría, siendo forma de santidad, da siempre luminosidad de juicio, ya sobre hechos pasados o presentes, ya sobre premoniciones de hechos futuros.

-Por eso vuestros profetas...

-Eran personas santas. Dios por eso se comunicaba a ellos con gran plenitud.

-¿Eran santos porque eran de Israel?

-Eran santos porque eran de Israel y porque eran justos en sus acciones. Porque no todo Israel es ni ha sido santo, aun siendo Israel. No es la pertenencia casual a un pueblo o a una religión lo que puede hacer a uno santo. Estas dos cosas pueden ayudar grandemente a serlo. Pero no son el factor absoluto de la santidad.

-¿Cuál es, entonces, el factor?

-La voluntad del hombre. La voluntad que conduce las acciones del hombre: a santidad, si es buena; a iniquidad, si es mala.

-Entonces... no se excluye que haya justos también entre nosotros.

-No se excluye. Es más, ciertamente hay justos entre vuestros antepasados, y ciertamente los habrá entre los que viven. Porque sería demasiado horrendo que todo el mundo pagano fuera de demonios. Los que, de entre vosotros, sienten atracción hacia el Bien, hacia la Verdad, y repugnancia contra el Vicio, y evitan las malas acciones como degradantes del hombre, habéis de creer que están ya en el sendero de la justicia.

-Entonces Claudia...

-Sí. Y vosotras. Perseverad.
-Pero, ¿en el caso de que muriéramos antes de habernos... convertido a Ti... de qué serviría el haber sido virtuosas?...
-Dios juzga con justicia. Pero ¿por qué aplazar el venir al Dios verdadero?
Las tres damas agachan la cabeza... Un silencio... Y luego la gran confesión, que será la que dé explicación de tantas crueldades y resistencias romanas hacia el cristianismo...
-Porque nos parecería traicionar a la Patria...
-A1 contrario, serviríais a la Patria haciéndola moral, y espiritualmente más grande, porque tendría la fuerza de la posesión y protección de Dios, además de la de su ejército y riquezas. ¡Roma, la Urbe mundial, Urbe de la religión universal!... Fijaos...
Un silencio...
Luego Livia, poniéndose roja como la llama, dice:
-Maestro, hace tiempo te buscábamos a ti aun en las páginas de nuestro Virgilio. Porque para nosotros tienen más valor las... profecías de los completamente vírgenes respecto a la fe de Israel, que las de vuestros profetas, en los cuales podemos sentir la sugestión de creencias milenarias... Y hemos discutido de ello... Comparando las diversas personas que en todo tiempo, nación y religión, te han presentido. Pero ninguno te sintió con tanta exactitud como nuestro Virgilio... ¡Cuánto hablamos aquel día con Diomedes, el liberto griego, astrólogo, que goza de la estima de Claudia! Él sostenía que esto ha sucedido porque los tiempos estaban más cercanos, y los astros hablaban con sus conjunciones... Y en apoyo de su tesis esgrimía el hecho de los tres Sabios de tres países de Oriente que vinieron a adorarte infante, y provocaron la matanza de que Roma se horrorizó... Pero no nos convenció, porque... en más de cincuenta años ningún otro sabio de todo el mundo ha hablado de ti por noticia de los astros, a pesar de estar más próximos aún a tu manifestación actual. Claudia exclamó: "¡Se requeriría aquí 1a presencia del Maestro! El daría la palabra de la verdad y sabríamos el lugar y el destino inmortal de nuestro máximo poeta". ¿Quisieras decirnos... para Claudia...? Un don para mostrarnos que no le tienes antipatía por su duda acerca de ti...
-He comprendido su reacción de romana y no le he guardado rencor. Tranquilizadla. Y escuchad. ¿Virgilio no fue grande únicamente como poeta, no es verdad?
-¡Oh, no! También como hombre. En medio de una sociedad ya corrompida y viciosa, resplandeció de pureza espiritual. Ninguno pudo decir que lo hubiera visto lujurioso, amante de orgías y de licencias. Sus escritos son castos, pero más casto tuvo el corazón. Tanto que en los lugares en que más vivió le llamaban "la virgencita": con burla los viciosos, con veneración los buenos.
-Y entonces, ¿en un alma límpida de hombre casto no habrá podido reflejarse Dios, aunque fuera un hombre pagano? ¿La Virtud perfecta no habrá amado al virtuoso? Y si le fueron concedidos el amor y la visión de la Verdad por la belleza pura de su espíritu, ¿no habrá podido tener una chispa de profecía, de una profecía que no es sino verdad que se revela a quien merece conocer la Verdad como premio y estímulo a una virtud cada vez mayor?
-¿Entonces... te profetizó realmente?
-Su mente encendida de pureza y genio ascendió para conocer una página referida a mí, y puede ser considerado el poeta pagano y justo, un espíritu profético y precristiano como premio a sus virtudes.
-¡Oh! ¡Nuestro Virgilio! ¿Y recibirá un premio?
-He dicho: "Dios es justo". Pero vosotras no imitéis al poeta deteniéndoos en su límite. Seguid, porque a vosotras la Verdad no se os ha mostrado por intuición y en parte, sino completa, y os ha hablado.
Plautina, sin dar respuesta, dice:
-Gracias, Maestro... Nos retiramos. Claudia nos ha dicho que te preguntemos si te puede ser útil en cosas morales.
-Y os ha dicho que me lo dijerais si no era un usurpador...
-¡Oh, Maestro! ¿Cómo lo sabes?
-Yo soy más que Virgilio y los profetas...
-¿Es verdad! ¡Todo es verdad! ¿Podemos servirte?...
-Para mí no tengo necesidad sino de fe y amor. Pero hay una criatura que está en gran peligro y cuya alma será muerta esta noche. Claudia podría salvarla.
-¿Aquí? ¿Quién? ¿Muerta el alma?
Un patricio vuestro ofrece una cena y...
-¡Ah, sí! Enio Casio. También mi marido está invitado... - dice Livia.
-Y también el mío... Y la verdad es que nosotras también. Pero, dado que Claudia se abstiene de ir, también nosotras nos abstendremos. Habíamos decidido retirarnos nada más acabar la cena, en el caso de que hubiéramos ido... Porque... nuestras cenas terminan en orgías... que ya no podemos soportar... Y, con el desdén de la esposa desatendida, dejamos que se queden allí nuestros maridos... - dice, severa, Valeria.
-No con desdén... Con piedad de su miseria moral... - corrige Jesús.
-Es difícil, Maestro... Sabemos lo que sucede allí dentro...
-Yo también sé muchas cosas que suceden en los corazones... y no obstante perdono...
-Tú eres santo...
-Vosotras debéis haceros santas. Por deseo mío y por acicate de vuestra voluntad...
-¡Maestro!...
-Sí. ¿Podéis afirmar que sois felices como antes de conocerme, con la pobre felicidad animal, sensual de paganas desconocedoras de que son más que carne, ahora que conocéis un poco de Sabiduría?..
-No, Maestro. Lo confesamos. Nos sentimos insatisfechas, inquietas, como uno que busca un tesoro y no lo encuentra.

-¡Pues lo tenéis delante! Lo que os pone inquietas es el anhelo de Luz de vuestro espíritu, la impaciencia de vuestro espíritu por vuestra tardanza... en darle lo que os pide...

Un momento de silencio... Luego, Plautina otra vez, sin dar respuesta, dice:

-¿Y qué podría hacer Claudia?

-Salvar a esa criatura. Una niña comprada por placer por el romano. Una virgen que mañana ya no lo será.

-Si la ha comprado... le pertenece.

-No es un mueble. Dentro de la materia hay un espíritu...

-Maestro... nuestras leyes...

-¡Mujeres: la Ley de Dios!...

-Claudia no va a la fiesta...

-No le digo que vaya. Os digo que le digáis: "El Maestro, para tener la certeza de que Claudia no lo acusa, le pide ayuda para esta alma niña"...

-Se lo diremos. Pero no podrá hacer nada... Esclava adquirida... objeto del que se puede disponer...

-El cristianismo enseñará que el esclavo tiene un alma como la del César, mejor en la mayor parte de los casos, y que el alma pertenece a Dios; y la maldición pesa sobre quien la corrompa.

Jesús se muestra majestuoso al decir esto.

Las mujeres sienten su imperiosidad y severidad. Se inclinan sin replicar. Se ponen de nuevo los mantos y los velos y dicen:

-Lo transmitiremos. ^¡, Maestro!

-Adiós.

Las mujeres salen a la plaza caliente. Pero Plautina se vuelve y dice:

-Para todos éramos mujeres griegas. ¿Entiendes?

-Entiendo. Marchaos tranquilas.

Jesús se queda solo, debajo del bajo cobertizo, y ellas se marchan por el mismo camino recorrido para venir.

Los sogueros vuelven al trabajo...

Jesús vuelve, lentamente, al almacén. Está pensativo. Ya no se echa: sentado encima de un montón de cuerdas enrolladas, ora intensamente... Los once siguen durmiendo profundamente...

Pasa un rato así... Una hora más o menos. Luego el soguero introduce la cabeza y hace un gesto a Jesús de que vaya a la puerta.

-Hay un esclavo. Pregunta por ti.

El esclavo, un númida, está afuera, en la plaza llena de sol todavía. Se inclina y, sin decir nada, entrega una tablilla encerada.

Jesús lee y dice:

-Dirás que esperaré hasta el alba. ¿Has comprendido?

El hombre asiente con la cabeza y, para que se entienda por qué no habla, abre la boca y enseña la lengua cortada.

-¡Pobrecillo! - dice Jesús acariciándolo.

Al esclavo le ruedan dos lágrimas por las negras mejillas. Toma la blanca mano entre las suyas negras - muy semejantes a las de un mono grande - y se la pasa por su cara, la besa, la pone sobre su corazón y luego se arroja al suelo, toma el pie de Jesús y se lo pone encima de la cabeza... Todo un lenguaje de gestos para expresar su gratitud por ese gesto de amor compasivo...

Y Jesús repite:

-¡Pobrecillo! - pero no hace el gesto curativo.

El esclavo se pone en pie y pide la tablilla encerada... Claudia no quiere dejar señales de su contacto epistolar... Jesús sonríe y devuelve la tablilla. El númida se marcha y Jesús se acerca al soguero.

-Tengo que quedarme hasta el alba... ¿Lo concedes?...

-Todo lo que quieras. Siento ser pobre...

-Y a mí me place el que seas honesto.

-¿Quiénes eran esas mujeres?

-Extranjeras necesitadas de consejo.

-¿Sanas?

-Como Yo y como tú.

-¡Ah! ¡Bien!... Ahí están tus apóstoles...

Efectivamente, restregándose los ojos, desperezándose, todavía medio adormilados, los once salen del almacén y van hacia el Maestro.

-Maestro... habrá que cenar, si quieres partir al anochecer... - dice Pedro.

-No. Ya no parto hasta el alba.

-¿Por qué?

-Porque me han rogado que lo haga así.

-¿Pero por qué? ¿Por quién? Era mejor andar de noche. Ya hay Luna nueva...

-Espero salvar a una criatura... Y ello es más luminoso que la Luna y más aliviador para mí que los frescores de la noche.

Pedro le lleva aparte:

-¿Qué ha sucedido? ¿Has visto a las romanas? ¿De qué humor están? ¿Son ellas las que se convierten? Dímelo...

Jesús sonríe:

-Si me dejas responder te lo digo, curiosísimo hombre. He visto a las romanas. Caminan hacia la Verdad, aunque lentamente. Pero no retroceden. Ya es mucho.

-Y... respecto a lo que decía Judas... ¿Qué hay?

-Que continúan venerándome como a un sabio.

-Pero... ¿por Judas? ¿No está él en medio?...

-Han venido a buscarme a mí, no a él...

-Pero entonces, ¿por qué ha tenido miedo de encontrarse con ellas? ¿Por qué no quería que vinieras a Cesárea?

-Simón, no es la primera vez que Judas tiene extraños caprichos...

-Eso es verdad. Y... ¿vienen esta noche las romanas?

-Ya han venido.

-¿Y entonces por qué esperamos al alba?

-¿Y por qué eres tan curioso?

-¡Anda, Maestro... dime todo!

-Bueno. Para quitarte toda sospecha... Tú también has oído la conversación de aquellos tres romanos...

-Sí. ¡Inmundos! ¡Peste! ¡Demonios! ¿Pero nosotros qué tenemos que ver con ello?... ¡Ah, comprendo! Las romanas van a la cena y luego vienen a pedir perdón de haber estado en la inmundicia... Me maravillo que des tu conformidad.

-¡Me maravillo de que hagas juicios temerarios!

-¡Perdóname, Maestro!

-Sí. Pero debes saber que las romanas no van a esa fiesta y que Yo he pedido a Claudia que intervenga en favor de aquella niña...

-¡Pero Claudia no puede hacer nada! ¡La muchacha ha sido comprada por el romano y él tiene plenos poderes respecto a ella!

-Pero Claudia tiene mucho poder sobre el romano. Y Claudia me ha mandado el mensaje de que espere al alba para partir. Nada más. ¿Estás contento?

-Sí, Maestro. Pero lo que está claro es que de momento no has descansado... Ven ahora... ¡Estás tan cansado...! Vigilaré para que te dejen en paz... Ven, ven... - y, amorosamente tiránico, tira de El, lo empuja, le obliga a echarse de nuevo...

Pasan las horas. Desciende el crepúsculo, cesa el trabajo, más fuerte chillan los niños por las calles y placitas, y las golondrinas en el cielo. Y luego descienden las primeras sombras. Las golondrinas van al nido y los niños a la cama. Uno a uno los ruidos cesan, hasta que queda solamente el leve chapoteo del agua en el canal y el ruido más fuerte de las olas en la playa. Las casas se cierran. Estas casas de trabajadores cansados. Se apagan en ellas las luces. El descanso desciende a hacer a todos ciegos y mudos... a alejar a todos... Se levanta la Luna y ennoblece con su plata también la balsa sucia de la pequeña dársena, que ahora parece una lámina de plata...

Los apóstoles duermen de nuevo encima del cáñamo... Jesús, sentado en uno de los cabrestantes parados, apoyadas las manos en su regazo, ora, piensa, espera... No aparta los ojos del camino que viene de la ciudad.

La Luna se alza, se alza. Está perpendicular sobre la cabeza. El mar tiene ahora voz más fuerte y el agua del canal más fuerte olor, y el cono de 1a Luna que hunde sus rayos en el mar se hace más amplio, abraza toda la balsa de agua que está frente a Jesús, y se pierde cada vez más lejano: senda de luz que desde los confines del mundo parece venir hacia Jesús, remontando el canal, terminando en la balsa de la dársena. Y por esta senda viene una barca, pequeña, blanca. Avanza, avanza, sin dejar huellas de su paso en el camino de agua que se reconstruye después de su paso... Remonta el canal... Ya está en la dársena silenciosa. Aborda. Se para. Y tres sombras bajan. Un hombre musculoso, una mujer y una grácil figurita entre los dos. Se dirigen hacia la casa del soguero.

Jesús se pone en pie y va hacia ellos.

-La paz a vosotros. ¿A quién buscáis?

-A ti, Maestro - dice Lidia mientras se descubre y se aproxima sola. Y continúa: «Claudia te ha servido. Porque era una cosa justa y completamente moral. Ésa es la muchacha. Valeria, dentro de un poco, la tomará como niñera de la pequeña Fausta. Pero, entretanto, te ruega que la tengas Tú; es más, que se la confíes a tu Madre o a la madre de tus parientes. Es completamente pagana. Bueno, más que pagana. El amo con quien ha crecido ha metido en ella la absoluta nada. No sabe ni de Olimpo ni de ninguna otra cosa. Lo único que tiene es un terror loco de los hombres, porque la vida se le ha descubierto totalmente y en toda su brutalidad desde hace algunas horas...».

-¡Oh, triste palabra! ¿Demasiado tarde?

-No materialmente... Pero él ya la preparaba para su... digamos sacrilegio. Y la criatura está aterrorizada... Claudia ha tenido que dejarla durante toda la cena junto a ese sátiro, reservándose para entrar en acción cuando el vino le hubiera hecho menos capaz de reflexionar. No es necesario que yo te recuerde que, si el hombre es siempre lúbrico en sus amores sensuales, lo es en modo sumo cuando está ebrio... Pero sólo entonces es un juguete que puede ser instado por una fuerza y privado de su tesoro. Y Claudia se ha aprovechado de esto. Enio desea el regreso a Italia, de la que ha sido alejado por desaire... Claudia ha prometido el regreso a cambio de la muchacha. Enio se ha tragado el anzuelo... Pero mañana, pasada la embriaguez, se rebelará, la buscará, montará un jaleo. Verdad es que mañana Claudia tendrá la manera de hacerle callar.

-¿Violencia? ¡No!...

-¡La violencia usada con buen fin es útil! Pero no será usada. Lo único es que Pilatos, todavía un poco atontado por el mucho vino bebido esta noche, firmará la orden para Enio de ir a informar a Roma... ¡Ja! ¡Ja!... Y con la primera nave militar partirá. Pero entretanto... conviene que la muchacha esté en otro lugar, por temor a que Pilatos se arrepienta y revoque la orden... ¡Es tan variable! Y conviene que la muchacha olvide, si puede, las porquerías humanas. Maestro... Hemos ido a la cena por esto... Pero, ¿cómo hemos podido ir a esas orgías hasta hace pocos meses sin sentir náusea? Hemos huido de allí en cuanto

hemos obtenido lo que queríamos... Allí nuestros maridos emulan todavía a los animales... ¡Qué náusea, Maestro!... Y tenemos que recibirlos después de que... después de que...

-Sed austeras y pacientes. Con el ejemplo mejoraréis a vuestros consortes.

-¡Oh, no es posible!... No sabes...

La mujer llora más de indignación que de dolor. Jesús suspira.

Lidia continúa:

-Claudia te dice que ha hecho esto para mostrarte que te venera como al único Hombre que merece veneración. Y quiere que te diga que te agradece el que le hayas enseñado el valor de un alma y de la pureza. Lo recordará. ¿Quieres ver a la muchacha?

-Sí. ¿Y el hombre quién es?

-El númida mudo de quien se sirve Claudia en las cosas más secretas. No hay peligro de delación... No tiene lengua...

Jesús repite, como por la tarde: « ¡Pobrecillo!». Pero tampoco ahora hace el milagro.

Lidia va por la muchacha. La toma de la mano y casi la lleva a rastras frente a Jesús. Explica:

-Sabe pocas palabras latinas y menos aún judías... Un animalito salvaje... Únicamente objeto de placer. Y a la muchacha: «No tengas miedo. Dile "gracias". Es el que te ha salvado... Arrodíllate. Bésale los pies. ¡Ánimo! ¡No tiembles!... ¡Perdona, Maestro! Está aterrorizada por las últimas caricias de Enio ya borracho...

-¡Pobre criatura! - dice Jesús poniendo la mano en la cabeza cubierta de la muchacha - ¡No temas! Te llevaré donde mi Madre durante un tiempo. Con una Mamá, ¿comprendes? Y tendrás a tu alrededor a muchos buenos hermanos... ¡No temas, hija mía!

¿Qué hay en la voz de Jesús y en la mirada? Todo: paz, seguridad, pureza, amor santo. La muchacha lo siente, echa hacia atrás el manto y la capucha para mirarlo mejor, y la figurita grácil, de joven que apenas si está en los umbrales de la pubertad, casi todavía niña, de gracias inmaduras e inocente aspecto, aparece envuelta en una túnica demasiado ancha para ella...

-Estaba semidesnuda... Le he puesto y le he metido en el fardel los primeros vestidos que he encontrado... - explica Lidia.

-¡Una niña! - dice con piedad Jesús, y tendiéndole la mano pregunta: « ¿Quieres venir conmigo, sin miedo?».

-Sí, amo.

-No. No amo. Dime: Maestro.

-Sí, Maestro - dice más segura la muchacha, y una tímida sonrisa substituye a la expresión de miedo que había antes en el rostro blanquísimo.

-¿Eres capaz de andar mucho camino?

-Sí, Maestro.

-Luego descansarás donde mi Madre, en mi casa, en espera de Fausta... una niñita a la que querrás mucho... ¿Te gusta?

-¡Oh, sí!... - y la muchacha levanta segura los claros ojos de un gris azul bellísimo, entre pestañas de oro, y osa preguntar:

-¿Ya nunca más aquel amo? - y un destello de terror todavía le turba la mirada.

-Jamás - vuelve a prometer Jesús, poniendo de nuevo la mano en los tupidos cabellos de color blondo miel de la muchacha.

-Adiós, Maestro. Dentro de pocos días estaremos en el lago también nosotras. Quizás nos veremos todavía. Ruega por las pobres romanas.

-Adiós, Livia. Dile a Claudia que estas son las conquistas que Yo pretendo, y no otras. Ven, niña. Partiremos inmediatamente…

Y, llevándola de la mano, se asoma a la puerta del almacén llamando a los apóstoles.

Mientras 1a barca, sin dejar huella de su venida, regresa al mar abierto, Jesús y los apóstoles, con la niña en medio del grupo cubierta con un manto, van, por las callejuelas periféricas y desérticas, hacia los campos...

## 427

## Bartolomé instruye a Áurea Gala.

Son tan precoces las albas estivas, que breve es el tiempo que media entre el ocaso de la Luna y la aparición del primer albor. De manera que, a pesar de que hayan andado ligeros, la fase más oscura de la noche los sorprende todavía en las cercanías de Cesárea; y tampoco da suficiente luz una rama encendida de un arbusto espinoso. Es necesario hacer un alto, incluso porque la jovencita, menos acostumbrada que ellos a andar de noche, tropieza a menudo en las piedras medio sepultadas en la arena.

-Es mejor pararse un poco. La niña no ve y está cansada - dice Jesús.

-No, no, puedo... Vamos lejos, lejos... Podría venir. Por aquí hemos pasado para ir a aquella casa - dice, entrechocando los dientes, la jovencita, mezclando hebreo y latín en un nuevo idioma, para que la entiendan.

-Iremos detrás de aquellos árboles y no nos verá nadie. No temas - le responde Jesús.

-Sí, no temas. Ese... romano a esta hora está debajo de la mesa como una cuba... - dice Bartolomé para tranquilizarla.

-Y además estás con nosotros. ¡Nosotros te queremos! No dejamos que te hagan daño. ¡Oye, que somos doce hombres fornidos!... - dice Pedro, poco más alto que ella, pero tan corpulento cuanto grácil es ella, tan quemado por el sol cuanto nívea es ella, pobre flor crecida a la sombra para que fuera más estimulante y valiosa.

-Eres una hermanita. Y los hermanos defienden a las hermanas... - dice Juan.

La jovencita, a la luz última de la improvisada antorcha, alza hacia sus consoladores los claros iris gris hierro apenas teñido de azul, dos limpios iris aún brillantes por el llanto vertido con el terror de poco antes... Es recelosa, pero, no obstante, de ellos se fía. Y cruza con los otros el reguero seco que está pasado el camino, para entrar en una propiedad que termina allí en un tupido huerto.

Se sientan. Es noche oscura. Esperan. Los hombres quizás dormirían. Pero cualquier ruido hace dar un gemido a la muchacha, y el galope de un caballo le hace agarrarse convulsa al cuello de Bartolomé, que, quizás, por ser muy anciano, atrae su confianza y confidencia. Por tanto es imposible dormir.

-¡Pero no tengas miedo! Cuando se está con Jesús ya no pasa nada malo - dice Bartolomé.

-¿Por qué? - pregunta la muchacha, temblorosa y enroscada todavía al cuello del apóstol.

-Porque Jesús es Dios en la Tierra, y Dios es más fuerte que los hombres.

-¿Dios? ¿Qué es Dios?

-¡Pobre criatura! ¡Pero cómo te han criado! ¿No te han enseñado nada?

-A tener blanca la piel, brillante el pelo, a obedecer a los amos... a decir siempre que sí... Pero yo no podía decir que sí al romano... era feo y me producía miedo... Todo el día miedo... Siempre allí... cuando el baño, cuando una se viste... y unos ojos... y las manos... ¡oh!... Y a quien no dice "sí" le dan de palos...

-No recibirás palos. Ya no está el romano, ni sus manos... Lo que hay es la paz... – le responde Jesús.

Y los otros comentan:

-¡Pero qué horror! ¡Como a animales de valor, no más que como a animales! Y peor todavía... Porque un animal sabe al menos que le enseñan a arar o a llevar la montura y el bocado porque ésa es su función. ¡Pero esta criatura ha sido arrojada allí sin saber!...

-Yo, si hubiera sabido, me habría echado al mar. Había dicho: "Te haré feliz"...

-Efectivamente te ha hecho feliz. De una manera que no imaginaba. Feliz para la Tierra y para el Cielo. Porque conocer a Jesús es felicidad - le dice el Zelote.

Un silencio, en que cada uno medita en los horrores del mundo. Luego, en voz baja, la niña pregunta a Bartolomé:

-¿Me dices lo que es Dios? ¿Y por qué Él es Dios? ¿Porque es guapo y bueno?

-Dios... ¿Cómo arreglárselas para enseñarte tanto a ti que estás vacía de toda idea religiosa?

-¿Religiosa? ¿Qué es?

-¡Altísima Sabiduría! ¡Me siento como uno que se está ahogando en un gran mar! ¿Cómo me las arreglo ante esta sima?

-Es muy sencillo, Bartolomé, lo que difícil te parece. Es una sima, sí, pero vacía. Y puedes colmarla de Verdad. Peor es cuando las simas están colmas de fango, venenos, serpientes... Habla con la sencillez con que hablarías a un niño pequeño. Te comprenderá de forma que mejor que ella no te comprendería un adulto.

-¡Maestro! ¿Pero no podrías hacerlo Tú?

-Podría. Pero la muchacha aceptará las palabras de un semejante suyo más fácilmente que las mías de Dios. Y además es que... en el futuro os encontraréis ante estas simas, para llenarlas de mí, y debéis aprender a hacerlo.

-Es verdad. Voy a intentarlo. Escúchame, niña... ¿Te acuerdas de tu mamá?

-Sí, Señor. Hace siete años que las flores florecen sin ella. Pero antes estaba con ella.

-De acuerdo. ¿Y te acuerdas de ella? ¿La quieres?

-¡Oh! - un acceso de llanto unido a la exclamación dice todo.

-Pobre criatura, no llores... Escucha... El amor que sientes por tu mamá...

-...Y mi padre... y mis hermanitos... - dice entre sollozos la niña.

-Sí... por tu familia, el amor por tu familia, el pensamiento que tienes de tu familia, el deseo de volver a ella...

-¡Ya nunca!...

-Bueno pues... todo esto es una cosa que se puede llamar la religión de la familia. Las religiones, las ideas religiosas, por tanto, son el amor, el pensamiento y el deseo de ir a donde está Aquel o aquellos en quienes creemos, a quienes amamos y anhelamos.

-¡Ah! Y si yo creo en ese Dios, tendré una religión... ¡Es fácil!

-Bien. ¿Fácil qué? ¿Tener una religión o creer en ese Dios?

-Una cosa y la otra. Porque se cree fácilmente en un Dios bueno como ése. E1 romano nombraba muchos dioses y juraba... decía: "¡Por la diosa Venus!", "¡por el dios Cupido!". Pero debían ser dioses no buenos, porque él hacía cosas no buenas cuando los nombraba.

-No es estúpida la niña - comenta Pedro en voz baja.

-Pero todavía no sé qué es Dios. Yo lo veo hombre como tú... Es un hombre Dios entonces. ¿Y entonces cómo podemos comprenderlo? ¿En qué es más fuerte que todos? No tiene ni espadas ni siervos...

-Maestro, ayúdame...

-¡No, hombre, Natanael, que enseñas muy bien!...

-Lo dices por bondad... De todas formas vamos a intentar seguir adelante. Escucha, niña... Dios no es hombre. Él es como una luz, una mirada, un sonido, tan grandes, que llenan el cielo y la tierra e iluminan todo, y todo lo ve, instruye todo y a todo da órdenes...

-¿También al romano? Entonces no es un Dios bueno. ¡Tengo miedo!

-Dios es bueno y da órdenes buenas, y a los hombres les había dado órdenes de no hacer guerras, de no hacer esclavos, de dejar a las niñas con sus madres y no aterrorizar a las muchachas. Pero los hombres no escuchan siempre las órdenes de Dios.

-Pero tú sí...

-Yo sí.

-Pero, si es más fuerte que nadie, ¿por qué no se hace obedecer? ¿Y cómo habla, si no es hombre?

-Dios... ¡oh, Maestro!...

-Sigue, Bartolmái. ¿Siendo un maestro tan sabio y sabiendo decir con tanta sencillez los más altos pensamientos, tienes miedo? ¿No sabes que el Espíritu Santo está en los labios de los que enseñan la Justicia?

-¡Parece tan fácil cuándo uno te escucha!... Y todas tus palabras están aquí dentro... ¡Pero para sacarlas afuera cuando se debe hacer lo que Tú haces!... ¡Ay, míseros de nosotros, pobres hombres! ¡Qué maestros de tres al cuarto!

-Reconocer vuestra nada predispone al espíritu a la enseñanza del Espíritu Paráclito...

-De acuerdo. Escucha, niña. Dios es fuerte, fortísimo, más que César, más que todos los hombres puestos juntos con sus ejércitos y máquinas de guerra. Pero no es un amo despiadado que haga decir siempre que sí, so pena del azote para quien no lo dice. Dios es un padre. ¿Tu padre te quería?

-¡Mucho! Me puso por nombre Áurea Gala, porque el oro es precioso y Galia es la patria, y decía que me quería más que al oro que un tiempo tuvo y más que a la patria...

-¿Tu padre te apaleaba?

-No. Nunca. Aunque fuese mala me decía: "¡Pobre hija mía!" y lloraba...

-¡Eso! Así hace Dios. Es padre, nos ama y llora si somos malos, pero no nos fuerza a obedecerle. Pero el que es malo será un día castigado con suplicios horrendos...

-¡Oh, qué bien! ¡En los suplicios el amo que me arrebató de mi madre y me llevó a la isla y el romano! ¿Y lo voy a ver yo?

-Tú verás a Dios de cerca, si crees en Él y eres buena. Pero para ser buena no debes odiar ni siquiera al romano.

-¿No? ¿Y cómo lo hago?

-Orando por él o...

-¿Qué es orar?

Hablarle a Dios diciéndole lo que queremos...

-¡Pero yo quiero la mala muerte para los amos! - dice con salvaje vehemencia la muchacha.

-No, no debes hacerlo. Jesús no te quiere si hablas así...

-¿Por qué?

-Porque no se debe odiar a quien nos haya hecho el mal.

-Pero no puedo quererlos...

-Por ahora olvídalos... Trata de olvidarlos... Luego, cuando estés más... instruida en Dios, orarás por ellos... Bueno, estábamos diciendo que Dios es poderoso, pero deja libres a sus hijos.

-¿Yo hija de Dios? ¿Tengo dos padres? ¿Cuántos hijos tiene?

-Todos los hombres son hijos de Dios, porque han sido hechos por Él. ¿Ves las estrellas allá arriba? Las ha hecho Él. ¿Y estos árboles? Los ha hecho Él. Y la tierra donde estamos sentados, y aquel pájaro que canta, y el mar con su grandeza, todo, y a todos los hombres. Y los hombres son más hijos que todo, porque son hijos por una cosa que se llama alma y que es luz, sonido, mirada, no grandes como su luz, su sonido, su mirada, que llenan el Cielo y la Tierra, pero bonitos de todas formas, y que no mueren nunca, como tampoco muere Él.

-¿Dónde está el alma? ¿Yo la tengo?

-Sí. En tu corazón, y es la que te ha hecho comprender que el romano era malo, y ciertamente no te hará desear ser como él. ¿No es verdad?

-Sí...

La jovencita reflexiona después del titubeante sí... Luego dice con seguridad:

-Sí! Era como una voz de dentro y una necesidad de que alguien me auxiliara... y con otra voz aquí dentro - pero esta era mía - llamaba a mi mamá... porque no sabía que existía Dios, que existía Jesús... Si lo hubiera sabido, le habría llamado a Él con aquella voz que tenía aquí dentro...

-Has comprendido bien, niña, y crecerás en la Luz. Yo te lo digo. Cree en el Dios verdadero, escucha la voz de tu alma virgen respecto a la sabiduría adquirida, pero virgen también respecto a la mala voluntad, y tendrás en Dios a un Padre, y en la muerte, que es paso de la Tierra al Cielo para los que creen en el Dios verdadero y son buenos, tendrás un puesto en el Cielo, cerca de tu Señor - dice Jesús, poniendo la mano en la cabeza de la jovencita, la cual cambia de postura, se arrodilla y dice:

-De ti. Es bonito estar contigo. No te separes de mí, Jesús. Ahora sé quién eres y me postro. En Cesárea tenía miedo de hacerlo... Pero me parecías un hombre. Ahora sé que eres un Dios escondido en un hombre y para mí eres Padre, y Protector.

-Y Salvador. Áurea Gala.

-Y Salvador. Me has salvado.

-Y te salvaré más. Tendrás un nombre nuevo...

-¿Me quitas el nombre que me dio mi padre? E1 amo en la isla me llamaba Aurea Quintilia, porque nos dividían por color y por número y yo era la quinta rubia así... Pero ¿por qué no me dejas el nombre que me dio mi padre?

-No te lo quito. Llevarás, añadido a tu antiguo nombre, el nombre nuevo, eterno».

-¿Cuál?

-Cristiana. Porque Cristo te ha salvado. Pero ya clarea. Vamos... ¿Ves, Natanael, como es fácil hablar de Dios a las simas vacías?... Has hablado muy bien. La niña se formará rápidamente en la Verdad... Ve adelante con mis hermanos, Áurea...

La niña obedece, pero con temor. Preferiría permanecer junto a Bartolomé, el cual comprende y promete:

-Voy inmediatamente yo también. Ve, obedece...

Y va sólo con Jesús, Pedro, Simón y Mateo, observa:

-Es una pena que la tenga Valeria. A1 fin y al cabo es una pagana...

-No puedo imponérsela a Lázaro...

-Está también Nique, Maestro - sugiere Mateo.

-Y Elisa... - dice Pedro.

-Y Juana... Es amiga de Valeria, y Valeria se la cede sin duda de buena gana. Estaría en una casa buena - dice el Zelote.

Jesús piensa y guarda silencio...

-Bueno, Tú verás... Yo voy donde la muchacha, que se vuelve continuamente. Se fía de mí porque soy viejo... La tomaría conmigo... una hija más... Pero no es de Israel... - y se marcha el bueno de Natanael, bueno aunque demasiado israelita.

Jesús lo mira mientras camina y menea 1a cabeza.

-¿Por qué ese gesto, Maestro? - pregunta el Zelote.

-Porque... me da pena ver que los sabios también son esclavos de los prejuicios...

-Pero... así, entre nosotros... Bartolmái tiene razón... y, es más, deberías tomar medidas... Acuérdate de Síntica y Juan... No vaya a suceder una cosa igual... Mándasela a Síntica... - dice Pedro, que tiene miedo de complicaciones por la presencia de la paganita entre ellos.

-Pronto morirá Juan... Síntica no está todavía suficientemente formada como para ser maestra de una niña como ésta... No es ambiente adecuado...

-De todas formas, no debes tenerla. Piensa que Judas pronto estará con nosotros. Y Judas, Maestro, déjame que lo diga, es un lujurioso y un... uno que suelta la lengua con facilidad con tal de obtener ganancias... y tiene demasiados amigos entre los fariseos... - insiste el Zelote.

-¡Sí, Simón tiene razón! ¡Es exactamente lo que pensaba yo! - exclama Pedro. ¡Hazle caso, Maestro!...

Jesús piensa y calla... Luego dice:

-Vamos a orar y el Padre nos ayudará... - y, al final del grupo, oran fervorosamente...

El alba se transforma en aurora... Pasan un pueblecillo, vuelven al camino que va entre los campos... E1 sol se hace cada vez más fuerte. Se paran a comer a la sombra de un gigantesco nogal.

-¿Estás cansada? - pregunta Jesús a la niña, que come sin apetito - Dilo y nos paramos.

-No, no. Vamos...

-Se lo hemos preguntado varias veces. Pero contesta siempre que no... - dice Santiago de Alfeo.

-¡Puedo, puedo! Vamos lejos...

Reanudan la marcha. Pero Áurea se acuerda:

-Tengo una bolsa. Me han dicho las damas: "La darás cuando empiecen los montes". Los montes están aquí. Y la doy.

Y hurga en la talega donde Livia le ha metido algún indumento... Saca la bolsa y se la da a Jesús.

-La dádiva... No han querido que les diéramos las gracias. Son mejores que muchos de nosotros... Toma, Mateo. Y conserva estas monedas. Servirán para limosnas secretas.

-¿No debo decírselo a Judas de Keriot?

-No.

-Pero verá a la niña...

Jesús no responde... Reanudan la marcha fatigosamente, por el gran calor, el polvo y la luz cegadora. Luego empieza la subida a las primeras estribaciones del Carmelo, creo. Pero, a pesar de que aquí haya más sombra y más frescor, Áurea va lentamente, tropezando a menudo.

Bartolomé vuelve hacia atrás, a donde el Maestro.

-Maestro, la niña está febricitante y exhausta. ¿Qué hacemos?

Se consultan. ¿Pararse? ¿Cargar con ella y seguir? Sí. No. A1 final deciden que es necesario, al menos, llegar hasta el camino que va a Sicaminón, para pedir ayuda a algún viandante que tenga cabalgadura o carro. Ellos quisieran tomar en brazos a la niña, pero ella, heroica en su voluntad de alejarse, repite su: « ¡Puedo! ¡Puedo!», y quiere caminar por sí sola. Está roja, tiene ojos febriles, está realmente exhausta. Pero no cede... Va lentamente, aceptando ser sujetada por Bartolomé y Felipe... Pero anda... Están todos cansados verdaderamente. Pero comprenden que es necesario andar, y andan...

Ya han superado la colina. Ya tienen enfrente la ladera opuesta... el llano de Esdrelón allá abajo, y más allá... las colinas donde se halla Nazaret...

-Si no encontramos, nos detendremos donde los campesinos... - dice Jesús...

Caminan, caminan... Ya casi en el llano, ven a un grupo de discípulos. Están Isaac y Juan de Éfeso con su madre, y Abel de Belén con la suya, y otros que no conozco de nombre. Y para las mujeres llevan un rústico carro tirado por un fuerte mulito. Están también los pastores Daniel y Benjamín, y el barquero José y otros.

-¡Es la Providencia, que nos socorre! - exclama Jesús, y ordena que se detengan mientras Él va a hablar con los discípulos y especialmente con las dos discípulas.

Las toma aparte, junto con Isaac, y cuenta en parte el caso de Áurea:

-Se la hemos arrebatado a un inmundo amo... Quisiera llevarla a Nazaret para atenderla, porque está enferma de miedo y de fatiga. Pero no tengo vehículo. ¿Vosotros a dónde ibais?

-A Belén de Galilea, a casa de Mirta. Es imposible resistir los calores del llano - responde Isaac.

-Id a Nazaret primero, os lo pido por caridad. Llevadle la niña a mi Madre y decidle que Yo, dentro de dos o tres días, llegaré. La niña está febril. Por tanto no hagáis caso de sus delirios. Más adelante os explicaré...

-Sí, Maestro. Lo que quieras. Partimos inmediatamente. ¡Pobre criatura! ¿La apaleaba? - preguntan los tres.

-Quería profanarla.

-¡Oh!... ¿Cuántos años tiene?

-A lo mejor ni trece...

-¡Qué vil! ¡Qué inmundo! Pero nosotros la querremos. No somos madres por ganancia, ¿verdad Noemí?

-Por supuesto, Mirta. Señor, ¿la recibes como discípula?

-No sé todavía...

-Si la recibes, estamos nosotras. Yo no vuelvo a Éfeso. He mandado a unos amigos para que liquiden todo. Me quedo con Mirta... Acuérdate de nosotras para la niña. Tú nos has salvado a nuestros hijos. Nosotras queremos salvar a esta niña.

-Veremos más adelante...

-Maestro, estas dos discípulas dan garantías de santidad... - intercede Isaac.

-No depende de mí... Orad mucho y guardad silencio con todos. ¿Entendéis? Con todos.

-Guardaremos silencio.

-Venid con el carro.

Y Jesús retrocede, seguido por Isaac (que guía el carro) y por las dos mujeres. La muchacha está echada en el prado, buscando refrigerio entre la hierba para la fuerte fiebre...

-¡Pobre criatura! Pero no morirá, ¿verdad?

-¡Qué niña más bonita!

-Bonita, no temas. Soy una mamá, ¿sabes? Ven... Sujétala, Mirta... Vacila... Ayúdanos, Isaac... Aquí donde hay menos traqueteos... El talego debajo de la cabeza... Vamos a meterle debajo nuestros mantos... Isaac, moja estos paños para ponérselos en la frente... ¡Qué fiebre, pobre hija!...

Las dos mujeres se muestras solícitas y maternales. Áurea, obnubilada por el febrón, está casi ausente...

Todo listo... El carro puede empezar a moverse... Isaac, antes de dar con la tralla, se acuerda:

-Maestro, si vas al puente encuentras a Judas de Keriot. Te espera como un mendigo... Es él el que nos ha dicho que ibas a pasar por aquí. La paz a ti, Maestro. Hoy por la noche estaremos en Nazaret.

-La paz a ti, Maestro - dicen las discípulas.

-¡La paz a vosotros!...

El carro se va al trote...

-¡Gracias sean dadas al Señor!... - dice Jesús.

-Sí. Bien para la niña y para Judas... Mejor si no sabe nada...

-Sí, es mejor; tanto, que pido a vuestro corazón un sacrificio: nos separaremos antes de llegar a Nazaret, y vosotros, los del lago, iréis con Judas a Cafarnaúm, mientras Yo con mis hermanos y Tomás y Simón iremos a Nazaret.

-Así lo haremos, Maestro. ¿Y a esos que te esperan qué les vas a decir?

-Que teníamos urgencia de advertir a mi Madre de mi llegada... Vamos... - y va donde los discípulos, que, demasiado felices por tener con ellos al Maestro, no hacen ninguna pregunta.

## 428

## Parábola de la viña y del viñador, figuras del alma y del libre albedrío.

-La paz a vosotros, amigos míos. El Señor es bueno. Nos concede reunirnos para un ágape fraterno, ¿A dónde ibais? - pregunta Jesús a los ex pastores, mientras se adentra en un bosquete para resguardarse del sol.

-Unos hacia el mar, otros hacia los montes. Pero hasta aquí hemos venido juntos y creciendo cada vez más en número, por otros grupos que hemos encontrado por el camino - dice Daniel, el que fue pastor del Líbano.

-Sí, y nosotros dos quisiéramos ir hasta el gran Hermón, donde hemos pastoreado a los rebaños, para pastorear corazones - dice Benjamín, su compañero.

-Es una buena idea. Yo voy a estar un poco en Nazaret; luego estaré entre Cafarnaúm y Betsaida hasta la neomenia de Elul. Os lo digo para que, en caso de necesidad, podáis encontrarme. Sentaos, pongamos en común nuestros alimentos para repartirlos con justicia.

Así lo hacen. Extienden encima de un lienzo sus... riquezas: tortas de pan, quesos pequeños, pescado salado, aceitunas, algunos huevos, las primeras manzanas... y, de la misma forma que han entregado alegremente, con alegría reparten, después del ofrecimiento y la bendición de Jesús.

¡Qué contentos están de este inesperado banquete de amor! Inmersos en la alegría de escuchar a Jesús - que les hace preguntas acerca de las cosas que han hecho, y que los aconseja o les cuenta lo que É1 ha hecho -, se han olvidado del cansancio y del calor. Y, a pesar de que esta hora calentísima de un día de bochorno produzca un atontamiento de somnolencia, el interés es tanto, que ninguno se abandona al sueño; antes al contrario, terminada la comida, recogidas las pocas provisiones que han sobrado, dividiéndolas en sendas partes iguales, se retiran aún más hacia la espesura de los primeros boscajes del collado, y, a la sombra fresca de los árboles, sentados en círculo en torno a Jesús, le ruegan que les exponga una bonita parábola que sirva como regla de vida y como enseñanza.

Jesús, que está sentado de forma que tiene enfrente la llanura de Esdrelón, ya despojada de mieses, pero rica en viñas y árboles frutales, extiende su mirada por el paisaje como buscando un tema en lo que ve. Sonríe. Ha encontrado. Empieza con una pregunta genérica:

-¿Verdad que son bonitas las viñas de esta llanura?

-Muy bonitas. Están increíblemente cargadas de uvas que maduran. Y muy bien cuidadas. Por eso producen tanto.

-Pero serán plantas selectas... - insinúa Jesús. Y termina: «La llanura, estando casi toda dividida en propiedades de ricos fariseos, ha sido cultivada con plantas buenas sin dolerse del precio de adquisición».

-¡No serviría el haber adquirido las mejores plantas, si luego no hubieran seguido cuidándolas! Yo entiendo de esto, porque todos mis bienes consisten en vides. Pero, si no sudo yo, o sea, si no hubiera sudado, como ahora siguen sudando mis hermanos, créeme, Maestro, que no podría ofrecerte para la vendimia racimos iguales que los del año pasado - dice un hombre vigoroso, de unos cuarenta años, que me parece haber visto ya pero cuyo nombre no recuerdo.

-Tienes razón, Cleofás. Todo el secreto para tener buenos frutos está en el cuidado que se da a nuestros bienes - dice otro.

-Buenos frutos y buena ganancia. Porque, si la tierra diera sólo lo que se ha gastado por ella, sería siempre un mal empleo del dinero. La tierra debe producir el fruto del capital que nos cuesta, más una ganancia que nos permita aumentar nuestro patrimonio. Porque hay que pensar que un padre debe repartir entre los hijos. Y de unos bienes, sea en tierras o en dinero, debe hacer varias partes, tantas como hijos tiene, para dar a todos con qué vivir. No creo que multiplicar así los bienes en beneficio de los hijos sea una cosa reprochable - insiste Cleofás.

-No lo es si se consigue con el trabajo honrado y de forma honrada. ¿Entonces tú dices que, a pesar de la calidad de los vástagos plantados, para sacar ganancia es necesario trabajar mucho en ellos?

-¡Hombre claro! Antes de que den el primer racimo... ¡Porque tiene que pasar tiempo, eh! Y por tanto hay que tener paciencia y también hay que trabajar mientras las cepas tiernas tienen sólo hojas. Y después también, cuando ya dan fruto y son fuertes. Estar atentos a que no tengan ramas inútiles ni insectos nocivos, a que las hierbas parásitas no debiliten el terreno, o a que no se ahoguen los sarmientos bajo el follaje de las zarzas y de las enredaderas; mullir en la base, hacer los círculos para que el aguazo penetre y las aguas se detengan un poco más que en otras partes para nutrir a la planta, y abonar... ¡Trabajo duro! Pero es necesario, aunque sea muy arduo, porque la uva, tan dulce, tan espléndida que cada racimo parece una aglomeración de piedras preciosas, se forma precisamente absorbiendo ese negro y fétido estiércol. ¡Parece imposible pero es así! Y quitar hojas para dejar que baje el sol a los racimos; y, terminada la vendimia, arreglar las plantas, atando, podando, cubriendo las raíces con paja y excrementos para defenderlas del hielo; e ir también en invierno, a ver si los vientos o algún malandrín han arrancado los palos, y si el tiempo ha soltado los mimbres usados para sujetar las ramas a los soportes... ¡Siempre hay cosas que hacer mientras la vid no muere del todo!... Y después hay que trabajar todavía para sacarla de la tierra y limpiar el terreno de raíces para prepararla para recibir un nuevo vástago. ¿Y sabes qué mano tan suave y paciente y qué ojo tan fino hay que tener para desenredar los sarmientos de las plantas muertas, mezclados con los de las plantas todavía vivas! ¡Si se fuera con ignorancia y mano ruda, se harían daños! ¡Hay que dedicarse a este oficio para saber!... ¿Las vides? ¡Hombre, son como hijos! ¡Y, antes de que un hijo sea hombre, cuánto hay que sudar para mantenerlo sano de cuerpo y de espíritu!... Pero yo estoy hablando sin parar y no te dejo hablar a ti... Nos has prometido una parábola...

-Verdaderamente ya la has dicho tú. Bastaría con aplicar tu conclusión y decir que las almas son como las vides...

-¡No, Maestro! Habla Tú. Yo... he dicho simplezas y no podemos hacer por nosotros mismos la labor de aplicarlo...

-De acuerdo. Oíd.

Llegado el momento en que tuvimos una carne animal en el seno de nuestra madre, Dios, en los Cielos, creó el alma para hacer a semejanza de Él al futuro hombre, y la puso en esa carne en formación en un seno materno. Y el hombre, llegado su tiempo de nacer, nació con su alma, la cual, hasta el uso de razón, fue como una tierra no cultivada por su dueño. Pero, llegada la edad de la razón, el hombre empezó a razonar y a distinguir el Bien y el Mal. Fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía una viña, para cultivarla como él quisiera. Y se dio cuenta de que tenía a un viñador encargado de esa viña: su libre arbitrio. En efecto, la libertad de guiarse, que Dios ha dejado al hombre hijo suyo, es como un siervo idóneo dado por Dios al hombre hijo suyo para que le ayude a hacer fértil la viña, o sea, el alma.

Si el hombre no debiera trabajar con sus propias manos para hacerse rico, para construirse un futuro eterno de prosperidad sobrenatural; si hubiese tenido que recibir todo de Dios, ¿qué mérito tendría por restaurarse de nuevo en santidad, después de que Lucifer corrompió la santidad inicial, dada gratuitamente por Dios a los primeros hombres? Mucho es ya el que Dios conceda a las criaturas caídas por la herencia de la culpa merecer el premio y ser santas, volviendo, por voluntad propia, a aquella naturaleza inicial de criaturas perfectas que el Creador había dado a Adán y Eva, y a sus descendientes si sus progenitores se hubieran conservado inmunes de la culpa original. El hombre caído debe volver a ser hombre elegido, por su libre voluntad.

Ahora bien, ¿qué sucede en las almas? Esto. E1 hombre confía su alma a su voluntad, a su libre arbitrio, que se pone a trabajar la viña que hasta entonces había sido un terreno sin plantas, bueno, pero sin plantas duraderas; sólo gráciles hierbas y florecillas caducas habían estado esparcidas en aquélla: las bondades instintivas del niño que es bueno porque es todavía un ángel desconocedor del Bien y del Mal.

Diréis: "¿Durante cuánto tiempo permanece así?". Generalmente se dice: durante los primeros seis años. Pero verdad es que hay razones precoces, siendo así que tenemos niños responsables de sus acciones antes de los seis años. Tenemos niños responsables de sus acciones incluso a los tres o cuatro años, responsables porque saben que eso es Bueno, y que eso es Malo, y quieren libremente esto o aquello. Cuando una criatura sabe distinguir la mala acción de la buena acción ya es responsable. No antes. Por tanto, un subnormal, incluso a los cien años, es irresponsable; pero se asumen su responsabilidad sus tutores, que deben velar amorosamente por él y por el prójimo que puede sufrir daño por parte del subnormal o del loco, a fin de que éste

no se haga daño a sí mismo ni se lo haga a otros. Pero Dios no imputa al subnormal o al loco culpa alguna, porque, desgraciadamente para él, está privado de la razón. Pero nosotros hablamos de seres inteligentes y sanos de mente y cuerpo.

Así pues, el hombre confía su viña sin cultivar a su trabajador, el libre arbitrio, y éste empieza a cultivarla. El alma, la viña, tiene, no obstante, voz, y se la hace oír al arbitrio. Una voz sobrenatural, nutrida de voces sobrenaturales que Dios no niega nunca a las almas: la del Custodio, la de los espíritus enviados por Dios, la de la Sabiduría, la de los recuerdos sobrenaturales que toda alma recuerda aun sin la percepción exacta por parte del hombre entero. *(Recuerdos sobrenaturales que MV explica con la siguiente nota en una copia mecanografiada: "Dios ha puesto en el hombre la conciencia además de la razón. Y la conciencia tiene una voz propia que recuerda, advierte o amonesta. Recuerda aquello que debería hacerse y aquello que no se debe hacer porque está mal. Advierte que no se haga el mal, porque va contra toda ley natural y sobrenatural. Amonesta por el mal hecho, moviendo a la reparación y al arrepentimiento. Hace sentir que el mal obrado en la Tierra provoca la pérdida de un premio futuro, la pérdida del Bien supremo. Esto hace la conciencia, porque, habiendo sido dada por Dios, no puede sino mantener despierto o suscitar en la criatura el recuerdo de Aquel que se la dio al hombre como guía.")* Y habla al arbitrio, con voz suave, incluso suplicante, para rogarle que la adorne con buenas plantas, y que sea activo y sabio para no hacer de ella un zarzal agreste, malo, venenoso, donde aniden serpientes y escorpiones y hagan su madriguera la zorra y la garduña y otros cuadrúpedos malos.

El libre albedrío no siempre es un buen cultivador; no siempre vigila la viña y la defiende con un seto infranqueable, o sea, con una voluntad firme y buena en actitud de defender al alma de ladrones y parásitos y de todas las cosas perniciosas, de los vientos violentos que podrían hacer caer las florecillas de las buenas resoluciones apenas formadas en el deseo. ¡Oh, qué alto y fuerte deberá ser el seto que hay que levantar en torno al corazón para salvarlo del mal! ¡Qué atención hay que tener para que no sea forzado, para que no abran en él ni grandes aberturas - puerta para disipaciones -, ni encubiertas y pequeñas aberturas en su base, por las que se introduzcan las víboras: los siete pecados capitales! ¡Cómo hay que escardar, quemar las malas hierbas, podar, mullir el terreno, abonar con la mortificación, cuidar con el amor a Dios y a1 prójimo, la propia alma! Y vigilar con ojo abierto y luminoso, y con mente despierta, para que los majuelos que podían parecer buenos no se manifiesten luego dañinos; y si sucede esto, arrancarlos sin piedad: mejor es una planta sola pero perfecta, que no muchas inútiles y dañinas.

Tenemos corazones, tenemos por tanto viñas siempre trabajadas, plantadas de nuevas plantas por un desordenado cultivador que hacina nuevas plantas: este trabajo, aquella idea, aquel deseo; incluso no malos, pero que luego se dejan sin cuidar y se hacen malos; caen al suelo, se degeneran, mueren... ¡Cuántas virtudes perecen por estar mezcladas con las sensualidades, por falta de cultivo, por... en conclusión, por no estar sostenido por el amor el libre arbitrio! ¡Cuántos ladrones entran a robar, a profanar, a devastar, porque la conciencia duerme en vez de velar, porque la voluntad se enerva y se corrompe, porque el arbitrio se deja seducir y, siendo libre, se hace esclavo del Mal.

¡Fijaos, Dios lo deja libre, y el arbitrio se hace esclavo de las pasiones, del pecado, de las concupiscencias, en definitiva, del Mal! Soberbia, ira, avaricia, lujuria, primero mezcladas, luego triunfadoras sobre las plantas buenas... ¡Un desastre! ¡Cuánto ardor que reseca las plantas por no existir ya la oración que es unión con Dios, y, por tanto, rocío de benéfica linfa en el alma! ¡Cuánto hielo que hiela las raíces con la falta de amor a Dios y a1 prójimo! ¡Cuánta pobreza del terreno por rechazar el abono de la mortificación, de la humildad! ¡Qué maraña inextricable de ramas buenas y no buenas, por no tener el valor de sufrir por amputarse lo que es nocivo! Éste es el estado de un alma que tiene como custodio y cultivador un arbitrio desordenado y vuelto hacia el Mal.

Mientras que el alma que tiene un arbitrio que vive en el orden, y por tanto en la obediencia de la Ley - que ha sido dada para que el hombre sepa lo que es el orden, cómo es el orden y cómo se conserva -, y que es heroicamente fiel al Bien - porque el Bien eleva al hombre y lo hace símil a Dios, mientras que el Mal lo afea y lo hace símil al demonio -, es una viña regada por las aguas puras, abundantes, útiles, de la fe, y adecuadamente sombreada por los árboles de la esperanza, y calentada por el sol de la caridad, corregida por la voluntad, abonada por la mortificación, ligada con la obediencia, podada por la fortaleza, conducida por la justicia, vigilada por la prudencia y por la conciencia. Y la gracia crece, ayudada por tantas cosas, crece la santidad, y la viña viene a ser un maravilloso jardín al que baja Dios a gustar sus delicias hasta que, conservándose la misma viña siempre como jardín perfecto, hasta la muerte de la criatura, Dios manda a sus ángeles que lleven este trabajo de un libre arbitrio voluntarioso y bueno al grande y eterno jardín de los Cielos.

*(Ángeles: MV precisa su papel en la siguiente nota escrita en una copia mecanografiada: No es que el alma tenga necesidad de los ángeles para subir a Dios. Lo que se quiere decir es que los ángeles de alguna forma presentan a Dios el trabajo "bueno" para que quede escrito en los libros eternos)*

Ciertamente, vosotros queréis este destino. Pues entonces velad para que el Demonio, el Mundo, la Carne no seduzcan a vuestro albedrío y devasten vuestra alma. Velad porque en vosotros haya amor, y no amor propio, que apaga el amor y arroja al alma a merced de las distintas sensualidades y del desorden. Velad hasta el final, y las tempestades podrán mojaros pero no dañaros, y, cargados de frutos, iréis a vuestro Señor para el premio eterno.

He terminado. Ahora meditad y descansad hasta el ocaso mientras Yo me retiro a orar.

-No, Maestro. No debemos tardar en ponernos en camino para llegar a las casas - dice Pedro.

-¿Pero por qué? ¡Falta tiempo hasta la puesta del Sol! - dicen muchos.

-No estoy pensando ni en la puesta del sol, ni en el sábado. Pienso que no pasará una hora sin que venga una furiosa tempestad. ¿Veis aquellas lenguas negras que aparecen lentamente por las montañas de Samaria?, ¿y aquellas tan blancas que vienen veloces galopando desde Occidente?: un viento alto empuja a éstas; uno bajo, a las otras. Pero, cuando estén aquí encima, el viento alto cederá al siroco, y las nubes negras, cargadas de granizo, descenderán y chocarán contra las blancas, cargadas de rayos, ¡y ya oiréis la música!

-¡Venga, rápidos! ¡Soy pescador y leo el cielo!

Jesús es el primero en obedecer, y, diligentes, todos se ponen a caminar hacia las alquerías del llano...

En el puente se encuentran con Judas, que grita:

-¡Maestro mío! ¡Cómo he sufrido sin ti! ¡Alabado sea Dios, que ha premiado mi constancia esperándote aquí! ¿Cómo ha ido por Cesárea?

-Paz a ti, Judas - responde brevemente Jesús y añade: «Hablaremos en las casas. Ven, que la tormenta amenaza inminente».

Efectivamente, ya empiezan las oleadas de viento que levantan nubes de polvo por los caminos resecos; el cielo ya se cubre de nubes de todas las formas y colores; el aire se pone amarillo y cárdeno... Ya empiezan a caer las primeras, escasas gotazas calientes; ya surcan el cielo, que se ha puesto casi nocturno, los primeros relámpagos... Se echan a correr. Sólo sus buenas piernas, estimuladas por el deseo de no quedar empapados por un aguacero, les hace llegar a la primera casa cuando un diluvio de agua mezclada con granizo, entre un estampido de saeta que cae poco lejos, se abate sobre la zona, en medio de un gran olor a tierra mojada y a ozono liberado por los relámpagos sin pausa...

Entran. Por suerte, es una casa provista de pórticos y habitada por campesinos que creen en el Mesías. Con veneración invitan al Maestro a alojarse con sus compañeros «como si la casa fuera tuya. Pero levanta tu mano para alejar el pedrisco, por piedad de nuestro trabajo» dicen arremolinándose alrededor de Jesús.

Jesús alza la mano y señala los cuatro puntos cardinales: y del cielo baja sólo agua, para dar de beber a los pomares, a los viñedos, a los prados, y para purificar esa atmósfera tan cargada.

-¡Bendito seas, Señor! - dice el cabeza de familia - ¡Entra, mi Señor!

Y, mientras sigue el chaparrón, Jesús entra en una habitación grandísima, sin duda un almacén, y se sienta cansado, rodeado de los suyos.

## 429

## Con Judas Iscariote en la llanura de Esdrelón.

Debe haber seguido lloviendo durante todo el día anterior y durante la noche, porque la tierra está muy húmeda y en los caminos ya tiende al barro. Pero, en compensación, el ambiente está terso, sin rastro de polvo a ninguna altura. Y el cielo ríe allá arriba, casi nuevamente virgen, con aspecto primaveral por la tormenta que lo ha limpiado; y ríe la tierra, también regada, fresca, limpia, también con un recuerdo de primavera en el frescor de esta aurora serena de después de la tormenta. Y las últimas gotas, retenidas en la maraña del follaje, o suspendidas de los zarcillos, brillan como diamantes bajo el sol que las hiere; mientras las frutas, limpias por el aguacero, muestran los colores de sus pieles que, con tonalidades de pintura al pastel, van tomando cada día más las tonalidades perfectas de la completa maduración. Sólo las uvas y las aceitunas, en agraz, duras, se confunden entre el verde del follaje; pero cada aceitunita tiene su gotita suspendida en el extremo, y los apretados racimitos son toda una red de gotas que cuelgan de los rabillos de los granos.

-¡Qué bien se anda hoy! - dice Pedro, pisando con gusto la tierra que no produce polvo, ni quema, y que tampoco está legamosa de barro.

-Da la impresión de respirar con pureza. ¡Fíjate que color de cielo! - le responde Judas Tadeo.

-¿Y aquellas manzanas, aquel grupo de allí, todas alrededor de esa rama, que no sé como puede soportar el peso, y que muestra bajo el racimo de las manzanas una mata de hojas? ¡Cuántos colores! Aquéllas, las más escondidas, levemente esfumadas del verde al amarillo, y las otras ya rosadas, y las dos más expuestas completamente rojas en la parte que da al sol. ¡Parecen cubiertas de lacre! - dice el Zelote.

Y caminan alegres, contemplando la belleza de la creación, hasta que Judas Tadeo - seguido inmediatamente por Tomás y luego por los otros - entona un salmo que celebra las glorias creativas de Dios.

Jesús sonríe al oírlos cantar contentos, y une su bella voz al coro; pero no puede terminar, porque Judas Iscariote, mientras los demás siguen cantando, se le acerca, y le dice: -Maestro, mientras ellos están ocupados y distraídos con el canto, dime lo que hiciste, y cómo, en Cesárea. Todavía no me lo has dicho... Y es el primer momento en que podemos hablar de tú a tú. Primero los compañeros, los discípulos y los campesinos que nos han recibido en su casa. Luego los compañeros y los discípulos. Ahora que los discípulos nos han dejado y se han adelantado los compañeros... No he podido preguntarte nunca...

-Mucho interés tienes... De todas formas, en Cesárea hice lo mismo que voy a hacer en las propiedades de Jocanán: hablé de la Ley y del Reino de los Cielos.

-¿A quién?

-A la gente de la ciudad. Cerca de los mercados.

-¡Ah! ¿A los romanos, no? ¿No los viste?

-¿Cómo es posible estar en Cesárea, sede del Procónsul, y no ver romanos?

-Ya lo sé. Pero yo digo... Bueno... ¿Les hablaste expresamente a ellos?

-Repito: ¡mucho interés tienes!

-No, Maestro. Simple curiosidad.

-Bien, pues hablé a las romanas.

-¿También a Claudia? ¿Qué te dijo?

-Nada, porque Claudia no se ha presentado. Es más, me hizo entender que no desea que se sepa que tiene contactos con nosotros.

Jesús marca mucho la frase y observa mucho a Judas, el cual, a pesar de ser un descarado, cambia de color y tras un ligero rubor, se pone térreo. Pero se rehace inmediatamente y dice:

-¿No quiere? ¿Ya no te considera? Es una loca.

-No. No está loca, sino equilibrada. Sabe distinguir y separar su deber de romana y su deber hacia sí misma. Y si, para sí misma, para su espíritu, procura luz y respiro, viniendo hacia la Luz y la Pureza, siendo una criatura que busca instintivamente la Verdad y no halla paz en la mentira del paganismo, no quiere perjudicar a la Patria, ni siquiera con formas teóricas, como podrían ser el hacer que se piense que está de la parte de un posible rival de Roma...

-Pero... ¡Tú eres Rey de espíritu!...

-Pero de entre vosotros mismos, que sabéis esto, hay quien no sabe persuadirse de ello. ¿Puedes negarlo?

Judas vuelve a ponerse colorado y luego pálido; no puede mentir, así que dice:

-Nooo! Pero es el exceso de amor lo que...

-Con mayor razón quien no me conoce, o sea, Roma, puede temer en mí a un rival. Claudia actúa con rectitud, tanto hacia Dios como hacia su Patria, dándome honor a mí - si no como Dios, sí como rey y maestro de espíritus - y mostrándose fiel a su Patria. Admiro a los espíritus fieles. Y justos. Y no obstinados. Y quisiera que mis apóstoles merecieran la alabanza que doy a esta pagana.

Judas no sabe qué decir. Está a punto de separarse del Maestro, pero se siente todavía incitado por la curiosidad. Más que curiosidad, el deseo de saber hasta qué punto el Maestro sabe... y pregunta:

-¿Se interesaron por mí?

-Ni por ti ni por ningún otro apóstol.

-¿Pero, entonces, de qué hablasteis?

-De la vida casta. Y de su poeta Virgilio. Como puedes ver, no era un tema que tuviera que ver ni con Pedro ni con Juan ni con otros.

-Pero... ¿qué tenía que ver eso...? Palabras inútiles...

-No. Me sirvió para hacerles considerar que el hombre casto tiene intelecto luminoso y corazón honesto. Muy interesante para unas paganas... y no sólo para ellas.

-Tienes razón... Ya no te entretengo más, Maestro - y se marcha, casi corriendo, para alcanzar a los que ya han terminado de cantar y ahora están esperando a los dos que se habían quedado atrás...

Jesús los alcanza más lentamente y se une al grupo. Dice:

-Vamos a tomar este sendero boscoso. Acortaremos el camino y estaremos protegidos del sol, que ya toma nuevamente vigor. Podremos también detenernos en la espesura y comer en paz entre nosotros.

Y así lo hacen. Van hacia el noroeste, hacia las tierras de Jocanán, sin duda, porque oigo que hablan de los campesinos de este fariseo...

## 430

## El nido caído y el escriba cruel. La letra y el espíritu de la Ley.

Veo a Jesús que va por un caminito boscoso - a una parte y a otra hay árboles y arbustos -, vestido de blanco y con su manto azul oscuro echado sobre los hombros. Y una serie de senderillos corta la maraña verde. Pero no debe ser un lugar solitario y lejano de alguna zona habitada, porque a menudo se ven otras personas. Se diría que es un camino que une dos pueblos cercanos, y que atraviesa las propiedades agrícolas de sus habitantes. El lugar es llano, lejos se ven unos montes. No sé qué lugar es.

Jesús, que iba hablando con los discípulos, se detiene y escucha, y vuelve la mirada en torno a sí; luego toma un senderillo del bosque y va hacia una espesura formada por pequeños árboles y arbustos. Se agacha y busca. Y encuentra. En la hierba hay un nido (no sé si derribado por una tormenta, como hace pensar el hecho de que el suelo esté húmedo y las ramas aún goteen como por una tormenta; o quizás agredido por mano de hombre y luego abandonado allí, para evitar el ser sorprendido con la nidada en la mano). No lo sé. Lo único que veo es un pequeño nido hecho de heno entrelazado y lleno de hojitas secas, de pelusas de árboles y de lana, entre las cuales se mueven, piando, cinco pajaritos de pocos días, rojos, pelados, feos por sus picos abiertos totalmente y los ojos saltones. Arriba, en un árbol, chillan desesperados los que encobaban.

Jesús recoge con cuidado el nidito. Lo mantiene en el cuenco de una mano y busca con la mirada el lugar donde estaba o donde se puede poner en seguro. Encuentra unas ramas de zarza trenzadas, tan bien unidas que parecen una cestita, y seguras por estar muy adentro en la mata. Sin preocuparse de las espinas que le arañan los brazos, El - primero da el nido a Pedro (y el apóstol, ya de edad y tan ancho y robusto de constitución, resulta muy curioso de ver con ese nidito en sus cortas y callosas manos) - se recoge las anchas y largas mangas y se afana en hacer todavía más defendido y cóncavo el trenzado de las zarzas. ¡Ya está! Toma otra vez el nido y lo pone allí, en el medio, y lo asegura arrancando hilos de largas hierbas cilíndricas que parecen delgadísimos juncos. Ahora está seguro. Se separa y sonríe. Luego pide un trozo de pan a un discípulo, que lleva una bolsa en bandolera, y desmigaja un poco de pan en el suelo, encima de una piedra.

Jesús, ahora, está contento. Se vuelve para regresar al camino principal, mientras los que encobaban, con chillidos de alegría, se lanzan hacia el nido salvado.

Un pequeño grupo de hombres está parado al margen del camino. Jesús se los encuentra delante. Los mira. Se borra la sonrisa de su rostro, que se pone muy severo - yo diría sombrío -; mientras que, cuando recogía el nido, era un rostro muy compasivo, y muy feliz al verlo colocado. Jesús se para a mirar a sus inesperados testigos; parece mirar su corazón y sus pensamientos escondidos. No puede seguir adelante, porque el grupito tapa el sendero. Pero calla. No calla Pedro.

-Dejad pasar al Maestro - dice.

-Calla, nazareno - responde uno del grupo - ¿Tu Maestro cómo se ha permitido entrar en mi bosque y realizar una obra manual en sábado?

Jesús lo mira directamente con una expresión extraña. Es y no es sonrisa. Y, si es sonrisa, no es ciertamente de aprobación. Pedro está para replicar, pero Jesús toma la palabra.

-¿Quién eres?

-El amo de este sitio. Joacana ben Zaccái.

-Ilustre escriba. ¿Y qué me echas en cara?

-Haber violado el sábado.

-Joacana ben Zaccái, ¿conoces el Deuteronomio?

-¿Me lo preguntas a mí? ¿A mí, que soy un verdadero rabí de Israel?

-Sé lo que quieres decirme: que Yo, porque no soy escriba, sino un pobre galileo, no puedo ser "rabí". Pero, te pregunto otra vez: "¿Conoces el Deuteronomio?"

-Mejor que Tú ciertamente.

-Respecto a la letra... ciertamente, si así quieres creerlo. Pero, ¿lo conoces en su verdadero significado?

-Lo que está escrito está escrito. No hay más que un significado.

-En efecto, no hay más que un significado. Y es de amor. 0 de misericordia, si no quieres llamarlo amor. O también, si te repele llamarlo así, pues llámalo humanidad. Y el Deuteronomio dice: "Si ves que se pierde la oveja o el buey de tu hermano, aunque no sea vecino tuyo, no pasarás de largo. Antes bien, los llevarás a él, o los tendrás contigo hasta que él venga por ellos". Dice: "Si ves que se cae el asno o el buey de tu hermano, no hagas como si no hubieras visto; antes bien ayúdale a levantarlos". Dice: "Si encuentras en un árbol o por el suelo un nido con la madre encobando a los pequeñuelos o a los huevos, no tomarás a la madre (porque es sagrada para la procreación), sino que tomarás sólo a los pequeñuelos". (*Deuteronomio 22, 1-4 y 6-7)*

Yo he visto en el suelo un nido, y a una madre que lloraba por él. He sentido compasión porque era una madre. Y le he restituido los pequeñuelos. No he creído violar el sábado por haber consolado a una madre. No se debe permitir que se pierda la oveja del hermano, no dice la Ley si es culpa alzar a un asno en sábado; dice sólo que usemos misericordia con el hermano y humanidad con el asno, criatura de Dios. He pensado que Dios había creado a esa madre para que procreara, y que ella había obedecido a la orden de Dios, y que impedirle criar a su prole era poner obstáculo a su obediencia a una orden divina. Pero tú, *esto,* no lo comprendes. Tú y los tuyos miráis a la letra y no al espíritu. Tú y los tuyos no pensáis que violáis dos veces el sábado, es más, tres veces, rebajando la Palabra divina a la pequeñez de la mentalidad humana, obstaculizando una orden de Dios y faltando de misericordia para con el prójimo. Para herir con el reproche no juzgáis que mover la lengua sin necesidad está mal hecho. Eso, que también es un trabajo, y además inútil e innecesario y no bueno, no os parece violación del sábado.

Joacana ben Zaccái, escúchame. De la misma forma que hoy no tienes piedad de una curruca, y por la práctica farisaica la harías morir de dolor, y dejarías morir de congoja a su prole, abandonada al alcance del áspid y del hombre perverso, así mañana no tendrás piedad de una madre y la harás morir de congoja haciendo que le maten a su prole, diciendo que es una cosa buena por respeto a tu ley. A la tuya. No a la de Dios. A la que tú y los que son como tú os habéis dictado para oprimir a los débiles y triunfar vosotros, los fuertes. Pero, como puedes ver, los débiles encuentran siempre un salvador; mientras que los soberbios, los fuertes según la ley del mundo, serán aplastados por el peso de su misma pesada ley.

Adiós, Joacana ben Zaccái. Recuerda esta hora y pon cuidado en no violar tú otro sábado con la complacencia por un delito cumplido.

Y Jesús, fulminando las pupilas en el rostro encendido de ira del viejo iracundo, mirando al escriba desde arriba, porque éste es bajo y gordo, mientras que Jesús parece una palma respecto a él, pasa, pisando la hierba porque el escriba no se aparta.

Dice Jesús (a María Valtorta):

-He querido levantarte el espíritu con una visión verdadera, aunque no la contemplen los Evangelios.

Para ti la enseñanza es ésta: que siento mucha compasión de los pajarillos sin nido, aunque en vez de llevar por nombre curruca, lleven por nombre María o Juan. Y me preocupo de darles de nuevo un nido cuando un hecho los ha despojado de él.

Para todos la enseñanza es ésta: que demasiados conocen las palabras de la Ley (demasiados aun siendo pocos, porque todos deberían saberlas). *Pero únicamente conocen las “palabras". No* las viven. Éste es el error.

El Deuteronomio prescribía leyes de humanidad porque los hombres, entonces, eran, por puericia espiritual, inhumanos, semillas silvestres. Había que llevarlos de la mano por los floridos senderos de la piedad, del respeto, del amor hacia el hermano que pierde un animal, hacia el animal que se cae, hacia el pájaro que encoba; para enseñarles a ascender a piedad, respeto y amor más altos. Pero, cuando vine Yo, perfeccioné las normas mosaicas y abrí horizontes más vastos. La letra ya no era "el todo". El espíritu pasó a ser "el todo". Más allá del pequeño acto humano, respecto a un nido y a sus habitantes, es necesario ver el significado que puse en mi gesto: inclinarme, Yo, el Hijo del Creador, ante la obra del Creador. Aquella nidada era también obra suya.

¡Oh, dichosos aquellos que en todas las cosas saben ver a Dios y servirle con espíritu de amor reverente! ¡Ay de aquellos que, como la serpiente, no saben levantar la cabeza de su fango, y no pudiendo entonar un canto de alabanza para Dios manifestado en las obras de los hermanos, muerden a éstos por un exceso de veneno que los ahoga! Demasiados hay que torturan a los mejores, diciendo como justificación de su perversidad que está bien actuar así por respeto a la ley. Ley suya. No de Dios, que, si no puede impedir sus obras malvadas, sabe vengar a sus "pequeñuelos".

Y esto es para aquellos a quienes hay que decírselo. Mi paz, que vela, esté contigo.

## Tomás prepara el encuentro de Jesús con los campesinos de Jocanán.

Han seguido caminando, después del incidente, en silencio durante un tiempo; pero, llegados a una bifurcación que hay entre los campos, Santiago de Zebedeo dice:

-¡Por aquí se va a donde Miqueas!... Pero... ¿vamos a ir ahora? Ese hombre nos espera en sus propiedades para tratarnos mal...

-Y para impedirte hablarles a los campesinos. Santiago tiene razón. No vayas - aconseja Judas Iscariote.

-Me esperan. He mandado aviso de que voy. Su corazón está en fiesta. Soy el Amigo que va para consolarlos...

-Irás otra vez. Se resignarán - dice, encogiéndose de hombros, Judas.

-Tú no te resignas tan fácilmente cuando se te priva de una cosa con la que contabas.

-Las mías son cosas serias. Las de ellos...

-¿Y qué más serio, más grande que la formación y el consuelo de un corazón? Ellos son corazones a los que todo trata de alejar de la paz, de la esperanza... Y tiene sólo una esperanza: la de una vida futura. Y sólo tienen un medio para ir a ella: mi ayuda. No. Iré a verlos, a costa de que me apedreen.

-¡No, Hermano! ¡No, Señor! - dicen juntos el Zelote y Santiago de Alfeo - Serviría sólo para que castigaran a esos pobres siervos. Tú no oíste, pero Jocanán dijo: "Hasta ahora he soportado. Pero ahora ya no soportaré más. ¡Y ay de aquel siervo que vaya a Él o lo reciba! Es un réprobo, es un demonio. No quiero corrupciones en mi casa", y a un compañero le dijo: “A costa de matarlos les curaré su endiablamiento por este maldito".

Jesús agacha la cabeza, pensando... y sufriendo. Es visible su dolor... Los otros se afligen por ello, pero ¿qué hacer?

La serenidad práctica de Tomás es la que resuelve la situación:

-Hagamos así. Quedémonos aquí hasta la puesta del sol, para no violar el sábado. Entretanto uno de nosotros va sin ser notado hasta las casas, y dice: "En plena noche, cabe la fuente de fuera de Sefori". Y nosotros, después del ocaso, vamos allí y los esperamos en las arboledas que hay al pie del monte sobre el que está Sefori. El Maestro habla a esos pobrecitos, los consuela, y con las primeras luces ellos vuelven a sus casas y nosotros, superando el collado, vamos a Nazaret.

-Tomás tiene razón. ¡Sí señor, Tomás! - dicen varios.

Pero Felipe observa:

-¿Y quién va a avisar? Nos conoce a todos y nos puede ver...

-Podría ir Judas de Simón. Conoce bien a los fariseos... - dice inocentemente Andrés.

-¿Qué quieres insinuar? - ataca Judas.

-¿Yo? Nada. Digo que los conoces porque has estado mucho en el Templo y tienes buenas amistades. Siempre te glorías de esto. A un amigo no le harán daño... - dice el manso Andrés.

-No estés tan seguro, ¡eh! Que ninguno lo esté. Si todavía nos protegiera Claudia, quizás... podría yo, pero ahora ya no. Porque ahora, en conclusión, ¿se ha desinteresado, no es verdad, Maestro?

-Claudia sigue admirando al Sabio. Nunca ha hecho nada ni distinto ni mayor que esto. De esta admiración pasará quizás a la fe en el Dios verdadero. Pero sólo la fantasía de una mente exaltada podía creer que ella tuviera otros sentimientos hacia mí. Y, si los tuviera, Yo no los querría. Puedo todavía aceptar su paganismo, porque espero cambiarlo en cristianismo. No puedo aceptar lo que sería su idolatría: la adoración de un Hombre pobre ídolo en un pobre trono humano.

Jesús dice esto con sosiego, como hablando a todos en una lección. Pero lo dice tan tajantemente, que no deja dudas acerca de su intención y sus decisiones de reprimir cualquier posible desviación en ese sentido entre sus apóstoles.

Ninguno replica, por tanto, acerca de la realeza humana. Pero sí preguntan:

-¿Entonces qué se hace respecto a los campesinos?

-Voy yo. Yo lo he propuesto, voy yo, si el Maestro lo consiente. En todo caso, no me van a comer los fariseos... - dice Tomás.

-Ve si quieres. Y que tu caridad sea bendecida.

-¡Es tan poca cosa, Maestro!...

-Es una cosa muy grande, Tomás. Sientes los deseos de tus hermanos, de Jesús y de los campesinos, y te compadeces. Y tu Hermano en la carne te bendice también por ellos - dice Jesús, poniendo la mano en la cabeza inclinada ante Él de Tomás, que, emocionado, su-surra: « ¿Yo... tu... hermano? Es demasiado honor, mi Señor. Yo, tu siervo; Tú, mi Dios... Esto sí... Me pongo en marcha».

-¿Vas solo? ¡Voy yo también! - dicen Judas Tadeo y Pedro.

-No. Sois demasiado fogosos. Yo sé cambiar todo en risa... el mejor medio para desarmar a ciertos... caracteres. Vosotros os calentáis enseguida... Voy solo.

-Voy yo - dicen Juan y Andrés.

-¡Sí! Uno de vosotros sí, y también uno como Simón Zelote o Santiago de Alfeo.

-No, no. Yo. Yo no reacciono mal. Callo y hago - insiste Andrés.

-Ven - y se marchan por una parte, mientras Jesús prosigue por la otra con los que se han quedado...

## 432

## Con los campesinos de Jocanán, cerca de Sefori.

-¿Vendrán? - pregunta Mateo a los compañeros que están sentados en un bosque de acebos en las primeras pendientes de la colina donde se alza Sefori.

La llanura de Esdrelón, estando al otro lado del collado en que se encuentran, ya no es visible. Pero hay otra llanura, mucho más pequeña, entre este collado y los de la zona de Nazaret, que se distinguen netamente con el límpido claror de la Luna.

-Lo han prometido y vendrán - responde Andrés.

-A1 menos algunos de ellos. Salían a la mitad de la primera vigilia. Estarán aquí al principio de la segunda - dice Tomás.

-Más tarde - dice Judas Tadeo.

-Nosotros hemos tardado menos de tres horas - objeta Andrés.

-Nosotros somos hombres, y vigorosos. Ellos están cansados y traerán con ellos algunas mujeres - responde otra vez Judas Tadeo.

-¡Si no se da cuenta el patrón!...-suspira Mateo.

-No hay peligro. Se ha ido a Yizreel, invitado por un amigo. Está el administrador. Pero viene también él, porque no odia al Maestro - dice Tomás.

-¿Será sincero aquel hombre? - pregunta Felipe.

-Sí. Porque no tiene motivo para no serlo.

-¡Hombre, pues atraerse la benevolencia del patrón y...

-No, Felipe. Después de las vendimias Jocanán lo despide, precisamente porque no odia al Maestro - responde Andrés.

-¿Quién os lo ha dicho? - preguntan varios.

-Él y los campesinos... por separado. Y cuando dos de distinta categoría están de acuerdo en decir una cosa es señal de que lo dicho es verdadero. Los campesinos lloraban porque el administrador se marchaba. Se había hecho muy humano. Y él nos dijo: "Soy un hombre y no un fantoche de arcilla. El año pasado me dijo: `Honra al Maestro, conócelo, hazte uno de sus fieles'. Obedecí. Ahora me dice: `¡Ay de ti si amas a mi enemigo y permites que ellos lo amen. No quiero maldición para mis tierras recibiendo a ese maldito'. Pero ¿cómo puedo, ahora que lo he conocido, sentir justa esa orden? Le he dicho al patrón: `Hablabas de forma distinta el año pasado, y Él sigue siendo el mismo'. Me pegó una vez. Dije: `No soy esclavo. Y, aunque lo fuera, no tendrías poder sobre mi pensamiento. Mi pensamiento juzga santo a Aquel a quien tú llamas maldito'. Me pegó entonces otra vez. Esta mañana me ha dicho: "El anatema de Israel está en mis lugares. ¡Ay de ti si infringes lo que te mando! Dejarás de ser servidor mío". He respondido: `Bien has dicho. Dejaré de ser servidor tuyo. Busca a otro que tenga tu corazón, y tenga para con tus bienes la rapacidad que tú tienes para con las almas de los demás'. Y me ha arrojado al suelo y me ha pegado... Pero pronto termina el trabajo del año y, con la luna de Tisrí, quedo libre. Lo siento sólo por éstos..." y señalaba a los campesinos» narra Tomás.

-¿Pero dónde lo visteis?...

-En el bosque. Como ladrones. Miqueas - habíamos hablado con él - le había advertido y él vino, sangrando aún, y también vinieron en pequeños grupos los siervos y las siervas... - dice Andrés.

-¡Mmm! ¡Entonces tenía razón Judas! Conoce el humor del fariseo... - observa Bartolomé.

-¡Demasiadas cosas sabe Judas!... - dice Santiago de Zebedeo.

-¡Calla! ¡Te puede oír! - le aconseja Mateo.

-No. Se ha alejado, diciendo que tenía sueño y que le dolía la cabeza... - responde Santiago.

-¡Luna! Luna en el cielo y luna en su cabeza. Así es: más variable que el viento - sentencia Pedro, que hasta entonces había estado mudo.

-¡Ya! ¡Sí! ¡Una buena desgracia en medio de nosotros! - suspira Bartolomé.

-No. ¡No hables así! ¡No desgracia! Es más, es un modo de santificarse uno... - dice el Zelote.

-0 de condenarse, porque hace perder las virtudes... - dice secamente Judas Tadeo.

-Es un desdichado - comenta Andrés con tristeza.

-Un rato de silencio. Luego Pedro pregunta:

-¡Pero el Maestro sigue orando?

-No. Mientras estabas adormilado ha pasado y ha ido a donde Juan y su hermano, que estaban puestos de guardia en el camino. Quiere estar enseguida con los pobres campesinos. Quizás es la última vez que los va a ver - responde el Zelote.

-¿Por qué la última vez? ¿Por qué? No digas esa palabra. ¡Parece como si acarrease desventura! - dice, agitado, Judas Tadeo.

-¡Hombre, ya lo ves... cada vez más perseguidos!... No sé qué tendremos que hacer en el futuro...

-Simón tiene razón... Será una cosa hermosa el ser enteramente espirituales... Pero... si hubiera sido lícito tener un poquito de... humanidad... una miaja de protección de Claudia no habría perjudicado - dice Mateo.

-No. Mejor estar solos... y, sobre todo, puros en cuanto a contactos con los gentiles. Yo... no los apruebo - dice secamente Bartolomé.

-Yo también poco... Pero... el Maestro dice que su Doctrina debe extenderse por todo el mundo. Y que lo tendremos que hacer nosotros... Sembrar en todas partes su palabra... Y entonces tendremos que adaptarnos a tratar con gentiles e idólatras… - dice Judas Tadeo.

-Impuros. Me parece como hacer una cosa sacrílega. ¡La Sabiduría a los cerdos! ...

-¡También tienen ellos un alma, Natanael! Tú has tenido compasión de la muchacha ayer...

-Porque... es una... es una nada a la que hay que formar. Es como una recién nacida... ¡Pero los otros!... Y además no es romana...

-¿Crees que los Galos no son idólatras? También ellos tienen a sus dioses crueles. ¡Lo advertirás, si tienes que ir a convertirlos!... - dice el Zelote, cuya cultura es más cosmopolita - voy a llamarla así - que la de los otros.

-Pero no es de la raza de los profanadores de Israel. No predicaré nunca a los enemigos de Israel, ni a los actuales ni a los antiguos.

-Entonces... tendrás que ir muy lejos, a los pueblos hiperbóreos, porque... no lo parece, pero Israel ya ha tenido experiencia de todos los pueblos vecinos... - dice Tomás.

-Iré lejos... ¡Ah, ahí está el Maestro! Vamos a acercarnos. ¡Cuánta gente! ¡Han venido todos, incluso los niños!...

-El Maestro estará contento...

Se unen al Maestro, que camina con dificultad por el prado (y es que va apretujado entre los muchos que le rodean).

-¿Judas todavía ausente? - pregunta Jesús.

-Sí, Maestro. Pero si quieres lo llamamos...

-No hace falta. Mi voz lo alcanza en el lugar donde esté. Y su conciencia, libre, le habla con su propia voz. No es necesario añadir vuestras voces, y forzar una voluntad. Venid, sentémonos aquí con estos hermanos nuestros. Y perdonad si no he podido compartir con vosotros el pan en un ágape de amor.

Se sientan en círculo con Jesús en el centro, quien quiere alrededor de Él a todos los niños, los cuales, se pegan a Él mimosos y con confianza.

-¡Bendícelos, Señor! Que vean lo que nosotros anhelamos ver. ¡La libertad de amarte! - grita una mujer.

-Sí. Nos quitan incluso esa libertad. No quieren ver grabadas tus palabras en nuestro espíritu. Y ahora nos impiden vernos, y te prohíben a ti venir... ¡Ya no oiremos palabras santas! - gime un anciano.

-Abandonados así, nos volveremos pecadores. Tú nos enseñabas el perdón... Nos dabas tanto amor, que podíamos soportar la malevolencia del patrón... Pero ahora... - dice un joven (distingo mal su rostro, y no sé exactamente quiénes hablan; me baso en el sonido de las voces).

-No lloréis. No os dejaré sin mi palabra. Volveré, mientras pueda...

-No, Maestro y Señor. Él es malo, y también sus amigos. Podrían dañarte, y por causa nuestra. Nosotros hacemos el sacrificio de perderte, pero no nos des el dolor de decir: "Por nosotros lo prendieron"».

-Sí, sálvate, Maestro.

-No temáis. Se lee en Jeremías *(Jeremías 36)* cómo él mismo dijo a su secretario Baruc que escribiera lo que el Señor le dictaba, y que fuera a leer el escrito recibido a los que estaban reunidos en la casa del Señor, leerlo en vez del profeta, que estaba preso y no podía ir. Así voy a hacer Yo. Muchos y fieles Baruc tengo entre mis apóstoles y discípulos. Ellos vendrán a deciros la palabra del Señor, y no perecerán vuestras almas. Y Yo no seré prendido por causa vuestra, porque el Dios altísimo me ocultará a sus ojos hasta que llegue la hora en que el Rey de Israel deba ser mostrado a las turbas para que el mundo entero lo conozca.

Y no temáis tampoco perder las palabras que hay en vosotros. También en Jeremías se lee que, aun después de que Yoyaquim, rey de Judá - el cual esperaba destruir las palabras eternas y veraces quemando el rollo -, destruyera el volumen, el dictado de Dios permaneció, porque el Señor mandó al profeta: "Toma otro volumen y escribe en él todas las cosas que había en el volumen quemado por el rey". Y Jeremías dio un volumen a Baruc, un volumen sin escritura, y dictó nuevamente a su secretario las palabras eternas, y otras más como complemento de las primeras, porque el Señor remedia los estropicios humanos cuando el remedio es un bien para las almas, y no permite que el odio anule lo que es obra de amor.

Ahora bien, aunque a mí, comparándome a un volumen lleno de verdades santas, me destruyeran, ¿creéis que el Señor os dejaría perecer sin la ayuda de otros volúmenes? En ellos estarán mis palabras y las de mis testigos que narrarán lo que Yo no voy a poder decir por estar prisionero de la Violencia y ser destruido por ella. ¿Y creéis que lo que está impreso en el libro de vuestros corazones podrá borrarse por el paso del tiempo sobre las palabras? No. El ángel del Señor os las repetirá y las mantendrá frescas en vuestros espíritus deseosos de Sabiduría. Y no sólo eso, sino que os las explicará y seréis sabios en la palabra de vuestro Maestro. Vosotros selláis el amor a mí con el dolor. ¿Puede, acaso, perecer lo que resiste incluso la persecución? No puede perecer. Yo os lo digo. El don de Dios no se cancela. El pecado es lo único que lo anula. Pero vosotros, ciertamente, no queréis pecar, ¿no es verdad, amigos míos?

-No, Señor. Significaría perderte también en la otra vida - dicen muchos.

-Pero nos harán pecar. Nos ha impuesto que no salgamos ya más de las tierras el sábado... y ya no volverá a haber Pascua para nosotros. Así que pecaremos... - dicen otros.

-No. No pecaréis vosotros. Pecará él. Sólo él. Él, que hace violencia al derecho de Dios y de los hijos de Dios de abrazarse y amarse en dulce coloquio de amor y enseñanza en el día del Señor.

-Pero él hace reparación con muchos ayunos y dádivas. Nosotros no podemos, porque ya es demasiado poca la comida en proporción al esfuerzo que hacemos, y no tenemos qué ofrecer... Somos pobres...

-Ofrecéis aquello que Dios aprecia: vuestro corazón. Dice Isaías (58, 3 – 7) hablando en nombre de Dios a los falsos penitentes: "En el día de vuestro ayuno aparece vuestra voluntad y oprimís a vuestros deudores. Ayunáis para reñir y discutir y, perversamente, pelear. Dejad de ayunar como hasta hoy, para hacer oír en las alturas vuestros clamores. ¿Es éste, acaso, el ayuno que Yo deseo? ¿Que el hombre se limite a afligir durante un día su alma y castigue su cuerpo y duerma sobre la ceniza? ¿Vas a llamar a esto ayuno y día grato al Señor? El ayuno que prefiero es otro. Rompe las cadenas del pecado, disuelve las obligaciones que abruman, da libertad a quien está oprimido, quita todo yugo. Comparte tu pan con quien tiene hambre, acoge a los pobres y a los peregrinos, viste a los desnudos y no desprecies a tu prójimo".

Pero Jocanán no hace esto. Vosotros, por el trabajo que le hacéis y que lo hace rico, sois sus acreedores, y os trata peor que a deudores morosos, y alza la voz para amenazaros y la mano para golpearos. No es misericordioso con vosotros y os desprecia por ser siervos. Pero el siervo es tan hombre como el patrón, y si tiene el deber de servir tiene también el derecho a

recibir lo necesario para un hombre, tanto materialmente como en el espíritu. No se honra el sábado, aunque se pase en la sinagoga, si ese mismo día el que lo practica pone cadenas y da a sus hermanos áloe como bebida. Celebrad vuestros sábados razonando entre vosotros acerca del Señor y el Señor estará en medio de vosotros, perdonad y el Señor os glorificará.

Yo soy el buen Pastor y tengo piedad de todas las ovejas. Pero, sin duda, amo con especial amor a las que han recibido golpes de los pastores ídolos para que se alejen de mis caminos. Para éstas, más que para ninguna otra, he venido. Porque el Padre mío y vuestro me ha ordenado: "Apacienta estas ovejas destinadas al matadero, matadas sin piedad por sus amos, que las han vendido diciendo: `¡Nos hemos enriquecido!', y de las que no han tenido compasión los pastores". Pues bien, apacentaré el rebaño destinado al matadero, ¡oh pobres del rebaño!, y abandonaré a sus iniquidades a los que os afligen y afligen al Padre, que en sus hijos sufre. Extenderé la mano hacia los pequeños de entre los hijos de Dios y los atraeré hacia mí para que tengan mi gloria.

Lo promete el Señor por la boca de los profetas que celebran mi piedad y mi poder como Pastor. Y os lo prometo Yo directamente a vosotros que me amáis. Cuidaré de mi rebaño. A quienes acusen a las ovejas buenas de enturbiar el agua y de deteriorar los pastos por venir a mí, les diré: "Retiraos. Vosotros sois los que hacéis que falte el manantial y se agoste el pasto de mis hijos. Pero Yo los he llevado a otros pastos y los seguiré llevando. A los pastos que sacian el espíritu. Os dejaré a vosotros el pasto para vuestros gruesos vientres, dejaré el manantial amargo que habéis hecho manar vosotros, y Yo me iré con éstos, separando las verdaderas de las falsas ovejas de Dios; ya nada atormentará a mis corderos, sino que exultarán eternamente en los pastos del Cielo".

¡Perseverad, hijos amados! Tened todavía un poco de paciencia, de la misma forma que la tengo Yo. Sed fieles, haciendo lo que os permite el patrón injusto. Y Dios juzgará que habéis hecho todo y por todo os premiará. No odiéis, aunque todo se conjure para enseñaros a odiar. Tened fe en Dios. Ya visteis que Jonás fue liberado de su padecimiento y Yabés fue conducido al amor. Como con el anciano y el niño, lo mismo el Señor hará con vosotros: en esta vida, parcialmente; en la otra, totalmente.

Lo único que os puedo dar son monedas, para hacer menos dura vuestra condición material. Os las doy. Dáselas, Mateo. Que se las repartan. Son muchas, pero en todo caso pocas para vosotros que sois tantos y estáis tan necesitados. No tengo otras cosas... Otras cosas materiales. Pero tengo mi amor, mi potencia de ser Hijo del Padre, para pedir para vosotros los infinitos tesoros sobrenaturales como consuelo de vuestros llantos y luz de vuestras brumas.

¡Oh, triste vida que Dios puede hacer luminosa! ¡Él sólo! ¡Él sólo!... Y digo: "Padre, te pido por éstos. No te pido por los felices y ricos del mundo, sino por estos que lo único que tienen es a ti y a mí. Haz que asciendan tanto en los caminos del espíritu, que encuentren toda consolación en nuestro amor, y démonos a ellos con el amor, con todo nuestro amor infinito, para cubrir de paz, serenidad y coraje sobrenaturales, sus jornadas, sus ocupaciones, de forma que, como enajenados del mundo por el amor nuestro, puedan resistir su calvario y, después de la muerte, tenerte a ti, a Nosotros, beatitud infinita".

Jesús, mientras oraba, ha ido poniéndose de pie y librándose poco a poco de los niñitos que se habían dormido sobre Él. En su oración su aspecto es majestuoso y dulce.

Ahora baja de nuevo los ojos y dice:

-Me marcho. Es la hora, para que podáis volver a vuestras casas a tiempo. Nos veremos todavía. Y traeré a Margziam. Pero, cuando ya no pueda volver, mi Espíritu estará siempre con vosotros, y estos apóstoles míos os amarán como Yo os he amado. Deposite el Señor sobre vosotros su bendición. Poneos en camino.

Y se inclina a acariciar a los niñitos, que duermen, y no opone resistencia a las expresiones de afecto de esta pobre turba que no sabe separarse de Él...

Pero, al final, cada uno se pone en camino por su parte, de forma que los dos grupos se separan mientras la Luna desciende y ramas encendidas deben dar algo de luz al camino. Y el humo acre de las ramas aún ligeramente húmedas es una buena justificación del brillo de los ojos...

Judas los está esperando apoyado en un tronco. Jesús lo mira y no dice nada, ni siquiera cuando Judas dice: «Estoy mejor».

Siguen caminando: durante la noche, como mejor pueden; luego, con el alba, más ágilmente.

A la vista de un cuadrivio Jesús se detiene y dice:

-Separémonos. Conmigo vienen Tomás, Simón Zelote y mis hermanos. Los otros irán al lago, a esperarme.

-Gracias, Maestro... No me atrevía a pedírtelo. Pero Tú me lo has facilitado. Estoy verdaderamente cansado. Sí lo permites, me detengo en Tiberíades...

-En casa de un amigo - Santiago de Zebedeo no se puede contener de decirlo.

Judas abre muchísimo los ojos... pero se limita a esto.

Jesús se apresura a decir:

-Me basta con que el sábado vayas a Cafarnaúm con los compañeros. Venid para que os bese a los que me dejáis.

Y, con afecto, besa a los que se marchan, dando a cada uno de ellos un consejo en voz baja...

Ninguno expresa objeción alguna. Sólo Pedro, ya cuando se marcha, dice:

-Ven pronto, Maestro.

-Sí, ven pronto - dicen los otros, y Juan termina:

-Estará muy triste el lago sin ti.

Jesús los bendice una vez más y promete:

-¡Pronto! - y luego cada uno se marcha por su parte.

## Llegada a Nazaret. Alabanzas a la Virgen. Curación de Áurea.

Viniendo de Sefori, se entra en Nazaret por el noroeste, o sea, por la parte más alta y pedregosa. El anfiteatro en que, a escalones, se extiende Nazaret se muestra todo en cuanto se alcanza la cresta del collado, que es el último si se viene de Seforí, y que desciende hacia la pequeña ciudad, por barrancos, con declive más o menos pronunciado. Si reconozco bien el lugar - ha pasado tiempo y muchos lugares de montaña se parecen -, este en que se encuentra Jesús es justamente el sitio en que sus conciudadanos intentaron lapidarlo y Él los detuvo con su poder y pasó en medio de ellos.

Jesús se para a mirar a su ciudad amada y hostil. Una sonrisa de contento le ilumina el rostro. ¡Qué bendición, ignorada e inmerecida por los nazarenos, esta sonrisa divina que se derrama y expande en gracias sobre esta tierra que lo recibió de niño y lo vio crecer, y donde su Madre nació y vino a ser Esposa de Dios y Madre de Dios!

También los dos primos miran a su ciudad con una visible alegría, aunque la de Judas Tadeo está impregnada de seriedad austera, grave, mientras que la de Santiago es más abierta y dulce, más semejante a la de Jesús.

Tomás, aunque no sea su ciudad, tiene la cara que es un luminar de alegría, y dice, señalando hacia la casita de María - del horno salen círculos de humo:

-La Madre está en casa y está haciendo el pan... - y dice estas sencillas palabras con tanto fuego de amor, que parece como si hablara de la propia madre con todo el afecto de un hijo.

El Zelote, más sosegado por la edad y por la educación recibida, sonríe diciendo: -Sí, y su paz ya llega a nuestros corazones.

-Vamos pronto - dice Santiago - Vamos a pasar por este sendero para llegar sin que casi nos vean los nazarenos. Nos entretendrían...

-Pero os alejáis de vuestra casa... También vuestra madre deseará veros.

-Puedes estar seguro, Simón, de que nuestra madre está en casa de María. Está allí casi siempre... Y estará, porque están haciendo el pan, y por la niña enferma...

-Sí, vamos por aquí. Llegaremos al seto de nuestro huerto pasando por detrás del huerto de Alfeo - dice Jesús.

Bajan a buen paso por el sendero: muy inclinado al principio, más suave cuando está ya cerca de la ciudad. Pasan por olivares, luego por pequeñas parcelas ya sin mieses, y pasan muy cerca de los primeros huertos de la ciudad. Y los altos setos de tupidas frondas que rodean a aquéllos o hacia los cuales se pliegan las frondas de los árboles pesados de fruta, o los muretes de piedra seca cubiertos enteramente por las ramas que cuelgan hacia fuera desde dentro de los huertezuelos, hacen que su tránsito pase inadvertido por las amas de casa, que van y vienen por los huertos, o hacen la colada y tienden la ropa en los pequeños prados que hay cerca de las casas...

E1 seto - toda una maraña de espinos durante el invierno, después del enrojecimiento de los pequeños frutos en otoño, o todo un adensarse de hojas durante el verano, después de la floración del espino albar en primavera -, que limita por un lado al huerto de María, ahora está embellecido con una exuberante planta de jazmín y con un ondear de cálices de una flor cuyo nombre desconozco; estas plantas, desde el interior del huerto, extienden sus ramas sobre el seto, de forma que hacen a éste más tupido y hermoso; un curruco canta en su espesura, y del interior del huerto llega el zureo de las palomas.

-También la barrera está resguardada y toda cubierta de ramas en flor - dice Santiago, que ha ido más deprisa y se ha adelantado a mirar la rústica cancilla de detrás del huerto, la que después de años de no servir para nada fue usada para que entrara y saliera el carrito de Pedro para Juan y Síntica.

-Vamos por el sendero y llamamos a la puerta. A mi Madre le dolería ver estropeada esta barrera - le responde Jesús.

-¡Su huerto cerrado!- exclama Judas Tadeo.

-Sí. Y Ella es su rosa - dice Tomás.

-El lirio entre los espinos - dice Santiago.

-La fuente sellada - dice el Zelote.

-Mejor: el manantial de agua viva que, brotando con ímpetu del monte hermoso, da a la Tierra el Agua de Vida y surte con su perfumada pureza hacia el Cielo - dice Jesús.

*(Huerto cerrado y las otras imágenes, que en el presente capítulo se aplican a María Stma., están sacadas de: Cantar de los Cantares 2, 2; 4, 8-12; 4, 15; 5, 1; 8, 11-12)*

-Dentro de poco estará dichosa viéndote - dice Santiago

-Hermano mío, dime una cosa que desde hace tiempo deseo saber. ¿Cómo ves Tú a María? ¿Como Madre o como súbdita? Es madre para ti, pero es mujer y Tú eres Dios... - dice Judas Tadeo.

-Como hermana y esposa, como delicia y reposo del Dios y como conforte del Hombre. Yo veo y tengo todo en María, como Dios y como Hombre. Aquella que era la Delicia de la Segunda de la Tríada en el Cielo, Delicia del Verbo y del Padre y del Espíritu, es la Delicia del Dios Encarnado, y lo será del Hombre Dios glorificado.

-¡Qué misterio! ¿Entonces Dios se ha privado dos veces de sus complacencias? En ti y en María, y os ha dado a la Tierra... - medita el Zelote.

-¡Qué amor! Esto es lo que debes decir. El amor impulsó a la Tríada a dar a María y a Jesús a la Tierra - dice Santiago.

-Y, no por ti que eres Dios, sino por su Rosa, ¿no temió confiarla a los hombres, todos ellos indignos de tutelarla? - pregunta Tomás.

-Tomás, el Cantar te responde: "El Pacífico tenía una viña y la confió a los viñadores, los cuales, profanadores azuzados por el Profanador, muchas sumas de dinero habrían dado por poseerla, o sea, todas las seducciones para seducirla, pero la Viña

hermosa del Señor se custodió por sí sola, y no quiso dar sus frutos sino al Señor y a Él abrirse y generar el Tesoro sin precio: el Salvador".

Ya han llegado a la puerta de la casa. Judas de Alfeo comenta, mientras Jesús golpea en la puerta cerrada:

-Habría que decir: "Ábreme, hermana mía esposa, amada, paloma, inmaculada"...

Pero, cuando la puerta se entreabre y aparece el dulce rostro de la Virgen, Jesús dice sólo la más dulce de las palabras, abriendo los brazos para recibirla:

-¡Mamá!

-¡Oh, Hijo mío! ¡Bendito! Entra. ¡La paz y el amor estén contigo!

-Y a mi Madre y a la casa y a quien en ella está - dice Jesús entrando, seguido por los otros.

-Allí está vuestra madre. Las dos discípulas están con el pan y la colada... - explica María después del saludo recíproco con los apóstoles y sobrinos. Y éstos, discretos, se retiran, para dejar solos a la Madre y al Hijo.

-Aquí me tienes, Madre mía. Estaremos juntos bastante... Qué dulce es el regreso... la casa y, sobre todo, tú, Madre, después de tanto camino en medio de los hombres...

-Que cada vez te conocen más y, por este conocimiento, se dividen en dos ramas: los que te aman... y los que te odian... Y la rama más gruesa es la última...

-El Mal siente que pronto va a ser vencido y está furioso... y hace enfurecer... ¿Cómo está la niña?

-Levemente mejor... Pero estuvo a punto de morir... Y sus palabras, ahora que no delira, corresponden, aunque más reservadas, a las que le salían en el delirio. Sería mentir decir que no hemos reconstruido su historia... ¡Pobrecilla!...

-Sí. Pero la Providencia veló por ella.

-¿Y ahora?...

-Y ahora... No sé. Áurea no me pertenece como tal niña. Su alma es mía; su cuerpo, de Valeria. Por ahora estará aquí, para olvidar...

-Mirta la querría.

-Lo sé... Pero no tengo el derecho a actuar sin el permiso de la romana. Tampoco sé si la adquirieron con dinero o si usaron sólo el arma de las promesas... Cuando la romana la solicite...

-Iré yo por ti, Hijo mío. Es mejor que no vayas Tú... Déjalo en manos de tu Mamá. Nosotras mujeres... seres ínfimos para Israel, no somos tan observadas, si vamos a hablar con los gentiles. ¡Y tu Mamá es tan desconocida para el mundo! Ninguno advertirá la presencia de una hebrea lugareña que, envuelta en su manto, va por las calles de Tiberíades y llama a la casa de una dama romana...

-Podrías ir a casa de Juana... y allí hablar con la dama...

-Lo haré así, Hijo mío. ¡Que tu corazón halle alivio, Jesús mío!... Estás muy afligido... Lo comprendo... y quisiera hacer mucho por ti...

-Y mucho haces, Mamá. Gracias por todo lo que haces...

-¡Oh! ¡Bien pobre ayuda soy, Hijo mío! Porque no consigo que te amen, ni darte... dicha... mientras se te concede tener un poco de dicha... ¿Qué soy, entonces? Una bien pobre discípula...

¡Mamá! ¡Mamá! ¡No digas eso! Mi fuerza me viene de tus oraciones. Pensando en ti descansa mi mente, y ahora el corazón halla conforte estando así, con mi cabeza en tu corazón bendito... ¡Mamá mía!...

Jesús, sentado en el arquibanco que está junto a la pared, ha arrimado hacia sí a su Madre, erguida al lado de Él, y apoya la frente sobre el pecho de María, la cual, levemente, acaricia sus cabellos... Una pausa todo amor.

Luego Jesús alza la cabeza y se pone de pie. Dice:

-Vamos donde los otros, y donde la niña - y sale con su Madre al huerto.

Las tres discípulas, en el umbral de la habitación donde está la joven enferma, hablan a ritmo rápido con los apóstoles. Pero cuando ven a Jesús se callan y se arrodillan.

-La paz a ti, María de Alfeo, y a vosotras, Mirta y Noemí. ¿La niña duerme?

-Sí, persiste la fiebre, que la aturde y la consume. Si sigue así, morirá. Su tierno cuerpo no resiste la enfermedad, y la mente se turba por los recuerdos - dice María de Alfeo.

-Sí... y no reacciona porque dice que quiere morirse para no volver a ver romanos... - confirma Mirta.

-Un dolor para nosotras que ya la queremos... - dice Noemí.

-¡No temáis! - responde Jesús mientras se acerca a la entrada de la pequeña habitación y levanta la cortina...

En el lecho que está pegado a la pared, frente a la puerta, se ve la carita enflaquecida, sepultada bajo la masa de los largos cabellos dorados, una carita de nieve, excepto en los pómulos, que presentan un color rojo encendido. Duerme con fatiga, profiriendo entre dientes palabras balbucientes, incomprensibles, mientras, con la mano relajada encima de la cubrecama, hace, de vez en cuando, un gesto como para rechazar algo.

Jesús no entra. La mira con mirada de compasión. Luego llama fuerte:

-¡Áurea! ¡Ven! ¡Está aquí tu Salvador!

La niña se sienta bruscamente en el lecho, lo ve y emitiendo un grito, baja y corre, vestida con una larga y suelta túnica, descalza, hacia Jesús, y se arroja a sus pies diciendo:

-¡Señor! ¡Ahora sí que me has liberado!

-Está curada. ¿Veis? No podía morir, porque antes debe conocer la Verdad.

Y a la niña, que le besa los pies, le dice:

-¡Arriba! Y vive en paz - y le pone la mano encima de la cabeza ya no febricitante.

Áurea, con su larga túnica de lino, quizás una de la Virgen, tan larga que le forma cola, con los cabellos sueltos como un manto sobre su esbelto cuerpo, con los ojos grises-azules brillantes todavía por la fiebre que acaba de desaparecer y por la alegría que acaba de nacer, parece un ángel.

-Adiós. Nos retiramos al taller mientras vosotras os ocupáis de la niña y de la casa... - dice el Maestro: y seguido por los cuatro, entra en el viejo taller de José, y se sienta con los suyos en los bancos de carpintero desusados...

## 434

## Trabajos manuales en Nazaret y parábola de la madera barnizada.

El tosco hogar del taller está encendido, después de tanto tiempo de inactividad, y el olor de la cola hirviendo en un recipiente se mezcla con el típico olor del serrín y las virutas recién sacados, es más, que están saliendo, al pie de uno de los bancos de carpintero.

Jesús trabaja con ahínco unas tablas de madera, que, con la ayuda de la sierra y del cepillo, se transforman en patas de sillas, cajones, etc. Unos muebles, los modestos muebles de la casita de Nazaret, han sido llevados al taller: la mesa para amasar el pan, para repararla; uno de los telares de María; dos taburetes; una escalera de hortelano; un pequeño arquibanco; y la puerta del horno, creo, corroída en la parte de abajo, quizás por los ratones. Jesús trabaja en arreglar lo que el uso y el tiempo han consumido.

Tomás, por su parte, con todo un equipo de pequeños instrumentos de orfebre, sacados de su talego, que yace encima de su lecho (colocado, como el del Zelote, contra la pared), trabaja con mano ligera unas láminas de plata. Y el golpeteo de su martillito en el buril, que da sonido de plata, se funde con el vigoroso ruido de los instrumentos de trabajo usados por Jesús.

De vez en cuando intercambian algunas palabras, y Tomás está tan contento de estar allí con el Maestro y en su trabajo de orfebre - y, efectivamente, lo dice -, que durante las pausas del diálogo silba entre dientes muy bajo. De vez en cuando levanta los ojos y piensa, fijando su mirada, absorto, en la pared ahumada de la espaciosa habitación.

Jesús advierte esto y dice:

-¿Sacas la inspiración de aquella pared negra, Tomás? Verdad es que así la ha puesto el largo trabajo de un justo, pero no me parece que pueda dar motivos a un orfebre...

-No, Maestro, un orfebre, efectivamente, no puede representar con el metal rico la poesía de la santa pobreza... Pero sí puede, con su metal, representar cosas bellas de la naturaleza, y ennoblecer así el oro y la plata imitando con ellos las flores, las hojas, que hay en la creación. Pienso en esas flores, en esas hojas, y, para recordar exactamente su aspecto, miro fijamente así con los ojos a la pared, pero en realidad veo los bosques y los prados de nuestra Patria, las hojas livianas, las flores que parecen copas o estrellas, la compostura de escapos y frondas...

-Eres un poeta, entonces, un poeta que canta en el metal lo que otro canta en el pergamino con la tinta.

-Sí. Efectivamente, el orfebre es un poeta que escribe en el metal las bellezas de la naturaleza. Pero nuestra obra, de arte y bella, no vale cuanto la tuya, humilde y santa, porque la nuestra sirve para la vanidad de los ricos, mientras que la tuya sirve para la santidad de la casa y la utilidad del pobre.

-Es como dices, Tomás - dice el Zelote, que se ha asomado a la puerta que da al huerto, con la túnica ceñida, remangado, un viejo mandil delante y en la mano un recipiente con barniz.

Jesús y Tomás se vuelven a mirarlo, sonriendo. Y Tomás responde:

-Sí, es como digo. Pero quiero que al menos en alguna ocasión el trabajo del orfebre sirva para adornar una... cosa buena, santa...

-¿Qué?

-Es un secreto mío. Hace mucho que pienso esto, y, desde que fuimos a Ramá, llevo conmigo un pequeño equipo de orfebre esperando este momento. ¿Y tu trabajo, Simón?

-¡Yo no soy un artífice perfecto como tú eres, Toma! Es la primera vez que tengo el pincel en la mano, y mis tinturas son desiguales, a pesar de que ponga toda mi buena voluntad. Por eso he empezado por las partes más... humildes... para coger algo de práctica... y te aseguro que mi impericia le ha hecho a la niña reírse con ganas. ¡Pero eso me hace feliz! Cada hora que pasa renace a una vida serena, y es lo que se requiere para borrar el pasado y hacerla completamente nueva, para ti, Maestro.

-Ya, pero quizás Valeria no cede... - dice Tomás.

-¿Y qué crees que le puede importar el tenerla o no tenerla? Si la tenía consigo, era sólo para no dejarla sola por el mundo. Y la verdad es que sería una buena cosa el que la niña estuviera a salvo para siempre y en todo, en el espíritu sobre todo. ¿No es verdad, Maestro?

-Es verdad. Hay que orar mucho por esto. La criatura es sencilla y buena realmente, y educada en la Verdad podría dar mucho. Tiende instintivamente a la Luz.

-¡Claro! No tiene consuelos en la Tierra... y la pobrecita los busca en el Cielo. Yo creo que, cuando tu Buena Nueva pueda ser predicada por el mundo, los primeros que la acogerán, y los más numerosos, van a ser precisamente los esclavos, los que no tienen ningún consuelo humano y se refugiarán en tus promesas para tenerlos... Y yo digo que, si me toca precisamente este honor de predicarte, tendré un especial amor por estos desdichados...

-Harás bien, Tomás - dice Jesús.

-Sí, pero ¿cómo vas a tomar contacto con ellos?

-Seré orfebre para las damas y... maestro para sus esclavos. Un orfebre entra en las casas, o a su casa vienen los siervos de los ricos... y trabajaré... Dos metales: los de la Tierra para los ricos... los de los espíritus para los esclavos.

-Que Dios te bendiga por estos propósitos, Tomás. Persevera en ellos...

-Sí, Maestro.

¯Bueno, ahora que ya has respondido a Tomás, ven conmigo, Maestro... a ver mi trabajo y a decirme qué es lo que debo barnizar ahora. Cosas humildes todavía, porque soy un obrero con muy poca habilidad.

-Vamos, Simón... - y Jesús deja sus herramientas y sale con el Zelote...

Vuelven después de un poco de tiempo. Jesús señala la escalera de hortelano: -Pásale el barniz a ésa. El barniz hace impenetrable la madera y la conserva más, además de hacerla más bonita. Es como la defensa y embellecimiento de las virtudes en el corazón humano. Puede ser agreste, tosco... Pero, en cuanto las virtudes lo visten, se hace hermoso, agradable. Mira, para obtener una tinta bonita y un servicio real de ella, es necesario tener en cuenta muchas cosas. La primera: tomar con atención lo que se necesita para hacerla. O sea, un recipiente que no tenga tierra o residuos de otras tintas anteriores, aceites buenos y buenos colores, y, con paciencia, mezclar, trabajar, hacer un líquido que no sea ni demasiado denso ni demasiado líquido. No cansarse de trabajar mientras no esté disuelto hasta el más pequeño grumo. Una vez hecho esto, hay que coger un pincel que no pierda las cerdas, que no las tenga ni excesivamente duras ni excesivamente blandas, que esté bien limpio de cualquier tinte precedente. Antes de aplicar el barniz, hay que quitar las asperezas de la madera y los viejos barnices descascarillados y el barro y todo. Luego, así, con orden, hay que tener mano segura en ir siempre en una dirección, extender con paciencia, mucha paciencia, el barniz. Porque en una misma tabla hay distintas resistencias. En los nudos, por ejemplo, el barniz queda más liso, es verdad, pero en ellos la tintura se fija mal, como si la materia leñosa la rechazara. A1 contrario, en las partes blandas de la madera el barniz se fija enseguida, pero las partes blandas generalmente son poco lisas, y entonces pueden formarse pequeñas bolsas, o estrías... Estos casos se deben solucionar extendiendo el color con mano constante. Luego hay, en los muebles viejos, partes nuevas, como este peldaño, por ejemplo. Y, para que no se vea que la pobre escalera está apañada pero que es muy vieja, hay que arreglárselas para que tanto el peldaño nuevo como los viejos resulten iguales... ¡Mira, así!

Jesús, agachado al pie de la escalera, mientras habla trabaja...

Tomás, que ha dejado sus buriles para ir a ver, pregunta:

-¿Por qué has empezado por la parte de abajo en vez de por la de arriba? ¿No era mejor hacer lo contrario?

-Parecería mejor, pero no lo es. Porque la parte de abajo es la que está más deteriorada y la que está destinada a deteriorarse más, porque apoya en el suelo. Por ese motivo debe trabajarse varias veces abajo. Una primera mano, luego una segunda, y una tercera si es necesario... y para no estar ociosos esperando a que la parte de abajo se seque para poder dar una nueva mano, barnizar mientras tanto la parte alta, luego el centro de la escalera.

-Pero al hacerlo uno se puede manchar la túnica y puede estropear las partes barnizadas antes.

-Con cuidado, uno no se mancha y no se estropea nada. ¿Ves? Se hace así. Se recoge la túnica y se está separado. No por asco de la tintura, sino para no dañar la tintura que, por haber sido dada poco antes, es delicada.

Y Jesús, elevados los brazos, barniza ahora la parte alza de la escalera. Y sigue hablando.

-Así se hace con las almas. He dicho al principio que el barniz es como el embellecimiento de las virtudes en los corazones humanos. Embellecimiento y preservación de la madera contra la carcoma, las lluvias y el sol intenso. ¡Mal le irá al amo de casa que no tenga cuidado de las cosas barnizadas y las deje deteriorarse! Cuando se ve que la madera pierde su barniz, sin perder tiempo, hay que poner barniz nuevo. Refrescar la pintura... También las virtudes, puestas en un primer momento de impulso hacia la justicia, pueden deteriorarse o desaparecer del todo, si el amo de la casa no vigila; y la carne y el espíritu, desnudos, a merced de la intemperie y de los parásitos, o sea, de las pasiones y de las disipaciones, pueden sufrir el asalto de estos elementos, perder la túnica que los embellece, terminar siendo... válidos sólo para el fuego. Por tanto, bien sea en nosotros, bien sea en aquellos a quienes amamos como discípulos nuestros, cuando se notan agrietamientos, decoloraciones, en las virtudes colocadas como defensa en nuestro yo, es necesario, enseguida, poner remedio con un trabajo asiduo, paciente, hasta el final de la vida, para que uno pueda dormirse en la muerte con una carne y un espíritu dignos de la resurrección gloriosa. Y para que las virtudes sean verdaderas, buenas, hay que empezarlas con una intención pura, valiente, que elimina todo detrito, todo resto de tierra, y trabajar para no dejar imperfecciones en la formación virtuosa, y luego tomar una actitud ni demasiado dura ni demasiado indulgente, porque tanto la intransigencia como la excesiva indulgencia perjudican. Y el pincel, la voluntad, debe estar limpio de las preexistentes tendencias humanas, que podrían hacer vetas en la tintura espiritual con rayas materiales; y uno se debe preparar a sí mismo - o preparar a otros, con oportunas operaciones, trabajosas, es verdad, pero necesarias - para limpiar al viejo yo de toda vieja lepra, para tenerlo limpio en orden a recibir la virtud. Porque no se puede mezclar lo viejo con lo nuevo.

Luego empezar el trabajo, con orden, con reflexión. No saltar acá o allá sin un serio motivo. No ir un poco en un sentido y un poco en otro. Uno se cansaría menos, es verdad. Pero el barniz quedaría irregular. Como sucede en las almas desordenadas. Presentan lugares perfectos, pero al lado de éstos se ven errores, color distinto... Insistir en los puntos resistentes a la tinta, en los nudos, maraña de la materia o de pasiones desordenadas, que están mortificados, sí, por a voluntad (la cual, como un cepillo, los ha alisado fatigosamente), pero que siguen oponiendo resistencia como un nudo tajado pero no destruido. Y a veces engañan, porque parecen ya bien revestidos de virtud, cuando en realidad tienen sólo un velo ligero que cae inmediatamente. Estar atentos a los nudos de las concupiscencias. Haced que encima de ellos, una y otra vez, sea puesta la virtud, para que no reemerjan y afeen el yo nuevo. Y en las partes blandas, en las partes tendentes a deformarse que reciben con demasiada facilidad el barniz, pero que lo reciben según su tendencia, con bolsas y rayas, insistir en lijar con la piel de pescado, lijar, lijar, para dar una o más manos de barniz, para que esas partes queden lisas como un esmalte compacto. Y atentos a no sobrecargar. Pretender excesivamente en las virtudes hace que la persona se rebele, se agite y salte al primer choque. No. Ni demasiado ni demasiado poco. Justicia en el trabajo con uno mismo y con las criaturas hechas de carne y alma.

Y si, como en la mayor parte de los casos - porque las personas como Áurea son excepciones y no regla - hay partes nuevas mezcladas con las viejas - y las tienen los israelitas, que de Moisés pasan al Cristo, y los paganos con su mosaico de

creencias, que no podrán ser anuladas de repente y emergerán con nostalgias y recuerdos, al menos en las cosas más puras -, entonces son necesarios todavía más ojo y tacto, e insistir hasta que lo viejo se homogeneice con lo nuevo, haciendo uso de las cosas preexistentes para completar las nuevas virtudes. Por ejemplo, en los romanos hay mucho espíritu de Patria y valor viril. Estas dos cosas son casi mitos. Pues bien, no tratéis de destruirlas, sino inculcad un espíritu nuevo al espíritu patrio: e1 espíritu de hacer grande también espiritualmente a Roma como centro de cristiandad; y usad la virilidad romana para hacer fuertes en la fe a quienes son fuertes en la batalla. Otro ejemplo: Áurea. El asco de una revelación brutal la impulsa a amar lo puro y a odiar lo impuro. Pues bien, usad estas dos cosas para conducirla a una perfecta pureza, odiando la corrupción como si fuera el romano brutal.

¿Me entendéis? Y haced de las costumbres medios para entrar. No destruyáis brutalmente. No tendríais a mano inmediatamente con qué edificar; substituid, más bien, poco a poco, lo que no debe seguir existiendo en un convertido, con caridad, paciencia, tenacidad. Y, puesto que la materia, especialmente en los paganos, predomina, y ellos, aunque estén convertidos, estarán siempre apoyados en el mundo pagano, pues en él viven, insistid mucho en que se preserven de la carnalidad. Detrás de la sensualidad entra todo lo demás. Vigilad en los paganos la exasperación de la sensualidad, la cual, confesémoslo, también está vivísima entre nosotros; y cuando veáis que el contacto con el mundo abre el barniz que preserva, no sigáis dando pinceladas en lo alto, sino volved a la parte de abajo, manteniendo en equilibrio el espíritu y la carne, lo alto y lo bajo. Pero empezad siempre por la carne, por el vicio material, para preparar a recibir al Huésped que no inhabita en cuerpos impuros con espíritus malolientes por corrupciones carnales... ¿Me entendéis?

Y no temáis corromperos tocando con vuestra túnica lo bajo, lo material, de aquellos cuyo espíritu cuidáis. Con prudencia, para no ser causa de ruina en vez de causa de edificación. Vivid recogidos en vuestro yo nutrido de Dios, envuelto en virtud; moveos con delicadeza, especialmente cuando tengáis que ocuparos del sensibilísimo yo espiritual de los demás: ciertamente lograréis hacer seres dignos del Cielo incluso de los seres más despreciables.

-¡Qué parábola más hermosa nos has expuesto! Voy a escribirla para Margziam - dice el Zelote.

-Y para mí, que debo ser hecha toda hermosa para el Señor - dice lentamente, buscando las palabras, Áurea, que, descalza, está desde hace un poco de tiempo erguida en la puerta que da al huerto.

-¡Oh! ¡Áurea! ¿Nos estabas escuchando? - pregunta Jesús.

-Te estaba escuchando. ¡Es tan bonito! ¿He hecho mal?

-No, niña. ¿Hace mucho que estás aquí?

-No. Y lo siento, porque no sé lo que has dicho antes. Me ha mandado aquí tu Madre para decirte que dentro de poco es la hora de la comida. Se va a sacar de un momento a otro el pan del horno. He aprendido a hacerlo yo... ¡Qué bonito! Y he aprendido a blanquear la tela, y sobre el pan y la tela tu Madre me ha dicho otras dos parábolas.

-¿Ah, sí? ¿Qué ha dicho?

-Que yo soy como una harina todavía con el salvado, pero tu bondad me depura, tu gracia trabaja en mí y tu apostolado me forma, tu amor me cuece y de harina fea mezclada con mucho salvado pasaré a ser, si dejo que trabajes en mí, harina de hostia, harina y pan de sacrificio, que sirve para el altar. Y en la tela, que era oscura, oleosa, áspera, y que después de mucha jabonera y muchos golpes se ha limpiado y se ha hecho suave, ahora el Sol va a meter sus rayos, y será blanca... Y me dijo que lo mismo hará de mí el Sol de Dios, si yo estoy siempre bajo el Sol y acepto lavaduras y mortificaciones para llegar a ser digna del Rey de los reyes, de ti, mi Señor. ¡Qué cosas más bonitas aprendo!... Me parece un sueño... ¡Bonito! ¡Bonito! ¡Bonito! ¡Aquí todo es bonito... ¡No me mandes a otro sitio, Señor!

-¿No irías con gusto con Mirta y Noemí?

-Preferiría aquí... Pero... también con ellas. Pero con romanos no, no, Señor...

-¡Ora, niña! - dice Jesús poniendo su mano en sus cabellos color rubio-miel. ¿Has aprendido la oración?

-¡Oh! ¡Sí! ¡Es tan bonito decir: "^Padre mío!" y pensar en el Cielo... Pero... la voluntad de Dios me da un poco de miedo... porque no sé si Dios quiere lo que yo quiero...

-Dios quiere tu bien.

-¿Sí? ¿Dices eso Tú? Entonces ya no tengo miedo... Siento que me quedaré en Israel... a conocer cada vez más a este Padre mío... Y... a ser la primera discípula de Galia, ¡oh mi Señor!

-Tu fe será escuchada porque es buena. Vamos...

Y salen todos. Van a lavarse a la pila que está debajo del manantia1, mientras Áurea corre ligera donde María. Y se oyen dos voces femeninas: de palabra ágil la de María; titubeante, como de quien busca las palabras, la otra; y risitas agudas por algún error lingüístico que María corrige dulcemente...

-Aprende pronto y bien la niña - observa Tomás.

-Sí. Es buena y voluntariosa.

-¡Y, además, tu Madre es maestra!... ¡Ni Satanás le opondría resistencia!... - dice el Zelote.

Jesús suspira pero no habla...

-¿Por qué suspiras así, Maestro? ¿No es como he dicho?

-Lo has dicho muy bien. Pero hay hombres más resistentes que Satanás, que al menos huye de la presencia de María. Hay hombres que están a su lado y que, aun siendo adoctrinados por ella, no mejoran...

-¿Pero no nosotros, no? - dice Tomás.

-No vosotros... Vamos...

Entran en casa y todo termina.

## Comienzo del tercer sábado en Nazaret y llegada de Pedro con otros apóstoles.

El sábado es el descanso. Ya se sabe. Descansan los hombres y las herramientas, cubiertas o colocadas con buen orden en sus sitios.

Ahora que el ocaso rojo de un viernes de verano está para cumplirse, María, sentada a la sombra del gran manzano ante su telar más pequeño, se levanta, tapa el telar y, con la ayuda de Tomás, lo devuelve a la casa, a su sitio, e invita a Áurea - que, sentada en un pequeño taburete a sus pies, cosía todavía, con mano desmañada, los vestidos que le habían dado las romanas y que María ha adaptados a su talle -, la invita a doblar el trabajo con orden y a poner todo encima de la repisa de su habitación. Y, mientras Áurea lleva a cabo esto, la Madre entra con Tomás en el local laboratorio donde Jesús y el Zelote se dan prisa en poner de nuevo en sus sitios sierras, cepillos, destornilladores, martillos, botes de barniz y de cola, y a barrer el serrín y las virutas de los bancos y del suelo. Del trabajo realizado hasta ese momento sólo quedan dos tablas dispuestas en ángulo, apretadas en el torno para que se solidifique la cola en las junturas (quizás es un futuro cajón), y un taburete barnizado a la mitad; además de quedar el olor agudo de los barnices todavía frescos.

Entra también Áurea. Va hacia el trabajo de buril de Tomás, se curva hacia él, lo admira y pregunta, curiosita, que para qué sirve, y también, instintivamente coqueta, pregunta que si a ella le quedaría bien.

-Te quedaría bien, pero te queda mejor el ser buena. Éstos son adornos que sólo hacen más hermoso el cuerpo, pero que no sirven para el espíritu; es más, cultivando la coquetería, perjudican al espíritu.

-¿Y entonces por qué lo haces? - pregunta, lógica, la niña - ¿Es que quieres perjudicar a un espíritu?

Tomás, siempre afable, sonríe ante esta observación y dice:

-Perjudica lo superfluo, a un espíritu débil. Pero, para un espíritu fuerte, el adorno se queda en lo que es, ni más ni menos: un alfiler necesario para tener sujeta la túnica.

-¿Para quién lo haces? ¿Para tu mujer?

-Yo no tengo mujer ni la tendré nunca.

-Entonces para tu hermana.

-Tiene más de los que necesita.

-Entonces para tu madre.

-¡Pobre anciana! ¿Y qué hace con él?

-Pero es para una mujer...

-Sí. Pero que no eres tú.

-¡Ni siquiera lo pienso!... Y además, ahora que has dicho que estas cosas perjudican al espíritu débil, no lo querría. Voy a quitar también esas guarniciones a los vestidos. ¡No quiero perjudicar a lo que es de mi Salvador!

-¡Eres una niña como se debe! Fíjate, tú, con esta voluntad tuya, has hecho un trabajo más bonito que el mío.

-Lo dices porque eres bueno...

-Lo digo porque es verdad. Mira: yo he cogido este bloque de plata, lo he reducido a hojas a medida que iba siendo necesario; luego, con el instrumento, o, mejor, con los instrumentos, lo he doblado así. Pero todavía tengo que hacer la parte mayor. Juntar las partes, y de forma natural. Por ahora completas sólo están estas dos hojitas con su florecita unida - y Tomás levanta entre sus gruesos dedos un liviano escapo de muguete, recogido en una hoja que imita a la perfección las naturales. Hace un cierto efecto ver esa cosita, que resplandece con el brillo blanco de la plata pura, entre los dedos fuertes y bronceados del orfebre.

-Oh! ¡Bonito! Había muchos de éstos en la isla y nos dejaban cogerlos antes de que el Sol saliera. Porque las rubias no debíamos nunca tomar el sol para valer más; a las morenas, sin embargo, las hacían estar fuera, al sol, hasta sentirse incluso mal, para que fueran más morenas. Las... ¿Cómo se dice vender una cosa diciendo que es una cuando en realidad es otra?...

-Pues... con engaño... con trampa... no lo sé.

-Las engañaban diciendo que eran árabes o del alto Nilo, de donde nace; a una la vendieron como descendiente de la reina Saba.

-¡Nada menos! Pero no las engañaban a ellas, sino a los compradores. Se dice entonces que timaban. ¡Qué gentuza! Una buena sorpresa para el comprador, cuando haya visto descolorirse la... falsa etíope! ¿Estás oyendo, Maestro? ¡Cuántas cosas que nosotros ignoramos! ...

-Estoy oyendo. Pero lo más triste no está en el timo al comprador... sino en el destino de esas muchachas...

-Es verdad. Almas profanadas para siempre. Perdidas...

-No. Dios puede siempre intervenir...

-Respecto a mí lo ha hecho. ¡Tú me has salvado!... - dice Áurea, volviéndose hacia el Señor con su mirada clara, serena. Y termina: « ¡Y yo soy muy feliz!» y, no pudiendo ir a abrazar a Jesús, va a ceñir a María con un brazo, apoyando su rubia cabeza en el hombro de la Virgen en un gesto de confiado amor. Las dos cabezas rubias resaltan, con sus distintas coloraciones, contra la pared oscura: un grupo dulcísimo.

Pero María se acuerda de la cena. Se sueltan y se van.

-¿Se puede entrar? - dice tras la puerta del taller que da a la calle la voz un poco ronca de Pedro.

-¡Simón! ¡Abrid!

-¡Simón! ¡No ha sabido estar separado! - dice Tomás riendo, mientras se apresura a abrir.

-¡Simón! Era previsible... - dice sonriendo el Zelote.

Pero no es sólo el rostro de Pedro el que se enmarca en el cuadro de la puerta; son todos los apóstoles del lago, todos menos Bartolomé y menos Judas Iscariote. Y con ellos están ya Judas y Santiago de Alfeo.

-¡La paz a vosotros! ¿Pero, por qué habéis venido con este calor?

-Porque... ya no podíamos estar separados. Han pasado dos semanas y media, ¿sabes? ¿Comprendes? ¡Dos semanas y media que no te vemos! - y Pedro parece decir: ¡Dos siglos! ¡Una enormidad!

-Pero os había dicho que esperarais a Judas todos los sábados.

-Sí. Pero no ha venido dos sábados... y al tercero venimos nosotros. Allí se ha quedado Natanael, que no está demasiado bien. Si Judas va, lo recibirá... Pero ciertamente no irá... Benjamín y Daniel nos dijeron que lo habían visto en Tiberíades, pasando por Tiberíades para venir donde nosotros, antes de ir hacia el Hermón grande, y... bueno, ya te diré después... - dice Pedro, cuya palabra ha sido cortada por un tirón de la túnica por parte de su hermano.

-De acuerdo. Luego me dirás... ¡Pero, deseabais tanto descansar, y ahora que podéis reposar os pegáis estas carreras!... ¿Cuándo habéis salido?

-Ayer al caer de la tarde. Con un lago que era un espejo. Hemos desembarcado en Tariquea para evitar Tiberíades para... para no encontrar a Judas...

-¿Por qué?

-Porque, Maestro, queríamos gozar de ti en paz.

-¡Sois egoístas!

-No. El ya tiene sus alegrías... ¡En fin! No sé quién le da tanto dinero para gozárselo con... Sí, comprendido, Andrés. Pero deja de tirarme tan fuerte de la túnica. Ya sabes que sólo tengo ésta. ¿Quieres que me vaya con la túnica rasgada?

Andrés se pone colorado. Los otros se ríen. Jesús sonríe.

-Bien. Hemos bajado a Tariquea también porque... bueno no me regañes... Será el calor, será que lejos de ti me hago malo, será que pensar que él se ha separado de ti para unirse a... ¡Pero bueno, deja ya de arrancarme la manga! ¡Ya ves que sé pararme a tiempo!... En fin, Maestro, será por muchas cosas... Yo no quería pecar, y si veía a Judas lo hacía. Así que me he dirigido a Tariquea. Y al alba nos hemos puesto en camino.

-¿Habéis pasado por Caná?

-No. No queríamos alargar el viaje... Pero ha sido muy largo de todas formas. Y el pescado se ponía malo... Se lo dimos a la gente de una casa, en cambio de alojamiento durante algunas horas, las más calurosas. Y hemos partido de allí a mitad de tiempo de después de la nona... ¡Un horno!...

-Os lo podíais haber ahorrado. Yo habría ido pronto...

-¿Cuándo?

-Cuando el sol hubiera salido del León.

-¿Y Tú crees que podíamos estar tanto sin ti? ¡Hombre, desafiamos a mil calores semejantes pero venimos a verte! ¡Nuestro Maestro! ¡Nuestro adorado Maestro! - y Pedro se abraza a su Tesoro de nuevo hallado.

-Y pensar que cuando estamos juntos no hacéis otra cosa sino quejaros del tiempo, de lo largo que es el camino...

-Porque somos unos necios. Porque, mientras estamos juntos, no comprendemos bien lo que Tú eres para nosotros... Pero aquí nos tienes. Ya tenemos lugares. Quién en casa de María de Alfeo, quién con Simón de Alfeo, quién con Ismael, quién con Aser y quién con Alfeo, que está aquí cerca. Ahora descansamos y mañana, al caer de la tarde, otra vez en marcha, más contentos.

-El sábado pasado hemos tenido aquí a Mirta y a Noemí, que habían venido para ver otra vez a la niña - dice Tomás.

-¿Ves como quien tiene la posibilidad de venir, en cuanto puede viene aquí?

-Sí, Pedro. Y vosotros ¿qué habéis hecho en este tiempo?

-Hemos pescado... hemos barnizado barcas... reparado redes... Ahora Margziam sale frecuentemente con los mozos, cosa que hace disminuir los improperios de mi suegra contra "el holgazán que hace morir de hambre a su mujer después de traerle un bastardo". ¡Y pensar que Porfiria no ha estado nunca tan bien como ahora que tiene a Margziam, por el corazón y por todo lo demás! Las ovejas, de tres, han pasado a cinco, y pronto serán más... ¡No es poco útil esto para una pequeña familia como la nuestra! Y Margziam con la pesca suple a lo que yo no hago sino muy raramente. Pero esa mujer tiene lengua viperina, a pesar de que su hija la tiene de paloma... Veo que tú también has trabajado...

-Sí, Simón. Hemos trabajado. Todos. Mis hermanos en su casa, Yo con éstos en la mía; para procurar satisfacción y descanso a nuestras madres.

-¡Hombre, también nosotros! - dicen los hijos de Zebedeo.

-Y yo a mi mujer, trabajando en colmenas y viñas - dice Felipe.

-¿Y tú, Mateo?

-Yo no tengo a quién hacer feliz... y ahora me he hecho feliz a mí mismo, escribiendo las cosas que más me gusta recordar...

-Entonces te vamos a referir la parábola del barniz. La he provocado yo, muy inexperto pintor... - dice el Zelote.

-Pero has aprendido pronto el oficio. ¡Fijaos qué bien ha dejado esta silla! - dice Judas Tadeo.

El acuerdo entre ellos es perfecto. Y Jesús, cuya cara aparece más descansada desde que está en su casa, resplandece de alegría por tener en torno a sí a sus queridos apóstoles.

Entra Áurea y se queda sorprendida en el umbral de la puerta.

-¡Ah, ahí está! ¡Fíjate qué bien está! Pasa por una pequeña hebrea, vestida así.

Áurea se pone roja como la púrpura y no sabe qué decir. Pero Pedro se muestra tan afable y paternal, que en seguida se recobra y dice:

-Me esfuerzo en serlo y... con mi Maestra espero serlo pronto... Maestro, voy a decir a tu Madre que están ellos... - y se retira ágil.

-Es una buena muchacha - declara el Zelote.

-Sí. Quisiera que se quedara con nosotros israelitas. Bartolomé, rechazándola, ha perdido una buena ocasión y una alegría... - dice Tomás.

-Bartolomé está muy ligado a las... fórmulas - dice Felipe para disculparlo.

-Es su único defecto - observa Jesús. Entra María...

-La paz a ti, María - dicen los que han venido de Cafarnaúm.

-La paz a vosotros... No sabía que estabais aquí. Enseguida me ocupo de vosotros... Entretanto venid...

-De casa vendrá nuestra madre con bastante comida, y también Salomé. No te preocupes, María - dice Santiago de Alfeo.

-Vamos al huerto... Se está alzando el viento de la noche y se está bien... - dice Jesús.

Y entran en el huerto. Se sientan acá o allá. Hablan fraternalmente, mientras las palomas zurean disputándose la última comida, que Áurea esparce por el suelo... Luego es el riego de los cuadros florecidos, o simplemente de útiles y bonitas verduras necesarias para el hombre. Quieren hacerlo los apóstoles, alegremente, mientras María de Alfeo, que ha llegado en ese momento, con Áurea y María, preparan la cena para los llegados. Y el olor de los alimentos que chirrían se mezcla con el de la tierra regada, de la misma forma que el gorjeo de los pájaros, que se disputan, presuntuosos, un buen sitio entra las tupidas frondas del huerto, se mezclan con las voces profundas o agudas de los apóstoles…

## 436

## En el huerto de Nazaret, revelado a apóstoles y discípulas el precio de la Redención.

Y el sábado continúa, propiamente en el sábado. En la espléndida mañana, no pesado aún el aire por el calor, es agradable estar sentados, reunidos fraternal y pacíficamente debajo de la pérgola llena de sombra, o donde el manzano que está al lado de la higuera y del almendro proyecta, con éstos, manchas de sombra, prolongando la de la pérgola en que madura la uva. Es bonito ir y venir paseando por los senderos que hay entre los cuadros, yendo de la colmena hasta el palomar, desde éste hasta la pequeña gruta, y luego, pasando detrás las mujeres - María, María Cleofás, la nuera de ésta: Salomé de Simón, Áurea -, ir hacia los pocos olivos que desde el promontorio se alargan hacia el huerto quieto. Y esto es lo que hacen Jesús y los suyos, María y las otras mujeres. Y Jesús adoctrina incluso sin querer. Y María adoctrina incluso sin querer. Y los discípulos del primero y las discípulas de la segunda están atentos a las palabras de los dos Maestros.

Áurea, sentada en su taburetito habitual a los pies de María, casi acuclillada, está con las manos entrelazadas alrededor de las rodillas, la cara levantada, con los ojos abiertos completamente y fijos en el rostro de María: parece una niña escuchando una fábula. Pero no es una fábula, es una hermosa verdad. María cuenta las antiguas historias de Israel a la pequeña paganita de ayer, y las otras, aunque conozcan las historias patrias, escuchan también con atención. Porque es muy dulce oír fluir de esos labios la historia de Raquel, la de la hija de Jefté, la de Ana de Elcaná.

Judas de Alfeo se acerca lentamente y escucha sonriendo. Está detrás de María, que, por tanto, no lo ve. Pero la mirada sonriente de María Cleofás a su Judas advierte a María de que alguno está detrás de Ella, y se vuelve:

-¡Oh, Judas! ¿Has dejado a Jesús por escucharme a mí, una pobre mujer?

-Sí. Te dejé a ti para ir con Jesús, porque la primera maestra mía fuiste tú, pero me es dulce alguna vez dejarlo a Él para venir contigo, a hacerme niño como cuando era un escolar tuyo. Continúa, te lo ruego...

-Áurea quiere su premio todos los sábados. El premio es narrarle aquello que más impresión le haya causado de nuestra Historia (yo se la voy explicando un poco cada día mientras trabajamos).

También los otros se han acercado... Judas Tadeo dice:

-¿Y qué te gusta, niña?

-Muchas cosas; todo, podría decir... Pero, mucho mucho, Raquel, y Ana de Elcaná, luego Rut... y luego... ¡ah!, es muy bonito Tobit y Tobías con el Ángel, y luego la esposa que ora para ser liberada....

-¿Y Moisés no?

-Me da miedo... Demasiado grande... Y en los profetas me gusta Daniel defendiendo a Susana.

Mira a su alrededor y susurra:

-...También a mí me ha defendido mi Daniel - y mira a Jesús.

-¡Pero también son bonitos los libros de Moisés!

-Sí. Donde enseñan a no hacer las cosas que son feas. Y también donde hablan de aquella estrella que nacerá de Jacob. Yo ahora sé su nombre. Antes no sabía nada. Y mi fortuna es mayor que la de aquel profeta, porque yo la veo, y además de cerca. Ella me ha dicho todo, así que sé también yo - termina con un cierto aire triunfal.

-¿Y la Pascua no te gusta?

-Sí... pero... también los hijos de los demás tienen mamá. ¿Por qué matarlos? Yo entre el Dios que salva y el que mata, prefiero al primero...

-Tienes razón... María, ¿no le has contado todavía nada de su Nacimiento? - dice Santiago, señalando al Señor, que escucha y calla.

-Todavía no. Quiero que conozca bien el pasado, antes del presente; para comprender este presente, que tiene su razón de ser en el pasado. Cuando lo conozca, verá que el Dios que le produce miedo, el Dios del Sinaí, es un Dios de amor severo, pero en todo caso amor.

-¡Oh, Madre, dímelo ahora, que me costará menos esfuerzo comprender el pasado cuando sepa el presente, que, por lo que yo sé de él, es muy bonito y hace amar a Dios sin miedo! ¡Yo necesito no tener miedo!

-La niña tiene razón. Recordad siempre todos esta verdad cuando evangelicéis. Las almas necesitan no tener miedo para ir a Dios con toda confianza. Es lo que Yo me esfuerzo en hacer, y más aún cuando, o por ignorancia o por culpas, están sujetos a temer mucho a Dios. Pero Dios, incluso el Dios que castigó a los egipcios y que te produce miedo, Áurea, es siempre bueno. Mira: cuando quitó la vida a los hijos de los egipcios crueles, tuvo piedad con ellos, los cuales, no creciendo, no se hicieron pecadores como sus padres, y dio tiempo de arrepentirse a sus padres del mal cometido. Así pues, fue una severa bondad. Hay que saber distinguir la verdadera bondad de lo que es sólo debilidad de educación. Cuando Yo era un pequeño infante, fueron asesinados muchos pequeñuelos en el pecho mismo de sus madres. Y el mundo gritó de horror. Pero, cuando el Tiempo ya no exista ni para los individuos ni para la Humanidad entera, comprenderéis, una y mil veces, que fueron afortunados, benditos en Israel, en la Israel de los tiempos de Cristo, aquellos que, por haber sido exterminados en la infancia, fueron preservados del mayor de los pecados, el de ser cómplices de la muerte del Salvador.

-¡Jesús! - grita María de Alfeo poniéndose en pie, asustada, mirando a su alrededor como si temiera ver salir a los deicidas de detrás de los setos y de los troncos del huerto.

-¡Jesús! - repite mirándolo con pena.

-¿Es que ya no conoces las Escrituras, que tanto te asombras de esto que digo? - le pregunta Jesús.

-Pero... Pero... No es posible... No debes permitirlo... Tu Madre...

-Es Salvadora conmigo, y sabe. Mírala e imítala.

María, en efecto, está austera, regia con su palidez, que es intensa; e inmóvil. Tiene las manos apoyadas en su regazo, apretadas, como en oración; alta la cabeza, la mirada fija en el vacío...

María de Alfeo la mira. Luego se dirige de nuevo a Jesús:

-¡Pero, de todas formas, no debes hablar de este horrendo futuro! Le clavas una espada en el corazón.

-Hace treinta y dos años que está esta espada en su corazón.

-¡Nooo! ¡No es posible! María... siempre tan serena... María...

-Pregúntaselo a Ella, si no crees en lo que digo.

-¡Sí que se lo pregunto! ¿Es verdad, María? ¿Sabes esto?...

Y María, con voz blanca pero firme, dice:

-Es verdad. Tenía Él cuarenta días cuando me lo dijo un santo... Pero incluso antes... ¡oh!, cuando el Ángel me dijo que, sin dejar de ser la Virgen, concebiría un Hijo, que por su concepción divina sería llamado Hijo de Dios, lo que realmente es; cuando se me dijo esto, y que en el seno de Isabel estéril estaba formado un fruto por milagro del Eterno, no me fue difícil recordar las palabras de Isaías: "La Virgen dará a luz un hijo que será llamado Emmanuel"... ¡Todo, todo Isaías! Y donde habla del Precursor... Y donde habla del Varón de dolores, rojo, rojo de sangre, irreconocible... un leproso... por nuestros pecados... La espada está en el corazón desde entonces, y todo ha servido para hincarla más: el cantar de los ángeles y las palabras de Simeón y la venida de los Reyes de Oriente, y todo, todo...

-¿Pero, todo, qué otras cosas, María mía? Jesús triunfa, Jesús hace prodigios, le siguen turbas cada vez más numerosas... ¿No es, acaso, verdad? - dice María de Alfeo.

Y María, siguiendo en la misma postura, dice a cada pregunta: «Sí, sí, sí» sin congoja, sin alegría, solamente asiente con serenidad, porque así es...

-¿Y entonces? ¿Qué otro todo te clava la espada en el corazón?

-¡Oh!... Todo...

-¿Y estás tan serena? ¡Tan serena? Siempre igual que cuando llegaste aquí, casada, hace treinta y tres años. Y me parece ayer todo este cúmulo de recuerdos... ¿Pero cómo tienes esta fuerza?... Yo... yo estaría como loca... yo haría... no sé lo que haría... Yo... ¡Bueno, que no, que no es posible que una madre sepa esto y esté serena!

-Antes de ser Madre, soy hija y sierva de Dios... Mi serenidad ¿dónde la encuentro? En hacer la voluntad de Dios. Mi serenidad ¿de qué me viene? De hacer esta voluntad. Si hiciera la voluntad de un hombre, podría sentirme turbada, porque un hombre, aun el más sabio, siempre puede imponer una voluntad errada. ¡Pero la de Dios!... Si Él ha querido que sea Madre de su Cristo, ¿deberé acaso pensar que es un hecho cruel, y perder en este pensamiento mi serenidad? ¿Saber lo que será la Redención para Él, y para mí, también para mí, deberá turbarme con el pensamiento de cómo voy a superar ese momento? ¡Oh! será tremenda... - y María sufre un involuntario sobresalto, como un escalofrío improviso, y cierra las manos como para impedirles temblar, como para orar más ardientemente, mientras que su cara se pone aún más blanca, y los párpados sutiles, con un parpadeo de angustia, se cierran sobre sus dulces ojos garzos. Pero, después de un profundo suspiro de congoja, reafirma su voz y termina: «Pero Él, Aquel que me ha impuesto su voluntad y a quien sirvo con amor confiado, me dará la ayuda para ese momento. A mí, a Él... Porque no puede el Padre dictar designios demasiado fuertes para las fuerzas del hombre... y socorre... siempre... Y nos socorrerá, Hijo mío... nos socorrerá... Él nos socorrerá... y sólo podrá ser Él, que tiene medios infinitos, el que nos socorra...

-Sí, Madre. El Amor nos socorrerá, y en el amor nos socorreremos recíprocamente. Y en el amor redimiremos...

Jesús se ha puesto al lado de su Madre y ahora le pone una mano en el hombro. Ella levanta la cara para mirar a su hermoso y sano Jesús, destinado a quedar desfigurado por las torturas, muerto con mil heridas, y dice:

-En el amor y en el dolor... Sí. Y juntos...

Ya ninguno dice nada... En círculo - alrededor de los dos Protagonistas principales de la futura tragedia del Gólgota -, apóstoles y discípulas parecen estatuas pensativas...

Áurea se ha quedado petrificada en su taburete... Pero es la primera que se recobra, y, sin ponerse en pie, se arrodilla, de forma que se encuentra justo contra María; le abraza las rodillas y agacha su cabeza y la apoya en su regazo; diciendo: -¡También por mí todo esto!... ¡Cuánto cuesto y cuánto os amo por lo que os cuesto! ¡Oh, Madre de Mi Dios, bendíceme para que no os cueste sin fruto...

-Sí, hija mía. No temas. Dios también te ayudará a ti, si aceptas siempre su voluntad.

Le acaricia los cabellos y las mejillas, y siente estas empapadas de llanto.

-¡No llores! Del Cristo lo primero que has conocido ha sido el destino de dolor, el final de su misión de Hombre. No es justo que, habiendo conocido esto, ignores los momentos primeros de su vida en el mundo. Escucha... A todos les gustará salir de la contemplación amarga, tenebrosa, evocando el dulce momento, todo luz, todo canto, todo hosanna, de su Nacimiento... Escucha... - y María, explicando la razón del viaje a Belén de Judá, ciudad anunciada como ciudad natal del Salvador, dulcemente narra la noche del Nacimiento de Cristo.

## 437

## Coloquio de Jesús con su Madre.

No sé si es la noche del mismo sábado. Sé que veo a Jesús y a María sentados en el asiento de piedra que hay contra la casa, cerca de la puerta del comedor, del que sale el tenue claror de una lámpara de aceite colocada cerca del umbral, una lámpara que late en el aire con aumentos y disminuciones de luz, como si su luminosidad estuviera regulada por un movimiento respiratorio; es la única luz de esta noche todavía sin Luna. Un mínimo de claror que sale al huerto, alumbrando una estrecha franja de terreno delante de la puerta, para morir en el primer rosal del parterre. Pero ese mínimo es suficiente para iluminar los dos perfiles de los Dos, reunidos en íntimo coloquio en la noche serena llena de perfumes de jazmines y otras flores de verano.

Hablan de los parientes... de José de Alfeo, siempre testarudo, de Simón, no muy valiente en su profesión de fe por estar dominado por el primero de los hermanos, que es autoritario y obstinado en sus ideas como lo era el padre. El gran dolor de María, que quisiera ver a todos sus sobrinos discípulos de su Jesús...

Jesús la consuela; habla de la fuerte fe israelita de su primo, para disculparlo: -Es un obstáculo, ¿sabes? Un verdadero obstáculo. Porque todas las fórmulas y preceptos hacen de barrera para la aceptación de la idea mesiánica en su verdad. Es más fácil convertir a un pagano, si no es un espíritu totalmente pervertido. El pagano reflexiona y ve la diferencia buena entre su Olimpo y mi Reino. Pero a Israel... a Israel en su parte más culta... le cuesta trabajo seguir el concepto nuevo...

-¡Y a pesar de todo es el mismo concepto!

-Sí. Es el mismo Decálogo, son las mismas profecías. Pero han sido profundamente alterados por el hombre, que los ha tomado de las esferas sobrenaturales donde estaban y los ha bajado al nivel de la Tierra, al ambiente del mundo, los ha manipulado con su humanidad, y los ha alterado... El Mesías, Rey espiritual del gran Reino - que se llama de Israel porque el Mesías nace del tronco de Israel, pero que es más justo llamarlo de Cristo, porque Cristo centra en sí lo mejor de Israel, actual y pasado, y lo sublima con su perfección de Dios-Hombre -, el Mesías, para ellos, no puede ser el hombre manso, pobre, sin aspiraciones al poder y a la riqueza, obediente para con los que nos dominan por castigo divino; porque en la obediencia hay santidad cuando esta obediencia no debilita la gran Ley. Y por esto se puede decir que su fe trabaja contra la Fe verdadera. ¿Personas así, tercas y convencidas de ser justas?... Hay muchas... en todas las clases... y también entre mis parientes y apóstoles. Sí, Madre, su cerrazón respecto a creer en mi Pasión está en esto. Sus errores de valoración tienen su origen en esto... Y también su actitud reacia, que se obstina en considerar idólatras a los gentiles, mirando al hombre y no al espíritu del hombre, ese espíritu que tiene un solo Origen y al cual Dios querría dar un solo Destino: el Cielo. Fíjate Bartolomé... Es un ejemplo. Es óptimo, sabio, está dispuesto a todo para darme honor y consuelo... Pero ante - no digo ya una Áglae o una Síntica, que es una flor respecto a la pobre Áglae, a la que solamente la penitencia le hace cambiar de fango a flor -, ni siquiera ante una muchacha, una pobre muchacha cuyo sino suscita todas las compasiones y cuyo instintivo pudor induce admiración, ni siquiera ante ella cae su repugnancia hacia los gentiles; y ni siquiera mi ejemplo lo vence, ni mis palabras sobre que he venido para todos.

-Tienes razón. Es más, precisamente los dos más resistentes son Bartolomé y Judas de Keriot, los dos más doctos, o, por lo menos, el docto Bartolmái, y Judas de Keriot, que no sé exactamente en qué clase se puede colocar, pero que está embebido, saturado del ambiente del Templo. Pero... Bartolmái es bueno y su resistencia todavía se puede disculpar. Judas... no. Ya has oído lo que ha dicho Mateo, que fue a propósito a Tiberíades... Y Mateo es experto de la vida, sobre todo de esa vida... Y es apropiada la observación de Santiago de Zebedeo: "¿Pero quién es el que da tanto dinero a Judas?". Porque esa vida cuesta... ¡Pobre María de Simón!

Jesús hace su típico gesto con las manos, para decir: «Así es...» y suspira. Luego dice:

-¿Has oído? Las romanas están en Tiberíades... Valeria no me ha comunicado nada. Pero Yo, antes de reanudar mi camino, tengo que saber. Quiero que estés conmigo en Cafarnaúm durante un tiempo, Mamá... Luego regresas aquí. Yo iré hacia los confines siro-fenicios y luego volveré para saludarte antes de bajar hacia Judea, la oveja terca de Israel...

-Hijo, iré mañana por la noche... Llevaré conmigo a María de Alfeo. Áurea irá a casa de Simón de Alfeo, porque no pasaría sin crítica el que se quedara aquí con vosotros varios días... Así es el mundo... Y yo iré... La primera etapa, Caná; luego, al alba, partiré para la casa de la madre de Salomé de Simón; después, al caer de la tarde, reanudo la marcha: llegaremos, todavía con luz, a Tiberíades. Iré a la casa del discípulo José, porque quiero ir yo, personalmente, a ver a Valeria, y, si fuera donde Juana, querría ir ella... No. Yo, Madre del Salvador, para Valeria, seré distinta de la discípula del Salvador... y no me dirá no. ¡No temas, Hijo mío!

-No temo. Pero me aflige tu fatiga.

-¡Oh... para salvar a un alma! ¿Qué es esta nada de unas veinte millas recorridas en un buen período?

-La fatiga será también moral. Pedir... ser, quizás, humillada...

-Poca cosa que pasa. ¡Pero un alma permanece!

-Serás como una golondrina extraviada en la pervertida Tiberíades... Lleva contigo a Simón.

-No, Hijo mío. Nosotras dos solas, dos pobres mujeres... Pero dos madres y dos discípulas, o sea, dos grandes fuerzas morales... No me demoraré. Déjame ir... únicamente bendíceme.

-Sí, Mamá. Con todo mi corazón de Hijo y con todo mi poder de Dios. Ve y que los ángeles te escolten por el camino.

-Gracias, Jesús. Ahora vamos a entrar. Me tendré que levantar con el alba para preparar todo, para quien parte y para quien se queda. Di la oración, Hijo...

Jesús se levanta, y también María, y juntos dicen el Pater... Luego entran de nuevo en la casa, cierran la puerta... la luz desaparece y cesa toda voz humana. Queda sólo el viento ligero entre las frondas y el gorgoteo ligero del hilo de agua en la pila...

## 438

## María Santísima con María de Alfeo en Tiberíades, donde Valeria. Encuentro con Judas Iscariote.

Tiberíades está ya a la vista y las dos peregrinas, cansadas, prosiguen mientras desciende el crepúsculo.

-Dentro de poco será de noche... Y estamos todavía en medio de los campos... Dos mujeres solas... Y cerca de una ciudad grande llena de... ¡huy, qué gente! ¡Diablos, la mayor parte diablos!... - dice María de Alfeo mirando asustada a su alrededor.

-No temas, María. Belcebú no nos hará ningún mal. Sólo daña a quien lo acoge en su corazón...

-¡Pero estos paganos lo tienen!...

-En Tiberíades no hay sólo paganos, y entre los paganos también hay justos.

-¡Que no! ¡Que no tienen a nuestro Dios!...

María no rebate porque comprende que es inútil. La buena cuñada no es sino una de las muchas israelitas que se creen las únicas depositarias de la virtud... por ser israelitas.

Un momento de silencio en que se oye sólo el roce de las sandalias que calzan los pies cansados y polvorientos.

Hubiera sido mejor recorrer el camino habitual... Ése lo conocíamos... Lo recorre más gente... Éste... entre huertas, solitario... desconocido... ¡Bueno, que tengo miedo!

-¡No, María! Mira. La ciudad está allí, a dos pasos. Y aquí hay huertos tranquilos de los cultivadores de Tiberíades, y allí, a dos pasos, está la orilla. ¿Quieres que vayamos por la orilla? Encontraremos pescadores... Hay que atravesar sólo estas huertas.

-¡No, no! ¡Nos alejamos otra vez de la ciudad! Y además... los barqueros son casi todos griegos, cretenses, árabes, egipcios, romanos...- y parece como si nombrara clases infernales con cada una de estas palabras. María Santísima no puede evitar sonreír tras la sombra de su velo.

Prosiguen. El camino se transforma en una alameda; por tanto, la máxima sombra... y el ápice del miedo para María de Alfeo, que invoca a Yeohveh a cada paso que da, cada vez más lento.

-¡Venga, sé fuerte! ¡Rauda, si tienes miedo! - la anima María, que a cada invocación ha respondido: « ¡Maran Athá!».

Pero María de Alfeo se para del todo y pregunta:

-¿Pero por qué has querido venir aquí? ¿Quizás para hablar con Judas Iscariote?

-No, María. O, por lo menos, no exactamente para eso. He venido para hablar con la romana Valeria...

-¡Misericordia! ¿Vamos a su casa? ¡Ah! ¡No! ¡María! ¡No hagas eso! ¡Yo... yo ya no te acompaño! ¿Pero qué vas a hacer allí? ¡Donde ésas... donde ésas... donde esos reprobados!...

María Sanísima cambia su dulce sonrisa por una expresión seria, y pregunta:

-¿Y no recuerdas que Áurea ha de ser salvada? Mi Hijo ha comenzado su liberación. Yo la cumpliré. ¿Así practicas tú el amor hacia las almas?

-Pero no es de Israel...

-¡Verdaderamente no has entendido todavía ni una palabra de la Buena Nueva! Eres una discípula muy imperfecta... No trabajas para tu Maestro y me causas mucho dolor.

María de Alfeo agacha la cabeza... Y su corazón, lleno de los prejuicios de Israel, sí, pero congénitamente bueno, prevalece. Rompe a llorar, abraza a María y dice: -¡Perdóname! ¡Perdóname! ¡No me digas que te causo dolor y que no sirvo a mi Jesús! ¡Sí, sí! Soy muy imperfecta, merezco reprensión... Pero no lo volveré a hacer... ¡Voy, voy! Hasta al Infierno, si vas tú a él a arrancar un alma para dársela a Jesús... Dame un beso, María, para decir que me perdonas...

María la besa y vuelven al camino, ágiles, alentadas de nuevo por el amor...

Ya están en Tiberíades, hacia el pequeño puerto de los pescadores. Buscan la casita de José, el barquero discípulo... La encuentran. Llaman...

-¡La Madre de mi Maestro! ¡Entra, Mujer! Y Dios esté contigo y conmigo que te recibo en mi casa. Entra también tú y que la paz sea contigo, madre de apóstoles.

Entran, mientras la mujer y la jovencita hija del barquero acuden para saludarlas, seguidas por un grupo de hijuelos más pequeños... Pronto toman la parca comida, y María de Cleofás, cansada, se retira con los niños de la casa. En la terraza alta, desde la cual se ve el lago - se oye, más que verse, porque no hay luna todavía - chocando en la playa con sus olas, se quedan María Santísima, el barquero y la mujer de éste, que se esfuerza en hacer buena compañía, pero que en realidad duerme cabeceando contra el pecho.

-¡Está cansada!... - la disculpa José.

-¡Pobrecilla! Las mujeres de casa están siempre cansadas por la noche.

-Sí, trabajan ellas. No son como aquéllas de allí, entregadas a la diversión - dice con desprecio el barquero, señalando a unas barcas iluminadas que se separan de la orilla entre cantos y sonidos -Ellas salen ahora. Para ellas empieza ahora la fatiga. Cuando las buenas personas duermen. Y perjudican a los que trabajan, porque van a fingir que pescan a los lugares mejores y nos echan a nosotros, que del lago sacamos el pan para la familia...

-¿Quiénes son?

-Romanas y sus semejantes. Y en las semejantes mete a Herodías, a su lujuriosa hija y también otras hebreas... Porque tenemos muchas Marías Magdalenas... Quiero decir Marías antes del arrepentimiento...

-Son infelices...

-¿Infelices? Infelices nosotros, que no las apedreamos para limpiar a Israel de esas que se han pervertido y nos acarrean las maldiciones de Dios.

Entretanto otras barcas se separan de la orilla y las luces de las barcas de los vividores rojean en el lago.

-¡Sientes qué hedor de resinas! Lo primero se embriagan con el humo, luego hacen el resto en los banquetes. Son capaces de ir a los manantiales calientes de la otra orilla... En las Termas de allí... suceden cosas de Infierno. Regresarán al alba, a la aurora, quizás más tarde... borrachos, tumbados como sacos los unos encima de los otros, hombres y mujeres; los esclavos los llevarán a sus casas, a que se les pase la orgía... ¡Esta noche es que van todas las barcas elegantes, eh! ¡Mira! ¡Mira!... Pero mi ira es más contra los judíos que se mezclan allí, que no contra ellos. ¡Ellos... ya se sabe! Animales sin recato. ¡Pero nosotros!... Mujer, ¿sabes que está aquí Judas el apóstol?

-Lo sé.

-No da buen ejemplo, ¿sabes?

-¿Por qué? ¿Va con aquéllos?...

-No... Pero... malos compañeros..., y una mujer. Yo no lo he visto... Ninguno de nosotros lo ve así. Pero unos fariseos se han mofado de nosotros diciéndonos: "Vuestro apóstol ha cambiado de maestro. Ahora tiene una mujer y está en buena compañía de publicanos".

-No juzgues, José, sobre lo que solamente has oído referir. Tú sabes que los fariseos no os aman y que tampoco alaban al Maestro.

-Eso es verdad... Pero la voz circula... y daña...

-De la misma forma que ha empezado terminará. Tú no peques contra tu hermano. ¿Sabes en qué casa está?

-Sí. En casa de un amigo, creo. Uno que tiene un almacén de vinos y especias. El tercer almacén del lado de oriente del mercado, después de la fuente...

-¿Todas las romanas son iguales?

-¡Más o menos!... Aunque eviten ser vistas, hacen el mal.

-¿Quiénes son las que evitan ser vistas?

-Las que fueron a casa de Lázaro en Pascua. Están más retiradas... Quiero decir que no siempre van a los banquetes. Pero en todo caso van lo suficiente como para poder decir que son impuras.

-¿Pero hablas así porque estás seguro de ello, o porque tu prejuicio hebreo te hace hablar así? Examínate de verdad...

-Bueno... en realidad... no sé... No las he vuelto a ver en las barcas de los inmundos... Pero van en barca de noche por el lago.

-Tú también vas.

-¡Claro! ¡Si quiero pescar!

-El calor es muy fuerte. Sólo hay alivio en el lago de noche. Son tus palabras mientras cenábamos.

-Es verdad.

-¿Y entonces, por qué no pensar que ellas también van por este motivo por el lago?

El hombre calla... Luego dice:

-Es tarde. Las estrellas dicen que es la segunda vigilia. Me voy a retirar, Mujer. ¿No vienes?

-No. Me quedo aquí en oración. Saldré pronto. No te asombres si no me ves al alba.

-Eres dueña de hacer lo que quieras. ¡Ana! ¡Venga! ¡Vamos a la cama! - y menea a su mujer, que duerme profundamente. Se marchan.

María se queda sola... Se arrodilla y ora, ora, ora... pero no pierde nunca de vista las barcas que surcan el lago, las barcas de los señores, las que navegan llenas de luz, entre flores, cantos e inciensos... Muchas van, van, van hacia oriente, se hacen pequeñas en la lejanía... y el sonido de los cantos ya no llega. Queda, solitaria, una barca, ante Tiberíades, resplandeciente en medio del lago luminoso por la luna menguante. Navega lentamente hacia arriba y hacia abajo... María la observa hasta que la ve volver la proa hacia la orilla.

Entonces se pone de pie y dice:
-¡Señor, ayúdame! Haz que sea...
Y desciende ágil la pequeña escalera, y entra despacio en una habitación que tiene la puerta entornada... A1 blanco claror de la luna es posible distinguir un lecho. María se inclina hacia él y llama:
-¡María! ¡María! ¡Despiértate! ¡Vamos!
María de Alfeo se despierta y, atónita por el sueño, pregunta mientras se restriega los ojos:
-¿Ya es hora de marcharnos? ¡Qué pronto se ha hecho de día!
Está tan adormilada, que ni siquiera comprende que no es luz de alba sino de luna la tenue fosforescencia que entra por la puerta abierta. Pero se da cuenta de esto cuando está fuera, en el pequeño pedazo de tierra cultivada que hay delante de la casa del barquero.
-¡Pero si es de noche! - exclama.
-Sí. Pero vamos a acortar el tiempo y a salir antes de esta ciudad... al menos eso espero. ¡Ven! Por aquí, siguiendo la orilla. ¡Apresúrate! Antes de que la barca toque tierra...
-¿La barca? ¿Qué barca? - pregunta María. Pero corre detrás de la Virgen, que va muy deprisa por la orilla desierta en dirección al pequeño espigón hacia el que se dirige la barca.
Llegan, jadeantes, unos instantes antes que ésta... María agudiza la mirada. Exclama:
-¡Alabado sea Dios! Son ellas. Ahora ven detrás de mí... porque hay que ir a donde vayan ellas... No sé dónde viven...
-¡Pero María... por piedad!... ¡Nos van a tomar por meretrices! ...
La Purísima menea la cabeza y susurra:
-Basta con no serlo. ¡Ven! - y la lleva a la penumbra de una casa.
La barca arriba, y, mientras hace las maniobras para abordar, una litera que estaba esperando cerca y que ahora estaban acercando, se detiene. Suben a ella dos mujeres, mientras que otras dos se quedan abajo y van andando al lado de la litera. La litera se pone en movimiento al paso cadencioso de cuatro númidas vestidos con una cortísima túnica sin mangas que apenas si les cubre el torso...
Y María detrás, a pesar de las protestas medio veladas de María de Alfeo:
-¡Dos mujeres solas!... ¡Detrás de ésos! Están medio desnudos... ¡Válgame Dios!...
Pocos metros de camino y luego la litera se detiene. Baja una mujer, mientras el guía llama a un portal.
-¡Adiós, Lidia!
-¡Adiós, Valeria! Acaricia a Faustina por mí. Mañana par la noche volveremos a leer en tranquilidad, mientras los otros juerguean.
El portal se abre, y Valeria, con su esclava o liberta, está ya para entrar.
María va hacia ella y dice:
-¡Señora! ¡Una palabra!
Valeria mira a las dos mujeres envueltas en un manto hebreo, muy sencillo y que cubre mucho el rostro, y cree que son unas mendigas. Ordena:
-¡Bárbara, da el óbolo!
-No, señora. No pido dinero. Soy la Madre de Jesús de Nazaret y ésta es mi pariente. Vengo en su Nombre para solicitarte una cosa.
-¡Dómina! Quizás… es que persiguen a tu Hijo...
-No más de lo habitual. Pero Él querría...
-Entra, Dómina. No es digno que te quedes en la calle como una mendiga.
-No. Lo digo pronto, si me escuchas en secreto...
-¡Fuera todos vosotros! - ordena Valeria a la esclava, o quizás liberta, y a los porteros - Estamos solas. ¿Qué quiere el Maestro? Yo no he ido por no ser causa de mal para Él en su ciudad. ¿Y Él? ¿No ha venido por no causarme daño ante mi esposo?
-No. Por consejo mío. A mi Hijo lo odian, señora.
-Lo sé.
-Encuentra consuelo sólo en su misión.
-Lo sé.
-No pide honores ni soldados, no aspira a reinos ni a riquezas. Pero hace valer su derecho sobre los espíritus.
-Lo sé.
-Señora... El debería traerte a aquella niña... Pero, y no te enojes si te lo digo, aquí ella no podría hacer que su espíritu fuera de Jesús. Tú eres mejor que las otras... Pero alrededor de ti... demasiado vivo está el fango del mundo.
-Es verdad. ¿Y entonces?
-Tú eres madre... Mi Hijo tiene sentimientos de padre para con todos los espíritus. ¿Soportarías tú que tu hija creciera en medio de quienes podrían causar su ruina?...
-No. Y he comprendido... Bueno, pues... di a tu Hijo estas palabras: "En recuerdo de Faustina, salvada en la carne, Valeria te deja a Áurea para que salves su espíritu...". ¡Es cierto! Estamos demasiado pervertidos como para inspirar confianza a un santo... ¡Señora, ora por mí! - y se retira antes de que María pueda darle las gracias. Se retira, yo diría, llorando...
María de Alfeo se ha quedado de piedra.
-Vamos, María... Mañana al anochecer partimos y al caer de la tarde estaremos en Nazaret...
-Vamos... La ha cedido como... como una cosa...

-Para ellos es una cosa. Para nosotras es un alma. Ven. Mira... Ya blanquea el cielo allá en el fondo. Se puede decir que no hay noche en este mes...

Van, en vez de por el camino de la orilla, por el que se abre ante ellas no ya en penumbra. Un camino que va por detrás de una fila de casitas modestas... Cuando están a la mitad del recorrido, de detrás de una esquina sale Judas, visiblemente embriagado; un Judas que viene de quién sabe qué festín, despeinado, arrugadas las vestiduras, el rostro ajado.

-¡Judas! ¿Tú? ¿En este estado?

A Judas no le da tiempo a fingir que no la conoce, tampoco puede huir... La sorpresa le aclara la mente y lo clava donde está, sin reacción.

María se le acerca, venciendo la repugnancia que despierta en ella el aspecto del apóstol, y le dice:

-Judas, desgraciado hijo, ¿qué haces? ¿No piensas en Dios? ¿En tu alma? ¿En tu madre? ¿Qué haces, Judas? ¿Por qué quieres ser pecador? ¡Mírame, Judas! No tienes derecho a matar tu alma... - y lo toca, tratando de tomarle una mano.

-Déjame tranquilo. A1 fin y al cabo soy un hombre. Y... y soy libre de hacer lo que todos hacen. Dile a Él, que te manda para espiarme, que no soy todavía todo espíritu, y que soy joven.

-No eres libre de destruirte. ¡Judas, ten piedad de ti mismo!... Actuando así no serás nunca un espíritu santo... Judas... Él no me ha mandado para espiarte. Él ora por ti, sólo eso, y yo con Él. En nombre de tu madre...

-Déjame tranquilo - dice Judas con descortesía. Y luego, quizás sintiéndose ruin, corrige: «No merezco tu piedad... Adiós...» y huye...

-¡Qué demonio!... Se lo voy a decir a Jesús - exclama María de Alfeo. ¡Tiene razón mi Judas!

-Tú no dirás nada a nadie. Orarás por él, eso sí...

-¿Lloras? ¿Lloras por él? ¡Oh!...

-Lloro... Me sentía feliz de haber salvado a Áurea... Ahora lloro porque Judas es pecador. Pero a Jesús, que está muy afligido, le llevaremos sólo la noticia hermosa. Y le arrebataremos, con penitencias y oraciones, el pecador a Satanás... ¡Como si fuera hijo nuestro, María! ¡Como si fuera hijo nuestro!... Tú también eres madre, y sabes... Por esa madre infeliz, por esta alma pecadora, por nuestro Jesús...

-Sí, oraré... Pero no creo que él lo merezca...

-¡María! No digas eso...

-No lo digo. Pero... es así. ¿No vamos a casa de Juana?

-No. Iremos pronto a su casa con Jesús...

## 439

## María Santísima enseña a Áurea a hacer la voluntad de Dios.

Está muy cansada la Virgen cuando vuelve a poner pie en su casa. Pero viene muy feliz. Pregunta enseguida por su Jesús, el cual está todavía trabajando, con las últimas luces del día que ya muere, en la puerta del horno (ya va a colocarla de nuevo en su sitio). Le ha abierto Simón, quien, después del saludo, se retira prudentemente a la sala-taller. A Tomás no lo veo. Quizás está fuera.

Jesús deja sus herramientas en cuanto ve a su Madre, y va hacia Ella limpiándose las manos manchadas de grasa (está suavizando con aceite los goznes y los cerrojos) en su mandil de trabajo. Su recíproca sonrisa parece hacer luminoso el huerto en que va mermando la luz.

-La paz a ti, Mamá.

-La paz a ti, Hijo.

-¡Qué cansada estás! No has descansado...

-Desde un alba a un ocaso en casa de José. Pero sin estos grandes calores me habría puesto en camino enseguida para venir a decirte que Aurea es tuya.

-¿Sí?

El rostro de Jesús hasta se hace más joven por esta gozosa sorpresa. Parece un rostro de poco más de veinte años, y, con la alegría, perdiendo esa gravedad que generalmente tienen su rostro y sus gestos, adquiere aún mayor semejanza con el de su Madre, siempre tan serenamente niña en los ademanes y en el aspecto.

-Sí, Jesús. Y he obtenido esto sin ningún esfuerzo. La dama ha aceptado inmediatamente. Se ha conmovido al reconocer que ella, y con ella sus amigas, están demasiado contaminadas para educar a una criatura en orden a Dios. Un reconocimiento muy humilde, muy sincero, verdadero. No es fácil encontrar a alguien que, sin ser forzado a ello, reconozca que es defectuoso.

-Sí, no es fácil. Muchos en Israel no lo saben hacer. Son almas hermosas sepultadas bajo una costra de suciedad. Pero cuando caiga 1a suciedad...

-¿Sucederá, Hijo?

-Estoy seguro. Tienden instintivamente al Bien. Acabarán adhiriéndose. ¿Qué te ha dicho?

-Pocas palabras... Nos hemos entendido enseguida. Pero bueno será tener aquí en seguida a Áurea. Quiero decirle yo esto; bueno, si Tú quieres, Hijo mío.

-Sí, Mamá. Mandamos a Simón - y llama con fuerte voz al Zelote, que viene enseguida.

-Simón, ve a casa de Simón de Alfeo y di que mi Madre ha vuelto; luego ven con la muchacha y con Tomás, que está allí para terminar ese trabajito que le ha rogado hacer Salomé.

Simón se inclina y sale acto seguido.

-Cuenta, Mamá... Tu viaje... tu coloquio... ¡Pobre Mamá, qué cansada estás por causa mía!

-¡Oh, no, Jesús! Ningún cansancio cuando Tú te sientes feliz... - y María cuenta su viaje y los miedos de María de Alfeo, el alto en el camino en casa del barquero, el encuentro con Valeria; y termina: «Dado que el Cielo lo permitía, he preferido verla a esa hora. Más libre ella, más libre yo, y María Cleofás consolada antes, porque de estar dos mujeres solas por Tiberíades sentía un terror que sólo el amor por ti, el pensamiento de servirte, podía superar...», y María sonríe, recordando las angustias de su cuñada...

Jesús también sonríe. Dice:

-¡Pobrecilla! Es la verdadera mujer de Israel, la antigua mujer, reservada, toda ella casa, la mujer fuerte según los Proverbios. Pero en la nueva Religión la mujer no será sólo fuerte en la casa... Serán muchas las que superarán a Judit y a Yael, siendo heroicas en sí, con un heroísmo propio de la madre de los Macabeos... Y también lo será nuestra María. Pero por ahora... es todavía así... ¿Has visto a Juana?

María ya no sonríe. Quizás teme otra pregunta, sobre Judas. Y responde rápidamente:

-No he querido imponer más angustias a María. Hemos estado dentro de casa hasta la mitad entre la nona y la caída de la tarde, descansando, y luego hemos partido... Pensé que pronto la veríamos, en el lago...

-Has hecho bien. Me has dado la prueba del sentimiento de las romanas hacia mí. Si Juana hubiera intervenido, se hubiera podido pensar que cedían ante la amiga. Ahora vamos a esperar hasta el sábado y, si Mirta no viene, iremos nosotros con Áurea.

-Hijo, yo quisiera quedarme...

-Estás muy cansada. Lo veo.

-No, no por ese motivo... Pienso que Judas podría venir aquí... Si conviene que en Cafarnaúm haya siempre alguien que lo espere para acogerlo como amigo, también conviene aquí que haya alguien que le acoja con amor.

-Gracias, Mamá. Tú eres la única que comprende lo que le puede salvar todavía...

Suspiran los dos por el discípulo causante de dolor...

Regresan Simón y Tomás con Áurea, que corre hacia María. Jesús la deja con su Madre y se dirige a casa con los apóstoles.

-Has orado mucho, hija, y el buen Dios te ha escuchado... - empieza a hablar María.

Pero la niña la interrumpe con un grito de alegría:

-¡Me quedo contigo! - le echa los brazos al cuello y la besa.

María devuelve el beso y, teniéndola aún entre sus brazos, dice:

-Cuando uno hace un gran favor hay que corresponder, ¿no es verdad?

-¡Oh, sí! Y yo corresponderé contigo con mucho amor.

-Sí, hija. Pero por encima de mí está Dios. Es Él el que te ha hecho este gran favor, el que te ha concedido esta gracia sin medida, de acogerte entre los miembros de su pueblo, de hacerte discípula del Maestro Salvador. Yo no he sido sino el instrumento de la gracia, pero la gracia ha sido Él, el Altísimo, el que te la ha concedido. ¿Qué vas a dar, pues, al Altísimo para decirle que se lo agradeces?

-Pues... no sé... Dímelo tú, Madre...

-Amor, esto sin duda. Pero el amor, para ser tal verdaderamente, debe estar unido al sacrificio, porque si una cosa cuesta tiene más valor, ¿no es verdad?

-Sí, Madre.

-Bien, pues entonces diría que tú, con la misma alegría con que has gritado: "¡Me quedo contigo!", deberías gritar: "¡Sí, oh Señor!" cuando yo, pobre sierva suya, te diga la voluntad del Señor para ti.

-Dímela, Madre - dice Áurea, aunque poniéndose serio su rostro.

-La voluntad de Dios te confía a dos buenas madres, a Noemí y a Mirta...

En los ojos claros de la muchacha brillan gruesos lagrimones, y ruedan luego abajo por su carita rosada.

-Son buenas. Jesús y yo las queremos. A una le ha salvado Jesús al hijo, a la otra yo se lo he alactado. Y tú misma has visto que son buenas...

-Sí... pero esperaba estar contigo...

-Hija, no todo se puede tener. Ta ves que yo tampoco estoy con mi Jesús. Os lo doy, y estoy lejos, muy lejos de Él, mientras va recorriendo Palestina, predicando, curando, salvando a las jovencitas...

-Es verdad...

-Si lo quisiera para mí sola, no habrías sido salvada; si lo quisiera para mí sola, vuestras almas no serían salvadas. Considera cuán grande es mi sacrificio. Os doy a un Hijo para que sea inmolado por vuestras almas. Por lo demás, yo y tú estaremos siempre unidas, porque las discípulas están y estarán siempre unidas en torno a Cristo, formando una gran familia unida por el amor a Él.

-Es verdad. Y luego... voy a volver aquí, ¿no es verdad? ¿Nos seguiremos viendo?

-Ciertamente. Mientras Dios lo quiera.

-Y orarás siempre por mí...

-Oraré siempre por ti.

-Y, cuando estemos juntas, ¿me vas a seguir instruyendo?

-Sí, hija...

-¡Ah, yo quería llegar a ser como tú! ¿Podré? Saber, para ser buena...

-Noemí es madre de un arquisinagogo y discípulo del Señor; Mirta, de un hijo que ha merecido la gracia del milagro y es discípulo bueno. Y las dos mujeres son buenas y sabias, además de personas muy llenas de amor.

-¿Me lo aseguras?
-Sí, hija.
-Entonces... bendíceme y hágase la voluntad del Señor... como dice la oración de Jesús. La he dicho muchas veces... Es justo que ahora haga lo que he dicho, para obtener el no volver jamás con los romanos...
-Eres una buena muchacha. Y Dios te ayudará cada vez más. Ven, vamos a decirle a Jesús que la más joven discípula sabe hacer la voluntad de Dios... - y, llevándola de la mano, María vuelve a entrar en casa, con la niña.

## 440

## Otro sábado en Nazaret. Obstinación de José de Alfeo.

Un nuevo sábado en Nazaret, o sea, un nuevo comienzo de sábado, porque apenas está empezando la puesta del sol del viernes, cuando, sudorosas pero contentas, llegan Mirta y Noemí junto con el joven Abel. Se apean de sus burritos - Abel los lleva a otro lugar, ciertamente a algún establo amigo, quizás al de los dos asnerizos de Nazaret, ahora discípulos - y entran por la puerta del taller, abierta para dar ventilación a la amplia habitación, donde hasta poco antes el calor de la rústica chimenea se ha hecho cómplice del gran calor estival.
Tomás está dejando en su sitio los instrumentos y Simón barre el serrín, mientras Jesús limpia cazuelas y cazoletas, de colas y barnices.
-La paz a ti, Maestro, y a vosotros, discípulos - saludan las mujeres, inclinándose mucho ya desde el primer momento en que entran, para, atravesado el taller, terminar postrándose a los pies de Jesús.
-La paz a vosotras. ¡Sois muy fieles! ¡Venir con este calor!
-¡Oh, nada! Se está tan bien aquí, que se olvida todo. ¿Tu Madre dónde está?
-Está por allí, terminando una túnica de Áurea. Id si queréis.
Las dos se marchan deprisa con sus alforjas y se oyen sus voces armónicas, más bien bajas, que se funden con la vocecita aún no pulida de Áurea y con la voz argentina de María.
-¡Ahora se sentirán felices! - dice Tomás.
-Sí. Son buenas mujeres - responde Jesús.
-Maestro, Mirta, además de conservar el hijo que tenía, ha adquirido una nueva hija. Y en poco más de un año... - dice el Zelote.
-Sí. En poco más de un año. Hace ya más de un año que María de Lázaro se ha convertido. ¡Cómo pasa el tiempo! Me parece ayer... ¡Cuántas cosas también el año pasado! ¡Aquel hermoso retiro antes de la elección! ¡Luego Juan de Endor! ¡Luego Margziam! Luego Daniel de Naím y luego María de Lázaro y luego Síntica... Pero, ¿dónde estará Síntica? Pienso en ello frecuentemente, y no sé comprender por qué... Tomás termina monologando consigo mismo, porque Jesús y Simón no le responden; es más, salen al huerto a lavarse para después llegarse donde las discípulas.
Y se nos reanuda la visión... Regresa Abel de Belén y encuentra todavía a Tomás, que está pensando, delante del lugar donde generalmente trabaja, mientras remueve distraídamente sus finas obras maestras de orfebre.
-¿Has encontrado en qué trabajar? - pregunta el discípulo inclinándose hacia esos objetos finos.
-¡Oh! He hecho felices a todas las mujeres de Nazaret. No habría imaginado nunca que hubiera que arreglar tantas hebillas y brazaletes y collares y lises. Hasta he tenido que rogar a Mateo que me trajera metal de Tiberíades. Me he hecho una clientela... ¡Ja! ¡Ja! (ríe alegre) como no la tiene ni siquiera mi padre. Verdad es que no pido dinero...
-¿Pones tú todo?
-No. Cobro sólo el valor del metal. El trabajo lo regalo.
-Eres generoso.
-No. Sabio. No estoy ocioso. Doy ejemplo de laboriosidad y de desapego del dinero y... predico... ¡Calla! Creo que actuando así he predicado más, sin decir una palabra, sin haber dicho una palabra en la sinagoga, que si hubiera estado hablando sin parar. Y además... hago práctica. Me he prometido a mí mismo que con el trabajo haré propaganda, cuando tenga que ir a predicar a Jesús en medio de los infieles; me estoy adestrando a ello.
-Eres sabio como orfebre y como apóstol.
-Me esfuerzo en serlo por amor a Jesús... ¿Así que tú has ganado una hermana? Trátala bien, ¿eh? Es como una palomita de nido; te lo digo yo, que estoy acostumbrado por mi oficio a tratar con las mujeres. Es una ingenua palomita que ha tenido gran miedo del gavilán, y que busca alas maternas y fraternas como defensa. Si tu madre no la hubiera deseado, la habría pedido yo para mi hermana gemela. ¡Un hijo más, un hijo menos! Es muy buena mi hermana, ¿sabes?
-También mi madre. Se le murió una niña cuando se quedó viuda. Quizás con el dolor de la muerte de su marido la leche se había hecho mala... Yo apenas me acuerdo de esa hermanita... y quizás ni siquiera la recordaría, si mi madre no la llorase frecuentemente, y si todas las niñitas pobres de Belén no hubieran tenido derecho a comida y vestidos de nuestra casa en recuerdo de la pequeñuela muerta... Y, como he crecido yo solo con mi madre, he acabado teniendo yo también un gran amor por las niñas pequeñas... Me doy cuenta de que ésta ya no es una niña pequeña... pero la veré como si lo fuera, por su corazón, si es como decís mi madre, Noemí y tú...
-Puedes estar seguro de ello. Vamos allá...
Allá, o sea, en el comedor, están las mujeres, Jesús y el Zelote. Y Mirta, que ha venido ya con una gran esperanza, está conquistando a Áurea, probándole una túnica de lino que ha cosido para la muchacha.

-Te cae muy bien - dice mientras se la quita y la acaricia, y mientras le coloca bien la túnica que, al meter la nueva, se ha descolocado - Te cae muy bien. Bueno, todo irá bien. Ya verás, hija mía... ¡Oh, ahí está mi Abel! Acércate, hijo. Ésta es Áurea. ¿Sabes que ahora va a ser nuestra?

-Lo sé, madre, y estoy contento junto contigo.

Mira a la muchacha... la estudia... sus ojos oscuros se quedan fijos y se pierden en los grandes iris de pálido cielo de ella. El examen le satisface. Le sonríe. Le dice: -Nos amaremos en el Señor, que nos ha salvado, y lo amaremos a Él y haremos que lo amen. Y seré para ti hermano en el espíritu y en el afecto. Lo prometo delante del Maestro y de mi madre - y con una hermosa sonrisa límpida de joven puro, ya encaminado hacia la alta espiritualidad, le tiende la mano fuerte y morena.

Áurea titubea, pero luego, ruborizándose, pone su mano izquierda en la derecha que le ofrecen, y dice:

-Así lo haremos. En el Señor.

Los adultos se sonríen entre sí...

-Aquí se puede entrar sin llamar a las puertas...

-¡Ahí está Simón de Jonás! Esta vez no ha resistido la tentación... - ríe Tomás mientras se apresura a ir afuera.

-Sí, no he resistido... ¡La paz a ti, Maestro!

Besa a Jesús y Jesús lo besa.

-¿Quién puede resistir?

Ve a María y se inclina para saludar, luego prosigue:

-Pero, por escrúpulo, hemos pasado por Tiberíades y hemos buscado a Judas. Porque... ¡estamos todos, eh! Los otros están llegando. También Margziam... Bueno, estaba diciendo que hemos pasado por Tiberíades. ¡Mmm!... en fin, buscando a Judas, por si... hubiera pensado, al menos para el cuarto sábado, venir a Cafarnaúm... Habría sido feo que no hubiéramos estado ninguno... Y lo hemos encontrado... En fin, bueno, lo ha encontrado Isaac, que iba a saludar a Jonatán... Porque Isaac ha terminado por venir a Cafarnaúm a esperarte con no sé cuántos, que se han quedado allí para hacerse más sabios bajo la guía de Hermas y Esteban, de tu hijo, Noemí, y del sacerdote Juan... Pero Isaac debe haber destruido las impaciencias, los resentimientos, las furias, en su larga enfermedad... ¡No reacciona nunca! Aunque le estén dando bofetadas, sonríe... ¡Qué hombre más pacífico! Bien. Nos dijo: "He visto a Judas. No va. No insistáis". Comprendí. Y dije: "¿Te ha respondido mal? Dilo. Soy el jefe y debo saberlo...". "¡Oh, no!" respondió. "No ha respondido mal él, sino su mal. Hay que compadecerse de él"... Pues nada, compadezcámoslo... Bueno, en definitiva, que estamos aquí. Y bien contentos de... Ahí están los otros...

Y con los otros están también Judas y Santiago de Alfeo, con su madre y los discípulos de Nazaret: Aser, Ismael y Simón de Alfeo, y, cosa rara, también José de Alfeo.

Descargan sus bolsas. Natanael ha traído miel. Felipe una cesta pequeña de uva blonda como los cabellos de Áurea. Pedro, pescado marinado, y lo mismo los hijos de Zebedeo. Mateo, que no tiene una casa gobernada por mujeres, y por tanto, no tiene ninguna cosa buena, ha traído un ánfora llena de tierra y dentro de ella un tronco sutil, que, por las hojas, diría que es un limonero o un naranjo u otra planta de agrios, y explica:

-Una primicia... Sólo quien haya estado en Cirene puede tenerlo, y conozco a uno que ha ido a Cirene, uno del fisco, como era yo antes. Ahora ya no trabaja y está en Ippo. He ido para que me diera esta plantita, porque se debe plantar con la Luna nueva. Son frutos buenos, hermosos, y la flor tiene un suave aroma y parece una estrella de cera, una estrella como tu nombre... Aquí tienes - y ofrece la planta a María.

-¡Pero cuánto has trabajado con este peso, Mateo! Te lo agradezco. Mi huerto cada vez es más bonito por vosotros: el alcanfor de Porfiria, las rosas de Juana, tu planta rara, Mateo, las otras, de flores, que trajo Judas de Keriot... ¡Cuántas cosas bonitas! ¡Qué buenos sois todos con la Madre de Jesús!

Todos los apóstoles están conmovidos; lo único, se miran con el rabillo del ojo unos a otros cuando María nombra a Judas.

-Sí. Te quieren. Pero también nosotros - dice serio y todo erguido José de Alfeo.

-¡Ciertamente! Vosotros sois los queridos hijos de Alfeo, pariente mío y de María, que es muy buena. Y me queréis. Pero esto es natural. Somos parientes... Éstos, sin embargo, no son de la sangre, y, no obstante, son como hijos para mí, como hermanos para Jesús, por lo mucho que lo aman y por cómo lo siguen...

José comprende la alusión; se aclara la voz buscando las palabras... Las encuentra... Dice:

-Ya, claro. Pero si yo no estoy todavía con ellos es porque pienso también en las consecuencias para Él, para ti... y... y... En definitiva, también es amor el mío, especialmente hacia ti, pobre mujer que te quedas sola demasiado tiempo... Y he venido a decir a Jesús que me alegro de que se haya recordado también de las necesidades de su Madre y haya hecho lo que era útil hacer aquí... - y, contento de ser la *"cabeza"* de la parentela y de poder alabar y reconvenir, se digna encomiar a Jesús por todos los trabajos de carpintería, barnizado y otros, hechos en ese mes: « ¡Así hay que hacer! ¡Ahora se ve que esta mujer tiene un hijo! Y me alegro de poder decir que reconozco a mi sabio Jesús de Nazaret. ¡Sí, señor, muy bien!».

Y el sabio Jesús de José, el sapientísimo Verbo Divino humillado en una carne, manso y humilde, acoge estas alabanzas mezcladas con los... autorizados consejos de su primo José con una sonrisa tan dulce, que sirve para frenar cualquier intempestiva reacción apostólica en favor de Jesús.

Y José, que ya ha tomado carrerilla, viéndose escuchado de esa manera, no se refrena, sino que prosigue:

-Mi esperanza es que de ahora en adelante Nazaret no tenga ya la imagen de una pobre madre abandonada y de un hijo suyo que, imprudente, se sale del sendero común para recorrer caminos poco seguros respecto a las metas y a las consecuencias. Hablaré con mis amigos, con el arquisinagogo... Te perdonaremos... Nazaret se alegrará mucho de volverte a abrir sus brazos como a un hijo que vuelve, y que vuelve como ejemplo de virtud para todos los habitantes; mañana mismo, yo mismo, iré de nuevo contigo a la sinagoga y...

Jesús alza la mano, imponiendo silencio, y, sereno pero bien decidido, dice:

-A la sinagoga, como fiel, ciertamente iré, como he ido los otros sábados. Pero no hace falta que intercedas en favor mío. Porque una hora después de la puesta del sol me marcharé para evangelizar de nuevo, como es mi deber de obediencia al Altísimo.

-¡Oh, una humillación grande para José! ... ¡Muy grande!... Toda su mansedumbre se quebranta y vuelve a emerger su hostil intransigencia:

-De acuerdo. Pero no me busques cuando necesites algo. Yo he cumplido con mi deber. Tus seguras desventuras no caen sobre mí. Adiós. Aquí sobro, porque no puedo comprenderos a vosotros y vosotros no podéis comprenderme a mí. Me retiro, sin rencor, pero muy afligido... Que el Señor te proteja como protege a todos los... simples de mente, incompletos... ¡Adiós, María! ¡Sé fuerte, pobre madre!

-Adiós, José. Pero no es por Él por quien debo ser fuerte, sino por ti. Porque tú eres el que está fuera del camino de Dios, y me causas dolor - dice serena pero segura María.

-¡Lo que pasa es que eres un necio! Y, si no fuera porque ahora eres el jefe de casa, te pegaría, fruto de mi sangre pero no de mi espíritu... - grita María de Alfeo. Y diría más cosas, pero María le suplica:

-¡Calla! Por amor a mí.

-Callo. Sí. Pero... fijaos... ¡que tenga que ver entre mis hijos a un bastardo como ése!...

Entretanto, el bastardo se ha marchado, mientras la buena María de Alfeo descarga todo su peso por este hijo obstinado. Y termina su desahogo en un fuerte llanto, y, en medio de sollozos, manifiesta lo que, dentro de su pena, es su mayor pena: -¡Y a ése no lo voy a tener conmigo en el Cielo, no lo voy a tener! ¡Lo veré en medio de tormentos! ¡Oh, Jesús, haz Tú el milagro!

-¡Sí, mujer! ¡Sí, María! ¡No llores! También tendrá su hora él. La undécima, quizás. Pero la tendrá. Te lo aseguro. No llores... - la consuela Jesús... Y, una vez terminado el llanto, dice a los apóstoles y discípulos:

-Venid al olivar mientras las mujeres preparan sus cosas. Vamos a hablar entre nosotros.

## 441

## Partida de Nazaret. Un incendio de brezos durante el viaje viene a ser el tema de una parábola.

Declina la tarde del verdadero sábado y la vida comienza de nuevo, después del descanso sabático; aquí, en la casita de Nazaret, comienza, después del descanso, con los preparativos para la partida: se colocan provisiones; se dispone la ropa aprovechando bien el espacio dentro de las alforjas - alforjas atadas fuertemente con prietos nudos -; se observan las sandalias (si están bien seguras sus correas de cuero y sus hebillas); se da de beber y comer a los burritos, cerca del seto del huerto... Y saludos, y alguna lágrima entre sonrisas y bendiciones. Promesas de volver a verse pronto... Y el don, inesperado, de Tomás a María: una fíbula - nosotros diríamos un broche -, para tener recogida la túnica en el escote, hecha de tres delgados, livianos, perfectos tallitos de muguete, recogidos en dos hojas, cuya exactitud respecto a las verdaderas resulta del metal tratado por mano maestra.

-Sé, Madre, que no la llevarás. Pero, de todas formas, acéptala. Deseaba hacer esto para ti desde que un día mi Señor habló de ti comparándote a los lirios de los valles... No he hecho nada para tu casa... pero he hecho esto para ti, para que la alabanza de tu Hijo quedara traducida en símbolo, para ti que la mereces más que ninguna otra mujer. Y si no he podido dar al metal la suavidad del tallo vivo y la fragancia de la flor, que mi sincero amor por ti, lleno de veneración, lo haga suave como una caricia y lo perfume con mi devoción hacia ti, Madre de mi Señor.

-¡Oh, Tomás! Es verdad, yo no llevo joyas, porque me parecen cosas vanas; pero esto no es vano: esto es amor de mi Jesús y de su apóstol, y lo recibo con amor. Lo miraré todos los días y pensaré en el buen Tomás, que ama tanto a su Maestro, que retiene no sólo la Doctrina suya, sino también sus más humildes palabras sobre las cosas más humildes y sobre las más humildes insignificantes personas. Gracia, Tomás. ¡No por el valor, sino por tu amor! Gracias.

Todos observan con admiración la obra perfecta, y Tomás, todo feliz, saca una cosita aún más pequeña que ha hecho: tres estrellitas de jazmín con minúsculas hojas y unidas en un círculo sutil. Se lo da a Áurea.

-Porque no lo has querido con coquetería, porque has estado aquí mientras el jazmín florece, y para que las estrellitas te recuerden a nuestra Estrella. Pero, pon atención: tú, con tus virtudes, debes perfumar a las flores y ser tú misma una flor, cándida, hermosa, pura, que perfume hacia el Cielo. Si no lo haces así, pido la restitución del broche. Ánimo, no llores... que todo pasa... y... y pronto volveremos a casa de María o Ella vendrá donde nosotros... y...

Pero Tomás, ante el aumento de las lágrimas de Áurea, siente que es mejor no proseguir. Y sale afligido. Dice a Pedro:

-Si hubiera imaginado que... se ponía a llorar más, no le hubiera dado nada... Ese broche lo he hecho precisamente para consolarla en este momento... No he acertado...

Y Pedro, con la confusión del momento, pierde el control y dice:

-Siempre es así en las despedidas... Si hubieras visto a Síntica enton...

Se da cuenta de que ha hablado, quiere recobrarse, se pone lívido... pero ya no tiene solución...

Tomás comprende y, con bondad, le echa un brazo alrededor del cuello y dice: -No te aflijas, Simón. Sé callar. Y comprendo por qué habéis callado... Por Judas de Simón. Yo, por el Dios de nuestros padres, te juro que lo que involuntariamente he sabido está olvidado. ¡No sufras, Simón!...

-Es que el Maestro no quería...

-Sin duda tenía todas las razones para hacerlo. No lo tomo a mal.
-Ya lo sé. Pero ¿qué dirá?...
-Nada, porque no sabrá nada. Fíate de mí.
-¡Ah, no! Yo al Maestro no le ando con ningún subterfugio. He errado, merezco reprensión, y además inmediatamente. No voy a tener paz si no le confieso mi error. Tomás, sé bueno, ve a llamarlo...
-Voy al taller. Ve y vuelve con Él. Yo estoy demasiado turbado para hacerlo y los otros lo notarían.
Tomás lo mira con admirada compasión y vuelve a la casa para llamar a Jesús: -Maestro, ven un momento. Tengo que decirte una cosa.
Jesús, que estaba saludando a María de Alfeo, lo sigue sin dilación:
-¿Qué quieres? - pregunta mientras camina a su lado.
-Yo nada. Es Simón el que tiene que decirte algo. Ahí está...
-¡Simón! ¿Qué te pasa que estás tan turbado?
Pedro se arroja a los pies de Jesús gimiendo:
-¡He pecado! ¡Absuélveme!
-¿Pecado? ¿En qué? Estabas con nosotros, contento, tranquilo...
-¡Maestro, te he desobedecido! He hecho mención de Síntica a Tomás... Estaba turbado por las lágrimas; él lo estaba más que yo y creía que las había aumentado él... Para consolarlo, he dicho: "Siempre sucede esto en las despedidas... Si hubieras visto a Síntica...", ¡y él ha comprendido!...
Pedro levanta su desencajada cara; su mirada está llena de humillación, de desolación.
-... ¡Alabado sea Dios, mi Simón! creía que hubieras hecho cosas mucho más graves que ésta. Y tu sinceridad anula incluso esta cosa. Has hablado sin malicia, has hablado a un compañero tuyo. Tomás es bueno y no divulgará...
-Sí, me lo ha jurado... Pero, ¿ves?, ahora tengo miedo de ser demasiado necio y de no saber custodiar un secreto.
-Hasta ahora lo has hecho.
-Sí, pero fíjate, jamás ni una palabra a Felipe y Natanael, y ahora...
-¡Vamos, levántate! El hombre es siempre imperfecto. Pero cuando lo es sin malicia no comete pecado. Vigílate. Pero no te aflijas más. Tu Jesús tiene para ti un beso, y ninguna otra cosa. Tomás, ven aquí.
Tomás se acerca inmediatamente.
-Sin duda has comprendido las razones del silencio, ¿no?
-Sí, Maestro. Y he jurado respetarlo por mi parte y según mi capacidad. Ya se lo he dicho a Simón...
-A1 necio Simón - suspira Pedro.
-No, amigo. Me has edificado por tu humildad y sinceridad perfectas. Me has dado una gran lección y la recordaré. No puedo darla a conocer, por prudencia, y ello me duele, porque pocos de entre nosotros tienen y tendrían la justicia que tú has tenido... Pero, nos están llamando. Vamos.
En efecto, muchos están ya en la calle. Las tres mujeres - Noemí, Mirta y Aurea - están ya subidas a los burros. María está con su cuñada al lado de Áurea, y la besan de nuevo, y, cuando ven venir a Jesús, besan a las dos condiscípulas; como última cosa, saludan a Jesús, que las bendice antes de ponerse en camino...
María y María Cleofás vuelven a la casa... A la casa, en que quedan, como recuerdo de lo que poco antes había, sillas movidas, vajilla sin recoger... el desorden que sigue a una partida.
María, distraídamente, acaricia el pequeño telar en que enseñaba a Áurea a trabajar... Tiene los ojos brillantes de llanto contenido.
-¡Estás sufriendo, María! - le dice María Cleofás, que llora sin poner esfuerzo por no hacerlo - ¡Le habías tomado cariño!... Viene aquí... luego se van... y nosotras sufrimos...
-Es nuestra vida de discípulas. Ya has oído lo que decía hoy Jesús: "Así haréis en el futuro; viendo en todas las criaturas almas fraternas, seréis hospitalarias, sobrenaturalmente hospitalarias, sintiéndoos peregrinas vosotras mismas que a los que acogéis los acogéis como peregrinos. Ayudaréis, ofreceréis descanso, consejo, y luego dejaréis que los hermanos vayan hacia sus destinos sin retenerlos con amor celoso, seguras de que más allá de la muerte os volveréis a encontrar con ellos. Vendrán las persecuciones y muchos os dejarán para ir al martirio. Ni seáis cobardes ni aconsejéis la cobardía. Quedaos en oración en las casas vacías para sostener el coraje de los mártires, serenas para fortalecer a los más débiles, fuertes para estar preparadas a imitar a los héroes. Habituaos a las separaciones, a los heroísmos, al apostolado de la caridad fraterna, ya desde ahora...". Y nosotras lo hacemos. Sufriendo,... ¡es verdad! Somos criaturas de carne... Pero el espíritu goza con una alegría espiritual suya que es hacer la voluntad del Señor y cooperar a su gloria. Y además... yo soy la Madre de todos... y no debo serlo de uno solo. No soy exclusivamente ni siquiera de Jesús... Ya ves que lo dejo marcharse sin retenerlo... Quisiera estar con Él, eso sí. Pero El juzga que debo quedarme aquí hasta que me diga: "Ven". Y me quedo aquí ¿Sus estancias aquí?: mis alegrías de Madre. ¿Mis peregrinaciones con Él?: mis alegrías de discípula. ¿Mis soledades aquí?: mis alegrías de fiel que hace la voluntad de su Señor.
-El Señor es tu Hijo, María...
-Sí. Pero no deja de ser mi Señor... ¿Vas a estar aquí conmigo María?
-Sí, si me dejas... ¡Está tan triste mi casa las primeras horas en que está vacía de mis hijos!... Mañana ya es otra cosa... Y esta vez… bueno, esta vez lloraría más...
-¿Por qué, María?
-Porque ya desde ayer estoy llena de llanto... Soy un aljibe, un aljibe en tiempo de lluvias.
-¿Pero por qué, María?

-Por José... ayer... ¡Oh! No sé si ir y reprenderle severamente porque, al fin y al cabo... porque este seno lo ha llevado y estos pechos lo han amamantado, y no hay primogenitura que sea superior a una madre,... o si no volver a hablarle, jamás, a este bastardo que me nació y que ofende a mi Jesús y a ti y...

-No harás nada de eso. Serás para él siempre "la mamá". La mamá que se compadece del hijo obstinado, enfermo, descarriado, y lo amansa con la bondad y lo lleva a Dios con la oración y la paciencia... ¡Venga, ánimo, no llores!... Más bien, ven conmigo. Vamos a orar por él en mi habitación, por los que se marchan, por la joven, para que sufra poco y se forme santamente... Ven, ven, María mía - y la lleva consigo...

Mientras tanto los peregrinos van siguiendo su camino hacia el sudoeste. Adelante van las mujeres, montadas en sus burritos, los cuales, bien alimentados y descansados, van con un trote alegre, obligando a Margziam y a Abel - que por prudencia están a los lados de Áurea, que monta en silla por primera vez - a ir casi corriendo. Y, si bien la cosa es fatigosa, ello sirve para distraer a la joven del dolor por haberse separado de María. De vez en cuando, para dejar un momento de respiro a los dos jovencitos, Mirta para a su burrito ordenando el alto, y no se vuelve a poner en movimiento sino cuando las alcanza el grupo apostólico. Y, en las paradas, Áurea, al dejar de estar distraída por las peripecias de la equitación, vuelve a ponerse triste...

Margziam, experto en sus dolorosas, dilatadas vicisitudes de huerfanito, recogido por caridad por una madre adoptiva después de haber conocido a María, la consuela diciéndole cómo después uno le coge cariño a la madre adoptiva «exactamente igual que si fuera nuestra mamá», y cuenta sus impresiones, y cuenta cómo María y Matías son fe-ices con Juana, y Anastática con Elisa.

Áurea escucha estas narraciones, y, cuando Margziam termina con estas palabras: «Créeme que todas las discípulas son buenas y Jesús sabe a quién confiar a los pobrecillos como nosotros», y Abel remacha: «No debes desconfiar de mi madre, que está muy contenta de tenerte y ha orado mucho en estos días para conseguirte de las manos de Dios», Áurea dice:

-Lo creo. Y la quiero... Pero María es María... y debéis comprender...

-Sí. Pero es que nos duele el verte triste...

-¡Pero ya no estoy triste como en casa del romano y como en las primeras horas de la liberación!... Me siento sólo... desorientada. Yo hacía años que no recibía caricias... Nadie, hasta María, me había vuelto a hacer caricias, después de tantos años de amos...

-¡Alma mía! ¡Pero si yo estoy aquí para hacerte caricias! Seré una segunda María para ti. Ven aquí, cerca... Si fueras más pequeña, te llevaría en mi silla, como hacía con mi Abel cuando era niño... Pero ya eres una mujer... - dice Mirta acercándose y tomándole una mano - Una mujercita, para mí, a la que voy a enseñar muchas cosas; y, cuando Abel se marche lejos, a evangelizar, yo y tú acogeremos a los peregrinos, como dice el Señor, haremos mucho bien en su Nombre. Eres joven, me ayudarás...

-¡Fijaos qué luz hay allí, detrás de aquella loma! - exclama Santiago de Zebedeo, que les ha dado alcance.

-¿Se está quemando un bosque?

-¿0 un pueblo?

-Vamos corriendo a ver...

Ya ninguno está cansado, porque la curiosidad anula cualquier otra sensación. Jesús los sigue benévolo, dejando el camino para tomar una vereda que sube por una loma. Pronto llegan a la cima...

No es ni un bosque ni un pueblo lo que arde, sino una vasta depresión entre dos elevaciones, poblada de brezos, que resecos por el verano, han prendido fuego quizás por alguna chispa proveniente de los leñadores que han estado trabajando más arriba, talando árboles, y ahora arde: una alfombra de llamas bajas, pero vivas, que se desplaza, después de haber devastado los lugares en que ha prendido primero, en busca de nuevos brezos que quemar. Los leñadores intentan la acción contra el fuego. Pero es inútil. Son pocos y, si trabajan en un lado, el fuego se extiende por otro.

-Si llega al bosque es un desastre. Hay árboles de resinas - sentencia Felipe.

Jesús, con los brazos cruzados, erguido en el límite de la loma, mira y sonríe mientras piensa...

El contraste entre la luz blanca de la Luna, a oriente, y la roja de las llamas, a occidente, es vivo, y mientras que las espaldas de los que miran se presentan llenas de blancura por los rayos lunares, sus rostros se ven intensamente rojos por el reflejo de las llamas, las cuales corren, corren, como agua que crece, se desborda y se extiende por todas partes... Está a pocos metros del bosque el incendio, ya ilumina las pilas de leña colocadas en su límite, y el claror, que cada vez es más vivo, muestra las casitas de un pueblecito que está situado en la cima de la loma por la que sube el fuego.

-¡Pobre gente! ¡Van a perderlo todo! - dicen muchos de los presentes. Y miran a Jesús, que no habla y sonríe...

Pero luego... Jesús abre los brazos y grita:

-¡Detente! ¡Muere! Lo quiero.

Y, como si un moyo de grandes dimensiones bajase a sofocar las llamas, prodigiosamente el fuego deja de llamear y la viva y ágil danza de las lenguas se transforma en carbones rojos, encendidos pero sin llamas, luego el rojo se hace violáceo, gris rojo... algún zig-zagueo todavía entre la ceniza... y luego no queda más que la Luna con su plata para dar luz a la floresta.

A1 nítido claror, se ve a los leñadores reunirse gesticulando, mirando a su alrededor, hacia arriba... buscando al ángel del milagro...

-Vamos a bajar. Voy a labrar esas almas con este inesperado motivo que me han proporcionado. Nos detendremos en el pueblecillo en vez de en la ciudad. Partiremos al alba. Tendrán un sitio para las mujeres. Para nosotros es suficiente el bosque - dice Jesús, y baja veloz, seguido por los demás.

-¿Pero por qué sonreías así? ¡Parecías dichoso! - pregunta Pedro.

-Lo sabrás por mis palabras.

Ya están donde el baldío se ha transformado en cenizas, todavía calientes y crujientes bajo las sandalias. La atraviesan. Cuando llegan al centro, al lugar en que la Luna incide de lleno, los leñadores los ven.

-¡Como decía yo! ¡El único que podía haber hecho esto era Él! Vamos a correr a venerarlo - grita un leñador, y lo hace arrojándose entre las cenizas a los pies de Jesús.

-¿Por qué crees que he podido hacerlo?

-Porque sólo el Mesías puede esto.

-¿Y cómo sabes que Yo soy el Mesías? ¿Es que me conoces?

-No. Pero sólo el Bueno que ama a los pobres puede haber tenido piedad, y sólo el Santo de Dios puede haber mandado al fuego y ser obedecido. ¡Bendito sea el Altísimo, que nos ha enviado a su Mesías! ¡Y el Mesías, que ha llegado a tiempo de salvarnos las casas!

-Deberíais tener más apremio por salvaros el alma.

-El alma se salva creyendo en ti y tratando de hacer lo que enseñas. Pero como puedes comprender, Señor, la desolación de ser despojados de todo puede hacer débiles a nuestras débiles almas... y llevarlas a dudar de la Providencia.

-¿Quién os ha instruido acerca de mí?

-Algunos discípulos tuyos... Ahí están nuestras familias... Temiendo que todo el collado prendiese fuego, habíamos dicho que los despertaran... Acercaos... Y luego enviamos a otro hombre para que dijera que había un milagro y que vinieran a ver, Aquí están, Señor. La mía. La de Jacob. Ésta es la de Jonatán; ésta, la de Marco; ésta, la de mi hermano Tobías; y ésta, la de Eleazar; y luego las otras, de los que son pastores y ahora están en los altos montes, en los pastos...

Es un grupo de unas doscientas cincuenta personas como mucho, comprendidos los numerosos niños, todavía lactantes o poco ha separados del pecho, que lloriquean despertados a la mitad o que duermen, desconocedores del peligro que han corrido.

-La paz a vosotros todos. El ángel de Dios os ha salvado. Alabemos juntos al Señor.

-¡Nos has salvado Tú! ¡Tú, que siempre estás presente donde hay fieles que creen en ti! - dicen muchas mujeres... Y los hombres asienten con gravedad.

-Sí. Donde hay fe en mí, está presente la Providencia. De todas formas, tanto en las cosas del espíritu como en las de la materia, es necesario actuar con continua prudencia. ¿Qué es lo que ha encendido los brezos? Probablemente una chispa que se ha escapado de vuestros fuegos, o una ramita que haya querido encender en el fuego uno de los niños, para divertirse en agitarla y lanzarla hacia abajo con la despreocupación de su edad. En efecto, es bonito ver una flecha de fuego surcar el aire que oscurece. Pero, ¡ya veis lo que puede causar una imprudencia! Puede causar graves desastres. Una chispa, o una ramita caída entre los brezos secos, ha sido suficiente par hacer arder un valle, y, si el Eterno no me hubiera enviado, todo el bosque se habría transformado en un brasero que habría consumido en medio de una mordaza de fuego vuestros bienes y vuestras vidas

Lo mismo con las cosas del espíritu. Hay que estar continua y prudentemente atentos, para que una flecha de fuego, una chispa, no prendan en vuestra fe y la destruyan, después de un proceso inadvertido de incubación en el corazón, con un fuego deseado por los que me odian y provocado para hacerme pobre en fieles. Aquí, el fuego, detenido a tiempo, se ha transformado de maléfico en benéfico, destruyendo el baldío inútil, que habíais dejado prosperar en el valle, y preparándoos, con su destrucción y con el abono que supone las cenizas, un terreno que, si sois trabajadores, podréis explotar con útiles cultivos. ¡Pero en los corazones lo que sucede es muy distinto cuando se os destruye todo el Bien, ya nada más puede brotar ahí, excepción de zarzas para cama de demonios.

Recordad esto y vigilad contra las insinuaciones de mis enemigos; que, como chispas infernales, serán lanzadas a vuestros corazones. Cuando llegue, estad preparados para el contrafuego. ¿Y cuál es este contrafuego? Es una fe cada vez más fuerte, una voluntad inquebrantable de ser de Dios. Es un pertenecer al Fuego santo. Porque el fuego no se come al fuego. Ahora bien, si sois fuego de amor al Dios verdadero, el fuego del odio a Dios no podrá perjudicaros. El Fuego del amor vence a cualquier otro fuego. Mi Doctrina es amor, y quien la recoge entra en el Fuego de la Caridad, y ya no puede ser torturado por el fuego del Demonio.

Desde lo alto de aquella loma, mientras veía arder los brezos y oía las palabras que vuestros espíritus dirigían al Señor Dios suyo - más aún que ver vuestras acciones orientadas a apagar las llamas -, Yo sonreía. Y un apóstol mío me ha dicho: "¿Por qué sonríes?". Le he prometido: "Te lo diré hablando a los salvados". Lo hago. Sonreía pensando en que, de la misma forma que las llamas se extendían entre los brezos del valle, en vano agredidos por vuestras maniobras, así se va a extender mi Doctrina por el mundo, en vano perseguida por quien no quiere la Luz. Y habrá luz y purificación y bonificación. Cuántas pequeñas serpientes han perecido entre estas cenizas, y con ellas otros seres dañinos! Vosotros teníais miedo a este valle porque en él había demasiados áspides. Pues podéis ver que ni uno sólo se ha salvado. Igualmente el mundo será liberado de muchas herejías, de muchos pecados, de muchos dolores, cuando me haya conocido y haya sido purificado por el fuego de mi Doctrina. Limpiado y liberado de las plantas inútiles, capacitado para recibir la semilla, enriquecido en frutos santos.

Por esto sonreía... Veía en el fuego que avanzaba un símbolo de la extensión de mi Doctrina por el mundo... Luego la caridad hacia el prójimo, que no ha de separarse nunca de la caridad hacia el Señor, ha devuelto mi pensamiento a vuestras necesidades. Y he bajado la mirada mental desde la contemplación de los intereses de Dios hasta la de los intereses de los hermanos, y he parado el fuego para que en medio de vuestro júbilo alabaseis al Señor. Veis, pues, que mi pensamiento ha subido a Dios, de Él ha bajado, más poderoso aún porque el ensimismamiento con Dios aumenta siempre nuestras facultades, y ha vuelto a subir después, junto con el vuestro, a Dios. De esta forma, por la caridad, he realizado conjuntamente los intereses del Padre y de mis hermanos. Actuad también vosotros de modo semejante en el futuro de vuestra vida.

-Y ahora, para estas mujeres, os pido un lugar para pasar la noche. La Luna se está poniendo y el incendio ha retardado nuestro camino. Así que no podemos proseguir hasta la ciudad cercana.

-¡Venid! ¡Venid! Hay sitio para todos. ¡Podíamos estar nosotros sin techo! Nuestras casas son vuestras. Son casas de pobres, pero están limpias. ¡Venid! ¡Venid y quedarán bendecidas!- gritan todos.

Y lentamente suben la ladera, más bien empinada, hasta llegar al pueblecillo que milagrosamente se ha salvado de la destrucción, para desaparecer después cada uno con quien le da alojamiento...

## 442

## Judas Iscariote en Nazaret en casa de María.

Leve, levísimamente rojea oriente con el primer atisbo de aurora, cuando Judas de Keriot llama a la puerta de la pequeña casa de Nazaret.

En la calle sólo hay campesinos, mejor dicho: pequeños propietarios de Nazaret, en dirección a sus viñas u olivares, con sus herramientas de trabajo; y miran con asombro a ese hombre que llama a una hora tan mañanera a la casa de María. Cuchichean.

-Es un discípulo - dice uno, respondiendo al comentario de otro.

-Está claro que busca a Jesús de José.

-Es inútil. Ayer noche se ha marchado. Lo he visto yo. Voy a decírselo...- dice otro.

-¡Déjalo! Es Judas de Keriot. No me gusta ese hombre. Nosotros quizás cometemos muchos errores con Jesús y hacemos mal. Pero él, ése, el año pasado ha hecho mucho daño aquí entre nosotros... Quizás nos hubiéramos convertido. Pero él...

-¿Qué? ¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

-Yo estaba presente una noche en casa del arquisinagogo y, necio de mí, creí inmediatamente en todo... ¡Ahora... basta! Creo que he pecado.

-Quizás él también se ha dado cuenta de que ha pecado y...

Se alejan y ya no oigo nada de lo que dicen.

Judas vuelve a golpear en la puerta. Ha estado pegado a ella, la cara contra la madera, como para evitar ser visto y reconocido. Pero la pequeña puerta no se abre. Judas hace un gesto de contrariedad y se aleja por la callecilla que bordea el huerto. Da la vuelta hacia la parte de atrás de la casa. Da una ojeada por encima del seto al huerto quieto, animado sólo por las palomas.

Judas piensa qué hacer. Habla consigo mismo: «A lo mejor se ha marchado Ella también. No obstante... la habría visto. Bueno y... No. Ayer, al atardecer, oía su voz... Quizás ha ido a dormir donde su cuñada... ¡Uf! Eso es tan latoso como tener una abeja delante de la cara, porque volverán juntas, y yo quiero hablarle estando sola, sin esa vieja como testimonio. Es una lenguaraz y me haría una serie de observaciones. No quiero observaciones yo. Y es astuta, como todas las viejas lugareñas. No aceptaría como buenas mis disculpas, y se lo comentaría a esa ignorante paloma de su cuñada... A ésa estoy seguro de engañarla en todos los sentidos. Es tarda como una oveja... Y debo poner remedio a lo que sucedió en Tiberíades. Porque si habla... ¿Habrá hablado, o habrá guardado silencio? Si ha hablado... es más difícil arreglar las cosas... Pero no habrá hablado... Confunde la virtud con la necedad. Como es la Madre, así es el Hijo... Y los otros actúan mientras ellos duermen. Y la verdad es que tienen razón. ¿Por qué dejarlos aparte si parece que quieren?... Pero, por otra parte, ¿qué es lo que quieren?... Tengo la cabeza tan embarullada... Tengo que dejar de beber y... ¡Ya!, pero es que el dinero tienta, y soy como un potro al que hubieran tenido demasiado tiempo encerrado. Dos años, eh! ¡Más de dos años! Dos años de todas las abstinencias... Pero... entretanto... ¿Qué decía anteayer Elquías? ¡No son malas sus enseñanzas! ¡Ciertamente! Todo es lícito con tal de lograr establecer a Jesús en el trono. ¿Pero si El no quiere? De todas formas, debo pensar, ciertamente, que, si no triunfamos, todos nosotros vamos a acabar como los seguidores de Teodas o de Judas el Galileo... Quizás haría bien en separarme porque... bueno porque no sé si lo que ellos quieren es bueno. Me fío poco de ellos... Demasiado cambiados de un tiempo a esta parte... Y si... ¡Qué horror! ¿Ser yo el medio para perjudicar a Jesús? No. Me separo. De todas formas, es amargo haber soñado el reino y volver a ser, ¿qué?... Nada... Pero mejor nada que... Él dice siempre: "aquel que cometa el gran pecado". ¿Oye? ¡No iré a ser yo, eh! ¿Yo? ¿Yo? Antes me ahogo en el lago... Me marcho. Es mejor que me marche. Iré donde mi madre. Le pediré dinero, porque está claro que no puedo pedirles a los miembros del Sanedrín el dinero para marcharme. Me... me ayudan porque esperan que yo los ayude a salir de la incertidumbre. Una vez que Jesús sea rey, estamos seguros. La muchedumbre con nosotros... Herodes... ¿quién se va a preocupar de él? Los romanos no, el pueblo tampoco. ¡Todos lo odian! Y... y... Pero Jesús es capaz de renunciar nada más ser proclamado rey. ¡Oh! ¡Bien! ¡Si Eleazar de Anás me asegura que su padre está preparado para ceñirlo rey!... Después ya no puede quitarse el carácter sagrado. En el fondo... yo hago como aquel administrador infiel de su parábola... Recurro a los amigos por mí, sí, es verdad, pero también por Él. Hago, por tanto, servir los medios injustos para... ¡Y, a pesar de todo, no! Debo tratar de persuadirlo. No estoy convencido de actuar bien haciendo este subterfugio... y... ¡Oh, si pudiera convencerlo! ¡Porque sería tan hermoso! Mucho... ¡Sí! Ésta es la mejor idea. Decir todo al Maestro con franqueza. Suplicarle... Si es que María no le ha hablado de Tiberíades... ¿Cómo he dicho que hay que decir a María? ¡Ah! ¡Sí! La negativa de las romanas. ¡Maldita mujer aquélla! ¡Si no hubiera ido a donde ella aquella noche, no me habría encontrado con María! ¡Pero quién iba a imaginarse que María estuviera en Tiberíades! Y pensar que todos los días anteriores al sábado y durante el sábado y el día siguiente del sábado yo no salía nunca para no ver a ningún apóstol... ¡Necio! ¡Necio! ¿No podía haber ido yo a Ippo, a Guerguesa, a buscar mujeres? ¡No! ¡Precisamente allí! A Tiberíades, por donde los de Cafarnaúm tienen que pasar para venir aquí... Pero todo por causa de las romanas... Tenía la esperanza... No, esto es lo que debo decir para disculparme, pero no es cierto. Es inútil que me lo diga a mí mismo, a mí que sé por qué fui allí: para reunirme con los poderosos de Israel y para gozar, porque estoy bien de dinero. De todas formas... qué pronto se consume el dinero... Dentro de poco ya no voy a tener más... ¡Ja! ¡Ja!, contaré algún cuento a Elquías y a los compinches y me darán más...

-¡Judas! ¿Estás loco? Te estoy mirando desde hace un rato, desde encima de un olivo. Gesticulas... hablas solo... ¿Te ha hecho daño el sol de Tammuz? - grita Alfeo de Sara, asomándose por una bifurcación de ramas de un gigantesco olivo que está a unos treinta metros del lugar donde está Judas.

Judas se estremece, vuelve la mirada, lo ve y barbota:

-¡Que te lleve la muerte! ¡Maldito pueblo de espías!

Pero con una sonrisa afable grita:

-No. Estoy preocupado porque María no abre... ¿No se encontrará mal? ¡He llamado mucho!...

-¿María? ¡Ya podías llamar! Está con una pobre anciana que se está muriendo. Cuando la han llamado era la tercera vigilia...

-Pues tengo que hablar con ella.

-Espera. Bajo y voy a avisarla. ¿Pero tienes verdadera necesidad?

-¡Hombre, digo yo! Estoy aquí desde los primeros rayos del sol.

Alfeo, solícito, baja del árbol y se aleja a buen paso.

-¡También me ha visto ése ahora! ¡Y está claro que va a volver con la otra! ¡Es que no me sale una a derechas! - y echa una letanía de improperios contra Nazaret, los nazarenos, María de Alfeo, e incluso contra la caridad de María Santísima, hacia la moribunda, y contra la propia moribunda...

No ha terminado todavía y ya la puerta -que desde el comedor introduce en el huerto- se abre. En el umbral aparece una María muy pálida y triste.

-¡Judas!, ¡María! - dicen al mismo tiempo.

-Ahora te abro la puerta. Alfeo sólo me ha dicho: "Ve a casa. Hay uno que pregunta por ti", y he venido rápidamente, y mucho más porque la pobre anciana ya no me necesita. Ha terminado de sufrir por un hijo malo...

Judas, mientras habla María, corre por la callejuela y vuelve a la parte de delante de la casa... María abre.

-La paz a ti, Judas de Keriot. Entra.

-La paz a ti, María.

Judas está un poco titubeante. María está tranquila, pero seria.

-He llamado mucho, esta mañana al amanecer.

-Ayer noche un hijo ha quebrantado el corazón de una madre... Y han venido a buscar a Jesús. Pero Jesús no está. También te lo digo a ti: Jesús no está. Has venido tarde.

-Ya sé que no está.

-¿Cómo lo sabes? Has llegado de reciente...

-Madre, quiero ser franco contigo, que eres buena: estoy aquí desde ayer...

-¿Y por qué no has venido? Tus compañeros, en estos sábados, sólo no han venido una vez...

-¡Ya lo sé! He ido a Cafarnaúm y no los he encontrado.

-No mientas, Judas. En Cafarnaúm no has estado en todo este tiempo. Bartolomé ha estado siempre allí y no te ha visto. Y Bartolomé no ha venido hasta ayer. Pero tú ayer estabas aquí. Por tanto... ¿Por qué mientes, Judas? ¿No sabes que la mentira es el primer paso hacia el hurto y el homicidio?... La pobre Ester ha muerto incluso, matada por el dolor causado por la conducta de su hijo. Y Samuel, su hijo, empezó a ser la vergüenza de Nazaret con pequeñas mentiras, que cada vez se iban haciendo más grandes... De ellas a todo lo demás. ¿Quieres imitarlo tú, apóstol del Señor? ¿Quieres hacer morir de dolor a tu madre?

El reproche se verifica con voz baja, y lentamente. ¡Pero cómo incide! Judas no sabe qué replicar. Se sienta de golpe, con la cabeza entre las manos.

María lo observa. Luego dice:

-¿Entonces? ¿Para qué querías verme? Mientras asistía a la pobre Ester oraba por tu madre... y por ti... Porque me producís compasión, el uno y la otra, por dos motivos diferentes.

-Entonces, si sientes compasión, perdóname.

-Nunca he tenido rencor.

-¿Cómo?... ¿Ni siquiera por... aquella mañana de Tiberíades?...

-Mira, estaba así porque la noche anterior las romanas me habían tratado mal, como a un loco y como... traidor del Maestro. Sí, lo confieso. Hice mal en hablar con Claudia. Me he equivocado respecto a ella. Pero lo hago buscando el bien. He causado dolor al Maestro. No me lo ha dicho, pero sé que sabe que he hablado. Seguro que ha sido Juana la que ha avisado. Juana no me ha podido ver nunca, y las romanas me causaron dolor... Para olvidar bebí...

-María reacciona con una expresión de compasión involuntariamente irónica, y dice:

-Pues Jesús, por todo el dolor que gusta todos los días, debería estar borracho todas las noches...

-¿Se lo has dicho?

-Yo no aumento la amargura del cáliz a mi Hijo con noticias de nuevas defecciones, caídas, pecados, asechanzas... He callado y callaré.

Judas cae de hinojos, tratando de besar la mano de María, pero ella se retira, sin descortesía, pero sí muy decidida a no dejarse besar ni tocar.

-¡Gracias, Madre! Tú me salvas. Había venido aquí para esto... y para que me facilitaras el camino de acercarme al Maestro sin reprensiones y vergüenza.

-Yendo a Cafarnaúm para venir con los otros, lo habrías evitado. Era muy sencillo.

-Es verdad... Pero los otros no son buenos, y me han puesto espías para luego amonestarme y acusarme.

-Judas, no ofendas a tus hermanos. ¡Basta de pecar! Tú has espiado, aquí, en Nazaret, patria del Cristo, tú...

Judas la interrumpe:

-¿Cuándo? ¿El año pasado? ¿Ves? Han tergiversado mis palabras. Pero créeme que yo...

-No sé lo que has dicho ni hecho el año pasado. Hablo de ayer. Tú estás aquí desde ayer. Sabes que Jesús se ha marchado. Así que has indagado. Y no en las casas amigas: de Aser, Ismael, Alfeo, ni donde los pocos que aquí aman a Jesús. Porque, si lo hubieras hecho, habrían venido a decírmelo. La casa de Ester se ha llenado de mujeres, al alba, cuando ella ha muerto. Pero ninguna tenía noticia de ti. Eran las mejores de entre las mujeres de Nazaret, las que me quieren y quieren a Jesús, y se esfuerzan en practicar su Doctrina a pesar de la hostilidad de sus maridos, padres e hijos. Por tanto, tú has indagado entre los enemigos de mi Jesús. ¿Cómo llamas tú a esto? Yo no lo digo. Lo debes decir tú. A ti mismo. ¿Por qué lo has hecho? No quiero saberlo. Te digo sólo esto. En mi corazón serán clavadas muchas espadas, clavadas y vueltas a clavar, sin piedad, por los hombres que causan dolor a mi Jesús y lo odian. Y una será la tuya, y no será desclavada. Porque el recuerdo de ti, Judas, que no te quieres salvar, de ti que te destruyes, de ti que me produces miedo -no miedo por mí misma, sino por tu alma- no saldrá ya de mi corazón. Una la clavó en mi corazón el justo Simeón, mientras llevaba yo en mi pecho a mi Niño, al Corderito mío santo... La otra... la otra eres tú... La punta de tu espada ya me tortura el corazón. Pero, no sintiéndote satisfecho todavía de producir esta pena en una pobre mujer, esperas a clavar del todo tu espada de verdugo en el corazón de quien no te ha dado sino amor... ¡Pero, estúpida soy pretendiendo de ti piedad, que no la has tenido con tu madre!... Es más, mira: con un solo golpe me atravesarás a mí y a ella, ¡oh hijo desgraciado, al que no salvan las oraciones de dos madres!...

María habla llorando, y las lágrimas no caen en la cabeza morena de Judas, porque él se ha quedado en el lugar donde ha caído de rodillas, separado de María... Esas lágrimas santas las bebe el enlosado…Y la escena me trae el recuerdo de Áglae, sobre la que, por el contrario, puesto que ella se ceñía a María en un sincero deseo de redención, caían las lágrimas.

-¿No encuentras una palabra, Judas? ¿No consigues encontrar en ti la fuerza de un propósito bueno? ¡Oh! ¡Judas! ¡Judas! Pero, dime: ¿Estás contento de tu vida? Examínate, Judas. Sé humilde, sincero contigo mismo lo primero. Y luego con Dios, para ir a Él con tu saco de piedras quitadas de tu corazón y decirle: “Mira, me he quitado estos pedruscos por amor a ti”.

-No tengo… el valor de confesarme a Jesús.

-No tienes la humildad para hacerlo.

-Es verdad. Ayúdame tú…

-Ve a Cafarnaúm y espéralo, con humildad.

-Pero, tú podrías…

-Lo único que podré será decir que se haga lo que mi Hijo hace siempre: tener misericordia. No soy yo la que adoctrina a Jesús, sino que es Jesús quien adoctrina a su discípula.

-Tú eres su Madre.

-Eso es para mi corazón. Pero, por derecho suyo, El es mi Maestro. Ni más ni menos que para todas las otras discípulas.

-Tú eres perfecta.

-Él es el Perfectísimo.

Judas calla y guarda silencio. Luego pregunta:

-¿A dónde ha ido el Maestro?

-A Belén de Galilea.

-¿Y después!

-No lo sé.

-¿Pero vuelve aquí?

-Sí.

-¿Cuándo?

-No lo sé.

-¡No me lo quieres decir!

-No puedo decir lo que no sé. Tú lo sigues desde hace dos años. ¿Puedes decir que haya tenido siempre un itinerario seguro? ¿Cuántas veces la voluntad de los hombres le ha obligado a cambios?

-Es verdad. Me marcharé... Iré a Cafarnaúm.

-El sol está demasiado caliente para ir. Quédate. Eres un peregrino como todos los demás. Y Él ha dicho que las discípulas deben atenderlos.

-Mi vista te es molesta...

-Tu no querer sanar me es doloroso! Sólo eso... Quítate el manto... ¿Dónde has dormido?

-No he dormido. He esperado al alba para verte sola.

-Entonces estarás cansado. En la habitación grande hay lechos. Los han usado Simón y Tomás. Todavía hay sosiego y frescor allí. Ve y duerme mientras te preparo de comer.

Judas se marcha sin replicar. Y María, sin descansar después de la noche pasada en vela, va a la cocina a preparar el fuego, y al huerto a coger las verduras. Y lágrimas, lágrimas, lágrimas caen silenciosas mientras se agacha hacia el hogar para colocar la leña, o hacia la tierra a coger las verduras, y mientras las limpia con agua en la palangana y las prepara... Y lágrimas caen junto con los granos de trigo mientras da la comida a las palomas, o en la ropa que saca del pilón y tiende al sol... Las lágrimas de la Madre de Dios... de Aquella que, Sin Culpa, no estuvo exenta del dolor y sufrió más que ninguna otra mujer, por ser la Corredentora...

# La muerte del abuelo de Margziam.

Jesús debe haber dejado ya a las mujeres, porque está con los apóstoles, con Isaac y con Margziam. Están bajando las últimas pendientes hacia la llanura de Esdrelón mientras la tarde cae lentamente.

Margziam está muy contento de que el Señor lo lleve a donde su querido abuelo. Menos contentos están los apóstoles, que recuerdan el reciente incidente con Joacana. Pero guardan silencio, serios, para no apenar al jovencito, que se alegra de no haber tocado la miel que Porfiria le ha dado, «porque tenía la esperanza de que el Señor con-cediera a mi corazón la alegría de ver a mi padre. No sé por qué... pero desde hace un tiempo lo tengo siempre presente en el espíritu, como si me llamara. Se lo he dicho a Porfiria y me ha dicho: "Me sucede también a mí lo mismo cuando Simón está lejos". Pero no debe de ser como dice, porque antes nunca me había sucedido».

-Porque antes eras un niño. Ahora eres un hombre y tu pensamiento piensa más - le dice Pedro.

-Tengo también dos quesitos y unas pocas aceitunas. Lo que he podido traer, mío mío, a mi querido padre. Y luego tengo una túnica y un manto de cáñamo. Porfiria los quería hacer para mí. Pero le he dicho: "Si me quieres, hazlos para el anciano". ¡Lleva siempre vestidos tan rotos, y está siempre tan sudoroso con sus vestidos de mala lana!... Sentirá alivio».

-Pero ya, para empezar, tú te has quedado sin vestidos frescos, y sudas como una esponja, con esos de lana - le dice Pedro.

-¡No importa! Se ha quedado tantas veces sin comer mi padre para dármelo a mí cuando yo estaba en el bosque... Por fin puedo darle yo también algo. ¡Ojalá pudiera ahorrar y darle lo suficiente para que pudiera rescatarse!

-¿Cuánto tienes hasta este momento? - pregunta Andrés.

-Poco. Con el pescado he sacado ciento diez didracmas. Pero voy a vender pronto los corderos, y entonces... ¡Si pudiera hacerlo antes del frío fuerte!...

-¿Lo recibís vosotros? - pregunta Natanael a Pedro.

-Sí. No nos vamos a quedar en la miseria si ese pobre anciano toma un bocado de nuestro plato...

-Y además... Puede hacer algún pequeño trabajo... Venir a Betsaida donde nosotros, ¿verdad Felipe?

-Claro... Te ayudaremos, Simón, dando esta alegría a nuestro buen Margziam y al anciano...

-Esperemos que no esté Jocanán... - dice Judas Tadeo.

-Iré yo delante para avisar - dice Isaac.

Caminan ligeros bajo la luz de la Luna... Llegados a un determinado punto, Isaac se separa, acelerando más aún el paso, mientras el grupo lo sigue más lentamente. Un gran silencio hay en la llanura. Hasta los ruiseñores callan.

Caminan, caminan, hasta que ven dos sombras que corren hacia ellos.

-Uno es Isaac, seguro... El otro... puede ser tanto Miqueas como el administrador; son igual de altos... - dice Juan.

Ya están cerca... cerquísima. Y es exactamente el administrador, seguido de Isaac, que está consternado.

-Maestro... Margziam... ¡pobre hijo!... Venid pronto... Tu padre, Margziam, está enfermo... mucho...

-Ay! ¡Señor!... - grita el jovencito, con dolor.

-Vamos, vamos... Sé fuerte, Margziam - y Jesús le toma la mano, echándose casi a correr mientras dice a los apóstoles:

-Seguidme vosotros...

-Sí... Pero con cuidado... Está Jocanán - grita el administrador, ya desde lejos.

E1 pobre anciano está en casa de Miqueas. Hasta un estúpido puede comprender que está a las puertas de la muerte. Su estado es de completa postración, tiene los ojos cerrados, sus facciones ya aparecen relajadas, como de uno que muere. Está céreo, excepto en le pómulos, donde resiste aún un rojo cianótico.

Margziam se agacha hacia la yacija y llama:

-¡Padre! ¡Padre mío! ¡Soy Margziam! ¿Entiendes? ¡Margziam! ¡Yabés! ¡Tu Yabés!... ¡Oh Señor! Ya no me oye... Ven aquí, Señor... Ven aquí. Inténtalo Tú. Cúralo... Haz que me vea, que me hable... ¿Voy a tener que ver morir así a todos los míos, sin que me den un adiós?...

Jesús se acerca, se inclina hacia el moribundo, le pone una mano en la cabeza y dice:

-Hijo del Padre mío, escúchame.

Como uno que sale de un sueño profundo, el anciano respira hondo y, abriendo los ojos ya vítreos, mira vacilante a las dos caras que están inclinadas hacia la suya. Hace ademán de hablar, pero la lengua está muy entorpecida. Pero debe haber reconocido ahora, porque sonríe y trata de coger las manos de los dos para llevárselas a los labios.

-Padre... había venido... ¡He rezado mucho para venir!... Te quería decir... que pronto tendré lo suficiente... para darte con qué rescatarte... y venir conmigo, a casa de Simón y Porfiria, ¡que son tan buenos, tan buenos con tu Yabés!... y con todos...

El anciano logra mover la lengua, y a duras penas dice:

-Que Dios los recompense, y te recompense a ti... Pero es tarde... Voy con Abraham... a no sufrir más...

Se vuelve hacia Jesús y, con ansia, pregunta:

-Así, ¿no es verdad?

-Así. ¡Estáte en paz! - y Jesús se yergue, majestuoso, y dice:

-Yo, con mi poder de Juez y Salvador, te absuelvo de todo lo que en tu vida hayas podido cometer en culpas u omisiones, y de los movimientos del corazón contra la caridad y hacia quien te ha odiado. De todo de perdono, hijo. ¡Ve en paz!

Jesús ha extendido las manos, altas, encima de la yacija, como si fuera un altar y Él, Sacerdote, estuviera para consagrar la víctima.

Margziam llora, mientras el viejo sonríe dulcemente susurrando:

-Se duerme uno en paz con tu ayuda... Gracias, Señor... - y se abate.

-¡Padre! ¡Padre! ¡Oh! ¡Se muere! ¡Se muere! ¡Hay que darle un poco de miel... tiene la boca seca...! ¡Está frío...! ¡La miel da calor...! - grita Margziam, y trata de rebuscar en el talego con una mano, mientras sujeta con la otra a su abuelo la cabeza, que se hace más pesada. En el umbral de la puerta han aparecido los apóstoles... y observan mudos...

-Bien, Margziam. Sujeto yo al padre - dice Jesús... y luego, a Pedro:

-Simón, ven aquí...

Y Simón, emocionado, se acerca...

Margziam trata de dar un poco de miel al viejo. Hunde un dedo en el tarro y lo saca cubierto de miel filamentosa, que pone en los labios de su abuelo; y éste vuelve a abrir sus ojos, lo mira, le sonríe, dice:

-Está buena.

-La he hecho para ti.., y también la túnica fresca de cáñamo...

El anciano levanta la mano temblorosa y trata de ponerla en la morena cabeza. Dice:

-Eres bueno.., más que la miel... Y es esto... el hecho de que seas bueno, lo que me hace bien... Pero tu miel... ya no hace falta... Y tampoco la túnica fresca... Ten tú esas cosas... Tenlas tú con mi bendición...

Margziam cae de rodillas y llora, apoyada la cabeza en la orilla del lecho, gimiendo:

-¡Solo! ¡Me quedo solo!

Simón da la vuelta en torno al lecho y, con voz más áspera que nunca, por la emoción, dice, mientras acaricia los cabellos de Margziam:

-No... Solo no... Yo te quiero. Porfiria te quiere... Los discípulos,.. Muchos hermanos... Y luego... Jesús... Jesús te quiere... ¡No llores, hijo mío!

-Tuyo... hijo... sí... dichoso yo... ¡Señor!... Señor... - el anciano gorgotea, hace movimientos bruscos... siente el fin.

Jesús lo rodea con el brazo, lo levanta algo, entona lentamente:

-Alzo los ojos hacia los montes, ¿de dónde vendrá mi auxilio? - y prosigue con todo el salmo 121. Luego se para y observa al hombre que se le muere entre los brazos calmado por esas palabras... Entona el salmo 122. Pero dice poco de él, porque en cuanto empieza el cuarto versículo se interrumpe y dice:

-¡Ve en paz, alma justa! - y lo vuelve a recostar, lentamente, y le baja los párpados con la mano. Una muerte tan serena, que ninguno, excepto Jesús, se ha dado cuenta del tránsito; pero lo comprenden por este acto del Maestro. Inmediatamente se oye un murmullo.

Jesús hace un gesto de silencio. Va donde Margziam, el cual, llorando como está con la cabeza agachada y apoyada en el lecho, no se ha dado cuenta de nada. Jesús se agacha hacia él, lo abraza tratando de alzarlo y dice:

-Él está en paz, Margziam. Ya no sufre. La mayor gracia de Dios para con él es ésta: la muerte, ¡y en los brazos di Señor! No llores, hijo amado. Mira cómo está en paz... En paz... Pocos en Israel han recibido el premio de este justo: morir apoyado en el pecho del Salvador. Ven aquí, a mis brazos... No estás solo. Y además, está Dios, y es todo, que te ama por todo el mundo.

El pobre Margziam da verdaderamente pena, pero encuentra todavía la fuerza de decir:

-Gracias, Señor, por haber venido... Y a ti Simón, por haberme traído... Y a todos, a todos, gracias... por lo que me habéis dado para él... Pero ya no hace falta... Pero... la túnica sí... Somos pobres... No podemos hacer el embalsamamiento... ¡oh padre mío! ¡Ni siquiera un sepulcro te puedo dar!... Pero, si os fiáis, si podéis... haced los gastos y os daré en Octubre el precio de los corderos y del pescado...

-¡Oye! ¡Digo yo que todavía tienes un padre! ¡Lo arreglo yo! A costa de vender una barca. Daremos al anciano todos los honores. Lo más difícil es conseguir quién anticipe... y quién dé un sepulcro…

El administrador dice:

-En Yizreel, entre la gente del pueblo, hay discípulos. No negarán nada. Me voy a poner en camino enseguida. Volveré antes de que acabe la hora tercia...

-Sí, pero... ¿y el Fariseo?

-No temáis. Haré que sepa que hay un muerto y, por no contaminarse, no saldrá de casa. Me voy...

Y Miqueas y los otros van y vienen, preparando lo necesario para los últimos honores del compañero muerto, mientras Margziam, inclinado hacia su abuelo, llora y lo acaricia, y Jesús habla en voz baja con los apóstoles e Isaac.

Y aquí hago una observación mía. Me ha sucedido a veces que me he visto en semejantes vicisitudes, y frecuentemente he notado que los presentes, con finalidad buena o con actitudes intransigentes no buenas, recriminan a los que se sienten desolados por haber perdido a un pariente. Comparo esto con la dulzura de Jesús, que se compadece del sufrimiento del huérfano y no pretende de él un heroísmo innatural... ¡Cuánto hay que aprender de la más mínima acción de Jesús!....

## 444

## Las dotes de Margziam. Lección sobre la caridad, sobre la salvación, sobre los méritos del Salvador.

-¿Dónde has dejado las barcas, Simón, cuando has venido a Nazaret? - pregunta Jesús mientras camina en dirección nordeste, dando la espalda a la llanura de Esdrelón y en dirección al Tabor.

-Las he mandado de nuevo a pescar, Maestro. Pero he dicho que cada tres días estén en Tariquea... No sabía cuánto tiempo me quedaría contigo.

-Muy bien. ¿Quién de vosotros quiere ir a advertir a mi Madre y a María de Alfeo que se agreguen a nosotros en Tiberíades? En casa de José es la cita.

-Maestro... quisiéramos todos. Di Tú quién debe ir y será mejor.

-Entonces Mateo, Felipe, Andrés y Santiago de Zebedeo. Los otros que vengan conmigo a Tariquea. Explicaréis a las mujeres el motivo del retraso. Y decidles que cierren la casa y que vengan. Estaremos juntos durante una luna entera. Marchaos, que aquí está la bifurcación. Y que la paz esté con vosotros.

Besa a los cuatro que se separan y reanuda la marcha con los otros.

Pero después de pocos pasos se detiene y observa a Margziam, que camina un poco retrasado, con la cabeza baja. Cuando el jovencito llega a donde Él, Jesús le pasa la mano por debajo del mentón y le fuerza a levantar la cara: dos líneas de llanto hay en el rostro morenito.

-¿Irías con gusto también tú a Nazaret?

-Sí, Maestro... Pero haz lo que Tú quieras.

-Quiero que te sientas confortado, hijo mío... Ve... corre detrás de aquéllos. La Madre te consolará.

Lo besa y lo deja partir. Margziam se echa a correr y pronto alcanza a los cuatro.

-Es todavía un niño... - observa Pedro.

-Y sufre mucho... Ayer por la noche, que lo encontré llorando en un rincón de la casa, me dijo: "Es como si se me hubieran muerto ayer mi padre y mi madre... La muerte del anciano padre me ha abierto de nuevo todo el corazón..." - dice Juan.

-¡Pobre hijo!... Pero ha sido buena cosa el que haya estado presente en esa muerte... - dice el Zelote.

-¡Se había hecho tantas ilusiones de poder hacer algo por el anciano!... Me decía Porfiria que hacía todo tipo de sacrificios para poder reunir el dinero. Ha trabajado en los campos, ha hecho haces de leña para los hornos, ha pescado, no ha comido los quesitos, para venderlos, ni la miel, para venderla... Tenía esa preocupación en su corazón y quería tener consigo al anciano... ¡En fin! - dice Pedro.

-Es un hombre de propósitos serios. No le pesa ni el sacrificio ni el trabajo. Buenas cualidades - dice Bartolomé.

-Sí, es un buen hijo y se contará entre los mejores discípulos. Ya veis con qué disciplina se guía incluso en los momentos más desazonados... Su corazón afligido añoraba a María, pero no ha pedido ir con ella. Ha entendido tan bien lo que es fuerza en la oración, que supera a muchos adultos - dice Jesús.

-¿Tú crees que hace los sacrificios con una finalidad determinada? - pregunta Tomás.

-Estoy seguro de ello.

-Es verdad. Ayer dio la fruta a un viejo diciéndole: "Reza por el padre de mi padre, que se me ha muerto hace poco", y yo le hice esta observación: "Él está en paz, Margziam. ¿No crees válida la absolución de Jesús?". Me respondió: "La creo válida. Pero al ofrecer sufragios pienso en las almas por las que ninguno reza, y digo: si a mi padre ya no le hace falta, pues que vayan estos sacrificios para aquellos en quien nadie piensa". Y me he sentido edificado - dice Santiago de Alfeo.

-Sí. Ayer se acercó a mí y, echándome los brazos al cuello, porque en el fondo es todavía un niño, me dijo: "Ahora sí que eres mi padre del todo... y te devuelvo lo que tu bondad me había posibilitado ahorrar. Ya no le sirve ese dinero a mi anciano padre,... y tú y Porfiria hacéis mucho por mí...". Yo, conteniendo a duras penas las lágrimas, le respondí: "No, hijo mío. Vamos a usar ese dinero en limosnas para los ancianos pobres o para huerfanitos pobres, y Dios usará tus limosnas para aumentar la paz al pobre anciano". Y Margziam me dio dos besos tan fuertes, que... bueno... que ya no pude contener las lágrimas. Y, Bartolomé, como te está agradecido por haber corrido con los gastos, me decía: "Para mí, el honor dado al anciano no tiene precio. Le voy a decir a Bartolomé que me tenga como criado".

-¡Pobre hijo! ¡Ni durante una hora! Él sirve al Señor y nos edifica a todos. He honrado a un justo. Podía hacerlo, porque mi nombre es conocido y me es fácil encontrar a alguien que me anticipe. Desde Betsaida me encargaré de saldar la pequeña deuda, en el fondo una menudencia...

-Sí. Como dinero es poco, porque los de Yizreel han sido generosos. Pero tu amor hacia el condiscípulo no es una menudencia. Porque todo acto de amor tiene un valor grande.

Vosotros estáis formándoos en este amor al prójimo, que es la segunda parte del precepto básico de la Ley de Dios, y que en realidad en Israel ha caído mucho en abandono. Los muchos preceptos y ese andarse con tiquismiquis -cosas que han subseguido a la clara, coherente, completa Ley del Sinaí, dentro de su brevedad- han tergiversado la primera parte de ese precepto básico, reduciéndolo a un cúmulo de ritos exteriores a los que les falta lo que les da el nervio, el valor, la verdad; o sea, falta la adhesión activa del interior - con las obras que cumple, con las tentaciones que supera- a las formas de culto externo. ¿Qué valor puede tener a los ojos de Dios la ostentación de un culto, cuando luego en el interior el corazón no ama a Dios, no se anonada en un respetuosísimo amor a Dios, cuando no lo alaba y admira teniendo amor por las cosas hechas por Él, y en primer lugar por el hombre, que es la obra maestra de la Creación terrestre?

¿Veis dónde se ha producido el error en Israel?: en haber hecho, en un primer momento, de un único precepto dos preceptos, para separar luego netamente, con la decadencia de los espíritus, el segundo del primero, como si fuera una rama inútil. No era una rama inútil, no eran ni siquiera dos ramas: era un único tronco, que ya desde la base se había adornado con las distintas virtudes de los dos amores.

Mirad esa gruesa higuera que ha nacido allá arriba, encima de aquel collado. Nacida espontáneamente, casi en la raíz, o sea, apenas salida de la tierra, se ha formado en dos ramas tan unidas, que las dos cortezas se han fundido; pero cada una de las dos ramas han dado las propias frondas a los lados, en forma tan caprichosa, que ha dado el nombre de "Casa de la higuera gemela" a este pueblecillo que está en este pequeño collado. Ahora bien, si uno quisiera ahora separar los dos troncos, que en el fondo son un solo tronco, debería usar la segur o la sierra. Pero, ¿qué haría? Haría morir a la planta, o, si fuera tan hábil que guiara la segur o la sierra de forma que lesionara a uno de los dos troncos solamente, salvaría uno de los dos, pero el otro moriría inexorablemente, y el que quedara, aunque siguiera vivo, estaría semimuerto, y probablemente perdería vigor y no daría ya fruto o lo daría muy escaso.

Lo mismo ha sucedido en Israel. Han querido cortar, separar las dos partes (tan unidas que son verdaderamente una cosa sola); han querido retocar lo que era perfecto. Porque todas las obras de Dios son perfectas, todos los pensamientos, todas las palabras. Por tanto, si Dios en el Sinaí mandó amar a Dios santísimo y al prójimo con un único precepto, está claro que no son dos preceptos que puedan ser practicados con independencia el uno del otro, sino que son un solo precepto. Y, no bastándome nunca la formación de que os hago objeto en esta sublime virtud (la mayor de todas, la que sube con el espíritu al Cielo, porque es la única que subsiste en el Cielo), insisto en ella, que es alma de toda la vida del espíritu, el cual pierde la vida si pierde la Caridad, porque pierde a Dios.

Oídme. Imaginad que a vuestra puerta vengan un día a llamar dos riquísimos esposos, pidiendo hospitalidad para toda la vida. ¿Podríais decir: "Aceptamos al esposo, pero no queremos a la esposa", sin oír esta respuesta del esposo: "Eso no puede ser, porque no me puedo separar de la carne de mi carne. Si no queréis acogerla, yo tampoco me puedo alojar en vuestra casa, y me voy con todos mis tesoros, de los cuales os habría hecho copartícipes"?

Dios está aunado con la Caridad. Esta es verdaderamente, y más íntima y verdaderamente que dos esposos que se aman intensamente, espíritu de su Espíritu. Es Dios mismo la Caridad. La Caridad no es sino el aspecto más manifiesto, más ilustrativo de Dios. Entre todos sus atributos, es el atributo rey y el atributo origen, porque todos los demás atributos de Dios nacen de la caridad. ¿Qué es la Potencia sino caridad que obra? ¡Qué es la Sabiduría sino caridad que enseña? ¿Qué es la Misericordia sino caridad que perdona? ¿Qué es la Justicia sino caridad que administra? Y podría continuar así para todos los innumerables atributos de Dios.

¿Y bien?, ¿teniendo en cuenta esto que digo, podéis pensar que quien no tiene la Caridad puede tener a Dios? No lo tiene. ¿Podéis pensar que pueda acoger a Dios y no la Caridad, esa Caridad que es única y abraza Creador y criaturas y no se puede tener de ella sólo una mitad, la tributada al Creador, sin tener también la otra mitad, la tributada al prójimo?

Dios está en las criaturas. Está en ellas con su señal imborrable, con sus derechos de Padre, de Esposo, de Rey. El alma es su trono; el cuerpo, su templo. Ahora bien, el que no ama a un hermano suyo y lo hace objeto de desprecio, hace desprecio, produce dolor, niega su reconocimiento al Amo de la casa de su hermano, al Rey, al Padre, al Esposo de su hermano; y es natural que este gran Ser que es Todo, y que está presente en un hermano, en todos los hermanos, haga suya la ofensa infligida al ser menor, a la parte del Todo, o sea, a éste o a aquel hombre. Por este motivo os he enseñado las obras de misericordia corporales y espirituales; por esto, os he enseñado a no escandalizar a los hermanos; por esto, os he enseñado a no juzgar, a no despreciar, a no rechazar a los hermanos, ya sean buenos, ya sean no buenos, fieles o gentiles, amigos o enemigos, ricos o pobres.

Cuando en un tálamo se verifica una concepción, ésta se forma con el mismo acto, ya se produzca en un tálamo de oro, ya se produzca en el mullido de paja de un establo. Y la criatura que se forma en el seno regio no es distinta de la que se forma en el seno de una mendiga. La concepción, el hecho de formar un nuevo ser es igual en todos los puntos de la Tierra, cualquiera que fuere su religión. Todas las criaturas nacen como nacieron Abel y Caín del seno de Eva. Y a la igualdad de la concepción, formación y modo de nacer, de los hijos de un hombre y una mujer en la Tierra, corresponde otra igualdad en el Cielo: la creación de un alma para ser infundida en el embrión, para que el embrión *sea de hombre y no de animal y* lo acompañe desde el momento en que es creada hasta la muerte, y sobreviva a él en espera de la resurrección universal para volver a unirse, entonces, al cuerpo resucitado y recibir con él el premio o el castigo. El premio o el castigo, según las acciones realizadas en la vida terrena.

Porque no os penséis que la Caridad es injusta y que, sólo porque muchos no vayan a ser de Israel o de Cristo, aun siendo virtuosos en la religión que siguen, convencidos de estar en la *verdadera,* vayan a permanecer para toda la eternidad sin premio. Después del fin del mundo, ninguna virtud sobrevivirá, sino la Caridad, o sea, la unión del Creador y de todas las criaturas que vivieron con justicia. No habrá muchos Cielos (uno para Israel, uno para los cristianos, uno para los católicos, uno para los gentiles, uno para los paganos); no los habrá, sino que habrá *un solo Cielo.* Igualmente, habrá un solo premio: Dios, el Creador que se une de nuevo con aquellas criaturas suyas que han vivido en justicia, en las cuales, por la belleza de los espíritus y de los cuerpos de los santos, admirará su propio Ser con alegría de Padre y de Dios. Habrá un solo Señor. No un Señor para Israel, uno para el catolicismo, uno para cada una de las otras religiones.

Ahora os voy a revelar una gran verdad. Recordadla. Transmitidla a vuestros sucesores. No esperéis siempre a que el Espíritu Santo proyecte luz sobre las verdades, después de años o siglos de oscuridad. Oíd.

Vosotros quizás decís: "Pero entonces, ¿qué justicia hay en el hecho de ser de la religión verdadera, si al final del mundo vamos a ser tratados de la misma manera que los gentiles?". Os respondo: la misma justicia que hay -y es justicia verdadera- para aquellos que aun siendo de la religión santa no serán bienaventurados por no haber vivido como santos. Un pagano virtuoso, por el solo hecho de haber vivido con virtud escogida, convencido de que su religión era buena, tendrá al final el Cielo. ¿Pero cuándo? Cuando llegue el fin del mundo, cuando de las cuatro moradas de los que han muerto queden sólo dos: el Paraíso y el Infierno. Porque la Justicia en ese momento deberá conservar y dar estos dos reinos eternos, respectivamente a quien del árbol del libre albedrío escogió los frutos buenos y a quien quiso los malos.

¡Pero, cuánta espera antes de que un pagano virtuoso llegue a ese premio!... ¿No consideráis esto? Y esa espera, especialmente desde el momento en que la Redención, con todos los consiguientes prodigios, se verifique, y el Evangelio sea predicado en el mundo, será la purgación de las almas que vivieron con justicia en otras religiones y que no pudieron entrar en la Fe verdadera después de conocerla como existente y efectivamente real. Para ellos el Limbo durante siglos y siglos, hasta el fin del mundo. Para los creyentes que creen en el Dios verdadero y que no supieron ser heroicamente santos, el largo Purgatorio (y para algunos podrá terminar en el fin del mundo). Pero, después de la expiación y la espera, todos los buenos, cualquiera que fuere su procedencia, estarán a la derecha de Dios; los malos, cualquiera que fuere su procedencia, a la izquierda, y luego en el Infierno horrendo; mientras que el Salvador entrará con los buenos en el Reino eterno.

-Señor, perdona si no te entiendo. Lo que dices es muy difícil... al menos para mí... Dices siempre que eres el Salvador y que redimirás a los que creen en ti. ¿Y entonces los que no creen, o porque no te han conocido por haber vivido antes, o porque -¡es tan grande el mundo!- no han tenido noticia de ti, cómo pueden ser salvados? - pregunta Bartolomé.

-Ya te lo he dicho: por su vida de justos, por sus obras buenas, por esa fe suya que consideran *verdadera.*

-Pero no han recurrido al Salvador...

-Pero el Salvador por ellos, también por ellos, sufrirá. ¿No consideras, Bartolmái, qué gran valor tendrán mis méritos de Hombre Dios?

-Mi Señor, en todo caso inferiores a los de Dios, a los que, por consiguiente, posees desde siempre.

-Respuesta correcta y no correcta. Los méritos de Dios son infinitos, dices, Todo es infinito en Dios. Pero Dios no tiene méritos, en el sentido de que no ha merecido. Tiene atributos, virtudes propias suyas. Él es el que es: la Perfección, el Infinito, el Omnipotente. Pero para merecer hay que llevar a cabo, con esfuerzo, algo que sea superior a nuestra naturaleza. No es un mérito comer, por ejemplo. Pero puede ser un mérito el saber comer parcamente, haciendo verdaderos sacrificios para dar a los pobres lo que ahorramos. No es un mérito el estar callados, pero lo es cuando lo estamos no replicando contra una ofensa. Y así sucesivamente. Ahora bien, como tú puedes comprender, Dios, que es perfecto, infinito, no tiene necesidad de someterse a esfuerzo. Pero el Hombre Dios puede someterse a esfuerzo, humillando la infinita Naturaleza divina a la limitación humana, venciendo a la naturaleza humana, que no está ausente de Él ni en Él es metafórica, sino que es real, con todos sus sentidos y sentimientos, con sus posibilidades de sufrimiento y muerte, con su voluntad libre.

A nadie le gusta la muerte, especialmente si es dolorosa, precoz e inmerecida. A ninguno le gusta. Y, no obstante, todo hombre debe morir. Por tanto, el hombre debería mirar a la muerte con la misma alma con que ve que termina todo lo que tiene vida. Pues bien, Yo fuerzo a mi Humanidad a amar la muerte. No sólo esto. He elegido la vida para poder tener la muerte. Por la Humanidad. Por eso, Yo, en mi condición de Hombre-Dios, adquiero esos méritos que en mi condición de Dios no podía adquirir. Y, con ellos, que son infinitos por la forma como los adquiero, por la Naturaleza divina unida a la humana, por las virtudes de caridad y obediencia con las cuales me he puesto en condiciones de merecerlos, por la fortaleza, la justicia, la templanza, la prudencia, por todas las virtudes que he puesto en mi corazón para hacerlo grato a Dios, mi Padre, Yo tendré un poder infinito no sólo como Dios, sino como Hombre que se inmola por todos, o sea, que alcanza el límite máximo de la caridad. Lo que da el mérito es el sacrificio. Cuanto mayor es el sacrificio, mayor es el mérito. Si es completo el sacrificio, completo es el mérito; si perfecto el sacrificio, perfecto el mérito, y utilizable según la santa voluntad de la víctima, a la que el Padre dice: "¡Sea como tú quieres!", porque la víctima lo ha amado sin medida y ha amado al prójimo sin medida.

Y os digo que el más pobre de los hombres puede ser el más rico y beneficiar a un número sin medida de hermanos, si sabe amar hasta el sacrificio. Os digo que, aunque no tuvierais ni una miga de pan ni un vaso de agua ni un vestido roto, podríais hacer un bien siempre. ¿Cómo? Orando y sufriendo por los hermanos. ¿Hacer un bien a quién? A todos. ¿De qué forma? De mil maneras, todas santas, porque si supierais amar sabríais obrar como Dios, y enseñar, perdonar, administrar, y, como el Hombre-Dios, redimir.

-¡Oh, Señor, danos esta caridad! - suspira Juan.

-Os la da Dios, porque se da a vosotros. Pero vosotros debéis acogerla y practicarla cada vez más perfectamente. Ningún hecho debe estar para vosotros separado de la caridad. Desde los hechos materiales a los del espíritu. Todo se haga con caridad y por la Caridad. Santificad vuestras acciones, vuestras jornadas; poned la sal en vuestras oraciones, la luz en vuestras acciones. La luz, el sabor, la santificación, es la caridad. Sin ella, nulos son los ritos y vanas las oraciones, falsas las ofrendas. En verdad os digo que la sonrisa con que un pobre os saluda como a hermanos tiene más valor que el saco de monedas que uno puede arrojaros a los pies sólo para ser notado. Sabed amar y Dios estará con vosotros, siempre.

-Enséñanos a amar así, Señor.

-Hace dos años que lo estoy haciendo. Haced lo que me veis hacer y estaréis en la Caridad, y la Caridad estará en vosotros, y tendréis el sello, el crisma, la corona que harán que seáis verdaderamente reconocidos como ministros de Dios-Caridad. Ahora vamos a detenernos en este lugar umbrío. Aquí hay hierba tupida y alta, y los árboles mitigan el calor. Proseguiremos cuando atardezca...

## 445

## Dos parábolas durante una tormenta en Tiberíades. Llegada de Maria Stma. e impenitencia de Judas Iscariote

Jesús llega con los suyos a Tiberíades en una mañana borrascosa. Y llega, cabeceando fuertemente las barcas en el lago, que está muy agitado y gris, como el cielo en que corretean nubarrones poco prometedores, por el breve trayecto que une Tariquea a Tiberíades. Pedro escudriña el cielo y el lago, y ordena a los mozos que pongan las barcas en seguro:

-Dentro de poco vais a oír qué música. Dejo de ser Simón el pescador, si dentro de poco las avalanchas de agua del cielo y del lago no causan daños. ¿Hay alguien en el lago? se pregunta a sí mismo, mientras escudriña el agitado mar de Galilea. Y lo ve desierto, recorrido sólo por fuertes olas, cada vez más altas bajo la cada vez más amenazadora bóveda del cielo. Se consuela al verlo vacío, pensando que no causará víctimas humanas. Y sigue más contento al Maestro, que ya camina en medio de las embestidas del viento, tan fuertes que con dificultad avanzan los hombres entre nubes de polvo y en medio de un gran golpeteo de túnicas.

En Tiberíades, en esta parte de Tiberíades, la popular, constituida por familias de pescadores o de obreros menores dedicados a trabajos inherentes a la pesca, hay un intenso ajetreo para guardar en las casas aquellas cosas que podría dañar el

temporal: quién corre cargado con las redes, con los remos de las barcas ya puestas en seguro, quién arrastra hasta las casas los instrumentos de trabajo: todo entre silbidos de viento y nubes de polvo y portazos. La otra Tiberíades, la que está más al norte, la de las construcciones dispuestas a lo largo del lago, la de los hermosos parques que se ven en el arco de la orilla, duerme ociosa. Únicamente algunos criados o esclavos -según sean de israelitas o romanos las casas- se afanan en quitar toldos en lo alto de las terrazas, en retirar las barcas ligeras de recreo, los asientos que están desperdigados por los jardines...

Jesús, que ha dirigido sus pasos hacia esta parte, dice a su primo Judas y a Simón Zelote:

-Id donde el portero de Juana de Cusa, a ver si alguno de los nuestros ha preguntado por nosotros. Yo espero aquí.

-De acuerdo. ¿Y Juana?

-La veremos después. Id y haced esto que digo.

Los dos van sin demora, y mientras los otros esperan su regreso, Jesús manda a éstos, a uno acá a otro allá, a conseguir comida «para ellos y para las mujeres, porque no es justo cargarlo sobre la familia del discípulo» dice Jesús. Y se queda solo, apoyado en la tapia de un jardín del que viene -tan grande es la lucha que sus altos árboles sostienen contra el viento- un ruido de huracán.

Jesús está recogido dentro de sí mismo y en los indumentos (los ha ajustado bien bajo su manto, y el manto se lo ha echado sobre la cabeza, ciñéndolo bien a ella como una capucha, para defenderse del viento, que mete el pelo en los ojos). Y así, lleno de polvo, el rostro semioculto con los extremos del manto, apoyado en una tapia que está casi en la esquina de la calle que se cruza con una bella arteria que va del lago al centro de la ciudad, parece un mendigo en espera de limosnas. Alguno pasa y lo mira. Pero, dado que Él no dice nada ni pide nada y está así con la cabeza agachada, ninguno se para a dar nada ni a decir nada. Y, mientras tanto, la borrasca aumenta de intensidad y el rumor del lago crece en violencia llenando ya toda la ciudad con su mugido.

Un hombre alto, caminando encorvado para defenderse del viento, también todo arropado en su manto, que mantiene ceñido bajo la garganta con la mano, viene desde el camino interior hacia este camino litoral. Cuando levanta la mirada del suelo para esquivar una fila de burritos de hortelanos que, dejadas las verduras en los mercados, vuelven a sus huertos, ve a Jesús (y yo veo que el joven es Judas de Keriot).

-¡Oh, Maestro! - dice desde el otro lado, separado por la fila asnal - Venía precisamente a casa de Juana a buscarte a ti. He estado en Cafarnaúm buscándote, pero...

El último asno ha pasado y Judas se apresura a acercarse al Maestro, y termina lo que estaba diciendo:

-...pero en Cafarnaúm no estaba ninguno. He esperado algunos días y luego he vuelto aquí, y todos los días iba donde José y donde Juana a buscarte...

Jesús lo mira con sus ojos penetrantes, y detiene esta avalancha de palabras diciendo solamente:

-La paz sea contigo.

-¡Es verdad! ¡Ni siquiera te he saludado! La paz sea contigo, Maestro. ¡Bueno, pero Tú siempre tienes esta paz!

-¿Y tú no?

-Yo soy un hombre, Maestro.

-El hombre justo tiene la paz. Sólo el hombre culpable está turbado. ¿Tal eres tú?

-¿Yo?... No, no, Maestro. A1 menos... Bueno, si he de decir la verdad, estar lejos de ti no me ponía feliz... pero eso no era todavía estar sin paz. Era nostalgia de ti, por el afecto que te tengo... Pero la paz es otra cosa, ¿no es verdad?...

-Sí. Es otra cosa. Las separaciones no lesionan la paz del corazón, *si el corazón del ausente no hace cosas que su conciencia le dice que entristecerían al amado si las supiera.*

-Pero los ausentes no saben... A menos que haya alguien que lo informe.

Jesús lo mira y calla.

-¿Estás solo, Maestro? - pregunta Judas, tratando de desviar la conversación hacia argumentos más banales.

-Estoy esperando a los que he enviado a casa de Juana para preguntar si mi Madre ha venido de Nazaret.

-¿Tu Madre? ¿Traes aquí a tu Madre?

-Sí. Voy a estar con ella en Cafarnaún durante toda esta luna. Iré con las barcas por los pueblos de la ribera, pero volviendo todos los días a Cafarnaúm. Debe haber muchos discípulos en esta zona...

-Sí... Muchos... - Judas ha perdido la parlería. Está pensativo.

-¿No tienes nada que decirme, Judas? Estamos los dos solos. ¿No te ha sucedido nada en este tiempo de separación, ningún hecho respecto al cual sientas necesario oír la palabra de tu Jesús? – dice Jesús dulcemente, como para ayudar al discípulo a confesar haciéndole sentir todo su misericordioso amor.

-¿Y Tú conoces algo en mí que necesite tus palabras? Si lo con°ces -yo la verdad es que no sé de nada que pueda merecer esas palabras-, habla. Es duro para un hombre el tener que indagar sobre las culpas y los defectos y confesarlos a otro...

-E1 que te habla no es *otro* hombre, sino...

-No. Eres Dios. Lo sé. Por eso mismo, no es ni siquiera necesario que sea yo el que hable. Tú ya conoces...

-Yo no soy *otro* hombre, te estaba diciendo, sino tu amigo más amoroso; no te digo el Maestro, el superior, sino que te digo: el amigo...

-Sigue siendo lo mismo. Y sigue siendo fastidiosa la indagación sobre lo que se ha hecho en el pasado y cuya confesión podría acarrearle a uno una serie de reproches. Aunque la verdad es que más que los reproches duele el hecho de venir a menos en la estima del amigo...

-En Nazaret, el último sábado que estuve allí, Simón Pedro dijo a un compañero, sin darse cuenta, una cosa que debía callar. No era una desobediencia voluntaria, no era maledicencia, no era algo que pudiera causar daño al prójimo. Simón Pedro se la había dicho a un corazón honesto y a un hombre serio, el cual, viendo que tenía conocimiento, sin voluntad suya ni de Pedro, de una cosa secreta, juró que no repetiría a otros el secreto. Simón podía tranquilizarse... Pero no se tranquilizó hasta

que no me confesó la culpa. Enseguida... ¡Pobre Simón! ¡La llamaba culpa! Pero si en el corazón de los discípulos hubiera sólo culpas como ésa, y mucha, mucha humildad, mucha confidencia, mucho amor, como tiene Pedro, ¡debería proclamarme Maestro de una muchedumbre de santos!...

-Lo que me quieres decir con esto es que Pedro es santo y yo no. Es verdad. No soy un santo. Arrójame de tu presencia entonces...

-Lo que no eres es humilde, Judas. La soberbia te destruye. Y no me conoces todavía... - termina Jesús tristísimamente.

Judas siente esta pena y susurra:

-¡Perdóname, Maestro!...

-Siempre. Pero sé bueno, hijo. ¡Sé bueno! ¿Por qué quieres causarte el mal a ti mismo?

Judas -si son verdaderas o falsas no lo sé- tiene lágrimas en las pestañas y se refugia entre los brazos de Jesús, llorando encima de su hombro.

Y Jesús lo acaricia en el pelo susurrando:

-¡Pobre Judas! ¡Pobre, pobre Judas, que va buscando su paz, y a quien pueda comprenderlo, en lugares donde no puede encontrarlos!...

-Sí. Es verdad. Tienes razón, Maestro. La paz está aquí... entre tus brazos... Soy un desdichado... Sólo Tú me comprendes y me amas... Sólo Tú... El necio soy yo... Perdóname, Maestro.

-Sí, sé bueno, sé humilde. Si caes, ven a mí y te levantaré. Si te sientes tentado, corre a mí; te defenderé, de ti mismo, de quien te odie, de todo... Pero, estáte erguido. Vienen los demás...

-Un beso, Maestro... Un beso…

Jesús lo besa..., y Judas recupera su compostura... Sí, pero -pienso yo- la realidad es que no ha confesado en absoluto sus culpas...

-Hemos tardado mucho porque Juana estaba ya levantada y el portero ha querido avisarla. Vendrá hoy, a venerarte, a casa de José - dice Judas Tadeo.

-¿A casa de José? Si cae toda el agua que el cielo promete, esos caminos serán pantanos. No, está claro que Juana no va a venir ni a esa choza ni por esos caminos. Sería mejor que fuéramos nosotros a su casa... - dice Judas, que ya ha recuperado la seguridad.

Jesús no le responde, pero contesta a su primo preguntando:

-¿No nos ha buscado ninguno de los nuestros en casa de Juana?

-Todavía ninguno.

-De acuerdo. Vamos a casa de José. Los otros nos alcanzarán allí...

-Para estar seguros de que nuestras madres están en camino, yo iría a su encuentro... - dice Judas de Alfeo.

-Estaría bien. Pero más de un camino trae a Tiberíades. Y quizás no han tomado el principal...

-Es verdad, Jesús... Vamos...

Andan a buen paso, entre los primeros truenos, con su fuerte fragor en las hoces de los collados que rodean casi por completo al lago, y entre los primeros relámpagos que surcan el cielo lívido. Entran en la casa pobre de José, que parece aún más pobre y oscura con el aire borrascoso. Lo único luminoso que hay es el rostro del discípulo y de sus familiares, dichosos de tener en su casa al Maestro.

-Pero llegas en mal momento, Señor - dice el barquero disculpándose - Con este lago no he podido pescar y... tengo sólo verduras...

-Y tu buen corazón. Pero ya he pensado en ello: ahora van a venir los compañeros con lo que necesitamos. No estés trajinando, mujer... Podemos sentarnos también en el suelo. Hay mucha limpieza. Eres una mujer excelente, lo sé. Y el orden que aquí veo lo confirma.

-¡Oh, mi esposa! ¡Una verdadera mujer fuerte! Mi alegría, nuestra alegría - proclama el barquero, embelesado por el elogio del Señor, que se ha sentado tranquilamente en el borde bajo del hogar apagado, casi en el suelo, y ha puesto entre sus rodillas a un niñito que lo observa asombrado.

Los que habían ido a las compras entran bajo el primer chaparrón. En el umbral de la puerta sacuden los mantos y las sandalias para no meter agua y barro en la casa. Es un maremágnum de truenos, relámpagos, lluvia, viento. El fragor del lago hace de acompañamiento a los solos de las centellas y a los aullidos del viento.

-¡Salud! El verano se moja las plumas y remoja el hogar... Después estaremos mejor... Con tal de que no haga daños a las vides... ¿Puedo ir arriba a mirar el lago? Quiero ver que humor tiene...

-Ve, ve. La casa es vuestra - responde el discípulo a Pedro.

Y Pedro, sólo con la túnica, sale feliz para fruir con la tempestad. Sube la escalera exterior y se queda en la terraza, refrescándose y dando sus responsos a los de dentro, como si estuviera en el puente de su barca y dirigiera las maniobras.

Los demás están sentados, acá o allá, en la cocina, donde apenas se ve, porque tienen que tener la puerta entornada, por el chaparrón; y por el resquicio entra un hilo de luz verdosa, excepto cuando relumbran breves y cegadores los relámpagos...

Vuelve Pedro, mojado como si se hubiera caído en el lago, y sentencia:

-Ahora la tenemos encima de la cabeza. Se aleja hacia Samaria. Va a mojar allí...

-¡A ti te ha mojado ya! Estás chorreando como una fuente - observa Tomás.

-Sí. Pero estoy muy bien después de tanto calor.

-Pasa, que te va a caer mal estar en la puerta mojado de esa forma - aconseja Bartolomé.

-¡No, hombre, no! Yo soy madera añejada... Ya estaba en el agua y todavía no sabía decir bien "padre". ¡Ah, con qué facilidad se respira!... Pero... el camino... es un río... ¡Si vierais el lago! Está de todos los colores y hierve como una cazuela. Ya no sabe uno siquiera hacia dónde van las olas. Hierven donde están... Pero hacía falta...

-Sí, hacía falta. Las paredes ya no se enfriaban, de tanto como las calentaba el sol. Mi vid tenía las hojas abarquilladas, polvorientas... Le echaba agua en la base... Pero, ¡ya, ya!... ¿Qué hace un poco de agua cuando todo el resto es fuego? - dice José.

-Más mal que bien, amigo - sentencia Bartolomé - Las plantas necesitan el agua del cielo, porque beben también con las hojas, ¡eh! Parece que no, pero es así. ¡Las raíces, las raíces! Está bien. Pero también las hojas están para algo y tienen sus derechos...

-¿No te parece, Maestro, que Bartolomé está proponiendo el tema de una hermosa parábola? - dice el Zelote, incitando a Jesús a hablar.

Pero Jesús, que está arrullando al niñito, que tiene miedo a los rayos, no dice la parábola, sino que asiente diciendo:

-¿Y tú cómo la plantearías?

-Sin duda, mal, Maestro. Yo no soy Tú...

-Dila como la sepas. Predicar con parábolas os servirá mucho. Acostumbraos. Te escucho, Simón...

-¡Oh!... Tú, Maestro, yo... necio... Pero obedezco. Yo diría esto: "Un hombre tenía una hermosa planta de vid. Pero, no poseyendo aquel hombre una viña, había plantado su vid en el pequeño huerto de su casa, para que trepara hasta la terraza a dar sombra y a dar racimos; y cuidaba mucho a su vid. Pero ésta crecía entre casas, junto al camino: por tanto, el humo de las cocinas y hornos y el polvo que venía del camino subían a molestar a la vid. Y, mientras descendían del cielo las lluvias de Nisán, las hojas de la vid se limpiaban de las impurezas y, no teniendo en la superficie una fea costra de suciedad que lo impidiera, gozaban del sol y del aire. Pero, cuando llegó el verano y el agua dejó de caer del cielo, humo, polvo, excrementos de aves se depositaron en espesos estratos sobre las hojas, mientras el sol, demasiado ardiente, las secaba. El dueño de la vid echaba agua a las raíces que se hundían en el terreno, y por eso la planta no moría; pero vegetaba enfermiza, porque el agua que absorbían las raíces subía sólo internamente, sin que gozaran de ella las míseras hojas. Es más, del suelo tórrido, humedecido con poca agua, subían efervescencias y emanaciones que estropeaban las hojas, manchándolas como por pústulas dañinas. Pero al final vino una gran lluvia del cielo que cayó sobre las hojas, corrió por las ramas, por los racimos, por el tronco, sofocó el ardor de las paredes y del terreno. Pasada la tormenta, el dueño de la vid vio su planta limpia, fresca, gozando y produciendo gozo bajo el cielo sereno". Ésta es la parábola».

-Está bien: Pero ¿el parangón con el hombre?...

-Maestro, hazlo Tú.

-No. Tú. Estamos entre hermanos, no debes temer quedar mal.

-Si es por quedar mal, no lo temo como cosa desdichada. Es más, lo amo, porque sirve para mantenerme humilde. Es que no quisiera decir cosas equivocadas...

-Te las corrijo Yo.

-¡Oh, entonces! Mira, yo diría: "Así le sucede al hombre que no vive aislado en los huertos de Dios, sino que vive en medio del polvo y del humo de las cosas del mundo, que lo recubren lentamente de una costra, casi desapercibidamente, y su espíritu se hace infecundo, debajo de una costra de humanidad tan espesa, que la brisa de Dios y el sol de la Sabiduría no pueden ya beneficiarlo. Y trata inútilmente de poner remedio con un poco de agua, sacada de las prácticas y dada con mucha humanidad a la parte inferior, siendo así que la parte superior no se beneficia... ¡Ay del hombre que no se limpia con el agua del Cielo que limpia las impurezas, que sofoca los ardores de las pasiones, que verdaderamente nutre el yo todo". He dicho.

-Bien has dicho. Yo diría también que, a diferencia de la planta, criatura carente de libre albedrío y clavada en la tierra - no libre, por tanto, de ir en busca de lo que la beneficia ni de evitar lo que la perjudica- el hombre puede ir a buscar el agua del Cielo y evitar el polvo, el humo y el ardor de la carne y del mundo y del demonio. Sería una enseñanza más completa.

-Gracias, Maestro. Lo recordaré - responde el Zelote.

-No somos unos solitarios... Vivimos en el mundo... Por tanto... - dice Judas de Keriot.

-¿Por tanto, qué? ¿Quieres decir que Simón ha hablado como un necio? - le pregunta Judas de Alfeo.

-No digo eso. Digo que, no pudiéndonos aislar..., tenemos que estar, por fuerza, cubiertos de lo que hay en el mundo.

-El Maestro y Simón dicen precisamente que se debe buscar el agua del Cielo para conservarse uno limpio, a pesar del mundo que nos rodea - dice Santiago de Alfeo.

-¡Ya, claro! Pero ¿está siempre preparada el agua del Cielo para limpiarnos?

-Sí - dice seguro Juan.

-¿Sí? ¿Y dónde la encuentras?

-En el amor.

-El amor es fuego. Te quema más.

-Es fuego, sí. Pero también es agua que lava. Porque se lleva todo lo que es de la Tierra y da todo lo que es del Cielo.

-...No entiendo esas operaciones. Quita, pone...

-Sí. No estoy loco. Digo que te quita lo que es humanidad y te da lo que de Dios viene y por tanto es divino. Y una cosa divina no puede sino nutrir y santificar. Día tras día, el amor te purifica de lo que el mundo te ha dado.

Judas está para rebatir, pero el pequeñuelo que está sobre las piernas de Jesús dice:

-Otra parábola, bonita, bonita... para mí... - y esto hace desviar la controversia.

-¿Sobre qué, niño? - pregunta, condescendiente, Jesús.

E1 niñito mira a su alrededor y halla. Dirige un dedito hacia su madre y dice: -Sobre mamá.

-Una mamá es para el alma y para el cuerpo lo que para estos mismos es Dios. ¿Qué te hace tu mamá? Vela por ti, te cuida, te enseña, te quiere, está atenta a que no te hagas daño, te tiene, como hace la paloma con sus crías, debajo de las alas de su amor. Y se ha de obedecer y querer a la propia mamá, porque todo lo que hace lo hace por nuestro bien. También el buen Dios, y mucho más perfectamente que la más perfecta de las mamás, tiene a sus hijos bajo las alas de su amor, los protege, los

instruye, les ayuda, piensa en ellos de día y le noche. Pero también al buen Dios, como y mucho más que a la propia mamá - porque la mamá es el más grande amor de la Tierra, pero Dios es el más grande y eterno amor de la Tierra y del Cielo-ha de obedecérsele y amarlo, porque todo lo que hace lo hace por nuestro bien...

-¿También los rayos? – interrumpe el pequeño, que tiene mucho miedo de ellos.

-También.

-¿Por qué?

-Porque limpian el cielo, el aire y...

-¡Y después viene el arco iris!... - exclama Pedro, que, medio fuera y medio dentro, ha escuchado y ha callado. Y añade:

-Ven, tortolito que te lo muestro. ¡Mira qué bonito!...

Y, efectivamente, la luz se aclara porque la tempestad ha pasado, y un amplio arco iris, que empieza en las orillas de Ippo, proyecta su cinta en forma de arco sobre el lago, para desvanecerse tras los montes a espaldas de Magdala.

Van todos a la puerta, pero para ver el lago tienen que descalzarse, porque el patio es un pequeño estanque de agua amarillenta que lentamente mengua. De la tempestad, queda como recuerdo el color amarillento del lago y todavía una agitación de sus aguas que tiende a calmarse. Pero el cielo está sereno y el aire descargado, y las frondas han tomado de nuevo color.

Tiberíades recobra vida... Pronto se ve venir a Juana -viene con Jonatán- por el camino aún lleno de agua y barro. Alza su rostro para saludar al Maestro, que está en la terraza, y sube rauda para postrarse, feliz... Los apóstoles hablan entre sí; sólo Judas, a mitad de distancia entre Jesús y Juana por un lado y los apóstoles por el otro, se abstrae como pensativo. Apostaría porque está todo atento a escuchar las palabras de Juana, cuyo pensamiento respecto a Judas no se ha hecho descifrable, porque ha saludado a todos los apóstoles con un único: «La paz a vosotros». Pero Juana habla únicamente de los niños y del permiso que Cusa le ha dado para ir con la barca a Cafarnaúm mientras está el Maestro en la ciudad. Y la sospecha de Judas se calma. Se reúne entonces con los otros compañeros...

Embarradas en los bajos de los vestidos, pero secas en el resto del cuerpo, vese venir a María Santísima y a María de Alfeo, junto con los cinco que han ido a recogerlas. La sonrisa de María, mientras sube por la corta escalera, es más hermosa que el arco iris persistente aún en el cielo.

-¡Tu Madre, Maestro! - avisa Tomás.

Jesús va a su encuentro, y todos los demás con Él. Y se felicitan que las mujeres no presenten signos de dificultades aparte de un poco de barro en el borde de los vestidos.

-Nos hemos parado en casa de un hortelano cuando han empezado las primeras gotas - explica Mateo. Y pregunta:

-¿Hace mucho que nos esperáis?

-No. Hemos llegado al amanecer.

-Hemos tardado por causa de un necesitado... - dice Andrés.

-Bien. Ahora que estáis todos y que el tiempo se pone bueno, propondría salir al atardecer para Cafarnaúm - dice Pedro.

María, siempre condescendiente, esta vez dice:

-No, Simón. No podemos partir si antes... Hijo mío, una madre me suplicó que Tú, que eres el único que puede hacerlo, convirtieras el alma de su único hijo varón. Yo te lo ruego, escúchame, porque le prometí... Perdónalo... Tu perdón...

-Ya está concedido, María. Ya he hablado yo con el Maestro... -interrumpe Judas Iscariote, creyendo que María habla de él.

-No hablo de ti, Judas de Simón. Hablo de Ester de Leví, nazarena, madre que ha muerto a causa de los comportamientos de su hijo. Jesús, ella murió en la noche que te marchaste. Sus invocaciones dirigidas a ti no eran por ella, pobre madre mártir de un hijo infame, sino por su hijo... porque nosotras las madres es de vosotros, los hijos, y no de nosotras, de quienes nos preocupamos... Ella quiere ver salvo a su Samuel... Pero ahora, ahora que ha muerto, Samuel, víctima del remordimiento, parece enloquecido, y no escucha ningún tipo de razones... Pero Tú puedes, Hijo, sanarle la mente y el espíritu...

-¿Está arrepentido?

-¿Cómo quieres que lo esté, si está desesperado?

-Efectivamente, matar a la propia madre dándole un dolor continuo debe hacerle a uno un desesperado. No se viola impunemente el primero de los mandamientos de amor hacia el prójimo. Madre, ¿cómo quieres que Yo perdone y Dios dé paz al matricida impenitente?

-Hijo mío, esa madre te pide paz desde la otra vida... Era buena... ha sufrido mucho...

¯La paz será suya...

¯No, Jesús. No puede tener paz un espíritu de madre, si ve a su hijo privado de Dios…

-Justo es que esté privado.

-Sí, Hijo. Sí. Pero por la pobre Ester... La última palabra fue oración por su hijo... Y me dijo que te lo dijera, Jesús, Ester durante su vida no tuvo nunca una alegría, Tú lo sabes. Dale ésta, ahora que ha muerto; dásela a su espíritu, que sufre por su hijo.

-Madre, he tratado de convertir a Samuel en mis permanencias en Nazaret. Pero mis palabras han sido inútiles, porque en él estaba apagado el amor...

Lo sé. Pero Ester ofreció su perdón, sus sufrimientos, porque renaciera el amor en Samuel. Y, ¿quién sabe?, ¿este tormento suyo actual no podría ser amor que está resucitando? Un amor doloroso, y, alguno podría decir, un amor inútil, porque la madre ya no puede gozarlo. Pero Tú, pero yo, sabemos, yo por fe, Tú por conocimiento, que la caridad de los difuntos está atenta y cercana. Ni ignoran lo que sucede en los amados que han dejado aquí ni se desinteresan de ello... Y Ester puede aún gozar de este tardío amor por ella de su hijo ingrato, ahora perturbado por el remordimiento. ¡Oh, mi Jesús, ya sé que este

hombre te causa horror por la enormidad de su culpa! ¡Un hijo que odia a su madre! Un monstruo para ti que eres todo amor hacia la tuya. Pero, precisamente porque eres todo amor hacia mí, escúchame. Volvamos juntos a Nazaret, enseguida. No siento el peso del camino, nada me pesa si sirve para salvar un alma…

-Bien. Has vencido, Madre...

-Judas de Simón, toma contigo a José y parte para Nazaret. Me llevarás a Samuel a Cafarnaúm.

-¿Yo? ¿Por qué yo?

-Porque tú no estás cansado. Los otros sí. Durante mucho tiempo han andado, mientras tú descansabas…

-También he andado yo. He estado en Nazaret, buscándote. Tu Madre lo puede decir.

-Tus compañeros han estado en Nazaret todos los sábados y ahora regresan de un largo recorrido. Ve y no discutas…

-Es que... en Nazaret no me estiman... ¿Por qué me mandas precisamente a mí?

-Tampoco me estiman a mí, y no obstante voy a Nazaret. No es necesario que lo estimen a uno en un lugar para ir a él. Ve y no discutas, te repito.

-Maestro... yo tengo miedo de los dementes…

-Ese hombre está perturbado por el remordimiento, pero no está loco.

-Tu Madre lo ha dicho…

-Y Yo te digo por tercera vez: ve y no discutas. Meditar sobre las consecuencias que puede acarrear el hacer sufrir a una madre sólo podrá hacerte un bien…

-¿Me estás comparando con Samuel? Mi madre es reina en su casa. Ni siquiera estoy con ella controlándola, ni siéndole gravoso con mi mantenimiento…

-A las madres no les son gravosas estas cosas: Pero la falta de amor de los hijos, el que sean imperfectos a los ojos de Dios y de los hombres es una roca que las aplasta. Ve, te digo.

-Voy. ¿Y qué le voy a decir a ese hombre?

-Que venga a verme a Cafarnaúm.

-Si no ha obedecido nunca ni siquiera a su madre, ¿cómo quieres que me obedezca a mí ahora, estando además tan desesperado?

-¿Y no has comprendido todavía que si te envío es señal de que ya he actuado en el espíritu de Samuel, sacándolo del delirio del remordimiento desesperado?

-Voy. Adiós, Maestro. Adiós, Madre. Adiós, amigos.

-Y se marcha, sin ningún entusiasmo, seguido por José, que por el contrario está todo contento de ser elegido para esa misión.

Pedro, entre dientes, canturrea algunas palabras...

Jesús le pregunta:

-¿Qué dices, Simón de Jonás.

-Cantaba una vieja canción del lago…

-¿Y cuál es?

-Es: "¡Siempre así! ¡Le gusta la pesca al agricultor, no le gusta pescar al pescador!". Y en verdad aquí se ha visto que ha tenido más ganas de pescar el discípulo que el apóstol...

Muchos se echan a reír. Jesús no se ríe, suspira.

-¿Te he apenado, Maestro? - pregunta Pedro.

-No. Pero no critiques siempre.

-Es por Judas por quien está apenado mi hermano - dice Judas de Alfeo.

-Guarda silencio también tú; sobre todo, en lo hondo de tu corazón.

-Pero ¿verdaderamente se ha efectuado ya en Samuel el milagro? - pregunta, curioso y un poco incrédulo, Tomás.

-Sí.

-Entonces es inútil que vaya a Cafarnaúm.

-Es necesario. No he curado del todo su corazón. Samuel tiene que buscar por sí mismo la curación, o sea, el perdón con un arrepentimiento santo. Pero he hecho que de nuevo sea capaz de razonar. Ahora le toca a él obtener el resto con su libre voluntad. Vamos a bajar. Vamos a estar con los humildes…

--¿No a mi casa, Maestro?

-No, Juana. Tú podrás venir a verme cuando quieras. Ellos están atados por sus trabajos, así que voy yo a ellos…

-Y Jesús baja de la terraza y sale a la calle seguido por los demás, también por Juana, que está bien decidida a no separarse de Jesús, dado que Jesús no está dispuesto a ir a su casa.

Van por entre las casitas pobres, en dirección a lugares cada vez más pobres y periféricos... Y la visión termina así.

## 446

## Llegada a Cafarnaúm en medio de un cálido recibimiento.

No sé si espontáneamente o si es porque alguien la ha avisado, lo cierto es que Porfiria está ya en la pequeña playa de Cafarnaúm cuando llegan las barcas, que son tres en vez de dos, lo cual me hace pensar que alguno se ha adelantado a Cafarnaúm para avisar de que el Maestro llega y para tomar una barca para las mujeres y Margziam. Y con Porfiria están las hijas de Felipe, y Miriam de Jairo, además de la madre de Santiago y Juan.

Pero observo con claridad que Porfiria, sin hacer caso de las pequeñas olas del lago -todavía un poco agitado- que recorren el guijarral con su fluir riente y descocado, entra en el agua hasta la mitad de la pierna y se asoma hacia dentro de la barca, a la altura de Margziam, y lo besa; le dice:

-¡Te querré también por él, por todos te querré, hijo amado! - y lo dice muy conmovida; y en cuanto se detiene la barca y bajan los que estaban en ella, Porfiria abraza a Margziam, no cediendo a nadie la tarea de hacer sentir al jovencito que es muy amado.

Va así a reunirse con el grupo de la otra barca, para venerar al Maestro, y poder hacerlo antes de que los de Cafarnaúm y los muchos discípulos que esperan desde hace bastante la llegada de Jesús se apoderen del Maestro, substrayendo a las discípulas la alegría de tenerlo para ellas. Las mujeres están apiñadas en torno al Maestro, y sólo los niños de Cafarnaúm pueden romper este círculo de las discípulas, introduciendo sus cuerpecitos con su propia fuerza entre una y otra mujer para poder llegar a Jesús, que va lentamente hacia la casa.

Dado que es una hora temprana, hay poca gente por los caminos, la mayor parte mujeres que van al manantial o al mercado rodeadas de la nidada de hijitos; o algún pescador que vuelve, a dejar remos y redes en las barcas para prepararlas para la pesca de la noche. Pero no se ve a ninguna persona importante del lugar, aparte de Jairo, que acude lleno de deferencia a venerar a Jesús y a congratularse, pues ha oído que tiene intención de quedarse algunas semanas, yendo de noche a las ciudades del lago para hablar en ellas por la mañana y volver luego a descansar durante el día a Cafarnaúm. Y es Jairo, por el respeto que infunde a sus paisanos, el que logra primero ponerse al lado de Jesús. Y lo consigue porque aparta a su hija con autoridad de padre. Después de él logran juntarse a Jesús los discípulos más influyentes, aquellos a quienes, por un instintivo impulso de justicia, los otros ceden el primer puesto después de los apóstoles, o sea: el anciano sacerdote Juan (el ex leproso), Esteban, Hermas, Timoneo, Juan el hijo de Noemí, Nicolái y los discípulos ex pastores (todos presentes excepto los dos que han ido hacia el Líbano).

Jesús se interesa por los otros, por los ausentes, y pregunta por ellos a sus compañeros.

-¿Son todavía fervorosos?

-¡Oh, mucho!

-¿Descansan en sus casas?

-No. Trabajan en hacer nuevos discípulos en sus ciudades y en los pueblos cercanos.

-¿Y Hermasteo? Hermasteo ha ido por el litoral, bajando hacia su ciudad; va con José, el de Emaús, y quieren hablar del Salvador por toda la costa, y a ellos se han unido los dos amigos Samuel y Abel (para mostrar lo que puede el Señor, pues ellos estaban uno cojo y el otro leproso).

Preguntas y respuestas. Y no basta el camino para agotarlas, como tampoco la casa de Tomás de Cafarnaúm para acoger a tanta gente, que ya se apretuja en torno al Maestro, que ha regresado después de tanta ausencia. Y Jesús decide ir a los campos para estar en medio de todos sin hacer preferencias.

## 447

## En Cafarnaúm unas palabras de Jesús sobre la misericordia y el perdón no encuentran eco.

Es sábado. Eso creo yo, porque veo a la gente reunida en la sinagoga. Pero también podría ser que se hubieran reunido allí huyendo del sol, o para estar más seguros en la casa de Jairo. La gente se apiña, y está atenta a pesar del calor que no logran atenuar ni siquiera las puertas y ventanas, abiertas para crear corrientes de aire. Los que no han podido entrar en la sinagoga se han refugiado, para que no los cueza el sol en la calle, en el umbrío jardín que hay detrás de la sinagoga, el jardín de Jairo, de tupidas enramadas y de frondosos árboles frutales.

Jesús está hablando junto a la puerta que da al jardín, para que lo oiga tanto este auditorio como el de la sinagoga. Jairo está a su lado, atento; los apóstoles, en grupo, cerca de la puerta que da al jardín; las discípulas, con María en el centro, están sentadas bajo una enramada que casi toca la casa; Miriam de Jairo y las dos hijas de Felipe están sentadas a los pies de María.

Por las palabras que llegan a mis oídos -porque Jesús exhorta a la paz y al perdón, diciendo que en corazones turbados no puede penetrar con fruto la palabra de Dios-, intuyo que ha habido algún incidente entre los fariseos de marras y Jesús, y que la gente está inquieta por este motivo.

-No podemos tolerar que se te insulte - grita alguno de entre la multitud.

-Dejad al Padre mío y vuestro que resuelva. Vosotros imitadme a mí. Tolerad, perdonad. No se persuade a los enemigos respondiendo al insulto con el insulto.

-Pero tampoco con la mansedumbre continua. Te dejas pisotear - grita Judas Iscariote.

-Tú, apóstol mío, no sirvas de escándalo dando un ejemplo de ira y crítica.

-De todas formas, tu apóstol tiene razón. Sus palabras son justas.

-No es justo el corazón que las formula ni el que las escucha. Quien quiere ser discípulo mío debe imitarme. Yo tolero y perdono. Soy manso, humilde y pacífico. Los hijos de la ira no pueden estar conmigo, porque son hijos del siglo y de sus propias pasiones.

¿No recordáis el libro cuarto de los Reyes? En un punto *(2 Reyes 19, 20-37)* se dice que Isaías habló contra Senaquerib, que creía que podía atreverse a todo, y le profetizó que nada lo salvaría del castigo de Dios. Lo compara a un animal al que se pone un anillo en las narices y un freno en los labios para domar su inicuo furor. Y ya sabéis que Senaquerib murió de manos de sus propios hijos. Porque, en verdad, el cruel perece por su propia crueldad; perece en la carne y en el espíritu. Yo no

amo a los crueles, no amo a los soberbios, no amo a los iracundos, a los ambiciosos, a los lujuriosos. *(Yo no amo debe interpretarse no con referencia a las personas de los pecadores, sino, como se lee en los renglones siguientes, a estas cosas y más exactamente a las malas pasiones. En este mismo sentido deberían interpretarse ciertas expresiones presentes en la Biblia sobre el odio de Dios hacia los pecadores (como en Sabiduría 14, 9; Eclesiástico 12, 6; Malaquías 1, 3), y presentes en la Obra valtortiana)*
No os he dado ni palabra ni ejemplo de estas cosas; antes bien, siempre os he enseñado las virtudes opuestas a estas malas pasiones.

¡Qué bonita es la oración de David, *(1 Crónicas 29, 10-19), y la cita de unos renglones adelante está en 1 Crónicas 22, 8-10)* rey nuestro, cuando, santificado de nuevo por el sincero arrepentimiento de las culpas pasadas y por años de sabia conducta, alabó al Señor, manso y resignado ante el decreto de no poder ser él el que erigiera el nuevo Templo! Vamos a decirla juntos dando gloria al Señor Altísimo...

Y Jesús entona -mientras los que están sentados se levantan y los que están apoyados en las paredes dejan el apoyo para tomar una postura de respeto- la oración de David. Luego Jesús sigue, con su tono habitual:

-Hay que recordar siempre que todas las cosas están en las manos de Dios, todas las empresas, todas las victorias. Magnificencia, potencia, gloria y victoria son del Señor. Él concede una u otra cosa al hombre, si juzga que es la hora de concederla para un bien cierto. Pero el hombre no puede reivindicarla. Dios no le concede a David - ya perdonado pero aún necesitado de victoria sobre sí mismo después de los pasados errores - no le concede erigir el Templo: "Has derramado mucha sangre y has hecho demasiadas guerras; no podrás, por tanto, erigir una casa a mi Nombre, habiendo derramado tanta sangre delante de mí. Te nacerá un hijo que será hombre de paz... por eso será llamado el Pacífico... Él edificará la casa a mi Nombre". Esto dice el Altísimo a su siervo David. Esto os digo Yo. ¿Queréis, por ser iracundos, no merecer erigir en vuestros corazones la casa al Señor Dios vuestro? Lejos, pues, de vosotros todo sentimiento que no sea de amor. Tened un corazón perfecto, como el que invocaba David para su hijo, constructor del Templo, para que, custodiando mis mandamientos y realizando todas las cosas según lo que os he enseñado, lleguéis a edificar en vosotros la morada de vuestro Dios, en espera de ir vosotros a la suya, eterna y jubilosa. Pásame un rollo, Jairo. Voy a explicarles lo que Dios quiera.

Jairo va adonde están apilados los rollos y toma al azar uno que está en el centro del montón, y, quitándole previamente el polvo, se lo entrega a Jesús, que lo desenrolla y lee: «Jeremías, capítulo 5. Caminad por las calles de Jerusalén, mirad, observad, buscad por sus plazas a ver si encontráis un hombre que practique la justicia y quiera ser fiel, y Yo tendré misericordia de ella"». (Me dice el Señor: «No continúes. Digo todo el capítulo».)

Jesús, después de leer todo el capítulo, devuelve el volumen a Jairo y se pone a hablar.

-Hijos míos. Habéis oído qué tremendos castigos están reservados a Jerusalén, al Israel que no es justo. Pero no os alegréis de ello. Es nuestra Patria. No os alegréis pensando: "Quizás ya no estaremos". En todo caso está llena de hermanos vuestros. No digáis: "Le está bien empleado, porque es cruel con el Señor" Las desventuras de la Patria, los dolores de los convecinos deben afligir siempre a los justos. No midáis como miden los demás, sino como Dios mide, o sea, con misericordia.

¿Qué debéis hacer, entonces, para con esta Patria, para con estos compatriotas, bien sea que por Patria y compatriotas se entiendan la gran Patria y sus habitantes, toda la Palestina, bien sea que se entienda esta pequeña que es Cafarnaúm, ciudad vuestra, bien sea que se entiendan todos los hebreos o estos pocos, enemigos míos, en esta pequeña ciudad de Galilea? Debéis hacer obras de amor. Hacer lo posible por salvar Patria y compatriotas. ¿Cómo? ¿Quizás con la violencia? ¿Con el desprecio? No. Con el amor, con el paciente amor para convertirlos a Dios.

Habéis oído: "Si encuentro un hombre que practique la justicia, usaré con aquélla misericordia". Trabajad, pues, para que los corazones se acerquen a la justicia y se hagan justos. Verdaderamente, en su injusticia, dicen de mí: "No es Él", y por eso creen que por perseguirme no les vendrá ningún mal. Verdaderamente dicen: "Estas cosas no sucederán nunca. Los profetas han hablado al azar". Y tratarán de llevaros también a vosotros a que digáis lo mismo que ellos.

Los que estáis aquí presentes sois fieles. Pero ¿dónde está Cafarnaúm? ¿Es ésta toda Cafarnaúm? ¿Dónde están los que otras veces veía agolparse alrededor de mí? ¿Entonces la levadura, fermentada la última vez que estuve aquí, ha obrado la destrucción en muchos corazones? ¿Dónde está Alfeo? ¿Dónde, José con sus tres hijos? ¿Dónde, Ageo de Malaquías? ¿Dónde, José y Noemí? ¿Dónde, Leví, Abel, Saúl y Zacarías? ¿Olvidado a causa de palabras engañosas el claro beneficio recibido? ¿Pero pueden las palabras destruir los hechos?

¡Ya veis! Es sólo un pequeño lugar. En este lugar, donde los agraciados son los más numerosos, el odio ha podido devastar la fe en mí. Sólo veo reunidos aquí a los perfectos en la fe. ¿Podéis pretender que una serie de hechos lejanos y lejanas palabras puedan mantener a todo Israel fiel a Dios? Así debería ser, porque la fe debe ser fe aún sin el soporte de los hechos. Pero no es así. Y cuanto más grande es la ciencia, más baja es la fe, porque los doctos se creen dispensados de la fe simple y franca, que cree por la fuerza del amor y no por el auxilio de la ciencia.

Lo que hay que trasmitir y encender es el amor. Y, para hacer esto, es necesario arder. Estar convencidos, heroicamente convencidos para convencer. En vez de los desaires, como respuesta a los insultos, humildad y amor. E ir con humildad y amor, recordando las palabras del Señor a quien ya no las recuerda: "Temamos al Señor, que nos da la lluvia de la primera y la última estación".

¡No nos comprenderían! Es más, nos ofenderían, diciendo que somos unos sacrílegos por enseñar sin tener derecho a hacerlo. ¡No ignoras quiénes son los escribas y los fariseos!...

No, no lo ignoro. Aunque lo hubiera ignorado, ahora lo sabría. Pero no importa lo que ellos sean; importa lo que nosotros somos. Si ellos y los sacerdotes aplauden a los falsos profetas que profetizan lo que les proporciona una ganancia, olvidando que sólo ha de aplaudirse a las obras buenas que el Decálogo ordena, no por ello mis fieles deben imitarlos, y tampoco deben intranquilizarse y ponerse a mirar como gente vencida. Vosotros debéis trabajar tanto cuanto el Mal trabaja...

-¡Nosotros no somos el Mal! - grita desde el límite con la calle la voz cascada de Elí el fariseo, que trata de entrar mientras va gritando:

-¡Nosotros no somos el Mal, alborotador!

-¡Tú sí que alborotas! ¡Fuera! - dice enseguida el centurión, que debía estar atento allí, junto a la sinagoga, a juzgar por lo rápido de su intervención.

-¿Tú?, ¿tú, pagano, te atreves a imponerme?...

-Yo, romano, sí. ¡Fuera! El Rabí no te molesta a ti. Tú sí lo molestas a Él. No puedes hacerlo.

-Nosotros somos los rabíes, no el carpintero galileo - grita el viejo, más parecido a una hortelana que a un maestro.

-Uno más, uno menos... Los tenéis a cientos, y todos de mala doctrina. El único virtuoso es Éste. Te ordeno que salgas.

-¿Virtuoso, eh?! ¿Virtuoso uno que trafica con Roma la propia incolumidad? ¡Sacrílego! ¡Impuro!

El centurión lanza un grito, y el paso pesado de algunos soldados se mezcla con los estridentes insultos de Elí.

-¡Prended a ese hombre y arrojadlo afuera! - ordena el centurión.

-¿Yo? ¿Paganos me ponen la mano encima? ¡Pies paganos en una sinagoga nuestra! ¡Anatema! ¡Auxilio! ¡Me están profanando! ¡Me...!

-Soldados, os ruego que lo dejéis marcharse. No entréis. Respetad este lugar y la canicie de este hombre - dice Jesús desde donde está.

-Como quieras, Rabí.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Embrollón! Pero lo sabrá el Sanedrín. ¡Tengo la prueba! ¡Tengo la prueba! Ahora creo en las palabras que nos han sido referidas. Tengo la prueba. ¡Y sobre ti pesa el anatema!.

-Y la espada va a pesar sobre ti, si dices una palabra más. Roma defiende el derecho. No embrolla, vieja hiena, a nadie. El Sanedrín sabrá tus mentiras y el Procónsul mi informe. Voy a redactarlo. Ve a casa y estáte en ella a disposición de Roma - y el centurión, hecha antes una media vuelta perfecta, se marcha, seguido de los cuatro soldados, dejando plantado al palidecido y tembloroso, vilmente tembloroso Elí...

Jesús reanuda su discurso, como si nada le hubiera interrumpido:

-Debéis trabajar tanto cuanto el Mal trabaja, para edificar en vosotros y en torno a vosotros la casa del Señor, como os decía al principio. Hacer, con una gran santidad, que Dios pueda seguir descendiendo a los corazones y a nuestra amada Patria natal, que tan castigada está ya y que no sabe qué nimbo de desventura se está hinchando para ella en el septentrión, en la nación fuerte que ya nos domina y que nos dominará cada vez más, porque las acciones de los ciudadanos son tales, que suscitan la repugnancia del Bonísimo e instigan al fuerte. Y, enojados Dios y el dominador, ¿cómo pretendéis gozar de paz y bien? Sed, sed buenos, hijos de Dios. Haced que en Israel no uno sino una multitud sean buenos, para alejar los tremendos castigos del Cielo. Os he dicho al principio que, donde no hay paz, la palabra de Dios no puede, pacíficamente escuchada, dar frutos en los corazones. Y ya veis que esta reunión no ha sido tranquila y no será fructífera. Demasiada agitación en los corazones... Podéis marcharos. Tendremos todavía unas horas para estar juntos. Y orad, como Yo oro, para que quien nos turba se convierta... Vamos, Madre - y, abriéndose paso entre la multitud, sale a la calle.

Elí está todavía allí, y, térreo como un muerto, se arroja a los pies de Jesús. -¡Piedad! Me salvaste una vez al nieto. Sálvame a mí, para tener tiempo de convertirme. ¡He pecado! Lo confieso. Pero Tú eres bueno... Roma... ¡Oh, qué me va a hacer Roma?

-Te va a desempolvar bien el polvo del verano con unos buenos zurriagazos - grita uno, y la gente se ríe mientras Elí emite un grito de agudo dolor, como si ya sintiera los azotes, y gime:

-Soy viejo... Enfermo de dolores... ¡Ay de mí!

-¡La cura hará que se te pasen, viejo chacal!

-¡Te vas a rejuvenecer y vas a bailar!...

-¡Silencio! - dice Jesús en tono impositivo a los protagonistas de esta burla. Y al fariseo:

-Levántate, ten decoro. Tú sabes que no desciendo a complots con Roma. ¿Qué quieres, pues, que te haga?

-Es verdad. Sí. Es verdad. Tú no conspiras. Es más, desprecias a los romanos, los odias, los mal...

-Nada de eso. No mientas ensalzándome como antes acusándome. Y ten presente que no sería alabanza el decir de mí que odio a éste o a aquél, o maldigo a éste o a aquél: Yo soy el Salvador de todos los espíritus, y ante mis ojos no hay razas ni rostros, sino espíritus.

-¡Es verdad! ¡Es verdad! Pero Tú eres justo y Roma lo sabe, y te defiende por ello. Mantienes tranquilas a las turbas, enseñas el respeto a las leyes y...

-¿Es acaso un pecado ante tus ojos?

-¡No! ¡No! ¡Es justicia! Sabes hacer lo que todos deberíamos hacer, porque eres justo, porque...

La gente hace risitas y cuchichea. No pocos epítetos se oyen, aunque se digan en voz baja:

-¡Embustero! ¡Bellaco! ¡Esta misma mañana hablaba de otra manera! etc.

-Bien, ¿y qué tengo que hacer Yo?

-¡Ir allí, donde el centurión! ¡Rápido! Antes de que se marche la estafeta. ¿Ves? ¡Ya están preparando los caballos! ¡Piedad!

Jesús lo mira: pequeño, tembloroso, lívido de miedo, miserable... Lo mira atentamente, y con compasión. Sólo cuatro pupilas lo miran con compasión: las del Hijo y las de la Madre. Todas las demás son o irónicas o severas o inquietas... Incluso Juan, incluso Andrés tienen mirada dura de severidad desdeñosa.

-Tengo piedad. Pero Yo donde el centurión no voy...

-Está en buena amistad contigo...

-Que no.

-Quería decir que te está agradecido por... por motivo del siervo que le curaste.

-También a ti te curé al nieto, y no me estás agradecido, a pesar de ser israelita como Yo. La merced no crea obligación.

-Sí que la crea. ¡Ay de aquel que no sea agradecido para con...! - comprende que se está condenando a sí mismo y, trabándose, se calla. La gente se burla.

-¡Pronto, Rabí! ¡Gran Rabí! ¡Santo Rabí! ¿No ves que está dando órdenes? ¡Ya se van a marchar! ¿Deseas verme escarnecido?, ¿muerto?

-No. Yo no voy a recordar una merced. Ve tú y dile: "El Maestro dice que seas compasivo". ¡Ve!

Elí se echa a trotar, mientras Jesús se dirige hacia su casa, en sentido opuesto.

E1 centurión debe haber aceptado, porque se ve que desmontan los soldados que ya estaban a caballo, y que le devuelven al centurión una tablilla encerada y se llevan los caballos.

-¡Qué pena! ¡Venía de maravilla! - exclama Pedro, y Mateo le responde:

-Sí. El Maestro debía haber dejado que lo castigaran. Tantos golpes como insultos nos propina. ¡Viejo odioso!

-¡Y así otra vez dispuesto a empezar! - exclama Tomás.

Jesús se vuelve severo:

-¿Tengo seguidores o demonios? ¡Marchaos vosotros que tenéis un corazón sin misericordia! Me resulta penosa vuestra presencia.

Los tres se quedan donde están, petrificados por el reproche.

-¡Hijo mío! ¡Ya tienes mucho dolor! ¡Y yo tengo ya mucha pena! No añadas ésta... ¡Míralos!... - implora María.

Y Jesús se vuelve a mirar a los tres... Tres rostros desolados, con toda la esperanza y el dolor en los ojos.

-¡Venid! - ordena Jesús.

¡Oh, las golondrinas son menos rápidas!

-Que sea la última vez que os oigo decir palabras como ésas. Tú, Mateo, no tienes derecho a decirlas; tú, Tomás, no has muerto todavía para juzgar quién es perfecto creyéndote salvado; y tú, Simón de Jonás, lo que has hecho es como subir fatigosamente a una cima una piedra voluminosa y dejarla rodar hacia abajo. Entiéndeme rectamente lo que quiero decir... Y ahora escuchad. Aquí, en la sinagoga y en la ciudad es inútil hablar. Voy a hablar desde las barcas, en el lago, ahora en un lugar, luego en otro. Prepararéis las barcas, las que hagan falta, e iremos o en las tardes serenas o en las auroras frescas...

## 448

## Encuentro de barcas en el lago y parábola sugerida por Simón Pedro.

-¿A dónde, Maestro? - pregunta Pedro, que ha ultimado las maniobras y los preparativos de la navegación y está, con su barca, a la cabeza de la pequeña flotilla que, cargada de gente, está dispuesta a seguir al Maestro.

-A Magdala. Se lo prometí a María de Lázaro.

-Bien - responde Pedro, y mueve el timón en el modo adecuado para tomar la dirección requerida, dando bordadas.

Juana -que está en la barca con el Maestro, María Stma., María Cleofás, Margziam, Mateo, Santiago de Alfeo y uno que no conozco - señalando a las muchas barcas que hay en el lago en el sosegado atardecer estival que aplaca los fuegos del ocaso transformándolos en cascadas de velos violáceos, casi como si del cielo llovieran cascadas de amatistas o de racimos de glicina en flor, dice:

-Quizás entre aquéllas están también las barcas de las romanas. Fingir una pesca en estos atardeceres serenos es uno de sus entretenimientos preferidos.

-Pero estarán más hacia el sur - observa el hombre que no conozco.

-¡No, hombre, Benjamín! Tienen barcas rápidas y expertos barqueros. Suben hasta aquí.

-Para lo que tienen que hacer... - refunfuña Pedro, y prosigue, hablando entre dientes, con la intransigencia del pescador que ve la navegación y la pesca como una profesión, no como un entretenimiento, casi como una religión, enteramente reglada por leyes severas y útiles, y que este hecho de usarla torpemente le parece una profanación - Con sus inciensos, flores, perfumes y otras cosas demoníacas – continúa mascullando Simón de Jonás - corrompen las aguas; con sus sonidos, gritos y lenguajes molestan a los peces; con sus lámparas humeantes los espantan; con sus malditas redes, que echan sin miramientos, dañan los fondos y a las crías... Debería estar prohibido. El Mar de Galilea es de los galileos, y que además sean pescadores, no de las prostitutas y de sus compinches... ¡Si fuera yo el amo! Veríais vosotras, fétidas barcas paganas, sentinas flotantes de vicio, alcobas navegantes para traer también a estas aguas de Dios, de nuestro Dios para sus hijos, a los vuestros... ¡Oh! ¡Pero mirad! ¡Si se dirigen hacia aquí, precisamente hacia nosotros! ¡Pero habráse visto!... ¿Pero se puede consentir?... ¡Pero...!»

Jesús interrumpe este discurso acusatorio, en que Pedro da rienda suelta a todo su espíritu de israelita y de pescador, poniéndose rojo, sofocado por la indignación, jadeante como si luchara contra fuerzas infernales, y dice, con una tranquila sonrisa: -Pero es mejor que no seas tú el amo. ¡Por fortuna no lo eres! Por ellos y por ti. Porque a ellos les impedirías seguir un buen impulso, y, por tanto, un impulso imprimido en su espíritu -pagano, estoy de acuerdo, pero por naturaleza bueno- imprimido en su espíritu por la Misericordia eterna que mira a estas criaturas -que no tienen culpa de haber nacido en la nación romana en vez de en la hebrea- con mirada piadosa, precisamente porque las ve tender a lo bueno. Y te perjudicarías a ti mismo, porque cometerías un acto contra la caridad y otro contra la humildad...

-¿Humildad? No veo... Siendo el amo del lago, me sería lícito disponer de él según mi gusto.

-No. Simón de Jonás. No. Te equivocas. Hasta las cosas que nos pertenecen nos pertenecen porque Dios nos las concede. Por tanto, aunque durante un tiempo limitado se posean, hay que pensar siempre que Uno sólo es el que posee todo y sin limitación alguna en el tiempo ni en la medida. Uno sólo es el Amo. Los hombres... ¡Oh, los hombres son sólo los administradores de pequeñas parcelas de la gran Creación. Pero el Amo es Él, el Padre mío y tuyo y de todos los vivientes. Además, Él es Dios, y por tanto, son perfectísimos todos sus pensamientos y acciones. Ahora bien, si Dios mira benigno el impulso de estos corazones paganos hacia la Verdad, y no sólo mira sino que favorece este impulso imprimiéndole un movimiento cada vez más fuerte hacia el Bien, ¿no te parece que tú, oh hombre, pretendiendo impedírselo, en el fondo pretendes impedirle a Dios una acción? Y ¿cuándo se impide una cosa? Cuando se la juzga no buena. Tú, por tanto, pensarías esto de tu Dios: que realiza una acción no buena. Ahora bien, si juzgar a los hermanos no es cosa buena (porque todos los hombres tienen sus defectos y una facultad de conocer y juzgar tan limitada, que siete veces de diez yerra su juicio), absolutamente malvado será el juzgar las acciones de Dios. ¡Simón! ¡Simón! Lucifer quiso juzgar un pensamiento de Dios, y lo definió como errado, y quiso ocupar el lugar de Dios, creyéndose más justo que Él. Y ya sabes, Simón, lo que consiguió Lucifer; y ya sabes que todo el dolor que padecemos ha venido por aquella soberbia...

-¡Tienes razón, Maestro! ¡Soy un gran desdichado! ¡Perdóname, Maestro!

Y Pedro, siempre impulsivo, deja la barra del timón para arrojarse a los pies de Jesús. Y en esto la barca, improvisamente abandonada a sí misma, y precisamente en el curso de una corriente, se desvía y ladea tremendamente, en medio de los chillidos de María Cleofás y Juana y los gritos de los de la ligera barca gemela, que ven que se les echa encima la pesada barca de Pedro. Afortunadamente, Mateo puede tomar prontamente el timón, y la barca se estabiliza, después de unos tremendos cabeceos (incluso por el hecho de que, para mantenerla a distancia, los otros han usado los remos, imprimiendo bruscos zarandeos y agitando las aguas).

-¡Hombre, Simón! Una vez lanzaste invectivas contra los romanos, como navegantes de tres al cuarto porque se nos echaban encima. Pero ahora eres tú el que te pones en evidencia... Y además delante de ellos. Mira: están todos de pie en las barcas, observando... - dice Judas Iscariote, provocador, señalando a las barcas romanas, que ya están -en la porción de lago de frente a Magdala- tan cercanas, que se puede ver (a pesar de que los velos violáceos del atardecer se hayan ido entenebreciendo cada vez más, reduciendo la luz).

-Has perdido también una nasa y un cubo, Simón. ¿Quieres que tratemos de pescarlos con los garfios? - dice Santiago de Zebedeo desde otra barca ya cercana, porque, después del incidente, todos se han agrupado en torno a la barca de Pedro.

-¿Pero qué has hecho? ¡No te sucede nunca! - dice y exclama Andrés desde otra barca distinta.

Pedro responde a todos, a uno después de otro, mientras que los otros han hablado casi juntos.

-¿Me han visto? ¡No importa! Aunque hubieran visto también mi corazón y... Bien, esto no lo digas, Pedro... Pero has de saber que no me dañas. Lo que me puede mortificar no es una mala maniobra, y además sucedida por una buena causa... ¡No te preocupes, Santiago! Cosas viejas que se han ido al fondo... ¡Ojalá pudiera arrojar también tras ellas al hombre viejo que resiste en mí! Quisiera perder todo, incluso la barca, pero ser exactamente como el Maestro quiere... ¿Que qué he hecho? Hombre, pues me he mostrado a mí mismo, a mi soberbia -que quiere enseñar incluso a Dios en las cosas del espíritu- que soy un animal incluso para las cosas de la barca... Me viene bien. Me he hecho una parábola yo a mí mismo... Maestro, ¿no es verdad?

Jesús sonríe asintiendo... Sentado en la popa, sereno, en su sitio habitual, blanco en contraste con el ambiente, que se viste de noche, sus cabellos ondeando levemente con el viento vespertino, destaca en el crepúsculo como un ángel de paz luminosa. Las barcas romanas los han alcanzado.

-Tienen naves excelentes y velas perfectas... ¡bueno y unos marineros...! ¡Van veloces como gaviotas! Aprovechan hasta el más mínimo hilo de viento, la más mínima vena de corriente...

-Los remadores son casi todos esclavos cretenses o nilotas» explica Juana.

-Los marineros del delta son expertísimos, y lo mismo los de Creta. Pero son muy buenos también los de Italia... Superan a Escila y Caribdis... y es suficiente para decir que son excelentes - confirma el desconocido llamado Benjamín.

-¿A dónde vamos, Señor? ¿A Magdala propiamente, o...? ¡Mira! Los de Magdala vienen hacia nosotros...

En efecto, todas las barcas de este lugar se apresuran a dejar el guijarral y el pequeño puerto, cargadas, terriblemente sobrecargadas, de gente; tanto, que casi tienen el borde al ras del agua. Y se dirigen fatigosamente hacia las barcas de Cafarnaúm.

-No. Vamos a detenernos aquí, aguas adentro en el lago, frente a la ciudad. Hablaré desde la barca...

-Es que... Esos imprudentes se quieren ahogar. ¡Pero mira, Maestro! Verdad es que el lago está calmo como una lámina de plata... Pero el agua es siempre agua... y el peso es peso... y allí... parece como si creyeran que están en tierra, no en agua... Da la orden de que vayan para atrás... Se van a ahogar...

-¡Hombre de poca fe! ¿Y no recuerdas que, mientras creíste en mi invitación, caminaste sobre el agua como en terreno sólido? Ellos tienen fe. Por tanto, contra las leyes de equilibrio entre peso y densidad, las aguas sujetarán a esas barcas súper repletas.

-Si sucede eso... es verdaderamente una noche de gran milagro... - susurra Pedro encogiéndose de hombros mientras echa la pequeña ancla para detener la barca, la cual, así, se queda en el centro de un nimbo radiado de barcas, parte de Cafarnaúm, parte de Magdala y parte de Tiberíades (y éstas son las de las romanas, que, prudentemente, se ponen detrás de las de Cafarnaúm, hacia el centro del lago).

Jesús vuelve las espaldas a éstas: mira hacia los de Magdala, hacia el vasto y umbrío jardín de María de Lázaro, hacia las casitas que albean en la noche dispuestas a lo largo en la orilla.

Ya las proas y los remos no rompen el lago; de forma que éste se recompone en paz: una vasta lámina de cristal veteada de plata por la primera claridad de la Luna y sembrada de topacios o rubíes en los lugares en que los fuegos de los faroles o las llamas de las antorchas, colocados en todas las proas, se espejan en el lago.

Las caras parecen extrañas en el contraste de luces rojo-amarillas o de rayos de luna: en parte aparecen nitidísimas, en parte apenas se ve cuáles son; otras parecen partidas en dos, o a lo largo o a lo ancho, sólo con la frente o el mentón iluminados, o con un solo carrillo (una media cara que resalta con anguloso perfil, como si en la otra parte no hubiera cara); los ojos de algunos rostros brillan, otros parecen cuencas vacías, y lo mismo las bocas (en alguna de las cuales se aprecia una abierta sonrisa en los dientes fuertes, mientras que otras parecen anuladas en las caras en sombra).

Pero, para ver todos a Jesús, la gente pasa muchos faroles de las barcas de Cafarnaúm y Magdala, faroles que se ponen a los pies de Él, en los bancos, colgados de los remos inactivos, o colocados en la madera de la popa y la proa, e incluso dispuestos en racimos en el mástil del que se ha arriado la vela. Así, la barca donde está Jesús resplandece en medio de un círculo de barcas que se han quedado sin lámparas, y Jesús ahora aparece bien visible, iluminado desde todas las partes. Sólo las barcas romanas rojean aún por sus antorchas rojas, que apenas pliegan su llama bajo la brisa ligerísima.

-¡La paz sea con vosotros! - empieza Jesús, poniéndose en pie, seguro a pesar del leve cabeceo de la barca, y abriendo los brazos para bendecir. Luego prosigue, hablando lentamente, para que lo oigan bien todos; y la voz se esparce por el lago silencioso, potente y armoniosa.

-Hace un rato, un apóstol mío me ha propuesto una parábola. Ahora os la propongo Yo a vosotros, porque puede ser útil para todos, dado que todos podéis entenderla. Oídla.

Un hombre, navegando por el lago en una noche serena como ésta y sintiéndose seguro de sí mismo, se figuró que no tenía defectos. Era un hombre expertísimo en las maniobras y, por tanto, se sentía superior a los otros con que se cruzaba en las aguas, de los cuales muchos venían al lago por placer, y por tanto sin esa experiencia que da el trabajo asiduo y realizado para ganarse la vida. Además, era un buen israelita, y, por tanto, se creía posesor de todas las virtudes. Y, en fin, era realmente un buen hombre.

Así pues, en un atardecer en que navegaba seguro, se permitió expresar juicios sobre su prójimo. Según él, un prójimo tan lejano, que ni tenía condición de prójimo: ningún vínculo de nacionalidad ni de oficio ni de fe lo unía a aquel prójimo, y, por tanto, él, sin ningún freno de solidaridad nacional, religiosa o profesional, tranquilamente lo despreciaba; es más: con dureza. Y se quejaba de no ser el amo del lugar, porque, de haberlo sido, habría arrojado de aquel lugar a ese prójimo suyo; y, en su fe intransigente, casi reprochaba al Altísimo el hecho de conceder a éstos, distintos de él, que hicieran lo que hacían y que vivieran donde él vivía.

En su barca iba un amigo suyo, un buen amigo suyo, que lo quería con justicia, y por eso quería que fuera sabio, un amigo que, cuando era necesario hacerlo, le corregía las ideas no rectas. Aquel atardecer, pues, este amigo dijo al barquero: "¿Por qué estos pensamientos? ¿No es uno el Padre de los hombres? ¿No es Él el Señor del Universo? ¿Su sol no desciende, acaso, a todos los hombres para darles calor, y sus nubes no riegan, acaso, los campos de los gentiles igual que los de los hebreos? Y, si hace esto por las necesidades materiales del hombre, ¿no tendrá los mismos cuidados para sus necesidades espirituales? ¿Pretendes sugerir a Dios lo que debe hacer? ¿Quién como Dios?".

El hombre era bueno. En su intransigencia había mucha ignorancia, muchas ideas erradas; pero no había mala voluntad, no había intención de ofender a Dios; antes al contrario, había intención de defender los intereses de Dios. Al oír esas palabras, se arrojó a los pies del sabio y le pidió perdón por haberse expresado como un necio. Tan impetuosamente lo pidió, que por poco no causó una catástrofe haciendo hundirse la barca y perecer a quien en ella iba: porque con el afán de pedir perdón, descuidó el timón, la vela y las corrientes. Por tanto, después del primer error de juicio, cometió un segundo error de mala maniobra, demostrándose a sí mismo que no sólo era un defectuoso juez, sino también un ineficiente marinero.

Ésta es la parábola. Ahora escuchad. Según vosotros, ¿habrá perdonado Dios a ese hombre o no? Recordad que había pecado contra Dios y contra el prójimo, juzgando las acciones de ambos; y por poco no había sido homicida de sus compañeros. Meditad y responded...

Y Jesús cruza los brazos y pasa su mirada por todas las barcas, hasta las más lejanas, hasta las romanas (en que se ve, sobresaliendo de los bordes de las barcas, una fila de rostros atentos de patricias y remadores)...

La gente habla en tono bajo, se consultan unos a otros... un susurro apenas sensible de voces, que se funde con el chapoteo, apenas perceptible, del agua contra el cuerpo de las barcas. El juicio es difícil. De todas formas, la mayor parte opina que el hombre no habrá sido perdonado porque había pecado. No, no habrá sido perdonado, al menos por lo que se refiere al primer pecado...

Jesús oye cómo va aumentando el murmullo de los que opinan esto, y sonríe con la mirada de sus bellísimos ojos, luminosos incluso en la noche como dos zafiros heridos por el rayo de la Luna, cada vez más hermosa y resplandeciente, tanto que muchos deciden apagar antorchas y faroles para quedarse, por toda luz, con la fosforescente luz lunar.

-Apaga también éstas, Simón. Son míseras como chispas, respecto a las estrellas, bajo este cielo lleno de astros y planetas - dice Jesús a Pedro, que está pendiente de oír el juicio de la gente. Y, mientras Pedro alarga los brazos para descolgar los faroles, Jesús, acariciando a su apóstol, le pregunta en voz baja:

-¿Por qué esos ojos turbados?

-Porque esta vez me expones al juicio del pueblo...

-¿Y por qué lo temes!

-Porque... es como yo... injusto...

-¡El que juzga es Dios, Simón!

-Sí. Pero Tú no me has perdonado todavía y estás esperando su juicio para hacerlo... Tienes razón, Maestro... Soy incorregible... Pero... ¿por qué a tu pobre Simón este juicio de Dios?...

Jesús le pone la mano en el hombro, y lo hace cómodamente porque Pedro está en el suelo de la barca y Él está erguido encima de la madera de la popa, por tanto altísimo respecto a Pedro. Y sonríe... pero no le responde. Lo que hace es dirigirse a la gente:

-¿Entonces? Responded fuerte. Barca por barca.

¡Ay, pobre Pedro! Si Dios lo hubiera juzgado según el parecer de los presentes, lo habría condenado. Menos tres barcas, todas las demás, incluidas las apostólicas, lo condenan. Las romanas no se pronuncian -tampoco les preguntan-, pero es visible que ellas también juzgan digno de condena al hombre, porque desde una a otra barca -son tres- se hacen el gesto del pulgar vuelto hacia abajo.

Pedro levanta sus ojos overos, turbados, hacia el rostro de Jesús, y encuentra una mirada aún más dulce, que fluye de los ojos de zafiro, que fluye como una paz; y ve inclinarse hacia él un rostro resplandeciente de amor, y se siente atraído hacia un lado de Jesús, siendo así que su cabeza entrecana está contra el costado de éste, mientras el brazo del Maestro lo estrecha hacia sí abrazándolo por los hombros.

-Así juzga el hombre. Pero Dios no juzga así, ¡oh, hijos míos! Vosotros decís: "No habrá sido perdonado". Yo digo: "El Señor no vio siquiera en él materia de perdón". Porque perdón presupone culpa. Pero aquí no había culpa.

No, no murmuréis meneando la cabeza. Repito: aquí no había culpa. ¿Cuándo se forma la culpa? Cuando hay voluntad de pecar, conocimiento de que se peca y persistencia en querer pecar aun después de haber entendido que una acción es pecado. Todo depende de la voluntad con que uno cumple un acto, sea virtuoso, sea pecaminoso. Incluso cuando uno cumple un acto aparentemente bueno, pero no sabe que está haciendo un acto bueno, sino que, al contrario, cree que está realizando un acto malo, comete pecado como si llevara a cabo un acto malo, y viceversa.

Pensad en un ejemplo. Uno tiene un enemigo y sabe que está enfermo. Sabe que por orden médica no debe beber agua fría; es más, ningún líquido. Va a verlo, fingiendo afecto. Lo oye quejarse: "¡Tengo sed! ¡Tengo sed!", y, fingiendo piedad, se preocupa solícito de darle agua helada de pozo diciendo: "Bebe, amigo. Te quiero y no puedo verte sufrir de esta manera por el ardor. Mira. He pensado en traerte esta agua tan fresca. Bebe, bebe, que gran recompensa recibe el que asiste a los enfermos y da de beber a los sedientos". Y, dándole de beber, le acarrea la muerte. ¿Creéis que ese acto, bueno en sí por estar constituido de dos obras de misericordia, es bueno ahora, que se verifica con finalidad mala? No lo es.

Otro ejemplo: un hijo que tenga un padre borracho y que, para salvarlo de la muerte por la continua bebida, cierre la bodega, quite el dinero a su padre y se imponga, incluso severamente, para que no salga por el pueblo a beber y a destruirse, ¿os parece que falte al cuarto mandamiento sólo por el hecho de regañar a su padre y hacer él de cabeza de familia para con su propio padre? Aparentemente hace sufrir a su padre, y parece culpable. En realidad es un buen hijo, porque su voluntad es buena, tiene voluntad de salvar a su padre de la muerte. Siempre es la voluntad la que da valor a la acción.

Y otro ejemplo: ¿el soldado que mata en guerra es homicida? No, si su espíritu no acepta la masacre y combate porque se ve obligado a ello, pero combate con ese mínimo de humanidad que la dura ley de la guerra y de la subordinación impone.

Por tanto, ese hombre de la barca, que por una buena voluntad de creyente, patriota y pescador, no soportaba a aquellos que, según él, eran unos profanadores, no cometía pecado contra el amor al prójimo, sino que solamente tenía un errado concepto del amor al prójimo. Y no cometía pecado contra el respeto a Dios, porque su resentimiento hacia Dios venía de su espíritu bueno -aunque no equilibrado y luminoso- de creyente. Y no cometía homicidio, porque era por una buena voluntad de pedir perdón por lo que provocaba el que la barca se ladeara. Sabed discernir siempre.

Dios es Misericordia más que intransigencia. Dios es bueno. Dios es Padre. Dios es Amor. El verdadero Dios es esto. Y el verdadero Dios abre su corazón a todos, a todos, diciendo: "Venid", indicando a todos su Reino. Y es libre de hacerlo, porque es Él el Señor único, universal, creador, eterno.

Os ruego, a vosotros israelitas, que seáis justos. Recordad estas cosas. Que no os suceda que las comprendan los que veis como cosa impura y para vosotros permanezcan incomprensibles. También es pecado el excesivo y desordenado amor a la religión y a la patria, porque se hace egoísmo. Y el egoísmo es siempre razón y motivo de pecado.

Sí. El egoísmo es pecado porque siembra en el corazón una mala voluntad que hace al hombre rebelde a Dios y a sus mandamientos. La mente del egoísta ya no ve a Dios nítidamente, ni tampoco las verdades de Dios. La soberbia exhala sus vapores en el egoísta y empaña las verdades. En la calígine, la mente, que ya no ve la luz clara de la verdad como la veía antes de hacerse soberbia, empieza el proceso de los porqués, y de los porqués pasa a la duda, de la duda a la indiferencia, no sólo respecto al amor y a la confianza en Dios y en su justicia, sino también respecto al temor de Dios y al temor a su castigo. De ahí la predisposición a pecar, y de ésta se pasa a la soledad del alma que se aleja de Dios, la cual, no teniendo ya la voluntad de Dios como guía, cae en la ley de su voluntad de pecador.

¡Muy mala cadena es la voluntad del pecador, uno de cuyos extremos lo tiene en su mano Satanás, mientras que el otro ata a los pies del hombre una bola pesada, para tenerlo sujeto, esclavo en el fango, abatido, en tinieblas! ¿Puede entonces el hombre no incurrir en culpas mortales? ¿Puede no incurrir en ellas, teniendo en sí sólo mala voluntad? Entonces, sólo entonces, Dios no perdona. Pero, cuando el hombre tiene algo de buena voluntad y lleva a cabo incluso actos espontáneos de virtud, ciertamente acaba poseyendo la Verdad, porque la buena voluntad conduce a Dios, y Dios, el Padre Stmo. se inclina amoroso, compasivo, indulgente a ayudar, a bendecir, a perdonar a sus hijos que tienen buena voluntad.

Por eso el amor hacia el hombre de aquella barca fue amplio, porque, no queriendo cometer el pecado, no había pecado.

Marchaos en paz, ahora, a vuestras casas. Las estrellas han ocupado todo el cielo y la Luna viste de pureza el mundo. Marchaos obedientes como las estrellas y haceos puros como la Luna. Porque Dios ama a los obedientes y a los puros de espíritu, y bendice a los que ponen en todas sus acciones la buena voluntad de amar a Dios y a los hermanos y trabajar para su gloria y para su utilidad. ¡La paz sea con vosotros!

Y Jesús, abriendo de nuevo sus brazos, bendice, mientras el círculo de las barcas se aleja, se disgrega, tomando cada uno la propia dirección.

Pedro se siente tan feliz, que no piensa en moverse.

Lo hace reaccionar Mateo:

-¿No te mueves, Simón? Yo no soy muy ducho...

-Es verdad... ¡Oh, Maestro mío! ¿Entonces no me habías condenado? Y yo tenía mucho miedo...

-No tengas miedo, Simón de Jonás. Te he tomado conmigo para salvarte, no para perderte. Te he tomado conmigo por tu buena voluntad... ¡Ánimo! Toma el timón y mira a la Polar y ve seguro, Simón de Jonás. Siempre seguro... En todas las travesías... Dios, tu -Jesús, estará siempre en pie a tu lado en la proa de tu barca espiritua1. Y te comprenderá siempre, Simón de Jonás. ¿Comprendes? Siempre. Y no tendrá que perdonarte, porque podrás incluso caer, como un débil niño, pero no tendrás jamás la mala voluntad de caer... Alégrate, Simón de Jonás.

Y Pedro asiente, asiente, demasiado emocionado como para hablar, sofocado por el amor; y la mano le tiembla un poco en el timón, pero su rostro resplandece de paz, de seguridad, de amor, mientras mira a su Maestro, que está erguido a su lado, allí, en el extremo de la barca, como un cándido arcángel.

## 449

## El pequeño Alfeo desamado de su madre.

-Tomad provisiones y ropa para varios días. Vamos a Ippo y de allí a Gamala y Afeq, para bajar a Guerguesa y volver aquí antes del sábado - ordena Jesús, enhiesto en el umbral de la puerta de la casa y acariciando mecánicamente a unos niños de Cafarnaúm que han venido a saludar a su gran Amigo, en cuanto el sol poniente ha dejado de abrasar tan fuertemente y ha permitido dejar las casas. Y uno de los primeros en hacerlo ha sido Jesús, uno de los primeros de esta ciudad que sale del torpor asfixiante de las horas llenas de sol.

Los apóstoles no parecen muy entusiastas de la orden recibida. Se miran unos a otros y miran al sol -aún tan despiadado- y tocan los muros de las casas, todavía abrasadores, y tantean con el pie desnudo el suelo y dicen:

-Está caliente como un ladrillo sacado del fuego... - dando a entender con toda esta pantomima que es de locos ir por los caminos...

Jesús se separa de las jambas en que apoyaba un poco su cuerpo y dice:

-El que no se sienta con fuerzas para venir puede quedarse. No obligo a nadie. Pero no quiero dejar a esta región sin la palabra.

-Maestro... ¿cómo se te ocurre eso? Vamos todos... Lo único... es que nos parecía todavía pronto para estar por ahí...

-Antes de los Tabernáculos, quiero ir hacia el norte, es decir, mucho más lejos; y sin barca, por caminos. Por eso ahora se debe recorrer esta zona, donde el lago ahorra mucho camino.

-Tienes razón. Voy a preparar las barcas... - y Simón de Jonás va con su hermano, y con los dos hijos de Zebedeo y algún discípulo a preparar la partida.

Jesús se queda con el Zelote, sus primos, Mateo, Judas Iscariote, Tomás y los inseparables Felipe y Bartolomé, que preparan sus morrales y llenan las cantimploras, meten panes, fruta... todo lo necesario.

Un mocosuelo gimotea entre las rodillas de Jesús.

-¿Por qué lloras, Alfeo? - pregunta Jesús inclinándose a besarlo...

-Nada...

Un lloriqueo más fuerte.

-Ha visto la fruta y la quiere - dice, con tedio, Judas Iscariote.

-¡Pobrecito! ¡Tiene razón! No se debe pasar ciertas cosas delante de los ojos de los niños sin darles un poco. Ten, hijo. ¡No llores! - dice María de Alfeo, arrancando un racimo de un sarmiento, que ha sido puesto en un cesto con todas las hojas y los racimos todavía prendidos.

-No quiero las uvas... - y llora más fuerte.

-Lo que quiere es el agua con miel - dice Tomás, y ofrece su odre, diciendo:

-A los niños les gusta, y es saludable. También a mis sobrinitos...

-No quiero tu agua... - y el llanto aumenta más en tono y en intensidad.

-¿Pero qué quiere entonces? - pregunta entre severo y molesto Judas de Alfeo.

-¡Dos bofetones, eso es lo que quiere! - dice Judas Iscariote.

-¿Por qué? ¡Pobre niño! - pregunta Mateo.

-Porque es un pesado.

-¡Si tuviéramos que liarnos a tortazos con todos los pesados... deberíamos ocupar toda nuestra vida en dárselos! - dice con toda calma Tomás.

-Quizás no se siente bien. Fruta y agua, agua y fruta... hace que duela el cuerpo - sentencia María Salomé, que está entre las discípulas.

-Y ese niño, si come pan, agua y fruta, ya es mucho... ¡Son tan pobres! - dice Mateo, que conoce por la experiencia de recaudador todas las economías de Cafarnaúm.

-¿Qué te sucede, hijito? ¿Te duele aquí?... Pues no está más caliente de la cuenta... - dice María de Cleofás de rodillas al lado del niño.

-¡Pero mamá, que es un capricho!... ¿No lo ves? Tú mimarías a todos.

-¡Yo no te he mimado, Judas mío; te he querido. Y no dabas crédito a tus ojos al ver que te quería hasta el punto de protegerte contra la severidad de Alfeo...

-Es verdad, mamá... Te he regañado injustamente.

-Ningún mal, hijo. Pero, si quieres ser apóstol, debes saber tener entrañas de madre hacía los fieles. Ten en cuenta que son como niños... y se necesita paciencia de amor hacia ellos...

-¡Bien dicho, María! - aprueba Jesús.

-Acabaremos siendo instruidos por las mujeres - murmura Judas Iscariote - Y quizás hasta por mujeres paganas...

-Sin duda. Os superarán con mucho, si seguís siendo lo que sois, tú más que los demás, Judas; ciertamente te superarán todos: los niños, los mendigos, los ignorantes, las mujeres, los gentiles...

-Acabarías antes si dijeras que seré el aborto del mundo - responde Judas, y se ríe con una risa biliosa.

-Están volviendo los otros... ¿convendrá partir, no? - dice Bartolomé para cortar esta escena que hace sufrir a muchos, a todos de distinto modo.

El llanto del niño toca el punto máximo.

-¡Pero bueno! ¿Qué quieres? ¿Qué te pasa? - le dice, agresivo, Judas Iscariote, dándole un rudo meneo, para separarlo de las rodillas de Jesús, a las que el niñito se ha aferrado, y, sobre todo, para descargar su enojo sobre el inocente.

-¡Contigo, Jesús! ¡Contigo!... Te vas... y palos, palos, palos...

-¡Ah!... ¡Oh, pobre niño! ¡Es verdad! Desde que se ha vuelto a casar, los del primer marido... son como pordioseros,... como sí no hubieran nacido de ella... Los manda a la calle como mendigos y... ¡oh! para ellos no hay pan... - dice la mujer del dueño de la casa, que parece conocer bien los hechos y a sus protagonistas. Y termina: -Haría falta alguien que adoptara a estos tres abandonados...

-No le digas eso a Simón de Jonás, mujer. Te atraerías un odio mortal de su suegra, que está más irritada que nunca contra él y contra todos nosotros. Esta mañana, una vez más, ha cubierto de insolencias a Simón y a Margziam, y a mí que estaba con ellos... - dice Mateo.

-No se lo diré a Simón... Pero es así...

-¿Y tú no los tomarías contigo? No tienes hijos... - dice Jesús mirándola fijamente.

-Yo... ¡oh! me gustaría... Pero somos pobres... y además... Tomás... en ese caso, tiene sobrinos... y yo también... y... y...

-Y te falta, sobre todo, la voluntad de hacer el bien a tus semejantes... Mujer, ayer criticabas como duros de corazón a los fariseos de aquí, criticabas como insensibles a mi palabra a los habitantes de la ciudad... Pero, tú, que hace más de dos años que me conoces, ¿en qué te diferencias?...

La mujer agacha la cabeza mientras arrebuja la túnica con sus manos... Pero no dice ni una palabra en favor del pequeñuelo, que sigue llorando.

-Estamos preparados, Maestro - grita Pedro, que está llegando.

-¡Oh, ser pobre!... ¡Y perseguido!... - dice Jesús suspirando y levantando los brazos y moviéndolos con gesto de desconsuelo...

-¡Hijo mío!... - lo conforta María, que hasta ese momento había guardado silencio. Y basta esa palabra para consolar a Jesús.

-Id adelante con las provisiones, vosotros. Yo voy con mi Madre hasta la casa del niño - ordena a los que han llegado y a los que ya estaban con É1, y se pone en camino con su Madre, que ha tomada en brazos al niño...

Van hacia el campo.

-¿Qué le vas a decir, Hijo mío?

-Mamá, ¿qué quieres que diga a una que no tiene amor en sus entrañas de madre ni siquiera para los que han nacido de su seno?

-Tienes razón... ¿Y entonces?

-Y entonces... Vamos a orar, Madre mía.

Van caminando y orando.

Una anciana les pregunta:

-¿Lleváis a Alfeo a Meroba? Decidle que ya es hora de que se preocupe de él. A la fuerza tienen que acabar siendo ladrones... y donde caen son como la langosta... Pero mi enfado es contra ella, no contra estos tres pobrecillos... ¡Qué injusta es la muerte! ¿No podía seguir viviendo Jacob y morirse ella? Deberías hacer que muriera; así...

-Mujer, ¿eres anciana y aún no eres sabia? ¿Y dices esas palabras pudiendo morir en cualquier minuto? Verdaderamente eres tan injusta como Meroba. Arrepiéntete de esto y no peques más.

-Perdón, Maestro... Es que su pecado me hace disparatar...

-Sí. Te perdono. Pero no vuelvas a decir, ni siquiera dentro de ti misma, esas palabras. Los errores no se reparan con la maldición, sino con el amor. Si muriera Meroba, ¿cambiaría el sino de éstos? Quizás el viudo tomaría otra mujer y tendría hijos de terceras nupcias, y éstos una madrastra... Y, entonces, más grave su suerte.

-Es verdad. Soy vieja y necia. Ahí está Meroba, imprecando ya... Te dejo, Maestro. No quiero que piense que te he hablado de ella. Es una víbora...

Pero la curiosidad es más fuerte que el miedo a la "víbora", y la viejecita, a pesar de que se distancie de Jesús y María, lo hace muy relativamente, y se agacha a arrancar la hierba del lindazo, que está húmeda por su cercanía a una fuente, para escuchar sin llamar la atención.

-¿Estás aquí? ¿Qué has hecho? ¡A casa! Siempre en la calle, como animales vagabundos, como perros sin amo, como...

-Como hijos sin madre. Mujer, ¿sabes que dan mal testimonio de la madre los hijos que no están pegados a sus faldas?

-Es porque son malos...

-No. Yo estoy viniendo aquí desde hace treinta meses. Antes, cuando vivía Jacob y durante los primeros meses de viudez, no era así. Luego has tomado otro marido... y con la memoria de las primeras nupcias has perdido también la de tus hijos. Pero ¿qué tienen de distinto respecto al que ahora crece en tu seno? ¿No los llevaste así también a éstos? ¿Acaso no los

amamantaste? Mira aquella paloma de allí... Los cuidados que prodiga a aquel pichoncito... a pesar de estar incubando ya otros huevos... Mira aquella oveja de allí. Ya no amamanta al cordero del parto precedente, porque está preñada de nueva prole. Y, no obstante, ¿ves cómo le lame el morrito y deja que ese vivaracho corderito choque contra su costado? ¿No me respondes? Mujer, ¿tú oras al Señor?

-Claro. No soy pagana...

-¿Y cómo puedes hablarle al justo Señor si eres injusta? ¿Y cómo puedes ir a la sinagoga y oír leer los volúmenes, cuando hablan del amor de Dios hacia sus hijos, sin sentir el remordimiento en el corazón? ¿Por qué callas, con ese gesto arrogante?

-Porque no he solicitado tus palabras... ni sé por qué vienes a molestarme... Mi estado merece respeto...

-¿Y el de tu alma, no? ¿Por qué no respetas los derechos de tu alma? Sé lo que quieres decirme: que encolerizarte puede poner en peligro la vida del niño que ha de nacer... ¿Y no sientes solicitud por la vida de tu alma? Es más preciosa que la vida de un niño que ha de nacer... Tú sabes... que tu estado puede acabar en la muerte. ¿Y quieres afrontar esa hora con el alma turbada, enferma, injusta?

-Mi marido dice que Tú eres una persona a la que no hay que escuchar. No te escucho. "Ven, Alfeo... - y hace ademán de volverse, entre los gritos del niño, que ya sabe que le esperan palos y no quiere separarse de los brazos de María, la cual, suspirando, trata de persuadirla, y se dirige a la mujer diciendo:

-Yo también soy madre y sé comprender muchas cosas. Y soy mujer... Sé, por tanto, sentir compasión de las mujeres. Atraviesas una temporada no buena, ¿no es verdad? Sufres y no sabes sufrir... y así te irritas... Hermana mía, escucha. Si yo te diera ahora al pequeño Alfeo, serías injusta con él y contigo. Déjamelo unos pocos días, ¡po-cos! Verás como, cuando no lo veas a tu lado, suspirarás por él... porque un hijo es una cosa tan dulce que, cuando se aleja de nosotras, nos sentimos pobres, heladas, sin luz...

-¡Pues tómalo! ¡Tómalo! ¡Ojalá tomases contigo también a los otros dos! Pero no sé dónde están...

-Me lo llevo, sí. Adiós, mujer. Ven, Jesús.

Y María se vuelve rápidamente y se aleja, con un sollozo...

-No llores, Mamá.

-No la juzgues, Hijo...

Las dos frases -compasivas las dos- se entrecruzan. Luego, por un mismo pensamiento, las dos bocas se despegan para proferir las mismas palabras:

-Si no comprenden los amores naturales, ¿podrán, acaso, comprender el amor que hay en la Buena Nueva? - y se miran, este Hijo y esta Madre, por encima de la cabecita del inocente, que se abandona ahora confiado y feliz a los brazos de María...

-Tendremos un discípulo más de lo previsto, Mamá.

-Y gozará de días de paz...

-¿Habéis visto, eh? Sorda, sorda como un pandero desfondado... ¡Ya os lo había dicho! ¿Y ahora? ¿Y después?

-Y ahora hay paz. Y después, Dios quiera que haya piedad en algún corazón... ¿Por qué no en el tuyo, mujer? Un vaso de agua dado por amor queda registrado en el Cielo. Y a quien ama a un inocente por amor mío... ¡oh! ¡Qué bienaventuranza para los que aman a los pequeñuelos y los salvan del mal!...

La viejecita se queda pensativa.., y Jesús continúa por un atajo que conduce al lago. Y llega al lago. Coge al niñito de los brazos de María, para que Ella pueda subir más cómodamente a la barca. Alza al niño lo más que puede para mostrarlo; sonríe luminosamente y dice a los que están ya en las barcas:

-¡Mirad! Esta vez sí que vamos a tener una predicación fructífera, porque llevamos con nosotros a un inocente - y sube con firmeza al tablón, que oscila, y entra en la barca. Se sienta al lado de su Madre, mientras la barca se separa de la orilla para poner enseguida rumbo al sudeste, hacia Ippo.

## 450

## Milagros en el arrabal cercano a Ippo y curación del leproso Juan.

Ippo no está en la orilla del lago, como yo creía al ver las casas que hay en el margen (casi en el extremo sudeste del lago). Me hacen percatarme de ello las palabras de los discípulos. Este núcleo de casas es -yo lo llamaría así- la vanguardia de Ippo, que está más hacia el interior. Como Ostia para Roma o el Lido para Venecia, representa para la ciudad del interior la salida al lago; y la ciudad se sirve de esta salida como vía lacustre de importación y exportación, y también para abreviar los viajes desde esta zona a la orilla opuesta galilea, y, en fin, también como lugar de recreo para los ociosos de la ciudad, y de aprovisionamiento del pescado que le procuran los muchos pescadores del arrabal.

Aquí, donde abordan en un sosegado atardecer en el pequeño puerto natural formado por el lecho de un torrente que ahora está seco; aquí, donde, en el tramo de unos metros, ondea la ola cerúlea del lago -no repelida por el agua del torrente-, hay casas, de mayor o menor tamaño, de hortelanos y pescadores. Éstos explotan las aguas ricas en pesca; aquéllos, la faja de tierra que va desde el litoral hacia el interior, pingüe y húmeda por las aguas cercanas, que se extiende más hacia el norte y menos hacia el sur (para terminar pronto en donde empieza la barrancada que entra casi a pico en el lago y desde la cual se arrojaron a éste los puercos del milagro hecho a los gerasenos).

Dada la hora que es, los habitantes están en las terrazas o en los huertos, y están cenando. Pero, como los huertos tienen setos bajos y también las terrazas tienen pretiles bajos, pronto los habitantes ven la pequeña flota de barcas que toma tierra en el pequeño puerto, y, unos por curiosidad, otros porque conocen a los que llegan, se levantan y salen a su encuentro.

-Es la barca de Simón de Jonás, y la de Zebedeo. Entonces no puede ser sino el Rabí, que viene aquí con sus discípulos - afirma tajantemente un pescador.

-Mujer, coge inmediatamente al niño y sígueme. Quizás es Él. Él lo curará. Nos lo trae el ángel de Dios - dice en tono impositivo un hortelano a su mujer, la cual tiene el rostro quemado por las lágrimas.

-Yo, por mí, creo. Recuerdo aquel milagro. ¡Vaya que si lo recuerdo! ¡Todos esos cerdos! Los cerdos que apagan en las aguas el calor de los demonios entrados en ellos... Gran tormento debía ser, si los cerdos, siempre tan desdeñosos de limpieza, se arrojaron al agua... - dice un hombre mientras camina y hace propaganda al Maestro.

-¡Tú lo dices! Sin duda tenía que ser un tormento. Estaba también yo y me acuerdo. Los cuerpos echaban humo, y también el agua. El lago se puso más caliente que cuando las aguas de Hamatha. Y por donde pasaron corriendo quedó abrasado bosque y hierba.

-Yo he ido, pero no he visto nada de particular... - le responde un tercero.

-¿Nada? ¡Entonces es que tienes escamas en los ojos! ¡Mira! Se ve desde aquí. ¿Ves allí? ¿Allí donde está ese río seco? Ve con la vista un poco más adelante y mira si...

-¡Que no, hombre! Que eso lo han destruido los soldados de Roma, cuando buscaban a aquel granuja en las frías noches de Tébet. Acamparon allí e hicieron fuego.

-¿Y quemaron todo un bosque para hacer fuego? ¡Mira cuántos árboles faltan allí!

-¡Un bosque! ¡Dos o tres encinas!

-¿Y te parece poco?

-No. Pero ya se sabe. Para ellos lo nuestro es pajuz. Ellos son los dominadores y nosotros los oprimidos. ¡Ah! ¿Hasta cuándo...?

La discusión pasa del terreno sobrenatural al político.

-¿Quién me lleva donde el Rabí? ¡Piedad de un ciego! ¡Dónde está? Decídmelo. Lo he buscado en Jerusalén, en Nazaret, en Cafarnaúm. Siempre había salido antes de llegar yo... ¿Dónde está? ¡Oh! ¡Piedad de mí! - dice quejumbrosamente un hombre de unos cuarenta años, tanteando en torno a sí con un bastón.

Recoge improperios de los que se llevan el golpe en las piernas o en la espalda, pero ninguno se mueve a piedad, y todos chocan contra él al pasar, sin que una mano se tienda para guiarlo. El pobre ciego se para amedrentado y desconsolado...

-¡El Rabí! ¡El Rabí! ¡Ajch-Ajch, il il leee! » (me esfuerzo en transcribir... Es una palabra el grito agudo modulado por las mujeres. ¡Pero es un grito, no una palabra! Tiene más de chillido de ciertas aves que de palabra humana.)

-¡Bendecirá a nuestros hijos!

-Su palabra hará saltar al fruto que llevo en mi seno. ¡Goza, criatura mía! El Salvador te habla - dice una lozana esposa mientras se acaricia el vientre abultado bajo la suelta túnica.

-Quizás a mí me lo hace fecundo! Significaría la alegría y la paz entre yo y Eliseo. He ido a todos los lugares donde se dice que la mujer consigue la fecundidad. He bebido el agua del pozo que hay cerca de la tumba de Raquel y la del regatillo de la gruta donde su Madre le dio a luz... He ido a Hebrón a aplicarme durante tres días la tierra del lugar en donde nació Juan el Bautista... He comido los frutos de la encina de Abraham y he llorado invocando a Abel en el lugar en que fue dado a luz y asesinado... He ensayado todas las cosas santas, todas las cosas milagrosas del suelo y del Cielo, y médicos y medicinas y votos y oraciones y dádivas... pero mi seno no se ha abierto a la semilla, y Eliseo apenas si me soporta. ¡Le cuesta no odiarme! ¡Pobre de mí! - gime una mujer ya ajada.

-¡Ya eres vieja, Sela! ¡Resígnate! - le dicen con una piedad que está mezclada con un leve desprecio y un notorio sentido de triunfo las que pasan con su seno henchido de maternidad o con los lactantes prendidos de sus pingües senos.

-¡No! ¡No digáis eso! ¡Ha hecho resucitar a los muertos! ¿No va a poder dar vida a mis entrañas?

-¡Paso! ¡Paso! Dejad paso a mi madre enferma - grita un joven que viene sujetando las varas de una improvisada parihuela, sujeta por el otro lado por una niña muy afligida. En la camilla hay una mujer, todavía joven, aunque reducida a un esqueleto amarillento.

-Habrá que hablarle del pobre Juan. Enseñarle el lugar donde está. Es el más infeliz de todos, porque estando leproso no puede ir en busca del Maestro... - dice un hombre añoso que parece influyente.

-¡Antes nosotros! ¡Antes nosotros! Si se adentra hacia Ippo, se acabó. Los de la ciudad se lo cogen y nosotros nos quedamos, como siempre, atrás.

-¿Pero qué pasa allí? ¿Por qué gritan así las mujeres, allí en la orilla?

-¡Porque son estúpidas!

-No. Son gritos festivos. Corramos...

La calle es un río humano que se encanala hacia el guijarral del lago y del torrente, hacia el lugar donde están Jesús y los que le acompañan, bloqueados por los primeros que han llegado.

-¡Milagro! ¡Milagro! ¡Mirad, el hijo de Elisa, desahuciado por los médicos, está curado! El Rabí lo ha curado metiéndole saliva en la garganta.

Los «Ajch-Ajch-il-il-leee» de las mujeres se hacen aún más vibrantes y agudos, mezclados con los fuertes «hosanna» masculinos. Jesús, a pesar de su estatura, ha sido literalmente excedido. Los apóstoles hacen todo lo que pueden para abrirle paso. ¡Ya, ya! Las discípulas, con María en el centro, se ven separadas del grupo apostólico; el niño, en los brazos de María de Alfeo, llora aterrorizado, y su llanto hace converger en el grupo de las discípulas la atención de muchos; y se oye decir al enteradillo de siempre:

-¡Ah, pues si está también la Madre del Rabí y las madres de los discípulos!...

-¿Cuáles? ¿Quiénes son?

-La Madre es aquella pálida y rubia vestida de lino; y las otras, aquellas ancianas que llevan una al niño y la otra aquel cesto encima de la cabeza.

-¿Y el niño quién es?

-¡Hombre, el hijo! ¿No oís que dice "mamá"?

-¿Hijo de quién? ¿De la anciana? ¡No puede ser!

-De la joven. ¿No ves que quiere ir con ella?

-No. El Rabí no tiene hermanos. Lo sé seguro.

Algunas mujeres oyen esto y, mientras Jesús, moviéndose con dificultad, logra llegar hasta la camilla donde está la enferma a la que han llevado allí sus hijos, y la cura, ellas se dirigen con curiosidad hacia María.

Pero una no es curiosa, una se postra a sus pies y dice:

-Por tu maternidad, ten piedad de mí.

Es la estéril.

María se inclina hacia ella y le dice:

-¿Qué quieres hermana?

-Ser madre... ¡Un niño!... ¡Uno sólo!... Soy odiada por ser estéril. Yo creo que tu Hijo todo lo puede. Pero tengo una fe tan grande en Él que pienso que, por haber nacido de ti, te ha hecho santa y poderosa como Él. Ahora yo te ruego... por tus delicias de madre te lo ruego: hazme fecunda. Tócame con tu mano y seré feliz...

-Tu fe es grande, mujer. Pero la fe es para quien tiene derecho a ella: para Dios. Ven, pues, donde mi Jesús... - y la toma de la mano y, con gracia apremiante, pide paso para poder llegar donde Jesús.

Las otras discípulas la siguen por el canal que se abre entre la gente, y lo mismo las mujeres que se habían acercado a María (y aprovechan para preguntar a María de Alfeo quién es el pequeño al que lleva alzado por encima de la multitud).

-Un niño al que su madre ya no lo quiere. Ha venido al Rabí a buscar amor...

-¡Un niño al que la madre ya no le quiere! ¿Has oído, Susana?

-¿Quién es esa hiena?

-¡Ay! ¡Y a mí que me consume el no tenerlo! ¡Déjame, déjame! ¡Que me bese al menos una vez un hijo!... - y Sela, la estéril, casi arranca de los brazos de María de Alfeo al pequeñuelo, y lo estrecha contra su corazón, mientras trata de seguir a María (que ya se había distanciado de ella en el instante en que Sela dejó la mano de María para coger al pequeño).

-Jesús, escucha. Hay una mujer que pide una gracia. Es estéril...

-No incomodes al Maestro por ella, mujer. Sus entrañas están muertas - dice uno que no sabe que está hablando a la Madre de Dios. Y luego, habiendo sido advertido de su error, desconcertado, quiere achicarse y desaparecer, mientras Jesús responde de una vez a él y a la mujer suplicante, diciendo:

-Yo soy la Vida. Mujer, hágase lo que pides - y pone un instante la mano en la cabeza de Sela.

-¡Jesús! ¡Hijo de David, ten piedad de mí! - grita el ciego de antes, que lentamente ha llegado a la aglomeración de gente y desde el fondo lanza su grito de invocación.

Jesús, que tenía agachada la cabeza para escuchar las palabras de súplica de Sela, la alza de nuevo y mira hacia el punto de donde viene, sincopada como el grito de un náufrago, la voz del ciego.

-¿Qué quieres de mí? - grita.

-Ver. Estoy en las tinieblas.

-Yo soy la Luz. ¡Quiero!

-¡Ah! ¡Veo! ¡Veo! ¡De nuevo veo! ¡Dejadme pasar! ¡Para besar los pies de mi Señor!

-Maestro, has curado a todos aquí. Pero hay un leproso en una cabaña del bosque. Siempre nos ruega que te llevemos a él...

-¡Vamos! ¡Hala! Dejadme que vaya. ¡No os hagáis daño! Yo estoy aquí para todos... Animo, dejad paso. Hacéis daño a las mujeres y a los niños. No me marcho inmediatamente. Estoy aquí mañana, y luego estaré por esta región durante cinco días. Me podréis seguir, si queréis...

Jesús trata de disciplinar a la multitud, de evitar que por obtener beneficio de su venida se haga daño la gente. Pero la multitud es como una sustancia blanduzca que se aparta pero luego vuelve a apretarse en torno a Él; es como una avalancha que, por ley natural, no puede evitar comprimirse a medida que avanza; es como partículas de hierro atraídas por el imán... Y es lento el andar, trabado, fatigoso... Todos sudan, los apóstoles gritan, se sirven de codazos en los pechos y de golpes con los pies en las espinillas para abrir paso... ¡Todo esfuerzo es inútil! Se requiere un cuarto de hora para avanzar diez metros.

Una mujer de unos cuarenta años logra, a fuerza de constancia abrirse camino hasta Jesús y lo toca en un codo.

-¿Qué quieres, mujer?

-Ese niño... he sabido que... Yo soy viuda y sin hijos... Acuérdate de mí. Soy Sara de Afeq, la viuda del vendedor de esteras. Acuérdate. Tengo casa en la plaza de la fuente roja. Pero tengo también algunas parcelas de viña y de bosque. Tengo algo que ofrecer a quien se encuentre solo... y me sentiría feliz...

-Me acordaré, mujer. Que tu piedad sea bendecida.

Pronto atraviesan el pueblo, más paralelo que vertical al lago, y la campiña, dulce, silenciosa en el crepúsculo que desciende sin hacer sombra nocturna (porque, entre la luz diurna y la nocturna de la Luna, hay sólo un paso imperceptible) los acoge. Van hacia los primeros desniveles del alto cantil que, más hacia el sur, bordea al lago. En el escalón natural hay grutas, no sé si naturales o intencionadamente excavadas en la roca, muchas tapiadas y blanqueadas por fuera (sin duda, sepulcros).

-Hemos llegado. Vamos a detenernos, para no contaminarnos. Estamos cerca de la tumba del vivo, y a esta hora va a aquella peña a recoger las dádivas. Era rico, ¿eh? Nosotros li recordamos. Era también bueno. Pero ahora es un santo. Cuanto más le ha castigado el dolor, más justo se ha hecho. Sabemos cómo sucedió. Se dice que por unos peregrinos a los que dio

posada. Iban a Jerusalén, eso decían. Parecían sanos, pero estaban ciertamente leprosos. El hecho es que, después de su paso, primero su mujer y sus criados, luego sus hijos, por último él, se cogieron la lepra. Todos. Los primeros y empezando por las manos los que habían lavado los pies y los indumentos a los peregrinos, por eso decimos que debieron ser ellos causa de todo. Los niños, tres, pronto muertos, pronto. Luego su mujer, más de dolor que de enfermedad... Él... cuando el sacerdote declaró a todos leprosos, se compró este trozo de monte con sus bienes, que ya resultaban inútiles, y mandó que almacenasen provisiones para él y los suyos... criados incluidos, y azadas y picos... y empezó a excavar los sepulcros... y, uno por uno, distribuyó en ellos a todos: a sus hijitos, luego a su mujer, a los criados... Ha quedado él, solo y pobre, porque todo termina con el tiempo... y ya lleva quince años... Y, a pesar de todo, jamás una queja. Era culto: de memoria repite la Escritura. Se la dice a las estrellas, a las hierbas, a los árboles, a los pájaros; a nosotros, que tanto tenemos que aprender de él; y consuela nuestros dolores... él, ¿comprendes?, consuela nuestros dolores. Vienen de Ippo y Gamala, y hasta de Guerguesa y Afeq a escucharlo... ¡oh, se ha puesto a predicar la fe en ti! Señor, si los hombres te han saludado con tu nombre de Mesías, si las mujeres te han saludado como al vencedor y rey, si nuestros niños saben tu Nombre y que eres el Santo de Israel, es por el pobre leproso - refiere por todos el hombre añoso que primero ha hablado de Juan.

-¿Lo vas a curar? - preguntan muchos.

-¿Y lo preguntáis? Tengo piedad de los pecadores, ¿qué tendré por un justo?... ¿Es ese que está viniendo? Allí, entre aquellos matorrales...

-Sin duda es él. ¡Pero, qué vista tienes, Señor! Oímos rumor, pero no vemos nada...

Cesa también el rumor. Todo es silencio y espera...

Jesús está bien iluminado. Está solo, un poco adelantado, porque ha dado unos pasos hacia la peña en que están colocadas las provisiones; los demás, en la penumbra de algunos árboles, desaparecen, confundiéndose con los troncos y los matorrales de la gándara. También los niños callan, o por estar dormidos en brazos de sus madres, por miedo del silencio, de los sepulcros, de las caprichosas sombras que forma la Luna de las plantas y las rocas.

Pero el leproso debe ver, desde su escondite, y ver bien. Debe ver la alta y solemne persona del Señor, todo blanco bajo el blanco de la Luna, hermosísimo. Las miradas cansadas del leproso, sin duda, se cruzan con la mirada esplendorosa de Jesús. ¿Qué lenguaje saldrá de aquellas pupilas divinas, grandes, fúlgidas como estrellas?; ¿qué, de la boca entreabierta sonriente de amor?; ¿qué, del corazón, sobre todo del corazón de Cristo? Misterio. Uno de tantos misterios en las relaciones espirituales de Dios y las almas.

Una cosa es clara: el leproso comprende, porque grita:

-¡El Cordero de Dios! ¡El que ha venido a sanar todo el dolor del mundo! ¡Jesús, Mesías bendito, Rey y Salvador nuestro, piedad de mí!

-¿Qué quieres? ¿Cómo puedes creer en el Desconocido y ver en Él al Esperado? ¿Qué soy Yo para ti? ¿El Desconocido...?

-No. Tú eres el Hijo de Dios vivo. ¿Que cómo lo sé y lo veo? No lo sé. Aquí, dentro de mí una voz ha gritado: "¡Es el Esperado! Ha venido a premiar tu fe". ¿Desconocido? Sí. Nadie conoce el rostro de Dios. Por tanto, eres "el Desconocido" en tu apariencia. Pero eres el Conocido por tu Naturaleza, por tu Realidad: Jesús, Hijo del Padre, Verbo Encarnado y Dios como el Padre. Este eres, y yo te saludo y te suplico, creyendo en ti.

-¿Y si no pudiera nada y tu fe quedara defraudada?

-Diría que es la voluntad del Altísimo y seguiría creyendo y amando, esperando siempre en el Señor.

Jesús se vuelve hacia la muchedumbre, que escucha el diálogo con el ánimo suspendido, y dice:

-En verdad, en verdad os digo que este hombre tiene esa fe que mueve las montañas. En verdad, en verdad os digo que la verdadera caridad, fe y esperanza se prueban en el dolor más que en la alegría; aunque el exceso de alegría supone, a veces, la ruina de un espíritu aún no formado. Es fácil creer y ser buenos cuando la vida no es sino un plácido, si no gozoso, transcurrir de días iguales. Pero el que sabe persistir en la fe, esperanza y caridad, aún cuando enfermedades, miserias, muertes, desventuras, hacen de él un hombre solo, abandonado, evitado por todos, y en sus labios no se oye sino: "Hágase lo que el Altísimo considera útil para mí", en verdad es un hombre que no sólo merece ayuda de Dios, sino que, Yo os lo digo, en el Reino de los Cielos está preparado su lugar y no conocerá espera en la purgación, porque su justicia ha anulado toda deuda de la vida pasada. Hombre, Yo te lo digo: "¡Ve en paz, que Dios está contigo!"

Se vuelve al decir esto, y extiende los brazos hacia el leproso, lo atrae hacia sí casi con su gesto, y, cuando está bien cerca, bien visible, ordena:

-¡Quiero! ¡Queda limpio!... - y parece como si la Luna limpiara y arrastrara, con su rayo de plata, las pústulas, las llagas, los nódulos y las costras de la horrenda enfermedad. El cuerpo se reforma y modela en salud.

Es un hombre viejo, de noble aspecto, de delgadez ascética, el que, informado del milagro por los gritos de hosanna de la muchedumbre y no pudiendo tocar a Jesús ni a hombre alguno antes del tiempo prescrito por la Ley, se postra para besar el suelo.

-Levántate. Te traerán una túnica limpia, para que puedas presentarte al sacerdote. Y que sepas caminar siempre limpio de espíritu en la presencia de tu Dios. Adiós, hombre. ¡La paz sea contigo!

Y Jesús se reúne con la gente y, lentamente, regresa al pueblo para descansar.

## Discurso en el arrabal cercano a Ippo sobre los deberes de los cónyuges y de los hijos.

Y es, sin embargo, ya de mañana, una fresca mañana, cuando se espera a que Jesús salga de una casa del arrabal del lago para empezar su predicación.

Yo creo que durante esa noche han dormido poco los vecinos de esta localidad, emocionados como estaban por los milagros ocurridos, por la alegría de tener entre ellos al Mesías, por el deseo de no perder ni un minuto de su presencia. Lento en llegar el sueño, por haber sido precedido por muchas conversaciones, dentro de las casas, para recapitular los acontecimientos, para examinar si el espíritu de cada uno en particular estaba dotado de aquella fe, esperanza y caridad, resistentes contra todo hecho penoso, que el Maestro alabó y calificó de seguro medio para obtener gracia de parte de Dios en esta vida y en la otra; solícito en marcharse el sueño, alejado por el temor de que el Maestro pudiera salir a los caminos y marcharse temprano sin estar presentes cuando partiera: así que las casas pronto se han abierto para restituir a la calle sus moradores, los cuales, asombrados de verse numerosos, de ver que están ahí muchos, que están todos, movidos por los mismos pensamientos, se han dicho:

-Verdaderamente es la primera vez que un único pensamiento mueve nuestros corazones y los une - y con una amistad nueva, buena, fraterna, se han dirigido concordes a la casa en que se hospeda Jesús, y la han asediado, sin hacer ruido, sin impaciencias pero sin desistir, bien decididos a seguir al Maestro en cuanto salga a la calle.

Y muchos, hortelanos, han cogido los aljofarados frutos de sus huertos y los tienen resguardados del sol que surge, y del polvo y las moscas, bajo una cubierta de frescas pámpanas o de anchas hojas de higuera, por cuyo borde recortado se dejan entrever manzanas rosillas como pintadas por un miniaturista, y cárabes u ónices de granos de uvas, o blandas formas abultadas de higos de todos los tipos, cuáles bien cerrados dentro de la piel apenas sunsida que cubre la pulpa almibarada, cuáles túrgidos y lisos como si fueran seda bien alisada y adornados en el fondo con una gota de brillante, cuáles abiertos a una sonrisa de fibras blondas, róseas, rojas oscuras, según el tipo. Y unos pescadores han traído en pequeñas nasas unos peces, sin duda pescados durante la noche, sacrificando el sueño, porque algunos están todavía vivos y dan las bocanadas de las últimas, penosas aspiraciones y convulsiones de la agonía, aumentando así con el leve golpeteo de la respiración y los débiles cuarteos los tornasoles argentinos o azulinos de los vientres o de los dorsos, extendidos sobre un lecho de grises-verdes hojas de sauce o de chopo.

E1 lago -tan puro, yo diría: tan angélico, casi absorto, por el cumplido reposo de las ondas lentas en el guijarral, que hacen apenas un delicado frufrú al asomarse entre los cantos-, el lago, entretanto, ha pasado del delicado color lácteo, que el alba transfunde a las aguas que dejan atrás la noche, al risueño, más humano, yo diría: de carne, de la aurora, que ilumina el agua con las primeras tonalidades rosas de las nubes róseas reflejadas en el lago, para volver a ser cerúleo con la luz segura de la aurora, y que recobra vida y palpita de nuevo con el vaivén de sus olitas corriendo a reír a la playa orladas de espuma, retrocediendo luego para danzar con otras ondas, decorando así todo el espejo lacustre con un encaje liviano, cándido, extendido sobre la seda celeste del agua que la brisa de la mañana recorre. Y luego es el primer rayo de sol el que surca veloz el agua, allí, hacia Tariquea, allí, donde era tan verdeazul por el reflejo en ella de los bosques, y que ahora se tiñe de color dorado y resplandece como un espejo roto herido por el sol, y este espejo se va extendiendo cada vez más, vistiendo de oro y topacios nuevas aguas aún cerúleas, cancelando los tonos rosados de las nubes reflejadas en las olas, fajando las quillas de las últimas barcas que regresan al puerto después de la pesca, y las de las primeras que salen, mientras las velas, bajo la luz triunfal del sol ya alzado, albean como alas de ángel sobre el fondo azul y el verde del cielo y las colinas: ¡bellísimo lago de Galilea que, por la fecundidad de sus riberas, me recuerda al nuestro de Garda y, por la paz mística, al Trasimeno; gema de Palestina, digno marco para la mayor parte de la vida pública de Jesús!

Y Jesús se asoma a la puerta de la casa que lo hospeda, y sonríe, alzando los brazos para bendecir a los pacientes habitantes del lugar que lo están esperando...

-La paz sea con todos vosotros.

¿Me esperabais? ¿Temíais que me fuera a escapar sin saludaros? Nunca falto a mis promesas. Hoy me quedo aquí para evangelizaros y estar con vosotros, como he prometido, para bendecir vuestras casas, vuestros huertos y barcas; para santificación de todas las familias y del trabajo. Pero recordad que mi bendición, para que sea fructífera, debe estar ayudada por vuestra buena voluntad. Y ya sabéis cuál es la buena voluntad que debe animar a una familia para que sea santa la casa en que reside. El hombre, en la casa, debe ser cabeza, pero no déspota, ni respecto a la esposa ni respecto a los hijos ni respecto a los criados; y, al mismo tiempo, debe ser el rey, el auténtico rey en el sentido bíblico de la palabra. ¿Recordáis el capítulo octavo del primer libro de los Reyes? *(1 Samuel 8, 4-5)*

Los ancianos de Israel se reunieron y fueron a Ramá, donde residía Samuel, y dijeron a éste: "Mira, te has hecho viejo y tus hijos no siguen tu camino. Constituye sobre nosotros, para que nos juzgue, a un rey, como tienen todas las naciones".

"Rey", pues, quiere decir "juez". Y debería ser juez justo, para no hacer de los súbditos personas infelices, en este tiempo, con guerras, atropellos, tributos injustos; ni en la eternidad, con un reino que sea sólo molicie y vicio. ¡Ay de aquellos reyes que faltan a su ministerio, que cierran los oídos a las voces de los súbditos, que cierran los ojos ante las llagas de la nación, que se hacen cómplices del dolor del pueblo, llevando a cabo alianzas injustas con tal de reforzar su poder con la ayuda de sus aliados!

Mas también, ¡ay de aquellos padres que faltan a su oficio, que son ciegos y sordos ante las necesidades y los defectos de los miembros de las familias, que son causa de escándalo o dolor para ésta, que descienden a pactos de indignas nupcias con tal de aliarse con familias ricas y fuertes, sin pensar que el matrimonio es una unión destinada a la elevación y consuelo del

hombre y la mujer, además de a la procreación; es deber, es ministerio, no es comercio, no es dolor, no es humillación de uno u otro cónyuge. Es amor y no odio. Justo ha de ser, pues, el que es cabeza, sin excesiva dureza o exigencias, sin excesivas condescendencias ni debilidades. Pero, si os vierais en dilema de elegir entre uno u otro exceso, elegid más bien el segundo. Porque por éste, al menos, sí, Dios podrá deciros: "¿Por qué fuiste in bueno?", pero sin condenaros, dado que el exceso de bondad ya castiga al hombre con los abusos que los demás se permiten respecto al bueno; mientras que siempre os reprocharía la dureza, porque es falta contra el amor al prójimo más próximo.

Y justa ha de ser la mujer en casa respecto a su esposo, a los hijos y a los criados. A1 esposo le dé obediencia y respeto, consuelo y ayuda. Obediencia no hasta el punto de que ésta asuma la sustancia de un consentimiento al pecado. Sumisión de la esposa, no degradación. Mirad, esposas, que el primero que os juzga, después de Dios, por ciertas culpables condescendencias, es el propio marido vuestro que a ellas os induce. No siempre son deseos de amor, son también pruebas respecto a vuestra virtud. Aunque en ese momento no lo piense, puede llegar un día en que el esposo se diga: "Mi mujer es fuertemente sensual" y de ahí empezar a nutrir sospechas sobre vuestra fidelidad marital.

Sed castas en el vínculo matrimonial. Haced que vuestra castidad imponga a vuestro esposo esa moderación que se tiene ante las cosas puras, y os trate con consideración, como a personas iguales que él, no como a esclavas o concubinas mantenidas para ser sólo "placer", y rehusadas después, cuando ya no gustan. La esposa virtuosa -Yo diría: la esposa que incluso consumado el matrimonio conserva ese “algo", que es virginal, en las acciones, en las palabras, en los abandonos de amor- puede llevar a su marido a una elevación desde la carnalidad al sentimiento; siendo así que el marido se despoja de la lujuria y se hace verdaderamente una única cosa con su esposa, a la que trata con el respeto con que uno trata a una parte de sí mismo; y es justo que así sea, porque la mujer es "hueso de sus huesos y carne de su carne", y nadie maltrata a sus huesos ni a su carne, sino que, al contrario, los ama; de forma que el esposo y la esposa, como los dos primeros esposos, se miren y no se vean en su desnudez sexual, sino que se amen por el espíritu, sin humillantes vergüenzas.

Que la esposa sea paciente, materna con su marido. Considérele como al primero de sus hijos, porque la mujer es siempre madre y el hombre tiene siempre necesidad de una madre que sea paciente, prudente, afectuosa, consoladora. ¡Dichosa la mujer que sabe ser compañera del propio cónyuge, y al mismo tiempo madre para sostenerlo, e hija para ser guiada! Que la mujer sea hacendosa. El trabajo, impidiendo el fantasear, beneficia a la honestidad, además de beneficiar a la bolsa. Que no atormente al marido con infundados celos que a nada son útiles. ¿El marido es honesto? Los celos vanos, moviéndolo a apartarse de casa, lo ponen en peligro de caer en las redes de una meretriz. ¿No es honesto y fiel? No serán las iras de la celosa las que lo corrijan, sino, más bien, el porte serio, sin caras de malhumor ni desaires, el porte digno y amoroso, y más amoroso, el que lo hagan reflexionar y volver a sus cabales. Sabed reconquistar a vuestro marido con vuestra virtud, cuando una pasión lo haya alejado de vosotras, como en la juventud lo conquistasteis con vuestra belleza. Y, para sacar fuerzas ante este deber, y resistir el dolor que os podría hacer injustas, amad y considerad a vuestros hijos y su bien.

Una mujer tiene todo en sus hijos: la alegría, la corona regia para las horas joviales, en que realmente es reina de la casa y del consorte, y el bálsamo para las horas dolorosas en que una traición, u otras penosas experiencias de la vida conyugal, flagelan su frente y, sobre todo, su corazón, con las espinas de su triste regalidad de esposa mártir. ¡Tan pisoteadas como para desear volver a casa, divorciándoos, o buscar compensación en un falso amigo que, fingiendo piedad hacia el corazón de la traicionada, en realidad su apetito está puesto en la hembra? ¡No, mujeres, no! Esos hijos, esos hijos inocentes, ya turbados, precozmente tristes a causa de un ambiente doméstico que ya no es ni sereno ni justo, tienen derecho a una madre, a un padre, al consuelo de una casa en que, aun habiendo fenecido un amor, el otro permanezca atento velando por ellos. Esos ojos suyos inocentes os miran, os escudriñan y comprenden más de lo que pensáis, y plasman sus espíritus según lo que ven y comprenden. No seáis nunca motivo de escándalo para vuestros inocentes; antes bien, refugiaos en ellos como en un baluarte de adamantinas azucenas contra las debilidades de la carne y las insidias de las serpientes.

Y que la mujer sea madre, esa madre justa que es al mismo tiempo hermana, que es amiga al mismo tiempo que hermana de sus hijos e hijas, y que es ejemplo, sobre todo, y en todo. Velar por los hijos y por las hijas, corregir amorosamente, sostener, hacer meditar, y todo sin preferencias; porque todos los hijos han nacido de una semilla y de un seno materno, y, si es natural el cariño, por la alegría que dan, hacia los hijos buenos, también es un deber amar -aunque con amor doloroso- a los hijos no buenos, recordando que el hombre no debe ser más severo que Dios, que ama no sólo a los buenos sino también a los no buenos, y los ama para tratar de hacerlos buenos, para tratar de darles manera, y tiempo de hacerse buenos, y soporta hasta que muere el hombre, reservándose el ser justo Juez cuando el hombre ya no puede rectificar.

Y permitidme, llegado a este punto, que diga una cosa que no es propiamente inherente a esta materia, pero que es útil que tengáis presente. Muchas veces, demasiadas, se oye que los malos tienen más alegría que los buenos, y que ello no es justo. Antes de nada, os digo: "No juzguéis las apariencias y lo que no conocéis". Las apariencias son a menudo falaces y el juicio de Dios está oculto en esta Tierra. Conoceréis en la otra parte, y veréis que el transitorio bienestar del malo fue concedido como medio para conducirlo al Bien y como merma de ese poco bien que hasta el más malvado puede hacer. Mas, cuando veáis las cosas con la luz adecuada de la otra vida, veréis que más breve que la vida del tallito de hierba nacido en primavera en el guijarral de un torrente que el verano seca es el tiempo de dicha del pecador, mientras que un solo instante de gloria en el Cielo es, por la dicha que comunica al espíritu que de ello goza, más vasto que la vida humana más triunfal que jamás haya habido. No envidiéis, por tanto, la prosperidad del malo; antes bien, tratad, con buena voluntad, de alcanzar el tesoro eterno del justo.

Y volviendo a cómo deben ser los miembros de una familia y los moradores de una casa para que en ella se mantenga con fruto mi bendición, os digo, oh hijos, que vosotros estéis sometidos a vuestros padres, que seáis respetuosos, obedientes, para poder serlo también para con el Señor Dios vuestro. Porque, si no aprendéis a obedecer las pequeñas indicaciones del padre o de la madre, a los que veis, ¿cómo podréis obedecer las indicaciones de Dios, que en su nombre se os dicen pero que ni veis ni oís? Y si no aprendéis a creer que quien ama, como un padre y una madre aman, no pueden mandar más que cosas buenas, ¿cómo vais a poder creer que sea bueno lo que se os dice como indicaciones de Dios? ¡Dios ama, y es Padre, eh! Pero,

queridos jovencitos, precisamente porque os ama y quiere teneros con Él, quiere que seáis buenos. Y la primera escuela donde aprendéis a haceros buenos es la familia. En ella aprendéis a amar y a obedecer, y en ella empieza para vosotros el camino que conduce al Cielo.

Sed, pues, buenos, respetuosos, dóciles. Amad a vuestro padre, aunque os corrija, porque lo hace por vuestro bien; y a vuestra madre, si os impide acciones que su experiencia juzga no buenas. Honradlos, no haciendo que se avergüencen de vuestras malas acciones. El orgullo no es cosa buena, pero existe un santo orgullo, el de decir: "No he causado dolor ni a mi padre ni a mi madre". Esto, que os hace gozar de su presencia mientras viven, os pone paz ante la herida de su muerte; mientras que, por el contrario, las lágrimas que un hijo hace derramar a su padre o a su madre hienden, como plomo fundido, el corazón del hijo malvado, y, por mucho que se industrie para adormecer esa herida, la herida duele, y duele, y duele más aún cuando la muerte del padre o de la madre le impiden al hijo reparar... ¡Oh, hijos, sed buenos, siempre, si queréis que Dios os ame! En fin, santa es la casa en que, por la justicia de sus dueños, se hacen justos también los criados y peones. Recuerden los señores que un mal comportamiento irrita y estraga al criado; y, el criado, que un mal comportamiento suyo disgusta al señor: que esté cada uno en su lugar, pero con un vínculo de amor al prójimo que colme la separación que hay entre siervos y señores.

Y entonces la casa bendecida por mí conservará su bendición y Dios permanecerá en ella. Igualmente, conservarán mi bendición - por tanto, protección- las barcas, los huertos, los aperos de trabajo y de pesca, cuando, santamente activos en los días lícitos y santamente dedicados al culto de Dios en los sagrados sábados, viváis vuestra vida de pescadores u hortelanos, sin robar en las ventas ni en las medidas, sin maldecir el trabajo, y sin hacerlo tan rey de vuestra vida, que lo antepongáis a Dios; porque, si el trabajo os da un beneficio, Dios os da el Cielo.

Y ahora podemos ir a bendecir casas y barcas y remos y huertos y azadas, y luego iremos a hablar al lugar de Juan, antes de que vaya a ver al sacerdote. Porque Yo aquí ya no volveré, y justo es que me escuche al menos una vez. Tomad el pan, el pescado y la fruta; lo llevaremos allí, al bosque, y comeremos en presencia del leproso curado, dándole a él la parte mejor, para que también su carne exulte y se sienta ya hermano entre los creyentes del Señor.

Y Jesús se pone en marcha, seguido por la gente del arrabal y por más que han venido de las ciudades cercanas, a donde, quizás durante la noche, han ido algunos de este arrabal a llevar la noticia de que el Salvador está en esta ribera.

## 452

## El ex leproso Juan se hace discípulo. Parábola de los diez monumentos.

-¡Mi Señor! - grita el ex leproso, postrándose de rodillas, en cuanto ve aparecer a Jesús en la gándara que precede al lugar rocoso donde ha vivido durante muchos años. Y luego, levantándose, grita otra vez:

-¿Cómo es que vienes de nuevo a verme?

-Para darte el viático de la palabra, después del de la salud.

-El viático se da a uno que se pone en camino, y yo realmente me marcho hoy al atardecer para las purificaciones. Pero me marcho para volver y unirme a los discípulos, si me quieres acoger. Ya no tengo casa ni parientes, Señor. Soy viejo para volver a nueva actividad y vida. Me restituirán la posesión de los bienes. ¿Pero, cómo estará la casa, después de quince años sin ser de nadie? ¿Qué encontraré en ella? Quizás paredes derrumbadas... Soy un pájaro sin nido. Deja que me una a las filas de los que te siguen. Además... no me pertenezco ya a mí mismo, porque por lo que me has dado soy tuyo; ya no pertenezco al mundo, que durante tanto tiempo me apartó de sí (justamente, porque era impuro). Ahora, después de conocerte, soy yo quien encuentro impuro al mundo, y me aparto del mundo para ir a ti.

-Y Yo no te rechazo. De todas formas, te digo que querría de ti que estuvieras un tiempo en esta región. Aera y Arbela tienen a un hijo suyo evangelizando. Tú sélo de Ippo, de Gamala, de Afeq y de los pueblos cercanos. Dentro de poco voy a bajar a Judea, y no regresaré a estos lugares. Quiero que tengan evangelizadores.

-Tu voluntad me hace amable cualquier renuncia. Haré lo que deseas. Lo haré en cuanto cumpla las purificaciones. Había pensado no preocuparme ya más de mi casa. Pero ahora digo que la voy a arreglar para poder vivir en ella y recibir durante el invierno a almas deseosas de saber de ti, y pediré a alguno de los discípulos que te sigue desde hace años que venga conmigo, porque, si quieres que sea un pequeño maestro, necesito ser instruido por alguien que sea más maestro que yo. Y en primavera iré, como los otros, predicando tu Nombre.

-Es un pensamiento correcto. Dios te ayudará a cumplirlo.

-Ya he empezado, destruyendo con el fuego todo lo que me pertenecía: o sea, la mísera yacija y los enseres que usaba, la túnica que he llevado hasta ayer, todo lo que había tocado con mi cuerpo enfermo. La gruta donde vivía está negra por el fuego que he encendido dentro para destruir y purificar. Nadie se contagiará si entra en ella para refugiarse en una noche de tormenta. Y... (la voz del hombre pierde fuerza, casi se empaña, y habla más lentamente...) y... tenía una vieja arca ya desvencijada... carcomida... parecía que la lepra la hubiera corroído también a ella... Pero para mí... era más preciosa que las riquezas del mundo... Dentro estaban las cosas amadas... recuerdos de mi madre... el velo de boda de mi Ana... ¡Ah, cuando se lo quité, lleno de felicidad, el día de nuestra boda al caer de la tarde, y contemplé aquel rostro de azucenas tan hermoso y puro, ¿quién me iba a decir que pocos años después lo iba a ver convertido todo en una llaga? Y... los vestidos de mis hijos... y sus juguetes... que sujetaron entre sus pequeñas manos mientras pudieron apretar... algo... y... ¡oh, es mucho el dolor!... perdona mi llanto... La llaga duele mucho ahora que los he quemado por justicia... sin poder besarlos... porque eran de leprosos... Soy injusto, Señor... Te muestro lágrimas... Pero ten conmiseración... He destruido el último recuerdo de ellos... y ahora me siento como uno extraviado en un desierto...

El hombre se agacha, llorando, junto al montón de ceniza, recuerdo de su pasado...

-No estás extraviado, Juan; ni solo. Yo estoy contigo. Y los tuyos pronto estarán conmigo, en el Cielo, esperándote. Esos recuerdos te los evocaban desfigurados por la enfermedad, o con la hermosura de la salud antes de la desgracia: recuerdos todos dolorosos. Déjalos entre las cenizas de la hoguera. Anúlalos en la certidumbre que te doy Yo de que volverás a encontrarlos, felices, con la hermosura de la alegría del Cielo. El pasado ha muerto, Juan; no lo llores más. La luz ya no se demora en mirar a las tinieblas de la noche, sino que exulta por separarse de ellas y resplandecer, subiendo en el cielo tras el sol todas las mañanas. Y el sol no se demora en el oriente, sino que aparece, se muestra todo, hasta emitir sus rayos desde lo alto de la bóveda celeste que surca. Tu noche ha terminado. No la recuerdes ya. Sube con el espíritu a donde Yo, Luz, te llevo. Allí, por la dulce esperanza y la hermosa fe, encontrarás la alegría, porque tu caridad podrá derramarse en Dios y en los amados que esperan. Es sólo una rápida ascensión... y pronto estarás arriba, con ellos. La vida es un soplo... La eternidad es el eterno presente.

-Tienes razón, Señor. Me confortas y me enseñas cómo superar esta hora con justicia... Pero Tú estás al sol por estar lo más cerca de mí que te es concedido. Retírate, Maestro. Ya me has dado bastante. Podría hacerte daño el sol, que ya es fuerte.

-He venido para estar contigo. Todos hemos venido para esto. Lo que puedes hacer es acercarte tú a los árboles, y estaremos cerca sin peligro.

El hombre obedece y deja la peña a cuyos pies está el montón de ceniza, el pasado, y va hacia el lugar a que se dirige Jesús, donde están, emocionados, los apóstoles y las mujeres y los habitantes del arrabal y los que han venido de las ciudades a escuchar al Maestro.

-Encended las hogueras para asar el pescado. Repartiremos la comida en banquete de amor - ordena Jesús.

Y, mientras los apóstoles llevan a cabo las indicaciones, É1 se mueve por entre los árboles y matas crecidos en desorden en este lugar que todos evitan por la cercanía del leproso. Una tupida maraña, agreste, de plantas que no conocen podaderas ni hachas desde que nacieron. Personas enfermas o afligidas por algo están bajo la sombra propicia de esta espesura y narran a Jesús sus angustias, y Jesús cura, aconseja o consuela, con paciencia y potencia. Más allá, en un pequeño prado, el niño de Cafarnaúm juega feliz con los niños del pueblo, y los gritos alegres de los niños compiten con el canto de muchos pájaros que hay en las tupidas frondas; mientras sus vestidos variopintos, agitados, al correr, contra el fondo verde de la hierba, hacen que parezcan grandes mariposas yendo de una flor a otra.

La comida está preparada. Llaman a Jesús, que pide prestado e1 cesto a un campesino que había traído higos y uva y lo llena de pan, del pescado más hermoso, de fruta muy sabrosa; añade a ello su cantimplora de agua endulzada con miel, y se dirige hacia el leproso.

-Te quedas sin cantimplora - le observa Bartolomé - No te la puede devolver.

Y Jesús, sonriendo:

-¡Hay mucha agua todavía para la sed del hijo del hombre! Está el agua que el Padre ha puesto en los pozos profundos. Y el Hijo del hombre tiene todavía las manos libres para usar sus cuencos... Día llegará en que no tendré ni éstas ni aquélla... ni tendré ya tampoco el agua del amor, que aplaque la sed del sediento... Ahora tengo mucho amor en torno a mí... - y prosigue, llevando con las dos manos la canasta ancha, redonda y baja, que deposita en la hierba a unos metros de Juan; y dice a éste:

-¡Toma y come! Es el banquete de Dios.

Luego vuelve a su lugar. Ofrece y bendice el alimento y lo manda distribuir entre los presentes, que han añadido a ello todo lo que tenían. Todos comen con gusto y pacífica alegría, y María se ocupa del pequeño Alfeo con maternal dulzura. Luego, acabada la refacción, Jesús se pone entre la gente y el ex leproso y empieza a hablar, mientras las madres colocan en sus regazos a los niños, saciados de alimento y juegos, y los mecen para dormirlos y que no molesten.

¯Escuchad todos. En un salmo de David (*Salmo 15)* el salmista se pregunta: "¿Quién habitará en el Tabernáculo de Dios? ¿Quién descansará en el monte de Dios?". Y pasa a enumerar a los que estarán en el número de los afortunados, y los motivos de su bienaventuranza. Dice: "El que vive sin mancha y practica la justicia. El que dice la verdad de corazón y no urde engaños con su lengua. El que no perjudica a su prójimo. El que no se hace eco de palabras infamantes contra sus semejantes". Y en pocos renglones, después de decir quién habitará en los dominios de Dios, refiere el bien que hacen estos bienaventurados después de no haber hecho el mal. Así dice: "A sus ojos el malvado es nada. Honra a los que temen a Dios. No jura para engaño de su prójimo. No presta a usura su dinero, no recibe regalos en perjuicio del inocente". Y termina: "Quien estas cosas hace no vacilará jamás".

En verdad, en verdad os digo que el salmista dijo la verdad, y confirmo con mi sabiduría que quien así obra no vacilará jamás.

Primera condición para entrar en el Reino de los Cielos: "Vivir sin mancha".

¿Pero puede el hombre, criatura débil, vivir sin mancha? La carne, el mundo y Satanás, en una continua agitación de pasiones, tendencias y odio, lanzan sus chorretadas para manchar a los espíritus y, si el Cielo estuviera abierto sólo para los que hubieran vivido sin mancha desde que tuvieron uso de razón en adelante, poquísimos de toda la Humanidad entrarían en el Cielo, de la misma forma que poquísimos son los hombres que llegan a la muerte sin haber conocido enfermedades más o menos graves durante la existencia. ¿Y entonces? ¿Está así cerrado el Cielo para los hijos de Dios? ¿Tendrán que decirse éstos a sí mismos: "Lo he perdido" cuando un asalto de Satanás o un torbellino de la carne los hacen caer y ven manchada su alma? ¿No habrá ya perdón para el que haya pecado? ¿Nada borrará la mancha que desfigura al espíritu? No temáis a vuestro Dios con injusto temor. Él es Padre. Y un padre tiende siempre una mano a los hijos que vacilan, les ofrece ayuda para que se pongan en pie de nuevo, conforta con medios delicados para que su abatimiento no degenere en desesperación, sino que florezca en forma de humildad deseosa de ofrecer reparación para volver a1 amor del Padre.

Así es: el arrepentimiento del pecador: la buena voluntad de ofrecer reparación -nacidas ambas de un verdadero amor al Señor-, lavan la mancha de la culpa y hacen al hombre digno del perdón divino. Y cuando el que os habla haya cumplido su misión en la Tierra, a las absoluciones del amor, del arrepentimiento y de la buena voluntad, se unirá, poderosísima, la

absolución que el Cristo os habrá obtenido a precio de su sacrificio. Más cándidos en el alma que niños recién nacidos -mucho más cándidos porque a quien crea en mí le brotarán desde dentro de su seno ríos de agua viva que lavarán incluso el pecado original, causa primera de todas las debilidades del hombre-, podréis aspirar al Cielo, al Reino de Dios, a morar en sus Tabernáculos. Porque la Gracia que voy a devolveros os ayudará a practicar la justicia, que aumenta – más cuanto más es practicada - el derecho que os da un espíritu sin mancha a entrar en la alegría del Reino de los Cielos. Entrarán en él los niños pequeños y gozarán, por la bienaventuranza gratuitamente ofrecida; gozarán, porque el Cielo es alegría. Mas entrarán también los adultos, los viejos, los que hayan vivido, luchado, vencido, y que a la cándida corona de la Gracia unan la corona multicolor de sus obras santas, de sus victorias contra Satanás, el mundo y la carne, y grande, grandísima será su bienaventuranza de vencedores, grande, como el hombre no puede imaginar.

¿Cómo se practica la justicia? ¿Cómo se conquista la victoria? Con honestidad de palabras y de acciones, con caridad hacia el prójimo. Reconociendo que Dios es Dios y no poniendo en el lugar del Dios Santísimo los ídolos de las criaturas, el dinero, el poder. Ofreciendo cada uno el lugar que le corresponde, sin tratar de dar más ni de dar menos de aquello que debe darse. No es justo el hombre que, porque uno sea amigo o pariente suyo influyente, lo honre y sirva incluso en las obras no buenas. Y quien -caso contrario- perjudique a su prójimo porque de él no pueda esperar ningún beneficio, y jure contra él, o se deje comprar con regalos para testificar contra el inocente o juzgar con favoritismo, no según la justicia sino según el cálculo de lo que el injusto juicio le puede producir del más poderoso de los contendientes, no es justo, y vanas son sus oraciones, sus dádivas, porque a los ojos de Dios están manchadas de injusticia.

Como veis, lo que digo sigue siendo Decálogo. Siempre es Decálogo la palabra del Rabí. Porque el bien, la justicia, la gloria están en cumplir lo que el Decálogo enseña y ordena hacer. No hay otra doctrina. En el pasado fue dada entre los rayos del Sinaí, ahora es dada entre los resplandores de la Misericordia, pero es esa Doctrina. Y no cambia. Y no puede cambiar. Muchos, como propia disculpa, dirán en Israel, para justificar el no haber sido santos incluso después del paso del Salvador por la Tierra: "No he tenido posibilidad de seguirlo y escucharlo". Mas su disculpa no tiene ningún valor, porque el Salvador no ha venido a instaurar una nueva Ley, sino a confirmar la primera, la única Ley; es más, a confirmarla precisamente en su santa desnudez, en su sencillez perfecta. A confirmar con amor, y con promesas de seguro amor de Dios, lo que en el pasado había sido dicho con rigor, por una parte, y había sido escuchado con temor, por la otra parte.

Para que comprendáis bien lo que son los diez mandamientos, y la importancia que tiene el seguirlos, os digo esta parábola.

Un padre de familia tenía dos hijos. Igualmente amados. De ambos quería ser, en igual medida, benefactor. Este padre tenía, además de la casa donde vivían los hijos, otras propiedades donde había grandes tesoros escondidos. Los hijos tenían noticia de estos tesoros, pero no sabían el camino que a ellos conducía, porque su padre, por motivos personales, no les había revelado a sus hijos el camino para llegar, y ello durante muchos, muchos años.

Un día llamó a sus dos hijos y dijo: "Ya conviene que sepáis dónde están los tesoros que vuestro padre ha tenido reservados para vosotros, para que podáis ir por ellos cuando os lo diga. Entretanto, sabed cuál es el camino y las señales que he puesto en él para que no os extraviéis. Oídme. Los tesoros no están en la llanura, donde las aguas se depositan, arde el sol tórrido, el polvo deteriora, los espinos y los tríbulos ahogan, y adonde fácilmente los ladrones pueden llegar y robar. Los tesoros están en la cima de aquel alto monte, alto y abrupto. Los puse allá en la cima. Allí os esperan. El monte tiene más de un sendero; es más, tiene muchos senderos. Pero sólo uno de ellos es bueno. Los otros terminan o en precipicio o en cavernas sin salida o en fosas de agua legamosa o en cubiles de víboras o en cráteres de azufre encendido o contra muros infranqueables. El bueno, sin embargo, aunque es fatigoso, llega a la cima sin interrupción de precipicios u otros obstáculos. Para que lo podáis reconocer, he puesto a lo largo del sendero, a distancias uniformes diez monumentos de piedra en que están grabadas estas palabras de reconocimiento: *amor, obediencia, victoria.* Id, siguiendo este sendero, y llegad al lugar del tesoro. Yo, luego, por otro camino que sólo yo conozco, iré y os abriré las puertas para dicha vuestra".

Los dos hijos se despidieron de su padre, quien, hasta que podían oírlo, repitió: "Seguid el camino que os he dicho. Es por vuestro bien. No os dejéis tentar por los otros, aunque os parezcan mejores. Perderíais el tesoro, y a mí con él...".

Ya han llegado al pie del monte. El primer monumento estaba en la base, justo al principio del sendero que estaba en el centro de una estrella de sendas que subían a la conquista del monte en todas las direcciones. Los dos hermanos empezaron la subida por el sendero bueno. En los primeros momentos era muy ligero, aunque sin una pizca de sombra. Desde lo alto del cielo, el sol descendía a pico inundándolo de luz y calor. La blanca roca en que el sendero se abría, el terso cielo sobre sus cabezas, el sol caliente que abrazaba sus cuerpos: esto veían y sentían los hermanos. Pero, animados aún por una buena voluntad, por el recuerdo de su padre y de sus recomendaciones, subían alegres hacia la cima. Llegan al segundo monumento... y luego al tercero. El sendero se hacía cada vez más fatigoso, solitario y ardiente. Ya no se veían siquiera los otros senderos, los cuales tenían hierba y árboles o aguas claras, y, sobre todo, una subida más suave, porque era menos empinada y estaba trazada en la tierra, no en la roca.

"Nuestro padre quiere que lleguemos muertos" dijo uno de los dos hijos al llegar al cuarto monumento. Y empezó a aminorar el paso. El otro lo animó a continuar, diciendo: "Si ha salvado para nosotros tan maravillosamente el tesoro, es que nos quiere como si fuéramos él mismo, y más todavía. Este sendero de la roca, que sube sin pérdida desde el pie hasta la cima, lo ha excavado él. Y ha hecho estos monumentos para que nos sirvan de guía. ¡Piensa, hermano mío, que él solo ha hecho todo esto, por amor! ¡Para dárnoslo a nosotros! Para hacer que lleguemos sin error posible y sin peligro".

Siguieron andando. Pero los senderos que quedaban abajo, de vez en cuando, se acercaban al sendero de la roca, y esto sucedía cada vez más, en la medida en que el monte, acercándose a la cima, se iba haciendo más estrecho en su cono. ¡Y qué hermosos eran, umbríos, tentadores!...

"Estoy por tomar uno de ésos" dijo el descontento al llegar al sexto monumento. "En realidad, también aquél va a la cima."

"Hablas sin saber... No ves si sube o baja..."
"¡Ahí arriba está!”
"No sabes si es ése. Y además nuestro padre dijo que no dejásemos el recto camino...".
De mala gana continuó el insatisfecho. Ya llegó el séptimo monumento: "¡Bueno yo me voy, ¿eh?!".
"¡No lo hagas, hermano!”
Sendero arriba, un tramo verdaderamente dificilísimo; pero la cima ya estaba cercana...
Han llegado al octavo monumento, que está cerca del sendero florido, rayano con él.
"¿Ves cómo, aunque no sea en línea recta, lleva arriba también éste?".
"No sabes si es ése."
"Sí, que lo reconozco.”
"Te engañas.”
"No. Voy al otro".
"No lo hagas. Piensa en nuestro padre, en los peligros, en el tesoro”
"¡Pues prescindo de todo y de todos! ¿Para qué me sirve el tesoro, si llego a la cima agonizando? ¡Qué peligro es mayor que este camino? ¿Y qué odio, mayor que este de nuestro padre que se ha burlado de nosotros con este sendero para que muriésemos? Adiós. Llegaré antes que tú, y vivo..." y se lanzó al sendero contiguo, y desapareció con una exclamación de gozo tras los troncos que daban sombra al sendero.
"El otro prosiguió, con gran dificultad... ¡Oh, el último trecho del camino era verdaderamente tremendo! El viandante ya no podía más. Estaba como ebrio de fatiga, de sol. A1 llegar al noveno monumento, se detuvo jadeando. Se apoyó en la piedra esculpida y leyó instintivamente las palabras en ella grabadas. A poca distancia había un sendero de sombra, de aguas, de flores... "Casi, casi... ¡No! No. Ahí está escrito, y lo ha escrito mi padre: *amor, obediencia, victoria.* Debo creer. En su amor, en su verdad, y *debo* obedecer para mostrar mi amor... Vamos... Que el amor me sostenga...". Llegó el décimo monumento... El viandante exhausto, abrasado por el sol, caminaba encorvado como bajo un yugo... Era el amoroso y santo yugo de la fidelidad que es amor, obediencia, fortaleza, esperanza, justicia, prudencia, todo... En vez de apoyarse, se dejó caer, sentado, en la sombra insignificante que el monumento proyectaba en el suelo. Se sentía morir... Desde el sendero de al lado llegaba un rumor de arroyos y olor de bosque...
"¡Padre, padre, ayúdame con tu espíritu, en la tentación... ayúdame a ser fiel hasta el final!".
Desde lejos, la voz jubilosa de su hermano: "Ven, te espero. Esto es un edén... Ven...".
"¿Y si fuera?..." y gritando fuerte: "¿Estás seguro de que se sube la cima?".
"Sí, ven. Hay una galería fresca que lleva arriba. ¡Ven! Ya veo la cima, detrás de la galería que atraviesa la roca...".
"¿Voy? ¿No voy?... ¿Quién me socorre?... Voy...". Calcó las manos para levantarse, pero, mientras lo hacía, observó que las palabras incididas ya no eran seguras, como las del primer monumento: "En cada monumento que pasaba las palabras eran más ligeras... como si a mi padre, derrengado, le hubiera costado incidirlas. Y... ¡fíjate!... Aquí también esas marcas rojas oscuras que ya se veían desde el quinto monumento... Pero aquí llenan las hendiduras de todas las palabras e incluso ha escurrido hacia afuera, formando rayas como de lágrimas oscuras en la piedra, como... de sangre...". Rascó con el dedo en el lugar en que había una mancha de la extensión de dos manos. Y la mancha se redujo a polvo, dejando al descubierto, frescas, estas palabras: "Así os he amado. Hasta derramar la sangre por llevaros al Tesoro".
"¡Oh! ¡Oh! ¡Padre mío! ¡Y me venía la idea de no cumplir tu orden! ¡Perdón, padre mío! Perdón". El hijo lloró contra la piedra, y la sangre que llenaba las palabras recobró su frescura, resplandeciendo como el rubí, y las lágrimas fueron comida y bebida del hijo bueno, y le dieron fuerza... Se levantó... Por amor llamó a su hermano, lo llamó fuerte, fuerte... Quería que supiera lo que había descubierto... el amor de su padre, decirle: "Vuelve". Nadie respondió...
El joven reanudó 1a marcha, casi de rodillas sobre 1a piedra ardiente, porque su cuerpo estaba totalmente agotado por e1 esfuerzo pero su espíritu estaba sereno.
Ya se ve la cima... En ella, su padre.
"¡Padre mío!"
"¡Hijo amado!".
El joven se dejó caer sobre el pecho paterno, el padre lo acogió cubriéndolo de besos.
"¿Estás solo?”
"Sí... Pero mi hermano llegará pronto...".
"No. No llegará jamás. Ha abandonado el camino de los diez monumentos. No ha vuelto a él después de los primeros desengaños admonitorios. ¿Quieres verlo? Allí está. En el abismo de fuego... Ha sido pertinazmente culpable. Si, después de conocer el error, hubiera vuelto sobre sus pasos y, aunque hubiera sido con retraso, hubiera pasado por donde el amor pasó primero, sufriendo hasta derramar su mejor sangre, la parte más preciada de sí mismo por vosotros, yo lo habría perdonado todavía, y le habría esperado".
"Él no sabía...”
"Si hubiera mirado con amor las palabras incididas en los diez monumentos, habría leído su verdadero significado. Tú lo has leído desde el quinto monumento y se lo has observado al otro, diciéndole: “Nuestro padre aquí debe haberse herido”. Y lo has leído en el sexto, séptimo, octavo, noveno... cada vez con más claridad, hasta que has tenido el instinto de destapar lo que se ocultaba bajo mi sangre. ¿Sabes cómo se llama ese instinto?: “Tu verdadera unión conmigo”. Las fibras de tu corazón, fundidas con mis fibras, se han sobresaltado, y te han dicho: “Aquí hallarás la medida del amor de tu padre”. Ahora toma posesión del Tesoro, y de mí con él, tú, amoroso, obediente, victorioso para siempre".
Ésta es la parábola.

Los diez monumentos son los diez mandamientos. Vuestro Dios os ha grabado y colocado en el sendero que lleva al Tesoro eterno, y ha sufrido para conduciros a ese sendero. ¿Vosotros sufrís? También Dios. ¿Vosotros tenéis que forzaros a vosotros mismos? También Dios. ¿Y sabéis hasta qué punto? Sufriendo el separarse de sí mismo y forzarse a conocer el hecho de ser hombre con todas las miserias que la humanidad lleva consigo: nacer, padecer frío, hambre, cansancio, burlas, afrentas, odios, insidias y finalmente la muerte, dando toda su Sangre para daros el Tesoro. Esto es lo que sufre Dios que ha bajado a salvaros. Esto es lo que sufre Dios en lo alto del Cielo, permitiéndose a sí mismo sufrirlo.

En verdad os digo que ningún hombre, por fatigosa que sea su senda para llegar al Cielo, recorrerá jamás un sendero más fatigoso y doloroso que el que el Hijo del hombre recorre para venir del Cielo a la Tierra y de la Tierra ir al Sacrificio para abriros las puertas del Tesoro.

En las tablas de la Ley ya está mi Sangre. En el Camino que os trazo está mi Sangre. La puerta del Tesoro se abre con el empuje de la ola de mi Sangre. Vuestra alma se hace cándida por el lavacro de mi Sangre, y fuerte por la nutrición de mi Sangre. Pero, para que no sea derramada en vano, vosotros debéis recorrer el camino inmutable de los diez mandamientos.

Ahora vamos a descansar. Cuando se ponga el sol iré hacia Ippo: Juan, a la purificación; vosotros, a vuestras casas. La paz del Señor esté con vosotros.

## 453

**Llegada a Ippo y discurso en pro de los pobres. Curación de un esclavo paralítico.**

Jesús entra en Ippo una clara mañana. Debe haber pernoctado en la casa campestre de algún habitante de la ciudad que ha venido a escucharlo, para entrar luego en la ciudad en las primeras horas de la mañana de un rumoroso día de mercado. Muchos de Ippo están con Él. Muchos de Ippo, habiendo sido avisados por otros de que ha llegado el Rabí, acuden solícitos a su encuentro. Mas no son sólo los habitantes de esta ciudad los que están alrededor de Jesús; están presentes también los del arrabal del lago. Falta sólo alguna mujer que, por sus condiciones físicas o por tener niños demasiado pequeños, no ha podido alejarse demasiado de casa.

La ciudad, ligeramente elevada sobre el nivel del lago, extendida sobre las primeras ondulaciones de la llanura elevada que está allende el lago y que va subiendo hacia oriente para alcanzar al sudeste los montes de la Auranítida y al nordeste el grupo montañoso presidido por el gran Hermón, tiene buena presencia: ciudad rica en comercio y en bienes; importante también como nudo de caminos, y eslabón de enlace entre muchas regiones de allende el lago, como se deduce de los postes de los caminos (están colocados en sus cercanías y llevan los nombres de Gamala, Gadara, Pel.la, Arbela, Bosra. Gerguesa, y otros más).

Muy poblada y muy visitada por forasteros que vienen de los pueblos vecinos para compras o ventas o por otros motivos de negocios. Veo a muchos romanos, civiles o militares, entre la multitud, la cual -no sé si es propiedad de esta ciudad o si lo es de la región- no me parece tan agresiva contra los romanos, no me parece que los rechace tanto. Quizás los negocios, más que en las zonas de la otra orilla, han estrechado vínculos recíprocos, que, si no son de amistad, por lo menos son de conveniencia.

La muchedumbre aumenta a medida que Jesús avanza hacia el centro de la ciudad, hasta que se detiene en una vasta plaza arbolada, donde, a la sombra de los árboles, se desarrolla el mercado, o sea, conciertan los negocios más importantes. Porque la compraventa de poca envergadura de alimentos y enseres se realiza detrás de esta plaza, en un terreno sin pavimentar donde ya pega el sol. De éste se defienden los compradores y vendedores con toldos montados sobre estacas y que proyectan un pequeño espacio de sombra sobre las mercancías expuestas en el suelo. El lugar, estando así cubierto con toldos poco elevados y de todos los colores, entre los cuales hormiguea la gente, vestida con indumentos variopintos, parece un prado engalanado con flores gigantescas: unas fijas, otras móviles por los senderillos que hay entre uno y otro toldo. Ello comunica al lugar un aspecto de belleza, que pierde, sin duda, cuando, desmontadas las... barracas prehistóricas, la explanada debe aparecer con su amarillenta desolación de lugar estéril y desierto.

Ahora está lleno de vocerío. ¡Pero cuánto gritan estos pueblos, y cuántas palabras dicen gritando para llegar a un acuerdo... pues... simplemente sobre una escudilla de madera, un cernedor, o un puñado de semillas! Y al vocerío de los que compran y venden se une todo un coro de mendigos que fuerzan la voz para que se les oiga por encima del vocerío.

-¡Pero aquí no puedes hablar, Maestro! - exclama Bartolomé - ¡Tu voz es potente, pero no puede superar este ruido!

-Esperaremos. ¿Veis? El mercado está terminando. Ya hay quien empieza a quitar las mercancías. Entretanto, id a ofrecer a los mendigos la limosna, con lo que han dado los ricos de aquí. Será para el discurso prólogo y bendición, porque la limosna dada con amor pasa del grado de ayuda material al de amor al prójimo, y atrae gracias - responde Jesús.

Los apóstoles van a cumplir la orden.

Jesús sigue hablando entre la atenta gente:

-La ciudad es rica y próspera. A1 menos en esta parte. Veo que estáis vestidos con túnicas limpias y bonitas. Vuestras caras denotan buena alimentación. Todo me dice que no sufrís la miseria. Lo que os pregunto ahora es si aquellos que allí se lamentan son de Ippo o son mendigos ocasionales que han venido aquí de otros lugares en busca de una ayuda. Sed sinceros...

-Mira. Te vamos a responder, aunque ya la reprensión se entrevé en tus palabras. Algunos han venido de fuera. La mayor parte son de Ippo.

-¿Y no hay trabajo para ellos? He visto que aquí se construye mucho y debería haber trabajo para todos...

-Los que alistan para el trabajo casi siempre son los romanos...

-Casi siempre. Tú lo has dicho. Porque también he visto a habitantes de aquí superentendiendo trabajos; y entre ellos he visto a muchos que tienen a gente que no es de aquí. ¿Por qué no ayudar primero a los del lugar?

-Porque... es difícil trabajar aquí, porque, sobre todo, hace años, antes de que los romanos construyeran buenas calzadas, era laborioso traer aquí los bloques de piedra y abrir los caminos... Y muchos enfermaron o quedaron maltrechos... y ahora son mendigos porque ya no pueden trabajar.

-Pero ¿vosotros disfrutáis del trabajo que hicieron?

-¡Por supuesto, Maestro! Fíjate qué bonita ciudad, qué cómoda, con agua abundante en cisternas profundas, y hermosos caminos que comunican con otras ciudades ricas. Fíjate qué construcciones más sólidas. Fíjate cuántos trabajadores. Fíjate...

-Veo todo. ¿Y a construir estas cosas os han ayudado los que ahora os piden quejumbrosamente un pan? ¿Respondéis que sí? ¿Y entonces por qué, si disfrutáis de lo que ellos os han ayudado a tener, no les dais ni una pequeña porción de disfrute? El pan, sin que lo pidan: una yacija, para que no se vean obligados a compartir las madrigueras de los animales agrestes; una ayuda para sus enfermedades (que si se curasen de ellas tendrían la manera de hacer todavía algo, en vez de sentirse rebajados a un ocio forzado y humillante). ¿Cómo podéis sentaros contentos a la mesa y participar con alegría de la abundante comida, rodeados de vuestros hijos festivos, sabiendo que, a poca distancia, hermanos vuestros tienen hambre? ¿Cómo ir a descansar en una cama bien cobijada, cuando sabéis que afuera, de noche, hay hombres que no disponen de camastro ni refugio? ¿No os queman la conciencia esas monedas que guardáis en las arcas, sabiendo que muchos no tienen ni una moneda con que comprarse un pan?

Me habéis dicho que creéis en el Señor Altísimo y que observáis la Ley, que conocéis a los Profetas y los libros de la Sabiduría. Me habéis dicho que creéis en mí y que deseáis con avidez mi doctrina. Bueno, pues entonces tenéis que hacer bueno vuestro corazón, porque Dios es Amor y preceptúa amor, porque la Ley es amor, porque los Profetas y los libros de la Sabiduría aconsejan el amor, y mi doctrina es doctrina de amor. Los sacrificios y oraciones son vanos si el amor al prójimo no es su base y altar, y especialmente al pobre indigente, al cual es posible ofrecer todas las formas de amor con el pan, la cama, los vestidos, con el consuelo y la enseñanza, y conduciéndolo a Dios. La miseria, degradando, lleva al espíritu a perder esa fe en la Providencia que es saludable para resistir en las pruebas de la vida. ¿Cómo podéis pretender que el mísero sea siempre bueno, paciente, pío, cuando ve que los favorecidos por la vida -y, por tanto, según el concepto común, favorecidos por la Providencia- son duros de corazón, carecen de verdadera religión -porque a su religión le falta la parte primera y esencial: el amor-, carecen de paciencia y, teniéndolo todo, no saben soportar ni siquiera la súplica del hambriento? ¿Que a veces imprecan contra Dios y contra vosotros? ¿Y quién los conduce a este pecado? ¿No meditáis nunca, vosotros, ricos ciudadanos de una rica ciudad, que tenéis un gran deber: el de instruir en la Sabiduría a los abandonados con vuestro modo de actuar?

Alguien me ha dicho: "Todos querríamos ser tus discípulos para predicarte". Y Yo digo a todos: podéis hacerlo. Estos que vienen amedrentados, avergonzados con sus vestidos andrajosos y sus caras demacradas, son los que esperan la Buena Nueva, la que es dada, sobre todo, para los pobres, para que tengan una confortación sobrenatural en la esperanza de una vida gloriosa después de la realidad de su triste vida presente. Vosotros podéis practicar esta doctrina mía con menor esfuerzo material, aunque con mayor esfuerzo espiritual, porque las riquezas son peligrosas para la santidad y la justicia. Ellos pueden practicarla no sin toda suerte de fatigas. El pan que les falta, el vestido insuficiente, el techo inexistente los mueven a preguntarse: "¿Cómo puedo creer que Dios es mi Padre, si no tengo lo que tienen las aves del aire?". ¿Cómo podrá la dureza del prójimo hacerles creer que hay que amarse como hermanos? Tenéis la obligación de darles la certeza de que Dios es Padre, y de que vosotros sois hermanos, con vuestro amor operativo. La Providencia existe, y vosotros sois sus ministros, vosotros, los ricos del mundo. Considerad este hecho de ser medios como el mayor honor que Dios os da y como la única vía para hacer santas las riquezas peligrosas.

Y actuad como si en cada uno de éstos me vierais a mí mismo. Yo estoy en ellos. He querido ser pobre y padecer persecución para ser como ellos y para que el recuerdo del Cristo pobre y perseguido perdurase a través de los siglos, proyectando una luz sobrenatural sobre los pobres y perseguidos como Cristo, una luz que os hiciera amarlos como a otros Cristos. Y Yo, efectivamente, estoy en el mendigo al que se da comida, bebida, o vestido o posada; estoy en el huérfano recogido por amor, en el anciano socorrido, en la viuda ayudada, en el peregrino hospedado, en el enfermo asistido; estoy en el afligido consolado, en el vacilante confirmado, en el ignorante instruido; estoy donde se recibe amor. Y todo lo que se hace -o en medios materiales o en medios espirituales- a un hermano pobre se me hace a mí. Porque Yo soy el Pobre, el Afligido, el Varón de Dolores; y lo soy para dar riqueza, alegría, vida sobrenatural a todos los hombres, que muchas veces -no lo saben pero así es- son ricos sólo aparentemente, y tienen una alegría sólo aparente, mientras que en realidad son íntegramente pobres respecto a las riquezas y alegrías verdaderas, porque carecen de la Gracia por la Culpa original que de ella los priva.

Vosotros sabéis que sin la Redención no hay Gracia y sin Gracia no hay alegría y vida. Y Yo, para daros Gracia y Vida, no he querido nacer rey u hombre poderoso, sino pobre, lugareño, humilde. Porque ni la corona ni e1 trono ni el poder son nada para quien del Cielo viene para guiar al Cielo; mientras que el ejemplo que un verdadero Maestro debe dar para dar fuerza a su doctrina lo es todo. Porque la parte mayor está compuesta por los pobres e infelices, mientras que los poderosos y felices constituyen la menor parte. Porque la Bondad es Piedad. Para esto he venido y el Señor ha ungido a su Cristo: para que anunciara la Buena Nueva a los mansos y sanase a los que tienen el corazón quebrantado, para que predicara la libertad a los esclavos, la liberación a los cautivos, para consolar a los que lloran y para poner a los hijos de Dios, a los hijos que saben seguir siéndolo tanto en la alegría como en el dolor, su diadema, la vestidura de la justicia, y transformarlos, de árboles agrestes, en árboles del Señor; en campeones suyos; en glorias suyas.

Yo soy todo para todos, y quiero conmigo a todos en el Reino de los Cielos, que está abierto para todos, a condición de saber vivir en la justicia. La justicia está en la práctica de la Ley y en el ejercicio del amor. A este Reino no se accede por derechos derivados de la riqueza, sino por heroísmos de santidad. Quien quiera entrar en él que me siga y haga lo que Yo hago: ame a

Dios sobre todas las cosas y a su prójimo como Yo lo amo; no blasfeme contra el Señor y santifique sus fiestas; honre a sus padres; no alce la mano violenta contra su semejante; no cometa adulterio; no robe a su prójimo en ningún modo; no levante falso testimonio; no desee lo que no tiene y tienen otros, antes bien, conténtese con su suerte, pensando que ésta es siempre transitoria y es camino y medio para conquistar un destino mejor y eterno; ame a los pobres, a los afligidos, a los mínimos de la Tierra, a los huérfanos, a las viudas; no preste con usura. Quien haga estas cosas, independientemente de su nación o lengua, condición o grado de riqueza, podrá entrar en el Reino de Dios, cuyas puertas os abro Yo.

Venid a mí todos los que tengáis buena voluntad. No os asuste ni lo que sois ni lo que fuisteis, Yo soy el Agua que lava el pasado y fortalece para el futuro. Venid a mí los que tengáis pobreza de sabiduría. En mi palabra hay sabiduría. Venid a mí, haceos una vida nueva sobre la base de otros conceptos. No temáis no saber ni no poder hacer. Mi doctrina es fácil, mi yugo es ligero. Yo soy el Rabí que da sin pedir nada en cambio, nada sino vuestro amor. Si me amáis, amaréis mi doctrina, y, por tanto, también a vuestro prójimo, y tendréis la Vida y el Reino. Ricos, despojaos del apego a las riquezas y comprad con ellas el Reino con todas las obras de misericordioso amor al prójimo; pobres, despojaos de vuestro sentimiento de humillación y caminad por el camino de vuestro Rey. Con Isaías *(55, 1)* digo: "Sedientos, venid a las aguas; y también vosotros, los que no tenéis dinero, venid a comprar". Con el amor compraréis lo que es amor, lo que es alimento que no se estropea, alimento que verdaderamente sacia y fortalece.

Yo me marcho, hombres y mujeres, ricos y pobres de Ippo. Me voy para obedecer a la voluntad de Dios. Pero quiero marcharme de vuestra presencia menos afligido que como he llegado. Vuestra promesa será lo que consuele mi aflicción. Por el bien vuestro, ricos, por el bien de esta ciudad vuestra, sed, prometed ser, misericordiosos en el futuro respecto a los más pequeños de entre vosotros. Todo es hermoso aquí; pero, como una nube negra de tormenta pone aspecto temible a la más bella de las ciudades, así aquí domina, cual sombra que hace desaparecer toda belleza, vuestra dureza de corazón. Eliminadla y gozaréis de bendición. Recordad que Dios prometió no destruir Sodoma, si en ella hubiera habido diez justos. Vosotros no conocéis el futuro. Yo sí. Y en verdad os digo que está cargado de castigos más que una nube estival de granizo. Salvad vuestra ciudad con vuestra justicia, con vuestra misericordia. ¿Lo vais a hacer?

-Lo haremos, Señor, en tu nombre. ¡Háblanos, sigue hablándonos! Hemos sido duros y pecadores. Pero Tú nos salvas. Eres el Salvador. Háblanos...

-Estaré con vosotros hasta el anochecer. Pero hablaré con mis obras. Ahora, mientras el sol domina, id cada uno a su casa y meditad en mis palabras.

-¿Y Tú a dónde vas, Señor? ¡A mi casa! ¡A mi casa!

Todos los ricos de Ippo quieren que vaya con ellos, y casi discuten por defender cada uno el motivo por el que Jesús debe ir a casa de éste o de aquél.

Él levanta la mano imponiendo silencio. A duras penas lo obtiene. Dice:

-Voy a estar con éstos.

Y señala a los pobres, los cuales, apiñados en un grupo al margen de la multitud, lo miran con los ojos de quienes, siempre vilipendiados, se sienten queridos. Y repite:

-Voy a estar con éstos, para consolarlos y compartir el pan con ellos. Para darles un adelanto de la alegría del Reino, donde el Rey estará sentado entre los súbditos en el mismo banquete de amor. Entretanto, puesto que su fe está escrita en sus caras y en sus corazones, les digo a ellos: "Hágase lo que en vuestro corazón pedís, y alma y cuerpo exulten con la primera salvación que os dona el Salvador".

Habrá al menos un centenar de pobres. De éstos, al menos los dos tercios, tienen taras físicas, o están ciegos, o visiblemente enfermos; el otro tercio es de niños que mendigan para sus madres viudas o para sus abuelos... Bien, pues es prodigioso ver que los brazos tullidos, las caderas baldadas, las espaldas contractas, los ojos apagados, las personas extenuadas que literalmente se arrastran, toda la flora dolorosa de las enfermedades y desdichas, debidas a accidentes de trabajo o contraídas por exceso de fatigas y de privaciones, se restauran, dejan de existir, y estos infelices vuelven a la vida, vuelven a sentirse capaces de bastarse a sí mismos. Los gritos llenan la vasta plaza y en ella retumban.

Un romano se abre paso a duras penas por entre la multitud delirante y se llega a Jesús mientras Él, también con dificultad, se dirige hacia los pobres que han sido curados y que desde su sitio lo bendicen, pues no pueden hender la muchedumbre compacta.

-¡Salve, Rabí de Israel! ¿Lo que has hecho es sólo para los de tu nación?

-No, hombre. Ni lo que he hecho ni lo que he dicho. Mi poder es universal, porque universal es mi amor. Y mi doctrina es universal, porque para ella no hay castas, ni religiones, ni naciones, que limiten. El Reino de los Cielos es para la Humanidad que sabe creer en el Dios verdadero. Y Yo soy para aquellos que saben creer en el poder del Dios verdadero.

-Yo soy pagano. Pero creo que eres un dios. Tengo un esclavo al que quiero, un anciano esclavo, que me sigue desde que yo era niño Ahora la parálisis lo está matando lentamente y con muchos dolores Pero es un esclavo y quizás Tú...

-En verdad te digo que no conozco sino una verdadera esclavitud que me produzca repulsión: la del pecado, la del pecado obstinado Porque quien peca y se arrepiente halla mi piedad. Tu esclavo será curado. Ve y cúrate de tu error, entrando en la verdadera fe.

-¿No vienes a mi casa?

-No, hombre.

-Verdaderamente... he pedido demasiado. Un dios no va a casas de mortales. Eso se lee sólo en las fábulas... Pero nadie hospedó jamás a Júpiter o a Apolo.

-Porque no existen. Pero Dios, el verdadero Dios entra en las casa del hombre que cree en Él, y lleva a ellas curación y paz.

-¿Quién es el verdadero Dios?

-El que es.
-¿No Tú? ¡No mientas! Te siento dios...
-No miento. Tú lo has dicho. Yo lo soy. Yo soy el Hijo de Dios venido para salvar *a tu alma también,* como he salvado a tu amado esclavo. ¿No es ése que viene llamando a voces?
El romano se vuelve, ve a un anciano, seguido por otras personas, que envuelto en una manta corre gritando:
-¡Mario! ¡Mario! ¡Amo mío!
-¡Por Júpiter! ¡Mi esclavo! ¡Y corre!... Yo... he dicho: Júpiter... No. Digo: por el Rabí de Israel. Yo... yo... - el hombre ya no sabe qué decir...
La gente se abre de buena gana para dejar pasar al viejo curado.
-Estoy curado, amo. He sentido un fuego en mis miembros y una orden: "¡Levántate!". Me parecía tu voz. Me he levantado... Me tenía en pie... He intentado andar... podía... Me he tocado las llagas de la cama... no había llagas. He gritado. Nereo y Quinto han venido inmediatamente. Me han dicho dónde estabas. No he esperado a tener vestidos. Ahora te puedo servir todavía... - el anciano, de rodillas, llora mientras besa las vestiduras del romano.
-No a mí. Él, este Rabí, te ha curado. Habrá que creer, Aquila. Él es el verdadero Dios. Ha curado a aquéllos con la voz, y a ti... con no sé qué... Debemos creer... Señor... soy pagano, pero... toma... No. Es demasiado poco. Dime a dónde vas y te retribuiré». Había ofrecido una bolsa, pero la vuelve a guardar.
-Voy debajo de aquel pórtico oscuro, con ellos.
-Te mandaré para ellos. ¡Salve, Rabí! Lo contaré a los que no creen…
-Adiós. Te espero en los caminos de Dios.
El romano se marcha con sus esclavos. Jesús se marcha con sus pobres y con los apóstoles y discípulas.
El pórtico -más calle cubierta que pórtico- es umbrío y fresco, y la alegría es tanta, que el lugar, de por sí muy común, también parece hermoso. De vez en cuando, uno de la ciudad viene y da dádivas. Vuelve el esclavo del romano con una pesada bolsa. Y Jesús otorga palabras de luz y consuelos de dinero, y, cuando regresan los apóstoles con una serie de provisiones, Jesús parte el pan y bendice el alimento y ofrece a los pobres, a sus pobres...

## 454

### María Santísima y su amor perfecto. Conflicto de Judas Iscariote con el pequeño Alfeo.

Se viene la noche, trayendo brisas que refrescan después de tanto calor, y penumbras de alivio después de tanto sol.
Jesús se despide de los de Ippo, bien firme en su propósito de no prorrogar la partida, pues quiere estar en Cafarnaúm para el sábado. La gente se aleja sin ganas. Alguno, obstinado, lo sigue incluso fuera de la ciudad.
Entre éstos está la mujer de Afeq, viuda, que en el arrabal del lago rogó al Señor que la eligiera como tutora del pequeño Alfeo, a quien su madre no quería. Se ha incorporado al grupo de las discípulas y ya está muy familiarizada con ellas (tanto, que la tratan como a una de la familia). Ahora está con Salomé, hablando muy animadamente con ella, en tono bajo.
Más atrás va María con su cuñada, y ajustan su paso al del pequeñuelo, que camina en medio de ellas, dando la mano a las dos. Se divierte en saltar en el borde de todas las piedras de la calzada construida por las romanos ciertamente por estar hecha así, de piedras regulares. Y ríe, diciendo cada vez:
-¿Ves qué bien lo hago? ¡Mira, mira otra vez!
Un juego que creo que habrán hecho todos los niños del mundo, cuando van de la mano de los que sienten para sí afectuosos. Y las dos santas criaturas, que lo sujetan de la mano muestran gran interés en su juego y lo alaban por la habilidad con que se ve que salta.
El pobre pequeñuelo ha recobrado lozanía en pocos días de vida pacífica y amorosa; la expresión de sus ojos es festiva, como la de los niños felices, y la sonrisa argentina de su boca lo hace incluso más guapo, y, sobre todo, más niño, no teniendo ya esa expresión que tenía en el anochecer de la partida de Cafarnaúm, de hombrecito prematuramente triste.
María de Alfeo, observando esto y oyendo algunas palabras de Sara, la viuda, dice a su cuñada:
-¡Así sería perfecto! Si yo fuera Jesús, se lo entregaría.
-Tiene una madre, María...
-¿Madre? ¡No lo digas! Es más madre una loba que esa desalmada.
-Es verdad. Pero aunque no sienta el deber hacia su hijo, sigue teniendo el derecho respecto al hijo.
-¡Mmm! ¡Para hacerle sufrir! ¡Fíjate, está mucho mejor!
-Ya lo veo. Pero... Jesús no tiene el derecho de arrebatar los hijos a las madres, ni siquiera para dárselos a quien los amaría.
-Tampoco los hombres tendrían derecho a... Basta. Yo sé a qué me refiero.
-Te comprendo... Quieres decir: tampoco los hombres tendrían derecho a quitarte el Hijo a ti, y, no obstante, lo harán... Pero, haciendo esto, un acto humanamente cruel, provocarán un bien infinito. Esto, sin embargo, no sé si sería un bien para aquella mujer...
-Para el niño sí. Pero ¿por qué Jesús nos dijo aquella cosa horrenda? No tengo paz desde que la sé...
-¿Y no sabías ya antes que el Redentor debía padecer y morir?
-¡Sí que lo sabía! ¡Pero no sabía que era Jesús! ¡Que lo he querido, ¿eh?! Más que a mis propios hijos. Tan guapo, tan bueno... ¡Oh! Te le envidiaba, María mía, cuando era niño, y también siempre... siempre... Me dolía un simple soplo de viento que sufriera Él... No puedo pensar que será torturado...

María Cleofás llora en su velo.

Y María, la Madre, la consuela:

-María mía, no mires la cosa desde el lado humano. Piensa en sus frutos... Yo, ya te puedes imaginar como veo irse la luz cada día... Cuando muere la luz, digo: un día menos de tener a Jesús... ¡Oh! ¡María! Por una cosa, sobre todo, doy gracias al Altísimo, por haberme concedido alcanzar el amor perfecto -perfecto hasta lo que puede poseer una criatura-, que me concede poder medicar y fortificar mi corazón diciendo: "Su dolor y el mío son útiles para mis hermanos: bendito sea el Dolor". Si no amara así al prójimo... no podría, no, pensar que van a matar a Jesús...

-¿De qué magnitud es, entonces, tu amor? ¿Qué amor hay que tener para poder decir esas palabras?, ¿para... para... no huir con el propio hijo, defenderlo y decir al prójimo: "Mi primer prójimo es mi hijo y a él lo amo sobre todas las cosas"?

-Es a Dios a quien hay que amar sobre todas las cosas.

-Y Él es Dios.

-Él hace la voluntad del Padre y yo con Él. ¿Que de qué magnitud es mi amor? ¿Que qué amor hay que tener para poder decir esas palabras? El amor de fusión con Dios, la unión total, el abandono total, vivir perdidas en Él, no ser ya sino una parte de Él, de la misma forma que la mano es una parte de ti misma y hace lo que tu cabeza ordena. Este es mi amor y es el amor que se debe tener para hacer siempre con buena voluntad la voluntad de Dios.

-Pero tú eres tú. Eres la Bendita entre todas las criaturas. Seguro que lo eras ya antes de tener a Jesús, porque Dios te eligió para tenerlo, y te es fácil...

-No, María. Yo soy la Mujer y la Madre como toda mujer y madre. El don de Dios no suprime a la criatura, que tiene su humanidad como todas las demás, aunque el don le dé una espiritualidad muy fuerte. Tú sabes ya que yo he debido aceptar el don con voluntad espontánea y con todas las consecuencias que el don comportaba. Porque todo don divino es una gran bienaventuranza, pero también un fuerte compromiso. Y Dios no violenta a ningún hombre para que acepte sus dones, sino que pregunta a la criatura, y si la criatura, a la voz espiritual que le habla, contesta: "No", Dios no la fuerza. Todas las almas, al menos una vez en la vida, reciben la propuesta de Dios acerca de...

-¡Yo no! ¡A mí no me ha pedido nunca nada! - exclama segura María de Alfeo.

María Virgen sonríe mansamente y responde:

-No te has percatado y tu alma ha respondido sin que te dieras cuenta; y eso es porque amas ya mucho al Señor.

-¡Te digo que no me ha hablado nunca!...

-¿Y por qué, entonces, estás aquí, como discípula, siguiendo a Jesús? ¿Y por qué, entonces, esa aflicción tuya porque tus hijos, todos, sean seguidores de Jesús? Sabes lo que significa seguirlo, y no obstante quieres que tus hijos lo sigan.

-¡Así es! Quisiera darle todos mis hijos. Entonces verdaderamente diría que he dado a luz, a la Luz, a mis hijos. Y oro, oro porque pueda darlos a Luz, a Jesús, con una verdadera, eterna maternidad.

-¡Pues ya lo ves! ¿Y por qué eso? Porque Dios te preguntó un día y te dijo: "María, ¿me concederías a tus hijos para ser mis ministros en la nueva Jerusalén?". Y tú respondiste: "Sí, Señor". Y también ahora, que sabes que el discípulo no es más que el Maestro, respondes a Dios -que te pregunta aún para probar tu amor-, respondes: "Sí, mi Señor. ¡Lo que quiero es que sean tuyos!". ¿No es así?

-Sí, María. Es así. Es verdad. Soy tan ignorante que no sé comprender lo que sucede en el alma. Pero cuando Jesús o tú me hacéis pensar, digo que es verdad. Es realmente verdad. Digo que... querría verlos muertos por los hombres antes que enemigos de Dios... Claro que... si los viera morir... si... ¡oh! Bueno, pero el Señor... el Señor me ayudaría, ¡eh!, en esa hora... ¿O te ayudará sólo a ti?

-Ayudará a todas sus hijas fieles y mártires en el espíritu, o en el espíritu y en la carne para gloria suya.

-¿Pero a quién van a matar? - pregunta el niño, que, oyendo esto que dicen, ha dejado de dar brincos y ha estado atentísimo. Y también pregunta, entre un poco curioso y un poco atemorizado, mirando acá y allá, hacia los campos solitarios que se van poniendo oscuros:

-¿Hay bandidos? ¿Dónde están?

-No hay bandidos, niño. Y, por ahora, a nadie van a matan Salta, sigue saltando... - responde María Stma.

Jesús, que estaba muy adelante, se ha parado a esperar a las mujeres. De los que lo han seguido desde Ippo, están todavía tres hombres y la viuda; los otros se han decidido, uno después de otro, a dejarlo y a volver a su ciudad.

Los dos grupos se reúnen. Jesús dice:

-Vamos a estar aquí a la espera de la Luna. Luego seguiremos, para entrar al amanecer en la ciudad de Gamala.

-¡Pero Señor! ¿No te acuerdas de cómo te echaron de allí? Te suplicaron que te marcharas...

-¿Y eso qué significa? Me marché y ahora vuelvo. Dios es paciente y prudente. En aquel momento, estando nerviosos, no eran capaces de acoger la Palabra, que para ser fructífera debe ser recibida con el ánimo en paz. Acordaos de Elías *(1Reyes 19, 13-18)* y de su encuentro con el Señor en el Horeb, y considerad que Elías era ya un ánimo amado del Señor y acostumbrado a entenderlo. Sólo en la paz de una brisa ligera, cuando el ánimo descansaba, después de las zozobras, en la paz e la Creación y del yo honesto, habló el Señor; sólo entonces. Y el Señor ha esperado a que la zozobra que dejara la legión de demonios como recuerdo de su paso por aquella región -porque si el paso de Dios es paz, el paso de Satanás es turbación- cesara, y se hicieran cristalinos corazón e intelecto, para volver a estos de Gamala, que todavía son sus hijos. No temáis. No nos causarán ningún daño.

La viuda de Afeq se acerca y se arrodilla:

-¿Y a mi casa no vas a venir, Señor? También Afeq está llena de hijos de Dios...

-Áspero es el camino y breve el tiempo. Tenemos con nosotros a las mujeres y tenemos que regresar para el sábado a Cafarnaúm. No insistas, mujer - dice Judas Iscariote casi apartándola,

-Es que... Quería que se persuadiera de que podría tener bien conmigo al niño.

-Pero tiene a su madre, ¿comprendes? - replica Judas Iscariote, y lo dice con descortesía.

-¿Sabes algún camino corto entre Gamala y Afeq? - pregunta Jesús a la mujer, que se ha quedado compungida.

-¡Sí! Un camino de montaña, pero bueno, y fresco porque atraviesa bosques. Y para las mujeres, pago yo; se pueden alquilar asnos...

-Iré a tu casa para consolarte, aunque no puedo darte al niño porque tiene a su madre. Pero te prometo que pensaré en ti si Dios determina que el inocente aborrecido halle amor de nuevo.

-Gracias, Maestro. Eres bueno - dice la viuda, y mira a Judas de una forma que quiere decir: "Y tú eres malo".

El niño, que ha oído y comprendido, al menos en parte, y que le ha cogido cariño también a la viuda (la cual lo conquista con caricias y dándole algunas cosas buenas de comer), un poco por un movimiento natural de reflexión y un poco por ese espíritu de imitación propio de los niños, repite exactamente lo que ha hecho la viuda, lo único que no hace es postrarse a los pies de Jesús, pero sí se agarra a sus rodillas y levanta la carita, blanca de luna, y dice:

-Gracias, Maestro. Eres bueno.

Y no se limita a eso; quiere dejar bien claro lo que piensa, así que termina:

-Y tú, malo - y, para que no haya posibles errores de persona, da una patadita con su pie en el pie de Judas Iscariote.

La carcajada de Tomás es fragorosa, y arrastra a los demás a reírse, mientras dice: «

-¡Pobre Judas! ¡Está escrito, ¿eh?, que los niños no te quieran! Cada cierto tiempo un niño te juzga, y siempre tan mal...

Judas tiene tan poco buen temple, que muestra su ira, una ira injusta, desproporcionada a la causa y al objeto que la provoca, y que se desahoga arrancando con malos modales al pequeñuelo de las rodillas de Jesús y empujándolo hacia atrás gritando:

-¡Esto pasa cuando en las cosas serias se representan pantomimas. No es ni decoroso ni útil llevar con nosotros a un apéndice de mujeres y bastardos...

-¡Eso sí que no! Tú has conocido a su padre. Era esposo legítimo y hombre justo - dice severo Bartolomé.

-¿Y? ¿Ahora éste no es un callejero, un futuro ladrón? ¿No es causa de que se hagan a nuestras espaldas comentarios poco buenos? Han pensado que era hijo de tu Madre... ¿Y dónde está el esposo de tu Madre para justificar un hijo de esta edad? 0 creen que es de uno de nosotros, y...

-Basta. Hablas el lenguaje del mundo. Pero es que el mundo habla en el fango, a las ranas, a las culebras, a los lagartos, a todos los animales inmundos... Ven, Alfeo. No llores. Ven conmigo. Te llevo en brazos Yo.

La pena del niño es grande. Todo su dolor de huérfano y de niño aborrecido por su madre, dolor adormecido en esos días de paz, emerge de nuevo, vuelve a bullir, se desborda. Más que por las abrasiones que se ha hecho en la frente y en las manos al caer en el terreno pedregoso -abrasiones que las mujeres limpian y besan para consolarlo- él llora por su dolor de hijo sin amor. Un llanto largo, desgarrador, con invocaciones a su padre muerto, a su madre... ¡Oh pobre niño!

Lloro con él yo, la siempre desestimada de los hombres; y como él me refugio en los brazos de Dios, hoy, aniversario de los funerales de mi padre; hoy, día en que una injusta decisión me priva de la Comunión frecuente...

Jesús lo toma, lo besa, lo acuna y consuela, y camina delante de todos, llevando en sus brazos al inocente, bajo el claro de luna... Y, mientras los sollozos menguan lentamente y enralecen, se puede oír en el silencio nocturno la voz de Jesús que dice:

-Estoy Yo, Alfeo. Yo por todos. Yo, para hacerte de padre y madre. No llores. Tu padre está mi lado y te besa conmigo. Los ángeles te cuidan como si fueran madres: todo el amor, todo el amor si eres bueno e inocente está contigo... y la voz ronca de uno de los tres de Ippo que están allí que dice: «El Maestro es bueno, y atrae; pero sus discípulos no. Yo me voy...»; y la voz severa del Zelote, que dice a Judas Iscariote: « ¿Ves lo que haces?».

Y luego, cuando la única que queda entre las discípulas, suspirando con ellas, es la viuda de Afeq, se oye únicamente el rumor disminuido de los pasos, porque los tres de Ippo se han marchado. Y dura hasta que se detienen en una amplia gruta, quizás refugio de pastores (porque hay en ella un estrato de escobilla y helecho, poco antes cortados y extendidos en el suelo para que se sequen).

-Vamos a pararnos aquí. Vamos a agrupar este lecho de la Providencia para las mujeres. Nosotros podemos echarnos aquí fuera, en la hierba del suelo - dice Jesús. Y así lo hacen, mientras la Luna navega llena en el firmamento.

## 455

## La Iglesia es confiada a la maternidad de María. Discurso, al pie de Gamala, en pro de unos forzados.

Cuando rompe el alba Jesús se despierta y se incorpora en su tosco lecho hecho de tierra y hierba. Luego se pone en pie, coge sus sandalias y el manto que se había echado encima para defenderse del aguazo y del fresco nocturno, y, cautelosamente, pasa por entre la maraña de piernas, brazos, torsos y cabezas de los apóstoles, que dormían alrededor de El. Se aleja algunos metros, aguzando la vista para ver -con la luminosidad insegura del alba, que bajo los árboles frondosos apenas si es un atisbo de luz- en dónde pone los pies, y llega a un prado descubierto, el cual por un trozo entre árboles y rocas muestra un pequeño recorte del lago, que se despierta, y un amplio recorte del cielo, que se hace claro, pasando del pardo cerúleo, propio del firmamento al salir de la noche, al celeste, mientras que a oriente ya se difumina con una pincelada amarillosa, cada vez más afianzada y cargada, hasta pasar del amarillo pálido al amarillo rosado y luego a un pálido coral hermosísimo.

El alba promete un hermoso día, a pesar de una levísima niebla que se resiste a ceder a la luz el campo del cielo, allá abajo, a oriente, y se disgrega en velos de nubes: tan ligeras, que el azul del cielo no se resiente, es más, se adorna como con muselina blanquísima orillada de oro y corales, una muselina que va cambiando sin cesar, que se hace cada vez más bella, como

esforzándose en alcanzar la perfección de su efímera belleza antes de que el día la destruya con el triunfo del sol. A occidente, por el contrario, resiste algún astro aún a la luz creciente, aunque carente ya del resplandor nocturno. La Luna, próxima ya a desaparecer por detrás de las crestas de los montes, navega pálida, sin brillo, como un planeta moribundo.

Jesús, erguido, desnudos los pies sobre la hierba cargada de rocío, cruzado de brazos, la cabeza alta mirando al día que surge, piensa... o habla con el Padre en un coloquio de espíritus. El silencio es absoluto; tal, que se oyen caer al suelo las gotazas del abundantísimo rocío.

Jesús, todavía de pie y con los brazos cruzados, baja la cara, y se abisma aún más en una meditación intensa. Está concentrado totalmente en sí mismo. Sus magníficos ojos bien abiertos miran fijamente al suelo, como para arrancar a las hierbas una respuesta. Pero estoy segura de que no ven ni siquiera el lento movimiento de los tallitos, los cuales es como si se estremecieran con el viento fresco del alba (un estremezón semejante al de uno que sale de un sueño y se despereza y se da la vuelta y se despeja para volver a estar bien despierto, ágil en todos sus nervios y músculos). Mira, pero no ve este despertar de las hierbas y flores silvestres, en las ramitas, en las hojas, en las corolas que forman umbelas o racimos o espigas o ramilletes... Unas flores aisladas en los cálices; otras, que forman nimbos radiados, bocas de dragón, cornucopias, penachos, bayas; algunas, enhiestas sobre sus tallos; otras, sin tersura y colgadas de un tallo no suyo al que se han enroscado; otras, en el suelo, fláccidas, reptantes; unas, reunidas en familias de muchas plantitas bajas y humildes; otras, solitarias, anchas, de color y aspecto violentos... Todas, tratando de sacudirse de los pétalos las gotas de rocío, deseosas ahora ya no de aguazo sino de sol... caprichosas tanto en los deseos como en sus composturas... Muy semejantes en esto a los hombres, que nunca están satisfechos de lo que tienen.

Jesús parece estar escuchando. Pero ciertamente no oye ni el frufrú del viento que va aumentando y se divierte en sacudir las gotas de rocío y hacerlas caer, ni el bisbiseo cada vez mayor de los pajarillos que se despiertan y se cuentan los sueños de la noche, o intercambian sus consideraciones sobre la cuna tibia y cóncava donde, en medio de pelusa y blando heno, los que ayer implumes hoy ya echan las primeras plumas, y abren desmesuradamente los desmedidos picos mostrando, ávidos, las gargantas rojas y chillando con su primera, exigente petición de alimento. Parece estar escuchando. Ciertamente no es el primer reclamo burlón del mirlo, el primer canto dulce del curruco, ni de la alondra la nota de oro trinada alzándose festiva al encuentro de los primeros rayos del sol, ni de las numerosas golondrinas -que dejan las peñas donde han hecho el nido y empiezan a tejer su tela de vuelos incansables de la tierra al cielo- el chillar que rasga el aire quieto. Y tampoco oye el grito roto de una urraca que se columpia en la rama del roble junto al que está Jesús y que parece preguntarle: «¿Quién eres? ¿En qué estás pensando?» y burlarse de Él. Tampoco esto interrumpe su meditación.

Pero ¿quién no sabe que las urracas hacen desaires? Ésta, cansada de ver a un intruso en su pradito, que quizás es su lugar de placer, arranca del roble dos hermosas bellotas unidas en un solo pecíolo y, con precisión de campeón de tiro, las deja caer sobre la cabeza e Jesús. No es un proyectil pesado, que pueda herir, pero, por la altura desde la que viene, adquiere en todo caso la consistencia suficiente como para hacer reaccionar al Meditabundo, que mira hacia arriba y ve al ave que con las alas abiertas y jocosas inclinaciones de cabeza se complace del tiro llevado a cabo. Jesús sonríe levemente, menea la cabeza, suspira como para coronar sus meditaciones y empieza a andar arriba y abajo. La urraca, con sonora risa y un gué gué de mofa, baja a aletear, buscar, escarbar en la hierba liberada del Intruso.

Jesús busca agua. Pero no la encuentra. Se resigna a volver donde los apóstoles. Pero los pájaros le enseñan dónde hallarla. A manadas bajan hacia unas flores anchísimas en forma de cáliz, cada una de ellas una pequeña copa con agua; o se posan en unas hojas anchas, peludas, que en cada uno de esos pelos tienen retenida una gota de rocío, y ahí beben o hacen sus abluciones. Jesús los imita. Recoge en el cuenco de las manos el agua de los cálices y se refresca la cara, toma las anchas hojas peludas y con ellas se quita el polvo de los pies descalzos... se limpia las sandalias, se las ata... con otras se lava las manos, hasta que las ve limpias; y sonríe mientras susurra:

-¡Las divinas perfecciones del Creador!

Ahora está refrescado, aseado -con la mano húmeda se ha ordenado también los cabellos y la barba-, y, mientras el primer rayo de sol hace del prado una alfombra sembrada de diamantes, va a despertar a los apóstoles y a las mujeres.

Las unas y los otros se muestran tardos en despertarse porque están cansados. Pero María está despierta, inmovilizada por el niño que duerme abrazado a su pecho, con la cabecita debajo de su mentón. Y la Madre, viendo aparecer a su Jesús por la entrada de la gruta, le sonríe con sus dulces ojos celestes, colorándose de rosa por 1a alegría de verlo. Y se libera del niño, el cual gimotea un poco al sentir que lo mueven; y se pone de pie y va donde Jesús con su silencioso paso levemente ondeante, de paloma pudorosa.

-Dios te bendiga, Hijo mío, en este día.

-Dios sea contigo, Mamá. ¿Has pasado una noche incómoda?

-No, no. Es más, bien feliz. Me parecía tenerte a Ti, cuando eras pequeñito, entre mis brazos... Y he soñado que de tu boca manaba un río de oro, emitiendo un sonido de inefable dulzura, y como si una voz dijera,... ¡oh, qué voz!: "Ésta es la Palabra que enriquece al mundo y da beatitud a quien la escucha y obedece. Salvará sin limites de poder ni de tiempo ni de espacio". ¡Oh, Hijo mía! ¡Y esta Palabra eres Tú, mi Hijo! ¿Cómo podría vivir tanto y hacer tanto como para poder agradecer al Eterno el haberme hecho Madre tuya?

-Que no te preocupe eso, Mamá. Cada uno de los latidos de tu corazón contenta a Dios. Tú eres la viviente alabanza a Dios, y lo serás siempre, Mamá. Tú le das gracias desde que existes...

-No creo hacerlo suficientemente, Jesús. ¡Es tan grande, tan grande lo que Dios me ha hecho! Y, a fin de cuentas, ¿qué hago yo de más respecto a lo que hacen todas las mujeres buenas que son, como yo, tus discípulas? Hijo mío, dile a nuestro Padre, díselo Tú, que me dé la forma de darle gracias como el don merece.

-Madre mía, ¿tú crees que el Padre necesita que pida esto para ti? Ya te ha preparado el sacrificio que habrás de consumar para esta alabanza perfecta. Y perfecta serás cuando lo hayas cumplido...

-¡Jesús mío!... Comprendo lo que quieres decir... ¿Pero seré capaz de pensar en esa hora?... Tu pobre Mamá...

-¡La bienaventurada Esposa del Amor eterno! Esto eres, Mamá. Y el Amor pensará en ti.

-Lo dices Tú, Hijo, y yo descanso en tu Palabra. Pero Tú... ora por mí, en aquella hora incomprendida por todos éstos... y que es ya inminente... ¿No es verdad? ¿No es, acaso, verdad?

Describir la expresión del rostro de María mientras mantiene este diálogo es imposible. No existe escritor que pueda traducirla en palabra sin deteriorarla con melosidades o colores inciertos. Solo quien tiene corazón, y corazón bueno, aun siendo corazón viril, puede dar mentalmente al rostro de María la expresión real que tiene en este momento.

Jesús la mira... Otra expresión intraducible en pobre palabra. Y le responde:

-Y tú ora por mí en la hora de la muerte... Sí. Ninguno de éstos comprende... No es por su culpa. Es Satanás quien crea los vapores para que no vean, y estén como ebrios y no comprendan, y no estén preparados por consiguiente... y sean más fáciles de doblegar... Pero Yo y tú los salvaremos, a pesar de la asechanza de Satanás. Desde ahora te los confío, Madre mía. Recuerda estas palabras mías: te los confío. Te doy mi herencia. No tengo nada en la Tierra sino una Madre, que ofrezco a Dios: Hostia con la Hostia; y mi Iglesia, que te confío a ti. Sé Nutriz para ella. Hace poco pensaba en todos aquellos en quienes, a lo largo de los siglos, revivirá el hombre de Keriot con todas sus taras. Y pensaba que uno que no fuera Jesús rechazaría a este ser tarado. Pero Yo no lo rechazaré. Soy Jesús. Tú, en el tiempo que permanezcas en la Tierra, segunda respecto a Pedro como jerarquía eclesiástica (él cabeza, tú fiel), primera respecto a todos como Madre de la Iglesia, habiéndome dado a luz a mí, Cabeza de este Cuerpo místico, tú no rechaces a los muchos Judas, sino socorre y enseña a Pedro, a los hermanos, a Juan, Santiago, Simón, Felipe, Bartolomé, Andrés, Tomás y Mateo, a no rechazar, sino a socorrer. Defiéndeme en mis seguidores, y defiéndeme contra aquellos que quieran dispersar y desmembrar a la naciente Iglesia. Y a lo largo de los siglos, oh Madre, siempre tú sé la Mujer que intercede y protege, defiende, ayuda a mi Iglesia, a mis sacerdotes, a mis fieles, contra el Mal y el Castigo, contra sí mismos... ¡Cuántos Judas, oh Madre, a lo largo de los siglos! Y cuántos semejantes a limitados mentales que no saben entender, o a ciegos y sordos que no saben ver y oír, o a tullidos y paralíticos que no son capaces de venir... ¡Madre, todos bajo tu manto! Eres la única que puede y podrá cambiar los decretos de castigo del Eterno para uno o para muchos, porque nada podrá negar nunca la Tríada a su Flor.

-Así lo haré, Hijo. Por lo que depende de mí, ve en paz a tu meta. Tu Mamá está aquí para defenderte en tu Iglesia, siempre.

-Dios te bendiga, Mamá... ¡Ven! Voy a recoger para ti unos cálices de flor llenos de rocío perfumado, así te refrescas la cara como he hecho Yo. Nos los ha preparado el Padre nuestro Santísimo y los pájaros me los han señalado. ¡Mira como todo sirve en la ordenada Creación de Dios! Este rellano elevado y cercano al lago, muy fértil por las nieblas que suben del mar galileo y por los árboles altos que atraen el rocío, permitiendo esta exuberancia de hierbas y flores incluso en medio de la quemazón estiva; esta abundante lluvia de gotas de rocío para llenar estos cálices y que sus amados hijos puedan lavarse el rostro... Ve lo que el Padre ha preparado para quien lo ama. Ten. Agua de Dios, en cálices de Dios, para refrescar a la Eva del nuevo Paraíso.

Y Jesús coge estas anchísimas flores -no sé cómo se llaman-vierte en las manos de María el agua recogida en el fondo...

Los otros, entretanto, se han arreglado y vienen buscando a Jesús, que se ha alejado algunos metros del lugar de descanso.

-Estamos ya listos, Maestro.

-Bien. Vamos por esta parte.

-¿Pero es buen camino? Aquí terminan los bosques; y la otra vez estábamos en los bosques... - objeta Santiago de Zebedeo.

-Porque subíamos del lago, pero ahora podemos tomar el camino bueno. ¿Veis? Gamala está allí, entre oriente y mediodía, y el único camino es éste. Porque los otros tres lados son impracticables para quien no es una cabra agreste.

-Tienes razón. Evitaremos la hoz árida de la que vimos venir a los endemoniados - dice Felipe.

Caminan a buen paso y pronto dejan atrás el bosque en el que han dormido. Van por un camino pedregoso allende una pequeña hoz que se va acentuando a medida que se acerca al caprichoso monte al que está aferrada Gamala, escarpado por tres partes, o sea, al este, norte y oeste, y unido al resto de la comarca por este único camino que sigue la dirección sur-norte; camino alto, entre dos pedregosos y agrestes valles que lo separan de las campiñas de oriente y de los bosques de encinas de occidente.

Muchos cuidadores de cerdos pasan en medio de su hozadora manada, en dirección a los encinares. Carros cargados de piedras labradas pasan chirriando, tirados por lentos bueyes enyugados. Algún que otro caballero pasa al trote levantando nubes de polvo. Equipos de cavadores -creo que la mayor parte son esclavos o condenados a trabajos por algún motivo- pasan andrajosos y consumidos, hacia los trabajos, bajo la vigilancia dura de los sobrestantes.

A medida que el monte se acerca y ya el camino sube, se ven cárcavas fortificadas que cortan el monte como anillos que ciñen sus laderas. Cavar esas cárcavas allí no debe ser fácil, especialmente en ciertos lugares casi cortados a pico. Y, a pesar de todo, muchos hombres trabajan arreglando fortificaciones ya existentes, preparando otras, llevando sobre sus desnudas espaldas cubos de piedra (que hacen plegarse a estos infelices y dejan surcos sangrantes en sus desnudas espaldas).

-¿Pero qué hacen los de esta ciudad? ¿Estamos, acaso, en tiempo guerra para trabajar de ese modo? ¡Están locos! - comentan entre sí los apóstoles, mientras las mujeres muestran su compasión por los infelices semidesnudos, mal nutridos, obligados a fatigas superiores a sus fuerzas.

-¿Pero quién los hace trabajar? ¿El Tetrarca o los romanos? - preguntan los apóstoles y arguyen entre sí, porque parece que Gamala es -así diría yo- independiente de la Tetrarquía de Filipo y de la Tetrarquía de Herodes, y porque les parece imposible a muchos de los apóstoles que los romanos se preocupen de construir en casa ajena fortificaciones que mañana

podrían ser usadas contra ellos. Y la eterna idea, fija como una idea maniática, del reino temporal del Mesías, se esgrime como enseña de una victoria ya segura y de gloria e independencia nacionales.

Gritan tanto, que algunos sobrestantes se acercan y escuchan. Son hombres rudos, de raza visiblemente no hebrea, bastantes ya camino de la vejez. Bastantes de ellos tienen cicatrices en el cuerpo. Pero lo que son lo dice la salida despreciativa de uno de ellos:

-¡"Nuestro reino"! ¿Has oído, Tito? ¡Narigudos! Vuestro reino está ya aplastado debajo de estas piedras. Quien se sirve del enemigo para construir contra el enemigo sirve al enemigo. Palabras de Publio Corfinio. Y, si no comprendéis, pues vivid, que las piedras os explicarán el enigma - se ríe mientras alza el azote, porque ve que uno de los trabajadores, agotado, vacila y se sienta, y le golpearía si Jesús no lo detuviera, adelantándose y diciendo:

-No te es lícito. Es hombre como tú.

-¿Quién eres, que te entrometes y defiendes a un esclavo?

-Yo soy la Misericordia. Mi nombre de hombre no te diría nada. Pero este atributo mío te recuerda que seas misericordioso. Has dicho: Quien se sirve del enemigo para construir contra el enemigo sirve al enemigo". Has dicho una dolorosa verdad. Pero Yo te digo otra, luminosa: "Quien no emplea misericordia no hallará misericordia".

-¿Eres un orador?

-Soy la Misericordia, ya te lo he dicho.

Algunos, de Gamala o que se dirigen a esta ciudad, dicen:

-Es el Rabí de Galilea. El que manda a las enfermedades, a los vientos, a las aguas y a los demonios, y convierte las piedras en pan y nada se le resiste. Vamos corriendo a la ciudad a decirlo. ¡Que vengan los enfermos! Que escuchemos su palabra. ¡También nosotros somos de Israel! - y una parte de ellos se marchan rápidamente, mientras otra parte se queda en torno al Maestro.

El sobrestante de antes dice:

-¿Es verdad lo que éstos dicen de ti?

-Es verdad.

-Haz un milagro y creeré.

-No se piden milagros para creer. Se pide fe para creer, y obtener así el milagro. Fe y piedad hacia el prójimo.

-Soy pagano yo...

-No es razón válida. Vives en Israel, que te da dinero...

-Porque trabajo.

-No. Porque haces trabajar.

-Yo sé hacer trabajar.

-Sí, sin piedad. ¿No has pensado nunca que si en vez de ser romano hubieras sido de Israel habrías podido estar en el lugar de uno de éstos?

-¡Hombre, claro!... Pero no lo soy, por protección de los dioses.

-No podrían defenderte tus ídolos vanos, si el verdadero Dios quisiera castigarte. Todavía no has muerto. Sé, pues, misericordioso para obtener misericordia...

El hombre quisiera rebatir, discutir, pero luego se encoge de hombros despreciativamente y, volviendo las espaldas, se marcha a pegar a uno que ha parado de trabajar con el pico en una veta tenaz de roca.

Jesús mira al infeliz que recibe los golpes y mira al que golpea: dos miradas de igual, y al mismo tiempo distinta, piedad; y de una tristeza tan profunda, que me recuerda ciertas miradas de Cristo durante la Pasión. ¿Pero qué puede hacer? Impotente para intervenir, reanuda su camino, con el peso de las desventuras que ha visto y que le cargan el corazón.

Pero bajan apresuradamente algunos habitantes de Gamala, personas importantes ciertamente, y llegan donde Jesús, a quien saludan con gran veneración, invitándolo a que entre en la ciudad para hablar a los habitantes, los cuales, por su cuenta, están viniendo en nutridos grupos.

-Vosotros podéis ir a donde queráis. Ellos -y señala a los trabajadores- no pueden. La hora es aún fresca y la posición nos resguarda del sol. Vamos cerca de aquellos desdichados, para que también tengan ellos la palabra de Vida - responde Jesús.

Y es el primero en encaminarse, volviendo sobre sus pasos y tomando luego un sendero accidentado que lleva monte abajo al lugar en que el trabajo es más penoso. Se vuelve entonces hacia las personalidades de la ciudad y dice:

-Si tenéis facultad para hacerlo, ordenad que sea suspendido el trabajo.

-¡Claro que podemos hacerlo! Pagamos nosotros. Si pagamos horas vacías, nadie podrá quejarse - dicen los de Gamala, y van a hablar con los sobrestantes. Pasados unos momentos, veo que éstos se encogen de hombros como diciendo:

-Si estáis contentos vosotros, ¿a nosotros qué nos importa?

Y luego silban a los equipos una señal ciertamente de descanso.

Jesús, entretanto, ha hablado con otros de Gamala. Veo que éstos hacen gestos de asentimiento y que se marchan a paso rápido, de nuevo hacia la ciudad.

Los laborantes, temerosos, acuden donde los sobrestantes y se ponen en torno a ellos.

-Cesad el trabajo. El estrépito molesta al filósofo - ordena uno de éstos, quizás el jefe de todos. Los laborantes miran con ojos cansados a aquel que ha sido indicado como "filósofo" y que les concede el don de un alto en el trabajo.

Y este "filósofo", mirándolos con piedad, responde a su mirada y a las palabras del sobrestante diciendo:

-No me molesta el estrépito, sino que me da pena su miseria.

Y añade:

-Venid, hijos. Dad descanso a vuestros miembros, y más al corazón, junto al Cristo de Dios.

Pueblo, esclavos, condenados, apóstoles, discípulos se apiñan en el espacio libre que hay entre el monte y las trincheras, y quien allí no halla sitio trepa al anillo de trincheras más altas, o se coloca en los bloques que han sido volcados al suelo, y los menos afortunados se resignan a ir al camino, adonde ya llegan los rayos del sol. Y va viniendo continuamente gente nueva, de Gamala; o se detienen los que, procedentes de otros lugares, se dirigían a ella.

Mucha gente. Y entre ella se abren paso los que poco antes se habían marchado. Traen cestos y recipientes pesados. Se abren paso hasta Jesús, que ha ordenado a los apóstoles que lleven a la primera fila a los laborantes. Ponen cestos y ánforas a los pies de Jesús.

-Dad a éstos las ofrendas de la caridad - ordena Jesús.

-Ya han recibido su comida y allí hay todavía posca y pan. Si comen demasiado, están pesados en el trabajo - grita un sobrestante.

Jesús lo mira y repite la orden:

-Dad a éstos comida de hombres y traedme a mí su comida.

Los apóstoles, ayudados de gente solícita, lo llevan a cabo.

¡Su comida! Una especie de costra oscura, dura, indigna de ser dada a los animales, poca agua mezclada con vinagre: ¡éste es el alimento de estos forzados! Jesús mira y manda que apoyen en el monte esta miserable comida. Y mira a los que debían consumirlo, cuerpos desnutridos en los que sólo resisten los músculos, excesivamente desarrollados debido a los esfuerzos superiores a lo común, y haces de fibras que sobresalen bajo la piel fláccida; ojos febriles y atemorizados, bocas ávidas, animalescas incluso, en el acto de morder el alimento bueno, abundante, inesperado, y de beber el vino, el verdadero vino fortalecedor, fresco...

Jesús espera, paciente, a que terminen la comida. Y no tiene que esperar mucho, porque la avidez es tal, que pronto todo está terminado.

Jesús abre los brazos con el gesto habitual de cuando está para hablar, para atraer la atención e imponer silencio. Dice:

-En este lugar, ¿qué observan los ojos del hombre? Valles excavados más profundamente de cuanto lo fueran por la naturaleza que los creó, colinas formadas con masas de rocas y taludes fabricados por el hombre, caminos sinuosos que penetran en el monte como guaridas de animales. ¿Y todo esto para qué? Para detener un peligro que no se sabe de dónde viene, pero que se presiente amenazador como granizada de un cielo borrascoso.

En verdad, aquí se ha actuado humanamente, con fuerzas humanas y medios humanos, y también inhumanos, para defenderse y preparar medios de ofensiva, olvidando las palabras del Profeta, *(Isaías 40, 1-8; 56, 4-7; 61, 1)* que enseña a su pueblo cómo se puede defender de las desventuras humanas con medios sobrehumanos, los más válidos: "Consolaos... confortad a Jerusalén, porque su esclavitud ha terminado, su iniquidad está expiada, pues ha recibido de la mano del Señor el doble de sus pecados". Y después de la promesa explica la forma que debe seguirse para traducirla en realidad: "Preparad los caminos del Señor, enderezad en la soledumbre los senderos de Dios. Todo valle será colmado; toda montaña, rebajada; los caminos tortuosos se harán derechos, los escabrosos se harán lisos. Entonces aparecerá la gloria del Señor y todos los hombres, sin excepción, la verán, porque la boca del Señor ha hablado". Palabras pronunciadas de nuevo por el hombre de Dios, Juan el Bautista, y apagadas en sus labios sólo con muerte.

Ésta es, oh hombres, la verdadera defensa contra las desventuras del hombre. No armas contra armas, defensa contra ofensa, no orgullos, no la crueldad; sino armas sobrenaturales, virtudes conquistadas en la soledumbre, o sea, en el interior del individuo, solo consigo mismo, que trabaja en santificarse elevando montes de caridad, bajando cimas de soberbia, enderezando caminos tortuosos de concupiscencia, apartando de su camino obstáculos de sensualidad. Entonces aparecerá la gloria del Señor, y el hombre gozará de la defensa de Dios contra las asechanzas de los enemigos espirituales y materiales. ¿Pero qué creéis que son unas pocas trincheras, unas pocas escarpas, unos pocos fortines contra el castigo de Dios provocado por las iniquidades o incluso sólo por las tibiezas del hombre? Contra estos castigos, que tendrán un nombre (romanos, como en otros tiempos tuvieron el de babilonios o filisteos o egipcios), pero que en realidad son castigo divino, nada más que castigo, y un castigo provocado por los demasiados orgullos, sensualidades, codicias, mentiras, egoísmos, desobediencias a la Ley santa del Decálogo. El hombre, aun el más fuerte, puede morir por una mosca, y la ciudad mejor pertrechada puede ser expugnada: cuando el uno o la otra no gozan ya de la protección de Dios, protección desvanecida, rechazada, por causa de los pecados del hombre o de la ciudad.

Sigue diciendo el Profeta: "Todo hombre es como la hierba, y toda su gloria como la flor del campo: se seca la hierba, cae la flor en cuanto las toca el soplo del Señor".

Vosotros, por deseo mío, miráis hoy con piedad a estos a los que hasta ayer habíais mirado como a máquinas obligadas a trabajar para vosotros. Hoy, porque os los he puesto como a hermanos entre hermanos, pobres hermanos en medio de vosotros, ricos y felices, hoy los veis como lo que son: hombres. El desprecio o la indiferencia han caído de muchos corazones para dejar lugar a la piedad. Pero consideradlos más íntimamente, más allá de la carne avasallada. Dentro de ésta, dentro de ellos, hay un alma, un pensamiento, sentimientos como en vosotros. Un día eran como vosotros: estaban sanos, eran libres, vivían felices. Luego dejaron de serlo. Porque, si la vida del hombre es como hierba que se seca, aún más frágil es su bienestar. Los que hoy están sanos mañana pueden estar enfermos, los que hoy son libres mañana pueden ser esclavos, los que hoy viven felices mañana pueden vivir infelices. Entre éstos hay quienes ciertamente son culpables. Mas no juzguéis su culpa ni gocéis de su expiación. Mañana, por muchos motivos, podríais ser culpables también vosotros y veros obligados a duras expiaciones. Sed, pues, misericordiosos, porque no conocéis vuestro mañana, que podría verse necesitado de toda la misericordia divina y humana: efectivamente, muy distinto del hoy podría ser. Sed propensos al amor y al perdón. No hay hombre sobre la Tierra que no necesite de perdón por parte de Dios y por parte de alguno de sus semejantes. Perdonad, pues, para ser perdonados.

Sigue diciendo el Profeta: "La hierba se seca, la flor cae; mas la palabra del Señor permanece eterna".

Ésta es el arma y la defensa: la Palabra eterna, hecha ley de todas vuestras acciones. Levantad este verdadero baluarte contra el peligro que amenaza, y seréis salvos. Acoged, pues, a la Palabra, Aquel que os habla, pero no la acojáis materialmente, durante una hora en el recinto de la ciudad; antes bien, en vuestro corazón y para siempre. Porque Yo soy Aquel que sabe y que obra y gobierna con poder. Y soy el Pastor bueno que apacienta el rebaño que a Él se confía y no desatiendo a ninguno: ni al pequeño ni al cansado ni al herido - maltratado por la suerte ni al que llora por sus errores ni al que, rico y dichoso, margina todo en aras de la verdadera riqueza y dicha: la de servir a Dios hasta la muerte.

El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha enviado a anunciar la Buena Nueva a los mansos, a vendar los corazones de aquellos que lo tienen roto, a predicar la libertad a los esclavos, la liberación a los prisioneros. Y no se me puede llamar agitador, porque no incito a la insurrección, ni aconsejo la evasión a los esclavos y prisioneros; sino que, al hombre encadenado, al hombre que padece esclavitud enseño la verdadera libertad, la verdadera liberación, la que no puede ser arrebatada y tampoco limitada, la que, en la medida en que más se abandona a ella el hombre, más crece: la libertad espiritual, la liberación del pecado, la mansedumbre en el dolor, a saber ver a Dios más allá de los hombres que encadenan, el saber creer que Dios ama a quien lo ama, y perdona donde el hombre no perdona, saber tener esperanza en un lugar eterno, de premio, para quien sabe ser bueno en la desventura, para quien sabe arrepentirse de sus pecados, ser fiel al Señor.

No lloréis, vosotros para quienes hablo especialmente. He venido a consolar, a recoger a los desechados, a poner luz en sus tinieblas, paz en sus almas, a prometer una morada de gozo, tanto a quien se arrepiente como al no culpable. Y no hay pasado que impida este Presente que espera en el Cielo a los que saben servir al Señor en la condición en que se encuentran.

No es difícil, pobres hijos, servir al Señor. Él os ha dado un modo fácil de servirle, porque os quiere felices en el Cielo. Servir al Señor es amar. Amar la voluntad de Dios porque amáis a Dios. La voluntad de Dios se cela incluso en las cosas más aparentemente humanas. Porque -os hablo a vosotros, que quizás habéis derramado sangre de hermanos-, porque, si es cierto que no era voluntad de Dios que fuerais violentos, ahora es voluntad suya que en la expiación canceléis vuestras deudas para con el Amor. Porque, si no era voluntad de Dios que os rebelarais contra vuestros enemigos, es ahora voluntad el que os hagáis humildes, como entonces fuisteis soberbios para perjuicio vuestro. Porque, si no era voluntad de Dios que con robo, grande o pequeño, os apropiarais de lo que no era vuestro, ahora es voluntad de Dios que recibáis la pena para no llegar a Dios con vuestro pecado en el corazón.

Y esto no deben olvidarlo los que ahora viven dichosos, los que se creen seguros, los que, por esta torpe seguridad, no preparan en sí el reino de Dios, y serán en la hora de la prueba como hijos lejanos de la casa del Padre, a merced de la tempestad, bajo el flagelo del dolor.

Obrad todos con justicia, y alzad los ojos a la Casa paterna, al Reino de los Cielos que, cuando tenga abiertas de par en par sus puertas por mano de Aquel que ha venido a abrirlas, no se negará a recibir a ninguno que haya alcanzado la justicia. Mutilados en las carnes, tullecidos, eunucos; o mutilados en el espíritu, tullecidos, eunucos en las potencias del espíritu, excluidos en Israel, no temáis no tener sitio en el Reino de los Cielos. Las mutilaciones, tullimientos, minoraciones de la carne cesan con la carne. Las morales, como la prisión y la esclavitud, cesan también un día; las del espíritu, o sea, los frutos de las culpas pasadas, se reparan con la buena voluntad. Y las mutilaciones materiales no cuentan a los ojos de Dios, y las espirituales se anulan ante sus ojos cuando el arrepentimiento amoroso las cubre.

Y el ser extranjeros del Pueblo santo ya no es impedimento para servir al Señor. Porque ha llegado el tiempo en que las fronteras de la Tierra cesan ante el único Rey, el Rey de todos los reyes y pueblos, que congrega a todos los pueblos en uno solo para hacer de ellos su pueblo nuevo. Ese pueblo del que serán excluidos sólo los que traten de engañar al Señor con una falaz obediencia a su Decálogo, a ese Decálogo que todos los hombres de buena voluntad pueden seguir, sean hebreos o gentiles o idólatras. Porque donde hay buena voluntad hay tendencia natural a la justicia, y quien tiende a la justicia no halla dificultad en adorar al Dios verdadero, cuando llega a conocerlo, a respetar su Nombre, a santificar sus fiestas, a honrar a los padres, a no matar, robar, testificar con falsedad, a no ser adultero y fornicador, a no codiciar lo que no es suyo. Y si hasta ahora no lo ha hecho, hágalo de ahora en adelante, para que se salve su alma y para conquistar su puesto en el Cielo. Está escrito: "Les daré un lugar en mi Casa, si mantienen mi pacto, y los alegraré". Y esto se dice para todos los hombres de santa voluntad, siendo el Santo de los santos el Padre común de todos los hombres.

He dicho. No tengo dinero para éstos. Y tampoco les sería útil. Pero os digo a vosotros de Gamala, que tanto habéis progresado en el camino del Señor desde la primera vez que nos encontramos, que levantéis la mejor defensa para vuestra ciudad, la del amor entre vosotros y hacia éstos, socorriéndolos en mi Nombre mientras trabajan para vosotros. ¿Lo haréis?

-Sí, Señor - grita la multitud.

-Entonces vamos. No habría entrado en vuestro recinto, si la dureza de los corazones hubiera respondido "no" a mi petición. Y bendición para vosotros que os quedáis... Vamos...

Regresa al camino, ya todo lleno de sol. Sube a la ciudad, construida casi en roca como una ciudad troglodita, pero dotada de casas bien cuidadas y de un panorama bellísimo y variado (según desde el punto desde el que se mire, da a los montes de la Auranítida o al Mar galileo, o al lejano Gran Hermón o al verde valle del Jordán). La ciudad es fresca por cómo está construida: en alto y con calles protectoras del sol intenso. Parece más un enorme castillo que una ciudad. Las casas, mitad muro mitad montaña excavada, tienen tal aspecto de fortines, que Gamala parece una sucesión de fortalezas.

En la plaza mayor, la más alta de todas, el punto más alto de la ciudad -de modo que los ojos se deleitan en el vasto horizonte de los montes, bosques, lagos, ríos que tienen bajo su mirada- están los enfermos de Gamala. Y Jesús pasa curando...

## Despedida de Gamala y llegada a Afeq. Advertencia a la viuda Sara y milagro en su casa.

Deben haber pernoctado en Gamala, porque ya se ha levantado la mañana (una ventilada mañana). Quizás por su posición y construcción escalonada, formando gradas que descienden desde el punto más alto de la ciudad hasta el linde con las murallas -muy sólidas y provistas de puertas también sólidas, herradas: puertas que propiamente puede decirse que lo son de una fortaleza-, Gamala goza de este viento tan benigno en tierras de Oriente. Si ayer me pareció bella a una hora ya llena de sol, ahora se me presenta bellísima. Las casas, en la forma en que están dispuestas, no obstaculizan la visión del vasto panorama, porque la terraza de una está al nivel del bajo de la de la calle superior, de forma que cada calle parece una larga terraza desde la cual puede verse el horizonte. Y es un horizonte que, en lo más alto del monte, se ve circular; más abajo, semicircular, pero en todo caso vasto y hermosísimo.

A1 pie del monte, el verdor de los encinares o de las campiñas, pone un engaste de esmeralda más allá de la árida hoz que circunda la montañuela de Gamala. Luego, a oriente, hasta donde alcanza la vista, los cultivos de la altiplanicie, de la meseta. (Me parece que se llaman así estas vastas y bajas elevaciones de la costra terrestre; pero, si me equivoco, ruego corregir mi palabra, no teniendo un diccionario al alcance de la mano y estando sola en mi habitación, imposibilitada, por tanto, para disponer del diccionario que está encima del escritorio a menos de tres metros de mí. Lo digo también para recordar que quien escribe es una mujer crucificada en la cama.)

Más allá de la vasta meseta, los montes de la Auranítida y, más lejos, las más altas cimas del Basán; al sur, la faja óptima entre el azul Jordán y la elevación compacta y continua que hay a oriente del río y que es como el contrafuerte de la vasta meseta; al norte, los montes lejanos de la cadena libanesa, sobre los cuales domina el imponente Hermón, de mil colores esfumados en esta hora matutina.

Y abajo, en el inmediato occidente, la gema del Mar de Galilea: verdaderamente una gema unida a un collar azul, de un azul distinto del suyo, del Jordán, afluente y emisario del lago, más estrecho en el lugar en que confluye, más nutrido en donde reanuda su carrera hacia el mediodía, brillante bajo el sol, sereno entre sus orillas verdes, verdaderamente bíblico. El pequeño lago de Merón, sin embargo, no se ve, pues está escondido detrás de los montes que hay al norte de Betsaida, pero se intuye por la densa verdura de los campos aledaños, que luego se extienden hacia el noroeste entre el Mar de Galilea y el de Merón, en la llanura donde está enclavada Corazín: me parece haber oído decir otras veces a los apóstoles que es la llanura de Genesaret.

Jesús se despide de los habitantes de la ciudad, los cuales, con orgullo ciudadano, se esfuerzan en mostrarle las bellezas del horizonte y las de la ciudad, dotada de acueductos, termas, bellos edificios:

-Todo esto es esfuerzo y dinero nuestros. Porque hemos aprendido de los romanos y hemos querido tomar de ellos lo ventajoso. ¡Pero nosotros no somos como los otros de la Decápolis! Nosotros pagamos, y ellos, los romanos, nos sirven. ¡Pero luego! Basta. Somos fíeles. También es fidelidad este aislarnos...

-Haced que la fidelidad no sea formal, sino real, íntima, justa. Si no, para nada servirán las obras de defensa. Os lo repito. ¿Veis? Habéis construido este acueducto. Sólido, útil. Pero si no estuviera alimentado por un manantial lejano, ¿acaso os daría agua para las fuentes y termas?

-No. No daría nada. Sería una construcción inútil.

-Vosotros lo habéis dicho: inútil. De la misma manera, las defensas naturales o materiales son inútiles si quien las manda construir no las hace poderosas con la ayuda de Dios, y Dios no ayuda si uno no es amigo suyo.

-Maestro, hablas como sabiendo que tenemos mucha necesidad de Dios...

-Todos los hombres tienen necesidad de Dios, para todas las cosas.

-Sí, Maestro. Pero... parece que nosotros debiéramos tener más necesidad que todas las otras ciudades de Palestina y...

-¡Oh!...

¡Un "oh" tan doloroso...!

Los de Gamala lo miran desorientados. El más osado pregunta

-¿Qué piensas? ¿Que conoceremos aún los antiguos horrores?

-Sí, si no acoge al Señor. Y más graves todavía, y más largos... largos... ¡oh! ¡Patria mía! Muy largos...

-Nosotros te hemos acogido. ¡Entonces estamos salvos! La otra vez fuimos unos necios, pero Tú nos has perdonado...

-Haced por conservaros en la justicia de hoy respecto a mí, y por crecer en justicia según la Ley.

-Lo haremos, Señor.

Desearían seguirle más y retenerlo más tiempo, pero Jesús quiere alcanzar a las mujeres, que han salido antes montadas en borriquillos, y se libra de sus insistencias y baja rápido por el camino recorrido ayer para venir. Sólo aminora la marcha cuando pasa por el lugar de los trabajos, para alzar la mano y bendecir a los desdichados, que lo miran como se mira a Dios.

El camino, en llegando al pie del monte, se bifurca en dos ramales: uno hacia el lago, el otro hacia el interior. Por este último van los cuatro borriquillos, con leve trote, levantando polvo del camino quemado por el verano y meneando las largas orejas. De vez en cuando una de las mujeres se vuelve, a mirar si Jesús las alcanza. Quisieran pararse para estar con Él, pero Jesús les hace con la mano una señal de que continúen, para alejarse del tramo de camino descubierto, ya invadido por el sol, y llegar pronto a los bosques que suben hacia Afeq, refrescantes bosques que tejen una bóveda verde por encima del camino de caravanas. Se introducen alegres, con una exclamación de alivio. Afeq está mucho más hacia el interior que Gamala Entre los montes. Por eso, ya no se ve el lago de Galilea; es más, ya no se ve nada, porque el camino sube entre dos prominencias montañosas que hacen de mampara.

La viuda va delante, indicando el camino más corto, o sea, deja el camino de caravanas por una vereda que trepa por el monte, aún más fresca y umbría. Pero entiendo el motivo de la desviación cuando, volviéndose sobre la silla, Sara dice:

-Estos bosques son míos. De árboles preciosos. Vienen a comprar madera hasta de Jerusalén, para las arcas de los ricos. Y éstos son los árboles viejos. Pero tengo también viveros que se renuevan siempre. Venid. Ved... - e incita al borrico cuesta abajo y cuesta arriba, y otra vez abajo, siguiendo la vereda entre sus bosques, donde, efectivamente, hay zonas de árboles adultos, ya en condiciones de ser talados, y zonas donde los árboles son todavía tiernos, a veces de pocos centímetros de altura, entre hierbas verdes que huelen a todos los aromas montanos.

-Son bellos estos lugares. Y están bien cuidados. Eres sabia» encomia Jesús.

-¡Oh!... Pero para mí sola... Con más gusto los cuidaría para un hijo…

Jesús no responde. Prosiguen el camino. Ya se ve Afeq, en medio de un círculo de manzanos y otros árboles frutales.

-También es mío aquel huerto. ¡Demasiado tengo para mí sola!... Era ya demasiado cuando tenía todavía a mi marido y al caer la tarde nos mirábamos en la casa demasiado vacía, demasiado grande, y ante las monedas, demasiadas, y ante las cuentas de los productos, también demasiados, y nos decíamos: "¿Y para quién?". Y ahora lo digo más todavía...

Toda la tristeza de un matrimonio estéril brota le las palabras de la mujer.

-Siempre hay pobres... - dice Jesús.

-¡Oh! ¡Sí! Y mi casa se abre a ellos todos los días. Pero luego...

-¿Quieres decir cuando mueras?

-Sí, Señor. Será un dolor dejar... ¿a quién?... las cosas tan cuidadas...

En Jesús se dibuja una sombra de sonrisa llena de compasión. Pero, con bondad, responde:

-Eres más sabia para las cosas de la tierra que para las del Cielo, mujer. Te preocupas porque tus plantas crezcan bien y no se formen calveros en tus bosques. Te afliges pensando que después ya no las cuidarán como ahora. Pero estos pensamientos son poco sabios; es más, son totalmente insipientes. ¿Crees que en la otra vida tendrán valor las pobres cosas que llevan por nombre "árbol", "fruta", "dinero", "casas"? ¿Y que será motivo de aflicción el verlas desatendidas? Endereza tu pensamiento, mujer. Allí no se dan los pensamientos de aquí, en ninguno de los tres reinos. En el Infierno, el odio y el castigo ciegan ferozmente. En el Purgatorio, la sed de expiación anula cualquier otro pensamiento. En el Limbo, la bienaventurada espera de los justos no es profanada por nada de carácter terreno. La Tierra queda lejos, con sus miserias; cerca está sólo por sus necesidades sobrenaturales, necesidades de almas, no necesidades de objetos. Los difuntos no réprobos, sólo por amor sobrenatural, orientan a la Tierra su espíritu, y a Dios sus oraciones en favor de los que están en la Tierra; no por otro motivo. Y una vez que los justos entren en el Reino de Dios, ¿qué crees tú que puede ser, para uno que contempla a Dios, esta mísera cárcel, este destierro que se llama "Tierra"?, ¿qué, las cosas dejadas en ella? ¿Podrá el día echar de menos una lámpara humeante, cuando lo ilumina el Sol?

-¡Oh! ¡No!

-¿Y entonces? ¿Por qué suspiras por lo que vas a dejar?

-Quisiera que un heredero siguiera...

-¿Gozando de las riquezas terrenas para tener en ellas un obstáculo para alcanzar la perfección, mientras que el desapego de las riquezas es escalera para poseer las riquezas eternas? ¿Ves, mujer? El mayor obstáculo para obtener a este inocente no es su madre, con sus derechos sobre el hijo, sino tu corazón. Él es un inocente, un inocente triste, pero en todo caso un inocente que, por su mismo sufrimiento, es amado por Dios. Pero si tú lo hicieras un avaro, codicioso, quizás vicioso, por los medios de que dispones, ¿no lo privarías de la predilección de Dios? ¿Y podría Yo, que cuido de estos inocentes, ser un maestro desatento que, sin reflexionar, permitiera que un discípulo inocente suyo se descarriara? Cuida primero de ti misma, despójate de la humanidad aún demasiado viva, libera tu justicia de esta costra de humanidad que la encoge, y entonces merecerás ser madre. Porque no es madre sólo quien engendra o quien ama a un hijo adoptivo y lo cuida y atiende en sus necesidades de criatura animal. También a éste lo ha engendrado su madre. Pero ella no es madre, porque no tiene cuidado ni de su carne ni de su espíritu. Madre es la que se preocupa, sobre todo, de lo que no muere nunca, o sea, del espíritu, no sólo de lo que muere, o sea, de la materia. Y créeme, mujer, que quien ame el espíritu, amará también el cuerpo, porque poseerá un amor justo y, por tanto, será justo.

-He perdido el hijo, lo comprendo...

-No es seguro. Que tu deseo te mueva a santidad, que Dios te complacerá. Siempre habrá huérfanos en el mundo.

Ya han llegado a las primeras casas. Afeq no es una ciudad que pueda competir con Gamala o Ippo. Es, más que nada, rural, pero, quizás por estar situada en un nudo de caminos importante, no es pobre. Lugar de paso de caravanas dirigidas desde el interior al lago, o del norte hacia el sur, está obligada a disponer de los medios para proveer a los peregrinos alojamiento y vestidos, sandalias y alimentos; así que hay almacenes numerosos y numerosas posadas.

La casa de la viuda está cerca de una de éstas, en una plaza, y está ocupada, en el bajo, por un almacén grande donde hay un poco de todo, que lo lleva un anciano narigudo y barbudo que ahora grita como un condenado ante unos compradores roñosos.

-¡Samuel! - llama la mujer.

-¡Ama! - responde el anciano, inclinándose tanto cuanto lo permiten los bultos de mercancía apilados delante de él.

-Manda aquí a Elías o a Felipe y luego ven a casa - manda la viuda; y luego, volviéndose al Maestro:

-Ven. Entra en mi casa y sé su huésped bienvenido.

Entran todos, pasando por el fondac, mientras un mocetón que ha venido lleva los borriquillos no sé a dónde. Después del fondac, que da a la casa un aspecto no demasiado artístico, hay un bello patio con dos lados de arcadas. En medio, la fuente (o, por lo menos, un pilón, porque no hay chorro de agua). A los lados, robustos plátanos, que dan sombra a las tapias blancas de cal. Una escalera sube a la terraza. En los lados sin arcadas, los más lejanos del fondac, se abren habitaciones.

-Antes, en tiempos de mi esposo, esto estaba lleno, y se hospedaba también a mercaderes a quienes la noche había sorprendido aquí. Arcadas para las mercancías, establos para los animales, y ahí el pilón para abrevar. Ven a las habitaciones - y cruza en diagonal el patio, yendo hacia la parte más bonita de la casa. Llama:

-¡María! ¡Juana!

Acuden dos mujeres de la servidumbre, una con las manos untadas de masa de pan, la otra con una escoba en la mano.

-¡Ama! La paz sea contigo y con nosotras, ahora que has vuelto.

-Y con vosotras. ¿Nada desagradable en estos días?

-José, ese atolondrado, ha roto el rosal que tanto querías. Le he pegado fuerte. Tú pégame a mí, que he sido una estúpida dejándolo ir a esa planta.

-No tiene valor... - pero se asoman lágrimas a los ojos de Sara, que las explica diciendo:

-Me lo había traído mi marido la última primavera que estuvo sano...

-Y Elías se ha roto una pierna, cosa que tiene furioso a Samuel, porque se ve sin ayuda en estos tiempos de mucha actividad de comercio... Se cayó de la escalera de la otra parte, exponiéndose mucho para que encontraras blanqueadas las paredes cuando volvieras - dice la otra mujer, y termina:

-Sufre mucho y se quedará renco. Y tú, ama, ¿has sido feliz en tu viaje?

-Como no me hubiera esperado nunca. Regreso con el Rabí de Galilea. ¡Pronto! Preparad para los que vienen conmigo. ¡Entra, Maestro!

Entran en la casa, pasando por delante de las dos criadas estupefactas.

Una amplia, fresca habitación, en penumbra, con asientos y arquibancos, los acoge. La viuda sale para dar indicaciones. Jesús llama a los apóstoles para mandarlos por la ciudad para preparar los corazones a su llegada. Entra Samuel, transformado de vendedor en jefe de casa, seguido por criadas con ánforas y jofainas para las abluciones de antes de la comida. Y la comida la traen en grandes bandejas: pan, fruta, leche.

Vuelve el ama:

-He dicho a mi criado que estás aquí. Te ruega que seas misericordioso con él. Yo también te digo que lo seas conmigo. Para los Tabernáculos mucha gente pasa por aquí. Y el paso empieza apenas pasada la neomenia de Tisrí. ¡No sé cómo nos las vamos a arreglar, estando él malo!...

-Dile que venga aquí.

-.No puede. No se tiene.

-Dile que el Rabí no va donde él, pero que quiere verlo.

-Mandaré que lo traigan Samuel y José.

-¡Sólo faltaba eso! Yo soy viejo y estoy cansado - refunfuña Samuel.

-Di a Elías que venga con sus piernas. Lo quiero Yo.

-¡Un pobre rabí! Ni siquiera Gamaliel podría tanto - refunfuña todavía el viejo sirviente.

-¡Calla, Samuel!... ¡Perdónalo, Maestro! Es un sirviente fiel. Nacido aquí, de sirvientes de la casa de mi marido; diligente, honesto, pero testarudo en sus ideas de israelita anciano... - lo disculpa en voz baja la viuda.

-Comprendo su espíritu. Pero el milagro lo cambiará. Ve tú a decir a Elías que venga, y vendrá.

La viuda va. Y regresa:

Se lo he dicho. Y me he marchado inmediatamente para no verle poner en el suelo esa pierna todo negra e hinchada.

-¿No crees en el milagro?

-Yo sí. Pero esa pierna da horror... Temo que se pudra toda por la gangrena. Está brillante, brillante... horrenda y... ¡Oh!

La interrupción, la exclamación viene del hecho de ver al criado Elías correr mejor que un sano hacia ellos y arrojarse a los pies de Jesús diciendo:

-Sea loado el Rey de Israel.

-Loor sólo a Dios. ¿Cómo has venido? ¿Cómo has tenido este coraje?

-He obedecido. He pensado: "El Santo no puede mentir ni manda cosas estúpidas. Tengo fe. Creo", y he movido la pierna. Ya no dolía. Se movía. La he apoyado en el suelo. La pierna me sujetaba. He movido e1 paso. Podía hacerlo. Me he echado a correr. Dios no defrauda a quien cree en Él.

-Álzate, hombre. En verdad os digo que pocos tienen la fe de éste. ¿De qué te ha venido?

-De tus discípulos que pasaron por aquí a predicarte.

-¿Los has escuchado sólo tú?

-No. Todos, porque fueron hospedados aquí después de Pentecostés.

-Y sólo tú has creído... Tu espíritu está muy adelante en los caminos del Señor. Continúa.

El viejo Samuel está en fuerte conflicto entre sentimientos opuestos... Pero, como muchos en Israel, no se sabe despegar de lo viejo por lo nuevo y se cierra; dice:

-¡Magia! ¡Magia! Está escrito: "No se contamine mi pueblo con los magos y los adivinos. Si uno lo hace, Volveré contra él mi rostro y le exterminaré". ¡Teme, ama, ser infiel a las leyes! - y se marcha, severo, escandalizado, como si hubiera visto a1 demonio asentado en la casa.

-¡No le castigues, Maestro! ¡Es viejo! Siempre ha creído de esta manera...

-No temas. Si fuera a castigar a todos los que me llaman demonio, muchos sepulcros se abrirían para tragarse su presa. Sé esperar... Hablaré al caer de la tarde. Luego dejaré Afeq. Ahora acepto quedarme bajo tu techo.

## 457

## Discurso en Afeq, tras una disputa entre creyentes y no creyentes. Sara se hace discípula.

Jesús está hablando a la gente de Afeq desde la puerta del fondac de Sara. Habla a una muchedumbre muy variada, más curiosa que atenta, en la que los menos numerosos son los hebreos, mientras que la mayor parte son gente que está de paso, mercaderes, peregrinos, unos dirigidos hacia el lago, otros dispuestos a bajar al vado de Jericó, otros procedentes de ciudades orientales y dirigidos hacia las ciudades marítimas.

Por ahora no es un verdadero discurso, sino respuestas de Jesús a éste o a aquél; eso sí, es un diálogo que todos escuchan, aunque con sentimientos distintos, muy visibles por las expresiones de los rostros y por las frases de los presentes, por las cuales comprendo también quiénes son y a dónde van. El diálogo, en algún momento, cambia de tono y de personajes, porque, desatendiendo a Jesús, se transforma en una disputa entre los presentes por motivos de raza y divergencias de pensamiento.

Así, un viejo de Joppe se enzarza con un mercader de Sidón que defiende al Maestro contra la incredulidad del judío, que no quiere admitir que Jesús es el Esperado por las gentes. Y, en medio de un barullo de citas escriturarias, aplicadas con acierto o desacierto, impugnadas por la sencilla afirmación del siro-fenicio: «Yo no me ocupo de estas palabras, pero digo que es Él, porque he visto sus milagros y he oído sus palabras», la disputa se extiende, porque otros se enzarzan también, gritando los contrarios a Cristo: « ¡Belcebú le ayuda! ¡No es así el Santo de Dios! ¡Es rey! ¡No es un falso rabí, y mendigo!», y los que son de la opinión del sidonio: «Los sabios son pobres porque son honestos. Los filósofos no están revestidos de oro y arrogancia como vuestros falsos rabíes y sacerdotes». Y se comprende que hablan así porque no son hebreos, sino gentiles de distintas naciones, que están de paso por Palestina o que se han naturalizado palestinos, conservando, empero, el espíritu pagano.

-¡Sacrílegos!

-¡Vosotros sacrílegos, que no sentís siquiera la divinidad de su pensamiento! - responden algunos.

-¡No merecéis tenerla! ¡Pero, por Zeus! Nosotros cometimos un atropello con Sócrates y ello no nos produjo ningún bien. Digo que tengáis cuidado de vosotros mismos. Atentos a vosotros, no sea que los dioses os castiguen, como nos ha sucedido a nosotros en muchas ocasiones - grita uno, ciertamente griego.

-¡Uh! ¡Los defensores del rey de Israel! ¡Son gentiles!

-¡Y samaritanos! ¡Y a mucha honra, porque sabríamos custodiar mejor que vosotros al Rabí, si viniera a Samaria! Pero vosotros... Habéis construido el Templo. Bonito. ¡Pero es un sepulcro lleno de podredumbre, aunque lo hayáis cubierto de oro y mármoles preciosos! - grita desde los márgenes de la muchedumbre un alto personaje vestido de lino, con orlas y recamos, bandas en la cintura, cintas, brazaletes...

-¡Uh! ¡Un samaritano!

Y parecen decir "el diablo", a juzgar por cómo gritan de horror los hebreos intransigentes, separándose como de un leproso. Y, apartándose de él, gritan a Jesús: -¡Échalo! ¡Es un impuro!...

Pero Jesús no echa a nadie. Trata de imponer orden y silencio, y los apóstoles con Él, sin conseguirlo mucho que digamos. Entonces, para poner término a las disputas, empieza su predicación.

-Cuando el pueblo de Dios, *(Números 20, 1-24; Éxodo 17, 1-7)* después de la muerte de María en Cadés, se amotinó en el desierto por la falta de agua y gritó contra Moisés, su salvador y caudillo -de la tierra del pecado a la tierra de promisión-, como si fuera su desquiciado destructor, y arremetió contra Aarón cual si fuera un inútil sacerdote, Moisés entró con su hermano en el Tabernáculo y hablaron al Señor, exigiendo un milagro para hacer cesar la murmuración. Y el Señor, aun no estando obligado a ceder a todas las peticiones, especialmente si es petición violenta y de espíritus que hayan perdido la santa confianza en la Providencia paterna, habló a Moisés y a Aarón. Habría podido también hablar únicamente a Moisés, porque Aarón, a pesar de que fuera Sumo Sacerdote, un día había desmerecido la bondad de Dios con la adoración al ídolo. Pero Dios quiso probarlo una vez más y darle una manera de crecer en gracia ante los ojos de Dios. Ordenó, pues, que tomaran la vara de Aarón, depositada en el Tabernáculo después de echar flores que abrieron sus pétalos y produjeron almendras, y que fueran con ella a hablar a la piedra, porque la piedra daría agua para hombres y animales. Y Moisés, con Aarón, hizo lo que el Señor ordenaba; pero no supieron los dos creer completamente en el Señor. Y quien menos creyó fue el Sacerdote Supremo de Israel: Aarón. La peña, golpeada con la vara, se abrió y arrojó tanta agua como para dar de beber al pueblo y al ganado. Y aquella agua fue llamada de Contradicción, porque allí los israelitas contendieron con el Señor y sometieron a revisión sus acciones y órdenes, y no todos con único modo permanecieron en la fidelidad, sino que precisamente con el Sumo Sacerdote tuvo lugar y principio la duda acerca de la verdad de las divinas palabras. Y Aarón fue llamado de esta vida sin haber podido pisar la Tierra Prometida.

También ahora el pueblo se agita contra el Señor diciendo. "Nos has guiado a morir, como pueblo y como individuos, bajo el dominio de los opresores." Y a mí me grita: "Hazte rey y libéranos". ¿Pero de qué liberación habláis? ¿De qué castigo? ¿De los materiales? ¡Oh, en las cosas materiales no hay ni salvación ni castigo! Un castigo mucho mayor y una liberación mucho mayor caen dentro de vuestra libre voluntad. Y podéis elegir. Dios os lo concede. Esto lo digo para los israelitas presentes, para aquellos que deberían saber leer las figuras de la Escritura y comprenderlas. Pero, puesto que tengo piedad de mi pueblo, del que soy Rey en el espíritu, quiero ayudaros a comprender una figura al menos, para que os ayude a comprender quién soy Yo.

El Altísimo dijo a Moisés y a Aarón: "Tomad la vara y hablad a la peña y brotarán ríos para la sed del pueblo, y así deje de quejarse". A1 Eterno Sacerdote, el Altísimo le ha dicho una vez más, para poner fin a las quejas de su pueblo: "Toma la vara, la germinada de la estirpe de Jesé, y una flor brotará de ella, no tocada por fango humano, y se transformará en fruto de almendra dulce y lleno de unción. Y con esa almendra de la raíz de Jesé, con ese brote admirable en que morará el Espíritu del Señor con sus siete dones, golpea la piedra de Israel, para que eche agua abundante para salvación suya".

El Sacerdote de Dios es el mismo Amor. Y el Amor formó una Carne haciendo germinar de la raíz de Jesé su brote, de la raíz que no había sido nutrida con fango; y la Carne era la del Verbo Encarnado, del esperado Mesías, enviado a hablar a la roca para que se hendiera. Para que hendiera su dura costra de soberbia y codicia y acogiera las aguas enviadas por Dios, las aguas que brotan de su Cristo, el óleo suave de su amor, para hacerse maleable, buena, para santificarse acogiendo en su corazón el don del Altísimo a su pueblo.

Pero Israel no quiere en su seno el Agua viva. Permanece cerrado, duro, y especialmente en las personas de sus grandes, contra los cuales la vara florecida y fructificada exclusivamente por poder divino inútilmente golpea y habla. Y en verdad os digo que muchos de este pueblo no entrarán en el Reino, mientras que muchos que no son de este pueblo entrarán, porque habrán sabido creer lo que los sacerdotes de Israel no quisieron creer. Por esto estoy en medio de vosotros como signo de contradicción, y seréis juzgados por el modo como me sepáis comprender. A los otros, a los que no son de Israel, digo: la casa de Dios, despreciada por los hijos de su pueblo, está abierta para los que buscan la Luz. Venid. Seguidme. Si Yo estoy puesto como signo de contradicción, también lo estoy como signo para todas las naciones; y quien me ame se salvará.

-Amas más a los extranjeros que a nosotros. ¡Si nos evangelizaras, acabaríamos amándote! Pero estás en todas partes excepto en Judea - dice un judío en quien han hecho mella las palabras de Jesús.

-Bajaré también a Judea y moraré allí durante un largo período. Pero no cambiará la piedra que hay en el corazón de muchos. No cambiará siquiera cuando la Sangre caiga sobre la piedra. ¿Eres arquisinagogo, verdad?

-Sí, ¿cómo lo sabes?

-Lo sé. Pues bien, entonces puedes entender lo que digo. «La sangre no debe caer sobre la piedra. Es pecado». «Derramaréis con gozo la Sangre sobre la piedra *para que permanezca.* Y os parecerá un trofeo de victoria esa piedra sobre la que haya sido derramada la Sangre del verdadero Cordero. Mas llegará un día en que comprenderéis... Comprenderéis el verdadero castigo, y cuál era la salvación verdadera que se os ofrecía. Vamos...

Un hombre se abre paso a empujones:

-Soy siro-fenicio. Muchos de nosotros creen en ti aun sin tenerte... y tenemos enfermos, muchos... ¿No vas a venir donde nosotros?

-Donde vosotros no. No tengo tiempo. Pero ahora, acabado el sábado, desde estos lugares me dirigiré hacia vuestros confines. Quien necesite gracias que se ponga a esperar en los sitios de frontera.

-Se lo diré a mis connacionales. Dios esté contigo, Maestro.

-La paz a ti, hombre.

Jesús se despide de la viuda... Bueno, quisiera despedirse, pero ella se arrodilla y le confiesa sus decisiones:

-He decidido dejar aquí a Samuel, mejor como criado que como creyente, e ir a Cafarnaúm contigo.

-Yo dejaré Cafarnaúm pronto, y para siempre.

-Pues allí tienes discípulos buenos.

-Es verdad.

-He decidido esto... Así te daré prueba de que sé separarme de las riquezas y amar con justicia. Usaré para tus pobres el dinero que aquí se acumula, y consideraré como primer pobre al niño, si la madre quiere tenerlo a toda costa, aun sin amarlo. Entretanto, toma esto - y ofrece una bolsa pesada.

-Que Dios te bendiga con sus bendiciones y la de los beneficiarios. Mucho has progresado en pocas horas.

La mujer se pone colorada. Da una ojeada a su alrededor. Luego confiesa: -Tanta mejoría no viene de mí. Tu apóstol me ha enseñado. Ese, ése de allí que se esconde detrás del joven moreno.

-Simón Pedro. El jefe de los apóstoles. ¿Y qué es lo que te ha dicho?

-¡Oh! ¡Me ha hablado con tanta sencillez y tan bien...! Se ha humillado, él que es apóstol, confesándome que también él era como yo, injusto en sus deseos. ¡No puedo creerlo! Pero que se ha esforzado en hacerse bueno para merecer lo que deseaba, y que se esfuerza cada vez más en serlo, para no hacer un mal del bien recibido. Ya sabes, las cosas que nos decimos entre nosotros, pobre gente, se comprenden más... ¿Te ofendo, Señor?

-No. Das gloria a Dios con tu sinceridad y con la alabanza que haces de mi apóstol. Haz lo que te ha aconsejado y que Dios esté siempre contigo, que tiendes a la justicia.

La bendice y abre la marcha, dirigiéndose hacia el noroeste, bajo verdes huertos que susurran por un improviso viento.

## 458

## Una curación espiritual en Guerguesa y lección sobre los dones de Dios.

Llegan a los bordes del lago, en los aledaños de Guerguesa, cuando el ocaso rojo se transforma en crepúsculo violáceo y sereno.

La ribera está llena de gente que prepara las barcas para la pesca nocturna o que se baña con gusto en las aguas del lago, un poco picado por el viento que lo surca.

Pronto es visto Jesús, y reconocido; de forma que antes de que pueda entrar en la ciudad la ciudad sabe que ha venido, y se produce la consabida afluencia de gente que acude a escucharlo.

Entre la gente se abre paso un hombre, diciendo que por la mañana habían venido a buscar a Jesús de Cafarnaúm, y que vaya lo antes que pueda.

-Esta misma noche. No me quedo en Guerguesa. Como nuestras barcas no están aquí, os pido que me prestéis las vuestras.

-Como quieras, Señor. Pero ¿nos vas a hablar antes de partir?

-Sí, incluso para despedirme de vosotros. Pronto dejaré Galilea...

Una mujer, llorando, lo llama de entre la multitud, mientras suplica que la dejen pasar para ir donde el Maestro.

-Es Arria, la gentil que se ha hecho hebrea por amor. Una vez curaste a su marido. Pero...

-Me acuerdo. ¡Dejadla pasar!

La mujer se acerca. Se arroja a los pies de Jesús. Llora.

-¿Qué te pasa, mujer?

-¡Rabí! ¡Rabí! ¡Piedad de mí! Simeón...

Uno de Guerguesa le ayuda a hablar:

-Maestro, usa mal la salud que le diste. Se ha hecho duro de corazón, rapiñador; y ya ni siquiera parece israelita. La verdad es que la mujer es mucho mejor que él, a pesar de haber nacido en tierras paganas. Y su dureza y rapacidad le acarrean peleas y odios. Y por una pelea ahora está muy malherido en la cabeza, y el médico dice que casi es seguro que se quede ciego.

-¿Y Yo qué puedo en ese caso?

-Tú... curas... Ella, ya lo ves, se desespera... Tiene muchos hijos, y pequeños todavía. La ceguera de su marido significaría miseria para la casa... Es verdad que es dinero mal ganado... Pero la muerte sería una desventura, porque un marido es siempre un marido, y un padre es siempre un padre, aunque en vez de amor y pan dé traiciones y palos...

-Lo curé una vez y le dije: "No peques más". Él ha pecado más. ¿No había prometido, acaso, que no iba a pecar más? ¿No había hecho voto de no volver a ser usurero y ladrón, si Yo lo curaba; es más, de devolver a quien pudiera lo mal adquirido, y de usar lo mal adquirido -para el caso de no poder devolverlo- en favor de los pobres?

-Maestro, es verdad. Yo estaba presente. Pero... el hombre no es firme en sus propósitos.

-Es como dices. Y no sólo Simeón. Muchos son los que, como dice Salomón, *(Proverbios 11, 1; 20, 10 y 23 y 25)* tienen dos pesos y balanza falsa, y no sólo en el sentido material, sino también cuando juzgan y actúan y en su comportamiento para con Dios. Y es también Salomón el que dice: "Desastroso para el hombre el fervor ligero por lo santo y, tras hacer un voto, volverse atrás". Y, sin embargo, son demasiados los que esto hacen... Mujer, no llores. Pero escucha y sé justa, pues que has elegido religión de justicia. ¿Qué elegirías, si te propusiera dos cosas, éstas: curar a tu marido y dejarlo vivir para que siga burlándose de Dios y acumulando pecados sobre su alma, o convertirlo, perdonarlo y luego dejarlo morir? Elige. Haré lo que elijas.

La pobre mujer se encuentra en una lucha muy acerba. El amor natural, la necesidad de un hombre que bien o mal gane para los hijos la moverían a pedir "vida"; su amor sobrenatural hacia su marido la mueve a pedir "perdón y muerte". La gente calla, atenta, conmovida, en espera de la decisión.

A1 fin, la pobre mujer, arrojándose de nuevo al suelo, abrazándose a la túnica de Jesús como buscando fuerzas, gime:

-La vida eterna... Pero ayúdame, Señor... - y tanto languidece, rostro en tierra, que parece que muere.

-Has elegido la parte mejor. Bendita seas. Pocos en Israel te igualarían en temor de Dios y justicia. Levántate. Vamos donde él.

-¿Pero realmente lo vas a hacer morir, Señor? ¿Y yo qué voy a hacer?

La criatura humana renace del fuego del espíritu como el fénix mitológico; y sufre y zozobra humanamente...

-No temas, mujer. Yo, tú, todos confiamos al Padre de los Cielos todas las cosas, y El obrará con su amor. ¿Eres capaz de creer esto?

-Sí, mi Señor...

-Entonces vamos, diciendo la oración de todas las peticiones y de todos los consuelos.

Y, mientras anda, circundado de un enjambre de personas y seguido de un séquito de gente, dice lentamente el Pater. El grupo apostólico hace lo mismo, y, con un coro bien ordenado, las frases de la oración se elevan por encima del murmullo de la muchedumbre, la cual sintiendo el deseo de oír orar al Maestro, poco a poco va guardando silencio, de forma que las últimas peticiones se oyen maravillosamente en medio de un silencio solemne.

-El Padre te dará el pan cotidiano. Lo aseguro en su Nombre - dice Jesús a la mujer, y añade, dirigiéndose no a ella sola sino a todos: «Y os serán perdonadas las culpas si perdonáis al que os haya ofendido o perjudicado. Esa persona necesita vuestro perdón para obtener el de Dios. Y todos tienen necesidad de la protección de Dios para no caer en pecado como Simeón. Recordad esto.

Ya han llegado a la casa, y Jesús entra en ella con la mujer, con Pedro, Bartolomé y el Zelote.

El hombre, echado en la yacija, en la cara vendas y paños mojados, gesticula desasosegado y delira. Pero la voz, o la voluntad, de Jesús le hacen volver en sí y grita: -¡Perdón! ¡Perdón! No volveré a caer en el pecado. ¡Tu perdón como la otra vez! Pero también la salud, como la otra vez. ¡Arria! ¡Arria! Te juro que seré bueno. No volveré a ser ni violento ni ladrón, no... - el hombre está dispuesto a todas las promesas por miedo a morir...

-¿Por qué quieres todo esto? - pregunta Jesús. ¿Por expiar o porque temes el juicio de Dios?

-¡Eso, eso! ¡Morir ahora, no! ¡El infierno!... ¡He robado, he robado el dinero del pobre! He usado la mentira. He sido violento con mi prójimo y he hecho sufrir a los familiares. ¡Oh!...

-No miedo; se requiere arrepentimiento, verdadero, firme.

-¡La muerte o la ceguera! ¡Qué castigo! ¡No volver a ver! ¡Tinieblas! ¡Tinieblas! ¡No!...

-Si es adversa la tiniebla en los ojos, ¿no te es horrenda la del corazón? ¿Y no temes la del Infierno, eterna, horrenda?, ¿la privación continua de Dios?, ¿los remordimientos continuos?, ¿la congoja de haberte matado a ti mismo, para siempre, en tu espíritu? ¿No amas a ésta? ¿Y no quieres a tus hijos? ¿Y no quieres a tu padre, a tu madre, a tus hermanos? ¿Y no piensas que no los vas a tener nunca más contigo si mueres condenado?

-¡No! ¡No! ¡Perdón! ¡Perdón! Expiar, aquí, sí, aquí... Incluso la ceguera, Señor... Pero el Infierno no... ¡Que no me maldiga Dios! ¡Señor! ¡Señor! Tú arrojas los demonios y perdonas las culpas. No alces tu mano para curarme, pero sí para perdonarme y liberarme del demonio que me tiene sujeto... Ponme una mano en el corazón, en la cabeza... Libérame, Señor...

-No puedo hacer dos milagros. Reflexiona. Si te libero del demonio te dejaré la enfermedad...

-¡No importa! Sé Salvador.

-Sea como tú quieres. Te digo que sepas aprovechar mi milagro, mano que es el último que te hago. Adiós.

-¡No me has tocado! ¡Tu mano! ¡Tu mano!

Jesús lo complace y pone la mano sobre la cabeza y sobre el pecho del hombre, el cual, estando vendado, cegado por las vendas y la herida, palpa convulsivamente para agarrar la mano de Jesús, y una vez que la encuentra, llora sobre ella, y no quiere separarse de ella; hasta que, como un niño cansado, se adormece, teniendo todavía la mano de Jesús apretada contra su carrillo febril.

Jesús saca cautelosamente la mano y sale de la habitación sin hacer ruido, seguido por la mujer y los tres apóstoles.

-Que Dios te lo pague, Señor. Ora por tu sierva.

-Sigue creciendo en la justicia, mujer, y Dios estará siempre contigo.

Alza la mano para bendecir la casa y a la mujer, y sale a la calle.

El murmullo aumenta por mil preguntas curiosas. Pero Jesús hace señal de que se callen y lo sigan. Vuelve a la orilla del lago. La noche se cierra lentamente. Jesús sube a una barca, que se mece junto a la orilla, y habla desde ahí.

-No. No está muerto y no está curado, en cuanto a la carne. Su espíritu ha reflexionado sobre sus culpas, ha dado recta dirección a su pensamiento; ha sido perdonado porque ha pedido expiación para obtener perdón. Vosotros, todos, apoyadlo en su camino hacia Dios.

Pensad que todos tenemos una responsabilidad hacia el alma de nuestro prójimo. ¡Ay de aquel que escandalice! Pero ¡ay también de aquel que, con su trato intransigente, amedrente a uno que acabe de nacer al Bien, de modo que lo rechace con su intransigencia del camino en que se ha puesto! Todos pueden ser un poco maestros, maestros buenos de su prójimo, y pueden serlo más en la medida en que este es más débil e ignorante de la sabiduría del Bien.

Os exhorto a ser pacientes, dulces, longánimes con Simeón. No mostréis odio, rencor, desprecio, ironía. No hagáis memoria del pasado, ni en vosotros ni a él. El hombre que se alza después de un perdón, después de un arrepentimiento, después de un propósito sincero, tiene la voluntad, pero también el peso, el legado de sus pasiones y hábitos del pasado. Hay que saber ayudarle a liberarse de ello. Y con mucha discreción. Sin hacer alusiones al pasado. Las alusiones son imprudentes contra la caridad y contra la criatura humana. Recordar al culpable arrepentido la culpa es abatirlo. Basta su despertada conciencia para ello. Recordar a la criatura humana su pasado es promover el despertar de las pasiones, y algunas veces el volver a pasiones superadas, y consentimientos. En el mejor de los casos, siempre es provocar tentaciones.

No tentéis a vuestro prójimo. Sed prudentes y caritativos. ¿Que Dios os ha ahorrado ciertos pecados? Alabadlo. Pero no hagáis ostentación de vuestra justicia para humillar a quien no es justo. Sabed comprender la mirada implorante de quien está arrepentido y querría que vosotros olvidarais, y que -puesto que sabe que no olvidáis- al menos os suplica que no lo humilléis recordando el pasado. No digáis: "Fue leproso de espíritu" para justificar vuestros abandonos. El leproso por enfermedad, después de las purificaciones, obtenida la curación, es admitido de nuevo en el pueblo. Que suceda lo mismo para quien esté curado del pecado. No seáis como aquellos que se creen los perfectos, y no lo son, porque no tienen caridad para con los hermanos. A1 contrario, circundad de vuestro amor a los hermanos renacidos a la gracia, para que la buena compañía impida nuevas caídas.

No queráis ser más que Dios, que no rechaza al pecador que se arrepiente, y lo perdona y admite de nuevo junto a Él. Y aunque ese pecador os haya hecho un mal irreparable, no os venguéis ahora que ya no es un arrogante temido; antes bien, perdonad y tened una gran piedad, porque él fue pobre respecto a ese tesoro que todo hombre puede tener con sólo quererlo: la bondad. Amadlo, porque, con el dolor que os ha causado, os ha dado un medio de merecer un premio más grande en el Cielo. Y no despreciéis a nadie, ni siquiera si es de otra raza. Veis que cuando Dios atrae hacia sí a un espíritu, aunque sea de un pagano, lo transforma de tal modo que supera en justicia a muchos del pueblo elegido.

-Me marcho. Recordad ahora y siempre éstas y mis otras palabras.

Pedro, que estaba preparado, hinca el remo, y la barca se separa de la orilla, empezando así la navegación, seguida por otras dos. El lago, un poco agitado, imprime oscilación a las barcas, pero ninguno se asusta por ello, porque el trayecto es breve. Los faroles rojos ponen manchas de rubí en las oscuras aguas, o tiñen de color sangre las espumas blancas.

Pregunta Pedro, sin dejar el timón, después de un rato:

-Maestro, ¿pero aquel hombre se va a curar o no? No he comprendido nada.

Jesús no contesta. Pedro hace una seña a Juan, que está sentado en el fondo de la barca a los pies del Maestro, con la cabeza relajada encima de las rodillas de Jesús. Y Juan repite en voz baja la pregunta.

-No se va a curar.

-¿Por qué, Señor? Yo creía, por lo que he oído, que tuviera que curarse para expiar.

-No, Juan. Pecaría nuevamente, porque es un espíritu débil.

Juan vuelve a apoyar la cabeza en las rodillas y dice:

-Pero Tú lo podías hacer fuerte... - y parece manifestar un dulce reproche.

Jesús sonríe, mientras introduce los dedos entre los cabellos de su Juan, y, alzando la voz de forma que todos oigan, da la última lección del día:

-En verdad os digo que en la concesión de gracia hay que saber también tener en cuenta su oportunidad. No siempre la vida es un don, no siempre la prosperidad es un don, no siempre un hijo es un don, no siempre -sí, también esto- no siempre una elección es un don. Vienen a ser dones y permanecen como tales cuando el que los recibe sabe hacer un buen uso de ellos,

y para fines sobrenaturales de santificación. Pero cuando de la salud, prosperidad, afectos, misión, se hace la ruina del propio espíritu, mejor sería no tenerlos nunca. Y a veces Dios ofrece el mayor don que podría dar no dando lo que los hombres querrían o lo que considerarían justo tener como cosa buena. El padre de familia o el médico sabio saben qué es lo que hay que dar a los hijos o a los enfermos para no ponerlos más enfermos o para evitar que enfermen. Lo mismo Dios, sabe lo que conviene dar para el bien de un espíritu.

-¿Entonces aquel hombre morirá? ¡Qué casa más infeliz!

-¿Sería, acaso, más feliz viviendo en ella un réprobo? ¿Y él sería más feliz si, viviendo, siguiera pecando? En verdad os digo que la muerte es un don cuando sirve para impedir nuevos pecados y coge a1 hombre mientras está reconciliado con su Señor.

La quilla roza ya en el fondo del lago, en Cafarnaúm.

-A tiempo. Esta noche, borrasca. El lago hierve, el cielo sin estrellas, negro como la pez. ¿Oís detrás de los montes? ¿Veis esas luces? Truenos y relámpagos. Dentro de poco, agua. ¡Rápido! ¡Poner en salvo las barcas no nuestras! Abajo las mujeres y el niño, antes de que llueva. ¡Echad una mano! - grita Pedro a otros pescadores, que retiran redes y cestas.

A fuerza de brazos empujan la barca bien arriba, a la playa, mientras ya las primeras olas fuertes vienen a azotar los miembros semidesnudos y los guijarros de la orilla. Y luego... alejarse rápidamente, a casa, mientras las primeras gotazas alzan el polvo de la tierra ardiente haciendo emanar fuerte olor. Y los relámpagos ya están encima del lago, mientras los truenos llenan de fragor la copa formada por las colinas de las orillas.

## 459

## El perdón a Samuel de Nazaret y lección sobre las malas amistades.

-En la habitación de arriba hay hombres de Nazaret. Ayer han venido tus hermanos a buscarte. Luego, unos fariseos. Y enfermos, muchos. Y uno desde Antioquía - comunica Judas Iscariote en cuanto los ve entrar en casa.

-¿Y se han marchado?

-No. El de Antioquía ha ido a Tiberíades. Pero vuelve después del sábado. Los enfermos están distribuidos por las casas. Pero lo[s] fariseos, con muchos honores, han querido que estuvieran con ellos tus hermanos. Todos son huéspedes de Simón el fariseo.

-¡Mmm!... - refunfuña Pedro.

-¿Qué te pasa? No estás contento de que honren al Maestro en sus parientes? - pregunta Judas Iscariote.

-¡Si va a ser verdadero honor y encuentro útil... felicísimo!

-Desconfiar es juzgar. El Maestro no quiere que se juzgue.

-¡Que sí, que sí! Bueno, para estar seguro esperaré a juzgar. Así no seré necio y pecador.

-Vamos arriba donde los nazarenos. Mañana iremos a ver a los enfermos - dice Jesús.

Judas Iscariote dice a Jesús:

-No puedes. Es sábado. ¿Quieres el reproche de los fariseos? Si Tú no piensas en tu honor, yo sí - dice muy teatralmente Judas. Y termina:

-Más bien, como me doy cuenta de tu deseo de sanar enseguida a estos que te buscan, vamos nosotros y les imponemos las manos en tu Nombre y...

-No.

Un "no" muy tajante, que no admite discusión.

-¿No quieres que hagamos milagros? ¿Quieres hacerlos Tú? Bueno... pues vamos, les decimos que estás aquí y que prometes que los vas a curar. Con esto estarán ya contentos...

-No hace falta. Nos han visto los pescadores. Por tanto, el que Yo esté aquí ya se sabe, y el que Yo cure a quien tiene fe en mí lo saben ellos; tanto es así, que han venido a buscarme.

Judas se calla con desagrado, con la cara sombría de los momentos malos.

Jesús sale, sin preocuparse del temporal, que vierte cántaros de agua sobre la tierra. Sube a la habitación de arriba. Empuja la puerta y entra. Le siguen los apóstoles. Las mujeres están ya arriba hablando con los nazarenos. En un rincón, un hombre que no conozco.

-La paz a vosotros.

-¡Maestro!

Los nazarenos hacen una reverencia. Luego dicen:

-Aquí está el hombre - y señalan al desconocido.

-Ven aquí - ordena Jesús.

-¡No me maldigas!

-Para hacerlo no era necesario llamarte para que vinieras. ¿No tienes nada más que estas palabras que decir al Salvador?

Jesús se muestra grave, pero al mismo tiempo alentador.

El hombre lo mira... Luego rompe a llorar y, arrojándose al suelo, grita:
-¡Si no me perdonas, no tendré paz!...
-Cuando quería hacerte bueno, ¿por qué no me quisiste contigo? Ahora es tarde para desagraviar. Tu madre ha muerto.
-¡No me digas eso! ¡Eres cruel!
-No. Soy la Verdad. Era Verdad cuando te decía que matarías a tu madre. Lo soy ahora. Y tú, entonces, me despreciabas. ¿Por qué me buscas ahora? Tu madre ha muerto. Has pecado, has seguido pecando sabiendo que pecabas. Te lo había dicho. Ésta es la culpa grande: has querido pecar rechazando a la Palabra y al Amor. ¿Por qué te quejas, si ahora no tienes paz?
-¡Señor! ¡Señor! ¡Piedad! Estaba loco y me curaste. He esperado en ti. Antes desesperaba de todos. No defraudes mi esperanza...
-¿Y por qué desesperabas?
-Porque... he hecho morir a mi madre de dolor... incluso la última noche... estaba agotada... y no tuve piedad... ¡Le pegué, Señor!
El grito, que llena la habitación, es un verdadero grito de desesperado.
-¡Le pegué!... ¡Murió durante la noche!... Y no me había dicho otra cosa sino que fuera bueno... ¡La madre mía!... La he matado...
-¡Hace años que la has matado, Samuel! Desde que dejaste de ser un justo. ¡Pobre Ester! ¡Cuántas veces la he visto llorar! Y cuántas me pedía una caricia de hijo en vez de las tuyas... Y tú sabes que no por amistad hacia ti, mi paisano y coetáneo, sino por piedad hacia ella iba Yo a tu casa... No debería perdonarte. Pero dos madres han suplicado por ti, y tu arrepentimiento es sincero. Por eso te perdono. Con una vida sin tacha, cancela del corazón de los de tu ciudad el recuerdo de un Samuel pecador, y reconquístate a tu madre. Lo harás si con una vida de justo conquistas el Cielo y con él a tu madre. Pero recuerda, recuérdalo bien: tu pecado fue muy grande; por tanto, en proporción, grande debe ser tu justicia para anular la deuda.
-¡Oh! ¡Eres bueno! No como ese de los tuyos que ha salido nada más entrar, y que vino a Nazaret sólo para aterrorizarme. Éstos pueden decirlo.
-Jesús se vuelve... De los apóstoles falta sólo Judas Iscariote. Por tanto, es él el que zahirió a Samuel. ¿Qué debe hacer Jesús? Para que se critique al apóstol, si no como hombre al menos como apóstol, dice:
-Ninguno puede no ser severo con tu pecado. Cuando se hace el mal, se debería pensar que los hombres juzgan, pensar que los ponemos en las condiciones de juzgarnos... Pero no tengas rencor. Pon en las balanzas de Dios, como expiación, la humillación que has recibido. Vamos. Aquí, entre los justos, hay júbilo por tu redención. Estás entre hermanos que no te desprecian. Porque todos los hombres pueden pecar, pero sólo son despreciables cuando persisten en pecar.
-Yo te bendigo, Señor. Te pido perdón también por todas las veces que te desprecié... No sé cómo agradecértelo... ¡Es que es la paz! Es la paz, que vuelve a mí - llora, ahora con un llanto sereno...
-Agradéceselo a mi Madre. Si estás perdonado, si te he curado del delirio para darte facultad de arrepentimiento, ha sido por Ella. Vamos abajo. La cena está preparada. Vamos a compartir el alimento.
Y sale, sujetando de la mano al hombre.
La cena, efectivamente, está preparada. Pero Judas tampoco está abajo; en ningún lugar de la casa. La dueña explica:
-Ha salido. Ha dicho: "Vuelvo enseguida".
-Bien. Vamos a sentarnos y a comer.
Jesús ofrece, bendice y distribuye el alimento. Pero en la habitación, iluminada por dos lamparillas y la lumbre, hielo se cierne sobre los ánimos suspendidos. Afuera continúa el temporal...
Vuelve Judas, jadeante, mojado como si se hubiera caído al lago. Los pelos, a pesar de que se haya puesto el manto sobre la cabeza, cuando arroja al suelo el manto empapado, aparecen aplastados y empapados de agua, pegados a los carrillos, al cuello. Todos lo miran, pero ninguno habla. Él quiere presentar disculpas, a pesar de que nadie le pregunte nada:
-He ido corriendo donde tus hermanos para decirles que estás aquí. De todas formas, te he obedecido. No he ido donde los enfermos. Ya no se podía. ¡Un agua! ¡Un agua!... Pero he querido dar honor, sin dilación, a tus parientes... ¿No estás contento, Maestro? ¡No hablas!...
-Te escucho. Toma y come. Hasta que nos vayamos a descansar, vamos a hablar entre nosotros.
Escuchad: Está escrito *(Eclesiástico 8, 18-19)* que no confiemos el corazón al extranjero, porque no conocemos sus hábitos. Pero ¿podemos decir que conocemos el corazón incluso de nuestros conciudadanos?, ¿el corazón del amigo?, ¿el del pariente? Sólo Dios conoce perfectamente el corazón del hombre, y el hombre dispone de un solo medio para conocer el corazón de su semejante, y comprender si se trata de un verdadero compatriota, de un amigo verdadero, de un verdadero pariente. ¿Cuál es este medio? ¿Dónde se encuentra? En el prójimo mismo y en nosotros. En las acciones y palabras de él y en el recto juicio nuestro.
Cuando en las palabras del prójimo, en sus acciones, o en las acciones que querría que nosotros hiciéramos, sentimos, con nuestro recto juicio, que no hay bien, podemos entonces decir: "Este no tiene corazón bueno y debo desconfiar de él". Tratarlo con caridad, porque es un desdichado -su desdicha es la más grave: la del espíritu enfermo-, pero no seguirlo en sus acciones, no aceptar sus palabras como verdaderas y sabias, y, mucho menos, seguir sus consejos. Que no os destruya este pensamiento orgulloso: "Soy fuerte y el mal de los otros no entra en mí. Soy justo y, aunque escuche a los injustos, justo me conservo".
El hombre es un abismo profundo, en que se dan todos los elementos del bien y del mal: ayudan los primeros, las ayudas de Dios, a crecer y a hacerse reyes; ayudan a crecer y reinar en modo nocivo las pasiones y las malas amistades. Todas las aspiraciones al bien y todos los gérmenes del mal están latentes en el hombre: por amorosa Voluntad de Dios o por malvada voluntad de Satanás, el cual sugestiona, tienta, incita, mientras que Dios atrae, conforta, ama. Satanás trata de seducir, Dios

trabaja en conquistar. Y no siempre vence Dios, porque la criatura es pesada hasta que escoge el amor como ley suya, y, siendo pesada, desciende y tiende más fácilmente a aquello que supone satisfacción inmediata y de las partes más bajas del hombre.

Vosotros, por lo que digo acerca de la debilidad humana, podéis comprender cuán necesario es desconfiar de sí mismo y poner mucha atención a nuestro prójimo, para no unir el veneno de una conciencia impura al que ya fermenta en nosotros. Cuando se comprende que un amigo es la ruina del corazón, cuando sus palabras turban la conciencia, cuando sus consejos escandalizan, hay que saber dejar esa amistad dañosa. Persistiendo se acabaría pereciendo en el espíritu porque se pasaría a acciones que alejan a Dios, que impiden a la conciencia endurecida comprender las inspiraciones de Dios. Si todo hombre culpable de graves pecados pudiera, quisiera hablar, diciendo cómo llegó a esos pecados, se vería que en origen hubo siempre una mala amistad...

-¡Es verdad! - confiesa en voz baja Samuel de Nazaret.

-Desconfiad de aquellos que, después de haber combatido contra vosotros sin motivo, de golpe os colman de honores y regalos. Desconfiad de los que alaban todas vuestras acciones y son hombres que alaban todo: o sea, alaban al holgazán como buen trabajador, al adúltero como marido fiel, al ladrón como honesto, al violento como manso, al mentiroso como sincero, al mal fiel y al pésimo discípulo como modelos. Lo hacen para destruiros y servirse de vuestra destrucción para sus astutas miras. Huid de aquellos que quieren embriagaros de alabanzas y promesas para hacer que llevéis a cabo acciones que, de no estar embriagados, no aceptaríais hacer. Y cuando hayáis jurado fidelidad a uno no tratéis con sus enemigos. Sólo se acercan para perjudicar al que odian, y perjudicar con vuestra misma ayuda.

Abrid los ojos. He dicho: sed astutos como las serpientes, además de sencillos como las palomas. Porque, para tratar de las cosas de espíritu, es santa la sencillez, pero, para vivir en el mundo sin perjudicarse uno a sí mismo y perjudicar a los amigos, es necesaria la astucia que sabe descubrir las astucias de quien odia a los santos. El mundo es un cubil de sierpes. Sabed conocer el mundo y sus sistemas. Y luego, estando como palomas no entre el fango donde están las sierpes, sino en el alto abrigo sobre la roca, tened el corazón sencillo de los hijos de Dios. Y orad, orad porque en verdad os digo que la gran Serpiente silba alrededor de vosotros, y que estáis en grave peligro; y quien no vigile perecerá. Sí. Entre los discípulos habrá quien perezca, con gran júbilo de Satanás e infinito dolor de Cristo.

-¿Quién será, Señor? Quizás uno que no es de los nuestros, un prosélito, uno... no de Palestina, uno...

-No indaguéis. ¿No está, acaso, escrito que la abominación entrará, como ya ha entrado, en e1 lugar santo? (*Daniel 9, 27; 11, 31; 12, 11)* Ahora bien, si se puede pecar incluso junto al Santo, ¿no podrá pecar alguno de entre mis seguidores galileo o judío? Velad, velad, amigos míos. Velad por vosotros mismos y por los demás, vigilad lo que os dicen los otros y lo que os dice vuestra conciencia. Y si por vosotros no tenéis luz para ver venid a mí. Yo soy la Luz.

Pedro gesticula y susurra detrás de Juan, que hace señal de que no, que no. Jesús vuelve la mirada, ve... Pedro se pone en actitud seria y hace ademán de alejarse. Jesús se alza, sonríe levemente... Luego entona la oración, bendice, despide a las personas. Y se queda solo, a orar más.

## 460

## Fariseos en Cafarnaúm con José y Simón de Alfeo. Jesús y su Madre preparados para el Sacrificio.

-¿No llevas al niño de nuevo a su madre? - pregunta Bartolomé a Jesús, al encontrarlo en la terraza absorto en profunda oración.

-No. Voy a esperar a que ella regrese de la sinagoga...

-¿Esperas que allí dentro el Señor le hable... y que... comprenda su deber? Piensas sabiamente. Pero ella no es sabia. Otra madre habría venido inmediatamente ayer por la noche para llevarse a su criatura. En fin... habíamos navegado en un mar tempestuoso... ella no sabía de dónde veníamos... ¿Se ha preocupado, acaso, de ver si su niño había sufrido algún daño? ¿Viene, acaso, esta mañana? Mira cuántas madres están ya levantadas, a pesar de que haya amanecido hace poco, diligentes en tender los vestidos de fiesta para que terminen de secarse y los niños se los pongan limpios para el día del Señor. Un fariseo diría que hacen una obra servil, porque tienden esos vestiditos. Yo digo que hacen una obra de amor, hacia Dios y hacia sus hijos. Son en general mujeres pobres. Mira allí: María de Benjamín y Rebeca de Miqueas. Y, en aquella modesta terraza, Yoana desenredando pacientemente las orlas de la pobre túnica de su hijo, para que parezca menos pobre en la función sagrada. Y allá, en la orilla que dentro de poco estará llena de sol, Sélida tiende la tela todavía basta, para que parezca fina lo que es tela sin desbastar, bonita sólo por el sacrificio que le cuesta: muchos pedazos de pan, negados al hambre del vientre para transformarlos en copos de cáñamo. ¿Y allí no está Adiná frotando con hierbas la tuniquita descolorida de su niña para que parezca más verde? Pero no se ve a la otra...

-¡Que el Señor le cambie el corazón! No hay otra cosa que decir...

Permanecen apoyados en la paredilla de la terraza, mirando la naturaleza refrescada por el temporal, que ha puesto terso el aire y ha limpiado la vegetación. El lago, aún un poco agitado y menos azul que de costumbre -y es que le varetean las aguas que han descendido de los torrentes llenos por pocas horas, y que arrastran el polvo del reseco lecho-, está hermoso, a pesar de estos desagües de ocre. Parece un gran lapislázuli con perláceas vetas, y ríe bajo un límpido so1 que se asoma ahora tras los montes orientales y enciende todas las gotas aún retenidas entre los ramajes. Golondrinas y palomas surcan, festivas, el aire purificado, y entre las frondas pájaros de todas las especies trinan y gorjean.

-El calor se marcha. Bonita estación del año ésta. Fecunda y bonita. Como una edad madura. ¿No es verdad, Maestro?

-Bonita... sí...

Pero se ve que Jesús está lejos con su pensamiento.

Bartolomé lo mira... Luego pregunta:

-¿En qué piensas? ¿En lo que vas a decir hoy en la sinagoga?

-No. Pienso que los enfermos esperan. Vamos nosotros dos a curarlos.

-¿Nosotros solos?

-Simón, Andrés, Santiago y Juan han ido a sacar las nasas que había metido Tomás en previsión de nuestro regreso. Los otros duermen. Vamos nosotros dos.

Bajan y se dirigen hacia la campiña, a las casas diseminadas por entre las huertas o ya en el campo, a la búsqueda de enfermos amparados en casas de pobres, siempre hospitalarias.

Pero hay quien se adelanta al Maestro, intuyendo a dónde va; hay quien le dice: -Espérame aquí, en mi huerto. Te los traemos aquí...

Y pronto, de distintas partes, como aguas de exiguos regatillos que se unen en un único estanque, los enfermos vienen, o los traen, a Aquel que cura. Y los milagros se efectúan.

Jesús los despide diciendo:

-No digáis, si alguien os preguntara, que os he curado. Volved a vuestras casas, donde estabais. Este discípulo mío, antes del ocaso, llevará ayudas a los más pobres.

-Si. No lo digáis. Lo perjudicaríais. Recordad que es sábado y que muchos lo odian - añade Bartolomé.

-No perjudicaremos a quien nos ha beneficiado. Lo diremos en nuestros pueblos sin precisar qué día nos curamos - el que habla es uno que antes era paralítico.

-Es más, yo diría que nos disemin
áramos por los campos en espera del ocaso. Los fariseos saben dónde estábamos alojados y podrían venir a ver... - el que habla es uno que antes estaba enfermo de los ojos.

-Buena idea, Isaac. Ayer preguntaban demasiado, y demasiadas cosas... Pensarán que, cansados de esperar, nos hemos marchado antes de la puesta de sol.

-¿Pero ayer por la noche nos vio el apóstol? - pregunta uno que era ciego. ¿No era él el que hablaba?

-No. Era un hermano del Señor. No nos traicionará.

-Decid sólo a dónde vais, para poderos encontrar cuando venga - dice Bartolomé.

Los enfermos se consultan entre sí. Quién querría ir hacia Corazín, quién hacia Magdala. Lo dejan al dictamen de Jesús.

Y Jesús dice:

-A los campos del camino que va a Magdala. Seguid el segundo torrente. Pronto encontraréis una casa. Id allí y decid: "Nos manda Jesús". Os acogerán como a hermanos. Id, y que Dios esté con vosotros, y vosotros con Dios no pecando en el futuro.

Jesús se echa a caminar de nuevo, no volviendo inmediatamente al pueblo por el camino recorrido antes, sino describiendo por entre los huertos un semicírculo que lo lleva a1 lado del manantial que está cerca del lago, manantial que toman al asalto las mujeres, queriendo aprovisionarse cuando todavía el sol no está alto y el agua está fresca.

-¡El Rabí! ¡El Rabí!

Y mujeres que se apresuran hacia Él, y niños y también hombres del pueblo, la mayoría viejos, inactivos a causa del sábado.

-Una palabra, Maestro, para hacer alegre este día - dice un hombre ya muy anciano que lleva de la mano a un niño, quizás un biznieto, porque si el viejo es casi ciertamente centenario el niño no tiene más de unos seis años.

-Sí. Para alegrar al viejo Leví, y a nosotros con él.

-Hoy tenéis la explicación de Jairo. Yo estoy aquí para oírlo. Tenéis un arquisinagogo sabio...

-¿Por qué dices esto, Maestro? Tú eres el arquisinagogo de los arquisinagogos, el Maestro de Israel. Nosotros te reconocemos sólo a ti.

-No debéis hacerlo. Los arquisinagogos están puestos para que sean vuestros maestros, para llevar a cabo el culto entre vosotros, dándoos ejemplo para haceros fieles israelitas. Los arquisinagogos seguirán estando cuando Yo ya no esté. Tendrán otro nombre, otras ceremonias, pero siempre serán los ministros del culto. Debéis amarlos, y debéis orar por ellos; porque donde hay un buen arquisinagogo hay buenos fieles, y, por tanto, ahí está Dios.

-Lo haremos. Pero háblanos ahora. Nos han dicho que estás para dejarnos...

-Tengo muchas ovejas esparcidas por Palestina. Todas esperan a su Pastor. Pero tenéis a los discípulos, que cada vez son más y más sabios...

-Sí. Pero lo que Tú dices es siempre bueno y fácil para nuestras mentes ignorantes.

-¿Qué os diré?...

-¡Jesús, te hemos buscado por todas partes! - grita José de Alfeo, que, junto con su hermano Simón y un grupo de fariseos, ha llegado imprevistamente.

-¿Y dónde puede estar el Hijo del hombre, sino entre los pequeños y los simples de corazón? ¿Queríais verme? Aquí me tenéis. Pero antes dejad que diga a éstos unas palabras...

Escuchad. Os han dicho que estoy para dejaros. Es verdad. No lo he negado. Pero, antes de dejaros, os mando esto: que os vigiléis mucho a vosotros mismos para conoceros mucho, que os acerquéis cada vez más a la Luz para que podáis ver. Mi palabra es Luz. Custodiadla en vosotros, y cuando a su luz descubráis manchas o sombras, perseguidlas para arrojarlas fuera de vuestro corazón. Lo que erais antes de que Yo os conociera ya no debéis serlo; debéis ser mucho mejores, porque ahora sabéis mucho más. Antes estabais como en un crepúsculo, ahora tenéis la Luz en vosotros. Debéis, por tanto, ser hijos de la Luz.

Mirad al cielo por la mañana, cuando el alba lo esclarece: puede parecer sereno por el solo hecho de no estar todo cubierto de nubes de tormenta, pero, en cuanto aumenta la luz y el vivo claror del sol se asoma por oriente, los ojos, asombrados, ven formarse manchas rosadas en el azul del cielo. ¿Qué son? Ligeras nubecitas, tan leves que parecían no estar

mientras la luz era tenue, pero que ahora dándoles el sol, aparecen como espumas ligeras en el campo del cielo. Y ahí están hasta que el sol las funde, las anula en su gran fulgor. Vosotros haced lo mismo con vuestra alma. Llevadla cada vez más a la luz, para descubrir en vosotros cualquier niebla, aunque sea levísima, y luego tenedla bajo el gran sol de la Caridad. La Caridad consumará vuestras imperfecciones como el sol hace evaporar la humedad ligera que se condensa en aquellas nubecillas tan tenues que disipa en la aurora. Si estáis mucho en la Caridad, la Caridad obrará en vosotros continuos prodigios.

Marchaos ahora y sed buenos...

Se despide de ellos y va hacia sus dos primos, a los cuales besa después de haber hecho respetuosas reverencias a los fariseos presentes, entre los cuales está Simón, el fariseo de Cafarnaúm. Los otros son caras nuevas.

-Te hemos buscado más por éstos que por nosotros. Hemos venido a Nazaret a buscarte, y entonces... - explica Simón de Alfeo señalando a los fariseos.

-La paz a vosotros. ¿De qué teníais necesidad?

-¡De nada! Verte, sólo verte. Escucharte. Oír la sabiduría de tus palabras...

-¿Sólo para esto?

-Verdaderamente, también para aconsejarte... Tú eres demasiado bueno, y la gente abusa de ello. No es bueno este pueblo. Y Tú lo sabes. ¿Por qué no maldices a los pecadores?

-Porque el Padre me ordena que salve, no que pierda.

-Te buscarás adversidades...

-No importa. No puedo transgredir la orden del Altísimo por ningún beneficio humano.

-Y si... Ya sabes... se dice por lo bajo que halagas al pueblo para servirte de él en una rebelión. Hemos venido a preguntarte si es verdad.

-¿Habéis venido u os han mandado?

-Es lo mismo.

-No. De todas formas, os respondo a vosotros y también a quienes os han mandado que el agua que rebosa de mi recipiente es agua de paz, que la semilla que siembro es semilla de renuncia. Yo podo las ramas soberbias, estoy pronto para arrancar las plantas malas, para que no perjudiquen a las buenas, si no se someten al injerto. Pero lo que Yo llamo bueno no es lo que vosotros llamáis bueno. Porque Yo llamo buena a la obediencia, a la pobreza, a la renuncia, a la humildad, a la caridad que condesciende a todas las humildades y misericordias. No temáis a nadie. El Hijo del hombre no tiende asechanzas a los poderes humanos, sino que viene a inculcar poder a los espíritus. Id y referid que el Cordero no será nunca lobo.

-¿Qué quieres decir? Tú nos entiendes mal y nosotros te entendemos mal.

-No. Yo y vosotros nos entendemos muy bien...

-¿Entonces sabes para qué hemos venido?

-Sí. Para decirme que no debo hablar a las multitudes. Y no pensáis que no podéis prohibirme entrar, como cualquier israelita, donde se leen y explican las Escrituras, y donde todo circuncidado tiene el derecho de hablar.

-¿Quién te lo ha dicho? Jairo, ¿no es verdad? Referiremos.

-No he visto todavía a Jairo.

-Mientes.

-Yo soy la Verdad.

Un hombre de la multitud, de la multitud que se ha vuelto a formar, dice:

-Él no miente. Jairo se ha marchado ayer, antes de la puesta del sol, con su mujer y su hija. Las ha acompañado. Ha dejado aquí a su ayudante. Las ha acompañado donde su madre, que se está muriendo. No volverá hasta después de las purificaciones.

Los fariseos no tienen la satisfacción de poder mostrar que Jesús miente, pero sí la de saber que no tiene consigo a su más poderoso amigo de Cafarnaúm. Se miran unos a otros: toda una mímica de miradas.

José de Alfeo, el mayor de la familia, siente el deber de defender a Jesús y se vuelve hacia Simón el fariseo:

-Me has honrado queriendo compartir el pan y la sal conmigo, y el Altísimo tendrá en cuenta este honor que has dado a los descendientes de David. Te has mostrado justo ante mí. Estos fariseos acusan a este hermano mío. Ayer me dijeron a mí, cabeza de la casa, que el único dolor era el que Jesús desatendiese a Judea, porque, siendo el Mesías de Israel, tenía el deber de amar y evangelizar por igual a todo Israel. Me pareció justo el razonamiento y se lo habría dicho a mi hermano. Pero entonces, ¿por qué hablan así hoy? A1 menos, que digan por qué no debe hablar. Que yo sepa, no dice cosas contrarias a la Ley y a los Libros. Dad las razones y yo convenceré a Jesús de que hable de otra forma.

-Es razonable lo que dices. Responded a este hombre... - dice Simón el fariseo - ¿Ha dicho Él cosas... sacrílegas?

-No. Pero el Sanedrín lo acusa de separar, de tratar de separar a la nación. El Rey debe ser de Israel, no sólo de Galilea.

-Se quiere a toda la patria, se quiere muchísimo dentro de la patria a la región natal. Este amor suyo por Galilea no es una causa tan grave que merezca castigo. Y además, nosotros somos de David, así que...

-Que venga entonces a Judea. Que no nos desprecie.

-¿Los oyes? ¡Es un honor para ti y para la familia! - dice, entre severo y jactancioso, José.

-Estoy oyendo.

-Te aconsejo que condesciendas con su deseo. Es bueno. Es puro honor. Tú dices que quieres paz. Pues entonces pon fin, dado que te quieren de uno a otro confín, a esta desavenencia que hay entre las dos regiones. Lo harás, ciertamente. ¡Ciertamente lo hará! Lo aseguro por Él, que es obediente a los mayores.

-Está escrito: "No hay nadie mayor que Yo. No hay ningún otro dios delante de mí". Yo obedeceré siempre a lo que Dios quiere.

-¿Oís? Id, pues, en paz.

-Oímos. Pero, José, antes de marcharnos queremos saber lo que para Él es lo que Dios quiere.

-Lo que Dios quiere es que Yo haga su voluntad.

-¿Y cuál sería esa voluntad? Dila.

-Que recoja las ovejas de Israel y las reúna en un solo rebaño. Y lo haré.

-Tendremos en cuenta estas palabras tuyas.

-Será buena cosa. Que Dios esté con vosotros - y Jesús vuelve las espaldas al grupo farisaico y camina hacia casa.

José, su primo, se pone a su lado, medio contento medio descontento, y, con aire protector, le hace observar que si se les sabe tratar (como ha hecho él), que si se tiene el apoyo de los familiares (como afortunadamente ha sucedido hoy), que si se recuerda que se tiene derecho al trono (como descendientes de David), etc., también los fariseos se hacen buenos amigos.

Jesús le interrumpe diciendo:

-¿Y tú lo crees? ¿Crees en sus palabras? Verdaderamente el orgullo y la alabanza engañosa bastan para cubrir de escamas las vistas más agudas.

-Yo, de todas formas... los complacería. No puedes pretender que te paseen victorioso entre gritos de hosanna, así de repente... Los debes conquistar. Un poco de humildad, Jesús. Un poco de paciencia. El honor merece cualquier sacrificio...

-¡Basta! Hablas palabras humanas, y peor todavía. Que Dios te perdone. Y te dé luz, hermano. Pero apártate, porque me produces amargura. Y no expreses a tu madre, a tus hermanos, a mi Madre estos consejos necios.

-¡Quieres tu perdición! ¡Eres causa de nuestro hundimiento y del tuyo!

-¿Por qué has venido, si sigues siempre igual? Todavía no he padecido por ti, pero lo haré; y entonces...

José se ha marchado, inquieto.

-Tú lo enojas... Es como nuestro padre, ya sabes... Es el viejo israelita... - le susurra Simón.

-Cuando comprenda, verá que mi acción, que ahora lo enoja, era santa...

Ya están en la puerta de casa. Entran. Jesús ordena a Pedro:

-Ocúpate de que la barca esté preparada para la puesta del sol. Vamos a acompañar a Tiberíades a las dos Marías, y Simón las acompañará a casa. Irá contigo Mateo, además de tus compañeros pesca-lores. Los demás nos esperarán aquí.

Pedro toma aparte a Jesús:

-¿Y si viene el de Antioquía? Lo digo por Judas de Keriot...

-Tu Maestro te dice que lo encontraremos en el muelle de Tiberíades.

-¡Ah, entonces! - y con voz fuerte:

-¡La barca estará preparada!

-Madre, sube conmigo. Estaremos juntos estas horas.

María lo sigue sin hablar. Entran en la habitación de arriba, fresca y umbría por la parra que la cubre y las cortinas puestas para dar sombra.

-¿Te vas, Jesús mío?

María está muy pálida.

-Sí. Llega el momento de marcharme.

-¿Y yo no debo ir para los Tabernáculos? ¡Hijo mío!... - María tiene un amago de llanto.

-¡Mamá! ¿Por qué? ¡No es la primera vez que nos dejamos!

-No. Es verdad. Pero... ¡oh!, recuerdo cuanto me dijiste en el bosque cercano a Gamala... ¡Hijo mío! Perdona a una pobre mujer. Te obedeceré... Con la ayuda de Dios, seré fuerte... Pero quiero una promesa tuya...

-¿Cuál, Madre mía?

-Que no me ocultarás la hora tremenda. Ni por piedad ni por aprensión respecto a mí... Sería demasiado dolor... y demasiada tortura... Dolor porque... sabría todo al improviso y por boca de quien no me ama como Tú amas a esta pobre Mamá... Y sería tortura si pensara que, quizás mientras hilo o tejo o cuido las palomas, a ti, Hijo mío, te están matando...

-No temas, Madre. Lo sabrás... Nos veremos todavía...

-¿Verdaderamente?

-Sí. Nos veremos todavía.

-¿Y me dirás: "Voy a cumplir el Sacrificio"? ¡Oh...!

-No diré eso. Pero tú comprenderás... Y luego, la paz; mucha paz... Fíjate: haber hecho todo lo que Dios quiere de nosotros, sus hijos, para el bien de todos los otros hijos. Mucha paz... La paz del perfecto amor...

La ha recogido en su corazón, y la tiene ahí, estrechada en el abrazo filial: Él mucho más alto y fuerte; Ella, más menuda, joven, con esa incorrupta juventud suya, de carne y de expresión, puesta sobre la eterna juventud de su espíritu inmaculado.

Y Ella repite, heroica (¡cuán heroica!):

-Sí, sí. Lo que Dios quiera...

No hay más palabras. Los dos Perfectos ya consuman el sacrificio de su más dura obediencia. No hay tampoco lágrimas. Y tampoco besos. Hay sólo Dos que aman perfectamente y depositan a los pies de Dios su amor.

Pero éste no es el último adiós.

## 461

## Confabulación en casa de Cusa para elegir a Jesús rey. El griego Zenón y la carta de Síntica con la noticia de la muerte de Juan de Endor.

Tiberíades ha vertido todos sus habitantes en las orillas del lago, o en el propio lago, buscando refrigerio en la brisa que recorre las aguas y cimbra los árboles de los jardines de la orilla. Mientras los ricos de esta ciudad -donde se entreveran muchas razas allí reunidas por muchos motivos- se procuran alivio en cómodas barcas de recreo, o desde las sombras verdes de los jardines observan los movimientos de las barcas en las aguas de turquesa, ya depuradas del amarillor que había puesto en ellas el aguacero de la noche anterior, los pobres, especialmente los niños, retozan en la playa, en el linde donde las olas mueren, y sus grititos, por el frío del agua que les da más arriba de lo que quisieran, parecen gritos de golondrinas.

Las barcas de Pedro y Santiago se acercan a la orilla dirigiéndose hacia el embarcadero.

-No. A1 jardín de Juana - ordena Jesús.

Pedro obedece sin decir nada, y la barca, seguida por su gemela, con una virada perfecta que dibuja una estela de espuma en forma interrogación, tuerce hacia el desembarcadero del jardín de Cusa, se arrima a él y se para. Jesús es el primero en bajar. Luego da la mano a las dos Marías para ayudarlas a bajar al pequeño andén.

-Ahora vosotros id al muelle grande y poneos a predicar al Señor. Veréis a un hombre que se acercará a preguntaros dónde estoy. Es el hombre de Antioquía. Traedlo a mí después de que hayáis despedido la gente.

-Sí... pero... ¿Qué debemos decir a la gente? ¿Predicar que has venido o predicar tu doctrina?

-Que he venido. Decir que para la aurora hablaré en Tariquea y curaré a los enfermos. Uno de vosotros que vigile las barcas, o poned algún discípulo que lo haga, para que estén preparadas para partir. Id y que la paz sea con vosotros.

Y se encamina hacía la cancilla que se cierra ante el embarcadero. Las dos Marías lo siguen silenciosas.

En el vasto jardín, donde pertinaces rosas florecen todavía, si bien muy escasas, no se ve a nadie. Pero se oyen los gritos felices de los dos pequeños, que están jugando.

Jesús, pasando la mano por entre los arabescos de la cancilla, trata de correr el pasador. Pero no lo consigue. Busca si hay algo que pueda hacer ruido y llamar la atención. Pero no hay nada. Entonces, al oír más cercanas las vocecitas de los dos niños, llama fuerte: -¡María!

Las dos voces enmudecen de golpe...

Jesús repite:

-¡María!...

Y allá, en el medio del prado, mantenido al rape -como una alfombra de la que sobresalieran los pies bien cuidados de los rosales-, allá aparece la niñita, dando pasitos cortos, cautos, con un dedito entre los labios, indagadores los ojos que escrutan en todas las direcciones; y luego, unos pasos más atrás, seguido de un corderito blanco como la espuma, vese a Matías.

-¡María! ¡Matías! - grita fuerte Jesús.

La voz guía las miradas inocentes. Los dos niños dirigen sus ojos hacia la cancilla, y ven a Jesús con la cara contra las barras, sonriéndoles.

-¡El Señor! Ve corriendo, Matías, donde mamá... Llama a Elías o a Miqueas... Que vengan a abrir...

-Vete tú. Yo voy donde el Señor... - y, tendidos los brazos, se echan a correr los dos: dos mariposas, una blanca, una rosada de cabecita morena.

Pero, afortunadamente, mientras corren llaman a los criados, y éstos, llevando en sus manos regaderas y rastrillos, acuden; de forma que, al fin, la cancilla se abre y los dos niños se refugian en los brazos de Jesús, quien los besa y pasa el umbral llevándolos de la mano.

-Nuestra mamá está en casa con sus amigas. Entonces a nosotros nos dicen que nos vayamos, porque no quieren que estemos allí - explica expeditivo Matías.

-No hables de esa forma tan mala. Nuestra mamá nos dice que nos vayamos porque esas damas son romanas y hablan todavía de sus dioses, y nosotros, los salvados de Jesús, debemos conocerlo sólo a Él. Es por esto, Señor. Matías es demasiado pequeño y no comprende - dice, con la gracia de su sensatez de criatura que ha sufrido, y que por eso es más madura, más adulta de lo que comportaría su edad.

-Nos dice que nos vayamos también nuestro padre cuando vienen los de la Corte. Y me gustaría, porque son casi todos soldados... guerreros... ¡La guerra! ¡La guerra es bonita! ¡Hace vencer! Echa a los romanos. ¡Abajo Roma! ¡Viva el Reino de Israel! - grita fieramente el pequeño.

-La guerra no es bonita, Matías; y muchas veces no se gana la guerra, y entonces de sometidos se pasa a ser esclavos.

-Pero tu Reino debe venir. Y para hacer que venga se hará la guerra. Y se echará a todos, incluido Herodes, y Tú serás rey.

-Calla, tonto. Ya sabes que no debes repetir lo que oyes. Hacen bien en decirte que te vayas. ¿No sabes que hablando así puedes perjudicar a nuestro padre, a nuestra madre y también a Jesús? - dice María. Y luego explica:

-Un día vino ese que es como un príncipe y pariente de Herodes y que es tu discípulo, a hablar con nuestro padre. Y gritaban mucho. No estaban solos, estaban con muchos otros...

-Guapísimos, con espadas bonitas, y hablaban de guerra... - interrumpe Matías.

-¡Calla, te digo! Y gritaban tanto que se oyó, y este tonto, desde entonces, no hace más que hablar de ello. Dile que no debe hacerlo... Nuestra mamá lo ha dicho, y nuestro padre le ha amenazado con llevarle a la cima del gran Hermón, a una gruta, con un esclavo sordo y mudo, hasta que no aprenda a callar. Y allí tendría que callar, porque, si habla con el esclavo, el esclavo no oye y no responde, y si grita, vienen las águilas y los lobos a comérselo...

-Un castigo verdaderamente terrible - dice Jesús sonriendo, y acaricia al niño, que ha perdido el ardimiento y se abraza a Jesús, como si ya viera a las águilas y lobos en disposición de devorarlo todo entero, incluida la lengüecita imprudente.

-¡Un castigo verdaderamente terrible! - repite.

-¡Pues sí! Y yo tengo miedo de que le caiga, y de quedarme sin Matías, y lloro... Pero él no tiene piedad ni de mí ni de nuestra mamá, y nos va a hacer morir de dolor...

-No lo hago adrede. He oído... y digo... Es tan bonito... pensar que se derrota a los romanos y se echa a Herodes y a Filipo, y que Jesús sea Rey de Israel - termina en un susurro, escondiendo la cara entre la túnica de Jesús para apagar aún más el sonido de la voz.

-Matías no volverá a decir nunca estas cosas. Me lo promete a Mí y lo mantendrá. ¿No es verdad? Así no lo devorarán, y Juana y María no morirán de dolor, Cusa no estará inquieto y a mí no me odiarán. Porque, mira, Matías: diciendo estas cosas haces que me odien. ¿Te gusta que Jesús sea perseguido? Imagínate qué remordimiento, si un día tuvieras que decirte a ti mismo: "He provocado que persiguieran a Jesús, que me ha salvado; y todo por haber repetido lo que oí casualmente". Aquéllos eran hombres. Y los hombres pierden a menudo la vista de Dios porque son pecadores. No viendo a Dios, no ven la Sabiduría, y cometen errores, incluso con miras buenas, o que las creen buenas. Pero los niños son buenos. Sus espíritus ven a Dios y Dios descansa en su corazón. Por eso deben comprender las cosas con sabiduría y decir que mi Reino no se llevará a cabo con violencia, en la Tierra, sino con amor, en los corazones. Y deben rezar para que los hombres comprendan este Reino mío como lo comprenden los niños. Las oraciones de los niños van, de manos de sus ángeles, al Cielo, y el Altísimo las convierte en gracias. Y Jesús necesita estas gracias para hacer, de los hombres que piensan en la guerra y en el reino temporal, apóstoles que comprenden que Jesús es paz y que su Reino es espiritual y celeste. ¿Ves este corderito? ¿Acaso podría descuartizar a alguien?

-¡No! Si pudiera, nuestro padre no nos lo habría regalado, para que no nos despedazara.

-Es como has dicho. Lo mismo el Padre que está en los Cielos no me habría enviado jamás, si Yo hubiera tenido poder y voluntad de despedazar. Yo soy el Cordero y el Pastor. Y soy apacible y manso como el cordero. Y soy Aquel que reúne con amor, con cayado de Pastor bueno, no con lanza y espada de guerrero. ¿Has comprendido? ¿Me prometes a mí, personalmente, que no vas a volver a hablar nunca de estas cosas?

-Sí, Jesús. Pero... ayúdame Tú... porque yo solo...

-Te ayudo. Mira, te acaricio los labios y así sabrán estar cerrados.

-Maestro mío. ¡Santo atardecer este que me concede verte! - dice Jonatán, que ha venido de la casa y se ha postrado a los pies de Jesús.

-Paz a ti, Jonatán. ¿Puedo ver a Juana?

-Está viniendo. Ha despedido a las romanas para venir aquí contigo.

Jesús lo mira interrogativamente, pero no pregunta nada. Camina hacia la casa mientras escucha a Jonatán, que habla de Cusa «muy molesto con Herodes» y que dice: -Por amor a mi ama, te ruego que la frenes, porque quiere hacer cosas que... no te harían bien a ti, ni tampoco a él; pero, sobre todo, a ti.

Con un espléndido vestido blanco, sobre el que desciende desde la cabeza un velo tan pespuntado de plata, que parece una filigrana argéntea -y no sé cómo la ligereza del tejido puede resistir ese recamo de brocado de plata-; ceñida con una delgada diadema que por delante termina ligeramente en punta, como una mitra cuajada de perlas; y con pesados pendientes de perlas en las orejas, y perlas en la base del cuello, perlas en las muñecas y en los dedos: una aparición de belleza, pureza y gracia... Juana viene rauda hacía su Señor y, sin preocuparse de su bonito vestido, se postra en la tierra del paseo y besa los pies de Jesús.

-La paz a ti, Juana.

-Cuando estás conmigo, siempre hay paz en mí y en mi casa... ¡Madre!... - y hace ademán de querer besar los pies de María, pero Ella la recibe entre sus brazos y la besa. También se intercambia el beso con María de Alfeo.

Jesús, después de los saludos, dice:

-Tengo que hablar contigo. Juana.

-Aquí me tienes, Maestro. María, mi casa es tuya. Indica todo aquello de que tengáis necesidad. Yo voy con el Maestro...

Jesús ya se ha separado y ha ido al prado, bien a la vista de todos, pero aislado suficientemente como para que ninguno lo pueda escuchar. Juana lo alcanza.

-Juana, debo acoger a un enviado de Antioquía; de Síntica, claro. He pensado hacerlo en tu casa. Aquí, en tu jardín...

-Tú eres e1 amo de todo lo que es de Juana.

-¿También de tu corazón? - Jesús la mira fija y penetrantemente.

-¡Tú ya sabes, Maestro! Estaba casi segura, ahora lo estoy del todo. Cusa... ¡La incoherencia de los hombres es tan grande! ¡Su espíritu de interés es tan fuerte! ¡Y su piedad hacia sus esposas tan poca! Nosotras somos... ¿Qué somos, incluso las esposas de los mejores? Una joya que se ostenta o se esconde, según pueda o no convenir... Un mimo, que debe reír o llorar, atraer o repeler, hablar o callar, mostrarse o estar oculto, según lo que el hombre quiera... siempre en vistas a su interés... ¡Es triste nuestra suerte, Señor! ¡Y también degradante!

-En compensación, os es dado saber subir más alto en el espíritu.

-Eso es verdad. ¿Te han referido o lo has sabido por ti? ¿Has visto a Manahén? Te buscaba...

-No. No he visto a nadie. ¿Está aquí?

-Sí. Estamos todos aquí... Quiero decir: todos los cortesanos de Herodes... y muchos por odio. Entre éstos también Cusa, desde que, por voluntad de Herodías, Herodes se complace en humillar a su intendente... Señor, ¿te acuerdas de que en Béter te dije que él me quería separar de ti porque temía el disfavor de Herodes? Bueno, pues han pasado sólo unos meses... Y ya quiere que ahora yo... que yo... Sí, Señor. Querría que te persuadiera a aceptar su ayuda para que ocupes el puesto del Tetrarca... Debo decirlo porque soy mujer, sujeta por tanto al hombre, y además hebrea, por tanto mucho más sujeta a la voluntad del marido. Y lo digo... Y no te aconsejo... porque creo saber ya que Tú... que Tú no te vas a hacer rey con la ayuda de las lanzas pagadas. ¡Oh!... ¿Qué he dicho? No debía hablar así... Debía dejarte escuchar primero a Cusa y a Manahén y a otros... ¿Y si callaba, no hacia mal?... Señor ayúdame a ver lo justo...

-Lo justo está en tu corazón, Juana. Ni con las cohortes romanas ni con las lanzas israelitas me haré rey Yo, aunque Roma e Israel quisieran pacificar este territorio por medio de mí. He comprendido ya lo suficiente como para reconstruir las cosas. Matías ha dicho palabras imprudentes. Jonatán ha aludido a desazones. Tú dices el resto. Yo completo así: una idea insensata de mi reino impele a los buenos, todavía no justos, como Manahén, a crear movimientos capaces de instaurar el reino de Israel según la idea fija de la mayoría. Un punzante, ardiente deseo de vengarse de una afrenta impele a otros, entre los cuales tu esposo, a lo mismo. En estos dos motivos nace palanca la astucia de los fariseos, saduceos, escribas, y la astuta herodiana, para lograr deshacerse de mí, haciéndome aparecer como no soy ante los ojos de quien nos domina. Tú has despedido a las romanas para decirme esto, para no traicionar a Cusa ni a Manahén ni a otros. Pero, en verdad te digo que quienes me han comprendido más que nadie son los gentiles. Me llaman el filósofo, quizás me consideran un soñador, un irrealista, un infeliz, según ellos, para quienes todo radica en la violencia. Pero han comprendido -al menos ellos lo han comprendido- que no soy de esta Tierra y que mi Reino no es de esta Tierra. No tienen miedo de mí, sino de mis seguidores. Tienen razón. Ellos, quién por amor, quién por orgullo, serían capaces de cualquier acción, con tal de lograr su idea: hacer de mí e1 Rey de reyes, el Rey universal- un pobre rey de un pequeño estado... Y, en verdad, de esta insidia debo guardarme más, de esta insidia que trabaja en la sombra instigada por mis verdaderos enemigos, que no están en el palacio proconsular de Cesárea, ni en el del Legado de Antioquía, ni tampoco en la Antonia, sino que están bajo las filacterias, las fimbrias y los "zizit" de los indumentos hebreos, y especialmente bajo los "zizit" *floqueados y* las *amplias* filacterias, puestos en los amplios indumentos de los fariseos y escribas para demostrar una adhesión aún más amplia a la Ley. Pero la Ley está en el corazón, no en los indumentos... Si estuviera en el corazón, estos que se odian, pero que ahora, olvidando el odio, se unen para hacer daño -ese odio que excavaba profundos barrancos entre una y otra casta de Israel, del Israel que ahora ya no está separado sino nivelado, porque los barrancos están rellenados con el odio a mí-, si estuviera la Ley en el corazón de éstos, y no colgada y anudada en los indumentos, en la frente, en la mano -como un salvaje se coloca amuletos, conchas, huesos, rostros de buitres, por superstición y adorno-, sí estuviera en el corazón esta Ley, si la Sabiduría no estuviera escrita dentro de las filacterias sino en las fibras del corazón, comprenderían que Yo soy y que contra mí, para destruirme como Verbo y como Hombre, no pueden ir. Yo debo, por tanto, defenderme de los amigos y de los enemigos, igualmente no justos en sus amores y en sus odios: debo tratar de guiar los amores y aquietar los odios. Yo esto lo hago para cumplir mí deber; y lo haré hasta que haya edificado el Reino, bañando las piedras con mi Sangre para que se unan sólidamente. Cuando os rocíe con mi Sangre, vuestros corazones dejarán de vacilar; me refiero a los corazones fieles a mí, al tuyo, Juana, que tanto lucha entre las dos fuerzas que actúan sobre ti y los dos amores que hay en ti: Yo-Cusa».

-Pero vencerás Tú, Señor.

-Venceré Yo. Sí.

-Pero trata también de salvar a Cusa... Ama a quien amo.

-Amo a quien te ama.

-Ama a Cusa, que te ama...

-La doblez no es para esa frente, pura como las perlas que la ciñen y que ahora enrojece con el esfuerzo de quererse y quererme persuadir de un amor de Cusa.

-Y, sin embargo, te ama.

-Sí. Por su interés. Como por su interés no me amaba en Ziv y en Siván... Pero, ahí está Simón de Jonás con el extranjero. Vamos donde ellos...

Van hasta el amplio vestíbulo que hay en la parte de atrás de la casa. Más que un vestíbulo, un pórtico semicircular abierto al parque. El parque se prolonga en la casa con este vestíbulo en forma de semicírculo, que da al jardín y está adornado de columnas con ramas de rosales ahora sin flores y ramaje delicado de jazmines, columnas tachonadas de flores y de otras plantas trepadoras purpúreas cuyo nombre ignoro.

-La paz sea contigo, extranjero. ¿Querías verme?

-Salud y gloria, Señor. Quería verte. Tengo una carta para ti. Me la dio una mujer griega en Antioquía. Soy... No, ya no soy griego, porque he tomado la ciudadanía romana para continuar con mi contrato de arrendamiento: soy proveedor de los soldados romanos. Los odio. Pero aprovisionarlos es fructífero. Por lo que nos han hecho, debería mezclar cicuta en la harina. Pero habría que envenenar a todos, a pocos no es eficiente. Reaccionarían peor... Creen que todo les es lícito por ser fuertes. Son bárbaros respecto a los griegos. Nos han robado todo para adornarse con las cosas nuestras y fingir civilidad. Pero rasca la costra, que está teñida de nuestra civilización, y descubrirás siempre a un Amulio, a un Rómulo, a un Tarquinio... Descubres siempre a un Bruto, asesino de quien lo beneficia. ¡Ahora tienen a Tiberio! ¡Y es todavía poco para ellos! Tienen a Sejano. Tienen lo que se merecen. Las cadenas, los delitos que han cometido, la espada, se vuelven contra ellos y muerden las carnes de los brutales romanos. Poco, aún demasiado poco. Pero lo que es ley sucederá. Cuando el monstruo sea enorme, caerá por su propio peso y se pudrirá. Y los vencidos reirán ante el enorme cadáver y pasarán de nuevo a ser vencedores. Que así sea. Todos los pies de los conquistadores pisando a aquella que ha aplastado todo con su expansión brutal... Pero perdona, Señor. El perpetuo dolor me ha arrollado una vez más...

Decía que una griega me dio una carta para ti y me dijo que Tú eras el Virtuoso perfecto. Virtuoso... Eres joven para serlo... Los grandes espíritus de la Hélade gastaron la vida para serlo un poco... Y, sin embargo, la mujer me ha hablado de tu Idea. Si verdaderamente crees en lo que enseñas, eres grande... ¿Es verdad que vives para prepararte a la muerte para dar al mundo la sabiduría de vivir como dioses y no como animales, como hacen ahora los hombres? ¿Es verdad que afirmas que hay sólo una riqueza digna de ser alcanzada: la de las virtudes? ¿Es verdad que has venido para redimir, pero que la redención empieza en nosotros mismos, siguiendo tus enseñanzas? ¿Es verdad que poseemos el alma y que debemos cuidarla porque es cosa divina, imperecedera, incorruptible por su naturaleza, pero que nosotros, sólo nosotros, viviendo como animales, podemos desdivinizar, a pesar de no poder destruirla? ¡Responde, Grande!

-Es verdad. Todo es verdad.

-¡Por Zeus! Esto lo decía también el sumo Nuestro. Pero parecía una música a la que le faltara una nota, una lira a la que le faltara una cuerda. De vez en cuando se sentía un vacío, que el filósofo no había sorteado. Tú has colmado ese vacío, si realmente has venido no sólo para enseñar sino también para morir, no obligado a ello por nadie, sino por voluntad propia de obediencia al Dios, lo cual hace de tu muerte no un suicidio sino un sacrificio... ¡Por la divina Palas! Ninguno de nuestros dioses hizo esto jamás. Así que deduzco que Tú eres más que ellos. La griega dice que no existen, y Tú sólo eres... ¿Entonces estoy hablando con un Dios? ¿Y puede un Dios escuchar a un aprovisionador ladrón y rencoroso con su enemigo, a un miserable hombre? ¿Por qué me escuchas?

-Porque veo tu alma.

-¿La ves? ¿Cómo es?

-Retorcida, sucia, con serpientes por cabellos, desabrida, ignorante, a pesar de que tu intelecto sea muy distinto del de un bárbaro. Pero dentro del templo feo tienes un altar que espera, como el que está en el Areópago, y espera la misma cosa: al Dios verdadero.

-A ti, entonces. Porque la griega dice que Tú eres el Dios verdadero. Pero, ¡por Zeus!, es verdad lo que dices de mi alma. Eres más claro y seguro que el oráculo délfico. Pero Tú predicas paz, amor, perdón. Difíciles virtudes. Y predicas continencia, y honestidad de todo tipo... Ser eso es ser dioses más grandes que los dioses, porque ellos... ¡ellos no son pacíficos, honestos, magnánimos!... Son la perfección de las pasiones malas del hombre, excepto Minerva, que es al menos sabia... ¡La misma Diana!... Pura, pero cruel... Sí, ser lo que Tú predicas es ser más que los dioses. Si yo lo alcanzara... ¡Por el bellísimo Ganímedes! Él, de jovencito, a águila olímpica y divino copero. Pero Zenón, de proveedor de cereales a los amos bárbaros, a dios... Pero deja que me interne en este pensamiento, y lee la carta de la mujer entretanto... - y el hombre se pone a pasear como un peripatético.

Pedro, cansado, al ver que el discurso era largo, se había sentado cómodamente en un asiento del atrio, y, en el frescor del ambiente y en mullidos almohadones echados encima del asiento, se ha puesto tranquilamente a dar una cabezada... Pero debe haber tenido un oído en vela, porque le despierta el ruido de romper el sigilo y de desenrollar el pergamino, y se pone en pie mientras se frota los ojos soñolientos. Se acerca al Maestro, que lee de pie, erguido, debajo de una lámpara de lastras de mica delicadamente violácea. Siendo tenue la luz, adecuada para iluminar el lugar sin quitarle el encanto de la luna en las noches serenas, Jesús mantiene alto el folio para leer las palabras; y Pedro, mucho más bajo que el Maestro y estando a su lado, trata de alargar el cuello, de ponerse de puntillas para ver, pero no puede.

-¿Es Síntica, eh? ¿Qué dice? - pregunta dos veces, y suplica:

-¡Lee fuerte, Maestro!

Pero Jesús responde:

-Sí. Es ella... Después... - y lee, lee, y, acabado el primer folio, lo enrolla y se lo mete en los pliegues de la cintura y continúa la lectura del segundo folio.

-¡Cuánto ha escrito, ¿eh?! ¿Cómo está Juan? ¿Y quién es aquel nombre?

Pedro se muestra insistente como un niño.

Jesús está tan absorto que ya no lo escucha. Terminado queda el segundo folio, que recibe el mismo destino que el primero.

-Ahí se estropean. Deja que los tenga yo... - y, sin duda, piensa: "y les dé una ojeada." Pero, alzando los ojos para seguir las manos del Maestro, que desenrollan el tercero y último folio, ve brillar una lágrima que cuelga de las pestañas rubias de Jesús. -¡¿Maestro?! ¡¿Lloras?! ¿Por qué, Maestro mío? - dice, y se pega a Él, y le abraza la cintura con su brazo musculoso y corto.

-Ha muerto Juan...

-¡Oh! ¡Pobrecillo! ¿Cuándo?

-Con los primeros calores fuertes... Echándonos mucho de menos..

-¡Pobre Juan!... Pero, claro... ¡estaba consumido!... Y el dolor de separarse... ¡Todo por esas serpientes! ¡Si supiera su nombre!... Lee fuerte, Señor. ¡Yo lo quería a Juan!

-Después. Después leeré. Calla ahora.

Jesús lee atento... Pedro se alarga aún más para ver... La lectura termina. Jesús enrolla de nuevo el folio y dice:

-Llama a mi Madre.

-¿No lees?

-Voy a esperar a los otros... Entretanto me despediré de ese hombre.

Y, mientras Pedro entra en casa, donde están las discípulas con Juana, Jesús va donde el griego:

-¿Cuándo partes?

-Debo ir a Cesárea, donde el Procónsul, y, después de comprar una serie de artículos, voy a Joppe. Partiré dentro de un mes, a tiempo de evitar las tempestades de Noviembre. Me marcho por mar. ¿Me necesitas para algo?

-Sí, para responder. La griega dice que me puedo fiar de ti.

-Dicen que somos falsos. Pero también tenemos la capacidad de no serlo. Fíate de mí. Puedes preparar el escrito y buscarme para los Tabernáculos en casa de Cleante, el que me provee de quesos de Judea para las mesas de los romanos: tercera casa después de la fuente del pueblo de Betfagé; no te puedes confundir.

-Tú tampoco te puedes confundir, si sigues por el camino en que has puesto pie. Adiós, hombre. Que la civilización griega te conduzca a la cristiana.

-¿No me reprochas el que odie?

-¿Sientes que debería hacerlo?

-Sí. Porque condenas el odio como pasión indigna y aborreces la venganza.
-¿Y tú qué piensas de ello?
-Que quien no odia y perdona es más grande que Júpiter.
-Alcanza, entonces, esa grandeza... Adiós, hombre. Que tu familia quiera a Síntica, y en el exilio en que os halláis tomad los caminos de la Patria inmortal: el Cielo. Quien cree en mí y practica mis palabras tendrá esa Patria. Que la Luz te ilumine. Ve en paz.
El hombre saluda y se pone en camino. Luego se para, vuelve atrás, pregunta: -¿No te voy a oír hablar?
-A1 amanecer hablaré en Tariquea. Pero luego voy hacia la Siro-Fenicia, y luego, no sé por qué camino, a Jerusalén.
-Te buscaré. Y mañana estaré en Tariquea, para juzgar si eres tan elocuente como sabio.
Se marcha definitivamente.
Las mujeres están en el atrio, y comentan con Pedro la muerte de Juan. Y ya han vuelto los otros, los que se habían quedado por la ciudad para avisar que mañana por la mañana el Rabí estaría en Tariquea. Todos hablan del pobre Juan de Endor, y están ansiosos de saber.
-¡Ha muerto, Hijo!
-Sí. Está en la paz.
-Verdaderamente ha terminado de sufrir - dice María Santísima.
-Ha salido de la cárcel definitivamente- comenta Pedro.
-Hubiera sido justo que no hubiera sufrido el último dolor, el del exilio- exclama Judas de Alfeo.
-Una purificación más- sentencia Santiago Zebedeo
-¡Oh, no quisiera para mí esta purificación! Cualquier otra, ¡pero no morir lejos del Maestro!
-Y, sin embargo... moriremos todos así... ¡Maestro llévanos contigo! - dice Andrés después de los otros.
-No sabes lo que pides, Andrés. Éste es vuestro puesto hasta mi llamada. Pero escuchad lo que escribe Síntica.
"Síntica de Cristo al Cristo Jesús, salud.
El hombre que te llevará estos folios es un connacional mío. Me ha prometido buscarte hasta encontrarte, y reservar como último lugar Betania, donde dejará la carta, en casa de Lázaro, si no hubiera podido encontrarte en ningún sitio. Es una persona que se resarce como puede de todo el mal que de Roma ha recibido, él y sus antepasados. Tres veces Roma descargó su mano sobre ellos, de muchas maneras, y siempre con sus métodos. Él, con sutileza griega, dice que ahora ordeña las vacas tiberinas para hacerles escupir las cabras helénicas. Es proveedor de la casa del Legado y de muchas casas de esta pequeña Roma y gran ciudad reina de Oriente. Y además, después de con los refinamientos para los ricos, ha logrado hacerse con los aprovisionamientos para las cohortes de Oriente, con astuto modo, hecho de agasajos serviles que cubren un odio incurable. No apruebo su método. Pero cada uno tiene sus maneras. Yo habría preferido el pan mendigado por el camino, antes que las arcas de oro recibidas del opresor. Y así habría hecho siempre, si ahora otro motivo -que no es la ganancia para mí- no me hubiera empujado a imitar al griego para mi objetivo.
Pero en el fondo es un buen hombre, y su mujer también es buena, y sus tres hijas y el hijo. Los he conocido en la pequeña escuela de Antigonio, y, habiendo enfermado al principio de la primavera la madre, la curé con el bálsamo, y así entré en la casa de ellos. Muchas casas me habrían recibido con gusto como maestra y bordadora. Casas nobles y casas de comerciantes. Pero he preferido ésta por un motivo que no es el que sea casa de griegos. Ahora te explicaré.
Te suplico conmiseración para Zenón, si bien no puedes aprobar su pensamiento. Es como ciertos terrenos áridos, cuarzosos en la superficie, pero magníficos bajo la costra dura. Espero lograr hacer desaparecer esta costra creada por tanto dolor y poner al descubierto el buen terreno. Sería una gran ayuda para tu Iglesia, siendo Zenón, como es, conocido, y estando, como está, relacionado con tantos de Asia menor y Grecia, de Chipre y Malta, e incluso de Iberia, donde, en todas partes, tiene parientes y amigos, griegos como él y perseguidos, o también romanos, soldados o de las magistraturas, utilísimos un día para tu causa.
Señor, mientras escribo, desde una de las terrazas de la casa, veo Antioquía, con sus embarcaderos en el río, el palacio del Legado en la isla, y sus vías regias, sus murallas con sus cuantiosas torres potentes. Y, si me vuelvo, veo la cresta del Sulpio, que se cierne sobre mí, con sus cuarteles; y veo el otro palacio del Legado. Así, estoy entre las dos manifestaciones del poder romano, yo, pobre mujer sujeta, sola. Pero no me dan miedo. Es más, pienso que lo que no pueden la ira de los elementos y la fuerza de todo un pueblo amotinado, lo hará la debilidad que no da sombra, la aparente debilidad -despreciable para los poderosos- de quien es una fuerza porque posee a Dios: a ti.
Pienso, y te lo digo, que esta fuerza romana será la fuerza cristiana cuando te haya conocido, y que se deberá empezar el trabajo por las ciudadelas de la romanidad pagana, porque ellas serán siempre las dueñas del mundo y una romanidad cristiana querrá decir una cristiandad universal. ¿Esto cuándo? No lo sé. Pero siento que será. Y de aquí que mire con una sonrisa a estos testimonios de potencia romana, pensando en aquel día en que pondrán las enseñas y su fuerza al servicio del Rey de los reyes. Las miro como se mira a amigos útiles que aún no saben que lo son, que harán sufrir antes de ser conquistados, pero que, una vez conquistados, te llevarán a ti, llevarán el conocimiento de ti, hasta los confines del mundo.
Yo, pobre mujer, oso decir a mis hermanos en ti, a mis hermanos mayores, que cuando llegue la hora de la conquista del mundo para tu Reino, no por Israel -demasiado cerrado en su rigorismo mosaico exacerbado por el farisaico y por las otras castas, como para ser conquistado-, sino por aquí, por el mundo romano, por sus extremidades -los tentáculos con que Roma estrangula toda fe, todo amor, toda libertad que no sean las que ella quiera, las que le son útiles-, por aquí deberá empezarse la conquista de los espíritus para la Verdad.
Tú lo sabes, Señor. Pero yo hablo para los hermanos que no pueden creer que también nosotros, los gentiles, tengamos aspiración al Bien. A los hermanos digo que bajo la coraza pagana hay corazones desilusionados del vacío pagano, asqueados de la vida que llevan porque así es costumbre, cansados de odio, de vicio, de insensibilidad. Hay espíritus honestos, pero que no

saben dónde apoyarse pare hallar satisfacción a su aspiración al Bien. Dadles una Fe que apague su sed. Morirán por ella, llevándola cada vez más adelante cual antorcha en las tinieblas, como los atletas de los juegos helénicos".

Jesús enrolla el primer folio y mientras los que están escuchando comentan el estilo, la fuerza, las ideas de Síntica, y se preguntan por qué ya no está en Antigonio, Jesús abre el segundo folio.

Pedro, que hasta ahora ha estado sentado, vuelve a acercarse, como para oír mejor, y otra vez, arrimándose a Jesús, se alza sobre la punta de sus pies.

-Simón, hace mucho calor; tú me ahogas - dice sonriendo Jesús

-Vuelve a tu sitio. ¿No has oído hasta ahora?

-¿Oído? Sí. Pero no he visto. Y ahora quiero ver, porque Tú cambiaste y lloraste desde ese folio... Y no es sólo por Juan... Se sabía que estaba a las puertas de la muerte...

Jesús sonríe, pero, para impedir a Pedro ojear el escrito por detrás de los hombros, se pega a la columna más cercana, sin preocuparse de que se aleja de la luz de la lámpara, que si no ilumina el folio, ilumina, eso sí, la cara de Jesús.

Pedro, bien decidido a ver, a entender, arrastra una banqueta, frente a Jesús, y se sienta, y tiene los ojos fijos en el rostro del Maestro.

"Tanto estoy convencida de esto, que, habiéndome quedado sola, he dejado Antigonio por Antioquía, segura de poder trabajar más en este terreno -donde, como en Roma, todas las razas se funden y mezclan- que donde impera Israel... No puedo yo, mujer, partir a la conquista de Roma. Pero, si la Urbe me es inalcanzable, yo en la hija más bella de la Urbe, la más semejante a la madre en todo el Orbe, siembro... ¿En cuántos corazones caerá la semilla? ¿En cuántos germinará? ¿En cuántos será transportada a otros lugares y esperará a los apóstoles para germinar? No lo sé. No pido saberlo. Yo hago. Ofrezco al Dios que he conocido, y que sacia mi espíritu y mi intelecto, el trabajo. En este Dios creo, como en el Dios único y omnipotente. Sé que no defrauda al que es de buena voluntad. Esto me basta y me sostiene en el obrar.

Maestro, Juan murió el sexto día antes de las nonas de junio según los romanos, casi en la neomenia de Tammuz según los hebreos. Señor... ¿Para qué te digo lo que ya sabes? Y, sin embargo, lo digo, para los hermanos. Juan murió como justo, y, en honor a la verdad sobre sus sufrimientos, debería decir como mártir. Yo le asistí con toda la piedad que una mujer puede tener, con todo el respeto que se tiene hacia un héroe, con todo el amor que se tiene a un hermano. Pero ello no evitó un sufrimiento tal, que yo, no por fastidio o cansancio, sino por compasión, rogaba al Eterno que lo llamara a la paz. Él decía: “a la libertad”.

¡Qué palabras salían de su boca! ¿Es que puede subir a tanta luz de sabiduría un hombre que, como él decía, ha descendido hasta el fondo? ¡Oh, la muerte es verdaderamente el misterio que revela nuestro origen, y la vida es el escenario que esconde el misterio! Un escenario que se nos da sin motivos ornamentales, donde nosotros podemos realizar lo que queramos. Él había grabado muchas cosas, no todas hermosas; pero las últimas fueron sublimes. Del sombrío cielo de abajo, en que había diseños de dolor humano y de humana dolencia, cual sabio artífice, había pasado a signos cada vez más luminosos, y había decorado de virtudes el retazo de su vida cristiana, para terminar en una fúlgida luminosidad de alma perdida en Dios. Yo te lo digo: no habló, sino que cantó su último poema. No murió, sino que ascendió. Y no pude distinguir con exactitud cuándo hablaba todavía el hombre o cuándo hablaba ya el espíritu hijo de Dios. Señor, he leído, Tú lo sabes, todas las obras de los filósofos, buscando un alimento al alma atada por las dobles cadenas de la esclavitud y del paganismo. Pero eran obras de hombre. En este caso, no eran ya palabras de hombre, sino de superhombre, de espíritu regio, más: de espíritu semidivino. Yo he tutelado el misterio, que además no habría sido comprendido por nuestros huéspedes, buenos con el hombre, pero israelitas en el más amplio y completo sentido de la palabra... Y cuando en los últimos toques del amor Juan fue sólo un amor hablante, alejé a todos y recogí yo sola lo que Tú ciertamente sabes...

Señor... este hombre murió, ha “salido por fin de la carne, ha ido a la libertad”, como él decía con el hilo de voz de los últimos días, y con la mirada encendida en éxtasis, apretándome la mano y descubriéndome con sus palabras el Paraíso. Este hombre ha muerto enseñándome a vivir, a perdonar, a creer, a amar. Ha muerto preparándome al último período de tu vida. Señor, lo sé todo. Él me había instruido acerca de los profetas en las noches de invierno. Conozco el Libro como una verdadera israelita. Pero sé también lo que el Libro no específica... ¡Maestro mío y Señor mío... yo lo imitaré! Y quisiera el mismo favor, pero creo que es más heroico no pedirlo, y hacer tu voluntad...".

Jesús enrolla el folio y hace ademán de tomar el tercero.

-¡No, no, Maestro! No puede ser... Hay más. ¡No puede haber terminado tan pronto el folio! - exclama Pedro. ¡No estás leyendo todo! ¿Por qué, Señor? ¡Vosotros! ¡Protestad! Síntica ha escrito más para nosotros que para Él, y Él no nos lee.

-¡No insistas, Pedro!

-¡Sí que insisto! ¡Claro que insisto! Mira que he visto que tu ojo iba más abajo de golpe, y que -hay transparencia- no has leído los últimos renglones. No estaré tranquilo hasta que hayas leído de nuevo el final de ese folio. ¡Antes llorabas!... ¿Hay acaso motivo de llorar en eso que has leído? Duele, sí, saber que ha muerto... ¡pero una muerte así no hace llorar! Yo creía que hubiera muerto mal, perdiendo su espíritu... Sin embargo... ¡Lee, anda! ¡Madre! ¡Juan! Vosotros que obtenéis todo...

-Escúchalo, Hijo mío, y aunque sea algo doloroso de saberse beberemos todos el cáliz...

-Sea como queréis...

"Conozco el Libro como una verdadera israelita. Pero sé también lo que el Libro no especifica, o sea, que tu Pasión ya no tardará en cumplirse, porque Juan ha muerto y Tú le prometiste breve tiempo en el Limbo. El me lo dijo. Me dijo que habías prometido que lo sacarías de aquí antes de que conociera cómo puede ser y a dónde puede llegar el odio de Israel hacia ti, y ello para impedir que por amor a ti odiase a tus torturadores. Ahora él ha muerto... Tú estás, por tanto, próximo a morir... No. A vivir. Verdaderamente a vivir con tu Doctrina, contigo mismo dentro de nosotros, con la Divinidad en nosotros, una vez que tu Sacrificio nos haya devuelto la vida del alma, la Gracia, la unión con el Padre, con el Hijo, con el Espíritu Santo.

Maestro, mi Salvador, mi Rey, mi Dios... fuerte es mi tentación, mejor dicho: ha sido fuerte, de ir donde ti ahora que Juan duerme con el cuerpo en el sepulcro y reposa con el espíritu en la espera. Ir donde ti para estar con las otras al pie de tu

ara. Pero las aras se adornan no sólo con la víctima, sino también con guirnaldas en honor del Dios en cuyo honor se celebra el sacrificio. Yo pongo mi violácea guirnalda de discípula lejana a los pies de tu ara. Y en la guirnalda pongo la obediencia, el trabajo, el sacrificio de no verte y escucharte... ¡Será muy duro! ¡Es muy duro ahora, cuando tus coloquios sobrenaturales con Juan han concluido, y yo ya no gozo de ellos!... Señor, alza tu mano sobre tu sierva para que sepa hacer sólo tu voluntad y te sepa servir".

Jesús enrolla el folio y observa la cara de los que lo escuchan. Están pálidos. Pero Pedro susurra:

-No comprendo por qué llorabas... Pensaba que había otras cosas...

-Lloraba porque confrontaba al que fue uxoricida y forzado, y a la esclava pagana, con demasiados de Israel.

-¡Comprendo! Te angustia el que los hebreos sean inferiores a los gentiles, y los sacerdotes y príncipes a los forzados. Tienes razón... ¡He sido un estúpido! ¡Qué mujer esta mujer! ¡La pena es que haya tenido que marcharse!...

Jesús abre el tercer folio.

'Y sepa imitar en todo al discípulo y hermano que ya está en la paz, a donde ha ido después de haber cumplido todas las purificaciones... en tu honor y para aliviar tus sufrimientos".

-¡Ah! ¡No, no!

Pedro ha saltado con agilidad encima del asiento antes de que Jesús haya podido separarse, y ve que no es posible haber llegado ya a donde Jesús mira. Hay qué tener en cuenta que el pergamino se enrolla en sí mismo a medida que por arriba se le va soltando; por lo cual, muchos renglones están ya ocultos en lo alto del folio.

Jesús alza la cabeza y, con el rostro más afligido que triste, dulce pero firme, repele a su apóstol y dice:

-¡Pedro, tu Maestro *sabe lo* que te conviene! Deja que Yo te dé lo que para ti es bueno...

Pedro queda tocado por esas palabras, y más por la mirada –tan implorante, luciente por una lágrima que está para caer- de Jesús. Baja del asiento y dice:

-Obedezco... ¿Pero, qué podrá ser lo que hay ahí?

Jesús reanuda la lectura:

"Y ahora que he hablado de otros, hablo de mí. He dejado Antigonio después de la sepultura de Juan. No porque me tratasen mal, sino porque sentía que ése no era mi lugar. ¿Por qué lo sentía? No lo sé. Lo sentía. Como te he dicho, había conocido a muchas familias, porque muchos habían venido a nosotros. He preferido quedarme en la de Zenón, precisamente porque está en el ambiente en que espero trabajar.

Una mujer romana quería que viviera en su espléndida casa, junto a la Columnata de Herodes. Una siria riquísima me invitaba como maestra al taller de tejidos que su marido, que es de Tiro, ha abierto en Seleucia. Una viuda prosélito, madre de siete niñas, que vive cerca del puente Seleucio, quería que viviera con ella, por respeto a Juan, maestro de los niños. Una familia greco-asiria, con almacenes en una calle cerca del Circo, solicitaba que fuera a ella, porque en el tiempo de los juegos podía ser útil. En fin, un romano, que había sido centurión, creo, sin duda militar, y que se había quedado aquí no sé exactamente con qué obligación, curado también con el bálsamo, insistía para tenerme en su casa. No. No quería los ricos, ni los mercaderes. Quería almas, y almas griegas y romanas, porque siento que por ellas debe empezar la expansión de tu Doctrina en el mundo.

Y aquí estoy, en casa de Zenón, en las laderas del Sulpio, cerca de los cuarteles. La ciudadela se cierne amenazadora desde la cima. Y, sin embargo, a pesar de ser tan adusta, es mejor que los ricos palacios del Onfolo y del Ninfeo, y tengo amigos en ella. Un soldado que te conoce, de nombre Alejandro: un sencillo corazón de niño dentro de un cuerpo grande de soldado. Y el mismo tribuno, llegado hace poco de Cesárea, bajo su clámide tiene un corazón recto. Dentro de su tosca sencillez, se acerca más a la Verdad Alejandro. Pero tampoco el tribuno, que te admira como a un orador perfecto, un filósofo "divino", como él dice, es hostil a la Sabiduría, aunque todavía no pueda acoger la Verdad. Conquistar a éstos y a sus familias con un mínimo de tu conocimiento significa esparcir la semilla de este conocimiento a septentrión y a mediodía, a oriente y a occidente, porque los soldados son como granos agitados por el aventador, o mejor: tamo que el molino del viento, en este caso la voluntad de los Césares y las necesidades de dominio, esparce por todas partes.

Cuando llegue un día en que tus apóstoles, como pájaros lanzados a volar, se esparzan par la Tierra, gran ayuda será para ellos el encontrar en los lugares de apostolado uno, uno sólo, aunque sea uno sólo que no ignore tu venida. Por esta idea cuido también, de los gladiadores, los cuerpos dolientes de los viejos y los heridos de los jóvenes; por esto mismo, ya no evito a las mujeres romanas; por esto soporto a quienes eran causa de dolor para mí... Todo. Por ti. Si yerro, aconséjame con tu sabiduría. Sólo que sepas, pero ya lo sabes, que mis errores provienen de deficiencias, no de malicia.

Señor, tu sierva te ha dicho muchas cosas... Nada, respecto a lo mucho que tengo en el corazón. Pero Tú ves mi espíritu. Señor... ¿cuándo veré tu rostro? ¿Cuándo veré de nuevo a tu Madre?, ¿y a los hermanos?... La vida es un sueño que pasa. Pasará la separación. Estaré en ti, y con ellos, y será la alegría y la libertad para mí, también para mí, como para Juan.

Me postro a tus pies, mi Salvador. Bendíceme con tu paz. A María de Nazaret, a las discípulas, paz y bendición. A los apóstoles y a los discípulos, paz y bendición. A ti, Señor, gloria y amor".

-He leído. Madre, ven conmigo. Vosotros esperadme. O descansad. No regreso. Estaré en oración con mi Madre. Juana, si alguno me busca, estoy en el cenador de cerca del lago.

Pedro ha apartado un poco a María y le dice algo, intranquilo pero en voz baja. María le sonríe y susurra algo. Luego alcanza a su Hijo, que sigue el sendero apenas visible en la noche.

-¿Qué quería Simón de Jonás?

-Saber, Hijo mío. Es como un niño... un niño grande... Pero es muy bueno.

-Sí, es muy bueno. Y te ha rogado a ti, que eres buenísima, para saber... Ha descubierto el punto débil: tú y Juan. Lo sé. Hago como que no lo sé, pero lo sé. Pero no puedo ceder siempre para complacerlo... No hacía falta, Jonatán. Podíamos estar también sin luz - dice, al ver que Jonatán viene con una lámpara de plata y con unos almohadones que ahora dispone en la mesa y en los asientos del cenador.

-Lo ha ordenado Juana. La paz a ti, Maestro.

-Y a ti.

Se quedan solos.

-Decía que no siempre puedo complacerlo. Esta noche no podía. Sólo tú puedes conocer los puntos que he callado. Te he llamado para esto, y también para estar contigo, Mamá... Para mí, estar contigo en las últimas horas antes de una separación es acumular tanta dulce fuerza, que me siento rico de ella para muchas horas de soledad en medio del mundo, que no me comprende o que me comprende mal. Y estar contigo en las primeras horas de un regreso es tomar nuevas fuerzas, después de todos los cálices que debo beber en el mundo... tan desagradables y amargos.

María lo acaricia sin hablar. Erguida junto a Él, que está sentado es la Madre que conforta a su Hijo. Pero Él hace que se siente y dice

-Escucha... - y entonces María, en posición atenta, sentada frente a Él, pasa a ser la discípula pendiente de los labios de Jesús Maestro.

-Síntica escribe, hablando de Antioquía:

"Aquí la voluntad -no sé distinguir dónde cesa la de los hombres y empieza la de Dios, porque no soy sabia- aquí la voluntad, más fuerte que mi deseo, me ha traído, y quién sabe si no habrá sido todo voluntad de Dios. Lo cierto es que, casi seguro por una gracia del Cielo, ahora le tengo amor a esta ciudad que, con las cimas del Casio y del Amano custodiándola desde dos lados, y las crestas verdes de las Montañas negras más lejos, mucho me recuerda a la patria perdida. Y tengo la impresión de que sea el primer paso de regreso hacia mi tierra, y no paso de peregrina cansada que vuelve para morir, sino de mensajera de vida que viene a dar vida a quien fue para ella madre. Tengo la impresión de que desde aquí, golondrina descansada para el vuelo y nutrida de Sabiduría, tuviera que volar a la ciudad en que vi la luz y de la cual quiero, quisiera subir a la Luz después de dar la Luz que me fue dada.

Mis hermanos en ti, yo lo sé, no aprobarían este pensamiento... Quieren sólo para ellos tu sabiduría. Pero se equivocan. Un día comprenderán que el mundo espera, y que el mundo despreciado será el mejor. Yo les preparo el camino a ellos. No sólo aquí, sino con cuantos convergen aquí y luego regresan a sus tierras; y no distingo mucho si son gentiles o prosélitos, griegos o romanos, o de otras colonias del imperio y de la Diáspora. Hablo, suscito deseos de conocerte... El mar no está hecho de una nube vaciada; está hecho de nubes y nubes y nubes que vacían su agua en la tierra y vierten a1 mar. Yo seré una nube. El mar será el cristianismo. Quiero multiplicar el conocimiento de ti para contribuir a formar el mar del cristianismo. Yo, griega, sé hablar a los griegos, no tanto con el idioma cuanto con la comprensión... Yo, que fui esclava de los romanos, sé trabajar con los romanos, cuyos puntos sensibles conozco. Y, por el tiempo que he vivido entre los hebreos, sé también cómo tratar a éstos, especialmente aquí, donde los prosélitos son numerosos. Juan ha muerto para tu gloria. Yo viviré para tu gloria. Bendice nuestros espíritus".

-Y más adelante, donde habla de la muerte de Juan, donde no he dejado que Simón leyera, está escrito: "Juan ha muerto tras haber pasado todas las purificaciones, incluso la extrema, la del perdón a aquellos que con sus maneras de actuar te han obligado a alejarlo y lo han matado. Sé el nombre de éstos, al menos del principal. Juan me lo reveló, diciendo: "Desconfía siempre de él. Es un traidor. Me ha traicionado a mí, lo traicionará a Él y traicionará a nuestros compañeros. Pero lo perdono, a Judas Iscariote, como lo perdonará Él. Es tan grande ya el abismo en que yace, que no quiero excavarlo más no perdonándole el haberme matado separándome de Jesús. Mi perdón no lo salvará. Nada lo salvará, porque es un demonio. No debería decirlo, yo que fui asesino, pero en mí había al menos una ofensa que me hacía perder el juicio. Él arremete contra quien no le ha hecho ningún mal y acabará traicionando a su Salvador. Pero lo perdono, porque la bondad de Dios ha hecho de su odio contra mí mi bien. ¿Ves? He expiado todo. Él, el Maestro, me lo dijo ayer noche. He expiado todo. Ahora salgo de la cárcel. Ahora entro verdaderamente en la libertad, libre incluso del peso del recuerdo del pecado de Judas de Keriot hacia un desdichado que había encontrado la paz junto a su Señor".

Yo también, siguiendo su ejemplo, le perdono el haberme arrancado de ti, de la Madre bendita, de las hermanas discípulas, de oírte, de seguirte hasta la muerte, para estar presente en tu triunfo de Redentor. Y lo hago por ti, en honor tuyo y para aliviar tus sufrimientos. Estáte tranquilo, mi Señor. El nombre del oprobio que hay entre las filas de tus seguidores no saldrá de mis labios, y, conjuntamente, no saldrá nada de lo que he oído a Juan cuando su yo hablaba con tu invisible, letificante Presencia. He estado dudando si ir a verte antes de establecerme en mi nueva morada. Pero he sentido que habría transparentado mi repulsa hacia Judas Iscariote, y que te habría perjudicado ante tus enemigos. He sacrificado así este consuelo también... con la seguridad de que el sacrificio no quedará sin fruto y sin premio".

-Esto es, Madre. ¿Podía leerle esto a Simón?

-No. Ni a él ni a los otros. Dentro de mi dolor tengo la alegría de esta muerte santa de Juan... Hijo, vamos a orar para que él sienta nuestro amor y... y para que Judas no sea el oprobio... ¡Oh, es horrendo!... Y no obstante... nosotros perdonaremos...

-Vamos a orar...

Se ponen en pie y oran, iluminados por la trémula luz de la lámpara, entre cortinas de ramas colgantes, mientras la resaca respira rítmicamente chocando contra la orilla...

## Discurso y curaciones en las fuentes termales de Emaús de Tiberíades.

El lago es todo y sólo una enorme sardónica engastada entre los montes, apenas visible al claror de las estrellas, habiéndose ocultado ya la Luna. Jesús está solo en el verde cenador, con la cabeza reclinada encima de los antebrazos, apoyados a su vez en la mesa, junto a la lámpara, que emite sus últimos brillos. Pero no duerme. De vez en cuando levanta la cabeza, mira otra vez a los folios extendidos encima de la mesa, mantenidos abiertos por la lámpara, puesta en la parte de arriba del folio, y por los antebrazos, puestos en la parte baja, y luego reclina nuevamente la cabeza.

El silencio es absoluto. Parece dormir también el lago con su calmaría pesada. Pero luego, contemporáneos, un frufrú de viento entre las frondas, un solitario choque de ola contra la orilla, una mutación en la naturaleza, yo diría: un crepitar de elementos que se despiertan. La no-luz del alba inicial es ya una luz, aun cuando la vista no se dé cuenta todavía al extender la mirada por e1 jardín desierto. Es el espejo del lago el que da el indicio de este renacer de la luz, porque su sardónica negra, plúmbea, se hace más clara, y lentamente, reflejando el cielo que va blanqueciendo, de plúmbeo pasa a gris-pizarra y luego a gris-hierro; luego, a ópalo; en fin, vésele reflejar el cielo con un paradisíaco, azulado titilar de aguas.

Jesús se pone en pie, recoge los folios, toma la lámpara, que con el primer soplo de la brisa se ha apagado, y se dirige hacia la casa. Encuentra en el camino a una doméstica, que hace una reverencia: luego, a un jardinero, que va a los parterres, y con él intercambia un saludo. Entra en el atrio, donde otros criados realizan las tareas primeras.

-La paz a vosotros. ¿Podríais llamar a los míos?

-Ya se han levantado, Señor. Y el carro para las mujeres está ya preparado. También Juana está levantada. Está en el atrio interior.

Jesús va, por dentro de la casa, al atrio que mira a la calle. Allí, en efecto, están todos reunidos.

-Vamos. Madre, el Señor esté contigo. María, contigo también, y que mi paz os acompañe. Adiós, Simón. Lleva mi paz a Salomé y a los niños.

Jonatán abre la pesada puerta. En la calle espera el carro cubierto. La calle, entre casas, completamente desierta, no tiene todavía mucha luz. Las mujeres suben, con su pariente, y el carro se pone en marcha.

Vamos enseguida también nosotros. Andrés, adelántate corriendo, ve donde están las barcas y di a los mozos que nos alcancen en Tariquea.

-¿Cómo? ¿Vamos a pie? Nos retrasaremos...

-No importa. Precededme mientras me despido de Juana.

Los apóstoles se ponen en camino...

-Yo te sigo, Señor. O, mejor, te precedo, porque iré con la barca.

-Tendrás que esperar mucho...

-No importa. Déjame ir.

-Sea como quieres. ¿Cusa no está?

-No ha regresado a casa, Señor.

-Le dirás que lo saludo y lo exhorto a ser justo. Acaricia por mí a los niños, Y.., tú, que has comprendido a tu Maestro, persuade a Cusa de que está en un error, y con él todos aquellos que quieren hacer del Cristo un rey temporal.

También Jesús sale a la calle y, raudo, alcanza a los apóstoles.

-Vamos por el camino de Emaús. Muchos necesitados van a las fuentes, quién en busca de curación, quién en busca de limosna.

-Pero nosotros no tenemos una perra... - objeta Santiago de Zebedeo.

Jesús no responde.

Los caminos se van poblando de minuto en minuto, y de dos clases muy distintas de personas: hortelanos, vendedores, criados, esclavos, lugareños, que se apresuran a ir a las distintas actividades; y gente de mundo, rica, que van también, en literas o en cabalgaduras, hacia las fuentes, que, si han de curar, supongo que son termales.

Tiberíades debe ser verdaderamente un poco cosmopolita, porque entre la gente se ven personas de naciones distintas. Hay romanos signados por el peso de una vida ociosa y viciosa; griegos atildados, ciertamente no menos licenciosos que los romanos, pero con una máscara -huella del vicio- de distinta expresión de la de los latinos. Hay gente de la costa fenicia; y hebreos, en su mayoría ancianos. Acentos, lenguas, vestidos... son distintos. Algún rostro quebrado, de enfermo o de enferma; o rostros cansados de patricias... y rostros de gente de mundo de ambos sexos, que van en grupos, unos a caballo al lado de las literas, otros en las literas, gastando bromas, conversando sobre fútiles temas, haciendo apuestas...

El camino es hermoso: un paseo umbrío, que entre los intercolumnios de los troncos deja ver, a un lado, el lago, a otro, la campiña. E1 sol, ortivo, reaviva los colores del agua y las plantas.

Muchos se vuelven a mirar a Jesús y un susurro le sigue. Palabras femeninas de admiración, sátiras de hombres, algunas burlas, también palabras enojadas. De enfermos, alguna súplica que Jesús recoge: las únicas, de entre todas las voces, que recoge y acoge.

Cuando devuelve la agilidad a los miembros de uno de Tiro, anquilosados por la artritis, la irónica indiferencia de muchos gentiles reacciona.

-¡Caramba! - exclama un viejo romano con cara abolsada de crapuloso - ¡Caramba! ¡Qué bien curarse uno así! Yo lo llamo.

-Nada que ver contigo, viejo Sileno. ¿Qué harías, una vez curado?

-¡Volver a los placeres!

-Entonces es inútil ir al triste Nazareno.

-Yo voy, y me apuesto lo que tengo a que...

-No apuestes. Pierdes.

-Déjalo que apueste. Está todavía borracho. Nos gozamos su dinero.

El viejo, tambaleándose, baja de la litera y llega a donde Jesús, que está escuchando a una madre hebrea que le habla de su hija, una palidecida muchacha a la que lleva de la mano.

-No temas, mujer. Tu hija no morirá. Vuelve a casa. No la lleves a las fuentes. No recuperaría la salud del cuerpo y perdería la pureza del alma. Son lugares de licencia degradante - y lo dice bien fuerte, de forma que todos oigan.

-Tengo fe, Rabí. Vuelvo a mi casa. Bendice a tus siervas, Maestro.

Jesús las bendice y hace ademán de empezar a andar. El romano le tira de la túnica:

-Cúrame - ordena.

Jesús lo mira y pregunta:

-¿Dónde?

Los romanos, y con ellos algunos griegos y fenicios, se han agrupado y se ríen irónicamente y hacen apuestas. Algunos israelitas, que se han apartado, y susurran: « ¡Profanación! ¡Anatema!» y otras palabras por el estilo, se detienen con curiosidad a pesar de todo...

-¿Dónde? - pregunta Jesús.

-Por todas partes. Estoy enfermo... ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji!

Tan extraño es el sonido que le sale de la boca, que no sé si se está riendo o si llora. Parece como si la grasa fláccida que años de vicio le han dejado oprimiera hasta las cuerdas vocales. El hombre enumera sus quebrantos y expresa su miedo de morir.

Jesús lo mira severamente y responde:

-Efectivamente, debes temer la muerte, porque te has matado a ti mismo - y le vuelve la espalda.

El otro trata de sujetarlo por el vestido, mientras los presentes se ríen sarcásticamente. Pero Jesús se libera de la presa y se marcha.

-¡Pulgar hacia abajo, Apio Fabio! ¡Pulgar hacia abajo! El llamado rey de los judíos no te ha concedido la gracia. Danos la bolsa. Apuesta perdida.

Se forma un alboroto de griegos y romanos que rodean al defraudado, el cual, con un empujón, los aparta y se echa a correr lo que puede, pues está muy obeso, tirándose hacia arriba el vestido, bamboleándose con toda su masa sebosa. Pero tropieza y se cae en el polvo en medio de las carcajadas de sus amigos, que lo arrastran hasta un árbol, contra cuyo tronco el ebrio se estrecha, y llora con ese llanto desabrido de los borrachos.

Los manantiales están, sin duda, cercanos, porque la densidad de gente es cada vez mayor, afluyendo de muchos caminos hacia un solo lugar. Olor de aguas sulfurosas se detiene en el aire.

-¿Bajamos hacia la orilla para evitar el contacto con estos impuros? - pregunta Pedro.

-No son todos impuros, Simón. Entre ellos hay también muchos de Israel - dice Jesús.

Llegan a las termas: una serie de edificios blancos de mármol, con paseos entre ellos, de cara al lago, separados de éste por una especie de vasta plaza con árboles, bajo los cuales los que aquí han venido pasean en espera del baño o reaccionan después de éste. Unas cabezas de medusa de bronce, que sobresalen por la pared de un edificio arrojan aguas humeantes a un estanque de mármol que, blanco por fuera, está enrojecido por dentro, como recubierto de hierro orinento. Muchos hebreos van a las fuentes y beben en copas el agua mineral. Sólo veo hacer esto a los hebreos y en este pabellón. Creo adivinar que los israelitas observantes quieren tener su propio lugar para evitar contactos con los gentiles.

Hay muchos enfermos en camillas, en espera de la cura, y al ver a Jesús muchos de ellos gritan:

-¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mi!

Jesús se dirige hacia éstos. Paralíticos, artríticos, anquilosados, o con huesos fracturados que no se sueldan, enfermos de anemias, de glándulas, mujeres ajadas antes de tiempo, niños anticipadamente adultos. Y luego, bajo los árboles, mendigos que piden limosna lastimeramente.

Jesús se detiene donde están los enfermos. Se extiende la voz de que el Rabí va a hablar y curar. La gente, incluso la de otras razas, se acerca a ver.

Jesús mira a su alrededor. Sonríe al ver salir, todavía con el pelo húmedo de la ducha que ha tomado, al griego enviado por Síntica. Alza enseguida la voz para ser oído:

-La misericordia abre las puertas a la gracia. Sed misericordiosos para obtener misericordia. Todos los hombres son pobres en algo: unos en monedas, otros en afectos, otros en la libertad, otros en la salud. Y todos los hombres tienen necesidad de ayuda del Dios que ha creado el Universo y que puede, único Padre, socorrer a sus hijos.

Hace una pausa, como para dar tiempo a la gente de elegir si venir a escuchar o irse a los baños. Pero los baños están olvidados por la mayor parte. Israelitas o gentiles se agolpan para oír, y no faltan romanos escépticos que esconden su curiosidad con el comentario chistoso:

-Hoy no falta el orador para hacer de este lugar termas romanas.

El griego Zenón hiende la multitud gritando:

-¡Por Zeus! ¡Estaba para salir para Tariquea y te encuentro aquí!

Jesús prosigue:

-Ayer alguien me dijo: "Es difícil poner en práctica lo que Tú haces". No, no es difícil. Mi doctrina se funda en el amor, y el amor no es nunca difícil de llevarse a cabo. ¿Qué predica mi doctrina? El culto a un verdadero Dios, el amor a nuestro prójimo.

El hombre, eterno niño, tiene miedo de las sombras, y sigue las quimeras porque no conoce el amor. El amor es sabiduría y luz. Es sabiduría porque desciende a instruir; es luz porque viene a iluminar. Donde hay luz desaparecen las sombras, donde hay sabiduría mueren las quimeras. Entre los que me están escuchando hay gentiles. Éstos dicen: "¿Dónde está Dios?". Dicen: "¿Quién nos asegura que tu Dios sea el verdadero?". Dicen: "¿Con qué nos aseguras que eres veraz en lo que dices?". No son sólo los gentiles los que dicen esto. También otros me preguntan: "¿Con qué poder haces estas cosas?". Con el poder que me viene del Padre, de aquel Padre que ha puesto todas las cosas al servicio del hombre, su criatura predilecta, y que me manda a instruir a los hombres, mis hermanos. ¿Podrá el Padre, que ha dado poder a las entrañas de la tierra de hacer medicamentosas a las aguas de las fuentes, haber limitado el poder a su Cristo? ¿Y quién, qué Dios, sino el Dios verdadero, podrá conceder al Hijo del hombre hacer prodigios que dan nueva vida a los miembros destruidos? ¿En qué templo de ídolos se ve que los ciegos recuperen la vista y los paralíticos el movimiento; en cuál los moribundos, ante un "quiero" de un hombre, se alzan más sanos que los sanos? Pues bien, Yo, para dar gloria al Dios verdadero y para hacer que vosotros lo conozcáis y alabéis, digo a estos que están reunidos aquí, cualquiera que fuere su raza y religión, que obtendrán la salud que piden a unas aguas, y que la obtendrán por mí, Agua viva, que doy la vida del cuerpo y del espíritu a quien cree en mí y practica la misericordia con recto corazón. Yo no pido cosas difíciles. Pido un movimiento de fe y uno de amor. Abrid el corazón a la fe. Abrid el corazón al amor. Dad para recibir. Dad las pobres monedas para recibir de Dios ayuda. Empezad a amar a los hermanos. Sabed tener misericordia. Los dos tercios de vosotros están enfermos por su egoísmo y concupiscencia. Demoled el egoísmo, frenad las concupiscencias. Ganaréis en salud física y en sabiduría. Demoled la soberbia. Y obtendréis el favor del verdadero Dios. Os pido la limosna para los pobres y luego os daré la gracia de la salud.

Y Jesús levanta un extremo del manto y lo extiende para recibir las monedas, las muchas monedas que paganos e israelitas se apresuran a echar. Y no se da únicamente monedas, sino también anillos y otras joyas, echados con desprendimiento por las mujeres romanas, las cuales, al llegar donde Jesús, lo miran, y alguna susurra alguna palabra, a la que Jesús asiente o responde brevemente.

Las ofrendas han terminado. Jesús llama a los apóstoles para que lleven a su presencia a los mendigos, y, con la misma rapidez con que el montón se había formado, desaparece hasta la última moneda. Quedan joyas que Jesús, al no haber en ese lugar nadie que las compre, y así transformarlas en monedas, devuelve a sus donadoras. Y para consolar a éstas les dice:

-El deseo equivale al acto. La ofrenda que habéis dado es igualmente preciosa que si hubiera sido distribuida, porque Dios ve el pensamiento del hombre.

Luego se yergue y grita:

-¿De quién me viene el poder? Del verdadero Dios. Padre, muestra tu esplendor en tu Hijo. En tu nombre ordeno a las enfermedades: ¡alejaos!

Y se produce eso ya visto muchas veces: enfermos que toman nueva vida, tullecidos que se enderezan, paralíticos que se mueven. Y se produce que los rostros toman color, los ojos lucen, se elevan gritos de hosanna, los romanos se felicitan recíprocamente, y entre éstos hay dos mujeres y un hombre que han recobrado la salud y quieren imitar a los sanados de Israel, y, no llegando todavía a humillarse como los hebreos con el beso a los pies del Cristo, hacen una reverencia, toman un extremo del manto y lo besan.

Y luego Jesús, eludiendo a la multitud, reanuda el camino. Pero no la elude, porque, excepto algún obstinado gentil o algún hebreo aún más culpablemente obstinado, todos lo siguen por el camino que va a Tariquea.

## 463

## En Tariquea. Cusa, a pesar del discurso sobre la naturaleza del reino mesiánico, invita a Jesús a su casa. Conversión de una pecadora.

La pequeña península de Tariquea se adentra en el lago formando una profunda ensenada al suroeste, de modo que no se yerra diciendo que, más que una península, es un istmo rodeado por las aguas a lo largo de casi todo su perímetro, y que queda unido a la tierra sólo por una pequeña parte. Al menos así era en tiempos de Jesús, que es cuando yo la veo. No sé si luego, durante veinte siglos, las arenas y los guijarros, arrastrados por un torrentillo que desemboca justamente en la ensenada del suroeste, habrá modificado el aspecto del lugar, enarenando la pequeña bahía y, por tanto, ensanchando la lengua de tierra del istmo. La bahía aparece serena, azulina con estrías de jade donde refleja el verde de los árboles que desde la costa se asoman al lago: Muchas barcas ondean levemente en las aguas apenas móviles.

Lo que llama mi atención es un dique arcado -de arcos que se apoyan en los guijarrales de la orilla- que forma como un paseo, un embarcadero, qué sé yo, orientado hacia el oeste. No comprendo si lo han construido para embellecimiento o con alguna finalidad útil que no capto. Este paseo, dique o embarcadero, está recubierto de un espeso estrato de tierra, en que han sido plantados árboles tan juntos -aunque no grandes-, que forman una galería de follaje por encima del camino. Mucha gente ocia paseando bajo esa galería susurradora que de la brisa, las aguas y las frondas saca un grato coeficiente de frescor.

Se ve netamente la entrada del Jordán y el desagüe de las aguas del lago en el lecho del río, formando algún remolino, o alguna acumulación de agua en los pilones de un puente -yo diría que romano por su arquitectura de robustos pilones, puestos como tajamares. (no sé si me expreso bien; quiero decir que están construidos como un hexágono) -. Contra las aristas de los pilones se rompe la corriente de las aguas, formando todo un juego nacarado de luces bajo el sol que las hiere así, rotas y rebosantes, rebosantes para desaguar en la garganta del río, que, después de tanta anchura en el lago, se encajona ahora. Casi al final del puente, en la otra orilla, una pequeña, blanca ciudad, extendida sobre el verde de la campiña óptima. Y, más arriba,

hacia el norte, pero en la costa oriental del lago, el arrabal que precede a Ippo; y los bosques, altos sobre la vista del arrecife, tras los que está Gamala, bien visible en la cima de su monte.

Jesús, seguido por una cola de gente que viene con Él desde Emaús y que ha aumentado con los que ya lo esperaban en Tariquea - entre éstos está Juana, que ha venido en su barca-, se dirige precisamente hacia el dique arbolado, y se para en el centro de éste, de forma que tiene el agua a la derecha y la playa a la izquierda. Los que pueden se ponen en el camino arbolado; los que no pueden encontrar sitio en el camino se ponen abajo, en la playa, aún humedecida de la alta marea nocturna -o por alguna otra razón- y parcialmente en sombra debido a las frondas de los árboles del dique; otros abordan con las barcas y toman asiento a la sombra de las velas. Jesús hace ademán de querer hablar. Se hace silencio general.

-Está escrito (*Habacuc 3, 13 y 18)*: "Te moviste a salvar a tu pueblo, para salvarlo con tu Cristo". Está escrito: "Y yo me alegraré en el Señor y exultaré en Dios mi Jesús". *(Las palabras "tu Cristo" (del versículo 13) y "mi Jesús" del versículo 18), presentes en la Vulgata, pasaron a ser tu consagrado (o tu mesías) y mi salvador en la Neovulgata)*

El pueblo de Israel ha tomado para sí estas palabras y les ha dado un significado nacional, personal, egoísta, que no corresponde a la verdad sobre la persona del Mesías. Ha dado un significado limitado, que reduce la grandeza de la idea mesiánica a una mediocre manifestación de fuerza humana y de victoriosa superación de los dominadores encontrados por el Cristo en Israel.

Pero la verdad es otra. Es grande, ilimitada. Viene del Dios verdadero, del Creador y Señor del Cielo y de la Tierra, del Creador de la Humanidad, de Aquel que -de la misma manera que multiplicó los astros en el Firmamento y cubrió de plantas de todas las especies la Tierra y la pobló de animales y puso peces en las aguas y aves en el aire- ha multiplicado los hijos del Hombre que creó para que fuera rey de la Creación y criatura predilecta suya. Ahora bien, ¿cómo podría el Señor, Padre de todo el género humano, ser injusto con los hijos, de los hijos, de los hijos de los que nacieron del Hombre y de la Mujer, formados por Él con la materia, la tierra, y con el alma, su aliento divino? ¿Cómo tratar a éstos diversamente que a aquéllos, como si no provinieran de una única raíz, como si otro ser sobrenatural y antagonista, y no Él, hubiera creado otras ramas, de manera que fueran extranjeros, bastardos, despreciables?

El verdadero Dios no es un pobre dios de éste o aquel pueblo, un ídolo, una figura irreal. Es la sublime Realidad, es la Realidad universal, es el Ser único, Supremo, Creador de todas las cosas y de todos los hombres. Es, por tanto, el Dios de todos los hombres. Y los conoce aunque ellos no lo conozcan. Los ama aunque ellos, no conociéndolo, no lo amen; o aunque lo conozcan mal y, por tanto, lo amen mal; o aunque, aun conociéndolo, no sepan amarlo. La paternidad no cesa cuando un hijo es ignorante, torpe o malo. El padre se industria para instruir al hijo, porque instruirlo es amor; se afana en hacer menos torpe al hijo retrasado; con lágrimas, con indulgencias, con castigos saludables, con perdones misericordiosos trata de corregir al hijo malo y hacerlo bueno. Éste es el padre-hombre. ¿Será, acaso, menos el Padre-Dios que un padre-hombre? Veis, pues, que el Padre-Dios ama a todos los hombres y quiere su salvación. Él, Rey de un Reino infinito, Rey eterno, mira a su pueblo, compuesto por todos los pueblos que pueblan la Tierra, y dice: "Éste es el pueblo de mis criaturas, el pueblo que debe ser salvado con mi Cristo; éste es el pueblo para el que ha sido creado el Reino de los Cielos. Y ésta es la hora de salvarlo con el Salvador".

¿Quién es el Cristo? ¿Quién, el Salvador? ¿Quién, el Mesías? Muchos son los griegos aquí presentes, y muchos, aunque no sean griegos, saben lo que quiere decir la palabra Cristo. Cristo es, pues, el consagrado, el ungido con óleo regio para cumplir su misión. ¿Consagrado para qué? ¿Será para la pequeña gloria de un trono? ¿Será para la gloria, más grande, de un sacerdocio? No. Consagrado para reunir bajo un único cetro, en un único pueblo, bajo una única doctrina, a todos los hombres, para que entre sí sean hermanos, e hijos de un único Padre, hijos que conocen al Padre y que siguen su Ley para tomar parte en su Reino.

Rey, en nombre del Padre que lo ha enviado, el Cristo reina como conviene a su Naturaleza, o sea, *divinamente,* al ser de Dios. Dios ha puesto todo como escabel de los pies del Cristo suyo, pero, ciertamente, no para que oprima, sino para que salve. Efectivamente, su nombre es Jesús, que en lengua hebrea quiere decir Salvador. Cuando el Salvador salve de la insidia y herida más violentas, a sus pies habrá un monte cubierto por una multitud de toda raza, para simbolizar que Él reina sobre toda la Tierra y se yergue por encima de todos los pueblos. Pero el Rey estará desnudo, sin más riqueza que su Sacrificio, para simbolizar que no tiende sino a las cosas del espíritu, y que las cosas del espíritu se conquistan con los valores del espíritu y se redimen con la heroicidad del sacrificio; no con la violencia y el oro. Estará desnudo para responder -tanto a los que le temen como a aquellos que, por un falso amor, contemporáneamente, lo exaltan y lo rebajan queriendo que sea rey según el mundo, como a aquellos que lo odian sin más razón que el temor a ser despojados de lo que ellos aprecian-, para responder que es Rey espiritual, sólo esto, enviado para enseñar a los espíritus a conquistar el Reino, el único Reino que Yo he venido a fundar.

No os doy leyes nuevas. A los israelitas les confirmo la Ley del Sinaí; a los gentiles les digo: la ley para poseer el Reino no es otra sino la ley de virtud que toda criatura de moral elevada por sí misma se impone, y que, por la fe en el Dios verdadero, se transforma, de ley de moral o de virtud humana, en ley de moral sobrehumana.

¡Oh, gentiles! Acostumbráis a proclamar dioses a los hombres grandes de vuestras naciones, y los metéis en las filas de los numerosos e irreales dioses de que pobláis el Olimpo que os habéis creado para tener algo en que creer, porque la religión, una religión, es necesaria para el hombre, así como, siendo la fe el estado permanente del hombre y la incredulidad la anormalidad accidental, es necesaria una fe. Y no siempre estos hombres elevados a deidades valen siquiera como hombres, pues unas veces son grandes por la fuerza bruta, otras por una gran astucia, otras por un poder de una u otra forma adquirido. De manera que llevan consigo, como dotes de superhombres, una serie de miserias que el hombre sabio ve como lo que son: podredumbre de pasiones desencadenadas.

Y que estoy afirmando la verdad lo demuestra el hecho de que en vuestro Olimpo quimérico no habéis sabido introducir siquiera uno de esos grandes espíritus que han sabido intuir el Ente supremo y han sido agentes intermedios entre el hombre animal y la Divinidad, instintivamente sentida por ellos con su espíritu meditador y virtuoso. Del espíritu que razona del filósofo, del verdadero gran filósofo, al espíritu del verdadero creyente que adora al verdadero Dios, el paso es breve; mientras que del espíritu del creyente al yo del astuto, del hombre avasallador, o del que es héroe materialmente, hay un abismo. Y, aún

siendo así, no habéis puesto en vuestro Olimpo a aquellos que, por la virtud de la vida, mucho se elevaron por encima de la masa humana, hasta acercarse a los reinos del espíritu; no, a éstos los habéis temido como a crueles amos, o los habéis adulado por un servilismo de esclavos, o los habéis admirado como ejemplares vivos de esas libertades de animales instintos que ante vuestros apetitos anormales se presentan como finalidad y meta en la vida. Habéis envidiado a los que han sido adscritos al grupo de los dioses, y habéis dejado de lado a los que más se acercaron a la divinidad con la práctica y la doctrina enseñada y vivida de una vida virtuosa.

Ahora, en verdad, Yo os doy la manera de que seáis dioses. El que haga lo que digo y crea en lo que enseño, ése, subirá al verdadero Olimpo, y será dios, dios hijo de Dios en un Cielo donde no hay ningún tipo de corrupción y donde el Amor es la única ley. *(Será dios se refiere al hombre en cuanto dios hijo de Dios. Todo el contexto (especialmente donde se dice "en el Reino de Aquel que os ha creado") y el uso de la minúscula en la palabra "dios" expresan que no se le atribuye al hombre la misma naturaleza de Dios)* En un Cielo donde unos a otros se aman espiritualmente, sin ofuscación ni asechanzas de los sentidos que enemisten a unos contra otros a sus habitantes, como sucede en vuestras religiones. No vengo a pedir actos bulliciosamente heroicos. Vengo a deciros: vivid como la criatura dotada de alma y razón, y no como el bruto. Vivid de forma que merezcáis vivir, realmente vivir, con la parte inmortal vuestra en el Reino de Aquel que os ha creado.

Yo soy la Vida. Vengo a enseñaros el Camino para ir a la Vida. Vengo a daros la Vida a todos vosotros, y a dárosla para daros la resurrección de vuestra muerte, de vuestro sepulcro de pecado e idolatría. Yo soy la Misericordia. Vengo a llamaros, a reuniros a todos. Yo soy el Cristo Salvador. Mi Reino no es de este mundo; y, no obstante a quien cree en mí y en mi palabra le nace un reino en el corazón ya desde los días de este mundo, y es el Reino de Dios, el Reino de Dios en vosotros.

De mí está escrito que soy Aquel que llevará la justicia a las naciones. (*Isaías 42, 1-9)* Es verdad. Porque si los miembros de todas las naciones llevaran a cabo lo que Yo enseño, terminarían los odios, las guerras, los abusos. Está escrito de mí que no levantaré la voz para maldecir a los pecadores, ni la mano para destruir a aquellos que, por su indecorosa manera de vivir, son como cañas rajadas y pabilos humeantes. Es verdad. Yo soy el Salvador y vengo a fortalecer a los lesionados, a dar líquido a aquellos cuya luz es fumosa por falta de la necesaria sustancia. Está escrito de mí que soy Aquel que abre los ojos a los ciegos y saca de la cárcel a los prisioneros y lleva a la luz a los que estaban en las tinieblas de la mazmorra. Es verdad. Los ciegos más ciegos son los que ni siquiera con la vista del alma ven la Luz, o sea, al verdadero Dios. Yo vengo, Luz del mundo, para que vean. Los prisioneros más prisioneros son los que tienen por cadenas sus pasiones malas. Cualquier otra cadena queda anulada con la muerte del prisionero, pero las cadenas de los vicios duran y encadenan incluso más allá de la muerte de la carne. Yo vengo a romperlas. Vengo a sacar de las tinieblas de la mazmorra subterránea de la ignorancia de Dios a todos aquellos a quienes el paganismo sofoca con el cúmulo de sus idolatrías.

Venid a la Luz y a la Salvación. Venid a mí, porque mi Reino er el verdadero y mi Ley es buena: os pide solamente que améis al único Dios y a vuestro prójimo, y, por tanto, que rechacéis a los ídolos y a las pasiones, cosas estas que os hacen duros de corazón, áridos, sensuales, ladrones, homicidas. El mundo dice *(Sabiduría 2, 10-12)*: “Avasallemos al pobre, al débil, al solo. Sea la fuerza nuestro derecho, la dureza nuestro modo, nuestras armas la intransigencia, el odio, la crueldad. El justo, puesto que no reacciona, sea pisoteado; y avasallados la viuda y el huérfano, que tienen débil voz". Yo digo: sed dulces y mansos: perdonad a los enemigos; socorred a los débiles; sed justos en las ventas y en las compras; aun teniendo el derecho de vuestra parte, sed magnánimos, no aprovechándoos de poder pisotear a los caídos. No os venguéis. Dejad a Dios el cuidado de tutelaros. Sed moderados en todas las tendencias, porque la templanza es prueba de fuerza moral, mientras que la concupiscencia lo es de debilidad. Sed hombres y no brutos, y no temáis haber caído demasiado y no poder izaros de nuevo.

En verdad os digo que de la misma manera que el lodo puede volver a ser agua pura -evaporándose al sol, purificándose dejándose consumir y elevándose al cielo para después volver a caer en forma de lluvia o de rocío no inficionado y beneficioso-, con tal de que sepa soportar el sol, así los espíritus que se acerquen a la gran Luz que es Dios y le eleven a Él su grito: "¡He pecado, soy lodo, pero aspiro a ti, Luz!", se transformarán en espíritus que ascenderán purificados a su Creador. Quitad a la muerte su horror, haciendo de vuestra vida una moneda para adquirir la Vida. Despojaos del pasado, cual de un vestido sucio, y revestíos de virtud. Yo soy la Palabra de Dios y, en su Nombre, os digo que quien tenga fe en Él y buena voluntad, quien se arrepienta del pasado y tenga propósito recto para el porvenir, sea hebreo o gentil, vendrá a ser hijo de Dios y posesor del Reino de los Cielos.

Os he dicho al principio: "¿Quién es el Mesías?". Ahora os digo: Soy Yo, el que os habla, y mi Reino está en vuestros corazones, si lo acogéis, y luego estará en el Cielo que os abriré, si sabéis perseverar en mi Doctrina. Esto es el Mesías y nada más: Rey de un reino espiritual, cuyas puertas abrirá con su sacrificio a todos los hombres de buena voluntad.

Jesús ha terminado de hablar y ahora hace ademán de encaminarse hacia una pequeña escalera que desde el dique lleva a la orilla. Quizás quiere ir a la barca de Pedro, que arfa junto a un rudimentario embarcadero. Pero se vuelve de golpe y escruta a la multitud y grita:

-¿Quién me ha invocado para el espíritu y para la carne?

Nadie responde. Él repite la pregunta y va repasando con sus espléndidos ojos a la multitud, que se agolpa detrás de Él, no sólo en el camino sino también abajo, en la arena. Todavía silencio.

Mateo hace esta observación:

-Maestro, quién sabe cuántos, en este momento, habrán elevado su corazón a ti con la emoción de tus palabras...

-No. Un alma ha gritado: "Piedad" y la he oído. Y para deciros que es verdad respondo: "Hágase en ti según lo que pides, porque el movimiento de tu corazón es justo".

Y, enhiesto, espléndido, extiende imperiosamente la mano hacia la playa.

Trata de encaminarse de nuevo hacia la pequeña escalera, pero se pone enfrente de Él Cusa, que ha bajado -está claro- de alguna barca, y lo saluda con reverencia.

-Te estoy buscando desde hace muchos días. He dado la vuelta al lago tras de ti, Maestro. Es urgente que te hable. Acepta mi invitación a mi casa. Tengo a muchos amigos conmigo.
-Ayer estaba en Tiberíades.
-Me lo han dicho. Pero no estoy solo. ¿Ves aquellas barcas que se dirigen a la otra orilla? Allí hay muchos que quieren verte. Entro ellos también discípulos tuyos. Ven a mi casa, allende el Jordán; te ruego.
-Es inútil, Cusa. Sé lo que quieres decirme.
-Ven, Señor.
-Enfermos y pecadores me esperan; déjame...
-También nosotros te esperamos, enfermos de inquietud por tu bien. Y hay también enfermos de la carne, también...
-¿Has oído mis palabras? ¿Y entonces para qué insistes?
-Señor, no nos rechaces, nosotros...
Una mujer se ha abierto paso entre la multitud. Conozco ya lo suficiente los vestidos hebreos como para comprender que no es hebrea y los vestidos... honestos como para comprender que ésta es una deshonesta. Pero para celar sus rasgos y sus gracias, quizás demasiado procaces, se ha envuelto toda en un velo, cerúleo como su amplio vestido, que es de todos modos provocativo por la forma, que le deja destapados los bellísimos brazos. Se arroja al suelo y se arrastra por él hasta que llega a tocar la túnica de Jesús, y la toma entre sus dedos y besa su extremo, y llora, convulsa toda por los sollozos.
Jesús, que iba a responder a Cusa diciendo: «Erráis y...» baja la mirada y dice: -¿Eras tú la que me invocaba?
-Sí... y no soy digna de la gracia que me has concedido. No habría debido siquiera llamarte con el espíritu. Pero tu palabra... Señor... yo soy pecadora. Si me destapara la cara, muchos te dirían mí nombre. Soy... una prostituta... y una infanticida... y el vicio me había enfermado... Estaba en Emaús, te di una joya... me la devolviste... y una mirada tuya... me entró en el corazón... Te he seguido... Has hablado. He dicho dentro de mí tus palabras: "Soy lodo, pero aspiro a ti, Luz". He dicho: "Cúrame el alma, y luego, si quieres, la carne". Señor, mi carne está curada... ¿y mi alma?...
-Tu alma ha quedado curada por el arrepentimiento. Ve y no vuelvas a pecar nunca. Te son perdonados tus pecados.
La mujer besa de nuevo el extremo de la túnica y se alza. Al hacerlo, se le desliza el velo.
-¡La Galacia! ¡La Galacia! - gritan muchos y lanzan contumelias, y también cogen grava y arena y se la arrojan a la mujer, que se agacha, quedándose atemorizada.
Jesús, severo, alza la mano. Impone silencio.
-¿Por qué la insultáis? No lo hacíais cuando era pecadora. ¿Por qué ahora que se redime?
-Lo hace porque está vieja y enferma - gritan muchos, y profieren burlas.
Verdaderamente, la mujer, aunque ya no sea muy joven, todavía está muy lejos de ser vieja y fea como dicen. Pero la masa es así.
-Pasa delante de mí y baja a aquella barca. Te acompañaré a casa por otro camino - ordena Jesús, y dice a los suyos:
-Ponedla en medio de vosotros y acompañadla.
La ira de la gente, azuzada por algún intransigente israelita, se vuelca enteramente contra Jesús. Y entre gritos de: « ¡Anatema! Falso Cristo! ¡Protector de prostitutas! ¡Quien las protege las aprueba! ¡Más aún! Las aprueba porque las goza» y frases similares gritadas, mejor: ladradas y rabiosamente ladradas, sobre todo por un grupito de energúmenos hebreos de no sé qué casta... entre esos gritos, unos puñados bien lanzados de arena húmeda alcanzan el rostro de Jesús y lo ensucian.
Él levanta el brazo y se limpia el carrillo sin protestar. No sólo eso, sino que detiene con un gesto a Cusa y a algún otro que querría reaccionar en defensa de Él, y dice:
-Dejadlos. ¡Por la salvación de un alma sufriría mucho más! ¡Yo perdono!
Zenón, el de Antioquía, que no se había apartado del Maestro en todo este tiempo, exclama:
-¡Ahora verdaderamente sé quién eres! ¡Un verdadero dios y no un orador falaz! ¡La griega dijo la verdad! Tus palabras en las termas me habían dejado desilusionado, éstas me han conquistado. El milagro me ha asombrado, tu perdón a los ofensores me ha conquistado. ¡Adiós, Señor! Pensaré en ti y en tus palabras.
-Adiós, hombre. Que la Luz te ilumine el corazón.
Cusa insiste de nuevo mientras van hacia el embarcadero, mientras en el dique se enciende una gresca entre romanos y griegos por una parte e israelitas por la otra.
-¡Ven! Unas horas sólo. Es necesario. Luego te acompañaré yo mismo. ¿Eres benigno con las meretrices y quieres ser intransigente con nosotros?
-Bien. Voy. Efectivamente, es necesario...
Y dice a los apóstoles que ya están en las barcas:
-Id adelante. Os alcanzaré...
-¿Vas solo? - pregunta Pedro poco contento.
-Estoy con Cusa...
-¡Mmm! ¿Y nosotros no podemos ir? ¿Para qué te quiere con sus amigos? ¿Por qué no ha venido a Cafarnaúm?
-Hemos ido. No estabais.
-¡Nos hubierais esperado y nada más!
-Pues hemos venido siguiendo vuestra pista.
-Venid ahora a Cafarnaúm, ¿Tiene que ser el Maestro el que vaya donde vosotros?
-Simón tiene razón - dicen los otros apóstoles.
-¿Pero por qué no queréis que venga conmigo? ¿Es, acaso, la primera vez que viene a mi casa? ¿Acaso no me conocéis?
-Sí que te conocemos. Pero... no conocemos a los otros.
-¿Y a qué tenéis miedo? ¿A que yo sea amigo de los enemigos del Maestro?

-¡Yo no sé nada! ¡De lo que sí me acuerdo es de cómo acabó Juan el profeta!

-¡Simón! Me ofendes. Yo soy un hombre de honor. Te juro que antes de que le tocaran un pelo al Maestro me dejaría ensartar, ¡Créeme! Mi espada está a su servicio...

-¿Y de qué serviría que te ensartaran a ti? Después... Sí, lo creo, te creo... Pero, una vez muerto tú, le tocaría a Él. Prefiero mi remo a tu espada, mi pobre barca y sobre todo, nuestros sencillos corazones puestos a su servicio.

-Pero conmigo está Manahén. ¿Crees en Manahén? Y está también el fariseo Eleazar, ese que conoces tú, y el arquisinagogo Timoneo, y Natanael ben Fada. A éste no lo conoces. Pero es un jefe importante y quiere hablar con el Maestro. Y está Juan, conocido por el Antipas de Antipátrida, favorito de Herodes el Grande, ahora viejo; poderoso, amo de todo el valle del Gahas, y...

-¡Basta, basta! Estás diciendo nombres grandes, pero a mí no me dicen nada, excepto dos... Voy también yo...

-No. Quieren hablar con el Maestro...

-¿Quieren! ¿Y quiénes son ellos? ¿Quieren? Y yo no quiero. Sube aquí, Maestro, y vamos. No quiero saber nada de ninguno, me fío sólo de mí. Arriba, Maestro. Y tú ve en paz a decir a ésos que no somos errantes. Saben dónde encontrarnos - y empuja a Jesús sin muchos miramientos, mientras Cusa protesta alzando la voz.

Jesús interviene definitivamente:

-No temas, Simón. No me va a pasar nada malo. Lo sé. Y conviene que vaya. Me conviene, Entiéndeme... - y lo mira fijamente con sus ojos espléndidos, como para decirle: «No insistas. Compréndeme. Hay razones que aconsejan que vaya».

Simón cede; a regañadientes, pero cede, como dominado... De todas formas, masculla disgustado unas palabras entre dientes.

-Ve tranquilo, Simón. Yo mismo te acompañaré a tu Señor, y mío - promete Cusa.

-¿Cuándo?

-Mañana.

-¿Mañana? ¿Tanto tiempo hace falta para decir dos palabras? Estamos entre la tercera y la sexta... Antes del anochecer, si no está con nosotros, vamos a tu casa. Recuerda esto, y no nosotros solos... - lo dice con un tono que no deja dudas acerca de la intención.

Jesús pone la mano en el hombro de Pedro:

-Te digo, Simón, que no me harán daño. Muestra que crees en mi verdadera naturaleza. Te lo digo Yo. Yo sé las cosas. No *me van a hacer nada.* Quieren solamente explicarme algo... Ve... Lleva a Tiberíades a la mujer, estáte si quieres donde Juana, podrás ver que no me raptan con barcas y soldados...

-Ya, pero conozco su casa (y señala a Cusa). Sé que detrás hay tierra, no es una isla, detrás están Guilgal y Gamala, Aera, Arbela, Gerasa, Bosrá, y Pel.la y Ramot, ¡y muchas más!...

-¡Te digo que no temas! Obedece. Dame un beso, Simón. ¡Ve! También a vosotros - los besa y los bendice. Cuando ve que la barca se separa del embarcadero, les dice gritando:

-¡No es mi hora, y, mientras no lo sea, ni nada ni nadie podrá levantar su mano contra mí! ¡Adiós, amigos!

Se vuelve hacia Juana, que está visiblemente turbada y pensativa, y le dice:

-No temas. Está bien que suceda esto. Ve en paz.

Y a Cusa:

-Vamos. Para que veas que no tengo miedo. Y para curarte...

-No estoy enfermo, Señor...

-Lo estás. Yo te lo digo. Y muchos como tú. Vamos.

Sube a la barca ligera y rica y se sienta. Los remadores empiezan la boga en las aguas quietas, dibujando un arco para evitar la corriente, perceptible hacia donde termina el lago, cabe su desagüe en el río.

## 464

## En la casa de campo de Cusa, intento de elegir rey a Jesús. El testimonio del Predilecto.

En la otra orilla, junto al paso constituido por el puente, espera ya un carro cubierto.

-Sube, Maestro. No te cansarás, a pesar de que el trayecto sea largo, y no tanto por razón de la distancia como por el hecho de que he ordenado que tengan siempre aquí parejas de bueyes... para no causar molestias a los invitados más cumplidores de la Ley... Debemos ser compasivos con ellos...

-Pero, ¿y dónde están ésos?

-Delante de nosotros, en otros carros. ¡Tobiolo!

-¿Señor? - dice el carretero, que está enyugando a los bueyes.

-¿Dónde están los otros invitados?

-¡Muy adelante! Estarán ya muy cerca de la casa.

-¿Has oído, Maestro?

-¿Y si Yo no hubiera venido?

-Estábamos seguros de que vendrías. ¿Por qué no ibas a haber venido?

-¿Que por qué? Cusa, Yo vengo para que veas que no soy un cobarde. Sólo son cobardes los malos, los que tienen culpas que les hacen temer la justicia... la justicia de los hombres, por desgracia mientras que deberían temer en primer lugar, en único lugar, la de Dios. Mas Yo no tengo culpas y no tengo miedo de los hombres.

-¡Pero Señor! ¡Todos los que están conmigo te veneran! Como yo también. ¡No deberíamos causarte miedo por nada! ¡Nuestro deseo es honrarte, no atacarte! - Cusa está apenado y casi indignado.

Jesús, sentado enfrente de él, mientras el carro avanza lentamente, chirriando, entre los verdes campos, responde:

-Más que a la guerra abierta de los enemigos, debo temer a la subrepticia de los falsos amigos, o al errado celo de amigos verdaderos que todavía no me han entendido. Y tú eres de éstos. ¿No te acuerdas de lo que dije en Béter?

-Yo te he entendido, Señor - susurra Cusa, aunque no muy seguro y sin responder directamente a la pregunta.

-Sí, me has entendido. Con la ventada del dolor y la alegría, tu corazón se había vuelto límpido, como aparece límpido el horizonte después de una tormenta y un arco iris. Y veías lo correcto. Luego... Vuélvete, Cusa, a mirar nuestro Mar de Galilea. ¡Parecía tan terso con la aurora! Durante la noche el aguazo había limpiado el aire, y el fresco nocturno había calmado la evaporación del agua: cielo y lago eran dos espejos de zafiro claro que mutuamente se reflejaban sus bellezas; y las colinas de alrededor estaban frescas y limpias como si las hubiera creado Dios durante la noche. Mira ahora. El polvo de los caminos costeños, recorridos por personas y animales, el fuego del sol, que hace a los bosques y jardines vaporear, como calderas al fuego, e incendia el lago y evapora sus aguas, mira cómo han turbado el horizonte. Primero las riberas, nítidas por la gran tersura del aire, parecían cercanas; ahora, mira... parecen temblar empañadas, confusas, semejantes a cosas vistas a través de un velo de impuras aguas. Eso ha sucedido en ti. Polvo: humanidad. Sol: orgullo. Cusa, no te perturbes a ti mismo...

Cusa agacha la cabeza y juguetea mecánicamente con los adornos de su túnica y con la hebilla del rico cinturón que sujeta la espada. Jesús calla. Permanece con los *ojos* casi cerrados, como bajo efecto de un momento de sopor. Cusa respeta su descanso, o lo que cree que es descanso.

El carro avanza lentamente en dirección sudeste, hacia las leves ondulaciones que constituyen -eso creo al menos- el primer escalón de la meseta que limita el valle del Jordán por este lado, el oriental. Sin duda por riqueza de aguas subterráneas o de algún curso de agua, los campos son fertilísimos y hermosos; por todas partes se ven racimos y frutos.

El carro cambia de dirección, deja el camino de primer orden y toma uno particular; se adentra en un paseo frondosísimo en el que hay sombra y frescor, al menos relativo, respecto al horno que es el soleado camino principal. En el fondo del paseo hay una casa blanca, baja, de aspecto señorial. Y, acá o allá, por los campos y los viñedos, están diseminadas casas pequeñas. El carro atraviesa un puente y un poste señalizador, a partir del cual el pomar se transforma en un jardín con un paseo recubierto de guijo. A1 sonar de forma distinta las ruedas sobre la grava, Jesús abre los ojos.

-Hemos llegado, Maestro. Ahí están los invitados que nos han oído, y vienen hacia nosotros - dice Cusa.

Efectivamente, muchos, todos de rica condición, se agolpan donde comienza el paseo, y saludan con pomposas reverencias al Maestro, que está llegando. Veo y reconozco a Manahén, a Timoneo, a Eleazar, y me parece ver a otros no nuevos pero cuyo nombre no sé decir. Y luego muchos, muchos, jamás vistos, o por lo menos que nunca he advertido concretamente. Hay muchos que llevan espada; otros, en vez de las espadas, ostentan abundantes perifollos farisaicos y sacerdotales o rabínicos.

El carro se detiene. Jesús es el primero en bajar. Se inclina, como saludo de conjunto para los presentes. Los discípulos Manahén y Timoneo se acercan y lo saludan en particular; luego también se acerca Eleazar (el fariseo bueno del convite en casa de Ismael), y, junto con éste, se abren paso dos escribas que tienen interés en ser reconocidos. Estos son: aquel al que en Tariquea le fue curado su hijito el día de la primera multiplicación de los panes, y aquel que al pie del monte de las bienaventuranzas dio comida para todos. Otro más se abre paso: el fariseo que en casa de José, en el tiempo de la siega, fue instruido por Jesús acerca del verdadero móvil de sus injustos celos.

Cusa procede a las presentaciones. Se las ahorro a todos. Porque es para volverse mico entre tanto Simón, tanto Juan, tanto Leví, tanto Eleazar, entre tanto Natanael y tanto José y tanto Felipe, etc. etc.; saduceos, escribas, sacerdotes, herodianos - y debería decir que estos últimos constituyen la mayoría-, algún que otro prosélito y fariseo, dos miembros del Sanedrín, cuatro arquisinagogos, y, perdido no sé cómo aquí dentro, un esenio.

Jesús se inclina al oír cada uno de los nombres, mirando penetrantemente a cada uno de los rostros, algunas veces sonriendo levemente (como cuando, para aclarar más su identidad, alguno especifica algún hecho que le puso en relación con Jesús).

Así, un cierto Joaquín de Bosra dice:

-Curaste de la lepra a mi mujer, María. ¡Bendito seas!

Y el esenio:

-Te oí cuando hablaste cerca de Jericó y un hermano nuestro dejó las orillas del Mar Salado para seguirte. Y volví a saber de ti por el milagro de Elíseo de Engadí. En aquellas tierras nosotros los puros vivimos esperando...

¿Qué es lo que esperarán?... No lo sé. Sí sé que, al decirlo, éste mira con un aire de superioridad un poco exaltada a los otros, que ciertamente no muestran apariencia de místicos, sino que, en su mayor parte, parecen disfrutar alegremente de las comodidades que su posición les concede.

Cusa libera a su Invitado de las ceremonias de los saludos y lo conduce a una cómoda estancia de baño, donde lo deja para las abluciones usuales, sin duda gratas con ese calor. Vuelve con sus invitados. Habla animadamente con ellos. Y llegan casi a una disputa porque los presentes tienen dispares opiniones: unos quisieran abrir inmediatamente la conversación -¿cuál?-; otros, por el contrario, proponen no asaltar enseguida al Maestro, sino convencerlo antes de que le guardan un profundo respeto. Triunfa esta última parte, que es la más numerosa; así que Cusa, como amo de la casa, llama a los criados para ordenar la preparación de un banquete que habrá de celebrarse hacia el atardecer, dejando tiempo a Jesús, "que está cansado y se ve, de descansar", cosa que es aceptada por todos, tanto que, cuando Jesús aparece de nuevo, los invitados se despiden con grandes reverencias y lo dejan con Cusa, que lo conduce a una habitación umbría donde hay un lecho bajo recubierto de ricas alfombrillas.

Pero Jesús, cuando se queda solo, tras haber dado a un doméstico las sandalias y la túnica para que les limpien el polvo y las señales de la peregrinación del día anterior, no duerme. Sentado en la orilla del lecho, descalzos sus pies apoyados en la estera del suelo, cubierto su cuerpo hasta los codos y las rodillas con la túnica corta (la prenda de debajo), piensa intensamente. Y si, por una parte, el indumento tan reducido, con la espléndida y perfecta armonía de su cuerpo varonil, le da un aspecto más joven, por otra parte, la intensidad del pensamiento, que ciertamente no es dichoso, le incide arrugas y le carga el rostro con una expresión de doloroso cansancio que lo avejenta.

Ningún ruido en la casa, ninguno en el campo, donde maduran los racimos con el calor adusto. Las cortinas oscuras que cuelgan en las puertas y ventanas no ondean mínimamente.

Pasan así las horas... Merma el sol y la penumbra va creciendo, pero el calor persiste, y también la meditación de Jesús.

En fin, la casa da señales de revivir. Se oyen voces, pisadas, indicaciones.

Cusa mueve cuidadosamente la cortina para ver sin molestar.

-¡Entra! No estoy durmiendo -dice Jesús.

Cusa entra: lleva ya la túnica engalanada del banquete. Mira y ve que el lecho no presenta signos de haber recibido un cuerpo.

-¿No has dormido? ¿Por qué? Estás cansado...

-He descansado en el silencio y en la sombra. Me basta.

-Mandaré que te traigan una túnica...

-No. La mía seguro que ya está seca. La prefiero. Tengo intención de ponerme en camino en cuanto termine el banquete. Te ruego que te ocupes del carro y de la barca para mí.

-Como quieras, Señor... Hubiera deseado tenerte aquí hasta mañana al rayar el alba...

-No puedo. Tengo que irme...

Cusa hace una reverencia y sale... Se oye un abundante cuchicheo...

Pasa más tiempo. Vuelve el doméstico con la túnica de lino fresca de lavado, fragante de sol; y con las sandalias, que ya no tienen polvo y han sido suavizadas con aceite o lardo, que les dan brillo y flexibilidad. Otro le sigue con un barreño, un ánfora y unas toallas, y deposita todo encima de una mesa baja. Salen...

...Jesús va a donde los invitados, al atrio que divide la casa de norte a sur creando un lugar ventilado y agradable en que están diseminados unos asientos, adornado con cortinas ligeras, de coloridas franjas, que modifican la luz sin poner obstáculo al aire; ahora, recogidas, permiten ver la verde cornisa que rodea la casa.

Jesús está majestuoso. A pesar de no haber dormido, parece haberse nutrido de fuerza y su andadura es regia. El lino de la túnica -acaba de ponérsela- aparece blanquísimo. Sus cabellos, brillantes por el baño de la mañana, relucen suavemente encuadrando el rostro con su color dorado.

-Ven, Maestro. Te esperábamos sólo a ti - dice Cusa; y con prioridad sobre los demás, lo conduce a la estancia donde están las mesas. Tras la oración y una suplementaria ablución de las manos, se sientan. Empieza el banquete, pomposo como siempre, y silencioso al principio. Luego se vence la reserva.

Jesús está al lado de Cusa. Manahén está a su otro lado y tiene por compañero a Timoneo. A los demás los distribuye Cusa, con experiencia de cortesano, a ambos lados de la mesa de forma de U. El esenio -sólo él- se niega obstinadamente a participar en el banquete y a sentarse a la mesa con los demás, y sólo cuando un criado, por orden de Cusa, le ofrece un cestillo precioso colmado de fruta, acepta sentarse detrás de una mesa baja, después de no sé cuántas abluciones, tras remangarse las amplias mangas de su cándida túnica por miedo a mancharlas, o por rito, no lo sé.

Es un banquete original, donde son más protagonistas las miradas que las palabras. Solamente algunas breves frases de cortesías y un recíproco examinarse, o sea: Jesús escruta a los presentes y éstos a Jesús.

Finalmente, Cusa hace una señal a los criados para que se retiren, tras haber dejado grandes bandejas de fruta, fresca porque quizás la han tenido en el pozo, hermosísima; diría: casi helada, pues claramente muestran esa capa escarchada que es típica de la fruta guardada en lugar friísimo. Los criados salen, tras encender también las lámparas, por ahora inútiles porque todavía el día está luminoso con su largo ocaso estival.

-Maestro - comienza Cusa - debes haberte preguntado la razón de este encuentro y de este silencio nuestro. Pero es que lo que te tenemos que decir es muy grave y no deben escucharlo oídos imprudentes. Ahora estamos solos y podemos hablar. Ya ves que todos los presentes te tienen el máximo respeto. Estás entre hombres que te veneran como Hombre y como Mesías. Tu justicia, tu sabiduría, los dones que Dios te ha otorgado son conocidos y admirados entre nosotros. Tú para nosotros eres el Mesías de Israel. Mesías según la idea espiritual y según la idea política. Eres el Esperado para poner fin al dolor, a la postración de todo un pueblo. Y no solamente de este pueblo comprendido en los confines de Israel -mejor: de Palestina- sino del pueblo de todo Israel, de las numerosísimas colonias de la Diáspora esparcidas por toda la Tierra, que hacen resonar el Nombre de Yeohveh bajo los cielos todos y hacen conocer las promesas y esperanzas, que ahora se cumplen, de un Mesías restaurador, de un Vengador, de un Libertador y creador de la verdadera independencia , de la Patria de Israel, o sea, de la Patria más grande que hay en el mundo, la Patria, *reina y dominadora,* canceladora de todo pasado recuerdo y de todo signo vivo de servidumbre, el Hebraísmo triunfante sobre todo y sobre todos, y para siempre, porque así fue dicho y así se cumple. Señor, aquí, ante ti, tienes a todo Israel en los representantes de las distintas clases de este pueblo eterno, castigado pero estimado por el Altísimo, que lo proclama "suyo". Tienes ante ti el corazón pulsante y sagrado de Israel: los miembros del Sanedrín y los sacerdotes; tienes el poder y la santidad: fariseos y saduceos; tienes la sabiduría: escribas y rabíes; tienes la política y el valor: los herodianos; tienes el patrimonio: los ricos; el pueblo: mercaderes y hacendados; tienes la Diáspora: los prosélitos; tienes incluso a los separados, que ahora se sienten dispuestos a unirse de nuevo, porque ven en ti al Esperado: los esenios, los inasequibles esenios. Mira, Señor, este primer prodigio, este gran signo de tu misión, de tu verdad. Tú, sin violencia, sin medios, sin ministros, sin soldados, sin espadas, reúnes a todo tu pueblo como un depósito reúne las aguas de mil fuentes.

Tú, casi sin palabras, sin ninguna imposición en absoluto, nos reúnes, a nosotros, pueblo dividido por desventuras, por odios, por ideas políticas y religiosas, y nos pacificas. ¡Oh, Príncipe de la paz, exulta por haber redimido y restaurado aun antes de tomar el cetro y la corona! Tu Reino, el esperado Reino de Israel ha surgido. Nuestras riquezas, nuestro poder, nuestras espadas, están a tus pies. ¡Habla! ¡Ordena! La hora ha llegado.

Todos aprueban el discurso de Cusa. Jesús, con los brazos cruzados, guarda silencio.

-¿No hablas? ¿No respondes, Señor? Quizás es que esto te ha sorprendido... Quizás es que no te sientes preparado y, sobre todo, dudas de que esté preparado Israel... No, no es así. Escucha nuestras palabras. Yo hablo, y conmigo Manahén, por el Palacio, que ya no merece existir, que es el oprobio purulento de Israel, la tiranía vergonzosa que oprime al pueblo y se inclina, servil, a adular al usurpador. Su hora ha llegado. Álzate, Estrella de Jacob, y pon en fuga las tinieblas de ese coro de delitos y vergüenzas. Aquí están los que, conocidos como herodianos, son los enemigos de los profanadores del nombre para ellos sagrado de la dinastía Herodiana. Hablad, vosotros.

-Maestro. Yo soy viejo, y recuerdo lo que fue el esplendor pasado. Como nombre de héroe puesto a una hedionda carroña, tal es el nombre de Herodes sobre los degenerados descendientes que envilecen a nuestro pueblo. Es la hora de repetir el gesto que otras veces hiciera Israel, cuando indignos monarcas se sentaron sobre los dolores del pueblo. Tú sólo eres digno de llevar a cabo este gesto.

Jesús calla.

-Maestro, ¿crees que podemos dudar? Hemos escudriñado las Escrituras. Eres Tú. Tú debes reinar - dice un escriba.

-Debes ser Rey y Sacerdote. Nuevo Nehemías, más grande que él debes venir y purificar. El altar está profanado. Que te sea acicate el celo del Altísimo - dice un sacerdote.

-Muchos de nosotros te han presentado batalla, los que temen tu reinado sabio. Pero el pueblo está contigo, y los mejores de nosotros con el pueblo. Necesitamos un sabio.

-Necesitamos un hombre puro.

-Un verdadero rey.

-Un santo.

-Un redentor. Cada vez somos más esclavos, de todo y de todos ¡Defiéndenos, Señor!

-Nos pisotean en este mundo porque, a pesar del número y la riqueza, somos como ovejas sin pastor. Llámanos a formar con el antiguo grito: "¡A tus tiendas, Israel!", y de todas las partes de la Diáspora, como un reclutamiento, se alzarán tus súbditos y volcarán los inseguros tronos de los poderosos a los que Dios no ama.

Jesús sigue en silencio. Es el único que está sentado, sereno, como si no se tratase de Él, en medio de esta cuarentena - pocos más, pocos menos- de exaltados, de cuyas razones apenas si recojo la décima parte, porque hablan todos al mismo tiempo con algarabía de mercado; y conserva su postura y su silencio.

Todos gritan:

-¡Di una palabra! ¡Responde!

Jesús se pone lentamente en pie, apoyándose en las manos sobre el borde de la mesa. Se crea un profundo silencio. Quemado por el fuego de ochenta pupilas, abre sus labios (los otros los abren como para aspirar su respuesta). Y la respuesta es breve pero neta:

-No.

-¿Pero cómo es eso? ¿Pero por qué? ¿Nos traicionas? ¡Traicionas a tu pueblo! ¡Reniega de su misión! ¡Rechaza la orden de Dios!...

¡Qué marimorena!... ¡Qué alboroto! Caras que se ponen de color carmesí, ojos que se encienden, manos que casi amenazan... Más que fieles parecen enemigos. Pero es así: cuando una idea política domina los corazones, hasta los mansos se vuelven fieras contra quien impugna esa idea suya.

A1 alboroto le sigue un silencio extraño. Parece como si, agotadas las fuerzas, todos se sintieran exhaustos, vencidos. Se miran interrogativamente, la mayor parte desolados... algunos inquietos...

Jesús mira en torno a sí y dice:

-Sabía que queríais que viniera para esto. Y conocía la inutilidad de este paso vuestro. Cusa puede decir que lo he dicho en Tariquea. He venido para que vierais que no temo insidia alguna, porque no ha llegado la hora. Y tampoco la temeré cuando se cierna sobre mí la hora de la insidia, porque para esto he venido. Y he venido para convenceros. Vosotros, no todos, pero sí muchos de vosotros, actuáis de buena fe. Pero debo corregir el error en que, con buena fe, habéis caído. ¿Veis? No os reprendo. No reprendo a ninguno, ni siquiera a los que, por ser mis discípulos fieles, deberían saber con justicia y regular las propias pasiones con justicia. No te reprendo a ti, justo Timoneo, pero te digo que en el fondo de tu amor, que me quiere honrar, está todavía tu yo, que bulle y sueña un tiempo mejor en que puedas ver el daño en los que te dañaron. No te reprendo a ti, Manahén, a pesar de que muestras haber olvidado la sabiduría y el ejemplo enteramente espirituales que recibiste de mí, y de Juan el Bautista antes que de mí; pero te digo que también en ti hay una raíz de humanidad que resurge después de la llamarada de mi amor. No te reprendo a ti, Eleazar, hombre justo aunque sólo fuera por la anciana que te confiaron, justo siempre, pero ahora no justo. Y no te reprendo a ti, Cusa, aunque debería hacerlo porque en ti más que en todos los que queréis con buena fe verme rey está vivo tu yo. Rey, sí, quieres verme. No hay insidia en tus palabras. No vienes para cogerme en renuncio, para denunciarme al Sanedrín, al rey, a Roma. Pero más que por el amor -crees que es todo amor y no lo es- más que por el amor actúas para vengarte de ofensas que el palacio te ha infligido. Yo soy tu invitado. Debería mantener celada la verdad de tus sentimientos. Pero Yo soy la Verdad. Y hablo. Por tu bien. Y lo mismo te sucede a ti, Joaquín de Bosra, y a ti, escriba Juan, y a ti también, y a ti, y a ti, y a ti.

Señala a éste, a aquél, sin rencor, pero con tristeza... y prosigue:

-No os reprendo. Porque sé que no sois vosotros los que queréis esto, espontáneamente. Es la Insidia, es el Adversario el que actúa, y vosotros... vosotros sois, sin saberlo, títeres en sus manos. Y también del amor, también de vuestro amor, Timoneo, Manahén, Joaquín -vosotros que realmente me amáis-, también de vuestra veneración -vosotros que en mí sentís al Rabí perfecto-, también de esto él, el Maldito, se sirve para perjudicar y perjudicarme. Pero Yo os digo -a vosotros, y también a los que no tienen vuestros sentimientos, sino que con fines cada vez más bajos, hasta constituir traiciones y delitos, quisieran que aceptara ser rey-, os digo: "No. Mi Reino no es de este mundo. Venid a mí, para que instaure mi Reino en vosotros. No otra cosa". Y ahora dejad que me vaya.

-No, Señor. Estamos bien decididos. Hemos puesto ya en movimiento riquezas, preparado planes, hemos decidido salir de esta incertidumbre que tiene inquieto a Israel, de la cual, además, se aprovechan los otros para perjudicar a Israel. Te acosan, es verdad. Tienes enemigos en el Templo mismo. Yo, uno de los Ancianos, no lo niego. Pero para acabar con esto hay esto: tu unción. Y estamos dispuestos a dártela. No es la primera vez que en Israel uno es proclamado rey así, para acabar con una serie de desventuras nacionales y discordias. Aquí hay quien en nombre de Dios lo puede hacer. Déjate ungir - dice uno de los sacerdotes.

-No. No os es lícito. No tenéis autoridad para hacerlo.

-El Sumo Sacerdote es el primero que quiere esto, aunque no se dé a ver. No puede seguir permitiendo este estado de dominación romana y escándalo regio.

-No mientas, sacerdote. En tus labios la blasfemia es doblemente impura. Quizás no sabes, y te engañan. Pero en el Templo eso no se quiere.

-¿Crees entonces que nuestra aserción es falaz?

-Sí. Si no de todos vosotros, de muchos de vosotros. No mintáis. Yo soy la Luz e ilumino los corazones...

-A nosotros nos puedes creer - gritan los herodianos - Nosotros no amamos a Herodes Antipas ni a ningún otro.

-No. Vosotros os amáis sólo a vosotros mismos. Es verdad. Y no podéis amarme a mí. Yo sería la palanca para derribar el trono para abriros el camino a un poder más fuerte y para gravar al pueblo con una opresión peor. Un engaño a mí, al pueblo y a vosotros mismos. Roma aplastaría a todos, después de que vosotros hubierais hecho lo mismo.

-Señor, en las colonias de la Diáspora hay hombres dispuestos a amotinarse... nosotros empeñamos nuestros bienes - dicen los prosélitos.

-Y los míos y todo el apoyo de la Auranítida y la Traconítida - grita el de Bosra. -Sé lo que me digo. Nuestros montes pueden preparar un ejercito, y sin ser hostigado, para lanzarlo luego, como cohorte de águilas, a tu servicio.

-También la Perea.

-Y la Gaulanítida.

-¡El valle del Gahas está contigo!

-¡Y también las riberas del Mar Salado con los nómadas que nos creen dioses, si aceptas unirte a nosotros! - grita el esenio, y prosigue con un vaniloquio de exaltado que se pierde en el clamor.

-Los montañeses de Judea son de la raza de los reyes fuertes.

-Y los de la Alta Galilea son héroes del temple de Débora. ¡Y son héroes también las mujeres y los niños!

-¿Nos consideras pocos? Somos huestes numerosas. Todo el pueblo está contigo. ¡Tú eres el rey de la estirpe de David, el Mesías! Éste es el grito que sale de los labios de sabios e ignorantes, porque es el grito de los corazones... Tus milagros... tus palabras... Los signos...

Un alboroto en que me pierdo. Jesús, como roca bien firme rodeada por una vorágine, no se mueve. Ni siquiera reacciona. Está impasible. Y el torbellino de súplicas, imposiciones, razones, continúa.

-¡Nos defraudas! ¿Por qué quieres nuestra destrucción? ¿Quieres actuar solo? No puedes. Matatías Macabeo no rechazó la ayuda de los asideos y Judas liberó a Israel con su ayuda... ¡¡¡Acepta!!!

Cada cierto tiempo el grito se anuda en esta palabra. Jesús no cede.

Uno de los Ancianos -anciano, y mucho, también de edad- cuchichea con un sacerdote y un escriba más viejos que él. Pasan adelante. Imponen silencio. Habla el escriba anciano, que ha llamado a Eleazar y a los dos escribas de nombre Juan:

-Señor, ¿por qué no quieres ceñir la corona de Israel?

-Porque no es mía. No soy hijo de príncipe hebreo.

-Señor. Quizás Tú no lo sabes, pero yo y éste y éste fuimos requeridos un día porque tres Sabios vinieron preguntando dónde estaba el que había nacido rey de los hebreos. ¿Comprendes? "Nacido rey". Herodes el Grande nos reunió, para la respuesta, a los príncipes de los sacerdotes y escribas del pueblo. Con nosotros estaba Hil.lel el Justo. Nuestra respuesta fue: "En Belén de Judá". Tú, nos consta, naciste allí, y tu nacimiento estuvo acompañado de grandes signos. Algunos de tus discípulos son testigos de tu nacimiento. ¿Puedes negar que los tres Sabios te adoraron Rey?

-No niego.

-¿Puedes negar que los milagros te preceden y te acompañan y te siguen, como signo del Cielo?

-No niego.

-¿Puedes negar que eres el Mesías prometido?

-No niego.

-Entonces, en nombre del Dios vivo, ¿por qué quieres defraudar las esperanzas de un pueblo?

-Yo vengo a cumplir las esperanzas de Dios.

-¿Cuáles?

-Las de la redención del mundo, de la formación del Reino de Dios. Mi Reino no es de este mundo. Devolved a su lugar vuestros bienes y vuestras armas. Abrid los ojos y el espíritu para leer las Escrituras y los Profetas y para acoger mi Verdad, y tendréis en vosotros el Reino de Dios.

-No. Las Escrituras hablan de un Rey libertador.

-De la esclavitud satánica, del pecado, del error, de la carne, del gentilismo, de la idolatría. ¿Qué ha hecho en vosotros Satanás, oh hebreos, pueblo sabio, para induciros a error acerca de las verdades proféticas? ¿Qué os hace, oh hebreos, hermanos míos, para cegaros de esta forma? ¿Qué, qué os hace, oh discípulos míos, para que ya tampoco comprendáis vosotros? La mayor desventura de un pueblo y de un creyente es caer en una falsa interpretación de los signos. Y aquí se cumple esta desventura. Intereses personales, prejuicios, exaltaciones, pernicioso amor patrio, todo contribuye a crear esta vorágine... la vorágine del error en que un pueblo perecerá considerando a su Rey como lo que no es.

-Tú te consideras en modo erróneo.

-Vosotros os consideráis erradamente, y también a mí. Yo no soy el rey humano. Y vosotros... Vosotros, tres cuartas partes de los que estáis aquí reunidos, lo sabéis y queréis mi mal, no mi bien. Actuáis por encono, no por amor. Yo os perdono. Digo a los rectos de corazón: "Volved en vosotros mismos, no seáis los inconscientes esclavos del mal". Dejadme irme. No hay nada más que decir.

Un silencio lleno de estupor...

Eleazar dice:

-Yo no soy enemigo tuyo. Creía que obraba bien. Y no soy el único... Otros amigos buenos piensan como yo.

-Lo sé. Pero dime, y sé sincero: ¿Qué dice Gamaliel?

-¿El rabí?... Dice... Sí, dice: "El Altísimo dará el signo si éste es su Cristo".

-Bien dice. ¿Y qué, José el Anciano?

-Que Tú eres el Hijo de Dios y reinarás como Dios.

-José es un justo. ¿Y Lázaro de Betania?

-Sufre... Habla poco... Pero dice... que reinarás solamente cuando te acojan nuestros espíritus.

-Lázaro es sabio. Cuando vuestros espíritus me acojan. Por ahora vosotros -incluso aquellos a quienes juzgaba espíritus abiertos-, no acogéis ni al Rey ni el Reino, y en ello está mi dolor.

-En definitiva, ¿te niegas? - gritan muchos.

-Lo habéis dicho.

-Nos has hecho comprometernos, nos perjudicas, nos... - gritan otros: herodianos, escribas, fariseos, saduceos, sacerdotes...

Jesús deja la mesa y va hacia este grupo, asaeteándolo con sus miradas. ¡Qué ojos! Ellos, involuntariamente, enmudecen, se aprietan contra la pared... Jesús va justamente cara a cara. Dice, lentamente pero con una incisividad que corta como un golpe de sable:

-Está escrito *(Deuteronomio 27, 24-25)*: "Maldito el que encubiertamente descarga su mano contra su prójimo y acepta regalos para condenar a muerte a un inocente". Yo os digo: os perdono. Pero el Hijo del hombre conoce vuestro pecado. Si no os perdonara Yo... Por mucho menos, Jeohveh redujo a cenizas a muchos de Israel.

Y se muestra tan terrible al decir esto, que ninguno se atreve a moverse. Jesús levanta la doble cortina y sale al atrio, y ninguno osa hacer un solo gesto.

Hay que esperar a que la cortina deje de moverse, es decir: unos momentos después, para verlos reaccionar.

-Hay que alcanzarlo...

-Hay que retenerlo... - dicen los más enfurecidos.

-Tenemos que ganarnos el perdón - suspiran los mejores, o sea, Manahén, Timoneo, algunos prosélitos, el de Bosra; en definitiva, los rectos de corazón.

Se arremolinan fuera de la sala. Buscan, preguntan a los criados:

-¿El Maestro? ¿Dónde está?

-¿El Maestro? Ninguno lo ha visto, ni siquiera los que estaban en las dos puertas del atrio. No está... Con antorchas y faroles lo buscan entre las sombras del jardín, en la habitación donde había descansado. No está, y tampoco está el manto, que había dejado en el lecho, ni su bolsa, que había dejado en el atrio...

-¡Se nos ha escapado!

-¡Es un Satanás!

-No. Es Dios.

-Hace lo que quiere.

-¡Nos traicionará!

-No. Nos conocerá en nuestra verdadera realidad.

Un clamor de pareceres y de recíprocos insultos. Los buenos gritan:

-Vosotros nos habéis seducido. ¡Traidores! ¡Debíamos haberlo imaginado!

Los malos, o sea, la mayoría, amenazan, y la riña, perdido el chivo expiatorio en que centrarse, revierte sus dos partes sobre sí misma...

¿Y Jesús, dónde está? Yo lo veo, por voluntad suya. Está muy lejos, hacia el puente de la embocadura del Jordán. Va raudo como llevado por el viento. Sus cabellos enmarcan ondeantes el pálido rostro; su manto, con esta marcha veloz, se entrechoca como una vela. Luego, cuando está seguro de haberse distanciado, se adentra entre los juncos de la orilla y toma la margen oriental. En cuanto encuentra los primeros escollos del alto arrecife, se encarama a ellos, y no se preocupa de que la poca luz haga peligrosa la subida por la pronunciada ladera. Sube, sube hasta un peñasco que se asoma hacia el lago, velado por una encina solitaria; y allí se sienta, pone un codo en la rodilla, apoya el mentón en la palma de la mano, y, con la mirada fija en el espacio anchuroso que va entenebreciéndose, apenas visible aún por el claror del manto y la palidez del rostro, así permanece...

Pero alguien lo ha seguido. Juan. Un Juan semidesnudo, o sea, vestido sólo con la corta prenda de los pescadores, tiesos los cabellos, como cuando uno ha estado en el agua, jadeante (pero pálido). Se acerca despacio hacia su Jesús. Parece una sombra deslizándose por el arrecife escabroso. Se detiene a poca distancia. Observa a Jesús... No se mueve. Parece una peña añadida al peñasco. La túnica oscura lo anula aún más; sólo la cara y las piernas y los brazos desnudos son un poco visibles en la sombra nocturna.

Pero cuando, más que verlo lo oye llorar a Jesús, entonces no resiste más, y se acerca, hasta llamarlo:

-¡Maestro!

Jesús oye el susurro y alza la cabeza; con ademán de huir, se recoge el manto.

Pero Juan grita:

-¿Qué te han hecho, Maestro, para que ya no conozcas a Juan?

Y Jesús reconoce a su Predilecto. Tiende sus brazos hacia él y Juan se arroja a ellos. Los dos lloran, por dos dolores distintos y un único amor.

Pero luego el llanto se calma y Jesús es el primero que recupera la neta percepción visual de las cosas. Oye y ve a Juan semidesnudo, con la túnica húmeda, las carnes heladas, descalzo.

-¿Cómo estás aquí, en este estado? ¿Por qué no estás con los demás?

-No me reprendas, Maestro. No podía estar... No podía dejarte irte... Me he quitado la ropa, todo menos esto, y me he echado a nadar; he regresado a Tariquea nadando; de allí, por la orilla, corriendo, hasta el puente; y luego más, más, detrás de ti; y me he quedado escondido en el foso que hay junto a la casa, preparado para auxiliarte, atento, al menos, para saber si te raptaban, si te hacían algún mal. Y he oído muchas voces que disputaban y luego te he visto a ti pasando veloz por delante de mí. Parecías un ángel. Por seguirte sin perderte de vista, me he caído en hoyos y aguazales y estoy lleno de barro. Te habré manchado el vestido... Desde que has llegado aquí estaba mirándote... ¿Llorabas?... ¿Qué te han hecho, mi Señor? ¿Te han insultado? ¿Te han pegado?

-No. Me querían hacer rey. ¡Un pobre rey, Juan! Y muchos querían hacerlo con buena fe, por verdadero amor, con finalidad buena... La mayoría... para poderme denunciar y deshacerse de mí...

-¿Quiénes son éstos?

-No lo preguntes.

-¿Y los otros?

-Ni siquiera preguntes el nombre de éstos. No debes odiar ni criticar... Yo perdono...

-Maestro... ¿había discípulos?... Dime sólo esto.

-Sí.

-¿Y apóstoles?

-No, Juan. Ningún apóstol.

-¿Verdaderamente, Señor?

-Verdaderamente, Juan.

-¡Ah, alabado sea Dios por ello!... Pero, ¿por qué lloras todavía, Señor? Yo estoy contigo. Te amo por todos. Y también Pedro, y Andrés y los otros... Cuando han visto que me echaba al lago me han dicho que estaba loco, y Pedro estaba furioso, y mi hermano decía que quería morir en los remolinos. Pero luego han comprendido y me han gritado: "Que Dios te acompañe. Ve. Ve...". Nosotros te amamos. Pero ninguno como este pobre niño que soy yo.

-Sí. Ninguno como tú. ¡Tienes frío, Juan! Ven aquí, debajo de mi manto...

-No, a tus pies, así... ¡Maestro mío! ¿Por qué no te aman todos como este pobre niño que soy yo?

Jesús se sienta a su lado y lo arrima contra su corazón.

-Porque no tienen tu corazón de niño...

-¿Te querían hacer rey? ¿Pero no han comprendido todavía que tu Reino no es de esta Tierra?

-¡No han comprendido!

-Sin decir nombres, cuenta, Señor...

-¿Pero no vas a decir lo que te diga?

-Si no quieres, Señor, no lo diré...

-Lo dirás solamente cuando los hombres quieran mostrarme como un común líder del pueblo. Un día esto llegará. Y tú estarás. Habrás de decir: "Él no fue rey de la Tierra porque no quiso. Porque su Reino no era de este mundo. Era el Hijo de Dios, el Verbo encarnado, y no podía aceptar lo que es terreno. Quiso venir al mundo y vestirse de carne para redimir los cuerpos y las almas y al mundo, pero no se sometió a las pompas del mundo y a los fomes del pecado, y en Él no hubo nada carnal ni mundano. La Luz no se recubrió de Tinieblas, el Infinito no aceptó cosas finitas; sino que de las criaturas limitadas por la carne y el pecado hizo criaturas que fueran más iguales a Él. Llevó a los que creyeron en Él a la regalidad verdadera e instauró su Reino en los corazones, antes de instaurarlo en los Cielos, donde será completo y eterno con todos los salvados". Dirás esto, Juan, a quien pretenda verme enteramente humano, a quien pretenda verme enteramente espíritu, a quien niegue que Yo haya padecido la tentación... y el dolor... Dirás a los hombres que el Redentor lloró... y que ellos, los hombres, han sido redimidos también por mi llanto...

-Sí, Señor. ¡Cómo sufres, Jesús!...

-¡Cómo redimo! Pero tú me eres consuelo en mi sufrimiento. Al rayar el día nos marcharemos de aquí. Encontraremos una barca. ¿Crees, si digo que podremos ir sin remos?

-Creería aunque dijeras que iremos sin barca...

Permanecen abrazados, envueltos en el único manto de Jesús. Y Juan, con el calorcito, acaba durmiéndose, cansado, como un niño entre los brazos de su mamá.

Dice Jesús (a María Valtorta):

-Esta página evangélica, desconocida y tan ilustrativa, tan ilustrativa, ha sido dada para los rectos de corazón. Juan, al escribir después de muchos lustros su Evangelio, hace una breve alusión a este hecho. *(Una brece alusión a este hecho es la de Juan 6, 14-15, puesta al final del episodio de la primera multiplicación de los panes, que ocupa los precedentes versículos 1-13. La multiplicación de los panes no fue contemporánea del intento de proclamar a Jesús rey, pero sirvió para suscitar la idea; tanto, que el evangelista une en la narración esos dos hechos, distantes en el tiempo)* Obediente al deseo de su Maestro, cuya naturaleza divina ilustra más que ningún otro evangelista, descubre a los hombres este detalle ignorado, y lo descubre con esa discreción virginal suya que envolvía todas sus acciones y palabras con pudor humilde y reservado.

Juan, mi confidente de los hechos más graves de mi vida, nunca se engalanó pomposamente con estos beneficios míos. Antes al contrario -leed bien-, parece sufrir cuando los revela, y parece decir; "Debo decir esto porque es una verdad que exalta a mi Señor, pero os pido perdón de tenerme que mostrar como el único que la sabe", y con palabras concisas alude al detalle que sólo él conoce.

Leed el primer capítulo de su Evangelio, donde narra su encuentro conmigo: “Juan el Bautista se hallaba de nuevo con dos discípulos suyos... Los dos discípulos, oídas estas palabras... Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído las palabras de Juan y habían seguido a Jesús. El primero con que se topó Andrés...". Él no se nombra; es más, se cela tras Andrés, al que pone de relieve.

En Caná estaba conmigo, y dice: “Jesús estaba con sus discípulos... y sus discípulos creyeron en Él". Eran los otros los que tenían necesidad de creer. Él ya creía. Pero se unifica con los otros, cual criatura que necesitara ver milagros para creer.

Testigo de la primera expulsión de los mercaderes del Templo, y del coloquio con Nicodemo, del episodio de la Samaritana, nunca dice: "Yo estaba allí", sino que conserva la línea de conducta que había tomado en Caná, y dice: "Sus discípulos" incluso cuando estaba él sólo o él y otro más. Y así continúa, no nombrándose nunca, antes al contrario, poniendo siempre delante a sus compañeros, cual si él no hubiera sido el más fiel, el siempre fiel, el perfectamente fiel.

Recordad la delicadeza con que alude al episodio de la Cena, del cual resulta que él era el predilecto, reconocido como tal también por los demás, que a él recurren cuando quieren saber los secretos del Maestro: “Así pues, empezaron los discípulos a mirarse unos a otros, no sabiendo a quién aludía el Maestro. Estaba uno de ellos, el predilecto de Jesús, recostado en el pecho de Jesús. A éste le hizo una señal Simón Pedro y le preguntó: “¿De quién habla?'. Y aquél, estando recostado en el pecho de Jesús, le preguntó a Él: “¿Y quién es, Señor?”

Ni siquiera se nombra como llamado en el Getsemaní con Pedro y Santiago. Ni siquiera dice: "Yo seguí al Señor". Dice: "Le siguió Simón Pedro y otro discípulo; y este otro, siendo conocido por el Pontífice, entró con Jesús en el atrio del Pontífice”. Sin Juan Yo no habría tenido el consuelo de verlos a él y a Pedro en las primeras horas de ta captura. Pero Juan no se jacta de ello.

Fue uno de los personajes principales en las horas de la Pasión, el único apóstol que en ella estuvo siempre presente, amorosamente, compasivamente, heroicamente presente junto a Cristo, junto a la Madre, frente a una Jerusalén desatada... y calla su nombre incluso en ese episodio especialmente importante de la Crucifixión y de las palabras del Moribundo: "Mujer, ahí tienes a tu hijo", "Ahí tienes a tu madre". Es el "discípulo", el sin nombre, sin otro nombre aparte del que, tras haber constituido su vocación, constituye su gloria: "el discípulo".

No se exalta siquiera después de haber recibido el honor de ser el "hijo" de la Madre de Dios, y en la Resurrección dice todavía: "Pedro y el otro discípulo (a los que María de Lázaro había hablado del sepulcro vacío) salieron y fueron... Corrían... pero aquel otro discípulo corrió más que Pedro y llegó antes y, agachándose, vio... pero no entró...". ¡Hechura de delicada humildad! Él, el predilecto, el fiel, deja que Pedro -pecador por cobardía, pero cabeza- entre antes. No lo juzga. Es su Pontífice. Antes al contrario, lo socorre con su santidad porque también los que son "cabeza" pueden ser apoyados por sus súbditos; es más, tienen necesidad de ellos como apoyo.

¡Cuántos súbditos son mejores que sus "jefes"! ¡No neguéis nunca vuestra piedad, oh súbditos santos, a los "jefes" que se pliegan bajo el peso que no saben llevar, o a aquellos a los que el humo del honor produce ceguera y embriaguez! ¡Sed, oh súbditos santos, los cirineos de vuestros Superiores; sed -sé, mi pequeño Juan, porque te hablo a ti para todos- esos “Juanes" que se adelantan corriendo y guían a los "Pedros", y luego se detienen dejándolos entrar, por respeto a su cargo, y que -¡oh obra maestra de humildad!-, y que, para no humillar a los "Pedros" que no saben comprender y creer, llegan al punto de dar de sí una imagen, y dejar creerlo, de que también ellos como los "Pedros" son tardos e incrédulos!

Leed el último episodio del lago de Tiberíades. Es también Juan el que, repitiendo el acto de otras veces, reconoce al Señor en el Hombre que está en pie en la orilla y, después de haber compartido juntos el alimento, ante la pregunta de Pedro: "¿Y de éste que será?" es siempre "el discípulo", nada más.

Por lo que a él respecta, se anonada. Mas cuando debe decirse algo que haga resplandecer con luz cada vez más divina al Verbo de Dios Encarnado, ¡ah! entonces Juan alza los velos y revela un secreto.

En el sexto capítulo del Evangelio dice: "Dándose cuenta de que querían apoderarse de Él para hacerlo rey, huyó de nuevo solo al monte". Y esta hora del Cristo es comunicada a los creyentes para que sepan que múltiples y complejas fueron las tentaciones y las luchas intentadas contra Él en sus distintas características de Hombre, Maestro, Mesías, Redentor, Rey, y que los hombres y Satanás - el eterno instigador de los hombres- no le evitaron ninguna insidia a Cristo, para rebajarlo, abatirlo, destruirlo. Contra el Hombre, contra el eterno Sacerdote, contra el Maestro, contra el Señor arremetieron las malicias satánicas y humanas, enmascaradas bajo los pretextos más aceptables como buenos; y todas las pasiones del ciudadano, del patriota, del hijo, del hombre, fueron hurgadas o tentadas para descubrir un punto débil que sirviera de fulcro.

¡Oh, hijos míos que no reflexionáis más que en la tentación inicial y en la última, y que de mis fatigas de Redentor os parecen "fatigas" sólo las últimas, y dolorosas sólo las últimas horas, y amargas y desengañadoras sólo las últimas experiencias, poneos sólo una hora en mi lugar, pensad que es a vosotros a quienes se os propone la paz con los coterráneos, su ayuda, la posibilidad

de llevar a cabo el necesario acrisolamiento para hacer santo al País amado, las posibilidades de restaurar, de reunir a los diseminados miembros de Israel, de acabar con el dolor, con la servidumbre, con el sacrilegio! Y no digo: poneos en mi lugar pensando en vosotros como destinatarios de una corona que se os ofrece. Digo sólo que tengáis mi Corazón de Hombre durante una hora, y que penséis en cómo habríais salido de esta seductora propuesta. ¿Como triunfadores fieles a la divina Idea, o, más bien, como vencidos? ¿Habríais salido de ella más santos y espirituales que nunca, u os habríais destruido a vosotros mismos adhiriéndoos a la tentación o cediendo a las amenazas? ¿Y con qué corazón habríais salido de ella, tras haber constatado hasta qué punto Satanás usaba sus armas para herirme en la misión y en los sentimientos, llevándome a los discípulos buenos por un camino desviado, poniéndome en estado de lucha abierta con los enemigos, en ese momento ya desenmascarados, agresivos ahora por haber sido descubiertas sus arterías?

No estéis ahí con el compás y la medida pequeña, con el microscopio y la ciencia humana; no andéis ahí midiendo, comparando, refutando, con pedantes razonamientos de escriba, sobre si Juan habló con exactitud y hasta qué punto es verdad esto o aquello. No superpongáis la frase de Juan y el episodio dado ayer, para ver si los contornos coinciden. Ni erró Juan por debilidad senil, ni ha errado el pequeño Juan (María Valtorta) por debilidad de enferma. Éste ha dicho lo que ha visto. Juan, el grande, pasados muchos lustros después del episodio, narró lo que sabía y, con fina concatenación de lugares y hechos, reveló el secreto que sólo él conocía de cuando intentaron, no sin malicia, coronar a Cristo.

En Tariquea, después de la primera multiplicación de los panes, surge en el pueblo la idea de hacer del Rabí nazareno el rey de Israel. Están presentes Manahén, el escriba y otros muchos que, aún imperfectos en el espíritu pero honestos de corazón, recogen la idea y la apoyan para dar honor al Maestro, para acabar con la lucha injusta contra Él, por error en la interpretación de las Escrituras, un error difundido por todo Israel cegado por sueños de humana regalidad y por esperanzas de santificar a la Patria contaminada por muchas cosas.

Muchos, como era natural, se adhieren simplemente a la idea. Muchos fingen subrepticiamente su adhesión para perjudicarme. Unidos estos últimos por el odio contra mí, olvidan sus odios de casta, que los habían mantenido siempre separados, y se alían para tentarme, para poder dar después una apariencia legal al delito que ya sus corazones habían decidido. Esperan en una debilidad mía, en un orgullo mío. El orgullo y la debilidad, con consiguiente aceptación de la corona que me ofrecían, darían una justificación a las acusaciones que querían lanzar contra mí. Y después... después ello serviría para dar la paz a su espíritu engañoso atrapado por los remordimientos, porque se dirían a sí mismos, esperando poder creerlo: "Roma, no nosotros, ha castigado al Nazareno revoltoso". La eliminación legal de su Enemigo (enemigo era para ellos su Salvador)...

Aquí están las razones de la proclamación que intentaron. Aquí está la clave de los odios, más fuertes, que siguieron. Aquí tenéis, en fin, la alta lección de Cristo. ¿La comprendéis? Es lección de humildad, de justicia, de obediencia, de fortaleza, de prudencia, de fidelidad, de perdón, de paciencia, de vigilancia, de saber soportar, respecto a Dios, respecto a la propia misión, respecto a los amigos, respecto a los ingenuos, respecto a los enemigos, respecto a Satanás, respecto a los hombres que de éste son instrumentos de tentación, respecto a las cosas, respecto a las ideas. Todo debe ser contemplado, aceptado, rechazado, amado o no, mirando al fin santo del hombre: el Cielo, la voluntad de Dios.

Pequeño Juan. Ésta fue una de las horas de Satanás para mí. Y como las tuvo el Cristo las tienen los pequeños Cristos. Es necesario sufrirlas y superarlas, sin soberbias ni desconfianzas. No carecen de finalidad, de finalidad buena. Pero no temas, porque Dios, durante estas horas, no abandona, sino que sujeta al que es fiel. Y, luego, desciende el Amor para hacer reyes a los fieles. Y, posteriormente, acabada la hora de la Tierra, suben los fieles al Reino, en paz para siempre, victoriosos para siempre...

Mi paz, pequeño Juan coronado de espinas. Mi paz...

## 465

## En Betsaida para un encargo secreto a Porfiria. Apresurada partida de Cafarnaún.

-Dirige la barca a Betsaida - ordena Jesús, que está con Juan en una pequeña barca, verdaderamente una cáscara de nuez, en medio del lago, que lentamente va aclarándose con el clarear del día.

Juan obedece sin decir nada. Un vientecillo más bien enérgico pone tirante la pequeña vela y da veloz movimiento a la barca, que hasta se inclina hacia uno de los lados, de tan veloz como es su marcha. La costa oriental va pasando rápidamente y la curva del lado septentrional se va acercando cada vez más.

-Aborda antes del pueblo. Quiero ir donde Porfiria sin que me vean otros, y luego ve al lugar de siempre y me esperas en la barca.

-Sí, Maestro. ¿Y si me ve alguien?

-Retenlos a todos, pero no les digas dónde estoy. Tardaré poco.

Juan observa si en la playa hay un lugar bueno para abordar. Lo encuentra: es un recuerdo, sólo un recuerdo, de torrente arenoso al que los hombres le han extraído tierra para alguna necesidad que tuvieran; de manera que forma un golfito de pocos metros, pero suficiente para que una barca se arrime a la orilla, elevada unos cincuenta centímetros por encima del agua. Va allí. La barca roza un poco en el guijo pero logra abordar, y Juan la mantiene arrimada a la orilla agarrando una raíz que sobresale de la tierra.

Jesús salta a la orilla. Juan dirige el remo contra ella y hace fuerza para impulsar a la barca de nuevo al lago. Lo consigue. Levanta la cara, iluminada con su sonrisa buena, y dice:

-Adiós, Maestro.

-Adiós, Juan - y Jesús se encamina por entre los árboles, mientras Juan da bordadas con su barquita.

Jesús tuerce hacia el interior, pasa entre unas huertas situadas a espaldas de Betsaida. Va raudo para evitar entrar en el pueblo cuando éste se anima. Llega, sin toparse con nadie en el camino, a la casa de Pedro. Llama a la puerta de la cocina. Pasados unos segundos, la cabeza de Porfiria se asoma cauta por encima del pretil de la azotea. Ve y emite una exclamación de estupor. Recoge con una mano sus espléndidos cabellos -su única belleza- que le caen sueltos por la espalda, y baja corriendo por la pequeña escalera, descalza (así está en este momento del apresurado aseo de la mañana).

-¡Señor, Tú! ¿Solo?

-Sí, Porfiria. ¿Margziam dónde está?

-Está durmiendo. Todavía duerme. El muchacho se ha quedado un poco triste, un poco lánguido... así que lo descargo un poco. Es también la edad... el desarrollo... Mientras duerme ni piensa ni llora..

-¿Llora a menudo?

-Sí, Maestro. Creo que es su debilidad actual. Y trato de fortalecerlo... y consolarlo... Pero dice: "Me quedo solo. Todas las personas a las que quiero se marchan. Cuando no esté ya Jesús...", y lo dice como si estuvieras para dejarnos... Es verdad que ha sufrido mucho en su vida... Pero yo y Simón lo queremos... Mucho. Créelo, Maestro.

-Lo sé. Pero su alma siente... Porfiria, necesito hablarte precisamente de estas cosas. Por este motivo he venido, sin Simón, a esta hora. ¿Dónde podemos ir para hablar, de forma que Margziam no nos oiga y que nadie moleste?

-Señor... Sólo tengo... mi habitación nupcial, o el cuarto de las redes... Arriba está Margziam. Yo también estaba, porque, para huir del calor nos hemos ido a dormir ahí arriba...

-Vamos al cuarto de las redes. Está más lejos. Margziam no nos oirá aunque se despierte.

-Ven, Señor - y Porfiria lo guía hasta el rústico y amplio cuarto ocupado por un poco de todo: redes, remos, comestibles, heno para las ovejas, un telar...

Porfiria se apresura a liberar una especie de tabla adosada a la pared, y a desempolvarla con un ovillo de estopa, para que el Maestro se siente.

-No importa, mujer. No estoy cansado.

Porfiria alza sus mansos ojos para mirar el rostro ajado, fatigado de Jesús, y parecer querer decir: «Sí que lo estás». Pero, acostumbrada a callar, no habla.

-Escucha, Porfiria. Tú eres una mujer buena y una buena discípula. Te he querido mucho desde que te conocí, y con mucha alegría te he recibido como discípula y he puesto en tus manos al niño. Se que eres prudente y virtuosa como pocas. Y sé que sabes guardar silencio, virtud rarísima en las mujeres. Por todo esto he venido a hablarte en secreto y a confiarte una cosa que ninguno sabe, ni siquiera los apóstoles, ni siquiera Simón. Te la confío porque debo decirte cómo te debes comportar en el futuro con Margziam... y con todos... Estoy seguro de que complacerás a tu Maestro en lo que te pide y que serás prudente como siempre...

Porfiria, que se ha puesto como la púrpura al oír de su Señor este encomio, no hace más que asentir con la cabeza, estando, como está, demasiado conmovida -ella que es tan tímida y que está acostumbrada a sufrir siempre la presión de voluntades dominantes que imponen sin saber si ella está dispuesta a asentir...-, demasiado conmovida para poder decir con las palabras que acepta.

-Porfiria... Yo no volveré nunca más por aquí. Nunca más hasta que todo esté consumado... ¿Sabes, no es verdad, lo que debo consumar?...

Porfiria, al oír estas palabras, ha dejado sueltos sus cabellos, que tenía recogidos todavía en la nuca con la izquierda, y emite, más que un grito, un sollozo, un sollozo que sofoca llevándose las dos manos a la cara, mientras lentamente cae de rodillas gimiendo:

-Lo sé, Señor, mi Dios... - y llora con silencioso llanto, que no se acusa sino por las lágrimas, que gotean contra el suelo a través de los dedos que comprimen la cara.

-No llores, Porfiria. Para esto he venido. Yo estoy preparado... y también lo están los que, sirviendo al Mal, servirán al Bien, en verdad, porque harán surgir la hora de la Redención. Podría cumplirse incluso ahora, porque tanto Yo como ellos estamos preparados... y cada hora que pase o cada hecho que suceda no serán sino... perfeccionamiento para su delito... y para mi Sacrificio. Y serán útiles, también, estas horas, todavía numerosas, que transcurrirán antes de esa hora... Hay todavía algunas cosas que cumplir y que decir, para que todo lo que debía cumplirse para conocimiento de mí quede realizado... Pero Yo no volveré a venir aquí... Miro por última vez este lugar... y entro por última vez en esta casa honrada... No llores... No he querido irme sin darte el adiós y la bendición de tu Maestro. Me llevaré conmigo a Margziam. Lo llevaré conmigo ahora, yendo hacia los confines fenicios, y luego, cuando baje a Judea para los Tabernáculos. No me faltará el modo de mandarlo para acá antes del pleno invierno. ¡Pobre niño! Gozará de mí durante un tiempo. 'Y además... Porfiria, no es indicado que Margziam esté presente en mi hora. Por tanto, no lo dejarás partir para la Pascua...

-El precepto, Señor...

-Yo lo libero del precepto. Soy el Maestro, Porfiria, y soy Dios, tú lo sabes. Como Dios puedo absolver anticipadamente de una omisión, que ni siquiera lo es porque la ordeno Yo por un motivo de justicia. La obediencia a mi orden es ya de por sí absolución a la omisión del precepto, porque la obediencia a Dios -y ésta es también un sacrificio para Margziam- es siempre superior a cualquier otra cosa. Y soy Maestro. No es buen Maestro el que no sabe medir las cualidades y las reacciones de un discípulo suyo, y no sabe meditar sobre las consecuencias que un esfuerzo superior a lo que el discípulo puede soportar puede producir en él. También cuando se impone la virtud hay que ser prudentes y no pretender un máximo que la formación espiritual o las fuerzas generales del ser no pueden dar. Exigiendo una virtud o un dominio espiritual demasiado fuertes respecto al grado de fuerzas espirituales, morales e incluso físicas alcanzado por la criatura, se puede producir una dispersión de las fuerzas ya acumuladas y un quebrantamiento del ser en sus tres grados: espiritual, moral, físico. Margziam, un pobre niño, ha sufrido demasiado ya, y ha conocido demasiado la brutalidad de sus semejantes, hasta rozar el odio hacia ellos. No podría

soportar lo que será mi Pasión: mar de amor doloroso en que lavaré los pecados del mundo, y mar de odio satánico que tratará de sumergir a todos aquellos que Yo he amado y de anular todo mi trabajo de Maestro. En verdad te digo que hasta los más fuertes se plegarán bajo la marea de Satanás, al menos durante un breve tiempo... Pero no quiero que Margziam se pliegue y que beba esa ola desoladora... Es un inocente... y lo quiero... Yo siento piedad, mucha, por quien ya ha sufrido más que lo que sus fuerzas consienten... He llamado al más allá al espíritu de Juan de Endor...

-¿Ha muerto Juan? ¡Oh! Margziam había escrito muchos rollos para él... Otro dolor para el niño...

-Le hablaré Yo de la muerte de Juan... Decía que lo he arrebatado a esta vida para preservarlo también a él del choque de esa hora. También Juan había sufrido demasiado por parte de los hombres. ¿Por qué despertar los sentimientos adormecidos? Dios es bueno. Prueba a sus hijos. Pero no es un incauto experimentador... ¡Oh, si los hombres supieran hacer lo mismo! ¡Cuántas menos destrucciones de corazones, o simplemente cuántas menos borrascas peligrosas en los corazones!... Pero, volviendo a Margziam, él no debe venir a la Pascua próxima. Por ahora tú no hablarás. Cuando llegue el momento, le dirás esto: "El Maestro me ha dado la orden de no mandarte a Jerusalén. Y te promete un premio singular si lo obedeces". Margziam es bueno y obedecerá... Porfiria, esto es lo que quiero de ti, tu silencio, tu fidelidad, tu amor.

-Todo lo que quieras, mi Señor. Honras demasiado a tu pobre sierva... No merezco tanto... Ve tranquilo, Maestro y Dios. Haré lo que quieres...

Pero el dolor la vence y cae rostro en tierra –antes había permanecido siempre arrodillada, relajada sobre los talones con los ojos fijos en la cara de Jesús-; cae al suelo, cubierta toda por el manto de sus cabellos de azabache, y solloza fuertemente:

-¡Qué dolor, Maestro! ¡Oh, qué dolor! ¡Qué termina! ¡Qué termina para el Mundo! ¡Qué, para nosotros que te amamos! ¡Qué, para tu sierva! ¡El Único! ¡El único que realmente me ha amado, que no me ha despreciado nunca, que no ha sido dominante conmigo, que me ha tratado como a las otras, a mí que soy tan ignorante, tan poca cosa, tan torpe! ¡Oh, y yo y Margziam, porque primero me lo dijo Margziam a mi nos habíamos serenado.,.! Todos decían que no podía ser cierto... Todos: Simón, Natanael, Felipe... sus mujeres... y ellos saben, son hombres sabios... y Simón... ¡hombre, mi Simón... si Tú lo has elegido debe valer algo!... ¡y todos... todos decían que no podía ser!... Pero ahora lo dices Tú, Tú lo dices... y no se puede dudar de tu palabra... Está verdaderamente desolada, y conmueve por su dolor.

Jesús se curva hasta ponerle una mano en la cabeza.

-No llores así... Va a oír Margziam... Ya sé que ninguno lo cree, ninguno quiere llegar a creer... y su propia sabiduría y su propio amor causa en ellos el no creer… Y, no obstante, así es... Porfiria, Yo me marcho. Antes de dejarte, te bendigo para este momento y para siempre. Piensa siempre que te he amado y que he estado contento de tu amor por mí. No te digo: persevera en él. Sé que lo harás, porque el recuerdo de tu Maestro será siempre tu dulzura, en la que te refugiarás. Tu dulzura y tu paz, incluso en la hora de la muerte. Piensa entonces que tu Maestro murió para abrirte el Paraíso, y que te espera allí... ¡Hala, levántate! Voy a despertar a Margziam y a entretenerlo un poco. Tú, mientras, borra las huellas de tu llanto, y luego ven donde nosotros. Juan me espera para llevarme a Cafarnaúm. Si tienes algo que mandar a Simón, prepáralo. Recuerda que tendrá necesidad de su ropa gruesa...

Porfiria, verdadera criatura de sumisión y solícita obediencia, besa los pies de Jesús y hace ademán de levantarse, pero una ola de amor le hace perder el control y, ruborizándose vivamente, toma las dos manos de Jesús y las besa: una, dos, diez veces. Luego se levanta y deja que se marche...

Jesús sale, sube a la terraza, entra en una especie de pabellón hecho de velas extendidas y sujetas por cuerdas, bajo el cual están los dos lechos. Margziam duerme todavía, con la cara casi hacia abajo, comprimida contra la pequeña almohada. Se ve solamente un pómulo de su cara morenita, y un brazo, largo y delgado, fuera de la -sábana que lo cubre. Jesús se sienta en el suelo, al lado del lecho, y acaricia levemente los cabellos desordenados que caen sobre el pálido carrillo del durmiente, el cual se mueve un poco pero sin despertarse todavía. Jesús repite el gesto, y luego se inclina a besar en la frente el rostro, que ahora está descubierto. Margziam abre los ojos y ve a Jesús a su lado, inclinado hacia él. Casi no da crédito a lo que ve, quizás piensa que está soñando; pero Jesús lo llama, y entonces el jovencito se incorpora, y se echa en los brazos de Jesús, se refugia en sus brazos...

-¿Tú aquí, Maestro?

-He venido a recogerte, para llevarte conmigo durante unos meses. ¿Te gusta?

-¡Oh! ¿Y Simón?

-Está en Cafarnaúm. Hemos venido Yo y Juan...

-¿Ha vuelto también él? ¡Se va a alegrar! Le daré lo que he escrito.

-No hablo de Juan de Endor, sino de Juan de Zebedeo. ¿No estás contento?

-Sí. Lo quiero. Pero también al otro... casi más...

-¿Por qué, Margziam? Juan de Zebedeo es muy bueno.

-Sí, pero el otro es muy infeliz, y yo también he sido infeliz, y un poco infeliz me siento todavía... Entre los que sufrimos nos comprendemos y nos queremos...

-¿Te alegraría el saber que ya no sufre y que es muy feliz?

-Claro que me alegraría. Pero el sólo puede ser feliz si está contigo... O es que... ¿es que ha muerto, Señor?

-Está en la paz, y hay que alegrarse de ello, sin egoísmos, porque ha muerto como un justo y porque ahora ya no hay separación entre su espíritu y el nuestro. Tenemos un amigo más que ora por nosotros.

Margziam tiene dos lagrimones en la cara, verdaderamente muy enflaquecida y pálida; pero susurra:

-Es verdad.

Jesús no dice nada más al respecto, ni hace observaciones sobre el estado físico y moral de Margziam, que está visiblemente debilitado. Antes al contrario, dice:

-¡Hala, vamos! He hablado ya con Porfiria. Ya seguro que ha preparado tu ropa. Arréglate tú también, que Juan nos espera. Le daremos una sorpresa a Simón. ¿No es aquélla su barca, de vuelta para Cafarnaúm? Quizás ha pescado al regresar...

-Es aquélla, sí. ¿A dónde vamos, Señor?

-A septentrión y luego a Judea.

-¿Tanto?

-Tanto.

Margziam, animado por la idea de estar con Jesús, se alza rápidamente y baja corriendo al lago, a lavarse. Vuelve, todavía con el pelo húmedo, gritando:

-¡He visto a Juan! Me ha hecho una señal de saludo. Está en la desembocadura, en el cañizar...

-Vamos.

Bajan. Porfiria está terminando de cerrar dos sacas y explica

-He pensado mandar después la ropa gruesa. Al Getsemaní con mi hermano para los Tabernáculos. Así caminaréis más rápido tanto tú como tu padre - y, mientras termina de atar las correas, alude a lo que ha preparado: leche, pan, fruta...

-Tomamos todo. Comeremos en la barca. Quiero marcharme antes de que la orilla se llene de gente. Adiós, Porfiria. Que Dios te bendiga siempre y que la paz de los justos esté siempre en ti. Ven. Margziam...

Recorren pronto el pequeño tramo de camino y, mientras Margziam va donde Juan, Jesús va a la barca. Enseguida se reúnen con Él los dos, corriendo entre las cañas y saltando luego a la barca. Empujan enseguida con el remo contra la orilla para meterse en aguas profundas.

Pronto el pequeño trayecto queda recorrido. Se detienen en la playa de Cafarnaúm, en espera de la barca de Pedro, que está llegando. La hora los salva del asedio de la gente, así que pueden comer en paz su pan y su fruta, echados en la arena a la sombra de la barca.

Simón no conoce la barquita, y, por tanto, sólo cuando pone pie en la orilla y ve levantarse detrás de la barca a Jesús, se da cuenta de que está Él allí.

-¡Maestro! ¡Y tú, Margziam! ¿Pero, desde cuándo?

-Desde ahora. He pasado por Betsaida. Date prisa. Hay que partir inmediatamente...

Pedro lo mira y no dice nada. Él y los compañeros descargan de la barca los peces pescados, y las sacas de la ropa, incluida la de Juan, que por fin puede volverse a vestir. Y Simón dice algo a su compañero, el cual le hace un gesto como diciendo: -Espera...

Van a la casa. Entran. Los apóstoles que se habían quedado vienen.

-Daos prisa. Nos marchamos en seguida. Coged todo porque no volvemos aquí - ordena Jesús.

Los apóstoles se miran un momento unos a otros, y tiene lugar una serie de gestos entre uno y otro grupo. Pero obedecen. Es más, yo creo que lo hacen con solicitud para poder hablar entre sí en las otras habitaciones…

Jesús se queda en la cocina con Margziam y se despide de los dueños de la casa. Pero no les dice "no voy a volver", y tampoco dice esto, pasando por la calle, a quienes, de Cafarnaúm, lo ven y lo saludan. Simplemente los saluda, como hace todas las veces que se marcha. Se para sólo en la casa de Jairo. Pero Jairo no ha vuelto todavía...

Encuentra junto a la fuente a la viejecita que vive cerca de la casa de la madre del pequeño Alfeo, y le dice:

-Dentro de poco vendrá aquí una viuda. Te buscará. Viene a vivir aquí. Sé amiga suya y quered mucho al niño y a sus hermanos... Hacedlo santamente, en nombre mío...

Reanuda la marcha y dice:

-Hubiera querido saludar a todos los niños...

-Puedes hacerlo, Maestro. ¿Por qué no has descansado? Estás muy cansado. Tu cara está pálida y tienes la mirada cansada. Te va a dañar... Hace calor todavía y seguro que no has dormido ni en Tiberíades ni allí donde Cusa...

-No puedo, Simón. Debo ir a algunos lugares y hay poco tiempo...

Están junto a la orilla. Jesús llama a los mozos de Pedro y los saluda, y les da órdenes de que la pequeña barca sea llevada al pueblo que está antes de Ippo y que se le restituya a Saúl de Zacarías.

Toma el camino umbrío que orilla al río. Lo sigue hasta una bifurcación y se adentra por esta parte.

-¿A dónde vamos, Señor? - pregunta Simón, que hasta ahora había hablado en voz baja con los compañeros.

-A casa de Judas y Ana, y luego a Corazín. Quiero saludar a mis buenos amigos...

Otra ojeada de los apóstoles entre sí y otro cuchicheo.

En fin, Santiago de Alfeo se adelanta y alcanza a Jesús, que va por delante de todos con Margziam.

-Hermano, dices que quieres saludar a los amigos, ¿es que no vamos a volver por estos lugares? Deseamos saberlo.

-Volveréis, ciertamente, pero dentro de muchos meses.

-¿Y Tú?

Jesús hace un gesto evasivo... Margziam se retira, discretamente, para reunirse con los demás, o sea, con todos los demás excepto Santiago de Alfeo, que está con Jesús, y Judas Iscariote, que va solo en la cola, más bien taciturno, como apático.

-Hermano, ¿qué te ha sucedido? - dice Santiago mientras pone una mano en el hombro de Jesús.

-¿Por qué lo preguntas?

-Porque... No sé. Todos nos lo preguntamos. Nos pareces distinto... Has venido sólo con Juan... Simón ha dicho que habías estado como invitado en casa de Cusa... No descansas... Saludas sólo a pocas personas... Da la impresión de que no quieres volver aquí... Y tu cara... ¿Ya no merecemos saber? Yo tampoco... Tú me querías... Me has dicho cosas que sólo yo sé...

-Te sigo queriendo. Pero no tengo nada que decir. He perdido un día más de lo previsto. Lo estoy recuperando.

-¿Era necesario ir al septentrión?

-Sí, hermano.

-Entonces... ¡Has sufrido! Lo percibo...
Jesús 1o abraza, pasándole un brazo por detrás de la espalda a su primo:
-Ha muerto Juan de Endor, ¿lo sabes?
-Me lo ha dicho Simón mientras preparaba yo la ropa. ¿Y otras cosas?...
-Un nuevo adiós a mi Madre.
-¿Y más cosas?
Santiago, más bajo que Jesús, lo mira de abajo arriba, insistente, indagador.
-Pues que estoy contento de estar contigo, con vosotros, con Margziam. Lo voy a tener conmigo algunos meses. Lo necesita. Está triste y sufre. ¿Lo has visto?
-Sí. Pero no es nada de esto... No quieres decirlo. No importa. Te quiero aun no tratándome como amigo.
-Santiago, tú para mí eres más que un amigo. Pero mi corazón necesita descansar...
-Y, por tanto, no hablar de lo que para ti constituye dolor. Comprendo. ¿Es Judas el que te aflige?
-¿Judas? ¿Tu hermano?
-No. El otro.
-¿Por qué esta pregunta?
-No sé. Mientras estabas fuera, uno, enviado no sabemos por quién, ha venido a buscar varias veces a Judas. Él lo ha rechazado siempre, pero...
-En vosotros toda acción de Judas es siempre un delito. ¿Por qué faltar a la caridad?...
-Porque siempre está tan torvo, tan turbado. Evita a los compañeros. Es apático...
-Déjalo. Hace más de dos años que está con nosotros y siempre ha sido así... Piensa en lo felices que se van a sentir los dos ancianos. ¿Y sabes por qué voy allí? Quiero confiarles el pequeño carpintero de Corazín...
Se alejan hablando. Detrás de ellos, en grupo, van los apóstoles, que han esperado a Judas para no dejarlo atrás solo, a pesar de que esté tan visiblemente hastiado, que no despierta ningún interés de tenerlo al lado.

## 466

## Un alto en la casa de los ancianos cónyuges Judas y Ana.

Llegan sudorosos, a pesar de que hayan andado entre tupidos árboles frutales, que se pliegan bajo el peso de la fruta madura. De los viñedos, numerosos y hermosísimos, viene el típico olor de las vides cuando los racimos están ya maduros y las hojas empiezan a acusar su marchitamiento otoñal.
A los primeros a los que se ve llegar es a dos campesinos que regresan de los árboles frutales cargados de cestas de hermosísimas manzanas, y que avisan a un doméstico, el cual a su vez avisa. Entretanto, los dos campesinos saludan a Jesús y anuncian que «muchos discípulos, provenientes de los montes de la Gaulanítida y de Iturea, dirigidos a Jerusalén, están alojados en la casa» y que «sus señores han decidido ir con ellos a los Tabernáculos por la Decápolis y la Perea». Pero apenas si han terminado de dar sus informaciones cuando ya aquéllos, precedidos y seguidos por muchos discípulos, salen fuera de la casa al encuentro del Maestro.
Entre los discípulos está casi todo el grupo de los pastores de Belén, y con ellos otros, como el primer leproso curado y el baldado restablecido, su amigo y otros más, o sea, los de la Transjordania, excepto Timoneo. No veo a Isaac, ni a Esteban ni a Hermas; no veo a Hermasteo ni a José de Emaús, ni a Abel de Belén ni a Nicolás de Antioquía, y tampoco a Juan de Éfeso. Mezclados con ellos, hay domésticos y campesinos, entre los cuales el niño curado milagrosamente de la parálisis durante la otra vendimia, y su madre.
-La paz sea con todos vosotros. Paz a esta casa» dice Jesús, alzando la mano para bendecir.
-Entra, Maestro, y descansa bajo nuestro techo. La época es todavía calurosa para caminar a esta hora. Pero te procuraremos alivio. Y las habitaciones son frescas para la noche.
-Voy a estar aquí sólo unas pocas horas. Al anochecer me marcho. Falta poco para los Tabernáculos y debo ir todavía a otros lugares.
Los dueños de la casa se quedan desilusionados, pero no insisten. Sólo dicen: -Esperábamos que nos aguardases. Mañana es la vendimia. La recolección de la fruta ha empezado ya. Después de la pisa íbamos a partir todos, con estos discípulos tuyos. Somos viejos, y los caminos, desde cuando han venido, no sabemos de dónde, bandas de salteadores a infestar esta orilla del Jordán, son inseguros. Se guarecen en los montes de Rabat-Ammón y de Galaad, a lo largo del valle del Yabboq, y se abaten sobre los caminos de caravanas. Los legionarios de Roma los persiguen... Pero... ¿Es, acaso, bueno encontrarse con ellos? Preferimos estar con éstos. Son tus discípulos Y Dios ciertamente los protege.
Jesús sonríe -una sonrisa perspicaz- pero no dice nada al respecto. Entra en la casa. Agradece los refrigerios que los huéspedes ofrecen a los miembros y a las gargantas sedientas, y después escucha a los discípulos, que refieren lo que ha sido su trabajo en los montes:
-Pero con poco fruto, Maestro. Poco también en Cesárea de Filipo, donde, de todas formas, no fuimos molestados. Pero volveremos allá contigo. ¡Y entonces!
Jesús los mira. No los desengaña. Responde:
-Perseverando, ciertamente los convertiréis. Dios ayuda siempre a sus siervos.

Y luego Jesús los deja. Va donde la dueña de la casa, que está preparando personalmente las mesas, y la invita a salir con Él porque debe decirle algo. La buena viejecita no se lo deja decir dos veces y, para no ir con el calor fuera de casa, lleva a Jesús a una habitación larga, fresca, orientada al norte.

-Ana, siempre dices que quisieras servirme en todos los modos...

-Sí, mi Señor. Yo y Judas. Pero no recurres nunca a nosotros. Ahora es una gran fiesta para nosotros, porque en tus discípulos hay un poco de ti, y teniéndolos en casa nos parece como servirte a ti.

-Efectivamente, lo es, porque lo que se hace a un discípulo se hace al Maestro, y un vaso de agua, incluso uno solo, o un pan, dados en ayuda de quien por mí se fatiga recibirá compensación de Dios mismo. Los discípulos cuidan el espíritu de los fieles, y los fieles deben tener amor por los discípulos, y ayudarlos, pensando que éstos han renunciado a todo, dispuestos incluso a renunciar a la vida con tal de dar a los fieles el Camino, la Vida y la Verdad, que su Maestro les ha dado a ellos con el mandamiento de dárselo a los fieles.

-¡Oh, Señor, deja que llame a mi Judas! ¡Son tan santas tus palabras!

-Llama a tu Judas - consiente, sonriendo, Jesús. Y la mujer sale, para volver con su marido, al cual le está repitiendo las palabras del Maestro.

-Nosotros, créelo, lo haríamos con gusto. Estamos apartados y, sin duda por eso, tus discípulos vienen poco aquí - dice el anciano, y se percibe un pesar por este hecho de ser dejado de lado.

-Les diré que vengan frecuentemente. Entretanto, os pido una gracia...

-¿Tú? ¡Pero si es gracia para nosotros servirte! Ordena, Señor. Somos viejos y no podemos seguirte corno muchos hacen. Pero de servirte sí que tenemos deseo. ¿Qué quieres? Si quieres incluso estos viñedos y esta casa, tan amados porque eran de mi padre y porque aquí nacieron nuestros hijos, te los damos. Prométenos sólo la misericordia divina para nuestros espíritus.

-No dudéis de que os pueda faltar. Pero no pido tanto sacrificio. Escuchad. Voy a Judea y el invierno viene. En Corazín hay una viuda con muchos hijos. El mayor es poco más que un niño. Su padre era carpintero...

-¡Ah, el carpintero! ¡Todos hablaron de tu gesto! Pero Corazín no se ha convertido, a pesar de que, más que la palabra, tu acción debía conseguirlo. La madre ha trabajado en las mieses... Pero es de salud débil... Sí, sabemos.

-Bueno, pues no os pido que hagáis de ellos personas ociosas, sino que los ayudéis. No os faltará alguna necesidad de arreglar una u otra cosa. Pensad en José y que la paga debida sea completada por la piedad amorosa.

-¡Oh, Maestro! ¡Tan poco! Yo diría... ¿qué dices mujer?... yo diría que tomamos a las dos niñitas que vinieron a espigar aquí. La casa es grande, y tú eres anciana, y son ancianas María y Noemí... Para las pequeñas cosas...

-Eso haremos, Judas. En recuerdo de nuestra pequeña... de la única hija, Señor... Floreció tres primaveras... y luego... Han pasado muchos años... pero el dolor está aquí... Si hubieras estado ya entre nosotros, no habría muerto... Yo no la habría perdido... Una hija es siempre una sonrisa... La anciana está emocionada y el anciano suspira.

-No está perdida... Os espera... Es un espíritu inocente y debéis estar seguros de encontrarlo de nuevo. Más hay que temer por los hijos adultos que no están completamente en los caminos del Señor...

-¡Es verdad! ¡Es verdad!... Tú sabes las cosas, Señor... Tú lo sabes todo. En esta casa tan serena existe este dolor... Maestro, ¿el sacrificio puede obtener gracia alguna vez?

-No alguna vez, siempre.

-¡Ah, dulce es oírse decir esto! Ve tranquilo, Maestro. La viuda de Corazín recibirá ayuda y Tú los encontrarás felices en primavera. Porque, si los confías para el invierno es señal de que no vuelves hasta la primavera.

-No vuelvo... Bajo a Judea y no vuelvo.

-¿Y va a Judea también el pequeño discípulo?

-Sí, Margziam viene también a Judea...

-Largo viaje, Maestro. Está muy ajado...

-Ha perdido a su último pariente. Vosotros conocéis su historia... y este nuevo dolor lo ha debilitado.

-Es también la edad y el desarrollo... Pero, sí, sabemos... y también conocemos el bien que hace. Un pequeño maestro, verdaderamente un pequeño maestro... El pariente estaba en la llanura de Esdrelón, ¿no es verdad? ¿Y ha muerto allí? ¿Y él allí sufrió?

-Sí, mujer. ¿Por qué lo preguntas?

-Porque... Maestro, no debería decirte esto a ti, que eres Maestro; pero soy madre y he llorado... Te digo: ¿por qué quieres llevarlo a esos lugares. Déjamelo a mí hasta Jerusalén... Me parecerá bajar a la Ciudad Santa todavía con mis hijos jovencitos... y él no seguirá cansándose y sufriendo. Vienen también los otros discípulos...

Jesús piensa. Objeta:

-Margziam se siente feliz de estar conmigo y Yo con él.

-Sí. Pero, si se lo dices Tú, obedecerá contento. Serán solamente pocos días de separación. ¿Qué son poco más de dos semanas para uno tan joven? Tiempo tiene de gozar de ti...

Jesús la mira, mira al anciano, tan ajenos a la realidad de que no es mucho el tiempo que queda de gozar del Salvador. Pero no dice nada. Abre los brazos como queriendo decir "hágase como queréis" y dice solamente:

-Llamad, entonces, a Margziam y a Simón.

El viejo sale y vuelve con los dos. Simón tiene mirada indagadora. Parece sospechar algo, quién sabe qué. Pero cuando oye el motivo se calma y dice:

-¡Que Dios os beneficie! Este hijo está muy ajado y, digo la verdad, me parecía imprudencia el hacerle andar tanto...

-¡Pero yo iba de buena gana! Estaba con el Maestro, y si el Maestro me llevaba consigo, señal era de que podía ir... Él lo hace todo bien... - y casi le vienen a la voz las lágrimas a Margziam.

-Es verdad, Margziam. Pero también hay que ser condescendientes. Estos son dos buenos amigos. Para mí y para todos mis amigos. Yo asiento a este deseo suyo y tú...

-Como Tú quieras, Maestro mío. Pero a Jerusalén...

-A Jerusalén vienes conmigo - promete Jesús. Y Margziam, dócil, no replica nada.

Salen de la habitación y Jesús se reúne con sus discípulos, que se muestran contentos de este encuentro imprevisto.

El anciano dueño de la casa ronda en torno al grupo. Jesús se da cuenta. Le pregunta.

-Bueno, es que querría unas palabras tuyas. Estás cansado. Lo veo. Pero ¿antes de comer, antes del descanso -porque, al menos, hasta el atardecer, descansarás-, no vas a decir nada?

-Hablaré antes de partir. Así también los domésticos y los trabajadores de los campos podrán oírme. Ahora tu mujer nos llama. ¿Lo ves?...

Y Jesús se levanta y entra en la habitación, donde están preparadas las mesas para los benditos huéspedes.

## 467

## Parábola de la distribución de las aguas. Perdón condicionado para el campesino Jacob. Advertencias a los apóstoles camino de Corazín.

Sin duda, se ha difundido la noticia de que está el Maestro y de que hablará antes del anochecer; de forma que la gente bulle en las cercanías de la casa, hablando en voz baja, porque saben que el Maestro está descansando y no quieren despertarlo. Esperan, pacientes, debajo de los árboles, protegidos del sol pero no del calor, que es fuerte todavía. No hay enfermos, al menos eso me parece; pero, como siempre, hay niños, y Ana, para tenerlos tranquilos, manda distribuir fruta.

Pero Jesús no tiene un sueño largo. Todavía está alto el sol cuando, descorriendo la cortina y sonriendo a la multitud, aparece. Está solo. Los apóstoles, probablemente, siguen durmiendo. Jesús se encamina hacia la gente, para ir a ponerse en el bajo brocal de un pozo que ciertamente sirve para regar los árboles de este huerto, porque del pozo salen en disposición radial una serie de canalillos de riego que se prolongan luego de uno a otro tronco. Se sienta en el bajo borde y empieza inmediatamente a hablar.

-Escuchad esta parábola.

Un rico señor tenía muchos subordinados esparcidos por muchos lugares de sus propiedades, que no eran todas ricas ni en aguas ni en fecundidad del suelo. Había, en efecto, lugares que sufrían la falta de agua; y más que los lugares sufrían las personas, porque, si bien se cultivaba la tierra con plantas resistentes a la sequedad, la gente sufría mucho por la escasez de agua. El señor rico, sin embargo, tenía, justo en el lugar donde vivía, un lago de abundantes aguas, procedentes de fuentes subterráneas.

Un día, el señor quiso realizar un viaje por todas sus propiedades. Vio que algunas, las más cercanas al lago, tenían abundante agua; las otras, lejanas, carecían de ella: sólo la poca agua que Dios mandaba con las lluvias. Y vio también que los que tenían agua abundante no eran buenos para con sus hermanos que de ella carecían, y regateaban hasta un cubo de agua con la disculpa de que temían quedarse sin ella. El señor pensó... y decidió esto: "Mandaré desviar las aguas de mi lago hacia los más cercanos, y les daré la orden de no negar ya más el agua a mis siervos lejanos que sufren por 1a sequedad del suelo".

E inmediatamente dio comienzo a las obras. Hizo cavar canales que llevaran el agua buena del lago a las propiedades más cercanas donde mandó excavar grandes cisternas, de forma que el agua se acumulara con abundancia, aumentando así 1a riqueza de agua que ya había en el lugar, y de estas cisternas hizo que salieran canales menores para alimentar otras cisternas más lejanas. Y luego llamó a los que vivían en estos lugares y dijo: "Recordad que lo que he hecho no lo he hecho para daros algo superfluo, sino para favorecer a través de vosotros a los que carecen incluso de lo necesario. Sed, por tanto, misericordiosos como yo lo soy", y se despidió de ellos.

Pasó un tiempo. El señor rico quiso realizar un nuevo viaje por todas sus propiedades. Vio que las más cercanas se habían embellecido y que no sólo eran ricas en plantas útiles, sino que también lo eran en plantas ornamentales, y en pilas, piscinas y fuentes puestas por todas partes, en las casas y cerca de éstas.

-Habéis hecho de estas moradas casas de ricos - observó el señor. Ni siquiera yo tengo tantas cosas bellas superfluas.

Y preguntó:

-¿Pero los otros vienen? ¿Les habéis dado con abundancia? ¿Los canales menores están alimentados?

-Sí. Han recibido todo lo que han pedido. Y hay que decir que son exigentes. Nunca están satisfechos. No tienen prudencia ni medida. Vienen a todas horas a pedir, como si nosotros fuéramos sus siervos, Y tenemos que defendernos para tutelar nuestras cosas. No les bastaban ya los canales y las cisternas pequeñas; venían hasta las grandes.

-¿Es éste el motivo por el que habéis cercado los lugares y habéis puesto en cada uno estos perros feroces?

-Es por eso, señor. Entraban sin miramientos, pretendían quitarnos todo, y luego desperdiciaban...

-¿Pero vosotros realmente habéis dado? ¿Sabéis que por ellos hice esto y que a vosotros os he hecho intermediarios entre el lago y sus tierras áridas? No entiendo... Había dicho que se cogiese del lago lo que hiciera falta para que todos tuvieran, pero sin desperdicio".

-Pues, créenos, nunca hemos negado el agua.

El señor se dirigió hacia las propiedades lejanas. Los árboles altos, adecuados para un suelo árido, estaban verdes y frondosos.

-Han dicho la verdad - dijo el señor, viéndolos desde lejos agitarse con el viento. Pero, en cuanto se acercó a ellos y luego se adentró por entre ellos, vio el terreno quemado, muerta casi toda la hierba, que ovejas jadeantes fatigosamente

rozaban, y vio arenosas las huertas cercanas a las casas; y luego vio a los primeros labriegos: ajados, febriles los ojos, descorazonados... Lo miraban y bajaban la cabeza, y se retiraban como por miedo.

Él, asombrado de esa actitud, los llamó. Se acercaron temblorosos.

-¿De qué tenéis miedo? ¿No soy ya vuestro señor bueno que se ha tomado cuidado de vosotros y que con trabajo próvido os ha aliviado de la poquedad de agua? ¿Por qué esos rostros de enfermos? ¿Por qué estas tierras áridas? ¿Por qué los rebaños están tan escuálidos? Y vosotros ¿por qué parecéis tener miedo de mí? Hablad sin temor. Decid a vuestro señor qué es lo que os hace sufrir.

Un hombre habló por todos.

-Señor, hemos sufrido una gran desilusión y mucha pena. Nos habías prometido ayuda, y nosotros hemos perdido hasta lo que teníamos antes y también la esperanza en ti.

-¿Cómo? ¿Por qué? ¿No he hecho llevar el agua en abundancia a los más cercanos dándoles la orden de que la abundancia fuera para vosotros?

-¿Eso dijiste? ¿Exactamente así?

-Así. Sin duda. No podía, por razones del terreno, hacer llegar el agua aquí directamente. Pero, con buena voluntad, podíais ir a los pequeños canales de las cisternas, ir con odres y asnos a tomar toda la que quisierais. ¿No teníais suficientes asnos y odres? ¿No estaba yo para cedéroslos?

-¡Ah, ya lo había dicho yo! Dije: "No puede haber sido el señor el que haya dado la orden de negarnos el agua". ¡Si hubiéramos ido! Hemos tenido miedo. Nos decían que el agua era un premio para ellos y que nosotros estábamos castigados.

Y contaron al buen amo que los encargados de las propiedades beneficiadas les habían dicho que el señor, para castigar a los siervos de las tierras áridas que no sabían producir más, había dado la orden de poner medida no sólo al agua de las cisternas, sino también a la de los antiguos pozos, de forma que, si antes disponían incluso de doscientos bates al día para ellos y para las tierras -tomados éstos con una gran fatiga de camino y de peso-, ahora ya ni siquiera tenían cincuenta, y que, para disponer de estos cincuenta bates para los hombres y los animales, debían ir a los regatos lindantes con los lugares bendecidos donde revertían las aguas de los jardines y baños, y coger esa agua limosa... y morían. Morían de enfermedad y de sed, y morían las hortalizas y las ovejas...

-¡Oh, esto es demasiado! Y debe terminar. Tomad todas vuestras cosas y vuestros animales y seguidme. Os será un poco fatigoso, porque estáis exhaustos, pero luego vendrá la paz. Iré despacio para permitir a vuestra debilidad seguirme. Yo soy un patrón bueno, un padre para vosotros, y soy providente para con mis hijos.

Y se puso en camino lentamente, seguido de la triste turba de sus siervos y de los animales; mas aquéllos ya exultaban por el alivio del amor de su buen señor.

Llegaron a las tierras riquísimas en agua, a las lindes de éstas El señor tomó a alguno de entre los más fuertes y dijo:

-Id en mi nombre a pedir ayuda.

-¿Y si nos enviscan los perros?

-Yo voy detrás de vosotros. No temáis. Decid que os envío yo y que no cierren el corazón a la justicia, porque las aguas son de Dios y todos los hombres son hermanos. Que abran inmediatamente los canales.

Fueron. Y el amo detrás.

Se presentaron delante de una cancilla. Y el amo se quedó escondido detrás de la tapia. Llamaron. Acudieron los encargados de las tierras.

-¿Qué queréis?

-Tened misericordia de nosotros. Morimos. Nos envía el amo con la orden de tomar las aguas que ha hecho venir para nosotros. Dice que las aguas se las ha dado Dios, y él a vosotros para nosotros, porque somos hermanos, y que abráis inmediatamente los canales.

-¡Ja, ja! - se echaron a reír los crueles - ¿Hermanos esta turba de harapientos? ¿Que morís? Pues mucho mejor. Así nos quedaremos con vuestros terrenos y llevaremos allí el agua. ¡Entonces sí que la llevaremos! Y haremos buenos esos lugares. ¿Agua para vosotros? ¡Estáis locos! El agua es nuestra.

-Piedad. Morimos. Abrid. Lo ordena el amo.

Los malos encargados deliberaron entre sí y dijeron:

-Esperad un momento - y se marcharon deprisa. Luego volvieron y abrieron. Pero tenían los perros y gruesos garrotes... Los pobres tuvieron miedo.

-Entrad, entrad... ¿No entráis ahora que os hemos abierto? Luego diréis que no hemos sido generosos...

Un incauto entró, y le llovió una granizada de palos, mientras los perros, liberados de la cadena, se lanzaron contra los otros.

El amo salió de detrás de la tapia.

-¿Qué hacéis, crueles? Ahora os conozco, a vosotros y a vuestros animales, y os voy a castigar - y con dardos flechó a los perros, y entró luego, severo y airado.

-¿Es así como ejecutáis mis órdenes? ¿Para esto os he dado estas riquezas? Llamad a todos los vuestros. Quiero hablaros. Y vosotros - dijo a los siervos sedientos - entrad con vuestras mujeres e hijos, ovejas y asnos, palomas y todos los demás animales, y bebed y refrescaos, y coged estas frutas jugosas, y vosotros, pequeños inocentes, corred entre las flores. Gozad. Justicia hay en el corazón del amo bueno y justicia habrá para todos.

Y, mientras los sedientos corrían a las cisternas y se zambullían en las piscinas, y el ganado corría a las pilas, y todo era alborozo para ellos, los otros acudían temerosos de todas partes.

El señor subió al borde de una cisterna y dijo:

-Había hecho estas obras y os había hecho depositarios de mi mandato y de este tesoro, porque os había designado ministros míos. En la prueba habéis fallado. Parecíais buenos. Debíais serlo, porque el bienestar debería hacer buenas a las personas, agradecidas hacia su benefactor, y yo os había hecho siempre el bien, dándoos la administración de estas tierras bien regadas. La abundancia y la elección os han hechos duros de corazón, más áridos que las tierras que habéis hecho áridas del todo, más enfermos que éstos, que tienen sed ardiente. Porque ellos pueden sanar con el agua, mientras que vosotros con el egoísmo habéis quemado vuestro espíritu y difícilmente sanará, y con mucha fatiga volverá a vosotros el agua de la caridad. Ahora yo os castigo: id a las tierras de éstos y sufrid lo que ellos han sufrido.

-¡Piedad, señor! ¡Piedad de nosotros! ¿Es que quieres que muramos? ¿Menos compasivo tú hacia nosotros, hombres, que nosotros hacia los animales?

-¿Y éstos qué son? ¿No son hombres hermanos vuestros? ¿Qué compasión habéis tenido vosotros? Os pedían agua, les habéis propinado palos y burlas. Os pedían lo que es mío y que yo había dado, y vosotros lo habéis negado, diciendo que era vuestro. ¿De quién son las aguas? Ni siquiera yo digo que el agua del lago sea mía aunque sea mío el lago. El agua es de Dios. ¿Quién de vosotros ha creado una sola gota de rocío? ¡Id!... Y a vosotros os digo, a vosotros que habéis sufrido: sed buenos. Haced con ellos lo que hubierais querido que se hiciera con vosotros. Abrid los canales que ellos han cerrado y dejad que fluyan las aguas hacia ellos en cuanto podáis. Os hago mis distribuidores para estos hermanos culpables; a ellos les dejo la manera y el tiempo para redimirse. Y el Señor Altísimo, más que yo, os confía la riqueza de sus aguas, para que vosotros seáis providencia para quien de ellas carece. Si sabéis hacer esto con amor y justicia. contentándoos con lo necesario, dando lo superfluo a los indigentes, siendo justos, no considerando vuestro aquello que es un don recibido, y más que don depósito, entonces grande será vuestra paz, y el amor de Dios y el mío estarán siempre con vosotros.

La parábola ha terminado. Todos pueden entenderla. Os digo sólo que quien es rico es el depositario de esta riqueza que Dios le concede con el mandato de ser distribuidor de ella para quien sufre. Pensad en la magnitud del honor que os otorga Dios llamándoos a ser cooperadores en la obra de la Providencia en favor de los pobres, enfermos, viudas, huérfanos. Dios podría hacer llover dinero, vestidos, alimentos sobre los pasos del pobre. Pero entonces quitaría al hombre rico grandes méritos: los de la caridad hacia los hermanos. No todos los ricos pueden ser doctos, pero sí todos pueden ser buenos. No todos los ricos pueden atender a los enfermos, sepultar a los muertos, visitar a los enfermos y a los que están en la cárcel. Pero todos los ricos, o incluso simplemente los no pobres, pueden dar un pan, un sorbo de agua, un vestido usado, o acoger en torno al fuego a quien tiembla, o bajo su techo a quien no tiene casa y sufre la lluvia o el sol abrasador. El pobre es el que no tiene lo necesario para vivir. Los otros no son pobres. Tienen escasos medios, pero son siempre ricos respecto a quien muere de hambre, de privaciones, de frío.

Yo me marcho. No puedo ya practicar la beneficencia con los pobres de estos lugares. Mi corazón sufre pensando que pierden un amigo... Pues bien, Yo que os hablo -y vosotros sabéis quién soy-os pido que seáis la providencia de los pobres que se quedan sin su Amigo misericordioso. Dad limosna y amadlos en mi nombre, por recuerdo de mí... Sed mis continuadores. Confortad con una promesa mi corazón abatido: que en los pobres me veréis siempre a mí, y que los acogeréis como a los más verdaderos representantes de Cristo, que es pobre, que quiso ser pobre por amor a los más infelices de la Tierra y para expiar con sus penurias y febril amor las injustas prodigalidades y los egoísmos de los hombres.

Recordad que la caridad, la misericordia, reciben premio eterno. Recordad que la caridad, la misericordia, son absolución de las culpas. Dios mucho perdona a quien mucho ama. Y el amor a los indigentes que no pueden corresponder es el más meritorio ante los ojos de Dios. Recordad estas palabras mías hasta el final de la vida, y os salvaréis y seréis bienaventurados en el Reino de Dios.

Descienda mi bendición sobre quienes aceptan la palabra del Señor y la ponen en práctica.

Los apóstoles y Margziam con los discípulos han ido saliendo de casa mientras Él hablaba, y ahora forman un grupo compacto detrás de la gente. Pero se abren paso cuando Jesús termina de hablar, y recogen al pasar las limosnas que muchos ofrecen. Llevan este dinero a Jesús.

Detrás de ellos se introduce un hombre ajado y de bien pobre aspecto. Camina tan cabizbajo, que no puedo verle la cara. Va a los pies de Jesús y dándose golpes de pecho, gime:

-He pecado, Señor, y Tú me has castigado. Me lo he merecido. Pero, al menos, dame tu perdón antes de marcharte. ¡Ten piedad del pecador Jacob!

Levanta la cara y reconozco, más porque se ha nombrado que por el aspecto -muy ajado-, al campesino una vez favorecido y castigado otra por su dureza con los dos huerfanitos.

-¡Mi perdón! Tú querías el perdón para la curación. Y te angustiabas porque las mieses estaban echadas a perder. Éstos sembraron para ti. ¿Acaso no tienes pan?

-Tengo lo suficiente.

-¿Y no es esto acaso perdón?

Jesús se muestra muy severo.

-No. Quisiera morir de hambre pero sentir que el espíritu está en paz. He tratado, dentro de mis pocas posibilidades, de expiar... He orado y llorado... Pero sólo Tú puedes perdonar y dar paz a mi espíritu. Señor sólo te pido perdón...

Jesús lo mira fijamente... Le hace levantar la cara, que el hombre tiene reclinada, y lo perfora con sus ojos resplandecientes, mientras está un poco curvado hacia él... Luego dice:

-Ve. Tendrás o no tendrás el perdón dependiendo de cómo vivas en el tiempo que te queda.

-¡Oh! ¡Señor mío! ¡No así! Has concedido el perdón a culpas mayores...

-No eran personas favorecidas, como tú lo habías sido, y no habían pecado contra los inocentes. Siempre es sagrado el pobre, pero los más sagrados son el huérfano y las viudas. ¿No conoces la Ley?...

El hombre llora. Quería un perdón inmediato.

Jesús resiste:

-Has descendido dos veces y no has tenido prisa de alzarte de nuevo... Acuérdate. Lo que tú, hombre, te has permitido. Dios puede permitírselo. Y muy bueno sigue siendo Dios, pues que te dice que no te niega el perdón del todo, sino que lo condiciona a tu modo de vivir hasta la muerte. Ve.

-Bendíceme al menos... Para que tenga más fuerza para ser justo.

-Ya he bendecido.

-No, así no. A mí en particular. Mira mi corazón…

Jesús le pone la mano en la cabeza y dice:

-He dicho. Pero que esta caricia te persuada de que, si bien soy severo, no te odio. Mi amor severo es para salvarte, es para tratarte como a un amigo infeliz, no porque eres pobre, sino porque has sido malo. Recuerda que te amé, que tuve compasión de tu espíritu; y que este recuerdo te infunda deseos de tenerme como amigo que no sea ya severo.

-¿Cuándo, Señor? ¿Dónde te encontraré, si dices que te marchas?

-En mi Reino.

-¿Cuál? ¿Dónde lo fundas? Yo voy...

-Mi Reino estará en tu corazón si lo haces bueno, y luego estará en el Cielo. Adiós. Tengo que marcharme, porque atardece y debo bendecir a los que dejo - y Jesús se despide de él. Luego se dirige hacia los discípulos y los dueños de la casa y los bendice uno a uno.

Luego reemprende la marcha, después de haber dado a Judas el dinero... El verde de la campiña se traga a Jesús mientras va andando hacia el suroeste, en dirección a Cafarnaúm...

-¡Caminas demasiado, Maestro! - exclama Pedro - Estamos cansados. Hemos recorrido ya muchos estadios...

-Calma, Simón. Pronto estaremos a la vista de Corazín. Vosotros entraréis en ella e iréis a las pocas casas amigas que tenemos, especialmente a la casa de la viuda. Y diréis al pequeño José que quiero saludarlo al amanecer. Le llevaréis a mí al camino que sube hacia Yiscala...

-¿Pero Tú no entras en Corazín?

-No. Voy al monte a orar.

-Estás agotado. Estás pálido. ¿Por qué no te prestas cuidado? ¿Por qué no vienes con nosotros? ¿Por qué no entras en la ciudad?

Lo colman de preguntas. Su afecto a veces es pesado.

Pero Jesús es paciente... y pacientemente responde:

-Ya lo sabéis. Para mí la oración es descanso. Fatiga es estar entre la gente cuando no estoy para curar o evangelizar. Así que iré al monte. Al mismo lugar a donde he ido otras veces. Conocéis el lugar.

-¿En el sendero que va a casa de Joaquín?

-Sí. Sabéis dónde encontrarme. A1 amanecer iré a vuestro encuentro...

-¿Y... vamos a ir hacia Yiscala?

-Es el camino adecuado para ir hacia los confines sirofenicios. Dije en Afeq que iba a ir, e iré.

-Es porque... ¿no te acuerdas de la otra vez?

-No temas, Simón. Han cambiado el sistema. Actualmente me ensalzan...

-¿Entonces te aman?

-No. Me odian más que antes. Pero, no pudiendo echarme a tierra con sus fuerzas, tratan de hacerlo con sus engaños. Tratan de seducir al Hombre... Y para seducir se usan los honores, aunque sean falsos. Es más... Acercaos todos aquí - dice luego a los otros, que caminaban en grupo al ver que Jesús hablaba privadamente con Pedro.

Se reagrupan todos. Jesús dice:

-Estaba diciendo a Simón -y lo digo a todos porque no tengo secretos para mis amigos-, decía a Simón que los enemigos míos han cambiado de sistema para perjudicarme, pero no han cambiado su idea respecto a mí. Por tanto, de la misma manera que antes usaban el insulto y la amenaza, ahora usan los honores. Para mi y, sin duda, también para vosotros. Sed fuertes y sabios. No os dejéis engañar por palabras falaces, ni por regalos, ni por seducciones. Recordad lo que dice el Deuteronomio *(Dt 16, 1,4)*: "Los donativos ciegan los ojos de los sabios y corrompen las palabras de los justos". Tened presente a Sansón. *(Jueces 13-16).* Era nazireo de Dios desde el nacimiento, desde el seno de su madre, que lo concibió y lo formó en abstinencia por orden del ángel, para que fuera un justo juez de Israel. Pero, ¿tanto bien dónde terminó? ¿Y cómo? ¿Y por quién? ¿Y no es verdad que otras veces, con honores y monedas y con mujeres asoldadas, fue abatida la virtud para hacer el juego a los enemigos? Ahora estad despiertos y vigilad para que no os engañen y para no servir, aun inconscientemente, a los enemigos. Sabed manteneos libres como los pájaros, que prefieren el alimento parco y la rama para su descanso, antes que las doradas jaulas, donde hay mucha comida, y cómodo es el lugar para el descanso, pero están prisioneros del capricho de los hombres. Pensad que sois mis apóstoles, siervos, por tanto, sólo de Dios, de la misma forma que Yo soy siervo sólo de la voluntad del Padre. Tratarán de seduciros, quizás ya lo han hecho, tomándoos a cada uno por el punto más débil, porque los siervos del Mal son astutos, pues son instruidos por el Maligno. No creáis en sus palabras. No son sinceras. Si lo fueran, Yo sería el primero en deciros: "Saludemos a éstos cual buenos hermanos nuestros". Sin embargo, hay que desconfiar de sus acciones y orar por ellos, para que se hagan buenos. Yo lo hago. Oro por vosotros, para que la nueva guerra no os haga caer en el engaño, y oro por ellos, para que terminen de urdir engaños al Hijo del hombre y ofensas a Dios su Padre Y vosotros imitadme. Orad mucho al Espíritu Santo. Que os dé la luz para ver. Y sed puros si queréis tenerlo por amigo. Yo, antes de dejaros, quiero fortaleceros. Os absuelvo si habéis pecado hasta el momento. De todo os absuelvo. Sed buenos en el futuro. Buenos, sabios, castos, humildes, fieles. Que la gracia de mi absolución os fortalezca... ¿Por qué lloras, Andrés? ¿Y por qué te turbas tú, hermano mío?

-Porque esto me parece un adiós... - dice Andrés.

-¿Y piensas que me despediría de vosotros con tan pocas palabras? Es sólo un consejo para estos tiempos. Veo que estáis todos turbados. Eso no os debe suceder. La turbación turba la paz. Siempre debe haber paz en vosotros. Estáis al servicio de la Paz, y Ella os ama tanto, que os ha elegido como a los primeros siervos suyos. Os ama. Debéis, pues, pensar que os ayudará siempre, aun cuando os quedéis solos. La Paz es Dios. Si sois fieles a Dios, Él estará en vosotros. Y, con Él en vosotros, ¿a qué vais a tenerle miedo? ¿Quién os podrá separar de Dios, si no os ponéis en condiciones de perderlo? Sólo el pecado separa de Dios. Pero el resto: tentaciones, persecuciones, muerte, ni siquiera la muerte, separan de Dios. Es más, unen más a Él, porque toda tentación vencida eleva en un escalón hacia el Cielo; porque las persecuciones os obtienen un redoblado amor protector de Dios; y la muerte del santo o del mártir no son sino fusión con el Señor Dios. En verdad os digo que, menos los hijos de la perdición, ninguno de mis grandes discípulos morirá antes de que Yo haya abierto las puertas de los Cielos. Por tanto, ninguno de mis discípulos fieles deberá esperar al abrazo de Dios tras haber pasado de este destierro caliginoso a las luces de la otra vida. No os diría esto si no fuera verdad. Vosotros mismos veis. Hoy mismo habéis visto a un hombre que, después de un descarrío, ha vuelto a los caminos de la justicia. No habría que pecar. Pero Dios es misericordioso y perdona a quien se arrepiente. Y el que se arrepiente puede incluso superar al que no ha pecado, si su arrepentimiento es absoluto y es heroica su virtud subsiguiente. ¡Será tan dulce encontrarnos allá arriba! ¡Veros subir hacia mí, y correr Yo a vuestro encuentro para abrazaros, y llevaros al Padre mío y decir: "Aquí tienes a un amado mío. Él me amó siempre, y, por tanto, te amó siempre, desde que le hablé de ti. Ahora ha venido. ¡Bendícelo, Padre mío, y que tu bendición sea su corona resplandeciente"! Amigos míos... Amigos aquí y amigos en el Cielo. ¿No os parece que todo sacrificio es ligero para obtener esta eterna alegría? "Ya habéis recobrado la serenidad. Separémonos aquí. Yo subo allá; vosotros estad calmos... Démonos un beso...

Y los besa uno a uno.

Judas, al besarlo, llora. Ha esperado a ser el último, él que busca siempre ser el primero. Y está fuertemente abrazado a Jesús, besándolo repetidamente y susurrándole al oído, entre el pelo:

-Pide, pide, pide por mí...

Se separan: Jesús va hacia el monte; los otros prosiguen hacia Corazín, que ya albea entre el verdor de los árboles.

## 468

## Un episodio de enmendamiento de Judas Iscariote, y otros que ilustran su figura.

Dice Jesús:

-El orden de los Evangelios es bueno, pero no perfecto desde el punto de vista cronológico. Un observador atento lo nota. Aquel que habría podido dar el exacto orden de los hechos, por haber estado conmigo desde el principio de la evangelización hasta la ascensión, no lo hizo; porque Juan, hijo verdadero de la Luz, se ocupó y preocupó de hacer refulgir la Luz a través de su exterioridad de Carne ante los ojos de los heréticos, que impugnaban la verdad de la Divinidad dentro de una carne humana. El Evangelio sublime de Juan ha alcanzado su finalidad sobrenatural, pero no ha ayudado a la crónica de mi vida pública. Los otros tres evangelistas muestran igualdades entre sí, en cuanto a los hechos; pero alteran el orden temporal de éstos, porque de tres sólo uno estuvo presente en casi toda mi vida pública: Mateo, que la escribió quince años después. Los otros escribieron más tarde, habiendo oído la narración de labios de mi Madre, de Pedro, de otros apóstoles y discípulos.

Quiero ofreceros una guía para cuando reunáis los hechos del trienio, año por año. Y ahora ve y escribe. El episodio sigue al del miércoles (20 – 9) *(reseñado en el capítulo 406: lo sigue en cuanto a los episodios que quieren ilustrar la figura de Judas Iscariote pero no lo sigue inmediatamente en la narración completa de los hechos de la vida pública de Jesús)*

Veo a Jesús paseando lentamente, yendo y viniendo, por un senderillo campestre luminoso de luna. Hay Luna llena, que resplandece con su carota sonriente en un cielo serenísimo; pero, por su posición en el cielo, en el que empieza a ponerse, deduzco que debe ser más tarde de la media noche.

Jesús camina pensando, y, sin duda, orando, a pesar de que yo no oiga ninguna palabra. Pero no pierde de vista las cosas de su alrededor. En un momento se detiene a escuchar, sonriendo, el gran canto de un ruiseñor enamorado, que hace toda una melodía de arpegios y trinos y notas de solo, bien sostenidas; tan fuertes y largas, que parece imposible que salgan de ese pequeño ser todo pluma. Para no molestarlo ni siquiera con el crujido de las sandalias contra los pequeños cantos del sendero y de la túnica al rozar la hierba, Jesús se ha detenido, con los brazos cruzados y el rostro alzado y sonriente. Entorna incluso los ojos para concentrarse mejor en oír, y, cuando el ruiseñor termina con un agudo que sube, sube, sube por la escala tercera (no sé si es así como digo, recordando) y termina con una nota agudísima, sostenida mientras resiste la espiración, Él aprueba y aplaude silenciosamente, agachando dos o tres veces la cabeza con una sonrisa contenta.

Y ahora se inclina hacia una mata de madreselva en flor, que a través de sus abundantísimos cálices blancos emana intenso perfume; cálices semejantes a bocas de serpientes bostezando, en que tembletea la lengua -los pistilos amarillentos- y brilla el trazo dactilado de oro en el pétalo inferior. Las flores, bajo la luna, parecen aún más blancas, casi argénteas. Jesús las admira y las huele y las acaricia con la mano.

Vuelve sobre sus pasos. Debe ser un lugar ligeramente elevado, porque el claro de Luna muestra al sur algo que brilla como vidrio bañado de luna, un trocito de lago, sin duda, porque río no es, ni tampoco mar, pues a éste se le ve, en el lado opuesto al en que está Jesús, bordeado por una serie de colinas. Jesús observa este plácido titileo de aguas serenas en la calma de la noche estiva. Luego da media vuelta sobre sí mismo, de sur a oeste, y observa la albura de un pueblo, distante unos dos kilómetros al máximo, más menos que más. Todo un señor pueblo. Se para a mirarlo, y menea la cabeza, siguiendo un pensamiento que lo aflige mucho.

Luego reanuda su lento paseo, y su oración. Hasta que se sienta en una voluminosa piedra, al pie de un árbol muy alto, y toma su postura habitual: los codos apoyados en las rodillas y los antebrazos hacia afuera con las manos unidas en oración.

Está así un tiempo, y seguiría más tiempo... pero, un hombre, una sombra, desde la espesura, se está acercando a Él, y lo llama:

-¿Maestro?

Jesús se vuelve, puesto que el que está viniendo lo hace por detrás de Él, y dice: -¿Judas? ¿Qué quieres?

-¿Dónde estás, Maestro?

-A1 pie del nogal. Acércate.

Y Jesús se pone en pie y junto al sendero, bajo el claro de Luna, para que Judas pueda verlo.

-¿Has venido, Judas, a hacer un poco de compañía a tu Maestro?

Ahora están el uno junto al otro, y Jesús pone con afecto un brazo en el hombro del discípulo.

-¿O es que tienen necesidad de mí en Corazín?

-No, Maestro. Ninguna necesidad. Ha sido un deseo mío de venir a ti.

-Ven, pues. Hay sitio para los dos en esta piedra.

Se sientan bien cerca. Silencio. Judas no habla. Mira a Jesús. Lucha. Jesús quiere ayudarle. Lo mira dulcemente, pero profundamente.

-¡Qué hermosa noche, Judas! ¡Mira qué puro es todo! Yo creo que no fue más pura la primera noche que sonrió sobre la Tierra y sobre el sueño de Adán en el Paraíso terrenal. Fíjate cómo huelen esas flores. Huélelas. Pero no las arranques. ¡Son tan bellas y puras! Yo también me he abstenido de hacerlo, porque arrancarlas es profanarlas. Siempre está mal usar la violencia. Tanto contra la planta como contra el animal; contra el animal como contra el hombre. ¿Por qué quitar la vida? ¡Es tan bella la vida cuando se emplea bien!... Y esas flores la emplean bien, porque perfuman, alegran con su aspecto y sus aromas, dan néctar a las abejas y a las mariposas, y ceden a éstas el oro de sus pistilos para poner gotitas de topacio en la perla de sus alas, y hacen de lecho a los nidos... Si hubieras estado aquí hace poco, hubieras oído a un ruiseñor cantar con gran dulzura su alegría de vivir y de alabar al Señor. ¡Amados pajarillos! ¡Cuánto sirven de ejemplo para los hombres! Con poco se contentan, y sólo con aquello que es lícito y santo. Un granito y un gusanillo, porque el Padre Creador se lo da; y si no hay no sienten ira o desdén, sino que engañan al hambre de la carne con el impulso del corazón, que les hace cantar las alabanzas del Señor y las alegrías de la esperanza. Se sienten felices de estar cansados por haber volado desde el alba hasta el anochecer para hacerse un nido calentito, blando, seguro; no por egoísmo, sino por el amor a la prole. Y cantan por la alegría de amarse honestamente. El ruiseñor hacia su hembra, y ambos hacia los hijos. Los animales son siempre felices, porque no tienen remordimientos ni acusaciones en su corazón. Nosotros los hacemos infelices, porque el hombre es malo, desconsiderado, subyuga a los demás, es cruel. Y no le basta serlo con sus semejantes. Hace rebosar su maldad sobre los inferiores. Y cuantos más remordimientos internos tiene más le punza su conciencia y más cruel se muestra hacia los demás. Estoy seguro, por ejemplo, de que aquel que iba a caballo y que hoy lo espoleaba -tan sudado y cansado como estaba- hasta hacerlo sangrar, y que lo azotaba hasta hacerle erizar en franjas el pelo en el cuello y en los lomos, y que le pegaba hasta en los ollares, tan delicados, y en los oscuros párpados que se cerraban dolientes sobre los ojos, tan dulces y resignados, no tenía el alma tranquila: o iba a un delito contra la honestidad o venía de él.

Jesús calla y piensa.

Judas guarda silencio. Piensa también él. Luego habla:

-¡Qué hermoso, Maestro, es oírte hablar así! Todo se ilumina ante los ojos, ante la mente, ante el corazón... y todo vuelve a ser fácil. También el decir: "¡Quiero ser bueno!". Incluso el decirte... incluso el decirte… decirte: "¡Maestro, yo también tengo turbada el alma! No sientas repulsa por mí, Maestro, Tú que amas tanto a los puros"».

-¡Oh, mi Judas! ¿Yo repulsa? Amigo, hijo, ¿qué es lo que te turba?

-Tenme junto a ti, Maestro. Estréchame a tu lado... Tras tan dulces palabras tuyas, he jurado ser bueno; he jurado volver a ser el Judas de los primeros días, que te seguía y te quería como el esposo ama a su esposa, y sólo suspiraba por ti, hallando en ti todo contento. Te quería así, Jesús...

-Lo sé... y te quise por eso... Pero todavía te quiero, mi pobre amigo herido...

-¿Cómo sabes que lo estoy? ¿Sabes de qué?...

Silencio. ¡Jesús mira a Judas con una mirada tan dulce!... Atisbo' de llanto parecen hacerla más abierta y dulce, mitigando su fulgor. Es una mirada de niño inocente e inerme que se dona entero en el amor. Judas cae a sus pies, con la cara sobre las rodillas y abrazado a sus caderas, y gime:

-Tenme junto a ti, Maestro... tenme... Mi carne grita como un demonio... y, si cedo, entonces sobreviene todo el mal... Sé que Tú sabes, pero que esperas a que yo diga... Pero es duro, Maestro, decir: "He pecado".

-Lo sé, amigo. Por eso habría que obrar bien. Para no tener luego que humillarse diciendo: "He pecado". De todas formas, Judas, hay en esto también una gran medicina. El tener que hacer el esfuerzo al manifestar la culpa retiene respecto a ella; y, si ya se ha verificado, la pena de acusarse es ya penitencia que redime. Y si luego uno sufre no tanto por orgullo propio y por miedo al castigo, sino porque sabe que faltando ha causado dolor, entonces, Yo te lo digo, la culpa se anula. El amor es lo que salva.

-Yo te amo, Maestro. Pero soy muy débil... ¡Oh! ¡Tú no puedes amarme! Eres puro y amas a los puros... No puedes amarme, porque yo soy... yo soy... ¡Oh! ¡Jesús, quítame el hambre de la carne! ¿Sabes qué demonio es?

-Lo sé. No la he seguido, pero sé qué voz tiene.

-¿Lo ves? ¿Lo ves? Sientes tanta repulsa que por sólo decirlo tu cara se turba... ¡Oh, no puedes perdonarme!

-Judas, ¿y no te acuerdas de María?, ¿no de Mateo?, ¿no de aquel publicano que cogió la lepra? ¿Y no te acuerdas de aquella mujer, meretriz romana, a la que profeticé celeste destino porque tras mi perdón tendría fuerza para una vida santa?

-Maestro... Maestro... Maestro... ¡Oh, qué mal tengo en el corazón!... Esta noche he huido... huido de Corazín... porque si me quedaba... si me quedaba... estaba perdido. Mira... es como uno que bebe y se pone enfermo... El médico le quita el vino y cualquier otra bebida embriagadora. Y se cura y está sano mientras no vuelve a sentir ese sabor... Pero si cede, una sola vez, y vuelve a sentir su sabor... le viene una sed... una sed de beber eso.., que ya no resiste... y bebe y bebe... y se pone enfermo de nuevo... enfermo para siempre... pierde la razón... queda poseído... poseído por ese demonio suyo... por ese demonio suyo... ¡Oh, Jesús, Jesús, Jesús!... No se lo digas a los otros... No lo digas... Siento vergüenza ante todos...

-Pero no ante mí.

Judas comprende mal.

-¡Es verdad! ¡Perdón! Debería sentir más vergüenza ante ti que ante ningún otro, porque eres perfecto...

-No, hijo. No decía esto. No te pongan un velo tu dolor, tu angustia, tu postración. He dicho que ante todos puedes avergonzarte, pero no ante mí. Un hijo no tiene miedo y vergüenza ante el padre bueno, ni un enfermo ante un médico de valía. Y a ambos se confiesa uno sin temor, porque el uno ama y perdona y el otro comprende y sana. Yo te quiero y te comprendo. Por tanto, te perdono y te curo. Pero dime, Judas. ¿Qué es lo que te pone en las manos de tu demonio? ¿Yo? ¿Los hermanos? ¿Las mujeres de vicio? No. Es tu voluntad. Ahora yo te perdono y te sano... ¡Oh, qué alegría me has dado, mi Judas! Ya de por sí mi gozo era grande por esta noche serena, perfumada, alegre de cantos, y por ello alababa al Señor. Pero ahora la alegría que me das supera a este claro de Luna y a estos perfumes, a esta paz y a estos cantos. ¿Oyes? El ruiseñor parece unirse para decirte conmigo que se siente feliz de tu buena voluntad, él, el pequeño cantarín, tan lleno de buena voluntad para hacer aquello para lo que fue creado. Y también este primer viento del alba, que pasa sobre las flores y las despierta, haciendo caer en la cavidad del cáliz un diamante de rocío, para que poco después, lo encuentren la mariposa y el rayo de sol, y aquélla se refresque y el sol se proporcione exiguo espejo para su gran fulgor. Mira: la Luna se pone. El alba se anuncia con este canto lejano de gallo. Las tinieblas de la noche y sus fantasmas se disipan. ¿Ves lo rápido y dulce que ha pasado este tiempo que, si no hubieras venido a mí, habría pasado envuelto en el sinsabor y el remordimiento? Ven siempre que tengas miedo de ti. ¡El propio yo! ¡Gran amigo, gran tentador, gran enemigo y gran juez, Judas! Y, ¿ves?, mientras que es amigo sincero y fiel si has sido bueno, sabe ser amigo insincero si no eres bueno, y después de haber sido cómplice tuyo, se yergue como juez implacable y te tortura con sus reproches... Él es despiadado cuando reprocha... ¡No Yo! Bien, pues vamos. La noche ha pasado...

-Maestro, no te he dejado descansar... y hoy vas a tener que hablar mucho...

-He descansado con la alegría que me has dado. No tengo descanso mejor que el de decir: "Hoy he salvado a uno que estaba pereciendo". Ven, ven... ¡Vamos a bajar a Corazín! ¡Oh, si esta ciudad supiera imitarte, Judas!

-Maestro... ¿qué les vas a decir a mis compañeros?

-Nada si no preguntan... Si preguntan, diré que hemos hablado de las misericordias de Dios... Es tema verdadero; y tan ilimitado que la más larga de las vidas no basta para desarrollarlo. Vamos...

Y bajan, altos, distinta la hermosura pero igual la juventud, el Uno junto al otro, y desaparecen tras un grupo de árboles...

Dice Jesús:

-Es episodio de misericordia como los de la Magdalena. Pero, si hacéis un libro, mejor será que pongáis ordenadamente en serie más que las categorías las épocas, y os limitéis a decir, como encabezamiento o a pie de página para cada episodio, a qué categoría pertenece.

¿Por qué ilustro la figura de Judas? Muchos se lo preguntarán. Respondo.

La figura de Judas ha sido demasiado alterada durante los siglos; y, últimamente, del todo desfigurada. Ciertas escuelas han hecho de él casi una apoteosis: la del segundo e indispensable artífice de la Redención.

Y otros muchos piensan que cedió ante un improviso, feroz asalto del Tentador. No. Toda caída tiene premisas en el tiempo. Cuanto más grave es la caída, más preparación tiene. Los preliminares explican el hecho. Uno no se hunde, ni asciende, al improviso. Ni en el bien ni en el mal. Largos e insidiosos son los factores que cooperan a los descensos; pacientes y santos, los que cooperan a subir. Y el desventurado drama de Judas os puede proporcionar muchas enseñanzas para salvaros y conocer el método de Dios y sus misericordias, para salvar y perdonar a aquellos que bajan hacia el Abismo. No se llega al delirio satánico, en que has visto que se debatía Judas después del Delito, si uno no está enteramente corrompido por hálitos infernales, interiorizados voluptuosamente durante años. Cuando uno lleva a cabo incluso un delito, pero ha sido arrastrado a él por un imprevisto acontecimiento que obnubila la razón, sufre pero sabe expiar; porque aún algunas partes del corazón están inmunes de veneno infernal.

A1 mundo que niega a Satanás porque lo tiene tan dentro de sí que ya ni se da cuenta de su presencia, que lo ha interiorizado de forma que ha venido a ser parte del yo, a ese mundo le muestro que Satanás existe. Eterno e inmutable en el método usado para hacer de vosotros sus víctimas.

Basta ahora. Tú estáte con mi paz.

## 469

## Despidiéndose de los pocos fieles de Corazín.

No ha llegado todavía la aurora, cuando Jesús se encuentra con los once, que tienen en medio al pequeño carpintero José, el cual, en cuanto ve a Jesús, sale como una flecha, y se abraza a sus rodillas con la sencillez de quien es todavía niño. Jesús se agacha para besarlo en la frente, y luego, llevándolo de 1a mano, va a donde están Pedro y los demás.

-La paz a vosotros. No creía encontraros tan pronto aquí.

-El niño se ha despertado todavía de noche y ha querido venir por miedo a llegar con retraso - explica Pedro.

-La madre estará aquí dentro de poco con los otros hijos. Quiere saludarte - añade Judas de Alfeo.

-Y lo mismo la mujer que estuvo tullida, y la hija de Isaac y la madre de Elías y otros que has curado. Nos han hospedado...

-¿Y los otros?

-Señor...

-Corazín conserva su espíritu duro. Comprendo. No importa. La buena semilla está echada y un día germinará... por mérito de éstos... - y mira al niño.

-¿Será discípulo y convertirá?

-Discípulo es, ¿no es verdad, José?

-Sí. Pero no sé hablar, y por lo que yo sé no me escuchan.

-No importa. Hablarás con tu bondad.

Jesús toma entre sus largas manos la carita del niño y le habla estando un poco inclinado hacia la carita levantada.

-Yo me marcho, José. Sé bueno. Sé trabajador. Perdona a quien no os quiere. Sé agradecido con quien te favorece. Piensa siempre esto que en quien te favorece está presente Dios. Por tanto, recibe con respeto cualquier beneficio, pero sin pretenderlo, sin decir: "Voy a estar ocioso, porque hay quien se preocupa de mí", y sin malgastar la ayuda recibida. Trabaja, porque el trabajo es santo, y tú, niño, eres el único hombre de la familia. Recuerda que ayudar a la madre es honrarla. Recuerda que dar buen ejemplo a los hermanitos y velar por el honor de las hermanas es un deber. Desea tener lo que es justo y trabaja para tenerlo, pero no envidies al rico, ni tengas deseos de riquezas para poder gozar mucho. Recuerda que tu Maestro te enseñó no sólo la palabra de Dios, sino también el amor al trabajo, la humildad y el perdón. Sé siempre bueno, José, y un día volveremos a estar juntos.

-¿Pero es que no vas a volver? ¿A dónde vas, Señor?

-Voy a donde quiere la voluntad del Padre de los Cielos. Su voluntad debe *siempre* ser más fuerte que la nuestra, y debemos amarla más que a la nuestra, porque es siempre voluntad perfecta. Y tú tampoco, en la vida, pongas tu voluntad delante de la de Dios. Todos los obedientes se reunirán en el Cielo, y habrá entonces gran fiesta. Dame un beso, niño.

¿Un beso? Muchos besos y lágrimas le da el niño, y así, enroscado al cuello de Jesús, lo encuentra su madre cuando aparece acompañada por la nidada de sus hijos y por los otros, poquísimos, siete en total, de Corazín.

-¿Por qué llora mi hijo? - pregunta la mujer, tras haber saludado al Maestro.

-Porque todo adiós significa dolor. Pero, aunque estemos separados, siempre estaremos unidos si vuestro corazón sigue queriéndome. Vosotros sabéis cómo es el amor a mí y en qué consiste. En hacer lo que os he enseñado, porque el que hace lo que uno le ha enseñado demuestra que tiene estima -y estima es siempre amor- por esa persona. Haced, pues, lo que os he enseñado con la palabra y el ejemplo, y haced lo que os enseñen mis discípulos en mi Nombre. No lloréis. El tiempo es breve, y pronto estaremos unidos de nuevo y en un modo mejor. Y no lloréis tampoco por egoísmo. Pensad en los que todavía me esperan, en los que habrán de morir sin haberme visto, en cuantos habrán de amarme sin haberme conocido nunca. Vosotros me habéis tenido más de una vez, y podéis ver facilitada vuestra fe y la esperanza por la caridad que hay entre vosotros. Ellos, sin embargo, tendrán que tener una grande, una ciega fe para poder llegar a decir: "Él es verdaderamente el Hijo de Dios, el Salvador, y su palabra es veraz". Una gran fe para poder tener la gran esperanza de la vida eterna y de la inmediata posesión de Dios después de una vida de justicia. Deberán amar a quien no han conocido, a quien no han oído, a quien no han visto obrar prodigios. Y, no obstante, sólo si aman así, tendrán la vida eterna. Vosotros bendecid al Señor, que os ha favorecido dándoos el conocimiento de mí. Ahora marchad. Sed fieles a la Ley del Sinaí y a mi mandamiento nuevo de amaros todos como hermanos, porque en el amor está Dios. Amar también a quien os odie, porque Dios, primero, os ha dado el ejemplo de amar a los hombres que con el pecado muestran odio a Dios. Perdonad siempre, como Dios ha perdonado a los hombres mandando a su Verbo Redentor a borrar la Culpa, motivo de resentimiento y separación. Adiós. Mi paz esté en vosotros. Recordad mis obras, en vuestros corazones, para fortificarlos contra las palabras de aquellos que quieran persuadiros de que Yo no soy vuestro Salvador. Conservad mi bendición para fuerza vuestra en las pruebas del tiempo futuro.

Jesús extiende las manos mientras recita la bendición mosaica sobre el pequeño rebaño postrado a sus pies. Luego da media vuelta y se marcha...

## 470

## Lección a una suegra sobre los deberes del matrimonio.

Los montes boscosos y fértiles donde se halla Yiscala ofrecen alivio de verde, de brisas, de aguas, y hermosísimos horizontes nunca iguales, distintos según que el camino se oriente a uno u otro de los puntos cardinales. A1 norte vese sucesión de cimas selvosas de los más variados verdes, yo diría que es una ascensión de la Tierra hacia el azul firmamento, al que parece ofrecer como don -agradecimiento por las aguas y los rayos que éste le regala- todas sus bellezas vegetales. A1 nordeste la vista desciende, tras haberse detenido, hechizada, en esa joya de variante color -según las horas y la luz -que es el gran Hermón, que alza su cono más alto cual gigantesco obelisco de diamante, o de ópalo, o de palidísimo zafiro, o tenuísimo rubí, o de acero

recién templado, según que el sol lo bese o lo deje y en la medida de los juegos de luz sobre las nieves perennes que hacen las deshilachadas nubes transportadas por los vientos; desciende la vista por las pendientes esmeraldinas de sus mesetas, y crestas, hoces y picos, que están al pie del gigante regio. Y luego, mirando progresivamente hacía el este, se extiende el vasto altiplano verde de la Gaulanítida y la Auranítida, limitado en su extremo oriental por los montes que se difuminan entre las brumas de las lejanías; al oeste, por el distinto verde que al Jordán orilla y su valle señala. Y, más cercanos, espléndidos como dos zafiros, se ven los dos lagos de Merón, comprendido dentro de su bajo círculo de bien regada llanura, y de Tiberíades, gracioso cual delicada pintura al pastel, comprendido entre las colinas que lo ciñen, distintas en aspecto y tonos, y sus riberas perennemente floridas: sueño de oriente por las matas de palmas que cimbrean la cima con la brisa de los cercanos montes, poesía de nuestros más bellos lagos por la paz de las aguas y los cultivos de las riberas. Y luego, al sur, el Tabor con su peculiar cúspide, y el pequeño Hermón, todo verde vigilando la llanura de Esdrelón, cuya amplitud se intuye por una vastedad de horizonte no interrumpido por elevaciones montanas; y, aún más abajo, a mediodía, los altos, poderosos montes de Samaria, que se extienden más allá de la vista del hombre hacia Judea. El único que no aparece es el lado oeste, donde deben estar el Carmelo y la llanura que sube hacia Tolemaida, escondidos ambos por una cadena más alta que ésta, de forma que su visión queda impedida.

Jesús marcha por el camino que va entre los montes, unas veces solo, otras acompañado de uno u otro apóstol suyo que se ha adelantado hasta Él.

Se para una vez a acariciar a los hijos pequeños de un pastor, que juegan cerca del rebaño; y acepta la leche que el pastor -que lo ha reconocido como el Rabí descrito por otros que lo han visto- quiere darle «para ti y para los tuyos».

Otra vez escucha a una ancianita que, no sabiendo quién es Él le cuenta sus penas familiares, causadas por una nuera que es una mujer gruñona y sin respeto.

Aunque se muestre compasivo con la viejecita, Jesús la exhorta a ser paciente y a convencer con la bondad en orden a la bondad:

-Debes ser madre, aunque ella no se comporte contigo como hija. Sé sincera: si en vez de tu nuera fuera tu hija, ¿te parecerían tan graves sus defectos?

La viejecita piensa... y luego confiesa:

-No... Pero una hija es siempre una hija...

-¿Y si una hija tuya te dijera que en casa de su esposo la madre de él la maltrata, qué dirías?

-Que es mala. Porque debería enseñar los usos de la casa -y cada casa tiene los suyos- con bondad, especialmente si la esposa es joven. Yo diría que debería acordarse de cuando ella llevaba casada poco tiempo, y de la satisfacción que le daba el amor de su suegra, si había tenido tanta merced de encontrarla buena, y de lo que había sufrido si había tenido una suegra mala. Y no hacer sufrir lo que no había sufrido, o no hacer sufrir porque sabe lo que es sufrir. ¡Yo, está claro que defendería a mi hija!

-¿Cuántos años tiene tu nuera?

-Dieciocho, Rabí. Casada con Jacob desde hace tres.

-Muy joven. ¿Es fiel a su marido?

-¡Hombre, claro! Siempre en casa y todo amor por él y el pequeño Leví y la pequeña, pequeñísima, Ana, como yo. Ha nacido en Pascua... ¡Es preciosa!...

-¿Quién ha querido que se llamara Ana?

-María. Leví era el nombre del suegro y Jacob le ha puesto Leví al primogénito; así que María, cuando ha tenido a la niña, ha dicho “A ésta el nombre de la madre".

-¿Y no te parece amor y respeto esto?

La anciana piensa... Jesús insta:

-Es honesta, toda ella para la casa, amorosa esposa y madre, solícita para darte una alegría... Habría podido poner a la niña el nombre de su madre, pero le ha puesto el tuyo... honra tu casa con su conducta...

-¡Eso sí! No es como la infame de Yisabel.

-¿Y entonces? ¿Por qué te quejas y levantas protestas contra ella? ¿No te parece que estás haciendo dos medidas juzgando a tu nuera de forma distinta de como juzgarías a una hija?...

-Es que... es que... ella me ha arrebatado el amor de mi hijo. Antes era todo él para mí, ahora la quiere a ella más que a mí...

La eterna verdadera razón de los prejuicios de las suegras rebosa por fin del corazón de la ancianita, junto con las lágrimas que rebosan de los ojos.

-¿Tu hijo permite que te falte algo? ¿Te desatiende desde que está casado?

-No. No puedo decir eso. Pero, en definitiva, ahora es de su mujer... - y el llanto gime más fuerte.

Jesús sonríe serenamente, compasivo hacia la celosa viejecita. Y dulce como siempre, no regaña. Se muestra compasivo hacia el sufrimiento de la madre, e intenta medicarla. Apoya su mano en el hombro de la anciana, como para guiarla porque las lágrimas la ciegan, quizás para hacerle sentir con su contacto tanto amor, que ella quede consolada y curada; y le dice:

-Madre, ¿y no es bueno que sea así? Tu marido lo hizo contigo, y su madre lo... no lo perdió como tu dices y piensas... lo tuvo menos para sí, porque tu marido repartía su amor entre su madre y tú. Y el padre de tu marido, a su vez, dejó de ser todo de su madre, para amar a la madre de sus hijos. Y así sucesivamente, de generación en generación, retrocediendo en los siglos hasta Eva, la primera madre que vio a sus hijos compartir con sus esposas el amor que tenían primero dedicado exclusivamente a sus padres.

¿Pero no dice el Génesis *(Génesis 2, 23-24)*: "He aquí por fin el hueso de mis huesos y la carne de mi carne... El hombre dejará por ella a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne"? Tú dirás: "Fue palabra de hombre". Sí. Pero ¿de qué hombre? Estaba en estado de inocencia y de gracia. Reflejaba, por tanto, sin sombras, la Sabiduría que le había

creado, y conocía las verdades de la Sabiduría. Por la Gracia y la inocencia poseía también los otros dones de Dios en medida plena. Sometido el sentido a la razón, su mente no estaba ofuscada por emanaciones concupiscentes. Por la ciencia proporcionada a su estado, decía palabras de verdad. Era, pues, profeta. Porque tú sabes que profeta quiere decir "aquel que habla en nombre de otro". Y los profetas *verdaderos* hablan siempre de cosas relativas al espíritu y al futuro, aunque parezcan relacionadas con el tiempo presente y con la carne y es que en los pecados de la carne y en los hechos del tiempo presente están los gérmenes de los futuros castigos, o los hechos del futuro tienen su raíz en un acontecimiento antiguo (por ejemplo, la venida del Salvador toma origen en la culpa de Adán, y los castigos de Israel, predichos por los profetas, tienen su germen en la conducta de Israel)-; así es que quien mueve sus labios a hablar de cosas del espíritu no puede ser sino el Espíritu eterno, que todo lo ve en un eterno presente. Y el Espíritu eterno habla en los santos, pues que no puede habitar en los pecadores.

Adán era santo, o sea, la justicia era plena en él, y en él estaban presentes todas las virtudes, porque Dios a su criatura le había infundido la plenitud de sus dones. Ahora, para llegar a la justicia y a la posesión de las virtudes, mucho debe esforzarse el hombre, porque en él están presentes los fómites del mal. Pero en Adán no estaban esos fómites; antes al contrario, la Gracia le hacía inferior en poco a Dios su Creador. *(En nota mecanografiada dice a este respecto María Valtorta: “La Gracia diviniza al hombre, pero el hombre no es Dios. Viene a ser semejante a Dios por participación, no por una naturaleza igual)*. Por tanto, sus labios pronunciaban palabras de gracia. Palabra veraz es, pues, ésta: "El hombre dejará por la mujer al padre y a la madre, y se unirá a su mujer y serán una carne sola".

Tan absoluto y verdadero es esto, que el Bonísimo, para consuelo de las madres y los padres, puso luego en la Ley el cuarto mandamiento: "Honra a tu padre y a tu madre", mandamiento que no termina con las nupcias del hombre, sino que continúa después de ellas. Primero, instintivamente, los buenos honraban a sus padres incluso después de haberlos dejado para crear una nueva familia. A partir de Moisés es obligación de Ley. Y ello para mitigar los dolores de los padres, de quienes demasiadas veces se olvidaban sus hijos después de las nupcias. Pero la Ley no ha anulado la palabra profética de Adán: "El hombre dejará por la mujer al padre y a la madre”. Era palabra justa, y vive. Reflejaba el pensamiento de Dios. Y el pensamiento de Dios es inmutable, porque es perfecto.

Tú, madre, debes aceptar, pues, sin egoísmos, el amor de tu hijo por su mujer. Y serás santa tu también. Por lo demás, todo sacrificio recibe compensación ya en la Tierra. ¿No te es dulce besar a los nietos, hijos de tu hijo? ¿Y no te serán plácidas las altas horas y tu último sueño con un delicado, cercano amor de hija que tome el relevo de las que ya no tienes en casa?...

-¿Cómo sabes que mis hijas, todas mayores que el varón, están casadas o viven lejos?... ¿Eres Tú también profeta? Eres Rabí. Lo dicen los caireles de tu túnica, y aunque no los tuvieras, lo dice tu palabra. Porque hablas como lo haría un gran doctor. ¿Eres, acaso, amigo de Gamaliel? Ha estado aquí hace sólo dos días, anteayer. Ahora no sé... Y con él estaban muchos rabíes, y muchos de sus discípulo; predilectos. Pero Tú quizás es que llegas tarde.

-Conozco a Gamaliel. Pero no voy donde él. En Yiscala no entro siquiera...

-¿Pero quién eres? Cierto que un rabí. Y hablas mejor incluso que Gamaliel...

-Pues entonces haz lo que te he dicho. Y tendrás paz. Adiós, madre. Yo continúo. Tú entras, claro, en la ciudad.

-Sí... ¡Madre!... Los otros rabíes no son tan humildes hacia una pobre mujer... Sin duda la que te llevó es más santa que Judit, si te ha dado este corazón dulce para todas las criaturas.

-Santa es, en verdad.

-Dime su nombre.

-María.

-¿Y el tuyo?

-Jesús.

-¡Jesús!...

El estupor ha dejado pasmada a la ancianita. La noticia la paraliza y 1a deja clavada en donde la ha oído.

-Adiós, mujer. La paz sea contigo - y Jesús se marcha raudo, casi corriendo, antes de que ella vuelva en sí de su reflexión.

Los apóstoles le siguen al mismo paso, con un intenso batir de túnicas, seguidos en vano por los gritos de la mujer, que suplica:

-¡Deteneos! ¡Rabí Jesús! ¡Párate! Quiero decirte una cosa...

Aminoran el paso sólo cuando la espesura de los montes boscosos los ha ocultado de nuevo; y ya no se ve el camino que, a partir de este de herradura, conduce a Yiscala.

-¡Qué bien le has hablado a la mujer! - dice Bartolomé.

-¡Una lección de doctor! Lo malo es que sólo estaba ella... - observa Santiago de Alfeo.

-Quisiera no olvidar estas palabras... - exclama Pedro.

-La mujer ha comprendido, o casi, después de tu Nombre... Ahora va a hablar de ti en la ciudad... - dice Tomás.

-¡Con tal de que no pinche a las avispas y nos las lance! - chismorrea Judas de Keriot.

-¡Estamos lejos ya!... Y en estos bosques no se dejan huellas. No nos molestarán - dice con optimismo Andrés.

-¡Aunque nos molestaran!... Es la paz lo que he reconstruido en una familia - responde Jesús a todos.

-¡Pero cómo son, eh! ¡Las suegras son todas iguales! - dice Pedro.

-No. Hemos conocido suegras buenas. ¿Te acuerdas de la suegra de Jerusa de Doco? ¿Y la suegra de Dorca de Cesárea de Filipo?

-¡Bueno sí, Santiago!... Hay alguna buena... - consiente Pedro (pero, sin duda, piensa que la suya es un tormento).

-Vamos a pararnos a comer. Después descansamos. Y llegaremos al pueblo del valle por la noche - indica Jesús.

Y se detienen en una verde y pequeña hondonada (parece el interior de una gran concha esmeraldina incrustada en el monte y abierta para ofrecer su paz a los peregrinos). La luz es suave, a pesar de la hora, debido a los árboles, que, altos y

robustos, forman sobre el prado una bóveda susurrante. La temperatura es también suave por la brisa que corre en los montes. Un pequeño manantial pone hilo de plata entre dos rocas oscuras, y canta en voz baja, para perderse luego entre las tupidas hierbas, en un minúsculo lecho que ha excavado, de la anchura de un palmo, cubierto por entero por tallitos, ondeantes por la brisa, de sus márgenes; y luego baja, formando una cascada de muñeca, al escalón de abajo. El horizonte, entre dos troncos robustos, presenta una maravillosa vaporosidad de confín lejano, hacia los montes del Líbano...

## 471

## Encuentro con el levita José, llamado Bernabé, y lección sobre Dios-Amor.

Dulce es el alto en la pequeña meseta. Pero es prudente bajar hacia el valle mientras es de día, porque la noche vendría precoz y ría oscura bajo esta espesura de árboles que recubre el monte.

Jesús es el primero en ponerse en pie. Va a refrescarse la cara, las manos y los pies en el minúsculo regato creado por el pequeño manantial. Luego llama a sus apóstoles, que duermen entre la hierba, y los invita a prepararse para irse. Y, mientras ellos hacen lo mismo que Él había hecho, uno tras otro, lavándose en el fresco regatillo y llenando las cantimploras en el hilo de agua que mana de la roca, Él va a esperarlos al extremo del pradito, junto a los dos árboles seculares que lo limitan al este, y observa el lejano horizonte.

El primero en llegar donde Él es Felipe, el cual, mirando hacia el mismo lugar al que su Maestro mira, dice:

-Es bonita esta vista! Estás admirándola...

-Sí. Pero no miraba solamente su belleza.

-¿Qué mirabas entonces? ¿Pensabas, quizás, en cuando Israel se agrande con esos lugares de allende el Líbano y el Orontes, que durante los pasados siglos han sido aflicción para nosotros, y que aún ahora lo son, porque allí está asentado el corazón del poder que nos subyuga con el Legado? Efectivamente, es tremenda la profecía de varios profetas sobre ellos: "Aplastaré al asirio en mi tierra, lo hollaré en mis montañas... Ésta es la mano que se extiende sobre las naciones... ¿Quién podrá detenerla?... Y Damasco dejará de existir, quedará como montón de piedras de un derrumbamiento... Ésta será la suerte de nuestros saqueadores". ¡Habla Isaías! *(Isaías 14, 25-27; 17)* Y también Jeremías *(49, 27)*: "Prenderé fuego a las murallas de Damasco y devorará los muros de Ben Hadad". Y ello sucederá cuando el Rey de Israel, el Prometido, tome su cetro, y Dios haya perdonado a su pueblo dándole al Rey Mesías... ¡Lo dice Ezequiel! *(36, 8 y 12 y 15)*: "Vosotros, montes de Israel, echad vuestras ramas, producid vuestros frutos para mi pueblo de Israel, porque volverá pronto... Conduciré de nuevo a mi pueblo a vosotros y ellos te recibirán como heredad... No dejaré que vuelvas a oír los ultrajes de las naciones...". Y los salmos cantan con Etán Esraíta: "He encontrado a mi siervo David y lo he ungido con mi óleo santo. Mi mano le asistirá... Nada podrá contra él el enemigo... En mi nombre crecerá su poder... Extenderá sobre el mar su mano, sobre los ríos su diestra... Y Yo lo haré primogénito, soberano entre los reyes de la Tierra". Y Salomón canta: "Durará tanto como el Sol y la Luna... Dominará de mar a mar, desde el río hasta los confines de la Tierra... Lo adorarán todos los reyes de la Tierra, todos los pueblos estarán a él sujetos...". Tú, Mesías, porque en ti están todos los signos del espíritu y de la carne, todos los signos dados por los profetas. ¡Aleluya a ti, Hijo de David, Rey Mesías, Rey santo!».

-¡Aleluya! - gritan en coro los otros, que han llegado donde Jesús v Felipe y han oído las palabras de éste. Y el aleluya se refleja, por eco, de garganta en garganta, de colina en colina...

Jesús los mira, tristísimo... Y, como respuesta, dice:

-Pero no recordáis lo que del Cristo dice David, y lo que de El dice Isaías*) (Salmo 89, 21-28; Salmo 72, 5-11 (por boca de Felipe); Salmo 69, 22; Isaías 63, 1-3 (por boca de Jesús)*... Tomáis la dulce miel, el embriagador vino de los profetas... pero no pensáis que para ser Rey de reyes el Hijo del hombre habrá de beber la hiel y el vinagre y vestirse con la púrpura de su Sangre... Pero no es culpa vuestra si no entendéis... Y vuestro error de comprensión es amor. Quisiera en vosotros otro amor. Pero por ahora no podéis... Siglos de pecado están contra los hombres, para impedir en ellos la Luz. Pero la Luz echará abajo las paredes y entrará en vosotros... Vamos.

Regresan al camino de herradura -lo habían dejado para subir a la lejana meseta-, y bajan ligeros hacia el valle. Los apóstoles hablan entre sí en tono bajo...

Luego Felipe se echa a correr, alcanza al Maestro y pregunta:

-¿Te he contrariado, Señor? No quería... ¿Estás disgustado conmigo?

-No, Felipe. Pero quisiera que al menos vosotros comprendierais.

-Mirabas allá con mucho anhelo...

-Porque pensaba en todos los lugares que no me han tenido todavía. Y que no me tendrán... porque mi tiempo huye... ¡Qué breve es el tiempo del hombre! ¡Y qué lento es el hombre en la acción! ...; ¡Cómo siente el espíritu estas limitaciones de la Tierra!... Pero... ¡Padre, hágase tu voluntad!

-Pero has recorrido todas las regiones de las antiguas tribus, Maestro mío. A1 menos una vez las has santificado, de forma que puede decirse que has recogido en tu puño a las doce tribus...

-Esto es verdad. Vosotros haréis después lo que el tiempo no me dejó hacer. -¿Tú, que detienes el curso de los ríos y calmas los mares, no podrías moderar el paso del tiempo?

-Podría. Pero el Padre en el Cielo, el Hijo en la Tierra, el Amor en el Cielo y en la Tierra desean ardientemente llevar a cabo el Perdón... - y Jesús se sumerge en una meditación profunda, que Felipe respeta dejándolo sólo y yendo a reunirse con sus compañeros. Y a éstos les refiere su diálogo.

...Ya está cercano el valle, ya se ve un camino, un verdadero camino de primer orden, que, viniendo del sur, continúa hacia el oeste, haciendo una curva justamente al pie del monte, para orillar su base y proseguir luego recto hacia un bonito pueblo asentado en el verde junto a un riachuelo que al presente es sólo un cantizal que entre canto y canto mantiene erguida alguna caña resistente, especialmente en el centro, donde un hilo, verdaderamente un hilo de agua, se obstina en correr hacia el mar.

Se reagrupan todos antes de tomar este camino de primer orden, pero aún no han recorrido algunos metros cuando dos hombres vienen a su encuentro con gestos de saludo.

-Dos discípulos de los rabíes, y uno es levita. ¿Qué quieren? - comentan entre sí los apóstoles, que no están mínimamente contentos del encuentro. Yo no sé de qué deducen que son discípulos y que uno es levita. No entiendo todavía bien el lenguaje de los flecos y los galones y otros secretos del vestuario israelita.

Jesús, cuando llega a dos metros aproximadamente y no es posible ningún equívoco -el camino está ya libre de transeúntes que a pie o en caballerías se apresuraban hacia el pueblo-, responde al saludo repetido y espera parado.

-La paz a ti, Rabí - dice, ahora oralmente, el levita, que antes se había limitado a profundas reverencias.

-La paz a ti. Y a ti - dice Jesús dirigiéndose al otro.

-¿Eres Tú el Rabí de nombre Jesús?

-Lo soy.

-Una mujer ha entrado antes de la hora sexta en la ciudad y ha dicho que había hablado por el camino con un rabí más grande que Gamaliel, porque además de sabio era bueno. La cosa ha llegado a nosotros, y los maestros, suspendiendo la partida para Jerusalén, nos han enviado a todos a buscarte, a todos los que estábamos; dos a cada camino que de Yiscala baja a los caminos del llano. En su nombre y por medio de nosotros te dicen: "Ven a la ciudad, que queremos hacerte unas preguntas".

-¿Y por qué motivo?

-Para que des tu dictamen sobre un hecho sucedido en Yiscala y que todavía tiene repercusiones.

-¿Y no tenéis a los grandes doctores para dictaminar? ¿Por qué dirigirse al Rabí desconocido?

-Si eres el que dicen los rabíes, no eres desconocido. ¿No eres Jesús de Nazaret?

-Lo soy.

-Los rabíes conocen tu sabiduría.

-Y Yo conozco su odio hacia mí.

-No todos, Maestro. El más grande y justo no te odia.

-Lo sé. Tampoco me ama. Me estudia. ¿Pero el rabí Gamaliel está en Yiscala?

-No. Se ha marchado ya, para estar en Seforí antes del sábado. Se marchó inmediatamente después del juicio.

-¿Y entonces por qué me buscáis? Yo también debo respetar el sábado y llegar a aquel lugar, para lo que casi no me queda tiempo. No me entretengáis más.

-¿Tienes miedo, Maestro?

-No tengo miedo porque sé que ningún poder ha sido dado por ahora a mis enemigos. Dejo a los sabios la satisfacción de juzgar.

-¿Qué quieres decir?

-Que Yo no juzgo, sino que perdono.

-Tú sabes juzgar mejor que ningún otro. Gamaliel lo ha dicho. Dijo: "Sólo Jesús de Nazaret juzgaría con justicia aquí".

-Bien. Pero ya habéis juzgado. Y la cosa ya no tiene arreglo. Mi juicio habría sido calmar las pasiones antes de castigar. Si había culpa, el culpable podía arrepentirse y redimirse; si no la había, no se habría producido la ejecución, que, para alguno, ante los ojos de Dios, es igual que un homicidio premeditado.

-¡Maestro! ¿Cómo lo sabes? La mujer ha jurado que hablaste con ella sólo de sus cosas... y Tú sabes... ¿Eres entonces realmente profeta?

-Yo soy quien soy. Adiós. Paz a ti. El Sol se comba hacia occidente - y le vuelve las espaldas. Se echa a caminar en dirección al pueblo.

-¡Has hecho bien, Maestro! ¡Sin duda te estaban tendiendo una trampa!

Los apóstoles se muestran solidarios con el Maestro. Pero sus alabanzas y razonamientos se ven truncados por los dos de antes, que los alcanzan y suplican a Jesús que suba a Yiscala.

-No. El ocaso me pillaría por el camino. Decid a quien os envía que observo la Ley, siempre, cuando observarla no va en detrimento del mandamiento que es mayor que el sabático: el del amor.

-Maestro, Maestro. Te lo suplicamos. Este caso es verdaderamente de amor y justicia. Ven con nosotros, Maestro.

-No puedo. Y ni siquiera vosotros podéis subir a tiempo.

-Tenemos licencia para hacerlo para este caso.

-¿Y qué? He curado a un enfermo y lo he absuelto en día de sábado y se ha alzado la voz, ¿y a vosotros se os concede violar el sábado por una ociosa disputa? ¿Es que hay dos medidas en Israel? ¡Marchaos! ¡Marchaos! Y dejadme a mí también marcharme.

-Maestro, Tú eres profeta. Por tanto, conoces las cosas. Yo esto lo creo, y éste también. ¿Por qué nos rechazas?

-Porque...

Jesús se detiene y los mira muy fijamente. Sus ojos severos, que traspasan y penetran más allá de los velos de la carne para leer los corazones, miran, dominadores, a los dos que tiene delante. Y luego sus ojos, tan insostenibles en el rigor, tan dulces en el amor, cambian de mirada para adquirir una expresión tan amorosa tan misericordiosa que, si antes el corazón temblaba de miedo por la mirada poderosa, ahora tiembla de emoción ante el brillo del amor de Cristo.

-Porque -repite- no Yo, sino que son los hombres los que rechazan al Hijo del hombre, que debe desconfiar de sus hermanos. Pero a quienes no tienen malicia en el corazón les digo: "Venid, y digo también: "Amadme" a los que me odian...

-Y entonces, Maestro...

-Y entonces voy al pueblo para el sábado.

-Espéranos, al menos.

-Con el ocaso del sábado me marcho. No puedo esperar.

Los dos se miran, se consultan mientras se quedan rezagados; luego uno, el del rostro más abierto y que ha hablado casi siempre, vuelve corriendo.

-Maestro, yo me quedo contigo hasta después del sábado.

Pedro le tira a Jesús de la túnica -está a su lado-, de forma que le obliga a volverse hacia él, y le susurra:

-No. Un espía.

Judas Tadeo, a espaldas de su primo, musita:

-Desconfía.

Natanael, que se ha adelantado con Simón y Felipe, se vuelve con una mirada avisadora que dice "no". Hasta los dos más confiados, Andrés y Juan, indican que no con la cabeza por detrás de la espalda del importuno.

Pero Jesús no toma en consideración sus miedos sospechosos y responde brevemente:

-Quédate - y ellos se deben resignar.

El hombre está contento y se siente menos ajeno al grupo. Siente la necesidad de decir su nombre, decir quién es, por qué está en Palestina -él, que nació en la Diáspora pero que fue consagrado a Dios desde su nacimiento, porque fue «consolación de sus padres», los cuales, agradecidos al Señor por haberlo tenido, lo confiaron a los parientes de Jerusalén para que fuera del Templo-; y cómo en Jerusalén, sirviendo a la Casa de Dios, conoció al rabí Gamaliel y vino a ser discípulo suyo, discípulo atento y amado: -Me llamaron José porque, como el antiguo, quité a mi madre la pena de ser estéril. Pero mi madre, mientras me nutría, siempre me llamaba "mi consolación", y vine a ser Bernabé para todos. También me llama así el gran rabí, porque él se consuela en los mejores discípulos.

-Haz que te llame así también Dios; es más, que sea Dios, sobre todo, el que te llame así - dice Jesús.

Entran en el pueblo.

-¿Lo conoces? - pregunta Jesús.

-No. No he estado nunca aquí. Es la primera vez que vengo a Neftalí. Me tomó consigo, y con otros, el rabí, porque me he quedado sólo...

-¿Tienes a Dios como amigo?

-Eso espero. Trato de servirle como mejor puedo.

-Entonces no estás solo. El pecador es el que está solo.

-Puedo pecar yo también...

-Tú, discípulo de un gran rabí, ciertamente sabes las condiciones por las que una acción se hace pecad.

-Todo, Señor, es pecado. El hombre peca continuamente. Porque son más los preceptos que los momentos del día. Y no siempre el pensamiento, ni las circunstancias, nos ayudan a no pecar.

-Sobre todo las circunstancias, en verdad sobre todo ellas a menudo nos inducen a pecar. ¿Pero tienes claro el concepto del principal atributo de Dios?

-Justicia.

-No.

-Potencia.

-Tampoco.

-... Rigor.

-Mucho menos.

-Y, a pesar de todo... eso es lo que fue en el Sinaí, y después otras veces...

-En aquel entonces fue visto el Altísimo entre rayos, que ceñían con terribles aureolas el rostro del Padre y Creador. En verdad, no conocéis el verdadero rostro de Dios. Si lo conocierais, y si conocierais su Espíritu, sabríais que el principal atributo de Dios es el Amor, y además Amor misericordioso.

-Sé que el Altísimo nos ha amado. Somos el pueblo elegido. ¡Pero servirle es terrible!

-Si sabes que Dios es Amor, ¡cómo puedes llamarle terrible?

-Porque pecando perdemos su amor.

-Te he preguntado antes si conoces las condiciones por las que una acción se hace pecado.

-Cuando no es una acción de los seiscientos trece preceptos, de las tradiciones, decisiones, costumbres, bendiciones y oraciones, además de las diez imposiciones de la Ley, o bien no es como los escribas enseñan estas cosas, entonces es pecado.

-¿Aunque el hombre no lo haga con plena advertencia y perfecto consentimiento de la voluntad?

-Incluso así. Por tanto, ¿quién puede decir: "No peco"? ¿Quién puede esperar la paz en Abraham al morir?

-¿Son perfectos los hombres en el espíritu?

-No. Porque Adán pecó y nosotros tenemos aquella culpa en nosotros. Esa culpa nos hace débiles. El hombre ha perdido la Gracia del Señor, única fuerza para sostenernos...

-¿Y el Señor lo sabe?

-Él sabe todo.

-¿Y entonces tú crees que no tiene misericordia considerando lo que debilita al hombre? ¿Crees que exige de los que han sido heridos lo mismo que podía exigir del primer Adán? Aquí está la diferencia que vosotros no consideráis. Dios es Justicia,

sí. Es Potencia, sí. Puede ser también Rigor para el impenitente que persiste en pecar. Pero cuando ve que un niño suyo -todos son niños sobre la faz de la Tierra, que es *una hora* de eternidad para el espíritu, que se hace adulto en su examen espiritual de mayoría de edad eterna en el juicio particular-, cuando Él ve que un niño suyo falta porque es un distraído, o por lentitud en saber discernir, o por estar poco instruido, o porque es muy débil en una o en varias cosas, ¿tú piensas que el Padre Santísimo lo podrá juzgar con intransigente rigor? Tú lo has dicho. El hombre ha perdido la Gracia, fuerza para reaccionar contra la Tentación y los apetitos. Y Dios lo sabe. Y no hay que temblar por temor a Dios y huir de Él como Adán después de la culpa, sino que hay que recordar que Él es Amor. Su rostro resplandece ante los hombres, pero no para reducirlos a cenizas; antes bien, para confortarlos como hace el Sol con sus rayos. El amor, no el rigor, irradia de Dios. Rayos de sol, no un saetear de dardos. Y además... ¿Qué ha impuesto de por sí el Amor? ¿Una carga que no se puede llevar? ¿Un código de innumerables capítulos que pueden olvidarse? No. Sólo diez mandamientos. Para tener al animal hombre embridado como a un potro, que sin la brida va al desastre. Pero cuando sea salvado el hombre, cuando se le dé de nuevo la Gracia, cuando llegue el Reino de Dios, o sea, el Reino del amor, se dará, a los hijos de Dios y súbditos del Rey, un solo mandamiento, en que todo estará comprendido: "Ama a tu Dios con todo tu ser y al prójimo como a ti mismo". Porque has de creer, hombre, que Dios-Amor no puede sino aligerar el yugo y hacerlo suave, y el amor hará suave el servicio a Dios, no temido ya, sino amado. Amado sólo, amado por sí mismo y amado en nuestros hermanos. ¡Cuán simple será la Ley última! Como es Dios: perfecto en su simplicidad. Escucha: ama a Dios con todo tu ser, ama al prójimo como a ti mismo. Medita. ¡Los gravosos seiscientos trece preceptos y todas las oraciones y bendiciones no están ya -despojándose de sutilezas inútiles que no son religiosas, sino esclavitud hacia Dios-enumerados en estas dos frases? Si amas a Dios, ciertamente lo honras a todas horas. Si amas al prójimo, ciertamente no haces algo que le cause dolor: no mientes, no robas, no matas o hieres, no eres adúltero. ¿No es así?

-Así es... Maestro justo, yo quisiera estar contigo. Pero Gamaliel ha perdido ya por ti a los mejores discípulos Yo...

-No es todavía la hora de que vengas a mí. Cuando llegue, tu propio maestro te lo dirá, porque es un justo.

-¿Lo es, verdad? ¿Lo dices Tú?

-Lo digo porque es verdad. No soy uno que derribe para alzarse pisando al derribado. Reconozco a cada uno lo suyo... Pero... nos están llamando... Sin duda, han encontrado los alojamientos para nosotros. Vamos...

## 472

## Solicitud insidiosa de un juicio acerca de un hecho ocurrido en Yiscala.

-No me gusta nada esta parada con ese hombre que se ha unido a nosotros... - rezonga Pedro, que está con Jesús en un tupido huerto con árboles frutales.

Debe ser ya la tarde del sábado, porque el sol está todavía alto, siendo así que llegaron al pueblo con el crepúsculo.

-Después de las oraciones nos marchamos. Es sábado. No se podía andar. Y nos ha sentado bien este descanso. No haremos ya ningún alto hasta el próximo sábado.

-Pero Tú has descansado poco. ¡Todos esos enfermos!...

-Muchos que ahora alaban al Señor. Para ahorraros mucho camino me habría quedado aquí dos días, para dar tiempo a los curados a llevar la noticia al otro lado del confín. Pero no habéis querido.

-¡No! ¡No! Quisiera estar lejos ya. Y... no te fíes demasiado, Maestro. ¡Tú hablas! ¡Tú hablas! Pero ¿sabes que todas tus palabras en ciertas bocas se transforman en veneno para ti? ¿Por qué nos lo han mandado?

-Lo sabes.

-Sí. Pero ¿por qué se ha quedado?

-No es el primero que se queda después de acercarse a mí.

Pedro menea la cabeza. No está convencido. Y masculla:

-¡Un espía!... ¡Un espía!...

-No juzgues, Simón. Podrías arrepentirte un día de tu juicio actual...

-No juzgo. Tengo miedo. Por ti. Y esto es amor. Y el Altísimo no me puede castigar por amarte.

-No digo que te arrepentirías de esto, sino de haber pensado mal de tu hermano.

-Él es hermano de los que te odian. Por tanto, no es mi hermano.

La lógica, humanamente, es justa, pero Jesús observa:

-Es discípulo de Gamaliel. Gamaliel no está contra mí.

-Pero tampoco está contigo.

-Quien no está en contra está conmigo, aunque no lo parezca. No se puede pretender que un Gamaliel, el mayor doctor que tiene Israel hoy, un pozo de saber rabínico, una verdadera mina en la que están todas las... sustancias de la ciencia rabínica, pueda diligentemente repudiar todo por optar... por mí. Simón, también a vosotros os es difícil optar por mí dejando todo el pasado...

-¡Pero nosotros hemos optado por ti!

-No. ¿Sabes lo que es optar por mí? No es quererme y seguirme solamente. Estas cosas son, en mucho, mérito del Hombre que soy y que atrae vuestras simpatías. Optar por mí es optar por mi doctrina, que es igual que la antigua en la Ley divina, pero que es completamente distinta de esa ley, de esa aglutinación de leyes humanas que han venido acumulándose durante los siglos, formando todo un código y un formulario que de divino no tiene nada. Vosotros, todos los humildes de Israel, y también algún grande muy justo, os quejáis, y criticáis las sutilezas formalistas de los escribas y fariseos, sus intransigencias y dureza... pero vosotros tampoco estáis de ello inmunes. No es culpa vuestra. Durante siglos y siglos, habéis -vosotros hebreos-

asimilado lentamente las... emanaciones humanas de los manipuladores de la pura y sobrehumana Ley de Dios. Ya sabes, cuando uno sigue durante años y años viviendo de una determinada manera distinta de la propia de su país, por vivir en un país extranjero, y viven en él sus hijos y los hijos de sus hijos, sucede que su descendencia acaba por ser como la del lugar en que se halla. Se aclimata tanto, que pierde incluso el aspecto físico de su nación, además de las costumbres morales; y, por desgracia, tanto, que pierde la religión de sus padres... Pero... ahí están los otros. Vamos a la sinagoga...

-¿Hablas Tú?

-No. Soy un simple fiel. He hablado con los milagros esta mañana...

-Con tal de que no haya sido perjudicial...

Pedro está realmente descontento y preocupado, pero sigue al Maestro, que se ha reunido con los otros apóstoles. Por el camino, dan alcance a Jesús el hombre de Yiscala y otros, quizás del pueblo.

En la sinagoga el arquisinagogo, con deferencia, se dirige a Jesús diciendo: -¿Quieres explicar, Rabí, la Ley?

Pero Jesús lo rehúsa, y, como un simple fiel, sigue todas las ceremonias. Besa, como los demás, el rollo que alarga el vicearquisinagogo (digo esta palabra porque no sé cómo se llama este ayudante del arquisinagogo). Escucha la explicación del punto elegido por el arquisinagogo. De todas formas, aunque no hable, su aspecto ciertamente es ya predicación por el modo en que ora... Muchos lo miran. El discípulo de Gamaliel no lo pierde de vista ni un minuto. Y los apóstoles, recelosos como están, no pierden de vista al discípulo.

Jesús ni siquiera se vuelve cuando, en una puerta de la sinagoga, se produce un murmullo que hace que muchos se distraigan. Pero el rito termina y la gente sale a la plaza donde está la sinagoga. Jesús, a pesar de que estaba más hacia el fondo que hacia la cabeza de la sinagoga, es uno de los últimos en salir, y se dirige hacia la casa para tomar el morral y ponerse en camino.

Muchos del lugar lo siguen; entre ellos, el discípulo de Gamaliel al cual, en un momento dado, lo llaman tres que están contra la pared de una casa. Habla con ellos y con ellos se abre paso hacia Jesús.

-Maestro, éstos quieren decirte algo - dice, llamando la atención de Jesús, que estaba hablando con Pedro y con su primo Judas.

-¡Escribas! ¡Ya lo había dicho yo! - exclama Pedro ya agitado.

Jesús saluda con una reverencia a los tres que lo saludan, y pregunta:

-¿Qué queréis?

Habla el más viejo:

-No has venido. Venimos nosotros. Y para que nadie piense que hemos pecado en el sábado, decimos a todos que hemos dividido el camino en tres tiempos. El primero hasta que la última luz del ocaso ha tenido vida. El segundo, de seis estadios mientras la Luna iluminaba los senderos. El tercero termina ahora y no ha superado la medida legal. Esto por nuestras almas y las vuestras. Pero para nuestro intelecto te pedimos sabiduría. ¿Estás al corriente de lo que ha sucedido en la ciudad de Yiscala?

-Vengo de Cafarnaúm. Nada sé.

-Escucha. Un hombre, que se había ausentado de su casa por prolongados negocios, al regresar, supo que en su ausencia su mujer lo había traicionado, hasta el punto de dar a luz a un hijo que no podía ser de su marido, porque él había estado fuera de casa catorce meses. El hombre mató ocultamente a su mujer. Pero, denunciado por uno que lo supo por la sierva, según la ley de Israel *(Éxodo 21, 12-14; Levítico 20, 10; 24, 17 Números 35, 16-34; Deuteronomio 19, 11-13; 22, 22)* ha sido ejecutado. El amante, que según la Ley debería ser lapidado, se ha refugiado en Quedes, y, sin duda, tratará de ir desde allí a otros lugares. El hijo ilegítimo -el marido quería tenerlo también para matarlo- no fue entregado por la mujer que lo amamantaba, que ha ido a Quedes para conmover al verdadero padre del lactante para que se ocupe de su hijo, porque el marido de la nodriza se niega a tenerlo en casa. Pero el hombre la ha rechazado, junto con su hijo, diciendo que éste significaría un obstáculo para su fuga. ¿Según Tú, cómo juzgas el hecho?

-No veo que sea ya susceptible de juicio. Todo juicio, justo o injusto, ha sido ya dado.

-¿Cuál, según Tú, ha sido el juicio justo y cuál el injusto? Surgió divergencia entre nosotros acerca de la muerte del homicida.

Jesús los mira a uno tras otro de hito en hito. Luego dice:

-Voy a hablar. Pero antes responded a mis preguntas, sea cual fuere su peso. Y sed sinceros. ¿El hombre homicida de su esposa era del lugar?

-No. Se había establecido allí desde su matrimonio con la mujer, que era del lugar.

-¿El adúltero era del lugar?

-Sí.

-¿Cómo el hombre traicionado supo que lo había sido? ¿Era pública la culpa?

-No, ciertamente. Y no se comprende cómo pudo saberlo el hombre. La mujer se había ausentado unos meses antes, diciendo que para no estar sola iba a Tolemaida donde unos parientes suyos, y volvió diciendo que había tomado consigo al hijito de una pariente que había muerto.

-¿Cuando estaba en Yiscala, su conducta era desvergonzada?

-No. Es más, a todos nos sorprendió el que Marcos estuviera en relaciones con ella.

-Mi pariente no es un pecador. Es un acusado inocente - dice uno de los tres, que no ha hablado todavía.

-¿Era pariente tuyo? ¿Quién eres? - pregunta Jesús.

-El primero de los Ancianos de Yiscala. Por esto he querido la muerte del homicida, porque no sólo mató, sino que mató a persona inocente - y dirige una mirada torva al tercero, que tiene unos cuarenta años y que, rebatiendo, dice:

-La Ley impone la muerte del homicida.

-Tú querías la muerte de la mujer y del adúltero.
-Así es la ley.
-Si no hubiera habido ningún otro motivo, ninguno habría hablado.
Se enciende la disputa entre los dos antagonistas, que casi se olvidan de Jesús. Pero el que ha hablado el primero, el más mayor, impone silencio, diciendo con imparcialidad:
-No se puede negar que el homicidio haya sido consumado, como tampoco se puede negar que haya habido culpa. La mujer la confesó a su marido. Pero dejemos hablar al Maestro.
-Yo digo: ¿cómo lo supo el marido? No me habéis respondido.
El que defiende a la mujer dice:
-Porque alguien habló en cuanto el marido regresó.
-Y entonces Yo digo que ése no tenía el corazón puro - dice Jesús, bajando los párpados para celar su mirada y que ésta no acuse.
Pero el de cuarenta años, que quería la muerte de la mujer y del adúltero, salta: -Yo no tenía ninguna hambre de ella.
-¡Ah! ¡Ahora está claro! ¡Fuiste tú el que habló! ¡Lo sospechaba, pero ahora te has traicionado! ¡Asesino!
-Y tú, favorecedor del adúltero. Si no le hubieras avisado, no se nos habría escapado. ¡Pero es tu pariente! ¡Así se hace la justicia en Israel! Por eso defiendes también la memoria de la mujer: para defender a tu pariente. De ella sola no te preocuparías.
-¿Y tú, entonces?, ¿tú, que has lanzado al hombre contra la mujer para vengarte de sus negativas?
-¿Y tú, que has sido el único que ha testificado contra el hombre? ¿Tú que pagabas a una criada en aquella casa para que te ayudara? No es válido el testimonio único. Lo dice la Ley.
¡Un jaleo de mercado! Jesús y el añoso anciano tratan de calmar a los dos, que representan dos intereses y dos corrientes opuestas y que revelan un odio incurable entre dos familias. Lo logran a duras penas. Ahora habla Jesús, sereno, solemne; y lo primero que hace es defenderse de la acusación salida de los labios de uno de los contendientes: -Tú que proteges a las prostitutas...
-Yo no sólo digo que el adulterio consumado es delito contra Dios y contra el prójimo, sino que digo: aquel que tiene deseos impuros hacia la mujer de otro es adúltero en su corazón y comete pecado ¡Ay si cada hombre que ha deseado a la mujer de otros hubiera de ser muerto! Los lapidadores deberían tener siempre las piedras en la mano. Pero, aunque el pecado, muchas veces, quede impune por parte de los hombres en la Tierra, será expiado en la otra vida, porque el Altísimo ha dicho: "No fornicarás y no desearás a la mujer de otros", y a la palabra de Dios hay que prestarle obediencia. Pero también digo: "¡Ay de aquel por quien se comete un escándalo!, y ¡ay del delator de su prójimo!". Aquí todos han faltado. El marido. ¿Tenía realmente necesidad de abandonar a su esposa durante tanto tiempo? ¿La había tratado siempre con ese amor que conquista el corazón de la compañera? ¿Se examinó a sí mismo para ver si, antes que él por parte de la mujer, no había sido ofendida por él la mujer? La ley del talión dice: "Ojo por ojo, diente por diente". Pero, si lo dice para exigir reparación, ¿debe ésta provenir de uno sólo? No defiendo a la adúltera, pero digo: "¡Cuántas veces habría podido acusar ella de este pecado a su consorte?".
La gente susurra:
-¡Es verdad! ¡Es verdad! - y asienten también el viejo de Yiscala y el discípulo de Gamaliel.
Jesús prosigue:
-...Yo digo: ¿cómo no ha temido a Dios el que por venganza ha causado tanta tragedia? ¿La habría querido en el seno de su familia? Yo digo: ¡el hombre que ha huido y que, después de gozar y destruir, repudia ahora al inocente, cree que, huyendo, se salvará del Vengador eterno? Esto es lo que digo Yo. Y digo todavía otras cosas. La Ley exigía la lapidación de los adúlteros y la ejecución del homicida. Pero llegará un día en que la Ley, necesaria para poner freno a la violencia y la lujuria de los hombres no fortalecidos por la Gracia del Señor, será modificada, y, si bien quedarán los mandamientos: "No matar y no cometer adulterio", las sanciones contra estos pecados serán transferidos a una justicia más alta que la del odio y la sangre. Una justicia respecto a la cual la siempre falaz e inmeritoria justicia de los jueces humanos -todos, y quizás varias veces, adúlteros, si es que no han sido también homicidas- será menos que nada. Hablo de la justicia de Dios, que pedirá explicación a los hombres incluso de los deseos impuros, de los cuales nacen las venganzas, las delaciones, los homicidios; y, sobre todo, pedirá explicación de por qué se niega a los culpables las horas para redimirse, y por qué a los inocentes se les impone cargar con el peso de las culpas ajenas. Aquí todos culpables. Todos. Y también los jueces impulsados por opuestos movimientos de venganza personal. Uno sólo es inocente. A él va mi piedad. Yo no puedo volver atrás. Pero, ¿quién de vosotros será caritativo con el pequeñuelo, y conmigo que sufro por él?
Jesús mira a la multitud con ojos de triste súplica.
Muchos dicen:
-¿Qué quieres? Pero recuerda que es un hijo ilegítimo.
-En Cafarnaúm hay una mujer de nombre Sara. Es de Afeq. Una discípula mía. Llevadle el niño y decidle: “Jesús de Nazaret te lo confía". Cuando el Mesías que esperáis funde su Reino y ponga sus leyes -que no anulan la Palabra del Sinaí, sino que dan cumplimiento a ésta con la caridad-, los hijos ilegítimos ya no estarán sin madre, porque Yo seré el Padre de los que no tienen padre y diré a mis fieles: “Amad a éstos por amor a mí". Y cambiarán otras cosas, porque la violencia será sustituida con el amor.
Creíais, quizás, que ante vuestras preguntas Yo iba a negar la Ley; y por esto me habéis buscado. Decíos a vosotros mismos y a quien os ha enviado que he venido a perfeccionar la Ley y nunca a negarla. Decíos a vosotros y a los otros que Aquel que predica el Reino de Dios, ciertamente, no puede enseñar aquello que en el Reino de Dios sería horror y no podría, por tanto, tener en él cabida. Decidles también -,y decíos- que recuerden lo que dice el Deuteronomio *(18, 15-19)*: "El Señor tu Dios

suscitará para ti, de tu nación, de entre tus hermanos, un profeta. Escúchalo. Eso pediste al Señor tu Dios en el Horeb; dijiste: “No vuelva yo a oír la voz del Señor mi Dios, no vuelva a ver este grandísimo fuego, y no muera”. Y el Señor me dijo: “Está bien lo que han dicho; suscitaré para ellos, de en medio de sus hermanos un profeta semejante a ti; *pondré mis palabras* en su boca, y les dirá todo lo que Yo le mande. Y si alguno no quisiere escuchar las palabras que en mi nombre dirá, tomaré cuentas de ello"'.

Dios os ha mandado a su Verbo para que hablara sin que su voz os causara la muerte. Muchas cosas había dicho ya Dios al hombre, ya más de las que el hombre mereciera oír de Dios. Mucho, con la Ley del Sinaí y con los Profetas. Pero todavía muchas cosas debían decirse, y Dios lo ha guardado para su profeta del tiempo de Gracia, para el que había sido prometido a su pueblo, en quien mora la Palabra de Dios y en el cual se cumplirá el perdón. Fundador del Reino de Dios, codificará la Ley con los nuevos preceptos de amor, porque el tiempo del amor ha llegado. Y no pedirá venganza al Altísimo contra quien no lo escuche; solamente, que el fuego de Dios deshaga el granito de los corazones y la Palabra de Dios pueda penetrar en ellos y fundar en ellos el Reino, que es Reino del espíritu, como espiritual es su Rey. A1 que -quienquiera que sea- ame al Hijo del hombre, el Hijo del hombre le dará Camino, Verdad, Vida: para ir a Dios, para conocerlo y para vivir la Vida eterna. En aquel -quienquiera que sea- que acepte mi palabra surgirán fuentes de luz, por lo cual conocerá el sentido oculto de las palabras de la Ley y verá que las prohibiciones no son amenazas sino invitaciones de Dios, que quiere que los hombres sean bienaventurados, no réprobos; benditos, no malditos.

Una vez más, de una cosa ya resuelta, como no la habría resuelto la santidad, habéis hecho un instrumento inquisidor para sorprenderme en pecado. Pero Yo sé que no peco. Y no temo al decir mi pensamiento, que es éste: el hombre homicida ha sufrido, con el deshonor primero y con la muerte después, las consecuencias de haber hecho de la ganancia la meta de su vida. La mujer ha sufrido las consecuencias de su pecado con la muerte, y -os asombrará, pero es así-y su confesión, intentando mover a piedad a su marido hacía el inocente, ha disminuido su culpa ante Dios. Los demás -tú y tú y el que ha huido sin piedad ni siquiera hacia su pequeñuelo- tenéis mayor culpa que los dos primeros. ¿Murmuráis? Vosotros no habéis sufrido con la muerte las consecuencias, y en vosotros no estaban los atenuantes del marido traicionado ni están los atenuantes de la mujer: estar desatendida y haber confesado. Y todos tenéis un pecado, todos menos la nodriza del inocente. El pecado de rechazar a este inocente como a un mal vergonzoso. Habéis sabido matar al homicida. Habríais sabido matar también a los adúlteros. Habéis sabido hacer lo que constituye justicia severa y lo habríais sabido hacer. Pero ni siquiera uno ha sabido, ni sabe, abrir los brazos a la piedad hacia el inocente. De todas formas, vuestra responsabilidad no es completa. No sabéis... Nunca sabéis exactamente lo que hacéis y lo que se debería hacer. Y en esto está vuestro atenuante.

Cuando este discípulo de Gamaliel ha venido a mí, me ha dicho: "Ven. Quieren hacerte unas preguntas sobre un hecho que todavía tiene repercusiones". Las consecuencias son el inocente. Bueno, ¿y ahora que sabéis lo que pienso, cambiaréis vuestro juicio donde todavía puede cambiarse? A éste le he dicho: "Yo no juzgo. Yo perdono". Gamaliel dijo: "Solamente Jesús de Nazaret juzgaría con justicia aquí". Ya, como le he dicho a éste, habría aconsejado a todos -digo a todos- prorrogar la sentencia hasta después de un atento examen y hasta que se hubieran calmado las pasiones. Muchas cosas hubieran podido cambiarse sin agraviar a la Ley: La cosa ya está consumada. Y que Dios perdone a quien se haya arrepentido o se vaya a arrepentir de ello. No tengo más que decir. Bueno, todavía una cosa: que Dios os perdone una vez más el haber tentado al Hijo del hombre.

-¡Yo no, Maestro! ¡Yo no! Yo... amo al rabí Gamaliel como un discípulo debe amar a su maestro: más que a un padre. Más, porque un rabí forma el intelecto, que es más grande que la carne. Y... no puedo dejar a mi rabí por ti. Pero para despedirme de ti no encuentro sino las palabras del cántico de Judit *(16, 1-17)*. Florecen en el fondo de mi corazón, porque he percibido justicia y sabiduría en todas tus palabras. Adonai, Señor, grande y magnífico es tu señorío. Nadie puede superarte. Nadie puede oponer resistencia a tu voz. ¡Los que te temen estarán en tu presencia en todo!"... Señor, yo bajaré a Cafarnaúm, donde la mujer que has mencionado. Y Tú ora por mí, porque mi granito se disuelva y penetre la Palabra que funda el Reino de Dios en nosotros... Ahora entiendo. Nosotros nos engañamos. Y nosotros, discípulos, somos los menos culpables...

-¿Qué dices, necio? - interviene violentamente el Anciano de Yiscala volviéndose hacia el discípulo de Gamaliel.

-¿Que qué digo? Digo que tiene razón mi maestro. Y quien tienta a Este para el reino temporal es un satanás, porque Éste es un verdadero Profeta del Altísimo y la Sabiduría habla por sus labios. Dime, Maestro, ¿qué tengo que hacer?

-Meditar.

-Pero...

-Meditar. Eres un fruto no maduro. Y debes ser injertado. Oraré por ti. Venid vosotros...

Y, con los apóstoles cargados con los fardos, se echa a andar, dejando tras sí los comentarios.

## 473

## Curación de un niño ciego de Sidón y una lección para las familias.

Veo a Jesús saliendo de una sinagoga, rodeado de los apóstoles y de gente. Comprendo que es una sinagoga porque por la puerta abierta de par en par veo el mismo mobiliario que vi en la de Nazaret, en una de las visiones preparadoras de la Pasión.

La sinagoga está en la plaza central del pueblo. Una plaza desnuda, sólo con casas alrededor y, en el centro, un pilón alimentado por una fuente que echa un agua bonita, cristalina, por su única boca formada por una piedra ahuecada en forma de teja. El pilón sirve para dar de beber a los cuadrúpedos y a las muchas palomas que se lanzan en vuelo de una a otra casa; la fuente, para llenar las ánforas de las mujeres, bonitas ánforas de cobre -muchas, trabajadas a golpe de martillo; otras, lisas- que resplandecen al sol (porque hace sol y calor). La tierra de la plaza está seca y amarillenta, como está cuando un intenso sol la

seca. No hay un solo árbol en la plaza. Pero penachos de higueras y sarmientos de uva rebosan por las tapias de los huertos que orillan las cuatro calles que desembocan en la plaza Debe ser un final de verano (en las pérgolas hay uva madura) y un final de día (el sol no cae a plomo, sino que sus rayos son oblicuos como en el ocaso).

En la plaza, una serie de enfermos esperan a Jesús. Pero no veo en éstos ningún milagro. Él pasa, se inclina hacia ellos, los bendice y consuela, pero no los cura, al menos por el momento. Hay también mujeres con niños, y hombres de todas las edades. Parece que el Salvador los conoce, porque los saluda por el nombre y ellos se arremolinan en torno a Él con familiaridad. Jesús acaricia a los niños, agachándose amoroso hacia ellos.

En un ángulo de la plaza hay una mujer con un niño o niña (van todos vestidos con una misma tuniquita de colores claros). No parece del lugar. Yo diría que es de condición social más elevada que los demás. La túnica está más trabajada, con galones y pliegues; no es la simple túnica de las aldeanas, que lleva como único adorno y modelado un cordón a la cintura. Esta mujer lleva, por el contrario, vestiduras más complicadas, las cuales, sin llegar a ser aquella obra maestra de vestuario que eran los vestidos de la Magdalena, tienen ya mucha galanura. En la cabeza lleva un velo ligero, mucho más que el que llevan las otras, que no es más que una tela de lino sutil, mientras que éste es casi muselina, pues es muy liviano. Está prendido en el centro de la cabeza, con gracia, y deja ver y entrever los cabellos castaños bien peinados, con trenzas sencillas, pero hechas con más experto cuidado que no las otras mujeres, que llevan trenzas recogidas en moño en la nuca o pasadas por la cabeza circularmente. Cubre sus espaldas un verdadero manto, o sea, una pieza de tela -no sé si cosida o continua- que tiene en torno al cuello un galón terminado en un broche de plata. La tela del manto cae amplia hasta el tobillo formando bellos pliegues.

La mujer tiene de la mano al niño o niña que he dicho. Un bonito niño de unos siete años. Y es robusto, pero de vivaracho no tiene nada. Está muy quieto, cabizbajo, de la mano de su mamá, sin prestar atención a lo que sucede a su alrededor.

La mujer mira, pero no se atreve a acercarse al grupo que se ha arremolinado en torno a Jesús. Parece indecisa, debatiéndose entre las ganas de ir y el miedo a acercarse... Decide una cosa intermedia: atraer la atención de Jesús. Ve que Él ha tomado en brazos a un angelote todo rosado y sonriente, que una madre le ha ofrecido. Y ve que, mientras habla con un viejecillo, aprieta contra su pecho al niño, meciéndolo. Entonces se agacha hacia su niño y le dice algo.

El niño levanta la cabeza. Veo entonces una carita triste, con los ojos cerrados. Es ciego.

-¡Piedad de mí, Jesús! - dice.

La vocecita infantil hiende el aire quieto de la plaza y llega con su lamento hasta el grupo.

Jesús se vuelve. Ve. Se mueve inmediatamente, con amorosa solicitud. Ni siquiera devuelve a su madre al niño que tiene en brazos. Va, alto y guapísimo, hacia el pobre cieguito, que tras su grito ha bajado de nuevo la cabeza, inútilmente instado por la madre a que repita el grito.

Jesús está frente a la mujer. La mira. También ella lo mira; luego, tímidamente, baja la mirada. Jesús la ayuda. Ha devuelto, a la mujer que se lo había ofrecido, el niño que llevaba en brazos.

-Mujer, ¿es tuyo este hijo?

-Sí, Maestro, es mi primogénito.

Jesús acaricia la cabecita -agachada- del niño. Jesús *parece* no haber visto la ceguera del pequeño. Pero creo que lo hace conscientemente, para dar pie a la madre a formular su petición.

Así pues, el Altísimo ha bendecido tu casa con numerosa prole, y dándote en primer lugar el varón consagrado al Señor.

-Tengo sólo un varón, éste; y otras tres niñas. Y no voy a tener otros...

Un sollozo.

-¿Por qué lloras, mujer?

-¡Porque mi hijo es ciego, Maestro!

-Y querrías que viera. ¿Puedes creer?

-Creo, Maestro. Me han dicho que abriste ojos que estaban cerrados. Pero mi niño ha nacido con los ojos secos. Míralo, Jesús. Debajo de los párpados no hay nada...

Jesús alza hacia sí esta carita precozmente seria y, alzando con el pulgar los párpados, mira. Debajo hay un vacío. Vuelve a hablar, teniendo levantada con una mano hacia sí la carita.

-¿Por qué has venido, entonces, mujer?

-Porque... sé que para mi niño es más difícil... pero si es verdad que eres el Esperado, lo puedes hacer. Tu Padre ha hecho los mundos... ¿No ibas a poder hacerle Tú dos pupilas a mi criatura?

-¿Crees que vengo del Padre, Señor Altísimo?

-Creo esto y que Tú todo lo puedes.

Jesús la mira como para discernir cuánta fe hay en ella y de que pureza es esa fe. Sonríe. Luego dice:

-Niño, ven a mí - y lo lleva de la mano a un murete de aproximadamente medio metro de altura, y lo pone encima. El murete se alza desde el camino hacia una casa: una especie de parapeto para proteger a ésta del camino, que tuerce en ese punto.

Cuando el niño está bien seguro encima de ese realce, Jesús adquiere aspecto serio, imponente. La gente se agolpa en torno a Él, al niño y a la madre temblorosa. Yo veo a Jesús de lado, de perfil. Solemnemente cubierto con su manto azul oscurísimo encima de la túnica apenas un poco más clara, muestra un rostro inspirado. Parece más alto, y hasta más fuerte, como siempre cuando emana potencia de milagro. Y esta vez es una de las que me parece más imponente. Pone las manos encima de la cabeza del niño, las manos abiertas, pero apoyando los dos pulgares en las órbitas vacías. Levanta la cabeza y ora intensamente, pero sin mover los labios. Ciertamente, un coloquio con su Padre. Luego dice:

-¡Ve! ¡Lo quiero! ¡Y alaba al Señor! - y a la mujer:

-Sea premiada tu fe. Aquí, tienes al hijo que será tu honor y tu paz. Muéstraselo a tu marido. El volverá a tu amor y nuevos días felices conocerá tu casa.

La mujer -que ya ha lanzado un grito agudísimo de alegría al ver que, quitados los pulgares divinos, en las órbitas vacías dos espléndidos ojos azul oscuro como los del Maestro la miran, fijamente, asombrados y felices bajo el flequillo de los cabellos morenos oscuros- lanza otro grito, y, a pesar de tener a su hijo apretado contra su corazón, se arrodilla a los pies de Jesús diciendo:

-¿También sabes esto? ¡Ah! Tú eres verdaderamente el Hijo de Dios - y le besa la túnica y las sandalias, y luego se levanta transfigurada de alegría y dice:

-Oíd todos. Vengo de la lejana tierra de Sidón. He venido porque otra madre me habló del Rabí de Nazaret. Mi marido, judío y mercader, tiene en esa ciudad sus almacenes para el comercio con Roma. Rico y fiel a la Ley, me dejó de amar desde que, después de haberle dado un varón desdichado, le di tres niñas y luego me quedé estéril. Él se alejó de su casa; yo, aunque no había sido repudiada, vivía en las condiciones de una repudiada, y ya sabía que quería desembarazarse de mí para tener de otra mujer un heredero capaz de continuar el comercio y gozar de las riquezas paternas. Antes de salir fui donde mi esposo y le dije: "Espera, señor. Espera a que vuelva. Si vuelvo con el hijo todavía ciego, repúdiame. Pero si no, no hieras a muerte mi corazón y no niegues un padre a tus hijos". Y él me juró: "Por la gloria del Señor, mujer, te juro que si me traes a mi hijo sano -no sé cómo vas a poder hacerlo, porque tu vientre no supo darle ojos- volveré a ti como en los días del primer amor". El Maestro no podía saber nada de mi dolor de esposa, y a pesar de ello me ha consolado también en esto. Gloria a Dios y a ti, Maestro y Rey.

La mujer está de nuevo arrodillada y llora de alegría.

-Ve. Dile a Daniel, tu marido, que el que creó los mundos, ha dado dos claras estrellas por pupilas al pequeño consagrado al Señor. Porque Dios es fiel a sus promesas y ha jurado que quien crea en Él verá todo tipo de prodigios. Sea ahora fiel él al juramento que hizo y no cometa pecado de adulterio. Dile esto a Daniel. Ve. Sé feliz. Os bendigo a ti y a este niño, y contigo a los que tú amas.

Un coro de alabanzas y felicitaciones se eleva de la multitud, y Jesús entra en una casa cercana como para descansar.

La visión termina aquí.

Dice Jesús:

-Dios, para los que tienen fe en Él, supera siempre las peticiones de sus hijos y da más todavía. Cree esto. Creedlo todos. A la mujer que de Sidón había venido a mí con las dos espadas clavadas en lo secreto del corazón y se atreve sólo a decirme el nombre de una de ellas -revelar ciertas íntimas desdichas es más penoso que decir: "Estoy enfermo"-, le doy también este segundo milagro.

A los ojos del mundo habrá parecido, y parecerá todavía, que es mucho más fácil rehacer la concordia entre dos cónyuges separados por un motivo que ya está superado, y además felizmente, que no dar dos pupilas a dos ojos que nacieron sin ellas. Pero no, no es así. Hacer dos pupilas, para el Señor y Creador, es una cosa sencillísima, como devolver a un cadáver el soplo de la vida. El Amo de la Vida y de la Muerte, el Amo de todo lo que hay en la creación, no carece, ciertamente, de un soplo vital que infundir de nuevo en los muertos, ni de dos gotas de humor para un ojo seco. Le basta querer para poder. Porque ello depende sólo de su deseo. Pero, cuando se trata de concordia entre seres humanos, hace falta, juntamente con el deseo de Dios, la "voluntad" de los hombres. Dios sólo raramente violenta la libertad humana. En general os deja libres de actuar como queráis.

Aquella mujer, que vivía en tierra de idólatras y seguía creyendo como su esposo, en el Dios de sus padres, ya por ello merece la benignidad de Dios. Llevando luego su fe más allá del límite de las medidas humanas, superando las dudas y la oposición de la mayoría de los creyentes judíos -esto lo prueban sus palabras a su esposo: "Espera a que regrese", segura de que volvería con su hijo curado- merece un doble milagro. Merece también este difícil milagro de abrir los ojos del espíritu a su consorte, ojos que se habían apagado para el amor y el dolor de su esposa, y le echaban la culpa a ella de algo que no es culpa.

Quiero también -y esto es para las esposas- que se reflexione en la humildad respetuosa de esta hermana suya. "Fui donde mi esposo y le dije: “Espera, señor"'.

La razón estaba de su parte, porque echar la culpa a una madre de un defecto de nacimiento es necedad y cosa cruel. Ya su corazón esta quebrantado ante la vista de su criatura desdichada. Doblemente la razón está de su parte, porque su marido la había marginado desde que había sabido que era estéril, y además tiene noticia de la intención de divorcio de su marido, y, a pesar de ello, sigue siendo la "esposa". O sea, la compañera fiel y sujeta a su compañero, como Dios quiere que sea y la Escritura enseña. No hay rebelión ni sed de venganza o intención de hallar otro hombre para no ser la "mujer sola".

"Si no regreso con el hijo curado, repúdiame. Pero, si sí, no hieras mortalmente mi corazón ni niegues un padre a tus hijos". ¿No parece estar oyendo hablar a Sara y a las antiguas mujeres hebreas? ¡Qué distinto es, mujeres, vuestro lenguaje de ahora! Pero también: ¡qué distinto es lo que obtenéis de Dios y de vuestro esposo! Y las familias se destruyen cada vez más.

Como siempre, cumpliendo el milagro, he tenido que poner un signo que lo hiciera aún más incisivo. Tenía ante mí todo un mundo para persuadirlo, un mundo cerrado en las barreras de toda una secular manera de pensar, y guiado por una secta enemiga mía. Se ve, pues, la necesidad de hacer resplandecer claramente mi poder sobrenatural. Mas la enseñanza de la visión no está aquí. Está en la fe, en la humildad y, no obstante, fidelidad al cónyuge, en la elección del camino adecuado -oh esposas y madres que habéis encontrado espinas donde esperabais rosas- para ver nacer donde os hirieron las espinas nuevas ramas florecidas.

Volveos hacia el Señor Dios vuestro, que ha creado la unión matrimonial para que el hombre y la mujer no estuvieran solos y se amaran formando una carne sola e indisoluble, puesto que fue unida junta, y que os ha dado el Sacramento para que sobre las nupcias descendiera su bendición y por mis méritos tuvierais todo lo que necesitáis en el nuevo camino de cónyuges y procreadores. Y, para volveros hacia El con rostro y corazón seguros, sed honestas, buenas, respetuosas, fieles, verdaderas

compañeras de vuestro esposo, no simples huéspedes de su casa o, peor todavía, advenedizas que una coincidencia reúne bajo un mismo techo, como dos que coinciden en una posada de peregrinos.

Esto sucede ahora demasiadas veces. ¿E1 hombre falta? Hace mal. Pero esto no justifica la manera de actuar de demasiadas esposas. Y todavía menos la justifica cuando a un buen compañero no sabéis corresponderle con bien el bien y con amor el amor. Y no quiero ni detenerme en el caso, demasiado común, de vuestras infidelidades carnales, que no os hacen distintas de las meretrices, con el agravante de practicar hipócritamente el vicio y de manchar el altar de la familia, a cuyo alrededor están las almas angélicas de vuestros inocentes. Pero estoy hablando de vuestra infidelidad moral al pacto de amor jurado ante mi altar.

Pues bien, Yo dije: "El que mira a una mujer con deseo comete adulterio en su corazón"; dije: "El que despide a su mujer con libelo de divorcio la expone al adulterio". Pero ahora, ahora que demasiadas mujeres son advenedizas para sus maridos, digo: "Las que no aman en *alma, mente y carne* a su compañero, lo impulsan al adulterio, y, si bien le pediré a él explicación de su pecado, no menos lo haré con aquella que no fue la ejecutora del pecado pero sí su creadora". Hay que saber comprender en toda su extensión y profundidad la Ley de Dios, y hay que saber vivirla en plena verdad.

## 474

## Una visión que se pierde en un arrobo de amor.

Como hacen a menudo mientras andan, quizás para aligerar con esa distracción la monotonía de la marcha continua, los apóstoles hablan entre sí, recapitulando y comentando los últimos acontecimientos, preguntándole algo de vez en cuando al Maestro, que generalmente habla poco -lo necesario para no ser descortés- y reserva este esfuerzo sólo para cuando llega la ocasión de adoctrinar a la gente o a sus apóstoles, corrigiendo ideas equivocadas, consolando a personas infelices.

¡Jesús era la "Palabra", pero no era la "charla"! Está claro. Era paciente y amable como nadie. Nunca mostraba fastidio por tener que repetir un concepto una, dos, diez, cien veces, para hacerlo entrar en las cabezas acorazadas con los preceptos farisaicos y rabínicos. Se despreocupaba de su cansancio, que a veces era tanto que constituía ya sufrimiento, con tal de quitar a una criatura el sufrimiento moral o físico. Pero es evidente que prefiere callar, aislarse en un silencio de meditación capaz de durar muchas horas, si es que alguien no lo saca de él preguntándole algo. Generalmente, y siempre un poco adelantado respecto a sus apóstoles, va entonces con la cabeza un poco agachada, alzándola de vez en cuando para mirar al cielo, a los campos, a las personas, a los animales. Mirar he dicho, pero he dicho mal; debo decir: amar. Porque es sonrisa, sonrisa de Dios, lo que de esas pupilas emana para acariciar el mundo y las criaturas, sonrisa-amor. Porque es amor que se transparenta, que se difunde, que bendice, que purifica la luz de su mirada, siempre intensa, pero intensísima cuando sale de ese recogimiento...

¿Qué serán esos recogimientos suyos? Yo pienso -y estoy segura de que no me equivoco, porque basta con observar su cara para ver lo que son-, yo pienso que son mucho más que nuestros éxtasis, en los cuales la criatura ya vive en el Cielo. Son el "encuentro sensible de Dios con Dios". Siempre presente y unida la Divinidad a Cristo, que era Dios como el Padre. En la Tierra como en el Cielo, el Padre está en el Hijo y el Hijo está en el Padre, que se aman y amándose generan a la Tercera Persona. La potencia del Padre es la generación del Hijo, y el acto de generar y de ser generado crea el Fuego, o sea, el Espíritu del Espíritu de Dios. La Potencia se vuelve hacia la Sabiduría a la que ha generado, y ésta se vuelve hacia la Potencia en el júbilo de ser el Uno para el Otro y de conocerse por lo que son. Y, dado que todo buen conocimiento recíproco crea amor -pasa también con nuestros imperfectos conocimientos-, henos al Espíritu Santo... Aquel que, si fuera posible poner una perfección en las perfecciones divinas, habría de llamarse la Perfección de la Perfección. ¡El Espíritu Santo! Aquel que con sólo pensar en Él ya llena de luz, alegría, paz...

En los éxtasis de Cristo, cuando el incomprensible misterio de la Unidad y Trinidad de Dios se renovaba en el Stmo. Corazón de Jesús, ¡qué producción de amor completa, perfecta, incandescente, santificante, jubilosa, pacífica debía generarse y difundirse, como de horno ardiente el calor, como de ardiente turíbulo el incienso, para besar con el beso de Dios las cosas creadas por el Padre, hechas por medio del Hijo-Verbo, hechas por el amor, sólo por el Amor, pues que todas las operaciones de Dios son Amor! Y ésta es la mirada del Hombre-Dios cuando, como Hombre y como Dios, alza los ojos -que han contemplado dentro del Cristo al Padre, a Él mismo y al Amor-para mirar el Universo: admirando la potencia creadora de Dios, como Hombre; exultando por poder salvarla en las criaturas regias de esa creación, los hombres, como Dios.

No, no se puede, nadie podrá, ni poeta ni artista ni pintor, hacer visible a las gentes esa mirada de Jesús saliendo del abrazo, del encuentro sensible con la Divinidad, unida hipostáticamente al Hombre siempre, pero no siempre tan profundamente sensible para el Hombre que era Redentor y que, por tanto, a sus muchos dolores, a sus muchos anonadamientos, debía añadir éste, *grandísimo*, de no poder estar siempre en el Padre, en el gran torbellino del Amor como estaba en el Cielo: omnipotente... libre... jubiloso. Espléndida la potencia de su mirada de milagro, dulcísima la expresión de su mirada de hombre, tristísimo el brillo de dolor en las horas de dolor... Pero son miradas aún *humanas,* aunque de expresión perfecta. Ésta, ésta mirada de Dios que se ha contemplado y amado en la Triniforme Unidad no es susceptible de parangón, no hay adjetivo para ella...

Y el alma se postra delante de Él, adorando, anonadada en el conocimiento de Dios, beatificada por la contemplación de su infinito amor. Los torrentes de delicias inundan mi alma... ¡Soy bienaventurada! ¡Todo dolor, todo recuerdo, quedan anulados bajo las olas del amor de Jesús Dios... y estas olas me suben al Cielo, a Ti!...

¡Gracias, mi adorable Amor!... ¡Gracias!... Ahora sigo sirviéndote... La criatura es otra vez mujer, es otra vez "el portavoz" tras haber sido un instante "serafín". Vuelve a ser mujer, vuelve a ser criatura-mártir, quizás otro tormento está ya a

sus espaldas... Pero en mi espíritu brilla la luz que me has dado, la beatífica luz de haberte contemplado; y no podrán apagarla ni torrentes de lágrimas ni crueles torturas. ¡Gracias, mi Bendito! ¡Sólo Tú me amas!

¡Comprendo a Pablo (*Romanos 8, 35-39);* como nunca hasta ahora! "¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo?... En todo esto salimos vencedores en virtud de Aquel que nos ha amado... Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni las cosas presentes ni las futuras, ni la potencia, ni la altura, ni la profundidad, *ni ninguna otra cosa creada* podrán separarnos de la caridad de Dios que está en Jesucristo Señor nuestro". Es el himno victorioso, exultante, cantado por el conjunto de los victoriosos, de los amantes, de los salvados por el amor, porque ésta es la santidad: *la salvación recibida por haber sido amados y por haber amado. ¡Y* ya se oye! Y el espíritu, todavía aquí, prisionero en la Tierra, lo oye y *canta* su alegría, su confianza, su certidumbre... Y luz, más luz aún viene, y las palabras luminosas del Apóstol se iluminan más aún, aún más... "...la caridad de Dios que está en Jesucristo Seor nuestro".

Ahora comprendo también las palabras de Azarías, de este invierno: “Jesús es el compendio del amor de los Tres". ¡Eso es! Todo el Amor está en Él. Nosotros podemos encontrar este amor de Dios, nosotros hombres, sin esperar al regreso de Dios, sin esperar al Cielo, amando a Jesús. ¡Eso es! A quien cree le brotan dentro fuentes de agua viva, fuentes de luz, fuentes de amor, porque el que cree va a Jesús; porque quien cree cree que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma, Divinidad, como estaba en la Tierra, como está en el Cielo, con su Corazón, con su Corazón. Y en el Corazón de Jesús está la caridad de Dios. Y cuando el hombre recibe el Cuerpo Santísimo de Jesús acoge en sí al Corazón de Jesús. Tiene, por tanto, en sí, no sólo a Jesús; sino que tiene la Caridad de Dios, o sea, tiene a Dios Padre, Hijo, Espíritu Santo, porque la Caridad de Dios es la Stma. Trinidad, que es una única cosa: el Amor. El Amor que se divide en tres llamas para hacernos ternariamente felices. Felices de tener un Padre, un Hermano, un Amigo. Felices de tener a quien provee, a quien enseña, a quien ama. ¡Felices de tener a Dios!

¡Oh, no puedo más!... ¡Señor, demasiado grande es tu don! ¿Quién me lo alcanza desde los Cielos? ¡Eres tú, Beatísima Madre, contemplada en tu fulgor de Asunta Reina del Cielo? ¿Eres tú, el enamorado de Cristo, dulce Juan de Betsaida, amigo mío? ¿Eres tú, Patriarca digno de amor, protector de los perseguidos, solícito provisor de consuelos, José veneradísimo? ¿Eres tú, mi gran hermanita Teresa del Niño Jesús, la que me alcanza lo que desde hace 21 años pido: que rebosen en mi alma las olas del Amor? ¡Oh, si eres tú, cumple la obra! Alcánzame el que muera no en uno de estos asaltos de amor -yo también soy una pequeña alma y no deseo cosas extraordinarias-, sino *después de* uno de estos asaltos de amor, cuando soy otra vez "pequeña alma pequeñísima", empequeñecida aún más por el conocimiento de lo que es el Infinito Amor, después de uno de estos asaltos, porque *después* estamos como bautizados de nuevo por el amor y no quedan sombras de manchas en nosotros. El amor quema... ¿O eres tu, Azarías, buen amigo, el que, por todas las lágrimas que has recogido de mis pestañas y llevado al Cielo, me has alcanzado esta hora de beatitud?

Pero a ti, a Teresa, a José, a Juan y María Stma., no os pido que este éxtasis vuelva, para llenarme de gozo y fuego. Lo que os pido, os suplico, es que vaya a otros corazones, y especialmente a los que vosotros sabéis, a esos corazones que torturan el mío y desagradan a Dios, que no saben escuchar ni obedecer. Si esos corazones tienen un solo instante de estos asaltos de amor, se convertirán al Amor, al verdadero Amor. Amarán. Con todo su ser. Con el intelecto, sobre todo, del cual caerán los muros del racionalismo, de la ciencia humana, que niegan y obstaculizan la fe sencilla y buena y ponen fronteras al poder de Dios. Y con el corazón, donde se fundirán, como cera al fuego, las costras del egoísmo, de la envidia, del odio...

Hacedlo, amadísimos míos. Yo acepto el no volver a poner jamás mis labios en el cáliz confortador del amor; acepto el beber siempre, hasta el regreso a Dios, del cáliz amargo de todas las renuncias; pero que ellos vuelvan al sendero radioso, que se santifiquen en todas sus acciones para merecer la mirada de Jesús-Dios, de la misma forma que hoy me fue concedido gozarla. Merecerla aquí, poseerla para siempre en el Cielo, de la misma forma que, esperando en mi Señor, confío poseerla yo también...

A las 12 del mismo día (15 Agosto, Asunción de María Santísima)

Lo leo. Pienso en los teólogos que lean estas páginas. Quizás encuentren errores en cómo hablo del éxtasis, de los recogimientos de Jesús. Recuerden que soy una pobre ignorante que no sabe de teología ni de términos teológicos, y que me esfuerzo en decir como puedo lo que veo, y con las frases que mi pobre mente puede formar...

16 Agosto de 1946

Digo a Jesús:

-Señor, me has arrollado y todo se ha perdido en ti. La visión...

Sonríe con dulce y divina alegría y, acariciándome, responde:

-En vez de narrar, has cantado. Has cantado. Todo el Paraíso cantaba ayer las glorias de mi Madre, y tú has cantado junto con el Paraíso, y el Paraíso en un determinado momento ha escuchado tu "solo". ¿Sabes cuándo? *Cuando has pedido no gozar, sino que el amor los invadiera a "ellos" para ser salvados.* El Cielo amante te ha escuchado, porque renunciar a la beatitud para que otros tengan la Vida sólo le es concedido a quien vive en la Tierra siendo ya ciudadano de los Cielos. Los Santos por tu canto han recordado cuando eran cantores en la Tierra; los Ángeles han escuchado mirando con fraterna complacencia a tu Azarías *(ángel que se le aparecía a María Valtorta dándole revelaciones).* María ha sonreído ofreciendo tu canto al Amor. Y el Amor, ¡oh, mi María!, y el Amor te ha besado... y vuelve a besarte. Exulta. Tú has comprendido al Amor. Yo estoy en ti, y en mí está Dios Uno y Trino como has comprendido. Recorre hoy los caminos de la alegría sobrenatural, en vez de los caminos de Palestina al encuentro del dolor de Jesús... María, ¿no te sientes feliz de estar en las mismas condiciones del último año mío? También esto es un don, y una luz para comprenderme. Sin una experiencia propia, y proporcionada, la criatura no podría comprender lo que fue mi larga Pasión. Pero hoy, como ayer, recorre los caminos de la alegría celeste Dios está contigo. Queda en paz.

Y así lo que iban comentando los apóstoles, sobre el episodio de Yiscala, sobre el milagro del niño ciego, sobre Tolemaida, adonde están yendo, sobre el camino de escalones tallados en la roca -se han alargado hasta allí, para llegar al

último pueblo fronterizo entre Siro-Fenicia y Galilea, y debe ser el camino que vi cuando iban a Alejandrocena-, sobre Gamaliel, etc. ha pasado; bueno, ha quedado, en la medida en que lo he oído, en mi corazón.

Digo sólo que quería decir esto: que los apóstoles, que en los primeros tiempos, menos formados espiritualmente, interrumpían con facilidad al Maestro, ahora, más desarrollados espiritualmente, respetan sus aislamientos y prefieren hablar entre sí, retrasados dos o tres metros. Sólo se acercan a Él cuando les es necesaria una información o un juicio, o cuando se hace imperioso su amor por el Maestro.

## 475

## Abel de Belén de Galilea pide el perdón para sus enemigos.

-Levantaos y vámonos - ordena Jesús a los suyos, que duermen profundamente sobre unos montones de heno -más espadaña que heno- que hay en un campo cercano a un arroyo que espera las lluvias de otoño para nutrir de aguas su lecho.

Los apóstoles, todavía medio dormidos, obedecen sin decir nada. Recogen los talegos, se ponen los mantos que habían usado como mantas durante la noche y se echan a andar con Jesús.

-¿Vamos por el Carmelo? - pregunta Santiago de Alfeo.

-No. Por Seforí. Y luego tomaremos el camino de Meguiddó. Apenas tenemos tiempo... - responde Jesús.

-Sí. Y las noches van siendo demasiado húmedas y frías como para dormir en las tierras, cuando por algún motivo no nos acoge una casa - observa Mateo.

-¡Los hombres! ¡Con cuánta facilidad olvidan!... ¿Señor, será siempre así? - pregunta Andrés.

-Siempre.

-¡Y entonces! Si así es contigo, cuando seamos nosotros, apenas vueltas las espaldas todo quedará cancelado - dice, desalentado, Tomás.

-Yo digo, de todas formas, que aquí hay alguno que hace olvidar. Porque los hombres, sí, olvidan con facilidad, pero no siempre olvidan. Yo veo que entre nosotros, entre los hombres, nos acordamos de las cosas recibidas y dadas. Sin embargo, para ti... No, son siempre ésos, son ellos los que trabajan para borrar tu recuerdo - dice Pedro. -No hagas juicios sin una base segura - dice Jesús.

-¡Maestro, es que tengo la base!

-¿La tienes? ¿Qué has descubierto? - pregunta Judas Iscariote, muy interesado; y con él también otros preguntan lo mismo. Pero el interés de Judas es el más vivo, yo diría ansioso.

Pedro, que estaba mirando a Jesús, se vuelve y mira a Judas... una mirada atenta, despierta, sospechosa, y, mirándolo unos momentos, calla. Luego dice:

-¡Bueno, nada... y todo!, si no te molesta saberlo. Tanto como para -si fuera uno que tuviera ganas de usar todos los medios para subir- tanto como para correr a denunciar muchas cosas a quien nos gobierna; y estoy seguro de que alguno se vería en apuros. Pero prefiero no subir, antes que recibir ayudas de esa parte. En las cosas de Dios meto sólo la ayuda de Dios, y me parecería profanar las cosas de Dios metiéndolos a ellos a... a ellos como... ayuda para aplastar a los reptiles. También ellos son reptiles... y... no me fiaría... Capaces de aplastar juntos a los denunciados y a los que denuncian... Así que... me las arreglo yo solo. Eso es.

-¿Pero no te das cuenta de que ofendes al Maestro?

-¿Yo? ¡Por qué?

-Porque Él tiene contacto con ellos.

-Él es Él, y, si tiene contacto con ellos, no lo hace con interés utilitario, sino para llevarlos a Dios. Él tiene capacidad para hacerlo... y lo hace. Pero no va corriendo detrás de ellos... Ya ves que... son ellos los que deben venir a Él, para oír al "filósofo", como dicen. Pero ahora me parece que ya no tienen tantas ganas. Y yo no me pongo a llorar. -¡Parecías contento tú también en Pascua!

-Eso es lo que parecía. El hombre es estúpido muchas veces. Ahora ya no lo parece, y no lo es. Y tengo razón.

-Como criatura que no mezcla el beneficio humano con las cosas espirituales, tienes razón, Simón. Pero como apóstol que se alegra de que otros se alejen de la Luz, no. No tienes razón. Si pensaras que cada alma conquistada para la Luz es una gloria para tu Maestro, no hablarías así - dice Jesús.

Judas Iscariote mira a Pedro con una sonrisa sarcástica. Y Pedro lo ve... pero se domina y no dice nada.

Jesús también lo ve y, refiriéndose a Pedro, pero como hablando a todos, dice: -Pero habéis de saber que se justifica más fácilmente un exceso de escrúpulo religioso, *con buena finalidad,* que no el pasar con indiferencia por encima de todo con tal de alcanzar un fin humano. Os lo he dicho varias veces: es la buena voluntad, o no buena, la que da peso a la acción. Y en este caso es buena voluntad, aunque imperfecta en cuanto a la forma, el oponerse a llevar lo humano a lo sobrehumano, y llevar ante Dios lo que uno considera impuro. No es justa su intransigencia porque Yo he venido para todos. Pero está muy cercano a la perfección su juicio de que en las cosas de Dios se debe recurrir sólo a su ayuda sobrenatural, sin mendigar ayudas humanas interesadas o utilitarias.

Y con esta sentencia ecuánime, Jesús pone fin a la discusión.

Han vadeado a pies enjutos otro lecho fluvial reseco por el verano, y han llegado al camino de primer orden que va de Sicaminón hacia Samaria (creo, si recuerdo bien el lugar visto otra vez). El camino está muy concurrido ante la inminencia de la fiesta y ya tiene el aspecto típico de los caminos palestinos en las épocas de peregrinaciones obligatorias al Templo. Viandantes, asnos, carros con personas dentro, con tiendas, enseres para los altos entre una y otra etapa y en la propia Jerusalén, donde

siempre se apiña la gente en las solemnidades, tanto que -basta que la estación lo permita- es aconsejable acampar en las colinas que la rodean. Y además en esta de los Tabernáculos es aún más sensible la emigración de enteras familias, no porque sean más numerosos que en Pascua y Pentecostés los peregrinos, sino porque, debiendo obligatoriamente vivir bajo las tiendas durante unos días, tienen los enseres que en las otras solemnidades todos tratan de no llevarse consigo. Es verdaderamente el éxodo de un pueblo que afluye por todos los caminos hacia la capital, lo mismo que la sangre afluye desde todas las venas al corazón.

Para comprender también ahora la obstinada religión de Israel, tan tenaz, tan compacta -por lo cual los correligionarios se ayudan entre sí en cualquier lugar en que, impulsados por la suerte, se hallen; y, sea cual sea la nación en que nacieron, ello no es obstáculo para que otro hebreo de otra nación se sienta siempre hermano y compatriota del correligionario con que se encuentra-, hay que tener presente que los hebreos, aun estando dispersos o perseguidos, o siendo vilipendiados, y aparentemente sin una verdadera patria, no se sienten ninguna de estas cosas. Tienen su Patria, la que su Yeohveh les ha dado; tienen su capital, Jerusalén, y en ella, de todas las partes del mundo, converge lo mejor de sus seres: el espíritu, el corazón. ¿Han pecado? ¿Dios los ha castigado? ¿Las profecías se han cumplido? Sí, es verdad. Pero queda aquélla, luminosa, causa para ellos de luminosa esperanza: la de la reconstrucción del reino de Israel... la de este Mesías que debe venir... Y tratan -con la experiencia de un dolor que teme el ser merecedores de la reprobación de Dios, y en un perpetuo interrogante: "¿Pero era Jesús de Nazaret el verdadero Mesías?"-, tratan de reconstituirse como Nación para tener a este Mesías; tratan de conservar esta perseverante fidelidad a su religión para merecer el perdón de Dios y ver el cumplimiento de la promesa.

Yo soy una pobre mujer, no sé de problemas políticos, no me he interesado nunca por los hebreos actuales y por sus adversidades; alguna vez incluso me han hecho reír esperando todavía a quien ya ha venido y han crucificado; su llanto me ha parecido muy cocodrilesco; sus acciones no me han parecido ni me parecen merecedoras de lo que esperan de Dios: no el Cristo, que ya vendrá solamente en el Ultimo Día, sino tampoco la reconstrucción de la dispersa raza hebrea en Nación independiente. Pero, ahora que *veo,* espiritualmente, a los padres de los hebreos actuales, comprendo su drama secular y su tenacidad, comprendo la fuente de esta tenacidad suya. Sigue siendo el Pueblo de Dios que por voluntad de Dios converge hacia la Tierra prometida a los Padres, a los Patriarcas; el pueblo que desde hace centenares de siglos cumple el rito mosaico, pensando en Jerusalén, en su Templo resplandeciente en el Moira. ¡Impedidos para ir? Sí. Pero va el espíritu. *(Israel se constituyó en nación independiente en 1947, antes de que María Valtorta escribiera estas revelaciones, en 1946)*

Las bayonetas, los cañones, las mazmorras sirven contra el hombre, no contra el espíritu. Israel no puede perecer porque ha permanecido en su religión. ¿Teórica, farisaica, ritual y carente de lo que es verdadera vida en una religión: la adhesión del espíritu al rito material? Todo lo que queráis. Pero las vendas de ideas, ritos, preceptos seculares, emanados de profetas y rabíes, ciñen el cuerpo trizado que fue Nación y ahora es infinitud de fragmentos esparcidos por toda la Tierra, y lo mantienen recogido; y, como faro visible desde todas las partes del mundo, resplandece un lugar, Jerusalén: su nombre es como un grito para reunirse, como un estandarte agitado al viento, que convoca, recuerda y promete. No. No puede ninguna fuerza humana acallar a este pueblo. En él hay una fuerza más grande que la fuerza humana.

Todo esto se comprende cuando se observa cómo este pueblo va por caminos difícilmente transitables, en estaciones del año incómodas, sin preocuparse de todo lo que signifique pena; gozoso con 1a alegría de ir a la Ciudad Santa. Todo esto se comprende viéndolos ir conjuntamente, ricos y pobres, niños y viejos, desde Palestina o desde la Diáspora, hacia su corazón: Jerusalén. Todo esto se comprende oyéndoles cantar sus cantos... Y -lo confieso- y ya quisiera yo que nosotros, los cristianos y católicos, fuéramos como ellos, que tuviéramos para el corazón del catolicismo, Roma, la Iglesia, y para quien en él vive, el Pedro actual, el sentimiento de estos que veo que caminan, caminan, caminan; quisiera que todos tuviéramos lo que ellos tienen, más nuestra Fe perfecta por ser cristiana.

Me dirán: «Están llenos de defectos». ¿Y nosotros? ¿No los tenemos? ¿No los tenemos nosotros que estamos fortalecidos por la Gracia y los Sacramentos, nosotros que deberíamos ser "perfectos como lo es el Padre que está en los Cielos"?

He hecho una digresión. Pero, siguiendo la marcha de los apóstoles mezclados con las turbas de Israel, el pensamiento trabaja...

Y trabaja hasta que, en un cruce del camino, un grupo de discípulos ve al Maestro y se arremolina en torno a Él. Entre ellos está Abel de Belén, que se arroja inmediatamente a los pies de Jesús y dice:

-Maestro, he orado mucho al Altísimo para que hiciera que me encontrara contigo. Y ya no lo esperaba. Pero me ha escuchado. Ahora Tú sé propicio a tu discípulo.

-¿Qué quieres, Abel? Vamos allí, al lindero del campo. Aquí hay demasiada gente y causamos atasco.

Van en masa al lugar indicado por Jesús, y allí Abel dice lo que desea.

-Maestro, Tú me salvaste de la muerte y la calumnia y has hecho de mí un discípulo tuyo. ¿Me quieres, entonces, mucho?

-¿Lo preguntas?

-Lo pregunto para estar seguro de que escuchas propicio mi petición. Cuando me salvaste, castigaste a mis enemigos con horrible castigo. Si lo has dado Tú, ciertamente es justo. Pero, ¡oh, Señor, es muy horrible! He buscado a esos tres. Cada vez que venía a donde mi madre los buscaba. En los montes, en las cavernas cercanas a mi ciudad. Y no los encontraba nunca.

-¿Por qué los buscabas?

-Para hablarles de ti, Señor. Para que, creyendo en ti, te invocaran y obtuvieran perdón y curación. Hasta el verano no los he encontrado, y no juntos. Uno, el que me odiaba por causa de mi madre, se ha separado de los otros, que han ido más arriba, hacia los montes más altos de Yiftael. Ellos me dijeron dónde estaba... Y de ellos me dieron la pista unos pastores de Belén, los que te recibieron en su casa aquella noche. Los pastores con sus rebaños se mueven por muchos lugares y saben

muchas cosas. Sabían que en el monte de la Fuente Hermosa estaban los dos leprosos que yo buscaba. Fui. ¡Oh!... - El horror se dibuja en el rostro de este hombre joven, casi todavía un jovencito. -Continúa.

-Me reconocieron. Yo no podía reconocer a mis paisanos en esos dos monstruos... Me llamaron... y me suplicaron, como si yo fuera un dios... El siervo, más que los otros, me ha conmovido. Por su arrepentimiento puro. Sólo quiere tu perdón, Señor... Aser quiere también la curación. Tiene una madre anciana, Señor, una madre anciana que se muere de dolor en la ciudad...

-¿Y el otro? ¿Por qué se ha separado?

-Porque es un demonio. Principal culpable, homicida y antes adúltero, incitador de Aser, corruptor del siervo de Joel - que es un poco estúpido y fácilmente dominable-, sigue siendo un demonio. De su boca, odio y blasfemias; de su corazón, odio y crueldad. También lo he visto a él... Quería hacerlo bueno. Se abatió sobre mí como un buitre, y sólo en la fuga -en mí rápida y resistente, porque soy joven y estoy sano- encontré salvación. Pero no desespero de salvarlo. Volveré... Una, dos, muchas veces con ayudas, con amor. Haré que me ame. Él cree que voy para reírme de su ruina. No, voy para reconstruir esta ruina. Si logra amarme, me escuchará; si me escucha, acabará creyendo en ti. Esto es lo que deseo. ¿Los otros? Fue fácil, porque por sí mismos han meditado y comprendido. Y el siervo ha venido a ser el sencillo maestro del otro, porque en el siervo hay mucha fe, mucho deseo de perdón. ¡Ven, Señor! Les he prometido que te llevaría a ellos cuando te encontrara.

-Abel, su delito era grande, muchos delitos en uno. Poco tiempo han expiado...

-Grande ha sido su tormento y su arrepentimiento. Ven.

-Abel, querían tu muerte.

-No importa, Señor. Yo quiero su vida.

-¿Qué vida?

-La que Tú das, la del espíritu, el perdón, la redención.

-Abel, eran tus Caínes y te odiaron como más no se puede. Querían quitarte todo: vida, honor y madre...

-Han sido mis benefactores, porque por ellos te tengo a ti. Yo los amo por este don suyo y te pido que estén donde estoy yo, siguiéndote a ti. Quiero su salvación como la mía, más que la mía, porque mayor es su pecado.

-¿Qué ofrecerías a Dios a cambio de su salvación, si te pidiera una ofrenda?

Abel piensa un momento... luego dice con seguridad:

-Hasta a mí mismo. Mi vida. Perdería un puñado de fango por poseer el Cielo. Feliz pérdida; grande ganancia, infinita: Dios, el Cielo. Y dos pecadores salvados: los primogénitos del rebaño que espero conducir a ti y ofrecerte, Señor.

Jesús cumple un acto que no hace nunca tan en público. Se agacha, porque es mucho más alto que Abel, y, tomándole la cabeza entre las manos, lo besa en la boca *(costumbre judía, igual que en algunos países se besan en la mejilla los parientes)* y dice:

-Así sea - al menos creo que eso quiere decir su «Maran Athá». Y añade: «por tus sentimientos te sea concedido lo que piden tus palabras. Ven conmigo. Me conducirás. Juan, ven conmigo. Y vosotros seguid adelante. Por el camino de Meguiddó a Enganním. Allí me esperaréis, si es que todavía no me habéis visto.

-Y te predicaremos a ti y también tu doctrina - dice Judas Iscariote.

-No. Me esperaréis. Simplemente. Comportándoos como justos y humildes peregrinos y nada más. Siendo entre vosotros como hermanos. *Y* por el camino pasaréis por donde los campesinos de Jocanán; les daréis la que tenéis y les diréis que el Maestro, si puede, pasará por Yizreel al amanecer de dentro de dos días. Id. La paz sea con vosotros.

## 476

## Lección sobre el cuidado de las almas y perdón a los dos pecadores castigados con la lepra.

El abrupto nudo de Yiftael domina al norte, impidiendo la visión del horizonte. Pero, en los lugares en que las laderas escarpadas de este grupo montañoso comienzan y se muestran, casi a pico, al camino de caravanas que de Tolemaida va hacia Seforí y Nazaret, se ven muchas cavernas entre peñas saledizas, suspendidas sobre el abismo, que cumplen la función de techo, y base de estos antros.

Como siempre, cerca de los caminos más importantes, aislados pero, al mismo tiempo, lo suficientemente cercanos como para ser vistos y socorridos por los viandantes, hay leprosos. Una pequeña colonia de leprosos, que lanzan su grito de aviso e invocación al ver pasar a Jesús con Juan y Abel. Y Abel alza la cara hacia ellos diciendo:

-Éste es aquel de que os hablé. Estoy llevándolo a donde los dos que ya sabéis. ¿No tenéis nada que pedir al Hijo de David?

-Lo que pedimos todos: pan, agua, para saciarnos mientras los peregrinos pasan. Después, en invierno, el hambre...

-No tengo comida, hoy. Pero tengo conmigo la Salud...

Pero la sugestiva invitación a recurrir a la Salud no halla eco. Los leprosos se retiran del risco, volviendo las espaldas y dando la vuelta al espolón del monte para ver si otros peregrinos vienen por el otro camino.

-Creo que son marineros gentiles o completamente idólatras. Han venido hace poco, expulsados de Tolemaida. Venían de África. No sé cómo se han enfermado. Sé que salieron sanos de sus países y, después de un viaje largo por las costas africanas para hacerse con marfil y también creo que con perlas para venderlas a los mercaderes latinos, han llegado aquí enfermos. Los magistrados del puerto los han aislado y han quemado hasta la nave. Unos han ido hacia los caminos de Siro-Fenicia y otros han

venido aquí. Los más enfermos son éstos, porque ya casi no andan. Pero tienen el alma más enferma todavía. He tratado de dar un poco de fe... No piden otra cosa que no sea comida...

-En las conversiones hay que tener constancia. Lo que no sale en un año sale en dos o más. Insistir en hablar de Dios, aunque parezcan como las rocas que los cobijan.

-¿Hago mal, entonces, en pensar en su comida?... Me había puesto a traer antes del sábado siempre comida, porque los sábados los hebreos no viajan y ninguno piensa en ellos...

-Has hecho bien. Tú lo has dicho. Son paganos. Por tanto, más cuidadosos de la carne y de la sangre que del alma. La amorosa diligencia que tienes por su hambre despierta su afecto hacia el desconocido que piensa en ellos. Y, cuando te quieran, te escucharán, aunque hables de cosas distintas de la comida. El amor preludia siempre el seguimiento de aquel a quien se ha aprendido a amar. Ellos te seguirán un día en los caminos del espíritu. Las obras de misericordia corporal alisan el camino a las espirituales; las cuales lo hacen tan libre y llano, que la entrada de Dios en un hombre preparado en tal manera al divino encuentro se produce sin el conocimiento del propio individuo. Éste se encuentra a Dios dentro de sí y no sabe por dónde ha entrado. ¿Por dónde? Algunas veces tras una sonrisa, tras una palabra de piedad, tras un pan, ha empezado la apertura de la puerta de un corazón cerrado a la Gracia y ha empezado el camino de Dios para entrar en ese corazón.

¡Las almas! Son la cosa más variada que existe. Ninguna materia -y son muchas las materias que hay en la Tierra- es tan variada en sus aspectos como lo son las almas en sus tendencias y reacciones.

¿Veis este corpulento terebinto? Está en medio de un entero bosque de terebintos, semejantes a él en la especie. ¿Cuántos son? Centenares, mil quizás, quizás más. Cubren esta abrupta ladera de monte, dominando con su aroma áspero y saludable de resinas todos los demás olores del valle y del monte. Pero, fijaos. Mil y más, pero no hay siquiera uno que en grosor, altura, corpulencia, inclinación, disposición, sea igual a otro, si se observa bien. Uno, derecho como hoja de cuchillo. Otro, vuelto hacia septentrión o mediodía, oriente u occidente. Uno, nacido todo en tierra; otro, allá, en un risco, que no se sabe ni cómo éste puede sostenerlo ni cómo el árbol puede sostenerse tan pendiente en el vacío, casi haciendo de puente con la otra ladera que se alza sobre aquel torrente, ahora seco, pero muy turbulento en las épocas de lluvia. Uno retorcido, como si un cruel lo hubiera forzado cuando era todavía tierna planta; otro, sin defectos. Uno, acopado casi hasta el pie; otro, sin frondas, apenas con un penacho en su cima. Aquél, con ramas sólo en la derecha; aquel otro, frondoso abajo y reseco arriba, en la cima quemada por un rayo. Éste, muerto, que sobrevive en una obstinada rama, única, nacido casi en la raíz recogiendo un resto de savia que en lo alto había muerto. Y éste, el primero que os he señalado, hermoso a más no poder, ¿tiene, acaso, una rama, una ramita, una hoja -¿qué digo diciendo una hoja, respect° a los miles que tiene?- igual a otra? Parecen iguales, pero no lo son Mirad esta rama, la más baja. Observad la parte alta de ella, sólo la cima de la rama. ¿Cuántas hojas habrá en ese extremo? Quizás doscientas agujas verdes y finas. Y, no obstante, mirad: ¿hay una igual a otra, en color, vigor, lozanía, flexibilidad, aspecto, edad? No la hay.

Así las almas. Hay tantas diversidades de tendencias y reacciones como almas existen. "Y no es buen maestro y médico de almas el que no sabe conocerlas y trabajarlas según sus distintas tendencias y reacciones. No es trabajo fácil, amigos míos. Se requiere estudio continuo, costumbre de meditar, que ilumina más que cualquier larga lectura de textos fijos. El libro que debe estudiar un maestro y médico de almas es las almas mismas. Tantas hojas como almas, y en cada hoja muchos sentimientos y pasiones pasados, presentes y en embrión. Por tanto, estudio continuo, atento, meditativo. Paciencia constante, aguante. Fortaleza en saber curar las llagas más pútridas para curarlas sin dar muestras de asco, cosa que humillaría al llagado, y sin falsa piedad, que, por no hacer sufrir descubriendo la podredumbre y no limpiar por temor a hacer sufrir la parte corrompida, deja que el mal se haga gangrena y corrompa todo el ser. Prudencia, al mismo tiempo, para no profundizar con modos demasiado rudos las heridas de los corazones, y para no infectarse con su contacto por alarde de seguridad de que no se teme la infección al tratar con los pecadores.

Y todas estas virtudes, necesarias para el maestro y médico de almas, ¿dónde hallan su luz para ver y entender; su paciencia, a veces heroica, para perseverar recibiendo frialdad, alguna vez ofensas; su fortaleza para curar sabiamente; su prudencia para no perjudicar al enfermo ni perjudicarse a sí mismo? En el amor. Siempre en el amor. El amor da luz a todo, da sabiduría, da fortaleza y prudencia; preserva de las curiosidades, que son vía de asunción de las culpas curadas. Cuando uno es todo amor, no pueden entrar en él ningún deseo ni ninguna ciencia sino los del amor.

¿Veis? Los médicos dicen que, cuando uno estuvo agonizando por una enfermedad, difícilmente vuelve a enfermar de ella, porque ya su sangre la ha recibido y la ha vencido. El concepto no es perfecto, pero tampoco yerra en todo. Pero el amor, que es salud en vez de enfermedad, produce eso que dicen los médicos, y para todas las pasiones no buenas. El que ama fuertemente a Dios y a los hermanos, no hace nada que pueda causar dolor a Dios y a los hermanos; por eso, incluso acercándose a enfermos del espíritu y viniendo a saber cosas que el amor hasta entonces había velado, no se corrompe con ellas, porque permanece fiel al amor y el pecado no entra. ¿Qué fuerza puede tener la sensualidad para quien ha vencido la sensualidad con la caridad? ¿Qué fuerza, las riquezas para quien en el amor a Dios y a las almas encuentra todo tesoro? ¿Qué, la gula; qué, la avaricia; qué, la incredulidad; qué, la acidia; qué, la soberbia: para quien sólo siente apetito de Dios; para quien se da él mismo, incluso él mismo, para servir a Dios; para quien en su Fe encuentra todo su bien; para quien se siente aguijado por la llama incansable de la caridad y obra incansablemente para dar alegría a Dios; para quien conoce a Dios -amarlo es conocerlo- y ya no puede ensoberbecerse, porque se ve cual es respecto a Dios?

Un día seréis sacerdotes de mi Iglesia. Seréis, por tanto, los médicos y maestros de los espíritus. Recordad estas palabras mías. No seréis sacerdotes, o sea, ministros de Cristo, maestros y médicos de almas, por el nombre que llevéis, ni por el indumento, ni por las funciones que ejerzáis, sino que lo seréis por el amor que poseáis. El amor os dará todo lo que se necesita para serlo; y las almas, todas distintas entre sí, alcanzarán una única semejanza: la del Padre, si sabéis trabajarlas con el amor.

-¡Qué hermosa lección, Maestro! - dice Juan.

-¿Pero lograremos algún día nosotros ser así? - añade Abel. Jesús mira al uno y al otro, y luego pasa el brazo sobre los hombros de ambos y los estrecha contra sí, el uno a la derecha, el otro a la izquierda, y los besa en el pelo; y dice:

-Vosotros lo lograréis, porque habéis comprendido el amor.

Siguen andando todavía un tiempo, cada vez con más dificultad por la escabrosidad del sendero tallado casi en el borde del monte. Abajo, lejos, hay un camino, y se ve a la gente en camino por él.

-Detengámonos, Maestro. Allí, ¿ves?, desde aquella plataforma de roca, los dos están descolgando hasta los viandantes un cesto con una soga, y tras la plataforma está su gruta. Ahora los llamo.

Y, adelantándose, lanza un grito, mientras Jesús y Juan se quedan retrasados, ocultos tras tupidos arbustos.

Pocos instantes y luego una cara... -llamémosla cara porque está encima de un cuerpo, pero podría llamarse también morro, monstruo, pesadilla...- se asoma por encima de unos arbustos de zarzamora

-¿Tú? ¿Pero no te habías marchado para los Tabernáculos?

-He encontrado al Maestro y he vuelto atrás. ¡Él está aquí!

Si Abel hubiera dicho "Yeohveh aletea sobre vuestra cabeza" muy probablemente habría sido menos repentino y reverente el grito, el acto, el impulso de los dos leprosos -porque mientras Abel hablaba se había asomado también el otro- para echarse afuera, a la plataforma, en pleno sol, y para postrarse rostro en tierra gritando: -¡Señor, hemos pecado! ¡Pero tu misericordia es más grande que nuestro pecado!

Lo gritan sin siquiera asegurarse sí Jesús está verdaderamente allí, o si está todavía lejos, en camino hacia ellos. Su fe es tal, que hace ver hasta lo que los ojos, por las llagas de los párpados y la rapidez con que ellos se han arrojado al suelo, sin duda, no han visto.

Jesús avanza mientras ellos repiten:

-¡Señor, nuestro pecado no merece perdón, pero Tú eres la Misericordia! Señor Jesús, por tu Nombre sálvanos. Tú eres el Amor que puede vencer sobre la Justicia.

-Yo soy el Amor. Es verdad. Pero sobre mí está el Padre. Y Él es la Justicia - dice severo Jesús, avanzando con Juan por el sendero.

Los dos alzan los desfigurados rostros entre las lágrimas que corren juntamente con sustancias purulentas. ¡Son rostros horribles de ver! ¿Viejos? ¿Jóvenes? ¿Quién es el siervo? ¿Quién es Aser? Imposible decirlo. La enfermedad los ha igualado, haciendo de ellos dos formas de horror y náusea.

¿Cuál debe ser el aspecto de Jesús para ellos, erguido en medio del sendero, envuelto de rayos de sol que encienden el color rubio de sus cabellos? No lo sé. Sé que lo miran y se cubren el rostro gimiendo:

-¡Yeohveh! ¡La Luz!

Pero luego vuelven a gritar:

-¡El Padre te ha mandado para salvar! ¡Te llama su amor predilecto! ¡En ti se complace! ¡No te negará que nos des el perdón!

-¡El perdón o la salud?

-El perdón - grita uno.

Y el otro:

-..Y luego la salud. Mi madre muere de dolor por mí.

-Aunque Yo os perdone, queda todavía la justicia de los hombres; para ti sobre todo. ¿Qué valor tiene entonces mi perdón para hacer feliz a tu madre? - prueba Jesús, para provocar las palabras que espera para obrar el milagro.

-Tiene valor. Ella es una verdadera israelita. Quiere para mí el seno de Abraham. Y para mí no existe ese lugar en espera del Cielo, porque he pecado demasiado.

-Demasiado. Tú lo has dicho.

-¡Demasiado!... Es verdad... Pero Tú... ¡Oh, aquel día estaba tu Madre... ¿Dónde está tu Madre ahora? Ella tenía compasión de la madre de Abel. Lo vi. Y si ahora oyera tendría compasión de la mía. ¡Jesús, Hijo de Dios, piedad en nombre de tu Madre!...

-¿Y qué haríais después?

-¿Después?

Se miran consternados. El "después" es la condena de los hombres, el desprecio, o la fuga, el destierro. Ante la perspectiva de la curación, tiemblan como por una incolumidad perdida. ¡Cuánto le importa al hombre la vida! Los dos, sorprendidos en el dilema de curarse y ser condenados por la ley de los hombres, o vivir leprosos, casi prefieren vivir leprosos. Lo dicen, lo confiesan con estas palabras:

-¡El suplicio es horrendo!

Lo dice, sobre todo, el que comprendo que es Aser, uno de los dos homicidas...

-Es horrendo. Pero al menos es justicia. Vosotros ibais a aplicárselo a éste, inocente; tú, por sucios fines; tú, por un puñado de monedas.

-¡Es verdad! ¡Oh, Dios mío! Pero él nos ha perdonado. Perdona Tú también. Significa que moriremos, pero el alma se salvará.

-La mujer de Joel fue lapidada por adúltera. Sus cuatro hijos viven en continuas privaciones con la madre de ella, porque los hermanos de Joel los han echado como a espurios, apoderándose de los bienes de su hermano. ¿Lo sabéis?

-Nos lo dijo Abel...

-¿Y quién los satisface por su desventura?

La voz de Jesús es un trueno, verdaderamente es voz de Dios Juez y da miedo. Solo bajo el sol, erguido y rígido, es figura de espanto. Los dos lo miran con miedo. A pesar de que el sol debe sulfurar sus heridas, no se mueven; como tampoco se mueve Jesús, envuelto todo por el sol. Los elementos pierden valor en esta hora de almas...

Pasa un rato y Aser dice:

-Que Abel vaya donde mi madre, si quiere amarme del todo, y le diga que Dios me ha perdonado y...

-Yo no te he perdonado todavía.

-Pero lo harás porque ves mi corazón... Y que le diga que todos mis bienes vayan a los hijos de Joel, por voluntad mía. Sea que muera, sea que viva, renuncio a la riqueza que me ha hecho vicioso.

Jesús sonríe. Se transfigura en la sonrisa, pasando del rostro severo al rostro compasivo, y, con mudada voz, dice:

-Veo vuestro corazón. Levantaos. Y alzad vuestro espíritu a Dios bendiciéndolo. Separados como estáis del mundo, podéis iros sin que el mundo sepa de vosotros. Y el mundo os espera para procuraros la manera de sufrir y expiar.

-¿Nos salvas, Señor? ¿Nos perdonas? ¿Nos curas?

-Sí. Os dejo la vida, porque la vida es sufrimiento especialmente para quien tiene recuerdos como los vuestros. Pero ahora no podéis salir de aquí. Abel debe venir conmigo, debe ir como todos los hebreos a Jerusalén. Aguardad a que regrese, lo cual coincidirá con vuestra curación. Él se ocupará de llevaros al sacerdote y de avisar a tu madre. Yo le diré a Abel lo que debe hacer y cómo lo debe hacer. ¿Podéis creer en mis palabras, aunque me marche sin curaros?

-Sí, Señor. Pero repítenos que perdonas a nuestro espíritu. Esto sí. Luego todo vendrá cuando quieras Tú.

-Yo os perdono. Renaced con un espíritu nuevo y no queráis volver a pecar. Recordad que, además de absteneros de pecar, debéis llevar a cabo actos de justicia encaminados a anular completamente vuestra deuda ante los ojos de Dios, y que, por tanto, vuestra penitencia debe ser continua, porque grande es vuestra deuda, ¡muy grande! La tuya, en particular, toca todos los mandamientos del Señor. Piensa y verás que ni uno queda excluido. Te olvidaste de Dios, pusiste a la carne como ídolo tuyo, transformaste las fiestas en días de delirios ociosos, ofendiste e infamaste a tu madre, contribuiste a matar y a querer matar, robaste la existencia y querías robar un hijo a una madre, privaste de padre y madre a cuatro niños, fuiste lujurioso, levantaste falsos testimonios, deseabas impúdicamente a una mujer que era fiel a su difunto esposo, deseaste los bienes de Abel, tanto que quisiste eliminar a Abel para apoderarte de ellos.

Aser, ante cada una de estas proposiciones, gime:

-¡Es verdad, es verdad!

-Como ves, Dios habría podido reducirte a cenizas sin recurrir al castigo de los hombres. Te ha preservado para que Yo pudiera salvar a uno más. Pero la mirada de Dios te vigila y su inteligencia recuerda. Podéis marcharos - y se vuelve y regresa a la espesura, junto a Abel y Juan, que habían buscado refugio bajo los árboles de la ladera.

Y los dos, todavía desfigurados, quizás sonrientes -pero ¿quién puede decir cuándo sonríe un leproso?- con la voz típica de los leprosos, estridente, metálica, carente de continuidad, con bruscas disonancias, entonan, mientras Él baja el monte por el sendero pavoroso, el salmo 114... *(Salmo 114, citado aquí según la Vulgata, en la Neovulgata pasó a constituir la primera parte del salmo 116: "Amo al Señor porque escucha el grito de mi oración...")*

-¡Se sienten felices! - dice Juan.

-Yo también - dice Abel.

-Pensaba que los ibas a curar inmediatamente - dice Juan.

-Yo también, como haces siempre.

-Han sido grandes pecadores. Esta espera es justa para quien ha pecado tanto. Ahora escucha, Ananías...

-Me llamo Abel, Señor - dice sorprendido el joven, y mira a Jesús como para preguntarse: « ¿Por qué se equivoca?».

Jesús sonríe:

-Para mí eres Ananías, porque verdaderamente pareces nacido de la bondad del Señor. Sélo cada vez más. Y, escucha. Al regreso de los Tabernáculos irás a tu ciudad y le dirás a la madre de Aser que haga lo que el hijo desea, y que ello sea llevado a cabo de la manera más solícita, dando todo como reparación, menos un décimo. Esto es por compasión hacia la madre anciana. Que ella, junto contigo, deje Belén de Galilea y vaya a Tolemaida, a esperar a su hijo que, contigo, irá donde ella con su compañero. Tú, una vez alojada la mujer en casa de algún discípulo de la ciudad, irás por todo lo necesario para la purificación de los leprosos, y no los dejarás hasta que esté todo hecho. Que el sacerdote no sea de los que saben del pasado, sino de otros lugares.

-¿Y después?

-Después vuelves a tu casa o te unes a los discípulos. Y ellos, los curados, tomarán el camino de la expiación. Yo digo lo indispensable. Y dejo al hombre libre de actuar después…

Bajan, bajan, incansables, a pesar de las asperezas del camino y el calor del sol... Incansables, y silenciosos durante mucho tiempo. Luego Abel rompe el silencio diciendo:

-¿Señor, te puedo pedir una gracia?

-¿Cuál?

-Que me dejes ir a mi ciudad. Me desagrada dejarte, pero aquella madre...

-Ve. Pero no te demores. Apenas vas a tener tiempo de llegar a Jerusalén.

-¡Gracias, Señor! La veré sólo a ella: una pobre anciana avergonzada de todo desde que Aser pecó. Pero ahora volverá a sonreír. ¿Que debo decirle en tu nombre?

-Que sus lágrimas y oraciones han obtenido gracia y que Dios la anima a aumentar su esperanza, y que la bendice. Pero antes de separarnos vamos a detenernos una hora. No más. No es tiempo de altos en el camino. Luego tú irás por tu parte; Yo y Juan, por la mía, y por atajos. Y tú, Juan, te adelantarás. A donde mi Madre. Le llevarás esta saca con la ropa de lino y vendrás

con la de lana. Irás a decirle que quiero verla y que la espero en e1 bosque de Matatías, el de la mujer. Ya sabes. Habla a solas con Ella y ven pronto.

-Sé dónde está el bosque. ¿Y Tú? ¿Solo? ¿Te quedas solo?

-Me quedo con mi Padre. No temas - dice Jesús alzando la mano y poniéndola sobre la cabeza del discípulo predilecto, que está a su lado sentado en la hierba. Y le sonríe mientras dice:

-Pero deberíamos estar allí al caer de la tarde…

-Maestro, cuando debo darte una satisfacción no siento cansancio, ya lo sabes. ¡Y además, donde la Madre!... Es como ir llevado por los ángeles. Y, bueno, no está muy lejos.

-Nunca está lejos lo que se hace con alegría... Pero tú pasarás la noche en Nazaret.

-¿Y Tú?

-Y Yo... Estaré con el Padre mío después de haber estado con mi Madre un poco. Y luego, al alba, me pondré en camino, tomando el camino del Tabor sin entrar en Nazaret. Ya sabes que tengo que estar en Yizreel a la aurora de pasado mañana.

-Te vas a cansar mucho, Maestro; y ya lo estás.

-Tendremos tiempo de descansar en invierno. No temas. Y no esperes poder ir evangelizando siempre con paz como aquí. Haremos muchas paradas...

Jesús agacha la cabeza, pensativo, dando mordiscos a su pan más para hacer compañía a los dos -los cuales, jóvenes y contentos de estar con el Maestro, comen con gusto- que por ganas de comida. Tanto es así que deja de comer y se sume en uno de sus silencios, respetado por los dos, que callan y descansan a la sombra fresca del monte, descalzos los pies para buscar frescura en la hierba nacida a los pies de los robustos troncos. Y se adormilarían incluso, pero Jesús alza la cabeza y dice:

-Vamos. En la bifurcación nos separaremos.

Atadas las sandalias, se ponen en camino. La sombra del bosque y el viento que viene de septentrión los ayuda a soportar la pesantez de esta hora todavía caliente, aunque ya no tórrida como en los meses de pleno verano.

## 477

## Coloquio de Jesús con su Madre en el bosque de Matatías. Los sufrimientos morales de Jesús y María.

Jesús está solo; solo, en un rellano un poco cóncavo que con leve pero continua ondulación asciende por la vertiente de los collados que ciñen el lago de Galilea. Es ciertamente éste, porque lo veo abajo, a la derecha, oscureciéndose su bellísimo azul por la llegada del ocaso, que retira de mucha de la superficie del lago las fulgurantes saetadas de los rayos solares. Detrás de la concavidad, al norte, las montañas de Arbela; más allá, más altas, las de allende el lago, donde se alzan Meirón y Yiscala; al nordeste, lejano, pero poderoso y regio siempre, desde cualquier parte que se vea, el gran Hermón, cuyo pico mayor el sol hiere caprichosamente en esta hora del ocaso, poniéndolo de un color topacio rosa en la parte occidental, y dejándole su aspecto opalino, tendente a esa indefinible, leve tonalidad nívea azulina que he visto algunas veces en las cúspides de nuestros Alpes fronterizos.

Yo miro al norte, y veo esto, como también veo sin esfuerzo, a la derecha, abajo, el lago, y a la izquierda los collados, que impiden ver la llanura de la costa. Pero, si me vuelvo hacia el mediodía, veo el Tabor, más allá de unas suaves colinas (sin duda, las que ciñen Nazaret). Abajo hay una pequeña ciudad, al pie de un camino de mucho tránsito por donde la gente va deprisa para llegar a los lugares señalados como etapas.

Jesús no mira nada de lo que miro yo. Busca sólo un sitio para sentarse, y lo elige al pie de una corpulentísima encina que con su follaje ha resguardado del sol tórrido a la hierba del suelo, por lo cual está todavía fresca y tupida, como si el verano no hubiera pasado agostando. Así, Jesús tiene frente a sí el lago; a su lado el sendero entre árboles por el que ha subido; al otro lado las ondulaciones que ciñen al norte la hondonada pradeña y boscosa en que se encuentra, y toda verde, porque los árboles son en su mayoría encinas y otros - o sea, árboles de hoja perenne- a los que el otoño no toca. Sólo acá o allá muestran un punto rojo-sangre debido a una hoja que cambia de color antes de caer, cediendo el puesto a esa otra, embrional, que ya nace al lado de la que muere.

Jesús, muy cansado, se apoya en el tronco robusto y está un tiempo con los ojos cerrados, como para descansar. Pero luego toma su postura habitual, separándose del tronco, echándose un poco hacia adelante, los codos en las rodillas, los antebrazos sobresaliendo hacia adelante, las manos unidas con los dedos entrelazados. Y piensa. Y, sin duda, ora. De vez en cuando, por algún ruido que se produce cerca de Él -pájaros que pelean buscando un sitio para la noche, algún animal entre la hierba que hace rodar un canto por la pendiente, una rama que choca contra otra por un solitario soplo de viento— alza los ojos y, con una mirada absorta que ciertamente no ve, los vuelve en la dirección del ruido, especialmente si éste está en la dirección del caminito que sube entre las encinas. Luego vuelve a bajarlos y se concentra de nuevo en sí mismo. Dos veces mira con atención al lago, ahora ya en sombra, y luego vuelve la cabeza para mirar a occidente, donde el sol ha desaparecido tras los collados boscosos: y la segunda vez se levanta y va al sendero y mira si sube alguno, luego vuelve a su sitio.

En fin, se oye un ruido de pasos y se dejan ver dos figuras: María, vestida de azul oscuro; Juan, cargado de sacas. Y Juan llama dos veces:

-¡Maestro! - y, en cuanto Jesús se vuelve, dice:

-Aquí tienes a tu Madre - y la ayuda a salvar un regatillo y algunas piedras grandes, puestas en el sendero con intención de darle solidez y hacerle cómodo para quien sube o baja, pero que en realidad su resultado ha sido el transformarse en verdaderas trampas para el pie semidescalzo.

Jesús se alza inmediatamente para ir al encuentro de su Madre. La ayuda, con Juan, a subir el cúmulo de piedras desprendidas, que debían sujetar el rellano. En realidad, sólo las gruesas raíces de las encinas hacen este oficio. Ahora Jesús sujeta a María, y la observa y le pregunta:

-¿Estás cansada?

-No, Jesús - y le sonríe.

-Sin embargo, me parece que lo estás. Siento haberte hecho venir. Pero no podía ir Yo...

-¡No es nada, Hijo mío! Estoy un poco sudorosa. Pero aquí se está bien... Más bien, Tú eres el que está muy cansado, y también el pobre Juan...

Pero Juan menea la cabeza sonriendo; y deja la saca nueva y bien hinchada de Jesús, y la suya, en la hierba, al pie de la encina, para retirarse mientras dice:

-Voy a bajar. He visto una fuentecita. Voy a refrescarme un poco en esa agua. Pero, si me llamáis, oigo - se retira y deja libres a los Dos.

María se afloja el manto y se quita el velo. Se seca el sudor que aljofara su frente. Mira a Jesús. Le sonríe y bebe su sonrisa, porque Él también le sonríe mientras le acaricia la mano y la apoya en su mejilla, para recibir a su vez de ésta la caricia. ¡Tan "hijo" en este gesto que le he visto hacer otras veces!... María libera la mano y le ordena los cabellos; le quita un trocito de corteza de árbol que se le había quedado entre el pelo (y cada movimiento de los dedos está hecho con tanto amor, que es una caricia). Y habla:

-Estás todo sudado, Jesús. El manto en la espalda está húmedo como si te hubiera llovido encima. Bueno, ahora podrás ponerte otro. Este lo retiro yo. Está descolorido por el sol y el polvo. Tenía todo preparado, y... ¡Espera! Sé que hace poco has comido una corteza de pan ya viejo con un puñado de aceitunas tan saladas que te mordían la garganta. Me lo ha dicho Juan, que desde el momento que llegó no hacía más que beber. Pero te he traído pan reciente. Lo acababa de sacar del horno. Y un panal de miel que había quitado ayer de la colmena para dárselo a los niños de Simón. Para ellos tengo otros panales. Tómalo, Hijo mío. Es de nuestra casa... - y se agacha a abrir la saca, que tiene, encima de todas las cosas que contiene, una cesta baja de mimbre con fruta dentro y -encima de la fruta- un panal envuelto en hojas de vid; ofrece todo a su Hijo, con pan reciente y crujiente.

Y, mientras Jesús come, saca del talego los vestidos que ha preparado para los meses invernales, fuertes, calientes, adecuados para proteger del frío y del agua, y se los enseña a Jesús, que le dice:

-¡Cuánto trabajo, Mamá! Tenía todavía los del pasado invierno...

-Los hombres, cuando están lejos de las mujeres, deben tener todo nuevo para no tener necesidad de arreglar nada para estar en orden. Pero no he desperdiciado nada. Este manto mío es el tuyo, acortado y vuelto a teñir. Para mí está bien todavía. Pero para ti ya no estaba bien. Tú eres Jesús...

Es imposible expresar lo que hay en esta frase. «Tú eres Jesús».Una frase sencilla. Pero en estas pocas palabras está todo el amor de la Madre, de la discípula, de la antigua hebrea hacia el Prometido Mesías, y de la hebrea del tiempo bendito que tiene a Jesús. Si la Madre se hubiera postrado adorando a su Hijo como Dios, no habría expresado sino una forma limitada, a pesar de rebosar veneración. Pero en estas palabras hay más que una adoración formal de unas rodillas que se doblan, una espalda que se pliega, una frente que toca el suelo: aquí está todo el ser de María, su carne, su sangre, su mente, su corazón, su espíritu, su amor, adorando totalmente, perfectamente, al Dios-Hombre.

Nunca he visto una cosa más grande, más absoluta, que estas adoraciones de María al Verbo de Dios, que es su Hijo, pero que Ella siempre recuerda que es su Dios. Ninguna de las criaturas que, curadas o convertidas por Jesús, veo que adoran a su Salvador (ni siquiera las más ardientes, ni siquiera las que sin darse cuenta se manifiestan teatrales bajo el ímpetu del amor), ninguna tiene "algo" que asemeje a esto. Aman totalmente, pero siempre como criaturas, a las que les falta constantemente algo para ser perfectas. María ama, me atrevo a decirlo, divinamente. Ama más que como criatura. ¡Oh, es realmente la hija de Dios inmune de culpa! ¡Por eso puede amar así!... Y pienso en lo que perdió el hombre con el pecado original... Pienso en lo que nos robó Satanás abatiendo a nuestros Progenitores. Nos quitó esta potencia de amar a Dios como lo ha amado María... Nos ha quitado la potencia de amar bien.

Mientras considero estas cosas mirando a la Pareja perfecta, Jesús, acabada su comida, se ha sentado en la hierba a los pies de su Madre y ha puesto su cabeza sobre las rodillas de Ella, como un niño cansado y triste que busca refugio en la única que lo puede confortar. Y María le acaricia los cabellos, y toca levemente la frente lisa de su Jesús. Parece como querer alejar con esa caricia todos los cansancios y las penas que hay en ese Hijo suyo. Jesús cierra los ojos y María suspende la caricia, permaneciendo con la mano sobre los cabellos, mirando de frente, pensativa, inmóvil. Quizás cree que Jesús se está durmiendo. Está muy cansado...

Pero Jesús casi enseguida abre de nuevo los ojos, ve que se viene la noche, ve que no es dable prolongar esa hora de confortación, y alza la cabeza; permanece sentado donde estaba y habla:

.Mamá, ¿sabes de dónde vengo?

-Lo sé. Me lo ha dicho Juan. Dos almas que vuelven a Dios. Una alegría para ti y para mí.

-Sí. Bajo a Jerusalén con esta alegría.

-Como consuelo de la desilusión que recibiste el mismo día que nos despedimos.

-¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho Juan? Sólo él sabe...

-No. Yo le he preguntado acerca de ello, pero Juan me ha respondido: "Madre, dentro de poco vas a verlo. Pregúntaselo a Él".

Jesús sonríe y dice:

-Juan es fiel hasta el escrúpulo.

Una pausa. Luego Jesús pregunta:

-¿Quién te ha hablado de ello entonces?

-No a mí. Fueron unos... unos hombres a casa de José, tu hermano. Y... él vino a mi casa. Estaba todavía un poco... Sí, Hijo mío. Siempre es mejor decir la verdad. Un poco inquieto después de tu encuentro con él en Cafarnaúm, y especialmente después de la conversación que tuvieron José, Judas y Santiago. Se vieron en tu ausencia, y también Santiago... Bueno, sobre todo Santiago fue severo... Mucho... Yo diría que demasiado. Pero el Eterno, que siempre es bueno, ha sacado de esta desavenencia un bien. Sin duda porque ha sido una desavenencia que venía de dos fuentes de amor. Distintas, sí, pero amor en todo caso. Imperfectas, sí; porque si hubieran sido perfectas, si al menos una hubiera sido perfecta, no se habría manifestado la ira... decir ira quizás es demasiado fuerte para dar un nombre al estado de ánimo de Santiago, pero lo que sí es cierto es que estuvo muy, muy severo... Tú, sin duda, le habrías corregido en orden a la caridad. Yo... no aprobé, pero fui indulgente porque comprendía lo que ponía tan inquieto al siempre paciente Santiago. No se puede pretender que sea perfecto... Es un hombre. Es mucha la humanidad también en él todavía. ¡Y queda largo camino que recorrer todavía para que Santiago llegue a ser un justo como era mi José! Él... sabía dominarse siempre... y ser siempre bueno...

¡Pero... estoy divagando! Decía que el amor imperfecto de los dos por ti -¡porque te quieren mucho, mucho, sí! También José, aunque a primera vista no lo parezca. Y realmente es amor por ti todas sus atenciones para con esta pobre mujer, y amor por ti es su modo de pensar, como viejo israelita fijo en sus ideas como su padre. ¡Qué no daría por verte amado por todos! A su manera... eso sí...-. Pero, yendo al hecho, debo decirte que José -al cual no le ha venido mal la actitud firme de Santiago- ha tomado la costumbre de venir todos los días a casa. ¿Y sabes para qué? Para que le explique las Escrituras, "como tú y tu Hijo las comprendéis", ha dicho. ¡Explicar las Escrituras a la luz de la Verdad!... Es difícil cuando quien nos escucha es un José de Alfeo, o sea, uno que cree firmemente en el reino temporal del Mesías, en su nacimiento regio y en tantas otras cosas.

Pero, para hacerle aceptar la idea de que el Rey de Israel debe ser de estirpe real, de David, sí, pero que no es necesario que haya nacido en un palacio, me ha servido su propio orgullo. Él... ¡cuánto celo por ser de la estirpe de David! Le he dicho dulcemente muchas cosas... y he enderezado esta idea en él. José admite, ahora, por concordancia con las profecías, que Tú eres el profetizado. Pero no habría logrado, no, no habría logrado, convencerlo de que Tú, de que tu grandeza verdadera está justamente en el hecho de ser Rey en el espíritu, que es lo único que te puede hacer Rey universal y eterno, si no hubiera venido en dos momentos gente a buscarlo... Los primeros, otra vez los de Cafarnaúm y otros con ellos, después de haberlo halagado de nuevo con deslumbrantes promesas de grandeza para toda la casa, viéndolo menos propenso a ceder a su favor -pretendían que él te forzara a ti a aceptar una corona, y a mí a hacértela aceptar-, se descubrieron pasando a las amenazas... Las consabidas, veladas amenazas que usan: cuchillos afilados envueltos en blanda lana para que parezcan inocuos... Y José reaccionó diciendo: "Yo soy el mayor, pero Él es mayor de edad, y en mi familia no tengo noticia de que haya habido nunca estúpidos o locos. Como es mayor de edad desde hace cuatro lustros, sabe lo que se trae entre manos. Id a Él, pues, y preguntadle. Y, si se niega, dejadlo en paz. Es responsable de sus acciones".

Pero luego, precisamente en la vigilia del sábado, vinieron unos discípulos tuyos... ¿Me miras, Hijo? Deja que no te diga sus nombres, y deja que te diga que los perdones... Un hijo que hubiera alzado su mano contra la canicie de su padre, un levita que hubiera profanado el altar y temiera la ira de Yeohveh no estarían como estaban ellos... Venían de Cafarnaúm, donde te habían buscado... Habían recorrido los caminos del lago desde Cafarnaúm hasta Magdala, y luego hasta Tiberíades, esperando encontrarte. Y se habían encontrado con Hermas y Esteban, que bajaban con otros a Jerusalén después de haberse hospedado en casa de Gamaliel unos días. No quiero decirte lo que dijeron, lo que desean ardientemente decirte. Pero sus palabras habían aumentado el dolor de los discípulos que se descarriaron hasta el punto de unirse a quienes querían traicionarte con una falaz unción. Cuando vinieron, estaba conmigo José. Y fue una cosa buena. ¡Oh, José no ha llegado todavía a la Luz, pero está ya en el crepúsculo de su aurora! José ha entendido la insidia y... nuestro José te quiere mucho ahora. Te ama, no me atrevo a decir justamente, pero sí al menos como pariente mayor que sufre con tu sufrimiento, que vela por su incolumidad, que conoce a tus enemigos...

Por esto sé lo que te han hecho, Hijo mío. Un dolor... y una alegría, porque más de uno te ha reconocido por lo que eres. Para ti y para mí, este dolor y esta alegría. ¿Y perdonamos a todos, no es verdad? Yo ya he perdonado a los arrepentidos, hasta donde me era concedido.

-Mamá, podías haber concedido todo el perdón, también por mí. Porque Yo ya había perdonado viendo su corazón. Son hombres... ¡Tú lo has dicho!... Y Yo también tengo la alegría de ver a José caminando hacia la aurora de la verdadera Luz...

-Sí. Él esperaba verte. Hubiera sido bueno que lo hubieras visto.

-Hoy estaba fuera hasta la puesta del sol. Le dolerá no verte. Pero podrá hacerlo en Jerusalén.

-No, Madre. No estaré en Jerusalén de forma que me vean. Necesito evangelizar la Ciudad y sus aledaños; si me descubrieran, me expulsarían inmediatamente. Tendré que actuar, pues, como uno que hace el mal, si bien quiero hacer únicamente el bien... Pero es así.

-¿Entonces no vas a ver a José? Parte mañana para los Tabernáculos. Podíais hacer el viaje juntos...

-No puedo...

-¿Tanto te persiguen ya, Hijo mío?

¡Qué congoja hay en la voz de la Madre!

-No, Madre. No. No más que antes. Tranquilízate. Es más... Vienen a mí espíritus buenos. Otros, no buenos, se detienen meditando, mientras que antes asestaban el golpe sin razonar. Los discípulos aumentan, los antiguos se forman cada vez más, los apóstoles se perfeccionan. No hablo de Juan, él ha sido siempre una gracia que me ha dado el Padre; hablo de Simón de Jonás y de los otros. Simón, que puedo decir que día tras día va dejando de ser el hombre que era para hacerse apóstol, y tú sabes lo que quiero decir. Y me causa mucha alegría. Y Natanael y Felipe que se desatan del vínculo de sus ideas. Y Tomás y... Bueno, qué digo, ¡todos! Sí, créelo. Todos en esta hora son buenos: son mi alegría. Debes estar tranquila sabiendo que estoy con ellos: amigos, consoladores, defensores de tu Hijo. ¡Si tú estuvieras tan defendida y fueras tan amada!

-Oh, yo tengo a María, tengo a las mujeres de José y Simón y a ellos mismos y a los niños. Tengo al buen Alfeo. Y, bueno, ¿quién no quiere a María de Nazaret en Nazaret? Estáte tranquilo... Un entero pueblo ama a tu Mamá.

-Pero no a mí todavía, excepto unos pocos. Esto lo sé, y sé que su amor a ti está empapado de la compasión que se siente por la madre de un demente y de un vagabundo. Pero tú sabes que no lo soy y que te quiero. Tú sabes que el separarme de ti es la obediencia, no digo más grande, pero sí más amorosamente dolorosa que el Padre me pide...

-¡Sí, Hijo mío! Sí. Lo sé. Yo no me quejo de nada. La verdad es que querría estar, preferiría estar contigo, en medio del fango, con el viento, a la intemperie, perseguida, cansada, sin techo ni fuego, sin pan, como Tú muchas veces... antes que en mi casa, mientras Tú estás lejos y no sé cómo estás mientras pienso en ti. Tú conmigo y yo contigo, sufrirías menos y yo menos sufriría... Porque eres mi Hijo y te podría tener siempre entre mis brazos y defenderte del frío, de la dureza de las piedras y, sobre todo, de la dureza de los corazones, con mi amor, con mi pecho, con mis brazos. Eres mi Hijo. Te tuve mucho sobre mi corazón en la gruta, en el viaje a Egipto, y al regreso, siempre, cuando las inclemencias del tiempo y las insidias de los hombres podían dañarte. ¿Por qué no iba a poder hacerlo ahora? ¿He dejado de ser acaso, tu Madre, porque Tú seas ahora el Hombre? ¿Es que ya no puede una madre ser todo para el hijo por el hecho de que é1 ya no sea pequeño? Yo creo que si estoy contigo no podrán causarte daño... porque ninguno... No. Soy una ilusa... Tú eres el Redentor... y los hombres, lo he visto, no tienen piedad ni siquiera de la propia madre... Pero, déjame ir contigo. Todo es mejor para mí que estar lejos de ti.

-Si los hombres fueran mejores, habría vuelto a Nazaret todavía. Pero también Nazaret... No importa. Vendrán a mí. Por ahora, voy a otros...Y no puedo llevarte conmigo. Sólo volveré aquí cuando sepan quién soy. Ahora voy a Judea... Subo al Templo... Luego estaré por aquellas comarcas... Recorreré una vez más Samaria. Trabajaré en los lugares donde más trabajo hay. Por ello, Madre, te aconsejo que te prepares para venir a mí al principio de la primavera y para establecerte cerca de Jerusalén. Nos veremos con más facilidad. Volveré a subir alguna vez todavía hasta la Decápolis y nos veremos todavía... Lo espero. Pero normalmente estaré en Judea. Jerusalén es la oveja más necesitada de cuidado, porque, en verdad, es más testaruda que un carnero viejo y más pendenciera que una cabra enrudecida. Voy a esparcir la Palabra como rocío que no se cansa de caer sobre su aridez...

Jesús se levanta, se queda parado, mira a su Madre, que a su vez lo mira fija y atentamente. Abre la boca, luego menea la cabeza y dice:

-Queda todavía por decir esto, antes de la última cosa... Madre, si José quiere hablar conmigo, que esté hacia el alba de pasado mañana en el camino que de Nazaret por el Tabor va a Yizreel. Estaré solo o con Juan.

-Lo diré, Hijo mío.

Silencio, un profundo silencio, porque los pájaros han terminado de pelear entre las frondas y también el viento calla, mientras el crepúsculo se adensa. Luego Jesús, que parece haber buscado con dificultad las últimas palabras, dice:

-Mamá, este alto aquí ha terminado... Un beso, Mamá. Y tu bendición.

Se besan y bendicen mutuamente.

Luego Jesús, agachándose a recoger el velo de su Madre y llamando a Juan como para quitar gravedad a las palabras, dice:

-Cuando vayas a Judea, llévame mi túnica más bonita. La que me tejiste para las fiestas solemnes. En Jerusalén debo ser "Maestro" en el sentido más amplio, y más sensiblemente humano, porque esos espíritus cerrados e hipócritas miran más lo externo, la túnica, que lo interno, la doctrina. Y así también Judas de Keriot se sentirá contento... y también José, que me verá regiamente vestido. ¡Será un triunfo! Y la túnica que tejiste contribuirá a ello... - y sonríe, meneando la cabeza, para suavizar la verdad cortante que celan esas palabras.

Pero María no se engaña. Se levanta y, apoyándose en el brazo de Jesús, exclama:

-¡Hijo! - y, con una congoja que me hace sufrir, Jesús la recoge en su corazón, donde Ella llora...

-Mamá, he querido hablar contigo en esta hora de paz por esto... Te confío mi secreto y todo lo que amo aquí abajo. Ninguno de los discípulos sabe que no volveremos a estos lugares sino cuando todo haya sido cumplido. Pero tú... Para ti no hay secretos... Te lo había prometido, Mamá. No llores. Todavía muchas horas hemos de estar untos. Por esto te digo: "Ve a Judea". Tenerte al lado me compensará la fatiga de la más difícil evangelización a esos duros de corazón que ponen obstáculos a la Palabra de Dios. Ve con las discípulas galileas. Me seréis muy útiles. Juan se ocupará del alojamiento tuyo y de ellas. Ahora, antes de que él regrese, vamos a orar juntos. Luego tú volverás al pueblo. Yo también me acercaré durante la noche...

Oran juntos, y están en las últimas palabras del Pater cuando aparece Juan, que, en la penumbra, cuando está cerca, ve la señal del llanto en el rostro de María, y se asombra; pero no dice nada al respecto. Se despide del Maestro y le dice:

-Estaré a la aurora fuera de Nazaret, en el camino... Ven, Madre. Fuera del bosque hay todavía luz, y abajo el camino está todo iluminado por los faroles de los carros que van de camino...

María besa de nuevo a Jesús, llorando en su velo. Luego, sujetada por Juan, que la lleva del codo, baja al sendero, y sigue hacia abajo, hacia el valle.

Jesús se queda solo, orando, pensando, llorando. Porque Jesús ora mientras ve bajar a su Madre. Luego vuelve a donde estaba antes y se pone en la postura que tenía, mientras la sombra y el silencio se adensan cada vez más en torno a Él.

Dice Jesús:

-No he olvidado tampoco este dolor de María, mi Madre. Haber tenido que lacerarla con la expectativa de mi sufrimiento, haber debido verla llorar. Por eso no le niego nada. Ella me dio todo. Yo le doy todo. Sufrió todo el dolor, le doy toda la alegría.

Quisiera que, cuando penséis en María, meditarais en esta agonía suya que duró treinta y tres años y culminó al píe de la Cruz. La sufrió por vosotros: por vosotros, las burlas de la gente, que la juzgaba madre de un loco; por vosotros, las críticas de los parientes y de las personas de importancia; por vosotros, mi aparente desaprobación: "Mi Madre y mis hermanos son aquellos que hacen la voluntad de Dios". ¿Y quién más que Ella la hacía? Y una Voluntad tremenda que le imponía la tortura de

ver martirizar al Hijo. Por vosotros, la fatiga de ir acá o allá, a donde Yo estaba; por vosotros, los sacrificios desde el de dejar su casita y mezclarse con las muchedumbres, al de dejar su pequeña patria por el tumulto de Jerusalén; por vosotros, el deber estar en contacto con aquel que guardaba dentro de su corazón la traición; por vosotros, el dolor de oír que me acusaban de posesión diabólica, de herejía. Todo, todo por vosotros.

No sabéis cuánto he amado a mi Madre. No reflexionáis en cuán sensible a los afectos era el corazón del Hijo de María. Y creéis que mi tortura fue puramente física, al máximo añadís la tortura espiritual del abandono final del Padre.

No, hijos. También experimenté los afectos del hombre: sufrí por ver sufrir a mi Madre, por tener que llevarla como mansa cordera al suplicio, por tener que lacerarla con una cadena de despedidas (en Nazaret, antes de la evangelización; ésta que os he mostrado y que precede a mi Pasión, ya inminente; aquélla, antes de la Cena, cuando ya la Pasión está desarrollándose con la traición de Judas Iscariote; aquélla, atroz, en el Calvario).

Sufrí por verme escarnecido, odiado, calumniado, rodeado de malsanas curiosidades que no evolucionaban hacia el bien sino hacia el mal. Sufrí por todas las falsedades que tuve que oír o ver activas a mi lado: las de los fariseos hipócritas, que me llamaban Maestro y me hacían preguntas no por fe en mi inteligencia sino para tenderme trampas; las de aquellos a quienes había favorecido y se volvieron acusadores míos en el Sanedrín y en el Pretorio; aquélla, premeditada, larga, sutil de Judas, que me había vendido y continuaba fingiéndose discípulo; que me señaló a los verdugos con el signo del amor. Sufrí por la falsedad de Pedro, atrapado por el miedo humano.

¡Cuánta falsedad, y cuán repelente para mí que soy Verdad! ¡Cuánta, también ahora, respecto a mí! Decís que me amáis, pero no me amáis. Tenéis mi Nombre en los labios, y en el corazón adoráis a Satanás y seguís una ley contraria a la mía.

Sufrí al pensar que en relación al valor infinito de mi Sacrificio - el Sacrificio de un Dios- demasiados pocos se salvarían. A *todos* - digo: *a todos- los que a lo largo de los siglos de la Tierra preferirían la muerte a la vida eterna, haciendo vano mi Sacrificio, los tuve presentes. Y* con esta cognición fui a afrontar la muerte.

Ya ves, pequeño Juan, que tu Jesús y la Madre suya sufrieron agudamente en su yo moral. Y largamente. Paciencia, pues, si es que debes sufrir. "Ningún discípulo es más que el Maestro", lo dije.

Mañana hablaré de los dolores del espíritu. Ahora descansa. La paz sea contigo.

## 478

## Coloquio de Jesús con José y Simón de Alfeo, que van a la fiesta de los Tabernáculos.

Apenas despunta el sol sobre la naturaleza rociada de breve y reciente lluvia. Sin duda es así, porque el polvo del camino está todavía mojado pero no se ha transformado en barro; por eso digo que ha llovido poco antes y que la lluvia ha sido breve. Una primera agua de otoño, un anuncio de las lluvias de Noviembre, que transformarán los caminos palestinos en legamosas cintas de lodo. Pero ésta, ligera, propicia para los viandantes, sólo ha mojado el polvo -el otro flagelo de Palestina, reservado a los meses estivales, como el lodo a los invernales- y ha lavado el ambiente, las hojas y las hierbas, que brillan todas, tersas, con el primer rayo del Sol. Un vientecillo suave, puro, corre por los olivares que cubren los collados nazarenos, y el frufrú de las frondas tiene tanto rumor de grandes plumas agitadas al compás del vuelo, que parece que corriera por entre los árboles quietos un vuelo de ángeles; y brillan con su plata sembrada de brillantes, plegándose todas a un lado, como si al angélico vuelo le siguiera una estela de paradisíaca luz.

Ya la ciudad ha quedado unos cuantos estadios atrás, cuando Jesús, que ha caminado por atajos entre las colinas, entra en el camino de primer orden que de Nazaret va hacia la llanura de Esdrelón, el camino de caravanas que de minuto en minuto se va animando de peregrinos. Recorre otros pocos estadios por este camino, cuando -llegado a una bifurcación, donde el camino se divide en dos junto a un poste que en sus dos lados opuestos tiene escrito: `Jafia Simonia - Belén Carmelo" al Oeste, y "Xalot - Naím Scitópolis - Engannim" al Este-, ve a sus primos José y Simón, parados en el borde del camino, los cuales, junto con Juan de Zebedeo, lo saludan inmediatamente.

-¡Paz a vosotros! ¿Ya estáis aquí? Pensaba que sería el primero y que debería pararme aquí a esperaros... y ya os encuentro - y los besa, visiblemente contento de verlos.

-No podías llegar antes. Por temor a que pasaras antes de que llegásemos nosotros, nos hemos puesto en camino a la luz de las estrellas, enseguida veladas por las nubes.

-Os había dicho que me veríais. Entonces tú, Juan, no has dormido.

-Poco, Maestro. Pero, en todo caso, más que Tú, sin duda - y el sereno rostro de Juan sonríe, verdadero espejo de su bondadoso carácter siempre contento de todo.

-Entonces, hermano mío, ¿querías hablar conmigo? - dice Jesús a José.

-Sí... Ven, vamos un poco dentro de esa viña. Estaremos más tranquilos - y José es el primero que se mete entre dos hileras de vides ya despojadas de su fruto. Sólo algún que otro pequeño racimo, para el hambre del pobre y del peregrino, según las prescripciones mosaicas, queda en los sarmientos, entre las hojas que, próximas a caer, ya amarillecen.

Jesús lo sigue con Simón. Juan se queda en el camino. Pero Jesús lo llama diciendo:

-Puedes venir, Juan. Tú eres mi testigo.

-Pero... - dice el apóstol, mirando vacilante a los dos hijos de Alfeo.

-No, no. Ven, sí. Es más, queremos que oigas nuestras palabras - dice José, y entonces Juan baja también a la viña, donde todos se adentran tanto, siguiendo la curva de las hileras, que ya no se los ve desde el camino.

-Jesús, me siento alegre de ver que me quieres - dice José.

-¿Y podías dudarlo? ¿No te he querido siempre?

-Yo también te he querido siempre. Pero... en nuestro amor, desde hace un tiempo ya no nos comprendíamos. Yo... no podía aprobar lo que hacías, porque me parecía tu destrucción, la de tu Madre y la nuestra. Ya sabes... Todos los galileos de una cierta edad recordamos cómo fue castigado Judas el galileo y cómo fueron desbaratados sus parientes y seguidores, y confiscados sus bienes. A los que no mataron los mandaron a las galeras y les confiscaron los bienes. No quería esto para nosotros. Porque... Sí, no daba crédito a que precisamente de nosotros, que somos de la estirpe de David, sí, pero tan... Bueno, no nos falta el pan, y alabado sea el Altísimo por ello. Pero, ¿dónde está la grandeza regia que todas las profecías atribuyen al que será el Mesías? ¿Eres Tú la verga que golpea para dominar? No fuiste luz al nacer. ¡Ni siquiera naciste en tu casa!... ¡Yo conozco bien las profecías! Nosotros ya somos rama seca. Y nada hacía entender que el Señor la hubiera revestido de follaje. ¿Y Tú qué eres sino un justo? Por estos pensamientos te hacía frente, gimiendo por nuestra destrucción. Y en medio de esta compunción mía vinieron los tentadores, para avivar aún más el fuego de mis ideas de grandeza, de realeza... Jesús, tu hermano fue un necio. Creí en ellos y te causé pesar. Es duro confesarlo, pero lo debo decir. Y piensa que todo Israel estaba en mí: necio como yo; como yo, seguro de que la forma del Mesías no era la que Tú nos ofreces... Es duro decir: "Me he equivocado. Nos hemos equivocado y seguimos equivocándonos. Desde hace siglos". Pero tu Madre me ha explicado las palabras de los profetas. ¡Oh, sí! Tiene razón Santiago. Y tiene razón Judas. De labios de María -como ellos oyeron, de niños, esas palabras-, se ve que eres el Mesías. En fin, ya no soy un niño, y mis cabellos encanecen; ni lo era cuando María volvió del Templo esposa de José. Y recuerdo esos días. Y la desaprobación de mi padre, una desaprobación cargada de asombro, cuando vio que su hermano no cumplía las nupcias en breve plazo. Asombro suyo, asombro de Nazaret. Y también murmuración. Porque no es usual dejar pasar tantos meses antes de las nupcias, poniéndose en condiciones de pecar y de... Jesús, yo siento estima por María y honro la memoria de mi pariente. Pero el mundo... Para el mundo no fue un buen momento... Tú... ¡Oh, ahora sé! Tu Madre me ha explicado las profecías. Y Dios quiso que se retrasaran las nupcias para que tu nacimiento coincidiera con el gran Edicto y nacieras en Belén de Judá. Y... todo, sí, María me lo ha explicado todo, y ha sido como una luz para comprender lo que Ella por humildad ha callado. Y digo: eres el Mesías. Esto he dicho y esto diré. Pero decirlo no significa todavía cambiar de mente... porque mi mente piensa en el Mesías como rey. Las profecías hablan... y es difícil poder comprender otro carácter en el Mesías sino el de rey... ¿Sigues Mi razonamiento? ¿Estás cansado?

-No, te escucho.

-Bueno, pues, los que seducían mi corazón volvieron y querían que te coaccionara... Y, al no querer hacerlo, cayó de su rostro el velo y aparecieron como en realidad son: los falsos amigos, los verdaderos enemigos... Y vinieron otros, plañendo como pecadores. Escuché lo que me dijeron. Relataron tus palabras en casa de Cusa... Ahora sé que Tú reinarás sobre los espíritus, o sea, serás Aquel en quien toda la sabiduría de Israel se centrará para dar leyes nuevas y universales. En ti está la sabiduría de los patriarcas y la de los jueces, y la de los profetas, y la de nuestros antepasados David y Salomón; en ti la sabiduría que guió a los reyes, a Nehemías y a Esdras; en ti, la que sostuvo a los Macabeos. Toda la sabiduría de un pueblo, de nuestro pueblo, del Pueblo de Dios. Comprendo que darás al mundo, enteramente sujeto a tu poder, tus sapientísimas leyes. Y verdaderamente, pueblo de santos será tu pueblo. Pero, hermano mío, no puedes hacer esto solo. Moisés, para mucho menos, eligió ayudantes. ¡Y era sólo un pueblo! ¡Tú... todo el mundo! ¡Todo a tus pies!... ¡Ah, pero para hacer esto debes darte a conocer!... ¿Por qué sonríes con los labios teniendo cerrados los ojos?

-Porque escucho y me pregunto: "¿Olvida mi hermano que, diciendo que iba a perjudicar a toda la familia, me dirigió un reproche por el hecho de darme a conocer?". Por esto sonrío. Y también pienso que desde hace dos años y seis meses no hago más que darme a conocer.

-Es verdad. Pero... ¿Quién te conoce? Una serie de pobres, de campesinos, de pescadores, de pecadores, ¡y de mujeres! Bastan los dedos de la mano para contar, entre los que te conocen, a los de valor. Lo que yo digo es que debes darte a conocer a los grandes de Israel. A los sacerdotes, a los ancianos, a los escribas, a los grandes rabíes de Israel, a todos aquellos que aun siendo pocos valen por una multitud. ¡Ésos son los que te tienen que conocer! Ellos, los que no te aman, tienen entre sus acusaciones -las cuales, ahora lo comprendo, son falsas- una verdadera, justa: la de que los marginas. ¿Por qué no vas como lo que eres y los conquistas con tu sabiduría? Sube al Templo y asienta los reales en el Pórtico de Salomón -eres de la estirpe de David, y profeta; ese lugar te pertenece, a ninguno como a ti le pertenece, por derecho- y habla.

-He hablado y por ello me han odiado.

-Insiste. Habla como rey. ¿No recuerdas la potencia, la majestad de los actos de Salomón? Si (¡espléndido este "si"!) eres el anunciado por los profetas, como ilustran las profecías vistas con los ojos del espíritu, Tú eres más que Hombre. Él, Salomón, era sólo hombre. Muéstrate, pues, como lo que eres, y te adorarán.

-¿Me adorarán los judíos, los príncipes, y los jefes de las familias y tribus de Israel? No todos, pero alguno que no me adora me adorará en espíritu y verdad. Pero no será ahora. Antes debo ceñir la corona y tomar el cetro y vestir de púrpura.

-¡Ah, entonces eres rey, lo serás pronto! ¡Lo estás diciendo! ¡Es como pensaba yo! ¡Es como muchos piensan!

-En verdad, no sabes cómo reinaré. Sólo Yo y el Altísimo, y pocas almas a las que el Espíritu del Señor ha querido revelárselo, ahora y en los tiempos pasados, sabemos cómo reinará el Rey de Israel, el Ungido de Dios.

-Escúchame también a mí, hermano. José tiene razón. ¿Cómo quieres que te amen o que te teman, si siempre evitas maravillarlos? ¿No quieres llamar a Israel a las armas? ¿No quieres lanzar el viejo grito de guerra y de victoria? Bien. Pero, al menos -y no es la primera vez que se producen así las aclamaciones para el trono de Israel, al menos por aclamación popular, al menos por haber sabido arrancar esta aclamación con tu poder de Rabí y Profeta, hazte rey - dice Simón de Alfeo.

-Ya lo soy. Desde siempre.

-Sí. Nos lo ha dicho un jefe del Templo. Has nacido rey de los judíos. Pero Tú no amas a Judea. Eres un rey desertor, porque no vas a ella. Eres un rey no santo, si no amas el Templo donde la voluntad de un pueblo te ungirá rey. Sin la voluntad de un pueblo, si no quieres imponerte a él con violencia, no puedes reinar - replica Simón.

-Sin la voluntad de Dios, quieres decir, Simón. ¿Qué es la voluntad del pueblo? ¿Qué es el pueblo? ¿Por quién es pueblo? ¿Quién lo mantiene como tal? Dios. No olvides esto, Simón. Y Yo seré lo que Dios quiere que sea. Por su voluntad seré lo que debo ser. Y nada podrá impedir que lo sea. No habré de lanzar Yo el grito de convocatoria, todo Israel estará presente en mi proclamación; no habré de subir Yo al Templo para ser aclamado, me llevarán. Un pueblo entero me llevará al Templo, para que suba a mi trono. Me acusáis de que no amo a Judea... En su corazón, en Jerusalén, seré proclamado "Rey de los Judíos". Saúl no fue proclamado rey en Jerusalén, y David tampoco, y tampoco Salomón. Pero Yo seré ungido Rey en Jerusalén. Pero ahora no iré públicamente al Templo, ni sentaré en él los reales porque no es mi hora.

José toma de nuevo la palabra.

-Te digo que estás dejando pasar tu hora. El pueblo está cansado de los opresores extranjeros y de nuestros jefes. Te digo que ésta es la hora. Toda Palestina, menos Judea, y no toda, te sigue como Rabí y más. Eres como un estandarte alzado sobre una cima. Todos te miran. Eres como un águila y todos siguen tu vuelo. Eres como un vengador y todos esperan que lances la flecha. Ve. Deja Galilea, la Decápolis, Perea, las otras regiones, y ve al corazón de Israel, a la ciudadela en que todo el mal está contenido y de donde todo el bien debe venir, y conquístala. Allí también tienes discípulos, aunque tibios, porque te conocen poco; pocos, porque no te quedas allí; vacilantes, porque no has hecho allí las obras que has hecho en otros lugares. Ve a Judea, para que también aquéllos vean, a través de tus obras, lo que eres. Reprochas a los judíos el que no te aman. Pero, ¿cómo puedes pretender que te amen, si te mantienes oculto a ellos? Nadie, si busca y desea ser aclamado en público, hace a hurtadillas sus obras; no, las hace de forma que el público las vea. Si Tú, pues, puedes hacer prodigios en los corazones, en los cuerpos y en las cosas, ve allá y date a conocer al mundo.

-Os lo he dicho: no es mi hora. No ha llegado aún mi tiempo. A vosotros os parece siempre el momento adecuado, pero no es así. Yo debo asir mi momento. Ni antes ni después. Antes sería inútil. Provocaría mi desaparición del mundo y de los corazones antes de haber cumplido mi obra. Y el trabajo ya hecho no daría fruto, porque ni sería cabal ni gozaría de la ayuda de Dios, que quiere que Yo lo cumpla sin dejar pasar una palabra o acción. Yo debo obedecer a1 Padre mío. Y nunca haré lo que esperáis, porque ello perjudicaría al plan del Padre mío.

Yo os comprendo y os disculpo. No os guardo resentimiento. No siento siquiera cansancio, tedio por vuestra ceguera... No sabéis. Pero Yo sí que sé. Vosotros no sabéis. Vosotros veis lo externo de la cara del mundo, Yo veo lo profundo. El mundo os muestra una cara todavía buena. No os odia, no porque os ame, sino porque no os habéis ganado su odio. Sois demasiado poco. Pero a mí me odia, porque soy un peligro para el mundo. Un peligro para la falsedad, la avaricia, la violencia que hay en el mundo.

Yo soy la Luz, y la luz ilumina. El mundo no ama la luz, porque la luz pone al descubierto las acciones del mundo. El mundo no me ama, no me puede amar, porque sabe que he venido a vencerlo en el corazón de los hombres y en el rey tenebroso que lo domina y desvía. El mundo no se quiere convencer de que Yo soy su Médico y su Medicina, y, como un demente, querría derribarme para no ser curado. El mundo todavía no quiere convencerse de que soy el Maestro, porque lo que Yo digo es contrario a lo que él dice. Y entonces trata de ahogar la Voz que habla al mundo para adoctrinarlo en orden a Dios, para mostrarle la verdadera naturaleza de sus malas acciones.

Entre Yo y el mundo hay un abismo. Y no por mi culpa. He venido para dar al mundo la Luz, el Camino, la Verdad, la Vida. Pero el mundo no me quiere acoger, y mí luz para él se hace tinieblas, porque será la causa de la condena de aquellos que no me recibieron. En el Cristo está toda la Luz para aquellos de entre los hombres que quieren recibirlo; mas en el Cristo también están todas las tinieblas para aquellos que me odian y me rechazan. Por ello, al principio de mis días mortales, fui proféticamente señalado como "signo de contradicción". Porque según sea acogido habrá salvación o condena, muerte o vida, luz o tinieblas. Pero, en verdad en verdad os digo que los que me acogen vendrán a ser hijos de la Luz, o sea, de Dios, nacidos a Dios por haber acogido a Dios.

Por ello, si he venido para hacer de los hombres hijos de Dios, ¿cómo puedo hacer de mí un rey, como, por amor o por odio, por ingenuidad o malicia, muchos en Israel queréis hacer? ¿No comprendéis que me destruiría a mí mismo, a mi verdadero Yo mismo, o sea al Mesías, no al Jesús de María y José de Nazaret? ¿No comprendéis que destruiría al Rey de los reyes, al Redentor, al Nacido de una Virgen y llamado Emmanuel, llamado el Admirable, el Consejero, el Fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la Paz, Dios, Aquel cuyo imperio y paz no tendrán confines, sentado en el trono de David por la descendencia humana, pero teniendo al mundo como escabel de sus pies, como escabel de sus pies a todos sus enemigos y al Padre a su lado, como está escrito en el libro de los Salmos, *(Salmo 110, 1; Isaías 7, 14; 9, 5-6)* por derecho sobrehumano de origen divino? ¿No comprendéis que Dios no puede ser Hombre sino por perfección de bondad, para salvar al hombre, pero que no puede, no debe, rebajarse a sí mismo a pobres cosas humanas? ¿No comprendéis que si aceptara la corona, este reino como vosotros lo concebís, confesaría que soy un falso Cristo, mentiría a Dios, renegaría de mí mismo y del Padre y sería peor que Lucifer, porque privaría a Dios de la alegría de teneros, sería peor que Caín vara vosotros, porque os condenaría a un perpetuo exilio de Dios en un Limbo sin esperanza de Paraíso?

¿Todo esto no comprendéis? ¿No comprendéis la trampa de los hombres para hacerme caer? ¿No comprendéis la trampa de Satanás vara agredir al Eterno en su Amado y en sus criaturas: los hombres? ¿No comprendéis que este signo, esta aspiración mía sólo a cosas espirituales para daros el Reino espiritual de Dios, es el signo de que Yo soy más que hombre, que soy el Hombre-Dios? ¿No comprendéis que la señal de que...

-¡Las palabras de Gamaliel! - exclama Simón.

....de que no soy un rey, sino *el Rey,* es este odio de todo el infierno y de todo el mundo hacia mí? Debo enseñar, sufrir, salvaros. Esto es lo que debo hacer. Y Satanás no quiere esto, ni tampoco los diablos. Uno de vosotros ha dicho: "Las palabras de Gamaliel". Eso... él no es discípulo mío, ni lo será nunca mientras Yo esté en este mundo. Pero él es un justo. Bien, ¿y, acaso, entre los que me tientan y os tientan al pobre reino humano está Gamaliel?

-¡No! Esteban ha dicho que el rabí, cuando supo lo que sucedió en casa de Cusa, exclamó: "Mi espíritu vibra preguntándose si será verdaderamente lo que dice. Pero cualquier pregunta quedaría muerta antes de formarse en la mente, y para siempre, si Él hubiera consentido a esto. El Niño al que escuché dijo que tanto la esclavitud como la realeza no serán como, comprendiendo mal a los profetas, las creíamos, o sea, materiales, sino del espíritu, por obra del Cristo, Redentor de la culpa y fundador del Reino de Dios en los espíritus. Recuerdo estas palabras. Y por ellas lo mido al Rabí. Si, midiéndolo, Él fuera inferior a esa altura, lo rechazaría como a pecador y embustero. Y he temido ver esfumarse la esperanza que aquel Niño puso" – dice Simón.

-Sí, pero... él no lo llama Mesías - rebate José.

-Espera un signo, dice - responde Simón.

-¡Pues entonces dáselo! Y potente.

-Le daré lo que le prometí. Pero no ahora. Vosotros id a esta fiesta. Yo no voy públicamente, como rabí, como profeta, para imponerme, porque todavía no ha llegado mi tiempo.

-¿Pero, al menos, irás a Judea? ¿Vas a darles a los judíos pruebas que los convenzan? Para que no puedan decir...

-Sí. ¡Pero tú crees que contribuirán a mi paz? Hermano, cuanto más haga, más me odiarán. Pero te daré esta satisfacción. Les daré pruebas como no podrá haberlas mayores... y les diré palabras capaces de transformar en corderos los lobos, las piedras en blanda cera. Pero no servirán...

Jesús está triste.

-¿Te he afligido? Hablaba por tu bien.

-No me afliges tú... Pero quisiera que me comprendieras. Hermano mío, quisiera que me vieras como lo que soy... Quisiera irme con la alegría de saber que eres amigo mío. El amigo comprende y tutela los intereses del amigo...

-Y yo te digo que lo haré. Sé que te odian. Ahora ya lo sé. Por ese motivo he venido. Pero Tú sabes que velaré por ti. Soy el mayor. Repeleré las calumnias. Y me preocuparé de tu Madre - promete José.

-Gracias, José. Grande es mi peso. Tú lo aligeras. El dolor, un mar, avanza con sus olas para sumergirme, y con él el odio... Pero, si tengo vuestro amor, nada es. Porque el Hijo del hombre tiene un corazón... y este corazón tiene necesidad de amor...

-Yo te doy amor. Sí. Por el ojo de Dios que me ve, te digo que te lo doy. Ve en paz, Jesús, a tu trabajo. Yo te ayudaré. Nos queríamos Luego... Pero ahora volvemos a lo que éramos en el pasado. Uno para el otro. Tú: el Santo, yo: el hombre; pero unidos para la gloria de Dios. Adiós, hermano.

-Adiós, José.

Se besan. Luego es el turno de Simón, que solicita:

-Bendícenos para que se abran nuestros corazones a toda la luz.

Jesús los bendice y antes de dejarlos, dice:

-Os confío mi Madre...

-Ve en paz. Tendrá dos hijos en nosotros.

Se dejan.

Jesús vuelve al camino, y se pone a andar muy raudo con Juan a1 lado.

Pasado bastante rato, Juan rompe el silencio para preguntar:

-Pero José de Alfeo está o no está convencido ya?

-Todavía no.

-¿Y entonces qué eres para él? ¿Mesías? ¿Hombre? ¿Rey? ¡Dios? No he comprendido bien. Me parece que él...

-José está como en uno de esos sueños de la mañana en que la mente ya se acerca a la realidad aligerándose del sueño pesado, que producía irreales sueños, a veces pesadillas. Los fantasmas de la noche retroceden, pero todavía la mente fluctúa en un sueño que, por ser hermoso, no se querría que tuviera fin... Lo mismo él. Se acerca al despertar. Pero, por ahora, sigue acariciando el sueño; casi lo detiene, porque para él es hermoso... Mas hay que saber tomar lo que el hombre puede dar. Y alabar al Altísimo por la transformación que se ha producido hasta ahora. ¡Bienaventurados los niños! ¡Es tan fácil para ellos creer! - y Jesús pasa un brazo por la cintura de Juan -que sabe ser niño y creer- para hacerle sentir su amor.

## 479

## Con Juan al pie de la torre de Yizreel en espera de los campesinos de Jocanán.

-Estás muy cansado, Juan. Y, no obstante, habría que llegar a Enganním antes de la puesta del Sol de mañana.

-Llegaremos, Señor - dice Juan, y sonríe, a pesar de estar -él que ha andado más que todos- hasta pálido por el cansancio. Y trata de tomar un paso más rápido para convencer al Maestro de que no está muy cansado. Pero pronto vuelve a los andares de quien no puede más: espalda curvada, cabeza pendiendo hacia adelante como oprimida por un yugo, pies que rozan el suelo y frecuentemente tropiezan.

-Dame, al menos, las sacas. La mía pesa.

-No, Maestro. Tú no estás menos cansado que yo.

-Tú lo estás más, porque fuiste desde Nazaret al bosque de Matatías y luego volviste a Nazaret.

-Y dormí en una cama. Tú no. Estuviste en vela en el bosque y pronto te pusiste en camino de nuevo.

-También tú. Lo dijo José. Salisteis con las estrellas.

-¡Pero las estrellas duran hasta el alba!... - sonríe Juan. Luego, poniéndose serio, añade:

-Y no es el poco sueño lo que da dolor...

-¿Qué otra cosa, Juan? ¿Qué te ha causado dolor? ¿Quizás que mis hermanos...?

-¡No, Señor! Ellos también... Pero lo que me pone lastre... no, no lo que me pone lastre... lo que me envejece es haber visto llorar a tu Madre... No me dijo por qué lloraba, y yo tampoco se lo pregunté, a pesar de mis ganas de preguntárselo. Pero la miraba tanto, que mr dijo: "En casa te diré. Ahora no, porque lloraría más fuerte". Y en casa me habló, tan dulce y tristemente, que también lloré yo.

-¿Qué te dijo?

-Me dijo que te quisiera mucho, que no te causara nunca el más mínimo dolor, porque luego tendría mucho remordimiento. Me dijo "Hagamos todo nuestro deber en los meses que nos quedan, y más que el deber". Porque para ti, que eres Dios, sólo el deber es poco. Y también me dijo -y esto me hizo sufrir mucho y, si no lo hubiera dicho ella, no podría creerlo-, me dijo: "Y es incluso poco hacer sólo el deber hacia quien se marcha y no podremos luego servirle... Para poder estar resignados después, cuando ya no esté entre nosotros, es necesario haber hecho más que el deber. Hay que haber dado todo todo el amor, los cuidados, la obediencia, todo, todo. Entonces, en medio del desgarro de la separación, se dice: "¡Puedo decir que, mientras Dios ha querido que lo tuviera, no he descuidado ni un instante de amarle y servirle!"'. Y yo dije: "¿Pero se va realmente el Maestro? ¡Muchas cosas tiene que hacer todavía! Habrá tiempo...". Y ella meneó la cabeza diciendo (y dos grandes lágrimas bajaban de sus ojos׳ "El Maná verdadero, el vivo Pan, volverá al Padre cuando el hombre se esté felicitando de saborear el trigo nuevo... Y nosotros estaremos solos, entonces, Juan". Yo, para consolarla, dije: "Un gran dolor. Pero, si vuelve al Padre, debemos alegrarnos. Ninguno podrá ya dañarle". Y ella gimió: "¡Oh, pero antes!", y yo creí entender. Pero ¿va a ser exactamente así, Señor? ¿Así, así? Mira, no es que no creamos en tus palabras. Lo que pasa es que te queremos y... Yo no te voy a decir como Simón un día: esto no te puede suceder. Yo creo, todos creemos... Pero te queremos y... ¡Oh, Señor mío! ¿Los pecados del amor son realmente pecados?

-El amor no peca nunca, Juan.

-Pues entonces nosotros, que te queremos, estamos dispuestos a combatir y a matar por defenderte. Los galileos no son estimados por los otros. Precisamente porque nos llaman pendencieros. Bueno, pues, defendiéndote, justificaremos la fama que tenemos. Estamos en los lugares donde, en tiempos de Débora, Baraq destruyó el ejército de Sisara, con sus diez mil (*Jueces 4, 1-16).* Y esos diez mil eran de Neftalí y Zabulón. Y nosotros venimos de aquéllos. El nombre era distinto, pero el corazón es igual.

-Eran diez mil... ¿Pero ahora, aunque fuerais diez veces diez mil, qué podríais?

-¡Qué! ¿Temes a las cohortes? No son tantas, y además... Ellos no te odian. No molestas. No piensas en el reino, en un reino que arrebate una presa a las águilas romanas. No intervendrán entre nosotros y tus enemigos, y éstos estarán pronto vencidos.

-Mil, diez mil, cien mil que fuerais... ¿Qué sería eso contra la voluntad del Padre? Yo debo cumplirla...

Juan, desalentado, deja de hablar. Es extraña esta testarudez, esta incapacidad mental, incluso en los mejores seguidores de Jesús, para comprender la más alta misión de Él. Lo aceptan como Maestro, como Mesías. Creen en su facultad de salvar y redimir. Pero, cuando se encuentran frente al modo como redimirá... pues su intelecto se cierra. Parece, incluso, que para ellos pierdan valor las profecías. Y decir esto respecto a los israelitas, que se puede decir que respiran y caminan y se nutren y viven por medio de las profecías, es decir todo. Todo lo que traen los Libros sagrados es verdadero, menos esto: que el Mesías debe padecer y morir, ser vencido por los hombres. Esto no lo pueden aceptar. Cristo se afana en mostrar cuadros de su futura Pasión, para que puedan leer lo que ésta será, y ellos me parecen ciegos y sordos. Cierran los ojos. No ven y, por tanto, no comprenden.

La noche ya se va acercando, un poco fosca, cuando llegan a la vista de Yizreel.

Jesús da ánimos a Juan -que ya no ha vuelto a hablar y que va como un sonámbulo, de tan cansado como está- diciéndole:

-Pronto llegaremos. Y tú entrarás a buscar un alojamiento para ti.

-Y para ti.

-No, Juan. Yo me quedaré junto al camino que viene de la llanura. Pienso que vendrán de noche, y quiero consolarlos y despedirlos antes del alba.

-¡Estás tan cansado...! y quizás llueva, como la noche pasada.

-Ven, al menos, hasta la mitad de la vigilia del gallo.

-No, Juan.

-Entonces me quedo contigo. Estamos cerca de las tierras de los fariseos y... Y además se lo prometí a tu Madre, y a mí mismo. No quiero tener motivo de autoacusarme...

En los cuatro ángulos de Yizreel hay torres, destinadas no sé para qué uso. Deben ser antiguas, ya cuando las veo yo. Parecen cuatro ceñudos gigantes puestos allí para hacer de carceleros de la pequeña ciudad, construida en un alto que domina a la llanura, la cual, en la sombra precoz de un atardecer nublado, va desapareciendo.

-Vamos a subir a ese talud que hay al pie de la torre. Veremos todo el camino sin ser vistos. Hay hierba para echarse, y el escalón que hay delante de la puerta nos resguardará si viene agua - dice Jesús.

Suben. Se sientan en un bajísimo murete, semiderruido, situado a unos diez metros de la torre. Parece una protección puesta antiguamente alrededor de este torreón. Ahora está casi enteramente caído, y la tupida hierba recubre sus restos con grandes cascadas de convólvulos silvestres y con otras hierbas que se alzan y cuyo nombre desconozco, propias de las ruinas, con anchas hojas peludas. Dan unos mordiscos a un poco de pan -no tienen otra cosa- bajo los últimos rayos de luz. Juan, a pesar de estar cansadísimo, da una ojeada por entre las ramas de una higuera nacida entre las piedras, retorcida toda y enmarañada,

y, entre las hojas que tienden a amarillecer, descubre algún higuito respetado por los pájaros y los muchachos. Los comen, completando así la comida. El agua la tienen en los zaques. Pronto termina la comida.

-¿Estará habitada la torre? - pregunta Juan soñoliento.

-No creo. No se filtran a través de ella ni luz ni voz. ¿Querías pedir alojamiento? Ya no puedes más...

-¡No! No era por un motivo concreto... Aquí se está bien...

-Túmbate, al menos, Juan. La hierba es tupida, y aquí no debe haber llovido todavía: el suelo está seco.

-...No... No... Señor. No tengo sueño... Hablemos. Dime algo... Una parábola... Me siento aquí a tus pies. Me basta con poner la cabeza sobre tus rodillas... - y se sienta y apoya la cabeza, la cara hacia el cielo, en las rodillas de Jesús.

Hace esfuerzos heroicos para no dormirse. Trata de hablar para vencer el sueño... Trata de interesarse en lo que ve... estrellas en el cielo, luces en el camino. Cada vez más numerosas las primeras, porque el viento, soplando, ha alejado las nubes; cada vez más escasas las segundas, porque la noche ha suspendido la marcha de los peregrinos. Sólo algún obstinado persiste en continuar con su carro provisto de farol, un farol que se bambolea atado al techo (hecho de esteras o mantas extendidas sobre los arcos del carro). Pero el propio silencio, cada vez más profundo, ayuda a conciliar el sueño...

Juan, con una voz cada vez más lejana, dice:

-¡Cuántas luces en el cielo! Y, mira: parece que alguna ha bajado a la Tierra y titila y palpita como arriba... Pero son más pequeñas y feas... Nosotros no podemos ser estrellas... En las nuestras hay humo, hay olor de pabilo... y todo las puede apagar... Una vez dijiste que para apagar la luz en nosotros basta una mariposa, y comparabas las mariposas a las seducciones del mundo... Y luego decías que... mientras las mariposas pueden apagar una lámpara, el ala de los ángeles, y llamabas ángeles a las cosas espirituales, avivan la luz que hay en nosotros... Yo... el ángel... la luz.

Juan se va sumiendo lentamente en el sueño, y se extiende, abatido sin querer por el cansancio.

Jesús espera a que esté recostado del todo, y luego le coloca la saca debajo de la cabeza, y le extiende el manto encima con ademanes paternos. En un último destello de lucidez, Juan susurra todavía:

-¡No estoy dormido, eh, Maestro!... Lo único es que así veo más estrellas y te veo mejor... - y pasa a ver mejor a Jesús y el cielo estrellado soñándolos profundamente dormido.

Jesús se sienta de nuevo en su verde asiento. Apoya el codo derecho en la rodilla, apoya el carrillo en la palma de la mano y piensa, ora, mirando el camino, ya desierto, mientras a sus pies el Predilecto, doblado un brazo debajo le la cabeza, duerme con la placidez de un niño.

## 480

## Parten de Yizreel tras la visita nocturna de los campesinos de Jocanán.

-Juan, ya ha llegado la aurora. Álzate y vamos - dice Jesús, meneando al apóstol para que se despierte.

-¡Maestro! ¡Ya ha salido el Sol! ¡Cuánto he dormido! ¿Y Tú?

-Yo también, a tu lado, debajo de nuestros mantos.

-¡Ah! ¡Te convenciste de que los campesinos no venían y te acostaste! Lo había previsto...

Jesús sonríe y responde:

-Han venido cuando la posición de las estrellas de la Osa decía que empezaba el galicinio.

-¡No he oído nada!...

Juan está afligido.

-¿Por qué no me has tenido despierto?

-Estabas muy cansado. Parecías un niño durmiendo en una cuna. ¿Para qué despertarte?

-¡Pues para hacerte compañía!

-Me hacías compañía con tu sueño sereno. Te dormiste hablando de ángeles, estrellas, almas, luz... y ciertamente seguiste viendo en el sueño ángeles y estrellas, y a tu Jesús... ¿Por qué traerte de nuevo a las maldades del mundo cuando estabas tan lejos de ellas?

-¿Y si... si en vez de los campesinos hubieran subido aquí maleantes?

-Entonces te habría llamado. Pero ¿quién iba a venir?

-Pues... No sé... Jocanán, por ejemplo... Te odia...

-Lo sé. Pero han venido sólo sus siervos. Nadie ha traicionado… porque tú sospechas también que alguno haya hablado para perjudicarme a mí y a ellos. Pero ninguno ha traicionado. Y he hecho bien esperándolos aquí. El nuevo administrador es digno de su jefe y ha recibido órdenes severísimas; no falto a la caridad calificándolas de crueles; otro nombre sería falsedad... Salieron en cuanto la noche se adensó, rogando al Señor que les hiciera encontrarse conmigo. Dios premia siempre la fe y consuela a sus hijos infelices. Si no me hubieran encontrado, habrían estado aquí hasta los primeros albores: luego habrían regresado para que los vieran a la aurora en las tierras... Así, los he visto y bendecido...

-Y estás triste por haberlos visto tan oprimidos.

-Es verdad. Muchas tristezas... Por eso que dices, por no haber tenido nada que dar a sus cuerpos extenuados, por el pensamiento de que no los volveré a ver...

-¿Se lo has dicho?

-No. ¿Por qué poner un dolor donde ya todo es dolor?

-Los habría saludado yo también con gusto por última vez.

-Para ti no es la última vez. Es más, tú, junto con los condiscípulos, te ocuparás mucho de ellos cuando Yo me haya marchado. Os confío mis seguidores a todos vosotros, especialmente aquellos que son los más infelices y que tienen en la fe su único apoyo y en la esperanza del Cielo su única alegría.

-¡Oh, Maestro mío! Digo también yo como tu hermano José: ve en paz, Maestro. Yo, créeme, como sepa hacerlo, te continuaré.

-Estoy seguro de ello. Vamos... El camino se anima de gente. Las nubes se encabalgan en el cielo, y la luz, en vez de aumentar, disminuye. Hoy va a llover y todos se apresuran para acabar la etapa. Pero las nubes se han portado bien con nosotros. La noche ha sido tibia y no ha habido lluvia, por nosotros que estábamos al raso. El Padre siempre vela por sus hijos entrañablemente amados.

-Entrañablemente amado Tú, Maestro. Yo...

-Tú lo eres para Él, porque me amas...

-¡Oh, eso sí! Hasta la muerte...

Y, mezclados entre la gente, se alejan hacia el sur...

## 481

## Llegada a Enganním. Maquinaciones de Judas Iscariote para impedir una trama de los fariseos.

El tiempo ha mantenido exactamente sus promesas y se ha resuelto en un agua fastidiosa, menuda, persistente. Quien va en carro se defiende bien. Pero quien va a pie o en burro se moja y siente la molestia, sobre todo los que soportan no sólo el fastidio del agua, que les moja la cabeza y los hombros, sino también el del fanguillo, cada vez más suelto, que entra en las sandalias, se pega en los tobillos y salpica los vestidos. Los peregrinos se han puesto sobre la cabeza, quizás hechas dos dobleces, los mantos o mantas y parecen todos frailes encapuchados.

Jesús y Juan, a pie, están bien mojados. Pero se preocupan más de proteger las sacas, donde están los vestidos de recambio, que de sí sismos. Así llegan a Enganním, y se ponen a buscar a los apóstoles, separándose para encontrarlos antes.

Es Juan el que los encuentra; bueno, encuentra a Santiago de Zebedeo, que ha comprado las provisiones para el sábado.

-Estábamos preocupados. Y, si no os hubiéramos visto, hubiéramos vuelto para atrás a pesar del sábado... ¿Dónde está el Maestro?

-Ha ido a buscaros. Aquel al que encuentre antes irá donde el fabro.

-Entonces... Mira, nosotros estamos en aquella casa. Una buena mujer con tres hijas. Ve enseguida donde el Maestro y ven...

Santiago baja la voz y, mirando a su alrededor, bisbisea:

-Hay muchos fariseos... seguro que con malas intenciones. Nos preguntaron por qué no estaba con nosotros. Querían saber si ha seguido adelante o si se ha quedado atrás. Primero dijimos: "No sabemos". No nos han creído. Y es normal, porque ¿cómo podemos decir nosotros que no sabemos dónde está Él? Entonces Judas Iscariote -él no tiene tantos escrúpulos- dijo: "Ha ido por delante", y, dado que no estaban convencidos y hacían preguntas sobre con quién, con qué, sobre cuándo se había marchado, sobre si se sabía que el otro viernes estaba en la zona de Yiscala, pues dijo: "En Tolemaida subió a una nave; por tanto, nos ha precedido. Bajará en Joppe y entrará en Jerusalén por la Puerta de Damasco, para ir inmediatamente a la casa de Beceta de José de Arimatea".

-¿Pero por qué tantas mentiras? - pregunta Juan escandalizado.

-¿Qué sé yo? Se lo dijimos también nosotros. Pero se rió y dijo "Ojo por ojo, diente por diente, y mentira por mentira. Basta con que el Maestro se encuentre a salvo. Lo buscan para hacerle algún daño Lo sé". Pedro le hizo la observación de que nombrar a José podía crearle a éste problemas. Pero Judas respondió: "Irán rápidamente all: y, al ver el estupor de José, comprenderán que no era verdad". "Te odiarán, entonces, por haberte burlado de ellos..." objetamos. Pero él, riéndose, dijo: "¡Me río yo de su odio! Sé cómo mantenerle inocuo...". Pero, ve, Juan. Trata de encontrar al Maestro y vuelve con Él. El agua nos viene bien. Los fariseos están en las casas para no mojarse sus amplísimos ropajes...

Juan da a su hermano la saca y hace ademán de marcharse veloz. Pero Santiago lo retiene para decirte: «Y no refieras al Maestro las mentiras de Judas. Aunque hayan sido dichas con buena finalidad, no dejan de ser mentiras. Y el Maestro odia la mentira...

-No se lo diré - y Juan se marcha raudo.

Santiago ha atinado en lo que ha dicho: los ricos están ya en las casas. Por las calles circula, en busca de un alojamiento, solamente la gente modesta...

Jesús está debajo de un atrio, junto al taller del herrador. Juan se llega a Él y le dice:

-Ven enseguida. Los he encontrado. Podremos vestirnos con ropa seca.

No dice ninguna otra cosa para explicar su prisa.

Pronto llegan a la casa. Entran por la puerta que han dejado entornada. Allí, inmediatamente detrás, están los once apóstoles; ellos se arremolinan en torno a Jesús, como si no lo vieran desde muchos meses atrás. La dueña de la casa, una mujercita ajada, carniseca, echa alguna ojeada desde detrás de una puerta entornada.

-La paz a vosotros - dice Jesús con una sonrisa, y los abraza sin diferencias en el afecto.

Todos hablan al mismo tiempo, queriendo decir muchas cosas. Pero Pedro grita: -¡Callaos! Y no lo retengáis. ¿No veis lo mojado y cansado que está? - y al Maestro:

-He dicho que te preparen un baño caliente y... trae acá ese manto mojado... y también que te calienten la ropa. La he sacado de tu saca...

Luego se vuelve hacia el interior de la casa y grita:

-¡Eh! ¡Mujer! El Huésped ha llegado. Trae el agua, que de lo demás me preocupo yo.

Y la mujer, tímida como todos los que han sufrido -y su cara dice que ha sufrido- cruza silenciosa el pasillo, seguida de tres jovencitas que la asemejan en la delgadez y en la expresión, para ir a la cocina a tomar los calderos llenos de agua hirviendo.

-Ven, Maestro. Y también tú, Juan. Estáis más fríos que un ahogado. Pero he dicho que cocieran enebro con vinagre para meterlo en agua. Es bueno.

Efectivamente, los calderos, al pasar, han emanado olor de vinagre y otros aromas.

Jesús, al entrar en un cuartito donde hay dos anchos artesones (o sea, dos tinas de madera, quizás destinadas a las coladas), mira a la mujer que sale con sus hijas y la saluda:

-La paz a ti y a tus hijas. Que el Señor te recompense.

-Gracias, Señor... - dice ella, y desaparece.

Pedro entra con Jesús y Juan. Cierra la puerta y susurra:

-Ten en cuenta que no sabe quién eres... Somos peregrinos todos, y Tú eres un rabí; nosotros, tus amigos. Es verdad, en el fondo... Es... ¡mmm! ¡Bueno!, es una verdad, sólo que velada... Demasiados fariseos y... demasiados interesados en ti. Hazte tu composición de lugar... Después hablaremos - y se marcha; los deja solos y regresa donde los compañeros, que están sentados en un cuartito.

-¿Y ahora? ¿Qué le vamos a decir al Maestro? Si decimos que hemos mentido, se va a apenar. Pero... no podemos no decírselo – dice Pedro.

-¡No te sacrifiques, hombre! Yo he mentido, yo se lo diré.

-Y lo vas a poner más triste todavía. ¿No has visto lo afligido que está?

-Lo he visto. Pero es porque está cansado... Y además... sé también decir a los fariseos: "Os mentí". Esto son pequeñeces. Lo importante es que Él no deba sufrir.

-Yo no diría nada. A nadie. Si se lo dices a Él, no vas a conseguir tenerlo oculto; si a ellos, no vas a conseguir salvarlo de las insidias... - observa Felipe.

-Eso lo veremos - dice Judas seguro.

Pasa poco tiempo y Jesús vuelve con la ropa seca, reconfortado por el baño. Juan le sigue.

Hablan de todo lo que ha sucedido al grupo apostólico y al Maestro y a Juan. Pero ninguno habla de los fariseos, hasta que Judas dice:

-Maestro, sé seguro que los que te odian te buscan. Y, para salvarte, he esparcido la voz de que no vas a Jerusalén por los caminos normales, sino por mar hasta Joppe... Ellos se van a abalanzar hacia allá, ¡ja! ¡ja!

-¿Pero por qué mentir?

-¿Y ellos por qué mienten?

-Pero ellos son ellos, y tú no eres, no deberías ser como ellos...

Maestro, yo soy una cosa sólo: soy uno que los conoce y que te quiere. ¿Quieres destruirte? Yo estoy dispuesto a impedirlo. Escúchame bien, y percibe mi corazón en mis palabras. Tú mañana no sales de aquí...

-Mañana es sábado...

-De acuerdo. Pero no sales de aquí. Descansas...

-Todo menos el pecado, Judas. Ninguna consideración me hará aceptar faltar a la santificación del sábado.

-Ellos...

-Que hagan lo que quieran. Yo no pecaré. Si lo hiciera, además de mi pecado que pesaría sobre mí, pondría en sus manos un arma para destruirme. ¿No recuerdas que ya me llaman profanador del sábado?

-El Maestro tiene razón - dicen los otros.

-De acuerdo... Harás lo que quieras para el sábado. Pero no por el camino. No vayamos por el camino de todos, Maestro. Escúchame. Desoriéntalos...

-¡Pero bueno! ¡¿Qué es lo que sabes con precisión, tú que hablas? - grita Simón, agitando sus cortos brazos -¡Maestro, ordénale que hable!

-Calma, Simón. Si tu hermano ha venido a saber de la existencia de un peligro, quizás con peligro para sí mismo, y nos advierte de él, no debemos tratarlo como a un enemigo, sino agradecérselo. Si él no puede decir todo, porque podría comprometer a terceras personas no suficientemente valientes como para tomar la iniciativa de hablar, pero todavía suficientemente honestas como para no permitir un delito, ¿por qué queréis forzarlo a hablar? Dejadlo, pues, expresarse. Aceptaré lo que de bueno haya en su proyecto y rechazaré lo que podría ser no bueno. Habla, Judas.

-Gracias, Maestro. Sólo Tú me conoces verdaderamente como lo que soy. Estaba diciendo que dentro de los confines de Samaria podríamos ir seguros. Porque en Samaria manda Roma más que en Galilea y Judea, y ellos, los que te odian, no quieren problemas con Roma. Pero -esto también para desorientar a los espías- lo que yo digo es que no sigamos el camino directo, sino que, saliendo de aquí nos dirijamos a Dotán, y luego, sin llegar a Samaria, atravesar la región y pasar por Siquem; luego abajo hasta Efraím, hacia el Adomín y el Carit, y llegar por esa parte a Betania.

-Camino largo y difícil, especialmente si llueve.

-¡Peligrosa! E-Adomín...

-Parece que buscas el peligro...

No hay entusiasmo en los apóstoles.

Pero Jesús dice:

-Judas tiene razón. Iremos por este camino. Después tendremos tiempo de descansar. Tengo que hacer todavía otras cosas antes de que la hora llegue y sea perfecta, y no debo neciamente ponerme en sus manos hasta que todo esté cumplido. Pasaremos, así, por casa de Lázaro, que está, ciertamente, muy enfermo y me espera... Comed vosotros. Yo me retiro. Estoy cansado...

-¿Pero ni siquiera un poco de comida? ¿No estarás enfermo, eh?

-No, Simón. Pero hace siete días que no toco una cama. Adiós, La paz sea con vosotros...

Y se retira.

Judas, exultante, dice:

-¿Habéis visto? Es humilde y justo y no rechaza lo que siente que es bueno...

-Sí... pero... ¿Tú crees que está contento? ¿Verdaderamente contento?

-No lo creo... Pero comprende que tengo razón...

-Yo quisiera saber cómo te las has agenciado para saber tantas cosas. ¡Y habiendo estado siempre con nosotros!...

-Sí, estando con vosotros. Y vosotros me vigiláis como a un animal peligroso. Ya lo sé. Pero no importa. Recordad esto: un mendigo incluso, e incluso un bandolero, pueden servir para saber; e incluso una mujer. Hablé con un mendigo y lo favorecí. Con un bandolero y descubrí... Con una... mujer y... ¡cuántas cosas puede saber una mujer!

Los apóstoles se miran estupefactos. Con las miradas se preguntan. ¿Cuándo? ¿Dónde ha sabido y entablado relación Judas?...

El se ríe y dice:

-¡Y con un soldado! Sí. Porque la mujer había dicho tantas cosas que me mandó a un soldado. Y tuve la confirmación. Y yo también dije... Todo es lícito cuando es necesario. ¡Incluso las cortesanas y los soldados!

-¡Eres... tú eres...! - dice Bartolomé, y frena lo que iba a decir.

-Sí. Soy yo. Nada más que yo. Para vosotros un pecador. Pero yo, o mis pecados, sirvo mejor al Maestro que vosotros. Y además... Si una cortesana sabe lo que quieren hacer los enemigos de Jesús, señal es que ellos también van con las cortesanas y las tienen consigo, a bailarinas y mimos, para divertirse... Y si ellos tienen cerca a estas mujeres... puedo tenerlas también yo. Me ha servido, ¿veis? Tened en cuenta que en los confines de Judea Él podía haber sido atrapado. Decid, pues, que he sido sabio por haberlo evitado...

Todos están pensativos y comen su comida sin ganas. Luego Bartolomé se levanta.

-¿A dónde vas?

-Voy donde Él... No estoy convencido de que esté durmiendo. Voy a llevarle leche caliente... y veo.

Sale. Está fuera un rato. Vuelve.

-Estaba sentado en la cama... y lloraba... Tú, Judas, lo has apenado. Yo lo pensaba.

-¿Lo ha dicho É1? Voy a dar explicaciones.

-No. No lo ha dicho. Es más, ha dicho que tú también tienes tus méritos. Pero yo lo he comprendido. Y no vayas. Déjalo en paz.

-Sois todos unos necios. Sufre porque se ve perseguido, impedido en su misión. Eso es - se rebela Judas.

Y Juan confirma:

-Es verdad. Ha llorado también antes de reunirse con vosotros. Sufre mucho. Por su Madre también. Y por sus hermanos, por los campesinos infelices. ¡Mucho dolor!...

-Cuenta, cuenta...

-Dejar a su Madre es dolor. Ver que no lo comprenden, que nadie lo comprende, es dolor. Ver que los siervos de Jocanán...

-¡Sí, sí! ¡Verlos a ellos es verdaderamente un dolor!... Me alegro de que Margziam no los haya visto. Habría sufrido y odiado al fariseo... - dice Pedro.

-¿Pero mis hermanos han hecho sufrir otra vez a Jesús? – pregunta severo Judas Tadeo.

-¡No! Es más, se vieron y hablaron con amor y se dejaron pacíficamente, con buenas promesas. Pero Él querría que fueran... con nosotros... y más que todos nosotros... Querría vernos a todos convencidos de su Reino y de la naturaleza de su Reino. Y nosotros...

Juan no dice nada más... El silencio desciende sobre e1 cuartito alumbrado por una lámpara de dos boquillas que ilumina doce rostros distintamente pensativos.

## 482

## En camino con un pastor samaritano que ve premiada su fe.

No sé decir en qué lugar de Samaria nos encontramos. Ciertamente en plenos montes samaritanos (aunque no son los más altos, porque los más altos están más al sur, con sus cimas bien erguidas, hacia el cielo, que de nuevo está sereno).

Los apóstoles caminan lo más que pueden cerca de Jesús. Pero el sendero, un atajo, no lo permite frecuentemente, así que el grupo se forma y se deshace continuamente.

Hay muchos pastores con sus hatos en los montes; a ellos se dirigen los apóstoles para preguntar si sigue siendo el sendero que conduce al camino de caravanas que del mar va a Pel.la. A pesar de ser samaritanos, responden siempre a las

preguntas sin desaires. Es más, uno, en un nudo de caminos estrechos que van en todas las direcciones, para bifurcarse luego aún en otros nudos, dice:

-Dentro de poco bajo. Descansad bien. Recorreremos el camino juntos. Si os perdierais en estos montes... no sería cosa buena...

Baja la voz y añade:

-¡Los bandoleros!... - y mira a su alrededor como temiendo tenerlos cerca amenazadores. Luego, tranquilizado, sigue diciendo:

-De las laderas del Garizim y del Ebal bajan, y se esparcen, en esta época de peregrinajes. Y siempre encuentran trabajo, a pesar de que los romanos refuercen la guardia en los caminos... porque siempre hay gente que evita los caminos transitados, para llegar antes, o por otros motivos.

-Tenéis muchos bandoleros, ¿eh? - dice Felipe con una sonrisita significativa.

-¿Crees que son samaritanos, tú, galileo? - dice enseguida, resentido, el pastor.

Interviene Judas Iscariote, el cual, habiendo sido el promotor de esta desviación del itinerario, se siente en el deber de eliminar todo incidente desagradable.

-¡No, no! Es porque, sabiendo que sois hospitalarios, los que hacen el mal en otro lugar vienen a refugiarse aquí. Es como si... si fuerais un lugar enteramente de refugio. Los malhechores saben bien que nadie, ni galileo ni judío, los perseguiría aquí, y se aprovechan de ello. Y también se pone de su parte la naturaleza. Estos montes...

-¡Ah, creía que pensarais!... Los montes, sí, ayudan mucho. Bueno y los dos más altos... Sí... ¡pero... cuántos bandoleros nos traen el Adomín y el paso de Efraím! ¡De todas las razas, je, je! Y los soldados de Roma son astutos... No van a desalojarlos. Ya de por sí sólo las serpientes y las águilas pueden conocer y penetrar en sus madrigueras.
Y se cuentan cosas tremendas. Pero sentaos. Os doy leche... Samaritano, sí, ¡pero yo también sé el Pentateuco! Y con quien no ofende no ofendo. Vosotros... a pesar de ser galileos y judíos, no ofendéis. Pero se dice que os ha surgido un profeta que enseña a amarnos. Si no pensara que según los escribas y fariseos de Israel somos malditos -así dicen-, diría que los grandes profetas que nos han amado, a pesar de ser samaritanos, han vuelto, en Él, como dicen algunos, para vivir de nuevo. Pero yo no creo estas cosas... Aquí tenéis la leche... De todas formas, me gustaría encontrar a ese profeta. Dicen que el otro profeta, el que se había refugiado en nuestras fronteras y al cual no traicionamos -los que nos insultan deberían recordarlo-, dijo que este profeta surgido en Israel es más grande que Elías. Lo llamó Cordero de Dios, Cristo. Y samaritanos de Siquem han hablado con Él, y dicen de Él grandes cosas, y muchos se han puesto en los caminos grandes, porque se piensa que pasará. Es más -es la primera vez que sucede-, también judíos, fariseos y doctores nos han preguntado en todas las ciudades, diciéndonos que si lo vemos corramos adelante para decir que llega, porque quieren festejarlo mucho.

Los apóstoles se miran de reojo, pero, prudentemente, no hablan. Judas, con sus brillantes ojos negros, llenos de una luz de triunfo, parece decir:

-¿Habéis oído? ¿Convencidos ahora de que tengo razón?

El pastor sigue hablando:

-Vosotros lo conocéis, claro. ¿De dónde venís?

-De la alta Galilea - responde rápidamente Judas.

-¡Ah! sois... No. Tú no eres galileo.

-Somos de todos los lugares. Hemos hecho una peregrinación a las tumbas de los doctores.

-¿Ah, sois discípulos, quizás?... ¿Pero este hombre no es un rabí? - dice señalando a Jesús.

-Somos discípulos. Bien has dicho. Sí, es un rabí este hombre. Pero tú sabes que de rabí a rabí hay diferencia...

-Lo sé. Claro que éste es joven y tendrá que aprender todavía de los grandes doctores del Templo vuestro - y va una evidente pulla de desprecio en el adjetivo posesivo.

Pero Judas, siempre tan dispuesto a rebatir, se comporta con una docilidad maravillosa. Los otros no hablan. Jesús está como absorto y, por tanto, el alfilerazo no suscita réplicas. Judas, incluso, dice son riendo:

-Es muy joven, efectivamente. Pero es el más sabio de nosotros - y, para poner fin a la conversación, que podría hacerse peligrosa, dice:

-¿Tienes que estar todavía mucho aquí? Porque para la noche querríamos estar abajo.

-No. Voy. Reúno a las ovejas y voy.

-De acuerdo. Nosotros, mientras, nos adelantamos... - y se alza con los demás, y toman inmediatamente el sendero.

Y, cuando un bosquecillo espeso se interpone entre él y el pastor se ríe, se ríe, diciendo:

-¡Pero qué fácil es torear a la gente! ¿Os habéis convencido ahora de que yo no mentía ni era un estúpido?

-No, no mentías... pero has mentido ahora.

-¿Mentido? No. ¿En virtud de qué dices eso, Felipe? He sabido decir la verdad sin que se transforme en daño ¿No venimos, acaso, de 1a alta Galilea? ¿No somos, acaso, de todos los lugares? ¿No fuimos, acaso, un día a recibir pedradas por venerar las tumbas de los doctores? ¿Y no hemos pasado cerca también en el último viaje hacia Yiscala? ¿He negado, acaso, que Jesús es un rabí? ¿He dicho, acaso, que no es más sabio que todos nosotros?... Al decir estas cosas yo pensaba -y reía en mi corazón- que diciendo "nosotros" asestaba un golpe a los rabíes, todos inferiores al Maestro, aunque crean no serlo, y toreaba al pastor... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Hay que saber decir las cosas... y se dice todo sin pecar ni causar daño.

Judas de Alfeo hace una mueca de desagrado y dice:

-Para mí, en todo caso, es mentir.

-¡Ya, claro! ¡Lo he hecho yo! Pero, has oído, ¿no? Han depuesto los prejuicios, las repulsas y la altanería, para decir a los samaritanos que señalen el paso del Maestro para festejarlo en la frontera. ¡Ja! ¡Ja! ¡Menuda fiesta!

-¡La fiesta! También ellos han sabido decir y pensar, hablando con falsedad, una verdad... Judas de Keriot tiene razón - dice Tomás.

Jesús se vuelve y dice:

-Sí. El suyo, un engaño, y odioso. Pero también decir una cosa por otra con buen fin es siempre censurable. ¿Crees tú que el Señor tiene necesidad de esto para proteger a su Mesías? No vuelvas a mentir, ni siquiera con buen fin. El ánimo se acostumbra a imaginar la mentira, y los labios a proferirla. No, Judas. Evita la insinceridad.

-Lo haré, Maestro. Pero ahora callemos. El pastor está llegando corriendo.

Efectivamente, las ovejas, que ya sienten cercano el aprisco, se echan a correr con esa carrera suya hecha de saltos desgarbados, y balan y se chocan unas con otras, avanzan y pasan inevitablemente por entre los apóstoles, de forma que casi los arrollan. Así que llega el pastor, seguido del zagal y del perro. Y no se para sino cuando logra, con la ayuda del muchacho y del perro, frenar a las ovejas, reunirlas, para que no se esparzan o bajen solas.

-¡Son los animales más necios que hay en la Tierra! ¡Pero son muy útiles! - dice secándose el sudor, y suspira:

-¡Si estuviera todavía Rubén! ¡Pero con este muchacho sólo!...

Menea la cabeza bajando tras sus ovejas, a las que el perro y el muchacho, a la cabeza del rebaño, tienen recogidas. Y monologa:

-Si supiera encontrar a ese profeta, samaritano y todo, hablaría con Él...

-¿Y qué le dirías? - pregunta Jesús.

-Diría: "Tenía una mujer buena como agua de monte para un sediento, y el Altísimo me la arrebató. Tenía una hija buena como su madre; un romano me la vio y la quiso como esposa, y se la llevó lejos. Tenía al hijo varón, que era todo para mí... patinó en el monte un día que llovía y se rompió la columna y está inmóvil y ahora está además mal, porque se ha enfermado por dentro, y los médicos dicen que morirá. No te pregunto por qué el Eterno me ha castigado. Pero te ruego que me cures al hijo".

-¿Y crees que podría curártelo?

-¡Sí, cierto que lo creo! Pero no lo veré nunca...

-¿Por qué esa certeza? No es samaritano.

-Es un justo. Es el Hijo de Dios, se dice.

-Vosotros, en los padres, habéis ofendido a Dios.

*(En los padres, habéis ofendido a Dios, a causa del cisma referido en 1 Reyes 12-13; 2 Reyes 17, 24-41; 2 Crónicas 10; se lee esta promesa, en el llamado "protoevangelio" de Génesis 3, 15)*

-Es verdad. Pero también está escrito que Dios concederá el perdón de la Culpa del hombre enviando al Redentor. En el Pentateuco al lado de la condena contra Adán y Eva, se lee esta promesa. Y el Libro la cita más veces. Si perdona *aquella* culpa, ¿puede no tener misericordia de mí, que no tengo culpa de haber nacido samaritano - Yo creo que si el Mesías conociera mi dolor se compadecería.

Jesús sonríe, pero no dice nada. Y los apóstoles se entienden con recíprocas sonrisas. Pero el pastor no lo nota.

-¿Ese muchacho, entonces, no es tu hijo? - pregunta Jesús.

-No. Es hijo de una viuda que tiene ocho hijos varones y que pasa hambre. Yo lo he tomado como ayuda... y como hijo... para no estar solo después... cuando Rubén esté en la tumba... - y suspira.

-Pero si tu hijo se curara, ¿qué harías de éste?

-Lo seguiría teniendo. Es bueno y siento compasión de él... - baja la voz diciendo:

-Él no lo sabe... pero su padre murió en las galeras.

-¿Qué había hecho para merecerlo?

-Nada voluntario. Pero su carro arrolló a un soldado borracho y fue acusado de haber querido hacerlo...

-¿Cómo sabéis que ha muerto?

-¡No se sobrevive mucho en el remo! Pero la noticia cierta nos llegó a través de un mercader de Samaria, que vio que lo sacaban muerto de los grilletes y lo arrojaban al mar más allá de las Columnas.

-¿Y lo tendrías contigo realmente?

-Estoy dispuesto a jurarlo. Él, infeliz; yo, infeliz. Y no soy el único. Otros han tomado consigo a los hijos de la viuda y ella se ha quedado con las tres niñas. Siguen siendo demasiadas. Pero mejor ser cuatro que doce... ¡De todas formas, no hace falta que jure!... Rubén morirá...

Ya se ve el camino, muy transitado por peregrinos que se dirigen hacia los lugares de parada: el crepúsculo se acerca.

-¿Tienes dónde dormir? - pregunta el pastor.

-No, la verdad es que no.

-Te diría: "ven", pero la casa es pequeña para todos. De todas formas, el aprisco es grande.

-Dios te recompense como si me hubieras dado posada, aunque voy a proseguir hasta que se ponga la Luna.

-Como quieras. ¿No temes perderte?, ¿y tener encuentros desagradables?

-Respecto a los salteadores, me protege mi pobreza y la de mis compañeros. Respecto al camino, me pongo en las manos del ángel de los peregrinos.

-Tengo que ir delante del rebaño. El muchacho no sabe todavía... Y el camino está lleno de carros... - y se adelanta presuroso para guiar a las ovejas y salvaguardarlas.

-Maestro, ahora viene lo malo. Hay que recorrer un tramo de camino entre la gente... - susurran los apóstoles.

Ya están en el camino, detrás de las ovejas, que van en fila, ajustadas entre el monte y el cayado del pastor y la vigilancia del perro. E1 niño está ahora al lado de Jesús, que lo acaricia.

Llegan a una bifurcación. E1 pastor ha parado el rebaño y ahora dice:

-Aquí tienes el camino para ti y éste es el mío. Pero, si vas hacia el pueblo, vas a encontrar un tercero, más corto, para llegar al pueblo vecino. Mira: ¿ves aquel sicómoro gigante? Ve hasta allá y luego tuerces a la derecha. Verás una placita con una fuente y, después de ella, una casa, negra de humo. Es el herrero. Pasada su casa está el camino. No tiene pérdida. Adiós.

-Adiós. Has sido bueno. Dios te consolará.

El pastor se marcha por su camino, Jesús por el suyo: con el primero, las ovejas; con el segundo, los apóstoles: dos pastores en medio de su rebaño...

Ya están separados, ocultos por un grupo de casas que se introduce entre el camino de primer orden, seguido por el pastor, y este caminito que entra en una pobre barriada del pueblo, el más pobre, creo... silencioso, solitario... Esta pobre gente está ya en las casas. Las puertas entornadas muestran los fuegos en las cocinas... Cae la tarde con las calígines del crepúsculo.

-Nos detenemos en cuanto atravesemos el pueblo - dice Judas -Veo allí casas en los campos.

-No. Mejor proseguir.

Las opiniones son distintas. Llegan a la fuente. Se acercan a ella para lavarse y llenar los zaques. Y está el herrero. Está cerrando su negro taller. Y se ve el camino que va hacia los campos... Se adentran.

Pero un grito viene de lejos, del pueblo.

-¡Rabí! ¡Rabí! ¡Mi hijo!

-¡Vecinos! ¡Venid! ¿Dónde está el Peregrino?

-¡Nos buscan a nosotros, Señor! ¿Qué has hecho?

-Corred. Si llegamos a aquel bosque ya no nos verá nadie.

Corren por un prado cubierto con el último heno segado; llegan a un promontorio, trepan, desaparecen, perseguidos por las voces, que ahora son numerosas, y por las personas que se diseminan fuera del pueblo, llamando más que mirando, porque ya la penumbra borra muchas cosas. Se detienen al pie del promontorio.

-Os digo que era el Rabí que fue a Siquem. No podía ser otro. Y me ha curado a Rubén. Y yo no lo he reconocido. ¡Rabí! ¡Rabí! ¡Deja que te venere! ¡Dime dónde te ocultas!

Sólo el eco responde y parece decir: « ¡Abí! ¡Abí! ¡Abí!» y cambia- - la última palabra en «cielos».

-Pero no puede estar lejos - dice el herrero - Ha pasado delante de mí poco antes de que vinieras tú...

-Pues no está. Ya ves. El camino está vacío de gente. Tenía que seguir éste.

-¿No estará en el bosque?

-No. Tenía prisa...

Luego busca ayuda en su perro. Lo incita:

-¡Busca! ¡Busca! - y por un momento parece que el perro podrá des-cubrir el escondite, porque se dirige hacia el bosque después de haber olido el prado. Pero luego el animal se para vacilante, con una pata levantada y el morro también alzado... Luego, engañado por no sé qué cosa, se echa a correr ladrando en dirección completamente contraria; y la gente detrás, también corriendo...

-¡Oh, alabado sea el Señor! - exclaman los apóstoles soltando un suspiro de alivio; y no pueden contenerse de decir al Maestro:

-¿Pero qué has hecho, Señor? - y casi le reconvienen por haberlo hecho.

-Ya sabes que conviene que no seas señalado, y Tú...

-¿Y no debía premiar una fe? ¿No conviene que crean que estoy en el camino que va de Dotán a Pel.la? ¿No queréis, acaso, confundirlos del todo?

-Es verdad. ¡Tienes razón! Pero ¡si te hubiera descubierto el animal?

-¡Simón! ¿Y piensas que quien impone su voluntad, incluso a distancia, sobre las enfermedades y los elementos, y arroja los demonios, no puede imponérsela a un animal? Ahora vamos a tratar de ir al camino después de la curva que hace. Ya no vemos. Vamos.

Y, casi a tientas, continúan por el bosquecillo del cerro, hasta que regresan al camino, pequeño, blanco bajo la Luna que surge, lejano del pueblo al que el cerro completamente oculta...

## 483

## Polémica de los apóstoles sobre el odio de los judíos. Los diez leprosos curados en Samaria.

Siguen entre montes -y montes bien escabrosos-, por unas veredas por donde no pasan, ciertamente, carros; sólo, transeúntes a pie o personas montadas en fuertes asnos de montaña, más altos y robustos que los habituales burritos de las zonas menos accidentadas (una observación que a muchos podrá parecer inútil, pero que la hago de todas formas).

En Samaria hay diferencias respecto a los usos de los otros lugares, tanto en el vestido como en muchas otras cosas. Y una es la abundancia de perros, no común en otros lugares, que me choca, como me chocó la presencia de puercos en la Decápolis. Muchos perros, quizás porque Samaria tiene muchos pastores y tendrá muchos lobos en esos montes tan agrestes; muchos, también, porque en Samaria veo a los pastores generalmente solos -al máximo con un muchacho- apacentando el rebaño propio, mientras que en otras partes, por lo general, un grupo de pastores custodia rebaños compuestos por numerosas cabezas, propiedad de algún rico. Bueno, de hecho aquí cada pastor tiene su perro, o más de un perro, según el número de ovejas de su rebaño.

Otra característica son precisamente estos asnos casi tan altos como un caballo, robustos, capaces de escalar estos montes con cargas pesadas en la albarda, a menudo cargados de gruesa leña que se encuentra en estos magníficos montes cubiertos de bosques seculares.

Otra particularidad: la soltura de comportamiento de los habitantes, los cuales no son unos "pecadores", como los juzgaban judíos y galileos, sino que son abiertos y francos y están exentos de beaterías, exentos de todas esas historias que tienen los otros. Y son hospitalarios. Esta constatación me hace pensar que en la parábola del buen samaritano no hubiera sólo intención consciente de hacer resaltar que bueno y malo hay en todas partes, en todos los lugares y razas, y que entre los heréticos también puede haber rectos de corazón, sino también, justamente, una real descripción de las costumbres samaritanas hacia quien necesitaba ayuda. Se habrán detenido en el Pentateuco -oigo que hablan de él y no de otra cosa- pero practican, al menos hacia el prójimo, con más rectitud que los otros con sus seiscientas trece cláusulas de preceptos, etc. etc.

Los apóstoles hablan con el Maestro y, a pesar de ser incorregiblemente israelitas, deben reconocer y alabar el espíritu que han encontrado en los habitantes de Siquem, que -lo comprendo por las cosas que oigo- han invitado a Jesús a detenerse y estar con ellos.

-¿Has oído, no? - dice Pedro - ¿cómo han dicho claramente que conocen el odio judío? Han dicho: "Hacia ti y contra ti hay más odio que contra todos nosotros juntos, los samaritanos de ahora y del pasado. Te odian sin límite".

-¿Y aquel viejo? ¡Qué acertadamente lo ha dicho!: "En el fondo es natural que sea así, porque Tú no eres un hombre sino que eres el Cristo, el Salvador del mundo, y por eso eres el Hijo de Dios, porque sólo un Dios puede salvar al mundo corrompido. Por eso, no teniendo Tú límites como Dios, no teniendo límites tu poder ni tu santidad ni tu amor, como tampoco tendrá límites tu victoria sobre el Mal, es natural que el Mal y el Odio -una cosa sola con el Mal- no tengan límites contra ti". ¡Verdaderamente ha hablado con acierto! ¡Y este razonamiento explica muchas cosas! - dice el Zelote.

-¿Qué explica, según tú? Yo... yo digo que explica sólo que son unos estúpidos - dice Tomás expeditivo.

-No. La estupidez podría ser incluso una justificación. Pero no son estúpidos.

-Ebrios entonces, ebrios de odio - replica Tomás.

-Tampoco. El enajenamiento cede cuando estalla. Este odio no cede.

-¡Sí, porque más estallado que así!... ¡Hace tanto tiempo que ha estallado... que ya habría tenido que caer!

-Amigos, la malignidad no ha tocado todavía la meta - dice Jesús, tranquilo, como si la meta del odio no fuera su suplicio.

-¿No? ¿Pero si no nos dejan en paz nunca?

-Maestro, todavía éstos no se convencen de que es verdad lo que he dicho. Pero lo es. ¡Vaya que si lo es! Y digo también que, si hubiera sido por vosotros, habríais caído todos en la trampa como cayó Juan Bautista. Pero no lo lograrán, porque yo vigilo... - dice Judas Iscariote.

Y Jesús lo mira. Y yo también lo miro, preguntándome -y me lo pregunto desde hace algunos días- si la conducta de Judas obedece a un retorno bueno y real al camino del bien y del amor hacia su Maestro, obedece a una liberación de las fuerzas humanas y extrahumanas que lo sujetaban, o si se trata de un trabajo más refinado de preparación al golpe final, de una servidumbre mayor a los enemigos de Cristo y a Satanás. Pero Judas es un ser tan especial, que no es descifrable. Sólo Dios puede entenderlo. Y Dios, Jesús, corre un velo de misericordia y de prudencia sobre todas las acciones y sobre la personalidad de su apóstol... un velo que se rasgará, iluminando completamente muchos porqués, ahora misteriosos, sólo cuando se abran los libros de los Cielos.

Los apóstoles están tan preocupados por la idea de que el odio de los enemigos no ha alcanzado todavía su culmen, que guardan silencio durante un tiempo. Luego Tomás se dirige otra vez al Zelote y dice:

-Entonces, si ni están ebrios ni son estúpidos, si su odio explica muchas cosas pero no ésta, ¿qué explica entonces? ¿Qué son? No lo has dicho...

-¿Que qué son? Posesos. Son eso mismo que dicen de Él. Esto explica su ensañamiento, que no conoce interrupción, es más, que crece cada vez más cuanto más evidente se hace su poder. Acertado lo que ha dicho ese samaritano. En Él, Hijo del Padre y de María, Hombre y Dios, está la infinitud de Dios, e infinito es el Odio que a esta Infinitud perfecta se opone, aunque en su no tener límite el Odio no es perfecto, porque sólo Dios es perfecto en sus acciones. Pero, si el Odio pudiera tocar el abismo de la perfección bajaría a tocarlo, es más, se arrojaría a tocarlo, para resurgir luego, por la misma vehemencia de a la caída en el abismo de infierno, contra el Cristo, para herirlo con todas las armas arrancadas al abismo infernal. El firmamento, reg1ado por Dios, tiene un solo Sol, que surge y resplandece y desaparece y deja el sitio al sol más pequeño que es la Luna; y ésta, después de haber alumbrado a su vez, se pone para ceder el sitio al Sol. Los astros enseñan mucho a los hombres, porque se sujetan a la voluntad del Creador. Pero los hombres no. Y un ejemplo es éste: este querer oponerse al Maestro. ¿Qué sucedería si la Luna en una aurora dijera: "No quiero desaparecer, vuelvo por el camino recorrido”? Sin duda, chocaría violentamente contra el Sol, con horror y daño de toda la Creación. Esto es lo que quieren hacer ellos, creyendo que pueden hacer pedazos al Sol...

-Es la lucha de las Tinieblas contra la Luz. La vemos todos los días en los amaneceres y en los crepúsculos. Las dos fuerzas que se contraponen, que adquieren recíprocamente el dominio sobre la Tierra. Pero las tinieblas siempre pierden, porque nunca son absolutas. Siempre emana un poco de luz, aun en la noche más privada de astros. Parece como si el aire por sí mismo la creara en los infinitos espacios del firmamento y la diseminara, si bien limitadísima, para convencer a los hombres de que los astros no están apagados. Y yo digo que, igualmente, en estas especiales tinieblas del Mal contra la Luz que es Jesús, siempre, a pesar de todos los esfuerzos de las Tinieblas, la Luz estará ahí para confortar a quien en Ella cree dice Juan, sonriendo ante este pensamiento suyo, recogido dentro de sí como si monologara.

Santiago de Alfeo recoge su pensamiento:

-Los Libros (*Génesis 1, 2-3. Números 11, 26-29; 22, 20-35; 23, 4-30; 24; 1 Reyes 13, 1-5; 2 Reyes 1, 15-16; Isaías 11-12)* llaman al Cristo "Estrella de la mañana". Él, por tanto, también conocerá una noche, y -¡oh, espanto mío!- también nosotros la

conoceremos; conoceremos una noche, un tiempo en que no parecerá fuerte la Luz, sino victoriosas las Tinieblas. Pero, dado que Él es llamado Estrella de la mañana excluyendo un límite en el tiempo, yo digo que tras la momentánea noche Él será Luz matutina, pura, fresca, virginal, renovadora del mundo, semejante a la que siguió al Caos en el día primero. ¡Oh!, sí. El mundo será creado de nuevo en su Luz.

-Y la maldición – dice Judas de Alfeo - caerá sobre los réprobos que hayan querido alzar las manos contra la Luz, repitiendo los errores ya cometidos, desde Lucifer hasta los profanadores del pueblo santo. Yeohveh deja libre al hombre en sus acciones. Pero, por amor del propio hombre, no permitirá que el Infierno prevalezca.

-¡Oh, menos mal que, después de tanto sopor de espíritu, por el que todos parecíamos como obtusos y entorpecidos por vejez precoz la sabiduría vuelve a florecer en nuestros labios! ¡Ya no parecíamos nosotros! ¡Ahora reconozco de nuevo al Zelote y a Juan y a los dos hermanos de otros tiempos! - dice Judas Iscariote felicitándose.

-No me parece que hubiéramos cambiado tanto, que no pareciéramos nosotros - dice Pedro.

-¡Que si habíamos cambiado! Todos. Tú el primero. Y luego Simón y los otros, incluido yo. Si había uno que era más o menos el de siempre, era Juan.

-¡Mmm! Verdaderamente no sé en qué...

-¿En qué? Taciturnos, como cansados, indiferentes, pensativos... Ya no se oía nunca una de estas conversaciones, semejantes a muchas de otros tiempos, semejantes a la de ahora, que son tan útiles...

-Para discutir - dice Judas Tadeo, recordando cómo, efectivamente, con frecuencia degeneraban en disputas.

-No. Para formarse. Porque no todos somos como Natanael, ni como Simón, ni como vosotros de Alfeo, por nacimiento o sabiduría. Y quien lo es menos aprende siempre de quien lo es más - rebate Judas Iscariote.

-Verdaderamente... yo diría que más que nada es necesario formarse en la justicia. Y de ésta nos ha dado magníficas lecciones Simón - dice Tomás.

-¿Yo? ¡Tú ves mal! Soy el más necio de todos - dice Pedro.

-No. Tú eres el que más ha cambiado. En esto tiene razón Judas Keriot. Bien poco queda en ti del Simón que conocí yo cuando vine con vosotros, y que, perdona, siguió siendo igual durante mucho tiempo. Desde que estoy de nuevo contigo después de la separación para las Encenias, no has hecho otra cosa que transformarte. Ahora eres... sí, lo digo: eres más paterno y, al mismo tiempo, más austero. Tienes conmiseración de todos tus pobres hermanos, mientras que antes... Y se ve, yo al menos lo veo, que esto te cuesta. Pero te vences a ti mismo. Y nunca nos has impuesto tanto respeto como ahora, que hablas poco y regañas poco...

-¡Pero, amigo mío, tú eres muy bueno viéndome así!... Yo, aparte de en el amor hacia el Maestro, que me crece continuamente, no he cambiado en nada de nada.

-No. Tomás tiene razón. Estás muy cambiado - confirman bastantes.

-¡Bueno, bueno!, lo decís vosotros... - dice Pedro encogiéndose de hombros. Y añade:

-Sólo el juicio del Maestro sería seguro. Pero me guardo bien de pedírselo. Él conoce mi debilidad y sabe que incluso una alabanza mal dada podría perjudicar a mi espíritu. Por tanto, no me alabaría, y haría bien en no hacerlo. Comprendo cada vez mejor su corazón y su sistema, y ahí veo toda la justicia.

-Porque tienes ánimo recto y porque amas cada vez más. Lo que te hace ver y comprender es tu amor por mí. Maestro tuyo, el verdadero y más grande Maestro que te hace comprender, es el Amor - dice Jesús, que hasta ese momento ha escuchado y guardado silencio.

-Yo creo que... es también el dolor que llevo dentro...

-¿Dolor? ¿Por qué?» preguntan algunos.

-¡Bueno, pues por muchas cosas!, que en el fondo son una sola cosa: todo lo que sufre el Maestro... y el pensamiento de lo que sufrirá. No podemos seguir pensando en las musarañas como en los primeros tiempos, pensando en las nubes como críos que no saben, ahora que sabemos de qué son capaces los hombres y cómo se debe sufrir para salvarlos. ¡Venga, hombre! ¡Creíamos todo fácil en los primeros tiempos! ¡Creíamos que bastaba presentarse para que los otros vinieran a nuestra parte! Creíamos que conquistar Israel y el mundo era como... echar una red en un fondo abundante en pesca. ¡Pobres de nosotros! Pienso que si no consigue Él una buena presa, nosotros no conseguiremos ninguna. ¡Pero esto no es nada todavía! Pienso que ésos son malos y le hacen sufrir, y creo que éste es el motivo de nuestro cambio en general...

-Es verdad. Por mi parte, es verdad - confirma el Zelote.

-También en mi caso.

-También yo - dicen los otros.

-Yo hace mucho que estaba inquieto por esto y he tratado de disponer de buenas ayudas. Pero me han traicionado... y vosotros no me habéis comprendido... Y yo no os he comprendido a vosotros. Creía que erais como sois por cansancio del espíritu, por falta de confianza, por desilusión... - confiesa Judas Iscariote.

-Yo nunca he esperado humanas alegrías y por tanto, no estoy desilusionado - dice el Zelote.

-Yo y mi hermano querríamos verlo victorioso, pero para alegría suya. Lo hemos seguido por amor de parientes antes que de discípulos. Lo hemos seguido siempre, desde niños. Él, el más pequeño en edad de nosotros, hermanos, pero siempre mucho más grande que nosotros... - dice Santiago con su admiración ilimitada por su Jesús:

-Si tenemos un dolor es el que no todos nosotros, los de la parentela, lo amamos en espíritu y sólo con el espíritu. Pero no somos los únicos en Israel que lo aman mal - dice Judas Tadeo.

Judas Iscariote lo mira, y quizás hablaría, pero le distrae un grito que llega hasta ellos desde un cerro que se alza por encima del pueblecito que están orillando, buscando el camino para entrar en él:

-¡Jesús! ¡Rabí Jesús! ¡Hijo de David y Señor nuestro, ten piedad de nosotros!

-¡Leprosos! Vámonos, Maestro. Si no, va a venir el pueblo y nos van a retener en sus casas - dicen los apóstoles.

Pero los leprosos tienen la ventaja de estar más adelante que ellos, arriba, en el camino, aunque al menos a unos quinientos metros del pueblo, y bajan cojeando por el camino, y corren hacia Jesús repitiendo su grito.

-Entremos en el pueblo, Maestro. Ellos no pueden hacerlo – dicen algunos apóstoles. Pero otros rebaten:

-Ya algunas mujeres se han asomado a mirar. Si entramos nos libraremos de los leprosos, pero no de ser reconocidos y retenidos.

Y mientras titubean sobre la postura a tomar, los leprosos se van acercando a Jesús, quien, no haciendo caso de los pero y de los si de sus apóstoles, ha proseguido por su camino. Y los apóstoles se resignan a seguirle, mientras mujeres con los niños agarrados a las faldas, y algún hombre viejo que se ha quedado en el pueblo, vienen a ver, dejando una prudente distancia entre ellos y los leprosos, los cuales se detienen a algunos metros de Jesús y suplican una vez más:

-¡Jesús, ten piedad de nosotros!

Jesús los contempla un instante; luego, sin arrimarse a este grupo de dolor, pregunta:

-¿Sois de este pueblo?

-No, Maestro, de diversos lugares. Pero ese monte donde estamos, por la otra parte, mira al camino que va a Jericó, y es bueno para nosotros ese lugar...

-Id entonces al pueblo cercano a vuestro monte y mostraos a los sacerdotes.

Y Jesús reanuda la marcha, apartándose hacia el borde del camino para no rozar a los leprosos, los cuales, sin otra cosa sino una mirada de esperanza en los pobres ojos enfermos, lo miran mientras se acerca; y Jesús, llegado a su altura, alza la mano para bendecir.

La gente del pueblo, desilusionada, vuelve a las casas... Los leprosos ganan de nuevo el monte, para ir hacia su gruta o hacia el camino de Jericó.

-Has hecho bien no curándolos. Los del pueblo ya no nos habrían dejado marcharnos...

-Sí, y sería necesario llegar a Efraím antes de la noche.

Jesús camina y calla. El pueblo ya está escondido a la vista, por las curvas del camino, que es muy sinuoso porque sigue los caprichos del monte en cuyo pie está hendido.

Pero una voz los alcanza:

-¡Alabado sea el Dios Altísimo y su verdadero Mesías! ¡En Él, todo poder, toda sabiduría y piedad! ¡Alabado sea el Dios Altísimo, que en Él nos ha concedido la paz! ¡Alabadlo todos vosotros, hombres de las ciudades de Judea y Samaria, de Galilea y Transjordania! ¡Hasta las nieves del altísimo Hermón, hasta los resecos pedregales de Idumea, hasta las arenas bañadas por las olas de1 Mar Grande, cántese con poderosa voz la alabanza al Altísimo y a su Cristo! ¡Se ha cumplido la profecía de Balaam! ¡La Estrella de Jacob resplandece en el cielo rehecho de la patria que el verdadero Pastor ha vuelto a unir! ¡Se han cumplido también las promesas hechas a los patriarcas! ¡Oíd la palabra de Elías, que nos amó, oídla, pueblos de Palestina, y comprendedla! ¡Ya no se debe cojear de las dos partes, sino que se debe elegir por luz de espíritu, y si el espíritu es recto elegirá bien! ¡Éste es el Señor! ¡Seguidle! ¡Ah, que hasta ahora hemos sido castigados porque no nos hemos esforzado en comprender! El hombre de Dios maldijo el falso altar profetizando: "Sí, nacerá de la casa de David un hijo llamado Josías, que sacrificará en el altar y quemará huesos de Adán. Y el altar entonces se romperá y se hundirá en las entrañas de la Tierra, y las cenizas de la inmolación se esparcirán a septentrión y a mediodía, hacia oriente y hacia donde el Sol de pone". No queráis hacer como el necio Ocozías, que mandaba a consultar al dios de Ecrón cuando el Altísimo estaba en Israel. No queráis ser inferiores a la burra de Balaam, la cual, por su reverencia al espíritu de luz, mientras que habría caído muerto el profeta que no veía, habría merecido la vida. ¡He aquí la Luz, que pasa entre nosotros! ¡Abrid los ojos, ciegos de espíritu, y ved!- y uno de los leprosos los sigue, cada vez más cerca -incluso en el camino de primer orden en que ya están-, señalando a Jesús a los peregrinos.

Los apóstoles, desazonados, se vuelven dos o tres veces, intimando al leproso, perfectamente curado, a callarse. Y la última vez casi lo amenazan.

Pero él, dejando por un momento de alzar así la voz para hablar a todos, responde:

-¿Y qué queréis, que no glorifique las grandes cosas que Dios me ha hecho? ¿Queréis que no lo bendiga?

-Bendícelo en tu corazón y calla - le responden inquietos.

-No, no puedo callar. Dios pone las palabras en mi boca - y, otra vez con voz fuerte:

-¡Gentes de los dos lugares de frontera, gentes que pasáis fortuitamente, deteneos a adorar a Aquel que reinará en el nombre del Señor. Yo rechazaba muchas palabras. Pero ahora las repito porque las veo cumplidas. Y todas las gentes se ponen en movimiento y vienen exultantes hacia el Señor por las vías del mar y de los desiertos, por las colinas y los montes. Y también nosotros, pueblo que hemos caminado en las tinieblas, iremos hacia la gran Luz que ha surgido, hacia la Vida, saliendo de la región de la muerte. Lobos, leopardos y leones como éramos, renaceremos en el Espíritu del Señor y nos amaremos en Él, a la sombra del Retoño de Jesé que ya es cedro, bajo el cual acampan las naciones por Él recogidas desde los cuatro puntos de la Tierra. He aquí que llega el día en que los celos de Efraím tendrán fin, porque ya no existen Israel y Judá, sino un solo Reino: el del Cristo del Señor. Oíd, yo canto las alabanzas del Señor, que me ha salvado y consolado. Oíd, yo digo: alabadlo y venid a beber la salvación a la fuente del Salvador. ¡Hosanna! ¡Hosanna a las grandes cosas que Él hace! ¡Hosanna al Altísimo que ha puesto en medio de los hombres a su Espíritu revistiéndolo de carne, para que fuera el Redentor!

Es inagotable. La gente aumenta, se agolpa, ocupa el camino: quien estaba atrás se acerca, quien estaba delante regresa. Los habitantes de un pequeño pueblo -en cuyos aledaños están ya- se unen a los viandantes.

-Pero mándale que se calle, Señor. Es el samaritano. Esto dice la gente. ¡No debe hablar de ti, si ya no permites siquiera que nosotros te precedamos predicándote! - dicen inquietos los apóstoles.

-Amigos míos, repito las palabras de Moisés a Josué, hijo de Nun, que se quejaba porque Eldad y Medad profetizaban en el campamento: "¿Estás celoso por mí, en vez de mí? ¡Ojalá profetizara así todo el pueblo y el Señor diera a todos su Espíritu!". De todas formas, me detengo y lo despido para complaceros.

Y se para. Se vuelve y llama al leproso curado, el cual se acerca presuroso, se postra ante Jesús y besa la tierra.

-Álzate. ¿Y los otros dónde están? ¿No erais diez? Los otros nueve no han sentido la necesidad de dar gracias al Señor. ¿Entonces? ¿De diez leprosos, de los cuales sólo uno era samaritano, no se ha encontrado ninguno, aparte de este extranjero, que sintiera el deber de regresar para dar gloria a Dios, antes de restituirse a sí mismo a la vida y a la familia? Y se le conoce como "samaritano". ¿Ya no están ebrios los samaritanos, puesto que ven sin equivocaciones y acuden al camino de la Salvación sin paso vacilante? ¿Es que habla la Palabra un lenguaje extranjero, pues que lo entienden los extranjeros y no los de su pueblo?

Extiende la mirada de sus espléndidos ojos sobre la multitud que se encuentra allí procedente de todas partes de la Palestina. Y esos ojos, con su centelleo, son irresistibles... Muchos agachan la cabeza y azuzan a las cabalgaduras o se echan a caminar y se alejan...

Jesús baja los ojos hacia el samaritano que está arrodillado a sus pies. La mirada se hace dulcísima. Alza la mano -la tenía relajada- haciendo un gesto de bendición, y dice:

-Álzate y márchate. Tu fe ha salvado en ti más que tu carne. Camina en la Luz de Dios. Ve.

El hombre besa nuevamente la tierra y, antes de levantarse, pide:

-Un nombre, Señor. Un nombre nuevo, porque todo es nuevo en mí, para siempre.

-¿En qué tierra nos encontramos?

-En la de Efraím.

-Pues llámate Efrén de ahora en adelante, porque dos veces la Vida te ha dado vida. Ve. (*Efrén significa “doble fruto”)*

Y el hombre se alza y se marcha.

La gente del lugar y algún peregrino quisieran retener a Jesús. Pero Él subyuga con su mirada, que no es severa -antes al contrario, es muy dulce al mirarlos- pero que debe despedir poder, porque ninguno hace un gesto para retenerlo.

Y Jesús deja el camino sin entrar en el pueblecito. Cruza un campo, luego un regato y un sendero, y sube al cerro oriental, todo lleno de bosques, donde se adentra con los suyos. Dice:

-Para no extraviarnos, seguiremos el camino, pero por el bosque. Después de aquella curva, el camino se pega a este monte. Encontraremos alguna gruta para dormir y al alba rebasaremos Efraím...

## 484

## Alto obligado en las cercanías de Efraím y parábola de la granada.

Y Jesús cree, efectivamente, que con las primeras luces del alba podrá rebasar Efraím, todavía toda silenciosa y con las calles desiertas, sin que nadie lo vea. Por prudencia orilla la ciudad sin entrar en ella, a pesar de que la hora sea más que matutina.

Pero cuando, de la callecita que han recorrido, a espaldas del pueblo, salen al camino de primer orden, se encuentran en frente a todo el pueblo -podría decir esto- y, con el pueblo, a otros que han venido de los otros lugares ya rebasados, y que señalan a los de Efraím al Señor en cuanto lo ven aparecer. Por suerte, faltan totalmente fariseos, escribas y otros semejantes.

Los notables, por voluntad de la gente de Efraím, se adelantan. Uno de ellos, después de un solemne saludo, dice por todos:

-Hemos sabido que estabas entre nosotros y que no te habías desdeñado de compadecerte de ninguno. Sabíamos ya que habías sido compasivo con los de Siquem. Y hemos deseado tu presencia. Ahora Aquel que ve los pensamientos de los hombres te ha guiado a nosotros. Quédate y habla, porque también nosotros somos hijos de Abraham.

-No me es dado quedarme...

-¡Oh, sabemos que te buscan! Pero no por aquí. Esta ciudad está en el límite del desierto y de las Montañas de la sangre. Ellos no pasan con gusto por aquí. Y esta vez, además, después de los primeros no hemos vuelto a ver a ninguno.

-No puedo quedarme...

-Te espera el Templo. Lo sabemos. Pero, créenos. Nos consideráis gente proscrita porque no inclinamos la frente ante los pontífices de Israel. ¿Pero es que el pontífice es Dios? Estamos lejos, pero no tanto como para no saber que vuestros sacerdotes no son menos indignos que los nuestros. Y nosotros pensamos que Dios no puede ya estar con ellos. No. Tras la nube del incienso ya no se cela el Altísimo. Podrían dejar de quemarlo, y podrían entrar en el Santo de los Santos sin miedo a quedar reducidos a cenizas por el fulgor de Dios asentado en su gloria. Y nosotros adoramos a Dios sintiéndolo fuera de las piedras deshabitadas de los templos vacíos. Y para nosotros no está más vacío nuestro templo que el vuestro, si queréis acusarnos de tener un templo ídolo. Como ves, somos ecuánimes. Escúchanos, pues.

Adquiere un tono solemne:

-Mejor sería que te quedaras a adorar al Padre entre aquellos que, al menos, reconocen que tienen un espíritu de religión vacío de verdad como los demás, que no quieren reconocer esto y nos ofenden. Solos, evitados como leprosos, sin profetas, sin doctores, nosotros hemos sabido, al menos, estar unidos sintiéndonos hermanos. Y nuestra ley es no traicionar, porque está escrito *(Éxodo 22, 20; 23, 2-3; Deuteronomio 16, 19; 28, 14; 27, 24-25)*: "No sigas a la turba para hacer el mal; en el juicio no te apartes de la verdad por adecuarte al parecer de la mayoría". Está escrito: "No quites la vida al inocente y al justo, porque yo aborrezco al impío. No aceptes dones, que ciegan incluso a los sabios y subvierten las palabras de los justos. No hostigues al extranjero, porque vosotros sabéis lo que quiere decir ser extranjeros en la tierra de otros". Y en las bendiciones dichas precisamente en el Garizim -monte amado del Señor, si lo eligió como monte de bendición- se promete toda bendición a quien se atiene a la verdadera Ley que está en el Pentateuco. Ahora bien, si rechazamos como ídolos las palabras de los hombres, pero conservamos las de Dios, ¿podemos, acaso, ser llamados idólatras? La maldición de Dios cae sobre el que ataca

escondidamente a su prójimo y acepta dones para condenar a muerte a un inocente. Nosotros no queremos ser maldecidos por Dios por nuestras acciones. Porque por ser samaritanos no seremos maldecidos, siendo Dios el Justo que premia el bien donde se halla. Ésta es nuestra confianza en el Señor.

Se recoge un instante, luego continúa:

-Por todo esto, te decimos: Sería mejor para ti quedarte con nosotros. El Templo te odia y te busca para causarte dolor. Y no sólo eso. Siempre estarás demasiado con aquellos que te rechazan como a un oprobio. No de los judíos te vendrá el amor.

-No puedo quedarme. Pero recordaré vuestras palabras. Entretanto, os digo que perseveréis en la observancia de las leyes de justicia que habéis recordado y que brotan del precepto del amor al prójimo, el precepto que, con el del amor a Dios, forma el mandamiento principal de la Religión antigua y de la mía. Para el que vive como justo no está lejos el camino del Cielo. A los que están en el sendero cercano, separados ya sólo por puntillo, más que por una convicción, un solo paso los llevará al camino del Reino de Dios.

-¡Tu Reino!

-El mío. Pero no el Reino como lo imaginan los hombres, reino de poder temporal, justo y, a lo mejor, violento para ser poderoso, sino el Reino que empieza dentro del corazón de los hombres, a quienes el Rey espiritual da un código espiritual y dará un premio espiritual. Dará el Reino. Este Reino que no estará habitado exclusivamente por judíos o galileos o samaritanos, sino por todos aquellos que en la Tierra tuvieron una única fe: la mía, y en el Cielo llevarán un único nombre: santos. Las razas, y las divisiones entre raza y raza, se quedan en la Tierra, limitadas a ella. En mi Reino no habrá razas distintas, sino únicamente la de los hijos de Dios. Los hijos de Uno Solo pueden ser sólo de una única estirpe. Ahora dejadme continuar. Todavía es largo el camino que debo recorrer antes de la noche.

-¿Vas a Jerusalén?

-A Ensemes.

-Entonces te vamos a indicar un camino que sólo nosotros conocemos para ir al vado sin sufrir demora ni hostilidad. No llevas cargas ni carros, así que puedes ir por él. Para nona estarás en el lugar. Y conocer ese sendero será bueno para ti. Pero descansa entre nosotros una hora y acepta el pan y la sal y danos a cambio tu palabra.

-Hágase como queréis. Pero vamos a quedarnos aquí donde estamos. El día está muy plácido y este lugar es muy hermoso.

En efecto, están en una depresión cubierta de árboles frutales, ¯por su centro fluye un pequeño torrente alimentado por las primeras lluvias, que corre hacia el Jordán, cantarín y luciente bajo el sol, bajando por entre piedras grandes que lo fragmentan en espumas anacaradas. En las dos orillas, los arbustos, que han resistido el verano, parecen gozar del agua rota en espuma y diminutamente polvorizada; y brillan intensamente, dulcemente trémulos por un viento templado con sabor a manzanas maduras y a mostos en fermentación.

Jesús va justamente hasta el torrente y se sienta en una peña. Sobre su cabeza, la leve sombra de un sauce; al lado, las risueñas aguas que descienden. La gente se sienta en la hierba nueva de las dos orillas.

Entretanto, han traído del pueblo pan, leche recién ordeñada, quesos, fruta y miel, y se lo ofrecen a Jesús para que coma de ello con los suyos. Y lo miran comer, después de la ofrenda y bendición de los alimentos: como un mortal (¡qué sencillo!), como un dios (¡qué soberanamente hermoso y espiritualmente imponente!). Lleva una túnica de lana blanca (un blanco levemente marfileño, como es el color de la lana hilada en casa), y el manto azul oscuro echado a la espalda. El sol, filtrándose a través del sauce, enciende sus cabellos con chispas de oro en continuo movimiento que reproduce el de las livianas hojitas del sauce. Y un rayo logra acariciarle la mejilla izquierda, haciendo del esponjoso rizo en que termina la guedeja caediza sobre el carrillo una madeja de oro en hilos que repite más pálidamente su color en la blanda y no excesiva barba que cubre el mentón y la parte baja de la cara. La piel, de un color marfil antiguo, a la luz del sol muestra el delicado bordado de las venas en los carrillos y en las sienes, y una de ellas atraviesa de la nariz al pelo la frente lisa y alta...

Pienso que precisamente de esa vena vi caer mucha sangre por una espina que la traspasaba durante la Pasión... Siempre, cuando veo a Jesús tan hermoso y compuesto en su varonil cuidado, recuerdo cómo quedó después de los sufrimientos y las agresiones de los hombres...

Jesús come, y sonríe a unos niños que están arrimados a sus rodillas, relajada la cabeza sobre ellas, o que lo miran comer como si vieran quién sabe qué. Y Jesús, cuando llega a la fruta y la miel, les ofrece a ellos; y a los más pequeños, cual si fueran pajarillos, les pone en la boca granos de uva o migas untadas en la miel filamentosa. Un niño -sin duda le gustan y espera encontrarlas- se marcha corriendo por entre la gente en dirección a un árbol. Vuelve con los brazos cruzados sobre su pequeño pecho, haciendo de éste un cesto vivo en que descansan tres granadas de un volumen y belleza maravillosos, y se las ofrece a Jesús, insistiendo.

Jesús toma los frutos y abre dos de ellos; los divide en tantas partes como pequeños amigos tiene, y las reparte. Luego, tomando en la mano la tercera, se pone en pie y empieza a hablar, teniendo en la palma izquierda, bien a la vista, la espléndida granada.

-¿Con qué compararé el mundo en general, y en particular Palestina, que estuvo unida -y lo está en el pensamiento de Dios- en una única nación, y que luego se escindió por un error y por un obstinado odio entre hermanos? ¿Con qué compararé a Israel, así como está, en el estado en que, por su voluntad, se halla? Lo compararé con esta granada. Y os digo, en verdad, que las desavenencias que hay entre judíos y samaritanos se repiten, en forma y medida distinta pero con una única sustancia de odio, entre todas las naciones del mundo, y en ocasiones entre provincias de una misma nación. Y se consideran insalvables como si fueran cosas creadas por Dios mismo. No. El Creador no ha hecho tantos Adanes y tantas Evas como razas hay recíprocamente adversas, como tribus hay, como familias hay constituidas en enemigas la una de la otra. Hizo a *un solo Adán a una sola Eva, y de ellos han venido los hombres todos,* que se esparcieron luego para poblar la Tierra, como si fuera una sola casa que va enriqueciéndose en el número de habitaciones a medida que aumentan los hijos y se casan y procrean a los nietos para

sus padres. ¿Por qué, entonces, tanto odio entre los hombres, tantas barreras, tantas incomprensiones? Habéis dicho: "Sabemos estar unidos sintiéndonos hermanos". No es suficiente. Debéis amar también a los que no son samaritanos.

Mirad este fruto. Ya conocéis su sabor, además de su belleza. Está cerrado aún, como ahora, y ya os prometéis el jugo dulce de su interior; abierto, alegra también la vista con sus filas apretadas de granos, semejantes a rubíes dentro de un cofre. Pero ¡ay del incauto que lo mordiera sin haberle quitado las separaciones amarguísimas puestas entre una y otra familia de granos! Se intoxicaría los labios y las entrañas, y rechazaría el fruto diciendo: "Es veneno". Igualmente, las separaciones y los odios entre un pueblo y otro, una tribu y otra transforman en veneno aquello que había sido creado para ser dulzura. Son inútiles. Lo único que hacen es, como en este fruto, crear límites que comen espacio y producen incomprensión y dolor. Son amargos, y, a quien clava sus dientes, o sea, a quien muerde a su prójimo a quien no ama, para producirle daño y dolor, le dan una amargura que envenena el espíritu.

¿No se pueden hacer desaparecer? Se puede. La buena voluntad los elimina, de la misma forma que la mano de un niño quita las paredes de amargura en el dulce fruto que el Creador hizo para deleite de sus hijos. Y el primero que tiene buena voluntad es el mismo, único Señor, Dios tanto de los judíos como de los galileos, de los samaritanos como de los batenos. Y esto lo demuestra enviando al único Salvador, que salvará a éstos y a aquéllos pidiendo sólo la fe en su Naturaleza y Doctrina. El Salvador que os habla pasará derribando las inútiles barreras, borrando el pasado que os ha dividido, para sustituirlo por un presente que os hermane en su Nombre. Vosotros todos, de aquí y de allende los confines, lo único que tenéis que hacer es secundarlo, y el odio caerá, y desaparecerá la postración que suscita rencor, y desaparecerá el orgullo que suscita injusticia.

Mi mandamiento es éste: que los hombres se amen como hermanos que son. Que se amen como el Padre de los Cielos los ama y como los ama el Hijo del hombre, que por la naturaleza humana que ha asumido se siente hermano de los hombres, y que por su Paternidad se sabe dueño de vencer al Mal con todas sus consecuencias. Habéis dicho: "Es nuestra ley no traicionar". Entonces, lo primero, no traicionéis a vuestras almas privándolas del Cielo. Amaos los unos a los otros, amaos en mí, y la paz descenderá sobre los espíritus de los hombres, como ha sido prometido. Y vendrá el Reino de Dios, que es Reino de paz y de amor para todos aquellos que tienen recta voluntad de servir al Señor su Dios.

Os dejo. Que la Luz de Dios ilumine vuestros corazones... Vamos...

Se envuelve en su manto, se pone en bandolera su saca y abre la marcha; junto a Él, a uno de los lados, Pedro, y al otro el notable que ha hablado al principio. Detrás, los apóstoles. Más atrás -puesto que en grupo no es posible caminar por el sendero que sigue el torrente-jóvenes de Efraím...

## 485

## Jesús llega con los apóstoles a Betania, donde ya están algunos discípulos con Margziam.

Los variados verdes de los campos que están en torno a Betania aparecen a la vista apenas salvado un picacho de monte, apenas puesto el pie en la vertiente sur del monte, que desciende con un camino en zigzag hacia Betania. El verde plata de los olivos, el verde fuerte de los manzanos, salpicado acá o allá de las primeras amarilluras de las hojas, el desordenado y más amarillento verde de las vides, el oscuro y compacto verde de los algarrobos y las encinas, mezclados con el marrón de los campos, ya arados y a la espera de la semilla, mezclados con el verde fresco de los prados, que echan la nueva hierba, y de los fértiles huertos, forman como una alfombra multicolor para quien desde lo alto domina Betania y sus alrededores; y descollando sobre el verde más bajo, los pinceles de las palmas de dátiles, siempre elegantes, siempre rememorativas del Oriente.

La pequeña ciudad de Ensemes, acoclada en medio del verde y toda encendida de sol (de un sol que empieza su ocaso), pronto queda atrás; y después queda atrás la fuente amplia, rica en agua, situada un poco al norte donde empieza Betania, para ver después las primeras casas entre el verde... Han llegado después de mucho camino, y camino fatigoso. Y, a pesar de estar cansadísimos, parecen recuperar sus fuerzas por el simple hecho de estar cerca de la casa amiga de Betania.

La pequeña ciudad está calma, casi vacía. Muchos habitantes deben haberse trasladado ya a Jerusalén para la fiesta. Por eso, Jesús pasa inadvertido hasta los alrededores de la casa de Lázaro. Sólo cuando está ya junto al jardín ensilvecido de la casa donde estaban todas aquellas zancudas, encuentra a dos hombres que lo reconocen y lo saludan, y que preguntan:

-¿Vas donde Lázaro, Maestro? Haces bien. Está muy mal. Nosotros venimos de su casa. Le hemos llevado la leche de nuestras burritas, el único alimento que su estómago tolera todavía, junto con un poco de miel y jugo de fruta. Las hermanas no hacen más que llorar. Están agotadas de vela y de dolor... Y él no hace más que desear tu presencia. Creo que ya habría muerto pero el ansia de volverte a ver le ha hecho vivir hasta aquí.

-Voy enseguida. Dios esté con vosotros.

-¿Y... lo vas a curar? - preguntan curiosos.

-La voluntad de Dios se manifestará en él, y con ella la potencia del Señor - responde Jesús, dejando perplejos a los dos; y se apresura a ir a la cancilla del jardín.

Lo ve un doméstico y corre a abrir, pero sin ninguna exclamación de alegría. Apenas abierta la cancilla, se arrodilla para venerar a Jesús y dice con voz afligida: -¡Bien vienes, Señor! Quiera ser tu venida signo de alegría para esta casa en llanto. Lázaro, mi señor...

-Lo sé. Resignaos todos a la voluntad del Señor, que premiará el sacrificio de vuestra voluntad a la suya. Ve y llama a Marta y María. Las espero en el jardín.

El doméstico se marcha corriendo. Jesús lo sigue, despacio, después de haber dicho a los apóstoles:

-Voy donde Lázaro. Descansad, que lo necesitáis...

Y, efectivamente, mientras se asoman a la puerta las dos hermanas -tienen dificultad en reconocer al Señor, pues muy cansados están sus ojos de vela y lágrimas, y el sol, dándoles precisamente en los ojos, aumenta la dificultad de ver-, otros criados, por una puerta secundaria, salen al encuentro de los apóstoles y los acompañan.

-¡Marta! ¡María! Soy Yo. ¿No me reconocéis?

-¡Oh, el Maestro! - exclaman las dos hermanas, y se echan a correr hacia Él, y se arrojan a sus pies, a duras penas ahogando los sollozos. Besos y lágrimas descienden sobre los pies de Jesús, como ya en la casa de Simón el fariseo.

Pero esta vez Jesús no se queda inmóvil como entonces, recibiendo el lavatorio del llanto de Marta y María; esta vez se inclina y las toca en la cabeza -las acaricia y bendice con ese gesto- y las obliga a alzarse, mientras dice:

-Venid. Vamos a la pérgola de los jazmines. ¿Podéis dejar a Lázaro?

Más con gestos que con palabras, entre sollozos, dicen que sí. Y van al quiosco umbrío, entre cuya fronda tupida y oscura alguna tenaz estrellita de jazmín albea y perfuma.

-Hablad, pues...

-¡Oh, Maestro! ¡Vienes a una casa bien triste! El dolor nos ha entontecido. Cuando el criado nos ha dicho: "Un hombre os busca", no hemos pensado en ti. A1 verte, no te hemos reconocido. Pero, ¿ves? Nuestros ojos están abrasados por el llanto. ¡Lázaro está muriendo!... - y el llanto vuelve, e interrumpe las palabras de las dos hermanas, que han hablado alternativamente.

-Y Yo he venido...

-¿A curarlo? ¡Oh, mi Señor! - dice María, radiante de esperanza tras los hilos de lágrimas.

-¡Ah, yo lo decía! Si Él viene... - dice Marta, juntando las manos con gesto de alegría.

-¡Marta, Marta! ¿Qué sabes tú de las operaciones y decretos de Dios?

-¡Ay, Maestro! ¿No lo vas a curar? - exclaman juntas, y vuelven a sumirse en el dolor.

-Yo os digo: tened una fe ilimitada en el Señor. Seguid teniéndola, a pesar de toda insinuación y hecho, y veréis grandes cosas cuando vuestro corazón ya no tenga motivo para esperar verlas. ¿Qué dice Lázaro?

-En sus palabras hay un eco de las tuyas. Nos dice: "No dudéis de la bondad y poder de Dios. Suceda lo que suceda, intervendrá para vuestro bien y el mío, y para el bien de muchos, de todos los que como yo y como vosotros sepan permanecer fieles al Señor". Y, cuando está en condiciones de hacerlo, nos explica las Escrituras ya es lo único que lee- y nos habla de ti, y dice que muere en un tiempo feliz, porque la era de la paz y el perdón ha comenzado. Pero, lo oirás... Es que dice también otras cosas que nos hacen llorar incluso más que por él... - dice Marta.

-Ven, Señor. Cada minuto que pasa es un minuto robado a la esperanza de Lázaro. Contaba las horas... Decía: "Pues, para la fiesta estará en Jerusalén y vendrá...". Nosotras, nosotras que sabemos muchas cosas, que no se las decimos a Lázaro para no causarle dolor, teníamos menos esperanza, porque pensábamos que no venías para escabullirte de los que te buscan... Marta sí pensaba mucho esto. Yo menos, porque... yo, si estuviera en tu lugar, desafiaría a los enemigos. Yo no soy de esas que tienen miedo de los hombres. Y ahora ya no tengo miedo tampoco de Dios. Sé cuán bueno es para con las almas arrepentidas... - dice María, y lo mira con su mirada de amor.

-¿De nada tienes miedo, María? - pregunta Jesús.

-Del pecado... y de mí misma... Tengo siempre miedo de volver a caer en el mal. Creo que Satanás me debe odiar mucho.

-Tienes razón. Eres una de las almas más odiadas por Satanás. Pero eres también una de las más amadas por Dios. Recuerda esto.

-¡Lo recuerdo! ¡Es mi fuerza este recuerdo! Recuerdo lo que dijiste en casa de Simón. Dijiste: "Mucho se le perdona porque mucho ha amado", y a mí: "Te son perdonados los pecados. Tu fe te ha salvado. Ve en paz". Dijiste "los pecados". No muchos. Todos. Y entonces pienso, Dios mío, en tu amor a mí, sin medida. Pues bien, si mi pobre fe de entonces, como la que podía haber nacido en un alma gravada de culpas, obtuvo tanto de ti, ¿mi fe de ahora no podrá defenderme del Mal?

-Sí, María. Vela por ti misma y vigílate. Es humildad y prudencia. Pero ten fe en el Señor. Él está contigo.

Entran en casa. Marta va a ver a su hermano. María quisiera servir a Jesús. Pero Jesús quiere antes ir donde Lázaro. Y entran en la habitación en penumbra en que se consuma el sacrificio.

-¡Maestro!

-¡Amigo mío!

Los brazos esqueletados de Lázaro se extienden hacia arriba; los de Jesús, hacia abajo para abrazar el cuerpo del amigo que languidece: un largo abrazo. Luego Jesús coloca de nuevo al enfermo sobre las almohadas y lo contempla con piedad. Pero Lázaro sonríe. Está feliz. En su rostro deshecho sólo resplandecen vivaces los ojos hundidos, iluminados con la alegría de tener allí a Jesús.

-¿Lo ves? He venido. Y para estar mucho contigo.

-¡No puedes, Señor! A mí no me dicen todo. Pero sé lo suficiente - como para decirte que no puedes. A1 dolor que te causan, añaden el mío, mi parte, no concediéndome expirar entre tus brazos. Pero yo que te quiero, no puedo por egoísmo tenerte a mi lado, en el peligro. Tú... ya he dado disposiciones... debes cambiar siempre de lugar. Todas mis casas están abiertas para ti. Los custodios han recibido órdenes, como también los encargados de mis campos. Pero no vayas al Getsemaní para estar allí un tiempo. Está muy vigilado. Me refiero a la casa. Porque a los olivos, especialmente a los de arriba, puedes ir, y por muchos caminos, sin que lo sepan. ¿Sabes que Margziam está ya aquí`? Algunos le hicieron preguntas mientras estaba en la almazara con Marcos. Querían saber dónde estabas, y si venías. El muchacho respondió muy bien: "Es israelita y vendrá. Por dónde, no lo sé, porque lo dejé en el Merón". Así ha impedido que te tachasen de pecador y no ha mentido.

-Te lo agradezco, Lázaro. Seguiré tu consejo. Pero, de todas formas, nos veremos con frecuencia. Lo sigue contemplando.

-¿Me miras, Maestro? ¿Ves cómo me he quedado? Como un árbol que se despoja de hojas en otoño, yo, cada hora que pasa, me despojo de carne, de fuerza y de horas de vida. Pero digo la verdad diciendo que, si siento el no vivir lo suficiente para ver tu triunfo, exulto por marcharme para no ver -impotente, como soy, para frenarlo- el odio que aumenta en torno a ti.

-No eres impotente; nunca lo eres. Eres providente para con tu amigo aun antes de que Él llegue. Tengo dos casas de paz, y, podría decir: igualmente queridas: la de Nazaret y ésta. Si allí está mi Madre, el amor celeste casi cuanto el Cielo por el Hijo de Dios, aquí tengo el amor de los hombres por el Hijo del hombre. El amor amigo, creyente, venerante... ¡Gracias, amigos míos!

-¿Es que tu Madre no va a venir?

-A1 principio de la primavera.

-¡Oh, entonces yo ya no la volveré a ver!...

-No. Tú la verás. Yo te lo digo. Me debes creer.

-En todo, Señor. Hasta en las cosas desmentidas por los hechos.

-¿Margziam dónde está?

-En Jerusalén con los discípulos. Pero viene aquí al atardecer. Dentro de poco. ¿Y tus apóstoles? ¿No están contigo?

-Están allá, con Maximino, que está atendiendo su cansancio y extenuación.

-¿Habéis andado mucho?

-Mucho. Sin tregua. Ya te contaré... Ahora descansa. Entretanto, te bendigo.

Y Jesús lo bendice y se retira.

Los apóstoles están ahora con Margziam y con casi todos los pastores, y refieren las insistencias de los fariseos en saber acerca de Jesús, y dicen que eso los ha escamado; tanto que ellos, los discípulos, han pensado en ponerse de guardia en todos los caminos que conducen hacia el interior de Jerusalén, para avisar al Maestro.

-Efectivamente - refiere Isaac - estamos diseminados, a algunos estadios de las Puertas, en todos los accesos.

-Maestro -Judas se ríe- ellos dicen que en la Puerta de Jaffa, había hoy medio Sanedrín, y discutían unos con otros porque algunos recordaban mis palabras de Enganním, otros juraban que habían sabido que habías estado en Dotán, otros, por el contrario, decían que te habían visto en los aledaños de Efraím, y eso los ponía furiosos, al no saber ya donde estabas... - y se ríe de la burla jugada a los enemigos de Jesús.

-Mañana me verán.

-No. Mañana vamos nosotros. Ya lo hemos concertado. Todos en grupo y haciéndonos ver bien.

-No quiero. Tú mentirías.

-Te juro que no mentiré. Si no me dicen nada, no digo nada. Si nos preguntan si estás con nosotros, diré: "¿Y no veis que no está?, y si quieren saber dónde estás, responderé: "Buscadlo vosotros. ¿Cómo queréis que sepa yo dónde está el Maestro en este momento?". Ciertamente, no podré saber si estás en casa, aquí o por los huertos, o sé dónde.

-Judas, Judas, te he dicho...

-Y yo te digo que tienes razón. Pero esto mío no será sencillez de paloma, sino prudencia de serpiente. Tú, la paloma; yo, la serpiente. Y juntos formaremos esa perfección que has enseñado - Toma el tono que tiene Jesús cuando enseña y dice, imitando a la perfección al Maestro: "Yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas... No os preocupéis de qué responder, porque en ese momento se os pondrá en los labios las palabras, siendo así que no habláis vosotros, sino que habla en vosotros el Espíritu... Cuando os persigan en una ciudad huid a otra, hasta que venga el Reino del Hijo del hombre... Las recuerdo y es la hora de aplicarlas.

-No las he dicho así, ni dije estas solas - objeta Jesús.

-Por ahora, sólo es necesario recordar éstas, y decirlas así. Sé lo que quieres decir. Pero, si no está confirmada la fe en ti, que es piedra en tu Reino, no está bien el ponerse en manos de los enemigos Después... diremos y haremos lo demás...

Y la expresión de Judas es tan brillante de inteligencia y picardía, que conquista a todos, menos a Jesús, que suspira. Es verdaderamente el hombre seductor al que nada le falta para triunfar sobre los hombres.

Jesús suspira y piensa... Pero, sintiendo que no es del todo mala la medida propuesta por Judas, cede. Y éste, triunfante, formula todo su plan.

-Nosotros, pues, iremos mañana, y pasado mañana, hasta el día siguiente del sábado. Y estaremos en una cabaña hecha de ramas, en el valle del Cedrón, como perfectos israelitas. Ellos se cansarán de esperarte... y entonces irás. Entretanto, estarás aquí, en paz, descansando. Estás exhausto, Maestro mío. Y nosotros esto no lo queremos. Después de cerradas las puertas, uno de nosotros vendrá a decirte lo que hacen ellos. ¡Oh, será bonito verlos chasqueados!

Todos asienten y Jesús no opone resistencia. Quizás el cansancio, verdaderamente grande, quizás el deseo de confortar a Lázaro, de darle todo el conforte antes de la lucha final, contribuyen a que ceda. Quizás también la necesidad real de mantenerse libre, hasta que no se cumplan todas las obras que son necesarias para que Israel no dude de su Naturaleza antes de juzgarlo como reo... Lo cierto es que dice: -Pues así sea. Pero no busquéis disputas, y evitad los embustes. Mejor callad, pero no mintáis. Ahora vámonos, que Marta nos llama. Ven, Margziam. Te encuentro con mejor aspecto... Se aleja, hablando, pasado un brazo en torno a los hombros del discípulo jovencito.

## 486

## En el Templo para la fiesta de los Tabernáculos. Discurso sobre la naturaleza del Reino.

Jesús entra en el Templo. Viene con sus apóstoles y con numerosísimos discípulos que conozco al menos de cara. Y, al final de todos, pero ya unidos al grupo como queriendo mostrar que quieren ser considerados seguidores del Maestro, caras nuevas, desconocidas todas, menos la sagaz del griego venido de Antioquía, que habla con otros -quizás gentiles como él- y que se detiene, con los que con él hablan, en el patio de los Paganos, mientras Jesús y los suyos prosiguen para entrar en el patio de los Israelitas.

Naturalmente, la entrada de Jesús en el Templo, que está de bote en bote, no pasa desapercibida. Un susurro nuevo se alza, como de una colmena disturbada, un susurro que cubre las voces de los doctores que dan sus lecciones bajo el pórtico de los Paganos. Lecciones que, por lo demás, se suspenden, como por ensalmo; y alumnos de los escribas corren en todas las direcciones a llevar la noticia de la llegada de Jesús; de forma que cuando Él entra en el segundo recinto, donde está el atrio de los Israelitas, ya bastantes fariseos, escribas y ′sacerdotes están atropados observándolo. Pero, mientras ora, no le dicen nada, y ni siquiera se le acercan, únicamente lo vigilan.

Jesús vuelve al pórtico de los Paganos. Y ellos detrás. Y la comitiva de los malintencionados aumenta, como también aumenta la de los curiosos o de los bienintencionados. Y susurros en voz baja se mueven entre la gente. De vez en cuando, alguna voz más fuerte: « ¿Veis como ha venido? Es un justo. No podía faltar a la fiesta». O: « ¿Qué ha venido a hacer?, ¿a extraviar más aún al pueblo?». O también: «¿Estáis contentos ahora?, ¿ahora veis dónde está?, ¡mucho lo habéis preguntado!». Voces aisladas y apagadas enseguida, ahogadas en las gargantas por miradas significativas de discípulos y seguidores que amenazan, con su propio amor, a los rencorosos enemigos. Voces irónicas, venenosas, de enemigos que arrojan una chorretada de veneno y después se detienen, porque tienen miedo de la muchedumbre. Y silencio de la muchedumbre después de una manifestación significativa en favor del Maestro, porque tiene miedo a las represalias de los poderosos. El reino del miedo recíproco...

El único que no tiene miedo es Jesús. Anda despacio, con majestad, hacia el lugar a donde quiere ir, un poco absorto, pero pronto para salir de su absorbimiento para acariciar a un niño que una madre le presenta, o sonreír a un anciano que lo saluda bendiciéndolo.

En el pórtico de los Paganos, de pie, erguido, entre un grupo de alumnos, está Gamaliel: con los brazos cruzados, con su esplendorosa vestidura blanquísima y amplísima -que parece aún más blanca en contraste con la gruesa alfombra roja oscura extendida en el suelo en el punto donde esta Gamaliel-, parece estar pensando -la cabeza un poco inclinada- y no interesarse de lo que ocurre. Entre sus discípulos, por el contrario, hay agitación, la agitación de la más grande curiosidad. Uno, pequeñito, incluso se sube a un alto escabel para ver mejor.

Pero, cuando Jesús está a la altura de Gamaliel, el rabí alza el rostro; y sus ojos profundos, bajo su frente de pensador, se clavan un instante en el rostro sereno de Jesús. Es una mirada escrutadora, mortificante y mortificada. Jesús la siente y se vuelve. Lo mira. Los dos fulgores, el de los ojos negrísimos y el de los ojos de zafiro, se entrelazan: el de Jesús, abierto, manso, que se deja escrutar; el de Gamaliel, impenetrable, tendente a conocer y deseoso de rasgar el misterio de la verdad -porque para él es un misterio el Rabí galileo-, pero farisaicamente celoso de su pensamiento, de modo que se cierra a toda indagación que no sea de Dios. Un instante. Luego Jesús prosigue y el rabí Gamaliel vuelve a reclinar la cabeza sobre el pecho, sordo a toda pregunta recta, ansiosa, de algunos que están en torno a él, o subrepticia y cargada de aborrecimiento de otros:

-¿Es Él, maestro?

-¿Qué opinas tú?

-¡Bien!

-¿Cuál es tu juicio?

-¿Quién es Éste?

Jesús va al lugar que ha elegido para sí. ¡Oh!, ¡no tiene alfombras bajo los pies! Ni siquiera está bajo el pórtico; simplemente, junto a una columna, en pie, erguido, en el escalón más alto, en el fondo del pórtico. El lugar más modesto. En torno a Él, apóstoles, discípulos., seguidores, curiosos; más allá, fariseos, escribas, sacerdotes, rabíes. Gamaliel no deja el sitio donde está.

Jesús se pone a predicar por centésima vez la venida del Reino de Dios y la preparación de este Reino. Y yo podría decir que, ampliados en potencia, repite los mismos conceptos tratados, casi en el mismo lugar, veinte años antes. Habla de la profecía de Daniel, del Precursor anunciado por los profetas; recuerda la estrella de los Magos, la matanza de los Inocentes. Y, sentadas estas premisas para mostrar los signos de la venida del Cristo a la Tierra, cita, como corroboración de su venida, los signos actuales que acompañan al Cristo docente, como antes los otros acompañaban al adviento del Cristo encarnado, o sea, recuerda la contradicción que lo acompaña, la muerte del Precursor, y los milagros que continuamente se producen, confirmando que Dios está con su Cristo. No ataca nunca a sus antagonistas. Parece no verlos siquiera. Habla para confirmar en la fe a sus seguidores, para iluminar acerca de la verdad a aquellos que, sin culpa, están todavía en tinieblas respecto a ella...

Una voz áspera se deja oír desde el extremo de la gente:

-¿Cómo puede Dios estar en tus milagros, si se producen en día prohibido? Incluso ayer has curado a un leproso en el camino de Betfagé.

Jesús mira al que lo ha interrumpido, pero no responde. Sigue hablando de la liberación del dominio que oprime a los hombres, y de la instauración del Reino de Cristo, eterno, invencible, glorioso, perfecto.

-Y esto, ¿cuándo? - dice un escriba haciendo risitas. Y añade:

-Ya sabemos que quieres hacerte rey. Pero un rey como Tú sería la ruina de Israel. ¿Dónde está tu potencia de rey?; ¿dónde, los soldados?;¿dónde, los tesoros?; ¿dónde, las alianzas? ¡Estás desquiciado!

Y muchos como él menean la cabeza riéndose con menosprecio.

Un fariseo dice:

-Así no. De esta forma nunca sabremos qué entiende Él por reino, cuáles leyes y cuáles manifestaciones tendrá ese reino. ¿Qué? ¿Acaso el reino antiguo de Israel fue de repente perfecto como en los tiempos de David y Salomón? ¿No recordáis cuántas incertidumbres y horas oscuras antes del esplendor regio del rey perfecto? Para disponer del primer rey fue necesario, antes, formar al hombre de Dios que lo ungiera, y, por tanto, quitar la esterilidad a Ana de Elcaná e inspirarle que ofreciera el fruto de su vientre. Meditad el cántico de Ana. Es lección para nuestra dureza y ceguera: Nadie es santo como el Señor... No queráis multiplicar, jactándoos, las palabras soberbias... El Señor hace morir y vivir... exalta al pobre... Hace seguros los pasos de sus santos, y los impíos callarán porque el hombre no es fuerte por su fuerza, sino por la que le viene de Dios". ¡Recordad! "El Señor juzgará los confines de la Tierra.- dará el imperio a su rey y exaltará la potencia de su Cristo"*(1 Samuel 2; 1 Samuel 1, 10-11 y 20; 2, 1-11)* El Cristo de las profecías no debía, acaso, venir de David? ¿Y es que todas las premisas, desde el nacimiento de Samuel en adelante, no son premisas para el reino del Cristo? ¿Tú, Maestro, no eres acaso de David, nacido en Belén? - pregunta, para finalizar, directamente a Jesús.

-Tú lo has dicho - responde Jesús brevemente.

-¡Oh! Entonces satisface nuestras mentes. Ya ves que el callar no es buena cosa, porque fomenta las nubes de la duda en los corazones.

-No de la duda. De la soberbia. Es más grave aún.

-¿Cómo? ¿Dudar de ti es menos grave que ser soberbios?

-Sí. Porque la soberbia es la lujuria de la mente. Y es el pecado más grande, siendo el mismo pecado de Lucifer. Dios perdona muchas cosas, y su Luz resplandece amorosa para alumbrar las ignorancias y alejar las dudas. Pero no concede su perdón a la soberbia que lo escarnece afirmando ser mayor que Él.

-¿Quién de nosotros dice que Dios es más pequeño que nosotros? Nosotros no blasfemamos... - gritan varios.

-No lo decís con los labios, pero lo confirmáis con las obras. Queréis decir a Dios: "No es posible que el Cristo sea un galileo, uno del pueblo. No es posible que sea éste". ¿Qué es imposible para Dios?

La voz de Jesús es un trueno. Si antes presentaba un aspecto un poco modesto, apoyado como un mendigo en su columna, ahora Jesús se endereza, se separa del pilar, yergue majestuosamente la cabeza y asaetea a la gente con sus fúlgidos ojos. Está todavía en el escalón, pero tan regio es su aspecto, que es como si estuviera sobre un trono. La gente retrocede, casi con miedo, y ninguno responde a la última pregunta.

Luego un rabí, pequeño, lleno de arrugas, feo de aspecto como ciertamente lo es de alma, pregunta, haciendo preceder la pregunta de una risita disonante y cascada:

-La lujuria se cumple siendo dos ¿La mente con quién la cumple? No es corpórea. ¡Cómo puede, entonces, pecar lujuriosamente? ¿A qué, siendo incorpórea, se une para pecar? - y ríe, estirando las palabras y la risita.

-¿A quién? A Satanás. La mente del soberbio fornica con Satanás contra Dios y contra el amor.

-¿Y Lucifer con quién fornicó para hacerse Satanás, si todavía no era Satanás?

-Consigo mismo. Con su propio pensamiento inteligente y desordenado. ¿Qué es la lujuria, escriba?

-¡Pero... te lo he dicho! ¿Y quién no sabe qué es la lujuria? Todos la hemos experimentado...

-No eres un rabí sabio, porque no conoces la esencia verdadera de este pecado universal, trino fruto del Mal; así como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son la trina forma del Amor. La lujuria es desorden, escriba. Desorden guiado por una inteligencia libre y consciente, que sabe que su apetito está mal, pero de todas formas quiere saciarlo. La lujuria es desorden y violencia contra las leyes naturales, contra la justicia y el amor hacia Dios, hacia nosotros mismos, hacia nuestros hermanos. Toda lujuria. Tanto la carnal como la que tiende a las riquezas y poderes de la Tierra, como la de aquellos que quisieran impedirle al Cristo su misión, porque mantienen contubernio con la inmoderada ambición que teme ser quebrantada por mí.

Un gran murmullo se extiende por la aglomeración de gente. Gamaliel, que se ha quedado solo en su alfombra, alza la cabeza y lanza una mirada penetrante a Jesús.

-Pero ¡cuándo vendrá, entonces, el Reino de Dios? No has respondido... - insta de nuevo el fariseo de antes.

-Cuando el Cristo esté en el trono que Israel le prepara, más alto que todos los demás tronos, más alto que este mismo Templo.

-¿Pero, donde lo están aparejando, pues que no se ve aparato de nada? ¿Podrá ser verdad que Roma deje resurgir a Israel? ¿Es que las águilas se han quedado ciegas para no ver lo que se prepara?

-El Reino de Dios no viene con aparato. Sólo el ojo de Dios lo ve formarse, porque el ojo de Dios lee dentro de los hombres. Por tanto, no vayáis buscando dónde está este Reino, dónde se prepara. Y no creáis a quien diga: "Se conjura en Batena, se conjura en las cavernas del desierto de Engadí, se conjura en las orillas del mar". El Reino de Dios está en vosotros, dentro de vosotros, en vuestro espíritu que acoge la Ley venida de los Cielos como ley de la verdadera Patria, ley que, practicándola, hace a uno ciudadano del Reino. Por esto, antes de mí ha venido Juan a preparar los caminos de los corazones, por los cuales debía penetrar en ellos mi Doctrina. Con la penitencia se han preparado los caminos, con el amor el Reino surgirá, y caerá la esclavitud del pecado que impide a los hombres el Reino de los Cielos.

-¡Pero, verdaderamente este hombre es grande! ¿Y vosotros decís que es un artesano? - dice fuerte uno que escuchaba atentamente. Y otros, judíos por su vestimenta, y quizás instigados por los enemigos de Jesús, se miran confundidos, y miran a sus instigadores preguntando:

-¿Pero qué nos habéis imbuido? ¿Quién puede decir que este hombre extravía al pueblo? - y otros:

-Nos preguntamos y os preguntamos estas cosas: si es verdad que ninguno de vosotros lo ha instruido, ¿cómo tiene tantos conocimientos? ¿Dónde los ha aprendido, si no ha estudiado nunca con ningún maestro? - y dirigiéndose a Jesús:

-Di, pues, ¿dónde has encontrado esta doctrina tuya?

Jesús alza un rostro inspirado y dice:

-En verdad, en verdad os digo que esta doctrina no es mía, sino que es de Aquél que me ha enviado a vosotros. En verdad, en verdad os digo que ningún maestro me la ha enseñado, ni la he encontrado en ningún libro viviente, o en ningún rollo o monumento de piedra. En verdad, en verdad os digo que me he preparado para esta hora oyendo al Viviente hablarle a mi espíritu. Ahora la hora ha llegado para que Yo dé al pueblo de Dios la Palabra venida de los Cielos. Y lo hago, y lo haré hasta el último respiro, y, tras haberlo exhalado, las piedras que me oyeron y no ablandecieron, conocerán un temor a Dios más fuerte que el que experimentó Moisés en el Sinaí; y en el temor, con voz de verdad, para bendecir o maldecir, las palabras de mi doctrina rechazada se grabarán en las piedras. Y esas palabras ya no se borrarán nunca. El signo permanecerá. Luz para quien lo acoja, al menos entonces, con amor; absolutas tinieblas para quien ni siquiera entonces comprenda que ha sido la voluntad de Dios la que me ha enviado para fundar su Reino. A1 principio de la creación fue dicho: "Hágase la luz". Y la luz apareció en el caos. A1 principio de mi vida fue dicho: "Paz a los hombres de buena voluntad". La buena voluntad es aquella que hace la voluntad de Dios y no combate contra ella. Ahora bien, aquel que hace la voluntad de Dios y no combate contra ella siente que no puede combatir contra mí, porque siente que mi doctrina viene de Dios y no de mí mismo. ¿Acaso busco Yo mi gloria? ¿Digo, acaso, que soy el Autor de la Ley de gracia y de la era de perdón? No. Yo no tomo la gloria que no es mía, sino que doy gloria a la gloria de Dios, Autor de todo lo que es bueno. Ahora bien, mi gloria es hacer lo que el Padre quiere que haga, porque esto le da gloria a Él. El que habla a favor propio para recibir alabanza busca su propia gloria. Mas aquel que pudiendo -incluso sin buscarla- recibir gloria de los hombres por lo que hace o dice y la rechaza diciendo: "No es mía, creada por mí sino que procede de la del Padre, de la misma manera que Yo de Él procedo" está en la verdad y en él no hay injusticia, pues da a cada uno lo suyo sin quedarse con nada de lo que no le pertenece. Yo soy porque Él ha querido que fuera». *(El contexto presenta a Cristo en su humanidad ("Aquel que me ha enviado entre vosotros", "me ha preparado para esta hora", "hasta el último respiro", "A1 principio de mi vida"...), por tanto hay que entender esta frase en el sentido de la Encarnación por voluntad del Padre).*

Jesús se detiene un momento. Recorre con sus ojos la aglomeración de gente. Escudriña las conciencias. Las lee. Las sopesa. Abre de nuevo sus labios:

-Vosotros calláis: la mitad admirados, la otra mitad pensativos, pensando en cómo podéis hacerme callar. ¿De quién son los diez mandamientos? ¿De dónde vienen? ¿Quién os los ha dado?

-¡Moisés! - grita la gente.

-No. El Altísimo. Moisés, su siervo, os los trajo. Pero son de Dios. Vosotros los que tenéis las fórmulas pero no tenéis la fe, en vuestro corazón decís: "Nosotros a Dios no lo hemos visto. Y tampoco lo vieron los hebreos que estaban al pie del Sinaí". ¡Oh!, no os son suficientes para creer que Dios estaba presente ni siquiera los rayos, que incendiaban el monte mientras Dios resplandecía tronando delante de Moisés. No os valen ni siquiera los rayos y los terremotos para creer que Dios está sobre vosotros para escribir el Pacto eterno de salvación y de condena. Una epifanía nueva, tremenda veréis, y pronto, entre estos muros. Y las mansiones sagradas ya no estarán en tinieblas, porque habrá comenzado el Reino de la Luz, y el Santo de los Santos, no celado ya tras la ternaria cortina, será elevado ante la presencia de todos. Y todavía no creeréis. Entonces, ¿qué se necesitará para haceros creer? ¿Que los rayos de la Justicia incidan en vuestras carnes? Pero entonces la Justicia estará apaciguada, y descenderán los rayos del Amor. Y, a pesar de todo, ni siquiera éstos escribirán en vuestros corazones, en todos vuestros corazones, la Verdad y suscitarán el arrepentimiento y luego el amor...

Los ojos de Gamaliel, en un rostro tenso, están ahora fijos en el rostro de Jesús...

-Pero, Moisés sabéis que era hombre entre los hombres; de él os han dejado descripción los cronistas de su tiempo. Y, a pesar de todo, sabiendo incluso quién era, de Quién y cómo recibió la Ley, ¿observáis, acaso, esta Ley? No. Ninguno de vosotros la observa.

Un grito de protesta entre la gente.

Jesús impone silencio:

-¿Decís que no es verdad? ¿Que la observáis? ¿Y entonces por qué tratáis de matarme? ¿No prohíbe el quinto mandamiento matar al hombre? ¿Vosotros no admitís en mí al Cristo? Pero no podéis negar que Yo sea hombre. Entonces ¿por qué tratáis de matarme?

-¡Pero Tú estás loco! ¡Eres un endemoniado! ¡Un demonio habla en ti y te hace delirar y decir embustes! ¡Ninguno de nosotros piensa en matarte! ¡Quién quiere matarte? - gritan, precisamente aquellos que lo quieren hacer.

-¿Que quién? Vosotros. Y buscáis las disculpas para hacerlo. Y me echáis en cara culpas no verdaderas. Me echáis en cara -y no es la primera vez- el que haya curado a un hombre en sábado. ¿Y no dice Moisés (*Deuteronomio 22, 4)* que tengamos piedad incluso del asno y del buey caídos, porque representan un bien para el hermano? ¿Y Yo no debería tener compasión del cuerpo enfermo de un hermano, para el cual la salud recuperada es un bien material y un medio espiritual para bendecir a Dios y amarlo por su bondad? ¿Y la circuncisión que Moisés os dio, por haberla recibido de los patriarcas, acaso no la practicáis también en día de sábado? Si circuncidando a un hombre en día de sábado no se viola la Ley mosaica del sábado, porque la circuncisión sirve para hacer de un varón un hijo de la Ley, ¿por qué os enojáis contra mí si en día de sábado he curado a un hombre enteramente, en el cuerpo y en el espíritu, y he hecho de él un hijo de Dios? No juzguéis según la apariencia y la letra, sino juzgad con recto juicio y con el espíritu, porque la letra, las fórmulas, las apariencias, son cosas muertas, escenarios pintados, pero no verdadera vida, mientras que el espíritu de las palabras y apariencias es vida real y fuente de eternidad. Pero vosotros no entendéis estas cosas porque no las queréis entender. Vamos.

Y vuelve las espaldas a todos y se dirige hacia la salida, seguido y circundado por sus apóstoles y discípulos, que lo miran: con pena por Él, con enojo contra los enemigos.

Él, pálido, les sonríe y les dice:

-No estéis tristes. Vosotros sois amigos míos. Y hacéis bien siéndolo, porque mi tiempo se acerca a su fin. Pronto llegará el tiempo en que desearéis ver uno de estos días del Hijo del hombre, mas no podréis ya verlo. Entonces hallaréis confortación en deciros: "Nosotros lo amamos y le fuimos fieles mientras estuvo entre nosotros". Y para burlarse de vosotros y haceros

aparecer como locos os dirán: "Cristo ha vuelto. ¡Está aquí! ¡Está allá!". No creáis en esas voces. No vayáis, no os pongáis a seguir a estos falaces burladores. El Hijo del hombre, una vez que se haya marchado, no volverá sino cuando llegue su Día. Y entonces su manifestación será semejante al relámpago, que resplandeciendo surca el cielo de una parte a otra, tan rápidamente, que el ojo apenas puede seguirlo. Vosotros, y no sólo vosotros, sino ningún hombre, podría seguirme en mi aparición final para recoger a todos aquellos que fueron, son y serán. Pero antes de que esto suceda es necesario que el Hijo del hombre sufra mucho. Sufra todo. Todo el dolor de la Humanidad, y, además, sea repudiado por esta generación.

-Pero entonces, mi Señor, sufrirás todo el mal que será capaz de descargar sobre ti esta generación - observa el pastor Matías.

-No. He dicho: "Todo el dolor de la Humanidad". Ella existía antes de esta generación, y existirá, por generaciones y generaciones, después de ésta. Y siempre pecará. Y el Hijo del hombre gustará toda la amargura de los pecados pasados, presentes y futuros, hasta el último pecado, en su espíritu, antes de ser el Redentor. Y, ya en su gloria, todavía sufrirá, en su espíritu de amor, al ver que la Humanidad pisotea su amor. Vosotros no podéis entender por ahora... Vamos ahora a esta casa que me es amiga.

Y llama a una puerta, que se abre y lo deja entrar, sin que el custodio muestre estupor por el número de personas que entran detrás de Jesús.

## 487

## En el Templo para la fiesta de los Tabernáculos. Discurso sobre la naturaleza del Cristo.

El Templo está aún más lleno de gente que el día anterior. Y, entre el gentío que llena el primer patio y en él hormiguea, veo a muchos gentiles, muchos más que ayer. Todos esperan con gran interés, tanto los israelitas como los gentiles. Y hablan gentiles con gentiles y hebreos con hebreos, formando corrillos esparcidos acá o allá, sin perder de vista las puertas.

Los doctores, debajo de los pórticos, se esfuerzan en alzar la voz como reclamo y para hacer alarde de elocuencia. Pero la gente está distraída y predican a pocos alumnos.

Está Gamaliel. En su sitio. Pero no habla. Pasea atrás y adelante sobre su suntuosa alfombra, con los brazos cruzados, la cabeza baja, meditando. La larga túnica y el manto aún más largo -que está suelto y pende sujeto a los hombros por dos broches de plata, en forma de rosetones- forman por detrás una cola que él aparta con el pie cuando vuelve sobre sus pasos. Sus discípulos, los más fieles, bien juntos al muro, lo miran en silencio, con temor, y respetan la meditación de su maestro.

Algunos fariseos y algunos sacerdotes dan muestra de tener muchas cosas que hacer, y van y vienen... La gente, que comprende sus verdaderas intenciones, los señala -unos a otros se los señalan-, y algún comentario surge, como un cohete abrasador, para abrasar su hipocresía. Pero ellos fingen no oír. Ven prudente no reaccionar, porque son pocos respecto a los muchos que no odian a Jesús y que, por el contrario, los odian a ellos.

-¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Hoy viene por la puerta Dorada!

-¡Corramos!

-Yo me quedo. Vendrá aquí a hablar. No pierdo el sitio.

-Yo tampoco. Además, los que se marchan dejan el sitio a los que nos quedamos.

-Pero ¿lo dejarán hablar?

-¡Si lo han dejado entrar! …

-Sí, pero es distinto. Como hijo de la Ley, no pueden impedirle entrar. Pero como rabí pueden echarlo si quieren.

-¡Cuántas distinciones! Si lo dejan ir a hablar al Dios, ¿por que no tienen que dejarlo hablar a hombres? - el que habla es un gentil.

-Es verdad - dice otro gentil.

-A nosotros, porque somos impuros, no nos dejáis ir allá, pero venir aquí sí, esperando que nos hagamos circuncisos...

-Calla, Quinto. Por esto le dejan que nos hable a nosotros. Esperando podarnos como si fuéramos árboles. Pero no, nosotros venimos para poner sus ideas como ramas de injerto en nosotros, silvestres.

-Así es. ¡Es el único que no nos desprecia!

-¡Respecto a esto! Cuando vamos con una bolsa de monedas a comprar no nos desprecian tampoco los otros.

-¡Mira! Los gentiles nos hemos quedado como dueños y señores de este sitio. ¡Oiremos bien! ¡Y vamos a ver mejor! Me gusta ver lar caras de sus enemigos ¡Por Júpiter! Un combate de caras...

-¡Calla! Que no te oigan nombrar a Júpiter. Está prohibido aquí.

-¡Bueno, entre Júpiter y Yeohveh hay poca diferencia! Y entre dioses no se ofenderán... Yo he venido movido por un buen deseo de escuchar; no para burlarme. ¡Se habla mucho, por todas partes, de este Nazareno! Me dije: en esta época hace bueno y voy a oírlo hablar. Hay quien va más lejos para oír los oráculos...

-¿De dónde vienes?

-De Perge. ¿Y tú?

-De Tarso.

-Yo soy casi hebreo. Mi padre era un helenista de Iconio. Pero se casó en Antioquía de Cilicia con una romana, y luego murió antes de que yo naciera. Pero la progenie es hebrea.

-Tarda en venir... ¿Será que lo han detenido?

-No temas. Nos lo dirían los gritos del gentío. Estos hebreos chillan como urracas, siempre...

-¡Ahí está! ¡Es Él! ¿Va a venir justamente aquí?

-¿No ves que, arteramente, han ocupado todos los sitios menos este rincón? ¿Oyes cuántas ranas croan fingiéndose maestros?

-Pero aquel de allí está callado. ¿Es verdad que es el mayor doctor de Israel?

-Sí, pero... ¡Qué pedante! Un día lo escuché y, para digerir su ciencia, tuve que beber muchas copas de falerno en casa de Tito, en Beceta.

Se ríen.

Jesús se acerca lentamente. Pasa por delante de Gamaliel -que ni siquiera alza la cabeza-, y va al sitio de ayer.

La gente, mezcla, ahora, de israelitas, prosélitos y gentiles, comprende que va a empezar a hablar y susurra:

-Fijaos que habla públicamente y no le dicen nada.

-Quizás los príncipes y los jefes han reconocido en Él al Cristo. Ayer Gamaliel, cuando se marchó el Galileo, habló mucho con unos Ancianos.

-¡Pero es posible! ¿Cómo han hecho para reconocerlo de repente, si sólo un poco antes lo consideraban hombre merecedor de la muerte?

-Quizás Gamaliel tenía pruebas...

-¿Y qué pruebas? ¿Qué pruebas queréis que tenga en favor de ese hombre? - arremete uno.

-Cállate, ventajista. No eres más que el último de los escribanos. ¿Quién te ha preguntado? - y lo abuchean. Él se marcha.

Pero, en su lugar, aparecen otros, que no pertenecen al Templo, sino -ciertamente- a los incrédulos judíos:

-Nosotros tenemos las pruebas. Nosotros sabemos de dónde es éste. Pero, cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde es. No sabremos su origen. ¡Pero de éste! Es hijo de un carpintero de Nazaret, y todo su pueblo puede traer aquí su testimonio contra nosotros si mentimos...

Entretanto, se oye la voz de un gentil, que dice:

-Maestro, háblanos un poco a nosotros hoy. Nos ha sido dicho que afirmas que todos los hombres provienen de un solo Dios, el tuyo. Tanto que los llamas hijos del Padre. Algunos poetas nuestros estoicos tuvieron también una idea semejante a ésta. Dijeron: "Somos estirpe de Dios". Tus connacionales dicen que somos más impuros que animales. ¿Cómo concilias las dos tendencias?

Se plantea la cuestión según las costumbres de las disputas filosóficas, al menos eso creo. Y, cuando Jesús está para responder, aumenta de tono la disputa entre los judíos incrédulos y los creyentes, y una voz estridente repite:

-¡Es un simple hombre! ¡El Cristo no será eso! ¡Todo en Él tendrá carácter excepcional: forma, naturaleza, origen!...

Jesús se vuelve en esa dirección y dice fuerte:

-¿Entonces me conocéis y sabéis de dónde vengo? ¿Estáis bien seguros de ello? ¿Y lo poco que sabéis no os dice nada? ¿No os resulta confirmación de las profecías? Pero no, vosotros no sabéis todo de mí. En verdad, en verdad os digo que Yo no he venido por mí mismo, ni tampoco de donde vosotros creéis que he venido. Es la misma Verdad la que me ha enviado, y vosotros no la conocéis.

Prorrumpen los enemigos en un grito de enfado.

-La misma Verdad. Vosotros no conocéis sus obras. No conocéis sus caminos, los caminos por los que Yo he venido. El odio no puede conocer ni los caminos ni las obras del Amor. Las tinieblas no pueden aguantar la vista de la Luz. Mas Yo conozco a Aquel, que me ha enviado, porque Yo soy suyo, parte suya y un Todo con El. Y Él me ha enviado para que cumpla lo que su Pensamiento quiere.

Nace un tumulto. Los enemigos se lanzan contra Él para ponerle las manos encima, para capturarlo y pegarle. Apóstoles, discípulos pueblo, gentiles, prosélitos reaccionan para defenderlo. Acuden otros a ayudar a los primeros, y quizás hubieran logrado su objetivo, pero Gamaliel, que hasta ese momento parecía ajeno a todo, deja su alfombra y va hacia Jesús - apartado hacia el pórtico por quienes lo quieren defender- y grita:

-¡Dejadlo! Quiero oír lo que dice.

Más que el pelotón de legionarios que, de la Antonia, acude para calmar el tumulto, hace la voz de Gamaliel. El tumulto cesa cual torbellino que se deshace, y el clamor se calma transformándose en rumor. Los legionarios, por prudencia, se quedan cerca del muro externo, pero ya sin función alguna.

-Habla - ordena Gamaliel a Jesús - Responde a los que te acusan.

El tono es imperioso, pero no burlón.

Jesús da unos pasos hacia delante, hacia el patio. Tranquilo, reanuda el discurso. Gamaliel permanece donde está, y sus discípulos se apresuran a llevarle alfombra y escabel para que esté cómodo. Pero él se queda de pie: los brazos cruzados, la cabeza baja, los ojos cerrados; concentrado en escuchar.

-Me habéis acusado sin motivo, como si hubiera blasfemado en lugar de decir la verdad. Yo, no para defenderme, sino para daros la luz con el fin de que podáis conocer la Verdad, hablo. Y no hablo por mí mismo, sino que hablo recordando las palabras en que creéis y por las que juráis. Ellas me dan testimonio. Vosotros, lo sé, no veis en mí sino a un hombre semejante a vosotros, inferior a vosotros. Y os parece imposible que un hombre pueda ser el Mesías. Como mínimo pensáis que tendría que ser un ángel este Mesías, el cual debe tener un origen tan misterioso como para poder ser rey por la simple autoridad que el misterio de su origen suscita. Pero, ¿acaso alguna vez en la historia de nuestro pueblo, en los libros que forman esta historia -y que serán libros tan eternos cuanto el mundo, porque a ellos los doctores de todas las naciones y de todos los tiempos irán a beber, para corroborar su ciencia y sus investigaciones sobre el pasado con las luces de la verdad-, acaso alguna vez se dice en estos libros que Dios haya hablado a un ángel suyo para decirle *(Salmo 2, 7; 110, 1 y 4)*: "Tú serás para mí, de ahora en adelante, Hijo, porque Yo te he engendrado"?».

Veo que Gamaliel pide una tablilla y pergaminos, se sienta y escribe...

-Los ángeles, criaturas espirituales siervas del Altísimo y mensajeras suyas, han sido creados por Él como el hombre, como los animales, como todo lo que fue creado. Pero no han sido engendrados por Él. Porque Dios engendra únicamente a otro Sí mismo, pues no puede el Perfecto engendrar sino a un Perfecto, a otro Ser parejo a Sí mismo, para no rebajar su perfección engendrando a una criatura inferior a Él. Ahora bien, si Dios no puede engendrar a los ángeles, y ni siquiera elevarlos a la dignidad de hijos suyos, *(Dios no puede... ni siquiera elevarlos a la dignidad de hijos suyos: Debe leerse a la luz de la frase Pero, si Dios no ha juzgado conveniente elevar al grado de Hijo a un ángel, de unos renglones más abajo, donde se aduce un motivo de conveniencia, no de imposibilidad divina),* ¿cómo será el Hijo al que dice: "Tú eres mi Hijo. Hoy te he engendrado"? ¿Y de qué naturaleza será si, engendrándolo, y señalándoselo a sus ángeles, dice: "Y le adoren todos los ángeles de Dios"? ¿Y cómo será este Hijo, para merecer oír que el Padre -Aquel a cuya gracia se debe el que los hombres lo puedan nombrar con el corazón anonadado en adoración- le dice: "Siéntate a mi derecha hasta que haga de tus enemigos escabel para tus pies"? Ese Hijo no podrá ser sino Dios como el Padre, con quien comparte atributos y poderes y con quien goza de la Caridad que los letifica en los inefables e incognoscibles amores de la Perfección hacia sí misma.

Pero, si Dios no ha juzgado conveniente elevar al grado de Hijo a un ángel, ¿habría podido decir de un hombre lo que, al final de éste hará tres años, dijo de quien aquí os habla en el vado de Betabara? (y muchos de vosotros que os oponéis a mí estabais presentes cuando lo dijo). Vosotros lo oísteis y temblasteis. Porque la voz de Dios es inconfundible, y sin una especial gracia suya abate a quien la oye, y estremece su corazón.

¿Qué es, entonces, el Hombre que os habla? ¿Es, acaso, uno que ha nacido de principio y de voluntad de hombre, como todos vosotros? ¿Habría podido poner el Altísimo a su Espíritu a vivir en una carne carente de gracia, como es la de los hombres nacidos por voluntad carnal? ¿Y podría el Altísimo, como satisfacción de la gran Culpa, aplacarse con el sacrificio de un hombre? Pensad. Él no designa a un ángel para ser Mesías y Redentor. ¿Podrá, entonces, designar a un hombre para serlo? ¿Y podía el Redentor ser sólo Hijo del Padre, sin asumir naturaleza humana; ser el Redentor con medios y poderes que superaran las humanas deducciones? ¿Y el Primogénito de Dios podía, acaso, tener padres, si es el Primogénito eterno? ¿No se os trastoca el soberbio pensamiento ante estos interrogantes, que suben hacia los reinos de la Verdad, acercándose cada vez más a e1la, y que hallan respuesta sólo en un corazón humilde y lleno de fe?

¿Quién debe ser el Cristo? ¿Un ángel? Más que un ángel. ¿Un hombre? Más que un hombre. ¿Un Dios? Sí, un Dios. Pero con una carne unida a Él, para que ésta pueda cumplir la expiación de la carne culpable. Todas las cosas deben ser redimidas a través de la materia con que pecaron. Dios, por tanto, habría debido enviar a un ángel para expiar las culpas de los ángeles caídos, y que expiara por Lucifer y –sus seguidores angélicos. Porque ya sabéis que Lucifer también pecó. Pero Dios no envía a un espíritu angélico a redimir a los ángeles tenebrosos. Ellos no han adorado al Hijo de Dios, y Dios no perdona el pecado contra su Verbo engendrado por su Amor. Pero Dios ama al hombre y envía al Hombre, al único perfecto, a redimir al hombre y a obtener paz con Dios. Y es justo que sólo un Hombre-Dios pueda cumplir la redención del hombre y aplacar a Dios.

El Padre y el Hijo se han amado y se han comprendido. Y el Padre ha dicho: "Quiero". Y el Hijo ha dicho: "Quiero". Y luego el Hijo ha dicho: "Dame". Y el Padre ha dicho: "Toma", y el Verbo tuvo una carne, cuya formación es misteriosa, y esta carne se llamó Jesucristo, Mesías, Aquel que debe redimir a los hombres, llevarlos al Reino, vencer al demonio, quebrar las esclavitudes.

¡Vencer al demonio! No podía un ángel, no puede cumplir lo que el Hijo del hombre puede. Y, por esto, Dios no llama a los ángeles a la gran obra, sino al Hombre. Aquí tenéis al Hombre cuyo origen se os presenta incierto, o es negado por vosotros u os pone pensativos. Aquí tenéis al Hombre. A1 Hombre aceptable para Dios. Al Hombre representante de todos sus hermanos. Al Hombre que es como vosotros en la semejanza; al Hombre superior y distinto de vosotros por la proveniencia; el cual -que no por un hombre sino por Dios ha sido engendrado y consagrado para su ministerio- está ante el excelso altar para ser Sacerdote y Víctima por los pecados del mundo, eterno y supremo Pontífice, Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec.

¡No temáis! No tiendo mis manos hacia la tiara pontifical. Otra corona me espera. ¡No temáis! No os voy a quitar el racional. Otro está ya preparado para mí. Temed sólo, más bien, el que para vosotros no sirva el sacrificio del Hombre y la misericordia del Cristo. Os he amado tanto, tanto os amo, que he obtenido del Padre mi anonadamiento. Os he amado tanto, tanto os amo, que he pedido asimilar todo el dolor del mundo para daros la salud eterna.

¿Por qué no me queréis creer? ¿No podéis creer todavía? ¿No está escrito del Cristo: "Tú eres Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec"? ¿Y cuándo comenzó el sacerdocio? ¿Quizás en tiempos de Abraham? No. Y vosotros lo sabéis. El rey de justicia y de paz (*Génesis 14, 18-20)* que viene a anunciarme, con figura profética, en la aurora de nuestro pueblo, ¿no os apercibe acerca de la existencia de un sacerdocio más perfecto, que viene directamente de Dios?; como Melquisedec, de quien nadie pudo jamás señalar sus orígenes y que es llamado "el sacerdote" y sacerdote será para siempre. ¿No creéis ya en las palabras inspiradas? Y, si creéis, ¿cómo es que vosotros, doctores, no sabéis dar una explicación aceptable a las palabras que dicen -y de mí hablan- : "Tú eres Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec"? Hay, pues, otro sacerdocio, más allá, antes del de Aarón. Y de éste está escrito *"eres";* no, "fuiste"; no, "serás". Eres sacerdote para siempre. He aquí, pues, que esta frase anticipa que el eterno Sacerdote no será de la estirpe, conocida, de Aarón, no será de ninguna estirpe sacerdotal. No; será de proveniencia nueva, misteriosa, como Melquisedec. Es de esta proveniencia. Y si la Potencia de Dios lo manda, señal es de que quiere renovar el Sacerdocio y el rito para que sea provechoso para la Humanidad.

¿Conocéis vosotros mi origen? No. ¿Conocéis mis obras? No. ¿Intuís sus frutos? No. Nada sabéis de mí. Podéis ver, pues, que también en esto soy el "Cristo", cuyo origen y naturaleza y misión deben permanecer desconocidos hasta que a Dios le plazca revelarlos a los hombres. Bienaventurados los que sepan, los que saben creer antes de que la revelación tremenda de Dios los aplaste contra el suelo con su peso y ahí los clave y triture bajo la fulgurante, poderosa verdad pronunciada: como trueno desde los Cielos; como grito desde la Tierra: "Éste era el Cristo de Dios".

Vosotros decís: "Es de Nazaret. Su padre era José. Su Madre es María". No. Yo no tengo padre que me haya engendrado hombre; no tengo madre que me haya engendrado Dios. Y, no obstante, tengo una carne, y la he asumido por misteriosa obra

del Espíritu, y he venido a vosotros pasando por un tabernáculo santo. Y os salvaré después de haberme formado a mí mismo por voluntad de Dios; os salvaré haciendo salir a mi verdadero Yo mismo del tabernáculo de mi Cuerpo para consumar el gran Sacrificio de un Dios que se inmola por la salvación del hombre.

¡Padre! ¡Padre mío! Te lo dije al principio de los días: "Aquí estoy, para hacer tu voluntad". Te lo dije en la hora de gracia antes de dejarte para revestirme de carne, y así padecer: “Aquí estoy, para hacer tu voluntad". Te lo digo una vez más para santificar a aquellos por quienes he venido: “Aquí estoy, para hacer tu voluntad". Y volveré a decírtelo, siempre te lo diré, hasta que tu voluntad sea cumplida...

Jesús baja los brazos -los tenía levantados hacia el cielo, orando-, los recoge en su pecho y agacha la cabeza, cierra los ojos y se sume en una oración secreta.

La gente bisbisea. No todos han comprendido; es más, la mayoría (y yo con ellos) no ha comprendido. Somos demasiado ignorantes. Pero intuimos que ha enunciado cosas grandes. Y, admirados, guardamos silencio.

Los maliciosos, que no han comprendido o no han querido comprender, sonriendo malévolamente dicen: «¡Éste delira!». Pero no se atreven a decir más y se apartan o se encaminan hacia las puertas meneando la cabeza. Tanta prudencia creo que es el fruto de las lanzas y dagas romanas que brillan al sol contra la muralla externa.

Gamaliel se abre paso entre los que quedan. Llega hasta Jesús, que sigue en oración, absorto, lejanos la gente y el lugar, y lo llama:

-¡Rabí Jesús!

-¿Qué quieres, rabí Gamaliel? - pregunta Jesús alzando la cabeza, todavía absortos sus ojos en una interna visión.

-Que me des una explicación.

-Habla.

-¡Apartaos todos! - ordena Gamaliel, y lo hace con un tono tal, que apóstoles, discípulos, seguidores, curiosos, y los propios discípulos de Gamaliel se apartan rápidamente.

Se quedan solos, uno frente al otro. Y se miran. Jesús siempre manso y dulce; el otro, autoritario sin querer e involuntariamente soberbio de aspecto (expresión que ciertamente le ha venido de los años de deferencia exagerada).

-Maestro... Me han sido referidas unas palabras tuyas dichas en un banquete... que yo desaprobé porque era insincero. Yo contradigo o no contradigo, pero siempre abiertamente... He meditado en esas palabras. Las he cotejado con las que tengo en mi recuerdo... Y te he esperado, aquí, para preguntarte acerca de ellas... Y primero he querido oírte hablar... Ellos no han comprendido. Yo espero poder comprender. He escrito tus palabras mientras las pronunciabas. Para meditarlas. Y no para perjudicarte. ¿Me crees?

-Te creo. Y quiera el Altísimo hacerlas llamear ante tu espíritu.

-Que así sea. Escúchame. Las piedras que deben estremecerse ¿no serán las de nuestros corazones?

-No, rabí. Éstas (y señala a las murallas del Templo con gesto circular). ¿Por qué lo preguntas?

-Porque mi corazón se estremeció cuando me fueron referidas tus palabras del banquete, y tus respuestas a los tentadores. Creía que ese estremecimiento era el signo...

-No, rabí. Es demasiado poco el estremecimiento de tu corazón y el de pocos otros para ser el signo que no deja dudas... Aunque tú, con raro juicio de humilde conocimiento de ti, defines tu corazón como piedra. ¡Oh, rabí Gamaliel, ¿te es imposible hacer de tu corazón petrificado un luminoso altar que acoja a Dios? No por interés mío, rabí, sino para que tu justicia sea completa...

Y Jesús mira dulcemente al anciano maestro, que zalea su barba e introduce los dedos por debajo de la prenda que cubre su cabeza y corruga su frente; susurra, bajando la cabeza para decirlo:

-No puedo... No puedo todavía... De todas formas, espero... ¿Sigue en pie ese signo que vas a dar?

-Lo daré.

-Adiós, Rabí Jesús.

-El Señor venga a ti, rabí Gamaliel.

Se separan. Jesús hace una señal a los suyos y con ellos se encamina hacia fuera del Templo.

Escribas, fariseos, sacerdotes, discípulos de rabíes, como buitres, circundan velozmente a Gamaliel, que está metiéndose en el ancho cinturón los folios que ha escrito.

-¿Entonces? ¡Qué te parece? ¡Un loco? Has hecho bien en escribir esos delirios. Nos serán útiles. ¿Has decidido? ¡Estás convencido? Ayer... hoy... Más que suficiente para convencerte. Hablan tumultuariamente, y Gamaliel calla, y, mientras, se coloca el cinturón, cierra el tintero que lleva colgado a éste, devuelve a su discípulo la tablilla en que se ha apoyado para escribir en los pergaminos.

-¿No respondes? Desde ayer no hablas... - insta un colega suyo.

-Escucho. No a vosotros. A Él. Y trato de reconocer en las palabras de ahora la palabra que me habló un día. Aquí.

-¿Y... la encuentras? - ríen muchos.

-Como un trueno, que tiene voz distinta según esté más cercano o más lejano. Pero siempre es ruido de trueno.

-Sonido sin significado, entonces - dice uno, burlón.

-No te rías, Leví. En el trueno puede estar también la voz de Dios; y nosotros ser tan necios que la tomemos por rumor de nubes laceradas... No te rías tú tampoco, Elquías, ni tú, Simón; no sea que el trueno se transforme en rayo y os reduzca a cenizas...

-Entonces... tú... casi estás diciendo que el Galileo es aquel niño que con Hil.lel creíste profeta; y que aquel niño y ese hombre son el Mesías... - inquieren, con mordacidad (aunque velada, porque Gamaliel se hace respetar).

-No digo nada. Digo que el ruido del trueno es siempre ruido trueno.

-¿Más cercano o más lejano?

-¡Ay! Las palabras son más fuertes, producto de la edad. Pero veinte años pasados han hecho veinte veces más cerrado mi intelecto ante el tesoro que posee. Y el sonido penetra más débilmente... - Gamaliel deja caer la cabeza sobre el pecho, meditabundo.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Te haces viejo y te haces necio, Gamaliel! Tomas por realidad los fantasmas. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! - todos ríen.

Gamaliel se encoge de hombros con desdén. Luego recoge su manto, que le pendía de los hombros; se envuelve con más de una vuelta -es muy amplio- y da las espaldas a todos sin replicar nada, despreciativo en su silencio.

## 488

## En el Templo para 1a fiesta de los Tabernáculos. Partida secreta hacia Nob después de la oración.

Sin preocuparse lo más mínimo de la malevolencia ajena, Jesús vuelve al Templo el tercer día. No debe haber dormido en Jerusalén porque sus sandalias muestran abundante polvo del camino. Quizás ha pasado la noche en las colinas que hay alrededor de la ciudad. Y con El deben haber estado sus hermanos Santiago y Judas, junto con José (pastor) y Salomón. Se encuentra con los otros apóstoles y discípulos al pie de la muralla oriental del Templo.

-Han venido, ¿sabes? Tanto a nosotros como a los discípulos más conocidos. ¡Buena cosa ha sido que no estuvieras!

-Siempre tenemos que hacerlo así.

-Está bien. Pero hablaremos de ello después. Vamos.

-Una gran turba te ha, y nos ha, precedido exaltando tus milagros. ¡Cuántos se han persuadido y creen en ti! Tenían razón tus hermanos, en esto - dice Juan apóstol.

-Han ido a buscar incluso a casa de Analía, ¿sabes?

-Y al palacio de Juana. Pero han encontrado sólo a Cusa... ¡y con un humor! Los ha echado como a perros, diciendo que en su casa no quiere espías y que ya está aburrido de ellos. Nos lo ha dicho Jonatán, que está aquí con su jefe - dice Daniel (pastor).

-¿Sabes? Los escribas querían dispersar a los que te esperaban, convenciéndolos de que no eres el Cristo. Pero ellos respondieron: "¿No es el Cristo? Y entonces, según vosotros, ¿quién lo es? ¿Podrá, acaso, otro hombre hacer los milagros que hace Él? ¿Acaso los han hecho los otros que se presentaban como el Cristo? No, no. Podrán surgir cien, mil impostores -a lo mejor, incluso, creados por vosotros-, y que digan que son el Cristo. Pero ninguno de los que puedan venir hará jamás milagros como los que Él hace, ni tantos como hace". Y, dado que los escribas y fariseos sostenían que los haces porque eres un Belcebú, ellos respondieron: “Entonces vosotros debíais hacer milagros estrepitosos, porque está claro que sois unos Belcebúes respecto al Santo"»- cuenta Pedro, y se ríe, y se ríen todos recordando la salida de la gente y el escándalo de los escribas y fariseos, que se habían marchado enojados.

Ya están dentro del Templo. Enseguida los rodea una multitud, aún más numerosa de la de los días precedentes.

-¡Paz a ti, Señor! - saludan los gentiles.

-La paz y la luz vengan a vosotros - responde Jesús con un único saludo.

-Temíamos que te hubieran apresado, o que no vinieras por prudencia o por desagrado. Y nos hubiéramos desparramado buscándote por todas partes - dicen muchos.

Jesús sonríe levemente, y pregunta:

-¿Entonces no queréis perderme?

-Y si te perdemos, Maestro, ¿quién nos va a dar las lecciones y gracias que Tú nos das?

-Mis lecciones permanecerán en vosotros, y las comprenderéis aún más cuando Yo me haya ido... Y no cesarán, a pesar de mi ausencia entre los hombres, de descender las gracias a aquellos que oren con fe.

-¡Oh! ¡Maestro! ¿Pero estás decidido a marcharte? Di a dónde vas y nosotros te seguiremos. ¡Tenemos mucha necesidad de ti!

-El Maestro lo dice para experimentar si lo amamos. Pero, ¿a dónde pensáis que puede ir el Rabí de Israel, sino quedarse aquí, en Israel?

-En verdad os digo que todavía un poco estaré con vosotros, y que voy donde aquellos a quienes el Padre me ha enviado. Después me buscaréis y no me encontraréis. Y a donde Yo estoy vosotros no podréis ir. Pero ahora dejadme irme. Hoy no voy a hablar aquí dentro. Tengo unos pobres que me esperan en otro lugar y no pueden venir, porque están muy enfermos. Después de la oración iré donde ellos.

Y, con la ayuda de los discípulos se abre paso, para ir al patio de los Israelitas. Los que se quedan se miran unos a otros.

-¿Y a dónde irá?

-Sin duda, a casa de su amigo Lázaro. Está muy enfermo.

-Yo decía: dónde irá no hoy, sino cuando nos deje para siempre ¿No habéis oído que ha dicho que no podremos encontrarlo?

-Quizá vaya a reunir a Israel, evangelizando a los dispersos de nosotros en las naciones. La Diáspora espera como nosotros al Mesías.

-O quizás vaya a enseñar a los paganos, para atraerlos hacia su Reino.

-No. No debe ser así. Siempre podríamos encontrarlo, aunque estuviera en la Asia lejana, a en el centro de África, o en Roma, o en Galia, o en Iberia, o en Tracia o entre los Sármatas. Si dice que no lo encontraremos ni siquiera buscándolo, es señal de que no estará en ninguno de estos lugares.

-¡Claro! ¿Qué querrán decir estas palabras suyas: "Me buscaréis y no me encontraréis, y a donde Yo estoy vosotros no podréis ir"? "Yo estoy...". No: "Yo estaré...". ¿Dónde está, pues? ¿No está aquí entre nosotros?

-¡Te lo voy a decir yo, Judas! ¡Parece un hombre, pero es un espíritu!

-¡No, hombre, no! Entre los discípulos hay algunos que lo vieron recién nacido. ¡Más todavía! Vieron a su Madre cuando lo llevaba en su seno pocas horas antes de nacer.

-¿Pero y será e1 mismo aquel niño que ahora se ha hecho hombre? ¿Quién nos asegura que no es otro ser?

-¡No, eh! Podría ser otro. Podrían equivocarse los pastores. ¿Pero la Madre? ¿Y los hermanos? ¿Y todo el pueblo?

-¿Los pastores han reconocido a la Madre?

-Por supuesto...

-Entonces... Pero ¿por qué dice entonces: “A dónde Yo estoy vosotros no podréis ir?” Para nosotros, el futuro: podréis. Para É1 queda el presente: estoy. ¿Es que no tiene un mañana este Hombre?

-No sé qué decirte. Es así.

-Yo os digo que es un loco.

-Loco lo serás tú, espía del Sanedrín.

-¿Yo espía? Yo soy un judío que lo admira. ¿Y habéis dicho que va a casa de Lázaro?

-Nada hemos dicho, viejo soplón. No sabemos nada. Y si lo supiéramos no te lo diríamos. Ve a decir a los que te mandan que lo busquen por sí mismos. ¡Espía! ¡Espía! ¡Pagado!...

El hombre ve el peligro que corre y pone tierra por medio.

-¿Y nosotros estamos aquí? Sí hubiéramos salido, lo habríamos visto. ¡Corre por esa parte! ¡Corre por esta otra!... Decidnos qué camino ha tomado. Decidle que no vaya donde Lázaro.

Los que tienen piernas ligeras se marchan a todo correr... Y vuelven...

-Ya no está... Se ha mezclado entre la multitud. Ninguno sabe dar razón de Él...

Desilusionada, la aglomeración se disuelve lentamente...

...Pero Jesús está mucho más cerca de lo que creen. Habiendo salido por alguna puerta, ha dado la vuelta a la torre Antonia y ha salido de la ciudad por la puerta del Rebaño, para bajar luego al valle del Cedrón, que en el centro de su lecho lleva poquísima agua. Jesús lo atraviesa saltando por las piedras que sobresalen del agua, y entra en el Monte de los Olivos, denso en ese lugar e incluso mezclado con espesuras que hacen tétrica -yo diría: fúnebre- esta parte de Jerusalén, comprendida entre las sombrías murallas del Templo -que, con todo su monte, domina por ese lado- y el Monte de los Olivos. Más al sur, el valle se aclara y se ensancha; pero aquí es verdaderamente estrecho, una uñada de gigantesca garfa que ha excavado un surco profundo entre los dos montes: el Moria y el de los Olivos.

Jesús no va hacia el Getsemaní. Es más, va en dirección opuesta, hacia el norte. Sigue caminando por el monte, que luego se ensancha formando un valle agreste, por donde -más pegado a otra hilera corva de colinas bajas, aunque agrestes y pedregosas- fluye el torrente, que dibuja un arco al norte de la ciudad. En vez de olivos, ahí hay arbolillos estériles, espinosos, retorcidos, de enmarañadas frondas, mezclados con zarzas que, hacia todas las partes, lanzan sus tentáculos. Un lugar muy triste, muy solitario. Tiene algo de lugar infernal, apocalíptico. Algún sepulcro, y nada más; ni siquiera leprosos. Y es extraña esta soledad que contrasta con el gentío de la ciudad, tan cercana y tan llena de gente y ruido. Aquí, aparte del gorgoteo del agua entre los cantos y el frufrú del viento entre las plantas nacidas entre las piedras, no se oye ningún ruido. Falta, incluso, la nota alegre de los pájaros, tan numerosos entre los olivos del Getsemaní y del Monte de los Olivos. El viento, más bien fuerte, que viene del nordeste y levanta pequeños remolinos de tierra, rechaza el ruido de la ciudad; y el silencio, un silencio de lugar de muerte, reina en el paraje, oprimente, casi aterrador.

-¿Pero se va exactamente por aquí? - pregunta Pedro a Isaac.

-Sí, sí. Se va también por otros caminos, saliendo por la puerta de Herodes, y mejor por la de Damasco. Pero os conviene saber los senderos menos conocidos. Nosotros hemos recorrido todos los alrededores para conocerlos y para enseñároslos. Así podréis ir a donde queráis, en las cercanías, sin pasar por los caminos habituales. -Y... ¿se puede uno fiar de los de Nob? - dice Pedro.

-Como de tu misma casa. Tomás el año pasado, Nicodemo siempre, el sacerdote Juan, discípulo de Él, y otros, han hecho de ese pueblecito un lugar suyo.

-Y tú has hecho más que todos - dice Benjamín (pastor).

-¿Yo? Entonces todos hemos hecho, si yo he hecho. Pero, créeme, Maestro: ahora todo alrededor de la ciudad tienes lugares seguros...

-También Rama... - dice Tomás, que tiene amor a su ciudad – Mi padre y mi cuñado, con Nicodemo, han pensado en ti.

-Entonces también Emaús - dice un hombre que no me resulta nuevo, aunque no sé decir exactamente quién es... bueno, incluso porque he encontrado más de una Emaús en Judea, sin hablar de aquel lugar cercano a Tariquea.

-Está lejos para ir y venir, como hago ahora. Pero no dejaré de ir alguna vez.

-Y a mi casa - dice Salomón.

-Allí, sin duda, al menos una vez, para saludar al anciano.

-También está Béter.

-Y Betsur.

-No iré a casa de las discípulas. Pero, cuando llegue la necesidad, las llamaré.

-Yo tengo un amigo sincero en En Royel. Su casa está abierta para ti. Y nadie pensará, de los que te odian, que estás tan cerca de ellos - dice Esteban.

-El jardinero de los jardines reales te puede hospedar. Manahén -que le consiguió ese puesto- y él son una misma cosa... Y además... lo curaste un día...

-¿Yo? No lo conozco...

-Estaba, durante la Pascua, entre los pobres que curaste en casa de Cusa. Un golpe de hoz sucia de estiércol le estaba descomponiendo una pierna, y su primer jefe lo había echado por esto. Mendigaba para sus hijos. Y Tú lo curaste. Manahén, luego, obteniéndole el puesto en un momento bueno de Antipas, lo puso en los Jardines. Ahora ese hombre hace todo lo que Manahén dice. Y si además es por ti... - dice Matías (pastor).

-No he visto nunca a Manahén con vosotros... - dice Jesús mirando fijamente a Matías, que cambia de color y se turba.

-Ven adelante conmigo.

El discípulo lo sigue.

-¡Habla!

-Señor... Manahén ha cometido un error... y sufre mucho, y con él Timoneo y algún otro más. No tienen paz porque Tú...

-No creerán que los aborrezco...

-¡Nooo! Pero... tienen miedo de tus palabras y de tu rostro.

-¡Oh! ¡Qué error! Precisamente por haber errado deben venir a la Medicina. ¿Sabes dónde están?

-Sí, Maestro.

-Entonces ve a ellos y diles que los espero en Nob.

Matías se va sin perder tiempo.

El sendero del monte sube, de forma que es visible toda Jerusalén vista desde el norte... Jesús con los suyos, yendo justo en dirección contraria a la ciudad, le vuelve las espaldas.

## 489

## En Nob. Parábola del rey no comprendido por sus súbditos. Jesús calma el viento.

Es un pueblo recogido, bastante cuidado. Los habitantes están en las casas porque hace mucho viento. Pero, cuando los discípulos van a advertir que está Jesús, todas las mujeres y niños y viejos (a quienes la edad ha obligado a quedarse en el pueblo) se arremolinan en torno a Jesús, que se ha detenido en la placita principal. El pueblo, al estar en un alto, tiene aire y luz incluso en este día lóbrego; y la vista se extiende: al sur hacia Jerusalén; al norte hacia Rama (digo Rama porque está escrito en un poste, con la indicación de la distancia).

La gente está muy emocionada. ¡Haber pasado a ser los que dan hospedaje al Señor es para ellos una cosa tan nueva y conmovedora!... Un viejo, un verdadero patriarca, lo dice por todos, y las mujeres, con la cabeza, asienten, asienten.

Acostumbrados a ser aplastados por la soberbia sacerdotal y farisaica, se muestran temerosos... Pero Jesús los pone enseguida a sus anchas tomando en brazos a una niñita que da sus primeros pasitos, acariciando al anciano, diciendo:

-¿No me habíais visto todavía?

-Desde lejos... Pasar por el camino... Algún hombre, en el Templo. Pero para nosotros, que estamos tan cerca de la ciudad, es aún más difícil obtener lo que otros consiguen viniendo de lejos - dice el anciano.

-Es siempre así, padre. Lo que parece facilitar las cosas las hace difíciles, porque todos se apoyan en la idea de que es fácil. Pero ahora nos conoceremos. Retírate, padre. El otoño desata sus vientos, que no son propicios a los patriarcas.

-¡Si me he quedado sólo! Los días ya no tienen valor para mí...

-Su hija se ha casado lejos, y la mujer se le murió en las Encenias - explica una mujer.

-Juan, no debes hablar así, hoy que tienes al Rabí contigo. ¡Lo deseabas mucho! - le dice una viejecita.

-Es verdad. Pero... Tú eres el Mesías, ¿no es verdad?

-Sí, padre.

-Y entonces, ¿qué más puedo desear, ahora que lo he visto y veo cumplida la promesa hecha a Abraham? Un anciano -entonces el anciano era él- profirió un canto un día en el Templo -yo estaba porque ese día mi Lía se purificaba de su único parto, y yo estaba al lado de ella, y antes de nosotros había cumplido el rito Una poco más que niña...-, un anciano profirió este canto, besando al Hijo de la Muchacha: "Ahora deja, oh Señor, que tu siervo se marche en paz, porque mis ojos han visto al Salvador". Aquel Recién Nacido eras Tú, entonces. ¡Oh, dichoso yo! En aquel momento oré al Señor diciendo: "Haz que yo también pueda morir después de haberlo conocido". Ahora te conozco. Estás aquí. La mano del Señor está apoyada en mi cabeza. Su voz me ha hablado. El Eterno me ha escuchado. ¿Y qué diré, sino las palabras del anciano Simeón, docto y justo? Las digo: "¡Deja, oh Señor, que tu siervo se marche en paz, porque los ojos míos han conocido a tu Cristo!"

-¿No quieres esperar a ver su Reino? - dice una mujer.

-No, María. Las fiestas no son para los viejos. Y yo no creo lo que la mayoría dice. Recuerdo las palabras de Simeón... Prometió una espada en el corazón de aquella Muchacha, porque no todo el mundo amará al Salvador... Dijo que ruina o resurrección vendrían a muchos por Él... Y tenemos a Isaías... y a David... No. Prefiero morir y esperar su gracia desde allá... y desde allá, a su Reino...

-Padre, tú ves mejor que los jóvenes. Mi Reino es el de los Cielos. Pero para ti mi venida no significa ruina, porque sabes creer en mí. Vamos a tu casa. Yo permanezco contigo - y, guiado por el viejo, va a una casita blanca situada en un caminito entre huertos, que se desnudan de hojas por la violencia del viento, y entra con Pedro, los dos hijos de Alfeo y Juan.

Los demás se distribuyen por las otras casas... para, pasado un rato, regresar y abarrotar la casita, el huerto, la terraza del tejado, hasta el punto de que se suben a una albarrada baja que separa de la calle un lado del huerto, y a un robusto nogal y a un manzano robusto cuanto el primero, sin preocuparse del viento, que sigue aumentando y levanta mucho polvo. Quieren oír a Jesús. Y Jesús hace un poco de tiempo. Hasta que empieza a hablar, permaneciendo en el umbral de la cocina (de forma que la voz se esparza dentro y fuera de la casa).

-Un rey poderoso, cuyo reino era muy vasto, quiso ir un día a visitar a sus súbditos. Vivía en un excelso palacio desde el que, por medio de sus servidores y mensajeros, enviaba sus órdenes y mercedes a los súbditos, los cuales, por eso, sabían que existía y conocían el amor que tenía por ellos y conocían sus propósitos; pero, de ninguna manera, conocían su persona, su voz ni su lenguaje. En una palabra, sabían que existía y que era su Señor, pero nada más. Y, como a menudo sucede, por este hecho, muchas de sus leyes y mercedes sufrían variación, o por mala voluntad o por incapacidad de comprenderlas; tanto que esto perjudicaba los intereses de los súbditos y los deseos del rey, que quería que fueran felices. Él se veía obligado a castigarlos alguna vez, y, al hacerlo, sufría más que ellos. Mas los castigos no producían mejora. Dijo entonces: "Iré yo. Les hablaré directamente. Me daré a conocer. Me amarán y me seguirán mejor y serán felices". Y dejó su excelsa morada para ir con su pueblo.

Mucho estupor causó su llegada. El pueblo sufrió una fuerte impresión, se agitó: quién con júbilo, quién con terror, quién con ira, quién con desconfianza, quién con odio. El rey, paciente, sin cansarse nunca, se puso a tratar tanto con los que lo querían como con los que le temían y con los que lo odiaban. Se puso a explicar su ley, escuchó a sus súbditos, los favoreció, los soportó. Y muchos acabaron queriéndolo, no evitándolo por su excesiva grandeza; algunos, pocos, dejaron también de desconfiar y de odiar. Eran los mejores. Pero muchos siguieron siendo lo que eran, pues no tenían en sí buena voluntad. Mas el rey, que era muy sabio, soportó también esto, refugiándose en el amor de los mejores como premio a sus fatigas.

Pero, ¿qué es lo que sucedió? Pues sucedió que incluso entre los mejores no todos lo comprendieron. ¡Venía de tan lejos! ¡Su lenguaje era tan nuevo! ¡Lo que quería era tan distinto de lo que querían los súbditos! Y no fue comprendido por todos... Es más, algunos le causaron dolor, y con el dolor perjuicio, o al menos corrieron el riesgo de procurárselo, por comprenderlo mal. Y, cuando se dieron cuenta de que le habían causado dolor y perjuicio, huyeron de su presencia desolados, y, temiendo su palabra, no volvieron a acercarse a él.

Pero el rey había leído en sus corazones, y todos los días los llamaba con su amor, oraba al Eterno que le concediera encontrarlos de nuevo para decirles: "¿Por qué me teméis? Es verdad. Vuestra incomprensión me ha causado dolor; pero la he visto sin malicia, fruto solamente de una incapacidad para comprender mi lenguaje, tan distinto del vuestro. Lo que me causa dolor es vuestro temor hacia mí. Ello me dice que no sólo no me habéis comprendido como rey. Sino que tampoco como amigo. ¿Por qué no venís? Volved, pues. Lo que la alegría de amarme no os había hecho comprender, os lo ha esclarecido el dolor de haberme causado dolor. ¡Oh, venid, venid amigos míos! No aumentéis vuestro desconocimiento estando lejos de mí, vuestras brumas escondiéndoos, vuestras amarguras impidiéndoos a vosotros mismos mi amor. ¿Veis? Sufrimos tanto yo como vosotros estando separados. Yo más que vosotros todavía. Venid, pues, y alegrad mi corazón".

Así quería hablar el rey. Y así habla. Y Dios también habla así a aquellos que pecan. Y así habla el Salvador a aquellos que hayan podido cometer errores. Y así habla el Rey de Israel a sus súbditos. El verdadero Rey de Israel, el que quiere llevar a sus súbditos desde el pequeño reino de la Tierra al grande de los Cielos. En éste no pueden entrar aquellos que no siguen al Rey, aquellos que no aprenden a comprender sus palabras y su pensamiento. Pero, ¿cómo aprender si al primer error se elude al Maestro?

Que ninguno se deprima si ha pecado y está arrepentido, si ha errado y reconoce su error. Venga a la Fuente que borra los errores y da luz y sabiduría; y en ella apague su sed; en ella, que ardientemente desea donarse y ha venido del Cielo para donarse a los hombres.

Jesús termina de hablar. Solamente el viento hace oír su voz, cada vez más fuerte (en el copete del montecito en que está Nob se ensaña tanto, que los árboles crujen temiblemente).

La gente se ve obligada a retirarse a las casas. Pero, cuando ya se han dispersado y Jesús entra de nuevo en la casa y cierra la puerta Matías, seguido por Manahén y Timoneo, aparece de detrás de la albarrada, entra en el huertecillo y llama a la puerta cerrada. Jesús mismo sale a abrir.

-¡Maestro, aquí los tienes!... - dice Matías señalando a los dos que, acobardados, se han quedado en el umbral del huerto y no se atreven a alzar la cara para mirar a Jesús.

-¡Manahén! ¡Timoneo! ¡Amigos míos! - dice Jesús mientras cierra la puerta - para dar a entender a los de dentro que no salgan a curiosear- y sale al huerto. Y va hacia los dos, con los brazos abiertos, ya abiertos para el abrazo.

Los dos alzan la cara, tocados por el amor, trémulo en la voz del Maestro; le ven la cara y los ojos, henchidos de amor, y su miedo cae; se echan a correr hacia Él con un grito ronco de llanto:

-¡Maestro! - caen a sus pies, le abrazan los tobillos y besan sus pies desnudos, bañándolos de lágrimas.

-¡Amigos míos! No ahí. Aquí, en mi corazón. ¡Os he esperado mucho! ¡Y os he comprendido mucho! ¡Venga!... - y trata de ponerlos de pie.

-¡Perdón! ¡Perdón!... No nos lo niegues, Maestro. ¡Hemos sufrido mucho!

-Lo sé. Pero, si hubierais venido antes, antes os hubiera dicho: "Os quiero".

-¿Nos quieres? ¿Maestro? ¿Como antes? - es Timoneo el primero que habla, alzando un rostro interrogativo.

-Más que antes, porque ahora estáis curados de todo lo humano en vuestro amor por mí.

-¡Es verdad! ¡Oh, Maestro mío! - y Manahén, como movido por un resorte, se pone en pie. Ya no resiste, se arroja al pecho de Jesús. Timoneo hace lo mismo...

-¿Veis lo bien que se está aquí? ¿No es mejor aquí que en un pobre palacio? ¿Dónde se me podrá tener más, y más poderoso, dulce, rico de tesoros sin fin, sino allí donde se me tiene como Salvador, Redentor, Rey espiritual, Amigo amoroso?

-¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Oh! ¡Nos habían seducido! ¡Y nos parecía que te honrábamos, y que era justa su idea!

-No penséis ya más en ello. Ha pasado. Pertenece al pasado. Dejad que el tiempo, fluyendo veloz como el torbellino que nos choca, lo lleve lejos, lo disuelva para siempre... Pero, vamos a entrar en casa. No es posible seguir aquí...

Es verdaderamente un torbellino lo que arremete contra el pueblo desde el norte. Ramas que se tronchan, tejas que vuelan, algún antepecho inseguro de las terrazas de los techos que cae con fragor. El nogal y el manzano se tuercen como si quisieran descuajarse del suelo. Entran en casa y los cuatro apóstoles miran sorprendidos el rostro aún húmedo de lágrimas de los dos discípulos, que contrasta con la sonrisa que también muestran. Pero no dicen nada.

-Alguna catástrofe se está preparando - dice el anciano Juan.

-Sí. No sé qué van a hacer los que están todavía en las cabañas... - dice Pedro.

El viento es tan fuerte, que las llamitas de una lámpara de tres boquillas, encendida para iluminar la habitación cerrada, vacilan, a pesar de que las puertas estén bien cerradas.

Con el estrépito del viento, que continuamente aumenta y golpea la casa con tierra y detritos -tanto que parece que cayera un granizo menudo-, se mezclan gritos de mujeres, cada vez más cercanos; son esposas asustadas, madres angustiadas:

-¡Nuestros maridos! ¡Nuestros hijos! Están en camino. Tenemos miedo. Se ha derrumbado una pared de la casa abandonada... ¡Señor! ¡Jesús! ¡Piedad!».

Jesús se pone en pie, apenas puede abrir la puerta que el viento comprime con toda su violencia. Algunas mujeres, curvadas para resistir el viento -una verdadera tromba de aire bajo un cielo terrorífico- gimen echando hacia delante los brazos.

-Entrad. ¡No temáis! - dice Jesús. Y mira al cielo y a los árboles ya próximos a quebrarse.

-Entra, Jesús! ¿Ves cómo se rompen las ramas y caen tejas? No es prudente estar afuera - grita Judas de Alfeo.

-¡Pobres olivos! Esto es granizo. Donde caiga se pueden despedir de recoger - sentencia Pedro.

Jesús no entra. Es más, sale del todo, en medio del torbellino, que le retuerce la túnica y le alza los cabellos. Abre los brazos, ora, y luego ordena:

-¡Basta! ¡Lo quiero! - y vuelve a la casa.

El viento, después de un último mugido, cesa de golpe. Es impresionante el silencio que reina, después de tanto fragor. Es tal, que a las puertas o ventanas de las casas se asoman caras asombradas. Quedan las señales del huracán: hojas, ramas quebradas, telas hechas jirones. Pero todo está calmo. El firmamento responde a la tierra, que ya no está agitada, aligerándose de nubes que de negras pasan a ser claras y se esparcen sin causar daño. Antes al contrario, dejan éstas caer una salpicadura de agua que termina de purificar el aire enturbiado por tanta tierra.

-¿Pero que ha sucedido?

-¿Así ha terminado?

-¿Parecía el fin, y ahora viene la calma?

Voces que preguntan, de una casa a otra.

Las mujeres que habían corrido hacia Jesús ahora corren hacia afuera.

-¡El Señor! ¡El Señor está con nosotros! ¡Ha hecho el milagro! ¡Ha detenido el viento! ¡Ha roto las nubes! ¡Hosanna! ¡Hosanna'. ¡Alabanza al Hijo de David! ¡Paz! ¡Bendición! ¡Cristo está con nosotros! ¡Con nosotros está el Bendito! ¡El Santo! ¡El Santo! ¡El Santo'. ¡El Mesías está con nosotros! ¡Aleluya!

Todos los habitantes del pueblo se echan a la calle, los reales y los ocasionales (o sea, apóstoles y discípulos, que acuden todos, a la casita donde está Jesús). Todos quieren besarlo, tocarlo, ensalzarlo.

-¡Alabad al Señor Altísimo. Él es el Amo de los vientos y las aguas. Si ha escuchado a su Hijo, ha sido para premiar vuestra fe y amor para con Él.

Y querría despedirlos. Pero ¿quién calma a un pueblo que está de fiesta, agitado por un milagro manifiesto? Especialmente, si es un pueblo lleno de mujeres. Los esfuerzos de Jesús son vanos. Él sonríe, paciente, mientras el anciano que le da hospedaje le lava con sus lágrimas la mano izquierda y se la llena de besos.

Llegan los primeros hombres de regreso de Jerusalén, jadeantes, asustados. Temen quién sabe qué catástrofe. Ven al pueblo de fiesta.

-¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? ¿Pero no habéis tenido una borrasca? Desde el monte se veía desaparecer a la ciudad tras nubes de polvo. Creíamos que se hubiera venido abajo. ¡Y aquí todo está en pie!

-¡El Señor! ¡El Señor! Ha venido a tiempo de salvarnos de la destrucción. Sólo la casa maldita se ha derrumbado, y alguna teja y alguna rama. ¿Y vosotros? ¿Qué ha sucedido en Jerusalén?

Las preguntas y las respuestas se cruzan. Pero los hombres se abren paso para ir a venerar al Salvador. No antes de venerarlo, explican que había miedo en la ciudad por la borrasca inminente, y que todos huían de las cabañas hacia las casas, y los dueños de los olivos lloraban ya su recolección... cuando, de repente, el viento se ha calmado, el cielo se ha aclarado con poca lluvia... de modo que toda la ciudad se ha quedado asombrada. Y, dado que la fantasía trabaja inmediatamente en ciertos casos, los hombres refieren que, mientras la gente huía, muchos que habían estado en el Templo los días antes, viendo que el Moria era el más embestido por las ráfagas, tanto que el viento había volcado los bancos de los cambistas y había habido daños en la casa del Pontífice, decían que era el castigo de Dios por los insultos contra su Mesías. Y más y más y más... Llegan otros hombres y la narración toma más colorido. Casi que se hace más apocalíptica que la narración del Viernes Santo...

**En el campo de los Galileos con los primos apóstoles y encuentro con el levita Zacarías**.

-Judas y Santiago, venid conmigo.

A los dos hijos de Alfeo no hay que repetírselo. Se levantan inmediatamente y salen con Jesús de una casita de un arrabal situado al sur de Jerusalén, donde los hospedan hoy.

-¿A dónde vamos, Jesús? - pregunta Santiago.

-A1 Monte de los Olivos, a saludar a los galileos.

Caminan un rato hacia Jerusalén. Pasan muy cerca de unas pequeñas colinas donde hay casas -sin duda, solariegas- entre el verde. Cortan el camino que va a Betania y a Jericó, y el que está más al sur, que termina entre Tofet y Siloán. Dan la vuelta, por detrás, a otra colina, que ya es estribación del Monte de los Olivos. Cortan el otro camino que lleva directamente a Betania desde el Monte de los Olivos. Y, por un camino secundario que va entre o1ivos, suben al campo de los Galileos, donde las tiendas son mucho menos numerosas, y quedan, como recuerdo del agolpamiento, ramajes arrojados al suelo y ya deslucidos, restos de hogares rudimentarios -que han dejado hierba chamuscada y cenizas y palos carbonizados-, morralla: lo que siempre queda donde hubo gente acampada. La temporada fría y precozmente lluviosa ha acelerado la partida de los peregrinos. También ahora se están poniendo en camino caravanas de mujeres y niños. Los hombres, especialmente los vigorosos, se han quedado todavía para terminar la fiesta.

Los galileos que creen en el Señor han debido ser avisados, quizás por algún discípulo, porque los veo a todos, y procedentes de todos aquellos lugares que más conozco. Nazaret está presente con los dos discípulos, con Alfeo -aquel a quien Jesús perdonó después de la muerte de su madre- y con algún otro. De todas formas, no veo ni a José ni a Simón de Alfeo. Pero, como contrapartida, no faltan otros, entre los cuales el arquisinagogo, que se muestra visiblemente apurado al saludar con deferencia a Jesús después de haberle puesto tantos obstáculos. Pero se ayuda diciendo que los parientes de Jesús están hospedados en casa de «ese amigo que sabes», por razón de los niños, que sufrían con el viento de la noche. Y Caná está presente, con el marido de Susana, su padre y otros; y así Naím, con su resucitado y otros; y Belén de Galilea, con muchos vecinos; y las ciudades occidentales del lago, con sus moradores...

-¡La paz a vosotros! ¡La paz a vosotros! - saluda Jesús, pasando entre ellos, acariciando a los niños que todavía están ahí -sus pequeños amigos de los lugares galileos-; y escucha a Jairo, que le refiere lo mucho que sintió el no haber estado la última vez.

Jesús se informa sobre si la viuda de Afeq se ha establecido en Cafarnaúm y si ha aceptado al huérfano de Yiscala.

-No sé, Maestro. Quizás yo ya me había marchado... - dice Jairo.

-Sí, sí, ha venido una mujer que da mucha miel y muchas caricias a los niños. Y, fíjate, hace tortas. Y aquellos niños que iban a donde estabas Tú van siempre donde ella a comer. Y el último día nos mostró un niñito muy pequeño. Ha comprado dos cabras para la leche. Y nos ha dicho que es el hijo del Cielo y del Señor. No vino a la fiesta, como quería, porque no podía llevar consigo a un niño tan pequeño. Y nos dijo, a nosotros, que te dijéramos que lo querrá con justicia y que te bendice.

Los niños de Cafarnaúm gorjean como gorrioncillos alrededor de Jesús, orgullosos de saber, ellos, lo que ni siquiera el arquisinagogo sabe, y de verse, ellos, haciendo de embajadores ante el Maestro bueno, que los escucha con la atención con que escucharía a los adultos, y que responde:

-Y vosotros le diréis que Yo también la bendigo y que quiera a los niños por mí. Y vosotros queredla; no os aprovechéis porque sea buena; no la queráis sólo por la miel y las tortas, sino porque es buena. Tan buena, que ha comprendido que quien ama en mi nombre a un niño me hace feliz. E imitadla todos, ya seáis pequeños, ya seáis adultos, pensando siempre que aquel que recibe a un niño en mi nombre tiene su sitio señalado en el Cielo. Porque, si la misericordia siempre recibe premio -aunque fuere un solo vaso de agua dado en mi nombre-, la que se practica con los niños -salvándolos no sólo del hambre, de la sed, del frío, sino también de la corrupción del mundo- es infinitamente premiada... He venido a bendeciros antes de que os marchéis. Llevaréis mi bendición a vuestras mujeres, a vuestras casas...

-Pero, ¡no vas a volver donde nosotros, Maestro?

-Volveré... Pero no ahora. Después de Pascua...

-¡Si estás tanto, seguro que te olvidas de la promesa!...

-No temáis. Antes podrá dejar de resplandecer el Sol que Jesús olvidarse de quien espera en Él.

-¡Será un tiempo largo!...

-¡Y triste!

-Si enfermamos...

-Si desciende la muerte a nuestras casas...

-¿Quién nos ayudará? - dicen no pocas personas de no pocos lugares.

-Dios. El está con vosotros, si permanecéis en mí con vuestra voluntad.

-¿Y nosotros? Hace poco que creemos en ti. Lo confesamos. ¿No tendremos ayuda, entonces? Pero ahora que te hemos visto hacer milagros y te hemos oído hablar en el Templo, ¡te creemos,..!

-Esto me es motivo de gran gozo, porque el que mis coterráneos vayan por el camino de la Salud es mi más ardiente deseo.

-¿Nos amas así? ¡Pero nosotros durante mucho tiempo te hemos escarnecido!...

-Es pasado. Ya no existe. Sed fieles en el futuro, y en verdad os digo que tanto en la Tierra como en el Cielo está borrado vuestro pasado.

-¿Vas a estar con nosotros? Compartiremos el pan como muchas veces en Nazaret, cuando éramos todos iguales y los sábados descansábamos en los olivares, o cuando Tú eras sólo Jesús y venías con nosotros y como nosotros a Jerusalén para las fiestas...

Hay añoranza y deseo de los tiempos pasados en la voz de los nazarenos que se han convencido.

-Quería ir donde José y Simón. Pero iré después. Todos sois para mí hermanos en Dios, y para mí tiene más valor el espíritu y la fe que la carne y la sangre, porque estos últimos perecen, mientras que los otros son inmortales.

Y, mientras algunos se apresuran a preparar los fuegos para asar las carnes y a limpiar algunos lugares del olivar para hacerlos aptos para las mesas, los más ancianos y altos de grado, de todos los lugares de Galilea, se arriman a Jesús en círculo y le preguntan que cómo esa mañana y el día anterior no estaba en el Templo, y que si va a volver al día siguiente, último día de la fiesta.

-Estaba en otro lugar... Mañana seguro que estaré.

-¿Y vas a hablar?

-Si puedo...

Alfeo de Sara baja la voz y mirando a su alrededor, susurra al Maestro:

-Tus hermanos han ido a la ciudad para asegurarte ayudas... Ese hombre sabe muchas cosas, porque es pariente de uno del Templo por línea femenina... José se preocupa de ti, ¡eh! En el fondo... es bueno.

-Lo sé. Y será cada vez mejor, cuando sea espiritualmente bueno.

Llegan de la ciudad otros galileos. El número de los que están alrededor de Jesús aumenta, con gran desagrado de los niños, que se ven apartados por los adultos y no logran abrirse paso hasta Jesús; hasta que Él se apercibe del tropel inocente y enfurruñado y, sonriendo, dice:

-Dejad venir a mí a mis niños.

¡Ah, entonces, mientras el círculo se rompe, alegres otra vez como una bandada de pájaros, corren hacia Jesús! Y El los acaricia, mientras sigue hablando con los adultos. Y su mano, larga y todavía morenita por e1 mucho sol tomado en el verano, pasa una y otra vez sobre las cabecitas negras y castañas, con alguna cabecita de oro diseminada entre las cabezas morenas, que están lo más que pueden pegadas a Él, con 1a carita escondida entre sus indumentos, bajo el manto, abrazados a las rodillas, a la cadera, ávidos de su caricia, dichosos si la obtienen.

Comen en círculo -después de bendecir Jesús los alimentos, y repartirlos-, con una serena y amigable unión de corazones. Los otros, los que no son seguidores de Jesús, miran desde lejos, sarcásticos e incrédulos. Pero ninguno les presta atención...

La comida termina. El primero en levantarse es Jesús. Llama a Jairo, a Alfeo, a Daniel de Naím, a Elías de Corazín, a Samuel (el ex tullido de no sé dónde), también a un cierto Urías, a uno de los tantos Juanes, a uno de los tantos Simones, a un Leví, a un Isaac, a Abel de Belén, etc. etc.; en definitiva, a uno por pueblo. Ayudado por sus primos, hace de dos bolsas bien llenas tantas partes iguales cuantos son los llamados, y da una parte a cada uno de ellos, para que la usen para los pobres de cada uno de los pueblos.

Luego, cuando ya no tiene ni una moneda, bendice a todos y se despide de ellos. Y querría despedirse para dirigirse hacia el Getsemaní y así volver a la ciudad por la puerta de las Ovejas. Pero casi todos lo siguen, especialmente los niños, que no le sueltan la túnica ni los bordes del manto, y, sin duda, le causan molestia, pero Él no se lo impide...

Y aquel niño de Magdala, Benjamín, que un día dijo claramente su juicio a Judas de Keriot, le tira de la túnica hasta que Jesús se inclina para escucharlo particularmente. -¿Sigues teniendo contigo a ese malo?

-¿Qué malo? Conmigo no hay malos... - dice Jesús sonriéndole.

-¡Sí que los hay! Aquel hombre alto y moreno que se reía... ¿no sabes?, aquel al que le dije que era guapo por fuera y feo por dentro... Ése es malo.

-Habla de Judas - dice Judas Tadeo, que está detrás de Jesús y oye.

-Lo sé - le responde Jesús volviéndose; y luego, al niño:

-Sí que está conmigo ese hombre. Es un apóstol mío. Pero ahora es muy bueno... ¿Por qué meneas la cabeza? No se debe pensar mal del prójimo, especialmente de aquel al que no se conoce.

El niño agacha la cabeza y calla.

-¿No me respondes?

-Tú no quieres que diga mentiras... y te prometí no decirlas y lo he hecho. Pero, si ahora te digo que sí, que creo que es bueno, digo algo no verdadero, porque pienso que es malo. Puedo tener cerrada la boca, por agradarte, pero no puedo tener cerrada la cabeza para no pensar.

La salida es tan espontánea y lógica, dentro de su sencillez aún infantil, que todos los que la oyen se echan a reír. Todos menos Jesús, que suspira y dice:

-Bien, pues debes hacer una cosa. Orar para que se haga bueno, si es que realmente te parece malo. Debes ser su ángel. ¿Lo vas a hacer? Si se hace mejor, mayor será mi alegría; así que tú, rezando por esto, rezas porque Yo me sienta feliz.

-Lo haré. Pero si es malo y no se hace bueno contigo, el que yo rece no va a hacer nada.

Jesús zanja esta confrontación de criterios parándose y agachándose a besar a los niños. Luego ordena a todos que regresen... Cuando están solos Jesús y sus dos primos, Judas de Alfeo, pasado un rato de silencio, como si antes hubiera razonado dentro de sí, dice a manera de conclusión:

-¡Tiene razón! ¡En todo tiene razón! Yo soy de su misma opinión.

-¿Pero de qué hablas? - le pregunta su hermano Santiago, que caminaba absorto un poco adelantado por el senderillo que permite el paso de uno en uno solamente.

-De Benjamín hablo. Y de lo que ha dicho. Y... bueno, pero Tú no lo quieres oír, y te digo también yo que Judas es... No es un verdadero apóstol... No es sincero, no te quiere, no...

-¡Judas! ¡Judas! ¿Por qué apenarme?

-Hermano mío, porque te quiero. Y tengo miedo de Judas Iscariote; más miedo a él que a una serpiente...

-Eres injusto. Sin él, quizás Yo habría sido ya capturado.

-Jesús tiene razón. Judas ha hecho mucho. Ha atraído hacia sí, sin poner límites, odios y burlas... pero ha trabajado y trabaja para Jesús - dice Santiago.

-No puedo pensar ni que Tú seas necio ni que mientas... Y me pregunto por qué entonces defiendes a Judas. No hablo por celos ni por odio... Hablo porque siento dentro que es malo, que es insincero... Todo lo más que, por tu amor, puedo admitir es que esté loco. Un pobre loco que hoy delira en un sentido y mañana en otro. Pero bueno no, no lo es. ¡Desconfía, Jesús! Desconfía... Ninguno de nosotros es bueno. Pero, míranos bien. Nuestra mirada es transparente. Obsérvanos bien. Nuestra conducta es igual. Pero... ¿no te dice nada el hecho de que los fariseos no le hagan pagar las burlas contra ellos?: ¿nada, el que los del Templo no reaccionen contra sus palabras?; ¿nada, el que tenga siempre amigos precisamente entre aquellos a quienes aparentemente ofende?; ¿nada, el que tenga siempre dinero? No digo nosotros dos, pero incluso Natanael, que es rico, y Tomás, que no tiene escasez de medios, tienen sólo lo necesario. Él... ¡Oh!...

Jesús calla...

Santiago observa:

-En parte mi hermano tiene razón. Cierto es que Judas encuentra siempre la manera de... estar solo, de ir solo... de... Bueno, no quiero ni murmurar ni juzgar. Tú ya sabes...

-Sí, sé. Y por eso digo que no quiero juicios. Cuando estéis en el mundo sustituyéndome, trataréis con criaturas bastante más extrañas que Judas. ¿Qué apóstoles seríais si los eliminarais por ser extraños? Es más, precisamente por serlo, habréis de amarlos con paciente amor para transformarlos en corderos del Señor. Ahora vamos donde José y Simón. Habéis oído, ¿no? Ellos trabajaban en secreto para beneficiarme a mí. Diréis: amor de familia. Sí. Es verdad. Pero, en todo caso, es amor. Os habéis dejado mal la última vez. Echad los pelillos a la mar, ahora. Ellos y vosotros tenéis, y no tenéis, razón. Que cada uno reconozca su error, y no alce la voz en la parte que tiene de razón.

-É1 me ha ofendido mucho ofendiéndote muchísimo a ti - dice Santiago.

-Tú te asemejas en mucho a José, mi padre. Y José, tu hermano, se asemeja en mucho a Alfeo, tu padre. Pues bien, José fue a menudo criticado por su hermano mayor, pero José fue siempre indulgente con él y lo perdonó siempre. ¡Porque mi padre era un gran justo! Sélo tú igual.

-¿Y si me regaña como si fuera todavía un niño? Ya sabes que cuando está nervioso no atiende a razones...

-Pues calla. Es la única medicina para calmar las iras. Calla con humildad y paciencia; y si sientes que no puedes callar sin desaires, te marchas. ¡Saber callar! ¡Saber marcharse! No por vileza, no por falta de palabras, sino por virtud, por prudencia, por caridad, por humildad. ¡Es tan difícil conservar la justicia en las disputas! Y la paz del espíritu. Alguna cosa baja siempre a perturbar en las profundidades, a enturbiar, a hacer bullicio. Y la imagen de Dios que se refleja en todo espíritu bueno queda empañada, desaparece, y ya no se pueden oír las palabras de Dios. ¡Paz! Paz entre hermanos. Paz también con los enemigos. Si son enemigos nuestros, son amigos de Satanás. Pero, ¿querríamos hacernos nosotros también amigos de Satanás, odiando a quien nos odia? ¿Cómo podríamos conducirlos al amor si estuviéramos fuera del amor? Me diréis: "Jesús, lo has dicho ya muchas veces, y lo haces; pero te siguen odiando siempre". Siempre lo diré. Cuando ya no esté entre vosotros, os lo inspiraré desde el Cielo. Y también os digo que no contéis las derrotas, sino las victorias. ¡Alabemos por éstas al Señor! No pasa una luna sin la nota de alguna conquista. Esto debe constatar el obrero de Dios, y por ello exultar en el Señor, sin la rabia que tienen los del mundo cuando pierden una de sus pobres victorias. Si lo hacéis así...

-La paz a ti, Maestro. ¿No me conoces? - dice un joven que subía hacia el Getsemaní de regreso de la ciudad.

-¿Tú?... Tú eres el levita que el año pasado estuviste con nosotros junto con el sacerdote.

-Soy yo. ¿Cómo me has reconocido, Tú que ves a todo un mundo alrededor de ti?

-No olvido los rostros ni los espíritus en sus características.

-¿Qué característica tiene mi espíritu?

-Buena. E insatisfecha. Estás cansado de lo que te rodea. Tu espíritu tiende a cosas mejores. Sientes que existen. Sientes que es la hora de decidirte por un Bien eterno. Sientes que tras las brumas hay un Sol, la Luz. Tú quieres la Luz.

El joven se arroja al suelo de rodillas:

-¡Maestro, Tú lo has dicho! Es verdad. Tengo estas cosas en el corazón. Y no sabía decidirme. El viejo sacerdote Jonatán ha creído, y después ha muerto. Era viejo. Yo soy joven. Pero te he oído hablar en el Templo... No me rechaces, Señor, porque no todos te odian allí, y yo soy de los que te quieren. Dime qué debo hacer, siendo levita...

-Tu deber hasta el tiempo nuevo. Reflexionar, porque, viniendo a mí, no vas al encuentro de la gloria terrena, sino del dolor. Si perseveras, tendrás gloria en el Cielo. Instruirte en mi doctrina. Confirmarte en ella...

-¿Con qué?

-El Cielo mismo te confirmará con sus signos. Reconfirmarte con la ayuda de mis discípulos y conocer y practicar cada vez más lo que he enseñado. Haz esto y tendrás la vida eterna.

-Lo haré, Señor. Pero... ¿puedo seguir sirviendo en el Templo?

-Te lo he dicho: hasta el tiempo nuevo.

-Bendíceme, Maestro. Será mi nueva consagración.

Jesús lo bendice y lo besa. Se separan.

-¿Veis? Así es la vida de los obreros del Señor. Hace un año, en ese corazón cayó la semilla. Y no pareció una victoria, porque no vino inmediatamente a nosotros. Pasado un año, como confirmación de mis palabras de poco antes, he aquí que viene. Una victoria. ¿Y no hace, éste, hermoso el día para nosotros?

-Tienes siempre razón, Jesús mío... ¡Pero ten cuidado con Judas! Soy un necio al decírtelo. Lo sé. Tú sabes... Pero en el corazón está este tormento... y no lo manifiesto a los otros, pero está... y estoy seguro de que también los otros lo tienen.

Jesús no rebate. Dice:

-Estoy contento de que José y Nicodemo me dieran ese dinero. Así puedo enviar una ayuda a mis pobrecitos de Galilea...

Han llegado a la puerta. Entran por ella. Se confunden con el gentío.

## 491

## En el Templo el último día de la fiesta de los Tabernáculos. Sermón sobre el Agua viva.

El Templo rebosa de gente. De todas formas, falta mucho el elemento femenino, y los niños. La persistencia de una temporada ventosa y con precoces chaparrones, breves pero violentos, debe haber persuadido a las mujeres de ponerse en camino junto con los niños. Pero los hombres de todos los lugares de Palestina y los prosélitos de la Diáspora atestan -ésta es la palabra- el Templo para hacer las últimas oraciones, las últimas ofrendas, y escuchar las últimas lecciones de los escribas.

Los galileos seguidores de Jesús están en su totalidad: los jefes más importantes en primera fila; en el centro, muy identificado con su condición de pariente, está José de Alfeo con su hermano Simón. Otro grupo, apiñado, que espera, es el de los setenta y dos discípulos. Con esta expresión me refiero a los discípulos elegidos por Jesús para evangelizar, y que han cambiado de número y de caras, porque algunos de los antiguos, después de la defección que siguió al discurso del Pan del Cielo, ya no están, y se han agregado otros nuevos, como Nicolái de Antioquía. El tercer grupo, también muy apiñado y numeroso, es el de los judíos; entre ellos, veo a los arquisinagogos de Emaús, de Hebrón, de Keriot; de Yuttá está presente el marido de Sara; de Betsur los parientes de Elisa.

Están junto a la puerta Hermosa, y es clara su intención de rodear al Maestro en cuanto aparezca. Efectivamente, Jesús no puede dar un paso dentro del recinto amurallado sin que estos tres grupos lo circunden, casi como aislándolo de los malévolos, o también de los que, simplemente, están allí por curiosidad.

Jesús se dirige al atrio de los Israelitas para las oraciones; los otros le siguen, compactos -en la medida en que lo permite la gran densidad de gente-, sordos a las expresiones de desagrado de quienes tienen que apartarse y dejar paso al gran número de personas que va con Jesús. Él va entre sus hermanos. Y no es dulce como la de Jesús la mirada, ni humilde como la de Jesús la actitud de José de Alfeo, que, expresivamente, fija sus ojos en algunos fariseos...

Oran. Luego regresan al patio de los Paganos. Jesús se sienta humildemente en el suelo, apoyando la espalda en la pared del pórtico. Lo rodea un semicírculo que cada vez se va haciendo más compacto, debido a la sucesión de filas de personas que se van poniendo a espaldas de las filas más cercanas a Él, sentándose o apoyándose y permaneciendo de pie: rostros y miradas que convergen en el único Rostro. Los curiosos, los que han venido de lejos y no están al corriente, y los malévolos, están detrás de esta barrera de fieles, esforzándose por ver, alargando los cuellos, levantándose sobre las puntas de los pies.

Jesús, entretanto, está escuchando a éste y a aquél, que piden consejos o refieren noticias. Hablan así los parientes de Elisa, dando noticias de ella y preguntando si puede venir a servir al Maestro. Él responde:

-No me quedo aquí. Más tarde vendrá.

Y habla el pariente de María de Simón, madre de Judas de Keriot, diciendo que se ha quedado, él, custodiando las propiedades, pero que María está casi siempre con la madre de Yoana. A Judas, que está atónito, se 1e salen los ojos de las órbitas, pero no habla. Y habla el marido de Sara, diciendo que pronto le nacerá a él otro hijo, y pregunta que cómo puede llamarlo. Jesús responde:

-Si es varón, Juan; si es mujer. Ana.

Y el anciano arquisinagogo de Emaús le susurra, bajo, algún caso de conciencia, y Jesús, en voz baja, le responde. Y así sucesivamente.

Mientras, la gente va aumentando. Jesús alza la cabeza y mira. Estando el pórtico elevado unos cuantos escalones, Él, a pesar de estar sentado en el suelo, domina buena parte del patio, por ese lado, y ve muchas caras.

Se pone en pie y dice con fuerte voz, con toda su entonada y fuerte voz:

-¡El que tenga sed que venga a mí y beba! Del interior de los que crean en mí brotarán ríos de agua viva.

Su voz llena el vasto patio, los espléndidos pórticos. Ciertamente, atraviesa los de este lado, y se propaga a otros lugares, y sobrepuja todas las demás voces, cual armónico trueno lleno de promesas. Dice esto, y luego calla unos instantes, como habiendo querido enunciar el tema y dar tiempo a quienes no tienen interés en oírlo de marcharse sin causar molestias. Los escribas y doctores callan, o sea, bajan sus voces (ahora son un susurro, aunque, ciertamente, malévolo). No veo a Gamaliel.

Jesús camina de frente, entre el semicírculo, que se abre según va llegando y se va cerrando a sus espaldas, transformándose de semicírculo en anillo. Camina despacio, majestuosamente. Parece deslizarse sobre los mármoles policromos del suelo, con el manto un poco suelto, que le forma por detrás una incipiente cola. Va al ángulo del pórtico, al extremo del escalón que penetra hacia el patio; allí se detiene. Domina, así, dos lados de la primera muralla. Alza el brazo derecho, con su gesto habitual de cuando empieza a hablar, mientras con la mano izquierda apretada contra el pecho tiene sujeto el manto. Repite las palabras iniciales:

-¡El que tenga sed que venga a mí y beba! ¡Del interior de los que crean en mí manarán ríos de agua viva!

Aquel que vio la teofanía del Señor, el gran Ezequiel, (*Ezequiel 1; 8-10; 37, 1-14; 47, 1-19)* sacerdote y profeta, después de ver proféticamente los actos impuros en la profanada casa del Señor, después de ver, también proféticamente, que sólo los signados con el Tau vivirán en la Jerusalén verdadera, mientras que los demás conocerán más de un exterminio, más de una condena, más de un castigo -y el tiempo está cercano, oh vosotros que me escucháis, está cercano, está más cercano de lo que pensáis; por lo cual, os exhorto, como Maestro y Salvador, a no tardar más en signaros con el signo que salva; a no tardar más en poner en vosotros la Luz y la Sabiduría, a no tardar más en arrepentiros y llorar, por vosotros y por los demás, para poderos salvar-, Ezequiel, después de ver todo esto y más, habla de una terrible visión: la de los huesos secos.

Día llegará en que en un mundo muerto, bajo un firmamento apagado, aparecerán al sonido angélico numerosísimos huesos de muertos. Como un vientre que se abre para dar a luz, así la Tierra arrojará de sus entrañas todo hueso de hombre que sobre ella murió y en su fango fue sepultado, desde Adán al último hombre. Y se producirá entonces la resurrección de los muertos para el grande y supremo juicio, después del cual, como un pomo de Sodoma, el mundo se vaciará para transformarse en una nada, y terminará el firmamento con sus astros. Todo tendrá fin, menos dos cosas eternas, lejanas, en los extremos de dos abismos de una profundidad incalculable, totalmente antitéticos en la forma y en el aspecto y en el modo con que en ellos proseguirá eternamente la potencia de Dios: el Paraíso: luz, alegría, paz, amor; el Infierno: tinieblas, dolor, horror, odio.

-¿Pero creéis que por el hecho de que el mundo no esté todavía muerto y no suenen, convocadoras, las trompetas angélicas, el inmenso campo de la Tierra no está cubierto de huesos sin vida, requetesecos, inertes, separados, muertos, muertos, muertos? En verdad os digo que es así. Entre los que viven, porque respiran todavía, innumerables son los que son como cadáveres, como los huesos secos vistos por Ezequiel. ¿Quiénes son? Aquellos que no tienen en sí la vida del espíritu.

Hay en Israel de éstos, como en todo el mundo. Y el que entre los gentiles y los idólatras no haya sino muertos que esperan ser vitalizados por la Vida es una cosa natural, y causa dolor sólo a aquellos que poseen la verdadera Sabiduría, porque Ella les hace comprender que el Eterno ha creado a las criaturas para Él y no para la idolatría, y se aflige viendo a tantas criaturas en la muerte. Pero, si el Altísimo tiene este dolor, y es ya grande, ¿cuál será su dolor por aquellos que, de su Pueblo, son huesos que albean, sin vida, sin espíritu?

Los elegidos, los predilectos, los protegidos, los nutridos, los instruidos por Él directamente o por sus siervos y profetas, ¿por qué tienen que ser, culpablemente, huesos secos, siendo así que para ellos siempre ha descendido un hilo de agua vital del Cielo y les ha dado a beber Vida y Verdad? ¿Por qué, plantados en la tierra del Señor, se han secado? ¡Por qué su espíritu ha muerto, si el Espíritu Eterno puso a su disposición todo un tesoro sapiencial para que de él bebieran y vivieran? ¿Quién?, ¿con qué prodigio podrán volver a la Vida, si han dejado las fuentes, los pastos, las luces que Dios les ha dado, y caminan a tientas entre las calígines, y beben fuentes no puras, y se nutren de alimentos no santos?

¿No volverán, pues, a vivir? Sí. En nombre del Altísimo Yo lo juro. Muchos resucitarán. Dios tiene ya preparado el milagro; es más, el milagro ya está activo, ya ha actuado en algunos, y algunos huesos secos se han revestido de vida, porque el Altísimo -al cual nada le está prohibido- ha mantenido la promesa y la mantiene, y cada vez la completa más. Él, desde lo alto de los Cielos, grita a estos huesos que están esperando la Vida: "Ved que Yo infundiré en vosotros el espíritu y viviréis". Y ha tomado su Espíritu, a sí mismo se ha tomado, y ha formado una Carne para revestir su Palabra, y la ha enviado a estos muertos para que, hablándoles, se infundiera de nuevo en ellos la Vida.

¡Cuántas veces, en el transcurso de los siglos, Israel ha gritado: "Están secos nuestros huesos, nuestra esperanza ha muerto, estamos separados"! Pero, toda promesa es sagrada, toda profecía es verdadera. Y ha llegado el tiempo en que el Enviado de Dios abre las tumbas para sacar de ellas a los muertos y vivificarlos para conducirlos consigo a la verdadera Israel, al Reino del Señor, al Reino del Padre mío y vuestro.

¡Yo soy la Resurrección y la Vida! ¡Yo soy la Luz que ha venido a iluminar a quien yacía en las tinieblas! ¡Soy la Fuente de la que, impetuosa, brota Vida eterna! El que venga a mí no conocerá la Muerte. El que tenga sed de Vida venga y beba. Quien quiera poseer la Vida, o sea, a Dios, crea en mí, y de su interior brotarán no gotas, sino ríos de agua viva. Porque el que crea en mí formará conmigo el nuevo Templo del que manan las aguas saludables de que habla Ezequiel.

¡Venid a mí, pueblos! ¡Venid a mí, criaturas! Venid a formar un único Templo; pues que no rechazo a ninguno, sino que, por amor, os quiero conmigo, en mi trabajo, en mis méritos, en mi gloria.

"Y vi aguas que brotaban de debajo de la puerta de la casa, a * oriente... y las aguas bajaban al lado derecho, al sur del altar". *(Ezequiel cap. 47).*

Aquel Templo son los que creen en el Mesías del Señor, en el Cristo, en la Nueva Ley, en la Doctrina del tiempo de Salud y de Paz. Así como de piedras están formados los muros de este templo, de espíritus vivos estarán formados los místicos muros del Templo, que no morirá por los siglos de los siglos y que desde la Tierra ascenderá hasta el Cielo, como su Fundador, después de la lucha y la prueba. Aquel altar del que brotan las aguas, aquel altar situado a levante soy Yo. Y mis aguas brotan de la derecha porque la derecha es el lugar de los elegidos para el Reino de Dios. Brotan de mí para verterse sobre mis elegidos y hacerlos ricos en aguas vitales, portadores de ellas, distribuidores de ellas hacia el Septentrión, hacia el Mediodía, hacia Oriente, hacia Occidente, para dar Vida a los pueblos de la Tierra que esperan la hora de la Luz, la hora que llegará, que sin falta llegará a todos los lugares antes de que la Tierra deje de existir. Brotan y se esparcen mis aguas, mezcladas con las que Yo mismo he dado y daré a mis seguidores; y, a pesar de estar esparcidas para hacer apta la Tierra, formarán un único río de Gracia, cada vez más profundo, cada vez más grande, que irá creciendo día tras día, paso a paso, con las aguas de los nuevos seguidores, hasta que forme como un mar; un mar que, con sus aguas, tocará todos los lugares para santificar toda la Tierra.

Dios quiere esto. Dios hace esto. Un diluvio lavó el mundo dando muerte a los pecadores. Un nuevo diluvio, de otro líquido, que no será lluvia, lavará el mundo y dará Vida. Y, por un misterioso acto de gracia, los hombres podrán formar parte de ese diluvio santificador, uniendo sus voluntades a la mía, sus fatigas a la mía, sus sufrimientos al mío. Y el mundo conocerá la Verdad y la Vida. Y el que quiera participar podrá hacerlo. Sólo el que no quiera ser nutrido por las aguas de Vida se

transformará en lugar palúdico y pestífero, o seguirá siéndolo, y no conocerá las pingües cosechas de los frutos de gracia, sabiduría, salvación, que conocerán los que vivan en mí.

En verdad os digo, otra vez, que el que tenga sed y venga a mí beberá y no volverá a tener sed, porque mi Gracia abrirá en él fuentes y ríos de agua viva. Y quien no crea en mí perecerá, como salina donde la vida no puede subsistir.

En verdad os digo que después de mí no se interrumpirá la Fuente, porque Yo no moriré, sino viviré, y, cuando me haya ido, ido y no muerto, para abrir las puertas de los Cielos, Otro, que es igual que Yo, vendrá y completará mi obra haciéndoos comprender las cosas que Yo os he dicho, y encendiéndoos para haceros "luces", ya que habéis acogido la Luz.

Jesús calla.

La muchedumbre, que ha estado en silencio bajo el imperio del discurso, ahora musita y hace distintos comentarios:

Quién dice:

-¡Qué palabras! ¡Es un verdadero profeta!

Quién:

-Es el Cristo. Os lo digo. Ni siquiera Juan hablaba así. Y ningún profeta tiene su fuerza.

-Y además nos hace comprender a los profetas; incluso a Ezequiel, que es tan oscuro en sus símbolos.

-¿Habéis oído, no? ¡Las aguas! ¡El altar! ¡Está claro!

-¿Y los huesos secos? ¿Has visto cómo se han turbado escribas, fariseos y sacerdotes? ¡Han comprendido la alusión!

.Sí. Y han mandado a la guardia. Pero ellos... se han olvidado de prenderlo y se han quedado como niños que ven a los ángeles. ¡Miradlos allí! Están como apapanatados.

-¡Mira! ‘Mira! Un magistrado los llama y los reprende. ¡Vamos a oír!

Mientras tanto, Jesús está curando a unos enfermos que le están siendo acercados y no se ocupa de nada más, hasta que, abriéndose paso entre la gente, un grupo de sacerdotes y fariseos, capitaneados por un hombre de unos treinta o treinta y cinco años -veo que todos lo evitan, con un temor que es casi terror- llega hasta Él.

-¿Todavía estás aquí? ¡Vete! ¡En nombre del Sumo Sacerdote!

Jesús se alza -estaba agachado hacia un paralítico- y lo mira con calma y mansedumbre. Luego vuelve a agacharse para imponer las manos al enfermo.

-¡Vete! ¿Has entendido? Seductor de muchedumbres. O haremos que te prendan.

-Ve y alaba al Señor con una vida santa - dice Jesús al enfermo, que se alza curado; y ésta es su única respuesta. Los que amenazan, por su parte, echan espuma venenosa, y la muchedumbre los intima, con sus voces de hosanna, que no causen daño a Jesús.

Pero, si Jesús se muestra manso, no así se muestra José de Alfeo, el cual, irguiéndose engallado, echando hacia atrás la cabeza para parecer más alto, grita: -¡Eleazar, tú que con los que te asemejan querrías abatir el cetro del Hijo escogido de Dios y de David, has de saber que estás cortando todas las plantas, la tuya la primera, esa de que tanto te jactas! ¡Porque tu maldad hace pender sobre tu cabeza la espada del Señor! - y diría más cosas; pero Jesús le pone la mano en el hombro y dice:

-¡Paz, paz, hermano mío! - y José, lívido de indignación, calla.

Se encaminan hacia la salida. Ya fuera de la muralla, refieren a Jesús que los jefes de los sacerdotes y los fariseos han reprendido a la guardia por no haberlo arrestado, y que ellos se habían justificado diciendo que nunca nadie había hablado como Él. Respuesta que había enfurecido a los príncipes de los sacerdotes y a los fariseos, entre los cuales había muchos del Sanedrín. Tanto que, para probar a los soldados que sólo los necios podían ser seducidos por un loco, querían ir a arrestarlo, como blasfemo. Y también para enseñar a la gente a comprender la verdad. Pero Nicodemo, que estaba presente, se había opuesto diciendo:

-No podéis actuar contra Él. Nuestra Ley prohíbe condenar a un hombre antes de haberlo escuchado y haber visto lo que hace. Y nosotros de su boca hemos oído, y de Él hemos visto, cosas no condenables.

Ante estas palabras la ira de los enemigos de Jesús se había volcado contra Nicodemo, con amenazas e insultos y burlas, como contra un necio y un pecador. Y Eleazar ben Anás se había puesto en movimiento, personalmente, con los más enfurecidos, para ir a echar a Jesús, pues a más no se atrevía por la muchedumbre.

José de Alfeo está furioso. Jesús lo mira y dice:

-¿Lo ves, hermano?

No dice nada más... ¡pero hay mucho en esas palabras! Contienen la advertencia de que Él, ya hable, ya calle, tiene razón, contienen el recuerdo de sus palabras, contienen el índice de lo que son las castas más importantes de Judea, de lo que es el Templo, etc.

José agacha la cabeza y dice:

-Tienes razón...

Guarda silencio, pensativo. Luego, al improviso, echa sus brazos en torno a la espalda de Jesús y llora sobre el pecho de Él, mientras dice:

-¡Pobre hermano mío! ¡Pobre María! ¡Pobre Madre!

Creo que José intuye claramente, en este momento, la suerte de Jesús...

-¡No llores! Haz tú también, como Yo hago, la voluntad de nuestro Padre - lo conforta Jesús, y lo besa para consolarlo.

Cuando José está un poco calmado, se ponen en marcha en dirección a la casa en que se hospeda, y allí se saludan besándose. Y José, muy emocionado, mucho, dice como últimas palabras:

-¡Ve en paz, Jesús! Respecto a todo. Lo que te dije cerca de Nazaret te lo repito, y con más fuerza todavía. Ve en paz. Ten sólo las preocupaciones de tu trabajo. De lo demás me ocuparé yo. Ve y que Dios te conforte.

Y lo besa una vez más, paternal en el rostro, y en la caricia que, como bendición de jefe de familia, le deposita en la cabeza.

Luego José saluda a sus hermanos. Se saludan también éstos y Simón. Pero noto que Santiago, no sé por qué motivo, se muestra más bien distante con José, y viceversa. Sin embargo, con Simón, hay más afectuosidad. Lo último que José dice a Santiago es: -¿Entonces tengo que pensar que te he perdido?

-No, hermano. Debes pensar que tú sabes dónde estoy y que, por tanto, de ti depende el encontrarme. Sin rencor. Es más, con muchas oraciones por ti. Pero en las cosas del espíritu no hay que tomar dos senderos juntos. Tú sabes lo que quiero decir...

-Ya ves que lo defiendo...

-Defiendes al hombre y al pariente. No es suficiente para darte esos ríos de Gracia de que Él hablaba. Defiende al Hijo de Dios, sin miedo al mundo, sin cálculo de intereses, y serás perfecto. Adiós. Cuida de nuestra madre, cuida a María de José...

Jesús -no sé si ha oído, porque está centrado en saludar a los otros nazarenos y galileos-, terminados los saludos, ordena:

-Subamos al Monte de los Olivos. Desde allí nos dirigiremos a algún lugar...

## 492

## En Betania se evoca la memoria de Juan de Endor.

Una casa de Betania cada vez más triste, pero siempre acogedora... La presencia de amigos y discípulos no le quita a la casa la tristeza. Están José, Nicodemo, Manahén, Elisa y Anastática. Éstas, por lo que entiendo, no han sabido resistir estar lejos de Jesús, y se disculpan de ello como de una desobediencia, aunque estando bien decididas a no marcharse. Y Elisa explica las válidas razones que existen: la imposibilidad para las hermanas de Lázaro de seguir al Maestro, para darles a Él y a los apóstoles aquellos cuidados femeninos que son necesarios para un grupo de hombres solos y, además, perseguidos.

-Sólo nosotras podemos. Porque Marta y María no pueden dejar a su hermano. Juana no está. Analía es demasiado joven para ir con vosotros. Nique conviene que esté donde está, para recibiros allí. Mis canas evitan las murmuraciones. Yo te precederé a donde vayas, o estaré donde me digas, y tendrás siempre a tu lado a una madre, y yo creeré que tengo todavía un hijo. Haré lo que Tú quieras, pero déjame servirte.

Jesús, sintiendo que todos consideran justa la cosa, accede. Quizás también, en medio de las grandes amarguras que ciertamente tiene en su corazón, desea tener cerca un corazón en que hallar un reflejo de la dulzura materna... Elisa exulta en su triunfo.

Jesús dice:

-Estaré frecuentemente en Nob. Irás a la casa del anciano Juan. Me la ha ofrecido para mis estadías. Te encontraré cada vez que regresemos...

-¿Tienes pensado irte, a pesar de las lluvias? - pregunta José de Arimatea.

-Sí. Quiero ir todavía hacia la Perea y detenerme en la casa de Salomón. Luego hacia Jericó y Samaria. ¡Oh, quisiera ir todavía a muchos lugares!...

-No te alejes demasiado, Maestro, de los caminos presidiados y de las ciudades presidiadas por un centurión. Ellos están vacilantes. Y también lo están los otros. Dos miedos. Dos vigilancias. A ti y recíprocamente. Pero, créelo, para ti son menos peligrosos los romanos...

-¡Nos han abandonado!... - prorrumpe Judas de Keriot.

-¿Lo crees? No. ¡Entre los gentiles que escuchan al Maestro, puedes distinguir, acaso, los enviados por Claudia o por Poncio? Entre los libertos de la primera y de sus amigas, no son pocos los que podrían hablar en el Bel Nidrás, si fueran israelitas. No olvides nunca que en todas partes hay doctos; que Roma somete al mundo, que a sus patricios les gusta tomar el mejor botín para ornato de sus casas. Si cada uno de los gimnasiarcas y de los que presiden los Circos eligen lo que puede proporcionarles ganancia y gloria, los patricios eligen a aquellos que por cultura o belleza son decoro y satisfacción de las casas y de sí mismos... Maestro, este tema me suscita un recuerdo... ¿Se me concede una pregunta?

-Habla.

-Aquella mujer, aquella griega que estaba aquí el año pasado... y que era un elemento de acusación contra ti, ¿dónde está? Muchos han tratado de saberlo... no con buena finalidad. Pero yo no tengo en mí un deseo malo... Sólo... El que haya vuelto al error no me parece posible. Había en ella una gran inteligencia y una justicia sincera. Pero, el no verla ya...

-En un lugar de la Tierra, ella, la pagana, ha sabido ejercitar, para un israelita perseguido, la caridad que los israelitas no tenían.

-¿Te refieres a Juan de Endor? ¿Está con ella?

-Ha muerto.

-¿Muerto?

-Sí. Y se le podía haber dejado morir cerca de mí... No había que esperar mucho... Aquellos que trabajaron para provocar su separación, y son muchos, cometieron un homicidio como si hubieran alzado la mano, armada de cuchillo, contra él. Le quebrantaron el corazón. Y, aun sabiendo que ha muerto de esto, no piensan que son unos homicidas. No sienten remordimiento de haberlo sido. *Se puede matar de muchas maneras a los hermanos. Con un arma y con la palabra, o con una acción malvada.* Como el hecho de referir, a quien persigue, los lugares del perseguido; el hecho de quitar a un desdichado un cobijo que le sirva de conforto... ¡Oh, de cuántas formas se mata!... Pero el hombre no siente remordimiento. *El hombre, y éste es el signo de su decadencia espiritual, ha matado el remordimiento.*

Se muestra tan severo Jesús al decir estas palabras, que ninguno encuentra la fuerza para hablar. Se miran de reojo, cabizbajos, confundidos, incluso los más inocentes y buenos.

Jesús, después de un momento de silencio, dice:

-No hace falta que ninguno lleve a los enemigos del muerto y a los míos las palabras que he dicho, para que exulten satánicamente. Pero, si os preguntan, podéis responder que Juan está en paz, con el cuerpo en un sepulcro lejano y el espíritu en espera de mí.

-Señor, ¿esto te ha producido mucho dolor? - pregunta Nicodemo.

-¿El qué? ¿Su muerte?

-Sí.

-No. Su muerte me ha producido paz, porque ha significado su paz. Dolor, un gran dolor me han producido aquellos que, por un bajo sentimiento humano, han denunciado al Sanedrín su presencia entre los discípulos y han provocado su partida. Mas, cada uno tiene su sistema, y sólo una gran voluntad buena puede cambiar los instintos y los sistemas. Y os digo: "Quien denunció denunciará. Quien hizo morir hará morir". Pero, ¡ay de él! Cree vencer y pierde. Y le espera el juicio de Dios.

-¿Por qué me miras así, Maestro? - pregunta Juan de Zebedeo, turbándose y ruborizándose como si fuera culpable.

-Porque, si te miro a ti, ninguno pensará, ni siquiera el más malvado, que hayas podido odiar a un hermano tuyo.

-Habrá sido algún fariseo o algún romano... É1 los proveía de huevos... - dice Judas de Keriot.

-Un demonio ha sido. Pero le ha hecho un bien queriéndolo perjudicar. Ha acelerado su completa purificación y su paz.

-¿Cómo lo supiste? ¿Quién te trajo la noticia? - pregunta José.

-¿Acaso el Maestro necesita tener a alguien que le traiga las noticias? ¿No ve, acaso, las acciones de los hombres? ¿No fue a llamar a Juana para que viniera donde Él y se curase? ¿Qué es imposible para Dios? - dice, vehemente, María de Magdala.

-Es verdad, mujer. Pero pocos poseen tu fe... Y por este motivo he hecho una pregunta necia.

-Bien. Pero, ahora, Maestro, ven. Lázaro se ha despertado y te espera...

Y se lo lleva, cortante y decidida, atajando cualquier otro posible tema de conversación y cualquier otra posible pregunta.

## 493

## Jesús habla cabe la fuente de En Royel, lugar en que hicieron un alto los tres Sabios.

Jesús regresa de Betania por el camino bajo (empleo esta palabra para referirme al más largo, que no pasa por el Monte de los Olivos y que entra en la ciudad pasando por el barrio de Tofet).

Primero se detiene para ofrecer unas ayudas a los leprosos que no han sabido pedirle más que pan. Luego va derecho a un amplio receptáculo cuadrangular, cubierto, cerrado por todos los lados menos por uno. Un pozo, un pozo grande cubierto, el más grande que he visto. Es más grande que el de la Samaritana, y debe ser también más rico en aguas, porque el suelo de alrededor acusa su nutrición y muestra mucha fertilidad, en contraste con el árido y sepulcral valle de Hinnon, que se vislumbra de refilón al noroeste. Sólo una construcción de sólida piedra, como es la del pozo y su cubierta, habría podido resistir a la humedad del suelo. Y las piedras -no hace falta ser expertos para considerarlas antiguas- resisten, oscuras y robustas, como protección del agua preciosa.

A pesar del aspecto tétrico del día, y a pesar de la proximidad de los sepulcros de los leprosos, que infunden siempre en las cercanías una gran tristeza, el lugar es sereno, sea por su gran fertilidad, sea porque tiene detrás, al norte, vastos jardines, ricos en árboles de todo tipo, que alzan sus tupidas copas contra el fondo del cielo pardo que se abate sobre la ciudad; y, delante, al sur, el valle del Cedrón, que ensancha su lecho y se hace más nutrido de aguas, de la misma forma que el valle se hace más alegre y rico en luz, siguiendo el camino que va a Betania y a Jericó por un buen trecho.

Mucha gente (mujeres con ánforas, asnerizos con cubos, caravanas que van a salir o que están llegando) se paran junto al pozo y sacan agua. Un largo trecho de suelo está húmedo por los cubos que gotean cuando se vierte su contenido en los recipientes. Tranquilidad y dulces voces de mujeres, gorjeantes vocecitas de niños, voces graves, roncas, fuertes de hombres, rebuznos de burros y estridentes gritos de camellos que, acoclados bajo su carga, esperan a que el camellero vuelva con el agua.

Una escena muy típica, en un ocaso fosco, en que el cielo tiene extrañas pinceladas de un amarillo innatural, improviso, que esparce una luz extraña sobre todas las cosas; mientras, más arriba, nubes densas y plúmbeas se encabalgan corriendo hacia Occidente. Las partes más altas de la ciudad, con esa luz extraña contra el fondo del horizonte plúmbeo estriado con pinceladas sulfúreas, son espectrales.

-Esto es todo agua, y viento... - sentencia Pedro, y pregunta:

-¿A dónde vamos esta noche?

-A casa del hombre de los jardines. Mañana subo al Templo y...

-¿Todavía? ¡Mira bien lo que haces! Sería mejor que aceptaras la invitación de los libertos a su sinagoga - aconseja Simón Zelote.

-Entonces, sinagoga por sinagoga; hay otras, ¡y que han dado muestras de desear su presencia! ¿Por qué tienen que ser ellos? - dice Judas de Keriot.

-Porque son los más seguros. Y la razón se comprende sin que yo la diga - rebate el Zelote.

-¡Seguros! ¿Qué es lo que te da esa certeza?

-El hecho de que han sabido permanecer fieles, a pesar de lo que han pasado.

-No discutáis entre vosotros. Mañana voy a subir al Templo. Ya lo he dicho. Ahora, quedémonos aquí un poco. Siempre es un lugar de buena evangelización.

-No más que otro. No sé por qué lo prefieres.

-¿Que por qué, Judas? Por muchas razones que diré a los que se están congregando, y por una que os digo a vosotros en particular. En este pozo de la fuente de Royel se detuvieron, inseguros y contrariados los tres Sabios de Oriente, pues que había desaparecido la estrella que los había guiado desde tan lejos. Cualquier otro hombre habría dudado de Dios y de sí mismo. Ellos estuvieron en oración hasta el alba, junto a sus cansados camellos (los únicos que estaban despiertos, entre los servidores que dormían). Y luego, al alba, se alzaron y se dirigieron a las puertas, desafiando el peligro de ser tomados por locos y agitadores, desafiando también el peligro de morir. Recordad que reinaba Herodes, el sanguinario. Y bastaba mucho menos de la frase que los Sabios querían decirle para que les decretara su muerte. Pero ellos me buscaban a mí. No buscaban gloria, riquezas, honores. Me buscaban a mí, sólo a mí. A un niño: a su Mesías, a su Dios. La búsqueda de Dios, siendo buena, proporciona siempre todas las ayudas y todo el coraje. Los miedos, las cosas bajas, son la herencia de los que sueñan cosas bajas. Ellos aspiraban a adorar a Dios. Este amor suyo los hacía fuertes. Y, pocas horas después, el amor tuvo un premio, porque aquí, en la noche lunar, reapareció la estrella ante sus ojos. Nunca le falta la estrella de Dios a quien con justicia y amor lo busca. ¡Los tres Sabios! Hubieran podido quedarse entre los falsos honores que Herodes les daba, después de la respuesta de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas y doctores. Y estaban muy cansados... Pero no se quedaron ni siquiera una noche, y, antes de que se cerraran las puertas, salieron para esperar aquí al alba. Luego... no el alba solar, sino el alba de Dios apareció de nuevo para hacer de plata el camino. La estrella los llamó con sus luces y ellos fueron a la Luz. ¡Bienaventurados! ¡Bienaventurados ellos y quien sabe imitarlos!

Los apóstoles y Margziam con Isaac están centrados en escuchar, con ese rostro feliz que tienen siempre que Jesús evoca su nacimiento; e Isaac, absorto, suspira, sonríe ante este recuerdo... con un rostro extático, lejano del lugar y del tiempo, regresando a más de treinta años antes, a aquella noche, a aquella estrella que ciertamente vio entre su rebaño...

Más gente se ha acercado, porque el camino es de mucho tránsito, y está escuchando; y alguno recuerda la fantástica caravana, y la noticia que trajo... y las consecuencias de ella.

-Éste siempre es lugar de consejo. La historia siempre se repite. Este siempre es lugar de prueba. Para los buenos, para los malos. Pero toda la vida es una prueba de la fe y justicia del hombre.

Os recuerdo la fidelidad de Jusay, de Sadoq y Abiatar, de Jonatán y Ajimaas, que de este lugar partieron para salvar a su rey y fueron protegidos por Dios porque obraban con justicia.

Os recuerdo *(2 Samuel 17 y en 1 Reyes 1)* un hecho relacionado con este mismo lugar y que no tuvo buenas consecuencias por tratarse de un abuso y, por tanto, no estar bendecido por Dios. Junto a la piedra de Zojélet, cerca de la fuente de Royel, Adonías conspiró contra la voluntad de su padre y se hizo proclamar rey por los de su partido. Pero el abuso no lo favoreció, porque, antes del final del banquete, los gritos de hosanna que resonaban en Guijón le notificaron -aún antes de que Jonatán de Abiatar hablara-, que Salomón era rey, y él, que había querido usurpar el trono, debía confiar sólo en la misericordia de Salomón.

Demasiados repiten el gesto de Adonías y se oponen al verdadero Rey, o conjuran contra Él siguiendo el partido aparentemente más fuerte. Y demasiado pocos, actuando así, sabrán luego abrazarse al altar pidiendo perdón y confiando en la misericordia de Dios. ¿Podremos, nosotros que hemos considerado tres sucesos de este pozo, decir que el lugar está sujeto a influjos buenos o no buenos? No. No el lugar. No el tiempo. No los sucesos, sino la voluntad del hombre es la que turba las acciones del hombre. En Royel ha visto la fidelidad de los súbditos de David y el pecado de Adonías, de la misma forma que ha visto la fe de los tres Sabios. Es el mismo pozo. En sus piedras se han apoyado y en sus aguas han apagado su sed Jonatán y Ajimaas, como Adonías y los suyos, como los tres Sabios. Pero el agua y las piedras han visto tres cosas distintas: la fidelidad al rey David, la traición al rey David, la fidelidad a Dios y al Rey de los reyes. Es siempre la voluntad del hombre la que hace cumplir el bien o el mal. Y sobre la voluntad del hombre proyecta sus luces la voluntad de Dios, y sus vapores venenosos la voluntad de Satanás. Del hombre depende el acoger la luz o el veneno y venir a ser justo o pecador.

En este pozo está colocado un guardián para que nadie corrompa las aguas. Y, además del guardián, le han sido dados unas paredes y un techo, para que el viento no meta dentro de él hojas y cosas sucias que contaminen las preciosas aguas. También ha puesto Dios un guardián al hombre: la voluntad inteligente y consciente del hombre; y protecciones: los mandamientos y los consejos angélicos, para que el espíritu del hombre no fuera corrompido consciente o inconscientemente. Pero cuando el hombre corrompe su conciencia, su intelecto, no escucha las inspiraciones del Cielo, pisotea la Ley, es como si fuera un guardián que dejara sin custodia el pozo, o como un demente que desmantelara sus defensas. Deja libre el campo a los enemigos satánicos, a las concupiscencias del mundo y de la carne, y a las tentaciones que, aunque no sean secundadas después, siempre es prudente tenerlas vigiladas y rechazarlas.

Hijos de Jerusalén, hebreos, prosélitos, viandantes que el destino ha reunido aquí a escuchar la voz de Dios, sed sabios, con la verdadera sabiduría, que es saber defender el propio yo de las acciones que deshonran al hombre.

Veo aquí a muchos gentiles. A ellos les digo que no existen sólo las riquezas y las mercancías como únicas cosas que conquistar, sino que hay otra cosa que hay que conquistar: la vida para la propia alma. Porque el hombre tiene un alma dentro de sí, una cosa impalpable, pero que es la que le hace vivir, una cosa que no muere ni siquiera cuando la carne ha muerto, una cosa que tiene derecho a vivir su verdadera, eterna vida, y no la puede vivir sí el hombre mata su verdadero yo con sus malas acciones.

La idolatría y el gentilismo no son insuperables. El sabio medita y dice: "¿Por qué tengo que seguir a unos ídolos y vivir sin esperanza de una vida más buena, mientras que, yendo al verdadero Dios, puedo conquistar la alegría para toda la eternidad?". El hombre es avaro de sus días y la muerte le causa horror. Cuanto más envuelto está en las tinieblas de falsas religiones o en la no fe, más teme a la muerte. Pero el que viene a la verdadera Fe pierde el terror a la muerte, porque sabe que

más allá de la muerte hay una vida eterna, donde los espíritus se volverán a encontrar y no habrá ya ni dolores ni separaciones. No es difícil seguir el camino de la Vida. Basta creer en el único verdadero Dios, amar al prójimo y amar la honestidad en todas las acciones.

Vosotros, de Israel, sabéis cuáles son las cosas mandadas y cuáles las prohibidas. Pero Yo digo a estos que escuchan y que llevarán lejos, consigo, mis palabras, cuáles son estas cosas... (y dice el Decálogo). La verdadera religión está en esto, no en los sacrificios vanos y pomposos. Obedecer a los preceptos de una moral perfecta, de una virtud sin defecto, usar misericordia, eludir lo que deshonra al hombre, dejar las vanidades, las adivinaciones del error, los augurios falaces, los sueños de los malvados, como dice el libro sapiencial *(Eclesiástico 34, 1-8)*; usar con justicia los dones de Dios, o sea, la salud, la prosperidad, las riquezas, la inteligencia, el poder; no tener soberbia, que es signo de necedad, porque el hombre vive, está sano, es rico o sabio o poderoso mientras Dios se lo concede; no tener deseos inmoderados que algunas veces llevan incluso al delito; vivir, en una palabra, como hombres y no como los animales, por dignidad incluso hacia uno mismo.

Bajar es fácil; subir de nuevo, difícil. Pero, ¿quién querría vivir en un abismo fétido sólo por el hecho de haber caído en él, y no trataría de dejarlo subiendo hasta su sumidad florida y llena de sol? En verdad os digo que la vida del pecador está situada en un abismo, y también la vida que vive en el error. Pero aquellos que acogen la Palabra de la verdad y van a la Verdad suben a la sumidad, a la Luz.

Id ahora todos a vuestro lugar de destino. Y recordad que, junto a la fuente de En Royel, la Fuente de la Sabiduría os ha dado de beber sus aguas para que tengáis otra vez sed y a Ella volváis.

Jesús se abre paso y se encamina hacia la ciudad, dejando a la gente comentando, preguntando, respondiendo.

## 494

## La mujer adúltera y la hipocresía de sus acusadores.

Veo el interior del recinto del Templo, o sea, uno de los muchos patios rodeados de pórticos. Y veo también a Jesús, el cual, muy arropado en su manto, que lo envuelve encima de la túnica -no blanca, sino roja oscura (parece un tejido de lana gruesa)- habla a un grupo de gente que está en torno a Él.

Yo diría que es un día invernal, porque veo que todos están muy arropados en sus mantos; y que hace más bien frío, porque en vez de estar parados, todos caminan deprisa como para entrar en calor. Hace viento, un viento que agita los mantos y levanta el polvo de los patios.

El grupo que se apiña en torno a Jesús -único grupo parado, mientras que todos los otros grupos, en torno a éste o a aquel maestro, van y vienen- se abre para dejar pasar a un pelotón de escribas y fariseos, gesticulantes y más venenosos que nunca. Lanzan veneno a través de la mirada, a través del color de la cara, por la boca. ¡Que víboras! Más que conducir, arrastran a una mujer de unos treinta años, despeinada, que lleva desordenados sus vestidos como persona maltratada. La mujer llora. La arrojan a los pies de Jesús como si fuera un montón de andrajos o despojos muertos. Y ella se queda ahí, acurrucada, apoyado el rostro en los dos brazos, oculto por éstos, que le hacen de almohada entre la cara y el suelo.

-Maestro, ésta ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Su marido la amaba y no permitía que nada le faltara. Ella era reina en su casa. Y ha traicionado a su marido porque es una pecadora, una viciosa, una ingrata, una profanadora. Adúltera es, y como tal debe ser lapidada. Moisés lo dijo. En su ley manda que las que son como ésta sean lapidadas como animales inmundos. Y son inmundas. Porque traicionan la fidelidad y al hombre que las ama y las cuida, porque como tierra nunca saciada siempre están hambrientas de lujuria. Son peores que las meretrices, porque sin el aguijón de la necesidad se dan para dar alimento a su impudicia. Están corrompidas. Son contaminadoras. Deben ser condenadas a muerte. Moisés lo dijo. Y Tú, Maestro, ¿qué dices?»

Jesús -que había dejado de hablar al llegar tumultuosos los fariseos, y que había mirado a la jauría aviesa con mirada penetrante y luego había bajado su mirada hacia la mujer humillada, arrojada a sus pies- calla. Se ha agachado, quedando en posición de sentado, y escribe con un dedo en las piedras del pórtico, que el polvo levantado por el viento cubre de tierrilla. Ellos hablan y Él escribe.

-¡Maestro! Hablamos contigo. Escúchanos. Respóndenos. ¿No has comprendido? Esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. En su casa. En el lecho de su marido. Ella lo ha manchado con su libídine.

Jesús escribe.

-¡Pero este hombre es un deficiente! ¿No veis que no entiende nada y que está trazando signos en la tierra como un pobre demente?

-Maestro, por tu buena reputación, habla. Que tu sabiduría responda a nuestra pregunta. Te repetimos: a esta mujer no le faltaba nada; tenía vestidos, comida, amor; y ha traicionado.

Jesús escribe.

-Ha mentido al hombre que confiaba en ella. Con boca mendaz lo ha saludado y con la sonrisa lo ha acompañado a la puerta, y luego ha abierto la puerta secreta y ha admitido a su amante. Y, mientras su marido estaba ausente para trabajar para ella, ella, como un animal inmundo, se ha revolcado en su lujuria.

-Maestro, es una profanadora, no sólo del tálamo sino también de la Ley; una rebelde, una sacrílega, una blasfema.

Jesús escribe. Escribe, y borra, con el pie calzado con sandalia, lo escrito; y escribe más allá, volviéndose despacio en torno a sí buscando espacio nuevo. Parece un niño jugando. Pero lo que escribe no son palabras de juego; ha ido escribiendo: «Usurero», «Falso», «Hijo irreverente», «Fornicador», «Asesino», «Profanador de la Ley», «Ladrón», «Lujurioso», «Usurpador»,

«Marido y padre indigno», «Blasfemo», «Rebelde contra Dios», «Adúltero». Escrito una y otra vez, mientras nuevos acusadores siguen hablando.

-¡Pero, en fin, Maestro! Tu juicio. Esta mujer debe ser juzgada. No puede con su peso contaminar la Tierra. Su aliento es veneno que turba los corazones.

Jesús se alza. ¡Misericordia! ¡Qué rostro! Es todo un fulgir de relámpagos lanzados contra los acusadores. Tiene tan erguida la cabeza, que parece aún más alto. Tan severo y solemne se manifiesta, que parece un rey en su trono. El manto se le ha descolgado de un hombro y forma una ligera cola tras Él; pero Él no se preocupa de ello. Serio el rostro, sin la más lejana huella de sonrisa en la boca y en los ojos, planta éstos en la cara de la gente, que retrocede como frente a dos puñales puntiagudos. Mira fijamente a cada uno. Con una intensidad de escudriñamiento que produce miedo. Los mirados tratan de retroceder entre la gente y de esconderse entre ella. El círculo, así, se ensancha y se disgrega como minado por una fuerza oculta.

Hasta que habla:

-Quien de vosotros esté sin pecado que tire contra la mujer la primera piedra.

Y la voz es un trueno, acompañado de un aún más vivo centelleo de la mirada. Jesús ha recogido los brazos sobre el pecho, y está así, erguido como un juez, esperando. Su mirada no da paz; hurga, penetra, acusa.

Primero uno, luego dos, luego cinco, luego en grupos, los presentes se alejan cabizcaídos. No sólo los escribas y los fariseos, sino también los que estaban antes en torno a Jesús y otros que se habían acercado para oír el juicio y la condena y que, tanto aquéllos como éstos, se habían unido para injuriar a la culpable y pedir la lapidación. Se queda sólo con Pedro y Juan. No veo a los otros apóstoles.

Jesús se ha vuelto a poner a escribir, mientras se produce la fuga de los acusadores; ahora escribe: «Fariseos», «Víboras», «Sepulcros de podredumbre», «Embusteros», «Traidores», «Enemigos de Dios», «Insultadores de su Verbo»...

Una vez que todo el patio se ha vaciado y se ha hecho un gran silencio -no quedando sino el frufrú del viento y el susurro de una pequeña fuente en un ángulo-, Jesús alza la cabeza y mira. Ahora su rostro se ha calmado. Es un rostro triste, pero ya no está airado. Mira un momento a Pedro, que se ha alejado ligeramente y se ha apoyado en una columna; y también a Juan, que, casi detrás de Jesús, lo mira con su mirada cariñosa. Hay en Jesús un asomo de sonrisa al mirar a Pedro, y una sonrisa más marcada al mirar a Juan. Dos sonrisas distintas.

Luego mira a la mujer, todavía postrada y llorosa, a sus pies. La observa. Se alza, se coloca el manto, como si fuera a ponerse en camino. Hace una señal a los dos apóstoles para que se encaminen hacia la salida.

Cuando está solo, llama a la mujer.

-Mujer, escúchame. Mírame.

Repite la orden, porque ella no se atreve a alzar la cara.

-Mujer, estamos solos; mírame.

La desdichada alza la cara, en que el llanto y la tierra han creado una máscara de abatimiento.

-¿Dónde están, mujer, los que te acusaban? Jesús habla en tono bajo, con seriedad compasiva; tiene el rostro y el cuerpo levemente inclinados hacia el suelo, hacia esa miseria. Una expresión indulgente y sanadora llena su mirada.

-¿Ninguno te ha condenado?

La mujer, entre un sollozo y otro, responde:

-Ninguno, Maestro.

-Y tampoco Yo te condenaré. Ve. Y no peques más. Ve a tu casa. Y gánate el perdón. El de Dios y el del ofendido. No abuses de la benignidad del Señor. Ve.

Y la ayuda a levantarse tomándola de una mano. Pero no la bendice ni le da la paz. La mira mientras se pone en camino, cabizbaja, levemente tambaleante bajo el peso de su vergüenza; y luego, cuando ya no se la ve, se pone a su vez en camino con sus discípulos.

Dice Jesús:

-Lo que me hería era la falta de caridad y de sinceridad en los acusadores. No que acusaran con falsedad. La mujer era realmente culpable. Pero eran insinceros al escandalizarse de algo que ellos habían cometido mil veces y que sólo una mayor astucia y una mayor suerte habían permitido que quedase oculto. La mujer, en su primer pecado, había sido menos astuta y había tenido menos suerte. Pero ninguno de sus acusadores y acusadoras -porque también las mujeres la acusaban en el fondo del corazón, aunque no alzaran su palabra- estaba libre de culpa.

Adúltero es el que pasa al acto y el que a él se inclina y lo desea con todas sus fuerzas. La lujuria está tanto en quien peca como en quien desea pecar. Recuerda, María, la primera palabra de tu Maestro, cuando te llamé desde el borde del precipicio en que estabas: "No basta no hacer el mal, también hay que no desear hacerlo". El que acaricia pensamientos de sensualidad y suscita con lecturas y espectáculos buscados de propósito y con hábitos malsanos sensaciones de la carne es tan impuro como el que comete materialmente la culpa. Digo incluso: es mayormente culpable. Porque va con el pensamiento contra la naturaleza, además de contra la moral. Y no hablo siquiera de aquel que pasa a verdaderos actos contrarios a la naturaleza. El único atenuante de éste es una enfermedad orgánica o psíquica. El que no tiene este atenuante es diez veces inferior al animal más sucio.

Para condenar con justicia se requeriría la ausencia de toda culpa. Os remito a dictados anteriores, cuando hablo de las condiciones esenciales para ser juez. No me eran desconocidos los corazones de aquellos fariseos y de aquellos escribas; ni los de los que se habían unido a ellos en el ataque contra la culpable. Pecadores contra Dios y contra el prójimo, había en ellos culpas contra el culto, culpas contra los padres, culpas contra el prójimo, culpas, especialmente numerosas, contra sus esposas. Si, por un milagro, hubiera ordenado a su sangre escribir en su frente su pecado, entre las muchas acusaciones habría imperado la de "adúlteros" de hecho o de deseo.

Yo dije: "Lo que contamina al hombre es lo que viene del corazón". Y, aparte de mi corazón, no había ninguno entre los jueces que tuviera el corazón incontaminado. Sin sinceridad ni caridad. Ni siquiera el hecho de ser semejantes a ella en el hambre concupiscente los inducía a la caridad. Yo era el que tenía caridad con la humillada. Yo, el único que habría debido sentir asco. Pero, recordad esto: que *cuanto más bueno es uno, más compasivo es para con los culpables.* No es indulgente con la culpa en sí misma. Eso no. Pero se compadece de los débiles que a la culpa no han sabido resistir.
¡El hombre! ¡Oh!, fácil de ser plegado -más que una frágil caña y que un delgado convólvulo- por la tentación y ser movido a abrazarse a aquello en que espera hallar confortación. Porque muchas veces la culpa se produce, especialmente en el sexo más débil, por esta búsqueda de confortación. Por eso Yo digo que el que carece de afecto hacia su mujer, y también hacia la propia hija, es en noventa de cien partes responsable de la culpa de su mujer o de su hija, por quienes responderá. Tanto el afecto estúpido -que es sólo estúpida esclavitud de un hombre para con una mujer o de un padre para con una hija-, como el desatender los afectos -o, peor, una culpa de propia libídine que lleva a un marido a otros amores y a unos padres a otros cuidados que no son los hijos- son fómite para adulterio y prostitución. Y, como tales, Yo los condeno.

Sois seres dotados de razón y guiados por una ley divina y por una ley moral. Rebajarse, por tanto, a una conducta de salvajes o de animales debería causar horror a vuestra gran soberbia. Pero la soberbia, que, en este caso, sería incluso útil, vosotros la tenéis para cosas muy distintas.

Miré a Pedro y a Juan de forma distinta, porque al primero, hombre, quise decirle: "Pedro, no carezcas tú también de caridad y de sinceridad", y decirle también, como a futuro Pontífice mío: "Recuerda esta hora y juzga, en el futuro, como tu Maestro"; mientras que al segundo, joven de alma de niño, quise decirle: "Tú puedes juzgar y no juzgas, porque tienes mi mismo corazón. Gracias, amado, porque eres tan mío que eres un segundo Yo".

Alejé a los dos antes de llamar a la mujer para no aumentar su mortificación con la presencia de dos testigos. Aprended, hombres sin piedad. Aunque uno sea culpable, ha de ser tratado con respeto y caridad. No alegrarse de su aniquilamiento. No ensañarse contra él, ni siquiera con miradas curiosas. ¡Piedad, piedad para el que cae!

A la culpable le indico el camino que debe seguir para redimirse. Volver a su casa, humildemente pedir perdón y obtenerlo con una vida recta, no volver a ceder a la carne, no abusar de la bondad divina y de la bondad humana, para no pagar más duramente que entonces la dúplice o múltiple culpa. Dios perdona, y perdona porque es la Bondad. Pero el hombre, a pesar de haber dicho Yo: "Perdona a tu hermano setenta veces siete", no sabe perdonar dos veces.

No le di paz y bendición porque no había en ella aquella completa separación de su pecado, y ello se requiere para ser perdonados. En su carne, y, por desgracia, en su corazón, no había náusea por el pecado. María de Magdala, saboreado mi Verbo, había sentido repulsa por el pecado y había venido a mí con la voluntad total de ser otra. En ésta había todavía vacilación entre las voces de la carne y las del espíritu. Y, además, en la turbación del momento, no había podido poner todavía la segur contra el tronco de la carne y cortarlo para ir, mutilado su peso de avidez, al Reino de Dios; mutilado lo que significaba destrucción, pero crecido en ella lo que significaba salvación.

¿Quieres saber si luego se salvó? No para todos fui Salvador. Para todos lo quise ser, pero no lo fui, porque no todos tuvieron la voluntad de ser salvados. Y éste fue uno de los más penetrantes dardos de mi agonía del Getsemaní.

Ve en paz tú, María de María, y no quieras ya pecar ni siquiera en las cosas insignificantes. Bajo el manto de María está sólo lo puro; recuérdalo.

## 495

## Jesús instruye acerca del perdón de los pecadores, y se despide de sus discípulos en el camino de Betania.

Jesús ha dado alcance a los diez apóstoles y a los principales discípulos en las faldas del Monte de los Olivos, cerca de la fuente de Siloán. Cuando ellos ven venir, a paso expedito, a Jesús entre Pedro y Juan, van a su encuentro, y se juntan al pie de la fuente.

-Subimos al camino de Betania. Dejo la ciudad por un tiempo. Yendo, os diré lo que debéis hacer - ordena Jesús.

Entre los discípulos están también Manahén y Timoneo, que, tranquilizados, han vuelto a ocupar su lugar. Y están Esteban y Hermas, Nicolái, Juan de Éfeso, el sacerdote Juan y, en definitiva, todos los más destacables por sabiduría, además de los otros, sencillos pero muy activos por gracia de Dios y voluntad propia.

-¿Dejas la ciudad? ¿Te ha sucedido algo? - preguntan muchos.

-No. Pero hay lugares que esperan...

-¿Qué has hecho esta mañana?

-He hablado... Los profetas... Una vez más. Pero no entienden...

-¿Ningún milagro, Maestro? - pregunta Mateo.

-Ninguno. Un perdón. Y una defensa.

-¿Quién era? ¿Quién ofendía?

-Los que se creen libres de pecado acusaban a una pecadora. La he salvado.

-Pero, si era pecadora, tenían razón ellos.

-Su carne era ciertamente pecadora. Su alma... Mucho podría decir sobre las almas. Y no llamaría pecadoras sólo a aquellas cuya culpa es visible. Son pecadoras también aquellas que empujan a otros a pecar. Y con un pecado más astuto. Cumplen al mismo tiempo la función de la serpiente y del pecador.

-Pero ¿qué había hecho la mujer?

-Adulterio.

-¿Adulterio? ¿Y Tú la has salvado? ¡No debías haberlo hecho! - exclama Judas Iscariote.

Jesús lo mira fijamente, luego pregunta:

-¿Por qué no debía?

-Pues porque... Te puede perjudicar. ¡No sabes cómo te odian y cómo buscan de qué acusarte! Es cierto... Salvar a una adúltera es ir contra la Ley.

-Yo no he dicho que la salvaba. Les he dicho que sólo quien estuviera libre de pecado lanzase la piedra contra ella. Y ninguno lo ha hecho, porque ninguno estaba libre de pecado. Así que he confirmado la Ley, que conmina con la lapidación a los adúlteros; pero también he salvado a la mujer, porque no se encontraba ya un lapidador. -Pero Tú...

-¿Querías que la lapidara Yo? Habría sido justicia, porque Yo la habría podido lapidar. Pero no habría sido misericordia.

-¡Ah! ¡Estaba arrepentida! Te ha suplicado y Tú...

-No. No estaba siquiera arrepentida. Estaba sólo humillada y con miedo.

-¡Pero entonces!... ¿Por qué?... ¡Yo ya no te comprendo! Antes lograba todavía comprender tus perdones a María de Magdala, a Juan de Endor, a... en definitiva, a muchos peca...

-Dilo: a Mateo. No me lo tomo a mal. Es más, te quedo agradecido si me ayudas a recordar mi deuda de gratitud a mi Maestro - dice Mateo, calmo y digno.

-Sí, pues también a Mateo... Pero eran personas arrepentidas de su pecado, de su vida licenciosa. ¡Pero ésta!... ¡Yo ya no te comprendo! Y no soy el único que no te comprende...

-Lo sé. No me entiendes... Siempre me has comprendido poco. Y no sólo tú. Pero eso no cambia mi modo de actuar.

-El perdón se da a quien lo pide.

-¡Si Dios debiera dar el perdón sólo a quien lo pide! ¡Si debiera castigar inmediatamente a quien a la culpa no hace seguir el arrepentimiento! ¿Tú no te has sentido nunca perdonado antes de haberte arrepentido? ¿Puedes decir con certeza que te has arrepentido y que por eso has sido perdonado?

-Maestro, yo...

-Escuchadme todos, puesto que muchos de entre vosotros consideran que he errado y que Judas tiene razón. Aquí están Pedro y Juan. Ellos han oído lo que he dicho a la mujer y os lo pueden referir. No he sido un insensato en el perdón. No he dicho lo que dije a otras almas, a las que perdonaba porque estaban completamente arrepentidas. Pero he dado modo y tiempo a esa alma de llegar al arrepentimiento y a la santidad, si quiere alcanzar estas cosas. Recordadlo para cuando seáis maestros de las almas.

Dos cosas es esencial tener para poder ser verdaderos maestros y dignos de ser maestros. Primera cosa: una vida austera respecto a nosotros mismos, de forma que podamos juzgar sin las hipocresías de condenar en los otros lo que a nosotros nos perdonamos. Segunda: una paciente misericordia para dar a las almas la forma de sanar y fortalecerse.

No todas las almas se curan instantáneamente de sus heridas. Algunas lo hacen por fases sucesivas, y a veces lentas y con el riesgo de recaídas. Alejarlas, condenarlas, atemorizarlas, no es arte de médico espiritual. Si las alejáis de vosotros, volverán, resurtiendo, a arrojarse a los brazos de los falsos amigos y maestros. Abrid vuestros brazos y vuestro corazón, siempre, a las pobres almas. Que sientan en vosotros un verdadero y santo confidente, sobre cuyas rodillas no se avergüencen de llorar. Si las condenáis y las priváis de las ayudas espirituales, cada vez más las haréis enfermas y débiles. Si les infundís temor en vosotros y en Dios, ¿cómo podrán alzar los ojos a vosotros y a Dios?

El hombre encuentra como primer juez al hombre. Sólo el ser que vive espiritualmente sabe encontrar primero a Dios. Pero la criatura que ha llegado ya a vivir espiritualmente no cae en culpa grave. Su parte humana puede todavía tener debilidades, pero el espíritu fuerte vela y las debilidades no pasan a ser culpas graves. Mientras que el que todavía es mucha carne y sangre peca, y encuentra al hombre. Ahora bien, si el hombre que le debe indicar a Dios y formar el espíritu le infunde miedo, ¿cómo podrá el culpable abandonarse en él? ¿Y cómo puede decir: "Me humillo porque creo que Dios es bueno y que perdona", si ve que uno que es como él no es bueno?

Vosotros debéis ser el término de parangón, la medida de lo que es Dios, de la misma forma que una moneda pequeñísima es la parte que hace comprender la riqueza de un talento. Pero si vosotros -pequeños que sois una parte del Infinito y lo representáis- sois crueles con las almas, ¿qué creerán ellas, entonces, que es Dios? ¿Qué dureza intransigente pensarán que tiene Él?

Judas, tú que juzgas con severidad, si en este momento te dijera: "Te denunciaré ante el Sanedrín por prácticas mágicas..."

-Señor! ¡No lo harás! Sería... sería... Tú sabes que eso...

-Sé y no sé. Pero, como puedes ver, inmediatamente invocas piedad para ti... y *sabes que no serías condenado por ellos* porque...

-¿Qué quieres decir, Maestro? ¿Por qué dices esto? - dice, muy agitado, Judas, interrumpiendo a Jesús.

El cual, muy calmo, pero con una mirada que barrena el corazón a Judas, y al mismo tiempo frena a su turbado apóstol, en quien convergen las miradas de los otros once apóstoles y de muchos discípulos, dice:

-Pues porque te estiman. Tienes buenos amigos tú allí dentro. Lo has dicho varias veces.

Judas suelta un suspiro de alivio, se seca el sudor, un sudor extraño en este día frío y ventoso, y dice:

-Es verdad. Viejos amigos. Pero no creo que si pecara...

-¿Y entonces pides piedad?

-Ciertamente. Soy todavía imperfecto y quiero llegar a ser perfecto.

-Tú lo has dicho. También aquella criatura es muy imperfecta. Le he dado tiempo para ser buena, si quiere.

Judas deja de rebatir.

Están ya en el camino que va a Betania, lejos ya de Jerusalén. Jesús se detiene y dice:

-¿Y vosotros habéis entregado a los pobres lo que os he dado? ¿Habéis hecho todo lo que os había dicho?».

-Todo, Maestro - dicen apóstoles y discípulos.

-Entonces escuchad. Ahora os voy a bendecir y nos vamos a despedir. Os diseminaréis, como siempre, por Palestina. Os reuniréis de nuevo aquí para la Pascua. No faltéis para entonces... y en estos meses fortaleced vuestro corazón y los de quienes creen en mí. Sed cada vez más justos, desinteresados, pacientes. Sed lo que os he enseñado que debéis ser. Recorred las ciudades, los pueblos, las casas situadas en lugares recónditos. No evitéis a nadie. Soportad todo. No servís a vuestro yo, de la misma forma que Yo no sirvo al yo de Jesús de Nazaret, sino que sirvo al Padre mío. Vosotros también servid al Padre vuestro. Por tanto no vuestros intereses, sino los suyos, deben ser sagrados para vosotros, aunque procurasen dolor o lesión a *vuestros* intereses humanos. Tened espíritu de abnegación y de obediencia. Podrá suceder que Yo os llame, u os ordene permanecer donde estéis. No juzguéis mi orden. Sea cual fuere, obedeced, creyendo firmemente que es buena y es dada para vuestro bien. Y no tengáis envidia, si a algunos los llamo y a otros no. Ya veis... algunos se han separado de mí... y he sufrido por ello. Eran personas que todavía querían guiarse según su mente. *La soberbia es la palanca que derriba a los espíritus y la calamita que me los arrebata.* No maldigáis a quien me ha dejado. Orad para que vuelva... Mis pastores estarán, de dos en dos, en los aledaños de Jerusalén. Isaac por ahora viene conmigo junto con Margziam. Amaos mucho entre vosotros. Ayudaos los unos a los otros. Amigos míos, que todo lo demás os lo diga vuestro espíritu, recordándoos lo que he enseñado, y que os lo digan vuestros ángeles. Yo os bendigo.

Todos se arrodillan, mientras Jesús pronuncia la bendición mosaica. Luego se juntan para saludarlo. En fin, se separan de Él, que, con los doce, Isaac y Margziam, prosigue por el camino de Betania.

-Ahora nos detendremos, el tiempo necesario para saludar a Lázaro; luego continuaremos hacia el Jordán.

-¿Vamos a Jericó? - pregunta, interesado, Judas de Keriot.

-No. A Betabara.

-Pero... la noche...

-No faltan casas y pueblos de aquí al río...

Ya ninguno habla, y, aparte del frufrú de los olivos y el rumor de las pisaduras, no se oye ningún otro ruido.

## 496

## Un alto en la casita de Salomón. Improvisa turbación de Judas Iscariote.

Para no ser vistos por la gente, entran en el pueblecillo donde está la casita de Salomón subiendo por el ribazo del río. Precaución que me parece inútil, porque cae el precoz atardecer de Noviembre o de finales de Octubre y la gente está ya en las casas. La calle se ve vacía, completamente vacía, y, si no fuera por algún balido, se diría que es un lugar desierto.

Mueven la cancela. Está cerrada: bien cerrada a la entrada del huertecillo, que en la penumbra vese todo ordenado.

-¡Llamad! Está en la cocina. Un hilo de luz se filtra por los cuarterones - dice Jesús.

Tomás, con su voz potente, se encarga de llamar al anciano, el cual abre enseguida la puerta y mira hacia la calle. Se muestra incierto a causa de la poca luz externa, él que viene de la cocina, donde resplandece el fuego y hay una lámpara encendida. Pero cuando Jesús dice: «Somos nosotros», el anciano reconoce inmediatamente la voz y grita: « ¡El Maestro!». Luego baja el tosco escalón y se apresura a abrir.

-¡Mi Señor! Entra, entra en tu casa. ¡Bendito sea este día que concluye con tu venida! - dice mientras se afana en abrir los cierres de la cancilla, y explica:

-Estoy solo y cierro muy bien... Los bandidos son capaces de todo. Hay algunos que hacen daño, ora aquí ora allá, bajando de los montes de Galaad. No es que tema por mi vida, pero tenía cosas preparadas para ti y... Mira, Maestro, ven. Este anochecer es húmedo. Tienes el pelo mojado por el relente...

-Y tú eres más solícito que la esposa del Cántico, padre. No te pe-a incomodarte para acoger al Peregrino - dice Jesús sonriendo.

-¿Incomodarme? ¡Qué largo era este tiempo! Un día y otro, y otro y otro. Había sembrado vuestras semillas y veía crecer bien las verduras. Decía: "Si viniera, esto seguro que le gustaría". Pero han madurado y no has venido... Y veía que tomaban color las frutas en los árboles, y las comía con dolor porque Tú no las comías. Aquella oveja me ha dado un cordero, todo blanco. Lo reservé, por tanto, para comerlo contigo. Esperaba verte antes de los Tabernáculos. Luego... un cordero todo para mí... ¡Demasiado! Lo cambié por una ovejita, y fueron buenos conmigo no queriendo ninguna diferencia. Pero de frutas y quesos he reservado lo más que he podido para ti, y pescado seco y legumbres, y todavía tengo algún melón; y un poco de vino... Yo no bebo vino, pero lo he preparado para ti, para el invierno.

Habla mientras limpia la mesa, pone encima la loza, atiza el fuego, aumenta el agua del caldero. Trajina contento. Ya no parece el mismo pobre viejo de pocos meses antes.

Sale, vuelve con leche, pide disculpas:

-Es poca, porque una es la oveja que da leche. Pero dentro de poco serán dos. De todas formas, para ti es suficiente.

Se muestra paternal, devoto y paternal al mismo tiempo. Ha tomado los mantos húmedos, las sandalias embarradas, y los ha llevado a otro lugar. Ha vuelto con unas manzanas y unas granadas y uvas y todavía algunos higos medio pasos, y explica:

-Los he secado así, al menos para que los probaras. Pensaba... pensaba que a mi Ananías le gustaban mucho preparados así...

La voz, antes serena, se baja, adquiriendo un tono triste, mientras dice estas palabras, y termina:

-Y... y pensaba que te gustarían, y, preparándolos, me parecía prepararlos todavía para el hijo de mi hijo.

Menea la cabeza, se esfuerza en sonreír con un brillo de llanto en los ojos.

Jesús, que se había sentado a la mesa, se levanta y le pasa un brazo por los hombros y estrecha contra sí al viejecito:

-Me gustan mucho. Es una cosa que me recuerda mi infancia... Y a mi padre. Pero no debías privarte de tantas cosas por mí. A los ancianos les vienen bien. Tienes que estar sano y fuerte, para acogerme así siempre. ¡Es tan dulce encontrar una casa así, con un padre que nos espera! ¿No es verdad, vosotros, amigos míos?

-¡Cierto, es verdad! Tan bonito, que uno se empereza sin ayudar a Ananías - dice Pedro, y se levanta diciendo:

-Venga, vamos a preparar nuestras camas mientras Jesús habla con el hombre.

-¡No hace falta! Siempre están preparadas. Y todo está limpio allí... La única cosa es que... No son suficientes. Sois más de doce. Pero duermo en el heno y...

-Eso no, padre. Voy yo al heno, entonces - dice Juan.

-No, yo - dicen Andrés y otros.

-No es necesario. Yo me amodorro aquí, encima de esta mesa. Seguro que no es más dura que el fondo de mi barca, y Margziam... - dice Pedro.

-Duerme conmigo - le interrumpe Jesús.

-O conmigo, si quieres... como hacía el pequeño Ananías - dice el anciano, y sus ojos suplican.

-Sí, Maestro. Tú me tienes todavía. Él... Voy con él - dice Margziam.

Jesús lo acaricia, comprendiendo su gesto.

-Han venido varias veces a buscarte después de Pentecostés. Más no han vuelto a venir - dice luego el viejecillo.

-¿Quién lo buscaba?

-¡Pues fariseos! Y otros como ellos. Querían hacerte preguntas. Pero yo les he dicho: "Id a su ciudad. No está aquí, ni sé cuándo vendrá...". Era verdad. Y se cansaron de venir. Y buscaban a otro, a un cierto Juan, que decían que estaba contigo y que pensaban que quizás se escondía aquí. Yo dije: "Pero si es su apóstol. Está con Él". Dijeron: "^Acaso es tuerto su apóstol? ¿Es viejo?, ¿está enfermo?, ¿moribundo?''. Comprendí que no eras tú y respondí: "Conozco sólo al apóstol Juan, un joven más bueno que un niño y sano de corazón y de carne". Me amenazaron. Pero ¿qué podía decir sino eso? Ésta es la verdad...

-Sí. Esto es verdad. Sé siempre veraz; aunque tuvieras que perjudicarme, no mientas nunca, padre.

-Señor, mi pelo ha encanecido tratando siempre de obedecer al Señor. Y entre las obediencias está también la de no decir cosas falsas. Pero... ¿por qué te buscan así, Señor? Yo estaba ciego. Por tanto, no iba a Jerusalén. Ahora he vuelto... Por el puro rito. Porque quería estar aquí esperándote... Y he percibido odio y amor respecto a ti... Y he juzgado que hay más odio que amor entre los jefes del pueblo. Estaba en el Templo aquella mañana que te querían agredir... y huí desolado a esperarte y llorar aquí. ¿Por qué el hombre es tan malo?

-Porque ha matado su espíritu, y con el espíritu su capacidad de sentir el remordimiento de ser injusto.

-¡Es verdad!... ¿Y te buscan para hacerte algún daño?

-Sí.

-¿Sí!? ¿Israel quiere dañar a su Rey? ¡Qué horror! ¡Israel se condena a los castigos proféticos!... ¡Oh, me siento contento, ahora, de que mi hijo haya muerto... y quisiera morir también yo para no ver el pecado de Israel...

Se produce un gran silencio. Sólo tiene voz la leña en el hogar.

-¡Hablemos de otra cosa! ¡Siempre voces de muerte, de odio, de traición! ¡Basta! ¡Basta! ¡No tolero oírlas! - dice Judas Iscariote, profundamente alterado, torvo, agitado y agitándose por la cocina con las piernas, con los brazos, con todo su ser.

-Judas tiene razón - dicen muchos.

-Pero, no querer oír no es útil. Lo útil es no consentir - dice Jesús con su gesto de resignación de abrir las manos, con las palmas hacia arriba, sobre la tosca mesa.

-¿Qué quieres decir? ¡Consentir! ¿Quién consiente con esto?

Judas le agita las manos casi delante de la cara, estando curvado, casi echado a lo largo de la mesa para acercarse al Maestro.

-¿Que quién? Todos los que ya sueñan verme perecer en mi sangre. ¡Sangre! ¡Sangre de tu Mesías! ¡Sangre sobre ti, Tierra que no quieres a tu Señor! ¡Sangre más resplandeciente que esas llamas! ¡Sangre, fuego en el hielo y en las tinieblas de un mundo de delito! Esperan matar la Luz quitándole la sangre. Pero Luz es el espíritu; la sangre es todavía materia. La materia grava al espíritu. La sangre arrojada a una lámina de mica debilita la luz, ¿no es, acaso, verdad? Pues bien, en verdad, en verdad os digo que, de la misma forma que aquella leña no ha lucido hasta que no se ha hecho llama y hasta que sus resinas, encendiéndose, no se han transformado en esplendor -de forma que ahora es un resplandor incandescente-, cuando todo esté cumplido y la sangre y la carne hayan sido consumidos por el sacrificio, entonces, como aquel fuego, que ahora ha transformado todo en luz, el espíritu mío más que nunca resplandecerá sobre el mundo, y seré Luz más que nunca. Una Luz de tal naturaleza, que cegará para siempre a los que odian la Luz, a sus asesinos. Una Luz de tal naturaleza, que se fundirán las áureas puertas de los Cielos, cerradas para la Humanidad desde hace tantos siglos, y el Cielo se abrirá para los justos. Una Luz de tal naturaleza, que perforará las rocas que son bóveda del Abismo, y el atroz fuego del Infierno se hará atrocísimo bajo los resplandores de mis rayos. Y ¡ay, ay, ay de aquellos que hayan atentado contra la Luz! ¡Sangre y Luz! Estas dos cosas estarán ante ellos hasta convertirlos en locos y desesperados. ¡Demonios!

Jesús -que se había puesto en pie cuando decía «en verdad» y que había infundido miedo, de tan majestuoso como estaba, en esta baja cocina, de paredes oscuras, aureolado por las llamas del hogar- ahora se sienta y calla.

Se miran todos unos a otros. Todos, menos Judas, que parece hipnotizado mirando la leña que arde... Hipnotizado y espantado. Un espanto que le pone una máscara atroz de una palidez lívido-verdastra en que el fuego de la leña traza dedadas rojizas. Me recuerda su espantosa cara del Viernes Santo. Luego se vuelve repentinamente y grita:

-¡Calla! ¡Calla! ¿Por qué nos atormentas? - y sale, dando un violento portazo...

-A su manera. Es verdad. Pero te quiere mucho... y sufre al oír ciertas palabras - dice Tomás. Y termina:

-¡Nos hacen tanto daño a nosotros también...! Pero nosotros somos menos.., extraños, digamos: extraños...

Ningún otro habla. El mismo Jesús calla...

-Las verduras están cocidas, la leche está caliente... - dice en tono bajo el viejecito, que se ha quedado atemorizado y casi no se atreve a decir ni estas comunes palabras, después de un incidente como el que se ha producido...

-Llamad a Judas. Vamos a cenar - ordena Jesús.

Juan sale a llamar a su compañero. Entran... Judas tiene un rostro atormentado. Pero el suyo es un tormento sin paz... De todas formas, se sienta a la mesa y se alza junto con los otros cuando Jesús ofrece y bendice, y mira a Jesús de reojo, cuando hace las partes y reserva para sí la última.

Todos quisieran romper la tristeza que reina en el lugar. Ninguno lo logra, hasta que el mismo Jesús habla al viejecito preguntándole si el pueblecillo y los lugares cercanos han acogido la palabra del Señor.

-Sí, sí, Maestro. Y muy muy bien. Yo diría que aquí mejor que en la otra orilla. Ya sabes... está muy viva aquí la memoria de Juan el Bautista; y sus discípulos, que ahora son tuyos, la mantienen viva, y sobre la base de sus palabras te explican a ti. Además... aquí... pocos fariseos hay en Perea y en la Decápolis, así que...

## 497

## Simón Pedro atraviesa una hora de abatimiento.

No sé dónde están. Sin duda, ya no en el valle del Jordán, sino en los montes que lo orillan, porque veo abajo el verde valle y el hermoso río azul, mientras que cimas de montes bien altos emergen sobre la meseta extendida al oriente del Jordán.

Veo a Pedro que, solitario en una pequeña elevación, está mirando atentamente al nordeste y suspira muy triste. A sus pies hay leña (sin duda, recogida en los bosques que cubren esta pequeña altura). Un pueblecito anida entre el verde. Pedro está verdaderamente muy abatido. Acaba sentándose en su haz y metiendo su cabeza entre las manos, todo acurrucado. Está así, perdida la noción del tiempo y de todas las cosas; tan absorto, que no le hacen reaccionar ni siquiera algunos niños que pasan detrás de algunas cabritas caprichosas. Los niños lo observan y luego se marchan corriendo detrás de las cabras, hacia el pueblecillo. El Sol declina lentamente y Pedro no se mueve.

Por el sendero que sube desde el pueblecillo a esta elevación, se está aproximando Jesús. Camina despacio, evitando hacer ruido. Llega así al lugar donde está Pedro. Y, erguido delante él, lo llama:

-¡Simón!

-¡Maestro!

Pedro se sobresalta y alza un rostro turbado, al decir esa palabra.

-¿Qué estabas haciendo, Simón? Tus compañeros, todos, han regresado. E1 único que no volvías eras tú. Estábamos preocupados. Tanto, que tu hermano y los hijos de Zebedeo, con Tomas y Judas, han ido en distintas direcciones por los montes, y mis hermanos, con Isaac y Margziam, han bajado hacia la llanura.

-Lo siento... Siento haber causado aflicción y molestias...

-Tus compañeros te quieren... Ha sido precisamente Judas el primero que se ha preocupado, y ha regañado a Margziam por haberte dejado marcharte solo.

-¡Mmm!...

-Simón, ¿qué te pasa?

-Nada, Maestro.

-¿Qué hacías aquí, en este risco, solo, al caer de la tarde?

-Estaba mirando...

-Habrás mirado, Simón. Pero ahora no estabas mirando... Han pasado cerca de ti unos niños, y estabas tan acurrucado, que han tenido casi miedo de que estuvieras muerto. Han venido corriendo al aprisco que nos ha acogido y me lo han dicho. He venido... ¿Qué estabas mirando, Simón?

-Estaba mirando... miraba hacia Ramot Galaad, hacia Gerasa, Bosra, Arbela... Nuestro viaje del año pasado, tan bonito, tan... ¡La Madre con nosotros! Las discípulas... Juan de Endor... Esto es lo que miraba: el pasado.

-Y el futuro, Simón mío.

Y Jesús se sienta sobre el haz, al lado de Pedro, y le pasa un brazo por los hombros mientras le habla:

-Mirabas al horizonte... y la tristeza te lo ha anublado. El presente, como un remolino ha levantado nubes temibles y te ha celado el sereno recuerdo lleno de promesas y esperanzas, y te ha atemorizado. Simón, te oprime una de esas horas de tristeza y tedio que nuestra naturaleza humana encuentra en su camino. Ninguno está exento de ello. Porque estas horas las suscita quien odia al hombre. Y cuanto más sirve a Dios el hombre, más trata Satanás de atemorizarlo y cansarlo para apartarlo de su ministerio. Tú también atraviesas una hora de cansancio... El continuo martillear de la persecución contra tu Maestro te cansa. Y, en fin -y no sabes que no eres tú, sino que es el Tentador-, escuchas una voz que te susurra: "¿Y mañana? ¿Qué sucederá mañana?...".

-Señor, es verdad. Lees en mi corazón. Pero también ves que si pregunto esto no es por miedo por mí. Es porque... No. Jamás podría verte atormentado... A menudo, hablas de delito, de traición. Yo... ¡oh, no sólo yo!... ¿Cuántos, especialmente entre los viejos, te han pedido morir antes de ver agredido a su Rey? ¡Y yo!... Yo, Tú lo sabes, Tú eres todo para mí. Nada más que no seas Tú me interesa. No es como dice Judas, nostalgia de mi barca y de mi esposa... Mira, ves que digo la verdad. Insistí mucho para tener a Margziam. Mi humanidad quería al menos un hijo adoptivo en lugar de los hijos que mi mujer no me ha

dado, mortificando mi virilidad, que quería perpetuarse. Pero ahora, pero hoy, yo... Lo quiero, sí; pero, si Tú me le quitaras, no reaccionaría. Sólo te diría... ¡No, no diría nada!

-¿Sólo me dirías? Termina.

-Es inútil, Maestro.

-¡Di!

-Diría: "Dáselo a quien le haga, más que yo, crecer como justo". ¡Nada más! O sea... y esto te lo digo, llorando, por él, por mí, por mi hermano, y también por Juan y Santiago... y también por los demás... nosotros... nosotros somos tus primeros...

Pedro cae de rodillas y se apoya en las rodillas de Jesús, las manos altas, con las palmas hacia arriba, suplicantes, y con lágrimas en las mejillas que van a perderse entre la barba...

-...Lo digo por nosotros: danos la muerte, llévanos de aquí antes de que nosotros... ¡Oh! Yo pensaba, sigo pensando, desde hace meses -y Tú ves que es un pensamiento que me corroe y me avejenta, es un continuo temor que no me deja libre ni siquiera en el sueño-, pienso que, si va a ser justamente como dices, podría ser yo también el traidor, o serlo Andrés, o Juan, o Santiago, o Margziam... Y, si no se llega a esto, ser uno de esos que decías también hace tres noches donde Ananías, uno de esos que llegan a querer ver derramada tu Sangre, o uno, incluso uno de esos que, por vileza, no saben oponerse a esto y condescienden con el mal por miedo al mal... Yo... si se diera el caso, aunque sólo fuera eso, de que consintiera no reaccionando, por miedo... Maestro, ¡oh, Maestro mío!, yo me mataría para castigarme, o... mataría, si los encontrara, a tus asesinos. Yo... si no quieres esto, haz que muera antes, enseguida, aquí... La vida no es nada, pero faltar al amor a ti... Ser uno de ésos... ser... ver y no... Está tan inquieto, que hasta le faltan las palabras. Baja su cara hasta las rodillas de Jesús, llorando con un llanto áspero de hombre rudo, viejo, poco acostumbrado al llanto, y profundamente agitado por demasiados sentimientos.

Jesús le pone las manos en la cabeza, como para calmar ese dolor y alejar los pensamientos intranquilizadores, y habla:

-Amigo mío, ¿y crees que, aun cuando... no fueras perfecto en aquella hora, el Señor, que es justo, no pesaría tu error con el contrapeso de tu amor y deseo presentes? ¿Y temes que este áureo amor y este áureo deseo puedan pesar menos que tu momentánea imperfección, y ser insuficientes para obtenerte de Dios indulgencia, y con la indulgencia todas las ayudas para volver a ser tú, mi Simón amado?

-¡Haz que muera! ¡Sálvame! ¡Tengo miedo!

-Tú eres mi Piedra, Simón. ¿Podré desmenuzar la Piedra sobre la cual fundaré a Aquella que debe perpetuarme en la Tierra?

-Yo soy indigno de ello. Lo percibo. Soy un pobre hombre, ignorante, pecador. Todas las malas tendencias están en mí. ¡No soy digno, no soy digno! Me haré perverso, homicida, todo lo peor... Haz que muera. Comprende que si viniera a descubrir a quien te odia...

-Todo un mundo me odia, Simón. Hay que perdonar...

-Hablo del principal culpable. Habrá uno que sea el principal, y...

-Habrá muchos uno, y todos tendrán su papel principal...

-¿Qué papel? El de... ¡Oh, no dejes que lo diga! Pero yo...

-Pero tú debes perdonar, como Yo y conmigo. ¿Por qué te inquietas de esa forma, Simón, pensando en lo que podrías hacer para castigar? Deja esa tarea al Señor. Tú ama y perdona, sé compasivo y perdona. Ellos, todos los que serán culpables para con tu Jesús, tienen mucha necesidad de ser ayudados para obtener perdón.

-No hay perdón para ellos.

-¡Qué severo eres con tus hermanos, Simón! Sí que hay perdón; también para ellos lo hay, si se enmiendan. ¡Ay si ninguno de mis ofensores fuera a ser perdonado! Venga, levántate, Simón. Seguro que la congoja de tus compañeros ha aumentado, al ver que ahora tampoco Yo estoy en el aprisco. Pero, aun a costa de hacerlos sufrir todavía un rato, antes de ir donde ellos, vamos a orar. Vamos a orar juntos. No ha de hacerse nada más para recuperar la paz, la fuerza espiritual, el amor, la compasión... incluso hacia nosotros mismos. La oración aleja los fantasmas de Satanás, nos hace sentir cercano a Dios. Y, con Dios cerca, todo se puede afrontar y soportar con justicia y mérito. Vamos a orar así, Yo y tú juntos, aquí, en este monte desde el que se abre tanta parte de nuestra Patria, como a Moisés se le abrió desde el Nebo la vista de la Tierra Prometida. Nosotros, más afortunados que él, a esta Tierra que será del Cristo, le llevamos la Palabra y la Salud. Yo el primero, y luego tú. ¡Mira! A1 claror de las últimas luces se ven todavía los montes de Judea. Pero más allá está la llanura, el mar, luego otras tierras, el mundo... Ellas, él, te esperan, Pedro. Te esperan a ti para saber que hay un Dios verdadero. Un Dios que dará verdadera luz a las almas que caminan a tientas en la oscuridad del gentilismo y la idolatría. Mira, la luz terrena se entenebrece. ¿Cómo podrían los viandantes no perder la dirección en una noche sin luz? Más allá se ve la estrella de la Polar, que ya surge para guiar a los viandantes. Mi Religión será la estrella que guíe a los viandantes espirituales por el camino del Cielo. Y tú estarás tan unido a ella que serás una sola luz conmigo y con mi Doctrina, ¡oh Pedro mío, oh Piedra mía bendita! Oremos por aquella hora en que los hombres se salvarán por mi Nombre. "Padre nuestro que estás en el Cielo"...

Dice lentamente el Pater, teniendo de la mano a Pedro; y parece como si, alzando así los brazos y las manos -en su derecha la izquierda del apóstol-, lo estuviera presentando al Padre.

-Ahora vamos a bajar. Y dejemos aquí las tristezas inútiles y las inútiles congojas por el mañana. Junto con el pan cotidiano, el Padre nos dará mañana, todos los mañanas, sus ayudas. ¿Estás persuadido de esto, Simón?

-Sí, Maestro, lo creo - dice con firmeza Pedro, cuyo rostro ya no está turbado, sino que tiene aspecto austero, como siempre desde hace unos pocos meses; un rostro que le hace aparecer muy cambiado respecto al pescador rudo y jocoso de los primeros dos años.

Bajan: Jesús delante, detrás Pedro con su haz; y, casi a la altura de la primera casa del pueblo, encuentran a los inquietos apóstoles.

-¿Pero a dónde habías ido? - gritan a Pedro.

-Habríamos estado aquí desde hace mucho, pero me he parado con él a hablar mirando hacia Gerasa... - responde por él Jesús.

Tuercen hacia la derecha, hacia unas ruinas (de un aprisco semi-derrumbado). Dentro de un valladar -mitad caído, el resto enmohecido y vacilante- hay un cobertizo de toscos muros, mal cubierto, mal cerrado con paredes por tres lados y con tablas en el cuarto. Dentro, nada, aparte de un poco de paja en el suelo y un hogar primitivo en un rincón. Pienso que en el pueblo no los han recibido y que se han refugiado ahí...

## 498

## Exhortación a Judas Tadeo y a Santiago de Zebedeo después de una discusión con Judas Iscariote.

-¿Pero quieres ir por este camino?, ¿precisamente por éste? No me parece prudente por muchas razones...- objeta Judas Iscariote.

-¿Cuáles? ¿No han venido, acaso, a mí, hasta Cafarnaúm, hombres de estos pueblos, buscando salud y sabiduría? ¿No son ellos también criaturas de Dios?

-Sí... Pero... No es prudente para ti acercarte demasiado a Maqueronte... Es lugar infausto para los enemigos de Herodes.

-Maqueronte está lejos. Y no tengo tiempo de ir hasta allá. Quisiera ir hasta Petra, e incluso más allá... Pero llegaré sólo a mitad de camino, y ni siquiera. De todas formas, vamos...

-José te ha aconsejado...

-Que estuviera por caminos vigilados. Éste es precisamente el camino de Transjordania, intensamente vigilado por los romanos. No soy un cobarde, Judas, y tampoco un imprudente.

-Yo no me fiaría. No me alejaría de Jerusalén. Yo...

-Pero déjalo al Maestro. Él es el Maestro y nosotros sus discípulos. ¿Pero cuándo se ha visto que el discípulo sea el que aconseje al Maestro? - dice Santiago de Zebedeo.

-¿Cuándo? No hace años que tu hermano dijo al Maestro que no fuera a Acor y Él lo escuchó. Ahora que me escuche a mí.

-Eres celoso y prepotente. Si mi hermano habló y fue escuchado, señal es que eran palabras justas y había que atenderlas. ¡Bastaba mirar a Juan aquel día para comprender que era justo darle oídos!

-Con toda su sabiduría, nunca ha sabido defenderlo, y nunca sabrá hacerlo. Sin embargo, está reciente aún lo que hice yo yendo a Jerusalén.

-Cumpliste con tu deber. Mi hermano también lo habría hecho en esas circunstancias; con otras maneras, porque no sabe mentir ni siquiera para cosas buenas, lo cual me alegra...

-Me estás ofendiendo. Me estás llamando embustero...

-¿Y quieres que te llame sincero, si mentiste con tanta habilidad sin cambiar de color!

-Lo hacía...

-Sí. Lo sé. ¡Lo sé! Para salvar al Maestro. Pero eso no va conmigo, ni con ninguno de nosotros. Preferimos la sencilla respuesta del anciano *(Ananías).* Preferimos guardar silencio y que nos llamen tontos, e incluso que nos maltraten, pero no mentir. Se empieza por una cosa buena y se acaba con una cosa no buena.

-El malo, no yo; el necio, no yo.

-¡Basta! Teniendo razón, acabáis en el yerro, un yerro distinto del que os impugnáis, porque es un yerro contra la caridad. Todos sabéis lo que pienso sobre la sinceridad. Y también lo que exijo en la caridad. Vamos. Estas disputas vuestras me son más penosas que los insultos de los enemigos.

Y Jesús, visiblemente enojado, se pone a andar rápidamente, Él solo, por una calzada que, sin necesidad de ser arqueólogo, se comprende que ha sido hecha por los romanos, y que va hacia el sur, casi recta hasta donde alcanza la vista, entre dos cadenas de montes respetables. Calzada monótona, oscura a causa de las laderas boscosas que la cierran e impiden a la vista desplegarse hasta el horizonte; pero bien cuidada. De tanto en tanto, algún puente romano construido sobre torrentes y pequeños ríos, que, sin duda, bajan al Jordán o al Mar Muerto. No lo sé con exactitud, porque los montes me impiden ver hacia Occidente, donde deben estar el río y el mar. Y alguna caravana por la calzada, caravana que quizás sube desde el Mar Rojo para ir quién sabe a dónde, con muchos camellos y camelleros y mercaderes de raza visiblemente distinta de la hebrea.

Jesús continúa delante, solo. Detrás, divididos en dos grupos, los apóstoles, cuchicheando unos con otros: los galileos, delante; detrás, los judíos, más Andrés, Juan y los dos discípulos que se han unido a ellos. Los dos grupos tratan, uno, de consolar a Santiago, que se ha quedado deprimido por la severa corrección del Maestro, otro, de convencer a Judas de no ser siempre tan obstinado y agresivo. Y los dos grupos están de acuerdo en aconsejar a los dos corregidos a ir donde el Maestro y hacer la paz con Él.

-¿Yo? Hombre, pues voy enseguida. Sé que tengo razón. Conozco mis acciones. No he sido yo el que ha metido cizaña; así que voy - dice Judas Iscariote. Se muestra atrevido, yo diría descarado. Acelera el paso para alcanzar a Jesús. Me pregunto una vez más si en esos días estaba ya dispuesto a traicionar y conspiraba ya con los enemigos de Cristo...

Santiago, por el contrario, que en el fondo es el menos culpable, está tan abatido por haber causado dolor al Maestro, que no se atreve a ir adelante. Mira a su Maestro, que ahora está hablando con Judas... Lo mira, y es vivo en su rostro el deseo de las palabras de perdón de Jesús. Pero su mismo amor, sincero, constante, fuerte, le hace parecer imperdonable su yerro.

Ahora los dos grupos se han reunido, y también Simón Zelote, Andrés, Tomás y Juan dicen:

-¡Venga, hombre! ¡Si no lo conocieras! ¡Ya te ha perdonado! - y, con mucha agudeza de juicio, Bartolomé, anciano y sabio, dice, poniendo la mano en el hombro de Santiago:

-Yo te lo digo: por no suscitar otras disputas, os ha corregido imparcialmente a vosotros dos. Pero su corazón lo decía sólo a Judas.

-¡Así es, Tolmái! Mi hermano se consume en soportar a ese hombre, al cual se empeña en querer convertirlo; y se cansa en tratar de mostrárnoslo... como nosotros somos. El es el Maestro, y yo... soy yo... Pero, si yo fuera Él, ciertamente el hombre de Keriot no estaría con nosotros - dice Judas Tadeo con centellas en esos hermosísimos ojos suyos que recuerdan a los de Cristo.

-¿Tú piensas?, ¿sospechas? ¿Qué? - dicen varios.

-Nada. Nada concretamente. Pero ese hombre no me gusta.

-No te ha gustado nunca, hermano. Es una repulsa irracional, porque surgió con el primer encuentro. Tú me lo has confesado. Es contraria al amor. Deberías vencerla, aunque sólo fuera por dar una alegría a Jesús - dice, calmo y persuasivo, Santiago de Alfeo.

-Tienes razón, pero... no soy capaz. Ven, Santiago, vamos juntos donde mi hermano - y Judas de Alfeo toma resueltamente el brazo de Santiago de Zebedeo y se lo lleva consigo.

Judas los oye venir y se vuelve, y luego dice a Jesús algo. Jesús se para y los espera. Judas, con mirada maliciosa, observa al compungido apóstol.

-Perdona, apártate un poco. Necesito hablar con mi Hermano - dice Judas Tadeo. La frase es amable, pero el tono con que la dice es muy seco.

Una risita de Judas Iscariote, que luego se encoge de hombros y vuelve sobre sus pasos y se une a los otros.

-Jesús, somos pecadores... - dice Judas Tadeo.

-Yo soy pecador, no tú - susurra Santiago, cabizbajo.

-Nosotros somos pecadores, Santiago, porque lo que tú has dicho yo lo he pensado, lo he aprobado, lo tengo en el corazón. Por tanto, yo también estoy en pecado. Porque de mi corazón sale -y ello contamina mi caridad- el juicio sobre Judas... Jesús, ¿no dices nada a tus discípulos que reconocen su pecado?

-¿Qué debo decir que no sepáis ya? ¿Cambiáis, acaso, respecto a vuestro compañero, por mis palabras?

-No. No más de lo que él cambie por las que Tú le dices - le responde, sincero, por sí y por los otros, su primo.

-¡Deja, Judas, deja! Yo he errado. De mí se trata y debo ocuparme de mí, no de otros. Maestro, no estés enojado conmigo...

-Santiago, Yo quisiera de ti, de todos, una cosa. Mucho dolor me causan las muchas incomprensiones que encuentro... las muchas resistencias obstinadas. Ya lo veis vosotros... Por cada lugar que me da alegría, tres no me la dan, y me expulsan como a un malhechor. Pero, esa comprensión, esa adhesión que los otros no me dan quisiera recibirla al menos de vosotros. Que el mundo no me ame, que me sienta asfixiado por todo este odio, por esta antipatía, enemistad, sospecha, que me rodea, y por todo tipo de indignidades, por los egoísmos, por todo lo que sólo mi amor infinito hacia el hombre me hace soportar... todo esto es penoso. Pero, bueno, pues lo sufro con paciencia. He venido para sufrir esto por parte de los que odian la Salud. ¡Pero vosotros! ¡No, esto no lo soporto! Esto, es decir, el que no seáis capaces de amaros entre vosotros, y, por tanto, de comprenderme; esto, es decir, el que no prestéis adhesión a mi espíritu, esforzándoos en hacer lo que Yo hago.

¿Creéis, podéis creer todos vosotros, que no veo los errores de Judas?, ¿que ignoro cosa alguna de él? Convenceos de que no es así. Pero, si Yo hubiera querido tener personas perfectas en el espíritu, habría hecho que se encarnaran los ángeles y me habría rodeado de ellos. Habría podido hacerlo. ¿Habría sido un verdadero bien? No. Por mi parte, hubiera sido egoísmo y desprecio. Habría evitado el dolor que me viene de vuestras imperfecciones, pero habría despreciado a los hombres a quienes el Padre mío ha creado y a los que ama tanto, que me ha enviado para que los salve. Y, por parte del hombre, habría sido un perjuicio para el futuro. Una vez terminada mi misión, una vez que hubiera subido de nuevo al Cielo con mis ángeles, ¿qué cosa apta para continuar mi misión habría quedado, y quién? ¿Qué hombre hubiera podido esforzarse en hacer lo que digo, si sólo un Dios y unos ángeles hubieran dado el ejemplo de una vida nueva reglada por el espíritu? Ha sido necesario que Yo me revistiera de carne para convencer al hombre de que, si quiere, puede ser casto y santo en todos los modos. Y ha sido necesario que tomara conmigo unos hombres... así... aquellos que con su espíritu respondieron a la llamada de mi espíritu, sin mirar si eran ricos o pobres, doctos o ignorantes, de ciudad o de pueblo. Que los tomara así, como los iba encontrando, y que mi voluntad y la suya los transformara lentamente en maestros de otros hombres.

El hombre puede creer en el hombre, en el hombre al que ve. Le es difícil al hombre, tan postrado, creer en Dios a quien no ve. No habían terminado todavía los rayos en el Sinaí, y ya al pie del monte había surgido la idolatría... No había muerto Moisés todavía, cuyo rostro no se podía mirar, y ya se pecaba contra la Ley. Pero, cuando vosotros, transformados en maestros, estéis como ejemplo, como testimonio, como levadura, entre los hombres, ya no podrán decir: "Son seres que han descendido a estar entre los hombres y no podemos imitarlos". Deberán decir: "Son hombres como nosotros. Ciertamente tienen los mismos instintos y estímulos nuestros, las mismas reacciones; y, a pesar de todo, saben resistir contra los estímulos e instintos, y saben tener otras reacciones bien distintas de las nuestras, que son viles". Y se convencerán de que el hombre puede divinizarse, con sólo querer entrar en los caminos de Dios.

Observad a los gentiles y a los idólatras. ¿Todo su Olimpo, todos sus ídolos, acaso los hacen mejores? No. Porque ellos, si son incrédulos, dicen que sus dioses son una patraña; si son creyentes, piensan: "Son dioses y yo hombre" y no se esfuerzan en imitarlos. Vosotros, pues, tratad de haceros como Yo. Y no tengáis prisas. El hombre evoluciona lentamente de animal racional a ser espiritual. ¡Sed compasivos, sed compasivos los unos para con los otros! Nadie, excepto Dios, es perfecto.

Y ahora, todo ha pasado, ¿no es verdad? Transformaos con firme voluntad imitando a Simón de Jonás, que en menos de un año ha dado pasos de gigante. Y... ¿Quién, de entre vosotros, era hombre, más hombre que Simón con todas las imperfecciones de una humanidad muy material?

-Es verdad, Jesús. Es mi objeto de estudio continuo ese hombre. Y mi admiración - confiesa Judas Tadeo.

-Sí. Yo estoy con él desde la niñez. Lo conozco como si fuera hermano mío. Pero ahora tengo ante mí a un Simón nuevo. Te confieso que cuando dijiste que era nuestro jefe, yo -y no sólo yo- me quedé desorientado. Me parecía el menos indicado de todos. ¡Simón respecto al otro Simón y a Natanael! ¡Simón respecto a mi hermano y a tus hermanos! Sobre todo, respecto a estos cinco. Me parecía un completo error... Ahora digo que tenías razón.

-¡Y vosotros no veis más que la superficie de Simón! Pero Yo veo su profundidad. Para ser perfecto, aún tiene que hacer mucho y mucho que padecer. Pero quisiera en todos vosotros su buena voluntad, su sencillez, su humildad y su amor...

Jesús mira hacia delante, y parece que viera... ¿quién sabe qué? Está absorto en un pensamiento suyo y sonríe a lo que ve; luego baja los ojos hacia Santiago y le sonríe.

-¿Entonces... estoy perdonado?

-Quisiera poder perdonar a todos como a ti... Mirad, esa ciudad debe ser Esebón. El hombre dijo que después del puente de tres arcos estaba la ciudad. Vamos a esperar a los otros para entrar en ella juntos.

## 499

## Fuga de Esebón y encuentro con un mercader de Petra.

No veo la ciudad de Esebón. Jesús con los suyos salen ya de ella. Por las caras de los apóstoles, comprendo que ha sido una desilusión. Los sigue o, mejor, los acosa, algunos metros más atrás, una turba vociferante y amenazadora...

-Estos lugares en torno al Mar Salado son malditos como el mismo mar - dice Pedro.

-¡Este lugar! Sigue siendo el mismo que en el tiempo mosaico, y Tú eres demasiado bueno como para castigarlo como fue castigado entonces. Es lo que haría falta. Y subyugarlos con las potencias del Cielo y con las de la Tierra. A todos. Hasta el último hombre y hasta el último rincón - dice Natanael inquieto, con un brillo de indignación en sus ojos hundidos. La raza hebrea resalta fuertemente en el apóstol, delgado y viejo, bajo el ímpetu de la indignación, y le hace parecerse mucho a los muchos rabíes y fariseos que se oponen siempre a Jesús.

El cual se vuelve y alza la mano diciendo:

-¡Paz! ¡Paz! Ellos también serán atraídos hacia la Verdad. Pero se requiere paz, se requiere conmiseración. Nunca hemos venido aquí. No nos conocen. Otros lugares fueron así la primera vez, pero luego cambiaron.

-Es que éstos son lugares como Masada. ¡Vendidos! Volvamos al Jordán -insiste Pedro.

Pero Jesús va por la vía miliaria, que han vuelto a tomar, en dirección sur. Los más encendidos contra Él lo siguen acosando, atrayendo la atención de los viandantes.

Uno -debe ser un rico mercader, o por lo menos uno que trabaja para un mercader- que guía una larga caravana dirigida hacia el norte observa estupefacto y para su camello; y con el suyo se paran todos los demás. Mira a Jesús, mira a los apóstoles, de aspecto tan inerme y benigno, y mira a los vociferadores amenazantes que están llegando, y les pregunta con curiosidad. No oigo sus palabras, pero sí las gritadas como respuesta:

-¡Es el Nazareno maldito, loco, endemoniado! ¡No lo queremos dentro de nuestros muros!

El hombre no pregunta más. Vuelve su camello, grita algo a uno de los suyos que le seguía cerca, e incita al animal, que en pocas zancadas alcanza a los apóstoles. -En nombre de vuestro Dios, ¿quién de entre vosotros es Jesús el Nazareno? - pregunta a los apóstoles Mateo, Felipe y Simón Zelote, y a Isaac, que están en el último grupito.

-¿Por qué lo preguntas? ¿Tú también para atormentarlo? ¿No bastan sus compatriotas? ¿Tú también te incluyes? - dice muy inquieto Felipe.

-Soy mejor que ésos. Y solicito gracia. No me rechacéis. Lo pido en nombre de vuestro Dios.

Algo que hay en la voz del hombre convence a los cuatro, y Simón dice:

-El primero delante de todos, junto con los dos más jóvenes.

El hombre incita de nuevo a su animal, porque Jesús, ya delante, ha ido más adelante todavía durante el breve diálogo que El ignora.

-¡Señor!... Escucha a un desdichado... - dice en cuanto le da alcance.

Jesús, Juan y Margziam se vuelven, asombrados.

-¿Qué quieres?

-Soy de Petra, Señor. En representación de otros paso las mercancías que vienen desde el Mar Rojo hasta Damasco. No soy pobre, pero es como si lo fuera. Tengo dos hijos, Señor, y han contraído una enfermedad en los ojos, y están ciegos; uno, completamente -el primero que ha enfermado-; el otro, casi ciego, y pronto del todo. Los médicos no hacen milagros, pero Tú sí.

-¿Cómo lo sabes?

-Conozco a un rico mercader que te conoce. Cuando va de camino, hace un alto en mi recinto. Alguna vez incluso le sirvo. Me dijo, al ver a mis hijos: "Sólo Jesús de Nazaret los podría curar. Búscalo". Te habría buscado. Pero tengo poco tiempo y debo seguir los caminos más indicados.

-¿Cuándo viste a Alejandro?

-Entre las dos fiestas vuestras de primavera. Desde entonces he hecho otros dos viajes, pero no te he encontrado nunca. ¡Señor, ten piedad!

-Hombre, Yo no puedo bajar a Petra, ni tú puedes dejar la caravana...

-Sí que puedo. Arisa es de fiar. Le mando que prosiga lentamente y yo vuelo a Petra. Tengo un camello más veloz que el viento del desierto y ágil como una gacela. Tomo a los hijos y a otro siervo fiel. Te alcanzo. Tú los curas... ¡Oh! ¡La luz a sus ojos de estrellas negras, ahora cubiertos de densas nubes! Y prosigo mientras ellos vuelven donde su madre. Veo que sigues caminando, Señor. ¿A dónde te diriges?

-Iba a Debón...

-No vayas. Está llena de... de los de Maqueronte. Lugares malditos, Señor. No te substraigas a los infelices para darte a los malditos.

-Lo que decía yo - refunfuña entre dientes Bartolomé, y muchos le dan la razón.

En este momento están ya todos alrededor de Jesús y del hombre de Petra. Los habitantes de Esebón, por el contrario, visto que la caravana parece benigna para con el Perseguido, se vuelven para atrás. La caravana, parada, espera el desenlace y la decisión.

-Hombre, si no voy por las ciudades del Mediodía, vuelvo mis pasos hacia Septentrión. Y no es seguro que te complazca.

-Sé que soy abyecto para vosotros de Israel. Soy incircunciso, no merezco ser complacido. Pero Tú eres el Rey del mundo, y en el mundo estamos también nosotros...

-No es eso. Es... ¿Cómo puedes creer que Yo haga lo que no han podido hacer los médicos?

-Porque Tú eres el Mesías de Dios y ellos son hombres. Tú eres el Hijo de Dios. Me lo ha dicho Misax y yo lo creo. Tú puedes hacer todo, incluso para un pobre como soy yo.

La respuesta es segura, y el hombre la completa dejándose deslizar hasta el suelo sin siquiera hacer arrodillar a su camello, y se prosterna todo él en el polvo.

-Tu fe es mayor que la de muchos. Ve. ¿Sabes dónde está el Nebo?

-Sí, Señor. Aquel monte es el Nebo. Nosotros también sabemos acerca de Moisés. ¡Grande! Demasiado grande para no conocerlo. Pero Tú, más grande. Como una roca respecto al monte es el parangón entre Moisés y Tú.

-Ve a Petra. Yo te esperaré en el Nebo...

-Hay un pueblo al pie para los visitantes del monte. Y hay posadas... Estaré allí dentro de diez días lo más. Forzaré al animal, y si el que te envía me protege no encontraré tempestades.

-Ve. Y vuelve lo antes que puedas. Debo ir a otro lugar...

-¡Señor! Yo... no soy circunciso. Mi bendición es para ti un oprobio. Pero la de un padre no es oprobio nunca. Te bendigo y me marcho.

Toma un pequeño silbato de plata y silba tres veces. El hombre que está a la cabeza de la caravana viene al galope. Hablan entre sí. Se saludan. Luego el hombre vuelve a la caravana, la cual reanuda la marcha. El otro sube de nuevo a su camello y se marcha hacia el sur al galope.

Jesús y los suyos se ponen en camino otra vez.

-¿Vamos justamente al Nebo?

-Sí. Dejamos las ciudades y subimos por las laderas de los montes Abarim. Habrá muchos pastores. Por ellos sabremos cuál es el camino para el monte Nebo; y ellos, por nosotros, cuál es el Camino para el monte de Dios. Y luego nos detendremos algunos días, como hicimos en los montes de Arbela y en el Carít.

-¡Qué bonito será! Y nos haremos mejores. De esos lugares siempre hemos bajado más fuertes y mejores - dice Juan.

-Y nos hablarás de todo lo que el Nebo recuerda. Hermano, ¿te acuerdas, cuando éramos niños, de un día en que hiciste de Moisés bendiciendo, antes de morir, a Israel? - dice Judas de Alfeo.

-Sí. ¿Y de que tu Madre gritó al verte extendido como muerto? Ahora vamos precisamente al Nebo - dice Santiago de Alfeo.

-Y bendecirás a Israel. ¡Eres el verdadero Caudillo del Pueblo de Dios! - exclama Natanael.

-Pero no mueres allí. Tú no mueres nunca, ¿no es verdad, Maestro? - pregunta Judas de Keriot con una extraña risita.

-Yo moriré y resucitaré como está escrito. Muchos hombres morirán, pero no estarán muertos en ese día. Y, mientras que los justos resucitarán, aunque hayan muerto años antes, no resucitarán los que viven en la carne pero tengan el espíritu definitivamente muerto en ese día. Mira que no seas tú uno de éstos.

-Y Tú mira que no te oigan repetir que resucitarás. Lo llaman blasfemia - rebate Judas de Keriot.

-Es verdad. Y lo digo.

-¡Qué fe, ese hombre! ¡Y aquel Misax! - dice el Zelote intentando desviar la conversación.

-¿Pero quién es Misax?» preguntan los que no iban el año pasado en el viaje de la Transjordania. Y se alejan hablando de estas cosas, mientras Jesús reanuda, con Margziam y Juan, el tema interrumpido antes.

## 500

## Reflexiones de Bartolomé y Juan después de un retiro en el monte Nebo.

-Echaré de menos siempre este monte y este reposo en el Señor - dice Pedro mientras se aprestan para bajar al valle por una ladera muy agreste.

Están en una cadena de montes bien altos. A oriente, al otro lado del valle, otros montes, y montes al sur y montes aún más altos al norte. Al noroeste, el verde valle del Jordán en su desembocadura en el Mar Muerto. Al oeste, primero, el oscuro mar, luego, más allá, la pedregosa, árida extensión desértica, interrumpida sólo por el oasis espléndido de Engadí, y luego los

montes judíos. Un panorama imponente, vasto. La mirada puede extenderse hasta donde quiera. Y olvidar, en medio de tanta visión de vida vegetal, que se supone habitada o que de hecho se sabe que lo está, la tétrica vista del lago Asfaltide, sin velas y sin vida, oscuro siempre, incluso bajo el sol, triste incluso en la baja y entrante península que por el lado oriental, casi a mitad del lago, en éste se introduce. ¡Pero qué senderos para bajar al valle! Sólo los animales salvajes se pueden encontrar a gusto en ellos. Si no pudieran agarrarse a tallos y a matas, no sería posible bajar desde la cumbre, lo cual hace proferir alusiones maliciosas a Judas Iscariote.

-A pesar de todo, quisiera volver - rebate Pedro.

-Tienes gustos singulares. Éste es peor todavía que el primer lugar y que el segundo.

-Pero no peor que donde nuestro Maestro se preparó para la predicación - objeta Juan.

-¡Ya, para ti todo siempre es bonito!...

-Sí. Todo lo que está en torno a mi Maestro es bonito y bueno, y lo amo.

-Mira que en este todo estoy también yo... y, frecuentemente, están también los fariseos, saduceos, escribas, herodianos... ¿También los amas a éstos?

-Él los ama.

-Y tú, ¡ja! ¡Ja!, haces lo que Él, ¿no? Pero Él es Él, y tú eres tú. No sé si podrás amar siempre, tú que palideces cuando oyes hablar de traición y muerte, o ves a alguien que tiene estos deseos.

-Si me turbo por temor por Él o por enojo contra los culpables, es señal de que soy solamente muy imperfecto.

-¡Ah!, ¿te turbas también de enojo? No creía yo... Entonces, si tú, supongamos, vieras un día a uno que realmente causara daño al Maestro, ¿qué harías?

-¿Yo?! ¿Me lo preguntas? La Ley dice: "Ojo por ojo, diente por diente". Mis manos se transformarían en tenazas en torno a su garganta.

-¡Oh! ¡Oh! Él dice que se debe perdonar! ¿Tanto bien te ha hecho el meditar?

-¡Déjame, perturbador! ¿Por qué me tientas y me turbas? ¿Qué tienes en el corazón? Quisiera poder leer en él...

-A quien escruta las aguas del Mar Muerto no se le muestra el misterio del fondo. Son, esas aguas, piedra de sepulcro sobre la podredumbre que han acogido - dice a espaldas de ellos Bartolomé, que se había quedado detrás de todos. Los otros, bien o mal, están adelante, y no han oído. Pero Bartolomé sí. Y se introduce en la conversación de los dos, y su mirada es monitoria.

-¡Oh, el sabio Tolmái! ¿Pero no querrás decir que yo soy como el Mar Salado, ¿no?

-No te hablaba a ti, sino a Juan. Ven conmigo, hijo de Zebedeo. Yo no te inquietaré - y toma de un brazo a Juan como buscando -é1, anciano- apoyo en su ágil y joven compañero.

Judas se queda el último, y a espaldas de ellos hace un feo gesto de ira. Parece jurarse a sí mismo algo, o amenazar...

-¿Qué quería decir Judas? ¿Y tú qué querías decir? - pregunta Juan a Natanael (que ya está entrado en años, aunque bien llevados).

-No pienses en ello, amigo. Pensemos, más bien, en todo lo que nos ha explicado el Maestro en estos días. ¿Cómo no ha comprendido Israel?

-Es verdad. ¡No entiendo cómo el mundo no lo comprende!

-Tampoco nosotros le comprendemos completamente, Juan. No queremos comprenderlo. ¿Ves qué obstáculos tenemos para aceptar su idea mesiánica?

-Sí. En todo lo creemos ciegamente, pero no en esto. Tú, que eres docto, ¿me sabes decir el porqué? Nosotros, que vemos obtusos a los rabíes respecto al Cristo, ¿por qué, entonces, nosotros tampoco llegamos a la idea perfecta de una regalidad espiritual del Mesías?

-Me lo he preguntado muchas veces. Porque quisiera llegar a eso que llamas idea perfecta. Y creo poder tranquilizarme diciéndome a mí mismo que lo que lucha dentro de nosotros, que deseamos seguirlo no sólo material y doctrinalmente, sino también espiritualmente, contra esta aceptación, son todos los siglos que tenemos a las espaldas... y dentro. Dentro de nosotros. ¿Ves? Mira a oriente, a mediodía y occidente. Cada piedra tiene un recuerdo y un nombre. Cada piedra, cada fuente, cada sendero, cada pueblo o castillo, cada ciudad, cada río, cada monte, ¿qué nos recuerda?, ¿de qué nos habla a gritos? De la promesa de un Salvador. Las misericordias de Dios para su pueblo. Como gota de aceite del agujero de un odre, el pequeño grupo inicial, el núcleo del futuro pueblo de Israel, se expandió con Abraham por el mundo, hasta el lejano Egipto, y luego, cada vez más numeroso, volvió con Moisés a las tierras del padre Abraham, enriquecido con promesas cada vez más amplias y seguras y con los signos de la paternidad de Dios, y constituido en verdadero Pueblo porque poseía una Ley que es más santa que ninguna otra. Pero ¿qué ha ocurrido después? Lo que ha pasado en aquella cumbre que hasta hace muy poco resplandecía con el sol. Mírala ahora. Está envuelta en nubes que cambian su aspecto. Si no se supiera que es ella misma y tuviéramos que reconocerla para dirigirnos por camino seguro, ¿podríamos hacerlo, así como está, alterada por capas de espesas nubes semejantes a prominencias y yugos? En nosotros ha sucedido lo mismo. El Mesías es lo que Dios dijo a los padres nuestros, a los patriarcas y profetas. Inmutable. Pero lo que hemos metido de lo nuestro, para... explicárnoslo según la pobre sabiduría humana, pues nos ha creado un Mesías, una figura moral del Mesías tan falsa, que ya no reconocemos al verdadero Mesías. Y nosotros, con el paso de los siglos y con las generaciones que están a nuestras espaldas, creemos en el Mesías que nos hemos imaginado nosotros, en el Vengador, en el Rey humano, muy humano, y no somos capaces, aunque digamos que sí, que creemos, de concebir al Mesías y Rey como es realmente, como ha sido pensado y querido por Dios. ¡Así es, amigo!

-¿Pero entonces no lograremos nunca, nosotros, al menos nosotros, ver, creer, desear al Mesías real?

-Lo lograremos. Si no fuéramos a lograrlo, Él no nos habría elegido. Y si la Humanidad no fuera a conseguir nunca beneficiarse del Mesías, el Altísimo no lo habría mandado.

-¿Pero Él redimirá la Culpa incluso sin la contribución de la Humanidad! Sólo por su mérito.

-Amigo mío, sería una gran redención la de la Culpa original. Pero no completa. En nosotros hay otras culpas, individuales, además de la original. Y éstas, para ser lavadas, necesitan al Redentor y necesitan la fe de quien recurre a Él como Salvación suya. Yo pienso que la Redención estará actuando hasta el final de los siglos. El Cristo no estará inactivo ni un instante desde cuando sea Redentor y dé a la Humanidad la Vida que hay en Él, de la misma forma que un manantial se da continuamente a quien tiene sed, día tras día, luna tras luna, año tras año, siglo tras siglo. La Humanidad siempre estará necesitada de Vida. Él no puede dejar de darla a quien espera y cree en Él con sabiduría y justicia.

-Eres docto, Natanael. Yo soy un pobre ignorante.

-Tú haces por instinto espiritual lo que yo llevo a cabo penosamente por reflexión mental: nuestra transformación de israelitas en cristianos. Pero tú llegarás antes al término, porque sabes amar, más que pensar. El amor te transporta y te transforma.

-Eres bueno, Natanael. ¡Ojalá fuéramos todos como tú! - Juan suspira fuerte.

-No pienses en ello, Juan. Oremos por Judas - le dice el anciano apóstol, que ha comprendido el suspiro de Juan...

-¿Estáis vosotros también aquí! Os mirábamos mientras veníais. ¿Qué os sucedía, que hablabais tanto? - pregunta sonriendo Tomás.

-Hablábamos del antiguo Israel. ¿Dónde está el Maestro?

-Se ha adelantado, con sus hermanos e Isaac, a casa de un pastor enfermo. Nos ha dicho que prosiguiéramos por este camino hasta el que sube a la cima.

-Vamos pues.

Bajan ahora por un sendero menos escarpado, hasta un verdadero camino de herradura que lleva a lo alto del Nebo. Un puñado de casas, en el bosque. Más abajo, casi en el valle, un pueblo en el sentido propio de la palabra albea en las laderas que ya son casi llanas. Desde el caminito en que se hallan, ven entrar a gente en el pueblo. -¿Esperamos allí al de Petra? - pregunta Pedro.

-Sí, ése es el pueblo. Esperemos que haya llegado. En ese caso, mañana reanudaremos el camino hacia el Jordán. No sé. No me siento nada tranquilo aquí - dice Mateo.

-El Maestro había dicho que fuéramos mucho más adelante - dice Judas Iscariote.

-Sí, pero espero que se convenza de lo contrario.

-¿Pero de qué tienes miedo? ¿De Herodes? ¿De sus esbirros?

-Los esbirros no están sólo al lado de Herodes. ¡Oh, ahí está el Maestro! Los pastores son numerosos y se les ve felices. Estos están conquistados. Son nómadas. Irán esparciendo la buena nueva de que el Mesías está en su Tierra - sigue siendo Mateo el que habla.

Jesús llega donde ellos seguido de pastores y rebaños.

-Vamos. Tenemos el tiempo justo para llegar al pueblo. Éstos nos darán posada. Son conocidos.

Jesús está contento de estar entre los sencillos que saben creer en el Seor.

## 501

**Parábola de los hijos lejanos. Curación de dos hijos ciegos del hombre de Petra.**

Es una bonita mañana de otoño. Quitando las hojas rojoamarillas que cubren el suelo y recuerdan la época del año, está tan verde la hierba, con alguna florecilla abriéndose en las macollas renacidas con las lluvias de Octubre, y hay un aire tan sereno, que circula entre las ramas en parte ya desnudas, que a uno le viene la imagen de un comienzo de primavera. Y mucho más al considerar que las plantas de hojas perennes, que se mezclan con las de hoja caduca, ponen la nota alegre de las nuevas hojitas esmeraldinas nacidas en los extremos de las ramitas, junto a las ramas desnudas de otras plantas; de forma que parece que éstas echan las primeras hojas. Las ovejas salen de los rediles y, balando, se encaminan a los pastos con los corderos de los partos de otoño. El agua de una fuente, puesta a la entrada del pueblo, brilla como líquido diamante bajo el sol que la besa, y, cayendo en la oscura pila, produce todo un centelleo multicolor contra una casita de paredes ennegrecidas por el tiempo.

Jesús se sienta en un murete que limita el camino por un lado, y espera. Los suyos están en torno a Él. También los habitantes del pueblo. Los pastores, por su parte, obligados por el rebaño, para no alejarse demasiado, en vez de subir más arriba, se esparcen a ambos lados del camino, hacia la llanura.

Por el camino que desde el valle sube al Nebo, de momento, no viene nadie.

-¿Y vendrá? - preguntan los apóstoles.

-Vendrá. Y nosotros lo esperaremos. No quiero defraudar una esperanza en formación y destruir una futura fe - responde Jesús.

-¿No estáis bien entre nosotros? Hemos dado lo mejor que teníamos - dice un anciano que se calienta al sol.

-Mejor que en otros lugares, padre. Y vuestra bondad recibirá premio de Dios - le responde Jesús.

-Entonces háblanos más. Aquí vienen de vez en cuando cumplidores fariseos y soberbios escribas. Pero no tienen palabras para nosotros. Es justo. Ellos son los separados, por altura, de... todo, y los sabios. Nosotros... ¿Pero no debemos, entonces, conocer nada nosotros porque la suerte nos haya hecho nacer aquí?

-En la Casa del Padre mío no hay separaciones ni diferencias para los que llegan a creer en Él y a practicar su Ley, que es el código de su voluntad, y ésta es que el hombre viva como justo para recibir eterno premio en su Reino.

Escuchad. Un padre tenía muchos hijos. Algunos habían vivido siempre en estrecho contacto con él; otros, por distintas razones, habían estado relativamente más lejos del padre. No obstante, conociendo los deseos paternos a pesar de estar lejos del padre, podían actuar como si éste estuviera presente. Otros, por estar aún más lejos, y haber sido educados, desde el primer día después de nacer, por servidores que hablaban otras lenguas y tenían otras costumbres, se esforzaban en servir a su padre según eso poco que, más por instinto que por conocimiento, sabían que a él le agradaba. Un día, el padre -que no ignoraba que, contrariamente a sus órdenes, sus servidores se habían abstenido de dar a conocer sus pensamientos a esos hijos lejanos, porque en su orgullo consideraban a éstos inferiores, desestimados por el solo hecho de no vivir con su padre- quiso reunir a toda su prole. Y la llamó a su presencia. Pues bien, ¿creéis que juzgó según la línea del derecho humano, y que dio la posesión de los bienes sólo a los que habían estado siempre en su casa, o, cuanto menos, no tan lejanos como para impedirles conocer sus órdenes y deseos? No, él siguió un concepto completamente distinto: observando las obras de los que habían sido justos por amor al padre, al que habían conocido sólo de nombre y habían honrado con todas sus obras, los llamó junto a sí y dijo: "Doble vuestro mérito de haber sido justos, porque lo fuisteis sólo por vuestra voluntad y sin ayudas. Venid en torno a mí. ¡Bien tenéis derecho a ello! Los primeros me han tenido siempre, y cada obra suya estaba reglada por mi consejo y era premiada con mi sonrisa. Vosotros habéis tenido que actuar sólo por fe y amor. Venid. Porque en mi casa está preparado vuestro lugar, está preparado desde hace tiempo, y ante mis ojos no constituye una diferencia el haber estado siempre en casa o el haber estado lejos; lo que tienen diferencia son las acciones, que, cerca o lejos de mí, mis hijos han llevado a cabo".

Ésta es la parábola. Y su explicación es ésta: que escribas o fariseos, que viven en torno al Templo, pueden no estar en el Día eterno en la Casa de Dios, y que muchos que han estado muy lejos de saber siquiera sucintamente las cosas de Dios, podrán estar entonces en su seno. Porque lo que da el Reino es la voluntad del hombre tendida a la obediencia a Dios, y no el cúmulo de prácticas y ciencia.

Haced, pues, cuanto os he explicado ayer. Hacedlo sin un excesivo temor que paraliza, sin el cálculo de evitar con ello el castigo; hacedlo, por tanto, sólo por amor a Dios que os ha creado para amaros y ser amado por vosotros. Y tendréis un sitio en la Casa paterna.

-¡Háblanos todavía más!

-¿Y qué os debo decir?

-Ayer decías que hay sacrificios más gratos a Dios que el de corderos o machos cabríos, y también que hay lepras más vergonzosas que las de la carne. No he comprendido bien tu pensamiento - dice un pastor, y termina:

-Antes de que un cordero tenga un año, y sea el más hermoso del rebaño, sin mancha ni defecto, ¿sabes cuántos sacrificios hay que hacer, y cuántas veces hay que superar la tentación de hacer de él el carnero del rebaño o venderlo para ello? Ahora bien, si durante un año se resiste a toda tentación, y se le cuida y uno se encariña con él, perla del rebaño, ¿sabes lo grande que es el sacrificio de inmolarlo sin ganancia y con dolor? ¿Puede haber un sacrificio más grande que ofrecer al Señor?

-Hombre, en verdad te digo que el sacrificio no está en el animal inmolado, sino en el esfuerzo que has hecho por conservarlo para inmolarlo. En verdad os digo que está llegando el día en que, como dice la palabra inspirada, *(Isaías 1, 11)* Dios dirá: "No necesito el sacrificio de corderos y machos cabríos" y exigirá un sacrificio único y perfecto. Y desde esa hora todo sacrificio será espiritual. Pero ya está escrito desde siglos cuál es el sacrificio que el Señor prefiere. David *(Salmo 51, 18-19)* exclama llorando: "Si Tú hubieras deseado un sacrificio, te lo habría ofrecido, pero no te gustan los holocaustos. El sacrificio a Dios es el espíritu contrito (y Yo añado: obediente y amoroso, porque se puede cumplir también sacrificio de alabanzas y de gozo y de amor, no sólo de expiación). El sacrificio a Dios es el espíritu contrito; al corazón contrito y humillado Tú, oh Dios, no lo desprecias". No. Vuestro Padre no desprecia tampoco al corazón que ha pecado y se ha arrepentido. Y entonces, ¿cómo acogerá el sacrificio del corazón puro, justo, que lo ama? Este es el sacrificio más grato. El cotidiano sacrificio de la voluntad humana a la divina que se os muestra en la Ley, en las inspiraciones y en las cosas que suceden cada día. Y así, no es la lepra de la carne la más vergonzosa y la que más excluye de la presencia de los hombres y de los lugares de oración; antes bien, la lepra del pecado. Es verdad que ésta pasa muchas veces ignorada de los hombres. Pero ¿vivís para los hombres o para el Señor? ¿Todo termina aquí o prosigue en la otra vida? Ya lo sabéis vosotros. Entonces, sed santos para no ser leprosos a los ojos de Dios, que ven los corazones de los hombres, y conservaos limpios en el espíritu para poder vivir eternamente.

-¿Y si uno ha pecado fuertemente?

-Que no imite a Caín, que no imite a Adán y Eva; sino que corra a los pies de Dios y con verdadero arrepentimiento le pida piedad. Un enfermo, un herido va al médico para curarse. El pecador, que vaya a Dios para obtener perdón. Yo...

-¿Tú aquí, Maestro? - grita uno que sube por el camino entre muchos otros y bien cubierto con su manto. Jesús se vuelve y lo mira. «

-¿No me reconoces? Soy el rabí Sadoq. De vez en cuando nos encontramos.

-El mundo es siempre pequeño, cuando Dios quiere hacer que se encuentren las personas. Nos encontraremos todavía, rabí. Entre tanto, la paz sea contigo.

El otro no devuelve el saludo de paz, sino que pregunta:

-¿Qué haces aquí?

-He hecho lo que tú estás para hacer. ¿No es sagrado para ti este monte?»

-Tú lo has dicho. Y vengo con mis discípulos. ¡Pero yo soy un escriba!

-Y Yo soy un hijo de la Ley. Venero, pues, a Moisés como tú lo veneras.

-Eso es mentira. Anulas su palabra con la tuya y no apuntas ya a nuestra obediencia, sino a la tuya.

-A la vuestra no. Ésa es vuestra, pero no es necesaria...

-¿No es necesaria? ¡Qué horror!

-No, no más necesaria de cuanto lo sean en tus vestiduras, para resguardarte de los vientos otoñales, los fluentes y abundantes flecos que adornan el vestido. Es el vestido el que te protege. Igualmente, de las muchas palabras que se enseñan acepto las necesarias y santas, las mosaicas, y no presto atención a las otras.

-¡Samaritano! ¡No crees en los profetas!

-Vosotros no observáis a los profetas. Si los observarais, no me llamaríais samaritano.

-¡Déjalo, Sadoq! ¿Quieres hablar con un demonio? - dice otro peregrino que ha llegado en ese momento con otras personas. Y, volviendo su dura mirada en torno al grupo que envuelve a Jesús, ve a Judas de Keriot y lo saluda con sorna.

Quizás sucedería algún incidente, porque los habitantes del pueblo quieren defender a Jesús. Pero se abre paso, gritando, el hombre de Petra, seguido por un servidor. Tanto él como el servidor tienen a un niño en los brazos.

-¡Dejadme pasar! Señor, ¿has tenido que esperarme demasiado?

-No, hombre. Ven a mí.

La gente se abre para dejarlo pasar. Va hacia Jesús y se arrodilla, mientras deposita en el suelo a una niñita que tiene la cabeza vendada con lino. El servidor hace lo mismo y pone en el suelo a un niñito de ojos opacos.

-¡Mis hijos, Maestro Señor! - dice, y en la breve frase palpita todo el dolor y la esperanza de un padre.

-Has tenido mucha fe, hombre. ¿Y si te hubiera defraudado? ¿Si no me hubieras encontrado? ¿Si te dijera que no te los puedo curar?

-No te creería. Y no creería tampoco en la evidencia de no verte. Habría dicho que te habías escondido para probar mi fe, y te habría buscado hasta encontrarte.

-¿Y la caravana? ¿Y tu ganancia?

-¿Estas cosas? ¿Qué son respecto a ti, que puedes curar a mis hijos y darme una fe segura en ti?

-Destapa la cara de la niña - ordena Jesús.

-Tengo tapada su cara porque sufre mucho con la luz.

-Será sólo un instante de dolor - dice Jesús.

Pero la pequeña se echa a llorar desesperadamente y no quiere que le quiten la venda.

-Hace esto porque cree que la vas a atormentar con el fuego como los médicos - explica el padre, luchando por quitar de las vendas las manitas de la niña.

-¡No tengas miedo, niña! ¿Cómo te llamas?

La niña llora y no responde. Responde el padre por ella:

-Tamar, de donde nació; y el niño, Fara.

-No llores, Tamar. No te hago daño. Toca mis manos. No tienen nada en los dedos. Ven encima de mis rodillas. Mientras, curaré a tu hermano, y él te dirá lo que ha sentido. Ven aquí, niño.

El criado lleva hasta sus rodillas al pobre cieguito, cuyos ojos están apagados a causa del tracoma. Jesús le acaricia la cabeza y le pregunta:

-¿Sabes quién soy?

-Jesús Nazareno, el Rabí de Israel, el Hijo de Dios.

-¿Quieres creer en mí?

-Sí.

Jesús le pone la mano en los ojos, cubriéndole más de la mitad de la cara. Dice: -¡Quiero! Y que la luz de las pupilas abra la vía a la luz de la Fe.

Quita la mano.

El niño lanza un grito, llevándose las manos a los ojos; luego dice:

-¡Padre! ¡Veo!

Pero no corre hacia su padre. En su espontaneidad de niño se agarra al cuello de Jesús y lo besa en las mejillas, y se queda así, agarrado a su cuello, refugiando su cabecita en el hombro de Jesús para acostumbrar de nuevo las pupilas al sol.

La gente aclama por el milagro, mientras el padre quisiera quitar al niño del cuello de Jesús.

-Déjalo. No molesta. Únicamente, Fara, dile a tu hermana lo que te he hecho.

-Una caricia, Tamar. Parecía la mano de nuestra mamá. ¡Cúrate tú también y jugaremos otras veces!

La niña, todavía un poco reacia, se deja poner encima de las rodillas de Jesús, el cual quisiera curarla sin tocarle siquiera las vendas. Pero los escribas y sus compañeros gritan:

-Es un truco. La niña ve. Una conjura para engañar vuestra buena fe, habitantes de este lugar.

-Mi hija está enferma. Yo...

-¡Deja! Tú, Tamar, ahora eres buena y dejas que te quite las vendas.

La niña, convencida, se deja.

¡Qué se ve, cuando la última venda cae! Dos llagas rojas, costrosas, hinchadas, de que gotean lágrimas y pus, están en lugar de los ojos. Un susurro de horror recorre a la gente, y de compasión, mientras la niña se lleva las manitas a la cara para protegerse de la luz, que debe hacerle sufrir horriblemente; en las sienes rojean quemaduras recientes.

Jesús le aparta las manitas y roza ligeramente ese estrago, apoya la mano encima y dice:

-Padre, que creaste la luz para alegría de los que viven, y hasta al mosquito le diste pupilas, devuelve la luz a esta criatura tuya, para que te vea y crea en ti, y a partir de la luz de la Tierra entre, con la Fe, en la luz de tu Reino.

Quita la mano...

-¡Oh! - gritan todos.

Ya no hay llagas. Pero la pequeña tiene todavía cerrados los ojos.

-Ábrelos, Tamar. No tengas miedo. La luz no te va a hacer daño.

La niña obedece un poco temerosa y abre los párpados, que dejan ver dos vivaces ojitos negros.

-¡Padre mío! ¡Te veo! - y ella también se apoya sobre el hombro de Jesús para acostumbrarse lentamente a la luz.

Alboroto festivo entre la gente, mientras el hombre de Petra se arroja, sollozando de alegría, a los pies de Jesús.

-Tu fe ha tenido su premio. Que desde ahora tu gratitud lleve a tu fe en el Hombre al ámbito más alto: a la fe en el verdadero Dios. Levántate y vamos.

Y Jesús pone en el suelo a la niña, que sonríe feliz; y se despega al niño y se levanta. Los acaricia una vez más y hace ademán de abrir el círculo de gente que se apiña para ver los ojos curados.

-Deberías pedir también tú la curación para tus ojos velados - dice un discípulo a un viejo, cuyos ojos están tan opacados que deben llevarlo de la mano.

-¿Yo? ¿Yo? No quiero que me dé la luz un demonio. Es más: ¡A ti te grito, oh Dios eterno! Escúchame. ¡A mí, a mí las tinieblas absolutas, pero que yo no vea la cara del demonio, de ese demonio, de ese sacrílego, usurpador, blasfemo, deicida! Desciendan las sombras sobre mis ojos para siempre. ¡Las tinieblas, las tinieblas para no verlo nunca, nunca, nunca!

Parece un demonio él. En su paroxismo se golpea las cuencas de los ojos como si quisiera hacerlos estallar.

-No temas. No me verás. Las Tinieblas no quieren la Luz, y la Luz no se impone a quien la rechaza. Yo me marcho, anciano. No me verás ya en esta Tierra. Pero, igualmente, me verás en otro lugar.

Y Jesús, con un abatimiento que le acentúa el modo de caminar propio de los que son muy altos, ligeramente echado hacia adelante, se encamina por la bajada. Está tan abatido, que parece ya el Condenado que baja el Moria con la carga de la Cruz... Y los gritos de los enemigos azuzados por el viejo furioso asemejan mucho a los de la muchedumbre de Jerusalén el día de Viernes Santo.

El hombre de Petra, afligido, con la atemorizada niña llorando entre sus brazos, susurra:

-¡Por mí, Señor! ¡Por causa mía! ¡Tú, tanto bien a mí! ¿Y yo a ti? He puesto en el baldaquino, sobre el camello, unas cosas para ti. Pero ¿qué son respecto a los insultos que te he procurado? Siento vergüenza de haber venido a ti...

-No, hombre. Ése es mi pan amargo de cada día. Y tú eres la miel que lo dulcifica. Siempre es más la cantidad de pan que la de miel, pero basta una gota de miel para hacer dulce mucho pan.

-Eres bueno... Pero, dime al menos: ¿qué tengo que hacer para medicar estas heridas?

-Conserva la fe en mí. Por ahora, como puedas y hasta donde puedas. Dentro de no mucho... sí, mis discípulos irán hasta Petra, y más allá. Entonces sigue su doctrina, porque Yo hablaré en ellos. Y por el momento habla a los de Petra de lo que te he hecho, de forma que, cuando estos que me rodean, y otros, vayan en mi Nombre, no les sea desconocido este Nombre mío.

A1 pie de la bajada, en la calzada romana, están parados tres camellos. Uno, sólo con la silla; los otros, con el baldaquino. Los vigila un criado.

El hombre va a uno de los baldaquinos y coge unos paquetes:

-Aquí tienes - dice mientras se los ofrece a Jesús - Te serán útiles. No me des las gracias. Yo soy el que tiene que bendecirte por todo lo que me has dado. Si puedes hacerlo con incircuncisos, bendíceme a mí y a mis hijos, Señor- y se arrodilla con los niños. Los criados hacen lo mismo.

Jesús extiende sus manos y ora en voz baja con los ojos fijos en el cielo.

-Ve. Sé justo y hallarás a Dios en tu camino, y lo seguirás sin nunca más perderlo. ¡Adiós, Tamar! ¡Adiós, Fara!

Los acaricia antes de que suban con los criados, uno por camello.

Los animales se alzan al oír el crrr crrr de los camelleros, se vuelven y toman el trote por el camino que va hacia el sur. Dos manitas morenas se asoman por los baldaquinos y dos vocecitas dicen:

-¡Adiós, Señor Jesús! ¡Adiós, padre!

El hombre hace, a su vez, ademán de montar. Se postra y besa la túnica de Jesús, luego monta en la silla y se marcha hacia el norte.

-Y ahora vamos - dice Jesús, encaminándose igualmente hacia el norte.

-¿Cómo? ¿Ya no vas a donde querías? - preguntan.

-No. Ya no podemos ir... Las voces del mundo tenían razón... Y ello es porque el mundo es astuto y conoce las obras del demonio... Iremos a Jericó...

-¡Qué triste está Jesús!... Todos lo siguen, cargados con los bultos dados por el hombre; abatidos y sin decir palabra...

## 502

**Otro abatimiento en Pedro. Lección sobre las posesiones (divinas y diabólicas).**

Acaban de cruzar el vado de Betabara. A1 otro lado del río, azul, bastante lleno de agua por haberse nutrido de los afluentes colmados de lluvias otoñales, se ve la otra orilla, la oriental, con muchas personas gesticulantes. En la orilla occidental, sin embargo, donde está Jesús con los suyos, hay sólo un pastor y un rebaño que roza la hierba verde del margen.

Pedro se sienta encima de un resto de murete que se encuentra allí, sin secarse siquiera las piernas, húmedas por el vado. Porque en esta estación del año usan las barcas, es verdad, pero, para que no se enarenen en este lugar de bajo fondo, las usan en la parte más profunda, deteniéndose a dejar bajar a los transbordados en donde ya roza la quilla con las hierbas sumergidas. Así que el que atraviesa el río debe caminar algunos pasos en el agua.

-¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? - le preguntan.

-No. Pero no puedo más. En el Nebo esa violencia, y antes en Esebón, y antes en Jerusalén, y antes en Cafarnaúm, y después del Nebo en Caliroe, y ahora en Betabara... ¡Oh!... - agacha la cabeza, la mete entre las manos y llora...

-No te abatas, Simón. No me hagas pobre también de tu coraje, de vuestro coraje - le dice Jesús, yendo a su lado y poniendo una mano sobre la gruesa túnica gris que cubre al apóstol.

-¡No puedo, no puedo ver esto! ¡No puedo verte maltratado de esta manera! Si me dejaras reaccionar... quizás podría. Pero así... Tenerme que contener... y asistir a sus insultos, a tus sufrimientos, como un impotente niño... ¡Oh, se me desgarra todo por dentro y me quedo echo un trapo!... ¡Fijaos vosotros, si es posible verlo así! Parece un enfermo, uno que esté muriéndose de fiebres... ¡Parece un culpable perseguido que no encuentra dónde detenerse a tomar un bocado, a beber un trago, a buscarse una piedra para reclinar la cabeza! ¡Esa hiena del Nebo! ¡Esas serpientes de Caliroe! ¡Ese energúmeno que todavía está allí! (y señala la otra orilla). Menos demonio el de Caliroe, a pesar de que sea el segundo sólo del que dices que está dominado por Belcebú. Tengo miedo de los endemoniados, pienso que si los ha atrapado de esa manera Satanás deben haber sido muy malos. Pero... el hombre puede caer sin absoluta voluntad de hacerlo. ¡Sin embargo, los que sin estar poseídos hacen lo que hacen, con toda su razón libre!... ¿No los vas a vencer nunca, dado que no quieres castigarlos? Y ellos... te vencerán...

Y el llanto del fiel apóstol, que se había calmado un poco bajo el fuego de la indignación, vuelve fuerte...

-Pedro mío, ¿y crees que ésos no están endemoniados? ¿Crees que para estarlo hay que estar como aquel de Caliroe y otros que hemos encontrado? ¿Crees que la posesión se manifiesta sólo con los gritos descompuestos, los saltos, los arrebatos de furia, la extravagancia de vivir en las guaridas, los mutismos, los miembros impedidos, la razón entorpecida, de forma que el poseído habla y obra inconscientemente? No. Existen también otras posesiones diabólicas, que, es más, son las más sutiles y potentes, las más peligrosas, porque no ponen obstáculo a la razón ni la debilitan para que no haga cosas buenas, sino que la desarrollan, es más, la aumentan para que sea poderosa en su servicio a aquel que la posee. Dios, cuando posee a un intelecto y lo usa para que le sirva, transfunde en él, en las horas en que está al servicio de Dios, una inteligencia sobrenatural que aumenta en mucho la inteligencia natural del sujeto. ¿Pensáis, por ejemplo, que Isaías, Ezequiel, Daniel, y los otros profetas, si hubieran tenido que leer y explicar esas profecías como escritas por otros, no habrían encontrado las oscuridades indescifrables que en ellas encuentran los contemporáneos? Pues bien, no obstante, Yo os digo que mientras las recibían las comprendían perfectamente. Mira, Simón. Consideremos esta flor que ha nacido aquí, a tus pies. ¿Qué ves en la sombra que envuelve al cáliz? Nada. Ves un cáliz profundo y una pequeña boca y nada más. Mírala ahora que la tomo y la traigo aquí a este aro de sol. ¿Qué ves?

-Veo pistilos, veo polen, y, en torno a los pistilos, una coronita de pelitos que parecen pestañas y una franjita que adorna el pétalo largo y los dos pequeños, ciliada toda ella con minuciosidad... y veo una gotita de rocío en el fondo del cáliz... y... ¡ah! un mosquito ha bajado a beber dentro y se ha enviscado en la hebra ciliada y ya no es capaz de liberarse... ¡Ah, entonces! Déjame ver mejor. ¡Oh! La hebrita está como recubierta de miel, es pegajosa... ¡Comprendo! Dios lo ha hecho así o para que la planta se nutra, o se nutran los pajarillos viniendo a picar las moscas, o para que se limpie de moscas el aire... ¡Qué maravilla!

-Pero sin la fuerte luz del Sol no habrías visto nada.

-¡No, claro!

-Lo mismo ocurre en la posesión divina. La criatura, que por su parte pone únicamente la buena voluntad de amar totalmente a su Dios, el abandono a los deseos de Dios, la práctica de las virtudes y el dominio de las pasiones, es absorbida en Dios y en la Luz que es Dios, en la Sabiduría que es Dios, todo lo ve y todo lo comprende. Después, cesada ya la acción absoluta, se produce en la criatura un estado en que lo recibido se transforma en norma de vida y de santificación; pero lo que antes parecía tan claro se vuelve oscuro o, mejor, crepuscular. El demonio, perpetuo y torpe remedador de Dios, produce un efecto análogo en los poseídos en la mente, aunque limitado porque sólo Dios es infinito, en sus poseídos que espontáneamente se han entregado a él para triunfar, y les comunica una inteligencia superior pero únicamente dirigida hacia el mal, que mira a causar daño, a herir a Dios y al hombre. Y la acción satánica, encontrando en el alma consentimiento, es continua, siendo así que, por grados, conduce a la total ciencia del Mal. Éstas son las peores posesiones. Nada se ve externamente, por lo cual no se huye de estos endemoniados. Pero existen estas posesiones. Como he dicho varias veces, serán los poseídos de esta manera los que descarguen su mano sobre el Hijo del hombre.

-¿Pero Dios no podría descargar la suya contra el Infierno?- pregunta Felipe.

-Podría. Es el más fuerte.

-¿Y por qué no lo hace para defenderte?

-Las razones de Dios serán conocidas en el Cielo. Venga, vamos. Y no os deprimáis.

E1 pastor, que ha estado escuchando aunque sin aparentarlo, pregunta:

-¿Tienes lugar a donde ir? ¿Te espera alguien?

-No, hombre. Debería ir hasta más lejos de Jericó. Pero no me espera nadie.

-¿Y estás muy cansado, Rabí?

-Cansado, sí. No nos han concedido alojamiento ni descanso desde el Nebo.

-Entonces... Te quería decir... Yo soy de cerca de Betagla la antigua... Tengo a mi padre ciego y no puedo ir lejos para no dejarlo durante varias lunas. Pero el corazón y el rebaño sufren por ello. Si quisieras... Te daría posada. No está lejos. El anciano cree mucho en ti. José, el hijo de José, tú discípulo, lo sabe.

-Vamos.

El hombre no se lo deja decir dos veces. Reúne el rebaño y lo pone en camino hacia el pueblo, un pueblo que debe estar al noroeste del lugar en que están ahora. Jesús se pone, con los suyos, detrás del rebaño.

-Maestro - dice después de un rato Judas Iscariote - Betagla seguro que no ofrece ni un comprador de los regalos de aquel hombre…

-Cuando vayamos a Jericó para ir donde Nique los venderemos.

-Es que... el hombre, éste, es pobre y habrá que compensarlo con dinero, y no tengo ni una moneda.

-Tenemos víveres, y muchos. Incluso para algún mendigo. Por ahora no hace falta más.

-Como quieras. Pero hubiera sido mejor que me hubieras mandado adelante. Habría podido...

-No hace falta...

-¡Maestro, eso es desconfianza! ¿Por qué ya no nos mandas de dos en dos como antes?

-Porque os quiero y pienso en vuestro bien.

-No está bien el tenernos tan en el anonimato. Pensarán que somos indignos, incapaces... Antes nos dejabas ir predicando, haciendo milagros, y éramos conocidos...

-¿Te dueles de no hacerlo ya? ¿Te hacía bien ir sin mí? Eres el único que se queja de no ir solo... ¡Judas!...

-¡Maestro, Tú sabes que te amo! - dice seguro Judas.

-Lo sé. Y para que tu espíritu no se corrompa te tengo conmigo. Eres ya el que recoge y distribuye, vende o permuta para los pobres. Esto basta. Y es ya demasiado. Observa a tus compañeros. Ni uno de ellos pide lo que tú pides.

-Pero a los discípulos se lo has concedido... Es una injusticia esta diferencia.

-Judas, eres el único que me llama injusto... Pero te perdono. Ve adelante. Y mándame a Andrés.

Y Jesús aminora el paso, para esperar a Andrés y hablarle aparte. No sé lo que le dice. Sé que Andrés sonríe con su apacible sonrisa y se inclina para besar las manos del Maestro y luego vuelve adelante.

Jesús se queda solo, al final de todos... y, muy cabizbajo, continúa andando y se seca la cara con el extremo de su manto como si sudara. Pero son lágrimas y no gotas de sudor lo que recorre las mejillas enjutas y pálidas.

## 503

## Los apóstoles indagan acerca del Traidor. Un saduceo y la infeliz mujer de un nigromante. Saber distinguir lo sobrenatural de lo oculto.

Y todavía Jesús que sigue andando incansablemente por los caminos de Palestina. El río está aún a su derecha, y Él camina en el mismo sentido de la bonita agua: azul y esplendente en los lugares donde el Sol la besa; verde-turquí en las orillas, donde la sombra de los árboles se refleja con sus verdes oscuros.

Jesús está en medio de sus discípulos. Oigo a Bartolomé que le pregunta:

-¿Entonces vamos realmente hacia Jericó? ¿No temes alguna asechanza?

-No temo. Llegué a Jerusalén para la Pascua por otro camino y ellos, frustrados, ya no saben dónde prenderme sin llamar demasiado la atención de la gente. Créeme, Bartolomé: para mí hay menos peligro en una ciudad muy poblada que por senderos lejanos. El pueblo es bueno y sincero, pero también es impetuoso. Se amotinaría, si me capturaran estando Yo entre ellos para evangelizar y curar. Las serpientes trabajan en la soledad y en la sombra. Y además... tengo todavía hoy y hoy y hoy para trabajar... Luego... vendrá la hora del Demonio y vosotros me perderéis. Para hallarme de nuevo después. Creed esto. Y sabed creerlo cuando los hechos parezcan desmentirme más que nunca.

Los apóstoles suspiran, afligidos, y lo miran con amor y pena, y Juan emite un gemido: «¡No!», y Pedro lo rodea con sus cortos y robustos brazos, como para defenderlo, y dice:

-¡Oh, mi Señor y Maestro!

No dice nada más. Pero hay mucho en esas pocas palabras.

-Así es, amigos. Para esto he venido. Sed fuertes. Ya veis cómo voy seguro hacia mi meta, como uno que va hacia el Sol, y sonríe a este Sol que lo besa en la frente. Mi Sacrificio será un Sol para el mundo. La luz de la Gracia bajará a los corazones, la paz con Dios los hará fecundos, los méritos de mi martirio harán a los hombres capaces de ganarse el Cielo. ¿Y qué quiero sino esto? Poner vuestras manos en las manos del Eterno, Padre mío y vuestro, y decir: "Mira, conduzco de nuevo a ti a estos hijos. Mira, Padre, están limpios. Pueden volver a ti". Veros arropados en su seno y decir: "Amaos finalmente, porque el Uno y los otros ansiáis esto, y sufríais agudamente por no haberos podido amar". Ésta es mi alegría. Y cada día que me acerca al cumplimiento de este retorno, de este perdón, de esta unión, aumenta mi ansia de consumar el holocausto para daros a Dios y su Reino.

Jesús está solemne y casi extático mientras dice esto. Anda erguido, con su túnica azul y su manto más oscuro, la cabeza descubierta, en esta hora aún fresca de la mañana. Parece sonreír a una visión -¡quién sabe cuál!- que sus ojos ven, contra el fondo azul de un cielo sereno. El Sol, que lo besa en la mejilla izquierda, enciende más aún su esplendorosa mirada y coloca relumbres de oro en sus cabellos movidos por un leve viento y por su paso, y acentúa el rojo de los labios abiertos para la sonrisa, y parece encender todo el rostro de una alegría que en realidad viene del interior de su adorable Corazón, encendido por la caridad hacia nosotros.

-Maestro, ¿puedo decirte una palabra? - pregunta Tomás.

-¿Cuál?

-Anteayer dijiste que el Redentor, Tú, tendrá un traidor. ¿Cómo podrá un hombre traicionarte a ti, Hijo de Dios?

-Un hombre, efectivamente, no podría traicionar al Hijo de Dios, Dios como el Padre. Pero éste no será un hombre. Será un demonio en cuerpo de hombre. El más poseído, el más endemoniado de los hombres. María de Magdala tenía siete demonios, y el endemoniado de hace unos días estaba dominado por Belcebú. Pero en éste estará Belcebú y toda su corte demoníaca... ¡Oh, verdaderamente el Infierno estará en ese corazón dándole coraje para vender, como cordero al jifero, el Hijo de Dios a sus enemigos!

-Maestro, ¿ahora este hombre está ya en posesión de Satanás?

-No, Judas – Iscariote - Pero se inclina hacia Satanás, e inclinarse hacia Satanás quiere decir ponerse en las condiciones de caer en él.

-¿Y por qué no viene a ti para curarse de su inclinación? ¿Sabe que la tiene o lo ignora?

-Si lo ignorara no sería culpable, como lo es, porque sabe que tiende al mal y que no persevera en las resoluciones de salir de él. Si perseverara vendría a mí... pero no viene... El veneno penetra y mi cercanía no lo purifica, porque no la desea sino que huye de ella... ¡Este es, hombres, vuestro error! Cuanta más necesidad tenéis de mí, más huís de mí» (Jesús ha respondido a Andrés).

-¿Pero ha venido a ti alguna vez? ¿Lo conoces? ¿Y nosotros lo conocemos?

-Mateo, Yo conozco a los hombres antes incluso de que ellos me conozcan. Y tú lo sabes y éstos lo saben. Yo soy el que os llamé porque os conocía.

-¿Pero nosotros lo conocemos? - insiste Mateo.

-¿Podéis no conocer a uno que se acerca a vuestro Maestro? Vosotros sois mis amigos y compartís conmigo el alimento, el descanso y las fatigas. Hasta mi casa os he abierto, la casa de mi Madre santa. Os llevo a mi casa para que el aura que en ella suavemente sopla os haga capaces de comprender el Cielo con sus voces y mandatos. Os llevo a mi casa como un médico lleva a sus enfermos, poco antes resurgidos de una serie de enfermedades, a fuentes saludables que los fortalezcan venciendo los restos de las enfermedades que siempre pueden hacerse de nuevo nocivas. Por tanto, no tenéis desconocimiento de ninguno de los que se acercan a mí.

-¿En qué ciudad lo has visto?

-¡Pedro, Pedro!

-Es verdad, Maestro, soy peor que una mujer chismosa. Perdóname. Pero es el amor, ya sabes...

-Ya sé. Y por esto te digo que no siento aversión por este defecto tuyo. Pero quítatelo también.

-Sí, Señor mío.

E1 sendero, encajonado entre una hilera de árboles y una pequeña acequia, se estrecha, y el grupo se hace más lineal. Jesús va hablando precisamente con Judas Iscariote, al cual da indicaciones para las compras y las limosnas. Detrás, de dos en dos, van los otros.

En la cola, solo, Pedro. Piensa. Camina cabizbajo, tan recogido en sus pensamientos, que ni siquiera se da cuenta de que se va quedando distanciado de los otros.

-¡Eh, tú, hombre! - se dirige a él uno que pasa a caballo - ¿Estás con el Nazareno?»

-Sí. ¿Por qué?

-¿Vais a Jericó?»

-¿Te preocupa saberlo? Yo no sé nada. Sigo al Maestro y no pregunto nada. Dondequiera que vaya, bien hecho está. El camino es el de Jericó, pero no hay que descartar que regresáramos a la Decápolis. ¡Quién sabe! Si quieres saber más, allí está el Maestro.

El hombre espolea y Pedro le hace detrás una mueca curiosa y barbota:

-No me fío, mi señorote. ¡Sois todos una masa de perros! No quiero ser yo el traidor. Me juro a mí mismo: "Esta boca quedará sigilada". Esto es - y hace una señal en sus labios como si los cerrara con candado.

El hombre que va a caballo ya ha llegado donde Jesús. Le pregunta. Ello da la manera a Pedro de alcanzar a los otros.

Cuando el hombre se marcha, hace un gesto de saludo a Judas Iscariote. Ninguno lo advierte, menos Pedro, que viene el último, y que parece no aplaudir ese saludo. Toma a Judas de una manga y le pregunta:

-¿Quién es? ¿Lo conoces? ¿Y por qué?

-De vista. Es un rico de Jerusalén.

-Tienes amistades encumbradas tú, ¿eh? Bien... si es que es bien. Pero... dime: ¿es ese cara de zorra el que te dice tantas cosas?...

-¿Qué cosas?

-¡Hombre, pues las que dices que sabes sobre el Maestro!

-¿Yo?

-Sí. Tú. ¿No te acuerdas de aquel atardecer de agua y barro, cuando la crecida?

-¡Ah! No, no. ¿Pero piensas todavía en unas palabras dichas en un momento de malhumor?

-Yo pienso en todo lo que puede perjudicar a Jesús: cosas, personas, amigos, enemigos... Y siempre estoy dispuesto a mantener las promesas que hago a quien quiera perjudicar a Jesús. Adiós.

Judas lo mira de forma curiosa mientras se marcha. En su mirada hay estupor, dolor, enojo, y diría incluso más: hay odio.

Pedro llega donde Jesús y lo llama.

-¡Oh! ¡Pedro! ¡Ven!

Jesús le pone un brazo en los hombros.

-¿Quién era ese híspido judío?
-¿Híspido, Pedro? ¡Si estaba todo liso y perfumado!
-Tenía híspida la conciencia. Desconfía, Jesús.
-Te he dicho que no es todavía mi tiempo. Y cuando ese tiempo llegue, ninguna desconfianza me salvará... si es que quisiese salvarme. Si Yo quisiera salvarme, hasta las piedras gritarían y me formarían una cadena en torno.
-Será así... Pero, desconfía... ¡Maestro!
-¿Pedro?
-¿Que te sucede?
-Maestro... tengo una cosa que decirte y un peso en el corazón.
-¿Una cosa? ¿Un peso?
-Sí. El peso es un pecado. La cosa es un consejo.
-Empieza por el pecado».
-Maestro... yo... yo odio... yo siento repulsa, eso es, si es que no *es* odio -porque Tú no quieres que haya odios-, por uno de nosotros. Me da la impresión de estar cerca de una hura de donde sale hedor de serpientes en celo... y temo que salgan para dañarte. Ese hombre es una madriguera de serpientes y él mismo está en celo con el demonio.
-¿Cómo lo deduces?
-Bueno, pues... No sé. Soy rudo e ignorante, pero tonto no soy. Estoy acostumbrado a leer en los vientos y en las nubes... y me ha venido ojo también para los corazones. Jesús... tengo miedo.
-No juzgues, Pedro. Y no sospeches. La sospecha crea quimeras. Se ve lo que no existe.
-Dios eterno quiera que no haya nada. Pero yo no estoy seguro.
-¿Quién es, Pedro?
-Judas de Keriot. Se jacta de tener amistades encumbradas. Incluso hace poco ese mala facha lo ha saludado como se saluda a uno bien conocido. Antes no las tenía.
-Judas es el que recibe y reparte. Tiene posibilidades de tratar con los ricos. Es hábil.
-¡Ya! Es hábil... Maestro, dime la verdad, ¿Tú no sospechas?
-Pedro, te quiero entrañablemente por tu corazón. Pero quiero que seas perfecto, y perfecto no es el que no obedece. Te he dicho: no juzgues y no sospeches.
-Sí pero no me dices...
-Dentro de poco estaremos cerca de Jericó y nos pararemos a esperar a una mujer que no puede recibirnos en su casa...
-¿Por qué? ¿Es una pecadora?».
-No. Es una desdichada. Ese hombre a caballo que tanto fastidio te ha dado ha venido a decirme que la espere. Y la voy a esperar, aunque sé que nada puedo hacer por ella. ¿Y sabes quién ha puesto sobre mis pasos a la mujer y a ese hombre? Judas. Como ves, por motivo honesto conoce a ese judío.
Pedro agacha la cabeza y calla, confuso. Quizás no convencido y curioso todavía. Pero calla.
Jesús se detiene fuera de los muros de la ciudad, y, cansado, se sienta a la sombra fresca de un sotillo que da sombra a una fuente al lado de la cual hay cuadrúpedos abrevando. Los discípulos se sientan, también esperando. Debe ser una parte muy secundaria de la ciudad, porque, aparte de estos caballos y asnos, sin duda de mercaderes en viaje, no hay gente.
-Viene una mujer, toda arropada en un manto oscuro y con el rostro muy cubierto. El velo, tupido y oscuro, baja hasta la mitad de la cara. Viene con ella el hombre de antes, ahora a pie, y otros tres hombres pomposamente vestidos.
-Te saludamos, Maestro.
-Paz a vosotros.
-Ésta es la mujer. Escúchala y concédele lo que desea.
-Si puedo.
-Tú puedes todo.
-¿Lo crees, saduceo?
El saduceo es el que iba a caballo.
-Creo en lo que veo.
-¿Y has visto que puedo?
-Lo he visto.
-¿Y sabes por qué puedo?
Silencio.
-¿Puedo saber cómo juzgas que puedo?
Silencio
Jesús deja de ocuparse de él y de los otros. Habla a la mujer:
-¿Qué quieres?
-Maestro... Maestro...
-Habla, pues, sin temor.
La mujer mira oblicuamente a sus acompañadores, los cuales lo interpretan a su manera.
-Esta mujer tiene a su marido enfermo y te pide su curación. Es persona influyente, de la corte de Herodes. Te conviene concederle lo que te pide.
-No por ser influyente, sino por su infelicidad, se lo concederé si puedo. Ya lo he dicho. ¿Qué le pasa a tu marido? ¿Por qué no ha venido? ¿Por qué no quieres que yo vaya a verlo?
Nuevo silencio y nueva mirada oblicua.

-¿Quieres hablarme sin testigos? Ven.

Se separan unos pasos.

-Habla.

-Maestro... yo creo en ti. Creo tanto, que estoy segura de que sabes todo sobre él, sobre mí, sobre nuestra desgraciada vida... Pero él no cree... Y te odia... Y él...

-Y él no *puede* sanar porque no tiene fe. No sólo no tiene fe en mí, es que tampoco tiene fe en el Dios verdadero.

-¡Ah! ¡Tú sabes!

La mujer llora desesperadamente.

-¡Es un infierno mi casa! ¡Un infierno! Tú liberas a los poseídos. Sabes, por tanto, 1o que es el demonio. ¿Pero a este demonio sutil, inteligente, falso e instruido, lo conoces? ¿Sabes a qué perversiones conduce? ¿Sabes a qué pecados? ¿Sabes la destrucción que causa en torno a sí? ¿Mi casa? ¡Es una casa? No. Es el umbral del Infierno. ¿Mi marido? ¿Es mi marido? Ahora está enfermo y no se cuida de mí. Pero, incluso cuando estaba fuerte y deseoso de amor, ¿era un hombre el que me abrazaba, el que me tenía, el que me poseía? ¡No! Yo estaba entre las espiras de un demonio, sentía el hálito y la baba de un demonio. Lo he querido mucho, lo quiero. Soy su mujer y me tomó la virginidad cuando yo era poco más que niña: tenía poco más de catorce años. Pero, aunque la hora me transportase a aquella *primera hora,* Y con ella me recordase las sensaciones intactas del primer abrazo que me hizo mujer, yo, con la parte más elevada de mí lo primero y luego con la carne y la sangre, sentía repulsa, repulsa de horror, cuando me daba cuenta de que él estaba ensuciado de nigromancia. Me parecía que, no mi marido, sino los muertos que él invocaba estuvieran sobre mí, saciándose de mí... Y también ahora, ahora, con sólo mirarlo, moribundo y todavía abismado en esa magia, siento repulsión. No lo veo a él... veo a Satanás. ¡Oh, dolor mío! Ni siquiera en la muerte estaré con él, porque la Ley lo prohíbe. Sálvalo, Maestro. Te pido que lo cures para darle tiempo de curarse.

La mujer llora angustiosamente.

-¡Pobre mujer! No, Yo no *puedo* curarlo.

-¿Por qué, Señor?

-Porque él no quiere.

-Sí. Tiene miedo de la muerte. Sí, sí que quiere.

-No quiere. No es un demente, no es un poseído que no conozca su estado y que no pida la liberación porque no tenga la facultad del pensamiento libre. No es uno que tenga impedida la voluntad. Es uno que *quiere* ser lo que es. Sabe que lo que hace está prohibido. Sabe que está maldecido por el Dios de Israel. Pero persiste. Aunque lo curase y empezaría por el alma- él volvería a su satánico disfrute. Su voluntad está corrompida. Es rebelde. No puedo.

La mujer llora más fuerte. Se acercan los que la han acompañado.

-¿No la complaces en lo que te pide, Maestro?

-No puedo.

-¿No os lo había dicho? ¿Y las razones?

-Tú, saduceo, ¿las pides? Te remito al libro de los Reyes *(I Samuel 28, 15-19; 2 Reyes 1, 16).* Lee lo que dijo Samuel a Saúl y lo que dijo Elías a Ocozías. El espíritu del profeta recrimina al rey el haberlo molestado llamándolo del reino de los muertos. No es lícito hacerlo. Lee el Levítico *(19, 4.26.31; 20, 6)*, si es que ya no te acuerdas de la palabra de Dios, Creador y Señor de todo lo que existe, Tutor de la vida y de los que están en la muerte. Muertos y vivos están en las manos de Dios y no os es lícito arrancárselos de sus manos. Ni por vana curiosidad ni por sacrílega violencia ni por incredulidad maldita. ¿Qué queréis saber? ¿Si hay un futuro eterno? Y decís que creéis en Dios. Si Dios existe, tendrá una corte ¿no? ¿Y qué corte será, sino una corte eterna como Él, compuesta por espíritus eternos? Si decís que creéis en Dios, ¿por qué no creéis en su palabra? ¿No dice su palabra: "No practicaréis adivinación ni observaréis los sueños”? ¿No dice: "Si uno se dirige a los magos y a los adivinos y fornica con ellos, volveré contra él mi rostro y lo exterminaré de en medio de su pueblo"? ¿No dice: "No os hagáis dioses de fundición"? ¿Y qué sois vosotros? ¿Samaritanos y perdidos, o sois hijos de Israel? ¿Y qué sois: hombres sin raciocinio o capaces de razonar? Y si, razonando, negáis la inmortalidad del alma, ¿por qué invocáis a los muertos? ¿Si no son inmortales esas partes incorpóreas que animan al hombre, qué otra cosa queda de un hombre después de la muerte? Podredumbre y huesos, blancos huesos emergentes de una gusanera. Y, si no creéis en Dios -tanto como que recurrís a ídolos y señales para obtener curación, dinero, oráculos, como ha hecho este cuya salud pedís-, ¿por qué sí os hacéis dioses de fundición y creéis que ellos os pueden decir palabras más verdaderas, más santas, más divinas que las que Dios os dice? Ahora Yo os doy la misma respuesta que diera Elías a Ocozías: "Por haber enviado mensajeros a consultar a Belcebú, dios de Acarón, como si no hubiera un Dios en Israel a quien poder consultar, por ello, no bajarás de la cama a que has subido, y ciertamente morirás en tu pecado".

-Siempre eres Tú el que insulta y nos ataca. Es una observación que te hago. Nosotros venimos hacia ti para...

-Para hacerme caer en una trampa. Pero Yo os leo el corazón. ¡Quitaos la máscara, herodianos vendidos al enemigo de Israel! ¡Quitaos la máscara, fariseos falsos y crueles! ¡Quitaos la máscara, saduceos, verdaderos samaritanos! ¡Quitaos la máscara, escribas de palabra contraria a las obras! ¡Quitaos la máscara, todos vosotros violadores de la Ley de Dios, enemigos de la Verdad, cuyos del Mal! ¡Quitáosla, profanadores de la Casa de Dios! ¡Quitáosla, agitadores de las conciencias débiles! ¡Quitaos la máscara, chacales que oléis la víctima en el viento que la ha tocado y seguís esa pista y aguaitáis, esperando la hora propicia para matar, y os relaméis los labios ante aquel cuya sangre anticipadamente saboreáis, y soñáis que llegue esa hora!... ¡Oh, chalanes y fornicadores, que vendéis por mucho menos de un puñado de lentejas vuestra primogenitura entre los pueblos! Ya no tendréis bendición, porque otros pueblos se vestirán con la zalea del Cordero de Dios, y verdaderos Cristos serán a los ojos del Altísimo, quien, sintiendo emanar de ellos la fragancia de su Cristo, dirá: "¡Éste es el olor de mi Hijo! Semejante al olor de un florido campo bendecido por Dios. Para vosotros el rocío del Cielo: la Gracia. En vosotros, la copiosidad de la Tierra (los frutos de mi Sangre). En vosotros, abundancia de trigo y de vino (mi Cuerpo y mi Sangre, que daré a los hombres para vida y para recuerdo de mí). Que os sirvan los pueblos y ante vosotros se inclinen las gentes, porque donde esté el signo de mi Cordero

estará el Cielo. Y la Tierra está subordinada al Cielo. Dominad a vuestros hermanos, porque los seguidores de mi Cristo serán los reyes del espíritu, teniendo como tienen la Luz, y a esta Luz los otros volverán la mirada esperando en su auxilio. Se inclinen ante vosotros los hijos de vuestra madre: la Tierra. Sí, todos los hijos de la Tierra se inclinarán un día ante mi Signo. Maldito quien os maldice y bendito quien os bendice, porque tanto la bendición como la maldición que recae sobre vosotros a mí viene, a mí, Padre y Dios vuestro". Esto dirá. Esto, fornicadores que pudiendo tener como amada esposa del alma la verdadera fe fornicáis con Satanás y con sus falsas doctrinas. Esto es lo que dirá, asesinos, asesinos de conciencias y asesinos de cuerpos. Aquí hay víctimas vuestras. Y, si bien dos corazones son asesinados, un Cuerpo lo tendréis sólo durante el tiempo de Jonás. Y luego ese Cuerpo, unido a su inmortal Esencia, os juzgará.

Jesús se muestra terrible en esta invectiva. ¡Terrible! Creo que más o menos se mostrará así en el último Día.

-¿Y dónde están estos asesinados? ¡Tú deliras! ¡Tú eres un cuyo de Belcebú! Tú fornicas con él y en su nombre obras milagros. Y en nuestro caso no puedes porque tenemos la amistad de Dios.

Satanás no se expulsa a sí mismo. Yo expulso los demonios. ¿En nombre de quién, entonces?

Silencio.

-¡Responded!

-Pero no merece la pena ocuparse de este endemoniado. Ya os lo había dicho. Vosotros no lo creíais. Oídlo de sus labios. Responde, Nazareno demente. ¿Conoces el siemanflorás?

-¡No necesito conocerlo!

-¿Oís? Una pregunta más: ¿No has estado en Egipto?

-Sí.

-¿Lo veis? ¿Quién es el nigromante, el satanás? ¡Horror! Ven, mujer. Tu marido es santo respecto a éste. ¡Ven!... Necesitarás purificarte. ¡Has tocado a Satanás!...

Y se marchan con vivos gestos de repulsa y arrastrando a la mujer, que llora.

Jesús, con los brazos cruzados, los sigue con los relámpagos de sus miradas.

-Maestro... Maestro...

Los apóstoles están aterrorizados, por la violencia de Jesús y por las palabras de los judíos.

Pedro pregunta (incluso un poco agachado al decirlo):

-¿Qué han querido decir con esas últimas preguntas? ¡Qué es esa cosa?

-¿Qué? ¿El siemanflorás?

-Sí. ¿Qué es?

-No pienses en ello. Confunden la Verdad con la Mentira, a Dios con Satanás, y en su soberbia satánica piensan que haya que conjurar a Dios con su tetragrama, para que condescienda con los deseos humanos. El Hijo habla con el Padre el lenguaje verdadero, y con él, por amor recíproco de Padre e Hijo, se cumplen los milagros.

-¿Pero por qué te ha preguntado si has estado en Egipto?

-Porque el Mal se sirve de las cosas más inocuas para sacar de ellas acusaciones contra aquel a quien desea asestar el golpe. Mi estancia infantil en tierra de Egipto estará entre las imputaciones en su hora de venganza. Sabed, vosotros y los futuros, que con el astuto Satanás y sus fieles servidores hay que tener doble astucia. Por esto he dicho: "Sed astutos como serpientes, además de sencillos como palomas". Esto es para poner el mínimo de armas en manos de los demonios. Y, de todas formas, no sirve. Vamos.

-¿A dónde, Maestro? ¿A Jericó?

-No. Tomaremos una barca y pasaremos de nuevo a la Decápolis. Remontaremos el Jordán hasta la altura de Enón y luego bajaremos a tierra. Después, en las riberas de Genesaret, tomaremos otra barca y pasaremos a Tiberíades, y de allí a Caná y a Nazaret. Tengo necesidad de mi Madre. Y también vosotros. Lo que el Cristo no hace con su Palabra lo hace María con su silencio. Lo que no hace mi poder lo hace su pureza. ¡Oh, Madre mía!

-¿Estás llorando, Maestro? ¿Estás llorando? ¡Oh, no! ¡Nosotros te defenderemos! ¡Nosotros te queremos!

-No lloro ni temo por los que me aborrecen. Lloro porque los corazones son más duros que el diaspro y nada *puedo* en muchos de ellos. Venid, amigos.

Y bajan a la orilla y en la barca de uno remontan el río. Todo termina así.

Dice Jesús:

-Tú y quien te guía meditad mucho mi respuesta a Pedro.

El mundo -y por mundo entiendo no sólo los laicos- niega lo sobrenatural, y, luego, ante las manifestaciones de Dios, está dispuesto a sacar a colación no lo sobrenatural sino lo oculto. Confunden una cosa con la otra. Ahora escuchad: sobrenatural es lo que de Dios viene. Oculto es lo que viene de fuente extraterrena pero no tiene raíz en Dios.

En verdad os digo que los espíritus pueden venir a vosotros. ¿Pero cómo? En dos modos. Por mandato de Dios o por violencia del hombre. Por mandato de Dios vienen ángeles y bienaventurados y espíritus que ya están en la luz de Dios. Por violencia del hombre pueden venir espíritus sobre los cuales un hombre puede tener mando, por estar sumergidos en regiones más bajas que las humanas, donde todavía hay un recuerdo de Gracia, si ya no hay Gracia activa. Los primeros van espontáneamente, obedeciendo a una sola autoridad: la mía. Y consigo llevan la verdad que quiero que conozcáis. Los otros van por un complejo de fuerzas unificadas: fuerzas del hombre idólatra con fuerzas de Satanás-ídolo. ¿Pueden daros la verdad? No. Jamás. Jamás en términos absolutos. ¿Puede una fórmula, incluso habiendo sido enseñada por Satanás, doblegar a Dios a la voluntad del hombre? *No. Dios viene siempre de forma espontánea.* Una oración os puede unir a Él, no una fórmula mágica.

Y si alguno objeta: "Samuel se apareció a Saúl", Yo digo: "No por mérito de la maga, sino por voluntad mía, con la finalidad de hacer reaccionar al rey, rebelde a mi Ley". Algunos dirán: "¿Y los profetas?". Los profetas hablan por conocimiento de la Verdad, que se les infunde o directamente o por ministerio angélico. Otros objetarán: "¿Y la mano que escribió en el

banquete del rey Baltasar?". Lean éstos la respuesta de Daniel: "...tú también te has engreído contra el Dominador del Cielo... celebrando a los dioses de plata, bronce, hierro, oro, madera, piedra, los cuales no ven ni oyen ni conocen, y no has glorificado al Dios en cuyas manos están todos tus respiros y movimientos. Por ello, Él ha mandado el dedo -espontáneamente mandado, mientras que tú, rey necio y necio hombre, no pensabas en ello y te preocupabas de llenar tu vientre y engreírte la mente-de esa mano que ha escrito lo que ahí se encuentra".

Sí. Alguna vez Dios os llama con manifestaciones que vosotros consideráis de un médium, y que son en realidad manifestaciones de piedad de un Amor que quiere salvaros. Pero no debéis querer crearlas vosotros. Las que creáis no son nunca sinceras, no son nunca útiles, nunca traen un bien. No os hagáis esclavos de lo que os destruye. No queráis consideraros y creeros más inteligentes que los humildes, que se doblegan ante la Verdad depositada desde hace siglos en mi Iglesia, por el solo hecho de que sois unos soberbios que buscáis en la desobediencia permisos para vuestros ilícitos instintos. Volved a la Disciplina varias veces secular y permaneced en ella: desde Moisés hasta Cristo, desde Cristo a vosotros, desde vosotros al último día, *es ésa y no otra.*

¿Es ciencia esta vuestra? No. La ciencia está en mí y en mi doctrina, y la sabiduría del hombre está en obedecerme. ¿Es curiosidad sin peligro? No. Es contagio cuyas consecuencias sufrís luego. Fuera Satanás si queréis tener a Cristo. Soy el Bueno y no desciendo a convivencia con el Espíritu del Mal. O Yo o él. Elegid.

¡Oh "portavoz" mío, di esto a quien hay que decírselo! Es la última voz que se les dirige. Y tú y quien te dirige sed cautos. Las pruebas se transforman en pruebas contrarias en manos del Enemigo y de los enemigos de mis amigos. ¡Tened cuidado! Id con mi paz.

*(De todo esto se deduce el peligro que presentan las sesiones espiritistas, las tablas ouijas, las cartas, etc. etc.: en todas estas prácticas ocultistas está presente el diablo)*

## 504

## Margziam preparado para la separación. Regreso a la aldea de Salomón y muerte de Ananías.

-Levantaos. Nos marchamos. Vamos de nuevo al río. Buscamos una barca. Ve tú, Pedro, con Santiago. Una barca que nos lleve hasta las cercanías de Betabara. Estaremos un día donde Salomón y luego...

-¿Pero no íbamos a Nazaret?

-No. Por la noche he decidido. Lo siento por vosotros. Debo volver para atrás.

-¡Qué alegría! - exclama Margziam - ¡Estaré más tiempo contigo!

-Sí, aunque, pobre niño, a mi lado ves días muy tristes.

-Pues precisamente por eso deseo quedarme contigo. Para darte amor. Es lo único que quiero. No pido nada más.

Jesús lo besa en la frente.

-¿Y vamos a pasar otra vez por Betabara? - pregunta Mateo.

-No. Atravesamos el río con la barca de algún pescador.

Regresan Pedro y Santiago.

-Ninguna barca, Maestro, hasta el atardecer... Y... ¿debo decirlo?

-Dilo.

-Y han pasado por aquí algunos... Deben haber pagado bien o amenazado fuertemente... No creo que encuentres barca tampoco al atardecer... Son unos despiadados...

Pedro suspira.

-No importa. Vamos a ponernos en camino... y el Señor nos ayudará.

La época del año es mala. Llueve. Hay fango. El camino está lodoso. En la orilla, la lluvia se suma al rocío de la noche, abundante a lo largo del río; pero, de todas formas, van por el estrecho realce que orilla el camino, menos fangoso y menos expuesto -debido a una hilera de chopos que protegen mucho- al estilicidio de la lluvia, diminuta pero continua; menos expuesto cuando un soplo de viento no hace caer de golpe todas las gotas de agua retenidas entre las ramas.

-¡Bueno, ya es su tiempo! - dice filosóficamente Tomás, recogiéndose la túnica.

-¡Es su tiempo! - confirma Bartolomé, y suspira.

-Ya nos secaremos en algún lugar. No estarán todos... irritados contra nosotros - dice Pedro.

-Y podremos encontrar una barca... ¡No es seguro que no! - añade Santiago de Alfeo.

-Si tuviéramos mucho dinero se encontraría todo. ¡Pero no quiso que fuera a vender a Jericó! - dice Judas de Keriot.

¡Calla! Te lo ruego. El Maestro está muy afligido - ¡Calla! - suplica Juan.

-Callo. Es más, no hago más que alegrarme de su indicación. Así no se puede decir que yo haya mandado a esos saduceos de cerca de Jericó - y mira a Pedro. Pero Pedro está absorto y no ve ni responde.

Caminan, caminan bajo la lluvia menuda, fina como niebla, en este día grisáceo. De vez en cuando hablan entre sí. Pero las palabras que dicen parecen tanto conclusiones de un diálogo con un invisible interlocutor, que parece como si hablaran consigo mismos.

-A1 final tendremos que pararnos en algún lugar.

-Todos los lugares son iguales, porque a todos vienen ellos.

-Persecución por persecución, lo mejor es estar en una ciudad: al menos uno no se moja.

-¿Pero a dónde quieren llegar?

-¡Pobre María! ¡Si supiera!»

-¡Dios Altísimo, protege a tus siervos!...

Luego se juntan y debaten en voz baja.

Jesús va delante, solo... ¡Solo! Hasta que llegan Margziam y el Zelote.

Los otros han bajado al guijarral. Para ver si hay barca... Tardaríamos menos. ¿Nos quieres contigo?

-Venid. ¿De qué hablabais antes?

-De lo que sufres Tú.

-Y del odio de los hombres. ¿Qué podemos hacer para aliviarte y para frenar el odio? - pregunta el Zelote.

-Para mi dolor está vuestro amor... Para el odio... no hay más remedio que soportarlo... Es una cosa que termina con la vida de la Tierra... y este pensamiento da paciencia y fortaleza mientras se soporta. ¡Margziam! ¡Niño! ¿Por qué estás turbado?

-Porque esto me recuerda a Doras...

-Tienes razón. Ya es tiempo de que te mande otra vez a casa...

-¡No! ¡Jesús! ¡No! ¿Por qué quieres castigarme por un mal que no he hecho?

-No es castigar. Es preservar... No quiero que recuerdes a Doras. ¿Qué se alza en ti tras este recuerdo? Responde...

Margziam llora con la cabeza agachada, luego levanta la cara y dice:

-Tienes razón. Mi espíritu no es capaz de ver y perdonar, no es todavía capaz. Pero ¿por qué me alejas de ti? Si sufres, con mayor razón debo estar a tu lado. ¡Tú también me has consolado siempre! Ya no soy ese niño necio que el año pasado te decía: "No me dejes ver tu dolor". Soy ahora un verdadero hombre. ¡Deja que me quede! ¡Señor! ¡Díselo tú, Simón!

-El Maestro sabe lo que es bueno para nosotros. Y quizás... quiere darte algún encargo... No sé... Estoy diciendo lo que pienso...

-Es como has dicho. Lo habría tenido conmigo, con gran satisfacción, hasta después incluso de las Encenias. Pero... mi Madre está sola allá arriba. El ruido que produce el odio es muy fuerte. Podría temer más de lo necesario. Mi Madre está sola. Y seguro que llora. Irás donde Ella, le llevarás mi saludo y le dirás que la espero para después de las Encenias. Y no digas nada más, Margziam.

-¿Pero si me pregunta?

-Puedes no mentir diciendo... que la vida de su Jesús está como este cielo de Etanim. Nubes y lluvia, alguna vez borrasca. Pero no faltan los días de sol. Como ayer, como quizás mañana. Callar no es mentir. Háblale de los milagros que has visto. Dile que Elisa está conmigo, que Ananías me ha acogido como un padre. Que en Nob estoy en casa de un buen israelita. Lo demás... sobre lo demás esté el silencio. Y luego irás a estar con Porfiria. Y estarás allí hasta que Yo te llame.

Margziam llora más fuerte.

-¿Por qué lloras así? ¿No estás contento de ir donde María? Ayer lo estabas... - dice Simón.

-Ayer sí. Porque íbamos todos. Y además lloro porque tengo miedo de no volver a verte... ¡Oh, Señor, Señor! ¡Ya nunca veré días tan felices como lo han sido estos días!

-Nos veremos todavía, Margziam. Te lo prometo.

-¿Cuándo? No antes de la Pascua. ¡Es mucho tiempo!

Jesús calla.

-¿Verdaderamente no me quieres contigo antes de Pascua?

Jesús le pone un brazo en los hombros todavía gráciles y lo arrima a sí.

-¿Por qué quieres saber el futuro? Hoy estamos aquí. Mañana ya no estamos. El hombre -ni el más rico y poderoso- no puede añadir un día a su vida. La vida, y todo el futuro, está en las manos de Dios...

-Pero para Pascua debo ir al Templo. Soy israelita. ¡Tú no puedes hacerme pecar!

-No pecarás. Y el primer pecado que me debes prometer que no harás nunca es el de la desobediencia. Obedecerás. Siempre. A mí ahora, a quien te hable en mi Nombre después. ¿Lo prometes? Recuerda que Yo, tu Maestro y Dios, he obedecido a mi Padre y obedeceré hasta el... fin de mi tiempo.

Jesús se muestra solemne al decir estas últimas palabras.

Margziam, casi hechizado, dice:

-Obedeceré. Lo juro. Ante ti y ante el Dios eterno.

Un momento de silencio. Luego el Zelote pregunta:

-¿Sube solo?

-No, por supuesto. Con unos discípulos. Encontraremos otros además de Isaac.

-¿Mandas a Galilea también a Isaac?

-Sí. Regresará con mi Madre.

Llaman desde el río. Los tres se mueven, cruzan el camino, van hacia el agua.

-Mira, Maestro. Hemos encontrado. Y no quieren nada. Son parientes de uno al que has hecho un milagro. Pero llevan arena a aquel pueblo. Hay que ir hasta allí a pie. Luego nos toman.

-Que Dios se lo pague. Estaremos al atardecer en casa de Ananías.

Pedro, contento, sube hacia el camino y ve la cara turbada de Margziam.

-¿Qué te pasa? ¿Qué ha hecho?

-Nada malo, Simón. Le he dicho que, cuando llegue al primer sitio donde encuentre discípulos, lo voy a mandar a casa. Se ha entristecido por este motivo.

-A casa... Pues es justo... Esta época del año…

Pedro piensa.

Luego mira a Jesús y le tira de la manga, haciéndole agacharse hasta la altura de su boca. Le habla al oído:

-Maestro, ¿pero por qué lo mandas sin esperar?...

-Por la época del año, lo has dicho.

-¿Y además?

-Simón, no quiero encubrirte la realidad. Y además... porque es bueno que Margziam no se envenene el corazón...

-Tienes razón, Maestro. Envenenarse el corazón... ¡Sí!, es justamente eso lo que acaba sucediendo.

Alza el tono de voz:

-El Maestro tiene toda la razón. Irás y... nos veremos en Pascua. En fin... llega pronto... Pasado Kisléu... En breve tiempo llega el bonito Nisán.

-¡Sí, cierto! Tiene razón...

La voz de Pedro se hace menos segura.

Repite lentamente y con tristeza:

-Tiene razón... - y, hablándose a sí mismo:

-¿Qué habrá sucedido de aquí a Nisán?

Se da con la mano en la frente (es un gesto desconsolado).

Y caminan, caminan en esta húmeda jornada. No llueve ya hasta que, enfangados hasta las rodillas, montan en cinco pequeñas barcas húmedas y arenosas que bajan de nuevo siguiendo la corriente. Entonces se echa otra vez a llover, y, golpeando la lluvia contra el agua calma del río, que refleja el cielo de nubes cenicientas, dibuja en él muchos círculos que se hacen y deshacen continuamente, formando un juego de tornasoles anacarados.

Parece un paisaje desierto. En las márgenes, en los minúsculos lugares fluviales, no se ve alma viva. La lluvia cierra las casas y hace desiertas las calles. De modo que, cuando con el primer albor echan pie a tierra donde la aldea de Salomón, encuentran silenciosa y vacía la calle, y llegan a la casa sin ser vistos por nadie.

Golpean en la puerta. Llaman. Nada. Sólo zureo de palomas, balidos de ovejas, ruido de lluvia.

-No hay nadie. ¿Qué hacemos?

-Id a las casas del pueblo. Primero a la del pequeño Micael - ordena Jesús.

Y, mientras los apóstoles más jóvenes se marchan ágiles, Jesús y los más ancianos se quedan junto a la casa y observan y comentan.

-Todo cerrado... Incluso la cancilla, bien atada y asegurada. ¡Mira! Incluso hay un clavo grueso. Y las ventanas cerradas como para la noche. ¡Qué tristeza! ¿Y esa quejumbre de ovejas y palomas? ¿Estará enfermo? ¿Qué piensas, Maestro?

Jesús menea la cabeza. Está cansado y triste...

Vuelven corriendo los apóstoles. Andrés es el primero en llegar, y grita, todavía unos metros antes:

-Ha muerto... Ananías ha muerto... No se puede entrar en la casa porque todavía no está purificada... Desde hace pocas horas está en el sepulcro. Si hubiéramos podido venir ayer... Ahora viene la mujer, la madre de Micael.

-¿Pero qué nos persigue? - dice Bartolomé.

-¡Pobre anciano! ¡Se sentía tan feliz! ¡Estaba tan bien! ¿Pero cómo ha sido? ¿Cuándo se ha puesto enfermo?

Hablan todos al mismo tiempo.

Llega la mujer, la cual, quedándose a una cierta distancia de todos, dice:

-Señor, la paz sea contigo. Mi casa está abierta para ti. Pero... no sé si... Yo preparé al muerto. Por eso me mantengo a distancia de ti. Pero te puedo indicar las casas que te recibirán.

-Sí, mujer. Dios te lo pague, y contigo a quien usa piedad con los viandantes. Pero ¿cómo murió el hombre?

-No sé. No enfermó. Anteayer estaba bien. Sí, seguro. Estaba bien. Micael había venido por la mañana por las dos ovejas para agregarlas a las nuestras. Estaba acordado. Y yo le había llevado a la hora sexta ropa que le había lavado. Estaba sentado a la mesa y comía, completamente sano. A1 atardecer, Micael había llevado de nuevo las ovejas. Le había sacado dos ánforas de agua. Y Ananías le regaló dos tortitas que se había hecho para sí. Ayer por la mañana mi hijo vino, para sacar a las ovejas. Estaba cerrado todo, como ahora, y nadie respondió a los gritos del niño. Él empujó la cancilla, pero no logró abrirla. Estaba bien cerrada. Entonces Micael se asustó y vino a mí corriendo. Yo y mi marido acudimos rápidamente, y con nosotros otros. Abrimos la cancilla, llamamos a la cocina... forzamos la puerta... Estaba todavía sentado junto al hogar, con la cabeza reclinada en la mesa, la lámpara todavía cercana, pero apagada como él; a los pies un cuchillo pequeño y una escudilla de madera medio tallada... La muerte lo sorprendió así... Sonreía... Estaba en paz... ¡Oh, qué aspecto de justo había tomado su cara! Parecía hasta más guapo... Yo... Hacía poco que me ocupaba de él. Pero le había tomado Afecto... y lloro...

-Ananías está en paz. Tú misma lo has dicho. ¡No llores! ¿Dónde lo habéis puesto?

-Sabíamos que lo querías mucho, y entonces lo hemos puesto en el sepulcro que Leví se había hecho hacía poco. El único... porque Leví es rico. Nosotros no somos ricos. Allí, al final, al otro lado del camino. Ahora, si quieres, purificamos todo y...

-Sí. Tomas las ovejas y las palomas. El resto conservadlo para mí y los míos. Que Yo pueda venir alguna vez. Que Dios te bendiga, mujer. Vamos al sepulcro.

-¿Lo vas a resucitar? - pregunta asombrado Tomás.

-No. Para él no significaría alegría; donde está es muy feliz. Además, él lo deseaba...

Pero a Jesús se le ve muy abatido. Parece que todo se une para aumentar su tristeza. En las puertas de las casas, mujeres miran y saludan, y comentan.

Pronto llegan: es un pequeño exaedro construido recientemente. Jesús ora cerca del sepulcro. Luego se vuelve, con humedad de llanto en los ojos, y dice:

-Vamos... A las casas del pueblo. En nuestra casita ya no está quien nos esperaba para bendecirnos... ¡Padre mío! La soledad envuelve al Hijo tuyo, el vacío se hace cada vez más grande y más fosco. Los que me aman se marchan, y quedan los que me odian... ¡Padre mío, siempre se haga y sea bendecida tu Voluntad!...

Vuelven hacia el pueblo. Dos aquí tres allá... entran en las casas de los que no han tocado al muerto, en busca de amparo y de nuevas fuerzas.

## 505

## En el Templo, una gracia obtenida con la oración incesante y la parábola del juez y la viuda.

Jesús está de nuevo en Jerusalén. Una ventosa y grísea Jerusalén invernal. Margziam está todavía con Jesús, y lo mismo Isaac. Hablando, se dirigen al Templo.

Con los doce -hablando con el Zelote más que con los otros, y con Tomás- están José y Nicodemo, que luego se separan, pasan adelante y saludan a Jesús sin detenerse.

-No quieren hacer resaltar su amistad con el Maestro. ¡Es peligroso! - susurra Judas Iscariote a Andrés.

-Yo creo que lo hacen por un pensamiento justo, no por vileza - los defiende Andrés.

-Además, no son discípulos y pueden hacerlo. Nunca lo han sido - dice el Zelote.

-¿No?! - Me parecía...

-Ni siquiera Lázaro es discípulo, y tampoco...

-Pero si excluyes y excluyes, ¿quién queda?

-¿Quién? Los que tienen la misión de discípulos.

-¿Y los otros, entonces, qué son?

-Amigos. Sólo amigos. ¿Dejan, acaso, sus casas, sus intereses, por seguir a Jesús?

-No. Pero lo escuchan con gusto y le ofrecen ayudas y...

-¡Si es por eso, también los gentiles lo hacen entonces! Ya viste que en casa de Nique encontramos a personas que se ocuparon de Él. Y esas mujeres seguro que no son discípulas.

-¡No te acalores! Lo decía por decirlo. ¿Te interesa tanto que tus amigos no resulten discípulos? Deberías querer lo contrario, me parece.

-No me acaloro. Ni quiero nada. Tampoco que tú los perjudiques diciendo que son discípulos suyos.

-¿Pero a quién se lo voy a decir? Estoy siempre con vosotros...

Simón Zelote lo mira tan severamente que la risita se hiela en los labios de Judas, el cual considera oportuno cambiar de tema preguntando:

-¿Qué querían hoy, que hablaban así con vosotros dos?

-Han encontrado la casa para Nique. Hacia los huertos. Cerca de la Puerta. José conocía al propietario y sabía que con una buena ganancia habría vendido. Se lo comunicaremos a Nique.

-¡Qué ganas de tirar dinero!

-Es suyo. Puede hacer de él lo que quiera. Quiere estar cerca del Maestro. Obedece con ello a la voluntad de su esposo y a su corazón.

-Sólo mi madre está lejos... - suspira Santiago de Alfeo.

-Y la mía - dice el otro Santiago.

-Pero por poco. ¿Has oído lo que ha dicho Jesús a Isaac y a Juan Y a Matías?: "Cuando volváis en la neomenia de la luna de Sabat, venid con las discípulas, además de con mi Madre".

-No sé por qué no quiere que Margziam vuelva con ellas. Le ha dicho: "Vendrás cuando te llame".

-Quizás porque Porfiria no se quede sin ayuda... Si nadie pesca, arriba no se come. Como nosotros no vamos, debe ir Margziam. Está claro que no son suficientes la higuera, la colmena, los pocos olivos y las dos ovejas para mantener a una mujer, vestirla, procurarle de comer... - observa Andrés.

Jesús, parado, apoyado en la muralla del Templo, los observa mientras se acercan. Con Él están Pedro, Margziam y Judas de Alfeo. Unos pobrecillos se levantan de sus yacijas de piedra, colocadas en el camino que viene hacia el Templo -el que viene de Sión hacia el Moira, no el que de Ofel viene al Templo- y se acercan, quejumbrosos, a Jesús, a pedir una limosna. Ninguno pide curación. Jesús ordena a Judas que les dé unas monedas. Luego entra en el Templo.

No hay mucha gente. Pasada la gran afluencia de las fiestas, cesa la llegada de peregrinos. Sólo quien por serios intereses está obligado a venir a Jerusalén o quien vive en la misma ciudad sube al Templo. Por tanto, los patios y los pórticos, aun no estando desiertos, tienen mucha menos gente, y parecen más grandes, y más sagrados, al tener menos ruido. También -arrimados a las murallas por la parte del sol, de un pálido sol que se abre paso entre las nubes cenicientas- son menos numerosos los cambistas y los vendedores de palomas y otros animales.

Después de orar en el Patio de los Israelitas, Jesús vuelve atrás y se arrima a una columna. Observa... y es observado.

Ve que vuelven, ciertamente del Patio de los Hebreos, un hombre y una mujer que, aunque no lloren abiertamente, muestran un rostro más apenado que si lloraran. El hombre intenta consolar a la mujer, pero se ve que también él está muy acongojado.

Jesús se separa de la columna y va a su encuentro.

-¿Qué os hace sufrir? - les pregunta con sentimiento de piedad.

El hombre lo mira, asombrado por el interés. Quizás le parece incluso indelicado, pero la mirada de Jesús es tan dulce que lo desarma. De todas formas, antes de expresar lo que constituye su dolor, pregunta:

-¿Cómo es que un rabí se interesa de las penas de un simple fiel?

-Porque este rabí es tu hermano, hombre; tu hermano en el Señor, y te ama como el mandamiento dice.

-¡Tu hermano! Soy un pobre labriego de la llanura de Sarón, hacia Dora. Tú eres un rabí.

-El dolor es para los rabíes como para todos. Sé lo que es el dolor y quisiera consolarte.

La mujer retira un momento su velo para mirar a Jesús y susurra a su marido: -Díselo. Quizás puede ayudarnos...

-Rabí, nosotros teníamos una hija. La tenemos. Por ahora la tenemos todavía... Y la hemos casado decorosamente con un joven que un común amigo nos garantizó como buen marido. Son esposos desde hace seis años, y de su desposorio han tenido dos hijos. Dos... porque después cesó el amor... Tanto que ahora el marido quiere el divorcio. Nuestra hija llora y se consume. Por eso hemos dicho que todavía la tenemos, porque dentro de poco morirá de dolor. Hemos intentado todo para convencer al hombre. Y hemos orado mucho al Altísimo... Pero ninguno de los dos nos ha escuchado... Hemos venido aquí en peregrinación por esto, y hemos estado aquí durante todo el curso de una luna. Todos los días al Templo; yo en mi lugar, la mujer en el suyo... Esta mañana un criado de mi hija nos ha traído la noticia de que el marido ha ido a Cesárea para mandarle a ella desde allí el libelo de divorcio. Y ésta es la respuesta que han tenido nuestras oraciones...

-No hables así, Santiago - suplica la mujer en voz baja. Y termina:

-El Rabí nos maldecirá como blasfemos... Y Dios nos castigará. Es nuestro dolor. Viene de Dios... Y, si ha descargado su mano sobre nosotros, es señal de que lo hemos merecido - termina con un sollozo.

-No, mujer. Yo no os maldigo. Y Dios no os va a castigar. Yo os lo digo. Como también os digo que no es Dios el que os da este dolor, sino el hombre. Dios lo permite para prueba vuestra y para prueba del marido de vuestra hija. No perdáis la fe y el Señor os escuchará.

-Es tarde. Nuestra hija ya ha sido repudiada y mancillada, y morirá... - dice el hombre.

-Nunca es tarde para el Altísimo. En un instante y por una oración que persiste puede cambiar el curso de los acontecimientos. Desde la copa a los labios la muerte tiene todavía tiempo de introducir su puñal e impedir que quien acercaba a sus labios el cáliz beba. Y ello por intervención de Dios. Yo os lo digo. Volved a vuestros lugares de oración y perseverad todavía hoy, mañana y pasado mañana, y, si sabéis tener fe, veréis el milagro.

-Rabí, Tú quieres consolarnos... pero en este momento,.. No se puede, y Tú lo sabes, anular el libelo una vez entregado a la repudiada - insiste el hombre.

-Ten fe, te digo. Es verdad que no se puede anular. ¿Pero sabes si tu hija lo ha recibido?

-De Dora a Cesárea no es largo el camino. Mientras el siervo venía hasta aquí, seguro que Jacob ha vuelto a casa y ha echado a María.

-No es largo el trayecto. ¿Pero estás seguro de que lo ha recorrido? ¿Un acto de voluntad superior al hombre no puede haber detenido a un hombre, si Josué con la ayuda de Dios detuvo el Sol? ¡Vuestra oración insistente y confiada, hecha con buen fin, no es, acaso, un acto santo de voluntad opuesto a la mala aspiración del hombre? ¿Y Dios -puesto que le pedís una cosa buena a Él, vuestro Padre- no os ayudará deteniendo el camino del demente? ¿No os habrá ayudado ya quizás? Y, aunque el hombre se obstinara todavía en ir, ¡podría hacerlo si vosotros os obstináis en pedir al Padre una cosa justa? Os digo: id y orad hoy, mañana y pasado mañana, y veréis el milagro.

-¡Vamos, Santiago! El Rabí sabe. Si dice que vayamos a orar es señal de que sabe que es una cosa justa. Ten fe, esposo mío. Siento que surge en mí, donde tenía tanto dolor, una gran paz, una esperanza fuerte. Dios te lo pague, Rabí que eres bueno, y te escuche. Ruega también tú por nosotros. Ven, Santiago, ven - y logra convencer a su marido, el cual la sigue después de saludar a Jesús con el habitual saludo hebreo de "la paz sea contigo", al que responde Jesús con la misma fórmula.

-¿Por qué no les has dicho quién eres? Habrían orado con más paz - dicen los apóstoles, y añade Felipe:

-Voy a decírselo.

-Pero Jesús lo retiene diciendo:

-No quiero. Efectivamente, habrían orado con paz, pero con menos valor y con menos mérito. Así su fe es perfecta y será premiada.

-¿De verdad?

-¿Pensáis, acaso, que miento engañando a dos infelices?

Mira a la gente que se ha congregado, unas cien personas, y dice:

-Escuchad esta parábola, que os expresa el valor de la oración constante.

Conocéis lo que dice el Deuteronomio *(16, 18-20)* sobre los jueces y magistrados. Deberían ser justos y misericordiosos, escuchando con ecuanimidad a quien a ellos recurriera, pensando siempre en juzgar como si el caso que deben juzgar fuera suyo personal, sin tener en cuenta donativos o amenazas, sin deferencia hacia los amigos culpables y sin dureza hacia aquellos que estuvieran enemistados con los amigos del juez. Pero, si son justas las palabras de la Ley, no son igualmente justos los hombres, ni saben obedecer a la Ley. Así, se ve que la justicia humana es frecuentemente imperfecta, porque raros son los jueces que saben conservarse puros de corrupción, misericordiosos, pacientes tanto con los ricos como con los pobres; tanto con las viudas y los huérfanos como con aquellos que no lo son.

En una ciudad había un juez muy indigno de su oficio, obtenido por medio de poderosos parentescos. Era sobremanera desigual al juzgar, propendiendo siempre a dar la razón al rico y al poderoso, o a quien tenía recomendación de ricos y poderosos; o hacia el que lo comprase con grandes donativos. No temía a Dios y se burlaba de las quejas del pobre y del que era débil por estar sólo y carecer de fuertes defensas. Cuando no quería escuchar a quien tenía tan claras razones de victoria contra un rico, que no se le podía contradecir en manera alguna, él hacía que lo alejaran de su presencia y lo amenazaba con arrojarlo a la cárcel. La mayoría sufrían sus violencias y se retiraban vencidos, resignados a la derrota aun antes de tramitar la causa.

Pero en aquella ciudad había también una viuda cargada de hijos. Debía recibir una fuerte suma de un hombre poderoso por unos trabajos que su difunto esposo había llevado a cabo para él. Ella, movida por la necesidad y el amor materno,

había tratado de que el rico le diera esa suma que le habría permitido saciar el hambre de sus hijos y vestirlos durante el invierno que se acercaba. Pero, habiéndose hecho vanas todas las presiones y súplicas dirigidas al rico, fue al juez.

El juez era amigo del rico, el cual le había dicho: "Si me das la razón, un tercio de la suma es tuyo". Por tanto, se mostró sordo a las palabras de la viuda, que le rogaba: "Ríndeme justicia respecto a mi adversario. Tú ves que lo necesito. Todos pueden decir si tengo derecho a esa suma". Permaneció sordo y mandó a sus ayudantes que la alejaran de su presencia.

Pero la mujer volvió: una, dos, diez veces; por la mañana, a la hora sexta, a la hora nona, al atardecer... incansable. Y lo seguía por la calle gritando: "¡Hazme justicia!¡Mis hijos tienen hambre y frío y no tengo dinero para comprar harina y vestidos!". Allí estaba, en la puerta de la casa del juez cuando éste regresaba para sentarse a la mesa con sus hijos. Y el grito de la viuda - "hazme justicia con mi adversario, que tengo hambre y frío, yo y mis criaturas"- penetraba hasta dentro de la casa, hasta el comedor, hasta el dormitorio por la noche, insistente como el grito de una abubilla: "¡Hazme justicia, si no quieres que Dios te castigue! Hazme justicia. Recuerda que la viuda y los huérfanos son sagrados para Dios, y ¡ay de quien los pisotee! Hazme justicia si no quieres un día sufrir lo que nosotros sufrimos. ¡Nuestra hambre! Nuestro frío te lo encontrarás en la otra vida, si no haces justicia. ¡Pobre de ti!".

El juez no temía a Dios ni tampoco al prójimo. Pero estaba cansado de ser molestado siempre; de ver que era objeto de risas por parte de toda la ciudad por la persecución de la viuda, y también objeto de crítica. Por eso, un día se dijo a sí mismo: "Aunque no tema a Dios ni tema las amenazas de la mujer ni lo que piense la gente de la ciudad, a pesar de ello y para poner fin a tanta molestia, voy a escuchar a la viuda y le haré justicia obligando al rico a pagar. Me basta con que me deje de perseguir y se me quite de en medio". Y, convocado el amigo rico, dijo: "Amigo mío, no puedo seguir complaciéndote. Cumple con tu deber y paga, porque ya no soporto ser molestado por causa tuya. He dicho". Y el rico tuvo que desembolsar la suma según justicia.

Esta es la parábola. Ahora os toca a vosotros aplicarla.

Habéis oído las palabras de un hombre inicuo: "Para poner fin a tanta molestia voy a escuchar a la mujer". Y era un inicuo. ¿Y Dios, el Padre lleno de bondad, va a ser inferior al juez malo? ¿No hará justicia a aquellos hijos suyos que saben invocarle día y noche? ¿Les hará esperar tanto el don, que su alma abatida deje de orar? Os digo que prontamente les hará justicia, para que su alma no pierda la fe. Pero antes hay que saber orar, sin cansarse después de las primeras oraciones, y saber pedir cosas buenas. Y también fiarse de Dios diciendo: "Pero hágase lo que tu Sabiduría ve más útil para nosotros".

Tened fe. Sabed orar con fe en la oración y con fe en Dios vuestro Padre. Y Él os hará justicia contra lo que os oprime, sean hombres o demonios, sean enfermedades u otras desventuras. La oración perseverante abre el Cielo, y la fe salva al alma, cualquiera que sea el modo en que la oración sea escuchada y atendida favorablemente. Vamos.

Y se encamina hacia la salida. Ya está casi fuera de la muralla cuando, alzando la cabeza para observar a los pocos que le siguen y a los muchos indiferentes u hostiles que lo miran de lejos, exclama con tristeza:

-¿Pero cuando vuelva el Hijo del Hombre encontrará en la Tierra todavía fe? - y, suspirando, se ciñe más estrechamente su manto y camina a grandes pasos hacia el arrabal de Ofel.

## 506.

## En el Templo, oposición al discurso que revela que Jesús es la Luz del mundo.

Jesús está todavía en Jerusalén. No dentro de los patios del Templo. Está en una vasta estancia bien adornada, una de las tantas que hay, diseminadas, dentro del recinto amurallado, que es tan grande como un pueblo.

Ha entrado en ella hace poco. Todavía va andando al lado del que lo ha invitado a entrar, quizás para protegerlo del viento frío que sopla en el Moira; detrás de Él van los apóstoles y algunos discípulos.

Digo "algunos" porque, además de Isaac y Margziam, está Jonatán y -mezclados entre la gente que también entra detrás del Maestro- aquel levita, Zacarías, que pocos días antes le había dicho que quería ser su discípulo, y también otros dos que ya he visto con los discípulos, y cuyo nombre ignoro. Pero entre éstos, benévolos, no faltan los consabidos, los inevitables e inmutables fariseos. Se paran casi en la puerta, como si se hubieran encontrado allí por azar para discutir de negocios (¡entre tanto están ahí para oír!). Vivamente esperan los presentes la palabra del Señor.

Él mira a este grupo de distintas nacionalidades (es cosa visible; y no todas palestinas, aunque sí de religión hebraica). Mira a este grupo de personas, muchas de las cuales, quizás, mañana se esparcirán por las regiones de que provienen y llevarán a ellas su palabra diciendo: «Hemos oído al Hombre del que dicen que es nuestro Mesías». Y no les habla -a ellos que ya están instruidos en la Ley- de la Ley, como hace muchas veces cuando comprende que tiene ante sí ignorancias o fes debilitadas; sino que habla de sí mismo, para que lo conozcan.

Dice:

-Yo soy la Luz del mundo y quien me sigue no caminará en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la Vida.

Y calla, tras haber enunciado el tema del discurso que va a desarrollar, como hace habitualmente cuando está para pronunciar un gran discurso. Calla para dar tiempo a la gente de decidir si el argumento les interesa o no; y dar también tiempo de irse, a aquellos a quienes el tema propuesto no les interesa. De los presentes no se marcha nadie; es más, los fariseos que estaban en la puerta, ocupados en una conversación forzada y estudiada, y que han callado y se han vuelto hacia dentro de la sinagoga a la primera palabra de Jesús, entran abriéndose paso con su indefectible prepotencia.

Cuando todo rumor ha cesado, Jesús repite la frase dicha antes, con voz aún más fuerte e incisiva, y prosigue:

-Yo, siendo el Hijo del Padre que es el Padre de la Luz, soy la Luz del mundo. Un hijo siempre asemeja al padre que lo engendró, y tiene su misma naturaleza. Igualmente Yo asemejo a Aquel que me ha engendrado, y tengo su naturaleza. Dios, el Altísimo, el Espíritu perfecto e infinito, es Luz de Amor, Luz de Sabiduría, Luz de Potencia, Luz de Bondad, Luz de Belleza. Él es el

Padre de las Luces y, quien vive de Él y en Él, al estar en la Luz, ve. Y es deseo de Dios que las criaturas vean. Él ha dado al hombre el intelecto y el sentimiento para que pudieran ver la Luz -o sea, verlo a Él- y comprenderla y amarla. Ha dado al hombre los ojos para que pudiera ver lo más bello de entre lo creado, lo que constituye la perfección de los elementos, aquello por lo cual es visible la Creación y que es una de las primeras acciones de Dios Creador y lleva el signo más visible de su Creador: la luz, incorpórea, luminosa, beatífica, consoladora, necesaria, como necesario es el Padre de todos, Dios eterno y altísimo.

Por una orden de su Pensamiento, Él creó el firmamento y la tierra, o sea, la masa de la atmósfera y la masa del polvo, lo incorpóreo y lo corpóreo, lo ligerísimo y lo pesado. Pero ambas cosas todavía pobres y vacías. Informes todavía por estar envueltas en las tinieblas. Vacías todavía de astros y de vida.

Mas para dar a la tierra y al firmamento su verdadera fisonomía, para hacer de ellos dos cosas hermosas, útiles, adecuadas para la prosecución de la obra creadora, el Espíritu de Dios -que aleteaba por encima de las aguas y era todo uno con el Creador que creaba y con el Inspirador que impulsaba a crear, para poder no sólo amarse a sí mismo en el Padre y en el Hijo sino también amar a un número infinito de criaturas, llamados astros, planetas, aguas, mares, florestas, árboles, flores, animales que volasen, que zigzagueasen, que se arrastrasen, que corrieran, que saltaran, que treparan, y, en fin, amar al hombre, *la más perfecta de las criaturas,* más perfecto que el Sol por tener el alma además de la materia, la inteligencia además del instinto, la libertad además del orden; al hombre semejante a Dios por el espíritu, semejante al animal por la carne; al semidiós que viene a ser dios por participación y por gracia de Dios y voluntad propia; al ser humano que queriendo puede transformarse en ángel; al amadísimo de la Creación sensible, para el cual, aun sabiéndolo pecador, desde antes de que el tiempo existiera preparó el Salvador, la Víctima, en el Ser amado sin medida, en el Hijo, en el Verbo, por el que todo ha sido hecho-, mas para dar a la tierra y al firmamento su verdadera fisonomía, decía, he aquí que el Espíritu de Dios, aleteando en el cosmos, grita, y es la primera manifestación de la Palabra: "Sea la luz", y la luz es, buena, salutífera, potente durante el día, tenue durante la noche, pero imperecedera mientras dure el tiempo.

Del océano de maravillas que es el trono de Dios, el seno de Dios, Dios saca la gema más bella, la luz, que precede a la gema más perfecta, que es la creación del hombre, en el cual no está una joya de Dios, sino que está Dios mismo, con su soplo espirado en el barro para hacer de éste una carne y una vida y un heredero suyo en el Paraíso celeste, donde Él espera a los justos, a los hijos, para gozarse en ellos y ellos en Él.

Si al principio de la creación Dios quiso la luz sobre sus obras, si para hacer la luz se sirvió de su Palabra, si Dios a los más amados dona su semejanza más perfecta, la luz -luz material jubilosa e incorpórea, luz espiritual sabia y santificadora-, ¿podrá no haber dado al Hijo de su amor aquello que Él mismo es? En verdad, a Aquel en quien *ab aeterno Él* se complace, el Altísimo le ha dado todo, y ha querido que de ese todo la Luz fuera primera y potentísima, para que sin esperar a subir al Cielo los hombres conocieran la maravilla de la Triade, aquello que hace cantar a los bienaventurados coros de los Cielos, cantar por la armonía del maravillado júbilo que les viene a los ángeles del hecho de mirar a la Luz, o sea, a Dios, a la Luz que llena el Paraíso y hace bienaventurados a todos los que lo habitan.

Yo soy la Luz del mundo. ¡Quien me sigue no caminará en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la Vida! De la misma manera que la luz en la tierra informe consintió la vida a las plantas y a los animales, mi Luz consiente a los espíritus la Vida eterna. Yo (la Luz que Yo soy) creo en vosotros la Vida y la mantengo, la aumento, os creo de nuevo en ella, os transformo, os llevo a la Morada de Dios por caminos de sabiduría, de amor, de santificación. Quien tiene en sí la Luz tiene en sí a Dios, porque la Luz es una con la Caridad y quien tiene la Caridad tiene a Dios. Quien tiene en sí la Luz tiene en sí la Vida, porque Dios está donde su dilecto Hijo es recibido.

¯Dices palabras sin razón. ¿Quién ha visto lo que es Dios? Ni siquiera Moisés vio a Dios, porque en el Horeb, en cuanto supo quién hablaba detrás de la zarza que ardía, se cubrió el rostro; y tampoco las otras veces pudo verlo entre los rayos cegadores. ¿Y Tú dices que has visto a Dios? A Moisés, que sólo lo oyó hablar, le quedó un esplendor en el rostro. Pero Tú, ¿qué luz tienes en tu cara? Eres un pobre galileo de cara pálida como la mayoría de vosotros. Eres un enfermo, cansado y enjuto. Verdaderamente, si hubieras visto a Dios y Él te amara, no estarías como uno que está próximo a la muerte. ¿Pretendes dar la vida Tú que ni para ti mismo la tienes? - y menean la cabeza compadeciéndolo con ironía.

-Dios es Luz y Yo sé cuál es su Luz, porque los hijos conocen a su padre y porque cada uno se conoce a sí mismo. Yo conozco al Padre mío y sé quién soy. Yo soy la Luz del mundo. Soy la Luz porque mi Padre es la Luz y me ha engendrado dándome su Naturaleza. La Palabra no es distinta del Pensamiento, porque la palabra expresa lo que el intelecto piensa. Y, además, ¿ya no conocéis a los profetas? ¿No os acordáis de Ezequiel y, sobre todo, de Daniel? (*Ezequiel 1, 26-28 y en Daniel 7,9-10)* Describiendo a Dios, visto en la visión, en el carro de los cuatro animales, dice el primero: "En el trono estaba uno que por el aspecto parecía un hombre Y dentro de él y en torno a él vi una especie de electro, como la apariencia del fuego, y hacia arriba y hacia abajo de sus caderas vi como una especie de fuego que resplandecía en torno; como el aspecto del arco iris cuando se forma en la nube en día de lluvia: tal era el aspecto del resplandor de en torno". Y dice Daniel: "Yo estaba observando hasta que fueron alzados unos tronos y el Secular de los días se sentó. Sus vestiduras eran blancas como la nieve, sus cabellos como la cándida lana; vivas llamas era su trono, las ruedas de su trono fuego a llamaradas. Un río de fuego fluía rápido delante de él". Así es Dios, y así seré Yo cuando venga a juzgaros.

¯Tu testimonio no es válido. Te das testimonio a ti mismo. Por tanto, ¿qué valor tiene tu testimonio? Para nosotros no es verdadero.

-Aunque dé testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde he venido y a dónde voy. Pero vosotros no sabéis ni de dónde vengo ni a dónde voy. Vuestra sabiduría es lo que veis. Yo, sin embargo, conozco todo lo que al hombre le es desconocido, y he venido para que también vosotros lo conozcáis. Por esto he dicho que soy la Luz, porque la luz hace conocer lo que ocultaban las sombras. En el Cielo hay luz, en la Tierra reinan mucho las tinieblas y cubren las verdades a los espíritus, porque las tinieblas odian a los espíritus de los hombres y no quieren que conozcan la Verdad y las verdades, para que no se santifiquen. Y para esto he venido, para que tengáis Luz y, por tanto, Vida. Pero vosotros no me queréis acoger.

Queréis juzgar lo que no conocéis, y no podéis juzgarlo porque está muy por encima de vosotros y es incomprensible para todo aquel que no lo contemple con los ojos del espíritu, y un espíritu humilde y nutrido de fe. Pero vosotros juzgáis según la carne. Por eso no podéis estar en el juicio verdadero. Yo, por el contrario, no juzgo a nadie; basta que pueda abstenerme de juzgar. Os miro con misericordia, y oro por vosotros, para que os abráis a la Luz. Pero, cuando tengo realmente que juzgar, mi juicio es verdadero, porque no estoy solo, sino que estoy con el Padre que me ha enviado, y Él ve desde su gloria el interior de los corazones. Y como ve el vuestro ve el mío. Y si viera en mi corazón un juicio injusto, por amor a mí y por el honor de su Justicia, me lo advertiría. Mas Yo y el Padre juzgamos de una única manera; por tanto, somos dos y no Yo solo los que juzgamos y testificamos. En vuestra Ley está escrito *(Deuteronomio 19, 15)* que el testimonio de dos testigos que afirman lo mismo debe ser aceptado como verdadero y válido. Yo, pues, doy testimonio de mi Naturaleza, y conmigo el Padre que me ha enviado testifica lo mismo. Por tanto, lo que digo es verdad.

¯Nosotros no oímos la voz del Altísimo. Tú lo dices, que es tu Padre…

-Él habló de mí en el Jordán...

-Bien, pero no estabas solo Tú en el Jordán. También estaba Juan. Pudo hablarle a él. Era un gran profeta.

-Con vuestros propios labios os condenáis. Decidme: ¿quién habla por los labios de los profetas?

-El Espíritu de Dios.

-¿Y para vosotros Juan era profeta?

-Uno de los mayores, si no el mayor.

-¿Y entonces por qué no habéis creído en sus palabras y no creéis? Él me indicaba como el Cordero de Dios venido a cancelar los pecados del mundo. A quien le preguntaba si era el Cristo, decía: "No soy el Cristo, sino el que le precede, porque existía antes de mí y yo no lo conocía, pero el que me tomó desde el vientre de mi madre y me ha investido en el desierto y me ha mandado a bautizar me ha dicho: Aquel sobre el que verás descender el Espíritu es el que bautizará con el Espíritu Santo y en fuego"'. ¿No os acordáis? Pues muchos de vosotros estabais presentes... ¿Por qué, pues, no creéis en el profeta que me indicó habiendo oído las palabras del Cielo? ¿Debo decir al Padre mío que su Pueblo ya no cree en los profetas?

-¿Pero dónde está el padre tuyo? José, el carpintero, duerme desde hace años en el sepulcro. Tú ya no tienes padre.

-Vosotros no me conocéis a mí ni conocéis a mi Padre. Pero, si quisierais conocerme, conoceríais también a mi verdadero Padre.

-Eres un endemoniado y un embustero. Eres un blasfemo, pues que quieres sostener que el Altísimo es tu Padre. Y merecerías el castigo de la Ley.

Los fariseos y otros del Templo gritan amenazadores, mientras la gente los mira con torva mirada, en defensa del Cristo.

Jesús los mira sin añadir palabra alguna, y sale de la estancia por una puertecita lateral que da a un pórtico.

## 507

**El gran debate con los judíos. Huyen del Templo con la ayuda del levita Zacarías.**

Jesús entra otra vez en el Templo con apóstoles y discípulos. Y algunos apóstoles, y no sólo apóstoles, le hacen la observación de que es imprudente entrar. Pero Él responde:

-¿Con qué derecho podrían negármelo? ¿Estoy condenado acaso? No, por ahora todavía no lo estoy. Subo, pues, al altar de Dios como todo israelita que teme al Señor. -Pero tienes intención de hablar...

-¿Y no es éste el lugar donde habitualmente se reúnen los rabíes para hablar? Estar fuera de aquí para hablar y adoctrinar es la excepción, y puede representar un descanso que se ha tomado un rabí, o una necesidad personal. Pero el lugar en que todos apetecen enseñar a los discípulos es éste. ¿No veis en torno a los rabíes gente de todas las nacionalidades, que se acercan a oír al menos una vez a los célebres rabíes? A1 menos para poder decir al regresar a su tierra natal: "Hemos oído a un maestro, a un filósofo hablar según el modo de Israel". Maestro para los que ya son o tienden a ser hebreos; filósofo para los que son gentiles en el verdadero sentido de la palabra. Y los rabíes no se desdeñan de ser escuchados por éstos, porque esperan hacer de ellos prosélitos. Sin esta esperanza, que si fuera humilde sería santa, no estarían en el Patio de los Paganos, sino que exigirían hablar en el de los Hebreos, y, si fuera posible, en el Santo mismo, porque, según su juicio sobre sí mismos, son tan santos que sólo Dios es superior a ellos... Y Yo, Maestro, hablo donde hablan los maestros. Pero ¡no temáis! No es todavía su momento. Cuando sea su momento os lo diré, para que fortalezcáis vuestro corazón.

-No lo dirás - dice Judas Iscariote.

-¿Por qué?

-Porque no lo podrás saber. Ninguna señal te lo indicará. No hay señal. Hace casi tres años que estoy contigo y siempre te he visto amenazado y perseguido. Es más, antes estabas solo, mientras que ahora tienes detrás de ti al pueblo que te ama y que es temido por los fariseos. Así que eres más fuerte. ¿Por qué cosa esperas comprender el momento?

-Por lo que veo en el corazón de los hombres.

Judas se queda un momento desorientado, luego dice:

-Y tampoco lo dirás porque... al dudar de nuestro valor, nos eximirás de ello. -Por no afligirnos, calla - dice Santiago de Zebedeo.

-También. Pero seguro que no lo dirás.

-Os lo diré. Y hasta que no os lo diga, cualquiera que fuese la violencia y el odio que vierais contra mí, no os asustéis. Son cosas sin consecuencias. Seguid adelante. Yo me quedo aquí a esperar a Manahén y a Margziam.

A regañadientes, los doce y quien está con ellos se adelantan. Jesús vuelve hacia la puerta para esperar a los dos; es más, sale a la calle y tuerce hacia la Antonia.

Unos legionarios, parados al pie de la fortaleza, lo señalan - unos a otros se lo señalan- y hablan entre sí. Parece que hay un poco de discusión, luego uno dice más fuerte:

-Yo se lo pregunto - y se separa yendo hacia Jesús.

-¡Salve, Maestro! ¿Vas a hablar también hoy ahí dentro?

-Que la Luz te ilumine. Sí. Hablaré.

-Entonces... ten cuidado. Uno que sabe nos ha advertido. Y una que te admira ha ordenado vigilar. Estaremos al lado del subterráneo de oriente. ¿Sabes dónde está la entrada?

-No lo ignoro. Pero está cerrada por las dos partes.

-¿Tú crees? - El legionario ríe con una breve sonrisa, y en la sombra de su yelmo los ojos y dientes brillan haciéndolo más joven. Luego, cuadrándose, saluda:

-¡Salve, Maestro! Acuérdate de Quinto Félix.

-Me acordaré. Que la Luz te ilumine.

Jesús echa a andar de nuevo y el legionario regresa al sitio de antes y habla con sus compañeros.

-¿Maestro, hemos tardado? ¡Eran muchos los leprosos! - dicen juntos Manahén -vestido sencillamente de marrón oscuro- y Margziam.

-No. Habéis tardado poco. De todas formas, vamos; los otros nos esperan. ¡Manahén, has sido tú el que ha avisado a los romanos?

-¿De qué, Señor? No he hablado con nadie. Y no sabría... Las romanas no están en Jerusalén».

De nuevo están junto a la puerta de la muralla y, como si estuviera por azar, está allí cerca el levita Zacarías.

-La paz a ti, Maestro. Quiero decirte... Trataré de estar siempre donde tú aquí dentro. Y no me pierdas de vista. Y, si hay tumulto y ves que me marcho, trata de seguirme siempre. ¡Te odian mucho! No Puedo hacer más... Compréndeme...

-Que Dios te lo pague y te bendiga por la piedad que tienes por su Verbo. Haré lo que dices. Y no temas, que ninguno sabrá de tu amor por mí.

Se separan.

-Quizás ha sido él el que se lo ha dicho a los romanos. Estando ahí dentro, habrá sabido... - susurra Manahén.

Van a orar, pasando entre la gente, que los mira con diferentes sentimientos, y que se reúne luego detrás de Jesús cuando, terminada la oración, Él vuelve del patio de los Hebreos.

Fuera ya de la segunda muralla, Jesús hace ademán de pararse, pero un grupo mixto de escribas, fariseos y sacerdotes, lo rodea. Uno de los magistrados del Templo habla por todos.

-¿Estás todavía aquí? ¿No comprendes que no te aceptamos? ¿No temes siquiera el peligro que te amenaza? Vete. Ya es mucho si te dejamos orar. No te permitimos ya más que enseñes tus doctrinas.

-Sí. Vete. ¡Vete, blasfemo!

-Sí, me voy, como queréis. Y no sólo fuera de estos muros. Me voy a marchar, estoy ya marchándome, más lejos, a donde ya no podréis ir. Y llegarán horas en que me buscaréis también vosotros, y ya no sólo para perseguirme, sino también por un supersticioso terror de una acción contra vosotros por haberme echado; por una ansia supersticiosa de ser perdonados de vuestro pecado para obtener misericordia. Pero os digo que ésta es la hora de la misericordia, la hora de hacerse amigos del Altísimo. Pasada esta hora, será inútil todo remedio. Ya no me tendréis, y moriréis en vuestro pecado. Aunque recorrierais toda la Tierra y lograrais alcanzar astros y planetas, no me encontraríais, porque a donde Yo voy vosotros no podéis ir. Ya os lo he dicho. Dios viene y pasa. El sabio lo acoge con sus dones cuando pasa. El necio lo deja marcharse y ya no vuelve a encontrarlo. Vosotros soy de abajo, Yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, Yo no soy de este mundo. Por eso, una vez que Yo haya regresado a la morada de mi Padre, fuera de este mundo vuestro, ya no me encontraréis y moriréis en vuestros pecados, porque ni siquiera sabréis alcanzarme espiritualmente con la fe.

-¿Te quieres matar, endemoniado? Claro que, entonces, en el Infierno donde bajan los violentos nosotros no podremos alcanzarte, porque el Infierno es de los condenados, de los malditos, y nosotros somos los benditos hijos del Altísimo - dicen algunos.

Y otros aprueban, diciendo:

-Seguro que se quiere matar, porque dice que a donde Él va nosotros no podemos ir. Comprende que ha sido descubierto y que ha fallado el intento, y se quita la vida sin esperar a que se la quiten, como al otro galileo falso Cristo.

Y otros, benévolos:

-¿Y si fuera realmente el Cristo y realmente volviera a Aquel que lo ha enviado?

-¿A dónde? ¿A1 Cielo? ¿No está allí Abraham y piensas que va a ir Él? Antes tiene que venir el Mesías.

-Pero Elías fue raptado al Cielo en un carro de fuego.

-En un carro, sí. Pero al Cielo... ¿quién lo asegura?

Y el contraste continúa mientras fariseos, escribas, magistrados, sacerdotes, judíos al servicio de sacerdotes, escribas y fariseos, van siguiendo a Cristo por los amplios pórticos como una jauría de perros acosa a la salvajina levantada.

Pero algunos, los buenos de la masa hostil, aquellos a quienes verdaderamente mueve un deseo honesto, se abren paso hasta llegar a Jesús y le hacen esa ansiosa pregunta que tantas veces se ha oído hacer, o con amor o con odio:

-¿Quién eres Tú? Dínoslo, para que sepamos obrar en consecuencia. ¡Di la verdad en nombre del Altísimo!

-Yo soy la Verdad misma y no uso nunca la mentira. Yo soy el que siempre os he dicho que soy, desde el primer día que he hablado a las muchedumbres, en todo lugar de Palestina; el que aquí he dicho que soy, varias veces, cerca del Santo de los Santos, cuyos rayos no temo porque digo la verdad. Todavía me quedan de decir muchas cosas, y de juzgar en mi día y respecto

a este pueblo, y, aunque parezca para mí cercano ya el atardecer, sé que las diré y que juzgaré a todos, porque así me lo ha prometido el que me ha enviado, que es veraz. El ha hablado conmigo en un eterno abrazo de amor, diciéndome todo su Pensamiento, para que Yo lo pudiera expresar con mi Palabra al mundo, y no podré callar, ni nadie podrá hacerme callar hasta que haya anunciado al mundo todo aquello que he oído al Padre mío.

-¿Y todavía blasfemas? ¿Sigues llamándote Hijo de Dios? ¿Y quién piensas que te va a creer? ¿Quién crees que va a ver en ti al Hijo de Dios? - le dicen los enemigos, gesticulando casi con los puños delante de la cara, pareciendo, a causa del odio, personas trastornadas.

Apóstoles, discípulos y la gente bienintencionada los rechazan, formando como una barrera de protección para el Maestro. El levita Zacarías, lentamente, con movimientos atentos para no llamar la atención de los energúmenos, se acerca a Jesús, a Manahén y a los dos hijos de Alfeo.

Ya están en el final del pórtico de los Paganos, porque la marcha es lenta entre las corrientes contrarias, y Jesús se detiene en su sitio habitual, en la última columna del lado oriental. Se para. Del lugar donde hasta los paganos están no pueden expulsar a un verdadero israelita, so pena de soliviantar a la muchedumbre, cosa que los farsantes evitan hacer. Y allí empieza a hablar otra vez, respondiendo a sus ofensores y con ellos a todos:

-Cuando elevéis al Hijo del hombre…

Gritan los fariseos y escribas:

-¿Quién crees que te va a elevar? Mísero es el país que tiene por rey a un charlatán desquiciado y a un blasfemo aborrecido por Dios. Ninguno de nosotros te alzará, puedes estar seguro. El resto de luz que te queda te lo hizo comprender a tiempo, cuando fuiste tentado. ¿Sabes que nunca podremos hacerte nuestro rey!

-Lo sé. No me elevaréis a un trono, pero me elevaréis. Y alzándome, creeréis que me estáis bajando. Pero precisamente cuando creáis que me habéis bajado, seré alzado. No sólo en Palestina, no sólo en todo el Israel esparcido por el mundo, sino en todo el mundo, incluso en las naciones paganas, incluso en los lugares todavía ignorados por los doctos del mundo. Y seré elevado no durante una vida de hombre, sino durante toda la vida de la Tierra, y la sombra del dosel de mi trono se irá extendiendo cada vez más sobre la Tierra hasta cubrirla por entero. Sólo entonces volveré y me veréis. ¡Me veréis!

-¿Pero estáis oyendo que forma demente de hablar? ¿Lo elevaremos bajándolo y lo bajaremos alzándolo! ¡Un loco! ¡Un loco! ¡Y la sombra de su trono sobre toda la Tierra! ¡Más grande que Ciro! ¡Más que Alejandro! ¡Más que César! ¿Dónde pones a César? ¿Crees que te va a dejar tomar el imperio de Roma? ¿Y permanecerá en el trono durante todo el tiempo del mundo! ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!

Con su ironía dan bofetadas, más latigazos, peor que con un flagelo.

Pero Jesús deja que hablen. Alza la voz para ser oído en medio del clamor de quien se ríe y de quien defiende, y que llena el lugar con rumor de mar agitado.

-Cuando levantéis al Hijo del hombre, comprenderéis quién soy y que no hago por mí mismo nada, sino que digo aquello que mi Padre me ha enseñado y hago lo que Él quiere. Y el que me ha enviado, ciertamente, no me deja solo, sino que está conmigo. De la misma manera que la sombra sigue al cuerpo, lo mismo está el Padre detrás de mí, vigilante y aunque invisible, presente. Está detrás de mí y me conforta y ayuda y no se aleja, porque hago siempre lo que a Él le agrada. Dios, por el contrario, se aleja cuando sus hijos no obedecen sus leyes e inspiraciones. Entonces se marcha y los deja solos. Por eso muchos en Israel pecan. Porque el hombre, abandonado a sí mismo, difícilmente se conserva justo y fácilmente cae en las espiras de la Serpiente. Y en verdad, en verdad os digo que por vuestro pecado de resistencia a su Luz y Misericordia Dios se aleja de vosotros y dejará vacío de sí este lugar y vuestros corazones; y lo que con llanto dijo Jeremías en sus profecías y lamentaciones se cumplirá exactamente. Meditad esas palabras proféticas, y temblad. Temblad y entrad otra vez en vosotros mismos con espíritu bueno. Oíd no las amenazas, sino aún la bondad del Padre que advierte a sus hijos mientras todavía les es concedido reparar y salvarse. Oíd a Dios en las palabras y en los hechos y, si no queréis creer en mis palabras, porque el viejo Israel os ahoga, creed al menos en el viejo Israel. En él gritan los profetas los peligros y las calamidades de la Ciudad Santa y de toda nuestra Patria, si no se convierte al Señor su Dios y no sigue al Salvador. Ya pesó sobre este pueblo la mano de Dios en los siglos pasados. Pero el pasado y el presente no serán nada respecto al tremendo futuro que le espera por no haber querido acoger a Aquel al que Dios ha enviado. Ni en rigor ni en duración es comparable lo que espera al Israel que repudia al Cristo. Yo os lo digo, adelantando la mirada a través de los siglos: como árbol tronchado y arrojado a un vortiginoso río, así será la raza hebraica alcanzada por el anatema divino. Tenaz, tratará de detenerse en las orillas en uno u otro punto; siendo exuberante, brotarán de él vástagos y raíces. Pero, cuando ya crea que ha arraigado, volverá contra él la violencia de la riada y ésta volverá a arrancarlo, romperá sus raíces y vástagos y el árbol irá más allá, a sufrir, para arraigar y ser de nuevo arrancado y vagar de nuevo. Y nada podrá darle paz, porque la riada que hostigará será la ira de Dios y el desprecio de los pueblos. Sólo arrojándose a un mar de Sangre viva y santificante podría hallar paz. Pero evitará esa Sangre, porque, a pesar de las palabras de solicitación que ésta le dirigirá, le parecerá -Caín del Abel celeste- oír la voz de la sangre de Abel.

Otro amplio rumor que se propaga por el vasto recinto como rumor de olas. Pero en este rumor faltan las voces ásperas de los fariseos y escribas, y de los judíos a ellos subyugados. Jesús aprovecha para tratar de marcharse.

Pero algunos que estaban lejos se acercan a Él y le dicen:

-Maestro, escúchanos. No todos somos como ellos (y señalan a los enemigos), pero nos es costoso seguirte, incluso porque tu voz está sola contra una gran abundancia de voces que dicen lo contrario de lo que dices Tú. Y las cosas que dicen ellos son las que hemos oído a nuestros padres desde que éramos niños. Pero tus palabras nos inducen a creer. ¿Cómo lograremos, pues, creer completamente y tener vida? Estamos como atados por el pensamiento del pasado...

-Si os establecéis en mi Palabra como si renacierais ahora, creeréis completamente y seréis mis discípulos. Pero es necesario que os despojéis del pasado y aceptéis mi doctrina, que no borra todo el pasado, sino que mantiene y vigoriza lo santo

y sobrenatural del pasado y quita lo superfluo humano, y coloca la perfección de mi doctrina donde ahora están las doctrinas humanas, que siempre son imperfectas. Si venís a mí, conoceréis la Verdad, y la Verdad os hará libres.

-Maestro, es verdad que te hemos dicho que estamos como atados por el pasado. Pero este vínculo no es cautiverio ni esclavitud. Nosotros somos descendencia de Abraham. En las cosas del espíritu. Porque con "descendencia de Abraham", si no nos equivocamos, se quiere significar descendencia espiritual contrapuesta a la de Agar, que es descendencia de esclavos. ¿Cómo es que dices, entonces, que seremos libres?

-Os hago la observación de que también era descendencia de Abraham Ismael y los hijos de él. Porque Abraham fue padre de Isaac y de Ismael.

-Pero impura, porque era hijo de una mujer esclava y egipcia.

-En verdad, en verdad os digo que no hay más que una esclavitud, la del pecado. Sólo el que comete pecado es un esclavo, y esta esclavitud ninguna moneda la rescata. Hacia un amo implacable y cruel. Una esclavitud que incluye la pérdida de todos los derechos a la libre soberanía en el Reino de los Cielos. El esclavo, el hombre hecho esclavo por una guerra o por desgracias, puede caer en manos de un buen amo. Pero siempre es precaria su buena posición, porque el amo puede venderlo a otro amo, cruel. El esclavo es una mercancía y nada más. A veces sirve como moneda para saldar una deuda. Y ni siquiera tiene el derecho a llorar. El criado, sin embargo, vive en la casa de su señor, si bien sólo mientras éste no lo despide. Pero el hijo se queda siempre en la casa de su padre y el padre no piensa en echarlo. Sólo por su libre voluntad puede salir. Y en esto está la diferencia entre esclavitud y servidumbre y entre servidumbre y filiación. La esclavitud encadena al hombre, la servidumbre lo pone al servicio de un señor, la filiación lo coloca para siempre, y con igualdad de vida, en la casa del padre. La esclavitud aniquila al hombre, la servidumbre lo somete, la filiación lo hace libre y feliz. El pecado hace al hombre esclavo del amo más cruel y sin término: Satanás. La servidumbre, en este caso la antigua Ley, hace al hombre temeroso de Dios, como de un Ser intransigente. La filiación, o sea, el ir a Dios junto con su Primogénito, conmigo, hace del hombre un ser libre y feliz, que conoce la caridad de su Padre y en ella confía. Aceptar mi doctrina es ir a Dios junto conmigo, Primogénito de muchos hijos preferidos. Yo romperé vuestras cadenas -basta con que vengáis a mí para que las rompa-, y seréis verdaderamente libres y coherederos conmigo del Reino de los Cielos. Sé que sois descendencia de Abraham. Pero aquel de vosotros que trate de hacerme morir ya no honra a Abraham sino a Satanás, y sirve a éste como fiel esclavo. ¿Por qué? Porque rechaza mi palabra; de forma que mi palabra no puede penetrar en muchos de vosotros. Dios no fuerza al hombre a creer, no lo fuerza a aceptarme; pero me envía para que os indique cuál es su voluntad. Y Yo os refiero lo que he visto y oído al lado de mi Padre. Y hago lo que Él quiere. Pero aquellos de vosotros que me persiguen hacen lo que han aprendido de su padre y lo que él sugiere.

Como paroxismo que resurge después de una pausa del mal, la ira de los judíos, fariseos y escribas, que parecía muy calmada, se despierta violenta. Se van introduciendo como una cuña en el círculo compacto que aprieta a Jesús, y tratan de llegarse a Él. La masa de gente se mueve con vaivén de fuertes y contrarias ondas, como contrarios son los sentimientos de los corazones. Gritan los judíos, lívidos de ira y de odio:

-¡El padre nuestro es Abraham! ¡No tenemos ningún otro padre!

-El Padre de los hombres es Dios. El mismo Abraham es hijo del Padre universal. Pero muchos repudian al Padre verdadero a cambio de uno que no es padre, pero que lo eligen como tal porque parece más poderoso y dispuesto a contentarlos en sus deseos desordenados. Los hijos hacen las obras que ven hacer a su padre. Si sois hijos de Abraham, ¿por qué no hacéis las obras de Abraham? ¿No las conocéis? ¿Os las debo enumerar como naturaleza y como símbolo? *(Génesis 12; 13; 15; 18; 22)* Abraham obedeció yendo al país que le fue indicado por Dios, y es figura del hombre que debe estar preparado para dejar todo e ir a donde Dios lo envíe. Abraham fue condescendiente con el hijo de su hermano y le dejó elegir la región preferida, y es figura del respeto a la libertad de acción y de la caridad que debemos tener para con nuestro prójimo. Abraham fue humilde después de la predilección de Dios y lo honró en Mambré, y se sintió siempre nada respecto al Altísimo, que le había hablado; es figura de la postura de amor reverencial que el hombre debe tener siempre hacia su Dios. Abraham creyó en Dios y lo obedeció incluso en las cosas más difíciles de creer y penosas de cumplir, y por el hecho de sentirse seguro no se hizo egoísta, sino que oró por los de Sodoma. Abraham no buscó un pacto con el Señor queriendo un premio por sus muchas obediencias, sino que, al contrario, para honrarlo hasta el fin, hasta el máximo límite, le sacrificó su amadísimo hijo...

-No lo sacrificó.

-Le sacrificó su amadísimo hijo, porque verdaderamente su corazón ya había sacrificado durante el trayecto, con su voluntad de obedecer, que fue detenida por el ángel cuando ya el corazón del padre se partía estando para partir el corazón de su hijo. Mataba al hijo por honrar a Dios. Vosotros le matáis a Dios el Hijo por honrar a Satanás. ¿Hacéis, pues, vosotros las obras de aquel a quien llamáis padre? No, no las hacéis. Tratáis de matarme a mí porque os digo la verdad tal y como la he oído de Dios. Abraham no hacía eso. No trataba de matar la voz que venía del Cielo, sino que la obedecía. No, vosotros no hacéis las obras de Abraham, sino las que os indica vuestro padre.

-No hemos nacido de una prostituta. No somos espurios. Has dicho, Tú mismo lo has dicho, que el Padre de los hombres es Dios, y nosotros además somos del Pueblo elegido, y pertenecemos a las castas distinguidas de este Pueblo. Por tanto, tenemos a Dios como único Padre.

-Si reconocierais a Dios como Padre en espíritu y en verdad, me amaríais, porque Yo procedo y vengo de Dios; ciertamente no vengo de mí mismo, sino que es Él el que me ha enviado. Por eso, si verdaderamente conocierais al Padre, me conoceríais también a mí como Hijo suyo y hermano y Salvador vuestro. ¿Pueden los hermanos no reconocerse? ¿Pueden los hijos de Uno solo no conocer el lenguaje que se habla en la Casa del único Padre? ¿Por qué, entonces, no comprendéis mi lenguaje y no toleráis mis palabras? Porque Yo vengo de Dios y vosotros no. Vosotros habéis abandonado el hogar paterno y habéis olvidado el rostro y el lenguaje de Aquel que lo habita. Habéis ido voluntariamente a otras regiones, a otras moradas, donde reina otro, que no es Dios, y donde se habla otro idioma. Y quien allí reina impone que, para entrar, uno se haga hijo suyo y lo obedezca. Y vosotros lo habéis hecho y seguís haciéndolo. Vosotros abjuráis, renegáis del Padre Dios para elegiros otro

padre. Y éste es Satanás. Vosotros tenéis como padre al demonio y queréis llevar a cabo lo que él os sugiere. Y los deseos del demonio son de pecado y violencia, y vosotros los acogéis. Desde el principio era homicida, y no perseveró en la verdad porque él, que se rebeló contra la Verdad, no puede tener en sí amor a la verdad. Cuando habla, habla como lo que es, o sea, como mentiroso y tenebroso, porque verdaderamente es mentiroso y ha engendrado y ha dado nacimiento a la mentira tras haberse fecundado con la soberbia y nutrido con la rebelión. Toda la concupiscencia está en su seno, y la escupe e inocula para envenenar a las criaturas. Es el tenebroso, el menospreciador, el rastrero reptil maldito, es el Oprobio y el Horror. Desde hace muchos siglos sus obras atormentan al hombre, y las señales y frutos de ellas están ante las mentes de los hombres. Y, no obstante, a él, que miente y destruye, le prestáis oídos, mientras que si hablo Yo y digo lo que es verdad y es bueno no me creéis y me llamáis pecador. ¿Pero quién de entre los muchos que me han conocido, con odio o amor, puede decir que me ha visto pecar? ¿Quién puede decirlo con verdad? ¿Dónde, las pruebas para convencernos a mí y a los que creen en mí de que soy pecador? ¿Contra cuál de los diez mandamientos he faltado? ¿Quién, ante el altar de Dios, puede jurar que me ha visto violar la Ley y las costumbres, los preceptos, las tradiciones, las oraciones? ¿Quién de entre todos los hombres podrá hacerme mudar el rostro por haber sido convencido, con pruebas seguras, de pecado? Ninguno puede hacerlo. Ningún hombre y ningún ángel. Dios grita en el corazón de los hombres: "Es el Inocente". De esto estáis todos convencidos, y, vosotros que me acusáis, más todavía que estos otros, que vacilan acerca de quién entre Yo y vosotros tiene razón. Mas sólo el que es de Dios escucha las palabras de Dios. Vosotros no las aceptáis a pesar de que resuenen en vuestras almas día y noche, y no las escucháis porque no sois de Dios.

-¿Nosotros, nosotros que vivimos para la Ley y en la más minuciosa observancia de los preceptos para honrar al Altísimo, no somos de Dios? ¿Y Tú osas decir esto? ¡Ah!

Parecen ahogarse del horror, como si fuera un dogal.

-¿Y no hemos de decir que eres un endemoniado y un samaritano?

-No soy ni lo uno ni lo otro, sino que honro a mi Padre, aunque vosotros lo neguéis para vilipendiarme. Pero vuestro vilipendio no me aflige. No busco mi gloria. Hay quien se preocupa de ella y juzga. Esto os digo a vosotros que me queréis denigrar. Pero a los que tienen buena voluntad les digo que quien acoja mi palabra, o ya la haya acogido, y la sepa custodiar, no verá la muerte por los siglos de los siglos.

-¡Ah! ¡Ahora vemos claro que por tus labios habla el demonio que te posee! Tú mismo lo has dicho: "Habla como mentiroso". Lo que acabas de decir es palabra mentirosa, por tanto es palabra demoníaca. Abraham murió y murieron los profetas. Y dices que el que guarde tu palabra no verá la muerte por los siglos de los siglos. ¡Entonces Tú no vas a morir?

-Moriré sólo como Hombre, para resucitar en el tiempo de Gracia, pero como Verbo no moriré. La Palabra es Vida y no muere. Y quien acoge en sí la Palabra tiene en sí la Vida y no muere para siempre, sino que resucita en Dios porque Yo lo resucitaré.

-¡Blasfemo! ¡Loco! ¡Demonio! ¿Eres más que nuestro padre Abraham, que murió, y que los profetas? ¿Quién te crees ser?

-El Principio que os habla.

-Se produce un pandemónium. Y, mientras esto sucede, el levita Zacarías empuja a Jesús insensiblemente hacia un ángulo del pórtico, ayudado en ello por los hijos de Alfeo y por otros que quizás colaboran, sin quizás saber siquiera bien lo que hacen.

Cuando Jesús está bien arrimado al muro y tiene delante de sí la protección de los más fieles, y un poco se calma el tumulto también en el patio, dice con su voz incisiva y hermosa, tranquila incluso en los momentos más agitados:

-Si me glorifico a mí mismo, no tiene valor mi gloria. Todos pueden decir de sí lo que quieran. Pero el que me glorifica es mi Padre, el que decís que es vuestro Dios, si bien es tan poco vuestro que no lo conocéis y no lo habéis conocido nunca ni lo queréis conocer a través de mí, que os hablo de Él porque lo conozco. Y si dijera que no lo conozco para calmar vuestro odio hacia mí, sería un embustero como lo sois vosotros diciendo que lo conocéis. Yo sé que no debo mentir por ningún motivo. El Hijo del hombre no debe mentir, si bien el decir la verdad será causa de su muerte. Porque si el Hijo del hombre mintiera, ya no sería verdaderamente Hijo de la Verdad y la Verdad lo alejaría de sí. Yo conozco a Dios, como Dios y como Hombre. Y como Dios y como Hombre conservo sus palabras y las acato. ¡Israel, reflexiona! Aquí se cumple la Promesa. En mí se cumple. ¡Reconóceme en lo que soy! Vuestro padre Abraham suspiró por ver mi día. Lo vio proféticamente por una gracia de Dios, y exultó. Y vosotros en verdad lo vivís...

-¡Cállate! ¡No tienes todavía cincuenta años y pretendes decir que Abraham te ha visto y que Tú lo has visto? - y su carcajada de burla se propaga como una ola de veneno o de ácido corrosivo.

-En verdad, en verdad os lo digo: antes de que Abraham naciera, Yo soy.

-"¿Yo soy?" Sólo Dios puede decir que es, porque es eterno. ¡No tú! ¡Blasfemo! "¡Yo soy!" ¡Anatema! ¿Eres, acaso, Dios para decirlo?, le grita uno que debe ser un alto personaje porque acaba de llegar y ya está cerca de Jesús, dado que todos se han apartado con terror cuando ha venido.

-Tú lo has dicho -responde Jesús con voz de trueno.

Todo se hace arma en las manos de los que odian. Mientras el último que ha preguntado al Maestro se entrega a toda una mímica de escandalizado horror y se quita violentamente la prenda que cubre su cabeza, y se alborota el pelo y la barba y se desata las hebillas que sujetan la túnica al cuello, como si se sintiera desfallecer del horror, puñados de tierra, y piedras (usadas por los vendedores de palomas y otros animales para tener tensas las cuerdas de los cercados, y por los cambistas para... prudente custodia de sus arquetas, de las que se muestran más celosos que de la propia vida) vuelan contra el Maestro, y naturalmente caen sobre la propia gente, porque Jesús está demasiado dentro, bajo el pórtico, como para ser alcanzado, y la gente impreca y se queja...

Zacarías, el levita, da -único medio para hacerlo llegar hasta una puertecita baja, escondida en el muro del pórtico y ya preparada para abrirse- un fuerte empujón a Jesús; lo empuja hacia la puerta a la par que a los dos hijos de Alfeo, Juan, Manahén y Tomás. Los otros se quedan afuera, en el tumulto... Y el rumor de éste llega debilitado a la galería que está entre unos poderosos muros de piedra que no sé cómo se llaman en arquitectura. Están construidos con técnica de ensamblaje, diría yo, o sea, con piedras anchas y piedras más pequeñas, y encima de éstas, sobre las pequeñas, las anchas, y viceversa. No sé si me explico bien. Oscuras, fuertes, talladas toscamente, apenas visibles en la penumbra producida por estrechas aspilleras puestas arriba a distancias uniformes, para ventilar y para que no sea completamente tenebroso este lugar, que es una angosta galería que no sé para lo que sirve, pero que me da la impresión de que da la vuelta por todo el patio. Quizás había sido hecha como protección, como refugio, para hacer dobles y, por tanto, más resistentes los muros de los pórticos, que forman como cinturones de protección para el Templo propiamente dicho, para el Santo de los Santos. En fin, no sé. Digo lo que veo. Olor de humedad, de esa humedad que no se sabe decir si es frío o no, como en ciertas bodegas.

-¿Y qué hacemos aquí? - pregunta Tomás.

-¡Calla! Me ha dicho Zacarías que vendrá, y que estemos callados y parados - responde Judas Tadeo.

-Pero... ¿podemos fiarnos?

-Eso espero.

-No temáis. Ese hombre es bueno - consuela Jesús.

-Afuera, el tumulto se aleja. Pasa tiempo. Luego, un rumor de pasos y una pequeña luz trémula que se acerca desde profundidades oscuras.

-¿Estás ahí, Maestro? - dice una voz que quiere ser oída pero teme que la oigan.

-Sí, Zacarías.

-¡Alabado sea Yeohveh! ¿He tardado? He tenido que esperar a que corrieran todos hacia las otras salidas. Ven, Maestro... Tus apóstoles... He podido decirle a Simón que vayan todos hacia Betesda y que esperen. Por aquí se baja... Poca luz. Pero camino seguro. Se baja a las cisternas... y se sale hacia el Cedrón. Camino antiguo. No siempre destinado a buen uso, pero esta vez sí... y esto lo santifica...

Bajan continuamente en medio de sombras quebradas sólo por la llamita tembleteante de la lámpara, hasta que un claror distinto se vislumbra en el fondo... y detrás el claror del verde, que parece lejano... Una verja -tan maciza y apretada que es casi puerta- termina la galería.

-Maestro, te he salvado. Puedes marcharte. Pero, escúchame: no vuelvas durante un tiempo. No podría servirte siempre sin ser notado; y... olvida, olvidad todos este camino, y a mí que os he guiado aquí - dice Zacarías, moviendo unos artificios que hay en la pesada verja, y entreabriendo ésta lo indispensable para dejar salir a las personas. Y repite:

-Olvidad, por piedad hacia mí.

-No temas. Ninguno de nosotros hablará. Dios esté contigo por tu caridad.

Jesús alza la mano y la pone encima de la cabeza agachada del joven.

Sale, seguido de sus primos y de los otros. Se encuentra en un pequeño espacio llano -casi no caben todos-, agreste, con zarzas, frente al Monte de los Olivos. Un senderito de cabras baja entre las zarzas hacia el torrente.

-Vamos. Subiremos luego a la altura de la puerta de los Ovejas y Yo con mis hermanos iré a casa de José, mientras vosotros vais a Betesda por los otros y venís. Iremos a Nob mañana al anochecer después del ocaso.

## 508

## Juan será la luz de Cristo hasta el final de los tiempos. El pequeño Marcial-Manasés acogido por José de Seforí.

La casa de José no es la de José de Arimatea, sino la de un viejo galileo de Seforí, amigo de los hijos de Alfeo y especialmente de los mayores, porque era amigo, quizás también un poco pariente, del viejo y ya difunto Alfeo. Y, si no me equivoco, está también muy relacionado con los hijos de Zebedeo por el comercio del pescado seco, que desde el lago de Genesaret se lleva a la capital junto con los otros productos de Galilea estimados por los galileos desarraigados que están en Jerusalén. Esto es lo que deduzco de lo que hablan los dos hijos de Alfeo y Juan y Tomás.

Jesús, sin embargo, está un poco detrás, con Manahén, al que da el encargo de ir donde José de Arimatea y donde Nicodemo con el ruego de que vayan a verlo. Manahén ejecuta esto enseguida. Jesús se reúne todavía un momento con los tres para recomendar una vez más que sean prudentes en lo que dicen "por amor hacia el levita que los ha puesto a salvo", luego se separa y con pasos largos se echa a andar por un caminucho...

Pero pronto le da alcance Juan.

-¿Por qué has venido?

-No podíamos dejarte así solo... y he venido yo.

-¿Y crees que podrías defenderme tú solo contra tantos?

-No estoy seguro. Pero al menos moriría antes de ti. Y eso me bastaría.

-Morirás mucho tiempo después de mí, Juan. Pero no te sientas contrariado por ello. Si el Altísimo te deja en el mundo es para que le sirvas y sirvas a su Verbo.

-Pero después...

-Después servirás. ¡Cuánto deberías vivir para servirme como nuestros dos corazones querrían! Pero incluso después de muerto me servirás.

-¿Cómo lo voy a hacer, Maestro mío? Si estoy contigo en el Cielo te adoraré. Pero no podré servirte en la Tierra una vez que la haya dejado...

-¿Estás seguro? Bueno pues te digo que me servirás hasta mi nueva venida, hasta la venida final. Muchas cosas aridecerán antes de la última hora, cuales ríos que se secan y pasan a ser tierra polvorienta y pedruscos secos, habiendo sido bonito curso de agua azul y saludable. Pero tú serás todavía río con el sonido de mi palabra y el reflejo de mi luz. Serás la suprema luz que quede para recuerdo de Cristo. Porque serás luz enteramente espiritual, y los últimos tiempos serán lucha de tinieblas contra luz, de carne contra espíritu. Los que sepan perseverar en la fe encontrarán fuerza, esperanza, confortación, en lo que dejarás después de ti y que será todavía tú mismo... y que, sobre todo, será todavía Yo mismo, porque Yo y tú nos queremos, y donde tú estás Yo estoy y donde Yo estoy tú estás. Prometí a Pedro que la Iglesia, que tendrá como cúspide y como base mi Piedra, no será desarticulada por el Infierno, con sus repetidos y cada vez más feroces asaltos; mas ahora te digo que aquello que será todavía Yo mismo, y que tú dejarás como luz para quien busca la Luz, no será destruido, a pesar de que el Infierno trate y tratará- de cancelarlo usando todos los modos. Te digo más: incluso aquellos que crean en mí imperfectamente, porque aun recibiéndome a mí no recibirán a mi Pedro, *(Alude Jesús a los futuros protestantes)* acudirán siempre a tu faro, como barquichuelos sin piloto y sin brújula que se dirigen hacia una luz en medio de su tempestad, porque luz quiere decir todavía salvación.

-¿Pero qué es lo que dejaré, Señor mío? Yo soy... pobre... ignorante... Tengo sólo el amor...

-Eso es lo que dejarás: el amor. Y el amor hacia tu Jesús será palabra. Y muchos, muchos, incluso entre aquellos que no pertenezcan a mi Iglesia, que no sean de iglesia alguna, pero que busquen luz y consuelo, movidos por el aguijón de su espíritu insatisfecho y por la necesidad de compasión en las penas, irán a ti y me encontrarán a mí.

-Quisiera que los primeros en encontrarte fueran estos crueles judíos, estos fariseos y escribas... Pero no sirvo para tanto...

-No entra cosa alguna donde ya hay llenura. Pero no te desalientes. Tú... Bueno, ya estamos donde José. Llama. Vamos a entrar.

Es una casa estrecha y alta. Al lado tiene un almacén bajo y maloliente de mercancías apiladas; y, al lado de éste, un patio, oscuro a causa de las paredes que se alzan por encima de él, un patio con aspecto casi de posada (como eran entonces las posadas): pórticos para las mercancías, cuadras para los burros, cuartitos, o grandes estancias, para los huéspedes. Aquí hay un patio malamente adoquinado; un pilón, dos cuadras bajas y oscuras, un rústico cobertizo que hace de pórtico, adosado a la casa y con una portezuela que da al almacén. A1 lado de éste está la casa que he dicho, vieja, oscura, con una puerta alta y estrecha que se abre sobre tres peldaños de piedra consumida por el uso.

Juan llama a la puerta y espera hasta que un ventanillo se abre y una cara rugosa de anciana escruta desde la penumbra:

-¡Oh, Juan! Abro en seguida. Dios sea contigo - dice la boca que pertenece a esa cara rugosa, y la puerta se abre con mucho ruido de cerrojos.

-No estoy solo, María. Está conmigo el Maestro.

-La paz también a Él, honor de Galilea. Y feliz el día que trae los pies del Santo a la casa de un verdadero israelita. Entra, Señor. Voy inmediatamente a avisar a José. Está haciendo las últimas entregas, porque el ocaso viene solícito en el triste Etanim.

-Déjalo con su trabajo, mujer. Nos vamos a detener hasta mañana.

-Gran alegría para nosotros. Te esperábamos desde hacía tiempo. Y, también, hace días tu hermano José ha mandado a alguien para pedir noticias tuyas. Pero mi marido te explicará mejor. Pues aquí puedes estar... Te dejo, Señor, porque estoy ultimando el pan. Antes del ocaso debe estar cocido. Para cualquier cosa que quieras, Juan sabe dónde encontrarme.

-Ve en paz. No nos hace falta nada, aparte de hospedarnos.

Se quedan solos durante un tiempo. Luego una carita de tez morena se asoma por la cortina que separa de un pasillo la habitación, y da una ojeada, tímida y curiosa al mismo tiempo.

-¿Quién es ese niño? - pregunta Jesús a Juan.

-No lo sé, Señor. No estaba las otras veces. La verdad es que desde que estoy contigo, aquí, por el padre mío, no he vuelto. Ven aquí, niño.

El niño se acerca con pasos cortos.

-¿Quién eres?

-No te lo digo.

-¿Por qué?

-No quiero que se me digan cosas feas. Si las dices te contesto, y José no quiere.

-¡Esta si que es nueva! Maestro, ¡qué piensas Tú? - y Juan ríe, divertido por las razones del hombrecito.

También Jesús sonríe, pero alza la mano y acerca hacia sí al niño. Lo observa. Luego dice:

-¿Y tú sabes quién soy?

-¡Sí que lo sé! Eres el Mesías. El que hará todo el mundo suyo, y entonces no se les dirá cosas feas a los niños como yo.

-¿No eres de Israel, verdad?

-Soy circunciso... Hizo mucho daño... Pero, pero hacía daño también el hambre y... el no tener ya a mi mamá... y a nadie... Pero todavía hace daño el oír que se... que nos... - habiendo perdido toda la intrepidez inicial, llora.

-Debe ser algún huérfano extranjero, Juan. José debe haberlo recogido por compasión y circuncidado... - explica Jesús a Juan, que está asombrado de las razones y del llanto. Y Jesús levanta al niño a pulso y se lo pone encima de las rodillas.

-Dime tu nombre, niño. Yo te quiero. Jesús quiere a todos los niños y especialmente a los huerfanitos. Yo también tengo uno, que se llama Margziam y que....

-Yo también así, porque yo (la pequeña voz se hace susurro apenas perceptible) porque yo soy romano...

-¡Te lo había dicho! ¿Y eres huérfano, verdad?

-Sí... De mi padre no me acuerdo. De mi mamá, sí. Murió cuando yo ya era grande... y me quedé solo, y ninguno me quería consigo. Desde Cesárea a pie, detrás de los viandantes, después de que el patrón se marchó otra vez, lejos. Y mucha hambre. Y, si decía el nombre, palos… Porque se comprendía por el nombre, ¿eh?! Luego vine aquí, durante una fiesta, y tenía hambre. Entré en los establos con una caravana y me escondí entre la paja, para comer el pienso y las algarrobas de los asnos. Y un burro me mordió y grité y vinieron y me querían pegar. Pero José dijo: "No, Él lo ha hecho y dice que se haga lo que Él hace. Tomo al niño y lo haré israelita". Y me tomó consigo y me cuidó junto con María. Me puso otro nombre, porque el mío... Pero mi mamá me llamaba Marcial... y las lágrimas vuelven a gotear.

-Y Yo te llamaré Marcial, como tu mamá. Es muy bueno lo que ha hecho José contigo. Debes quererlo mucho.

-Sí. Pero más a ti. Lo dice él. Dice siempre: "Si un día te encuentras con Jesús de Nazaret, el Mesías, ámalo con todo tu ser, porque es por Él por quien estás salvado del error". María decía allí, a la criada, que estaba en casa el Mesías, y he venido para ver al que me había salvado.

-No sabía que José hubiera hecho esto. Era tan... celoso... Jamás habría pensado que pudiera... ¡Pobre José! Celoso y desencantado de sus hijos. No han respetado su pelo blanco.

-Lo sé. Pero, ¿ves?, quizás en este niño se renueva... y olvida. Dios lo compensa así la obra hecha con el niño. ¿Cómo te llamas ahora?

-Con un feo nombre. No me gusta aunque sólo sea porque empieza como el mío: ¡Me llamo Manasés!... Pero María, que comprende, me llama "Man".

Y el niño lo dice con una carita tan acongojada, que Jesús y Juan no pueden contenerse la sonrisa.

Pero Jesús, para consolarlo, explica:

-Manasés es un nombre que para nosotros tiene un dulce significado. Quiere decir: el Señor me ha hecho olvidar todo dolor. José te lo ha puesto queriendo significar
que tú le vas a hacer olvidar todos sus dolores. Y lo harás, niño, para mostrarle agradecimiento. Tú mismo, con el nuevo nombre, te dices que el Señor te ha amado tanto que te ha dado un nuevo padre, una madre y una casa. ¿No es verdad?

-Sí. Explicado así, sí... Pero José dice que debo olvidar también mi casa. ¡No quiero olvidar a mi mamá

Jesús mira a Juan, y Juan mira al Maestro, y por encima de la cabecita morena hay toda una conversación de miradas...

-No se debe olvidar a la propia mamá, niño. José se ha explicado mal, o mejor: tú has comprendido mal. Sin duda quería decir que debes olvidar todo el dolor de tu pasado, el dolor de tu casa, porque ahora tienes ésta y tienes que ser feliz.

-¡Ah, así sí! Y María es buena y me hace feliz. Ahora me está haciendo las tortas. Voy a ver si están hechas y te las traigo también a ti - y se desliza hasta el suelo desde las rodillas de Jesús y corre afuera de la habitación. El ruido de los piececitos descalzos se pierde en el largo pasillo.

-¡Esta tendencia persiste siempre, incluso en los mejores de nosotros! ¡Pretender lo imposible! ¡Son más severos que Dios los hijos de su pueblo! ¡Pobre niño! ¿Se puede, acaso, pretender que un hijo olvide a la madre porque ahora sea circunciso? Se lo voy a decir a José.

-No tenía ninguna noticia de que hubiera hecho esto. Mi padre, como muchos galileos, baja aquí durante las fiestas. Y no me ha hablado, como no sabiendo la cosa... ¡Ah!, oigo la voz de José...

Jesús se pone en pie y Juan hace lo mismo, preparados ambos para saludar con los debidos honores al jefe de la casa, que entra y a su vez hace profundas reverencias para terminar arrodillándose a los pies de Jesús.

-Álzate, José. He venido. Ya lo ves.

-Perdona si te he hecho esperar. ¡El viernes es siempre un gran día! A ti la salud, Juan. ¿Tienes noticias de Zebedeo?

-No, desde los Tabernáculos. Ahí le vi.

-Pues ahora sabes que está bien, y lo mismo Salomé. Noticias frescas, de esta mañana, con la última carga de pescado. Y también a ti, Maestro, te puedo decir que todos tus parientes están bien en Nazaret. A1 día siguiente del sábado, el que ha venido partirá. Si queréis enviar noticias... ¿Estáis solos?

-No. Dentro de poco estarán aquí los otros...

-¡Bien! Hay sitio para todos. Ésta es una casa fiel. Siento que María haya estado ocupada con el pan y yo con las ventas. Dejados así solos... No te hemos dado el honor ni ofrecido la compañía que corresponden al huésped. ¡Y gran huésped!

-Un hijo de Dios como tú, José. Todos iguales, los que siguen la Ley de Dios.

-¡No, no! Tú eres Tú. No soy un necio como estos judíos. ¡Tú eres el Mesías!

-Por voluntad de Dios. Pero por voluntad mía y deber soy hijo de la Ley como tú.

-Los que te calumnian no saben decir ni hacer lo que ahora dices y siempre haces.

-Pero tú haces mucho de lo que enseño. He visto al niño, José.

-¡Ah!, ¿lo has visto? ¡Ha venido! ¡Sabe que no quiero! Por ti... me agrada. Pero podías no haber sido Tú...

-¿Y entonces? ¿Qué habría sucedido?

-Que... ¡bueno, que no me gusta!

-¿Por qué, José? ¿Por no recibir alabanzas? Tu idea es encomiable, pero el niño podría pensar que te avergüenzas de mostrarlo...

-¡Y es verdad!

-¿Es verdad? ¡Por qué? Explícame esto.

-Pues mira, el niño no ha nacido hebreo de hebreos, ni siquiera de prosélitos, y ni siquiera de mujer hebrea y padre gentil. Es hijo de los romanos, libertos de casa de un romano que estaba en Cesárea Marítima y que había tenido consigo al niño mientras estuvo allí. Pero, cuando partió, no se ocupó de él y se quedó solo. Los hebreos, naturalmente, no lo acogieron. Los romanos... Tú sabes lo que son los romanos... ¡Y además esos romanos de Cesárea! El niño, mendigando...

-Sí, lo sé. Llegó aquí y tú lo acogiste. Dios ha escrito tu acción en el Cielo.

-¡Y hecho de él un circunciso! Y le he cambiado el nombre. ¡El suyo! ¡Pagano! ¡Idólatra! Pero no quiero que esté a la vista de la gente y que recuerde su pasado.

-¿Por qué, José? - pregunta dulcemente Jesús, y continúa:

-El niño sufre por esto. Se acuerda de su madre. ¡Es comprensible!

-Pero también es comprensible mi deseo de no ser criticado por haber acogido a un...

-A un inocente. Solamente esto, José. ¿Por qué temes el juicio de los hombres cuando un juicio más alto, el divino, sanciona tu acto como santo? ¿Por qué te avergüenzas, por respeto humano o temor a represalias, de una acción buena? ¿Por qué quieres dar al niño una muestra de doblez como la que surge de haberle cambiado el nombre, de ahogar el pasado buscando, por miedo, evitar un daño? ¡Por qué quieres inculcar en el niño el desprecio hacia su padre y su madre? Mira, José, has hecho una acción digna de alabanza, pero la cubres de polvo con estas... ideas imperfectas. Has imitado un gesto mío. Has acogido mis palabras. Esto está bien. ¿Pero por qué no haces perfecta mi imitación cumpliendo abiertamente la obra y diciendo: "Sí, el niño era romano, y yo no me he espantado de ello, porque es hijo del Creador como nosotros. Lo único, he querido que estuviera dentro de nuestra Ley y lo he circuncidado? En verdad... la verdadera circuncisión está llegando y la nueva incisión se hará en el corazón de los hombres, de donde será extirpado el anillo estrangulador de la ternaria concupiscencia; así que, si... bueno si el niño hubiera seguido en su ingenuidad hasta ese momento... Pero no quiero reprenderte por esto. Has hecho bien, tú hebreo, haciéndolo hebreo. Pero déjale su nombre. ¡Cuántos Marciales, Cayos, Félix, Cornelios, Claudios, etc. serán del Cristo y del Cielo! Puede estar él también entre ellos, el niño que no sabe de hebreos ni de gentiles, el niño que llegará a la eterna mayoría de edad cuando la verdadera y nueva Ley quede fundada con el nuevo Templo y con los nuevos sacerdotes, y no como tú crees, sino examinado por Dios y hallado digno de su verdadero Templo. Déjalo con el nombre que su madre le dio. Es una caricia materna todavía para él. Comprendo lo que has querido decir llamándolo Manasés, pero déjale Marcial. Y a quien te pregunte puedes decirle: "Sí, es Marcial; casi como el discípulo del Cristo, al que le dio el nombre María". Sé valiente en el bien, José. Y serás grande, muy grande.

-Maestro... como Tú quieras. No quiero causarte desagrado. ¡Y crees que... he hecho bien también como hombre?

-Has hecho bien. Tu dolor te ha hecho bueno. Por lo cual, es bueno todo lo que has hecho, y también esto.

Unos golpes en la puerta de la calle interrumpen la conversación.

## 509

## El anciano sacerdote Matán acogido con los apóstoles y discípulos que han huido del Templo.

Pedro entra y cae en el mismo estado de abatimiento en que cayó en el Jordán después de vadear en Betabara: se relaja derrengado en el primer asiento que encuentra y mete la cabeza entre las manos. Los otros no están tan abatidos. Pero turbados, pálidos, yo diría: desconcertados, lo están todos; unos más, otros menos. Los hijos de Alfeo, Santiago de Zebedeo y Andrés no responden casi al saludo de José de Seforí y de la mujer de éste (la cual llega con una anciana criada y con pan caliente y alimentos varios). Margziam presenta signos de haber llorado. Isaac acude hacia Jesús y le toma la mano y se la acaricia susurrando:

-Igual que en la noche de la matanza... Y otra vez salvo. ¡Oh, mi Señor, hasta cuándo? ¿Hasta cuándo podrás salvarte?

Éste es el grito que abre las bocas, y todos, confusamente, hablan, refiriendo los maltratos, las amenazas, los miedos sufridos...

Otro golpe en la puerta.

-¿Oye no nos habrán seguido? ¡Ya había dicho yo que viniéramos en pequeños grupos!... - dice Judas Iscariote.

--Hubiera sido mejor, sí. Los tenemos siempre pisándonos los talones. Pero ya... - dice Bartolomé.

José, aunque con pocas ganas, va personalmente a mirar por el ventanillo mientras su mujer dice:

-Desde la terraza podéis bajar a las cuadras y de allí al huerto de atrás. Os lo voy a mostrar...

Pero, mientras se encamina, su marido exclama:

-¡El Anciano José! ¡Qué honor! - y abre la puerta y deja entrar a José de Arimatea.

-Paz a ti, Maestro. Estaba y he visto... Saliendo yo del Templo profundamente asqueado, Manahén me ha encontrado. Y no poder intervenir, no poder hacerlo, para serte más útil y... ¡Oh!, ¿estás también tú aquí, Judas de Keriot? Tú podrías hacerlo, tú que eres amigo de tantos. ¿No sientes el deber de hacerlo, tú que eres su apóstol?

-Tú eres discípulo...

-No. Si lo fuera, lo seguiría como le siguen otros. Soy un amigo suyo.

-Es lo mismo.

-No. También Lázaro es amigo suyo, y no querrás decir que es discípulo...

-En el alma, sí.

-Todos los que no son diablos son discípulos de su palabra, porque la sienten palabra de Sabiduría.

La pequeña disputa entre José y Judas de Keriot se agota, mientras José de Seforí, comprendiendo ahora -no antes- que algo malo ha sucedido, pregunta a éste o a aquél con interés y muestras de dolor.

-¡Hay que decírselo a José de Alfeo! ¡Eso hay que decirlo! Y encargaré... ¿Qué quieres, José? - pregunta, volviéndose al Anciano, que le ha tocado el hombro para preguntarle algo.

-Nada. Sólo quería felicitarte por tu buen aspecto. Éste es un buen israelita. Fiel y justo en todo. ¡Sí, yo lo sé! De él se puede decir que Dios lo ha probado y conocido...

Otra llamada a la puerta. Los dos José se dirigen juntos hacia ella para abrirla, y veo que José de Arimatea se inclina para decirle al oído algo al otro, que reacciona con un gesto de viva sorpresa y se vuelve un momento a mirar hacia los apóstoles. Luego abre la puerta.

Nicodemo y Manahén entran, seguidos de todos los pastores-discípulos presentes en Jerusalén, o sea, de Jonatán y de los que fueron discípulos de Juan el Bautista. Luego, con ellos, está el sacerdote Juan junto con otro muy anciano, y Nicolái. Y, al final de todos, Nique con la jovencita que le ha sido confiada por Jesús, y Analía con su madre. Se quitan el velo que esconde sus caras y aparecen sus rostros turbados.

-¡Maestro! ¿Pero qué te está sucediendo? Lo he sabido... antes por la gente que por Manahén... La ciudad está llena de estas voces, como una colmena de zumbidos. Y los que te aman te buscan con solicitud en los lugares donde piensan que estás. Claro, también han ido a tu casa, José... Yo misma estaba yendo a las casas de Lázaro... ¡Esto es demasiado! ¿Cómo te has salvado?

-La Providencia ha velado en defensa de mí. No lloren las discípulas; antes bien, bendigan al Eterno y fortalezcan el propio corazón. Y, a todos vosotros, gracias y bendiciones. No está del todo muerto el amor en Israel. Y ello me consuela.

-Sí. Pero no vayas más al Templo, Maestro. Durante mucho no vayas. ¡No vayas!

Las voces son unánimes al decir estas palabras, y el angustioso "no vayas" retumba entre las robustas paredes de la vieja casa con voz de suplicante advertencia.

El pequeño Marcial, escondido en alguna parte, siente ese rumor y, curioso, acude y mete la carita en la fisura de la cortina. Y al ver a María va donde ella y se refugia entre sus brazos por temor a la reprensión de José de Seforí. Pero José está demasiado intranquilo y ocupado en escuchar a uno o a otro, en aconsejar, en aprobar, etc. como para ocuparse de él, y lo ve sólo cuando el niño -al que la anciana María ha dicho algo- va donde Jesús y, echándole los brazos al cuello, lo besa. Jesús le coge con un brazo y lo arrima a sí, mientras responde a los muchos que le dicen lo que creen que sea mejor hacer.

-No. No me muevo de aquí. A casa de Lázaro, que me esperaba, id vosotros a decir que no puedo. Yo, galileo y amigo de años de la familia, me quedo aquí hasta el ocaso de mañana. Y luego... pensaré a dónde ir...

-Siempre dices esto, y luego vuelves allá. Pero ya no te dejaremos ir. Yo al menos. Verdaderamente te he creído perdido... - dice Pedro, y dos lágrimas se le forman de nuevo en la comisura de sus ojos abombados.

-Nunca he visto una cosa así. Y ya basta. Esto me ha hecho decidirme. Si no me rechazas... Estoy ya demasiado viejo para el altar, pero para morir por ti valgo todavía. Y moriré, si hace falta, entre el vestíbulo y el altar, como el sabio Zacarías; o como Onías, defensor de1 Templo y del Tesoro (*2 Crónicas 24, 17-22; 2 Macabeos 4, 30-35)* , moriré fuera del sagrado recinto al que he consagrado mi vida. ¡Pero Tú me abrirás un lugar más santo! ¡No, no puedo seguir viendo la abominación! ¿Por qué mis viejos ojos han tenido que ver tanto? ¡La abominación vista por el Profeta (*Daniel 9, 27; 11, 31; 12, 11)* está ya dentro de los muros, y sube, sube como un movimiento de aguas que la riada empuja para sumergir a una ciudad! ¡Sube, sube! Invade los patios y los pórticos, supera los escalones, penetra más adelante. ¡Sube! ¡Sube! ¡Choca ya contra el Santo! ¡La ola fangosa lame ya las piedras que pavimentan el sagrado lugar! ¡Ensombrece los exquisitos colores! ¡Ensucia ya el pie del Sacerdote! ¡Moja la túnica! ¡Empapa el efod! ¡Vela las piedras del racional y ya no se pueden leer las palabras! ¡Oh! ¡Oh! Las ondas de la abominación suben hasta el rostro del Sacerdote Sumo y lo embadurnan, y la Santidad del Señor está debajo de una costra de fango, y la tiara es como un tejido caído en un pantano lodoso. ¡Fango! ¡Fango! ¿Pero sube desde fuera, o es que desde lo alto del Moria rebosa y cae sobre la ciudad y sobre todo Israel? ¡Padre Abraham! ¡Padre Abraham! ¿No querías encender allí el fuego del sacrificio (*Génesis 22, 1-18)* para que resplandeciera el holocausto del corazón fiel? ¡Ahora, donde debía haber fuego, brota lodo a borbotones! Isaac está en medio de nosotros y el pueblo lo inmola. Pero si pura es la Víctima... si pura es la Víctima... emponzoñados están los sacrificadores. ¡Anatema sobre nosotros! ¡Encima del monte el Señor verá la abominación de su pueblo!... ¡Ah! - y el viejo, que está con el sacerdote Juan, cae abatido al suelo, se cubre la cara y rompe en un desolado llanto de anciano.

-Te lo traía... Hace mucho que quiere... Pero hoy, después de lo que ha visto, nadie podía retenerlo... El anciano Matán (o Natán) tiene frecuentemente espíritu profético, y si bien la vista de sus pupilas se vela cada vez más, la de su espíritu cada vez más se ilumina. Acepta a mi amigo, Señor - dice el sacerdote Juan.

-No rechazo a nadie. Álzate, sacerdote, y alza el espíritu. En lo alto no hay fango. Y el fango no toca a quien sabe estar arriba.

El viejo se alza (pero, lleno de reverencia, antes de hacerlo, toma el borde extremo de la túnica de Jesús y lo besa).

Las mujeres, especialmente Analía, todavía lloran en su velo, conmovidas. Las palabras del anciano aumentan su llanto. Jesús las llama y ellas, desde su rincón, van cabizbajas hasta el Maestro. Si Nique y la madre de Analía saben reprimir el llanto y tenerlo casi escondido, la joven discípula solloza abiertamente, sin contención respecto a quienes la observan no con el mismo sentimiento.

-Perdónala, Maestro. Te debe la vida y te ama. No soporta pensar que te dañen. Y además se ha quedado tan... sola y tan... triste después de que... - dice la madre.

-¡No, no es por eso! ¡No, no es por eso! ¡Señor! ¡Maestro! ¡Salvador mío! Yo... Yo... - Analía no logra hablar, parte por los sollozos, parte por vergüenza, o por otros motivos.

-Ha temido represalias porque es discípula. Sin duda es por eso. Muchos se marchan por ese motivo... - dice Judas Iscariote.

-¡No! ¡Menos todavía por eso! Tú no comprendes nada, hombre, o es que prestas tu pensamiento a otros. Pero Tú, Señor, sabes por qué lloro. Mi temor ha sido que hubieras muerto y que no te hubieras acordado de la promesa... - termina en suspiro, después de haber dicho con fuerza las primeras palabras, al rebelarse a la insinuación de Judas.

Jesús le responde:

-Nunca olvido. No temas. Ve a tu casa tranquila a esperar la hora de mi triunfo y de tu paz. Ve. De un momento a otro se pondrá el sol. Retiraos, mujeres. Y la paz sea con vosotras.

-Señor, no querría dejarte... - dice Nique.

-La obediencia es amor.

-Es verdad, Maestro. ¿Pero por qué no yo también como Elisa?

-Porque tú me eres útil aquí como ella en Nob. ¡Ve, Nique, ve! Que algunos hombres acompañen a las mujeres para que no sean importunadas.

Manahén y Jonatán se preparan a obedecer. Pero Jesús para a Jonatán preguntándole:

-¿Entonces vuelves a Galilea?

-Sí, Maestro. El día después del sábado. Me manda mi patrón.

-¿Tienes sitio en el carro?

-Voy solo, Maestro.

-Entonces llevarás contigo a Margziam y a Isaac. Tú, Isaac, sabes lo que debes hacer; y tú también, Margziam...

-Sí, Maestro - responden los dos, Isaac con su pacífica sonrisa, Margziam con un temblor de llanto en la voz y en los labios.

Jesús lo acaricia y Margziam, olvidando todo comedimiento, se deja caer sobre su pecho y dice:

-¡Dejarte... ahora que te persiguen todos!... ¡Oh, Maestro mío! ¡No volveré a verte!... Has sido todo mi Bien. ¡Todo he encontrado en ti!... ¿Por qué me mandas irme? ¡Déjame morir contigo! ¿Qué crees que me importe ya la vida, si no te tengo a ti?

-Te digo a ti lo que le he dicho a Nique. La obediencia es amor.

-¡Me voy! ¡Bendíceme, Jesús!

Jonatán se marcha con Manahén, con Nique y las otras tres mujeres. También los otros discípulos se marchan en pequeños grupos.

Sólo cuando la habitación -antes muy llena- casi se vacía, se nota la falta de Judas de Keriot. Y muchos se sorprenden, porque estaba allí poco antes y no ha recibido ningún encargo.

-Habrá ido a comprar para nosotros - dice Jesús para impedir comentarios, y sigue hablando con José de Arimatea y Nicodemo, que son los únicos que, junto con los once apóstoles y Margziam, se han quedado. Margziam está al lado de Jesús con la avidez de disfrutar de Él estas últimas horas. Así, Jesús está entre Margziam, jovencito, Marcial, niño, morenitos, delgaditos, igualmente infelices en su niñez e igualmente recogidos en nombre de Jesús por dos buenos israelitas.

José de Seforí y su esposa se han eclipsado prudentemente para dejar libre al Maestro.

Nicodemo pregunta:

-¿Quién es este niño?

-Es Marcial. Un niño que José ha tomado como hijo.

-No lo sabía.

-Nadie, o casi nadie, lo sabe.

-Muy humilde, ese hombre. Otro habría sacado a relucir su acción - observa José.

-¿Tú crees?... Marcial, ve a enseñarle la casa a Margziam... - dice Jesús. Y, una vez que los dos se han marchado, sigue hablando:

-Estás en un error, José. ¡Qué difícil es juzgar con justicia!

-Pero, Señor, recoger a un huérfano, porque está claro que es un huérfano, y no jactarse de ello, es humildad.

-El niño, lo dice su nombre, no es de Israel...

-¡Ah, ahora entiendo! Hace bien entonces en tenerlo oculto.

-Pero ha sido circuncidado...

-No importa... Ya sabes... También Juan de Endor estaba circuncidado... y fue para ti ocasión de censura. José, que además es galileo, podría tener problemas, a pesar de la circuncisión. Hay muchos huérfanos también en Israel... La verdad es que con ese nombre... y con el aspecto...

-¡Hay que ver: sois todos "Israel", incluso los mejores; incluso cuando hacéis el bien no comprendéis y no sabéis ser perfectos! ¿No entendéis todavía que Uno solo es el Padre de los Cielos, y que todas las criaturas son hijas suyas? ¿No entendéis todavía que el hombre puede recibir un único premio o un único castigo, que sean verdaderamente premio o castigo? ¿Por qué haceros esclavos del miedo a los hombres? ¡Ah!, esto es el fruto de la corrupción de la Ley divina, tan trabajada, tan oprimida por leyezuelas humanas, que se llega a ofuscar y a oscurecer incluso el pensamiento del justo que la practica. ¿Acaso en la Ley mosaica -y, por tanto, divina-, o en la premosaica -únicamente moral, o surgida por inspiración celeste- está escrito que el que no era de Israel no podía entrar a formar parte de él? ¿No se lee en el Génesis *(Génesis 17, 12)*: "Cumplidos ocho días, todo niño varón que esté entre vosotros sea circuncidado; tanto el nacido en casa como el comprado, *aunque no sea de vuestra estirpe,* sea circuncidado"? Esto estaba escrito. Cualquier otro añadido es vuestro. Se lo he dicho a José y os lo digo a vosotros. Pronto ya no tendrá excesiva importancia la circuncisión antigua. Una nueva, y más verdadera, será aplicada, y en parte más noble. Pero mientras la primera siga, y vosotros, por fidelidad al Señor, la apliquéis al varón nacido de vosotros, o adoptado por vosotros, no

os avergoncéis de haberlo hecho en carne de otra estirpe. La carne es del sepulcro, el alma es de Dios. Se circuncida la carne al no poder circuncidar lo que es espiritual. Pero la señal santa resplandece en el espíritu. Y el espíritu es del Padre de todos los hombres. Meditad en esto.

Un momento de silencio. Luego José de Arimatea se levanta y dice:

-Me marcho, Maestro. Ven mañana a mi casa.

-No. Es mejor que no vaya.

-Entonces a la mía, a la casa que está en el camino que del monte de los Olivos va hacia Betania. Allí hay paz y...

-Tampoco. Iré al monte de los Olivos. Para orar... Mi espíritu busca soledad. Os ruego que me consideréis disculpado.

-Como quieras, Maestro. Y... no vayas al Templo. La paz a ti.

-La paz a vosotros.

Los dos se marchan...

-¡Yo quisiera saber a dónde ha ido Judas! - exclama Santiago de Zebedeo.

-Yo diría que donde los pobres.

-¡Pero está aquí la bolsa!

-No haced caso... Vendrá...

Vuelve María de José con unas lámparas, porque la luz ya no rompe el espesor de la plancha de mica puesta como lucernario en la espaciosa habitación. Y vuelven los dos chicos.

-Estoy contento de dejarte con uno que tiene casi mi nombre. Así, cuando lo llames a él, te acordarás de mí - dice Margziam.

Jesús lo estrecha contra sí.

Vuelve también Judas -le ha abierto la criada-. Entra seguro de sí, sonriente, atrevido.

-Maestro, quería ver... La tempestad está calmada. He acompañado a las mujeres... ¡Qué miedosa esa jovencita! No te he dicho nada porque me lo habrías impedido, y quería ver si había peligro para ti. Pero ya ninguno piensa en ello. El sábado vacía las calles.

-Bueno, bien. Ahora vamos a estar aquí en paz y mañana...

-¡No querrás ya ir al Templo! - gritan los apóstoles.

-No. A nuestra sinagoga, donde hay buenos galileos fieles.

## 510

## La curación de un ciego de nacimiento.

Jesús sale junto con sus apóstoles y José de Seforí en dirección a la sinagoga. El día alegra, terso y sereno, cual promesa de primavera, después de días de viento y nubes llenas de invierno. Así que muchos de Jerusalén están en las calles: unos, camino de las sinagogas; otros, volviendo de éstas o de otros lugares; otros, con la familia y con la intención de salir de la ciudad para disfrutar del sol del campo. Por la puerta de Herodes, visible desde la casa de José de Seforí, se ve salir a la gente buscando alegres entretenimientos fuera de las murallas, al aire libre. Una zambullida en el verde del campo, en la amplitud, en la libertad; fuera de las calles, angostas entre las altas casas. Creo que la cintura agreste que rodeaba a Jerusalén era espontáneamente estimada por los habitantes de la ciudad, que querían conciliar la medida del sábado con su deseo de aire y sol (tomados por los caminos y no sólo en las solanas de las casas).

Pero Jesús no va hacia la puerta de Herodes. Es más, vuelve las espaldas a esta puerta para dirigirse al interior de la ciudad. Pero, habiendo recorrido sólo unos pocos pasos por la calle más ancha -en la cual desemboca la callecita donde se encuentra la casa de José de Seforí-, Judas de Keriot le señala la presencia de un joven que viene en dirección contraria, tentando la pared con un bastón, hacia arriba la cabeza carente de ojos, con el típico modo de andar de los ciegos. Sus vestidos son pobres, pero limpios, y debe ser una persona conocida por muchos de los habitantes de Jerusalén, porque más de uno lo señala, y algunas personas se acercan a él y le dicen:

-Hombre, hoy has confundido el camino. Todos los caminos del Moria están ya atrás. Ya estás en Beceta.

-Hoy no pido limosna de dinero - responde el ciego con una sonrisa, y sigue andando, sonriente todavía, hacia el norte de la ciudad.

-Maestro, obsérvalo. Tiene los párpados soldados. Es más, yo diría que no tiene párpados. La frente se une a las mejillas sin ninguna oquedad, y parece como si debajo no estuvieran los globos de los ojos. El pobre ha nacido así. Y así morirá, sin haber visto una sola vez la luz del Sol ni el rostro de los hombres. Ahora, dime, Maestro: para recibir este castigo tan grande, sin duda pecó; pero, si es ciego de nacimiento, como lo es, ¿cómo pudo pecar antes de nacer? ¿Será que pecaron sus padres y Dios los castigó haciéndole nacer así?

También los otros apóstoles e Isaac y Margziam se arriman a Jesús para escuchar la respuesta. Y, acelerando el paso, como atraídos por la altura de Jesús, que domina al resto de la gente, acuden dos jerosolimitanos de aspecto educado y que estaban un poco detrás del ciego. Con ellos está José de Arimatea, que no se acerca, sino que, adosándose a un portal elevado sobre dos escalones, mira a todas las caras observando todo.

Jesús responde. En el silencio que se ha formado, se oyen nítidamente las palabras:

-No han pecado ni él ni sus padres más de lo que pecan todos los hombres, y quizás menos; porque frecuentemente la pobreza es un freno para el pecado. No. Ha nacido así para que en él se manifiesten -una vez más- el poder y las obras de Dios. Yo soy la Luz que ha venido al mundo, para que aquellos del mundo que han olvidado a Dios, o han perdido su imagen espiritual,

vean y recuerden, y para que aquellos que buscan a Dios o son ya de Él se vean confirmados en la fe y en el amor. El Padre me ha enviado para que, en el tiempo que todavía se le concede a Israel, complete el conocimiento de Dios en Israel y en el mundo. Así que debo llevar a cabo las obras de Aquel que me ha enviado, como testimonio de que puedo lo que Él puede, porque soy Uno con Él; y para que el mundo sepa y vea que el Hijo no es desemejante del Padre y crea en mí en lo que Yo soy. Después llegará la noche, en la cual ya no se puede trabajar; la tiniebla. Y el que no se haya grabado mi signo y la fe en mí, ya no podrá hacerlo en las tinieblas y en medio de la confusión, el dolor, la desolación y destrucción que cubrirán a estos lugares y aturdirán los espíritus con la agitación producida por las angustias. Pero mientras estoy en el mundo soy Luz y Testimonio, Palabra, Camino y Vida, Sabiduría, Poder y Misericordia. Ve, pues, llégate donde el ciego de nacimiento y tráemelo aquí.

-Ve tú, Andrés. Yo quiero quedarme aquí y ver lo que hace el Maestro - responde Judas señalando a Jesús, que se ha agachado hacia el camino polvoriento, ha escupido en un montoncito de tierrilla y con el dedo está mezclando la tierra con la saliva y formando una pelotita de barro, y que, mientras Andrés, siempre condescendiente, va por el ciego, que en este momento está para torcer hacia la callecita donde está la casa de José de Seforí, se 1a extiende en los dos índices y se queda con las manos como las tienen los sacerdotes en la Santa Misa, durante el Evangelio o la Epístola. Pero Judas se retira de su lado diciendo a Mateo y a Pedro:

-Venid aquí, vosotros que tenéis poca estatura, y veréis mejor.

Y se pone detrás de todos, casi tapado por los hijos de Alfeo y por Bartolomé, que son altos.

Andrés vuelve, trayendo de la mano al ciego, que se esfuerza en decir:

-No quiero dinero. Dejadme que siga mi camino. Sé dónde está ese que se llama Jesús. Y voy para pedir...

-Éste es Jesús, éste que está enfrente de ti - dice Andrés deteniéndose delante del Maestro.

Jesús, contrariamente a lo habitual, no pregunta nada al hombre. Enseguida le extiende ese poco de barro que tiene en los índices, sobre los párpados cerrados, y le ordena:

-Y ahora ve, lo más deprisa que puedas, a la cisterna de Siloé, sin detenerte a hablar con nadie.

El ciego, embadurnada la cara de barro, se queda un momento perplejo y abre los labios para hablar. Luego los cierra y obedece. Los primeros pasos son lentos, como de uno que esté pensativo o se sienta defraudado. Luego acelera el paso, rozando con el bastón la pared, cada vez más deprisa (para lo que puede un ciego, aunque quizás más, como si se sintiera guiado...).

Los dos jerosolimitanos ríen sarcásticamente, meneando la cabeza, y se marchan. José de Arimatea -y me sorprende el hecho- los sigue, sin siquiera saludar al Maestro, volviendo sobre sus pasos, o sea, hacia el Templo, siendo así que por esa misma dirección venía. Así, tanto el ciego como los dos como José de Arimatea van hacia el sur de la ciudad, mientras que Jesús tuerce hacia occidente y lo pierdo de vista, porque la voluntad del Señor me hace seguir al ciego y a los que le siguen.

Superada Beceta, entran todos en el valle que hay entre el Moria y Sión -me parece que he oído otras veces llamarle Tiropeo- y lo recorren todo hasta Ofel; orillan Ofel; salen al camino que va a la fuente de Siloé, siempre en este orden: primero, el ciego, que debe ser conocido en esta zona popular; luego los dos; último, distanciado un poco, José de Arimatea.

José se para cerca de una casita miserable, semiescondido por un seto de boj, que sobresale rodeando el huertecillo de la mísera casa. Pero los otros dos van hasta la misma fuente y observan al ciego, que se acerca cautamente al vasto estanque y, palpando el murete húmedo, introduce en la cisterna una mano y la saca rebosando de agua, y se lava los ojos, una, dos, tres veces. A la tercera aprieta también contra la cara la otra mano, deja caer el bastón y lanza un grito como de dolor.

Luego separa lentamente las manos y su primer grito de pena se transforma en un grito de alegría:

-¡Oh! ¡Altísimo! ¡Yo veo! - y se arroja al suelo como vencido por la emoción, las manos puestas para proteger los ojos, apretadas contra las sienes, por ansia de ver, por el sufrimiento de la luz, y repite:

-¡Veo! ¡Veo! ¡Ésta es entonces la tierra! ¡Ésta es la luz! ¡Ésta es la hierba que conocía sólo por su frescura!... Se levanta y, estando encorvado, como uno que lleva un peso, su peso de alegría, va al arroyo que se lleva el agua que sobra, y mira cómo fluye brillante y risueña, y susurra:

-Y esto es el agua... ¡Claro! Así la sentía entre los dedos (introduce la mano en ella), fría y que no se sujeta. Pero no te conocía... ¡Ah, hermosa, hermosa! ¡Qué hermoso es todo!

Levanta la cara y ve un árbol... Se acerca a él, lo toca, alarga una mano, acerca hacia sí una ramita, la mira, y ríe, ríe, y da sombra a los ojos con la mano y mira al cielo, al Sol, y dos lágrimas descienden de los párpados vírgenes abiertos para contemplar el mundo... Y baja los ojos hacia la hierba, donde una flor ondea en la cima de su tallo, y se ve a sí mismo, reflejado en el agua del arroyo, y se mira y dice:

-¿Así soy yo? - y observa, asombrado, a una tórtola que ha venido a beber un poco más allá, y a una cabrita que arranca las últimas hojas de un rosal agreste, y a una mujer que viene hacia la fuente con un hijito contra su pecho. Y esa mujer le recuerda a su madre, a su madre de desconocido rostro, y, alzando los brazos al cielo, grita:

-¡Bendito seas, Altísimo, por la luz, por la madre, y por Jesús! - y se echa a correr, dejando en el suelo su bastón, ya inútil...

Los dos no han esperado a ver todo esto. En cuanto han visto que el hombre veía, han ido raudos hacia la ciudad. José, sin embargo, se queda hasta el final, y, cuando el ciego que ya no es ciego pasa por delante de él como una flecha para entrar en el dédalo de callejuelas del popular barrio de Ofel, deja a su vez su lugar y vuelve sobre sus pasos, hacia la ciudad, muy pensativo...

E1 barrio de Ofel, siempre ruidoso, ahora está se puede decir alborotado: unos corren hacia la derecha, otros hacia la izquierda; preguntas, respuestas.

-Pero lo habréis confundido con otro...

-Te digo que no. Le he preguntado: "¿Pero eres realmente tú, Sidonio, llamado Bartolmái?", y él me ha dicho: "Lo soy". Quería preguntarle cómo sucedió, pero se fue corriendo.

-¿Dónde está ahora?
-Donde su madre, sin duda.
-¿Quién? ¿Quién lo ha visto? - preguntan nuevos llegados.
-¡Yo!
-¡Yo!- responden varios.
-¿Y cómo ha sucedido?
-...Yo lo he visto correr sin bastón, con dos ojos en la cara, y he dicho: "¡Mira! Así sería Bartolmái si..."
« -Te digo que estoy temblando a más no poder. Entrando, ha dicho: "¡Madre, te veo!"
-Una gran dicha para los padres. Ahora podrá ayudar al padre y ganarse su pan...
-¡Esa pobre mujer se ha sentido mal de la alegría! ¡Una cosa! ¡Una cosa! Yo había ido a pedir un poco de sal y...
-Vamos, deprisa, a oírselo a él...

José de Arimatea se encuentra aprisionado en medio de este jaleo no sé si por curiosidad o si por espíritu de imitación, sigue la corriente y acaba en un callejón que no tiene salida, que si prosiguiera iría al Cedrón, donde la gente se apiña y sobrepuja con sus voces el frufrú de las aguas del torrente, engrosado por las lluvias de otoño. José llega allí cuando, por otra callecita que desemboca en ésta, vienen los dos de antes con otros tres: un escriba, un sacerdote y otro que no identifico por el indumento. Se abren paso con arrogancia y tratan de entrar en la casa abarrotada de gente.

La casa es: una cocina grande, negra como el alquitrán, con un rincón aislado por un rústico tabique de tablas, tras el cual hay una yacija y una puerta que da a otro cuarto que tiene una cama más grande; una puerta, abierta en la pared opuesta, deja ver un huertecito de pocos metros cuadrados. Eso es todo.

E1 ciego curado habla arrimado a la mesa, respondiendo a los que le preguntan, que son todos gente pobre como él, población modesta de Jerusalén, de este barrio que es quizás el más pobre de todos. Su madre, en pie al lado de él, lo mira y llora secándose los ojos en su velo. El padre, un hombre ajado por el trabajo, se manosea la barba con su mano trémula. Entrar en la casa es imposible hasta para la prepotencia judía y doctoral, y los cinco tienen que escuchar desde fuera las palabras del curado.

-¿Que cómo se me han abierto? Ese hombre que se llama Jesús me ha ensuciado los ojos con tierra mojada y me ha dicho: "Ve a lavarte en 1a fuente de Siloé". He ido, me he lavado y se han abierto los ojos y he visto.

-¿Pero cómo es que has encontrado al Rabí? Siempre decías que eras un desdichado porque nunca lo encontrabas, ni siquiera cuando pasaba siempre por aquí para ir a casa de Jonás al Getsemaní. Y hoy, ahora que no se sabe nunca dónde está...

-¡Hombre! Ayer al anochecer vino un discípulo suyo y me dio dos monedas: Me dijo: "¿Por qué no tratas de ver?". Le dije: "He buscado, pero no encuentro nunca a ese Jesús que hace los milagros. Lo busco desde que curó a Analía, de mi mismo barrio, pero si voy acá Él está allá...", y él me dijo: "Yo soy un apóstol suyo y lo que yo quiero lo hace. Ven mañana a Beceta y busca la casa de José el galileo, el del pescado seco, José de Seforí, cerca de la puerta de Herodes y del arco de la plaza, por la parte oriental, y verás que antes o después Él pasa por allí o entra en la casa, y yo le señalaré tu presencia". Dije: "Pero mañana es sábado". Quería decir que Él no haría nada en sábado. Me dijo: "Si quieres curarte, es el día, porque después dejamos la ciudad, y no sabes si podrás volver a encontrarlo". Yo insistí: "Sé que lo persiguen. Lo he oído en las puertas de la muralla del Templo, donde voy a pedir limosna. Por eso digo que ahora que lo persiguen así menos todavía querrá ser perseguido y no curará en sábado". Y él: "Haz lo que te digo y en sábado verás el Sol". Y he ido. ¿Quién no habría ido? ¡Si lo dice un apóstol suyo! También me dijo: "A mí es al que más escucha, y vengo expresamente porque me inspiras compasión y porque quiero que resplandezca su poder ahora que lo han ultrajado. Tú, ciego de nacimiento, harás que resplandezca. Sé lo que digo. Ven y verás". Y he ido. No había llegado todavía a la casa de José, cuando un hombre me ha tomado de la mano, pero por la voz no era el de ayer, y me ha dicho: "Ven conmigo, hermano". No quería ir. Creía que me quisiera dar pan y dinero, o quizás vestidos, y le decía que me dejara seguir mi camino porque había sabido dónde encontrar al llamado Jesús; y el hombre me ha dicho: "Éste es Jesús, este que está delante de ti". Pero yo no he visto nada, porque era ciego. He sentido dos dedos embadurnados en tierra mojada que me tocaban aquí y aquí, y he oído una voz que me decía: "Ve rápido a Siloé y lávate y no hables con nadie". Y lo he hecho. Pero estaba desalentado, porque esperaba ver enseguida, y casi he creído que hubiera sido una broma de jóvenes sin corazón, y casi no quería ir. Pero he sentido dentro una especie de voz decir: "Ten esperanza y obedece". Y entonces he ido a la fuente y me he lavado y he visto.

Y el joven se detiene, extático, y piensa de nuevo en la alegría de su primer momento de ver...
-¡Que salga ese hombre! ¡Queremos hacerle una serie de preguntas! -gritan los cinco.
El joven se abre paso y sale a la puerta.
-¿Dónde está el que te ha curado?
-No sé - dice el joven, al cual un amigo le ha susurrado: «Son escribas y sacerdotes».
-¿Cómo que no lo sabes? Decías ahora que lo sabías. ¡No mientas a los doctores de la Ley y al sacerdote! ¡Ay de aquel que trate de engañar a los magistrados del pueblo!
-Yo no engaño a nadie. Ese discípulo me dijo: "Está en esa casa" y era verdad, porque yo estaba cerca cuando me han tomado de la mano y conducido donde Él. Pero, dónde está ahora, no lo sé. El discípulo me dijo que se marchaban. Podría haber salido ya por la puerta.
-¿Pero a dónde iba?
-¿Y yo qué sé?! Irá a Galilea... ¡Teniendo en cuenta cómo lo tratan aquí!...
-¡Necio e irrespetuoso! ¡Ten cuidado de cómo hablas, hez del pueblo! Te he dicho que digas por qué camino iba.
-¿Y cómo queréis que lo sepa si estaba ciego? ¿Puede un ciego decir por dónde va otro?
-Está bien. Síguenos.
-¿A dónde queréis llevarme?

-A los jefes de los fariseos.

-¿Por qué? ¿Qué tienen que ver conmigo? ¿Acaso me han curado ellos para que tenga que agradecérselo? Cuando estaba ciego y pedía limosna, mis manos no sentían nunca sus monedas; mi oído, nunca su palabra compasiva; mi corazón, nunca su amor. ¿Qué tengo que decirles? Sólo a uno debo decir "gracias", después de a mi padre y a mi madre, que durante tantos años me han amado siendo un desdichado. Y es a este Jesús que me ha curado amándome con su corazón, como mis padres con el suyo. No voy donde los fariseos. Me quedo aquí con mi madre y mi padre, a gozar de ver su rostro y ellos mis ojos que han nacido ahora, después de tantas primaveras desde aquella en que nací pero no vi la luz.

-No tantas palabras. Ven y síguenos.

-¡Que no! ¡Que no voy! ¿Habéis, acaso, enjugado alguna vez una lágrima de mi madre, abatida por mi desventura, o una gota de sudor de mi padre, agotado por el trabajo? Ahora puedo hacerlo yo con mi vista. ¿Debería, acaso, dejarlos y seguiros?

-Te lo ordenamos. No eres tú el que ordena, sino el Templo y los jefes del pueblo. Si la soberbia de estar curado te ofusca la mente para recordar que mandamos nosotros, nosotros te lo recordamos. ¡Vamos! ¡Camina!

-¿Pero por qué tengo que ir? ¿Qué queréis de mí?

-Que declares sobre esta cosa. Es sábado. Obra llevada a cabo en sábado. Debe registrarse, por el pecado. Pecado tuyo y de ese diablo.

-¡Diablos, vosotros! ¡Pecado, vosotros! ¡Y voy a ir a declarar contra el que me ha hecho un bien? ¡Vosotros estáis borrachos! Al Templo iré. Para bendecir al Señor. Y nada más que eso. Durante muchos años he estado en la sombra de la ceguera. Pero los párpados cerrados han creado tiniebla sólo para los ojos. E1 intelecto ha estado igual en la luz, en gracia de Dios, y me dice que no debo dañar al único Santo que hay en Israel.

-¡Basta! ¿No sabes que hay castigos para quien se opone a los magistrados?

-Yo no sé nada. Aquí estoy y aquí me quedo. Y no os conviene hacerme ningún daño. Ya veis que todo Ofel está de mi parte.

-¡Sí! ¡Sí! ¡Dejadlo! ¡Ventajistas! Dios lo protege. No lo toquéis ¡Dios está con los pobres! ¡Dios está con nosotros! ¡Explotadores, hipócritas!

La gente grita y amenaza, con una de esas espontáneas manifestaciones populares, que son las explosiones de indignación de los humildes contra quien los oprime, o de amor hacia quien los protege. Y gritan:

-¡Ay de vosotros si agredís a nuestro Salvador! ¡Al Amigo de los pobres! A1 Mesías tres veces Santo. ¡Ay de vosotros! No hemos temido la ira de Herodes ni la de los Gobernadores, cuando ha hecho falta. ¡No tememos las vuestras, viejas hienas de mandíbulas desdentadas! ¡Chacales de uñas desmochadas! ¡Inútiles prepotentes! Roma no quiere tumultos y no importuna al Rabí porque Él es paz. Pero a vosotros os conoce. ¡Marchaos! ¡Fuera de los barrios de los oprimidos por vosotros con diezmos superiores a sus fuerzas, para tener dinero para saciar vuestros apetitos y realizar torpes comercios. ¡Descendientes de Jasón! ¡De Simón! ¡Torturadores de los verdaderos Eleazares, de los santos Onías. *(2 Macabeos 4-6)*¡Vosotros que pisoteáis a los profetas! ¡Fuera! ¡Fuera!

El tumulto se enciende, cada vez más fiero.

José de Arimatea, aplastado contra un murete, espectador de los hechos, hasta ahora atento pero inactivo, con una agilidad insospechable en un viejo -y menos todavía estando tan arrebujado en túnicas y mantos-, salta al murete y, en pie, grita:

-¡Silencio, ciudadanos! ¡Escuchad a José el Anciano!

Una, dos, diez cabezas se vuelven en la dirección del grito. Ven a José. Gritan su nombre. Debe ser muy conocido el de Arimatea y debe gozar del favor del pueblo, porque los gritos de indignación se transforman en gritos de alegría:

-¡Está José el Anciano! ¡Viva él! ¡Paz y larga vida al justo! ¡Paz y bendición al benefactor de los indigentes! ¡Silencio, que habla José! ¡Silencio!

Con dificultad se hace silencio, y durante unos momentos se oye el susurro del Cedrón al otro lado de la callejuela. Todas las cabezas -habiendo ya olvidado todos el objeto que antes los hacía mirar en dirección opuesta: hacia los cinco desdichados e inconsiderados que han suscitado el tumulto- se dirigen hacia José.

-Ciudadanos de Jerusalén, hombres de Ofel, ¡por qué permitís que os cieguen la sospecha y la ira? ¿Por qué faltar al respeto y a las costumbres, vosotros que siempre habéis sido tan fieles a las leyes de los padres? ¿De qué tenéis miedo? ¡Acaso de que el Templo sea un Mólek que no devuelva lo que recibe? ¿Acaso de que vuestros jueces sean todos ciegos, más que vuestro amigo, ciegos en el corazón y sordos respecto a la justicia? ¿No es, acaso, costumbre el que un hecho prodigioso sea declarado, escrito y conservado por quien deba hacerlo para las crónicas de Israel? Dejad, pues, incluso por honor del Rabí a quien amáis, que el curado milagrosamente suba a declarar la obra por Él realizada. ¿Todavía titubeáis? Bien, pues yo me hago garante de que nada malo le sucederá a Bartolmái. Y sabéis que no miento. Como a un hijo amado de mi corazón lo escoltaré hasta allá arriba, y os lo traeré aquí después. Creed en mí. Y del sábado no hagáis un día de pecado con la rebelión contra vuestros jefes.

-¡Es como dice! No debemos. Podemos creerlo. Es un justo. En las buenas deliberaciones del Sanedrín siempre su voz está presente.

La gente intercambia sus ideas y al final grita:

-¡A ti sí, te confiamos nuestro amigo!

Y, dirigiéndose al joven:

-¡Ven! No temas. Con José de Arimatea estás tan seguro como con tu padre y más - y se abre para que el joven pueda ir donde José, que ha bajado de su púlpito improvisado; y, mientras pasa, le dicen:

-Vamos también nosotros. ¡No temas!

José, ricamente vestido de espléndida lana, pone una mano en un hombro del joven y se pone en camino. La túnica cenizosa y gastada del joven, su pequeño manto, van rozando contra la amplia túnica rojo oscura y el pomposo manto aún más oscuro del anciano miembro del Sanedrín. Detrás, los cinco; después de éstos, muchos, muchos de Ofel...

Ya están en el Templo, tras haber atravesado las calles centrales llamando la atención de muchos. Y la gente recíprocamente se señala al que antes era ciego, diciendo:

-¡Pero si es el que pedía limosna ciego! ¡Y ahora tiene ojos! Bueno, quizás es uno que se le parece. No. Es él, sin duda, y lo llevan al Templo. Vamos a oír - y la fila aumenta cada vez más, hasta que los muros del Templo se tragan a todos.

José guía al joven a una sala -no es el Sanedrín- donde hay muchos fariseos y escribas. Entra. Y con él entran Bartolmái y los cinco. A los lugareños de Ofel los echan para atrás reteniéndolos en el patio.

-Aquí está el hombre. Yo mismo os le he traído, pues, sin ser visto, he asistido a su encuentro con el Rabí y a su curación. Y os puedo decir que fue totalmente casual por parte del Rabí. El hombre, lo oiréis también vosotros, fue conducido -o mejor: invitado a ir- donde estaba el Rabí, por Judas de Keriot, a quien conocéis. Y yo he oído, y también estos dos que están conmigo han oído porque estaban presentes, cómo fue Judas el que tentó a Jesús de Nazaret en orden al milagro. Ahora aquí declaro que si hay que castigar a uno no es ni al ciego ni al Rabí, sino al hombre de Keriot, que -Dios ve si miento al decir lo que mi intelecto piensa- es el único autor del hecho, en el sentido de que lo ha provocado con intencionada maniobra. He dicho.

-Lo que dices no anula la culpa del Rabí. Si un discípulo peca, no debe pecar el Maestro. Y Él ha pecado curando en sábado. Ha realizado obra servil.

-Escupir en el suelo no es hacer obra servil. Y tocar los ojos de otro no es hacer obra servil. Yo también toco al hombre y no creo pecar.

-Él ha realizado un milagro en sábado. En esto está el pecado.

-Honrar el sábado con un milagro es gracia de Dios y su bondad. Es su día. ¿No puede, acaso, el Omnipotente celebrarlo con un milagro que haga resplandecer su poder?

-No estamos aquí para escucharte a ti. Tú no eres el encausado. Al que queremos interrogar es a ese hombre. Responde tú. ¿Cómo has obtenido la vista?

-Ya lo he dicho. Y éstos me han oído. El discípulo de ese Jesús ayer me dijo: "Ven y haré que te cures". Y fui. Y he sentido ponerme barro aquí y una voz que me decía que fuera a Siloé a lavarme. Lo he hecho y veo.

-¿Pero tú sabes quién te ha curado?

-¡Claro que lo sé! Jesús. Ya os lo he dicho.

-¿Pero sabes exactamente quién es Jesús?

-Yo no sé nada. Soy un pobre y un ignorante. Y hasta hace poco estaba ciego. Esto es lo que sé. Y sé que Él me ha curado. Y, si lo ha podido hacer, sin duda, Dios está con Él.

-¡No blasfemes! Dios no puede estar con quien no observa el sábado - gritan algunos.

Pero José y los fariseos Eleazar, Juan y Joaquín observan:

-Tampoco puede un pecador hacer esos prodigios.

-¿Acaso estáis seducidos también vosotros por ese poseído?

-No. Somos justos. Y decimos que, si Dios no puede estar con quien realiza obras en sábado, tampoco puede el hombre sin Dios hacer que un ciego de nacimiento vea - dice con calma Eleazar. Y los otros asienten.

-¿Y al demonio dónde lo dejáis? - gruñen los malévolos.

-No puedo creer, y tampoco vosotros lo creéis, que el demonio pueda realizar obras que tengan la virtud de hacer alabar al Señor - dice el fariseo Juan.

-¿Pero quién lo alaba?

-El joven, sus padres, todo Ofel, y yo con ellos, y conmigo todos los que son justos y temen santamente a Dios - rebate José.

Los malévolos, cortados, no sabiendo qué objetar, arremeten contra Sidonio, llamado Bartolmái:

-¿Tú qué dices del que te ha abierto ls ojos?

-Para mí es un profeta. Y más grande que Elías con el hijo de la viuda de Sarepta. Porque Elías hizo que el alma volviera al niño *(1 Reyes 17,17-24)*. Pero este Jesús me ha dado lo que nunca había perdido, porque no lo había tenido nunca: la vista. Y si me ha hecho los ojos, así, en un instante y con nada, excepto un poco de barro, mientras que en nueve meses mi madre con carne y sangre no había logrado hacérmelos, debe ser tan grande como Dios, que con barro hizo al hombre.

-¡Fuera! ¡Fuera! ¡Blasfemo! ¡Embustero! ¡Vendido! - y echan afuera al hombre como si fuera un réprobo.

-Ese hombre miente. No puede ser verdad. Todos pueden decir que uno que ha nacido ciego no se puede curar. Será uno que asemeja a Bartolmái, y preparado por el Nazareno... o... Bartolmái no ha estado nunca ciego.

Ante esta sorprendente afirmación, José de Arimatea reacciona sin vacilar:

-Que el odio ciegue se sabe desde los tiempos de Caín; pero que vuelva necia a la gente no se sabía aún. ¿Os parece lógico que uno llegue a la madurez de la juventud fingiéndose ciego por... esperar un presumible hecho estrepitoso y muy futuro? ¿O que los padres de Bartolmái no conozcan a su hijo o se presten a esta mentira?

-El dinero lo puede todo. Y son pobres.

-El Nazareno es más pobre que ellos.

-¡Mientes! Sumas de sátrapa pasan por sus manos.

-Pero no se paran en ellas ni un instante. Son de los pobres esas sumas; usadas para el bien, no para el engaño.

-¡Cómo lo defiendes! ¡Y eres uno de los Ancianos!

-José tiene razón. La verdad hay que decirla independientemente del cargo que un hombre ocupe - dice Eleazar.

-Corred a llamar al ciego. Y traedlo otra vez aquí. Y que otros vayan donde los padres y los traigan aquí - grita Elquías (ha abierto de par en par la puerta y ha dado la orden a algunos que estaban afuera esperando). Y su boca está casi recubierta de baba, de tanto como lo ahoga la ira.

Unos corren en una dirección, otros en otra. El primero que vuelve es Sidonio, llamado Bartolmái, sorprendido y molesto. Lo encajan en un rincón y lo miran al igual modo que una jauría de perros acecha a la caza... Luego, después de un buen rato, llegan los padres de él, rodeados de gente.

-Entrad vosotros. ¡Los demás, afuera!

Los dos entran asustados, y ven a su hijo allí, en el fondo, sano pero en situación de arresto. La madre, gimiendo, dice:

-¡Hijo mío'. ¡Y debía ser día de fiesta para nosotros!

-Escuchadnos. ¿Es vuestro hijo este hombre? - pregunta rudamente un fariseo.

-¡Sí que es nuestro hijo! ¿Quién creéis que puede ser, sino él?

-¿Estáis completamente seguros?

El padre y la madre están tan asombrados de la pregunta, que antes de responder se miran.

-¡Responded!

-Noble fariseo, ¿cómo piensas que un padre y una madre puedan engañarse respecto a su hijo? - dice humildemente el padre.

-¿Pero... podéis jurar... sí, que por ninguna suma os ha sido pedido decir que éste es vuestro hijo, mientras que es uno que le asemeja?

-¿Pedido decir? ¿Y quién habría sido? ¿Jurar? ¡Mil veces, y por el altar y el Nombre de Dios, si quieres!

-Es una afirmación tan segura que desalentaría hasta al más obstinado.

Pero los fariseos no se desalientan! Preguntan:

-¿Pero vuestro hijo no había nacido ciego?

-Sí. Así había nacido. Con los párpados cerrados y, debajo, el vacío, la nada...

-¿Y cómo es que ahora ve, tiene los ojos *y,* sobre ellos, abiertos los párpados? ¿No querréis decir que los ojos pueden nacer así, como flores en primavera, y que un párpado se abre exactamente como el cáliz de una flor!... - dice otro fariseo, y se ríe sarcásticamente.

-Sabemos que este hombre es verdaderamente nuestro hijo desde hace casi treinta años, y que nació ciego; pero no sabemos cómo es que ahora ve, ni tampoco quién le ha abierto los ojos. Y... ¿por qué no le preguntáis a él? No es un idiota ni un niño. Tiene ya sus buenos años. Preguntadle y os responderá.

-Vosotros mentís. Él, en vuestra casa, ha contado cómo ha sido curado y por quién. ¿Por qué decís que no sabéis? - grita uno de los dos que habían seguido siempre al ciego.

-Estábamos tan atónitos por la sorpresa, que no hemos oído - se justifican los dos.

Los fariseos se vuelven hacia Sidonio, llamado Bartolmái:

-Acércate ¡Y da gloria a Dios, si es que puedes! ¿No sabes que quien te ha dado los ojos es un pecador? ¿No lo sabes? Bueno, pues ya lo sabes. Lo decimos nosotros, que lo sabemos.

-¡Bueno...! Será como decís vosotros. Yo si es pecador no lo sé. Sé solo que antes estaba ciego y ahora veo, y bien nítido.

-Pero ¿qué te ha hecho? ¿Cómo te ha abierto los ojos?

-Ya os lo he dicho y no me habéis escuchado. ¿Queréis oírlo otra vez? ¿Por qué? ¿Es que queréis haceros discípulos de Él?

-¡Necio! Sé tú discípulo de ese hombre. Nosotros somos discípulos de Moisés. Y de Moisés sabemos todo, y que Dios le habló. Pero de este hombre no sabemos nada, ni de dónde viene ni quién es, y ningún prodigio del Cielo lo señala como profeta.

-¡Aquí precisamente está lo increíble! Que no sabéis de dónde es y decís que ningún prodigio lo señala como justo. Pero Él me ha abierto los ojos y ninguno de nosotros de Israel había podido hacerlo jamás, ni siquiera el amor de una madre y los sacrificios de mi padre. Pero hay una cosa que sabemos todos, tanto yo como vosotros, y es que Dios no presta oídos al pecador, sino a aquel que tiene temor de Dios y hace su voluntad. No se ha oído nunca que ninguno, en todo el mundo, haya podido abrir los ojos a un ciego de nacimiento; pero este Jesús lo ha hecho. Si no viniera de Dios, no habría podido hacerlo.

-Has nacido enteramente en el pecado, eres deforme en el espíritu igual y más de lo que lo fuiste en el cuerpo, ¿y te las das de poder enseñarnos a nosotros? ¡Fuera, maldito aborto, y hazte diablo con tu seductor! ¡Fuera! ¡Fuera todos, plebe necia y pecadora! - y echan fuera a hijo, padre y madre, como si fueran tres leprosos.

Los tres se marchan raudos, seguidos por los amigos. Pero, llegado afuera de la muralla, Sidonio se vuelve y dice:

-¡Para vosotros la perra gorda! Decid lo que queráis. La verdad es que yo veo, y alabo a Dios por ello. Y diablos seréis vosotros, no el Bueno que me ha curado.

-¡Calla, hijo! ¡Calla! ¡Basta que no nos perjudique!... - gime la madre.

-¡Oh, madre! ¿El aire de aquella sala te ha envenenado el alma, a ti que en mi dolor me enseñabas a alabar a Dios y ahora en la alegría no le sabes dar gracias y temes a los hombres? Si Dios me ha amado tanto, y te ha amado tanto, que nos ha dado el milagro, ¿no sabrá defendernos de un puñado de hombres?

-Nuestro hijo tiene razón, mujer. Vamos a nuestra sinagoga a alabar al Señor, dado que del Templo nos han echado. Y vamos raudos, antes de que termine el sábado...

Y, acelerando el paso, desaparecen por los caminos del valle.

## En la casa de Juan de Nob, otra alabanza a la Corredentora. Embustes de Judas Iscariote.

Jesús está en Nob. Y debe ser desde hace poco, porque está organizándose y dividiendo en tres grupos de cuatro personas a sus doce para distribuirlos en las casas. Él se queda con Pedro, Juan, Judas Iscariote y Simón Zelote, mientras que Santiago de Zebedeo tiene a cargo el grupo compuesto por Mateo, Judas de Alfeo y Felipe, y Bartolomé está a la cabeza del tercero, y los que a él están sujetos son Santiago de Alfeo, Andrés y Tomás.

-Iréis a donde han ofrecido recibiros, después de cenar. Volveréis aquí por la mañana y os diré lo que tenéis que hacer. En las horas de las comidas estaremos juntos. Recordad lo que os he dicho muchas veces: que también con el modo de vivir y convivir entre vosotros y con quien os recibe debéis predicar mi Doctrina. Sed, pues, sobrios, pacientes, honestos en vuestras palabras, en vuestras acciones, en vuestras miradas, de manera que la justicia emane de vosotros como un perfume. Ya veis cómo los ojos del mundo están siempre sobre nosotros, para calumniarnos o para estudiarnos, y también por veneración. Pero éstos son los menos entre los muchos ojos que nos observan. Y, no obstante, de estos pocos debemos tener sumo cuidado, porque sobre su fe carga el trabajo del mundo, para desmoronarla, y todo sirve al mundo como arma para destruir el amor de los buenos hacia mí, y, como consecuencia, hacia vosotros. No ayudéis, pues, al mundo con un modo de vida no santo, y no hagáis, siendo para ellos objeto de escándalo, más pesada la fatiga de los que deben defender su fe de las insidias de mis adversarios. El escándalo deja desorientadas a las almas, las aleja, las debilita. ¡Ay de aquel apóstol que sea escándalo para las almas! Peca contra su Maestro y contra su prójimo, contra Dios y contra el rebaño de Dios. Me fío de vosotros. No hagáis que a mi dolor, que es mucho, se una otro dolor que me venga de vosotros.

-No temas, Maestro. De nosotros no recibirás dolor, a menos que Satanás nos extravíe a todos - dice Bartolomé.

Entra Anastática, que está en la cocina con Elisa, y dice:

-La cena está preparada, Maestro. Baja mientras está caliente. Te repondrás.

-Vamos.

Y Jesús se levanta y sigue a la mujer hacia abajo por la pequeña escalera que desde la habitación de arriba -donde están preparadas ya unas camas modestas- baja hasta el huertecito. Y de este entra en la cocina, alegrada por un fuego vivo.

Está el anciano Juan junto al fuego, y Elisa ajetreada con las cosas de comer. Ella se vuelve con una sonrisa materna a mirar a Jesús cuando entra, y se apresura a volcar en una bandeja grande el trigo o cebada cocidos en la leche (esto ya lo he visto hacer a María de Alfeo en Nazaret antes de la partida de Juan y Síntica).

-Mira. He tenido siempre presente que María Cleofás me dijo que te gustaba. Y había reservado la mejor miel para hacerlo también para Margziam... Siento que el niño no haya venido...

-Nique ha querido que se quedara, junto con Isaac, dado que mañana a la aurora salen, y ella aprovecha el carro hasta Jericó para llevar a cabo la misión que ya sabes...

-¿Qué misión, Maestro? - pregunta interesado Judas Iscariote.

-Una misión muy femenina. Criar a un niño. Lo único que el niño no necesita leche, sino fe, porque es un niño en el espíritu. Pero la mujer es siempre madre, y sabe hacer estas cosas. ¡Y una vez que ha comprendido!... Vale cuanto el hombre. Y con la superioridad de la fuerza de su dulzura materna.

-¡Qué bueno eres con nosotras, Maestro! - dice Elisa acariciándolo con la mirada.

-Soy veraz, Elisa. Nosotros de Israel, y no sólo nosotros, estamos acostumbrados a ver a la mujer como si fuera un ser inferior, a pensar en ella así. No. Si está sujeta al hombre, como es justicia, si en ella recae más el castigo por el pecado de Eva, si su misión está destinada a desarrollarse entre velos y penumbras, sin gestos ni gritos llamativos, si todo en ella sucede como celado bajo un entrecielo, no por ello es menos fuerte o menos capaz que los hombres. Incluso sin traer a la memoria a las grandes mujeres de Israel, Yo os digo que hay mucha fuerza en el corazón de la mujer. En el corazón. Como para nosotros, varones, en la mente. Y os digo que está para cambiar la posición de la mujer respecto a las tradiciones, como respecto a muchas otras cosas. Y ello será justo, porque de la misma manera que Yo para los hombres todos, así, una Mujer obtendrá en modo especial para las mujeres gracia y redención.

-¿Una mujer? ¿Y, según Tú, cómo va a redimir una mujer? - y Judas de Keriot se ríe.

-En verdad te digo que Ella ya está redimiendo. ¿Tú sabes lo que es redimir?

-¡Claro que lo sé! Es liberar del pecado.

-Sí. Pero liberar del pecado no serviría de mucho, porque el Adversario es eterno y volvería a insidiar. Pero del Jardín terrenal una voz surgió, la Voz de Dios, diciendo: "Pondré enemistad entre ti y la Mujer... Ella te aplastará la cabeza y tú acecharás su calcañar". Nada más que una asechanza, porque la Mujer tendrá, tiene en sí, aquello que vence al Adversario. Y redime, por tanto, desde que existe. Redención ya presente, aunque celada. Pero pronto se manifestará al mundo, y las mujeres se fortalecerán en Ella.

-Que Tú redimas... de acuerdo. Pero una mujer que pueda... No lo acepto, Maestro.

-¿No recuerdas a Tobías? ¿Su cántico? *(Tobías 13).*

-Sí. Pero habla de Jerusalén.

-¿Tiene, acaso, ya Jerusalén un Tabernáculo en que esté Dios? ¿Puede Dios asistir desde su gloria a los pecados que se consuman dentro de las murallas del Templo? Otro Tabernáculo era necesario, y que fuera santo, y que fuera estrella que recondujera los errantes al Altísimo. Y esto se da en la Corredentora, que por los siglos de los siglos exultará de ser la Madre de

los redimidos. "Tú brillarás con luz espléndida. Todos los pueblos de la Tierra se postrarán ante ti. Las naciones llegarán a ti desde lejos, llevando dones, y adorarán en ti al Señor... Invocarán tu gran nombre... Los que no te escuchen estarán entre los malditos, y benditos aquellos que se adhieran a ti... Serás feliz en tus hijos, porque ellos serán los benditos reunidos con el Señor". El verdadero cántico de la Corredentora. Y ya en el Cielo lo cantan los ángeles, que ven... La Jerusalén nueva y celeste comienza en Ella. ¡Oh, sí, esto es verdad! Y el mundo la ignora. Y la ignoran los ofuscados rabíes de Israel...

Jesús se sumerge en sus pensamientos...

-¿Pero de quién habla? - pregunta Judas Iscariote a Felipe, que está a su lado.

Antes de que Felipe responda, Elisa, que está poniendo en la mesa queso y aceitunas negras, dice, más bien con dureza:

-De su Madre habla. ¿No lo comprendes?

-Nunca he sabido que sea nombrada por los profetas como mártir... Se habla únicamente del Redentor, y...

-¿Y piensas que existe sólo la tortura de la carne? ¿Y no sabes que esa cosa no es nada, para una madre, respecto a la de ver morir a un hijo? ¡Tu mente -no hablo de tu corazón, no sé qué latido tiene, tu mente de que te jactas no te dice que un sinfín de veces una madre se sometería a la tortura y a la muerte con tal de no oír un gemido del hijo? Hombre, tú eres hombre y conoces el saber. Yo sé ser mujer y madre; no sé otra cosa. Pero te digo que eres más ignorante que yo, porque ni siquiera conoces el corazón de tu madre...

-¡Me ofendes!

-No. Soy anciana y te aconsejo. Haz sagaz tu corazón y evitarás llanto y castigo. Haz eso, si puedes.

Los apóstoles, especialmente Judas de Alfeo, Santiago de Zebedeo, Bartolomé y el Zelote, se miran de reojo disimuladamente y agachan la cabeza para ocultar la sonrisita que aflora en sus labios por las francas palabras de Elisa al apóstol que se cree perfecto. Jesús sigue absorto y no oye nada.

Elisa se vuelve a Anastática y dice:

-Ven. Mientras terminan de comer vamos a preparar otras dos camas, porque tres son pocas - y hace ademán de querer salir.

-¡Elisa, no dejaréis la vuestra, ¿no?! - exclama Pedro - No está bien. Yo y Juan podemos dormir en las tablas. Estamos acostumbrados.

-No, Simón. Hay cañizos y esteras. Están guardados. Ahora los montamos en los caballetes.

Sale con la otra.

A los apóstoles, cansados y con el calorcito de la cocina, casi se les cae la cabeza. Jesús, apoyados el codo en la mesa y la cabeza en la mano, piensa.

Un golpe en la puerta. Tomás, que es el más cercano, se levanta vara abrir. Exclama:

-¿Tú, José? ¿Y con Nicodemo? ¡Entrad! ¡Entrad!

-Paz a ti, Maestro, y a los que están en esta casa. Vamos a Ramá, Maestro; Nicodemo me ha invitado a ir allí. Pasando, hemos dicho: Detengámonos a saludar al Maestro". Queríamos saber si... te habían importunado más, visto que han ido a casa de José a buscarte. Te han buscado ya por todas partes, después de que has curado a aquel ciego. Es verdad que no han paseado fuera de las murallas. No han movido una silla, para no profanar el sábado. Y por eso se creen puros. Pero, para buscarte, para seguir a Bartolmái, han recorrido mucho más del máximo.

-¿Y cómo lo han sabido, si el Maestro no ha hecho nada en la calle? - pregunta Mateo.

-¡Eso! Ni siquiera nosotros hemos sabido si estaba curado. Hemos ido a la sinagoga y luego a saludar a Nique y a Isaac y a Margziam, que se quedan donde ella. Y luego, después del ocaso, rápidamente hemos venido aquí - dice Pedro.

-Vosotros no lo habéis sabido. Pero los enviados de los fariseos sí. Vosotros no lo habéis visto, pero yo sí. Dos de ellos estaban presentes cuando el Maestro tocó los ojos al ciego. Desde horas antes estaban esperando.

-¿Y eso? ¿Por qué? - pregunta Judas de Keriot con aire de inocente.

-¿A mí me lo preguntas?

-Es una cosa extraña. Por eso lo pregunto.

-Cosa más extraña es que de un tiempo a esta parte donde está el Maestro hay siempre espías.

-Los buitres van donde está el despojo; los lobos, donde el rebaño.

-Y los ladrones, donde un cómplice les señala una caravana. Es como has dicho.

-¿Qué quieres insinuar?

-Nada. Completo tu proverbio aplicándolo a los hombres. Porque Jesús es hombre; y hombres son sus trasechadores.

-Cuenta, José, cuenta... - dicen muchos de los presentes.

-Si el Maestro quiere... he venido para contar.

-Habla - dice Jesús.

Y José narra minuciosamente todo lo que ha observado. Pero omite el detalle de que fue Judas el que habló al ciego del domicilio de Jesús.

Los comentarios son muchos, furiosos, doloridos, según los corazones. Y Judas de Keriot es el más -en apariencia- afligido e inquieto. Contra todos, y especialmente contra el ciego imprudente que ha venido a ponerse en el sendero de Jesús en día de sábado, confiando en la conocida bondad del Maestro...

-¡Pero si has sido tú el que se lo has señalado! Estaba cerca de ti y he oído - dice Felipe asombrado.

-Señalar no quiere decir ordenar hacer.

-¡Ah, te creo, que no te habrías permitido dar órdenes al Maestro!... - dice Judas Tadeo.

-¿Yo? ¡Nada que ver! Se lo he señalado sólo para pedir explicación.

-Sí. Pero señalar, a veces, es también tentar a hacer. Y esto lo has hecho - rebate Judas Tadeo.

-Eso lo dices tú, pero no es verdad - afirma Judas con desfachatez.

-¿Que no es verdad? ¿Estás completamente seguro? ¿Seguro como de vivir, de no haber hablado nunca de Jesús al ciego, de no haberlo sugestionado para que se dirigiera a Jesús, y, estás seguro, naturalmente, de no haberlo inducido a hacerlo inmediatamente, antes que Jesús dejara la ciudad? - pregunta José de Arimatea.

-¡Por supuesto! ¡Y quién ha hablado a ese hombre? Yo seguro que no. Estoy siempre con el Maestro, día y noche, y si no con Él con los compañeros...

-Creía que lo habías hecho ayer, cuando saliste con las mujeres - dice Bartolomé.

-¿Ayer? Tardé menos en ir y volver que una golondrina volando. ¿Cómo hubiera podido buscar al ciego, encontrarlo y hablar con él en tan poco tiempo?

-Quizás te encontraste con él...

-¡Jamás lo había visto!

-Entonces ese hombre es un mentiroso, porque ha afirmado que tú le habías dicho que viniera, y dónde, y cómo hacer las cosas; y le habías garantizado que Jesús le prestaría oídos y... - dice José de Arimatea.

Judas le interrumpe con violencia:

-¡Basta! ¡Basta! ¡Merece volverse ciego otra vez por todas las mentiras que dice! Yo, y puedo jurarlo por el Santo, no lo conozco nada más que de vista, y nunca he hablado con él.

-Verdaderamente basta así. Tu alma está en regla, Judas de Keriot, que no temes a Dios porque sabes que tus obras son santas. Dichoso tú... que no temes nada - le dice José, mirándolo con severidad, con unos ojos que perforan.

-No temo, no, porque no tengo pecado.

-Todos pecamos, Judas. ¡Y poco aún es si sabemos arrepentirnos después de los primeros pecados y no aumentarlos en número y en maldad! - dice Nicodemo, que hasta ahora no ha hablado.

Y luego se vuelve hacia el Maestro y dice:

-Lo penoso es que José de Seforí ha sido amenazado con ser expulsado de la sinagoga, si vuelve a hospedarte, y Bartolmái ya ha sido expulsado. Iba a ella con su padre y su madre, pero unos fariseos lo esperaban y le negaron la entrada, y lo anatematizaron.

-¡Esto ya es demasiado! ¿Hasta cuándo, Señor...? - gritan muchos de los presentes.

-¡Calma! ¡Calma! No pasa nada. Bartolmái está en el camino del Reino. ¿Qué ha perdido, pues? Está en la Luz. ¿No es, entonces, más hijo de Dios que antes? ¡Oh, no confundáis los valores! ¡Calma! ¡Calma! No iremos tampoco a casa de José... Lo que siento es que Isaac piensa llevar allí a mi Madre y a María de Alfeo... Pero, en todo caso, serían pocas horas, porque ya hay uno que ha proveído a ello.

Se dirige a Juan de Nob:

-Padre, ¿tienes miedo del Sanedrín? Ya ves lo que cuesta dar posada al Hijo del hombre... Eres anciano. Eres un fiel israelita. Podrías ser expulsado de la sinagoga en tus últimos sábados. ¿Serías capaz de soportarlo? Habla con sinceridad, y Yo, si temes, me iré. Una cueva quedará en los montes de Israel para el Hijo de Dios...

-¿Yo, Señor? ¿A quién crees que puedo temer, sino a Dios? No tengo miedo de la boca del sepulcro -es más, la miro como a cosa amiga-, ¿y crees que puedo tener miedo de la boca de los hombres? Sólo temería el juicio de Dios si, por miedo a los hombres, alejara de mí a Jesús, ¡el Cristo de Dios!

-De acuerdo. Eres un hombre justo... Me quedaré aquí... cuando no esté en las ciudades cercanas, como tengo pensado hacer todavía otra vez.

-Ve a Ramá y vienes a mi casa, Señor - dice Nicodemo.

-¿Y si te perjudica?

-¿Acaso no te invitan, por mala fe, los fariseos? ¿No podría hacerlo yo, para profundizar en tu corazón?

-Sí, Maestro. Vamos a Ramá. Mi padre se alegrará mucho, si está en casa. Y, si no está, como sucede a menudo, encontrará tu bendición a su regreso - suplica Tomás.

-El primer lugar al que iremos será Ramá, mañana...

-Maestro, nosotros te dejamos. Tenemos afuera las cabalgaduras y estaremos en Ramá antes del final de la segunda vigilia. La Luna pone blancos los caminos, como de pálido sol. Adiós, Maestro. La paz sea contigo - dice Nicodemo.

-La paz a ti, Maestro... y, escucha un consejo bueno de José el Anciano. *Sé un poco astuto. Vigila alrededor de ti. Abre los ojos y cierra la boca. Haz, y no digas nunca antes lo que quieres hacer...* Y no vengas a Jerusalén durante un tiempo; y, si vienes, no vayas al Templo sino el tiempo necesario para orar. ¿Me comprendes? Adiós, Maestro. La paz a ti.

José ha remarcado mucho las palabras que subrayo, y, mientras las decía, miraba intensamente a Jesús; ya simplemente su mirada era un aviso.

Salen al huertecito, blanco de luna. Desatan dos robustos asnos que estaban atados al tronco del nogal; suben a la silla y se marchan por el camino desierto y blanco...

Jesús vuelve a la cocina con los suyos...

-Pero ¿qué habrá querido decir aquí al final?

-Y ¿cómo se habrán enterado ésos?

-¿Qué le harán a José de Seforí?

-Nada. Palabras. Sólo palabras. No penséis ya más en ello. Son cosas pasadas y sin consecuencias. Vamos. Decimos la oración y nos separamos para la noche. "Padre nuestro..."».

Los bendice, los mira mientras se marchan. Luego sube, con los cuatro con que se ha quedado, a la habitación donde están las camas.

## 512

## Profecía ante un pueblo destruido.

No sé en qué lugar está Jesús. Es claro que entre montes. En un sitio destruido o por algún cataclismo o por una operación bélica y después abandonado. Y me inclinaría a pensar que por esto último, porque las ruinas de las casas muestran también señales de llamas en las bóvedas protegidas del agua y que aún pueden verse entre la maraña de las zarzas, hiedras y otras plantas trepadoras o parásitas, nacidas por todas partes. Las anchas hojas vellosas de una planta cuyo nombre desconozco, pero que he visto también en Italia, cubren por entero los restos -parecen un montecito de pronunciada pendiente- de una construcción. Más allá, una pared permanece enhiesta y sola contemplando el resto de la casa caída; está invadida por alcaparras y parietaria; y, por el antepecho de ojos de lo que era una terraza, cuelga una clemátide que ondea al viento sus ramas cua1 cabellera suelta. Otra casa derrumbada en el centro, pero que tiene en pie aún las paredes exteriores, parece un enorme jarrón de flores que, en vez de cabillos contiene árboles, nacidos espontáneamente en la cavidad en que antes había habitaciones. Otra, que, escalonadamente está en parte en pie, parece un altar preparado para un rito y ornado todo de verde. Dominando estas ruinas, un chopo, delgado y derecho como arista de espada, parece preguntar al cielo el porqué de una catástrofe de tanta magnitud. Y, entre casa y casa, entre montón y montón de escombros, obstinados árboles frutales ya silvestres, ensilvecidos, que aventajan a la otra vegetación o son aventajados por ella, nacidos de frutos caídos -árboles retorcidos, o erguidos, o rastreros, o nacidos en una abertura de una pared o en un pozo agotado-, parecen un bosque hechizado. Y pájaros y palomas, que salen de entre las quebraduras de las ruinas, se lanzan ávidos a los lugares cercanos donde antes había ciertamente campos arados, y ahora sólo hay una maraña de veza dura -reseca por el sol, y que abre sus vainas para dejar caer las semillas y luego volver a nacer en primavera- de cizañas, de joyos. Las palomas apartar con feroces aletazos a los pájaros más pequeños, que buscan algún que otro granito de mijo o algún cañamón, nacidos quién sabe de qué lejana semilla que durante años y años se ha perpetuado, con siembra espontánea, en los campos no cultivados. Y los pájaros se vengan, especialmente los reñidores, arrancando las gráciles espigas de mijo desmedrado, y llevándoselas a sus nidos, volando con dificultad muy sesgados por el peso y el estorbo de la panoja.

Jesús no tiene consigo sólo a los apóstoles, sino también a un buen grupo de discípulos, entre los cuales a Cleofás y Hermas de Emaús, hijos del viejo arquisinagogo Cleofás, y a Esteban. Y hay también hombres y mujeres: como si hubieran venido desde algún pueblo a invitar a Jesús para que fuera al suyo, o como si lo hubieran seguido después de que ya hubiera estado allí. Y Jesús, cruzando el lugar destruido, se detiene a mirar a menudo, y se para del todo cuando desde el lugar más alto puede dominar esa maraña de escombros y vegetales en que la vida está representada solamente por las palomas (un día, ciertamente, domésticas; ahora otra vez agrestes y feroces). Contempla, cruzados los brazos, la cabeza un poco agachada; y, cuanto más mira, más triste y pálido se pone.

-¿Por qué te quedas aquí, Maestro? El lugar te aflige, se ve. No te pares a contemplarlo. Me arrepiento de haberte hecho pasar por aquí, pero es un camino mucho más corto - dice Cleofás de Emaús.

-No miro lo que vosotros veis.

-¿Qué, entonces, Señor? ¿Será que ves el hecho pasado? Fue pavoroso, sin duda. -Éste es el sistema de Roma... - dice el otro de Emaús

-Y esto debería mover a reflexión... Observad todos. Aquí había una ciudad, no grande pero sí bonita. Hecha más de casas señoriales que de casas humildes. Y estos lugares que ahora son bosques agrestes eran de ricos. Y de ricos eran estos campos ahora estériles, cubiertos de zarzas, joyos, ortigas... Entonces había pingües árboles frutales y campos llenos de mieses. Y las casas eran bonitas en aquel entonces, con jardines llenos de flores, y pozos y fuentes en las que se bañaban las palomas y jugaban los niños. Eran felices todos los habitantes de este lugar. Y la felicidad no los hizo justos. Se olvidaron del Señor y de sus palabras... ¡Y ya veis! Ya no hay casas ni flores ni fuentes ni mieses ni frutos. Quedan sólo las palomas; y, ya no felices como entonces, en vez de disponer del trigo dorado y el comino -entonces los buscaban ávidas y de ellos se saciaban-, batallan ahora por conseguir unas pocas vezas ásperas, unos joyos amargos. ¡Y hay fiesta, si encuentran todavía una espiga de cebada renacida entre los espinos!...

Y, mirando, ya no veo las palomas... Veo caras, caras... muchas de las cuales no han nacido todavía... Veo ruinas, ruinas, y zarzas y lambrusca, y vezas silvestres que cubren tierras de la Patria... Y todo esto porque no se ha querido acoger al Señor. Oigo llantos de niños extenuados, más infelices que estos pájaros, a los que todavía Dios provee de un mínimo de ayuda para vivir, mientras que esos niños carecerán de toda ayuda, incluidos en el castigo general, y languidecerán en el pecho seco de sus madres, moribundas de inanición y dolor y espanto sin nombre. Y oigo los lamentos de las madres ante sus hijos muertos de hambre en su pecho. Y los lamentos de las esposas que ya no tienen esposo; de las vírgenes capturadas para placer de los vencedores; de los hombres encaminados hacia las cadenas tras haber conocido toda suerte de humillación de guerra; y de viejos que han vivido hasta ver cumplida la profecía de Daniel. *(Capítulo 9)*

Y oigo la voz incansable de Isaías *(28,11-12, 15,16-19)* en el soplo de este viento entre las ruinas, en el quejido de las palomas entre los escombros: "Con palabras extrañas, con lengua extranjera hablará el Señor a este pueblo, al cual ha dicho: Aquí está mi reposo. Dad reposo al fatigado; éste es mi alivio"'. Pero ellos no han querido escuchar. No. No han querido, y el Señor no puede hallar reposo en su pueblo. El cansado, que se ha cansado recorriendo sus comarcas, enseñando, curando, convirtiendo, consolando, no encuentra descanso sino persecución; no encuentra alivio, sino insidia y traición. Perfectamente

uno es el Hijo con el Padre. Y, si la Verdad os ha enseñado que hasta un vaso de agua dado a un hombre tendrá su recompensa, porque todo acto de misericordia hecho al hermano a Dios mismo se le hace, ¿qué castigo habrá para aquellos que hasta la piedra del sendero como almohada le niegan al Hijo del hombre, y el manantial montano que brota por bondad del Creador, y el fruto olvidado en la rama por estar enfermo o verde, y la espiga substraída a las palomas, y tienen ya preparado el lazo para estrangular el aire en la garganta y con el aire la vida?

¡Oh, desventurado Israel, que has perdido en ti la justicia y que has perdido la misericordia de Dios!

Y de nuevo se oye la voz de Isaías en el viento del atardecer, más tremenda que el grito del pájaro de muerte, casi tan tremenda como la que sonó en el Jardín terrenal para la condena de los dos culpables, y -¡oh, tremenda cosa!- ¡y no está unida esta voz del Profeta a la promesa de un perdón, como entonces, como entonces! No. No hay perdón para los que intentan burlarse de Dios, para los que dicen: "Hemos hecho alianza con la muerte, hemos estrechado un pacto con el infierno. Los flagelos, cuando vengan, no nos vendrán a nosotros, porque hemos puesto nuestras esperanzas en la Mentira y ella, que es poderosa, nos protege".

Oíd, oíd cómo repite Isaías lo que oyó al Señor: "Yo pondré, como fundamento de Sión, una piedra angular, elegida, preciosa... Juzgaré sopesando, haré justicia midiendo; y el granizo destruirá la esperanza en la Mentira, y las aguas arrasarán las protecciones, y será destruida vuestra alianza con la muerte, dejará de existir vuestro pacto con el infierno. Cuando pase, violento, el flagelo, os arrastrará tras sí; cada vez que pase os arrastrará, cada hora, y sólo los castigos os harán comprender la lección".

¡Desventurado Israel! Como estos campos -en que subsiste sólo la veza pobre y el amargo joyo, y donde ya no hay trigo- será Israel; y la tierra que no aceptó al Señor no tendrá pan para sus hijos, y los hijos que no quisieron acoger al cansado pasarán, castigados, enrudecidos, como galeotes amarrados al remo, a ser esclavos de aquellos a quienes despreciaron como inferiores. Dios verdaderamente trillará al pueblo soberbio bajo el peso de su justicia, y lo ahogará con la agramadera de su juicio...

Esto es lo que veo en estas ruinas. ¡Ruinas! ¡Ruinas! A Septentrión, a Mediodía, a Oriente y Occidente, y, sobre todo, en el centro, en el corazón, donde la ciudad culpable será transformada en putrefacta fosa...

Y lágrimas lentas descienden por el pálido rostro de Jesús, que levanta el manto para taparse la cara y deja descubiertos sólo los ojos, dilatados por la dolorosa visión.

Y reanuda la marcha, mientras los que están con Él van bisbiseando apenas, helados de espanto...

## 513

## En Emaús Montana, una parábola sobre la verdadera sabiduría y una advertencia a Israel.

La plaza de Emaús. Está llena de gente. Abarrotada. Y, en el centro de la plaza, Jesús a duras penas se mueve, pues está muy rodeado, muy oprimido por los que lo asedian. Jesús está entre el hijo del arquisinagogo y el otro discípulo; alrededor, con la hipotética intención de protegerlo, los apóstoles y los discípulos; entre éstos y aquéllos, propensos a introducirse por todas partes, como lagartijas entre la maraña de un tupido matorral, muchos niños.

¡Es maravilloso el atractivo que ejercía Jesús sobre los pequeñuelos! Jamás hay un lugar donde, conocido o desconocido, no se vea inmediatamente rodeado por los niños, felices de pegarse a sus vestiduras; más felices aún, si Él los roza con la mano haciéndoles una caricia llena de amor, aunque al mismo tiempo hable severamente a los adultos; felicísimos, si se sienta en un asiento, en un murete, en una piedra, en un tronco derribado o incluso en la hierba: entonces, teniéndolo a su altura, pueden abrazarlo, apoyar la cabecita en su hombro o en sus rodillas, introducirse por debajo del manto para hallarse dentro del círculo de sus brazos como pollitos que hubieran encontrado la más amorosa y protectora de las defensas. Y siempre Jesús los defiende de los desafueros de los adultos, del imperfecto respeto de éstos hacia Él: un respeto que, ausente por muchos y más serios motivos, quiere mostrarse celoso alejando a los pequeñuelos del Maestro...

También ahora lo que habitualmente dice Jesús resuena para defensa de sus pequeños amigos:

-¡Dejadlos! ¡No molestan! ¡No son, ciertamente, los niños los que causan molestias y dolor!

Jesús se agacha hacia ellos, con una sonrisa resplandeciente que lo rejuvenece, siendo así que le da casi el aspecto de un hermano mayor suyo, benigno cómplice de algunos de sus inocentes pasatiempos, y susurra:

-Estad en calma, estad muy callados: así no os echan y estamos juntos todavía otro rato.

-¿Y nos cuentas una parábola bonita? - dice el más... audaz.

-Sí. Toda para vosotros. Luego hablo a vuestros padres. Escuchad todos, porque lo que sirve para los pequeños sirve también para los hombres.

Un hombre un día fue convocado por un gran rey, que le dijo: "He sabido que eres merecedor de un premio, porque eres sabio y honras tu ciudad con el trabajo y la ciencia. Ahora bien, no te voy a dar una cosa, sino que te voy a conducir a la sala de mis tesoros, de forma que elegirás lo que quieras y yo te lo daré. Así, juzgaré también si eres como la fama te describe".

Y, contemporáneamente, el rey, acercándose a la terraza que rodeaba su atrio, echó una mirada a la plaza que estaba delante del palacio real. Vio pasar a un niñito vestido pobremente, un niño que ciertamente pertenecía a una familia pobrísima, y quizás era huérfano o mendigo. Se volvió hacia sus criados y dijo: "Id donde ese niño y traédmelo".

Y los criados fueron, y volvieron con el niño, que temblaba por estar en presencia del rey.

A pesar de que los dignatarios de la corte le decían: "Inclínate, saluda, di: “Honor y gloria a ti, mi rey. Doblo mi rodilla ante ti, poderoso al que la Tierra exalta como al ser mayor que ningún otro", el niño no quería inclinarse y decir esas palabras, y los dignatarios, escandalizados, le daban fuertes meneos y decían: "¡Oh, rey, este niño paleto y sucio es un oprobio en tu

morada! Permite que lo echemos de aquí y le pongamos en medio de la calle. Si anhelas tener a tu lado a un niño, iremos a buscártelo entre los ricos de la ciudad, si es que estás cansado de los nuestros, y te lo traeremos. ¡Pero no este paleto, que no sabe siquiera saludar!...".

El hombre rico y sabio, que antes se había humillado con cien reverencias serviles, profundas, como hallándose ante el altar, dijo: "Tus dignatarios tienen razón. Por la majestad de tu corona, debes impedir que no se tribute a tu sagrada persona el homenaje que le corresponde", y, diciendo estas palabras, se postraba otra vez, hasta besar el pie del rey.

Pero el rey dijo: "No. Quiero tener a este niño conmigo. Y no sólo eso, sino que quiero conducirlo a él también a la habitación de mis tesoros, para que elija lo que quiera; yo se lo daré. ¿Acaso no me es concedido, por el hecho de ser rey, hacer feliz a un pobre niño? ¿No es, acaso, súbdito mío como todos vosotros? ¿Acaso tiene la culpa de ser infeliz? No, ¡viva Dios que, al menos una vez, quiero hacerlo feliz! Ven, niño, y no tengas miedo de mí" y le tendió la mano y el niño la tomó con sencillez y le dio en ella un beso espontáneo. El rey sonrió. Así que, entre dos filas de dignatarios inclinados en actitud de reverencia, por alfombras purpúreas con motivos de flores de oro, se dirigió hacia la estancia de los tesoros, llevando a la derecha al hombre rico y sabio y a la izquierda al niño ignorante y pobre. Y el manto regio contrastaba mucho con el vestidito deshilachado y los piececitos descalzos del pobre niño.

Entraron en el aposento de los tesoros, cuya puerta había sido abierta por dos grandes de la corte. Era una estancia alta, redonda, sin ventanas. Pero la luz llovía a través del techo, que era todo él una enorme lastra de mica. Una luz que a pesar de ser suave hacía lucir los bullones de oro de las arcas y las cintas purpuradas de muchos rollos colocados encima de altos y ornados ambones; rollos pomposos, con baqueta preciosa, cierre y marbete ornados de piedras brillantes. Obras raras, que sólo un rey podía poseer. Y, descuidado encima de un ambón de austero aspecto, oscuro, bajo, un rollo pequeño, retorcido alrededor de un palito blanco, atado con un basto cordón, lleno de polvo, como es propio de una cosa descuidada.

El rey, señalando a las paredes, dijo: "Ved, aquí están todos los tesoros de la Tierra, y otros aún más grandes que los tesoros terrestres. Porque aquí están todas las obras del ingenio humano, y hay también obras que proceden de fuentes sobrehumanas. Id, tomad lo que queráis". Y se puso en el centro de la estancia, con los brazos cruzados, observando.

El hombre rico se dirigió primero a las arcas; alzó las tapas, con ansia cada vez más febril. Oro en barras y oro en joyas, plata, perlas, zafiros, rubíes, esmeraldas, ópalos... centelleo en todas las arcas... gritos de admiración a cada apertura... Luego se dirigió a los ambones y, al leer el título de los rollos, nuevos gritos de admiración brotaban de sus labios. En fin, el hombre, encendido por el entusiasmo, se volvió hacia el rey y dijo: "¡Tienes un sin par tesoro, y las piedras igualan en valor a los rollos y éstos a aquéllas! ¿Realmente puedo elegir libremente?".

"Lo he dicho. Como si todo te perteneciera".

El hombre se arrojó al suelo, rostro en tierra, y decía: "¡Yo te adoro, gran rey!". Se levantó y corrió primero a las arcas y luego a los ambones y tomó de éstos y de aquéllas las mejores cosas que veía.

El rey, que había sonreído tras la barba una vez al principio, al ver la fiebre con que el hombre corría de una arca a otra, y luego otra vez al verlo arrojarse al suelo adorando, y que sonreía por tercera vez al ver con qué codicia y con qué regla y preferencias elegía gemas y rollos, se volvió hacia el niño, que se había quedado a su lado, y le dijo: "¿Y tú no vas ahí a elegir las piedras bonitas y los rollos de valor?".

El niño meneó la cabeza para decir que no.

"¿Y por qué?"

"Porque no sé leer los rollos, y respecto a las piedras... no conozco su valor. Para mí son piedrecitas normales y nada más".

"Pero te harían rico..."

"No tengo padre ni madre ni hermanos. ¿De qué me serviría ir a mi refugio con un tesoro en mi pecho?".

"Pero podrías comprarte con ello una casa..."

"Seguiría viviendo en ella solo".

"Vestidos".

"Seguiría teniendo frío, porque falta el amor de mis padres."

"Alimentos".

"No podría saciarme con los besos de mi madre, ni comprarlos a ningún precio."

"Maestros, y aprender a leer..."

"Eso me gustaría más. Pero, ¿y qué leer?".

"Las obras de los poetas, de los filósofos, de los sabios... y las palabras antiguas y las historias de los pueblos".

"Son cosas inútiles, vanas o pasadas... No merece la pena".

"¡Qué niño más estúpido!" exclamó el hombre, que ya tenía los brazos cargados de rollos, y el cinturón y la túnica en la delantera hinchados de gemas.

El rey sonrió una vez más tras la barba. Y, tomando al niño en brazos, lo llevó a las arcas y, hundiendo la mano en las perlas, en los rubíes, en los topacios, en las amatistas, haciendo caer todo esto como lluvia llena de brillos, lo incitó a que cogiera.

"No, rey, no quiero. Quisiera otra cosa...".

El rey lo llevó a los ambones y leyó estrofas de poetas, episodios de héroes, descripciones de países.

"¡Leer es más bonito! Pero no es eso lo que yo querría...".

"¿Y entonces qué? Habla y yo te lo daré, niño".

"No creo, rey, que puedas hacerlo, a pesar de tu poder. No es nada de aquí abajo...".

"¡Ah, quieres obras no terrestres! Mira, entonces: aquí están las obras dictadas por Dios a sus siervos. Escucha" y leyó páginas inspiradas.

"Esto es mucho más bonito. Pero para entenderlo hay que saber primero bien el lenguaje de Dios. ¿No hay un libro que lo enseñe, que nos haga comprender qué es Dios?".

El rey hizo un gesto de estupor y se cortó su sonrisa, pero apretó contra su corazón al niño.

El hombre, por el contrario, se rió burlonamente y dijo: "Ni los mayores sabios saben lo que es Dios, ¿y tú, niño ignorante, quieres saberlo? ¡Si quieres hacerte rico con eso!...".

El rey lo miró severo, mientras el niño respondió: "Yo no busco riquezas; busco amor, y un día me dijeron que Dios es Amor".

El rey lo llevó al ambón de austero aspecto donde estaba el pequeño rollo, atado con una cuerdecita y empolvado. Lo tomó, lo desenrolló y leyó las primeras líneas: "El que sea pequeño venga a mí, y Yo, Dios, le enseñaré la ciencia del amor. En este libro está contenida, y Yo...".

"¡Esto es lo que quiero! Y conoceré a Dios. Y, teniéndolo a Él, tendré todo. Dame este rollo, rey, y seré feliz".

"¡Pero si no tiene valor en dinero! ¡Ese niño es realmente estúpido! No sabe leer y coge un libro. No sabe y no se quiere instruir. Es pobre y no coge tesoros".

"Yo me esforzaré en poseer el amor y este libro me lo enseñará. ¡Bendito seas, oh rey, porque me das algo con lo que ya puedo no sentirme ni huérfano ni pobre!".

"¡Al menos adóralo, como he hecho yo, si crees que ahora por él eres feliz".

"Yo no adoro al hombre, sino a Dios que lo ha hecho tan bueno."

"Este niño es el verdadero sabio de mi reino, oh hombre que usurpas la fama de sabio. El orgullo y la codicia te han embriagado hasta el punto de que has sustituido la adoración a Dios por la adoración a criatura. Y eso por el hecho de que la criatura te daba piedras y obras humanas. Y no has pensado que tienes las gemas, y yo las he tenido, porque Dios las ha creado, y tienes los rollos raros, donde está el pensamiento del hombre, porque Dios ha dado al hombre el intelecto. Este pequeño, que tiene hambre y frío, que está solo, que ha sufrido el azote de todos los dolores, que estaría disculpado y sería disculpable si se embriagase con la vista de las riquezas, pues mira: sabe dar a Dios un justo gracias por haber hecho bueno mi corazón, y sólo busca la única cosa necesaria: amar a Dios, conocer el amor para tener las verdaderas riquezas aquí y después. Hombre, yo he prometido que te daría lo que eligieras. La palabra del rey es sagrada. Vete, pues, con tus piedras y tus rollos: piedrecitas multicolores y… paja de humano pensamiento. Y vive temblando por los ladrones y las polillas: los primeros, enemigos de las gemas; las segundas, de los pergaminos. Y deslúmbrate con los vanos resplandores de esas lascas; desazónate con el sabor dulzón de la ciencia humana, que es sólo sabor y no alimento. Márchate, pues. Este niño se quedará a mi lado, y juntos nos esforzaremos en leer este libro que es amor, o sea, Dios. Y no veremos brillos vanos de frías gemas, ni el sabor de paja, dulzón, de las obras de humano saber. No. Los fuegos del Espíritu Eterno nos darán, ya desde aquí, el éxtasis del Paraíso y poseeremos la Sabiduría, más fortalecedora que el vino, más alimenticia que la miel. Ven, niño. A ti la Sabiduría te ha mostrado su rostro, para que la anhelases como esposa veraz".

Y, expulsado el hombre, tomó consigo al niño y lo instruyó en la divina Sabiduría, para que fuera, en la Tierra, un justo y un rey digno de la sagrada unción, y un ciudadano del Reino de Dios después de la vida.

Ésta es la parábola, prometida a los niños y propuesta a los adultos.

-¿Os acordáis de lo que dice Baruc? *(3,10-13, 20-21, 26-28)*: "¿Por qué, oh Israel, estás en tierra enemiga, envejeces en un país extranjero, estás contaminado con los muertos, y eres del número de los que bajan al abismo?". Y responde: "Porque has abandonado la fuente de la Sabiduría. Si hubieras caminado por el camino de Dios, habrías vivido en paz y para siempre".

Escuchad, vosotros que demasiado frecuentemente os quejáis - porque sobremanera la patria ya no es nuestra, sino del dominador- de estar exiliados a pesar de vivir en la patria; os quejáis de esto y no sabéis que, respecto a lo que os espera en el futuro, esto es como una gota de posca respecto al cáliz inebriativo que se da a los condenados y que, vosotros lo sabéis, es amargo como ninguna otra bebida.

El pueblo de Dios sufre porque ha abandonado la Sabiduría. ¿Cómo podéis poseer prudencia, fuerza, inteligencia; cómo podéis siquiera saber dónde se hallan, para poder saber consiguientemente las cosas menores, si ya no bebéis en las fuentes de la Sabiduría? Su Reino no es de esta Tierra, sino que es la misericordia de Dios la que concede su fuente. Ella está en Dios. Es Dios mismo. Y Dios abre su seno para que descienda a vosotros.

Y bien, ¿acaso ahora Israel, que tiene, o ha tenido -y cree tener todavía, con la necia soberbia de los despilfarradores que han derrochado y que se creen todavía ricos y, creyéndose tales, exigen atenciones, y en realidad recogen solamente compasión o burla- Israel, que tiene o ha tenido riquezas, conquistas, honores, posee ya el único verdadero tesoro? No. Y pierde también los otros, porque el que pierde la Sabiduría pierde la capacidad de ser grande. De error en error va el que no conoce la Sabiduría. E Israel conoce muchas cosas, incluso demasiadas, pero ya no conoce la Sabiduría.

Bien dice Baruc: "Los jóvenes de este pueblo vieron la luz, habitaron en la tierra, pero no saben el camino de la Sabiduría ni conocen sus senderos, y sus hijos no la han recibido y ella se ha alejado". ¡Se ha alejado de ellos! ¡Los hijos no la han recibido! ¡Proféticas palabras!

Yo soy la Sabiduría que os habla. Las tres cuartas partes de Israel no me acoge. Y la Sabiduría se aleja, y se alejará más, y lo dejará sólo... ¿Qué harán entonces los que se creen gigantes y, por tanto, capaces de forzar al Señor a ayudarlos, a servirlos? ¿Gigantes útiles a Dios para fundar su Reino? No. Yo con Baruc digo esto: "Para fundar el Reino verdadero de Dios, Dios no elegirá a estos soberbios, y los dejará perecer en su necedad" fuera de sus senderos. Porque, para subir al Cielo con el espíritu y comprender las lecciones de la Sabiduría, se necesita un espíritu humilde, obediente y, sobre todo, un espíritu que sea todo amor, ya que la Sabiduría habla su lenguaje, o sea, habla el lenguaje del amor, pues es Amor. Para conocer sus senderos se requiere una mirada clara y humilde, libre de la ternaria concupiscencia. Para poseer la Sabiduría hay que comprarla con las monedas vivas: las virtudes.

Esto no lo tenía Israel, y Yo he venido a explicar la Sabiduría, a guiaros a su camino, a sembrar en vuestro corazón las virtudes. Porque Yo todo lo conozco y lo sé, y he venido a enseñárselo a Jacob mi siervo y a Israel, mi dilecto. He venido a la Tierra a conversar con los hombres, Yo, Palabra del Padre, a tomar de la mano a los hijos del hombre, Yo, Hijo de Dios y del hombre, Yo, Camino de la Vida. He venido para introduciros en la estancia de los tesoros eternos, Yo, a quien todo le ha sido dado por el Padre mío. He venido, Yo, Amador eterno, a tomar a mi Esposa, la Humanidad a la que quiero elevar a mi trono y a mi tálamo para que esté conmigo en el Cielo; y a introducirla en la estancia de los vinos para que se embriague con la verdadera Vid de la cual los sarmientos extraen la Vida.

Pero Israel es esposa holgazana y no se levanta de la cama para abrir a Aquel que ha venido. Y el Esposo se marcha. Pasará. Está para pasar. Después, Israel lo buscará en vano, y encontrará no la misericordiosa caridad de su Salvador, sino los carros de guerra de los dominadores, y será aplastado y soltará soberbia y vida, después de haber querido aplastar incluso a la misericordiosa voluntad de Dios.

¡Oh, Israel, Israel, que pierdes la verdadera Vida por conservar una falaz ilusión de poder! ¡Oh, Israel, que crees salvarte y quieres salvarte por caminos que no son de Sabiduría, y que te pierdes vendiéndote a la Mentira y al Delito, náufrago Israel que no te aferras al fuerte cable lanzado para tu salvación, sino a los despojos de tu quebrantado pretérito; y la tempestad te lleva a otro lugar, a alta mar, en un mar aterrador y sin luz! ¡Oh Israel, ¿de qué te vale salvar tu vida, o presumir de salvarla, durante una hora, un año, un decenio, dos, tres decenios, a costa de un delito, y luego perecer eternamente? La vida, la gloria, el poder, ¿qué son? Burbuja de agua sucia en la superficie de un aguazal usado por los lavanderos; iridiscente no porque esté hecha de gemas, sino por la grasienta suciedad que con el nitro se hincha para formar bolas vacías destinadas a estallar sin que nada quede, aparte de un círculo en el agua limosa cargada de los sudores humanos. Una sola cosa es necesaria, oh Israel, poseer la Sabiduría. A costa incluso de la vida. Porque la vida no es la cosa más preciosa. Y más vale perder cien vidas que perder la propia alma.

Jesús ha terminado en medio de un silencio de admiración. Trata de abrirse paso y marcharse... Pero reclaman su beso los niños; y su bendición los adultos. Y sólo después de éstas, despidiéndose de Cleofás y Hermas de Emaús, puede marcharse.

## 514

## Consejos sobre la santidad a un joven indeciso. Reprensión a los habitantes de Bet-Jorón después de la curación de un romano y una judía.

Y Jesús está todavía en medio de montes, seguido por gente además de por los apóstoles y discípulos; entre éstos, ahora se encuentran también algunos discípulos expastores (quizás los han encontrado en algún pueblecillo por el que hayan pasado).

Jesús está subiendo desde un valle hacia un monte, por una calzada que orilla con sus recodos la ladera de éste, y que es, sin duda una calzada romana, por la inconfundible pavimentación, y por la buena manutención, cosas ambas que únicamente pueden encontrarse en las calzadas construidas y mantenidas por los romanos. Algunas personas transitan por ella, dirigidas hacia el valle, o desde el valle hacia este grupo montañoso que está coronado en sus cimas con pueblos o ciudades. Y alguno, al ver a Jesús y a los que le siguen, pregunta que quién es, y se pone a la zaga del grupo; otros simplemente observan; y otros menean la cabeza sonriendo maliciosamente.

Una patrulla de soldados romanos los alcanza con paso trabajoso y tintineo de armas y corazas. Se vuelven y miran a Jesús, el cual, dejando la calzada romana, está para meterse por un camino... hebreo que se dirige hacia una cima en que hay un pueblo. Un camino pedregoso y fangoso -ha llovido-, donde el pie o patina en las piedras o se hunde en las pozas. Los soldados, que ciertamente van a la misma ciudad, después de un pequeño alto, vuelven a ponerse en movimiento, y la gente se ve obligada a echarse a un lado para ceder el paso, en este camino tan estrecho, a la patrulla que pasa rígidamente escuadrada. Algún insulto surca, sibilante, el aire, pero la disciplina de estar en columna prohíbe a los soldados responder parejamente.

Ya están otra vez cerca de Jesús, que se ha hecho a un lado para dejarlos pasar, y que los mira con su mirada mansa, que parece ben-decir y acariciar con la luz de los iris zafirinos. Y las caras ceñudas de los soldados se aclaran con un asomo de sonrisa que no es de escarnio, sino que, al contrario, es respetuosa como un saludo.

Pasan. La gente reanuda la marcha detrás del Rabí, que va delante de todos.

Un joven se separa de la gente y llega hasta el Maestro. Lo saluda con respeto. Jesús devuelve el saludo.

-Quisiera preguntarte una cosa, Maestro.

-Habla.

-Una mañana, después de la Pascua, coincidió que te escuché en un monte cercano a las hoces del Carit. Y desde entonces he pensado que... podía contarme yo también entre los llamados por ti. Pero antes de venir he querido saber muy bien lo que es necesario hacer y lo que se debe no hacer. Y preguntaba a tus discípulos cada vez que me encontraba con ellos. Quién me decía una cosa, quién otra. Y yo dudaba, y estaba muy asustado porque en una cosa todos concordaban, quién con más intransigencia, quién con menos: en la obligación de ser perfectos. Yo... soy un pobre hombre, Señor, y la perfección es sólo de Dios... Te oí por segunda vez... y Tú mismo decías: "Sed perfectos". Y he sentido desaliento. Por tercera vez, hace pocos días, en el templo. Y, a pesar de que te mostraras riguroso, no me pareció que era imposible el llegar a serlo, porque... ni siquiera yo sé por qué, cómo explicármelo o explicártelo, pero me parecía que, si fuera una cosa imposible, o si el hecho de querer serlo, como querer ser dioses, fuera muy peligroso, Tú, que quieres salvarnos, no nos lo propondrías. Porque la presunción es pecado. El querer ser dioses es el pecado de Lucifer. Pero quizás hay una manera de serlo, de venir a serlo, sin pecar, y es siguiendo tu Doctrina, que, no cabe duda de ello, es de salud. ¿Es como digo?

-Es como dices. ¿Y entonces?

-Pues que seguí preguntando a unos o a otros. Y, habiendo sabido que estabas en Ramá, fui. Y, desde entonces, con permiso de mi padre, te he seguido. Y... bueno, pues que, cada vez más, quisiera ir contigo...

-¡Pues ven! ¿Qué temes?

-No lo sé... No lo sé siquiera yo... Pregunto, pregunto... Pero siempre, mientras que escuchándote a ti me parece fácil y decido ir, después, reflexionando, y, peor: preguntando a unos o a otros, me parece demasiado difícil.

-Te voy a decir cómo sucede: es una insidia del demonio para impedir que vengas. Te asusta con fantasmas, te confunde, te hace preguntar a personas que, como tú, tienen necesidad de Luz... ¿Por qué no has venido a mí directamente?

-Porque... tenía... no miedo, pero... ¡Nuestros sacerdotes y rabíes! ¡Tan duros y soberbios! Y Tú... No me atrevía a acercarme a ti. ¡Pero en Emaús ayer!... Creo haber entendido que no debo tener miedo. Y ahora estoy aquí, para preguntarte esto que quisiera saber. Un apóstol tuyo, hace poco, me dijo: "Ve y no temas. También es bueno con los pecadores". Y otro: "Hazle feliz con tu confianza. Quien confía en El lo halla más dulce que una madre". Y otro: "No sé si me equivoco, pero te digo que te dirá que la perfección está en el amor”. Esto es lo que han dicho tus apóstoles, más dulces que los discípulos, al menos algunos; aunque no todos, porque entre los discípulos hay algunos que parecen eco de tu voz, aunque éstos son demasiado pocos, y entre los apóstoles hay algunos que... asustan a un pobre hombre, como soy yo. Uno me dijo, con una sonrisa no buena: "¿Quieres ser perfecto? No lo somos nosotros, que somos sus apóstoles, ¿y quieres serlo tú? Es imposible". Si no hubieran hablado los otros, habría huido desanimado. Pero pruebo por última vez... y, si Tú también me dices que es imposible...

-Hijo mío, ¿podría haber venido Yo a proponer cosas imposibles a los hombres? ¿Quién crees que ha sido el que ha puesto en tu corazón este deseo de ser perfecto? ¿Tu propio corazón?

-No, Señor. Creo que has sido Tú con tus palabras.

-No estás lejos de la verdad. Pero, respóndeme a otra cosa. ¿Para ti mis palabras qué palabras son?

-Justas.

-De acuerdo. Pero quiero decir: ¡palabras de hombre o más que de hombre?

-Tú hablas como la Sabiduría, y más dulce y claro todavía. Por eso digo que tus palabras son más que de hombre. Y no creo equivocarme, si he comprendido bien lo que decías en el Templo. Porque me pareció que en esa ocasión decías que eres la Palabra de Dios misma y por eso hablas como Dios.

-Has comprendido bien y es como dices. ¿Y entonces quién te ha puesto en el corazón el deseo de perfección?

-Me lo ha puesto Dios, por medio de ti, su Palabra.

-Así pues, ha sido Dios. Ahora piensa: si Dios dice a los hombres conociendo sus capacidades: "Venid a mí. Sed perfectos", es señal de que el hombre, si quiere, puede serlo. Ésta es una palabra antigua La primera vez la escuchó Abraham como una revelación *(Génesis 17, 1)*, una orden, una invitación: "Yo soy el Dios omnipotente. Camina en mi presencia. Sé perfecto". Dios se manifiesta para que el Patriarca no tenga dudas sobre la santidad de la orden ni sobre la verdad de la invitación. Ordena caminar en su presencia porque el que camina en la vida convencido de hacerlo bajo la mirada de Dios no cumple malas acciones. Consiguientemente, se pone en condiciones de poder hacerse perfecto como Dios invita a serlo.

-¡Es así! ¡Es justamente así! Si Dios lo ha dicho, es porque se puede. ¡Oh, Maestro, cómo se comprende todo cuando hablas Tú! Pero, entonces, ¿por qué tus discípulos, y también ese apóstol, ofrecen una idea tan... amedrentadora de la santidad? ¿Es que no creen que sean verdaderas esas palabras, ni las tuyas? ¿O es que no saben caminar en la presencia de Dios?

-No pienses en lo que es. No juzgues. Mira, hijo. Algunas veces, su propio anhelo de ser perfectos y su humildad les hace temer el no poder llegar a serlo nunca.

-¿Pero entonces el deseo de perfección y la humildad son obstáculos para que uno sea perfecto?

-No, hijo. El deseo y la humildad no son obstáculos. Es más, hay que esforzarse en que sean profundos, aunque ordenados. Están ordenados cuando uno no tiene prisas impulsivas, postraciones injustificadas, dudas y desconfianzas como las de creer que, dada la imperfección del ser, el hombre no puede llegar a ser perfecto. Todas las virtudes son necesarias, y necesario es un vivo deseo de alcanzar la justicia.

-Sí. Esto me lo decían también aquellos a los que preguntaba. -Me decían que es necesario tener las virtudes. Pero unos me decían que era necesaria una, otros otra, y todos sostenían la absoluta necesidad de tener una, que ellos consideraban virtud indispensable para ser santos. Ello me causaba miedo, porque ¿cómo se puede poseer todas las virtudes en forma perfecta, hacerlas nacer juntas como un ramo de flores distintas? Se necesita tiempo... ¡y la vida es tan breve! Tú, Maestro, explícame cuál es la virtud indispensable.

-Es la caridad. Si amas, serás santo, porque del amor al Altísimo y al prójimo provienen todas las virtudes y todas las obras buenas.

-¿Sí? Así es más fácil. La santidad, entonces, es amor. Si tengo la caridad, tengo todo... La santidad está hecha de esto.

-De esto y de otras virtudes. Porque la santidad no es ser sólo humildes, o sólo prudentes, o sólo castos, etc. Sino que es ser virtuosos. Fíjate, hijo mío, cuando un rico quiere preparar una comida, ¿encarga, acaso, un solo plato? Otro ejemplo: cuando uno quiere preparar un ramo de flores para ofrecerlo como obsequio, ¿toma, acaso, una sola flor? No, ¿no es verdad? Porque, aunque pusiera en las mesas montones y montones de un solo manjar, los comensales lo criticarían como inepto, preocupado sólo de mostrar sus posibilidades de compra, pero no de mostrar su finura de señor atento a los gustos distintos de sus invitados y que quiere que cada uno de ellos, con un alimento u otro, no sólo se sacie, sino que se deleite. Y lo mismo el que hace un ramo de flores. Una sola flor, por grande que sea, no hace un ramo. Pero muchas flores lo hacen, y con los distintos colores y aromas satisfacen al ojo y al olfato y hacen alabar al Señor. La santidad, que debemos considerar como un ramo de flores ofrecido al Señor, debe estar hecha de todas las virtudes. En un espíritu predominará la humildad, en otro la fortaleza, en otro la continencia, en otro la paciencia, en el otro el espíritu de sacrificio o de penitencia: todas estas son virtudes nacidas a la sombra

del árbol regio Y perfumadísimo del amor, cuyas flores predominarán siempre en el ramo; pero todas las virtudes componen la santidad.

-¿Y cuál debe ser cultivada con más esmero?»

-La caridad. Te lo he dicho.

-¿Y luego?

-No hay un método, hijo mío. Si amas al Señor, Él te dará sus dones, o sea, se manifestará a ti, y entonces las virtudes que tratas de hacer crecer robustas crecerán bajo el sol de la Gracia.

-En otras palabras, ¡en el alma amante es Dios el que actúa grandemente?

-Sí, hijo. Es Dios el que actúa grandemente, dejando que el hombre ponga por su parte su libre voluntad de tender a la perfección, sus esfuerzos en rechazar las tentaciones para mantenerse fiel a su propósito, sus luchas contra la carne, el mundo, el demonio, cuando le asaltan. Y ello para que su hijo tenga mérito en la santidad.

-¡Ah, eso! Entonces es muy acertado decir que el hombre está hecho para ser perfecto como Dios quiere. Gracias, Maestro. Ahora sé. Y ahora haré. Y ora por mí.

-Te tendré en mi corazón. Ve y no temas el que Dios pueda dejarte sin ayuda.

El joven, contento, se separa de Jesús...

Ya están cerca del pueblo. Bartolomé y Esteban se llegan donde Jesús para contarle que, mientras hablaba con el joven, uno de Bet-Jorón, pariente de Elquías el fariseo, ha venido a rogarles que lo lleven enseguida donde su esposa, que está agonizando.

-Vamos. Hablaré después. ¡Sabéis dónde está?

-Ha dejado con nosotros a un criado. Está detrás, con los demás.

-Decidle que venga. Vamos a acelerar el paso.

El criado acude. Es un viejo robusto, y está consternado. Saluda y mira con curiosidad a Jesús, que le sonríe y le pregunta:

-¿De qué muere tu ama?

-De... Tenía que tener un niño. Pero se le ha muerto dentro y su sangre se ha corrompido. Delira como una loca y tiene que morir. Le han abierto las venas para hacer bajar la fiebre. Pero la sangre está toda envenenada y tiene que morir. La han sumergido en la cisterna para apagar el ardor. Está bajo mientras está en el agua helada; luego es más fuerte que antes, y tose y tose... y tiene que morir.

-¡Mira tú éste! ¡Con esas curas! - gruñe entre dientes Mateo.

-¿Desde cuándo está enferma?

E1 criado está para responder, cuando llega corriendo por la bajada el jefe de la patrulla romana. Se para delante de Jesús.

-¡Salve! ¿Tú eres el Nazareno?

-Lo soy. ¿Qué quieres de mí?

Los que siguen a Jesús acuden creyendo quién sabe qué...

-Un día un caballo nuestro dio un golpe a un niño hebreo y Tú lo curaste para impedir que los hebreos armaran una algarabía contra nosotros. Ahora las piedras hebreas han hecho caer a un soldado, y yace en el suelo con una pierna rota. No puedo detenerme. Estoy de servicio. Ninguno en el pueblo quiere tenerlo. No puede andar. No puedo llevármelo tirando de él con la pierna rota. Sé que no nos desprecias, como hacen todos los hebreos.

-¿Quieres que cure al soldado?

-Sí. Curaste también al siervo del Centurión y a la hija de Valeria. Salvaste a Alejandro de la ira de tus compatriotas. Estas cosas se saben, en las capas altas y en las bajas.

-Vamos donde el soldado.

-¿Y mi ama? - pregunta descontento el criado.

-Después.

Y Jesús va detrás del suboficial, que devora el camino con sus largas piernas musculosas y libres de estorbos de vestiduras. Pero, aún caminando así, delante de todos, encuentra la manera de decir alguna palabra a quien le sigue inmediatamente, que es Jesús, y dice:

-Hace tiempo estaba con Alejandro. Él te... Hablaba de ti. El azar te acerca a mí en este momento.

-¿El azar? ¿Por qué no decir Dios, el verdadero Dios?

El soldado calla unos momentos y luego dice, de forma que sólo oiga Jesús:

-El Dios verdadero sería el hebreo... Pero no se atrae nuestro amor. ¡Si es como los hebreos! Ni siquiera de un herido tienen compasión...

-El verdadero Dios es el Dios de los hebreos, como lo es también de los romanos, de los griegos, de los árabes, de los partos, escitas, iberos, galos, celtas, líbicos y de los hombres hiperbóreos. ¡Hay un solo Dios! Pero muchos no lo conocen. Otros lo conocen mal. Si lo conocieran bien, serían todos, unos para con otros, como hermanos, y no habría atropellos, odios, calumnias, venganzas, actos de lujuria, hurtos y homicidios, adulterios y mentiras. Yo conozco al verdadero Dios y he venido para darlo a conocer.

-Se dice -nosotros tenemos que tener bien abiertos los oídos para referir al Centurión, y éste a su vez al Procónsul-, se dice que Tú eres Dios. ¿Es verdad?

El soldado se muestra muy... preocupado mientras dice esto; mira a Jesús bajo la sombra del yelmo y parece casi asustado.

-Lo soy.

-¡Por Júpiter! ¿Entonces es verdad que los dioses bajan a conversar con los hombres? ¡Haber recorrido el mundo detrás de las enseñas y venir aquí, ya viejo, a encontrar a un dios!

-A Dios. Único. No a un dios - corrige Jesús.

Pero el soldado está anonadado por la idea de preceder a un dios... No dice nada más... piensa. Piensa, hasta que, justo a la entrada del pueblo, encuentran a la patrulla, parada, en torno al herido, que gime en el suelo.

-¡Ahí tienes! - dice muy concisamente el suboficial.

Jesús se abre paso y se acerca. La pierna -ya hinchada y lívida- tiene una fea rotura, con el pie girado hacia dentro. El hombre debe sufrir mucho, y, al ver que Jesús extiende una mano, suplica:

-¡Hazme poco daño!

Jesús sonríe. Apenas toca con la punta de los dedos en el lugar donde el círculo lívido del traumatismo señala la fractura. Y luego dice:

-¡Levántate!

-Tiene otra rotura más arriba, en la cadera - explica el suboficial queriendo decir, sin duda: « ¿No tocas esa?».

Justo en ese momento, llega un habitante de Bet-Jorón:

-¡Maestro, Maestro! ¡Te malempleas con paganos y mi mujer se muere!

-Ve y tráemela, si tienes fe en mí.

-Maestro, no se la puede dominar. Está desnuda y no se puede vestir. Está como loca y se rasga los vestidos. Está moribunda y no se tiene en pie.

-Ve y tráemela, si no eres inferior en la fe a estos gentiles.

El hombre se marcha descontento.

Jesús mira al romano que está tendido a sus pies:

-¿Y tú sabes tener fe?

-Yo sí. ¿Qué tengo que hacer?

-Levantarte.

-Mira, Camilo, que... - está diciendo el suboficial. Pero el soldado está ya de pie, ágil, sano.

Los israelitas no aclaman. No es un hebreo el curado. Es más, parecen descontentos, o, por lo menos, su cara expresa crítica contra el gesto de Jesús. Pero los soldados no lo están. Desenvainan las anchas dagas y las levantan en el aire plomizo, después de haberlas golpeado contra los escudos como para hacer ruido de fiesta. Jesús está en medio del círculo de armas blancas.

El suboficial lo mira. No sabe como expresarse, ni qué hacer, él, hombre al lado de un dios, él, pagano al lado de Dios... Piensa y juzga que al menos debe hacer a Dios lo que haría al César. Y ordena el saludo militar al emperador (yo al menos creo que es así, porque oigo que resuena un « ¡Ave!» potente, mientras las dagas refulgen poniéndose casi horizontales en lo alto del brazo extendido). Y, no contento todavía, el suboficial dice en voz baja:

-Ve tranquilo incluso de noche. Los caminos... todos vigilados. Servicio contra los bandidos. Estarás seguro. Yo...

Deja de hablar. Ya no sabe qué más decir. Jesús le sonríe y dice:

-Gracias. Ve y sé bueno. Incluso con los bandidos sé humano. Fiel a tu servicio, pero sin crueldad. Son unos infelices. Y tendrán que rendir cuentas de sus acciones a Dios.

-Lo seré. ¡Salve! Quisiera volver a verte...

Jesús lo mira muy fijamente. Luego dice:

-Volveremos a vernos. En otro monte.

Y repite:

-Sed buenos. Adiós.

Los soldados reanudan su camino. Jesús entra en el pueblo. Recorre pocos metros y, hacia Él y los que le siguen, ve venir a un grupo numeroso y vociferador (comentan cosas a gritos). Y del grupo se adelantan un hombre y una mujer -el hombre de antes- y se inclinan delante de Jesús: la mujer, de rodillas; el hombre, sólo inclinado. -Levantaos y alabad al Señor. Pero tengo que decirte a ti, hombre, que tu conciencia no es clara. Has venido a mí por egoísmo, no por amor a mí y por fe en mí. Y has dudado de mi palabra. ¡Y sabes quién soy! Luego has tenido un pensamiento no bueno, porque me paraba a curar a un gentil; de la misma forma que todo el pueblo había obrado mal negándose a acoger al herido. Por un exceso de misericordia y para tratar de hacer bueno tu corazón, te he curado a tu esposa sin entrar en tu casa. No lo merecías. Lo he hecho para que sepas que no es necesario que Yo vaya para actuar; basta con que quiera. Pero, en verdad os digo, a todos vosotros, que aquellos a los que despreciáis son mejores que vosotros y saben creer en mi poder más que vosotros. Levántate, mujer. Tú no eres culpable, porque no razonabas. Ve, y que sepas creer de ahora en adelante por gratitud a Señor.

La expresión de los habitantes del pueblo se enfría y se hace altiva ante el reproche de Jesús; lo siguen amoscados hasta la plaza, donde se detiene a hablar, visto que el arquisinagogo no lo invita a entrar en la sinagoga y que ninguna casa se abre para el Maestro.

-Cuando Dios está con los hombres, ellos pueden todo contra la desventura, contra cualquier tipo de desventura. Cuando Dios, por el contrario, no está con los hombres, ellos no pueden nada contra la desventura. Esta ciudad, en sus crónicas, *(Josué 10, 8-11)* recuerda esto más de una vez. Dios estaba con Josué y Josué derrotó a los reyes cananeos, y en este camino Dios le ayudó a destruir a los enemigos de Israel "lanzando del cielo sobre ellos grandes piedras, y fueron más los que murieron por las piedras del granizo que a filo de espada" se lee en el libro de Josué. Dios estaba con Judas Macabeo, *(1 Macabeos 3,13-24)* que se asomó a este monte con su pequeño ejército a mirar al ejército poderoso de Serón, jefe de los ejércitos sirios, y Dios confirmó las palabras del caudillo de Israel con una victoria estrepitosa.

Pero la condición necesaria para tener a Dios con nosotros es moverse por un motivo de justicia. "En las batallas la victoria no depende del número, sino de la ayuda que viene del Cielo" dice Judas Macabeo. En todas las cosas de la vida, el bien viene no del patrimonio de la potencia o de otra causa, sino de la ayuda que viene del Cielo. Y viene porque se pide ayuda para cosas buenas; "por nuestras vidas y nuestras leyes", sigue diciendo Judas Macabeo. Pero cuando se recurre a Dios para un fin malvado o impuro, vano es invocar su ayuda. Dios no responderá, o responderá con castigos en vez de con bendiciones.

Esta verdad está demasiado olvidada ahora en Israel. Se quiere que Dios ayude y se le invoca para fines no buenos. No se practican las virtudes, y se observan los mandamientos no con verdadera observancia; o sea, de ellos se hace aquello que puede ser visto o alabado por los hombres. Pero distinto es lo que sucede detrás de la apariencia. Yo vengo a decir: sed sinceros en vuestras obras, porque Dios ve todas las cosas. Inútiles son los sacrificios y vanas las oraciones hechos por pura ostentación cultual, mientras se tiene el corazón lleno de pecado, de odio, de malos deseos.

Bet-Jorón, no hagan tus habitantes lo que Abdías dice de Edom. Edom, creyéndose seguro, se permitía avasallar a Jacob y exultar por las derrotas de éste. No hagas lo mismo, ciudad sacerdotal. Toma el volumen de Abdías y medita en él. Medita. Medita. Medita. Y modifica tu camino. Sigue la justicia, si no quieres conocer días de horror. No te salvará entonces ni el estar en esta cima, ni el estar, aparentemente, al margen de los caminos de la guerra. Veo en ti a muchos que no tienen a Dios consigo y que no quieren la presencia Dios. ¿Murmuráis? Yo os digo la verdad. He subido hasta aquí para decírosla. Para salvaros todavía.

¿Nuestro nombre no era uno sólo? ¿No era todo Israel? ¿Por qué, entonces, se ha dividido y ha tomado dos nombres? ¡Oh! Esto verdaderamente me recuerda el matrimonio de Oseas *(2, 1-2)* con la mujer de prostituciones y a los hijos que de su fornicación nacieron. ¿Pero qué dice el profeta? "El número de los hijos de Israel será como la arena del mar... Y entonces en vez de decirles: “No sois mi pueblo” se les dice: “Sois los hijos del Dios vivo”. Y los hijos de Judá y de Israel se reúnan y elegirán a un solo jefe y desbordarán la Tierra, porque grande es el día de Yizreel".

¿Por qué criticáis, entonces, a Aquel que debe reunir todo y hacer un solo pueblo, un gran pueblo, único como único es Dios; por qué le criticáis el que ame a todos los hijos del hombre, porque todos son hijos de Dios, y el que deba hacer hijos del Dios vivo también a aquellos que actualmente asemejan a muertos? ¿Podéis juzgar mis acciones y su corazón y el vuestro? ¿De dónde os viene la luz? La luz viene de Dios. Pero si Dios me envía a mí con el encargo de reunir a todos bajo un solo cetro, ¿cómo podéis tener vosotros una luz verdaderamente divina que os muestre las cosas contrariamente a como las ve Dios? Y es así: veis lo contrario de lo que ve Dios.

No murmuréis. Es verdad. Estáis fuera de la justicia. Pero aún más que vosotros lo están los que os seducen a la injusticia. Y serán doblemente castigados. Me acusáis de contubernio con el enemigo, con el dominador. Leo vuestros corazones. ¿Vosotros no tenéis contubernio con Satanás haciéndoos seguidores de los que combaten al Hijo del hombre, al Enviado de Dios? Por eso me odiáis. Pero conozco el rostro de quienes os instilan el odio.

Como está escrito en Oseas *(2, 1-2)*, Yo he venido con las manos cargadas de regalos, y el corazón de amor; he tratado de atraeros con los más dulces modos para suscitar vuestro amor hacia mí. He hablado a mi pueblo como el esposo a la esposa, ofreciéndole eterno amor y paz, y justicia y misericordia. Queda un tiempo todavía para evitar que el pueblo que me rechaza y los jefes que agitan al pueblo -Yo los conozco-, se queden sin rey, príncipe, sacrificio y altar. Pero en la guarida, donde más fuerte es el odio y más fuerte será el castigo, se trabaja para comprar las conciencias y encaminarlas al delito. ¡Oh, en verdad, los que desvían y descarrían a las conciencias serán juzgados siete veces siete más severamente que los descarriados!

Vamos. He venido y he hecho un milagro, y os he dicho la verdad para manifestaros quién soy Yo y convenceros de mi realidad. Ahora me marcho. Si de entre vosotros hay uno sólo justo, que me siga, porque triste es el futuro de este lugar donde anidan las serpientes pan seducir y traicionar.

Y Jesús se vuelve y vuelve a tomar el camino por el que ha venido.

-¿Por qué, Rabí, les has hablado así? Te odiarán - le preguntan los apóstoles.

-No busco conquistar amor negociando acuerdos, ni mintiendo.

-¿Pero no hubiera sido mejor no venir?

-No. Es necesario no dejar duda alguna.

-¿Y a quién has convencido?

-A ninguno. Por ahora, a ninguno. Pero pronto alguien dirá: "No podemos maldecir a nadie por haber sido avisados y no actuar". Y, si reprochan a Dios el haberlos castigado, su reproche será como una blasfemia.

-Pero a quién querías aludir diciendo...

-Preguntádselo a Judas de Keriot. Él conoce a muchos de este lugar y conoce sus astucias.

Todos los apóstoles miran a Judas.

-Sí. Este lugar está casi en estado de servidumbre respecto a Elquías. Pero... no creo que Elquías... - las palabras mueren en los labios de Judas, que, levantando la mirada de su cinto -se lo estaba colocando para aparentar normalidad-, encuentra la mirada de Jesús. Una mirada tan centelleante y penetrante que parece incluso magnética. Agacha la cabeza y termina:

-Pero, eso sí, es un pueblo soberbio y odioso, que se merece a quien lo domina. Cada uno tiene lo que se merece. Ellos tienen a Elquías. Nosotros a Jesús. Y el Maestro ha hecho bien haciéndoles saber que no ignora. Ha hecho muy bien.

-No cabe duda de que son malos. ¿Habéis visto? ¡Ni siquiera un saludo después del milagro! ¡Ni siquiera una limosna! Nada - observa Felipe.

-Pues yo siento temor cuando el Maestro los desenmascara así - suspira Andrés.

-Hacerlo o no hacerlo es igual. Lo odian igualmente. ¡Quisiera volver a Galilea! - dice Juan.

-¡A Galilea, claro! - suspira Pedro, y baja la cabeza muy pensativo. Detrás, los que han seguido a Jesús y no lo dejan, comentan, comentan junto con los discípulos.

515

# Las razones del dolor salvífico de Jesús. Elogio de la obediencia y lección sobre la humildad.

Pero poco puede estar Jesús con sus pensamientos. Juan y su primo Santiago, luego Pedro y Simón, lo alcanzan y atraen su atención hacia el panorama que desde lo alto del collado se ve. Y, quizás con intención de distraerlo, porque está visiblemente muy triste, evocan hechos acontecidos en esas zonas que se muestran a sus ojos. El viaje hacia Ascalón... la casa de los campesinos de la llanura de Sarón, donde Jesús devolvió la vista al anciano padre de Gamala y Jacob... el retiro de Jesús y Santiago en el Carmelo... Cesárea Marítima y la jovencita Áurea Gala... el encuentro con Síntica... los gentiles de Joppe... los ladrones de cerca de Modín... el milagro de las mieses en casa de José de Arimatea... la ancianita espigadora... Sí, son cosas, todas ellas, que tienen la intención de alegrar... pero que contienen, para todos o para Él sólo, un hilo de llanto y un recuerdo dolor. Se dan cuenta de ello los propios apóstoles, y susurran:

-Verdaderamente en todas las cosas de la Tierra uno encuentra un dolor. Es lugar de expiación...

Pero, justamente, Andrés, que se ha unido al grupo junto con Santiago de Zebedeo, observa:

-Es ley justa para nosotros, pecadores, pero para Él ¿por qué tanto dolor?

Surge una benévola discusión, y continúa también cuando, atraídos por las palabras de los primeros, que hablan en tono alto, se unen al grupo todos los otros. Menos Judas Iscariote, que está muy enfrascado con algunas personas modestas -a las cuales está enseñando-, imitando al Maestro en la voz, en el gesto, en el concepto. Pero es una imitación teatral, pomposa, a la cual le falta el calor del convencimiento. Y los que lo escuchan se lo dicen, incluso sin rodeos, lo cual pone nervioso a Judas, que les echa en cara el ser obtusos y el que no comprenden nada por eso. Y Judas declara que los deja porque «no conviene arrojar las perlas de la sabiduría a los cerdos». Pero se detiene, porque esta gente modesta, mortificada, le ruega que sea indulgente, confesándose «inferiores a él como un animal es inferior a un hombre»...

Jesús está distraído de lo que dicen en torno a Él los once, para escuchar lo que dice Judas; y, ciertamente, no le alegra lo que oye... pero suspira y calla. Hasta que Bartolomé le hace participar directamente. Somete a su consideración los distintos puntos de vista acerca de la razón de por qué Él, inocente sin pecado, debe sufrir. Bartolomé dice:

-Yo sostengo que esto sucede porque el hombre odia al bueno. Hablo del hombre culpable, o sea, de la mayoría. Esta mayoría comprende que, comparada con quien está libre de pecado, resaltan aún más su culpabilidad y sus vicios, y por rabia se venga haciendo sufrir al bueno.

-Yo, sin embargo, sostengo que sufres por el contraste entre perfección y nuestra miseria. Aunque ninguno te despreciara en ningún modo, igualmente sufrirías, porque tu perfección debe ser una dolorosa repulsa de los pecados de los hombres - dice Judas Tadeo.

-Yo, por el contrario, sostengo que Tú, no careciendo de humildad, sufres por el esfuerzo de deber dominar con tu parte sobrenatural los impulsos de tu humanidad contra tus enemigos - dice Mateo.

-Yo, que sin duda me equivoco porque soy un ignorante, digo que sufres porque tu amor es rechazado. No sufres por no poder castigar como tu lado humano puede desear, sino que sufres por no poder beneficiar como querrías - dice Andrés.

-Y yo sostengo que sufres porque debes padecer todo el dolor para redimir todo el dolor. No predominando en ti una u otra naturaleza, sino estando igualmente estas dos naturalezas tuyas en ti, fundidas, con un perfecto equilibrio, para formar la Víctima perfecta ( tan sobrenatural, que puede ser válida para aplacar la ofensa hecha a la Divinidad; tan humana, que puede representar a la Humanidad y conducirla nuevamente a la pureza inmaculada del primer Adán, para anular el pasado y generar una nueva humanidad; recrear una humanidad nueva, conforme al pensamiento de Dios, o sea, una humanidad en que esté realmente la imagen y la semejanza de Dios y el destino del Hombre: la posesión, el poder aspirar a la posesión de Dios, en su Reino), debes sufrir sobrenaturalmente, y sufres, por todo lo que ves hacer y por lo que te rodea -podría decir- con perpetua ofensa a Dios, y debes sufrir humanamente, y sufres, para cercenar las tendencias de nuestra carne envenenada por Satanás. Con el sufrimiento completo de tus dos perfectas naturalezas, anularás completamente la ofensa a Dios, la culpa del hombre - dice el Zelote.

Los demás guardan silencio. Jesús pregunta:

-¿Y vosotros no decís nada? ¿Cuál es, según vosotros, la definición más apropiada?

Unos dicen una, otros otra. Sólo callan Santiago de Alfeo y Juan.

-¿Y vosotros dos? ¿No aprobáis ninguna de ellas? - dice Jesús para moverlos a hablar.

-No. Sentimos en todas algo de verdad, o mucho de verdad. Pero sentimos también que falta la verdad más verdadera.

-¿Y no sabéis encontrarla?

-Quizás yo y Juan la hemos encontrado. Pero nos parece casi una blasfemia el decirla, porque... Somos unos buenos israelitas y tememos tanto a Dios, que casi no podemos pronunciar su Nombre. Y el pensar que, si el hombre del pueblo elegido, el hombre hijo de Dios, no puede pronunciar casi el Nombre bendito y crea nombres sustitutivos para nombrar a su Dios, el que pueda Satanás osar perjudicar a Dios nos parece pensamiento blasfemo. Y, no obstante, sentimos que el dolor es siempre activo contra ti porque Tú eres Dios y Satanás te odia. Te odia como ningún otro. Tú encuentras el odio, hermano mío, porque eres Dios - dice Santiago.

-Sí, encuentras el odio porque eres el Amor. No es que los fariseos o los rabíes, o éste o aquél, o por éste o por aquél, se alcen para hacerte sufrir. Sino que es el Odio el que inviste de sí a los hombres y los lanza contra ti, lívidos de odio, porque con tu amor arrancas demasiadas víctimas al Odio - dice Juan.

-A las muchas definiciones les falta todavía una cosa. Buscad la razón más verdadera. La razón por la cual he...» anima Jesús.

Pero ninguno la encuentra. Piensan, piensan. Se rinden, diciendo:

-No la encontramos...

-¡Es tan simple! Está siempre ante vosotros. Resuena en las palabras de nuestros libros, en las figuras de nuestras historias... ¡Animo, buscad! En todas vuestras definiciones hay algo de verdad, pero falta la primera razón. Buscadla no en nuestros días, sino en el pasado más lejano, antes de los profetas, antes de los patriarcas, antes de la creación del Universo...

Los apóstoles están pensativos... pero no hallan la razón. Jesús sonríe. Luego dice:

-Pues, si recordarais mis palabras, encontraríais la razón. Pero podéis recordar todo todavía. Eso sí, un día recordaréis. Escuchad. Remontemos juntos el curso de los siglos, hasta más allá de los límites del tiempo. Vosotros sabéis quién fue el que dañó el espíritu del hombre. Satanás, la Serpiente, el Adversario, el Enemigo, el Odio. Llamadlo como queráis. Pero ¿por qué lo dañó? Por una gran envidia: la de ver al hombre destinado al Cielo del que él había sido expulsado. Deseó para el hombre el mismo destierro que había recibido. ¿Por qué había sido expulsado? Por haberse rebelado contra Dios. Esto lo sabéis. ¿Pero en qué? En la obediencia. En el principio del dolor hay una desobediencia. Y entonces, ¿no es también necesariamente lógico que lo que restablezca el orden, que es siempre alegría, sea una obediencia perfecta? Obedecer es difícil, especialmente si se trata de una materia grave. Lo difícil produce dolor a aquel que lo lleva a cabo. Pensad, pues, si Yo, al que el Amor solicitó si quería devolver la alegría a los hijos de Dios, no tendré que sufrir infinitamente, para llevar a cabo la obediencia al Pensamiento de Dios. Yo, pues, debo sufrir para vencer, para borrar no uno o mil pecados, sino el propio Pecado por *excelencia* que, en el espíritu angélico de Lucifer o en el que animaba a Adán, fue y será siempre hasta el último hombre, pecado de desobediencia a Dios.

Vosotros, hombres, debéis obedecer limitadamente a eso poco - os parece mucho pero es muy poco- requerido por Dios, que, en su justicia, os pide solamente aquello que podéis dar. Vosotros, de lo que Dios quiere, conocéis solamente lo que podéis cumplir. Pero Yo conozco todo su Pensamiento, respecto a los grandes y pequeños acontecimientos. Yo no tengo puestos límites en el conocimiento ni en la ejecución. El amoroso sacrificador, el Abraham divino, no exime a su Víctima e Hijo suyo. Es el Amor no satisfecho y ofendido el que exige reparación y ofrecimiento. Y, aunque viviera millares de años, nada sería, si no consumara el Hombre hasta la última fibra; de la misma forma que nada habría sido, si ab aeterno no hubiera dicho Yo "sí" al Padre mío, disponiéndome a obedecer como Dios Hijo y como Hombre, en el momento que mi Padre considerara bueno.

La obediencia es dolor y es gloria. La obediencia, como el espíritu, no muere nunca. En verdad os digo que los verdaderos obedientes serán dioses, aunque después de una lucha continua contra sí mismos, contra el mundo y contra Satanás. La obediencia es luz. Cuanto más se es obediente, más luminoso se es y más se ve. La obediencia es paciencia, y, cuanto más se es obediente, más se soportan las cosas y a las personas. La obediencia es humildad, y, cuanto más obediente se es, más humilde se es para con nuestro prójimo. La obediencia es caridad porque es un acto de amor, y, cuanto más obediente se es, más numerosos y perfectos son los actos. La obediencia es heroísmo. Y el héroe del espíritu es el santo, el ciudadano de los Cielos, el hombre divinizado. Si la caridad es la virtud en que uno encuentra a Dios Uno y Trino, la obediencia es la virtud en que soy hallado Yo, vuestro Maestro. Haced que el mundo os reconozca como discípulos míos por una obediencia absoluta a todo lo santo. Llamad a Judas. Tengo que decirle algo también a él...

Judas acude. Jesús señala al panorama que se estrecha a medida que bajan, y dice:

-Una pequeña parábola para vosotros, futuros maestros de espíritu. Cuanto más subáis por el camino de la perfección, que es arduo y penoso, más veréis. Antes veíamos las dos llanuras, filistea y de Sarón, con sus muchos pueblos y campos y árboles frutales, e incluso un azul lejano, que era el gran mar, y el Carmelo verde allá en el fondo. Ahora no vemos más que un poco. El horizonte se ha estrechado y se seguirá estrechando, hasta desaparecer en el fondo del valle. Lo mismo sucede con quien desciende en el espíritu en vez de subir. Su virtud y sabiduría se van haciendo cada vez más limitadas, y restringido su juicio hasta quedar anulado. En ese momento, un maestro de espíritu ha muerto en orden a su misión. Ya ni discierne ni guía. Es un cadáver y, de la misma manera que se ha corrompido, puede corromper. La bajada, a veces, es estimulante, casi siempre lo es, porque abajo hay satisfacciones de los apetitos. También nosotros bajamos al valle en busca de descanso y alimento. Pero, si ello es necesario para nuestro cuerpo, no es necesario satisfacer los apetitos de la carne y la desgana del espíritu, bajando a los valles de la sensualidad moral y espiritual. Sólo en un valle se concede poner pie: en el de la humildad. Y es porque a éste el mismo Dios desciende a raptar al espíritu humilde para elevarlo hasta Él. Quien se humilla será enaltecido. Cualquier otro valle es letal, porque aleja del Cielo».

-¿Me has llamado para esto, Maestro?

-Para esto. Has hablado mucho con los que te preguntaban.

-Sí, y no merece la pena; son más duros de mente que los mulos.

-Y Yo he querido expresar un pensamiento donde todo quede reflejado. Para que puedas nutrir tu espíritu.

Judas lo mira confundido. No sabe sí es un don o un reproche. Los otros, que no se habían percatado de la conversación de Judas con los seguidores, no comprenden que Jesús está reprendiendo a Judas por su soberbia.

Y Judas prefiere prudentemente llevar la conversación por otros derroteros, así que pregunta:

-¿Maestro, Tú que piensas? ¿Esos romanos, y lo mismo el hombre de Petra, que han tenido un contacto muy limitado contigo, podrán llegar alguna vez a tu doctrina? ¿Y aquel Alejandro? Se marchó... No volveremos a verlo. Y éstos lo mismo. Se diría que en ellos hay una instintiva búsqueda de la verdad, pero están sumergidos hasta el cuello en el paganismo. ¿Lograrán alguna vez concluir alguna cosa buena?

-¿Quieres decir encontrar la Verdad?

-Sí, Maestro.

-¿Y por qué no iban a lograrlo?

-Porque son pecadores.

-¿Sólo ellos son pecadores? ¿Entre nosotros no hay pecadores?

-Muchos, lo admito. Pero precisamente lo que yo digo es que si nosotros, nutridos de sabiduría y verdad ya desde hace siglos, somos pecadores y no conseguimos hacernos justos y seguidores de la Verdad que representas, ¿cómo podrán hacerlo ellos, si están saturados de impurezas?

-Todos los hombres, cualquiera que fuera el punto del que partieran, pueden llegar a alcanzar y poseer la Verdad, o sea, a Dios Cuando no hay soberbia de la mente ni depravación de la carne, sino sincera búsqueda de la Verdad y de la Luz, pureza de finalidad y anhelo de Dios, una criatura está ciertamente en el camino de Dios.

-Soberbia de la mente... y depravación de la carne... Maestro... entonces...

-Continúa tu pensamiento, que es bueno.

Judas elude continuar, y dice:

-Entonces ellos no pueden alcanzar a Dios, porque son unos depravados.

-No era eso lo que querías decir, Judas. ¿Por qué has amordazado tu pensamiento y tu conciencia? ¡Oh, qué difícil es que el hombre suba a Dios! Y el obstáculo mayor está en sí mismo, que no quiere confesar y reflexionar sobre sí mismo y sus defectos. Verdaderamente también Satanás es calumniado muchas veces, cargándole a él toda causa de ruina espiritual. Y más calumniado aún es Dios, al cual se le cargan todos los hechos que suceden. Dios no viola la libertad del hombre. Satanás no puede prevalecer contra una voluntad asentada en el Bien. En verdad os digo que setenta veces sobre cien el hombre peca por su voluntad. Y -no se considera esto, pero es así- y no se restablece de su pecado porque evita el examinarse, y a pesar de que la conciencia, con imprevisto impulso, se yergue dentro de él y grita las verdades que él no ha querido meditar, el hombre ahoga ese grito, borra esa figura que, severa y dolorosa, se yergue delante de su intelecto, modifica con esfuerzo su pensamiento influido por la voz acusadora, y no quiere decir, por ejemplo: "Pero entonces nosotros, yo, no podemos alcanzar la Verdad, porque tenemos soberbia de la mente y corrupción de la carne". Sí, en verdad, en nuestro pueblo no se camina hacia la senda de Dios, porque en nuestro pueblo hay soberbia de la mente y corrupción de la carne. Una soberbia que es verdaderamente imitadora de la satánica, tanto que se juzgan u obstaculizan las acciones de Dios cuando son contrarias a los intereses de los hombres y de los partidos. Y este pecado hará de muchos de Israel réprobos eternos.

-Bueno, pero no somos todos así.

-No. Todavía hay espíritus buenos, en todos los niveles; más numerosos entre los humildes del pueblo que entre los doctos y ricos, pero los hay. Mas ¿cuántos son?, ¿cuántos, respecto a este pueblo de Palestina al que desde hace casi tres años evangelizo y favorezco, y por el cual me consumo? Hay más estrellas en una noche nubosa que en Israel espíritus deseosos de venir al Reino mío.

-¿Y los gentiles, esos gentiles, irán?

-No todos, pero sí muchos. Incluso entre mis propios discípulos algunos no perseverarán hasta el final. ¡Pero no nos preocupemos de los frutos que, podridos, caen de la rama! Tratemos, hasta cuando se pueda, de impedir que se pudran, con la dulzura, con la firmeza, con la recriminación y el perdón, con la paciencia y la caridad. Luego, si dicen "no" a Dios y a los hermanos que quieren salvarlos, y se arrojan en los brazos de la Muerte, de Satanás, y mueren impenitentes, bajemos la cabeza y ofrezcamos a Dios nuestro dolor por no haberlo podido alegrar con esa alma, salvándosela. Todos los maestros tienen experiencia de estas derrotas; las cuales también son útiles, para mantener mortificado el orgullo del maestro de almas y probar la constancia de éste en el ministerio. La derrota no debe cansar la voluntad del educador de espíritus. Es más, debe impulsarlo a hacer más y mejor, en el futuro.

-¿Por qué has dicho al decurión que lo vas a volver a ver en un monte? ¿Cómo puedes saberlo?

Jesús mira a Judas con una mirada larga y extraña, mezcla de tristeza y sonrisa juntas, y dice:

-Porque será uno de los que estén presentes en mi exaltación, y dirá al gran doctor de Israel una severa palabra verdadera. Y desde ese momento comenzará su seguro camino hacia la Luz. Pero ya estamos en Gabaón. Que Pedro vaya con otros siete a anunciarme. Voy a hablar enseguida, para despedir a los que me han seguido desde los pueblos cercanos. Los demás permanecerán conmigo hasta después del sábado. Tú, Judas, estáte con Mateo, Simón y Bartolomé.

(No he reconocido en el decurión a ninguno de los soldados presentes en la Crucifixión. Pero debo decir también que centrada en la observación atenta de mi Jesús, no me di mucha cuenta de ellos. Eran, para mí, un grupo de soldados encargados de hacer ese servicio. Nada más. Y además, cuando habría podido observarlos mejor porque "todo estaba consumado", había una luz tan no luz que sólo las caras muy familiares podían ser reconocidas. De todas formas, por las palabras de Jesús pienso que es ese soldado que dice a Gamaliel algunas palabras que no recuerdo y que no puedo verificar, porque estoy sola y no puedo pedir a nadie que me dé el cuaderno de la Pasión).

## 516

## En Gabaón, milagro del mudito y elogio de la sabiduría como amor a Dios.

En primavera, verano y otoño, Gabaón, construida en el copete de un suave y bajo otero aislado en medio de una llanura fertilísima debe ser una ciudad graciosa, ventilada y de bellísimo panorama. Sus casas blancas se esconden casi entre el verde de los árboles -de todas clases- de hoja perenne, que están mezclados con árboles desnudos ahora por la estación del año, pero que en la estación buena deben transformar el otero en una nube de pétalos ligeros y, más tarde, en exuberancia de frutas. Ahora, con el tono gris del invierno muestra las laderas listeadas de desnudas vides y grises por los olivos, y con manchas de árboles frutales, desnudos, de oscuros troncos; a pesar de lo cual, es bonita y aparece ventilada, y la mirada descansa en la ladera del monte y en la arada llanura.

Jesús se dirige hacia una cisterna grande o pozo, que me recuerda un poco el de la samaritana, o también En Rogel y, más todavía los depósitos cercanos a Hebrón. Hay allí mucha gente: quiénes se apresuran a tomar mucha agua para el sábado, que ya está cerca, quiénes concluyen los últimos tratos, quiénes, habiendo terminado ya sus ocupaciones, se entregan al descanso del sábado (entre éstos, los ocho apóstoles, que anuncian al Maestro y ya han tenido éxito. porque veo que traen a enfermos y se congregan mendigos y otras personas vienen de sus casas).

Cuando Jesús llega a donde está el pilón, se forma un murmullo que se transforma en un grito unánime:

-¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Está entre nosotros el Hijo de David! ¡Bendita la Sabiduría, que viene al lugar donde fue invocada!

-Benditos vosotros, que la sabéis acoger. ¡Paz! Paz y bendición.

Y enseguida se dirige hacia los enfermos y los tullidos (por desgracias o enfermedades), hacia los indefectibles ciegos o que están en camino de serlo, y los cura.

Hermoso es el milagro de un mudito. La madre se lo presenta llorando. Jesús lo cura con un beso en la boca. Y él usa las palabras que la Palabra le da para gritar los dos nombres más bonitos: « ¡Jesús! ¡Mamá!». Y de los brazos de su madre, que lo tenía alzado por encima de la gente, se arroja a los brazos de Jesús, se abraza a su cuello, hasta que Jesús lo devuelve a la madre feliz. Ella explica a Jesús cómo este hijo suyo primogénito, destinado desde antes que naciera, en el corazón de los padres, para ser levita, podrá serlo ahora que no tiene defectos:

-No le había pedido al Señor, junto con mi esposo Joaquín, para mí, sino para que sirviera al Señor. Y no he pedido para él la palabra para que me llamase madre y me dijera que me quiere. Sus ojos y sus besos ya me lo decían. La pedía para que pudiera, como cordero sin defecto, ser consagrado enteramente al Señor y alabar su Nombre.

A lo cual Jesús responde:

-El Señor oía la palabra de su alma, -que Él, como una madre, hace de los sentimientos palabras y actos. Pero bueno ha sido tu deseo y el Altísimo lo ha acogido. Ahora esfuérzate en educar a tu hijo para la alabanza perfecta, para que sirva siempre con perfección al Señor.

-Sí, Rabí. Pero dime Tú qué es lo que debo hacer.

-Haz que ame al Señor Dios con todo su ser, y espontáneamente florecerá en su corazón la alabanza perfecta, y perfecto será en su servicio a su Dios.

-Bien has hablado, Rabí. La Sabiduría está en tus labios. Te ruego que nos hables a todos - dice un gabaonita de aspecto señorial que se ha abierto paso hasta Jesús y lo ha invitado a la sinagoga. Sin duda es el arquisinagogo.

Jesús se dirige hacia ella, seguido de todos, y dado que es imposible hacer que entren todos los de la ciudad, más los que ya estaban con Él, acepta el consejo del jefe de la sinagoga de hablar desde la terraza de su casa, contigua a la sinagoga. Una casa ancha y baja, fajada por dos lados por el verde tenaz de una espaldera de jazmines. Y la voz de Jesús, potente y armoniosa, se expande en el aire apacible de la tarde que declina, y se propaga por la plaza y por las tres calles que en ella desembocan, mientras un pequeño mar de cabezas está con la cara alzada escuchando.

-La mujer de vuestra ciudad que ha deseado la palabra para su hijo, no por un deseo de oír de los labios de su hijo dulces palabras, sino para que fuera hábil para servir a Dios, me recuerda otras palabras, ya lejanas, brotadas de los labios de un gran hombre en esta misma ciudad. A éstas, como a las de la mujer de esta ciudad, Dios ha asentido, porque en ambos ha visto una petición de justicia, una justicia que debería estar en todas las oraciones para que encontraran acogida de parte de Dios y gracia. ¿Qué es necesario durante la vida para obtener luego el premio eterno, la verdadera Vida sin fin en una bienaventuranza sin fin? Es necesario amar al Señor con todo el propio ser, y al prójimo como a uno mismo. Y ésta es la cosa más necesaria para tener a Dios por amigo y obtener de Él gracias y bendiciones. Cuando Salomón, *(2 Crónicas 1, .3-12; 1 Reyes 3, 4-15),* hecho rey después de la muerte de David, asumió de hecho el reino, subió a esta ciudad y ofreció un gran sacrificio de víctimas. Y en esa noche se le apareció el Altísimo y le dijo: "Pídeme lo que desees de mí". Gran benignidad por parte de Dios. Gran prueba por parte del hombre. Porque a todo don le corresponde una gran responsabilidad por parte de quien lo recibe, responsabilidad que es tanto mayor cuanto mayor es el don. Y ésta es una prueba del grado de formación alcanzado por el espíritu. Si un espíritu favorecido por Dios, en lugar de perfeccionarse, desciende hacia la materialidad, ha fallado la prueba y muestra con esto su no formación, o su parcial formación. Hay dos cosas que son índice del valor espiritual del hombre: su modo de comportarse en la alegría y el modo de comportarse en el dolor. Sólo el que está formado en la justicia sabe ser humilde en la gloria, fiel en la alegría, agradecido-, constante aun después de haber obtenido algo, aun cuando no desee ya nada más. Y sólo el que es realmente santo sabe ser paciente y seguir siendo amante de su Dios cuando las penas se ensañan con él.

-¿Maestro, puedo preguntarte una cosa? - dice uno de Gabaón.

-Habla.

-Todo lo que dices es verdad. Y, si he comprendido bien, quieres decir que Salomón superó la prueba felizmente. Pero luego pecó. Ahora dime: ¿por qué Dios lo favoreció tanto si luego iba a pecar? *(1 Reyes 11, 1-13)* Sin duda, el Señor conocía el futuro pecado del rey. ¿Y entonces por qué le dijo: "Pídeme lo que quieras"? ¡Fue un bien o un mal?

-Siempre un bien, porque Dios no cumple acciones malas.

-Pero has dicho que a todo don corresponde una responsabilidad. Ahora bien, habiendo Salomón pedido y obtenido la sabiduría...

-Tenía la responsabilidad de ser sabio y no lo fue, quieres decir. Es verdad. Y te digo que ciertamente esta falta suya respecto a la sabiduría fue castigada, y con justicia. Pero el acto de Dios de concederle la sabiduría que había pedido fue bueno. Y bueno fue el acto de Salomón de pedir la sabiduría y no otras cosas materiales. Y, puesto que Dios es Padre y es Justicia, en el momento del error buena parte de error lo perdonó, teniendo presente que el pecador en el pasado había amado la Sabiduría más que a ninguna otra cosa o criatura Un acto habrá disminuido el otro acto. Una buena acción hecha antes del pecado permanece, y vale para el perdón, pero cuando el pecador después del pecado se arrepiente.

Por esto os digo que no dejéis pasar la ocasión de llevar a cabo buenas acciones, para que sean como monedas para pagar vuestros pecados (cuando, por gracia de Dios, de ellos os arrepentís). Las acciones buenas -aunque parezcan pasadas, y por tanto se pueda pensar equivocadamente que ya no fermentan en nosotros y crean nuevos estímulos y fuerzas para cosas buenas- están siempre activas, aunque sea con el recuerdo que resurge desde el fondo de un alma humillada y suscita una añoranza del tiempo en que la persona era buena. Y la añoranza es, a menudo, un primer paso por el camino del regreso a la Justicia. Yo he dicho que incluso un vaso de agua dado con amor a un sediento no queda sin premio. Un sorbo de agua no es nada en cuanto al valor material, pero la caridad lo hace grande. Y no queda sin premio. A veces el premio puede ser volver al Bien que se forma con el recuerdo de esa acción, de las palabras del hermano sediento, de los sentimientos del corazón de aquella ocasión, de ese corazón que daba de beber en nombre de Dios y por amor. Y entonces Dios, por sucesión de recuerdos, vuelve, como un sol que renace después de la noche oscura, para resplandecer en el horizonte de un pobre corazón que lo perdió y que, hechizado por su inefable Presencia, se humilla y grita: "¡Padre, he pecado! Perdona. Te amo de nuevo". El amor a Dios es sabiduría. Es la sabiduría de las sabidurías, porque el que ama conoce todo y posee todo. Aquí, mientras cae la tarde y el viento vespertino hace tiritar a los cuerpos arropados y agita las antorchas que habéis encendido, no os repito lo que ya sabéis: los puntos del libro sapiencial donde está escrito cómo Salomón obtuvo la sabiduría, y la oración *(Sabiduría 9)* que hizo para obtenerla. Pero, para memoria mía, para ir por sendero seguro, para tener luz de guía, os exhorto a meditar con vuestro arquisinagogo esas páginas. El Libro de la Sabiduría debería ser un código de vida espiritual. Como una mano materna debería guiaros -e introduciros en él- al perfecto conocimiento de las virtudes y de mi doctrina. Porque la Sabiduría me prepara los caminos y hace de los hombres – "de corta vida e incapaces de entender los juicios y las leyes, siervos e hijos de siervas de Dios" - los dioses del Paraíso de Dios.

Buscad, sobre todo, Sabiduría para honrar al Señor y oír que Él, el día eterno, os dice: "Porque has estimado sobre todo esto y no riqueza, bienes, gloria, larga vida, ni triunfo sobre los enemigos, te sea concedida la Sabiduría", o sea, Dios mismo, porque el Espíritu de Sabiduría es Espíritu de Dios. Buscad, sobre todo, la Sabiduría santa, y Yo os digo que todas las demás cosas os serán dadas, y en un modo en que ninguno de los grandes del mundo puede procurárselas. Amad a Dios. Preocupaos sólo de amarlo. Amad al prójimo vuestro para honrar a Dios. Consagraos al servicio de Dios, a su triunfo en los corazones. Convertid a quien no es amigo de Dios, convertidlo al Señor. Sed santos. Acumulad las obras santas para defensa vuestra contra las posibles debilidades del ser creado. Sed fieles al Señor. No critiquéis ni a los vivos ni a los muertos. Pero esforzaos en imitar a los buenos, y, no para alegría vuestra terrena, sino para alegría de Dios, pedid al Señor gracias y os serán dadas.

Vamos. Mañana oraremos juntos y Dios estará con nosotros.

Y Jesús los bendice y los despide.

## 517

## Hacia Nob. Judas Iscariote, tras un momento polémico, reconoce su error.

E1 viento húmedo y frío peina los árboles del otero y empuja en el cielo cúmulos de nubes cenicientas. Arrebujados en sus gruesos mantos, Jesús y los doce y Esteban bajan de Gabaón al camino que conduce hacia la llanura. Hablan entre sí mientras Jesús, absorto en uno de sus silencios, está lejos de lo que le rodea. Y ahí está, hasta que, llegados a un cruce a media ladera -es más, casi al pie del otero-, dice:

-Tomamos esta dirección y vamos a Nob.

-¿Cómo? ¿No vuelves a Jerusalén? - pregunta Judas Iscariote.

-Nob y Jerusalén es casi una sola cosa para quien está habituado a caminar mucho. Pero prefiero estar en Nob. ¿Lo lamentas?

-¡Oh! ¡Maestro! Por mí, acá o allá... Más bien lo que lamento es que en un lugar tan propicio para ti hayas figurado tan poco. Hablaste más en Bet-Jorón, que ciertamente no se mostraba amiga tuya. Deberías hacer lo contrario. ¡Vamos, eso me parece! Tratar de atraer cada vez más a ti las ciudades que sientes propicias, hacer de ellas... contraarmas para las ciudades dominadas por enemigos tuyos. ¿Sabes qué valor, tener de tu parte las ciudades cercanas a Jerusalén? A1 fin y al cabo, Jerusalén no es todo. También pueden contar los otros lugares y hacer pesar su voluntad sobre el sentir de Jerusalén. Los reyes generalmente son proclamados en ciudades fidelísimas; consumada la proclamación, las otras se resignan...

-Cuando no se rebelan, y entonces hay luchas fraticidas. No creo que el Mesías quiera empezar su reinado con una guerra interna-dice Felipe.

-Yo quisiera una sola cosa: que hubiera comenzado en vosotros con visión precisa. Pero vosotros no veis todavía con precisión… ¿Cuándo vais a comprender?

Sintiendo que quizás es una reprensión lo que está para venir Judas Iscariote pregunta otra vez:

-¿Y por qué aquí, en Gabaón, has hablado tan poco?

-He preferido escuchar y descansar. ¿No comprendéis que Yo también necesito descanso?

-Hubiéramos podido quedarnos y darles esta satisfacción. Si estás tan cansado, ¿por qué te has puesto de nuevo en camino? - pregunta afligido Bartolomé.

-No son mis miembros los que están cansados. No necesito quedarme para darles reposo. Es mi corazón el que está cansado y necesita descanso. Y Yo descanso donde encuentro amor. ¿Creéis, acaso, que sea insensible a tanto odio?, ¿que los rechazos no me causen dolor?, ¿que las conjuras contra mí me dejen insensible?, ¿que las traiciones de quien se finge amigo, y es un espía de mis enemigos, puesto a mi lado para...?

-¡Jamás suceda eso, Señor! Y no debes siquiera sospecharlo. ¡Hablando así, nos ofendes! - protesta Judas Iscariote, con una apasionada irritación, que es superior a la de todos los demás; en efecto, todos protestan diciendo:

-Maestro, nos afliges con estas palabras. ¡Dudas de nosotros!

Y Santiago de Zebedeo, impulsivo, exclama:

-Me despido de ti, Maestro, y vuelvo a Cafarnaúm. Con el corazón roto. Pero me marcho. Y si no es suficiente Cafarnaúm, me iré con los pescadores de Tiro y Sidón, iré a Cintium, iré no sé a dónde. Pero lejos, que sea imposible que puedas pensar que te traiciono. ¡Dame tu bendición como viático!

Jesús lo abraza, diciendo: «

-Paz, apóstol mío. Son muchos los que se dicen amigos míos, no sois sólo vosotros. Te afligen, os afligen mis palabras. ¿Pero en qué corazones deberé derramar la congoja y buscar consuelo, sino en los de mis amados apóstoles y discípulos de confianza? Busco en vosotros una parte de la unión que he dejado para unir a los hombres: la unión con el Padre mío en el Cielo; y una gota del amor que he dejado por amor a los hombres: el amor de mi Madre. Las busco como apoyo mío. ¡Oh, la ola amarga rebasa mi corazón, el peso inhumano oprime al Hijo del hombre!... La Pasión mía, la Hora mía, se hace cada vez más plena... ¡Ayudadme a soportarla y a cumplirla... porque es muy dolorosa!

Los apóstoles se miran conmovidos por el dolor profundo que vibra en las palabras del Maestro, y no saben hacer otra cosa sino pegarse a Él, acariciarlo, besarlo... y son simultáneos los besos de Judas a la derecha y de Juan a la izquierda, en el rostro de Jesús, que baja los párpados celando los ojos mientras Judas Iscariote y Juan lo besan...

Reanudan la marcha, y Jesús puede terminar su pensamiento interrumpido:

-En medio de tanta congoja mi corazón busca lugares donde halla amor y descanso; donde, en vez de hablar a secas piedras o a engañosas serpientes o a distraídas mariposas, puede escuchar las palabras de otros corazones y consolarse porque las siente sinceras, amorosas, justas. Gabaón es uno de estos lugares. No había ido nunca. Pero he encontrado allí un campo arado y sembrado por magníficos obreros de Dios. ¡Ese arquisinagogo! Ha venido hacia la Luz, pero era ya espíritu luminoso. ¡Lo que puede hacer un buen siervo de Dios! Gabaón, ciertamente, no está exenta de los manejos de los que me odian. Allí también intentarán acusaciones malignas y corrupciones. Pero tiene un arquisinagogo que es un justo, y los venenos del mal pierden su sustancia tóxica en esa ciudad. ¿Creéis, acaso, que me resulte agradable el tener siempre que corregir, censurar, e incluso reprender? Mucho más dulce me resulta poder decir: "Tú has comprendido la Sabiduría. Sigue por tu camino y sé santo" como he dicho al arquisinagogo de Gabaón.

-¿Vamos a volver, entonces?

-Cuando el Padre hace que encuentre un lugar de paz, lo saboreo y bendigo al Padre mío. Pero no he venido para esto. He venido a convertir para el Señor los lugares culpables y lejanos de Él. Vosotros mismos veis que podría estar en Betania y no estoy allí.

-También por no perjudicar a Lázaro.

-No, Judas de Simón. Hasta las piedras saben que Lázaro es amigo mío. Por tanto, por este motivo, sería vano que Yo pusiera frenos a mi deseo de confortación. Es por...

-Por las hermanas de Lázaro, por María en particular.

-Tampoco, Judas de Simón. Hasta las piedras saben que la lujuria de la carne no me turba. Observa que, entre las muchas acusaciones que me han sido lanzadas, la primera en caer ha sido ésta porque hasta mis más sañudos adversarios han comprendido que sostenerla era desenmascarar su habitual inclinación a la mentira Ninguna persona honesta habría creído que Yo era un sensual. La sensualidad puede tener atractivo sólo para los que no se nutren de lo sobrenatural y aborrecen el sacrificio. Pero, para el que se ha consagrado al sacrificio, para el que es víctima, ¿qué atractivo crees que puede tener el placer de una hora? El gozo de las almas víctimas está enteramente en el espíritu, y, si visten una carne, ésta no es más que un vestido. ¿Tú crees que los vestidos que llevamos tienen sentimientos? Lo mismo es la carne para los que viven de espíritu: un vestido, nada más. El hombre espiritual es el verdadero superhombre, porque no es esclavo de los apetitos, mientras que el hombre material es un no-valor, según la dignidad verdadera del hombre porque tiene en común con el animal demasiados apetitos, y es incluso inferior a él, superándolo, haciendo del instinto vinculado al animal un vicio degradante.

Judas, perplejo, se muerde los labios; luego dice:

-Sí. Y además no podrías perjudicar a Lázaro; dentro de poco la muerte lo pondrá al margen de todo peligro de venganzas... ¿Y entonces por qué vas a Betania más a menudo?

-Porque no he venido para gozar, sino para convertir. Ya te lo he dicho.

-Pero... ¿Te es motivo de gozo el tener contigo a tus hermanos?

-Sí. Pero también es verdad que no tengo parcialidad hacia ellos. Cuando tenemos que dividirnos para buscar sitio en las casas, no se quedan conmigo generalmente, sino que sois vosotros los que os quedáis. Y esto es para demostraros que, para los ojos y la mente de quien se ha consagrado a la redención, la carne y la sangre no tienen valor, sino que solamente tiene valor la formación de los corazones y su redención. Ahora vamos a ir a Nob y de nuevo nos distribuiremos para dormir. Y, una vez más, Yo te tendré conmigo, y tendré también a Mateo, a Felipe y a Bartolomé.

-¿Es, acaso, que somos los menos formados? ¿Yo, especialmente, quien siempre retienes a tu lado?

-Tú lo has dicho, Judas de Simón.

-Gracias, Maestro. Ya me había dado cuenta - dice con ira mal reprimida Judas Iscariote.

-Y, si te has dado cuenta, ¿por qué no te esfuerzas en formarte? ¿Crees, acaso, que por no causarte una mortificación Yo pudiera mentir? Y, además, estamos entre hermanos, y no deben ser objeto de menosprecio las deficiencias de otro, o de abatimiento el ser amonestado delante de los demás, que ya saben, unos de otros, en qué falta cada uno de los hermanos. Ninguno es perfecto, Yo os lo digo. Pero incluso las imperfecciones de unos y otros, tan penosas de verse y de soportarse, deben ser motivo para mejorarse uno a sí mismo y no aumentar así la recíproca desazón. Créeme, Judas, que, aunque te vea como

realmente eres, ninguno, ni siquiera tu madre, te quiere como Yo te quiero, ni se esfuerza ninguno como tu Jesús en hacerte bueno.

-Ya, pero me reprendes y humillas, y en la presencia de un discípulo.

-¿Es la primera vez que te llamo la atención en orden a la justicia?

-Judas calla.

-¡Responde, te digo! - dice Jesús imperiosamente.

-No.

-¿Y cuántas veces lo he hecho públicamente? ¿Puedes decir que te he puesto en evidencia? ¿O debes decir que te he cubierto y defendido? ¡Habla!

-Me has defendido, es verdad. Pero ahora...

-Pero ahora es por tu bien. El que acaricia a un hijo culpable deberá vendar después las llagas, dice el proverbio. Y dice otro proverbio que el caballo no domado se hace intratable; y el hijo abandonado a sí mismo, un tarambana.

-¿Pero es que soy para ti un hijo? - pregunta Judas, mientras su cara alisa el ceño fruncido.

-Si te hubiera generado no podrías serlo más. Y me dejaría arrancar las entrañas para darte mi corazón y hacerte como quisiera…

Judas tiene uno de sus recobros... y, sincero, verdaderamente sincero, se arroja a los brazos de Jesús y grita:

-¡No te merezco! ¡Soy demonio y no te merezco! ¡Eres demasiado bueno! ¡Sálvame, Jesús y llora, realmente llora con un llanto entrecortado por el jadeo, llanto de corazón turbado por cosas no buenas y por un contraste de éstas con el remordimiento de haber causado dolor a quien lo ama.

## 518

## En Jerusalén, encuentro con el ciego curado y palabras que revelan a Jesús como buen Pastor.

Jesús, que ha entrado en la ciudad por la puerta de Herodes; está cruzándola en dirección hacia el Tiropeon y el barrio de Ofel.

-¿Vamos al Templo? - pregunta Judas Iscariote.

-Si.

-¡Cuidado con lo que haces! - advierten muchos.

-Estaré allí sólo el tiempo de la oración.

-Te van a salir al paso.

-No. Vamos a entrar por las puertas de septentrión y saldré por las de mediodía, y no tendrán tiempo de organizarse para hacerme algún daño. A menos que esté siempre detrás de mí uno que vigile e informe.

Ninguno replica, y Jesús prosigue hacia el Templo, que aparece, en lo alto de su colina, casi espectral bajo la luz verde amarillenta de una plomiza mañana de invierno, en la que el sol nacido es sólo recuerdo que se obstina en mantenerse presente tratando de abrir una brecha en la densa masa de nubes. ¡Esfuerzo vano! E1 alegre lucir de la aurora ha quedado reducido al reflejo mate de un amarillo irreal, no extendido, sino agrupado en manchas que contienen también tonalidades de plomo veteado de verde. Y, debajo de esta luz, los mármoles y el oro del Templo aparecen sin brillo, tristes, yo diría lúgubres, como ruinas que aún despuntan en una zona de muerte.

Jesús lo mira intensamente mientras sube hacia la muralla. Y mira las caras de los viandantes matutinos. Son, por lo general, gente humilde: hortelanos, pastores con los animalitos que han de ser matados, criados o amas de casa dirigidos a los mercados. Y todos se alejan silenciosos, arrebujados en los mantos, un poco encorvados para defenderse del viento más bien frío de la mañana. También los rostros parecen más pálidos de como son normalmente los de esta raza. Es la luz extraña la que los pone así, verdosos o casi perlinos, con el fondo de los mantos de colores, que, verdes o de vivo color violado o amarillos intensos, no son, ciertamente, adecuados para proyectar reflejos róseos en las caras. Alguno saluda al Maestro, pero no se detiene. No es la hora propicia. Todavía no hay mendigos lanzando sus quejumbrosos gritos en los cruces y debajo de las amplias bóvedas que, cada poco, cubren las calles. La hora y el período del año contribuyen a la libertad -para Jesús- de caminar sin obstáculos.

Ya están en las murallas. Entran. Van al atrio de los Israelitas. Oran mientras un sonido de trompetas -diría que son de plata por timbre- anuncia algo que es, sin duda, importante, y se esparce por la colina; y, mientras un perfume de incienso se esparce suavemente, sobrepujando todos los otros olores menos agradables que puedan percibirse en la cima del Moria, o sea: el perpetuo -diría: natural- olor a carne de animales degollados y consumidos por el fuego; el olor a harina quemada; el olor a aceite ardiendo: olores éstos que se detienen siempre ahí arriba, más o menos fuertes, pero que siempre están presentes, por los continuos holocaustos.

Se marchan siguiendo otra dirección, y empiezan a ser notados por los primeros que vienen al Templo, por gente que pertenece al templo, por los cambistas y vendedores, que están montando sus mesas o recintos. Pero son demasiado pocos; y la sorpresa es tal, que no saben reaccionar. Entre sí intercambian palabras de estupor:

-¡Ha vuelto!

-¡No ha ido a Galilea, como decían!

-¿Pero dónde estaba escondido, si no se le ha encontrado en ninguna parte?

-Quiere realmente desafiarlos-

-¡Qué necio!

-¡Qué santo! - etcétera, según la disposición de cada uno.

Jesús está ya fuera del Templo y baja hacia la calle que lleva a Ofel. En esto, se encuentra al ciego de nacimiento, curado hace poco, el cual, cargado de cestas llenas de manzanas olorosas, camina alegre, bromeando con otros jóvenes igualmente cargados, que van en sentido opuesto al suyo.

Quizás al joven le pasaría inadvertido el encuentro, dado que desconoce el rostro de Jesús y el de los apóstoles. Pero Jesús no desconoce la cara del que fue curado milagrosamente. Y lo llama. Sidonio, llamado Bartolmái, se vuelve y mira interrogativamente al hombre alto y majestuoso -a pesar de ir vestido humildemente- que lo llama por el nombre dirigiéndose hacia una callejuela.

-Ven aquí - ordena Jesús.

El joven se acerca sin dejar su carga. Mira a Jesús. Cree que desea comprar manzanas. Dice:

-Mi jefe las ha vendido ya. Pero tiene más todavía, si quieres. Son bonitas y buenas. Traídas ayer de los pomares de Sarón. Y, si compras muchas, tienes un importante descuento, porque...

Jesús sonríe mientras alza la derecha para poner freno a la locuacidad del joven. Y dice:

-No te he llamado para comprar las manzanas, sino para alegrarme contigo y bendecir contigo al Altísimo, que te ha concedido su favor.

-¡Oh, sí! Yo lo hago continuamente, por la luz que veo y por el trabajo que puedo realizar, ayudando a mi padre y a mi madre, por fin. He encontrado un buen jefe. No es hebreo, pero es bueno. Los hebreos no me querían por... porque saben que he sido expulsado de la sinagoga - dice el joven, y pone las cestas en el suelo.

-¿Te han expulsado? ¿Por qué? ¿Qué has hecho?

-Yo nada. Te lo aseguro. El Señor es el que lo ha hecho. En sábado, el Señor hizo que me encontrara con ese hombre que se dice que es el Mesías, y Él me curó, como ves. Por eso me han expulsado.

-Entonces el que te curó no te ha hecho en todo un buen servicio-prueba Jesús.

-¡No digas eso, hombre! ¡Esto que dices es una blasfemia! Ante todo, me ha mostrado que Dios me ama, luego me ha dado la vista... Tú no sabes lo que es "ver", porque has visto siempre. ¡Pero uno que no había visto nunca! ¡Oh!... Es... Con la vista se tienen juntamente todas las cosas. Yo te digo que cuando vi, allá en Siloé, reí y lloré, pero de alegría ¿eh? Lloré como no había llorado en el tiempo de la desventura. Porque entendí entonces cuán grande era ella y cuán bueno era el Altísimo. Y, además, puedo ganarme la vida, y con trabajo decoroso. Y, además... -esto es lo que, más que todo, espero que me conceda el milagro recibido-, además, espero poder encontrar al hombre al que llaman Mesías y a su discípulo que me...

-¿Y qué harías entonces?

-Quisiera bendecirlo. A Él y a su discípulo. Y quisiera decirle al Maestro, que tiene que venir realmente de Dios, que me tome a su servicio.

-¿Cómo? Por causa suya estás anatematizado, con fatiga encuentras trabajo, puedes ser incluso más castigado, ¿y quieres servirle? ¿No sabes que están perseguidos todos aquellos que siguen al que te curó?

-¡Ya lo sé! Pero Él es el Hijo de Dios. Eso se dice entre nosotros. A pesar de que aquellos de arriba (y señala al Templo) no quieran que diga. Y ¿no merece la pena dejarlo todo para servirle a Él?

-¿Crees, entonces, en el Hijo de Dios y en su presencia en Palestina?

-Lo creo. Pero quisiera conocerlo, para creer en Él no sólo en la mente, sino con todo mi ser. Si sabes quién es y dónde se encuentra, -dímelo, para ir donde Él, verlo, creer completamente en él y servirle.

-Ya lo has visto, y no tienes necesidad de ir donde Él. El que ves y te habla en este momento es el Hijo de Dios.

Y -no podría afirmarlo con plena seguridad- me ha parecido que al decir estas palabras Jesús ha tenido casi una brevísima transfiguración, adquiriendo un aspecto bellísimo y, diría, esplendoroso. Yo diría que, para premiar y confirmar en su fe a este humilde creyente que cree en Él, ha descubierto, durante el tiempo que dura un destello, su belleza futura (quiero decir la que asumirá después la Resurrección y conservará en el Cielo, su belleza de criatura humana glorificada, de cuerpo glorificado y hecho uno con la inefable belleza de su Perfección). Un instante, digo. Un destello. Pero el rincón semioscuro donde se han refugiado para hablar, bajo el arco de calleja, se ilumina extrañamente con una luminosidad que emana de Jesús, el cual, lo repito, adquiere una grandísima hermosura.

Luego todo vuelve a ser como antes, excepto el joven, que ahora está en el suelo, rostro en tierra, y que adora y dice:

-¡Yo creo, Señor, mi Dios!

-Levántate. He venido al mundo para traer la luz y el conocimiento de Dios y para probar a los hombres y juzgarlos. Este tiempo mío es tiempo de opción, de elección y de selección. He venido para que los puros de corazón e intención, los humildes, los mansos, los amantes de la justicia, de la misericordia, de la paz, los que lloran y los que saben dar a las distintas riquezas su valor real y preferir las espirituales a las materiales encuentren aquello que su espíritu anhela; y para que los que eran ciegos -porque los hombres habían alzado gruesos muros para impedir el paso de la luz, o sea, impedir el conocimiento de Dios- vean, y los que se creen con vista se queden ciegos...

-Entonces Tú odias a una parte grande de los hombres y no eres bueno como dices ser. Si lo fueras, buscarías que todos vieran, y que quien ya viera no se quedara ciego - interrumpen algunos fariseos, que han llegado al improviso por la calle principal y, cautamente, se han acercado con otros a espaldas del grupo apostólico.

Jesús se vuelve y los mira. ¡Ciertamente ya no está transfigurado en dulce belleza! Es un Jesús bien severo el que fija en sus perseguidores sus miradas de zafiro. Su voz ya no tiene la nota de oro de la alegría, sino que es broncínea, y, cual sonido de bronce, es incisiva y severa en la respuesta:

-No soy Yo el que quiere que no vean la verdad los que actualmente combaten contra ella. Son ellos mismos los que levantan delante de sus pupilas un muro de adoquines para no ver. Y se hacen ciegos por su libre voluntad. Y el Padre me ha

enviado para que esta división tenga lugar, y sean verdaderamente conocidos los hijos de la Luz y los de las Tinieblas, los que quieren ver y la que quieren hacerse ciegos.

-¿Acaso estamos nosotros también entre estos ciegos?

-Si lo fuerais y trataseis de ver, no seríais culpables. Pero es porque decís: "Vemos", y luego no queréis ver, por lo que pecáis. Vuestro pecado permanece porque no tratáis de ver aun siendo ciegos.

-¿Y qué tenemos que ver?

-El Camino, la Verdad, la Vida. Un ciego de nacimiento, como era éste, con su bastoncito puede en todo caso encontrar la puerta de su casa e ir por ella, porque conoce su casa. Pero si lo llevaran a otros lugares, no podría entrar por la puerta de la nueva casa, porque no sabría dónde estaría y se chocaría contra las paredes.

El tiempo de la nueva Ley ha llegado. Todo se renueva y un mundo nuevo, un nuevo pueblo, un nuevo reino surgen. Ahora los del tiempo pasado no conocen todo esto. Conocen su tiempo. Son como ciegos llevados a una ciudad nueva, donde está la casa regia del Padre, pero cuya ubicación no conocen. Yo he venido para guiarlos e introducirlos en ella y para que vean. Pero soy Yo mismo la Puerta por la cual se pasa a la casa paterna, al Reino de Dios, a la Luz, al Camino, a la Verdad, a la Vida. Y soy también Aquel que ha venido a reunir el rebaño que había quedado sin guía, y a conducirlo a un único redil: el del Padre. Yo soy la puerta del Redil, porque soy al mismo tiempo Puerta y Pastor. Y entro y salgo como y cuando quiero Y entro libremente, y por la puerta, porque soy el verdadero Pastor.

Cuando uno viene a dar a las ovejas de Dios otras indicaciones, o trata de descaminarlas llevándolas a otras moradas y a otros caminos, no es el buen Pastor; es un pastor ídolo. Y el que no entra por la puerta del redil, sino que trata de entrar por otra parte saltando el recinto, no es el pastor, sino un ladrón y un asesino que entra con intención de robar y matar, para que los corderos de que se han apoderado no emitan voces de lamento y no atraigan la atención de los guardianes y del pastor. También entre las ovejas del rebaño de Israel tratan de introducirse falsos pastores para desviarlas de los pastos y alejarlas del Pastor verdadero. Y entran dispuestos incluso a arrancarlas del rebaño con violencia, y, si llega el caso, están dispuestos a matarlas y a dañarlas de muchas maneras, para que no hablen y no le manifiesten al Pastor las astucias de los falsos pastores, ni griten invocando la protección de Dios contra sus adversarios y los adversarios del Pastor.

Yo soy el Buen Pastor y mis ovejas me conocen, y me conocen los eternos porteros del verdadero Redil. Ellos me han conocido y han conocido mi Nombre, que han manifestado para que Israel lo conociera; me han descrito y han preparado mis caminos, y, cuando mi voz se ha oído, el último de ellos me ha abierto la puerta y ha dicho al rebaño que esperaba al verdadero Pastor, al rebaño que estaba agrupado en torno a su cayado: "Aquí tenéis a Aquel de quien he dicho que viene después de mí. Uno que me precede porque existía antes de mí y yo no lo conocía. Pero para esto, para que estéis preparados a recibirlo, he venido a bautizar con agua, para que fuera manifestado en Israel". Y las ovejas buenas han oído mi voz y, cuando las he llamado por el nombre, han venido solícitas y las he llevado conmigo, como hace un verdadero pastor al que conocen las ovejas, que lo reconocen por la voz y lo siguen a dondequiera que vaya. Y, cuando ha sacado a todas, camina delante de ellas, y ellas lo siguen porque aman la voz del pastor. Por el contrario, no siguen a un extranjero; antes bien, huyen lejos de él porque no lo conocen y le temen. Yo también camino delante de mis ovejas para señalarles el camino y hacer frente, Yo el primero, a los peligros y señalárselos al rebaño, al cual quiero guiar a mi Reino y ponerlo a salvo.

-¿Acaso Israel ya no es el reino de Dios?

-Israel es el lugar desde donde el pueblo de Dios debe elevarse hasta la verdadera Jerusalén y hasta el Reino de Dios.

-¿Y el Mesías prometido, entonces? Ese Mesías que afirmas que eres, ¿no debe, pues, hacer a Israel triunfante, glorioso, dueño del mundo, sometiendo a su cetro todos los pueblos, y vengándose, sí, vengándose ferozmente de todos los que lo han sometido desde que es pueblo? ¿Entonces nada de esto es verdad? ¿Niegas a los profetas? ¿Llamas necios a nuestros rabíes? Tú...

-El Reino del Mesías no es de este mundo. Es el Reino de Dios, fundado sobre el amor. No es otra cosa. Y el Mesías no es rey de pueblos y ejércitos, sino rey de espíritus. Del pueblo elegido vendrá el Mesías, de la estirpe real, y, sobre todo, de Dios, que lo ha generado y enviado. Por el pueblo de Israel ha comenzado la fundación del Reino de Dios, la promulgación de la Ley de amor, el anuncio de la buena Nueva de que habla el profeta *(Isaías 61, 1)*. Pero el Mesías será Rey del mundo, Rey de los reyes, y su Reino no tendrá límite en el tiempo ni confín en el espacio. Abrid los ojos y aceptad la verdad.

-No hemos entendido nada de tu desvarío. Dices palabras sin nexo. Habla y responde sin parábolas: ¿Eres o no eres el Mesías?

-¿Y no habéis entendido todavía? Os he dicho que soy Puerta y Pastor por esto. Hasta ahora ninguno ha podido entrar en el Reino de Dios, porque estaba murado y no tenía salidas. Pero ahora he venido Yo y está hecha la puerta para entrar en él.

-¡Oh! Otros han dicho que eran el Mesías, y luego han sido descubiertos como bandidos y rebeldes, y la justicia humana ha castigado su bellaquería. ¿Quién nos asegura que no eres como ellos? ¡Estamos cansados de sufrir y hacer sufrir al pueblo el rigor de Roma, por mérito de embusteros que se dicen reyes y hacen que el pueblo se levante en rebelión!

-No. No es exacta vuestra frase. Vosotros no queréis sufrir, eso es verdad. Pero que el pueblo sufra no os duele. Tanto es así, que al rigor de quien domina unís vuestro rigor, oprimiendo con décimos insoportables y otras muchas cosas al pueblo modesto. ¿Que quién os asegura que no soy un malandrín? Mis acciones. No soy Yo el que hace pesada la mano de Roma; al contrario, la aligero, aconsejando a los dominadores humanidad, a los dominados paciencia. Al menos estas cosas.

Mucha gente -ya mucha gente se ha congregado, y crece cada vez más, tanto que obstaculizan el paso por la calle grande y, por tanto, todos van a confluir en la callejuela, bajo cuyas bóvedas las voces retumban- aprueba diciendo:

-¡Bien dicho lo de los décimos! ¡Es verdad! A nosotros nos aconseja sumisión y a los romanos piedad».

Los fariseos, como siempre, se envenenan por las aprobaciones de la muchedumbre, y se muestran aún más mordaces en el tono con que se dirigen a Cristo. -Responde sin tantas palabras y demuestra que eres el Mesías.

-En verdad, en verdad os digo que lo soy. Yo, sólo Yo, soy la Puerta del redil de los Cielos. Quien no pasa por mí no puede entrar. Es verdad. Ha habido otros falsos Mesías, y más que habrá. *Pero el único y verdadero Mesías soy Yo.* Todos los que hasta ahora han venido presentándose como tales, no lo eran; eran sólo ladrones y salteadores. Y no sólo aquellos que se hacían llamar, de parte de unos pocos de su misma forma de ser, Mesías, sino también otros que, sin darse ese nombre, exigen una adoración que ni siquiera al verdadero Mesías se le da. Quien tenga oídos para oír que oiga. De todas formas, observad: ni a los falsos Mesías ni a los falsos pastores y maestros las ovejas los han escuchado, porque su espíritu sentía la falsedad de su voz, que quería aparecer dulce y, sin embargo, era cruel. Sólo los cabros los han seguido para ser sus compañeros en sus fechorías. Cabros salvajes, indómitos, que no quieren entrar en el Redil de Dios, bajo el cetro del verdadero Rey y Pastor. Porque esto, ahora, se da en Israel: que Aquel que es el Rey de los reyes viene a ser el Pastor del rebaño, mientras que, en el pasado, aquel que era pastor de rebaños vino a ser rey, y el Uno y el otro vienen de la misma raíz, de la raíz Iesaí, como está escrito en las promesas y profecías.

Los falsos pastores no han pronunciado palabras sinceras ni sus acciones han sido consoladoras. Han dispersado y torturado al rebaño, o lo han abandonado a los lobos, o lo han matado para sacar provecho vendiéndolo y así asegurarse la vida, o le han quitado los pastos para hacer de ellos moradas de placer y bosquecillos para los ídolos. ¿Sabéis cuáles son los lobos? Son las malas pasiones, los vicios que los mismos falsos pastores han enseñado al rebaño, practicándolos ellos los primeros. ¿Y sabéis cuáles son los bosquecillos de los ídolos? Son los propios egoísmos, ante los cuales demasiados queman inciensos. Las otras dos cosas no necesitan ser explicadas, porque son hasta demasiado claras estas palabras mías. Pero que los falsos pastores actúen así es lógico. No son sino ladrones que vienen para robar, matar y destruir, para llevar fuera del redil a pastos traicioneros, o conducir a falsos apriscos, que en realidad son mataderos. Pero los que pasan por mí están en seguro y podrán salir para ir a mis pastos, o volver para venir a mis descansos, y hacerse robustos y pingües de sustancias santas y sanas. Porque he venido para esto. Para que mi pueblo, mis ovejas, hasta ahora flacas y afligidas, tengan la vida, y vida abundante, y de paz y alegría. Y tanto quiero esto, que he venido a dar mi vida porque mis ovejas tengan la Vida plena y abundante de los hijos de Dios.

Yo soy el Pastor bueno. Y un pastor, cuando es bueno, da la vida por defender a su rebaño de los lobos y de los salteadores; por el contrario, el mercenario, que no ama a las ovejas sino al dinero que gana por llevarlas a pastar, se preocupa sólo de salvarse a sí mismo y - salvar la pequeña suma que lleva en el pecho, y, cuando ve venir al lobo o al salteador, huye, aunque luego vuelva para tomar alguna oveja que el lobo haya dejado medio muerta, o que haya sido desperdigada por el salteador, y matar a la primera para comérsela, o vender la segunda como suya, aumentando así su suma, para decir luego al amo, con falsas lágrimas, que ni siquiera una de las ovejas se ha salvado. ¿Qué le importa al mercenario si el lobo adentella y desperdiga a las ovejas, y el salteador hace saqueo de ovejas para llevarlas al carnicero? ¿Acaso veló por ellas mientras crecían, acaso trabajó esforzadamente para ponerlas robustas? Pero el que es amo y sabe cuánto cuesta una oveja, cuántas horas de trabajo, cuántos desvelos, cuántos sacrificios, las quiere y les presta cuidado, a ellas que son su bien. Pero Yo soy más que un amo. Yo soy el Salvador de mi rebaño y sé cuánto me cuesta la salvación de una sola alma; por tanto, estoy dispuesto a todo con tal de salvar a un alma. Esa alma me ha sido confiada por el Padre mío. Todas las almas me han sido confiadas, con el mandato de que salve un grandísimo número de ellas. Cuantas más logre arrancar a la muerte del espíritu, más gloria recibirá mi Padre. Por tanto, lucho para liberarlas de todos sus enemigos, o sea, de su yo, del mundo, de la carne, del demonio, y de mis adversarios, que me las disputan para producirme dolor. Yo hago esto porque conozco el pensamiento del Padre mío. Y el Padre mío me ha enviado a hacer esto porque conoce mi amor por Él y por las almas. También las ovejas de mi rebaño me conocen a mí y conocen mi amor, y sienten que estoy dispuesto a dar mi vida para darles la alegría.

Tengo otras ovejas. Pero no son de este Redil. Por tanto, no me conocen en lo que Yo soy, y muchas ignoran mi existencia e ignoran quién soy Yo. Ovejas que a muchos de nosotros parecen peor que cabras salvajes y son consideradas indignas de conocer la Verdad y de poseer la Vida y el Reino. Y, sin embargo, no es así. El Padre desea también éstas; por tanto, tengo que acercarme también a éstas, darme a conocer, hacer conocer la buena Nueva, guiarlas a mis pastos, reunirlas. Y éstas también escucharán mi voz porque acabarán amándola. De manera que habrá un solo Redil y un solo Pastor, y el Reino de Dios quedará reunido en la Tierra, ya preparado para ser transportado y acogido en los Cielos, bajo mi cetro, mi signo y mi verdadero Nombre.

¡Mi verdadero Nombre! ¡Sólo Yo lo conozco! Mas cuando el número de los elegidos esté completo y, entre himnos de alborozo, se sienten a la gran cena de bodas del Esposo con la Esposa, entonces mi Nombre será conocido por mis elegidos que por fidelidad a él se hayan santificado, aunque haya sido sin conocer toda la extensión ni profundidad de lo que era estar signado por mi Nombre y ser premiados por su amor a él, ni cuál era el premio... Esto es lo que quiero dar a mis ovejas fieles. Lo que constituye mi propia alegría...

Jesús recorre, con una mirada brillante de llanto extático, lo rostros dirigidos hacia él, y una sonrisa le tiembla en los labios, un sonrisa tan espiritualizada en su rostro espiritualizado, que se siente estremecer la muchedumbre, que intuye el rapto de Cristo a una visión beatífica, y su deseo de amor de verla cumplida. Vuelve a su estado normal. Cierra un instante los ojos, celando así el misterio que ve su mente y que los ojos podrían dejar transparentar demasiado y prosigue:

-Por esto me ama el Padre, ¡oh pueblo mío, o rebaño mío! Porque por ti, por tu bien eterno, doy la vida. Luego la tomaré de nuevo. Pero primero la daré para que tengas la vida y a tu Salvador como vida de ti mismo. Y la daré de forma que tú te nutras de ella, transformándome de Pastor en pasto y fuente que darán alimento y bebida, no durante cuarenta años como para los hebreos del desierto, sino durante todo el tiempo de exilio por los desiertos de la Tierra. Nadie, en realidad, me quita la vida. Ni los que amándome con todo su ser merecen que la inmole por ellos, ni los que me la quitan por un odio desorbitado y un miedo estúpido. Nadie podría quitármela si por mí mismo no consintiera en darla y si el Padre no lo permitiera, invadidos los dos por un delirio de amor hacia la Humanidad culpable. Por mí mismo la doy. Y tengo el poder de tomarla de nuevo cuando quiera, pues no es conveniente que la Muerte prevalezca contra la Vida. Por esto el Padre me ha dado este poder; es más, el

Padre me ha mandado hacer esto. Y por mi vida, ofrecida e inmolada, los pueblos serán un único Pueblo: el mío, el Pueblo celeste de los hijos de Dios, separándose en los pueblos las ovejas de los cabros y siguiendo las ovejas a su Pastor al Reino de la Vida eterna.

Y Jesús, que hasta ahora ha hablado fuerte, se vuelve, en voz baja, a Sidonio, llamado Bartolmái, que ha estado durante todo este tiempo delante de Él con su canasta de manzanas olorosas a los pies, y le dice:

-Has olvidado todo por mí. Ahora, ciertamente, te castigarán y perderás el trabajo. ¿Lo ves? Yo te traigo siempre dolor. Por mí has perdido la sinagoga y ahora vas a perder al patrón...

-¿Y qué me importa todo eso si te tengo a ti? Sólo Tú tienes valor para mí. Dejo todo por seguirte. Basta que me lo concedas. Deja sólo que lleve esta fruta a quien la ha comprado y luego estoy contigo.

-Vamos juntos. Después iremos a casa de tu padre. Porque tienes un padre y debes honrarlo pidiéndole su bendición.

-Sí, Señor. Todo lo que quieras. Pero enséñame mucho porque no sé nada, nada de nada, ni siquiera leer y escribir, porque era ciego.

-No te preocupes de eso. La buena voluntad te enseñará.

Y se encamina para volver a la calle principal, mientras la masa de gente hace comentarios, confronta pareceres, discute incluso, insegura entre las distintas opiniones, que son siempre las mismas: ¿es Jesús de Nazaret un poseído o un santo? La gente, en desacuerdo, discute mientras Jesús se aleja.

## 519

## Inexplicable ausencia de Judas Iscariote y alto en Betania, en casa de Lázaro.

Jesús despide a los discípulos Leví, José, Matías y Juan -no sé dónde los ha encontrado- y les confía al neodiscípulo Sidonio, llamado Bartolmái. Esto sucede en las primeras casas de Betania. Y los discípulos pastores se van con el nuevo llegado y con otros siete hombres que tenían con ellos. Jesús los mira mientras se marchan. Luego se vuelve, a mirar a sus apóstoles, y dice:

-Ahora vamos a esperar aquí a Judas de Simón...

-¡Ah! ¿Te has dado cuenta de que se ha marchado? - dicen asombrados los otros. -Creíamos que no te hubieras percatado. La gente era mucha, y has estado hablando todo el tiempo, primero con el joven y después con los pastores...

-Desde el primer momento, he visto que se había alejado. Nada me pasa inadvertido. Por este motivo he entrado en las casas amigas, diciendo que manden a Judas a Betania, si preguntara por mí...

-Dios quiera que no - refunfuña, entre dientes, el otro Judas. Jesús lo mira, pero hace ademán de no haber notado la frase, y continúa, hablando a todos porque los ve a todos del parecer de Judas Tadeo (las caras, a veces, hablan mejor que las palabras): -Será bueno este descanso en espera de su regreso. Aliviará a todos. Luego iremos hacia Tecua. El tiempo está frío pero la tendencia es a cielo sereno. Evangelizaré esa ciudad. Luego subiremos de nuevo pasando por Jericó, e iremos a la otra orilla. Me han dicho los pastores que muchos enfermos me buscan y les he enviado el mensaje de que no emprendan el viaje, sino que me esperen en estos lugares.

-Pues vamos, sí - suspira Pedro.

- ¿No estás contento de ir donde Lázaro? - pregunta Tomás.

-Estoy contento.

-¡Lo dices de una manera!...

-No lo digo por Lázaro. Lo digo por Judas...

-Eres pecador, Pedro - advierte Jesús.

-Lo sé. Pero... él, Judas de Keriot, que se marcha, que es impertinente, que es un tormento, ¿no lo es? - salta Pedro, que ya no aguanta más.

-Lo es. Pero si él lo es, tú no debes serlo. Ninguno de nosotros debe serlo. Recordad que Dios nos pedirá cuentas -digo: *nos pedirá* porque a mí antes que a vosotros Dios Padre me ha confiado ese hombre- de lo que hayamos hecho para redimirlo.

-¿Y esperas lograrlo, hermano? No puedo creerlo. Tú, esto sí que lo creo, Tú conoces el pasado, el presente y el futuro. Y por tanto, no puedes engañarte respecto a ese hombre. Y... bueno, es mejor que no diga lo demás.

-Efectivamente, saber callar es una gran virtud. Pero debes saber que el prever más o menos exactamente el futuro de un corazón no dispensa a nadie de perseverar hasta el final para apartarlo de la ruina. No caigas tú también en el fatalismo de los fariseos, que sostienen que lo que está destinado debe cumplirse y nada impide el cumplimiento de lo que está destinado; razón con la cual avalan también sus culpas y avalarán el último acto de su odio hacia mí. Muchas veces Dios está esperando el sacrificio de un corazón -que supera sus náuseas y sentimientos de desdén, sus antipatías, incluso justificadas- para arrancar a un espíritu del pantano en que se está hundiendo. Sí, Yo os lo digo. Muchas veces Dios (el Omnipotente, el Todo) espera a que una criatura (una nada), haga o no haga un sacrificio, una oración, para signar o no signar la condena de un espíritu. Nunca es tarde, nunca es demasiado tarde para intentar y esperar salvar un alma. Y os daré pruebas de ello. Incluso a las puertas de la muerte, cuando tanto el pecador como el justo que por él se aflige, están próximos a dejar la Tierra para ir al primer juicio de Dios, siempre es posible salvar y ser salvados. Entre la copa y los labios, dice el proverbio, siempre hay lugar para la muerte. Y Yo digo: entre la extrema agonía y la muerte hay siempre tiempo para obtener un perdón, para uno mismo o para aquellos que queremos que sean perdonados.

Ni una palabra de réplica de ninguno.

Jesús, que ya ha llegado a la pesada cancilla, da una voz a un doméstico para que le abran. Entra. Pregunta por Lázaro.

-¡Oh, Señor! ¿Ves? Vuelvo de recoger hojas de laurel y alcanfor y bayas de ciprés, y otras hojas y frutos olorosos, para hervirlo con vino y resinas y con ello hacerle baños a mi señor. Su carne se cae a pedazos y no se soporta el hedor. Has venido, pero no sé si te dejarán pasar...

Por miedo a que el aire oiga, el doméstico apaga su voz en un susurro:

-Ahora, que ya no se puede ocultar que tiene las llagas, las dueñas rechazan a todos... por miedo. Ya sabes... a Lázaro lo quieren realmente pocos... Y muchos, por muchos motivos gozarían si... ¡Oh, no quiero pensar en lo que es el miedo de toda la casa!

-Hacen bien ellas. Pero no temáis. No sucederá esta desventura.

-Pero... curarse, ¿podrá? Un milagro tuyo...

-No se curará. Pero servirá para glorificar al Señor.

El doméstico se siente defraudado... ¡Jesús, que cura a todos y que aquí no hace nada!... De todas formas, se limita a emitir un suspiro como única manifestación de lo que piensa. Luego dice:

-Voy donde las dueñas de la casa a anunciarte.

Jesús se ve rodeado por los apóstoles, que están interesados en las condiciones de Lázaro, y que se quedan consternados cuando Jesús habla de ellas. Pero ya vienen las dos hermanas. Su florida y distinta belleza parece empañada por el dolor y la fatiga de las velas prolongadas. Pálidas, alicaídas, demacradas, cansados los ojos que en otro tiempo -en ambas- eran radiantes; sin anillos ni pulseras, vestidas con dos vestidos ceniza oscuro, parecen más siervas que señoras. A cierta distancia de Jesús, se arrodillan, ofreciéndoles sólo llanto. Un llanto resignado, mudo, que desciende como de una fuente interna, y que no puede pararse.

Jesús se acerca. Marta alarga los brazos susurrando:

-Apártate Señor. En verdad, tememos ser ya pecadoras contra la ley sobre la lepra. *(Levítico 13,- 14)* ¡Pero no podemos, oh Dios, no podemos provocar un decreto de esa clase contra nuestro Lázaro! Pero tú no te acerques, porque, no tocando sino llagas, estamos contaminadas. Sólo nosotras. Porque hemos apartado a todos los demás, y todo nos lo dejan en la puerta y nosotras tomamos las cosas, y lavamos, y quemamos, en la habitación contigua a la de nuestro hermano. ¿Ves nuestras manos? Están corroídas de la cal viva que usamos para los vasos que tenemos que devolver a los criados. Pensamos con ello que somos menos culpables - y llora.

María de Magdala, que hasta este momento ha guardado silencio, gime a su vez: -Tendríamos que llamar al sacerdote. Pero... Yo, yo soy la más culpable porque me opongo a esto y digo que no es la terrible enfermedad maldita en Israel. ¡No es, no es! Pera nos odian tanto, y tantos, que dirían que lo es. ¡Por mucho menos, Simón, tu apóstol, fue declarado leproso!

-No eres sacerdote ni médico, María - dice, entre accesos de llanto, Marta.

-No lo soy. Pero tú sabes lo que he hecho para estar segura de lo que digo. Señor, he ido y he recorrido todo el valle de Hinnón, todo Siloán, todos los sepulcros cercanos a En Rogel. Vestida de sierva, velada, con la luz de las auroras, cargada de víveres y aguas con sustancias medicinales, vendas y vestidos. Y daba, daba. Decía que era un voto por mi amado. Era verdad. Pedía sólo poder ver las llagas de los leprosos. Deben haber pensado que estaba loca... ¿Alguien, acaso, quiere ver esos horrores? Pero yo, puestos mis presentes en los bordes de las rocas, pedía ver. Y ellos arriba, yo más abajo; ellos asombrados, yo con repugnancia; llorando ellos, llorando yo... ¡he mirado, mirado, mirado! He visto cuerpos cubiertos de escamas, de costras, de llagas; caras corroídas, cabellos blancos y más duros que cerdas, ojos que eran huras de podredumbre, carrillos que dejaban ver los dientes, calaveras en cuerpos vivos, manos reducidas a garras de monstruos, pies como ramas nudosas, hedores, horrores, podredumbre. ¡Oh, si pequé adorando la carne, si gocé con los ojos, con el olfato, con el oído, con el tacto, de lo hermoso; de lo perfumado, de lo armonioso, de lo suave y liso, oh, te aseguro que los sentidos se han purificado ya con la mortificación de esto que he conocido! Los ojos, contemplando aquellos monstruos, han olvidado la belleza seductora del hombre; los oídos, con esas voces ásperas, que ya no son humanas, han expiado el pasado gozo de voces viriles; y se ha estremecido mi carne, y se ha rebelado mi olfato... y todo resto de culto a mí misma ha muerto, porque he visto lo que somos después de la muerte... Pero he traído conmigo esta certeza: que Lázaro no está leproso. Su voz no está lesionada, sus cabellos y todo el vello están intactos, y las llagas son distintas. ¡No es! ¡No es! Y Marta me aflige -que no cree, porque no conforta a Lázaro en el sentido de no creerse contaminado. ¿Ves? Ahora, que sabe que estás aquí, no quiere verte para no contaminarte. ¡Los miedos tontos de mi hermana le privan incluso de tu consuelo!...

La naturaleza vehemente la lleva a la cólera. Pero, viendo que su hermana rompe a llorar desoladamente, su vehemencia cesa enseguida y abraza a Marta y la besa, y le dice:

-¡Marta, perdón! ¡Perdón! ¡El dolor me hace injusta! ¡Es el amor con que os amo a ti y a Lázaro el que querría convenceros! ¡Pobre hermana mía! ¡Pobres mujeres, eso es lo que somos!

-¡Venga, ánimo! ¡No lloréis así! Necesitáis paz y compasión recíproca, por vosotras y por él. Y Lázaro no está leproso, os lo digo Yo.

-¡Oh, ven a verlo, Señor! ¿Quién mejor que tú puede juzgar si está leproso? - suplica Marta.

-¿No te he dicho que no lo está?».

-Sí. ¿Pero cómo puedes decirlo, si no lo ves?

-¡Marta! ¡Marta! Dios te perdona porque sufres y eres como uno que delira. Tengo compasión de ti y voy a ver a Lázaro; le destaparé las llagas y...

-¡Y las curarás! - grita Marta poniéndose de pie.

-Ya te he dicho otras veces que no puedo hacerlo... Pero os daré la paz de saber que estáis en regla con la ley sobre los leprosos. Vamos...

Y abre la marcha hacia la casa, haciendo señas a los apóstoles de no seguirlo.

María se adelanta corriendo, abre una puerta, corre por un pasillo y de éste abre otra puerta, que da a un pequeño patio interior, anda pocos pasos y entra en una habitación estorbada por barreños, vasijas, ánforas, vendas... Un olor que es mezcla de aromas y de descomposición penetra en las narices. Hay una puerta frente a la de antes, y María la abre y, con una voz que quiere ser radiante de alegría, grita:

-¡Aquí está el Maestro! ¡Viene a decirte que tengo razón, hermano mío! ¡Ánimo, sonríe, que está entrando el amor nuestro, nuestra paz! - y se agacha hacia su hermano, lo incorpora en las almohadas, lo besa, sin hacer caso del olor que a pesar de todos los paliativos emana de su cuerpo llagado; y está todavía agachada para colocarlo cuando ya el dulce saludo de Jesús suena en la habitación, que, envuelta en una luz mortecina, parece iluminarse por la presencia divina.

-Maestro ¿no tienes miedo?... Estoy...

-¡Enfermo! Nada más que eso. Lázaro, las normas han sido dadas, muy amplias y severas, por un comprensible sentido de prudencia. Mejor exagerar en prudencia que en imprudencia, en ciertos casos como los de enfermedades contagiosas. Pero tú no eres contagioso, pobre amigo mío, no estás contaminado. Tanto, que no creo faltar a la prudencia respecto a los hermanos si te abrazo y te beso así – y tomando el cuerpo consumido, besa a Lázaro.

-¡Tú eres realmente la Paz! Pero todavía no has visto. María está destapando el horror. Soy ya un muerto, Señor. No sé cómo mis hermanas pueden resistir...

Yo tampoco sabría cómo, pues verdaderamente son espantosas y repugnantes las llagas que han salido a lo largo de las varices de las piernas. Las espléndidas manos de María trabajan suaves en ellas, mientras con su voz maravillosa responde:

-Tus males son rosas para tus hermanas. Rosas espinosas porque tú sufres, sólo por ello. ¿Ves, Maestro? ¡La lepra no es así!

-No es así. Es una enfermedad muy mala la que te consume, pero no es causa de peligro. ¡Cree en tu Maestro! Tapa, María. Ya he visto.

-¿Y... no vas a tocar? - dice Marta suspirando, tenaz en la esperanza.

-No hace falta. No por repulsa, sino para no hurgar en las llagas.

Marta se agacha, sin insistir más, hacia una palangana donde hay vino o vinagre aromatizado, y sumerge unos paños, que luego pasa a su hermana. Lágrimas mudas caen en el líquido rojizo...

María venda las míseras piernas y extiende de nuevo las mantas sobre los pies, ya inertes y amarillentos como los de un muerto.

-¿Estás solo?

-No. Con todos, menos con Judas de Keriot, que se ha quedado en Jerusalén, y vendrá... Es más, si ya estoy lejos, lo mandáis a Betabara. Allí estaré. Y que me espere allí.

-Te vas a marchar pronto...

-Y volveré pronto. Dentro de poco es la Dedicación. En esos días estaré contigo.

-No podré honrarte para las Encenias...

-Estaré en Belén para ese día. Necesito volver a ver mi cuna...

-Estás triste... Lo sé... ¡Y no poder hacer nada!...

-No estoy triste. Soy el Redentor... Pero, tú estás cansado. No luches contra el sueño, amigo mío.

-Era por tributarte honor...

-Duerme, duerme. Luego nos veremos... - y Jesús se retira sin hacer ruido.

-¿Has visto, Maestro? - pregunta Marta afuera, en el patio.

-Sí, ya he visto. Mis pobres discípulas... Yo lloro con vosotras... pero, en verdad, os digo en confianza que mi corazón está mucho más llagado que vuestro hermano. Está comido por el dolor mi corazón... - y las mira con una tristeza tan viva, que las dos olvidan su dolor por el de Él, y, no pudiendo abrazarlo por ser mujeres, se limitan a besarle las manos y la túnica y a querer servirle como hermanas afectuosas.

Y le sirven en una salita y lo envuelven en amor.

Las voces fuertes de los apóstoles se oyen más allá del patio... Todos, menos la voz del discípulo malo. Jesús escucha y suspira... Suspira esperando pacientemente al fugitivo.

## 520

## Conversaciones en torno a Judas Iscariote, ausente. Llegada a Tecua con el anciano Elí-Ana.

Son todavía once cuando toman de nuevo el camino. Once caras pensativas y desazonadas en torno al rostro triste de Jesús. Él se despide de las hermanas; luego, después de un momento de reflexión, antes de cruzar la cancilla, ordena a Simón Zelote y a Bartolomé:

-Quedaos aquí. Os reuniréis conmigo en Tecua, en casa de Simón, o en la casa de Nique en Jericó, o en Betabara; eso si él viene. Y... servid a la caridad. ¿Entendéis?

-Ve tranquilo, Maestro. No iremos contra el amor al prójimo en ningún modo - asegura Bartolomé.

-Cualquiera que fuera la hora en que él llegue, partid enseguida.

-Enseguida, Maestro. Y... gracias por la confianza que tienes en nosotros - dice el Zelote.

Se besan y, mientras un doméstico cierra la cancilla y Jesús se aleja, los dos que se han quedado vuelven hacia la casa junto con las hermanas.

Jesús delante, solo; detrás Pedro, entre Mateo y Santiago de Alfeo; detrás Felipe, con Andrés, Santiago y Juan de Zebedeo; últimos, silenciosos como los demás, van Tomás y Judas Tadeo. Tampoco habla Pedro. Sus dos compañeros intercambian algunas, pocas palabras, pero él, que va entre los dos, no habla. Va taciturno, cabizbajo. Parece tejer un mudo coloquio con las piedras y las hierbas que pisa.

También los dos últimos tienen una actitud casi igual. Lo único es que -mientras que Tomás parece sumido en la contemplación por una ramita de sauce a la que va quitando una a una las hojas, y mirando a cada hoja que separa como si estudiara su color glauco por un lado y argénteo por el otro, o los filamentos de la nervadura- Judas Tadeo mira fijamente y recto frente a sí; no sé si mira al horizonte que, superada una cima, se abre a una claridad vaporosa de llanura a la luz de la aurora, o si mira sencillamente a la cabeza rubia de Jesús, que ha echado hacia atrás el extremo del manto, como para gozar del tenue sol de Diciembre.

Coinciden en el mismo momento el final de la ocupación de Tomás y el final de la contemplación del horizonte, o del Maestro, por parte de Judas Tadeo. Este último baja los ojos y vuelve la cabeza para mirar a su compañero, mientras Tomás, reducida su ramita a delgada vara, alza los ojos para mirar a Judas Tadeo: una mirada aguda y, al mismo tiempo, buena y triste, que encuentra una mirada igual.

-¡Así es, amigo! ¡Exactamente así! - dice Tomás como concluyendo una conversación.

-Sí, es así. Y mi dolor es muy grande... Para mí es también amor de familia...

-Comprendo. Pero... Tú tienes en el corazón un tormento de afecto. ¿Pero, yo? Tengo un remordimiento que me atormenta. Y eso es peor todavía.

-¿Un remordimiento, tú? No tienes motivos de remordimiento. Eres bueno y fiel. Jesús está contento de ti, y nosotros en ti no tenemos nunca motivo de escándalo. ¿Cómo es que te viene esa sensación de remordimiento?

-De un recuerdo. El recuerdo del día en que decidí seguir al nuevo Rabí que había aparecido en el Templo... Yo y Judas estábamos cerca el uno del otro, y admiramos la acción y las palabras del Maestro. Y decidimos buscarlo... Yo estaba aún más decidido que Judas; casi lo moví yo. Él dice lo contrario, pero es así. Mi remordimiento es haber insistido para que viniera... Le he traído un permanente dolor a Jesús. Pero yo sabía que Judas era estimado por muchos y pensaba que podría ser útil. Necio como todos, que no saben pensar sino en un rey de Israel mayor que David y Salomón, pero sólo un rey... un rey como Él dice que nunca será, ¡ansiaba que entre los discípulos estuviera éste que podía servir!... Yo esperaba esto. Y sólo ahora comprendo, y cada vez más, la justa actuación de Jesús, que no lo recibió enseguida y que incluso prohibió buscarlo... ¡Te digo que tengo un remordimiento!, ¡un remordimiento!... Ese hombre no es bueno.

-No es bueno. Pero no te crees remordimientos. Aquello no lo hiciste con malicia. Por tanto, te digo que no tienes culpa.

-¿Estás totalmente seguro? ¿O lo dices por consolarme?

-Lo digo porque es verdad. Tomás, no pienses más en el pasado. No sirve para borrarlo...

-Es como dices. Pero, piensa esto: si por causa mía mi Maestro sufriera desgracias... Tengo el corazón lleno de angustia y de sospechas. Soy un pecador porque juzgo al compañero, y con juicio no piadoso. Y soy pecador porque debería creer en las palabras del Maestro,... Él disculpa a Judas... Tú... ¿crees eso de tu hermano?

Lo creo en todo menos en eso. Pero, no desfallezcas. Todos nosotros tenemos el mismo pensamiento. Incluso Pedro, que se consume tanto, lucha por pensar de ese hombre todo lo bueno; y Andrés, que - más manso que un corderito; y Mateo, el único de entre nosotros que no tiene horror a ningún pecador o pecadora; y el tan amoroso y puro Juan, que tiene la feliz fortuna de no temer ni al mal ni al vicio, porque está tan colmado de caridad y de pureza que no le cabe sitio para recibir otra cosa; y mi hermano, me refiero a Jesús, que ciertamente tiene otros pensamientos junto a éste, pensamientos por los que ve la necesidad de tener a Judas... hasta haber agotado todo intento de o bueno.

-Sí. Pero... ¿cómo terminará? Él tiene muchas... No tiene... Bueno, ya me entiendes sin que hable. ¿A qué punto llegará?

-No lo sé... Quizás se separe de nosotros... Quizás se quede a esperar a ver quién es más fuerte en esta lucha entre Jesús y el mundo hebreo…

-¿Y otras cosas? ¡No crees que él ya en este momento sirve a dos señores?

-Esto es seguro.

-¿Y no temes que pueda servir a los más numerosos, de forma que dañe totalmente al Maestro?

-No. No lo amo. Pero no puedo pensar que él... A1 menos por ahora, no. Pero sí temería esto si llegara el día en que el favor de la muchedumbre abandonara al Maestro. Como estoy seguro de que, si el pueblo en aclamación lo consagrara rey y caudillo nuestro, Judas abandonaría a todos por Él. Es un oportunista... ¡Que Dios lo retenga, y proteja a Jesús y a todos nosotros!...

Los dos se dan cuenta de que han aminorado mucho el paso. Ven que se han distanciado mucho de los compañeros. Así que, dejando de hablar, se ponen a andar rápidos para llegar donde ellos.

-¿Pero qué hacíais? - pregunta Mateo. El Maestro os requería.

Tomás y Judas Tadeo siguen hacia Jesús con paso presuroso.

-¿De qué hablabais entre vosotros? - pregunta Jesús mirándolos fijamente a los ojos.

Los dos se miran. ¿Decir? ¿No decir? Vence la sinceridad.

-De Judas - dicen al mismo tiempo.

-Lo sabía. Pero quería poner a prueba vuestra sinceridad. Me habríais causado dolor, si hubierais mentido... De todas formas, no habléis ya más de él; especialmente, de esa manera. Hay muchas cosas buenas de las que hablar. ¿Por qué descender siempre a considerar, lo que es muy, demasiado, material? Isaías dice (*Isaías 2, 22)*: "Dejad al hombre que tiene el espíritu en las narices". Yo os digo: dejad de analizar a este hombre y preocupaos de su espíritu. El animal que hay en él, su

monstruo, no debe atraer vuestras miradas ni vuestros juicios; más bien, tened amor, un amor doloroso y activo, por su espíritu. Liberadlo del monstruo que lo tiene sujeto. ¿No sabéis...?

Se vuelve para llamar a los otros siete:

-Venid aquí todos. Os viene bien lo que os voy a decir, porque todos tenéis los mismos pensamientos en vuestro corazón... ¿No sabéis que aprendéis más a través de Judas de Keriot que a través de cualquier otra persona? Muchos Judas encontraréis, y poquísimos Jesús, en vuestro ministerio apostólico. Los Jesús serán dulces, buenos, puros, fieles, obedientes, prudentes, no ambiciosos. Serán bien pocos... Pero cuántos, ¡cuántos Judas de Keriot encontraréis vosotros y vuestros seguidores y sucesores por los caminos del mundo! Y, para ser maestros y saber, debéis pasar por este aprendizaje... Él, con sus defectos, os muestra al hombre como es; Yo os muestro al hombre como debería ser. Dos ejemplos igualmente necesarios. Vosotros, conociendo bien al uno y al otro, debéis tratar de transformar al primero en el segundo... Mi paciencia sea vuestra norma.

-Señor, yo he sido un gran pecador. Sin duda, yo también seré muestra. Pero quisiera que Judas, que no es tan pecador como lo fui yo, se convirtiera como me convertí yo. ¿Es soberbia decir esto?

-No, Mateo, no es soberbia. Diciéndolo, rindes honor a dos verdades. La primera es que veraz es la sentencia que dice: "La buena voluntad del hombre obra milagros divinos". La segunda es que Dios te ha amado infinitamente, ya desde antes de que pensaras en ello, y lo hacía porque no desconocía tu capacidad de heroísmo. Tú eres el fruto de dos fuerzas: tu voluntad y el amor de Dios. Y digo antes tu voluntad, porque sin ella vano habría sido el amor de Dios. Vano, inoperante...

-¿Pero sin nuestra voluntad no podría Dios convertir? – pregunta Santiago de A1feo.

-Ciertamente. Pero luego se requeriría, en todo caso, la voluntad del hombre para persistir en la conversión obtenida milagrosamente.

-Entonces en Judas no ha habido esta voluntad ni la hay, ni antes de conocerte ni ahora... - dice impetuosamente Felipe.

Algunos ríen, otros suspiran.

Jesús es el único que defiende al apóstol ausente:

-¡No digáis eso! La ha tenido y la tiene. Pero la funesta ley de la carne, a intervalos, la supera. Es un enfermo... Un pobre hermano enfermo. En todas las familias está el débil, el enfermo, aquel que es el dolor, la angustia, el peso de la familia. Y, a pesar de ello, ¿no es, acaso, al hijito de salud frágil al que más quiere la madre? ¿No es el hermanito desdichado el más servido por sus hermanos? ¿No es él al que el padre ofrece el bocado selecto, quitándoselo de su propio plato, para darle una alegría, para no darle a entender que es un peso y no hacerle, por tanto, pesada su enfermedad?

-Es verdad. Es justamente así. Mi hermana gemela era frágil en su primera edad. Yo había tomado toda la robustez. Pero el amor de toda la familia la socorrió, tanto que ahora es una floreciente esposa y madre - dice Tomás.

-Pues haced con vuestro hermano espiritual débil lo que haríais con un hermano carnal débil. Yo no voy a pronunciar palabras de recriminación. Vosotros no sois más que Yo. Vuestro paciente amor es la recriminación más fuerte, una recriminación contra la que no se puede reaccionar. En Tecua voy a dejar a Mateo y a Felipe para que esperen a Judas... El primero ha de acordarse de que fue pecador: el segundo, de que es padre...

-Sí, Maestro. Lo recordaremos.

-En Jericó, si todavía no está con nosotros, dejaré a Andrés y a Juan, que han de recordar que no todos han recibido con igual medida los dones gratuitos de Dios... Pero. id donde aquel anciano mendigo que va por el camino con paso vacilante. La ciudad está a la vista. Con la limosna podrá procurarse pan.

-Señor, no podemos. Judas se ha marchado con la bolsa... – dice Pedro - Y las hermanas no nos han dado nada.

-Tienes razón, Simón. Están como aturdidas por el dolor, y nosotros también. No importa. Tenemos un poco de pan. Somos jóvenes y estamos fuertes. Vamos a dárselo al anciano, para que no se caiga por el camino.

Hurgan en los talegos, recogen pequeños pedazos de pan, se los dan al ancianito, que los mira asombrado.

-¡Come, come! - anima Jesús. Y le da de beber de su zaque mientras le pregunta a dónde va.

-A Tecua. Mañana hay un gran mercado. Pero desde ayer no comía.

-¿Estás solo?

-Más que solo... Mi hijo me ha echado...

Oír esta voz senil rompe el corazón.

-Dios te abrirá las puertas de su Reino si sabes creer en su misericordia.

-Y en la de su Mesías. Pero mi hijo no tendrá Mesías, porque no puede tener al Mesías él, que lo odia tanto como para odiar al padre suyo porque ama al Mesías.

-¿Por eso te ha echado?

-Por eso. Y para no perder la amistad de algunos que persiguen al Mesías. Ha querido mostrarles que su odio supera al de ellos, tanto que supera incluso la voz de la sangre.

-¡Qué horror! - dicen todos.

-Sería más horroroso si yo tuviera los mismos pensamientos que mi hijo - dice con vehemencia el viejecito.

-¿Pero quién es éste? Si no he comprendido mal, debe ser uno que tiene poder y voz... - dice Tomás.

-Hombre, no será un padre el que diga el nombre del hijo culpable porque sea despreciado. Tengo que decir que tengo hambre y frío yo que con mucho trabajo había aumentado el bienestar de la casa para hacer feliz a mi hijo varón. Pero no más que esto. Piensa que yo soy uno de Judea, y él uno de Judea, y que, por tanto, somos iguales por la raza y distintos por el pensamiento. Lo demás no hace falta.

-¿Y no le pides nada a Dios, tú que eres un justo? - pregunta dulcemente Jesús.

-Que toque el corazón de mi hijo y lo conduzca a creer lo que yo creo.

-Pero para ti, enteramente para ti, ¿no pides nada?

-Encontrar al que para mí es el Hijo de Dios. Para venerarlo y luego morir.

-Pero si mueres ya no lo verás más. Estarás en el Limbo...

-Poco tiempo. ¿Eres un rabí, no es verdad? Veo muy poco... La edad... y el mucho llorar, y también el hambre... Pero veo los flecos de tu cinturón... Si eres un buen rabí, y así me lo parece, debes sentir tú también que el tiempo ha llegado, quiero decir el tiempo del que habló Isaías *(52, 7-15; 53, 1-12)*. Y está para llegar la hora en que el Cordero cargará sobre sí todos los pecados del mundo y sobrellevará todos nuestros males y dolores, y será traspasado e inmolado para que nosotros seamos sanados y estemos en paz con el Eterno. Y entonces también los espíritus tendrán paz... Lo espero confiando en la misericordia de Dios.

-¿No has visto nunca al Maestro?

-No. Lo oí hablar en el Templo en las fiestas. Pero yo soy bajo, y todavía más bajo me hace la edad, y, como he dicho, veo poco. Por eso, si voy entre la gente el de delante no me deja ver, y si estoy lejos no veo, por eso mismo, porque estoy lejos. ¡Querría verlo! ¡A1 menos una vez!

-Lo verás, padre. Dios te concederá esta alegría. ¿Y en Tecua tienes a dónde ir?

-No. Estaré debajo de un pórtico o en un portal. Ya estoy acostumbrado.

-Ven conmigo. Conozco un buen israelita. Te acogerá en nombre de Jesús, el Maestro galileo.

-Pero Tú también eres galileo. Se percibe por cómo hablas.

-Sí... ¡Estás cansado? Bueno, pero ya hemos llegado a las primeras casas. Pronto descansarás y tendrás con qué reponer tus fuerzas.

Jesús se inclina para decir a Pedro algo. Pedro, a su vez, se separa y va a decir a los otros lo que ha dicho Jesús (no lo capto). Luego, con los hijos de Alfeo y con Juan, acelera el paso, entrando en la ciudad. Jesús lo sigue con los otros, adecuando el paso al del pobre viejecito, que ya no habla (está muy agotado, de forma que acaba quedándose detrás, con Andrés y Mateo). La ciudad parece vacía. Es el mediodía y muchos están en las casas comiendo.

Recorridos pocos metros, vuelve Pedro:

-Ya está hecho, Señor. Simón lo recibe porque Tú lo traes, y te da las gracias por haber pensado en él.

-¡Bendigamos al Señor! Todavía hay justos en Israel. Este anciano es uno, y Simón otro. Sí, hay todavía personas buenas, misericordiosas, fieles al Señor. Y esto compensa muchas amarguras, y hace esperar que la justicia divina se mitigará por estos justos.

-¡Hombre, pero... un hijo que echa de casa a su padre por no perder la amistad de algún poderoso fariseo!

-¿A tanto puede llegar el odio por ti? ¡Estoy indignado! - dice Felipe.

-¡Veréis mucho más que esto! - responde Jesús.

-¡Más! ¿Qué puede ser más que un padre echado de casa porque no te odia? ¡Es enorme el pecado de ese hombre!...».

-Más enorme será el pecado de un pueblo contra su Dios... Pero vamos a esperar al anciano...

-¿Quién será su hijo?

-¡Un fariseo!

-¡Uno del Sanedrín!

-¡Un rabí!

Las opiniones son distintas.

-Un desdichado. No indaguéis. Hoy ha arremetido contra su padre. Mañana arremeterá contra mí. Así pues, veis que el pecado de Judas, el hecho de haberse alejado así, como un hijo díscolo, no es nada comparado con esto. Y, no obstante, oraré por este hijo ingrato, por este hebreo ofensor de Dios. Para que se enmiende. Haced vosotros lo mismo... Ven, padre, ¿cómo te llamas?

-Elí-Ana. ¡Nunca he sido una persona feliz! Se me murió mi padre antes de nacer yo; mi madre, dándome a luz. La madre de mi madre, que me crió, me dio por nombre los dos nombres, unidos, de mi padre y de mi madre.

-Verdaderamente eres un Elí, y tu hijo es igual que Finnes - dice Felipe, que no se resigna ante un pecado de esa naturaleza.

-Dios no lo quiera, hombre. Finnes murió pecador. Murió cuando cogieron el arca. *(1 Samuel 1, 3; 2,12-17.22-34; 3,1-18; 4, 4-18)* Para su alma y para todo Israel, estas cosas serían una desventura - responde el viejecito.

-Escucha. Ésta es casa amiga. Lo que le pido lo obtengo. Es de un cierto Simón, hombre justo ante los ojos de Dios y de los hombres. Te recibe por amor mío, si aceptas el lugar - dice Jesús antes de llamar a la puerta.

-¿Tengo, acaso, posibilidad de elegir? Invocaré las bendiciones del Cielo para quien me dé el pan y el amparo de la caridad. Pero quiero trabajar. Ser siervo no es una vergüenza, pecar sí lo es.

-Se lo diremos a Simón - dice con una sonrisa de compasión Jesús, mientras mira al viejecito, reducido a nada por las penalidades y el dolor moral.

Abren la puerta:

-Entra, Maestro. La paz sea contigo y con quien te acompaña. ¿Dónde está este hermano mío que me traes? Para que pueda darle el beso de paz y bienvenida - dice un hombre de unos cincuenta años.

-Éste es. Que el Señor te lo pague.

-Ya me ha recompensado: te tengo a ti como huésped. No te esperaba y no puedo honrarte como quisiera. Pero oigo que tienes intención de volver por aquí dentro de unos días. Bueno, pues estaré preparado para recibirte como conviene.

Ahora están en una habitación donde hay unas palanganas humeantes preparadas para las abluciones. El viejecito está acobardado, contra la puerta. Pero el dueño de la casa lo agarra de la mano y lo lleva a que se siente. Quiere descalzarlo y lo hace- él mismo, y servirle como si fuera un rey, y luego ponerle sandalias nuevas, mientras el viejecito dice:

-¿Por qué? ¿Pero por qué? ¡Yo he venido a servir y tú me sirves! No es justo.

-Es justo, hombre. No puedo seguir al Rabí porque mi casa requiere mi asistencia. Pero, como último discípulo del Maestro santo, busco la forma de poner en práctica sus palabras.

-Tú lo conoces bien. Verdaderamente lo conoces, porque eres bueno. Muchos en Israel lo conocen, pero ¿con qué? Con los ojos y con el odio. Por tanto, no lo conocen. A una mujer se la conoce sólo cuando ya de ella nada se ignora y se la posee enteramente. Lo mismo sucede con Jesús de Nazaret, que no conozco con los ojos, pero que conozco más que muchos, porque yo creo que en Él está la Sabiduría. Pero tú lo conoces con plenitud: de vista y de doctrina.

El hombre mira a Jesús, pero no dice nada.

El viejecito prosigue:

-He dicho a este rabí que quiero trabajar...

-Sí, sí. Encontraremos un trabajo para ti. Ahora de momento ven a la mesa. Maestro, tus discípulos vendrán dentro de poco. ¿Podemos sentarnos a la mesa aunque no hayan venido, o prefieres esperarlos?

-Preferiría esperarlos. Pero si tienes que trabajar...

-¡Oh, Maestro! Sabes que para mí es una alegría obedecer el más mínimo de tus deseos.

El viejecito tiene en este momento una primera sospecha acerca de la identidad del Hombre que lo ha socorrido en el camino, y lo mira, lo mira... luego mira a sus compañeros... un atento examen... y se mueve en torno a ellos... Entran los hijos de Alfeo con Juan. Jesús los llama por el nombre.

-¡Oh, Dios Altísimo! ¡Pero entonces... Tú eres Tú! - exclama el viejecito y se arroja al suelo venerando.

El estupor suyo no es inferior al de los demás ¡Es tan extraño ese modo de reconocimiento del Maestro! Tanto, que Pedro le pregunta:

-¿Qué de especial hay en estos nombres, tan comunes en Israel, para hacerte comprender que estás frente al Mesías?

-Porque conozco a Judas. Va siempre a casa de mi hijo y...- el viejecito se detiene, turbado por haber nombrado a su hijo...

-Pero yo no te he visto nunca, hombre - dice Judas Tadeo poniéndose bien delante de él, agachado para estar cara a cara muy cerca.

-Yo tampoco te conozco. Pero un Judas, discípulo del Cristo, va frecuentemente a casa de mi hijo, y he oído hablar de un Juan, de un Santiago y de un Simón amigo de Lázaro de Betania, y de muchas otras cosas... ¡Oír tres nombres conocidos como de los discípulos más íntimos del Maestro, y Él tan bueno!... ¡Bueno, pues he comprendido! Pero ¿dónde está el otro Judas?

-No está. Pero es verdad, has comprendido. Soy Yo. El Señor es bueno, padre. Deseabas verme y me has visto. Bendigamos las misericordias de Dios... No te apartes, Elí-Ana. Estabas a mi lado cuando para ti era un viandante y nada más. ¿Por qué quieres alejarte de mí, ahora que sabes que soy la Meta? ¡No sabes cuánto me ha consolado tu corazón! No lo puedes saber. Yo, no tú, soy el que más ha recibido... Cuando tres cuartos de Israel, y más, me odian hasta llegar al delito, cuando los débiles se alejan de mi camino, cuando las espinas de la ingratitud, del rencor, de la calumnia me hieren por todas partes, cuando no puedo encontrar alivio en el pensamiento de que mi Sacrificio será salud para Israel... encontrar uno como tú, oh padre, es recibir compensación por el dolor... Tú no sabes... Ninguno conocéis las tristezas, cada vez más profundas, del Hijo del hombre Tengo sed de amor... y demasiados corazones son manantiales secos a los que inútilmente me acerco... Pero, vamos...

Y, teniendo cerca al viejecito, entra en la habitación donde están ya preparadas las mesas.

## 521

## En Tecua, Jesús se despide de los habitantes del lugar y del anciano Elí-Ana.

La parte posterior de la casa de Simón de Tecua no es otra cosa sino una plaza, a la cual hacen de alas los lados de la casa, que es de forma de U. Digo plaza porque en los días de mercado, como el que veo yo, se abre por tres sitios el fuerte enrejado que la separa de una plaza pública más grande, y muchos vendedores invaden con sus puestos los pórticos que hay en los tres lados de la casa (comprendo ahora la utilidad... financiera de estos pórticos, porque Simón, como buen hebreo, pasa exigiendo de cada mercader el alquiler del lugar ocupado). Y Simón se lleva consigo al viejecito, vestido ahora decentemente, y a todos se lo presenta diciendo:

-De ahora en adelante le pagaréis a él la suma establecida.

Luego, recorridos ya todos los pórticos, dice a Elí-Ana:

-Éste es tu trabajo aquí; dentro, con la posada y los establos. No es difícil ni fatigoso, pero te demuestra cuánta estima te tengo. He echado, a uno después del otro, a tres que me ayudaban, porque no eran honestos. Pero tú me satisfaces. Y además te ha traído Él. Y el Maestro sabe conocer los corazones. Vamos donde Él ahora a decirle que, si quiere, la hora es buena para hablar.

Y se marcha, seguido por el viejecito...

La gente va llenando cada vez más la plaza, y el rumor también va aumentando. Mujeres para las compras; mercaderes de ganado; compradores de bueyes para los arados o de otros animales; campesinos encorvados bajo el peso de cestos de fruta alabando sus mercancías; cuchilleros con todo lo que corta, bien expuesto encima de esteras, y que, con una bulla infernal, descargan las segures sobre leños para mostrar la consistencia de la hoja, o con un martillo golpean en hoces que tienen colgadas en caballetes para que se vea el perfecto temple de la hoja, o que levantan rejas de arado y con las dos manos las golpean contra la tierra, que se abre herida, para dar una prueba de la dureza de la reja, a la que ningún terreno se resiste; y los que trabajan el cobre -con ánforas y cubos, sartenes y lámparas-, que golpean en el metal sonoro, hasta aturdir, para que se vea que es macizo, o se desgañitan ofreciendo muchas lamparillas, de una o más llamas, para las próximas fiestas de Kisléu; y,

dominando a todos, monótono y penetrante como lamento de lechuza nocturna, el grito de los mendigos esparcidos en los puntos estratégicos el mercado.

Jesús viene desde la casa, junto con Pedro y Santiago de Zebedeo. No veo a los otros. Pero pienso que estarán yendo por la ciudad anunciando al Maestro, porque veo que la gente lo reconoce en seguida, y muchos acuden, mientras el vocerío se hace menos intenso, y el ruido también. Jesús ordena dar limosna a algunos mendigos y se para a saludar a dos hombres, los cuales, seguidos de sus criados, habiendo acabado las compras, estaban para dejar el mercado. Pero ahora se quedan también ellos para escuchar al Maestro. Y Jesús empieza a hablar, tomando el tema de lo que ve:

-Cada cosa a su tiempo, cada cosa en su lugar. No se realiza el mercado en sábado, ni se comercia en las sinagogas, y tampoco se trabaja por la noche, sino que más bien mientras es de día. Sólo el pecador trafica en el día del Señor, o profana con negocios humanos los lugares destinados a la oración, o se da a la rapiña durante la noche cometiendo hurtos y delitos. Igualmente: el que comercia honestamente se esfuerza en probar a sus compradores la calidad de sus productos y la consistencia de sus instrumentos, y el que compra se marcha contento de la buena compra que ha hecho. Pero si, por ejemplo, con mucha astucia, el vendedor lograra engañar al comprador, y el utensilio o el producto alimenticio le resultase a éste no bueno, inferior al precio pagado, ¿no recurriría el comprador a medidas de defensa, que irían desde un mínimo de no volver a comprar nunca donde ese vendedor, a un máximo de recurrir al juez para recuperar su dinero? Eso sucedería, y sería justo. Y, a pesar de esto, ¿no vemos en Israel a1 pueblo engañado por los que venden, como buenos, productos en malas condiciones, y que ese pueblo desacredita a quien da buenos productos, siendo éste el Justo del Señor? Sí, todos lo vemos.

Ayer noche muchos de vosotros vinieron a referir las artes de los malos vendedores, y Yo dije: "Dejadlos. Tened firmes vuestros corazones y Dios proveerá". ¿Estos que venden cosas no buenas, a quien ofenden? ¿A vosotros? ¿A mí? No. A Dios mismo. La culpabilidad no es tanto del engañado cuanto del que engaña. El pecado no ha sido cometido tanto contra el hombre cuanto contra Dios, al tratar de vender cosas no buenas para que el que tiene deseos de comprar vaya a las cosas buenas. Yo no os digo: reaccionad, vengaos. No son palabras que puedan salir de mi boca. Sólo digo: escuchad el sonido verdadero de las palabras, observad bien, bajo la gran luz, las acciones de los que os hablen, saboread el primer sorbo o el primer bocado que os ofrezcan y, si oís un sonido áspero, si sus acciones tienen tenebroso aspecto, si el sabor que os queda en el corazón os turba, rechazad, como cosa no buena, aquello que os ofrecen. La sabiduría, la justicia, la caridad no son nunca ásperas ni turbadoras ni amantes de actuar en la sombra.

Sé que he sido precedido por discípulos míos, y ahora os dejo a dos apóstoles míos; además, ayer noche, con las acciones más que con las palabras, he testificado de dónde vengo y con qué misión. No hacen falta, pues, largos discursos para atraeros hacia mi camino. Pensad, y quered estar en él. Imitad a los que fundaron esta ciudad en los límites del árido desierto. Pensad siempre que fuera de mi doctrina hay aridez de desierto, mientras que en mi doctrina están las fuentes de la Vida. Y, a pesar de todos los hechos que puedan acaecer, no os turbéis, no os escandalicéis. Recordad las palabras del Señor en Isaías *(50, 2; 59, 1).* Nunca será acortada mi mano ni se hará pequeña pa-favorecer a los que siguen mis caminos; de la misma forma que nunca será anulada la mano del Altísimo para castigar a aquellos que a mí -que vine y bien pocos encontré para acogerme, llamé y pocos respondieron- me ofenden y causan dolor. Porque, de la misma manera que quien me honra honra al Padre que me ha enviado, el que me desprecia desprecia a Aquel que me ha enviado. Y, por la ley antigua del talión, el que me repudia será repudiado.

Pero vosotros, que habéis acogido mi palabra, no temáis los oprobios de los hombres, ni os acongojéis por sus ultrajes, primero contra y luego contra vosotros porque me amáis. Yo, aunque parezca perseguido y vaya a parecer quebrantado, os consolaré y protegeré. No temáis, no temáis al hombre mortal, que hoy es y mañana no es sino un recuerdo y polvo. Temed al Señor, temed con un santo amor, no con miedo, temed no saberlo amar con medida proporcionada a su amor infinito. Yo no os digo: haced esto o aquello. Sabéis lo que debe hacerse. Os digo: amad. Amad a Dios y a su Cristo. Amad a vuestro prójimo como Yo os he enseñado. Y, si sabéis amar, todo lo haréis.

Yo os bendigo, habitantes de Tecua, ciudad situada en los lindes del desierto, pero oasis de paz para el perseguido Hijo del hombre, y que mi bendición permanezca en vuestros corazones y en vuestras casas, ahora y siempre.

-¡Quédate, Maestro! Quédate con nosotros. ¡El desierto fue siempre bueno para los santos de Israel!

-No puedo. Tengo a otros que me esperan. Vosotros estáis en mí, Yo en vosotros, porque nos queremos.

Jesús, con dificultad, pasa a través de la gente, que le sigue, olvidada de comprar o vender y de todas las demás cosas. Enfermos curados que todavía lo bendicen, corazones consolados que le dan las gracias, mendigos que lo saludan: «Maná vivo de Dios»...

E1 viejecito está pegado a Él; así hasta el extremo de la ciudad. Y sólo cuando Jesús bendice a Mateo y a Felipe, que se quedan en Tecua, se decide a dejar a su Salvador, y lo hace con besos en los pies desnudos del Maestro, y con llanto y palabras de agradecimiento.

-Levántate, Elí-Ana, y ven, que quiero besarte. Un beso de hijo a padre, y que ello te compense todo. Te aplico las palabras del profeta: "Tú que lloras no llorarás más, porque el Misericordioso ha tenido piedad de ti". El Señor te dará pan racionado y poca agua. Más no he podido hacer. Si a ti te ha expulsado de tu casa uno, a mí me expulsan todos los poderosos de un pueblo, y ya es mucho si encuentro comida y alojamiento para mí y mis apóstoles. Pero tus ojos han visto a Aquel que deseabas ver y tus oídos han escuchado mis palabras de la misma forma que tu corazón debe sentir mi amor. Ve y está en paz, porque eres un mártir de la justicia, uno de los precursores de todos aquellos que hayan de ser perseguidos por causa mía. ¡No llores, padre!

Y lo besa en la cabeza cana.

El viejecito le devuelve, en la mejilla, el beso y le susurra al oído:

-Desconfía del otro Judas, mi Señor. Yo no quiero manchar mi lengua... Pero desconfía. No viene con pensamiento bueno a casa de mi hijo...

-Sí. Pero no pienses ya en el pasado. Pronto acabará todo y ya nadie me podrá hacer daño alguno. Adiós, Elí-Ana. El Señor está contigo.

Se separan...

-Maestro, ¿qué te ha dicho el anciano con voz tan leve? - pregunta Pedro, que va al lado de Jesús, con esfuerzo porque Jesús da largos pasos con sus largas piernas, cosa que, siendo tan bajo, no puede hacer Pedro.

-¡Pobre anciano! ¿Qué crees que me podía decir que Yo ya no supiera? - responde Jesús eludiendo una respuesta precisa.

-Hablaba de su hijo, ¿no? ¿Te ha dicho quién es?

-No. Pedro. Te lo aseguro. Ha conservado ese nombre en su corazón.

-¿Pero Tú lo conoces, no?

-Lo conozco, pero no te lo diré.

Silencio durante mucho tiempo. Luego, angustiosa, la pregunta de Pedro y su confesión.

-Maestro, pero ¿para qué?, ¿qué va a hacer Judas a casa de un pésimo hombre como es el hijo de Elí-Ana? ¡Yo tengo miedo, Maestro! No tiene buenos amigos éste. No va abiertamente. No hay en él fuerza para resistir al mal. Tengo miedo, Maestro. ¿Para qué? ¿Para qué va Judas donde éstos, y a escondidas?

La cara de Pedro es una expresiva máscara de angustiosa interrogación.

Jesús lo mira y no responde. Efectivamente, ¿qué debe responder?; ¿qué, para no mentir ni lanzar al fiel Pedro contra el infiel Judas? Prefiere dejar hablar a Pedro.

-¿No respondes? Yo, desde ayer, desde cuando el viejo creyó reconocer entre nosotros a Judas, no tengo paz. Es como aquel día que hablaste con la esposa del saduceo. ¿Te acuerdas? ¿Recuerdas mi sospecha?

-Lo recuerdo. ¿Y tú recuerdas mis palabras de entonces?

-Sí, Maestro.

-No hay nada más que decir, Simón. Las acciones del hombre tienen apariencias distintas de la realidad. Pero Yo estoy contento de haber proveído a la necesidad de ese anciano. Es como si Ananías hubiera vuelto. Y realmente si Simón de Tecua no lo hubiera acogido lo habría llevado a la casita de Salomón, para tener allí a un padre que siempre esperara nuestra llegada. Pero, para Elí es mejor así. Simón es bueno, tiene muchos nietos. A Elí le gustan los niños... los niños hacen olvidar muchas cosas dolorosas...

Con su habitual ciencia de distraer al interlocutor y conducirlo hacia otros temas, cuando no considera conveniente responder a preguntas peligrosas, Jesús ha distraído a Pedro de su pensamiento. Y sigue hablándole de niños, conocidos acá o allá, hasta llegar a recordar a Margziam, que quizás a esa hora está retirando las redes después de la pesca en el bonito lago de Genesaret.

Y Pedro, ya lejos de Elí y Judas con el pensamiento, sonríe y pregunta:

-Pero después de Pascua vamos allá, ¿no? Es tan hermoso. Mucho más que esto. Nosotros galileos somos pecadores para los de Judea... ¡Pero si se vive aquí! ¡Oh, Misericordia eterna! Si a nosotros se nos hubiera de castigar, no, aquí ciertamente no va a haber un premio.

Jesús llama a los otros que se han quedado atrás y se aleja con ellos por el camino calentado por el sol de Diciembre.

## 522

## Llegada a Jericó. El amor terreno de la muchedumbre y el amor sobrenatural del convertido Zaqueo.

Hay gran expectación allí por la llegada de Jesús. Numerosa gente espera en los campos cercanos a la ciudad, y en cuanto uno - que ha trepado a un alto nogal con la misión de observar- lanza el grito: « ¡Allí está el Cordero de Dios!», la gente se pone en pie y va presurosa hacia Jesús, que avanza entre las primeras nieblas crepusculares.

-¡Maestro! ¡Maestro! ¡Te esperamos desde hace mucho! ¡Nuestros enfermos! ¡Nuestros niños! ¡Tu bendición! Los viejos te esperan para morir en paz. Si nos bendices, Señor, quedaremos preservados de la desventura - hablan todos a la vez, mientras Jesús alza la mano con sucesivos gestos de bendición, y repite:

-¡Paz, paz, paz a todos vosotros!

Los apóstoles que están todavía con Él se ven alcanzados y arrollados par la muchedumbre, separados de Jesús -quien casi no puede andar- por las mismas personas que se quejan dulcemente de tanta espera.

El pobre Zaqueo lucha nerviosamente para llegar hasta Jesús para que lo oiga; para que, al menos, lo vea. Pero, siendo tan bajo como es, y ni muy ágil ni muy fuerte, se ve siempre rechazado por nuevas oleadas de gente, y su grito se pierde en el clamor; y en el jaleo de cabezas, de brazos, de indumentos que se agitan, se pierde su persona. Inútilmente suplica, y alguna vez se enfada, para obtener un poco de piedad. La gente es siempre egoísta para lo que le gusta, y cruel con los más débiles. El pobre Zaqueo, agotado por los esfuerzos, convencido de la inutilidad de éstos, pierde la voluntad de luchar y se resigna mortificado. En efecto, ¿cómo podrá conseguirlo, si por todas las calles sale más gente y cada calle parece un riachuelo que va a desembocar a un único río: el camino recorrido por Jesús? Y cada nuevo afluente, con una nueva oleada que hace cada vez más densa la muchedumbre -hasta el punto de que se hace peligroso encontrarse en medio- rechaza al pobre Zaqueo.

Judas Tadeo lo ve y trata de abrirse paso para sacarlo -en una de las calles- del rincón al que lo ha relegado y fijado la muchedumbre. Pero a su vez Judas de Alfeo es impelido por los que le empujan por detrás, y el intento fracasa. Tomás, haciendo arma de su robusta persona, empuja con los codos y grita con su vozarrón potente: « ¡Dejad paso!» con el mismo intento.

Pero... ¡ya, ya! La gente es un muro más sólido que la roca, y flexible como el caucho: se pliega pero no se rompe; ya no es un abrazo lo suyo: es una cadena indestructible. También Tomás se resigna.

Zaqueo pierde toda esperanza, porque Dídimo es el último de los apóstoles enganchados por el aluvión de gente, que, por fin, pasa. Ha pasado... Trozos de tela, mechones, orlas, horquillas de mujer, hebillas, quedan en el suelo como testimonio de su violencia. Hay incluso una sandalia pequeña, de niño, pisoteada... Parece esperar tristemente al piececito que la ha perdido... Zaqueo se pone en la cola, también él triste como ese calzado pequeño que la muchedumbre ha arrancado a su pequeño propietario.

A Jesús ya ni siquiera se le ve. Un esquina de la calle lo ha escondido para los ojos del pobre Zaqueo... Pero cuando -el último de la muchedumbre- llega a la plaza donde antes tenía su banco, ve que la gente se ha parado, gritando, orando, suplicando. Y ve que Jesús, subido en la escalinata de una casa, hace con los brazos y con la cabeza gesto negativo. Y dice algo que, en medio del bramido de la muchedumbre, no se puede comprender. En fin, ve que Jesús, bajando, no sin dificultad, de su pedestal, reanuda el camino y tuerce, sí, tuerce justamente por la parte en donde se encuentra su casa. Entonces Zaqueo recupera todo el coraje. La gente es mucha, pero la plaza es amplia, y, por tanto, la masa de gente es menos compacta y puede ser... atravesada como un seto no muy tupido por una persona que tenga voluntad de hacerlo y no tenga miedo de herirse. Y Zaqueo, transformado en cuña, en catapulta, en ariete, arremete, choca, penetra, distribuye y recibe puñetazos en la cara y codazos en el estómago y patadas en las espinillas, pero se abre paso, avanza... Ya está en el lado opuesto, donde... el ensanchamiento termina, y de nuevo se encuentra delante del muro impenetrable. Pocos pasos lo separan de Jesús, que ya está parado junto a su casa. Pero si lo separaran desiertos y ríos podría tener más esperanza en lograr llegar a Él. Se inquieta, vocea, impone:

-¡Tengo que ir a mi casa! ¡Dejadme pasar! ¿No veis que Él quiere ir a mi casa?

¿Cómo se le habrá ocurrido decirlo? Ello enciende de nuevo a la muchedumbre, en su deseo de tener en otras casas al Maestro. Quién se ríe burlándose del pobre Zaqueo, quién le responde con malos modales. No hay uno sólo que tenga piedad. Al contrario, se ponen a gritar y a moverse para que el Maestro ni oiga ni vea a Zaqueo. Y algunos gritan:

-¡Hasta demasiado has recibido de Él, viejo pecador!

Creo que en tanta malevolencia está presente el recuerdo de las pasadas exacciones y vejaciones... El hombre, incluso el más dispuesto a lo sobrenatural, conserva casi siempre un rinconcito en que está vivo el amor por su peculio y donde, aún más vivo, está el recuerdo de quien perjudicó a este peculio...

Pero la hora de la prueba para Zaqueo ha pasado, y Jesús lo premia por su constancia. Grita Jesús con toda la fuerza de su voz:

-¡Zaqueo! ¡Ven a mí! ¡Dejadlo pasar, que quiero entrar en su casa!

Es inevitable obedecer. La gente se comprime para abrirse y Zaqueo pasa adelante, rojo por el esfuerzo, rojo de alegría, tratando de poner en orden sus cabellos despeinados, la túnica desabotonada, el cinturón que ahora tiene las borlas en los riñones en vez de por delante. Busca el manto... ¿Quién sabe dónde estará el manto?... No importa.

Ya está delante de Jesús, semiencorvado como acto de deferencia hacia Él. No puede hacer más, porque tiene el mínimo espacio para inclinarse un poco.

-Paz a ti, Zaqueo. Ven, pues, que quiero darte el beso de paz Bien lo has merecido - dice Jesús, sonriendo con una sonrisa verdaderamente alegre, juvenil, que, efectivamente, le hace aparecer rejuvenecido.

-¡Oh, sí, Señor. Bien lo he merecido! ¡Qué difícil es llegar a ti, Señor! - dice Zaqueo alzándose lo más que puede para ponerse al nivel de Jesús, que se inclina para besarlo. Y alzándose pone a la vista una cara sangrante por un arañazo en la mejilla derecha, y lívido un ojo por algún codazo sufrido en la órbita.

Jesús lo besa y dice:

-Pero mi premio a ti no es por esta fatiga, sino por las otras, para muchos secretas, pero que Yo conozco. Sí, es verdad. Llegar a mí es difícil, y no es la muchedumbre el único obstáculo, ni es el obstáculo más difícil que uno encuentra. Pero, ¡oh pueblo que casi me has paseado como triunfador!, el obstáculo más difícil, el más hecho, y que vuelve a rehacerse después de haber intentado romperlo o superarlo, es el propio yo.

Yo parecía que no veía, pero he visto todo. Y he valorado todo. ¿Y qué he visto? He visto a un pecador convertido, a un hombre que era duro de corazón, que era amante de las comodidades, soberbio, vanidoso, lujurioso y avaro. Y lo he visto despojarse de su yo viejo, incluso en las cosas menores, cambiar en sus modos y apegos –como para venir donde su Salvador, luchar y suplicar humildemente- y lo he visto recibir pullas y reproches pacientemente, y sufrir en su cuerpo por los empujones de la muchedumbre, y en su corazón por verse relegado a la cola, sin poder recoger ni siquiera una mirada mía. Y he visto otras cosas en él; cosas que también vosotros conocéis, pero que no queréis tener en cuenta, a pesar de que os hayan producido alivio.

Diréis: "¿Y cómo lo conoces, Tú que no vives con nosotros?". Os respondo: de la misma forma que leo en el corazón de los hombres, no ignoro las acciones de los hombres, y sé ser justo y premiar en proporción al camino recorrido para llegar a mí, a los esfuerzos realizados para desplantar de la agreste selva que cubría al espíritu todo aquello que no fuera el árbol vital, y fertilizar al espíritu y ponerlo como rey en el yo, y rodearlo de árboles de virtudes para que recibiera honor, y velar para que ningún animal -las distintas pasiones malas- inmundo, porque repta, por su avidez de corrupción, o lascivo u ocioso, anidara en este bosque, sino que el espíritu –vuestro espíritu- estuviera habitado sólo por lo que es bueno y capaz de alabar al Señor, o sea, por los afectos sobrenaturales: aves cantoras y mansos corderos, dispuestos a ser sacrificados, dispuestos a la perfecta alabanza por amor a Dios.

Y, de la misma forma que no he ignorado las obras de Zaqueo, sus pensamientos, sus fatigas, tampoco he ignorado que en muchos de esta ciudad, muchos que me han aclamado, hay más un amor sensible que espiritual. Si me amarais con justicia, habríais sido compasivos con vuestro convecino; no lo habríais mortificado recordándole el pasado. Ese pasado que él ha

borrado y que Dios no recuerda. Porque el perdón concedido ya no se toca. A menos que el hombre vuelva a pecar. Pero se le juzga de nuevo por el pecado nuevo, no por el que fue perdonado.

Ahora Yo -y esto os lo doy como compañía en las meditaciones de la noche- os digo que el amarme de verdad no consiste en aclamarme, sino en hacer lo que Yo hago y enseño, en practicar el amor recíproco, en ser humildes y misericordiosos, recordando que un único barro os ha formado respecto a la parte material, y que el barro siempre tiende al pantano y que, por tanto, si hasta ahora lo que en vosotros es fuerza - el espíritu- que os ha tenido suspendidos por encima del pantano, no ha conocido nunca derrotas y ello es imposible, porque el hombre es pecador y sólo Dios carece de pecado, mañana vuestro espíritu podría conocerlas, y en número y alcance aún mayores que las del antiguo pecador que ha renacido a la Gracia, que ha sido rejuvenecido por ella y renovado, como un niño nacido poco antes, y que tiene a favor de él esa humildad que le viene del recuerdo de haber sido pecador, y la enardecida voluntad de hacer, en el resto de la vida, tanto bien como sea requerido para llenar una vida longeva y enteramente consagrada al bien, hasta el punto de reparar, con medida llena y rebosante, todo el mal que haya podido hacer.

Mañana os voy a hablar. Por ahora, en este atardecer, he terminado. Id, llevando en vosotros esta advertencia mía, y bendecid a Dios, que os manda al Médico que extirpa vuestras sensualidades celadas bajo un velo de santidad espiritual, como enfermedades escondidas que roen la vida bajo un velo de salud aparente... Ven, Zaqueo.

-Sí, mi Señor. Tengo sólo un anciano doméstico. Yo mismo abro la puerta, y con ella mi corazón lleno de emoción por tu infinita bondad.

Y, abierta la cancilla, invita a Jesús y a los apóstoles a entrar. Guía a Jesús hacia la casa, a través del jardín, que ahora es huerto... La casa también está despojada de todas las cosas superfluas. Zaqueo enciende una lámpara y llama al doméstico.

-Mira, el Maestro está aquí. Duerme aquí con los suyos y cena aquí. ¿Has preparado las cosas como te dije?

-Sí, todo está preparado, menos las verduras, que voy a echar ahora en el agua hirviendo.

-Entonces cámbiate de vestido y ve a decir a los que tú sabes que Él está aquí, que vengan.

-Voy, señor. ¡Bendito seas, Maestro, que me das la ocasión de morir feliz!

Se marcha.

-Servía ya a mi padre y se ha quedado en mi casa. De todos los demás he prescindido. Pero a él lo estimo. Ha sido la voz que no callaba nunca cuando pecaba. Y yo, por eso, lo maltrataba. Ahora, después de ti, es al que más quiero... Venid, amigos. Allí hay fuego y todo lo que puede aliviar a los cuerpos cansados y helados. Tú, Maestro, en mi misma habitación... - y lo guía hacia un cuarto que está en el fondo del pasillo.

Entra, cierra la puerta, echa agua humeante en un barreño, descalza a Jesús, le sirve. Antes de calzarle las sandalias, besa un pie desnudo y se lo pone encima del cuello y dice:

-¡Así! ¡Para que aplastes los residuos del viejo Zaqueo!

Se levanta. Mira a Jesús con una sonrisa que le tiembla en los labios, una sonrisa humilde, hecha un poco de llanto. Con un gesto señala todo el cuarto, diciendo:

-Aquí dentro he pecado mucho. Pero he cambiado todo, para que lo que tenía ese sabor ya no estuviera presente en mí... Los recuerdos... Yo soy débil... He dejado que viviera entre estas paredes desnudas, en este lecho duro, sólo el recuerdo de la conversión... Lo demás... Lo he vendido, porque me había quedado sin dinero y quería hacer el bien. Siéntate, Maestro...

Jesús se sienta en un asiento de madera y Zaqueo se pone en el suelo, a sus pies, medio sentado, medio arrodillado. Sigue hablando:

-No sé si he hecho bien; si aprobarás lo que he hecho. Quizás he empezado por donde tenía que terminar. Pero ellos también existen. Y sólo un viejo publicano puede no sentir rechazo hacia ellos en Israel. No. Lo he dicho mal. No sólo un viejo publicano. Tampoco Tú. Es más, eres Tú el que me ha enseñado a amarlos verdaderamente. Antes eran mis cómplices en el vicio, pero no los quería. Ahora me opongo a ellos, pero los quiero. Tú y yo. El todo Santo, el pecador convertido. Tú, porque no has pecado nunca y quieres darnos tu alegría, la de un Hombre sin culpa; yo, porque he pecado mucho, y sé lo dulce que es la paz que proviene de haber sido perdonado, redimido, renovado... La he deseado para ellos. Los he buscado. ¡Al principio ha sido duro! Quería hacerlos buenos a ellos y tenía que hacerme bueno yo mismo... ¡Qué fatiga! Vigilarme porque sentía que me vigilaban. La más mínima cosa habría bastado para que se alejaran… Y además... muchos pecaban por necesidad, por necesidad de oficio. He vendido todo para tener dinero para mantenerlos hasta que encontraran otros oficios menos fructíferos, más cansados, pero honestos. Y siempre hay alguno de ellos que viene, mitad curioso, mitad deseoso de ser un hombre y no sólo un animal. Y debo hospedarlos, hasta que se hacen mansos para el nuevo yugo. Muchos se han circuncidado. El primer paso hacia el verdadero Dios. Pero no lo impongo. Tengo amplios los brazos para abrazar las miserias, yo que no puedo sentir asco de ellas. Quisiera también yo dar a éstos lo que Tú querrías dar a todos: la alegría de no tener ya remordimientos, dado que no podemos como Tú carecer de culpa. Ahora dime, mi Señor, si he sido demasiado osado.

-Has obrado bien, Zaqueo. Les das a ellos más de lo que esperas y de lo que piensas que Yo quiero dar a los hombres. No sólo la alegría del perdón, de no tener remordimientos, sino también la alegría de ser pronto ciudadanos de mi Reino celeste. No ignoraba estas obras tuyas. Observaba tu marcha por el arduo, pero glorioso, camino de la caridad; porque esto es caridad, y de la más genuina. Has aprendido la palabra del Reino. Pocos la han comprendido, porque sobrevive en ellos la concepción antigua y la convicción de ser ya santos y doctos. Tú, eliminado de tu corazón el pasado, te has quedado vacío, y has podido, es más, has querido, meter dentro de ti las palabras nuevas, lo futuro, lo eterno. Sigue así, Zaqueo, y serás el exactor de tu Señor Jesús - concluye Jesús, sonriendo y poniendo su mano en la cabeza de Zaqueo.

-¿Estás conforme conmigo, Señor? ¿En todo?

En todo, Zaqueo. Se lo he dicho también a Nique, que me hablaba de ti. Nique te comprende. Es una mujer abierta a la piedad universal.

-Nique me ayudaba mucho. Pero ahora la veo sólo cada nueva luna... Hubiera querido seguirla. Pero Jericó es un lugar propicio para mi nuevo trabajo...

-No estará mucho tiempo en Jerusalén... Viajarías por nada. Nique volverá después aquí...

-¿Después?... ¿Cuándo, Señor?

-Cuando mi Reino haya sido proclamado.

-Tu Reino... Tengo miedo de ese momento. Los que ahora se dicen fieles tuyos, ¿sabrán serlo entonces? Porque, sin duda, habrá tumultos y luchas entre los que te aman y los que te odian... ¿Sabes, Señor, que tus enemigos pagan incluso a bandoleros, a la hez del pueblo, para tener partidarios preparados a crear alboroto para imponerse? Esto lo he sabido por uno de mis pobres hermanos... ¡Oh! ¿Entre quien roba legalmente, entre quien roba el honor y el que desvalija a un viandante, hay, acaso, mucha diferencia? Yo he robado también legalmente, hasta que Tú me salvaste, pero ni siquiera entonces habría secundado a los que te odian... Es un joven. Un 1adrón. Sí. Un ladrón. Una noche, que había ido hacia el Adomín a esperar a tres como yo, que venían de Efraím con ganado que había comprado a menos precio, lo encontré apostado en una hoz. Hablé con él... Nunca he tenido familia, pero creo que si hubiera tenido hijos les habría hablado de la misma manera para convencerlos de cambiar de vida. Me explicó cómo y por qué se hizo ladrón. Sí, ¡cuántas veces los verdaderos culpables son los que parece que no hacen nada malo!... Le dije: "Deja de robar. Si tienes hambre, hay un pan también para ti. Te encontraré un trabajo honrado. Dado que todavía no te has hecho homicida, detente, sálvate". Y lo convencí. Me dijo que se había quedado solo, porque los otros habían sido comprado con mucho dinero por los que te odian, y ahora están preparados para crear tumultos y para decirse tuyos y escandalizar al pueblo, escondidos en las grutas del Cedrón, en los sepulcros, hacia el Faselo en las cavernas del norte de la ciudad, entre las tumbas de los Reyes y de los Jueces, en todas partes... ¿Qué pretenden hacer, Señor?

-Josué pudo detener el Sol, pero ellos, a pesar de todos los medios, no podrán detener la voluntad de Díos.

-¡Tienen el dinero, Señor! El Templo es rico, y para ellos no es korbán el oro ofrecido al Templo, si les sirve para triunfar.

-No tienen nada. La fuerza es mía. Su edificio caerá como si fuera de hojas secadas por los vientos de otoño y colocadas en forma de castillo por un niño. No temas, Zaqueo. Tu Jesús será Jesús.

-¡Dios lo quiera, Señor!... Nos llaman. Vamos...

## 523

## En Jericó. La petición a Jesús de que juzgue a una mujer. La parábola del fariseo y el publicano tras una comparación entre pecadores y enfermos.

Jesús sale de la casa de Zaqueo. La mañana está ya avanzada. Acompañan a Jesús Zaqueo, Pedro y Santiago de Alfeo. Los otros apóstoles quizás ya se han diseminado por los campos para anunciar que el Maestro está en la ciudad.

Detrás del grupo de Jesús con Zaqueo y los apóstoles, hay otro grupo, muy... variado en fisionomías, edades e indumentos. No es difícil afirmar que estos hombres pertenecen a razas distintas, quizás incluso antagonistas entre sí. Pero los hechos de la vida los han traído a esta ciudad palestina, y los han reunido para que desde sus profundidades se remontaran hacia la luz. La mayoría son caras ajadas, propias de quien ha usado y abusado de la vida de distintas maneras; la mayoría, ojos cansados. Hay miradas a las que la larga costumbre de ejercer el... hurto fiscal o una autoridad brutal ha hecho rapaces o duras, y de vez en cuando esta antigua mirada emerge de tras un velo humilde y pensativo puesto por la nueva vida. Esto sucede especialmente cuando alguno de Jericó los mira con desprecio o farfulla alguna insolencia a cuenta de ellos. Luego la mirada vuelve a ser cansada, humilde, y las cabezas se agachan humilladas.

Jesús se vuelve dos veces a observarlos y, viéndolos retrasados y que van aminorando el paso a medida que se acercan al lugar elegido para hablar, ya lleno de gente, aminora el suyo para esperarlos y... les dice:

-Pasad delante de mí y no temáis. Desafiabais al mundo cando hacíais el mal; no debéis temerlo ahora que os habéis despojado de él. Lo que usasteis, entonces, para domeñarlo -la indiferencia ante el juicio del mundo, única arma para que se canse de juzgar- usadlo también ahora, y él se cansará de ocuparse de vosotros, y os absorberá, aunque lentamente, y os anulará en medio de la gran masa anónima que es este mísero mundo, al cual, en verdad, se da demasiado peso.

Los hombres -son quince- obedecen y pasan adelante.

-Maestro, allí están los enfermos del campo - dice Santiago de Zebedeo yendo hacia Jesús y señalando hacia un rincón templado de so1.

-Voy. ¿Los otros dónde están?

-Entre la gente. Pero ya te han visto y están viniendo. Con ellos están también Salomón, José de Emaús, Juan de Éfeso, Felipe de Arbela. Van a la casa de este último y vienen de Joppe, Lida y Modín. Traen con ellos hombres de la costa del mar y mujeres. Es más, te buscaban, porque hay desacuerdo entre ellos en el juicio acerca de una mujer. Pero hablarán contigo...

Efectivamente, Jesús pronto se ve rodeado por los otros discípulos y saludado con veneración. Detrás de ellos están los que han sido recientemente atraídos por la doctrina de Jesús. Pero no está Juan de Éfeso, y Jesús pregunta el motivo de su ausencia.

-Se ha quedado en una casa lejana de la gente, con una mujer y los padres de ella. La mujer no se sabe si está endemoniada o es profetisa. Dice cosas increíbles, según refieren los de su pueblo. Pero los escribas que la han escuchado la han juzgado poseída. Los padres han llamado varias veces a los exorcistas, pero ellos no han podido expulsar a este demonio con palabra que la tiene aferrada. Ahora bien, uno de ellos le dijo al padre de la mujer (es una viuda virgen que se ha quedado en la familia): "Para tu hija se necesita el Mesías Jesús. Él comprenderá sus palabras y sabrá de dónde vienen. He intentado imponerle al espíritu que habla en ella que se marchara en nombre de Jesús, llamado el Cristo. Siempre que he usado este Nombre los

espíritus tenebrosos han huido. Esta vez, no. Por eso digo que o es el propio Belcebú el que habla y logra resistir incluso a ese Nombre pronunciado por mí, o es el propio Espíritu de Dios y por tanto, no teme, siendo así que es una cosa sola con el Cristo. Yo estoy convencido más de esto que de lo primero. Pero para estar seguros sólo el Cristo puede juzgarlo. Él conocerá las palabras y su origen". Y fue ultrajado por los escribas presentes, que dijeron que estaba poseído como la mujer y como Tú. Perdona si tenemos que decir esto... Y algunos escribas ya no se han separado de nosotros, y están de guardia vigilando a la mujer porque quieren establecer si puede ser avisada de tu llegada. Porque ella dice que conoce tu cara y tu voz, y entre miles te reconocería, cuando en realidad está probado que nunca ha salido de su pueblo, es más: de su casa, desde que, hace quince años, se le murió el esposo en la vigilia de la fiesta nupcial; y también está probado que nunca has pasado Tú por su pueblo, que es Betlequi. Y los escribas esperan esta última prueba para dejar sentado que está endemoniada. ¿Quieres verla ahora enseguida?

-No. Tengo que hablar a la gente. Y aquí, entre las turbas, sería demasiado alborotador el encuentro. Ve a decir a Juan de Éfeso y a los padres de la mujer, y también a los escribas, que los espero a todos al principio del ocaso en los bosques que están a lo largo del río, en el sendero del vado. ¡Anda, ve!

Y Jesús, despedido Salomón, que ha hablado por todos, se dirige hacia los enfermos que piden curación, y los cura. Son: una mujer anciana anquilosada por la artritis, un paralítico, un jovencito deficiente mental, una niña que yo diría que estaba tísica, y dos enfermos de los ojos. La gente lanza sus vibrantes gritos de alegría.

Pero no ha acabado todavía la serie de los enfermos. Una madre se acerca, desfigurada por el dolor, sujetada por dos amigas o parientes, se arrodilla y dice:

-Mi hijo está muriendo. No se le puede traer aquí... ¡Piedad de mí!

-¿Puedes creer sin medida?

-¡Todo, oh mi Señor!

-Entonces vuelve a tu casa.

-¿A mi casa?... ¿Sin ti?...

La mujer lo mira un momento angustiada, luego comprende. El pobre rostro se transfigura. Grita:

-Voy, Señor. ¡Bendito seáis Tú y el Altísimo que te ha enviado!

Se marcha rauda, más ágil que sus mismas compañeras...

Jesús se vuelve hacia uno de Jericó, un vecino de noble aspecto.

-¿Esa mujer es hebrea?

-No. A1 menos de nacimiento no. Viene de Mileto. De todas formas, está casada con uno de nosotros, y desde entonces está en nuestra fe.

-Ha sabido creer mejor que muchos hebreos - observa Jesús.

Luego, subiendo al alto escalón de una casa, hace el gesto habitual -abrir los brazos- que precede a su discurso y que sirve para imponer silencio. Habiéndolo obtenido, recoge los pliegues del manto, que se ha abierto en el pecho al hacer el gesto, y lo sujeta con la izquierda Mientras baja la derecha con el gesto propio de quien jura, y dice:

-Escuchad, vecinos de Jericó, las parábolas del Señor; luego, que cada uno las medite en su corazón y saque de ellas la lección para nutrir su espíritu. Podéis hacerlo porque conocéis la Palabra de Dios no desde ayer, ni desde la pasada Luna, ni siquiera desde el pasado invierno. Antes de que Yo fuera el Maestro, Juan, mi Precursor, os había preparado para mi llegada; después de llegar Yo, mis discípulos han arado este suelo muchas veces, para sembrar en él todas aquellas semillas que les había dado. Así pues, podéis comprender la palabra y la parábola.

-¿A qué compararé Yo a los que después de haber sido pecadores se convierten? Los compararé a enfermos que se curan. ¿A qué compararé a los otros, a aquellos que no han pecado públicamente, o a aquellos -más raros que perlas negras- que no han incurrido nunca, ni siquiera secretamente, en culpas graves? Los compararé a personas sanas. El mundo está compuesto de estas dos categorías. Tanto en el espíritu como en la carne y en la sangre. Pero, si las comparaciones son iguales, distinta es la manera de tratar que usa el mundo con los enfermos curados que eran enfermos de la carne, de la que usa con los pecadores convertidos, o sea, con los enfermos del espíritu que recuperan la salud.

Vemos que, incluso, cuando un leproso -que es el enfermo más peligroso, y más aislado por ser peligroso- obtiene la gracia de la curación, es admitido de nuevo a la colectividad de las gentes, después de haber sido observado por el sacerdote y purificado. Es más, los de su ciudad lo festejan porque está curado, porque ha resucitado para la vida, para la familia, para los negocios. ¡Gran fiesta en la familia y en la ciudad cuando uno que era leproso logra obtener esta gracia y curarse! Rivalizan entre los familiares y convecinos para llevarle esto o aquello, y, sí está solo y sin casa o muebles, rivalizan para ofrecerle techo o mobiliario, y todos dicen: "Dios tiene preferencia por él. Su dedo lo ha curado. Honrémosle, pues, y honraremos al que lo ha creado y recreado". Es justo actuar así. Y, al contrario, cuando, desafortunadamente, uno manifiesta los primeros síntomas de lepra. ¡con qué amor angustioso parientes y amigos lo colman de ternura, mientras les es posible hacerlo, como para darle -todo en una sola vez- el tesoro de afectos que le habrían dado en muchos años, para que se lo lleve consigo a su sepulcro de vivo!

Pero ¿por qué, entonces, para los otros enfermos no se actúa así' Si un hombre empieza a pecar y los familiares y, sobre todo, los convecinos, lo ven, ¿por qué no tratan de apartarlo del pecado con amor? Una madre, un padre, una esposa, una hermana, todavía lo hacen. Pero, que lo hagan los hermanos, es ya difícil; y no digo ya que lo hagan los hijos del hermano del padre o de la madre. En fin, los convecinos, no saben hacer otra cosa que criticar, hacer mofa, insultar, escandalizarse, exagerar los pecados del pecador, señalárselos con el dedo unos a otros, tenerlo, los más justos, lejos como a un leproso y hacerse cómplices suyos, para gozar a sus espaldas, los que justos no son. Pero sólo raramente hay una boca y, sobre todo, un corazón que vaya donde el infeliz, con piedad y firmeza, con paciencia y amor sobrenatural, y, con ahínco, trate de frenar el progresivo descenso en el pecado. ¿Pero es que no es, acaso, más grave, verdaderamente grave y mortal la enfermedad del espíritu? ¿No

priva, y además para siempre, del Reino de Dios? ¡La primera caridad hacia Dios y hacia el prójimo no debe ser, acaso, este trabajo de curar a un pecador por el bien de su alma y la gloria de Dios?

Y, cuando un pecador se convierte, ¿por qué ese juicio obstinado sobre él, ese casi deplorar el que haya vuelto a la salud espiritual? ¿Veis desmentidos vuestros pronósticos de segura condenación de un convecino vuestro? Deberíais, más bien, alegraros de ello, dado que quien os desmiente es Dios misericordioso, que os da una medida de su bondad para infundiros ánimo ante vuestras culpas más o menos graves. ¿Y por qué esa persistencia en querer ver sucio, despreciable, digno de vivir aislado, aquello que Dios y la buena voluntad de un corazón han hecho limpio, admirable, digno de la estima de los hermanos; es más, digno de su admiración? ¡Pero bien que exultáis si simplemente un buey o un asno vuestros o un camello o la oveja del rebaño o la paloma preferida se curan de una enfermedad! ¡Bien que exultáis si uno ajeno a vosotros, al que apenas recordáis por el nombre, por haberlo oído durante el tiempo en que fue aislado como leproso, vuelve curado! ¿Y por qué, entonces, no exultáis por estas curaciones espirituales, por estas victorias de Dios? El Cielo exulta cuando un pecador se convierte. El Cielo: Dios, los ángeles purísimos, que no saben qué es pecar. Y vosotros, vosotros hombres, ¿queréis ser más intransigentes que Dios?

Haced, haced justo vuestro corazón, y reconoced que el Señor está presente no sólo entre las nubes de incienso y los cantos del Templo, en el lugar donde solamente la santidad del Señor, en el Sumo Sacerdote, debe entrar, y debería ser santa como su nombre indica. Reconoced esta presencia también en el prodigio de estos espíritus resucitados, de estos altares reconsagrados, a los cuales el Amor de Dios desciende con sus fuegos para encender el holocausto.

La madre de antes interrumpe a Jesús. Con sus gritos de bendición quiere adorarlo. Jesús la escucha, la bendice, le dice que vaya de nuevo a casa, y reanuda el discurso interrumpido.

Y si de un pecador que antes os había dado espectáculo de escándalo recibís ahora espectáculos de edificación, no resolváis burlaros, sino imitar. Porque ninguno es nunca tan perfecto que sea imposible que otro le enseñe. Y el Bien es siempre lección que debe ser cogida, aunque el que lo practique, en el pasado, haya sido objeto de reprobación. Imitad y ayudad. Porque haciéndolo así glorificaréis al Señor y demostraréis que habéis comprendido a su Verbo. No resolváis ser como aquellos que dentro de su corazón criticáis porque sus acciones no están de acuerdo con sus palabras. Haced, más bien, que todas vuestras buenas acciones sean la coronación de todas vuestras buenas palabras. Y entonces verdaderamente el Eterno os mirará y escuchará benévolamente.

Oíd esta parábola para que comprendáis cuáles son las cosas que tienen valor ante los ojos de Dios. La parábola os enseñará a corregir en vosotros un pensamiento no bueno que hay en muchos corazones. La mayoría de los hombres se juzgan por sí mismos, y, dado que sólo uno de cada mil es verdaderamente humilde, sucede que el hombre se juzga perfecto, sólo él perfecto, mientras que en el prójimo nota multitud de pecados.

Un día dos hombres que habían ido a Jerusalén para unos asuntos subieron al Templo, como es conforme a todo buen israelita cada vez que pone pie en la Ciudad Santa. Uno era un fariseo; el otro, un publicano. El primero había venido para cobrar el arriendo de algunos almacenes y para hacer las cuentas con sus administradores, que vivían en las cercanías de la ciudad. El otro, para imponer los impuestos recaudados y para invocar piedad en nombre de una viuda que no podía pagar lo que había sido tasado por la barca y las redes, porque la pesca -pescaba el hijo mayor- le era apenas suficiente para dar de comer a sus muchos otros hijos.

El fariseo, antes de subir al Templo, había ido a ver a los arrendatarios de los almacenes. Habiendo dado una ojeada a éstos y habiendo visto que estaban llenos de productos y de compradores, se había complacido en sí mismo y luego había llamado a uno de los arrendatarios de un lugar y le había dicho:

-Veo que tus compraventas van bien.

-Sí, por gracia de Dios. Estoy contento de mi trabajo. He podido aumentar las mercancías y espero aumentarlas aún más. He mejorado el lugar, y el año que viene no tendré los gastos de mostradores y estanterías y por tanto, ganaré más".

-¡Bien! ¡Bien! ¡Me alegro! ¿Cuánto pagas tú por este lugar?

-Cien didracmas al mes. Es caro, pero la ubicación es buena...

-Tú lo has dicho. La ubicación es buena. Por tanto, te doblo el arriendo.

-¡Pero señor! - exclamó el comerciante - ¡De esta manera me quitas todas las ganancias!

-Es justo. ¿Acaso tengo que enriquecerte a ti? ¿Con lo mío? Enseguida. O me das dos mil cuatrocientos didracmas, inmediatamente, o te echo y me quedo con la mercancía. El lugar es mío y hago de él lo que quiero.

Esto hizo con el primero, y lo mismo con el segundo y el tercero de sus arrendatarios, doblando a cada uno de ellos el precio, sordo a todas las súplicas. Y porque el tercero, cargado de hijos, quiso oponer resistencia, llamó a la guardia, hizo poner los sigilos de incautación y echó afuera al desdichado.

Luego, en su palacio, examinó los registros de los administradores y encontró el modo de castigarlos por negligentes y se incautó de la parte con la que, con derecho, se habían quedado.

Uno tenía un hijo moribundo y por la gran cantidad de gastos había vendido una parte de su aceite para pagar las medicinas. No tenía, pues, qué dar al detestable amo. -Ten piedad de mí, señor. Mi pobre hijo está para morir. Luego haré trabajos extraordinarios para resarcirte de lo que te parece justo. Pero ahora, tú mismo puedes comprenderlo, no puedo.

-¿Que no puedes? Te voy a mostrar si puedes o no puedes.

-Y, yendo con el pobre administrador a la almazara, lo privó incluso del resto de aceite que el hombre se había reservado para la mísera comida y para alimentar la lámpara que le permitía velar a su hijo durante la noche.

El publicano, por su parte, habiendo ido a su superior y habiendo entregado los impuestos recaudados, recibió esta respuesta:

-¡Pero aquí faltan trescientos setenta ases! ¿Cómo es eso?

-Bien, ahora te lo explico. En la ciudad hay una viuda con siete hijos. Sólo el primero está en edad de trabajar. Pero no puede alejarse de la orilla con la barca, porque sus brazos son débiles todavía para el remo y la vela, y no puede pagar a un mozo

de barca. Estando cerca de la orilla, pesca poco, y el pescado apenas es suficiente para matar el hambre de aquellas ocho infelices personas. No he tenido corazón para exigir el impuesto.

-Comprendo. Pero la ley es ley. ¡Ay si se viniera a saber que la ley es compasiva! Todos encontrarían razones para no pagar. Que el jovencito cambie de oficio y venda la barca, si no pueden pagar.

-Es su pan futuro... y es el recuerdo del padre.

-Comprendo. Pero no se puede transigir.

-De acuerdo, pero no puedo pensar en ocho infelices privados de su único bien. Pago yo los trescientos setenta ases.

Hechas estas cosas, los dos subieron al Templo. Pasando junto al gazofilacio, el fariseo, ostentosamente, sacó de su pecho una voluminosa bolsa y la sacudió en el Tesoro, hasta la última moneda. En esa bolsa estaban las monedas tomadas de más a los comerciantes y lo que había sacado del aceite arrebatado al administrador y vendido inmediatamente a un mercader. El publicano, por el contrario, separó lo que necesitaba para regresar a su lugar y echó un puñadito de monedas. El uno y el otro dieron, por tanto, cuanto tenían. Es más, aparentemente, el más generoso fue el fariseo, porque dio hasta la ultima moneda que llevaba consigo. Pero hay que pensar que en su palacio tenía otras monedas y créditos abiertos con ricos cambistas.

Luego fueron ante el Señor. El fariseo, delante del todo, junto al límite del atrio de los hebreos, hacia el Santo; el publicano se quedó en el fondo, casi debajo de la bóveda que llevaba al patio de las Mujeres, y tenía agachada la cabeza, aplastado por el pensamiento de su miseria respecto a la Perfección divina. Y oraban los dos.

El fariseo, bien erguido, casi insolente, como si fuera el amo del lugar y fuera él el que se dignara agasajar a un visitante, decía:

-Ve que he venido a venerarte en esta Casa que es nuestra gloria. He venido a pesar de sentir que estás en mí, porque soy justo. Sé que lo soy. De todas formas, y aun sabiendo que lo soy sólo por mérito mío, te doy las gracias, como está estipulado por la ley, por lo que soy. Yo no soy codicioso, injusto, adúltero, pecador como ese publicano que ha echado al mismo tiempo que yo un puñadito de monedas en el Tesoro. Yo, Tú lo has visto, te he dado todo lo que llevaba conmigo. Ese avaro, sin embargo, ha hecho dos partes y a ti te ha dado la menor. La otra, seguro, la guardará para juergas y mujeres. Pero yo soy puro. Yo no me contamino. Yo soy puro y justo, ayuno dos veces a la semana, pago los diezmos de cuanto poseo. Sí, soy un hombre puro, justo y bendito, porque soy santo. Recuerda esto, Señor.

El publicano, desde su lejano rincón, sin atreverse a levantar la mirada hacia las preciosas puertas del hecol y, dándose golpes de pecho, oraba así:

-Señor, no soy digno de estar en este lugar. Pero Tú eres justo y santo, y me lo concedes una vez más porque sabes que el hombre es pecador y que si no se acerca a ti se transforma en un demonio. ¡Oh, mi Señor! Yo quisiera honrarte noche y día y tengo que ser esclavo de mi trabajo durante muchas horas, un trabajo rudo que me deprime, porque produce dolor a mi prójimo, que es más infeliz que yo. Pero tengo que obedecer a mis superiores, porque es mi pan. Haz, Dios mío, que sepa dulcificar el deber hacia mis superiores con la caridad hacia mis pobres hermanos, para que en mi trabajo no encuentre mi condena. Todos los trabajos son santos, si se ejercen con caridad. Ten tu caridad siempre presente en mi corazón para que yo, miserable como soy, sepa compadecerme de los que están sujetos a mí, como Tú te compadeces de mí, gran pecador. Habría querido honrarte más, Señor. Tú lo sabes. Pero he pensado que apartar el dinero destinado al Templo para aliviar ocho corazones infelices fuera mejor que echarlo en el gazofilacio y luego hacer verter lágrimas de desolación a ocho inocentes infelices. Pero, si me he equivocado, házmelo comprender, oh Señor, y yo te daré hasta la última moneda, y volveré al pueblo a pie mendigando un pan. Hazme comprender tu justicia. Ten piedad de mí, Señor, porque soy un gran pecador.

Ésta es la parábola. En verdad, en verdad os digo que mientras que el fariseo salió del Templo con un nuevo pecado, añadido a los que había cometido antes de subir al Moria, el publicano salió de allí justificado, y la bendición de Dios lo acompañó a su casa y en ella permaneció. Porque él había sido humilde y misericordioso, y sus acciones habían sido aún más santas que sus palabras. Por el contrario, el fariseo sólo de palabra y externamente era bueno, mientras que en su interior era como un diablo y hacía obras de diablo por soberbia y dureza de corazón, y Dios, por eso, lo aborrecía.

Quien se ensalza será, siempre, antes o después, humillado; si no aquí, en la otra vida. Y quien se humilla será ensalzado, especialmente arriba, en el Cielo, donde se ven las acciones de los hombres en su verdadera verdad.

Ven, Zaqueo. Venid los que estáis con él. Y vosotros, apóstoles y discípulos míos. Os seguiré hablando en privado.

Y, envolviéndose en su manto, vuelve a la casa de Zaqueo.

## 524

## En Jericó. En casa de Zaqueo con los pecadores convertidos.

Están todos recogidos en una habitación grande y desnuda, en otros tiempos, sin duda, hermosa. Ahora es sólo un local grande. Han tomado sillas y lechos de las otras habitaciones de comer o de dormir y las han traído. Se han sentado alrededor del Maestro, al que le han ofrecido para que se siente una especie de sillón todo de madera labrada cubierto con un paramento de lizo alto: es el mueble más lujoso de la casa.

Zaqueo está hablando de una propiedad adquirida con el dinero de una colecta hecha entre ellos:

-¡Algo teníamos que hacer, ¿no?! El ocio no es buena medicina para no pecar. Es un lugar poco fértil todavía porque estaba desatendido, como nosotros, y como nosotros, lleno de tríbulos, piedras, sequío y hierbas nocivas. Nique nos ha prestado a los campesinos que están a su servicio para que nos enseñen cómo hay que hacer para abrir los pozos abandonados, para limpiar las tierras, podar los pocos árboles que había y plantar otros nuevos. Nosotros sabíamos hacer muchas cosas... aunque no eran las santas obras del hombre. Pero en este trabajo tan nuevo para nosotros encontramos una vida verdaderamente

nueva. Nada de lo que nos rodea recuerda el pasado. Sólo la conciencia lo recuerda, pero eso está bien... Somos pecadores... ¿Vas a ir a ver esa propiedad?

-Saldremos juntos de aquí para dirigirnos hacia el Jordán, y me detendré en ese lugar. Me dices que está al lado del camino que va al río…

-Sí, Maestro. Pero es un lugar feo. La casa está que se cae. No tiene muebles, está vacía. No teníamos dinero para todo... después de haber compensado -siempre que ha sido posible hacerlo- a nuestro prójimo por nuestros delitos. Éstos, para dormir, se arreglan encima de heno; menos Demetes, Valente y Leví, que son demasiado ancianos para ciertas privaciones y que duermen aquí, Señor.

-Muchas veces Yo no tengo ni eso. Dormiré en el heno Yo también, Zaqueo, que es donde dormí mis primeros sueños, sueños dulces porque los velaba el amor. Puedo dormir también éste; y no será un sueño atormentado, porque lo conciliaré entre hombres en los que ha resucitado la buena voluntad.

Y mira, con una mirada que es una caricia, a estas primicias de redimidos de todo territorio.

Y ellos lo miran... No son hombres que lloren fácilmente. A1 contrario, ¡quién sabe cuánto llanto habrán hecho derramar! Cada cara de estos hombres es un libro en que está escrito su calamitoso pasado, y, si ahora la nueva vida vela la brutalidad de las palabras, éstas son todavía descifrables lo suficiente como para permitir intuir desde qué simas se alzan de nuevo hacia la Luz. Bueno, pues, a pesar de todo, su rostro se hace claro, se ilumina; su mirada toma nuevo vigor, resplandeciendo en ella una luz de esperanza sobrenatural, de satisfacción moral, al oír que el Maestro los considera resucitados a la buena voluntad.

Zaqueo dice:

-¿Entonces apruebas todo esto que he hecho? Fíjate, Maestro, yo aquel día había dicho "te seguiré", y quería seguirte... bueno, materialmente. Pero esa misma noche vino a mi casa Demetes, para una de esas... para uno de esos infames manejos... y necesitaba dinero. Venía de Jerusalén... porque se la llama santa, pero en ella hay toda clase de vergüenzas, y los primeros que las promueven son los que luego arremeten furiosamente contra nosotros como si fuéramos leprosos... Pero debo hablar de nuestros pecados, no de los de ellos. Yo ya no tenía dinero. Te lo había dado. Todo. Incluso el dinero que estaba todavía en casa ya era como si hubiera sido dado, porque había hecho ya las partes que debía devolver a aquellos a quienes se lo había arrebatado con usura. Le dije: "No tengo dinero. Pero tengo algo que vale más que todos los tesoros". Y le narré mi conversión, tus palabras, la paz que había en mí... Hablé tanto, que, mientras todavía hablaba, la luz del nuevo día entró a blanquecer las caras y a hacer inútiles las lámparas. No sé con exactitud lo que dije. Sé que él dio un fuerte puñetazo en la mesa junto a la cual estábamos sentados y exclamó: "¡Mercurio ha perdido un seguidor y los sátiros un compañero! Toma incluso estas monedas, insuficientes para el delito pero útiles para un pan para el mendigo, y tómame contigo. Quiero conocer un perfume después de tantos hedores". Y se ha quedado. Fuimos juntos a Jerusalén: yo, para vender objetos; él, para deshacerse de todos los... compromisos. Y, regresando, me dije -había orado en el Templo, después de tanto tiempo, con el corazón puro y pacificado de un niño-, me dije a mí mismo: "¿No es esto también seguir al Maestro, y quizás seguirle mejor, quedándome en Jericó, donde mis desdichados amigos -publicanos como yo, gariteros, lenones, usureros, después de haber sido vigilantes de galeotes y forzados, de esclavos, torturadores de todo desdichado, soldados sin ley ni piedad, juerguistas para ahogar los remordimientos en las borracheras- vienen a verme para emplear su dinero maldito, o proponerme negocios, o invitarme a convites y a otras bajezas infames? La ciudad me desprecia. Los hebreos me tendrán siempre por pecador. Pero ellos no. Ellos son como yo. Son basura, pero pueden tener algo, dentro de sí, algo que los impulsa hacia el bien, y no encuentran a nadie que les eche una mano. Yo los he ayudado en el mal. Quizás pecaron también por mis consejos, por las cosas que alguna vez les he pedido. Tengo el deber de ayudarlos para ir al bien. De la misma forma que he hecho acto de devolución a aquellos a quienes había perjudicado, de la misma forma que he indemnizado a mis convecinos, también tengo que tratar de hacer reparación con ellos". Y me he quedado aquí. Una vez uno, otra vez otro, han venido, de una u otra ciudad, y he hablado. No todos fueron como Demetes. Algunos, tras burlarse de mí, huyeron. Otros han dado largas. Otros se han detenido, pero, pasado un tiempo, han vuelto a su infierno. Éstos han permanecido. Y... bueno pues ahora siento que debo seguirte así, que debemos seguirte así, luchando con nosotros mismos, soportando los desprecios del mundo que no nos sabe perdonar. No faltan las lágrimas del corazón cuando vemos que el mundo no perdona, cuando los recuerdos vuelven... y son muchos y penosos... En algunos son...

-La Némesis horrenda que nos echa en cara nuestros delitos y que nos promete la venganza en el ultramundo - dice uno.

-Son los quejidos de los que estaban agotados y yo les pegaba para hacerles trabajar.

-Son las maldiciones de los que hice esclavos tras haber tomado con usura todo lo que poseían.

-Son las súplicas de viudas y huérfanos que no podían pagar y yo les confiscaba en nombre de la ley sus últimos bienes.

-Son las atrocidades llevadas a cabo en los países conquistados, con personas inermes aterrorizadas por la derrota.

-Son las lágrimas de mi madre, de mi mujer, de mi hija, muertas de penalidades mientras yo derrochaba todo en los festines.

-Son... ¡Oh, mi delito no tiene nombre! Señor, yo no tengo sangre en mis manos, no he robado dinero, no he impuesto tributos insoportables ni intereses asfixiantes, no he maltratado a los vencidos, pero he sacada partido de todos los desdichados, y he sacado dinero de niñas inocentes, niñas de vencidos, de huérfanas, de niñas vendidas como mercancía por un pan. He dado la vuelta al mundo aprovechando estas ocasiones, detrás de los ejércitos, yendo a los lugares donde había una carestía, o a donde un río desbordado había dejado completamente sin alimentos, o a donde una epidemia había dejado jóvenes vidas sin protección, y de ahí he hecho mercancía, una mercancía inocente pero infame: infame para mí, que obtenía dinero de ella, inocente ella porque aún no conocía el horror. Señor, en mis manos están las virginidades de jovencitas deshonradas y el honor de jóvenes esposas arrebatadas en ciudades de conquista. Mis bazares... y mis prostíbulos eran célebres, Señor... ¡No me maldigas, ahora que lo sabes! ...

Los apóstoles, involuntariamente, se han apartado del último que ha hablado. Jesús se levanta y se acerca a él. Le pone la mano en el hombro y dice:

-¡Es verdad! Tu delito es *grande.* Tienes que reparar mucho. Pero Yo, la Misericordia, te digo que aunque fueras el mismo demonio y sobre ti pesaran todos los delitos de la Tierra, si *quieres,* puedes expiar todo y ser perdonado por Dios, perdonado por el verdadero, grande, paterno Dios. Si tú quieres. Une tu voluntad a la mía. También Yo quiero que seas perdonado. Únete a mí. Dame tu pobre espíritu cubierto de infamia, quebrantado, tu espíritu que, después de que has dejado el pecado, está lleno de cicatrices y humillación. Yo lo pondré en mi corazón, en el lugar donde pongo a los mayores pecadores, y lo llevaré conmigo al sacrificio redentor. La Sangre más santa, la de mi corazón, la última Sangre del Inmolado por los hombres, se esparcirá sobre los espíritus más quebrantados y los regenerará. Por ahora, ten esperanza. Una esperanza mayor que tu inmenso delito en la misericordia de Dios, porque es una misericordia sin límites, hombre, para quien sabe confiar en ella.

El hombre casi querría coger y besar esa mano que está puesta en su hombro, esa mano tan pálida y delgada sobre su túnica oscura y su hombro fuerte. Pero no se atreve. Jesús comprende esto y le ofrece la mano mientras dice:

-Hombre, besa su palma. Encontraré ese beso como medicamento para una tortura. Mano besada, mano herida: besada por amor, herida por el amor. ¡Oh, si todos supieran besar a la gran Víctima, y Ella muriera vestida de llagas sabiendo en cada una los besos y amores de todos los hombres redimidos! - y tiene su palma apretada contra los labios rasos de este hombre que, por todo el conjunto, yo diría que es romano. Y la tiene ahí hasta que el hombre, como saciado, se separa de ella, después de haber apagado la quemazón de sus remordimientos bebiendo la misericordia del Señor en el cuenco de la mano divina.

Jesús vuelve a su sitio, y, al pasar, pone la mano en la cabeza crespa de uno muy joven. Yo diría que no tiene más de veinte años, si es que los tiene. Uno que no ha hablado en todo este tiempo, uno que es, sin duda, de raza hebrea. Jesús le hace esta pregunta:

-¿Y tú, hijo mío, no dices nada a tu Salvador?

El joven alza la cabeza y lo mira... En esa mirada hay toda una narración: una historia de dolor, odio, arrepentimiento, amor.

Jesús, un poco agachado hacia él, fijos los ojos en los ojos, lee alguna de estas historias mudas y dice:

-Por este motivo te llamo "hijo". Ya no estás solo. Perdona a todos, a los de tu misma sangre y a los extraños, de la misma forma que Dios te perdona. Y ama al Amor que te ha salvado. Ven un momento conmigo. Quiero decirte unas palabras aparte.

El joven se alza y lo sigue. Cuando están solos, Jesús dice:

-Quiero decirte esto, hijo. El Señor te ha amado mucho, aunque no lo parezca a la luz de un juicio superficial. La vida te ha probado mucho; los hombres te han causado mucho daño: aquélla y éstos hubieran podido hacer de ti una ruina irreparable. Detrás de ellos estaba Satanás, envidioso de tu alma. Pero sobre ti estaba la mirada de Dios. Y esa mirada bendita ha detenido a tus enemigos. Su amor ha enviado a Zaqueo por tu sendero. Y, con Zaqueo, al que te habla, a mí. Ahora, Yo, que te hablo, te digo que debes hallar en este amor todo aquello que no has tenido; que debes olvidar todo aquello que te ha agriado, y perdonar, perdonar a tu madre, perdonar al amo infame, perdonarte a ti mismo. No te odies de mala manera, hijo. Odia tu tiempo de pecado, pero no odies tu espíritu, que ha sabido dejar este pecado. Que tu mente sea buena amiga de tu espíritu, y que juntos alcancen la perfección.

-¿Perfecto yo?

-¿Has oído lo que le he dicho a aquel hombre? ¡Y él ha estado en el fondo del abismo!... ¡Y gracias, hijo!

-¿Por qué cosa, mi Señor? Soy yo el que debe decirte gracias...

-Por no haber querido ir donde quien compra a hombres para traicionarme.

-¡Oh, Señor! ¿Hubiera podido hacerlo sabiendo que no nos desprecias ni siquiera a nosotros siendo bandidos? Yo estaba entre aquellos que te llevaron el cordero al Carit, y uno de nosotros, que ahora ha sido apresado por los romanos -al menos eso se dice, y lo cierto es que desde antes de los Tabernáculos no se le ha vuelto a ver por los refugios de los bandidos- me refirió las palabras que dijiste en un valle de cerca de Modín... Porque yo no estaba todavía con los bandidos. Fui con ellos al final del último Adar y los he dejado al principio de Etanim. Pero no he hecho nada que merezca tu "gracias". Tú eres bueno. Quise ser bueno y advertir a un amigo tuyo... ¿Puedo llamarlo así a Zaqueo?

-Sí, puedes llamarlo así. Todos los que me aman son mis amigos. Tú también lo eres.

-¡Bueno!... quise advertir para que estuvieras en guardia. Pero advertir no merece las gracias...

-Te repito que te doy las gracias por no haberte vendido contra mí. Esto tiene valor.

-¿Y el aviso no?

-Hijo mío, nada podrá impedirle al Odio arremeter contra mí. ¿Has visto alguna vez desbordarse un torrente?

-Sí. Estaba en Yabés Galaad y vi la destrucción causada por el río, salido de su cauce antes del Jordán.

-¿Y pudo alguna cosa detener las aguas?

-No. Todo lo cubrieron y lo destruyeron. Incluso se llevaron casas.

-Así es el Odio. Pero no me arrastrará. Quedaré sumergido, pero no destruido. Y, en la hora amarguísima, el amor de quien no quiso odiar al Inocente será mi confortación, mi luz en las tinieblas de esa hora de Tinieblas, mi dulzura en el cáliz del vino con hiel y mirra.

-¿Tú?... Hablas de ti como si... Ese cáliz es para los ladrones, para quien va a la muerte de cruz. ¡Pero Tú no eres un ladrón! ¡Tú no eres culpable! Tú eres...

-El Redentor. Dame un beso, hijo.

Le toma la cabeza entre las manos y le besa en la frente y luego se inclina para recibir el beso del joven, un beso tímido, que apenas roza la mejilla enjuta... Y luego el joven se deja caer, llorando, en el pecho de Jesús.

-¡No llores, hijo mío! Yo soy sacrificado por el amor. Y es siempre un dulce sacrificio, aunque sea atormentador para la naturaleza humana.

Lo tiene entre sus brazos hasta que el llanto cesa, y luego -llevándolo cogido de la mano, junto a sí- regresa al lugar donde antes estaba Pedro.

Habla de nuevo:

-Mientras tomábamos el alimento, uno de vosotros, no de Israel, ha dicho que quería que le explicara algo. Que lo pregunte ahora, porque pronto tendremos que volver donde la gente y después dejarnos.

-Soy yo el que ha dicho eso. Pero muchos desean saberlo. Zaqueo no lo sabe explicar bien, y tampoco otros de los nuestros que son de tu religión. Hemos preguntado a tus discípulos cuando han pasado por aquí, pero no nos han hablado con claridad.

-¿Y qué es lo que quieres saber?

-Nosotros, respecto al alma, ni siquiera sabíamos que la teníamos. O sea... al menos nosotros habríamos debido saberlo, porque nuestros antiguos... Pero no leíamos a los antiguos. Éramos animales... Y ya no sabíamos qué es esta alma. Ni siquiera ahora lo sabemos. ¿Qué es el alma? ¿Acaso nuestra razón? No creemos que lo sea, porque en tal caso nosotros no la habríamos tenido, y hemos oído decir que sin alma no hay vida. ¿Qué es, entonces, el alma -que nos dicen que es incorpórea, inmortal-, si no es la razón? El pensamiento es incorpóreo, pero no es inmortal porque cesa con nuestra vida. Ni el más sabio piensa después de la muerte.

-El alma, hombre, no es el pensamiento. El alma es el espíritu, es el principio inmaterial de la vida, el principio impalpable, pero verdadero, que anima todo el hombre y perdura después del hombre. Por eso se le llama inmortal. Es algo tan sublime, que hasta el más poderoso pensamiento es nada respecto a ella. El pensamiento termina; el alma, por el contrario, tiene, ciertamente, un principio, pero no un fin. Bienaventurada o réproba, continúa siendo. ¡Dichosos aquellos que saben conservarla pura, o hacerla de nuevo pura después de haberla hecho impura, para devolverla a su Creador como Él se la dio al hombre para animar su humanidad!

-Pero ¿está en nosotros o por encima de nosotros, como el ojo de Dios?

-En nosotros.

-¿Entonces, prisionera en nosotros hasta la muerte? ¿Esclava?

-No. Reina. En el pensamiento eterno, el alma, el espíritu, es la cosa que reina en el hombre, en el animal creado llamado hombre. Ella, viniendo del Rey y Padre de todos los reyes y padres, siendo parte e imagen de Él, don y derecho de Él, teniendo como misión hacer de la criatura llamada hombre un dios después de la vida, un “habitante" de la Morada del sublimísimo, único Dios, es creada reina, y con autoridad y destino de reina. Siervas suyas, todas las virtudes y las facultades del hombre; ministra suya, la buena voluntad del hombre. Siervo suyo, el pensamiento: siervo y alumno, el pensamiento del hombre. Desde el espíritu el pensamiento adquiere potencia y verdad, justicia y sabiduría, y puede elevarse a perfección regia. Un pensamiento privado de la luz del espíritu tendrá siempre lagunas y tinieblas, no podrá nunca darse razón de verdades que son más incomprensibles que misterios para quien, habiendo perdido la regalidad del alma, está separado de Dios. El pensamiento del hombre estará ciego, sufrirá idiotez, si carece del punto base, de la palanca indispensable para comprender, para -dejando la Tierra y lanzándose hacia arriba- alzarse al encuentro de la Inteligencia, de la Potencia, de... en una palabra, de la Divinidad. "Te hablo así a ti, Demetes, porque no has sido siempre simplemente un cambista, y puedes comprender y dar explicación a los demás.

-Eres verdaderamente un vidente, Maestro. No, no he sido solamente un cambista... Es más, éste ha sido el último peldaño de mi descenso... Dime, Maestro, pero, si el alma es reina, ¿por qué no reina entonces y no domeña al mal pensamiento y a la mala carne del hombre?

-Domeñar no sería ni libertad ni mérito, sería opresión.

-Pero también el pensamiento y la carne dominan al alma -hablo de mí, de nosotros- y la hacen esclava demasiadas veces. Por esto decía que si estaba en nosotros en forma de esclava. ¿Cómo puede permitir Dios que algo tan sublime -la has definido "parte de Dios e imagen de Él"- sea humillada por aquello que es inferior?

-Lo que había en el Pensamiento divino era que el alma no conociera la esclavitud. Pero ¿olvidas al enemigo de Dios y del hombre? Los espíritus infernales a vosotros también os son conocidos.

-Sí, y todos con deseos crueles. Y puedo decir que, recordando al niño que era yo, sólo a estos espíritus infernales puedo atribuir el hombre que vine a ser y que he sido hasta el umbral de la vejez. Ahora encuentro otra vez a aquel niño pequeño perdido de entonces. Pero ¿podré hacerme tan niño como para volver a la pureza de entonces? ¡Es que se nos concede el camino hacia atrás en el tiempo?

-No hace falta andar hacia atrás. No podrías hacerlo. El tiempo pasado no regresa, no se puede hacer que vuelva ni se puede volver a él. Pero no es necesario.

Algunos de vosotros son de lugares donde es conocida la teoría de la escuela pitagórica. Teoría de error. Las almas, superada la espera de la Tierra, no vuelven ya jamás a la Tierra en ningún cuerpo. Ni de animal, pues no es conveniente que algo tan sobrenatural viva dentro de un animal; ni de hombre, porque ¿cómo se daría premio al cuerpo reunido con el alma en el último Juicio, si esa alma hubiera tenido como vestido muchos cuerpos? Dicen los que creen en la teoría mencionada que es el último cuerpo el que goza, porque, a través de sucesivas purificaciones, en sucesivas vidas, el alma sólo en la última reencarnación alcanza la perfección digna de premio. ¡Error y ofensa! Error y ofensa a Dios: pensando que Él no ha podido crear sino un número limitado de almas; error y ofensa al hombre: juzgándolo tan corrompido como que merezca difícilmente premio. El premio no se producirá inmediatamente; el noventa y nueve por ciento de las veces deberá sufrir una purificación después de esta vida. Pero purificación es preparación al gozo. Por tanto, quien se purifica es uno que ya se ha salvado. Y, una vez salvado,

gozará, pasado el último Día, con su cuerpo. No podrá tener más que un cuerpo para su alma, ni más de una vida aquí, y, con el cuerpo que le hicieron sus procreadores y el alma que le creó el Creador para vivificar a la carne, gozará el premio.

No se hace posible ni la reencarnación ni la retrocesión en el tiempo. Pero sí se hace posible recrearse con movimiento de libre voluntad, y Dios bendice a estas voluntades y las ayuda. Todos vosotros las habéis tenido. Vese entonces, bajo el lavacro del arrepentimiento, al hombre pecador, vicioso, sucio, delincuente, ladrón, corrompido, corruptor, homicida, sacrílego, adúltero, renacer espiritualmente, destruir la carne corrompida del hombre viejo, deshacer el yo mental aún más corrompido -como si la voluntad de redimirse fuera un ácido, un ácido que ataca y destruye la envoltura malsana tras la cual se esconde un tesoro- y, sacado al desnudo el propio espíritu, habiéndolo purificado, habiéndolo curado, revestirlo con un nuevo pensamiento, con un nuevo vestido de pureza, de bondad, de niñez. ¡Oh, un vestido que puede acercarse a Dios, que puede cubrir dignamente al alma recreada, y custodiarla y ayudarle hasta su supercreación, que es la santidad cabal que mañana -un mañana quizás lejano, si se considera con mente y medida humanas de tiempo; cercanísimo, si es contemplado con pensamiento de eternidad-será gloriosa en el Reino de Dios. Y todos pueden, si quieren, recrear en sí al niño puro de los días infantiles, al niño amoroso, humilde, franco, bueno, al que la madre apretaba contra su pecho, al que el padre miraba gloriándose de él, amado por el ángel de Dios y mirado por Dios con amor. ¡Vuestras madres! Quizás eran mujeres de gran virtud... Dios no dejará sin premio su virtud. Procuraos, pues, una igual, para reuniros con ellas cuando habrá para todos los virtuosos una sola cosa: el Reino de Dios para los buenos. Quizás no eran buenas y contribuyeron a vuestro hundimiento. Pero, si ellas no os han amado, si no conocéis el amor, si esta carencia os ha hecho malos, ahora, que un Amor divino os ha recogido, sed santos para poder en una exultancia celeste gozar del Amor que a todo amor supera. ¿Tenéis algo más que preguntar?

-No, Señor. Todo lo tenemos que aprender. Pero, por el momento, no encontramos nada más...

-Os dejaré a Juan y a Andrés durante unos días. Luego mandaré aquí a discípulos buenos y sabios. Quiero que los potros salvajes conozcan los caminos del Señor y sus pastos, como los de Israel, porque he venido para todos y para todos tengo un mismo modo de amar. Levantaos y vámonos.

Y es el primero en salir al mudado jardín, seguido muy de cerca por los suyos, que se quejan dulcemente:

-Maestro, has hablado a estos como pocas veces hablas a los tuyos...

-¿Y eso os contraría? ¿No sabéis que así se hace también en el mundo cuando se quiere conquistar a una persona amada? Sin embargo, con aquellos que sabemos que nos aman con todo su ser, y ya forman parte de nuestra familia, no hay necesidad de arte de conquista; basta que nos veamos, para estar los unos en los otros con gozo y paz - dice Jesús con una sonrisa divina (tanto comunica la alegría, que hay que decirla efectivamente divina).

Y los apóstoles ya no se quejan; es más, gozosos, lo miran, y se quedan arrobados en la exultación del recíproco amor.

## 525

## El juicio sobre Sabea de Betlequí.

Bien pobre es la hacienda que alimenta al grupo heterogéneo de los amigos de Zaqueo. No alegra el corazón, especialmente ahora que es invierno. Pero, no obstante, ellos le tienen afecto. Así que muestran con orgullo a Jesús esa propiedad: tres campos arados, pardos, para trigo; árboles frutales (pocos de ellos productivos y los otros demasiado jóvenes como para esperar que lo sean); alguna hilera de vides esmirriadas; la huerta; un pequeño establo con una vaquita y un burro para la noria; un recinto con pocas gallinas y cinco parejas de palomas; seis ovejas; una choza con una cocina y tres cuartos; un cobertizo que hace de leñera, trastero y henil; un pozo con el brocal descantíllado y una cisterna de agua limosa. Nada más.

«Sí nos ayuda la estación...», «Sí los animales crían...», «Si los arbolitos arraigan...».

Todo es en condicional... Esperanzas muy precarias...

Pero uno se acuerda de lo que oyó decir años antes -de la prodigiosa recolección que tuvo Doras por una bendición que dio el Maestro para que Doras fuera humano con sus siervos labradores- y dice:

-Y si bendijeras este lugar... También Doras era pecador...

-Tienes razón. Lo que hice sabiendo que ello no cambiaría aquel corazón lo haré para vosotros que tenéis cambiado el corazón.

Y abre los brazos para bendecir, y dice:

-Lo hago inmediatamente, porque quiero persuadiros de que os quiero.

Luego prosiguen el camino hacia el río, bordeando campos arados de rica tierra oscura, y árboles frutales desnudados por la temporada.

En una curva se ve venir a algunos fariseos.

-La paz a ti, Maestro. Te hemos esperado aquí para... venerarte.

-No. Para estar seguros de que no urdía engaño. Habéis hecho: bien. Convenceos de que no he tenido la posibilidad de ver a la mujer ni a ninguno de los que están con ella. Vosotros, tú y tú, estabais de guardia en la casa de Zaqueo y habéis visto que ninguno de nosotros ha salido. Vosotros me habéis precedido por el camino y habéis visto que ninguno de nosotros se ha adelantado. En vuestro corazón deseáis imponerme una serie de cláusulas respecto al encuentro con esa mujer, y Yo os digo que las acepto antes incluso de que las formuléis.

-Pero… si no las sabes...

-¿No es, acaso, verdad, que me las queréis formular?

-Es verdad.

-De la misma forma que conozco esta intención vuestra, manifiesta sólo a vosotros, también sé lo que me vais a decir. Y os digo que acepto lo que queréis proponerme porque servirá para dar gloria a la Verdad. Hablad.

-¿Sabes como están las cosas?

-Sé que consideráis endemoniada a la mujer; y que, no obstante, ningún exorcista ha podido expulsar de ella al demonio; y que, no obstante, no pronuncia palabras de demonio (esto dicen los que la han oído hablar).

-¿Puedes jurar que no la has visto nunca?

-El justo no jura nunca, porque sabe que tiene derecho a ser creído por su palabra. Yo os digo que no la he visto nunca y que nunca he pasado por su pueblo, y todo el pueblo puede confirmarlo.

-Pues, a pesar de todo, sostiene que conoce tu cara y tu voz.

-Su alma, efectivamente, me conoce por voluntad de Dios.

-Tú dices que por voluntad de Dios. Pero ¿cómo puedes afirmarlo?

-Me han referido que pronuncia palabras inspiradas.

-También el demonio habla de Dios.

-Pero con errores mezclados arteramente, para desviar a los hombres a pensamientos de error.

-Bueno, pues... quisiéramos que nos dejaras probar a la mujer.

-¿En qué modo?

-¿No la conoces en absoluto?

-Os estoy diciendo que no.

-Bueno, pues entonces vamos a mandar a alguno adelante gritando: “¡Aquí está el Señor!" y vamos a ver si ella saluda al que va a ir con él como si fueras Tú.

-¡Una prueba pobre! Pero acepto. Elegid entre los que me acompañan a los que vais a mandar adelante. Yo os seguiré con los otros. Pero, si la mujer habla, debéis dejarla hablar, para que Yo juzgue sus palabras.

-Es justo. Pacto cerrado, y lo mantendremos lealmente.

-Que así sea y que sirva para tocaros el corazón.

-Maestro, no todos somos adversarios. Algunos de entre nosotros están en actitud de espera... y con la voluntad sincera de ver la verdad para seguirte - dice un escriba.

-Es verdad. Y a ésos aún los amará Dios.

Los escribas examinan a los apóstoles y se extrañan de la ausencia de muchos, especialmente de Judas Iscariote. Luego eligen a Judas Tadeo y a Juan; y a otro más: al joven ladrón convertido, que está pálido y delgado y cuyos cabellos tienden al color rojizo. En definitiva, eligen a aquellos que en edad o fisonomía tienen puntos en común con el Maestro.

-Vamos a adelantarnos con éstos. Tú quédate aquí con nuestros compañeros y los tuyos, y síguenos dentro de un rato.

Así se hace.

Ya ven los bosques que orillan el río. El sol poniente de invierno tiñe de oro las cimas de los árboles y esparce una luz amarilla y clara sobre las personas que están recogidas entre los árboles.

-¡Aquí está el Mesías! ¡Está aquí! ¡Poneos en pie! ¡Salid a su encuentro! - gritan los escribas que se han adelantado, y tuercen hacia un sendero que termina en un roble colosal, de poderosas raíces semidescubíertas para asiento de quien se refugia al lado de su tronco.

El grupo de personas recogido alrededor se vuelve; se pone en pie, se abre y se disgrega, para salir al encuentro de los que llegan. Junto al tronco se quedan solamente tres escribas, Juan de Éfeso y dos ancianos (un hombre y una mujer); más otra mujer que está sentada en una raíz que asoma sobre la tierra, con la espalda apoyada en el tronco, la cabeza agachada y reclinada sobre las rodillas, que tiene a su vez estrechadas entre los brazos anudados; toda cubierta por un velo de un morado tan cargado que parece negro. Parece ajena a todo. No reacciona con el griterío.

Un escriba la toca en el hombro:

-Está aquí el Maestro, Sabea. Levántate y salúdalo.

La mujer ni responde ni se mueve.

Los tres escribas se miran y sonríen irónicos, haciendo un gesto de conchabanza a los otros que se están acercando. Y, dado que los que esperaban, al no ver a Jesús, se habían callado, ellos gritan más fuerte que nunca -ellos y sus cómplices- para que la mujer no se dé cuenta del engaño.

-Mujer - dice un escriba a la anciana madre que está con su hija - al menos tú saluda al Maestro y di a tu hija que lo haga también.

La mujer se postra, junto con su marido, ante Judas Tadeo y Juan y el ladrón arrepentido; luego, levantándose, dice a su hija:

-Sabea, tu Señor está aquí. Venéralo.

La joven no se mueve.

La sonrisa irónica de los escribas se acentúa, y uno, delgado y narigudo, dice con voz nasal y alargando las palabras:

-¿No te esperabas esta prueba, no es verdad? Y tu corazón se estremece. Sientes que tu fama de profetisa está en peligro y no pruebas suerte... Me parece que esto es suficiente para definirte como embustera...

La mujer levanta la cabeza de golpe. Echa hacia atrás el velo y mira con ojos bien abiertos mientras dice:

-No miento, escriba. Y no tengo miedo, porque estoy en la verdad. ¿Dónde está el Señor?

-¿Cómo es eso? ¿Dices que lo conoces y no lo ves? Lo tienes delante de ti.

-Ninguno de éstos es el Señor. Por eso no me movía. Ninguno de estos.

-¿Ninguno de éstos? ¿Y ese galileo rubio no es el Señor? Yo no lo conozco, pero sé que es rubio y con ojos de cielo.

-No es el Señor.

-Entonces este alto y de aspecto grave. Mira qué trazos de rey. Sin duda es Él.

-No es el Señor. No es ninguno de éstos el Señor - y la mujer baja de nuevo la cabeza y la mete entre las rodillas (como estaba antes).

Pasa un rato. Luego... ya se ve venir a Jesús. Los escribas han impuesto silencio a la poca gente. Por tanto, su llegada no resulta advertida por ninguna aclamación. Jesús viene delante, entre Pedro y su primo Santiago. Anda lentamente... silenciosamente... La hierba tupida ahoga todo rumor de pasos. Y Jesús -mientras la vieja se enjuga las lágrimas con su velo, mientras un escriba dice estas palabras hirientes: «Vuestra hija está desquiciada y miente», mientras e1 padre suspira e incluso reprende a su hija- llega al linde del sendero y se para.

La joven, que no ha podido oír nada, que no ha podido ver nada, se pone en pie bruscamente, arroja el velo, descubre así toda la cabeza, echa hacia delante los brazos emitiendo un grito poderoso:

-¡Ahí está y viene a mí mi Señor! ¡Éste es el Mesías, oh hombres que queréis engañarme y envilecerme! ¡Veo sobre Él la luz de Dios señalándomelo, y yo lo venero! - y se arroja al suelo, pero quedándose donde estaba, a unos dos metros de Jesús. Rostro en tierra, entre la hierba, grita:

-¡Yo te saludo, Rey de los pueblos, Admirable, Príncipe de paz, Padre del siglo sin fin, Caudillo del pueblo nuevo de Dios! - y permanece postrada bajo su amplio manto oscuro, de un morado casi negro, como el velo.

Pero, en el momento en que se ha levantado, pegada al tronco negro y, arrojado el velo, se ha quedado con los brazos tendidos hacia delante, como una estatua- he podido observar que bajo el manto está vestida con una túnica de gruesa lana de un blanco marfileño, ceñida simplemente con un cordón en el cuello y en la cintura. Y, sobre todo, he podido admirar su belleza de mujer madura. Tendrá treinta años. Y treinta años en Palestina equivalen, al menos, a cuarenta de los nuestros generalmente: porque, si para María Santísima esta regla tiene una excepción, para las otras mujeres la madurez llega pronto, y especialmente para las de cabellos y tez morenos y bien modeladas como ésta. Ella es el tipo clásico de la mujer hebrea. Creo que así habrán sido Raquel, Rut y Judit, celebres por su belleza. Alta, llena y bien conformada, pero esbelta, lisa su piel de morenita palidez, pequeña la boca de labios un poco abultados, vivamente rojos, nariz recta, larga, delgada, dos ojos profundos, oscuros, de suavidad de terciopelo entre arcos de pestañas largas y apretadas, frente alta, lisa, regia, algo alargado el óvalo de su cara, espléndidos cabellos de ébano como una corona de ónix. No lleva ninguna joya, pero tiene un cuerpo estatuario y una majestuosidad de reina.

Y ahora se alza, apoyándose en sus manos largas, morenitas, bellísimas, unidas a los brazos por una muñeca delgada. Ya está en pie de nuevo, contra el tronco oscuro. Mira en silencio ahora al Maestro, y menea la cabeza porque algunos escribas le dicen: -Te equivocas, Sabea. No es Él el Mesías, sino el que antes has visto y no has reconocido.

Ella menea la cabeza, firme, severa, y no aparta los ojos del Señor. Luego su rostro se transfigura y adquiere una expresión que no sabría decir si es de alegría ferviente o de somnolencia extática; participa de ambas cosas, porque parece palidecer como quien está próximo al desvanecimiento, mientras que toda la vida se concentra en sus ojos, que se iluminan con una luz de alegría, de triunfo, de amor... No sé. ¿Ríen esos ojos? No, no ríen, como tampoco lo hace la severa boca; y, sin embargo, hay en ellos una luz de alegría, y cada vez adquieren mayor potencia de intensidad, de una intensidad que impresiona.

Jesús la mira con su mirada mansa, un poco triste.

-¿Ves como es una demente? - le susurra un escriba.

Jesús no replica. Mira y calla, con la mano izquierda suelta y sujetándose con la derecha el manto a la altura del pecho.

Y la mujer abre la boca y extiende los brazos como antes. Parece una enorme mariposa de alas moradas y cuerpo de marfil viejo. Un nuevo grito sale de sus labios: -¡Oh Adonai, eres grande! ¡Sólo Tú eres grande, Adonai! Grande eres en el Cielo y en la Tierra, en el tiempo y en los siglos de los siglos, y más allá del tiempo, desde siempre y para siempre. ¡Oh Señor, Hijo del Señor! Bajo tus pies están tus enemigos, sujeto está tu trono por el amor de los que te aman.

La voz se hace cada vez más segura y fuerte, al mismo tiempo que los ojos se separan del rostro de Jesús y miran a un punto lejano, un poco por encima de las cabezas, atentas, que tiene a su alrededor y que ella domina sin esfuerzo, pues está erguida y pegada al tronco de este roble crecido en una prominencia del terreno, como encima de un pequeño ribazo.

Después de una pausa, sigue hablando:

-El trono de mi Señor está adornado con las doce piedras de las doce tribus de los justos. En la gran perla que es el trono (el blanco, precioso trono esplendoroso del santísimo Cordero), están engarzados topacios con amatistas, esmeraldas con zafiros, rubíes con sardónices, y ágatas y crisolitos y berilos, ónices, diaspros, ópalos. Los que creen, los que esperan, los que aman, los que se arrepienten, los que viven y mueren en la justicia, los que sufren, los que dejan el error por la Verdad, los que eran duros de corazón y se hicieron mansos en su Nombre, los inocentes, los arrepentidos, los que se despojan de todas las cosas para ser ágiles en el seguimiento del Señor, los vírgenes, cuyo espíritu resplandece con una luz semejante a un alba del Cielo de Dios... ¡Gloria al Señor! ¡Gloria a Adonai! ¡Gloria al Rey sentado en su trono!

La voz es un tañido. Un estremecimiento recorre a la gente congregada. La mujer parece realmente ver aquello de que habla, como si la nube dorada que navega en el cielo sereno y que ella parece seguir con su mirar arrobado le hiciera de lente para ver las glorias celestes.

Ahora descansa, como si estuviera cansada, aunque sin cambiar de actitud. La única diferencia es que su cara se transfigura aún más, en la palidez de la epidermis y en el fulgor de los ojos. Luego, bajando la mirada hacia Jesús, que la está escuchando atento, rodeado por un círculo de escribas que, escépticos y sarcásticos, menean la cabeza, y de apóstoles y seguidores pálidos de sagrada emoción, prosigue, prosigue con voz distinta y menos alta:

-¡Veo! Veo en el Hombre lo que se cela en el Hombre. Santo es el Hombre, pero mi rodilla se dobla ante el Santo de los Santos que está dentro del Hombre.

La voz vuelve a ser ahora fuerte, imperiosa como una orden:

-¡Mira a tu Rey, pueblo de Dios! ¡Conoce su Rostro! La Belleza de Dios está delante de ti. La Sabiduría de Dios ha tomado una boca para instruirte. Ya no son los profetas, pueblo de Israel, los que te hablan del Innombrable. Es Él mismo. Él, que conoce el Misterio que es Dios, es el que te habla de Dios. Él, que conoce el Pensamiento de Dios, es el que te arrima a su pecho, oh pueblo que todavía eres párvulo después de tantos siglos, y te nutre con la leche de la Sabiduría de Dios para hacerte adulto en Dios. Para hacer esto se ha encarnado en un seno, en un seno de mujer de Israel, que ante Dios y ante los hombres es mayor que cualquier otra mujer. Ella cautivó el corazón de Dios con uno solo de sus latidos de paloma. La belleza de su espíritu hechizó al Altísimo y Él ha hecho de Ella su trono. María de Aarón pecó porque en ella estaba el pecado. Débora juzgó lo que había de hacerse, pero no obró con sus manos. Yael fue fuerte, pero se manchó de sangre. Judit era justa y temía al Señor, y Dios estuvo en sus palabras y le permitió aquel acto para que fuera salvado Israel, pero por amor a la patria usó astucia homicida. Pero la Mujer que lo ha generado supera a estas mujeres, porque es la Sierva perfecta de Dios y le sirve sin pecar. Toda pura, inocente y hermosa, es el hermoso Astro de Dios, desde su alba hasta su ocaso. Toda hermosa, esplendorosa y pura por ser Estrella y Luna, Luz de los hombres para encontrar al Señor. Ni precede ni sigue al Arca santa, como María de Aarón, porque Arca es Ella misma. Sobre la tenebrosa onda de 1a Tierra cubierta por el diluvio de los pecados, Ella camina y salva, porque quien entra en Ella encuentra al Señor. Paloma sin mancha, sale y vuelve con el olivo, el olivo de paz para los hombres, porque Ella es la Oliva especiosa. Calla, y en su silencio habla y obra más que Débora, Yael y Judit, y no aconseja la batalla, no incita a las matanzas, no derrama más sangre que la suya más selecta, la sangre con la que formó a su Hijo. ¡Pobre Madre! ¡Madre sublime!... Temía Judit al Señor, pero de un hombre había sido su flor. Ésta ha dado al Altísimo su flor intacta, y el Fuego de Dios ha descendido al cáliz de la suave azucena, y un seno de mujer ha contenido y llevado la Potencia, la Sabiduría y el Amor de Dios. ¡Gloria a la Mujer! ¡Cantad, mujeres de Israel, sus alabanzas!

La mujer se calla, como si su voz estuviera sin fuerzas. Efectivamente, no sé cómo logra mantener ese timbre tan fuerte.

Los escribas dicen:

-¡Está loca! ¡Está loca! Dile que se calle. Loca o poseída. Impón al espíritu que la tiene poseída que se vaya.

-No puedo. No hay más que espíritu de Dios, y Dios no se expulsa a sí mismo.

-No lo haces porque os alaba a ti y a tu Madre y ello estimula tu orgullo.

-Escriba, reflexiona en lo que sabes de mí y verás que Yo no conozco el orgullo.

-Pues, a pesar de todo, sólo un demonio puede hablar en ella para celebrar así a una mujer... ¡La mujer! ¿Y qué es en Israel y para Israel la mujer? ¿Y qué es, sino pecado, ante los ojos de Dios? ¡La seducida y seductora! Si no hubiera fe, difícilmente se podría pensar que en la mujer hubiera un alma. Le está prohibido acercarse al Santo por su impureza.

-¡Y ésta dice que Dios descendió a Ella!... – dice otro escriba, escandalizado, y sus compinches le hacen coro.

Jesús, sin mirar a nadie a la cara -parece que hable consigo mismo - dice:

-La Mujer aplastará la cabeza de la Serpiente... La Virgen concebirá y dará a luz a un Hijo que será llamado Emmanuel... Un vástago saldrá de la raíz de Jesé, una flor brotará de esta raíz y en Ella descansará el Espíritu del Señor". Esta Mujer. Mi Madre. Escriba, por el honor de tu saber, recuerda y comprende las palabras del Libro. *(Génesis 3, 15; Isaías 7, 14; 11, 1-2)*

Los escribas no saben qué responder. Esas palabras las han leído mil veces y mil veces las han considerado verdaderas. ¿Pueden negarlo ahora? Callan.

Uno ordena que se enciendan hogueras, porque ya se siente el frío junto a las orillas por donde pasa el viento vespertino. Obedecen, cual corona en torno al grupo compacto, llamean candeladas de ramajes.

La luz bailarina del fuego parece hacer reaccionar a la mujer, que se había callado y que estaba con los ojos cerrados como recogida en sí misma Abre de nuevo los ojos, reacciona. Mira otra vez a Jesús y grita de nuevo:

-¡Adonai! ¡Adonai, Tú eres grande! ¡Cantemos a1 Divino un cántico nuevo! ¡Shalem! ¡Shalem! ¡Malquih!!... (lo escribo así, pero la "h" es aspirada como casi una "c" pronunciada por toscanos). ¡Paz! ¡Paz! ¡Oh Rey, al que nada se resiste!...

La mujer se calla de golpe. Pasa su mirada -la primera vez desde que empezó a hablar- por los que están alrededor de Jesús, y fija sus ojos en los escribas como si los viera por primera vez, y, sin motivo aparente, algunas lágrimas se forman en sus grandes ojos *y* la cara se le pone triste y mate.

Habla lentamente ahora, y con voz profunda como quien expresa cosas dolorosas:

-No. ¡Hay quien te resiste! ¡Pueblo, escucha! Desde después de mi dolor, pueblo de Betlequi, me has oído hablar. Después de años de silencio y dolor, he sentido y he dicho lo que sentía. Ahora ya no estoy -virgen viuda que encuentra en el Señor su única paz- en los verdes bosques de Betlequi; no tengo alrededor sólo a mis convecinos para decirles: "Temamos al Señor porque ha llegado la hora de estar preparados para su llamada. Embellezcamos el vestido del corazón para no ser indignos en su presencia. Ciñámonos de fortaleza, porque la hora del Cristo es hora de prueba. Purifiquémonos como hostias para el altar, para que podamos ser acogidos por Aquel que lo envía. El que sea bueno que crezca en bondad. El que sea soberbio que se haga humilde. El que sufre de lujuria que se desprenda de su carne para poder seguir al Cordero. El avaro hágase benefactor, porque Dios es benefactor nuestro con su Mesías. Y todos practiquen la justicia para poder pertenecer al Pueblo del Bendito que viene". Ahora hablo ante Él y ante quien cree en Él, y también ante quien no cree y ultraja al Santo y a los que creen en El y hablan en su Nombre. Pero no tengo miedo. Decís que estoy loca, decís que a través de mí habla un demonio. Sé que podríais hacer que me lapidaran como blasfema. Sé que lo que os voy a decir os va a parecer insulto y blasfemia, y que me odiaréis. Pero no tengo miedo. Última, quizás, de las voces que hablan de Él antes de su Manifestación, me espera, quizás, la suerte que otras voces sufrieron; pero no tengo miedo. Demasiado largo es el exilio en el frío y en la soledad de la Tierra para el que piensa en el seno de Abraham, en el Reino de Dios que el Cristo nos abre, más santo que el santo seno de Abraham. Sabea de Carmel de la estirpe de Aarón no le teme a la muerte. Pero al Señor sí. Y habla cuando Él la mueve a hablar, para no desobedecer a su voluntad. Y dice la verdad porque habla de Dios con las palabras que Dios le da. No tengo miedo a la muerte. Aunque me llaméis demonio y me lapidéis como blasfema, aunque mi padre y mi madre y mis hermanos, por este deshonor, mueran, no temblaré de miedo ni de aflicción. Sé que el demonio no está en mí, porque en mí calla todo estímulo maléfico, y toda Betlequi lo sabe. Sé

que las piedras podrán sólo introducir en mi canto una pausa más breve que un respiro, y que después mi canto recibirá más amplio respiro en la libertad de más allá de la Tierra. Sé que Dios consolará el dolor de los de mi sangre, y que será breve; mientras que será eterno, después, su gozo de ser parientes mártires de una mártir. No temo vuestra muerte, sino la que me vendría de Dios si no le obedeciera. Y hablo. Y digo lo que se me dice. ¡Oh, pueblo, escucha, y escuchad vosotros, escribas de Israel!

Alza de nuevo su acongojada voz y dice:

-Una voz, una voz viene de lo alto y grita en mi corazón. Y dice: "El antiguo Pueblo de Dios no puede cantar el nuevo cántico porque no ama a su Salvador. Cantarán el cántico nuevo los salvados de todas las naciones, los del Pueblo nuevo del Cristo Señor, no los que odian a mi Verbo"... ¡Horror! (da verdaderamente un grito que estremece). ¡La voz da luz, la luz da vista! ¡Horror! ¡Yo veo!

El grito es casi un aullido. Se retuerce, como si la tuvieran sujeta ante un espectáculo tremendo que le torturara el corazón, y tratara de poner fin a él huyendo. Se le cae de los hombros el manto, de forma que se queda sólo con su túnica blanca contra el gran tronco negro. Con la luz, que se va reduciendo lentamente en el reflejo verde del bosque y rojizo y bailarín de las llamas, su cara adquiere un aspecto′ profundamente trágico. Se forman unas sombras bajo los ojos, bajo la nariz, bajo el labio. La cara parece socavada por el dolor. Se retuerce las manos mientras repite, más bajo:

-¡Veo! ¡Veo! - y bebe sus lágrimas mientras continúa:

-Veo los delitos de este pueblo mío. Y soy impotente para detenerlos. Veo el corazón de mis compatriotas: no puedo cambiarlo. ¡Horror! ¡Horror! Satán ha salido de sus lugares y ha venido a hacer morada en el corazón de éstos.

-¡Mándala callar! - ordenan los escribas a Jesús.

-Habéis prometido dejarla hablar... - responde Jesús.

La mujer prosigue:

-¡Rostro en tierra, en el barro, Israel que todavía sabes amar al Señor! ¡Cúbrete de ceniza, vístete de cilicio! ¡Por ti! ¡Por ellos! ¡Jerusalén! ¡Jerusalén, sálvate! Veo una ciudad agitada pidiendo un delito. Oigo, oigo el grito de los que, con odio, invocan que caiga sobre ellos una sangre. Veo levantar a la Víctima en la Pascua da Sangre y veo fluir esa Sangre, y oigo gritar esa Sangre más que la de Abel, al mismo tiempo que se abren los cielos y la tierra tiembla y el sol se oscurece. ¡Y esa Sangre no grita venganza, sino que suplica piedad para su Pueblo asesino, piedad para nosotros! ¡¡¡Jerusalén!!! ¡Conviértete! ¡Esa Sangre! ¡Esa Sangre! ¡Un río! Un río que lava al mundo sanando todo mal, borrando toda culpa... Pero para nosotros, para nosotros de Israel, esa Sangre es fuego, para nosotros es cincel que escribe en los hijos de Jacob el nombre de deicidas y la maldición de Dios. ¡Jerusalén! ¡Ten piedad de ti misma y de nosotros!...

-¡Pero haz que se calle! ¡Te lo ordenamos! - gritan los escribas mientras la mujer solloza cubriéndose la cara.

-No puedo imponer a la Verdad que se calle.

-¡Verdad! ¡Verdad! ¡Es una demente que está delirando! ¿Qué Maestro eres, si tomas como verdad las palabras de una que delira?

-¿Y qué Mesías eres, si no sabes hacer que se calle una mujer?

-¿Y qué Profeta eres, si no sabes poner en fuga al demonio? ¡Sin embargo, otras veces lo has hecho!

-Lo ha hecho, sí. Pero ahora no le conviene. ¡Todo es un juego bien montado para atemorizar a las turbas!

-¿Y habría elegido esta hora, este lugar y este puñado de hombres para hacerlo, cuando habría podido hacerlo en Jericó, cuando ha tenido cinco y más de cinco mil personas que me han seguido y circundado en varias ocasiones, cuando el recinto del Templo ha sido escaso para recibir a todos los que querían oírme? ¿Y puede, acaso, el demonio pronunciar palabras de sabiduría? ¿Quién de vosotros, en conciencia, puede decir que un solo error ha salido de esos labios? ¿No resuenan en sus labios, con voz de mujer, las terribles palabras de los profetas? ¿No oís el grito desgarrador de Jeremías, el llanto de Isaías y de los otros profetas? ¿No oís la voz de Dios a través de la criatura, la Voz que trata de ser acogida por vuestro bien? A mí no me escucháis. Podéis pensar que hablo en mi favor. Pero ésta, desconocida para mí, ¿qué favor espera de estas palabras? ¿Qué le acarrearán, sino vuestro desprecio, vuestras amenazas y quizás vuestra venganza? ¡No, ciertamente no le impongo silencio! Es más, para que estos pocos la oigan, y también vosotros oigáis y podáis enmendaros, le ordeno: "¡Habla! ¡Habla, te digo, en nombre del Señor!"

Ahora es Jesús el que aparece majestuoso, es el Cristo poderoso de las horas de milagro, de grandes ojos magnéticos con un esplendor de estrella azul que la llama de una hoguera, encendida entre la mujer y Él, aviva aún más. La mujer, por el contrario, oprimida por el dolor, aparece menos regia, y tiene agachada la cabeza, cubierta la cara con las manos y con sus cabellos negros, que se han soltado y le caen por detrás y por delante, como un velo de luto sobre la túnica blanca.

-Habla, te digo. No carecen de fruto tus dolorosas palabras. ¡Sabea, de la estirpe de Aarón, habla!

La mujer obedece. Pero habla bajo, tanto que todos se arriman para oírla mejor. Parece como si se hablara a sí misma, mirando hacia el río, que corre con su frufrú por su derecha formando un último cabrilleo de aguas con las últimas luces del día. Y parece hablarle al río:

-Jordán, sagrado río de nuestros padres, que tienes ondas cerúleas y crespas cual precioso lino cendalí, y en ellas reflejas las estrellas puras y la cándida Luna, y acaricias a los sauces de tus orillas, y eres río de paz, y... a pesar de todo, conoces mucho dolor. Jordán, que en las horas de tormenta, en las ondas hinchadas y agitadas transportas las arenas de mil torrentes y lo que ellos han arrebatado con violencia, y algunas veces tronchas un tierno arbusto en que hay un nido y lo transportas vortiginoso hacia el abismo mortal del mar Salado, y no tienes piedad de la pareja de pájaros que siguen a su nido, volando, chillando de dolor, a su nido destruido por tu violencia. Así verás, sagrado Jordán, acometido por la ira divina, arrancado de sus casas y del altar, ir a la destrucción y perecer en la muerte más grande, verás ir al pueblo que no recibió al Mesías. ¡Pueblo mío, sálvate! ¡Cree en tu Señor! ¡Sigue a tu Mesías! Reconócelo en lo que es. No rey de pueblos y ejércitos. Rey es de las almas, de tus almas, de todas las almas. Ha descendido para recoger a las almas justas, y subirá de nuevo para conducirlas al Reino eterno.

¡Vosotros que todavía podéis amar, abrazaos al Santo! ¡Vosotros a quienes os preocupan los destinos de la Patria, uníos al Salvador! ¡Que no muera toda la progenie de Abraham! Apartaos de los falsos profetas de bocas -mentirosas y corazones adictos al pillaje que quieren alejaros de la Salvación. Salid de las tinieblas que alzan en torno a vosotros. ¡Escuchad la voz de Dios! Los grandes a los que hoy teméis son ya polvo en el decreto de Dios. Uno sólo es el Viviente. Los lugares en que reinan y desde los cuales subyugan son ya ruinas. Sólo uno perdura. ¡Jerusalén! ¿Dónde están los briosos hijos de Sión de que te glorías? ¿Dónde, los rabíes y los sacerdotes con que te adornas y en que te admiras a ti misma? ¡Míralos! Subyugados, encadenados, van hacia el destierro; entre los escombros de tus edificios, entre el hedor de los muertos por espada y hambre. Te alcanza el furor de Dios, Jerusalén que rechazas a tu Mesías y lo hieres en el rostro y el corazón. Toda belleza en ti está destruida, toda esperanza está para ti muerta, profanados están el Templo y el altar...

-¡Haz que se calle! ¡Está blasfemando! Decimos que hagas que se calle.

-... Rasgado el efod. Ya no es necesario...

-¡Eres culpable si no le impones que se calle!

-... Porque ya no reina. Hay otro, eterno Pontífice, y es santo, y constituido por Dios: Rey y Sacerdote para siempre, por Aquel que hace suyas las ofensas infligidas al Cristo, y las venga. Otro Pontífice. El Verdadero, el Santo, Ungido por Dios y con su Sacrificio, que sustituye a aquellos sobre cuya frente es un desdoro la tiara, porque cubre pensamientos de horror...

-¡Calla, maldita! ¡Calla o descargamos nuestra mano sobre ti! - y los escribas la ultrajan. Pero ella parece no sentir.

La gente se agita:

-¡Dejadla hablar, vosotros que habláis tanto! Está diciendo la verdad. Es así. Ya no hay santidad entre vosotros. Uno sólo es el Santo y vosotros lo vejáis.

Los escribas consideran prudente callar, y la mujer continúa con su voz cansada y doliente:

-Había venido a traerte la paz y le has presentado guerra... salvación, y lo has escarnecido... amor, y lo has odiado... milagros, y le has llamado demonio... Sus manos han curado a tus enfermos y tú las has atravesado. Te traía la Luz, y has cubierto de esputos y porquerías su cara. Te traía la Vida, y tú le has dado la muerte. Israel, llora tu error y no impreques contra el Señor mientras vas hacia este destierro tuyo, que no tendrá término como los del pasado. Recorrerás toda la Tierra, Israel, pero como pueblo vencido y maldito, seguido por la voz de Dios con las mismas palabras dirigidas a Caín. Y aquí no podrás volver a reconstruir un sólido nido sino cuando reconozcas con los otros pueblos que éste es Jesús, el Cristo, el Señor Hijo del Señor...

La mujer tiene ahora voz blanca, de dolor y fatiga, cansada como la voz de un moribundo. Pero no calla todavía; antes al contrario, se reanima para un último imperativo:

-A1 suelo, pueblo que sabes todavía amar. Cúbrete de ceniza, vístete de cilicio. El furor de Dios se cierne sobre nosotros como una nube cargada de granizo y rayos sobre un campo maldito.

La mujer cae al suelo, de rodillas, con los brazos extendidos hacia Jesús, y grita: -¡Paz, paz, oh Rey de justicia y de paz! ¡Paz, oh Adonai grande y poderoso, a quien ni siquiera el Padre niega nada! ¡Impetra paz para nosotros, por tu Nombre, oh Jesús, Salvador y Mesías, Redentor y Rey, y Dios, tres veces santo! - y se derrumba, convulsa a causa de los sollozos, con la cara contra la hierba.

Los escribas rodean a Jesús y lo llevan aparte, y alejan a todos los demás con miradas y palabras amenazadoras, y uno de ellos dice:

-Lo menos que puedes hacer es curarla. Porque, aunque quieras afirmar taxativamente que está libre de demonio, lo que no puedes negar es que sea una enferma. ¡Mujeres!... Y mujeres sacrificadas por el destino... Su vitalidad bien que se debe manifestar por alguna parte... y divagan... y ven cosas irreales... y, sobre todo, te ven a ti que eres joven y apuesto... y...

-¡Cállate, boca de serpiente! Ni tú mismo crees en lo que dices - reacciona Jesús, con una actitud de mando que interrumpe las palabras en los labios del escriba delgado y narigudo que al principio del hecho había escarnecido a la mujer como falsa profetisa.

-No ofendamos al Maestro. Lo hemos elegido como juez de un caso que nosotros no logramos juzgar... - dice otro escriba (el que había ido con los otros al encuentro de Jesús por el camino y le había dicho que no todos los escribas estaban contra Él, sino que algunos le observaban para emitir un juicio, con la sincera voluntad de seguirle si lo consideraban Dios).

-¡Cállate, Joel el Alamot, hijo de Abías! Sólo un mal nacido como tú puede decir esas palabras - arremeten contra él los otros.

El escriba, oído este insulto, se congestiona, pero se domina y responde con dignidad:

-Si la naturaleza me ha sido adversa en el cuerpo, ello no me ha hecho deficiente el intelecto. Al contrario, vedándome muchos placeres, ha hecho de mí el hombre de la cordura. Y, si fuerais santos, no humillaríais al hombre; antes bien, respetaríais al -cuerdo.

-¡Bien, bueno! Vamos a hablar de lo que nos urge. Tú tienes el deber de curarla, Maestro, porque con ese delirio suyo asusta a la gente y ofende al sacerdocio, a los fariseos y a nosotros.

-¿Si os hubiera alabado me diríais que la curara? - pregunta Jesús dulcemente.

-No. Porque serviría para hacer a la gente respetuosa de nosotros, a este pueblo cabruno que nos odia en su corazón y no pierde ocasión de escarnecernos - responde un escriba, sin darse cuenta de que cae en una trampa.

-¿Pero no seguiría siendo una enferma? ¿No tendría el deber de curarla? - pregunta, otra vez con dulzura, Jesús (parece un escolar que estuviera preguntando al maestro lo que debe hacer).

Y los escribas, cegados por la soberbia, no comprenden que se están confesando a sí mismos...

-En ese caso, no. ¡Es más: dejarla, dejarla con su delirio! Hacer lo posible para que la gente crea que es profetisa. ¡Honrarla! Señalarla...

-¿Pero si fueran cosas no verdaderas?...

-¡Maestro, aparte del punto en el que dice cosas contra nosotros, el resto serviría mucho para elevar el orgullo de Israel contra los romanos y para tener bajo el orgullo del pueblo hacia nosotros!

-Pero no se le podría decir: "Habla así, pero no digas eso" - dice firmemente Jesús.

-¿Y por qué?

-Porque quien delira habla sin saber lo que dice.

-¡Con monedas y alguna amenaza... se obtendría todo! Hasta a los profetas se los regulaba...

-En verdad, me resulta gratuita esa afirmación...

-¡Ya! Porque no sabes leer entre líneas y porque no todo se ha dejado escrito.

-Pero el espíritu profético no conoce imposiciones, escriba. Viene de Dios, y a Dios ni se le compra ni se le amedrenta - dice Jesús, cambiando de tono. Es el principio de su contraataque.

-Pero ésta no es profetisa. Ya no es tiempo de profetas.

-¿Ya no es tiempo de profetas? ¿Y por qué?

-Porque no nos los merecemos. Estamos demasiado corrompidos.

-¿Verdaderamente? ¿Y lo dices tú? ¿Tú, que poco antes la juzgabas digna. de castigo porque decía esa misma cosa?

El escriba se queda desorientado.

Le ayuda otro:

-El tiempo de los profetas ha cesado con Juan. Ya no hacen falta.

-¿Y cómo es eso?

-Porque estás Tú, que expresas la Ley y hablas de Dios.

-También en tiempos de los profetas estaba la Ley, y la Sabiduría hablaba de Dios. Y, a pesar de todo, estaban ellos.

-¿Pero qué profetizaban? Tu venida. Ya has venido. Ya no hacen falta.

-En multitud de ocasiones, he oído vuestra pregunta, y la de los sacerdotes y fariseos, de si era o no era el Cristo. Y dado que lo afirmaba fui tachado de blasfemo y de loco, y se cogieron piedras para lanzarlas sobre mí. ¿No eres tú Sadoq, llamado el escriba de oro? -dice Jesús señalando al escriba narigudo que ha ultrajado a la mujer después de haberla tentado al error.

-Lo soy. ¿Y...?

-Pues que tú, justamente tú, has sido siempre el primero, tanto en Yiscala como en el Templo, que ha empezado la violencia contra mí. Pero Yo te perdono. Sólo te recuerdo que lo hacías diciendo que no podía ser el Cristo, mientras que ahora lo sostienes. Y te recuerdo también el reto que te propuse en Quedes. Dentro de poco verás cumplirse una parte de él. Cuando la Luna vuelva a la fase con que ahora resplandece en el cielo, te daré esa prueba. Ésta es la primera. La otra la tendrás cuando el trigo, que ahora duerme en la tierra, cimbree sus espigas aún verdes con el leve viento de Nisán. Y a los que dicen que son inútiles los profetas les respondo: "¿Quién podrá poner límites al Señor Altísimo?". En verdad, en verdad os digo que mientras haya hombres habrá siempre profetas. Son las antorchas en medio de las tinieblas del mundo; el fuego en medio del hielo del mundo; los toques de trompeta que despertarán a los que duermen; las voces que recuerdan a Dios y a sus verdades, caídas, con el tiempo, en el olvido y la desatención, y traen al hombre la voz directa de Dios y suscitan vibrantes emociones en los desmemoriados, en los apáticos hijos del hombre. Tendrán otros nombres, pero igual misión e igual suerte de humano dolor y de sobrehumano gozo. ¡Ay, si no existieran estos espíritus que serán odiados por el mundo y amados especialmente por Dios! ¡Ay si no existieran estos espíritus, para padecer y perdonar, amar y actuar en obediencia al Señor! El mundo perecería entre las tinieblas, entre el hielo, en un sopor de muerte, en un estado de deficiencia mental, de ignorancia salvaje y embrutecedora. Por eso, Dios los suscitará, y siempre los habrá. ¿Y quién podrá imponer a Dios que no lo haga? ¿Tú, Sadoq?, ¿o tú?, ¡o tú? En verdad os digo que ni los espíritus de Abraham, Jacob y Moisés, de Elías y Eliseo, podrían imponer a Dios esta limitación, y sólo Dios sabe cuán santos eran y qué eternas luces son.

-¿Entonces no quieres ni curar a la mujer ni condenarla?

-No.

-¿Y la juzgas profetisa?

-Inspirada, sí.

-Eres un demonio como ella. Vamos. No nos interesa perder más tiempo con demonios - dice Sadoq, y da un empujón propio de un... mozo de cuerda a Jesús, para apartarlo.

Muchos le siguen. Algunos se quedan. Entre éstos, el hombre al que han llamado Joel Alamot.

-¿Y vosotros no los seguís? - pregunta Jesús, señalando a los que se están marchando.

-No, Maestro. Nos vamos a marchar porque es de noche. Pero queremos decirte que creemos en tu juicio. Dios lo puede todo, es verdad. Y para nosotros que caemos en muchas culpas puede suscitar espíritus que nos corrijan en orden a la justicia - dice uno muy anciano.

-Así es, como dices. Y esta humildad tuya es más grande a los ojos de Dios que tu saber.

-Entonces acuérdate de mí cuando estés en tu Reino.

-Sí, Jacob.

-¿Cómo sabes mi nombre?

Jesús sonríe, pero no responde.

-Maestro, también de nosotros acuérdate - dicen los otros tres.

Y el último que habla, Joel Alamot, dice también:

-Y bendigamos al Señor, qua nos ha regalado esta hora.

-¡Bendigamos al Señor! - responde Jesús.

Se saludan. Se separan.

Jesús se reúne con sus apóstoles y va con ellos donde la mujer, que está de nuevo en la postura que tenía al principio: acurrucada sobre la raíz prominente.

La madre y el padre, jadeantes, preguntan al Maestro:

-¿Es, entonces, un demonio nuestra hija? Antes de marcharse lo han dicho.

-No lo es. Quedaos en paz. Y amadla, porque su destino es muy doloroso. Como todo destino semejante al suyo.

-Pero ellos han dicho que así has juzgado...

-Han mentido. Yo no miento. Quedaos en paz.

Juan de Éfeso se acerca con Salomón y los otros discípulos:

-Maestro, Sadoq ha amenazado a éstos. Yo te lo digo.

-¿A ellos o a ella?

-A ellos y a ella. ¿No es verdad, vosotros dos?

-Sí. Nos han dicho, a mí y a su madre, que si no sabemos hacer callar a nuestra hija, pobres de nosotros. Y a Sabea le han dicho: "Si de ahora en adelante hablas, te denunciaremos al Sanedrín". Prevemos días malos para nosotros... Pero el corazón está en paz por lo que has dicho... y lo demás lo soportaremos. Pero respecto a ella... ¿Qué debemos hacer? Aconséjanos, Señor.

Jesús piensa y responde:

-¿No tenéis parientes lejos de Betlequi?

-No, Maestro.

...Jesús piensa. Luego levanta la cara y mira a José, a Juan de Éfeso y a Felipe de Arbela. Ordena:

-Os pondréis en viaje con ellos y luego, desde Betlequi, con ella y sus cosas, iréis a Aera. Diréis a la madre de Timoneo que la custodie en mi nombre. Ella sabe lo que es tener un hijo perseguido.

-Así lo haremos, Señor. Bien decidido. Aera está lejos y apartada - dicen los tres.

El padre y la madre de Sabea besan las manos al Maestro, le dan las gracias y lo bendicen.

Jesús se inclina hacia la mujer, la toca en la cabeza velada y la llama con dulzura:

-¡Sabea, escúchame!

La mujer alza la cabeza y lo mira; luego se postra.

Jesús mantiene la mano en la cabeza de ella:

-Escucha, Sabea. Irás a donde te envío. A casa de una madre. Hubiera querido que fuera la mía. Pero no me es factible. Y sigue sirviendo al Señor en justicia y obediencia. Yo te bendigo, mujer. Ve en paz.

-Sí, mi Señor y Dios. Pero, cuando tenga que hablar, ¿voy a poder hacerlo?...

-El Espíritu que te ama te guiará según el momento. No dudes de su amor. Sé humilde, casta, sencilla y sincera, y Él no te abandonará. ¡Ve en paz!

Se reúne de nuevo con los apóstoles y con Zaqueo y los suyos, que se habían detenido a algunos pasos de distancia, reteniendo también a otros curiosos.

-Vamos. Ya es de noche. No sé cómo os las vais a arreglar para ir a Jericó vosotros que tenéis que ir allá.

-Digamos, más bien, la mujer y sus padres. Pero, si lo juzgas bueno, nosotros estaremos fuera de casa, y Tú y ellos podréis dormir en casa hasta mañana por la mañana» propone uno de los amigos de Zaqueo.

-Buena propuesta. Id a decir a Sabea que venga con los suyos y con los discípulos. Ellos dormirán. Yo estaré con vosotros. No es una noche ventosa. Encenderemos unos fuegos y esperaremos así al alba, Yo instruyéndoos y vosotros escuchándome.

Y lentamente se pone en camino con el primer claror de la Luna...

## 526

## Curaciones cerca del vado de Betabara y discurso en recuerdo de Juan el Bautista.

-¡Paz a ti, Maestro! - saludan los discípulos pastores, que se habían adelantado unos días antes y que ahora esperaban, pasado el vado, junto con los enfermos que han recogido y con otros que desean oír al Maestro.

-Paz a vosotros. ¿Hace mucho que me esperáis?

-Hace tres días.

-Me han entretenido por el camino. Vamos donde los enfermos.

-Hemos dicho que se montaran unas tiendas para resguardarlos sin tener que ir a los pueblos cercanos y luego volver. Nos han dado leche para ellos algunos amigos nuestros pastores que ahora están allá con el rebaño esperando tu llegada - dicen los discípulos mientras guían a Jesús a una espesura que por sí misma haría de techo a quien se refugiara en ella.

Allí hay un grupo de pequeñas tiendas -unas veinte- montadas sobre estucas, o de un tronco a otro. Debajo de ellas está el triste, pequeño pueblo de enfermos que esperan y que, en cuanto comprenden quién es el que viene, lanzan el grito habitual: -¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de nosotros!

Jesús no quiere tenerlos esperando mucho, de forma que se asoma -es más: se va agachando de una tienda a otra, porque su estatura no le permite entrar en ellas erguido- e introduce en cada una de ellas su rostro y su sonrisa, que es ya una gracia. El sol, a sus espaldas, proyecta su sombra sobre las yacijas y los rostros macilentos o sobre los miembros inertes. Dice solamente una breve frase: «Paz a vosotros que creéis», y luego pasa a la tienda adyacente. Y le sigue un grito, un grito repetido

como se repite su frase, un grito que se repite en la última tienda dejada como si fuera el eco del que sale de la tienda que estaba antes:

-Estoy curado. ¡Hosanna al Hijo de Da-vid!

Y el pequeño pueblo de enfermos, antes extendido bajo las oscuras tiendas, sale y se reconstituye siguiendo los pasos del Maestro, un pequeño pueblo todo festivo que arroja los bastones y las muletas, que se envuelve en las mantas de la parihuela abandonada, que se quita las vendas, ya inútiles, y que, sobre todo, exulta alborozadamente con la alegría de la curación.

Ya están todos curados. Y Jesús se vuelve con su más dulce sonrisa, para decir: -El Señor ha premiado vuestra fe. Bendigamos juntos su bondad - y entona el salmo: «Cantad a Dios con júbilo, toda la Tierra; servid al Señor con alegría. Venid a su presencia exultando. Reconoced que el Señor es Dios. Él nos ha hecho... *(Salmo 100)*

La gente le sigue como puede. Algunos, que quizás no son de Israel, siguen el canto mascullando palabras entre sus labios. Pero su corazón canta, y la luz de las caras lo dice. Dios, sin duda, recibirá ese pobre murmullo balbuciente mejor que el canto perfecto y árido de algún fariseo.

Matías dice a Jesús:

-¡Oh, Señor!, hablando a los que esperan tu palabra, recuerda a nuestro Juan.

-Pensaba hacerlo, porque este lugar trae a mi corazón aún más vivamente la figura de Juan el Bautista - y sube a un pequeño montículo cubierto de hierba menuda. Rodeado de gente, empieza a hablar.

-¿Qué habéis venido a buscar a este lugar? La salud del cuerpo, oh enfermos... y os ha sido dada. La palabra que evangeliza... y la habéis encontrado. Pero la salud del cuerpo debe ser la preparación a la búsqueda de la salud del espíritu, de la misma forma que la palabra que evangeliza debe ser preparación a vuestra voluntad de justicia. ¡Ay, si la salud del cuerpo se limitara a la felicidad de la carne y de la sangre, quedándose inactiva respecto al espíritu! Yo os he movido a alabar al Señor, que os ha beneficiado con la salud. Pero, pasado el momento de júbilo, no debe cesar vuestra gratitud hacia el Señor, que se manifiesta en la buena voluntad de amarlo. Todo don de Dios es nulo, a pesar de que esté cargado de fuerzas activas, si falta en el hombre la voluntad de corresponder a él entregando el don del propio espíritu a Dios.

Este lugar ha oído la predicación de Juan. Muchos de vosotros, sin duda, la habéis oído. Muchos de Israel la han oído, pero no en todos ha producido los mismos resultados, a pesar de que Juan dijera a todos las mismas palabras. ¿Cómo, pues, tanta diferencia? ¿A qué atribuirla? A la voluntad distinta de los hombres que recibieron esas palabras. Para algunos, fueron real preparación para mí, y, consiguientemente, para su santidad. Para otros, por el contrario, fueron preparación contra mí, y, consiguientemente, para su injusticia. Como grito de centinela resonaron, y el ejército de los espíritus se dividió, a pesar de que el grito era único. Parte de ellos se prepararon para seguir a su Caudillo; parte se armó y estudió planes para combatirme a mí y a mis seguidores. Y por esto Israel será vencido, porque un reino dividido en sí mismo no puede ser fuerte, y los extranjeros se aprovechan para subyugarlo.

Y lo mismo sucede en cada uno de los espíritus. En todo hombre hay fuerzas buenas y no buenas. La Sabiduría habla a todo el hombre, pero son pocos los hombres que saben querer hacer reinar una sola parte: la buena. Para este querer elegir una parte sola, y hacerla reina, son más capaces los hijos del siglo. Ellos saben ser completamente malos cuando quieren serlo, y se desprenden, como de vestidos inútiles, de las partes buenas que podrían oponer resistencia dentro de ellos. Sin embargo, los hombres que no son de su siglo, y que tienen un impulso hacia la Luz, sólo difícilmente saben imitar a los hijos del siglo y desprenderse, como de vestidos rechazados, de las partes malas que tratan de resistir en ellos.

Tengo dicho que si un ojo escandaliza sea arrancado, y que si una mano escandaliza sea cortada, porque es mejor entrar en la Luz eterna mutilados que en las Tinieblas eternas con los dos ojos o con ambas manos.

Juan e1 Bautista era un hombre de nuestro tiempo. Muchos de vosotros lo habéis conocido. Imitad su ejemplo heroico. Él, por amor del Señor y de su alma, se desprendió mucho más que de un ojo y una mano, se desprendió de la vida misma, por ser fiel a la Justicia. Muchos de vosotros habrán sido, quizás, discípulos suyos y todavía dirán que lo aman. Pero recordad que el amor a Dios, y el amor a los maestros que conducen a Dios, se demuestra haciendo aquello que ellos enseñaron, imitando sus obras de justicia y amando a Dios con todo el propio ser, hasta el heroísmo. Bueno, pues, haciéndolo así, los dones de salud y sabiduría que Dios ha concedido no permanecen inactivos ni se transforman en condena, sino que son escalera para subir a la morada del Padre mío y vuestro, que a todos espera en su Reino.

Haced -para bien vuestro-, haced que el sacrificio de Juan - toda una vida de sacrificio concluida con el martirio- y el sacrificio mío -toda una vida de sacrificio que concluye en un martirio muchísimo más grande que el de mi Precursor- no queden inactivos para vosotros. Sed justos, tened fe, prestad obediencia a la palabra del Cielo, renovaos en la Ley nueva. Que la Buena Nueva sea para vosotros verdaderamente buena, haciéndoos buenos y merecedores de gozar de la Bondad, o sea, del Señor altísimo en un Día eterno. Sabed distinguir los verdaderos de los falsos pastores, y seguid a los que os den palabras de Vida aprendidas de mí.

Está ya cercana la fiesta de las Luces, la celebración de la Dedicación del Templo. Recordad que nada son las luces de muchas lámparas en honor de la fiesta y del Señor, si permanece sin luz vuestro corazón. La caridad es luz; candelero, la voluntad de amar al Señor con la obras buenas. Recordar la Dedicación del Templo es cosa buena, pero cosa mucho más grande y buena y mejor recibida por el Señor es dedicar a Dios el propio espíritu y reconsagrarlo con el amor. Espíritus justos en cuerpos justos, porque el cuerpo es semejante a los muros que rodean el altar, y el espíritu es el altar adonde desciende la gloria del Señor. Dios no puede descender a altares profanados por pecados propios o por contactos con carnes mordidas por la lujuria y por pensamientos malvados.

Sed buenos. El esfuerzo de serlo en las continuas pruebas de la vida es compensado con creces por el futuro premio y, ya desde ahora, por la paz que consuela los corazones de los justos al final de cada una de sus jornadas, cuando se echan a descansar y encuentran su almohada exenta de remordimientos, que son la pesadilla de aquellos que quieren gozar ilícitamente

y sólo consiguen proporcionarse un frenesí carente de paz. No envidiéis a los ricos. No odiéis a nadie. No deseéis lo que veis a otros. Contentaos con vuestra situación, pensando que la clave que abre las puertas de la Jerusalén eterna está en hacer la voluntad de Dios en todas las cosas.

Os dejo. Muchos de vosotros ya no me verán, porque pronto iré a preparar los lugares de mis discípulos... Bendigo especialmente a vuestros niños, a vuestras mujeres que ya no veré. Y luego a vosotros, hombres... Sí, quiero bendeciros... Mi bendición servirá para no permitir que caigan los más fuertes y para hacer que resurjan los más débiles. Sólo para aquellos que me traicionen, odiándome, mi bendición no tendrá valor.

Los bendice en masa y luego bendice a las mujeres y besa a los niños, y lentamente regresa hacia el vado con los cinco apóstoles que están todavía con Él y con los discípulos ex pastores.

## 527

## Desconocimiento y tentaciones en la naturaleza humana de Cristo.

Están ya en las laderas del Monte de los Olivos. Las tres parejas de apóstoles -dejadas en Jericó, Tecua y Betania- de nuevo se han reunido con el Maestro. Pero Judas de Keriot sigue ausente, y en tono bajo los apóstoles lo comentan...

Jesús está infinitamente triste. Los apóstoles, que lo observan, dicen entre sí: --Por supuesto que es por Lázaro. Es un hombre ya completamente terminado... Y sus hermanas dan mucha pena... El Maestro, con tanto odio como le persigue, ni siquiera puede detenerse en aquella casa. Habría sido un consuelo para el enfermo y sus hermanas, y también para Él.

-¡No soy capaz de entender por qué no lo cura! - exclama Tomás.

-Sería una cosa razonable. Un amigo... Tanta ayuda como proporciona... un hombre justo... - susurra Bartolomé.

-¡Ah, justo sí, verdaderamente es un justo! En estos días creo que te habrás convencido de ello... - dice el Zelote a Bartolomé.

-Sí, es verdad. Y es verdad también lo que implícitamente mencionas. No estaba muy persuadido de su justicia... Con esa naturalidad que tenían con los gentiles, con la educación recibida del padre, que era muy, muy... yo diría condescendiente con nuevas formas de vida no conformes con las nuestras...

-La madre era un ángel - dice sin ambages Simón Zelote.

-Quizás por eso son justos... No tengamos en cuenta el pasado de María. Ahora ya está redimida... - dice Felipe.

-Sí. Pero todo esto me creaba sospechas. Ahora estoy completamente persuadido, y me extraña que el Maestro...

-Mi hermano sabe sopesar los valores de las personas. Nosotros también hemos sufrido durante mucho tiempo celos naturales, humanos, al ver que hacía más caso a los extraños que a nosotros de la familia. Pero ahora hemos comprendido que en nuestro pensamiento había error y en el suyo justicia. Juzgábamos su manera de actuar como indiferencia, e incluso como desestimación, incomprensión de nuestra valía. Ahora hemos comprendido. Él prefiere atraer hacia sí a los deformes y a los informes. Él... seduce con sus medios infinitos a las almas más mezquinas, más lejanas, más en peligro. ¿Os acordáis de la parábola de la oveja perdida? La verdad, la clave de su manera de actuar está en esa parábola. Cuando ve a sus ovejas fieles que le siguen o que están donde y como Él quiere, su espíritu descansa. Pero se sirve de su descanso para correr detrás de las extraviadas. Sabe que nosotros lo queremos, que Lázaro y sus hermanas lo quieren, que las discípulas y los pastores lo quieren, y por tanto no pierde su tiempo con nosotros en especiales pruebas de amor. A nosotros nos quiere siempre. Nos lleva siempre en su corazón. Nosotros mismos somos los que entramos en su corazón y no queremos salir. ¡Pero los otros... los pecadores, los extraviados!... Ha de correr tras de ellos, debe atraerlos con el amor y el milagro, con su poder. Y lo hace. Lázaro, María y Marta seguirán amándolo, incluso sin milagro... - dice Santiago de Alfeo.

-Eso es verdad. De todas formas... ¿Qué habrá querido decir con su último saludo? Ya lo habéis oído: "El amor del Señor para vosotros se manifestará en proporción a vuestro amor. Y recordad que el amor tiene dos alas para ser perfecto, dos alas que, cuanto más perfecto es, más desmesuradas son: la fe y la esperanza" - dice Andrés.

-¡Eso! ¿Qué habrá querido decir? - preguntan varios.

Un rato de silencio. Luego Tomás, emitiendo un gran suspiro, concluye un pensamiento interno suyo:

-... Pero no siempre su paciencia buena obtiene redenciones. Yo también he sufrido alguna vez por la predilección que muestra hacia Judas de Keriot...

-¿Predilección? No me lo parece. Lo corrige como a cualquiera de nosotros... - dice Andrés.

-Por justicia, sí. Pero considera cuánto más rigor merecería ese hombre...

-Eso es verdad.

-Bueno, pues yo he sufrido por eso algunas veces. Pero ahora comprendo que, sin duda, lo hace porque... es el más informe de entre nosotros.

-¡El más ruin, debes decir, Tomás! El más ruin. Vosotros creéis que esa tristeza -y señala a Jesús, que va delante, solo, absorto en su aflicción- está producida por la enfermedad de Lázaro y por las lágrimas de las hermanas de él. Yo digo que proviene de la ausencia de Judas. Esperaba que Judas lo alcanzara por el camino mientras iba a Betabara. Esperaba, al menos, encontrarlo en Jericó, en Tecua, o en Betania al regreso. Ahora ya no tiene esta esperanza. Tiene la certeza del obrar no recto de Judas. Yo lo he observado siempre...; he visto que su cara ha tomado ese aspecto de absoluto desamparo cuando tú, Bartolmái, has dicho: “Judas no ha venido" - dice Judas Tadeo.

-¡Pero si Él sabe las cosas antes de que sucedan, estoy seguro! - exclama Juan.

-Muchas. No todas. Yo creo que el Padre suyo, por piedad, le mantiene ocultas algunas - dice el Zelote.

Los once se dividen en dos partidos: quién acepta una versión, quién otra; y cada uno aporta sus razones para sostener la propia. Juan exclama:

-¡Oh, no quiero escuchar ni a uno ni a otro, ni siquiera a mí mismo! Somos todos unos pobres hombres, y no podemos ver con exactitud. Voy donde Jesús y se lo pregunto.

-No. Podría pensar en otras cosas y con esta pregunta recordar a Judas y sufrir más - dice Andrés.

-¡No, hombre! Por supuesto que no le voy a decir que hablábamos de Judas. Hablaré... así, sin referencias concretas.

-¡Ve, ve! Le servirá para distraerse. ¿No veis lo afligido que está? - dice Pedro impeliendo a Juan.

-Voy.¿Quién viene conmigo?

-Ve, ve tú solo. Contigo habla sin reserva. Luego nos lo dices.

Juan se marcha.

-¡Maestro!

-¡Juan! ¿Qué quieres? - y Jesús, con una luz de sonrisa en su rostro, abraza con un brazo a su predilecto y lo tiene cerca de sí mientras camina.

-Hablábamos entre nosotros y dudábamos sobre una cuestión. Esta: si Tú conoces todo el futuro o si en parte te está celado. Unos decían una cosa, otros otra.

-¿Y tú qué decías?

-Decía que lo mejor de todo era preguntártelo a ti.

-Y entonces has venido. Has hecho bien. A1 menos esto nos sirve a mí y a ti para gozar de un momento de amor... ¡Es tan raro ya el poder tener un poco de paz!...

-¡Es verdad! ¡Qué bonitos eran los primeros tiempos!...

-Sí. Para el hombre que somos, eran más bonitos. Pero para el espíritu que hay en nosotros son mejores éstos. Porque ahora es más conocida la Palabra de Dios y porque sufrimos más. *Cuanto más se sufre más se redime,* Juan... Por este motivo, aunque recordemos los tiempos serenos, debemos amar más estos que nos producen dolor, y que con el dolor nos dan almas. Pero voy a responder a tu pregunta. Escucha. Yo no ignoro, como Dios. Y no ignoro, como Hombre. Conozco el futuro de los acontecimientos, porque estoy con el Padre desde antes del tiempo y veo más allá del tiempo. Como Hombre que está exento de imperfecciones y limitaciones unidas a la Culpa y a las culpas, tengo el don de la introspección de los corazones. Este don no está limitado al Cristo, sino que lo poseen en distinta medida todos aquellos que, habiendo alcanzado la santidad, están tan unidos a Dios que puede decirse que no operan por sí mismos sino que operan con la Perfección que reside en ellos. Por tanto, puedo responderte que no ignoro como Dios el futuro de los siglos y que no ignoro como Hombre justo el estado de los corazones.

Juan calla y reflexiona.

Jesús lo deja así unos momentos. Luego dice:

-Por ejemplo, ahora Yo veo en ti este pensamiento: "¡Pero entonces mi Maestro conoce exactamente el estado de Judas de Keriot!"

-¡Oh, Maestro!

-Sí. Lo conozco. Lo conozco y sigo siendo su Maestro, y quisiera que vosotros siguierais siendo sus hermanos.

-¡Maestro santo!... ¿Pero siempre siempre conoces todo? Mira, algunas veces nosotros nos decimos que no es así, porque vas a lugares donde encuentras enemigos. ¿Antes de ir a esos lugares ya sabes que los vas a encontrar, y vas para combatirlos con tu amor, para someterlos al amor, o... por el contrario no lo sabes y ves a los enemigos sólo cuando los tienes enfrente de ti y lees sus corazones? Una vez me dijiste -estabas muy triste también entonces, y por la misma causa- que te sentías como uno que no ve...

-He experimentado también este martirio del hombre: el tener que seguir adelante sin ver, poniéndome totalmente en manos de la Providencia. Tengo que conocer todo del hombre. Menos la culpa consumada. Y esto no por una barrera que haya puesto el Padre mío a la carne, al mundo y al demonio, sino por mi voluntad de hombre. Yo soy como vosotros. Pero sé querer más que vosotros. Por eso, sufro las tentaciones pero no cedo a ellas. Y en esto está, como para vosotros, mi mérito.

-¡Tentaciones Tú!... Me parece casi imposible...

-Porque tú sufres pocas. Eres puro y piensas que, siéndolo Yo más que tú, no deberé conocer la tentación. Efectivamente, la carnal es tan débil respecto a mi castidad, que el yo jamás la siente. Es como si un pétalo golpeara un trozo de granito sin fisuras. Pasa... Hasta el diablo se ha cansado de lanzar contra mí este dardo. Pero, Juan, ¿no piensas cuantas otras tentaciones hay alrededor de mí?

-¿De ti? No tienes avidez de riquezas ni de honores... ¿Y cuáles son?...

-¿No piensas que tengo una vida, unos afectos, también unos deberes, hacia mi Madre, y que estas cosas me tientan a evitar el peligro? Ella, la Serpiente, lo llama "peligro". Pero su verdadero nombre es "Sacrificio". ¿Y no piensas que tengo sentimientos Yo también? El yo moral no está ausente de mí, y sufre por las ofensas, por los escarnios, por las dobleces. ¡Oh, Juan mío! ¿No te preguntas qué asco producirá en mí la mentira y el mentiroso? ¿Sabes cuántas veces el demonio me tienta a reaccionar contra estas cosas, que me causan dolor, a reaccionar dejando la mansedumbre y poniéndome duro, intransigente? Y, en fin, ¿no piensas cuántas veces lanza su abrasador hálito de soberbia, y dice: "Gloríate de esto o de aquello. Eres grande. El mundo te admira. ¡Los elementos te sirven!"? ¡La tentación de complacerse en ser santo! ¡La más sutil! ¡Cuántos, por esta soberbia, pierden la santidad que habían conquistado! ¡Con qué corrompió Satanás a Adán? Con la tentación del sentido, del pensamiento y del espíritu. ¿Y no soy Yo el Hombre que debe crear otra vez al hombre? De mí, la nueva Humanidad. Entonces, Satanás busca los mismos caminos para destruir, y para siempre, a la raza de los hijos de Dios. Ahora ve donde tus compañeros y repite mis palabras. Y no pienses si sé o si no sé lo que hace Judas. Piensa que te amo: ¿No es suficiente este pensamiento para ocupar a un corazón?

Lo besa y lo deja marchar. Y, otra vez solo, alza los ojos al cielo que se ve entre las frondas de los olivos y gime:
-¡Padre mío! Haz que al menos, hasta la última hora, pueda tener oculto el Delito. Para impedir que estos amados míos se manchen de sangre. ¡Piedad de ellos, Padre mío! ¡Son demasiado débiles como para no reaccionar ante la ofensa! ¡Que ellos no tengan odio en su corazón en la hora de la Caridad perfecta! - y se enjuga unas lágrimas que sólo Dios ve...

## 528

## En Nob. Consuelo materno de Elisa y regreso inquietante de Judas Iscariote.

-¡Sí, Maestro! Judas de Keriot está aquí desde hace muchos días. Vino al atardecer de un sábado. Parecía cansado, jadeante. Decía que te había perdido por las calles de Jerusalén, que te había buscado presuroso en todas las casas adonde normalmente vas. Aquí venía todos los atardeceres. Dentro de poco vendrá. Por la mañana se marcha, y dice que va a los aledaños a predicarte.
-De acuerdo, Elisa... ¿Y tú lo has creído?
-Maestro, Tú sabes que no me gusta ese hombre. Si hubieran sido así mis hijos, habría rogado al Altísimo que me los hubiera llevado. No he creído en sus palabras, no. Pero por amor a ti he guardado en mí mi juicio... Y he sido materna con él. Al menos así he conseguido que volviera aquí todas las noches.
-Has hecho bien.
Jesús la mira muy fijamente y, al improviso, pregunta:
-¿Dónde está Anastática?
Elisa se cubre de un rubor violáceo, propio de una persona anciana, pero responde con franqueza:
-En Betsur.
-Has hecho bien también en esto. Y, te lo ruego, compadécete de ese hombre.
-Es por esta compasión por lo que he querido apagar el incendio antes de que se extendiera con escándalo, o, cuanto menos, asustando a la hija.
-Que Dios te bendiga, mujer justa...
-¿Sufres mucho, Maestro?
-Sufro. Es verdad. A una madre se lo puedo decir.
-A una madre se lo puedes decir... Si no fueras Jesús, el Señor, querría recibir tu cabeza cansada en mi hombro y apretar tu corazón afligido contra mi corazón. Pero Tú eres tan santo que no puede una mujer, que no sea tu Madre, tocarte...
-Elisa, buena amiga de mi Madre y madre buena, tu Señor pronto será tocado por manos mucho menos santas que las tuyas, y besado... ¡oh!... Y después, otras manos... Elisa, si te fuera permitido tocar el Santo de los Santos, ¿con qué espíritu lo harías? ¿Te abstendrías, acaso, si la voz de Dios, entre la nube de los inciensos, te pidiera amor para recibir por fin una caricia de amor después de tantos que se acercan a Él sin amor?
-¡Mi Señor! Si Dios me lo pidiera, de rodillas iría a cubrir de besos el lugar santo. ¡Y ojalá quisiera Dios sentirse satisfecho, consolado con mi amor!
-Entonces, Elisa, buena amiga de mi Madre y fiel y buena discípula de tu Salvador afligido, déjame apoyar la cabeza en tu corazón, porque mi corazón está afligido hasta el punto de experimentar penas de muerte.
Y Jesús, estando sentado donde está, ante Elisa, que está de pie cerca de Él, apoya realmente la frente contra el pecho de la anciana discípula, y lágrimas silenciosas se deslizan por la túnica oscura de la mujer, que no puede contenerse de apoyar la mano en la cabeza que está reclinada en su corazón, y luego, al sentir que caen lágrimas en sus pies, calzados con sandalias pero desnudos, se inclina para rozar con un beso los cabellos de Jesús, y, a su vez, llora silenciosamente, y alza los ojos al cielo con muda oración. Parece una muy anciana Madre Dolorosa. No pretende otros gestos o palabras; pero con este acto suyo es tan "madre", que más no podría serlo.
Jesús levanta la cara y la mira. Sonríe levemente y dice:
-Que Dios te bendiga por tu piedad. ¡Bien necesaria es una madre cuando el dolor desborda las fuerzas del hombre!
Se pone en pie. Mira otra vez a la discípula y dice:
-Este momento queda entre tú y Yo, en todos sus elementos. Para esto me he adelantado solo.
-Sí, Maestro. Pero no puedes seguir solo. Dispón que venga tu Madre.
-Dentro de dos lunas estará conmigo... - y está para decir alguna otra cosa, cuando abajo, en la cocina, resuena la voz fuerte, siempre un poco achulada e irónica, de Judas de Keriot:
-¡Todavía con tu trabajo de talla, viejo? ¡Hace frío! Y aquí no hay fuego. Tengo hambre. Y no hay nada preparado. ¿Es que está dormida Elisa? Ha querido ella sola. Pero los viejos son lentos y su memoria es débil. ¡Eh! ¿No hablas? ¿Esta tarde estás completamente sordo?
-No. Pero te dejo hablar, porque tú eres apóstol y no me está indicado reprenderte - responde el anciano.
-¿Reprender? ¿Por qué?
-Busca en ti mismo y lo hallarás.
-Mi conciencia no tiene voz...
-Señal de que es deforme, o que la has malogrado.
-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
Debe ser que Judas sale de la cocina, porque se oye primero un portazo y luego pisadas en la escalera.
-Bajo a preparar las cosas, Maestro.

-Ve, Elisa.
Elisa sale de la habitación de arriba y pronto encuentra a Judas, que está para poner pie en la terraza.
-Tengo frío y hambre.
-¿Y nada más? Entonces, hombre, tienes muy poco todavía.
-¿Y qué más debería tener?
-¡Pues... muchas cosas!...
La voz de Elisa se aleja.
-Todos unos viejos necios. ¡Uf!...
Empuja la puerta y se encuentra de frente a Jesús. Del estupor, retrocede un paso. Se recupera para decir:
-¡¡Maestro!! ¡La paz a ti!
-La paz a ti, Judas.
Jesús recibe el beso del apóstol, pero no lo devuelve.
-Maestro. ¿Tienes...? ¿No me besas?
Jesús lo mira y calla.
-Es verdad. He errado. Y no besarme es lo mínimo que me puedes hacer. Pero no me juzgues demasiado severamente. Aquel día me vi rodeado por algunos que... no te amaban y disputé con ellos hasta quedarme ronco. Después... dije: "¡¿Quién sabe a dónde habrá ido?!", y volví aquí para esperarte. ¿No es ya, de hecho, tu casa ésta?
-Sí, mientras me lo conceden.
-No querrás guardarme rencor por esto...
-No. Solamente quiero que consideres el mal ejemplo que has dado a los otros.
-¡Ya! Ya oigo sus palabras. Pero tengo justificaciones ante ellos. Ante ti ni siquiera me justifico porque sé que ya me has perdonado.
-Te he perdonado ya, es verdad.
Sería lógico esperar de Judas un acto de humildad, de amor, por tanta bondad; sin embargo, manifiesta uno totalmente opuesto, un acto de enojo mientras exclama: -¡¿Entonces no hay forma de verte airado?! ¿Qué hombre eres?
Jesús calla. Judas lo mira -él, en pie; Jesús, sentado y cabizbajo- y menea la cabeza con una sonrisa maligna en sus labios. Y el episodio queda superado para él. Se pone a hablar de esto o aquello, como si fuera el que, de todos, estuviera más en orden.
Se hace de noche. Cesan los ruidos de la calle.
-Vamos a bajar - ordena Jesús.
Entran en la cocina, donde resplandece el fuego en el hogar y arde una lámpara de tres boquillas. Jesús, cansado, se sienta cerca del hogar y parece adormilarse con el calorcito...
Llaman a la puerta. El anciano abre. Son los apóstoles. Pedro, que es el primero en entrar, ve a Judas y arremete contra él:
-¿Se puede saber dónde has estado?
-Aquí. Simplemente, aquí. Era estúpido correr de acá para allá siguiendo a seres desaparecidos. Vine aquí, adonde estaba seguro que volveríais.
-¡Bonito modo de actuar!
-El Maestro no me ha reprendido por ello. Y, por lo demás, has de saber que no he perdido mi tiempo. He evangelizado todos los días, y he hecho milagros también; y eso es bueno.
-¿Y quién te había autorizado a ello? - dice Bartolomé en tono severo.
-Nadie. Tú, no. Nadie. Pero ya basta de ser unos... personas... En definitiva, que la gente se asombra y murmura y se ríe de nosotros, apóstoles que no hacemos nada. Y yo, que sé esto, he obrado por todos. Y he hecho más todavía. He ido a ver a Elquías y le he demostrado que no se obra mal cuando uno es santo. Había muchos. Los he convencido. Ya veréis como aquí no nos van a molestar. Y ahora estoy contento.
Los apóstoles se miran. Miran a Jesús: su rostro es impenetrable; parece velado por un gran cansancio físico, que es lo único que se ve.
-De todas formas, hubieras podido hacer esto con licencia del Maestro - observa Santiago de Alfeo.
-Hemos estado siempre preocupados por causa tuya.
-¡Bueno, bien! Pues ahora se os calman todas las angustias. Él no me habría dado permiso. Nos... tutela demasiado. Hasta el punto de que la gente murmura que está celoso de nosotros, que teme que hagamos más que Él, y también que Él nos castiga. La gente tiene lengua mordaz. La verdad, por el contrario, es que Él nos quiere más que a la niña de sus ojos... ¿No es verdad, Maestro?... Y teme que incurramos en peligros o que... quedemos mal. Y también nosotros, por dentro, pensábamos que estábamos como castigados, y que Él tenía celos...
-¡Eso sí que no! ¡Yo nunca he pensado eso! - interrumpe Tomás. Y los otros hacen coro.
Menos Judas Tadeo, que planta sus ojos francos y bellísimos en los ojos también bellísimos, pero huidizos, de Judas, y dice:
-¿Y cómo has podido hacer milagros tú? ¿En nombre de quién?
-¿Que cómo? ¿Que en nombre de quién? ¿Pero no recuerdas que nos dio este poder? ¿Acaso nos lo ha quitado? No, que yo sepa. Así que...
-Así que yo no me permitiría nunca hacer nada sin su consentimiento y mandato.
-Bueno, pues yo lo he querido hacer. Temía no saber hacerlo ya. Lo he hecho. ¡Estoy contento! - y corta la discusión saliendo al huerto oscuro.

Los apóstoles se miran otra vez. Están asombrados de tanta audacia. Pero ninguno se siente con fuerzas de decir algo que pudiera entristecer más todavía a su Maestro, cuyo rostro refleja incluso sufrimiento.

Se desembarazan de los fardeles (Juan, Andrés y Tomás los llevan arriba). Y Bartolomé, agachándose para recoger una rama seca que se ha caído de un haz, le susurra a Pedro:

-¡No quiera Dios que le haya ayudado el demonio!

Pedro hace un gesto con las manos, como diciendo: « ¡Misericordia!», pero no responde ni una sola palabra. Va donde Jesús, le pone una mano en el hombro y le pregunta:

-¿Estás muy cansado?

-Mucho, Simón.

-Está ya preparado, Maestro. Ven a la mesa. O... no, quédate ahí, cerca de la lumbre. Te llevo la leche y el pan - dice Elisa. Y, efectivamente, habiendo puesto en una bandeja un tazón grande de leche humeante, y pan cubierto de miel, se lo lleva a Jesús y espera a que Él ore en pie ofreciendo el alimento. Luego se acurruca en el suelo, buena, anciana, materna, llena de deseos de consolarlo, y le sonríe mientras le anima a que coma, y -puesto que Jesús le ha regañado dulcemente por la miel extendida en el pan- le responde:

-¡Te daría mi sangre para darte fuerzas, Maestro mío! Esto no es más que la pobre miel de mi huerto de Betsur, y sólo puede darte alivio al cuerpo. Pero mi corazón...

Los otros comen alrededor de la mesa, con el fuerte apetito de quien ha andado mucho. Y Judas, tranquilo, casi con chulería, come con ellos, y es el único que habla...

Sigue hablando, cuando Jesús ordena:

-Que cada uno de vosotros vaya a las casas que os dan hospedaje. Id. La paz sea con vosotros.

Se quedan con Él Judas, Bartolomé, Pedro y Andrés. Y Jesús ordena inmediatamente el descanso. Está mortalmente cansado. Tanto que no puede ya sostener la fatiga de hablar y de oír hablar, y –esto lo pienso yo- la de soportar el esfuerzo de dominarse respecto a Judas de Keriot...

## 529

## Enseñanzas a los apóstoles mientras realizan trabajos manuales en casa de Juan de Nob.

Son fríos y serenos días de invierno. En la cima del montecito donde está construida Nob el viento no falta casi nunca, aunque templado por el sol, que desde la aurora al ocaso acaricia con sus rayos las casas y los huertos, que verdecen con verduras invernales Pequeños huertos al amparo de las casas, con pequeños bancales: verdes por las hortalizas, y con otros del color de la tierra cuando está bien nutrida, desnudos bancales ya preparados para la siembra de las legumbres. Los ojos, mirando alrededor, donde no ven tono gris de olivos, o serpentino y esquelético fluir de vides desnudas, ven pequeños campos arados, ciertamente sembrados ya con cereales, que pronto germinarán con el primer calor de la precoz primavera palestina, llena de templanzas de sol. Yo casi diría que en los días serenos, como es el que contemplo, hay ya templanza de primavera, germinadora, tanto que en los almendros rayanos a las casas las yemas se hinchan en las ramas que sólo pocos días antes aparecían completamente infecundas; yemas que apenas destacan en las ramas oscuras, oscuras también ellas, pero que ya testifican que la vida llega, que próximo a despertar está el robusto tronco.

En el pequeño huerto de Juan, en la parte de atrás de la casa, hay una franjita de terreno cultivado, mientras que el terreno que orilla la casa está custodiado por el nogal. En esa franjita se alza un grueso almendro -quizás más viejo que el amo-, tan pegado a la casa, que por un buen trecho de tronco ha tenido que echar ramas sólo por tres partes, porque en la cuarta la pared de la casita lo impedía. Pero, más arriba, el árbol se suelta formando una maraña de ramas que, cuando florezcan, deberán parecer una nube ligera por encima de la pobre terraza, un precioso dosel, más hermoso que un baldaquino regio.

Y para no estar ociosos, Jesús y los apóstoles trabajan bajo el solecito que alegra y calienta. Ceñida la túnica a la cintura, los que saben de carpintería y de cierres arreglan o hacen nuevos utensilios y jambajes. Otros excavan el terreno con la azada, o recalzan en las verduras trasplantadas, refuerzan un seto de cañas secas y de espino albar verde que cierra por dos partes el huertecillo, o podan el almendro y el nogal, y atan sarmientos que el viento del invierno ha desatado. He notado que donde está Jesús nunca se ocia. Él es el primero en enseñar la belleza de la laboriosidad manual, cuando otras operaciones evangélicas están suspendidas. También hoy Jesús, junto con sus primos, está arreglando una puerta que en la parte baja estaba podrida y que tenía el cerrojo medio arrancado. Por su parte, Felipe y Bartolomé trabajan con tijeras de podar y hocino en viejos árboles frutales, mientras los pescadores están atareados con unas sogas y unas mantas viejas: quién componiéndolas con unos puntos... muy masculinos, quién poniendo arandelas y carrillos (quizás con la intención de crear en la terraza un toldo útil en el verano).

-Vas a estar muy bien aquí, Elisa - dice Pedro asomándose por el antepecho de la terraza para hablar con la anciana discípula, que está hilando lana, sentada contra la soleada pared.

-Sí. Cuando la vid esté templada y el almendro arreglado, este lugar, en verano, será verdaderamente bueno - dice Felipe entre dientes, porque tiene en la boca unos juncos con los que está atando los sarmientos a los soportes.

Jesús levanta la cabeza para mirar, mientras Elisa la alza para mirar al Maestro y dice:

-¿Quién sabe si estaremos aquí en el verano?...

-¿Por qué no íbamos a estar, mujer? - pregunta Andrés.

-Pues... no sé... Yo no hago ya cálculos sobre el futuro desde que... desde que he visto que todos mis pronósticos terminaban con un sepulcro.

-¡Oye, pero tendría que morir el Maestro para no estar ya nosotros aquí! Ya el Maestro ha elegido este lugar como morada suya. ¿No es verdad, Maestro? - pregunta Tomás.

-Es verdad. Pero también es verdad lo que dice Elisa... - responde Jesús mientras trabaja con el cepillo en el lado de la puerta que está arreglando.

-Pero eres joven. ¡Y, sobre todo, estás sano!

-No se muere sólo de enfermedad - dice Jesús.

-¿Quién habla de muerte? ¿Tú, Maestro? ¿Para ti?... La verdad es que desde hace un tiempo parece calmado el odio. Mira, ya no nos molesta nadie. Saben que estamos aquí. Incluso ayer se encontraron con nosotros mientras volvíamos de la ciudad con las compras y no nos molestaron - dice Bartolomé.

-Sí. Lo mismo nosotros, mientras íbamos a los pueblos cercanos a avisar que estabas aquí. Nunca ninguna molestia. Y fíjate que se han visto Elquías y Simón, y luego Sadoq y Samuel, y también Nahum con... Doras. Es más, nos han saludado. ¿Verdad, Santiago? - dice Juan dirigiéndose a su hermano.

-Si. Debemos convenir en que el trabajo de Judas de Keriot ha sido verdaderamente bueno, mientras que nosotros en nuestro corazón lo criticábamos. ¡Hemos vuelto aquí, y ninguna molestia! Los hechos han confirmado sus palabras. Parece como si hubiéramos vuelto a los bonitos tiempos de Agua Especiosa. A los primeros de esos tiempos... ¡Oh, ojalá fuera verdad! - dice Santiago de Zebedeo.

-¡Ojalá fuera verdaderamente así! - suspira Pedro.

-No siempre el tiempo está sereno cuando no brama el rayo - sentencia Elisa haciendo girar su huso.

-¿Qué quieres decir con eso? - pregunta Pedro.

-Digo que a veces una gran paz en lugar donde hay tormentas es preparación a una tempestad más peligrosa que nunca. Tú, que eres pescador, deberías saberlo.

-¡Claro que lo sé, mujer! El lago, a veces, es una enorme tina llena de aceite azul; pero, casi siempre, cuando pende la vela y el agua está detenida de esa forma, pronto hay una tempestad, y de las peores. Viento de bonanza, viento de sepulcro para los navegantes.

-¡Mmm! ¡Ya! Por eso, si estuviera en vuestro lugar, desconfiaría de tanta paz. ¡Demasiada paz!

-¡Pero entonces! Si cuando hay guerra se sufre porque hay guerra y cuando hay paz se sufre porque puede venir la guerra aún más cruel, ¿cuándo puede uno sentirse feliz? - pregunta Tomás.

-En la otra vida. Aquí el dolor está siempre pronto.

-¡Uf, qué lúgubre estás, mujer! ¡Entonces está muy lejano el tiempo de felicidad! ¡Soy uno de los más jóvenes! Alégrate, Bartolomé, que eres el que más cerca está de gozarlo. Tú y el Zelote - dice de broma Santiago de Zebedeo.

-¡Lúgubre y sagaz, mujer! ¡Claro, las mujeres ancianas! Pero alguna vez aciertan. También mi madre, cuando dice a uno de nosotros: "¡Ten cuidado, que vas por el camino de cometer una estupidez por esto o por aquello otro!", adivina siempre - dice Tomás, que está agachado escarbando en la tierra.

-Las mujeres son malignas o más astutas que los zorros. Nosotros no valemos nada respecto a ellas, para entender ciertas cosas que se querría que no entendieran - sentencia Pedro.

-Tú cállate, que a ti te ha tocado una mujer que creería incluso le dijeras que el Líbano se ha hecho de mantequilla. Lo que tú dice es ley para ella. Escucha, cree y calla - dice su hermano Andrés.

-Sí... pero su madre vale por ella y por otras cien mujeres. ¡Qué serpiente!

Todos se ríen, incluidos Elisa y el anciano que ayuda a los jóvenes a cavar.

Regresan el Zelote, Mateo y Judas de Keriot.

-Todo hecho, Maestro. ¡Venimos cansados! ¡Qué vuelta más grande! Pero mañana voy a descansar. Mañana os toca a vosotros - dice Judas Iscariote hablando a los que cavan la tierra. Y va donde ellos y coge una azada para trabajar.

-¿Pero si estás cansado por qué trabajas? - le pregunta Tomás.

-Porque tengo que plantar arbolitos. Este lugar está pelado como el cráneo de un viejo, y es una pena - sentencia, e hinca la azada en e1 suelo con enérgicos golpes con el pie.

-¡En los buenos tiempos no estaba así! Pero luego... Demasiadas cosas murieron, y a mí no me valía la pena trabajar en rehacer esto. Soy viejo y más que viejo, estaba desolado - responde el anciano.

-¿Pero qué agujeros estás haciendo? Para árboles, no para pequeños tallos, como dices - observa Felipe, que baja después de haber atado las vides.

-Cuando un árbol es joven es siempre un pequeño tallo. Los míos son eso. El tiempo es bueno. Me lo ha asegurado el que me los ha dado. ¿Sabes quién, Maestro? Pues ese pariente de Elquías que es cultivador. Y cultiva bien. ¡Un huerto! ¡Y unos olivos! Estaba renovando una parte del olivar. Le dije: "Dame de estos árboles". "¿Para quién?" preguntó. "Para un viejecito de Nob que nos alberga en su casa. Servirán para que me perdone todos los escándalos que le he dado".

-No, hijo. Eso puede suceder con una buena conducta, no con los árboles. Y con Dios. Yo... yo miro, oro y perdono. Pero mi perdón... De todas formas, te quedo agradecido por los arbolitos... Aunque... ¿Tú crees que podré comer sus frutos?

-¿Por qué no? Siempre hay que tener esperanza. Es más, siempre hay que querer triunfar... Y entonces se triunfa.

-¡No hay triunfo sobre la vejez! Y tampoco lo deseo.

-Sobre otras muchas cosas no hay triunfo. ¡Si bastara querer para tener! Yo tendría a mis hijos - suspira Elisa.

-Maestro, lo que dice Elisa me hace recordar una pregunta que nos han hecho hoy algunos por el camino. Decían - porque había sucedido un hecho en un pueblo- que si es verdad que el milagro es siempre prueba de santidad. Yo decía que sí. Pero ellos decían que no, porque en ese pueblo, que está en la frontera con Samaria, el que había realizado cosas extraordinarias, sin duda, no era un justo. Yo les he hecho callarse diciendo que el hombre juzga siempre mal y que aquel al que llamaban no justo quizás lo era más que ellos. ¿Tú que dices? - pregunta Mateo.

-Digo que teníais razón todos. Cada uno por su parte. Tú, diciendo que el milagro es siempre prueba de santidad. En términos generales es así. Y también diciendo que no se debe juzgar para no errar Pero también tenían razón ellos al sospechar otras fuentes de lo extraordinario del hombre.

-¿Qué fuentes? - pregunta Judas Iscariote.

-Las tenebrosas. Hay criaturas -adoradoras ya de Satanás, porque tienen el culto de la soberbia- que con tal de imponerse a los demás se venden al Tenebroso para tenerlo como amigo - le responde Jesús.

-¿Pero eso es posible? ¿No es una leyenda de países paganos el que el hombre pueda hacer contratos con el demonio y con los espíritus infernales? - pregunta, estupefacto, Juan.

-Es posible. No como se narra en las leyendas paganas, no con monedas y contratos materiales, sino con la elección, con la donación de sí al Mal con tal de gozar de una hora cualquiera de triunfo. En verdad os digo que los que, con tal de tener éxito en un propio fin, se venden al Maldito son más numerosos de lo que se cree.

-¿Y tienen ese éxito? ¿Obtienen exactamente aquello que piden? - pregunta Andrés.

-No siempre y no todo. Pero algo sí.

-¿Y cómo es posible? ¿Tan poderoso es el demonio como para poder remedar a Dios?

-Tanto... *y nada, si el hombre fuera santo.* Pero es que muchas veces el hombre es de por sí un demonio. Nosotros combatimos las posesiones evidentes, ruidosas, vistosas. De ésas todos se dan cuenta... Son... poco cómodas para los familiares y convecinos, y, sobre todo, se manifiestan con formas materiales. El hombre percibe siempre lo material, lo que choca con sus sentidos. Lo inmaterial, lo que es perceptible solamente con lo inmaterial -razón y espíritu- no lo percibe, y, aunque lo perciba, no se ocupará de ello, especialmente si no le perjudica. ¡Estas posesiones ocultas, pues, escapan a nuestro poder de exorcistas! Y son las más dañinas, porque trabajan en la parte más selecta, con la parte más selecta y hacia otras partes selectas: de razón a razón, de espíritu a espíritu. Son como miasmas corruptores, impalpables, inadvertibles hasta que la fiebre de la enfermedad advierte a quien la ha adquirido que la ha adquirido.

-¿Y Satanás ayuda? ¿Verdaderamente? ¿Por qué? ¿Y por qué Dios lo deja actuar? ¿Y lo va a dejar actuar siempre? ¿Incluso cuando Tú ya reines?

Todos preguntan.

-Satanás ayuda para acabar de subyugar. Dios lo deja actuar porque de esta lucha entre lo Alto y lo Bajo, el Bien y el Mal, surge el valor de la criatura. El valor y la voluntad. Siempre lo dejará actuar. Aun después de que Yo haya sido elevado al Cielo. Pero entonces Satanás tendrá contra él a un enemigo bien grande y el hombre tendrá a una amiga bien poderosa.

-¿Quién? ¿Quién?

-La Gracia.

-¡Ah, bien! Entonces para los de nuestro tiempo, sin gracia, será más fácil ser subyugados, pero será también menos grave la caída - dice Judas Iscariote, que no para de cavar.

-No, Judas. El juicio será igual.

-Injusto entonces, porque si somos ayudados menos, como consecuencia, deberíamos ser condenados menos.

-No te falta algo de razón - dice Tomás.

-No, Tomás, estás equivocado. Porque los israelitas tenemos ya mucho de fe, esperanza, caridad, y muchas luces de Sabiduría, de forma que no podemos tener la excusa de la ignorancia. Y vosotros... vosotros que tenéis a la Gracia como Maestra vuestra desde casi tres *años, seréis ya juzgados como los del tiempo nuevo* - dice Jesús marcando mucho las palabras y mirando a Judas, que ha levantado la cabeza y está pensativo mirando fijamente hacia el vacío.

Luego Judas de Keriot menea la cabeza, como concluyendo un razonamiento interno suyo, y, hundiendo nuevamente la azada en la tierra, pregunta:

-¿Y el que se da así al demonio, qué es luego?

-Un demonio.

-¿Un demonio! De esa forma, si yo, por ejemplo, con tal de afirmar que el contacto contigo da un poder sobrenatural, hiciera cosas... que Tú censuras, ¿sería un demonio?...

-Tú lo has dicho.

-¡Espero que no las hagas, ¿no?!... - dice Andrés casi asustado.

-¿Yo? ¡Ja! ¡Ja! Yo planto los arbolitos a nuestro viejo - y corre al otro lado del huerto y vuelve con cinco plantas, pesadas, sin duda, por el terrón que envuelve sus raíces.

-¿Pero has venido desde Beterón con esa carga al hombro? - pregunta Pedro.

-¡Di, más bien, desde más allá de Gabaón! Allí es donde hay una parte de los huertos de Daniel. ¡Qué tierra más magnífica! ¡Mirad!... - y desmenuza entre sus dedos la tierra que envuelve las raíces. Luego desata el nudo que mantiene unidos los cinco tallitos (ya tan gruesos como un brazo). Sólo dos de ellos tienen ya en el extremo unas pocas hojas. Y son hojas de olivo.

-Mirad. Éste por Jesús y éste por María, que son la paz del mundo. Son los primeros que planto porque yo soy un hombre de paz. Aquí... y aquí - y los coloca en los dos extremos de la franjita de tierra - Y aquí un manzano, joven y bueno como el del Edén, para recordarte, Juan, que tú también vienes de Adán y no te debes asombrar de que... yo pueda ser pecador Cuidado, tú, con la Serpiente... Y aquí... No, aquí no está bien. Allí delante, junto a la pared, esta higuera joven. ¿Cómo es posible no tener una higuera en el huerto, si aquí nacen como la grama? Y en el agujero del centro vamos a meter este joven almendro. Aprenderá del centenario la virtud de producir. ¡Ya está! Tu huertecito será bonito en un futuro... y, mirándolo, te acordarás de mí.

-Te recordaría de todas formas, porque has estado aquí con el Maestro. "Todo me hablará de este tiempo. Y, mirando las cosas, diré: "¡Como un hijo, Él quiso reparar mi casa!". No obstante, si pudiera tener un deseo distinto del que quizás ya está

escrito en el Cielo, quisiera no tener la ocasión de recordar este tiempo tan hermoso para mí, más hermoso que cuando estos árboles, ahora viejos, eran jóvenes, y jóvenes éramos yo y mi esposa, y aquí jugaba mi hijita... y… cuidar el manzano y el granado, la higuera y la vid, daba satisfacción, porque las manitas de mi hija eran ávidas y era hermoso ver a mi esposa tejiendo o hilando sentada a la sombra verde de los árboles... Después... una vez que se marchó mi hija -¡y tan desmemoriada!-... enferma y luego muerta mi esposa... ¿para qué cuidar y para quién lo que en el pasado fue hermoso? Y todo ha muerto, menos los dos viejotes que recuerdan mi infancia... Quisiera morir antes de tener la ocasión de recordar, y estando aquí una mujer justa, como era Lía. Te agradezco estos árboles, el trabajo, todo. A todos os doy las gracias. Pero le ruego a mi Señor que desarraigue mi viejo árbol de este terreno antes de que concluya esta hora de paz para el viejo Juan...

Jesús se acerca a él y le pone una mano en el hombro, dulce y grave al mismo tiempo:

-Muchas cosas has sabido hacer en tu larga vida. Te falta todavía una: la de aceptar de Dios la hora de la muerte sin pedir que sea ni anticipada ni retrasada un minuto. A muchas cosas te has resignado. Por eso, Dios te ama. Pues que sepas resignarte a la cosa más difícil: vivir cuando lo único que se desearía es morir. Y ahora vamos a entrar en la casa. El sol desciende tras los montes y el frío aumenta enseguida. Empieza el sábado. Después del sábado terminaremos los trabajos... - y, recogiendo sierra, cepillo y martillo, entra de nuevo en casa, mientras los otros terminan de unir en haces las ramas podadas, terminan de regar los árboles plantados y de poner en sus goznes la puerta rehecha.

## 530

## Otra noche de pecado de Judas Iscariote.

Toda Nob duerme todavía. Es el primer claror del día. El alba, con las luces difuminadas del invierno, tiene delicadeza de colores irreales. No es la luz verdeplata de las alboradas veraniegas, que tan rápidamente se afirma y se transforma en oro pálido y después en un rosa cada vez más encendido; es un verde jade, difuminado en un gris azul tenuísimo, la que la señala en el Oriente en un pequeño semicírculo, bajo, en el extremo del horizonte. Un punto de una luminosidad velada y casi cansada, como de pálida llama de azufres encendidos tras cortinas de humo blanquecino. Y a duras penas se ensancha en el cielo, que todavía aparece ceniciento, aunque sea un cielo sereno todavía con estrellas que titilan sobre el mundo. A duras penas rechaza el color grisáceo para abrir paso a su precioso color de pálido jade y al puro cobalto del cielo palestino. Parece, tímida y friolera, detenerse en el salto de Oriente. Se demora allí todavía, levísimamente dilatada en su semicírculo de luminosidad sulfúrea, y levísimamente diluido su color del verde muy claro al blanco mezclado con un atisbo de amarillo... Cuando, he aquí que queda anulada por un subitáneo rosa que libera el cielo del último velo nocturno y lo pone terso y primoroso como un baldaquino de raso zafíreo; y un fuego se enciende en el extremo horizonte: como si se hubiera caído una pared y hubiera quedado al descubierto un horno ardiente. ¿Pero es fuego o es un rubí encendido por un fuego escondido? No. Es el Sol que surge. Ahí está. En cuanto despunta por detrás de las curvas del horizonte, ya ha encontrado un mechón de nube para pintarlo de coral rosa, y a las gotas de rocío sobre las copas de los árboles de hoja perenne para cambiarlas en diamantes. Un alto roble, en el extremo del pueblo, tiene un velo de diamantes en las broncíneas hojas vueltas hacia Oriente. Cada una parece una estrellita titilante entre las ramas de este gigante que se sumerge con su cima en el azul.
Quizás durante la noche algunas estrellan han descendido demasiado hacia el pueblo para susurrar secretos celestes a los habitantes de Nob, o quizás para consolar con su luz pura al Hombre que, insomne, camina silenciosamente allá arriba, por la terraza de Juan. Sí, porque Jesús está despierto -el único en toda Nob, durmiente-, y va y viene lentamente por la terraza de la casita con los brazos cruzados debajo del amplio manto que lo cubre entero bien ceñido, para defensa contra el frío, y que se ajusta como capucha también en la cabeza. Jesús, cada vez que llega a un extremo de la terraza, mira afuera y se asoma para ver la calle que pasa por el centro del pueblo.

Calle todavía semioscura, vacía, silenciosa. Y luego reanuda sus pasos hacia allá y hacia acá, yendo y viniendo lentamente, silenciosamente, generalmente con la cabeza agachada, meditabundo, alguna vez observando el cielo, que se hace cada vez más luminoso, y las encantadoras tonalidades del alba y de la aurora, o siguiendo con la mirada el vuelo vibrante del primer gorrión despertado por la luz, que deja la teja plana hospitalaria de un tejado cercano para bajar a picotear a los pies del viejo manzano de Juan. Y luego, habiendo visto a Jesús, alza el vuelo de nuevo, con un *chip-chip* medroso que despierta a otros pajaritos anidados acá o allá.

De un aprisco viene un balido de oveja y se pierde tremulento en el aire; de la calle, rumor de pisaduras presurosas. Jesús se asoma para mirar. Luego baja rápidamente por la escalerita, entra en la cocina oscura, deja cerrada la puerta tras sí. Los pasos se acercan, ya suenan en la franja de huerto de un lado de la casa. Se detienen delante de la puerta de la cocina. Una mano tienta la cerradura y siente que no está la llave; entonces mueve el pestillo -se puede accionar tanto desde fuera como desde dentro-, mientras una voz dice:

-¿Será que se haya levantado ya alguno?

Y una mano abre cautamente la puerta evitando que chirríe. La cabeza de Judas de Keriot se introduce por la abertura... Mira... Oscuridad completa. Frío. Silencio.

-Se han olvidado abierta la puerta... Pues... me había parecido cerrada... ¡Bueno, no tiene importancia!... A los pobres no les roban los ladrones. ¡Y más miserables que nosotros!... ¡Pero... esperemos que... no siga mucho así! ¿Dónde está ese maldito eslabón?... No lo encuentro... Si logro encender el fuego... porque me he demorado; sí, verdaderamente me he demorado mucho... ¿Pero dónde estará? Demasiadas manos lo tocan. ¿Sobre el hogar? No... ¿Encima de la mesa? No... ¿En los bancos? No... ¿En la repisa?... Tampoco... Esa puerta carcomida chirría cuando se la abre... Madera carcomida… goznes

oxidados... Todo viejo, enmohecido, horrible, aquí. ¡Ah, pobre Judas! Y no está... No voy a tener más remedio que entrar por donde el viejo...

Sin parar de hablar y palpando acá y allá, invisible en la sombra, va apartando, cautamente como un ladrón o una ave nocturna, los obstáculos que podrían hacer ruido... Y choca contra un cuerpo... emite un grito, ahogado, de terror.

-No temas. Soy Yo. Y el eslabón está en mi mano. Aquí está. Enciende- dice Jesús con tono sereno.

-¿Tú, Maestro? ¿Qué hacías aquí solo, en la oscuridad, con el frío...? Hoy habrá muchos enfermos, después de un sábado y dos días de tiempo lluvioso, pero no estarán aquí tan temprano. Se pondrán en marcha desde las ciudades cercanas ahora, no antes, porque sólo ahora se comprende que hoy no va a llover. El viento de la noche ha secado ya los caminos.

-Lo sé. Pero enciende una luz. No es de personas honestas hablar así, en las tinieblas; es de ladrones, de personas que urden engaños, de lujuriosos, de asesinos. Los cómplices en las malas acciones buscan las tinieblas. Yo no soy cómplice de nadie.

-Yo tampoco, Maestro. Quería preparar un buen fuego. Y por eso he sido el primero en levantarme... ¿Qué dices, Maestro? Has susurrado algo entre dientes y no he comprendido.

-¡Venga, enciende!

-¡Ah!... Así, he visto que el día está sereno. Pero hace frío. A todos les gustará encontrar un buen fuego... ¿Te has levantado al oírme moverme aquí o por el viejo que...? ¿Tiene todavía dolores?... ¡Por fin! Parecían húmedos la yesca y el eslabón, porque se resistían mucho a hacer chispa... Se han mojado...

Una llamita se alza del pabilo de una lamparita. Una sola llamita, pequeña, trémula... pero suficiente para ver las dos caras: el pálido rostro de Cristo, el moreno e impertérrito de Judas.

-Ahora enciendo el fuego... Estás pálido como un muerto. ¡No has dormido! ¡Y por ese viejo! Eres demasiado bueno.

-Es verdad, soy *demasiado bueno.* Con todos. Incluso con los que no lo merecen. Pero el anciano lo merece. Es un hombre honrado, un hombre de corazón fiel. A pesar de todo, no he estado en vela por él, sino por otro. Es verdad, la yesca y el eslabón estaban húmedos, pero no por causa de una taza volcada, o de otro líquido derramado, sino por mi llanto que ha goteado encima. Es verdad, el día está sereno, pero hace frío y el viento ha secado las calles, aunque hacia el alba ha caído el aguazo. Toca mi manto. Está húmedo... Y luego ha venido el alba para mostrar el tiempo sereno, ha venido la luz para mostrar un sitio vacío, ha venido el sol de la aurora para hacer brillar las gotas de rocío en las hojas y las lágrimas en las pestañas. Es verdad. Hoy habrá muchos enfermos, pero Yo no los esperaba a ellos. *Te esperaba a ti.* Porque es por ti por quien he estado en vela toda la noche. Por ti, y, no pudiendo estar cerrado aquí a esperarte, he subido a la terraza, a echar al viento mi llamada, a mostrarles a las estrellas mi dolor y a la aurora mi llanto. No el anciano enfermo, sino el joven licencioso, el discípulo que evita al Maestro, el apóstol de Dios que prefiere la cloaca antes que el Cielo y la mentira antes que la Verdad, me ha tenido en pie toda la noche. Esperándote. Y, cuando he oído tus pasos, he bajado aquí... a lo mismo, a esperarte, no ya físicamente -ya te tenía cerca, vagando con movimientos propios de un ladrón por la cocina oscura-, sino con tu sentimiento... He esperado una palabra... Y no la has sabido decir cuando -Yo erguido- te has topado conmigo. ¿Entonces aquel al que estás vendiendo tu espíritu no te advirtió de que Yo sabía las cosas? ¡No, claro! No podía advertirte, ni podía sugerirte la única palabra que podías, que *debías* decir, si fueras un justo. Y te ha sugerido las falsedades no solicitadas, inútiles, más ofensivas aún que tu fuga nocturna. Te las ha sugerido con risa burlona, contento de haber conseguido que bajaras otro peldaño y de haberme causado otro dolor a mí. Es verdad, vendrán muchos enfermos; pero *el mayor enfermo* no vendrá a su Médico. Y el propio Médico está enfermo de dolor por este enfermo que no quiere curarse. Es verdad, todo es verdad. También es verdad que he susurrado una palabra que no has comprendido. ¿Después de todo lo que te he dicho, la adivinas?

Jesús ha hablado con voz baja, pero tan incisiva y dolorosa y, al mismo tiempo, tan severa, que Judas, que al oír las primeras palabras estaba sonriente, erguido, arrogante, muy cerca de Jesús, poco a poco se ha ido retrayendo y contrayendo como si cada palabra hubiera sido un azote; mientras que Jesús se ha erguido cada vez más - (verdaderamente juez y verdaderamente trágico con esta efigie suya dolorida).

Judas, arrinconado ya entre una masera y un rincón de la pared, susurra:

-Pues... no sabría...

-¿No? Bueno, pues Yo te la digo, porque no temo decir lo que es verdad. *¡Embustero!* Esto es lo que te he dicho. Y, si aun se puede soportar al niño mentiroso, porque desconoce el valor de una mentira, y se le enseña a no volverla a decir, en un hombre eso no se soporta, y en un apóstol, discípulo de la Verdad misma, da asco. Absolutamente, da asco. Ya ves por qué te he esperado toda la noche y he llorado y he mojado la mesa, allí, donde estaba el eslabón, y luego he llorado velando y llamándote con toda el alma a la luz de las estrellas; ya ves por qué estoy mojado de rocío como el amador de los Cantares *(5, 2-6)*. Pero inútilmente mi cabeza está llena de rocío y mis rizos de las gotas de la noche, inútilmente llamo a la puerta de tu alma y le digo: "Ábreme, porque te amo a pesar de que no seas inmaculada". Es más, precisamente porque está manchada es por lo que quiero entrar en ella y limpiarla; precisamente porque está enferma es por lo que quiero entrar a curarla. ¡Ten cuidado, Judas! Ten cuidado, no sea que el Esposo se aleje, y para siempre, y que no puedas volverlo a encontrar... Judas, ¿no hablas?...

-¡Ya es tarde para hablar! Tú lo has dicho: te doy asco. Arrójame de tu presencia...

-No. También los leprosos me causan asco. Pero siento compasión de ellos. Y, si me llaman, acudo y los limpio. ¿No quieres ser limpiado?

-Es tarde... y es inútil. No sé ser santo. Arrójame de tu presencia te digo.

-No soy uno de tus amigos fariseos, que llaman "impuro" a infinitas cosas y las evitan y las arrojan de su presencia con dureza, cuando podrían purificarlas con caridad. Yo soy el Salvador y no rechazo a ninguno...

Un largo silencio. Judas está en su rincón, Jesús está apoyado con la espalda en la mesa (parece sujetarse en ella, cansado y afligido)... Judas levanta la cabeza. Lo mira titubeante y susurra:

-Y, si yo te dejara, ¿qué harías?

-Nada. Respetaría tu voluntad. Orando por ti. Pero Yo también te digo que, aunque me dejaras, *ya es demasiado tarde.*

-¿Para qué, Maestro?

-¿Para qué? Lo sabes como Yo... Ahora enciende el fuego. Por arriba alguien anda. Extingamos el escándalo aquí, entre nosotros. Para todos, hemos tenido un sueño breve... y el deseo de calor nos ha reunido aquí... ¡Padre mío!...

Y, mientras Judas acerca la llama a los haces que están ya en el hogar, y sopla para que la llama prenda en virutas ligeras, Jesús levanta las manos a su cabeza y luego las aprieta contra los ojos...

## 531

## En Nob, enfermos y peregrinos venidos de todas partes. Valeria y el divorcio. Curación del pequeño Leví.

Jesús se encuentra entre enfermos y peregrinos venidos a Él de muchas partes de Palestina.

Hay incluso un navegante de Tiro al que una desgracia en el mar lo dejó paralítico y que, ahora, cuenta esta vicisitud suya: la caída de un embalaje por el balanceo del barco (las mercancías pesadas lo alcanzaron y le golpearon en la columna). No murió. Pero es más que un muerto, porque, todo acabado como está, obliga a sus familiares a no trabajar, para cuidarlo. Dice que ha ido con ellos a Cafarnaúm y luego a Nazaret, y que ha sabido por María que estaba en Judea, concretamente en Jerusalén. -Me dio los nombres de los amigos que podían alojarte. Y un galileo de Seforí me dijo que estabas aquí. Y he venido. Sé que no desprecias a nadie, ni siquiera a los samaritanos Espero que escuches mi súplica. Tengo mucha fe.

Su mujer no habla. Pero, acurrucada al lado del jergoncillo en que han puesto al enfermo, mira a Jesús con *ojos* que suplican más que toda palabra.

-¿Dónde recibiste el golpe?

-Debajo del cuello. Justo ahí sufrí el choque más fuerte y sentí un ruido en la cabeza -como cuando se golpea el bronce-, que luego se transformó en un continuo mugido de mar tempestuoso; y luces, luces de todos los colores empezaron a danzar delante de mí.. Luego ya no sentí nada durante muchos días. Navegábamos en la aguas de Cintium y me vi en casa sin saber cómo. Y de nuevo oía el ruido en la cabeza y veía las luces en los *ojos,* esto durante muchos días. Luego se pasó... pero los brazos se han quedado muertos, y lo mismo las piernas. Un hombre acabado a los cuarenta años. Y tengo siete hijos, Señor.

-Mujer, incorpora a tu marido y destapa el sitio que recibió el golpe.

La mujer, sin decir nada, obedece. Con movimientos diestros; maternales, ayudada por el que ha venido con ella (no sé si es un hermano o un cuñado), introduce un brazo por debajo de los hombros de su consorte, mientras con la otra mano sujeta la cabeza, y, con la delicadeza con que daría la vuelta a un recién nacido, separa de la yacija el pesado cuerpo. Una cicatriz, todavía colorada, señala el punto de la herida mayor.

Jesús se inclina. Todos alargan el cuello para mirar. Jesús apoya la punta de los dedos en la cicatriz y dice: -¡Quiero!

El hombre reacciona como si le hubiera tocado una corriente eléctrica, y lanza un grito:

-¡Qué fuego!

Jesús separa los dedos de las vértebras lesionadas y dice:

-¡Alzate!

El hombre no se lo deja decir dos veces. Apoyar en la yacija los brazos desde hace meses inertes, moverse para liberarse de quienes lo tienen sujeto, bajar de la baja camilla las piernas y ponerse en pie queda hecho en mucho menos tiempo del que yo he empleado para describir las fases del milagro.

La mujer grita, el familiar grita, el hombre curado levanta los brazos al cielo, enmudecido de alegría. Un instante de alegría asombrada, luego gira en torno a sí mismo, seguro como el hombre más ágil, y se encuentra, cara contra cara, con Jesús. Entonces recobra la voz y grita:

-¡Bendito seas Tú y quien te ha enviado! Yo creo en el Dios de Israel y en ti, su Mesías - y se arroja al suelo a besar los pies de Jesús entre los gritos de la gente.

Después los otros milagros; la mayor parte a niñitos, a mujeres, a ancianos. Luego Jesús habla.

-Habéis visto el milagro de huesos fracturados que se saldan de nuevo y de miembros muertos que vuelven a vivir. Ver esto os lo ha concedido el Señor para confirmar la fe en los que creen y suscitarla en los que no la tienen. Y los milagros han sido concedidos a personas de todos los lugares que han venido aquí en busca de salud, impulsadas por la fe en mi virtud curativa.

Hay aquí judíos y galileos, libaneses y sirofenicios, habitantes de la lejana Batanea y de las costas marinas. Y todos han venido sin preocuparse de la estación del año ni de la largura del recorrido, y los familiares los han acompañado sin murmurar, sin dolerse por los trabajos dejados suspendidos o por los negocios abandonados. Porque todo sacrificio era nada en relación a lo que salían a obtener. Y, de la misma manera que han caído los egoísmos y las incertidumbres del hombre, igualmente han caído las ideas políticas o religiosas que antes constituían como una pared para considerar a todos hermanos, a todos iguales en la vida y en el sufrimiento, en el deseo y la esperanza de la salud y del consuelo. Y Yo, porque es justo que sea así, he concedido salud y consuelo a todos aquellos que han sabido unificarse en una esperanza que es ya fe.

Yo soy el Pastor universal y debo acoger a todas las ovejas que quieren entrar en mi rebaño. No hago distinción entre ovejas sanas y enfermas, entre ovejas débiles y fuertes, entre ovejas que me conocen porque ya pertenecían al rebaño de Dios y ovejas que hasta ahora no me conocían y no conocían ni siquiera al verdadero Dios. Porque Yo soy el Pastor de la Humanidad, y tomo a mis ovejas allá donde se hallen y vengan en dirección a mí. ¿Son ovejas flacas, sucias, descorazonadas, ignorantes; ovejas que han sufrido los golpes de pastores que no las han amado, y que las han rechazado considerándolas inmundas? No hay

inmundicia que no pueda ser lavada. Y no hay oveja impura que, queriéndose limpiar y pidiendo ayuda para ello, pueda ser rechazada alegando que es impura.

Dios es quien suscita los buenos deseos. Si los suscita, señal es de que desea que pasen a ser realidad. Es el mismo Espíritu de Dios el que pide con súplicas inefables esta absorción de todos los hombres por parte del Amor, porque el Espíritu de Dios desea extenderse y enriquecerse. Extenderse amando a un número ilimitado de seres apenas suficientes para reconfortar su infinidad de Amor; y enriquecerse con el amor de un número ilimitado de seres atraídos hacia Él por la dulzura de su fragancia.

No le es, pues, lícito a ninguno despreciar y rechazar a quien quiere entrar en el rebaño santo. Esto es para aquellos de entre vosotros que puedan cultivar en su corazón las ideas de buena parte de Israel, ideas de juicios y distinciones que Dios no estima, al ser contrarios a su plan de hacer de todos los pueblos un único Pueblo que lleve el Nombre del Mesías por Él enviado.

Pero ahora hablo también a los que han venido de fuera, a las ovejas que hasta ahora eran agrestes y que sienten el deseo de entrar en el rebaño único del único Pastor. Y digo: nada les haga perder la confianza, nada las descorazone. No hay paganismo, no hay idolatría, no hay vida no conforme a la que Yo enseño que no puedan ser abominadas y rechazadas, permitiendo al espíritu regenerarse, libre de toda mala planta, de forma que resulte apto para recibir las nuevas simientes y revestirse con los nuevos distintivos. Y esto debería impulsar a los pueblos hacia mí, más que la salud para los cuerpos.

De la misma manera -y que esto sirva tanto para hebreos de Palestina, como para hebreos y prosélitos de la Diáspora, como para gentiles-, de la misma manera que sabéis venir a mí para que vuestras carnes enfermas queden libres del yugo de las enfermedades, sabed venir para que vuestro espíritu quede libre del yugo del pecado y del paganismo. La primera cosa que deberíais pedirme todos, y desearlo con todas vuestras fuerzas, es el ser liberados de aquello que hace a vuestro espíritu esclavo de fuerzas malas que le dominan. La primera cosa que deberíais querer es esta liberación, querer, como primer milagro, el Reino de Dios en vosotros. Porque, teniendo este Reino en vosotros, todas las otras cosas serán dadas (y dadas de forma que el don no pese como un castigo en la otra vida). No os habéis parado a pensar en las inclemencias del tiempo, ni en fatigas ni en pérdidas de dinero, con tal de obtener la salud de los cuerpos, los cuales, aunque hoy estén curados, un próximo mañana perecerán por muerte física. Con el mismo corazón deberíais saber afrontar todas las cosas, con tal de obtener salud para el espíritu, y Vida eterna y posesión del Reino de Dios.

Burlas y amenazas de parientes o de convecinos o autoridades, ¿qué son respecto a aquello que tendréis todos, de cualquier lugar que vengáis, si sabéis acercaros a la Verdad y la Vida? ¿Quién, por detenerse un día en una fiesta que terminase con el ocaso, dejaría de ir a un lugar donde supiera que le espera una vida feliz? Bueno, pues, a pesar de todo, muchos actúan así. Y, por saciarse durante una fracción de tiempo con los insípidos e inútiles gozos del mundo, dejan de acudir al lugar donde hallarían para siempre -y sin miedo a ver que el odio enemigo se lo arrebate- verdadero alimento, verdadera salud, verdadero gozo.

En el Reino de Dios no hay odio ni guerra ni abusos; quien sabe entrar en Él no conoce ya dolor ni angustia ni atropellos, sino que posee la paz gozosa que emana del Padre mío.

Me despido de vosotros. Podéis marcharos. Volved a vuestros lugares. En estos momentos, ya mis discípulos son numerosos y están esparcidos por todas las regiones de Palestina. Escuchadlos, si queréis conocer mi Doctrina y estar preparados para el día de la decisión de que dependerá la vida eterna de muchos. Os doy mi paz para que os acompañe.

Y Jesús, bendiciendo primero a la gente, entra de nuevo en casa... Los apóstoles se quedan fuera todavía un tiempo, luego entran para comer, porque el sol, alto en el cielo, dice que es mediodía. Sentados a la rústica mesa, después de la bendición de los alimentos compuestos por pequeños quesos y achicoria hervida y condimentada con aceite), hablan de los acontecimientos de la mañana, y se felicitan porque el número de los discípulos evangelizadores ya permite aliviar al Maestro de la fatiga de hablar continuamente en las condiciones de cansancio en que se encuentra. Efectivamente, Jesús ha adelgazado aún más en estos últimos tiempos, y su color -por naturaleza, de un tono blanco marfil denso, con un leve matiz de color sonrosado debajo de la tez levemente morenita de los pómulos-ahora aparece blanco del todo, semejante a un pétalo de magnolia ya no fresco.

A mí, que, habiendo vivido mucho tiempo en Milán, conozco el delicado color del mármol de Candoglia con que ha sido construido el magnífico Duomo, el rostro del Señor, en estos últimos, dolorosos meses de vida terrena, me parece justo del color de ese mármol, que no es blanco, no es rosa, no es amarillo, pero recuerda, y con los más delicados matices, a estos tres colores. Los ojos están más hundidos y, por tanto, parecen más oscuros, quizás también porque una sombra de cansancio vela los párpados y las cuencas: ojos de quien poco duerme y mucho llora y sufre. Y la mano parece más larga porque ha enflaquecido y palidecido. Dulce mano de mi Señor que ya muestra el relieve de los tendones y las venas; que tiene concavidades de delgadez y que deja entrever, por tanto, la estructura ósea de debajo: santa, mártir mano ya preparada para el clavo que la traspasará. Les será fácil a los verdugos encontrar el punto en que meter el clavo, porque no hay velo de adiposidad en la ascética mano de mi Señor.

Ahora está desmayada, como cansada, sobre la madera oscura de la mesa, mientras Él menea la cabeza sonriendo cansadamente a sus apóstoles, que se dan cuenta del infinito cansancio de sus miembros, de su voz, y, sobre todo, de su corazón, demasiado afligido, demasiado fatigado por el esfuerzo de deber tener unidos tantos corazones distintos, de tener que soportar y mantener celado el deshonor del discípulo incorregible...

Pedro sentencia:

-Tú, indiscutiblemente, hasta la fiesta de la Dedicación tienes que descansar. Nosotros nos ocuparemos de estos que vienen. Tú vas... ¡Ya está!... A casa de Tomás. Estarás cerca y en paz.

Tomás apoya la propuesta de Pedro. Pero Jesús menea la cabeza. No. No quiere ir.

-Bueno, pues, no hablas en estos días. Podemos hacerlo nosotros. No serán palabras excelsas, pero nos atendremos a lo que sabemos. Y Tú solamente curas a los enfermos.

-Podemos hacer nosotros también eso - dice Judas Iscariote.

-¡Mmm! Yo, por lo que a mí respecta, me retiro - dice Pedro.

-Y, sin embargo, ya lo hiciste.

-¡Claro!, cuando el Maestro no estaba con nosotros y, debíamos representarlo y despertar el amor por Él. Pero ahora está Él y el milagro lo hace Él. Sólo Él es digno de ello. ¡Milagro nosotros! Pero si necesitamos nosotros recibir el de nuestra renovación, porque por nosotros solos, me doy cuenta bien, no haremos nunca nada bueno. Somos unos míseros, pecadores e ignorantes.

-Te ruego que hables por ti. ¡Yo, de ninguna manera, me siento un mísero! - replica Judas de Keriot.

-El Maestro está cansado. Su cansancio es más moral que corporal. Si es verdad que lo queremos, vamos a evitar disputas. Son las cosas que más lo agotan - dice severo el Zelote.

Jesús levanta los ojos para mirar al anciano apóstol, siempre tan sabio, y le extiende una mano por encima de la mesa para acariciarlo. El Zelote toma entre sus manos oscuras esa mano blanca y la besa.

-Tienes razón. Pero yo también la tengo cuando digo que inevitablemente tiene que descansar. ¡Parece enfermo!... - insiste Pedro. Todos asienten, incluido el anciano Juan y Elisa, que dice:

-Hace mucho que lo vengo diciendo. Por eso, yo querría...

Un golpe en la puerta. Andrés, que es el que más cerca está, va a abrir; y sale y cierra tras sí.

Vuelve. Dice:

-Maestro, hay una mujer. Insiste en verte. Trae una niñita consigo. Debe ser de elevada condición, a pesar de vestir modestamente. No está enferma, yo diría que ni ella ni la niña. Pero no sé por qué trae un velo tupido. La niña trae en sus brazos unas flores espléndidas.

-Dile que se vaya. ¡Estamos diciendo que tiene que descansar y tú no lo dejas ni siquiera terminar de comer! - refunfuña Pedro.

-Se lo he dicho. Pero ha contestado que no va a cansar al Maestro, y que a Él seguro que le dará alegría verla.

-Dile que vuelva mañana, a la hora de todos. Ahora el Maestro va a descansar.

-Andrés, acompáñala a la habitación de arriba. Voy enseguida - dice Jesús.

-¡Vaya, lo sabía! ¡Así se cuida! ¡Justo como estábamos diciendo!

Pedro está inquieto.

Jesús se levanta y antes de salir, pasa por detrás de Pedro, le pone las manos en los hombros, se agacha un poco a besarlo en el pelo v dice:

-¡Tranquilo, Simón! E1 que me ama alivia mi cansancio, más que el descanso en una cama.

-¿Y qué sabes si ésta es una que te quiere?

-¡Simón! ¡La intranquilidad te hace decir palabras de las que ya estás arrepentido, porque las sientes necias! ¡Tranquilo! ¡Tranquilo! Una mujer que viene con una criatura inocente, que me trae a su criatura inocente con los bracitos cargados de flores, no puede sino ser una que me quiere y que intuye mi necesidad de encontrar un poco de amor y pureza entre tanto odio e inmundicia.

Y sale, y sube la escalera de la terraza, mientras Andrés, cumplida su misión, regresa a la cocina.

La mujer está en la puerta de la habitación de arriba. Alta, esbelta, cubierta con un tupido manto pardo, velada la cara con una tela de lino cendalí marfileño que le baja desde la ceñida capucha hasta la cara. La niña, infante todavía, porque tendrá como mucho tres años, lleva un vestidito blanco y un manto acampanado con capuchita blanca también. Pero la pequeña capucha se ha deslizado mucho hacia atrás sobre los ricitos de delicado color rubio castaño. Y es que la pequeñuela, alzando la carita que sobresale de entre las flores que tiene apretadas entre sus bracitos, está mirando a la mujer. La flores son espléndidas, como sólo en estos países pueden encontrarse en el frío diciembre: rosas rosas mezcladas con delicadas flores blancas que no sé qué son; no soy muy fuerte en floricultura.

Jesús, en cuanto pone pie en la terraza, recibe el saludo de la vocecita de la pequeñuela que, impulsada por la mujer, corre hacia Él, diciendo:

-¡Ave, Domine Jesu!

Jesús agacha su alto cuerpo hacia su minúscula devota y, poniéndole una mano en su pelito, le dice: «La paz sea contigo», y luego se endereza otra vez y sigue a la hijita, que con un gorjeo de risa vuelve a donde la mujer, la cual ha hecho una profunda reverencia y se ha apartado al lado de la puerta para dejar pasar al Maestro.

Jesús la saluda con un movimiento de la cabeza y entra en la habitación para ir a sentarse en el primer asiento que encuentra. Guarda silencio, como en actitud de espera. Muy rey. Su austera dignidad es tanta, que, sentado en su pobre asiento de madera sin respaldo, parece sentado en un trono. Sin manto, sólo con la túnica de lana azul oscurísima, sin adornos ni franjas, un poco descolorida en los hombros, donde el agua de lluvia, el sol, el polvo y el sudor han mordido el color -una túnica limpia pero pobre-, parece vestido de púrpura, pues mucha es la majestad de su porte. Muy rígido y, con el grave ademán de la cabeza sobre el cuello y de las manos apoyadas sobre las rodillas con la palma abierta, casi hierático. Los pies desnudos, apoyados en el desnudo suelo hecho de baldosas viejas. Como fondo, la pared desnuda y apenas blanqueada con cal. Suspendido detrás de su cabeza, no un paño precioso o un baldaquino, sino una criba para la harina y una soga de la que penden manojos de ajos y cebollas. Pero aparece más majestuoso que si tuviera un suelo precioso bajo sus pies, una pared áurea a sus espaldas y un velo de púrpura adornado con gemas encima de su cabeza.

Espera. Su majestuosidad paraliza a la mujer en un momento de estupor lleno de veneración. También la niña se queda callada, inmóvil al lado de la mujer, un poco atemorizada, quizás. Pero Jesús sonríe y dice:

-Estoy aquí por vosotras. No tengáis miedo.

Entonces todo temor cesa.

La mujer susurra algo a la niña. La niña se mueve, seguida de la mujer, va contra las rodillas de Jesús, le pone en el regazo todas las flores y dice:

-Las rosas de Faustina a su Salvador.

Lo dice lentamente, como uno que sabe poco de una lengua que no es la propia. Entretanto, la mujer se ha arrodillado detrás de la niña y ha echado hacia atrás el velo. Es Valeria, la madre de la pequeñuela, y saluda a Jesús con su romano: «¡Salve, Maestro!».

-Que Dios venga a ti, mujer. ¿Por qué estás aquí, y tan sola? - dice Jesús mientras acaricia a la pequeñuela, que ya no tiene miedo y que, no contenta con haber puesto las flores en el regazo de Jesús, busca con las manitas en el manojo perfumado para elegir las que, según ella, son más hermosas. Luego dice:

-¡Toma! ¡Toma! ¡Que son tuyas! - y alza ora una rosa, ora una de las anchas umbelas blancas con estrellitas olorosas, hasta cerca de la cara de Jesús, que acepta y va depositando de nuevo las flores en el montón perfumado.

Entretanto, Valeria habla.

-Estaba en Tiberíades porque mi hija se encontraba ligeramente enferma y nuestro médico lo había aconsejado...

Una pausa larga de Valeria, que cambia de color y luego dice apresuradamente: -Y yo tenía mi corazón muy afligido y deseaba verte; porque para mi sufrimiento sólo un médico podía encontrar curación: Tú, Maestro, que tienes palabras de justicia en todas las cosas... Por eso habría venido igualmente. Por el egoísmo de ser consolada, y también para saber lo que debo hacer para... sí, para tener por mi parte gestos de gratitud hacia ti y tu Dios, que me habéis concedido seguir teniendo a esta criatura mía... Pero... nosotros sabemos muchas cosas, Maestro. Los informes de los hechos de la Colonia, hasta de los más mínimos, se depositan todos los días en la mesa de trabajo de Poncio Pilatos, que toma visión de los hechos. Pero, para tomar las decisiones que se requieran, oye mucho el parecer de Claudia... Muchos informes hablaban de ti y de los hebreos que mantienen en agitación al país, haciendo de ti al mismo tiempo un estandarte de desquite nacional y una causa de odio civil. Claudia juzga bien al decirle a su marido que de uno sólo en toda Palestina no debe temer que sea causa de una desgracia: de ti. Y Pilatos, un día y otro, le presta atención... Hasta ahora, la más fuerte ha sido Claudia. Pero si mañana otra fuerza dominara a Pilatos... He tenido, pues, conocimiento, y he sentido que mi inocente te consolaría...

-Has tenido un corazón compasivo e iluminado, mujer. Que Dios te ilumine del todo y vele por esta criatura tuya, ahora y siempre.

-Gracias, Señor. Tengo necesidad de Dios...

Algunas lágrimas caen de los ojos de Valeria.

-Sí, lo necesitas. En Dios encontrarás todo consuelo y sabrás hallar la guía para ser justa al juzgar, y para perdonar y seguir amando y, sobre todo, para educar a ésta, para que tenga la vida feliz de los que son hijos del Dios verdadero.

Ya ves que este Dios que tú no conocías, este Dios al que quizás habías despreciado -a Él y a su Ley-, tan distinto de vuestros dioses y de vuestras leyes y religiones, este Dios al que ciertamente habías ofendido con un modo de vivir en que la virtud no era respetada en muchas cosas, leves todavía, si quieres, pero camino para más graves heridas contra la virtud y más graves ofensas a la Divinidad, que te ha creado a ti también... Ya ves que este Dios te ha amado tanto, que, a través de un dolor que sentías con tu humanidad de madre, de madre que no tiene conocimiento de una vida futura ni, por tanto, de una temporal separación de esa carne de su carne, te ha traído a mí. Te ha amado tanto, que me condujo a Cesárea cuando casi agonizabas sobre el pequeño cuerpo de tu criatura, que ya se enfriaba en medio de su agonía. Te ha amado tanto, que te la ha devuelto para que tuvieras siempre presente la bondad y el poder del Dios verdadero y tuvieras un freno ante toda licencia pagana, y un consuelo en todos los dolores de mujer casada. Te ha amado tanto. que, a través de otro dolor, ha reforzado en ti la voluntad de acercarte al Camino, a la Verdad, a la Vida, y de asentarte ahí con tu criatura para que al menos ella, ya desde su primera infancia, posea aquello que es consuelo y paz, salud y luz en los tristes días de la Tierra - y posea estas cosas como preservación de todo lo que a ti te hace sufrir, en tu parte mejor y en la afectiva: la primera, instintivamente buena y que no soporta el fango oscuro en que está obligada a vivir la segunda, desordenada en su bondad.

Porque en tus afectos, mujer, eres pagana. No es culpa tuya. Es culpa del mundo en que vives, y del gentilismo en que has crecido. Sólo quien está en la verdadera Religión sabe dar a los afectos el valor, la medida y las manifestaciones justas. Tú, madre que no sabías de vida eterna, amabas sin orden a tu hija, y, viéndola morir, enajenada a causa de la muerte inminente que la amenazaba, desesperadamente te rebelabas contra esa pérdida. Como quien viera aferrado por un loco al ser más querido, y lo viera tenerlo suspendido en un abismo de cuyo fondo no podría resurgir, y que si cayera ya no podría ni siquiera ser sacado como frío cadáver para el beso de su amor, así veías a tu Fausta ya suspendida en el abismo de la nada... ¡Pobre mamá, que no habría recuperado jamás a su hija! Jamás, ni con la carne ni con el espíritu. La nada. Esa cosa finita, inexorablemente Finita, que es la muerte para aquellos que no creen en la Vida espiritual.

Tú, esposa pagana, amante, fiel, has amado en tu esposo a tu dios terreno de amor carnal, tu hermoso dios que se proponía a tu adoración rebajando tu dignidad de igual a un servilismo de esclava. ¿Que la mujer viva sumisa a su marido, humilde, fiel, casta? Sí. Él, el hombre, es la cabeza de la familia. Pero cabeza no quiere decir déspota. Cabeza no quiere decir caprichoso patrón al que le es lícito todo capricho no sólo respecto a la carne, sino también a la parte mejor de su esposa. "Donde tú, Cayo, allí yo, Caya", decís. Pobres mujeres de un lugar donde el libertinaje está hasta en las fábulas de vuestros dioses. Las de vosotras que no sois ni impúdicas ni licenciosas, ¿cómo podéis estar donde están vuestros maridos? Es inevitable que la que no es una licenciosa ni una degenerada se canse con desazón y experimente un dolor verdaderamente atroz, como de fibras que se desgarran, una gran turbación, un venirse abajo todo el culto hacia el marido contemplado siempre como un dios, cuando descubre que aquel al que adoraba como a un dios es un mísero ser dominado por la animalidad brutal, licencioso, adúltero, atolondrado, indiferente, burlador de los sentimientos y de la dignidad de su esposa.

No llores. Yo también sé todo, y sin necesidad de los informes de los centuriones. No llores, mujer; aprende, más bien, a amar, *en el orden,* a tu marido.

-Ya no puedo amarlo. Ya no lo merece. Lo desprecio. No me rebajaré a mí misma imitándolo, pero ya no lo puedo amar. Todo ha acabado entre nosotros. Lo he dejado marcharse sin tratar de retenerlo... En el fondo he sentido agradecimiento a él por última vez, por el hecho de marcharse... No lo buscaré. Por lo demás, ¿acaso fue alguna vez compañero mío? Caída la venda de mi adoración, ahora recuerdo y juzgo sus acciones. ¿Estaba acaso al lado de mi corazón, cuando yo lloraba al deber seguirlo aquí, dejando a mi madre enferma y a la patria, recién casada y próxima a dar a luz? Él, frívolo, se reía con sus amigos, se reía de mis lágrimas y náuseas, avisándome sólo de que no le manchara la túnica. ¿Estaba, acaso, a mi lado en mis nostalgias por estar en patria ajena? No. Fuera, con los amigos, en los festines a los que mi estado no me consentía ir... ¿Estaba, acaso, inclinado conmigo hacia la cuna de la recién nacida? Se echó a reír cuando le mostraron a la recién nacida y dijo: "Yo casi diría que la pusieran en el suelo. No para tener niñas he tomado el yugo matrimonial". No estuvo presente en la purificación diciendo que era una "inútil pantomima". Y, dado que la pequeñuela lloraba, dijo al salir: "Ponedle por nombre Libitina y que esté consagrada a la diosa". ¿Y, cuando Fausta agonizaba, acaso compartió conmigo la angustia? ¿Dónde estaba la noche que precedió a tu venida? En casa de Valeriano en un banquete. Pero lo amaba; era -es como has dicho- mi dios. Todo en él me parecía bueno, acertado. Me concedía amarlo... y yo era, de sus deseos, la esclava más esclava. ¿Sabes por qué me ha alejado de sí?

-Lo sé. Porque en tu carne se había despertado el alma y ya no eras hembra sino mujer.

-Eso. He querido hacer de mi casa una casa virtuosa... y él ha encontrado la manera de ser trasladado a Antioquía, al lado del Cónsul, imponiéndome no seguirle, y consigo se ha llevado a las esclavas favoritas. ¡Oh, no lo seguiré! Tengo a mi hija. Tengo todo.

-No. No tienes todo. Tienes una parte, una pequeña parte del Todo, lo necesario para ser virtuosa. El Todo es Dios. Tu hija no debe ser para ti razón de injusticia respecto al Todo; antes bien, de justicia. Por ella y con ella, tienes el deber de ser virtuosa.

-He venido para consolarte y para que me consueles. Pero también he venido para preguntarte cómo educar a esta niña para hacerla digna de su Salvador. Había pensado hacerme prosélita vuestra y hacerla prosélita también a ella...

-¿Y tu marido?

-¡Oh, con él todo ha terminado!

-No. Todo empieza. Sigues siendo su mujer. El deber de la mujer buena es hacer bueno a su consorte.

-Él dice que quiere divorciarse. Y, ciertamente, lo hará. Así que...

-Y lo hará. Pero todavía no lo ha hecho. Y, mientras no lo haga eres, incluso según vuestra ley, su esposa. Y, como tal, tienes el deber de permanecer en tu lugar como esposa. Tu lugar es el de ser segunda respecto a tu marido en la casa, al lado de tu hija, ante *los ojos de* los criados y del mundo. Tú piensas que el ha dado el mal ejemplo. Es verdad. Pero esto no te exime a ti de dar tu ejemplo de virtud. El se ha marchado. Es verdad. Tú, junto a tu hija y a los criados, toma su lugar.

No todo es censurable en vuestras costumbres. Cuando Roma estaba menos degenerada, sus mujeres eran castas, trabajadoras, y servían a la divinidad con una vida de virtud y fe. Aunque su mísera condición de paganas les hiciera servir a falsos dioses, la idea era buena. Ofrendaban su virtud a la Idea de la religión, a la necesidad de un respeto a una religión, a una Divinidad cuyo verdadero nombre desconocían, pero cuya existencia sentían, como sentían que era mayor que el licencioso Olimpo y que las degradantes deidades que, según las leyendas mitológicas, lo poblaban. Inexistente vuestro Olimpo, inexistentes vuestros dioses. Pero vuestras antiguas virtudes eran fruto de la convicción sincera de tener que ser virtuosos para ser mirados por los dioses con amor; eran fruto de ese deber que sentíais que debíais tener hacia las divinidades a las que adorabais. Ante los ojos del mundo, especialmente de nuestro mundo judío, parecíais necios por este acto vuestro de honrar a algo que no existía. Pero a los ojos de la Justicia eterna y verdadera, a los ojos del Dios Altísimo, único y omnipotente Creador de todas las criaturas y casas, esas virtudes, ese respeto, ese deber, no eran vanos. El bien es siempre bien, la fe siempre tiene valor de fe, la religión tiene siempre valor de religión, si el que los sigue y practica y posee está convencido de estar en la verdad.

Te exhorto a imitar a vuestras antiguas mujeres, castas, trabajadoras y fieles, permaneciendo en tu lugar, columna y luz de tu casa. No creas que vaya a desaparecer el respeto de los criados hacia ti por haberte quedado sola. Hasta ahora te han servido por miedo, y alguna vez con un celado sentido de odio y rebelión. De ahora en adelante, te servirán con amor. Los infelices aman a los infelices. Tus esclavos conocen el dolor. Tu alegría era para ellos un amargo aguijón. Tus penas, despojándote de la fría luz de ama -en el sentido más odioso de esta palabra- te revestirán de una cálida luz de conmiseración. Serás amada, Valeria. Amada por Dios, amada por tu hija, amada por tus criados. Y, aun en el caso de que ya no fueras la esposa, sino la divorciada, recuerda -Jesús se pone en pie- que la separación legal no destruye el deber de la mujer de ser fiel a su juramento de esposa.

Tú quisieras entrar en nuestra religión. Uno de sus divinos preceptos es que la mujer es carne de la carne de su marido y que ninguna cosa o persona puede separar lo que Dios ha hecho una sola carne. También nosotros tenemos el divorcio. Ha venido como mal fruto de la lujuria humana, del pecado original, de la corrupción de los hombres. Pero no ha venido espontáneamente de Dios. Dios no cambia su palabra. Y Dios había dicho, inspirando a Adán, todavía inocente (y, por tanto, que hablaba con una inteligencia no empañada por la culpa), las palabras: que los esposos, una vez unidos, debían ser una carne sola. La carne no se separa de la carne sino por adverso episodio de muerte o de enfermedad. El divorcio mosaico, concedido para evitar pecados atroces, concede a la mujer solamente una libertad muy mísera. La divorciada es siempre una disminuida en el concepto de los hombres, bien permanezca divorciada, bien pase a segundas nupcias. Pero ante el juicio de Dios es una infeliz, si pasa a estar divorciada por malevolencia del marido y se queda como divorciada; mas, si está divorciada por torpes culpas propias y se casa de nuevo, es sólo una pecadora, una adúltera. Pero tú quieres entrar en nuestra religión por seguirme a mí. Y entonces Yo, Verbo de Dios, habiendo llegado el tiempo de la perfecta religión, te digo lo que digo a muchos: no le es lícito al hombre separar lo que Dios ha unido, y es siempre adúltero aquel, o aquella, que, teniendo en vida a su cónyuge, pasa a nuevas nupcias.

El divorcio es prostitución legal, y pone al hombre y a la mujer en condiciones de cometer pecados de lujuria. La mujer divorciada difícilmente vive como viuda -y viuda fiel- de un vivo. El hombre divorciado nunca permanece fiel al primer vínculo. Tanto el uno como la otra, pasando a otras uniones, descienden del nivel de los hombres al de los animales, a los cuales les está permitido cambiar de hembra a cada moción de su apetito. La fornicación legal, peligrosa para la familia y para la patria, es delictiva respecto a los inocentes. Los hijos de los divorciados deben juzgar a sus padres. ¡Severo juicio el de los hijos! A1 menos uno de los padres es condenado por los hijos. Y los hijos quedan -por el egoísmo de sus padres- condenados a una vida afectiva mutilada. Y si, además, a las consecuencias familiares del divorcio, que priva del padre o de la madre a los hijos inocentes, se une el hecho del nuevo matrimonio del cónyuge al que han sido confiados los hijos, a la condena de una vida afectiva mutilada por la carencia de un miembro se une la otra mutilación: la de la pérdida, más o menos total, del afecto del otro miembro, dividido o totalmente absorbido, por el nuevo amor y por los hijos de la nueva unión.

Hablar de nupcias, de matrimonio, en el caso de una nueva unión, de un divorciado o de una divorciada, es profanar el significado y 1a cosa que es el matrimonio. Sólo la muerte de uno de los cónyuges y la subsiguiente viudez del otro puede justificar las segundas nupcias. Lo que no quita que Yo juzgue que sería mejor inclinar la cabeza ante el veredicto, siempre justo, de quien regula los destinos de los hombres, y cerrarse en castidad cuando la muerte haya puesto fin al estado matrimonial, dedicándose toda a los hijos y amando al cónyuge pasado a la otra vida en sus hijos: un amor despojado de toda materialidad, santo y veraz. ¡Pobres hijos! ¡Experimentar, después de la muerte o del hundimiento del hogar, la dureza de un segundo padre o de una segunda madre, y la angustia de ver compartidas las caricias con otros hijos que no son hermanos! *(Aquí, en nuevas nupcias en el caso de viudedad, Jesús expone un consejo evangélico no un mandato, como asimismo se observa en lo que dice San Pablo en (I Corintios 39 – 40) y el mismo Jesús ha mencionado antes "Sólo la muerte de uno de los cónyuges y la subsiguiente viudez del otro puede justificar las segundas nupcias")*

No, en mi religión no existirá el divorcio. Y aquel que estipule divorcio civil para contraer nueva unión será adúltero y pecador. La ley humana no modificará mi decreto. El matrimonio en mi religión ya no será un contrato civil, una promesa moral hecha y sancionada en presencia de testigos designados para tal fin. Será, antes bien, un indisoluble vínculo corroborado, soldado y santificado por el poder santificador que Yo le daré, convertido en Sacramento. Para que comprendas: rito sagrado. Poder que ayudará a practicar santamente todos los deberes matrimoniales, pero que será también sentencia de indisolubilidad del vínculo. Hasta ahora, el matrimonio es un mutuo contrato natural y moral entre dos de distinto sexo. Desde el amanecer de mi ley, el matrimonio se extenderá al alma de los cónyuges. Vendrá a ser, pues, también contrato espiritual, sancionado por Dios a través de sus ministros. Ahora bien, tú sabes que nada es superior a Dios. Por tanto, lo que Él haya unido, nunca autoridad alguna, ley o capricho humanos, podrán desunir. El "donde tú, Cayo, yo, Caya", de vuestro rito se perpetúa en el más allá en el nuestro, en mi rito, porque la muerte no es final, sino separación temporal del esposo de su esposa, y el deber de amar persiste después de la muerte.

Por esto digo que quisiera castidad en los viudos. Pero el hombre no sabe ser casto. Y también por eso digo que los cónyuges tienen el deber recíproco de mejorarse el uno al otro. No menees la cabeza. Así es este deber, y hay que cumplir con el deber, si hay verdadera voluntad de seguirme.

-¡Te muestras duro hoy, Maestro.

-No. Es que soy Maestro, y tengo frente a mí a una criatura que puede crecer en la vida de la Gracia. Si no fueras cual eres, te impondría menos. Pero tú tienes buen temple, y el sufrimiento depura y templa cada vez más tu metal. Un día me recordarás y me bendecirás por haber sido como soy.

-Mi marido no volverá sobre sus pasos...

-Tú irás, adelante. Llevando de la mano a la inocente, caminarás por el camino de la Justicia. Sin odio, sin venganza; pero también sin esperas inútiles ni añoranzas por lo que se ha perdido.

-¡Entonces sabes que lo he perdido!

-Lo sé. Pero no tú: es él el que te ha perdido a ti. No te merecía. . Ahora escucha... Es duro. Sí. Me has traído rosas y sonrisas inocentes para consolarme... Yo... no puedo hacer otra cosa sino prepararte a llevar la corona de espinas de las esposas abandonadas... Pero reflexiona. Si pudiera retroceder el tiempo y llevarte nuevamente a aquella mañana en que Fausta agonizaba, y tu corazón fuera puesto en la condición de elegir entre tu hija y tu marido, debiendo perder con seguridad a uno de los dos, ¿qué elegirías?...

La mujer reflexiona, pálida pero sufriendo con fortaleza, después de las pocas lágrimas derramadas al principio del diálogo... Luego se inclina sobre la pequeñuela, que se ha sentado en el suelo y se divierte poniendo florecillas blancas todo alrededor de los pies de Jesús, la recoge, la abraza y grita:

-¡La elegiría a ella, porque a ella puedo darle mi propio corazón, y criarla como he aprendido que se debe vivir! ¡Mi hija! Y estar unidas incluso en el más allá. ¡Siempre su madre yo, siempre mi hija ella! - y la cubre de besos, mientras la pequeñuela se abraza a su cuello, toda amor y sonrisas.

-Dime, oh dime, Maestro que enseñas a vivir como héroes, ¿qué... cómo criarla para estar las dos en tu Reino? ¿Qué palabras, que hechos enseñarle?...

-No se necesitan palabras ni hechos especiales. Sé perfecta para que ella refleje tu perfección. Ama a Dios y al prójimo para que ella aprenda a amar. Vive en la Tierra con tus afectos en Dios. Ella te imitará. Por ahora, así. Más tarde, el Padre mío, que os ha amado de manera especial, pondrá los medios para satisfacer vuestras necesidades espirituales, y os haréis sabias en la fe que llevará mi Nombre. Esto es todo lo que hay que hacer. En el amor a Dios encontrarás todo freno contra el Mal. En el amor al prójimo tendrás ayuda contra el abatimiento de la soledad. Y enseña a *perdonar.* A ti misma... y a tu hija. ¿Comprendes lo que quiero decir?

-Comprendo... Es cabal... Maestro, te dejo. Bendice a una pobre mujer... que es más pobre que una mendiga cuyo compañero le sea fiel...

-¿Dónde estás ahora? ¿En Jerusalén?

-No. En Béter. Juana, que es muy buena, me ha mandado a su castillo... Arriba sufría demasiado... Estaré allí hasta que vaya Juana a Jerusalén, o sea, hasta dentro de poco. Va a bajar a Judea con tu Madre y las otras discípulas, con las primeras benignidades de *1a* primavera. Después estaré con ella una temporada. Luego vendrán las otras y yo iré con ellas. Pero el tiempo habrá medicado ya la herida.

-El tiempo y, sobre todo, Dios y la sonrisa de tu niña. Adiós, Valeria. Que el Dios verdadero, que tú buscas con espíritu bueno, te conforte y proteja.

Jesús pone la mano encima de la cabeza de la pequeñuela, bendiciendo. Luego se acerca a la puerta cerrada y pregunta:

-¿Has venido sola?

-No. Con una liberta. El carro me espera en el bosque de antes del pueblo. ¿Todavía nos vamos a ver, Maestro?

-Para la Dedicación estaré en Jerusalén, en el Templo.

-Allí estaré, Maestro. Tengo necesidad de tus palabras para la nueva vida...

-Ve tranquila. Dios no deja sin ayuda a quien lo busca.

-Creo... ¡Oh, verdaderamente es triste nuestro mundo pagano!

-La tristeza se halla dondequiera que no haya verdadera vida en Dios. También en Israel se llora... Es porque ya no se vive en la Ley de Dios. Adiós. La paz sea contigo.

La mujer hace una profunda reverencia e insinúa algo a la niña. Y la pequeñuela levanta la cara, alarga sus bracitos y repite:

-¡Ave. Domine Jesu!

Jesús se agacha y coge a flor de labios el beso inocente que ya se forma en la boquita, y la bendice una vez más... Luego entra otra vez en la habitación y, pensativo, se sienta junto a las flores que están desparramadas en el suelo.

Pasa un rato así. Luego alguien llama a la puerta.

-Ven.

La puerta se entreabre y se introduce por la abertura la cara honesta de Pedro.

-¿Eres tú? Ven...

-No. Deberías venir Tú donde nosotros. Aquí hace frío. ¡Qué flores más bonitas! ¡Muy valiosas! - Pedro, mientras habla, observa a su Maestro.

-Sí, muy valiosas. Pero el gesto y el modo en que ha sido llevado a cabo valen más que las flores. Me las ha traído la hija de Valeria, la romana amiga de Claudia.

-¡Ya, ya sé! ¿Y por qué?

-Para consolarme. Saben lo que sufro, y Valeria ha tenido esta idea. Ha pensado que las flores de una niña inocente podrían consolarme...

-¡Una romana!... Y los de Israel te damos sólo dolor... La intuición de Judas era exacta. Decía que había visto un carro parado y que, sin duda, la mujer era una romana... y... y se ha intranquilizado, Maestro...

Pedro es, todo él, una pura pregunta.

Pero Jesús dice solamente:

-¿Dónde está Judas?

-Afuera. Quiero decir: en el camino, al principio del bosque. Quiere ver quién es el que ha venido a verte...

-Vamos a bajar.

Judas está ya en la cocina. Se vuelve y ve entrar a Jesús, y dice:

-¡Aunque quisieras, no podrías negar que esa mujer ha venido para... quejarse de algo! ¿Tienen, todavía, más cosas que decir? No tienen en qué ocuparse, si no es en espiar e informar y...

-No tengo obligación de responderte. Pero lo hago por todos. Y Simón Pedro ya sabe quién es, y a todos os digo la causa de su venida. También las criaturas que aparentemente son las más felices pueden tener necesidad de consuelo y consejo... Andrés, sube a recoger las flores que ha traído la niña y llévaselas al pequeño Leví.

-¿Por qué?

-Porque está muriéndose.

-¿Está muriéndose? ¡Pero si a la hora tercera lo he visto yo y estaba sano! - dice asombrado Bartolomé.

-Estaba sano. Antes del anochecer habrá muerto.

-Si está tan mal, no podrá gozar de las flores...

-No. Pero en esa casa abrumada las flores que envía el Salvador dirán una palabra luminosa.

Jesús se sienta mientras todos hablan de la labilidad de la vida. Entre tanto, Elisa se ha puesto el manto y ahora dice:

-Voy yo también con Andrés... ¡Esa pobre madre!...

Vese alejar a Andrés y a Elisa con las flores entre las manos... Jesús guarda silencio. También Judas, titubeante. Jesús está silencioso, pero no severo... Judas se mueve alrededor de Él, estimulado por el ansia de saber, por el ansia atormentada de quien no tiene en paz la conciencia. Pero, al final, lo que hace es apartar a Pedro y preguntarle. Se sosiega después de hablar con Pedro, y va a pinchar a Mateo, que está escribiendo tranquilamente en un ángulo de la mesa.

Vuelve Andrés corriendo. Habla con congoja:

-¡Maestro, el niño está realmente agonizando... A1 improviso... Parecían locos... Pero cuando Elisa ha dicho: "Las manda el Señor" y yo... creía que hubieran comprendido: "para el lecho fúnebre", la madre y el padre... juntos, han dicho: "¡Oh! ¡Es verdad! Corre a llamarlo. Él lo curará".

-La palabra de la fe. Vamos -y Jesús sale casi corriendo. Naturalmente, todos lo siguen, incluso el viejo Juan, renqueando, al final de todos.

La casa está al final del pueblo. Pero Jesús llega pronto, y se abre paso entre la gente, que obstaculiza la puerta abierta. Va derecho a una habitación que está en el fondo del zaguán, porque es una casa grande, con muchos moradores, quizás hermanos unos de otros. En la habitación, inclinados sobre el improvisado lecho, el padre, la madre y Elisa... No ven a Jesús sino cuando dice: «La paz a esta casa». Entonces dejan el lecho los infelices padres, y se arrojan a los pies de Jesús. Sólo Elisa se queda donde estaba, ocupada en frotar los miembros, que ya van helándose, con sustancias aromáticas.

El pequeño está realmente en las últimas. Su cuerpo tiene ya la pesantez y el relajamiento de la muerte. Su carita está cérea; los orificios de la nariz, denegridos; los labios, violáceos. El pequeño respira con fatiga, espasmódico el pequeño pecho, y cada respiro, de tan separado como está del precedente, parece siempre el último.

La madre llora, apoyado el rostro en los pies de Jesús. El padre, también postrado hasta el suelo, dice: «¡Ten piedad! ¡Ten piedad!». No sabe decir nada más.

Jesús dice:

-Leví, ven aquí conmigo - y alarga los brazos.

El pequeño, un niñito de unos cinco años, sufre como una sacudida, como si alguien, mientras durmiera, le hubiera llamado fuerte. Se sienta sin fatiga, se restriega con los pequeños puños los ojitos, mira a su alrededor como asombrado, y, al ver a Jesús, abandona sonriente el lecho y, vestido con su blusón, va seguro hacia el Salvador.

Los padres, estando, como están, inclinados, no ven nada. Pero las exclamaciones de Elisa, que grita: « ¡Bondad eterna!», y de los apóstoles y curiosos, que desde el zaguán elevan un: « ¡Oh!» de estupor, les advierten de lo que está sucediendo, y levantan la cara del suelo y ven a su hijito allí, sano como si jamás hubiera agonizado... La alegría hace reír, llorar, gritar o callar, según las reacciones del individuo; aquí produce un estupor mudo, casi desconcertado...

Es demasiada la diferencia entre la condición precedente y la actual, los dos pobres padres, que ya estaban aturdidos por el dolor, hallan dificultad en acoger la alegría.

Pero al fin lo consiguen, mientras Jesús toma en brazos al niño. Entonces, al mutismo sigue un diluvio de palabras mezcladas con exclamaciones de alegría y bendición. Y es difícil seguir este diluvio de palabras que se superponen desordenadamente. Reconstruyo por ellas que hacia la hora sexta el niño, que estaba jugando en el huerto, había entrado en la casa quejándose de dolores abdominales. Su abuela lo había tomado en brazos y lo había tenido cerca del fuego, y parecía mejorar. Pero luego, cercana ya la hora nona, había sufrido un vómito de materias intestinales y enseguida había entrado en la agonía. La clásica peritonitis fulminante. Su padre, ante las primeras manifestaciones del mal, había corrido a Jerusalén y había vuelto con un médico, el cual, visto al niño -a quien, entretanto, le había venido el vómito-, había dicho: «No puede vivir» y se había marchado... En efecto, cada minuto que pasaba, el pequeño empeoraba, y ya se ponía frío, y ellos, en medio de la angustia de la imprevista desgracia, no eran capaces de pensar en la salvación cercana. Solamente cuando Andrés y Elisa entraron con las flores diciendo: «Las manda Jesús a Leví», tuvieron como una luz interior y dijeron: «Jesús lo salvará».

-¡Y lo has salvado, bendito por toda la eternidad! ¡Tus flores! ¡La esperanza! ¡La fe! ¡Oh, sí, la fe en tu amor por nosotros! ¡Ordena como a esclavos! ¡Todo te debemos!...

Jesús los escucha, mientras sigue teniendo en brazos al niño. Los deja hablar hasta que se cansan, hasta que sus nervios, sometidos a tanta tensión, con el desahogo, se relajan. Luego dice dulcemente:

-Amo a los niños y a los corazones fieles. Todos vosotros, los de Nob, sois muy buenos conmigo. Si soy bueno con quien me odia, ¿qué no daré a quien me ama? Yo sabía... y sabía también que el dolor os hacía olvidar a la Fuente de la Vida. He querido señalaros el camino...

-¿Pero por qué no has venido Tú mismo, Señor? ¿Temías, acaso, que no te acogiéramos?

-No. Sabía que me recibiríais con amor. Pero entre estos que están alrededor de nosotros había alguno que necesitaba convencerse de que Yo no ignoro nada acerca de los hombres y del estado de los corazones. Y he querido también que otros comprendieran que Dios responde a quien lo invoca con fe. Ahora estad en paz. Y creced cada vez más en la fe en la misericordia de Dios. La paz sea con todos vosotros. Adiós, Leví. Ve con tu mamá ahora. Adiós, mujer. Consagra al Señor también el fruto que llevas en tu seno, en recuerdo de la bondad que ha tenido el Señor para contigo. Adiós, hombre. Conserva tu espíritu en la justicia.

Se vuelve para marcharse, y pasa con dificultad entre los parientes que se apiñan en el zaguán (abuelos, tíos, primos del que ha recibido el milagro) y que quieren, todos, hablarle a Jesús, bendecirlo, ser bendecidos, besarle las vestiduras, las manos... Y luego, después de la numerosa parentela, está la gente del pueblo, que quiere hacer lo mismo. Pero éstos -dejando a los de la casa bendecida por el milagro a gozar de su alegría- se echan a la calle en pos de Jesús. Y en las calles, ya oscuras, con el habitual ruido de las horas de fiesta, toda Nob conduce de nuevo a Jesús a la casita de Juan. Y se hace necesaria toda la autoridad de los apóstoles para convencer a los del pueblo de que regresen a sus casas y dejen tranquilo al Maestro; y para conseguirlo, a la autoridad deben unir medios más enérgicos como la amenaza de que, si no lo dejan descansar, al día siguiente se marcharán todos de allí.

Por fin, el Cansado puede descansar...

## 532

## Preparativos para las Encenias. Una prostituta enviada a tentar a Jesús, que deja Nob.

Los pueblos tomados como masa, los hombres tomados individualmente, son siempre un poco niños y un poco salvajes, o al menos primitivos; sensibilísimos, por tanto, a todo aquello que tenga sabor de novedad, de cosa extraordinaria, y produzca sonido de fiesta. El hecho de acercarse las solemnidades tiene siempre el poder de exaltar a los hombres: casi como si la

festividad anulara lo que los entristece y fatiga. En comenzando a acercarse una fiesta, algo, de carácter vigoroso, levemente exaltado, afecta a todos: casi como si este hecho de acercarse la fiesta asemejara al tam-tam de los salvajes en sus conmemoraciones idolátricas o en sus empresas belicosas.

Y también los apóstoles, en la proximidad de las Encenias, se hallan en este estado de euforia. Locuaces, alegres, dan en hacer proyectos, recuerdan fiestas pasadas; alguna añoranza empaña de melancolía sus palabras, pero luego el aire de fiesta se adueña de ellos otra vez y los incita a preparar las cosas, para que todo esté bonito durante la festividad.

¿Que las lámparas en casa de Juan son pocas? ¡Oh, llena de ellas está la casa de Tomás en Rama! Y Tomás marcha a Rama por las lámparas. ¿Que el aceite no es abundante? ¡Oh, Elisa tiene mucho aceite en Betsur y lo ofrece! Y Andrés y Juan van a Betsur por el aceite. ¿Que para cocer las tortas es necesario suave fuego de hornija? Pues los dos Santiagos van por ella por los montes. ¿Que parecen escasos la harina y la cebada y la miel para los platos de rito? ¿Y qué hace entonces en Jerusalén Nique -que casi se ha sentido herida porque nunca le piden nada-, sino poder ofrecer su blondísima miel y la harina y la cebada de su linda propiedad? Y Pedro y Simón Zelote van donde Nique, mientras Judas de Alfeo ayuda a Elisa a poner bonita la casa. Hasta el viejo Bartolomé se une a la común alegría y, junto con Felipe, da una buena mano de cal a la cocina renegrida para que esté más alegre. Judas Iscariote se reserva la parte decorativa, y vuelve una y otra vez cargado de ramas vivaces, olorosas y adornadas de bayas, y las coloca garbosamente en repisas o alrededor de la campana de la chimenea.

Y en la vigilia de las Encenias la casita parece preparada para recibir a una recién casada, por lo cambiada que está: cacharros de cobre resplandecientes, lámparas que ahora están brillantes como soles, ramajes alegres en las paredes blancas; mientras una fragancia de pan y tortas se esparce por el aire, ya oloroso por las ramas cortadas.

Jesús deja estas iniciativas. ¡Parece tan alejado de todos!... Está muy pensativo, incluso triste. Responde a los que le preguntan (solicitando, con la pregunta que hacen, encomio por lo que han hecho). Y son estas preguntas las que me ofrecen la manera de reconstruir los trabajos que los discípulos han hecho, los cuales con su: « ¿No he tenido una buena idea yendo a casa por las lámparas?»; o: ¿Hemos hecho bien yo y Felipe blanqueando todo? Ahora está claro y alegre. Parece más grande»; o también: « ¿Ves, Maestro? Elisa está contenta. Le parece estar en su propia casa y en la época de sus hijos. Hoy cantaba mientras ponía su aceite en las lámparas y luego amasando su miel con la harina y disolviéndola en la leche para la cebada»; y también: «Que diga lo que quiera Elquías. Pero un poco de verde está bien. En el fondo... si el Creador ha hecho las frondas es para que las usemos, ¿no es verdad?» permiten reconstruir el trabajo que cada uno ha hecho. Pero, aun respondiendo a estas preguntas que celan un deseo de alabanza, su pensamiento está ausente. Y se nota.

Anochece. Después de los últimos saludos de los vecinos del lugar -que antes de recogerse en sus casas introducen su cabeza en la cocina para saludar al Maestro-, el silencio se establece en Nob. Es la hora de las cenas. Es ya la hora del descanso para los niños y los viejos, para todos aquellos a los que la enfermedad o la edad hacen delicados.

Debe existir la costumbre de hacer regalos para las Encenias porque veo que en cuanto se retira el anciano Juan a su cuartito de al lado de la cocina, Elisa y los apóstoles se ponen a terminar, ella una túnica, ellos, objetos útiles tallados en madera y una cortina de red con cuerdecitas teñidas de rojo, verde, amarillo y añil, fatiga que toca especialmente a los pescadores. Tomás, Mateo, Bartolomé y el Zelote los miran.

-Bien. He terminado - dice Elisa, y se levanta y sacude los hilachos que pudiera haber.

-¡Pobre anciano, estará calentito! ¡Ah, nosotros los hombres, sin las mujeres, somos verdaderamente unos infelices! No sé, sin ti, en qué condiciones estaríamos ya, después de meses de ausencia de casa. Yo puedo hacer esto. ¡Pero si me tengo que coser una hebilla! - dice Pedro palpando la tela.

-Y lo has hecho rápido. Pareces mi mujer - dice Bartolomé.

-Yo también he terminado. Era buena esta madera. Blanda para hendirla y, al mismo tiempo, resistente - dice Judas Tadeo, dejando en la oscura mesa un cubilete, que puede servir para la sal o alguna especia.

-El mío, sin embargo, todavía se demora. Hay aquí una veta dura que no quiere dejarse trabajar. A lo mejor no me sale este trabajo Lo siento. Lo bonito estaba en estas vetas oscuras en la madera clara. Mira, Jesús. ¿No parecen crestas de montes pintadas en la madera? - dice Santiago de Alfeo mostrando una especie de jarrón, que no sé a qué uso pueda destinarse, verdaderamente hermoso por la forma, cubierto con una tapadera en forma de cúpula, y graciosamente veteado, tanto en la panza como en la tapadera. Pero es precisamente en la tapadera, junto al bolillo para agarrar, donde la madera resiste tenaz.

-Insiste, insiste; verás como lo consigues. Calienta la herramienta hasta el rojo. Incidirás la fibra y lo conseguirás. Una vez roto el primer estrato... - responde Jesús, que ha observado.

-¿Pero no se estropea con el fuego? - pregunta Mateo.

-No, si se usa con pericia. Y además, o este medio o tirarlo.

Santiago pone al rojo el punzón cortante, luego acerca la punta roja al punto resistente. Olor a madera quemada...

-¡Basta! Ahora trabaja y lo conseguirás - dice Jesús. Y ayuda a su primo manteniendo prieta la tapa como en una mordaza.

Dos veces el filo resbala y pasa cerquísima de los dedos de Jesús.

-Quita la mano, hermano. No quisiera herirte... - dice Santiago de Alfeo. Pero Jesús sigue sujetando el jarrón. La tercera vez el cortante punzón hace sangrar el pulgar de Jesús.

-¿Lo ves? ¡Te has hecho daño! ¡Déjame que lo vea!

-No es nada. Dos gotas de sangre... - responde Jesús, sacudiendo su dedo para que caiga la sangre que gotea del corte.

-Más bien, seca la tapa. Se ha quedado manchada - añade.

-No. ¡Dejadlo! Es precioso así. Seca aquí tu dedo, Maestro. Aquí, en mi velo. Sangre tuya, sangre bendita - dice Elisa, envolviendo la mano en el lino de su velo.

La tapa causa de tanto apuro está vencida. La incisión ha quedado hecha.

-Pero antes quería hacer daño - observa el Zelote.

-Sí. Y después ha cedido. ¡Obstinada madera! - dice Tomás.
-Con el hierro, el fuego y el dolor. Parece una de esas frases estimadas por los romanos - observa Simón Zelote.
-A mí, no sé por qué, me trae a la memoria a los profetas en ciertos puntos. También nosotros somos madera tenaz... ¿Hará falta hierro, fuego y dolor, para hacernos buenos? - pregunta Bartolomé.
-En verdad, será necesario. Y no bastará. Yo trabajo con el fuego y con mi dolor, pero no todos los corazones saben imitar a esa madera... ¡Silencio! Afuera hay alguien... Hay rumor de pasos...
Escuchan. No se oye nada.
-Quizás el viento, Maestro. Hay hojas secas en el huerto...
-No. Eran pasos...
-Algún animal nocturno. No oigo nada.
-Tampoco yo, tampoco yo...
Jesús escucha. Parece que escucha. Luego alza la cara y clava su mirada en Judas de Keriot, el cual también está a la escucha (muy a la escucha, más que los otros). Lo mira tan fijamente, que Judas pregunta:
-¿Por qué me miras de esa manera, Maestro?
Pero no hay respuesta, porque una mano llama a la puerta. De los catorce rostros que la lámpara esclarece, el único que continúa igual es el de Jesús; los otros cambian de color.
-¡Abrid! ¡Abre, Judas de Keriot!
-¡Yo no! ¡No abro, no! Podría ser mala gente que viniera a propósito durante la noche. ¡No he de perjudicarte yo!
-Abre tú, Simón de Jonás.
-¡Menos todavía! ¡Yo, más bien, meto la mesa contra la puerta! - dice Pedro, y hace ademán de llevarlo a cabo.
-Abre, Juan, y no temas.
-¡Oh! Si estás decidido a dejar que entren, yo me marcho allí donde el viejo. No quiero ver nada - dice Judas Iscariote, y recorre con cuatro largos pasos el trecho que lo separa de la puerta de la habitación del anciano, y en ésta desaparece.
Juan, derecho junto a la puerta, la mano ya en la llave, mira asustado a Jesús y susurra:
-¡Señor!...
-Abre y no temas.
-Pues sí. A1 fin y al cabo, somos trece hombres fuertes. ¡Seguro que no será un ejército! Con cuatro puñetazos y muchos gritos -tú grita, Elisa, si hay que hacerlo- los ponemos en fuga. ¡Que no estamos en un desierto!» dice Santiago de Zebedeo, y se quita el vestido y se recoge las mangas de la túnica (bueno, o del vestido de debajo de la túnica), preparado para la defensa. Pedro hace lo mismo.
Juan, todavía titubeante, abre la puerta, mira por la tronera. No ve nada. Grita: -¿Quién viene a incomodar?
Una voz femenina responde, dócil, como angustiada:
-Una mujer. Quisiera ver al Maestro.
-Ésta no es hora de venir a las casas. Si estás enferma, ¿por qué vas por la calle a estas horas? Si estás leprosa, ¿cómo te aventuras a venir a un pueblo? Si algo te aflige, vuelve mañana. Vete, vete a tus cosas - dice Pedro, que se había puesto detrás de Juan.
-¡Por piedad! Estoy sola en medio de la calle. Tengo frío. Tengo hambre. Y soy una desdichada. Llamadme al Maestro. El tiene compasión...
Los apóstoles, vacilantes, miran a Jesús, que tiene un aspecto muy severo y calla. Cierran de nuevo la puerta.
-¿Qué hacemos, Maestro? - pregunta Felipe - ¿Darle, al menos, un poco de pan? Sitio no hay. Ir a las casas con una desconocida...
-Espera, voy yo a ver - dice Bartolomé, y agarra la lámpara para darse luz.
-No hace falta que vayas. Esa mujer no tiene frío ni hambre, y sabe muy bien a dónde ir. No tiene miedo de la noche. Pero es una desdichada, aunque no esté ni enferma ni leprosa. Es una prostituta. Y viene a tentarme. Os lo digo porque sepáis que sé las cosas, para que os convenzáis de que las sé. Y os digo más: no viene por propio capricho, sino que viene porque está pagada por venir. Jesús habla alto, en un tono que puede ser oído en la habitación de al lado, donde está Judas.
-¿Y quién crees que puede haber hecho esto? ¿Con qué finalidad? - dice el mismo Judas Iscariote presentándose de nuevo en la cocina -Los fariseos está claro que no, los escribas tampoco, y tampoco los sacerdotes, si es una prostituta. Y no creo que los herodianos sean tan... rencorosos como para tomarse ciertas molestias para... Es que no sé tampoco yo para qué.
-El "para qué" te lo voy a decir Yo; y tú sabes, como Yo, que es así. Para poder llegar a decir que soy un pecador, uno que tiene tratos con las pecadoras públicas. Y te digo también que no maldigo, ni a ella ni a quien la ha mandado. Sigo siendo, siempre soy, la Misericordia. Y voy a ir donde ella. Si crees oportuno venir conmigo, ven. Voy donde ella porque es realmente una desdichada. Dice que lo es creyendo no decir verdad, porque es joven, hermosa y está bien pagada, está sana y vive contenta de su infame vida. Pero es una desdichada. Es la única verdad que dice entre tantas mentiras. Precédeme y asiste al diálogo.
-¡Yo no! ¡Que no asisto! ¿Por qué debería hacerlo?
-Para testificar a quien te pregunte.
-¿Y quién crees que me va a preguntar? Entre nosotros, no hay necesidad de hacer preguntas, y los otros... Yo no veo a nadie.
-Obedece. Ve delante.
-No. No quiero obedecer en esto, y no me puedes obligar a acercarme a una meretriz.
-¡Hala! ¿Qué eres? ¿El Sumo Sacerdote? Voy yo, Maestro, y sin miedo a que se me pegue nada - dice Pedro.
-No. Voy solo. Abre.

Jesús sale al huerto. En el negror absoluto de la noche, aún sin Luna, no se ve nada.

La puerta de la cocina vuelve a abrirse. Pedro sale con una lámpara.

-Toma al menos esto, Maestro, si es que decididamente no quieres que esté yo - dice en voz alta. Y luego, en voz baja:

-Pero ten presente que estamos detrás de la puerta. Si tienes necesidad, llama...

-Sí. Ve. Y no discutáis entre vosotros.

Jesús toma la lámpara y la alza para ver. Detrás del grueso tronco del nogal hay una forma humana. Jesús da dos pasos hacia ella y ordena:

-Sígueme.

Y va a sentarse en el banco de piedra que está contra la casa en el lado de oriente.

La mujer sale, velada toda y corvada. Jesús pone la lámpara sobre la piedra, cerca de sí.

-Habla.

Ordena, tan austero, rígido, tan Dios, que la mujer, en vez de avanzar y de hablar, retrocede y se encorva más todavía y calla.

-Habla, te digo. Preguntabas por mí. He venido. Habla - dice con un cierto matiz de dulzura en la voz.

Silencio.

-Entonces hablo Yo. Te pregunto: ¿Por qué me odias hasta el punto de servir a quien quiere mi perdición, y la sueña en todos los modos, y busca todo lo que pueda causarla? Responde. ¿Qué mal te he hecho Yo, desdichada? ¿Qué mal te ha hecho el Hombre que ni siquiera en su corazón te ha vilipendiado por la vida infame que llevas? ¿Es que te ha pervertido el Hombre, que ni en su corazón te ha deseado, para que tengas que odiarlo más que a los que te han prostituido y que te vejan cada vez que van a ti? ¡Responde! ¿Qué te ha hecho Jesús de Nazaret, el Hijo del hombre, al que apenas conoces de vista por haberlo encontrado por las calles de alguna ciudad; Jesús, que ignora tu rostro y que de tus gracias no hace caso, porque sólo de tu alma busca la ensuciada, la dañada efigie, para conocerla y curarla? ¡Habla, pues!

¿No sabes quién soy? Sí, en parte lo sabes. Es más, por dos partes lo sabes. Sabes que soy un hombre joven y que mi físico te gusta esto te lo ha dicho tu animalidad desatada; y tu lengua de ebria se lo ha dicho a quien ha recogido la confesión de tu sensualidad y con ello se ha hecho un arma para perjudicarme. Sabes que soy Jesús de Nazaret, el Cristo: esto te lo han dicho aquellos que, aprovechándose de tu deseo carnal, te han pagado para que vinieras aquí a tentarme. Te han dicho: "Él se dice el Cristo. Las muchedumbres lo llaman el Santo, el Mesías. Es sólo un impostor. Necesitamos tener las pruebas de su miseria de hombre. Dánoslas y te cubriremos de oro". Y dado que tú, con un resto de justicia, la última brizna del tesoro de justicia que Dios había puesto en tu carne con el alma y que tú has roto y desbaratado, no querías causarme un daño -porque, a tu manera, me amabas- ellos te dijeron: "No le vamos a hacer ningún daño. ¡A1 contrario! Te lo dejamos a ti a ese hombre, dándote medios para que pueda vivir como un rey a tu lado. Nos basta poder decirnos a nosotros mismos, para dar paz a nuestra conciencia, que Él es un simple hombre. Una prueba de que estamos en la verdad no creyendo que sea el Mesías". Esto te han dicho. Y tú has venido. Pero si Yo me dejara engatusar por ti, vendría sobre mí el infierno. Ellos están preparados para cubrirme de fango y capturarme. Y tú eres el instrumento para hacer esto.

Como ves, no te pregunto. Hablo porque sé sin necesidad de preguntar. Pero, si sabes estas dos cosas, la tercera no la sabes. Tú no sabes quién soy, además de hombre y de Jesús. Tú ves al hombre. Los otros te dicen: "Es el Nazareno". Pero Yo te digo quién soy. Soy el Redentor. Para redimir debo estar sin pecado. Mira cómo he pisoteado mi posible sensualidad de hombre. Así, como lo hago con esta repelente larva que en las tinieblas se encaminaba de un fango a otro fango para sus lascivos amores. Así la he pisoteado siempre. Así la pisoteo también ahora. Y, de la misma manera, estoy dispuesto a arrancar de ti tu enfermedad y a pisotearla y librarte de ella, para sanarte y hacerte santa. Porque soy el Redentor. Sólo esto. He tomado cuerpo de hombre para salvaros, para destruir el pecado, no para pecar. Lo he tomado para borrar vuestros pecados, no para pecar con vosotros. Lo he tomado para amaros, pero con un amor que da su vida, su sangre, su palabra, todo, para llevaros al Cielo, a la Justicia, no para amaros como un animal; y ni siquiera como un hombre, porque Yo soy más que hombre.

¿Sabes con precisión quién soy? No lo sabes. No conocías siquiera la entidad de lo que venías a cumplir. Esto te 1o perdono sin que lo solicites. No sabías. ¡Pero tu prostitución! ¿Cómo has podido vivir en ella? No eras así. Eras buena. ¡Oh, desdichada! ¿No recuerdas tu infancia? ¿No recuerdas los besos de tu madre, ni sus palabras? ¿Y las horas de la oración? Las palabras de la Sabiduría, cuya explicación oías al anochecer por boca de tu padre y los sábados por boca del arquisinagogo... ¿Quién te ha hecho obtusa de mente y ebria? ¿No recuerdas? ¿No añoras? ¡Dime! ¿Eres verdaderamente feliz? ¿No respondes? Hablo Yo por ti. Digo: no, no eres feliz. Cuando te despiertas, encuentras en tu almohada tu vergüenza, para darte la primera, cotidiana vuelta de tortura. Y la voz de la conciencia te grita su censura mientras te atavías y perfumas para gustar. Y sientes infame olor en las esencias más finas. Y sabor de náusea en los más caprichosos alimentos. Y tus joyas te pesan como una cadena. Lo son. Y, mientras ríes y seduces, dentro de ti hay algo que gime. Y buscas la embriaguez para vencer el aburrimiento y la náusea de tu vida. Y odias a aquellos que dices que amas para obtener una ganancia. Y te maldices a ti misma. Y tu sueño es cargante por las pesadillas. Y la idea de tu madre es para ti una espada en el corazón; la maldición de tu padre no te deja sosiego. Y además, las ofensas de los que se cruzan contigo, la crueldad de quienes te usan, sin piedad, nunca. Eres una mercancía. Te has vendido. Una mercancía comprada se usa como se quiere. Se rompe, se consume, se pisotea, se escupe. Derecho del comprador. Tú no puedes rebelarte... ¿Te hace feliz esta situación? No. Estás desesperada. Estás encadenada. Vives torturada. En la Tierra eres un trapajo sucio que puede ser pisoteado por cualquiera. Si tratas, en alguna hora de dolor, de encontrar consuelo alzando el espíritu hacia Dios, sientes la ira de Dios sobre ti, prostituta, y el Cielo más cerrado que para Adán. Si te encuentras mal, sientes el terror de morir porque conoces tu suerte. El Abismo es para ti.

¡Oh, desdichada! ¿Y no era suficiente? ¿Es que quieres unir a la cadena de tus culpas la de ser la perdición del Hijo del hombre, de Aquel que te ama? ¡El único que te ama! Porque también por tu alma se ha vestido de carne. Yo podría salvarte, si tú quisieras. Sobre el abismo de tu abyección se curva el Abismo de la misericordiosa Santidad, y espera un deseo tuyo de

salvación para sacarte del abismo de tu inmundicia. En tu corazón piensas que es imposible que Díos te perdone. Sacas los principios de este pensamiento tuyo por comparación con el mundo, que no te perdona el ser la prostituta. Pero Dios no es el mundo. Dios es Bondad. Dios es Perdón. Dios es Amor.

Has venido a mí, pagada para perjudicarme. En verdad te digo que el Creador, con tal de salvar a una criatura suya, puede transformar en bien incluso lo malo. Y, si tú lo quieres, en bien se transformará tu venida a mí. No te avergüences de tu Salvador. No te avergüences de mostrarle desnudo tu corazón. Aunque quieras velarlo, Él lo ve y llora por él; llora, ama. No te avergüences de arrepentirte. Sé audaz en el arrepentimiento como lo fuiste en la culpa. No eres la primera prostituta que llora a mis pies y conduzco de nuevo a la justicia... Jamás he alejado de mí a una criatura, por muy culpable que fuera. A1 contrario, he tratado de atraerla hacia mí; salvarla. Es mi misión. No me causa horror el estado de un corazón. Conozco a Satanás y sus obras. Conozco a los hombres y sus debilidades. Conozco la condición de la mujer que expía, como es justicia, más duramente que el hombre las consecuencias de la culpa de Eva. Sé, por tanto, juzgar y sé compadecerme. Y te digo que, más que para con las mujeres caídas, soy severo para con aquellos que las inducen a la caída. Respecto a ti, infeliz, soy más severo con los que te han mandado que contigo que has venido, no sabiendo con precisión a qué te prestabas. Hubiera preferido que hubieras venido impulsada por un deseo de redención, como otras hermanas tuyas. Pero, si secundas el deseo de Dios, y de una mala acción haces la piedra angular de tu nueva vida, Yo te diré la palabra de paz...

Jesús -que al principio estaba muy severo y cada vez ha ido adquiriendo un tono más dulce, aunque permaneciendo tan... Dios como para excluir cualquier debilidad de la carne y también cualquier error de valoración respecto a su bondad- ahora calla, y mira a la mujer, que ha estado todo este tiempo en pie pero encorvada, cada vez más encorvada, a unos dos metros de Él, y que a mitad de sus palabras se ha llevado las manos a la cara, apretando contra el velo, dos hermosas manos que sobresalen del manto oscuro, adornadas enteramente con anillos. Lleva pulseras en las muñecas, desnudos los brazos hasta el codo.

No podría decir si la mujer llora o no. Si lo hace, es calladamente, porque no se perciben ni sollozos ni convulsiones. Vestida de oscuro, está tan inmóvil que parece una estatua. Luego, de repente, cae de rodillas y se arrebuja en el suelo; entonces sí llora verdaderamente, sin miedo a que se vea. Y luego, permaneciendo así, como un trapajo tirado por el suelo, habla:

-¡Es verdad! Eres verdaderamente un profeta... Todo es verdad... Me han pagado por esto... Pero me habían dicho que era por una apuesta... La idea era descubrirte en mi casa... Pero también a tu lado...

-Mujer, Yo no escucho sino la narración de tus culpas... - la interrumpe Jesús.

-Es verdad. No tengo derecho a acusar a nadie, porque soy un estercolero de inmundicia. Es verdad todo. No soy feliz... No gozo de las riquezas, de los festines, de los amores... Me ruborizo al pensar en mi madre... Tengo miedo de Dios y de la muerte... Odio a los hombres que me pagan. Todo lo que has dicho es verdad. Pero no me arrojes de tu presencia, Señor. Nadie, nunca, después de mi madre, me ha hablado como Tú. Tú, incluso, me has hablado más dulcemente que mi madre, que en los últimos tiempos era dura conmigo por mi conducta... Para no seguir oyéndola, huí a Jerusalén... Pero Tú... Y es como si tu dulzura fuera nieve sobre el fuego que me devora. Mi fuego se atenúa; es más, es un fuego distinto. Era fuego ardiente, pero no daba ni luz ni calor: yo estaba como el hielo y en las tinieblas. ¡Oh, cuánto he querido sufrir! ¡Cuánto dolor inútil y maldito me he producido! Señor, te he dicho, a través de la puerta entreabierta, que era una desdichada y que tuvieras compasión. Eran las palabras de falsedad que me habían enseñado para decírtelas para llevarte a la trampa. Me dijeron que después mi belleza haría el resto... "¡Mi belleza! ¡Mis vestidos!...

La mujer se pone en pie. Ahora que está erguida veo que es alta. Se desprende bruscamente de su velo y de su manto, y aparece en su verdadera belleza de moreno castaño y carne blanquísima. Los ojos, agrandados por el rimel, aparecen ensanchados y muy hermosos, tienen una mirada de inocencia azarada que es extraño encontrar en una mujer de éstas. Quizás los ha lavado ya el llanto. La mujer desgarra y pisotea la tela del manto, rompe el velo, arranca las fíbulas preciosas del uno y del otro y las arroja al suelo, se saca anillos y pulseras, lanza lejos los adornos de la cabeza, se agarra los rizos llenos de horquillas brillantes y se los arranca y despeina, para borrar el artificio, en medio de una furia de sacrificio que llega a producir miedo. El collar que tiene en el cuello, estirajado con violencia, se desgrana y cae al suelo, y el pie calzado con sandalias adornadas pisotea las gemas y las tritura; el precioso cinturón sigue la misma suerte, y lo mismo un broche que sujetaba con arte la tela del vestido en el pecho. Y todo esto repitiendo en voz baja, jadeante:

-¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! Cosas malditas. ¡Fuera! Vosotros y quienes me las han dado. ¡Fuera mi belleza! ¡Fuera mis cabellos! ¡Fuera mi carne de jazmín!

Rápida, agarra una piedra angulosa que ve en el suelo y se golpea y se hace sangre en la cara, en la boca; se araña con las uñas pintadas. La sangre gotea de las heridas, los rasgos faciales aparecen abultados a causa de los golpes... hasta que su furia se aplaca y, jadeante, exhausta, desfigurada, despeinada, lacerada, sus vestidos, manchados de sangre y tierra, se arroja al suelo a los pies de Jesús Y, gimiendo, dice: -Y ahora me puedes perdonar, si ves mi corazón, porque de mi pasado ya no hay nada, nada de... Has vencido Tú, Señor, contra tus enemigos y mi carne... Perdóname mi pecar...

-Te lo había perdonado ya, desde que he salido a tu encuentro. Levántate y no vuelvas a pecar nunca.

-Dime qué tengo que hacer, para ello.

-Aléjate de los lugares de tu pecado, de las personas que saben quién eres. Tu madre...

-¡Oh, mi Señor! Ella ya no me recibirá. Me odia a causa de mi padre, que murió por mí maldiciéndome.

-Si te acoge Dios que es Dios, y te acoge porque es Padre, ¿podrá no acogerte la madre que te ha engendrado y que es mujer como tú? Ve humildemente donde ella. Llora a sus pies como lloras a los míos. Confiésate a ella como has hecho conmigo. Manifiéstale tu sufrimiento. Invoca su piedad. Tu madre espera este momento desde hace años. Lo espera para morir en paz. Soporta sus palabras de amorosa reprensión como has soportado las mías. Yo, para ti, era un extraño, y a pesar de todo me has escuchado. Ella es tu madre. Tienes el doble deber, por tanto, de escucharla con respeto.

-Tú eres el Mesías. Eres más que mi madre.

-Esto lo dices ahora. Pero cuando has venido para tentarme no sabías que era el Mesías, y, no obstante, has escuchado mis palabras.

-Eras tan distinto de los hombres... tan... ¡Eres santo, Jesús de Nazaret!

-Tu madre es santa como madre y como criatura. Por sus oraciones has hallado misericordia ante Dios. ¡La madre siempre es santa! Y Dios quiere que se honre a la madre.

Yo la he mancillado. Todo el pueblo lo sabe.

-Razón de más para ir a ella y decirle: "Madre, perdón". Y para consagrarle la vida para compensarla por las penas que por ti ha sufrido.

-Lo haré... Pero... Señor, no me mandes ahora a Jerusalén. Ellos me esperan... y no sé si sabré resistir las amenazas... Déjame aquí hasta el alba, y después...

-Espera un momento.

Jesús se levanta, va a la puerta de la cocina, llama, dice que le abran y añade: -Elisa, sal.

Elisa obedece. Jesús la conduce hacia la mujer, la cual, al ver venir a otra mujer, y anciana, tiene una reacción de vergüenza y trata de taparse la cara y el vestido procaz con los restos del manto y del velo desgarrados.

-Escucha, Elisa. Yo dejo inmediatamente esta casa. Dirás a mis apóstoles que me verán a la aurora en la puerta de Herodes. Todos menos Judas de Keriot, que *debe* venir conmigo. Llevarás a esta mujer a dormir contigo. Puedes ocupar mi cama, porque Yo no volveré a Nob durante mucho tiempo. Mañana, cuando se despierte Juan, tú y él acompañaréis a esta mujer a donde ella diga. Le darás una túnica común y un manto de los tuyos. Y la ayudaréis *en todo.*

-De acuerdo, Señor. Se hará como Tú quieres. Lo siento por Juan...

-Yo también. Quería complacerlo, pero el odio de los hombres impide al Hijo del hombre dar una hora de fiesta a un justo...

-¿Y después, Señor?

-¿Después? Puedes volver a Betsur, y esperar... Adiós, Elisa. Mi bendición y mi paz queden contigo. Adiós, mujer. Te dejo en manos de una madre y un justo. Pero, si crees que debes volver para recoger tus bienes...

-No. Ya no quiero tener nada del pasado.

-¡Pero mujer! ¡No podrás dejar todo abandonado! ¿No tienes siervos ni parientes? - dice Elisa.

-Tengo sólo una sierva... y...

-Tendrás que despedirla, tendrás que...

-Te ruego que lo hagas tú, cuando vuelvas. Ayúdame a sanar del todo, mujer. Hay una verdadera angustia en la mujer.

-¡Sí, hija mía! Sí. No te acongojes. Mañana pensaremos en todas estas cosas. Ahora ven conmigo arriba - y Elisa la toma de la mano y la guía por la escalera a uno de los dos cuartos superiores.

Luego, rápidamente, baja:

-He pensado que convenía que todos te vieran sin ella, Señor. Y que no supieran dónde está. Estas joyas... Se agacha a recoger anillos y pulseras, fíbulas y horquillas y cinturón, y todas las cuentas que puede del collar roto:

-¿Qué vamos a hacer, Señor, con esto?

-Ven conmigo. Tienes razón. Conviene que me vean.

Entran en la cocina. Todos miran a Jesús con gesto interrogativo. Se ha levantado también el anciano, quizás despertado por una polémica.

-Elisa, da a Tomás las cosas preciosas. Y Tú, Tomás, mañana 1as venderás a algún orfebre. Servirán para los pobres. Sí. Son joyas de mujer, de esa mujer. Ésta es la respuesta para quien piensa que una carne pueda tentar al Hijo del hombre y desviarlo de su misión. Y también es el consejo, para todos los que me odian, de que es inútil cualquier embrollo para encontrar materia de acusación. Juan, Elisa te dirá lo que debes hacer. Yo te bendigo...

-¿Me dejas, Señor?

El viejecito está afligido.

-Debo hacerlo. Adiós. La paz sea contigo.

Se vuelve hacia los apóstoles:

-Id a descansar. Todos menos Judas de Keriot, que viene conmigo.

-¿Pero a dónde? Es de noche - objeta Judas.

-A orar. No te va a perjudicar. ¿O es que temes el aire nocturno si lo respiras conmigo?

Judas agacha la cabeza y, de mal talante, coge su manto, mientras Jesús coge el suyo.

-Mañana a la aurora en la puerta de Herodes. Iremos al Templo y...

-¡No!

El "no" es unánime; el de Judas, el más fuerte.

-Iremos al Templo. ¿No has dicho, acaso, que los has convencido de que me dejen en paz?

-Es verdad.

-Pues entonces iremos al Templo. Ven - y está para salir.

-Pues ya se acabó la fiesta que habíamos preparado... - suspira Pedro.

-Terminada antes de empezar, deberías decir - le responde Santiago de Zebedeo.

Jesús está ya en el umbral de la puerta. Se vuelve y bendice. Luego desaparece en la noche.

En la cocina, todos se han quedado mudos. Hasta que Mateo pregunta a Elisa: -¿Pero y qué es lo que ha pasado?

-No lo sé. Había una mujer que lloraba. Y Él ha dicho lo que os ha dicho luego a vosotros. No sé ni quién es, ni de dónde ni por qué ha venido...

-Bien. Vamos...

Y, menos Mateo y Bartolomé, que duermen en la casa, se marchan todos.

## 533

## Hacia Jerusalén con Judas Iscariote.

El alba esclarece el horizonte. El bosque de olivos que cubre el monte se ilumina poco a poco y va saliendo de la sombra; los troncos, todavía en penumbra, parecen ausentes; no así las copas plateadas, ya visibles. Parece que la niebla se extiende sobre el monte, pero es sólo el tono gris de las frondas en la luz incierta matutina.

Jesús está solo bajo los olivos. No es el Getsemaní, porque el Getsemaní está situado paralelo -así lo diré- al Moria, mientras que aquí el Moria cae enfrente. Por tanto, estamos al norte de Jerusalén, más allá de las tumbas de los reyes. Jesús sigue orando, y no deja de hacerlo siquiera cuando los primeros trinos de los pájaros le dicen que ha venido el día. Sólo cuando el primer rayo de sol -ya ha salido el astro- enciende un punto de oro en el oro hasta ahora velado de las cúpulas del Templo, se pone en pie, se quita el manto y lo sacude -hay vestigios de tierra y alguna hojita seca pegada al grueso tejido-, se alisa con la mano la barba y el pelo, y luego se coloca la túnica y el cinturón, se observa las correas de las sandalias, se pone de nuevo el manto y se encamina cuesta abajo por un senderito apenas trazado entre los troncos. Quizás se dirige a aquella casita que está a mitad de la ladera y de cuyo techo se eleva un poco de humo. Pero no. Tuerce hacia una vereda más ancha, que baja hacia el camino de primer orden que conduce a la ciudad.

Detrás de Él se precipita cuesta abajo Judas Iscariote. Digo: *se precipita,* porque corre como un loco para alcanzar al Maestro. Y, llegado a la distancia de poder usar la voz, lo llama. Jesús se para. Judas se llega a Él jadeando:

-¡Maestro... menos mal que he pensado venir a buscarte! ¿Te marchabas así, sin mí? Ziforá me dijiste que te esperase en la casa, porque irías sin falta. Pero...

-¿No dije a todos que os esperaba en la puerta de Herodes al amanecer? Amanece. Voy a la puerta de Herodes.

-Sí, pero... era para los otros. Nosotros dos estábamos juntos.

-¿Juntos?

Jesús está muy serio.

-Pues claro, Maestro. Hemos salido juntos. Ha sido tu deseo. Luego has preferido ir a orar solo. Pero yo estaba dispuesto a ir contigo.

-En Nob has mostrado claramente que no te agradaba pasar la noche en oración con tu Maestro. Y te he evitado que tuvieras que hacer forzado un acto de virtud. No habría servido para nada. El bien hay que saber hacerlo espontáneamente para que tenga fragancia y sea fructífero. En caso contrario, no es más que una... pantomima, y a veces peor que una pantomima.

-Pero yo... ¿Por qué de un tiempo a esta parte estás tan severo conmigo? ¿Ya no me quieres?

-Con mayor razón que tú, podría preguntarte Yo: ¿ya no me quieres? Pero no te lo pregunto. Porque incluso esta pregunta sería una cosa inútil, y Yo no hago nunca cosas inútiles.

-¡Ya, claro! Porque bien sabes que te quiero.

-Quisiera saberlo, Judas de Keriot. Y quisiera poder decirte: sé que me amas. Pero, de la misma manera que no hago nunca cosas inútiles, no digo nunca palabras falsas. Por eso no te digo que sé que me amas.

-¿Cómo es eso, Maestro? ¿Yo no te amo? ¿No trabajo para ti? ¿Puedes, acaso, dudarlo? Esto me apena. ¡Yo que en cuanto comprendo que una cosa te apena ya no la hago y velo por que no se haga! Mira: comprendí que te desagradaba que... saliera de noche, y no he vuelto a salir; comprendí que te cansaban sobremanera las disputas de tus adversarios, y fui -y no se abstuvieron de ofenderme- a decirles que ya bastaba, y ya ves que no te han vuelto a importunar. Y espero que no te importunen ni siquiera en el Templo. ¡No eres justo. Maestro, con el pobre Judas!

-Eres el primero, de entre mis seguidores, que me acusa de injusticia...

-¡Oh, perdón! Pero tus palabras, tu severidad, me apenan tanto, que ya no sé reflexionar. Me enajenan, créelo. ¡Venga, paz mía, hagamos la paz entre nosotros! Yo quiero estar contigo como si fuera una unidad contigo. Juntos siempre...

-Hace un tiempo lo estábamos. Pero ahora, dime, Judas: ¿alguna vez lo estamos?

-¿Todavía por aquella noche?, ¿o porque no fui contigo a Betabara? Tú sabes por qué no fui. Por tu bien... Y aquella noche... ¡Soy un hombre joven, Señor! Pero, aparte de esos momentos en que, lo confieso, puedo haber errado, es más: seguro que he errado, estoy siempre contigo.

-No hablo de la cercanía corporal, sino de la espiritual, de la de pensamiento y corazón. Estás lejos, Judas, de tu Salvador, y te alejas cada vez más.

-¡Lo ves! ¡A mí todos los reproches! Y, sin embargo, ya ves con qué humildad los tomo. Te dije que me alejaras de ti. Me has retenido... ¿Y entonces qué quieres de mí?».

-¡Que qué quiero! Quisiera no haber tomado inútilmente una Carne por ti. ¡Esto es lo que quisiera! Pero tú ya eres de otro padre, de otro país, hablas otra lengua... ¡Oh, qué hacer, Padre mío, para purificar el templo profanado de este hijo tuyo y hermano mío?

Jesús vierte lágrimas, palidísimo, hablando al Padre suyo.

Judas también se pone térreo y se separa mucho, guardando silencio. Jesús lo pasa unos metros y, agachada la cabeza, desciende recogido en su dolor. Y entonces Judas hace un gesto de burla, de amenaza, yo diría: de cruel juramento, a espaldas del Inocente. Su cara, hasta ese momento enmascarada tras una hipócrita pátina de dulzura y humildad, pasa a ser angulosa, dura, fea, cruel. Verdaderamente demoníaca. Todo el odio, pero un odio no humano, está presente en el fuego de esas negras pupilas, y ese fuego de odio se concentra en el alto cuerpo de Jesús. Luego, encogiéndose de hombros y dando un airado golpe con el pie, Judas pone fin a su razonamiento interno. Y reanuda el camino, recuperada la compostura, como uno que hubiera decidido ya irrevocablemente.

La ciudad está ya próxima con sus murallas. Gente que se aglomera en las puertas. Forasteros, hortelanos, habitantes de los pueblos cercanos. Entre los que están al pie de las murallas, también los once apóstoles, los cuales, al ver al Maestro, van a su encuentro.

-Maestro, mientras esperábamos aquí, ha venido un hombre buscándote. Ha dicho que Valeria te ruega que vayas sin falta a la sinagoga de los libertos romanos. Que ella estará allí.

-De acuerdo. Iremos. Antes vamos donde José de Seforí, porque mi túnica no está limpia.

-¿Dónde has dormido, Señor? - pregunta Pedro.

-En ningún lugar, Simón. He orado en el monte. Y la tierra estaba húmeda, incluso fangosa. Ya ves.

-¿Por qué orar así, a la intemperie, Señor? Te podría hacer daño...

-Los elementos no hacen daño al Hijo del hombre. Las cosas de Dios son buenas. Son los hombres los que odian al Hombre.

Pedro suspira... Se alejan en dirección a la casa del galileo, seguidos de los demás…

## 534

## Enseñanzas y curaciones en la sinagoga de los libertos romanos. Un encargo para los gentiles.

La sinagoga de los romanos está justo enfrente del Templo, cerca del Hípico. Un grupo de gente espera a Jesús, y, cuando lo señalan a la entrada de la calle, unas mujeres son las primeras que van a su encuentro. Jesús está con Pedro y Judas Tadeo.

-¡Hola, Maestro! Te agradezco que hayas aceptado mi petición. ¿Entras ahora en la ciudad?

-No. Estoy ya desde la hora primera. He estado en el Templo.

-¿En el Templo? ¿No te han injuriado?

-No. La hora era temprana e ignoraban mi venida.

-Te había llamado por este motivo... y también porque aquí hay gentiles que querrían oírte. Desde hace días van al Templo a esperarte. Pero se han burlado de ellos e incluso los han amenazado. Ayer estaba yo también y comprendí que se te espera para injuriarte. He mandado hombres a todas las puertas. Con el oro todo se obtiene...

-Te lo agradezco. Pero Yo, Rabí de Israel, no puedo no subir al Templo. ¿Estas mujeres quiénes son?

-Mi liberta Tusnilde. Dos veces bárbara, Señor. De los bosques de Teotuburgo. Botín de esas imprudentes avanzadas que tanta sangre han costado. Mi padre se la regaló a mi madre, y ella a mí, para mi boda. De sus dioses a los nuestros. De los nuestros a ti, porque ella hace lo que yo hago. Es muy buena. Las otras son las mujeres de los gentiles que te esperan. De todas las regiones. La mayor parte enfermas. Han venido con las naves de sus maridos.

-Vamos a entrar en la sinagoga...

El arquisinagogo, erguido en el umbral de la puerta, se inclina y se presenta: -Matatías Sículo, Maestro. Alabado y bendito seas.

-Paz a ti.

-Entra. Cierro la puerta para estar tranquilos. Es tanto el odio, que los ladrillos son ojos y las piedras oídos para observarte y denunciarte, Maestro. Quizás son mejores estos que, con tal de que no se toquen sus intereses, no se meten con nosotros - dice el anciano arquisinagogo, mientras va andando al lado de Jesús para llevarlo, pasado un pequeño patio, a una amplia estancia, que es la sinagoga.

-Curemos primero a los enfermos, Matatías. Su fe merece premio - dice Jesús. Y pasa de una a otra mujer imponiendo las manos. Algunas están sanas, pero el enfermo es el hijito que tienen en brazos, y Jesús lo cura.

Una es una niña paralizada completamente; una vez curada, grita:

-¡Sitaré te besa las manos, Señor!

Jesús, que ya había pasado adelante, se vuelve sonriendo y pregunta:

-¿Eres sira?

La madre explica:

-Fenicia, Señor. De allende Sidón. Estamos en las orillas del Tamiri. Y tengo otros diez hijos y otras dos hijas, una de nombre Sira y la otra Tamira. Y Sira es viuda, a pesar de ser poco más que una niña. Así que, siendo ya libre, se ha establecido en casa de su hermano, aquí en la ciudad, y es seguidora tuya. Ella nos dijo que Tú lo podías todo».

-¿No está aquí contigo?

-Sí, Señor. Está ahí, detrás de esas mujeres.

-Acércate - manda Jesús.

La mujer, temerosa, avanza entre el grupo de mujeres.

-No tienes que tener miedo de mí si me amas - la conforta Jesús.

-Te amo. Por eso he dejado Alejandrocenas. Porque pensaba que te podría oír otras veces y... que aprendería a aceptar mi dolor...

Llora.

-¿Cuándo te has quedado viuda?

-A1 final de vuestro Adar... Si hubieras estado, Zeno no habría muerto. Él lo decía... porque te había oído hablar y creía en ti.

-Entonces no está muerto, mujer. Porque quien cree en mí vive. La verdadera vida no es este día en que vive la carne. La vida es aquella que se obtiene creyendo y yendo en pos de quien es Camino, Verdad y Vida, y obrando según su palabra. Aunque este creer y seguir fuera durante poco tiempo, y obrar por poco tiempo, un tiempo pronto truncado por la muerte del cuerpo, aunque fuera un solo día, una sola hora, en verdad te digo que esa criatura no conocerá ya la muerte. Porque el Padre mío y de todos los hombres no calculará el tiempo transcurrido en mi Ley y Fe, sino la voluntad del hombre de vivir hasta la muerte en esa Ley y Fe. Yo prometo la Vida eterna y quien cree en mí y obra según lo que digo, amando al Salvador, propagando este amor, practicando mis enseñanzas durante el tiempo que se le conceda. Los obreros de mi viña son todos aquellos que vienen y dicen: "Señor, recíbenos entre tus obreros", y en esa voluntad permanecen hasta que el Padre mío juzga terminada su jornada. En verdad, en verdad os digo que habrá obreros que habrán trabajado una sola hora, su *última hora,* y que tendrán más inmediato el premio que aquellos que hayan trabajado desde la primera hora pero siempre con tibieza, movidos al trabajo únicamente por la idea de no merecer el infierno, o sea, movidos por el miedo al castigo. No es éste el modo de trabajar que mi Padre premia con una gloria inmediata. Es más, a estos calculadores egoístas -que sienten el apremio de hacer el bien, el bien estrictamente necesario, por no atraerse una pena eterna- el Juez eterno les dará una larga expiación. Deberán aprender, a expensas de sí mismos, con una larga expiación, a darse un espíritu solícito en amor, y *en amor verdadero,* orientado todo a la gloria de Dios. *(Recordamos aquí que el dolor de atrición, o sea, cumplir los Mandamientos por temor a no condenarse, es válido para salvarse, aunque el dolor de contrición, o sea, aquel que nos mueve a cumplir los Mandamientos por amor a Dios, que, como Suma bondad, no se merece que lo ofendamos, es mucho más perfecto).* Y os digo también que en el futuro muchos serán, especialmente entre los gentiles, los que estarán entre los obreros de una hora, e incluso de menos de una hora, y que serán gloriosos en mi Reino, porque en esa única hora de respuesta a la Gracia, que los habrá invitado a entrar en la viña de Dios, habrán alcanzado la perfección heroica de la caridad. Ten, pues, buen ánimo, mujer. Tu marido no está muerto sino que vive. No lo has perdido; solamente está separado de ti un tiempo. Ahora tú, como esposa que no hubiera entrado todavía en casa del esposo, debes prepararte para las verdaderas nupcias inmortales con aquel que lloras. ¡Oh, dichosas nupcias de dos espíritus que se han santificado y que se unen de nuevo, para siempre, en donde no existe ya la separación ni el temor del desamor ni las penas, en donde los espíritus exultarán en el amor de Dios y en el amor recíproco! La muerte para los justos es verdadera vida, porque ya nada podrá amenazar la vitalidad del espíritu, o sea, su permanencia en la Justicia. Lo caduco ni lo llores ni lo añores, Sira. Alza tu espíritu y ve las cosas con justicia y verdad. Dios te ha amado salvando a tu consorte del peligro de que las obras del mundo destruyeran su fe en mí.

-Me has consolado, Señor. Viviré como dices. Bendito seas Tú, y contigo el Padre tuyo, eternamente.

Jesús hace ademán de seguir adelante y el arquisinagogo dice:

-¿Puedo ponerte un reparo, sin que te parezca ofensa?

-Habla. Aquí soy Maestro para dar sabiduría a quien me pregunte.

-Has dicho que algunos serán gloriosos enseguida en el Cielo. ¿No está cerrado el Cielo? ¿No están los justos en el Limbo en espera de entrar en el Cielo?

-Así es. El Cielo está cerrado. Y sólo lo abrirá el Redentor. Pero su hora ha llegado. En verdad te digo que el día de la Redención ya clarece en Oriente y pronto estará en su cenit. En verdad te digo que no vendrá otra fiesta después de ésta, antes de ese día. En verdad te digo que estando ya en la cima del monte de mi sacrificio fuerzo ya las puertas... Mi sacrificio ya empuja en las puertas del Cielo, porque está ya en acción. Cuando esté cumplido -¡recuérdalo, oh hombre!-, se abrirán las sagradas cortinas y las celestes puertas. Porque Yeohveh ya no estará presente con su gloria en el Debir *(Santo de los santos),* e inútil será poner un velo entre el Incognoscible y los mortales, y la Humanidad que nos ha precedido y que fue justa volverá al lugar a donde había sido destinada, con el Primogénito a la cabeza, ya completo en carne y espíritu, y sus hermanos vestidos con la vestidura de luz que tendrán hasta que también sus carnes sean llamadas al júbilo.

Jesús pasa al tono de canto, propio de cuando un arquisinagogo *o* un rabí repite palabras bíblicas o salmos *(Ezequiel 37, 4-6.12-14)*, y dice:

-Y Él me dijo: "Profetiza a estos huesos y diles: “Huesos secos, escuchad la palabra del Señor... Ved que infundiré en vosotros el espíritu y viviréis. Pondré alrededor de vosotros los nervios, haré crecer a vuestro alrededor las carnes, extenderé la piel, os daré el espíritu y viviréis y sabréis que soy el Señor... Ved que abriré vuestras tumbas... os sacaré de los sepulcros... Cuando infunda en vosotros mi espíritu tendréis vida y haré que descanséis en vuestra tierra".

Toma de nuevo su modo habitual de hablar, baja los brazos -los había extendido hacia adelante-, y dice:

-Son dos estas resurrecciones de lo seco, de lo muerto, a la vida. Dos resurrecciones que están celadas en las palabras del profeta. La primera es la resurrección a la Vida y en la Vida, o sea, en la Gracia que es Vida, de todos aquellos que acogen a la Palabra del Señor, al Espíritu engendrado por el Padre, que es Dios como el Padre del que es Hijo, y que se llama Verbo, el Verbo que es Vida y da la Vida. La Vida de la que todos tienen necesidad y de la que está privado Israel tanto como los gentiles. Porque, si para Israel hasta ahora era suficiente para tener la eterna Vida tener esperanza en la Vida (la Vida que viene del Cielo) y esperarla; de ahora en adelante, para tener vida, Israel deberá acoger a la Vida. En verdad os digo que aquellos de mi pueblo que no me acogen a Mí-Vida no tendrán Vida, y mi venida será para ellos razón de muerte, porque habrán rechazado a la Vida que venía a ellos para comunicarse. Ha llegado la hora en que Israel quedará dividido en los vivos y los muertos. Es la hora de elegir, y de vivir o morir. La Palabra ha hablado, ha mostrado su Origen y Poder, ha curado, ha enseñado, resucitado, y pronto

habrá cumplido su misión. Ya no hay disculpa para los que no vienen a la Vida. El Señor pasa. Una vez que haya pasado, no vuelve. No volvió a Egipto para dar vida nueva a los hijos primogénitos de aquellos que lo habían escarnecido y avasallado en sus hijos. No regresará tampoco esta vez, cuando la inmolación del Cordero haya decidido los destinos. Los que no me acogen antes de mi Paso, y me odian y odiarán, no tendrán sobre su espíritu mi Sangre para santificarlos, y no vivirán, y no tendrán a su Dios con ellos para el resto del peregrinaje sobre la Tierra. Sin el divino Maná, sin la nube protectora y luminosa, sin el Agua que viene del Cielo, privados de Dios, irán vagando por el vasto desierto que es la Tierra, toda la Tierra, toda ella un desierto si para quien la recorre falta la unión con el Cielo, la cercanía del Padre y Amigo: Dios. Y hay una segunda resurrección, la universal, en que los huesos, blancos y dispersados a causa de los siglos, volverán a estar frescos y cubiertos de nervios, carne y piel. Y se llevará a cabo el Juicio. Y la carne y la sangre de los justos exultarán con el espíritu en el eterno Reino; y la carne y la sangre de los réprobos sufrirán con el espíritu en el eterno castigo. ¡Yo te amo, Israel; Yo te amo Gentilismo; Yo te amo, Humanidad! Y por este amor os invito a 1a Vida y a la Resurrección bienaventurada.

Los que llenan la amplia estancia están como hechizados. No hay distinción entre el estupor de los hebreos y el de los otros, de otros lugares y religiones; es más, yo diría que los más reverentemente asombrados son los extranjeros.

Uno, un hombre entrado en años y de grave porte, está susurrando algo.

Jesús se vuelve y pregunta:

-¿Qué has dicho, oh hombre?

-He dicho que... Me estaba repitiendo a mí mismo las palabras oídas a mi pedagogo en mi juventud. "Le está concedido al hombre subir con la virtud a divina perfección. En la criatura está el resplandor del Creador, que, cuanto más el hombre se ennoblece a sí mismo en la virtud, casi como consumiendo la materia en el fuego de la virtud, más se revela. Y le está concedido al hombre conocer al Ente que, al menos una vez en la vida de un hombre, o con severo o con paterno aspecto, se muestra a él para que pueda decir: "Debo se! bueno: ¡Mísero de mí si no lo soy! Porque un Poder inmenso ha refulgido ante mí para hacerme comprender que la virtud es deber y signo de la noble naturaleza del hombre". Hallaréis este resplandor de la Divinidad, unas veces, en la hermosura de la naturaleza, otras, en la palabra de un moribundo, o en la mirada de un desdichado que os mira y juzga, o en el silencio de la persona amada, que, callando censura una acción vuestra deshonrosa; lo hallaréis en el terror de un niño ante un acto vuestro de violencia, o en el silencio de las noches mientras estéis solos con vosotros mismos y en la habitación más cerrada y solitaria advirtáis un otro Yo, mucho más poderoso que el vuestro y que os habla con un sonido sin sonido. Y ése será el Dios, este Dios que debe ser, este Dios al que la Creación adora, aun quizás sin saber que lo está haciendo, este Dios que, único, verdaderamente satisface el sentimiento de los hombres virtuosos, que no se sienten ni saciados ni consolados por nuestras ceremonias y nuestras doctrinas, ni ante las aras vacías, bien vacías aunque una estatua las presida". Sé bien estas palabras, porque desde hace muchos lustros las repito como mi código y mi esperanza. He visto, he trabajado, y también he sufrido y llorado. Pero lo he soportado todo, y mantengo la esperanza con virtud, esperando encontrar antes de la muerte a este Dios que Hermógenes me había prometido que conocería. Ahora yo me decía que verdaderamente lo he visto. Y no como un fulgor, y no como un sonido sin sonido he oído su palabra; sino que en una serena y bellísima forma de hombre se me ha aparecido el Divino, y yo lo he sentido y estoy lleno de un sagrado estupor. El alma, esta cosa que los verdaderos hombres admiten, el alma mía te acoge, oh Perfección, y te dice: "Enséñame tu Camino y tu Vida y tu Verdad, para que un día yo, hombre solitario, me una de nuevo contigo, suprema Belleza".

-Nos uniremos. Y te digo también que, más tarde, te unirás con Hermógenes.

-¡Pero si murió sin conocerte!

-No es el conocimiento material el único necesario para poseerme. El hombre que por su virtud llega a sentir al Dios desconocido y a vivir virtuosamente en homenaje a este Dios, bien se puede decir que ha conocido a Dios, porque Dios se ha revelado a él como premio de su vivir virtuoso. ¡Ay si fuera necesario conocerme personalmente! Pronto ya alguno no dispondría de un modo de reunirse conmigo. Porque, os lo digo, pronto el Viviente dejará el reino de los muertos para volver al Reino de la Vida, y ya los hombres no tendrán otra manera de conocerme sino por la fe y el espíritu. Pero, en vez de detenerse, el conocimiento de mí se propagará, y será perfecto porque estará libre de todo lo que significa el lastre de la carne. Dios hablará, Dios actuará, Dios vivirá, Dios se revelará a las almas de sus fieles con su incognoscible y perfecta Naturaleza. Y los hombres amarán al Dios-Hombre. Y el Dios-Hombre amará a los hombres con los medios nuevos, con los inefables medios que su infinito amor dejará en la Tierra antes de volver al Padre tras haber cumplido todo.

-¡Oh! ¡Señor! ¡Señor! ¡Dinos cómo podremos encontrarte y saber que eres Tú el que nos habla, y saber dónde estás, una vez que te hayas marchado! - exclaman bastantes. Y algunos prosiguen:

-Somos gentiles y no conocemos tu código. No tenemos tiempo de quedarnos aquí y seguirte. ¿Cómo nos las vamos a arreglar para tener esa virtud que hace merecedores de conocer a Dios?

Jesús sonríe, luminosamente hermoso con la felicidad de estas conquistas suyas en la gentilidad, y dulcemente explica:

-No os preocupéis de saber muchas leyes. Irán éstos (y pone las manos en los hombros de Pedro y Judas Tadeo) a llevar mi Ley al mundo. Pero, hasta que vayan, tened como norma de ley las siguientes pocas frases en que está compendiada mi Ley de salud. Amad a Dios con todo vuestro corazón. Amad a las autoridades, a los parientes, a los amigos, a los siervos, al pueblo, y también a los enemigos, como os amáis a vosotros mismos. Y para estar seguros de no pecar, antes de cumplir cualquier acción, sea que os haya sido ordenada, sea que sea espontánea, preguntaos: "¿Me gustaría que lo que voy a hacerle a éste se me hiciera a mí?". Y, si sentís que no os gustaría, no lo hagáis. Con estas sencillas líneas podéis trazar en vosotros el camino por el que irá Dios a vosotros y vosotros iréis a Dios. Porque a ninguno le gustaría que un hijo fuera con él un ingrato, o que uno lo matara, que otro le robara o le quitara a su mujer o deshonrase a su hermana o a su hija o le usurpara la casa, los campos o los servidores fieles. Con esta regla seréis buenos hijos y buenos padres, buenos maridos, hermanos, comerciantes, amigos. Por tanto, seréis virtuosos, y Dios irá a vosotros.

Tengo alrededor de mí no sólo a hebreos y prosélitos en que no hay malicia; quiero decir que han venido a mí no para pillarme en renuncio, como hacen los que os han arrojado del Templo para que no vinierais a la Vida. Tengo también a gentiles de todas las partes del mundo. Veo a cretenses y fenicios mezclados con habitantes del Ponto y de la Frigia, y hay uno de las playas donde se abre el mar desconocido, vía para tierras desconocidas donde también seré amado. Y veo a griegos con sículos y cirenaicos con asiáticos. Pues bien, os digo: ¡Id! Decid en vuestros países que la Luz está en el mundo y que vengan a la Luz. Decid que la Sabiduría ha dejado los Cielos para hacerse pan para los hombres, agua para los hombres que languidecen. Decid que la Vida ha venido a sanar lo que está enfermo y a resucitar lo que está muerto. Y decid... decid que el tiempo pasa veloz como un relámpago de verano. Quien tenga deseos de Dios que venga. Su espíritu conocerá a Dios. Quien tenga deseos de curación que venga. Mi mano, mientras esté libre, otorgará curación a los que la invoquen con fe.

Decid... ¡Sí! Id, id diligentes, y decid que el Salvador espera a aquellos que esperan y desean una ayuda celestial, para la Pascua, en la Ciudad santa. Decídselo a los que tienen necesidad y a los que son simplemente curiosos. Del movimiento impuro de la curiosidad puede brotar para ellos la chispa de la fe en mí, de la Fe que salva. ¡Id! Jesús de Nazaret, el Rey de Israel, el Rey del mundo, convoca a los legados del mundo para darles los tesoros de sus gracias y tenerlos como testigos de su asunción, que lo consagrará triunfador, por los siglos de los siglos, Rey de reyes y Señor de señores. ¡Id! ¡Id!

En el alba de mi vida terrena, desde lugares distintos, vinieron los legados del pueblo mío a adorar al Infante en que el Inmenso se celaba. La voluntad de un hombre, que se creía poderoso y era un siervo de la voluntad de Dios, había ordenado un empadronamiento en el Imperio. Obedeciendo a una desconocida y perentoria orden del Altísimo, aquel hombre pagano había de ser heraldo respecto a Dios, que quería a todos los hombres de Israel, esparcidos por todos los lugares de la Tierra, en la tierra de este pueblo, cerca de Belén Efratá, para que se maravillaran con las señales venidas del Cielo con el primer vagido de un Niño. Y no bastando aún, otras señales hablaron a los gentiles, y sus legados vinieron a adorar al Rey de los reyes, pequeño, pobre, lejano de su coronación terrena, pero que ya era, ¡oh!, ya era Rey ante los ángeles.

Ha llegado la hora en que seré Rey ante los pueblos; Rey, antes de regresar al lugar de donde vengo. En el ocaso de mi día terreno, en mi atardecer de hombre, justo es que aquí haya hombres de todos los pueblos para ver a Aquel al que le corresponde ser adorado y en quien se cela toda la Misericordia. Y que gocen los buenos de las primicias de esta nueva mies, de esta Misericordia que se va a abrir como nube de Nisán para hinchar las corrientes de aguas saludables que pueden hacer fructíferas a los árboles plantados en sus orillas, como se lee en Ezequiel *(17, 5-8; 19, 10 -11)*
.

Y Jesús, de nuevo, sana a enfermos y enfermas, y recoge sus nombres, porque ahora todos quieren decirlo: «Yo, Zila... Yo, Zabdí... Yo, Gaíl... Yo, Andrés... Yo, Teófanes... Yo, Selima... Yo, Olinto... Yo, Felipe. Yo, Elisa... Yo, Berenice... Mi hija Gaya... Yo, Argenides... Yo... Yo... Yo...

Ha acabado. Quisiera marcharse. ¡Pero cuánto le ruegan que se quede más, que hable más!

Y uno, quizás tuerto porque tiene un ojo tapado con una venda, dice, para retenerlo más tiempo:

-Señor, fui agredido por uno que envidiaba mis buenos negocios. Me salvé la vida a duras penas. Pero un ojo se perdió, reventado por el golpe. Ahora mi rival es un pobre y una persona mal considerada, y ha huido a un pueblo cercano a Corinto. Yo soy de Corinto. ¿Qué debería hacer por este que por poco me mata? No hacer a los demás lo que a mí no me gustaría recibir, está bien. Pero yo de éste ya he recibido... y un mal... mucho mal... - y tan expresivo es su rostro, que se lee en él el pensamiento que no ha dicho: «y, por tanto, debería darle el talión...

Pero Jesús lo mira con luz de sonrisa en sus ojos zafíreos pero con dignidad de Maestro en la totalidad del rostro y dice:

-¿Y tú, de Grecia, me lo preguntas? ¿No dijeron, acaso, vuestros grandes que los mortales vienen a ser parecidos a Dios cuando responden a los dos dones que Dios les concede para hacerlos parecidos a Él, y que son: poder estar en la verdad y hacer el bien al prójimo?

-¡Ah, sí, Pitágoras!

-¿Y no dijeron que el hombre se acerca a Dios no con la ciencia y el poder u otra cosa, sino haciendo el bien.

-¡Ah, sí, Demóstenes! Pero, perdona si te lo pregunto, Maestro. Tú no eres sino un hebreo, y los hebreos no estiman a nuestros filósofos... ¿Cómo es que sabes estas cosas?

-Mira, porque Yo era Sabiduría inspiradora en las inteligencias que pensaron esas palabras. Donde el Bien está en acto, allí estoy Yo. Tú, griego, escucha de los sabios los consejos, en los que todavía hablo Yo. Haz el bien a quien te ha hecho el mal, y Dios te llamará santo. Y ahora dejadme marcharme. Tengo otros que me esperan. Adiós, Valeria. Y no temas por mí. No es todavía mi hora. Cuando llegue la hora, ni todos los ejércitos de César podrán poner freno a mis adversarios.

-Adiós, Maestro. Y ora por mí.

-Para que la paz te posea. Adiós. La paz a ti, arquisinagogo. La paz a los creyentes y a los que tienden a ella.

Y haciendo un gesto que es saludo y bendición, sale de la sala, atraviesa el patio y sale a la calle...

## 535

## Judas Iscariote llamado a informar a casa de Caifás.

No veo a Jesús ni a Pedro ni a Judas de Alfeo ni a Tomás; pero veo a los otros nueve, en dirección al barrio de Ofel.

La gente que hay por las calles no es el gentío de las fiestas de Pascua, Pentecostés y Tabernáculos; es, más o menos, la gente de la ciudad. Se conoce que las Encenias no eran muy importantes y no requerían la presencia de los hebreos en Jerusalén. Solamente los que coincidían en la ciudad, o los venidos de los pueblos cercanos, estaban en Jerusalén y subían al

Templo. Los demás, bien por la época del año, bien por el carácter propio de la fiesta, se quedaban en sus ciudades y en sus casas.

Pero muchos discípulos, los que por amor al Señor han dejado casa y padres, intereses y trabajos, están en Jerusalén y se han unido al grupo de los apóstoles. De todas formas, no veo a Isaac ni a Abel ni a Felipe, ni tampoco a Nicolái, que había ido a acompañar a Sabea a Aera. Hablan unos con otros afablemente, contando y oyendo contar, acerca de todos los hechos ocurridos en el tiempo en que han estado separados. Pero parece que ya han visto al Maestro, quizás en el Templo, porque no se extrañan de su ausencia. Andan despacio y de vez en cuando se paran como para esperar, mirando adelante y atrás, mirando a las calles que de Sión bajan a esta que lleva hacia las puertas meridionales de la ciudad.

En dos ocasiones algunos judíos que siguen al grupo, aunque sin mezclarse con él, no sé con qué intenciones o con qué encargos, llaman por el nombre a Judas Iscariote, que va casi al final de todos y está perorando para un grupito de discípulos llenos de buena voluntad pero no de ciencia. En dos ocasiones Judas se encoge de hombros sin volverse siquiera; pero, a la tercera, no tiene más remedio que hacerlo, porque un judío deja su grupo, hiende avasallador el de los discípulos, toma a Judas por una manga y le obliga a pararse, y le dice:

-Sal aquí un momento, que tenemos que decirte algo.

-Ni tengo tiempo ni puedo - responde tajante Judas Iscariote.

-Ve, ve. Te esperamos. En realidad, hasta que no veamos a Tomás no podemos salir de la ciudad - le dice Andrés, que es el más cercano a él.

-De acuerdo. Seguid adelante, que iré pronto - dice Judas sin ninguna aparente buena voluntad de hacer lo que debe hacer.

Ya solo, dice a su importunador:

-¿Y entonces? ¿Qué quieres? ¿Qué queréis? ¿No habéis terminado todavía de darme la lata?

-¡Oh! ¡Oh! ¡Qué aires que te das! ¡Pero cuando te llamábamos para darte dinero no te parecía que te diéramos la lata! ¡Eres soberbio! Pero alguien puede hacerte humilde... Recuérdalo.

-Soy un hombre libre y...

-No. No eres libre. Libre es aquel al que en manera alguna podemos hacer esclavo. Y tú conoces su nombre. ¡Tú!... Tú eres esclavo de todo y de todos, y en primer lugar de tu orgullo. Brevemente: ¡Ay de ti, si no vienes antes de sexta a casa de Caifás! ¡Considéralo!

Un "¡ay de ti!" verdaderamente amenazador.

-¡Bueno, bien! Iré. Pero mejor para vosotros sería dejarme tranquilo, si queréis...

-¿Qué? ¿Qué? ¡Vendedor de promesas! ¡Inútil...!

Judas, con un empujón, se libra del que lo tiene sujeto, y se marcha corriendo y diciendo:

-Hablaré allí.

Se llega a donde los otros de su grupo. Está pensativo y con aspecto un poco torvo. Andrés, solícito, le pregunta:

-¡Malas noticias? No, ¿no? Quizás tu madre...

Judas, que al principio lo había mirado mal, dispuesto ya a dar una agria respuesta, se pone más humano y dice:

-Claro. Noticias poco buenas... Ya sabes... la época del año... Ahora... porque me ha venido a la mente ahora una indicación del Maestro. Si ese hombre no me hubiera parado, me habría olvidado también de esto... Pero me ha mencionado el lugar donde vive y, oyendo ese nombre, me he acordado del encargo que tenía. Bueno, pues ahora, cuando vaya para esto, iré también donde ese hombre y me informaré mejor...

Andrés, tan sencillo y honesto como es, está muy lejos de sospechar que su compañero pueda mentir. Y dice solícito:

-Pues ve, ve enseguida. Yo se lo digo a los demás. ¡Ve, ve! Así te quitas esa desazón...

-No, no. Tengo que esperar a Tomás, por el dinero. Un momento más o menos...

Los otros, que se habían parado a esperar, los miran mientras van llegando.

-Le han dado tristes noticias a Judas - dice, solícito, Andrés.

-Sí... resumidamente. Pero luego sabré más, cuando vaya a hacer una cosa que tengo que hacer...

-¿El qué? - pregunta Bartolomé.

-Ahí está Tomás, viene corriendo - dice al mismo tiempo Juan, y eso le sirve a Judas para no contestar.

-¿Os he hecho esperar? ¿Mucho? Es que quería hacer bien las cosas... Y las he hecho bien. Mirad qué bonita bolsa. Buena para los pobres. Estará contento el Maestro.

-Hacía falta: no teníamos ni una perra para los mendigos - dice Santiago de Alfeo.

-Dámela - dice Judas Iscariote, alargando la mano hacia la pesada bolsa que Tomás hace botar en sus manos.

-Es que, en realidad... Jesús me ha dado a mí el encargo de la venta, y debo poner en sus manos lo que he sacado.

-Le dices la cifra. Ahora dámelo, que tengo prisa por marcharme.

-¡Que no te la doy, hombre! Jesús, cuando íbamos por el Sixto, me dijo: "Luego me das la suma". Y yo lo hago.

-¿De qué tienes miedo? ¿De que la aligere o te quite el mérito de la venta? Yo también vendí en Jericó. Y bien. Desde hace años soy yo el que se encarga del dinero. Es mi derecho.

-¡Oye, mira, si quieres montar una discusión por esto, ten! He hecho mi encargo y no me preocupa lo demás. Ten, ten. ¡Hay muchas cosas más bonitas que esto!... - y Tomás pasa la bolsa a Judas.

-La verdad es que si el Maestro ha dicho... - dice Felipe.

-¡No entres en sutilezas, hombre! Más bien, ahora que estamos todos juntos, vámonos. El Maestro ha dicho que estuviéramos en Betania antes de la hora sexta. Ya casi no hay tiempo - dice Santiago de Zebedeo.

-Entonces yo os dejo. Vosotros id hacia adelante, que yo voy y vuelvo.

-¡Eso no! Ha dicho bien claro: "Estad todos juntos" - dice Mateo.

-Todos juntos, vosotros. Pero yo tengo que irme. ¡Y ahora más, que sé lo de mi madre!...

-La cosa se puede interpretar también así. Si ha recibido indicaciones que desconocemos...- concilia Juan.

Los otros, menos Andrés y Tomás, parecen poco inclinados a dejar que se marche. Pero al final dicen:

-Bueno pues vete. Pero haz rápidamente las cosas y sé prudente...

Y Judas, mientras los otros reanudan su marcha, desaparece por una callejuela que sube a la colina de Sión.

-Pero no es así, no hemos hecho bien; el Maestro había dicho: "Estad siempre juntos y en paz". Hemos desobedecido al Maestro, y eso me atormenta - dice, pasado un rato, Simón Zelote.

-También lo pensaba yo... - le responde Mateo.

Todos los apóstoles están en grupo desde que han tenido que decidir sobre estas cosas suyas. He notado que los discípulos, cuando los apóstoles se reúnen para debatir una cuestión, siempre se separan con respeto.

Bartolomé dice:

-Hagamos esto. Despedimos a estos que nos siguen. Desde ahora. Sin esperar a estar en el camino de Betania. Y luego nos dividimos en dos grupos y esperamos a Judas, una parte en el camino bajo, otra parte en el camino alto; los más rápidos en el camino bajo, los otros en el alto. Aunque el Maestro nos precediera, nos vería llegar juntos, porque fuera de Betania un grupo espera al otro.

La cosa es aceptada. Despiden a los discípulos. Luego van juntos hasta el lugar en que se puede torcer hacia el Getsemaní y tomar el camino alto del Monte de los Olivos, y el bajo, que, orillando el Cedrón, va también a Betania y Jericó...

Judas, entretanto, se aleja corriendo como un perseguido. Sigue durante un rato subiendo la callejuela estrecha que lleva hacia la cima del Sión en dirección a poniente, luego tuerce por una callejuela aún más pequeña, casi un callejón, que, en vez de subir, baja hacia mediodía. Desconfía. Corre y, cada cierto tiempo, se vuelve como asustado: visiblemente desconfía de que lo estén siguiendo.

La callejuela, tortuosa entre los salientes de las casas construidas sin norma de edificación, se abre ya a una zona dilatada de campos. Fuera de las murallas, al otro lado del valle, hay una colina. Es una colina baja cubierta de olivos, al otro lado del árido pedregal del valle de Hinnon. Judas corre hacia abajo ligero, pasando entre los setos que sirven de límite a los pequeños huertos de las últimas casas rayanas a las murallas, las pobres casas de los pobres de Jerusalén, y no toma, para salir de la ciudad, la puerta de Sión -la tiene cerca-, sino que corre hacia arriba, hacia otra puerta un poco occidental. Está ya fuera de la ciudad. Trota como un potro para no demorarse. Pasa como el viento junto a un acueducto; luego, sordo a los lamentos, junto a las tristes grutas de los leprosos de Hinnon. Está claro que busca los lugares que los demás evitan.

Va recto hacia la colina cubierta de olivos, solitaria al sur de la ciudad. Respira hondo en señal de alivio cuando se ve en sus laderas, y aminora el paso, se coloca la prenda que cubre su cabeza, el cinturón, la túnica -se la había recogido-, mira hacia Oriente, haciendo de la mano visera, porque le da el sol en los ojos, mira hacia el camino bajo que va a Betania y Jericó, pero no ve nada que lo intranquilice. Es más, un saliente de la colina hace de telón entre él y ese camino. Sonríe. Empieza a subir la colina lentamente, para que se le pase el jadeo. Entretanto, piensa. Y, cuanto más piensa, más tenebroso se pone. Claramente, monologa, pero en silencio. En un momento determinado, se para, saca del pecho la bolsa, la observa, luego la devuelve al pecho, no sin antes haber dividido su contenido poniendo una parte en su bolsa, quizás para que se perciba menos el volumen que ha ocultado en el pecho.

Hay una casa entre los olivos. Una casa hermosa. La más hermosa de la colina, porque otras casitas que están esparcidas por las laderas, no sé si dependientes de la casa hermosa o autónomas, son bien humildes. Llega a ella por una especie de paseo de arena entre olivos plantados con orden. Llama a la puerta. Se identifica. Entra Va, seguro, atravesando el atrio, a un patio cuadrado en torno al cual hay muchas puertas. Empuja una de ellas.

Entra en una vasta estancia donde hay un cierto número de personas, de las cuales reconozco la cara disimulada y, al mismo tiempo, rencorosa de Caifás, la ultrafarisaica de Elquías, la de garduña del Anciano Félix junto a la de víbora de Simón. Más allá está Doras hijo de Doras, que cada vez se parece más en las facciones a su padre, y con él Cornelio y Tolmái. Y están los otros escribas Sadoq y Cananías, viejo de años, apergaminado, pero joven en maldad, y Calasebona el Anciano, y Natanael ben Faba, y luego un cierto Doro, un Simón, un José, un Joaquín, que no conozco. Caifás dice los nombres -yo los escribo- y termina: «...reunidos aquí para juzgarte».

Judas tiene una cara extraña: de miedo, de rabia, de violencia, al mismo tiempo. Pero guarda silencio. No exhibe su altivez. Los otros lo rodean, sarcásticos, y cada uno suelta lo que piensa.

-¿Y entonces? ¿Qué has hecho de nuestro dinero? ¿Qué nos dices, hombre sabio, hombre que hace todo, y pronto y bien? ¿Dónde está tu trabajo? Eres un embustero, un charlatán incapaz para todo. ¿Dónde está la mujer? ¿Ni siquiera a ella la tienes? ¿Así que, en vez de servirnos a nosotros, le sirves a Él, no? ¿Es así como nos ayudas?

Un asalto malévolo, con gritos, voces descompuestas; un asalto amenazador, del cual muchas palabras no logro entender.

Judas se deja gritar a placer. Cuando ya están cansados y jadeantes, habla él: -He hecho lo que he podido. ¿Qué culpa tengo yo si es un hombre al que ninguno puede hacer pecar? Dijisteis que queríais probar su virtud. Os he dado la prueba de que no peca. Por tanto, os he servido en aquello que queríais. ¿Habéis logrado todos vosotros, acaso, ponerlo en situación de acusado? No. De todos vuestros intentos de hacerle aparecer como pecador, de hacerle caer en una trampa, Él ha salido más grande que antes. ¿Y entonces, si no lo habéis logrado vosotros con vuestro rencor, acaso debía lograrlo yo, que no lo odio, que únicamente estoy desilusionado de haber seguido a un pobre inocente, demasiado santo para poder ser un rey, y además un rey que aplaste a sus enemigos? ¿Qué mal me ha hecho para que yo se lo haga a Él? Hablo así porque pienso que vosotros lo odiáis hasta el punto de querer su muerte. No puedo creer ya que queréis sólo convencer al pueblo de que es un demente, y convencernos a nosotros, a mí, por nuestro bien, y a Él mismo por compasión por Él. Sois demasiado generosos conmigo, y estáis demasiado furiosos por verlo al margen del mal, como para que pueda creerlo. Me preguntáis que qué he hecho de

vuestro dinero. Le he dado el uso que ya sabéis. Para convencer a la mujer he tenido que gastar y gastar... Y no he logrado hacerlo con la primera y...

-¡Calla, calla! Nada de eso es verdad. Ella estaba loca por Él y, sin duda, ha ido enseguida. Además, lo habías garantizado, porque decías que ella te lo había confesado. Eres un ladrón. ¿Quién sabe para qué te habrá servido nuestro dinero?

-¡Para perderme el alma, asesinos de un alma! Para hacer de mí un hombre desleal, uno que ya no tiene paz, uno que siente que suscita la sospecha en Él y en los compañeros. Porque, habéis de saberlo, Él me ha descubierto... ¡Oh, si me hubiera expulsado! Pero no me expulsa. No. No me expulsa. ¡Me defiende, me protege, me ama!... ¡Vuestro dinero! ¿Pero por qué acepté la primera moneda?

-Porque eres un infame. De momento has disfrutado nuestro dinero. Y ahora te quejas de haberlo disfrutado. ¡Falso! La realidad es que no hemos concluido nada, y las multitudes que están en torno a Él crecen en número y cada vez están más cautivadas. Nuestro fin se aproxima, ¡y por tu culpa!

-¿Mía? ¿Y por qué, entonces, no os atrevisteis a prenderlo y a acusarlo de haber querido hacerse rey? Me dijisteis, incluso, que habíais querido tentarlo, a pesar de que yo os hubiera dicho que ello era inútil, que Él no tenía hambre de poder. ¿Por qué no le habéis inducido a pecar contra su misión, si sois tan hábiles?

-Porque se nos ha escapado de las manos. Es un demonio que cuando quiere, se desvanece como el humo. Es como una serpiente hechiza, no se puede hacer nada si mira.

-Si mira a los enemigos: a vosotros. Porque yo veo que, si mira a los que no lo odian con todo su ser, como hacéis vosotros, entonces su mirada le hace a uno moverse, hace actuar. ¡Oh, su mirada! ¿Por qué me mira así y me hace bueno, a mí que para mí mismo soy un monstruo, y para vosotros también, que me hacéis diez veces monstruo?

-¡Cuántas palabras! Tú nos habías asegurado que, por el bien de Israel, nos ayudarías. ¿Pero no comprendes, infame, que este hombre es nuestro fin?

-¿Nuestro? ¿De quién?

-¡Pues de todo el pueblo! Los romanos...

-No. Es sólo vuestro fin. Vosotros teméis por vosotros. Sabéis que Roma no se cebará en nosotros por causa de Él. Vosotros sabéis esto como lo sé yo y como lo sabe el pueblo. Pero vosotros os estremecéis porque sabéis que os puede arrojar del Templo, teméis que os arroje del Templo, del Reino de Israel. Y haría bien. ¡Haría bien en limpiar su era de vosotros, hienas inmundas, basura, áspides!...

Está furioso.

Ellos también se han puesto furiosos. Lo agarran, lo zarandean, casi lo tiran al suelo... Caifás le grita en la cara:

-¡De acuerdo! ¡Es así! Pero, si es así, tenemos derecho a defender lo nuestro. Y, dado que las pequeñas cosas ya no bastan para convencerlo a marcharse, a dejar libre el campo, pues ahora vamos a actuar nosotros solos, dejándote a ti atrás, siervo inútil, charlatán. Y después de a Él, te serviremos también a ti, no lo dudes, y...

Elquías tapa la boca a Caifás, y dice con su flema glacial de serpiente venenosa: -No. Así no. Exageras, Caifás. Judas ha hecho lo que ha podido. No debes amenazarle. En el fondo ¿no tiene él nuestros mismos intereses?

-¿Pero eres estúpido, Elquías? ¿Yo los intereses de éste? ¡Yo lo que quiero es que El sea, aplastado! Y Judas lo que quiere es que triunfe para triunfar con Él. Y dices… - grita Simón.

-¡Calma, calma! Decís siempre que soy severo. Pero hoy... soy el único bueno. Tenemos que comprender a Judas y ser indulgentes con él, que nos ayuda como puede. Es buen amigo nuestro, pero, naturalmente, también lo es del Maestro. Su corazón está acongojado... Quisiera salvar al Maestro y a sí mismo y a Israel... ¿Cómo conciliar ciertas cosas tan opuestas? Dejémosle hablar.

La gritería se calma. Judas puede, por fin, hablar. Y dice:

-Elquías tiene razón. Yo. ¿Qué queréis de mí? Todavía no lo sé con precisión. He hecho lo que he podido. No puedo hacer más. Él es demasiado más grande que yo. Lee mi corazón... y no me trata nunca como merezco. Soy un pecador, y Él lo sabe y me absuelve. Si fuera menos vil debería... debería matarme, para ponerme en la imposibilidad de perjudicarle.

Judas se sienta, descorazonado. La cara entre las manos, los ojos desorbitados y fijos en el vacío, sufre visiblemente por la lucha entre sus opuestos instintos.

-¡Fantasías! ¿Pero qué crees que va a saber? ¡Eso que haces es porque estás arrepentido de haber tomado una serie de iniciativas! - exclama el que se llama Cornelio.

-¿Y si así fuera? ¡Ah, si así fuera! ¡Si estuviera realmente arrepentido y fuera capaz de permanecer en este arrepentimiento!...

-¿No lo veis? ¿No lo oís? ¡Pobre dinero nuestro! - grazna Cananías.

-Tratamos con uno que no sabe lo que quiere. ¡Hemos elegido a uno peor que un deficiente mental! - incrementa Félix.

-¿Deficiente mental? ¡Deberías decir: un títere! Le tira con un hilo el Galileo, va donde el Galileo. Le tiramos nosotros y viene donde nosotros - grita Sadoq.

-Bueno, pues, si hacéis las cosas mucho mejor que yo, actuad vosotros solos. Yo desde hoy me desentiendo. No os volváis a esperar ni un aviso ni una palabra. Ya no podría dárosla, porque ya Él sospecha de mí y me vigila...

-¡Pero si has dicho que te absuelve!

-Sí, me absuelve; precisamente porque sabe todo. ¡Todo lo sabe! ¡Todo lo sabe! ¡Oh! - Judas presiona las manos contra la cara.

-¡Pues lárgate, entonces, hembra con apariencia de hombre, mal nacido, deforme! ¡Lárgate de aquí! Nos arreglaremos nosotros solos. Y guárdate, guárdate de hablarle de esto a Él, porque, si lo haces, te las haremos pagar.

-¡Me marcho! ¡Me marcho! ¡Ojalá no hubiera venido nunca! De todas formas, recordad lo que ya os dije. Él ha estado con tu padre, Simón, y con tu cuñado, Elquías. No creo que Daniel haya hablado. Yo estaba presente y no los vi nunca hablar aparte. Pero tu padre... por lo que dicen mis compañeros, no ha hablado, y tampoco ha revelado tu nombre; se ha limitado a decir que su hijo lo ha echado de casa porque amaba al Maestro y no aprobaba su conducta... Pero ya ha dicho que nosotros nos vemos, que yo voy a tu casa... Y podría decir también lo demás. Tecua no está en los confines del mundo... No digáis luego que he hablado yo, cuando en realidad ya demasiados saben vuestros propósitos.

-Mi padre jamás hablará. Ha muerto - dice lentamente Simón.

-¿Muerto? ¿Lo has matado? ¡Qué horror! ¿Por qué te habré dicho dónde estaba?...

-Yo no he matado a nadie. No me he movido de Jerusalén. Hay muchas maneras de morir. ¿Te extraña que maten a un viejo, a un viejo que va a exigir monedas? Además... culpa suya. Si se hubiera estado tranquilo, si no hubiera tenido ni *ojos* para ver ni oídos parí oír ni lengua para censurar, todavía sería honrado y servido en casa de su hijo... - dice con una lentitud exasperante Simón.

-En definitiva... que lo has mandado matar, ¿no? ¡Parricida!

-Estás loco. Le han pegado al viejo, ha caído al suelo, ha golpeado la cabeza, ha muerto. Una desgracia. Una simple desgracia. Su desventura fue que le tocó exigir el pago del puesto a un bandolero...

-Te conozco, Simón. Y no puedo creerlo... Eres un asesino... - Judas está sobrecogido.

El otro se echa a reír delante de su cara mientras repite:

-Y tú estás delirando. Ves un delito donde no hay más que una desgracia. Yo lo he sabido anteayer, no antes, y ya he tomado las medidas oportunas, para hacer venganza y para rendir honor. Pero si rendir honor al cadáver he podido hacerlo, atrapar al asesino, no. Sin duda, algún bandolero que descendió del Adomín para despachar en los mercados lo que era su botín... ¿Y quién le echa el guante ya?

-No lo creo... No lo creo... ¡Me marcho! ¡Me marcho! ¡Dejadme marcharme!... Sois, peores que los chacales... ¡Me marcho! ¡Me marcho! - y recoge el manto que se le había caído y hace ademán de salir

Pero Cananías lo agarra con su mano rapaz:

-¿Y la mujer? ¿Dónde está la mujer? ¿Qué ha dicho? ¿Qué ha hecho? ¿Lo sabes?

-No sé nada... Déjame marcharme...

-¡Mientes! ¡Eres un embustero! - grita Cananías.

-No lo sé. Lo juro. Vino. Esto es cierto. Pero ninguno la vio. Ni yo, que tuve que salir enseguida con el Rabí, ni mis compañeros. Hábilmente, les he preguntado... Vi las joyas rotas que Elisa llevó a la cocina... y más no sé. ¡Lo juro por el Altar y el Tabernáculo!

-¿Y quién puede creerte? Eres vil. De la misma forma que traicionas al Maestro, puedes traicionarnos a nosotros. Pero, ¡ojo con lo que haces! ¡Estás avisado!

-No traiciono. ¡Lo juro por el Templo de Dios!

-Eres un perjuro. Tu cara lo dice. Le sirves a Él, no a nosotros...

-No. Lo juro por el Nombre de Dios.

-¡Dilo, si te atreves, como confirmación de tu juramento!

-¡Lo juro por Yeohveh! - y se pone térreo al pronunciar así el Nombre de Dios. Tiembla, balbucea, no sabe siquiera decirlo como normalmente es pronunciado. Parece como si dijera una Y, una hache, una uve muy alargada, yo diría que terminada en aspiración. Lo reconstruiría así: *Yeocveh.* En fin, de forma extraña.

El silencio -yo diría: cargado de miedo- se ha hecho en la habitación. Hasta incluso se han separado de Judas... Pero luego Doras y otro dicen: «Repite el mismo juramento como confirmación de que sólo a nosotros nos servirás...»

-¡Ah, no! ¡Malditos! ¡Eso no! Os juro que no os he traicionado y que no os delataré ante el Maestro. Y ya cometo un pecado. Pero no vinculo mi futuro a vosotros, a vosotros que mañana en nombre del juramento podríais imponerme..., cualquier cosa, incluso un delito. ¡No! Denunciadme como sacrílego ante el Sanedrín, denunciadme como asesino ante los romanos. No me defenderé. Me dejaré matar... Y será una buena cosa para mí. Pero yo ya no juro... nunca más juro... - y, con esfuerzos violentos, se libera de quien lo tiene sujeto, y sale corriendo y gritando:

-¡Pero sabed que Roma os vigila y que estima al Maestro!...

Un fuerte portazo, que hace retumbar la casa, señala que Judas ha salido de esa guarida de lobos.

Se miran unos a otros... La rabia, y quizás el miedo, los ha puesto lívidos... Y, no pudiendo desahogar su ira y miedo en alguno, se enzarzan entre ellos. Todos tratan de cargarle al otro la responsabilidad de los pasos dados y de las consecuencias que pueden tener. Unos reprochan en un sentido, otros en otro; unos por el pasado, otros por el futuro. Hay quien grita: « ¡Has sido tú el que ha querido seducir a Judas!»; o: « ¡Habéis hecho mal tratándole mal! ¡Os habéis descubierto!»; y hay quien propone: «Vamos a seguirlo, con dinero, disculpándonos...

-¡Eso sí que no! - grita Elquías, que es el más recriminado - Dejad esto de mi cuenta y deberéis reconocer mi atino. Judas, sin más dinero, se va a amansar. ¡Manso como un cordero! - y ríe serpentino.

-Se mantendrá en su postura hoy, mañana, quizás un mes... Pero luego... Es demasiado vicioso como para poder vivir en la pobreza que le da el Rabí... y vendrá a nosotros... ¡Ja! ¡Ja! ¡Dejad esto de mi cuenta! ¡Dejadlo de mi cuenta! Yo sé cómo...

-Sí. Pero mientras... ¿Has oído? ¡Los romanos nos espían! ¡Los romanos lo estiman! Y es verdad. Esta mañana también, y ayer, y anteayer, le estaban esperando en el Atrio de los Paganos. Siempre se las ve a las mujeres de la Antonia... Vienen hasta de Cesárea para escucharlo...

-¡Caprichos de mujeres! Eso no me preocupa. El hombre es guapo y habla bien. Ellas enloquecen por los charlatanes demagogos y filósofos. Para ellas el Galileo es uno de éstos, nada más. Y sirve para distraerse en sus momentos de ocio. ¡Hace

falta paciencia para lograr esto! Paciencia y astucia. Y valentía también. Pero vosotros no la tenéis. Queréis hacer sin aparecer. Yo ya os he dicho lo que haría Pero no queréis...

-Yo temo al pueblo. Lo ama demasiado. Amor aquí, amor allá. ¿Quién le puede tocar? Si lo expulsamos, nos expulsan a nosotros. Es necesario... - dice Caifás.

-Es necesario no dejar pasar más ocasiones. ¡Cuántas hemos perdido! A la primera que se presente, hay que presionar en los titubeantes de entre nosotros, y luego actuar también con los romanos...

-¡Fácil de decir! Pero ¿cuándo, dónde hemos tenido ocasión de hacerlo? No peca, no tiende al poder, no...

-Si no hay ocasión, se crea... Y ahora vámonos. Entretanto, mañana lo vigilaremos... El Templo es nuestro. Fuera manda Roma. Afuera está el pueblo para defenderlo. Pero dentro del Templo...

## 536

## Curación de siete leprosos y llegada a Betania con los apóstoles ya reunidos. Marta y María preparadas por Jesús a la muerte de Lázaro.

Jesús, con Pedro y Judas Tadeo, anda deprisa por un lugar triste, pedregoso, situado en un costado de la ciudad. Estoy casi segura de que está afuera y en el lado oeste de la ciudad porque no veo el verde olivar, sino el collado, es más, los collados, poco o nada verdeantes, del occidente de Jerusalén (entre los cuales, el triste Gólgota). -Podremos dar algo con lo que hemos podido comprar. Debe ser terrible vivir en los sepulcros en invierno - dice Judas Tadeo, cargado de fardos (como también lo está Pedro).

-Me alegro de haber ido donde los libertos porque me han dado este dinero para los leprosos. ¡Pobres infelices! En estos días de fiesta ninguno piensa en ellos. Todos disfrutan... Ellos recordarán la casa perdida... ¡En fin! ¡Si al menos creyeran en ti! ¿Lo harán, Maestro? - dice Pedro, siempre tan sencillo, tan apegado a su Jesús.

-Sea esa nuestra esperanza, Simón, sea esa nuestra esperanza. Entretanto, vamos a orar...

Y prosiguen orando.

E1 triste valle de Hinnon se muestra con sus sepulcros de vivos.

-Adelantaos y dad - dice Jesús.

Los dos caminan, y se ponen a hablar fuerte. Caras de leprosos se asoman a las aperturas de las grutas o abrigos.

-Somos los discípulos del Rabí Jesús - dice Pedro - Está viniendo y nos manda a socorreros. ¿Cuántos sois?

-Aquí siete. Tres en la otra parte, pasado En Rogel - dice uno por todos.

Pedro abre su fardo; Judas Tadeo, el suyo. Hacen diez partes. Pan, queso, mantequilla, aceitunas. ¿El aceite? ¿Dónde poner el aceite, que está en una orza?

-Uno de vosotros que lleve, allá, a la roca, un recipiente. Os dividís el aceite como hermanos que sois y en nombre del Maestro que predica el amor recíproco - dice Pedro.

Y un leproso, cojeando, baja hacia ellos, los cuales, entretanto, han ido a una ancha roca. Pone en ella una jarrita desportillada. Los mira mientras vierten el aceite y asombrado, pregunta:

-¿No tenéis miedo de estar tan cerca de mí?

En efecto, entre los dos apóstoles y el leproso media sólo la roca.

-Nosotros sólo tenemos miedo a lesionar el amor. Él nos ha mandado diciendo que os socorriéramos, porque el que es de Cristo debe amar como Cristo ama. Que este aceite pueda abriros el corazón, darle luz como si ya estuviera encendido en la lámpara de vuestro corazón. El tiempo de la Gracia ha venido para los que esperan en el Señor Jesús. Tened fe en Él. Él es el Mesías y sana los cuerpos y las almas. Todo lo puede, porque es el Emmanuel - dice Judas Tadeo con esa dignidad suya que siempre se impone.

El leproso está con su jarrita en las manos y lo mira como hechizado. Luego dice:

-Sé que Israel tiene a su Mesías, porque hablan de Él los peregrinos que vienen a la ciudad a buscarlo, y nosotros escuchamos lo que dicen. Pero nunca lo he visto, porque he venido aquí hace poco. ¿Y decís que me curaría? Entre nosotros, hay quienes lo blasfeman y quienes lo bendicen, y yo no sé a quién creer.

-¿Los que lo maldicen son buenos?

-No. Son crueles, y nos pegan. Quieren los lugares mejores y la parte más abundante. Y ni sabemos si vamos a poder seguir aquí, por este motivo.

-Como puedes ver, sólo el que aloja en sí al infierno odia al Mesías. Porque el infierno, se siente ya vencido por Él y por eso lo odia. Pero yo te digo que a Él se le debe amar, y con fe, si se quiere obtener del Altísimo gracia, aquí y más allá de esta Tierra - dice el mismo Judas Tadeo.

-¡Vaya que si quisiera obtener gracia! Estoy casado desde hace dos años y tengo un hijito que no me conoce. Estoy leproso desde hace pocos meses. Ya lo veis.

En efecto, tiene pocas señales.

-Entonces recurre al Maestro con fe. ¡Mira! Está viniendo a tus compañeros y vuelve aquí. Pasará y te sanará.

El hombre sube renqueando por la ladera y llama:

-¡Urías! ¡Yoa-Adiná! Y también vosotros, que no creéis. Viene el Señor a sa1varnos.

Una, dos, tres. Tres desventuras, cada vez mayores, se aproximan. Pero la mujer apenas se asoma. Es un horror viviente... Quizás, llora y quizás habla, pero no es posible comprender nada, porque su voz es un gañido que sale de lo que fue boca y que ahora no es más que dos mandíbulas semidesdentadas, descubiertas, horrendas...

-Sí, te digo que me han dicho que venga a llamaros. Que viene a curarnos.

-¡Yo no! No lo he creído las otras veces... y ya no me escuchará y además ya no puedo andar - dice -¡quién sabe con qué esfuerzo!-más claramente la mujer; se ayuda incluso con los dedos para sujetar los restos de los labios, para que la comprendan.

-Te llevamos nosotros, Adiná... - dicen los dos hombres y el de la jarrita.

-No... No... Yo he pecado demasiado... - y, en el mismo lugar en que está, se derrumba.

Otros tres corren, como pueden, avasalladores, y dicen:

-Mientras tanto, dadnos el aceite, y luego marcharos con Belcebú si queréis.

-¡El aceite es para todos! - dice el de la jarrita tratando de defender su tesoro. Pero los tres violentos, crueles, prevalecen sobre él y le arrancan la jarrita.

-¡Y siempre es así!... ¡Un poco de aceite después de tanto!... Pero... el Maestro viene, vamos donde Él. ¿Seguro que no vienes, Adiná?

-No me atrevo...

Los tres bajan hacia la roca. Se paran a esperar a Jesús, a cuyo encuentro han ido los dos apóstoles. Y, una vez que llega al lugar, gritan:

-¡Piedad de nosotros, Jesús de Israel! ¡Esperamos en ti, Señor!

Jesús alza la cara, los mira con su mirada inimitable. Pregunta

-¿Por qué queréis la salud?

-Por nuestras familias, por nosotros... Es horrendo vivir aquí...

-No sois sólo carne, hijos. Tenéis también un alma. Y vale más que la carne. De ella debéis preocuparos. No pidáis, pues, solamente curación por vosotros, por vuestras familias, sino para tener tiempo de conocer la Palabra de Dios y de vivir mereciendo su Reino. ¿Sois justos? Haceos más justos. ¿Sois pecadores? Pedid vida para tener tiempo de hacer reparación por el mal hecho... ¿Dónde está la mujer? ¿Por qué no viene? ¿No tiene valor de comparecer ante el rostro del Hijo del hombre, cuando no temía tener que comparecer ante el rostro de Dios cuando pecaba? Id y decidle que mucho le ha sido perdonado por su arrepentimiento y resignación y que el Eterno me ha enviado a absolver todo pecado de los que están arrepentidos de su pasado.

-Maestro, Adiná ya no puede andar...

-Id y ayudadla a bajar aquí. Y traed otro recipiente. Os vamos a dar más aceite...

-Señor, apenas llega para los otros - advierte Pedro en voz baja mientras los leprosos van por la mujer.

-Habrá para todos. Ten fe. Porque es más fácil para ti tener fe en esto que para esos indigentes tener fe en que su cuerpo vuelva a ser lo que era.

Mientras tanto, arriba, en las grutas, se ha encendido una riña entre los tres leprosos malos, por causa del reparto de la comida... En brazos de los otros, baja la mujer... y gime, como puede:

-¡Perdón! ¡Por el pasado! ¡Por no haber pedido perdón las otras veces!... ¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!

La dejan al pie de la roca. Y en la roca ponen una especie de cazuela toda descantillada.

Jesús pregunta:

-¿Qué decís vosotros, que es más fácil hacer aumentar el aceite en un recipiente o hacer crecer la carne donde la lepra ha hecho estragos?

Un momento de silencio... Luego es precisamente la mujer la que dice:

-El aceite. Pero también la carne, porque Tú lo puedes todo, y puedes darme también el alma de mis primeros años. Yo creo, Señor.

¡Oh, la sonrisa divina! Es como una luz que se expande delicada, festiva, suave. Y está en los ojos, en los labios, en la voz, cuando dice:

-Por tu fe, queda curada y perdonada. Igual vosotros. Y tened este aceite y esta comida para reponer fuerzas. Id mañana a que os vea el sacerdote, como está prescrito. Al alba volveré aquí con vestidos, y podréis, salvando la decencia, ir. ¡Ánimo! ¡Alabad al Señor! ¡Ya no estáis leprosos!

Es entonces cuando los cuatro, que hasta ese momento habían tenido los ojos fijos en el Señor, se miran y gritan su estupor.

La mujer quisiera erguirse, pero está demasiado desnuda para hacerlo. Su vestido se cae a jirones, y en ella es más lo desnudo que lo cubierto. Permaneciendo semioculta tras la roca, por un pudor que, no es sólo por Jesús, sino también por sus compañeros, las facciones de su cara ya recompuestas -solamente aparecen afiladas a causa de las penalidades- llora, y dice sin cesar:

-¡Bendito! ¡Bendito! ¡Bendito! - y sus bendiciones se mezclan con las horrendas blasfemias de los tres leprosos malvados, que se han puesto furiosos al ver curados a los otros. Vuelan inmundicias y piedras.

-Aquí no podéis estar. Venid conmigo. No os sucederá nada malo Mirad. El camino está desierto. La hora sexta reúne a los habitantes en las casas. Iréis con los otros leprosos hasta mañana. No temáis Seguidme. Ten, mujer - y le da el manto para que se tape.

Los cuatro, un poco cohibidos, un poco aturdidos, le siguen como cuatro corderos. Recorren lo que queda del valle de Hinnón. Cruzan el camino, van hacia Siloán, otro triste lugar de leprosos.

Jesús se para al pie de los riscos y ordena:

-Subid y decidles que mañana a la hora primera estaré aquí. Id y haced fiesta con ellos, y predicad al Maestro de la Buena Nueva.

Indica que se les dé toda la comida que tienen todavía y los bendice antes de despedirlos...

-Ahora vámonos. Ya es más de la sexta - dice Jesús, y se vuelve para regresar al camino bajo que va a Betania.

Pero pronto llama su atención un grito:

-¡Jesús, Hijo de David, ten piedad también de nosotros!

-No han esperado al alba éstos... - observa Pedro.

-Vamos a acercarnos. ¡Son tan pocas las horas en que puedo beneficiar a alguien, sin que los que me odian turben la paz de los favorecidos! - responde Jesús, y vuelve sobre sus pasos, teniendo levantada la cabeza en dirección a los tres leprosos de Siloán que se han asomado al rellano del pequeño collado, y que repiten su grito, ayudados por los ya sanos, que están detrás de ellos.

Jesús se limita a extender las manos y decir:

-Hágase en vosotros según lo que pedís. Id y vivid en los caminos del Señor.

Los bendice mientras la lepra se borra de sus cuerpos como un ligero estrato de nieve se funde al sol. Y Jesús se marcha, ligero, seguido de las bendiciones de los curados, que, desde su risco, extendiendo los brazos, ofrecen un abrazo más verdadero que si fuera dado.

Vuelven al camino que va a Betania, camino que sigue el curso del Cedrón, que forma un recodo en ángulo agudo después de algunos centenares de pasos desde Siloán. Pero, superado el ángulo, cuando ya aparece la otra parte de camino que prosigue hacia Betania, puede verse a Judas de Keriot, solo, caminando ligero.

-¡Pero si es Judas! - exclama Judas Tadeo, que es el primero que lo ve.

-¿Por qué por aquí? ¿Solo? ¡Eh! ¡Judas! - grita Pedro.

Judas se vuelve de repente. Está pálido, incluso hasta verdoso. Pedro se lo dice: -¿Has visto al demonio, que estás del color de las lechugas?

-¿Qué haces aquí, Judas? ¿Por qué has dejado a tus compañeros? - pregunta Jesús contemporáneamente.

Judas ya ha tomado las riendas de sí. Dice:

-Estaba con ellos. He encontrado a uno que tenía noticias de mi madre. Mira... - hurga en el cinturón, se golpea la frente con la mano y dice: « ¡La he dejado donde aquel hombre! Quería enseñarte la carta para que la leyeras... O la he perdido por el camino... No se encuentra muy bien. Es más, ha estado mal... ¡Ah, ahí están los compañeros!... Se han parado. Te han visto... Maestro, estoy profundamente turbado...

-Ya lo veo.

-Maestro... aquí están las bolsas. He hecho dos para... para no llamar la atención... Estaba solo...

Los apóstoles Bartolomé, Felipe, Mateo, Simón y Santiago de Zebedeo están un poco azorados. Se acercan a Jesús con amor, pero como quien tiene conciencia de hablar faltado.

Jesús los mira y dice:

-No volváis a hacerlo. Nunca es bueno para vosotros dividiros. Si os dije que no lo hicierais es porque sé que tenéis necesidad de sosteneros recíprocamente. No sois lo suficientemente fuertes como para poder actuar por separado. Unidos, el uno trena o sostiene al otro. Divididos...

-He sido yo, Maestro, el que ha dado el mal consejo, porque nos hemos acordado de que habías dicho que no nos separásemos, que fuéramos todos juntos a Betania, y Judas se había ido por un justo motivo y no pensamos ir con él. Perdóname, Señor - dice, humilde y franco, Bartolomé.

-Sí que os perdono. Pero os repito: no volváis a hacerlo. Pensad que obedecer salva siempre, al menos, de un pecado: el de suponer que uno es capaz de actuar por sí solo. No sabéis cuánto da vueltas el demonio en torno a vosotros para aprovechar todos los motivos para haceros pecar y para que causéis perjuicios a vuestro Maestro, ya de por sí tan perseguido. Los tiempos se presentan cada vez más difíciles para mí y para el organismo que he venido a formar. De manera que se requiere mucho cuidado para que este organismo no sea, no digo herido y muerto -porque no lo será jamás hasta el final de los siglos- sino enfangado. Sus adversarios os miran atentamente, nunca os pierden de vista, de la misma forma que sopesan todos mis actos y palabras. Y ello para disponer de materia de menoscabo. Si vosotros permitís que os vean en polémicas, o divididos, o de alguna manera imperfectos, aunque sea por cosas de poca importancia, ellos recogen y manipulan lo que habéis hecho, y lo lanzan, como fango y acusación, contra mí y contra mi Iglesia que se está formando. ¡Ya lo veis! No os regaño, os aconsejo. Por vuestro bien. ¡Oh! ¿no sabéis amigos míos, que hasta las cosas mejores serán por ellos manipuladas y presentadas para poderme acusar con apariencia de justicia? Bueno, pues ánimo; en lo sucesivo, sed más obedientes y prudentes.

Los apóstoles están profundamente conmovidos por la dulzura de Jesús.

Judas de Keriot, continuamente cambia de color. Está lánguido, un poco retrasado respecto al grupo. Hasta que Pedro le dice:

-¿Que haces ahí? No tienes más culpa que los otros. Así que ven adelante con todos - y no tiene más remedio que obedecer.

Andan deprisa porque, a pesar del sol, hay una brisa ligera que invita a andar para entrar en calor. Y han andado ya un trecho, cuando Natanael, que tiene frío y lo expresa arrebujándose más que nunca en el manto, advierte que Jesús lleva sólo la túnica:

-¡Maestro! ¿Qué has hecho de tu manto?

-Se lo he dado a una leprosa. Hemos curado y consolado a siete leprosos.

-¡Pero tendrás frío! Toma el mío - dice el Zelote, y añade: -Me acostumbré en los gélidos sepulcros al viento del invierno.

-No, Simón. Mira, allí está Betania. Pronto estaremos en la casa. Y no tengo nada de frío. Hoy he tenido mucho júbilo espiritual, que es más confortador que un manto abrigado.

-Hermano, nos das méritos que no tenemos. Tú, no nosotros, has curado y consolado... - dice Judas Tadeo.

-Vosotros habéis preparado a los corazones para la fe en el milagro. Por tanto, conmigo y como Yo, habéis ayudado a sanar y a consolar. ¡Si supierais cómo gozo en asociaros a mí en todas las obras! ¿No recordáis las palabras de Juan de Zacarías, mi primo: "Es necesario que Él crezca y que yo merme"? Con razón lo decía, porque todo hombre, por muy grande que sea, aun Moisés o Elías, queda celado, como estrella herida por los rayos del Sol, cuando aparece Aquel que viene de los Cielos y es más que cualquier hombre, porque es Aquel que viene del Padre Stmo. Pero Yo también -Fundador de un Organismo que durará cuanto los siglos y que será santo como su Fundador y Cabeza; de un Organismo que continuará representándome y será una cosa conmigo, de la misma manera que los miembros y el cuerpo del hombre son una cosa con la cabeza, que está en posición dominante respecto a aquéllos- debo decir: "Ese cuerpo debe iluminarse y Yo celarme". Vosotros deberéis continuarme. Yo, pronto, ya no estaré aquí entre vosotros, aquí en la Tierra, aquí materialmente, para dirigir a mis apóstoles, discípulos y seguidores. Pero estaré espiritualmente con vosotros, siempre, y vuestros espíritus sentirán mi Espíritu, recibirán mi Luz. Pero vosotros tendréis que aparecer en primera línea, cuando regrese al lugar de donde he venido. Por eso, voy preparándoos gradualmente a este hecho de aparecer los primeros. En alguna ocasión me hacéis la observación de que en los primeros tiempos os enviaba más. Es que era necesario que os conocieran. Ahora que sois conocidos, ahora que para este pequeño lugar de la Tierra sois ya "los Apóstoles", Yo os tengo siempre junto a mí, participando en todas mis acciones, de forma que el mundo diga: “Los asocia a las obras que cumple, porque ellos se quedarán aquí después de Él para continuarle". Sí, amigos míos, debéis, cada vez más, pasar adelante, poneros a la vista de todos, continuarme, ser Yo, mientras Yo, como una madre que lentamente deja de sujetar a su hijito que ha aprendido a andar, me retiro... No debe ser violento el paso de mí a vosotros. Los pequeños del rebaño, los humildes fieles, sufrirían desorientamiento. Yo los paso dulcemente de mí a vosotros, para que no se sientan solos ni un solo momento. Y vosotros amadlos, mucho, como Yo los amo. Amadlos en memoria mía como Yo los he amado...

Jesús se calla perdiéndose en un pensamiento íntimo suyo. Y no sale de ese estado sino cuando, poco fuera de Betania, ve a los otros apóstoles que han venido por el otro camino. Prosiguen unidos hacia la casa de Lázaro. Y Juan dice que ya los esperan porque los criados los han visto. Y dice que Lázaro está muy mal.

-Lo sé. Por eso os he dicho que estaremos en la casa de Simón. Pero no he querido alejarme sin saludarlo otra vez.

-¿Pero por qué no le curas? Sería justo. A todos tus siervos mejores los dejas morir. No comprendo... - dice Judas Iscariote, siempre atrevido, incluso en los mejores momentos.

-No hace falta que comprendas con anticipación.

-Sí. No hace falta. Pero ¿sabes lo que dicen tus enemigos? Que curas cuando puedes, no cuando quieres, que proteges cuando puedes... ¿No sabes que aquel viejo de Tecua ha muerto, y muerto asesinado?

-¿Muerto? ¿Quién? ¿Elí-Ana? ¿Cómo? - preguntan todos, agitados. Sólo Pedro pregunta: « ¿Y tú cómo lo sabes?».

-Lo he sabido por casualidad, hace poco, en la casa donde he estado, y Dios sabe si miento. Parece que ha sido un bandolero que bajó con apariencia de mercader y que, en vez de pagar el puesto mató...

-¡Pobre anciano! ¡Qué vida más infeliz! ¡Qué triste muerte! ¿No hablas, Maestro? - dicen muchos.

-No tengo nada que decir, aparte de que el anciano ha servido al Cristo hasta la muerte. ¡Ojalá se pudiera decir esto de todos!

-Dime tú, hijo de Alfeo, ¿no será como decías, no? - pregunta Pedro a Judas Tadeo.

-Puede ser. Un hijo que por odio arroja de casa a su padre, y además por un odio de esta naturaleza, puede ser capaz de todo. Hermano mío, son bien verdaderas tus palabras: "Y el hermano estará contra su hermano y el padre contra sus hijos".

-Sí. Y lo verán como servicio a Dios los que obren así. Ojos cegados, corazones endurecidos, espíritus sin luz. Bueno, pues a pesar de todo los deberéis amar - dice Jesús.

-¿Y cómo vamos a poder amar a los que nos traten así? Ya será mucho si no reaccionamos y soportamos con resignación sus acciones... - exclama Felipe.

-Yo os daré un ejemplo que os enseñará. A su debido tiempo. Si me amáis haréis lo que Yo haga.

-Ahí están Maximino y Sara. Debe estar muy mal Lázaro para que las hermanas no salgan a recibirte - observa el Zelote.

Los dos se acercan presurosos. Se postran. En sus caras, en sus vestidos, puede verse ese aspecto lánguido que imprime el dolor y la fatiga a los componentes de las familias donde se lucha con la muerte. No dicen sino:

-Maestro, ven... - pero es una frase tan acongojada, que vale más que un largo discurso. Y llevan en seguida a Jesús a la puerta del pequeño compartimiento de Lázaro, mientras otros miembros de la servidumbre se encargan de los apóstoles.

A1 leve toque en la puerta, Marta acude, y la entreabre; luego introduce por la abertura su cara enflaquecida y pálida:

-¡Maestro! ¡Bendito! Ven.

Jesús entra, cruza la habitación que precede a la del enfermo, entra en ésta. Lázaro duerme. ¿Lázaro?: un esqueleto, una momia amarillenta que respira... Es ya una calavera su rostro, y en el sueño es aún más visible su destrucción. Una destrucción que hace de aquél una cabeza consumida por la muerte. La piel cérea y estirada brilla en los ángulos afilados de los pómulos, de las mandíbulas; en la frente, en las órbitas, tan ahondadas que parecen no tener ojos; en la nariz afilada, que parece haber crecido desmesuradamente, de tan borradas como están las adyacentes mejillas. Los labios están pálidos hasta el punto de desaparecer, y da la impresión de que no pueden cerrarse sobre las dos filas de dientes semidescubiertos, entreabiertos... Una cara ya de muerto.

Jesús se inclina para mirar. De nuevo se yergue. Mira también a las dos hermanas, las cuales a su vez lo miran con toda el alma concentrada en los ojos, un alma dolorosa y esperanzada. Les hace una señal y, sin ruido, vuelve afuera, al pequeño patio que precede a las dos habitaciones. María y Marta lo siguen. Cierran la puerta tras sí. Una vez solos ellos tres entre los

cuatro muros, en el silencio, con el cielo azul encima de sus cabezas, se miran. Las hermanas ya no son capaces ni siquiera de pedir o preguntar, ya ni siquiera pueden hablar. Pero habla Jesús.

-Vosotras sabéis quién soy. Yo sé quiénes sois vosotras. Vosotras sabéis que os amo. Yo sé que me amáis. Vosotras conocéis mi poder. Yo conozco vuestra fe en mí. También sabéis, tú especialmente, María, que cuanto más se ama más se obtiene. Es amar saber esperar y creer más allá de cualquier medida y de cualquier realidad que hable desacreditando a ese creer y a ese esperar. Pues bien, por todo esto, os digo que *sepáis esperar y creer contra toda realidad contraria.* ¿Me entendéis? Digo: sabed esperar y creer contra toda realidad contraria. Yo no puedo detenerme más de unas pocas horas. Como Hombre, el Altísimo sabe cuánto quisiera detenerme aquí con vosotras, para asistirlo y consolarlo, para asistiros y confortaros. Pero, como Hijo de Dios, sé que es necesario que me marche, que me aleje... que no esté aquí cuando... me añoréis más que el aire que respiráis. Un día, pronto, comprenderéis estas razones que ahora os podrán parecer crueles. Son razones divinas. Dolorosas para mí, Hombre, como para vosotras. Dolorosas *ahora.* Ahora porque vosotras no podéis abrazar y contemplar su belleza y sabiduría. Y Yo no os lo puedo revelar. Cuando todo esté cumplido, comprenderéis y exultaréis... Escuchad. Cuando Lázaro... muera. ¡No lloréis así! Enviadme aviso enseguida. Y, entretanto, programad los funerales solicitando amplia participación, como corresponde a Lázaro y a vuestra casa. Él es un gran hebreo. Pocos lo aprecian por lo que es. Pero supera a muchos ante los ojos de Dios... Yo me encargaré de que sepáis dónde estoy para que en todo momento me podáis localizar.

-¿Pero por qué no vas a estar aquí, al menos en ese momento? Nosotras nos resignamos, sí, a la muerte... Pero Tú... Pero Tú... Pero Tú...

Marta tiene accesos de llanto y no puede decir nada más, y sofoca su lloro en sus vestidos... María, sin embargo, mira a Jesús muy fijamente, como hipnotizada... y no llora.

-Sabed obedecer, sabed creer, esperar... sabed decir siempre si a Dios... Lázaro os llama... Id. Yo voy ahora. Si no tengo posibilidad de hablaros aparte, recordad lo que os he dicho.

Y mientras ellas vuelven rápidamente a la habitación, Jesús sé sienta en un banco de piedra y ora.

## 537

## En el Templo en la fiesta de la Dedicación, Jesús se manifiesta a los judíos, que intentan apedrearle.

No es posible estar parados en esta mañana fría y ventosa. En la cima del Moria el viento que sopla en dirección nordeste arremete punzante, de forma que hace ondear los vestidos y pone rojos los ojos y las caras. No obstante, hay gente que ha subido al Templo para las oraciones. Pero faltan completamente los rabíes con sus respectivos grupos de alumnos. Así que el pórtico parece más grande y, sobre todo, más digno, no estando esa concurrencia vociferante y pomposa, que de ordinario lo ocupa.

Debe ser cosa muy extraña verlo vacío así, porque todos se asombran como de una cosa nueva. Y Pedro se escama. Pero Tomás, que arropado como está en un amplio y grueso manto, parece aún más robusto, dice:

-Se habrán encerrado en alguna estancia por miedo a perder la voz. ¿Los añoras? - y se ríe.

-¡Yo no! ¡Ojalá no los viera nunca! Pero mi miedo es que... - y mira a Judas Iscariote, que no habla pero que aferra la mirada de Pedro y dice:

-Verdaderamente han prometido no crear más dificultades, excepto en el caso de que el Maestro los... escandalizara. Está claro que vigilan, pero no están porque aquí ni se peca ni se daña.

-Mejor así. Y que Dios te bendiga, muchacho, si has conseguido hacerles razonar.

Es pronto todavía. En el Templo hay poca gente. Digo "poca", y es lo que parece, dadas las dimensiones del Templo, que para parecer lleno necesita masas de gente. Dos o trescientas personas ni se ven en ese complejo de patios, pórticos, atrios, corredores...

Jesús, único Maestro en el vasto Pórtico de los Paganos, camina arriba y abajo hablando con los suyos y con los discípulos que ha encontrado ya en el recinto del Templo. Responde a sus objeciones o preguntas, aclara puntos que ellos no han sabido aclararlos ni a sí mismos ni a otros.

Vienen dos gentiles, lo miran, se marchan sin decir nada. Pasan algunos que tienen algún cometido en el Templo, lo miran; tampoco dicen nada. Algún fiel se acerca, saluda, escucha. Pero son pocos todavía.

-¿Vamos a seguir aquí? - pregunta Bartolomé.

-Hace frío y no hay nadie. Pero es agradable estar aquí con tanta paz. Maestro, hoy estás justamente en la Casa de tu Padre. Y como amo - dice sonriendo Santiago de Alfeo. Y añade:

-Así debía ser el Templo en tiempos de Nehemías y de los reyes sabios y píos.

-Yo sugeriría marcharnos. Allá nos espían... - dice Pedro.

-¿Quién? ¿Fariseos?

-No. Los que han pasado antes y otros. Vámonos, Maestro...

-Espero a enfermos. Me han visto entrar en la ciudad; la voz se ha esparcido, sin duda. Con las horas más calientes vendrán. Quedémonos, al menos, hasta un tercio de sexta - responde Jesús, y reanuda su marcha adelante y atrás para no quedarse parado con ese aire crudo.

En efecto, pasado un rato, cuando el sol trata de mitigar los efectos de la tramontana, viene una mujer con una niña enferma y pide la curación. Jesús la complace. La mujer deposita su óbolo a los pies de Jesús y dice:

-Esto para otros niños que sufren.

Judas Iscariote recoge las monedas.

Más tarde, en unas angarillas, traen a un hombre anciano, enfermo de las piernas. Y Jesús lo cura.

Los terceros en venir son un grupo de personas que ruegan a Jesús que salga fuera de los muros del Templo para expulsar a un demonio de una jovencita cuyos desgarradores gritos se oyen incluso allí. Y Jesús se encamina detrás de ellos y sale a la calle que lleva a la ciudad.

Una serie de personas, entre quienes hay unos extranjeros, están apiñados alrededor de los que sujetan a la jovencita, que babea y forcejea y tuerce horriblemente los ojos. Palabrotas de todo tipo salen de sus labios, y aumentan a medida que Jesús se acerca a ella, como también crece su esfuerzo por librarse de los cuatro hombres jóvenes y fuertes que, no sin mucha dificultad, la tienen sujeta. Y, con los improperios, estallan gritos de reconocimiento del Cristo y angustiosas súplicas del espíritu que la tiene poseída para no ser expulsado, y también verdades, repetidas con monotonía: -¡Vete! ¡Que no vea yo a este maldito! ¡Márchate! ¡Fuera! Causa de nuestra ruina. Sé quién eres. Tú eres... Tú eres el Cristo. Tú eres... Sólo te ha ungido el óleo de arriba, no otro. La potencia del Cielo está sobre ti y te defiende. ¡Te odio! ¡Maldito! No me expulses. ¿Por qué nos expulsas a nosotros y no nos aceptas, mientras que tienes cerca de ti una legión de demonios en uno solo? ¿No sabes que todo el infierno está en uno? Sí lo sabes... Déjame aquí al menos hasta la hora de...

La palabra se corta a veces, como ahogada; otras veces cambia; o primero se para y luego se prolonga en medio de gritos inhumanos, como cuando grita: « ¡Déjame entrar al menos en él! ¡No me mandes allá al Abismo! ¿Por qué nos odias, oh Jesús, Hijo de Dios? ¿No te basta con lo que eres? ¿Por qué quieres mandar también sobre nosotros? ¡No queremos que nos manden! ¿Por qué has venido a perseguirnos, si nosotros te hemos renegado? ¡Márchate! ¡No arrojes sobre nosotros los fuegos del Cielo! ¡Tus ojos! Cuando se cierren reiremos ¡Ah! ¡No! ¡Ni siquiera entonces!... ¡Tú nos vences! ¡Nos vences! ¡Maditos seáis Tú y el Padre que te ha enviado y el que de vosotros proviene y es vosotros...! ¡Aaaah!

El último grito ya hay que decir que es espantoso, de criatura degollada en que lentamente entrase el hierro homicida, y ha sido originado por el hecho de que Jesús, después de haber truncado muchas veces por imperativo mental las palabras de la poseída, pone fin a ellas tocando con un dedo la frente de la jovencita. Y el grito termina en una convulsión horrenda, hasta que, con un fragor que es parte carcajada y parte grito de un animal de pesadilla, el demonio la deja, gritando:

-¡Pero no me voy lejos!... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! - seguido inmediatamente por un estallido seco como de rayo, a pesar de que el cielo esté tersísimo.

Muchos huyen aterrorizados. Otros se apiñan aún más para observar a la jovencita, que se ha calmado de golpe, desfalleciendo entre los brazos de los que la sujetaban. Está así unos pocos instantes y luego abre los ojos, sonríe. Se ve sin velo que cubra su cara ni su cabeza, rodeada de gente, y entonces alza un brazo y reclina la cara sobre él para esconderla.

Los que están con ella quisieran que diera las gracias al Maestro Pero Él dice: -Dejadla con su pudor. Su alma ya me está dando las gracias. Llevadla a casa, con su madre. Es su lugar como jovencita que es... - y vuelve las espaldas a la gente para entrar en el Templo… al lugar de antes.

-¿Has visto, Señor, que muchos judíos habían venido a espaldas nuestras? He reconocido a algunos de ellos... ¡Ahí están! Son los que nos espiaban antes. Mira cómo disputan entre sí... - dice Pedro.

-Estarán estableciendo en quién de ellos ha entrado el diablo Está también Nahúm, el apoderado de Anás. Reúne las condiciones... - dice Tomás.

-Sí. Y tú no has visto, porque estabas vuelto de espaldas, pero el fuego se ha abierto justo encima de su cabeza - dice Andrés, y casi le castañean los dientes.

-Yo estaba cerca de él. ¡He tenido un miedo!...

-Realmente estaban todos juntos ellos. Pero yo he visto el fuego abrirse encima de nosotros y me he sentido morir... Es más, he temido por el Maestro. Parecía justamente suspendido sobre su cabeza - dice Mateo.

-¡No, hombre! Yo lo que he visto ha sido que salía de la niña y estallaba sobre la muralla del Templo - rebate Leví, el pastor discípulo.

-No discutáis entre vosotros. El fuego no ha indicado ni una cosa ni la otra. Ha sido sólo la señal de que el demonio había huido - dice Jesús.

-¡Pero ha dicho que no se marchaba lejos!... - objeta Andrés.

-Palabras de demonio... Na hay que escucharlas. Más bien, alabemos al Altísimo por estos tres hijos de Abraham curados en el cuerpo y en el alma.

Entretanto, muchos judíos, surgidos de una u otra parte -no había entre ellos fariseos o escribas o sacerdotes, ni siquiera uno— se acercan a Jesús y se ponen en torno a Él. Uno toma la iniciativa y dice:

-¡Grandes cosas has hecho en este día! Obras verdaderamente de profeta, de gran profeta. Y los espíritus de los abismos han dicho de ti cosas grandes. Pero sus palabras no pueden ser aceptadas, si no las confirma tu palabra. Esas palabras nos estremecen, pero también tememos un gran engaño, porque es sabido que Belcebú es espíritu de falsedad. No quisiéramos equivocarnos ni ser engañados. Dinos, pues, quién eres, con tu boca de verdad y justicia.

-¿Y no os he dicho muchas veces quién soy? Hace casi tres años que os lo llevo diciendo, y antes de mí os lo dijo Juan en el Jordán y la Voz de Dios desde los Cielos.

-Es verdad. Pero nosotros no estábamos las otras veces. Nosotros... Tú, que eres justo, debes comprender nuestra congoja. Quisiéramos creer en ti como Mesías. Pero ya demasiadas veces el pueblo de Dios ha sido engañado por falsos Cristos. Consuela con una palabra segura nuestro corazón, que tiene esperanza y que espera, y te adoraremos.

Jesús los mira severamente. Sus ojos parecen perforar las carnes y poner al desnudo los corazones. Luego dice:

-En verdad, muchas veces los hombres saben decir mentiras mejor que Satanás. No. Vosotros no me adoraréis. Nunca. Os dijera lo que os dijera. Y, aunque llegarais a hacerlo, ¿a quién adoraríais?

-¿A quién? ¡Pues a nuestro Mesías!

-¿Seríais capaces? ¿Quién es para vosotros el Mesías? Responded, para que sepa cuánto valéis.

-¿El Mesías? Pues el Mesías es aquel que por mandato de Dios reunirá al esparcido Israel y lo convertirá en un pueblo triunfal, bajo cuyo poder estará el mundo. ¿Qué, es que Tú no sabes lo que es el Mesías?

-Lo sé como vosotros no lo sabéis. ¿Para vosotros, pues, es un hombre que, superando a David y a Salomón y a Judas Macabeo, hará de Israel la Nación reina del mundo?

-Así es. Dios lo ha prometido. Toda venganza, toda gloria, toda reivindicación, vendrán del Mesías prometido.

-Está escrito: "No adorarás sino al Señor Dios tuyo". ¿Por qué, entonces, me adoraríais, si en mí sólo podríais ver al Hombre-Mesías?

¿Y qué otra cosa tenemos que ver en ti?

- ¿Que qué? ¿Y con estos sentimientos venís a hacerme preguntas? ¡Raza de víboras taimadas y venenosas! Y sacrílegas también. Porque si en mí no pudierais ver más que el Mesías humano, y me adoraseis, seríais idólatras. Sólo Dios ha de ser adorado. Y en verdad os digo, una vez más, que el que os habla es más que el Mesías que vosotros os inventáis, con la misión, las tareas, los poderes que vosotros -desprovistos de espíritu y de sabiduría- os imagináis. El Mesías no viene a dar a su pueblo un reino como el que creéis, no viene a ejercer venganza sobre otros poderosos. Su Reino no es de este mundo y su poder supera a todos los poderes limitados del mundo.

- Nos humillas, Maestro. Si eres Maestro y nosotros somos ignorantes, ¿por qué no quieres instruirnos?

-Hace tres años que lo vengo haciendo, y vosotros estáis cada vez más en las tinieblas porque rechazáis la Luz.

-Es verdad. Quizás es verdad. Pero lo que ha sido en el pasado puede dejar de serlo en el futuro. ¿Es que Tú, que tienes compasión de los publicanos y las meretrices y que absuelves a los pecadores quieres no tener piedad de nosotros, sólo porque somos de dura cerviz y nos cuesta comprender quién eres?

-No es que os cueste. *Es que no queréis comprender.* Padecer idiotez no sería una culpa. Dios tiene tantas luces, que podría iluminar al intelecto más obtuso, obtuso pero lleno de buena voluntad. Ésta falta en vosotros. Es más, tenéis voluntad opuesta. Por eso no comprendéis quién soy Yo.

-Será como dices. Ya ves que somos humildes. Pero te rogamos en nombre de Dios, responde a nuestras preguntas, no nos tengas más tiempo a la expectativa. ¿Hasta cuándo nuestro corazón debe estar en la incertidumbre? Si eres el Cristo, dínoslo abiertamente.

-Os lo he dicho. Os lo he dicho en las casas, en las plazas, por los caminos, en los pueblos, en los montes, en las orillas de los ríos, frente al mar o a los desiertos, en el Templo, en las sinagogas, en los mercados, y no creéis. No hay un lugar de Israel que no haya oído mi voz. Hasta los lugares que abusivamente llevan el nombre de Israel desde hace siglos, pero que están separados del Templo; hasta los lugares que han dado el nombre a esta tierra nuestra, pero que de dominadores se transformaron en dominados, y que nunca se liberaron completamente de sus errores para venir a la Verdad; hasta en Siro-Fenicia, evitada por los rabíes como tierra de pecado, han oído mi voz y conocido mi ser. Os lo he dicho y no creéis en mis palabras. He hecho obras y a mis obras no habéis dirigido vuestra mente con espíritu bueno. Si lo hubierais hecho, con una intención recta de cercioraros acerca de mí, habríais llegado a la fe, porque las obras que hago en el nombre del Padre mío dan testimonio de mí. Los de buena voluntad, que me han seguido porque me han reconocido como Pastor, han creído en mis palabras y en el testimonio que dan mis obras. ¿Qué? ¿Acaso creéis que lo que Yo hago no tiene un fin útil para vosotros, útil para todas las criaturas? Desencantaos. No penséis que lo útil está en la salud que una persona recupera por mi poder, o en la liberación de uno u otro de la posesión o del pecado. Esta es una utilidad circunscrita al individuo. Demasiado poco para ser la única utilidad respecto a la potencia que se desprende, y respecto a la fuente de donde se desprende, que es sobrenatural, más que sobre-natural: *divina.* Hay una utilidad colectiva de las obras que realizo. La utilidad de eliminar toda duda de los que titubean, de convencer a los contrarios, además de reforzar cada vez más la fe de los creyentes. Para esta utilidad colectiva, en favor de todos los hombres, presentes y futuros (porque mis obras me darán testimonio ante los que vendrán, y los convencerán respecto a mí), el Padre mío me da poder de hacer lo que hago. En las obras de Dios nada se hace sin un fin bueno. Recordadlo siempre. Meditad sobre esta verdad.

Jesús se detiene un momento. Fija su mirada en un judío que está cabizbajo, y dice:

-Tú, que estás pensando así, tú que llevas túnica de color de oliva madura, te estás preguntando si también Satanás tiene un fin bueno. No seas necio poniéndote en contra de mí y buscando el error en mis palabras. Te respondo que Satanás no es obra de Dios, sino de la libre voluntad del ángel rebelde. Dios lo había hecho ministro suyo glorioso, y, por tanto, lo había creado con buen fin. Mira, ahora tú, hablando con tu yo, dices: "Entonces Dios es insipiente, porque había donado la gloria a un futuro rebelde y confiado sus deseos a un desobediente". Te respondo: "Dios no es insipiente, sino perfecto en sus acciones y pensamientos. Es el Perfectísimo. Las criaturas, incluso las más perfectas, son imperfectas. Siempre en ellas hay un punto de inferioridad respecto a Dios. Pero Dios, que las ama, ha concedido a las criaturas la libertad de arbitrio, para que a través de ella la criatura se complete en las virtudes y se haga, por tanto, más semejante a su Dios y Padre". Y te digo más, a ti, escarnecedor y astuto buscador del pecado en mis palabras: que del Mal, que se forma voluntariamente, Dios todavía saca un fin bueno: el de servir para hacer a los hombres poseedores de una gloria merecida. Las victorias sobre el Mal son la corona de los elegidos. Si el Mal no pudiera suscitar una consecuencia buena para los que quieren con buena voluntad, Dios lo habría destruido. Porque nada de lo que hay en 1a Creación debe estar totalmente privado de incentivo o consecuencia buenos.

¿No contestas? ¿Te resulta duro deber proclamar que he leído tu corazón y que he vencido las deducciones injustificadas de tu pensamiento tortuoso? No voy a forzarte a hacerlo. Te dejo en tu soberbia en presencia de muchos. No reclamo que me proclames victorioso. Pero cuando estés solo con estos que te asemejan, y con los que os han enviado, entonces confiesa que Jesús de Nazaret leyó los pensamientos de tu mente y te estranguló las objeciones en la garganta sin más arma que su palabra de verdad.

Pero vamos a dejar esta interrupción personal y a volver a los muchos que me escuchan. Si siquiera, de tantos, uno, por mis palabras, convirtiera su espíritu a la Luz, resultaría recompensada mi fatiga por hablar a piedras, es más, a sepulcros llenos de víboras.

Estaba diciendo que los que me aman me han reconocido como Pastor por mis palabras y mis obras. Pero vosotros no creéis, no podéis creer, porque no sois de mis ovejas.

¿Qué sois vosotros? Os lo pregunto. Preguntáoslo en lo íntimo del corazón. No sois estúpidos. Podéis conoceros conforme a lo que sois. Basta con que escuchéis la voz de vuestra alma, que no se siente tranquila de seguir ofendiendo al Hijo de Aquel que la ha creado. Vosotros, aun conociendo lo que sois, no lo diréis. No sois ni humildes ni sinceros. Pues Yo os voy a decir lo que sois. Sois en parte lobos, en parte chivos salvajes. Pero ninguno de vosotros, a pesar de la piel de cordero que lleváis para aparentar que lo sois, es verdadero cordero. Bajo la lana blanda y blanca tenéis todos colores chillones, cuernos puntiagudos, colmillos de cabro o garras de fiera, y queréis seguir siendo eso porque os complace serlo, y soñáis con la crueldad y la rebelión. Por eso no me podéis amar y no podéis seguirme ni comprenderme.

Si entráis en el rebaño, es para producir daños, para causar dolor o introducir el desorden. Mis ovejas tienen miedo de vosotros. Si fueran como vosotros, os deberían odiar. Pero ellos no saben odiar. Son los corderos del Príncipe de paz, del Maestro de amor, del Pastor misericordioso. Y no saben odiar. No os odiarán nunca, como Yo no os odiaré nunca. Os dejo a vosotros el odio, que es el mal fruto de la ternaria concupiscencia con el yo desenfrenado en el animal hombre, que vive olvidado de que es también espíritu, además de carne. Yo me quedo con lo que es mío: el amor. Y es esto lo que comunico a mis corderos y os ofrezco también a vosotros para haceros buenos. Si os hicierais buenos, me comprenderíais y entraríais a formar parte de mi rebaño, siendo semejantes a los otros que ya están en él. Nos amaríamos. Yo y mis ovejas nos amamos. Me escuchan, reconocen mi voz.

Vosotros no comprendéis lo que es en verdad conocer mi voz. Es no abrigar dudas sobre su Origen y distinguirla entre mil otras voces de falsos profetas como verdadera voz venida del Cielo. Ahora y siempre, incluso entre los que se creen, y en parte lo son, seguidores de la Sabiduría, habrá muchos que no sabrán distinguir mi voz de otras voces que hablarán de Dios, más o menos con justicia, pero que serán, todas, inferiores a la mía...

¯Dices siempre que pronto te vas a ir, ¿y ahora pretendes decir que siempre hablarás? Si te marchas, ya no hablarás - objeta un judío con el tono despreciativo con que hablaría a un deficiente mental.

Jesús responde con su tono paciente y afligido, que ha manifestado un acento severo solamente cuando ha hablado al principio a los judíos, y después cuando ha respondido a las objeciones interiores del judío aquél:

-Hablaré siempre para que el mundo no se haga todo él idólatra. Y hablaré a los míos, elegidos para que os repitan mis palabras. El Espíritu de Dios hablará, y comprenderán aquello que ni siquiera los sabios sabrán comprender. Porque los estudiosos estudiarán la palabra, la frase, el modo, el lugar, el cómo, el instrumento a través de los cuales la Palabra habla, mientras que mis elegidos no se abstraerán en estos estudios inútiles; antes bien, me escucharán embargados en el amor y comprenderán, porque será el Amor el que hable. Distinguirán las adornadas páginas de los doctos o las engañosas de los falsos profetas, de los rabíes de hipocresía, que enseñan doctrinas inficionadas, o enseñan lo que ellos no practican, de las palabras sencillas, verdaderas, profundas que de mí vendrán. Pero el mundo los odiará por esto, porque el mundo me odia a Mí-Luz y odia a los hijos de la Luz, el tenebroso mundo que desea las tinieblas propicias para pecar.

Mis ovejas me conocen y me conocerán y me seguirán siempre incluso por los caminos de sangre y dolor que Yo recorreré a la cabeza y ellas recorrerán después de mí. Los caminos que llevan las almas a la Sabiduría. Los caminos hechos luminosos por la sangre y el llanto de los perseguidos por enseñar la justicia, caminos hechos 1uminosos para que resalten en la calígine de los humos del mundo y de Satanás, y sean como estelas de estrellas para guiar a quienes buscan el Camino, la Verdad, la Vida, y no hallan a nadie que hacia ellos los guíe. Porque de esto tienen necesidad las almas: de alguien que las conduzca a la Vida, a la Verdad, al Camino bueno.

Dios es compasivo para con las almas que buscan y no encuentran, no por culpa propia sino por desidia de los pastores ídolos. Dios es compasivo para con aquellas almas que, abandonadas a sí mismas, se extravían y son acogidas por ministros de Lucifer, que están preparados para acoger a los extraviados y hacer de ellos prosélitos de sus doctrinas. Dios es compasivo para con aquellos que caen en el engaño por el simple hecho de que los rabíes de Dios, los llamados rabíes de Dios, se han desinteresado de ellos. Dios se muestra compasivo con todos estos que caminan hacia el desaliento, las brumas, la muerte, por culpa de los falsos maestros, que de maestros no tienen más que las vestiduras y el orgullo de que así los llamen. Y para estas pobres almas, de la misma forma que envió a los profetas para su pueblo, de la misma forma que me ha enviado a mí para el mundo entero, pues, después de mí, enviará a los servidores de la Palabra, de la Verdad y del Amor, para repetir mis palabras. Porque son mis palabras las que dan la Vida. De manera que mis ovejas de ahora y del futuro tendrán la Vida que Yo les doy a través de mi Palabra, que es Vida eterna para quien la acoge, y no perecerán nunca y ninguno podrá arrancarlas de mis manos.

-Nosotros no hemos rechazado nunca las palabras de los verdaderos profetas. Hemos respetado siempre a Juan, que ha sido el último profeta - responde con ira un judío, y sus compañeros le hacen coro.

-Murió a tiempo para no despertar vuestro odio y ser perseguido también por vosotros. Si estuviera todavía entre los vivos, el "no es lícito", dicho por un incesto carnal, os lo diría también a vosotros, que cometéis adulterio espiritual fornicando con Satanás contra Dios. Y lo mataríais, de la misma manera que abrigáis la intención de matarme a mí.

Los judíos se agitan furiosos, dispuestos ya a agredir, cansados de tener que fingirse mansos. Pero Jesús no se preocupa. Alza la voz para dominar el tumulto y grita:

¿Y me habéis preguntado que quién soy Yo, hipócritas? ¿Decíais que queríais saber para estar seguros? ¡Y ahora decís que Juan fue el último profeta? Dos veces os condenáis por pecado de embuste: una, porque decís que no habéis rechazado nunca las palabras de los *verdaderos profetas;* la otra, porque, diciendo que Juan es el último profeta y que creéis en los verdaderos profetas, excluís que Yo sea también profeta, al menos profeta, y profeta *verdadero.* ¡Bocas embusteras! ¡Corazones de engaño!

Sí, en verdad, en verdad Yo aquí en la casa de mi Padre proclamo que soy más que Profeta. Yo tengo lo que mi Padre me ha dado. Lo que mi Padre me ha dado es más precioso que todo y que todos, porque es algo en que ni la voluntad ni el poder de los hombres pueden meter las manos rapaces. Yo tengo lo que Dios me ha dado y que, aun estando en mí, está siempre en Dios, y nadie puede arrebatarlo de las manos del Padre mío, ni a mí, porque es la Naturaleza Divina igual. Yo y el Padre somos Uno.

-¡Ah! ¡Horror! ¡Blasfemia! ¡Anatema!

El griterío de los judíos retumba en el Templo, y una vez más las piedras usadas por los cambistas y por los vendedores de ganado para mantener estables sus recintos son el abastecimiento de los que buscan armas adecuadas para agredir.

Pero Jesús se yergue con los brazos recogidos sobre el pecho. Se ha subido encima de un asiento de piedra para ser más alto de lo que ya es y para ser visto bien, y desde allí los domina con los rayos de sus ojos de zafiro. Domina y flecha. Se muestra tan majestuoso que los paraliza. En vez de lanzar las piedras, las dejan caer o las tienen en las manos, pero ya sin la audacia de lanzarlas contra Él. Los gritos también mueren en un estado de turbación extraño. Es verdaderamente Dios el que refulge en Cristo. Y, cuando Dios refulge así, hasta el hombre más arrogante se empequeñece y amedrenta. Y pienso en qué misterio se cela en que los judíos hayan podido manifestarse tan fieros el día de Viernes Santo; qué misterio, en la ausencia de este poder de dominación en Cristo en aquel día. Verdaderamente era la hora de las Tinieblas, la hora de Satanás, y sólo ellos reinaban... La Divinidad, la Paternidad de Dios había abandonado a su Cristo, y Él no era nada más que la Víctima...

Jesús está así unos minutos. Luego sigue hablando a esta turba vendida y vil que ha perdido toda prepotencia con sólo haber visto un destello divino:

-¿Y entonces? ¿Qué queréis hacer? Me habéis preguntado que quién era. Os lo he dicho. Os habéis puesto furiosos. Os he recordado las cosas que he hecho, he puesto ante vuestros ojos y vuestra memoria muchas obras buenas provenientes del Padre mío y cumplida; con el poder que me viene de mi Padre. ¿Por cuál de estas obras me lapidáis? ¿Por haber enseñado la justicia? ¿Por haber traído a los hombres la Buena Nueva? ¿Por haber venido a invitaros al Reino de Dios? ¿Por haber curado a vuestros enfermos, devuelto la vista a vuestros ciegos, dado movimiento a los paralíticos, palabra a los mudos; por haber liberado a los poseídos, resucitado a los muertos, favorecido a los pobres, perdonado a los pecadores; por haber amado a todos, incluso a los que me odian, a vosotros y a los que os envían? ¿Por cuál de estas obras, entonces, me queréis lapidar?

-No te lapidamos por las obras buenas que has hecho, sino por tu blasfemia; porque Tú, siendo hombre, te haces Dios.

-¿No está escrito en vuestra Ley *(Salmo 82, 6. Y MV, en una copia mecanografiada, observa: Santo Tomás define al hombre "un infinito en potencia", precisamente porque está ordenado a hacerse lo más que pueda 'parecido a Dios y a Dios semejante")*: "Dije: vosotros sois dioses e hijos del Altísimo"? Ahora bien, si Dios a aquellos a quienes habló llamó "dioses", dando un mandato: el de vivir de manera que la semejanza y la imagen respecto a Dios, que están en el hombre, aparezcan en modo manifiesto y que el hombre no sea ni demonio ni bruto; si la Escritura llama "dioses" a los hombres, la Escritura, que ha sido enteramente inspirada por Dios (y, por tanto no puede ser modificada ni anulada según el gusto y el interés del hombre); entonces ¿por qué me decís que blasfemo, Yo, por el Padre consagrado y enviado al mundo, porque digo: "Soy Hijo de Dios"? Si no hiciera las obras del Padre mío, razón tendríais en no creer en mí. Pero las hago. Y vosotros no queréis creer en mí. Creed, entonces, al menos en estas obras, para que sepáis y reconozcáis que el Padre está en mí y que Yo estoy en el Padre.

La tormenta de gritos y violencias empieza de nuevo, y más fuerte que antes. Desde una de las terrazas del Templo, en la que ciertamente estaban escuchando y escondidos sacerdotes, escribas y fariseos, graznan muchas voces:

-¡Pero prended a ese blasfemo! ¡Ya es pública su culpa! ¡Todos lo hemos oído1 ¡Muerte al blasfemo que se proclama Dios! ¡Dadle el mismo castigo que al hijo de Selomit de Di-brí! *(Levítico 24, 10-23)*¡Que sea sacado de la ciudad y lapidado! ¡Es derecho nuestro: Está escrito: "El blasfemo sea muerto"!

Las incitaciones de los jefes agudizan la ira de los judíos. Y éstos tratan de apoderarse de Jesús y de ponerlo, atado, en manos de los magistrados del Templo, que, a su vez, están viniendo, acompañados por la guardia del Templo.

Pero más rápidos que ellos son una vez más los legionarios, que, vigilando desde la Antonia, han seguido el tumulto y salen del cuartel y vienen hacia el lugar donde se grita. Y no guardan respeto a ninguno. Las astas de las lanzas maniobran debidamente en cabezas y espaldas. Y se incitan unos a otros a aplicarse contra los judíos, diciendo agudezas o profiriendo insultos:

-¡A la caseta, perros! ¡Dejad paso! ¡Pégale fuerte a aquel tiñoso, Licinio! ¡Fuera! ¡El miedo os hace oler peor que nunca! ¿Pero qué coméis, cuervajos, para apestar así? Tienes razón, Baso. Se purifican pero apestan. ¡Mira aquel narigudo! ¡A la pared! ¡A la pared, que tomamos los nombres! Y vosotros, avestruces, bajad de allá arriba. Total... os conocemos. Buen informe va a tener que escribir el Centurión para el Gobernador. ¡No! A ése déjalo. Es un apóstol del Rabí. ¿No ves que tiene aspecto de hombre y no de chacal? ¡Mira! ¡Mira cómo huyen por aquella parte! ¡Déjalos que se vayan! ¡Para tenerlos convencidos habría que clavarlos a todos en las astas! ¡Sólo así los tendríamos doblegados! ¡Ojalá fuera mañana! ¡Ah, pero tú estás atrapado y no te escapas! ¡Te he visto, eh! La primera piedra ha sido la tuya. Responderás de haber dado a un soldado de Roma. También de esto. Nos ha maldecido imprecando contra las enseñas. ¿Ah, sí? ¿Verdaderamente? Ven, que vamos a enamorarte de ellas en nuestras mazmorras...

Y así, cargando y escarneciendo, prendiendo a algunos, poniendo en fuga a otros, los legionarios despejan el vasto patio. Pero sólo cuando los judíos ven arrestar realmente a dos de ellos se revelan como lo que son: viles, viles, viles. O huyen chillando como una bandada de pollos que ve colarse al gavilán, o se arrojan a los pies de los soldados para suplicar piedad con un servilismo y una adulación nauseabundos.

Un suboficial, a cuyas pantorrillas se agarra un viejo lleno de arrugas, uno de los más apasionados contra Jesús, y que lo llama "magnánimo y justo", se libera de éste con un vigoroso envite que manda al judío a rodar tres pasos más atrás, y grita:

-¡Vete, viejo zorro tiñoso!

Y, hablando con un compañero, enseñando la pantorrilla, dice:

-Tienen uñas de zorro y baba de serpiente. ¡Mira esto! ¡Por Júpiter Máximo! ¡Voy inmediatamente a las Termas para quitarme las señales de ese viejo baboso! - y realmente se marcha, irritado, con su pantorrilla arañada.

He perdido completamente de vista a Jesús. No podría decir a dónde ha ido, por qué puerta ha salido. He visto sólo, durante un rato, aparecer y desaparecer en el alboroto las caras de los dos hijos de Alfeo y de Tomás, luchando por abrirse camino, y las de algunos discípulos pastores tratando de hacer lo mismo. Después también ellos han desaparecido de mi vista, y sólo ha quedado el último correteo de los pérfidos judíos, que tratan de alejarse en una u otra dirección para substraerse a la captura y al reconocimiento por parte de los legionarios, para quienes tengo la impresión de que fuera una fiesta poder cargar fuerte sobre los hebreos, para resarcirse de todo el odio con que saben que son... remunerados.

## 538

## Jesús, orante en la gruta de la Natividad, contemplado por los discípulos ex pastores.

Jesús está detrás del Templo, cerca de la puerta del Rebaño, fuera de la ciudad. Lo acompañan, desolados aunque también encorajinados, los apóstoles y los discípulos pastores (menos Leví). No veo a ningún otro de los discípulos que estaban antes en el Templo con Él.

Tienen una controversia. Es más, podría decir que no sólo están en desacuerdo entre sí, sino que lo están también con Jesús, y de manera especial con Judas de Keriot. A éste le echan en cara las iras de los judíos, y lo hacen con mucha mordacidad. Judas les deja hablar y repite:

-Yo hablé con fariseos, escribas y sacerdotes, y ni uno de ellos estaba entre la gente.

A Jesús le reprochan el no haber cortado la discusión después de haberla hecho cesar una primera vez. Y Jesús responde:

-Debía completar mi manifestación.

Y también están en desacuerdo respecto a dónde ir, ahora que el sábado está próximo y que son días de fiesta. Simón Pedro propone donde José de Arimatea, puesto que Betania no es lugar para ir a crear incomodidades, especialmente después de que Jesús ha declarado que ya no se debe ir allí.

Tomás responde:

-No está José, y tampoco Nicodemo. Están fuera. Por la fiesta. Los saludé ayer cuando esperábamos a Judas y me lo dijeron.

-A casa de Nique, entonces - propone Mateo.

-Está en Jericó por la fiesta - responde Felipe.

-A casa de José de Seforí - dice Santiago de Alfeo.

-¡Mmm! José... No le haríamos ningún regalo. Ha tenido una serie de problemas y... ¡sí, hombre, lo digo!... y... venera al Maestro, pero desea la propia paz. Parece una barca pillada entre dos corrientes opuestas... y, para mantenerse a flote... tiene en cuenta todos los lastres. Incluso por lo que se refiere al pequeño Marcial... tanto es así, que se ha quedado muy a gusto pasándoselo a José de Arimatea - dice Pedro.

-¡Ah, por eso ayer estaba con él! - exclama Andrés.

-Ya, claro. Por eso es mejor dejarle recuperar la calma en un puertecito seguro... ¡Claro, la gente no es muy valiente, y el Sanedrín da miedo a todos! - añade Pedro.

-Te ruego que hables por ti. Yo no tengo miedo a nadie - dice Judas Iscariote.

-Y yo tampoco. Por defender al Maestro desafiaría a todas las legiones. Pero nosotros somos nosotros... Los demás... Bueno, pues tienen negocios, casas, mujeres, hijas... Y entonces consideran estas cosas.

-Nosotros también las tenemos, entonces - observa Bartolomé.

-Pero nosotros somos los apóstoles y...

-Y sois iguales que los demás. No critiquéis a nadie porque la prueba no ha venido todavía - dice Jesús.

-¿No ha venido? ¿Y qué otras cosas quieres, más de las que hemos pasado ya? ¡Y habrás visto cómo te he defendido hoy! Todos te hemos defendido. ¡Pero yo más que ninguno! ¡He abierto paso con unos empujones que habrían botado una barca!... ¡Una idea! Vamos a Nob. ¡El anciano se sentirá contento!

-Sí, sí, a Nob - aprueban todos.

-Juan no está. Haríais el camino en balde. A Nob podéis ir, pero no a casa de Juan.

-¿Podéis? ¿Y Tú no puedes?

-No quiero, Simón de Jonás. Yo tengo ya dónde ir para estas noches de Encenias. Pero, fuera de la escena Yo, vosotros podéis estar tranquilos en cualquier lugar. Por eso os digo: id a donde queráis. Yo os bendigo. Os recuerdo que estéis unidos, física y espiritualmente, sujetos a Pedro, vuestra cabeza; pero no como a un amo, sino como a un hermano mayor. En cuanto Leví regrese con mi bolsa, nos separaremos.

-¡Eso no, mi Señor! ¡Nunca sucederá que te deje ir solo! - exclama Pedro.

-Siempre sucederá, si Yo lo quiero, Simón de Jonás. Pero no temas. No estaré en la ciudad. Ninguno que no sea ángel o demonio descubrirá mi refugio.

-Y es bueno. Porque hay demasiados demonios que te odian. ¡Te digo que no irás solo!

-También hay ángeles, Simón; e iré.

-¿Pero a dónde? ¿Pero a qué casa, si has rechazado las mejores, o por voluntad tuya o por las circunstancias? ¿Porque no querrás estar en esta estación del año en alguna gruta en los montes?

-¿Y si así fuera? Siempre serían menos gélidas que los corazones de los hombres que no me aman - dice, casi a sí mismo, Jesús, inclinando la cabeza para esconder visos de llanto en los ojos.

-Ahí está Leví. Viene corriendo - dice Andrés, que mira desde el borde del camino.

-Entonces démonos la paz y vamos a separarnos. Si queréis ir a Nob, tenéis el tiempo justo antes de la puesta del sol.

Leví llega jadeante:

-Te buscan por todas partes, Maestro... Me lo han dicho los que te quieren... Han estado en muchas casas, especialmente de gente modesta...

-¿Te han visto? - pregunta Santiago de Zebedeo.

-Claro. Incluso me han parado. Pero yo, que ya estaba al corriente, he dicho: "Voy a Gabaón" y he salido por la puerta de Damasco y he corrido por detrás de las murallas... No he mentido, Señor, porque yo y éstos vamos a Gabaón después del sábado. Esta noche estaremos en los campos de la ciudad de David... Son días de recuerdos para nosotros... - y mira a Jesús con sonrisa de ángel en su rostro viril y barbado, una sonrisa que le pone de nuevo las facciones de niño de la noche lejana.

-De acuerdo. Vosotros podéis marcharos. Y también vosotros. Yo también me marcho. Cada uno por su camino. Me precederéis en el pueblo de Salomón, donde estaré dentro de pocos días. Y antes de dejaros os repito las palabras que os dije antes de enviaros de dos en dos por las ciudades: "Id, predicad, anunciad que el Reino de los Cielos está muy cercano. Curad a los enfermos, limpiad a los leprosos, resucitad a los muertos del espíritu y de la carne imponiendo en mi Nombre la resurrección del espíritu, la búsqueda de mí que es vida, o la resurrección de la muerte. Y no os ensoberbezcáis de lo que hacéis. Evitad las controversias entre vosotros y con quien no nos ama. No exijáis nada por lo que hagáis. Preferid ir a las ovejas perdidas de la casa de Israel antes que a gentiles y samaritanos; esto no por repulsa, sino porque no estáis todavía al nivel de poder convertirlos. Dad lo que tenéis sin preocuparos del mañana. Haced todo lo que me habéis visto hacer a mí, y con el mismo espíritu mío. Mirad, os doy el poder de hacer lo que Yo hago y que quiero que hagáis para que Dios sea glorificado".

Espira su aliento sobre ellos y luego, uno a uno, los besa y los despide.

Todos se marchan sin ganas, volviéndose varias veces. Él los saluda con la mano hasta que ve que todos se han ido, luego desciende hacia el lecho del Cedrón, entre matas, y se sienta en una piedra en la orilla del agua que corre borbollando. Bebe esta agua clara y, sin duda, gélida. Se lava la cara, las manos, los pies. Luego, vestido completamente de nuevo, vuelve a sentarse. Piensa... Y no se da cuenta de lo que sucede a su alrededor, concretamente que el apóstol Juan, que estaba ya lejos con los compañeros, ha regresado solo y como Él, se oculta ahora tras una mata tupida...

Jesús está allí un rato. Luego se levanta, se pone la bolsa en bandolera y, orillando el Cedrón, entre las matas, llega al pozo de En Ro-gel, para cortar luego hacia el sudoeste hasta tomar el camino que lleva a Belén. Y Juan, a unos cien pasos más atrás, lo sigue todo arrebujado en su manto para no ser reconocido.

Van y van y van por los caminos desnudos a causa del invierno: Jesús, con su paso largo, devora e1 camino; Juan lo sigue con dificultad, incluso porque debe tener cautela para no ser descubierto. Dos veces Jesús se para y se vuelve. La primera, al pasar junto al pequeño collado a donde Judas fue a hablar con Caifás y compañeros. La segunda, junto a un pozo, y allí se sienta y da unos bocados a un poco de pan y luego bebe del ánfora de un hombre. Reanuda su camino mientras el sol baja, baja, baja... Y llega el crepúsculo. Llega al sepulcro de Raquel cuando la última rojura del ocaso se apaga en una pincelada de color violado. El cielo, a Occidente, parece todo él una pérgola de glicina en flor, mientras que al Este presenta ya el puro cobalto de un frío firmamento invernal de Oriente y ya las primeras luces sidéreas se asoman al extremo límite del cielo.

Jesús acelera el paso, para hallarse como es debido antes de que la noche sea completa. Pero, llegado a un punto alto desde el que se ve enteramente la pequeña ciudad de Belén, se para, mira, suspira... Luego baja rápido. No entra en la ciudad. La rodea por las últimas casas. Va derecho a las ruinas de la casa o torre de David, al lugar en donde nació. Pasa el regato que corre junto a la gruta, pone pie en el pequeño espacio libre que hay, y que está cubierto de hojas secas... Da una ojeada dentro de las ruinas. El lugar está vacío. Entra...

Y Jua1a se queda a una cierta distancia, cauto para no ser ni oído ni visto. Rebusca, mira. Encuentra, más tanteando que con la vista, otro de los establos semiderruídos. Entra también él y enciende una lumbre en un rincón. Hay un poco de paja, un poco de pajuzo sucio, algunas ramas secas, heno en el pesebre.

Juan está contento. Monologa:

-A1 menos... oiré... y... o morimos juntos o lo salvo.

Luego suspira y dice:

-¡Y nació así! Y viene aquí a llorar su dolor... Y... ¡Ah, eterno Dios, salva a tu Cristo! Me tiembla el corazón, oh Dios Altísimo, porque Él se retira siempre antes de obras grandes... ¿Y qué obra grande puede hacer, sino manifestarse como Rey Mesías? ¡Oh, todas sus palabras están dentro de mí... Yo soy un niño ignorante y comprendo poco. ¡Todos comprendemos poco, oh eterno Padre nuestro! Pero tengo miedo. ¡Tengo miedo! Porque Él habla de muerte, de muerte dolorosa, de traición y de cosas horribles... ¡Tengo miedo! ¡Miedo, mi Dios! Fortalece mi corazón. Señor eterno. Fortalece mi corazón de pobre niño como, ciertamente fortaleces el de tu Hijo para las futuras vicisitudes... ¡Oh, que yo lo percibo! Ha venido aquí para esto, para sentirte más que nunca y fortalecerse en tu amor. ¡Yo hago lo mismo, oh Padre Santísimo! Ámame y haz que te ame para tener la fuerza de padecer todo sin vileza, para consuelo del Hijo tuyo.

Juan hace una larga oración, en pie, erguido, con los brazos alzados, a la luz temblorosa de dos ramas que ha encendido en el elemental hogar. Ora hasta que ve que el fuego está para apagarse. Luego se sube al ancho pesebre y se acurruca en el heno. Envuelto en el manto oscuro, envuelta la gruta en las tinieblas, Juan es, todo él, una sombra uniformada con la sombra. Hasta que un primer claror de luna se introduce por la apertura orientada a Oriente, para decir que es plena noche. Pero Juan, cansado, duerme; su respiración y el leve frufrú del regatillo son los únicos ruidos en esta noche de Diciembre.

Arriba, el cielo, con nubes ligeras heridas por la Luna, parece todo recorrido por multitud de ángeles... Pero no hay canto de ángeles. A intervalos, se responden entre las ruinas los quejumbrosos «¡cu-cú!, ¡cucú!, ¡cucú! - de los pájaros

nocturnos, y de vez en cuando, acaban con esa especie de carcajada de bruja que es propia de las lechuzas, y, de lejos, viene un lamento semejante a un aullido: ¡algún perro encerrado en algún redil y que aúlla a la Luna; o algún lobo al que el viento lleva olor de presa y se golpea los ijares con la cola y aúlla de deseo, no atreviéndose a acercarse a los apriscos bien custodiados? No lo sé.

Mas luego se oye rumor de voces y pisadas y se ve una luz rojiza y trémula entre las ruinas; y aparecen, uno detrás de otro, los discípulos pastores: Matías, Juan, Leví, José, Daniel, Benjamín, Elías. Simeón. Matías mantiene alzada una rama encendida para ver el camino. Pero el que se adelanta ligero es Leví, y es el primero en introducir la cabeza en la gruta de Jesús. Enseguida se vuelve y hace un gesto para que los otros se detengan y callen, y mira otra vez... y luego, exhibiendo hacia atrás la mano derecha, señala a los otros que vayan, y se aparta mientras tiene un dedo en los labios con gesto de silencio, para dejarles sitio, y ellos, uno tras otro, miran y, conmovidos como Leví, se retiran.

-¿Qué hacemos? - susurra Elías.

-Nos quedamos aquí contemplándolo - dice José.

-No. A nadie le es lícito violar los secretos espirituales de las almas. Vamos a retirarnos más allá - dice Matías.

-Tienes razón. Vamos a entrar en el establo contiguo. Estaremos todavía aquí, y cerca de Él - dice Leví.

-Vamos - dicen.

Pero, antes de apartarse, miran fugazmente otra vez dentro de la gruta de la Natividad y luego se retiran, conmovidos, tratando de no hacer ruido.

Pero, ya en el umbral del establo contiguo, oyen roncar a Juan.

-Hay alguno - dice Matías deteniéndose.

-¿Qué hace? Entramos nosotros también. Si se ha refugiado aquí algún mendigo, porque está claro que es un mendigo, podemos refugiarnos también nosotros - replica Benjamín.

Entran teniendo alzada la rama encendida. Juan, hecho un ovillo en su improvisada e incómoda cama, medio tapada la cara por el pelo y el manto, sigue durmiendo. Se apartan despacio con intención de sentarse en la paja esparcida cerca del pesebre. Pero, al hacerlo, Daniel mira con más atención al durmiente y lo reconoce. Dice:

-Es el apóstol del Señor. Juan de Zebedeo. Se han refugiado aquí en oración... y el sueño ha vencido al apóstol... Retirémonos. Podría sentirse humillado por verse sorprendido durmiendo en vez de orando...

Con pocas ganas vuelven afuera, y entran en la otra pieza que está después de ésta. Es más, Simeón se queja:

-¿Por qué no estar en la entrada de su gruta y verlo de vez en cuando? Hemos estado muchos años al raso y a la luz de las estrellas para custodiar los corderos, ¿y por el Cordero de Dios no lo hacemos? ¡Bien tenemos este derecho, nosotros que lo adoramos en su primer sueño!

-Tienes razón como hombre y como adorador del Hombre-Dios. Pero ¿qué has visto mirando ahí dentro? ¿Acaso, al Hombre? No. Nosotros, sin querer, hemos apartado el triple velo extendido para guardar el misterio, hemos franqueado el umbral infranqueable, y hemos visto lo que ni siquiera el Sumo Sacerdote ve entrando en el Santo de los Santos. Hemos visto los inefables amores de Dios con Dios. No nos es lícito espiarlos. E1 poder de Dios podría castigar nuestras pupilas audaces que han visto el éxtasis del Hijo de Dios. ¡Quedémonos contentos con lo que hemos recibido! Queríamos venir aquí para pasar la noche en oración antes de alejarnos para nuestra misión. Orar y recordar la lejana noche... Y, sin embargo, ¡hemos contemplado el amor de Dios! ¡Verdaderamente nos ha amado mucho el Eterno dándonos la alegría de la contemplación del Niño y la de sufrir por Él, y la de anunciarlo al mundo como discípulos del Niño Dios y del Hombre-Dios! Ahora nos ha concedido también este misterio... ¡Bendigamos al Altísimo y no queramos más! - dice Matías, que tengo la impresión de que es el que goza de más autoridad por sabiduría y justicia, entre los pastores.

-Tienes razón. Dios nos ha amado mucho. No debemos exigir más. Samuel, José y Jonatán no han tenido sino la alegría de adorar al Niño y sufrir por Él. Jonás murió sin poder seguirlo. El mismo Isaac no está aquí para ver lo que nosotros hemos visto. Y, si hay uno que lo merece, ése es Isaac, que se consume anunciándolo - dice Juan.

-¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Qué feliz se habría sentido Isaac de ver esto! Pero se lo contaremos - dice Daniel.

-Sí. Tenemos que recordar todo en nuestro corazón para decírselo a él - dice Elías.

-¡Y a los otros discípulos y fieles! - exclama Benjamín.

-No. No a los otros. No por egoísmo, sino por prudencia y por respeto al misterio. Si es voluntad de Dios, llegará la hora en que lo podremos decir. Por ahora debemos saber callar - dice Matías. Y hablando a Simeón:

-Tú fuiste conmigo discípulo de Juan. Recuerda cómo nos instruía sobre la prudencia sobre las cosas santas: "Si Dios un día, como ya os ha favorecido, os sigue favoreciendo con dones extraordinarios, que ello no os haga ser como ebrios charlatanes. Recordad que Dios se manifiesta a los espíritus, que están cerrados en la carne porque son gemas celestes que no deben estar expuestas a las inmundicias del mundo. Sed santos en vuestros miembros y en los sentidos para saber frenar todo instinto carnal. Tanto en los ojos como en los oídos, tanto en la lengua como en las manos. Y santos en el pensamiento, sabiendo frenar ese orgullo que tenéis de hacer saber. Porque los sentidos y los órganos y el intelecto deben servir y no reinar; servir al espíritu, no reinar sobre el espíritu; deben tutelar, no turbar el espíritu. Por tanto, sobre los misterios de Dios en vosotros, salvo una explícita orden suya, poned el sigilo de vuestra prudencia, de la misma manera que el espíritu tiene el de la transitoria cárcel en la carne. Serían cosas completamente inútiles, malas y peligrosas, la carne y el intelecto, si no sirvieran para aportar mérito con la aflicción que les damos a ellos como respuesta a sus fómites, si no sirvieran como templo del altar sobre el que aletea la gloria de Dios: nuestro espíritu". ¿Lo recordáis? ¿Tú, Juan, y tú, Simeón? Espero que sí, porque si no recordarais las palabras de nuestro primer maestro, verdaderamente él estaría muerto para vosotros. Un maestro vive mientras su doctrina vive en sus discípulos. Y aunque luego fuera reemplazado por un maestro mayor y, para los discípulos de Jesús, reemplazado por el Maestro de los maestros-, no es nunca lícito olvidar las palabras del primero, que nos prepararon a comprender y amar con sabiduría al Cordero de Dios.

-Es verdad. Hablas con sabiduría. Te obedeceremos.

-¡Pero qué penoso es, fatigoso, resistir sin mirarlo otra vez estando tan cerca de Él! ¿Estará todavía como antes? - pregunta Simeón.

-¡A saber! ¡Cómo resplandecía su cara!

-¡Más que la Luna en una noche serena!

-Su boca tenía sonrisa divina...

-Y sus pupilas manaban divino llanto...

-No decía palabras. Pero en Él todo era oración.

-¿Qué será lo que ha visto?

-A su eterno Padre. ¿Lo dudas? Sólo esa visión puede dar ese aspecto. Bueno... ¿qué digo?... ¡Más que verlo, estaba con Él, en Él! ¡El Verbo con el Pensamiento!... ¡Amándose!... ¡Ah!... - dice Leví, que parece a su vez en éxtasis.

-Pues por eso he dicho que no nos es lícito quedarnos allí. Tened en cuenta que no ha querido tener consigo ni siquiera a su apóstol...

-¡Claro! ¡Es verdad! ¡Maestro santo! ¡Necesita, más que de agua la tierra agostada, ser inundado por el amor de Dios! ¡Tanto odio en torno a El...!

-Pero también mucho amor. Yo quisiera... ¡Sí, lo hago! El Altísimo está presente. Yo me ofrezco y digo: "Señor Dios Altísimo, Dios y Padre de tu pueblo, que aceptas y consagras los corazones y los altares e inmolas las víctimas que te son gratas, descienda como un fuego tu deseo y me consuma víctima con Cristo, como Cristo y por Cristo, tu Hijo y tu Mesías, mi Dios y Maestro. En tus manos me pongo. Escucha mi oración".

Y Matías, que ha orado poniéndose en pie y con los brazos alzados, se sienta de nuevo en el montón de haces de leña que los acoge.

La Luna deja de iluminar la gruta porque ya cae hacia Occidente. Su candor ahora está sobre la campiña, no ya ahí dentro; y caras y cosas se difuminan en una sola sombra. También las palabras se hacen más escasas y los tonos de voz más bajos. Hasta que la somnolencia vence sobre la buena voluntad y se oyen sólo palabras separadas, a veces sin respuesta... El frío, que se hace punzante al ir acercándose el alba, estimula contra el sueño. Se alzan de nuevo, encienden unos ramajes, calientan sus miembros ateridos...

-¡Y Él, que está claro que no piensa en el fuego, cómo se apañará? - dice Leví (casi le castañean los dientes).

-¿Tendrá, al menos, comida? - pregunta Elías, y añade:

-Ahora sólo tenemos nuestro amor y poca y pobre comida... y hoy es sábado...

-¿Sabes qué? Ponemos toda nuestra comida en la entrada de la gruta y luego nos vamos. Nosotros siempre podremos encontrar un pan antes del anochecer, donde Raquel o donde Elichá. Y seremos la providencia de la Providencia, del Hijo de Aquel que ejerce su providencia con todos nosotros - propone José.

-Sí, sí. Hacemos un buen fuego para ver bien y calentarnos bien y luego llevamos todo allí y nos marchamos antes de que, con el alba Él o el apóstol salgan y nos vean.

A la luz del fuego vivo abren sus bolsas y sacan pan, quesos secos, alguna manzana. Luego se cargan los haces de leña y salen cautamente, mientras Matías alumbra todavía con una rama sacada del fuego. Ponen todo justo a la entrada de la gruta: los haces en el suelo; encima, el pan y los otros alimentos. Luego se retiran, cruzan el regatillo en el sentido contrario, uno detrás de otro, y se marchan ya con un primer, silencioso crepúsculo matutino rasgado al improviso por un canto de gallo.

## 539

## Juan de Zebedeo se acusa de culpas inexistentes.

Es una serena pero cruda mañana de invierno. La escarcha ha blanqueado con sus cristales harinosos el suelo y las hierbas, y de alguna ramita seca que yace en el suelo ha hecho una preciosa joya aljofarada de perlitas.

Juan sale de su gruta. Está muy pálido con su túnica color avellana oscuro. Debe tener también mucho frío, o está enfermo. No lo sé. Sé que tiene una palidez casi lívida y que su paso es vacilante, como una persona que no se siente bien. Va hacia el arroyo y titubea respecto a hundir en él, o no, sus manos. Se decide y, formando el cuenco de las dos manos, bebe un sorbo de esa agua cristalina pero ciertamente muy fría. Sacude las manos y termina de secárselas con el extremo de la túnica. Luego permanece un momento inseguro... Mira hacia las ruinas donde está Jesús, mira hacia las suyas... y a éstas regresa lentamente. Pero, en llegando a la abertura por donde se entra, siente como un vahído y se tambalea. Se hubiera caído si no se hubiera agarrado a la pared semiderruída. Permanece un momento con la cabeza sobre el brazo doblado, agarrándose a la pared; luego alza la cabeza y mira a su alrededor... Ya no entra en su cuchitril. Rasando la pared, sujetándose en los salientes angulosos de las piedras ya carentes de revoque, da los pocos pasos que lo separan del establo donde está Jesús, y, habiendo llegado casi a la entrada, se arroja de rodillas y gime:

-¡Jesús, mi Señor, piedad de mí!

Jesús pronto aparece:

-¿Juan? ¿Qué haces? ¿Qué te pasa?

-¡Oh, mi Señor! ¡Tengo hambre! Hace casi dos días que no como nada. Tengo hambre y frío... - está palidísimo y le castañean los dientes.

-¡Ven! ¡Pasa adentro! - dice Jesús ayudándole a ponerse en pie.

Juan, sujetado por el brazo de Jesús, llora con la cabeza reclinada en el hombro de Él, y suspira:
-No me castigues, Señor, si te he desobedecido...
Jesús responde sonriendo:
-Ya has recibido el castigo. Pareces un moribundo... Siéntate aquí, en esta piedra. Hago fuego y te doy comida... - y Jesús enciende con la yesca unas ramillas y hace un buen fuego en el rústico hogar que hay cerca de la puerta.
Olor de ramas quemadas y viveza de llamas se esparcen por la mísera gruta, y Jesús, pinchados en un palito dos pedazos de pan, los presenta a la llama; cuando los siente calientes, los cubre con el corazón graso de los quesos dejados por los pastores, y el queso se ablanda y se derrite en el pan que ahora Jesús mantiene suspendido sobre la llama como si fuera un plato.
-Come ahora y no llores - dice sonriendo aún y pasando el pan a Juan, que llora en silencio como un niño extenuado, y no deja de verter lágrimas ni siquiera mientras come ese alimento reconfortante.
Jesús va hacia el pesebre y vuelve con unas manzanas; las coloca entre las cenizas que se han calentado bajo el calor de la leña que arde sostenida por dos piedras que hacen de morillos.
-¿Va mejor ahora? - pregunta mientras se sienta al lado de su apóstol, que expresa que sí con la cabeza, llorando aún.
Jesús le pasa un brazo por los hombros y lo acerca a sí, cosa que aumenta el llanto de Juan, que está todavía demasiado agotado y demasiado turbado por el miedo -quizás- a una reprensión, por la emoción de verse acogido así... demasiado como para saber hacer otra cosa que no sea llorar.
Jesús lo tiene arrimado a sí sin hablar, mientras Juan come. Luego dice:
-Por ahora basta. Las manzanas podrás comerlas más tarde. Quisiera darte un poco de vino, pero no lo tengo. He encontrado anteayer, al alba, haces de leña y comida fuera del establo. Pero no había vino. Por eso, no te lo puedo dar. Si fuera más tarde, podría pedir leche a unos pastores que he visto que pacían el rebaño en la otra parte del arroyo. Pero mientras no se disuelva la escarcha no salen los hatos...
-Estoy ya mejor, Señor... No te aflijas por mí.
-¿Y entonces tu aflicción por qué es?, porque pareces... eso, un árbol cuya escarcha bajo el sol se estuviera derritiendo - dice Jesús sonriendo aún más vivamente, y besa a Juan en lo alto de la frente.
-Porque estoy lleno de remordimientos, Señor... y...¡Sí! ¡Suéltame! ¡Tengo que hablarte de rodillas, pedirte perdón...
-¡Pobre Juan! Verdaderamente este esfuerzo superior a tu capacidad te ha debilitado también el intelecto. ¿Y tú crees que necesito tus palabras para juzgarte y absolverte?
-Sí, sí, sé que sabes todo. Pero no tendré paz hasta que no te haya dicho mi pecado; es más, mis pecados. Suéltame. Déjame acusarme de mis culpas.
-Bueno, habla, si eso te va a dar paz.
Juan cae de rodillas y, alzando la cara llorosa, dice:
-He pecado de desobediencia, de presunción y de... no sé si es correcto llamarla humanidad. Pero la verdad es que ésta es mi culpa más reciente, más grave, la que me produce el mayor dolor y la que me dice qué siervo inútil soy, más aún: qué egoísta y bajo.
Las lágrimas verdaderamente le lavan el rostro, mientras a Jesús la sonrisa le pone la cara cada vez más luminosa. Jesús está un poco inclinado hacia este apóstol suyo que llora, y la divina sonrisa es una profunda caricia para el dolor de Juan. Pero Juan está tan afligido, que ni siquiera lo consuela esa sonrisa, y continúa:
-Te he desobedecido. Habías dicho que no debíamos separarnos, y yo me separé inmediatamente de los compañeros, y los he escandalizado. Respondí mal a Judas de Keriot, que me observaba que estaba pecando. Dije: "Tú lo hiciste ayer, yo lo hago hoy; tú 1o hiciste para tener noticias de tu madre, yo lo hago para estar con el Maestro y velar por Él, defenderlo"... Un acto mío de presunción el querer hacer esto... ¡Yo, pobre inútil, defenderte a ti! Y luego, otro acto de presunción, porque he querido emularte. He dicho: "Sin duda ora y ayuna. Yo voy a hacer lo que É1 hace y por su misma intención". Y, sin embargo...
El llanto se hace sollozos mientras la confesión de la miseria del hombre, de la materia que ha sobrepujado la voluntad del espíritu sale de los labios de Juan:
-Y, sin embargo... me dormí. ¡Me dormí enseguida! Y no me desperté sino ya del todo de día, y te vi ir al río, lavarte, volver aquí; y comprendí que habrían podido incluso capturarte sin estar yo preparado para defenderte. Y luego quería hacer penitencia y ayuno, pero no he sido capaz de hacerlo. Con pequeños bocados, casi para no comer, el primer día terminé de comer mi poco pan. Tú sabes que no tenía más. Y aún no me sentía saciado habiendo terminado todo. Y al día siguiente he tenido todavía más hambre, y esta noche... ¡Oh!, ayer por la noche he dormido poco por hambre y frío, y esta noche no he dormido nada... y esta mañana ya no he sabido resistir... y he venido porque he tenido miedo de morir de inanición... Y es esto lo que más me punza: no haber sabido estar despierto para orar y velar por ti y haberlo sabido hacer por las dentelladas del hambre... Soy un siervo estúpido y vil. ¡Castígame, Jesús!
-¡Pobre niño! ¡Ya quisiera Yo que todo el mundo hubiera de gritar estas culpas tuyas! Pero, escucha, levántate y escúchame, y tu corazón volverá a estar en paz. ¿Has desobedecido también a Simón de Jonás?».
-No, Maestro. Nunca lo habría hecho, porque has dicho que debíamos estar sujetos a él como a un hermano mayor. Pero él, cuando le dije: "Mi corazón no está tranquilo viéndolo marcharse solo", respondió: "Tienes razón. Pero yo no puedo ir porque tengo la obediencia de guiaros a todos vosotros. Ve tú, y que Dios te acompañe". Los otros alzaron la voz y Judas más que nadie. Recordaron la obediencia, e incluso censuraron a Simón Pedro.
-¿Censuraron? Sé sincero, Juan.
-Es verdad, Maestro. Fue Judas el que censuró a Simón y me trató mal a mí. Los otros solamente dijeron: "El Maestro ha ordenado permanecer juntos". Y me lo decían a mí, no a nuestro jefe. Pero Simón respondió: "Dios ve la finalidad del acto, y

perdonará. Y el Maestro perdonará, porque esto es amor" y me bendijo y me besó y me mandó tras ti, como aquel día que fuiste con Cusa al otro lado del lago.

-Entonces Yo de esta culpa no debo absolverte...

-¿Porque es demasiado grave?

-No. Porque no existe. Vuelve aquí, Juan, al lado de tu Maestro, y escucha la lección. Hay que saber aplicar las órdenes con justicia y discernimiento, sabiendo comprender el espíritu de la orden, no solamente las letras que la componen. Yo dije: "No os separéis". Te has separado y por tanto, tendrías pecado. Pero antes había dicho: "Estad unidos, física y espiritualmente, sujetos a Pedro". Con esas palabras lo elegí a él como mi legítimo representante entre vosotros, con facultad plena de juzgar y mandar en relación a vosotros. Por tanto, todo lo que Pedro ha hecho o hará en mi ausencia, bien hecho estará. Porque, habiéndolo investido Yo del poder de guiaros, el Espíritu del Señor, que está en mí, estará también con él y lo guiará cuando dé esas órdenes que las circunstancias imponen y que la Sabiduría, para el bien de todos, sugerirá al Apóstol cabeza. Si Pedro te hubiera dicho: "No vayas" y hubieras venido igualmente, ni siquiera el móvil bueno de tu acto -querer seguirme por un amor que quiere defender y estar conmigo en los peligros- hubiera sido suficiente para anular tu culpa. Habría sido necesario realmente mi perdón. Pero Pedro, tu Cabeza, te dijo: "Ve". La obediencia a él te justifica completamente. ¿Estás convencido de esto?

-Sí, Maestro.

-¿Debo absolverte de la culpa de presunción? Dime, sin pensar en si Yo veo tu corazón. ¿Has confiado presuntuosamente con soberbia en quererme imitar para poder decir: "Con mi voluntad he abolido las necesidades de la carne, porque yo puedo aquello que quiero? Reflexiona bien...

Juan reflexiona. Luego dice:

-No, Señor. Examinándome bien, no, no lo he hecho por eso. Esperaba poderlo hacer porque he comprendido que la penitencia es sufrimiento de la carne pero luz del espíritu. He comprendido que es un medio para fortalecer nuestra debilidad y obtener mucho de Dios. Tú lo haces por esto. Yo por eso quería hacerlo. Y creo no equivocarme diciendo que, si lo haces Tú, que eres fuerte, Tú, que eres poderoso, Tú que eres santo, yo, nosotros, deberíamos hacerlo siempre, si siempre fuera posible hacerlo, para ser menos débiles y materiales. Pero no he podido hacerlo. Yo siempre tengo hambre y mucho sueño…y el llanto empieza de nuevo a gotear, lento, humilde (verdadera confesión de la limitación de las capacidades humanas).

-¿Y crees que incluso esta pequeña miseria de la carne ha sido inútil? ¡Oh, cómo la recordarás en el futuro, cuando seas tentado a ser severo y exigente con tus discípulos y fieles! Se asomará a tu mente diciéndote: "Acuérdate de que tú también cediste al cansancio, al hambre. No pretendas que los otros sean más fuertes que tú. Sé padre de tus fieles, como tu Maestro fue un padre para ti aquella mañana". Tú muy bien habrías podido velar y no sentir luego esta fuerte hambre. Pero el Señor ha permitido que te vieras doblegado por estas necesidades de la carne para hacerte humilde, cada vez más humilde y cada vez más compasivo en relación a tus semejantes. Muchos no saben distinguir entre tentación y culpa consumada La primera es una prueba que da mérito y no quita gracia. La segunda es caída que quita mérito y gracia. Otros no saben distinguir entre hechos naturales y culpas, y se crean escrúpulos de haber pecado, mientras que -y éste es tu caso- no han hecho más que obedecer a leyes naturales *buenas.* Diciendo "buenas", distingo las leyes naturales de los instintos sin freno. Porque no todo lo que ahora se llama "ley natural" realmente lo es y es buena. Buenas eran todas las leyes ligadas a la naturaleza humana y que Dios había dado a Adán y Eva: la necesidad del alimento, del descanso, de la bebida. Después, con el pecado, han entrado en escena -y se han mezclado con las leyes naturales, contaminando con la intemperancia aquello que era bueno- los instintos animales, los desarreglos, todo tipo de sensualidad. Y Satanás, tentando, ha mantenido vivo el fuego, el fomes de los vicios. Así que puedes ver que, si no es pecado ceder a la necesidad de descanso y de alimento, sí lo son la crápula, la embriaguez, el ocio prolongado. Tampoco es pecado la necesidad de cohabitar y procrear; es más, Dios mandó hacerlo para poblar la Tierra de hombres. Pero ya no es bueno ese acto sólo para la satisfacción de la carne. ¿Estás convencido también de esto? *(Según Doctrina de la Iglesia, los casados, habiendo sido generosos en hijos, pueden usar del sexo sin tener hijos, siempre que usen medios no conceptivos naturales, nunca medios anticonceptivos artificiales: píldora, etc. ; no entran en este caso los no casados que libremente practican el sexo: éstos cometen pecado mortal)*

-Sí, Maestro. Pero, entonces, dime una cosa: ¿los que no quieren procrear pecan contra un mandato de Dios? Tú dijiste una vez que el estado de virgen es bueno.

-Es el más perfecto. Como también lo es el estado de quien, no satisfecho con hacer buen uso de las riquezas, se despoja completamente de ellas. Son las perfecciones a que puede llegar una criatura. Y tendrán un gran premio. Tres son las cosas más perfectas: la pobreza voluntaria, la castidad perpetua, la obediencia absoluta en todo aquello que no es pecado. Estas tres cosas hacen al hombre semejante a los ángeles. Y una es perfectísima: dar la propia vida por amor a Dios y a los hermanos. Esta cosa hace a la criatura semejante a mí, porque la lleva al absoluto amor. Y quien ama perfectamente es semejante a Dios, está absorbido en Dios y fundido con Dios. Está, pues, en paz, querido mío. No hay culpa en ti. Yo te lo digo. ¿Por qué, entonces, aumentas tu llanto?

-Porque, en todo caso, una culpa sí que hay: la de haber sabido venir a ti por necesidad y haber sabido velar por hambre, y no por amor. Nunca me lo perdonaré. No me volverá a suceder. No me volveré a dormir mientras Tú sufres. No te olvidaré, durmiendo, mientras Tú lloras.

-No vincules el futuro, Juan. Tu voluntad está dispuesta, pero todavía se podría ver sobrepujada por la carne. Y sentirías una profunda e inútil postración si te acordaras de esta promesa hecha a ti mismo y no mantenida después por la fragilidad de la carne. Mira. Te digo lo que debes decir para estar en paz, te suceda lo que te suceda. Di conmigo: "Yo, con la ayuda de Dios, me propongo, en todo lo que me sea posible, no volver a ceder ante los lastres de la carne". Y tente firme en esta voluntad. Si luego un día, aun no queriéndolo, la carne cansada y afligida vence tu voluntad, entonces, como hoy, dirás: "Reconozco que soy un pobre hombre como todos mis hermanos; y que esto me sirva para tener truncado mi orgullo". ¡Oh! ¡Juan! ¡Juan! ¡No es tu

sueño inocente lo que puede causarme dolor! Ten. Estas te reanimarán del todo. Vamos a compartirlas bendiciendo a quien me las ha ofrecido - y toma las manzanas, que están ya asadas y quemando, y da tres a Juan y se tiene para sí otras tres.

-¿Quién te las ha dado, Señor? ¿Quién ha venido a verte? ¿Quién sabía que estabas aquí? Yo no he oído ni voces ni pasos. Y además, después de la primera noche, he estado en vela...

-Salí con la primera luz del día. Había unos haces de leña delante de la entrada, y encima pan, quesos y manzanas. No vi a nadie. Pero sólo algunos han podido sentir el deseo de repetir un peregrinaje y un gesto de amor... - dice lentamente Jesús.

-¡Es verdad! ¡Los pastores! Lo habían dicho: "Iremos a la tierra de David... Son días de recuerdos...". ¿Pero por qué no se han quedado?

-¿Por qué? Han adorado y...

-Y han sido compasivos. Te han adorado a ti y han sido compasivos conmigo... Son mejores que nosotros esos hombres.

-Sí. Han conservado buena, cada vez mejor, su voluntad. Para ellos no ha sido un daño el don que Dios les ha dado...

Jesús ya no sonríe. Piensa y se entristece.

Luego reacciona. Mira a Juan, que lo mira, y dice:

-¡Bien! ¿Nos vamos? ¿Ya no te sientes agotado?

-No, Maestro. No voy a tener mucha resistencia, creo, porque tengo los miembros doloridos. Pero creo que puedo andar.

-Pues entonces vamos. Ve por tu bolsa mientras Yo recojo las sobras en la mía, y vámonos. Tomaremos el camino que va hacia el Jordán para evitar Jerusalén.

Y cuando Juan vuelve se ponen en marcha. Recorren el mismo camino por el que han ido allí, y se van alejando por la campiña, que se calienta con el suave sol de Diciembre.

## 540

## La Madre confiada a Juan. Encuentro con Manahén y lección sobre el amor a los animales. Conclusión del tercer año.

Están ya en las tierras que acusan la cercanía del Mar Muerto. Apartados de los caminos de caravanas, yendo directamente hacia el nordeste, la marcha -salvo la aspereza del terreno, que está lleno de piedras cortantes y lastras de sal y salpicado de matas bajas y espinosas- es buena y, sobre todo, tranquila, porque no hay alma viviente hasta donde alcanza la vista y la temperatura es suave y el terreno está seco.

Van conversando. Deben haber encontrado en los días anteriores a algunos pastores en cuya compañía han debido hacer un alto, porque hablan de ellos. Hablan también de un niño curado. Dulcemente, queriéndose. Aun cuando callan, se hablan con sus corazones, mirándose con la mirada de quien se siente feliz de estar con un amigo íntimo. Se sientan para descansar y comer algo, reanudan la marcha, siempre con ese aspecto de paz que da paz a mi corazón sólo con verlo.

-Allí está Galgala - dice Jesús señalando hacia delante, a un grupo de casas que albea bajo el sol en un montecito situado hacia el nordeste - Ya estamos cerca del río.

-¿Y vamos a entrar en Galgala para la noche?

-No, Juan. He evitado todas las ciudades a propósito, y ésta también. Si encontramos a algún otro pastor, iremos con él. Si vemos en el camino al que llegaremos pronto caravanas que estén preparándose para detenerse durante la noche, pediremos que nos acojan bajo sus tiendas. Los nómadas del desierto son siempre hospitalarios. Y en esta época es fácil encontrarlos. Si nadie nos recibe, dormiremos bajo las estrellas, uno al lado del otro bajo nuestros mantos, y nos velarán los ángeles.

-¡Oh, sí! ¡Cualquier cosa será mejor que la noche de tristeza, que la última noche que he pasado allá, en Belén!

-¿Pero por qué no viniste conmigo inmediatamente?

-Porque me sentía culpable. Y además decía: Jesús es tan bueno, que no me va a reprender, es más, me va a consolar, como hiciste. Y, entonces, ¿dónde habría acabado la penitencia que quería hacer?

-La habríamos hecho juntos, Juan. Yo también de hecho estuve sin comida ni fuego, a pesar de los alimentos y la leña que encontré por la mañana.

-Sí. Pero, estando contigo, nada es nada. Yo, cuando estoy contigo, no padezco nada. Te miro, te escucho, y me siento feliz.

-Ya lo sé. Y sé también que en ninguno mi pensamiento se imprime como en mi Juan. Y sé también que sabes comprender y callar cuando hay que callar. Tú me comprendes, sí. Porque me quieres. Juan, escúchame. Dentro de no mucho...

-¿Qué, Señor? - pregunta inmediatamente, interrumpiéndole, Juan; y le agarra un brazo y lo para para mirarle a la cara, con ojos de preocupación escrutadora, quebrado el rostro.

-Dentro de no mucho, hará tres años que evangelizo. Todo lo que había que decir a las gentes 1o he dicho. Quienes quieren amarme y seguirme tienen ya los elementos para hacerlo, con seguridad. Los demás... Alguno se convencerá con los hechos. La mayor parte permanecerán sordos también a los hechos. Pero a éstos he de decirles unas pocas cosas. Y las diré. Porque también la justicia, además de la misericordia, debe ser satisfecha. Hasta ahora la misericordia ha callado muchas veces y en muchas cosas. Pero, antes de callar para siempre, hablará el Maestro incluso con severidad de juez. Pero no quería hablarte de esto. Quería decirte que dentro de poco, habiendo dicho al rebaño todo aquello que había que decir para hacerlo mío, me recogeré mucho orando y preparándome. Y, cuando no esté orando, me dedicaré a vosotros. Como hice al principio, haré al final. Vendrán las discípulas. Vendrá mi Madre. Nos prepararemos todos para la Pascua. Juan, desde ahora te pido que te dediques mucho a las discípulas. A mi Madre en especial...

-¡Mi Señor! ¿Pero qué le puedo dar yo a tu Madre que Ella no posea sobreabundantemente; con tanta sobreabundancia, que tiene para darnos a todos nosotros?»

-Tu amor. Ponte en el caso de que eres como un segundo hijo para Ella. Ella te ama y tú la amas. Tenéis un único amor que os une: el amor por mí. Yo, su Hijo de carne y corazón, cada vez estaré más… ausente, absorto en mis... ocupaciones. Y Ella sufrirá, porque sabe… sabe lo que pronto va a venir. Tú debes consolarla incluso por mí, hacerte tan amigo de Ella, que pueda llorar en tu corazón y sentirse consolada. Ya estás familiarizado con mi Madre, has vivido ya con Ella; pero, una cosa es hacerlo como un discípulo que ama reverencialmente a la Madre de su Maestro, y otra cosa es hacerlo como hijo. Quiero que lo hagas como hijo, para que Ella sufra un poco menos cuando ya no me tenga.

-Señor, ¿vas a morir? ¡Hablas como uno que esté para morir! Me apenas...

-Os he dicho varias veces que *debo* morir. Es como si hablara a niños distraídos o a personas con pocas luces. Sí. Voy a morir. Se lo diré también a los otros. Pero más tarde. A ti te lo digo ahora. Recuérdalo, Juan.

-Yo me esfuerzo en recordar tus palabras, siempre... Pero éstas son tan dolorosas...

-Que haces de todo para olvidarlas. ¿Quieres decir eso? ¡Pobre muchacho! No eres tú el que olvida, ni eres tú el que recuerda. Tú con tu voluntad. Es tu misma humanidad la que no puede recordar esta cosa que supera con mucho su capacidad de resistencia, *esa cosa demasiado grande* -y no sabes siquiera cabalmente cuán grande, monstruosa, será-; esa cosa tan grande, que te atonta como un peso caído de lo alto encima de tu cabeza. Y, a pesar de todo, es así. Ya pronto iré a la muerte. Y mi Madre se quedará sola. Moriré con una gota de dulzura en mi océano de dolor si te veo "hijo" para con mi Madre...

-¡Oh, mi Señor! Si voy a ser capaz... si no me sucede como en Belén, sí, lo haré. Velaré con corazón de hijo. ¿Pero qué podré darle que la consuele si te pierde a ti? ¿Qué le voy a poder dar, si yo también estaré como uno que ha perdido todo, entontecido por el dolor? ¿Cómo lograré hacer esto, yo que no he sabido velar y padecer ahora, en la calma, durante una noche y por un poco de hambre? ¿Cómo voy a lograr hacer eso?

-No te intranquilices. Ora mucho en este tiempo. Te tendré mucho conmigo y con mi Madre. Juan, tú eres nuestra paz. Y lo seguirás siendo cuando llegue el momento. No temas, Juan. Tu amor hará todo.

-¡Oh, sí, Señor! Tenme mucho contigo. A mí, ya lo sabes, no me seduce el hacerme patente, el hacer milagros; yo sólo quiero y sólo sé amar...

Jesús lo besa una vez más en la frente, hacia la sien, como en la gruta.

Tienen ya a la vista el camino que va hacia el río. Ahí hay algún peregrino que aguija a las cabalgaduras o acelera el paso para estar antes de que sea de noche en los lugares de parada. Pero todos van arrebujados en el manto, porque, habiéndose ocultado el sol, el aire se hace crudo, y ninguno advierte la presencia de los dos viandantes que caminan ligeros hacia el río.

Un caballero al trote cochinero, casi al galope, llega a ellos y los supera, pero se para después de unos metros, debido a una acumulación de asnos en un pequeño puente horcado, tendido sobre un ancho río que quiere aparentar ser torrente y va espumando hacia el Jordán o el Mar Muerto. Mientras espera su turno de paso, el caballero se vuelve. Se ve que se sorprende. Baja de la silla y, sujetando de las riendas al caballo, vuelve hacia atrás, hacia Jesús y Juan, que no lo han visto.

-¡Maestro! ¿Cómo por aquí, y sólo con Juan? - pregunta el caballero echando hacia atrás las alas de la prenda que cubre su cabeza y que había extendido sobre la cara como capucha y, podría decir, como máscara- para protegerse del viento y del polvo. Aparece el rostro moreno y viril de Manahén.

-La paz a ti, Manahén. Voy hacia el río para cruzarlo. Pero dudo que pueda hacerlo antes de que sea de noche. ¿Y tú a dónde ibas?

-A Maqueronte. A la sucia guarida. ¿No tienes dónde dormir? Ven conmigo. Yo iba con prisa a una posada que hay en el camino de las caravanas. O, si lo prefieres, monto la tienda debajo de los árboles del río. Tengo todo en la silla.

-Eso prefiero. Pero tú, sin duda, prefieres la posada.

-Yo te prefiero a ti, mi Señor. Haberte encontrado lo considero una gracia. Vamos, entonces. Conozco las orillas como si fueran los pasillos de mi casa. A1 pie del collado de Galgala hay un bosque resguardado del viento, rico en hierba para el animal, y en leña para los fuegos de los hombres. Allí estaremos bien.

Van a buen paso, torciendo netamente hacia Oriente, dejando el camino que va hacia el vado o hacia Jericó. Llegan pronto a los lindes de un tupido bosque que desciende de las pendientes del collado y se extiende en la llanura hacia las orillas del río.

-Voy a aquella casa. Me conocen. Voy a pedir leche y paja para dos - dice Manahén, y se marcha con su caballo. Pronto regresa, seguido por dos hombres que traen fajos de paja en los hombros y un pequeño cubo de cobre colmado de leche.

Entran bajo el bosque sin decir nada. Manahén indica que echen al suelo la paja y despide a los dos hombres. De los bolsillos de la silla saca yesca y eslabón y hace fuego con las muchas ramas que hay en el suelo. El fuego alegra y da calor. El caldero, colocado encima de dos piedras que ha traído Juan, se calienta, mientras Manahén, que ya ha quitado la silla al caballo, extiende la tienda de suave lana de camello atándola a unas estacas clavadas en el suelo y arrimándola al robusto tronco de un árbol secular. Abre sobre la hierba una piel de oveja, que también estaba atada a la silla, y pone ésta encima luego dice:

-Maestro, ven. Un refugio de caballeros del desierto. Pero defiende del rocío y la humedad del suelo. Para nosotros será suficiente la paja. Te aseguro, Maestro, que las alfombras preciosas y los baldaquinos, los asientos del palacio, me parecerán menos, mucho menos hermosos que este trono tuyo y que esta tienda y esta paja, y las viandas suculentas que en distintas ocasiones he saboreado no habrán tenido nunca el sabor del pan y la leche que vamos a tomar aquí debajo juntos. ¡Me siento feliz, Maestro!

-Yo también, Manahén; y, sin duda, también Juan. La Providencia nos ha reunido esta noche para nuestra recíproca alegría.

-Esta noche y mañana, Maestro, y también pasado mañana, hasta que no te vea en seguro entre tus apóstoles. Pienso que vas a reunirte con ellos...

-Sí. Voy donde ellos. Me esperan en la casa de Salomón.

Manahén lo observa. Luego dice:

-He pasado por Jerusalén... Y he sabido lo ocurrido. Por Betania. Y he comprendido por qué no te has detenido allí. Haces bien en retirarte. Jerusalén es un cuerpo lleno de veneno y de podredumbre. Más que el pobre Lázaro...

-¿Lo has visto?

-Sí. Afligido por los tormentos del cuerpo y del corazón, por ti. Muere muy afligido Lázaro... Pero quisiera morir yo también, antes que ver el pecado de nuestros compatriotas.

-¿Estaba revuelta la ciudad? - pregunta Juan mientras cuida el fuego.

-Mucho. Dividida en dos partidos. Y, cosa extraña, los romanos han sido clementes con algunos que habían sido detenidos por sedición el día antes. Se dice en secreto que eso es para no aumentar la agitación. Se dice también que pronto el Procónsul irá a Jerusalén. Antes de lo normal. Si ello va a ser un bien o no, no lo sé. Lo que sí sé es que Herodes hará lo mismo, lo cual, ciertamente, será un bien para mí, porque podré estar cerca de ti. Con un buen caballo -las caballerizas de Antipas tienen árabes veloces- ir de la ciudad al río será cosa rápida. Si vas a detenerte allí...

-Sí. Voy a estar allí. Por ahora al menos...

Juan lleva la leche caliente, donde todos introducen su pan después del ofrecimiento y bendición llevados a cabo por Jesús. Manahén pasa unos dátiles blondos como la miel.

-¿Pero dónde tenías tantas cosas? - pregunta Juan maravillado.

-La silla de un caballero es un pequeño mercado, Juan; en ella hay de todo para el hombre y el animal - responde Manahén con una sonrisa leal en su cara morena.

Piensa un momento y luego pregunta:

-Maestro, ¿es lícito amar a los animales que nos sirven y que muchas veces lo hacen con más fidelidad que el hombre?

-¿Por qué esta pregunta?

-Porque recientemente se han burlado de mí y me han criticado algunos que me vieron cubrir con la manta que ahora nos hace de tienda a mi caballo sudado por la carrera que había hecho.

-¿Y no te dijeron nada más?

Manahén mira desorientado a Jesús... y calla.

-Habla con sinceridad. No es murmurar ni ofenderme el decir lo que ellos te han dicho para lanzar un nuevo puñado de fango contra mí.

-Maestro, Tú lo sabes todo. Verdaderamente, Tú lo sabes todo y es inútil querer celarte nuestros pensamientos o los de otros. Sí. Me dijeron: "Se ve que eres discípulo de ese samaritano. Eres un pagano como Él, que viola los sábados por hacerse impuro tocando animales impuros".

-¡Ah, esto seguro que ha sido Ismael! - exclama Juan.

-Sí. Él y otros con él. Yo me opuse diciendo: "Os comprendería si me llamarais impuro por vivir en la Corte de Antipas; no por mirar por un animal que ha sido creado por Dios". Y, como en el grupo había también herodianos -lo cual, de un tiempo a esta parte fácilmente se ve, y también es sorprendente, porque hasta ahora la disidencia entre ellos era fuerte-, me respondieron: "Nosotros no juzgamos los actos de Antipas, sino los tuyos. También Juan el Bautista estaba en Maqueronte y tenía contactos con el rey. Pero fue siempre un justo. Tú, por el contrario, eres un idólatra...". Se concentraban personas y me frené para no alterar a la gente de la ciudad. Desde hace un tiempo, la gente es mantenida en agitación por algunos de tus falsos seguidores, que la incitan a rebelión contra los que te hostigan, o por otros, que cometen abusos presentándose como discípulos enviados por ti...

-¡Esto es demasiado! Maestro, ¿a dónde van a llegar? – pregunta inquieto Juan.

-No más allá del límite que podrán alcanzar. Tras ese límite, Yo sólo continuaré adelante y resplandecerá la Luz y ya nadie podrá dudar que Yo era el Hijo de Dios. Pero venid aquí a mi lado y escuchad Primero alimentad el fuego.

Los dos, bien contentos, se echan sobre la compacta piel de oveja que está extendida en el suelo bajo los pies de Jesús. Él está sentado en la silla escarlata, contra la tienda, que está pegada al tronco del árbol. Manahén está casi echado: el codo hincado en el suelo, la cabeza apoyada en la mano, los ***ojos*** en los ***ojos*** de Jesús. Juan se sienta sobre los calcañares y, en su postura habitual, apoya la cabeza en el pecho de Jesús y lo ciñe con un brazo.

-Cuando el Creador hizo la Creación y le dio como rey al hombre creado a su imagen y semejanza, mostró al hombre todas las criaturas creadas y quiso que el hombre les diera un nombre para distinguir a unas de otras. Y se lee en el Génesis "que todo nombre que Adán dio a los animales era bueno, era el verdadero nombre". Y también se lee en el Génesis que Dios, habiendo creado al hombre y a la mujer, dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, para que domine sobre los peces del mar, las aves del cielo, los animales y toda la Tierra y sobre los reptiles que serpean en ella". Y, cuando hubo creado la compañera a Adán, la mujer, como él hecha a imagen y semejanza de Dios, no siendo conveniente que la Tentación, que estaba al acecho, tentase y corrompiera aún más ruinmente al varón creado a imagen de Dios, dijo Dios al hombre y a la mujer: Creced, multiplicaos, y poblad la Tierra y dominadla, y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todos los animales que se mueven en la Tierra", y dijo también: "Ved que os he dado todas las hierbas de semilla que existen en la Tierra, y todos los árboles que llevan en sí semilla de la propia especie, para que os sirvan de alimento a vosotros y también a todos los animales de la Tierra y a las aves del cielo y a cuanto se mueve sobre la Tierra y lleva en sí alma viviente, para que tengan vida".

Los animales y las plantas y todo lo que el Creador ha creado para beneficio del hombre representan, pues, un don de amor y un patrimonio entregado por el Padre a los hijos para su custodia, para que lo usen con beneficio y con gratitud hacia el Dador de todo favor. Por eso, deben ser amados y tratados con justo cuidado. ¿Qué diríais vosotros de un hijo al que el padre le diera vestidos, muebles, dinero, campos, casas, diciendo: "Te los doy para ti y tus sucesores, para que tengáis con qué ser felices. Usad todo esto con amor en memoria del amor mío que os lo da", y que luego su hijo o los hijos de éste dejasen que se

estropeara todo o dilapidaran todos los bienes? Diríais que no han hecho honor a su padre, que no han amado ni a su padre ni el don recibido. Igualmente, el hombre debe cuidar de todo lo que Dios con cuidado providencial ha puesto a su disposición. Cuidado no quiere decir idolatría, ni inmoderado apego hacia los animales o las plantas, o cualquier otra cosa. Cuidado quiere decir sentido de afecto de gratitud hacia las cosas menores que nos son útiles y que tienen su vida, o sea, su sensibilidad.

E1 alma viviente de las criaturas menores de que habla el Génesis no es el alma como la tiene el hombre. Es la vida, simplemente la vida, o sea, el ser sensible a las cosas actuales, tanto materiales como afectivas. Cuando un animal está muerto es insensible, porque con la muerte, para él, ha llegado el verdadero final. No hay futuro para él. Pero, mientras vive, sufre hambre, frío, cansancio; está sujeto a herirse y sufrir, a gozar, a amar, a odiar, a enfermarse y morir. Y e1 hombre, en recuerdo de Dios, que le ha dado ese medio para hacerle menos desapacible el exilio en la Tierra, debe ser humano para con sus siervos menores que son los animales. ¿En el Libro mosaico *(Deuteronomio 22, 1-4.6-7)* no está, acaso, prescrito tener sentimientos de humanidad también lacia los animales, sean aves o cuadrúpedos?

En verdad os digo que hay que saber ver con justicia las obras del Creador. Si se miran con justicia, se ve que son "buenas". Y lo bueno ha de ser amado siempre. Se ve que son cosas dadas con un fin bueno y por un impulso de amor, y, como tales, podemos, debemos amarlas, viendo, más allá del ser finito, al Ser infinito que las ha creado para nosotros. Se ve que son útiles, y como tales han de ser amadas. Nada -recordad esto bien- ha sido hecho sin finalidad en el Universo. Dios no desperdicia su perfecta potencia en cosas inútiles. Este tallito de hierba no es menos útil que el poderoso tronco en que se apoya nuestro pasajero refugio. La gota de rocío, la pequeña perla, escarcha, no son menos útiles que el inmenso mar. El mosquito no menos útil que el elefante; ni el gusano que está en el fango de una zanja es menos útil que la ballena. Nada hay inútil en la creación. Dios ha hecho todo con fin bueno, con amor hacia el hombre. El hombre debe usar todo con recto fin y amor a Dios, que le ha dado todo lo que hay sobre la Tierra, para que ello sea súbdito del rey de la creación.

Tú has dicho, Manahén, que el animal, a menudo, sirve a 1os hombres mejor que los hombres. Yo digo que los animales, las plantas, los minerales, los elementos, superan, todos, al hombre en obediencia a la finalidad para la que han sido creados: siguiendo pasivamente las leyes creativas, o siguiendo activamente el instinto inculcado por el Creador, o rindiéndose a la domesticación. El hombre que debería ser la perla en la creación, demasiadas veces es la fealdad de la creación. Debería ser la nota más acorde con el coro de 1os habitantes del Cielo en la alabanza a Dios, y demasiadas veces es la nota discorde que impreca o blasfema o se rebela o dedica su canto a alabar a las criaturas en vez de al Creador. Por tanto, la idolatría; por tanto, la ofensa; por tanto, la inmundicia. Y esto es pecado.

Quédate, pues, en paz, Manahén. Esta piedad tuya hacia un caballo, que está sudado por haberte servido, no es pecado. Pecado son las lágrimas que se hacen derramar a los semejantes y los desenfrenados amores que son ofensa a Dios, digno de todo el amor del hombre.

-¿Pero yo, estando cerca de Antipas, peco?

-¿Con qué finalidad estás? ¿Para gozar?

-No, Maestro. Para velar por ti. Tú lo sabes. También ahora iba por esto. Porque sé que han mandado mensajeros a Herodes para incitarlo contra ti.

-Entonces no hay pecado. ¿No te gustaría más estar conmigo, en mi pobreza de vida?

-¿Y me lo preguntas? Lo he dicho al principio. Esta noche bajo la tienda, el pobre alimento que hemos comido, no tienen comparación para mí. ¡Si no fuera porque para oír los silbos de las serpientes hay que estar junto a su madriguera, yo estaría contigo! He comprendido la verdad de tu misión. Un día erré. Pero me sirvió para comprender y ya no volveré a salir de la justicia.

-¡Ya lo ves! Nada hay inútil. Incluso el error, para quien tiende al Bien, es medio para el Bien. El error cae como camisa de crisálida, y sale la mariposa, que no es deforme, que no huele mal, que no repta, sino que vuela en busca de cálices de flores y rayos de luz. Las almas buenas también son así. Pueden dejarse envolver un momento por miserias y mortificantes angosturas. Pero luego se liberan de ello y vuelan de flor en flor, de virtud en virtud, hacia la Luz, hacia la Perfección. Alabemos al Señor por sus obras de continua misericordia, que actúan incluso sin que el hombre lo sepa en el corazón del hombre y alrededor del hombre.

Y Jesús ora, poniéndose de rodillas, porque la tienda, baja y limitada, no permite otra postura. Luego, alimentado el fuego delante de la tienda, trabado el caballo, se preparan para descansar, proponiéndose sustituirse en vigilar por turno el fuego y el animal, sobre el cual Manahén ha echado la zalea gruesa como capa para protección del frescor nocturno.

Jesús y Manahén se echan encima de los fajos de paja y se envuelven en el manto para dormir. Juan, por miedo a quedarse dormido, va y viene, fuera de la tienda, alimenta el fuego, observa al caballo, que, a su vez, lo mira con sus inteligentes ojos negros y golpea rítmicamente la pezuña y menea la cabeza, haciendo tintinear las cadenitas de plata de los jaeces y rompiendo aromáticos tallitos de hinojos agrestes nacidos al pie del árbol al que está atado. Y, como Juan le ofrece otros mejores, crecidos poco lejos, relincha de placer y trata de rozar los blandos y rosados ollares contra el cuello del apóstol. De más lejos, en el gran silencio de la noche, se oye venir el tranquilo frufrú del río.

Dice Jesús:

-Y termina también el tercer año de vida pública. Viene ahora el período preparatorio de la Pasión. Ese período en que, a primera vista, todo parece limitarse a pocas acciones y a pocas personas. Como si disminuyera mi figura y mi misión. En realidad, Aquel que parecía vencido y excluido era el héroe que se preparaba para la apoteosis, y, en torno a Él, las pasiones -no las personas, sino las pasiones de las personas- se condensaban, llevadas a los máximos límites.

Todo lo anterior -y quizás algunos episodios, a los lectores con mala disposición de ánimo o superficiales, les haya parecido cosa sin finalidad- aquí se ilumina con su luz resplandeciente o tétrica. Y especialmente las figuras más importantes, esas cuyo conocimiento muchos no quieren reconocer útil, precisamente porque en ella se ve la lección para los actuales maestros, que deben ser instruidos más que nunca para hacerse verdaderos maestros de espíritu. Como he dicho a Juan y

Manahén, nada de lo que hace Dios es inútil, ni siquiera el grácil tallito de hierba. De la misma manera, nada es superfluo en este trabajo: no lo son las figuras espléndidas, no lo son las débiles y tenebrosas; es más, para los, maestros de espíritu, más útiles son las figuras débiles y tenebrosas que no las formadas y heroicas.

Como desde lo alto de un monte, en la cima, puede abarcarse toda la configuración del monte y la razón de ser de los bosques, de los torrentes, de los prados y declives, que hay para llegar desde la llanura hasta la cima, y se ve toda la belleza del panorama, y más fuerte viene la persuasión de que todas las obras de Dios son útiles y estupendas, y de que una sirve y completa a la otra y todas están presentes para formar la belleza de la Creación; así -naturalmente para quien tiene espíritu recto-, todas las distintas figuras, o lecciones o episodios de estos tres años de vida evangélica, contemplado-como desde lo alto de la cima del monte de mi obra de Maestro, sirven para dar la visión exacta de aquel complejo político, religioso, social, colectivo, espiritual, egoísta hasta el delito o altruista hasta la oblación, en que Yo fui Maestro y en el que me constituí en Redentor La grandiosidad del drama no se ve en una escena, sino en todas las partes de él. La figura del protagonista sobresale con las distintas luces con que lo iluminan las partes secundarias.

Llegando ya a la cima, y la cima era el Sacrificio para que me había encarnado, develados todos los recónditos pliegues de los corazones y todos los manejos de las sectas, sólo queda por hacer lo que hace el viandante que llega a la cima: mirar. Mirarlo todo y mirar a todos. Conocer el mundo hebreo. Conocer lo que Yo era: el Hombre que estaba por encima de la sensualidad, del egoísmo, del rencor; el Hombre que debió ser tentado por todo un mundo, tentado a la venganza, al poder, a las alegrías, incluso las honestas de las nupcias y de la casa; el Hombre que debió soportarlo todo viviendo en contacto con el mundo y sufrir por ello -porque infinita era la distancia entre la imperfección y el pecado del mundo y mi Perfección-; y que a todas las voces, a todas las seducciones, a todas las reacciones del mundo, de Satanás y del yo, supo responder "no" y permanecer puro, manso, fiel, misericordioso, humilde, obediente, hasta la muerte de Cruz.

¿Comprenderá todo esto la sociedad de ahora, a la cual brindo este conocimiento de mí para fortalecerla contra los asaltos, cada vez más fuertes, de Satanás y del mundo?

Hoy también, como hace veinte siglos, habrá contradicción entre aquellos para quienes me revelo. Yo soy signo de contradicción una vez más. Pero no Yo, por mí mismo, sino Yo respecto a lo que en ellos suscito. Los buenos, los de buena voluntad, tendrán las reacciones buenas de los pastores y de los humildes. Los otros tendrán reacciones malas, como los escribas, fariseos, saduceos y sacerdotes de aquel tiempo. Cada uno da lo que tiene. El bueno que entra en contacto con los malos desencadena en éstos una efervescencia de mayor maldad. Y ciertamente habrá un juicio sobre los hombres, como lo hubo el Viernes de Parasceve, según hayan juzgado, aceptado y seguido al Maestro que, con un nuevo intento de infinita misericordia, se ha dado a conocer una vez más.

¿A cuántos se les abrirán los ojos y me reconocerán y dirán: "Es Él. Por eso nuestro corazón ardía en nuestro pecho mientras nos hablaba y nos explicaba las Escrituras"?

Mi paz a éstos y a ti, pequeño, fiel, amoroso Juan (nombre que Jesús daba a María Valtorta)

## Contents

## Preparación a la Pasión de Jesús

## 541

## Judíos en Betania de visita

Un nutrido y pomposo grupo de judíos, que montan cabalgaduras de lujo, entra en Betania. Son escribas y fariseos, además de algún saduceo y herodiano ya vistos otra vez (si no me equivoco, en el banquete en casa de Cusa para tentar a Jesús a que se proclamara rey). Los siguen criados a pie.

El grupo a caballo cruza lentamente la pequeña ciudad. El sonido de los cascos contra el terreno duro, el tintineo de los jaeces, las voces de los hombres convocan a las puertas a los habitantes, que miran y -visiblemente cohibidos- se inclinan haciendo profundas reverencias, para erguirse luego y reunirse y bisbisear en grupos.

-¿Habéis visto?

-Todos los miembros del Sanedrín de Jerusalén.

-No. José el Anciano, Nicodemo y otros no estaban.

-Y los fariseos más conocidos.

-Y los escribas.

-¿Y el que iba en ese caballo quién era?

-Está claro que van donde Lázaro.

-Debe estar a las puertas de la muerte.

-No logro entender por qué el Rabí no está aquí.

-¿Y cómo iba a estar, si lo buscan los de Jerusalén para matarlo?

-Tienes razón. Es más, esas serpientes que han pasado vienen, sin duda, para ver si el Rabí está aquí.

-¡Alabado sea Dios porque no está!

-¿Sabes lo que le han dicho a mi marido en los mercados de Jerusalén? Que estén preparados, porque pronto se proclamará rey, y todos tendremos que ayudarle en... -¿Cómo han dicho?

-¡Bueno! Una palabra que quería decir como si yo dijera que echo a todos de casa y me hago la dueña.

-¿Un complot?... ¿Una conjura?... ¿Una sedición?... - preguntan y sugieren.

Un hombre dice:

-Sí. También me lo han dicho a mí. Pero no lo creo.

-¡Pero si lo dicen discípulos del Rabí!...

-¡Mmm! Yo no creo que el Rabí haga uso de la violencia y que destituya al Tetrarca y usurpe un trono que, con justicia o sin ella, es de los herodeos. Haríais bien en decirle a Joaquín que no crea en todo lo que oye...

-¿Pero sabes que el que le ayude será premiado en la Tierra y en e1 Cielo? Bien contenta estaría yo de que mi marido recibiera este premio: estoy cargada de hijos y la vida es difícil. ¡Si pudiéramos tener un puesto entre los siervos del Rey de Israel!

-Mira, Raquel, creo que será mejor cuidar mi huerto y mis dátiles. Si me lo dijera Él... sí que dejaría todo y lo seguiría. Pero... dicho por otros...

-¡Son discípulos suyos!

-Nunca los he visto con Él. Y además... No. Fingen que son corderos, pero tienen unas caras de maleantes que no me convencen.

-Es verdad. Desde hace un tiempo, suceden hechos extraños, y siempre se dice que son los discípulos del Rabí los que los hacen. El último día antes del sábado, algunos de ellos trataron con ultrajes a una mujer que llevaba huevos al mercado y le dijeron: "Los queremos en nombre del Rabí galileo".

-¿Tú crees que Él puede querer que se hagan estas cosas, Él, que da y no toma, É1, que podría vivir entre los ricos y prefiere estar entre los pobres, y quitarse el manto, como decía a todos aquella leprosa curada que se encontró con Jacob?

Otro hombre, que se ha acercado al grupo y ha estado escuchando, dice:

-Tienes razón. ¿Y eso otro que se dice, entonces?: ¿que el Rabí nos va a acarrear grandes desventuras porque los romanos nos castigarán a todos nosotros por causa de sus instigaciones a la gente? ¿Vosotros lo creéis? Yo digo y no me equivoco, porque soy anciano y cuerdo-, digo que tanto los que nos dicen, a nosotros, gente sencilla, que el Rabí quiere apoderarse del trono con violencia, y también expulsar a los romanos -¡Ah, si así fuera!, ¡si fuera posible hacerlo!-, como los que cometen actos violentos en su nombre, como los que nos instigan a la rebelión con promesas de una futura ganancia, como los que quisieran que odiáramos al Rabí como individuo peligroso que nos ha de llevar a la desventura... todos éstos son enemigos del Rabí, y tratan de destruirlo para triunfar ellos. ¡No los creáis! ¡No creáis en los falsos amigos de la gente sencilla! ¿Veis lo soberbios que han pasado? A mí por poco si no me dan un palo, porque me era difícil hacer que las ovejas entraran, y les obstaculizaba su camino... ¿Amigos nuestros ésos? Nunca. Son nuestros vampiros, y -¡Dios no lo quiera!- vampiros también de Él.

-Tú que estás cerca de los campos de Lázaro, ¿sabes si ha muerto?

-No. No ha muerto. Está allí, entre la muerte y la vida... Le he preguntado por él a Sara, que estaba cogiendo flores aromáticas para los lavatorios.

-¿Y entonces para qué han venido ésos?

-¡Pues si ya lo he dicho yo! ¡Han venido para ver si estaba el Rabí! Para hacerle algún daño. ¿Sabes lo que sería para ellos el poder causarle algún mal? ¡Y precisamente en casa de Lázaro! Dilo tú, Natán, ¿ese herodiano no era el que hace tiempo era el amante de María de Teófilo?

-Era él. Quizás quería vengarse así de María...

Llega corriendo un muchachito. Grita:

-¡Cuánta gente en casa de Lázaro! Yo volvía del arroyo con Leví, Marcos e Isaías, y hemos visto eso. Los criados han abierto la cancilla y han tomado las caballerías. Y Maximino ha salido al encuentro de los judíos, y otros han acudido y han saludado con grandes reverencias. Han salido de la casa Marta y María con sus criadas, para saludar. Y hubiéramos querido ver más, pero han cerrado la cancilla y se han metido todos en la casa.

El jovencito está todo emocionado por las noticias que trae, por lo que ha visto...

Los adultos hacen comentarios entre sí.

## 542

## Los judíos en casa de Lázaro.

Aunque esté deshecha de dolor y cansancio, Marta sigue siendo la señora que sabe recibir y ofrecer la casa, y honrar a las personas con ese porte señorial perfecto propio de la verdadera señora. Así, ahora, habiendo antes conducido al grupo a una de las salas, da las indicaciones para que se traigan los refrescos habituales y para que los huéspedes tengan todo aquello que pueda serles reconfortante.

Los criados van de acá para allá sirviendo bebidas calientes o vinos de calidad, ofreciendo fruta espléndida, dátiles dorados como topacios, uva seca, parecida a nuestra uva moscatel, de racimos de una perfección fantástica, y miel virgen; todo en ánforas, copas, bandejas, platos preciosos. Y Marta vigila atentamente, para que ninguno quede desatendido; es más, según la edad, y quizás también según las personas (cuyos caracteres le resultan bien conocidos), da la pauta para el servicio a los criados. Así, para a un criado que se dirige a Elquías con un ánfora llena de vino y con una copa y le dice:

-Tobías, no vino, sino agua de miel y jugo de dátiles.

Y a otro:

-Sin duda, Juan prefiere el vino. Ofrécele el blanco de uva pasa.

Y, personalmente, al viejo escriba Cananías le ofrece leche caliente, abundantemente dulcificado por ella con la dorada miel mientras dice:

-Te vendrá bien para tu tos. Te has sacrificado para venir, estando enfermo y en un día crudo. Me conmueve el veros tan solícitos.

-Es nuestro deber, Marta. Euqueria era de nuestra estirpe. Una verdadera judía que nos honró a todos.

-El honor a la venerada memoria de mi madre toca mi corazón. Transmitiré a Lázaro estas palabras.

-Pero nosotros queremos saludarlo. ¡Un hombre tan amigo! - dice, falso como siempre, Elquías, que se ha acercado.

-¿Saludarlo? No es posible. Está demasiado agotado.

-¡No le vamos a molestar! ¿No es verdad, vosotros? Nos contentamos con un adiós desde la puerta de su habitación - dice Félix.

-No puedo, no puedo de ninguna manera. Nicomedes se opone a cualquier tipo de fatiga o de emoción.

-Una mirada al amigo moribundo no puede matarlo, Marta – dice Calasebona. ¡Demasiado nos dolería el no haberle saludado!

Marta está nerviosa, vacilante. Mira hacia la puerta, quizás para ver si María viene en su ayuda. Pero María está ausente.

Los judíos observan este nerviosismo suyo, y Sadoq, el escriba, se lo dice a Marta:

-Se diría que viniendo te hemos puesto nerviosa, mujer.

-No. Nada de eso. Comprended mi dolor. Hace meses que vivo al lado de uno que agoniza y... ya no sé... ya no sé moverme como antes en las fiestas...

-¡Esto no es una fiesta! ¡No queríamos tampoco que nos dieras estos honores! Pero... quizás... quizás nos escondes algo y por eso no nos dejas ver a Lázaro ni permites que pasemos a su habitación. ¡Je! ¡Je! ¡Esto se sabe! Pero, no temas, que la habitación de un enfermo es lugar sagrado de asilo para cualquiera. Créelo... - dice Elquías.

-No hay nada que esconder en la habitación de nuestro hermano. Nada hay escondido en ella. Esa habitación únicamente acoge a un moribundo para el que sería un acto de piedad evitarle todo recuerdo penoso. Y tú, Elquías, y todos vosotros, sois recuerdos penosos para Lázaro - dice María con su espléndida voz de órgano, apareciendo en la puerta y manteniendo apartada la cortina purpúrea con la mano.

-¡María! - gime Marta, suplicante para frenarla.

-Nada, hermana. Déjame hablar...

Se dirige a los otros:

-Y para quitaros todas las dudas, que uno de vosotros -sólo un recuerdo del pasado volverá a causar dolor- venga conmigo, si ver a un moribundo no le molesta y el hedor de la carne que muere no le produce náuseas.

-¿Y tú no eres un recuerdo que causa dolor? - dice, irónico, el herodiano, que ya he visto aunque no sé dónde, saliendo del rincón en que se hallaba y poniéndose frente a María.

Marta gime. María mira con mirada de águila inquieta, sus ojos centellean; se yergue altiva, olvidándose del cansancio y el dolor, que verdaderamente encorvan su cuerpo, y, con una expresión de reina ofendida, dice:

-Sí, yo también soy un recuerdo, pero no de dolor como tú dices; soy el recuerdo de la Misericordia de Dios. Y, viéndome a mí, Lázaro muere en paz, porque sabe que encomienda su espíritu en las manos de la infinita Misericordia.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡No eran éstas las palabras de otros tiempos! ¡Tu virtud! A quien no te conoce podrías mostrársela...

-Pero a ti no, ¿no es así? Pues precisamente a ti te la pongo delante de los ojos, para decirte que uno se hace como aquellos con quienes va. Yo, en aquellos tiempos, por desgracia, estaba contigo, y era como tú; ahora estoy con el Santo, y me hago honesta.

-Una cosa destruida no se reconstruye, María.

-Efectivamente, tú, todos, vosotros, no podéis reconstruir el pasado; no podéis reconstruir lo que habéis destruido: no puedes tú que me causas horror; ni vosotros, que ofendisteis en el tiempo del dolor a mi hermano y que ahora, por torcida finalidad, queréis aparecer como amigos suyos.

-¡Oh, eres audaz, mujer! El Rabí habrá expulsado de ti muchos demonios, pero mansa no te ha hecho - dice uno de aproximadamente cuarenta años.

-No, Jonatán ben Anás, no me ha hecho débil; al contrario, me ha hecho más fuerte, con esa audacia que es propia de la persona honesta, de la persona que ha querido volver a ser honesta y ha roto todo vínculo con el pasado para hacerse una vida nueva. "¡Vamos! ¿Quién viene donde Lázaro?!

Se muestra imperiosa como una reina. Los domina a todos con su franqueza, despiadada incluso contra sí misma. Marta, por el contrario, está angustiada, con lágrimas en esos ojos suyos que miran fijamente a María suplicándole que calle.

-¡Voy yo! - dice, acompañando sus palabras de un suspiro de víctima, Elquías, falso como una serpiente. Salen juntos.

Los otros se vuelven hacia Marta:

-¡Tu hermana!... Siempre ese carácter. No debería. Tiene que ganarse mucho perdón - dice Uriel, el rabí visto en Yiscala, el que allí lanzó piedras a Jesús y lo hirió. Marta, azuzada por estas palabras, encuentra de nuevo su fuerza y dice:

-La ha perdonado Dios. Cualquier otro perdón no tiene valor después de ése. Y su vida actual es ejemplar para el mundo.

Pero la audacia de Marta pronto decae y se muda en llanto. Gime, entre lágrimas:

-¡Sois crueles! Con ella... conmigo... No tenéis compasión ni del dolor pasado ni del dolor actual. ¿A qué habéis venido? ¿A ofender y dar dolor?

-No, mujer, no. Sólo para saludar a este judío grande que agoniza. ¡Para ninguna otra cosa! ¡Para ninguna otra cosa! No debes tomar a mal nuestras rectas intenciones. Hemos sabido por José y Nicodemo que había habido un agravamiento, y hemos venido... de la misma forma que ellos, los dos grandes amigos del Rabí y de Lázaro. Por qué esa actitud de tratarnos de manera distinta a nosotros que amamos al Rabí y a Lázaro como ellos? No sois justas. ¿Puedes, acaso, decir que ellos -con Juan, Eleazar, Felipe, Josué y Joaquín- no hayan venido a informarse de cómo estaba Lázaro?, ¿y que Manahén no ha venido?...

-Yo no digo nada. Lo que me asombra es que sepáis todo también. No sabía que hasta por dentro las casas fueran vigiladas por vosotros. No sabía que existiera un nuevo precepto, además de los seiscientos trece que ya existen: el de indagar, espiar dentro de las familias... ¡Perdón! ¡Os estoy ofendiendo! El dolor me hace perder los cabales, y vosotros lo agudizáis.

-¡Te comprendemos, mujer! Hemos venido a daros un consejo bueno porque pensamos que estáis fuera de vuestros cabales. Avisad al Maestro. Ayer incluso, siete leprosos vinieron a dar gloria al Señor porque el Rabí los había curado. Llamadlo también para Lázaro.

-¡Mi hermano no está leproso! - grita Marta muy agitada - ¿Éste es el motivo por el que queríais verlo? ¿Para esto habéis venido? ¡No! ¡No está leproso! Mirad mis manos. Lo curo desde hace años y yo no tengo lepra. Tengo la piel enrojecida por los ungüentos aromáticos, pero no tengo lepra. No tengo...

-¡Calma! Calma, mujer. ¿Quién ha dicho que Lázaro esté leproso? ¿Quién sospecha en vosotras un pecado *tan horrendo* como el de ocultar a un leproso? ¿Tú crees que, a pesar de vuestro poder, no habríamos descargado nuestra mano sobre vosotras si hubierais pecado? Nosotros somos capaces de pasar por encima incluso del cuerpo de nuestro padre y de nuestra madre, de nuestra esposa y de nuestros hijos, con tal de hacer obedecer los preceptos. Esto te lo digo yo, yo, Jonatán de Uziel.

-¡Cierto! ¡Es así! Y ahora te decimos, por el amor que te profesamos, por el amor que profesábamos a tu madre, por el que profesamos a Lázaro: llamad al Maestro. ¿Meneas la cabeza? ¿Quieres decir que ya es tarde? ¿Cómo es eso? ¿No tienes fe en Él, tú, Marta, discípula fiel? ¡Eso es grave! ¿Tú también empiezas a dudar? - dice Arquelao.

-Blasfemas, escriba. Creo en el Maestro como en el Dios verdadero.

-¿Y entonces por qué no quieres intentarlo? Él ha resucitado a muertos... A1 menos, eso se dice... ¿Es que no sabes dónde está? Si quieres, te lo buscamos nosotros, te ayudamos nosotros - insinúa Félix.

-¡No, hombre, no! En casa de Lázaro ciertamente se *sabe* dónde está el Rabí. Dilo con franqueza, mujer, y nos pondremos en marcha para buscártelo y te lo traeremos aquí, y estaremos presentes en el milagro para exultar contigo, con todos vosotros - dice, tentador, Sadoc

Marta vacila, casi tentada a ceder. Los otros instan, mientras ella dice:

-No sé dónde está... No tengo la menor idea... Se marchó hace unos días y nos saludó como quien se marcha para largo tiempo… Para mí sería consolador saber dónde está... Al menos, saberlo... Pero no lo sé, de verdad...

-¡Pobre mujer! Nosotros te ayudaremos... Te lo traeremos aquí-dice Cornelio.

-¡No! No hace falta. El Maestro... ¿Os referís a Él, no es verdad? El Maestro dijo que debíamos esperar más de lo esperable, y esperar únicamente en Dios. Y nosotras así lo haremos - dice María con voz de trueno mientras regresa con Elquías, quien inmediatamente la deja y habla, encorvado, con tres fariseos.

-¡Pero se está muriendo, por lo que oigo! - dice uno de ellos, que es Doras.

-¿Y entonces? ¡Pues muera! No pondré obstáculos al decreto de Dios, ni desobedeceré al Rabí.

-¿Y qué pretendes esperar después de la muerte, insensata? - dice, burlón, el herodiano.

-¿Qué? ¡Pues la Vida!

La voz es un grito de fe absoluta.

-¿La Vida? ¡Ja! ¡Ja! Sé sincera. Tú sabes que ante una *verdadera muerte* nulo es su poder, y en tu insensato amor por Él no quieres que eso se ponga de manifiesto.

-¡Salid todos! Le correspondería a Marta hacerlo, pero Marta os teme; yo sólo temo ofender a Dios, que me ha perdonado. Por eso, lo hago en vez de Marta. Salid todos. No hay lugar en esta casa para los que odian a Jesucristo. ¡Fuera! ¡A vuestras guaridas tenebrosas! ¡Fuera todos! ¡O haré que os expulsen los criados como a un hatajo de harapientos inmundos!

Se muestra majestuosa en su ira. Los judíos ahuecan el ala, extremadamente cobardes, ante esta mujer (verdad es que parece un arcángel airado)...

La sala se desaloja. Las miradas de María, según van cruzando de uno en uno la puerta pasando por delante de ella, crean una inmaterial horca caudina bajo la cual debe humillarse la soberbia de los derrotados judíos. Por fin, la sala queda vacía.

Marta, rompiendo a llorar, se derrumba sobre la alfombra.

-¿Por qué lloras, hermana? No veo la razón de ello...

-¡Oh!, los has ofendido... y ellos te han, nos han ofendido... y ahora se vengarán... y...

-¡Cállate, mujer desatinada! ¿En quién piensas que se van a vengar? ¿En Lázaro? Antes tienen que deliberar, y antes de que decidan... ¡Oh, en un gulal uno no se venga! ¿En nosotras? ¿Es que, acaso, necesitamos su pan para vivir? Los haberes no nos los tocarán. Se proyecta sobre ellos la sombra de Roma. ¿En qué, entonces? Y aunque pudieran hacerlo, ¿no somos, acaso, fuertes y jóvenes las dos? ¿No vamos a poder trabajar? ¿No es pobre Jesús? ¿No ha sido, acaso, nuestro Jesús obrero? ¿No seríamos más semejantes a É1, siendo pobres y trabajadoras? ¡Gloríate si lo eres! ¡Espera serlo! ¡Pídeselo a Dios!

-Pero lo que te han dicho...

-¡Ja! ¡Ja! ¿Lo que me han dicho? Es *la verdad.* Me la digo también yo a mí misma: he sido una inmunda. ¡Ahora soy la cordera del pastor! Y el pasado ha muerto. Ánimo, ven donde Lázaro.

## 543

## Marta llama a un criado a llamar al Maestro.

Me encuentro todavía en la casa de Lázaro, y veo que Marta y María salen al jardín acompañando a un hombre entrado ya en años, de aspecto muy noble, y del que diría que no es hebreo, porque tiene la cara completamente afeitada, como los romanos.

Una vez que se han alejado un poco de la casa, María le pregunta:

-Bueno, Nicomedes, ¿qué nos dices, entonces, de nuestro hermano? Nosotras lo vemos muy... enfermo... Habla.

El hombre abre los brazos en un gesto de conmiseración y de constatación de lo innegable, y, parándose, dice:

-Está muy enfermo... Desde los primeros momentos en que empecé a cuidar de su salud nunca os he engañado. He intentado todo. Vosotras lo sabéis. Pero no ha sido eficaz. Esperaba también... sí, esperaba que, al menos, pudiera vivir reaccionando al agotamiento de la enfermedad con la buena nutrición y los cordiales que le preparaba. He probado incluso con tóxicos adecuados para preservar a la sangre de la corrupción y para sostener las fuerzas, según las viejas escuelas de los grandes maestros de la medicina. Pero la enfermedad es más fuerte que los medios para curarla. Estas enfermedades son como corrosiones. Destruyen. Y cuando se manifiestan externamente ya los huesos por dentro están invadidos, y, de igual manera que la savia en un árbol se alza desde lo profundo hasta la cima, aquí la enfermedad se ha extendido desde los pies a todo el cuerpo...

-Pero tiene enfermas sólo las piernas - gime Marta

-Sí, pero la fiebre destruye donde vosotras pensáis que no hay sino salud. Mirad esta ramita caída de ese árbol. Parece carcomido aquí, junto a la fractura. Pero, mirad... (la desmenuza con sus dedos). ¿Veis? Bajo la corteza, todavía lisa, está la caries hasta el extremo superior, donde todavía parece que hay vida porque tiene todavía unas hojitas. Lázaro está ya... muriendo. ¡Oh, pobres hermanas! El Dios de vuestros padres, y los dioses y semidioses de nuestra medicina, nada han podido hacer... o... querido hacer (me refiero a vuestro Dios)... Así que... sí, preveo ya cercana la muerte, incluso por el aumento de la fiebre, que es síntoma de que la descomposición ha entrado en la sangre, por los movimientos desordenados del corazón y por la falta de estímulos y reacciones en el enfermo y en todos sus órganos. ¡Ya lo veis vosotras! No se alimenta, no retiene lo poco que toma y no asimila lo que retiene. Es el final... Y -creed en lo que os dice un médico que recordando a Teófilo os está agradecido- y la cosa más deseable en estos momentos es la muerte... Son enfermedades terribles. Desde hace miles de años destruyen al hombre y el hombre no logra destruirlas a ellas. Sólo los dioses podrían, si... - se para, las mira mientras se pasa repetidamente los dedos por el mentón rasurado. Piensa. Luego dice:

-¿Por qué no llamáis al Galileo? Es vuestro amigo. Él puede, porque lo puede todo. Yo he observado a personas que estaban condenadas y que se curaron. Una fuerza extraña sale de Él. Un fluido misterioso que reanima y reúne las reacciones disgregadas y les impone la voluntad de curar... No sé. Sé que lo he seguido incluso, mezclado con la muchedumbre, y he visto cosas maravillosas... Llamadlo. Yo soy un gentil, pero honro al Taumaturgo misterioso de vuestro pueblo. Y me alegraría si Él pudiera lo que yo no he podido.

-Es Dios, Nicomedes. Por eso puede. La fuerza que llamas fluido es su voluntad divina - dice María.

-No ridiculizo vuestra fe. A1 contrario, la impulso a que crezca hasta lo imposible. Además... se lee que los dioses alguna vez han descendido a la Tierra. Yo... nunca lo había creído... Pero, con ciencia y conciencia de hombre y médico, tengo que decir que es así, porque el Galileo obra curaciones que sólo un dios puede obrar.

-No un dios, Nicomedes. El verdadero Dios - insiste María.

-Bueno, de acuerdo, como tú quieras. Y yo lo creeré y me haré discípulo suyo, si veo que Lázaro... resucita. Porque ya, más que de curación, hay que hablar de resurrección. Llamadlo, pues, y con urgencia... porque, si no me he vuelto un ignorante, al máximo a la tercera puesta de sol a partir de ésta, morirá. He dicho "al máximo". Podría ser antes.

-¡Oh, si pudiéramos! Pero no sabemos dónde está... - dice Marta.

-Yo lo sé. Me lo dijo un discípulo suyo que iba donde Él llevándole unos enfermos (y dos eran míos). Está al otro lado del Jordán, en los alrededores del vado. Eso dijo. Vosotros quizás conocéis mejor el lugar.

-¡Ah, sin duda, en casa de Salomón! - dice María.

-¿Muy lejos?

-No, Nicomedes.

-Pues mandad inmediatamente a un criado para decirle que venga. Yo vuelvo más tarde y me quedo aquí para ver su acción en Lázaro. Salve, señoras. Y... animaos mutuamente.

Les hace una reverencia y se marcha hacia la salida. Allí un criado lo espera para sujetarle el caballo y abrirle la cancilla.

Marta ve partir al médico y luego pregunta:

-¿Qué hacemos, María?

-Obedecemos al Maestro. Dijo que le avisáramos después de la muerte de Lázaro. Y nosotras lo haremos.

-Pero, una vez muerto... ¿de qué sirve tener aquí al Maestro? Para nuestro corazón sí, será útil. ¡Pero para Lázaro!... Yo mando a un criado a llamarlo.

-No. Destruirías el milagro. Él dijo que había que saber esperar y creer contra toda realidad contraria. Si lo hacemos, tendremos el milagro; estoy segura. Si no sabemos hacerlo, Dios nos dejará con nuestra presunción de querer hacer las cosas mejor que Él, y no nos concederá nada.

-¿Pero no ves cuánto sufre Lázaro? ¿No oyes cómo, en los momentos que está consciente, desea la presencia del Maestro? ¿Quieres negarle la última alegría al pobre hermano nuestro? ¡No tienes corazón!... ¡Pobre hermano nuestro! ¡Pobre hermano nuestro! ¡Dentro de poco ya no tendremos hermano! ¡Sin padre, sin madre, sin hermano! La casa destruida, y nosotras solas, como dos palmas en un desierto.

Cae en una crisis de dolor. Yo diría que también en una crisis de nervios típica oriental: se contorsiona, se golpea el rostro, se despeina.

María la agarra. Le impone:

-¡Calla! ¡Calla, te digo! Lázaro puede oír. Yo lo quiero más y mejor que tú, y sé dominarme. Pareces una mujer enferma. ¡Calla, digo! No se cambia el curso de las cosas con estas vehemencias, ni tampoco así se conmueven los corazones. Si lo haces para conmover el mío, te equivocas. Piénsalo bien. El mío queda aplastado en la obediencia, pero resiste en ella.

Marta, dominada por la fuerza de su hermana y por sus palabras se calma mucho; pero -expresión de su dolor, ahora más tranquilo- gime invocando a la madre: -¡Mamá! ¡Oh, madre mía, consuélame! Ya no hay paz en mí, desde que moriste. ¡Si estuvieras aquí, madre! ¡Si la pena no te hubiera matado! Si tú estuvieras, nos guiarías y nosotras te obedeceríamos, por el bien de todos... ¡Oh!...

María cambia de color y, silenciosamente, llora con un rostro angustiado y retorciéndose las manos sin decir nada.

Marta la mira y dice:

-Nuestra madre, estando ya para morir, me hizo prometer que sería una madre para Lázaro. Si ella estuviera aquí...

-Obedecería al Maestro porque era una mujer justa. En vano tratas de conmoverme. Dime, si quieres, que he sido la asesina de mi madre por las penas que le causé. Te diré: "Tienes razón". Pero, si quieres hacerme decir que tienes razón queriendo que venga el Maestro, te digo: "No". Y siempre diré: "No". Y estoy segura de que desde el seno de Abraham ella me aprueba y bendice. Vamos a casa.

-¡Ya no tenemos nada! ¡Nada!

-¡Todo! ¡Debes decir: "Todo"! La verdad es que escuchas al Maestro y pareces atenta mientras habla, pero luego no recuerdas lo que dice. ¿No ha dicho siempre que amar y obedecer nos hace hijos de Dios y herederos de su Reino? ¿Y entonces cómo es que dices que nos vamos a quedar sin nada?, pues tendremos a Dios y poseeremos el Reino por nuestra fidelidad. ¡Oh, verdaderamente hemos de ser absolutas como yo lo fui en el mal, incluso para poder ser, y saber, y querer ser absolutas en el bien, en la obediencia, en la esperanza, en la fe, en el amor!...

-Tú consientes que los judíos ridiculicen al Maestro y hagan insinuaciones respecto a Él. Los has oído anteayer...

-¿Y piensas todavía en el graznido de esas cornejas, en los chillidos de esos buitres? ¡Déjalos que escupan lo que tienen dentro! ¡Qué te importa el mundo! ¿Qué es el mundo respecto a Dios? Mira: menos que este sucio moscón, entorpecido o envenenado por haber chupado inmundicias, que piso así - y da un enérgico golpe con el talón a un tábano de torpes movimientos que camina lentamente por el guijarros del paseo. Luego toma a Marta de un brazo y dice:

-Venga, ven a casa y...

-Comuniquémoselo al menos al Maestro. Mandémosle aviso de que está muriendo. Sin decirle nada más...

-¡Como si tuviera necesidad de saberlo por nosotras! No, he dicho. Es inútil. Él dijo: "Cuando haya muerto, comunicádmelo". Y lo haremos. No antes de que suceda.

-¡Nadie, nadie tiene piedad de mi dolor! Tú menos que nadie...

-Deja de llorar de esa manera, ¿no? No puedo soportarlo...

Sufriendo ella, se muerde los labios para dar fuerza a su hermana sin llorar ella también.

Marcela sale corriendo de la casa, seguida por Maximino:

-¡Marta! ¡María! ¡Corred! Lázaro está mal. Ya no responde...

Las dos hermanas se echan a correr, raudas, y entran en la casa... Después de un poco, se oye la voz fuerte de María que da órdenes para los socorros propios de esta situación, y se ve a criados correr con cordiales y barreños humeantes de agua hirviendo; se oyen bisbiseos y se ven gestos de dolor...

A tanta agitación, poco a poco, le va sustituyendo la calma. Se ve a los criados que cuchichean unos con otros, menos nerviosos pero con gestos de intenso desconsuelo que remarcan lo que dicen: quién menea la cabeza, quién la alza al cielo abriendo los brazos, como diciendo: "así es", quién llora, quién quiere esperar todavía en un milagro.

Ahí tenemos de nuevo a Marta, pálida como una muerta. Mira tras sí, para ver si la siguen. Mira a los siervos que están apretadamente en torno a ella angustiados. Vuelve a mirar para ver si de la casa sale alguien a seguirla. Luego dice a un criado:

-¡Tú, ven conmigo!

El criado se separa del grupo y la sigue hacia la pérgola de los jazmines y dentro de ella. Marta habla, sin perder de vista la casa, que se puede ver a través de la tupida maraña de las ramas:

-Escucha bien. Cuando todos los criados hayan entrado y yo les dé indicaciones para que estén ocupados en la casa, tú irás a las caballerizas, tomarás un caballo de los más rápidos, lo ensillarás... Si por casualidad alguien te ve, di que vas por el médico... No mientes tú ni te enseño a mentir yo, porque verdaderamente te envío donde el Médico bendito... Toma contigo forraje para el animal y comida para ti, y esta bolsa para todo lo que puedas necesitar. Sal por la puerta pequeña y, pasando por los campos arados, que no producen ruido con los: y, pasando por los campos arados, que no producen ruido con los cascos, te alejas de la casa. Luego tomas el camino de Jericó y galopa sin detenerte nunca, ni siquiera de noche. ¿Has comprendido? Sin *detenerte nunca.* La Luna nueva te iluminará el camino, si viene la oscuridad mientras todavía sigues galopando. Piensa que la vida de tu señor está en tus manos y en tu rapidez. Me fío de ti.

-Señora, te serviré como un esclavo fiel.

-Ve al vado de Betabara. Pasas y vas al pueblo que hay más allá de Betania de la Transjordania. ¿Sabes? Donde al principio bautizaba Juan.

-Lo sé. Fui allí yo también, a purificarme.

-En ese pueblo está el Maestro. Todos te dirán cuál es la casa donde le dan alojamiento. Pero si sigues en vez del camino principa1 las orillas del río, es mejor. Te ven menos y encuentras por ti mismo la casa. Es la primera de la única calle del pueblecito, la que va de los campos al río. No tienes posibilidad de error. Una casa baja, sin terraza ni habitación alta, con un huerto que se encuentra, viniendo del río, antes de la casa, un huerto cerrado por una pequeña portilla de madera y un seto de espino albar, creo... bueno, un seto. ¿Entendido? Repite.

El criado repite pacientemente.

-Bien. Solicita hablar con Él, sólo con Él, *y* le dices que tus señoras te envían para decirle que Lázaro está muy enfermo, que está agonizando, que nosotras ya no podemos más, que él lo precisa y que venga enseguida, enseguida, por piedad. ¿Has comprendido bien?

-He comprendido, señora.

Y después vuelve inmediatamente, de forma que ninguno note mucho tu ausencia. Toma un farol contigo, para las horas de oscuridad. Ve, corre, galopa, revienta al caballo, pero vuelve pronto con la respuesta del Maestro.

-Lo haré, señora.

-¡Ve! ¡Ve! ¿Ves? Han entrado ya todos en casa. Ve inmediatamente. Nadie te va a ver hacer los preparativos. Yo misma te llevo la comida. ¡Ve! Te la pongo al pie de la puerta pequeña. ¡Ve! Que Dios te acompañe. ¡Ve! ...

Lo empuja, ansiosa, y luego corre a casa, rápida y cauta, para salir después sigilosa por una puerta secundaria que está en el lado sur, con un pequeño saco en sus manos; camina rozando un seto hasta la primera apertura, tuerce, desaparece...

## 544

## La muerte de Lázaro.

Han abierto todas las puertas y ventanas en la habitación de Lázaro, para hacerle menos difícil la respiración. Alrededor de él, que está ausente, en estado de coma -un coma profundo, semejante ya a la muerte, de la que difiere sólo por el movimiento de la respiración-, están las dos hermanas, Maximino, Marcela y Noemí, pendientes de cualquier mínimo gesto del moribundo.

Cada vez que una contracción espasmódica altera la boca, pareciendo que se preparara para hablar, o que los ojos, entreabriéndose los párpados, aparecen, las dos hermanas se inclinan para aferrar una palabra, una mirada... Pero es inútil. Son sólo acciones sin coordinación, independientes de la voluntad y la inteligencia, las cuales ya están inertes, perdidas; son acciones que provienen del sufrimiento de la carne, como de ésta viene el sudor que da brillo al rostro del moribundo, y el temblor que a intervalos agita los esqueletados dedos y les transmite una contracción de garra. Y lo llaman las dos hermanas, con todo el amor en su voz. Pero el nombre y el amor chocan contra las barreras de la insensibilidad intelectiva, y la respuesta a su llamada es el silencio de las tumbas

Noemí, llorando, sigue poniendo en los pies -sin duda, helados-ladrillos envueltos en fajas de lana. Marcela tiene en sus manos una copa de la que saca un pañito fino que Marta usa para mojar los labios secos de su hermano. María, con otro paño, seca el abundante sudor que desciende en regueros por el rostro esqueletado y que moja las manos del moribundo. Maximino, apoyado en una arquimesa alta y oscura, junto a la cama del moribundo, observa, en pie, a espaldas de María, que se inclina hacia su hermano. Nadie más. El máximo silencio, como si estuvieran en una casa vacía, en un lugar desierto. Las criadas que traen los ladrillos calientes están descalzas y no hacen ruido en el suelo marmóreo. Semejan apariciones.

María rompe el silencio diciendo:

-Me parece que está volviendo calor a las manos. Mira, Marta, los labios están menos pálidos.

-Sí. También respira más libremente. Lo estoy mirando desde hace un rato - observa Maximino.

Marta se inclina y llama despacio, pero con acento intenso:

-¡Lázaro! ¡Lázaro! ¡Oh, mira, María! Ha expresado como una sonrisa y un parpadeo. ¡Está mejorando, María! ¡Está mejorando! ¿Qué hora tenemos?

-Hemos pasado ya en una vigilia el crepúsculo.

-¡Ah! - y Marta se yergue apretando las manos contra el pecho y alzando los ojos hacia arriba en un visible gesto de muda pero confiada oración. Una sonrisa ilumina su cara.

Los otros la miran asombrados y María le dice:

-No veo por qué el haber superado el crepúsculo te deba poner contenta... - y la escruta, sospechosa, ansiosa.

Marta no contesta, pero toma de nuevo la postura de antes. Entra una criada con ladrillos. Se los pasa a Noemí. María le ordena:

-Trae dos lámparas. La luz mengua y quiero verlo.

-La criada sale sin hacer ruido y vuelve al cabo de poco con dos lamparillas encendidas. Las coloca: una encima del bargueño en que está apoyado Maximino; la otra, encima de una mesa llena de vendas y pequeñas ánforas, puesta en el otro lado de la cama.

-¡Oh, María! ¡María! ¡Mira! Está realmente menos pálido.

Y tiene aspecto menos agotado. ¡Se está reanimando! - dice Marcela.

-Dadle algunas gotas más de ese vino con los aromas que ha preparado Sara. Le ha hecho bien - sugiere Maximino.

María toma de la tabla de la arquimesa una anforita de cuello finísimo en forma de pico de ave y, con precaución, introduce algunas gotas de vino en los labios entreabiertos.

-Ve despacio, María. ¡No vaya a ser que se ahogue! - aconseja Noemí.

-¡Oh, traga! ¡Lo busca! ¡Mira, Marta! ¡Mira! Saca la lengua queriendo...

Todos se inclinan para mirar. Noemí lo llama:

-¡Tesoro! ¡Mira a tu nodriza, alma santa! - y se aproxima para besarlo.

-¡Mira! ¡Mira, Noemí, bebe tu lágrima! Le ha caído junto a los labios y la ha sentido; la ha buscado y la ha absorbido.

-¡Oh, tesoro mío! ¡Si tuviera todavía la leche de antaño, la exprimiría gota a gota en tu boca, corderito mío, aunque tuviera que exprimir mi corazón y morir después!

Intuyo que Noemí, nodriza de María, lo haya sido también de Lázaro.

-Señoras, ha vuelto Nicomedes - dice un criado que se presenta a la puerta.

-¡Que venga! ¡Que venga! Nos ayudará a hacerlo mejorar. ¡Fijaos! ¡Fijaos! Abre los ojos, mueve los labios - dice Maximino.

-¡Y a mí me aprieta los dedos con sus dedos! - grita María. Y se inclina diciendo:

-¡Lázaro! ¡Me oyes? ¿Quién soy?

Lázaro abre del todo los ojos y mira. Es una mirada insegura, empañada, pero, en todo caso, es una mirada. Mueve con dificultad los labios y dice:

-¡Mamá!

-¡Soy María! María! ¡Tu hermana!

-¡Mamá!

-No te reconoce y llama a su madre. Los moribundos. Siempre así - dice Noemí con el rostro lavado en llanto.

-Pero habla. Después de tanto tiempo, habla. Ya es mucho... Luego estará mejor. ¡Oh, mi Señor, premia a tu sierva! - dice Marta mientras permanece todavía en ese gesto de ferviente y confiada oración.

-¿Pero qué te ha sucedido? ¿Es que has visto al Maestro? ¿Se te ha aparecido? ¡Dímelo, Marta! ¡Quítame la angustia! - dice María.

La entrada de Nicomedes impide la respuesta. Todos se vuelven hacia él. Cuentan cómo después de su partida Lázaro se había agravado hasta el punto de tocar la muerte, y ya lo habían dado por muerto; pero que luego, con unos auxilios, habían logrado hacerlo recuperarse, pero sólo en lo referente a la respiración. Y cómo, desde hacía poco, después de que una de sus mujeres hubiera preparado vino con aromas, le había vuelto el calor y había tragado, tratando de beber, y también había abierto los ojos y había hablado... Hablan todos juntos, encendidas de nuevo sus esperanzas, que ellos lanzan contra la serenidad no poco escéptica del médico, que les deja hablar sin decir una palabra

Por fin han terminado y él dice:

-De acuerdo. Permitidme que vea.

Y los aparta. Se aproxima a la cama y ordena que acerquen las lámparas y cierren la ventana porque quiere descubrir al enfermo. Se inclina sobre él, lo llama, le hace preguntas, hace que pasen la lámpara por delante de la cara de Lázaro, que ahora tiene los ojos abiertos y parece como asombrado de todo; luego lo descubre, estudia su respiración, los latidos del corazón, el

calor y la rigidez de los miembros... Todos están ansiosos en espera de su palabra. Nicomedes cubre de nuevo al enfermo, le sigue mirando, piensa. Luego se vuelve hacia los presentes y dice:

-Es innegable que ha recuperado vigor. Actualmente está mejorado respecto a la última vez que lo he visto. Pero no os hagáis ilusiones. Esto es sólo la ficticia mejoría de la muerte. Estoy tan seguro de ello -como estaba seguro de que es-a a las puertas de la muerte-, que, como podéis ver, he vuelto, después de haberme liberado de todos los compromisos, para hacerle menos penosa la muerte, en la medida en que puedo hacerlo... o para ver el milagro si... ¿Ya habéis hecho aquello?

-Sí, sí, Nicomedes - le interrumpe Marta. Y, para impedirle otras palabras, dice:

-Pero no habías dicho que... en el plazo de tres días...

Llora.

-He dicho eso. Soy un médico. Vivo entre agonías y llantos. Pero el estar acostumbrado a escenas de dolor no me ha dado todavía un corazón de piedra. Y hoy... os he preparado... con un plazo bastante largo... e impreciso... Pero mi ciencia me decía que el desenlace era más rápido, y mi corazón mentía por engaño piadoso... ¡Ánimo! ¡Sed fuertes!... Salid afuera... Nunca se sabe hasta qué punto los moribundos entienden...

Las impele a salir. Ellas salen llorando. Y repite:

-¡Sed fuertes! ¡Sed fuertes!

Junto al moribundo se queda Maximino... También el médico se aleja para preparar unos medicamentos que sirven para hacer menos angustiosa la agonía, que, dice, «preveo muy dolorosa».

¡Hazlo vivir! Hazlo vivir hasta mañana. Es casi de noche, ya lo ves, Nicomedes. ¿Qué es para tu ciencia mantener en pie una vida durante menos de un día? ¡Hazle vivir!

-Dómina, yo hago lo que puedo. ¿Pero cuando el estambre se acaba, nada hay que pueda mantener la llama!- responde el médico, y se marcha.

Las dos hermanas se abrazan, llorando desoladas (y la que llora más, ahora, es María; la otra tiene su esperanza en el corazón)...

La voz de Lázaro viene de la habitación. Una voz fuerte e imperiosa. Y hace que ellas se sobresalten, porque es una voz inesperada en medio de tanto abatimiento. Las llama:

-¡Marta! ¡María! ¿Dónde estáis? Quiero levantarme. ¡Vestirme! ¡Decir al Maestro que estoy curado! Tengo que ir donde el Maestro. ¡Un carro! ¡Inmediatamente! Y un caballo rápido. Sin duda es Él el que me ha curado...

Habla rápido, articulando bien las palabras, sentado en la cama encendido de fiebre, tratando de abandonar la cama, e impedido en ello por Maximino, el cual a las mujeres, que entran corriendo, les dice:

-¡Está delirando!

-¡No! Déjalo levantarse. ¡El milagro! ¡El milagro! ¡Oh, me siento feliz de haberlo suscitado! ¡En cuanto Jesús ha tenido noticia! Dios de los padres, bendito seas y alabado por tu poder y por tu Mesías...

Marta, que ha caído de rodillas, está ebria de alegría

Mientras tanto, Lázaro continúa, cada vez más dominado por la fiebre (Marta no comprende que es la causa de todo):

-Ha venido muchas veces a mi casa, enfermo. Justo es que yo vaya donde Él para decirle: "Estoy curado". ¡Estoy curado! ¡Ya no tengo dolores! Estoy fuerte. Quiero levantarme. Ir. Dios ha querido probar mi resignación. Seré llamado el nuevo Job...

Pasa a un tono hierático haciendo amplios gestos:

-"El Señor se conmovió de la penitencia de Job *(Job 42, 10-1);*... y le aumentó en el doble cuanto había tenido. Y el Señor bendijo los últimos años de Job más aún que los primeros... y él vivió hasta...". ¡Oh, no, yo no soy Job! Me envolvían las llamas y me sacó de ellas, estaba en el vientre del monstruo y vuelvo a la luz; entonces soy Jonás, *(29)* y soy los tres muchachos de Daniel *(3.3)*...

-Llega el médico, avisado por alguno. Le observa:

-Es el delirio. Me lo esperaba. La corrupción de la sangre enciende el cerebro.

Se esfuerza en colocarlo en la cama y recomienda mantenerlo así, y vuelve afuera, a sus tisanas.

Lázaro un poco se inquieta por estar sujeto y un poco llora como un niño: alternativamente.

-Está realmente en estado de delirio - gime María.

-No. Ninguno entiende nada. No sabéis creer. ¡Eso es! No sabéis... A esta hora el Maestro sabe que Lázaro está agonizando. Sí. ¡Lo he hecho, María! Lo he hecho sin decirte nada...

-¡Ah, infame! ¡Has destruido el milagro! - grita María.

-¡Que no! Lázaro, tú lo has visto, ha empezado a mejorar en el momento en que Jonás ha llegado donde el Maestro. Está delirando... sí... Está débil y tiene todavía el cerebro obnubilado por la muerte, que ya lo aprisionaba. Pero no delira como cree el médico. ..¡Escúchalo! ¿Son palabras de delirio éstas?

En efecto, Lázaro está diciendo: «He inclinado la cabeza ante el decreto de muerte y he probado cuán amargo es morir, y Dios se ha considerado satisfecho de mi resignación y me devuelve a la vida y 1o mantiene con mis hermanas. Podré seguir sirviendo al Señor y santificarme junto con Marta y María... ¡Con María! ¿Qué es María? María es el don de Jesús para el pobre Lázaro. Me lo había dicho... ¡Cuánto tiempo desde entonces! "Vuestro perdón hará más que ninguna otra cosa. Me ayudará". Me lo había prometido: "Ella será tu alegría". Y aquel día en que estaba inquieto porque ella había traído su vergüenza aquí, junto al Santo, ¡qué palabras para invitarla al regreso! La Sabiduría y la Caridad se habían unido para tocarle el corazón... ¿Y el otro, que me encontró ofreciéndome por ella, por su redención?... ¡¡Quiero vivir para gozar de ella redimida! ¡Quiero alabar con ella al Señor! Ríos de lágrimas, afrentas, vergüenza, amargura... todo me penetró y me quitó la vida por causa de ella... ¡Este es el fuego, el fuego el horno! Vuelve, con el recuerdo... María de Teófilo y de Euqueria, mi hermana, la prostituta. Podía ser reina y se ha hecho fango que hasta el puerco pisotea. Y mi madre muere. Y, no poder ya ir con la gente sin tener que soportar sus burlas. ¡Por ella! ¿Dónde estás, desventurada? ¿Te faltaba el pan, acaso, para venderte como te has vendido? ¿Qué has

succionado del pezón de la nodriza? ¿Tu madre qué te ha enseñado? ¿Lujuria una? ¿Pecado la otra? ¡Fuera! ¡Deshonor de nuestra casa!-

La voz es un grito. Parece loco.

Marcela y Noemí se apresuran a cerrar herméticamente las puertas y a correr de nuevo las cortinas gruesas para amortiguar las resonancias, mientras el médico, que ha vuelto a la habitación, se esfuerza inútilmente en calmar el delirio, que cada vez se va haciendo más furioso. María, arrojada al suelo como un trapajo, solloza bajo la implacable acusación del moribundo, que prosigue:

-Uno, dos, diez amantes. El oprobio de Israel pasaba de unos brazos a otros... Su madre moría, ella se consumía en sus amores indecentes. ¡Bestia feroz! ¡Vampiro! Has succionado la vida a tu madre. Has destruido nuestra alegría. Marta sacrificada por ti: nadie se casa con la hermana de una meretriz. Yo... ¡Ah! ¡Yo! Lázaro, caballero hijo de Teófilo... ¡Me escupían los gamberros de Ofel! "He ahí: cómplice de una adúltera e impura" decían escribas y fariseos, y sacudían sus vestiduras para significar que rechazaban el pecado con que yo estaba manchado por el contacto con ella. "¡Ahí está el pecador! El que no sabe castigar al culpable es culpable como él" gritaban los rabíes cuando subía al Templo. Y sudaba bajo el fuego de las pupilas sacerdotales... El fuego. ¡Tú! Tú vomitabas el fuego que llevabas dentro. Porque eres un demonio, María. Eres inmunda. Eres la maldición. Tu fuego prendía en todos, porque tu fuego estaba hecho de muchos fuegos, y había, ¡vaya que si había!, para los lujuriosos, que parecían peces apresados en el trasmallo cuando pasabas... ¿Por qué no te maté? Arderé en la Gehenna por haberte dejado vivir destruyendo tantas familias, dando escándalo a mil... ¿Quién dice: "¡Ay de aquel por el que se produce el escándalo!"? ¿Quién lo dice? ¡Ah, el Maestro! ¡Quiero ver al Maestro! ¡Quiero verlo! Para que me perdone. Quiero decirle que no podía matarla porque la amaba... María era el sol de nuestra casa... ¡Quiero ver al Maestro! ¿Por qué no está aquí? ¡No quiero vivir! Pero sí quiero el perdón por el escándalo que he dado dejando vivir al escándalo. Ya estoy en las llamas. Es el fuego de María. Me ha apresado. A todos apresaba. Para lujuria suya, para odio a nosotros, y para quemarme las carnes a mí. ¡Fuera estas mantas, fuera todo! Estoy en el fuego. Me ha apresado la carne y el espíritu. Estoy perdido a causa de ella. ¡Maestro! ¡Maestro! ¡Tu perdón! No viene. No puede venir a la casa de Lázaro. Es un estercolero por causa de ella. Entonces... quiero olvidar. Todo. Ya no soy Lázaro. Dadme vino. Lo dice Salomón (*Proverbios 31, 6-7*: "Dad vino a los que tienen el corazón acongojado. Que beban y olviden su miseria, y no recuerden ya de su dolor". No quiero recordar. Dicen todos: "Lázaro es rico, es el hombre más rico de Judea". ¡No es verdad! Todo es paja No es oro. ¿Y las casas? Nubes. ¿Las viñas, los oasis, los jardines, los olivares? Nada. Engaños. Yo soy Job *(1-2*. No tengo ya nada. Tenía una perla. ¡Hermosa! De infinito valor. Era mi orgullo. Se llamaba María. Ya no la tengo. Soy pobre. El más pobre de todos. El más engañado de todos... También Jesús me ha engañado, porque me había dicho que me la traería de nuevo, y, sin embargo, ella... ¿Dónde está ella? Ahí está. ¡Parece una hetaira pagana la mujer de Israel, hija de una santa! Semidesnuda, borracha, enloquecida... Y alrededor... con los ojos fijos en el cuerpo desnudo de mi hermana, la jauría de sus amantes... Y ella ríe de ser admirada y deseada así. Quiero expiar mi delito. Quiero ir por Israel diciendo: "No vayáis a casa de mi hermana. Su casa es el camino del infierno y desciende a los abismos de la muerte". Y luego quiero ir donde ella y pisotearla, porque está escrito (*Eclesiástico 9, 10)*: "Toda mujer lasciva será pisoteada como estiércol en el camino". ¡Oh!, ¿te atreves a presentarte a mí, que muero deshonrado, destruido por ti?, ¿a mí, que he ofrecido mi vida como rescate de tu alma, y en vano? ¿Cómo quería que fueras, dices? ¿Cómo quería que fueras para no morir así? Pues te quería como Susana, la casta. ¿Dices que te han tentado? ¿Y no tenías un hermano para que te defendiera? Susana, ella sola, respondió (*Daniel 13,* 23);: "Mejor es para mí caer en vuestras manos que pecar en la presencia del Señor", y Dios hizo relucir su candor. Yo habría dicho las palabras contra tus tentadores y te habría defendido. ¡Pero tú... te marchaste! Judit era viuda y vivía en una habitación apartada, ceñido el cilicio y ayunando, y gozaba de grandísima estima de todos porque temía al Señor, y de ella se canta: "Eres gloria de Jerusalén, alegría de Israel, honor de nuestro pueblo, porque has obrado virilmente y tu corazón ha sido fuerte, porque has amado la castidad y después de tu matrimonio no has conocido a otro hombre. Por eso la mano del Señor te ha hecho fuerte y serás bendecida eternamente *(Judith 15, 10 – 11)*". Si María hubiera sido como Judit, el Señor me habría curado. Pero no ha podido hacerlo por causa de ella. Por eso no he pedido la curación. No puede haber milagro donde está ella. Pero morir, sufrir, no es nada; una y mil veces más, una y mil muertes, con tal de que ella se salve. ¡Oh! ¡Señor Altísimo! ¡Todas las muertes! ¡Todo el dolor! ¡Pero que María se salve! ¡Gozar de ella una hora, sólo una hora! ¡Gozar de ella santa otra vez, pura como en la infancia! ¡Una hora de esta alegría! Gloriarme en ella, la flor de oro de mi casa, la gacela primorosa de dulces ojos, el ruiseñor a la caída de la tarde, la amorosa paloma... Quiero ver al Maestro para decirle que lo que quiero es a María, a María. ¡Ven! ¡María! ¡Cuánto dolor tiene tu hermano, María! Pero, si vienes, si te redimes, mi dolor se hace dulce. ¡Buscad a María! ¡Estoy a las puertas de la muerte! ¡María! ¡Alumbrad! Aire Yo... Me ahogo... ¡Oh, qué cosa siento!...

El médico hace un gesto y dice:

-Es el final. Después del delirio el sopor y luego la muerte. Pero puede volver a la lucidez. Acercaos. Tú especialmente. Le será motivo de alegría - y colocado de nuevo Lázaro, agotado después de tanta agitación, se acerca a María, que ha estado todo este tiempo llorando en el suelo y diciendo entre gemidos: «¡No dejéis que siga!». La alza y la conduce al pie de la cama

Lázaro ha cerrado los ojos. Pero debe sufrir atrozmente. Todo él es estremecimiento y contracción. El médico trata de socorrerlo con jarabes... Pasan así un tiempo.

Lázaro abre los ojos. Parece desmemoriado de lo que ha sucedido antes, pero está en sí. Sonríe a sus hermanas y trata de cogerles las manos y responder a sus besos. Palidece mortalmente. Gime:

-Tengo frío...

Le castañean los dientes. Trata de cubrirse hasta la boca Gime:

-Nicomedes, ya no resisto estos dolores. Los lobos me arrancan la carne de las piernas y me devoran el corazón. ¡Cuánto dolor! Y, si así es la agonía, ¿qué será la muerte? ¿Qué voy a hacer? ¡Si tuviera aquí al Maestro! ¿Por qué no me lo habéis traído? Habría muerto feliz en su pecho...

Llora.

Marta mira a María severamente. María comprende esa mirada y, todavía abatida por el delirio de su hermano, cae en el remordimiento y, inclinándose, arrodillada como está contra la cama besando la mano de su hermano, gime:

-Soy yo la culpable. Marta quería hacerlo desde hace ya dos días. Yo no he querido. Porque Él nos había dicho que le avisáramos sólo después de tu muerte. ¡Perdóname' Yo te he dado todo el dolor de la vida... Y, no obstante, te he amado y te amo, hermano. Después del Maestro, tú eres la persona a quien más amo; y Dios ve que no miento. Dime que me absuelves del pasado, dame paz...

-¡Dómina! - interviene el médico - El enfermo no tiene necesidad de emociones.

-Es verdad... Dime que me perdonas el haberte negado a Jesús...

-¡María! Por ti Jesús ha venido aquí... y viene por ti... porque tú has sabido amar... más que ningún otro... Me has amado más que ningún otro... Una vida... de delicias no me habría... no me habría dado la... alegría que he gozado por ti... Te bendigo... Te digo... que has hecho bien... en obedecer a Jesús... Yo no sabía eso... Sé... Digo... está bien... ¡Ayudadme a morir!... Noemí... tú, en el pasado, eras capaz de... hacerme dormir... Marta... bendita... paz mía,... Maximino... con Jesús. También... por mí... Mi parte... para los pobres,... a Jesús... para los pobres... Y perdonad... a todos... ¡Ah, qué espasmos!... ¡Aire!... Luz... Todo tiembla... Tenéis como una luz en torno a vosotros y me ciega si... os miro... Hablad... fuerte...

Ha puesto la mano izquierda en la cabeza de María y ha dejado desmayada la izquierda entre las manos de Marta. Jadea...

Lo alzan con precaución añadiendo almohadas. Nicomedes le hace sorber todavía otras gotas de jarabes. La pobre cabeza, mortalmente relajada, se hunde y pende. Toda la vida está en la respiración. No obstante, abre los ojos y mira a María, que le sujeta la cabeza, y le sonríe diciendo:

-¡Mamá! Ha vuelto... ¡Mamá! ¡Habla! Tu Voz... Tú sabes... el secreto... de Dios... ¿He servido... al Señor?...

María, con voz blanca por la pena, susurra:

-El Señor te dice: Ven conmigo, siervo bueno y fiel, porque has escuchado todas mis palabras y has amado al Verbo que he enviado".

-¡No oigo! ¡Más fuerte!

María repite más fuerte...

-¡Es verdaderamente mamá!... - dice satisfecho Lázaro, y abandona la cabeza en el hombro de su hermana...

Ya no habla. Sólo gemidos y temblores convulsos, sólo sudor y estertores. Ya insensible respecto a la Tierra, a los sentimientos, se hunde en la oscuridad cada vez más absoluta de la muerte. Los párpados descienden sobre los ojos vidriosos en que brilla la última lágrima.

-¡Nicomedes! ¡Se entumece! ¡Se pone frío!... - dice María.

-Dómina, para él la muerte es un alivio.

-Mantenlo en vida! Mañana, sin duda, estará aquí Jesús. Se habrá puesto en camino enseguida. Quizás ha tomado el caballo del criado, u otra cabalgadura - dice Marta. Y, vuelta hacia su hermana:

-¡Oh, si me hubieras dejado enviar aviso antes!

Luego, al médico:

-¡Haz que viva! - impone convulsa.

El médico abre los brazos. Prueba con unos cordiales. Pero Lázaro ya no deglute. El estertor aumenta... aumenta. Es acongojante...

-¡No se puede soportar ya oírlo! - gime Noemí.

-Sí. Tiene una larga agonía... - asiente el médico.

Pero, casi no ha terminado de decir esto y, con una convulsión de todo el cuerpo, que se arquea y luego se abate, Lázaro exhala el último suspiro.

Las hermanas gritan... al ver esa convulsión; gritan al ver ese abatimiento. María llama a su hermano, besándolo; Marta se agarra al médico, que se inclina sobre el muerto y dice:

-Ha expirado. Ya es demasiado tarde para esperar a que suceda el milagro. Ya no hay espera. ¡Demasiado tarde!... Yo me marcho, señoras. Ya no hay motivo para que siga aquí. Apresuraos en los funerales, porque ya está descompuesto.

Baja los párpados del muerto y, observándolo, dice todavía esto:

-¡Qué pena! Era un hombre virtuoso e inteligente. ¡No debía haber muerto!

Se vuelve hacia las hermanas, se inclina, se despide:

-¡Dómine, salve! - y se marcha.

Los llantos llenan la habitación. María, ya sin fuerzas, se deja caer sobre el cuerpo de su hermano gritando sus remordimientos, invocando su perdón. Marta llora en los brazos de Noemí.

Luego María grita:

-¡No has tenido fe! ¡Ni obediencia! ¡Yo lo maté antes, tú ahora; yo pecando, tú desobedeciendo!

Está como fuera de sí. Marta la levanta, la abraza, se excusa.

Maximino, Noemí, Marcela tratan de inducir a las dos a entrar en razón y a resignarse. Y lo logran recordando a Jesús... El dolor se hace más ordenado, y, mientras la habitación se llena de domésticos que lloran, mientras entran los encargados de la preparación del cadáver, las dos hermanas son conducidas a otro lugar a llorar su dolor.

Maximino, que las guía, dice:

-Ha expirado al concluir la segunda vigilia de la noche.

Y Noemí:

-Mañana habrá que darle sepultura, y pronto, antes de la puesta del sol, porque viene el sábado. Dijisteis que el Maestro quería grandes honores...

-Sí, Maximino. Ocúpate tú de todo eso. Yo estoy aturdida - dice Marta.

-Me retiro para enviar a criados a la gente cercana o lejana, y para dar todas las demás indicaciones - dice Maximino, y se retira.

Las dos hermanas, abrazadas, lloran. Ya no se echan culpas la una a la otra. Lloran. Tratan de consolarse...

Pasan las horas. El muerto está preparado en su habitación. Una larga forma envuelta en vendas bajo el sudario.

-¿Por qué ya cubierto así? - exclama Marta con tono de reproche.

-Señora... Hedía mucho por la nariz, y al moverlo ha arrojado sangre corrompida - se excusa un doméstico anciano.

Las hermanas lloran intensamente. Lázaro está ya más lejos bajo esas vendas... Otro paso en la lejanía de la muerte.

Lo velan con lágrimas hasta el alba, hasta que regresa del otro lado del Jordán el criado; este criado que se queda anonadado, pero que, no obstante, informa de la veloz carrera que ha realizado para llevar la respuesta de que Jesús va.

-¿Ha dicho que viene? ¡No ha hecho ningún reproche? - pregunta Marta.

-No, señora. Ha dicho: "Iré. Diles que iré y que tengan fe". Y antes había dicho: "Diles que estén tranquilas. No es una enfermedad de muerte, sino que es para gloria de Dios, para que su poder sea glorificado en su Hijo".

-¿Ha dicho exactamente eso? ¿Estás seguro de ello? - pregunta María.

-¡Señora, durante todo el camino he venido repitiendo las palabras!

-Márchate, márchate. Estás cansado. Has hecho todo bien. ¡Pero ya es demasiado tarde!... - suspira Marta, y rompe a llorar ruidosamente en cuanto se queda con su hermana.

-¡Marta!, ¿Por qué?...

-¡Oh, además de la muerte la desilusión! ¡María! ¡María! ¿No piensas en que el Maestro esta vez se ha equivocado? Mira a Lázaro. ¡Está bien muerto! Hemos esperado más allá de lo creíble y no ha servido. Cuando le he mandado el aviso -me habré equivocado, no digo que no- Lázaro estaba ya más muerto que vivo. Y nuestra fe no ha recibido fruto ni premio. ¡Y el Maestro envía el mensaje de que no es enfermedad de muerte! ¿Es que el Maestro ya no es la Verdad? Ya no es... ¡Oh! ¡Todo! ¡Todo! ¡Todo está terminado!

María se retuerce las manos. No sabe qué decir. La realidad es realidad... Pero no habla. No dice una palabra contra su Jesús. Llora, verdaderamente agotada.

Marta tiene un pensamiento obsesivo en su corazón, el de haber tardado demasiado:

-Es por culpa tuya - dice en tono de reproche - Jesús quería probar nuestra fe así. Obedecer, sí. Pero también desobedecer por fe y demostrarle que creíamos que sólo Él podía y debía hacer el milagro. ¡Pobre hermano mío! ¡Y cuánto ha deseado su presencia! A1 menos esto: ¡verlo! ¡Pobre hermano nuestro! ¡Pobrecillo! ¡Pobrecillo! Y el llanto se transforma en grito, al que hacen coro tras la puerta los gritos de las criadas y de los criados, según la costumbre oriental...

## 545

## El criado de Betania refiere a Jesús el mensaje de Marta.

Anochece cuando el criado, remontando las zonas boscosas del río, espolea al caballo, humoso de sudor, para que supere el desnivel que en ese punto hay entre el río y el camino del pueblo. Los lomos del pobre animal palpitan por la carrera veloz y larga. El pelaje negro está todo vareteado de sudor, la espuma del bocado ha salpicado el pecho de blanco; resopla arqueando el cuello y meneando la cabeza.

Ahí está ya, en el caminito. Pronto llega a la casa. El criado pone pie en tierra de un salto, ata el caballo al seto y lanza una voz.

Por la parte de atrás de la casa se asoma la cabeza de Pedro, y su voz un poco áspera pregunta:

-¿Quién llama? El Maestro está cansado. Hace muchas horas que no goza de tranquilidad. Es casi de noche. Volved mañana.

-No quiero nada del Maestro, yo. Estoy sano y sólo tengo que darle un mensaje.

Pedro se acerca diciendo:

-¿Y de parte de quién, si se puede preguntar? Sin un seguro reconocimiento, no dejo pasar a nadie, y menos a uno que huela a Jerusalén, como tú.

Se ha acercado lentamente, más escamado por la belleza del caballo negro ricamente ensillado que por el hombre. Pero cuando está justo frente a frente de éste reacciona con estupor:

-¿Tú? ¿Pero tú no eres un criado de Lázaro?

El criado no sabe qué decir. Su señora le ha dicho que hable sólo con Jesús. Pero el apóstol parece bien decidido a no dejarlo pasar. El nombre de Lázaro -él lo sabe- es influyente ante los apóstoles. Se decide a decir:

-Sí. Soy Jonás, criado de Lázaro. Debo hablar con el Maestro.

-¿Está mal Lázaro? ¿Te envía él?

-Está mal, sí. Pero no me hagas perder tiempo. Debo regresar lo antes posible.

Y para que Pedro se decida dice:

-Han estado los miembros del Sanedrín en Betania...

-¡Los miembros del Sanedrín! ¡Pasa! ¡Pasa! - y abre la portilla mientras dice: -Retira el caballo. Ahora le damos de beber y hierba, si quieres.

-Tengo forraje. Pero un poco de hierba no vendrá mal. El agua después. Antes le sentaría mal.

Entran en la habitación grande donde están las yacijas. Atan al animal en un rincón para tenerlo resguardado del aire; el criado lo cubre con la manta que iba atada a la silla, le da el forraje y la hierba que Pedro ha cogido no sé de dónde. Luego vuelven afuera. Pedro lleva al criado a la cocina y le da un vaso de leche caliente tomada de un caldero que está puesto al fuego, en vez del agua que había pedido.

Mientras el criado bebe y se repone junto al fuego, Pedro, que es heroico en no hacer preguntas curiosas, dice:

-La leche es mejor que el agua que querías. ¡Y dado que la tenemos...! ¿Has hecho todo el camino en una etapa?

-Todo en una etapa. Y lo mismo haré a la vuelta.

-Estarás cansado. ¿Y el caballo te resiste?

-Espero que resista. Además, a la vuelta no voy a galopar como cuando he venido.

-Pero pronto será de noche. Empieza ya a alzarse la Luna... ¿Qué vas a hacer con el río?

-Espero llegar al río antes de que se ponga la Luna. Si no, esperaré en el bosque hasta el alba. Pero llegaré antes.

-¿Y después? El camino desde el río hasta Betania es largo. Y la Luna se pone pronto. Está en sus primeros días.

-Tengo un buen farol. Lo enciendo y voy despacio. Por muy despacio que vaya, me iré acercando a casa.

-¿Quieres pan y queso? Tenemos. Y también pescado. Lo he pescado yo. Porque hoy me he quedado aquí; yo y Tomás. Pero ahora Tomás ha ido por el pan a casa de una mujer que nos ayuda.

-No. No te prives tú de ninguna cosa. He comido por el camino. Lo que tenía era sed, y también necesidad de algo caliente. Ahora estoy bien. Pero ¿vas a avisar al Maestro? ¿Está en casa?

-Sí, sí. Si no hubiera estado, te lo habría dicho inmediatamente. Está allí, descansando. Porque viene mucha gente aquí... Tengo miedo incluso de que la cosa tenga resonancia y se presenten los fariseos a molestar. Toma un poco más de leche. Total, tendrás que dejar comer al caballo... y que dejarlo descansar: sus lomos palpilaban como una vela mal tensada...

-No. Vosotros necesitáis la leche. Sois muchos.

-Sí. Pero nosotros, que estamos fuertes -menos el Maestro, que habla tanto que tiene el pecho cansado, y los más viejos-, comemos cosas que hagan trabajar a los dientes. Toma. Es la de las ovejitas que dejó el anciano. La mujer, cuando estamos aquí, nos la trae. Pero si queremos más todos nos la dan. Aquí nos estiman y nos ayudan. Y dime: ¿eran muchos los miembros del Sanedrín?

-¡Casi todos! Y, con ellos, otros: saduceos, escribas, fariseos, judíos de alto rango, algún herodiano...

-¿Y qué ha ido a hacer esa gente a Betania? ¿Estaba José con ellos? ¿Nicodemo estaba?

-No. Habían venido días antes. Y también Manahén había venido. Éstos no eran de los que aman al Señor.

-¡Bien lo creo! ¡Son tan pocos los miembros del Sanedrín que lo estiman! ¿Pero qué cosa querían en concreto?

-Al entrar dijeron que saludar a Lázaro...

-¡Mmm! ¡Qué amor más extraño! ¡Siempre lo han marginado, por muchas razones!... ¡Bien!... Vamos a suponerlo... ¿Han estado allí mucho tiempo?

-Bastante. Y se marcharon inquietos. Yo no soy criado de la casa, y por eso no servía a las mesas; pero los otros que estaban dentro sirviendo dicen que hablaron con las señoras y que querían ver a Lázaro. Fue a ver a Lázaro Elquías y...

-¡Buen elemento!... - susurra entre dientes Pedro.

- ¿Qué has dicho?

-¡Nada, nada! Sigue. ¿Y habló con Lázaro?

-Creo que sí. Fue con María. Pero luego, no sé por qué... María se irritó, y los criados, que estaban alerta en las habitaciones contiguas para acudir enseguida, dicen que los ha echado de casa como a perros...

-¡Viva ella! ¡Eso es lo que hace falta! ¿Y te han mandado a decirlo?

-No me hagas perder más tiempo, Simón de Jonás.

-Tienes razón. Ven.

Lo guía hacia una puerta. Llama. Dice:

-Maestro, ha venido un criado de Lázaro. Quiere hablar contigo.

-Que pase - dice Jesús.

Pedro abre la puerta, invita al criado a pasar, cierra, se retira y va, meritoriamente, junto al fuego a mortificar su curiosidad.

Jesús, sentado en el borde de su yacija, en el pequeño cuarto donde apenas hay espacio para la yacija y la persona que está en él - cuarto que antes era, sin duda, un reposte de víveres, porque todavía tiene ganchos en las paredes y tablas apoyadas en estacas-, mira sonriente al criado, que se ha arrodillado. Lo saluda:

-La paz sea contigo.

Luego añade:

-¿Qué nuevas me traes? Levántate y habla.

-Me mandan mis señoras, a decirte que vayas enseguida a su casa, porque Lázaro está muy enfermo y el médico dice que va a morir. Marta y María te lo suplican, y me han enviado a decirte: "Ven, porque sólo Tú lo puedes curar".

-Diles que estén tranquilas. Ésta no es una enfermedad que cause la muerte, sino que es gloria de Dios para que su potencia sea glorificada en el Hijo suyo.

-¡Pero está muy grave, Maestro! Su carne se corrompe y él ya no se alimenta. He deslomado al caballo para llegar más deprisa...

-No importa. Es como Yo digo.
-¿Pero vas a ir?
-Iré. Diles a ellas que iré y que tengan fe. Que tengan fe. Una fe absoluta. ¿Has comprendido? Ve. Paz a ti y a quien te envía. Te repito: "Que tengan fe. Absoluta". Ve.
El criado saluda y se retira.
Pedro inmediatamente se llega a él:
-Lo has dicho en poco tiempo. Creía que fueran largas palabras...
Lo mira, lo mira... El deseo de saber transpira por todos los poros de la cara de Pedro. Pero se contiene...
-Me marcho. ¿Me das agua para el caballo? Luego me marcharé.
-Ven. ¡Agua!... Tenemos todo un río para dártela, además del pozo para nosotros - y Pedro, provisto de una luz, le precede y le da el agua que ha pedido.
Dan de beber al caballo. El criado quita la manta, observa las herraduras, la cincha, las bridas, los estribos. Explica:
-¡He corrido lucho! Pero todo está en orden. Adiós, Simón Pedro, y ora por nosotros.
Saca fuera al caballo. Sujetándolo por las bridas, sale al camino, pone un pie en el estribo, hace ademán de montar en la silla.
Pedro lo retiene poniéndole una mano en el brazo, y dice:
-Sólo quiero saber esto: ¿Aquí hay peligro para Él?, ¿han mencionado esta amenaza?, ¿querían saber por las hermanas dónde estábamos? ¡Dilo en nombre de Dios!
-No, Simón. No. No se ha hablado de esto. Han venido por Lázaro. Nosotros sospechamos que era para ver si estaba el Maestro y si Lázaro estaba leproso, porque Marta gritaba fuerte que no estaba leproso, y lloraba... Adiós, Simón. Paz a ti.
-Y a ti y a tus señoras. Que Dios te acompañe en tu regreso a casa…
Lo mira mientras se marcha... hasta que desaparece, pronto, en el fondo del camino, porque el criado, antes que el sendero oscuro del bosque que sigue la orilla del río, prefiere tomar el camino principal, claro con el blancor de la Luna. Se queda pensativo. Luego cierra la portilla y vuelve a la casa.
Va donde Jesús, que sigue sentado en la yacija, teniendo las manos apoyadas en el borde, absorto. Pero reacciona al sentir cerca a Pedro, que lo mira interrogativamente. Le sonríe.
-¿Sonríes, Maestro?
-Te sonrío a ti, Simón de Jonás. Siéntate aquí, cerca de mí. ¿Han vuelto los otros?
-No, Maestro. Tomás tampoco. Habrá encontrado ocasión de hablar.
-Eso está bien.
-¿Está bien que hable? ¿Está bien que tarden los demás? Él habla incluso demasiado. ¡Siempre está alegre! ¿Y los otros? Estoy siempre preocupado hasta que regresan. Siempre tengo temor yo.
-¿De qué, Simón mío? No sucede nada malo por ahora, créelo. Tranquilízate e imita a Tomás, que está siempre alegre. Tú, sin embargo, de un tiempo a esta parte, estás muy triste.
-¡Hombre claro, ¿y quién te quiere y no lo está?! Yo ya soy viejo, y reflexiono más que los jóvenes. También ellos te quieren, pero son jóvenes y piensan menos... De todas formas, si alegre te agrado más lo estaré; me esforzaré en estarlo. Pero para poder estarlo dame al menos una cosa que me dé motivo para ello. Dime la verdad, mi Señor. Te lo pido de rodillas (y, efectivamente, se arrodilla). ¿Qué te ha dicho el criado de Lázaro? ¿Que te buscan? ¿Que quieren causarte algún mal? ¿Que...?
Jesús pone la mano en la cabeza de Pedro:
-¡No, hombre, no, Simón! Ninguna de esas cosas. Ha venido a decirme que Lázaro se ha agravado mucho, y no hemos hablado de nada sino de Lázaro.
-¿Nada, nada?
-Nada, Simón. Y he respondido que tengan fe.
-Pero, en Betania han estado los del Sanedrín, ¿lo sabes?
-¡Es natural! La casa de Lázaro es una casa importante. Y la costumbre nuestra prevé estos honores a una persona influyente que está muriendo. No te intranquilices, Simón.
-¿Pero estás seguro de que no han aprovechado esta disculpa para...?
-Para ver si estaba Yo allí. Bueno, pues no me han encontrado ¡Animo!, no estés tan asustado como si ya me hubieran capturado Vuelve aquí, a mi lado, pobre Simón que de ninguna forma quieres convencerte de que a mí no me puede suceder nada malo hasta el momento decretado por Dios, y que en ese momento... nada servirá para defenderme del Mal...
Pedro se le enrosca al cuello y le tapa la boca besándolo en ella y diciendo: ¡Calla! ¡Calla! ¡No me digas estas cosas! ¡No quiero oírlas! *(repetimos que el beso en la boca en Israel entre varones no era algo degenerativo ni desviacionista sino usual, costumbrista, igual que actualmente se hace en países del Este de Europa, Rusia entre ellos)*
Jesús logra librarse lo suficiente como para poder hablar, y susurra:
-¿No las quieres oír! ¡Éste es el error! Pero soy indulgente contigo... Mira, Simón. Dado que aquí estabas sólo tú, de todo lo sucedido, sólo tú y Yo debemos tener noticia. ¿Me entiendes?
-Sí, Maestro. No hablaré con ninguno de los compañeros.
-¡Cuántos sacrificios! ¿No es verdad, Simón?
-¿Sacrificios? ¿Cuáles? Aquí se está bien. Tenemos lo necesario.
-Sacrificios de no preguntar, de no hablar, de soportar a Judas... de estar lejos de tu lago... Pero Dios te recompensará por todo ello.
-¡Si te refieres a eso!... En vez del lago, tengo el río y... me arreglo para que me baste. Respecto a Judas... te tengo a ti, que me compensas plenamente... ¡Por las otras cosas!... ¡Menudencias! Y me sirven para ser menos basto y más semejante a ti.

¡Qué feliz me siento de estar aquí contigo! ¡Entre tus brazos! El palacio de César no me parecería más hermoso que esta casa, si pudiera estar en ella siempre así, entre tus brazos.

-¿Qué sabes tú del palacio de César! ¿Acaso lo has visto?

-No, y no lo veré nunca. Pero no tengo particular interés por verlo. De todas formas, supongo que será grande, hermoso, que estará lleno de objetos hermosos... y también de inmundicia. Como toda Roma, me imagino. ¡No estaría allí ni aunque me cubrieran de oro!

-¿Dónde? ¿En el palacio de César o en Roma?

-En ninguno de los dos sitios. ¡Lugares de maldición!

-Precisamente por serlo, hay que evangelizarlos.

-¿Y qué pretendes hacer en Roma? ¡Es un completo prostíbulo! No hay nada que hacer allí, a menos que vayas Tú. ¡Entonces!...

-Iré. Roma es cabeza del mundo. Conquistada Roma, está conquistado el mundo.

-¿Vamos a Roma? ¡Te proclamas rey allí! ¡Oh, misericordia y poder de Dios! ¡Esto es un milagro!

Pedro se ha puesto de pie y está con los brazos alzados frente a Jesús, que sonríe y le responde:

-Yo iré en mis apóstoles. Vosotros me la conquistaréis. Y Yo estaré con vosotros. Pero allí hay alguien. Vamos, Pedro.

## 546

## El día de los funerales de Lázaro.

La noticia de la muerte de Lázaro debe haber hecho el efecto que produce el hurgar con un palo dentro de una colmena. Toda Jerusalén habla de ello. Personalidades del lugar, mercaderes, gente humilde, pobres, gente de la ciudad, de los campos cercanos, forasteros de paso -pero no completamente nuevos en el lugar-, extranjeros que están allí por primera vez -y que preguntan que quién es ese cuya muerte es motivo de tal manifestación popular-, romanos, legionarios, gente de la administración pública, levitas, sacerdotes... que se reúnen y se separan continuamente corriendo acá o allá... Corros de gente que con distintas palabras y expresiones hablan de este hecho. Y hay quien alaba, quien llora, quien se siente más mendigo que de costumbre ahora que ha muerto el benefactor; hay quien gime: «No volveré a tener nunca más un jefe como él»; hay quien enumera sus méritos y quien da datos sobre su patrimonio y parentela, sobre los servicios y los cargos del padre y sobre la belleza y riqueza de la madre y su nacimiento "propio de una reina"; y hay quien, por desgracia, evoca también páginas familiares sobre las cuales sería bonito correr un velo, especialmente cuando hay de por medio un muerto que por aquéllas ha sufrido...

Las noticias más heterogéneas sobre la causa de la muerte, sobre el lugar del sepulcro, sobre la ausencia de Cristo de la casa de su gran amigo y protector, precisamente en aquella circunstancia... Todo esto hace hablar a los corrillos de gente. Y las opiniones que predominan son dos: una, la de que esto ha sucedido, es más: ha sido producido, por la mala actitud de los judíos, Ancianos del Sanedrín, fariseos y otros semejantes, contra el Maestro; otra, la de que el Maestro, teniendo de frente una verdadera enfermedad mortal, se ha difuminado porque aquí sus engaños no habrían salido triunfadores. No hace falta ser muy agudos para comprender de qué fuente proviene esta última opinión, que sulfura a muchos, que replican: «¿Tú también eres fariseo? Si lo eres, ¡ojo, porque delante de nosotros no se blasfema contra el Santo! ¡Malditas víboras nacidas de hienas unidas con Leviatán! ¿Quién os paga por blasfemar contra el Mesías?

Y en las calles se oyen discusiones, insultos, y se asiste a algún puñetazo incluso, y a mordaces improperios a los pomposos fariseos y escribas que pasan con aire de dioses sin conceder ni una mirada a la plebe que vocifera a favor de ellos o contra ellos, a favor del Maestro o contra Él. Y se oyen acusaciones. ¡Cuántas acusaciones!

-¡Éste dice que el Maestro es un falso! Sin duda, es uno que ha echado esa tripa con el dinero que le han dado esas serpientes que acaban de pasar.

-¿Con su dinero? ¡Con el nuestro, debes decir! ¡Nos chupan la sangre para estas cosas tan interesantes! Pero, ¿dónde está éste? Quiero ver si es uno de los que ayer han venido a decirme...

-Ha huido. ¡Viva Dios que aquí debemos unirnos y actuar! ¡Son demasiado descarados!

Otra conversación:

-Te he oído y te conozco. ¡Diré cómo hablas del supremo Tribunal a quien debo decírselo!

-Soy del Cristo y la baba del demonio no me daña. Díselo también a Anás y Caifás, si quieres, y que sirva para hacerlos más justos.

Y, más allá:

-¿A mí? ¿A mí me llamas perjuro y blasfemo por seguir al Dios vivo? Tú si que eres perjuro y blasfemo, tú que lo ofendes y lo persigues. Te conozco, ¡eh! Te he visto y oído. ¡Espía! ¡Vendido! ¡Venid a echarle mano a éste... - y, mientras tanto, empieza a plantarle a un judío unos bofetones tales, que le ponen roja la cara huesuda y verdinosa.

-¡Cornelio, Simeón, mirad! Me están pegando - dice, dirigiéndose a un grupo de miembros del Sanedrín, otro que está más allá.

-Soporta por la fe y no te ensucies los labios ni las manos en la víspera de un sábado - responde uno de los llamados, sin siquiera volverse a mirar al desdichado contra el que un grupo de gente del pueblo ejercita una rápida justicia...

Las mujeres llaman a sus maridos con gritos, con súplicas, para que no se comprometan.

Los legionarios patrullan, abriéndose paso con sendos golpes de asta y amenazando arrestos y castigos.

La muerte de Lázaro, que es el hecho principal, es el motivo para pasar a hechos secundarios, desahogo de la larga tensión que hay en los corazones... Los miembros del Sanedrín, los Ancianos, los escribas, los saduceos, los judíos influyentes, pasan con expresión de indiferencia, con aire socarrón, como si toda esa explosión de pequeñas iras, de venganzas personales, de nerviosismo, no tuviera la raíz en ellos. Y a medida que van pasando las horas va creciendo la agitación y los corazones se van encendiendo cada vez más.

-Éstos dicen -¡fijaos!- que el Cristo no puede curar a los enfermos. Yo estaba leproso y ahora estoy sano. ¿Los conocéis a éstos? No soy de Jerusalén, pero nunca los he visto entre los discípulos del Cristo de dos años a esta parte.

-¿Estos? ¡Déjame que vea a ese del medio! ¡Ah, vil bandido! Éste es el que la pasada Luna me vino a ofrecer dinero en nombre del Cristo diciendo que Él paga a una serie de hombres para apoderarse de Palestina. Y ahora dice... ¿Pero por qué lo has dejado huir?

-¿Te das cuenta? ¡Qué granujas! ¡Y poco faltó para pegármela! Tenía razón mi suegro. Ahí está José el Anciano, y Juan y Josué. Vamos a preguntarles si es verdad que el Maestro quiere formar ejércitos. Ellos son justos, y además saben.

Se acercan, rápidamente y en masa, a los tres miembros del Sanedrín. Exponen su pregunta.

-Marchaos a casa, hombres. Por las calles se peca y se causa daño. No polemicéis. No os alarméis. Ocupaos de vuestras cosas y vuestras familias. No prestéis oídos a los agitadores de gente ilusa, ni dejéis que os forjen falsas ilusiones. El Maestro es un maestro, no un guerrero. Vosotros lo conocéis. Y lo que piensa lo dice. No os habría enviado a otros a deciros que lo siguierais como guerreros, si hubiera querido que lo fuerais. No le perjudiquéis a Él, ni os perjudiquéis a vosotros mismos ni perjudiquéis a nuestra Patria. ¡A casa, hombres! ¡A casa! No hagáis de lo que ya de por sí es una desventura (la muerte de un justo) una serie de desventuras. Volved a las casas y orad por Lázaro, benefactor de todos - dice el de Arimatea, que debe ser muy estimado y escuchado por el pueblo, que lo conoce como justo. También Juan -el que estuvo celoso- dice:

-Es hombre de paz, no de guerra. No prestéis oídos a los falsos discípulos. Recordad lo distintos que eran los otros que se presentaban como Mesías. Recordad, comparad, y vuestra justicia os dirá que esas incitaciones a la violencia no pueden venir de Él. ¡A casa! ¡A casa! Con las mujeres, que lloran, y con los niños, que están asustados. Está escrito: "¡Ay de los violentos y de los que favorecen los litigios!".

Un grupo de mujeres, llorando, se acerca a los tres miembros del Sanedrín. Una de ellas dice:

-Los escribas han amenazado a mi marido. ¡Tengo miedo! José, háblales tú.

-Lo haré. Pero que tu marido sepa guardar silencio. ¿Os pensáis que hacéis un bien al Maestro con estos alborotos, y que honráis al difunto? Os equivocáis. Perjudicáis al Uno y al otro - responde José - y las deja para dirigirse hacia Nicodemo, que, seguido por los criados, viene por una calle:

-No esperaba verte, Nicodemo. Yo mismo no sé cómo he podido. El criado de Lázaro ha venido, pasado el galicinio, a darme noticia de la desgracia.

-Y a mí más tarde. Me he puesto en camino inmediatamente. ¿Sabes si en Betania está el Maestro?

-No, allí no. Mi intendente de Beceta ha estado allí en la hora tercera y me ha dicho que no está.

-Hay una cosa que no comprendo... ¿Cómo... a todos el milagro y a él no? - exclama Juan.

-Quizás porque a esa casa le ha dado ya más que una curación: ha redimido a María y ha restituido la paz y el honor... - dice José.

-¡Paz y honor! De los buenos a los buenos. Porque muchos... no han dado ni dan honor, ni siquiera ahora que María... Vosotros no lo sabéis... Hace tres días estuvieron allí Elquías y muchos otros... y no dieron ningún honor. María los echó de casa. Me lo dijeron furiosos. Y yo dejé hablar para no descubrir mi corazón... - dice Josué.

-¿Y ahora van a ir a los funerales? - pregunta Nicodemo.

-Han recibido el aviso y se han reunido en el Templo para debatir este asunto. ¡Los criados han tenido que correr mucho esta mañana al amanecer!

-¿Por qué tan rápido el funeral? ¡Inmediatamente después de la hora sexta!...

-Porque Lázaro estaba ya descompuesto en el momento de su muerte. Me ha dicho mi administrador que, a pesar de las resinas que arden en las habitaciones y los aromas vertidos encima del muerto, el hedor del cadáver se percibe ya desde el pórtico de la casa. Y además con el ocaso empieza el sábado. No era posible de otra manera.

-¿Y dices que se han reunido en el Templo? ¿Para qué?

-Bueno... La verdad es que la reunión ya estaba anunciada para examinar la cuestión de Lázaro. Quieren decir que estaba leproso... - dice Josué.

-Eso no. Él habría sido el primero que se habría aislado, según la Ley - dice, en tono de defensa, José. Y añade: «

-He hablado con su médico. Lo ha excluido rotundamente. Estaba enfermo de una consunción pútrida.

-Pues si Lázaro estaba ya muerto, ¿de qué han discutido? - pregunta Nicodemo.

-De si ir o no a los funerales, después de que María los había echado de casa. Unos sí que querían, otros no. Pero la mayoría quería ir, por tres motivos: la primera razón, común a todos, es ver si está el Maestro; la segunda razón es ver si hace el milagro; tercera razón es el recuerdo de recientes palabras del Maestro a los escribas a la orilla del Jordán en la zona de Jericó - explica Josué.

-¡El milagro! ¿Cuál, si ya está muerto? - pregunta Juan encogiéndose de hombros, y termina:

-¡Siempre iguales!... ¡Buscadores de lo imposible!

-El Maestro ha resucitado a otros muertos - observa José.

-Es verdad. Pero si hubiera querido mantenerlo vivo no lo habría dejado morir. Tu razón de antes es válida. Ellos ya han recibido.

-Sí. Pero Uziel se ha acordado -y también Sadoq- de un reto de hace muchas lunas. El Cristo dijo que daría la prueba de saber recomponer incluso un cuerpo descompuesto. Y Lázaro está en esa situación. Y Sadoq, el escriba, dice también que, a

orillas del Jordán, el Rabí, motu propio, le dijo que con la nueva luna vería cumplirse la mitad del reto. Esta mitad: la de uno que, en estado de descomposición, revive, y ya sin estado de descomposición ni enfermedad. Y han vencido ellos. Si ello sucede, es, sin duda, porque está el Maestro. Y también, si ello sucede, ya no hay duda sobre Él.

-Con tal de que no sea para mal... - susurra José.

-¿Para mal? ¿Por qué? Los escribas y fariseos se convencerán....

-¡Juan! ¿Pero es que eres un extranjero, para decir eso? ¿No conoces a tus paisanos? ¿Pero cuándo los ha hecho santos la verdad? ¿No te dice nada el hecho de que a mi casa no hayan llevado la invitación para la asamblea?

-Tampoco a la mía. Dudan de nosotros y frecuentemente nos excluyen - dice Nicodemo. Y pregunta:

-¿Estaba Gamaliel?

-Su hijo. Irá en lugar de su padre, que está enfermo en Gamala de Judea.

-¿Y qué decía Simeón?

-Nada. Nada de nada. Ha escuchado. Se ha marchado. Hace poco ha pasado con unos discípulos de su padre, iba hacia Betania.

Están casi en la puerta que se abre en el camino de Betania. Juan exclama:

-¡Mira! Está vigilada. ¿Por qué será? Y paran a los que salen.

-La ciudad está revuelta...

-¡No es una agitación de las más fuertes!...

Llegan a la puerta y los paran como a todos los demás.

-¿La razón de esto, soldado? Toda la Antonia me conoce, y de mí no podéis decir nada malo. Os respeto y respeto vuestras leyes - dice José de Arimatea.

-Orden del centurión. El Prefecto está para entrar en la ciudad y queremos saber quién sale por las puertas, y especialmente por esta que da al camino de Jericó. Nosotros te conocemos. Pero conocemos también vuestro humor respecto a nosotros. Tú y los tuyos pasad. Y si tenéis influencia sobre el pueblo decid que les conviene estar tranquilos. Poncio no es amigo de cambiar sus costumbres por súbditos que causan molestias... y podría ser demasiado severo. Este es un consejo leal para ti que eres leal.

Pasan...

-¿Has oído? Preveo días duros... Habrá que aconsejar a los otros, más que al pueblo... - dice José.

El camino de Betania está lleno de gente. Todos van en una dirección: hacia Betania. Todos van a los funerales. Se ve a miembros del Sanedrín y a fariseos mezclados con saduceos y escribas, y éstos con agricultores, siervos, administradores de las distintas casas y fincas rústicas que Lázaro tiene en la ciudad y en el campo, y, cuanto más se acerca uno a Betania, más va agregándose gente -procedente de todos los senderos y caminos- a este camino, que es el principal.

Ahí está Betania, una Betania de luto en torno a su más grande vecino. Todos los habitantes, con los vestidos mejores, están ya fuera de las casas, ahora cerradas como si nadie estuviera en ellas. Pero todavía no han entrado en la casa del muerto. La curiosidad los retiene junto a la cancilla, en la orilla del camino. Observan qué invitados pasan y se transmiten unos a otros nombres e impresiones.

-Ahí está Natanael ben Faba. ¡Oh, el viejo Matatías, pariente de Jacob! ¡El hijo de Anás! Míralo allí con Doras, Calasebona y Arquelao. ¡Mira! ¿Cómo se las han arreglado los de Galilea para venir? Están todos. Mira: Elí, Jocanán, Ismael, Urías, Joaquín, Elías, José... El viejo Cananías con Sadoq, Zacarías y Jocanán saduceos. Está también Simeón de Gamaliel. Solo. El rabí no está. ¡Ahí están Elquías con Nahúm, Félix, Anás el escriba, Zacarías, Jonatán de Uziel! Saúl con Eleazar, Trifón y Joazar. ¡Buenos son! Otro de los hijos de Anás. El más pequeño. Está hablando con Simón Camit. Felipe con Juan el de Antipátrida. Alejandro, Isaac, y Jonás de Babaón. Sadoq. Judas, descendiente de los Asideos, el último, creo, de la clase. Ahí están los administradores de los distintos palacios. No veo a los amigos fieles. ¡Cuánta gente!

-¡Verdaderamente! ¡Cuánta gente! Todos con aspecto grave; parte con cara de circunstancias, parte con signos de verdadero dolor en el rostro. La cancilla abierta de par en par se traga a todos. Veo pasar a todos los que en sucesivas ocasiones he visto, benevolentes o enemigos, en torno al Maestro. Todos, menos Gamaliel y menos el Anciano Simón. Y veo a otros que no he visto nunca, o que quizás haya visto, pero sin haber sabido su nombre, en las controversias alrededor de Jesús... Pasan rabíes con sus discípulos, y grupos compactos de escribas. Pasan judíos cuyas riquezas oigo enumerar... El jardín está lleno de gente que, tras haberse acercado a decir palabras de pésame a las hermanas -las cuales, como será, quizás, costumbre, están sentadas bajo el pórtico y por tanto fuera de la casa-, vuelven a distribuirse por el jardín formando una continua mezcla de colores y haciendo continuas, pronunciadas reverencias.

Marta y María están deshechas. Están agarradas de la mano como dos niñas, asustadas por el vacío que se ha creado en su casa, por la nada que llena su día, ahora que ya no hay que cuidar a Lázaro. Escuchan las palabras de los que han venido. Lloran con los verdaderos amigos, con los subordinados fieles. Hacen gestos de reverencia a los gélidos, solemnes, rígidos miembros del Sanedrín, que han venido más para hacer ostentación de sí mismos que para honrar al difunto. Responden, cansadas de repetir las mismas cosas cientos de veces, a quienes les preguntan algo acerca de los últimos momentos de Lázaro.

José, Nicodemo, los amigos más leales, se ponen a su lado con pocas palabras, pero con una amistad que consuela más que cualquier palabra.

Vuelve Elquías con los más intransigentes, con los cuales ha estado hablando mucho, y pregunta:

-¿No podríamos observar al muerto?

Marta se pasa con dolor la mano por la frente y pregunta:

-¿Pero desde cuándo se hace eso en Israel? Ya está preparado... - y lágrimas lentas se deslizan por sus mejillas.

-No se hace, es verdad. Pero nosotros deseamos hacerlo. Los amigos más fieles bien tienen derecho a ver por última vez al amigo.

-También nosotras, sus hermanas, hubiéramos tenido este derecho. Pero ha sido necesario embalsamarlo enseguida... Y, cuando volvimos a la habitación de Lázaro, ya vimos solamente la forma envuelta en las vendas...

-Deberíais haber dado órdenes claras. ¿No hubierais podido, y no podríais ahora, levantar el sudario y descubrir la cara?

-Ya está descompuesto... Y ya es la hora de los funerales.

José interviene:

-Elquías, me parece que nosotros... por exceso de amor, causamos dolor. Dejemos tranquilas a las hermanas...

Se acerca Simón, hijo de Gamaliel, e impide la respuesta de Elquías. Dice:

-Mi padre vendrá en cuanto pueda. Lo represento. Él apreciaba a Lázaro, y yo también.

Marta se inclina y contesta:

-El honor que hace el rabí a nuestro hermano sea recompensado por Dios.

Elquías, estando allí el hijo de Gamaliel, no insiste y se retira, conversa con otros, que le hacen esta observación:

-¿Pero no sientes el hedor? ¿Lo vas a poner en duda? Además, veremos si tapian el sepulcro. No se vive sin aire.

Otro grupo de fariseos se acerca a las hermanas. Son casi todos los de Galilea. Marta recibe sus manifestaciones de pésame, no se puede retener de expresar su estupor por su presencia.

-Mujer, el Sanedrín se reúne para deliberaciones de suma importancia. Estamos en la ciudad por este motivo - explica Simón de Cafarnaúm, y mira a María, cuya conversión ciertamente recuerda; pero se limita a mirarla.

Ahora se acercan Jocanán, Doras hijo de Doras e Ismael, con Cananías y Sadoq, y con otros que no conozco. Ya antes de abrir la boca hablan con sus caras de víbora. Y, para poder herir, esperan a que José se haya separado, con Nicodemo, para hablar con tres judíos. Es el viejo Cananías el que, con su voz ronca de viejo decrépito, descarga la puñalada:

-¿Tú qué opinas, María? Vuestro Maestro es el único ausente de entre los muchos amigos de tu hermano. ¡Una amistad muy particular! ¡Mucho amor mientras Lázaro estaba bien' ¡Indiferencia cuando era la hora de amarlo! Todos han recibido milagros de Él. Pero aquí no hay milagro. ¿Qué opinas, mujer, de una cosa como ésta? ¡Bien te ha engañado, bien, el apuesto Rabí galileo! ¡Je! ¡Je! ¿No dijiste que se había dicho que esperaras más allá de lo esperable? ¿Es que no has esperado o es que no sirve para nada esperar en Él? Dijiste que esperabas en la Vida. ¡Sí, claro! Él se llama "la Vida", ¡je! ¡Je! Pero ahí adentro está tu hermano muerto. Y allí está ya abierta la boca del sepulcro. Y el Rabí no está. ¡Je! ¡Je!

-Sabe dar la muerte, no la vida - dice con una sonrisita burlona Doras.

Marta agacha la cabeza y mete la cara entre sus manos. Llora. La realidad está bien clara; su esperanza, bien desilusionada: el Rabí no está, ni siquiera ha venido a consolarlas; y ya habría tenido tiempo de estar allí. Marta llora, ya sólo sabe llorar.

También María llora. También ella tiene ante sí la realidad. Ha creído, ha esperado más allá de lo creíble... y nada ha sucedido, y los criados ya han apartado la piedra de la boca del sepulcro, porque empieza a declinar el sol, y el sol desciende pronto en invierno, y es viernes, y todo debe estar concluido a tiempo y de manera que los que han venido no deban transgredir las leyes del sábado, que dentro de poco comienza. Ha esperado mucho, siempre, demasiado; ha consumido sus capacidades en esta esperanza. Y se siente desilusionada.

Cananías insiste:

-¿No me respondes? ¿Te convences ahora de que es un impostor que se ha aprovechado y burlado de vosotras? ¡Pobres mujeres! - y menea la cabeza en medio de los otros como él, los cuales hacen lo mismo y también dicen:

-¡Pobres mujeres!

Maximino se acerca:

-Es la hora. Dad la orden. Os compete a vosotras.

Marta cae al suelo. La socorren. Se la llevan usando para ello sólo los brazos, entre los gritos de los criados, que comprenden que ha llegado la hora de depositar el cuerpo en el sepulcro, y entonan lamentaciones.

María aprieta las manos, convulsa. Suplica:

-¡Todavía un poco! ¡Todavía un poco! Mandad criados al camino que va a Ensemes y a la fuente; a todos los caminos. Criados a caballo. Que vean si viene...

-¡Pero, desdichada, ¿esperas todavía?! ¿Pero qué se necesita para convencerte de que os ha traicionado y defraudado? Os ha odiado y se ha burlado de vosotras...

¡Es demasiado! Con la cara lavada por el llanto, torturada pero fiel, en medio del semicírculo que forman los que han venido y están reunidos para ver salir el cadáver, María proclama:

-Si Jesús de Nazaret lo ha hecho así, bien hecho está, y grande es su amor por todos nosotros de Betania. ¡Todo para gloria de Dios y suya! Él ha dicho que esto significará gloria para el Señor, porque la potencia de su Verbo resplandecerá completa. Haz lo que debes hacer, Maximino; el sepulcro no es un obstáculo para el poder de Dios...

Se separa, sujetada por Noemí, que se ha acercado presurosa, y hace un gesto... El cadáver, envuelto en su mortaja, sale de la casa, cruza el jardín entre dos filas de gente, entre los gritos del duelo. María quisiera seguirlo, pero se tambalea. Se pone al final de la gente cuando ya todos van hacia el sepulcro. Llega a tiempo para ver desaparecer la larga forma inmóvil en el interior oscuro del sepulcro donde rojean las antorchas, mantenidas en alto por los criados para iluminar la escalera a los que bajan con el muerto. Porque el sepulcro de Lázaro está más bien enterrado, quizás para aprovechar unos estratos de roca subterránea.

María grita... Está en el ápice de la congoja... Grita... Y junto nombre de su hermano está el de Jesús. Parece que le arrancaran el corazón. Pero sólo dice esos dos nombres, y los repite hasta que el denso ruido del cierre devuelto a la boca de la tumba le dice que Lázaro ya no está en la Tierra ni siquiera con el cuerpo. Entonces cede y pierde la conciencia de todo. Cae rendida sobre quien la sujeta y, mientras se hunde en la nada del desvanecimiento, todavía suspira: ¡Jesús! ¡Jesús!

Se la llevan.

Se queda Maximino para despedir a los que han venido, y para darles las gracias en nombre de toda la familia. Se queda para oírles decir a todos que volverán para el duelo todos los días...

Poco a poco van despejando el lugar. Los últimos que se marchan son José, Nicodemo, Eleazar, Juan, Joaquín, Josué. Y en la cancilla ven a Sadoq y a Uriel riéndose con maldad y diciendo:

¡Su reto! ¡Y nosotros le hemos temido!

-¡Bien muerto está! ¡Cómo olía, a pesar de los aromas! ¡No hay duda, no! No había necesidad de destapar la cara. Yo creo que está ya agusanado.

Están contentos.

José los mira. Una mirada tan severa que cercena palabras y risas. Todos se apresuran a regresar para estar en la ciudad antes del final del ocaso.

## 547

## Jesús decide ir a Betania.

La luz ya no es luz en el huertecito de la casa de Salomón, y los árboles, los contornos de las casas que hay al otro lado del camino, y especialmente el fondo del propio camino -donde la callecita deja de ser tal calle en la zona arbórea del río-, van perdiendo sus perfiles nítidos, para unificarse en una única línea de sombras más o meno claras, más o menos oscuras, con la sombra del anochecer, que se adensa cada vez más. Más que colores, las cosas esparcidas sobre la tierra son ya sonidos. Voces de niños provenientes de las casas, madres que llaman, hombres que azuzan a las ovejas o al burro, algún que otro chirrido de poleas en los pozos, frufrú de hojas con el viento del anochecer, golpes secos, como de palos entrechocados, de los eléboros esparcidos por el boscaje. Arriba el primer titileo de las estrellas, todavía inseguro porque hay aún un vestigio de luz y porque la primera claridad de la Luna empieza a extenderse en el cielo.

-El resto lo diréis mañana. Ahora ya basta. Es de noche. Que cada uno vaya a su casa. La paz a vosotros. La paz a vosotros. Sí... Sí... Mañana. ¿Eh? ¿Qué dices? ¿Que tienes un escrúpulo? Déjalo tranquilo hasta mañana. Si mañana no se te ha pasado, vienes. ¡Pues sólo faltaba eso! ¡Ahora también los escrúpulos para cansarlo más! ¡Y los ávidos de ganancia! Y las suegras que quieren hacer cambiar a las nueras, y las nueras que quieren hacer menos ariscas a las suegras, y que unas y otras merecerían que les cortaran la lengua. ¿Y qué otras cosas hay? ¿Tú? ¿Qué dices? ¡Oh, éste sí! ¡Pobrecito! Juan, lleva a este niño donde el Maestro. Su madre está enferma y lo manda para decir a Jesús que ore por ella. ¡Pobrecito! Se ha quedado atrás porque es pequeño. Y viene de lejos. ¿Cómo va a volver a casa? ¡Eh, todos vosotros! En vez de estar aquí para gozar de Él, ¿no podríais poner en práctica lo que el Maestro os ha dicho: ayudarse unos a otros, y los más fuertes prestar ayuda a los más débiles? ¡Venga! ¿Quién acompaña a casa al niño? Pudiera ser -no lo quiera Dios- que se encontrara a su madre muerta... Pues que al menos la vea. Asnos tenéis... ¿Que es de noche? ¿Y qué hay más hermoso que la noche? Yo he trabajado durante lustros a la luz de las estrellas, y estoy sano y robusto. ¿Lo llevas tú a casa? Que Dios te bendiga, Rubén. Aquí tienes al niño. ¿Te ha consolado el Maestro? Sí. Entonces puedes marcharte. Y sé feliz. Pero, habrá que darle comida. Quizás no come desde esta mañana.

-El Maestro le ha dado leche caliente, pan y fruta; lo tiene en la tuniquita - dice Juan.

-Entonces ve con este hombre. Te lleva a casa con el burro.

Por fin toda la gente se ha marchado y Pedro puede descansar, y también Santiago, Judas, el otro Santiago y Tomás, que le han ayudado a mandar a las casas a los más obstinados.

-Vamos a cerrar. No sea que alguno se arrepienta y vuelva, como esos dos. ¡Uf, qué cansado es el día después del sábado! - dice Pedro, y entra en la cocina y cierra la puerta; y añade:

-¡Ahora estaremos en paz!

Mira a Jesús, que está sentado al lado de la mesa, apoyando el codo en ella, sujetando la cabeza sobre la mano, pensativo, absorto.

Se acerca a Él, le pone la mano en el hombro y le dice:

-¡Estás cansado, ¿no?! ¡Mucha gente! Vienen de todas partes, a pesar de la estación en que estamos.

-Parece como si tuvieran miedo a perdernos pronto - observa Andrés, que está quitando las tripas a unos peces. También los otros se dedican a preparar el fuego para asarlos, o a remover unas achicorias que hay en un caldero hirviendo. Sus sombras se proyectan sobre las paredes oscuras que el fuego, más que la luz, esclarece. Pedro busca una taza para dar leche a Jesús, que parece muy cansado. Pero no encuentra la leche y pregunta por ella a los otros.

-El niño se ha bebido la última que teníamos. La otra ha sido para el viejo mendigo y para la mujer que tenía a su marido enfermo - explica Bartolomé.

-¡Y el Maestro se ha quedado sin ella! No habríais debido darla toda.

-Lo ha querido Él así...

-Siempre querría así. Pero no debemos dejarlo. Da la ropa, da su parte de leche, se da a sí mismo, y se agota... - Pedro está disgustado.

-¡Tranquilo, Pedro! Dar es mejor que recibir - dice Jesús saliendo serenamente de su abstracción.

-¡Sí, claro! Y Tú das, das y te agotas. Y cuanto más te muestras dispuesto a todo acto de generosidad más se aprovechan los hombres.

Mientras dice esto, frota la mesa con unas hojas ásperas que dan un olor mitad a almendra mitad a crisantemo y la deja bien limpia, para poner encima pan y agua, y coloca una copa delante de Jesús, quien, sin demora, como teniendo mucha sed, se

echa de beber. Pedro pone otra copa en el otro lado de la mesa, junto a un plato que contiene aceitunas y tallos de hinojo silvestre. Añade la bandeja de la achicoria -ya condimentada por Felipe- y, junto con los compañeros, trae unos taburetes muy rústicos para añadirlos a las cuatro sillas que hay en la cocina y que son insuficientes para trece personas.

Andrés ha estado cuidando el asado del pescado en la brasa Y ahora lo coloca en otro plato y se acerca a la mesa con otros panes. Juan quita la lámpara del lugar donde estaba y la coloca en medio de la mesa.

Jesús se levanta mientras todos se acercan a la mesa para cenar. Ora en voz alta, ofreciendo el pan y bendiciendo luego la mesa. Se sienta. Los demás también. Distribuye el pan y los peces (o sea, coloca los peces encima de las formas de pan, anchas y poco altas; del pan, en parte hecho recientemente y en parte no, que cada uno se ha puesto delante). Luego los apóstoles se sirven la achicoria, usando para ello el tenedor grande de madera que está hundido en ella. Para la verdura también hace de plato el pan. Sólo Jesús tiene delante un plato, de metal, grande y más bien deteriorado, y lo usa para la repartición del pescado, dando, ora a uno ora a otro, una porción de exquisito manjar: parece un padre entre sus hijos; padre siempre, aunque Natanael, Simón Zelote y Felipe puedan parecer padres de Él, y Mateo y Pedro puedan parecer sus hermanos mayores.

Comen y hablan de los hechos del día; Juan se ríe con ganas por el enfado de Pedro respecto al pastor de los montes de Galaad, que pretendía que Jesús subiera hasta donde estaba el rebaño, para que lo bendijera y le hiciera ganar mucho dinero a él para la dote que debía dar a su hija.

-Pues tiene poca gracia. Mientras decía: "Tengo enfermas a las ovejas y, si se mueren, me quedo en la ruina" - he sentido compasión de él. Es como si a nosotros, pescadores, nos entrara la carcoma en una barca. No se podría pescar, ni comer. Y todos tenemos derecho a comer. Pero, cuando ha dicho: "Y quiero tenerlas sanas porque quiero hacerme rico y asombrar al pueblo por la dote que voy a dar a Ester y por la casa que me voy a construir", entonces me he puesto de mal talante. Le he dicho: ¿Y para esto has recorrido tanto camino? ¿Sólo te preocupan la dote, las riquezas y las ovejas? ¿No tienes un alma?". Me ha contestado: "Para el alma tengo tiempo. Ahora me preocupan las ovejas y la boda, porque es un buen partido y Ester ya empieza a hacerse mayor". Entonces, bueno, pues, si no hubiera sido porque me he acordado de que Jesús dice que debemos ser misericordiosos con todos, ¡fresco hubiera ido ese hombre! Le he hablado entre tramontana y siroco.

-Y parecía que no ibas a acabar nunca. No cogías aliento. Se te habían engrosado las venas del cuello, las tenías salientes como dos palos - dice Santiago de Zebedeo.

-Hacía un buen rato que se había marchado el pastor y tú seguías predicando. ¡Y dices que no sabes hablar a la gente! ¡Si llegas a saber! - añade Tomás, y lo abraza diciendo: -¡Pobre Simón! ¡Qué furia te ha venido!

-¿Pero es que no tenía razón? ¿Qué es el Maestro? ¿El hacedor de fortunas de todos los estúpidos de Israel? ¿Un paraninfo para las bodas de los otros?

-No te inquietes, Simón. Te sienta mal el pescado, si te lo comes con ese enojo - le hurga afablemente Mateo.

-Tienes razón. Siento en todo el sabor de los banquetes en casa de los fariseos, cuando como pan con temor y carne con furia.

Todos se ríen. Jesús sonríe y calla.

Están al final de la cena. Saciados, satisfechos de alimento y calor, están, un poco emperezados, alrededor de la mesa. También hablan menos. Algunos dan cabezadas. Tomás se distrae dibujando con el cuchillo una ramita de flores en la madera de la mesa.

Los hace reaccionar la voz de Jesús, quien, abriendo los brazos - los tenía cruzados y apoyados en el borde de la mesa- y extendiendo las manos, como hace el sacerdote cuando pronuncia "Dominus vobiscum", dice:

-¡Pues a pesar de todo tenemos que marcharnos!

-¿A dónde, Maestro? ¿Donde ese de las ovejas? - pregunta Pedro.

-No, Simón. A casa de Lázaro. Volvemos a Judea.

-¡Maestro, recuerda que los judíos te odian! - exclama Pedro.

-Hace no mucho, querían lapidarte - dice Santiago de Alfeo.

-¡Pero, Maestro, es una imprudencia! - exclama Mateo.

-¿Lo que sea de nosotros no te importa? - pregunta Judas Iscariote.

-¡Oh, Maestro y hermano mío, te conjuro en nombre de tu Madre y de la Divinidad que está en ti: no permitas que los diablos te pongan las manos encima para mordaza de tu palabra. Estás solo, demasiado solo, contra todo un mundo que te odia y que, en la Tierra es poderoso-dice Judas Tadeo.

-¡Maestro, tutela tu vida! ¿Qué sería de mí, de todos, si nos faltaras? - Juan, muy turbado, lo mira con ojos dilatados de niño asustado y afligido.

Pedro, después de la primera exclamación, se ha vuelto hacia los más ancianos, y hacia Tomás y Santiago de Zebedeo, y habla nerviosamente con ellos. Todos opinan que Jesús no debe acercarse a Jerusalén, al menos mientras el tiempo pascual no haga más segura la permanencia allí, porque -dicen- la presencia de gran número de seguidores del Maestro -congregados allí de todas las partes de Palestina para las fiestas pascuales- sería una defensa para el Maestro. Ninguno de los que lo odian se atrevería a tocarlo teniendo a todo un pueblo estrechado en torno a Él con amor... Y se lo dicen, angustiadamente, casi queriendo imponerse... El amor los mueve a hablar.

-¡Tranquilidad! ¡Tranquilidad! ¿No tiene, acaso, doce horas la jornada? Si uno anda durante el día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero, si anda de noche, tropieza, porque no ve. Yo sé lo que me hago, porque la Luz está en mí. Vosotros dejaos guiar por quien ve. Y sabed, además, que hasta que no llegue la hora de las tinieblas, nada tenebroso podrá producirse. Pero cuando llegue esa hora, ninguna lejanía ni ninguna fuerza, ni siquiera los cuerpos militares de César, podrán salvarme de los judíos. Porque lo que está escrito debe producirse, y las fuerzas del mal ya actúan ocultamente para cumplir su obra. Por tanto, dejadme moverme, y hacer el bien mientras me encuentre libre para ello. Llegará la hora en que no pueda mover un dedo ni decir una palabra para obrar milagros. El mundo estará vacío de mi fuerza. Hora tremenda de castigo para el

hombre. No para mí. Para el hombre que no haya querido amarme. Y esa hora se repetirá, por voluntad del hombre que haya rechazado a la Divinidad hasta hacer de sí un sin Dios, un seguidor de Satanás y de su hijo maldito. Hora que vendrá cuando esté próximo el fin de este mundo. La no-fe imperante inutilizará mi potencia de milagro. No porque Yo pueda perderla, sino porque el milagro no puede ser concedido donde no hay fe y voluntad de obtenerlo; donde del milagro se haría un objeto de burla y un instrumento de mal, usando el bien recibido para hacer un mayor mal. Ahora puedo hacer todavía milagros, y hacerlos para dar gloría a Dios. Vamos, pues, donde nuestro amigo Lázaro, que duerme. Vamos a despertarlo de este sueño, para que esté lozano y preparado para servir a su Maestro.

Le observan:

-Pero está bien que duerma. Acabará de curarse. El sueño es ya de por sí un remedio. ¿Por qué despertarlo?

-Lázaro ha muerto. He esperado a que hubiera muerto para ir allá. No por las hermanas ni por él, sino por vosotros. Para que creáis. Para que crezcáis en la fe. Vamos a casa de Lázaro.

-¡Bueno, de acuerdo, pues vamos! Moriremos todos, como ha muerto él y como Tú quieres morir - dice Tomás, resignado fatalista.

-Tomás, Tomás, y todos vosotros, que por dentro criticáis y rezongáis, sabed que el que quiera seguirme deberá tener respecto a su vida la misma preocupación que tiene el ave por 1a nube que pasa: dejarla pasar siguiendo el viento que la desplaza. El viento es la voluntad de Dios, quien puede daros o quitaros la vida según le plazca; y vosotros no debéis quejaros de ello, de la misma manera que el ave no se queja de la nube que pasa, sino que canta igualmente, segura de que más tarde volverá el tiempo sereno. Porque la nube es la incidencia y el cielo es la realidad. El cielo permanece siempre azul, aun cuando las nubes parecen ponerlo gris. Es y permanece azul por encima de las nubes. Lo mismo sucede con la Vida verdadera: es y permanece, aunque la vida humana decline. El que quiera seguirme no deberá conocer ni ansia por la vida ni miedo por ella. Os mostraré cómo se conquista el Cielo. Pero ¿cómo podréis imitarme, si tenéis miedo de ir a Judea, vosotros a quienes ahora no se hará mal alguno? ¿Tenéis escrúpulos de que os vean conmigo? Sois libres para abandonarme. Pero, si queréis quedaros, debéis aprender a desafiar al mundo, con sus críticas, sus trampas, sus burlas, sus tormentos para conquistar el Reino mío. Vamos, pues, a sacar de la muerte a Lázaro, que duerme en el sepulcro desde hace dos días; pues murió la noche que vino aquí el criado de Betania. Mañana, a la hora sexta, después de la despedida de los que esperan a mañana para recibir de mí confortación y premio a su fe, nos marcharemos, pasaremos el río y nos alojaremos durante la noche en casa de Nique. Luego, al amanecer, saldremos para Betania, recorriendo el camino que pasa por Ensemes. Estaremos en Betania antes de la sexta. Habrá mucha gente. Y los corazones experimentarán una profunda impresión. Lo he prometido y lo mantengo...

-¿A quién, Señor? - pregunta casi con miedo Santiago de Alfeo.

-A quien me odia y a quien me ama, en ambos casos de forma absoluta. ¿No os acordáis de la discusión en Quedes con los escribas? Les cabía aún llamarme engañador por haber resucitado a una niña que acababa de morir y a uno que había muerto el día anterior. Dijeron: "Todavía no has sabido recomponer a uno que esté descompuesto". Efectivamente, sólo Dios puede del fango sacar un hombre y de la materia putrefacta rehacer un cuerpo intacto y vivo. Pues bien, Yo lo haré. Durante la luna de Kisléu, a orillas del Jordán, recordé Yo mismo a los escribas este reto, y dije: "En la nueva luna se cumplirá". Esto para quienes me odian. Y a las hermanas, que me aman de forma absoluta, les prometí que premiaría su fe si continuaban esperando contra lo creíble. Las he probado mucho y las he afligido mucho, y sólo Yo conozco los sufrimientos de su corazón en estos días, y su perfecto amor. En verdad os digo que merecen un gran premio, porque, más que por no ver resucitado a su hermano, se angustian porque Yo pueda ser escarnecido. Os daba la impresión de estar absorto, cansado y triste. Estaba a su lado con mi espíritu y oía sus gemidos y contaba sus lágrimas. ¡Pobres hermanas! Ahora me consumo de ansia por conducir de nuevo a un justo a la Tierra, a un hermano a los brazos de sus hermanas, a un discípulo al grupo de mis discípulos. ¿Lloras, Simón? Sí. Tú y Yo somos los mayores amigos de Lázaro, y en tu llanto está el dolor por el dolor de Marta y María y la agonía del amigo, pero también está ya la alegría de saber que pronto será devuelto a nuestro amor. Vamos a levantarnos, para preparar las bolsas e ir a descansar para levantarnos al amanecer y poner orden aquí... donde no es seguro que regresemos. Habrá que distribuir entre los pobres cuanto tenemos, y decir a los más activos que contengan a los peregrinos para que no me busquen hasta que no esté en otro lugar seguro. Y habrá que decirles que avisen a los discípulos de que me busquen en casa de Lázaro. Muchas cosas hay que hacer, y todas estarán hechas antes de que lleguen los peregrinos... ¡Venga, ánimo! Apagad el fuego y encended las lámparas y que cada uno vaya a hacer lo que debe y luego a descansar. La paz a todos vosotros.

Se levanta, bendice y se retira a su pequeña habitación...

-¡Ha muerto hace varios días! - dice el Zelote.

-¡Esto sí que es un milagro! - exclama Tomás.

-¡Quisiera saber qué van a encontrar después para dudar! - dice Andrés.

-¿Pero cuándo ha venido el criado? - pregunta Judas Iscariote.

-La noche de antes del viernes - responde Pedro.

-¿Sí? ¿Y por qué no lo has dicho? - pregunta otra vez Judas Iscariote.

-Porque el Maestro me había dicho que guardara silencio - replica Pedro.

-¿Entonces... cuando lleguemos allí... llevará ya cuatro días en el sepulcro?

-¡Pues claro! Noche del viernes, un día; noche del sábado, dos días; esta noche, tres días; mañana, cuatro... Cuatro días y medio, por tanto... ¡Oh, poder eterno! ¡Pero ya estará desmembrado! - dice Mateo.

-Estará desmembrado... Quiero verlo, y luego...

-¿Qué, Simón Pedro? - pregunta Santiago de Alfeo.

-Y luego, si Israel no se convierte, ni siquiera Yeohveh entre rayos puede convertirlo.

Salen hablando así.

## La resurrección de Lázaro.

Jesús viene de Ensemes hacia Betania. Deben haber hecho una marcha verdaderamente fatigosa por los altos, empinadísimos senderos de los montes Adomín. Los apóstoles, jadeantes, a duras penas logran seguir a Jesús, que va raudo, como si el amor lo llevara en sus alas de fuego, y tiene una sonrisa radiante mientras camina precediendo al grupo, con la cabeza alta bajo los suaves rayos del sol de mediodía.

Antes de que lleguen a las primeras casas de Betania, lo ve un muchachito descalzo que va con un ánfora de cobre vacía hacia la fuente de los aledaños del pueblo. El muchacho grita, deja en el suelo el ánfora y se echa a correr con toda la velocidad de sus piernecitas hacia el interior del pueblo.

-Está claro que va a avisar de tu llegada - observa Judas Tadeo quien, como todos los demás, ha sonreído por la resolución... enérgica del muchachito, que ha dejado incluso su ánfora a la merced del primero que pase.

La pequeña ciudad, vista así, desde la fuente, que está un poco elevada respecto a ella, aparece serena, como desierta. El humo gris que sube de las chimeneas es el único indicio de la presencia de las mujeres -ocupadas en preparar la comida del mediodía- en las casas, mientras que alguna voz gruesa varonil, entre los olivos y 1os grandes y silenciosos huertos de frutales, advierte de que los hombres están en su trabajo. A pesar de todo, Jesús prefiere tomar una callejuela que pasa por detrás del pueblo, para poder llegar a la casa de Lázaro sin llamar la atención de los habitantes.

Están casi a mitad de trayecto cuando perciben detrás de ellos al muchachito de antes, que los adelanta corriendo y luego se planta en medio de la calle y mira, pensativo, a Jesús...

-Paz a ti, pequeño Marcos. ¿Por qué te has marchado corriendo? ¿Es que tenías miedo de mí? - pregunta Jesús acariciándolo.

-Yo no, Señor. Yo no he tenido miedo. Pero como durante muchos días Marta y María han mandado a criados suyos a los caminos que vienen aquí, para ver si venías, pues ahora que te he visto he ido corriendo a decir que venías...

-Has hecho bien. Las hermanas prepararán su corazón para verme.

-No, Señor. Las hermanas no se prepararán nada porque no saben nada. No han querido que lo dijera. Me han agarrado cuando he dicho al entrar en el jardín: "Está el Rabí", y me han echado afuera diciendo: "Eres o un mentiroso o un estúpido. Él ya no viene, porque a estas alturas está seguro de que ya no puede hacer el milagro". Y como yo decía que sí que eras Tú, me he llevado dos tortazos como nunca hasta ahora me había llevado... Mira qué rojos tengo los carrillos. ¡Me queman! Y me han echado a empujones diciendo: "Esto para que te purifiques de haber mirado a un demonio". Y yo te miraba para ver si te habías vuelto un demonio. Pero no lo veo... Sigues siendo mi Jesús, tan guapo como los ángeles de que me habla mi mamá.

Jesús se agacha a besarlo en los carrillos que han recibido las bofetadas y dice:

-Así se te pasará el picor. Me duele que hayas sufrido por mí...

-Yo no, Señor, porque esos tortazos han hecho que me dieras dos besos - y se agarra a las piernas de Jesús esperando otros besos.

-Respóndeme, Marcos. ¿Quién te ha echado? ¿Los de Lázaro? - pregunta Judas Tadeo.

-No. Los judíos. Vienen para el duelo todos los días. ¡Son muchos! Están en casa y en el jardín. Vienen pronto y se marchan tarde. Parecen los amos. Maltratan a todos. ¿Ves como no hay nadie por las calles? Los primeros días la gente observaba... pero luego... Ahora sólo nosotros, los niños, estamos en las calles... ¡Ay, mi ánfora! Mi mamá esperando el agua... ¡Ahora me va a pegar también ella!...

Sonríen todos al ver la desolación del niño ante la perspectiva de otros bofetones. Jesús dice:

-Ve pues, rápido...

-Es que... quería entrar contigo y verte hacer el milagro... - y termina: - y ver sus caras... para vengarme de los tortazos...

-Eso no. No debes desear venganza. Debes ser bueno y perdonar... Pero tu mamá está esperando el agua...

-Voy yo, Maestro. Sé dónde vive Marcos. Le explico a la mujer lo que ha sucedido y luego te alcanzo... - dice Santiago de Zebedeo, y se marcha rápidamente.

Reanudan el camino lentamente. Jesús lleva de la mano al niño, que va todo alborozado...

Ya están delante del vallado del jardín. Lo orillan. Hay muchas cabalgaduras atadas a él, vigiladas por los criados de cada uno de los propietarios. El bisbiseo que se alza capta la atención de algún judío, que se vuelve hacia la cancilla abierta, justo en el momento en que Jesús cruza el umbral del jardín.

-¡El Maestro! - dicen los primeros que lo ven. Y esta palabra corre, como el frufrú del viento, de un grupo a otro, y se propaga y va -llevada por los muchos judíos presentes, o por algún fariseo, rabí o escriba o saduceo esparcidos por el lugar-, va, cual ola lejana que viene a romperse en la orilla, a chocar contra las paredes de la casa, y penetra en ésta.

Jesús se adentra muy lentamente, a la par que todos, aun acudiendo de todas las partes, se apartan del paseo por el que Él va. Y, dado que ninguno lo saluda, Él no saluda a ninguno, como si no conociera a muchos de los que están congregados allí mirándolo con ira y odio en sus ojos (excepto los pocos que, siendo discípulos ocultos suyos, o por lo menos siendo de recto corazón aunque no lo amen como Mesías, lo respetan como a un justo). Y éstos son: José, Nicodemo, Juan, Eleazar, el otro Juan (escriba, ya visto en la multiplicación de los panes), y el otro Juan (el que sació el hambre de los que habían bajado del monte de las bienaventuranzas), Gamaliel y su hijo, Josué, Joaquín, Manahén, el escriba Joel de Abías (encontrado en el Jordán en el episodio de Sabea), José Bernabé, discípulo de Gamaliel, Cusa, que mira a Jesús desde lejos, un poco amedrentado por verlo de nuevo después del error cometido, o quizás cohibido por el respeto humano que le impide acercarse como amigo. Lo cierto es que ni los amigos, u observadores sin odio, ni los enemigos, saludan. Y Jesús no saluda. Se ha limitado a un gesto de inclinación

no personalizado, al poner pie en el paseo; luego ha seguido recto, como ajeno a la mucha gente que tiene ahí. El muchachito sigue a su lado, vestido como un labradorcito, descalzos sus pies como un niño pobre, pero con una cara luminosa, propia de uno que está de fiesta, y con sus ojitos negros, vivos, bien abiertos para verlo todo... y para desafiar a todos...

Marta sale de la casa, rodeada de un grupo de judíos venidos de visita, entre los cuales están Elquías y Sadoq. Pone la mano como visera, para ayudar a los ojos cansados de llanto, dolorosamente sensibles a la luz, para ver dónde está Jesús. Lo ve. Se separa de quienes la acompañan y corre hacia Jesús, que está a pocos pasos del estanque brillante de reflejos por el sol que en él incide. Se arroja a los pies de Jesús después de la primera reverencia, y le besa los pies mientras, en medio de un fuerte estallido de llanto, dice:

-¡La paz a ti, Maestro!

También Jesús le ha dicho, en cuanto la ha visto cerca:

-¡La paz a ti! - y ha levantado su mano para bendecir. Para ello, ha soltado 1a mano del niño, al cual Bartolomé toma y retira un poco hacia atrás.

Marta prosigue:

-Pero ya no hay paz para tu sierva.

Levanta la cara hacia Jesús, siguiendo de rodillas, y, con un grito de dolor que se oye bien en el silencio que se ha creado, exclama:

-¡Lázaro ha muerto! Si hubieras estado aquí, no habría muerto. ¡Por qué no has venido antes, Maestro?

Expresa un involuntario tono de reproche al hacer esta pregunta. Luego vuelve al tono abatido de una persona que ya no tiene fuerzas para reprochar y cuyo único consuelo es el poder recordar los últimos movimientos y deseos de un hermano al que se ha tratado de dar lo que deseaba (de forma que no existe remordimiento en el corazón):

-¡Te ha llamado muchas veces Lázaro, nuestro hermano!... Ahora, ya lo ves. Yo estoy acongojada y María llora y no encuentra resignación. Y él ya no está aquí. ¡Tú sabes cómo lo queríamos! ¡Esperábamos todo de ti!...

Un murmullo de compasión hacia la mujer y de censura hacia Jesús, un asentimiento al pensamiento implícito: "y podías habernos escuchado, porque nosotras lo merecemos por el amor que te profesamos, y, sin embargo, has quebrado nuestra esperanza" va de un grupo a otro de gente, de personas que menean la cabeza y miran burlonamente. Sólo los pocos, ocultos discípulos que están esparcidos entre la numerosa gente congregada tienen miradas de compasión hacia Jesús, que escucha, muy pálido y triste, a esta Marta angustiada que le está hablando. Gamaliel, cruzados sus brazos, vestido con su amplia y rica túnica de lana finísima adornada con caireles azules, un poco aparte, rodeado de un grupo de jóvenes entre los que están su hijo y José Bernabé, mira fijamente a Jesús, sin odio ni amor.

Marta, habiéndose enjugado la cara, sigue diciendo:

-Pero sigo esperando, porque sé que el Padre te concederá cualquier cosa que Tú le pidas.

Una dolorosa, heroica profesión de fe, expresada con voz temblorosa de llanto, con ansia temblorosa en la mirada, con la última esperanza, temblorosa, en el corazón.

-Tu hermano resucitará. Levántate, Marta.

Marta se levanta, aunque permanece inclinada ante Jesús en señal de veneración, y responde:

-Lo sé, Maestro. Resucitará en el último día.

-Yo soy la Resurrección y la Vida. El que crea en mí, aunque haya muerto, vivirá. Y quien crea y viva en mí no morirá para siempre. ¿Crees tú todo esto?

Jesús, que antes había hablado con voz más bien baja únicamente a Marta, alza el tono de la voz para decir estas frases con que proclama su potencia de Dios, y el perfecto timbre de aquélla resuena como tañido de oro en el vasto jardín. Un estremecimiento, casi de espanto, sacude a los presentes; pero luego algunos hacen sonrisas maliciosas y menean la cabeza.

Marta -a quien Jesús, teniendo apoyada una mano sobre su hombro, parece querer transfundirle una esperanza cada vez más fuerte- que tenía baja la cabeza, alza la cara. La alza hacia Jesús, y fija sus ojos afligidos en las luminosas pupilas de Cristo. Entonces, apretando las manos contra el pecho con un ansia distinta, responde:

-Sí, Señor, Yo creo esto. Creo que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que ha venido al mundo. Y que puedes todo lo que quieres. Creo. Voy a avisar a María - y se marcha rápida. Desaparece dentro de la casa.

Jesús permanece donde está. Es decir, da algunos pasos hacia delante y se acerca al cuadro de jardín que rodea al estanque, cuadro todo sembrado de brillantes por ese lado, debido al fino polvillo acuoso del surtidor, inclinado, como si fuera una plumita de plata, hacia ese lado por un leve vientecillo; y parece perderse, Jesús, contemplando los zigzagueos de los peces bajo el velo de agua cristalina. Y sus juegos, que ponen comas de plata y visos de oro en el cristal de esa agua en que el sol incide.

Los judíos lo observan. Involuntariamente, se han separado formando grupos bien distintos. Por una parte, frente a Jesús, todos los enemigos suyos, habitualmente divididos entre sí por espíritu sectario pero que ahora se armonizan en hostigarlo. A su lado, detrás de los apóstoles (a los que se ha unido Santiago de Zebedeo), José, Nicodemo y los otros de espíritu benévolo. Más allá, Gamaliel, que sigue en su sitio y en su postura de antes, y que está solo, porque su hijo y sus discípulos se han separado para distribuirse entre los dos grupos principales para estar más cerca de Jesús.

Con su grito habitual: « ¡Rabbuní!», María sale de la casa y corre hacia Jesús extendiendo hacia delante los brazos. Se arroja a sus pies. Le besa los pies entre fuertes sollozos. Una serie de judíos, que estaban en casa con ella y que la han seguido, unen sus llantos, de dudosa sinceridad, al de ella. También Maximino, Marcela, Sara y Noemí han seguido a María, y lo mismo todos los dependientes de casa. Los lamentos son fuertes y altos. Creo que dentro de la casa no ha quedado nadie. Marta, al ver llorar así a María, llora fuertemente también.

-¡La paz a ti, María. ¡Álzate! ¡Mírame! ¿Por qué este llanto, como el de uno que no tiene esperanza?

Jesús se inclina, para decir en tono bajo estas palabras, sus ojos en los ojos de María, que, estando de rodillas, relajada sobre sus talones, tiende hacia Él las manos en un gesto de invocación; y que, debido a su fuerte sollozo, no puede hablar.

-¿No te dije que esperaras más allá de lo creíble para ver la gloria de Dios? ¿Acaso ha cambiado tu Maestro, para que hubiera motivo de angustiarse de esa manera?

Pero María no recoge estas palabras que quieren prepararla ya a una alegría demasiado fuerte después de tanta angustia. Grita, por fin dueña de su voz:

-¡Oh, Señor! ¿Por qué no has venido antes? ¿Por qué te has alejado tanto de nosotros? ¡Sabías que Lázaro estaba enfermo! Si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano., ¿Por qué no has venido? Tenía que mostrarle todavía que le amabas. Él debía vivir. Yo debía mostrarle que perseveraba en el bien. ¡Mucho angustié a mi hermano! ¿Y ahora? ¡Ahora que podía hacerlo feliz, me ha sido arrebatado! Tú podías conservármelo. Podías haber dado a la pobre María la alegría de consolarlo después de haberle causado tanto dolor. ¡Oh! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Maestro mío! ¡Salvador mío! ¡Esperanza mía! - y cae otra vez al suelo, con la frente sobre los pies de Jesús, que reciben otra vez el lavacro del llanto de María. Y gime:

-¿Por qué has hecho esto, Señor? Incluso por los que te odian y gozan de todo esto que está sucediendo... ¿Por qué has hecho esto, Jesús?

Pero no hay reproche en el tono de María, como lo ha habido en el de Marta. María tiene sólo esa angustia de quien, además de su dolor de hermana, siente también el de discípula que percibe menoscabado en el corazón de muchos el concepto de su Maestro.

Jesús, muy agachado para recoger estas palabras susurradas rostro en tierra, se yergue y dice fuerte:

-¡María, no llores! También tu Maestro sufre por la muerte del amigo fiel... *por haber debido dejarlo* morir...

¡Oh, qué risitas y miradas de rencoroso júbilo hay en las caras de los enemigos de Cristo! Lo sienten vencido, y exultan, mientras que los amigos se ponen cada vez más tristes.

Jesús dice aún más fuerte:

-Pero Yo te digo: no llores. ¡Álzate! ¡Mírame! ¿Crees tú que Yo, que te he amado tanto, he hecho esto sin motivo? ¿Eres capaz de pensar que te he dado este dolor inútilmente? Ven. Vamos donde Lázaro. ¿Dónde lo habéis puesto?

Jesús, más que a María y a Marta -las cuales, llorando ahora más violentamente, no hablan-, pregunta a todos los demás, especialmente a los que han salido de la casa con María y parecen los más turbados. Quizás son parientes más mayores, no lo sé.

Y éstos responden a Jesús, que está visiblemente compungido:

-Ven y velo tú - y se encaminan hacia el sitio del sepulcro, que está en el extremo del huerto, en un lugar en que el suelo tiene ondulaciones y vetas de roca calcárea que afloran a la superficie.

Marta, al lado de Jesús, que ha forzado a María a ponerse en pie y la está guiando porque está cegada por el fuerte llanto, indica con la mano a Jesús dónde está Lázaro; y, llegados al lugar, dice:

-Ahí es, Maestro, donde tu amigo está sepultado - y señala hacia la piedra que está puesta oblicuamente contra la boca del sepulcro.

Jesús, para ir a ese sitio, seguido por todos, ha tenido que pasar por delante de Gamaliel. Pero ni Él ha saludado a Gamaliel ni Gamaliel lo ha saludado a Él. Luego, Gamaliel se ha unido a los otros y se ha parado, igual que todos los más inflexibles fariseos, a unos metros del sepulcro. Jesús, por su parte, sigue adelante, hasta muy cerca de la tumba, junto con las hermanas, con Maximino y con esos que quizás son los parientes. Jesús contempla la pesada piedra, que hace de puerta del sepulcro y de pesado obstáculo entre Él y el amigo fenecido, y llora. El llanto de las hermanas aumenta, como también el de los íntimos y familiares.

-¡Quitad esta piedra! - grita Jesús al improviso, habiendo enjugado antes su llanto.

En todos se manifiesta un gesto de estupor. Un murmullo recorre la aglomeración de gente, que ha crecido con algunos de Betania que han entrado en el jardín y se han agregado a los convocados. Veo a algunos fariseos que se tocan la frente meneando la cabeza como diciendo: « ¡Está loco!».

Nadie ejecuta la orden. Hasta los más fieles titubean y sienten repulsa por hacerlo. Jesús repite más fuerte su orden, haciendo estremecerse más todavía a la gente, la cual, experimentando dos sentimientos opuestos, hace ademán como de huir y, inmediatamente después, de acercarse más, para ver, desafiando el inminente hedor del sepulcro que Jesús quiere ver abierto.

-Maestro, no se puede - dice Marta esforzándose en contener el llanto para hablar - Hace ya cuatro días que está ahí abajo. ¡Y Tú sabes de qué enfermedad ha muerto! Sólo nuestro amor podía cuidarlo... Ahora, sin duda alguna y a pesar de los ungüentos, olerá fuertemente... ¿Qué quieres ver? ¿Su podredumbre?... No se puede... incluso por la impureza de la corrupción y...

-¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? Quitad esta piedra. ¡Lo quiero!

Es un grito de voluntad divina…

Un « ¡oh!» quedo brota de todos los pechos. Palidecen las caras Alguno tiembla, como si hubiera pasado por todos un viento gélido de muerte.

Marta hace una señal a Maximino, y éste ordena a los dependientes de la casa que cojan las herramientas que se requieren para quitar la pesada piedra.

Ellos se marchan, a buen paso. Vuelven con picos y fuertes palancas. Y trabajan: introducen las puntas de los relucientes picos entre la roca y la piedra; sustituyen luego los picos por las palancas; en fin, retiran cuidadosamente la piedra haciéndola rodar por un lado para correrla luego cautamente hasta la pared rocosa. Un hedor pestilente sale de la galería oscura y hace retroceder a todos.

Marta pregunta en voz baja:

-Maestro, ¿quieres bajar ahí? Si quieres bajar, se necesitan antorchas...
Pero el pensamiento de tener que hacerlo la pone pálida.
Jesús no le responde. Alza los ojos al cielo, abre los brazos en cruz y ora con voz fortísima, recalcando bien las palabras:
-¡Padre! Te doy gracias por haberme escuchado. Sabía que siempre me escuchas. Pero lo he dicho por estos que están aquí, por la gente que tengo a mi alrededor, ¡para que crean en ti, en mí, en que Tú me has enviado!
Permanece así unos momentos. Tan transfigurado está, que parece raptado en éxtasis. Mientras, sin sonido de voz, dice otras, secretas palabras de oración o adoración, no sé. Lo que sí sé es que está tan espiritualizado, que no se le puede mirar sin sentirse temblar el corazón en el pecho. Parece hacerse, de cuerpo, luz; espiritualizarse, crecer en estatura, elevarse del suelo. Aun conservando sus colores de pelo, ojos, piel, indumentos -no como durante la transfiguración del Tabor, durante la cual todo se hizo luz y blancor deslumbrantes-, parece emanar luz y que todo en Él se haga luz. La luz parece ponerle alrededor una aureola, especialmente en torno al rostro, elevado al cielo y arrobado en la contemplación del Padre.
Está así un rato. Luego vuelve a ser Él, el Hombre, aunque con una majestad poderosa. Se acerca hasta el umbral del sepulcro. Mueve los brazos -hasta ese momento los había tenido extendidos en cruz y con las palmas vueltas hacia el cielo-, los mueve hacia delante; vuelve las palmas hacia abajo: las manos, por tanto, están ya dentro de la galería del sepulcro y su blancor resalta en la negrura que la llena. Él hunde en esa negrura muda el fuego azul de sus ojos, cuyo fulgor de milagro es hoy insostenible; y, con voz potente, con un grito que es mayor que cuando en el lago mandó al viento calmarse, con una voz cual en ningún otro milagro lo he oído, grita:
-¡Lázaro! ¡Sal fuera!
La voz, por el eco, se refleja en la cavidad sepulcral, y se expande, para salir luego a todo el jardín; y retumba en los desniveles de las ondulaciones de Betania: yo creo que llega hasta las primeras lomas que se elevan más allá de la campiña, y desde allí vuelve, repetida y queda, cual imperativo que no cesa; lo cierto es que desde infinitas partes se oye: « ¡fuera! ¡fuera! ¡fuera!».
Todos sienten un estremecimiento más intenso, y, si la curiosidad tiene clavados a todos en sus sitios, las caras palidecen y los ojos se dilatan, mientras las bocas se entreabren involuntariamente con el grito de estupor ya en la garganta.
Marta, un poco hacia atrás y al lado, está como hechizada mirando a Jesús. María cae de rodillas; ella, que no se ha separado nunca de su Maestro, cae de rodillas en el umbral del sepulcro, con una mano en el pecho para frenar los latidos del corazón y la otra agarrada, inconsciente y convulsamente, a un extremo del manto de Jesús (y se comprende que tiembla, porque el manto recibe leves vibraciones de la mano que lo aferra).
Algo, de color blanco, parece surgir del fondo profundo de la galería. Primero es una casi imperceptible, pequeña línea convexa; luego se transforma en una forma oval; luego a este óvalo se le añaden líneas más amplias, más largas, cada vez más largas... Y el que estaba muerto, envuelto en su mortaja, va acercándose lentamente, va siendo cada vez más visible, espectral, impresionante.
Jesús retrocede, retrocede, insensiblemente, pero continuamente a medida que el otro avanza; la distancia entre los dos es, por tanto siempre igual.
María debe soltar el borde del manto, pero no se mueve de donde está. La alegría, la emoción, todo, la clavan al sitio en que estaba. Un «¡oh!» cada vez más nítido sale de las gargantas, cerradas antes por un espasmo de espera: de susurro casi imperceptible, pasa a ser voz; de voz, a grito potente.
Lázaro está ya en el umbral. Ahí se para, rígido, mudo, semejante a una estatua de yeso apenas esbozada (por tanto, informe); una forma larga, estrecha en la cabeza, estrecha en las piernas, más ancha en el tronco, macabra como la misma muerte, espectral con el blancor de la mortaja sobre el fondo oscuro del sepulcro. A la luz del sol que incide en él, se ve que la mortaja ya chorrea podredumbre por varios puntos.
Jesús grita fuerte:
-¡Desatadlo y dejadlo libre! ¡Dadle ropa y comida!
-¡Maestro!... - dice Marta, y quizás querría decir más. Pero Jesús la mira fijamente y la subyuga con su fúlgida mirada; dice:
-¡Aquí' ¡Enseguida! ¡Traed una túnica! ¡Vestidlo en presencia de todos y dadle de comer!
Da órdenes, pero no se vuelve ni una sola vez a mirar a los que tiene detrás y en torno. Sus ojos miran sólo a Lázaro, a María, que está cerca del resucitado y sin preocuparse del asco que da a todos la mortaja purulenta, y a Marta, que jadea como si se le estallase el corazón y no sabe si gritar su alegría o si llorar...
Los criados se apresuran a ejecutar las órdenes. Noemí es la primera que se pone en movimiento, rápida, y la primera que vuelve, con la ropa colgada en el brazo. Algunos desatan los lazos de las vendas, después de haberse remangado y haberse ceñido las túnicas para que no toquen la podredumbre que fluye. Marcela y Sara vuelven con ánforas de perfumes, seguidas de criados, unos con barreños y ánforas que despiden vapor de agua, otros con bandejas, tazas llenas de leche, y vino, fruta, tortas cubiertas de miel.
Las vendas, estrechas y larguísimas, de lino creo, con bordes en los dos lados, tejidas, claro está, para ese uso, se desenrollan como rollos de cinta de una gran bobina, y se van acumulando en el suelo, cargadas de ungüentos aromáticos y de podredumbre. Los criados las apartan haciendo uso de palos. Han empezado por la cabeza, donde también hay materia purulenta (sin duda, supurada por la nariz, las orejas y la boca). El sudario colocado sobre la cara está todo empapado de estas supuraciones que ensucian el rostro de Lázaro (un rostro palidísimo, esqueletado, con los ojos cerrados por los ungüentos puestos en las órbitas, y con el pelo apelmazado, al igual que la barbita rala del mentón). Va cayendo lentamente la sábana, el sudario colocado en torno al cuerpo, a medida que las vendas van bajando, bajando, bajando, liberando así el tronco que habían tenido oprimido durante días, devolviendo así forma humana a lo que antes habían hecho parecer una gran crisálida. Los osudos hombros, los brazos esqueletados, las costillas apenas cubiertas de piel, el vientre hundido van apareciendo lentamente. Y a

medida que las vendas van cayendo, las hermanas, Maximino, los criados, dan en quitar el primer estrato de suciedad y de bálsamos, e insisten hasta que - cambiando continuamente el agua y añadiendo a ellas productos aromáticos que las hacen detergentes- la piel aparece limpia.

Lázaro, cuando le liberan la cara y puede mirar, dirige su mirada a Jesús, antes incluso que a sus hermanas, y, mirando a su Jesús con una sonrisa de amor en los pálidos labios y un brillo de llanto en las profundas órbitas, se olvida y abstrae de todo lo que sucede. También Jesús le sonríe con un brillo de llanto en el lagrimal de los ojos, y, sin hablar, dirige la mirada de Lázaro al cielo; Lázaro comprende, y mueve los labios en una silenciosa oración.

Marta piensa que quiere decir algo y que todavía no tiene voz, y pregunta:

-¿Qué me dices, Lázaro mío?

-Nada, Marta. Daba gracias al Altísimo.

La pronunciación es segura, fuerte la voz. La gente exhala un nuevo «¡oh!» de estupor. Ya le han liberado hasta las caderas (liberado y limpiado). Ya pueden vestirlo con la túnica corta, una especie de camisón que supera la ingle y cuelga sobre los muslos.

Le sugieren que se siente para desatarlo y lavarle las piernas. En cuanto quedan éstas al descubierto, Marta y María, señalando piernas y vendas, gritan fuerte. Y, a pesar de que en las vendas que ciñen las piernas y en la sábana puesta debajo de aquéllas la supuración es tan abundante que forma pequeños regueros en la tela, las piernas aparecen completamente cicatrizadas. Las cicatrices rojo-cianóticas son el único indicio que señala dónde estaban las gangrenas.

La gente, toda, grita más fuerte, estupefacta. Jesús sonríe, y sonríe a Lázaro, que mira un instante sus piernas curadas, para abstraerse luego de nuevo mirando a Jesús. Parece no poder saciarse de verlo. Los judíos, fariseos, saduceos, escribas, rabíes, se acercan, cautos para no contaminarse la ropa. Miran bien de cerca a Lázaro. Miran bien de cerca a Jesús. Pero ni Lázaro ni Jesús se ocupan de ellos. Se miran, y todo lo demás no cuenta.

Le ponen las sandalias a Lázaro. Él se pone en pie, ágil, seguro. Toma la túnica que Marta le ofrece. Se la pone él solo, se abrocha el cinturón, se coloca los pliegues. Ahí está, delgado y pálido, pero igual que todos. Se lava otra vez las manos y los brazos hasta el codo arremangándose. Y luego, con agua nueva, otra vez se lava cara y cabeza, hasta que se siente completamente limpio. Se seca pelo y cara, devuelve la toalla al criado y va derecho hacia Jesús. Se postra. Le besa los pies.

Jesús se agacha, lo pone en pie, lo estrecha contra su corazón y le dice: -¡Bienvenido de nuevo, amigo mío! La paz sea contigo, y la alegría. Vive para cumplir tu feliz destino. Alza tu cara para darte el beso de saludo.

Y lo besa en las mejillas. Lázaro corresponde en igual manera al beso de Jesús.

Sólo después de haber venerado y besado al Maestro, Lázaro habla con sus hermanas y las besa. Luego besa a Maximino y a Noemí, que lloran de alegría, y a algunos de los que creo que están emparentados con la casa o son amigos muy íntimos. Luego besa a José, a Nicodemo, a Simón Zelote y a algún otro.

Jesús va personalmente hacia uno de los criados, que tiene en sus brazos una bandeja con comida, y toma una torta con miel, una manzana, una copa de vino, y se las da a Lázaro -antes las ofrece y bendice- para que coma y beba. Y Lázaro come con el sano apetito de una persona que goza de salud. Todos exhalan otro « ¡oh!» de estupor.

Jesús parece ver sólo a Lázaro, pero en realidad observa todo y a todos, y, al ver que, con gestos de ira, Sadoq, Elquías, Cananías, Félix, Doras, Cornelio y otros están para marcharse, dice fuerte:

-Espera un momento, Sadoq. Debo decirte una palabra. A ti y a los tuyos.

Ellos se paran, con facha de delincuentes. José de Arimatea se asusta y hace una señal al Zelote para que retenga a Jesús.

Pero Él ya está yendo hacia el grupo rencoroso, y ya está diciendo con voz fuerte:

-¿Te basta, Sadoq, lo que has visto? Me dijiste un día que para creer necesitabais, tú y los que son como tú, ver que un muerto descompuesto se recompusiera y recuperara la salud. ¿Te ha saciado la podredumbre que has visto? ¿Eres capaz de confesar que Lázaro estaba muerto y que ahora está vivo y tan sano como no lo estaba desde hacía años? Lo sé: vosotros habéis venido aquí a tentar a éstos, a crear en ellos duda y mayor dolor. Habéis venido aquí a buscarme, esperando encontrarme escondido en la habitación del moribundo. Habéis venido aquí no por un sentimiento de amor y por el deseo de honrar al difunto, sino para aseguraros de que Lázaro estaba realmente muerto, y habéis seguido viniendo, cada vez más contentos a medida que el tiempo pasaba. Si las cosas hubieran ido según vuestras esperanzas -como ya creíais que iban- habríais tenido motivo para estar jubilosos. El Amigo que cura a todos pero no cura al amigo; el Maestro que premia todas las fes, pero no las de sus amigos de Betania; el Mesías impotente ante la realidad de una muerte. Esto era lo que os daba motivo para estar jubilosos. Pero Dios os ha respondido. Ningún profeta pudo nunca reunir lo que estaba deshecho, además de muerto. Dios lo ha hecho. Ahí tenéis el testimonio vivo de lo que Yo soy. Hubo un día en que Dios tomó barro e hizo con él una forma y exhaló en él el espíritu vital y el hombre comenzó a ser. Dije Yo: "Hágase al hombre a nuestra imagen y semejanza". Porque Yo soy el Verbo del Padre. Hoy, Yo, Verbo, he dicho a lo que es aún menos que fango, a la materia descompuesta: "Vive", y la materia descompuesta se ha vuelto a componer formando carne, carne íntegra, viva, palpitante. Ahí la tenéis, os está mirando. Y con la carne he reunido el espíritu que yacía desde hacía días en el seno de Abraham. Lo he llamado con mi voluntad, porque todo lo puedo, Yo, el Viviente, Yo, el Rey de reyes al que están sujetas todas las criaturas y las cosas. ¿Ahora qué me respondéis?

Está frente a ellos, alto, radiante de majestad, verdaderamente Juez y Dios. Ellos no responden.

Él insta:

-¿Todavía no os es suficiente para creer, para aceptar lo ineluctable?

-Has mantenido sólo una parte de la promesa. Ésta no es la señal de Jonás... - dice Sadoq en tono áspero.

-Recibiréis también esa señal. Lo he prometido y lo mantengo - dice el Señor - Y otro que está aquí presente, y que espera otra señal, la recibirá. Y la aceptará, porque es un justo. Vosotros no. Vosotros seguiréis siendo lo que sois.

Da media vuelta y ve a Simón, el miembro del Sanedrín hijo de Elí-Ana (al que su propio hijo mandó asesinar…). Lo mira fijamente, fijamente. Deja plantados a los de antes y, llegando hasta estar cara a cara con éste, le dice en voz baja pero incisiva:

-¡Mejor para ti que Lázaro no recuerde su permanencia entre los muertos! ¿Qué has hecho de tu padre, Caín?

Simón huye lanzando un grito, un grito de miedo que luego se transforma en grito de maldición:

-¡Maldito seas, Nazareno! - al cual Jesús responde:

-¡Tu maldición sube al Cielo y desde el Cielo el Altísimo te la arroja! ¡Llevas en ti la marca, desalmado!

Vuelve hacia los grupos de gente asombrada, casi asustada. Se cruza con Gamaliel, que se dirige hacia la calle. Lo mira, y Gamaliel lo mira a Él. Jesús, sin pararse, le dice:

-Estáte preparado, rabí. Pronto vendrá la señal. No miento nunca.

La gente va desalojando lentamente el jardín. Los judíos están como aturdidos, pero la mayoría de ellos rezuma ira por todos los poros. Si las miradas pudieran reducir a ceniza, Jesús estaría pulverizado ya desde hacía mucho. Hablan, discuten entre sí. Se marchan, tan vencidos ya por esta derrota que les ha sido infligida, que ya no saben ocultar bajo una hipócrita amistad el motivo de su presencia ahí. Se marchan sin saludar ni a Lázaro ni a las hermanas.

Se quedan atrás algunos que el milagro ha conquistado para el Señor. Entre éstos, José Bernabé, que se arroja al suelo, de rodillas ante Jesús y lo adora. Otro es el escriba Joel de Abías, que hace lo mismo antes de marcharse. Y otros más, que no conozco, pero que deben ser influyentes.

Lázaro, entretanto, rodeado de sus más íntimos, se ha retirado a casa. José, Nicodemo y los otros buenos saludan a Jesús y se marchan. Se marchan con profundas reverencias los judíos que estaban con Marta y María. Los criados cierran la cancilla. La casa vuelve a la calma.

Jesús mira a su alrededor. Ve humo y rojo de fuego en el fondo del jardín, en la parte del sepulcro. Jesús, solo, erguido en medio de un sendero, dice:

-La podredumbre que es aniquilada por el fuego... La podredumbre de la muerte... Pero, la de los corazones... la de esos corazones ningún fuego la aniquilará... Ni siquiera el fuego del Infierno. Será eterna... ¡Qué horror!... Más que la muerte... Más que la corrupción... Y... Pero ¿quién te salvará, oh Humanidad, si tanto estimas el estar corrompida? Quieres estar corrompida. Y Yo... Yo he arrebatado al sepulcro a un hombre con una palabra... Y con un mar de palabras... y uno de dolores... no podré arrebatar al pecado al hombre, a los hombres, a millones de hombres.

Se sienta y se tapa la cara con las manos, abatido...

Lo ve un criado que pasa. Va a casa. Poco después, sale de casa María. Va donde Jesús, ligera como si no tocara el suelo. Se acerca a Él. Dice suavemente:

-Rabbuní, estás cansado... Ven, mi Señor. Tus apóstoles, cansados, han ido a la otra casa; todos menos Simón el Zelote... ¿Estás llorando, Maestro? ¿Por qué?...

Se arrodilla a los pies de Jesús... lo observa... Jesús la mira. No responde. Se levanta y va hacia la casa, seguido por María.

Entran en una sala. Lázaro no está, y tampoco el Zelote. Pero Marta sí, feliz, transfigurada de alegría. Se vuelve hacia Jesús y explica:

-Lázaro ha ido a bañarse. Para purificarse más. ¡Oh, Maestro! ¡Maestro! ¡Qué puedo decirte!

Lo adora con todo su ser. Advierte la tristeza de Jesús y dice:

-¿Estás triste, Señor? ¡No estás contento de que Lázaro...?

Le viene una sospecha:

-¡Ah, estás serio conmigo! He pecado. Es verdad.

-Hemos pecado, hermana - dice María.

-No, tú no. ¡Maestro, María no ha pecado! María ha sabido obedecer. Sólo yo he desobedecido. Yo te envié aviso porque... porque no podía seguir oyendo que ésos insinuaran que no eras el Mesías, el Señor... y no podía seguir viendo ese sufrimiento... Lázaro te anhelaba mucho, te llamaba mucho... Perdóname, Jesús.

-¿Y tú no hablas, María? - pregunta Jesús.

-Maestro... yo... Yo he sufrido en ese momento sólo como mujer. Sufría porque... Marta, jura, jura aquí, delante del Maestro, que nunca, nunca contarás a Lázaro su delirio... Maestro mío... Yo te he conocido del todo, ¡oh Divina Misericordia!, en las últimas horas de Lázaro. ¡Oh, mi Dios! ¡Cuánto me has amado Tú, Tú que me has perdonado, Tú, Dios, Tú, Puro, Tú..., si mi hermano, que también me ama, siendo hombre, sólo hombre, no ha perdonado todo en el fondo de su corazón! No, no es así; debo decir: no ha olvidado mi pasado y, cuando la debilidad de la agonía ha obnubilado en él su bondad que yo creía olvido del pasado, ha expresado su dolor a gritos, su indignación por mí... ¡Oh!...

María llora...

-No llores, María. Dios te ha perdonado y ha olvidado. El alma de Lázaro también ha perdonado y ha olvidado, ha querido olvidar. El hombre no ha podido olvidar todo. Y cuando la carne ha dominado con su extrema convulsión a la voluntad desfallecida, el hombre ha hablado.

-No estoy enojada por ello, Señor. Me ha servido para amarte más y para amar más todavía a Lázaro. Pero desde ese momento también yo he anhelado tu presencia... porque era demasiado angustioso pensar en Lázaro muerto sin paz por causa mía... y después, después, cuando te he visto escarnecido por los judíos... cuando he visto que no venías ni siquiera después de la muerte, ni siquiera después de que te había obedecido esperando más allá de lo creíble, esperando hasta cuando el sepulcro se abrió para recibirlo, entonces también mi espíritu ha sufrido. Señor, si debía expiar, y, sin duda, debía hacerlo, he expiado, Señor...

-¡Pobre María! Conozco tu corazón. Has merecido el milagro. Que ello te afirme en saber esperar y creer.

-Maestro mío, ya esperaré y creeré *siempre.* No dudaré ya, nunca más, Señor. Viviré de fe. Tú me has dado la capacidad de creer lo increíble.

-¿Y tú, Marta? ¿Tú has aprendido? No. Todavía no. Eres mi Marta. Pero no eres todavía mi perfecta adoradora. ¿Por qué obras y no contemplas? Es más santo. ¿No lo ves? Tu fuerza, estando demasiado dirigida a cosas terrenas, ha cedido ante la constatación de esos hechos terrenos que pueden parecer algunas veces sin remedio. En verdad, las cosas terrenas no tienen remedio, si Dios no interviene. La criatura necesita por eso saber creer y contemplar; necesita amar hasta el extremo de las fuerzas de todo el hombre, con el pensamiento, el alma, la carne, la sangre, con todas las *fuerzas* del hombre, repito. Te quiero fuerte, Marta. Te quiero perfecta. No has sabido obedecer porque no has sabido creer y esperar completamente, y no has sabido creer y esperar porque no has sabido amar totalmente. Pero Yo te absuelvo de ello. Te perdono, Marta. He resucitado a Lázaro hoy. Ahora te doy un corazón más fuerte. A él le he devuelto la vida, a ti te infundo la fuerza de amar, creer y esperar perfectamente. Ahora estad contentas y en paz. Perdonad a quienes os han ofendido en estos días...

-Señor, en esto yo he pecado. Hace poco, al viejo Cananías, que te había tomado a burla los otros días, le he dicho: "¿Quién ha triunfado? ¿Tú o Dios? ¿Tu burla o mi fe? Cristo es el Viviente y es la Verdad. Yo sabía que su gloria refulgiría con mayor fuerza. Y tú, viejo, reconstrúyete el alma, si no quieres conocer la muerte".

-Está bien lo que has dicho. Pero no disputes con los malvados, María. Y perdona. Perdona si me quieres imitar... Ahí está Lázaro. Oigo su voz.

En efecto, Lázaro está entrando, vestido de nuevo, bien afeitadas las mejillas, los cabellos en orden y perfumados. Con él están Maximino y el Zelote.

-¡Maestro!

Lázaro se arrodilla, adorando todavía.

Jesús le pone una mano en la cabeza y sonríe. Dice:

-La prueba ha sido superada, amigo mío. Para ti y para tus hermanas. Ahora estad alegres y sed fuertes para servir al Señor. ¿Qué recuerdas, amigo, del pasado? Quiero decir: de tus últimas horas.

-Un gran deseo de verte y una gran paz envuelto en el amor de mis hermanas.

-¿Y qué es lo que más te dolía dejar al morir?

-A ti, Señor, y a mis hermanas: A ti, por no poderte servir; a ellas, porque me han dado toda suerte de alegrías...

-¡Oh! ¿Yo, hermano?! - suspira María.

-Tú más que Marta. Tú me has dado a Jesús y la medida de lo que es Jesús. Y tú has sido dada por Jesús a mí: tú, María, eres el don de Dios.

-Lo decías también cuando morías... - dice María, y escudriña el rostro de su hermano.

-Porque es mi constante pensamiento.

-Pero te he causado mucho dolor...

-También la enfermedad me causó dolor. Pero con ella espero haber expiado las culpas del viejo Lázaro, y haber resucitado purificado para ser digno de Dios. Tú y yo, los dos resucitados para servir al Señor, y Marta entre nosotros, ella que siempre fue la paz de la casa.

-¿Lo estás oyendo, María? Lázaro dice palabras de sabiduría y verdad. Ahora me retiro y os dejo a que gocéis de vuestra alegría...

-No, Señor. Quédate con nosotros, aquí; quédate en Betania, en mi casa. Será hermoso...

-Me quedaré. Quiero compensarte todo lo que has padecido. Marta, no estés triste. Marta piensa que me ha causado dolor. Pero mi dolor no es tanto por vosotros, cuanto por los que no quieren redimirse. Ellos odian cada vez más. Tienen el veneno en el corazón... Pues bien... de todas formas, perdonamos...

-Perdonamos, Señor - dice Lázaro con su benévola sonrisa... y en estas palabras todo termina.

Como glosa a la resurrección de Lázaro y en relación a una frase de S. Juan. Dice Jesús:

-En el Evangelio de Juan, como se lee desde hace ya siglos, está escrito: "Jesús no había entrado todavía en Betania" (Jn 11, 30). Para prevenir posibles objeciones, hago la observación de que entre esta frase y la de la Obra -que Yo me encontré con Marta a pocos pasos del estanque, en el jardín de Lázaro- no hay contradicciones de hechos, sino sólo de traducción y descripción. Tres cuartas partes de Betania eran de Lázaro. Como también era suya una buena parte de Jerusalén. Pero vamos a hablar de Betania. Siendo tres cuartas partes de ella de Lázaro, podía decirse: Betania de Lázaro. Por tanto, no contendría error el texto, como algunos quieren decir, ora hubiera visto a Marta en el pueblo, ora la hubiera visto en la fuente. Y, en verdad, Yo no había entrado en el pueblo, evitando así que vinieran los de Betania, todos ellos hostiles contra los del Sanedrín. Había pasado por detrás de Betania para ir a la casa de Lázaro, que estaba en el extremo opuesto respecto a una persona que entrara en Betania viniendo de Ensemes. Por tanto, es exacto lo que dice Juan, de que Jesús no había entrado todavía en el pueblo. Y también habla con exactitud el pequeño Juan (María Valtorta) al decir que me había parado cerca del estanque (fuente para los hebreos), ya en el jardín de Lázaro; pero que estaba todavía muy lejos de la casa. Consideren éstos, además, que mientras se estaba en el tiempo del luto y de la impureza (todavía no era el séptimo día después de la muerte), las hermanas no salían de la casa; por tanto, en el recinto de su propiedad se produjo este encuentro. Nótese que el pequeño Juan habla de la llegada de los de Betania al jardín no antes de que Yo hubiera ordenado retirar la piedra. Antes Betania no sabía que estaba en Betania; solo cuando se esparció la noticia vinieron a casa de Lázaro.

Habría podido intervenir a tiempo para impedir la muerte de Lázaro. Pero no quise hacerlo. Sabía que esta resurrección sería un arma de doble filo, porque convertiría a los judíos de pensamiento recto y haría más rencorosos a los de pensamiento no recto. De éstos, y al son de esta última manifestación de mi poder, provendría mi sentencia de muerte. Pero había venido al mundo para esto, y la hora ya había madurado para que ello se cumpliera. También hubiera podido ir donde Lázaro inmediatamente. Pero necesitaba convencer a los incrédulos más obstinados con la resurrección a partir de un estado de

descomposición ya avanzado; y también a mis apóstoles, que, destinados a llevar mi fe al mundo, tenían necesidad de poseer una fe fortalecida por milagros excelentes.

En los apóstoles había mucha humanidad. Ya lo he dicho. No era éste un obstáculo insuperable; más bien, era una lógica consecuencia de su condición de hombres llamados a ser míos a una edad ya adulta. No se cambia una mentalidad, una *forma mentis,* de un día para otro. Y Yo, en mi sabiduría, no quise tampoco elegir y educar a niños y formarlos según mi pensamiento para hacer de ellos mis apóstoles. Habría podido hacerlo. No quise hacerlo, para que las almas no me criticaran el haber despreciado a aquellos que no son inocentes y alegaran como disculpa y justificación el que también Yo había significado con mi elección que quienes están ya formados no pueden cambiar. No. *Todo se puede cambiar, si se quiere. Y,* efectivamente, Yo, de pusilánimes, pendencieros, usureros, sensuales, incrédulos, hice mártires, santos, evangelizadores del mundo. Sólo el que no quiso no cambió.

Yo amé y amo al pequeño y al débil -tú eres un ejemplo de ello (se dirige a María Valtorta) —, con tal de que tengan la voluntad de amarme y de seguirme, y de estas "nadas" hago mis predilectos, mis amigos, mis ministros. Y me sigo sirviendo de ellos, y es un milagro continuo que hago, para llevar a los otros a creer en mí, a no ahogar las posibilidades de milagro. ¡Qué débil es ahora esta posibilidad!: cual lámpara a la que le falta el aceite, esta posibilidad agoniza y muere, ahogada por la escasa o inexistente fe en el Dios del milagro.

Hay dos formas de prepotencia al pedir el milagro. A una, Dios cede con amor; a la otra, le vuelve las espaldas desdeñado. La primera es la que pide, como he enseñado a pedir, sin desconfianza ni cansancio, y no admite que Dios pueda no escucharla, porque Dios es bueno y quien es bueno escucha, porque Dios es poderoso y lo puede todo. Esta forma es amor, y Dios concede a quien ama. La otra es la prepotencia de los rebeldes que quieren que Dios sea su siervo y que se humille ante sus maldades y que les dé a ellos aquello que ellos no le dan a Él: amor y obediencia. Esta forma es una ofensa, que Dios castiga negando sus gracias.

Os quejáis de que Yo ya no efectúo los milagros colectivos. ¿Cómo podría efectuarlos? ¿Dónde están las colectividades que creen en mí? ¿Dónde, los verdaderos creyentes? ¿Cuántos son, en una colectividad, los verdaderos creyentes? Cuales flores supervivientes en un bosque quemado por un incendio, así veo Yo, de vez en cuando, un espíritu creyente; el resto lo ha quemado Satanás con sus doctrinas. Y cada vez lo quemará más.

Os ruego que tengáis presente, para regla vuestra sobrenatural, mi respuesta a Tomás. No se puede ser verdadero discípulo mío si uno no sabe dar a la vida humana el peso que le conviene: como medio para conquistar la Vida verdadera, no como fin. El que quiera salvar su vida en este mundo perderá la Vida eterna. Lo dije y lo repito. ¿Qué son las pruebas? La nube que pasa. El Cielo permanece y os espera más allá de la prueba.

Yo he conquistado el Cielo para vosotros con mi heroísmo. Vosotros debéis imitarme. El heroísmo no está reservado sólo a aquellos que deben conocer el martirio. La vida cristiana es un continuo heroísmo, porque es una continua lucha contra el mundo, el demonio y la carne. Yo no os fuerzo a seguirme. Os dejo libres. Pero hipócritas no os acepto. O conmigo y como Yo, o contra mí. Cierto es que no podéis engañarme. A mí no me podéis engañar. Y Yo no desciendo a pactos con el Enemigo. Si le preferís antes que a mí, no podéis pensar en tenerme a mí por Amigo contemporáneamente. O él o Yo, elegid.

E1 dolor de Marta es distinto del de María, debido a la distinta psicología de las dos hermanas y al distinto modo de comportarse que habían tenido. ¡Dichosos aquellos que se comportan de forma que no tienen luego el remordimiento de haber causado dolor a alguien que ahora está muerto y que ya no puede ser consolado del dolor que se le causó! Pero ¡cuánto más dichoso es aquel que no tiene el remordimiento de haber causado dolor a su Dios, a mí, a Jesús, y no teme su encuentro conmigo; antes al contrario, suspira por este encuentro, como alegría ansiosamente soñada durante toda la vida y por fin alcanzada!

Yo soy vuestro Padre, Hermano, Amigo. ¿Por qué, pues, me herís tantas veces? ¿Sabéis cuánto os queda de vida todavía?, ¿de vida para hacer reparación? No lo sabéis. Pues entonces, hora tras hora, día tras día, obrad bien; siempre bien. Me haréis siempre feliz. Y aunque llegue a vosotros el dolor -porque el dolor es santificación, es la mirra que preserva de la corrupción de la carnalidad- tendréis siempre en vosotros la certidumbre de que os amo, y que os amo *incluso en ese dolor,* y siempre tendréis la paz que proviene de mi amor. Tú, pequeño Juan, sabes si sé consolar incluso en el dolor.

En mi oración al Padre se repitió cuanto he dicho al principio: era necesario zarandear con un milagro excelente la obtusidad de los judíos y del mundo en general. Y la resurrección de una persona sepultada hacía cuatro días, y que había descendido a la tumba después de una larga, crónica, repugnante, conocida enfermedad, no era algo que debiera dejar indiferente a nadie, y tampoco en duda. Si lo hubiera curado mientras vivía, o si hubiera infundido en él el espíritu inmediatamente después de la muerte, la mordacidad de los enemigos hubiera podido crear dudas acerca de la entidad del milagro. Pero el hedor del cadáver, la podredumbre en las vendas, el largo tiempo pasado en el sepulcro, no permitían dudas. Y -milagro en el milagro- quise que a Lázaro le quitaran las vendas y lo limpiaran en presencia de todos, para que se viera que había vuelto no sólo la vida, sino también la integridad de los miembros donde antes la carne ulcerada había introducido en la sangre gérmenes de muerte. Al conceder una gracia, doy siempre más de lo que pedís.

Lloré delante de la tumba de Lázaro. Y se ha dado muchos nombres a este llanto. Pero, antes de nada, sabed que las gracias se obtienen -ambas cosas unidas- con dolor y fe segura en el Eterno. Lloré no tanto por la pérdida del amigo y por el dolor de las hermanas, cuanto porque, cual fondo submarino que se agita, afloraron en aquella hora, más vivas que nunca, tres ideas que, como tres clavos, habían hincado siempre su punta en mi corazón.

La *constatación* de la ruina a la que había llevado Satanás al hombre seduciéndolo al Mal. Ruina cuya condena humana era el dolor y la muerte. La muerte física, emblema y metáfora viva de la muerte espiritual, que la culpa procura al alma hundiéndola -a ella que es reina destinada a vivir en el reino de la Luz- en las tinieblas infernales.

La *persuasión* de que ni siquiera este milagro, puesto casi como corolario sublime de tres años de evangelización, convencería al mundo judío acerca de la Verdad de que Yo era Portador. Y que ningún milagro iba a convertir para Cristo al mundo que habría de venir. ¡Oh, qué dolor el estar próximo a la muerte por tan pocos!

La *visión mental* de mi próxima muerte. Era Dios. Pero también era Hombre. Y para ser Redentor debía sentir el peso de la expiación; por tanto, también el horror de la muerte, de esa muerte. Yo era uno que vivía, uno que estaba sano y que se decía a sí mismo: "Pronto estaré muerto, estaré en un sepulcro como Lázaro. Pronto tendré por compañera a la más atroz de las agonías. Debo morir". La bondad de Dios os exonera del conocimiento del futuro. Pero Yo no fui exonerado de ello.

Vosotros que os quejáis de vuestra condición. Ninguna fue más triste que la mía, porque tuve la constante presciencia de todo lo que debía sucederme, unida ella a la pobreza, las incomodidades, los comportamientos malévolos que me acompañaron desde el nacimiento hasta la muerte. No os quejéis, pues, y esperad en mí.

Os doy mi paz.

## 549

## Sesión del Sanedrín y audiencia en el palacio de Pilato.

Si la noticia de la muerte de Lázaro había impresionado y agitado a Jerusalén y a buena parte de Judea, la noticia de su resurrección termina de producir impresión y penetrar en los lugares en que no había producido agitación la noticia de su muerte.

Quizás los pocos fariseos y escribas -o sea, los miembros del Sanedrín- presentes en la resurrección no hayan hablado de ella a la gente. Pero lo que es cierto es que los judíos sí lo han hecho, y la noticia se ha extendido en un abrir y cerrar de ojos; y, de casa a casa, de terraza a terraza, voces de mujeres la transmiten, mientras que, en la calle, el vulgo la difunde con un gran júbilo por el triunfo de Jesús y por Lázaro. La gente puebla de nuevo las calles, presurosa, de un lado para otro, creyendo llegar siempre antes a dar la noticia, pero quedando desilusionada, porque la noticia se sabe en Ofel y en Beceta y en Sión y en el Sixto; se sabe en las sinagogas, en los bazares, en el Templo y en el palacio de Herodes; se sabe en la Antonia, y desde la Antonia se difunde -o viceversa- hacia los puestos de guardia situados en las puertas; llena tanto los palacios como los tugurios: «El Rabí de Nazaret ha resucitado a Lázaro de Betania, que había muerto el día antes del viernes y que había sido sepultado antes del comienzo del sábado, y ha resucitado a la hora sexta de hoy-Las aclamaciones judías al Cristo y al Altísimo se entremezclan con los diferentes «¡Por Júpiter! ¡Por Pólux! ¡Por Líbítina!» etc., etc. de los romanos.

A los únicos que no veo entre la gente que habla por las calles es a los del Sanedrín. No veo ni a uno de ellos, mientras que sí veo a Cusa, a Manahén salir de un espléndido palacio; y oigo que Cusa dice:

-¡Grande! ¡Grande! He enviado inmediatamente la noticia a Juana. ¡Él el realmente Dios! - y Manahén le responde:

-Herodes, que ha venido de Jericó a presentar sus obsequios... a su amo, a Poncio Pilato, parece enloquecido en su palacio; Herodías, por su parte, está rabiosa y le insta para que ordene el arresto del Cristo. Ella tiembla por su poder; él, por los remordimientos. A Herodes le castañean los dientes mientras dice a los más fieles que lo defiendan... de los espectros. Se ha embriagado para infundirse valor, y el vino le da vueltas en la cabeza presentándole fantasmas. Grita, diciendo que el Cristo ha resucitado también a Juan, el cual le grita de cerca las maldiciones de Dios. Yo he huido de esa Gehena. Me ha sido suficiente decirle: "Lázaro ha resucitado por obra de Jesús Nazareno. Ojo con tocarlo, porque es Dios". Mantengo en él ese miedo para que no ceda a los deseos homicidas de ella.

-Yo, sin embargo, tendré que ir allá... Debo ir. Pero he querido antes pasar a ver a Eliel y a Elcaná. Viven su propia vida, ¡pero siguen siendo voces influyentes en Israel! Y Juana está contenta de que los honre. Y yo...

-Una buena protección para ti. Es verdad. Pero nunca como el amor del Maestro. Ese amor es la única protección que tiene valor...

Cusa no replica. Piensa... Yo los pierdo de vista.

De Beceta viene presuroso José de Arimatea. Lo paran. Se trata de un grupo de vecinos de la ciudad que no están seguros todavía de que se deba creer la noticia. Y se lo preguntan a él.

-Verdadera. Verdadera. Lázaro ha resucitado, e incluso está curado. Lo he visto con mis propios ojos.

-Pero entonces... ¿realmente es el Mesías!

-Ésas son sus obras. Su vida es perfecta. Los tiempos son éstos. Satanás combate contra Él. Que cada uno concluya en su corazón lo que es el Nazareno - dice, con prudencia y al mismo tiempo con justicia, José. Saluda y se marcha.

Ellos intercambian sus opiniones y terminan por concluir:

-Realmente es el Mesías.

Un grupo de legionarios habla. Dicen:

-Si mañana puedo, voy a Betania. ¡Por Venus y Marte, mis dioses preferidos! Podré dar la vuelta al mundo, desde los desiertos ardientes hasta las heladas tierras germánicas, pero encontrarme donde resucite uno que ha muerto días antes no me sucederá nunca más. Quiero ver cómo es uno que vuelve de la muerte. Estará negro por las aguas de los ríos de ultratumba...

-Si era virtuoso estará lívido, porque habrá bebido de las aguas cerúleas de los Campos Elíseos. Allí no está sólo el Estigio...

-Nos dirá cómo son los prados de asfódelo del Hades... Voy yo también...

-Si Poncio quiere...

-¡Claro que quiere! Ha mandado inmediatamente un correo a Claudia para llamarla. A Claudia le gustan estas cosas. La he oído más de una vez conversar, con las otras y con sus libertos griegos, de alma y de inmortalidad.

-Claudia cree en el Nazareno. Para ella es mayor que ningún otro hombre.

-Sí. Pero para Valeria es más que hombre. Es Dios. Una especie de Júpiter y de Apolo, por poder y hermosura, dicen, y más sabio que Minerva. ¿Vosotros lo habéis visto? Yo he venido con Poncio por primera vez aquí y no sé...

-Creo que has llegado a tiempo para ver muchas cosas. Hace poco, Poncio gritaba como Estentor, diciendo: "¡Aquí hay que cambiar todo! ¡Tienen que comprender que Roma manda y que ellos, todos, son siervos! ¡Y cuanto más grandes sean, más siervos, porque son más peligrosos!". Creo que era por esa tablilla que le había llevado el criado de Anás...

-Sí, claro, no quiere escucharlos... Y nos cambia a todos porque... no quiere amistades entre nosotros y ellos.

-¿Entre nosotros y ellos? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿Con esos narigudos que saben sólo de boquilla? Poncio digiere mal el demasiado cerdo que come. Todo lo más... la amistad es con alguna mujer que no desprecia el beso de bocas sin barba... - ríe uno maliciosamente.

-El hecho es que después de la agitación de los Tabernáculos ha pedido y obtenido el cambio de todos los soldados, y que nosotros tenemos que irnos...

-Eso es verdad. Ya estaba anunciada en Cesárea la llegada de la galera que trae a Longinos y a su centuria. Suboficiales nuevos, soldados nuevos... y todo por esos cocodrilos del Templo. Yo estaba bien aquí.

-Mejor estaba yo en Brindis... Pero me acostumbraré - dice el que ha llegado hace poco a Palestina.

Se alejan también ellos.

Pasan miembros de la guardia del Templo, con tablillas enceradas. La gente los ve y dice:

-El Sanedrín se reúne con carácter de urgencia. ¿Qué querrán hacer?

Uno responde:

-Vamos a subir al Templo y lo vemos...

Se encaminan hacia la calle que va al Moria.

El sol desaparece tras las casas de Sión y tras los montes occidentales. Se viene la noche, que pronto desaloja de curiosos las calles. Los que han subido al Templo bajan inquietos, porque habían sido alejados incluso de las puertas, donde se habían detenido para ver pasar a los miembros del Sanedrín.

El interior del Templo, vacío, desierto, envuelto en la luz de la Luna, parece inmenso. Los Ancianos se reúnen lentamente en la Sala del Sanedrín. Están todos, como para la condena de Jesús, pero no están los que entonces hacían de escribanos. Sólo están los miembros del Sanedrín, parte en sus respectivos sitios, parte formando grupos junto a las puertas.

Entra Caifás con su cara y su cuerpo de sapo obeso y malo, y va a su sitio.

Empiezan inmediatamente a discutir sobre los hechos ocurridos, y tanto les apasiona la cosa, que pronto la sesión se anima mucho: dejan los sitiales y bajan al espacio vacío, y gesticulan y hablan alto.

Hay quien aconseja la calma, y que se ponderen bien las cosas antes de tomar decisiones.

Otros rebaten esa postura:

-¿Pero no habéis oído a los que han venido aquí después de la hora nona? Si perdemos a los judíos más importantes, ¿de qué nos servirá acumular acusaciones? Cuanto más viva, menos seremos creídos si lo acusamos.

-Este hecho no se puede negar. No se les puede decir a los muchos que estaban allí: "Habéis visto mal. Es una ficción. Estabais borrachos". El muerto estaba muerto. Descompuesto. Deshecho. El muerto estaba colocado en el sepulcro cerrado. El sepulcro estaba bien tapiado. El muerto estaba desde días antes vendado y con los ungüentos. El muerto estaba atado. Y, a pesar de todo, ha salido de su sitio, ha venido él solo sin andar hasta la entrada. Y, una vez liberado, en su cuerpo no había muerte. Respiraba. No estaba descompuesto. Mientras que antes, cuando vivía, estaba llagado, y, ya muerto, estaba todo descompuesto.

-¿Habéis oído a los más influyentes judíos, a los que habíamos llevado allí para conquistárnoslos del todo para nosotros? Han venido a decirnos: "Para nosotros, es el Mesías". ¡Casi todos han venido! ¡Y... bueno, el pueblo...!

-¿Y a estos malditos romanos llenos de fantasías no los tenéis en cuenta? Para ellos es Júpiter Máximo. ¡Y si les da por esa idea...! Nos han dado a conocer sus historias y ha sido causa de maldición. ¡Maldición sobre quienes quisieron el helenismo en nosotros y por adulación nos profanaron con costumbres no nuestras! De todas formas, eso también enseña. Y hemos aprendido que enseguida el romano derriba y eleva con conjuras y golpes de estado. Pero, si alguno de estos locos se entusiasma con el Nazareno y lo proclama César, y, por tanto, divino, ¿quién le toca un pelo después?

-¡No, hombre! ¿Quién va a hacer eso, según tú? Ellos se burlan de Él y de nosotros. Por muy grande que sea lo que hace, para ellos sigue y seguirá siendo *"un hebreo",* por tanto, un miserable. El miedo te hace desvariar, hijo de Anás.

-¿El miedo? ¿Has oído cómo ha respondido Poncio a la invitación de mi padre? Te digo que está alterado. Está alterado por este último hecho, y teme al Nazareno. ¡Pobres de nosotros! ¡Ese hombre ha venido para nuestra ruina!

-¡Si al menos no hubiéramos ido allí y no hubiéramos ordenado casi que fueran los judíos más influyentes! Si Lázaro hubiera resucitado sin testigos...

-¿Y en qué hubiera cambiado la cosa? ¡No hubiéramos podido hacerlo desaparecer, ¿no?, para que la gente creyera que seguía muerto!

-Eso no. Pero hubiéramos podido decir que había sido una falsa muerte; gente pagada para falsos testimonios siempre se encuentra.

-Pero ¿por qué tan nerviosos? ¡No veo el motivo! ¿Acaso ha hecho algo que incite contra el Sanedrín y el Pontificado? No. Se ha limitado a hacer un milagro.

-¿Se ha limitado? Pero ¿desvarías o estás vendido a Él, Eleazar? ¿No ha incitado contra el Sanedrín y el Pontificado? ¿Y qué más querías que hiciera? La gente...

-La gente puede decir lo que quiera, pero las cosas son como dice Eleazar. El Nazareno lo único que ha hecho ha sido un milagro.

-¡Ahí tenemos al otro que lo defiende! ¡Ya no eres un justo, Nicodemo! ¡Ya no eres un justo! Esto es un acto contra nosotros. Contra nosotros, ¿comprendes? Ya nada convencerá a la masa. ¡Pobres de nosotros! Hoy algunos judíos se burlaban de mí. ¡Burlarse de mí! ¡De mí!

-¡Calla, Doras! Tú eres sólo un hombre. ¡Es la idea la que sufre el daño! Nuestras leyes. ¡Nuestras prerrogativas!

-Bien dices, Simón. Y hay que defenderlas.

-¿Sí, pero cómo?

-¡Atacando, destruyendo las suyas!

-Se dice pronto, Sadoq. ¿Cómo las destruyes, si tú no sabes por ti mismo hacer que reviva un mosquito? Aquí lo que se requeriría sería un milagro más grande que el suyo. Pero ninguno de nosotros puede hacerlo, porque... - el que está hablando no sabe el porqué.

-José de Arimatea termina la frase:

-Porque nosotros somos hombres, sólo hombres.

Se le echan encima preguntándole:

-¿Y Él, entonces, quién es?

El de Arimatea responde seguro:

-Él es Dios. Si todavía lo hubiera dudado...

-Pero no lo dudabas. Lo sabemos, José. Lo sabemos. ¡Dilo, hombre, di abiertamente que lo estimas!

-¿Qué hay de malo en que José lo estime? Yo mismo le reconozco como el mayor Rabí de Israel.

-¡Tú! ¿Tú, Gamaliel, dices eso?

-Lo digo. Y me honro que Él... me destrone. Porque hasta ahora yo había conservado la tradición de los grandes rabíes, el último de los cuales fue Hil.lel, pero no sabía quién hubiera podido después de mí recoger la sabiduría de los siglos. Ahora me marcho contento, porque sé que la sabiduría no morirá, sino que, al contrario, se hará mayor, porque estará aumentada por la suya, en la que, sin duda, está presente el Espíritu de Dios.

-¿Pero qué estás diciendo, Gamaliel?

-La verdad. No es tapándonos los ojos como podemos ignorar lo que somos. No somos más sabios porque el principio de la sabiduría es el temor de Dios, y nosotros somos pecadores sin temor de Dios. Si tuviéramos este temor, no oprimiríamos al justo, ni tendríamos la necia avidez de las riquezas de este mundo. Dios da y Dios quita; según los méritos y los deméritos. Y si Dios ahora nos quita lo que nos había dado, para dárselo a otros, bendito sea, porque santo es el Señor y santas son todas sus acciones.

-Pero estábamos hablando de milagros, y queríamos decir que ninguno de nosotros los puede hacer porque Satanás no está con nosotros.

-No. Porque Dios no está con nosotros. Moisés separó las aguas y abrió la roca. Josué detuvo el Sol. Elías resucitó al niño e hizo caer la lluvia. Pero con ellos estaba Dios. Os recuerdo *(Proverbios 6, 16-19)* que seis son las cosas que Dios odia, y execra la séptima: los ojos soberbios, la lengua mentirosa, las manos que derraman sangre inocente, el corazón que trama planes malvados, los pies que corren rápidos hacia el mal, el falso testimonio que dice mentiras, y a aquel que introduce discordias entre los hermanos. Nosotros hacemos todas estas cosas. Digo "nosotros", pero las hacéis sólo vosotros, porque yo me abstengo de gritar "hosanna" y de gritar "anatema". Yo espero.

-¡La señal! ¡Sí, tú esperas la señal! ¿Pero qué señal esperas de un pobre... desquiciado, si es que queremos ser máximamente indulgentes con Él?

Gamaliel alza las manos y, con los brazos extendidos hacia delante, los ojos cerrados, la cabeza levemente inclinada, más hierático que nunca, dice lentamente y con voz lejana:

-He invocado ansiosamente al Señor para que me indicara la verdad, y Él me ha iluminado las palabras de Jesús, hijo de Sirá. Éstas *(Eclesiástico 24, 8.18-26.28-32)*: "El Creador de todas las cosas me habló y me dio sus órdenes, y Aquel que me creó descansó en mi Tabernáculo y me dijo: "Habita en Jacob, esté tu herencia en Israel, echa tus raíces entre mis elegidos"'... Y también me iluminó éstas, y las reconocí: "Venid a mí, vosotros, todos los que me anheláis, y saciaos con mis frutos, porque mi espíritu es más dulce que la miel y mi herencia lo es más que el panal. El recuerdo de mí perdurara en las generaciones a través de los siglos. Quienes me coman tendrán hambre de mí, quienes me beban tendrán sed de mí, quienes me escuchen no deberán avergonzarse, quienes trabajen para mí no pecarán, quienes me expliquen tendrán la vida eterna". Y la luz de Dios aumentó en mi espíritu mientras mis ojos leían estas palabras: "Todas estas cosas contiene el libro de la Vida, el testamento del Altísimo, la doctrina de la Verdad... Dios prometió a David que haría nacer de él al Rey potentísimo, que ha de estar sentado eternamente en el trono de la gloria. Rebosa de sabiduría como el Pisón y el Tigris en el tiempo de los nuevos frutos; como el Éufrates rebosa de inteligencia y crece como el Jordán en el tiempo de la cosecha. Irradia la sabiduría como la luz... Él ha sido el primero en conocerla perfectamente". ¡Esto es lo que me ha hecho ver Dios! Pero, ¿qué digo? No, la Sabiduría que está entre nosotros es demasiado grande para que nosotros la comprendamos y acojamos un pensamiento mayor que los mares, un consejo más profundo que el gran abismo. Y le oímos gritar: "Yo, como canal de aguas inmensas broté del Paraíso y dije: "Regaré mi jardín", y mi canal se hizo río; y el río, mar. Cual aurora, irradio a todos mi doctrina, y la daré a conocer a los más lejanos. Entraré en los lugares más bajos, dirigiré mi mirada a los que duermen, iluminaré a los que esperan en el Señor. Y seguiré difundiendo mi doctrina como profecía y la dejaré a aquellos que buscan la sabiduría; no dejaré de anunciarla hasta el siglo santo. No he trabajado para mí sólo, sino para todos aquellos que buscan la verdad". Esto me hizo leer Yeohveh, el Altísimo - y baja los brazos y alza la cabeza.

-¿Pero entonces para ti es el Mesías? ¡Dilo!

-No es el Mesías.

-¿No es? ¿Y entonces qué es para ti? Demonio, no; ángel, no; Mesías, no...

-Es el que es.

-¡Tú deliras! ¿Es Dios? ¿Es Dios para ti ese demente?

-Es el que es. Dios sabe lo que Él es. Nosotros vemos sus obras. Dios ve también sus pensamientos. Pero no es el Mesías, porque para nosotros Mesías quiere decir Rey. Él no es, no será rey. Pero es santo. Y sus obras son obras de santo. No podemos alzar la mano contra el inocente, si no es cometiendo pecado. Yo no doy mi consentimiento al pecado.

-¡Pero con esas palabras casi lo declaras el Esperado!

-Así le consideré; mientras duró la luz del Altísimo, lo vi como tal. Luego... no manteniéndome ya la mano del Señor sobreelevado en su luz, me encontré siendo de nuevo... hombre, hombre de Israel, y las palabras ya no eran más que palabras a las que el hombre de Israel, yo, vosotros, los de antes de nosotros y -que Dios no lo permita- los que vendrán después de nosotros, dan el significado de su, de *nuestro,* pensamiento, no el significado que tienen en el Pensamiento eterno que las dictara a su siervo.

-Estamos hablando, divagando, perdiendo el tiempo. Mientras tanto, el pueblo se agita - dice Cananías con una voz que es un graznido.

-¡Así es! Lo que hay que hacer es decidir y actuar, para salvarnos y triunfar.

-Decís que Pilato no nos quiso auxiliar cuando le pedimos su ayuda contra el Nazareno. Pero si le informáramos... Habéis dicho antes que, si los soldados se exaltan, pueden proclamarlo César... ¡Je! ¡Je! Buena idea. Vamos a exponer al Procónsul este peligro. Recibiremos honores como los reciben los fieles servidores de Roma, y... si interviene, nos veremos libres del Rabí. ¡Vamos! ¡Vamos! Tú, Eleazar de Anás, que tienes más amistad con él que los demás, sé nuestro guía - dice Elquías, riéndose con aspecto viperino.

Hay un poco de indecisión, pero luego un grupo de los más fanáticos sale para dirigirse hacia la Antonia. Se queda Caifás junto con los otros.

-¡A esta hora! No los recibirá - objeta uno.

-No, no, al contrario; es la mejor. Poncio está siempre de buen humor cuando ha comido y bebido como bebe y come un pagano...

Los dejo allí discutiendo y se me representa la escena de la Antonia.

Pronto y sin dificultad se recorre el breve trayecto. Hay una luna tan límpida, que crea un fuerte contraste con la luz roja de las antorchas encendidas en el vestíbulo del palacio pretorial.

Eleazar logra que anuncien su llegada a Pilato. Los pasan a una sala grande y vacía, completamente vacía; hay sólo una pesada silla, de respaldo bajo, cubierta con un paño purpúreo, que resalta vivamente en la blancura completa de la sala. Están en grupo, un poco amedrentados, con frío, en pie sobre el mármol blanco del suelo. No viene nadie. El silencio es absoluto. Pero, de cuando en cuando, una música lejana rompe este silencio.

-Pilato está sentado a la mesa. Sin duda, con los amigos. Esta música la están tocando en el triclinio. Habrá danzas en honor de los invitados - dice Eleazar de Anás.

-¡Degenerados! Mañana me purificaré. Estas paredes rezuman lujuria - dice Elquías con expresión de repulsa.

-¿Por qué has venido, entonces? Tú mismo lo has propuesto - le replica Eleazar.

-Por el honor de Dios y el bien de la Patria sé hacer cualquier sacrificio. ¡Y éste es grande! Me había purificado por haberme acercado a Lázaro... y ahora... ¡Qué día más terrible hoy!...

Pilato no viene. El tiempo pasa. Eleazar, que conoce este lugar, ve si puede abrir alguna puerta, pero están todas cerradas. El miedo se apodera de ellos. Reafloran historias terribles. Se arrepienten de haber ido allí. Se sienten ya perdidos.

Por fin, por el lado opuesto a aquel en que están ellos (están junto a la puerta por la que han entrado), o sea, cerca de la única silla de la sala, se abre una puerta y entra Pilato, vestido con cándidas vestiduras, cándido como la sala cándida. Entra hablando con unos convidados. Ríe. Se vuelve para ordenarle a un esclavo que tiene alzada la cortina que hay al otro lado de la puerta que eche esencias en un brasero y que traiga perfumes y aguas para las manos; y para ordenar que un esclavo lleve espejo y peines. De los hebreos ni se ocupa; es como si no estuvieran. Ellos rabian, pero no se atrever a hacer ningún gesto...

Entretanto, están bajando braseros, y esparcen las resinas encima de los fuegos y echan aguas perfumadas en las manos de los romanos. Un esclavo, con diestros movimientos, peina según la moda de los ricos romanos de la época. Y los hebreos rabian.

Los romanos se ríen y bromean unos con otros, mirando de vez en cuando al grupo que espera en el fondo de la sala. Uno de ellos dice algo a Pilato, que ni una vez se ha vuelto para mirar. Pero Pilato se encoge de hombros en señal de fastidio y da unas palmadas para llamar a un esclavo, al cual le ordena, en voz alta, que lleve dulces y haga pasar a las bailarinas. Los hebreos rabian de ira y de sentimiento de escándalo. ¡Pensar en un Elquías obligado a ver a las bailarinas! Su cara es todo un poema de sufrimiento y odio.

Llegan los esclavos con los dulces en preciosas copas. Detrás de ellos, las bailarinas, coronadas con flores y apenas cubiertas por unas telas tan ligeras que parecen velos. Sus carnes blanquísimas se transparentan tras los ligeros vestidos de color rosa y azul, cuando pasan por delante de los braseros encendidos y de las muchas antorchas puestas en el fondo de la sala. Los romanos admiran la gracia de los cuerpos y movimientos, y Pilato pide que se repita un paso de baile que le ha gustado más. Elquías -y sus compinches hacen lo mismo- se vuelve indignado hacia la pared para no ver a las bailarinas trasvolar como mariposas entre un ondeo descompuesto de vestidos.

Terminada la breve danza, Pilato pone en la mano de cada una de ellas una copa colmada de dulces y en cada copa echa con expresión de desinterés una pulsera, y les da el permiso de marcharse. Por fin, se digna volverse para mirar a los hebreos, y dice a los amigos con voz cansina:

-Y ahora... tengo que pasar del sueño a la realidad... de la poesía a la... hipocresía... de la gracia a las repelentes cosas de la vida. ¡Miserias de ser Procónsul!... ¡Adiós, amigos, y tened compasión de mí!

Ya está solo. Se acerca lentamente a los hebreos. Se sienta. Se observa las bien cuidadas manos, y descubre alguna deficiencia bajo una uña. Se ocupa y se preocupa de ello sacando de entre sus vestiduras una fina y áurea barrita y poniendo remedio al gran daño de una uña imperfecta...

Luego -bondad suya- vuelve lentamente la cabeza. Sonríe burlón al ver a los hebreos todavía servilmente inclinados, y dice:

-¡Eh, vosotros! ¡Aquí! Y sed breves. No tengo tiempo que perder en cosas sin valor.

Los hebreos, conservando su gesto servil, se acercan, hasta que un:

-¡Basta! No demasiado cerca - los clava en el suelo.

-¡Hablad! Y enderezaos, que estar inclinados hacia el suelo es sólo propio de animales - y se ríe.

Los hebreos, al recibir la burla, se enderezan engallados.

-¿Entonces? ¡Hablad! Os habéis empeñado en venir... bueno, pues hablad ahora que estáis aquí.

-Queremos decirte... Nos consta... Nosotros somos siervos fieles de Roma...

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Siervos fieles de Roma! Me encargaré de que lo sepa el divino César. Se pondrá contento. Sí, se pondrá contento. ¡Hablad payasos! ¡Y rápidamente!

Los miembros del Sanedrín están que rabian, pero no reaccionan. Elquías toma la palabra por todos:

-Debes saber, oh Poncio, que hoy en Betania ha sido resucitado un hombre...

-Ya lo sé. ¿Para decirme esto habéis venido? Lo sé desde hace muchas horas. ¡Dichoso él, que ya sabe lo que es morir y lo que es el otro mundo! ¿Y qué puedo hacer yo, si Lázaro de Teófilo ha resucitado? ¿Me ha traído, acaso, un mensaje del Hades?

Se muestra irónico.

No. Pero su resurrección es un peligro...

-¿Para él? ¡Claro! Peligro de tener que morir otra vez. Operación poco agradable. ¿Y bien? ¿Qué puedo hacer yo? ¿Soy Júpiter, acaso?

-Peligro no para Lázaro, sino para César.

-¿Para?... ¡Dómine! ¡Quizás es que he bebido! ¿Habéis dicho: para César? ¿Y en qué puede perjudicar Lázaro a César? ¿Acaso teméis que el hedor de su sepulcro pueda corromper el aire que respira el Emperador? ¡Tranquilizaos! ¡Demasiada distancia!

-No ea eso. Es que Lázaro con su resurrección puede causar la caída del Emperador.

-¿La caída del Emperador? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Esta estupidez si que es grande, ¡más grande que el mundo! Pero entonces el borracho no soy yo, sino vosotros. Quizás el susto os ha trastornado la mente. Ver resucitar... Creo, creo que puede trastornar. Marchaos, marchaos a dormir. Un buen descanso. Y un baño caliente, muy caliente. Saludable contra los delirios.

-No estamos delirando, Poncio. Te decimos que, si no tomas las medidas oportunas, pasarás horas tristes. El usurpador, ciertamente, arremeterá contra ti, si es que no te mata incluso. Dentro de poco, el Nazareno será proclamado rey, rey del mundo, ¿comprendes? Tus propios legionarios lo harán. Ellos están seducidos por el Nazareno, y el hecho de hoy los ha exaltado. ¿Qué siervo eres de Roma, si no te preocupas de su paz? ¿Es que quieres ver al Imperio agitado, dividido por causa de tu pasivismo? ¿Quieres ver vencida a Roma y abatidas las enseñas, asesinado el Emperador, todo destruido...?

-¡Silencio! Hablo yo. Y os digo: ¡sois *unos dementes! Más* aún. Sois *unos embusteros, unos sinvergüenzas.* Mereceríais la muerte. Salid de aquí, ruines siervos de vuestro interés, de vuestro odio, de vuestra bajeza... Los siervos sois vosotros, no yo. Yo soy ciudadano romano, y los ciudadanos romanos no son siervos de nadie. Yo soy el funcionario imperial y trabajo para los bienes patrios. Vosotros..., sois los que estáis subyugados. Vosotros... vosotros sois los dominados. Vosotros... vosotros sois los galeotes amarrados a los bancos y rabiáis inútilmente. El látigo del patrón está sobre vosotros. ¡El Nazareno!... ¿Querríais que matara al Nazareno? ¿Querríais que lo recluyera? ¡Por Júpiter! Si por salvar a Roma y al divino Emperador tuviera que apresar a los sujetos peligrosos, o matarlos aquí donde gobierno, al Nazareno y a sus seguidores debería dejarlos libres y vivos, sólo *a ellos.* Marchaos. Desalojad y no volváis nunca más a mi presencia. ¡Turbulentos! ¡Instigadores de rebelión! ¡Ladrones y favorecedores de ladrones! No ignoro ninguno de vuestros manejos. Sabedlo. Y sabed también que armas nuevas y nuevos legionarios han servido para descubrir vuestras trampas y vuestros instrumentos. Gritáis por los impuestos romanos. Pero, ¿cuánto os han costado Melquías de Galaad, Jonás de Escitópolis, Felipe de Soko, Juan de Betavén, José de Ramaot, y todos los demás que pronto serán apresados? Y no vayáis hacia las grutas del valle, porque allí hay más legionarios que piedras, y la ley y la galera son iguales para todos. ¡Para todos! ¿Comprendéis? *Para todos.* Y espero vivir lo suficiente como para veros a todos encadenados, esclavos entre los esclavos bajo el talón de Roma. ¡Salid! Id -tú también, Eleazar de Anás, a quien no deseo volver a ver en mi casa-y referid que el tiempo de la clemencia *ha terminado,* y que yo soy el Procónsul y vosotros los súbditos. Los *súbditos.* Y yo mando. En nombre de Roma. ¡Salid! ¡Serpientes nocturnas! ¡Vampiros! ¿Y el Nazareno os quiere redimir? ¡Si Él fuera Dios, debería fulminaros! Y desaparecería del mundo la mancha más asquerosa. ¡Fuera! Y no os atreváis a tramar conjuras, o conoceréis la espada y el flagelo.

Se levanta y se va dando un portazo delante de los palidecidos y amedrentados miembros del Sanedrín, que no tienen tiempo de reaccionar, porque entra un grupo armado que los echa fuera de la sala y del palacio como si fueran perros.

Regresan al aula del Sanedrín. Refieren lo sucedido. La agitación es máxima. La noticia del arresto de muchos bandidos y de las batidas en las grutas para atrapar a los otros turba fuertemente a todos los que están todavía allí (porque muchos, cansados de esperar, se han marchado).

-Pues, a pesar de todo, no podemos dejar que viva - gritan unos sacerdotes.

-No podemos dejar que actúe. Él actúa; nosotros, no. Y día tras día perdemos terreno. Si lo dejamos libre todavía, seguirá haciendo milagros y todos creerán en Él. Y los romanos terminarán por arremeter contra nosotros y destruirnos

completamente. Poncio se expresa de esta forma, pero si la muchedumbre lo aclamara rey, ¡ah!, entonces Poncio tendría el deber de castigarnos a todos. No debemos permitirlo - grita Sadoq.

-De acuerdo. Pero ¿cómo? La vía... legal romana ha fracasado. Poncio no abriga dudas respecto al Nazareno. La vía... legal nuestra es impracticable. No peca... - objeta uno.

-Se inventa la culpa, si no la hay - insinúa Caifás.

-¡Pero es pecado hacer esto! ¡Jurar lo falso! ¡Hacer condenar a un inocente! ¡Es... demasiado!... - dice con horror la mayoría.

-Es un delito, porque significará la muerte para Él.

-¿Y bien? ¡Eso os asusta? Sois unos necios y no sabéis de nada. Después de lo que ha sucedido, Jesús *debe* morir. ¿No os dais cuenta todos vosotros que es mejor para nosotros que muera un hombre en vez de que mueran muchos? Muera Él, pues, para salvar a su pueblo, para que no perezca toda nuestra nación. Además... Él mismo dice que es el Salvador. Por tanto, que se sacrifique por salvar a todos - dice Caifás, con un odio frío y astuto que causa repugnancia.

-¡Pero Caifás! ¡Reflexiona! Él...

-He dicho. El Espíritu del Señor está sobre mí, Sumo Sacerdote. ¡Ay de aquel que no respete al Pontífice de Israel! ¡Los rayos de Dios se abatirán sobre él! ¡Basta ya de espera! ¡Basta ya de angustias! Ordeno y decreto que quien sepa -quienquiera que sea- dónde se encuentra el Nazareno, venga y denuncie su paradero, y maldición sobre el que no obedezca a mis palabras.

-Pero Anás... - objetan algunos.

-Anás me ha dicho: "Todo lo que hagas será santo". Levantamos la sesión. El viernes, entre las horas tercera y sexta, todos aquí para deliberar. *Todos, he dicho. Comunicádselo a los ausentes. Y* que sean convocados todos los jefes de las familias y de las clases, todo lo mejor de Israel. El Sanedrín ha hablado. Marchaos.

Y él es el primero en retirarse por donde ha venido, mientras que los otros se marchan por otras partes y, hablando en tono moderado, salen del Templo en dirección a sus casas.

## 550

## Misión de amor para Lázaro y contemplación absoluta para su hermana María. Jesús debe huir a Samaria.

Es hermoso estar así, descansando, rodeado del amor de los amigos, con el Maestro, en estos días de sol que ya reflejan una primera precoz sonrisa de la primavera; mirando a los campos, que ya abren su tierra al verdecer inocente de los cereales que brotan; mirando a los prados, que rompen el verde uniforme del invierno con las primeras florecillas multicolores; mirando a los setos, que, en los lugares más expuestos al sol, presentan ya sonrisas de yemas semiabiertas, mirando a los almendros, que ya forman espuma en sus copas por las primeras flores que nacen. Y Jesús goza de ellos, y también los apóstoles, como los tres amigos de Betania. ¡Parecen tan lejanos la malevolencia, el dolor, la tristeza, la enfermedad, la muerte, el odio, la envidia, todas aquellas cosas que constituyen dolor, tormento, preocupación en la Tierra...!

Los apóstoles, todos, están jubilosos, y lo expresan. Manifiestan *su persuasión* -¡tan segura, tan triunfante!- de que ya Jesús ha vencido a todos sus enemigos, de que su misión irá adelante sin obstáculos, de que será reconocido como Mesías hasta por los más tenaces en negar esto. Hablan un poco exaltados. Están eufóricos, haciendo proyectos para el futuro, soñando... soñando mucho... y humanamente; tanto, que se los ve rejuvenecidos.

El más exaltado, por esa psique suya que le lleva siempre a los extremos, es Judas de Keriot. Se autofelicita por haber sabido esperar y por haber actuado hábilmente; se autofelicita por su larga fe en el triunfo del Maestro, por haber plantado cara a las amenazas del Sanedrín... Está tan exaltado, que al final dice, en medio del estupor atónito de sus compañeros, algo que hasta este momento ha mantenido oculto: -Sí, me querían comprar, me querían seducir con lisonjas, y con amenazas, al ver que aquéllas no producían efecto. ¡Si supierais! Pero les he pagado con la misma moneda. He fingido estima por ellos, como ellos por mí; les he lisonjeado, como ellos me lisonjeaban; los he traicionado, como ellos querían traicionarme... porque es lo que querían hacer. Querían hacerme creer que probaban al Maestro con espíritu bueno para poder proclamarlo solemnemente el Santo de Dios. ¡Pero yo los conozco! Yo los conozco. Y, en todas las cosas que me decían que querían hacer, me movía hábilmente, de forma que la santidad de Jesús apareciera más radiante que el Sol de mediodía en un cielo sin nubes... Este juego mío era peligroso, porque... ¡si se hubieran dado cuenta!... Pero estaba dispuesto a todo, incluso a la muerte, por servir a Dios en mi Maestro. Y de esta forma sabía todo... ¡Claro, algunas veces os habré parecido un loco, o malo o huraño! ¡Si hubierais sabido esto!... ¡Sólo yo sé cómo han sido mis noches, y qué precauciones debía tener para hacer el bien sin llamar la atención de nadie! Todos me habéis mirado un poco con sospecha. Ya lo sé. Pero no os guardo rencor por ello. Mi modo de actuar... sí... podía crear sospechas. Pero el fin era bueno, y eso era lo único que me preocupaba. Jesús no sabe nada. O sea, creo que Él también me mira con sospechas. Pero sabré callar, sin exigir una alabanza suya. Guardad silencio también vosotros. Un día, al principio de estar con Él -y tú, Simón Zelote, y tú, Juan de Zebedeo, estabais conmigo— me corrigió porque me había gloriado de tener sentido práctico de las cosas. Desde entonces yo... no le he hecho observar esta cualidad, pero he seguido usándola, para bien suyo. He obrado como una madre con su hijo inexperto. La madre le quita los obstáculos del camino, le acerca la rama sin espinas y le alza la que puede herirle; o, con juiciosas acciones, lo lleva a hacer aquello que debe saber hacer y a evitar lo malo, sin que siquiera el hijo se dé cuenta. Es más, el hijo cree que ha conseguido por sí solo caminar sin tropezar, recoger una bonita flor para su mamá, o hacer esa cosa o aquella otra. Yo he hecho lo mismo con el Maestro. Porque la santidad no es suficiente en un mundo de hombres y de diablos. Hay que luchar con armas iguales, al menos con armas de hombre... y, algunas veces... no viene mal meter entre las otras armas un poco de astucia de infierno. Así pienso yo. Pero Él no quiere oír estas ideas... Es demasiado bueno... Bien. Yo comprendo todo y comprendo a todos, y os perdono a todos los malos pensamientos que hayáis podido tener

respecto a mí. Ahora ya sabéis. Ahora nos queremos como buenos compañeros, todo por amor a Él y para gloria suya - y señala a Jesús, que pasea mucho más lejos, por un paseo lleno de sol, hablando con Lázaro, que lo escucha con una sonrisa de éxtasis en su rostro.

Los apóstoles se alejan en dirección a la casa de Simón. Jesús, sin embargo, se acerca con su amigo. Los oigo.

Dice Lázaro:

-Sí. Había comprendido que había una finalidad grande, benigna sin duda, en el hecho de dejarme morir. Pensaba que quizás era por evitarme ver la persecución de que eres objeto. Y, Tú sabes que digo la verdad, estaba contento de morir para no verla. Me irrita. Me turba. Mira, Maestro, he perdonado muchas cosas a los jefes de nuestro pueblo. He tenido que perdonar hasta en los últimos días... Elquías... Pero la muerte y la resurrección han borrado lo que había antes de ellas. ¿Para qué recordar las últimas acciones de ellos para causarme dolor? He perdonado todo a María. Ella parece dudarlo. Es más, no sé por qué, pero desde que he resucitado ha tomado respecto a mí una actitud tan... no sé cómo definirla; de una mansedumbre y acatamiento tan poco comunes en mi María... Ni siquiera en los primeros momentos después de volver aquí, redimida por ti, era así... Bueno, quizás Tú sabes y me puedes decir algo al respecto, porque María te dice todo... Quizás sabes si los que vinieron aquí la censuraron demasiado. Yo siempre, cuando la veía absorta en la idea de su pasado, trataba de disminuir el recuerdo de su error, para medicar su sufrimiento. No logra restablecerse en sosiego. ¡Y parece tan... por encima de cualquier tipo de abatimiento!... A algunos les podrá parecer incluso poco arrepentida... Pero yo comprendo... Yo sé. Hace de todo por expiar. Pienso que hace grandes penitencias, de todo tipo. No me extrañaría que bajo sus vestidos llevara un cilicio, ni que su carne conociera las dentelladas de los azotes... Pero el amor fraterno que tengo yo y que quiere sostenerla interponiendo un velo entre el pasado y el presente, no lo tienen los demás... ¿Tú sabes si, acaso, ha sido maltratada por alguien que no sepa perdonar... de forma que esté necesitada de perdón?

-No lo sé, Lázaro. María no me ha hablado de esto. Sólo me ha dicho que ha sufrido mucho oyendo la insinuación de los fariseos de que Yo no era el Mesías porque no te curaba o no te resucitaba.

-¿Y... no te ha dicho nada de mí? Es que... yo sufría mucho... y recuerdo que mi madre, en sus últimas horas, manifestó cosas que tanto a Marta como a mí nos habían pasado desapercibidas: fue como si el fondo de su alma y de su pasado subiera nuevamente a la superficie con las últimas convulsiones del corazón. Mi temor es... Mi corazón ha sufrido mucho por María... y ha hecho mucho esfuerzo para que no percibiera nunca lo que por ella he sufrido... Mi temor es el haberla herido ahora que es buena, mientras que, antes por amor de hermano y luego por amor a ti, nunca la había herido en el tiempo infame, cuando ella era un oprobio. ¿Qué te ha dicho de mí, Maestro?

-Me ha manifestado su dolor por haber tenido demasiado poco tiempo para darte su santo amor de hermana y condiscípula. Perdiéndote ha medido toda la extensión de los tesoros de afecto que en el pasado había pisoteado... y ahora se siente feliz de poderte dar todo el amor que quiere darte, para decirte que tú para ella eres el santo, amado hermano.

-¡Ah, es lo que había intuido! Esto me da satisfacción. Temía haberla ofendido... Desde ayer pienso, pienso... me esfuerzo en recordar... pero no lo logro...

-¿Pero por qué quieres recordar? Tienes el futuro por delante. El pasado ha quedado en la tumba. Es más, ni siquiera ha quedado allí. Ha sido consumido por el fuego junto con las vendas fúnebres. Pero, si esto te tranquiliza, te diré las últimas palabras que tuviste para tus hermanas, para María sobre todo. Dijiste que por María Yo he venido aquí y vengo, porque María sabe amar más que todos los demás. Es verdad. Le dijiste que ella te ha amado más que todos los que te han amado. Esto también es verdad, porque ella te ha amado renovándose por amor a Dios y a ti. Le dijiste que toda una vida de delicias no te habría dado la alegría que has experimentado gracias a ella. Y las bendijiste, como los patriarcas bendecían a sus más amados hijos. Bendijiste igualmente a Marta, y la llamaste "tu paz", y a María, y la llamaste "tu alegría". ¿Te sientes en paz ahora?

-Ahora sí, Maestro. Me siento en paz.

-Pues entonces, dado que la paz da misericordia, perdona también a los jefes del pueblo que me persiguen. Porque esto es lo que querías decir: que todo puedes perdonarlo, pero no el mal que me hacen a mí.

-Así es, Maestro.

-No, Lázaro. Yo los perdono. Tú *debes* perdonarlos, si quieres asemejarte a mí.

-¡Oh! ¡Asemejarme a ti! No puedo. ¡Soy un simple hombre!

-El hombre ha quedado allá abajo. ¡El hombre! Tu espíritu... Tú sabes lo que sucede cuando muere un hombre...

-No, Señor, no recuerdo nada de lo que me ha sucedido - interrumpe vehementemente Lázaro.

Jesús sonríe y responde:

-No hablaba de tu personal saber, de tu experiencia particular. Hablaba de lo que todo creyente sabe que le sucede cuando muere.

-¡Ah! El Juicio particular. Lo sé. Lo creo. El alma se presenta a Dios, y Dios la juzga.

-Así es. Y el juicio de Dios es justo e inviolable. Y tiene un infinito valor. Si el alma juzgada es culpable mortalmente, pasa a ser alma réproba; si es levemente culpable, es enviada al Purgatorio; si es justa, va a la paz del Limbo, a la espera de que Yo abra las puertas de los Cielos. Así pues, Yo he hecho regresar a tu espíritu habiendo sido ya juzgado él por Dios. Si hubieras sido un réprobo, no te habría podido llamar de nuevo a la vida, porque, haciéndolo, habría anulado el juicio de mi Padre. Para los réprobos no hay ya mutaciones. Están juzgados para siempre. Por tanto, tú estabas dentro del número de los no réprobos, y, por tanto, estabas en la clase de los bienaventurados o de los que son bienaventurados después de la purificación. Pero, reflexiona, amigo mío. Si la sincera voluntad de arrepentimiento que puede tener el hombre siendo todavía hombre, o sea, carne y alma, tiene valor de purificación; si un simbólico rito de bautismo en las aguas, buscado por contrición respecto a las inmundicias contraídas en el mundo y por la carne, tiene para nosotros, hebreos, valor de purificación, ¿qué valor tendrá el arrepentimiento, más real y perfecto, mucho más perfecto, de un alma liberada de la carne, consciente de lo que Dios es, iluminada acerca de la gravedad de sus errores, iluminada acerca de la magnitud de la alegría que ha alejado de sí por horas, años o siglos: la alegría de

la paz del Limbo, que poco después será la alegría de una posesión de Dios ya alcanzada: ¿qué será la purificación dúplice, ternaria, del arrepentimiento perfecto, del amor perfecto, del baño en el ardor de las llamas encendidas por el amor de Dios y por el amor a los espíritus, en el cual y por el cual los espíritus se despojan de toda impureza y surgen hermosos como serafines, coronados por algo que no corona ni siquiera a los serafines: el martirio terreno y ultraterreno, contra los vicios y por el amor? ¿Qué será? Dilo, amigo mío.

-Pues... no sé... una perfección. Mejor... una nueva creación.

-Eso es. Has dicho la palabra precisa. El alma queda como recreada. El alma queda como la de un recién nacido. Es *nueva.* Desaparece todo el pasado, su pasado de hombre. Cuando desaparezca la culpa de origen, el alma, ya sin mancha ni sombra de manchas, será supercreada y será digna del Paraíso. Yo he hecho regresar tu alma, que ya se había recreado por la determinación al Bien, por la expiación del sufrimiento y de la muerte, y por tu perfecto arrepentimiento y amor alcanzados después de la muerte. Tienes, pues, un alma completamente inocente, cual la de un niño de unas horas. Y si eres un niño recién nacido, ¿por qué quieres vestir esta niñez espiritual con los molestos, pesados indumentos del hombre adulto? Los niños tienen alas y no cadenas para su espíritu alegre. Los niños me imitan con facilidad, porque no han adquirido todavía ninguna personalidad. Se hacen como Yo soy, porque en su alma exenta de improntas se puede imprimir, sin confusión de rasgos, mi figura y mi doctrina. En su alma no hay recuerdos humanos, ni resentimientos ni prejuicios. No hay nada, y puedo estar Yo ahí, perfecto, absoluto, como estoy en el Cielo. Tú, que te encuentras como renacido, uno que ha nacido nuevamente, porque en tu vieja carne la capacidad motora es nueva, no tiene pasado, ni mancha, ni huellas de lo que fue; tú, que has regresado para servirme, sólo para esto, debes, más *que todos,* ser como Yo soy. Mírame. Mírame bien. Espéjate en mí, refléjame en ti: dos espejos que se miren para reflejar, el uno en el otro, 1a figura de lo que aman. Tú eres hombre y eres niño. Eres hombre por la edad, eres niño por la pureza de corazón. Tienes, respecto a los niños, la ventaja de conocer ya el Bien y el Mal, y de haber sabido ya elegir el Bien incluso antes del bautismo en las llamas del amor. Pues bien, Yo te digo a ti, hombre cuyo espíritu está limpio por la purificación vivida: "Sé perfecto como lo es el Padre nuestro de los Cielos y como Yo lo soy. Sé perfecto, o sea, semejante a mí, que te he amado tanto, que he ido contra todas las leyes de la vida y de la muerte, del Cielo y de la Tierra, para tener de nuevo en la Tierra a un siervo de Dios y a un verdadero amigo; y, en el Cielo, un bienaventurado, un gran bienaventurado". Esto lo digo a todos: "Sed perfectos". Y ellos, la mayoría, no tienen el corazón que tú tenías, digno del milagro, digno de ser tomado como instrumento para esta glorificación de Dios en su Hijo. Y ellos no tienen tu deuda de amor para con Dios... Puedo decírtelo, puedo exigírtelo a ti. Y en primer lugar lo exijo en una cosa: en no guardar rencor a quien te ha ofendido y me ofende. Perdona, perdona, Lázaro. Has sido sumergido en las llamas, en las llamas encendidas por el amor. Debes ser "amor", para no conocer nunca otra cosa que no sea el abrazo de Dios.

-¿Y, haciéndolo así, cumpliré la misión para la que me has resucitado?

-Haciéndolo la cumplirás.

-Es suficiente esto, Señor; no necesito ni preguntar ni saber más. Servirte era mi sueño. Si te he servido incluso en la nada que puede hacer un enfermo y un muerto, y si voy a poder servirte en lo mucho que puede hacer uno que ha sido curado, mi sueño está cumplido y no pido nada más. ¡Bendito seas, Jesús, Señor y Maestro mío! Y, contigo, bendito sea el que te ha enviado.

-Bendito sea siempre el Señor Dios omnipotente.

Van hacia la casa, deteniéndose de vez en cuando a observar el despertar de los árboles, y Jesús alza un brazo y, como es alto, coge un ramito de flores de un almendro que se calienta al sol contra la pared meridional de la casa.

Sale María, que los ve y se acerca a oír lo que Jesús dice:

-¿Ves, Lázaro? También a éstas el Señor les ha dicho: "Salid afuera". Y ellas han obedecido para servir al Señor.

-¡Qué misterio es la germinación! Parece imposible que del tronco duro o de la dura semilla puedan salir pétalos tan frágiles y tallos tan tiernos, y transformarse en fruta o en plantas. ¿Es erróneo, Maestro, decir que la savia o el germen son como el alma de la planta o de la semilla?

-No es erróneo, porque es la parte vital. En ellas no es eterna, y creada para cada especie en el primer día en que árboles y cereales existieron. En el hombre es eterna, semejante a su Creador, creada una a una para cada nuevo hombre que es concebido. Pero es por ella por la que la materia vive. Por este motivo te digo que sólo por el alma el hombre vive. No sólo aquí, sino también después. Vive por su alma. Nosotros, hebreos, no hacemos dibujos en los sepulcros, como los hacen los gentiles. Pero, si los hiciéramos, deberíamos dibujar siempre no la antorcha apagada, no la clepsidra vacía u otro símbolo de fin; antes bien, la semilla arrojada al surco y que se hace espiga. Porque es la muerte de la carne la que libera al alma de la corteza y la hace fructificar en los jardines de Dios. La semilla: esa chispa vital que Dios ha puesto en nuestro polvo y que se hace espiga, si sabemos, con la voluntad, y también con el dolor, hacer fértil a la porción de tierra que la ciñe. La semilla: el símbolo de la vida que se perpetúa... Pero Maximino te llama...

-Voy, Maestro. Serán administradores... Todo estaba parado en estos últimos meses. Ahora vienen solícitos a presentarme las cuentas...

-Que apruebas de antemano porque eres un buen patrón.

-Y porque ellos son buenos subordinados.

-El buen patrón hace buenos subordinados.

-Entonces yo voy a ser un buen subordinado, porque te tengo a ti como perfecto Patrón - y se marcha sonriendo, ágil, ¡tan distinto del pobre Lázaro de antes, del Lázaro de los años anteriores!...

Con Jesús se queda María.

-¿Y tú, María, vas a ser una buena sierva de tu Señor?

-Tú puedes saberlo, Rabbuní. Yo... sólo sé que he sido una gran pecadora.

Jesús sonríe:

-¿Has visto a Lázaro? También él era un gran enfermo, y, a pesar de ello, ¿no te parece que ahora está bien sano?

-Así es, Rabbuní. Tú lo has curado. Lo que haces Tú es siempre total. Lázaro no ha estado nunca tan fuerte y alegre como desde que ha salido del sepulcro.

-Tú lo has dicho, María. Lo que hago Yo *es siempre total.* Por eso, también tu redención *es total,* porque Yo la he realizado.

-Es verdad, mi amado Salvador, Redentor, Rey, Dios. Es verdad. Y, si así lo quieres, yo también seré una buena sierva de mi Señor. Yo, por mi parte, lo quiero, Señor. No sé si Tú lo quieres.

-Lo quiero, María. Una buena sierva mía. Hoy más que ayer, mañana más que hoy. Hasta que Yo te diga: “Basta así, María. Es la hora de tu descanso".

-De acuerdo, Señor. Quisiera que me llamaras Tú entonces, como has llamado a mi hermano del sepulcro. ¡Llámame de la vida!

-No "de la vida". *Te llamaré a la Vida, a la verdadera Vida.* Te llamaré del sepulcro que son la carne y la Tierra, te llamaré al desposorio de tu alma con tu Señor.

-¿Mi desposorio? Tú amas a los que son vírgenes, Señor...

-Yo amo a los que me aman, María.

-¡Eres divinamente bueno, Rabbuní! Por eso no lograba serenarme cuando oía que te llamaban malo porque no venías. Era como sentir que todo se venía abajo. ¡Qué esfuerzo el tener que decirme a mí misma: "No. ¡No! No debes aceptar esta evidencia. Esto que te parece evidencia es un sueño. La realidad es el poder, la bondad, la divinidad de tu Señor"! ¡Cuánto he sufrido! Mucho ha sido el dolor por la muerte de Lázaro y por sus palabras... ¿Te ha referido algo? “No recuerda" Dime la verdad...

-No miento nunca, María. Lázaro teme haber hablado y haber manifestado lo que había sido el dolor de su vida. Pero Yo, sin mentir, lo he serenado, y ahora está tranquilo.

-Gracias, Señor. Esas palabras... en mí produjeron un bien. Sí. Como produce un bien la cura de un médico que pone al descubierto las raíces de un mal y las cauteriza. Esas palabras terminaron de aniquilar a la vieja María. Tenía todavía un concepto demasiado alto de mí. Ahora... mido el fondo de mi ruindad y sé que debo andar mucho para remontarlo. Pero lo andaré, si me ayudas.

-Te ayudaré, María. Incluso cuando me haya marchado, te ayudaré.

-¿Cómo, mi Señor?

-Aumentando tu amor hasta una medida incalculable. Para ti no hay otro camino aparte de éste.

-¡Demasiado dulce para lo que tengo que expiar! Todos se salvan con el amor. Todos ganan el Cielo. Pero lo que es suficiente para los puros, para los justos, no es suficiente para la gran culpable.

-No hay otro camino para ti, María. Porque, cualquiera que sea el camino que tomes, ese camino será siempre amor: amor si haces el bien en mi Nombre, amor si evangelizas, amor si te aíslas, amor si te martirizas, amor si te entregas al martirio. Tú sólo sabes amar, María. Es tu naturaleza. Las llamas sólo pueden arder, bien sea que se arrastren por el suelo quemando pajuz, bien sea que suban como un abrazo de resplandores en torno a un tronco, a una casa o a un altar para lanzarse al cielo. A cada uno su naturaleza. La sabiduría de los maestros de espíritu está en saber aprovechar las tendencias del hombre orientándolas hacia el camino por el que puedan resolverse en bien. En las plantas y en los animales también existe esta ley, y sería necio el pretender que un árbol frutal diera sólo flores, o que diera frutos distintos de los que se siguen de su naturaleza, o que un animal llevara a cabo funciones que son propias de otra especie. ¿Podrías pretender que esa abeja destinada a producir miel se transformara en un pajarillo que cantara entre las ramas de los setos? ¿0 que esta ramita de almendro que tengo en mis manos, junto con el propio almendro de donde la he arrancado, en vez de almendras diera a través de su corteza gotas de resinas aromáticas? La abeja trabaja, el pájaro canta, el almendro da fruto, el árbol de resina produce sustancias aromáticas. Y todos sirven para su función. Lo mismo las almas. Tú tienes la función de amar.

-Entonces enciéndeme, Señor. Te lo pido como gracia.

-¿No te basta la fuerza de amor que posees?

-Es demasiado poca, Señor. Podría servir para amar a seres humanos; no, para ti, que eres el Señor infinito.

-Pero, precisamente por serlo, sería necesario un amor sin límites...

-Sí, mi Señor. Esto es lo que quiero, que pongas en mí un amor sin límites.

-María, el Altísimo, que sabe lo que es el amor, dijo al hombre: "Me amarás con todas tus fuerzas". No exige más. Porque sabe que ya es martirio amar con todas las fuerzas...

-No importa, mi Señor. Dame un amor infinito para amarte como debes ser amado, para amarte como no he amado a nadie.

-Me pides un sufrimiento semejante a una hoguera que quema y consume, María. Quema y consume lentamente... Piénsalo.

-Hace mucho que lo pienso, mi Señor, pero no me atrevía a pedírtelo. Ahora sé cuánto me amas. Ahora sí que sé en qué medida me amas, y me atrevo a pedírtelo. Dame este amor infinito, Señor.

Jesús la mira. Ella está delante de É1, todavía enflaquecida a causa de las vigilias y el dolor, modesta y sencillamente vestida y peinada, como una niña sin malicia, pálida su cara que se enciende de deseo, ojos suplicantes, aunque ya brillantes de amor; ya más serafín que mujer: es, verdaderamente, la contempladora que pide el martirio de la contemplación absoluta.

Jesús dice una sola palabra, después de haberla mirado atentamente como queriendo medir la voluntad de ella:

-Sí.

-¡Ah, mi Señor! ¡Qué don, morir de amor por ti! - cae de rodillas y besa los pies de Jesús.

-Levántate, María. Ten estas flores. Serán las de tu desposorio espiritual. Sé dulce como el fruto de este almendro, pura como su flor y luminosa como el aceite que de este fruto se extrae, cuando lo encienden, fragante como ese aceite cuando, saturado de esencias, es esparcido en los banquetes o sobre las cabezas de los reyes, fragante por tus virtudes. Entonces, verdaderamente, derramarás sobre tu Señor el bálsamo que Él apreciará infinitamente.

María coge las flores, pero no se levanta, sino que anticipa los bálsamos del amor regando de lágrimas y besos los pies de su Maestro. Se acerca Lázaro:

-Maestro, un niño pregunta por ti. Había ido a la casa de Simón a buscarte y ha encontrado allí sólo a Juan, que lo ha mandado hacia acá. Pero quiere hablar solamente contigo.

-De acuerdo. Acompáñalo aquí. Voy hacia la pérgola de los jazmines.

María vuelve a la casa con Lázaro. Jesús va a la pérgola. Vuelve Lázaro trayendo de la mano al niño que vi en casa de José de Seforí. Jesús lo reconoce enseguida y le saluda:

-¿Tú, Marcial? La paz sea contigo. ¿Cómo por aquí?

-Me envían para decirte una cosa... - y mira a Lázaro, que comprende y hace ademán de marcharse.

-Quédate, Lázaro. Éste es mi amigo Lázaro. Puedes hablar delante de él, niño, porque Yo no tengo otro amigo más fiel que él.

El niño cobra confianza. Dice:

-Me manda José el Anciano -porque ahora estoy con él- a decirte que vayas sin demora, enseguida, a Betfagé, a la casa de Cleonte. Tiene que decirte algo urgentemente. Algo urgentísimo. Y ha dicho que vayas solo porque tiene que hablar contigo muy secretamente.

-¡Maestro! ¿Qué sucede? - pregunta Lázaro sobresaltado.

-No lo sé, Lázaro. Hay que ir. Ven conmigo.

-Enseguida, Señor. Podemos ir con el niño.

-No, Señor. Voy solo. José me lo ha dicho así. Ha dicho: "Si sabes hacerlo tú solo y bien, te querré como un padre". Yo quiero que José me quiera como hijo. Me marcho enseguida, corriendo. Tú ven después. Adiós, Señor. Adiós, hombre.

El niño se echa a correr, cual golondrina echándose a volar.

-Vamos, Lázaro. Tráeme el manto. Me adelanto porque, como ves, el niño no logra abrir la cancilla y no quiere llamar a nadie.

Jesús va rápido a la cancilla; Lázaro, rápido, a la casa: el primero abre los cierres de hierro al niño, que se marcha raudo; el segundo lleva el manto a Jesús y, al lado de Jesús, va por el camino que lleva a Betfagé.

-¿Qué es lo que querrá José, para enviar con tanto secreto a un niño?...

-Un niño pasa desapercibido a quien pueda estar vigilando - responde Jesús.

-¿Crees que?... ¿Sospechas que?... ¿Te sientes en peligro, Señor?

-Estoy cierto de ello, amigo.

-¡Pero todavía ahora! ¡Prueba más grande no habrías podido darla!...

-El odio crece azuzado por las realidades.

-¡Entonces por causa mía! ¡Yo te he perjudicado!... ¡Mi dolor es sin igual! - dice Lázaro, verdaderamente afligido.

-No por causa tuya. No te aflijas sin motivo. Has sido el medio, pero la causa ha sido la necesidad, comprende esto, la necesidad de dar al mundo la prueba de mi naturaleza divina. Si no hubieras sido tú, otro habría sido, porque Yo debía probar al mundo que, como Dios que soy, puedo todo lo que quiero. Y devolver a la vida a uno ya muerto días antes y ya descompuesto no puede ser obra nada más que de Dios.

-¡Lo que quieres es consolarme! Pero para mí la alegría, toda mi alegría, se ha esfumado... Sufro, Señor.

Jesús hace un gesto como queriendo decir: "¡en fin!", y callan luego los dos.

Caminan a buen paso. La distancia es corta entre Betania y Betfagé, y pronto llegan.

José pasea arriba y abajo por el camino que está al principio del pueblo. Está vuelto de espaldas cuando Jesús y Lázaro aparecen por una callejuela ocultada por un seto. Lázaro lo llama.

-¡Ah! Paz a vosotros. Ven, Maestro. Te estaba esperando aquí para verte inmediatamente. Pero vamos al olivar. No quiero que nos vean...

Los lleva detrás de las casas, a una espesura de olivos que, con sus frondas tupidas y revueltas que cubren las laderas, es un cómodo refugio para hablar sin ser notados.

-Maestro, he mandado al niño, que es espabilado y obediente y me quiere mucho, porque debía comunicarte algo y no debía ser visto. He recorrido el Cedrón para venir aquí... Maestro, tienes que marcharte enseguida de aquí. El Sanedrín ha sentenciado tu captura y mañana será leído el decreto en las sinagogas. Quienquiera que sepa dónde estás tiene el deber de comunicarlo. No hace falta que te diga, Lázaro, que tu casa será la primera en ser vigilada. He salido del Templo a la hora sexta. Me he puesto inmediatamente a la obra porque mientras hablaban yo ya había hecho mi plan. He ido a casa. He tomado al niño. He salido a caballo de un asno por la puerta de Herodes como para dejar la ciudad. Luego he cruzado el Cedrón y lo he seguido. He dejado el asno en el Getsemaní. He enviado corriendo al niño, que ya sabía el camino porque había ido conmigo a Betania. Márchate inmediatamente, Maestro. A un lugar seguro. ¿Sabes a dónde ir? ¿Tienes dónde ir?

-¿Pero no basta con que se aleje de aquí? ¿De Judea al máximo?

-No basta, Lázaro. Están furiosos. Debe ir a un lugar al que ellos no vayan...

-¡Pero si ellos van a todas partes! ¡No querrás que el Maestro deje Palestina! ¿No?... - dice Lázaro inquieto.

-¿Y qué quieres que yo te diga? El Sanedrín quiere capturarlo...

-Por causa mía, ¿no es verdad? ¡Dilo!

-¡Mmm! ¡Pues... sí! Por causa tuya... es decir, por causa de que todos se convierten a Él, y ellos esto... no lo quieren.

-¡Pero es un delito! ¡Es un sacrilegio!... ¡Es...!

Jesús, pálido pero tranquilo, alza la mano e impone silencio. Dice:

-Calla, Lázaro. Cada uno hace su trabajo. Todo está escrito. Te agradezco esto, José, y te aseguro que me voy. Vete, vete, José; que no noten tu ausencia... Que Dios te bendiga. A través de Lázaro, te diré dónde estoy. Márchate. Te bendigo a ti, a Nicodemo y a todos los justos de corazón.

Lo besa y se separan. Jesús vuelve con Lázaro, por el olivar, hacia Betania, mientras José va hacia la ciudad.

-¿Qué vas a hacer, Maestro? - pregunta angustiado Lázaro.

-No lo sé. Dentro de pocos días vendrán las discípulas con mi Madre. Hubiera querido esperarlas...

-Respecto a esto... yo las recibiría en tu nombre y te las llevaría. Pero Tú, mientras, ¿a dónde vas? A casa de Salomón, no me convence. Tampoco a alguna casa de discípulos conocidos. ¡Mañana!... ¡Tienes que marcharte inmediatamente!

-Tendría un lugar. Pero quisiera esperar a mi Madre. Su angustia comenzaría *demasiado* pronto si no me viera...

-¿Qué lugar es ése, Maestro?

-Efraím.

-¿Samaria?

-Samaria. Los samaritanos son menos samaritanos que muchos otros, y me estiman. Efraím es tierra de frontera...

-¡Y por contrariar a los judíos te dispensarán honor y protección! Pero... ¡espera! Tu Madre sólo puede venir por el camino de Samaria o por el del Jordán. Iré yo con los criados por uno y Maximino con otros criados por el otro, y uno u otro se encontrará con Ella. No volveremos si no es con ellas. Tú sabes que ninguno de la casa de Lázaro puede traicionar. Tú, entretanto, vas a Efraím. Inmediatamente. ¡Era el destino que no pudiera gozar de ti! Pero iré. Por los montes de Adomín. Ahora estoy sano. Puedo hacer lo que desee. Es más… sí... haré creer que por el camino de Samaria voy a Tolemaida para tomar una nave para Antioquía. Todos saben que allí tengo tierras… Mis hermanas se quedan en Betania... Tú... Sí. Voy a mandar que preparen dos carros y vais con ellos a Jericó. Luego, mañana, al amanecer, reanudáis a pie el camino. ¡Oh, Maestro! ¡Maestro mío! ¡Sálvate! ¡Sálvate!

Pasada la agitación del primer momento, Lázaro cae en la tristeza y llora.

Jesús suspira, pero no dice nada. ¿Y qué podría decir?...

Ya están en la casa de Simón. Se separan. Jesús entra en la casa. Los apóstoles, ya de por sí extrañados de que el Maestro se haya marchado sin decir nada, se arriman a Él, que está diciendo:

-Tomad la ropa. Preparad las sacas. Tenemos que marcharnos inmediatamente de aquí. Rápido, rápido. Y os reunís conmigo en casa de Lázaro.

-¿También la ropa mojada? ¿No podemos recogerla al volver? - pregunta Tomás.

-No volveremos. Coged todo.

Los apóstoles se marchan hablándose unos a otros con las miradas.

Jesús va por sus cosas a la casa de Lázaro y se despide de las hermanas, que están consternadas...

Los carros están pronto preparados. Carros pesados, cubiertos, tirados por robustos caballos. Jesús se despide de Lázaro, de Maximino, de los criados que han venido. Montan en los carros, que esperan en una salida posterior. Los carreros golpean con la tralla a los animales, y el viaje comienza por el mismo camino por el que Jesús ha venido a resucitar a Lázaro unos pocos días antes.

## 551

## Los apóstoles son informados, después de un alto donde Nique, del decreto del Sanedrín. Llegada a los confines de Judea.

Al rayar, fresco y límpido, el alba, los campos que rodean la casa de Nique son todo un verdecer de cereales tiernos de pocos centímetros de altura y color delicado de clarísima esmeralda. Más cercano a la casa, el huerto, todavía desnudo de hojas, parece aún más oscuro y sólido en comparación con la delicadeza de los tallos herbáceos y con el cielo leve de serenidad paradisíaca. El vuelo de las palomas corona la casa blanca bajo los primeros rayos del día.

Nique está ya levantada. Diligente, se ocupa de que los que se marchan tengan todo lo que podrá aprovecharles en el camino. De los primeros que se despide es de los criados de Lázaro, a quienes ha hecho quedarse esa noche. Ahora ellos, repuestas las fuerzas, se marchan poniendo sus caballos al trote. Luego entra en la cocina, donde las domésticas preparan leche y comida en unos fuegos grandes, y echa, de una jarra grande, aceite en dos jarras más pequeñas, y vino en pequeños odres de piel. Apremia a una criada, que está preparando formas de pan sutiles como tortas, para que las lleve enseguida al horno ya pronto. Elige, de unas mesas grandes en que se secan los quesos al calor de la cocina, las piezas más logradas. Coge miel y la echa en pequeños recipientes con una tapadera segura. Luego hace paquetes con todos estos alimentos: uno de ellos contiene un cabritillo entero, o lechazo, que la criada ha sacado de la varilla en que se asaba; otro es de manzanas rojas como corales; otro, de aceitunas ya compuestas; un tercero, de uvas secadas; uno, de cebada limpia.

Está metiendo este último en el talego cuando entra en la cocina Jesús y saluda a todos los presentes.

-Maestro, paz a ti. ¿Ya levantado?

-Hubiera debido levantarme antes. Pero estaban tan cansados mis discípulos, que los he dejado dormir más. ¿Qué haces, Nique?

-Estoy preparando... No pesarán, ¿ves? Doce pesos. Y he calculado las fuerzas de los que los van a llevar.

-¿Y Yo?

-Maestro, Tú ya tienes tu peso... - y en los ojos de Nique se forma un reflejo de llanto.

-Ven conmigo afuera, Nique. Vamos a hablar tranquilamente.

Salen y se alejan de la casa.

-Mi corazón llora, Maestro...

-Lo sé. Pero se requiere ser fuertes. Fuertes pensando que no se me ha causado dolor...

-¡Eso nunca! Pero me había hecho ilusiones de poder estar a tu lado y por eso había ido a Jerusalén. Si no, me habría quedado aquí, donde tengo las tierras...

-También Lázaro, María y Marta creían que iban a poder estar conmigo. ¡Y ya ves!...

-Ya veo, sí, ya veo. No vuelvo a Jerusalén, ahora que no estás allí. Aquí estaré, en todo caso, más cerca de ti, y podré ayudarte.

-Ya has dado mucho...

-No he dado nada. Quisiera poder llevarte mi casa a donde vas. Pero iré, claro que iré, para ver lo que necesitas. Ahora es justo lo que me has dicho que haga. Estaré aquí hasta que se convenzan de que Tú no estás. Pero luego...

-Es camino largo y penoso para una mujer, e inseguro.

-¡No tengo miedo! Soy demasiado vieja para gustar como mujer, y no llevo tesoros para ser deseada como presa. Los bandoleros son mejores que muchos que se creen santos y que son ladrones y quieren robarte la paz y la libertad...

-No los odies, Nique.

-Esto es más difícil para mí que cualquier otra cosa. Pero trataré de no odiar por tu amor... ¡He pasado toda la noche llorando, Señor!

-Te oía ir y venir por la casa, incansable como una abeja. Y me parecías una mamá apenada por el hijo perseguido... No llores. Deben llorar los culpables, no tú. Dios es bueno con su Mesías. En las horas más tristes pone siempre a mi lado un corazón materno...

-¿Y qué vas a hacer respecto a tu Madre? Me habías dicho que pronto iba a venir...

-Irá a Efraím... Lázaro se va a ocupar de avisarle. Ahí están Simón de Jonás y mis hermanos...

-¿Lo saben?

-Todavía nada, Nique. Se lo diré cuando estemos lejos...

-Y yo te diré a ti, cuando vaya, lo que sucede aquí y en Jerusalén.

Se unen a los apóstoles, que van saliendo de la casa uno tras otro en busca de Jesús.

-Venid, hermanos. Reponed fuerzas antes de salir. Está todo preparado.

-Nique, por nosotros, no ha dormido esta noche. Dad las gracias a esta buena discípula - dice Jesús, y entra en la amplia cocina en que, encima de una mesa de refectorio -tan grande es- humean tazones llenos de leche y emanan fragancia las tortas recién sacadas del horno, en las cuales Nique unta generosamente mantequilla y miel, diciendo que son alimentos fortalecedores para quien tiene que recorrer un largo camino en esas horas todavía muy frescas.

Pronto terminan de comer. Nique, mientras tanto, ha hecho los últimos envoltorios con el pan desenhornado, crujiente y fragante. Cada apóstol carga su peso, atado de forma que pueda ser llevado sin excesiva molestia.

Es la hora de salir. Jesús se despide y bendice. Los apóstoles se despiden. Pero Nique quiere acompañarlos hasta los lindes de sus campos, para regresar luego, lentamente, llorando en su velo mientras Jesús se aleja por un camino secundario que ella le ha indicado. Los campos están todavía desiertos. La vereda pasa por campos de trigo tierno y por viñedos deshojados. Por tanto, faltan también los pastores, porque no llevan los rebaños a los terrenos cultivados. El sol calienta un poco el aire matinal. Las primeras florecillas en los lindes brillan como gemas bajo el velo del rocío que el sol enciende. Los pájaros cantan sus primeros cantos de amor. Viene la primavera. Todo se embellece y renace, todo ama... Y Jesús va al exilio que precede a la muerte que el odio ha querido.

Los apóstoles no hablan. Van pensativos. La subitánea partida los ha desorientado. ¡Estaban tan seguros de que las aguas habían vuelto ya a su cauce! Caminan más encorvados de lo que el peso correspondiente de sus fardeles y de las provisiones de Nique pudieran plegarlos; los pliega la desilusión, la constatación de lo que son el mundo y los hombres.

Jesús, sin embargo, aunque no esté sonriente, no está triste ni deprimido. Va con la cabeza alta, delante de todos, sin arrogancia, pero también sin temor. Va como quien supiera bien a dónde debe ir y lo que debe hacer. Va como un hombre *fuerte,* como un héroe al que nada altera ni amilana.

El camino secundario termina en el principal. Jesús prosigue por este camino de primer orden manteniendo la dirección norte. Los apóstoles detrás, sin hablar. Siendo éste el camino que viene de Galilea, por la Decápolis y Samaria, hacia Judea, está transitado (más que nada, por caravanas de mercaderes).

La hora pasa y el sol tonifica cada vez más cuando Jesús deja el camino de primer orden para tomar otra senda que, por campos de trigo, se dirige hacia las primeras colinas.

Los apóstoles se miran unos a otros. Quizás empiezan a entender que no van hacia Galilea por el camino del valle del Jordán, sino que van hacia Samaria. Pero todavía no hablan.

Jesús, llegado a los primeros bosques de las colinas, dice:

-Vamos a pararnos y a descansar comiendo. El sol señala la mitad del día.

Están en la orilla de un pequeño torrente que lleva poca agua porque hace tiempo que no llueve. Pero la que lleva se ve limpia sobre el lecho guijarroso; y en sus orillas hay piedras grandes, esparcidas acá o allá, que pueden hacer de mesa y de asientos. Jesús bendice y ofrece los alimentos. Se sientan. Comen en silencio y como absortos.

Jesús los saca del ensimismamiento diciendo:

-¿No me preguntáis a dónde vamos? ¿La preocupación por el mañana os hace muda la lengua, o es que ya no os parezco vuestro Maestro?

Los doce levantan la cabeza. Son doce caras afligidas, o, al menos, desconcertadas, que se vuelven hacia el rostro tranquilo de Jesús, y un unánime «¡oh!» sale de las doce bocas. Y a la exclamación de todos sigue la respuesta de Pedro, que habla en nombre de todos:

-Maestro, sabes que para nosotros sigues siéndolo. Pero es que desde ayer estamos como uno que hubiera recibido un golpe fuerte en la cabeza. Y todo nos parece un sueño. Y Tú... Vemos y sabemos que eres Tú, pero nos pareces... ya como lejano. Nos ha quedado un poco esta sensación desde que hablaste con tu Padre antes de llamar a Lázaro, y desde que lo sacaste de allí así, atado, sólo con el medio de tu voluntad, y le diste vida sólo con la fuerza de tu poder. Casi nos das miedo. Hablo por mí.., pero creo que lo mismo les sucede a todos... Y además ahora... Nosotros... ¡Marcharnos así... tan rápida y misteriosamente! ...

-¿Tenéis doble miedo? ¿Sentís más amenazador el peligro? ¿No tenéis, sentís que no tenéis fuerza para afrontar y superar las últimas pruebas? Decidlo con la máxima libertad. Estamos todavía en Judea. Estamos cerca de los caminos bajos que llevan a Galilea. El que quiera puede marcharse, y marcharse a tiempo de no ganarse el odio del Sanedrín...

Los apóstoles se intranquilizan ante estas palabras: algunos, que estaban casi echados sobre la hierba templada por el sol, se sientan; otros, que estaban sentados, se ponen en pie.

Jesús continúa:

-Porque desde hoy soy el Perseguido legal; sabedlo. A esta hora está para ser leído, en las más de quinientas sinagogas de Jerusalén y en las de las ciudades que han podido recibir el decreto emitido ayer a la hora sexta, que soy el Gran Pecador y que quienquiera que sepa dónde estoy tiene el deber de denunciarme al Sanedrín para que éste me capture...

Los apóstoles gritan como si ya lo vieran preso. Juan se le echa al cuello gimiendo:

-¡Ah, siempre lo he presagiado! - y solloza fuertemente. Unos imprecan contra el Sanedrín, otros invocan la justicia, otros lloran, otros permanecen como estatuas.

-Callad. Escuchad. Yo nunca os he engañado. Siempre os he dicho la verdad. Si he podido, os he defendido y tutelado. Vuestra cercanía me ha resultado grata como la de los hijos. No os he ocultado ni siquiera mi última hora... mis peligros... mi pasión. Pero éstas eran cosas mías, exclusivamente mías. Ahora lo que hay que considerar son vuestros peligros, vuestra seguridad, la de vuestras familias. Os ruego que lo hagáis. Con libertad absoluta. No lo consideréis a través del amor que me tenéis, a través de la elección que Yo he hecho de vosotros. Imaginaos -puesto que Yo os dispenso de todo compromiso respecto a Dios y a su Cristo- que nos hemos encontrado aquí, ahora, por primera vez, y que vosotros, después de haberme escuchado, os sopesáis respecto a si conviene o no seguir al Desconocido cuyas palabras os han conmovido. Imaginaos que me oís y veis por primera vez y que os digo: "Tened en cuenta que soy perseguido y odiado, y que el que me ama y sigue es perseguido y odiado como Yo, en la persona, en los intereses, en los afectos. Tened en cuenta que la persecución puede terminar incluso en la muerte y en la confiscación de los bienes familiares". Pensad, decidid. Y, aunque me digáis: "Maestro, yo no puedo seguir yendo contigo", os amaré. ¿Os entristecéis? No, no debéis entristeceros. Somos buenos amigos. Amigos que deciden con paz y amor lo que se ha de hacer, con recíproca compasión. No puedo dejaros ir al encuentro del futuro sin haceros reflexionar. No os desdeño. Os amo a todos. Pero Yo soy el Maestro. Es evidente que el Maestro conoce a los discípulos. Yo soy el Pastor, y es evidente que el pastor conoce a sus corderos. Yo sé que mis corderos, introducidos en una prueba sin estar suficientemente preparados -no sólo en la sabiduría que viene del Maestro, y que, por tanto, es buena y perfecta, sino también en la reflexión que debe venir de ellos-, podrían fracasar o, al menos, no triunfar como atletas en un estadio. Sopesarse y sopesar es siempre una sabia medida. En las pequeñas cosas y en las grandes. Yo, Pastor, debo decir a mis corderos: "Ved que ahora me adentro en un país de lobos y matarifes. ¿Tenéis fuerza para caminar entre ellos?". Podría también deciros quién no tendrá fuerza para resistir la prueba, a pesar de que os puedo tranquilizar y asegurar que ninguno de vosotros caerá a manos de los verdugos que sacrificarán al Cordero de Dios. Mi captura es de tal valor que les bastará... Pero, de todas formas, os digo: "Reflexionad". Hace tiempo os decía: "No temáis a los que matan". Os decía: “Aquel que ha puesto la mano en el arado y se vuelve a considerar el pasado y lo que puede perder o ganar no es idóneo para mi misión". Pero eran normas para daros la medida de lo que significaba ser los discípulos; eran normas para el futuro que vendrá cuando Yo ya no sea el Maestro, sino que lo serán mis fieles; estaban dadas para daros un alma fuerte. Pero incluso esta fortaleza, que es innegable que habéis alcanzado respecto a la nada que erais -hablo de vuestro espíritu-, es todavía demasiado poca respecto a la magnitud de la prueba. No penséis en vuestro corazón: "¡El Maestro se escandaliza de nosotros!". No me escandalizo. Es más, os digo que tampoco vosotros debéis, ni deberéis, escandalizaros de vuestra debilidad. En todos los tiempos que vendrán, entre los miembros de mi Iglesia, tanto corderos como pastores, habrá personas que estarán por debajo de la magnitud de su misión. Habrá épocas en que los pastores ídolos y los fieles ídolos sean más numerosos que los verdaderos pastores y fieles; épocas de eclipse del espíritu de fe en el mundo. Pero el eclipse no significa la muerte de un astro. Es únicamente un momentáneo oscurecimiento más o menos parcial del astro. Después, su belleza vuelve a aparecer y parece más luminosa. Lo mismo sucederá con mi Redil. Os digo: "Reflexionad". Os lo digo como Maestro, Pastor y Amigo. Os dejo en plena libertad de examinar esto conjuntamente. Voy allí, a aquella espesura, a orar. Uno por uno iréis a decirme lo que habéis pensado. Y bendeciré vuestra honestidad sincera, sea cual fuere. Y os querré por todo lo que ya hasta ahora me habéis dado. Adiós.

Se levanta y se va.

Los apóstoles están asustados, perplejos, impresionados. En ese momento no son capaces ni siquiera de hablar. El primero que habla es Pedro. Dice:

-¡Que me trague el infierno si quiero dejarlo! Estoy seguro de mí. ¡Ni aunque arremetieran contra mí todos los demonios que hay en la Gehena, con Leviatán a la cabeza, me separaría de Él por miedo!

-Y yo tampoco. ¿Voy a ser yo menos que mis hijas? - dice Felipe.

-Estoy seguro de que no le van a hacer nada. El Sanedrín amenaza, pero lo hace para convencerse de que existe todavía. El Sanedrín es el primero en saber que nada sucede si Roma no quiere. ¡Sus condenas! ¡Es Roma la que condena! - dice Judas Iscariote ufano.

-Pero para cosas religiosas es todavía el Sanedrín - observa Andrés.

-¿Acaso tienes miedo, hermano? Mira que en la familia no ha habido nunca gente vil - advierte con tono amenazador Pedro, que siente en su corazón un espíritu muy belicoso.

-No tengo miedo y espero poder demostrarlo. Sólo le estoy diciendo a Judas lo que pienso.

-Tienes razón. Pero el error del Sanedrín es querer usar el arma política para no querer decir, y no querer oír que le digan, que ellos han alzado la mano contra el Cristo. Lo sé seguro. Quisieran, es decir, hubieran querido, hacer caer al Cristo en pecado para que la muchedumbre lo despreciara. ¿Pero, matarlo? ¿Ellos? ¡No! ¡Tienen miedo! Un miedo sin cotejo humano, porque es miedo de alma. ¡Bien saben ellos que Él es el Mesías! Lo saben. Lo saben tanto, que sienten que es el fin de ellos porque llega el tiempo nuevo. Y quieren destruirlo. Pero, ¿destruirlo ellos? No. Por eso buscan la razón política, para que sea el Gobernador, para que sea Roma, quienes lo destruyan. Pero el Cristo no causa perjuicios a Roma, y Roma no le hará ningún mal. Así que el Sanedrín alza en vano sus gritos.

-¿Entonces tú sigues con Él?

-Por supuesto. ¡Más que nadie!

-Yo no tengo nada que perder ni que ganar, sea que me quede, sea que me vaya. Sólo tengo el deber de amarlo. Y lo haré - dice el Zelote.

-Yo lo reconozco como el Mesías y, por tanto, le sigo - dice Natanael.

-Yo también. Creo que lo es desde que Juan el Bautista me lo indicó diciendo que lo era - dice Santiago de Zebedeo.

-Nosotros somos sus hermanos. A la fe unimos el amor de la sangre. ¿No es verdad, Santiago? - dice Judas Tadeo.

-Jesús es mi Sol desde hace años. Sigo su curso. Si cae en el abismo excavado por los enemigos, yo le seguiré - responde Santiago de Alfeo.

-¿Y yo? ¿Puedo olvidarme de que me ha redimido? - pregunta Mateo.

-Mi padre me maldeciría siete y siete veces si lo dejara. Además, aunque sólo sea por amor a María, no me separaré jamás de Jesús - dice Tomas.

Juan no habla. Está cabizbajo, abatido. Los otros toman su actitud como debilidad y, muchos de ellos, le preguntan.

-¿Y tú? ¿Sólo tú te quieres marchar?

Juan levanta la cara, una cara llena de pureza incluso en gestos y miradas, y, mirando fijamente con sus limpios ojos azules a los que le preguntan, dice:

-Estaba orando por todos nosotros. Porque nosotros queremos hacer y decir, y presumimos de nosotros, y no nos damos cuenta de que, haciéndolo, ponemos en duda las palabras del Maestro. Si Él considera deficiente nuestra formación, señal es que es así. Si en tres años no nos hemos formado, no nos vamos a formar en unos pocos meses...

-¿Qué dices? ¿En unos pocos meses? ¿Y tú qué sabes? ¿Acaso eres profeta? - le acometen casi censurándolo.

-Nada soy yo.

-¿Y entonces? ¿Qué sabes? ¿Es que te lo ha dicho Él? Tú sabes siempre sus secretos... - dice, envidioso, Judas de Keriot.

-No me aborrezcas, amigo, porque sepa comprender que el tiempo sereno ha terminado. ¿Cuándo será? No lo sé. Sé que será. Él lo dice. ¡Cuántas veces lo ha dicho! No queremos creer. Pero el odio de los otros confirma sus palabras... Y entonces oro; porque no hay otra cosa que hacer; rogar a Dios que nos haga fuertes. ¿No recuerdas, Judas, cuando nos dijo que oró al Padre para tener fuerza en las tentaciones? Toda fuerza viene de Dios. Yo imito a mi Maestro, como debe hacerse...

-Bueno, pero ¿te quedas? - pregunta Pedro.

-¿Y a dónde quieres que vaya sí no me quedo con Él, que es mi vida y mi bien? Pero, dado que soy un pobre niño, el más mísero de todos, pido todo a Dios, Padre de Jesús y nuestro.

-Ya está dicho. Entonces todos nos quedamos. Vamos donde Él. Está triste. Nuestra fidelidad le pondrá alegre - dice Pedro.

Jesús está postrado en oración. Rostro en tierra entre las hierbas, suplicando, ciertamente, a su Padre. Pero, con el rumor de los pasos, se alza y mira a sus doce; los mira con una seriedad un poco triste.

-Alégrate, Maestro. Ninguno de nosotros te abandona - dice Pedro.

-Habéis decidido demasiado pronto y...

-Ni horas ni siglos modificarán nuestro pensamiento - dice Pedro.

-Ni las amenazas nuestro amor - profesa Judas Iscariote.

Jesús deja de mirarlos en grupo para fijar su mirada en cada uno de ellos. Es una mirada larga, aguantada sin miedo por todos. Su mirada se detiene especialmente en Judas Iscariote, que lo mira más seguro que ningún otro. Abre los brazos con gesto de resignación y dice:

-Vamos. Vosotros, todos, habéis signado vuestro destino.

Vuelve al sitio de antes, recoge su fardel, ordena:

-Tomamos el camino que lleva a Efraím, el que nos han enseñado.

-¿A Samaria?

El estupor es enorme.

-A Samaria. A1 menos a la zona limítrofe de ella. También Juan fue a esos lugares para vivir hasta la hora señalada para su predicación del Cristo.

-¡Pero no se salvó por ello! - objeta Santiago de Zebedeo.

-No busco salvarme. Busco salvar. Y salvaré en la hora señalada. El Pastor perseguido va hacia las ovejas más desdichadas, para que ellas, las abandonadas, tengan su parte de sabiduría que las prepare para el tiempo nuevo.

Va con paso veloz, después de este alto en el camino que ha servido para descansar y respetar el sábado, queriendo llegar antes de que la noche haga impracticables los senderos.

Cuando llegan al torrentillo que viene de Efraím y va hacia el Jordán, Jesús llama a Pedro y a Natanael y les da una bolsa diciéndoles:

-Adelantaos. Buscad a María de Jacob. Recuerdo que Malaquías me dijo que era la más pobre del lugar, a pesar de que tenga una casa grande, ahora que ya no tiene en ella hijos ni hijas. Estaremos en su casa. Dadle buen dinero, para que nos dé enseguida alojamiento sin hablar con mil. La casa sabéis cuál es. La grande que está a la sombra de los cuatro granados, casi en el puente del torrente.

-Lo sabemos, Maestro. Haremos como Tú dices.

Se marchan diligentemente. Jesús los sigue, con los demás, lentamente.

Desde la cuenca que el torrente divide en dos semicuencas, se ve albear el pueblo con las últimas luces del día y los primeros candores lunares. No hay un alma por la calle cuando llegan a la casa ya toda blanca de luna. Sólo el torrente tiene voz en el silencio nocturnal. Volviéndose y mirando al horizonte, se ve un gran espacio de cielo estrellado curvado sobre una gran vastedad de terreno en declive hacia la llanura desierta que baja al Jordán. Una paz profunda reina en esa tierra.

Llaman a la puerta. Pedro abre:

-Todo hecho, Señor. La anciana, al ver que le daban monedas, ha llorado. Ya no tenía una perra. Le he dicho: "No llores, mujer. Donde está Jesús de Nazaret el dolor deja de estar". Me ha respondido: "Lo sé. He sufrido toda mi vida y ahora me sentía realmente en el límite del sufrimiento. Pero el Cielo se ha abierto para mí en el ocaso de mi vida y me trae la Estrella de Jacob para darme paz". Ahora está allí preparando las habitaciones que llevan mucho tiempo cerradas. ¡Mmm! Hay muy poco. Pero la mujer parece muy buena. ¡Ahí está! "¡Mujer! ¡El Rabí está aquí!

Se acerca una viejecita avellanada, de mansos ojos llenos de melancolía. Se para azarada a unos pasos de Jesús. Está acobardada.

-La paz a ti, mujer. No te voy a causar muchas molestias.

-Yo... quisiera... quisiera que caminaras sobre mi corazón para hacerte más dulce la entrada en mi pobre casa. Entra, Señor y entre Dios contigo.

Con la luz de la mirada de Jesús, ha cobrado nuevo aliento y valor.

Entran todos. Cierran la puerta. La casa es tan grande como una posada y está tan vacía como un lugar abandonado. Sólo la cocina está alegre, debido al fuego que llamea en el centro de ella, en el hogar.

Bartolomé, que alimentaba el fuego, se vuelve y sonríe mientras dice:

-Consuela a la mujer, Maestro. Está apenada porque no puede honrarte como quisiera.

-Me basta tu corazón, mujer. No te preocupes de nada. Mañana remediaremos las carencias. Yo también soy un pobre. Traed las provisiones. Entre los pobres se comparte el pan y la sal sin avergonzarse y con amor fraterno, que, para ti, mujer, es filial porque podrías ser mi madre y Yo te honro como hijo...

La mujer derrama silenciosas lágrimas de anciana afligida y se enjuga los ojos con su velo; susurra:

-Tenía tres hijos varones y siete niñas. A un hijo se me lo llevó el torrente y a otro la fiebre, el tercero me abandonó. Cinco de las niñas se cogieron el mal de su padre y murieron, la sexta murió de parto y la séptima... lo que no hizo la muerte lo hizo el pecado. En mi vejez no recibo honor de mis hijos, y ello me causa... En el pueblo son buenos... pero con la pobre mujer, mientras que Tú eres bueno con la madre...

-Tengo una madre Yo también. En toda mujer que es madre honro a la mía. Pero no llores. Dios es bueno. Ten fe, y los hijos que te quedan podrán regresar a ti todavía. Los otros descansan en paz...

-Yo lo veo como un castigo por ser de estos lugares...

-Ten fe. Dios es más justo que los hombres...

Vuelven los apóstoles que habían ido con Pedro a las habitaciones. Traen las provisiones. Calientan en el fuego el corderito que Nique había asado. Lo llevan a la mesa. Jesús ofrece y bendice, y quiere que la ancianita esté con ellos, no comiendo en su rinconcito la pobre achicoria de su cena...

El exilio en los confines de Judea ha comenzado...

## 552

## Preparativos y recibimientos en Efraím.

-Maestro, la paz a ti - dicen Pedro y Santiago de Zebedeo, que vuelven a casa cargados de ánforas llenas de agua.

-La paz a vosotros. ¿De dónde venís?

-Del torrente. Hemos cogido el agua y todavía traeremos más, para asearnos. Dado que hacemos un alto en el camino... Y no es justo que la anciana se fatigue por nosotros. Está allí haciendo una hoguera para calentar el agua. Mi hermano ha ido al bosque por leña. No llueve desde hace tiempo y arde como si fuera brezo - explica Santiago de Zebedeo.

-La cosa es que, a pesar de que acabara de despuntar el día, nos han visto en el torrente y también en el bosque. Y pensar que yo había ido al torrente por no ir a la fuente... - dice Pedro.

-¿Y por qué, Simón de Jonás?

-Porque en la fuente siempre hay gente, y podían reconocernos y venir enseguida aquí...

Mientras hablan, han entrado en el largo pasillo que divide la casa los dos hijos de Alfeo, Judas de Keriot y Tomás. Por tanto, también ellos oyen las últimas palabras de Pedro y la respuesta de Jesús:

-Lo que no hubiera sucedido en las primeras horas de hoy, hubiera sucedido más tarde, mañana como mucho, porque nos quedamos aquí...

-¿Aquí? Yo creía que íbamos a hacer sólo un alto en el camino... - dicen varios.

-No es una pausa de descanso. Es la pausa. De aquí no nos marcharemos sino para volver a Jerusalén para la Pascua.

-Pues yo había creído que cuando hablaste de tierra de lobos y matarifes te estabas refiriendo a esta región por la que querías pasar, como hiciste otras veces, para ir a otros lugares sin recorrer los caminos más transitados por judíos y fariseos... - dice Felipe, que ha llegado en ese momento; y otros dicen:

-Yo también creía lo mismo.

-Habéis entendido mal. No es ésta la tierra de lobos y matarifes, a pesar de que en sus montes tengan guarida los verdaderos lobos. No hablo de los lobos animales...

-¡Eso lo habíamos entendido! - exclama Judas de Keriot con buena carga de ironía - Para ti que te llamas Cordero se comprende que son lobos los hombres. No somos necios del todo.

-No. No sois necios sino en aquello que no queréis comprender. O sea, sobre mi naturaleza y misión y sobre el dolor que me causáis no trabajando asiduamente en prepararos para el futuro. Por bien vuestro os hablo y os enseño con obras y palabras. Pero vosotros rechazáis aquello que disturba a vuestra humanidad con presagios de dolor o con solicitud de esfuerzos contra vuestro yo. Escuchad antes de que haya extraños. Os voy a dividir en dos grupos de cinco. Iréis, bajo la guía del que esté a la cabeza de cada grupo, por las tierras cercanas, como en los primeros tiempos en que os enviaba. Recordad todo lo que dije entonces y ponedlo en práctica. La única salvedad es que ahora pasaréis anunciando como próximo el día del Señor, a los samaritanos también, para que estén preparados cuando ese día llegue y sea más fácil para vosotros el convertirlos al único Dios. Id llenos de caridad y prudencia, sin prevenciones. Ya veis y más que veréis- que lo que se nos niega en otros lugares aquí se nos concede. Por tanto, sed buenos con estos que expían, inocentes, las culpas de sus antepasados. Pedro guiará el grupo de Judas de Alfeo, Tomás, Felipe y Mateo; Santiago de Alfeo, el de Andrés, Bartolomé, Simón Zelote y Santiago de Zebedeo. Judas de Keriot y Juan sé quedan conmigo. Esto a partir de mañana. Hoy vamos a descansar, haciendo los preparativos para los próximos días. El sábado lo pasaremos juntos. Haced, pues, las cosas de forma que estéis aquí antes del sábado, para volver a salir una vez transcurrido éste, que será el día del amor entre nosotros después de haber amado al prójimo en el rebaño que salió del redil paterno. Ahora, cada uno a su tarea.

Se queda solo y se retira a una habitación que está al final del pasillo.

Rumor de pasos y voces llena la casa, aunque todos estén en las habitaciones y no se vea a ninguno, aparte de la ancianita, que una y otra vez cruza el pasillo ocupándose de sus tareas, de las cuales una, sin duda, es el pan, porque tiene harina en el pelo, y las manos cubiertas de masa.

Jesús sale un poco después y sube a la terraza de la casa. Pasea arriba meditando, y mira de vez en cuando a lo que le rodea.

Se acercan a Él Pedro y Judas de Keriot; no muy alegres, verdaderamente. Quizás a Pedro le apena el separarse de Jesús. Quizás a Judas Iscariote le apena el no poder hacerlo y no poder ir a llamar la atención por las ciudades. Lo cierto es que están muy serios cuando suben a la terraza.

-Venid. Mirad qué bonito panorama se ve desde aquí.

Y señala al horizonte variopinto. A1 noroeste, montes altos, boscosos, que se alargan como una espina dorsal orientados de norte a sur (uno, detrás de Efraím, es verdaderamente un gigante verde que domina sobre los otros). A1 nordeste y al sureste, ondulantes collados más suaves. El pueblo está en una cuenca verde con horizontes lejanos -poco ondulados, entre las dos cadenas: la más alta y 1a más baja- que desde el centro de la región descienden hacia la llanura jordánica. A través de un corte entre los montes más bajos, se vislumbra esa llanura verde en cuyo extremo está el Jordán azul. En plena primavera debe ser éste un lugar hermosísimo, todo verde y fértil. Por ahora los viñedos y huertos de árboles frutales interrumpen con su oscuro color el verde de los campos sembrados de cereales (que ya echan sus tiernos tallos afuera de la tierra) y de los pastos nutridos con este suelo feraz.

Si Juan llama desierto a eso que está tras Efraím, señal es de que bien suave era el desierto de Judea, al menos en esa zona -o hay que decir al menos que era desierto sólo por carecer de lugares habitados-, llena de bosques y pastos entre alegres torrentillos, bien distinta de las tierras de la zona del Mar Muerto, que con preciso nombre ya pueden ser llamadas desierto, porque son áridas y carecen de vegetación, si se exceptúan las matas bajas, espinosas, retorcidas, salpicadas de sal, de las pocas plantas desérticas nacidas entre los pedruscos diseminados y las arenas cargadas de sales. Pero este dulce desierto que está allende Efraím se decora, todavía en un largo espacio de terreno, con vides, olivos y árboles frutales; y ahora los almendros sonríen bajo el sol, esparcidos acá o allá y formando matas blanco-rosas en las laderas que pronto estarán cubiertas de los festones de las vides abiertas para nuevas frondas.

-Parece casi como estar en mi ciudad - dice Judas.

-También asemeja a Yuttá. Lo único es que allí el torrente está abajo y la ciudad arriba. Aquí, por el contrario, el pueblo parece estar dentro de una vasta concha con el río en el centro. ¡Es un pueblo rico de vid! Debe ser muy hermoso, y muy bueno, para los dueños, tener estas tierras - observa Pedro.

-Bendiga el Señor su tierra con los frutos del cielo y el rocío, con los manantiales que surgen de las profundidades, con los frutos producidos por el Sol y la Luna, con los frutos de las cimas de sus antiguos montes, con los frutos de sus eternos collados y las mieses de la abundancia de la tierra" está escrito (*Deuteronomio 33, 13-16)*. Y en estas palabras del Pentateuco basan su orgullosa obstinación en creerse superiores. Así es. Hasta la palabra de Dios y los dones de Dios, si caen en corazones soberbios, vienen a ser causa de ruina. No por sí, sino por la soberbia que altera su savia buena - dice Jesús.

-Y ellos del justo José han conservado sólo la furia del toro y la cerviz del rinoceronte. No me gusta estar aquí. ¿Por qué no me dejas ir con los otros? - dice Judas Iscariote.

-¿No te gusta estar conmigo? - pregunta Jesús dejando de observar el paisaje y volviéndose para observar a Judas.

-Contigo sí, pero no con los de Efraím.

-¡Bonita razón! ¿Y nosotros, entonces, que vamos a ir por Samaria o por la Decápolis -porque en el tiempo prescrito de sábado a sábado no podremos ir a otro lugar- vamos a ir, acaso, con santos? - dice Pedro reprendiendo a Judas, que no responde.

-¿Qué te importa quién tienes a tu lado si sabes amar todo a través de mí? Ámame en el prójimo y todos los lugares te serán iguales - dice tranquilo Jesús.

Judas tampoco le responde a Él.

-Y pensar que yo me tengo que marchar... ¡Con mucho gusto me quedaría aquí! Total... ¡para lo que sé hacer! Pon, al menos, al frente a Felipe o a tu hermano, Maestro. Yo... mientras se trate de decir: vamos a hacer esto, vamos a aquel sitio... bueno, todavía. ¡Pero si tengo que hablar!... Lo estropearé todo.

-La obediencia te hará hacer bien todo. Lo que hagas me gustará.

-Entonces... si te gusta a ti, me gusta a mí. Me basta con contentarte. Pero... ¡Ah, ya lo había dicho! ¡Ahí viene media ciudad!... ¡Mira! El arquisinagogo... los notables... sus mujeres... los niños y la gente! ...

-Vamos a bajar a su encuentro - ordena Jesús, y se apresura a bajar la escalera mientras da una voz a los otros apóstoles para que salgan con Él fuera de casa.

Los habitantes de Efraím se acercan con señales de la más viva deferencia. Después de los saludos de rigor, uno, quizás el arquisinagogo, habla por todos:

-Bendito sea el Altísimo por este día, y bendito sea su Profeta que ha venido a nosotros porque ama a todos los hombres en nombre del Dios altísimo. Bendito seas Tú, Maestro y Señor, que te has acordado de nuestro corazón y de nuestras palabras y has venido a descansar en medio de nosotros. Te abrimos corazón y casas, pidiendo tu palabra para nuestra salud. Bendito sea este día porque por él el que sepa acogerlo con recto espíritu verá fructificar el desierto.

-Bien has hablado, Malaquías. El que sepa acoger con recto espíritu al que ha venido en nombre de Dios verá fructificar su desierto y convertirse en domésticas las plantas, fuertes pero agrestes, que en él hay. Yo estaré en medio de vosotros. Y vosotros vendréis a mí. Como buenos amigos. Y éstos llevarán mi palabra a los que la sepan acoger.

-¿No vas a enseñar Tú, Maestro? - pregunta un poco desilusionado Malaquías.

-He venido aquí para recogerme y orar. Para prepararme a las grandes cosas que van a suceder. ¿No os agrada el que haya elegido vuestro lugar para mi sosiego?

-¡Sí! Verte orar será ya hacernos sabios. Gracias por habernos elegido para esto. No turbaremos tus oraciones ni permitiremos que sean turbadas por tus enemigos. Porque ya se sabe lo que ha sucedido y sucede en Judea. Haremos buena guardia. Y nos contentaremos con una palabra tuya cuando buenamente puedas decirla. Entretanto, acepta los dones de la hospitalidad.

-Soy Jesús y no rechazo a nadie. Por tanto, acepto lo que me ofrecéis para mostraros que no os rechazo. Pero si queréis amarme dad de ahora en adelante lo que me daríais a mí a los pobres del pueblo o a los que estén de paso. Yo sólo necesito paz y amor.

-Lo sabemos. Todo lo sabemos. Y esperamos darte eso, tanto como para hacerte exclamar: "La tierra que habría debido ser para mí Egipto, o sea, dolor, ha sido, como para José de Jacob, tierra de paz y gloria".

-Si me amáis aceptando mi palabra, lo diré.

Los habitantes de Efraím pasan sus dones a los apóstoles y luego se retiran, menos Malaquías y otros dos que le dicen algo en voz baja a Jesús.

Y se quedan los niños, cautivados por el hechizo habitual que Jesús emana hacia los niños; se quedan, sordos a las voces de sus madres, que los llaman, y no se marchan hasta que Jesús no los ha acariciado y bendecido. Entonces, gárrulos como golondrinas, cual golondrinas que baten las alas para alzar el vuelo, se echan a correr. Tras ellos se marchan también los tres hombres.

## 553

## Comienzo del sábado en Efraím. Los ladrones del Adomín y la ayuda prestada a tres niños.

Los diez, cansados y polvorientos, vuelven a la casa. A la mujer que los saluda al abrirles la puerta, le preguntan inmediatamente:

-¿Dónde está el Maestro?

-En el bosque, creo. Orando, como siempre. Ha salido muy pronto esta mañana y todavía no ha vuelto.

-¿Y nadie ha ido a buscarlo? ¿Pero qué hacen esos dos? - alza la voz Pedro, inquieto.

-No te alteres. Entre nosotros está tan seguro como en la casa de su Madre.

-¿Seguro? ¿Seguro? ¿Os acordáis del Bautista? ¿Estuvo seguro?

-No lo estuvo porque no supo leer el corazón de quien le hablaba. Pero si el Altísimo lo permitió para el Bautista, ciertamente no lo permitirá para su Mesías. Esto debes creerlo más que yo, que soy mujer y samaritana.

-María tiene razón. Pero ¿concretamente a dónde ha ido?

-No lo sé. Unas veces va por un lado, otras por otro. A veces, solo; a veces, con los niños, que lo quieren mucho. Les enseña a orar viendo a Dios en todas las cosas. Pero hoy quizás esté solo porque no ha vuelto a la hora sexta. Cuando tiene consigo a los niños, vuelve, porque los niños son pajarillos que quieren la comida a las horas precisas... - sonríe la ancianita, recordando quizás a sus diez hijos, y luego suspira... y es que las alegrías y dolores están presentes en todos los recuerdos de la vida.

-¿Y dónde están Judas y Juan?

-Judas, en la fuente; Juan, haciendo leña. Se me había terminado porque he lavado la ropa de todos para dárosla limpia cuando os marchéis.

-Dios te lo pague, madre. Mucho trabajo por nosotros... - dice Tomás, poniéndole una mano en su espalda delgada y corva, como para acariciarla.

-¡No es ningún trabajo! Es como si volviera a tener a mis hijos conmigo... - y sonríe de nuevo, no sin un brillo en sus ojos hundidos de anciana.

Regresa Juan cargando un haz grande de leña, y el pasillo, más bien tétrico, parece iluminarse con su llegada. He advertido siempre la luminosidad que parece encenderse donde está Juan. Su sonrisa franca, tan dulce, de niño, su mirada límpida y sonriente como un hermoso cielo abrileño, su voz jubilosa al saludar afectuosamente a sus compañeros son como un rayo de sol o un arco iris de paz. Todos lo quieren, excepto Judas de Keriot, que no sé si lo ama o si lo odia; eso sí, ciertamente lo envidia, y a menudo se chancea con él, ofendiéndolo a veces. Pero por ahora Judas no está.

Le ayudan a dejar la carga y le preguntan dónde puede estar Jesús. También Juan se alarma un poco por el retardo. Pero, más confiado en Dios que los otros, dice:

-El Padre suyo lo preservará del mal. Debemos creer en el Señor.

Y añade:

-Venid. Estáis cansados y cubiertos de polvo del camino. Hemos tenido preparados para vosotros comida y agua caliente. Venid, venid...

Regresa también Judas de Keriot, con sus ánforas goteando agua.

-Paz a vosotros. ¿Os ha resultado fácil el viaje? - pregunta. Pero en su voz no hay bondad. Es una voz llena de ironía y disgusto.

-Sí. Comenzamos por la Decápolis.

-¿Por miedo a que os apedrearan o a contaminaros? - pregunta con ironía Judas Iscariote.

-Ni una ni otra cosa. Por prudencia de principiantes. Lo propuse yo. Y a mí -no quiero refregarte nada- me ha salido el pelo blanco delante de los pergaminos - dice Bartolomé.

Judas no replica. Se marcha de la cocina, donde los que han vuelto reponen fuerzas con lo que estaba preparado.

Pedro mira a Judas Iscariote, que se marcha, y menea la cabeza; pero no dice nada. Judas Tadeo, sin embargo, tira de una manga a Juan y pregunta:

-¿Cómo ha estado estos días? ¿Siempre tan inquieto? Sé sincero...

-Sincero siempre, Judas. Pero, te aseguro que no ha causado dolor. El Maestro está casi siempre aislado. Yo estoy con la madre anciana, que es muy buena. Escucho a los que vienen para hablar con el Maestro y luego le refiero a Él las palabras. Judas, sin embargo, va por el pueblo. Se ha hecho amistades... ¿Qué, si no? El es así... No sabe estarse quieto, como sabríamos estar nosotros...

-Por mí, que haga lo que quiera. Me basta con que no cause dolor.

-No. Eso no. Se aburre, eso sí. Pero... ¡ahí está el Maestro! Oigo su voz. Está hablando con alguien...

Salen presurosos y ven a Jesús, que se acerca a ellos con dos niños en brazos y uno agarrado a su túnica, a los cuales da ánimos porque lloran. Se va desvaneciendo el crepúsculo.

-¡Dios te bendiga, Maestro! ¿Pero de dónde vienes tan tarde?

Jesús, entrando en casa, responde:

-He estado con bandoleros. Yo también traigo mi botín. He andado más allá del ocaso, pero el Padre no me lo tendrá en cuenta porque he hecho una obra de misericordia... Toma, Juan, y tú, Simón... Tengo los brazos rotos... y estoy realmente cansado.

Se sienta en un taburete al lado de la chimenea. Sonríe, cansado pero contento.

-¿Con bandoleros? ¿Pero dónde has estado? ¿Quiénes son estos niños? ¿Has comido? ¿Dónde estabas? ¡No es prudente estar fuera con esta poca luz y tan lejos!... Estábamos preocupados. ¿No estabas en el bosque? - hablan todos al mismo tiempo.

-No estaba en el bosque. He ido hacia Jericó...

-¡Imprudente! ¡Por esos caminos puedes encontrar a los que te odian! - dice Judas Tadeo en tono reprobatorio.

-He ido por el sendero que nos han indicado. Hacía días que quería ir allí... donde hay desdichados a quienes redimir. A mí no podían hacerme nada malo, y he llegado a tiempo para estos niños. Dadles de comer. Creo que están casi en ayunas, porque sentían miedo de los bandoleros. Y Yo no llevaba comida conmigo. ¡Si, al menos, hubiera encontrado a un pastor!... Pero el sábado cercano ya había dejado desiertos los pastos...

-¡Ya! Nosotros somos los únicos que, de un tiempo a esta parte, no respetamos el sábado... - observa Judas de Keriot, siempre cortante.

-¿Cómo hablas? ¿Qué insinúas? - le preguntan.

-Digo que ya llevamos dos sábados que trabajamos después de la puesta del Sol.

-Judas, tú sabes por qué tuvimos que andar el sábado pasado. El pecado no siempre es del que lo hace. También es del que fuerza a hacerlo. Y hoy... ya sé, quieres decirme que también hoy he violado el sábado. Te respondo que si es grande la ley del reposo sabático, grandísimo es el precepto del amor. No tengo obligación de justificarme ante ti, pero lo hago para enseñarte la mansedumbre, la humildad, y la gran verdad de que *ante una necesidad santa se debe saber aplicar la ley con flexibilidad de espíritu.* Nuestra historia tiene episodios de estas necesidades. A1 despuntar el día he ido hacia los montes Adomín porque sé que allí hay desdichados que tienen el delito como lepra del alma. Esperaba encontrarlos, hablarles, volver antes de la puesta del sol. Los he encontrado. Pero no he podido hablarles en los términos que había pensado, porque había que

decir otras cosas... Los bandidos se habían encontrado con estos tres niñitos llorando en la puerta de un aprisco pobre de la llanura. Los bandidos habían bajado de noche para robar los corderos y, si el pastor hubiera opuesto resistencia, matar. Mala cosa es el hambre en los montes en invierno... y, cuando los que la sufren son corazones crueles, hace a los hombres más feroces que los lobos. Estos niños estaban, pues, allí, junto con un zagal poco mayor que ellos y amedrentado como ellos. El padre de los niños, no sé por qué motivo, había muerto durante la noche. Quizás le había mordido algún animal, o le había fallado el corazón... Estaba frío sobre la paja junto a las ovejas. Se dio cuenta de ello el hijo mayor, que dormía a su lado. De forma que los bandidos, en vez de cometer una matanza, se encontraron con un muerto y cuatro niños llorando. Dejaron al muerto, mandaron hacia delante ovejas y zagal y, dado que hasta en los más siniestros puede haber una piedad que se resista a morir, recogieron a los niños... Yo me encontré con los bandidos cuando estaban decidiendo qué hacer. Los más crueles querían matar al zagal de diez años, peligroso testigo del robo y del refugio; los menos duros querían soltarlo bajo amenazas, quedándose con el rebaño. Y todos querían que los niñitos se quedaran con ellos.

-¿Y qué querían hacer con ellos? ¿Es que no tienen familia? La madre ha muerto. Por eso el padre los había llevado consigo a los pastos invernales; ahora estaba subiendo de nuevo a su casa desierta, atravesando estos montes. ¿Podía Yo dejar los pequeños a los bandidos, para que los hicieran bandidos como ellos? He hablado... En verdad os digo que me han comprendido más que muchos otros; tanto me han comprendido, que me han dejado a los niños y mañana van a acompañar al zagal al camino de Siquem. Porque en aquellos campos están los hermanos de la madre de éstos. De momento, he recogido a los niños; los tendré, los tendremos, hasta que lleguen parientes suyos.

-Y Tú te haces ilusiones de que los bandidos... dice Judas Iscariote, y se ríe...

-Estoy seguro de que no le tocarán un pelo al pastorcillo. Son unos desdichados. No debemos juzgar por qué lo son. Pero sí debemos tratar de salvarlos. Una obra buena puede ser el comienzo de su salvación... - Jesús agacha la cabeza, absorto en quién sabe qué pensamiento.

Los apóstoles y la anciana hablan e intercambian sentimientos de compasión, e intentan consolar a los niños, que están asustados... Jesús alza la cabeza al oír el llanto del más pequeño, un niñito moreno que apenas tendrá tres años, y dice a Santiago, que inútilmente trata de darle leche:

-Déjame a mí el niño y ve por mi fardel... - y sonríe porque el niño se tranquiliza encima de sus rodillas y bebe la leche ávidamente, aunque antes la rechazara. Los otros, más grandecitos, comen la sopa que les ponen delante; pero descienden lágrimas de sus ojos.

-¡En fin! ¡Cuántas miserias! ¡Hombre, que suframos nosotros es justo; pero los inocentes!... - dice Pedro, que no puede ver sufrir a los niños.

-Eres un pecador, Simón. Alzas censuras contra Dios - observa Judas Iscariote.

-Seré un pecador. Pero no censuro a Dios. Lo único que digo es... Maestro, ¿por qué tienen que sufrir los niños? No tienen pecados.

-Todos tienen pecados, al menos el original - dice Judas Iscariote. Pedro no le contesta. Espera la respuesta de Jesús.

Y Jesús, que está acunando al niño -el cual ha satisfecho ya su hambre y tiene sueño-, responde:

-Simón, el dolor es la consecuencia de la culpa.

-De acuerdo. Entonces... una vez que hagas desaparecer la culpa, los niños ya no sufrirán.

-Seguirán sufriendo. No te sientas escandalizado, Simón, por esto que te digo. El dolor y la muerte estarán siempre presentes en la Tierra. Hasta los más puros sufren y sufrirán; es más, ellos sufrirán por todos. Serán las hostias que harán propicio al Señor.

-Pero ¿por qué? No lo comprendo...

-Son muchas las cosas que no se entienden en la Tierra. Sabed creer, al menos, que son cosas que el Amor perfecto quiere. Y cuando la Gracia, devuelta a los hombres, haga de los más santos de ellos los conocedores de las verdades ocultas, entonces se verá que precisamente los más santos querrán ser víctimas, porque habrán comprendido el poder del dolor... El niño duerme. María ¿lo llevas contigo?

-Claro, Maestro. Nosotros decimos: niño asustado, sueño breve y mucho llanto; y: el pájaro sin nido necesita el ala materna. Mi cama es grande, ahora que la ocupo yo sola. Llevo allí a los niños, de forma que pueda estar atenta a ellos. También éstos están a punto de olvidar su dolor en el sueño. Venid y los llevamos a descansar.

Recoge al pequeñuelo de las rodillas de Jesús y, seguida por Pedro y Felipe, se marcha. Entretanto, vuelve Santiago de Zebedeo con el morral de Jesús.

Jesús lo abre y busca dentro. Extrae una túnica gruesa, la extiende, observa su medida. No está todavía satisfecho. Busca el manto del mismo color oscuro que la túnica. Pone ambos aparte. Cierra el morral y se lo devuelve a Santiago.

Vuelven Pedro y Felipe. La viejecita se ha quedado con los tres niños. Pedro ve inmediatamente los indumentos extendidos y puestos aparte. Dice:

-¿Quieres cambiarte la ropa, Maestro? Estando cansado, un baño caliente te descansaría. Hay agua. Te calentamos la ropa. Luego cenamos y nos vamos a descansar. Este hecho de estos pobres niños me ha conmovido profundamente...

Jesús sonríe, pero no responde adecuadamente; se limita a decir:

-¡Alabemos al Señor, que me ha guiado a tiempo de salvar a los inocentes. Luego se calla, cansado...

Vuelve a entrar la viejecita, con las tuniquitas de los niños.

-Deberían cambiárselas... Están rotas y llenas de barro... Pero ya no tengo las túnicas de mis hijos para sustituirlas. Las lavaré mañana...

-No, madre. Cuando termine el sábado, coses tres prendas pequeñas con estas mías...

-Pero Señor, ¿sabes que ya sólo tienes tres túnicas? Si das una, ¿con qué te quedas? ¡No está aquí Lázaro, como aquella vez del manto a la leprosa! - dice Pedro.

-Deja. Quedan dos. Demasiadas ya, para el Hijo del hombre. Toma, María. Mañana a la puesta del Sol empiezas tu trabajo, y el Perseguido tendrá la dicha de socorrer al pobre, cuyas penalidades comprende.

## 554

## El sábado en Efraím. Con los apóstoles y los tres niños en una pequeña isla del torrente.

-Alzaos. Vamos por la orilla del torrente. Como los hebreos que están fuera de su patria y en lugares donde no hay sinagogas, celebraremos el sábado entre nosotros. Venid, niños... - dice Jesús a los apóstoles, ociosos en el huerto de la casa, y tiende la mano a los tres pobres niños que están en grupo en un ángulo.

Éstos acuden con una tímida alegría en la carita precozmente pensativa, de niños que han visto cosas demasiado mayores que ellos. Los dos más grandecitos meten su manita en la de Jesús, pero el más pequeño quiere que lo coja en brazos, y Jesús lo contenta. Al más mayor le dice:

-Tú estáte de todas formas a mi lado. Me agarras la túnica como ayer. Pero Isaac está demasiado cansado y es demasiado pequeño como para arreglárselas solo...

El más grandecito bebe la sonrisa de Jesús y acepta, contentándose con caminar al lado de Jesús como un hombrecito.

-Déjame a mí el niño, Maestro. Supongo que estarás cansado todavía de ayer, y Rubén sufre si no te agarra la mano... - dice Bartolomé, y hace ademán de tomar de sus brazos al más pequeño, que se abraza al cuello de Jesús.

-¡Obcecado como toda la raza! - exclama Judas Iscariote.

-No. Está asustado. No entiendes nada de hijos. Los pequeñuelos son así. Cuando están afligidos o asustados buscan refugio en el primero que les ha sonreído y consolado - rebate Bartolomé, quien, no pudiendo tomar en brazos al más pequeño, da la mano al mayor después de haberle acariciado en el pelo y haberle sonreído paternamente.

Salen de la casa, donde se queda sola la mujer. Van siguiendo el torrente ya fuera del pueblo. Son bonitas sus márgenes cubiertas de hierba nueva, tachonadas de flores pradeñas. Es agua cristalina, cantarina entre las piedras; aunque sea poca, canta con notas de arpa, susurra rompiéndose contra las piedras más grandes diseminadas en el guijarral, o introduciéndose entre los recovecos de alguna minúscula isla poblada de cañas. En los árboles que hay en las orillas, los pájaros alzan velocísimos el vuelo con trinos de alegría, o se posan en alguna rama expuesta al sol y cantan las primeras canciones de primavera, o bajan al suelo, graciosos y vivarachos, a buscar insectos y gusanos o a beber en las orillas. Dos tortolitas silvestres se bañan en una curva de la orilla y zureando, se picotean, para alzar el vuelo luego, llevando en el pico una vedija de lana dejada por alguna oveja contra un arbusto de espino albar que empieza ya a florecer en su cima.

-Hacen eso para hacer el nido - dice el mayor de los niños - Está claro que tienen pichoncítos...

Agacha mucho la cabeza, y, después de un atisbo de sonrisa mientras decía las primeras palabras, llora quedo secándose los ojos con la mano.

Bartolomé lo coge en brazos, comprendiendo en qué herida han hurgado las dos tortolitas con sus cuidados; y suspira, él que tiene el buen corazón de un buen padre de familia. El niño llora sobre el hombro de Bartolomé, y el otro, el segundo, viendo ese llanto, se echa a llorar a su vez, imitado por el tercero, que llama a su padre con su vocecita de pequeñuelo que desde hace poco sabe hablar.

-Hoy será ésta nuestra oración del sábado. ¡Hubieras podido dejarlos en casa! La mujer es más idónea que nosotros en estos casos y... - observa Judas Iscariote.

-¡Pero si ella no hace más que llorar, también! Como incluso yo, que tengo también grandes ganas de llorar... Porque son cosas... que hacen llorar... - le responde Pedro tomando en brazos al segundo niño.

-Sí. Son cosas que hacen llorar. Es verdad. Y María de Jacob, una pobre anciana afligida, no es muy capaz de consolar... - confirma el Zelote.

-Y nosotros tampoco parece que lo consigamos mucho. E1 único que podía consolar era el Maestro, y no lo ha hecho.

-¿No lo ha hecho? ¿Y qué más debía hacer? Ha convencido a los bandidos, ha recorrido millas con los niños en brazos, ha dispuesto las cosas para que sean advertidos los parientes de los niños...

-Esas son cosas secundarias. Él, que tiene autoridad incluso sobre la muerte, podía, es más, debía, haber bajado al aprisco y haber resucitado al pastor. ¡Lo ha hecho incluso por Lázaro, que no era ya útil para nadie! Aquí, un padre, y además viudo; unos niños que se quedan solos... Esta resurrección había que haberla hecho. No te comprendo, Maestro...

-Y nosotros no te comprendemos a ti, tan irrespetuoso como te muestras...

-¡Calma! ¡Calma! Judas no comprende. No es el único que no comprende las razones de Dios y las consecuencias del pecado. Tú tampoco comprendes, Simón de Jonás, por qué los inocentes deben sufrir. No queráis juzgar, pues, a Judas de Simón, que no comprende por qué ese hombre no ha resucitado. Si Judas reflexiona, él, que siempre me echa en cara el que vaya sólo y lejos, comprenderá que no podía ir tan lejos... Porque el aprisco estaba en la llanura de Jericó, pero pasada la ciudad, hacia el vado. ¿Qué habríais dicho si hubiera estado fuera al menos tres días?

-Hubieras podido, con tu espíritu, ordenar al muerto resucitar.

-¿Eres más que los fariseos y escribas, que quisieron la prueba de un muerto ya descompuesto para poder decir que Yo resucito realmente a los muertos?

-Pero ellos la querían porque te odian. Yo la quisiera porque te amo y quisiera verte aplastar a todos tus enemigos.

-Tu viejo sentimiento y tu desordenado amor. No has sabido desarraigar de tu corazón las viejas plantas para sustituirlas por las nuevas; y las viejas, fertilizadas por la Luz a que te has acercado, se han hecho aún más fuertes. Este error

tuyo es el de muchos, presentes y futuros; el de los que, a pesar de las ayudas de Dios, no se transforman porque no responden con heroica voluntad al auxilio de Dios.

-¿Y es que éstos, que son discípulos tuyos como yo, han destruido las viejas plantas?

-A1 menos, las han podado mucho y han hecho muchos injertos. Tú esto no lo has hecho. Ni siquiera has observado con atención si era conveniente hacerles injertos o podarlas o arrancarlas. Eres un jardinero incauto, Judas.

-Bueno, sólo para mi alma ¿eh?, porque para los jardines soy hábil.

-Eres hábil. Para todas las cosas terrenas eres hábil. Quisiera verte igualmente hábil para las cosas del Cielo.

-¡Pero tu Luz debería obrar por sí sola todo prodigio en nosotros! ¿Es que no es buena? Si fertiliza el mal y lo hace más fuerte, no es buena; y, si no nos hacemos buenos, es culpa suya.

-Habla por ti, amigo. Yo no veo que el Maestro haya hecho en mí más fuertes las malas tendencias - dice Tomás.

-Yo tampoco.

-Ni yo - dicen Andrés y Santiago de Zebedeo.

-¡Pues a mí!... Su potencia me ha liberado del mal y me ha renovado. ¿Por qué hablas así? ¿No reflexionas en lo que dices? - pregunta Mateo.

Pedro está para intervenir, pero prefiere marcharse; se echa a andar, raudo, con el niñito sobre los hombros, imitando el ondeo de una barca para hacerle reír; al pasar, toma de un brazo a Judas Tadeo y grita:

-¡Venga, vamos allá, a aquella isla! Está llena de flores, como una canasta. Venid, Natanael, Felipe, Simón, Juan... Un buen salto y estamos allí. El torrente, dividido así, es sólo dos arroyos, a este lado y al otro de la isla...

Y él es el primero que salta y pone el pie en una porción arenosa emergente, de unos pocos metros de extensión, herbosa como un prado, florida como una alfombra con las primeras flores; en el centro de ella hay un solo chopo, alto y fino, que ondea sus ramas con un viento ligero. Se unen a Pedro, poco a poco, los apóstoles que han sido nombrados; y a éstos los siguen los que estaban más cerca de Jesús, que se queda retrasado hablando con Judas Iscariote.

-¿Pero no ha terminado todavía ése? - pregunta Pedro a su hermano.

-El Maestro está trabajando su corazón - responde Andrés.

-¡En fin! Es más fácil que yo consiga que broten higos en este árbol, que no que la justicia entre en el corazón de Judas.

-Y en su intelecto - añade Mateo.

-Es necio porque quiere serlo, y en lo que quiere - dice Judas Tadeo.

-Sufre porque no ha sido elegido para evangelizar. Yo lo sé - explica Juan.

-Pues por mí... Si quiere ir él en mi lugar... ¡No tengo ningún interés especial en andar por esos caminos! - exclama Pedro.

-Ninguno de nosotros lo tiene. Pero él sí. Y, sin embargo, mi hermano no quiere enviarlo. Esta mañana le he hablado de esto, porque había comprendido el estado de ánimo de Judas y las causas de él. Y Jesús me ha dicho: "Precisamente por ser un corazón tan enfermo, lo tengo a mi lado. Son los enfermos y los débiles los que tienen necesidad del médico y de alguien que los sujete".

-¡Ya!... ¡Bien!... Venid, niños. Ahora agarramos estas hermosas cañas y hacemos barquitas con ellas. ¡Mirad qué bonitas! Y dentro de ellas metemos estas flores, que son los pescadores. Mirad si no parecen cabezas con un gorro blanco y rojo... Aquí hacemos el puerto y aquí... pues las casitas de los pescadores... Ahora atamos las barcas a estas bonitas hierbas finas y vosotros las metéis en el agua... así... y luego las sacáis a la orilla después de la pesca... Podéis dar la vuelta a la isla... ¡pero cuidado con los escollos, eh!... Pedro tiene una paciencia admirable. Ha trabajado con el cuchillo trozos de caña, cortando de nudo a nudo y destapando un lado para transformar las cañas en barquitas; ha puesto a hacer de pescadores unas mayas todavía en capullo; ha excavado en la arena un puerto liliputiense; ha construido casitas con la arena húmeda: ha conseguido la finalidad de recrear a los niños, y se sienta satisfecho susurrando:

-¡Pobres criaturas!...

Jesús pone pie en la isla precisamente cuando los dos niñitos empiezan su juego y, dejando en el suelo al más pequeño, que se une al juego de sus hermanitos, los acaricia.

-Aquí estoy, con vosotros. Ahora vamos a hablar de Dios. Porque hablar de Dios y hablar a Dios es prepararse para la misión. Después de hacer oración, o sea, después de hablar a Dios, hablaremos de Dios, que está presente en todas las cosas para instruir en orden a las cosas buenas. Vamos, alzaos y vamos a orar - y entona unos salmos en hebreo a los cuales los apóstoles hacen coro.

Los niños, que se habían alejado con sus barquitas, suspenden el gorjeo de sus vocecitas y sus juegos y se acercan al oír cantar a estos hombres. Escuchan atentos con los ojos fijos en Jesús, que para ellos es todo, y luego, con ese espíritu de imitación que tienen los niños, toman la misma postura de los que están orando y tratan de seguir su canto, sólo con la voz, pues no saben las palabras de los salmos. Jesús baja los ojos y los mira con una sonrisa que aumenta el canto de las vocecitas inocentes. Se sienten aprobados y cobran ánimos...

El canto de los salmos termina. Jesús se sienta en la hierba y empieza a hablar:

-Cuando los reyes de Israel *(2 Reyes 3,1-20)*, el de Edom y el de Judá, se unieron para combatir contra el rey de Moab y se dirigieron a Eliseo profeta para solicitar consejo, éste respondió al enviado de los reyes: "Si no sintiera respeto por Josafat, rey de Judá, ni siquiera te habría mirado. Pero ahora traedme a un arpista". Y, mientras el arpista tocaba, Dios habló a su profeta y ordenó que hiciera excavar muchos fosos en el torrente árido, para que se llenara de agua para hombres y animales. Y a la hora del sacrificio de la mañana el torrente, sin que hubiera ni viento ni lluvia, se llenó como el Señor había dicho. ¿Cuáles, según vosotros, son las lecciones de este episodio? ¡Hablad!

Los apóstoles se consultan entre sí. Quién dice: «En la turbación del corazón Dios no habla. Eliseo quiere aplacar su irritación, surgida al verse enfrente al rey de Israel, para poder oír a Dios». Quién: «Es una lección sobre la justicia. Eliseo, para

no castigar al inocente rey de Judá, salva también al culpable». Quién: «Es una lección de obediencia y fe. Excavaron los fosos obedeciendo a una indicación aparentemente absurda, y esperaron con fe el agua, aunque el cielo estuviera sereno y no hubiera viento».

-Habéis respondido bien, pero no ampliamente bien. En la turbación del corazón Dios no habla. Es verdad. Pero no se necesitan las arpas para calmar el corazón. Basta con tener la caridad, que es el arpa espiritual que emite notas de paraíso. Cuando un alma vive en la caridad, tiene el corazón sereno y oye la voz de Dios y la comprende.

-Entonces Eliseo no tenía caridad, porque estaba turbado.

-Eliseo es del tiempo de la Justicia. Hay que saber transportar al tiempo de la Caridad los episodios antiguos, y verlos no a la luz de los rayos, sino a la de los astros. Vosotros sois del tiempo nuevo. ¿Y por qué, entonces, tan frecuentemente sois más iracundos y estáis más turbados que los del tiempo antiguo? Despojaos del pasado. Lo repito, aunque a Judas no le guste oírlo repetir. Extirpad, podad, injertad, plantad plantas nuevas. Renovaos, excavad los fosos de la humildad, obediencia y fe. Aquellos reyes supieron hacerlo, y eran en la proporción de dos a uno no de Judá, y no oyeron a Dios, sino al profeta de Dios referir la voluntad del Altísimo. Habrían muerto de sed en medio de la aridez, si no hubieran sabido obedecer. Obedecieron y el agua llenó los fosos excavados, y no sólo fueron salvados de la sed; vencieron también a los enemigos. Yo soy el Agua de la Vida. Excavad fosos en vuestros corazones para poder recibirme. Y ahora escuchad. No pronuncio largos discursos. Os doy sentencias para que las meditéis. Seréis siempre como estos niños -e incluso menos que ellos, porque ellos son inocentes y vosotros no lo sois, y por eso es más sombría en vosotros la luz espiritual-, si no os acostumbráis a meditar. Siempre escucháis, pero de ninguna manera retenéis, porque vuestra inteligencia duerme en vez de estar activa. Por tanto, oíd. Cuando a la Sunamita *(2 Reyes 4, 18-37)* se le murió el hijo, quiso presentarse al profeta, a pesar de que el marido le dijera que no era el uno del mes ni sábado. Pero ella sabía que debía ir porque para ciertas cosas no se admiten dilaciones. Y por haber sabido comprender el espíritu de las cosas recobró a su hijo resucitado. ¿Qué decís de este hecho?

-Que es un reproche a mí, por el sábado - dice Judas Iscariote.

-¿Ves, Judas, que cuando quieres sabes entender? Abre, pues, tu espíritu a la justicia.

-Sí... pero Tú no has violado el sábado por resucitar al hombre.

-He hecho más. He impedido la ruina, la muerte de éstos, la verdadera muerte, y he recordado a los bandidos que...

-¡Espera a contentarte de haber hecho algo! No creo que te hayan obedecido...

-Si el Maestro lo dice...

-También Eliseo en la narración de la Sunamita dice: "El Señor me lo ha mantenido oculto". Así que los profetas no saben todo - rebate Judas Iscariote.

-Nuestro hermano es más que un profeta - observa Judas Tadeo.

-Lo sé. Es el Hijo de Dios. Pero también es el Hombre. Como tal, puede estar sujeto a no saber cosas secundarias, como esta de una conversión y de un regreso... Maestro, ¿sabes realmente siempre, siempre, todo? Yo me pregunto esto a menudo... -insta con corazón tenaz Judas Iscariote.

-¿Con qué espíritu? ¿Buscando paz, consejo, turbación? - pregunta Jesús.

-Hombre, pues... no sabría decirte. Me lo pregunto y...

-Y pareces turbado incluso en el acto de preguntártelo - dice Tomás.

-¿Yo? Hombre, claro, la perplejidad siempre turba...

-¡Cuántas sutilezas! Yo no me planteo tantas sutilezas. Creo sin indagar, y no me siento ni perplejo ni turbado por nada. Pero, dejemos hablar al Maestro. A mí no me gusta esta lección. Dinos palabras hermosas, Maestro. Les gustarán también a los niños - dice Pedro.

-Todavía tengo una cosa que preguntar. Ésta: ¿Qué significado tiene para vosotros la harina que anula lo amargo en el potaje de los hijos de los profetas?

Un profundo silencio es la respuesta a la pregunta.

-¿Entonces? ¿No sabéis responder?

-Quizás la harina absorbió la sustancia amarga... - dice inseguro Mateo.

-Todo se habría puesto amargo, incluso la harina.

-Por un milagro del profeta, que no quería que se sintiera avergonzado el criado - sugiere Felipe.

-También. Pero no por eso sólo.

-El Señor quiso que resplandeciera el poder del profeta incluso sobre las cosas comunes - dice el Zelote.

-Sí. Pero no es todavía el significado exacto. Las vidas de los profetas anticipan lo que luego se actuará en el tiempo pleno: el mío; reflejan mi día terrenal en símbolos y figuras. ¿Entonces?...

Silencio. Se miran. Luego Juan agacha la cabeza, se ruboriza, sonríe.

-¿Por qué no manifiestas tu pensamiento, Juan? - le pregunta Jesús - No es falta de amor hablar, porque no lo haces para zaherir a nadie.

-Creo que quiere decir esto. Que en el tiempo del hambre de la Verdad y la carestía de Sabiduría -este en que has venido- todo árbol se ha vuelto silvestre y ha dado frutos amargos, imposibles de comerse, como el veneno, para los hijos de los hombres, que, de tal forma, en vano los recogen y se los preparan para alimentarse. Pero la bondad del Eterno te envía a ti, harina de trigo elegido; y Tú, con tu perfección, anulas el tóxico de todo alimento, devolviendo la bondad, tanto a los árboles de las Escrituras, que los siglos han desnaturalizado, como a los paladares de los hombres, que la concupiscencia ha corrompido. En este caso, el que ordena llevar la harina y la echa en la olla amarga es el Padre tuyo, y Tú eres la harina que se sacrifica para hacerse alimento para los hombres. Y, después de tu consumación, ya no quedará nada tóxico en el mundo, porque habrás restablecido la amistad con Dios. Quizás me he equivocado. -No te has equivocado. Ése es el símbolo.

-¿Y cómo lo has pensado? - pregunta asombrado Pedro.

Le responde Jesús:

-Te lo digo con tus propias palabras de hace un rato. Un buen salto y se está en la isla pacífica y florecida de la espiritualidad. Pero hay que tener el valor de dar ese salto, abandonando la orilla, el mundo. Saltar sin pensar si alguien puede reírse a causa de nuestro salto desmañado, o burlarse de nuestro simplismo de preferir antes que el mundo una islita solitaria. Saltar sin miedo a herirse o mojarse, o a quedar defraudados. Dejar todo para refugiarse en Dios. Establecerse en la isla separada del mundo y salir de ella *únicamente* para distribuir, a los que se han quedado en las orillas, las flores y las aguas puras recogidas en la isla del espíritu, donde hay un único árbol: el de la Sabiduría. Estando a su pie, lejos del fragor del mundo, se aferran todas sus palabras y uno se hace maestro sabiendo ser discípulo. También esto es un símbolo. Pero ahora contaremos una bonita parábola a los niños. Venid aquí bien cerca.

Los tres niños se acercan tanto, que incluso se sientan en sus piernas. Jesús los rodea con los brazos y empieza a narrar:

-Un día el Señor Dios dijo: "Haré al hombre, y el hombre vivirá en el Paraíso Terrenal, donde está el gran río, que luego se reparte en cuatro brazos, que son el Pisón, el Guijón, el Eufrates y el Tigris, que riegan la Tierra. Y el hombre será feliz, teniendo todas las bellezas y bondades de la Creación y mi amor para gozo de su espíritu". Y así hizo. Era como si el hombre estuviera en una isla grande, pero más florida todavía que ésta y con árboles de todos los tipos y con todos los animales; y como si, sobre él, estuviera el amor de Dios haciendo de Sol para el alma. Y la voz de Dios estaba en los vientos, más melodiosa que canto de pájaro.

Pero en esta bonita isla florida, entre todos los animales y las plantas, entró reptando una serpiente distinta de las que habían sido creadas por Dios y que eran buenas, sin veneno en los dientes, sin saña en las vueltas de su cuerpo flexuoso. Esta serpiente se había vestido con la piel de colores de gemas que tenían las otras; es más, se había engalanado más que las otras, tanto que parecía una gran joya de rey que fuera zigzagueando por entre los espléndidos árboles del Jardín. Fue a enroscarse en torno a un árbol que se alzaba en medio del jardín, un árbol bello, solitario, mucho más alto que éste, cubierto de hojas y frutos maravillosos. La serpiente parecía una joya alrededor del bonito árbol, y con el sol despedía destellos. Todos los animales la miraban porque ninguno se acordaba de haberla visto crear ni de haberla visto antes de entonces. Pero ninguno se acercaba a ella; al contrario, todos se alejaban del árbol, ahora que tenía enroscada en su tronco a la serpiente.

Sólo el hombre y la mujer se acercaron allí; la mujer antes que el hombre, porque le gustaba esa cosa resplandeciente que brillaba al sol y movía la cabeza como una flor semicerrada, y escuchó lo que decía la serpiente, y desobedeció al Señor e hizo desobedecer a Adán. Sólo después de la desobediencia vieron a la serpiente en su realidad y comprendieron el pecado, porque habían perdido la inocencia del corazón. Y se escondieron de Dios, que los buscaba, y luego mintieron a Dios, que les hacía preguntas.

Entonces Dios puso ángeles en la entrada del Paraíso y expulsó de él a los hombres. Fue como si los hombres fueran arrojados, de la orilla segura del Edén, a los ríos terrestres llenos de agua como cuando vienen las riadas de primavera. Pero Dios dejó en el corazón de los expulsados el recuerdo de su destino eterno, o sea, del pasaje del hermoso Jardín, donde percibían la voz y el amor de Dios, al Paraíso en que habrían gozado de Dios completamente: y con este recuerdo dejó el estímulo santo de remontarse, con una vida de justicia, hasta el lugar perdido.

Pero, niños míos, vosotros habéis experimentado hace poco que mientras la barca baja siguiendo la corriente es fácil su camino, mientras que, cuando remonta la corriente, le cuesta mantenerse a flote, no ser arrollada por la ola, no naufragar entre las hierbas y arenas o piedras del río. Si Simón Pedro no hubiera atado vuestras barquichuelas con los juncos finos de la orilla, habríais perdido todas, como le ha sucedido a Isaac por haber soltado el junco.

Lo mismo les sucede a los hombres arrojados a las corrientes de la Tierra. Deben estar siempre en las manos de Dios, poniendo confiadamente su voluntad, que es como el junco, en las manos del buen Padre que está en los Cielos y que es Padre de todos, especialmente de los inocentes; y deben tener mirada vigilante para evitar hierbas y espadañas, piedras, remolinos y barro, que podrían retener, romper, tragarse la barca de su alma, arrancando el hilo de la voluntad que los mantiene unidos a Dios. Porque la Serpiente, que ya no está en el Jardín, está ahora en la Tierra tratando de hacer naufragar a las almas, de no dejarlas remontarse por el Éufrates, el Tigris, el Guijón y el Pisón, hasta el Gran Río que fluye en el Paraíso eterno y alimenta los árboles de la Vida y la Salud, que dan perpetuos frutos de que gozarán todos los que hayan sabido remontar la corriente para unirse de nuevo a Dios y a los ángeles suyos sin tener que sufrir ya jamás por nada.

-Esto lo decía también nuestra mamá - dice el más grandecito de los niños.

-Sí, lo decía- gorjea el más pequeño.

-Tú no lo puedes saber. Yo sí, porque soy mayor. Pero si dices cosas que no son verdad no vas a entrar en el Paraíso.

-Pero nuestro padre decía que no era verdad nada - objeta el del medio.

-Porque no creía en el Señor de mamá.

-¿No era samaritano tu padre? - pregunta Santiago de Alfeo.

-No. Era de otros lugares. Pero nuestra mamá sí que lo era. Y nosotros lo somos, porque quería que fuéramos como ella. Y nos hablaba del Paraíso y del Jardín, pero no bien como lo has dicho Tú. Yo tenía miedo de la serpiente y de la muerte, porque decía que una era el diablo y porque nuestro padre decía que con la muerte acaba todo. Por eso me sentía tan infeliz de estar solo, y decía que ya era inútil ser bueno, porque, mientras estaban mamá y papá, uno daba alegría siendo bueno, pero ya no había nadie al que alegrar siendo bueno. Pero ahora sé... Y voy a serlo. No voy a quitar nunca mi hilo de las manos de Dios, para que no me lleven las aguas de la Tierra.

-¿Pero nuestra mamá ha ido arriba o abajo? - pregunta con perplejidad el segundo de los niños.

-¿Qué quieres decir, niño? - pregunta Mateo.

-Digo que dónde está. ¿Ha ido al río del Paraíso eterno?

-Esperemos que sí, niño. Si era buena...

-Era samaritana... - dice con desprecio Judas Iscariote.

-¿Y entonces no hay Paraíso para nosotros, por ser samaritanos? ¿Entonces no vamos a tener a Dios nosotros? Él lo ha llamado "Padre de todos". Yo, huérfano, quería pensar que tenía un Padre todavía... Pero si para nosotros no existe... -agacha la cabeza afligido.

-Dios es el Padre de todos, niño mío. ¿Acaso Yo te he querido menos, porque seas samaritano? He luchado por ti ante los bandidos, y lucharé por ti contra el demonio, de la misma manera con que lucharía por el hijito del Sumo Sacerdote del Templo de Jerusalén, si él no considerara un oprobio el que el Salvador salvara a su criatura. Es más, lucho todavía más por ti, porque estás solo y vives infeliz. No hay diferencia para mí entre el espíritu de un judío y el de un samaritano. Y dentro de poco no habrá división entre Samaria y Judea porque el Mesías tendrá un solo pueblo, que llevará su Nombre y estará formado por todos los que lo quieran.

-Yo te quiero, Señor. Pero ¿me llevas donde mi mamá? - dice el mayor de los tres niños.

-No sabes dónde está. Ese hombre ha dicho que hay que tener esperanza... - dice el segundogénito.

-Yo no lo sé. Pero el Señor sí que lo sabe. Ha sabido hasta dónde estábamos nosotros, y nosotros ni siquiera lo sabíamos.

-Con los bandidos... Nos querían matar...

El terror vuelve a la carita del segundogénito.

.Los bandidos eran como demonios. Pero Él nos ha salvado porque nuestros ángeles lo han llamado.

-También a mamá la han salvado los ángeles. Yo lo sé porque sueño con ella siempre.

-Eres un mentiroso, Isaac. No puedes soñar con ella porque no la recuerdas.

El pequeñuelo llora diciendo:

-¡No! ¡No! ¡Sueño con ella, sí que sueño con ella!...

-No llames mentiroso a tu hermano, Rubén. Su alma claro que puede ver a su mamá, porque el buen Padre de los Cielos puede conceder que este huerfanito sueñe con ella y la conozca parcialmente, de la misma forma que concede conocerlo a Él mismo. Para que de este conocimiento limitado nazca una buena voluntad de conocerlo perfectamente, cosa que se obtiene siendo siempre muy buenos. Y ahora vámonos. Hemos hablado de Dios y el sábado ha sido santificado.

Se levanta y entona otros salmos.

Gente de Efraím, al oír el coro, viene en esa dirección y espera con respeto a que el salmo termine, para saludar; y dicen a Jesús:

-¿Has preferido venir aquí antes que ir donde nosotros? ¿Es que no nos estimas?

-Ninguno de vosotros me había invitado. Por tanto, he venido aquí con mis apóstoles y los niños.

-Es verdad. Pero creíamos que tu discípulo te habría manifestado nuestro deseo - Jesús mira a Juan y a Judas.

Y Judas responde:

-Ayer me olvidé de decírtelo; y hoy, con estos niños... pues me he distraído.

Jesús, mientras tanto, pasa el minúsculo brazo de agua y deja la isla. Va hacia los de Efraím. Los apóstoles lo siguen, mientras los niños se detienen un poco para desatar las dos barquichuelas de caña que quedan, y a Pedro, que los apremia, le explican:

-Queremos conservarlas para recordar la lección.

-¿Y yo? ¡Yo la he perdido! No recordaré la lección y no iré al Paraíso - dice llorando el más pequeño.

-¡Espera! No llores. Te hago la barquita inmediatamente. Por supuesto. Tú también tienes que recordar la lección. ¡Todos tendríamos que hacernos una barquita con su junco atado a la proa para recordar! ¡Y más nosotros, los adultos, que vosotros, los niños! ¡En fin! - y Pedro corta y forma la barquita, con su junco. Y toma en brazos - abarcándolos sólo con uno- a los tres niños, luego salta el río y va donde Jesús, a su lado.

-¿Son éstos? - pregunta Malaquías de Efraím.

-Estos.

-¿Y son de Siquem?

-Eso decía el zagal. Decía que los parientes eran de la campiña.

-¡Pobres niños! Pero, si los parientes no vinieran, ¿qué harías?

-Los tendría conmigo. Pero vendrán.

-Esos bandidos... ¿No vendrán ellos también?

-No vendrán. Pero no tengáis miedo de ellos. Aunque vinieran... Yo sería su ladrón y no ellos vuestros ladrones. Ya les he arrebatado cuatro presas y espero haber arrebatado al pecado un poco de su alma, al menos en alguno.

-Te ayudaremos con estos niños. Esto nos lo concederás, ¿no?

-Sí. No porque sean de vuestra región, sino porque son inocentes, y el amor a los inocentes es un camino que conduce rápidamente a Dios.

-Tú eres el único que no hace distinciones entre unos inocentes y otros. Un judío no habría recogido a estos pequeños samaritanos; y tampoco un galileo. No somos amados. Y el desamor hacia nosotros lo extienden también a los que ni siquiera saben lo que es ser samaritano o judío. Y eso es cruel.

-Sí. Pero cuando se siga mi Ley no será así. ¿Ves, Malaquías? Los niños están en los brazos de Simón Pedro, mi hermano y Simón Zelote, y ninguno de los tres es ni samaritano ni padre. Pues bien, ni siquiera tú aprietas contra tu corazón con tanto amor a tus hijos, como estos discípulos míos hacen con los huérfanos de Samaria. La idea mesiánica es ésta: *reunir a todos en el amor.* Ésta es la verdad de la idea mesiánica. Un solo pueblo en la Tierra bajo el cetro del Mesías, un solo pueblo en el Cielo bajo la mirada de un solo Dios.

Se alejan, hablando, en dirección a la casa de María de Jacob.

## Lección nocturna a Simón Pedro sobre el perdón de los pecados y sobre el dolor de los santos y de los inocentes.

Jesús está solo en una pequeña habitación. Sentado en el lecho, piensa u ora. Palpita la llamita amarillenta de una lamparita de aceite colocada encima de un estante. Debe ser de noche porque no hay ningún ruido ni en la casa ni en la calle. Lo único es el torrente, cuyo susurro parece más fuerte afuera, en medio del silencio de la noche.

Jesús levanta la cabeza y mira a la puerta. Escucha. Se levanta y va a abrir. Ve a Pedro al otro lado de la puerta.

-¿Tú? Ven. ¿Qué quieres, Simón? ¿Todavía levantado, con tanto camino como debes recorrer?

Lo ha cogido de la mano y lo ha introducido en la habitación, cerrando luego la puerta sin hacer ruido. Le indica que se siente a su lado en la orilla del lecho.

-Quería decirte, Maestro... Sí, quería decirte que... ya has visto también hoy para lo que valgo: soy capaz sólo de hacerse divertir a unos pobres niños, de consolar a una viejecita, de pacificar a dos pastores que discuten por una cordera que ha resultado tener el pecho ciego. Soy un pobre hombre. Tan pobre, que no comprendo siquiera lo que me explicas. Pero, éste es otro asunto. Lo que quería decirte ahora era que, precisamente por esto, me dejaras aquí. No me entusiasma el ir por ahí predicando, cuando Tú no estás con nosotros; y además no sé hacerlo... Concédeme esto, Señor.

Pedro habla con calor, pero teniendo los ojos fijos sobre las toscas baldosas descantilladas del suelo.

-Mírame, Simón - ordena Jesús. Y, dado que Pedro obedece, Jesús lo mira fija y agudamente y pregunta:

-¿Y esto es todo? ¿Todo el motivo de estar en vela? ¿Todo el motivo de pedir que te deje aquí? Sé sincero, Simón. No es murmurar el decir a tu Maestro la otra parte de tu pensamiento. Hay que saber distinguir entre palabra ociosa y palabra útil. Es ociosa - y generalmente en el ocio florece el pecado- cuando se habla de los defectos ajenos con quien nada puede sobre ellos. En ese caso, es simplemente falta de caridad, aunque las cosas dichas fueran verdaderas; como es falta de caridad hacer reproches más o menos acerbos sin unir al reproche el consejo. Y me refiero a reproches justos; los otros, son injustos y son pecado contra el prójimo. Pero cuando uno ve que su prójimo peca, y sufre por ello porque, pecando, ese prójimo suyo ofende a Dios y perjudica su alma; y siente que por sí solo no es capaz de medir la entidad del pecado ajeno, y no se siente lo suficientemente sabio como para decir palabras de conversión, y entonces se dirige a un justo, a un sabio, y le confía su preocupación, entonces no comete pecado, porque sus confidencias están dirigidas a poner fin a un escándalo y a salvar un alma. Es como uno que tuviera un pariente con una enfermedad de carácter vergonzoso. Está claro que tratará de que no lo sepa la gente, pero, en secreto, irá a decir al médico: "Mi pariente, según yo, tiene esto y esto, pero no sé ni aconsejarlo ni curarlo. Ven tú o dime qué tengo que hacer". ¿Falta éste, acaso, contra el amor respecto a su pariente? No. Sí que faltaría si, por un mal entendido sentimiento de prudencia y amor, fingiera no darse cuenta de la enfermedad y dejara que ésta progresara y llevara a la muerte. Un día -y no pasarán años- tú, y contigo tus compañeros, deberéis escuchar las confidencias de los corazones. No en la forma en que ahora las escucháis, como hombres; las escucharéis como sacerdotes, o sea, médicos, maestros y pastores de las almas, como Yo soy Médico, Maestro y Pastor. Deberéis escuchar y decidir y aconsejar. Vuestro juicio tendrá un valor como si Dios mismo lo hubiera pronunciado...

Pedro se suelta de Jesús, que le tenía ceñido a su lado, y, levantándose, dice: -Eso no es posible, Señor. No nos impongas nunca eso. ¿Cómo quieres que juzguemos como Dios, si no sabemos ni siquiera juzgar como hombres?

-Entonces sabréis, porque el Espíritu de Dios estará sobre vosotros e infundirá sus luces. Sabréis juzgar, considerando las siete condiciones de los hechos que os serán planteados para recibir consejo o perdón. Escucha bien y trata de recordar. En su día, el Espíritu de Dios te recordará mis palabras. Pero tú, de todas formas, trata de recordar con tu inteligencia, porque Dios te la ha dado para que la uses sin holgazanería ni presunción espirituales, que conducen o a esperar todo de Dios o a pretender todo de Él. Cuando seas Maestro, Médico y Pastor en mi lugar y haciendo mis veces, y cuando un fiel venga a llorar sus inquietudes a tus pies, sus desazones debidas a acciones propias o ajenas, tú deberás tener siempre presente este grupo de siete preguntas.

*Quién:* ¿Quién ha pecado? *Qué:* ¿Cuál es la materia del pecado? *Dónde:* ¿En qué lugar? *Cómo:* ¿En qué circunstancias? *Con qué o con quién:* El instrumento o la persona que ha sido materia para el pecado. Por *qué:* ¿Cuáles han sido los incentivos que han creado el ambiente favorable para el pecado? *Cuándo:* ¿En qué condiciones y reacciones, y si esporádicamente o por malsana costumbre?

Porque, mira, Simón, el mismo pecado puede tener infinitos matices y grados, según todas las circunstancias que lo han creado y las personas que lo han llevado a cabo. Por ejemplo... tomemos en consideración los dos pecados más extendidos: el de la concupiscencia carnal y el de la concupiscencia de las riquezas.

Una persona ha cometido pecado de lujuria, o cree haberlo cometido; porque a veces el hombre confunde el pecado con la tentación, o considera iguales el estímulo creado activamente, debido a una malsana tendencia, y los pensamientos que surgen como reflejo del sufrimiento de una enfermedad, o también porque la carne y la sangre, a veces, forman imprevistas voces que resuenan en la mente antes de que ésta tenga tiempo de ponerse en guardia para sofocarlas. Viene a ti y te dice: "He cometido pecado de lujuria". Un sacerdote imperfecto diría: "Recaiga sobre ti la maldición". Pero tú, mi Pedro, no debes decir eso. Porque tú eres Pedro de Jesús, eres el sucesor de la Misericordia. Entonces, antes de condenar, debes considerar y tocar *dulce y prudentemente* ese corazón que llora ante ti, para conocer todos los lados del pecado, o del supuesto pecado, del escrúpulo.

He dicho: *dulce y prudentemente.* Recordar que, además de maestro y pastor, eres médico. El médico no exacerba las heridas. Pronto para cortar si hay gangrena, sabe, de todas formas, descubrir y medicar con mano suave, si hay sólo laceraciones

de partes vivas que deban ser unidas y no arrancadas. Y recordar que, además de médico y pastor, eres maestro. Un maestro adapta sus palabras según la edad de sus discípulos. Sería un escándalo un pedagogo que a niñitos revelara leyes animales que ellos, inocentes, ignoraban, produciendo así conocimientos y malicias precoces. Igualmente en el trato de las almas hay que tener prudencia en las preguntas. Respetarse y respetar. Te será fácil, si en toda alma ves un hijo. Un padre es por naturaleza maestro, médico y guía de sus hijos. Por tanto, quienquiera que fuere la persona que tengas delante, desasosegada por el pecado, o por el temor del pecado, ámala con paterno amor, y sabrás juzgar sin herir ni escandalizar. ¿Me estás comprendiendo?

-Sí, Maestro. Comprendo muy bien. Deberé ser cauto y paciente, convencer a destapar las heridas, pero mirar yo por mí, sin atraer miradas ajenas a esas heridas; y, sólo cuando viera que realmente hay herida, decir: "¿Ves? Aquí te has hecho daño por este motivo o por aquel otro". Pero, si veo que la persona sólo tiene miedo de estar herida por haber visto fantasmas, entonces... soplar sobre esa calígine y alejarla, sin proyectar luces, por un celo inútil, que pudieran hacer ver reales raíces de pecado. ¿Digo bien?

-Muy bien. Así pues, si uno te dice: "He cometido pecado de lujuria", tú considera a quién tienes delante. Verdad es que el pecado puede surgir a todas las edades. Pero será más fácil verlo en un adulto que no en un niño, y, por tanto, distintas serán las preguntas que habrá que hacer y las respuestas que habrá que dar si se trata de un hombre o de un niño. Consecuentemente viene, del primer sondeo, el segundo, acerca de la materia del pecado, y luego el tercero, sobre el lugar, el cuarto, sobre las circunstancias, el quinto, sobre el cómplice, el sexto, sobre el porqué, y el séptimo, sobre el tiempo y número del pecado.

Verás que, generalmente, mientras que para un adulto, que además viva en el mundo, a cada pregunta tuya te aparecerá una correspondiente circunstancia de verdadera culpa, para criaturas niñas de edad o de espíritu, a muchas preguntas deberás responderte: “Aquí hay calina, no sustancia de culpa". Es más, algunas veces verás, en vez de fango, que lo que hay es una azucena que teme haber sido salpicada de barro, y que confunde la gota de rocío que ha bajado a su cáliz con la salpicadura del lodo. Almas tan deseosas de Cielo, que temen como mancha incluso la sombra de una nube que las adumbra un instante interponiéndose entre ellas y el Sol, pero que luego pasa sin dejar huella de sí en la cándida corola. Almas tan inocentes y deseosas de seguir siéndolo, que Satanás las asusta con tentaciones mentales o azuzando los incentivos de la carne o la carne misma, aprovechándose de verdaderas enfermedades de la carne. A estas almas hay que consolarlas y sujetarlas, porque no son, ciertamente, almas pecadoras, sino almas mártires. Recuerda esto siempre.

Y recuerda siempre juzgar también con el mismo método a quien cometió pecado de avidez de riquezas o bienes ajenos. Porque, si es culpa maldita la avidez sin necesidad ni piedad, robando al pobre y vejando contra la justicia a ciudadanos y criados o a los pueblos, menos grave, mucho menos grave, es la culpa de quien, habiéndole sido negado un pan por parte de su prójimo, lo roba para matar su hambre y la de sus hijos. Recuerda que si, tanto para el lujurioso como para el ladrón son elementos de valoración, en el acto de juzgar, el número, las circunstancias y la gravedad de la culpa, también lo es el conocimiento que había, por parte del pecador, del pecado que ha cometido y en el momento en que lo cometía. Porque, si uno obra con pleno conocimiento, peca más que quien obra por ignorancia. Y quien obra con libre consentimiento de la voluntad peca más que quien es forzado al pecado. En verdad te digo que a veces habrá hechos que tendrán apariencia de pecado y que serán martirio, y recibirán el premio que se da a un martirio padecido.

Y recuerda, sobre todo, que, en todos los casos, antes de condenar, deberás acordarte de que tú también fuiste hombre y de que tu Maestro, a quien ninguno pudo hallar en pecado, *nunca* condenó a nadie que se hubiera arrepentido de haber pecado. Perdona setenta veces siete, e incluso setenta veces setenta, los pecados de tus hermanos y de tus hijos. Porque cerrar las puertas de la Salud a un enfermo, sólo porque haya recaído en la enfermedad, es querer su muerte. ¿Has comprendido?

-He comprendido. Esto verdaderamente lo he comprendido...

-Pues entonces dime ahora todo lo que pensabas.

-¡Claro que te lo digo, porque veo que sabes realmente todas las cosas y comprendo que no es murmurar el pedirte que envíes a Judas en vez de a mí, porque él sufre por no ir. Te digo esto, no para decir que es envidioso y escandalizarme de él, sino buscando su tranquilidad y... la tuya. Porque debe ser muy fatigoso para ti tener siempre ese viento de tempestad al lado...

-¿Se ha quejado otra vez Judas?

-¡Así es! Ha dicho que todas tus palabras son una herida para él. Incluso lo que has dicho para los niños. Dice que verdaderamente ha sido por él por quien has dicho que Eva fue al árbol porque le gustaba esa cosa que relucía como una corona de rey. Yo la verdad es que no había encontrado en absoluto en ello ningún parangón. Pero soy un ignorante. Bartolmái y el Zelote, sin embargo, han dicho que Judas verdaderamente ha sido "tocado en lo vivo más vivo", porque a Judas le cautiva todo lo que brilla y encandila la vanagloria. Y tendrán razón porque son sabios. ¡Sé bueno con tus pobres apóstoles, Maestro! Contenta a Judas y, al mismo tiempo, a mí. Total... ya lo ves... sólo sé hacer divertir a los niños... y ser niño entre tus brazos - y abraza a su Jesús, al que ama verdaderamente con todas sus fuerzas.

-No. No te puedo contentar. No insistas. Tú, precisamente por ser como eres, vas a la misión. Él, precisamente porque es como es, se queda aquí. También mi hermano me ha hablado de esto, y, aun queriéndolo tanto, le he respondido "no". Ni aunque me lo rogara mi Madre cedería. No es un castigo, es una *medicina. Y* Judas debe tomarla. Si no es un beneficio para su espíritu, lo será para el mío, porque no podré echarme en cara el haber omitido cosa alguna para santificarlo.

Jesús dice esto con aspecto severo e imperioso. Pedro, suspirando, deja caer los brazos y baja la cabeza.

-No te aflijas por esto, Simón. Tendremos toda una eternidad para estar juntos y querernos. Pero... tenías otras cosas que decirme...

-Es tarde, Maestro. Debes dormir.

-Tú más que Yo, Simón, que al despuntar el alba tienes que ponerte en camino.

-¡Si es por mí! Estar aquí contigo es más descanso que estar en la cama.

-Habla, entonces. Tú sabes que Yo duermo poco...

-Mira. Yo soy cerrado de mollera, lo sé y no me avergüenzo de decirlo. Y, si fuera por mí, no me preocuparía mucho de saber, porque creo que la sabiduría mayor está en amarte, seguirte y servirte con todo el corazón. Pero Tú me mandas acá y allá. La gente me pregunta y tengo que responder. Pienso que lo que te pregunto a ti otros pueden preguntármelo a mí, porque los hombres tienen los mismos pensamientos. Tú decías ayer que siempre los inocentes y santos sufrirán; es más, que son los que sufren por todos. Esto es duro para mi inteligencia, aunque digas que ellos mismos lo desearán. Y creo que, de la misma forma que es duro para mí, lo puede ser para otros. Si me preguntan, ¿qué tengo que responder? En este primer recorrido, una madre me dijo: "No era justo que mi niña muriera con tanto dolor, porque era buena e inocente". Y yo, no sabiendo qué decir, le dije las palabras de Job: "El Señor dio, el Señor quitó. Bendito sea el Nombre del Señor". Pero no me quedé convencido ni siquiera yo, ni la convencí a ella. Quisiera saber qué decir otra vez...

-Esto es justo. Escucha. Parece una injusticia que los mejores sufran por todos, y, sin embargo, es justicia grande. Vamos a ver, Simón, dime: ¿qué es la Tierra, toda la Tierra?

-¿La Tierra? Un espacio grande, grandísimo, hecha de tierra y agua y rocas, con plantas, animales y criaturas humanas.

-¿Y algo más?

-Nada más... a menos que quieras que diga que es el lugar de castigo y exilio del hombre.

-La Tierra es un altar, Simón, un enorme altar. Hubiera debido ser altar de alabanza perpetua a su Creador. Pero la Tierra está llena de pecado. Por eso, debe ser altar de perpetua expiación, de sacrificio, sobre el cual se consumen las víctimas. La Tierra debería -como los otros mundos esparcidos en la Creación- cantar salmos a Dios que la creó. ¡Mira!

Jesús abre las hojas de madera de la ventana, y, por ésta, abierta de par en par, entra el fresco de la noche, el susurro del torrente, el rayo de luna, y se ve el cielo tachonado de estrellas.

-¡Mira esos astros! Cantan con su voz, hecha de luz y movimiento, en los espacios infinitos del firmamento, las alabanzas de Dios. Lleva milenios existiendo este canto suyo que sube, desde los azules campos del cielo, al Cielo de Dios. Podemos pensar en astros, planetas, estrellas, cometas, cuales criaturas siderales que, como siderales sacerdotes, levitas, vírgenes y fieles, deben cantar en un templo inmenso las alabanzas del Creador. Escucha, Simón. Oye el frufrú de las brisas entre las frondas y el susurro de las aguas en la noche. También la Tierra canta, como el cielo, con sus vientos y aguas, con la voz de los pájaros y animales. Pero, si para el firmamento basta la luminosa alabanza de los astros que lo pueblan, para el templo que es la Tierra no basta el canto de los vientos, aguas y animales, porque en ella no sólo hay vientos, aguas y animales, que cantan sin conciencia de ello las alabanzas de Dios, sino que en ella está también el hombre, la criatura que supera en perfección a todo lo que vive en el tiempo y en el mundo, dotada de materia como los animales, minerales y plantas, y de espíritu como los ángeles del Cielo, y, como éstos, destinada, si es fiel en la prueba, a conocer y poseer a Dios, con la gracia primero, con el Paraíso después. El hombre, síntesis que abraza todas las naturalezas (en el hombre está presente la naturaleza mineral, porque su materia está compuesta de sustancias minerales, y la animal, y el estado espiritual) tiene una misión que las otras criaturas no tienen, y que para él debería ser, además de deber, júbilo: amar a Dios; dar, inteligente y voluntariamente, culto de amor a Dios; corresponder al amor con que Dios, dándole la vida y el Cielo después de la vida, lo ha amado; dar culto *inteligente.*

Piensa, Simón. ¿Qué bien obtiene Dios de la Creación? ¿Qué beneficio? Ninguno. La Creación no aumenta a Dios, no lo santifica, no lo enriquece. Dios es infinito. Infinito hubiera sido aunque no hubiera existido la Creación. Pero Dios-Amor quería tener amor, y creó para tener amor. Sólo amor puede obtener de la Creación Dios; y este amor, que es inteligente y libre únicamente en los ángeles y hombres, es la gloria de Dios, la alegría de los ángeles, la religión para los hombres. El día en que el gran altar que es la Tierra silenciara las alabanzas y súplicas de amor, la Tierra dejaría de existir, porque, apagado el amor, quedaría apagada la expiación, y la ira de Dios anularía ese infierno terrestre en que se habría convertido la Tierra. *La Tierra,* pues, *para existir debe amar.* Y también esto: la Tierra debe ser el Templo que ama y ora con la inteligencia de los hombres. Pero, en el Templo, en todo templo, ¿qué víctimas se ofrecen? Las puras, las víctimas sin mancha ni tara. Sólo éstas son gratas al Señor. Ellas y las primicias. Porque al padre de familia han de dársele las cosas mejores, y a Dios, Padre de la humana Familia, ha de dársele la primicia de todas las cosas, y las cosas selectas.

Pero he dicho que la Tierra tiene un doble deber de sacrificio: el de alabanza y el de expiación. Porque la Humanidad que la puebla pecó en los primeros hombres y peca continuamente, añadiendo al pecado de falta de amor a Dios esos otros mil pecados de adherirse a las voces del mundo, de la carne y de Satanás. Culpable, culpable Humanidad que, teniendo la semejanza con Dios, teniendo inteligencia propia y ayudas divinas, es pecadora siempre, y cada vez más. Los astros obedecen, las plantas obedecen, los elementos obedecen, los animales obedecen y, de la forma en que saben hacerlo, alaban al Señor. Los hombres no obedecen ni alaban suficientemente al Señor. He ahí, pues, la necesidad de almas holocausto, que amen y expíen por todos: son los niños que pagan, inocentes y sin percatarse, el amargo castigo del dolor por aquellos que lo único que saben hacer es pecar; son los santos que, solícitos, se sacrifican por todos.

Dentro de poco -un año o un siglo es siempre "poco" respecto a la eternidad- ya no se celebrarán otros holocaustos en el altar del gran Templo de la Tierra, sino los de las víctimas-hombre, consumadas con el perpetuo sacrificio: hostias con la Hostia perfecta. No te estremezcas, Simón. No estoy diciendo, ciertamente, que Yo vaya a introducir un culto semejante al de Moloch, Baal y Astarté. Los propios hombres nos inmolarán. ¿Entiendes? Nos inmolarán. Y nosotros iremos alegres a la muerte para expiar y amar por todos. Y luego vendrán los tiempos en que los hombres ya no inmolarán a los hombres. Pero siempre habrá víctimas puras, que el amor consuma junto con la gran Víctima en el Sacrificio perpetuo. Digo el amor de Dios y el amor por Dios. En verdad, ellas serán las hostias del tiempo y Templo futuros. Lo grato a Dios es el sacrificio del corazón, y no los corderos y cabritos, terneros y palomas. David lo intuyó *(Salmo 51, 18-19).* Y en el tiempo nuevo, tiempo del espíritu y del amor, sólo este sacrificio será grato.

Considera, Simón, que si un Dios ha debido encarnarse para aplacar la Justicia divina por el gran Pecado, por los muchos pecados de los hombres, en el tiempo de la verdad sólo los sacrificios de los espíritus de los hombres pueden aplacar al Señor. Tú piensas: "¿Pero por qué, entonces, Él, el Altísimo, dio orden de que le fueran inmolados *(como en Éxodo 22, 28-29; 34, 19)* las

crías de los animales y los frutos de las plantas?". Te respondo: porque antes de mi venida el hombre era un holocausto manchado y porque no se conocía el Amor. Ahora será conocido. Y el hombre, que conocerá el amor, porque Yo restituiré la Gracia por la cual el hombre conoce el Amor, saldrá del letargo, recordará, comprenderá, vivirá, se pondrá él en vez de los cabritillos y corderos, hostia de amor y expiación, imitando al Cordero de Dios, su Maestro y Redentor. El dolor, hasta ahora castigo, se transformará en amor perfecto. Y dichosos aquellos que lo abracen por amor perfecto.

-Pero los niños...

-Quieres decir aquellos que todavía no saben ofrecerse... ¿Y tú sabes cuándo habla Dios en ellos? El lenguaje de Dios es lenguaje espiritual. El alma lo entiende y el alma no tiene edad. Es más, te digo que el alma niña, por no tener malicia, es, en cuanto a capacidad de entender a Dios, más adulta que la de un pecador anciano. Te digo, Simón, que vivirás hasta llegar a ver a muchos niños enseñar a los adultos, e incluso a ti mismo, la sabiduría del amor heroico. Pero en esos pequeños que mueren por razones naturales está Dios obrando directamente, por razones de un tan alto amor que no puedo explicarte, pues que se encuadran en la sabiduría que está escrita en los libros de la Vida, que sólo en el Cielo serán leídos por los bienaventurados. Leídos, he dicho; pero, en verdad, bastará con mirar a Dios para conocer no sólo a Dios, sino también su infinita sabiduría... Ya hemos hecho venir el ocaso de la Luna, Simón... Pronto despuntará el alba, y tú no has dormido...

-No importa, Maestro. He perdido unas pocas horas de sueño y he ganado mucha sabiduría. Y he estado contigo. Pero, si me lo permites, me marcho. No a dormir, sino a meditar tus palabras.

Ya está en la puerta y está para salir, cuando se para pensativo y dice:

-Una cosa más, Maestro. ¿Es correcto que diga a alguien que sufre que el dolor no es un castigo sino una... gracia; algo como... como nuestra llamada, hermosa aunque fatigosa, hermosa aunque a quien ignora puede parecerle una cosa fea y triste?

-Puedes decirlo, Simón. Es la verdad. El dolor no es un castigo, cuando se sabe acoger y usar con justicia. El dolor es como un sacerdocio, Simón. Un sacerdocio abierto a todos. Un sacerdocio que confiere un gran poder sobre el corazón de Dios; y un gran mérito. Nacido con el pecado, sabe aplacar la Justicia. Porque Dios sabe usar para el Bien incluso aquello que el Odio ha creado para causar dolor. Yo no he deseado otro medio para anular la Culpa, porque no hay un medio mayor que éste.

## 556

## Otro sábado en Efraím. Intolerancias de Judas Iscariote. Palabras a los samaritanos sobre el tiempo nuevo.

Debe ser otro sábado porque los apóstoles están de nuevo reunidos en la casa de María de Jacob.

Los niños siguen con ellos, al lado de Jesús, junto al hogar. Y es esto precisamente lo que hace decir a Judas Iscariote:

-Ya de momento ha pasado una semana, y los parientes no han venido - y se ríe, meneando la cabeza.

Jesús no le responde. Acaricia al segundogénito.

Judas pregunta a Pedro y a Santiago de Alfeo:

-¿Y decís que habéis recorrido los dos caminos que llevan a Siquem?

-Sí, pero ha sido una cosa inútil, si se considera bien. Está claro que los bandidos no pasan por los caminos asiduamente transitados, especialmente ahora que las patrullas romanas los recorren continuamente - responde Santiago de Alfeo.

-¿Y entonces por qué habéis ido por esos caminos? - acucia Judas Iscariote.

-¡Pues ya ves!... Para nosotros ir acá o allá es igual. Así que, hemos ido por ésos.

-¿Y nadie ha sabido daros razón?

-No hemos preguntado nada.

-¿Y cómo querías saber, entonces, si habían pasado o no? ¿Acaso llevan enseñas, o dejan rastros las personas cuando van por un camino? No creo. Si así fuera, al menos los amigos ya nos habrían encontrado. Sin embargo, desde que estamos aquí, nadie ha venido - y se ríe con sarcasmo.

-Nosotros no sabemos el motivo por el que nadie haya venido. El Maestro sabe, nosotros no sabemos. Las personas -no dejando rastro de su paso los que, como nosotros, se retiran a un lugar ignorado por la gente- no pueden venir, si no se les revela el lugar del refugio. Ahora bien, nosotros no sabemos si nuestro hermano ha dicho esto a los amigos - dice pacientemente Judas de Alfeo.

-¿Y pretendes creer, y hacer creer, que no se lo ha dicho al menos a Lázaro y a Nique?

Jesús no habla. Toma a un niño de la mano y sale...

-No pretendo creer nada. Pero, aunque fuera como dices, todavía no puedes juzgar, y ninguno de nosotros puede, los motivos de la ausencia de los amigos...

-¡Son fáciles de entender estos motivos! Ninguno quiere problemas con el Sanedrín, y mucho menos los que tienen riquezas y poder. ¡Nada más que eso! Nosotros somos los únicos que sabemos meternos en los peligros.

-¡Sé justo, Judas! El Maestro no nos ha forzado a ninguno a estar con Él. ¿Por qué te has quedado si te asusta el Sanedrín?

Es Santiago de Alfeo el que le hace esta observación.

-Y, si quieres, en cualquier momento te puedes marchar. No estás encadenado... - interrumpe el otro Santiago, hijo de Zebedeo.

-¡Eso sí que no! ¡De ninguna manera! Aquí estamos y aquí nos quedamos. Todos. El que hubiera querido se hubiera debido marchar antes. Ahora no. Me opongo yo, si no se opone el Maestro - dice, lenta pero tajantemente, Pedro, dando un puñetazo en la mesa.

-¿Y por qué? ¿Quién eres tú para mandar en lugar del Maestro? - le pregunta con violencia Judas Iscariote.

-Un hombre que razona no como Dios, como hace Él, sino como hombre.

-¿Tienes sospechas de mí? ¿Me crees un traidor? - dice Judas intranquilo.

-Tú lo has dicho. No es que piense que lo seas voluntariamente. Pero, ¡eres tan... irreflexivo, Judas, y tan voluble! Y tienes demasiados amigos. Y te gusta demasiado sobresalir, en todo. Tú, no, no sabrías guardar silencio. O para rebatir a algún malintencionado, o por mostrar que eres el Apóstol, hablarías. Por tanto, aquí estás y aquí te quedas; así, ni perjudicas a nadie ni te creas remordimientos.

-Dios no constriñe la libertad del hombre ¿y pretendes hacerlo tú?

-Pretendo hacerlo. Pero, oye, dime: ¿acaso te llueve en la cabeza?, ¿te falta el pan?, ¿te sienta mal este aire?, ¿te ofende la gente? Ninguna de estas cosas. La casa es sólida, aunque no sea rica; el aire es bueno; comida no te ha faltado nunca; la gente te tributa cortesía. Y entonces ¿por qué estás tan inquieto, como si estuvieras en una galera?

-"Dos pueblos no puede soportar mi alma, y el tercero, al que aborrezco, no es ni siquiera un pueblo: los del monte Seír, los filisteos y el pueblo necio que habita en Siquem". Te respondo con las palabras del Sabio *(Eclesiástico 50, 25-26)*. Y con razón pienso así. ¡Tú observa si estos pueblos nos estiman!

-¡Mmm! La verdad es que no me parece que los otros, el tuyo y el mío, sean mucho mejores. Nos hemos llevado pedradas en Judea y en Galilea, en Judea todavía más que en Galilea, y en el Templo de Judea más que en ningún otro lugar. A mí no me parece que hayamos sido maltratados ni en tierras de filisteos ni aquí ni en otros lugares...

-¿Dónde, en otros lugares? No hemos ido a otros lugares, por suerte. Pero, aunque hubiera habido que ir a otros lugares, no habría ido, y en el futuro no iré. No quiero contaminarme más.

-¿Contaminarte? No es eso lo que te afecta, Judas de Simón. No quieres enemistarte con los del Templo. Eso te duele - dice con serenidad Simón Zelote, que se ha quedado en la cocina con Pedro, Santiago de Alfeo y Felipe. Los otros se han marchado uno tras otro con los dos niños, y han ido donde el Maestro: una fuga meritoria porque ha sido por no faltar a la caridad.

-No. No es por eso. Es porque no me gusta perder mi tiempo y ofrecer la sabiduría a los necios. ¡Fíjate! ¿De qué ha servido tomar con nosotros a Hermasteo? Se marchó y no ha vuelto. José dice que se separó de él diciendo que volvería para la Fiesta de las Tiendas. ¿Tú lo has visto? Es un renegado...

-No sé por qué no ha vuelto, ni juzgo. Pero te pregunto: ¿acaso es el único que ha abandonado al Maestro; es más, que se ha hecho enemigo suyo? ¿No hay renegados entre nosotros, judíos, y entre los galileos? ¿Puedes sostenerlo?

-No. Es verdad. Pero... bueno, yo me siento incómodo aquí. ¡Si se supiera que estamos aquí! ¡Si se supiera que tratamos con los samaritanos hasta el punto de entrar en sus sinagogas en sábado! Él quiere hacerlo... ¡Ay si se supiera! La acusación estaría justificada...

-Y el Maestro, condenado. Quieres decir esto. Pero si ya lo está. Lo está antes de que se sepa. Es más, ha sido condenado tras haber resucitado a un judío en Judea. Se le odia y se le tacha de samaritano y amigo de publicanos y meretrices. Desde siempre condenado. ¡Y tú esto lo sabes mejor que ningún otro!

-¿Qué quieres decir, Natanael? ¿Qué quieres decir? ¿Qué tengo que ver yo con esto? ¿Qué puedo saber más que vosotros?

Está agitadísimo.

-¡Pero muchacho, si tienes el aspecto de una rata rodeada de enemigos! Y tú no eres una rata, ni nosotros estamos aquí armados con bastones para capturarte y matarte. ¿Por qué te turbas tanto? Si tu conciencia está en paz, ¿por qué te inquietas por palabras inocentes? ¿Qué ha dicho Bartolmái como para agitarte de ese modo? ¿No es, acaso, verdad que *nadie* mejor que nosotros, sus apóstoles, que dormimos próximos a Él y con Él vivimos, puede saber y testificar que no estima al hombre samaritano, al hombre publicano, al hombre pecador, a la mujer meretriz, *sino a sus almas,* y que solamente de estas se preocupa, y que solamente por sus almas y sólo el Altísimo sabrá cuán grande será el esfuerzo del Purísimo para acercarse a que nosotros, hombres y pecadores, llamamos "inmundicia"- va con samaritanos, publicanos y meretrices? ¡Muchacho, no entiendes ni conoces todavía a Jesús! Tú menos que los mismos samaritanos, filisteos, fenicios y todos los que tú quieras - dice Pedro con tristeza en las últimas palabras.

Judas se calla, y también los otros.

Vuelve la anciana y dice:

-Están en el camino los de la ciudad. Dicen que es la hora de la oración del sábado y que el Maestro había prometido hablar...

-Voy a decirlo, mujer. Tú di a los de Efraím que ahora vamos - le responde Pedro, y sale al huerto para avisar a Jesús.

-¿Tú qué haces? ¿Vienes? Si no quieres venir, vete, márchate antes de que tu postura de rechazo lo aflija - dice el Zelote a Judas.

-Voy con vosotros. ¡Aquí no se puede hablar! Parece como si yo fuera el mayor de los pecadores. Todas mis palabras se malentienden.

Jesús, volviendo a la cocina, impide cualquier otra palabra.

Salen al camino y se unen a los de Efraím. Entran con ellos en la ciudad. No se detienen hasta llegar frente a la sinagoga, ante cuya puerta está Malaquías, que saluda e invita a entrar.

No aprecio diferencia alguna entre el lugar de oración samaritano y los que he visto en otras regiones: las mismas lámparas; los mismos ambones o estantes, y encima de ellos los volúmenes enrollados; el sitio del arquisinagogo o de quien enseñe en vez de él. Si acaso, aquí hay muchos menos rollos que en otras sinagogas.

-Hemos hecho ya nuestras oraciones mientras te esperábamos. Sí quieres hablar... ¿Qué volumen pides, Maestro?

-No necesito ninguno. Además, no tendrías lo que quiero explicar *(Esdras 3. Los samaritanos no admitían otros libros de la Sagrada Escritura aparte de los cinco de Moisés, llamados Pentateuco: Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio)* - responde Jesús, y luego se vuelve hacia la gente y empieza su discurso:

-Cuando Ciro, rey de los persas, repatrió a los hebreos para que reedificaran el Templo de Salomón, destruido hacía cinco decenios, fue reconstruido el altar sobre sus bases, y en éste ardió el holocausto diario mañana y noche, y el extraordinario del primer día de cada mes y de las solemnidades consagradas al Señor o los holocaustos de las ofrendas individuales. Después, tras la primicia indispensable e inderogable del culto, pusieron manos a la obra, en el segundo año del regreso, en lo que se podría llamar el marco del culto, la exterioridad de él, cosa no culpable porque, en todo caso, estaba hecha para honrar al Eterno, pero no indispensable. Porque el culto a Dios es amor a Dios, y el amor se siente y consuma con el corazón, no, ciertamente, con las piedras escuadradas y las maderas preciosas, el oro y los perfumes. Todo esto es exterioridad, orientada más a satisfacer el propio orgullo nacional o ciudadano que no a honrar al Señor.

Dios quiere un Templo de espíritu. No se contenta con un Templo de muros y mármoles vacío de espíritus llenos de amor. En verdad os digo que el templo del corazón limpio y amoroso es el único que Dios estima, el único en que establece su morada con sus luces; y que las disputas que mantienen divididas las regiones y las ciudades acerca de las bellezas de éste o aquel lugar de oración son estúpidas. ¿Para qué, rivalizar en riqueza y adornos de las casas donde se invoca a Dios? ¿Puede, acaso, lo finito satisfacer cumplidamente al Infinito, aunque fuera algo finito diez veces más hermoso que el Templo de Salomón y que todos los palacios juntos? Dios, el Infinito que no puede ser contenido por ningún espacio, que no puede ser honorado por suntuosidad material alguna, halla en el corazón del hombre el único lugar digno de honrarlo como corresponde, y puede -es más, quiere- ser contenido por el corazón del hombre; porque el espíritu del justo es un templo sobre el cual aletea, entre los perfumes de amor, el Espíritu de Dios, y pronto será un templo en el que el Espíritu haga auténtica morada, Uno y Trino como es en el Cielo.

Y está escrito que, en cuanto los obreros hubieron echado los cimientos del Templo, fueron los sacerdotes con sus ornamentos y las trompetas, y los levitas con los címbalos, según las ordenanzas de David, y cantaron que "a Dios ha de alabársele porque es bueno y eterna es su misericordia". Y el pueblo exultaba. Pero muchos sacerdotes, jefes, levitas y ancianos lloraban con grandes gemidos pensando en el Templo que fue. Pero no se podían distinguir las voces de llanto de las de júbilo, pues eran muy confusas. Y también se lee que hubo pueblos vecinos que molestaron a los que edificaban el Templo, para vengarse de que los constructores los hubieran rechazado cuando se habían ofrecido a edificar con ellos, porque ellos también buscaban al Dios de Israel, al Dios único y verdadero. Y estas perturbaciones interrumpieron la marcha de las obras hasta que no plugo a Dios hacerlas proseguir.

Esto se lee en el libro de Esdras.

¿Cuántas y cuáles lecciones aporta el fragmento que he referido? Estas, además de la ya citada, acerca de la necesidad de que el culto sea sentido por el corazón, y no hacerlo profesar a piedras, maderas, vestiduras, címbalos y cantos de donde el espíritu está ausente. Que la falta de amor recíproco es siempre causa de retraso y perturbación, aunque se trate de una finalidad buena de por sí. Dios no está donde no hay caridad. Es inútil buscar a Dios si antes uno no se coloca en la condición de poder encontrarlo. Dios se halla en la caridad. Aquel o aquellos que se establecen en la caridad encuentran a Dios, sin tener ni siquiera que llevar a cabo una penosa búsqueda. Y quien tiene consigo a Dios, tiene ya consigo el éxito en todas sus empresas.

En el salmo que brotó del corazón de un sabio *(Salmo 127,1-2)*, después de la meditación en los penosos hechos que acompañaron a la reconstrucción del Templo y las murallas, está escrito: "Si el Señor no edifica la casa, en vano se fatigan en ella los constructores; si el Señor no custodia la ciudad y la protege, en vano la custodian los defensores".

Ahora bien, ¿cómo podrá edificar Dios la casa, si sabe que sus moradores no lo tienen en su corazón porque no aman a sus vecinos? ¿Y cómo protegerá a las ciudades y dará fuerza a los defensores, si no puede estar en ellas, pues que con el odio que profesan a sus vecinos están privadas de Él? ¡Oh, pueblos, ¿ha producido algo el estar divididos por barreras de odio?! ¿Os ha hecho más grandes, más ricos, más felices? Jamás es productivo el odio, ni el rencor; jamás es fuerte quien está solo; jamás es amado quien no ama. Y no vale, como dice el salmo, levantarse antes del alba para ser grandes, ricos y felices. Tome cada uno el descanso como alivio del dolor de la vida, porque el sueño es don de Dios de la misma forma que lo es la luz y todas las cosas de que el hombre goza; tome cada uno su descanso, pero tenga en el sueño y en la vigilia como compañera la caridad, y sus obras prosperarán, y prosperarán su familia y sus intereses y sobre todo, prosperará su espíritu y conquistará la regia corona de los hijos del Altísimo y herederos de su Reino.

Se ha dicho que, mientras el pueblo elevaba gritos de júbilo, algunos lloraban con fuertes gemidos porque recordaban y añoraban el pasado; pero no se podían distinguir las diferentes voces en medio del tumulto de los gritos.

¡Hijos de Samaria! ¡Y vosotros, apóstoles míos, hijos de Judea y Galilea! Hoy también hay quien exulta y quien llora mientras el nuevo Templo de Dios se eleva sobre cimientos eternos. También ahora hay quien obstaculiza las obras y quien busca a Dios donde Dios no está. También ahora hay quien quiere edificar según el orden de Ciro y no según el de Dios, es decir, según el orden del mundo y no según las voces del espíritu. Y también ahora hay quien llora con necia y humana añoranza un pasado inferior, un pasado que no fue bueno ni sabio, hasta el punto de provocar la indignación de Dios. También ahora tenemos todas estas cosas, como si siempre estuviéramos en la nebulosidad de los tiempos remotos y no en la luz del tiempo de la Luz.

Abrid vuestro corazón a la Luz, llenaos de Luz para ver al menos vosotros, a quienes Yo-Luz hablo. Es el tiempo nuevo. Todo se reedifica en él. Mas ¡ay de aquellos que no quieran entrar y obstaculicen a los que edifican el Templo de la nueva fe, del

que Yo soy Piedra angular y al cual entregaré la totalidad de mí mismo para hacer de argamasa para las piedras, y así el edificio se alce santo y fuerte, admirable en los siglos, vasto como la Tierra, a la que cubrirá entera con su luz! Digo luz, no sombra, porque mi Templo será de espíritus y no de materias opacas. Piedra para él, Yo con mi Espíritu eterno; piedras, todos aquellos que sigan mi palabra y la nueva fe, piedras incorpóreas, encendidas, santas. Y la luz se extenderá sobre la Tierra, la luz del nuevo Templo, y cubrirá a ésta de sabiduría y santidad. Afuera quedarán sólo aquellos que con impuro llanto lloren y añoren el pasado porque les era fuente de ganancias y honores sólo humanos.

¡Abríos al tiempo y al Templo nuevos, oh hombres de Samaria! En ellos todo es nuevo, y las antiguas separaciones y fronteras en lo material, en el pensamiento y en el espíritu, ya no *existen.* Cantad, porque está para terminar vuestro exilio de la ciudad de Dios. ¿O acaso gozáis sintiéndoos como desterrados, como leprosos para los otros de Israel? ¿Es que, acaso, gozáis sintiéndoos como personas expulsadas del seno de Dios? Porque vosotros sentís esto, vuestras almas lo sienten, vuestras pobres almas oprimidas en estos cuerpos vuestros, y sobre las cuales permitís que domine vuestro pensamiento arrogante, que no quiere decir a otros hombres: "Nos hemos equivocado, pero, como ovejas descarriadas, volvemos al Redil". Ya está mal el que no queráis manifestárselo a otros hombres, pero, al menos, acceded a decírselo a Dios. Aunque ahoguéis el grito de vuestra alma, Dios oye el gemido de ella, que se siente infeliz de estar exiliada de la casa del Padre universal y santísimo.

Escuchad las palabras del salmo gradual *(Salmo 122; más abajo se alude al Salmo 126. Los salmos graduales (120-134), o cantos de las ascensiones, eran cantados por los peregrinos que iban a Jerusalén para subir al Templo)*. Ciertamente sois vosotros peregrinos que desde hace siglos vais hacia la alta ciudad, hacia la verdadera Jerusalén, la celeste. De allí, del Cielo, vuestras almas descendieron para animar una carne, y es al Cielo adonde anhelan regresar. ¿Por qué queréis sacrificar vuestras almas, exheredarlas Reino? ¿Qué culpa tienen ellas de haber descendido a cuerpos concebidos en Samaria? Vienen de un único Padre y tienen el mismo Creador que tienen las almas de Judea y Galilea, de Fenicia y la Decápolis. Dios es el fin de todo espíritu. Todo espíritu tiende a este Dios, aun cuando idolatrías de todo tipo, o herejías funestas, cismas, o falta de fe lo mantengan en una ignorancia del Dios verdadero, ignorancia que sería absoluta si el alma no tuviera, incancelable en ella, un embrional recuerdo de la Verdad y una anhelo de ella. ¡Oh, haced crecer este recuerdo y anhelo! Abrid las puertas a vuestra alma ¡Que la Luz entre, que entre la Vida, y la Verdad! ¡Que quede abierto el Camino! Que todo entre a chorros luminosos y vitales, como los rayos del Sol y las olas y los vientos de los equinoccios, para hacer desarrollarse del embrión el árbol que se yergue y se acerca cada vez más a su Señor.

¡Salid del exilio! Cantad conmigo: "Cuando el Señor hace volver de la cautividad, el alma parece soñar por la alegría. Se llena de sonrisas nuestra boca; nuestra lengua, de júbilo. Ahora se dirá: "El Señor ha hecho cosas grandes para nosotros"'. Sí, el Señor os ha hecho cosas grandes y seréis inundados de alegría.

¡Oh, Padre mío, por ellos te ruego como por todos! ¡Haz volver, oh Señor, a estos nuestros prisioneros, a estos que, para ti y para mí, están atados con las cadenas del obstinado error! ¡Condúcelos de nuevo, oh Padre, como torrente que desemboca en el gran río, al gran mar de tu misericordia y de tu paz! Yo y los que me sirven, con lágrimas, sembramos en ellos tu verdad. Padre, haz que en el tiempo de la gran mies podamos, todos nosotros tus siervos en la enseñanza de tu Verdad, cosechar con alegría en estos surcos que ahora parecen sólo sembrados de tríbulos y plantas venenosas, el trigo selecto de tus graneros. ¡Padre! ¡Padre! Por nuestras fatigas, lágrimas, dolores, sudores, muertes, que fueron y serán compañeros de nuestra siembra, haz que podamos ir a ti llevando, como manojos de mieses, las primicias de este pueblo, las almas renacidas a la Justicia y Verdad para tu gloria. ¡Amén!

El silencio, que impresionaba incluso (tan absoluto como era con una muchedumbre tan numerosa que llenaba la sinagoga y la plaza de delante de ésta), se ve hendido por un bisbiseo que va aumentando hasta transformarse primero en susurro, luego en ruido, luego en aclamaciones de júbilo. La gente gesticula, comenta y aclama... ¡Qué distinto es esto, respecto al epílogo de los discursos en el Templo! Malaquías dice por todos: -Sólo Tú puedes decir así la verdad, sin ofender y humillar. ¡Tú eres verdaderamente el Santo de Dios! Ora por nuestra paz. Estamos endurecidos por siglos de... creencias y por siglos de afrentas. Y debemos romper esta dura corteza nuestra. Sé indulgente.

.Más que eso: amo. Tened buena voluntad y la corteza se romperá por sí sola. Venga a vosotros la Luz.

Se abre paso y sale, seguido de los apóstoles.

## 557

## Llegan de Siquem los parientes de los tres niños arrebatados a los bandoleros.

Jesús se encuentra solo en la islita que está en medio del torrente. En la orilla, pasado el torrente, juegan los tres niños y bisbisean en voz baja como para no turbar la meditación de Jesús. De vez en cuando, el más pequeño da un gritito de alegría al descubrir una piedrecita de bonito color o una tierna flor; los otros le hacen callar diciendo:

-¡Calla! Jesús está rezando... - y prosigue el bisbiseo mientras las manitas moruchas construyen con la arena pequeños cubos y conos que, en la imaginación infantil, serían casas y montañas.

Arriba el Sol resplandece, hinchando cada vez más las yemas en los árboles y abriendo capullos en los prados. El chopo tiembla con sus hojas verdegrises, y los pájaros, engarbados, regatean, con quiebros de amor o de rivalidad que terminan unas veces en canto, otras en chillido de dolor.

Jesús ora. Sentado en la hierba, amparado por una mata de juncos que hay entre Él y el sendero de la orilla, está absorto en su oración mental. En algunas ocasiones alza los ojos para observar a los pequeños que juegan en la hierba, luego los baja de nuevo y se recoge otra vez en sus pensamientos.

Veloces pasos entre las plantas de la orilla y la irrupción de Juan en la islita ponen en fuga a los pájaros, que alzan velocísimos el vuelo desde la cima del chopo, poniendo fin así a su carrusel con un chirrido producido por el miedo.

Juan no ve inmediatamente a Jesús, tapado por los juncos; un poco desorientado, grita:

-¿Dónde estás, Maestro?

Jesús se pone en pie mientras los tres niños gritan desde la orilla opuesta:

-¡Allí está! ¡Detrás de las hierbas altas!

Pero Juan ha visto ya a Jesús y va donde Él. Dice:

-Maestro, han venido los parientes, los parientes de los niños. Y con muchos de Siquem. Han ido donde Malaquías, y Malaquías los ha llevado a la casa. Yo he venido a buscarte.

-¿Judas dónde está?

-No lo sé, Maestro. Ha salido nada más llegar Tú aquí, y no ha vuelto. Estará por la ciudad. ¿Quieres que lo busque?

-No, no hace falta. Quédate aquí con los niños. Quiero hablar antes con los parientes.

-Como quieras, Maestro.

Jesús se marcha. Juan va donde los niños y se pone a ayudarlos en la gran empresa de hacer un puente sobre un imaginario río hecho con largas hojas de caña puestas en el suelo simulando el agua...

Jesús entra en la casa de María de Jacob, que está en la puerta esperándolo y que le dice:

-Han subido a la terraza. Los he llevado allí para ofrecerles descanso. Pero, ahí viene Judas deprisa, viene del pueblo. Voy a esperarlo y luego preparo un refrigerio a los peregrinos, que están muy cansados.

También Jesús espera a Judas en la entrada, un poco oscura respecto a la luz exterior. Judas no ve inmediatamente a Jesús y, al entrar, dice altaneramente a la mujer: -¿Dónde están los de Siquem? ¿Es que ya se han marchado? ¿Y el Maestro? ¿Nadie lo llama? Juan...

Ve a Jesús y cambia de tono diciendo:

-¡Maestro! Cuando lo he sabido de pura casualidad, he venido corriendo... ¿Estabas ya en casa?

-Estaba Juan, y me ha buscado.

-Yo... yo también habría estado, pero en la fuente me invitaron algunos a explicarles algunas cosas...

Jesús no responde nada. No abre la boca, si no es para saludar a los que lo están esperando, sentados parte en los muretes de la terraza y parte en la habitación que da a ella, los cuales, en cuanto lo han visto, se han levantado respetuosos.

Jesús, después del saludo colectivo, saluda a algunos por el nombre, con el estupor contento de éstos, que dicen:

-¿Te acuerdas todavía de nuestros nombres?

Deben de ser los habitantes de Siquem.

Y Jesús responde:

-De vuestros nombres, de vuestras caras y de vuestras almas. ¿Habéis acompañado a los parientes de los niños?

-¿Son ésos?

-Son ésos. Han venido a recogerlos y nos hemos unido a ellos para agradecerte tu piedad para con esos hijitos de mujer samaritana.

-¡Sólo Tú sabes hacer estas cosas!... Tú eres siempre el Santo que hace solamente obras santas. Nosotros también te hemos recordado siempre. Y ahora, sabiendo que estabas aquí, hemos venido. Para verte y decirte que te agradecemos el que nos hayas elegido como refugio tuyo y el que nos hayas amado en los hijos de nuestra sangre.

Pero escucha a los parientes.

Jesús, seguido por Judas, se dirige a ellos y los saluda nuevamente, invitándolos a hablar.

-Nosotros -no sé si lo sabes- somos los hermanos de la madre de los niños. Y estábamos muy enojados con ella porque, estúpidamente y contra nuestro consejo, quiso esa boda infeliz. Nuestro padre fue débil respecto a la única hija de entre su numerosa prole; tanto que también nos enojamos con él, y, durante años, entre nosotros hubo silencio y separación. Luego, sabiendo que la mano de Dios pesaba sobre la mujer y que en su casa había miseria -porque una unión impura no tiene la defensa de la bendición divina- tomamos con nosotros de nuevo, en nuestra casa, a nuestro anciano padre, para que no tuviera otro dolor aparte de la miseria en que se consumía la mujer. Luego ella murió. Lo supimos. Tú habías pasado hacía poco tiempo y se hablaba de ti entre nosotros... Y nosotros, venciendo el enojo, ofrecimos al hombre, a través de éste y éste (dos de Siquem), tomar con nosotros a los niños. Eran mitad sangre nuestra. Dijo que prefería muertos a todos de mala muerte, antes que vivieran por nuestro pan. ¡No tuvimos ni a los niños ni, ni siquiera, el cuerpo de nuestra hermana, para que recibiera sepultura según nuestros ritos! Y entonces le juramos odio, a él y a su sangre. Y el odio cayó sobre él como una maldición, tanto que de libre lo hizo siervo, y de siervo... un muerto que acabó sus días como un chacal en un maloliente cuchitril. Nunca lo habríamos sabido, porque hacía mucho que todo había muerto entre nosotros. Y cuando hace ocho noches vimos aparecer en nuestro patio a esos bandoleros, mucho temimos; sólo eso. Y luego, al saber por qué habían aparecido, el enojo -no el dolor- nos mordió como un veneno, y nos apresuramos a despedir a los bandidos ofreciéndoles una buena recompensa para tenerlos como amigos, y nos quedamos asombrados al oírles que ya se habían cobrado y que no querían más.

Judas rompe al improviso el silencio atento de todos con una irónica carcajada, y grita:

-¡Su conversión! ¡Verdaderamente total!

Jesús lo mira con severidad; los demás, con asombro. El que estaba hablando prosigue:

-¡Y qué más podías pretender de ellos? ¿No es ya mucho haber ido guiando al zagal y desafiando peligros, sin pretender la merced? Desgraciada vida requiere desgraciada costumbre. Seguro que no fue abundante el botín que sacaron de ese necio muerto como un vagabundo. No fue abundante. Y apenas suficiente para quienes deben suspender sus rapiñas durante diez días al menos. Tanto nos asombró su honestidad, tanto, que les preguntamos que qué voz les había hablado inculcando esta piedad.

Y así supimos que un rabí les había hablado... ¡Un rabí! Sólo Tú. Porque ningún otro rabí de Israel podría hacer lo que Tú has hecho. Una vez que se marcharon, preguntamos mejor al amedrentado zagal y supimos con más exactitud las cosas. En un principio sabíamos sólo que el marido de nuestra hermana se había muerto y que los niños estaban en Efraím con un justo; y luego, que este justo, que era rabí, había hablado con ellos. Inmediatamente pensamos que eras Tú. Llegados a Siquem al rayar el alba, nos asesoramos con éstos, porque todavía no estábamos decididos respecto a hacernos cargo de los niños o no. Pero éstos nos dijeron: "¡Cómo! ¿Y vais a hacer que el amor del Rabí de Nazaret por esos niños haya sido inútil? Porque seguro que es Él, no lo dudéis. Es más, vamos todos donde Él porque su benignidad para con los hijos de Samaria es grande". Y, dejando arregladas nuestras cosas, hemos venido. ¿Dónde están los niños? -Junto al torrente. Judas, ve a decirles que vengan.

Judas va.

-Maestro, es un duro encuentro para nosotros. Esos niños nos recuerdan todas nuestras angustias. Todavía dudamos si hacernos cargo de ellos. Son hijos del más fiero enemigo que jamás tuvimos en el mundo...

-Son hijos de Dios. Son inocentes. La muerte anula el pasado y la expiación obtiene perdón, por parte de Dios también. ¿Queréis ser más severos que Dios?, ¿más crueles que los bandidos?, ¿más obstinados que ellos? Los bandidos querían matar al zagal y quedarse con los niños: matar al zagal, por precavida defensa; quedarse con los niños, por compasión humana hacia los indefensos. El Rabí habló y ellos no mataron, y condescendieron incluso en guiar hasta vosotros al zagal. ¿Voy a tener que conocer la derrota con corazones rectos, habiendo derrotado al delito?...

-Es que... somos cuatro hermanos y ya hay treinta y siete niños en nuestra casa...

-¿Y donde encuentran alimento treinta y siete gorrioncillos, porque el Padre de los Cielos les procura el grano, no van a encontrarlo cuarenta? ¿0 es que el poder del Padre no va a procurar el alimento a otros tres, es más: a cuatro, hijos suyos? ¿Tiene un límite esta divina Providencia? ¿Va a zozobrar el Infinito por hacer más fecundos vuestras semillas, árboles y ovejas, para que sean siempre suficientes el pan, el aceite, el vino, la lana y la carne para vuestros hijos y otros cuatro pobres niños que se han quedado solos?

-¡Son tres, Maestro!

Son cuatro. También es huérfano el zagal. ¿Podríais, si se os apareciera Dios aquí, sostener que vuestro pan está tan justo, que no se podría dar de comer a un huérfano? La piedad hacia el huérfano está prescrita en el Pentateuco...

-No podríamos sostenerlo, Señor. Es verdad. No vamos a ser inferiores a los bandidos. Daremos pan, ropa y alojamiento también al zagal. Por amor a ti.

-Por amor. Por todo el amor. A Dios, a su Mesías, a vuestra hermana, a vuestro prójimo. ¡Estos son el obsequio y perdón que habéis de dar a vuestra sangre! No un frío sepulcro para sus cenizas. Perdón y paz. Paz para el espíritu del hombre que pecó. Pero no seria sino un falso perdón, sólo externo; y no significaría en absoluto paz para el espíritu de la difunta que es hermana vuestra y madre de los niños, si a la justa expiación de Dios se uniera, dando penoso tormento, el conocimiento de que sus hijos siendo inocentes, expían su pecado. La misericordia de Dios es infinita. Pero unida a ella la vuestra para dar paz a la difunta.

-¡Lo haremos! ¡Lo haremos! Ante nadie se habría doblegado nuestro corazón, pero ante ti sí, Rabí, que has pasado un día entre nosotros sembrando una semilla que no ha muerto ni morirá.

-¡Amén! ¡Ahí están los niños ...» Jesús los señala -se dirigen hacia la casa- indicando el ribazo del torrente. Los llama.

Y ellos sueltan las manos de los apóstoles y van corriendo y gritando:

-¡Jesús! ¡Jesús!

Entran, suben la escalera, están ya en la terraza... se detienen, atemorizados, ante tantos extraños que los miran.

-Ven, Rubén, y tú, Eliseo, y tú, Isaac. Éstos son los hermanos de vuestra mamá, y han venido por vosotros para uniros a sus hijos. ¿Veis qué bueno es el Señor? Igual que la paloma aquella de María de Jacob que vimos que anteayer daba de comer a una cría no suya sino de su hermano muerto. Él os recoge y os da a éstos para que os cuiden y ya no seáis huérfanos. ¡Ánimo, saludad a vuestros parientes!

-El Señor esté con vosotros, señores - dice tímidamente el mayor, mirando al suelo. Y los dos más pequeños hacen coro.

-Éste es muy parecido a su madre, y también éste; éste, sin embargo (el mayor), es igual que su padre - observa uno de los parientes.

-Amigo mío, no creo que seas tan injusto, que hagas diferencias de amor por una semejanza de cara - dice Jesús.

-¿No! Eso no. Observaba... y pensaba... No quisiera que tuviera del padre también el corazón.

-Es un niño tierno todavía. En sus palabras sencillas se transparenta un amor por su madre bastante más vivo que cualquier otro amor.

-Pero los mantenía mejor de lo que creíamos. Están vestidos y calzados con decoro. Quizás había hecho fortuna...

-Yo y mis hermanos tenemos la ropa nueva porque Jesús nos ha vestido. No teníamos ni sandalias ni manto. En todo estábamos como el pastor - dice el segundo, que es menos tímido que el primero.

-Te compensaremos todo, Maestro-responde uno de los parientes, y añade: -Joaquín de Siquem tenía las dádivas de la ciudad. Pero añadiremos más dinero todavía...

-No. No quiero dinero. Quiero una promesa. Vuestra promesa de amor a estos que he arrebatado a los bandoleros. Las ofrendas... Malaquías, tómalas para los pobres que tú conoces, y cuenta entre ellos a María de Jacob, porque bien pobre es su casa.

-Como quieras. Si son buenos, los querremos.

-Lo seremos, señor. Sabemos que hay que serlo para volvernos a encontrar con nuestra mamá y remontar el río hasta el seno de Abraham, y no soltar el hilo de nuestra barca de las manos de Dios para que no nos arrastre la corriente del demonio - dice Rubén todo de corrido.

-Pero, ¿qué dice el niño?

-Una parábola que me han oído a mí. La dije para consolar su corazón y darles a sus espíritus una guía. Y los niños la han guardado en su memoria y la aplican en todas sus acciones. Familiarizaos con ellos mientras hablo a estos de Siquem...

-Maestro, una cosa todavía. Lo que nos asombró en los bandidos fue el ruego de que dijéramos al Rabí que tenía consigo a los niños que los perdonara si se habían tomado mucho tiempo para ir; que se considerara que a ellos no les estaban abiertos todos los caminos y que la presencia de un niño en su grupo había impedido largas marchas por las angosturas escabrosas».

-¿Has oído, Judas? - dice Jesús a Judas Iscariote, que no replica.

Luego Jesús se aísla con los de Siquem, que le arrebatan la promesa de una visita, aunque sea breve, antes del ardor del verano. Y, entretanto, le cuentan a Jesús cosas de la ciudad, y cómo se acuerdan de Él los que fueron curados en el alma o en el cuerpo.

Mientras, Judas y Juan se dedican a estrechar los vínculos entre los niños y sus familiares...

## 558

**Con la comitiva que regresa a Siquem. Parábola de la gota que excava la roca.**

Jesús va andando por un camino solitario; delante de Él, los parientes de los niños; a su lado, los de Siquem. Están en una zona desierta. No se ve ningún centro habitado. A los niños los han montado en unos burritos cuyos ramales lleva un pariente, cuidando del niño. Los otros burritos, libres de caballeros porque los de Siquem han preferido ir a pie para estar cerca de Jesús, preceden al grupo de los hombres, en manada y rebuznando de vez en cuando de alegría por volver al establo sin peso alguno, en un espléndido día, entre lindazos orlados de hierba nueva en la que de vez en cuando hunden sus ollares para saborear un bocado y luego, con ambladura juguetona, caracolean y dan alcance a sus compañeros cabalgados, lo cual hace reír a los niños.

Jesús habla con los de Siquem o escucha sus conversaciones. Es patente que los samaritanos se sienten orgullosos de tener con ellos al Maestro, y sueñan más de lo que conviene; tanto, que dicen a Jesús, señalando los montes altos que están a la izquierda de quien camina hacia el Norte:

-¿Ves? Mala fama tienen el Ebal y el Garizim. Pero, para ti al menos, son mucho mejores que Sión. Y serían totalmente buenos si Tú quisieras, eligiéndolos como morada tuya. Sión es siempre guarida de los Jebuseos. Y los de ahora son para ti todavía más enemigos que los antiguos para David. Él, porque hizo uso de la violencia, tomó la ciudadela *(toma de Jerusalén, narrada en 2 Samuel 5, 6-10; 1 Crónicas 11, 4-9)*; pero Tú, que no haces uso de la violencia, no reinarás allí. Nunca. Quédate aquí con nosotros, Señor, que nosotros te honraremos.

Jesús responde:

-Decidme: ¿me habríais amado si con violencia os hubiera querido conquistar?

-Verdaderamente... no. Te queremos precisamente porque eres todo amor.

-¿Por esto, entonces, por el amor, reino en vuestros corazones?

-Así es, Maestro. Pero es porque hemos acogido tu amor. Ellos, los de Jerusalén, no te aman.

-Es verdad. No me aman. Pero, vosotros que sois todos muy expertos en el comercio, decidme: cuando queréis vender, comprar y ganar, ¿acaso os desalentáis porque en ciertos lugares no os estimen?, ¿o, más bien, realizáis igualmente vuestros negocios preocupándoos sólo de hacer buenas compras y ventas, sin tener en cuenta si del dinero que ganáis está ausente la estima de quien con vosotros ha comprado o vendido?»

-Sólo nos preocupamos del negocio. Poco nos importa si al negocio le falta la estima de quien trata con nosotros. Terminado el negocio, terminado el contacto. La ganancia queda. El resto... no tiene valor.

-Bueno, pues, Yo también, Yo, que he venido a actuar los intereses del Padre mío, me debo preocupar sólo de esto. Que luego, en donde actúo estos intereses, encuentre estima o burla o frialdad, eso a mí no me preocupa. En una ciudad comercial, no con todos se gana, no con todos se hacen compras y ventas; sino que, aunque se trate con uno sólo, si se saca una buena ganancia, se dice que ese viaje no ha sido inútil, y se vuelve una y otra vez. Porque lo que la primera vez no se obtiene sino con uno se obtiene con tres la segunda, con siete la cuarta, con muchos las otras. ¿No es así? Yo, respecto a las conquistas para el Cielo, hago como vosotros para vuestros negocios: insisto, persevero, encuentro que es suficiente la pequeña -en cuanto al número- pero grande -una sola alma salvada es ya una cosa grande, grande compensación conseguida con mi esfuerzo. Cada vez que voy allí y supero -por conquistar, como Rey del espíritu, aunque sólo sea a un súbdito- todo lo que puede ser una reacción del Hombre, no digo, no, que haya sido inútil el que haya ido, ni que hayan sido inútiles los dolores o las fatigas; al contrario, digo que las burlas, injurias y acusaciones han sido santas, dulces, deseables. No sería un buen conquistador si me detuviera ante los obstáculos representados por graníticas fortalezas.

-Pero necesitarías siglos para superar estos obstáculos. Tú... eres un hombre y no vivirás siglos. ¿Por qué perder tu tiempo donde no te aceptan?

-Viviré mucho menos. Es más, pronto ya no estaré con vosotros. Dejaré de ver albas y ocasos, en cuanto hitos de días que surgen y días que concluyen, y los contemplaré únicamente como bellezas de la Creación y alabaré por ellos al Creador que

los hizo y que es Padre mío; dejaré de ver el florecimiento de las plantas y la maduración de los cereales, y no tendré necesidad de los frutos de la tierra para mantenerme en vida, porque, una vez que haya vuelto a mi Reino, me nutriré de amor. Pero, a pesar de todo, derribaré esas muchas fortalezas fuertemente cerradas que son los corazones de los hombres.

Observad esa piedra de ahí, bajo aquel manantial, en la ladera del monte. El manantial es muy sutil. Yo diría que, más que fluir, gotea: una gota que lleva cayendo quizás siglos en aquella roca que sobresale de la ladera del monte. Y la piedra es bien dura. No es caliza friable ni blando alabastro. Es basalto durísimo. Y, sin embargo, fijaos cómo en el centro de la piedra convexa, y a pesar de serlo, se ha formado una minúscula balsa, no mayor que el cáliz de un nenúfar, pero sí suficiente para reflejar el cielo azul y dar de beber a los pájaros. ¿Esa concavidad en la roca convexa, acaso la ha hecho el hombre para engastar una gema azul en la piedra obscura y poner en ella un cuenco refrescante para los pájaros? No. El hombre no se ha ocupado de ello. Quizás, durante el transcurso de los muchos siglos en que los hombres vamos pasando por delante de esta roca excavada por una gota secular con su inexorable y rítmico trabajo, nosotros somos los primeros en observar este basalto negro con su turquesa líquida en el centro, y admiramos su belleza, y alabamos al Eterno por haber querido que existiera para delectación de nuestros ojos y refrigerio de los pájaros que anidan por aquí cerca.

Pero, decidme: ¿acaso la primera gota que brotó por debajo del saliente basáltico situado encima de la roca, y que cayó desde esa altura sobre esta piedra, fue la que excavó el cuenco que refleja el cielo, el Sol, las nubes y las estrellas? No. Millones y millones de gotas, una tras otra, una tras otra, se han ido sucediendo, brotando como una lágrima allá arriba, bajando tornasoladas a golpear contra la piedra, y, con una nota de arpa al morir en ella, han ido rebajando, en medida inmensurable por su pequeñez, la materia dura. Y así siglos y siglos, con el movimiento de los granos en un reloj de arena, marcando el tiempo: tantas gotas por hora, tantas en el curso de una vigilia, tantas entre el alba y el ocaso, tantas de una a otra neomenia, y de Nisán a Nisán, y de siglo a siglo. Resistente la piedra, persistente la gota.

El hombre, que es soberbio y, por tanto, impaciente y ocioso, habría arrojado maceta y uñeta después de los primeros golpes, diciendo: "Esto no se puede excavar". La gota ha excavado. Era lo que debía hacer; aquello para lo que fue creada. Y ha rezumado, una gota tras otra, durante siglos, hasta excavar la piedra. Y no se ha detenido luego diciendo: “Ahora se encargará el cielo de alimentar el cuenco que yo he excavado, con el rocío y las lluvias, la escarcha y las nieves". No, ha seguido cayendo; y ella sola llena el minúsculo cuenco en el tiempo del calor veraniego o del rigor invernal. Mientras que las lluvias, violentas o suaves, fruncen la pileta, pero no pueden embellecerla ni ensancharla ni ahondarla, pues ya está colmada y es ya útil y hermosa. El manantial sabe que sus hijas, las gotas, van a morir en la pequeña cavidad, pero no las retiene; al contrario, las mueve a ir hacia su sacrificio, y para que no estén solas y se pongan tristes les envía nuevas hermanas, de manera que la que muera no esté sola, y se vea perpetuada en otras.

Yo también, siendo el primero en golpear, en golpear cien, mil veces contra las fortalezas duras de los duros corazones, y perpetuándome en mis sucesores -a los cuales enviaré hasta el final de los siglos- abriré en ellas hendeduras, y mi Ley entrará como un sol a dondequiera que haya criaturas. Y si luego éstas no quieren la Luz y cierran las hendeduras que el inexhausto trabajo haya abierto, Yo y mis sucesores no tendremos culpa de ello ante los ojos del Padre nuestro. Si ese manantial se hubiera abierto otro canal al ver la dureza de la roca y hubiera goteado más allá, donde hay terreno herboso, decidme vosotros si tendríamos esa gema brillante, y los pájaros ese límpido refrigerio.

-Ni siquiera se le hubiera visto, Maestro; como mucho... un poco de hierba un poco más tupida incluso en verano habría indicado e1 sitio donde el hilo de agua goteaba; o incluso, habiéndose podrido las raíces por la continua humedad, menos hierba que en otras partes; y fanguillo; nada más; por tanto, un goteo inútil.

-Vosotros lo habéis dicho. Un inútil, al menos ocioso, goteo. Yo también, si se diera el caso de que prefiriera únicamente aquellos lugares donde los corazones están dispuestos a acogerme por justicia o simpatía, llevaría a cabo un trabajo imperfecto; porque trabajaría, sí, pero sin fatiga, es más, con mucha satisfacción del yo, con un complaciente compromiso entre el deber y el gusto. Ya no pesa trabajar donde a uno lo rodea el amor y donde el amor hace dúctiles a las almas que uno debe labrar. Pero, si no hay fatiga, no hay mérito, y tampoco hay mucho beneficio porque pocas conquistas se hacen si uno se limita a aquellos que ya están en la justicia. No sería Yo, si no tratase de redimir -primero en orden a la Verdad, luego en orden a la Gracia- a todos los hombres.

-¿Y piensas lograrlo? ¿Qué vas a poder hacer, más de lo que has hecho ya, para convencer a tus adversarios de lo que dices? ¿Qué, si ni siquiera la resurrección del hombre de Betania ha valido para que los judíos digan que eres el Mesías de Dios?

-Me queda por hacer algo aún mayor, mucho mayor que lo hecho.

-¿Cuándo, Señor?

-Con la Luna llena de Nisán. Poned atención entonces.

-¿Habrá una señal en el cielo? Se dice que cuando naciste el cielo habló con luces, cantos y estrellas extraños.

-Es verdad. Para decir que la Luz había venido al mundo. En Nisán habrá señales en el cielo y en la tierra. Parecerá el fin del mundo a causa de las tinieblas, el temblor y el bramido de rayos y terremotos, en el firmamento y en las entrañas abiertas de la Tierra. Pero no será el final; antes al contrario, será el principio. Cuando vine, el Cielo dio a luz para los hombres al Salvador, y, por ser acto de Dios, la paz fue compañera del acontecimiento. En Nisán será la Tierra la que, con voluntad propia, dará a luz para sí al Redentor, y, por ser acto de hombres, la paz no será su compañera, sino que lo que habrá será una horrenda convulsión. Y entre el horror del momento de este mundo y del infierno, la Tierra abrirá su seno bajo las saetas encendidas con el fuego de la ira divina, y expresará a gritos su voluntad, demasiado ebria como para conocer su alcance, demasiado endemoniada como para evitarla. Cual desquiciada parturienta, creerá estar destruyendo el fruto considerado maldito, y no comprenderá que, al contrario, lo estará elevando a lugares en que jamás será alcanzado por dolor ni asechanza algunos. El árbol, el nuevo árbol, desde entonces extenderá sus ramas por toda la Tierra, durante todos los siglos, y el que ahora os habla será reconocido, con amor u odio, como verdadero Hijo de Dios y Mesías del Señor. Y ¡ay de aquellos que lo reconozcan sin querer confesarlo y sin convertirse a Él!

-¿Dónde sucederá esto, Señor?
-En Jerusalén. Ciertamente es la ciudad del Señor.
-Entonces nosotros no estaremos presentes porque en Nisán la Pascua nos retiene aquí. Somos fieles a nuestro Templo.
-Mejor sería que fuerais fieles al Templo vivo que no está ni en el Moria ni en el Garizim, sino que, siendo divino, es universal. Pero sé esperar vuestra hora, la hora en que amaréis a Dios y a su Mesías en espíritu y verdad.
-Nosotros creemos que Tú eres el Cristo. Por eso te amamos.
-Amar es dejar el pasado para entrar en mi presente. No me amáis todavía con perfección.
Los samaritanos se miran de refilón y callan. Luego uno dice:
-Por ti, por ir donde ti, lo haríamos. Pero no podemos, aunque quisiéramos, entrar donde están los judíos. Tú esto lo sabes. Los judíos no nos aceptan...
-Ni vosotros a ellos. Pero estad tranquilos, que dentro de poco ya no habrá dos regiones, ni dos Templos, ni dos modos de pensar opuestos. Habrá un único pueblo, un único Templo, una única fe para todos los que deseen la Verdad. Ahora os dejo. Los niños ya están consolados y distraídos, y para mí es largo el camino de regreso a Efraím para llegar antes de que desciendan las tinieblas. No os intranquilicéis. Vuestros gestos podrían llamar la atención de los pequeños, y no conviene que se den cuenta de que me marcho. Seguid vuestro camino. Yo voy a estar aquí. Que el Señor os guíe por los senderos de la Tierra y por los senderos de su Camino. Idos.
Jesús se acerca al monte y deja que se alejen. Lo último que se percibe, de la caravana que vuelve a Siquem, es la alegre risa de un niño, una risa que se propaga por los silencios del camino montano.

## 559

## En Efraím, peregrinos de la Decápolis y misión secreta de Manahén.

La noticia de que Jesús está en Efraím, quizás por jactancia de los propios habitantes de la ciudad, quizás por otros motivos por mí ignorados, debe haberse difundido porque ya son muchos los que vienen a buscarlo: la mayor parte, enfermos; alguna persona afligida por algo o que tiene deseos de verlo. Comprendo esto porque oigo a Judas Iscariote decir a un grupo de peregrinos venidos de la Decápolis:
-El Maestro no está. Pero estamos yo y Juan y es lo mismo. Decid, pues, qué deseáis y nosotros lo haremos.
-Pero jamás podréis enseñar lo que Él enseña - objeta uno.
-¡Piensa que nosotros somos otro Él! Recuerda esto siempre. Pero si quieres oír al Maestro en persona vuelve antes del sábado y márchate después del sábado. El Maestro ahora es un verdadero maestro. Ya no habla en todos los caminos, en los bosques o encima de las peñas como un errante, y a todas horas como un siervo. Habla aquí, el sábado, como le corresponde. ¡Y hace bien! ¡Para lo que le ha servido agotarse de fatigas y amor!
-Pero nosotros no tenemos la culpa de que los judíos...
-¡Todos! ¡Todos! ¡Judíos y no judíos! Todos habéis sido, y seréis, iguales; Él, todo a vosotros; vosotros, nada a Él. Él, dar; vosotros, no dar: ni siquiera el óbolo que se da al mendigo.
-Tenemos dádivas para Él. Míralas, si no nos crees.
Juan, que ha estado todo este tiempo callado, pero con visible sufrimiento y mirando a Judas con ojos de súplica y reproche (o, mejor: de amonestación), ya no sabe contenerse, y, mientras Judas alarga la mano para tomar las dádivas, él lo para poniéndole una mano en el brazo, y le dice:
-No, Judas, esto no. Tú sabes cuál es la orden del Maestro - y se dirige a los peregrinos; dice:
-Judas se ha explicado mal y vosotros habéis comprendido mal. No es eso lo que quería decir mi compañero. Lo que nosotros -yo, mis compañeros, vosotros, todos- debemos dar por lo mucho que el Maestro nos da es sólo una ofrenda de sincera fe, de amor fiel. Cuando peregrinábamos por Palestina, Él aceptaba vuestras dádivas porque eran necesarias para nuestro camino y porque encontrábamos a muchos mendigos en él, o veníamos a enterarnos de situaciones ocultas de miseria. Ahora, aquí, no tenemos necesidad de nada -alabada sea por ello la Providencia-, y tampoco encontramos mendigos. Quedaos con vuestras dádivas y dádselas en nombre de Jesús a personas desdichadas. Éstos son los deseos del Señor y Maestro nuestro, y las órdenes que ha dado a nuestros compañeros que van evangelizando por las distintas ciudades. Y, si tenéis enfermos entre vosotros, o a alguno que tenga verdadera necesidad de hablar con el Maestro, pues decidlo, que yo voy y lo busco donde se aísla en oración porque su espíritu tiene grandes deseos de recogerse en el Señor.
Judas murmulla entre dientes algo, pero no se opone abiertamente. Se sienta junto a la lumbre como desinteresándose de la cosa.
-Verdaderamente... no tenemos grandes necesidades. Pero hemos sabido que estaba aquí y hemos cruzado el río para venir a verlo. De todas formas, si hemos hecho mal...
-No, hermanos. No es ningún mal amarlo y buscarlo, incluso no sin incomodidades y esfuerzo. Y vuestra buena voluntad recibirá recompensa. Voy a decirle al Señor que habéis venido. Él seguro que viene. Pero, aun en el caso de que no viniera, yo os traería su bendición.
Y Juan sale al huerto para ir a buscar al Maestro.
-¡Deja! Voy yo - dice Judas imperiosamente, y se levanta y sale afuera raudo. Juan lo ve marcharse, pero no objeta nada.
Entra de nuevo en la cocina, donde están, bastante estrechos, los peregrinos. Pero casi inmediatamente les propone:
-¿Qué os parece si vamos al encuentro del Maestro?

-Y si Él no quisiera...

-¡No deis a un malentendido más importancia de la que tiene, os lo ruego! Vosotros sabéis cuáles son las razones de nuestra presencia aquí. Son los demás los que obligan al Maestro a estas medidas de discreción. Ciertamente, no es la voluntad de su corazón, que siempre guarda los mismos sentimientos de afecto para todos vosotros.

-Lo sabemos. Los primeros días que siguieron a la lectura del decreto se dieron a buscarlo afanosamente en la Transjordania y en los lugares donde pensaban que pudiera estar. En Betabara, Betania. Pel.la, Ramot Galaad, e incluso más allá. Y sabemos que lo mismo hicieron en Judea y Galilea. Las casas de sus amigos han estado muy vigiladas, porque... si bien es cierto que son muchos sus amigos y discípulos, muchos son también los que no son amigos y creen servir al Altísimo persiguiendo al Maestro. Luego, enseguida, la búsqueda ha cesado, y ha corrido la voz de que estaba aquí.

-¿Pero vosotros por quién lo habéis sabido?

-A través de discípulos suyos.

-¿Mis compañeros? ¿Dónde?

-No. Ninguno de ellos. Otros. Nuevos, porque no los hemos visto nunca ni con el Maestro ni con discípulos antiguos. Es más, nos extrañó el que Él hubiera mandado a unos desconocidos con el encargo de decir dónde estaba; pero también pensamos después que quizás lo hubiera hecho porque los judíos no conocían a los nuevos como discípulos.

-Yo no sé lo que os dirá el Maestro, pero por mi parte os digo que de ahora en adelante no debéis fiaros sino de los discípulos conocidos. Sed prudentes. Todos los habitantes de esta nación saben lo que sucedió al Bautista...

-¿Crees que...?

-Si Juan, odiado sólo por una, fue capturado y muerto, ¿qué no le sucederá a Jesús, a quien odian por igual el Palacio y el Templo, fariseos, escribas, sacerdotes y herodianos? Así que estad muy atentos para no tener luego remordimientos... Pero, ahí viene. Vamos a su encuentro.

Es plenamente de noche. Una noche sin Luna, aunque clara de estrellas. No podría decir la hora que es, pues no veo la posición de la Luna ni su fase. Veo sólo que es una noche serena. Todo Efraím ha desaparecido bajo el velo negro de la noche. El torrente también, y ahora no es sino una voz; sus espumas y reflejos han quedado totalmente anulados bajo la bóveda verde de los árboles de las orillas, que son obstáculo incluso para esa luz no luz que viene de las estrellas.

Un pájaro nocturno se lamenta en algún lugar. Luego se calla a causa de un rumor de ramajes y crujir de cañas, un rumor proveniente de la parte de la montaña y que se va acercando a la casa siguiendo el torrente. Luego una forma alta y robusta surge de la orilla por el sendero que sube hacia la casa. Se detiene un poco como para orientarse. Pasa al ras de la pared, tanteándola con las manos; encuentra la puerta. La roza, pero sigue adelante. Dobla, aún tanteando, la esquina de la casa. Llega a la pequeña puertecita del huerto. La palpa, la abre, la empuja, entra. Ahora va al ras de las paredes que dan al huerto. En llegando a la puerta de la cocina, vacila; pero luego continúa hasta la escalerita externa. Sube ésta a tientas. Se sienta -sombra oscura en la sombra- en el último escalón. Pero, por el Oriente, el color del cielo nocturno -un entrecielo oscuro percibido como tal sólo por estar tachonado de estrellas- empieza a cambiar de tonalidad, a tomar un color que el ojo logra percibir como tal: un color ceniciento oscuro de pizarra, que parece bruma densa y humosa y es -no otra cosa- el claror del alba que avanza: se produce lentamente el cotidiano milagro nuevo de la luz que regresa.

La persona, acurrucada en el suelo, toda aovillada y cubierta con el manto oscuro, se mueve, ahora se desovilla, alza la cabeza, echa un poco hacia atrás el manto. Es Manahén. Está vestido como un hombre cualquiera, con una gruesa túnica marrón y un manto igual; es una tela basta, de trabajador o peregrino, sin franjas ni hebillas ni cinturones. Un cordón de lana trenzada sujeta la túnica a la cintura. Se pone en pie. Se desentorpece. Mira al cielo, donde la luz avanza y ya permite ver lo que hay alrededor.

Una puerta, abajo, se abre chirriando. Manahén se asoma, sin hacer ruido, para ver quién sale de casa. Es Jesús, que suavemente cierra de nuevo la puerta y se dirige hacia la escalera. Manahén se retira un poco y carraspea para llamar la atención de Jesús, que alza la cabeza y se detiene a media escalera.

-Soy yo, Maestro. Soy Manahén. Ven, ven, que tengo que decirte algo. Te esperaba... - susurra Manahén, y se inclina saludando.

Jesús sube los últimos escalones:

-Paz a ti. ¿Cuándo has venido? ¿Cómo? ¿Por qué?» pregunta.

-Creo que apenas había pasado el galicinio cuando he puesto pie aquí. Pero en los matorrales, allá al fondo, estaba desde la segunda vigilia de ayer.

-¡Toda la noche al raso!

-No había otra solución. Tenía que hablar contigo a solas. Tenía que conocer el camino para venir, y la casa, sin ser visto. Por eso vine de día y me metí entre la espesura allá arriba. Vi aquietarse la actividad en la ciudad. Vi a Judas y a Juan volver a casa. Es más, Juan pasó casi a mi lado con su carga de leña. Pero no me vio porque yo estaba bien adentro en la espesura. Vi, mientras hubo luz para ver, a una anciana entrar y salir, y vi que lucía la lumbre en la cocina, y que Tú bajabas de aquí arriba ya en pleno crepúsculo. Y vi que cerrabais la casa. Entonces vine con la luz de la Luna nueva y estudié el camino. Entré incluso en el huerto. Aquella puertecita es menos útil que si no estuviera. Oí que hablabais. Pero tenía que hablarte a solas. Me marché para volver a la tercera vigilia y estar aquí. Sé que normalmente te levantas a orar antes de que se haga de día. Y esperaba que también hoy lo hicieras. Alabo al Altísimo porque haya sido así.

-¿Pero cuál es el motivo de tener que verme con tanta incomodidad?

-Maestro, José y Nicodemo quieren hablar contigo, y han pensado hacerlo eludiendo todo tipo de vigilancia. Han intentado ya otras veces hacerlo, pero Belcebú debe ayudar mucho a tus enemigos. Han tenido que renunciar siempre a venir, porque ni su casa ni la de Nique dejaban de ser vigiladas. Es más, la mujer iba a haber venido antes que yo. Es una mujer fuerte y se había puesto en camino, ella sola, a través del Adomín. Pero la siguieron y la pararon en la Cuesta de la Sangre *(Llamaban*

*"Cuesta de la Sangre"-observa MV en una copia mecanografiada- a un punto del monte Adomín por los delitos que en ese lugar llevaban a cabo los bandoleros)*. Ella, para no revelar el lugar en que estabas y para justificar las provisiones que llevaba en su cabalgadura, dijo: "Subo adonde un hermano mío que está en una gruta arriba en los montes. Si queréis venir, vosotros que enseñáis sobre Dios, haríais una obra santa porque está enfermo y tiene necesidad de Dios". Y con esta argucia los convenció de que se marcharan. Pero ya no se atrevió a venir aquí y fue verdaderamente donde uno que dice que está en una gruta y que Tú lo has confiado a ella.

-Es verdad. Pero, ¿y cómo ha hecho Nique para decírselo a los otros?

-Yendo a Betania. Lázaro no está, pero sí las hermanas. Está María. ¿Y María es acaso mujer que se encoja por alguna cosa? Se vistió como quizás no lo hizo Judit para ir donde el rey, y fue a la vista de todos al Templo junto con Sara y Noemí, y luego a su palacio de Sión. Y desde allí envió a Noemí donde José con las cosas que había que decir. Y, mientras... taimadamente los judíos iban o mandaban a alguien donde ella para... honrarla, y así podían verla como señora en su casa, Noemí, anciana y vestida modestamente, iba a Beceta, donde el Anciano. Nos pusimos, entonces, de acuerdo en mandarme a mí aquí; a mí, al nómada que no levanta sospechas si se le ve cabalgar a rienda suelta de una a otra residencia de Herodes; mandarme aquí, a decirte que la noche del viernes al sábado José y Nicodemo, yendo uno desde Arimatea y el otro desde Rama, antes del ocaso, se encontrarán en Gofená y te esperarán allí. Conozco el lugar y el camino, y vendré aquí al atardecer para guiarte. De mí te puedes fiar. Pero fíate sólo de mí, Maestro. José advierte que ninguno tenga noticia de este encuentro nuestro. Por el bien de todos.

-¿También por el tuyo, Manahén?

-Señor... yo soy yo. Pero no tengo bienes e intereses familiares que tutelar, como José.

-Esto confirma lo que digo, que las riquezas materiales son siempre un peso... Pero puedes decir a José que ninguno tendrá noticia de nuestro encuentro.

-Entonces puedo marcharme, Maestro. El sol ya ha salido y podrían levantarse tus discípulos.

-Bien, márchate, y que Dios esté contigo. Es más, te voy a acompañar para mostrarte el punto donde nos encontraremos la noche del sábado...

Bajan sin hacer ruido y salen del huerto. Y, enseguida, están abajo, en las orillas del torrente.

## 560

## En las cercanías de Gofená, coloquio durante la noche con José de Arimatea, Nicodemo y Manahén.

Es un camino muy dificultoso el que ha tomado Manahén para guiar a Jesús al lugar donde lo esperan. Es un camino todo él montano, estrecho, pedregoso, entre espesuras y bosques. La luz de una clarísima Luna en su primera fase a duras penas se abre paso entre la maraña de las ramas. A veces desaparece por completo y Manahén la suple con antorchas ya preparadas, que ha llevado consigo en bandolera como armas bajo el manto. Él delante y Jesús detrás, caminan en silencio en medio del gran silencio de la noche. Dos o tres veces algún animal salvaje, corriendo por los bosques, hace un rumor semejante a sonido de pasos, y ello hace que Manahén se detenga receloso. Pero, aparte de esto, ninguna otra cosa turba el camino, ya de por sí muy fatigoso.

-Maestro, aquello de allí es Gofená. Ahora torcemos por aquí. Cuento trescientos pasos y estaré en las grutas donde esperan desde la puesta del Sol. ¿Te ha parecido largo el camino? Pues hemos venido por atajos que creo que mantienen la distancia legal.

Jesús hace un gesto como queriendo decir: «No se podía hacer de otra manera».

Manahén, atento a contar sus pasos, se calla. Ahora están en un pasaje rocoso y pelado, que asemeja a una caverna ensubida entre las paredes del monte que casi se tocan. Se diría que la fractura -tan extraña es- la produjo algún cataclismo, una enorme cuchillada en la roca del monte que hubiera cortado a éste al menos un tercio desde la cima. Arriba, por encima de las paredes cortadas a pico, por encima del rumor agitado de las plantas nacidas en el borde del enorme tajo, brillan las estrellas; pero la Luna no baja aquí, a esta sima. La luz humosa de la antorcha despierta a algunas aves de rapiña, que gañen agitando las alas en los bordes de sus nidos entre las grietas.

Manahén dice: « ¡Ahí es!», e introduce en una brecha de la pared rocosa un grito semejante al quejido de un voluminoso búho.

Del fondo viene una luz rojiza por otro pasillo rocoso que está cerrado por encima, como un zaguán. José aparece:

-¿El Maestro? - pregunta, al no ver a Jesús, que está un poco atrás.

-Estoy aquí, José. Paz a ti.

-A ti, la paz. ¡Ven! Venid. Hemos encendido fuego para ver sierpes y escorpiones y combatir el frío. Yo voy delante.

Se vuelve y, por las ondulaciones del sendero que va entre las entrañas del monte, los guía hacia un lugar iluminado con lumbre. Allí está Nicodemo, alimentando el fuego con ramajes y enebros.

-La paz también a ti, Nicodemo. Aquí estoy, con vosotros. Hablad.

-Maestro, ¿nadie se ha percatado de que venías aquí?

-¿Quién se hubiera podido dar cuenta, Nicodemo?

-¿Tus discípulos no están contigo?

-Conmigo están Juan y Judas de Simón. Los otros evangelizan desde el día siguiente del sábado hasta el ocaso del viernes. Pero he salido de casa antes de la hora sexta diciendo que no se me esperara antes del alba siguiente al sábado. Ya es

demasiado habitual en mí ausentarme durante varias horas, como para que ello pueda suscitar sospechas en alguno. Estad, por tanto, tranquilos. Tenemos todo el tiempo que queramos para hablar sin preocupación alguna de ser sorprendidos. Éste... es lugar propicio.

-Sí. Madrigueras de serpientes y buitres.., y de bandidos cuando tiene el tiempo bueno, cuando estos montes se llenan de rebaños. Pero ahora los bandidos prefieren otros lugares en que puedan abalanzarse más rápidamente sobre apriscos y caminos de caravanas. Sentimos haberte traído hasta aquí, pero es que de aquí nosotros podremos marcharnos por caminos distintos; sin llamar la atención de nadie. Porque, Maestro, la atención del Sanedrín está apuntada hacia los lugares donde hay sospecha de que te estiman.

-Bueno, en esto disiento de José. A mí me parece que ya somos nosotros los que vemos sombras donde no las hay. Y también me parece que, desde hace algunos días, se ha calmado mucho la cosa... - dice Nicodemo.

-Te engañas amigo. Te lo digo yo. Se ha calmado en cuanto que ya no existe el estímulo de buscar al Maestro, porque ya saben dónde está. Por eso lo vigilan a Él y no a nosotros. Por eso le he recomendado que no dijera a nadie que nos íbamos a ver. No fuera que hubiera alguno dispuesto... a cualquier cosa - dice José.

-No creo que los de Efraím... - objeta Manahén.

-No, los de Efraím no, y ningún otro de Samaria. Sólo por actuar de forma distinta a como actuamos nosotros, los de la otra parte...

-No, José. No es por ese motivo. Es porque ellos no tienen en su corazón esa maligna serpiente que tenéis vosotros. Ellos no temen ser despojados de ninguna prerrogativa. No tienen que defender intereses sectarios ni de casta. No tienen nada, aparte de una instintiva necesidad de sentirse perdonados y amados por Aquel al que sus antepasados ofendieron y al que ellos siguen ofendiendo al permanecer fuera de la Religión perfecta. Y permanecen fuera porque, siendo orgullosos ellos y siéndolo vosotros, no se sabe, por ambas partes, deponer el rencor que divide y tender la mano en nombre del único Padre. Claro que, aunque ellos tuvieran tanta voluntad como para eso, vosotros la demoleríais, porque no sabéis perdonar, no sabéis decir, hollando toda necedad: "El pasado ha muerto porque ha surgido el Príncipe del Siglo futuro, que a todos recoge bajo su Signo". Yo, en efecto, he venido y recojo. Pero vosotros, ¡oh, vosotros consideráis siempre maldito incluso aquello que Yo he considerado merecedor de ser recogido!

-Eres severo con nosotros, Maestro.

-Soy justo. ¿Podéis, acaso, decir que en vuestro corazón no me censuráis por ciertas acciones mías? ¿Podéis decir que aprobáis mi pareja misericordia hacia judíos y galileos y hacia samaritanos y gentiles, o incluso más amplia para con éstos y los grandes pecadores, precisamente porque ellos la necesitan mayormente? ¿Podéis decir que no pretenderíais de mí gestos de violenta majestad para manifestar mi origen sobrenatural y, sobre todo, fijaos bien, y, sobre todo, mi misión de Mesías *según vuestro concepto del Mesías?* Decid sinceramente la verdad: aparte de la alegría de vuestro corazón por la resurrección de vuestro amigo, ¿no habríais preferido, antes que esta resurrección, que Yo hubiera llegado a Betania apuesto y cruel, como nuestros antiguos respecto a los amorreos y los de Basán, y como Josué respecto a los de Ay y Jericó, o, mejor aún, haciendo caer con mi voz las piedras y los muros sobre los enemigos, como las trompetas de Josué hicieron respecto a las murallas de Jericó, o haciendo caer del cielo sobre los enemigos gruesas piedras, como sucedió en el descenso de Beterón también en tiempos de Josué, o, como en tiempos más recientes, llamando a celestes jinetes que corrieran por los aires, vestidos de oro, armados de lanzas, formados en cohortes, y que hubiera movimiento de escuadrones de caballería, y asaltos por una y otra parte, y agitación de escudos, y ejércitos con yelmos y espadas desenvainadas, y lanzamiento de dardos para aterrorizar a mis enemigos? *(gestas narradas en: Números 21, 21-35 Deuteronomio 2, 26-37; Josué 6-8; 10; 2 Macabeos 5, 1-4)* Sí, habríais preferido esto porque, a pesar de que me améis mucho, vuestro amor es todavía impuro, y la seducción -en cuanto a desear lo no santo- se la proporciona vuestro pensamiento de israelitas, *vuestro viejo pensamiento.* El que tiene Gamaliel igual que el último de Israel, el que tiene el Sumo Sacerdote, el tetrarca, el labriego, el pastor, el nómada, el hombre de la Diáspora. E1 pensamiento fijo del Mesías conquistador. La pesadilla de quien teme ser *aniquilado* por Él. La esperanza de quien ama a la Patria con la violencia de un humano amor. El suspiro de quien está oprimido por otras potencias en otras tierras. No es culpa vuestra. El pensamiento puro como había sido dado por Dios acerca de lo que Yo soy se ha ido cubriendo, a lo largo de los siglos, de estratos de escorias inútiles. Y pocos saben, con sufrimiento, restituir a la idea mesiánica su pureza inicial. Ahora, además -estando ya cercano el tiempo en que será dado el signo que Gamaliel espera, y todo Israel con él, y llegando ya el tiempo de mi perfecta manifestación-, Satanás trabaja para hacer más imperfecto vuestro amor y más torcido vuestro pensamiento. Llega su hora. Yo os lo digo. Y, en esa hora de tinieblas, incluso los que actualmente ven o están solamente un poco privados de vista, resultarán ciegos del todo. Pocos, muy pocos, en el Hombre abatido reconocerán al Mesías. Pocos lo reconocerán como *verdadero Mesías,* precisamente porque será abatido, como le vieron los profetas. Yo quisiera, por el bien de mis amigos, que *supieran verme y conocerme mientras es de día para poder también reconocerme desfigurado y verme en las tinieblas de la hora del mundo...* Pero decidme ahora lo que queríais decirme. La hora avanza rápida y vendrá el alba. Lo digo por vosotros, porque Yo no temo encuentros peligrosos.

-Pues lo que te queríamos decir era que alguien debe haber dicho dónde estás, y que este alguien ciertamente no somos ni yo ni Nicodemo ni Manahén ni Lázaro y sus hermanas ni Nique. ¿Con quién más has hablado del lugar elegido para refugio tuyo?

-Con ninguno, José.

-¿Estás seguro?

-Seguro.

-¿Y has dado orden a tus discípulos de que no hablaran de ello?

-Antes de partir no les hablé del lugar. Llegado a Efraím, di orden de que fueran evangelizando y de actuar en representación mía. Y estoy seguro de su obediencia.

-Y... ¿estás Tú solo en Efraím?

-No. Estoy con Juan y Judas de Simón. Ya lo he dicho. Él, Judas, porque leo tu pensamiento, no puede haberme perjudicado *con su irreflexión,* porque nunca se ha alejado de la ciudad y en esta época no pasan por ella peregrinos de otros lugares.

-Entonces... Ha sido Belcebú en persona el que ha hablado. Porque en el Sanedrín se sabe que estás allí.

-¿Y entonces? ¿Cuáles han sido las reacciones del Sanedrín ante este movimiento mío?

-Varias, Maestro. Muy distintas unas de otras. Hay quien dice que es lógico: dado que te han proscrito en los lugares santos, no te quedaba otra solución que refugiarte en Samaria. Otros, sin embargo, dicen que esto revela de ti lo que eres: un samaritano de alma, más que si lo fueras de raza; y que ello es suficiente para condenarte. Bueno y todos están muy contentos de haberte podido reducir al silencio y de poder señalarte ante las masas como amante de samaritanos. Dicen: "Ya hemos ganado la batalla. Lo demás será un juego de niños". Pero, haz que eso no sea verdad. Te lo rogamos.

-No será verdad. Dejad que hablen. Los que me aman no se turbarán por las apariencias. Dejad que el viento cese del todo. Es viento de tierra. Luego vendrá el viento del Cielo y se abrirá el entrecielo apareciendo la gloria de Dios. ¿Tenéis algo más que decirme?

-Respecto a ti, no. Vigila, sé cauto, no salgas de donde estás. Y decirte que te tendremos informado...

-No. No hace falta. Permaneced donde estáis. Pronto tendré conmigo a las discípulas y -esto sí- decid a Elisa y a Nique que se unan a las otras, si quieren. Decídselo también a las dos hermanas. Siendo ya conocido el lugar donde me hallo, los que no temen al Sanedrín pueden ya venir y experimentar recíproca consolación.

-No pueden venir las dos hermanas hasta que Lázaro no regrese. Salió con gran pompa. Toda Jerusalén ha sabido que se marchaba a sus propiedades lejanas, y no se sabe cuándo va a volver. Pero su criado ha vuelto ya de Nazaret y ha dicho -también tenemos que decirte esto- que tu Madre estará aquí con las otras antes de que concluya esta luna. Ella está bien, y también María de Alfeo. El criado las ha visto. Pero tardan un poco porque Juana quiere venir con ellas y no puede hacerlo hasta el final de esta luna. Y también... como amigos fieles, aunque... imperfectos como dices, si nos lo permites, quisiéramos ofrecerte una ayuda...

-No. Los discípulos que están evangelizando traen cada vigilia de sábado cuanto necesitan ellos y cuanto necesitamos nosotros los que estamos en Efraím. Más no hace falta. El obrero vive de su salario. Eso es justo. Lo demás sería superfluo. Dádselo a algún necesitado. Lo mismo he impuesto a los de Efraím y a mis propios apóstoles. Exijo que a su regreso *no tengan ni una moneda de reserva* y que toda dádiva sea repartida por el camino, tomando para nosotros lo mínimo indispensable para la frugalísima comida de una semana.

-¿Por qué, Maestro?

-Para enseñarles el desapego de las riquezas y el dominio espiritual sobre las preocupaciones del mañana. Y por esto y por otras buenas razones mías de Maestro, os ruego que no insistáis.

-Como quieras. Pero nos apena el no poder servirte.

-Llegará la hora en que lo haréis... ¿No es ya aquella la primera luz del alba? - dice volviéndose hacia Oriente, o sea, hacia el lado puesto a aquel por el que ha venido, e indicando un tímido claror que aparece lejano a través de una abertura.

-Lo es. Tenemos que dejarnos. Yo vuelvo a Gofená, donde he dejado la cabalgadura, y Nicodemo, por esta otra parte, bajará hacia Berot, y desde allí a Ramá, terminado el sábado.

-¿Y tú, Manahén?

-Bueno, yo iré abiertamente por los caminos descubiertos que van hacia Jericó, donde ahora está Herodes. Tengo el caballo en una casa de gente pobre que por una limosna no sienten repulsa de nada, ni siquiera de un samaritano como creen que soy. Pero por ahora sigo contigo. En la bolsa tengo comida para dos.

-Entonces nos despedimos. Para la Pascua nos veremos de nuevo.

-¡No! ¡No querrás ya arriesgarte a esa prueba! - dicen José y Nicodemo. ¡No lo hagas, Maestro!

-Verdaderamente sois malos amigos porque me aconsejáis el pecado y la cobardía. ¿Cómo, reflexionando sobre el gesto que pongo, podríais amarme? Decidlo. Sed sinceros. ¿A dónde habría que ir para adorar al Señor en la Pascua de los Ázimos? ¿A1 monte Garizim? *(al monte Garizim, donde los samaritanos tenían su Templo, opuesto al de Jerusalén (Deuteronomio 11, 26-32; 27,11-13; Josué 8; 30-35; 2 Macabeos 6,1-2))* ¿O no debería, más bien, presentarme ante el Señor en el Templo de Jerusalén, como deben hacer todos los varones de Israel en las tres grandes fiestas anuales? ¿Habéis olvidado que ya se me acusa de no respetar el sábado, a pesar de que -Manahén lo puede testificar-, hoy sin ir más lejos, Yo, secundando vuestro deseo, de noche haya recorrido un camino que armonizara vuestro deseo y la ley sabática?

-Nosotros también hemos estado en Gofená por este motivo... Y ofreceremos un sacrificio para expiar una involuntaria transgresión por un motivo ineluctable. ¡Pero Tú, Maestro!... Te van a ver inmediatamente...

-Si no me vieran ellos, Yo me encargaría de que me vieran.

-¡Buscas tu destrucción! Es como si te mataras...

-No. Vuestra mente está muy envuelta en sombras. No es como quererme matar. Es únicamente obedecer a la voz del Padre mío que me dice: "Ve. Es la hora". Siempre he buscado conciliar la Ley con las necesidades, incluso el día que tuve que huir de Betania y refugiarme en Efraím porque todavía no era la hora de ser capturado. El Cordero de Salvación sólo puede ser inmolado en la Pascua de los Ázimos. ¿Podréis pretender que, sí eso he hecho respecto a la Ley, no lo haga respecto a la orden del Padre mío? Ahora marchaos, y no os aflijáis de esa manera. ¿Para qué he venido, sino para ser proclamado Rey de todas las gentes? Porque eso quiere decir "Mesías", ¿no es verdad? Sí, quiere decir eso. Y "Redentor" también quiere decir eso. Pero la verdad del significado de estos dos nombres no corresponde con lo que vosotros os imagináis. "De todas formas, os bendigo, implorando que un rayo celeste descienda sobre vosotros junto con mi bendición. Porque os quiero y porque me queréis. Porque quisiera que vuestra justicia fuera plenamente luminosa. Y es que no sois malos pero sois, también vosotros, "viejo

Israel" y no tenéis la voluntad heroica de despojaros del pasado y haceros nuevos. Adiós, José. Sé justo. Justo como aquel que durante muchos años fue para mí tutor y fue capaz de realizar toda renovación para servir al Señor su Dios. Si él estuviera aquí entre nosotros, ¡cómo os enseñaría a saber servir a Dios con perfección; a ser justos, justos, justos! ¡Pero justo es que esté ya en el seno de Abraham!... Para no ver la injusticia de Israel. ¡Oh, santo siervo de Dios!... Nuevo Abraham -de corazón traspasado pero de voluntad perfecta-, él no me habría aconsejado la cobardía, sino que me habría dicho las palabras que usaba cuando alguna realidad penosa pesaba sobre nosotros: "Levantemos el espíritu. Encontraremos la mirada de Dios y olvidaremos que son los hombres los que causan el dolor. Y hagamos todas las cosas que nos significan un peso como si el Altísimo nos las presentase. De esta manera santificaremos hasta las más pequeñas cosas y Dios nos amará". Eso habría dicho, incluso animándome a sufrir los más graves dolores... Nos habría animado... ¡Oh, Madre!...

Jesús suelta a José -lo tenía abrazado- y, agachando la cabeza, permanece en silencio, contemplando, sin duda, su ya cercano martirio y el de su pobre Madre...

Luego alza la cabeza y abraza a Nicodemo diciendo:

-La primera vez que viniste a mí como discípulo oculto te dije que para entrar en el Reino de Dios y tener el Reino de Dios en vosotros era necesario que renacierais en espíritu y vuestro amor por la Luz fuera mayor del que por ella tenga el mundo. Hoy, y quizás es la última vez que nos encontramos en secreto, te repito las mismas palabras. Renace tu espíritu, Nicodemo, para poder amar la Luz que soy Yo, y Yo more en ti como Rey y Salvador. Ahora marchaos. Que Dios esté con vosotros.

-Los dos Ancianos se marchan por la parte opuesta a aquella por la que ha venido Jesús.

Cuando ya el ruido de sus pasos se ha alejado, Manahén, que había ido hasta la entrada de la gruta para verlos marcharse, vuelve y dice con cara muy expresiva:

-¡A1 menos una vez serán ellos los que infrinjan la medida sabática! ¡Y no se sentirán tranquilos hasta que no regularicen su deuda con el Eterno con el sacrificio de un animal! ¿No sería mejor para ellos sacrificar su tranquilidad declarándose abiertamente "tuyos"? ¿No sería eso más grato al Altísimo?

-Ciertamente lo sería. Pero no los juzgues. Son masa que fermenta despacio. Pero, en su momento, ellos, cuando muchos que se creen mejores caigan, se erguirán contra todo un mundo.

-¿Lo dices por mí, Señor? Quítame la vida, antes que permitir que reniegue de ti.

-Tú no me renegarás. Pero en ti hay elementos distintos de los suyos para ayudarte a ser fiel.

-Sí. Yo soy... el herodiano. O sea, era el herodiano. Porque, de la misma manera que me he apartado del Consejo, me he apartado del partido desde que lo veo ruin e injusto -como los otros- respecto a Ti. ¡Ser herodiano!... Para las otras castas es poco más que pagano. No digo que seamos unos santos. Es verdad que no lo somos. Hemos incurrido en impureza por una finalidad impura. Hablo como si fuera todavía el herodiano de antes de ser tuyo. Somos, por tanto, doblemente impuros, según el juicio humano: porque nos hemos aliado con los romanos y porque lo hemos hecho buscando nuestro propio beneficio. Pero, dime, Maestro, Tú que siempre dices la verdad y no te abstienes de decirla por temor a perder un amigo. Entre nosotros, que nos hemos aliado con Roma para... gozar todavía de efímeros triunfos personales, y los fariseos, jefes de los sacerdotes, escribas, saduceos, que se alían con Satanás para destruirte a ti, ¿quién es más impuro? Yo, ya ves que, ahora que he visto que el partido de los herodianos se pone contra ti, los he dejado. No digo esto para que me alabes, sino para manifestarte cómo pienso. ¡Y ellos -hablo de los fariseos y sacerdotes, escribas y saduceos- creen que sacan un beneficio de esta inesperada alianza de los herodianos con ellos! ¡Desdichados! No saben que los herodianos lo hacen para ganar méritos ante los romanos y, por tanto, mayor protección de éstos, y, después... definidos y terminados la causa y el motivo que los une ahora, abatir a los que ahora toman como aliados. Éste es el juego recíproco de los unos y los otros. Todo está basado en el engaño. Y esto me repugna de tal manera, que me he independizado del todo. Tú... Tú apareces como un gran fantasma amedrentador. ¡Para todos! Y eres también el pretexto para el sucio juego de los intereses de los distintos partidos. ¿El motivo religioso? ¿El sagrado desdén hacia "el blasfemo", como te llaman? ¡Todo engaños! El único motivo es, no la defensa de la Religión, no el sagrado celo por el Altísimo, sino sus intereses, ávidos, insaciables. Me dan asco como cosa inmunda. Y quisiera... quisiera que fueran más valerosos los pocos que no son inmundicia. ¡Ya me es gravoso llevar una vida doble! Quisiera seguirte sólo a ti, pero te sirvo así más que si te siguiera. Siento este peso... Pero dices que será pronto... Como... "¿Pero realmente serás inmolado como el Cordero? ¿No es lenguaje figurado? La vida de Israel está tejida con símbolos y figuras...

-Y quisieras que conmigo fuera así. No, mi caso no es una figura.

-¿No lo es? ¿Estás completamente seguro? Yo podría... Muchos podríamos repetir antiguos gestos haciendo que te ungieran como Mesías, y podríamos defenderte. Bastaría una palabra para que surgieran a millares los defensores del verdadero Pontífice santo y sabio. Ya no hablo de un rey terreno, porque ya sé que tu Reino es enteramente espiritual. Pero, dado que humanamente fuertes y libres no lo seremos ya nunca, pues, al menos, que sea tu santidad la que gobierne y dé nueva salud al corrompido Israel. Nadie -Tú lo sabes- aprecia al actual sacerdocio o a quienes lo sostienen. ¿Quieres esto, Señor? Ordena y yo actuaré.

-Ya has avanzado mucho en tu pensamiento, Manahén. Pero todavía estás tan lejos de la meta como la Tierra del Sol. Yo seré Sacerdote, y lo seré eternamente, Pontífice inmortal, en un organismo que vivificaré hasta el final de los siglos. Pero no seré ungido con el óleo de la alegría, ni proclamado y defendido con actos violentos - expresión de la voluntad de un puñado de fieles- que llevarían a la Patria a una escisión más feroz aún y a hacerla más esclava que nunca. ¿Y crees que una mano de hombre puede ungir al Cristo? En verdad te digo que no. La verdadera Autoridad que me ungirá Pontífice y Mesías es la de Aquel que me ha enviado. Nadie, aparte de Dios, podría ungir a Dios como Rey de reyes y Señor de señores para toda la eternidad.

-¡¿Entonces nada?! ¡¿Nada que hacer?! ¡Oh, mi dolor!

-Todo. Amarme. En eso se resume todo. Amar no a la criatura que lleva por nombre Jesús, *sino a lo que Jesús es.* Amarme con la humanidad y con el espíritu, de la misma forma que Yo os amo con el Espíritu y la Humanidad para estar

conmigo más allá de la Humanidad. Mira qué hermosa aurora. La luz tímida de las estrellas no llegaba hasta aquí dentro; pero la luz segura del Sol, sí. Lo mismo sucederá en los corazones de aquellos que lleguen a amarme con justicia. Vamos afuera, al silencio del monte, exento de voces humanas enronquecidas de intereses. Mira aquellas águilas. Mira cómo se alejan con amplios vuelos en busca de presa. ¿Vemos las presas? Nosotros, no; pero las águilas sí, porque el ojo del águila es más poderoso que el nuestro y, desde arriba, donde se cierne en vuelo, ve un amplio horizonte y sabe elegir. Yo también. Lo que vosotros no veis Yo lo veo. Y, desde arriba, donde aletea mi espíritu, sé elegir a mis dulces presas. No para despedazarlas, como hacen los buitres y las águilas, sino para llevarlas conmigo. ¡Seremos así felices allí, en el Reino del Padre mío, nosotros, que nos hemos querido!...

Y Jesús, que, hablando, ha salido a sentarse al sol a la entrada de la caverna, teniendo a su lado a Manahén, lo arrima ahora hacia sí y calla y sonríe contemplando quién sabe qué visión...

## 561

## El saforim Samuel, de sicario a discípulo.

Jesús está solo, todavía en la caverna. Una lumbre resplandece dando luz y calor, un fuerte olor de resinas y ramajes se esparce, entre chasquidos y chisporroteos, por el antro. Jesús se ha retirado al fondo, a una concavidad en cuyo suelo hay ramajes secos; allí está meditabundo. La llama, de vez en cuando, ondea y merma y aumenta, alternativamente, debido a rachas de viento que enfilan la espesura de las plantas para introducirse silbando en la caverna, que resuena como una bocina. No es un viento continuo: cesa, luego se levanta de nuevo, como las olas de un mar en momentos de ola larga. Cuando silba fuerte, impulsa las cenizas y hojas secas hacia el estrecho pasillo rocoso por el que Jesús ha ido a la gruta más grande, y la llama se pliega hasta lamer el suelo en aquella dirección; luego, cuando cesa la racha de viento, la llama se eleva de nuevo, todavía ondulante, para resplandecer otra vez enhiesta. Jesús no hace caso. Medita.

Luego, al sonido del viento se une el de la lluvia, que golpea, primero rala, luego más densa, contra el ramaje y hojas de las plantas. Un verdadero turbión transforma pronto los senderos de las laderas en ruidosos torrentes. Y ahora es la voz del agua la que predomina porque el viento lentamente calla. La luz, muy relativa, del crepúsculo borrascoso, y la del fuego, que, terminada la hojarasca, rojea, pero sin llama, apenas dan claridad a la caverna, cuyos rincones ya están totalmente en sombra. A Jesús, que está vestido de oscuro, ya no se le distingue; a duras penas, si levanta la cara -la tiene agachada, sobre las rodillas dobladas-, se ve un blancor que contrasta con la pared oscura.

Fuera de la gruta, en el sendero, ruido de pasos y palabras entrecortadas por jadeo, propias de uno cansado y agitado. Luego una sombra oscura que chorrea agua por todas partes se proyecta en el vacío de la entrada.

El hombre, porque es un hombre, y de barba tupida y negra, emite un «¡oh!» de alivio y arroja al suelo la prenda -empapada de agua- que cubre su cabeza, sacude el manto y monologa: «¡Mmm'. ¡Bien vas a tener que sacudirlo, Samuel! ¡Parece que se hubiera caído en la hoya de un batanero! ¿Y las sandalias? ¡Barcas! ¡Barcas en el fondo del río! ¡Estoy mojado hasta los huesos! ¡Fíjate qué regueros de los pelos! Parezco un canalón roto que suelte agua por mil agujeros. ¡Pues bien empezamos! ¿Será que Belcebú está de su parte y lo defiende? ¡Mmm! ¡La recompensa es alta... pero...!

Se sienta dejándose caer sobre una piedra cercana al fuego, cuyos tizones, terminada ya la llama, rojean formando esos dibujos extraños que constituyen la última vida de la leña quemada, y trata de reavivarlo soplando. Se quita las sandalias y trata de secarse los pies fangosos con algunas partes del manto que están menos mojadas que el resto. Pero se seca con agua. Su esfuerzo sirve sólo para quitar el barro de los píes y pasarlo al manto.

Sigue monologando:

-¡Malditos sean ellos, él y todos! Y he perdido incluso la bolsa. ¡Claro! Mucho es ya que no haya perdido la vida... "Es el camino más seguro" dijeron. ¡Ya! ¡Pero ellos no lo recorren! ¡Si no hubiera visto esta llama! ¿Quién la habrá encendido? Algún desgraciado como yo. Pero ¿dónde estará ahora? Allí hay un agujero... Quizás otra gruta... ¿No serán bandoleros? ¡Pero... qué tonto! ¡Qué me van a robar, si no tengo ni una perra? Bueno, no importa. Este fuego es más que un tesoro. ¡Si tuviera algo de ramaje para reavivarlo! Me quitaría y me secaría la ropa. ¡Digo yo, ¿no?! ¡No tengo otra cosa hasta el regreso!...

-Si quieres ramas, amigo, aquí hay - dice Jesús sin moverse de su sitio.

El hombre, que estaba vuelto de espaldas respecto a Jesús, se sobresalta por esa voz imprevista; se pone inmediatamente en pie y se vuelve. Parece muy asustado. -¿Quién eres? - pregunta abriendo desmesuradamente los ojos para tratar de ver.

-Un viandante como tú. He sido Yo el que ha encendido el fuego, y me alegro de que te haya servido de guía.

Jesús se acerca con un haz de leña en los brazos y lo deja caer al lado del fuego. Dice:

-Reaviva la llama antes de que la ceniza cubra todo. No tengo ni yesca ni eslabón, porque el que me los prestó se ha marchado después de la puesta del sol.

Jesús habla en tono amistoso, pero no se acerca hasta el punto de que el fuego lo ilumine. A1 contrario, vuelve a su rincón y permanece allí, más envuelto que antes, en su manto.

El hombre, mientras, se agacha para soplar en las hojas que ha arrojado al fuego, y está ocupado en eso hasta que la llama resurge. Ríe mientras sigue echando ramas cada vez más gruesas que reaniman la llama. Jesús se ha vuelto a sentar en su sitio y lo observa.

-Ahora tendría que desnudarme para secar la túnica. Prefiero estar desnudo antes que mojado como estoy. Pero ni puedo quitármela. Se ha venido abajo un trozo de ladera y me he visto debajo de una cascada de tierra y agua. ¡Ah, ahora estoy bien! ¡Fíjate! He roto la túnica. ¡Maldito viaje! ¡Si, al menos, hubiera transgredido el sábado! Pero no. Hasta la puesta del sol he

estado parado. Después... ¿Y ahora cómo me apaño? Para salvarme he soltado la bolsa, que se habrá caído hacia el valle o se habrá quedado enganchada en algún matorral, ¡a saber dónde!...

-Aquí tienes mi túnica. Está seca y caliente. A mí me basta con el manto. Tómala. Estoy sano. No temas.

-Y también eres bueno. Un buen amigo. ¿Cómo agradecértelo?

-Queriéndome como a un hermano.

-¿Queriéndote como a un hermano? Pero si no me conoces. ¿Querrías mi estima aunque fuera un malvado?

-La querría para hacerte bueno.

El hombre, que es joven, más o menos de la edad de Jesús, agacha la cabeza y reflexiona. Tiene la túnica de Jesús en sus manos, pero no la ve. Piensa. Y, instintivamente, se la pone sobre la piel desnuda (y es que se ha quitado todo, incluso la túnica de debajo).

Jesús, que había vuelto a su rincón, pregunta:

-¿Cuándo has comido?

-A la hora sexta. Hubiera debido comer al llegar al pueblo, abajo en el valle. Pero he perdido el camino, la bolsa y el dinero.

-Mira. Tengo aquí todavía algo de comida. Debía servirme para mañana. Pero tómalo. A mí no me pesa el ayuno.

-Pero... si tienes que andar, necesitarás fuerzas...

-No voy lejos. Sólo a Efraím...

-¿A Efraím?! ¿Eres samaritano?

-¿Sientes repulsa? No soy samaritano.

-Efectivamente... tu acento es galileo. ¿Quién eres? ¿Por qué no muestras tu cara? ¿Necesitas ocultarte por algún delito? No te voy a denunciar.

-Soy un viandante, lo he dicho antes. Mi Nombre no te diría nada, o te diría demasiado. Y, además, ¿qué es el nombre? ¿Si te ofrezco una túnica para tu cuerpo aterido, un pan para tu hambre y, sobre todo, mi piedad para tu corazón, acaso necesitas saber mi Nombre para sentir el alivio de la ropa seca, la comida y el afecto? Pero, si quieres darme un nombre, llámame "Piedad". No tengo nada vergonzoso que me obligue a ocultarme. Pero no por ello no me denunciarías, porque tu corazón tiene dentro un pensamiento no bueno y los malos pensamientos dan frutos de malas acciones.

El hombre se sobresalta y va donde Jesús, pero de Jesús se ven solamente los ojos, y, además, velados por los párpados semicerrados.

-Come, come, amigo. No hay otra cosa que hacer.

El hombre se acerca de nuevo al fuego y come lentamente, sin decir nada. Está pensativo. Jesús está todo aovillado en su rincón. El hombre va reponiéndose. El calor de la hoguera, el pan y la carne asada que Jesús le ha dado lo ponen contento. Se levanta, se estira, extiende desde una punta de roca hasta una gruesa escarpia oxidada - a saber quién, y cuándo, la clavó allí- el cordón que llevaba como cinto y tiende encima, para que se sequen, túnica, manto y gorro; sacude las sandalias, las acerca a la llama a la que alimenta generosamente.

Jesús parece estar adormilado. El hombre también se sienta, y piensa. Luego se vuelve y mira al Desconocido. Pregunta:

-¿Duermes?

Jesús responde:

-No. Pienso y oro.

-¿Por quién?

-Por todos los necesitados, de todas las clases. ¡Y son muchos!»

-¿Eres un penitente?

-Soy un penitente. La Tierra tiene mucha necesidad de penitencia, para que los débiles en ella reciban la fuerza para rechazar a Satanás.

-Es como has dicho. Hablas como un rabí. Sé distinguir porque soy saforim. Estoy con el rabí Jonatán ben Uziel. Soy su discípulo preferido. Y ahora, si el Altísimo me asiste, me apreciará todavía más. Todo Israel alabará mi nombre.

Jesús no replica.

E1 otro, pasado un rato, se alza y va a sentarse al lado de Jesús. Dice, mientras se alisa con la mano el pelo, que casi lo tiene ya seco, ordenándose la barba:

-Oye, has dicho que vas a Efraím. Pero ¿vas por azar o es que estás allí?

-Vivo en Efraím.

-¡Pero has dicho que no eres samaritano!

-Lo repito: no soy samaritano.

-¿Y quién puede vivir allí si no...? Oye, se dice que en Efraím se ha refugiado el Rabí de Nazaret, el proscrito, el maldito. ¿Es verdad?

-Es verdad. Jesús, el Cristo del Señor, está allí.

-¡No es el Cristo del Señor! ¡Es un embustero! ¡Un blasfemo! ¡Un demonio! Es la causa de todos nuestros males. ¡Y no surge un vengador de todo el pueblo que lo derribe! - exclama, fanático de odio.

-¿Acaso te ha hecho algún mal, que hablas de Él con tanto odio en la voz?

-A mí no. Sólo lo vi una vez, en los Tabernáculos, y en medio de un gentío tal, que me costaría reconocerlo. Porque aunque sea discípulo del gran rabí Jonatán ben Uziel, hace poco que estoy definitivamente en el Templo. Antes... no podía por muchas razones, y sólo cuando el rabí estaba en su casa estaba a sus pies bebiendo justicia y doctrina. Pero tú... me has preguntado si lo odio, y he sentido una celada reprensión en tus palabras. ¿Es que eres un seguidor del Nazareno?

-No lo soy. Pero cualquiera que sea justo condenará el odio.

-El odio es santo cuando va contra un enemigo de Dios y de la Patria. El Rabí nazareno es eso. Destruirlo y odiarlo es santo.

-¿Destruir al hombre o a la idea que representa y la doctrina que proclama?

-¡Todo! ¡Todo! No se puede destruir una de esas cosas si se pasa por alto otra. En el hombre está su doctrina y su idea. O se abate todo o no sirve para nada. Cuando se abraza una idea se abraza conjuntamente al hombre que la representa y a su doctrina. Esto lo sé porque lo experimento respecto a mi maestro. Sus ideas son las mías; sus deseos, leyes para mí.

-Efectivamente, un buen discípulo actúa así. Pero hay que saber distinguir si es bueno el maestro, y seguir sólo a un maestro bueno. Porque no es lícito perder la propia alma por amor hacia un hombre.

-Jonatán ben Uziel es bueno».

-No. No lo es.

-¿Qué dices? ¿Me dices a mí eso estando aquí solos y pudiendo matarte para vengar a mi maestro? Ten en cuenta que soy robusto.

-No tengo miedo. No tengo miedo de la violencia. Y no tengo miedo ni aun sabiendo que, si arremetes contra mí, no voy a reaccionar.

-¡Ah, ahora entiendo! Eres un discípulo del Rabí, un "apóstol". Él llama así a sus discípulos más fieles. Y vas donde Él. Quizás el que estaba contigo era un compañero tuyo y estás esperando a algún otro compañero.

-Espero a alguien, sí.

-¡A1 Rabí!

-No hay necesidad de que lo espere. Él no necesita mi palabra para ser curado de su enfermedad: no tiene ni el alma ni el cuerpo enfermos. Espero a una pobre alma envenenada, delirante, para curarla.

-¡Eres un apóstol! Porque se sabe que Él los manda a evangelizar, ya que Él tiene miedo de ir desde que ha sido condenado por el Sanedrín. ¡Por eso tú tienes sus doctrinas! No reaccionar contra el que ofende es una de sus doctrinas.

-Es una de sus doctrinas porque enseña el amor, el perdón, la justicia, la mansedumbre. Ama a los enemigos y no sólo a los amigos. Porque lo ve todo en Dios.

-Si me encontrara... si, como espero, lo encuentro, no creo que a mí me ame. ¡Sería un necio! Pero no puedo hablar contigo, que eres un apóstol suyo. Y me arrepiento de haber dicho lo que he dicho, porque se lo referirás a Él.

-No hay necesidad. Pero, en verdad te digo que te amará; es más, que te ama, a pesar de que vayas a Efraím para tenderle una trampa y entregarlo al Sanedrín, que ha prometido un cuantioso premio al que haga eso.

-¿Eres... profeta o tienes espíritu pitón? ¿Te ha comunicado Él su poder? ¿Eres un maldito tú también? ¡Y yo he aceptado tu pan, tu túnica! ¡Te has comportado conmigo como amigo! Está escrito: "No alzarás tu mano contra el que te ha hecho el bien". ¡Y tú esto has hecho! Porque, si sabías que yo... ¿Quizás para impedirme actuar? Bueno pues, si contigo voy a ser clemente por haberme dado pan, sal, fuego y vestido, y faltaría contra la justicia haciéndote un mal, no voy a ser clemente con tu Rabí, porque a Él no lo conozco y no me ha hecho el bien sino el mal.

-¡Desdichado! ¿No te das cuenta de que deliras? ¿Cómo puede uno que no conoces haberte hecho el mal? ¿Cómo puedes respetar el sábado si no respetas el precepto de no matar?...

-Yo no mato.

-Materialmente, no. Pero no hay diferencia entre quien mata y quien pone la víctima en las manos del que mata. Respetas la palabra de un hombre, que dice que no se debe perjudicar a quien te ha echo un bien, y luego no respetas la palabra de Dios y, tendiendo una trampa, por un puñado de monedas, por un poco de honor, el sucio honor de haber sabido traicionar a un inocente, te preparas a cometer un delito...

-No lo hago sólo por las monedas y el honor, sino por hacer una cosa grata a Yeohveh y beneficiosa para la Patria. Repito el gesto de Yael y Judit *(el gesto de Yael (contra Sisara) en Jueces 4, 17-22, y Judit (contra Holofernes) en Judit 12, 10-20; 13)*.

Está más exaltado que antes.

-Sisara y Holofernes eran enemigos de nuestra Patria. Eran invasores. Eran crueles. ¿Pero qué es el Rabí de Nazaret? ¿Qué invade? ¿Qué usurpa? Es pobre y no quiere riquezas, es humilde y no quiere honores, es bueno, bueno con todos. Los que se han visto agraciados por Él se cuentan a millares. ¿Por qué lo odiáis? ¿Tú por qué lo odias? No te es lícito hacer el mal a tu prójimo. Sirves al Sanedrín. Pero ¿será el Sanedrín el que te juzgue en la otra vida, o será Dios? ¿Y cómo te juzgará? No te digo que te vaya a juzgar por haber matado al Cristo, pero sí te digo que te juzgará por haber matado a un inocente. Tú no crees que el Rabí de Nazaret sea el Cristo, y por eso, por tu idea de que no lo es, no se te imputará este delito. Dios es justo y no juzga como culpa el acto llevado a cabo sin plena advertencia. No te juzgará, por tanto, por haber matado al Cristo, porque para ti Jesús de Nazaret no es el Cristo. Pero sí que te acusará de haber matado a un inocente. Porque tú sabes que es inocente. Te han envenenado, embriagado con palabras de odio; pero no lo estás tanto como para no entender que Él es inocente. Sus obras hablan en su favor. Vuestro miedo -más el de los maestros que el vuestro de discípulos- teme y ve lo que no existe; es el miedo de quienes temen que Él los suplante. ¡No temáis, que Él os abre los brazos para deciros: "Hermanos"! No envía soldados contra vosotros. No os maldice. Lo único que quisiera sería salvaros, salvaros a vosotros, a los grandes y a los discípulos de los grandes, de la misma forma que quiere salvar al último de Israel; a vosotros más que al ínfimo de Israel, más que al niño que todavía no sabe lo que es el odio y el amor. Porque vosotros tenéis más necesidad de ser salvados que los ignorantes y los niños, porque *sabéis, y pecáis sabiendo.* ¿Tu conciencia de hombre, si la despojas de las ideas que en ella han metido, si la depuras de los venenos que te hacen delirar, te puede decir que Él es culpable? ¡Dilo! Sé sincero. ¿Acaso lo has visto un solo día faltar contra la Ley, o aconsejar que se falte contra ella? ¿Lo has visto pendenciero, ávido, lujurioso, calumniador, duro de corazón? ¡Habla! ¿Lo has visto, acaso, irrespetuoso para con el Sanedrín? Vive como un proscrito por obedecer al veredicto del Sanedrín. Podría lanzar un grito y toda Palestina lo seguiría para marchar contra los pocos que lo odian, y, sin embargo, aconseja a sus discípulos

paz y perdón. Podría -de la misma manera que da vida a los muertos, vista a los ciegos, movimiento a los paralíticos, oído a los sordos, liberación a los endemoniados, porque ni el Cielo ni el Infierno son insensibles a su voluntad- podría fulminaros con el rayo divino y liberarse así de sus enemigos. Y, sin embargo, ruega por vosotros y os cura a vuestros parientes, os cura el corazón, os da pan, vestidos, fuego. *Porque Yo soy Jesús de Nazaret, el Cristo, Aquel que tú buscas para recibir la recompensa prometida a quien lo entregue al Sanedrín y ganarte los honores de liberador de Israel.* Yo soy Jesús de Nazaret, el Cristo. Aquí me tienes. Préndeme, pues. Como Maestro y como Hijo de Dios te libero y te absuelvo de la obligación y del pecado de no alzar o de haber alzado la mano contra quien te ha favorecido.

Jesús se ha levantado quitándose de la cabeza el manto, y extiende las manos como para ser capturado, atado. Pero con su altura -y, habiéndose quedado sólo con la túnica interna, corta y ceñida, con el manto oscuro pendiéndole de los hombros, y bien erguido, parece incluso más esbelto-, con sus ojos clavados en el rostro de su perseguidor, el reflejo móvil de las llamas que le encienden puntos luminosos en sus cabellos sueltos y hacen brillar sus grandes pupilas dentro del círculo zafíreo de los iris, y con esa majestad suya y lealtad sin miedo, infunde más respeto que si estuviera rodeado de un ejército que l defendiera.

El hombre está como hechizado... paralizado de estupor. Sólo al cabo de un rato logra susurrar:

-¡Tú! ¡Tú! ¡Tú!

Parece como si no supiera decir nada más.

Jesús insiste:

-¡Captúrame, pues! Quita esa inútil cuerda extendida para sostener una túnica sucia y desgarrada, y ata mis manos. Te seguiré como un cordero sigue al matarife. Y no te voy a odiar porque me lleves a la muerte. Ya te lo he dicho. Es el fin el que justifica la acción y transforma su naturaleza *(Jesús quiere corroborar lo que ya había sido dicho sobre el caso de su interlocutor (el cual pensaba matarlo porque no creía que fuera el Mesías y porque estaba instigado por otros y convencido de obrar bien) sin querer afirmar un principio moral, que, no obstante, encontraremos, en cierto sentido, formulado y aclarado en 580.3)* Para ti Yo soy la ruina de Israe1 y tú crees salvar a Israel matándome. Para ti Yo soy responsable de todo delito, y, por tanto, sirves a la justicia eliminando a un malhechor. No eres, pues, más culpable que el verdugo que ejecuta una orden recibida. ¿Quieres inmolarme aquí en el sitio? Ahí, a mis pies, está el cuchillo con el que te he rebanado la comida. Cógelo. Puede transformarse, de hoja que ha servido para el amor a mi prójimo, en cuchillo de sacrificador. Mi carne no es más dura que la carne de cordero asado que mi amigo me había dejado para que saciara mi hambre y que Yo te he dado a ti, enemigo mío, para saciar tu hambre. Pero tienes miedo de las patrullas romanas, que arrestan al que ata a un inocente y que no permiten que nosotros administremos la justicia porque nosotros somos los súbditos y ellos los dominadores. Por eso no te atreves a matarme y luego ir adonde los que te han enviado, con el Cordero degollado cargado sobre tus hombros cual mercancía que hace ganar dinero. Bueno, pues deja aquí mi cadáver y ve a advertir a tus amos. Porque tú tanto has renunciado a esa soberana libertad de pensamiento y voluntad que el propio Dios deja a los hombres, que no eres un discípulo, sino un esclavo. Y sirves, rendidamente sirves, a tus amos; hasta llegar al delito, los sirves. Pero no eres culpable. Estás "envenenado". Tú eres esa alma envenenada que Yo esperaba. ¡Ánimo, pues! La noche y el lugar son propicios para el delito. ¡Mejor dicho: para la redención de Israel! ¡Oh, pobre niño'. ¡Dices palabras proféticas sin saberlo! Verdaderamente mi muerte significará redención, y no de Israel solamente, sino de toda la Humanidad. Y Yo he venido para ser inmolado. Ardo en deseos de serlo para ser Salvador. De todos. Tú, saforim del docto Jonatán ben Uziel, ciertamente conoces Isaías *(Isaías 52, 13-15; 53, 1-12).* Pues mira, tienes delante de ti al Varón de dolores. Y si no lo parezco, si no parezco aquel que fue visto también por David *(Salmo 22)*, con los huesos descubiertos y dislocados, si no soy como el leproso visto por Isaías, es porque no veis mi corazón. Soy todo una llaga. Vuestro desamor y odio, vuestra dureza e injusticia me han llagado y quebrantado por entero. ¿Y no tenía escondido mi rostro mientras me vejabas por ser lo que realmente soy: el Verbo de Dios, el Cristo? ¡Pero soy el hombre avezado a padecer! ¿Y no me juzgáis como hombre castigado por Dios? ¿Y no me sacrifico porque quiero hacerlo para, con mi sacrificio, devolveros la salud? ¡Animo! ¡Descarga tu mano! Mira: no tengo miedo y tú tampoco debes tenerlo: Yo porque soy el Inocente y no temo el juicio de Dios; Yo porque, ofreciendo mi cuello para tu cuchillo hago que se cumpla la voluntad de Dios, anticipando un poco mi hora para bien vuestro. También cuando nací anticipé la hora por amor a vosotros, para daros la paz antes de su tiempo. Pero vosotros, de esta ansia mía de amor, hacéis arma para negar... ¡No temas! No invoco para ti el castigo de Caín ni los rayos divinos. Oro por ti. Te amo. Nada más. ¿Soy demasiado alto para tu mano de hombre? ¡Así es! ¡Es verdad! El hombre no podría asestar golpe alguno contra Dios si Dios no se pusiera voluntariamente en las manos del hombre. Pues bien, Yo me arrodillo ante ti. El Hijo del hombre está delante de ti, a tus pies. ¡Descarga el golpe, pues!

Y Jesús, efectivamente, se arrodilla y ofrece a su perseguidor el cuchillo sujetándolo por la hoja. El hombre retrocede susurrando:

-¡No! ¡No!

-¡Animo! Un momento de valor... ¡y serás más célebre que Yael y Judit! Mira, oro por ti. Lo dice Isaías: "... y oró por los pecadores''. ¿No vienes todavía? ¿Por qué te alejas? ¡Ah!, ¿es porque temes no ver cómo muere un Dios? Pues mira, voy ahí, al lado del fuego. El fuego no falta nunca en los sacrificios. Forma parte de ellos. Mira, ahora me ves bien.

-Se ha arrodillado cerca del fuego.

-¡No me mires! ¡No me mires! ¡Oh! ¿A dónde huyo para no ver tu mirada? - grita el hombre.

-¿A quién? ¿A quién quieres no ver?

-A ti... y tampoco mi delito. ¡Verdaderamente mi pecado está frente a mí! ¿A dónde, a dónde huir?

El hombre está aterrorizado...

-¡A mi corazón, hijo! Aquí, en estos brazos cesan las pesadillas y los miedos. Aquí hay paz. ¡Ven! ¡Ven! ¡Hazme feliz!

Jesús se ha levantado y ahora alarga los brazos. El fuego los separa. Jesús centellea con el reflejo de las llamas.

El hombre cae de rodillas, se cubre el rostro y grita:

-¡Piedad de mí, oh Dios! ¡Piedad de mí! ¡Borra mi pecado! ¡Quería matar a tu Cristo! ¡Piedad! ¡Ah, no puede haber piedad para un delito de esta naturaleza! ¡Estoy condenado!

Llora rostro en tierra, convulso por los sollozos, y gime:

-¡Piedad! - e impreca:

-¡Malditos!...

Jesús da la vuelta a la llama y va donde él; se agacha, le toca en la cabeza, le dice:

-No maldigas a los que te pervirtieron. Te han procurado el mayor de los bienes: el que Yo te hablara, así, y te tuviera así, entre mis brazos.

Lo ha tomado de los hombros y lo ha levantado. Se ha sentado en el suelo y lo ha acercado a su corazón. El hombre se relaja sobre las rodillas de Jesús, con un llanto menos delirante. Pero ¡qué llanto tan purificador! Jesús acaricia su cabeza morena mientras lo deja calmarse.

E1 hombre, al fin, alza la cabeza y, cambiada su cara, gime:

-¡Tu perdón!

Jesús se inclina y lo besa en la frente. El hombre le echa los brazos al cuello y, reclinada su cabeza sobre el hombro de Jesús, llora y narra, quisiera narrar, cómo lo habían persuadido a que cometiera el delito. Pero Jesús no deja que lo haga, diciéndole: -¡Calla! ¡Calla! No ignoro nada. Cuando has entrado te he conocido, respecto a lo que eras y a lo que querías hacer. Habría podido alejarme de allí y evitarte. Me he quedado allí para salvarte. Salvado estás. El pasado ha muerto. No lo evoques ya.

-Pero... ¿te fías así? ¿Y si pecara de nuevo?

-No, no pecarás de nuevo. Lo sé. Tú estás curado.

-Sí, estoy curado, pero son muy astutos; no me mandes otra vez con ellos.

-¿Y a dónde vas a ir que ellos no estén?

-Contigo, a Efraím. Si ves lo que hay en mi corazón, verás que no estoy tendiendo una trampa, sino que sólo hay una súplica de ser protegido.

-Lo sé. Ven. Pero te advierto que allí está Judas de Keriot, que está vendido al Sanedrín y es un traidor del Cristo.

-¡Divina Misericordia! ¿También sabes eso?

El estupor alcanza su punto máximo.

-Sé todo. Él cree que Yo no lo sé. Pero sé todo. Y sé también que tú estás tan convertido, que no hablarás a Judas ni a ningún otro de esto. Pero piensa que si Judas sabe traicionar a su Maestro, ¿qué no habrá hacer en perjuicio tuyo?

El hombre piensa durante un largo rato. Luego dice:

-¡No importa! Si no me rechazas, me quedo contigo; al menos durante un tiempo, hasta la Pascua, hasta que vuelvas a reunirte con tus discípulos. Yo me uniré a ellos. ¡Oh, si es verdad que me has perdonado, no me rechaces!

-No te rechazo. Ahora vamos allá. Esperaremos sobre esas hojas a que llegue la mañana. A1 amanecer iremos a Efraím. Diremos que el azar nos ha unido y que vienes con nosotros. Es la verdad.

-Sí, es la verdad. A1 amanecer estará seca mi ropa y te devolveré tu túnica...

-No. Deja ahí esa ropa. Son un símbolo: el hombre que se despoja de su pasado y viste el nuevo uniforme. La madre de Samuel, el antiguo, cantó jubilosa *(1 Samuel 2, 6)*: "El Señor da la muerte y la vida, conduce a la morada de los muertos y de ella hace regresar". Tú has muerto y has renacido. Vienes de la morada de los muertos a la verdadera Vida Deja la indumentaria que ha estado en contacto con los sepulcros llenos de inmundicia. ¡Y vive! Vive para tu verdadera gloria: servir a Dios con justicia, poseerle eternamente.

Se sientan en la concavidad de la roca, donde están amontonadas las hojas, y pronto el silencio desciende, porque el hombre, cansado, se duerme con la cabeza relajada sobre el hombro de Jesús, que sigue orando.

...Y en una hermosa mañana de primavera llegan frente a la casa de María de Jacob, por el sendero del torrente, que está poniéndose otra vez cristalino después del aguacero, y canta más fuerte por el mayor nivel del agua, y brilla bajo el sol, enmarcado entre las luminosas orillas todavía brillantes de lluvia.

Pedro, que está en la puerta, da un grito y corre al encuentro de ellos. Se abalanza sobre Jesús -el cual está bien arropado en su manto- y lo abraza. Dice:

-¡Oh, Maestro mío bendito! ¡Qué triste sábado me has hecho pasar! No me decidía a marcharme sin haberte visto antes. ¡Si me hubiera marchado con la incertidumbre en el corazón y sin tu despedida, habría estado toda la semana atolondrado!

Jesús lo besa sin liberarse del manto. Pedro está tan atento a contemplar a su Maestro, que no advierte la presencia del extraño que le acompaña. Pero, entretanto, también los demás han llegado, y Judas de Keriot exclama:

-¡Tú, Samuel!

-Yo. El Reino de Dios está abierto a todos en Israel. He entrado en él - responde seguro el hombre.

Judas se ríe extrañamente, pero no replica.

La atención de todos converge hacia el que ha venido nuevo. Pedro pregunta: -¿Quién es?

-Un nuevo discípulo. El azar ha hecho que nos encontráramos. O sea, Dios ha hecho que nos encontráramos, y, como persona enviada a mí por el Padre mío, lo he acogido, y lo mismo os digo a vosotros acogedlo. Y, dado que hay gran fiesta cuando uno entra a formar parte del Reino de los Cielos, dejad las bolsas y los mantos, vosotros que estabais para salir, y vamos a estar juntos hasta mañana. Ahora déjame, Simón, porque le he dado mi túnica y, estando aquí parado, el aire de la mañana muerde mis carnes.

-¡Ya decía yo! ¡De esa manera, Maestro, vas a enfermar!

-Yo no quería, pero Él quiso - se disculpa el hombre.

-Sí. Le había pillado una avalancha y se había salvado por su voluntad. Y, para que nada de ese penoso momento perdurase en él, y viniera a nosotros sin suciedades, le he dicho que dejara donde nos hemos encontrado su túnica desgarrada y sucia, y lo he vestido con mía - dice Jesús, y mira a Judas de Keriot, el cual repite su risita extraña de antes, la misma también de cuando Jesús ha dicho que se hace una gran fiesta cuando uno entra a formar parte del Reino de los Cielos. Luego entra en casa sin demora para irse a vestir.

Los otros se acercan al nuevo y le dan el saludo de la paz.

## 562

## Habladurías en Nazaret.

-Y yo os digo que sois todos unos necios si creéis ciertas cosas. Necios y más ignorantes que los carneros llanos, que, al estar mutilados, ni siquiera conocen las reglas del instinto. Van por las ciudades una serie de hombres calificando de anatema al Maestro; y otros llevando órdenes que no pueden, ¡no pueden, por el Dios verdadero!, no pueden venir de Él. Vosotros no lo conocéis. Yo lo conozco. ¡Y no puedo creer que haya cambiado de esa forma! ¡Pues que vayan! ¿Vosotros decís que son discípulos suyos? ¿Pero quién los ha visto alguna vez con Él! ¿Decís que una serie de rabíes y fariseos han dicho sus pecados? ¿Pero quién ha visto sus pecados? ¿Le habéis oído alguna vez hablar de cosas obscenas? ¿Le habéis visto alguna vez en pecado? ¿Entonces? ¿Cómo pensáis que, si fuera pecador, Dios le movería a hacer esas obras tan grandes? Necios, necios os digo, torpes, ignorantes como patanes que ven por primera vez a un histrión en un mercado y creen verdadero lo que el histrión finge. Así sois vosotros. Observad si los sabios y los que tienen inteligencia abierta se dejan seducir por las palabras de los falsos discípulos, que son los verdaderos enemigos del Inocente, de nuestro Jesús ¡al que vosotros no sois dignos de tener por hijo! Observad si Juana de Cusa-¡oye, que digo a mujer del administrador de Herodes!-, la princesa Juana, se aleja de María. Observad si... ¿Hago bien en decirlo?... Sí, hago bien, porque no hablo por hablar, sino para convenceros a todos... ¿Habéis visto, la pasada luna, ese carro tan bonito que vino al pueblo y fue a pararse delante de la casa de María? ¿Sabéis ya? Ese que tenía un toldo tan bonito como una casa. Bueno, pues ¿sabéis quién venía en el carro? ¿Sabéis quién bajó del carro para ir a postrarse ante María? Lázaro de Teófilo, Lázaro de Betania. ¿Os dais cuenta? ¡El hijo del primer magistrado de Siria, el noble Teófilo, casado con Euqueria de la tribu de Judá y de la familia de David! El gran amigo de Jesús. El hombre más rico e instruido de Israel, respecto a nuestras historias Y a las de todo el mundo. El amigo de los romanos. El benefactor de todos los pobres. En fin, *el resucitado de la muerte después de cuatro días de estar en el sepulcro.* ¿Ha abandonado él, acaso, a Jesús por creer lo que dice el Sanedrín? ¿Vosotros decís que es porque lo ha resucitado? No. Es porque *sabe quién es el Cristo que es Jesús.* ¿Y sabéis qué vino a decir a María? Que estuviera preparada porque él la iba a acompañar a Judea. ¿Os dais cuenta? ¡Él, Lázaro, como si fuera el siervo de María! Yo sé esto porque estaba allí cuando entró y la saludó arrodillándose en el suelo, sobre las pobres losas de la pequeña habitación, él, vestido como Salomón, acostumbrado a las alfombras, ahí, en el suelo, besando el extremo de la túnica de la Mujer nuestra y saludándola: "Te saludo, María, Madre de mi Señor. Yo, tu siervo, el último de los siervos de tu Hijo, vengo a hablarte de Él y a ponerme a tus órdenes". ¿Comprendéis? Yo... me conmoví tanto... que cuando me saludó también a mí llamándome "hermano en el Señor" ya no supe decir ni una palabra. Pero Lázaro comprendió, porque es inteligente. Y durmió en el lecho de José, mandando adelante a 1os sirvientes a esperarlo en Seforí. Porque iba a sus tierras de Antioquía. Y dijo a las mujeres que estuvieran preparadas porque para final de esta luna pasará a recogerlas para evitarles la fatiga del viaje. Y Juana se unirá a la caravana con su carro para llevar a las discípulas de Cafarnaúm y Betsaida. ¿Todo esto no os dice nada?

Por fin el buen Alfeo de Sara toma respiro en medio del remolino de gente que hay en medio de la plaza. Y Aser e Ismael, y también los dos primos de Jesús, Simón y José -más abiertamente Simón, más reticentemente José-, le ayudan aprobando todo lo que ha dicho.

José dice:

-Jesús no es bastardo. Si tiene necesidad de hacer saber algo, tiene aquí parientes dispuestos a hacerse embajadores suyos. Y tiene discípulos fieles y poderosos, como Lázaro. Lázaro no ha hablado de eso que dicen otros.

-Y nos tiene también a nosotros. Antes éramos burreros, pero ahora somos sus discípulos, y también servimos para decir: "Haced esto o aquello" - dice Ismael.

-Pero la condena que pende de la puerta de la sinagoga la ha traído un enviado del Sanedrín y lleva el sello del Templo - objetan algunos.

-Eso es verdad. Pero ¿y qué? ¿Va a ser ésta la única cosa por la que nosotros -que tenemos fama en todo Israel de saber captar lo que realmente es el Sanedrín y, por tanto, somos despreciados como cosa poco buena- vamos a considerar sabio al Templo? ¿Es que no conocemos a los escribas y fariseos y a los jefes de los sacerdotes? - rebate Alfeo.

-Es verdad. Alfeo tiene razón. Yo he decidido bajar a Jerusalén para saber a través de *verdaderos* amigos cómo están las cosas. Y lo haré mañana mismo - dice José de Alfeo.

-¿Y te vas a quedar allí?

-No. Regreso. Luego volveré a bajar para la Pascua. No puedo estar mucho tiempo lejos de casa. Es un esfuerzo que me impongo. Pero para mí es un deber hacerlo. Soy el cabeza de familia y sobre mí pesa la responsabilidad de la presencia de Jesús en Judea. Yo insistí que fuera allá... El hombre yerra en sus juicios. Creía que fuera bien para Él. Sin embargo... ¡Que Dios me perdone! Y debo, al menos, seguir de cerca las consecuencias de mi consejo, para confortar a mi Hermano - dice José de Alfeo con su lento y grave modo de hablar.

-En otros tiempos no hablabas así. Es que tú también estás seducido por las amistades de los grandes. Tus ojos están llenos de brumas - dice un nazareno.

-No son las amistades de los grandes lo que me seduce, Eliaquim. Lo que me convence es la conducta de mi Hermano. Si me equivoqué y ahora cambio, muestro que soy un hombre justo. Porque errar es propio del hombre, pero ser obstinados lo es del animal.

-¿Y dices que vendrá Lázaro en persona? ¡Pues querríamos verlo! ¿Cómo es uno que regresa de la muerte? Estará ofuscado, como asustado. ¿Qué dice de su permanencia entre los muertos? - preguntan muchos a Alfeo de Sara.

-Está como yo y vosotros. Alegre, con vitalidad, tranquilo. No habla del otro mundo. Como si no recordara. Pero sí recuerda su agonía.

-¿Por qué no nos has avisado de que estaba en el pueblo?

-¡Ya, claro! ¡Para que hubierais invadido la casa! Me retiré también yo. Se requiere un poco de delicadeza, ¡¿no?!

-Pero, cuando vuelva, ¿no será posible verlo? Avísanos. Está claro que serás como siempre el guardián de la casa de María.

-¡Claro! Tengo la gracia de estar cerca de Ella. Pero no voy a avisar a nadie. Apañáoslas vosotros. El carro se ve, y Nazaret no es Antioquía, ni tampoco Jerusalén como para que pase desapercibida una Mole tan grande. Montad guardia y... arreglaos vosotros. De todas formas, esto es una cosa vana. Más bien, haced que al menos su ciudad no tenga fama de necia por creer en las palabras de los enemigos de nuestro Jesús. ¡No creáis, no creáis!; ni a quien dice que es un Satanás, ni a quien os anima a rebelaros en su nombre. Un día sentiríais el remordimiento. Y si luego el resto de Galilea cae en la trampa y cree en lo que no es verdad, pues peor para ella. Adiós. Me marcho porque cae la tarde...

Y se marcha, contento de haber defendido a Jesús.

Los otros se quedan discutiendo entre sí. Pero, aunque estén divididos en dos campos y el más numeroso sea, por desgracia, el de los crédulos, acaba imponiéndose la idea propuesta por los pocos amigos de Cristo, que es la de esperar, a agitarse y a acoger calumnias o invitaciones a la rebelión, a que lo hagan las otras ciudades galileas, que -dice Aser, el discípulo- «más astutas que Nazaret, por ahora se ríen en la cara de los falsos enviados».

## 563

## Falsos discípulos en Siquem. Curación en Efraím del esclavo mudo de Claudia Prócula.

La plaza principal de Siquem. En ella pone una nota de primavera las ramas y hojas nuevas de los árboles, que en doble fila a lo largo del cuadrado de las paredes de las casas bordean aquélla formando como una galería. El sol juguetea con las hojas tiernas de los plátanos, dibujando un bordado de luces y sombras en el terreno. El pilón que hay en el centro de la plaza es una superficie de plata bajo el sol. Gente conversando en corrillos acá o allá y hablando de sus negocios.

Algunos -dan la impresión de ser forasteros porque todos se preguntan quiénes son- han entrado en la plaza. Observan y se acercan al primer grupo que encuentran. Saludan. Los saludan (con estupor). Pero, cuando dicen: «Somos discípulos del Maestro de Nazaret», toda desconfianza desaparece, y hay quien va a avisar a los otros grupos, mientras que los que se han quedado dicen:

-¿Os manda Él?

-Él. Una misión muy secreta. El Rabí corre grave peligro. Ya nadie lo aprecia en Israel, y Él, que es tan bueno, dice que al menos vosotros sigáis siéndole fieles.

-¡Pero si es lo que queremos! ¿Qué debemos hacer? ¿Qué quiere de nosotros?

-¡Bueno, Él sólo quiere amor! Porque se fía *demasiado* de la protección de Dios. ¡Y con lo que se dice en Israel! ¿No sabéis que se le acusa de satanismo e insurrección? ¿Sabéis lo que significa esto? Represalias de los romanos contra todos. ¡Nosotros, que ya somos tan infelices, vamos a sufrir aún más atropellos! Y represalias de condena por parte de los santos de nuestro Templo. Cierto que los romanos... Incluso por *vuestro* bien deberíais rebelaros, convencerlo de que se defienda, defenderlo, ponerlo casi, y sin el casi, en la imposibilidad de que lo capturen y cause un mal sin querer hacerlo. Convencedlo de que se retire al Garizim. Donde está ahora, está todavía demasiado expuesto, y no aquieta las iras del Sanedrín ni las sospechas de los romanos. ¡El Garizim sí que tiene el derecho de asilo! Es inúti1 decírselo a Él. Si se lo dijéramos, nos maldeciría por aconsejarle la cobardía. Pero no es así. Es amor. Lo nuestro es prudencia. Nosotros no podemos hablar. ¡Pero vosotros! Os ama. Ha preferido ya vuestra región a las otras. Organizaos, pues, para recibirlo. Porque, al menos, sabréis con precisión si os ama o no. Si rechazara vuestra ayuda, sería signo de que no os ama, y entonces bien estaría que se marchara a otro lugar. Porque, habéis de creerlo -y lo decimos con dolor porque lo amamos- su presencia es un peligro para quien le da alojamiento. Aunque es cierto que vosotros sois mejores que todos los demás y no miráis los peligros. De todas formas, es justo que si arriesgáis las represalias romanas, pues que, al menos, lo hagáis por correspondencia de amor. Nosotros os aconsejamos por el bien de todos.

-Es como decís. Y haremos lo que decís. Iremos donde Él...

-¡Sed cautos! ¡Que no se dé cuenta de que os lo hemos sugerido nosotros!

-¡No temáis! ¡No temáis! Lo haremos bien. ¡Seguro! Dejaremos claro que los despreciados samaritanos valen como cien, como mil judíos y galileos para defender al Cristo. Venid. Entrad en nuestras casas, vosotros, emisarios del Señor. ¡Será como si entrara Él! ¡Hace mucho que Samaria espera el amor de los siervos de Dios!

Se alejan llevando en medio, como en triunfo, a estos que creo no equivocarme si los defino como emisarios del Sanedrín. Y dicen:

-Ya vemos que nos ama, porque en pocos días es el segundo grupo de discípulos que nos envía. Y hemos hecho bien tratando con amor a los primeros, ¡y también mostrándonos tan buenos con Él en orden a los hijitos de esa mujer nuestra muerta! El ya nos conoce...

Se alejan contentos.

Toda Efraím se echa a la calle para ver el insólito hecho de un cortejo de carros romanos cruzándola. Son muchos carros y literas cubiertas, flanqueadas por esclavos, precedidas y seguidas por legionarios. La gente intercambia gestos significativos y bisbisea. El cortejo, llegado al camino que se desvía hacia Betel y Ramá, se separa en dos partes. Se quedan parados un carro y una litera con una escolta de soldados; el resto prosigue.

Las cortinas de la litera se descorren un instante y una mano adornada con gemas, blanca, de mujer, hace una señal al jefe de los esclavos para que se acerque. El hombre obedece sin decir nada. Escucha. Se acerca a un grupo de mujeres curiosas. Pregunta:

-¿Dónde está el Rabí de Nazaret?

-En aquella casa. Pero a esta hora normalmente está en el torrente. Allí hay una pequeña isla. Hacia aquellos sauces. Donde está aquel chopo. Allí pasa orando días enteros.

El hombre vuelve y refiere. La litera se pone de nuevo en movimiento. El carro permanece donde está. Los soldados siguen a la litera hasta las orillas del torrente y cortan el camino. Sólo la litera va, costeando el curso de agua, hasta la altura de la isla, la cual, avanzando la estación climática, se ha poblado mucho de vegetación: es ahora una espesura impenetrable dominada por el tronco y la copa argéntea del chopo. Una orden y la litera cruza el pequeño curso de agua, entrando en ella los portadores, que llevan vestimentas cortas. Baja Claudia Prócula con una liberta, y Claudia hace a un esclavo negro de la escolta de la litera una señal de seguirla. Los otros vuelven a la orilla.

Claudia, seguida por los dos, se adentra en la corta islita, en dirección hacia el chopo que descuella en el centro. Las altas hierbas ahogan el ruido de los pasos. Llega casi al lugar donde está Jesús, absorto, sentado al pie del árbol. Lo llama mientras avanza ella sola; contemporáneamente, con un gesto imperioso, clava en el lugar en que estaban a los dos fieles que la acompañan.

Jesús alza la cabeza y, al ver a la mujer, se pone en pie enseguida. La saluda, pero permaneciendo erguido contra el tronco del chopo; no muestra ni estupor, ni molestia o enfado por la intrusión.

Claudia, después del saludo, va al grano sin rodeos:

-Maestro, han venido a mí, mejor dicho: a Poncio, algunos... Yo no hago largos discursos. Pero, dado que te admiro, te digo, como habría dicho a Sócrates si hubiera vivido en sus días, o a cualquier otro hombre virtuoso perseguido injustamente: "yo no puedo mucho, pero lo que me sea posible lo haré". Y, entretanto, escribiré a donde pueda para otorgarte protección y también... poder. Viven entronizados, o en los puestos altos, muchos que no lo merecen...

-Dómina, no te he pedido ni honores ni protección. El verdadero Dios te premie tu pensamiento. Pero da tus honores y tus protecciones a quien los ambicione. Yo no tiendo a eso.

-¡Ah, esto es lo que quería! ¡Tú eres, entonces, verdaderamente el Justo que yo presentía! ¡Y los otros, tus indignos calumniadores! Se han presentado a nosotros y...

-No hace falta que hables, dómina. Yo sé.

-¿Sabes también que se dice que por tus pecados has perdido todo poder y que por eso vives aquí segregado?

-También lo sé. Y sé que esta última cosa te ha resultado más fácil de creer que la primera. Porque tu mente pagana tiene capacidad de discernir el poder humano o la bajeza humana de un hombre; pero no puedes todavía comprender lo que es el poder del espíritu. Estás... desilusionada de tus dioses, que en vuestras religiones aparecen en continuas controversias y con un muy lábil poder sujeto a fáciles interdicciones por contrastes de unos con otros. Y tienes la misma idea del Dios verdadero. Pero no es así. Como era cuando me viste la primera vez curar a un leproso, así soy ahora, y así seré cuando parezca completamente destruido. ¿Ése es tu esclavo mudo, no es verdad?

-Sí, Maestro.

-Dile que se acerque.

Claudia lanza una voz y el hombre se acerca y se postra en tierra entre Jesús y su ama. Su pobre corazón de salvaje no sabe a quién venerar más. Tiene miedo de que, si venera más al Cristo que a su ama, ésta lo castigue. Pero, a pesar de todo, mirando primero suplicantemente a Claudia, repite el gesto llevado a cabo en Cesárea: toma el pie desnudo de Jesús entre sus gruesas manos negras y, arrojándose rostro en tierra, se pone el pie encima de la cabeza.

-Dómina, escucha. Según tú, ¿es más fácil conquistar solos un reino o hacer renacer una parte del cuerpo que ya no existe?

-Conquistar un reino, Maestro. La fortuna ayuda a los audaces. Pero nadie, o sea, sólo Tú, puede hacer renacer a un muerto y dar nuevos ojos a un ciego.

-¿Y por qué?

-Porque... Porque Dios puede hacer todo.

-¿Entonces para ti Yo soy Dios?

-Sí... o, al menos, Dios está contigo.

-¿Puede Dios estar con un malvado? Hablo del verdadero Dios, no de vuestros ídolos, que son delirios de quien busca aquello que siente que existe, sin saber lo que es, y se crea fantasmas para apagar el ansia de su alma.

-Yo diría que no. No. Diría que no. Nuestros mismos sacerdotes pierden el poder en cuanto caen en culpa.

-¿Qué poder?

-Pues... el de leer los signos del cielo y los oráculos de las víctimas, el vuelo y el canto de las aves. Ya sabes... los augures, los arúspices...

-Sé. Sé. ¿Y entonces? Mira. Y tú alza la cabeza y abre la boca, oh hombre al que un cruel poder humano privó de un don de Dios. Y por voluntad del Dios verdadero, único, Creador de cuerpos perfectos, recibe lo que el hombre te quitó.

Ha metido su dedo blanco en la boca abierta del mudo.

La liberta, curiosa, no sabe contenerse en su sitio y se acerca para mirar. Claudia está muy agachada observando.

Jesús quita el dedo y grita:

-Habla, usa la parte renacida para alabar al Dios verdadero.

Y, imprevisto como toque de trompeta de un instrumento mudo hasta ese momento, gutural pero neto, responde un grito:

-¡Jesús! - y el negro cae a tierra llorando su alegría, y lame, verdaderamente lame, los pies desnudos de Jesús, como podría hacer un perro agradecido.

-¿He perdido mi poder, dómina? A quienes insinúan esto, dales esta respuesta. Y tú álzate y sé bueno, pensando en lo mucho que te he amado. Te he llevado en mi corazón desde el día de Cesárea. Y contigo a todos los que son como tú. Considerados mercancía, considerados menos que los animales, cuando en realidad sois hombres, iguales que César en cuanto a la concepción y quizás mejores que él en cuanto a la voluntad del corazón... Puedes retirarte, dómina. No hay más que decir.

-Sí que hay más. Lo que hay es que yo había dudado... Lo que hay es que yo, con dolor, casi creía en lo que se decía de ti. Y no sólo yo. Perdónanos a todas, menos a Valeria, que siempre ha tenido un único pensamiento; más aún, que cada vez progresa más en ese pensamiento. Y también otra cosa: que aceptes mi don: este hombre - ahora que habla, ya no podría servirme- y mi dinero.

-No. Ni lo uno ni lo otro.

-¡Entonces no me perdonas!

-Si perdono incluso a los de mi pueblo, doblemente culpables de no conocerme en lo que soy, ¿no iba a perdonaros a vosotros, vacíos de toda cognición divina? Mira, he dicho que no aceptaba ni el dinero ni al hombre. Ahora tomo dinero y hombre, y con el dinero emancipo al hombre. Te devuelvo tu dinero porque compro a este hombre. Y lo compro para devolverlo a la libertad, para que vaya a sus tierras y diga que está en la Tierra Aquel que ama a todos los hombres, y que cuanto más infelices los ve más los ama. Ten tu bolsa.

-No, Maestro. Es tuya. El hombre es libre de todas formas. Es mío. Te lo he donado. Tú lo liberas. No es necesario dinero para eso.

-Bueno, pues... ¿Tienes un nombre? - pregunta al hombre.

-Lo llamábamos Calixto, por chanza. Pero cuando fue tomado...

-No importa. Conserva ese nombre. Y hazlo *verdadero* haciéndote hermosísimo en tu espíritu. Ve. Sé feliz, porque Dios te ha salvado.

¡Marcharse! El negro no se cansa de besar y decir: « ¡Jesús! ¡Jesús!, y vuelve a ponerse el pie de Jesús en la cabeza, y dice:

-Tú. Mi único Amo.

-Yo. Tu verdadero Padre. Dómina, te encargarás de él para que vuelva a su tierra. Usa el dinero para eso. Y el resto que se le dé a él. Adiós, dómina. No acojas nunca las voces de las tinieblas. Sé justa. Y que sepas conocerme. Adiós, Calixto. Adiós, mujer.

Jesús pone fin al coloquio. Cruza de un solo salto el torrente, por la parte opuesta a donde está parada la litera, y se adentra entre los matorrales, los sauces y las cañas.

Claudia llama a los portadores de la litera. Pensativa, sube a ella. Pero si Claudia calla, la liberta y el esclavo emancipado hablan por diez, y hasta los legionarios pierden su estatuaria disciplina ante el prodigio de una lengua renacida. Claudia está demasiado pensativa como para ordenar silencio. Semiechada en la litera, hincado el codo en los almohadones, apoyada la cabeza en la mano, no oye nada. Está absorta. Ni siquiera se da cuenta de que la liberta no está con ella, sino que habla como una urraca con los portadores mientras Calixto habla con los legionarios, los cuales, si bien mantienen las filas, no mantienen el silencio. ¡Demasiada emoción para hacerlo! Desandando el camino, llegan a la bifurcación para Betel y Ramá; la litera deja Efraím para reunirse con el resto del cortejo.

## 564

## El hombre de Jabnia y el final de Hermasteo. Reprensión a los samaritanos que carecen de caridad.

Deben haber pasado algunos días. Lo digo porque veo que los cereales, que en las últimas visiones eran apenas un palmo de altos, después del último aguacero y el hermoso sol consecutivo, están altos y anuncian ya la espiga. Un viento leve cimbrea estos cereales de tallos aún tiernos. Y la brisa juguetea con las frondas tiernas de los más precoces árboles frutales, que, apenas caída la flor, o mientras ésta revuela todavía y cae, han abierto ya las hojitas de esmeralda clara, tiernas, brillantes, hermosas como todo lo que es virgen y nuevo. Más remolonas, las vides están aún desnudas y nudosas, pero en los retorcidos

cordones de sus sarmientos, que se entrelazan unos con otros de uno a otro tronco de que brotaron, las yemas han roto ya la funda oscura que las contenía, y, aún cerradas, muestran ya el vello gris-plata que es el nido de las futuras pámpanas y de los nuevos zarcillos, y las leñosas y serpeantes hileras de los viñedos parecen suavizarse con una gracia nueva.

El Sol, ya caliente, empieza su obra colorativa y destiladora de vegetales aromas y, mientras pinta de tonos más vivos lo que tan sólo ayer era más pálido, calienta y, por tanto, extrae de los terrones, de los prados en flor, de los campos de cereales, de las huertas y pomares, de los bosques, de las tapias, de la ropa tendida para secarse... los distintos matices de olores, para crear una única sinfonía que permanecerá durante todo el verano hasta apagarse en un violento tufo de mostos en las tinas, donde las uvas pisadas se transforman en vino.

Un intenso canto de pájaros entre las ramas, un vehemente balar de carneros y machos cabríos entre los rebaños. Cantos de hombres en las laderas. Voces risueñas de niños. Sonrisas de mujeres. Es primavera. La naturaleza ama. Y el hombre goza del amor de esta naturaleza que mañana lo hará más rico. Y goza de sus amores, que se avivan en este despertar sereno. Y más amada le parece la esposa. Más protector parece el hombre a su consorte. Más amados a ambos, los hijos que, sonrisa y trabajo ahora, serán mañana, en la vejez, sonrisa aún y protección para los ancianos que declinan.

Jesús pasa por los campos, que suben y bajan siguiendo los desniveles del monte. Está solo. Vestido de lino, porque dio a Samuel su última túnica de lana. Pero lleva también un manto ligero, de un azul marino más bien vivo, echado sobre uno de los hombros y puesto, sin ceñirlo, en torno al cuerpo, recogido luego con un brazo a la altura del pecho; el extremo echado sobre el brazo ondea levemente con el viento suave que barre el suelo. Pasa. Donde hay niños se inclina a acariciar sus cabecitas inocentes y a escuchar sus pequeñas confidencias, a admirar lo que, como si se tratara de un tesoro, corren a enseñarle.

Una niñita, tan pequeña que todavía tropieza al correr, y que se enreda en la tuniquita, demasiado larga para ella, heredada quizás del hermanito que la precedió en el nacimiento, llega -toda ella una sonrisa que le enciende los ojos y le descubre los diminutos incisivos entre los labiecitos rosados- con un ramo de mayas, un grueso ramo sujeto con las dos manos -grueso cuanto pueden llevar esas manitas tan tiernas y menudas- y alza su trofeo diciendo:

-¡Toma! Es tuyo. A mamá después. ¡Un beso, aquí! - y da palmas delante de la boca con las manitas, ya liberadas de su ramito, que Jesús ha tomado con palabras de admiración y agradecimiento; y está con la cabeza vuelta hacia arriba, puesta de puntillas sobre sus piececitos descalzos, hasta casi perder el equilibrio en el vano intento de alargar su minúsculo cuerpecito hasta la cara de Jesús, que ríe y la toma en brazos, y que ahora va, con ella acurrucada allá arriba como un pajarito en un alto árbol, hacia un grupo de mujeres que sumergen telas nuevas en las cristalinas aguas de un río para tenderlas luego al sol a blanquearse.

Las mujeres, agachadas antes hacia el agua, se levantan y saludan. Una dice sonriendo:

-Tamar te ha incomodado... Pero llevaba cogiendo flores aquí desde el amanecer con la secreta esperanza de verte pasar. Y no me ha dado ni siquiera una, porque antes quería dártelas a ti.

-Las aprecio más que a los tesoros de los reyes. Porque son inocentes como los niños y han sido ofrecidas por una inocente como las flores.

Besa a la niña, la pone en el suelo y se despide de ella:

-Descienda a ti la gracia del Señor.

Saluda a las mujeres y prosigue su camino, saludando a los agricultores o a los pastores que, desde los campos o los prados, lo saludan.

Parece dirigirse hacia abajo, hacia el lado que lleva a Jericó. Pero luego vuelve atrás y toma otro sendero que sube de nuevo hacia los montes situados al norte de Efraím. Aquí el suelo, bien expuesto al aire y al sol y al abrigo de los vientos del norte, tiene cereales aún más hermosos. El sendero, que va entre dos campos, presenta a un lado árboles frutales a distancias casi constantes, y los botones -parecen perlas- de los próximos frutos pueblan ya las ramas.

Una calzada que baja del norte hacia el sur corta el sendero. Debe ser una vía bastante importante, porque en el punto de intersección hay uno de esos hitos usados por los romanos. Éste tiene escrito en la cara septentrional: «Neapoli» y debajo de este nombre (que está esculpido bien grande, con los caracteres lapidarios de los latinos, fuertes como ellos mismos.), mucho más pequeño y apenas incidido en el granito: «Siquem»; en la cara occidental: «Silo-Jerusalén»; y en la orientada a mediodía: «Jericó». En la cara oriental no hay ningún nombre.

Pero se podría decir que, si no hay nombre de ciudad, sí lo hay de desventura humana. Porque en el suelo, entre el hito y la fosadura que bordea el camino (como en todas las calzadas mantenidas por los romanos, excavada para desagüe en tiempos de lluvias), hay un hombre, contraído, verdadero amasijo de andrajos y huesos, quizás muerto.

Jesús, cuando advierte su presencia entre las hierbas de la cuneta, exuberantes por los chaparrones primaverales, se agacha hacia él, lo toca y lo llama:

-Hombre, ¿qué te sucede?

Un gemido es la respuesta. Pero el amasijo se mueve, se desenvuelve, y un rostro caquéctico, de un color de muerte, aparece; y dos ojos cansados, dolientes y lánguidos miran estupefactos a Aquel que está inclinado sobre su miseria. Trata de sentarse hincando en el suelo las manos esqueletadas; pero está tan débil, que sin la ayuda de Jesús no podría.

Jesús le ayuda y le apoya la espalda contra el poste. Le pregunta:

-¿Qué te sucede? ¿Estás enfermo?

-Sí.

Un «sí» debilísimo.

-¿Cómo te has puesto en viaje tú solo, en este estado? ¿No tienes a nadie?

El hombre hace un gesto afirmativo. Pero está demasiado débil como para responder.

Jesús mira a su alrededor. No hay nadie en los campos. Es un lugar del todo desierto. A1 norte, casi en la cima de una colina, un montoncito de casas; al oeste, sobre el verdor de la ladera, que, subiendo otras prominencias se va transformando de campos en prados y bosques, unos pastores con un rebaño de inquietas cabras.

Jesús baja otra vez los ojos hacia el hombre. Pregunta:

-¿Si te sujetara, crees que podrías ir a aquel pueblo?

El hombre menea la cabeza y dos lágrimas ruedan por sus mejillas, tan ajadas que son rugosas como por ancianidad, cuando en realidad su barba de azabache demuestra que es joven todavía. Reúne las fuerzas para decir:

-Me han echado... Miedo de la lepra... No estoy... Y muero... de hambre.

Jadea por debilidad. Se mete un dedo en la boca y extrae una masa informe verdosa:

-Mira... he masticado trigo... pero es hierba todavía.

-Voy donde aquel pastor. Te voy a traer leche tibia. Vuelvo enseguida.

Y, casi corriendo, se dirige hacia el rebaño, a unos doscientos metros más arriba respecto a la calzada.

Llega donde ese pastor, lo mira, señala hacía el hombre. El pastor se vuelve y mira. Parece titubear respecto a si acceder o no a la petición de Jesús. Luego se decide. Coge de su cinturón la escudilla de madera que lleva colgada, como todos los pastores, y ordeña a una cabra. Da a Jesús la escudilla, colma. Y Jesús baja cuidadosamente la ladera, seguido por un niño que estaba con el pastor.

Ya está de nuevo junto al hambriento. Se arrodilla a su lado, le pasa un brazo por detrás de los hombros para sujetarlo y le acerca la taza, con la leche todavía espumosa, a los labios. Le da de beber en pequeñas dosis. Luego pone la taza en el suelo y dice:

-Por ahora así. Todo de una vez te haría daño. Deja que tu estómago se reanime absorbiendo lo que te he dado.

El hombre no protesta. Cierra los ojos y calla, observado por el niño con gran estupor.

Pasado un rato, Jesús ofrece de nuevo la taza para un sorbo más largo, y esto lo repite, con pausas cada vez más breves, hasta que la leche se termina. Devuelve la taza al niño y se despide de él.

El hombre se reanima lentamente. Trata, con movimientos todavía inseguros, de aviarse un poco. Expresa una sonrisa de gratitud mirando a Jesús, que se ha sentado en la hierba a su lado. Se disculpa:

-Te estoy haciendo perder tiempo.

-¡No te aflijas! Nunca es tiempo perdido el usado en amar a los hermanos. Cuando estés mejor, hablaremos.

-Estoy mejor. Me vuelve el calor a los miembros, y la vista... Creía que iba a morir aquí... ¡Pobres hijos míos! Había perdido toda esperanza... ¡Y hasta ahora había tenido mucha!... Si no hubieras venido Tú, me habría muerto... así... en un camino...

-Habría sido muy triste. Es verdad. Pero el Altísimo ha mirado a su hijo y lo ha socorrido. Descansa un poco.

El hombre obedece durante un rato. Luego abre de nuevo los ojos y dice:

-Me siento revivir. ¡Si pudiera ir a Efraím!

-¿Por qué? ¿Te espera allí alguien? ¿Eres de allí?

-No. Soy de los campos de Jabnia, cerca del mar Grande. Pero fui a Galilea, siguiendo la orilla, hasta Cesárea. Luego fui a Nazaret. Porque estoy enfermo aquí (se da unos golpecitos en el estómago). Es un mal que ninguno sabe curar y que no me deja trabajar la tierra. Soy viudo. Y con cinco hijos... Uno de nuestra zona -porque soy natural de Gaza, nacido de padre filisteo y madre sirofenicia-, uno de los nuestros, que era seguidor del Rabí galileo, vino donde nosotros con otro, para hablar de este Rabí. Yo también escuché. Y cuando cogí esta enfermedad dije: "Soy siro y filisteo, inmundicia para Israel. Pero Hermasteo decía que el Rabí de Galilea tiene tanta bondad como poder. Yo lo creo. Voy donde Él". Así que, en cuanto mejoró el tiempo, dejé a mis hijos con la madre de mi mujer, recogí mis pocos ahorros, porque muchos ya los había consumido con la enfermedad, y fui a buscar al Rabí. Pero de viaje el dinero termina pronto, especialmente cuando no se puede comer de todo... y uno, cuando los dolores le impiden andar, tiene que alojarse en una posada. En Seforí vendí el asno, porque no tenía ya dinero para mí y para dar lo que debiera dar al Rabí. Pensaba que, una vez curado, podría comer de todo por e1 camino y volver pronto a casa. Y allí rehacerme con el trabajo en mis campos y en los de otros... Pero el Rabí no está en Nazaret, ni en Cafarnaúm. Me lo dijo su Madre. Me dijo: "Está en Judea. Búscalo en casa de José de Seforí en Beceta, o en el Getsemaní. Te sabrán decir dónde está". Volví sobre mis pasos, a pie. El mal progresaba... y el dinero disminuía. En Jerusalén, adonde me habían mandado, encontré a los hombres, pero no al Rabí. Me dijeron: "Hace mucho que lo han expulsado. El Sanedrín lo ha maldecido. Ha huido y no sabemos dónde está". Yo... me sentí morir... como hoy, más incluso que hoy. Fui por las ciudades y los campos, preguntando a todo el mundo. Ninguno sabía nada. Alguno se solidarizaba con mi llanto, muchos me golpearon. Un día que me había puesto a mendigar fuera de las murallas del Templo, oí a dos fariseos que decían: “Ahora que se sabe que Jesús de Nazaret está en Efraím...". No perdí tiempo. Vine hasta aquí, débil como estaba, mendigando un pan, cada vez más andrajoso y con más aspecto de enfermo. Y, no conociendo bien estos lugares, me equivoqué de camino... Hoy vengo de allí, de aquel pueblo. Hacía dos días que sólo chupaba unos hinojos silvestres, masticaba raíces Y trigo en verde. Me han creído leproso por mi palidez y me han echado a pedradas. Sólo pedía un pan y la indicación del camino hacia Efraím... Aquí me he caído... Pero querría ir a Efraím. ¡Estoy ya tan cerca de la meta! ¿Pero va a ser posible que no la toque? Yo creo en el Rabí. No soy israelita. Pero tampoco Hermasteo lo era y Él lo amaba igualmente. ¡Pero es posible que el Dios de Israel asiente su mano sobre mí para vengarse de las culpas de quien me generó?

-El Dios verdadero es padre de los hombres. Justo, pero bueno. Premia a quien tiene fe y no hace pagar a los inocentes las culpas no propias. Pero ¿por qué has dicho que, cuando oíste que se desconocía el lugar de morada del Rabí te sentiste morir más que hoy?

-¡Hombre, porque dije: "Lo he perdido antes incluso de haberlo encontrado"!

-¡Ah, por tu salud!

-No. No sólo por mi salud, sino porque Hermasteo decía de Él cosas que me parecía que si yo lo hubiera conocido habría dejado de ser inmundicia.

-¿Entonces crees que es el Mesías?

-Lo creo. No sé bien qué es el Mesías, pero creo que el Rabí de Nazaret es el Hijo de Dios.

Jesús sonríe luminosamente mientras pregunta:

-¿Y estás seguro de que, si es eso que dices, te escucha favorablemente a ti, que eres incircunciso?

-Estoy seguro porque lo decía Hermasteo. Decía: "Él es el Salvador de todos. Para Él no hay hebreos o idólatras, sino sólo criaturas a quienes salvar, porque el Señor Dios lo ha enviado para esto". Muchos se reían. Yo creí. Si puedo decirle: "Jesús, ten piedad de mí", Él me concederá lo que le voy a pedir. ¡Si eres de Efraím, llévame a Él! Quizás Tú eres uno de sus discípulos...

Jesús sonríe cada vez más y aconseja:

-Pues prueba a pedirme a mí que Yo te cure...

-Tú eres bueno, hombre. A tu lado hay mucha paz. Sí, eres bueno; como... como el propio Rabí. Y no dudo que te haya concedido el poder de hacer milagros. Porque, para ser tan bueno como eres, necesariamente tienes que ser discípulo suyo. A todos los que se me han manifestado como discípulos suyos, los he encontrado buenos. Pero no te ofendas si te digo que podrás, no digo que no, curar los cuerpos, pero no las almas. Y yo quisiera también la curación del alma, como fue el caso de Hermasteo. Hacerme justo... Y eso sólo puede hacerlo el Rabí. Yo, además de un enfermo, soy un pecador. No quiero curarme físicamente para luego morirme un día, con una muerte también del alma. Quiero vivir. Hermasteo decía que el Rabí es Vida del alma y que el alma que en Él cree vive para siempre en el Reino de Dios. Llévame donde el Rabí. ¡Anda, hazme este favor! ¿Por qué sonríes? ¿Quizás porque piensas que soy audaz pretendiendo una curación sin poder dar un donativo? Mira, cuando esté curado podré seguir cultivando la tierra. Tengo unas frutas espléndidas. Que vaya el Rabí en el tiempo de la fruta madura y le pagaré con una hospitalidad todo lo larga que Él quiera.

-¿Quién te ha dicho que el Rabí quiera dinero? ¿Hermasteo?»

-No. A1 contrario, él decía que el Rabí tiene compasión de los pobres y a los pobres es a quienes socorre antes. Pero eso es habitual en todos los médicos y... y, en fin, con todos.

-Con Él, no. Te lo aseguro. Y te digo que si sabes llevar tu fe hasta pedir aquí el milagro, y creerlo posible, lo tendrás.

-¿Dices la verdad?... ¿Estás seguro de eso? Bueno, claro, si eres un discípulo suyo, no puedes mentir ni errar. Y, aunque me duela no ver al Rabí... quiero obedecerte... Quizás É1, dado que le persiguen... no quiere ser visto... no se fía ya de nadie. Tiene razón. Pero no seremos nosotros los que lo hundamos. Serán los verdaderos hebreos... Pero, bueno, yo digo aquí (se pone de rodillas con dificultad): "¡Jesús, Hijo de Dios, ten piedad de mí!"

-Hágase en ti como tu fe merece - dice Jesús con su gesto de dominio sobre las enfermedades.

E1 hombre queda como deslumbrado, o sea, recibe como una luz súbita. Comprende -no sé si por una apertura del intelecto o si por una sensación física o si por las dos cosas- quién es el que tiene delante, y emite un grito tan agudo, que el pastor, que había bajado hacia la calzada quizás para ver, acelera el paso.

El hombre está echado en el suelo con el rostro entre la hierba. Y el pastor, señalándolo con el cayado, dice:

-¿Está muerto? ¡No basta la leche cuando uno está acabado! - y menea la cabeza.

El hombre oye esto y se alza, fuerte, sano. Grita:

-¿Muerto? ¿Estoy curado! He resucitado. Él me ha hecho esto. Ya no siento ni desfallecimiento por hambre ni dolor por enfermedad. ¡Estoy como en los días de mi boda! ¡Oh, Jesús bendito! ¡¿Y cómo no te he reconocido antes?! ¡Tu piedad habría debido sugerirme tu nombre! ¡La paz que sentía a tu lado! He sido un necio. ¡Perdona a tu pobre siervo! - y se arroja de nuevo al suelo, adorando.

El pastor deja plantadas a sus cabras y se marcha corriendo, dando saltos, hacia el pueblecillo.

Jesús se sienta al lado del hombre que ha sido curado y dice

-Me hablabas de Hermasteo como de un muerto. Por tanto, conoces su final. Sólo quiero una cosa de ti: que vengas conmigo a Efraím; que narres su final a quien está conmigo. Luego te mandaré a Jericó, donde una discípula, para que te ayude en el viaje de regreso.

-Si quieres, iré. De todas formas, ahora que estoy sano, no tengo miedo a morir por el camino. Hasta la hierba me puede nutrir, y no resulta vergonzoso extender la mano, porque he consumido mi dinero no en crápulas sino por un justo fin.

-Lo quiero. Le dirás que me has visto y que la espero aquí. Que ya puede venir. Nadie la importunará. ¿Sabrás decir esto?

-Sabré decirlo. Pero ¿por qué te odian, siendo tan bueno?

-Porque muchos hombres tienen dentro de sí un espíritu que los posee. Vamos.

Jesús se pone en camino hacia Efraím. El hombre lo sigue seguro. Sólo la gran delgadez queda como recuerdo de la enfermedad y de las penurias pasadas.

Entretanto, del pueblo bajan gesticulando y hablando alto muchas personas. Llaman a Jesús. Le dicen que se pare. Jesús no les presta oídos; al contrario, acelera el paso. Y ellos... detrás...

De nuevo está en los aledaños de Efraím. Los cultivadores que se preparan ya para volver a sus casas, pues el ocaso empieza, saludan a Jesús, y miran al hombre que va con Él.

Por una trocha aparece Judas de Keriot. Al ver al Maestro, se sobresalta por la sorpresa. Pero Jesús no se muestra sorprendido en absoluto. Lo único que hace es decirle al hombre:

-Éste es un discípulo mío. Háblale de Hermasteo.

-¡Bien, lo digo brevemente! Era incansable en predicar al Cristo, incluso después de que -así lo quiso- se separó de su compañero para quedarse con nosotros. Decía que nosotros tenemos más necesidad que todos los demás de conocerte, Rabí, y que él quería darte a conocer en su patria, y que regresaría a tu lado cuando en todos los pueblos, hasta en los más pequeños,

hubiera predicado tu Nombre. Vivía como un penitente. Si alguna persona compasiva le daba un pan, la bendecía en tu nombre; si le tiraban piedras, se retiraba, pero bendiciéndolos también. Se nutría de fruta silvestre o de moluscos marinos que arrancaba de los escollos o sacaba de la arena. Muchos lo llamaban "loco". Pero, en el fondo, ninguno lo odiaba. A1 máximo, lo arrojaban de su presencia como a un signo de mal agüero. Un día lo encontraron muerto en un camino, muy cerca de la zona de donde yo, en el camino que entra en Judea, casi en el confín. Nunca se ha sabido la causa de la muerte. Pero se dice que lo mató uno que no quería que se predicara al Mesías. Tenía una herida grande en la cabeza. Se dijo que le había atropellado un caballo. Pero yo no lo creo. Extendido sobre el camino, sonreía. Sí, verdaderamente parecía sonreír a las últimas estrellas de la más serena noche de Elul y a los primeros rayos de sol de la mañana. Lo encontraron unos hortelanos que iban, con las primeras luces, a la ciudad con sus verduras, y cuando pasaron a retirar mis pepinos me lo dijeron. Fui corriendo a ver. Tenía una expresión muy serena.

-¿Has oído? - pregunta Jesús a Judas.

-He oído. ¿Pero Tú no le habías dicho que te serviría y que viviría una larga vida?

-No le dije eso exactamente. El tiempo transcurrido te empaña la mente. Pero ¿acaso no me ha servido evangelizando en lugares de misión?, ¿y acaso no tiene una vida larga? ¿Qué vida es más larga que la que conquista el que muere sirviendo a Dios? Larga y gloriosa.

Judas se ríe con esa risita extraña que tanto me molesta, y no replica.

Mientras tanto, los del pueblecito se han unido a muchos de Efraím y hablan con ellos señalando hacia Jesús.

Jesús ordena a Judas:

-Acompaña a este hombre a casa y ocúpate de que se reponga del todo. Se marchará después del sábado, que ya comienza.

Judas obedece. Jesús se queda solo. Anda lentamente, inclinándose a observar tallitos de trigo que empiezan a tener un empiece de espiga.

Unos hombres de Efraím le preguntan:

-¿Bien hermoso este trigo, no?

-Sí. Pero no es distinto del de otras regiones.

-Claro, Maestro. ¡Es trigo también! Por fuerza tiene que ser igual.

-¿Lo creéis así? Entonces el trigo es mejor que los hombres. Porque basta con que sea sembrado con el arte conveniente para que dé el mismo fruto aquí, en Judea, en Galilea o, digamos, en las llanuras de las riberas del Mar Grande. Los hombres, sin embargo, no dan el mismo fruto. Y también la tierra es mejor que los hombres porque cuando se le confía una semilla es buena para ésta, sin hacer diferencias si es una semilla de Samaria o de Judea.

-Eso es así. ¿Pero por qué dices que la tierra y el trigo son mejores que los hombres?

-¿Que por qué?... Hace poco, un hombre ha pedido por piedad un pan a las puertas de un pueblo. Y, creyendo la gente de ese lugar que era judío, ha sido rechazado; ha sido rechazado con piedras y con el grito de "leproso", que él ha creído que se lo aplicaban a su delgadez pero que en realidad lo decían por su procedencia. Y ese hombre ha estado a punto de morir de hambre en un camino. Por tanto, la gente de ese pueblo, esos de allí que os han mandado a preguntarme y que querrían acercarse a la casa donde estoy para ver al que ha sido curado milagrosamente, tienen menos bondad que el trigo y la tierra: porque no han sabido -a pesar de que Yo, a quien ven desde hace tiempo, haya aplicado en ellos un buen trabajo- dar el mismo fruto que ha dado ese hombre, que no es ni judío ni samaritano, que no me había visto ni oído nunca, pero que ha acogido las palabras de un discípulo mío y ha creído en mí sin conocerme; y porque tienen menos bondad que la tierra, pues han rechazado al hombre por ser de otra sangre. Ahora quisieran venir para satisfacer su hambre de curiosidad, ellos, que no supieron satisfacer el hambre de un hombre desfallecido. Decid a esa gente que el Maestro no va a satisfacer esa curiosidad inútil. Y aprended todos la gran ley del amor, sin el cual no podréis *nunca* ser mis seguidores. No es el amor por mí. No es sólo eso lo que salvará vuestras almas, sino el amor a mí doctrina. Y mí doctrina enseña el amor fraterno sin distinciones de raza ni de patrimonio. Márchense, pues, esos duros de corazón que han apenado mi Corazón, y arrepiéntanse si quieren que los ame. Porque-recordad esto todos-, si es verdad que soy bueno, también lo es que soy justo; si no hago distinciones y os amo como a los otros de Galilea y Judea, eso no debe producir en vosotros el estúpido orgullo de pensar que sois los preferidos, ni debe daros licencia para hacer el mal sin temer mi censura. Yo alabo o censuro, como lo requiere la justicia, a mis parientes y a los apóstoles, al igual que a cualquier otro ser humano; y en mí reproche hay amor, porque lo hago porque quiero la justicia en los corazones para poder, un día, conceder el premio a quien la haya practicado. Marchaos y referid esto. Y que la lección produzca fruto en todos.

Jesús se arrolla en el manto y se echa a andar raudo hacia Efraím dejando plantados a sus interlocutores, que se marchan, más mohínos, a transmitir las palabras del Maestro a la gente de pueblecito que no tuvo piedad.

## 565

## Jesús conforta a Samuel, turbado por Judas de Keriot. Lecciones de las abejas y de la vela plegada por el torbellino.

Sigue estando Jesús. Va lentamente, sólo y absorto, hacia la zona espesa del bosque que está al oeste de Efraím. Del torrente sube un frufrú de aguas, de los árboles descienden cantos de pájaros. La luz del sol primaveral y vivo es dulce bajo la trabazón de las ramas; silencioso, el camino por la exuberante alfombra herbosa. Los rayos solares crean una móvil alfombra de aros y estrías dorados sobre el verdor de las hierbas, y alguna flor todavía rociada, alcanzada de lleno por un pequeño disco de luz y rodeada toda de sombra, resplandece como si sus pétalos fueran preciosas lascas.

Jesús sube, sube hacia el promontorio que sobresale como un balcón sobre el vacío subyacente; un balcón en que se alza una encina colosal, y del que penden flexibles ramas de zarzas silvestres o de escaramujo, hiedras y clemátides, que, no hallando sitio o apoyo en el lugar en que han nacido, demasiado angosto para su exuberante vitalidad, se vuelcan hacia el vacío como una melena desordenada y suelta, y extienden sus ramas esperando poder asirse a algo. Ya está Jesús a la altura de este promontorio. Se dirige hacia su punta más prominente, apartando la maraña de matas. Una bandada de pajarillos huye con aleteo y trino provocados por el miedo.

Jesús se para y observa al hombre que le ha precedido allí arriba y que, prono sobre la hierba, casi en el límite del promontorio, hincados los codos sobre el suelo, la cara apoyada en las manos, mira al vacío, hacia Jerusalén. El hombre es Samuel, el ex discípulo de Jonatán ben Uziel. Está pensativo. Suspira. Menea la cabeza... Jesús mueve unas ramas para llamar su atención, y, habiendo visto que su intento ha sido vano, coge una piedra que estaba entre la hierba y la echa a rodar hacia abajo por el sendero.

El ruido de esta piedra que al bajar choca una y otra vez hace reaccionar al joven, que se vuelve sorprendido y diciendo:

-¿Quién está aquí?»

-Yo, Samuel. Me has precedido en uno de mis lugares preferidos para la oración - dice Jesús, saliendo de tras el robusto tronco de la encina asentada en el límite del senderillo que conduce allí. Y 1o hace como si hubiera llegado en ese momento.

-¡Oh, Maestro! Lo siento... Te dejo enseguida el sitio - dice, y se apresura a levantarse y a recoger el manto (se lo había quitado y se lo había extendido debajo, en el suelo).

-No. ¿Por qué? Hay sitio para los dos ¡Es tan bonito este lugar! ¡Tan aislado y solitario y suspendido en el vacío, con tanta luz y tanto horizonte delante! ¿Por qué quieres dejarlo?

-Pues... para dejarte orar libremente...

-¿Y no podemos hacerlo juntos, o incluso meditar, hablando entre nosotros, elevando el espíritu en Dios... y olvidando a los hombres y sus faltas pensando en Dios nuestro Padre y Padre bueno de todo: aquellos que lo buscan y aman con buena voluntad?

Samuel pone un gesto de sorpresa cuando Jesús dice «olvidar a los hombres y sus faltas...». Pero no replica. Se vuelve a sentar. Jesús se sienta a su lado, en la hierba. Le dice:

-Estáte aquí sentado. Estemos aquí juntos. Mira qué limpio está hoy el horizonte. Si tuviéramos ojos de águila, podríamos ver el blancor de los pueblos de las cimas de los montes que forman corona en torno a Jerusalén. Y, quién sabe, quizás veríamos un punto reluciente como una gema, en el aire, un punto que nos haría palpitar el corazón: las cúpulas de oro de la Casa de Dios... Mira. Allí está Betel. Se ven albear las casas. Y allí, más allá de Betel, está Berot. ¡Qué aguda astucia la de los antiguos habitantes de ese lugar y de los aledaños! Pero salió bien, aunque el engaño no sea nunca un arma buena. Salió bien porque los puso al servicio del verdadero Dios. Conviene siempre perder los honores humanos por conquistar la cercanía con lo divino. Aunque aquellos honores humanos eran muchos y de valor, mientras que la cercanía con lo divino es humilde y desconocida. ¿No es verdad?

-Sí, Maestro, así es, como Tú dices. En mi caso ha sido así.

-Pero estás triste, a pesar de que el cambio debería hacerte feliz. Estás triste. Sufres. Te aíslas. Miras hacia los lugares que has dejado. Pareces un pájaro cautivo que, atrapado entre las barras de su prisión, mirase con mucha añoranza hacia el lugar de sus amores. No te digo que no lo hagas. Eres libre. Puedes marcharte y...

-Señor, ¿hablas así porque Judas te ha hablado mal de mí?

-No. Judas no me ha hablado. A mí no me ha hablado. Pero a ti, sí. Y estás triste por ese motivo. Y por ese motivo te aíslas con un sentimiento de desánimo.

-Señor, si sabes estas cosas sin que nadie te las haya dicho, sabrás también que si estoy triste no es por un deseo de dejarte o por un arrepentimiento de haberme convertido, ni por nostalgia del pasado... y tampoco por miedo a los hombres, por un miedo que se me trata de provocar, a sus castigos. Estaba mirando allí, es verdad; miraba hacia Jerusalén, pero no por ganas de volver. Me refiero a no por ganas de volver para lo que era antes. Porque claro que sueño con volver allí como un israelita - como todos nosotros- que desea entrar en la Casa de Dios y adorar al Altísimo; y no creo que Tú me puedas reprender por eso.

-Yo soy el primero que, en mi dúplice Naturaleza, sueño con ese altar, y quisiera verlo rodeado de santidad como corresponde. Como Hijo de Dios, todo aquello que para Él es honor es para mí suave voz; como Hijo del hombre, como israelita y, por tanto, Hijo de la Ley, veo el Templo y el altar como el lugar más sagrado de Israel, el lugar en que nuestra humanidad puede acercarse a lo divino y perfumarse con esa aura que rodea al trono de Dios. Yo no anulo la Ley, Samuel. Para mí es sagrada porque la ha dado mi Padre. Yo la perfecciono e introduzco las partes nuevas. Como Hijo de Dios, puedo hacerlo. Para esto me ha enviado el Padre. Vengo para fundar el Templo espiritual de mi Iglesia, contra el cual ni hombres ni demonios prevalecerán. Pero las tablas de la Ley tendrán necesariamente un puesto de honor en él, porque son eternas, perfectas, intocables. Ese "no hagas eso ni ese pecado" contenido en esas tablas, que comprenden en su lapidaria brevedad todo lo necesario para ser justos ante los ojos de Dios, no resulta anulado por mi palabra. ¡Al contrario!, Yo también os repito esos diez mandamientos. La única cosa es que os digo que los pongáis por obra *con perfección,* o sea, no por miedo a la ira de Dios contra los transgresores, sino por amor a vuestro Dios, que es Padre. Yo vengo a poner vuestra mano de hijos en la de vuestro Padre. ¡Cuántos siglos hace que esas manos están separadas! El castigo separaba. Y la Culpa separaba. Pero, habiendo venido el Redentor, el pecado está para ser anulado. Caen las barreras. Sois de nuevo los hijos de Dios.

-Es verdad. Tú eres bueno y das ánimos. Siempre. Y sabes las cosas. Por lo cual no te voy a manifestar mi angustia. Lo que sí que te pregunto es esto: ¿por qué los hombres son tan perversos, tan insensatos y necios?; ¿cómo, qué artes tienen para podernos sugestionar tan diabólicamente en orden al mal?; y nosotros ¿cómo somos tan ciegos, que no vemos la realidad y creemos en las mentiras?; ¿y cómo podemos transformarnos tanto en demonios?; ¡¿y persistir estando a tu lado?! Yo miraba allí, y pensaba... sí, pensaba en cuántos regueros venenosos salen de allí para turbar a los hijos de Israel. Pensaba que cómo

puede la sabiduría de los rabíes desposarse con tanta maldad, con una maldad que altera las cosas para hacer caer en trampas. Pensaba, sobre todo, esto, porque... - Samuel, que había hablado fogosamente, se detiene y agacha la cabeza.

Jesús termina la frase:

-...Porque Judas, mi apóstol, es como es, y me causa dolor a mí y se lo causa a quienes me rodean o vienen a mí, como tú has venido. Lo sé. Judas trata de alejarte de aquí y se burla de ti y te hace insinuaciones...

-No sólo a mí. Sí, envenena mi alegría de haber entrado en la justicia. Me la envenena con tanto arte, que me veo aquí como un traidor, de mí mismo y tuyo. De mí, porque me engaño creyendo ser mejor, cuando en realidad voy a ser la causa de tu ruina. Yo, efectivamente, no me conozco todavía... y podría, al encontrarme con los del Templo, ceder en mi propósito y ser... ¡Oh, si lo hubiera hecho ahora, habría tenido el atenuante de que no te conocía en lo que Tú eres!, porque de ti sabía lo que se me decía para hacer de mí un maldito. ¡Pero si lo hiciera ahora! ¡Qué maldición caerá sobre el que traicione al Hijo de Dios! Yo estaba aquí... pensativo, sí. Pensaba a dónde huir para ponerme al amparo de mí mismo y de ellos. Pensaba huir a algún lugar lejano, para unirme a los de la Diáspora... Lejos, lejos, para impedirle al demonio hacerme pecar... Tu apóstol tiene razón en desconfiar de mí. Él me conoce, porque, conociendo a los Jefes, nos conoce a todos nosotros... Y tiene razón en dudar de mí Cuando dice: "¿Pero no sabes que Él nos dice que seremos débiles? ¡Imagínate, nosotros que somos los apóstoles y que llevamos con Él tanto tiempo! ¡Y tú, que estás emponzoñado con el viejo Israel y que acabas de llegar, y, además, que has llegado en unos momentos que a nosotros nos hacen temblar, crees que vas a tener la fuerza de mantenerte justo?". Tiene razón.

El hombre, descorazonado, agacha la cabeza.

-¡Cuántas tristezas saben darse los hijos del hombre! En verdad Satanás sabe usar esta tendencia de ellos para sumirlos en el terror y separarlos de la Alegría que sale a su encuentro para salvarlos Porque la tristeza del espíritu, el miedo al mañana, las preocupaciones son siempre armas que el hombre pone en manos de su adversario, el cual lo aterroriza con los mismos fantasmas que el propio hombre se crea. Y hay otros hombres que, en verdad, se alían con Satanás para ayudarle a aterrorizar a los hermanos. Pero, hijo mío ¿es que no hay un Padre en el Cielo?, ¿un Padre que de la misma forma que dispone, providente, para este tallito herbáceo esta fisura en la roca -esta fisura llena de tierra, hecha de forma que la humedad del rocío, deslizándose por la piedra lisa, se recoja en ese surco estrecho para que el tallito pueda vivir y florecer con esta florecilla diminuta cuya belleza no es menos admirable que la del gran Sol que resplandece en el cielo: ambos obra perfecta del Creador-, un Padre que, de la misma forma que prodiga su cuidado para con el tallito de una hierba nacida en una roca, tendrá cuidado -¿cómo no?- de un hijo suyo que quiere firmemente servirle? ¡Oh, en verdad, Dios no defrauda los buenos deseos del hombre, porque es Él mismo el que los enciende en vuestros corazones. Es Él, providente y sabio, el que crea las circunstancias para favorecer el deseo de sus hijos, y no sólo para eso, sino también para enderezar y perfeccionar un deseo de honrarlo que va por caminos imperfectos, para que sea un deseo de honrarlo por caminos justos. Tú estabas entre éstos. Creías, querías, estabas convencido de honrar a Dios persiguiéndome a mí. El Padre vio que en tu corazón no había odio a Dios, sino un deseo de darle gloria quitando de este mundo a Aquel del que te habían dicho que era enemigo de Dios y corruptor de almas. Y entonces creó las circunstancias para satisfacer tu deseo de dar gloria a tu Señor. Y, ya ves, ahora estás entre nosotros. ¿Y vas a pensar que te va a abandonar Dios ahora que te ha traído aquí? Sólo si tú lo abandonas podrá sobrepujarte la fuerza del mal.

-Yo no lo quiero. ¡Es sincera mi voluntad! - proclama el hombre.

-¿Y entonces de qué te preocupas? ¿De la palabra de un hombre? Déjalo que hable. Él piensa con su pensamiento. El pensamiento del hombre es siempre imperfecto. De todas formas, me ocuparé de esto.

-No quiero que le reprendas. Me basta con que me asegures que no pecaré.

-Te lo aseguro. No te sucederá *porque tú no quieres* que te suceda. Porque, mira, hijo mío, no te valdría el ir a la Diáspora, y ni siquiera el ir a los extremos confines de la Tierra, para preservar tu alma del odio al Cristo y del castigo por ese odio. Muchos en Israel no se mancharán materialmente con el Delito, pero no serán menos culpables que los que me condenen y ejecuten la sentencia. Contigo puedo hablar de estas cosas porque tú ya sabes que todo está dispuesto para esto. Sabes los nombres y conoces los pensamientos de los que están más enfurecidos contra mí. Tú lo has dicho: "Judas nos conoce a todos porque conoce a todos los Jefes". Pero si es verdad que él os conoce, también lo es que vosotros, menores -porque sois como estrellas menores en torno a los astros mayores-, sabéis igualmente lo que se trabaja y cómo se trabaja y quién trabaja, y qué complots se hacen y qué medios se planean... Por eso, puedo hablar contigo. No podría hacerlo con los otros... Otros no saben lo que sé padecer y compadecer...

-Maestro, ¿y cómo es que conociendo así las cosas te muestras tan...?... ¿Quién sube por el sendero?

Samuel se levanta para ver. Exclama:

-¡Judas!

-Sí, soy yo. Me han dicho que había pasado por aquí el Maestro Y, sin embargo, te encuentro a ti. Entonces me vuelvo y te dejo con tus pensamientos - y se ríe con esa risita suya tan insincera, que es más lúgubre que el lamento de una lechuza.

-Estoy aquí también Yo. ¿Me requieren en el pueblo? - dice Jesús apartándose de detrás de Samuel y mostrándose.

-¡Ah, Tú! ¡Entonces estabas en buena compañía, Samuel! Y también Tú, Maestro...

-Sí, es siempre buena la compañía de uno que abraza la justicia Me buscabas para estar conmigo, ¿no? Ven. Aquí hay sitio para ti. Y también para Juan, si estuviera contigo.

-Él está abajo, bregando con otros peregrinos.

-Entonces, si hay peregrinos, tendré que ir.

-No. Van a estar todo el día de mañana. Juan los está distribuyendo en nuestras camas para mientras estén. Se siente feliz de hacerlo. Cierto es que todo lo hace contento. Verdaderamente os parecéis. Y no sé como podéis estar contentos siempre y con todo, con las cosas más... enojosas.

-¡Ésa es la misma pregunta que iba a hacerle yo cuando has llegado! - exclama Samuel.

-¿Ah, sí? Entonces tú tampoco te sientes feliz, y te asombra el que otros, en condiciones aún más... difíciles que las nuestras, puedan sentirse felices.

-Yo no me siento infeliz. No me refiero a mí. Mi pregunta es: de qué fuente proviene la serenidad del Maestro, que, no ignorando su futuro, no se turba por nada.

-¡Pues, hombre, de la fuente celeste! ¡Es natural! ¡Él es Dio! ¿Acaso lo dudas? ¿Puede un Dios sufrir? Él está por encima del dolor. El amor del Padre es para Él como... un vino embriagador. Como es también para Él un vino embriagador la convicción de que sus acciones... significan la salvación del mundo. Y... bueno ¿puede tener las reacciones físicas que tenemos nosotros, humildes seres humanos? Eso es contrario al buen sentido. Si Adán, cuando era inocente, no conocía ningún tipo de dolor, ni lo hubiera conocido nunca si hubiera permanecido inocente, Jesús, el... Superinocente, la criatura... no sé si llamarla increada, pues que es Dios, o creada porque tiene padres... ¡Oh, Maestro mío, cuántas cuestiones insolubles para los que vengan! Si Adán era ajeno al dolor por su inocencia, ¿cómo se puede pensar que Jesús vaya a sufrir?

Jesús tiene agachada la cabeza. Ha vuelto a sentarse en la hierba. Su pelo hace de velo para su rostro, por eso no veo su expresión. Samuel, en pie, frente a Judas, que también está de pie, rebate:

-Pero si debe ser el Redentor, debe *realmente* sufrir. ¿No recuerdas a David y a Isaías?

-¡Los recuerdo! ¡Los recuerdo! Pero ellos, aun viendo la figura del Redentor, no veían la ayuda inmaterial que el Redentor tendría para ser… digámoslo así - ¿por qué no?-, torturado y no sentir dolor.

-¿Cuál? Una criatura podrá amar el dolor, o sufrirlo con resignación, según la perfección de su justicia. Pero siempre lo sentirá. Si no… si no lo sintiera... no sería dolor.

-Jesús es Hijo de Dios.

-¡Pero no es un fantasma! ¡Es verdadera Carne! La carne sufre si es torturada. ¡Es verdadero Hombre! El ánimo del hombre sufre si es ofendido o despreciado.

-La unión suya con Dios elimina en Él estas cosas propias del hombre.

Jesús levanta la cabeza y dice:

-En verdad te digo, Judas, que sufro y sufriré como todo hombre, y *más* que los demás hombres. Pero puedo, a pesar de ello, tener la santa y espiritual felicidad de aquellos que han obtenido la liberación de las tristezas de la Tierra por haber abrazado la voluntad de Dios como única esposa suya. Puedo eso porque he superado el concepto humano de la felicidad, la inquietud de la felicidad, esa felicidad como los hombres la imaginan. Yo no voy tras eso que, según el hombre, constituye la felicidad, sino que pongo más alegría precisamente en aquello que está en el polo opuesto de lo que el hombre persigue como felicidad. Las cosas de las que el hombre huye, las cosas que el hombre desprecia, porque están consideradas como peso y dolor, representan para mí la cosa más dulce. Yo no miro a la hora concreta, sino a las consecuencias que esa hora puede crear en la eternidad. Mi episodio cesa, pero su fruto permanece. Mi dolor acaba; sus valores, no. ¿Y para qué me serviría a mí una hora de eso que se dice "ser felices" en la Tierra, una hora alcanzada tras haberla perseguido durante años y lustros, si luego esa hora no puede venir conmigo a la eternidad como gozo; si debiera gozarla Yo solo, sin hacer partícipes de ese gozo a aquellos a quienes amo?

-¡Pero si Tú triunfaras, nosotros, tus seguidores, tendríamos parte en tu felicidad! - exclama Judas.

-¿Vosotros? ¿Y qué sois vosotros respecto a las multitudes pasadas, presentes, futuras, a las que mi dolor dará la alegría? Yo veo más allá de la felicidad terrena; adelanto mi mirada, más allá de la felicidad terrena, hasta lo sobrenatural. Veo que mi dolor se transforma en gozo eterno para una multitud de criaturas. Y abrazo el dolor como la fuerza más poderosa para alcanzar la felicidad perfecta, que consiste en amar al prójimo hasta el punto de sufrir para darle la alegría, hasta el punto de morir por él.

-No comprendo esta felicidad - proclama Judas.

-No eres sabio todavía; si no, la comprenderías.

-¿Y Juan lo es? ¡Es más ignorante que yo! Humanamente, sí. Pero posee la ciencia del amor.

-De acuerdo. Pero no creo que el amor impida a los palos ser palos y a las piedras ser piedras y producir dolor en la carne golpeada por ellos. Siempre dices que amas el dolor porque para ti es amor. Pero cuando realmente te capturen y te torturen -en el caso de que eso sea posible- no sé si seguirás pensando así. Reflexiona mientras puedas evitar el dolor. ¡Será terrible, eh! ¡Si los hombres logran capturarte... no se van a andar con contemplaciones contigo!

Jesús lo mira. Está palidísimo. Sus ojos, bien abiertos, parecen ver, tras el rostro de Judas, todas las torturas que le esperan, y, a pesar de todo y a pesar de la tristeza que reflejan, permanecen mansos y dulces y, sobre todo, serenos: dos ojos límpidos de inocente en paz. Responde:

-Lo sé. Sé también lo que tú no sabes. Pero espero en la misericordia de Dios. Él, que es misericordioso con los pecadores, lo será también conmigo. No le pido no sufrir, *sino saber sufrir.* Y ahora vámonos. Samuel, adelántate un poco y avisa a Juan de que pronto estaré en el pueblo.

Samuel hace una reverencia y se marcha con paso ágil.

Jesús empieza a bajar. El sendero es tan estrecho, que deben caminar uno detrás del otro. Pero esto no impide a Judas hablar:

-Te fías demasiado de ese hombre, Maestro. Ya te he dicho quién es. Es el más exaltado y exaltable de los discípulos de Jonatán. La verdad es que ya es tarde. Te has puesto en sus manos. Samuel es un espía a tu lado. ¡Y Tú, que más de una vez, y más que Tú los otros, habéis pensado que lo fuera yo...! Yo no soy un espía.

Jesús se para y se vuelve. Dolor y majestad se funden en su cara y en su mirada, que se clava en el apóstol. Dice:

-No. No eres un espía. *Eres un demonio.* Has robado a la Serpiente su prerrogativa de seducir y engañar para separar de Dios. Tu comportamiento no es ni piedra ni palo, pero me hiere más que los golpes de las piedras o de los palos. ¡Oh, en mi atroz padecimiento nada superará a tu comportamiento en capacidad de dar martirio al Mártir!

Jesús se tapa la cara con las manos, como para esconder su horror, y se echa a correr sendero abajo.

Judas grita detrás de Él:

-¡Maestro! ¡Maestro! ¿Por qué me das dolor? Ese falso verdaderamente te ha dicho calumnias... ¡Escúchame, Maestro!

Jesús no escucha. Corre, vuela ladera abajo. Pasa sin detenerse al lado de los leñadores o pastores que lo saludan; pasa, saluda, pero no se para. Judas se resigna a callar...

Están casi abajo cuando se cruzan con Juan, que, con su claro rostro, luminoso con su serena sonrisa, estaba subiendo hacia ellos. Trae de la mano a un niñito que gorjea chupando un panal de miel.

-¡Maestro, aquí estoy! Hay personas de Cesárea de Filipo. Han sabido que estás aquí y han venido. Pero, ¡qué extraño, ninguno ha hablado y todos saben dónde estás! Están descansando. Están muy cansados. He ido a pedir a Diná leche y miel porque hay un enfermo. Lo he puesto en mi cama. No tengo miedo. Y el pequeño Anás ha querido venir conmigo. No lo toques, Maestro, que está todo pegajoso de miel - y ríe el buen Juan, que tiene ya numerosas marcas de dedos y gotas de miel en la túnica.

Ríe tratando de tener atrás al niño, que querría ir a ofrecer a Jesús su panal medio chupado y que grita:

-¡Ven! ¡Hay muchos panales para ti!

-Sí, están recogiendo los panales donde Diná. Yo lo sabía. Sus abejas han enjambrado hace poco - explica Juan.

Se ponen en camino otra vez. Llegan a la primera casa, donde todavía se oye el tam, tam que usan, no sé exactamente por qué, los apicultores. Racimos de abejas -parecen voluminosas piñas de un extraño tipo de uva- penden de algunas ramas y algunos hombres los recogen para llevarlos a las nuevas colmenas. Más allá, en las colmenas ya aprestadas, un salir y entrar de abejas, incansables, zumbadoras.

Los hombres saludan. Una mujer viene con unos maravillosos panales y se los ofrece a Jesús.

-¿Por qué te privas tú de ellos? Ya has dado a Juan...

-Mis abejas han dado copioso fruto. No me resulta gravoso ofrecerlo. Pero, bendice los nuevos enjambres. Mira, están recogiendo el último. Este año se han duplicado nuestras colmenas.

Jesús va hacia las minúsculas ciudades de las abejas y, una a una, las bendice alzando la mano en medio del zumbido de las obreras, que no se detienen en su trabajo.

-Están del todo jubilosas y agitadas. Casa nueva... - dice un hombre.

-Y nuevas bodas. Realmente parecen mujeres preparando la fiesta nupcial - dice otro.

-Sí, pero las mujeres hablan más que trabajan. Éstas, sin embargo, trabajan calladas, y trabajan incluso en días de festejo de bodas. Trabajan sin pausa para crearse su reino y sus riquezas - responde un tercero.

-Trabajar sin pausa en la virtud es lícito; es más, debe hacerse. Trabajar sin pausa por lucro, no. Esto lo pueden hacer sólo aquellos que no saben que tienen un Dios al que hay que honrar en el día suyo. Trabajar en silencio es un mérito que todos deberíamos aprender de las abejas. Porque en el silencio se hacen santamente las cosas santas. Sed vosotros en la justicia como vuestras abejas, incansables y silenciosos. Dios ve. Dios premia. La paz a vosotros - dice Jesús.

Se queda solamente con sus dos apóstoles. Entonces dice:

-Y especialmente a los que trabajan para Dios les propongo como modelo a las abejas. Ellas depositan en lo recóndito de la colmena la miel formada en su interior con el infatigable trabajo en corolas sanas. Su esfuerzo ni siquiera parece esfuerzo, al estar lleno de buena voluntad. Y así vuelan -puntos de oro- de flor en flor, y luego entran cargadas de extractos, a elaborar su miel en lo recóndito de las celdillas. Habría que saber imitarlas. Elegir enseñanzas, doctrinas, amistades sanas, capaces de ofrecer extractos de verdadera virtud; y luego saber aislarse para elaborar, a partir de aquello que solícitamente se ha recogido, la virtud, la justicia, que son como la miel extraída de muchos elementos sanos (entre los cuales no es la última la buena voluntad, sin la cual esos extractos recogidos acá o allá para nada sirven). Saber humildemente meditar, en lo recóndito del corazón, sobre las cosas buenas que hemos visto y oído, sin envidias por el hecho de que haya, además de abejas obreras, abejas reinas: de que haya alguien más justo que ese que medita. Todas las abejas son necesarias en la colmena, tanto las obreras como las reinas. ¡Ay de ellas, si todas fueran reinas! ¡Ay, si todas fueran obreras! Morirían las unas y las otras. Porque las reinas no tendrían, si faltaran las obreras, alimento para procrear; y las obreras dejarían de existir si las reinas no procrearan. No se envidie a las reinas, que también ellas tienen sus penalidades y su penitencia. El Sol lo ven sólo una vez, en su único vuelo nupcial. Antes y después, para ellas, sólo y siempre, existe la clausura entre las paredes ambarinas de la colmena. Cada uno tiene su misión, y cada misión es una elección, y cada elección es un honor, sí, pero también una carga. Y las obreras no pierden tiempo en vuelos inútiles o peligrosos hacia flores enfermas o venenosas. No intentan la aventura. No desobedecen a su misión, no se rebelan contra el fin para el que han sido creadas. ¡Oh, admirables, pequeños seres! ¡Cuánto enseñáis a los hombres!...

Jesús, sumiéndose en una meditación suya, calla.

Judas, de repente, se acuerda de que tiene que ir a no sé dónde y se marcha casi corriendo. Se quedan Jesús y Juan. Éste mira a Jesús sin que se note; es una mirada atenta, de amorosa angustia. Jesús alza la cabeza y se vuelve un poco, de forma que encuentra la mirada escrutadora del Predilecto. Su rostro se aclara mientras lo arrima a sí.

Juan, abrazado así, caminando, pregunta:

-¿Judas te ha causado nuevo dolor, no es verdad? Y debe haber turbado también a Samuel.

-¿Por qué? ¿Te ha hablado de eso?

-No. Pero lo he captado. Ha dicho sólo: "Generalmente, conviviendo con uno que es verdaderamente bueno, nos hacemos buenos. Pero Judas no lo es, a pesar de que viva con el Maestro desde hace tres años. Está corrompido en la profundidad de su ser. Tan lleno está de maldad, que la bondad de Cristo no penetra en él". Yo no he sabido qué decir... porque es verdad... Pero ¿por qué es así Judas? ¿Es posible que no cambie nunca? Y todos recibimos las mismas lecciones... y cuando vino no era peor que nosotros...

-¡Juan mío! ¡Mi dulce niño!

Jesús lo besa en esa frente suya tan despejada y pura, y, entre los cabellos rubios y ligeros que se alzan en su parte más alta, le susurra:

-Hay criaturas que parecen vivir para destruir el bien que hay en ellas. Tú eres pescador y sabes qué le sucede a la vela bajo la presión de un torbellino. Tanto se baja hacia el agua, que vuelca casi la barca y se vuelve peligrosa para ésta, de forma que a veces es necesario amainarla y prescindir de esa ala que lleva al nido, porque la vela, cuando está a merced del torbellino deja de ser ala para ser lastre que lleva al fondo, a la muerte en vez de a la salvación. Pero si el indomable soplo del torbellino se aplaca, aunque sólo fuera durante breves instantes, la vela enseguida vuelve a ser ala que veloz corre hacia el puerto conduciendo a la salvación. Esto es lo que sucede con muchas almas. Basta con que el torbellino de las pasiones se aplaque para que esa alma plegada y casi sumergida por el... por lo que no es bueno, vuelva a sentir aspiraciones hacia el Bien.

-Sí, Maestro. Pero y... dime... ¿llegará alguna vez Judas a tu puerto?

-¡Oh, no me hagas mirar al futuro de uno de aquellos a quienes más aprecio! ¡Tengo delante de mí el futuro de millones de almas para las que será inútil mi dolor!... Tengo delante de mí todas las repugnancias del mundo... La náusea me estremece profundamente. La náusea de todo este bullir de cosas inmundas que como un río cubre la Tierra y la cubrirá con aspectos diversos, pero en todo caso horrendos para la Perfección, hasta el final de los siglos. ¡No me hagas mirar! ¡Deja que calme mi sed y me consuele en un manantial sin sabor a corrupción, y que olvide la podredumbre verminosa de demasiados mirándote sólo a ti, mi paz! - y lo besa otra vez, entre las cejas, sumiendo su mirada en los límpidos ojos del virgen y amoroso.

Entran en casa. En la cocina está Samuel, partiendo leña para ahorrarle a la anciana el esfuerzo de encender el fuego.

Jesús le dice a la mujer:

-¿Duermen los peregrinos?

-Creo que sí. No oigo ningún ruido. Ahora voy a llevar esta agua a las caballerías. Están en la leñera.

-Lo hago yo, madre. Mejor, ve tú donde Raquel. Me ha prometido queso fresco. Dile que se lo pagaré el sábado - dice Juan cargándose con dos artesas colmadas de agua.

Se quedan solos Jesús y Samuel. Jesús se acerca a él, el cual, agachado hacia el fuego, está soplando para que se encienda la llama. Le pone una mano en los hombros y dice:

-Judas nos ha interrumpido allí arriba... Quiero decirte que te voy a mandar con mis apóstoles para el día después del sábado. Quizás lo prefieres...

-Gracias, Maestro. Siento perder tu compañía. Pero en tus apóstoles te veré también. Y prefiero, sí, estar lejos de Judas. No me atrevía a pedírtelo...

-De acuerdo. Queda decidido. Y ten piedad de él. Como la tengo Yo. Y no digas a Pedro ni a nadie...

-Sé guardar silencio, Maestro.

-Después vendrán los discípulos. Allí están Hermas y Esteban, también Isaac, dos sabios y un justo; y muchos otros. Te encontrarás bien, entre hermanos verdaderos.

-Sí, Maestro. Tú comprendes y auxilias. Eres verdaderamente el Maestro bueno - y se inclina para besar la mano de Jesús.

## 566

## En Efraím el día de la llegada de la Madre de Jesús con Lázaro y las discípulas.

En la casa de María de Jacob ya están levantados, aunque apenas raya el alba. Yo diría que es sábado porque veo que están también los apóstoles, quienes normalmente están en misión. En la casa hay un intenso movimiento de preparación de fuegos y agua caliente. A María la ayudan a cribar harina y a amasarla para hacer pan.

La ancianita está muy inquieta-una inquietud de niña-y, mientras diligentemente trabaja, pregunta a éste o a aquél:

-¿Es hoy, no? ¿Los otros lugares están preparados? ¿Estáis seguros de que no son más de siete?

Le responde por todos Pedro, que está desollando a un cordero para prepararlo para ser guisado:

-Debían estar aquí antes del sábado, pero quizás las mujeres no estaban preparadas todavía y por eso se han retrasado. Pero hoy seguro que llegan. ¡Ah, esto me pone contento! ¿El Maestro ha salido? A lo mejor ha ido a su encuentro...

-Sí. Ha salido con Juan y Samuel en dirección al camino de la Samaria central - responde Bartolomé, saliendo con un ánfora colmada de agua hirviendo.

-Entonces podemos estar seguros de que llegan. Él sabe siempre todas las cosas - profesa Andrés.

-Yo quisiera saber por qué te ríes así. ¿Qué tiene de gracioso el que hable mi hermano? - pregunta Pedro, que ha advertido la risita de Judas, ocioso en un rincón.

-No me río por tu hermano. Todos estáis contentos. Yo también puedo estarlo y reírme incluso sin motivo.

Pedro lo mira con expresión clara, pero vuelve al trabajo que estaba haciendo.

-¡Mirad! He conseguido encontrar una rama de árbol en flor. No es almendro, como quería; pero Ella, ahora que ha terminado de florecer el almendro, tiene otras ramas, así que aceptará esta mía – dice Judas Tadeo, que regresa goteando rocío como si viniera de los  bosques, y con un haz de ramas florecidas: un milagro de candor aljofarado de rocío que parece transmitir claridad y belleza a la cocina.

-¡Qué bonitas! ¿Dónde las has encontrado?

-En el huerto de Noemí. Sabía que era tardío por la orientación hacia tramontana, que lo tiene retrasado. Y he subido allí.

-¡Por eso pareces tú también un árbol del bosque! Las gotas de rocío te brillan en el pelo y te han mojado la túnica.

-El sendero estaba húmedo como si hubiera llovido. Ya se dan los rocíos abundantes de los meses más bonitos.

Judas Tadeo se marcha con sus flores y, al cabo de un rato, llama a su hermano para que le ayude a colocarlas.

-Voy yo, que entiendo de eso. Mujer, ¿no tienes alguna ánfora de cuello alto, si es posible de tierra roja? - dice Tomás.

-Tengo lo que buscas y también otros recipientes... Los que usaba en los días de fiesta... para las bodas de mis hijos o en otras ocasiones importantes. Si esperas un momento a que meta estas tortas en el horno, voy a abrirte el baúl donde están guardadas las cosas buenas... ¡pocas ya, después de tantas desventuras! Pero he conservado algunas para... recordar... y sufrir porque, aunque sean recuerdos de alegría, ahora hacen llorar porque recuerdan lo que ha terminado.

-Entonces hubiera sido mejor que no te las hubiera pedido nadie ¡Total! No quisiera que nos sucediera como en Nobe: tantos preparativos para nada... - dice Judas Iscariote.

-¿Si te digo que nos ha advertido un grupo de discípulos? ¿Qué crees?, ¿que lo han soñado? Han hablado con Lázaro. Los ha enviado por delante de propósito. Venían aquí a avisar que antes del sábado estaría aquí la Madre con el carro de Lázaro, y Lázaro y las discípulas...

-De momento no han venido...

-Vosotros que habéis visto a ese hombre: ¿no da miedo? - pregunta la ancianita mientras se seca las manos en el mandil tras haber confiado sus tortas a Santiago de Zebedeo y Andrés, que las llevan al horno.

-¿Miedo? ¿Por qué?

-¡Un hombre que vuelve de estar con los muertos!

Está toda nerviosa.

-Cálmate, madre. Es en todo como nosotros - la tranquiliza Santiago de Alfeo.

-Más bien estáte atenta al palique con las otras mujeres. No sea que vayamos a tener a toda Efraím aquí dentro dando la lata – dice imperiosamente Judas Iscariote.

-Desde que estáis aquí no he tenido conversaciones imprudentes. Ni con los de la ciudad ni con los peregrinos. He preferido pasar por necia antes que aparentar saber las cosas, para no crear dificultades al Maestro y perjudicarlo. Y sabré callar también hoy. Ven, Tomás... - y sale para ir a sacar sus tesoros escondidos.

-Esa mujer está asustada pensando que va a ver a un resucitado - dice Judas Iscariote, y se ríe irónicamente.

-No es la única. Me han dicho los discípulos que en Nazaret estaban todos inquietos, y lo mismo en Caná y en Tiberíades. Uno que vuelve de la muerte después de cuatro días de sepulcro no se encuentra tan fácilmente como las margaritas en primavera. ¡Bien pálidos estábamos nosotros también, cuando salió del sepulcro! Pero, en vez de estar ahí haciendo comentarios inútiles, ¿no podrías trabajar? Todos estamos trabajando, y hay todavía mucho que hacer... Hoy que se puede hacer, ve al mercado y compra lo que se necesite Lo que hemos traído nosotros no es suficiente ahora que vienen ellas, y no nos daba tiempo a volver a la ciudad para hacer compras; nos habría detenido en el sitio en que estábamos la puesta del Sol.

Judas llama a Mateo, que está volviendo a la cocina todo aseado, y los dos salen.

Vuelve a la cocina también el Zelote, también él ya en perfecto orden respecto al vestido. Dice:

-¡Este Tomás! Es verdaderamente un artista. Con nada ha decorado la habitación como para un banquete bodas. Id a ver.

Todos menos Pedro, que está terminando su operación, van inmediatamente a ver. Pedro dice:

-Estoy suspirando por verlos aquí. Quizás venga también Margziam. Dentro de un mes estamos en Pascua. Ya habrá salido de Cafarnaúm o Betsaida.

-Estoy contento de que venga María. Por el Maestro. Lo confortará más que todos los demás. Y necesita ser confortado - le responde Zelote.

-Mucho. Pero ¿te has dado cuenta de lo triste que está también Juan? Le he preguntado, pero ha sido inútil; dentro de su dulzura, tiene más firmeza que todos nosotros y, si no quiere, nada le hace hablar. Pero estoy seguro de que sabe algo. Y parece la sombra del Maestro. Lo sigue siempre. Lo mira siempre. Y cuando no ve que alguno observa -porque, si lo ve, entonces responde a tu mirada con esa sonrisa suya que amansaría hasta a un tigre-, cuando no se ve observado, su cara se pone tristísima. Intenta preguntarle tú. Te quiere mucho. Y sabe que eres más prudente que yo...

-¡No, eso no! Tú te has hecho un ejemplo de prudencia para todos nosotros. Ya no se reconoce en ti al Simón de otros tiempos. Eres verdaderamente esa piedra que, dura y sólidamente escuadrada, nos sostiene a todos nosotros.

-¡Venga, hombre, no digas eso! Yo soy un pobre hombre. Bueno, claro... estando con Él tantos años uno se hace un poco como Él. Un poco... muy poco, pero ya muy distinto de como uno era antes. Todos nos hemos... no, no todos, por desgracia. Judas sigue siendo igual, lo mismo aquí que en Agua Especiosa...

-¡Dios lo quiera, que sea igual!

-¿Qué? ¿Qué quieres decir?

-Nada y todo, Simón de Jonás. Si el Maestro me oyera, me diría: “No juzgues". Pero esto no es juzgar, es *temer.* Temo que Judas sea peor que cuando estábamos en Agua Especiosa.

-Ya de por sí lo es, aún en el caso de que sea ahora como entonces. Lo es porque debía haber cambiado mucho, crecido en justicia, y, sin embargo, es siempre igual. Tiene, pues, en su corazón el pecado de acidia espiritual, que entonces no tenía. Porque al principio... loco sí, pero lleno de buena voluntad... Dime una cosa: ¿qué te dice el que e1 Maestro haya decidido mandar con nosotros a Samuel y reunir a todos los discípulos, todos los que puedan reunirse en Jericó, para la neomenia de Nisán? Antes había dicho que ese hombre se iba a quedar aquí... y antes también nos había prohibido decir dónde estaba Él. Yo tengo sospechas...

-No. Yo veo las cosas claras y lógicas. A estas alturas -sin saber ni por quién ni cómo ha sido divulgada- toda Palestina tiene noticia de que el Maestro está aquí. Ya ves que han venido peregrinos y discípulos de lugares tan separados como Quedes y Engadí, Joppe y Bosra. Por tanto, es inútil seguir conservando el secreto. Además, la Pascua se acerca y está claro que el Maestro quiere tener consigo a los discípulos para su regreso a Jerusalén. El Sanedrín dice, ya lo has oído, que está derrotado y ha perdido a todos los discípulos; y Él le responde entrando en la ciudad a la cabeza de ellos...

-¡Tengo miedo, Simón! Mucho miedo... ¿Ya has oído, no? Todos, incluso los herodianos, se han unido contra Él...

-¡Ya! ¡Que Dios nos ayude!...

-¿Y por qué manda con nosotros a Samuel?

-Sin lugar a dudas, para prepararlo para su misión. No veo motivo de inquietud... ¡Llaman! ¡Tienen que ser las discípulas!...

Pedro se quita el ensangrentado mandil y, corriendo, sigue al Zelote, que presurosamente ha ido hacia la puerta de casa. Aparecen por las distintas puertas los otros que están en casa, y todos gritan:

-¡Ahí están! ¡Son ellas!

Pero, cuando se abre la puerta, se quedan tan claramente desencantados al ver a Elisa y a Nique, que las dos discípulas preguntan:

-¿Pero ha sucedido algo?

-¡No! ¡No! Es que... creíamos que fuera la Madre y las discípulas galileas... - dice Pedro.

-¡Ah!, y os habéis llevado un chasco. Nosotras, sin embargo, estamos muy contentas de veros y de saber que está para llegar María - dice Elisa.

-Un chasco, no... ¡Bueno, desilusionados! ¡Pero, venid! ¡Entrad'. Paz a las buenas hermanas - saluda por todos Judas Tadeo.

-También a vosotros. ¿El Maestro no está?

-Ha salido con Juan al encuentro de María. Se sabe que viene por el camino de Siquem en el carro de Lázaro - explica el Zelote. Entran en casa mientras Andrés se ocupa del burrito de Elisa. Nique ha venido a pie. Hablan de lo que sucede en Jerusalén, preguntan por los amigos y discípulos... por Analía, María y Marta, el anciano Juan de Nobe, José, Nicodemo... por muchos otros. La ausencia de Judas Iscariote permite que hablen en paz y abiertamente. Es más, Elisa, mujer anciana y de experiencia, y que estuvo en los tiempos de Nobe en contacto con Judas y que ya lo conoce muy bien, y que «lo ama sólo por amor a Dios», como dice abiertamente, se informa de si no está en casa, no unido a los otros por algún capricho, y sólo cuando sabe que está fuera para las compras habla de lo que sabe. Dice:

-En Jerusalén *parece* todo calmado; es más, ya no se hacen preguntas a los discípulos conocidos. Se comenta que eso es así porque Pilato ha hablado enérgicamente a los del Sanedrín, recordándoles que la justicia en Palestina la ejercita sólo él, y que, por tanto, dejen ya ese asunto.

- Pero también - observa Nique - se dice -y es precisamente Manahén el que lo dice, y con él otros, o mejor dicho, otras, porque la otra voz es Valeria- que Pilato está verdaderamente tan cansado de estos disturbios que tienen agitado al país y que pueden causarle problemas, e incluso impresionado por la insistencia con que los judíos le insinúan que Jesús lo que quiere es proclamarse rey, que, si no fuera por los informes concordantes y favorables de los centuriones, y, sobre todo, por las presiones de su mujer, acabaría por castigar al Cristo, por ejemplo con el destierro, con tal de quitarse ya de encima estos problemas.

-¡Sólo faltaría eso! ¡Y es capaz de hacerlo! ¡Muy capaz! Es el más leve de los castigos romanos, y el más usado después de la flagelación. ¿Pero os lo imagináis? Jesús solo, ¿quién sabe en qué lugar? Y nosotros desperdigados... - dice el Zelote.

-¡Ya, ya! ¡Desperdigados! Eso lo dices tú. A mí no me desperdigan. Voy detrás de Él... - dice Pedro.

-¡Simón! ¡Simón! ¿Eres tan ingenuo como para pensar que te dejarían? Te atan como a un galeote y te llevan a donde quieran ellos; a lo mejor incluso a las galeras, o a una de sus prisiones, y no puedes seguir al Maestro - le dice Bartolomé.

Pedro se alborota el pelo, inseguro, descorazonado.

-Se lo diremos a Lázaro. Lázaro irá abiertamente donde Pilato, que, sin duda, lo recibirá con mucho gusto, porque a estos gentiles les gusta ver seres extraordinarios... - dice el Zelote.

-¡Habrá ido a verlo antes de salir y ya Pilato no tendrá deseos de recibirlo de nuevo! - dice Pedro abatido.

-Entonces irá como hijo de Teófilo. O acompañará a su hermana María a ver a las damas. Eran amigas cuando... bueno, en fin, cuando María era pecadora...

-¿Sabéis que Valeria, después de que su marido se ha divorciado de ella, se ha hecho prosélita? Valeria ha tomado una decisión seria. Lleva una vida de mujer justa que es un ejemplo para muchos de nosotros. Ha emancipado a sus esclavos y los instruye a todos en orden al verdadero Dios. Había tomado una casa en Sión. Pero, ahora que Claudia ha venido, ha vuelto donde ella...

-¿Entonces?...

-No. A mí me ha dicho: "En cuanto venga Juana, voy con ella. Pero ahora quiero convencer a Claudia"... Parece que Claudia no logra superar el límite suyo en orden a creer en Cristo; para ella es un sabio, nada más... Incluso parece que, antes de ir a la ciudad, se hubiera intranquilizado bastante por las voces que corrían y que, escéptica, hubiera dicho: "Es un hombre como nuestros filósofos, y no de los mejores, porque su palabra no corresponde con su vida", y parece que ha tenido unos... unas... en definitiva que se haya permitido una serie de cosas que antes había abandonado - dice Nique.

-Era de esperar. ¡Almas paganas! ¡Mmm! Una buena puede haberla... ¡Pero las otras!... ¡Inmundicias! ¡Inmundicias! - sentencia Bartolomé.

-¿Y José? - pregunta Judas Tadeo.

-¿Quién? ¿El de Seforí? ¡Tiene un miedo! ¡Ah! Ha estado vuestro hermano José. Llegó y se marchó enseguida, pero pasando por Betania para decir a las hermanas que a toda costa le impidan al Maestro ir a la ciudad y quedarse allí. Yo estaba allí

y lo oí. Así supe también que José de Seforí ha tenido muchos problemas y ahora tiene mucho miedo. Vuestro hermano le ha encargado de que esté al corriente de los complots que se traman en el Templo. Ese hombre de Seforí lo puede saber por medio de ese pariente que es marido no se si de la hermana o de la hija de la hermana de su mujer, y que tiene unos cometidos en el Templo - dice Elisa.

-¡Cuántos miedos! Ahora, cuando vayamos a Jerusalén, quiero mandar a mi hermano a casa de Anás. Podría ir también yo porque también yo conozco bien a ese viejo zorro. Pero Juan sabe hacer mejor las cosas. Y Anás lo apreciaba mucho, entonces, cuando escuchábamos las palabras de ese viejo lobo... ¡creyendo que era un cordero' Le mandaré a Juan, que sabrá soportar incluso improperios sin reaccionar. Yo... si me pronunciara maldiciones contra el Maestro, o sólo con que las pronunciara contra mí porque lo sigo, le saltaría al cuello, lo atraparía y apretaría ese viejo cuerpajo como si estuviera escurriendo una red. ¡Le haría vomitar esa alma torva que tiene dentro! ¡Aunque tuviera a su alrededor a todos los soldados del Templo y a los sacerdotes!

-¡Si te oyera el Maestro hablar así! - dice escandalizado Andrés.

-¡Lo digo precisamente porque no está!

-¡Tienes razón! No eres el único que tiene ciertos deseos. ¡Yo también los tengo! - dice Pedro.

-Y yo también, y no sólo respecto a Anás - dice Judas Tadeo.

-Si es por eso... a muchos les encendería yo el pelo. Tengo una lista larga... Esos tres carcamales de Cafarnaúm excluyo al fariseo Simón, porque parece pasablemente bueno-, esos dos lobos de Esdrelón y ese viejo montón de huesos de Cananías, y luego... bueno, una degollina, os digo que una degollina en Jerusalén, y el primero de todos Elquías. ¡Me tienen ya hasta la coronilla todas esas serpientes apostadas al acecho! - Pedro está furioso.

Judas Tadeo, diciéndolo con calma, pero aún más impresionante, con esa calma suya glacial, que si estuviera furioso como Pedro, dice:

-Y yo te ayudaría. Pero... quizás empezaría por eliminar las serpientes que están cercanas.

-¿Quién? ¿Samuel?

-¡No, no! No tenemos cerca sólo a Samuel. ¡Hay muchos que muestran una cara y tienen un alma distinta de la cara que muestran! Yo no los pierdo de vista. Nunca. Quiero estar seguro antes de actuar. ¡Pero cuando lo esté...! La sangre de David es caliente, y también la de Galilea. Las dos, por línea paterna y por línea materna, están en mí.

-¡Si llega el caso, me lo dices, eh! Que te ayudo... - dice Pedro.

-No. La venganza de la sangre corresponde a los parientes. A mí me corresponde.

-¡Pero hijos! ¡Hijos! ¡No habléis así! ¡No es eso lo que enseña el Maestro! ¡Parecéis cachorros de león furiosos, en vez de ser los corderos del Cordero! Abandonad tanto espíritu de venganza. ¡Han quedado muy atrás ya los tiempos de David! Cristo anula la ley de la sangre y del talión. Él deja los diez mandamientos inmutables, pero abroga las otras duras leyes mosaicas. De Moisés quedan las prescripciones de piedad, humanidad y justicia, compendiados y perfeccionados por nuestro Jesús en su mayor mandamiento: “Amar a Dios con todo el ser, amar al prójimo como a nosotros mismos, perdonar al que ofende, dar amor a quien nos odia". ¡Oh, perdonad si yo siendo mujer me he atrevido a enseñar a mis hermanos, y mayores que yo! Pero soy una madre anciana. Y una madre puede hablar siempre. ¡Creedlo, hijos míos! Si vosotros mismos convocáis a Satanás odiando a los enemigos, teniendo deseos de venganza, Satanás entrará en vosotros y os corromperá. Satanás no es una fuerza. Creedlo. Fuerza es Dios. Satanás es debilidad, es peso, es entumecimiento. No sabríais ya ni mover un dedo, no sólo contra los enemigos, sino tampoco para ofrecer una caricia a nuestro afligido Jesús, si el odio y la venganza os encadenaran. ¡Ánimo, hijos! Todos hijos, incluso vosotros, los que tenéis mis años, y quizás más. Todos hijos para una mujer que os quiere, para una madre que ha vuelto a encontrar la alegría de ser madre amándoos como a hijos a todos. No me hagáis de nuevo una mujer angustiada por haber perdido otra vez a mis hijos amados, y para siempre; porque, si morís con el odio o el delito, muertos estaréis para toda la eternidad y no podremos reunirnos arriba, jubilosos, en torno a nuestro común amor: Jesús. Prometedme aquí, enseguida, a mí, que os lo suplico, a una pobre mujer, a una pobre mamá, que no volveréis a tener nunca estos pensamientos. ¡Oh, hasta os afean la cara! ¡Me parecéis desconocidos, distintos! ¡Qué feos os pone el rencor! ¡Tan dulces como erais! ¿Qué está sucediendo? ¡Escuchadme! María os diría las mismas palabras. Con más fuerza porque Ella es María. Pero mejor es que Ella no conozca todo el dolor... ¡Oh pobre Madre! ¿Qué está sucediendo? ¿Tengo que pensar, entonces que ya surge la hora de las tinieblas, la hora que se tragará a todos, la hora en que Satanás será rey en todos, menos en el Santo, y descarriará incluso a los santos, incluso a vosotros, haciéndoos cobardes, perjuros, crueles como es él? ¡Oh, hasta ahora había tenido siempre esperanza! Siempre he dicho: "Los hombres no prevalecerán contra Cristo". ¡Pero ahora!... ¡Ahora, por primera vez, temo y tiemblo! Sobre este cielo sereno de Adar veo alargarse invasora la gran Tiniebla que se llama Lucifer, y entenebreceros a todos y esparcir venenos que os enferman. ¡Oh, tengo miedo!

Elisa, que ya desde hacía un rato lloraba aunque sin estremecimientos, se abandona ahora, apoyada la cabeza en la mesa junto a la cual está sentada, y solloza dolorosamente.

Los apóstoles se miran unos a otros. Luego, afligidos, tratan de consolarla. Pero ella no quiere consuelos, y lo dice:

-Uno, uno sólo me vale: vuestra promesa. ¡Por vuestro bien! Porque Jesús no tenga entre sus dolores éste, el mayor: el de veros condenados a vosotros, sus predilectos.

-¡Sí, Elisa, si esto es lo que quieres! ¡No llores, mujer! Te lo prometemos. Escucha. No vamos a alzar ni un dedo contra ninguno, no vamos ni siquiera a mirar, para no ver. ¡No llores! ¡No llores! Perdonaremos a quienes nos ofenden. ¡Amaremos a quienes nos odia! ¡Ánimo! No llores.

Elisa alza su rugoso rostro, brillante por el llanto, y dice:

-¡Recordad que me lo habéis prometido! ¡Repetidlo!

-Te lo prometemos, mujer.

-¡Amados hijos míos! ¡Ahora sí me agradáis! Os reconozco como buenos. Ahora que se ha calmado mi angustia, ahora que habéis abandonado esa levadura amarga y habéis vuelto a ser puros como antes, vamos a preparar las cosas para recibir a María. ¿Qué hay que hacer? - dice mientras termina de secarse los ojos.

-La verdad es que... ya lo habíamos hecho nosotros. Como hombres. Pero María de Jacob nos ha ayudado. Es una samaritana, pero muy buena. Ahora la verás. Está en el horno cuidando del pan. Está sola. Los hijos muertos u olvidados de ella, los bienes esfumados, y, no obstante, no guarda rencores...

-¿Lo veis? ¿Veis como, incluso entre los paganos y samaritanos, hay quien sabe perdonar? ¡Y debe ser terrible, ¡eh?, ¿lo sabéis?, tener que perdonar a un hijo! ¡Ah! ¿Estáis seguros de que Judas no está?

-Si no se ha transformado en pájaro, no puede estar, porque las ventanas están abiertas pero, menos ésta, todas las puertas están cerradas.

-Entonces... Estuvo en Jerusalén María de Simón, con su pariente. Fue para ofrecer sacrificios en el Templo. Luego vino donde nosotras. Parece una mártir. ¡Qué afligida está! Me preguntó, a todas nos preguntó, si sabíamos algo de su hijo, si estaba con el Maestro, si había estado siempre con Él.

-¿Qué le sucede a esa mujer? - pregunta, asombrado, Andrés.

-Pues... su hijo. ¿No te parece suficiente? - pregunta Judas Tadeo.

-Yo la conforté. Quiso volver con nosotras al Templo. Fuimos todas juntas a orar... Luego se marchó, pero todavía con su pesar. Le dije: "Si te quedas con nosotras, dentro de poco vamos donde el Maestro. Allí está tu hijo". Ella sabía ya que Jesús estaba aquí. Se ha oído hasta en los confines de Palestina. Me dijo: "¡No, no! El Maestro me dijo que no estuviera en Jerusalén para la primavera. Yo obedezco. Pero he querido, antes del tiempo de su regreso, subir al Templo. Tengo mucha necesidad de Dios". Y dijo una extraña frase... Dijo: "Soy inculpable, pero, tanta es mi tortura, que el infierno está dentro de mí y yo dentro de él"... Mucho la preguntamos, pero no quiso expresarse más, ni sobre sus torturas ni sobre las razones de la prohibición de Jesús. Nos pidió que no dijéramos nada ni a Jesús ni a Judas.

-¡Pobre mujer! ¿Entonces para Pascua no estará? - pregunta Tomás.

-No estará.

-¡En fin... si Jesús se lo ha impuesto, sus motivos tendrá!... ¿Habéis oído, no? ¡En todas partes se sabe que Jesús está aquí! ¡Pero en todas! - dice Pedro.

-Sí. Y quienes lo decían convocaban en su nombre para una sublevación "contra los tiranos". Esto decían algunos; otros, que está aquí porque se ha visto desenmascarado...

-¡Siempre las mismas razones! ¡Deben haber gastado todo el oro del Templo para enviar a todas partes a esos... siervos suyos! - observa Andrés.

Unos golpes en la puerta.

-¡Están aquí! - dicen, y van rápidamente a abrir.

Sin embargo, es Judas con sus compras. Mateo lo sigue. Judas ve a Elisa y a Nique y las saluda. Pregunta:

-¿Estáis solas?

-Solas. María no ha venido todavía.

-María no viene por las comarcas del sur, así que no puede estar con vosotras. Me refería a si no estaba Anastática.

-No. Se ha quedado en Betsur.

-¡Por qué? También ella es discípula. ¿No sabes que de aquí se irá a Jerusalén para la Pascua? Debía estar. ¡Si no son perfectos laS discípulas y los fieles, quién lo va a ser? ¿Quién va a formar e1 acompañamiento del Maestro para demostrar la inconsistencia de la leyenda de que todos le han abandonado?

-¡Si es por eso!... No será una pobre mujer la que colme los vacíos. Las rosas están bien entre las espinas y en los huertos cerrados. Yo soy madre para ella y así lo he impuesto.

-¿Entonces para Pascua no estará?

-No estará.

-¡Ya son dos! - exclama Pedro.

-¿Qué dices? ¿Quiénes dos? - pregunta Judas, siempre receloso.

-¡Nada, nada! Un cálculo mío. Se pueden contar muchas cosas, ¿no? Incluso las... moscas, por ejemplo, que se posan en mi cordero desollado.

Vuelve María de Jacob seguida de Samuel y Juan, que traen los panes sacados del horno. Elisa saluda a la mujer y también lo hace Nique. Y Elisa expresa unas palabras para que la mujer, enseguida - se sienta a gusto.

-Estás entre hermanas en el dolor, María. Yo, habiendo perdido a mi esposo y a mis hijos, estoy sola; y ésta es viuda Por tanto nos querremos, porque sólo quien ha llorado sabe comprender.

Pero, en esto, Pedro dice a Juan:

-¿Cómo estás aquí? ¿El Maestro?

-En el carro. Con su Madre. ¿Y no lo decías?

-No me has dado tiempo. Están todas. ¡Pero ya veréis qué desmejorada está María de Nazaret! Parece que han pasado por ella lustros. Dice Lázaro que se acongojó mucho cuando le dijo que Jesús estaba aquí refugiado.

-¿Por qué se lo ha dicho ese necio? Antes de morir era inteligente. Pero quizás en e1 sepulcro su cerebro se ha deshecho y no se ha rehecho luego. ¡Uno no está muerto sin quebranto!... - dice irónico y con desprecio Judas de Keriot.

-Nada de eso. Espera a saber para hablar. Lázaro de Betania se lo dijo a María ya de camino, al extrañarse Ella del camino que tomaba Lázaro - dice severo Samuel.

-Sí, cuando pasó la primera vez por Nazaret dijo sólo: "Te llevaré donde tu Hijo dentro de un mes". Y ni siquiera le dijo: "Vamos a Efraím" cuando estaban para partir, sino... - dice Juan.

-Todos saben que Jesús está aquí. ¿La única que no lo sabía era Ella? - pregunta - esto también groseramente- Judas, interrumpiendo a su compañero.

-María lo sabía, lo había oído decir. Pero, dado que por Palestina corre, fangoso, un río de diferentes embustes, Ella no recibía como verdadera ninguna noticia. Se consumía en el silencio, orando. Pero una vez en viaje y habiendo tomado Lázaro el camino que va a lo largo del río, para desorientar a los nazarenos y a todos los de Caná, Seforí, Belén de Galilea...

-¡Ah! ¿Está también Noemí con Mirta y Áurea? - pregunta Tomás.

-No. Jesús se lo ha prohibido. Esta orden la llevó Isaac cuando volvió a Galilea».

-Entonces... tampoco estas mujeres estarán con nosotros como el pasado año.

-No estarán con nosotros. ¡Y son tres!

-Tampoco nuestras mujeres e hijas. El Maestro se lo dijo a ellas mismas antes de dejar Galilea. Es más, lo repitió. Porque mi hija Mariana me dijo que Jesús lo había dicho ya desde la pasada Pascua.

-¡Bueno... muy bien! ¿A1 menos está Juana? ¿Salomé? ¿María de Alfeo?

-Sí. Y Susana.

-Y también Margziam, claro... Pero ¿qué es ese ruido?

-¡Los carros! ¡Los carros! Y todos los nazarenos que no se han dado por vencidos y han seguido a Lázaro... y los de Caná... - responde Juan, echándose a la calle con los otros.

Abierta la puerta, un espectáculo tumultuoso se ha presentado ante la vista. Además de María, que está sentada junto a su Hijo y a las discípulas, además de Lázaro, además de Juana (que está en su carro junto con María y Matías, Ester y otros domésticos y el hombre de confianza, Jonatán), hay una multitud: caras conocidas, caras desconocidas: de Nazaret, Caná, Tiberíades, Naím, Endor. Y los samaritanos de todos los pueblos por que han pasado durante el viaje, y de otros cercanos. Y pasan inmediatamente delante de los carros, de forma que obstruyen el paso, tanto a quien quiere salir como a quien quiere entrar.

-¿Pero qué quieren éstos? ¿Por qué han venido? ¿Cómo lo han sabido?

-¡Hombre!, los de Nazaret estaban alerta y, cuando llegó Lázaro al anochecer para salir por la mañana, durante la noche fueron sin demora a los centros habitados cercanos. Y lo mismo los de Caná, porque Lázaro había pasado para recoger a Susana y encontrarse con Juana. Y lo han seguido o precedido. Por ver a Jesús y por ver a Lázaro. Y también los de Samaria han tenido noticia y se han agregado. ¡Y aquí están todos!... - explica Juan.

-Di, tú que temías que el Maestro no tuviera acompañamiento. ¿Te parece suficiente? - dice Felipe a Judas Iscariote.

-Han venido por Lázaro...

-Dado que ya lo vieron se habrían podido marchar. Pero, sin embargo, han seguido hasta aquí. Señal de que hay también quien viene por el Maestro.

-Bueno. No digamos palabras inútiles. Más bien, vamos a tratar de abrir paso para que puedan entrar. ¡Ánimo, muchachos! ¡Para ponerse de nuevo en ejercicio! ¡Hace mucho que no damos codazos para abrir paso al Maestro! - y Pedro es el primero que se pone a abrir el surco entre la gente aclamadora o curiosa o devota o chismosa, según los casos. Y, conseguido, ayudado por los otros y por muchos discípulos que, diseminados entre la multitud, tratan de reunirse con los apóstoles, mantiene vacío un espacio para que las mujeres puedan refugiarse en casa, y lo mismo Jesús y Lázaro, y luego cierra la puerta. El último en retirarse es él, y tranca con cerrojos y barras y manda a otros a cerrar por la parte del huerto.

-¡Por fin! ¡La paz sea contigo, María bendita! ¡Por fin te veo de nuevo! ¡Ahora todo es hermoso porque estás con nosotros! - saluda Pedro, haciendo una profunda reverencia ante María, una María de cara triste, pálida y cansada, un rostro ya de María Dolorosa.

-Sí, ahora todo es menos doloroso porque estoy aquí con Él.

-¡Te había asegurado que te estaba diciendo estrictamente la verdad! - dice Lázaro.

-Tienes razón... Pero para mí el Sol se oscureció y toda paz cesa cuando supe que mi Hijo estaba aquí... Comprendí... ¡Oh!

Otras lágrimas ruedan por las pálidas mejillas.

-¡No llores, Mamá mía! ¡No llores! Estaba aquí en medio de esta buena gente, y con otra María que es una madre...

Jesús la guía hacía un cuarto que da al huerto tranquilo. Todos los siguen.

Lázaro se excusa:

-No he tenido más remedio que decirlo, porque Ella sabía el camino y no comprendía por qué tomaba ese otro. Creía que estaba conmigo en Betania... Y en Siquem también un hombre gritó: "¡También nosotros a Efraím a ver al Maestro!". No me ha sido posible excusa alguna... Esperaba también poder distanciar a esa gente partiendo de noche por caminos insólitos. Pero ¡ya, ya! Estaban de guardia en todas partes, y mientras un grupo me seguía el otro iba por los alrededores a avisar.

María de Jacob trae leche, miel, mantequilla y pan reciente, y ofrece todo, empezando por María; mira de soslayo a Lázaro, de abajo arriba, mitad curiosa mitad asustada, y su mano se estremece cuando, al ofrecer la leche a Lázaro le roza la mano, y su boca no retiene un «¡oh!» cuando lo ve comer su torta como a todos.

Lázaro es el primero en reírse. Dice, afable, señorial y seguro, como todos los hombres de alta cuna:

-Sí, mujer. Como exactamente igual que tú, y me gusta tu pan y tu leche, y también tu lecho, porque como siento el hambre también siento el cansancio.

Se vuelve a todos y dice:

-Hay muchos que buscan alguna disculpa para tocarme, para sentir si soy carne y huesos, si tengo calor y respiro. Es una lata llevadera. Terminada mi misión, me clausuraré en Betania. A tu lado, Maestro, crearía demasiadas distracciones. He brillado, he testimoniado tu poder hasta en Siria. Ahora me oculto. Sólo Tú debes resplandecer en el cielo del milagro, en el cielo de Dios y en la presencia de los hombres.

María, mientras tanto, dice a la ancianita:

-Has sido buena con mi Hijo. Él me ha dicho cuánto. Deja que te bese para expresarte mi agradecimiento. No tengo nada con que pagarte, aparte de mi amor. Yo también soy pobre... y yo también puedo decir que ya no tengo hijo porque Él es de Dios y de su misión... Y así sea siempre porque santo y justo es todo lo que Dios quiere.

María se muestra dulce, pero ¡cuán quebrantada está ya!... Todos los apóstoles la miran con compasión, tanto que se olvidan de los que afuera se agitan, y también de preguntar por los parientes lejanos. Pero Jesús dice:

-Subo a la terraza para despedir y bendecir a la gente. '

Entonces Pedro reacciona y dice:

-¿Pero dónde está Margziam? He visto a todos los discípulos menos a él.

-No está Margziam - responde Salomé (la madre de Santiago y Juan).

-¿No está Margziam? ¿Por qué? ¿Está enfermo?

-No. Está bien. Y también tu mujer. Pero no está Margziam. Porque no lo ha dejado venir.

-¡Qué mujer más insensata! ¡Dentro de un mes es Pascua y Margziam tiene que venir, claro, para la Pascua! Hubiera podido ya ahora dejarlo venir y dar una alegría al hijo y a mí. Pero es más corta que una oveja para entender las cosas y...

-Juan y Simón de Jonás, y tú, Lázaro, con Simón Zelote, venid conmigo. Todos los demás quedaos aquí hasta que haya despedido a la gente separando de ella a los discípulos - ordena Jesús, y sale con los cuatro, cerrando tras sí la puerta.

Cruza el pasillo, la cocina, sale al huerto seguido por Pedro, que refunfuña, y por los otros. Pero antes de poner pie en la terraza se detiene en la pequeña escalera, se vuelve, pone una mano en el hombro de Pedro, que levanta su cara descontenta:

-Escúchame bien, Simón Pedro y deja de acusar y censurar a Porfiria. Ella es inocente. Obedece a una orden mía. Soy Yo el que mandé, antes de los Tabernáculos, que no dejara venir a Margziam a Judea...

-¡Pero la Pascua, Señor!

-Soy el Señor. Tú lo dices. Y, como Señor, puedo ordenar cualquier cosa, porque toda orden mía es justa. Por tanto, no te turbes con los escrúpulos. ¿Recuerdas lo que está escrito en los Números? "Si alguno de vuestra nación está contaminado por un muerto o realizando un viaje lejano, que celebre la Pascua del Señor el día catorce del segundo mes, al atardecer" *(Números 9, 10-11)*.

-Pero Margziam no está impuro. Espero, al menos, que Porfiria no se vaya a morir precisamente ahora; y no está en viaje... - objeta Pedro.

-No importa. Yo quiero que sea así. Hay cosas que contaminan más que un cadáver. Margziam... no quiero que se contamine. Déjame actuar, Pedro. Yo sé las cosas. Sé capaz de obedecer como lo es tu mujer y el mismo Margziam. Celebraremos con él la segunda Pascua, el catorce del segundo mes. Y así nos sentiremos felices entonces. Te lo prometo.

Pedro hace un gesto como para decir: «Resignémonos», pero no objeta nada.

El Zelote observa:

-¡Hace mucho que no sigues haciendo cuenta de los que no estarán para Pascua en la ciudad!

-Ya no tengo ganas de contar. Todo esto me da una cierta impresión... que me hiela... ¿Se puede decir a los otros?

-No. Intencionadamente os he llamado aparte.

-Entonces... yo también tengo algo que decir aparte a Lázaro.

-Dilo. Si puedo, te responderé - dice Lázaro.

-Bueno, aunque no me respondas a mí, no importa. Me basta con que vayas donde Pilato -la idea es de tu amigo Simón- y que, así, entre una y otra palabra, le saques qué es lo que piensa hacer respecto a Jesús, en bien o en mal.... Ya sabes... con arte... ¡Porque corren todo tipo de voces!...

-Lo haré. En cuanto llegue a Jerusalén. Pasaré por Betel y Ramá en vez de por Jericó, para ir a Betania. Me quedaré en el palacio de Sión e iré donde Pilato. Estáte tranquilo, Pedro, que seré hábil y sincero.

-Y perderás tiempo para nada, amigo. Porque Pilato -tú lo sabes como hombre; Yo, como Dios- no es sino una caña que se pliega por la parte opuesta al huracán, tratando de evitarlo. No es nunca insincero, porque siempre está convencido que querer hacer -y hace- lo que dice en ese momento. Pero al momento siguiente, a causa de un silbo de borrasca que llega de otra parte, olvida -¡no es que falte a sus promesas y a su voluntad!-, olvida, sólo eso, olvida todo lo que quería antes. Lo olvida porque el silbo de una voluntad más fuerte que la suya le hace perder la memoria; soplando, le arrebata todos los pensamientos que otro silbo le había metido y le mete dentro los nuevos. Y luego, por encima de todas las borrascas que con mil voces, desde 1a de su mujer, que le amenaza con separarse si no hace lo que ella quiere -y una vez separado de ella, adiós toda su fuerza, toda su protección ante el "divo" César, como ellos dicen aunque estén convencidos de que este César es más abyecto que ellos... Pero ellos saben ver la Idea en el hombre, es más, la Idea anula al hombre que la representa, y la Idea no se puede decir que sea abyecta porque todo ciudadano ama, es justo que ame a la Patria, que quiera su triunfo... y César es la Patria... así que... incluso un miserable es... un grande por lo que representa... Pero no quería hablar de César, sino de Pilato-; decía, pues, que por encima de todas las voces, desde la de su mujer a la de las muchedumbres, está la voz - ¡y qué voz!- de su yo. De ese yo pequeño del hombre pequeño, de ese yo ávido del hombre ávido, de ese yo orgulloso del hombre orgulloso. Y esta pequeñez, esta avidez, este orgullo *quieren* reinar para hacerse grandes, para llenarse de dinero, para poder dominar a un montón de súbditos reverentes en actitud rendida. El odio, por debajo, incuba, pero no lo ve el pequeño César llamado Pilato, nuestro pequeño César... Él ve sólo las espaldas curvas que fingen rendimiento y temor ante él, o sienten realmente una y otra cosa. Y por esta voz procelosa del yo él está dispuesto a todo. Digo: a *todo.* Con tal de seguir siendo Poncio Pilato, el Procónsul, el servidor de César, el Dominador de una de las tantas regiones del Imperio. Y, por todo esto, aunque ahora sea mi defensor, mañana será mi juez, y, además, *inexorable.* Siempre inestable es el pensamiento del hombre, y muy inestable cuando ese hombre se llama Poncio Pilato. Pero tú, Lázaro da esta satisfacción a Pedro si quieres... Si eso lo va a consolar...

-Consolar no, pero... hacer que esté más tranquilo, sí...

-Pues complace a nuestro buen Pedro y ve donde Pilato.

-Iré, Maestro. Pero has descrito al Procónsul como ningún historiador o filósofo habría podido hacer. ¡Es una descripción perfecta!

-De la misma manera, podría describir a cada hombre con su verdadera efigie: su carácter. Pero vamos donde éstos que están alborotados.

Sube los últimos escalones y se presenta. Alza los brazos y dice fuerte:

-Hombres de Galilea y de Samaria, discípulos y seguidores. Vuestro amor, vuestro deseo de honrarme y de honrar a mi Madre y a mi amigo escoltando el carro de ellos me dice cuál es vuestro pensamiento. Por él no puedo sino bendeciros. Pero ahora volved a vuestras casas, a vuestros asuntos. Vosotros, los de Galilea, id y decid a los que se han quedado allí que Jesús de Nazaret los bendice. Hombres de Galilea, nos veremos para la Pascua en Jerusalén, donde entraré el día siguiente del sábado que precede a la Pascua. Hombres de Samaria, idos también vosotros, y sabed no limitar vuestro amor por mí a seguirme y buscarme por los caminos de la Tierra, sino también por los del espíritu. Id y que la Luz brille en vosotros. Discípulos del Maestro, separaos de los fieles y quedaos en Efraím para recibir mis instrucciones. Idos. Obedeced.

-¡Tiene razón! Lo estamos incomodando. ¡Quiere estar con su Madre! - gritan los discípulos y los nazarenos.

-Nos marchamos. Pero antes queremos su promesa de que va a venir a Siquem antes de la Pascua. ¡A Siquem! ¡A Siquem!

-Iré. Marchaos. Iré antes de subir para la Pascua a Jerusalén.

-¡No vayas! ¡No vayas! ¡Quédate con nosotros! ¡Con nosotros! ¡Te defenderemos! ¡Te haremos Rey y Pontífice! ¡Ellos te odian! ¡Nosotros te queremos! ¡Abajo los judíos! ¡Viva Jesús!

-¡Silencio! ¡No creéis alboroto! A mi Madre le hacen sufrir estos gritos que me pueden perjudicar más que una voz de maldición. No es todavía mi hora. Marchaos. Pasaré por Siquem. Pero suprimid de vuestro corazón el pensamiento de que pueda, por una baja cobardía humana, no cumplir mi deber de israelita adorando al verdadero Dios en el único Templo en que puede ser adorado, y por una sacrílega rebelión contra la voluntad del Padre mío, no cumplir mi deber de Mesías, asumiendo una corona en otro lugar que no sea Jerusalén-donde seré ungido Rey universal según la palabra y la verdad vista por los grandes profetas.

-¡Abajo! ¡No hay otro profeta después de Moisés! Eres un iluso.

-Y vosotros también. ¿Sois acaso libres? No. ¿Cómo se llama Siquem? ¿Cuál es su nuevo nombre? Y como para ella, para muchas otras ciudades de Samaria, Judea, Galilea. Porque la catapulta romana nos nivela a todos. ¿Se llama, acaso, Siquem? No. Neapoli se llama. Lo mismo que Bet-San se llama Escitópolis, y muchas otras ciudades que, o por voluntad de los romanos o de los vasallos aduladores, han tomado el nombre que el dominio o la adulación les han puesto. Y vosotros, individualmente, ¿pretendéis ser más que una ciudad, más que nuestros dominadores, más que Dios? No. Nada puede cambiar aquello que está destinado para salvación de todos. Yo sigo el camino derecho. Seguidme, si queréis entrar conmigo en el Reino eterno.

Hace ademán de retirarse. Pero los samaritanos se alborotan tanto, que los galileos reaccionan. Y contemporánea y presurosamente salen de la casa, al huerto y luego escaleras arriba hasta la terraza, los que estaban en la casa. Aparece en primer lugar, de detrás de Jesús, el rostro pálido y triste, angustiado de María. Y la Madre lo abraza, y lo estrecha entre sus brazos, como queriendo defenderlo de las injurias que suben de abajo:

-¡Nos has traicionado! ¡Te has refugiado entre nosotros haciéndonos creer que nos apreciabas y luego nos desprecias! ¡Seremos más despreciados todavía, por tu culpa!- y otras cosas similares.

Se acercan a Jesús también las discípulas, los apóstoles y, la última, asustada, María de Jacob. Los gritos que llegan de abajo explican los orígenes del alboroto, orígenes lejanos pero seguros:

-¿Por qué nos has mandado, entonces, a tus discípulos para decirnos que te estaban persiguiendo?

-No he enviado a nadie. Ahí están los de Siquem. Que den la cara, ¿qué les dije a ellos un día en la montaña?

-Es verdad. Nos dijo que, hasta que se instaure el tiempo nuevo para todos, sólo puede haber adoradores en el Templo. Maestro, créenos, nosotros no somos culpables, sino éstos, engañados por los falsos enviados tuyos.

-Lo sé. Pero ahora marchaos. A Siquem iré de todas formas. No tengo miedo de ninguno. Ahora marchaos para no perjudicar ni a los de vuestra sangre ni a vosotros mismos. ¿Veis allí que, bajando por camino, brillan al sol las corazas de los legionarios? Está claro que os han seguido a distancia, al ver tanta gente, y se han quedado en el bosque esperando. Vuestros gritos ahora los atraen hacia aquí. Marchaos, por vuestro bien.

Efectivamente, lejos, en el camino principal que se ve subir hacia los montes, el camino en que Jesús encontró al hambriento, se ve un brillo de luces que se mueven y avanzan. La gente se dispersa lentamente. Se quedan los de Efraím, los galileos, los discípulos.

-Marchaos también vosotros a vuestras casas, efraimitas. Y vosotros, los galileos, poneos en camino. ¡Obedeced a quien os ama!

También éstos se marchan. Se quedan sólo los discípulos. Y Jesús indica que los dejen pasar a la casa y al huerto. Pedro y los otros bajan a abrir.

Judas de Keriot no baja. ¡Se ríe! Se ríe mientras dice:

-¡Ahora verás cómo te van a odiar los "buenos samaritanos"! Para construir el Reino desparramas las piedras. Y las piedras de una construcción desparramadas se transforman en armas agresivas. ¡Los has despreciado! No olvidarán.

-Pues que me odien. No por miedo a su odio dejaré de cumplir mi deber. Ven, Madre. Vamos a decir a los discípulos antes de despedirlos lo que deben hacer - y, entre María y Lázaro, baja por la escalera y entra en la casa, donde están apiñados los discípulos que han concurrido en Efraím, y a éstos les imparte la orden de que se dispersen por todas partes para avisar a

todos los compañeros de que estén en Jericó para la neomenia de Nisán y de que lo esperen hasta su llegada; y a los habitantes de los lugares por donde pasen, de que Él deja Efraím y de que lo busquen en Jerusalén para la Pascua.

Luego los distribuye en grupos de a tres y confía el nuevo discípulo Samuel a Isaac, Hermas y Esteban. Éste último lo saluda así:

-La alegría de verte en la luz atenúa mi angustia de ver que todas las cosas se transforman en piedras contra el Maestro.

Hermas, sin embargo, lo saluda así: «

-Has dejado a un hombre por un Dios. Y Dios ahora está verdaderamente contigo.

Isaac, humilde y reservado, dice sólo:

-La paz sea contigo, hermano.

Ofrecidos pan y leche -los efraimitas han tenido el buen pensamiento de ofrecerlo-, también los discípulos parten. Por fin, hay paz

Pero, mientras se prepara el cordero, Jesús tiene todavía cosas que hacer: se acerca a Lázaro y le dice:

-Ven conmigo. Vamos por la orilla del torrente.

Lázaro obedece con su habitual prontitud.

Se alejan unos doscientos metros de la casa. Lázaro calla en espera de que Jesús hable. Y Jesús dice:

-Quería decirte esto: mi Madre está muy postrada. Ya lo ves tú mismo. Manda aquí a tus hermanas. Yo realmente voy a ir hasta Siquem con todos los apóstoles y las discípulas. Pero luego les voy a indicar que se adelanten hasta Betania mientras Yo me detengo un tiempo en Jericó. En Samaria... puedo tener la osadía de llevar conmigo algunas mujeres, pero no en otra parte...

-¡Maestro! ¿Verdaderamente temes que...? Si es así, ¿por qué me has resucitado?

-Para tener un amigo.

-¡¡Pues eso!! ¡Entonces aquí me tienes! Cualquier pena, para mí no es nada, si te puedo confortar con mi amistad.

-Lo sé. Por eso echo mano de ti como del más perfecto de los amigos, y seguiré haciéndolo.

-¿Tengo que ir verdaderamente donde Pilato?

¨Si lo consideras oportuno. Pero por Pedro, no por mí.

-Maestro, te tendré informado... ¿Cuándo vas a dejar este lugar?

-Dentro de ocho días. Apenas queda tiempo para ir a donde quiero y estar luego en tu casa antes de la Pascua. Cobrar nuevas fuerzas en Betania, el oasis de paz, antes de sumirme en el tumulto de Jerusalén.

-¿Ya sabes, Maestro, que el Sanedrín está bien decidido a crear las acusaciones, puesto que no las hay, para obligarte a marcharte para siempre? Esto lo he sabido por el Anciano Juan, al que encontré por casualidad en Tolemaida, contento por el nuevo hijo que le va a nacer de un momento a otro. Me dijo: "Me apena el que haya decidido esto el Sanedrín porque hubiera querido que el Maestro estuviera presente en la circuncisión de mi hijo, que espero que sea varón. Nacerá para primeros de Tammuz. Pero, para entonces, ¿estará todavía con nosotros el Maestro? Yo quisiera... para que bendijera al pequeño Emmanuel -y el nombre ya te puede decir cómo pienso- en e1 momento de su primer acto en el mundo. Porque mi hijo, ¡dichoso él!, no tendrá que luchar para creer, como hemos tenido que hacer nosotros. Crecerá en el tiempo mesiánico y le será fácil aceptar la idea". Juan ha alcanzado a creer que eres el Prometido.

-Y este uno sobre muchos me compensa de lo que los otros no hacen. Lázaro, vamos a despedirnos aquí, en paz. Y gracias por todo, amigo mío. Eres verdaderamente un amigo. Con diez como tú, hubiera sido incluso hasta dulce la vida entre tanto odio...

-Ahora tienes a tu Madre, mi Señor. Ella vale por diez y por cien Lázaros. Pero recuerda siempre que cualquier cosa que puedas necesitar -basta con que pueda- te la procuraré. Ordéname y yo seré tu siervo en todo. No seré sabio ni santo, como otros que te aman, pero otro más fiel que yo, si excluyes a Juan, no podrás encontrarlo. No creo ser soberbio diciendo esto. Y ahora que hemos hablado de ti, te voy a hablar de Síntica. La vi. Y la vi activa y sabia como sólo una griega que se ha hecho seguidora tuya puede serlo. Sufre por estar lejos. Pero dice que goza preparando tus caminos. Espera verte antes de morir.

-Ciertamente me verá. No defraudo las esperanzas de los justos.

-Tiene una pequeña escuela, a la que van muchas jóvenes procedentes de los más variados lugares. Y, al atardecer, está con alguna pobre niña de raza mixta y, por tanto, de ninguna religión; y las instruye sobre ti. Le dije: "¿Por qué no te haces prosélita? Te ayudaría mucho". Me respondió: "Porque no quiero dedicarme a los de Israel sino a los altares vacíos que esperan a un Dios. Los preparo para que reciban a mi Señor. Luego, establecido ya su Reino, iré a mi patria y, bajo el cielo de la Hélade, consumiré mi vida preparando los corazones de los maestros. Esto es lo que sueño. Pero sí muero antes por enfermedad o persecución, me iré igualmente feliz, porque será signo de que he cumplido mi trabajo y que Él llama a su presencia a su sierva que lo amó desde el primer encuentro"

-Es verdad. Síntica me ha amado realmente desde el primer encuentro.

-Quería mantenerle oculto lo apurado que te encuentras. Pero Antioquía resuena como una valva y en ella se oyen todas las voces del vasto imperio de Roma y, por tanto, también todo lo que aquí sucede. Síntica no ignora tus penas. Y aún más le duele el estar lejos. Quería darme dinero, que no acepté. Le dije que lo usara para sus niñas. Pero sí tomé un gorro tejido por ella con lino cendalí de dos cuerpos. Lo tiene tu Madre. Síntica ha querido escribir con el hilo tu historia y la suya y la de Juan de Endor. ¿Y sabes cómo? Tejiendo todo alrededor del cuadrado una guarnición en que está representado un cordero que está defendiendo de una manada de hienas a dos palomas, de las cuales una tiene las alas rotas y la otra tiene rota la cadena que la tenía atada. Y la historia se desarrolla, alternándose hasta que la paloma de las alas rotas emprende el vuelo, y la otra se hace cautiva, a los pies del cordero, voluntariamente. Parece una de esas historias que con el mármol hacen los escultores griegos en las cenefas de los templos o en las estelas de sus muertos, o que también los pintores pintan en las vasijas. Quería mandártelo con dependientes míos. Lo he cogido yo.

-Lo llevaré porque viene de una buena discípula. Vamos hacia la casa. ¿Cuándo tienes pensado salir?

-Mañana al alba. Para dejar descansar a los caballos. Luego no voy a hacer ningún alto en el camino hasta llegar a Jerusalén, e iré a ver a Pilato. Si puedo hablar con él, te mandaré sus respuestas con María.

Lentamente, entran de nuevo en casa hablando de cosas menores.

## 567

## Parábola de la tela desgarrada. Milagro a la mujer parturienta. Judas Iscariote, sorprendido robando, es censurado por Jesús.

Jesús está con las discípulas y los dos apóstoles en una de las primeras ondulaciones del monte situado a espaldas de Efraím. Juana no tiene consigo ni a los niños ni a Ester. Supongo que ya han sido enviados a Jerusalén acompañados de Jonatán. Están, pues, además de la Madre de Jesús, solamente María de Cleofás, María Salomé, Juana, Elisa, Nique y Susana. No están todavía las dos hermanas de Lázaro.

Elisa y Nique doblan unas túnicas que han sido lavadas en un arroyo que brilla abajo -o, quizás, las han traído del torrente- y luego han sido tendidas en este rellano soleado. Nique observa una, se la lleva a María de Cleofás y dice:

-También a ésta tu hijo le ha descosido el jaretón.

María de Alfeo toma la túnica y la pone con las otras que tiene al lado en la hierba.

Todas las discípulas están cosiendo, reparando los desperfectos producidos durante los varios meses en que los apóstoles han estado solos.

Elisa, que se acerca trayendo otras túnicas secas, dice:

-¡Se ve que desde hace tres meses no habéis tenido una mujer ducha con vosotros! No hay una túnica en condiciones, excepto la del Maestro, que, además, tiene sólo dos, la que lleva y la lavada hoy.

-Las ha dado todas. Parecía ansioso de quedarse sin nada. Va vestido de lino desde hace muchos días - dice Judas.

-Menos mal que tu Madre se ha ocupado de traerte otras nuevas. La teñida de púrpura es verdaderamente bonita. Lo necesitabas, Jesús, a pesar de que estés así muy bien, vestido de lino. ¡Pareces verdaderamente una azucena! - dice María de Alfeo.

-¡Una azucena muy alta, María! - dice Judas en tono satírico.

-Pero con una pureza que ciertamente tú no tienes, como tampoco tienes la de Juan. Tú también estás vestido de lino. ¡Pero créeme que no tienes aspecto de azucena! - rebate con franqueza María de Alfeo.

-Yo soy moreno de pelo y tez. Por eso soy distinto.

-No, no depende de eso. Es que tú el candor lo llevas puesto, y Él lo tiene dentro y transpira por su mirada, por su sonrisa, por sus palabras. ¡Ésa es la cosa! ¡Ah, qué bien se está aquí con mi Jesús!

Y buena María pone en la rodilla de Jesús una de sus manos deterioradas de mujer anciana y que ha trabajado. Y Jesús acaricia esta mano honesta.

María Salomé, que está examinando una túnica, exclama:

-¡Esto es peor que un desgarrón! ¡Hijo mío! ¿Pero quién te ha cerrado el agujero de esta manera? - y muestra escandalizada a sus compañeras una especie de... ombligo muy crespo que forma un anillo en relieve en la tela unido con unos puntajos que ciertamente a una mujer le causan horror. La extraña reparación es epicentro de unos fruncidos que, formando radios, se extienden por la espalda de la túnica.

Todos se ríen. El primero, Juan, que es el autor del recosido que explica:

-¡No podía estar con ese desgarrón, así que... lo cerré

-¡Ya lo veo! ¡Pobre de mí! ¡Ya lo veo! ¿Pero no podías pedir a María de Jacob que te lo arreglara?

-¡Pobre mujer, si está casi ciega! Y, además... lo malo era que no estaba desgarrado, sino que era un verdadero agujero. La túnica quedó pillada en el haz de leña que llevaba en el hombro, y, al descargarlo, el haz se llevó el trozo de túnica. ¡Y lo reparé así!

-Lo estropeaste así, hijo mío. Necesitaría...

Examina la túnica pero menea la cabeza, y dice:

-Pensaba quitar el jaretón, pero ya tiene...

-Se lo quité yo en Nob porque estaba roto en el pliegue. Pero lo que quité se lo di a tu hijo... - explica Elisa.

-Sí, pero lo usé para hacer los cordones para mi bolsa...

-¡Pobres hijos! ¿Qué necesario es que nos tengáis cerca a nosotras! - dice María Stma., a la par que cose una túnica no sé de quién.

-Pues sería necesario un trozo de tela. Mirad. Los puntos han terminado de romper toda la tela de alrededor, de modo que de un daño ya de por sí grande se ha creado uno irreparable; a menos que se pueda encontrar algo que sustituya al trozo que falta. En ese caso, aunque se vea... quedará pasable.

-Me has sugerido una parábola... - dice Jesús, y al mismo tiempo dice Judas: -Creo que en el fondo de la bolsa tengo un trozo de tela de ese color, que sobró de una túnica que estaba demasiado descolorida para poderla llevar y se la di a un hombre pequeño, mucho más bajo que yo; tanto, que tuvimos que cortar casi dos palmas. Si esperas, voy a buscártelo. Pero antes quisiera oír la parábola.

-Que Dios te bendiga. Pues escucha la parábola si quieres, mientras, pongo los cordones a esta de Santiago, que están completamente gastados.

-Habla, Maestro, y luego doy esta satisfacción a María Salomé.

-Hablo. Comparo con un trozo de tela el alma. Cuando es infundida es nueva, no tiene laceraciones; sólo la mancha original, y no presenta en su textura ninguna herida, ninguna otra mancha ni deterioro. Luego, con el tiempo y por acoger en sí una serie de vicios, se desmedra, llegando a veces a desgarrarse; por las imprudencias se mancha; por los desórdenes se lacera. Una vez lacerada, no se debe hacer un torpe remiendo, que sería origen de otros, más numerosos desgarrones, sino que hay que hacer un paciente y lento remiendo, perfecto, para anular lo más posible el daño creado. Y, si la tela está demasiado lacerada, es más: si está tan lacerada que ha perdido un trozo, no debe uno, con soberbia, pretender anular el daño por sí sólo, sino que debe ir a Aquel que se sabe que puede restituir nueva integridad al alma, porque nada le está vedado y todo lo puede. Estoy hablando de Dios, mi Padre, y de mí, que soy el Salvador. Pero el orgullo del hombre es tal, que cuanto mayor es el desperfecto de su alma más trata de arreglarlo de cualquier manera con remedios incompletos que lo que hacen es causar un daño cada vez mayor.

Me podréis objetar que un desgarrón siempre se verá. Esto lo ha dicho también Salomé. Sí, se verán siempre las heridas que un alma ha sufrido. Pero el alma acomete su batalla y, consecuentemente, recibe heridas. Muchos son, en efecto, los enemigos que tiene alrededor. Pero nadie, viendo a un hombre cubierto de cicatrices, señales de gloriosas heridas recibidas en la batalla por conseguir la victoria, puede decir: "Este hombre es inmundo". Dirán, más bien: "Éste es un héroe. Ahí están las señales purpúreas de su valor". Y nunca se verá que un soldado evite las curas avergonzándose de una gloriosa herida; antes al contrario, irá al médico y le dirá con santo orgullo: “Mira, he luchado y he vencido. No he mirado por mí. Ya lo ves. Ahora cierra mis heridas para estar preparado para otras batallas y victorias". Sin embargo, el que está llagado por enfermedades inmundas, causadas en él por vicios indignos, se avergüenza de sus llagas ante sus familiares y amigos, e incluso ante los médicos, y, a veces, es tan completamente necio, que las mantiene ocultas hasta que el hedor no las pone de manifiesto. Pero entonces es demasiado tarde para poner remedio.

Los humildes son siempre sinceros, y también son personas valientes, que no tienen motivo para avergonzarse de las heridas recibidas en la lucha. Los soberbios son siempre embusteros y cobardes; por su orgullo, por no querer ir a Aquel que puede curarlos y decirle: “Padre, he pecado. Pero, si Tú quieres, me puedes curar", llegan a la muerte. Muchas son las almas que por el orgullo de no tener que confesar una culpa inicial llegan a la muerte. Y entonces también para éstas es demasiado tarde. No reflexionan en que la misericordia divina es más fuerte y vasta que cualquier gangrena, por fuerte y vasta que ésta sea, y que todo lo puede curar. Pero ellas, las almas de los orgullosos, cuando se dan cuenta de que han despreciado todo género de salvación, caen en la desesperación, porque están sin Dios, y, diciendo: "Es demasiado tarde", se proporcionan la última muerte, la de la condenación.

-Puedes ir por tu tela, Judas...

-Voy por ella, pero esta parábola no me ha gustado. No la he entendido.

-¡Con lo clara que es! ¡La he entendido yo, que soy una pobre mujer!... - dice María Salomé.

-Pues yo no. Antes decías parábolas más bonitas. Ahora... las abejas... la tela... las ciudades que cambian de nombre... las almas barcas... Cosas tan pobres y tan confusas, que ya ni me gustan ni las entiendo... Pero voy por el trozo de tela porque, desde el punto de vista práctico, opino que es necesario, aunque también digo que seguirá siendo una túnica echada a perder - y Judas se levanta y se marcha.

María, a medida que iba hablando Judas, ha ido inclinando cada vez más su cabeza hacia su trabajo. Juana, por el contrario, la ha 1evantado y ha clavado en el imprudente sus ojos imperiosos y cargados de indignación. También Elisa ha alzado la cabeza, pero luego ha hecho lo mismo que María; y Nique también. Susana, estupefacta, ha abierto desmesuradamente sus grandes ojos y luego ha mirado en vez de al apóstol, a Jesús, como preguntándose por qué no reacciona. Ninguna ha hablado ni ha hecho gestos. Pero María Salomé y María de Alfeo, más llanas en sus modales, se han mirado, han meneado la cabeza y, en cuanto ha salido Judas, Salomé ha dicho:

-¡Es él el que tiene echada a perder la cabeza!

-Sí. Por eso no comprende nada. Y no sé si ni siquiera Tú vas a poder arreglársela. Si fuera así mi hijo, acabaría de rompérsela del todo. Sí, de la misma forma que se la habría formado para que fuera cabeza de justo, se la rompería. ¡Mejor tener desfigurada la cara que no el corazón! - dice María de Alfeo.

-Sé indulgente, María. No puedes comparar a tus hijos, que se han desarrollado en una familia honesta, en una ciudad como Nazaret, con este hombre - dice Jesús.

-Su madre es buena. Su padre he oído decir que no era un hombre malo - replica María de A1feo.

-Sí. Pero el orgullo no le faltaba en el corazón. Por eso alejó de la madre demasiado pronto al hijo, y contribuyó a desarrollar la herencia moral que él mismo había dado a su hijo mandándolo a Jerusalén. Es doloroso decirlo, pero el Templo no es un lugar donde el orgullo hereditario pueda disminuir... - dice Jesús.

-Ningún lugar de honor de Jerusalén es adecuado para hacer disminuir el orgullo o cualquier otro defecto - suspira Juana.

Y añade:

-Ni tampoco cualquier lugar de honor, bien sea en Jericó, bien en Cesárea de Filipo, o en Tiberíades o en la otra Cesárea... - y cose deprisa, inclinando más de lo necesario su cabeza hacia su trabajo.

-María de Lázaro es imperiosa, pero no tiene orgullo – observa Nique.

-Ahora. Pero antes era muy soberbia. Lo contrario de sus padres, que nunca lo fueron - responde Juana.

-¿Cuándo van a venir? - pregunta Salomé.

-Pronto, si dentro de tres días tenemos que partir.

-Vamos a trabajar deprisa, entonces. Casi no tenemos tiempo para terminar todo - exhorta María de Alfeo.

-Hemos tardado en venir por causa de Lázaro. Pero ha sido una cosa buena, porque así a María se le ha evitado mucha fatiga - dice Susana.

-¿Pero te sientes con fuerzas de recorrer tanto camino? ¡Es que estás tan pálida y cansada, María! - pregunta María de Alfeo poniendo la mano en el regazo de María y mirándola con preocupación.

-No estoy enferma, María. Puedo andar, por supuesto.

-Enferma, no; pero apenada, mucho, Madre. Yo daría todos los años que fueran, de mi vida, y abrazaría todos los dolores, con tal de verte de nuevo como te vi la primera vez - dice Juan, que la mira con compasión.

-Tu amor ya es medicina, Juan. Siento que se calma mi corazón al ver cómo amáis a mi Hijo. Porque no es otra la causa de mi sufrimiento; no es otra, sino el ver que no lo aman. Aquí, a su lado y en medio de vosotros, que sois tan fieles, renazco. Pero, claro... estos meses... sola en Nazaret... habiéndolo visto partir ya tan agobiado y perseguido.., y oyendo todas esas voces... ¡Oh, cuánto, cuánto dolor! Estando a su lado, veo, y digo: "A1 menos mi Jesús tiene a su Madre que lo consuele, que le diga palabras que cubran otras palabras", y veo también que no todo el amor ha muerto en Israel. Y siento paz, un poco de paz. No mucha... porque... - María ya no dice nada más. Agacha la cabeza -la había levantado para hablar con Juan- y ahora sólo se le ve la parte de arriba de la frente, que se enrojece por una emoción silenciosa. Luego dos lágrimas brillan en la túnica oscura que está cosiendo.

Jesús suspira. Se levanta de su sitio y va a sentarse a sus pies, delante. Ahí pone la cabeza sobre las rodillas de María, le besa la mano que tiene la tela y se queda luego así, como un niño que estuviera reposando. María quita la aguja de la tela para no herir a su Hijo y luego pone la mano derecha en la cabeza reclinada sobre sus rodillas. Alza la cara y mira al cielo, ciertamente orando, aunque no mueva los labios; todo su aspecto dice que está orando. Luego se inclina para besar a su Hijo en el pelo, junto a la sien que queda descubierta.

Las otras mujeres no hablan, hasta que Salomé dice:

-¿Pero cuánto tiempo tarda Judas? ¡Así va a ponerse el sol y no voy a ver bien! -Quizás alguien lo ha entretenido - responde Juan, y pregunta a su madre: -¿Quieres que vaya a meterle un poco deprima?

-Harías bien en hacerlo. Porque, si no ha encontrado el trozo de tela igual, te acorto las mangas... total, está acercándose el verano., para el otoño ya te prepararé otra túnica porque esta ya no está bien, y con el trozo que sobre te arreglaré esto. Para ir a pescar valdrá todavía. Porque está claro que después de Pentecostés volvéis a Galilea...

-Voy entonces - dice Juan, y, amable como siempre, pregunta a las otras mujeres:

-¿Tenéis túnicas ya arregladas que pueda llevar a nuestras casas? Si las tenéis, dádmelas. Así volveréis menos cargadas.

Las mujeres recogen todo lo que han arreglado ya y se lo dan a Juan, que se vuelve para marcharse, pero... se para inmediatamente al ver que viene deprisa hacia ellos María de Jacob.

La buena viejecita corre, renqueando, todo 1o deprisa que sus muchos años consienten, y grita a Juan:

-¿Está allí el Maestro?

-Sí, madre. ¿Qué quieres?

La mujer, mientras sigue corriendo, responde:

-Ada está mal, mal... y su marido quisiera llamar a Jesús para consolarla... Pero después de que esos samaritanos se han portado... tan mal, no se atreve... Yo he dicho: "No lo conoces todavía. Yo voy y no... me dirá que no" - La viejecita jadea por la carrera y la subida.

-Párate de correr. Voy contigo. Es más, me adelanto. Tú síguenos a paso tranquilo. Eres anciana, madre, para estas carreras - le dice Jesús. Y luego, a su Madre y a las discípulas:

-Me quedo en el pueblo. La paz a vosotras.

Toma a Juan de un brazo y baja con él rápidamente. La viejecita, cobrado nuevo aliento, le seguiría, después de haber respondido a las preguntas de las mujeres:

-¡Mmm! Sólo el Rabí la puede salvar. Si no, morirá como Raquel. Se está enfriando y está perdiendo las fuerzas y ya se retuerce de los espasmos del dolor.

Pero las mujeres la retienen diciéndole:

-¿Pero no habéis probado con ladrillos calientes debajo de los riñones?

-¡No! Mejor envolverla en paños de lana empapados de vino con aromas, lo más caliente que se pueda.

-A mí, para Santiago, me sentaron bien las fricciones de aceite y luego los ladrillos calientes.

-Hacedle beber mucho.

-Si pudiera estar en pie y dar unos pasos y, mientras tanto, una le friccionara mucho la parte de los riñones.

Las mujeres-madres, o sea, todas menos Nique y Susana, y María que no sufrió los dolores de todas las mujeres cuando dio a luz a su Hijo, aconsejan quién una cosa, quién otra.

-Todo. Han probado todo. Pero tiene demasiado fatigados los riñones. ¡Es el hijo número once! Bueno, ahora me marcho, que ya he cobrado el aliento. ¡Rezad por esa madre! Que el Altísimo la mantenga viva hasta que llegue donde ella el Rabí.

Y la pobre anciana sola y buena reanuda su trotecillo.

Jesús, entretanto, baja ligero hacia la ciudad, llena de calor de sol. Entra en ella por la parte opuesta a donde está situada su casa, o sea, entra por el noroeste de Efraím, mientras que la casa de María de Jacob está en el sureste. Anda ligero, sin detenerse a hablar con los que quisieran pararlo: los saluda y sigue.

Un hombre observa:

.Está inquieto con nosotros. Los de los otros lugares hicieron mal. Tiene razón.

-No. Va a casa de Yanoé. Se le está muriendo su mujer en el undécimo parto.

-¡Pobres hijos! ¿Y el Rabí va allí? Tres veces bueno. Ofendido, se muestra benéfico.

-¡Yanoé no lo ha ofendido! ¡Ninguno de nosotros lo ofendió!

-Pero en todo caso eran hombres de Samaria.

-El Rabí es justo y sabe distinguir. Vamos a ver el milagro.

-No podremos entrar, Es una mujer, y en el momento del parto.

-Pero oiremos llorar a la nueva criatura y será voz de milagro.

Corren para dar alcance a Jesús. Otros también se agregan para ver.

Jesús llega a la casa, desolada por la inminente desventura. Los diez hijos -1a mayor es una jovencita que llora rodeada por sus hermanitos más pequeños, que también lloran- están en un ángulo del pasillo, junto a la puerta abierta de par en par. Amigas del vecindario que van y vienen, susurros de voces, pisaduras de pies descalzos que corren sobre el enlosado.

Una mujer ve a Jesús y grita:

-¡Yanoé! ¡Espera! ¡Ha venido! - y corre con una ánfora humeante.

Viene inmediatamente un hombre. Se postra. Se limita a señalar a sus hijos y a decir estas palabras:

-Creo. Piedad. Por ellos.

-Levántate y ten ánimo. El Altísimo ayuda a quien tiene fe y compasión de sus hijos afligidos.

-¡Ven, Maestro! ¡Ven! Ya está negra, ahogada por las convulsiones. Casi no respira. ¡Ven!

El hombre, que ha perdido la cabeza y acaba de perderla del todo al oír el grito de una de las vecinas:

-¡Yanoé, corre! ¡Ada se muere! - empuja a Jesús, tira de Él, para que vaya enseguida, enseguida, a la habitación de la moribunda, sordo a las palabras de Jesús, que dice:

-¡Ve y ten fe!

Fe tiene el pobre hombre. Lo que le falta es la capacidad de comprender el sentido de esas palabras, el sentido celado, que es ya seguridad del milagro. Y Jesús, empujado y remolcado, sube la escalera para entrar en la habitación de arriba, donde está la mujer. Pero Jesús se detiene en el descansillo de la escalera, a unos tres metros de la puerta, abierta, que permite ver una cara exangüe, o, más bien, cárdena, ya estirada por la máscara de la agonía. Las vecinas ya no intentan nada. Han tapado a la mujer hasta el mentón y miran. Están petrificadas a la espera de la defunción.

Jesús extiende los brazos y grita:

-¡Quiero! - y se vuelve para marcharse.

El marido, las vecinas, los curiosos que se han congregado, se quedan desilusionados porque quizás esperaban que Jesús hiciera cosas más espectaculares, que el niño naciera instantáneamente. Pe-ro Jesús, abriéndose paso y mirándolos fijamente mientras pasa por delante de ellos, dice:

-No dudéis. Un poco de fe todavía. Un momento. La mujer debe pagar el amargo tributo del parto. Pero está salvada.

Y, dejándolos desconcertados, baja la escalera.

Pero, cuando está para salir a la calle, diciendo al pasar a los diez hijos amedrentados:

-¡No temáis! Vuestra mamá está fuera de peligro - (y al decirlo hace una caricia en las caritas asustadas), un fuerte grito retumba en la casa y se esparce hasta la calle, de donde llega en ese momento María de Jacob, la cual, creyendo que ese grito es presagio de muerte, grita a su vez:

-¡Misericordia!

-¡No temas, María! ¡Ve deprisa! Verás nacer al pequeño. Le han vuelto las fuerzas y los dolores. Pero dentro de poco habrá alegría.

Se marcha con Juan. Ninguno lo sigue porque todos quieren ver si se cumple el milagro. Es más, otros se dirigen presurosos hacia la casa, porque se ha esparcido la noticia de que el Rabí ha ido a salvar a Ada. Y así Jesús, metiéndose por una callecita secundaria, puede ir sin obstáculos hacia una casa, en la cual entra llamando:

-¡Judas ¡Judas!

Nadie responde.

-Ya ha subido, Maestro. Podemos ir también nosotros a casa. Pongo aquí las túnicas de Judas, Simón y tu hermano Santiago; luego dejaré las de Simón Pedro, Andrés, Tomás y Felipe, en casa de Ana.

Así hacen efectivamente, y comprendo que, para dejar sitio libre a las discípulas, los apóstoles se han distribuido por otras casas; si no todos, al menos una parte de ellos.

Liberados ya de esos indumentos, van hablando hacia la casa de María de Jacob, y entran por la puertecita del huerto, que está simplemente entornada. La casa está silenciosa y vacía. Juan ve puesta en el suelo un ánfora llena de agua, y quizás piensa que la ha puesto ahí la viejecita antes de que la llamaran para asistir a la mujer; la agarra y se dirige hacia una habitación cerrada. Jesús se retrasa en el pasillo para quitarse el manto y doblarlo con el consabido cuidado antes de ponerlo en el arquibanco del pasillo.

Juan abre la puerta. Emite un « ¡ah!» casi de terror. Deja caer el ánfora y se tapa los ojos con las manos, plegándose como para hacerse pequeño, para anularse, para no ver. De la habitación proviene un ruido de monedas que se esparcen por el suelo tintineando.

Jesús está ya en la puerta. He tenido más tiempo yo para describir que Él para llegar. Aparta con ímpetu a Juan, que gime: « ¡Fuera! ¡Márchate!». Abre de par en par la puerta, que estaba entornada. Entra.

Es la habitación donde comen, ahora que están las mujeres. En ella hay dos viejas arcas herradas. Delante de una de ellas, concretamente la que está enfrente de la puerta, está Judas, lívido, con los ojos llenos de ira y de temor al mismo tiempo, con una bolsa en las manos... El arca está abierta... En el suelo hay monedas. Otras se están cayendo todavía, saliendo de la bolsa que está en el borde del arca, abierta su boca y medio echada. Todo testifica, de manera indubitada, lo que estaba sucediendo. Judas ha entrado en casa, ha abierto el arca y ha robado, estaba robando.

Ninguno dice nada. Ninguno se mueve. Pero es peor que si todos gritaran o arremetieran el uno contra el otro. Tres estatuas: Judas, demonio; Jesús, el Juez; Juan, el hombre aterrorizado por la revelación de la bajeza de su compañero.

La mano de Judas, que sujeta la bolsa, tiembla, de forma que las monedas que contiene tintinean amortiguadamente.

Juan tiembla. Tiembla todo él. Y, aunque se haya quedado apretando la boca con las manos, sus dientes castañean. Sus ojos asustados miran a Jesús más que a Judas.

Jesús no tiembla en absoluto. Está bien derecho, glacial incluso, glacial, de tan rígido como está. Y da un paso, hace un gesto, dice una palabra: un paso hacia Judas; un gesto, indicando a Juan que se retire; una palabra: «

-¡Márchate!

Pero Juan siente miedo y gime:

-¡No! ¡No! ¡No me digas que me marche! Déjame estar aquí. No diré nada... pero déjame estar aquí contigo.

-¡Márchate! ¡No temas! Cierra todas las puertas... y, si viene alguien... quienquiera que sea... aunque fuera mi Madre... no dejes que vengan aquí. Ve. ¡Obedece!

-¡Señor!...

Juan se muestra tan suplicante y está tan abatido que parece como si fuera el culpable.

-Vete, te digo. No sucederá nada. Vete - y Jesús mitiga la orden poniendo la mano en la cabeza del Predilecto con un gesto de caricia. Y veo que esa mano ahora tiembla. Y Juan la siente temblar y la toma y la besa con un sollozo que dice mucho. Sale.

Jesús cierra la puerta con cerrojo. Se vuelve de nuevo para mirar a Judas, que debe sentirse muy apabullado si, siendo tan osado como es, no se atreve a decir una palabra ni a hacer un gesto. Jesús rodeando la mesa que está en el centro de la habitación, va directamente a ponerse enfrente de él. No sé decir si va rápido o lento. Estoy demasiado asustada de su cara como para poder medir el tiempo. Veo sus ojos y, como Juan, tengo miedo. El mismo Judas tiene miedo, retrocede y se mete entre el arca y una ventana que está completamente abierta y cuya luz, roja por el ocaso, incide toda sobre Jesús.

¡Qué ojos tiene Jesús! No dice ni una palabra. Pero cuando ve que del cinturón de la túnica de Judas sobresale una especie de ganzúa reacciona terriblemente. Alza el brazo con el puño cerrado como para golpear al ladrón, y su boca empieza la palabra: « ¡Maldito!» o « ¡Maldición!». Pero se sobrepone. Detiene el brazo que ya estaba descendiendo y corta la palabra en las tres primeras letras. Se limita, con un esfuerzo de dominio que le hace temblar por entero, a abrir el puño cerrado, a bajar, hasta la altura de la bolsa que Judas tiene en la mano, el brazo alzado y a arrebatar la bolsa y arrojarla al suelo. Y, mientras pisotea la bolsa y las monedas y las disemina con un furor contenido pero terrible, dice:

-¡Fuera! ¡Inmundicia de Satanás! ¡Oro maldito! ¡Esputo del Infierno! ¡Veneno de la serpiente! ¡Fuera!

Judas, que ha emitido un grito estrangulado cuando ha visto a Jesús ya casi maldiciéndolo, ahora ya no reacciona. Pero al otro lado de la puerta cerrada otro grito resuena cuando Jesús tira contra el suelo la bolsa, y este grito de Juan exaspera al ladrón. Lo pone furioso. Casi se arroja contra Jesús. Grita:

-¡Me has puesto un espía para desacreditarme! ¡Un espía que es un muchacho ignorante que no sabe ni siquiera guardar silencio, que me desacreditará ante todos! Es lo que Tú querías. De todas maneras... ¡Sí! Yo también lo quiero. ¡Esto quiero! Ponerte en la tesitura de echarme, de maldecirme. ¡Moverte a maldecirme! ¡A maldecirme! Todo lo he intentado para que me echaras.

Está ronco de ira y feo como un demonio. Jadea como si tuviera algo que lo estrangulara.

Jesús le repite, terrible aunque con voz contenida:

-¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón - y termina: «Hoy ladrón. Mañana asesino. Como Barrabás. Peor que él.

Le musita esa palabra en la cara, porque ahora están cercanísimos, a cada frase del otro.

Judas, recobrado el aliento, responde:

-Sí. Ladrón. Y por culpa tuya. Todo el mal que hago es por culpa tuya, y Tú no te cansas nunca de destruirme. Salvas a todos. Das amor y honores a todos. Acoges a los pecadores, no te dan asco las prostitutas, tratas amistosamente a los ladrones y a los usureros y alcahuetes de Zaqueo, acoges como si fuera el Mesías al espía del Templo. ¡Qué necio eres! Y haces jefe nuestro a un ignorante, tesorero a un cobrador de tributos, confidente tuyo a un necio. Y a mí me mides la mota, no me dejas una moneda, me tienes a tu lado como los galeotes están amarrados al banco del remo, no quieres ni siquiera que nosotros... digo nosotros, pero soy yo, yo sólo, el que no debe aceptar dádivas de los peregrinos. Es para que no toque el dinero, por lo que has ordenado que no aceptáramos dinero de nadie. Porque me odias. Pues bien, *¡también yo te odio!* Hace un momento, no has sabido golpearme ni maldecirme. Tu maldición me habría reducido a cenizas. ¿Por qué no la has proferido? Hubiera preferido tu maldición antes que verte tan inepto, tan enervado... un hombre acabado, derrotado...

-¡Calla!

-¡No! ¿Tienes miedo de que Juan oiga? ¿Tienes miedo de que él por fin comprenda quién eres y te deje? ¡Ah, tienes este miedo, Tú que te haces el héroe! ¡Claro que lo tienes! ¡Y tienes miedo de mí! ¡Tienes miedo! Por eso no me has sabido maldecir. Por eso finges que me estimas, cuando en realidad me odias. ¡Para halagarme! Para tenerme calmo. ¡Tú sabes que soy una fuerza! Sabes *que soy la fuerza,* la fuerza que te odia y te vencerá. Te he prometido que te seguiré hasta la muerte ofreciéndote *todo, y todo* te lo he ofrecido, y estaré junto a ti hasta tu hora y la mía. ¡Magnífico rey que no sabe maldecir ni arrojar a uno de su presencia! ¡Rey-nube! ¡Rey ídolo! ¡Rey necio! ¡Embustero! Traidor de tu propio destino. Siempre me has despreciado, desde nuestro primer encuentro. No has correspondido conmigo. Te creías sabio. Eres un obtuso. Yo te enseñaba el camino adecuado. Pero Tú... ¡Oh, Tú eres el puro! Eres la criatura que es hombre pero que es Dios, y desprecias los consejos del Inteligente. Te equivocaste desde el primer momento y sigues equivocándote. *Tú...* Tú eres... ¡Aj!

El río de palabras cesa de repente, y a tanto clamor le sigue un silencio lúgubre; a tantos gestos, una lúgubre inmovilidad. Porque mientras escribía sin poder decir lo que sucedía, Judas, encorvado, semejante, sí, verdaderamente semejante aun perro furioso que acechara a su presa y se aproximara a ella preparado para saltar, se ha ido acercando cada vez más a Jesús, con una cara que no se podía mirar, con las manos torcidas, los codos apretados contra el cuerpo, verdaderamente como si estuviera para saltar sobre Jesús, el cual no ha dado muestras del más mínimo miedo, y se ha movido, volviéndole incluso las espaldas -Judas hubiera podido saltar sobre Él y agarrarlo por el cuello, pero que no lo ha hecho- para abrir la puerta

y mirar en el pasillo si Juan se había ido realmente. El pasillo estaba vacío y semioscuro, pues Juan había salido por la puerta que da al huerto y la había cerrado. Jesús, entonces, ha vuelto a cerrar con cerrojo y se ha puesto contra la puerta, esperando, sin un gesto ni una palabra, a que la furia cesara.

Yo no soy competente en la materia, pero creo que no me equivoco si digo que por la boca de Judas ha hablado Satanás en persona; si digo que éste es un momento de evidente posesión de Satanás en el apóstol pervertido, ya en el umbral del Delito, ya condenado por propia voluntad. La misma manera de cesar el río de palabras, dejando como aturdido al apóstol, me recuerda otras escenas de posesión vistas en los tres años de vida pública de Jesús.

Jesús, apoyado en la puerta, todo blanco contra la madera oscura, no hace el más mínimo gesto. Solamente mira al apóstol con sus potentes ojos de dolor y fervor. Si se pudiera decir que los ojos oran, yo diría que los ojos de Jesús oran mientras mira a este desdichado. Porque no es sólo dominio lo que emana de esos ojos tan afligidos, sino que es también fervor de oración. Luego, hacia el final de las palabras de Judas, Jesús abre los brazos que tenía pegados a los costados, pero no los abre ni para tocar a Judas ni para hacer un gesto hacia él o levantarlos hacia el cielo. Los abre horizontalmente, tomando la postura del Crucificado, ahí, contra la madera oscura y la pared rojiza. Es en ese momento cuando en la boca de Judas se hacen más lentas las últimas palabras y se oye ese « ¡Aj!» que las trunca.

Jesús se queda como está, con los brazos abiertos. Sigue mirando al apóstol con esos ojos de dolor y oración. Y Judas, como uno que saliera de un estado de delirio, se pasa la mano por la frente, por la cara sudada... piensa, recuerda y, rememorando todo, cae al suelo, no sé si llorando o no. Lo cierto es que se derrumba como si le faltaran las fuerzas.

Jesús baja la mirada y los brazos, y con voz baja pero clara dice:

-¿Y entonces? ¿Te odio? Podría golpearte con mi pie, aplastarte llamándote "gusano"; podría maldecirte, de la misma manera que te he librado de la fuerza que te hace delirar. Has pensado que es debilidad mi imposibilidad de maldecirte. ¡No es debilidad! Es que Yo soy el Salvador, y el Salvador no puede maldecir; puede salvar, quiere salvar... Tú has dicho: "Yo soy la fuerza, la fuerza que te odia y te vencerá". Yo también soy la Fuerza; es más, soy *la única Fuerza.* Pero mi fuerza no es odio, es amor. Y el amor no odia ni maldice, nunca. La Fuerza podría incluso vencer las batallas en particular, como ésta entre Yo y tú, entre Yo y Satanás, que está en ti, y arrebatarte de las manos de tu amo, para siempre, como he hecho ahora adquiriendo la semblanza del signo que salva, de la Tau *(Tau, letra del alfabeto griego en forma de cruz, es el signo de los salvados indicado en Ezequiel 9, 4-6)* que Lucifer no puede ver. Podría vencer incluso estas batallas en particular, como vencerá la próxima batalla contra Israel incrédulo y asesino, contra e1 mundo y Satanás, derrotado por la Redención. Podría vencer incluso estas batallas en particular, como vencerá la última, lejana para quien cuenta por siglos, cercana para quien mide el tiempo con la medida de la eternidad.

¿Pero qué beneficio, de violar las reglas perfectas del Padre mío? ¿Será justicia? ¿Habría mérito? No. No sería justicia ni habría mérito. No sería justicia, respecto a los otros hombres culpables, a los cuales no se les quita la libertad de serlo, y los cuales podrían, en el último día, preguntarme el porqué de la condena y echarme en cara la parcialidad usada sólo contigo. Serán diez, cien mil, setenta veces diez, cien mil los que cometan tus mismos pecados y vendrán a ser poseídos por el demonio por voluntad propia, y serán ofensores de Dios, torturadores de su padre y madre, asesinos, ladrones, embusteros, adúlteros, lujuriosos, sacrílegos y, finalmente, deicidas, matando a Cristo: materialmente, en un día cercano; espiritualmente, en sus corazones, en los tiempos futuros. Y todos podrían decirme, cuando venga a separar a los corderos de los cabros, a bendecir a los primeros y a maldecir, entonces sí, *a maldecir a los segundos* -a maldecir porque entonces ya no habrá redención, sino gloria o condena, a maldecirlos después de haberlos maldecido ya en particular en muerte primera y en el juicio individual; porque el hombre, tú lo sabes porque me lo has oído decir muchísimas veces, porque el hombre
puede salvarse mientras dura la vida, en el momento incluso de los últimos estertores; basta un instante, una milésima de minuto para que todo quede dicho entre el alma y Dios, para pedir perdón y obtener la absolución...-; todos, decía, todos estos condenados podrían decirme: "¿Por qué a nosotros no nos ligaste al Bien como hiciste con Judas?". Y tendrían razón.

Porque todo hombre nace con las mismas cosas naturales y sobrenaturales: un cuerpo, un alma. Y mientras el cuerpo, siendo generado por hombres, puede ser más o menos fuerte y sano desde el nacimiento, el alma, creada por Dios, es para todos igual y está dotada de las mismas propiedades, de los mismos dones recibidos de Dios. Entre el alma de Juan -me refiero al Bautista- y la tuya no había diferencia *cuando fueron infundidas en la carne.* Y, no obstante, te digo que, aun cuando la Gracia no lo hubiera presantificado para que el Heraldo de Cristo no tuviera mancha alguna (como sería propio de *todos los* que me predican, al menos en lo que se refiere a los pecados actuales), su alma habría venido a ser muy distinta de la tuya. O mejor: la tuya *habría venido a ser* distinta de la suya. Porque él habría conservado a su alma en la frescura propia de los no culpables, es más, la habría ido adornando cada vez más de justicia, secundando la voluntad de Dios, que desea que seáis justos, desarrollando con una perfección cada vez más heroica, los dones gratuitos recibidos. Tú, sin embargo... has devastado tu alma y has desbaratado los dones que Dios le había dado. ¿Qué has hecho de tu libertad de arbitrio? ¿Qué has hecho de tu intelecto? ¿Has conservado en tu espíritu la libertad que tenía? ¿Has usado la inteligencia de tu mente con inteligencia? No. Tú, tú que no quieres obedecerme a mí – no digo sólo a mí como Hombre, sino tampoco a mí como Dios-, has obedecido a Satanás. Has usado la inteligencia de tu mente y la libertad de tu espíritu para comprender las Tinieblas. Voluntariamente. Han sido puestos ante ti el Bien y el Mal. Has elegido el Mal. Es más, ha sido puesto ante ti sólo el Bien: Yo. Tu Eterno Creador, que ha seguido la evolución de tu alma -es más: que conocía esta evolución porque nada de cuanto palpita desde que el Tiempo existe ignora el Eterno Pensamiento-, te ha puesto delante el Bien, sólo Bien, porque sabe que eres más débil que una alga de reguera.

Tú me has gritado que te odio. Ahora bien, siendo Yo Uno con Padre y el Amor, Uno tanto aquí como en el Cielo - porque, si en Mí se hallan las dos Naturalezas, y Cristo, por su naturaleza humana y mientras la victoria no lo libere de las limitaciones humanas, está en Efraím y no puede estar en otro lugar en este instante; como Dios, *Verbo de* Dios, estoy tanto en el Cielo como en la Tierra, siendo siempre omnipresente y omnipotente mi Divinidad-, siendo Yo Uno con el Padre y el Espíritu Santo, la acusación que has hecho contra mí la has *hecho contra Dios Uno y Trino.* Contra Dios Padre, que *por amor te h*a creado;

contra Dios Hijo, que *por amor* se ha encarnado para salvarte; contra Dios Espíritu, que *por amor* te ha hablado tantas veces para darte buenos deseos. Contra este Dios Uno y Trino, que tanto te ha amado, que te ha traído a mi camino, haciéndote ciego para el mundo para darte tiempo de verme a mí; sordo para el mundo para darte la manera de oírme a mí. ¡Y tú!... ¡Y tú!... Después de haberme visto y oído, después de haber venido libremente al Bien, sintiendo con tu intelecto que *ése era el único camino de la verdadera gloria,* has rechazado el Bien y te has entregado *libremente* al Mal. ¿Podrás, entonces, tú que con tu libre arbitrio has querido esto, tú que has rechazado cada vez más bruscamente mi mano, que se te ofrecía para sacarte del remolino, tú que te has alejado cada vez más del puerto para sumirte en el enfurecido mar de las pasiones, del Mal, podrás decirme a mí y a Aquel de quien procedo y a Aquel que me ha formado como Hombre para intentar tu salvación, podrás decirnos que te hemos odiado?

Me has acusado de que quiero tu mal... También el niño enfermo acusa al médico y a su madre por las amargas medicinas que le hace beber y por las cosas que él desea y que, por su bien, le niegan. ¿Tan ciego y demente te ha vuelto Satanás, que no comprendes ya la verdadera naturaleza de las medidas que he tomado contigo; tan ciego y demente, que has llegado a tachar de malevolencia, de deseos de hundirte, lo que en realidad es cuidado próvido de tu Maestro, de tu Salvador, de tu Amigo para curarte? Te he tenido a mi lado... Te he quitado de las manos el dinero. Te he impedido que toques ese maldito metal que te enloquece... ¿Pero es que no sabes, es que no sientes que ese metal es como esos brebajes mágicos que despiertan una sed inapagable, que introducen en la sangre un ardor, un frenesí que conducen a la muerte? Tú -leo tu pensamiento- me censuras así: "¿Y entonces por qué durante tanto tiempo me has dejado ser el que administraba el dinero?". ¿Por qué? Porque si te hubiera impedido antes tocarlo, te habrías vendido antes y habrías robado antes. De todas formas, te has vendido, porque poco podías robar... Pero Yo debía tratar de impedirlo sin violentar tu libertad. El oro es tu ruina. Por el oro te has hecho lujurioso y traidor...

-¡Ah, entonces has creído a Samuel! Yo no soy...

Jesús, que había ido adquiriendo un tono más vivo, pero sin asumir en ningún momento matices de violencia o castigo, de improviso emite un grito imperioso, yo diría colérico. Asaetea con sus miradas rostro de Judas, que lo había alzado para decir esas palabras, e impone un « ¡Calla!» que parece el estallido de un rayo. Judas se apoya de nuevo en los calcañares y ya no abre la boca.

Es un momento de silencio en que Jesús, con visible esfuerzo, recompone su humanidad con una compostura, con un dominio tan poderoso, que por sí solo testifica lo divino que hay en Él. Continúa hablando con su voz habitual, cálida, dulce incluso cuando es severa, persuasiva, conquistadora... Sólo los demonios pueden oponer resistencia a esa voz.

-No necesito que hable Samuel, o quien sea, para conocer tus acciones. ¡Oh, desdichado! ¿Pero sabes ante quién estás? ¡Es verdad! Dices que ya no comprendes mis parábolas. No comprendes ya mis palabras. ¡Pobre infeliz! Ya no te comprendes ni a ti mismo. Ya no comprendes ni siquiera el bien y el mal. Satanás, al cual te has entregado de muchas maneras, Satanás, al que has secundado en todas las tentaciones que te presentaba, te ha hecho estúpido. ¡Pero antes me comprendías! ¡Creías que era quien soy! Y este recuerdo no está apagado en ti. ¿Y puedes creer que el Hijo de Dios necesite, que Dios necesite las palabras de un hombre para conocer el pensamiento y las acciones de otro hombre? No estás todavía tan pervertido, que no creas que soy Dios, y en esto está tu mayor culpa. Porque el miedo que sientes de mi ira demuestra que crees que soy Dios. Sientes que no luchas contra un hombre, sino contra Dios mismo, y tienes miedo. Tienes miedo porque -Caín- no puedes ver a Dios ni pensar en Él sino como Vengador de sí mismo y de los inocentes. Tienes miedo de que te suceda lo que a Coré, Datán y Abirón y a sus seguidores. *(Coré, Datán y Abirón, cuya rebelión y sus consecuencias están narradas en Números 16 y evocadas en: Levítico 10, 1-3, Salmo 106, 16-18 y Eclesiástico 45, 18-20)* Y, a pesar de todo, sabiendo quién soy Yo, luchas contra mí. Debería decirte: "¡Maldito!". Pero no sería ya el Salvador...

Querrías que te expulsara. Haces de todo, dices de todo, para conseguirlo. Esta razón no justifica tus acciones. Porque no hay necesidad de pecar para separarse de mí. Lo puedes hacer, te lo digo. Te lo tengo dicho desde Nob, cuando me volviste, una mañana pura, sucio de mentiras y lascivia, como si hubieras salido del infierno para caer en el cieno de los puercos o en la cama de monos libidinosos, y Yo tuve que hacer un esfuerzo sobre mí mismo para no alejarte con la punta de mi sandalia como se hace con un trapajo asqueroso, para frenar la náusea que me revolvía no sólo el espíritu sino también las vísceras. Siempre te lo he dicho. Incluso antes de aceptarte. Y antes de venir aquí. En ese momento, precisamente para ti, para ti solo hablé. Pero tú siempre has querido quedarte. Para perdición tuya ¡Tú! ¡Mi mayor dolor!

Pero, claro, tú piensas y dices, primer hereje de muchos que vendrán, que estoy por encima del dolor. No. Sólo estoy por encima del pecado, sólo por encima de la ignorancia: de aquél, porque soy Dios; de ésta, porque no puede haber ignorancia en el alma que no está lesionada por la Culpa original. Pero Yo te hablo como Hombre, como el Hombre, como el Adán Redentor que ha venido a expiar la Culpa del Adán pecador y a mostrar lo que habría sido el hombre si hubiera permanecido como fue creado: *inocente.* ¡Entre los dones de Dios a Adán no se contaban -dado que la unión con Dios infundía las luces del Padre omnipotente en el hijo bendito- una inteligencia sin taras y una ciencia grandísima? Yo, nuevo Adán, estoy por encima del pecado *por voluntad mía propia...*

Un día de un tiempo ya lejano, te asombraste de que Yo hubiera sido tentado, y me preguntaste si no había cedido nunca. ¿Lo recuerdas? Y Yo te respondí. Sí. Como podía responderte... porque ya entonces eras un hombre tan menoscabado, que era inútil abrir ante tus ojos las perlas preciosísimas de las virtudes del Cristo. No habrías comprendido su valor y... las habrías tomado por... piedras, debido a sus medidas excepcionales. También en el desierto te respondí, repitiendo las palabras, el sentido de las palabras que te había dicho en aquel anochecer yendo hacia el Getsemaní.

Si hubiera sido Juan, o Simón el Zelote, quienes me hubieran hecho esa pregunta, habría respondido de otra manera, porque Juan es hombre puro y no la habría hecho con la malicia con que tú, estando lleno de malicia, la hiciste..., y porque Simón es un anciano sabio y aun no ignorando la vida como la ignora Juan, ha alcanzado esa sabiduría que sabe contemplar todos los episodios sin sufrir turbación en el yo. Pero ellos no me preguntaron si había cedido alguna vez a las tentaciones, a la

tentación más común, *a esa tentación.* Porque en la pureza inmaculada del primero no hay recuerdos de lujuria y en la mente meditativa del segundo hay mucha luz para ver resplandecer en mí la pureza.

Tú preguntaste... Y Yo te respondí. Como podía hacerlo. Con esa prudencia que no debe nunca separarse de la sinceridad, santas la una y la otra ante los ojos de Dios. Esa prudencia que es como el ternario velo extendido entre el Santo y el pueblo, corrido para celar el secreto del Rey. Esa prudencia que regula las palabras según la persona que las escucha, según la capacidad intelectiva para comprender, según la pureza espiritual y justicia de esta persona. Porque hay verdades que en los oídos de los impuros se hacen objeto de risa, no de veneración...

No sé si recuerdas todas aquellas palabras. Yo sí las recuerdo. Y te las repito aquí, en esta hora en que Yo y tú, ambos, estamos en la orilla del Abismo. Porque... no, esto no hace falta decirlo. Yo, como respuesta al "por qué" que mi primera explicación no te había satisfecho, dije en el desierto: "El Maestro nunca se ha sentido superior al hombre por ser “el Mesías”; antes bien, sabiéndose Hombre, ha querido serlo en todo menos en el pecado. Para ser maestro hay que haber sido escolar. Mi inteligencia divina podía hacerme comprender por poder intelectivo e intelectualmente las luchas del hombre. Pero un día algún pobre amigo mío hubiera podido decir: “No sabes lo que quiere decir ser hombre y tener sentidos y pasiones”. Habría sido un reproche justo. He venido aquí para prepararme no sólo para la misión, sino también para la tentación. Tentación satánica. Porque el hombre no habría podido tener poder sobre mí. Satanás ha venido cuando ha cesado mi unión solitaria con Dios y he sentido que era el Hombre con una *verdadera* carne sujeta a las debilidades de la carne: hambre, cansancio, sed, frío. He sentido la materia con sus exigencias, lo moral con sus pasiones. Y si, por mi voluntad, he doblegado en su origen todas las pasiones no buenas, he dejado, en cambio que crecieran las santas pasiones".

¿Recuerdas estas palabras? Y también dije -esto a ti sólo-la primera vez: "La vida es un don santo, por lo que hay que amarla santamente. La vida es medio que sirve para el fin, que es la eternidad". Dije: "Démosle, entonces, a la vida aquello que necesita para mantenerse y servir al espíritu en su conquista: continencia de la carne en sus apetitos, continencia de la mente en sus deseos, continencia del corazón en todas las pasiones que tienen sabor humano, impulso ilimitado en orden a las pasiones que son del Cielo: amor a Dios y al prójimo, voluntad de servir a Dios y al prójimo, obediencia a la voz de Dios, heroísmo en el bien y en la virtud".

Y en aquella ocasión me dijiste que Yo podía hacer eso porque era santo, pero que tú no podías porque eras un hombre joven, lleno de vitalidad. ¡Como si ser joven y sentirse vigoroso fuera un atenuante para el vicio! ¡Como si sólo los viejos o los enfermos, por edad o debilidad impotentes para lo que tú -abrasado como estás de lujuria- pensabas, estuvieran libres de las tentaciones de la carne! Hubiera podido rebatirte muchas cosas en aquel momento, pero no estabas en condiciones de comprenderlas. Tampoco ahora lo estás, pero al menos ahora no puedes sonreír con tu sonrisa incrédula si te digo que el hombre sano, si por sí mismo no acoge las seducciones demonio y de la carne, puede ser casto.

Castidad es afecto espiritual, es movimiento que se refleja en la carne penetrándola toda, elevándola, perfumándola, preservándola. En quien está saturado de castidad no hay sitio para otros movimientos menos buenos. En él no entra la corrupción. No hay sitio para ella. ¡Y, además, la corrupción no entra de afuera! No es un movimiento de penetración desde fuera hacia dentro. Es un movimiento desde dentro, desde el corazón, desde la mente, sale hacia la cobertura externa, hacia la carne, y la penetra y la empapa. Por eso Yo he dicho que lo que corrompe sale del corazón. Todo adulterio, toda lujuria, todo pecado sensual vienen de una maquinación de la mente que, corrompida, viste de estimulante aspecto todo lo que ve. Esos pecados no se originan en lo externo. Todos los hombres tienen ojos para ver. ¿Por qué sucede, entonces, que una mujer que deja indiferentes a diez, que la miran como a una criatura semejante a ellos, que incluso la ven como una hermosa obra de la Creación, sin sentir por ello que surjan estímulos y fantasmas obscenos, esa mujer turba, en cambio, al undécimo hombre y lo lleva a indignas concupiscencias? Pues sucede porque ese undécimo tiene el corazón y la mente corrompidos, y donde diez ven a una hermana él ve a una hembra.

Aun no diciéndote esto entonces, te dije que Yo había venido precisamente para los hombres, no para los ángeles. He venido para devolver a los hombres su realeza de hijos de Dios, enseñándoles a vivir como dioses. En Dios no hay lujuria, Judas. Pero Yo os he querido mostrar que también el hombre puede estar exento de lujuria; y os he querido mostrar que se puede vivir como Yo enseño. Para mostraros esto he debido tomar una carne *verdadera,* para poder padecer las tentaciones del hombre y decirle al hombre, después de haberlo instruido: "Haced como Yo".

Y tú me preguntaste si, tentado, pequé. ¿Lo recuerdas? Y Yo, viendo que no podías comprender que hubiera sido tentado y no hubiera caído (pues que te parecía inadecuada la tentación para el Verbo e imposible el no pecar para el Hombre), pues te respondí que todos pueden ser tentados, pero que pecadores son sólo aquellos que quieren serlo. Tu estupor fue grande, un estupor incrédulo. *(María Valtorta explica con la siguiente nota en una copia mecanografiada: “Como Adán, inocente y lleno de Gracia, fue tentado, también Jesús, segundo Adán, Inocente y, como Hombre, lleno de Gracia, fue igualmente tentado, y por el propio Tentador. Pero el segundo Adán no cedió a la tentación. Y no se diga que así fue por "ser Dios". ¡Aun siendo Dios, por tanto eterno e impasible, murió en una cruz! Y murió en ella porque era verdadero Hombre. Como verdadero Hombre fue, pues, también tentado, pero, no queriendo pecar, no pecó)* Tanto fue así, que insististe: "¿Has pecado alguna vez?". Entonces podías ser incrédulo. Nos conocíamos desde hacía poco. Palestina está llena de rabíes en los que la doctrina que enseñan es la antítesis de la vida que llevan. Pero ahora tú sabes que Yo no he pecado, que no peco. Sabes que la tentación, aun la más violenta, dirigida contra el hombre sano, viril, que vive en medio de los hombres, rodeado de los hombres y de Satanás, no me turba hasta el pecado. Antes al contrario, toda tentación, a pesar de que el hecho de rechazarla aumentase su virulencia, porque el demonio la hacía cada vez más violenta para vencerme, era una victoria mayor. Y no sólo respecto a la lujuria, torbellino que ha estado dando vueltas en torno a mí sin poder mover ni mellar mi voluntad.

No hay pecado donde no hay consentimiento a la tentación, Judas. Hay, sí, pecado donde, aun sin consumar el acto, se da cabida a la tentación y se la contempla. Será pecado venial, pero es ya un camino que conduce al pecado mortal que aquél prepara en vosotros. Porque acoger la tentación y detener en ella el pensamiento, seguir mentalmente las fases de un pecado

significa que uno se debilita a sí mismo. Satanás sabe esto, y por eso lanza insistentemente llamaradas, siempre esperando que una de ellas penetre y trabaje dentro... Después sería fácil hacer que el tentado se transformara en culpable.

Tú, entonces, no comprendiste. No podías comprender. Ahora puedes. Ahora mereces menos entender que en aquella ocasión, y no obstante, te repito las palabras que te dije a ti, que dije para ti, porque es en ti, no en mí, donde la tentación rechazada no se acalla… Y no se acalla porque no la rechazas totalmente. No cumples el acto, pero acaricias el pensamiento del acto. Hoy así, y mañana... mañana caes en el verdadero pecado. Por eso en aquella ocasión te enseñé a pedir al Padre que no te dejara caer en la tentación. Yo, el Hijo Dios, Yo, habiendo vencido ya a Satanás, he pedido ayuda al Padre porque soy humilde. Tú, no. Tú no has pedido a Dios salvación, preservación. Tú eres soberbio. Y por eso te hundes...

¿Recuerdas todo esto? ¿Y puedes comprender ahora lo que significa para mí, verdadero Hombre, con todas las reacciones del hombre, y verdadero Dios, con todas las reacciones de Dios, el verte así: lujurioso, embustero, ladrón, traidor, homicida? ¿Sabes qué esfuerzo me impones teniendo que soportar tu compañía? ¿Sabes qué fatigoso resulta dominarme, como ahora, para cumplir hasta el extremo mi misión en ti? Cualquier otro hombre que hubiera visto que eras un ladrón, que te hubiera sorprendido descerrajando para coger monedas, y que te viera traidor, y más que traidor... te habría echado manos al cuello... Yo te he hablado. Todavía con piedad. Mira. No estamos en verano. Por la ventana entra la brisa fresca del atardecer, y obstante, sudo como si hubiera bregado en el más rudo de los trabajos. ¿Pero no te das cuenta de lo que me cuestas?, ¿de lo que eres? ¿Quieres que te aleje de mí? No. Nunca. Cuando uno se está ahogando es asesino el otro que lo deja abandonado. Tú te encuentras entre dos fuerzas que te atraen: Yo y Satanás. Pero, si te dejo, al único que tendrás será a él. ¿Cómo te salvarás entonces? Y, a pesar de todo, tú me dejarás... *Ya me has dejado con tu espíritu...* Bien, pues Yo, de todas formas, retengo junto a mí la crisálida de Judas. Tu cuerpo desprovisto de la voluntad de amarme, tu cuerpo inerte en orden al Bien. Lo retengo mientras tú no exijas incluso esta nada que son tus despojos para reunirla con el espíritu y pecar con *todo tu ser...*

¡Judas!... ¿No me hablas, Judas? ¿No tienes una palabra para tu Maestro? ¿No tienes nada que suplicarme? No exijo que me digas: "¡Perdón!". Demasiadas veces te he perdonado, sin resultado. Sé que esa palabra es un sonido en tus labios; sé que no es un movimiento del espíritu contrito. Yo quisiera un movimiento de tu corazón. ¿Estás tan muerto que ya no tienes ni deseo? ¡Habla! ¿Tienes miedo de Mí? ¡Oh, si tuvieras miedo!, ¡al menos miedo! Pero no me temes. Si tuvieras temor de mí, te diría las palabras de aquel lejano día en que hablamos de tentaciones y pecados: "Yo te digo que incluso después del Delito de los delitos, si el culpable corriera a echarse a los pies de Dios con verdadero arrepentimiento y, llorando, le suplicara que lo perdonase ofreciéndose con confianza a expiar, sin desesperarse, Dios lo perdonaría, y, a través de la expiación, el culpable salvaría todavía su espíritu". De todas formas, Judas, aunque tú no me temas Yo te sigo amando. ¿No tienes nada que pedir en esta hora a mi amor infinito?

-No. O, como mucho, una cosa; que le impongas a Juan que no hable. ¿Cómo crees que podré expiar, si soy un oprobio en medio de vosotros? - Lo dice con arrogancia.

Y Jesús le contesta:

-¿Y lo dices así? Juan no hablará. Pero tú al menos -y esto soy Yo el que te lo pide- actúa de forma que esta desventura tuya no se manifieste en nada. Recoge esas monedas y mételas otra vez en la bolsa de Juana... Voy a tratar de cerrar el arca… con el hierro que has usado tú para abrirla...

Y mientras Judas, de mala gana, recoge las monedas que han rodado por todas partes, Jesús se apoya en el arca abierta, como cansado. La luz merma en la habitación, pero no tanto como para no permitir ver que Jesús llora quedo mientras mira al apóstol, que está agachado recogiendo las monedas esparcidas.

Judas termina. Va al arca. Toma la amplia, pesada bolsa de Juana y mete las monedas; la cierra y dice:

-¡Pues ya está! - y se aparta.

Jesús alarga la mano para coger la rudimentaria ganzúa fabricada por Judas, y con mano temblorosa hace saltar el resorte y cierra el arca. Luego pone el hierro contra la rodilla y lo dobla en forma de uve y con el pie termina de apretarlo, de forma que lo deja inservible; luego lo recoge y se lo esconde en el pecho (al hacer esto, unas lágrimas caen en el lino de la túnica).

Judas, por fin, hace un gesto de autorreconocimiento: se tapa la cara con las manos y rompe a llorar, diciendo:

-¡Soy un maldito! ¡Soy el oprobio de la Tierra!

-¡Eres el desventurado eterno! ¡Y pensar que, si quisieras, podrías ser todavía dichoso!

-¡Júrame! Júrame que ninguno sabrá nada... y yo te juro que me redimiré - grita Judas.

-No digas: "y yo me redimiré". Tú no puedes. Sólo Yo puedo redimirte. El que antes hablaba por tus labios sólo puede ser vencido por mí. Dime las palabras de la humildad: "¡Señor, sálvame!", y Yo te liberaré del que te domina. ¿No comprendes que espero más estas palabras que el beso de mi Madre?

Judas llora, llora, pero no dice estas palabras.

-Ve. Sal de aquí. Sube a la terraza. Ve donde quieras, pero no montes escenas espectaculares. Márchate. Márchate. Ninguno te va descubrir porque Yo estaré atento. Desde mañana tendrás el dinero. Ya todo es inútil.

Judas sale sin replicar. Jesús, solo ahora, se deja caer sobre un asiento que está junto a la mesa y cruzados los brazos y apoyados en la mesa, apoyada la cabeza encima de los brazos, llora angustiosamente.

Pasados unos minutos, entra despacio Juan. Se queda un momento en el umbral de la puerta. Luego corre hasta Jesús y lo abraza suplicando:

-¡No llores, Maestro! ¡No llores! Yo te quiero... Incluso por ese desdichado...

Lo levanta, lo besa, bebe el llanto de Dios y, a su vez, llora.

Jesús lo abraza. Las dos cabezas rubias, la una junto a la otra se intercambian lágrimas y besos. Pero Jesús pronto se sobrepone y dice:

-Juan, por amor a mí, olvida todo esto. Lo quiero.

-Sí, mi Señor. Trataré de hacerlo. Pero Tú deja de sufrir... ¡Ah, qué dolor! Y me ha hecho pecar, mi Señor. He mentido. He tenido que mentir porque han vuelto las discípulas. No. Antes los de la mujer: te buscaban para bendecirte: ha nacido felizmente un niño varón. He dicho que habías vuelto al monte... Luego han venido las mujeres y he vuelto a mentir diciendo que estabas fuera y que quizás estabas en la casa donde había nacido el niño... No he encontrado otra cosa que decir. ¡Estaba tan desconcertado! Tu Madre ha visto que había llorado, y me ha preguntado: "¿Qué te sucede, Juan?". Estaba inquieta... Parecía como si supiera lo que sucedía. He mentido por tercera vez, diciendo: "Me he emocionado por esa mujer...". ¡A tanto puede llevar la cercanía con el pecador! A la mentira... Absuélveme, Jesús mío.

-Queda en paz. Cancela todo recuerdo de esta hora. Nada. Nada ha ocurrido... Un sueño...

-¡Pero se trata de tu dolor! ¡Oh, qué cambiado se te ve, Maestro! Dime esto, sólo esto: ¿Judas se ha arrepentido, al menos?

-¿Y quién puede entender a Judas, hijo mío?

-Ninguno de nosotros. Pero Tú sí.

Jesús no responde sino con nuevas lágrimas silenciosas en su cansado rostro.

-¡Ah, no se ha arrepentido!... - Juan está estremecido.

-¿Dónde está ahora? ¿Lo has visto?

¯Sí. Se ha asomado a la terraza, ha mirado para ver si había alguien y, viendo que estaba yo solo sentado y afligido bajo la higuera, ha bajado corriendo y ha salido por la portezuela del huerto. Entonces he venido...

-Has hecho bien. Vamos a poner en su sitio aquí los asientos descolocados. Y recoge el ánfora. Que no haya señales...

-¿Ha entablado pelea contigo?

-No, Juan. No.

¯Maestro, estás demasiado afectado por lo sucedido como para quedarte aquí; tu Madre comprendería... y sufriría.

-Es verdad. Vamos a salir... Dale la llave a la vecina. Yo me voy adelantar, por la orilla del torrente, hacia el monte...

Jesús sale y Juan se queda para poner todo en orden. Luego sale también. Da la llave a una mujer que tiene la casa cerca y, corriendo se adentra entre los matorrales de la orilla para no ser visto.

A unos cien metros de la casa está Jesús, sentado en una voluminosa piedra. A1 oír los pasos del apóstol, se vuelve. El blancor de su cara resalta en la luz del anochecer. Juan se sienta en la tierra, a su lado, y pone la cabeza en el regazo de Jesús, y alza la cara para mirarlo. Ve que en las mejillas de Jesús hay llanto todavía.

-¡No sufras más! ¡No sufras más, Maestro! ¡No puedo verte sufrir!

-¿Puedo, acaso, no sufrir por esto? ¡Es mi mayor dolor! ¡Recuerda. Juan, que *éste será para siempre mi mayor dolor!* Tú no puedes todavía comprender todo... Mi mayor dolor... - Jesús está abatido. Juan lo tiene abrazado por la cintura, angustiado de no poderlo consolar.

Jesús alza la cabeza, abre los ojos -los tenía cerrados para contener el llanto- y dice:

-Recuerda que tres lo sabemos: el culpable, Yo y tú. Y *que nadie más debe saberlo.*

-Nadie lo sabrá de mis labios. Pero ¿cómo ha sido capaz de eso? Mientras cogía dinero de la bolsa común... ¡Pero llegar a esto! Cuando he visto eso, he pensado que yo había perdido el juicio… ¡Qué horror!

-Te he dicho que olvides...

-Me estoy esforzando, Maestro. Pero es demasiado horrible.

-Es horrible. Sí. ¡Juan! ¡Juan!

Y Jesús, abrazando al Predilecto, apoya en su hombro la cabeza, y llora todo su dolor.

Las sombras, que descienden rápidas a esa espesura, esfuman entre sus tinieblas a los dos abrazados.

## 568

## Comienzo del viaje por Samaria partiendo de Efraím en dirección a Silo.

-Deja que te sigamos, Maestro. No te causaremos molestias - suplican muchos de Efraím que están reunidos delante de la casa de María de Jacob, la cual libera todas sus lágrimas apoyada en la jamba de la puerta abierta de par en par.

Jesús está entre sus doce apóstoles. Más allá, en un grupo congregado en torno a su Madre, están Juana, Nique, Susana, Marta y María, Salomé y María de Alfeo. Tanto los hombres como las mujeres están preparados para el viaje, con túnicas ceñidas y un poco abolsadas en la cintura, para dejar más libres los pies, sandalias nuevas y muy atadas (no sólo a la altura del tobillo, sino también en la parte baja de las piernas) con delgadas tiras de cuero entrecruzadas (como cuando deben recorrer caminos más bien impracticables). Los hombres han cargado sobre sí las bolsas de las discípulas.

La gente suplica para obtener de Jesús el consentimiento de seguirle. Mientras, los pequeñuelos, con las caritas hacia arriba y los brazos alzados, lanzan sus gritos: « ¡Un beso! ¡Súbeme en brazos! ¡Vuelve, Jesús! ¡Vuelve pronto para decirnos muchas parábolas bonitas! ¡Te voy a guardar las rosas de mi jardín! ¡No voy a comer fruta para guardarla para ti! ¡Vuelve, Jesús! Mi ovejita está criando y quiero regalarte el corderito: así te haces con su lana una túnica como la mía... Si vienes pronto, para ti las tortas que mi mamá hace con el trigo primero...

Gorjean como pajarillos, en torno a su Amigo. Y le tiran de la túnica, y se cuelgan del cinturón tratando de trepar hasta sus brazos. Amorosamente despóticos; tanto, que Jesús se ve impedido para responder a los adultos, porque siempre hay una nueva carita que besar.

-¡Fuera! ¡Basta! ¡Dejad tranquilo al Maestro! ¡Mujeres, tomaos vuestros niños! - gritan los apóstoles, apremiados por la idea de emprender el camino en esas primeras horas del día. Y sueltan también alguna pescozada bondadosa a los niños más impulsivos.

-No. Dejadlos. Para mí su dulzura es más fresca que la de la aurora. Dejadlos a ellos y dejadme a mí. Dejad que me conforte en este amor exento de cálculos y desazón - dice Jesús defendiendo a sus minúsculos amigos, sobre los cuales - abriendo, como abre, los brazos - cae su amplio manto; y los acoge bajo sus azules alas protectoras. Los pequeños se aprietan bajo ese calorcito en esa penumbra azul, y se callan felices como pollitos bajo las alas maternas.

Jesús puede por fin dirigirse a los adultos:

-Venid si queréis, si creéis que podéis hacerlo.

-¿Y quién nos lo prohíbe, Maestro? ¡Estamos en nuestra región!

-Las mieses, las vides, los árboles frutales exigen todo vuestro trabajo. Y las ovejas están en tiempo de esquila y apareamiento, y las que ya se aparearon la vez pasada van a tener corderos de un momento a otro, y es tiempo de forraje...

-No importa, Maestro. Para el esquileo y la monta de las ovejas bastan los viejos y los niños; para sus partos, las mujeres, y lo mismo para el forraje. Los árboles frutales y los campos pueden esperar, porque aunque el trigo ya se esté endureciendo dentro de las espigas, todavía hay tiempo para la hoz; y las vides, los olivos y los árboles frutales solamente tienen que hinchar con el sol los frutos de sus muchas uniones. Nosotros no podemos hacer nada respecto a ellos sino en la temporada de la recolección, lo mismo que hace la madre de familia, que no puede hacer nada con el pan hasta que la levadura no ha fermentado en la harina. El sol es la levadura de los frutos. Es él que actúa ahora, lo mismo que antes ha actuado el viento para unir a las flores de las ramas. ¡Y, además... si se perdiera algún racimo y algún fruto, o si las corregüelas y cizañas ahogaran alguna espiga, en todo caso sería poco daño respecto a perder una palabra tuya! - dice un anciano al que siempre he visto muy honrado por la gente de su ciudad.

-Has hablado bien. Vamos, pues. María de Jacob, te doy las gracias y te bendigo porque has sido para mí una madre buena.¡No llores! No debe llorar quien ha hecho una obra buena.

-¡Te pierdo y no te volveré a ver!

-Ciertamente nos volveremos a ver.

-¿Vas a volver aquí, Señor? - pregunta la mujer con una sonrisa entre lágrimas. ¿Cuándo?

-Aquí no volveré, así, como ahora...

-¿Y entonces dónde nos vamos a ver?, si yo, pobre y vieja, no puedo ir a buscarte por los caminos del mundo.

-En el Cielo, María. En la Casa de nuestro Padre. En donde hay sitio no sólo para los judíos, sino también para los samaritanos; en donde hay un sitio para los que me amen en espíritu y verdad. Tú ya lo haces, porque crees que soy el Hijo de Dios verdadero...

-¡Claro que lo creo! Pero para nosotros no hay esperanza, porque sólo Tú nos amas sin diferencias.

-Cuando Yo me haya ido, éstos (señala a los apóstoles) vendrán en nombre mío; y, en memoria mía, al que pida entrar en el rebaño del verdadero y único Pastor no le preguntarán quién es.

-Soy vieja, Señor. No viviré lo suficiente como para ver eso. Tú eres joven y estás fuerte. Tu Madre te tendrá largo tiempo, y te tendrán los que te quieren y son de tu pueblo... ¿Por qué lloras, María del Bendito? - pregunta asombrada de ver que caen lágrimas de los ojos de la Virgen Madre.

-Nada tengo excepto mi dolor... Adiós, María. Que Dios te bendiga por lo que has hecho con mi Hijo. Y recuerda que, si tu dolor es grande, un dolor mayor que el mío no existe ni existirá sobre la tierra. ¡Jamás! Acuérdate de la dolorosa María de Nazaret... ¡Adiós! Y María se separa llorando, tras haber besado a la viejecita en el umbral de la puerta de la casa, y se pone en camino entre las mujeres, con Juan al lado.

Juan, que, con su gesto habitual (un poco inclinado y con la cara alzada para mirar a Aquella con la que habla), le dice:

-No llores así, María. Si muchos odian a tu Jesús, muchos lo quieren. Conforta tu espíritu, Madre, mirando a los que aman y amarán a tu Hijo con todo su ser: a éstos de ahora y a los que vendrán en los siglos futuros - y termina, en voz baja, casi susurrándoselo sólo a María a la que guía y sostiene teniéndola pegada al codo para que no tropiece en las piedras de la vereda, pues está cegada por las lágrimas:

-No todas las madres podrán ver amado a su hijo... Algunas gritarán angustiadas: "¿Por qué lo concebí?"

Jesús los alcanza (María y Juan se habían quedado solos, un poco retrasados respecto a las discípulas). Con Jesús está Santiago de Alfeo. Los otros vienen detrás, en grupo, pensativos y tristes, igual que las discípulas, que van delante de todos. Cierran la marcha, agrupados, muchos hombres de Efraím, que van hablando con rumor contenido y confuso.

-Las despedidas son siempre tristes, Mamá. Sobre todo, cuando no se sabe que un final es principio de algo más perfecto. Es la triste consecuencia del pecado. Y permanecerá incluso después del perdón. Pero los hombres la soportarán con más coraje teniendo a Dios por amigo.

-Tienes razón, Jesús. Pero hay un dolor que Dios deja degustar, aún siendo el más paterno Amigo que pueda existir. Para mí... es así, ¡Oh, Dios es bueno! Muy bueno. No quisiera que Santiago y Juan, ni ningún otro, se escandalizara de mi llanto. Dios es bueno. Siempre ha sido bueno con la pobre María. Esto me lo he dicho todos días desde que sé pensar. Y ahora... ahora lo digo cada hora que pasa, cada momento de cada hora. Cuanto más se aproxima el dolor, más me lo digo... Dios es bueno. Tú me has sido dado por Él, Tú, Hijo amante y santo, un Hijo que, incluso considerado sólo como criatura compensaría cualquier dolor de una mujer... Me has sido dado É1. A mí, pobre joven elevada a Madre de su Verbo encarnado... Y esta alegría de poderte llamar "Hijo", oh mi adorado Señor, es tanta, que no debería caer el llanto de mis pestañas por martirio alguno, si yo fuera perfecta como Tú enseñas. ¡Pero soy una pobre mujer, Hijo mío! Y Tú eres mi Criatura... ¿Y... dónde está esa madre que pueda no llorar cuando sabe que su hijo es odiado, y sabe...? Hijo mío socorre a tu sierva... Claro que había todavía soberbia en mí cuando pensaba que era fuerte... Pero entonces... estaba todavía lejana la hora... Ahora está aquí... Lo percibo... ¡Socórreme,

Jesús, mi Dios! Claro que si Dios me deja sufrir así, es con un fin de bondad para mí. Porque, si Él quisiera, podría no permitirme sufrir por lo que sucede... ¡El te ha formado en mi seno así!... Como... No existe un parangón que exprese cómo Tú te formaste... Pero quiere que sufra. ¡Bendito sea!... ¡Siempre! Pero Tú ayúdame, Jesús. Ayudadme todos... todos... Porque muy amargo es el mar en que calmo mi sed...

-Vamos a decir la oración. Nosotros cuatro. Nosotros que te queremos con todo el corazón, Mamá. Aquí, Yo, tu Hijo, y Juan y Santiago, que te aman como si fueras su madre... Padre nuestro que estás en el Cielo..., - y Jesús, dirigiendo el pequeño coro de las tres voces que en voz baja le siguen, dice toda la oración dominical, recalcando mucho algunas frases, como: «hágase tu voluntad»... «no nos dejes caer en tentación.» Luego dice:

-Bien. El Padre nos ayudará a hacer su voluntad, aunque tenga tales características, que nuestra debilidad de humanos piense que no puede cumplirla, y no nos dejará caer en la tentación de considerarlo menos bueno, porque, mientras estemos bebiendo el amarguísimo cáliz, nos dará a su ángel, que limpiará con refrigerio celeste nuestros labios impregnados de amargura.

Jesús tiene cogida de la mano a su Madre, la cual ha luchado valientemente contra el llanto hasta arrojarlo al fondo de su corazón. A1 lado de ellos (junto a María, Juan; junto a Jesús, Santiago de Alfeo), los dos apóstoles los miran conmovidos.

Las discípulas se han vuelto alguna vez al oír el llanto de María y la oración de los cuatro. Pero se han abstenido de unirse a ellos.

Detrás, los apóstoles se han preguntado: « ¿Por qué llora así María?». He dicho "los apóstoles", pero quería decir "todos menos Judas de Keriot", que camina un poco aislado y muy pensativo, casi lóbrego, tanta que Tomás lo advierte y dice a los otros: -¿Pero qué le pasa a Judas, que está así? ¡Parece uno que fuera al encuentro con la muerte!

-¿Qué sé yo? Tendrá miedo de volver a Judea - le responde Mateo.

-Yo... ¿Qué te ha dicho el Maestro respecto al dinero? – pregunta el Zelote.

-Nada especial. Me ha dicho: "Ahora volvemos a las condiciones de antes. Judas como tesorero y vosotros como distribuidores de las limosnas. Para las compras las discípulas quieren socorrernos". ¿Yo? ¡Contentísimo! He manejado tanto dinero, que me resulta odioso.

-Y socorren bien las discípulas. Estas sandalias tan seguras. No parece ni siquiera que estemos andando por montaña. ¡Quién sabe lo que costarán! - dice Pedro mirando a sus pies calzados con esas sandalias nuevas que protegen el talón y la punta y sujetan los tobillos con esas correas finas de cuero.

-Se ha ocupado de ello Marta. Se ve su mano rica y previsora. Las otras veces nos atábamos también nosotros así, pero aquellas tiras eran un suplicio. No se perdía la suela, pero se perdía la piel de la pierna... - dice Andrés.

-Y uno se pinchaba en los dedos y en los talones... ¡Por eso ese de atrás las llevaba siempre así! - dice Pedro señalando a Judas de Keriot.

La vereda sube, sube hacia la cresta del monte. Mirando hacia atrás, se ve a Efraím, toda blanca bajo el sol, y parece ya muy abajo respecto a ellos, que caminan...

Luego los apóstoles se reúnen con las discípulas para ayudarles a superar la senda, muy empinada en ese punto; es más, Bartolomé, que se ha quedado rezagado, dice a los de Efraím:

-Habéis enseñado un sendero penoso, amigos.

-Sí. Pero una vez pasado ese bosque, hay un camino fácil que en poco pone en Silo. Así que podréis descansar allí más horas que llegando de noche por otro camino - responde uno.

-Tienes razón. El camino, cuanto más fatigoso es, más rápido lleva a la meta.

-Tu Maestro lo sabe. Por eso no ahorra esfuerzos. ¡Ah, no podremos olvidar... sobre todo, que nos ha concedido una serie de gracias en estos últimos días... después de haber oído a algunos de nuestra región que lo han insultado de forma muy injusta! Sólo Él es bueno, y por eso favorece incluso a los que lo odian.

-Vosotros no lo habéis odiado.

-Nosotros no. Pero también a muchos otros nosotros no los odiamos, y, no obstante, somos odiados sin razón.

-Imitadlo a Él, sin miedo, y veréis como...

-¿Y vosotros por qué no lo hacéis, entonces? Es lo mismo. Nosotros en esta parte, vosotros en la otra; en medio, un monte: el monte alzado por comunes errores; arriba, el Dios común. ¿Por qué, entonces ni unos ni otros subimos la inclinada pendiente para encontrarnos arriba, a los pies de Dios, cerca los unos de los otros?

Bartolomé comprende el reproche justo, porque él, salvando su innegable virtud, tiene el marcado pundonor de ser israelita, un israelita intransigente con todo lo que no es Israel- y desvía la conversación sin responder directamente. Dice:

-No hay necesidad de ir. Dios ha bajado a nosotros. Basta seguirlo.

-Seguirlo, sí. Quisiéramos hacerlo. Pero, si entráramos en Judea con Él, ¿no lo perjudicaríamos quizás? Tú mismo sabes de qué se le acusa, y de qué se nos acusa: de ser samaritanos, que es como decir demonios.

Bartolomé suspira y, diciendo:

-Me están haciendo señal de que vaya... - los deja plantados y acelera el paso.

Los de Efraím miran cómo se aleja, y uno de ellos murmura:

-¡Ah, no es como Él! ¡Lo que perdemos perdiéndolo! - y hace un gesto de desaliento.

-¿Sabes, Elías, que ayer Él llevó una fuerte suma al arquisinagogo para que la pasara a María de Jacob y así ella deje de pasar hambre?

-No. ¿Y por qué no se la ha dado a ella?

-Para evitar que le dé las gracias la anciana. Ella todavía no lo sabe. Yo lo sé porque el jefe de la sinagoga me lo ha dicho para pedir consejo sobre si conviene comprarle los terrenos de Juan -quiere venderlos su hermano-, o si es mejor pasarle el

dinero dosificadamente. Le he aconsejado que compre los terrenos de Juan. Para María darán trigo, aceite y vino, suficientes para vivir sin pasar hambre. Mientras que el dinero... Ese...

-¡¿Pero entonces es mucho dinero?! - dice un tercero.

-Sí. Nuestro arquisinagogo ha recibido mucho. También para otros pobres de la ciudad y del campo. Para que "puedan ellos también hacer fiesta en la Pascua de los Ácimos, para saludar el tiempo nuevo", ha dicho el Maestro.

-Habrá dicho el nuevo año.

-No. Ha dicho: "el tiempo nuevo". Tanto es así que el jefe de la sinagoga no va a usar ese dinero antes de la Fiesta de los Ácimos.

-¿Y qué habrá querido decir? - preguntan varios.

-No sé qué habrá querido decir. Ninguno lo sabe. Ni siquiera Juan, su predilecto, ni Simón de Jonás, que es el jefe de los discípulos. Se lo he preguntado a ellos: el primero se ha puesto pálido, el segundo se ha quedado absorto, como una persona que tratara de adivinar.

-¿Y Judas de Keriot? Cuenta mucho entre ellos. Quizás más que los otros dos. Sabe todo. Eso dice él. Sabrá también esto. Pues vamos a preguntarle. Le gusta decir lo que sabe.

Caminan para alcanzar a Judas, que sigue aislado como al principio, ahora solo en el sendero porque los otros han torcido y parece como si se los hubiera tragado la tupida vegetación de la pendiente.

-Judas, escúchanos. El Maestro dice que quiere una gran fiesta para la Pascua de los Ácimos para saludar el tiempo nuevo. ¿Qué querrá decir?

-No lo sé... ¿Acaso estoy yo en el pensamiento del Maestro? Preguntádselo a Él, que tanto os quiere - y acelera el paso, dejándolos desilusionados.

-Tampoco él es el Maestro. No hay ninguno que tenga su piedad... - dicen meneando la cabeza.

-Bueno, a fin de cuentas, no es a ellos a los que seguimos. ¡Lo seguimos a Él! Y bien hacemos. Vamos. A lo mejor de sus labios podemos saber, antes de que llegue a Judea, lo que quiso decir.

Y aceleran el paso, de forma que dan alcance a los otros, que están sentados descansando en un bosque de robles centenarios, teniendo frente a sus ojos uno de los más hermosos panoramas de Palestina.

## 569

## En Silo, la parábola de los malos consejeros.

Jesús está hablando en medio de una plaza arbolada. El sol, cuyo ocaso apenas ha comenzado, y filtrándose a través de las hojas nuevas de gigantescos plátanos, la ilumina con una luz entre amarilla y verde: parece como si sobre la vasta plaza estuviera extendido un entrecielo sutil y de gran valor, que filtrara la luz solar sin obstaculizarla.

-Dice Jesús:

-Escuchad. Un día un gran rey mandó a su amado hijo a la parte de su reino cuya justicia quería probar, diciéndole: "Ve, visita todos los lugares, haz el bien en mi nombre, instruye acerca de mí, haz que me conozcan y me quieran. Te doy todos los poderes. Todo lo que hagas estará bien hecho". El hijo del rey, recibida la bendición paterna, fue a donde el padre le había mandado, y, con algún escudero suyo y amigo, púsose a recorrer, infatigable, esa parte del reino de su padre.

Ahora bien, esa región, debido a una serie de acontecimientos desafortunados, se había dividido moralmente en partes contrarias entre sí, partes que -cada una por su cuenta- elevaban grandes gritos y enviaban urgentes súplicas al rey para decir que cada una de ellas era la mejor, la más fiel, mientras que las partes vecinas serían pérfidas y merecerían ser castigadas. Por tanto, el hijo del rey se encontró frente a unas personas cuyos ánimos cambiaban según la ciudad a la que pertenecían, pero que coincidían en dos cosas: la primera, en creerse cada uno mejor que los otros; la segunda, en querer hundir a la ciudad vecina y enemiga empequeñeciéndola ante los ojos del rey. Siendo justo y sabio, el hijo del rey trató, entonces, de instruir con mucha misericordia en orden a la justicia a cada una de las partes de esa región, para conquistarla por entero para la amistad y la estima de su padre. Y, siendo bueno como era, lo conseguía, aunque lentamente, porque, como siempre sucede, sólo los rectos de corazón de cada una de las distintas provincias de la región seguían sus consejos. Es más -es justo decirlo-, precisamente en los lugares en que con desprecio se decía que escaseaba más la sabiduría y la voluntad, encontró más voluntad de escucharlo y de hacerse sabia en la verdad.

Entonces los de las provincias cercanas dijeron: "Si no hacemos nada, la gracia del rey irá por entero a estos a los que despreciamos. Vayamos y creemos subversión en esos a quienes odiamos. Pero vamos fingiendo que nosotros mismos hemos cambiado y estamos dispuestos a deponer los odios para tributar honor al hijo del rey". Y fueron. Se diseminaron, con apariencia de amigos, por las ciudades de la provincia rival. Iban aconsejando con falsa bondad lo que convenía hacerse para honrar cada vez más y mejor al hijo del rey, y, por tanto, a su padre el rey (porque el honor tributado al hijo, enviado de su padre, es siempre honor tributado a aquel que lo ha enviado). Pero ésos no honraban al hijo del rey; antes al contrario, lo odiaban intensamente, hasta el punto de que querían hacerlo odioso ante los súbditos y ante el propio rey. Tan astutos fueron en presentarse cándidos, tan bien supieron presentar como óptimos sus consejos, que muchos de la región vecina recibieron por bueno lo que era malo y abandonaron el camino recto que seguían, tomando un camino desviado. Y el hijo del rey constató que en muchos su misión fallaba.

Ahora decidme vosotros: ¿Quién fue el mayor pecador ante los ojos del rey? ¿Cuál fue el pecado de los que aconsejaban, y cuál el de los que aceptaron el consejo? Y también os pregunto: ¿Con quién ese rey bueno habrá sido más severo? ¿No sabéis responderme? Os lo diré Yo.

El mayor pecador ante los ojos del rey fue el que incitó al mal a su prójimo, por odio a éste, al que quería arrojar a tinieblas de ignorancia aún más profundas; por odio hacia el hijo del rey, al que quería quebrantar en lo tocante a su misión, haciéndolo aparecer incapaz ante los ojos del rey y de los súbditos; por odio hacia el mismo rey, porque si el amor que se tributa al hijo es amor al padre, igualmente el odio dirigido contra el hijo es odio contra el padre. Así pues el pecado de los que aconsejaban el mal, con plena inteligencia de que estaban aconsejando el mal, era pecado de odio, además de ser pecado de embuste; de odio premeditado. Sin embargo, el de los que aceptaron el consejo, creyéndolo bueno, era únicamente pecado de estupidez.

Pero, bien sabéis vosotros que es responsable de sus acciones el inteligente, mientras que el que, por enfermedad o por otra causa carece de inteligencia no es responsable en primera persona, sino que sus padres son responsables por él. Por eso, hasta que un niño no es mayor de edad, es considerado irresponsable, y es el padre el que responde de las acciones del hijo. Por tanto, el rey, que era bueno, fue severo con los malos consejeros inteligentes, y fue benigno con los que por éstos habían sido engañados, y simplemente los amonestó por haber creído a un súbdito cualquiera en vez de preguntar directamente al hijo del rey y así haber sabido de labios de éste lo que verdaderamente había que hacer: porque sólo el hijo conoce realmente los designios del padre suyo.

Ésta es la parábola, pueblo de Silo, ciudad que en una serie de ocasiones, durante el transcurso de los siglos, recibió consejos, provenientes de Dios, de los hombres o de Satanás, consejos de distinta naturaleza, consejos que florecieron en orden al bien cuando fueron seguidos como consejos de bien o cuando, habiéndolos reconocido como consejos de mal, se rechazaron; y que florecieron en orden al mal cuando, siendo santos, no fueron acogidos, o cuando, siendo malos, fueron acogidos.

Porque el hombre tiene esta magnífica libertad de arbitrio, y puede querer libremente el bien o el mal, y posee también ese otro magnífico don que es un intelecto capaz de discernir el bien y el mal; de manera que no es tanto el consejo en sí mismo, cuanto el modo con que puede ser recibido, lo que puede acarrear premio o castigo. Pues ninguno puede impedir a los malos tentar a su prójimo para causarle la ruina, nada puede impedir a los buenos rechazar la tentación y permanecer fieles al bien. El mismo consejo puede perjudicar a diez y beneficiar a otros diez, porque, si el que lo sigue se perjudica, el que no lo sigue beneficia a su alma.

Por tanto, que ninguno diga: "Nos dijeron que hiciéramos tal cosa. Sino que cada cual diga con sinceridad: "Quise hacerlo". Recibiréis entonces, al menos, el perdón que se da a los sinceros. Y si dudáis acerca de la bondad del consejo que recibís, meditad antes de aceptarlo y de ponerlo en práctica. Meditad invocando al Altísimo, que nunca niega sus luces a los espíritus de buena voluntad. Y si vuestra conciencia, iluminada por Dios, ve aunque sólo sea un punto, pequeño, imperceptible, pero que no puede darse en una obra de justicia, entonces decid: "No haré esto porque es justicia impura".

En verdad os digo que el que haga buen uso de su intelecto y libertad de arbitrio e invoque al Señor para ver la verdad de las cosas, no será quebrantado por la tentación, porque el Padre de los Cielos le ayudará a hacer el bien contra todas las insidias del mundo y Satanás.

Traed a vuestra memoria a Ana de Elcaná y a los hijos de Elí *(1 Samuel 1-2)*. El ángel luminoso de Ana le había aconsejado que hiciera un voto al Señor si la hacía fecunda. El sacerdote Elí aconseja a sus hijos que vuelvan a la justicia y que no pequen más contra el Señor. Y, a pesar de que al hombre, por el lastre que le grava, le sea más fácil comprender la voz de otro hombre que no el espiritual e insensible -invisible para los sentidos físicos- decir del ángel del Señor que habla al espíritu; a pesar de ello, Ana de Elcaná, porque es buena y mantiene su rectitud en la presencia de Dios, acoge el consejo y da a luz a un profeta, mientras que, por el contrario, los hijos de Elí, por ser malos y vivir alejados de Dios, no acogen el consejo de su padre y mueren castigados por Dios con una muerte violenta.

Los consejos tienen dos valores: el de la fuente de que provienen (valor que ya de por sí es grande porque puede tener consecuencias incalculables), y el del corazón destinatario. El valor que los consejos reciben del corazón al que se proponen no sólo es incalculable, sino que también es inmutable. Porque, si el corazón es bueno y sigue un consejo bueno, da al consejo el valor propio de una obra justa, y, si no lo hace, le quita la segunda parte de valor: el consejo, entonces, sigue siendo consejo, pero no obra, o sea, es mérito sólo para el que lo da. Y, sí el consejo es malo y no es acogido por el corazón bueno -en vano tentado con lisonjas o con el terror para que lo ponga en práctica-, adquiere el valor de victoria sobre el Mal y de martirio por fidelidad al Bien, y, por tanto, prepara un gran tesoro en el Reino de los Cielos.

Así pues, cuando vuestro corazón se vea tentado por otros, meditad -poniéndoos a la luz de Dios- si eso pueden ser palabras buenas; y si, con la ayuda de Dios, que permite las tentaciones pero no quiere vuestra perdición, veis que no es una cosa buena, sabed deciros a vosotros mismos y también a quien os tienta: "No. Yo permanezco fiel a mi Señor, y que esta fidelidad me absuelva de mis pecados pasados y me admita de nuevo dentro del Reino -y no quede fuera, en la puerta-, porque también para mí el Altísimo ha enviado a su Hijo para conducirme a la salvación eterna".

Idos. Si alguno me necesita, ya sabéis dónde estoy para el descanso nocturno. Que el Señor os ilumine.

## 570

## En Lebona, la parábola de los mal aconsejados.

Están para entrar en Lebona, ciudad que no me parece muy importante ni bonita, pero que, en cambio, está muy llena de gente, la razón es que ya están en movimiento las caravanas que para la Pascua bajan a Jerusalén, procedentes de Galilea, Iturea, la Gaulanítida, la Traconítida, la Auranítida y la Decápolis. Yo diría que es que Lebona está situada en un camino de caravanas; es más, diría que es un nudo de caminos, caminos de caravanas, que vienen de esas regiones (del Mediterráneo y del este y norte de Palestina), para confluir en este lugar, en la vasta vía que conduce a Jerusalén. Probablemente la preferencia de la gente se debe al hecho de que esta vía está muy patrullada por los romanos, de forma que se sienten más seguros del peligro

de malos encuentros con bandidos. Pienso esto, pero quizás la preferencia se debe a otras causas, a recuerdos históricos o sagrados, no lo sé.

Las caravanas se están poniendo en movimiento -la hora es propicia por el sol, opino que son aproximadamente las ocho de la mañana- en medio de un gran rumor de voces, gritos, rebuznos, cascabeles, ruedas. Mujeres que llaman a los niños. Hombres que azuzan a los animales. Vendedores ofreciendo mercancías. Tratos entre vendedores samaritanos y gente... menos hebrea, o sea, de la Decápolis y de otras regiones, poco intransigentes por estar más fundidas con el elemento pagano; rechazos desdeñosos, incluso con improperios, cuando un desdichado vendedor de Samaria se acerca a ofrecer su género a algún campeón del judaísmo. Tanto gritan éstos sus anatemas, que parece como si se les hubiera acercado el diablo en persona… lo cual suscita vivísimas reacciones de los samaritanos ofendidos y se produciría algún tumulto si no estuvieran los soldados romanos vigilando bien.

Jesús avanza en medio de este jaleo. En torno a Él, los apóstoles; detrás, las discípulas; detrás de éstas, la fila de los de Efraím engrosada por muchos de Silo.

Un murmullo precede al Maestro, y se propaga desde los que lo ven hasta los que están más lejos y todavía no lo ven. Un murmullo más fuerte le sigue. Y muchos suspenden la salida para ver lo que sucede.

Se preguntan:

-¿Cómo? ¿Se aleja cada vez más de Judea? ¿Es que predica ahora en Samaria?

Una voz cantarina de Galilea:

-Los santos lo han rechazado y se dirige a los no santos para santificarlos, para bochorno de los judíos.

Una respuesta más mordaz que un ácido venenoso:

-Ha encontrado ya su nido, y también a quien entiende sus palabras de demonio. Otra voz:

-¡Callad, asesinos del Justo! ¡Esta persecución os marcará con el más triste nombre para todo el futuro; a vosotros, tres veces más corrompidos que nosotros los de la Decápolis!

Otra voz, de anciano, también mordaz:

-Es tan justo, que huye del Templo en la Fiesta de las fiestas. ¡Je! ¡Je! ¡Je!

Uno de Efraím, rojo de ira:

-No es verdad. ¡Mientes, vieja serpiente! Va ahora a su Pascua.

Un barbado escriba, con desprecio:

-Por el camino del Garizim.

-No. Del Moria. Viene a bendecirnos porque sabe amar; luego subirá hacia vuestro odio, ¡malditos!

-¡Calla, samaritano!

-¡Calla tú, demonio!

-Quien cree tumulto irá a las galeras. Así lo tiene ordenado Poncio Pilato. No lo olvidéis. Y desalojad este lugar - impone un suboficial romano haciendo maniobrar a sus subordinados para separar a algunos que están ya para enzarzarse por una de esas muchas disputas regionales y religiosas que fácilmente surgían en la Palestina de los tiempos de Cristo.

La gente se separa, pero ya ninguno parte. Llevan a los asnos a las caballerizas, a los encaminan hacia el lugar a donde se ha dirigido Jesús. Mujeres y niños se apean y siguen a sus maridos o padres, o bien se quedan en grupo charlador, si el estado de ánimo del marido o del padre así lo ordena, “para que no oigan hablar al demonio”. Pero los hombres, amigos, enemigos, o simplemente curiosos, se apresuran a ir al lugar a donde se ha dirigido Jesús. Y, mientras van, se miran mal, o se gozan de esta inesperada alegría, o hacen preguntas: según sean amigos y enemigos, o amigos entre sí, o curiosos.

Jesús se ha parado en una plaza, junto a la inevitable fuente ubicada a la sombra de algún árbol. Está allí, contra la húmeda pared de la fuente, que aquí está como cubierta por un pequeño pórtico abierto solamente por un lado. Quizás es un pozo, más que una fuente. Se parece al pozo de En Royel.

Está hablando con una mujer, que le muestra al hijito que lleva en sus brazos. Veo que Jesús asiente y pone su mano en la cabeza del niño. Enseguida veo que la madre alza al niño y grita:

-¡Malaquías!, ¡Malaquías!, ¿dónde estás? Nuestro hijo ya no es deforme - y la mujer, eleva cantarina su hosanna, al que se une el de la gente mientras un hombre se abre paso y va a postrarse ante el Señor.

La gente comenta lo sucedido. Las mujeres -la mayor parte de ellas, madres- se congratulan con la mujer agraciada. Los más lejanos, después de haber gritado «^hosanna!» para unirse a los que saben lo que ha sucedido, alargan el cuello y preguntan: «¿Pero qué ha pasado?».

-Un niño jorobado. Tan jorobado, que a duras penas podía sostenerse sobre sus piernas. Era así de alto sólo. No exagero, así, de lo encorvado que estaba. Parecía de tres años y tenía siete. ¡Miradlo ahora! Tiene la altura de todos, está derecho como una palma, y ágil. Mirad cómo se encarama al murete de la fuente para que lo vean y para ver. ¡Mirad cómo ríe feliz!

Un galileo se vuelve a uno que, a juzgar por los esponjosos caireles del cinturón, creo adivinar sí digo que es un rabí; le pregunta:

-¡Eh! ¿Tú que piensas? ¿También esto es una obra del demonio? Verdaderamente, si así actúa el demonio, o sea, eliminando tantas desventuras para hacer felices a los hombres y hacer que Dios sea alabado, ¡habrá que decir que es el mejor siervo de Dios!

-¡Blasfemo, calla!

-No estoy blasfemando, rabí. Comento lo que veo. ¿Por qué vuestra santidad nos acarrea sólo pesos y desventuras, y nos trae improperios a los labios, y pensamientos de desconfianza en el Altísimo, mientras que las obras del Rabí de Nazaret nos dan la paz y la certeza de que Dios es bueno?

E1 rabí no responde. Se separa y va a cuchichear algo con otros, amigos suyos. Y uno de ellos se separa del grupo. Se abre paso entra la gente y, llegado frente a Jesús, le pregunta sin saludarlo antes:

-¿Qué piensas hacer?

-Hablar a los que piden mi palabra - responde Jesús mirándole a los ojos, sin desprecio, pero también sin miedo.

-No te es lícito. El Sanedrín no quiere.

-Lo quiere el Altísimo, del que el Sanedrín debería ser siervo.

-¿Sabes que has sido condenado. Calla, o...

-Mi nombre es Palabra. Y la Palabra habla.

-A los samaritanos. Si fuera verdadero que eres quien dices ser, no darías a los samaritanos tu palabra.

-Se la he dado, y seguiré dándosela, a galileos, a judíos, a samaritanos, porque a los ojos de Dios no hay diferencia.

-¡Intenta hablar en Judea, si te atreves!...

-En verdad, hablaré. Esperadme. ¿No eres Eleazar ben Parta? Entonces verás antes que Yo a Gamaliel. Dile en nombre mío que también a él le daré, después de veintiún años, la respuesta que espera. ¿Comprendes? Recuérdalo bien: también a él le daré, después de veintiún años, la respuesta que espera. Adiós.

-¿Dónde? ¿Dónde quieres hablar? ¿Dónde quieres responder al gran Gamaliel? Seguro que ha dejado Gamala de Judea para entrar en Jerusalén. Pero, aunque estuviera todavía en Gamala, no podrías hablar con él.

-¿Dónde? ¿Y dónde se reúnen los escribas y rabíes de Israel?

-¿En el Templo? ¿Tú en el Templo? ¿Te atreverías? ¿Pero no sabes...?

-¿Qué me odiáis? Lo sé. Me basta con no ser odiado por mi Padre. Dentro de poco el Templo se estremecerá por mi palabra.

Y, sin preocuparse ya más de su interlocutor, abre los brazos para imponer silencio a la gente, alterada entre opuestas corrientes y alborotada contra los perturbadores. Se produce enseguida silencio, y en el silencio Jesús habla:

-En Silo he hablado de los malos consejeros, y de lo que puede realmente hacer, de un consejo, un bien o un mal. A vosotros, que no sois sólo de Lebona, sino que ya sois de todas las partes de Palestina, propongo ahora esta parábola. La llamaremos: "La parábola de los mal aconsejados".

Oíd. Había una familia numerosísima. Tan numerosa, que era una tribu. Numerosos hijos se habían casado y habían formado, en torno a la primera familia, muchas otras familias ricas en hijos, los cuales, casándose, a su vez habían formado otras familias. De manera que el anciano padre se había encontrado como a la cabeza de un pequeño reino donde él era el rey.

Como siempre sucede en las familias, los muchos hijos, y los hijos de los hijos, tenían caracteres distintos. Unos eran buenos y justos, otros avasalladores e injustos. Unos estaban contentos con su estado, otros eran envidiosos y les parecía menor su parte que la de su hermano o pariente. Y, junto al peor, estaba el mejor de todos. Era natural que este bueno fuera el más amado, el más tiernamente amado, por el padre de toda esa gran familia. Y, como siempre sucede, el malvado y los que más se parecían a él odiaban al bueno, porque era el más amado, no reflexionando en que también ellos habían podido ser amados, si hubieran sido buenos como éste. Y al bueno, a quien el padre confiaba sus pensamientos para que, a su vez, los manifestara a todos, le seguían los otros buenos. De manera que, pasada una serie de años, esa gran familia se había divido en tres partes: la de los buenos y la de los malos, y entre ésta y aquélla, la tercera, compuesta por los titubeantes (los cuales se sentían atraídos hacía el hijo bueno pero temían al hijo malo y a los de su partido). Esta tercera parte oscilaba entre las dos primeras y no sabía decidirse con firmeza por una o por otra.

Entonces el anciano padre, viendo esta incertidumbre, dijo a su hijo amado: "Hasta ahora has dedicado tu palabra especialmente a los que la aman y a los que no la aman, porque los primeros te la piden para amarme cada vez más con justicia, y los otros son necios que deben ser corregidos en orden a la justicia. Pero, como ves, éstos, los necios, no sólo no la acogen -de forma que siguen siendo lo que eran-, sino que a su primera injusticia, respecto a ti, portador de mi deseo, añaden la de corromper con malos consejos a aquellos que todavía no saben decidirse fuertemente por el camino mejor. Ve, pues, donde estos últimos y háblales de lo que soy yo y de lo que eres tú, y de lo que deben hacer para estar conmigo y contigo".

El hijo, siempre obediente, fue, como quería el padre. Y cada día que pasaba conquistaba algún corazón. De forma que el padre vio así con claridad quiénes eran los verdaderos hijos suyos rebeldes, y los miraba con severidad, aunque no los increpaba, porque era padre y quería atraerlos a sí con la paciencia, el amor y el ejemplo de los buenos.

Pero los malos, al verse solos, dijeron: "De esta forma, demasiado claramente se ve que nosotros somos los rebeldes. Antes nos camuflábamos entre los que no eran ni buenos ni malos. ¡Ahora ahí los veis! Van todos detrás del hijo predilecto. Hay que hacer algo. Destruir su obra. Vamos, fingiendo que hemos cambiado, y nos introducimos entre los recién convertidos, y también entre los más simples de los mejores, y difundimos la voz de que el hijo predilecto finge servir al padre, pero que en realidad se está atrayendo seguidores para sublevarse contra él; o también decimos que el padre tiene intención de eliminar al hijo y a sus seguidores porque triunfan demasiado y empañan su gloria de padre-rey, y que, por tanto, para defender al hijo predilecto traicionado, debemos retenerlo con nosotros, lejos de la casa paterna donde le espera la traición".

Y se pusieron en marcha. Y fueron tan astutamente sutiles en sugerir y extender voces y consejos, que muchos cayeron en la celada, especialmente los que hacía poco que se habían convertido, a los que los malos consejeros daban este mal consejo: "¿Veis cuánto os ha amado? Ha preferido venir a vosotros antes que estar junto a su padre, o, cuando menos, junto a los buenos hermanos. Tanto ha hecho, que ante los ojos del mundo os ha levantado de la abyección en que os encontrabais: erais personas que no sabían lo que querían y, por eso, erais objeto de burla por parte de todos. Por esta predilección que ha mostrado hacia vosotros, tenéis el deber de defenderlo, incluso tenéis el deber de retenerlo con la fuerza, si no bastan vuestras palabras de persuasión para que se quede en vuestros campos. O... sublevaros. Proclamadlo vuestro caudillo y rey y marchad contra el inicuo padre y sus hijos, inicuos como él".

Y a los que titubeaban haciendo esta observación: "Pero él quiere, ha querido que le acompañáramos a rendir honor al padre, y nos ha obtenido bendiciones y perdón", a éstos, les decían: "¡No lo creáis! os ha dicho toda la verdad, ni el padre os ha mostrado toda la verdad. El hijo ha actuado así porque siente que el padre está para traicionarlo y ha querido probar vuestros corazones para saber dónde encontrar protección y refugio. Pero, quizás... ¡es tan bueno!... quizás luego se arrepienta de haber dudado de su padre y quiera volver donde él. No se lo permitáis".

Y muchos prometieron: "No lo permitiremos" y se pusieron, apasionadamente, a buscar planes adecuados para retener al hijo predilecto, sin darse cuenta de que mientras los malos consejeros decían: les ayudaremos a salvar al bendito" sus ojos estaban llenos de luces de falsedad y crueldad, y sin darse cuenta de que éstos se intercambiaban miradas frotándose las manos y bisbiseando: "¡Caen en la trampa! ¡Triunfaremos!" cada vez que alguno se adhería a sus subrepticias palabras.

Luego se marcharon los malos consejeros. Se marcharon esparciendo por otros lugares la voz de que pronto tendría lugar la traición del hijo predilecto, que había salido de las tierras de su padre para crear un reino, contrario al padre, con aquellos que odiaban a su padre, o que, por lo menos, le profesaban incierta estima. Y, entretanto, los que habían sido sugestionados por los malos consejeros tramaban cómo podrían inducir al hijo predilecto al pecado de rebelión que habría de escandalizar al mundo.

Sólo los más sabios de entre ellos -aquellos en que había penetrado más profundamente la palabra del justo, aquellos en que la palabra del justo había arraigado por haber caído en terreno deseoso de acogerla-, tras haber reflexionado, dijeron: "No. Hacer eso no es bueno. Es un acto de maldad hacia el padre, hacia el hijo y también hacia nosotros. Conocemos la justicia y sabiduría del uno y del otro, las conocemos aunque, por desgracia, no siempre las hayamos seguido. Y no debemos pensar que los consejos de los que han estado siempre abiertamente contra el padre y la justicia, y también contra el hijo predilecto del padre, pueden ser más justos que los que nos ha dado el hijo bendito". Y no los siguieron. Es más, con amor y dolor, dejaron marcharse al hijo a donde debía ir, limitándose a acompañarlo con signos de amor hasta los confines de sus campos, y a prometerle en la despedida: "Vete. Nosotros nos quedamos. Pero tus palabras están en nosotros, y de ahora en adelante haremos lo que el padre quiere. "Ve tranquilo. Tú nos has sacado para siempre del estado en que nos hallaste. Ahora, de nuevo en el buen camino, sabremos ir por él hasta llegar a la casa paterna, y así recibir la bendición del padre".

Por el contrario, algunos prestaron su adhesión a los malos consejos y pecaron, tentando a pecar al hijo predilecto y burlándose de él como necio por obstinarse en cumplir con su deber.

Ahora Yo os pregunto: "¿Por qué el mismo consejo obró en manera distinta?". ¿No respondéis? Os lo diré Yo, como lo dije en Silo. Porque los consejos adquieren valor o resultan nulos según que sean o no acogidos. Si uno no quiere pecar, no pecará. Inútilmente será tentado con malos consejos. Y no será castigado por haber tenido que oír las insinuaciones de los malvados. No será castigado porque Dios es justo y no castiga por culpas no cometidas. Será castigado sólo si, después de haber debido escuchar el Mal que tienta, sin hacer uso del intelecto para meditar sobre la naturaleza y origen del consejo, lo pone en práctica. Y no tendrá disculpa por decir: "Lo consideré bueno". Bueno es lo que agrada a Dios. ¿Puede, acaso, Dios aprobar y aceptar con agrado una desobediencia o algo que induzca a la desobediencia? ¿Puede Dios bendecir algo que se oponga a su Ley, o sea, a su Palabra? En verdad os digo que no. Y os digo también en verdad que hay que saber morir, antes que transgredir la Ley divina.

En Siquem seguiré hablando para haceros justos en orden a saber querer o no querer practicar el consejo que se os ofrece. Podéis iros.

La gente se marcha haciendo comentarios.

-¿Has oído? ¡Sabe lo que nos dijeron! Y nos ha dado un toque de atención en orden a la rectitud - dice un samaritano.

-Sí. ¿Y has visto cómo se han inquietado los judíos y los escribas que estaban presentes?

-Sí. Ni siquiera han esperado al final para marcharse.

-¡Malas víboras! Pero... Él dice lo que quiere hacer. Hace mal. Podría causarse problemas. ¡Los del Ebal y el Garizim se han exaltado mucho!...

-Yo... nunca me he forjado una falsa idea. El Rabí es el Rabí. Y diciendo esto está dicho todo. ¿Puede, acaso, pecar el Rabí no subiendo al Templo de Jerusalén?

-Encontrará la muerte. ¡Ya verás!... ¡Y será el final!...

-¿Para quién? ¿Para Él? ¿Para nosotros? ¿O... para los judíos?

-Para Él. ¡Si muere!

-Eres un necio. Yo soy de Efraím. Lo conozco bien. He vivido a su lado dos lunas enteras. Más de dos lunas. Siempre hablaba con nosotros. Será doloroso... pero no será el final, ni para Él ni para nosotros. No puede morir, acabar, el Santo de los santos. Ni puede acabar así para nosotros. Yo... soy un ignorante, pero siento que el Reino vendrá cuando los judíos crean que ha acabado... Y serán ellos los que encontrarán su final...

-¿Piensas en una venganza del Maestro por parte de los discípulos? ¿Una rebelión? ¿Una matanza? ¿Y los romanos?...

-¡No hay necesidad de discípulos, de venganzas humanas, de matanzas! Será el Altísimo el que los vencerá. ¡Bien nos ha castigado a nosotros, durante siglos, y por mucho menos! ¿Piensas que no los castigará por su pecado de atormentar a su Cristo?

-¡Verlos derrotados! ¡Ah!

-Tienes un corazón como no querría el Maestro que lo tuvieras. Él ora por sus enemigos...

-Yo... mañana lo seguiré. Quiero oír lo que dirá en Siquem.

-Yo también.

-Y yo también...

Muchos de Lebona tienen el mismo pensamiento y, fraternizando con los de Efraím y Silo, van a prepararse para la partida del día siguiente.

## Llegada a Siquem y recibimiento.

Ahí está Siquem, hermosa y adornada; llena de gente de Samaria que se dirige al templo samaritano; llena de peregrinos de todas partes dirigidos hacia el Templo de Jerusalén. El sol la inunda toda, pues está extendida sobre las laderas del este del Garizim, que la supera por el extremo oeste, todo verde; tan verde el monte como blanca la ciudad. A su nordeste el Ebal, de aspecto aún más agreste, parece protegerla de los vientos del norte. La fertilidad del lugar, rico de aguas que descienden desde la divisoria de los montes y se dirigen en dos arroyos risueños, nutridos por cien regatillos, hacia el Jordán, es magnífica, y rezuma por las tapias de los jardines y en los setos de los huertos. Todas las casas se enguirnaldan de verde, de flores, de ramas donde crecen los pequeños frutos; y la mirada, recorriendo los alrededores bien visibles, dada la configuración del terreno, no ve sino verde de olivares, de viñedos, de matas de árboles frutales, y amarillecer de campos que dejan, cada día más, el color glauco del trigo tierno para ir adquiriendo un delicado amarillor de paja, de espigas maduras, que el sol y el viento, plegando y agrediendo, ponen casi de un blanco de oro blanco.

Verdaderamente las mieses "amarillecen", como dice Jesús, ahora realmente blondas, después de haber sido "blanquecinas" cuando nacían, y luego de un color verde de preciosa joya mientras crecían y echaban espiga. Ahora el sol las prepara para la muerte, después de haberlas preparado para la vida. Y uno no sabe si bendecirlo ahora que las conduce al sacrificio, o cuando, paterno, daba calor a los terrones para hacer germinar el trigo y pintaba la palidez del tallo, desde el momento mismo en que asomaba, de un hermoso verde lleno de vigor y promesas.

Jesús, que ha hablado de esto entrando en la ciudad y señalando al lugar del encuentro con la Samaritana, y aludiendo a aquella conversación lejana, dice a sus apóstoles, a todos menos a Juan (ya su puesto de consolador, junto a María, que está muy afligida):

-¿Y no se cumple ahora lo que entonces dije? En aquella ocasión entramos aquí desconocidos y solos. Sembramos. ¡Ahora, mirad! Mucha mies ha nacido de aquella semilla. Y seguirá creciendo y vosotros recogeréis. Y otros, además de vosotros, recogerán…

-¿Y Tú no, Señor? - pregunta Felipe.

-Yo he recogido donde había sembrado mi Precursor. Y luego he sembrado para que vosotros recogierais y sembrarais con la semilla que os había dado. Pero, de la misma forma que Juan no recogió lo sembrado, Yo tampoco recogeré esta mies. Nosotros somos...

-¿Qué, Señor? - pregunta inquieto Judas de Alfeo.

-Las víctimas, hermano mío. Se requiere sudor para hacer fértiles los campos. Y se requiere sacrificio para hacer fértiles los corazones. Nosotros aparecemos, trabajamos, morimos. Otro, después de nosotros, toma nuestro puesto, aparece, trabaja, muere... Y otro recoge lo que nosotros regamos muriendo.

-¡Oh, no! ¡No digas eso, Señor mío! - exclama Santiago de Zebedeo.

-¿Y tú, discípulo de Juan antes que mío, dices eso? ¿No recuerdas las palabras de tu primer maestro?: "Es necesario que Él crezca y yo disminuya". Él comprendía la belleza y la justicia de morir para dar a otros la justicia". Yo no seré inferior a él.

-Pero Tú, Maestro, eres Tú: ¡Dios! Él era un hombre.

-Soy el Salvador. Como Dios, debo ser más perfecto que el hombre. Si Juan, hombre, supo mermar para hacer surgir el verdadero Sol, Yo no debo empañar la luz de mi Sol con nieblas de vileza. Debo dejar un límpido recuerdo mío. Para que vosotros caminéis. Para que el mundo crezca en la Idea cristiana. E1 Cristo se marchará, volverá al lugar de donde ha venido, y allí os amará estando atento a vuestro trabajo, preparándoos el puesto que será vuestro premio. Pero el Cristianismo no se marcha. El Cristianismo crecerá por mi partida… y por la de todos aquellos que, sin apegos al mundo y a la vida terrena, sepan, como Juan y como Jesús, marcharse... morir para dar vida.

-¿Entonces encuentras justo que te den muerte?... - pregunta, casi acongojado, Judas Iscariote.

-No encuentro justo que me den muerte. Encuentro justo morir en aras de lo que mi sacrificio producirá. El homicidio será siempre homicidio para quien lo lleva a cabo, aunque tenga valor y aspecto distinto en relación al que lo sufre.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que, si el homicida mandado o forzado, como un soldado en la batalla o un verdugo que debe obedecer al magistrado, o uno que se defiende de un bandido, no tiene de ninguna manera en su alma el peso de un crimen, o tiene un relativo crimen de haber quitado la vida a un semejante, en cambio, aquel que sin orden y necesidad mata a un inocente, o coopera a su muerte, se presenta ante Dios con el rostro horrendo de Caín.

-¿Pero no podríamos hablar de otra cosa? Al Maestro le hace sufrir, tú pones ojos de torturado, a nosotros nos parece estar en la agonía; si la Madre oyera, lloraría, ¡y ya bien que llora detrás de su velo! ¡Hay muchas otras cosas de que hablar!... ¡Ah, mira, vienen los notables! Así os callaréis. ¡Paz a vosotros! ¡Paz a vosotros!

Pedro, que estaba un poco adelantado y se había vuelto para hablar, hace ahora reverencias a un nutrido grupo de siquemitas pomposos que vienen hacia Jesús.

-La paz a ti, Maestro. Las casas que te han hospedado la otra vez abren sus puertas para recibirte, y muchas otras casas, para las discípulas y para los que vienen contigo. Vendrán los que han sido agraciados por ti recientemente o lo fueron la primera vez. Sólo faltará una, porque se marchó del lugar para llevar una vida de expiación. Eso dijo, y yo lo creo, porque cuando una mujer se despoja de todo aquello que era objeto de su amor y rechaza el pecado y da sus bienes a los pobres, es señal de que verdaderamente quiere llevar una vida nueva. Pero no sabría decirte dónde está. Ninguno la ha vuelto a ver desde que dejó

Siquem. A uno de nosotros le pareció verla, como criada, en un pueblo cercano al Fialé. Otro jura haberla reconocido vestida míseramente en Bersabea. Pero no es seguro el testimonio de estas personas. Se la llamó por su nombre y no respondió, y hay quien oyó en un lugar que a la mujer la llamaban Juana; esto fue en el otro Agar.

-No es necesario saber más, aparte de que ella se ha redimido. Cualquier otro dato acerca de ella es vano, y toda indagación es curiosidad indiscreta. Dejad a vuestra conciudadana en su secreta paz, satisfechos suficientemente con que ya no cause escándalo. Los ángeles del Señor saben dónde está, para darle la única ayuda de que tiene necesidad, la única ayuda que no puede perjudicar a su alma. Ahora sed caritativos con las mujeres, que están cansadas, y llevadlas a las casas. Mañana os hablaré. Hoy voy a escucharos a todos y voy a recibir a los enfermos.

-¿No te vas a quedar mucho tiempo con nosotros? ¿No vas a transcurrir aquí el sábado?

-No. En otro lugar, en oración.

-Esperábamos tenerte mucho con nosotros...

-Tengo el tiempo justo para volver a Judea para las fiestas. Os dejaré a los apóstoles y las mujeres, si quieren quedarse, hasta el atardecer del sábado. No os miréis así. Sabéis que debo tributar, más que nadie, honor al Señor Dios nuestro, porque el ser lo que soy no me exime de ser fiel a la Ley del Altísimo.

Se dirigen hacia las casas. En cada una entran dos discípulas y un apóstol: María de Alfeo y Susana con Santiago de Alfeo; Marta, María con el Zelote; Elisa y Nique con Bartolomé; Salomé y Juana con Santiago de Zebedeo. Luego, en grupo, van juntos a otra casa Tomás, Felipe, Judas de Keriot y Mateo. Pedro y Andrés, a otra. Y Jesús con Judas de Alfeo y Juan, entra con María, su Madre, en la de un hombre que siempre ha hablado en nombre de los habitantes del lugar. Los seguidores y los de Efraím, Silo y Lebona, y otros peregrinos que iban a Jerusalén y, interrumpiendo el viaje, se han unido a los que seguían a Jesús, se esparcen en busca de alojamiento.

## 572

## En Siquem, la última parábola sobre los consejos dados y recibidos.

La plaza más grande de Siquem aparece abarrotada de gente hasta lo increíble. Yo creo que está ahí toda la ciudad, y que se han concentrado también los que viven en los campos y en los pueblos cercanos. Los de Siquem a primeras horas de la tarde del primer día deben haberse esparcido para avisar por todas partes, y todos han venido: sanos y enfermos, pecadores e inocentes. Repleta ya la plaza, atestadas las terrazas que están en lo alto de las casas, la gente se ha acoclado incluso encima de los árboles que dan sombra a la plaza. En primera fila, en el lugar que se ha mantenido libre para Jesús, junto a una casa realzada sobre cuatro escalones, están los tres niños que Jesús salvó de los bandidos, y también los parientes. ¡Qué ansiosos, los tres pequeñuelos de ver a su Salvador! Cada grito que se oye los hace volverse buscándolo. Y, cuando se abre la puerta de la casa y en su vano aparece Jesús, los tres niñitos vuelan a su encuentro gritando: « ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!», y suben los altos escalones sin esperar siquiera a que Él baje a abrazarlos. Y Jesús se agacha, los abraza, los alza -vivo ramo de flores inocentes-, los besa en la cara... y ellos también lo besan.

Un murmullo de la gente, conmovida, y alguna voz que dice:

-Sólo Él sabe besar a nuestros inocentes.

Y otras voces:

-¿Veis cómo los quiere? Los salvó de los bandidos, les dio de comer y los vistió, les ha dado una casa y ahora los besa como si fueran los hijos de sus entrañas.

Jesús, que ha puesto a los niños en el suelo, en el escalón más alto, cerca de su cuerpo, responde a todos contestando a estas últimas palabras anónimas:

-En verdad, éstos son para mí más que hijos de mis entrañas. porque soy para ellos padre de su alma, que es mía, y no para el tiempo que pasa, sino para la eternidad que perdura. ¡Ojalá pudiera decir lo mismo de todo hombre que de mí, Vida, obtuviera vida para salir de su muerte!

Cuando vine por primera vez a vosotros os invité a esto. Pero pensasteis que teníais mucho tiempo para decidiros a hacerlo. Sólo una persona fue solícita en seguir la llamada y en entrar por el camino de la Vida: la criatura más pecadora que había entre vosotros. Quizás, precisamente, porque se sintió muerta, se vio muerta, pútrida con su pecado, tuvo prisa en salir de la muerte. Vosotros ni os sentís ni os veis muertos, y no tenéis su prisa. Pero ¿qué enfermo espera a estar muerto para tomar las medicinas de vida? El muerto no necesita sino mortaja y bálsamos, y un sepulcro donde yacer para convertirse en polvo después de ser podredumbre. Porque el que la podredumbre de Lázaro, a quien miráis con ojos dilatados por el temor y el estupor, haya sido, por sabios fines, recompuesta por el Eterno y devuelta a la salud, no debe tentar a nadie a morir en su espíritu diciendo: "El Altísimo me dará de nuevo la vida del alma”. No tentéis al Señor Dios vuestro.

Venid vosotros a la Vida. Ya no hay tiempo de espera. La Vid ya va a ser vendimiada y exprimida. Preparad vuestro espíritu para el Vino de la Gracia que muy pronto os será dado. ¿No es lo que hacéis cuando vais a asistir a un gran banquete? ¿No preparáis vuestro estómago para que reciba alimentos y vinos selectos haciendo preceder al banquete una prudente abstinencia que afine el gusto y dé vigor al estómago para degustar y apetecer la comida y la bebida? ¿Y no hace lo mismo el viñador para catar el vino reciente? No desarregla su paladar el día en que quiere catar el vino nuevo; no lo hace porque quiere percibir con exactitud las cualidades y los defectos de ese vino, para corregir éstos y resaltar aquéllas, y así vender bien su mercancía. Pero si esto sabe hacer la persona que ha sido invitada a un banquete, para saborear con mayor deleite los manjares y vinos. y si el viñador hace eso para poder vender bien su vino, o para convertir en vendible aquello que sí se ofreciera

defectuoso sería rechazado por el comprador, ¿no debería saber hacerlo el hombre en orden a su espíritu, para saborear el Cielo, para ganar el tesoro y poder entrar en el Cielo?

Escuchad mi consejo. Éste sí, escuchadlo. Es consejo bueno. Es consejo justo del Justo, al que vanamente se aconseja mal, del Justo que quiere salvaros de los frutos de los malos consejos que habéis recibido. Sed justos como Yo lo soy. Y sabed dar el justo valor a los consejos que os dan. Si sabéis haceros justos, daréis ese justo valor.

Oíd una parábola. Una parábola que cierra el ciclo de las que he dicho en Silo y Lebona, y que habla también de los consejos que se dan o se reciben.

Un rey mandó a su hijo amado a visitar su reino. El reino de este rey estaba dividido en muchas provincias, pues era vastísimo. En estas provincias existía un distinto conocimiento del rey. Algunas lo conocían tanto, que se consideraban las predilectas y se ensoberbecían por ello. Estas provincias pensaban que eran las únicas perfectas en conocimiento del rey y de lo que el rey quería. Otras lo conocían pero no se creían sabias por ello y buscaban el modo de conocerlo cada vez más. Otras conocían al rey, pero lo querían a su manera, ya que se habían dado un código especial que no era el verdadero código de1 reino. Del verdadero código habían tomado aquello que les gustaba y hasta donde les gustaba, e incluso habían desvirtuado ese poco con mezclas de otras leyes -no buenas- tomadas de otros reinos, o que ellos mismos se habían dado. No. No buenas. Y otras provincias ignoraban todavía más acerca de su rey. Y algunas solamente sabían que había un rey, nada más que eso, y creían incluso que esto poco era una fábula.

El hijo del rey fue a visitar el reino de su padre para transmitir a las distintas regiones, a todas ellas, un exacto conocimiento del rey: en corrigiendo la soberbia, bien elevando los ánimos, bien enderezando conceptos desviados, en otras regiones convenciendo para que eliminaran los elementos impuros de la ley pura, o enseñando para colmar las lagunas, o, en fin, instruyendo para dar un mínimo de conocimiento y de fe en orden a este rey real de quien todos los hombres eran súbditos. El hijo del rey pensaba, de todas formas, que la primera lección para todos había de ser el ejemplo de una justicia conforme al código, tanto en las cosas graves como en las menores. Y era perfecto. Tanto que la gente de buena voluntad se mejoraba a sí misma porque seguía las acciones y las palabras del hijo del rey, pues sus palabras y sus obras eran tan congruentes entre sí, sin disonancia alguna, que eran una única cosa.

Pero los de las provincias que se sentían perfectas sólo por saber al pie de la letra las letras del código, pero sin poseer su espíritu, veían que de la observancia de lo que hacía el hijo del rey y de lo que exhortaba a hacer, demasiado claramente resultaba que ellos conocían la letra del código pero no poseían el espíritu de la ley del rey, y que, por tanto, su hipocresía quedaba desenmascarada. Entonces pensaron quitar de en medio aquello que los hacía aparecer como eran. Y para hacerlo usaron dos vías: una contra el hijo del rey, la otra contra los seguidores del hijo del rey; para el primero, malos consejos y persecuciones; para los segundos, malos consejos e intimidaciones.

Muchas cosas son malos consejos. Es un mal consejo decir: "No hagas esto que te puede acarrear perjuicio" fingiendo interesarse positivamente. Y es mal consejo perseguir para persuadir a faltar contra su misión a aquel al que se quiere descarriar. Es consejo malo el decir a los propios partidarios: "Defended a toda costa y usando cualquier medio al justo perseguido", y es consejo malo decir a los propios partidarios: "Si lo protegéis, os encontraréis con nuestro desdén". Pero ahora no estoy hablando de los consejos dados a los propios partidarios, sino de los consejos dados al hijo del rey y de 1os consejos encargados a otros, con falsa candidez, con perverso odio, o a través de ingenuos instrumentos que creyendo que los mueven para un beneficio en realidad son movidos para causar daño.

El hijo del rey escuchó estos consejos. Tenía oídos, ojos, intelecto y corazón. No podía, por tanto, no oírlos, no verlos, no comprenderlos, no discernir acerca de ellos. Pero el hijo del rey tenía, sobre todo un espíritu recto de hombre verdaderamente justo, y a cada uno de los consejos que se le ofrecían, consciente o inconscientemente, para hacerle pecar y dar mal ejemplo a los súbditos e infinito dolor a su padre, respondió: "No. Yo hago lo que quiere mi padre. Sigo su código. El ser hijo del rey no me exime de ser el más fiel de sus súbditos en la observancia de la ley. Vosotros, que me odiáis y queréis amedrentarme, sabed que nada me hará violar la ley. Vosotros, los que me queréis y queréis salvarme, sabed que os bendigo por este pensamiento vuestro, pero sabed también que ni vuestro amor ni el amor mío hacia vosotros -por ser más fieles a mí que los que se dicen "sabios"- no debe hacerme injusto en mi deber hacia el amor más grande, que es el que ha de darse al padre mío".

Ésta es la parábola, hijos míos. Y es tan clara, que todos pueden haberla comprendido. Y en los espíritus rectos sólo una voz puede surgir: "Él es realmente el Justo, porque ningún consejo humano puede desviarlo por un camino de error". Sí, hijos de Siquem. Nadie puede llevarme al error. ¡Ay si caminara en el error! ¡Ay de mí y ay de vosotros! En vez de ser vuestro Salvador, sería vuestro traidor, y tendríais razón en odiarme. Pero no lo haré.

No os reprendo por haber aceptado sugestiones y haber pensado una serie de medidas contra la justicia. No sois culpables porque lo habéis hecho por espíritu de amor. Pero os digo lo que he dicho al principio y al final. A vosotros os digo: Os quiero más que si fuerais hijos de mis entrañas, porque sois hijos de mi espíritu. Yo he conducido a la Vida a vuestro espíritu, y lo haré aún más. Sabed -y que éste sea el recuerdo mío- sabed que os bendigo por el pensamiento que habéis tenido en vuestro corazón. Pero creced en la justicia, queriendo solamente aquello que dé honor al Dios verdadero, a quien ha de profesarse un amor absoluto, como a ninguna otra criatura se ha de profesar. Venid a esta perfecta justicia que Yo os doy como ejemplo, justicia que aplasta los egoísmos del propio bienestar, los miedos de los enemigos y de la muerte; que todo lo aplasta para hacer la voluntad de Dios.

Preparad vuestro espíritu. El alba de la Gracia surge. El banquete de la Gracia ya está siendo preparado. Vuestras almas, las almas de los que quieren venir a la Verdad, están en las vísperas de su desposorio, de su liberación, de su redención. Preparaos en justicia para la fiesta de la Justicia.

Jesús hace una seña a los parientes de los niños, que están cerca de éstos, para que entren en la casa con Él, y, habiendo alzado en brazos a los tres niños como al principio, se retira.

En la plaza la gente intercambia comentarios, muy distintos.

Los mejores dicen:

-Tiene razón. Aquellos falsos enviados nos traicionaron.

Los menos buenos dicen:

-Pero entonces no hubiera debido halagarnos. Hace que nos odien todavía más. Se ha burlado de nosotros. Es judío de veras.

-No podéis decir eso. Nuestros pobres saben de sus ayudas; nuestros enfermos, de su poder; nuestros huérfanos, de su bondad. No podemos pretender que peque para satisfacernos a nosotros.

-Ya ha pecado, porque haciendo que nos odien nos ha odiado...

-¿Quién?

-Todos. Y se ha burlado de nosotros. Sí, se ha burlado de nosotros.

Los distintos pareceres llenan la plaza, pero no turban el interior de la casa, donde está Jesús, junto con los notables y con los niños y sus parientes. Una vez más, se confirman las palabras proféticas: "El será piedra de contradicción".

## 573

## Partida para Enón después de un tira y afloja entre Judas Iscariote y Elisa, que se quedan en Siquem.

Jesús, solo, medita sentado debajo de una encina gigantesca nacida en las faldas del monte que domina a Siquem. La ciudad, rosic1er con el primer sol, está abajo, extendida sobre las pendientes más bajas del monte. Parece, vista desde arriba, un puñado de grandes cubos blancos desbaratados por un niño gigante en un verde prado en declive. Los dos cursos de agua junto a los que está edificada dibujan un semicírculo azulplata oscuro en torno a la ciudad; luego, uno de los dos entra en ella e introduce su canto y su cabrilleo entre las casas blancas, para salir luego y correr entre el verde, apareciendo y desapareciendo por entre matas exuberantes de olivos y árboles frutales, hacia el Jordán. El otro, más modesto, permanece fuera de los muros de la ciudad; los lame casi; y riega los fértiles huertos, para correr luego a calmar la sed de rebaños de ovejas blancas que pastan en prados salpicados de la sangre de las cabecitas rojas de las flores del trébol.

El horizonte se abre anchuroso frente a Jesús. Detrás de ondulaciones de colinas cada vez más bajas, se ve, a través de una franja de horizonte, el valle verde del Jordán, y allende éste los montes de Transjordania, que terminan al nordeste en las originales cimas de la Auranítida. El sol, que ha salido de tras ellos, incide ahora en tres caprichosas nubes semejantes a tres cintas de sutil gasa puestas horizontalmente sobre el velo turquesa del firmamento; y la leve gasa de las tres nubes largas y estrechas se ha puesto toda de un rosa anaranjado semejante al de ciertos corales de gran valor. El cielo parece vallado por este enrejado aéreo, bellísimo, que Jesús mira fijamente. Bueno, mira en esa dirección, absorto. ¡Quién sabe... a lo mejor, ni siquiera lo ve! Apoyado el codo en la rodilla, sujetando con la mano el mentón hincado en el cuenco de la palma, mira, piensa, medita. Por encima de Él, los pájaros, chilladores, alborotan describiendo un alegre carrusel de vuelos.

Jesús baja los ojos hacia Siquem, que va despertándose con el sol matutino. Ahora, a los pastores y rebaños -los únicos que antes animaban el panorama- se unen los grupos de peregrinos, y al tintineo de las esquilas de las greyes se une el de los cascabeles de los borricos, y voces, y rumores de pasos y palabras. El viento, con sus ondas, trae hasta Jesús el ruido de la ciudad que se despierta, de la gente que deja el descanso nocturno.

Jesús se pone en pie. Con un suspiro deja este lugar sereno y baja a buen paso, por un atajo, hacia la ciudad, donde entra entre caravanas de hortelanos y peregrinos que se apresuran, los primeros, a descargar su género, los segundos, a comprar los productos de los primeros antes de ponerse en camino.

En un ángulo de la plaza del mercado están ya, en grupo, esperando, los apóstoles y las discípulas; en torno a ellos, los de Efraím, Silo y Lebona y muchos de Siquem.

Jesús va donde ellos. Los saluda. Luego dice a los de Samaria:

-Y ahora vamos a dejarnos. Volved a vuestras casas. Recordad mis palabras. Creced en la justicia.

Se vuelve hacia Judas de Keriot:

-¿Has dado, como dije, para los pobres de todos los lugares?

-Sí, lo he dado. Excepto a los de Efraím porque ya han recibido.

-Entonces marchaos. Ocupaos de que todos los pobres reciban un alivio.

-Nosotros te bendecimos por ellos.

-Bendecid a las discípulas. Son ellas las que me han dado el dinero. Marchaos. La paz sea con vosotros.

Y éstos se marchan; remolones, con pena... pero obedecen.

Jesús se queda con los apóstoles y las discípulas. Les dice:

-Voy a Enón. Quiero saludar el lugar del Bautista. Luego bajaré al camino del valle. Es más cómodo para las mujeres.

-¿Y… no sería mejor ir por el camino de Samaria? - pregunta Judas Iscariote.

-Nosotros no tenemos por qué temer a los bandidos, aun yendo por un camino cercano a sus grutas. El que quiera venir conmigo que venga, el que no se sienta muy dispuesto a ir hasta Enón que se quede aquí hasta el día siguiente del sábado. Ese día iré a Tersa. El que se quede que se reúna después conmigo allí.

-Yo, la verdad... preferiría quedarme. No me encuentro muy bien... estoy cansado... - dice Judas Iscariote.

-Se ve. Tienes aspecto de enfermo. Turbio de humor, de mirada y de piel. Hace un tiempo que te observo... - dice Pedro.

-Pero ninguno me pregunta si sufro...

-¿Te hubiera gustado? Yo no sé nunca lo que te gusta. Pero, si te satisface, te lo pregunto ahora. Y estoy dispuesto a quedarme contigo para cuidarte... - le responde pacientemente Pedro.

-¡No, no! Es sólo cansancio. Ve, ve. Yo me quedo aquí donde estoy.

-También me quedo yo. Soy anciana. Descansaré haciéndote de madre - dice al improviso Elisa.

-¿Tú te quedas? Habías dicho... - interrumpe Salomé.

-Si todos fuéramos, yo también iría, para no quedarme aquí sola. Pero dado que Judas se queda...

-Pues entonces voy. No quiero sacrificarte, mujer. Estoy seguro de que irías con agrado a ver el refugio del Bautista...

-Soy de Betsur y no he sentido nunca la necesidad de ir a Belén a ver la gruta donde nació el Maestro -estas cosas las haré cuando ya no tenga al Maestro-, así que fíjate tú si voy a estar ansiosa de ver el lugar donde estuvo Juan... Prefiero ejercer la caridad, porque estoy segura de que la caridad tiene más valor que un peregrinaje.

-¿No te das cuenta de que estás reprobando la actitud del Maestro?

-Hablo por mí. Él va allí y hace bien. Él es el Maestro. Yo soy una vieja a la que los dolores le han quitado toda curiosidad, y el amor por Cristo le ha quitado todo deseo de cualquier otra cosa que no sea servirle.

-Para ti es servicio espiarme, entonces.

-¿Haces cosas reprochables? Se vigila a quien hace cosas dañinas. Pero, hombre, nunca he espiado a nadie. No pertenezco a la familia de las serpientes. Y no traiciono.

-Yo tampoco.

-Dios lo quiera, por tu bien. Pero no logro entender por qué te resulte tan odioso el que me quede aquí descansando...

Jesús, hasta este momento mudo, escuchando, en medio de los otros, que están asombrados de este tira y afloja, alza la cabeza -la tenía un poco inclinada- y dice: -Basta. El mismo deseo que tienes tú lo puede tener, con mayor razón, una mujer, que además es anciana. Os quedaréis aquí hasta el alba del día siguiente del sábado. Luego os reuniréis conmigo. De momento compra todo lo que podamos necesitar para estos días. Ve, y no te demores.

Judas, a regañadientes, va a comprar las provisiones.

Andrés querría acompañarle, pero Jesús lo agarra por el brazo Y dice:

-Quédate aquí. Puede él solo.

Jesús tiene aspecto muy severo. Elisa lo mira y luego se acerca a Él. Dice: -Perdona, Maestro, si te he causado un dolor.

-Nada tengo que perdonarte, mujer. Más bien, perdona tú a ese hombre, como si fuera un hijo tuyo.

-Con este sentimiento me quedo con él... aunque él crea una cosa muy distinta... Tú me comprendes...

-Sí, y te bendigo. Y te digo que es correcto lo que has dicho que los peregrinajes a mis lugares serán una necesidad que vendrá cuando ya no esté con vosotros... una necesidad de confortar vuestro espíritu. Ahora se trata de servir a los deseos de vuestro Jesús. Y tú has comprendido un deseo mío, porque te sacrificas por tutelar un espíritu imprudente...

Los apóstoles se intercambian miradas... Las discípulas también. Sólo María, enteramente velada, no alza la cabeza para intercambiar miradas con nadie. Y María de Magdala, erguida como una reina juzgadora, no ha quitado la mirada un momento de Judas, que se mueve entre los vendedores, y en sus ojos hay amargura, no sin un cierto desprecio en su boca cerrada: habla con su expresión más que si dijera palabras...

Judas vuelve. Da a los compañeros lo que ha comprado. Se pone en orden el manto -lo había usado para transportar lo que había comprado- y hace ademán de dar la bolsa a Jesús.

Jesús la rechaza con la mano:

-No hace falta. Para las limosnas está todavía María. Tú preocúpate de ejercitar la beneficencia aquí. Muchos son los mendigos que, de todas partes, bajan para ir hacia Jerusalén en estos días. Da sin prejuicios y con caridad, recordando que todos somos mendigos ante Dios, de su misericordia y de su pan... Adiós. Adiós, Elisa. La paz sea con vosotros.

Y se vuelve rápidamente. Se echa a andar a buen paso por el camino que tenía cerca sin dar tiempo a Judas para despedirse de Él...

Todos lo siguen en silencio. Salen de la ciudad en dirección hacia nordeste por estos bellísimos campos...

## 574

## En Enón, rescatado y acogido el pastorcillo Benjamín. Hacia Tersa.

Enón, un puñado de casas, está más arriba, hacia el Norte. Conserva el lugar en que estuvo Juan el Bautista: es una gruta rodeada de exuberante vegetación. Poco distantes, unos manantiales gotean, para formar después un regato bien nutrido de aguas que van hacia el Jordán. Jesús está solo, sentado fuera de la gruta, en el lugar en que se despidió de su primo. La aurora apenas pone rosicler el oriente y las frondas se desadormecen con los trinos de los pájaros que se despiertan. Balidos llegan de los apriscos de Enón. Un rebuzno rasga ambiente sereno.

Rumor confuso de pasitos por el sendero. Pasa un rebaño de cabras guiadas por un adolescente que, titubeante, se detiene un momento a mirar a Jesús. Luego se marcha. Pero, al cabo de poco, vuelve, porque una cabrita se ha emperrado en quedarse ahí, observando a ese hombre al que no estaba acostumbrada a ver en ese lugar y que ahora extiende su larga mano para ofrecerle un tallo de mejorana y le acaricia su cabeza inteligente. El pastorcillo titubea. No sabe si alejar al animal o dejar que Jesús lo acaricie, sonriendo, como contento de que sin temor haya ido a acurrucarse a sus pies y le haya puesto la cabeza en las rodillas. También las otras cabras vuelven, comiendo la hierba tachonada de florecillas.

El pastorcillo pregunta:

-¿Quieres leche? No he ordeñado todavía a dos cabras rebeldes, que si no están bien llenas de comida amochan al que les aprieta en el pecho; son iguales que su amo, que si no está bien lleno de ganancias, nos da de palos.

-¿Eres siervo, pastor?

-Soy huérfano. Estoy solo. Y soy siervo. Él es pariente mío porque es el marido de la hermana de la madre de mi madre. Y mientras vivía Raquel... Pero hace muchos meses que murió... Y yo soy muy infeliz... ¡Tómame contigo! Estoy acostumbrado a vivir de nada... Te serviré... Un poco de pan me basta como paga. Tampoco aquí tengo nada... Si me pagara, me iría. Pero dice: "¿Tu dinero? No. Me lo quedo yo, porque te visto y te doy de comer". ¡Me viste! Ya lo ves. ¡Me da de comer!... Mírame... Y éstos son los palos… Mi pan de ayer, éste...

Enseña unos cardenales en los brazos y hombros delgadísimos.

-¿Qué habías hecho?

-Nada. Tus compañeros, los discípulos quiero decir, hablaban del Reino de los Cielos, y yo estaba escuchando... Era sábado. Aunque no trabajara, no estaba ocioso, porque era sábado... Me pegó fuerte, tanto que... que no quiero seguir con él. Tómame contigo. Si no huyo... He venido adrede aquí esta mañana. Tenía miedo de hablar. Pero Tú eres bueno y hablo.

-¿Y el rebaño? No querrás huir con él, claro...

-Lo llevo al aprisco... El hombre, dentro de poco, irá al bosque para cortar leña... Yo llevo el rebaño y huyo. ¡Tómame contigo!

-¿Pero tú sabes quién soy?

-¡Eres el Cristo! El Rey del Reino de los Cielos. El que te sigue es feliz en la otra vida. Aquí nunca he tenido alegría... pero, no me rechaces... que tenga alegría allí... Llora echado a los pies de Jesús, cerca de la cabrita.

-¿Cómo me conoces tan bien? ¿Es que me has oído hablar?

-No. Sé desde ayer que aquí, donde estaba el Bautista, estabas Tú. Pero alguna vez pasaban por Enón discípulos tuyos. Les he oído a ellos. Se llaman Matías, Juan, Simeón, y estaban a menudo porque Juan el Bautista había sido su maestro antes de ti. Y luego Isaac... En Isaac yo sentía a mi padre y a mi madre. Isaac quería liberarme del patrón, y dio dinero. ¡Pero él! Cogió el dinero, eso sí, pero luego no me libertó, y se burló de tu discípulo.

-Sabes muchas cosas. Pero ¿sabes a dónde voy?

-A Jerusalén. Pero no llevo escrito en la cara que sea de Enón.

-Voy más lejos. Pronto me marcharé y no podré tomarte conmigo.

-Tómame el poco tiempo que puedas.

-¿Y luego?

-Y luego... Lloraré, pero iré con los de Juan, que fueron los primeros que dijeron a este pobre muchacho que la alegría que los hombres no dan en la Tierra la da Dios en el Cielo a quien ha tenido buena voluntad. Yo, por tenerla, me he llevado muchos palos y he pasado mucha hambre, pidiendo a Dios que me diera esta paz. Ya ves que he tenido buena voluntad... Pero ahora, si me rechazas... ya no podré tener esperanza... Llora quedo, suplicando a Jesús más que con los labios con los ojos llorosos.

-No tengo dinero para tu rescate. Ni sé si tu patrón daría el consentimiento.

-Pero ya han pagado por mí. Tengo testigos. Elí, Leví y Jonás lo vieron, y se enfadaron con el hombre. ¡Y son los más importantes de Enón, eh!

-Sí es así... Vamos. Levántate y ven.

-¿A dónde?

-Donde tu patrón.

-¡Tengo miedo! Ve Tú solo. Está allí, en aquel monte, entre los árboles cortando madera. Yo espero aquí.

-No tengas miedo. Mira, vienen mis discípulos. Seremos muchos para él. No te hará ningún daño. Levántate. Iremos a Enón, a buscar a los tres testigos y luego vamos donde tu patrón. Dame la mano. Después te confiaré a los discípulos que conoces. ¿Cómo te llamas?

-Benjamín.

-Tengo otros dos pequeños amigos que se llaman así. Tú serás el tercero.

-¿Amigo? ¡Demasiado! Soy siervo.

-Del Señor Altísimo. De Jesús de Nazaret eres el amigo. Ven. Recoge el rebaño y vamos.

Jesús se levanta y, mientras el pastorcito reúne y empuja a las cabras reacias hacia el camino de regreso, hace señas a los apóstoles (que vienen por el sendero y miran hacia Jesús) de que se apresuren. Ellos aceleran el paso. Mas ya el rebaño está en camino y Jesús, con el pastorcito de la mano, va hacia ellos...

-¡Señor! ¿Te has hecho pastor de cabras? Verdaderamente Samaria puede ser llamada la cabra... Pero Tú...

-Yo soy el Buen Pastor y transformo las cabras en corderos. Además, todos los niños son corderos, y éste es poco más que niño».

-¿No es el niño al que aquel hombre se llevó ayer con tan malos modales? - dice Mateo observándolo.

-Creo que es él. ¿Eres tú?

-Soy yo.

-¡Oh, pobre muchacho! ¡Tu padre está claro que no te quiere! - dice Pedro.

-Mí patrón. No tengo más padre que a Dios.

-Sí. Los discípulos de Juan instruyeron su ignorancia y confortaron su corazón, y en el momento preciso el Padre de todos hizo que nos encontráramos. Vamos a Enón para tomar con nosotros a tres testigos, y luego vamos donde su patrón... - dice Jesús.

-¿Para que nos dé al muchacho? ¿Y dónde está el dinero? María ha distribuido lo último que tenía... - observa Pedro.

-No hay necesidad de dinero. No es esclavo y ya han dado dinero para que el patrón lo deje libre. Lo dio Isaac, que sintió compasión del niño.

-¿Y por qué no recibió el niño?

-Porque muchos son los burladores de Dios y del prójimo. Ahí está mi Madre con las mujeres. Id a decirles que no sigan viniendo.

Santiago de Zebedeo y Andrés se echan a correr, raudos como gacelas. Jesús acelera el paso hacia su Madre y las discípulas, y cuando llega ellas ya saben y observan con compasión al jovencito.

Regresan a buen paso hacia Enón. Entran. Van, guiados por el muchacho, a la casa de Elí, que es un hombre añoso, de ojos enturbiados por los años, pero todavía vigoroso. De joven debió ser robusto como una encina de estos lugares.

-Elí, el Rabí de Nazaret me toma consigo si...

-¿Te toma consigo? Obra mejor no podría hacer. Estando aquí acabarías haciéndote malo. El corazón se endurece cuando dura demasiado la injusticia. Y es demasiado dura. ¿Lo has encontrado? El Altísimo, entonces, escucha tu llanto, aunque sea llanto de un niño samaritano. Dichoso tú, entonces, que por la edad careces de cadenas y puedes seguir a la Verdad sin que nada te retenga, ni siquiera la voluntad de un padre o de una madre. Lo que durante tantos años parecía un castigo ahora se muestra como providencia. Dios es bueno. Pero ¿qué quieres de mí, que has venido aquí? ¿Mi bendición? Como Anciano del lugar, te la doy.

-Tu bendición quiero. Porque eres bueno. Y también he venido para que tú, con Leví y Jonás, vinierais, junto con el Rabí, donde mi patrón, para que no pida más dinero.

-¿Pero dónde está el Rabí? Soy viejo y veo poco, y reconozco sólo a los que conozco mucho. No conozco al Rabí.

-Aquí está. Delante de ti.

-¿Aquí? ¡Poder eterno!

El anciano se levanta y se inclina ante Jesús diciendo:

-Perdona a este viejo de ojos empañados. Yo te saludo, porque sólo uno es justo en todo Israel. Y eres Tú. Vamos. Leví está ocupado con una tina, en su huerto, y Jonás dedicado a sus quesos.

E1 anciano se endereza -es tan alto como Jesús, a pesar de que la edad lo encorve- y se encamina, bordeando la tapia, evitando, con la ayuda de su bastón, los posibles tropiezos del camino.

Jesús, que lo ha saludado con su paz, le ayuda en un punto en que tres rudimentales peldaños hacen peligroso el camino para un semiciego. Antes de empezar a andar, Jesús había dicho a las discípulas que lo esperaran en ese lugar. Benjamín, entretanto, va a su redil.

El anciano dice:

-Eres bueno. Pero Alejandro es un desalmado. Es un lobo. No sé si... Pero mi caudal llega a poderte dar dinero por Benjamín, si Alejandro quiere más. Mis hijos no tienen necesidad de mi dinero. Yo ya estoy cerca del siglo y el dinero no sirve para la otra vida; una acción de humanidad, sí, tiene valor...

-¿Por qué no lo has hecho antes?

-No me reprendas, Rabí. Yo daba comida al niño y lo confortaba, para que no acabara siendo un malhechor. Alejandro es capaz de transformar a una tortolita en animal feroz. Pero no podía, ninguno podía, quitarle el niño. Tú... te marchas lejos. Pero nosotros... nos quedamos aquí, y tememos sus venganzas. Un día, uno de Enón se interpuso porque Alejandro estaba borracho y estaba pegando salvajemente al niño, y él, no sé cómo, logró envenenarle el rebaño.

-¿No es un mal pensamiento?

-No. Esperó muchos meses. A que llegara el invierno, cuando las ovejas están en el aprisco. Y envenenó el agua del pilón. Bebieron. Se hincharon. Murieron. Todas. Somos todos pastores aquí, y comprendimos lo que había pasado... Para mayor seguridad, se puso aquella carne como comida a un perro, y el perro murió. Y alguien había visto a Alejandro entrar furtivamente en el aprisco. ¡Sí, es un malhechor! Nosotros le tenemos miedo... Es cruel. Por la noche, siempre borracho. Despiadado con todos los suyos. Ahora que todos se han muerto, tortura al muchacho.

-Pues entonces no vengas si...».

-¡No! Voy. La verdad se debe decir. ¡Ah!, oigo el sonido del martillo. Es Leví. Y, junto a un seto, llama con voz fuerte:

-¡Leví! ¡Leví! Sale un anciano menos viejo que el primero, ceñidas las vestiduras y con un mazo en la mano. Saluda a Elí y le pregunta:

-¿Qué quieres, amigo?

-Aquí a mi lado está el Rabí de Galilea. Ha venido a tomar consigo a Benjamín. Ven, que en el bosque está Alejandro. A testificar que ya recibió de aquel discípulo aquel dinero por Benjamín.

-Voy. Siempre me decían que el Rabí era bueno. Ahora lo creo. ¡Paz a ti!

Deja el mazo, grita a no sé quién que lo espere, y se marcha con Elí y Jesús.

Pronto llegan al aprisco de Jonás. Lo llaman. Explican...

-Voy. Tú - ordena a un mozo - sigue con el trabajo.

Se seca las manos en un paño que luego deja en una estaca, y sigue a Jesús, después de haberlo saludado, junto con Leví y Elí.

Jesús va hablando con el primer anciano. Le dice:

-Eres un hombre justo. Dios te dará paz.

-Lo espero. ¡El Señor es justo! No tengo la culpa de haber nacido en Samaria...

-No tienes culpa de ello. En la otra vida no hay fronteras para los justos. Sólo la culpa alza una separación entre el Cielo y el Abismo.

-Es verdad. ¡Cuánto me gustaría verte! Tu voz es dulce, y delicada es tu mano guiando a este viejo ciego. Delicada y fuerte. Parece la de mi hijo predilecto, Elí como yo, hijo de mi hijo José. Si tu figura es como tu mano, dichoso quien te ve.

-Mejor es oírme que verme: hace más santo el espíritu.

-Es verdad. Yo escucho a los que hablan de ti. Pero pasan sólo de vez en cuando... Pero ¿no es esto ruido de hachas contra troncos?

-Lo es.

-Entonces... Alejandro está aquí cerca... Llámalo.

-Sí. Vosotros quedaos aquí. Si me arreglo Yo solo, no os llamo. No aparezcáis si no os llamo.

Se adelanta y llama con voz fuerte.

-¿Quién es? ¿Quién eres? - dice un hombre anciano, robustísimo, de facciones duras y pecho y extremidades de luchador. Un golpe de esas manos debe ser como un golpe de clava: brutal.

-Soy yo. Un desconocido que te conoce. Vengo a tomar lo que es mío.

-¿Tuyo? ¡Ja! ¡Ja! ¿Qué es tuyo en este bosque mío?

-Nada del bosque. De tu casa. Benjamín es mío.

-¡Tú estás loco! Benjamín es mi siervo.

-Y también pariente. Y tú eres su cómitre. Un enviado mío te dio el dinero que pedías por el rescate del muchacho. Cogiste el dinero y te negaste a entregar al muchacho. Mi enviado, hombre de paz, no reaccionó. Yo vengo ahora movido por la justicia.

-Tu enviado se habrá bebido el dinero. No he recibido nada. Y me quedo con Benjamín. Lo aprecio.

-No. Lo odias. Tu amor está en el salario que no le das. No mientas. Dios castiga a los que mienten.

-Yo no he recibido dinero. Si has hablado con mi siervo, has de saber que es un astuto embustero. Y voy a pegarle por calumniarme. ¡Adiós! - le da la espalda y hace ademán de marcharse.

-Cuidado, Alejandro, que Dios está presente. No desafíes su bondad.

-¡Dios! ¿Dios tiene que tutelar mis intereses, acaso? Yo soy el único que los debe tutelar, y los tutelo.

-¡Cuidado!

-¿Pero quién eres, miserable galileo? ¿Cómo te atreves a echarme algo en cara? No te conozco.

-Me conoces. Soy el Rabí de Galilea y...

-¡Ah! ¡Sí! Y crees que me das miedo. Yo no temo ni a Dios ni a Belcebú. ¿Y pretendes que te tema a ti, un loco? ¡Vete, vete! Déjame trabajar. Te he dicho que te marches. No me mires. ¿Crees que tus ojos me pueden meter miedo? ¿Qué quieres ver?

-Tus delitos no, porque los conozco todos. Todos. Incluso los que ninguno conoce. Lo que quiero es ver si no comprendes siquiera que ésta es la última hora de misericordia que Dios te da para arrepentirte. Quiero ver si el remordimiento no surge y te abre ese corazón de piedra; si...

El hombre, que tiene el hacha en la mano, la lanza contra Jesús, que se agacha rápido. El hacha describe un arco por encima de su cabeza y va contra una joven encina, que queda cortada de un tajo y cae acompañada de fuerte ruido de vegetación y batir de alas de pájaros asustados.

Los tres que están escondidos cerca salen al improviso, gritando, temiendo que también Jesús haya sido alcanzado por el hacha. El que no ve grita:

-¡Oh, ver! ¡Ver si realmente no ha sido herido! ¡La vista sólo para esto, Dios Eterno!

Y, sordo a todas las afirmaciones los otros, avanza, dando tumbos porque ha perdido el bastón, y quiere tocar a Jesús para sentir si no sangra por alguna parte del cuerpo, y gime:

-Un rayo de luz clara, y luego las tinieblas. Pero ver, ver, sin este velo que apenas me concede adivinar los obstáculos...

-No tengo nada, padre. Tócame - dice Jesús, tocándolo y dejándose tocar.

Entretanto, los otros dos dirigen duras palabras al bruto, y le echan en cara culpas y mentiras. Él, ya sin hacha, saca un cuchillo y arremete, blasfemo contra Dios, burlón contra el ciego, amenazador contra los otros, verdaderamente similar a una fiera enfurecida. Pero se tambalea, se para, deja caer el puñal, se restriega los ojos, los abre, los cierra, y lanza un tremendo grito:

-¡No veo! ¡Auxilio! ¡Mis ojos!... Las tinieblas... ¿Quién me salva?

Gritan también los otros. De estupor. Y... se burlan de él, diciendo:

-Dios te ha escuchado. En efecto, entre sus blasfemias, se oían éstas: «Que Dios me ciegue si miento y si he pecado. ¡Que me quede ciego antes que adorar a un loco nazareno! Y a vosotros... me vengaré y partiré en dos a Benjamín como a ese árbol... Y se burlan de él diciendo también:

-Véngate ahora...

-No seáis como él. No odiéis - aconseja Jesús, y acaricia al anciano añoso, que no se preocupa de nada sino de la incolumidad de Jesús, y para tranquilizarle dice: -¡Alza la cara! ¡Mira!

El milagro se cumple. Como antes para el violento las tinieblas, ahora para el justo la luz. Y el grito que ahora se alza entre los robustos árboles es distinto, dichoso: « ¡Veo! ¡Mis ojos! ¡La Luz! ¡Bendito seas!» - y el anciano mira fijamente a Jesús con ojos bien claros por nueva vida, y luego se postra para besar sus pies.

-Vamos nosotros dos. Vosotros llevaréis a Enón a este desdichado. Sed compasivos porque Dios ya lo ha castigado. Y basta Dios. El hombre debe ser bueno ante cualquier desgracia.

-Toma contigo al niño, y las ovejas, el bosque, la casa, el dinero. Pero devuélveme la vista. No puedo quedarme así.

-No puedo. Te dejo todo aquello por lo que te hiciste pecador. Tomo conmigo al inocente porque ya ha padecido el martirio. Que en las tinieblas pueda tu alma abrirse a la Luz.

Jesús saluda a Leví y Jonás y baja raudo con el anciano añoso, que parece rejuvenecido y que cuando llega a las primeras casas grita su alegría... Toda Enón se agita...

Jesús se abre paso. Va donde el pastorcito, que está con los apóstoles, y dice: -¡Ven! Vamos, que en Tersa nos esperan.

-¿Libre? ¿Libre? ¿Contigo? ¡Oh! ¡No creía...! Me despido de Elí. ¿Y los otros? El muchacho está inquieto...

Elí lo besa y bendice, y le dice:

-Y perdona al desdichado.

-¿Por qué? Perdonar, sí. Pero, ¿por qué, desdichado?

-Porque blasfemó contra el Señor y la luz se apagó en sus ojos. Ninguno de nosotros tendrá motivo para temerle. Está en las tinieblas y en el quebranto. ¡Tremendo poder de Dios!...

El anciano, con los brazos levantados, mirando hacia el cielo, pensativo por lo que ha visto, parece un profeta inspirado.

Jesús se despide de él y se abre paso entre la pequeña muchedumbre inquieta. Se marcha. Detrás de Él, los apóstoles y las discípulas; y también se marcha Benjamín, con el saludo de las mujeres, que quieren ofrecer algún detalle al que ha sido amado con predilección por el Señor: una pieza de fruta, una bolsa, un pan, una túnica... lo que encuentran a mano. Y él, feliz, se despide de ellas, les da las gracias, dice:

-¡Siempre buenas conmigo! Lo recordaré. Oraré por vosotras. Mandad a vuestros hijos al Señor. Es hermoso estar con Él. Es la Vida. ¡Adiós! ¡Adiós!...

Enón queda atrás. Bajan hacia el Jordán, hacia la llanura del valle del Jordán, hacia nuevos acontecimientos, desconocidos todavía…

Pero el niño no se vuelve para mirar. No hace comentarios. No piensa. No suspira. Sonríe. Mira a Jesús, allá, delante de todos, verdadero Pastor seguido por su rebaño, por ese rebaño del que ahora él, e1 pobre muchacho, también forma parte... Y de improviso canta, a voz en grito...

Sonríen los apóstoles diciendo:

-El muchacho se siente feliz.

Sonríen las mujeres diciendo:

-El ave prisionera ha vuelto a encontrar libertad y nido.

Sonríe Jesús volviéndose para mirarlo, y su sonrisa, como siempre, parece hacer todo más luminoso, y lo llama diciendo:

-Ven aquí, corderito de Dios. Quiero enseñarte una bella canción.

Y entona, seguido por los otros, el salmo: «El Señor es mi Pastor. Nada me faltará. Me ha puesto en un lugar de abundantes pastos» etc. *(salmo 22 que en la Neovulgata es el 23).* La hermosísima voz de Jesús se extiende por la campiña feraz, una voz tan potente por su carga de alegría, que resalta sobre las otras, incluso sobre las mejores.

-Se siente feliz tu Hijo, María - dice María de Alfeo.

-Sí, se siente feliz. Todavía le queda algo de alegría...

-Ningún viaje es infructífero. Jesús pasa derramando gracias, y siempre hay alguno que verdaderamente encuentra al Salvador. ¿Recuerdas aquel atardecer en Belén de Galilea? - pregunta María de Magdala.

-Sí. Pero no quisiera recordar a aquellos leprosos, ni a este ciego…

-Tú perdonarías siempre. ¡Eres muy buena! Pero también es necesaria la justicia - observa María Salomé.

-Es necesaria. Pero buena cosa es para nosotros que sea mayor la misericordia - interviene de nueva María Magdalena.

-Tú puedes decir eso, pero María... - responde Juana.

-María no quiere otra cosa sino perdón, aunque Ella no lo necesita. ¿No es verdad, María? - dice Susana.

-No quisiera otra cosa sino perdón. Sí, sólo perdón. Ya el hecho de ser malo debe ser un terrible sufrimiento... - y suspira al decirlo.

-¿Tú perdonarías a todos? ¿Sin excepción alguna? Y... ¿sería justo hacerlo? Hay quien se obstina en el mal y echa a perder todo género de perdón burlándose de él por tacharlo de debilidad - dice Marta.

-Yo perdonaría. Por mí perdonaría. No por necedad, sino porque a todas las almas las veo como a un niño más o menos bueno, como a un hijo... Una madre siempre perdona... aunque diga: "La justicia requiere un justo castigo". Si una madre pudiera morir por engendrar un corazón nuevo, bueno, para el hijo malo, ¿vosotras creéis que no lo haría? Pero no se puede. Hay corazones que rechazan toda ayuda... Y yo pienso que incluso a ésos la piedad ha de concederles perdón. Porque ya grande es el peso que tienen en su corazón: el de sus culpas, el del rigor de Dios... ¡Oh, perdonemos, perdonemos a los culpables!... ¡Ah... si quisiera Dios acoger nuestro absoluto perdón para disminuir la deuda de los culpables!...

-¿Pero por qué lloras siempre, María, incluso ahora que tu Hijo ha tenido un momento de alegría? - dice, no sin tono de queja, María de Alfeo.

-No ha sido alegría completa, porque el culpable no se ha arrepentido. La alegría de Jesús es completa cuando puede redimir...

Y no sé por qué Nique, que ha estado siempre callada, de improviso dice: -Dentro de poco estaremos de nuevo con Judas de Keriot.

Las mujeres se miran, como si esta frase sencilla fuera una cosa extraordinaria, como si detrás de ella se escondiera... no sé, algo grande. Pero ninguna dice nada.

Jesús se ha parado en un olivar hermosísimo. Se paran todos. Jesús bendice y parte el alimento, y lo reparte.

Benjamín mira todo lo que le han dado y pone orden en ello: túnicas demasiado largas o demasiado anchas, sandalias no adecuadas para su pie, almendras todavía con su cáscara verde, las últimas nueces, un quesito, algunas manzanas rugosas, un cuchillito. Está contento con sus tesoros. Ofrece lo de comer, y las prendas de vestir las dobla y dice:

-Me pondré la más bonita para Pascua.

María de Alfeo promete:

-En Betania te la arreglaré perfectamente. De momento deja ésta fuera. En Tersa se le podrá dar un agua y más adelante habrá hilo para componerla. Respecto a las sandalias... no sé qué solución encontrar.

-Se dan éstas al primer pobre que encontremos y que tenga un pie tan grande, y se compra un par nuevo en Tersa - dice tranquilamente María de Magdala.

-¿Con qué dinero, hermana? - le pregunta Marta.

-¡Ah, es verdad! No tenemos ya una perra... Pero Judas tiene dinero... Así Benjamín no puede recorrer mucho camino. Y además, ¡pobre niño! Su alma ha recibido la gran alegría, pero también su humanidad debe recibir una sonrisa... Ciertas cosas agradan.

Susana, joven y alegre, ríe diciendo:

-¡Hablas como si supieras por experiencia que un par de sandalias nuevas constituyen la alegría de uno que no las haya tenido nunca!

-Es verdad. Pero es porque en realidad sé lo que puede agradar un vestido seco cuando estamos mojados, y uno fresco cuando sólo se tiene uno. Yo lo recuerdo...

Y reclina la cabeza en el hombro de María Santísima diciendo:

-¿Te acuerdas, Madre? - y la besa con ternura.

Jesús da la orden de reanudar la marcha, para estar en Tersa antes del anochecer: -Estarán preocupados aquellos dos, que no saben…

-¿Quieres que nos adelantemos y les digamos que estás llegando? - propone Santiago de Alfeo.

-Sí. Id todos menos Juan y Santiago y mi hermano Judas. Tersa no está lejos... Id, pues. Preguntad por Judas y Elisa y, entretanto id preparando los lugares para nosotros, porque, habiendo tardado tanto y trayendo con nosotros a las mujeres, conviene que nos quedemos por la noche... Nosotros, entretanto, os seguiremos. Esperad junto a las primeras casas...

Los ocho apóstoles se marchan raudos, y Jesús, más lentamente, los sigue.

## 575

## Mal recibimiento en Tersa. Extremo intento de redimir a Judas Iscariote.

Tersa está tan rodeada de exuberantes olivares, que se ha de estar muy cerca de ella para percatarse de que la ciudad está ahí. Una franja de ubérrimos huertos recinta, como última mampara, las casas. En ellos, achicorias y otras verduras, legumbres, cucurbitáceas nuevas, árboles frutales, pérgolas funden y combinan sus distintos verdes y sus flores prometedoras de frutos, y sus frutos nacientes prometedores de delicias. La pequeña flor de la vid y la de los olivos más precoces rocían con su nieve blanco-verde el suelo, al paso de un vientecillo más bien enérgico.

De detrás de una mampara de cañas y sauces, que han crecido junto a una charca, sin agua pero húmeda todavía en el fondo, y al oír el rumor de pasos de personas que llegan, aparecen los ocho apóstoles a los que antes se indicó que se adelantaran. Están visiblemente inquietos y afligidos, y, mientras hacen señas a los que llegan que se paren, se acercan a ellos sin demora. Cuando ya están lo suficientemente cerca como para poder ser oídos sin necesidad de gritar, dicen:

-¡Atrás! ¡Atrás! A los campos. No se puede entrar en la ciudad. Por poco nos apedrean. Venid, vamos afuera. A aquella espesura. Allí hablaremos...

Impacientes por alejarse sin ser vistos, apremian, a Jesús, a los tres apóstoles, al muchacho, a las mujeres, para que vuelvan hacia abajo por la charca seca, y dicen:

-Que no nos vean aquí. ¡Vamos! ¡Vamos!

Inútilmente Jesús, Judas y los dos hijos de Zebedeo tratan de saber lo que ha sucedido; inútilmente dicen:

-¿Pero Judas de Simón? ¿y Elisa?

Los ocho se muestran inflexibles. Caminando entre la maraña de tallos y plantas acuáticas, sufriendo en los pies cortes de juncáceas, o en la cara el choque de los sauces y las cañas, resbalando en el barrillo del fondo, agarrándose a las plantas, buscando apoyo en las márgenes y llenándose bien de barro, se alejan, apremiados por detrás por los ocho, que caminan casi con la cabeza vuelta hacia atrás, para ver si de Tersa sale alguien siguiéndolos. Pero en el camino sólo está el sol, que empieza ya a ponerse, y un flaco perro errante.

Por fin han llegado a una espesura de zarzas que delimitan una propiedad. Detrás de esta espesura, un campo de lino cimbrea bajo el viento sus altos tallos que ya se coloran de azul con las primeras flores.

-Aquí, aquí dentro. Si estamos sentados, nadie nos verá, y cuando haya anochecido nos marchamos... - dice Pedro secándose el sudor...

-¿A dónde? - pregunta Judas de Alfeo - Tenemos a las mujeres.

-A algún lugar iremos. Incluso... los campos están llenos de heno segado, que también sirve de lecho. Para las mujeres hacemos tiendas con nuestros mantos, y nosotros... vigilantes.

-Sí. Es suficiente con no ser vistos y al amanecer bajar al Jordán. Tenías razón, Maestro, al no querer el camino de Samaria. ¡Mejor los bandidos, para nosotros que somos pobres, que no los samaritanos!... - dice Bartolomé, todavía jadeante.

-Pero bueno, ¿qué ha pasado? Ha sido Judas, que ha hecho alguna... - dice Judas Tadeo.

Le interrumpe Tomás:

-Judas está claro que ha recibido. Lo siento por Elisa...

-¿Has visto a Judas?

-Yo no. Pero es fácil ser profeta. Si se ha declarado apóstol tuyo, está claro que le han pegado. Maestro, te rechazan allí.

-Sí, todos están enemistados contra ti.

-Son verdaderos samaritanos.

Hablan todos a la vez.

Jesús impone silencio a todos y dice:

-Que hable uno solo. Tú, Simón Zelote, que eres el más sereno.

-Señor, en pocas palabras te lo puedo decir. Entramos en la ciudad y nadie nos molestó hasta que supieron quiénes éramos, mientras pensaron que éramos peregrinos que íbamos de paso. Pero cuando preguntamos -¡debíamos hacerlo!- si un hombre joven, alto, moreno, vestido de rojo y con un taled de rayas rojas y blancas, y una mujer anciana, delgada, de pelo más blanco que negro y una túnica gris muy oscura, habían entrado en la ciudad y habían buscado al Maestro galileo y a sus compañeros, entonces, enseguida, se inquietaron... Quizás no hubiéramos debido hablar de ti. Sin duda, nos hemos equivocado... Pero, en los otros lugares nos recibieron siempre tan bien, que... ¡no se comprende qué es lo que ha sucedido!... ¡Parecen víboras, los mismos que hace no más de tres días se mostraban deferentes contigo!...

Le interrumpe Judas Tadeo:

-Trabajo de judíos...

-No creo. No lo creo por las recriminaciones que nos lanzaban y por las amenazas. Lo que creo es que... Es más, estoy, estamos seguros de que la causa de la ira samaritana es que Jesús ha rechazado su proposición de protegerlo. Gritaban: "¡Fuera! ¡Fuera! ¡Vosotros y vuestro Maestro! Quiere ir a adorar al Moria. Pues que vaya y mueran Él y todos los suyos. No hay sitio entre nosotros para los que nos tienen por amigos, sino sólo por siervos. No queremos más problemas, si no hay ganancia a cambio. Piedras, no pan, para el Galileo. Embriscarle los perros, no ofrecerle las casas". Decían esto y más. Y al insistir para, al menos, saber lo que había sido de Judas, cogieron piedras para lanzárnoslas, y verdaderamente nos embriscaron a los perros. Y gritaban unos a otros: "Nos ponemos en todas las entradas. Si viene Él, nos vengaremos". Nosotros hemos huido. Una mujer -siempre hay alguien bueno incluso entre los malvados- nos metió en su huerto, y de allí nos llevó, por una vereda que va entre los huertos, hasta la charca que ahora está sin agua porque han regado antes del sábado. Y nos escondió allí. Y luego nos prometió que nos iba a dar noticias de Judas. Pero ya no volvió. Vamos a esperarla aquí, de todas formas, porque dijo que si no nos encontraba en la charca vendría aquí.

Los comentarios son muchos: hay quien sigue acusando a los judíos; y quien manifiesta un leve reproche a Jesús, un reproche escondido en las palabras: «

-Has hablado demasiado claramente en Siquem y luego te has alejado. En estos tres días, han decidido que es inútil hacerse falsas ilusiones y perjudicarse por alguien que no satisface sus anhelos... y te rechazan...

Jesús responde:

-No me arrepiento de haber dicho la verdad ni de cumplir con mi deber. Ahora no comprenden. Dentro de poco comprenderán mi justicia -una justicia que supera a un amor no justo hacia ellos- y me venerarán más que si no la hubiera tenido.

-¡La mujer viene ya por el camino! Tiene el valor de mostrarse a la vista... - dice Andrés.

-¿No nos irá a traicionar, no? - dice Bartolomé con aíre de sospecha.

-¡Viene sola!

-Podría seguirla gente que estuviera escondida en la charca...

Pero la mujer, que viene con un cesto sobre la cabeza, prosigue Y supera los campos de lino donde esperan Jesús y los apóstoles. Luego toma un senderillo y desaparece de la vista... para aparecer de nuevo de improviso, a espaldas de los que esperan, los cuales, al oír el roce de los tallos de lino, se vuelven, casi asustados.

La mujer habla a los ocho que conoce:

-Perdonad si he hecho esperar mucho... No quería que me siguieran. He dicho que iba donde mí madre... Ya sé... Y aquí traigo comida para vosotros. ¿El Maestro..., quién es? Quisiera venerarlo.

-Ese es el Maestro.

La mujer, que ha dejado su cesto, se postra y dice:

-Perdona el pecado de mis convecinos. Sí no los hubieran incitado... Pero muchos han trabajado aprovechando tu negativa...

-No tengo rencor, mujer. Levántate y habla. ¿Sabes algo de mi apóstol y de la mujer que estaba con él?

-Sí. Los han expulsado como a perros. Así que están fuera de la ciudad, en el otro lado, esperando a la noche. Querían volver atrás, hacia Enón, para buscarte. Querían venir aquí, porque sabían que estaban sus compañeros. He dicho que no, que no lo hicieran, que se estuvieran quietos, que yo os llevaría donde ellos. Y lo haré en cuanto acabe el crepúsculo. Afortunadamente mi marido está ausente y tengo libertad para dejar la casa. Os voy a llevar donde una hermana mía que está casada y vive en la llanura. Dormiréis allí. No os identifiquéis. No por Merod, sino por los hombres que están con ella. No son samaritanos, son de la Decápolis establecidos aquí. Pero, en todo caso, conviene...

-Dios te lo pague. ¿Los dos discípulos han sido heridos?

-Un poco el hombre. La mujer nada. Sin duda, la protegió el Altísimo, porque ella, con arrojo, escudó a su hijo con su cuerpo cuando los de la ciudad echaron mano a las piedras. ¡Qué mujer más fuerte! Gritaba: "¡Así atacáis a uno que no os ha ofendido? ¿Y no me respetáis a mí, que lo defiendo y que soy madre? ¿No tenéis madre todos vosotros, que no respetáis a quien ha engendrado? ¿Habéis nacido de una loba u os habéis hecho de lodo y estiércol?", y miraba a los agresores mientras tenía abierto el manto para defender al hombre, y mientras tanto retrocedía, sacándolo de la ciudad... Y ahora también infunde ánimos, diciendo: "¡Quiera el Altísimo, oh Judas mío, hacer de esta sangre tuya derramada por el Maestro bálsamo para tu corazón!". Pero es una herida pequeña. Quizás el hombre está más asustado que dolorido. Pero... tomad y comed. Aquí hay

leche ordeñada hace poco, para las mujeres. Hay pan con queso y fruta. No he podido traer carne. Habría tardado demasiado. Y aquí hay vino, para los hombres. Comed mientras se pone la tarde. Luego iremos por caminos seguros donde los dos, y luego donde Merod.

-De nuevo: que Dios te lo pague - dice Jesús, y ofrece y distribuye comida, dejando a un lado una parte para los dos ausentes.

-No, no. Ya he pensado en ellos. Les he llevado huevos y pan, escondido en el vestido, y un poco de vino y aceite para las heridas. Esto es para vosotros. Comed, que yo vigilo el camino...

Comen. Pero la indignación devora a los hombres y el abatimiento quita el apetito a las mujeres, a todas menos a María de Magdala, para la cual, lo que en las otras produce miedo o abatimiento, en ella siempre produce el efecto de un licor que estimula los nervios y el coraje; sus ojos centellean contra la ciudad hostil; sólo la presencia de Jesús -que ya ha dicho que no tiene rencor- refrena su ímpetu de pronunciar palabras violentas; y, no pudiendo ni hablar ni actuar, descarga su ira contra el inocente pan, al que hinca los dientes de una forma tan significativa, que el Zelote, sonriendo, no puede contenerse de decirle:

-¡Suerte tienen esos de Tersa de que no puedan caer en tus manos! ¡Pareces una fiera encadenada, María!

-En este momento lo soy. Has visto bien. Y ante los ojos de Dios el contenerme de entrar allí, como se merecen, tiene más valor que todo lo que he hecho hasta ahora por expiar.

-¡Tranquila, María! Dios te ha perdonado culpas más grandes que las de ellos.

-Es verdad. Ellos te han ofendido a ti, mi Dios, una vez, y por influencia de otros. Yo, muchas... y por propia voluntad... y no puedo ser intransigente ni soberbia... Vuelve a bajar los ojos hacia su pan, donde caen dos lágrimas.

Marta le pone la mano en el regazo mientras le dice en tono bajo:

-Dios te ha perdonado. No te abatas más... Recuerda lo que has obtenido: a nuestro Lázaro...

-No es abatimiento. Es agradecimiento. Es emoción... Y es también la constatación de que todavía carezco de esa misma misericordia que yo tan ampliamente he recibido... ¡Perdóname, Rabbuní! - dice alzando sus espléndidos ojos, a los que la humildad devuelve la dulzura.

-Nunca se niega el perdón al que es humilde de corazón, María.

Se pone la tarde, tiñendo e1 aire de una delicada coloración violada. Las cosas que están un poco lejanas se confunden. Los tallos de lino, cuya gracia antes era visible, ahora se unifican para formar una única masa oscura. Callan los pájaros entre las frondas. Se enciende la primera estrella. Canta el primer grillo entre la hierba. Ha llegado la noche.

-Podemos ponernos en marcha. Aquí, entre los campos, no nos verán. Venid seguros. No traiciono. No actúo por una recompensa. Lo único que pido es 1a piedad del Cielo, porque todos necesitamos piedad - dice la mujer suspirando.

Se levantan. Se encaminan detrás de ella. Pasan a distancia de Tersa, entre campos y huertos semioscuros, pero no tanto como para no ver a hombres a la entrada de los caminos en torno a hogueras...

-Nos acechan... - dice Mateo.

-¡Malditos! - susurra entre dientes Felipe.

Pedro no habla, pero mueve hacia el cielo los brazos con gesto de muda invocación o protesta.

Pero Santiago y Juan de Zebedeo, que han hablado apretada y presurosamente, un poco adelantados respecto a los demás, vuelven hacia atrás y dicen:

-Maestro, si Tú por tu perfección de amor no quieres recurrir al castigo, ¿quieres que lo hagamos nosotros? ¿Quieres que digamos al fuego del cielo que baje y consuma a estos pecadores? Nos has dicho que todo lo que pedimos con fe lo podemos y...

Jesús, que iba andando un poco cabizbajo, como cansado, se yergue bruscamente y los fulmina con dos miradas que centellean a la luz de la luna. Los dos retroceden, callando asustados ante esa mirada. Jesús, sin quitar de ellos sus ojos, dice:

-No sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del hombre no ha venido para la ruina de las almas, sino para salvarlas. ¿No recordáis lo que os he dicho? Dije en la parábola del trigo y la cizaña: "Dejad por ahora que el trigo y la cizaña crezcan juntos. Porque si quisierais separarlos ahora, correríais el riesgo de arrancar, con la cizaña, también el trigo. Dejadlos, pues, hasta la hora de la siega. Al tiempo de la siega diré a los segadores: recoged ahora la cizaña y atadla en haces para quemarla, y poned el buen trigo en mi granero".

Jesús ya ha atenuado su desdén hacia los dos que, por ira suscitada por amor a El, pedían castigar a los de Tersa, y que ahora están cabizcaídos ante Él. Los toma, uno a la derecha y otro a la izquierda, por los codos, y reanuda la marcha, guiándolos así, y hablando a todos, que se han apiñado en torno a Él, que se había parado.

-En verdad os digo que el tiempo de la siega está cercano. Mi primera siega. Y para muchos no habrá una segunda. Pero, y alabemos por ello al Altísimo, alguno que no supo en mi tiempo hacerse espiga de buen grano, después de la purificación del Sacrificio pascual renacerá con un alma nueva. Hasta ese día no arremeteré contra ninguno... Después vendrá la justicia...

-¿Después de la Pascua? - pregunta Pedro.

-No. Después del tiempo. No hablo de estos hombres, de estos de ahora. Miro a los siglos futuros. El hombre se va renovando continuamente, como las mieses en los campos. Y las cosechas se van siguiendo. Yo dejaré lo que es necesario para que los hombres que vengan después puedan hacerse trigo bueno. Si no quieren, en el fin del mundo, mis ángeles separarán las cizañas de los trigos buenos. Entonces será sólo el eterno Día de Dios. Por ahora, en el mundo, se da el día de Dios y de Satanás: el Primero siembra el Bien, el segundo echa entre las semillas de Dios sus condenadas cizañas, sus escándalos, sus iniquidades, sus semillas que promueven iniquidad y escándalos. Porque siempre habrá quien azuce contra Dios, como aquí, con estos que, en verdad, son menos culpables que los que los instigan al mal.

-Maestro, todos los años uno se purifica en la Pascua de los Ácimos, pero siempre se sigue siendo lo mismo que se era. ¿Este año... será distinto? - pregunta Mateo.

-Muy distinto».

-¿Por qué? Explícanoslo.

-Mañana... Os lo diré mañana, o cuando ya estemos por el camino y esté con nosotros también Judas de Simón.

-¡Sí! Nos lo dices y nosotros nos haremos mejores... Pero ya ahora perdónanos, Jesús - dice Juan.

-Os he llamado con el nombre apropiado. Pero el trueno no daña. El rayo si que puede matar. De todas formas, el trueno, muchas veces, es anuncio del rayo. Lo mismo le sucede a aquel que no elimina de su espíritu todo desorden contra el amor. Hoy pide permiso para castigar. Mañana castiga sin pedir permiso. Pasado mañana castiga incluso sin razón. Descender es fácil... Por eso os digo que os despojéis de toda dureza hacia vuestro prójimo. Actuad como Yo, y estaréis seguros de no equivocaros nunca. ¿Acaso habéis visto alguna vez que Yo me vengue de los que me causan un dolor?

-No, Maestro. Tú...

-¡Maestro! ¡Maestro! Estamos aquí. Yo y Elisa. ¡Oh, Maestro, cuánta angustia por ti! ¡Y cuánto miedo de morir...! - dice Judas de Keriot, saliendo de detrás de las hileras de vid y corriendo hacia Jesús. Tiene la frente vendada. Elisa lo sigue más serena.

-¿Has sufrido? ¿Has temido morir? ¿Tanto apreciabas la vida? - pregunta Jesús liberándose de Judas, que lo tenía abrazado y que llora.

-No la vida. Temía a Dios. Morir sin tu perdón... Yo siempre te ofendo. A todos ofendo. También a ella... Y su respuesta ha sido ser para mí una madre. Me sentía culpable y temía morir...

-¡Saludable temor, si puede hacerte santo! Pero Yo te perdono, siempre, tú lo sabes. Basta con que tengas voluntad de arrepentimiento. ¿Y tú, Elisa, has perdonado?

-Es como un niño grande indisciplinado. Sé disculpar.

-Te has comportado con fortaleza, Elisa. Lo sé.

-¡Si no hubiera estado ella... no sé si te habría vuelto a ver, Maestro!

-Pues ya ves que no por odio, sino por amor, se quedó a tu lado... ¿No te han herido, Elisa?

-No, Maestro. Las piedras caían alrededor de mí sin herirme. Pero mí corazón ha estado muy acongojado pensando en ti...

-Ya todo ha terminado. Vamos a seguir a esta mujer que nos quiere llevar a una casa segura.

Se ponen de nuevo en marcha, tomando un caminito, blanco de luna, que va hacia oriente.

Jesús ha tomado del brazo al Iscariote y va delante con él. Le habla dulcemente; trata de trabajar en el corazón de Judas, estremecido por el miedo experimentado ante el juicio de Dios:

-Ya ves, Judas, qué fácil es morir. La muerte siempre está al acecho en torno a nosotros. Ya ves que lo que parece una cosa sin importancia cuando estamos llenos de vida se hace grande, espantosamente grande, cuando la muerte nos roza. Pero ¿por qué querer tener estos miedos, creárselos para encontrárselos de frente en el momento de la muerte, si con una vida santa se puede ignorar el miedo al cercano juicio divino? ¿No te parece que merece la pena vivir una vida justa para tener una plácida muerte? ¿No, Judas, amigo mío? La divina, paterna misericordia ha permitido este hecho como toque de atención para tu corazón. Todavía estás a tiempo, Judas... ¿Por qué no quieres dar a tu Maestro, que está para morir, la gran alegría, grandísima, de saber que has vuelto al Bien?

-¿Pero puedes perdonarme todavía, Jesús?

-¿Te hablaría así si no pudiera? ¡Qué poco me conoces todavía! Yo te conozco. Sé que eres como uno que estuviera atrapado por un gigantesco pulpo. Pero, si quisieras, podrías liberarte todavía. Sufrirías, eso sí. Arrancarte esas cadenas que te muerden y envenenan significaría dolor. Pero después, ¡cuánta alegría, Judas! ¿Temes no tener la fuerza de reaccionar contra los que influyen en ti? Yo puedo absolverte anticipadamente del pecado de transgresión del rito pascua1... Eres un enfermo. Para los enfermos la Pascua no es obligatoria. Ninguno está más enfermo que tú. Eres como un leproso. Los leprosos, mientras lo son, no suben a Jerusalén. Créeme, Judas: comparecer ante el Señor con el espíritu sucio, como lo tienes tú, no es honrar al Señor, sino ofenderlo. Antes hay que...

-¿Entonces, por qué no me purificas y me curas? - pregunta, ya duro, rebelde, Judas.

-¿No te curo? Cuando uno está enfermo, busca -la busca él- la curación. A menos que sea un niño pequeño, o un subnormal; porque estos no saben poner el acto de querer...

-Trátame como a esas personas. Trátame como a un subnormal y remédialo Tú sin que yo lo sepa.

-No sería justicia, *porque tú puedes querer.* Tú sabes lo que para ti es un bien y lo que es un mal. Y el que Yo te curara no serviría de remedio *sin tu voluntad de quedar curado.*

-Dame también esa voluntad.

-¿Dártela? ¿Imponerte, entonces, una voluntad buena? ¿Y tu libre albedrío, en qué se transformaría entonces? ¿Qué sería tu yo de hombre, criatura libre? ¿Un yo subyugado?

-¡De la misma forma que estoy subyugado por Satanás, podría estarlo por Dios!

-¡Cómo me hieres, Judas! ¡Cómo traspasas mi corazón! Pero te perdono lo que me haces... Subyugado por Satanás, has dicho: Yo no decía esta cosa tan tremenda...

-Pero la pensabas, porque es verdadera y la conoces, si es verdad que lees los corazones de los hombres. Si es así, sabes que yo ya no soy libre... Satanás me ha atrapado y...

« -No. Se te ha acercado, te ha tentado, te ha tanteado... y tú lo has aceptado. No hay posesión si no *hay al principio una adhesión a alguna tentación satánica.* La serpiente introduce la cabeza entre las apretadas barras dispuestas como defensa de los corazones, pero no entraría si el hombre no le ensanchara un hueco para admirar el aspecto seductor de la serpiente y escucharla y seguirla... Sólo entonces el hombre queda subyugado, poseído; pero es porque lo quiere. Dios también lanza desde los cielos las luces dulcísimas de su paterno amor, y sus luces penetran en nosotros. Mejor: Dios, a quien todo le es posible, desciende al corazón de los hombres. Está en su derecho. ¿Por qué, entonces, el hombre, que sabe hacerse esclavo, que sabe

someterse al Horrendo, no sabe hacerse siervo de Dios -es más: hijo de Dios- y lo que hace es expulsar de sí a su Padre santísimo? ¿No me contestas? ¿No me dices por qué has preferido a Satanás antes que a Dios? Y, no obstante, ¡todavía estarías a tiempo de salvarte! Sabes que voy a la muerte. Ninguno lo sabe como tú... No rehúso morir... Voy. Voy a la muerte porque mi muerte será la Vida para muchos. ¿Por qué no quieres estar entre éstos? ¿Sólo para ti, amigo mío, mi pobre y enfermo amigo, será inútil mi muerte?

-Será inútil para muchos, no te hagas ilusiones. Lo mejor que podrías hacer sería huir y vivir lejos de aquí, y gozar de la vida; enseñar tu doctrina porque es buena, pero no sacrificarte.

-¡Enseñar mi doctrina! ¿Pero qué enseñaría ya, que fuera verdad, si hiciera lo contrario de lo que enseñara? ¿Qué Maestro sería si predicara la obediencia a la voluntad de Dios y no la hiciera, y el amor a los hombres y luego no los amara, y la renuncia a la carne y al mundo y luego amara mi carne y los honores del mundo, y a no escandalizar y luego escandalizara no sólo a los hombres, sino incluso a los ángeles, y así sucesivamente? Por ti habla Satanás en este momento. Como también habló en Efraím y como muchas otras veces ha hablado y ha actuado, a través de ti, para turbarme a mí. Yo he reconocido todas estas acciones de Satanás, cumplidas por medio de ti. Pero no te he odiado, ni me he cansado de ti. Sólo he sentido pena, una infinita pena. Como una madre atenta al progreso de un mal que llevara a la muerte a su hijo, así he observado el progreso del mal en ti. Como un padre al que nada resulta insoportable con tal de encontrar las medicinas para su hijo enfermo, así Yo todo lo he tolerado con tal de salvarte: he superado repugnancias, desdenes, amarguras, desconsuelos... Como un padre y una madre, desolados, desilusionados respecto a todas las fuerzas terrenas, se dirigen al Cielo para obtener la vida del hijo, así he gemido y gimo, implorando un milagro que te salve, que te salve, que te salve en el borde del abismo que ya cede bajo tus pies. ¡Judas, mírame! Dentro de poco, mi Sangre será derramada por los pecados de los hombres. No me quedará ni una gota. La beberán la tierra, las piedras, las hierbas, las vestiduras de mis perseguidores y las mías... la madera, el hierro, las sogas, las espinas de la oxiacanta... y la beberán los espíritus que esperan la salud... ¿Sólo tú no quieres beberla? Yo, por ti solamente, daría toda esta Sangre mía. Tú eres el amigo mío. ¡Cuán gustosamente se muere por el amigo! ¡Por salvarlo! Se dice: "Yo muero. Pero seguiré viviendo en el amigo al que he dado la vida". Como una madre, como un padre, que siguen viviendo en su prole aún después de haber muerto. ¡Judas, te lo suplico! No pido otra cosa en estas vísperas de mi muerte. Hasta los jueces, hasta los enemigos conceden al condenado una última gracia, acogen favorables el último deseo suyo. Yo pido que no te condenes. No se lo pido tanto al Cielo cuanto a ti, a tu voluntad... Piensa en tu madre, Judas. ¿Qué será tu madre, después? ¿Qué será el nombre de tu familia? Invoco tu orgullo, que está más vivo que nunca, para que te defiendas contra tu deshonor. No te deshonres, Judas. Piensa. Pasarán los años y los siglos, caerán los reinos y los imperios, languidecerán las estrellas, cambiará la configuración de la Tierra, y tú serás siempre Judas, como Caín es siempre Caín, si persistes en tu pecado. Terminarán los siglos. Quedará sólo el Paraíso y el Infierno, y en el Paraíso y en el Infierno, para los hombres resucitados y recibidos con alma y cuerpo, para toda la eternidad, en los lugares donde es justo que estén, tú serás siempre Judas, el maldito, el mayor culpable, si no te enmiendas. Descenderé a liberar a los espíritus del Limbo, los sacaré del Purgatorio por legiones, y tú... a ti no podré llevarte a donde Yo esté... Judas, Yo voy a morir, y voy feliz porque ha llegado la hora que esperaba desde hace milenios, la hora de unir de nuevo a los hombres con su Padre. A muchos no los uniré. Pero el número de los salvados que mientras muera contemplaré me consolará de la congoja de morir inútilmente por tantos. Pero te digo que será tremendo el verte entre éstos, a ti, mi apóstol, amigo mío. ¡No me inflijas el inhumano dolor!... Quiero salvarte, Judas. Salvarte. "Mira. Bajamos al río. Mañana al alba, cuando todavía todos duerman, lo pasaremos, nosotros dos, y tú irás a Bosra, a Arbela, a Aera, a donde quieras. Sabes cuáles son las casas de los discípulos. En Bosra busca a Joaquín y María, la leprosa que curé. Te daré un escrito para ellos. Diré que para tu salud se necesita reposo tranquilo respirando aire distinto. Es la verdad, por desgracia, porque estás enfermo y el aire de Jerusalén sería letal para ti. Pero ellos creerán que estás físicamente enfermo. Estarás allí hasta que no vaya Yo a buscarte. Por lo que respecta a tus compañeros, ya me encargaré Yo... Pero no vayas a Jerusalén. Ya ves que no he querido que estuvieran allí las mujeres, excepto las más fuertes de ellas y las que, por derecho de madres, deben estar al lado de sus hijos.

-¿También la mía?

-No. María no estará en Jerusalén...

-También ella es madre de un apóstol, y te ha honrado siempre.

-Sí. Y, como las otras, tendría derecho a estar a mi lado. Ella me quiere con perfecta justicia. Pero precisamente por esto no estará en Jerusalén. Porque le dije que no estuviera y sabe obedecer.

-¿Por qué no debe estar? ¿Qué hay de distinto en ella, que no tengan la madre de tus hermanos y la de los hijos de Zebedeo?

-Pues tú. Y tú sabes por qué digo esto. Pero si me haces caso y vas a Bosra, mandaré un aviso a tu madre y dispondré que la acompañen a donde estés, para que ella, que tan buena es, te ayude a curarte. Créelo: sólo nosotros te queremos así, sin medida. Tres son los que te aman en el Cielo: el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo. Ellos te han contemplado y esperan tu acto de voluntad para hacer de ti la gema de la Redención, la presa mayor arrebatada al Abismo. Y tres en la Tierra: Yo, tu madre y mi Madre. ¡Danos esta alegría, Judas! A los del Cielo y a los de la Tierra. A los que te queremos con verdadero amor.

-Tú lo dices: sólo tres me quieren; los demás... no.

-No como nosotros. Pero te quieren. Elisa te ha defendido. Los otros estaban preocupados por ti. Cuando estás en algún otro lugar todos te llevan en su corazón y tu nombre está en sus labios. No conoces todo el amor que te rodea. Tu opresor te lo oculta. Pero cree en mi palabra.

-Te creo. Y trataré de complacerte. De todas formas, quiero obrar yo solo. Yo solo he cometido el error y yo solo debo saber curarme de este mal.

-Únicamente Dios puede obrar por sí solo. Este pensamiento es de soberbia. En la soberbia sigue estando Satanás. Sé humilde, Judas. Coge esta mano que se te ofrece amiga. Refúgiate en este corazón que se te abre protector. Aquí, conmigo, no podría hacerte ningún mal Satanás.

-He intentado estar contigo... Me he hundido cada vez más... ¡Es inútil!

-¡No digas eso! ¡No digas eso! Rechaza el abatimiento. Dios lo puede todo. Abrázate a Dios. ¡Judas! ¡Judas!

-¡Calla! Que no lo oigan los demás...

-¿Y te preocupas de los demás y no de tu espíritu? ¡Mísero Judas! ...

Jesús deja de hablar. Pero permanece al lado del apóstol, hasta que la mujer, que iba algunos metros más adelante, entra en una casa que ahora se ve dentro de una espesura de olivos. Entonces dice Jesús a su discípulo:

-No voy a dormir esta noche. Voy a orar por ti y a esperarte... Que Dios hable a tu corazón. Y tú escúchalo... Me quedaré aquí, donde estoy ahora, a orar. Hasta el alba... Recuérdalo...

Judas no le responde. Entretanto han llegado los otros y las mujeres, y se detienen todos, a la espera de que vuelva la samaritana. No tarda mucho en volver. Viene con otra mujer, que se le parece, y que los saluda diciendo:

-No tengo muchas habitaciones porque ya están aquí los que recogen, que por ahora trabajan en los olivos. Pero el granero que tengo es grande y hay mucha paja en él. Para las mujeres tengo sitio. Venid.

-¡Id! Yo me quedo en oración. La paz a todos vosotros - dice Jesús, mientras los otros se marchan, Él retiene a su Madre y le dice:

-Me quedo a orar por Judas, Madre mía. Ayúdame tú también...

-Te ayudaré, Hijo mío. ¿Es que renace en él la voluntad?

-No, Mamá. Pero nosotros debemos hacer como si... ¡El Cielo lo puede todo, Mamá!

-Sí. Y yo todavía puedo hacerme ilusiones. Tú, no, Hijo mío. Tú sabes las cosas. ¡Santo Hijo mío! Pero te imitaré siempre. ¡Queda tranquilo, amor mío! Incluso cuando Tú no puedas ya dirigirle la palabra porque él te rehúya, trataré de llevarlo a ti. Y conque el Padre Santísimo escuche mi dolor... ¿Me dejas estar contigo, Jesús? Haremos oración juntos... y serán muchas horas en que te tendré sólo para mí...

-Quédate, Mamá. Te espero aquí.

María va ligera, y ligera vuelve. Se sientan encima de sus talegos, al pie de los olivos. En medio del gran silencio reinante, se oye el susurro del río poco lejano, y el canto de los grillos parece fuerte en medio de esta noche profundamente enmudecida. Luego cantan los ruiseñores, ríe una lechuza, llora un mochuelo. Y las estrellas transitan lentas en el firmamento, reinas ahora que la Luna, habiéndose ocultado, ha dejado de ofuscarlas. Y luego un gallo rasga el aire quieto con su agudo reclamo. Mucho más lejos, apenas perceptible, otro gallo responde. Y otra vez el silencio, roto ahora por el arpegio de gotas de relente condensado que caen de las tejas de la casa cercana al enlosado que la rodea. Y luego un frufrú nuevo entre las frondas, como sacudiéndose éstas la humedad nocturna, y el aislado silbar de un pájaro que se despereza, y, al mismo tiempo, un cambio en el cielo, la luz que se despierta: raya el alba... Y Judas no ha venido...

Jesús mira a su Madre, blanca como una azucena contra el olivo oscuro, y le dice:

-Hemos orado, Madre. Dios usará nuestra oración.

-Sí, Hijo mío. Estás pálido como la muerte. ¡Verdaderamente, tu vitalidad se ha derramado toda en esta noche, presionando en las puertas de los Cielos y en los decretos de Dios!

-Tú también estás pálida, Madre. Grande es tu esfuerzo.

-Grande es mi dolor por tu dolor.

La puerta de la casa se abre; con cautela la abren... Jesús se estremece. Pero es sólo la mujer que los ha llevado allí la que sale sin hacer ruido. Jesús emite un suspiro: -¡He tenido la esperanza de haberme podido equivocar!

La mujer se acerca con su cesto vacío. Ve a Jesús. Lo saluda. Seguiría adelante, pero Él la llama. Le dice:

-El Señor te lo pague todo. Yo también quisiera hacerlo, pero no traigo nada conmigo.

-No querría nada, Rabí. Ningún pago. Una cosa sí querría, que no es dinero, una cosa que sí me puedes dar.

-¿Qué, mujer?

-Que el corazón de mi marido cambiara. Es algo que Tú puedes hacer, porque verdaderamente eres el Santo de Díos.

-Ve en paz. Recibirás esto que deseas. Adiós.

La mujer se marcha ligera en dirección a su casa, que debe ser muy triste.

María comenta:

-Otra desdichada. ¡Por eso es buena!...

Se asoma en el granero la cabeza despeinada de Pedro, y, desde la suya, la luminosa de Juan; luego, el grave perfil de Judas Tadeo y el rostro de morena tez del Zelote, y la cara delgada del jovencito Benjamín... Todos están despiertos. Ahora salen de la casa primera, María de Magdala; luego Nique y después las otras. Cuado están todos reunidos y la mujer que les ha ofrecido hospedaje ha traído una colodra de leche todavía espumosa, aparece el Iscariote. Ya no tiene la venda. Pero el livor del golpe le tiñe la mitad de la frente, y su mirada aparece, bajo el arco violáceo, aún más sombrío.

Jesús lo mira. Judas mira a Jesús, y vuelve la cabeza hacia otra parte. Jesús le dice:

-Cómprale a la mujer lo que pueda darnos y luego alcánzanos.

Y, en efecto, Jesús saluda a la mujer y se pone en marcha. Todos lo siguen.

## 576

## Encuentro con el joven rico en el camino hacia Doco.

Otra hermosísima mañana abrileña. La tierra y el firmamento despliegan todas sus primaverales bellezas. El ambiente está tan saturado de luminosidad, de voces de fiesta y de amor, de fragancia, que se respira luz, canto, perfume. Debe haber

caído durante la noche una fugaz lluvia que ha puesto oscuros y ha limpiado los caminos, sin embarrarlos, y ha limpiado también tallos y hojas que ahora tiemblan, llenas de brillos, limpias, por una suave brisa que desciende de los montes hacia esta fértil llanura que anuncia ya a Jericó.

De las márgenes del Jordán suben continuamente personas que lo han cruzado desde la otra orilla, o que han venido por el camino que bordea el río para tomar luego este que va directamente hacia Jericó y Doco, como dicen las señales indicadoras. Y con los muchos hebreos que, para el rito, se dirigen a Jerusalén procedentes de todas partes, se mezclan mercaderes de otros lugares, y muchos pastores con los corderos de los sacrificios, los cuales balan, desconocedores de su sino. Muchos reconocen y saludan a Jesús. Son éstos hebreos de Perea y la Decápolis, e incluso de lugares más lejanos; hay un grupo de Cesárea Paneas. Y son pastores que, por ser más bien nómadas -en pos de los rebaños-, conocen al Maestro: o por haberlo visto o por haberles sido predicado por los discípulos.

Uno se postra y le dice:

-¿Puedo ofrecerte el cordero?

-No te quedes tú sin él, que tu ganancia es esto.

-¡Es mi gratitud! No te acuerdas de mí. Yo sí. Soy uno al que curaste junto con otros muchos. Me uniste el hueso del muslo, que ninguno lo curaba y me tenía imposibilitado. Te doy con gusto este cordero. El más hermoso. Éste. Para el banquete de alegría. Sé que para el holocausto estás obligado a afrontar un gasto. ¿Pero para la alegría? Mucha me diste a mí. Acepta el cordero, Maestro.

-Sí, acéptalo. Será dinero que nos ahorraremos. O, mejor: será la posibilidad de comer, porque con toda nuestra prodigalidad yo ya no tengo dinero - dice el Iscariote.

-¿Prodigalidad? ¡Pero si desde Siquem no hemos gastado ni una perra! - dice Mateo.

-¡El caso es que no tengo ya dinero! Lo último se lo di a Merod.

-Hombre, escucha - dice Jesús al pastor, para poner fin a las palabras de Judas - Por ahora no voy a Jerusalén y no puedo llevarme conmigo el cordero. Si no, lo tomaría para que vieras que acepto tu regalo.

-Pero luego irás a la ciudad. Estarás allí para las fiestas. Tendrás un lugar de alojamiento. Dime dónde y yo llevaré a tus amigos…

Nada de eso tengo... Pero en Nob tengo un amigo pobre y anciano. Escúchame bien: el día siguiente del sábado pascual vas, al rayar alba, a Nob, y le dices a Juan, el Anciano de Nob (todos te sabrán decir quién es): "Este cordero te lo manda Jesús de Nazaret, tu amigo, para que celebres este día con un banquete de alegría, porque más alegría que la de hoy no hay para los verdaderos amigos del Cristo". ¿Lo harás?

-Si así lo quieres, lo haré.

-Y me darás una alegría. No antes del día después del sábado. Recuérdalo bien. Y recuerda las palabras que te he dicho. Ahora ve y que la paz esté contigo. Y conserva a tu corazón estable en esta paz en los días venideros. Recuerda también esto y sigue creyendo en mi Verdad. Adiós.

Una serie de personas se ha acercado para oír el diálogo, personas que se dispersan sólo cuando el pastor, poniendo de nuevo en marcha su rebaño, las obliga a hacerlo. Jesús sigue a las ovejas aprovechando la senda abierta por ellas.

La gente cuchichea:

-¡Pero entonces sí que va a Jerusalén! ¿No sabe que está proscrito?

-¡Oye, nadie puede prohibir a un hijo de la Ley presentarse al Señor para la Pascua. ¿Acaso es culpable de reato público? No. Porque sí lo fuera, el Gobernador le habría encarcelado como a Barrabás.

Y otros:

-¿Has oído? No tiene un lugar de alojamiento, ni amigos en Jerusalén. ¿Será que todos lo han abandonado? ¿Incluso el resucitado? ¡Pues vaya gratitud!

-¡Oye, calla! Esas dos son las hermanas de Lázaro. Yo soy de los campos de Magdala y las conozco bien. Si las hermanas están con Él, señal es de que la familia de Lázaro le es fiel.

-Quizás no se aventura a entrar en 1a ciudad.

-Razón tendría.

-Dios le perdonará el quedarse fuera.

-Si no puede subir al Templo, no es culpa suya.

-Su prudencia es sabia. Si lo apresaran, todo acabaría antes de su tiempo.

-Claro que no está todavía preparado para su proclamación como rey nuestro, y no quiere que lo apresen.

-Se dice que, mientras se pensaba que estaba en Efraím, fue por todas partes, incluso donde las tribus nómadas, para prepararse sus seguidores y soldados y buscar protecciones.

-¿Quién te ha dicho eso?

-Son las mentiras de siempre. Es el Rey santo, no un rey de soldados.

-Quizás haga la Pascua suplementaria. En ese caso sería fácil pasar inadvertido. El Sanedrín se disuelve pasadas las fiestas, y todos los Ancianos se van a sus casas para la siega. Hasta Pentecostés no se reúne otra vez.

-Y, si los miembros del Sanedrín están fuera, ¿quién le va a hacer algún mal? ¡Son ellos los chacales!

-¡Mmm! ¡Que se ande Él con tanta prudencia! ¡Cosa demasiado humana! Él es más que un hombre y no tendrá una prudencia cobarde.

-¿Cobarde? ¿Por qué? Nadie puede tachar de cobarde a quien se ponga en salvo en pro de su misión.

-Cobarde en todo caso, porque cualquier misión es siempre inferior a Dios. Por tanto, el culto a Dios debe tener precedencia sobre todas las demás cosas.

Estas son las palabras que se intercambia la gente. Jesús hace como si no oyera.

Judas de Alfeo se detiene para esperar a las mujeres. Cuando llegan -estaban con el muchacho, retrasadas, a unos treinta pasos-dice a Elisa:

-¡Habéis dado mucho en Siquem, después de marcharnos!

-¿Por qué?

-Porque Judas no tiene una perra. No vas a tener tus sandalias, Benjamín. Así han venido las cosas. En Tersa no pudimos entrar, y, aunque hubiéramos podido hacerlo, la carencia de dinero nos hubiera impedido cualquier compra... Vas a tener que entrar así en Jerusalén...

-Antes está Betania - dice Marta sonriendo.

-Y antes Jericó y mi casa - dice Nique sonriendo también.

-Y antes de todo eso estoy yo. Lo he prometido y lo haré. ¡Viaje de experiencias éste! He sabido lo que es no tener un didracma. Y ahora voy a experimentar lo que es tener que vender un objeto por necesidad - dice María de Magdala.

-¿Y qué vas a vender, María, si ya no llevas joyas? - pregunta Marta a su hermana.

-Mis gruesas horquillas de plata. Son muchas. Para sujetar este útil peso pueden bastar las de hierro. Las venderé. Jericó está llena de gente que compra estas cosas. Y hoy es día de mercado, y mañana, y siempre cuando llegan estas fiestas.

-¡Pero hermana!

-¿Qué? ¿Te escandalizas pensando que puedan creer de mí que estoy tan pobre que tengo que vender las horquillas de plata? ¡Ah, ya quisiera haberte dado siempre estos escándalos! Peor era cuando, sin necesidad, me vendía a mí misma al vicio ajeno y mío.

-¡Calla, mujer! ¡Está aquí el muchacho... que no sabe!

-No sabe todavía. Quizás no sabe todavía que yo era la pecadora. Mañana lo sabría por boca de los que me odian por no serlo ya, y con aspectos que mi pecado no tuvo, a pesar de haber sido muy grande. Así que es mejor que lo sepa por mí, y que vea cuánto puede el Señor que lo ha acogido: hacer de una pecadora una arrepentida; de un muerto un resucitado: de mí, muerta en el espíritu, y de Lázaro, muerto en el cuerpo, dos vivos. Porque esto es lo que nos ha hecho a nosotros el Rabí, Benjamín. Recuérdalo siempre, y quiérelo con todo tu corazón porque Él es verdaderamente el Hijo de Dios.

Un atasco en el camino ha detenido a Jesús y a los apóstoles. Las mujeres los alcanzan. Jesús dice:

-Id adelante vosotras, hacia Jericó. Entrad en la ciudad, si queréis. Yo voy a Doco con ellos. Para la puesta del sol estaré con vosotras.

-¿Por qué nos separas? No estamos cansadas - protestan todas.

-Porque quisiera que vosotras, mientras, al menos algunas, avisarais a los discípulos de que estaré en casa de Nique mañana.

-Si es así, Señor, pues vamos ya. Ven, Elisa, y tú Juana y tú Susana y Marta. Preparamos todo -dice Nique.

-Y yo y el muchacho. Así hacemos nuestras compras. Bendícenos. Maestro. Ven pronto. ¿Tú, Madre, te quedas? - dice María de Magdala.

-Sí, con mi Hijo.

Se separan. Con Jesús se quedan sólo las tres Marías: la Madre y la cuñada de Ella, María Cleofás (María de Alfeo), y María Salomé. Jesús deja el camino de Jericó para tomar un camino secundario que va a Doco.

Lleva poco tiempo por éste cuando, de una caravana que viene no sé de dónde (es una caravana rica que, sin duda, viene de lejos, porque trae a las mujeres en los camellos, dentro de las oscilantes berlinas o palanquines atados a los lomos gibosos, y los hombres montados en fogosos caballos o en otros camellos), se separa un joven que, haciendo arrodillarse a su camello, desciende de la silla y va hacia Jesús; un paje viene y sujeta al animal por las bridas.

El joven se postra delante de Jesús y, después del profundo saludo, le dice:

-Yo soy Felipe de Canata, hijo de verdaderos israelitas, y que ha seguido siéndolo. Discípulo de Gamaliel hasta que la muerte de mi padre me puso al frente de sus negocios. Te he oído más de una vez. Conozco tus obras. Aspiro a una vida mejor, para tener la eterna que Tú aseguras que posee aquel que crea en sí tu Reino. Dime, pues, Maestro bueno, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?

-¿Por qué me llamas bueno? Sólo Dios es bueno.

-Tú eres el Hijo de Dios, bueno como el Padre tuyo. ¡Oh, dime!: ¿qué debo hacer?

-Para entrar en la vida eterna observa los Mandamientos».

-¿Cuáles, mi Señor? ¿Los antiguos o los tuyos?

-En los antiguos están ya los míos. Los míos no transforman los antiguos, que siguen siendo: adorar con amor verdadero al único verdadero Dios y respetar las leyes del culto, no matar, no robar, no cometer adulterio, no testificar lo falso, honrar al padre y a la madre, no perjudicar al prójimo; antes al contrario, amarlo como te amas a ti mismo. Haciendo esto tendrás la vida eterna.

-Maestro, todas estas cosas las he observado desde mi niñez.

Jesús lo mira con ojos de amor y dulcemente le pregunta:

-¿Y no te parecen suficientes todavía?

-No, Maestro. Gran cosa es el Reino de Dios en nosotros y en la otra vida. Infinito don es Dios, que a nosotros se dona. Siento que todo lo que es deber es poco, respecto al Todo, al Infinito perfecto que dona, y que yo pienso que se debe obtener con cosas mayores que las que están mandadas para no condenarse y serle gratos.

-Es como dices. Para ser perfecto te falta todavía una cosa. Si quieres ser perfecto como quiere el Padre nuestro de los Cielos, ve, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres. Tendrás un tesoro en el Cielo por el que el Padre, que ha dado su Tesoro para los pobres de la tierra, te amará con especial amor. Luego ven y sígueme.

El joven se entristece, se pone pensativo. Luego se levanta y dice:

-Recordaré tu consejo... - y se aleja triste.

Judas se sonríe levemente, pero irónicamente, y susurra:

-¡No soy yo el único que le tiene amor al dinero!

Jesús se vuelve y lo mira... y luego mira a los otros once rostros que están en torno a Él, y suspira:

-¡Qué difícil será que un rico entre en el Reino de los Cielos: su puerta es estrecha y el camino que a él conduce es un camino empinado, y no pueden recorrer este camino ni entrar los que están cargados con los pesos voluminosos de las riquezas. Para entrar allá arriba no se requieren sino tesoros de virtud, inmateriales, y también el saberse separar de todo lo que signifique apego a las cosas del mundo y vanidad.

Jesús está muy triste…

Los apóstoles se miran de reojo unos a otros...

Jesús sigue hablando mientras mira a la caravana del joven rico que se aleja:

-En verdad os digo que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que no, para un rico, entrar en el Reino de Dios.

-¿Pero entonces quién podrá salvarse? La miseria hace frecuentemente pecadores, por envidias y por poco respeto a lo ajeno, y por desconfianza respecto a la Providencia... La riqueza es un obstáculo para la perfección... ¿Y entonces? ¿Quién podrá salvarse?

Jesús los mira y les dice:

-Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios, porque para Dios todo es posible. Basta con que el hombre ayude a su Señor con su buena voluntad. Es buena voluntad aceptar el consejo recibido y esforzarse en conseguir el desapego de las riquezas. Todo desapego, para seguir a Dios. Porque 1a verdadera libertad del hombre es ésta: seguir las voces que Dios le susurra en su corazón, y sus mandamientos, no ser esclavo ni de sí ni del mundo ni del respecto humano, y, por tanto, no ser esclavos de Satanás. Hacer uso de la espléndida libertad de arbitrio que Dios ha dado al hombre para querer libre y únicamente el Bien, y conseguir así la vida eterna luminosísima, libre, bienaventurada. Ni siquiera de la propia vida hemos de ser esclavos, si por secundarla tenemos que oponer resistencia a Dios. Os lo he dicho: "El que pierda su vida por amor mío y por servir a Dios la salvará para toda la eternidad".

-¡Pues nosotros hemos dejado todo por seguirte, hasta las cosas más lícitas! ¿Cuál será en nosotros el resultado? ¿Entraremos, entonces, en tu Reino? - pregunta Pedro.

-En verdad, en verdad os digo que los que me hayan seguido de esa manera, y los que me sigan -porque siempre hay tiempo de hacer reparación por la desidia y por los pecados cometidos hasta el presente, siempre hay tiempo mientras se está en la Tierra y se tienen por delante días en que poder hacer reparación por el mal hecho-, éstos estarán conmigo en el Reino mío. En verdad os digo que vosotros, que me habéis seguido en la regeneración, os sentaréis en tronos para juzgar a las tribus de la Tierra, junto con el Hijo del hombre, que estará sentado en el trono de su gloria. Y os digo en verdad que ninguno que, por amor de mi Nombre, haya dejado casa, campos, padre, madre, hermanos, esposa, hijos y hermanas, para difundir la Buena Nueva y continuarme, ninguno dejará de recibir el céntuplo en el tiempo presente y la vida eterna en el siglo futuro.

-¡Pero si perdemos todo, cómo podemos centuplicar nuestro haber? - pregunta Judas de Keriot.

-Digo de nuevo que lo que a los hombres les es imposible a Dios le es posible. Y Dios dará el céntuplo de gozo espiritual a aquellos que supieron pasar de ser hombres del mundo a hacerse hijos de Dios, o sea, hombres espirituales. Éstos experimentarán el verdadero gozo espiritual, aquí y más allá de la Tierra. Y os digo también esto: no todos los que parecen los primeros -y que deberían serlo por haber recibido más que los demás- lo serán, y no todos los que parecen últimos -y menos que últimos, pues no serán aparentemente mis discípulos, ni miembros del Pueblo elegido- lo serán. En verdad, muchos pasarán a ser, de primeros, últimos, y muchos últimos, ínfimos, pasarán a ser primeros... Pero ahí está Doco. Adelantaos todos menos Judas de Keriot y Simón Zelote. Id a advertir de mi llegada a quienes puedan tener necesidad de mí.

Y Jesús, con los dos a los que ha retenido, espera a reunirse con las tres Marías, que los siguen a algunos metros de distancia.

## 577

## Tercer anuncio de la Pasión. María de Alfeo evoca la figura de José. La insensata petición de los hijos de Zebedeo.

Apenas el alba aclara el cielo, aunque no hace todavía fácil el camino, cuando Jesús deja Doco aún durmiente. Las pisadas ciertamente no las oye nadie, porque son cautelosas y la gente duerme todavía en las casas cerradas. Ninguno habla hasta que están fuera de ciudad, hasta que están en el campo, que lentamente se despierta bajo la parca luz, llena de frescura después del lavacro del rocío.

Entonces Judas Iscariote dice:

-Camino inútil, descanso negado; hubiera sido mejor no haber venido hasta aquí.

-¡No nos han tratado mal los pocos que hemos encontrado! Han dedicado la noche a escucharnos y a ir por los enfermos de los campos. No, no, venir aquí ha sido una cosa verdaderamente buena, porque los que, por enfermedad u otros motivos, no podían aspirar a ver al Señor en Jerusalén lo han visto aquí y han recibido el consuelo de la salud y de otras gracias. Los otros ya sabemos que han ido ya a la ciudad... Es costumbre de todos nosotros, a nada que se pueda, ir algunos días antes de la fiesta - dice delicadamente Santiago de Alfeo, porque es siempre manso; todo lo contrario de Judas de Keriot, que incluso en los momentos buenos es siempre violento e imperioso.

-Precisamente porque vamos también nosotros a Jerusalén, era inútil venir aquí. Nos habrían oído y visto allí...

-Pero no las mujeres y los enfermos... - rebate, interrumpiéndole, Bartolomé, en ayuda de Santiago de Alfeo.

Judas hace como que no oye y, como continuando lo que estaba diciendo, añade: -Al menos creo que vamos a Jerusalén, aunque ahora ya no estoy seguro, después de lo que se le dijo a aquel pastor...

-¿Y a dónde piensas que vayamos, si no es allí? - pregunta Pedro.

-¡Yo qué sé! Todo lo que hacemos desde hace algunos meses es tan irreal, todo tan contrario a lo previsible, al buen sentido, incluso a la justicia, que...

-¡Hala! ¡Pues si te he visto beber leche en Doco, ¿cómo es que hablas como un borracho?! ¿En qué ves cosas contrarias a la justicia? - pregunta Santiago de Zebedeo, con unos ojos que poco bien prometen. Y añade:

-¡Basta ya de reproches al Justo! ¿Entiendes que ya basta? No tienes derecho a censurarlo. Ninguno tiene este derecho porque Él es perfecto, y nosotros... ninguno de nosotros lo es, y tú el que menos.

-¡Eso es! Si estás enfermo, te curas; pero no nos amargues con tus protestas. ¡Si eres un lunático, allí está el Maestro: ve a que te cure y corta ya, ¿eh?! - dice Tomás perdiendo la paciencia.

Efectivamente, Jesús viene detrás, junto con Judas de Alfeo y Juan; y ayudan a las mujeres, que, menos acostumbradas a andar entre dos luces, avanzan con dificultad por este sendero no bueno y además, más oscuro que el campo porque va por un tupido olivar. Y Jesús habla animadamente con las mujeres, enajenándose de lo que sucede más adelante, lo cual, de todas formas, es oído por los que van con Él, pues, aunque las palabras lleguen mal, su tono denota que no son palabras suaves, sino que, ciertamente, tienen sabor de disputa.

Los dos apóstoles, Judas Tadeo y Juan, se miran... y no dicen nada. Miran a Jesús y a María. Pero María está tan velada con su manto, que casi no se le ve la cara. Jesús parece no haber oído. Mas, acabado lo que estaba diciendo -hablaban de Benjamín y de su futuro, y hablan de la viuda Sara de Afeq, que se ha establecido en Cafarnaúm y es madre amorosa no sólo del niñito de Yiscala, sino también de los hijitos de la mujer de Cafarnaúm que, pasada a segundo matrimonio, no quería ya a los hijos del primero, y que murió luego «tan mal, que verdaderamente se ha visto la mano de Dios en su muerte» dice Salomé-, Jesús va hacia delante junto con Judas Tadeo y llega donde los apóstoles (pero antes, al marcharse, ha dicho: «Quédate aquí, Juan, si quieres. Voy a responder al inquieto y a poner paz».).

Pero Juan, después de algunos otros pasos con las mujeres, y visto que el sendero se abre más y se hace más luminoso, se echa a correr y alcanza a Jesús justo cuando está diciendo:

-Así que, tranquilízate, Judas. Nada irreal haremos, como nunca lo hemos hecho. Tampoco ahora estamos haciendo nada contrario a lo previsible. Éste es el tiempo en que está previsto que todo israelita que no esté impedido por enfermedades o causas gravísimas suba al Templo. Y al Templo estamos subiendo.

-No todos. Margziam he oído que no estará. ¿Acaso está enfermo? ¿Por qué motivo no viene? ¿Tú crees que puedes substituirlo por el samaritano?

El tono de Judas es insoportable.

Pedro susurra:

-¡Oh prudencia, encadena mi lengua, que soy hombre! - y aprieta fuertemente los labios para no decir nada más. Sus ojos, un poco saltones, tienen una mirada conmovedora, y es que son muy visibles en ellos el esfuerzo que hace el hombre por frenar su indignación y la aflicción de oír hablar a Judas de ese modo.

La presencia de Jesús mantiene inmóviles todas las lenguas. Él el único que habla, diciendo con una calma verdaderamente divina:

-Venid un poco adelante para que las mujeres no oigan. Tengo que deciros una cosa, ya desde hace algunos días. Os la prometí en los campos de Tersa. Pero quería que estuvierais todos para oírla; todos vosotros, no las mujeres. Dejémoslas en su humilde paz... En lo que os voy a decir estará incluida también la razón por la cual Margziam no estará con nosotros, y tampoco tu madre, Judas de Keriot, tus hijas, Felipe, ni las discípulas de Belén de Galilea con la jovencita. Hay cosas que no todos pueden soportarlas. Yo, Maestro, sé lo que es un bien para mis discípulos, y sé cuánto pueden ellos, o no pueden, soportar. Ni siquiera vosotros tenéis la suficiente fortaleza como para soportar la prueba. Y quedar excluidos de ella sería una gracia para vosotros. Pero vosotros debéis continuarme, y debéis saber cuán débiles sois, para ser después misericordiosos con los débiles. Por eso vosotros no podéis veros excluidos de esta tremenda prueba que os dará la medida de lo que sois, de lo que habéis seguido siendo después de tres años de estar conmigo y de lo que habéis venido a ser después de estos mismos tres años. Sois doce. Vinisteis a mí casi contemporáneamente. Y no son los pocos días que transcurrieron desde mi encuentro con Santiago, Juan y Andrés, hasta el día en que tú, Judas de Keriot, fuiste recibido entre nosotros, ni hasta el día en que tú, Santiago, hermano mío, y tú, Mateo, vinisteis conmigo, los que pueden justificar tanta diferencia de formación entre vosotros. Estabais todos, también tú, docto Bartolmái, y vosotros, hermanos míos, muy informes, completamente informes respecto a lo que es la formación en mi doctrina. Es más, vuestra formación, mejor que la de otros de entre vosotros respecto a la doctrina del viejo Israel, os suponía un obstáculo para formaros en mí. Pero ninguno de vosotros ha recorrido tanto camino como habría sido suficiente para llevaros a todos a un único punto. Uno lo ha alcanzado, otros están cerca, otros más lejos, otros muy atrás, otros... sí, debo decir también esto: en vez de avanzar han retrocedido. ¡No os miréis! No busquéis entre vosotros quién es el primero y quién el último. Aquel que, quizás, se cree el primero y es considerado el primero, debe todavía tomarse a sí mismo el pulso. Aquel que se cree el último está para resplandecer en su formación como una estrella del cielo. Por tanto, una vez más, os digo: no juzguéis. Los hechos juzgarán con su evidencia. Por ahora no podéis entender. Pero pronto, muy pronto recordaréis estas palabras mías y las comprenderéis.

-¿Cuándo? Nos has prometido que nos vas a decir, que nos vas a explicar también por qué la purificación pascual será distinta este año, pero no nos lo dices nunca - se queja Andrés.

-De esto os quería hablar. Porque aquellas palabras y éstas son una única cosa, pues tienen su raíz en una única cosa. Mirad, estamos subiendo a Jerusalén para la Pascua. Allí se cumplirán todas las cosas dichas por los profetas respecto al Hijo del hombre. En verdad, como vieron los profetas, como ya estaba dicho en la orden dada a los hebreos de Egipto, como fue ordenado a Moisés en el desierto, el Cordero de Dios muy pronto va a ser inmolado y su Sangre muy pronto va a rociar las jambas de los corazones, y el ángel de Dios pasará sin descargar su mano sobre los que tengan sobre sí, y con amor, la Sangre del Cordero inmolado, que muy pronto va a ser levantado como la serpiente de precioso metal en el palo transversal, como signo para los que han sido heridos por la serpiente infernal, para salud de los que lo miren con amor. El Hijo del hombre, vuestro Maestro Jesús, muy pronto va a ser entregado en manos de los príncipes de los sacerdotes, de los escribas y Ancianos, los cuales lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles para ser escarnecido. Y lo abofetearán, lo golpearán, le escupirán, lo arrastrarán por las calles como a un andrajo inmundo, y luego los gentiles, después de haberlo flagelado y coronado de espinas, prefiriendo el pueblo hebreo, reunido en Jerusalén, su muerte en vez de la de un ladrón, lo condenarán a la muerte de cruz, propia de los malhechores; y así lo matarán. Pero, como está escrito en los signos de las profecías, después de tres días resucitará. Ésta es la prueba que os espera, la que mostrará vuestra formación. En verdad os digo, a todos vosotros los que os creéis tan perfectos como para despreciar a los que no son de Israel e incluso a muchos del propio pueblo nuestro, en verdad os digo que vosotros, mi parte elegida del rebaño, cuando apresen al Pastor, sufriréis la embestida del miedo y huiréis a la desbandada, como si los lobos que a mí me morderán desde todas las partes se hubieren vuelto contra vosotros. Pero os digo que no temáis, que no os tocarán un solo cabello. Yo seré suficiente para saciar a los lobos feroces...

Los apóstoles, a medida que Jesús va hablando, van pareciendo criaturas expuestas a una granizada de piedras. Incluso se encorvan, cada vez más, mientras Jesús va hablando. Y, cuando termina:

-Y todo esto que os digo ya es inminente; no es como las otras veces, que había tiempo antes de esa hora. Ya ha llegado la hora. Yo voy para ser entregado a mis enemigos e inmolado para salvación de todos. Y este capullo de flor no habrá perdido todavía sus pétalos, después de haber florecido, y Yo estaré ya muerto - cuando termina así, quién se tapa la cara con las manos, quién gime como si lo estuvieran hiriendo. Judas Iscariote está lívido, literalmente lívido...

El primero en recobrarse es Tomás, que proclama:

-Esto no te sucederá porque te defenderemos o moriremos juntos contigo, y así demostraremos que te habíamos alcanzado en tu perfección y que éramos perfectos en el amor a ti.

Jesús lo mira en silencio.

Bartolomé, después de un largo silencio meditativo, dice:

-Has dicho que serás entregado... Pero ¿quién, quién puede entregarte en manos de tus enemigos? Eso no está escrito en las profecías. No. No está escrito. Sería demasiado horrible si un amigo tuyo, un discípulo tuyo, un seguidor tuyo, aunque fuera el último de todos, te entregara a los que te odian. ¡No! Quien te haya oído con amor, aunque hubiera sido una sola vez, no puede cometer ese delito. Son hombres, no fieras, no diablos... No, mi Señor. Y tampoco los que te odian podrán... Tienen miedo del pueblo, ¡y el pueblo estará, por entero, en torno a ti!

Jesús mira también a Natanael y no habla.

Pedro y el Zelote hablan mucho entre sí. Santiago de Zebedeo maltrata de palabra a su hermano porque lo ve sereno, y Juan responde:

-Es porque hace tres meses que lo sé - y dos lágrimas surcan su rostro.

Los hijos de Alfeo hablan con Mateo, que, descorazonado, menea la cabeza.

Andrés se vuelve hacia el Iscariote:

-Tú que tienes tantos amigos en el Templo...

-Juan conoce al propio Anás - replica Judas, y termina:

-¿Y qué solución ves? ¿Qué crees que va a poder la palabra de un hombre si así está predestinado?

-¿Estás convencido de esto? - preguntan al mismo tiempo Tomás y Andrés.

-No. Yo no creo nada. Son alarmas inútiles. Bartolomé tiene razón. Todo el pueblo apoyará a Jesús. Ya se percibe por la gente que vamos viendo por el camino. Y será un triunfo. Veréis como será así- dice Judas de Keriot.

-¿Pero entonces por qué Él...? - dice Andrés señalando a Jesús que se ha parado para esperar a las mujeres.

-¿Que por qué lo dice? Porque está impresionado.., y porque quiere probarnos. Pero no ocurrirá nada. Y yo, además, iré...

-¡Sí, sí! ¡Ve a ver...! - suplica Andrés.

Se callan porque Jesús está ya tras ellos, entre su Madre y María de Alfeo.

María expresa una pálida sonrisa al mostrarle su cuñada unas semillas, que no sé dónde las habrá conseguido, diciéndole que quiere sembrarlas en Nazaret después de la Pascua, junto a la gruta que Ella tanto estima. Y María de Alfeo dice:

-Cuando eras niña, te recuerdo siempre con estas flores en tus manitas. Las llamabas las flores de tu venida. Efectivamente, cuando naciste, tu huerto estaba cuajado de ellas, y en el atardecer en que toda Nazaret se apresuró a ir a ver a la hija de Joaquín, los hacecillos de estas estrellitas eran verdaderamente un diamante por el agua que había caído del cielo; por el último rayo de sol que desde el Poniente incidía en ellos; y, dado que te llamabas "Estrella", todos decían, mirando a esas muchas, pequeñas estrellas brillantes: "Las flores se han adornado para festejar a la flor de Joaquín, y las estrellas han dejado el cielo para acercarse a la Estrella"; y todos sonreían, felices por el signo venturoso y por la alegría de tu padre. Y José, el hermano de mi marido, dijo: "Estrellas y gotitas de agua. ¡Es verdaderamente María!". ¿Como podía imaginar, entonces, que habrías de ser su estrella? ¡Cuando volvió de Jerusalén elegido para esposo tuyo!... Toda Nazaret quería festejarlo, porque grande era el honor que le venía del Cielo y de su matrimonio contigo, hija de Joaquín y Ana; y todos querían invitarlo a un banquete. Pero él, con su dulce pero firme decisión rechazó toda fiesta. De modo que asombró a todos, porque ¿quién es el hombre que, destinado a noble matrimonio y con símil decreto del Altísimo, no celebre su felicidad de alma y de carne y sangre? Pero él

decía: “A gran elección gran preparación”. Y con una continencia que alcanzaba también a las palabras y al alimento -pues que toda otra continencia siempre había existido en él- pasó ese tiempo trabajando y orando, porque, si se puede orar con el trabajo, yo creo que cada golpe de martillo y cada señal hecha con el escoplo se transformaban en oración. Tenía su rostro como extático. Yo iba a arreglar la casa, a blanquear sábanas u otras cosas que había dejado tu madre y que con el tiempo se habían puesto amarillentas, y lo miraba mientras trabajaba en el huerto y en la casa para ponerlos otra vez en orden, como si nunca hubieran estado abandonados; y le hablaba incluso... Pero estaba como absorto. Sonreía... pero no era a mí o a otros, sino a un pensamiento suyo que no era, no, el pensamiento de todos los hombres que se aproximan a su boda. Ésa es una sonrisa de alegría maliciosa y carnal... Él... parecía sonreír a los invisibles ángeles de Dios, parecía que hablara con ellos y los consultara... ¡Oh, porque estoy convencida de que los ángeles le instruían acerca de cómo tratarte a ti! Porque después, y fue otro motivo de estupor de toda Nazaret, y casi de desdén de mi Alfeo, pospuso la boda lo más que pudo, y no se comprendió nunca cómo fue que al improviso se decidiera antes del tiempo fijado. Y también cuando se supo que ibas a ser madre, ¡cómo se asombró Nazaret por su alegría ausente!... Pero también mi Santiago es un poco así. Y cada vez más lo es. Ahora que lo observo bien -no sé por qué, pero desde que fuimos a Efraím me parece completamente nuevo-, lo veo así... justamente como a José. Míralo ahora también, María, ahora que se está volviendo otra vez para mirarnos. ¿No tiene ese aspecto absorto tan habitual en José, tu esposo? Sonríe con esa sonrisa que no sé si llamarla triste o lejana. Mira y tiene esa mirada larga, que va más allá de nosotros, que muchas veces tenía José. ¿Recuerdas cómo le pinchaba Alfeo? Decía: "Hermano, ¿ves todavía las pirámides?". Y él meneaba la cabeza sin decir nada, paciente y reservado en sus pensamientos. Poco hablador siempre. ¡Pero desde que volvisteis de Hebrón...! Ya ni siquiera a la fuente iba solo, como hasta entonces había hecho, y como hacen todos: o contigo o a su trabajo. Y; aparte del sábado en la sinagoga, o cuando se dirigía a otro lugar para alguna gestión, nadie puede decir que viera a José de paseo en esos meses. Luego os marchasteis... ¡Qué angustia la ausencia de noticias vuestras después de la matanza! Alfeo fue hasta Belén... “Se marcharan” dijeron. Pero... ¿cómo creerlos, si os odiaban a muerte en esa ciudad en que todavía rojeaba la sangre inocente y se elevaba e1 humo de las ruinas y se os acusaba de que por vosotros esa sangre había corrido? Fue a Hebrón, y vosotros al Templo, porque Zacarías tenía su turno. Isabel no le dio más que lágrimas, y Zacarías palabras de consuelo. El uno y la otra, angustiados por Juan y temiendo nuevos actos de crueldad, lo habían escondido y estaban verdaderamente en ascuas por él. De vosotros no sabían nada. Y Zacarías dijo a Alfeo: "Si están muertos, su sangre ha caído sobre mí, porque yo los convencí de que se quedaran en Belén". ¡Mi María! ¡Mi Jesús, visto tan guapo durante la Pascua que siguió a su nacimiento! ¡Y no recibir noticia durante tanto tiempo! Pero... ¿por qué nunca una noticia?...

-Porque convenía guardar silencio. En el lugar donde estábamos muchas eran las Marías y muchos los Josés, y convenía pasar por una pareja cualquiera de esposos - responde serena María, y suspira:

-Y eran, dentro de su tristeza, días aún felices. ¡El mal estaba tan lejos todavía! ¡Aunque nuestra humanidad careciera de muchas cosas, el espíritu se saciaba con la alegría de tenerte, Hijo mío!

-También ahora tienes contigo a tu Hijo. ¡Falta José, es verdad! Pero Jesús está aquí y con su completo amor de adulto - observa María de Alfeo.

María levanta la cabeza para mirar a su Jesús. Y en su mirada hay congoja, aunque su boca sonría levemente. Pero no añade ninguna otra palabra.

Los apóstoles se han detenido para esperarlos. Todos se agrupan, incluso Santiago y Juan, que estaban detrás de todos, con su madre. Y, mientras descansan del camino realizado y algunos comen un poco de pan, la madre de Santiago y Juan se acerca a Jesús y se postra ante Él, que, apremiado por reanudar la marcha, ni siquiera se ha sentado.

Jesús, puesto que es claro en ella el deseo de pedir algo, le pregunta:

-¿Qué quieres, mujer? Habla.

-Concédeme una gracia, antes de que te marches, como dices.

-¿Cuál?

-La de ordenar que estos dos hijos míos, que por ti han dejado todo, se sienten uno a tu derecha y el otro a tu izquierda, cuando Tú estés sentado, en tu gloria, en tu Reino.

Jesús mira a la mujer y luego a los dos apóstoles, y dice:

-Habéis sugerido este pensamiento a vuestra madre interpretando muy mal mis promesas de ayer. El céntuplo por lo que habéis dejado no lo recibiréis en un reino de la Tierra. ¿También vosotros os habéis hecho codiciosos y habéis perdido la inteligencia? No, no vosotros: ya es el crepúsculo mefítico de las tinieblas, que avanza, y el aire contaminado de Jerusalén, que se acerca y os corrompe y os ciega... ¡Yo os digo que no sabéis lo que pedís! ¿Podéis, acaso, beber el cáliz que voy a beber Yo?

-Lo podemos, Señor.

-¿Y por qué decís eso, si todavía no habéis comprendido la amargura que tendrá mi cáliz? No se trata solamente de la amargura que ayer os describí: la mía de Varón de todos los dolores. Habrá torturas que, aunque os las describiera, no estaríais en condiciones de comprenderlas... De todas formas... sí... dado que -a pesar de ser todavía como dos niños que desconocen el valor de lo que piden-, dado que sois dos espíritus justos y que me quieren, beberéis, ciertamente beberéis de mi cáliz. Pero lo de sentaros a mi derecha o a mi izquierda no me corresponde a mí concedéroslo: ésa es una cosa que se concederá a aquellos para los que mi Padre lo ha preparado.

Los otros apóstoles, mientras Jesús está todavía hablando, hacen ásperas críticas sobre lo que los hijos de Zebedeo y la madre de estos han pedido.

Pedro le dice a Juan:

-¡Precisamente tú! ¡Ya ni te reconozco, respecto a lo que eras!

Y Judas Iscariote, con su sonrisa de demonio:

-¡Verdaderamente los primeros son los últimos! Tiempo de sorpresas y de comprender una serie de cosas... - y se ríe burlón.

-¿Acaso por los honores hemos seguido a nuestro Maestro? - dice Felipe en tono de reproche.

Tomás no se dirige a los dos, sino a Salomé, diciendo:

-¿Por qué poner en evidencia a tus hijos? Si no ellos, al menos tú debías haber reflexionado e impedido esto.

-Es verdad. Nuestra madre no lo habría hecho - dice Judas Tadeo.

Bartolomé no habla, pero su cara es toda una desaprobación. Simón Zelote, queriendo calmar el desdén, dice:

-Todos podemos equivocarnos...

Mateo, Andrés y Santiago de Alfeo no hablan; es más, visiblemente sufren por este incidente que mella la hermosa perfección de Juan.

Jesús hace un gesto para imponer silencio y dice:

-¡Un momento! ¿Es que de un error van a venir muchos? Vosotros, que reprocháis indignados, ¿no os dais cuenta de que también vosotros pecáis? Dejad tranquilos a estos hermanos vuestros. Mi reprensión es suficiente. Su abatimiento es evidente; su arrepentimiento, humilde y sincero. Debéis amaros entre vosotros, apoyaros mutuamente. Porque, en verdad, ninguno de vosotros es perfecto todavía. No debéis imitar al mundo ni a los hombres del mundo. En el mundo -lo sabéis- los príncipes de las naciones dominan a sus pueblos, y sus notables ejercen el poder sobre éstos en nombre de los príncipes. Pero entre vosotros no debe ser así. No debe haber en vosotros afán de dominar a los hombres ni a vuestros compañeros. Antes al contrario, el que de entre vosotros quiera ser el mayor póngase a vuestro servicio, y el que quiera ser el primero hágase siervo de todos. Lo mismo que ha hecho vuestro Maestro. ¿Acaso he venido para avasallar y dominar? ¿Para ser servido? No, verdaderamente no. Yo he venido para servir. Y eso -de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en redención de muchos-, Eso mismo deberéis saber hacer vosotros, si queréis ser como Yo y estar donde Yo. Ahora marchaos. Y estad en paz entre vosotros, como Yo lo estoy con vosotros.

Me dice Jesús (a María Valtorta):

-Señala mucho el punto: "... vosotros ciertamente beberéis de mi cáliz". En las traducciones se lee: "mi cáliz". He dicho: "del mío", no "el mío". Ningún hombre habría podido beber mi cáliz. Solamente Yo, Redentor, debí beber todo mi cáliz. A mis discípulos, a mis imitadores, a los que me aman, ciertamente se les concede beber de ese cáliz en que Yo bebí: esa gota, ese sorbo o esos sorbos que la predilección de Dios les concede beber. Pero nunca ninguno lo beberá todo como Yo lo bebí. Así pues, es correcto decir "de mi cáliz" y no "mi cáliz".

*(La expresión "beber el cáliz" parece traducción correcta del texto griego de los evangelistas Mateo y Marcos; pero podría ser interpretada como "beber del cáliz" si se dice en arameo, la lengua que Jesús hablaba, en la cual no habría distinción de forma entre "beber el cáliz" y "beber del cáliz")*

## 578

## Encuentro con discípulos y hombres de relieve conducidos por Manahén. Llegada a Jericó.

Ya las blancas paredes de las casas de Jericó y sus palmas resaltan contra el cielo, azul intenso de cerámica o esmalte, cuando, al pie de un pequeño bosque de tamarices de desordenadas frondas, y de sensibles mimosas y espinos blancos de larguísimas espinas, y de otras plantas en su mayoría espinosas, que parecen haber sido arrojadas allí desde la áspera montaña situada a espaldas de Jericó, Jesús se encuentra con un nutrido grupo de discípulos capitaneados por Manahén. Parece que están esperando. Lo están, efectivamente; y lo dicen, después de haber saludado al Maestro; y añaden que otros han ido hasta otros caminos, para tener noticias, dado que el retraso de toda una noche en llegar a Jericó los había alarmado.

-Yo he venido aquí con éstos. Y no te dejaré hasta que te vea a salvo en casa de Lázaro - dice Manahén.

-¿Por qué? ¿Hay peligro de algo?... - pregunta Judas Tadeo.

-Estáis en Judea... El decreto ya lo conocéis. Y el odio también. Por tanto, todo se puede temer - responde Manahén, quien, dirigiéndose a Jesús, explica:

-He tomado conmigo a los más fuertes, porque era presumible que -si no te habían apresado- pasaras por aquí. Y por la entidad de los discípulos y los hombres confiamos poder impresionar a los malvados y hacer que te respeten.

En efecto, están con él los ex discípulos de Gamaliel, el sacerdote Juan, Nicolái de Antioquía, Juan de Efeso y otros hombres vigorosos -no los conozco- que están en la flor de la vida y tienen un aspecto más noble de lo común. Manahén, rápidamente, presenta a algunos de éstos, mientras que a otros no los presenta. Son hombres procedentes de todas las regiones palestinas (entre ellos hay dos de la corte de Herodes Filipo). Así, nombres de las más antiguas familias de Israel resuenan en el camino, al pie del pequeño bosque de frondas desordenadas, en que el viento hace temblar las hojitas de las mimosas y pliega los tiernos retoños de los espinos blancos.

-Vamos. ¿No hay ninguno con las mujeres, donde Nique? - pregunta Jesús.

-Los pastores. Todos menos Jonatán, que espera a Juana en el palacio de Jerusalén. Pero tus discípulos han crecido de forma desmesurada. Ayer, en Jericó, estaban esperándote unos quinientos; hasta el punto de que los servidores de Herodes se habían impresionado y le habían informado de ello. Y Herodes no sabía si reaccionar temeroso o agresivo. Pero el recuerdo de Juan lo tiene obsesionado y ya no se atreve a levantar la mano contra ningún profeta...

-¡Bien! ¡Esto no te perjudicará! - exclama Pedro frotándose contento las manos.

-De todas formas, es el que menos cuenta. Es un ídolo al que todos pueden mover como les venga en gana. Y quien lo tiene en sus manos sabe moverlo.

-¿Y quién lo tiene en sus manos? ¿Pilato? - pregunta Bartolomé.

-Pilato no necesita a Herodes en sus actos. Herodes es un siervo, los poderosos no se dirigen a los siervos - responde Manahén.

-¿Y entonces quién? - pregunta Bartolomé.

-El Templo - dice sin vacilar uno que está con Manahén.

-Pero si para el Templo Herodes está anatematizado. Su pecado...

-¡Eres muy ingenuo con todo tu saber y tus años, Bartolomé! ¿Es que no sabes que el Templo, con tal de conseguir sus objetivos, sabe superar muchas, demasiadas cosas? Por eso ya no merece permanecer - dice Manahén con gesto de severo desprecio.

-Tú eres israelita. No debes hablar así. El Templo es siempre el Templo para nosotros - dice Bartolomé con tono de reconvención.

-No. Es el cadáver de lo que era. Y un cadáver, cuando lleva ya un tiempo muerto, se transforma en inmunda carroña. Por eso Dios ha mandado al Templo vivo, para que pudiéramos postrarnos ante el Señor sin que ello fuera una pantomima execrable.

-¡Calla! - susurra a Manahén otro que está con él, porque está hablando demasiado claramente (es uno de los que no han sido presentados, uno que está muy tapado).

-¿Y por qué debería callarme, si así habla mi corazón? ¿Piensas que hablando así pueda perjudicar al Maestro? Si es así, me callo: pero no por otro motivo. Aunque me condenaran sabría decir: "Así pienso, y no castiguéis a nadie aparte de mí".

-Manahén tiene razón. Basta ya de callar por miedo. Es ya hora de que cada uno tome su sitio a favor o en contra y diga lo que tiene en su corazón. Yo pienso como tú, hermano en Jesús; y si ello puede causarnos la muerte moriremos perseverando en confesar la verdad - dice Esteban con ímpetu.

-¡Sed prudentes! ¡Sed prudentes! - exhorta Bartolomé - El Templo es siempre el Templo. Está claro que no es perfecto y cometerá errores, pero es... es... Después de Dios no hay personas más grandes ni fuerzas mayores que el Sumo Sacerdote y el Sanedrín... Representan a Dios. Y nosotros debemos ver aquello que representan, y no lo que son. ¿O me equivoco, Maestro?

-No te equivocas. En toda constitución hay que saber ver su origen, en este caso el Eterno Padre, que ha constituido el Templo y las jerarquías, los ritos y las autoridades de los hombres antepuestos para representarlo. Hay que saber dejar en las manos del Padre el juicio. El sabe cuándo y cómo intervenir; qué medidas tomar para que la corrupción, extendiéndose, no corrompa a todos los hombres y les haga dudar de Dios... Y en esto Manahén, viendo la razón de mi venida en esta hora, ha sabido ver con exactitud. En fin, es necesario suavizar tu estaticidad, Bartolmái, con el espíritu innovador de Manahén, para que sea precisa la medida y, por tanto, perfecto el sentir. Todo exceso es siempre dañino, para el agente y para el que lo sufre, o para el que lo percibe y se escandaliza -y, si no es un alma honesta, se sirve de ello para denunciar a los hermanos-. Pero ésta es una acción de Caín y, siendo obra de las Tinieblas, no lo será de los hijos de la Luz.

El que advirtió a Manahén de que no hablara demasiado, y que está cubierto del todo por el manto, de forma que apenas pueden vérsele los ojos negros, vivísimos, se arrodilla, toma la mano de Jesús y dice:

-Tú eres bueno, Maestro. ¡Demasiado tarde te he conocido, oh Palabra de Dios! ¡Pero aún es tiempo, si no de servirte largamente como abría deseado, como ahora quisiera, sí de amarte como mereces!

-Nunca es demasiado tarde para la hora de Dios. Esa hora llega en el momento preciso. Y concede tanto tiempo para servir a la Verdad cuanto la voluntad quiere.

-¿Pero quién es? - se preguntan unos a otros, bisbiseando, los apóstoles; y se lo preguntan a los discípulos. En vano: ninguno sabe quién es, o, sabiéndolo, ninguno quiere decirlo.

-¿Quién es, Maestro? - pregunta Pedro cuando puede acercarse a Jesús, que va en el centro del grupo (detrás de Él, las mujeres; delante, los discípulos; a los lados, sus primos; en torno a Él, los apóstoles).

-Un alma, Simón. Nada más que eso.

-Pero... ¿Te fías de él sin saber quién es?

-Sé quién es. Y conozco su corazón.

-¡Ah, comprendo! Es como en el caso de la Velada de Agua Especiosa... Ya no pregunto más... - y Pedro se pone contento porque Jesús, separándose de Santiago, lo arrima a sí.

Llegan ya a Jericó. Por la puerta de las murallas irrumpe la gente elevando voces de hosanna, y a Jesús le es difícil proseguir para cruzar la ciudad e ir donde Nique, que está fuera de Jericó, en el extremo opuesto. Súplicas para que hable. Niños aupados, que casi forman un seto vivo infranqueable (se cuenta con el amor de Jesús a los pequeños). Gritos de: « ¡Puedes hablar! ¡Ése ya ha huido a Jerusalén!» gestos que, junto con estas palabras, señalan hacia el palacio, espléndido y cerrado, de Herodes.

Manahén confirma:

-Es verdad. Se ha marchado durante la noche, silenciosamente. Tiene miedo.

Pero nada detiene a Jesús, que camina diciendo:

-¡Paz! Paz! El que tenga alguna pena o algún dolor que vaya a casa de Nique. El que quiera oírme que vaya a Jerusalén. Aquí soy el Peregrino, como todos vosotros. En la casa del Padre hablaré. ¡Paz! ¡Paz y bendición! ¡Paz!

Es ya un pequeño triunfo, un preludio de la entrada en Jerusalén, ya tan cercana.

Me sorprende la ausencia de Zaqueo. Pero luego lo veo, erguido en la linde de la propiedad de Nique, rodeado de sus amigos y con los pastores y las discípulas. Todos acuden presurosos al encuentro de Jesús, y le abren paso disponiéndose en dos filas, y se postran, mientras Él, bendiciendo, se adentra en el huerto en dirección a la casa que, hospitalaria, lo recibe.

## Judíos desconocidos refieren las acusaciones recogidas por el Sanedrín. Alegoría dirigida a Jerusalén.

Un gran número de personas está agrupado en los prados de Nique, en que el heno se seca al sol. Dos carros pesados y cubiertos están esperando en estos prados. Comprendo la razón de la espera cuando veo que acompañan a ellos a todas las discípulas, y que éstas suben en los carros después de la despedida y bendición del Maestro. También María Sanísima se marcha con las otras discípulas. Se marcha también el jovencito de Enón. Muchos discípulos se ponen a los lados de los carros, y, cuando éstos se mueven al paso lento de los bueyes también ellos se ponen en marcha. En los prados permanecen los apóstoles, Zaqueo y sus amigos y un grupito de personajes muy cubiertos con su manto (como si no quisieran ser muy reconocidos).

Jesús vuelve lentamente sobre sus pasos, hasta el centro del prado, y se sienta en un montón de heno ya semiseco que pronto será llevado al henil. Está absorto, y todos, manteniéndose en tres grupos distintos y un poco separados de Él y entre sí, respetan esta concentración suya.

La meditación se alarga. Se alarga la espera. El sol se hace cada vez más fuerte y cae intenso sobre el prado, que emana un fuerte olor de tallos herbáceos en desecación. Los que esperan se refugian en los extremos del prado, en los lugares en que los últimos árboles del huerto proyectan su sombra refrescadora.

Jesús se queda solo, solo bajo el sol ya fuerte, blanco todo con su túnica de lino y la prenda de cendal -quizás es la que tejió Síntica- que cubre su cabeza y ondea levemente con el paso de la brisa. De algún establo cercano llegan mugidos tenues, quejumbrosos, de vacas; de las frondas del huerto, piar de pájaros implumes; de las eras, piar de pollitos petulantes: la vida que continúa, renovándose en todas las primaveras. Las palomas vuelan alto describiendo círculos antes de regresar con vuelo firme y seguro a los nidos, bajo los aleros de los tejados. No sé si en la cercana casa de Nique o si en algún campo, una voz de mujer canta una nana arrulladora, y la vocecita del niño, primero alta y trémula como un balido de corderito, ahora se atenúa y luego calla... Jesús piensa, sigue pensando, piensa sin cesar, insensible al sol.

En distintas ocasiones he advertido esta superior resistencia de Jesús bendito frente a las inclemencias climáticas. Nunca he comprendido si sentía calor y frío fuertemente y los soportaba sin quejarse por espíritu de mortificación, o si era que, de la misma forma que dominaba los elementos desatados, dominaba también el frío y calor excesivos. No lo sé. Lo que sé es que, aun viéndolo todo mojado bajo aguaceros o sudado todo bajo el intenso sol, nunca he advertido en Él gestos de desazón por el frío o el calor, como tampoco lo he visto tomar las medidas de prevención que el hombre toma contra los excesos del sol o del frío helador.

Un día alguien me hizo la observación de que en Palestina no se lleva descubierta la cabeza, y que, por tanto, cuando yo decía que la cabeza rubia de Jesús, descubierta, aparecía esplendorosa bajo el so1, hablaba con desacierto. No digo que no, respecto a que en Palestina no se pueda ir con la cabeza descubierta; no he estado allí y no sé. Lo que sé es que Jesús habitualmente iba sin nada en la cabeza. Y si llevaba alguna prenda sobre su cabeza al principio de la marcha, pronto se lo quitaba, como si le desagradaran los estorbos, y llevaba en la mano, y lo usaba más que nada para limpiarse la cara del polvo del camino o para enjugarse el sudor. Si llovía, alzaba un extremo del manto y con él se cubría la cabeza; si hacía sol, especialmente cuando iba caminando, buscaba una hilera de sombra, aunque estuviera entrecortada, para resguardarse de los rayos solares. Raramente llevaba, como hoy, un velo ligero en la cabeza. Esta observación podrá parecerles a algunos inútil, pero forma parte también de lo que veo; y yo lo digo, mientras Jesús piensa...

-¡Pero estar tanto tiempo ahí le va a hacer daño! - exclama uno de1 grupo que no es ni el grupo apostólico ni el de Zaqueo.

-Vamos a decírselo a sus discípulos... Además... yo quisiera... quisiera no detenerme demasiado tiempo - responde otro.

-¡Sí, claro! Que los montes Adomín son poco seguros durante la noche...

Van donde los apóstoles y hablan con ellos.

-De acuerdo. Voy a decirles que queréis marcharos - dice Judas Iscariote.

-No. No eso. Quisiéramos estar al menos en Ensemes antes de que se haga de noche.

Judas se marcha sonriendo con ironía. Se inclina hacia el Maestro y le dice: -Dicen que es porque te puede hacer daño el sol -aunque lo que realmente sucede es que a ellos puede perjudicarles el ser vistos demasiado-, pero los judíos desean ya que los despidas.

-Voy... Estaba pensando... Tienen razón - y Jesús se levanta.

-Todos, menos yo... - dice Judas Iscariote con tono de enfado.

Jesús lo mira y calla. Van juntos adonde estos hombres a los que Judas ha llamado judíos.

-Ya me había despedido de todos vosotros. Ayer ya lo dije. Hablaré solamente en Jerusalén...

-Es verdad. Pero es que quisiéramos decirte algo, nosotros que... ¿Podemos hablar aparte contigo?

-Dales este gusto. Tienen miedo de nosotros, o más exactamente de mí - dice Judas de Keriot con esa sonrisa suya de serpiente.

-No tenemos miedo de nadie. Si quisiéramos, sabríamos cómo tutelar nuestra tranquilidad. Pero todavía no todos son villanos en Palestina. Somos descendientes de los prohombres de David, y, si no eres esclavo ni despreciado todavía, debes mostrarte deferente con nuestras estirpes, las primeras junto al rey santo, las primeras junto a los Macabeos, las primeras también ahora, cuando se trata de honrar al Hijo de David, y de aconsejarle. Porque Él es grande, pero todas las criaturas, por grandes que sean, pueden tener necesidad de un amigo en las horas decisivas de la vida - responde con vehemencia uno que está del todo vestido de lino (incluso el manto y la prenda que cubre su cabeza y que poco deja descubierto de su rostro severo).

-Nos tiene a nosotros por amigos. Lo somos desde hace tres años, desde que vosotros...

-No lo conocíamos: Demasiadas veces hemos sufrido engaño con los falsos Mesías como para creer fácilmente en cualquier aserción. Pero los últimos acontecimientos nos han iluminado. Sus obras son divinas y nosotros decimos que es Hijo de Dios.

-¡Y creéis que tiene necesidad de vosotros!

-Como Hijo de Dios, no; como Hombre, sí. Ha venido para ser el Hombre, y el Hombre siempre tiene necesidad de hombres hermanos suyos. Pero, además, ¿por qué tienes miedo? ¿Por qué no quieres que hablemos con Él? Ésta es nuestra pregunta a ti.

-¿Yo? ¡Hablad! ¡Hablad! Los pecadores son más escuchados que los justos.

-¡Judas! ¡Creía que palabras como éstas deberían parecerte fuego en los labios! ¿Cómo te atreves a juzgar aquello que tu Maestro no juzga? Está escrito *(Isaías 1, 18)*: "Si vuestros pecados son como la escarlata se harán blancos como la nieve, y si son bermejos como la cochinilla se harán blancos como la lana".

-Pero Tú no sabes que entre éstos...

-¡Silencio! Hablad vosotros.

-Señor, sabemos que está preparada la acusación contra ti. Se te acusa de violar la Ley y los sábados, de amar más a los de Samaria que a nosotros, de defender a publicanos y meretrices, de recurrir a Belcebú y a otras fuerzas tenebrosas, de magia negra, de odiar al Templo y querer su destrucción, de...

-Basta así. Todos pueden acusar, probar la acusación es más difícil.

-Pero tienen dentro de ellos a quienes la sostienen. ¿O es que crees que allí dentro son justos?

-Os respondo con las palabras de Job *(Job 27, 5-8)*, que es figura de mí como Paciente: "Lejos de mí el pensamiento de consideraros justos a todos. Hasta el final sostendré mi inocencia. No renunciaré a la justificación mía, que ya he comenzado. Porque mi corazón no me censura nada en toda mi vida". Y todo Israel puede testimoniar -porque no me justifico a mí mismo, con palabras que puede decir también un embustero-, todo Israel puede atestiguar que Yo siempre he enseñado el respeto a la Ley; es más, que he perfeccionado la obediencia la Ley, y que no he violado los sábados... ¡Habla! ¿Qué querías decir? Has hecho un gesto y luego te has contenido. ¡Habla!

Uno del grupito... misterioso dice:

-Señor, en la última sesión del Sanedrín se leyó una denuncia contra ti. Venía de Samaria, de Efraín donde Tú estabas, y decía que había quedado probado, en numerosas ocasiones, que violabas el sábado y...

-Y sigo respondiéndote con Job: "¿Y cuál es la esperanza del hipócrita si roba por avaricia y Dios no libera su alma?". Este infeliz, que presenta una cara fingida y que debajo tiene un corazón distinto quiere cometer el gran robo por avidez de mi bien, ya va por el camino del Infierno, y vano será para él tener dinero y esperar honores y soñar con subir a donde Yo no quise subir para no traicionar el decreto santo. ¿Pero nos vamos a ocupar de él, si no es para orar por él?

-Pero el Sanedrín ha tenido para contigo palabras de burla: "Éste es el amor que le profesan los samaritanos: lo acusan para atraerse la benevolencia de todos nosotros".

-¿Y estáis seguros de que haya sido una mano samaritana la queh ha escrito esas palabras?

-No. Pero Samaria en estos días ha sido dura contigo...

-Porque los enviados del Sanedrín han creado en ella subversión y la han azuzado con falsos consejos, suscitando descabelladas esperanzas que he tenido que abatir. Además, escrito está (Job 27, 5-8), tanto respecto a Efraím como respecto a Judá (y se podría decir respecto a cualquier otro lugar, porque es voluble el corazón del hombre, que se olvida de los beneficios y se doblega ante las amenazas): "Vuestra bondad es como nube matutina, como rocío que por la mañana desaparece". Pero esto no prueba que los samaritanos sean los acusadores del Inocente. Un amor equivocado los lanzó sañosos contra mí, pero era un amor delirante. ¿Qué otra prueba hay de esta acusación de preferencia por los samaritanos?

-Se te acusa de que los quieres tanto, que siempre dices: "Escucha Israel", en vez de decir: "Escucha, Judá". Y que no puedes censurar a Judá...

-¿Verdaderamente? ¿La sabiduría de los rabíes aquí se pierde? ¿Y no soy Yo el Germen de justicia brotado de David por el que, como dice Jeremías *(32, 6-9; 33, 15-17)*, Judá será salvado? Entonces el Profeta prevé que Judá, sobre todo Judá, tendrá necesidad de salvación. Y este Germen, sigue diciendo el Profeta, será llamado el Señor, nuestro Justo, "porque, dice el Señor, nunca le faltará a David un descendiente que se siente en el trono de la casa de Israel". ¿Y entonces? ¿Erró el Profeta? ¿Acaso estaba ebrio? ¿Ebrio de qué? Sin duda, de penitencia y no de otra cosa. Porque, para acusarme a mí, ninguno podrá sostener que Jeremías fuera un hombre dado a la crápula. Bueno, pues él dice que el Germen de David salvará a Judá y se sentará en el trono de Israel. Así pues, se diría que, por sus luces, el Profeta ve que, más que Judá, será elegido Israel; que el Rey irá a Israel, y ya será una gracia si Judá obtiene la salvación, aunque sólo sea la salvación. ¿Al Reino, entonces, se le llamará Reino de Israel? No. Se le llamara Reino de Cristo, de Aquel que une las partes dispersas y reconstruye en el Señor tras haber -según el otro Profeta *(Zacarías 11, 4-17)* juzgado y condenado, en un mes -en realidad, en menos de un día-, a los tres falsos pastores y tras haberles cerrado mi alma, porque la suya quedó cerrada para mí y deseándome en figura no supieron amarme en mi naturaleza. Así pues, Aquel que me envía romperá los dos cayados que me ha dado, para que la Gracia quede perdida para los crueles, para que el Flagelo no venga ya del Cielo, sino del mundo. Y *nada es más duro que los flagelos que los hombres dan a los hombres.* Así será. ¡Oh, así! Yo recibiré golpes, y dos tercios de las ovejas serán dispersados. Sólo un tercio, siempre sólo un tercio de ellas se salvará y perseverará hasta el final. Y esta tercera parte pasará por el fuego por el que Yo, Yo el primero, paso; y será purificada y probada como plata y oro, y oirá estas palabras: "Tú eres mi pueblo", y ella me dirá: "Tú eres mi Señor". Y alguien habrá pesado las treinta monedas, precio de la horrenda obra, infame paga. Y no podrán volver al lugar de donde salieron, porque hasta las piedras gritarían de horror al ver esas monedas manchadas con la sangre del Inocente y el sudor del perseguido, del perseguido por la más atroz de las desesperaciones; y servirán, como está escrito, para comprar de los esclavos de Babilonia el campo para los extranjeros. ¡Oh, el campo para los extranjeros! ¿Sabéis quiénes son estos extranjeros? Son los de Judá e Israel,

que pronto y durante siglos y siglos carecerán de patria y ni siquiera la tierra de su antiguo suelo los querrá acoger y los vomitará aun estando muertos, porque ellos quisieron rechazar la Vida. ¡Horror infinito!

Jesús calla, como quien se siente abatido, con la cabeza baja, que luego alza. Extiende la mirada a su alrededor. Ve a los presentes: los apóstoles, los discípulos ocultos, Zaqueo con los suyos. Suspira como quien se despierta de una pesadilla. Habla así:

-¿Qué más decíais? ¡Ah, que se me acusa de querer a publicanos y meretrices! Es verdad. Son los enfermos, los moribundos. Yo, Vida, me doy a ellos como vida. Venid, redimidos de mi rebaño - ordena a Zaqueo y a los suyos. Venid y escuchad mi orden. A muchos, más blancos que vosotros, dije: "No vayáis a Jerusalén". A vosotros os digo: "Id". Esto podrá parecer injusticia...

-Y lo es - interrumpe el Iscariote.

Jesús, como si no oyera, sigue hablando a Zaqueo y a sus compañeros:

-Pero os digo: id, precisamente porque vosotros sois plantas que tenéis más necesidad del rocío que otras, para que vuestra buena voluntad reciba el auxilio del Poderoso y ya crezcáis libremente en la Gracia. Sobre las otras cosas... el mismo Cielo responderá con signos inconfundibles. En verdad, podrá ser destruido el Templo vivo, y en tres días reedificado, y para toda la eternidad. Pero el Templo muerto, que ahora será solamente zarandeado y creerá haber triunfado, perecerá para nunca más renacer. ¡Marchaos! Y no temáis. Esperad en penitencia mi Día. Su aurora os conducirá definitivamente a la Luz - dice dirigiéndose a los que están cubiertos con el manto. Y luego dice a Zaqueo:

-Y marchaos también vosotros, pero no ahora. Estad en Jerusalén para la aurora del día siguiente del sábado. A1 lado de los justos quiero que estén los resucitados, porque en el Reino del Cristo infinitos son los lugares: cuantos son los hombres de buena voluntad.

Y se encamina hacia la casa de Nique a través del tupido huerto umbroso.

Un pequeño sendero pone una cinta amarillenta en medio del verde del suelo, y una gallina cloqueante lo cruza seguida de sus pollitos del color del oro; y ante tantos desconocidos la madre tiembla, se acurruca y, temiendo agresiones a sus crías, extiende sus alas defensoras cloqueando más fuerte. Y los pollitos, piando, van y se esconden bajo la pluma materna, y su piar se apaga al seguro y parece que ya no están...

Jesús se para a contemplarla... y caen lágrimas de sus ojos.

-¡Llora! ¿Por qué llora? ¡Él llora! - susurran todos: apóstoles, discípulos, pecadores redimidos.

Y Pedro dice a Juan:

-Pregúntale el por qué de su llanto...

Y Juan, con su ademán habitual, un poco inclinado en señal de reverencia y la cara elevada de abajo hacia arriba para mirarlo a la cara, pregunta: ¿Por qué lloras, mi Señor? ¿Es por lo que antes te han dicho y has dicho?

Jesús reacciona. Sonríe con tristeza y, señalando a la clueca, que sigue tutelando amorosamente a su prole, dice:

-Yo también, Uno con el Padre mío, vi a Jerusalén, como dice Ezequiel (*Ezequiel 16),* desnuda y llena de vergüenza; y vi y pasé cerca de ella y, llegado el tiempo, el tiempo de mi amor, extendí mi manto sobre ella y cubrí su desnudez. Quería hacerla reina después de haber sido padre para ella, y quería protegerla como esa gallina hace con sus crías... Pero, mientras que los pequeñuelos de la gallina muestran su agradecimiento por los cuidados de su madre y se refugian bajo sus alas, Jerusalén rechaza mi manto... Pero Yo mantendré mi proyecto de amor... Yo... Luego el Padre mío obrará según su voluntad.

Y Jesús baja por la hierba, para no turbar a la gallina, y pasa, y más lágrimas ruedan sobre su rostro enjuto y pálido.

Todos lo imitan siguiéndole. Hablan en voz baja hasta llegar al límite de la casa de Nique. Y sólo Jesús entra en la casa, con los apóstoles; los demás prosiguen hacia sus respectivas metas...

## 580

## Delaciones de Judas Iscariote y profecías sobre Israel. Milagros en el camino de Jericó a Betania.

Es un alba que apenas diluye su candor en un primer rosicler de aurora. Y el silencio fresco de los campos se va rompiendo, va adornándose con el gorjeo de los pajarillos ya despiertos.

Jesús es el primero en salir de la casa de Nique. Entorna silenciosamente la puerta y se dirige al verde huerto donde se liberan las nítidas notas de las currucas y emiten los mirlos su flautado canto.

Pero aún no ha llegado y ya del huerto vienen cuatro personas (cuatro de los que ayer estaban en el grupo de desconocidos y que en ningún momento habían descubierto su rostro). Se postran profundamente. Y luego, cuando oyen la orden y la pregunta que Jesús - después de haberlos saludado con su saludo de paz- les dirige:

-¡Alzaos! ¿Qué queréis de mí? - se levantan y echan hacia atrás los mantos de lino y las prendas, también de lino, que cubren su cabeza y con las cuales habían tenido celado su rostro como beduinos.

Reconozco la cara pálida y delgada del escriba Joel de Abías, ya visto en la visión de Sabea. Los otros me son desconocidos, hasta que se nombran: «

-Yo, Judas de Beterón, último de los verdaderos asideos, amigos de Matatías Asmoneo.

-Yo, Eliel, y mi hermano Elcaná de Belén de Judá, hermanos de Juana, tu discípula; y no hay para nosotros un título mayor que éste. Ausentes cuando eras fuerte, presentes ahora que te persiguen.

-Yo, Joel de Abías, con los ojos ciegos durante mucho tiempo, pero ahora abiertos a la Luz.

-Os había despedido ya. ¿Qué queréis de mí?

-Decirte que... si estamos tapados no es por ti, sino... - dice Eliel.

-¡Hablad! ¡Hablad os digo!

-Pero... Habla tú, Joel. Porque eres el que más sabe de todos...

¯Señor... Lo que yo sé es tan... horrendo... que quisiera que ni la tierra supiera lo que estoy para decir...

-Esta tierra se estremecerá; no Yo, porque sé lo que quieres decir. De todas formas, habla...

-Si lo sabes... deja que mis labios no tiemblen diciendo esta cosa horrible. No es que piense que mientes al decir que lo sabes y que quieres que lo diga para saberlo, sino, verdaderamente, porque...

-Sí. Porque es una cosa que clama al Señor. La diré Yo para convencer a todos de que conozco el corazón de los hombres. Tú, miembro del Sanedrín y conquistado para la Verdad, has descubierto algo que no has sabido sobrellevar tú solo, porque es demasiado grande, y has ido donde éstos, verdaderos judíos en los que sólo hay espíritu bueno, para asesorarte con ellos. Has hecho bien, aunque no tenga ninguna utilidad lo que has hecho. El último de los asideos estaría dispuesto a repetir el gesto de sus padres *(1 Macabeos 2, 42-48)* para servir al Libertador verdadero. Y no está solo. También su pariente Barzelái lo haría, y con él otros muchos. Y los hermanos de Juana, por amor a mí y a su hermana, además de por amor a la Patria, estarían con él. Pero Yo no triunfaré por lanzas ni por espadas. Entrad del todo en la Verdad. Yo triunfaré con un triunfo celeste. Tú -y esto es lo que te hace aparecer aún más pálido y enflaquecido de lo que en ti es normal-sabes quién ha presentado los elementos de acusación contra mí, esos elementos que, si bien son falsos en su espíritu, son verdaderos en la realidad de sus palabras, porque Yo en verdad violé el sábado cuando tuve que huir, al no haber llegado todavía mi hora, y cuando arrebaté dos inocentes a los bandidos; y podría decir que la necesidad justifica el acto, de la misma forma que la necesidad justificó a David por haberse nutrido con los panes de proposición *(1 Samuel 21, 2-7)*. En verdad, me refugié en Samaria, aunque, llegada mi hora y habiéndome propuesto los samaritanos quedarme con ellos como Pontífice, rechacé honores y seguridad por permanecer fiel a la Ley, aun significando esto entregarme a los enemigos. Y es verdad que quiero a los pecadores y a las pecadoras hasta el punto de arrancarlos del pecado. Y es verdad que predico la destrucción del Templo, si bien estas palabras mías no son sino confirmación del Mesías de las palabras de sus profetas. El que es fuente de éstas y de otras acusaciones, aquel que incluso hace de los milagros motivo de acusación y no ha dejado de servirse de nada de la Tierra para tratar de llevarme al pecado y poder añadir otras acusaciones a las primeras, ése es un amigo mío. Y esto también lo dijo el rey profeta *(Salmo 41, 10)* de quien a través de mi Madre desciendo: "El que comía mi pan alzó contra mí su calcañar". Lo sé. Moriría dos veces, si pudiera no ya impedir que llevara a cabo el delito - ya... su voluntad se ha entregado a la Muerte, y Dios no fuerza la libertad del hombre-, sino, al menos, hacer que el choque del horror cumplido lo arrojara arrepentido a los pies de Dios... Por esto tú, Judas de Beterón, advertías ayer a Manahén de que se callara. Porque la serpiente estaba allí y podía dañar, además de al Maestro, al discípulo. No. El daño alcanzará sólo al Maestro. No temáis. No será por mí por quien recibáis penas y desventuras. Por el delito de todo un pueblo, por eso sí, todos recibiréis lo que anunciaron los profetas. ¡Desdichada, desdichada Patria mía! ¡Desdichada tierra que conocerá el castigo de Dios! ¡Desdichados habitantes, desdichados niños que ahora bendigo y quisiera ver salvos y que, aun siendo inocentes, conocerán en la edad adulta la dentellada de la más grande desventura! Mirad esta tierra vuestra exuberante, hermosa, verde y florida cual alfombra admirable, fértil como un Edén... Grabaos su belleza en vuestro corazón y luego... vuelto Yo al lugar de donde vine... huid. Huid mientras podáis hacerlo, antes de que, cual rapaz de infierno, la desolación de la destrucción se extienda aquí y derribe y destruya, y yerme y queme, más que en Gomorra, más que en Sodoma... Sí, más que en esas ciudades, donde sólo hubo una rápida muerte. Aquí... Joel, ¿recuerdas a Sabea? Ella hizo una última profecía sobre el futuro del Pueblo de Dios que ha rechazado al Hijo de Dios.

Los cuatro están como aturdidos. El miedo del futuro los enmudece. Se decide a hablar Eliel:

-¿Tú nos aconsejas...?

-Sí. Idos. Ya nada habrá aquí suficientemente válido como para retener a los hijos del pueblo de Abraham. Además, especialmente vosotros, notables del pueblo, no seríais respetados... Los poderosos hechos prisioneros embellecen el triunfo del vencedor. El Templo nuevo e inmortal llenará de sí la Tierra, y todo el que me busque me tendrá, porque donde un corazón me ame, allí estaré Yo. Idos. Llevaos con vosotros a vuestras mujeres, a vuestros hijos, a los ancianos... Vosotros me ofrecéis salvación y ayuda, Yo os aconsejo que os pongáis en salvo, y os ayudo con este consejo... No lo despreciéis.

-Pero ya... ¿qué más daño nos va a causar Roma? Ya estamos dominados. Y, aunque su ley sea dura, también es verdad que Roma ha reedificado casas y ciudades y...

-En verdad, sabedlo, en verdad, ni una sola piedra de Jerusalén quedará intacta. Fuego, ariete, hondas y jabalinas caerán, morderán, desbaratarán todas las casas, y la Ciudad sagrada se transformará en antro. Y no solo Jerusalén... Esta Patria nuestra se transformará en antro. Lugar de onagros y chacales, como dicen los profetas. Y no durante un año o algunos años, o durante siglos, sino *para siempre.* El desierto, la sequía, la esterilidad... ¡Ésta será la suerte de estas tierras! Campo de luchas, lugar de torturas, sueño de reconstrucción destruido una y otra vez por una condena inexorable, intentos de resurgimiento ahogados en el momento de su nacimiento: la suerte de la tierra que rechazó al Salvador y quiso un rocío que es fuego sobre los culpables.

-¿Entonces... entonces no volverá a haber nunca un Reino de Israel? ¿Ya nunca más seremos lo que soñábamos ser? -preguntan con voz entrecortada los tres notables judíos. (El escriba Joel llora)...

-¿Habéis observado alguna vez un árbol añoso con la médula destruida por una enfermedad? Durante años vegeta a duras penas, tan a duras penas, que ni florece ni da fruto; sólo alguna, rara hoja en las ramas exhaustas dice que todavía un poco de savia sube... Luego, en un mes de Abril, se le ve florecer milagrosamente y cubrirse de numerosas hojas, y se alegra su dueño, que durante muchos años lo cuidó sin obtener frutos; se alegra al pensar que el árbol está curado y vuelve a la exuberancia después de tanta languidez... ¡Oh, engaño! Después de tan exuberante explosión de vida, sobreviene enseguida la muerte. Caen las flores, las hojas, los pequeños frutos que parecían ya cuajar en las ramas y prometían una pingüe recolección, y con improviso estruendo el árbol, podrido en su base, se viene abajo. Lo mismo hará Israel. Después de siglos de estéril vegetar disperso, se reunirá en el añoso tronco y parecerá estar reconstruido; al fin reunido el pueblo disperso; reunido y perdonado. Sí.

Dios esperará esa hora para cortar los siglos. Ya no habrá siglos, habrá eternidad ¡Bienaventurados aquellos que, perdonados, constituyan la floración fugaz del último Israel -de ese Israel que será, después de tantos siglos, de Cristo-, y mueran redimidos, junto con todos los pueblos de la Tierra, bienaventurados con los pueblos de la Tierra que no sólo han conocido la existencia mía, sino que también han abrazado mi Ley como ley de Salud y Vida! Oigo las voces de mis apóstoles. Marchaos antes de que lleguen...

-Señor, si tratamos de permanecer ocultos no es por cobardía, sino para servirte, para poderte servir. Si se supiera que nosotros, que yo, sobre todo, hemos venido a ti, quedaríamos excluidos de las deliberaciones... - dice Joel.

-Comprendo. Pero atención porque la serpiente es astuta. Tú especialmente sé cauto, Joel...

-¡Aunque me mataran... preferiría mi muerte a la tuya... y no ver esos días de que hablas! Bendíceme, Señor, para fortalecerme...

-Os bendigo a todos en el nombre de Dios Uno y Trino, y en el nombre del Verbo encarnado para salvación de los hombres de buena voluntad.

Los bendice colectivamente con un amplio gesto, y luego pone la mano, individualmente, sobre cada una de las cuatro cabezas inclinadas que tiene a sus pies.

Luego se levantan ellos, se tapan de nuevo la cara y se adentran entre los árboles del huerto y entre los matorrales de moras que separan a los perales de los manzanos y a éstos de otros árboles; a tiempo, porque, en grupo, ya salen de la casa los doce apóstoles buscando al Maestro para ponerse en camino.

Y Pedro dice:

-En la parte de delante de la casa, hacia la ciudad, hay una muchedumbre de gente, a la que a duras penas hemos contenido para dejarte orar. Quieren seguirte. Ninguno de los que has despedido se ha marchado. Es más, muchos han regresado, y muchos otros han venido luego. Les hemos reprendido...

-¿Por qué? ¡Dejad que me sigan! ¡Ah, si todos lo hicieran! ¡Vamos!

Y Jesús se coloca el manto que le ha pasado Juan y se pone a la cabeza de los suyos. Llega a la casa, la bordea, pone pie en el camino que va a Betania y entona con fuerte voz un salmo. La gente, una verdadera muchedumbre -primero todos los hombres, luego las mujeres y los niños- lo sigue, cantando con Él...

La ciudad, rodeada de verde, va quedando lejos. Muchos peregrinos van por este camino, en cuyas orillas muchos mendigos elevan sus lamentos para suscitar la compasión de la muchedumbre y conseguir así pingües limosnas. Lisiados, mancos, ciegos... La miseria que en todas las épocas y regiones habitualmente se da cita en los lugares en que una festividad congrega a las muchedumbres. Y si los ciegos no ven quién pasa, los otros sí lo ven, y, conociendo la bondad del Maestro para con los pobres, lanzan su grito, más fuerte de lo habitua1, para atraer la atención de Jesús. Pero no piden el milagro; solamente la limosna; y Judas da la limosna.

Una mujer de noble aspecto, al pie de un recio árbol que da sombra a un cruce de caminos, para el burrito en que va montada y espera a Jesús. Cuando Él está cerca, desciende de su cabalgadura y se postra, no sin dificultad porque tiene en brazos una criaturita muy falta de vida. La eleva sin decir una palabra. Sus ojos suplican en su afligido rostro. Pero Jesús está rodeado por una barrera de gente y no ve a la pobre madre arrodillada en la orilla del camino.

Un hombre y una mujer, que parecen acompañar a la madre afligida, le dicen: -No hay nada para nosotros - dice el hombre meneando la cabeza.

-Ama, no te ha visto; llámalo con fe y te concederá lo que pides - dice la mujer.

La madre sigue el consejo de la mujer y grita, fuerte para vencer el ruido de los cantos y los pasos:

-¡Señor, piedad de mí!

Jesús, que está unos metros más adelante, se detiene y se vuelve, busca a la que ha gritado. La sirvienta dice:

-Ama, te busca. Álzate y ve donde Él, y Fabia se curará - y la ayuda a levantarse y la guía hacia el Señor, que dice:

-Quien me ha invocado que venga a mí. Es tiempo de misericordia para quien sabe esperar en la misericordia.

Las dos mujeres se abren paso (primero la sirvienta, para preparar el camino a la madre, luego la propia madre), y están para llegar donde Jesús cuando una voz grita: -¡Mi brazo perdido! ¡Mirad! ¡Bendito el Hijo de David, el siempre poderoso y santo nuestro verdadero Mesías!

Se produce un alboroto, porque muchos se vuelven y la muchedumbre, con movimiento como de ondas contrarias en torno a Jesús, se mezcla y entremezcla. Todos quieren saber, ver... Preguntan a un anciano, que agita su brazo derecho como si fuera una bandera y que responde:

-Él se había parado. Yo había logrado agarrar un borde de su manto y taparme con él, y como un fuego y la vida me han recorrido el brazo muerto; mirad, el derecho está como el izquierdo, sólo porque me ha tocado su túnica.

Jesús, mientras, pregunta a la mujer:

-¿Qué quieres?»

La mujer alarga los brazos con su criatura y dice:

-Ella también tiene derecho a la vida. Es inocente. No ha pedido ser de uno u otro lugar, ni de una u otra sangre. Yo soy la culpable. A mí el castigo, no a ella.

-¿Tienes la esperanza de que la misericordia de Dios sea mayor que la de los hombres?

-Tengo esa esperanza, Señor. Yo creo. Por mí y por mi hija. Tengo la esperanza de que le devuelvas el pensamiento y el movimiento. Dicen que eres la Vida... - y llora.

-Yo soy la Vida, y quien cree en mí tendrá la vida del espíritu y de sus miembros. ¡Quiero!

Jesús ha gritado estas palabras con voz fuerte. Ahora baja la mano hacia la niñita inmóvil, que se estremece, sonríe y dice una palabra:

-¡Mamá!

-¡Se menea! ¡Sonríe! ¡Ha hablado! ¡Fabio! ¡Amo!

Las dos mujeres han seguido las fases del milagro y las han proclamado con voz fuerte. Y han llamado al padre, que se abre paso entre la gente y llega donde las mujeres cuando ya ellas están a los pies de Jesús llorando: y, mientras la sirvienta dice: « ¡Te había dicho que Él tiene piedad de todos!», la madre dice: «y ahora perdóname también mi pecado».

-¿No te muestra el Cielo, con la gracia concedida, que tu error está perdonado? Levántate y anda; en la vida nueva, con tu hija y el hombre que has elegido. Ve. Paz a ti. Y a ti, niñita. Y a ti, israelita fiel. Mucha paz a ti por tu fidelidad a Dios y a la hija de la familia a la que servías y que con tu corazón has mantenido cercana a la Ley. Y paz también a ti, hombre, que te has mostrado más respetuoso hacia el Hijo del hombre que muchos otros de Israel.

Se despide mientras la gente, dejado el anciano, se interesa por el nuevo milagro realizado en la niñita imposibilitada de movimientos y pensamiento (quizás por una meningitis), que ahora salta feliz diciendo las únicas palabras que sabe, las que quizás sabía cuando enfermó y que ahora halla de nuevo en su mente revivida:

-Padre, mamá, Elisa. ¡El Sol bonito! ¡Las flores!...

Jesús hace ademán de marcharse. Pero en esto, provenientes del cruce que ya han dejado atrás, llegan, de donde están los asnos que los que han recibido el milagro han dejados plantados, otros dos gritos, quejumbrosos, con la típica modulación hebrea: -¡Jesús, Señor! ¡Hijo de David, ten piedad de mí!

Y, de nuevo, más fuerte, para superar los gritos de la gente que dice: «Callad. Dejadle marcharse al Maestro. El camino es largo y el sol se alza cada vez más fuerte. Que pueda estar en los montes antes del calor intenso», gritan:

-¡Jesús, Señor, Hijo de David, ten piedad de mí!

Jesús se para otra vez y dice:

-Id por esos que gritan y traédmelos aquí.

Algunas personas solícitas van hacia los ciegos. Llegan donde ellos y dicen: -Venid. Tiene compasión de vosotros. Alzaos, que quiere concederos lo que pedís. Nos ha mandado a llamaros en su nombre - y tratan de guiar a los dos ciegos por entre la muchedumbre.

Pero, si uno de los dos se deja guiar, el otro, más joven y quizás más creyente, anticipa el deseo de aquéllos y camina solo, tendiendo su bastoncito hacia delante, con la expresión y el gesto propios de los ciegos: la típica sonrisa y el rostro alzado en busca de la luz... Y va tan rápido y seguro, que parece guiarlo su ángel: si no tuviera los ojos blancos, no parecería ciego.

Es el primero en llegar a la presencia de Jesús, que lo para y le dice:

-¿Qué quieres que te haga?

-Que vea, Maestro. Haz, Señor, que mis ojos y los de mi compañero se abran. Ha llegado ya el otro ciego y lo arrodillan junto a su compañero.

Jesús pone las manos en sus caras alzadas y dice:

-Hágase como pedís. ¡Idos, vuestra fe os ha salvado!

Quita las manos y... dos gritos salen de los labios de los ciegos:

-¡Yo veo, Uriel!

-¡Yo veo, Bartimeo! - y luego, juntos:

-¡Bendito el me viene en nombre del Señor! ¡Bendito el que lo ha enviado! ¡Gloria a Dios! ¡Hosanna al Hijo de David! - y dos rostros se agachan hasta el suelo para besar los pies de Jesús; luego se levantan los dos que eran ciegos, y el que lleva por nombre Uriel dice:

-Voy a presentarme a mis familiares y luego vuelvo para seguirte, Señor. Bartimeo, no; Bartimeo dice:

-Yo no te dejo. Mando a alguien para que se lo diga. Se alegrarán en todo caso. Pero, separarme de ti, no. Tú me has dado la vista, yo te consagro la vida; ten piedad del deseo de tu ínfimo siervo.

-Ven y sígueme. La buena voluntad iguala todos los niveles, y sólo es grande el que mejor sabe servir al Señor.

Y Jesús reanuda la marcha entre los gritos de hosanna de la multitud. Bartimeo se une a la gente y, elevando con ella sus alabanzas, va diciendo:

-Había venido buscando un pan y he encontrado al Señor. Era pobre y ahora soy ministro del Rey santo. Gloria al Señor y a su Mesías...

## 581

## En Betania en la casa de Lázaro.

Deben haber hecho un alto a mitad de camino en la vía que va de Jericó a Betania; en efecto, cuando llegan a las primeras casas de Betania, el rocío está acabando de evaporarse en las hojas y en las hierbezuelas de los prados, y el sol todavía asciende en la bóveda del cielo.

Los agricultores de la zona dejan sus aperos y van sin demora junto a Jesús, que pasa bendiciendo a hombres y árboles (como piden, con insistencia, los agricultores). Y mujeres y niños acuden con las primeras almendras -envueltas todavía en la leve felpa verde-plata de la cáscara- y las últimas flores de los árboles frutales de florescencia más tardía. Pero observo que aquí, en la zona de Jerusalén, quizás por la altitud, quizás por los vientos que provienen de 1as cimas más altas de Judea, o no sé por qué otro motivo (quizás también por una diferencia en el tipo de plantas), muchos son los árboles frutales todavía florecidos en graduaciones blanco-rosadas suspendidas como nubes ligeras por encima del verde de los prados. Palpitan bajo los altos troncos las tiernas hojas de las vides, como grandes mariposas de precioso color esmeralda, mantenidas ligadas por un hilo a los ásperos sarmientos.

Mientras Jesús está parado en la fuente -que es donde el campo se transforma ya en ciudad- y recibe el respetuoso saludo de casi toda Betania, vienen Lázaro y sus hermanas, y se postran ante su Señor. Y aunque haga poco más de dos días que María ha dejado a su Maestro, tan incansablemente besa sus pies calzados con las polvorientas sandalias, que parece que hiciera siglos que no lo veía.

-Ven, Señor mío. La casa te espera para alegrarse de tu presencia - dice Lázaro poniéndose al lado de Jesús mientras caminan, lentamente, al ritmo consentido por la gente que se arremolina en torno, y por los niños que se agarran a las vestiduras de Jesús y caminan delante de Él, vueltos hacia Él, con la cara alzada, de forma que tropiezan y hacen tropezar (tanto que primero Jesús y luego Lázaro y los apóstoles suben en brazos a los más pequeños para poder andar más ligeros).

En el lugar donde una callecita conduce a la casa de Simón Zelote están María y su cuñada, y Salomé y Susana. Jesús se detiene para saludar a su Madre y luego prosigue hasta la gran cancilla, abierta de par en par, donde están Maximino, Sara y Marcela, y, detrás de éstos, los numerosos siervos de la casa, empezando por los domésticos y terminando por los de los campos. Todos ordenados, alegres; con una alegría inquieta que se manifiesta impetuosa en exclamaciones de hosanna y agitando gorros y velos, y arrojando flores y ramas de arrayán y laurel, de rosas y jazmines, que resplandecen bajo el sol con sus pomposas corolas o se esparcen como cándidas estrellas sobre el color pardo de la tierra. Un olor de flores deshojadas y de hojas aromáticas pisadas sube del suelo calentado por el sol. Jesús pasa por esa alfombra de fragancias.

María de Magdala, que, mirando al suelo, lo sigue, se agacha a cada paso -parece una espigadora siguiendo al que va atando las gavillas- recogiendo ramas y corolas, y también pétalos deshojados, pisados por los pies de Jesús.

Maximino, para poder cerrar la cancilla y dar sosiego a los huéspedes, ordena que den a los niños unos dulces que ya están preparados (práctica manera de distraer del Señor a los niños y de poder hacer que se marchen sin suscitar coros de llantos). Y los criados llevan esto a cabo sacando a la calle cestas colmadas de pequeñas tortas que tienen encima una almendra blanco-parda.

Y mientras los pequeñuelos se apiñan allí, otros servidores echan hacia atrás a los adultos, entre los cuales están todavía Zaqueo y los cuatro (Joel, Judas, Eliel y Elcana) con otros que no sé quiénes son porque están del todo tapados, incluso por protegerse del sol ya fuerte y del polvo que un viento más bien vigoroso levanta.

Pero Jesús, ya muy adelante, se vuelve y dice:

-¡Esperad! Tengo que decir algo a alguien.

Se dirige a los hermanos de Juana, los toma aparte y les dice:

-Por favor, id donde Juana y decidle que venga con todas las mujeres que están en su casa y con Analía, la discípula de Ofel. Que venga mañana, porque con el ocaso de mañana empieza e1 sábado y quiero pasarlo en paz con los amigos de Betania.

-Se lo diremos, Señor. Juana vendrá.

Jesús se despide de ellos. Luego pasa a Joel:

-Dirás a José y a Nicodemo que he venido y que al día siguiente del sábado entraré en la ciudad.

-¡Oh! ¡Ten cuidado, Señor! - dice acongojado el escriba, que es bueno.

-Márchate, y sé fuerte. No debe tener miedo quien sigue la justicia y cree en mi verdad. A1 contrario, debe sentirse gozoso porque ha llegado el cumplimiento de la antigua Promesa.

-¡Huiré de Jerusalén, Señor! Ya ves que soy un hombre de débil constitución; Tú lo sabes; y se burlan de mí por esto. Yo no podría ver esos... esas...

-Tu ángel te guiará. Ve en paz.

-¿Te... te volveré a ver, Señor?

-Claro que me volverás a ver. De todas formas, hasta que me veas, piensa que tu amor me ha producido mucha alegría en las horas del dolor.

Joel toma la mano que Jesús le había puesto en el hombro y la aprieta contra sus labios; a través del sutil velo que cubre su cabeza, besos y lágrimas van a la mano de Jesús.

Luego se aleja. Jesús entonces se acerca a Zaqueo:

-¿Dónde están los tuyos?

-Se han quedado en la fuente, Señor. Les he dicho que esperen allí.

-Vuelve y ve con ellos a Betfagé, donde están mis discípulos más antiguos y fieles. Dile a Isaac, que es su jefe, que se distribuyan por la ciudad para avisar a todos los grupos de los discípulos, porque en la mañana del día siguiente del sábado, hacia la hora tercera, pasando por Betfagé, entraré en Jerusalén y subiré solemnemente al Templo. Le dirás a Isaac que este aviso es sólo para los discípulos. Isaac comprenderá lo que quiero decir.

-También yo lo comprendo, Maestro. Quieres sorprender a los judíos para que no puedan obstaculizar tu entrada.

-Así. Haz esto. Recuerda que te estoy dando un encargo de confianza. Me sirvo de ti y no de Lázaro.

-Esto me dice que tu bondad hacia mí no tiene medida. Gracias. Señor.

Besa la mano al Maestro y se marcha.

Jesús va a volver ya con sus huéspedes. Pero, en ese momento, un joven se separa de la cancilla donde las últimas personas, rechazadas por los criados, están saliendo, y corre a echarse a los pies de Jesús. Grita:

-¡Una bendición, Maestro! ¿Me reconoces? - dice levantando la cara, libre de todo velo.

-Sí. Eres José, llamado Bernabé, el discípulo de Gamaliel que salió a mi encuentro cerca de Yiscala.

-Y que te sigue desde hace muchos días. Estaba en Silo. Llegué allí de Yiscala, adonde había ido con el rabí en el tiempo de tu ausencia. En Yiscala había estado estudiando los libros hasta la luna de Nisán. Estaba en Silo cuando hablaste, y te seguí a Lebona y a Siquem; luego te esperé en Jericó porque había sabido que Tú...

Al improviso se calla, como si se hubiera dado cuenta de que estaba diciendo algo de lo que debería guardar silencio.

Jesús sonríe mansamente y dice:

-La verdad brota impetuosa de los labios veraces, y muchas veces supera los diques que la prudencia pone delante de las bocas. Pero voy a terminar Yo tu pensamiento... "porque habías sabido por Judas de Keriot, que se había quedado en Siquem, que Yo iba a Jericó para reunirme con mis discípulos y darles mis indicaciones." Y fuiste allí para esperarme, sin preocuparte de ser visto, de perder tiempo y de faltar del lado de tu maestro Gamaliel.

-Él no me reprenderá cuando sepa que me he retrasado por seguirte. Lo llevaré como regalo tus palabras...

-El rabí Gamaliel no tiene necesidad de palabras! ¡Es el rabí sabio de Israel!

-Sí. Ningún otro rabí puede enseñarle nada de lo antiguo, nada, porque de lo antiguo sabe todo. Pero Tú sí, porque tienes palabras nuevas, llenas de la fresca vida de lo nuevo. Tu palabra es como savia de primavera. Es el rabí Gamaliel el que dice esto, y dice también que la sabiduría cubierta por el polvo de los siglos, y, por tanto, desecada y opaca, adquiere nueva vida y luz cuando tu palabra la explica. ¡Le llevaré tus palabras!

-Y mi saludo. Dile que abra su corazón, su intelecto, su vista, su oído; y su pregunta de ya hace más de dos decenios recibirá respuesta. Ve, que Dios esté contigo.

El joven se encorva de nuevo para besar los pies del Maestro y se marcha.

Los criados, definitivamente, pueden cerrar la cancilla. Jesús puede reunirse con sus amigos.

-Me he permitido invitar aquí, para mañana, a las discípulas – dice Jesús, acercándose a Lázaro y poniéndole un brazo en los hombros.

-Has hecho bien, Señor. Tú sabes que mi casa es la tuya. Tu Madre ha preferido residir en la casa de Simón, y he respetado su deseo; pero espero que Tú estés bajo mi techo.

-Sí. Aunque... es techo tuyo también la otra casa. Uno de tus primeros actos de generosidad hacia mí y hacia mis amigos. ¡Cuántos actos de generosidad has tenido conmigo, amigo mío!

-Y espero poder tenerlos todavía durante mucho tiempo. Aunque, Maestro sabio, esta palabra es incorrecta. No soy yo generoso contigo. Eres Tú el que eres generoso conmigo. Yo soy el deudor. Y si ante los tesoros que me has dado deposito una moneda para ti, ¿que será esa mísera ofrenda mía comparada con tus tesoros? "Dad y se os dará" dijiste. "Os será vertida en vuestro seno una medida generosa y colmada, y tendréis el céntuplo de lo que disteis", dices. Yo he recibido el céntuplo del céntuplo ya desde cuando todavía no te había dado nada. ¡Ah, recuerdo nuestro primer encuentro! Tú, Señor y Dios al que no son dignos de acercarse los serafines, viniste a mí, que estaba solo y afligido... cerrado dentro de estas paredes, dentro de mis tristezas; viniste a ese hombre que era Lázaro, un hombre al que todos evitaban, si exceptúo a José y Nicodemo y a mi fiel amigo Simón, que desde su tumba de vivo no dejaba de quererme... No quisiste que mi alegría de verte quedara turbada por las salpicaduras corrosivas del desprecio del mundo... ¡Ah, nuestro primer encuentro! Podría repetirte todas tus palabras de entonces... ¿Qué te había dado, entonces, si nunca te había visto, para recibir de ti inmediatamente el céntuplo de cien?

-Tus oraciones al Altísimo, nuestro Padre. *Nuestro,* Lázaro. Mío. Tuyo. Mío como Verbo y como Hombre. Tuyo como hombre. ¿Cuando orabas con tanta fe, no me estabas dando ya todo tu ser? Tú mismo puedes ver que te di el céntuplo, como es justo, de lo que tú me dabas.

-Tu bondad es infinita, Maestro y Señor. Premias anticipadamente, y con divina generosidad, a los que tu pensamiento conoce como siervos tuyos, aun antes de que ellos sepan que lo son.

-Amigos míos, no siervos. Porque, en verdad, los que hacen la voluntad del Padre mío y siguen a la Verdad que ha sido enviada por Él son mis amigos, no ya mis siervos. Más todavía: son mis hermanos, siendo así que Yo soy el primero en hacer la voluntad del Padre. Así pues, el que hace lo que Yo hago es mi amigo porque solamente el amigo hace espontáneamente lo que hace su amigo.

-Que así sea siempre entre Tú y yo, Señor. ¿Cuándo vas a la ciudad?

-Después del sábado. A1 día siguiente por la mañana.

-Iré yo también.

-No, no vendrás conmigo. Ya te diré Yo. Tengo otras cosas que pedirte...

-Sigo tus órdenes, Maestro. Yo también tengo que hablar contigo...

-Hablaremos.

-¿Prefieres que el sábado lo pasemos nosotros solos o puedo invitar a amigos comunes?

-Te pediría que no. Deseo vivamente pasar estas horas en vuestra amistad prudente y pacífica, sólo la vuestra, sin forzamientos de pensamientos ni de formas; pasarlas en la dulce libertad de quien está rodeado de amigos tan queridos, que se siente entre ellos como en su propia casa.

-Como quieras, Señor. Es más... yo deseaba esto, pero me parecía egoísmo hacia mis amigos, todos inferiores en amistad respecto a ti, Amigo único, pero, de todas formas, queridos. Pero si lo quieres así... Quizás estás cansado, Señor; o pensativo...

Lázaro pregunta más con la mirada que con las palabras a su Amigo y Maestro, que le responde solamente con la luz de sus ojos, un poco tristes, un poco absortos, y con la parca sonrisa de su boca.

Se han quedado solos junto al pilón que canta con su chorrillo... Los otros, todos, han entrado en casa, donde se oye sonido de voces y de vajilla...

María de Magdala, dos o tres veces, asoma su cabeza rubia por la puerta, por la puerta tapada con una tupida cortina que ondea levemente con el viento, con el viento que aumenta mientras el cielo se va cubriendo de nubes deshilachadas cada vez más oscuras.

Lázaro alza la cabeza para examinar el cielo.

-Quizás tengamos tormenta - dice.

Y añade:

-Servirá para abrir las yemas rebeldes, que este año se resisten mucho... Quizás han sido las inclemencias tardías las que han retardado los vástagos. También mis almendros han sufrido, y mucho fruto se ha perdido. Me decía José que un huerto suyo que está fuera de la Judiciaria parece este año completamente estéril: los árboles retienen las yemas, como bajo el influjo de algún sortilegio; tanto que se duda si dejarlos o venderlos como leña. Nada. Ni una flor. Como estaban en Tébet siguen ahora. Cabecitas de yemas, duras, cerradas, que no se hinchan nunca. Es verdad que el viento de septentrión sopla fuerte en ese lugar, y que ha habido mucho viento en invierno. También los frutos del huerto que tengo más allá del Cedrón han sufrido daños. Pero el fenómeno del huerto de José es tan extraño, que muchos van a ver ese lugar que no quiere despertarse en primavera.

Jesús sonríe...

-¿Sonríes? ¿Por qué?

-Por el infantilismo de esos niños eternos que son los hombres. Todo lo que tiene apariencia extraña los hechiza... Pero el huerto florecerá. En su debido momento.

-Ya ha pasado el debido momento, Señor. ¿Cuándo ha sucedido que en la Luna de Nisán un grupo numeroso de árboles de un mismo lugar no haya dado muestras de florescencia? ¿A qué tiempo tiene que esperar ese lugar para que sea el debido momento?

-A1 tiempo de dar gloria a Dios floreciendo.

-¡Ah, comprendo! ¡Irás allí a bendecir el lugar, por amor a José; y los árboles florecerán, dando así nueva gloria a Dios y a su Mesías con un nuevo milagro! ¡Así es! Tú vas allí. Si veo a José, ¿se lo puedo decir?

-Si crees que se lo debes decir... Sí, iré allí...

-¿Qué día, Señor? Quisiera estar yo también.

-¿También tú eres un eterno niño?

Jesús sonríe más vivamente, meneando la cabeza manso y sencillo ante la curiosidad de su amigo, que exclama:

-¡Me siento feliz de haberte alegrado, Señor! Vuelvo a ver tu cara con esa sonrisa luminosa que hacía tiempo que no veía. ¿Entonces... voy?

-No, Lázaro. Para la Parasceve me serás necesario aquí.

-¡Pero en la Parasceve uno se ocupa sólo de la Pascua! Tú... Maestro, ¿por qué quieres hacer algo que te será censurado? Ve allá otro día...

-Me veré obligado a ir justo en la Parasceve. Pero no seré Yo el único que haga cosas que no sean preparación para la Pascua antigua; también los más rigurosos de Israel (un Elquías, un Doras, un Simón, y Sadoq e Ismael, y hasta Caifás y Anás) harán cosas completamente nuevas...

-¡¿Se está volviendo loco Israel?!

-Tú lo has dicho.

-Pero Tú... ¡Ah, está lloviendo! Vamos a la casa, Maestro... Yo... estoy preocupado... ¿No me vas a explicar...?

-Sí. Antes de dejarte te diré... Mira, aquí viene con una tela gruesa tu hermana, que teme el agua por nosotros... ¡Marta, tú siempre previsora y activa! Pero no es mucha la lluvia.

-¡Mi querida hermana! ¡Mis queridas hermanas! Porque ahora son las dos como dos tiernas niñas que ignoran cualquier tipo de malicia. Tanto María como Marta. Y cuando, anteayer, vino de Jericó María, parecía -cayéndole por los hombros las trenzas, porque había vendido sus horquillas para comprar unas sandalias a un niño y las horquillas delgadas de hierro eran insuficientes para sujetar sus cabellos-, parecía verdaderamente una niña. Se rió y, al bajar del carro, me dijo: "Hermano mío, ahora sé lo que es tener que vender para comprar, y lo difíciles que son para el pobre hasta las cosas más simples, como es sujetarse el pelo con horquillas de veinte por un didracma. Lo recordaré para ser todavía más misericordiosa en el futuro para con los pobres". ¡Cómo la has cambiado, Señor!

La mujer de que hablan mientras ponen pie en la casa está ya preparada con ánforas y barreños para servir a su Señor. No cede a nadie el honor de servirle, y no se siente satisfecha hasta que no ha proporcionado todo alivio a los miembros y vísceras de su Maestro, y hasta que no le ve irse con sandalias frescas a la habitación que le han reservado, donde lo espera su Madre con una fresca túnica de lino todavía fragante de sol...

## 582

## La víspera del sábado anterior a la entrada en Jerusalén. Ofrenda extrema por la salvación de Judas Iscariote.

**-**Podéis marcharos, si lo estimáis oportuno, donde queráis. Yo me quedo aquí con Judas y Santiago. Tienen que venir las discípulas - dice Jesús a sus apóstoles, que están reunidos en torno a Él bajo el pórtico de la casa. Y añade:

-Pero estad aquí antes de la puesta de1 sol. Y sed prudentes. Tratad de pasar desapercibidos para evitar represalias contra vosotros.

-¡Yo no! ¡Yo me quedo! ¿Qué tengo que hacer en Jerusalén? - dice Pedro.

-Yo sí que voy. Mi padre seguro que me espera. Quiere ofrecer el vino. Es una antigua promesa, antigua pero mantenida como siempre, y es que mi padre es un hombre honesto. ¡Vais a ver qué vino en el banquete pascual! ¡Los viñedos de mi padre en Ramá! ¡Célebres en la comarca! - dice Tomás.

-También estos de Lázaro son vinos extraordinarios. Se me ha quedado grabado el banquete de las Encenias... - dice, involuntariamente goloso, Mateo.

-Pues entonces mañana más que nunca se te refrescará el recuerdo, porque creo que para mañana Lázaro va a disponer una gran cena. ¡He visto unos preparativos...! - dice Santiago de Zebedeo.

-¿Sí? ¿Vendrán también otros? - pregunta Andrés.

-No. Se lo he preguntado a Maximino y me ha contestado que no.

-¡Ah, porque en el caso contrario me pondría la túnica nueva que me ha mandado mi mujer! - dice Felipe.

-Yo me la pondré. Quería hacerlo para Pascua, pero me la voy a poner mañana. Sin duda, estaremos más tranquilos aquí mañana que no dentro de unos días... - dice Bartolomé, e interrumpe sus palabras pensando.

-Yo me visto con ropa nueva para la entrada en la ciudad. ¿Y Tú, Maestro? - pregunta Juan.

-Yo también. Me pondré la túnica teñida de púrpura.

-¡Parecerás un rey! - dice admirado el Predilecto, que ya lo ve, con el pensamiento, vestido con esa túnica espléndida...

-¡Sí, pero si no hubiera sido por mí! Esa púrpura la he procurado yo, hace años... - se jacta el Iscariote.

-¿De verdad? No, no lo habíamos pensado... El Maestro es siempre tan humilde...

-Demasiado. Ahora es el momento de que sea rey. ¡Basta de esperar! Si no es rey de tronos, al menos que, por su dignidad, tenga vestiduras acordes con su grado. Yo estoy en todo.

-Tienes razón, Judas. Tú tienes conocimiento del mundo. Nosotros... somos unos pobres pescadores... - dicen humildemente los del lago... Y, como siempre sucede a la luz del mundo -la falsa, crepuscular luz del mundo-, la aleación de baja ley del metal de Judas parece metal más noble que el basto pero puro, sincero, honesto oro de los corazones galileos...

Jesús, que estaba hablando con el Zelote y los hijos de Alfeo, se vuelve y mira a Judas Iscariote, y también a estos hombres honestos, tan humildes y apesadumbrados por estar tan... poco dotado respecto a Judas... y menea la cabeza sin decir nada. Pero, al ver a éste atándose los cordones de las sandalias y colocándose el manto como en actitud de ponerse en camino, le dice:

-¿A dónde vas?

-A la ciudad.

-He dicho que te retengo aquí con Santiago...

-¡Ah! Pensaba que te referías a Judas tu hermano... Entonces... Yo... soy como un prisionero... ¡Ja! ¡Ja!

Se ríe con mala compostura

-Betania no tiene cadenas ni rejas; al menos, eso creo. Tiene sólo el deseo de tu Maestro, y yo estaría muy contento de estar prisionero de su deseo - observa el Zelote.

-¡Claro! Yo estaba de broma... Es que... quisiera tener noticias de mi madre. Seguro que han llegado a Jerusalén peregrinos de Keriot y...

-No. Dentro de dos días estaremos todos en Jerusalén. *Ahora tú te quedas aquí* - dice autoritario Jesús.

Judas no insiste. Se quita el manto diciendo:

-¿Y entonces? ¿Quién va a la ciudad? Sería conveniente saber también cómo están los ánimos... Lo que hacen los discípulos... Quería también informarme a través de amigos... Se lo había prometido a Pedro...

-No importa. Te quedas. No es necesario nada de eso que dices. No es estrictamente necesario...

-Pero si va Tomás...

-Maestro, también yo quisiera ir. Porque también lo he prometido. Tengo amigos en casa de Anás y... - dice Juan.

-¿Irías allí, hijo mío? ¿Y si te apresan? - pregunta Salomé, que se ha acercado.

-¿Si me apresan? ¿Qué he hecho de malo? Nada. Por tanto, no debo temer al Señor. Por eso, aunque me apresen, no me echaré a temblar.

-¡Oh, el leoncito arrogante! ¿No te vas a echar a temblar? ¿Pero no sabes cómo nos odian? Apresarnos significa la muerte, ¿eh? - dice Judas Iscariote queriendo amedrentar.

-¿Y tú, entonces, por qué quieres ir? ¿Es que tú tienes la inmunidad? ¿Qué has hecho para tenerla? Dímelo y yo también lo haré.

Judas reacciona con un ademán de miedo e ira; pero el rostro de Juan es tan nítido, que el traidor se calma. Comprende que no hay asechanzas ni sospechas en esas palabras y dice:

-Nada he hecho. Lo que sucede es que tengo algunos amigos buenos que están cerca del Procónsul, por eso...

-¡Bien! El que quiera venir que venga, dado que ya no llueve. Aquí perdemos el tiempo y quizás para la hora sexta vuelva la lluvia. El que quiera venir que no se demore - exhorta Tomás.

-¿Voy, Maestro? - pregunta Juan.

-Ve.

-¡Claro! ¡Siempre así! Él sí. Los otros sí. Yo no. ¡Siempre no!

-Trataré de tener noticias de tu madre - dice Juan para calmarlo.

-Y también yo. Voy contigo y con Tomás - dice el Zelote, y añade:

-Mi edad frenará a los jóvenes, Maestro. Y conozco bien a los de Keriot. Si veo a alguno me acerco a él. Te traeré noticias de tu madre, Judas. ¡Sé bueno! ¡Estáte tranquilo! Es la Pascua, Judas. Todos sentimos la paz de esta fiesta, la alegría de esta solemnidad. ¿Por qué quieres ser tú sólo el que esté siempre tan inquieto, tan sombrío y malcontento, sin paz? Pascua es paso de Dios... Pascua es para nosotros los hebreos fiesta de liberación de un duro yugo. Nos liberó de él Dios Altísimo. Ahora, no pudiendo repetir el antiguo acontecimiento, permanece su símbolo individual... Pascua: liberación de los corazones, purificación, bautismo puedes decir, con la sangre del cordero, para que las fuerzas enemigas no causen el mal al que lleve su señal. ¡Qué hermoso empezar el nuevo año con esta fiesta de purificación, de liberación, de adoración a Dios Salvador nuestro!... ¡Oh, perdona, Maestro! He hablado cuando en realidad habría debido guardar silencio porque estás Tú para corregir nuestros corazones...

-Eso es lo que estaba pensando yo, Simón. Justo eso: que ahora tengo dos maestros en vez de uno. Y me parecían demasiados - dice airado Judas Iscariote.

Pedro... ¡ah, Pedro esta vez no se puede contener!, y reacciona:

-Y, si no te callas pronto, vas a tener un tercero, que voy a ser yo. Y te juro que voy a tener argumentos más persuasivos que las palabras.

-¿Alzarías la mano contra un compañero? ¿Después de tanto esfuerzo por sujetar en el fondo al viejo galileo, aflora de nuevo tu verdadera naturaleza?

-No aflora de nuevo. Siempre ha estado clara en la superficie. No uso ficciones. Lo que sucede es que para los asnos salvajes, como tú, para domarlos, sólo hay un argumento: los trallazos. ¡Deberías avergonzarte de abusar de su bondad y de nuestra paciencia! ¡Ven, Simón! ¡Ven, Juan! Ven, Tomás. Adiós, Maestro. Me voy yo también porque si me quedo... no, ¡viva Dios que ya no me contengo! - y Pedro agarra su manto, que estaba encima de un asiento, y se lo pone a toda prisa; tan inquieto, que no ve que se lo ha puesto al revés, abajo la parte de arriba, de forma que debe advertirle Juan del error, y ayudarle a vestirse bien. Y se marcha a toda prisa, pegando un fuerte golpe con el pie en el suelo para descargar así un poco de su ira: parece un torillo encabritado.

¿Y los otros?... Los otros parecen libros abiertos en que se puede leer lo que tienen escrito. Bartolomé levanta su afilado rostro de anciano hacia el cielo todavía borrascoso y parece estudiar los vientos para no tener que estudiar los rostros: demasiado apenado el de Cristo, demasiado pérfido el de Judas Iscariote. Mateo y Felipe miran a Judas Tadeo, que tiene fosforescencias de ira en sus ojos, tan parecidos a los de Jesús, y toman la misma decisión: lo ponen en medio de ellos y le incitan a salir, hacia el paseo interior que lleva a la casa de Simón, diciendo:

-Tu madre nos requería para aquel trabajo. Ven también tú, Santiago de Zebedeo - y se llevan consigo también al hijo de Salomé.

Andrés mira a Santiago de Alfeo, y Santiago lo mira a él: dos caras que reflejan el mismo, contenido sufrimiento, y que no sabiendo qué decir, se cogen de la mano, como dos niños, y se alejan tristes.

Salomé es la única discípula presente, y no se atreve ni a moverse ni a hablar, pero tampoco sabe decidirse a marcharse, como si con su presencia quisiera frenar otras palabras del indigno apóstol. Por suerte no está presente ninguno de la familia de Lázaro. Está ausente también María Stma.

Judas se ve solo con Jesús y Salomé. No quiere estar con ellos y les vuelve la espalda para alejarse hacia el cenador de jazmines. Jesús lo mira mientras se marcha. Lo vigila. Ve que, después de haber fingido que se sentaba en el cenador, Judas desaparece a hurtadillas por la parte de atrás y se adentra entre los setos de rosas, laureles y bojes, que separan al verdadero jardín de los cuadros de las especias, en el lugar donde están las colmenas. Por ahí se puede salir por una de las puertas secundarias abiertas en las paredes del vasto jardín, un verdadero parque que por dos lados termina en setos altísimos, dobles como una avenida -abiertos por cancillas, acá o allá, para poner en comunicación al jardín con los prados, campos, matas de árboles frutales y olivares, y también con la casa de Simón, y que prolongan el jardín en las tierras, teniendo a éstas y a aquél unidos y separados al mismo tiempo-; y, por los otros dos, tiene gruesas paredes que se abren a dos caminos, uno secundario y otro de primer orden, en que desemboca el secundario, que, cortando a Betania, prosigue hacia Belén. Los ojos de Jesús, que se alza cuanto puede y se mueve cuanto necesita para ver lo que hace Judas Iscariote, echan llamas.

María Salomé los ve e intuye -aunque por su estatura poco alta no pueda ver-, intuye lo que sucede hacia el extremo del parque, y susurra:

-¡Misericordia de nosotros, Señor!

Jesús oye ese suspiro y se vuelve un instante para mirar a esta buena, sencilla discípula, que puede haber tenido un pensamiento de soberbia materna al pedir el lugar de honor para sus hijos, pero que, al menos, podía hacerlo porque ellos son buenos apóstoles. A esta discípula que aceptó humildemente la corrección del Maestro sin ofenderse, sin alejarse de Él; es más, que se hizo más humilde, más servicial respecto al Maestro, al que sigue como una sombra (basta con que pueda hacerlo); respecto al Maestro, cuyas más pequeñas expresiones estudia para poder, si puede, adelantarse a sus deseos y darle alegría. Y también ahora la buena y humilde Salomé trata de consolar al Maestro, de aplacar la sospecha que le hace sufrir, diciendo:

-¿Ves? No se marcha lejos. Ha dejado ahí su manto y no lo ha recogido. Irá por los prados a descargar su estado de ánimo... Nunca iría Judas a la ciudad sin estar perfectamente arreglado...

-Hasta desnudo iría, si quisiera ir. Y así es... ¡Mira! ¡Ven aquí!

-¡Está tratando de abrir la cancilla! ¡Pero está cerrada! ¡Y llama a un criado de las colmenas!

Jesús grita fuerte:

-¡Judas! ¡Espérame! Tengo que hablar contigo - y quiere ponerse en camino.

-¡Por el amor de Dios, Señor! Voy a llamar a Lázaro... a tu Madre... ¡No vayas solo!

Jesús, aun caminando rápido, se vuelve un poco y dice:

-Te ordeno que no lo hagas. A1 contrario: guarda silencio con todos. Si preguntan por mí, di que he salido con Judas cerca. Si vienen las discípulas, que esperen. Vuelvo pronto.

Salomé no reacciona, como tampoco lo hace Judas Iscariote. Ella junto a la casa y él junto a la cerca, se quedan en el sitio donde la voluntad de Jesús los ha detenido. Y lo miran: ella, mientras se aleja; él, mientras se acerca.

-Abre la puerta, Jonás. Salgo un poco con mi discípulo. Si te quedas por aquí, no hace falta que la cierres cuando salgamos. Vuelvo pronto - dice con bondad al criado agricultor, que se había quedado sin saber cómo reaccionar, con la voluminosa llave en la mano. El portillo, de hierro pesado, chirría al abrirse, de la misma forma que rechina la llave para mover el dispositivo.

-Una puerta que se abre raras veces - dice el criado sonriendo - ¡Claro, te has oxidado! Cuando uno está ocioso se deteriora... La herrumbre, el polvo,... los gamberros... A nosotros nos pasa lo mismo... ¡Si no trabajamos continuamente nuestra alma!

-¡Muy bien, Jonás! Has tenido un pensamiento sabio. Muchos rabíes te lo envidiarían.

-Son mis abejas las que me los sugieren... y tus palabras. Verdaderamente son tus palabras. Pero luego también las abejas me las hacen comprender. Porque nada carece de voz, si se sabe oír. Y yo digo que si ellas, que son abejas, obedecen la orden del que las ha creado, y son animalitos que no sé dónde pueden tener cerebro y corazón, yo, que tengo corazón, cerebro y espíritu, y que oigo al Maestro, también deberé saber hacer lo que hacen ellas, y trabajar continuamente, hacer siempre lo que el Maestro dice que hay que hacer, y poner así hermoso mi espíritu, esplendoroso, sin herrumbre ni polvo ni barro, y sin pajas, que hayan metido en las cerraduras los enemigos infernales, ni piedras ni otras asechanzas.

-Es exactamente como dices. Imita a tus abejas y tu alma será una rica colmena llena de preciosas virtudes, y Dios descenderá a recrearse en ella. Adiós, Jonás. La paz sea contigo.

Pone la mano en la cabeza entrecana del criado, que está frente a Él inclinado, y sale al camino en dirección hacia los prados de trébol rojo, prados hermosos como alfombras tupidas y gruesas, de colores verde y carmesí, donde las abejas, volando de flor en flor, introducen reflejos y zumbidos.

Cuando están suficientemente lejos de la cerca como para no ser oídos por nadie que estuviera en el jardín de Lázaro, Jesús dice.

-¿Has oído a ese criado? Es un labriego. Ya es mucho si sabe leer alguna palabra... Y, no obstante... lo que ha dicho habría podido salir de mis labios sin que mis palabras de Maestro parecieran necias. Ese hombre siente que hay que velar para que el espíritu no se vea corrompido por sus enemigos... Yo... por esos enemigos te retengo a mi lado, ¡y tú me odias por esto! Quiero defenderte de ellos y de ti mismo, y tú me odias. Te ofrezco el medio para salvarte -puedes hacerlo todavía- y tú me odias. Te lo digo una vez más: vete, Judas; vete lejos. No entres en Jerusalén. Estás enfermo. No es mentira el decir que estás tan enfermo, que no puedes participar en la Pascua. Harás la Pascua suplementaria. La Ley permite hacer la Pascua suplementaria cuando una enfermedad u otra grave razón impiden hacer la Pascua solemne. Le pediré a Lázaro -es un amigo prudente y no preguntará nada- que te lleve hoy mismo al otro lado del Jordán.

-No. Te he dicho muchas veces que me echaras. No has querido. Ahora soy yo el que no quiere.

-¿No quieres? ¿No quieres salvarte? ¿No tienes piedad de ti mismo? ¿No tienes piedad de tu madre?

-Deberías decirme: "¿No tienes piedad de mí?". Serías más sincero.

-Judas, infeliz amigo mío, no te ruego por mí. Por ti, por ti te ruego. "¡Mira! Estamos solos. Tú sabes quién soy Yo, Yo sé quién eres tú. Es el Último momento de gracia que aún se nos concede para impedir tu ruina... ¡Oh, no te rías tan satánicamente, amigo mío! No te burles de mí como si estuviera loco porque digo: "tu ruina" y no la mía. Lo mío no es ruina; lo tuyo, sí... Estamos solos, Yo y tú, y sobre nosotros está Dios... Dios que no te odia todavía, Dios que asiste a esta lucha suprema entre el Bien y el Mal que se disputan tu alma. Sobre nosotros está el Empíreo, observándonos, ese Empíreo que pronto se llenará de santos, que ya, en su lugar de espera, sienten la emoción porque presienten la alegría... Judas, entre ellos está tu padre...

-Era un pecador. No está.

-Era un pecador, pero no un réprobo. Por eso la alegría se acerca también a él. ¿Por qué quieres causarle un dolor en medio de su alegría?

-Está al margen del dolor. Está muerto.

-No. No está al margen del dolor de verte a ti culpable, a ti... ¡oh, no me arranques esa palabra!...

-¡Sí, hombre, sí, dila! ¡Yo hace meses que me la digo a mí mismo! Réprobo. Lo sé. Ya nada puede ser cambiado.

-¡Todo! Judas, Yo lloro. ¿Quieres, pues, hacer brotar tú las extremas lágrimas del Hombre?... Judas, te lo ruego. Piensa, amigo: el Cielo asiente a mi oración; tú, tú... ¿me dejarás orar en vano? Piensa que delante de ti, orando, tienes al Mesías de Israel, al Hijo del Padre... ¡Judas, escúchame!... ¡Detente mientras puedes!...

-¡No!

Jesús se tapa la cara con las manos y se deja caer en el linde del prado. Llora sin clamor, pero llora mucho. Sus hombros se estremecen con los profundos sollozos...

Judas lo mira, ahí, a sus pies, destrozado, llorando... y por el deseo de salvarlo... y siente un momento de piedad. Dice, dejando el tono duro, de verdadero demonio, que tenía antes:

-No puedo irme... He dado mi palabra...

Jesús alza su cara llena de aflicción. Le interrumpe:

-¿A quién? ¿A quién? ¡A unos pobres hombres! ¿Y de ellos, de aparecer sin honor ante ellos, te preocupas? ¿Y no me habías dado a mí tu propio ser hace tres años? ¿Y piensas en los comentarios de un puñado de malhechores y no en el juicio de Dios? ¡Oh, qué debo hacer, Padre, para resucitar en él la voluntad de no pecar?

Baja de nuevo su cabeza, abatido, deshecho... Parece ya el penante Jesús de la agonía del Getsemaní.

Judas siente piedad y dice:

-Me quedo. ¡No sufras de ese modo! Me quedo... ¡Ayúdame a quedarme! ¡Defiéndeme! H

-¡Siempre! ¡Siempre! Basta con que tú lo quieras. Ven. No hay culpa de la que no sienta conmiseración y no perdone. Di "quiero" y te habré redimido...

Jesús se ha levantado y tiene a Judas abrazado.

El llanto de Jesús-Dios cae entre los cabellos de Judas, pero la boca de Judas permanece cerrada. No dice la palabra requerida. No dice ni siquiera "perdón" cuando Jesús le susurra entre sus cabellos "¡Mira si te quiero! ¡Habría debido reprenderte! Te beso. Tendría derecho de decirte: "Pide perdón a tu Dios" y te pido sólo que tengas el deseo del perdón. ¡Estás

tan enfermo...! No se puede pedir mucho a uno que está muy enfermo. A todos los pecadores que han venido a mí les he pedido el absoluto arrepentimiento para poder perdonarlos. A ti, amigo mío, te pido sólo el deseo de arrepentirte; después…corre de mi cuenta.

Judas calla...

Jesús lo suelta. Dice:

-Quédate aquí al menos hasta el día siguiente del sábado.

-Me quedaré... Vamos a volver a casa. Notarán nuestra ausencia Quizás te esperan las mujeres. Son mejores que yo y no debes descuidarlas por mí.

-¿No recuerdas la parábola de la oveja perdida? Tú eres esa oveja... Ellas, las discípulas, son las ovejas buenas que están dentro del aprisco. No corren peligro, aunque busque tu alma durante todo el día para llevarla de nuevo al redil...

-¡Bien, de acuerdo! ¡De acuerdo! ¡Vuelvo al redil! Me voy a encerrar en la biblioteca de Lázaro, a leer. No quiero que me molesten, no quiero ver ni saber nada. Así... no sospecharás siempre de mí. Y si refieren al Sanedrín alguna cosa de lo que aquí sucede, tendrás que buscar las serpientes entre tus predilectos. ¡Adiós! Entro por la cancilla principal. No temas. No voy a escaparme. Puedes ir a comprobarlo cuando quieras - y, volviéndole la espalda, se va con largos pasos.

Jesús, altura blanca vestida de lino en la linde del prado verde - rojo, alza los brazos al cielo sereno y alza su afligidísimo rostro y alza su alma al Padre suyo gimiendo:

-¡Oh, Padre mío! ¿Podrás recriminarme el haber dejado de hacer algo que pudiera salvarlo? Tú sabes que es por su alma y no por mi vida por la que lucho por impedir su delito... ¡Padre! ¡Padre mío! ¡Te lo suplico!: acelera la hora de las tinieblas, la hora del Sacrificio, porque demasiado atroz me es vivir junto al amigo que no quiere ser redimido... ¡El mayor dolor! - y Jesús se sienta entre el tupido, alto, hermosísimo trébol, agacha la cabeza y la pone entre sus rodillas dobladas y apretadas entre sus brazos. Y llora...

¡Oh, no puedo ver ese llanto! Es ya demasiado semejante -en desolación, en soledad, en... persuasión de que el Cielo nada hará por consolarlo, y que Él *debe padecer ese dolor-,* demasiado semejante al del Getsemaní. Y me aflige demasiado...

Jesús llora largamente, en ese lugar solitario y silencioso. Testigos de su llanto, las abejas de oro, el trébol que emana fragancia y se mece lentamente con las ondas de un viento de tormenta, y las nubes, que al principio de la mañana eran como una leve red en el cielo azul y ahora se han adensado, oscurecido, sobrepuesto unas a otras, prometiendo nueva lluvia.

Jesús deja de llorar. Alza la cabeza para oír... Un ruido de ruedas y cascabeles viene del camino de primer orden; luego cesa el ruido de las ruedas, pero no el de los cascabeles.

Jesús dice:

-¡Vamos! Las discípulas. Ellas son fieles... ¡Padre mío, hágase como Tú quieres! Te ofrezco el sacrificio de este deseo mío de Salvador y de Amigo. ¡Está escrito! Él lo ha querido. Es verdad. Pero deja, Padre mío, que continúe mi obra por él hasta que todo termine. Ya desde ahora te digo: Padre, cuando ore por los pecadores, siendo ya víctima impotente para la acción directa, Padre, toma Tú mi sufrimiento y presiona con él en el alma de Judas. Sé que te pido algo que la Justicia no puede conceder. Pero de ti han venido la Misericordia y el Amor y Tú los amas a Éstos que de ti vienen y son una sola cosa contigo, Dios uno y trino, santo y bendito. Yo me voy a dar a mis amados como alimento y bebida. Padre, ¿es que habrán de ser mi Sangre y mi Carne condena para uno de ellos? ¡Padre, ayúdame! ¡Un germen de arrepentimiento es ese corazón!... ¿Padre, por qué te alejas? ¿Ya te alejas de tu Verbo que ora? Padre, es la hora. Lo sé. ¡Hágase tu bendita voluntad! Pero deja en tu Hijo, en tu Cristo -en quien, por insondable decreto tuyo, disminuye en esta hora la visión segura del futuro; y no te digo que esto sea crueldad, sino piedad tuya hacia mí-, deja en mí la esperanza de salvarlo aún. ¡Oh, Padre mío! Lo sé; lo he sabido desde que Yo soy; lo he sabido desde que, no sólo Verbo, sino Hombre, vine a la Tierra; lo he sabido desde que encontré al hombre en el Templo... Siempre lo he sabido... Pero ahora... ¡oh!, ahora me parece -¡gran piedad tuya, santísimo Padre!-, me parece como si fuera sólo un horrendo sueño, suscitado por su comportamiento, pero que no fuera lo ineluctable... y es como si pudiera seguir esperando, esperando siempre, porque infinito es mi sufrir e infinito será el Sacrificio; es como si pudiera hacer algo también por él... ¡Ah, estoy delirando! ¡Es el Hombre el que quiere esperar esto! ¡El Dios que está en el Hombre, el Dios hecho Hombre no se puede hacer ilusiones! Se alejan las ligeras nieblas que me ocultaban un momento el abismo, el abismo ya abierto para atrapar a aquel que prefirió las Tinieblas a la Luz... ¡Piedad el hecho de ocultármelo! Piedad el hecho de mostrármelo, ahora que me has reconfortado. Sí, Padre. ¡También esto! ¡Todo! Y seré Misericordia hasta el final, porque ésta es mi Esencia.

Sigue orando, en silencio, con los brazos abiertos en cruz. Su rostro deshecho se va serenando para tomar un aspecto de paz augusta (se hace casi luminoso: una luz de alegría interior, aunque en sus labios, cerrados, no haya sonrisa). Es la alegría de su espíritu, en comunión con el Padre, lo que rezuma por los velos de la carne y borra los signos que el dolor ha excavado y dibujado en ese enflaquecido y espiritualizado rostro que se ha ido mostrando en el Maestro en la medida en que Él se iba adentrando en el dolor y hacia el Sacrificio. No es ya un rostro de la Tierra el rostro de Cristo en estos últimos tiempos mortales suyos, y ningún artista será nunca capaz de darnos, aunque el Redentor al artista se mostrara, ese rostro de Hombre Dios cincelado en sobrenatural belleza por el amor y dolor perfectos y completos.

Jesús está de nuevo en la puerta de la cerca. Entra. La cierra con el cerrojo y se adentra hacía la casa. El criado de antes lo ve y acude presuroso a tomar la voluminosa llave que Jesús tiene en sus manos.

Continúa. Ve a Lázaro, que dice:

-Maestro, han venido las mujeres. Las he pasado a la sala blanca, porque en la biblioteca está Judas leyendo, con aspecto atribulado.

-Lo sé. Gracias por las mujeres. ¿Son muchas?

-Juana, Nique, Elisa y Valeria con Plautina y otra amiga o liberta, no lo sé, de nombre Marcela, y una anciana que dice que te conoce: Ana de Merón; y luego Analfa, y con ella otra, jovencita, de nombre Sara. Están con las discípulas tu Madre y mis hermanas.

-¿Y esas voces de niños?

-Ana ha traído a los hijos de su hijo; Juana a los suyos; Valeria a la suya. Los he llevado al patio interno...

## 583

## Víspera del sábado anterior a la entrada en Jerusalén. Despedida de las discípulas. El desdichado nieto de Nahúm.

El charloteo de las mujeres llena la bonita sala blanca, una de las destinadas para los banquetes, de blancas paredes y blanco techo, blancas cortinas gruesas, blancas tapicerías que cubren los asientos, blancas lastras de mica o de alabastro, usadas como cristales de ventanas y para las lámparas. Una quincena de mujeres hablando no es cosa de poco. Pero en cuanto Jesús aparece en el umbral de la puerta, corriendo la pesada cortina, se hace un silencio absoluto. Todas se levantan y se inclinan con el máximo respeto.

-Paz a todas vosotras - dice Jesús con una dulce sonrisa... Ningún rastro de la recién terminada borrasca de dolor se ve en su cara, que aparece serena, luminosa, pacífica, como si ninguna cosa penosa hubiera ocurrido o estuviera para ocurrir con pleno conocimiento suyo.

-Paz a ti, Maestro. Hemos venido. Me enviaste el recado de que viniera con todas las mujeres que estaban conmigo. Te he obedecido. Conmigo estaba Elisa. La tengo conmigo en estos días. Y conmigo estaba ésta, que dice que es seguidora tuya. Había venido buscándote porque no se ignora que yo soy tu feliz discípula. Y también está conmigo Valeria, en mi casa desde que estoy en mi palacio. Con Valeria estaba Plautina, que había ido a visitarla. Con ellas estaba ésta. Valeria te hablará de ella. Después vino Analía, a la que habían informado de tu deseo; y esta jovencita que creo que es pariente suya. Nos hemos organizado para venir. Y no nos hemos olvidado de Nique. ¡Es tan bonito sentirse hermanas en la misma fe en ti... y esperar que también las que ahora están al nivel de un amor natural por el Maestro asciendan más, como ha hecho Valeria! - dice Juana, mirando de soslayo a Plautina, que... se ha quedado en el amor natural...

-Los diamantes se forman con lentitud, Juana. Se necesitan siglos de fuego sepultado... Nunca hay que tener prisa... ni desanimarse nunca, Juana...

-¿Y cuando un diamante se vuelve... ceniza?

-Señal es de que aún no era diamante perfecto. Se necesita más paciencia y más fuego. Volver a empezar, esperando en el Señor. A menudo, lo que la primera vez parece un fracaso se transforma en triunfo la segunda.

-O la tercera o la cuarta, e incluso más. Yo he sido un fracaso muchas veces, ¡Pero, al final, has triunfado, Rabbuní! - dice María de Magdala, con su voz de órgano, desde el fondo de la sala.

-María se alegra cada vez que puede abatirse recordando el pasado... - suspira Marta, que querría que ese pasado quedara borrado del recuerdo de todos los corazones.

-¡Verdaderamente, hermana, es así! Me alegro de recordar el pasado. Pero no para abatirme, como dices, sino para subir más, impulsada por el recuerdo del mal cometido y por el agradecimiento hacia Aquel que me ha salvado. Y también para que quien siente vacilación respecto a sí mismo o respecto a algún ser querido pueda hallar nuevo aliento y llegar a esa fe que mi Maestro dice que sería capaz de mover las montañas.

-Y tú la posees. ¡Dichosa tú! Tú no conoces el miedo... – suspira Juana, que tan mansa y tímida es y que aún más lo parece si se la compara con la Magdalena.

-No lo conozco. Nunca ha estado en mi naturaleza humana. Y ahora, desde que soy de mi Salvador, ya no lo conozco ni siquiera en mi naturaleza espiritual. Todo ha servido para aumentar mi fe. ¿Puede, acaso, una mujer que ha resucitado como yo y que ha visto resucitar a su hermano dudar ya de algo? No. Nada me hará ya dudar.

-Mientras Dios está contigo, o sea, mientras está contigo el Rabí... Pero Él dice que pronto nos dejará. ¿Qué será entonces nuestra fe? Quiero decir vuestra fe, porque yo todavía no estoy imbuida más allá de los límites humanos... - dice Plautina.

-Su presencia material o su material ausencia no lesionarán mi fe. No temeré. Esto no es soberbia, es conocimiento de mí misma Aunque las amenazas del Sanedrín se hicieran realidad... No, yo no temeré...

-¿Pero qué es lo que no temerás? ¿Que el Justo sea justo? Este temor tampoco yo lo tendré. Lo creemos de muchos sabios cuya sabiduría saboreamos; yo diría: de muchos sabios de los que nos nutrimos, con la vida de su pensamiento, siglos después de haber desaparecido ellos. Pero si tú... - insiste Plautina.

-No temeré ni siquiera por su muerte. La Vida no puede morir. Ha resucitado Lázaro, que era... un pobre ser humano...

-No por sí ha resucitado, sino porque el Maestro ha llamado su espíritu del mundo de ultratumba. Obra que sólo el Maestro puede hacer. ¿Pero quién llamará al espíritu del Maestro, si lo matan a Él?

-¿Que quién? Pues Él. O sea, Dios. Dios se ha hecho a sí mismo, Dios por sí mismo puede resucitarse.

-Dios... sí... en vuestra fe, Dios se ha hecho a sí mismo. Ya de por sí admitir esto es arduo para nosotros, que pensamos que los dioses vienen los unos de los otros por amores divinos.

-Por torpes, irreales amores, debes decir - la interrumpe impetuosa María de Magdala.

-Como quieras... - dice Plautina en tono conciliador. Y está para terminar la frase pero María de Magdala se anticipa otra vez y dice:

-Pero el Hombre -esto es lo que quieres decir- no puede resucitarse por sí mismo. Pero Él, de la misma forma que por sí mismo se ha hecho Hombre, porque nada le es imposible al Santo de los santos, pues por sí mismo se dará la orden de

resucitar. Tú no puedes comprender. No conoces las figuras de nuestra historia de Israel. Él y sus prodigios están en esas figuras. Y todo se cumplirá como está escrito. Yo creo con antelación, Señor. Todo lo creo. Que Tú eres el Hijo de Dios y el Hijo de la Virgen, que eres el Cordero de salvación, que eres el Mesías santísimo, que eres el Libertador y Rey universal, que tu Reino no tendrá fin ni confín, y, en fin, que la muerte no prevalecerá contra ti, porque la vida y la muerte han sido creadas por Dios y le están sujetas como todas las cosas. Yo creo. Y, si el dolor de verte desconocido y vejado será grande, mayor será mi fe en tu Ser eterno. Yo creo. Creo en todo lo que de ti está escrito, en todo lo que Tú dices. Supe creer también respecto a Lázaro, la única que supo obedecer y creer, la única que supo reaccionar contra aquellos hombres y contra aquellas cosas que querían persuadirme de que no creyera. Sólo en e1 extremo, cercana al final de la prueba, sentí desconcierto... Pero la prueba duraba ya mucho... y ya no pensaba que ni siquiera Tú, Maestro bendito, pudieras acercarte al golal tantos días después de la muerte... Ahora... ya no dudaría ni aunque, en vez de días, hubiera de abrirse un sepulcro para restituir su presa después de meses de tenerla en su vientre. ¡Oh, mi Señor! ¡Sé quién eres! ¡El fango ha conocido a la Estrella!

María se ha acurrucado a sus pies, en el suelo de mármol, ya sin vehemencia: mansa, adoradora con la expresión de su rostro, que tiene alzado hacia Jesús.

-¿Quién soy?

-El que es. Esto eres. Lo otro, la exterioridad humana, es el revestimiento, el necesario revestimiento que vela tu esplendor y santidad, para que tu santidad pudiera venir a nosotros y salvarnos. Pero Tú eres Dios, mi Dios.

Y se echa al suelo, a besar los pies de Cristo, y parece como si no pudiera despegar los labios de los dedos que sobresalen por debajo de la larga túnica de lino.

-Álzate, María. Mantén siempre con firmeza esta fe tuya. Y álzala como una estrella en las horas de borrasca, para que los corazones claven en ella su mirada y sepan esperar; al menos eso...

Luego se vuelve a todas y dice:

-Os he llamado porque en los próximos días poco podremos vernos, y con poca paz. El mundo estará alrededor de nosotros, y los secretos de los corazones tienen un pudor más grande que el de los cuerpos. No soy el Maestro, hoy; soy el Amigo. No todas vosotras tenéis esperanzas y temores que manifestarme, pero todas queríais haberme visto con paz todavía una vez más. Y os he llamado, a vosotras, flor de Israel y del nuevo Reino, a vosotras, flor de los gentiles que dejan el lugar de las sombras para entrar en la Vida. Tened esto en el corazón para los próximos días: que el honor que prestáis al perseguido Rey de Israel, al Inocente acusado, al Maestro no escuchado, dulcifica mi dolor.

Os pido que estéis muy unidas, vosotras las de Israel, vosotras que habéis venido a Israel, vosotras que venís hacía Israel; que las unas ayuden a las otras, que las de espíritu más fuerte ayuden a las más débiles, que las más sabias ayuden a las que saben poco o nada y sólo tienen el deseo de nuevos conocimientos, para que su deseo humano, con el cuidado de las hermanas más adelantadas, se transforme en deseo sobrenatural de Verdad.

Sed compasivas las unas para con las otras. Las que han sido formadas en la justicia por siglos de ley divina sean compasivas con aquellas a las que la gentilidad hace... distintas. No se cambia de un día para otro el hábito moral, si no es en casos excepcionales en que interviene un poder divino para producir un cambio ayudando a una voluntad muy buena. Que no os asombre el ver, en las que vienen de otras religiones, que se estancan en su progreso, y, algunas veces que regresan a los viejos caminos. Tened presente el comportamiento del propio Israel respecto a mí, y no pretendáis de las gentiles la docilidad y la virtud que Israel no ha sabido, no ha querido dispensar a su Maestro.

Sentíos hermanas las unas de las otras. Hermanas a las que el destino en este último período de mi vida mortal ha congregado en torno a mí... ¡No lloréis!... Y os ha congregado tomándoos de distintos lugares, por tanto, hermanas con idiomas y costumbres distintos, que hacen un poco difícil el comprenderse humanamente. Pero, en verdad, el amor tiene un único lenguaje, que es éste: hacer lo que el amado enseña, y hacerlo para darle honor y alegría. En esto podéis comprenderos todas. Y que las que más comprenden ayuden a las otras a comprender.

Luego... en el futuro, en un futuro más o menos lejano, en circunstancias diversas, os separaréis de nuevo y os diseminaréis por las regiones de la Tierra: algunas volviendo a las comarcas en que nacieron, otras yendo a un exilio que no pesará (porque las que lo sufran habrán llegado ya a una perfección de verdad que les hará comprender que no es el ser conducidos acá o allá lo que constituye el exilio de la verdadera Patria, porque la verdadera Patria es el Cielo) Porque el que está en la verdad está en Dios y tiene a Dios en sí; por tanto, está ya en el Reino de Dios. Y el Reino de Dios no conoce fronteras y no sale de ese Reino el que de Jerusalén, por ejemplo, sea llevado a Iberia o a Panonia o a Galia o a Iliria. Siempre estaréis en el Reino si permanecéis siempre en Jesús, o si venís a Jesús.

Yo he venido a congregar a todas las ovejas: las del rebaño paterno; las de otros; también las que carecen de pastor y son agrestes (más que agrestes: salvajes), y están hundidas en tinieblas tan oscuras que no les permiten ver ni una iota, no sólo de ley divina, sino tampoco de ley moral. Personas desconocidas que esperan pasar a ser conocidas en la hora que Dios destina para ello y que luego entrarán a formar parte del rebaño de Cristo. ¿Cuándo? ¡Oh, años o siglos, respecto al Eterno, son iguales! Pero vosotras seréis las anticipadoras de las que irán, con los Pastores futuros, a recoger en el amor cristiano, ovejas y corderos salvajes para conducirlos a los pastos divinos. Que vuestro primer campo de prueba sean estos lugares.

La pequeña golondrina que alza las alas para el vuelo no se lanza inmediatamente a la gran aventura. Intenta el primer vuelo desde el alero del tejado hasta la vid que da sombra a la terraza. Luego vuelve al nido, y de nuevo se lanza, esta vez a la terraza de al lado, y vuelve. Y luego más lejos... hasta que siente que se hace fuerte el nervio del ala y segura su orientación; entonces juega con los vientos y los espacios, y va y viene trisando, persiguiendo a los insectos, pasando al ras de las aguas, remontándose hacia el sol, hasta que, en el momento exacto, abre segura las alas para el largo vuelo por las zonas más calientes y ricas de nuevo alimento, y no teme cruzar los mares, ella que es tan pequeña, un punto de acero bruñido perdido entre las dos inmensidades azules del mar y del cielo, un punto que va, sin miedo, mientras que antes temía el leve vuelo desde el alero hasta el sarmiento frondoso; un cuerpo musculoso, perfecto, que hiende el aire como una flecha y no se sabe si es el aire el que

transporta con amor a este pequeño rey del aire, o es él, el pequeño rey del aire, el que con amor surca sus dominios. ¿Quién piensa, al ver su vuelo seguro, que aprovecha vientos y densidades de la atmósfera para ir más veloz; quién piensa en su primer, desmañado, vuelo, hecho de aletazos descompuestos, lleno de miedo?

Para vosotras será lo mismo. Y que así sea. Para vosotras y para todas las almas que os imiten. Uno no adquiere una habilidad al improviso. Ni desánimos por las primeras derrotas ni soberbia por las primeras victorias: las primeras derrotas sirven para hacer mejor las cosas otra vez, las primeras victorias sirven como acicate para hacer las cosas aún mejor en el futuro y para convencerse de que Dios a una buena voluntad la ayuda.

Estad siempre sujetas a los Pastores en lo que es la obediencia a sus consejos y disposiciones; sed para ellos siempre hermanas en lo que es la ayuda en la misión y el apoyo en sus fatigas. Decid esto también a las que hoy no están aquí. Decídselo a las que vendrán en el futuro.

Y ahora y siempre sed como hijas para mi Madre. Ella os guiará en todo. Puede guiar a las jóvenes, a las viudas, a las casadas, a la madres, pues Ella ha conocido todas las consecuencias de todos los estados por experiencia propia, además de por sabiduría sobrenatural. Amaos y amadme en María. No erraréis nunca, porque Ella es el Árbol de la Vida, el Arca viva de Dios, la Forma de Dios, en quien la Sabiduría se hizo una Sede y la Gracia se hizo Carne. *(Forma de Dios porque el Creador, que la había predestinado a ser la Madre de Dios, de la misma manera que le había dado un alma preservada, por singular privilegio, de la Culpa original, también le había dado un cuerpo cabalmente perfecto, para que María fuera realmente hecha a imagen y semejanza espiritual de Dios y corporal del Hijo de Dios hecho Hombre, el más hermoso de entre los hijos de los hombres. "Forma para Dios" porque el Verbo se modeló en su seno tomando de su Madre (la única que le aportó un cuerpo y, por tanto, la única que le transmitió la semejanza con el generador -en este caso: con la generadora-) la forma humana. Ella fue, pues, "forma" para la segunda Persona, que se encarnaba para hacerse Hombre)*

Y ahora que he hablado en general, ahora que os he visto, deseo escuchar a mis discípulas y a las que son la esperanza de las futuras discípulas. Podéis marcharos. Yo me quedo aquí. Aquellas de vosotras que tengan que hablar conmigo que vengan. Porque no volveremos a tener un momento de íntima paz como éste.

Las mujeres hablan entre sí. Elisa sale con María y María Cleofás. María de Lázaro escucha a Plautina, que quiere convencerla de que haga algo; pero parece que María no quiere, porque hace claro gestos de negativa con la cabeza y luego se marcha dejando plantada a su interlocutora, y, pasando, toma consigo a su hermana y a Susana, y dice:

-Nosotras tendremos tiempo de hablar con Él. Dejemos con Jesús a éstas, que tienen que marcharse.

-Ven, Sara. Nosotras venimos al final - dice Analía.

Salen lentamente todas, menos María Salomé, que está indecisa en la puerta.

-Ven aquí, María. Cierra y ven aquí. ¿Qué temes? - le dice Jesús.

-Es que yo... yo estoy siempre contigo. ¿Has oído a María de Lázaro?

-La he oído. Ven aquí. Tú eres madre de mis primeros apóstoles. ¿Qué quieres decirme?

La mujer se acerca con la lentitud de quien tiene que pedir una cosa grande y no sabe si puede hacerlo.

Jesús la anima con una sonrisa y con las palabras:

-¿Qué? ¿Quieres pedirme un tercer sitio, para Zebedeo? No. Él es sabio. ¡Sin duda no te ha encargado decir eso! Habla...

-¡Ah, Señor! Precisamente de ese puesto quería hablarte. Tú... hablas de una forma... como si estuvieras para dejarnos. Y yo quisiera que antes me dijeras que me has perdonado del todo. No tengo paz, pensando que te he causado desagrado.

-¿Todavía piensas en eso? ¿No te parece que te quiero como antes e incluso más que antes?

-¡Eso sí, Señor! Pero pronuncia para mí la palabra del perdón, para que yo pueda referir a mi esposo cuán bueno has sido conmigo.

-¡No es necesario que refieras una culpa perdonada, mujer!

-¡Sí la voy a referir! Porque, mira, Zebedeo, viendo cómo quieres a sus hijos podría caer en mi mismo pecado y... si Tú nos dejas, ¿quién nos va a absolver? Yo quisiera que todos nosotros entráramos en tu Reino. También mi marido. Y no creo que me sitúe fuera de la justicia queriendo esto. Yo soy una pobre mujer y no sé de libros. Pero cuando tu Madre nos lee o nos dice partes de la Escritura a nosotras, a menudo habla de las mujeres destacadas de Israel y de los puntos que hablan de nosotras. Y en los Proverbios, *(Proverbios 31, 10-11.26.28)* que me gustan mucho, está escrito que en la mujer fuerte confía el corazón de su esposo. Yo creo que es justo que la mujer inspire esta confianza a su marido, incluso en lo relativo al comercio de las cosas celestes: si compro para él un puesto seguro en el Cielo, impidiéndole pecar, creo que estoy haciendo una cosa buena.

-Sí, Salomé. Verdaderamente ahora has abierto tu boca a la sabiduría y tienes en tu lengua ley de bondad. Ve en paz. Tienes más que mi perdón. Tus hijos, según el libro que tanto te gusta, te proclamarán dichosa, y tu marido te alabará en la Patria de los justos. Ve tranquila. Ve en paz. Sé feliz.

La bendice y se despide de ella. Salomé se marcha llena de alegría.

Entra la anciana de la casa del Merón, Ana, trayendo de la mano a dos niños, y, detrás, a una niñita tímida y paliducha que camina cabizbaja y que ya, en el acto de guiar a un niñito que casi no sabe caminar bien, se muestra como una pequeña mamá.

-¡Ah, Ana! ¿Entonces también tú quieres hablar conmigo? ¿Y tu marido?

-Enfermo, Señor. Enfermo. Muy enfermo. Quizás no lo vea vivo cuando vuelva... - Ruedan lágrimas por entre las arrugas del rostro senil.

-¿Y tú estás aquí?

-Estoy aquí. El dijo: "Yo no puedo. Ve tú para la Pascua y cuida de que nuestros hijos..." - El llanto aumenta; impide las palabras.

-¿Por qué lloras así, mujer? Tu marido ha hablado con sensatez "Cuida de que nuestros hijos, por su eterna paz, no estén contra el Cristo". Judas es un hombre justo. Más que de su vida y del consuelo que su vida tendría con tus cuidados, se preocupa del bien de sus hijos. Los velos, en las horas que preceden a la muerte de los justos, se alzan y los ojos del espíritu ven la Verdad. Pero tus hijos no te escuchan, mujer. ¿Y qué puedo hacer Yo, si ellos me rechazan?

-¡No los odies, Señor!

-¿Por qué debería hacerlo? Oraré por ellos. Y a éstos, que son inocentes, voy a imponerles las manos para mantener alejado de ellos el odio que mata. Acercaos. ¿Tú quién eres?

-Judas, como el padre de mí padre - dice el niñito más grande; el más pequeño, el que va de la mano de su hermana, da saltos y grita:

-¡Yo, yo, Judas!

-Sí. Han honrado a su padre en el nombre dado a sus hijos. Pero no en otras cosas... - dice la anciana.

-Las virtudes de él revivirán en éstos. Ven tú también, niña. Sé buena y sabia, como la que te ha traído.

-¡María es buena! Para no estar sola la llevaré conmigo a Galilea.

Jesús bendice a los niños. Y deja un rato la mano sobre la cabeza de la niñita buena. Luego dice:

-¿Para ti no pides nada, Ana?

-Encontrar vivo a mi Judas y tener la fuerza de mentir diciendo que sus hijos...

-No. Mentir, no. Nunca. Ni siquiera para que muera en paz un moribundo. Dirás esto a Judas: "Ha dicho el Maestro que te bendice y que contigo bendice a tu sangre". Es sangre suya también esta infancia inocente, y Yo la he bendecido.

-Pero si pregunta que si nuestros hijos...

-Dirás: "El Maestro ha orado por ellos". Judas descansará en la certeza de que mi oración es poderosa, y se dirá la verdad sin desalentar al que muere. Porque oraré también por tus hijos. Ve tú también en paz, Ana. ¿Cuándo vas a dejar la ciudad?

-El día después del sábado. Para no tener que detenerme por causa del sábado.

-Bien. Me alegro de que estés aquí después del sábado. Permanece muy unida a Elisa y Nique. Ve. Y sé fuerte y fiel.

Ya está casi en la puerta la mujer cuando Jesús la llama de nuevo:

-Escucha. Tus nietos están mucho contigo, ¿no es verdad?

-Mientras estoy en la ciudad, siempre.

-En estos días... déjalos en la casa, si sales para seguirme.

-¿Por qué, Señor? ¿Temes persecución?

-Sí. Y conviene que la inocencia no vea ni oiga...

-¿Pero... qué crees que va a suceder?

-Adiós, Ana. Adiós.

-Señor... si te hicieran lo que se dice, está claro que mis hijos... y entonces la casa será peor que la calle...

-No llores. Dios proveerá. La paz a ti.

La anciana se marcha llorando.

Durante un rato no entra nadie; luego, juntas, entran Juana y Valeria. Están acongojadas, especialmente Juana; la otra está pálida Y suspira, pero se la ve con más fortaleza.

-Maestro, Ana nos ha asustado. Le has dicho... ¡Ah, pero no es verdad! Cusa será indeciso, será... calculador, ¡pero no es un embustero! Y Cusa me asegura que Herodes no tiene ningunas ganas de causarte daño... Respecto a Poncio, no sé... - y mira a Valeria, que guarda silencio. Sigue diciendo:

-Esperaba comprender algo por Plautina, pero no ha sido mucho lo que he comprendido...

-Debes decir: nada; aparte del hecho de que Plautina no ha avanzado ni un paso del límite en que se encontraba. A mí tampoco me ha dicho nada. Pero, si no he comprendido mal, la indiferencia romana, que siempre es tan fuerte cuando un hecho no puede tener repercusiones en la Patria o en el propio yo, ha ofuscado mucho a las que en otros momentos parecían tan dispuestas a reaccionar. Más aún que el haberme acercado a la sinagoga, nos separa, como una quebraja separa dos masas de tierra que precedentemente estaban unidas, esta indiferencia, este ocio de su espíritu, de ese espíritu suyo tan... distinto ya del mío. Pero ellas son felices. A su manera son felices... Y la felicidad humana no ayuda a tener despierta la mente.

-Ni a despertar el espíritu, Valeria - dice Jesús.

-Así, Maestro. Yo... es otra cosa... ¿Has visto a esa mujer que estaba con nosotras? Es una de mi familia. Viuda y sola. Mis parientes me la envían para convencerme de que vuelva a Italia. ¡Oh, muchas promesas de dicha futura! Es una dicha que yo ya no aprecio, y que, por tanto, ya no me parece dicha y la pisoteo. No voy a ir a Italia.

-Aquí te tengo a ti, y tengo a mi hija a la que Tú me salvaste y a quien me enseñaste a amar por su alma. No dejaré estos lugares... A Marcela... la he traído conmigo para que te viera y comprendiera que no me quedo aquí por un deshonroso amor hacia un hebreo - para nosotros es deshonroso-, sino porque en ti he encontrado el consuelo en este dolor mío de esposa repudiada. Marcela no es mala. Ha sufrido. Ella comprende. Pero todavía es incapaz de comprender mi nueva religión. Y un poco me regaña, porque lo mío le parece una quimera... No importa. Si quiere, vendrá a donde yo estoy ahora; si no, me quedaré aquí con Tusnilda. Soy libre. Soy rica. Puedo hacer lo que quiera. Y, no haciendo ningún mal, haré lo que quiero hacer.

-¿Y cuando ya no esté el Maestro? – dice Juana.

-Estarán sus discípulos. Plautina, Lidia, la misma Claudia, que después de mí, es la que más te sigue en la doctrina y la que más te honra, no han comprendido todavía que yo ya no soy la mujer que ellas conocían y que creen conocer todavía. Pero yo ahora ya estoy segura de conocerme. Tanto, que digo que si bien es cierto que perdiendo al Maestro perderé mucho, no perderé todo, porque quedará la fe. Y yo permaneceré donde mi fe nació. No quiero llevar a Fausta a un lugar donde nada hable de ti. Aquí... todo habla de ti, y, claro está, Tú no nos vas a dejar sin guía a quienes hemos querido seguirte. ¿Pero, por qué tengo

que ser yo, la pagana, la que tenga estos pensamientos, mientras muchas de vosotras, tú misma, estáis como desconcertadas pensando en el día en que el Maestro no esté ya entre nosotros?

-Porque se han acostumbrado a siglos de estatismo, Valeria. Su pensamiento es que el Altísimo está allí, en su Casa, sobre el altar invisible que sólo el Sumo Sacerdote ve en ocasiones solemnes. Esto las ha ayudado a venir a mí. Podían, por fin, acercarse también ellas al Señor. Pero ahora temen quedarse sin el Altísimo en su gloria y sin el Verbo del Padre entre ellas. Debemos ser comprensivos... Y levantar el espíritu, Juana. Yo estaré en vosotros. Recuerda esto. Me marcharé. Pero no os dejaré huérfanos. Os dejaré una casa mía: mi Iglesia. Mi palabra: la Buena Nueva. Mi amor habitará en vuestros corazones. Y, en fin, os dejaré un don mayor, que os nutrirá de mí mismo y hará -no sólo espiritualmente- que Yo esté entre vosotros y en vosotros. Lo haré para daros consuelo y fuerza.

-Pero ahora... Ana está muy afligida por los niños...

-Nos ha hablado con angustia de ellos...

-Sí. Le he dicho que los tenga lejos de la gente. Te digo lo mismo a ti, Juana, y a ti, Valeria.

-Mandaré a Fausta con Tusnilda a Béter antes del tiempo establecido. Debían ir allí después de la Fiesta.

-Yo no. No me separo de los niños. Los tendré en casa. Pero le diré a Ana que deje ir allá a los suyos. Los hijos de esa mujer son aviesos, pero se sentirán honrados con mi invitación y no se opondrán a su madre. Y yo...

-Yo quisiera...

-¿Qué, Maestro?

-Que estuvierais todas muy unidas en estos días. Tendré conmigo a la hermana de mi Madre, a Salomé y a Susana y a las hermanas de Lázaro. Pero, respecto a vosotras, quisiera que estuvierais unidas, muy unidas.

-¿Pero no podremos ir a donde estés Tú?

-Yo, en estos días, seré como un relámpago que resplandece rápido y desaparece. Subiré al Templo por la mañana y luego dejaré la ciudad. Aparte de en el Templo, por las mañanas, no podríais encontrarme.

-El año pasado estuviste en mi casa...

-Este año no estaré en ninguna casa. Seré un relámpago que surca el cielo...

-Pero la Pascua...

-Deseo celebrarla con mis apóstoles, Juana. Si así lo quiere tu Maestro, claro está que es por una justa razón.

-Es verdad... Así que estaré sola... Porque mis hermanos me han dicho que quieren estar libres en estos días, y Cusa...

-Maestro, yo me marcho. Llueve fuerte. Oigo a los niños recogidos bajo el pórtico. Voy con ellos - dice Valeria, y prudentemente, se retira.

-También en tu corazón llueve fuerte, Juana.

-Es verdad, Maestro. Cusa está tan... extraño. Yo ya no lo entiendo. Es una continua contradicción. Quizás es que tiene amigos que influyen en su pensamiento... o que ha recibido alguna amenaza... o que teme por su futuro.

-No es el único. Es más, puedo decir que son pocos, personas verdaderamente solitarias y desperdigadas, los que, como Yo, no le temen al futuro; y serán cada vez menos. Sé muy dulce y paciente con él. Es sólo un hombre...

-Pero ha recibido tanto de Dios, de ti, que debería...

-¡Que debería! Sí. ¿Pero quién no ha recibido de mí en Israel? He hecho el bien a amigos y a enemigos, he perdonado, curado, consolado, instruido... Ya ves -y cada vez lo verás más- cómo sólo Dios es inmutable, cómo son distintas las reacciones de los hombres, y cómo, no pocas veces, el que más ha recibido es el que más se inclina a agredir a su benefactor. Realmente se podrá decir que “el que ha comido conmigo mi pan ha alzado contra mí su pie” *(Salmo 41, 10).*

-Yo no lo haré, Maestro.

-Tú no. Pero muchos sí.

-¿Mi esposo está entre ellos? Si así fuera, no volvería esta noche a casa.

-No, no está entre ellos esta noche. Pero, aunque estuviera, tu sitio está allí. Porque si él peca tú no debes pecar, si vacila debes sujetarlo, si te veja debes perdonar.

-¡Vejar, no! Me quiere. Pero quisiera verlo más firme. Cusa tiene mucha influencia sobre Herodes. Quisiera que arrancase al Tetrarca una promesa en favor de ti, como Claudia intenta con Pilato. Pero lo único que Cusa ha sabido transmitirme han sido frases vagas de Herodes... y asegurarme que Herodes lo único que desea es verte cumplir algún prodigio, y entonces no te perseguirá... Así, espera acallar sus remordimientos por Juan. Cusa dice: "Mi rey dice siempre: Aunque me lo mandara el Cielo, no alzaría mi mano. ¡Tengo demasiado miedo!"

-Dice la verdad. No alzará su mano contra mí. Muchos en Israel no lo harán, porque muchos tienen miedo a condenarme materialmente. Pero pedirán que otros lo hagan. Como si a los ojos de Dios hubiera diferencia entre el que asesta el golpe, instado por el deseo del pueblo, y el que lo hace asestar.

-¡Pero el pueblo te ama! Un gran recibimiento se está preparando para ti. Y Pilato no quiere tumultos. Ha reforzado las guarniciones en estos días. Tengo mucha esperanza de que... No sé lo que espero, Señor. Espero y desespero. Mis pensamientos son inestables, como estos días en que el sol y la lluvia se alternan...

-Ora, Juana, y estáte en paz. Piensa siempre que nunca has causado dolor al Maestro, y que esto Él lo recuerda. Ve.

Juana, que ha palidecido y adelgazado en estos pocos días, sale pensativa.

Se asoma el rostro donoso de Analía.

-Pasa. ¿Dónde está tu compañera?

-Está allá, Señor. Quiere regresar. Están para salir. Marta ha comprendido mi deseo y me dice que me quede hasta la puesta de sol de mañana. Sara vuelve a casa, a decir que me quedo. Ella quisiera tu bendición porque... Luego te lo diré.

-Que venga. La bendigo.

La joven sale para volver con su compañera, que se postra delante del Señor.

-La paz esté contigo y la gracia del Señor te conduzca por los senderos a que te ha guiado esta que te ha precedido. Sé amorosa con la madre de ella, y bendice al Cielo, que te ha evitado vínculos y dolores para tenerte entera para sí. Un día, más que ahora, bendecirás e1 haber sido estéril por tu propia voluntad. Ve.

La joven se marcha emocionada.

-Le has dicho todo lo que ella esperaba. Estas palabras eran su sueño. Sara decía siempre: "Me gusta tu sino, aunque sea tan nuevo en Israel; y yo también lo quiero. No teniendo ya padre y siendo mi madre dulce como una paloma, no tengo miedo a no poder seguirlo. Pero para poder estar segura de poder cumplirlo, y de que sea santo para mí como lo es para ti, quisiera oírlo de sus labios". Ahora se lo has dicho. Y yo también siento paz, porque alguna vez temía haber exaltado un corazón...

-¿Desde cuándo está contigo?

-Desde... Cuando llegó la orden del Sanedrín me dije: "La hora del Señor ha llegado y debo prepararme a morir". Porque te lo pedí, Señor... Hoy te lo recuerdo... Si Tú vas al Sacrificio, yo víctima contigo.

-¿Quieres todavía firmemente lo mismo?

-Sí, Maestro. No podría vivir en un mundo donde Tú no estuvieras... y no podría sobrevivir a tu tortura. ¡Tengo mucho miedo por ti! Muchos de entre nosotros se crean falsas ilusiones... ¡Yo no! Siento que ha llegado la hora. Demasiado es el odio... Y espero que recibas mi ofrecimiento. Lo único que puedo darte es mi vida; porque soy pobre, Tú lo sabes. Mi vida y mi pureza. Por eso he convencido a mi madre de que llame a su hermana para que vaya con ella, para que no se quede sola... Sara será una hija para ella en mi lugar, y la madre de Sara será consuelo para mi madre. ¡No desencantes mi corazón, Señor! Para mí el mundo no tiene ningún atractivo. Me resulta como una cárcel donde muchas cosas me repugnan mucho. Quizás es porque el que ha estado a las puertas de la muerte ha comprendido que lo que para muchos representa la alegría no es sino un vacío que no sacia. Lo cierto es que sólo deseo el sacrificio... y precederte... para no ver el odio del mundo arrojado como arma de tortura contra mi Señor, y para parecerme a ti en el dolor...

-Depositaremos entonces la azucena cortada sobre el altar en que se inmola el Cordero. Y se pondrá roja por la Sangre redentora. Y sólo los ángeles sabrán que el Amor fue el sacrificador de una cordera toda blanca, y anotarán el nombre de la primera víctima de Amor, de la primera continuadora del Cristo.

-¿Cuándo, Señor?

-Ten preparada la lámpara y estáte en vestido de boda. El Esposo está a las puertas. Verás su triunfo y no su muerte, pero triunfarás con Él entrando en su Reino.

-¡Soy la mujer más feliz de Israel! ¡Soy una reina ceñida con tu corona! ¿Puedo, como tal, pedirte una gracia?

-¿Cuál?

-He amado a un hombre, Tú lo sabes. Luego dejé de amarlo como prometido porque un amor mayor entró en mí; y él dejó de quererme porque... Bueno, no quiero recordar su pasado. Te pido que redimas a ese corazón. ¿Puedo? ¿No es pecar el querer recordar, estando a las puertas de la Vida, a aquel a quien amé, para darle 1a Vida eterna? ¿No?

-No es pecar. Es llevar el amor al extremo santo del sacrificio por el bien del amado.

-Bendíceme, entonces, Maestro. Absuélveme de todos mis pecados. Prepárame a la boda y a tu venida. Porque eres Tú el que viene mi Dios, a tomar a tu pobre sierva y hacerla esposa tuya.

La jovencita, radiante de alegría y de salud, se agacha para besar los pies del Maestro, mientras Él 1a bendice y ora por ella. Y verdaderamente la sala, blanca como si fuera toda ella de azucenas, es digno ambiente para este rito, y bien entona con sus dos protagonistas, jóvenes, hermosos, vestidos de blanco, resplandecientes de amor angélico y divino.

Jesús deja allí a la jovencita, absorta en su dicha, y sale sosegadamente para ir a bendecir a los niños, los cuales con gritos de alegría corren raudos hacia el carro y suben a él contentos, junto con las mujeres que se marchan. Se quedan Elisa y Nique para acompañar al día siguiente a Analía a la ciudad. Ha escampado. Ahora el cielo, rotas las nubes, muestra su azul. El sol hace descender sus rayos para encender de luz las gotas de la lluvia. Un iris hermosísimo proyecta su arco desde Betania hasta Jerusalén. El carro se marcha chirriando, sale por la cancilla, desaparece.

Lázaro, que está cerca de Jesús, en el extremo del pórtico, pregunta:

-¿Te han dado alegría las discípulas? - y observa al Maestro.

-No, Lázaro. Me han dado todas, menos una, sus dolores; y también desilusiones, si es que pudiera forjarme vanas esperanzas.

-¿Las romanas -quieres decir- te han causado esas desilusiones? ¿Te han hablado de Pilato?

-No.

-Entonces debo hacerlo yo. Esperaba que te hablaran ellas. Había esperado por esto. Entremos en esta habitación solitaria. Las mujeres se han marchado a sus labores con Marta. María está con tu Madre, en la otra casa. Tu Madre ha estado mucho con Judas, y ahora se lo ha llevado consigo... Siéntate, Maestro... He estado en casa del Procónsul... Lo había prometido y lo he hecho. ¡Pero Simón de Jonás no estaría muy satisfecho de mi misión!... Menos mal que ya no piensa en ello Simón. El Procónsul me escuchó y me respondió estas palabras: "¿Yo? ¿Ocuparme yo de Él? ¡No tengo ni la sombra de la más lejana intención de hacerlo! Sólo digo que estoy bien decidido, no por el Hombre –Tú Maestro-, sino por todos los problemas que me vienen de rechazo por causa suya, a no ocuparme más de Él, ni para bien ni para mal. Lo que hago es que me lavo las manos. Reforzaré la guardia porque no quiero desórdenes. Así quedaremos contentos César, mi mujer y yo, es decir, los únicos de los que tengo un sagrado cuidado. Y por las otras cosas no muevo un dedo. Esto son líos que se traen esos eternos descontentos. Ellos se los crean, ellos se los gozan. Yo al Hombre, como malhechor lo ignoro, como virtuoso lo ignoro, como sabio lo ignoro. Y quiero ignorarlo. Seguir ignorando. Por desgracia, aun queriendo, a duras penas lo consigo. Porque los jefes de Israel me hablan de Él con sus jeremiadas ñoñas; Claudia, con sus elogios; los seguidores del Galileo, con sus quejas contra el Sanedrín. Si no fuera por Claudia, haría que lo apresaran y se lo entregaría, para que definieran este asunto y yo ya no volviera a oír hablar de ello. El

Hombre es el súbdito más pacífico de todo el Imperio. Pero, a pesar de todo, me ha dado tantos problemas, que quisiera una solución...". Con este humor, Maestro...

-Quieres decir que no hay motivos para sentirse seguro. Con los hombres uno no está nunca seguro...

-De todas formas, lo que saco en conclusión es que el Sanedrín está más calmado. No han recordado el decreto de proscripción, no han molestado a los discípulos. Dentro de poco volverán los que han ido a la ciudad. Veremos lo que dicen... Opuestos a ti, siempre. ¿Pero actuar?... Las muchedumbres te estiman demasiado como para poder desafiarlas imprudentemente.

-¿Vamos hacia el camino, al encuentro de los que vuelven? - propone Jesús.

-Vamos.

Salen al jardín, y están ya a mitad de distancia de la cancilla cuando Lázaro pregunta:

-¿Pero cuándo has comido? ¿Y dónde?

-En la hora primera.

-¡Pero si ya casi se está poniendo el sol! Pues volvemos.

-No. No siento necesidad. Prefiero seguir. Allí veo a un pobre niño agarrado a la cancílla. Quizás tenga hambre. Está harapiento y demacrado. Hace un rato que lo observo. Estaba ya allí cuando salió carro, y huyó, quizás para que no lo vieran y pudieran echarlo. Luego ha vuelto y mira con insistencia hacia la casa y hacia nosotros. -Si tiene hambre, convendrá que vaya por alimentos. Sigue, Maestro; yo te doy alcance enseguida - y Lázaro corre hacia la casa mientras Jesús acelera el paso en dirección a la cancilla.

El niño -un rostro irregular y que lleva en sí las huellas del sufrimiento, un rostro donde sólo los ojos brillan hermosos y vivos- lo mira.

Jesús le sonríe y, dulcemente, mientras acciona e1 mecanismo del cierre, le dice: -¿A quién buscas, niño?

-¿Eres Tú el Señor Jesús?

-Lo soy.

-A ti te busco.

-¿Quién te envía?

-Nadie. Pero quiero hablar contigo. Muchos vienen a hablar contigo. Yo también. A muchos les concedes lo que te piden. También a mí

Jesús ha accionado el mecanismo de apertura y ruega al niño que suelte las barras que tiene sujetas con las manos descarnadas, para poder abrir. El niño se aparta y, a1 hacerlo, al moverse la tuniquita descolorida sobre el cuerpo torcido, se ve que es un pobre niño raquítico, con la cabeza encajada entre los hombros por un comienzo de corcova, patituerto, de paso inseguro: verdaderamente un pequeño desdichado. Quizás tiene más años de los que se pueden pensar por su estatura, que corresponde a la de un niño de unos seis años, pues su carita ya es de hombre (una cara un poco ajada y de mentón pronunciado, una cara casi de viejecito).

Jesús se agacha para acariciarlo y le dice:

-Dime, entonces, qué quieres. Soy amigo tuyo. Soy amigo de todos los niños. ¡Con qué amorosa dulzura Jesús toma entre sus manos esa carita macilenta y besa al niño en la frente!

-Lo sé. Por esto he venido. ¿Ves cómo estoy? Quisiera morir para dejar de sufrir, y para no ser ya de nadie... Tú que curas a tantos y haces resucitar a los muertos, hazme morir, haz morir a este a quien nadie quiere y que no podrá nunca trabajar.

-¿No tienes padres? ¿Eres huérfano?

-Padre tengo. Pero no me quiere porque estoy así. Expulsó a mi madre, le dio el libelo de divorcio, y a mi me expulsó también con ella; y mi madre ha muerto... por culpa mía, que estoy así, tullido.

-¿Con quién vives?

-Cuando murió mi madre, los criados me llevaron otra vez con mi padre. Pero él, que se ha casado de nuevo y que tiene hijos guapos, me echó. Me dio a unos labriegos suyos. Pero ellos hacen lo mismo que el patrón, para ganar su favor... y me hacen sufrir.

-¿Te pegan?

-No. Pero tienen más cuidado de los animales que de mí, y se burlan de mí, y como a menudo estoy enfermo, pues me tienen como una carga. Yo cada vez estoy más tullido y sus hijos se mofan de mí y me hacen caer. Ninguno me quiere. Y este invierno, cuando tuve mucha tos y se necesitaban medicinas, mi padre no quiso gastar dinero y dijo que la única cosa buena que podía hacer era morirme. Desde entonces te he esperado para decirte: "Hazme morir".

Jesús lo toma en brazos, sordo a las palabras del niño, que le dice:

-Tengo los pies llenos de barro, y también la túnica, porque me he sentado por el camino. Te voy a manchar la túnica.

-¿Vienes de lejos?

-De cerca de la ciudad, porque los que me tienen están allí. He visto pasar a tus apóstoles. Sé que son ellos porque los labradores han dicho: "Ahí están los discípulos del Rabí galileo. Pero Él no está". Y he venido.

-Estás mojado, niño. ¡Pobre niño! Te vas a enfermar de nuevo.

-Si no me escuchas... ¡Si al menos me hiciera morir la enfermedad! ¿A dónde me llevas?

-A casa. No puedes estar así.

Jesús entra en el jardín llevando en brazos al niño deforme y grita a Lázaro, que está yendo hacia Él:

-Cierra tú la cancilla, que Yo tengo en brazos a este niño todo mojado.

-¿Pero quién es, Maestro?

-No lo sé. No sé ni su nombre.

-Ni ya lo digo, porque no quiero que me conozcan; lo que quiero es lo que te he dicho. Mi madre me decía: "Hijo mío, mi pobre hijo, yo me muero, pero quisiera que murieras conmigo, porque allá no tendrías ya esta deformidad que hace sufrir a tus huesos y a tu corazón. Allí los que nacen desdichados no llevan un nombre de burla. Porque Dios es bueno con los inocentes y los infelices". ¿Me mandas donde Dios?

-El niño quiere morir. Es una historia triste...

Lázaro, que está mirando fijamente al muchachito, de repente dice:

-¿Pero no eres el hijo del hijo de Nahúm? ¿No eres el que se sienta al sol junto al sicómoro que está en la linde de los olivos de Nahúm, y que e1 padre ha confiado a Josías, su labrador?

-Soy yo. Pero ¿por qué lo has dicho?

-¡Pobre niño! No para burlarme de ti. Créeme, Maestro, que es menos triste la suerte de un perro en Israel que la de este niño. Si no volviera a la casa de donde ha venido, nadie lo buscaría, ni criados ni patrones. Son hienas de corazón feroz. José sabe bien esta historia... Dio mucho que hablar. Aunque yo en esa época estaba muy afligido por María... Pero, cuando murió la infeliz esposa y él fue a casa de Josías yo, al pasar, lo veía... Olvidado al sol o al viento en la era, porque empezó a andar muy tarde... y siempre poco. No sé cómo hoy ha podido venir hasta aquí. ¡Quién sabe el tiempo que habrá estado de camino!

-Desde que Pedro pasó por aquel lugar.

-¿Y ahora? ¿Qué hacemos con él?

-Yo a casa no vuelvo. Quiero morir. Marcharme de aquí. ¡Señor, te pido esta gracia y piedad de mí!

Ya han entrado en la casa. Lázaro llama a un criado para que lleve una manta y mande a Noemí para atender al niño, que, con sus vestidos mojados, está lívido de frío.

-Es el hijo de uno de tus más sañudos enemigos. Uno de los más malos de Israel. ¿Cuántos años tienes, niño?

-Diez.

-¡Diez! ¡Diez años de dolor!

-¡Y ya bastan! - dice fuerte Jesús dejando en el suelo al niño. ¡Está muy contrahecho! El hombro derecho más alto que el izquierdo, el pecho excesivamente saliente, el cuello muy delgado Y hundido entre las altas clavículas, las piernas desviadas...

Jesús lo mira con piedad mientras Noemí le quita sus vestidos y lo seca antes de envolverlo en una manta caliente. Lázaro también lo mira con piedad.

-Voy a echarlo en mi cama, Señor. Pero primero le doy leche caliente - dice Noemí.

-¡No me haces morir! ¡Ten piedad! ¿Por qué dejarme vivir para estar así y sufrir tanto? - y termina:

-He esperado en ti, Señor.

En su voz hay un reproche, una desilusión.

-Estáte tranquilo. Obedece y el Cielo te consolará - dice Jesús, y se agacha para acariciarlo otra vez pasando su mano por ese pobre cuerpo contrahecho.

-Llévale a la cama y vélalo. Luego... se tomarán providencias.

Se llevan al niño, que va llorando.

-¡Y son los que se creen santos! - exclama Lázaro pensando en Nahúm...

La voz de Pedro que llama a su Maestro...

-¡Oh! ¡Maestro! ¿Estás aquí? Todo bien. No nos han molestado nada. Es más, demasiada calma. En el Templo nadie nos ha molestado. Juan ha recibido buenas noticias. A los discípulos los han dejado en paz. La gente que te espera está en actitud festiva. Estoy contento. ¿Y Tú qué has hecho, Maestro?

Se alejan juntos hablando mientras Lázaro va donde Maximino, que lo llama.

## 584

## El sábado anterior a la entrada en Jerusalén. Parábola de las dos lámparas y parábola viva del pequeño deforme sanado. El futuro de la Humanidad.

El tiempo, de nuevo sereno después de las lluvias de los días pasados, muestra un cielo tersísimo y un sol fúlgido. La tierra, lavada por las lluvias, está tan limpia como el aire, tan fresca y limpia, que parece creada pocas horas antes. Todo resplandece y canta en esta mañana serena.

Jesús pasea lentamente por los senderos más lejanos del jardín. Sólo algún criado jardinero observa este solitario paseo de las primeras horas de la mañana. Nadie interrumpe al Maestro; al contrario, se retiran silenciosamente, para respetar su paz. Además, es sábado, día de descanso, y los jardineros no están trabajando, aunque, por una costumbre que es tan larga como su vida, están afuera observando las plantas o las colmenas o las flores -para estas cosas no hay sábado-, que ponen fragancias, susurros o zumbidos, bajo el sol o la brisa abrileña.

Luego el jardín se va animando lentamente. Primero los domésticos y criadas, luego los apóstoles y las discípulas, por último Lázaro. Jesús se acerca a ellos y los saluda.

-¿Desde cuándo estás aquí, Maestro? - pregunta Lázaro sacudiendo de los mechones de los cabellos de Jesús algunas gotas de rocío.

-Desde la aurora. Me han llamado a alabar a Dios tus pájaros, y he venido aquí afuera. Contemplar a Dios en las bellezas de la Creación significa darle honor y orar con espíritu conmovido. Es hermosa la Tierra. Y en estas primeras horas del día, de un día como éste, se nos muestra con la frescura que tenía en los primeros días de su existencia.

-Verdaderamente tiempo de Pascua. Y se ha estabilizado. Se mantendrá porque se ha estabilizado en el primer período lunar con viento propicio - sentencia Pedro.

-Me alegro mucho. La Pascua con agua es triste.

-Y peor todavía es para la mies. El trigo requiere sol, ahora que se va acercando a la siega - dice Bartolomé.

-Estoy contento de estar aquí en paz. Hoy es sábado y no vendrá nadie. Ningún extraño entre nosotros - dice Andrés.

-Te equivocas. Hay un huésped, un pequeño huésped. Está durmiendo todavía, Maestro. La cama blanda y el estómago saciado le dan largo sueño. He pasado a verlo. Noemí lo está velando - dice Lázaro.

-¿Pero quién es? ¿Cuándo ha venido? ¿Quién lo ha traído? Porque hablas como si se tratara de un niño - preguntan hombres y mujeres

-Es un niño. Un pobre niño. Lo ha traído aquí su dolor. Estaba allí, contra las barras de la cancilla, mirando hacia la casa. Y el Maestro lo ha acogido.

-No sabíamos nada... ¿Por qué?

-Porque la criatura tenía necesidad de paz - responde Jesús, y su rostro se sume en un pensamiento profundo mientras termina diciendo:

-Y en casa de Lázaro se sabe guardar silencio.

Un criado viene a decir algo a Marta y se retira, para volver luego con otros, trayendo ánforas de leche y tazas, y pan con mantequilla y miel. Se sirven todos y se sientan acá o allá en los asientos diseminados.

Pero luego desean reunirse de nuevo en torno al Maestro y piden una parábola, «una bonita parábola» dicen «serena como este día de Nisán».

-No una. Os voy a proponer dos. Escuchad.

Un día, en una fiesta del Señor, un hombre quiso encender dos lámparas para honrarlo. Así pues, tomó dos recipientes de la misma anchura y metió en ellos la misma cantidad y el mismo tipo de aceite, metió una mecha igual y las encendió a la misma hora, para que oraran por él mientras trabajaba como estaba permitido.

Volvió pasado un cierto tiempo y vio que una lámpara ardía fuerte mientras que la otra tenía una llamita muy quieta y que apenas emitía un punto de luz en el rincón donde ardían las lámparas. El hombre pensó que estaría mal hecha la mecha. La observó. No, iba bien. Pero no quería arder tan alegremente como la otra lamparita, que tan alegremente ardía que parecía una lengua la llama que lanzaba, y era como si verdaderamente musitase palabras (en efecto, al agitarse ardiendo con tanta vehemencia, hasta emitía un leve susurro). "¡Esta lamparita verdaderamente canta las alabanzas del Señor altísimo!" dijo para sí. "¡Sin embargo, esta otra! ¡Mírala, alma mía! ¡Lo hace con tan poco ardor, que parece que le pesara el tener que honrar al Señor!", y volvió a sus trabajos.

Pasado un rato, regresó. Una llama se había alzado todavía más, y la otra se había bajado aún más y, cuanto más vibraba la otra resplandeciendo, ésta ardía cada vez más quieta y calmosa. Volvió otra vez, y lo mismo. Por tercera vez volvió, y lo mismo. Pero, al volver la cuarta vez, vio la habitación llena de humo maloliente y oscuro, y vio que una única llamita lucía a través de los velos del humo denso. Fue a la repisa donde estaban las lamparillas y vio que la que tanto ardía antes estaba ennegrecida y se había consumido totalmente. Vio que incluso había manchado con su lengua la pared blanca. La otra, por el contrario, seguía honrando al Señor con su constante luz.

Estaba para poner remedio a lo que había sucedido, cuando una voz le resonó cercana: "No cambies las cosas de como están, sino medita en ellas, que son un símbolo. Yo soy el Señor".

El hombre se arrojó rostro en tierra al suelo, adorando, y con gran temor, se atrevió a decir: "Soy un ignorante. Explícame, oh Sabiduría, el símbolo de las lamparillas, de las cuales, la que parecía más activamente honrarte ha causado un daño y la otra mantiene su luz".

"Lo haré. En los corazones de los hombres sucede como con estas dos lamparitas. Hay corazones que al principio arden y resplandecen y resultan admirables para los hombres, pues muy perfecta y constante parece su llama. Y hay corazones que resplandecen tenuemente, con un resplandor que no llama la atención y que puede parecer tibieza en lo relativo a honrar al Señor. Pero, pasada la primera efusión de llama, o la segunda o la tercera, entre la tercera y la cuarta causan daño, y luego se apagan, con quebranto, porque la luz de esos corazones no era segura. Quisieron brillar más por los hombres que por el Señor, y la soberbia los consumió en breve tiempo, en medio de un humo negro y denso que entenebreció incluso el aire. Los otros tuvieron una voluntad única y constante: honrar sólo a Dios; y, sin preocuparse de si el hombre los alababa, se fueron consumiendo a sí mismos con una larga y clara llama, exenta de humo y de hedor. Que sepas imitar a esa lamparita constante, porque sólo ésa es grata al Señor".

El hombre alzó la cabeza... El aire había quedado limpio de humo y la estrella de la lamparita fiel resplandecía, ella sola, pura, firme, en honor de Dios, haciendo brillar el metal de la lamparilla como si fuera de oro puro. Y la miraba resplandecer, siempre igual, durante horas y horas, hasta que dulcemente, sin humo ni mal olor, sin ensuciar el recipiente que la contenía, la llama expiró en un repentino resplandor pareciendo subir al cielo para fijarse entre las estrellas, habiendo honrado dignamente al Señor hasta la última gota y la última hebra de su vida.

En verdad, en verdad os digo que son muchos los que arden con intensa llama al principio y llaman la atención del mundo, el cual sólo ve la superficie de las acciones humanas; pero después mueren carbonizándose y ahumando con su acre humo. Y en verdad os digo que Dios no observa su llama porque ve que es un arder orgulloso que tiene un fin humano. ¡Bienaventurados los que saben imitar a la segunda lamparita y no carbonizarse sino subir al Cielo con el último latido de su constante amor.

-¡Es una curiosa parábola! ¡Pero verdadera! ¡Bonita! ¡Me gusta! Yo querría saber si nosotros somos esas lamparitas que suben al Cielo.

Los apóstoles intercambian sus expresiones.

Judas encuentra la forma de morder. Y su mordisco va a María de Magdala y a Juan de Zebedeo:

-¡Cuidado, María, y tú, Juan! Vosotros sois entre nosotros las lamparitas que emitís intensa llama… ¡No os vaya a suceder un mal!

María de Magdala está a punto de responder, pero se muerde los labios para no decir las palabras que le habían subido del corazón Mira a Judas. Se limita a mirarlo. Pero es tan ardiente esa mirada que Judas deja de reírse y de mirarla.

Juan, manso de corazón aunque ardiente de caridad, responde dulcemente:

-Por mí solo, eso podría suceder; pero confío en la ayuda del Señor, y espero poder consumirme hasta la última gota y la última hebra para honrar al Señor Dios nuestro.

-¿Y la otra parábola? Has prometido dos - recuerda Santiago de Alfeo.

-Ésta es mi segunda parábola. Está llegando... - y señala hacia la puerta de la casa, tapada por una cortina que con el viento se mueve levemente y que la mano de un criado descorre para dejar paso a la anciana Noemí, la cual se arroja a los pies de Jesús diciendo

-¡El niño está sano! ¡Ya no está deforme! Lo has curado durante la noche. Se había despertado y yo estaba preparando el baño para lavarlo antes de ponerle la blusa y la túnica que había cosido durante la noche tomando una túnica que Lázaro ya no usaba. Pero cuando le he dicho: "Ven, niño" y he alzado las mantas, he visto que su pequeño cuerpo, tan contrahecho ayer, ya no era así. Y he gritado. Inmediatamente han ido Sara y Marcela, que ni tenían noticia de que el niño estuviera en mi cama durmiendo, y las he dejado allí para venir inmediatamente a decírtelo...

La curiosidad envuelve a todos. Preguntas, ansias de ver.

Jesús aplaca el rumor con un gesto. Ordena a Noemí:

-Vuelve donde el niño. Lávalo, vístelo y tráelo aquí.

Y dirige su palabra a los discípulos:

-Ésta es la segunda parábola, que puede enunciarse así: "La verdadera justicia ni se toma venganza ni hace distinciones". Un hombre, es más: el Hombre, el Hijo del hombre, tiene enemigos y amigos; pocos amigos, muchos enemigos. Y de sus enemigos no ignora ni el odio ni los pensamientos; y conoce la voluntad de sus enemigos, una voluntad que no cederá ante ninguna acción, por horrenda que sea. En esto sus enemigos son más fuertes que sus amigos, para los cuales el abatimiento o la desilusión son como arietes que derruyen su fortaleza. Este Hijo del hombre, que tiene tantos enemigos, y al cual se echan en cara tantas cosas no verdaderas, encontró ayer a un pobre niño, el más desolado de los niños, hijo de uno que es enemigo suyo. Este niño estaba contrahecho y tullido y pedía una gracia extraña, la de morir. Todos piden al Hijo del hombre honores y alegrías, piden salud, piden vida. Este pobre niño pedía morir para no sufrir más. Ha conocido ya todo el dolor de la carne y del corazón, porque el que le engendró, que además me odia sin razón, odia también al inocente infeliz al que engendró. Y Yo lo he curado para que deje de sufrir, para que además de la salud física pueda alcanzar la salud espiritual. También su pequeña alma está enferma. El odio del padre y las burlas de los hombres se la han llagado y yermado en orden al amor. Sólo le ha quedado la fe en el Cielo y en el Hijo del hombre, al cual -mejor: a los cuales- pide la muerte. Aquí está. Ahora lo oiréis hablar.

El niño, arreglado, vestido de limpio con la tuniquita de lana blanca que Noemí, veloz, le ha cosido durante la noche, se acerca de la mano de la anciana nodriza. Es pequeño, a pesar de que, no estando ya encorvado y contrahecho, parezca más alto que el día anterior. Su carita es la de una criatura precozmente adulta por el dolor: irregular y un poco ajada. Pero ya no está deforme. Sus piececitos descalzos pisan seguros en el suelo, con un paso que ya no cojea como el le los rencos. Sus espaldas están flacas, pero bien rectas. El cuello, delgado, sobresale de ellas y parece más largo que ayer, cuando se le hundía entre las clavículas asimétricas.

-¡Pero... pero si es el hijo de Anás de Nahúm! ¡Qué forma de desperdiciar un milagro! ¿Piensas que así se van a volver amigos tuyos su padre y Nahúm? ¡Más odio vas a crear en ellos! Porque sólo deseaban la muerte de este niño, fruto de un matrimonio infausto - exclama Judas de Keriot.

-No obro milagros para conseguir amigos, sino por compasión hacia las criaturas y para dar honor al Padre mío. No hago distinciones ni cálculos, *nunca,* cuando me inclino compasivo hacia una miseria humana. No me vengo de quien me persigue...

-Nahúm considerará venganza este acto tuyo.

-Ni siquiera tenía noticia de este niño, cuyo nombre todavía ignoro.

-Por desprecio lo llaman Matusala, o Matusalén.

-Mi madre me llamaba Salem. Mi madre me quería. No era mala: como eres tú y como son los que me odian - dice el niño con una luz en los ojos, esa luz de ira impotente que tienen los hombres y los animales que han sido largamente vejados.

-Ven aquí, Salem. Aquí, conmigo. ¿Estás contento de estar sano?

-Sí... pero hubiera preferido morir, porque seguirán sin quererme. Si hubiera vivido mi madre, habría sido bonito. ¡Pero así!... Seré siempre infeliz.

-Tiene razón. Ayer encontramos a este niño. Nos preguntó si estabas en Betania, en casa de Lázaro. Queríamos darle una limosna porque pensamos que sería un mendigo. Pero no la aceptó. Estaba en la linde de una parcela de tierra... - dice el Zelote.

-¿Tú tampoco lo conocías? Es extraño - dice Judas de Keriot.

-Más extraño es que tú sepas tan bien estas cosas. ¿Olvidas que me contaba entre el número de los perseguidos y luego de los leprosos hasta que vine con el Maestro?

-¿Y tú olvidas que soy amigo de Nahúm, que es el apoderado de Anás? Nunca os lo he ocultado.

-¡Bien! ¡Bien! Esto no tiene importancia. Lo importante es saber qué hacemos ahora con este niño. Su padre no lo estima, es verdad pero sigue teniendo derechos sobre él. No podemos arrebatarle el hijo, así, sin decírselo. Tenemos que ser cautos y no irritarlos, porque ahora parecen mejores con nosotros - dice Natanael.

Judas se ríe alto, sarcásticamente, y no da ninguna explicación de por qué se ríe.

Jesús, que ha puesto sobre sus rodillas al niño, dice lentamente

-Haré frente a Nahúm... No seré más odiado por esto. No puede aumentar su odio. No puede. Es ya completo.

Analía, que no ha hablado en todo este tiempo, absorta por completo en un pensamiento suyo que le infunde beatitud, abre sus labios para decir:

-Si me hubiera quedado, me habría gustado tomarlo conmigo. Soy joven, pero tengo corazón de madre...

-¿Te marchas? ¿Cuándo? - preguntan las mujeres.

-Pronto.

-¿Para siempre? ¿Y a dónde vas? ¿Fuera de Judea?

-Sí. Lejos. Muy lejos. Para siempre. Y me siento muy feliz.

-Lo que tú no puedes hacer otras podrán, si su padre lo cede.

-Si estáis tan interesados, se lo digo a Nahúm. Es él el que cuenta. Más que el padre verdadero. Mañana se lo diré - promete Judas e Keriot.

-Si no fuera sábado... iría a casa de ese Josías al que se lo habían entregado - dice Andrés.

-¿Para ver si están apenados por haberlo perdido? - pregunta Mateo.

-Creo que si una de sus abejas se perdiera estarían más afligidos... - dice entre dientes y con enfado Maximino, que hace un rato que se ha acercado.

E1 niño no habla. Está bien junto a Jesús, y estudia las caras que tiene a su alrededor, con esa mirada aguda que frecuentemente tienen los niños enfermizos y que han vivido en el dolor. Parece escudriñar más los corazones que las caras, y cuando Pedro pregunta: “¿Qué te parecemos nosotros?”, el niño, poniéndole una mano en su mano, le responde diciendo:

-Tú eres bueno.

Luego aclara:

-Todos menos. Pero... hubiera preferido no ser reconocido. Tengo miedo... - y mira a Judas de Keriot.

-De mí, ¿no es verdad? ¿Miedo a que hable con tu padre? Está claro que tendré que hacerlo, si tengo que consultarle si te confía a nosotros. De todas formas... no te llevará.

-Ya lo sé. Es otra cosa... Lo que quisiera es estar muy lejos... como esa mujer... Ir a la tierra de mi madre. Hay un mar azul rodeado de montes muy verdes. Se le ve abajo. Y muchas velas blancas lo surcan. Y tiene bonitas ciudades alrededor. Luego, en los montes, hay muchas grutas donde las abejas silvestres hacen una miel dulcísima. Desde que se murió mi madre y me dieron a Josías no he vuelto a comer miel. Felipe, José, Elisa y los otros niños sí que comían miel, pero yo no. Tenía tantas ganas de miel, que, si hubieran puesto el recipiente de la miel en un lugar bajo, habría hurtado. Pero lo tenían en los estantes altos, y yo no podía subir a las mesas como hacía Felipe. ¡Tengo muchas ganas de comer miel yo!

-¡Pobre hijo! ¡Voy a traerte toda la que quieras! - dice Marta conmovida, y se marcha rápida.

-¿Pero de dónde es su madre? - pregunta Pedro.

-Tenía casas y propiedades en Sefet. Era hija única, huérfana y única heredera. Ya de una cierta edad, fea y levemente contrahecha. Pero muy rica. Siendo el paraninfo el viejo Sadoq, el hijo del favorito de Anás consiguió casarse con ella... Un contrato que fue un verdadero comercio indigno, puro cálculo y cero amor. Vendió los bienes de la mujer diciendo que estaban demasiado lejos de aquí, excepto una pequeña casa que antes era del administrador, que la había recibido como regalo del viejo patrón para toda su vida y la de sus herederos hasta la cuarta generación. Lo vendió todo y lo consumió todo en especulaciones desafortunadas. De todas formas... esto no lo creo, porque sé que tiene bonitas tierras hacia la parte de la ribera... que antes no tenía... Luego, después de algunos años de matrimonio, estando ya la mujer al borde de su ocaso, nació este hijo... y fue pretexto para repudiar a la mujer y tomar otra, de la llanura de Sarón, joven, guapa y rica... La divorciada se refugió en la casa del viejo administrador y allí murió. No sé por qué no se quedaron con este niño. El padre pensaba que moriría - explica el Iscariote.

-Porque Juan había muerto, y también María, y los hijos se habían marchado a servir a otros lugares. ¿Quién se iba a hacer cargo de mí, no siendo hijo y no pudiendo trabajar? De todas formas, Micael e Isaac eran buenos, y también Ester y Judit. Y son buenos. Cuando vienen para las fiestas me traen cosas, pero Josías me las quita para sus hijos.

-Pero no quieren tenerte - rebate Judas.

-Ahora que estoy derecho y fuerte, me querrán tener. ¡Ellos son siervos! Ya he dicho que no podían decir al patrón: "Hazte cargo de este tullido enfermo". Pero ahora pueden.

Bartolomé le hace reflexionar:

-Lo que pasa es que si has huido de casa de Josías no te podrán encontrar.

La cabal observación toca al niño, que reflexiona (y es que la enfermedad le ha dado una mente precozmente reflexiva, como también un rostro precozmente adulto). Desanimado, dice:

-Es verdad. En eso no había pensado.

-Vuelve allí. En estos días irán...

-¡Allí! No. No vuelvo allí. No quiero volver allí. ¡Antes me mato' - Una furia salvaje lo altera profundamente. Pero rompe a llorar y se vuelca sobre las rodillas de Jesús, y dice:

-¿Por qué no me has quitado la vida?

Marta, que está volviendo con un tarro de miel, se queda estupefacta ante esta desolación. Bartolomé, por su parte, afligido por haberla provocado, se disculpa:

-Creía que estaba dando un buen consejo. Un consejo bueno para todos. Para el niño, para ti, Maestro, para Lázaro... Ninguno de vosotros ni de nosotros tiene necesidad de nuevo odio...

-¡Es verdad! ¡Un problema bien serio! - exclama Pedro, y, meditando en el caso, saca sus conclusiones, que concluye con su típico silbido, exponente para él de su estado de ánimo ante problemas difíciles, graves de resolver.

Unos proponen una cosa, otros otra. Ir donde Nahúm. Ir donde Josías y decirle que mande a estos Micael e Isaac a casa de Lázaro, o a otra parte donde esté el niño (porque es prudente no hacer odiar más a Lázaro de lo que ya lo odian por su amistad con Jesús). No decir nada a nadie y hacer desaparecer al niño dándolo a algún discípulo seguro.

Judas de Keriot no habla. Es más, parece ajeno al intercambio de pareceres; juguetea con los caireles de su túnica, peinándolos y despeinándolos con los dedos.

Tampoco Jesús habla. Acaricia y calma al niño. Le alza la cara y pone entre sus manos el tarrito de miel.

[1] Salem es un niño, un pobre niño de diez años que ha sufrido siempre. Pero, aunque el dolor lo haya madurado, sigue siendo un niño; de forma que ante tanto tesoro de miel cambia sus últimas lágrimas por un estupor extático. Pregunta, alzando esos ojos suyos -única belleza suya- tan castaños, tan grandes e inteligentes; pregunta: -¿Cuánta puedo coger? ¿Un cacillo de éstos, o dos? - y señala a la redonda cuchara de plata que lentamente se hunde en la dorada miel.

-Toda la que quieras, niño. Toda la que desees. El resto te lo tomarás mañana, y después. ¡Es toda tuya! - dice Marta acariciándolo.

-¡¡¡Toda mía!!! ¡¡Nunca he tenido tanta miel!! ¡Toda mía! - y aprieta con reverencia el tarrito contra su pecho como si fuera un tesoro.

Pero luego siente que más precioso que el tarro es el amor que se lo ofrece, y deja el tarrito en las rodillas de Jesús para alzar los brazos queriendo ceñir el cuello de Marta, que está inclinada hacia él, y besarla. Es todo lo que puede su agradecimiento, todo lo que él, un desamparado que no tiene nada que ofrecer, puede dar.

Los otros dejan de proponer planes, para observar la escena. Pedro dice:

-¡Éste es todavía más infeliz que Margziam, que tenía al menos el amor de su abuelo y de los otros campesinos! ¡Verdaderamente hay que decir que hay siempre dolores mayores que los que hemos juzgado grandísimos!

-Sí. No ha sido tocado aún el fondo del abismo del dolor humano. ¿Quién sabe cuántos secretos oculta todavía... y ocultará en los siglos futuros? - dice Bartolomé pensativo.

-¿Entonces no tienes fe en la Buena Nueva? ¿No crees que la Buena Nueva cambiará el mundo? Lo dicen los profetas, y el Maestro lo repite. Eres un incrédulo, Bartolmái - dice Judas Iscariote con leve ironía.

El Zelote le responde:

-No veo dónde está la incredulidad de Bartolomé. La doctrina del Maestro dará consuelo a todas las desventuras, modificará incluso la crueldad de los usos y costumbres, pero... no eliminará el dolor; lo hará soportable con sus divinas promesas de alegría futura. Para que fuera abolido el dolor -o, al menos, mucha parte de dolor, porque, en todo caso, seguiría habiendo enfermedades y muertes y cataclismos naturales-, haría falta que todos tuvieran el corazón que tiene el Cristo, pero...

Le interrumpe Judas Iscariote:

-Efectivamente, eso debe suceder. Si no, ¿para qué habría servido el que el Mesías hubiera venido a la Tierra?

-Digamos que así debería ser. Pero, dime, Judas, ¿esto se ha verificado entre nosotros? Somos doce y vivimos con Él desde hace tres años, y absorbemos su doctrina como el aire que respiramos. ¿Y bien? ¿Somos ya santos los doce? ¿Qué hacemos nosotros que no lo hagan Lázaro, Esteban, Nicolái, Isaac, Manahén, José, Nicodemo, las mujeres o los niños? Hablo de los justos de esta Patria nuestra. Todos éstos, tanto sí son sabios y ricos como si son pobres e ignorantes, hacen lo que hacemos nosotros: un poco de bien, un poco de mal, pero sin renovarnos totalmente. Es más, te digo que muchos, muchos, nos superan. Sí, muchos seguidores nos superan a nosotros, apóstoles... ¿Y pretendes que todo el mundo tome el corazón que tiene el Cristo, si nosotros, los apóstoles, no lo hemos tomado? Hemos mejorado más o menos... al menos, eso esperamos, porque difícilmente el hombre se conoce y conoce al hermano que vive a su lado. Es demasiado opaco y espeso el velo de la carne, y demasiado atento está el corazón del hombre a no ser escrutado, como para que el hombre comprenda al hombre. Siempre, observándose u observando, uno se queda en la superficie: cuando se trata del examen nuestro porque no queremos conocernos para no sufrir en nuestro orgullo o en la necesidad de cambiar; cuando se trata del examen de los demás, porque nuestro orgullo de examinadores nos hace jueces injustos y el orgullo del examinado se cierra, como hace una ostra con sus valvas respecto a lo que tiene en su interior - dice el Zelote.

-¡Así es! Simón, verdaderamente has pronunciado palabras de sabiduría - aprueba Judas Tadeo. Y los otros le hacen coro.

-¿Y entonces a qué ha venido si nada debe cambiar? - rebate Judas Iscariote.

Jesús toma la palabra:

-Muchas cosas cambiarán. No todo. Porque contra mi Doctrina habrá en el futuro lo que ahora es ya una realidad: odio, el odio de los que no estiman la Luz. Porque contra la fuerza de mis seguidores estará la de los seguidores de Satanás ¡Cuántos! ¡Con cuántos aspectos! Y ¡cuántas doctrinas heréticas irán surgiendo nuevas, opuestas a mi Doctrina, inmutable por ser perfecta! ¡Cuánto dolor generarán esas doctrinas! Vosotros no conocéis el futuro. A vosotros os parece mucho el dolor que ahora hay en el mundo... Pero Aquel que conoce ve horrores que no serían comprendidos, aunque Yo os los explicara... ¡Ay, si Yo no hubiera venido, si no hubiera venido para dar a los que han de venir un código que frene los instintos en los mejores, y para dar una promesa de paz futura! ¡Ay, si el hombre no tuviera, por mi venida, elementos espirituales que pueden mantenerlo "vivo" en la vida del espíritu, mantenerlo con la seguridad de un premio!... Si no hubiera venido, con el paso de los siglos la Tierra se transformaría en un vasto infierno terrestre y la raza humana se despedazaría y perecería maldiciendo al Creador...

-El Altísimo prometió no volver a mandar castigos universales como el diluvio. Una promesa de Dios no falla - dice Judas.

-Sí, Judas de Simón. Es verdad. El Altísimo no volverá a mandar calamidades universales como el diluvio. Pero los hombres se crearán por sí mismos calamidades cada vez más atroces, unas calamidades respecto a las cuales el diluvio y la lluvia de fuego que exterminó a Sodoma y Gomorra tendrán aspecto de castigos piadosos. ¡Oh!...

Jesús se pone en pie con un gesto de angustiosa piedad por las gentes futuras.

-¡Bien! ¡Bien! Tú sabes... ¡Pero ahora qué hacemos respecto a éste? - pregunta Judas Iscariote señalando al niño, que está saboreando en pequeñas dosis su miel y está todo contento.

-A cada día su afán. Ya dirá el mañana. Preocuparse del mañana es vano, considerando que ni siquiera sabemos quién estará vivo todavía mañana.

-No pienso como Tú. Y lo que digo es que habría que saber dónde vamos a alojarnos, dónde comeremos la Cena... Muchas cosas. Si esperamos y esperamos, pues la ciudad se llena; ¿y a dónde iremos nosotros? A Getsemaní, no; a casa de José, no; a casa de Juana, no; donde Nique, no; donde Lázaro, tampoco. ¿A dónde entonces?

-A donde el Padre prepare un refugio para su Verbo.

-¿Crees que quiero saberlo para decirlo?

-Tú lo dices. Yo no he dicho nada. Ven, Salem. Mi Madre tiene noticia de ti pero todavía no te ha visto. Ven, voy a llevarte donde Ella.

-¿Pero está enferma tu Madre? - pregunta Tomás.

-No. Está orando. Tiene mucha necesidad de orar.

-Sí. Sufre mucho. Llora mucho. Y el único consuelo de María es la oración. Siempre la he visto orar mucho. Podría decir que en los momentos de mayor dolor vive de oración... - explica María de Alfeo mientras Jesús se aleja llevando de la mano al niño y teniendo al otro lado a Analía, a la que ha invitado a ir con Él donde María.

## 585

## El sábado anterior a la entrada en Jerusalén. Judíos y peregrinos en Betania. El Sanedrín ha decidido.

Amor y odio mueven a muchos de los peregrinos congregados en Jerusalén, y de los propios jerosolimitanos, a ir a Betania sin esperar siquiera a que se complete el ocaso. De forma que cuando los primeros llegan a la casa de Lázaro el sol apenas ha comenzado a ponerse. Y a Lázaro -que, avisado por los domésticos, muestra su asombro ante esta violación del sábado (porque los primeros en llegar han sido precisamente los más conocidos de entre los más intransigentes judíos)- le dan éstos esta respuesta verdaderamente farisaica:

-Desde la Puerta del Rebaño ya no se veía la bola del sol y entonces hemos empezado el camino, seguros de que no íbamos a superar la medida prescrita antes de que el sol declinara tras las cúpulas del Templo.

En el rostro enjuto de Lázaro -Lázaro está sano y tiene buen aspecto, pero ciertamente no está gordo- se dibuja una ligera sonrisa irónica. Y les responde, con garbo pero también con un leve sarcasmo:

-¿Y qué queréis ver? El Maestro respeta su sábado. Descansa. No se limita a no ver la bola del sol para considerar terminado su descanso, sino que espera a que se apague el último rayo de sol para decir: "El sábado ha terminado".

-¡Sabemos que es perfecto! ¡Lo sabemos! Pero, si hemos cometido un error, razón de más para verlo. Sólo un poco, lo necesario, al menos, para ser absueltos por Él.

-Lo siento. No puedo. El Maestro está descansando y reposa. Y no lo molesto.

Pero llega más gente, y son peregrinos procedentes de todos los lugares; gente que suplica, que insiste en ver a Jesús. Con los hebreos están mezclados gentiles, y con éstos prosélitos. Y observan a Lázaro y lo miran de reojo como si fuera un ser irreal. Lázaro soporta la molestia de esta celebridad no buscada, respondiendo pacientemente a los que le hacen preguntas. Pero no da la orden a los servidores de que abran la cancilla.

-¿Eres tú el hombre resucitado de la muerte? - pregunta uno que tiene claro aspecto de ser mestizo, porque de hebreo no tiene más, que la típica nariz más bien gruesa y aguileña, mientras que el acento y la manera de vestir revelan que es extranjero.

-Lo soy, para dar gloria a Dios, que me sacó de la muerte para hacerme siervo de su Mesías.

-¿Pero fue una muerte verdadera? - preguntan otros.

-Preguntádselo a esos judíos importantes. Ellos vinieron a mis funerales y muchos estuvieron presentes en mi resurrección.

-¿Pero qué sentiste? ¿Dónde estabas? ¿Qué recuerdas? Cuando volviste a la vida, ¿qué sucedió en ti? ¿Cómo te resucitó?... ¿No se puede ver el sepulcro donde estuviste? ¿De qué moriste? ¿Ahora estás perfectamente? ¿Ya no tienes ni siquiera las señales de las llagas?

Lázaro, paciente, trata de responder a todos. Pero, si bien le resulta fácil decir que se encuentra perfectamente y que incluso las señales de las llagas durante los meses que han pasado desde que resucitó se han borrado ya, no puede decir lo que sintió y cómo lo resucitó. Y responde:

-No lo sé. Me encontré vivo en mi jardín, en medio de los criados y de mis hermanas. Cuando me liberaron del sudario, vi el sol, la luz, tuve hambre, comí, sentí la alegría de vivir y del gran amor del Rabí por mí. Lo demás, más que yo, lo saben los que se encontraban presentes. Ahí están tres de ellos hablando, y otros dos ahí llegan. (Son estos últimos Juan y Eleazar, miembros del Sanedrín, mientras que los tres que están hablando son dos escribas y un fariseo que efectivamente vi en la resurrección de Lázaro, pero cuyo nombre no recuerdo).

-Ésos a nosotros que somos gentiles no nos hablan! Id vosotros, que sois judíos, a preguntarles... Pero tú enséñanos el sepulcro donde estuviste.

Se muestran insistentes al máximo.

Lázaro se decide. Dice algo a los domésticos y luego se dirige a la gente:

-Id por ese camino que va entre ésta y la otra casa mía. Yo salgo a vuestro encuentro para llevaros al sepulcro, aunque, en realidad, lo único que se ve es un agujero abierto en un estrato de roca.

-¡No importa! ¡Vamos! ¡Vamos!

-¡Espera, Lázaro! ¿Podemos ir también nosotros? ¿O para nosotros está prohibido lo que se concede a extranjeros? -dice un escriba.

-No, Arquelao. Ven si quieres, si es que no te contamina el acercarte a un sepulcro.

-No me contamina porque no contiene muerte.

-Pero la contuvo durante cuatro días. ¡Por mucho menos uno es considerado impuro en Israel! El que roza con su vestido a uno que tocó un cadáver decís que es impuro. Y mi sepulcro, a pesar de que desde hace mucho esté abierto, todavía despide tufaradas de muerte.

-No importa. Nos purificaremos.

Lázaro mira a los dos fariseos Juan y Eleazar y les dice:

-¿También venís vosotros?

-Sí, vamos.

Lázaro va a buen paso hacia el lado limitado por los setos altos y compactos como muros. Abre una cancilla que está encajada en uno de ellos. Se asoma al camino que lleva a la casa de Simón y hace una señal a los que esperan para que prosigan.

Los guía hacia el sepulcro. Un rosal florecido ciñe su entrada, pero no es suficiente para anular el horror emanado por una tumba abierta. En la roca inclinada bajo el arco florecido se leen las palabras: « ¡Lázaro, sal afuera!».

Los malévolos las ven enseguida, y enseguida dicen:

-¿Por qué has dicho que esculpan ahí esas palabras? ¡No debías hacerlo! *(No debías, por deferencia hipócrita, desfasada y farisaica hacia la prescripción de Levítico 26, 1)*

-¿Que por qué? En mi casa puedo hacer lo que quiera, y nadie puede acusarme de pecado por haber querido fijar en la roca, para que fueran incancelables, las palabras del grito divino que me devolvió la vida. Cuando esté ahí dentro y no pueda ya celebrar la potencia misericordiosa del Rabí, quiero que el sol las siga leyendo en la piedra, y que las plantas las aprendan de los vientos y las acaricien los pájaros y las flores, y sigan por mí bendiciendo el grito del Cristo que me llamó de la muerte.

-¡Eres un pagano! ¡Eres un sacrílego! Blasfemas contra nuestro Dios. Celebras el sortilegio del hijo de Belcebú. ¡Cuidado, Lázaro!

-Os recuerdo que estoy en mi casa y que estáis en mi casa, y que habéis venido sin que nadie os llamara, y, además, can innoble finalidad. Sois peores que éstos, que son paganos pero que reconocen a un Dios en el resucitador.

-¡Anatema! Como es el Maestro, así es el discípulo. ¡Qué horror! ¡Vámonos! Fuera de esta cloaca inmunda. ¡Corruptor de Israel, el Sanedrín recordará tus palabras!

-Y Roma, vuestros complots. ¡Salid de aquí!

Lázaro, siempre manso, trae a su memoria que es hijo de Teófilo, y los echa como a una manada de perros.

Se quedan los peregrinos, de todas las procedencias. Y éstos preguntan y miran e imploran ver a Jesús.

-Lo veréis en la ciudad. Ahora no. No puedo.

-¡Ah!, ¿pero va a la ciudad? ¿Realmente va a la ciudad? ¿No mientes? ¿Va, a pesar de que lo odien tanto?

-Va. Ahora marchaos, tranquilos. ¿Veis como la casa descansa? No se ve a nadie ni se oye ninguna voz. Habéis visto lo que queríais ver: al resucitado y el lugar de su sepultura. Ahora marchaos. Pero no dejéis que la curiosidad sea estéril. ¡Que el hecho de haberme visto a mí, que soy prueba viva del poder de Jesucristo, Cordero de Dios y Mesías santísimo, os conduzca a todos a su camino! Por esta esperanza me siento contento de haber resucitado, porque espero que el milagro pueda hacer reaccionar a los titubeantes y convertir a los paganos, de forma que persuada a todos de que uno sólo es el verdadero Dios y uno sólo es el verdadero Mesías: Jesús de Nazaret, Maestro santo.

La gente, remolona, desaloja el lugar. Y, si uno se marcha, diez vienen; porque nueva gente sigue viniendo. Pero Lázaro logra con la ayuda de algunos criados empujar afuera a todos y cerrar las cancillas.

Hace ademán de querer retirarse. Ordena:

-Vigilad por que no fuercen las cancillas o salten por encima de ellas. Pronto anochecerá y se marcharán a sus lugares de alojamiento.

Pero, en esto, ve que de tras una espesura de mirtos salen Eleazar y Juan.

-¿Qué? No os había visto y creía...

-No nos expulses. Hemos entrado en una espesura para no ser vistos. Tenemos que hablar con el Maestro. Hemos venido nosotros porque sospechan menos de nosotros que de José y Nicodemo. Pero no quisiéramos ser vistos por nadie, aparte de por ti y por el Maestro... ¿Son de fiar tus criados?

-En casa de Lázaro existe la usanza de ver y oír sólo lo que agrada al dueño, y de no saber nada para los extraños. Venid. Por este sendero. Entre estas dos paredes vegetales más opacas que un muro.

Los guía por el caminito que hay entre la dúplice, impenetrable barrera de bojes y de laureles.

-Quedaos aquí. Os traigo a Jesús.

-¡Que nadie se percate!...

-No temáis.

La espera dura poco. Pronto en el sendero, semioscuro por la enramada, aparece Jesús, blanco todo con su túnica de lino. Lázaro se queda en el límite del sendero como si estuviera de guardia, o por prudencia. Pero Eleazar le dice -más que decírselo, se lo indica con un gesto- que se acerque. Lázaro se acerca mientras Jesús saluda a los dos, que lo reverencian inclinándose profundamente.

-Maestro, escucha, y tú también, Lázaro. En cuanto ha corrido la noticia de tu llegada y de que estás aquí, el Sanedrín se ha reunido en casa de Caifás. Todo lo que se hace es un abuso... Y ha decidido... ¡No te hagas falsas ilusiones, Maestro! ¡Vigila, Lázaro! Que no os seduzca la falsa calma, la aparente somnolencia del Sanedrín. Es una simulación, Maestro; una simulación para atraerte hacia ellos y apresarte sin que la muchedumbre se altere y se prepare a defenderte. Tu suerte está signada y el decreto no se cambia. Puede ser mañana o dentro de un año, pero se cumplirá. El Sanedrín no olvida nunca sus venganzas. Espera, sabe esperar la ocasión propicia, ¡pero luego!... Y también tú, Lázaro. Quieren quitarte de en medio, apresarte, eliminarte, porque por causa tuya demasiados los abandonan para seguir al Maestro. Tú -lo has dicho con exactas palabras- eres el testimonio de su poder. Y quieren destruir ese testimonio. Las muchedumbres pronto olvidan. Ellos eso lo saben. Una vez desaparecidos tú y el Rabí, se apagarán muchos ardores.

-¡No, Eleazar! ¡Arderán con viva llama! - dice Jesús.

-¡Oh, Maestro! ¿Pero... qué... si Tú estás muerto?: ¿de qué nos servirá el que la fe en ti -admitámoslo- se alce con viva llama, si Tú estás apagado? Yo esperaba tan sólo poder decirte algo alegre y hacerte una invitación: mi esposa pronto dará a luz al hijo que tu justicia ha hecho florecer poniendo de nuevo la paz entre dos corazones en tempestad. Nacerá para Pentecostés. Quisiera decirte que vinieras a bendecirlo. Si entras bajo mi techo, toda calamidad quedará para siempre alejada de mi hogar - dice el fariseo Juan.

-Te doy ya desde ahora mi bendición...

-¡Entonces es que no quieres venir a mi casa! ¡No me crees leal! ¡Lo soy, Maestro! ¡Dios me ve!

-Lo sé. Es que... para Pentecostés ya no estaré entre vosotros.

-Pero el niño nacerá en la casa que tengo en el campo...

-Ya lo sé. Pero Yo ya no estaré. No obstante, tú, tu esposa, el que nacerá y los hijos que ya tienes tenéis mi bendición. Os doy las gracias por haber venido. Ahora marchaos. Guíalos por el sendero hasta más allá de la casa de Simón. Que no los vean... Yo vuelvo a casa. La paz a vosotros...

## 586

## El sábado anterior a la entrada en Jerusalén. La cena en Betania. Judas de Keriot ha decidido.

La cena ha sido preparada en esa sala enteramente blanca en que Jesús habló con las discípulas. Y todo es esplendor de blanco y plata, en el que ponen una pincelada menos nívea y fría unos haces de ramas de manzano o peral, o de otro árbol frutal, cándidos come la nieve pero con un levísimo toque de color rosa; tan leve, que hace pensar en la nieve acariciada por un beso de lejana aurora: sobresalen, enhiestos, de jarrones abombados o de estrechas ánforas de plata, y están colocados en las mesas y sobre las arcas y aparadores que hay junto a las paredes de la sala. Las flores esparcen por toda la sala el típico olor de flores de árbol frutal, un olor fresco, amargoso, de primavera pura...

Lázaro entra en la sala al lado de Jesús. Detrás, de dos en dos o en grupos más nutridos, los apóstoles. Por último, las dos hermanas de Lázaro con Maximino. No veo a las discípulas. Tampoco a María. Quizás han preferido quedarse en la casa de Simón con la Madre afligida. El día se encamina hacia el crepúsculo. Pero un vestigio de sol incide aún en la copa susurradora de algunas palmas que se alzan agrupadas a pocos metros de la sala, y en la cima de un gigantesco laurel en cuyas frondas pugnan los pardales antes de entregarse al descanso. Y más allá de las palmas y del laurel, más allá de los setos de rosas y de jazmines, más allá de los cuadros de muguetes y de otras flores y pequeñas plantas aromáticas, más allá de todo ello, se ve la blanca extensión de un grupo tardío de manzanos o perales del huerto, moteada del verde tierno de sus primeras hojas: parece una nube apresada entre las ramas.

Jesús, al pasar cerca de un ánfora llena de ramas, observa:

-Tenían ya los primeros pequeños frutos. ¡Fíjate! Arriba hay flores y más abajo se ha caído ya la flor y se está agrandando el ovario.

-Ha sido María la que ha querido cogerlas. Ha llevado también otros haces como éstos a tu Madre. Se ha levantado con el alba, creo, por miedo a que un día más de sol consumiera estas frágiles corolas. Yo, hace poco, he tenido noticia de este estrago. Pero no he sentido el rechazo que sintieron los criados agricultores; al contrario, he pensado que era justo ofrecerte todas las bellezas de la Creación a ti, Rey de todas las cosas.

Jesús se sienta en su sitio sonriendo, y mira a María, la cual, junto con su hermana, se apresta a servir cual si fuera una criada, y acerca los cuencos de la purificación y los paños para secarse, y luego echa vino en las copas y pone sobre la mesa las bandejas con la comida, a medida que los criados las van trayendo de las cocinas o las acercan después de haber trinchado en los aparadores.

Naturalmente, si bien las dos hermanas sirven con cortesía a todos los comensales, su esmero se concentra especialmente en sus dos comensales predilectísimos: Jesús y Lázaro.

En un momento dado de la cena, Pedro, que come con satisfacción, observa: -¡Fíjate! ¡Me doy cuenta ahora! Los platos son todos como es usanza en Galilea... Me da la impresión como de... ¡Sí, claro!... Es como estar en un banquete de boda. Pero aquí no falta el vino como faltó en Caná.

María sonríe mientras le llena de vino al apóstol de nuevo la copa, un vino ambarino limpísimo. Pero no habla.

Es también esta vez Lázaro el que explica:

-Efectivamente, éste ha sido el pensamiento de mis hermanas, especialmente de María: ofrecer una cena en que el Maestro tuviera la impresión de estar en su Galilea, sin duda mejor, mucho mejor, que estos lugares, aunque también imperfecta...

-Pero para hacerle pensar esto se habría requerido la presencia de María en esta mesa. En Caná estaba. Por Ella se produjo el milagro - observa Santiago de Alfeo.

-¡Aquél debió ser un gran vino!

-El vino es símbolo de alegría y debería serlo también de fecundidad, porque el vino es jugo de la fecunda vid. Pero no veo que haya fecundado mucho porque Susana no tiene hijos - dice Judas Iscariote

-¡Vaya que si era un gran vino! Nos fecundó en el espíritu... – dice Juan, con un cierto aspecto soñador, como siempre cuando contempla en su interior los milagros obrados por Dios. Y termina:

-Por una virgen fue hecho... y sobre el que lo probó descendió un influjo de pureza.

-¿Pero tú crees que Susana es virgen? - pregunta, riéndose, Judas Iscariote.

-No he dicho eso. Virgen es la Madre del Señor. Virginidad emana todo lo que por Ella se ha llevado a cabo. Yo siempre pienso lo virginizadoras que son todas las cosas que se hacen a través de María... - y sueña de nuevo, sonriendo ante quién sabe qué visión.

-¡Dichoso ese muchacho! Creo que ahora ni se acuerda del mundo. Observadlo - dice Pedro señalando a Juan, que, echado en su triclinio, mueve absorto unos pedacitos de pan olvidándose de comer.

También Jesús se inclina un poco para mirar a Juan, que está en una esquina de uno de los lados de la mesa dispuesta en forma de U (por tanto, un poco detrás del Señor, a espaldas de Él, que a su vez está en el medio del lado central y que tiene a su primo Santiago a 1a izquierda y a Lázaro a la derecha). Después de Lázaro están el Zelote y Maximino, como después de Santiago el otro Santiago y Pedro. Juan está entre Andrés y Bartolomé, y después Tomás, que tiene enfrente a Judas, a Felipe, a Mateo y a Judas Tadeo, el cual está justo en la esquina donde la larga mesa central empieza.

María de Lázaro sale de la estancia mientras Marta pone en la mesa unas bandejas colmadas de higos nuevos, de verdes tallos de hinojo, de frescas almendras peladas, y fresones o frambuesas, no lo sé, que parecen aún más rojos estando en medio de esas pálidas esmeraldas de los hinojos y de los higos, y del color lácteo de las almendras; y bandejas colmadas de pequeños melones u otro fruto similar -a mí me recuerdan a los melones verdes de la baja Italia- y de doradas naranjas.

-¿Ya estas frutas? En ningún lugar he visto estas frutas ya maduras - dice Pedro abriendo desorbitadamente los ojos y señalando a las fresas y los melones.

-Han venido, en parte, de las riberas de más allá de Gaza, donde tengo un huerto de estos productos, y, otra parte, de las terrazas solaneras que tengo encima de la casa, los invernaderos de las plantas más delicadas, las que hay que proteger del frío intenso. Me enseñó su uso un amigo romano... Fue lo único bueno que me enseñó...

Lázaro se entristece. Marta suspira... Pero Lázaro, enseguida, vuelve a ser ese perfecto huésped que no da tristeza a sus invitados.

-Es muy usual en las quintas de Baya y Siracusa, y a lo largo del arco de Síbaris, el cultivar estas delicias con este método para tenerlas precozmente. Con las naranjas libias coméis los últimos frutos, con los melones de Egipto que han crecido en las solanas, y con estos frutos latinos, coméis los primeros; y coméis almendras blancas de nuestra patria y tiernas habas y digestivos tallos que saben a anises... Marta, ¿has pensado en el niño?

-He pensado en todos. María se ha conmovido al recordar Egipto...

-Tenías algunas de estas plantas en aquel pobre huerto. En los períodos de calor sofocante era una fiesta sumergir los melones en el pozo del vecino, un pozo hondo y fresco, y comerlos al atardecer... Me acuerdo... Y tenía una cabrita golosa a la que había que vigilar, porque le gustaban mucho las plantas y frutos tiernos...

Jesús, que estaba hablando con la cabeza un poco agachada, alza la cara y mira a las palmas, susurradoras con el viento del atardecer:

-Cuando veo esas palmas... siempre que veo las palmas, veo de nuevo Egipto, esa tierra suya amarilla y arenosa que el viento tan fácilmente movía... y a lo lejos vibraban las pirámides en el aire enrarecido... y veo los altos tallos de las palmas... y veo la casa donde... Pero es inútil evocar. Cada momento tiene su afán... y con su afán su alegría... Lázaro, ¿te importaría darme algunos frutos de éstos? Quisiera llevárselos a María y Matías. No creo que Juana los tenga.

-No los tiene. Ayer lo decía, proponiéndose plantarlos en Béter mandando construir las solanas. Pero no te los doy ahora. He cogido todos los que tenía y durante algunos días faltarán los frutos maduros. Te los mandaré; o, si no, manda a alguno por ellos antes del viernes. Prepararemos un bonito cesto para esos niños. ¿Verdad, Marta?

-Sí, hermano mío. Y meteremos también esos pequeños lirios de los valles que a Juana tanto le gustan.

Regresa María Magdalena. Trae en las manos un recipiente de cuello estrecho y terminado en un piquito, elegante como el cuello de un ave. El alabastro es de un precioso color amarillo-rosado, como la carne de ciertas rubias.

Los apóstoles la miran, quizás pensando que trae alguna gollería rara. Pero María no va al centro, a donde está su hermana, al interior de la U que forman las mesas. No. Pasa por detrás de los triclinios y va a colocarse entre el de Jesús y Lázaro y el de los dos Santiagos. Destapa el recipiente de alabastro y pone la mano debajo del pico y recoge algunas gotas de un líquido de aspecto filamentoso que sale lentamente del esenciero abierto. Un penetrante olor de tuberosas y de otras esencias, un perfume intenso y exquisito, se esparce por la sala. Pero María no se siente satisfecha con eso poco que sale. Se agacha y rompe con un golpe seguro el cuello del esenciero contra el ángulo del triclinio de Jesús. El estrecho cuello cae al piso esparciendo sobre los mármoles del suelo gotas perfumadas. Ahora el recipiente tiene una amplia boca y la exuberancia del ungüento fluye en densos hilos.

María se pone detrás de Jesús y extiende sobre la cabeza de Él el espeso óleo; unta todos los bucles de los cabellos de Jesús, los extiende y luego los ordena con un peine que se quita de sus propios cabellos, y repeina la cabeza adorada. La cabeza rubio-rosada de Jesús resplandece como oro viejo brillantísimo después de esta unción. La luz de la lámpara que los criados han encendido se refleja en la cabeza rubia de Cristo como en un casco de un bronce cobreño hermosísimo. El perfume es

embriagador. Penetra en las fosas nasales, sube a la cabeza; tan penetrante es, esparcido de esa manera, sin medida, que casi irrita como polvo estornutatorio.

Lázaro, que tiene la cabeza vuelta hacia atrás, sonríe al ver con qué esmero María unge y peina los bucles de Jesús, para que su cabeza, después de la olorosa fricción, se vea ordenada, mientras que no se preocupa de que sus propios cabellos, no sujetos ya por el ancho peine que ayudaba a las horquillas en su función, estén descendiendo cada vez más por el cuello y ya estén próximos a soltarse del todo y caer sobre los hombros. También Marta mira y sonríe. Los demás hablan entre sí, en voz baja y con distintas expresiones de sus caras.

Pero María no está satisfecha todavía. Hay todavía mucho ungüento en el esenciero roto, y los cabellos de Jesús, a pesar de ser tupidos, están ya saturados. Entonces María repite el gesto de amor de un atardecer ya lejano. Se arrodilla a los pies del triclinio, suelta las hebillas de las sandalias de Jesús y le descalza los pies; luego, hundiendo los largos dedos de su bellísima mano en el recipiente, saca toda la cantidad que puede de ungüento, y lo extiende, lo distribuye sobre los pies desnudos, dedo por dedo; luego en la planta y el calcañar; y, más arriba, en el tobillo, que ha descubierto retirando la túnica de lino; por último, sobre el empeine de los pies, y se detiene allí, en los metatarsos, en el lugar por donde entrarán los clavos tremendos, e insiste hasta que ya no encuentra bálsamo en el hueco del recipiente. Entonces rompe el esenciero contra el suelo, y, libres ya las manos, se saca las gruesas horquillas, se suelta rápidamente las pesadas trenzas, y quita con esa madeja de oro viva, suave, fluyente, de los pies de Jesús, que gotean bálsamo, lo que sobra de la unción.

Judas alza su voz. Hasta este momento había guardado silencio, observando con mirada impura de lujuria y de envidia a la hermosísima mujer y al Maestro, cuya cabeza y cuyos pies estaban siendo ungidos por ella. Es la única voz de abierto reproche*;* los otros, no todos, pero sí algunos, habían susurrado algo o habían expresado algún gesto de sorprendida, aunque tímida, desaprobación. Pero Judas, que incluso se había puesto en pie para ver mejor la unción derramada sobre los pies de Cristo, dice con desaire: -¡Qué inútil y pagano derroche! ¿Qué necesidad había de hacerlo? ¡Y luego no queremos que los Jefes del Sanedrín murmuren que hay pecado! Éstos son gestos propios de una cortesana lasciva y desdicen, mujer, de la nueva vida que llevas. ¡Demasiado recuerdan tu pasado!

El insulto es de tal naturaleza, que todos se quedan atónitos; es tal, que todos se agitan (unos se sientan en los triclinios, otros se ponen bruscamente en pie, todos miran a Judas como a uno que, al improviso, se hubiera vuelto loco).

Marta se pone roja. Lázaro se pone en pie como movido por un resorte y pega un puñetazo en la mesa, y dice:

-¡En mi casa...! - pero luego mira a Jesús y se contiene.

-Sí. ¿Me miráis? Todos habéis murmurado en vuestro corazón. Pero ahora, por haberme hecho eco vuestro y haber dicho abiertamente lo que pensabais, sin titubear os oponéis a mí. Repito lo que he dicho. No quiero, ciertamente, decir que María sea la amante del Maestro. Pero sí digo que ciertos actos no sintonizan ni con Él ni con ella. Es una acción imprudente. Y también injusta. Sí. ¿Por qué este derroche? Si ella quería destruir los recuerdos de su pasado, hubiera podido darme a mí ese esenciero y ese ungüento. ¡Era al menos una libra de nardo puro! Y de gran valor. Yo lo habría vendido por lo menos por trescientos denarios. Un nardo de ese valor ahora se cotiza a ese precio. Y hubiera podido vender el recipiente, que era hermoso y de valor. Habría dado a los pobres, que nos asedian, esos denarios. Nunca son suficientes. Y mañana en Jerusalén no se contarán los que pidan una limosna.

-¡Eso es verdad! - asienten los otros - Hubieras podido usar un poco para el Maestro y lo demás...

María de Magdala... como si estuviera sorda. Sigue enjugando los pies de Cristo con sus cabellos sueltos, que también ahora están espesos en la parte de abajo por el ungüento, y están más oscuros que en la parte alta de la cabeza. Los pies de Jesús están lisos y suaves, de un color de marfil viejo, como si estuvieran cubiertos por una epidermis nueva. María calza las sandalias a Cristo y besa los dos pies antes y después de haberlos calzado, sorda ante cualquier otra cosa que no sea su amor por Jesús.

Y Jesús la defiende, poniéndole una mano sobre la cabeza, que tiene agachada para el último beso, y diciendo:

-Dejadla. ¿Por qué la apenáis y la molestáis? No sabéis lo que ha hecho. María ha cumplido conmigo una acción obligada y buena. Pobres siempre tendréis entre vosotros. Yo estoy para marcharme. A ellos los tendréis siempre, pero a mí pronto ya no me tendréis. A los pobres podréis siempre darles una limosna. A mí, dentro de poco, al Hijo del hombre entre los hombres, no será posible ya dar honor alguno, por voluntad de hombres y porque la hora ha llegado. El amor, a ella, le es luz; ella siente que estoy para morir y ha querido anticiparle a mi cuerpo las unciones para la sepultura. En verdad os digo que en cualquier parte que se predique la Buena Nueva será recordado este acto suyo de amor profético. En todo el mundo. Durante todos los siglos. ¡Pluguiera a Dios hacer de cada una de las criaturas otra María, que no calcula precios, que no abriga apegos, que no guarda el más mínimo recuerdo del pasado, sino que destruye y pisotea todo lo relativo a la carne y al mundo, y se quebranta y se difunde como ha hecho con el nardo y el alabastro, sobre su Señor y por amor a Él! No llores, María. En esta hora te repito las palabras que dije a Simón el fariseo y a tu hermana Marta: "Todo te queda perdonado porque has sabido amar *totalmente".* "Tú has elegido la parte mejor. Y no te será arrebatada". Ve en paz, dulce oveja mía hallada. Ve en paz. Los pastos del amor serán tu alimento por toda la eternidad. Álzate. Besa también estas manos mías que te han absuelto y bendecido... ¡A cuántos han absuelto, bendecido, curado, favorecido estas manos mías! Y, no obstante, os digo que ese pueblo al que he favorecido está preparando la tortura para estas manos...

Se produce un denso silencio en el denso aire del intenso perfume. María, pendiéndole los sueltos cabellos sobre los hombros como manto y sobre el rostro como velo, besa la derecha, que Jesús le ofrecido, y no sabe apartar de esa mano sus labios...

Marta, emocionada, se acerca a María y le recoge los cabellos sueltos, los trenza luego acariciándola y extendiéndole el llanto sobre las mejillas intentando secarlo...

Ninguno tiene ya ganas de seguir comiendo... Las palabras de Cristo ponen pensativos a los presentes.

El primero en levantarse es Judas de Alfeo. Pide permiso para retirarse. Santiago, su hermano, hace lo mismo, y lo mismo hacen Andrés y Juan. Se quedan los otros, pero ya en pie, en la operación de purificarse las manos en las palanganas de plata que les ofrecen los criados. María y Marta hacen lo mismo con el Maestro y Lázaro.

Entra un doméstico y se inclina hacia Maximino para decirle algo.

-Maestro - dice éste después de haber escuchado - hay una serie de personas que desearían verte. Dicen que vienen de lejos. ¿Qué hacemos?

Jesús llama a Felipe, a Santiago de Zebedeo y a Tomás y ordena:

-Id, evangelizad, curad. Id en mi nombre. Anunciad que mañana subiré al Templo.

-¿Convendrá decir esto, Señor? - pregunta Simón Zelote.

-Es inútil callarlo porque ya lo han dicho en la Ciudad Santa, más bocas de enemigos que de amigos. ¡Id!

-¡Mmm! Se comprende que los amigos lo sepan... Pero los amigos no traicionan. Lo que no comprendo es cómo pueden saberlo los otros.

-Entre los muchos amigos siempre hay algún enemigo, Simón de Jonás. Demasiados son ya... los amigos, y con demasiada facilidad son recibidos como tales. ¡Cuando pienso en lo que tuve que rogar y esperar yo!... Pero eran los primeros tiempos y había cautela. Luego los triunfos deslumbraron y se dejó de tener cautela. Y fue un error. Pero eso les sucede a todos los vencedores. Las victorias empañan la limpieza de visión y debilitan la prudencia de actuación. Naturalmente me estoy refiriendo a nosotros, discípulos. No estoy hablando del Maestro, que es perfecto. ¡Si hubiéramos seguido siendo nosotros doce, no deberíamos acongojarnos por temer traiciones! - miente descaradamente Judas de Keriot.

Es indescriptible la mirada que Cristo pone en el apóstol traidor. Una mirada que expresa una llamada y dolor infinitos. Pero Judas no la recoge. Pasando por delante de la mesa, se dispone a salir... Jesús lo sigue con la mirada y, en el momento justo en que lo ve que está saliendo, le pregunta:

-¿A dónde vas?

-Afuera... - responde evasivamente Judas.

-¿Fuera de esta sala o fuera de esta casa?

-Afuera... Sin más... Para andar un poco.

-No vayas, Judas. Quédate aquí conmigo, con nosotros...

-Se han marchado tus hermanos y Juan con Andrés. ¿Por qué yo no?

-Tú no vas al descanso como ellos...

Judas no responde, sino que, testarudamente, sale. Las palabras han callado en la sala. Los huéspedes y los cuatro apóstoles que quedan -Pedro, Simón, Mateo y Bartolomé- se miran.

Jesús mira afuera. Se ha levantado y ha ido a una ventana para seguir los movimientos de Judas. Cuando lo ve salir de la casa con el manto ya puesto, y encaminarse hacia la cancilla que desde aquí no se ve, lo llama con fuerte voz:

-¡Judas! Espérame. Tengo que decirte una cosa - y aparta delicadamente a Lázaro, quien, intuyendo el dolor de su Maestro, había rodeado su cintura con un brazo; y sale de la estancia y alcanza a Judas, que había seguido andando, aunque más lento.

Lo alcanza a un tercio largo de la distancia que hay entre la casa y la cerca del jardín, en una pequeña espesura de árboles de gruesas hojas; árboles que parecen de cerámica verde oscura, tachonada de pequeñas flores reunidas en ramilletes (y cada flor es una crucecita con pétalos gruesos, como si estuvieran hechos de una cera apenas enmarillecida, de intenso perfume). No sé su nombre. Lo lleva detrás de la espesura y, agarrando todavía con su mano el antebrazo de Judas, le pregunta de nuevo:

-¿A dónde vas, Judas? ¡Te lo ruego, quédate aquí!

-¿Por qué me lo preguntas, Tú que sabes todo? ¿Qué necesidad tienes de preguntar, Tú que lees el corazón de los hombres? Sabes que voy donde mis amigos. No me concedes ir. Ellos solicitan mi presencia. Yo voy.

-¡Tus amigos! ¡Tu perdición has de decir! Vas a la perdición. Vas donde tus verdaderos asesinos. ¡No vayas, Judas! ¡No vayas! A cometer un delito vas... Tú...

-¡Ah! ¡¿Tienes miedo?! ¡¿Por fin tienes miedo?! ¡Por fin te sientes hombre, nada más que un hombre! Porque sólo el hombre tiene miedo de la muerte. Dios sabe que no puede morir. Si te sintieras Dios, sabrías que no podrías morir y no tendrías miedo. Porque Tú, ahora, ahora que sientes próxima tu muerte, tienes ese miedo que es común a todos los hombres, y tratas, con todos los medios, de alejarlo, y ves en todas partes y en todas las cosas un peligro. ¿Dónde está tu maravillosa audacia? ¿Dónde, esas firmes declaraciones de estar contento, sediento, de llevar a cabo el Sacrificio? ¡De eso no tienes en tu corazón ni un vestigio! Pensabas que esta hora no iba a llegar nunca, y entonces te mostrabas fuerte, generoso, y decías frases solemnes. ¡Venga ya! ¡No te quedas corto respecto a los que tachas de hipócritas! Nos has halagado y traicionado. ¡Y nosotros que habíamos dejado todo por ti! ¡Nosotros que somos odiados por causa tuya! Tú eres la causa de nuestra perdición...

-Bueno, basta. ¡Ve! ¡Ve! No han pasado muchas horas desde que me has dicho: "Ayúdame a quedarme. ¡Defiéndeme!". Lo he hecho. ¿De qué ha servido? Dime una última cosa. Reflexiona antes de decirla. ¿Es ésta tu pura voluntad? ¿La de ir donde tus amigos, la de preferirlos a mí?

-Sí. Es ésta. No necesito reflexionar, *porque ya hace tiempo que no tengo otra voluntad.*

-Pues ve entonces. Dios no fuerza la voluntad del hombre - y Jesús le vuelve la espalda y regresa lentamente hacia la casa. Cuando está cerca de la casa, alza la cabeza atraído por la mirada que Lázaro, en pie, erguido en el sitio de antes, tiene clavada en Él. Y bien pálido está ese rostro que se esfuerza en sonreír al amigo fiel. Vuelve a la sala en que los cuatro apóstoles están hablando con Maximino mientras Marta y María dirigen el trabajo de los criados, que ponen en orden la sala, recogen la vajilla y mantelería usados en el banquete.

Lázaro ha ido a la puerta y ha ceñido de nuevo la cintura de Jesús. Ahora, al pasar junto a un criado, le dice:

-Tráeme ese rollo que está en la mesa de mi habitación de trabajo.

Lleva a Jesús a uno de los amplios asientos que hay en la encajadura de las ventanas, para que se siente. Pero Jesús permanece en pie, esforzándose en prestar atención a todo lo que le dice Lázaro... pero es visible que su pensamiento está en otro lugar, y que su corazón está muy afligido, a pesar de que, cuando se da cuenta de que los apóstoles lo están observando, sonría para disipar la sospecha que hay en el corazón de los que se han acercado y puesto en torno a Él y ahora se susurran palabras y se entienden con las miradas señalando al Maestro.

El criado vuelve con el rollo. Pedro, visto que esos pergaminos contienen cosas más elevadas de lo que su cabeza puede entender, se retira diciendo:

-Los peces no pican con ciertas comidas. Es mejor hablar con Maximino de plantas y cultivos.

Marta continúa su trabajo. María, aun guardando silencio, participa en lo que expone Lázaro, quien señala al Maestro algunos puntos escritos en esos pergaminos diciendo:

-¿No posee una clarividencia singular este pagano? Más que muchos de los nuestros. Quizás... si hubiera estado aquí, mientras Tú eres el Maestro nuestro, habría sido de tus discípulos, y uno de los mejores. Y te habría comprendido como muchos de los nuestros no saben hacer. Y ¿qué poema habría extraído de su genio la admiración por ti! ¡Oh, tus palabras recogidas y conservadas por un espíritu que es luminoso a pesar de ser de pagano! ¡Tu vida descrita por este intelecto abierto y transparente! Nosotros no tenemos ya escritores y poetas. Tú has nacido tarde. Cuando el egoísmo de la vida y la corrupción religioso-social han extinguido en nosotros la poesía y el genio. No ha encontrado eco en la voz viva de un seguidor tuyo lo que escribieron de ti nuestros sabios y profetas sin conocerte. Tus predilectos y tus fieles son, en su mayor parte, personas sin instrucción. Y los otros... No. No tenemos ya ningún soelet *(los hebreos -anota MV en una copia mecanografiada- llamaban soelet a los que hablaban en las asambleas. Los libros sapienciales están compuestos por las palabras de los soelets recogidas en los rollos de la Escritura)* que transmita a las gentes tu sabiduría y tu figura. Ya no los tenemos, porque faltan, más que la capacidad para hacerlo, el espíritu y la voluntad. La parte más selecta de Israel tiene voz sorda, como la de una trompeta averiada, y no sabe ya cantar las glorias y maravillas de Dios. Mi miedo es que todo se pierda o quede alterado, parte por incapacidad, parte por mala voluntad...

-No sucederá. El Espíritu del Señor, cuando haya establecido su morada en el interior de los corazones, repetirá mis palabras y explicará el significado de ellas. Es el Espíritu de Dios el que habla por los labios del Cristo. Luego... Luego hablará directamente a los espíritus y recordará mis palabras.

-¡Oh, si esto fuera pronto! Pronto porque tus palabras son muy poco escuchadas y menos comprendidas. Yo creo que el rugido del Espíritu Santo será violento como dilatado fuego para esculpir en las mentes, con la violencia, aquello que no quisieron acoger por ser dulce y suave. Yo creo que el llameante Espíritu consumirá con sus llamas las tibias o tardas conciencias y escribirá en ellas tus palabras. El mundo deberá amarte. ¡El Altísimo lo quiere! ¿Pero cuándo será? - dice la Magdalena con su ímpetu habitual.

-Cuando Yo me haya inmolado en el Sacrificio del amor. Entonces el Amor vendrá. Será como la hermosa llama que se alce de la Víctima inmolada. Y esta llama no se apagará, porque no cesará el Sacrificio. Una vez establecido, durará todo el tiempo que dure la Tierra.

-Pero entonces... ¿Tú, para que eso sucediera, deberías verdaderamente ser inmolado?

-Así es - Jesús tiene ese gesto suyo usual de adhesión al propio destino. Abre los brazos con las manos vueltas hacia afuera e inclina la cabeza. Luego la alza de nuevo para sonreír a Lázaro, que está afligido, y dice:

-Pero no será violenta como un rugido la voz inmaterial del Espíritu de Amor, sino que será dulce como el amor, que es suave como viento de Nisán aunque fuerte como la muerte. ¡El inefable ministerio del Amor! El complemento, el coronamiento de mi ministerio. La perfección de mi ministerio de Maestro... Yo no tengo miedo, como tú lo tienes, a que se pierda algo de lo que he dado. Es más, en verdad te digo que serán proyectados rayos de luz sobre mis palabras y veréis el espíritu de ellas. Yo me voy serenamente, porque confío mi doctrina al Espíritu Santo y mi espíritu al Padre mío.

Inclina la cabeza pensando. Luego, dejado el rollo que ha originado la conversación en una especie de alto aparador o arca de ébano, o de otra madera oscura cuajada de incrustaciones de marfil amarillento, que ha sido traído de la habitación de al lado por cuatro criados y en el cual Marta está ordenando la disposición de las piezas de vajilla más preciosas, dice:

-Lázaro, ven afuera. ¡Necesito hablarte!

-Enseguida, Señor - y Lázaro se alza del asiento en que estaba sentado y sigue a Jesús al jardín que ya se cubre de sombras (pues en el cielo está muriendo la última luz del día y aún demasiado tenue es el primer claror lunar, que apenas se manifiesta).

## 587

## El adiós a Lázaro

Jesús está en Betania. Declina la tarde. Un plácido atardecer de Abril. Por las amplias ventanas de la sala del banquete se ve el jardín de Lázaro, todo florido; más allá, el pomar, que parece toda una nube de pétalos ligeros. Un perfume de verdor

nuevo, de un dulce amargo de flores de fruta, de rosas y otras flores, se mezcla -entrando con la serena brisa del atardecer que hace ondear levemente las cortinas extendidas en los vanos de las puertas, y temblar las luces de la lámpara del centro- con un penetrante perfume de tuberosas, muguetes, jazmines, mezclados en una esencia singular, recuerdo del bálsamo con que María de Magdala ha perfumado a su Jesús, que tiene todavía el pelo más oscuro a causa de la unción.

En la sala están todavía Simón, Pedro, Mateo y Bartolomé. Los otros faltan, como si ya hubieran salido para distintas gestiones. Jesús se ha levantado de la mesa y, está observando un rollo de pergamino que Lázaro le ha mostrado. María de Magdala va de acá para allá por la sala... parece una mariposa atraída por la luz. Lo único que sabe hacer es girar en torno a su Jesús. Marta tiene cuidado de los criados, que están recogiendo las espléndidas piezas de la preciosa vajilla distribuida sobre la mesa.

Jesús pone el rollo en un alto aparador que tiene incrustaciones de marfil en su negra madera brillante, y dice:

-Lázaro, ven afuera. Necesito hablar contigo.

-Enseguida, Señor - y Lázaro se levanta de su asiento, que está cerca de la ventana, y sigue a Jesús al jardín, donde la última luz del día se mezcla con el primer clarísimo claror de Luna.

Jesús camina, dirigiéndose más allá del jardín, al lugar donde está el sepulcro que fue de Lázaro y que ahora exhibe una orladura grande de rosas, todas florecidas, en la boca vacía. Encima de ésta, en la roca levemente inclinada, está esculpido: "¡Lázaro, sal afuera!"

Jesús se para allí. La casa, oculta por árboles y setos, ya no ve. Hay absoluto silencio y absoluta soledad.

-Lázaro, amigo mío - pregunta Jesús, permaneciendo en pie frente a su amigo, mirándolo fijamente, con un atisbo de sonrisa en su cara, muy enflaquecida y más pálida de lo habitual.

-Lázaro, amigo mío, ¿tú sabes quién soy Yo?

-¿Tú? ¡Pues eres Jesús de Nazaret, mi dulce Jesús, mi santo Jesús, mi poderoso Jesús!

-Estas cosas para ti. Pero, para el mundo, ¿quién soy Yo?

-Eres el Mesías de Israel.

-¿Más...?

-Eres el Prometido, el Esperado... Pero ¿por qué me preguntas esto? ¿Dudas de mi fe?

-No, Lázaro. Pero quiero confiarte una verdad. Nadie, aparte de mi Madre y uno de los míos, la sabe. Mi Madre, porque Ella no ignora nada. Uno, porque es copartícipe en esta cosa. A los otros se la dicho muchísimas veces en estos tres años que llevan conmigo. Pero su amor ha hecho de bebida olvidadiza y escudo ante la verdad anunciada. No han podido comprender todo... Y es bueno que no hayan comprendido; en caso contrario, para impedir un delito habrían cometido otro inútil. Porque lo que debe suceder sucedería, por encima de cualquier homicidio. Pero a ti quiero decírtela.

-¿Dudas de que te ame como ellos? ¿De qué delito hablas? ¿Qué delito *debe* suceder ¡Habla, en nombre de Dios!

Lázaro está agitado.

-Hablo, sí. No dudo de tu amor. Dudo tan poco de él, que a tu amor le confío y desvelo mis deseos...

-¡Oh, mi Jesús! ¡Esto lo hace quien está próximo a la muerte! lo hice cuando comprendí que no venías y debía morir.

-Y Yo debo morir.

-¡Nooo! - y otro gemido de Lázaro.

-No grites. Que nadie oiga. Necesito hablarte a ti a solas. Lázaro, amigo mío, ¿tú sabes lo que está sucediendo en este momento en que estás conmigo, en la amistad fiel que me diste desde el primer momento y que nunca por ningún motivo fue alterada? Un hombre, junto con otros hombres, está contratando el precio del Cordero. ¿Sabes qué nombre tiene ese Cordero? Su nombre es Jesús de Nazaret.

-¡Nooo! Hay enemigos, es verdad. ¡Pero no puede uno venderte! ¿Quién? ¿Quién es?

-Es uno de los míos. Sólo podía ser uno de aquellos a quienes más fuertemente he desencantado, y que, cansado de esperar, quiere librarse de Aquel que ya no es más que un peligro personal. Cree, según su pensamiento, reconstruirse una estima ante los grandes del mundo. Sin embargo, será despreciado por el mundo de los buenos y de los perversos. Ha llegado a este cansancio de mí, de la espera de aquello que, con todos los medios, ha tratado de alcanzar: la grandeza humana. La persiguió primero en el Templo, creyó alcanzarla con el Rey de Israel, y ahora la busca nuevamente, en el Templo y con los romanos... Lo espera... Pero Roma, si bien sabe premiar a sus siervos fieles... sabe también pisotear bajo su desprecio a los viles acusadores. Él está cansado de mí, de la espera, de la carga que significa el ser bueno. Para el malvado, ser, *tener que fingir que se es bueno,* es una carga de un peso aplastante. Se puede sostener durante un tiempo... pero luego... ya no se puede más... y la persona se libra de ella para volver a ser libre. ¿Libre? Eso creen los malvados. Eso cree él. Pero eso no es libertad. *Ser de Dios es libertad.* Estar contra Dios es una cautividad de grilletes y cadenas, de pesos y azotes, como ningún galeote de remo, como ningún esclavo de construcciones, soporta bajo el azote del cómitre.

-¿Quién es? Dímelo. ¿Quién es?

-No es necesario.

-Sí que es necesario... ¡Ah!... Sólo puede ser él: el hombre que ha sido siempre una mancha en tu grey, el hombre que incluso hace poco ha ofendido a mi hermana. ¡Es Judas de Keriot!

-No. Es Satanás. Dios ha tomado carne en mí: Jesús. Satanás ha tomado carne en él: Judas de Keriot. *(Es decir, se ha encarnado, debe ser entendido aquí no en sentido fisiológico (como en la expresión: Dios-Verbo se encarnó en el seno de la Virgen María), sino en el sentido figurado de concretarse, personificarse. En este sentido no es errado decir que Dios se encarnó en Jesús y que Satanás se encarnó en Judas de Keriot. El mismo significado tendrán, en 600.32, las análogas expresiones de Jesús respecto a Judas, definido uno que está anulado en Satanás, el cual se ha encarnado en su carne mortal; mientras el demonio mismo había declarado, en 420.6, que quería regenerarse en Judas)* Un día... muy lejano... aquí, En este jardín tuyo, consolé un llanto y disculpé a un espíritu que había caído en el fango. Dije que la posesión es el contagio de Satanás que inocula sus

extractos en el ser y lo desnaturaliza. Dije que es connubio de un espíritu con Satanás y con la animalidad. Pero la posesión es todavía poca cosa respecto a la encarnación. Yo seré poseído por mis santos y ellos lo serán por Mí. *(Porque los santos, los justos - anota MV en una copia mecanografiada - teniendo en sí la caridad heroica, tienen a Dios en ellos y, al mismo tiempo, Dios-Jesús los posee porque ellos son enteramente de Él)* Pero sólo en Jesucristo está Dios como está en el Cielo, porque Yo soy el Dios hecho Carne. Única es la Encarnación divina. De la misma forma, en uno solo estará Satanás, Lucifer, tal y como está en su reino, porque sólo en el asesino del Hijo de Dios está Satanás encarnado. Él, mientras te hablo aquí, está ante el Sanedrín tratando y comprometiéndose para mi muerte. Pero no es él: es Satanás. Ahora escucha, Lázaro, amigo fiel: Yo te pido algunos favores. Nunca me has negado nada. Tu amor ha sido tan grande, que, sin sobrepasar nunca el respeto, ha estado siempre activo a mi lado, con mil ayudas, con muchas prudentes y oportunas ayudas y con sabios consejos que Yo siempre he aceptado porque veía en tu corazón un verdadero deseo de mi bien.

-¡Oh, Señor mío! ¡Pero si mi alegría era ocuparme de ti! ¿Qué voy a hacer en adelante, sin deber ocuparme de mi Maestro y Señor? ¡Demasiado! ¡Demasiado poco me has permitido hacer! Mi deuda hacia ti, que has devuelto a María a mi amor y a mi honor, y a mí a la vida, es tal, que... ¡oh!, ¿por qué me has llamado de la muerte para hacerme vivir esta hora? Todo el horror de la muerte y toda la angustia del espíritu, tentado por Satanás al miedo en el momento de presentarse ante el Juez eterno, ya los había superado, ¡y había oscuridad!... ¿Qué te pasa, Jesús? ¿Por qué te estremeces y te pones más pálido aún de lo que ya de por sí estás? Tu cara está más pálida que esta rosa de nieve que languidece bajo la luna. ¡Oh, Maestro, parece como si la sangre y la vida te estuvieran abandonando...

-En efecto, soy como uno que está muriendo con las venas abiertas. Toda Jerusalén -y quiero decir con ello "todos los enemigos de entre los grandes de Israel"- está pegada a mí con ávidas bocas; me aspira la vida y la sangre. Quieren silenciar la Voz que durante tres años los ha atormentado, aunque amándolos... porque cada una de mis palabras, aunque fuera palabra de amor, era una sacudida que invitaba a su alma a despertar, y ellos no querían oír a esta alma suya, ellos que la han atado con su triple sensualidad. Y no sólo los grandes... sino toda, toda Jerusalén, muy pronto, va a ensañarse con el Inocente y querer su muerte... y con Jerusalén Judea... y con Judea Perea, Idumea, la Decápolis, Galilea, Siro-Fenicia... todo, todo Israel congregado en Sión para el "Paso" del Cristo de vida a muerte... Lázaro, tú que has muerto y has resucitado, dime: ¿qué es el morir? ¿Qué experimentaste? ¿Qué recuerdas?

-¿El morir?... No recuerdo exactamente lo que fue. Después del intenso sufrimiento, vino un gran desfallecimiento... Me parecía que ya no sufría y que sólo tenía un fuerte sueño... La luz, el ruido, cada vez se hacían más débiles y lejanos... Dicen mis hermanas y Maximino que daba señales de duro sufrimiento... Pero yo ese sufrimiento no lo recuerdo...

-Ya. La piedad del Padre ofusca a los moribundos el sensorio intelectual, de manera que sufren únicamente con la carne, que es la que debe ser purificada por este prepurgatorio que es la agonía. Pero Yo... ¿Y de la muerte qué recuerdas?

-Nada, Maestro. Tengo un espacio oscuro en el espíritu. Una zona vacía. Tengo una interrupción, que no sé cómo llenar, en el curso de mi vida. No tengo recuerdos. Si mirase en el fondo de ese agujero negro que me tuvo durante cuatro días, a pesar de ser ya de noche y de estar en sombra, sentiría -no vería, pero sí sentiría- el hielo húmedo subir desde sus vísceras y sacudir mi cara. Ya es una sensación. Pero yo, si pienso en esos cuatro días, no tengo nada. Nada. Ésa es la palabra.

-Claro. Los que vuelven no pueden contar... El misterio se muestra de una en una vez para quienes en él entran. Pero Yo, Lázaro, Yo sé lo que voy a sufrir. Yo sé que sufriré en *plena* consciencia. No habrá ninguna mitigación, de bebidas y de desfallecimiento, que me hagan menos atroz la agonía. Yo *me sentiré morir.* Ya lo siento... Ya muero, Lázaro. Como un enfermo incurable, durante estos treinta y tres años he ido muriendo; y, a medida que el tiempo me ha ido acercando a esta hora, el morir se ha ido acelerando. Antes era sólo el morir del saber que había nacido para ser Redentor; luego fue el morir de quien se ve atacado, acusado, escarnecido, perseguido, obstaculizado... ¡Qué cansancio! Luego... el morir del tener al lado, cada vez más cerca -hasta llegar a tenerlo estrechado a mí como un gigantesco pulpo al náufrago- a aquel que es mi Traidor. ¡Qué náusea! Ahora muero en el desgarro de tener que decir "adiós" a los amigos más queridos, a mi Madre...

-¡Maestro! ¡¿Estás llorando?! Sé que lloraste también delante de mi sepulcro porque me querías. Pero ahora... Lloras de nuevo. Estás todo de hielo. Tienes las manos ya frías como un cadáver. Tú sufres... ¡Tú sufres demasiado!...

-Soy el Hombre, Lázaro. No soy sólo el Dios. Del hombre tengo la sensibilidad y los afectos. Y el alma se me angustia al pensar en mi Madre... Y, fíjate, te digo que se ha hecho *tan monstruosa* esta tortura mía de sufrir la proximidad del Traidor, el odio satánico de todo un mundo, la sordera de aquéllos que no odian pero tampoco saben amar activamente, porque amar activamente es llegar a ser como el Amado quiere y enseña... y, sin embargo aquí... sí, muchos me aman, pero han seguido siendo "ellos"; no han tomado otro yo por amor a mí.¿Sabes quién ha sabido entre mis más íntimos desnaturalizarse para ser de Cristo, como Cristo quiere? Una sola: tu hermana María. Empezó desde una animalidad completa y pervertida para llegar a una espiritualidad angélica. Y esto sólo por fuerza de amor.

-Tú la has redimido.

-A todos los he redimido con la palabra. Pero sólo ella se ha transformado totalmente por actividad de amor. Pero estaba diciendo que tan monstruoso es mi sufrimiento por todas estas cosas, que no anhelo sino que todo se consuma. Mis fuerzas se pliegan... Será menos pesada la cruz, que esta tortura del espíritu y del sentimiento...

¡¿La cruz?! ¡Noo! ¡Oh, no! ¡Es demasiado atroz! ¡Es demasiado infamante! ¡No!

Lázaro, que ha tenido, en pie frente a su Maestro, desde hace un rato, entre sus manos las manos heladas de Jesús, las suelta y cae sobre el asiento de piedra que está ahí al lado, se tapa la cara con las manos y llora desconsoladamente.

Jesús se acerca a él, le pone la mano en la espalda, convulsa a causa de los sollozos, y dice:

-¿Entonces? ¿Debo ser Yo, que muero, el que te consuele a ti, que vives? Amigo, necesito fuerza y ayuda. Y te lo pido. El único que tengo que me lo pueda dar eres tú. Los otros conviene que no lo sepan. Porque si lo supieran... correría la sangre. Y no quiero que los corderos se transformen en lobos, ni siquiera por amor al Inocente. Mi Madre... ¡oh, qué punzada hablar de Ella!... ¡Mi Madre tiene ya mucha angustia! También Ella es una destinada a próxima muerte y está exhausta... También hace

treinta y tres años que viene muriendo, y ahora es toda una llaga como la víctima de un atroz suplicio. Te juro que he combatido entre la mente y el corazón, entre el amor y la razón, para decidir si era oportuno al enviarla a su casa donde Ella siempre sueña con el Amor que la hizo Madre, y paladea el sabor de su beso de fuego, y vibra en el éxtasis de aquel recuerdo y, con ojos de alma, siempre ve soplar levemente el aire impulsado y agitado por un resplandor angélico. A Galilea la noticia de la Muerte llegará casi en el momento en que pueda decirle: "¡Madre, soy el Vencedor!". Pero, no, no puedo hacer esto. El pobre Jesús, cargado con los pecados del mundo, necesita una confortación. Y mi Madre me la dará. El aún más pobre mundo tiene necesidad de dos Víctimas. Porque el hombre pecó con la mujer; y la Mujer debe redimir, como el Hombre redime. Pero mientras no suena la hora, Yo le ofrezco a mi Madre una sonrisa segura... Ella tiembla... lo sé. Siente acercarse la Tortura. Lo sé. Y siente rechazo de ella por natural horror y por santo amor, de la misma forma que Yo siento rechazo de la Muerte, porque soy un "vivo" que debe morir. Pero, ¡ay si supiera que dentro de cinco días...! No llegaría viva a esa hora, y Yo la quiero viva para extraer de sus labios fuerza como extraje vida de su seno. Y Dios quiere que esté en mi Calvario para mezclar el agua del llanto virginal con el vino de la Sangre divina y celebrar la primera Misa. ¿Sabes qué será la Misa? No lo sabes. No puedes saberlo. Será mi muerte aplicada perpetuamente al género humano viviente o penante. No llores, Lázaro. Ella es fuerte. No llora. Ha llorado durante toda su vida de Madre. Ahora ya no llora. Se ha crucificado la sonrisa en el rostro... ¿Has visto qué aspecto ha tomado su rostro en estos últimos tiempos? Se ha crucificado la sonrisa en el rostro para confortarme. Te pido que imites a mi Madre. No podía tener ya en mí solo mi secreto. He mirado a mi alrededor, buscando a un amigo sincero y seguro, he encontrado tu mirada leal, he dicho: "A Lázaro". Yo, cuando tenías una losa sobre tu corazón, respeté tu secreto y lo defendí contra la curiosidad incluso natural del corazón. Te pido el mismo respeto por el mío. Después... después de mi muerte, lo dirás. Narrarás este coloquio. Para que se sepa que Jesús fue *conscientemente* a la muerte, y a las torturas que conocía unió esta de no haber ignorado nada, ni sobre las personas ni sobre el propio destino. Para que se sepa que, mientras todavía podía salvarse, no quiso, porque su amor infinito por los hombres no anhelaba otra cosa sino consumar el sacrificio por ellos».

-¡Sálvate, Maestro! ¡Sálvate! Yo te puedo procurar la huida. Esta misma noche. ¡Una vez ya huiste a Egipto! Huye también ahora. Ven, vamos. Tomamos a María con nosotros y a mis hermanas y nos marchamos. Tú sabes que ninguna de mis riquezas me atrae. La riqueza mía y de María y Marta eres Tú. Vamos.

-Lázaro, aquella vez huí porque no era la hora. Ahora es la hora. Y me quedo.

-Entonces yo voy contigo. No te dejo.

-No. Tú te quedas aquí. Puesto que una licencia concede que quien está dentro de la distancia de un sábado puede consumir el cordero en su casa; así que tú, como siempre, consumirás aquí tu cordero. Pero déjame venir a tus hermanas... Por razón de mi Madre... ¡Oh, qué te celaban, oh Mártir, las rosas del amor divino! ¡El abismo! ¡El abismo! ¡Y de él ahora suben, y atacan, las llamas del Odio para morderte el corazón! Tus hermanas, sí; ellas son fuertes y activas... y mi Madre será un ser agonizante, inclinado sobre mi cadáver. Juan no basta. Juan es el amor. Pero todavía no ha alcanzado la madurez. Madurará y se hará hombre en el suplicio de estos próximos días. Pero la Mujer tiene necesidad de las mujeres, que atiendan sus tremendas heridas. ¿Me las concedes?

-¡Todo, siempre te he dado todo con alegría! ¡Lo único que me afligía es que me pidieras tan pocas cosas!...

-Ya lo ves. De nadie he aceptado tanto como de los amigos de Betania. Ésta ha sido una de las acusaciones que el injusto me ha echado en cara más de una vez. Pero Yo, aquí, entre vosotros, encontraba muchas cosas que consolaban al Hombre de todas sus amarguras de hombre. En Nazaret Yo era el Dios que hallaba un consuelo en la Única delicia de Dios. Aquí era el Hombre. Y Yo, antes de subir a la muerte, te doy las gracias, amigo fiel, amoroso, amable, solícito, reservado, docto, discreto y generoso. Por todo te doy las gracias. El Padre mío, después, te premiará...

-Ya he recibido todo con tu amor y con la redención de María.

-¡No! Todavía debes recibir mucho. Y lo recibirás. Escucha. No te desesperes así. Dame tu inteligencia para que Yo pueda decirte lo que todavía te pido. Te quedarás aquí a esperar...

-No, eso no. ¿Por qué Marta y María, y no yo?

-Porque no quiero que te contamines como todos los varones se van a contaminar. Jerusalén en los próximos días estará contaminada como lo está el aire en torno a una carroña podrida caída de improviso a causa del imprudente golpe de un viandante con el talón. Contaminada y contaminadora. Sus miasmas enajenarán incluso a los menos crueles, incluso a mis propios discípulos, que huirán. ¿Y a dónde irán, aturdidos? Vendrán donde Lázaro. ¡Cuántas veces, durante estos tres años, han venido en busca de pan, de cama, de defensa, de refugio, y del Maestro!... Ahora volverán. Como ovejas desperdigadas por el lobo que ha alejado al pastor, correrán a un redil. Reúnelas. Fortalécelas. Diles que los perdono. Te confío mi perdón para ellos. Les faltará la paz, por haber huido. Diles que no caigan en un pecado mayor desesperando de mi perdón.

-¿Todos huirán?

-Todos menos Juan.

-Maestro. ¡No me pedirás que reciba a Judas! Hazme morir de tortura, pero esto no me lo pidas. En más de una ocasión mi mano, ansiosa de eliminar el oprobio de la familia, se contuvo para no coger la espada. Y nunca lo hice porque no soy violento. Sólo estuve tentado a hacerlo. Pero te juro que si vuelvo a ver a Judas, como a un cabro de delito lo degüello.

-No lo verás nunca más. Te lo juro.

-¿Va a huir? No importa. He dicho: "Si lo veo". Ahora digo: "Iré donde él, aunque fuera al fin del mundo, y lo mataré".

-No debes desear eso.

-Lo haré.

-No lo harás porque a donde el estará no podrás ir.

-¿Dentro del Sanedrín? ¿En el Santo? Allí también lo pillaré y lo mataré.

-No estará allí.

-¿Donde Herodes? Me matarán, pero antes lo mataré.

-Será de Satanás. Y tú no serás nunca de Satanás. Pero deja inmediatamente este pensamiento homicida, porque, si no, te dejo Yo.

-¡Oh! ¡Oh!... Pero... Sí, por ti... ¡Oh! ¡Maestro! ¡Maestro!

-Sí. Tu Maestro... Acogerás a los discípulos. Los confortarás. Los conducirás de nuevo a la paz. Yo soy la Paz. Y también después... Después los ayudarás. Betania será siempre Betania, hasta que hurgue el Odio en este hogar de amor creyendo desparramar las llamas, cuando en realidad lo que hará será esparcirlas por el mundo para encenderlo por entero. Yo te bendigo, Lázaro, por todo lo que has hecho y por todo lo que harás...

-Nada, nada. Tú me has sacado de la muerte, y no me consientes defenderte. ¿Qué es lo que he hecho, entonces?

-Has puesto tus casas a mi disposición. ¿Lo ves? Era destino. El primer alojamiento en Sión en una tierra que es tuya. El último también en una de ellas. Era destino que Yo fuera tu Huésped. Pero de la muerte no podrías defenderme. A1 principio de este coloquio te he preguntado: "¿Sabes quién soy?". Ahora respondo: "Soy el Redentor". El Redentor *debe* consumar el sacrificio hasta la última inmolación. Por lo demás, créelo, el que subirá a la cruz y será expuesto a las miradas y burlas del mundo no será un vivo, sino un muerto. Yo soy ya un muerto, matado por el no amor, más y antes que por la tortura. Y una cosa más, amigo. Mañana al alba voy a Jerusalén. Y oirás decir que Sión ha aclamado como a un triunfador a su manso Rey, que entrará en ella a lomos de un asno. Que no te desoriente este triunfo y no te haga juzgar que la Sabiduría que te habla fue *no sabía* en este plácido anochecer. Más veloz que un astro que atraviesa el cielo y desaparece por espacios desconocidos, se desvanecerá el favor popular, y, para mí, dentro de cinco atardeceres, a esta misma hora, empezará la tortura con un beso de engaño que abrirá las bocas que mañana gritarán hosanna, para formar un coro de atroces blasfemias y feroces voces de condena.

-¡Sí, oh ciudad de Sión, oh pueblo de Israel, por fin tendrás al Cordero pascual! Lo tendrás en este próximo rito. Aquí está. Es la Víctima preparada desde todos los siglos. El Amor la engendró, preparándose como tálamo un seno en que no hubo mancha. Y el Amor la consuma. Así es. Es la Víctima consciente. No como el cordero que mientras el matarife afila el cuchillo para degollarlo todavía roza en el prado, o, ajeno a lo que sucede, choca contra el redondo pezón materno su morro rosado. Pero Yo soy el Cordero que consciente dice adiós a la vida, a la Madre, a los amigos, y va al sacrificador y dice: "¡Aquí me tienes!". Yo soy el Alimento del hombre. Satanás ha puesto un hambre que jamás se ha saciado, que no se puede saciar. Sólo un alimento sacia esa hambre porque la quita. Y aquí está ese Alimento. Aquí está, hombre, tu Pan; aquí, tu Vino. ¡Consume tu Pascua, Humanidad! Pasa tu mar, rojo por las llamas satánicas. Purpurada con mi Sangre pasarás, raza del Hombre, preservada del fuego infernal. Puedes pasar. Los Cielos, presionados por mi deseo, ya entreabren las eternas puertas. ¡Mirad, espíritus de los muertos! ¡Mirad, hombres vivientes! ¡Mirad, almas que seréis incorporadas en los futuros! ¡Mirad, ángeles del Paraíso! ¡Mirad, demonios del Infierno! ¡Mira, oh Padre; mira, oh Paráclito! La Víctima sonríe. Ya no llora…

Todo está dicho. Adiós, amigo. A ti tampoco te veré antes de la muerte. Vamos a darnos el beso de adiós. Y no dudes. Te dirán: "¡Era un demente! ¡Era un demonio! ¡Un embustero! Murió y decía que era la Vida". Respóndeles, y respóndete especialmente a ti mismo: "Era y es la Verdad y la Vida. Es el Vencedor de la muerte. Yo lo sé. Y no puede ser el eterno Muerto. Yo lo espero. Y, antes de que se consuma todo el aceite en la lámpara que el amigo, invitado a las bodas de Triunfador, tiene preparada para iluminar al mundo, Él, el Esposo, volverá. Y la luz esta vez ya no podrá, jamás, ser apagada". Cree esto, Lázaro. Obedece a mi deseo. ¿Oyes a este ruiseñor, cómo canta tras haber callado por la irrupción de tu llanto? Haz tú lo mismo. Que tu alma, después del inevitable llanto ante el Matado, cante el himno seguro de tu fe. Recibe la bendición del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo.

## 588

## Judas Iscariote con los Jefes del Sanedrín.

Judas llega de noche a la casa que Caifás tiene en el campo. Pero hay Luna, una Luna que hace de cómplice al asesino iluminándole el camino. Debe estar bien seguro de encontrar allí, en aquella casa de fuera de las murallas, a quienes busca, porque, en el caso contrario, pienso que habría tratado de entrar en la ciudad e ir al Templo. Sin embargo, sube seguro entre los olivos del pequeño collado. Se siente más seguro esta vez que la pasada, porque ahora es de noche, y las sombras y la hora lo protegen de toda posible sorpresa. Los caminos de los campos ya están desiertos, tras haber sido recorridos todo el día por las muchedumbres de los peregrinos que van a Jerusalén para la Pascua. Hasta los pobres leprosos están en sus grutas y duermen sus sueños de infelices, olvidados durante alguna hora de su sino.

Ya está Judas delante de la puerta de la casa, que albea con la luz de la Luna. Llama. Tres golpes, un golpe, tres golpes, dos golpes... ¡Sabe a las mil maravillas hasta la señal convencional! Y debe ser verdaderamente una señal segura, porque la puerta se entreabre sin que previamente el portero mire por el ventanillo practicado en la puerta.

Judas se introduce rápidamente, y, al criado portero que lo saluda con deferencia, le pregunta:

-¿La asamblea está reunida?

-Sí, Judas de Keriot. Podría decir que está completa.

-Llévame a ellos. Tengo que hablar de cosas importantes. ¡Rápido!

El hombre cierra con todos los cerrojos la puerta y precede a Judas por el pasillo semioscuro. Se para ante una pesada puerta y llama. El rumor de las voces cesa en la sala cerrada y es sustituido por el ruido de la cerradura y el chirriar de la puerta, que al abrirse proyecta un cono de luz viva en el pasillo oscuro.

-¿Tú? ¡Entra! - dice el que ha abierto la puerta (no sé quién es). Y Judas entra en la sala mientras el que le ha abierto cierra con llave de nuevo.

Hay una reacción de estupor, o, por lo menos, de turbación, al ver entrar a Judas. Pero lo saludan en coro:

-La paz a ti, Judas de Simón.

-La paz a vosotros, miembros del Sanedrín santo - saluda Judas

-Acércate. ¿Qué quieres? - le preguntan.

-Deciros algo... Hablaros del Cristo. Ya no es posible continuar así. Yo ya no puedo seguir sirviéndoos de ayuda, si no os decidís a tomar decisiones extremas. Ese hombre ya sospecha.

-¿Te has dejado descubrir, necio? - le interrumpen.

-No. Necios vosotros, vosotros que por una estúpida prisa habéis dado pasos errados. ¡Bien sabíais que os habría servido! No os habéis fiado de mí.

-¡Tienes memoria lábil, Judas de Simón! ¿No recuerdas cómo nos dejaste la última vez? ¿Quién podía pensar que nos eras fiel, a nosotros, proclamando de esa manera que no podías traicionarlo? – dice Elquías, irónico, más que nunca serpentino.

-¿Y creéis que es fácil llegar a engañar a un amigo, al único que verdaderamente me ama, al Inocente? ¿Creéis que es fácil llegar al delito?

Judas está ya turbado.

Tratan de calmarlo. Emplean la lisonja. Y lo seducen, o, al menos, tratan de seducirlo, haciéndole observar que eso suyo no es un delito, «sino -esto dicen- una obra santa para con la Patria, a la que evita represalias de los dominadores, que ya dan señales de intolerancia por esas continuas agitaciones y divisiones de partidos y de la gente en una provincia romana; y para con la Humanidad, si es que -le dicen- está verdaderamente convencido de la naturaleza divina del Mesías y de su misión espiritual».

-Si es verdad lo que Él dice -lejos de nosotros el creerlo-, ¿no eres tú el colaborador de la Redención? Tu nombre estará asociado al suyo para todos los siglos venideros, y la Patria te contará entre sus hombres de pro, y te honrará con los más altos cargos. Tienes preparado un sitial entre nosotros. Subirás, Judas. Darás leyes a Israel. ¡No olvidaremos lo que hiciste por el bien del sacro Templo, del sacro Sacerdocio, por la defensa de la Ley santísima, por el bien de toda la Nación! Solamente ayúdanos, y luego -te lo juramos, te lo juro yo en nombre del poderoso padre mío y de Caifás, que lleva el efod-, tú serás el hombre más grande de Israel. Más que los tetrarcas, más que mi propio padre, ya relevado como Pontífice. Como un rey serás servido, como un profeta serás escuchado. Y si luego Jesús de Nazaret no fuera más que un falso Mesías -aunque, en realidad, no se le podría condenar a muerte, porque sus acciones no son las de un bandolero sino las de un demente-, te recordamos las palabras inspiradas de Caifás pontífice -tú sabes que quien lleva el efod y el racional habla por inspiración divina y profetiza el bien y lo que hay que hacer para el bien-, Caifás, ¿recuerdas?, Caifás dijo: "Conviene que un hombre muera por el pueblo y no perezca toda la Nación". Fueron palabras de profecía.

-En verdad lo fueron. El Altísimo habló por boca del Sumo Sacerdote. ¡Sea obedecido! - dicen en coro -sin duda con teatralidad y como autómatas que deben hacer esos determinados gestos- esas ruines marionetas de los miembros del gran consejo del Sanedrín.

Judas está sugestionado, seducido... pero todavía una pequeña raíz de buen sentido, si no de bondad, queda en él, y le retiene para no pronunciar las palabras fatales.

Rodeándolo con deferencia, con simulado afecto, le apremian:

-¿No nos crees? Mira: somos los jefes de las veinticuatro familias sacerdotales, los Ancianos del pueblo, los escribas, los más encumbrados fariseos de Israel, los sabios rabíes, los magistrados del Templo. Lo más selecto de Israel está aquí, en torno a ti, y estamos dispuestos a aclamarte, y, a una voz, te decimos: "Haz esto, que es santo".

-¿Gamaliel dónde está? ¿José y Nicodemo dónde están? ¿Dónde está Eleazar el amigo de José; dónde, Juan de Gahas? No los veo.

-Gamaliel, haciendo una fuerte penitencia; Juan, con su mujer, que está encinta y está mal esta noche; Eleazar... no sabemos por qué no ha venido, pero cualquiera puede sentirse mal de improviso, ¿no te parece? Respecto a José y Nicodemo, no los hemos avisado de esta sesión secreta, por amor a ti, por cuidado de tu honor... Para que, en el infortunado caso de que la cosa fallara, tu nombre no fuera referido al Maestro... Nosotros tutelamos tu nombre. Nosotros te amamos, Judas, nuevo Macabeo salvador de la Patria. *(Cuyas gestas están narradas en: 1 Macabeos 3-9; 2 Macabeos 8-15)*

-Macabeo combatió la buena batalla. Yo... cometo una traición.

-No observes las particularidades del acto, sino la justicia del fin. Habla tú, Sadoq, escriba de oro. De tu boca fluyen valiosísimas palabras. Si Gamaliel es docto, tú eres sabio, porque en tus labios está la sabiduría de Dios. Háblale tú a este que todavía vacila.

Ese mal bicho de Sadoq se acerca, y con él el decrépito Cananías: un zorro esqueletado y moribundo junto a un astuto chacal fuerte y feroz.

-¡Escucha, hombre de Dios! - empieza pomposamente Sadoq tomando una pose inspirada y retórica: el brazo derecho, ciceronianamente, extendido hacia delante; el izquierdo ocupado en sujetar todo ese embarazo de pliegues que constituye su vestidura de escriba. Y luego levanta también el brazo izquierdo, dejando que su monumento de vestiduras se desarregle y desordene. Y así, cara y brazos alzados hacia el techo de la estancia, dice con voz potente:

-¡Yo te lo digo! ¡Te lo digo ante la Altísima Presencia de Dios!

-¡Maran-Athá! *(expresión que significa "Así sea"; también puede corresponder a una invocación aramea al Señor como en Corintios 16, 22)*- hacen coro todos, inclinándose como si un soplo supremo los plegara, para enderezarse luego con los brazos recogidos sobre el pecho.

-Yo te lo digo: ¡Está escrito en las páginas de nuestra historia y de nuestro destino! ¡Está escrito en los signos y en las figuras transmitidos por los siglos! ¡Está escrito en el rito que no conoce interrupción desde aquella noche fatal para los egipcios! ¡Está escrito en la figura de Isaac! Está escrito en la figura de Abel. Y... lo que está escrito cúmplase.

-¡Maran-Athá! - dicen los otros haciendo coro, un coro bajo y lúgubre, sugestionador, con los gestos de antes, iluminadas caprichosamente sus caras por la luz de las dos lámparas encendidas en los extremos de la sala, unas lámparas de mica pálidamente violácea que emanan una luz fantasmagórica. Y verdaderamente esta reunión de hombres, casi todos vestidos de blanco, con las coloraciones pálidas trigueñas de su raza, ahora aún más pálidos y trigueños por la luz difusa, parece realmente una reunión de espectros.

-La palabra de Dios ha descendido a los labios de los profetas para signar este decreto. ¡Debe morir! ¡Está escrito!

-¡Está escrito! ¡Maran-Athá!

-¡Debe morir, su suerte está signada!

-Debe morir. ¡Maran-Athá!

-Su destino fatal está descrito hasta en sus más pequeños detalles. ¡Y el sino no se quebranta!

-¡Maran-Athá!

-Hasta está establecido el precio simbólico que se entregará al que se haga instrumento de Dios para el cumplimiento de la promesa.

-¡Está establecido! ¡Maran-Athá!

-¡Como Redentor o como falso profeta, Él debe morir!

-¡Debe morir. ¡Maran-Athá!

-¡La hora ha llegado! ¡Yeohveh lo quiere! ¡Yo oigo su voz! Esa voz grita: "¡Cúmplase esto!".

-¡El Altísimo ha hablado! ¡Cúmplase! ¡Cúmplase! ¡Maran-Athá!

-Que el Cielo te fortalezca como fortaleció a Yael y Judit, que siendo mujeres supieron ser heroínas; como fortaleció a Jefté, que siendo padre supo sacrificar a su hija a la Patria; como fortaleció a David contra Goliat. ¡Y cumple el gesto que hará eterno a Israel en la memoria de los pueblos!

-Que el Cielo te fortalezca. ¡Maran-Athá!

-¡Sal vencedor!

-¡Sal vencedor! ¡Maran-Athá!

Se eleva la ronca voz senil de Cananías:

-¡El que titubea ante la orden sagrada queda condenado al deshonor y a la muerte!

-Queda condenado. ¡Maran-Athá!

-Si no quieres escuchar la voz del Señor Dios tuyo, y no llevas a cabo su mandato y lo que Él por boca nuestra te ordena, ¡véngante todas las maldiciones!

-¡Todas las maldiciones! ¡Maran-Athá!

-Que el Señor te castigue con todas las maldiciones mosaicas, y te disgregue entre las gentes.

-¡Te castigue y te disgregue! ¡Maran-Athá!

Un silencio de muerte sigue a esta escena sugestionadora... Todo queda suspendido en una inmovilidad terrorífica.

Y al fin se oye alzarse la voz de Judas, y casi, de tan transformada como está, me cuesta reconocerla:

-Sí. Yo lo haré. Lo *debo* hacer. Y lo haré. Ya la última parte de las maldiciones mosaicas es mi parte y debo salir de ellas porque ya demasiada demora he tenido. Estoy volviéndome loco y no tengo tregua ni descanso; mi corazón está amedrentado; mi mirada, perdida; mi alma, consumida por la tristeza. Temiendo ser descubierto en mi doble juego y fulminado por Él -yo no sé, yo no sé hasta qué punto conoce Él mi pensamiento-, veo mi vida pendiente de un hilo, y mañana, tarde y noche invoco que termine este momento por el terror que amedrenta mi corazón. Por el horror que debo llevar a cabo. ¡Oh, acelerad este momento! ¡Sacadme de estas angustias mías! Cúmplase todo. ¡Enseguida! ¡Ahora! ¡Y yo sea liberado! ¡Vamos!

La voz de Judas, a medida que ha ido hablando, se ha ido afirmando y haciendo fuerte. El gesto, antes automático e inseguro, como de sonámbulo, se ha hecho libre, voluntario. Se yergue en toda su altura, satánicamente bello, y grita:

-¡Suéltense los lazos del demencial terror! Libre estoy de la sujeción aterradora. ¡Cristo, ya no te temo y te entrego a tus enemigos! ¡Vamos!

Un grito de demonio victorioso. Y verdaderamente se encamina con arrogancia hacia la puerta.

Pero lo paran:

-¡Calma! Respóndenos: ¿Dónde está Jesús de Nazaret?

-En la casa de Lázaro. En Betania.

-No podemos entrar en esa casa que cuenta con siervos fieles. Es la casa de un favorito de Roma. Nos buscaríamos complicaciones seguras.

-A1 amanecer vendremos a la ciudad. Poned la guardia en el camino de Betfagé, cread tumulto y prendedlo.

-¿Cómo sabes que viene por ese camino? Podría tomar el otro…

-No. Ha dicho a sus seguidores que entrará por ese camino en la ciudad, por la puerta de Efraím, y que estuvieran esperándolo en En Rogel. Si lo capturáis antes...

-No podemos. Deberíamos entrar en la ciudad con Él entre la guardia, y todos los caminos que conducen a las puertas y todas las calles de la ciudad están llenos de gente desde el alba hasta la noche. Se produciría tumulto, y eso no debe suceder.

-Subirá al Templo. Llamadlo para interrogarlo en una sala. Llamadlo en nombre del Sumo Sacerdote. Él irá porque tiene más respeto hacia vosotros que hacia su vida. Una vez que esté solo con vosotros... no os faltará la manera de llevarlo a lugar seguro y condenarlo en la hora propicia.

-Igualmente se produciría tumulto. Habrías debido darte cuenta de que la multitud está fanática por Él. Y no sólo el pueblo, sino también los grandes y los que son las esperanzas de Israel. Gamaliel pierde sus discípulos. Lo mismo Jonatán ben Uziel. Y otros de entre nosotros. Todos, seducidos por Él, nos dejan. Hasta los gentiles lo veneran, o le temen -lo cual es ya veneración-, y están dispuestos a alzarse contra nosotros si lo maltratamos. Entre otras cosas, algunos bandoleros, a los que

pagábamos para ser falsos discípulos y suscitar disputas, han sido arrestados y han hablado. Esperan clemencia por la delación. Y el Pretor está al corriente... Todo el mundo lo sigue mientras nosotros no concluimos nada. No. Hay que actuar con sutileza, para que no se den cuenta las turbas.

-Sí. ¡Así hay que actuar! Anás también da esta advertencia. Dice "Que no suceda durante la fiesta y no se cree tumulto entra el pueblo fanático". Esto ha ordenado, y ha dado disposiciones también para que sea tratado con respeto en el Templo y en otros lugares y que no sea molestado y así poder llevarlo a una encerrona.

-¿Y entonces qué queréis hacer? Yo estaba ya bien decidido para esta noche, pero vosotros titubeáis... - dice Judas.

-Mira: deberías llevarnos donde Él a una hora en que esté solo. Tú conoces sus costumbres. Nos has escrito que a ti, de todos, es al que más cerca tiene. Por tanto, sabrás lo que Él quiere hacer. Estaremos siempre preparados. Cuando juzgues propicia la hora y el lugar, vienes y nosotros vamos.

-Así quedamos. ¿Cuál será mi retribución?

Ya Judas habla fríamente, como si se tratara de un trato comercial cualquiera.

-Lo que dicen los profetas, para ser fieles a la palabra inspirada: treinta monedas... *(Zacarías 11, 12-13)*

-¿Treinta monedas por matar a un hombre, y además a ese Hombre? ¡¿El precio que tiene un cordero común en estos días de fiesta?! ¡Estáis locos! No es que yo tenga necesidad de dinero. Tengo buenas reservas. Así que no penséis que me convencéis por ansia de dinero. Pero es demasiado poco para pagar mi dolor de traicionar a Aquel que me ha amado siempre.

-¡Pero si ya te hemos dicho que recibirás de nosotros gloria y honores! Lo que esperabas de Él y no has recibido. Nosotros medicaremos tu desilusión. ¡Pero el precio está fijado por los profetas! ¡Es una formalidad! Es un símbolo, nada más. El resto vendrá después...

-¿Y el dinero cuándo?

-En el momento en que nos digas: "Venid". No antes. Nadie paga antes de tener en sus manos la mercancía. ¿Es que no te parece justo?

-Es justo. Pero, al menos, triplicad la suma...

-No. Así está dicho por los profetas. Así se debe hacer. ¡Oh, sí que sabremos obedecer a los profetas! No omitiremos ni una iota de lo que han escrito acerca de Él. ¡Je! ¡Je! ¡Je! ¡Nosotros somos fieles a la palabra inspirada! Je! ¡Je! ¡Je! - se ríe ese nauseabundo esqueleto que es Cananías.

Y muchos le hacen coro con risas lúgubres, bajas, insinceras, verdaderos caquinos de demonios que no saben sino reírse burlonamente. Porque la sonrisa es propia del corazón sereno y amante; la risa burlona, de los corazones turbados y saturados de malignidad.

-Todo está dicho. Puedes marcharte. Esperaremos a1 alba para regresar a la ciudad por distintos caminos. Adiós. La paz sea contigo, oveja perdida que vuelves al rebaño de Abraham. ¡La paz a ti! ¡La paz a ti! ¡Y el reconocimiento de todo Israel! ¡Cuenta con nosotros! Tus deseos son leyes para nosotros. ¡Que Dios te acompañe, como acompañó a todos sus siervos más fieles! ¡Que desciendan sobre ti todas las bendiciones!

Le acompañan, con abrazos y manifestaciones de amor, hasta la puerta... lo miran mientras se aleja por el pasillo semioscuro… oyen el ruido de hierros de los cerrojos del portón que se abre y después se cierra.

Vuelven a la sala con gran contento.

Sólo dos o tres voces se alzan. Son las de los menos demoníacos:

-¿Y ahora? ¿Qué haremos respecto a Judas de Simón? ¡Bien sabemos que no podemos darle lo que le hemos prometido, aparte de esas pobres treinta monedas!... ¿Qué va a decir cuando se vea traicionado? ¿No habremos hecho un daño mayor? ¿No irá diciendo al pueblo lo que hicimos? Sabemos que es un hombre de pensamiento no firme

-¡Bien ingenuos y necios sois teniendo estos pensamientos y creándoos estas angustias! Ya está determinado lo que haremos con Judas. Determinado desde la otra vez. ¿No os acordáis? Y nosotros no cambiamos nuestro pensamiento. Cuando todo haya terminado con el Cristo, Judas morirá. Está dicho.

-¿Pero y si hablara antes?

-¿A quién? ¿A los discípulos y al pueblo, para que lo apedreen? No hablará. El horror de su acción lo amordaza...

-Pero podría arrepentirse en el futuro, tener remordimientos, incluso perder el juicio... Porque su remordimiento, si se despertara, lo volvería loco; no puede ser de otra manera...

-No tendrá tiempo. Tomaremos antes las medidas oportunas. Cada cosa a su tiempo. Primero el Nazareno y luego el que lo ha traicionado - dice lentamente, terriblemente, Elquías.

-Sí. ¡Y atentos! Ni una palabra a los ausentes. Ya demasiado han sabido de nuestro pensamiento. No me fío de José ni de Nicodemo. Y poco de los otros.

-¿Dudas de Gamaliel?

-Gamaliel se ha segregado de nosotros ya hace muchos meses. Sin una expresa orden pontifical, no asistirá a nuestras reuniones. Dice que está escribiendo su obra con la ayuda de su hijo. Pero me refiero a Eleazar y a Juan.

-¡Nunca se han opuesto a nosotros! - responde al momento un Anciano que he visto otras veces con José de Arimatea, pero cuyo nombre no recuerdo.

-No. Es que se han opuesto demasiado poco. ¡Je! ¡Je! ¡Je! ¡Y habrá que vigilarlos! Muchas sierpes se han anidado en el Sanedrín, yo creo... ¡Je! ¡Je! ¡Je! Pero serán desanidadas... ¡Je! ¡Je! ¡Je! - dice Cananías mientras va encorvado y tembloroso, apoyado en su bastón, a buscarse un cómodo lugar en uno de los anchos y bajos asientos cubiertos de gruesos tapetes, que hay a lo largo de las paredes de la sala, y, satisfecho, se tumba y pronto se queda dormido: abierta la boca, afeado por su mala vejez.

Lo observan. Y Doras, hijo de Doras, dice:

-Está satisfecho por ver este día. Mi padre lo soñó; pero no lo tuvo. Llevaré en el corazón su espíritu, para que esté presente en el día de la venganza contra el Nazareno y reciba su alegría...

Recordad que tendremos que turnarnos. Un turno nutrido. Estar constantemente en el Templo.
-Estaremos.
-Tendremos que ordenar que, a cualquier hora, Judas de Simón sea conducido ante el Sumo Sacerdote.
-Lo haremos.
-Y ahora preparemos nuestro corazón para la tarea final.
-¡Ya está preparado! ¡Ya está preparado!
-Con astucia.
-Con astucia.
-Con finura.
-Con finura.
-Para aquietar toda sospecha.
-Para engatusar a todos los corazones.
-Diga lo que diga o haga lo que haga, ninguna reacción. Nos vengaremos de todo de una sola vez.
-Así lo haremos. Y será una venganza despiadada.
-¡Completa!
-¡Terrible!
Y se sientan buscando descanso en espera del alba.

## 589

## De Betania a Jerusalén, predisponiendo a los apóstoles en orden a la Pasión inminente

Jesús camina entre pomares y olivares plenamente florecidos. Hasta las plateadas hojas de los olivos, aljofaradas de rocío, que brillan heridas por el primer rayo de la aurora y movidas por un ligero viento perfumado, parecen flores. Las frondas de cada uno de los árboles son un trabajo de orfebre. La mirada observa maravillada su belleza. Los almendros, ya todos vestidos de su verdor, sobresalen de entre las masas blanco-rosadas de los otros árboles frutales, y, abajo, las vides muestran los festones de las primeras hojas tiernas, tan brillantes y sedosas que parecen una escama delgadísima de esmeralda o un jirón de seda preciosa. Arriba, un cielo de un color turquesa oscura, uniforme, plácido, solemne. Por todas partes, cantos de pájaros y perfumes de flores. Un aire fresco entona y alegra. Verdaderamente la alegría abrileña sonríe por todas partes.

Jesús está en medio de sus apóstoles. Los doce. Y está hablando:

-He dicho a las mujeres que se adelanten porque quiero hablar a vosotros solos. A1 principio os dije a los que estabais conmigo: "No inquietéis a mi Madre hablándole de malas acciones contra su Hijo". Aquéllas parecían acciones muy graves... Ahora vosotros tres, testigos de las que supusieron el comienzo de la cadena con que será conducido a la muerte el Hijo del hombre -tú, Juan, tú, Símón, y tú, Judas de Keriot-, bien podéis ver que aquéllas eran comparables a un granito de arena que cae de arriba, respecto a la roca, a las roca que son las acciones de ahora. Pero entonces ni vosotros, ni Yo ni mi Madre, estábamos preparados en orden a la maldad humana. Mirad: tanto en el bien como en el mal el hombre no alcanza de improviso el máximo, sino que sube, o se hunde, por grados. Y lo mismo en el dolor. Ahora, vosotros los buenos, habéis subido en el bien y podéis constatar -sin el escándalo que antes habríais sufrido- hasta qué punto de perversión puede bajar el hombre que se hace demonio, de la misma forma que Yo y mi Madre podemos soportar, sin morir por ello, todo el dolor que viene del hombre. Hemos robustecido nuestra alma. *Todos.* En el Bien, en el Mal o en el Dolor. Y todavía no hemos tocado la cima. *Todavía no hemos tocado la cima...* ¡Oh, si supierais cuál es la cima del Bien, del Mal, del Dolor, y lo altas que son! Pero os repito las palabras de entonces. No refiráis a mi Madre lo que el Hijo del hombre va a deciros ahora. Le causaría demasiado dolor. Los que están para ser ejecutados beben el compasivo preparado que aturde para poder esperar, sin trepidar en todo instante, la hora del suplicio... ¡Vuestro silencio será como el preparado compasivo para Ella, Madre del Redentor! Ahora Yo quiero, para que nada os quede oscuro, abriros el sentido de las profecías. *(Éxodo 12, 1 – 14; 21-22; Isaías 42,1-9; Zacarías 9, 9-10)* Y os pido que estéis conmigo, mucho, mucho. Durante el día seré de todos. Por la noche os ruego que estéis conmigo porque Yo quiero estar con vosotros. Tengo necesidad de no sentirme solo...

Jesús está tristísimo. Los apóstoles lo ven y están angustiados. Se arriman alrededor de Él. También Judas sabe arrimarse al Maestro como si fuera el más afectuoso de los discípulos. Jesús los acaricia y prosigue:

-Quiero, en esta hora que todavía se me concede, ultimar el conocimiento del Cristo en vosotros. Al principio, con Juan, Simón y Judas, di a conocer la verdad de las profecías sobre mi nacimiento. Las profecías me han pintado, como no hubiera podido hacerlo el más excelso pintor, desde mi alba hasta mi ocaso. Es más, el alba y el ocaso son las dos fases más ilustradas por los profetas. Ahora el Cristo bajado del Cielo, el Justo que las nubes han dejado llover sobre la Tierra, el Retoño sublime, muy pronto va a ser muerto, quebrantado como un cedro por el rayo. Vamos a hablar, pues, de su muerte. No suspiréis, no meneéis la cabeza. No murmuréis en vuestros corazones, no maldigáis a los hombres. No es de ningún provecho.

Subimos a Jerusalén. La Pascua ya está cercana.

"Este mes será para vosotros el primero de los meses del año." Este mes será para el mundo el principio de un nuevo tiempo, que jamás cesará. Inútilmente, de tanto en tanto, el hombre tratará de introducir en él otros nuevos. Aquellos que quieran introducir un tiempo nuevo que lleve su nombre idolátrico serán fulminados y castigados. *No hay más que un Dios en el Cielo y un Mesías en la Tierra:* el Hijo de Dios: Jesús de Nazaret. Él, dando todo de sí, todo lo puede querer, y pone su regio sello no sobre aquello que es carne y fango, sino sobre lo que es tiempo y espíritu.

“El décimo día de este mes tomen todos un cordero por familia y casa. Y, si no basta el número de las personas de la casa para consumir el cordero, tome a su vecino con los suyos hasta poderlo consumir entero". Porque el sacrificio y la víctima han de ser completos y deben ser consumidos. Ni una miga debe quedar de ellos. No quedará. Demasiados son los que van a nutrirse del Cordero. Un número sin número, para un banquete sin límite de tiempo; y no es necesario nuevo fuego para consumir los restos porque no hay restos. Aquellas partes que serán ofrecidas pero que serán rechazadas por el odio serán consumidas por el fuego mismo de la víctima, por su amor.

Hombres, os amo. Vosotros, doce amigos míos elegidos por mí mismo, vosotros en quienes están las doce tribus de Israel y las trece venas de la Humanidad. Todo lo he reunido en vosotros y todo en vosotros veo reunido... Todo.

-Pero en las venas del cuerpo de Adán está también la de Caín. Ninguno de nosotros ha alzado la mano contra su compañero. ¿Dónde está entonces Abel? - pregunta Judas Iscariote.

-Tú lo has dicho. En las venas del cuerpo de Adán está también la de Caín. Y el Abel soy Yo. El dulce Abel pastor de rebaños, grato al Señor porque ofrecía sus primicias y lo que no tenía imperfección, y la primera de sus ofrendas: él mismo. Os amo, hombres. Aunque no me amáis, os amo. El amor acelera y cumple la obra de los sacrificadores.

"Que el cordero sea sin mancha, macho, de un año.” No hay tiempo para el Cordero de Dios. Él es. Igual en el último día que como era en el primero de esta Tierra. Aquel que es como el Padre no conoce en su divina naturaleza envejecimiento. Y su Persona conoce una sola vejez, un solo cansancio: la desilusión de haber venido en vano para demasiados.

Cuando sepáis cómo fui matado -y los ojos que verán a su Señor convertido en leproso cubierto de llagas ahora brillan de llanto a mi lado, y ya no ven esta risueña colina porque el llanto los ciega con su líquida visera- decid, sí, decid: "No de esto murió, sino de haber sido ignorado por aquellos a quienes más quería y de haber sido rechazado por demasiada humanidad".

Pero si no tiene tiempo el Hijo de Dios y, por tanto, difiere del codero del rito, es como él por carecer de mancha y ser varón consagrado al Señor. Sí. Inútilmente los verdugos, los que me maten con las armas, o con la voluntad, o con la traición, intentarán justificarse a sí mismos diciendo: "Era culpable". Ninguno que sea sincero puede acusarme de pecado. ¿Podéis hacerlo vosotros?

Estamos frente a la muerte. Yo lo estoy. Otros también lo están. ¿Quiénes? ¿Quieres saber quiénes, Pedro? Todos. La muerte avanza hora a hora y aferra a quien menos se lo espera. Pero es que incluso aquellos que tienen todavía mucha vida que tejer, hora a hora están frente a la muerte, pues que el tiempo es un relámpago respecto a la eternidad y en la hora de la muerte hasta la vida más larga se reduce a nada, y las acciones de lejanos decenios, hasta los de la primera edad, vuelven en masa para decir: "Mira: ayer hacías esto". ¡Ayer! ¡Siempre es ayer cuando uno se muere! ¡Y siempre es polvo el honor y el oro que tanto anheló la criatura! ¡Pierde todo sabor el fruto por el que se perdió el juicio! ¿La mujer? ¿La bolsa? ¿El poder? ¿La ciencia? ¿Qué queda? ¡Nada! Sólo la conciencia y el juicio de Dios, juicio al que la conciencia va pobre de riquezas, desnuda de humanas protecciones, cargada sólo de sus obras.

“Tomen su sangre y tiñan con ella jambas y arquitrabe y el Ángel no arremeterá, a su paso, contra las casas en que esté el signo de la sangre". Tomad mi Sangre. Ponedla, no en las piedras muertas, sino en el corazón muerto. Es la nueva circuncisión. Y Yo me circuncidé por todo el mundo. No sacrifico la parte inútil, sino que quebranto mi magnífica, sana, pura virilidad, completamente la sacrifico, y de los miembros mutilados, de las venas abiertas, tomo mi Sangre, y trazo sobre la Humanidad anillos de salvación, anillos de eternos desposorios con el Dios que está en los Cielos, con el Padre que espera, y digo: "Mira, ahora no puedes rechazarlos porque rechazarías tu Sangre".

"Y Moisés dijo: “... y luego sumergid un manojo de hisopo en la sangre y asperjad con sangre las jambas”'. ¿No basta entonces la sangre? No basta. A mi sangre debe unirse vuestro arrepentimiento. Sin el arrepentimiento, amargo y saludable, inútilmente Yo para vosotros moriré.

Ésta es la primera palabra que en el Libro habla del Cordero redentor. Pero están presentes estas palabras en todo el Libro. De la misma manera que, con cada vez que el Sol nace, más espeso se hace el florecimiento en estas ramas, así, a medida que un año va sucediendo al otro y se aproxima el tiempo de la Redención, el florecimiento de palabras se hace más tupido.

Y ahora Yo, con Zacarías, os digo, a vosotros por Jerusalén: "Ved al Rey que viene lleno de mansedumbre cabalgando una asna y un pollino. Él es pobre". Pero disperderá a los poderosos que oprimen al hombre. Es manso, y, no obstante, su brazo alzado para bendecir vencerá sobre el demonio y la muerte. "Él anunciará la paz, porque es el Rey, de la paz.” Estando clavado, extenderá su dominio de mar a mar. "Él, que no grita, que no quebranta, que no extingue al que no es luz sino humo, al que no es fuerza sino debilidad, al que merece toda reprensión, Él, hará justicia según la verdad.” Tu Mesías, oh ciudad de Sión, tu Mesías, oh pueblo del Señor, tu Mesías, oh pueblo de la Tierra.

"Sin tristeza y sin mostrarse turbulento.” Y vosotros veis que no tengo la tristeza apesadumbrada del vencido, ni la rencorosa del perverso, sino solamente la seriedad de quien ve hasta qué punto puede llegar la posesión de Satanás en el hombre; y veis cómo, pudiendo reducir a cenizas y desbaratar con una sola pulsación de mi voluntad, he tendido las manos como invitación de amor, a todos, sin descanso. ¡Y otra vez las alargaré, y serán heridas! "Sin tristeza ni turbulencia, conseguiré establecer mi Reino". Ese Reino de Cristo en que reside la salvación del mundo.

Me dice el Padre, Señor eterno: "Te he llamado, te he tomado de la mano, te he establecido como alianza entre los pueblos y Dios, te he hecho luz de las naciones". Y Luz he sido. Luz para abrir los ojos a los ciegos, palabra para dar el habla a los sordos, llave para abrir las mazmorras subterráneas de los que estaban en las tinieblas del error.

Y ahora, Yo que soy todo esto, voy a la muerte. Entro en la oscuridad de la muerte. La muerte, ¿comprendéis?... Estas primeras cosas anunciadas, que se están cumpliendo, las digo Yo también con el profeta; las otras os las diré antes de que nos separe el Demonio. Allí en el fondo está Sión. Id por la asna y el pollino. Decidle al hombre: "Son necesarios para el Rabí Jesús. Y decid a mi Madre que estoy llegando. Ella está allá, en aquel rellano, con las Marías; me está esperando. Es mi triunfo humano... Que sea también su triunfo. Unidos siempre. ¡Oh, unidos!...

¿Y quién es ese corazón de hiena que con un golpe de su pata armada de uñas separa el corazón del corazón materno: a mí, a su Hijo? ¿Un hombre? No. Todo hombre nace de una mujer. Por reflejo instintivo y por reflejo moral, no puede arremeter contra una madre porque piensa en la "suya". Un hombre, pues, no es. ¿Quién, entonces? Un demonio. ¿Pero puede un demonio agredir a la Vencedora? Para agredirla debe tocarla. Y Satanás no soporta la luz virginal de la Rosa de Dios. ¿Y entonces? ¿Quién creéis que es? ¿No habláis? Yo entonces lo digo. El demonio más astuto se ha fundido con el hombre más degenerado y, como el veneno en los dientes del áspid, así está cerrado dentro de él, que puede acercarse a la Mujer, y así, traidoramente, morderla.

¡Maldito sea el híbrido monstruo que es Satanás y que es hombre! ¿Lo maldigo? No. No es propia del Redentor esta palabra. Entonces digo al alma de este híbrido monstruo lo que dije a Jerusalén, monstruosa ciudad de Dios y de Satanás: "¡Oh, si en esta hora que todavía se te concede supieras venir a tu Salvador!". ¡No hay amor mayor que el mío! Ni tampoco mayor poder. También el Padre consiente, si Yo digo: "Quiero", y Yo no sé pronunciar sino palabras de piedad para los que han caído y me tienden los brazos desde su abismo.

Alma del mayor pecador, tu Salvador, ante el umbral de la muerte, se inclina hacia tu abismo y te invita a tomar su mano. No será impedida mi muerte... Pero tú... pero tú, a quien amo aún... te salvarías. Y el alma de tu Amigo no se estremecería de horror al pensar que por obra de su amigo conoce el horror del morir, y de *este* morir... Jesús calla... agobiado...

Los apóstoles hablan en voz baja y se preguntan:

-¿Pero de quién habla? ¿Quién es?

Y Judas, descarado en el mentir:

-Sin duda es uno de los falsos fariseos... Yo creo que José o Nicodemo, o Cusa o Manahén... A todos les preocupan los primeros puestos y las riquezas... Sé que Herodes... Y sé que el Sanedrín. ¡Él se ha fiado de ellos demasiado! ¡Fijaos como ayer tampoco estaban presentes! No tienen el valor de hacerle frente...

Jesús no oye. Ha ido adelante y ha llegado donde su Madre, que está con las Marías y con Marta y Susana. Sólo falta Juana de Cusa en el grupo de las pías mujeres.

## 590

## El llanto ante Jerusalén y la entrada triunfal en la Ciudad Santa.

Jesús pasa su brazo sobre los hombros de su Madre, que se había levantado cuando Juan y Santiago de Alfeo habían llegado donde Ella para decirle: «Tu Hijo viene». Luego éstos habían regresado para reunirse con sus compañeros, que caminan lentamente, y van hablando. Mientras, Tomás y Andrés han ido ligeros hacia Betfagé para buscar a la asna y al pollino y llevarlos a Jesús.

Jesús, entretanto, habla a las mujeres.

-Hemos llegado a la ciudad. Os aconsejo que os marchéis y vayáis seguras. Entrad antes que Yo en la ciudad. En En Rogel están todos los pastores y los discípulos más leales. Tienen la orden de escoltaros y protegeros.

-Es que... Hemos hablado con Aser de Nazaret y Abel de Belén de Galilea, y también con Salomón. Habían venido hasta aquí para observar tu llegada. La muchedumbre prepara una gran fiesta. Y queríamos ver... ¿Ves cómo se agitan las copas de los olivos? No es el viento el que las agita de ese modo. Es la gente, que coge ramas para sembrar de ellas el camino y para resguardarte del sol. ¡¿Y allá?! Mira, allá están quitando a las palmas sus ventalles. Parecen racimos, pero son hombres que han trepado a los troncos para coger y coger... Y en las laderas puedes ver cómo los niños, agachados, recogen flores. Y las mujeres, sin duda, están despojando huertos y jardines de corolas y hierbas olorosas para sembrarte el camino de flores. Nosotras queríamos ver... e imitar el gesto de María de Lázaro, que recogió todas las flores pisadas por tu pie cuando entraste en el jardín de Lázaro - ruega, por todas, María de Cleofás.

Jesús acaricia en la mejilla a su anciana pariente, que parece una niña deseosa de ver un espectáculo, y le dice:

-En medio de la masa de gente no veríais nada. Id adelante. A la casa de Lázaro. La que está custodiada por Matías. Pasaré por allí y me veréis desde arriba.

-Hijo mío... ¿y vas solo? ¿No puedo estar a tu lado? - dice María alzando una cara muy triste y fijando sus ojos de cielo en su dulce Hijo.

-Quisiera rogarte que estuvieras oculta. Como la paloma en la hendidura de la roca. ¡Más que tu presencia me es necesaria tu oración, Mamá amada!

-Si es así, Hijo mío, nosotras oraremos. Todas. Por ti.

-Sí. Después de verlo pasar, vendréis con nosotras a mi palacio de Sión. Y mandaré servidores al Templo y siempre detrás del Maestro, para que nos traigan sus órdenes y sus noticias - decide María de Lázaro, siempre rápida en captar lo que es mejor hacer y en hacerlo sin vacilación.

-Tienes razón, hermana. Aunque me duela no seguirlo, compren do la justicia de la orden. Y, además, Lázaro nos ha dicho que no contradigamos al Maestro en nada, sino que lo obedezcamos hasta en las cosas menos importantes. Y lo haremos.

-Pues entonces marchaos. ¿Veis? Las calles se animan. Están llegando los apóstoles. Marchaos. La paz sea con vosotras. Os mandaré llamar en las horas que juzgue buenas. Mamá, adiós. Ten paz. Dios está con nosotros.

La besa y se despide de ella. Y las obedientes discípulas se marchan solícitas.

Los diez apóstoles llegan donde Jesús.

-¿Las has mandado adelante?

-Sí. Verán desde una casa mi entrada.

-¿Desde qué casa? - pregunta Judas de Keriot.

-¡Son ya muchas las casas amigas! - dice Felipe.

-¿No la de Analía? - insiste Judas Iscariote.

Jesús responde negativamente y se encamina hacia Betfagé, que está poco lejos.

Cercana ya la tiene cuando vuelven los dos que habían sido enviados por la asna y el pollino. Gritan:

-Hemos encontrado las cosas como habías dicho. Y te habríamos traído los animales. Pero el dueño quiere almohazarlos y adornarlos con los mejores jaeces, para honrarte. Y los discípulos, unidos a los que han pasado la noche en las calles de Betania, para honrarte, quieren tener el honor de traértelos. Nosotros hemos asentido. Nos ha parecido que su amor merecía un premio.

-Habéis hecho bien. Entretanto, vamos adelante.

-¿Son muchos los discípulos? - pregunta Bartolomé.

-¡Oh, una multitud! No se logra entrar por las calles de Betfagé. Por eso le he dicho a Isaac que lleve el asno a casa de Cleante el quesero» responde Tomás.

-Has hecho bien. Vamos hasta aquel rellano del collado. Vamos a esperar a la sombra de aquellos árboles un poco.

Van a donde Jesús señala.

-¡Pero nos alejamos! ¡Pasas Betfagé rodeándola por detrás! - exclama Judas Iscariote.

-Y si quiero hacerlo, ¿quién me lo puede prohibir? ¿Acaso estoy ya prisionero, de forma que no me sea lícito ir a donde quiera? ¿Es que hay prisa en que lo esté y se teme que pueda evadirme de la captura? Y, si juzgara oportuno alejarme por lugares más seguros, ¿alguien podría impedírmelo?

Jesús asaetea con sus ojos al Traidor, que ya no abre la boca y que se encoge de hombros como diciendo "haz lo que te parezca".

En efecto, dan la vuelta por detrás del pueblecito, que yo diría que es un suburbio de la propia ciudad, porque por el lado oeste está verdaderamente muy poco separado de la ciudad, formando parte ya de las laderas del Monte de los Olivos, que corona a Jerusalén por el lado oriental. Abajo, entre las laderas y la ciudad, el Cedrón brilla bajo el sol de Abril.

Jesús se sienta en aquel silencio verde y se concentra en sus pensamientos.

Jesús mira a la ciudad, que se extiende a sus pies. No es un collado muy alto: como mucho, como puede serlo la plaza de San Miniato del monte, en Florencia. Pero basta para que la vista domine la extensión de todas las casas y calles que suben y bajan por las pequeñas elevaciones de terreno que constituyen Jerusalén. Este collado, eso sí, respecto al Calvario, es mucho más alto, si se toma el nivel más bajo de la ciudad; y está más cerca de la muralla. Comienza verdaderamente a dos pasos de ésta. Por esta parte de las murallas, se eleva con pronunciado desnivel, mientras que, por la otra, desciende suavemente hacia una campiña toda verde que se extiende hacia el este (al menos me parece el oriente, si juzgo bien la luz solar).

Jesús y los suyos están bajo un grupo de árboles, a la sombra, sentados. Descansan del camino recorrido. Luego Jesús se levanta, deja el espacio arbolado donde estaban sentados y se llega justo hasta el borde del rellano. Su alto físico -así, erguido y solo, parece todavía más alto- destaca neto en el vacío que lo rodea. Tiene las manos recogidas sobre el pecho, sobre el manto azul, y mira serio, serio.

Los apóstoles lo observan. Pero no le estorban, no moviéndose ni hablando. Deben pensar que se ha separado para orar.

Pero Jesús no está rezando. Primero mira durante un tiempo largo a la ciudad, mira a todos sus barrios y a todas sus elevaciones y todos sus detalles, a veces fijando su mirada largamente en éste o aquel punto, otras veces con menor insistencia; luego se echa a llorar, sin convulsiones ni ruido. Las lágrimas llenan las órbitas, luego salen y ruedan por las mejillas y caen... Lagrimones silenciosos y llenos de tristeza, como de una persona que sabe que *debe* llorar solo, sin esperar consuelo y comprensión de alguien, por un dolor que *no puede* ser anulado y que, sin remisión, *debe* ser sufrido.

E1 hermano de Juan, por su posición, es el primero que ve ese llanto y se lo dice a los otros, los cuales, asombrados, se miran.

-Ninguno de nosotros ha hecho alguna cosa mal - dice uno.

-Tampoco ha habido insultos de la gente, ni estaba entre ella ninguno de sus enemigos – dice otro.

-¿Por qué llora entonces? - pregunta el más anciano de todos.

Pedro y Juan se levantan al mismo tiempo y se acercan al Maestro. Piensan que lo único que debe hacerse es hacerle sentir que lo quieren y preguntarle qué le sucede.

-Maestro, ¿estás llorando? - dice Juan mientras apoya su cabeza rubia en el hombro de Jesús, que le supera en altura todo el cuello y la cabeza. Y Pedro, poniéndole una mano en la cintura, ciñéndole casi con un abrazo para arrimarle hacia sí, le dice: -¿Qué te aflige, Jesús? Dínoslo a nosotros, que te queremos.

Jesús apoya la mejilla en la cabeza rubia de Juan, y, abriendo los brazos, pasa a su vez el brazo por el hombro de Pedro. Permanecen en este abrazo los tres, en una postura de mucho amor. Pero el llanto sigue goteando.

Juan, que siente que desciende entre sus cabellos, le pregunta de nuevo:

-¿Por qué lloras, Maestro mío? ¿Es que te hemos adolorado nosotros?

Los otros apóstoles se han añadido al grupo amoroso y ansiosamente esperan una respuesta.

-No - dice Jesús - No vosotros. Vosotros sois amigos míos, y la amistad, cuando es sincera, es bálsamo y sonrisa, nunca llanto. Quisiera que permanecierais siempre en esta amistad conmigo, incluso ahora, que vamos a entrar en la corrupción que fermenta y que pudre a quien no tiene decidida voluntad de conservarse honesto.

-¿A dónde vamos, Maestro? ¿No a Jerusalén? La gente ya te ha saludado con alegría. ¿Quieres defraudarla? ¿Es que vamos a Samaria para algún prodigio? ¿Justo ahora, que la Pascua está cercana?

Varios al mismo tiempo hacen las preguntas.

Jesús levanta las manos e impone silencio. Luego, con la derecha, señala a la ciudad. Un gesto amplio, como de una persona que fuera sembrando delante de sí. Y dice:

-Esa es la Corrupción. Entramos en Jerusalén. Entramos en ella. Y sólo el Altísimo sabe cómo quisiera santificarla llevando a ella la Santidad que viene de los Cielos. *Santificar de nuevo,* a esta que debería ser la Ciudad santa. Pero no podré hacerle nada. Corrompida está y corrompida se queda. Y los ríos de santidad que brotan del Templo vivo, y que más aún brotarán dentro de pocos días hasta dejarlo vacío de vida, no serán suficientes para redimirla. Vendrá al Santo la Samaria y el mundo pagano. Sobre los templos falsos se alzarán los templos del Dios verdadero. Los corazones de los gentiles adorarán al Cristo. Pero este pueblo, esta ciudad le será siempre adversa y su odio la llevará al mayor de los pecados. Ello debe suceder. ¡Pero, ay de aquellos que sean instrumentos de este delito! ¡Ay de ellos!...

Jesús mira fijamente a Judas, que está casi enfrente de Él.

-Eso a nosotros no nos sucederá nunca. Somos tus apóstoles y creemos en ti, dispuestos a morir por ti.

Judas miente desvergonzadamente y resiste la mirada de Jesús sin turbación. Los otros unen a ello sus declaraciones en la misma línea.

Jesús responde a todos, evitando responder a Judas directamente.

-Quiera el Cielo que así seáis. Pero en vosotros hay todavía mucha debilidad y la tentación podría haceros semejantes a los que me odian. Orad mucho y velad mucho por vosotros mismos. Satanás sabe que está para ser derrotado y quiere vengarse arrebatándoos de mis manos. Satanás está alrededor de todos nosotros: de mí, para impedirme hacer la voluntad del Padre y cumplir mi misión; de vosotros, para reduciros a siervos suyos. Velad. Dentro de esas murallas, Satanás se apoderará de aquel que no sepa ser fuerte. Aquel para quien el haber sido elegido será maldición, porque hizo de su elección una finalidad humana. Os he elegido para el Reino de los Cielos y no para el del mundo. Recordad esto. Y tú, ciudad que quieres tu destrucción, ciudad por la que lloro: que sepas que tu Cristo ora por tu redención. ¡Ah, si al menos en esta hora que te queda supieras venir a quien sería tu paz! ¡Sí al menos comprendieras en esta hora al Amor que pasa por ti, y te despojaras del odio que te ciega y te enloquece, que te hace cruel respecto a ti misma y a tu bien! ¡Pero llegará el día en que recordarás esta hora! ¡Demasiado tarde, entonces para llorar y arrepentirte! El Amor habrá pasado y habrá desaparecido de tus calles. Quedará el Odio que has preferido. Y el Odio se volverá contra ti, contra tus hijos. *Porque se tiene lo que se ha querido y el odio se paga con el odio.* Y no será, entonces, un odio de fuertes contra inermes, sino odio contra odio, y, por tanto, guerra y muerte. Acorralada por trincheras y soldados, languidecerás antes de ser destruida y verás caer a tus hijos por armas y hambre y a los supervivientes ir como prisioneros, y los verás escarnecidos, y pedirás misericordia, mas no la hallarás porque no has querido conocer tu Salud. Lloro, amigos, porque tengo corazón de hombre y las ruinas de la patria le sacan lágrimas. Pero es justo que esto se cumpla, porque la corrupción supera entre estas murallas todo límite y atrae el castigo de Dios. ¡Ay de los ciudadanos que sean causa del mal de la patria! ¡Ay de los dirigentes, que son la causa principal de ello! ¡Ay de aquellos que deberían ser santos para conducir a los demás a la honestidad, y que, al contrario, profanan la Casa de su ministerio y se profanan a sí mismos! Venid. De nada servirá mi acción. Pero ¡hagamos que la Luz resplandezca una vez más en las Tinieblas!

Y Jesús desciende, seguido por los suyos. Va rápido por el camino, el rostro serio, yo diría: casi enfadado. Y ya no habla. Entra en una casita que está al pie del collado. Y ya no veo más.

Dice Jesús (a María Valtorta):

-La escena narrada por Lucas parece sin conexión, casi ilógica. ¿Lamento las desdichas de una ciudad culpable y no tengo conmiseración de sus hábitos? No, no tengo, *no puedo* tener conmiseración de ellos, porque son precisamente estos hábitos los que engendran las desdichas; y verlos agudiza mi dolor. Mi ira contra los profanadores del Templo es la lógica consecuencia de mi meditación sobre las ya cercanas desdichas de Jerusalén.

Los castigos del Cielo están siempre provocados por las profanaciones del culto de Dios y de la Ley de Dios. Haciendo de la Casa de Dios una cueva de ladrones, aquellos sacerdotes indignos y aquellos indignos creyentes (de nombre sólo) atraían para todo el pueblo maldición y muerte. Es inútil dar uno u otro nombre al mal que hace sufrir a un pueblo; buscad su justo nombre en esto: "Castigo por una vida de animales". Dios se retira y el Mal avanza. Éste es el fruto de una vida nacional indigna del nombre de cristiana.

Como entonces, tampoco ahora, en esta fracción de siglo (en plena Segunda Guerra Mundial), he dejado de aguijar y llamar; pero, como entonces, lo único que he obtenido para mí y para los instrumentos por mí usados ha sido burla, indiferencia y odio. Recuerden, no obstante, las personas en particular y las naciones, recuerden que inútilmente lloran cuando antes no quisieron conocer su salvación. Inútilmente me invocan cuando en la hora en que me hallaba con ellos me expulsaron con una guerra sacrílega que, partiendo de las conciencias particulares, devotas del Mal, se extendió por toda la Nación. Las Patrias no se salvan tanto con las armas, cuanto con una forma de vida que atraiga las protecciones del Cielo.

Casi no ha tenido tiempo Jesús (continúa la narración María Valtorta) de entrar en la casa bendiciendo a los que en ella moran, y ya se oye el sonido alegre de cascabeles y voces festivas. Un instante después, la cara enjuta y pálida de Isaac aparece en la abertura de la puerta y el fiel pastor entra y se postra ante su Señor Jesús.

En el marco de la puerta, abierta de par en par, se apiñan muchas caras (y detrás se ven todavía más). Gente que choca, que se apretuja, que quiere abrirse paso... Algún grito de mujer, algún llanto de niño atrapado en medio del gentío, y gritos de saludo y exclamaciones festivas:

-¡Dichoso este día que te trae de nuevo a nosotros! ¡La paz a ti, Señor! Bien vuelves, Maestro, a premiar nuestra fidelidad.

Jesús se pone en pie y hace ademán de hablar. Todos callan. La voz de Jesús se oye con nitidez.

-¡Paz a vosotros! No os apretujéis. Vamos a subir juntos al Templo. He venido para estar con vosotros. ¡Paz! ¡Paz! No os hagáis daño. ¡Dejad paso, amados míos! Dejadme salir, y seguidme, porque entraremos juntos en la Ciudad santa.

La gente, bien o mal, obedece. Y se abre un poco de camino. Lo suficiente como para que Jesús pueda salir y montar en el pollino (porque Jesús señala como cabalgadura para Él el pollino que hasta ahora nunca ha sido montado). Entonces, unos ricos peregrinos comprimidos entre el gentío extienden sobre la grupa del animal sus suntuosos mantos, y uno de ellos hinca una rodilla en tierra mientras con la otra hace de escalón para el Señor, que se sienta en la grupa del pollino de asna. El viaje empieza. Pedro va a un lado del Maestro e Isaac al otro, teniendo las bridas del animal, que aunque no esté domado camina tranquilo, como si estuviera acostumbrado a ese oficio, sin inquietarse o asustarse de las flores que a menudo - dado que las arrojan hacia Jesús- le dan al animalito en los ojos o en el blando morro; ni tampoco de las ramas de olivo y de las hojas de palma que la gente agita delante y alrededor de él, arrojadas al suelo para que hagan de alfombra junto con las flores; ni de los gritos, cada vez más fuertes, de: «¡Hosanna, Hijo de David!» que se elevan al cielo sereno mientras la muchedumbre se va adensando cada vez más y aumenta por otros que han llegado nuevos.

Pasar por Betfagé, por entre las callejuelas estrechas y tortuosas no es cosa fácil. Las madres deben coger en brazos a los niños, y los hombres deben proteger de golpes demasiado violentos a las mujeres. Y algún padre monta a su hijito a caballo de sus hombros y lo lleva así alto, más alto que la gente, mientras las vocecitas de los niños parecen balidos de corderos o chillidos de golondrinas y sus manitas echan las flores y hojas de olivo que les dan sus madres, y también besos, al manso Jesús...

Una vez fuera del pequeño arrabal, el cortejo se ordena y se extiende. Muchos, diligentemente, se adelantan para ir abriendo la marcha liberando el camino. Otros los siguen, esparciendo ramos en el suelo. Uno tiene la iniciativa de arrojar su manto como alfombra, y otro y cuatro y diez y cien y mil lo imitan. La calle presenta en su centro una faja multicolor de indumentos extendidos en el suelo. Una vez que Jesús pasa, recogen los indumentos y los llevan más adelante, con otros, con otros, y más flores, ramos, hojas de palma, que la gente agita y arroja; y se elevan gritos más fuertes en torno al Rey de Israel, al Hijo de David, a su Reino, en torno a Él y en honor de Él.

Los soldados que están de guardia en la puerta salen a ver qué sucede. Pero como no se trata de una sedición, apoyados en sus lanzas se hacen a un lado y observan admirados o irónicos el extraño cortejo de ese Rey que cabalga un pollino de asna, hermoso Él como un dios, humilde como el más pobre de los hombres, manso, bendecidor... rodeado de mujeres y niños y hombres desarmados que gritan «¡Paz! ¡Paz!»; de este Rey que antes de entrar en la ciudad se detiene un momento a la altura de los sepulcros de Hinnón y de Siloán (creo que refiero bien estos lugares donde he visto milagros de leprosos otras veces), y apoyándose en el único estribo en que descansa su pie -pues está sentado en el asno, no a caballo de él-, se yergue Y abre los brazos mientras eleva su voz en dirección a aquellas laderas horrendas (donde se asoman caras y cuerpos horrorosos mirando hacia Jesús y alzando el grito quejumbroso de los leprosos: «¡Estamos infectados!», para alejar a algunos imprudentes que, con tal de ver a Jesús, subirían incluso a esos corrompidos e infectados rellanos):

-¡El que tenga fe en mí que invoque mi Nombre y reciba por ello la salud! - y bendice para reanudar luego la marcha, ordenando a Judas de Keriot:

-Comprarás alimentos para los leprosos y, con Simón, se los llevarás antes de que anochezca.

Cuando el cortejo entra por debajo de la bóveda de la puerta de Siloán y luego, como un torrente, irrumpe dentro de la ciudad, al pasar por el barrio de Ofel -donde todas las terrazas se han transformado en una pequeña, aérea plaza colmada de gente jubilosa que arroja a la calle flores y perfumes, tratando de que caigan sobre el Maestro, y el aire está saturado del olor de las flores que mueren bajo los pasos de las turbas y de la esencia que se esparce en el aire antes de caer al polvo del camino-, al pasar por el barrio de Ofel, el grito de la multitud parece aumentar y hacerse fuerte como si cada uno lo gritara con una bocina, porque los espacios abovedados de que está llena Jerusalén lo amplifican con resonancias continuas.

Oigo gritar, y creo que quiere decir lo que escriben los evangelistas:

-¡Salem, Salem melquil! - (o malquit: trato de representar el sonido de las palabras, pero es difícil porque tienen aspiraciones que nosotros no tenemos). Es un grito continuo, semejante al bramido de un mar en tempestad en que antes de que cese el fragor del golpe que azota playas y escolleras ya otro golpe lo recoge y lo alza de nuevo formando un nuevo fragor, sin tregua alguna. ¡Estoy ensordecida...!

Perfumes, olores, gritos, agitación de ramos y de indumentos, colores, chillidos... Es una visión que aturde.

Veo mezclarse continuamente a la muchedumbre, aparecer y desaparecer caras conocidas: todos los discípulos de todos los lugares de Palestina, todos los seguidores... Veo a Jairo, a Yaia -me parece, el jovencito de Pel.la que era ciego como su madre y al que Jesús curó. Veo a Joaquín de Bosra y a aquel campesino de la llanura de Sarón con sus hermanos; veo al anciano y solitario Matías en cuya casa, de aquel lugar del Jordán (orilla oriental), Jesús se refugió mientras todo estaba inundado; y a Zaqueo con sus amigos convertidos; veo al anciano Juan de Nob con casi todos los habitantes de esta ciudad; veo al marido de Sara de Yuttá... Pero ¿quién puede llevar la cuenta de caras y nombres, si es un calidoscopio de caras conocidas y desconocidas, vistas varias veces o una vez sólo?... Y ahora la cara de1 pastorcito de Enón, y junto a él el discípulo de Corazín que dejó sepultar a su padre por seguir a Jesús; y, al lado de él, un instante, al padre y la madre de Benjamín de Cafarnaúm con su hijito, que por poco si se cae debajo de las patas del asno por echarse hacia delante y recibir una caricia de Jesús.

Y -por desgracia- caras de fariseos y escribas (lívidos de ira por este triunfo) que hienden atropelladores el círculo de amor apiñado en torno a Jesús, y gritan:

-¡Manda callar a estos locos! ¡Hazle entrar en razón! ¡Los hosannas son sólo para Dios! ¡Di que se callen!

A lo cual Jesús responde dulcemente:

-¡Aunque les dijera que se callasen y me obedecieran, las piedras gritarían los prodigios de Verbo de Dios!

Y es que, en efecto, la gente, además de gritar: «¡Hosanna, hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna a Él y a su Reino! ¡Dios está con nosotros! ¡El Emmanuel ha venido! ¡Ha venido el Reino del Cristo del

Señor! ¡Hosanna! ¡Hosanna desde la Tierra hasta lo alto del Cielo! ¡Paz! ¡Paz, mi Rey! ¡Paz y bendición a ti, Rey santo! ¡Paz y gloria en los Cielos y en la Tierra! ¡Gloria a Dios por su Cristo! ¡Paz a los hombres que lo saben acoger! ¡Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad y gloria en los Cielos Altísimos porque la hora del Señor ha venido!» (y quien grita esto último es el grupo compacto de los pastores, que repiten el grito natalicio); además de estas exclamaciones continuas, la gente de Palestina narra a los peregrinos de la Diáspora los milagros que han visto, y, a quienes no saben lo que está sucediendo -por ser extranjeros, de paso fortuitamente por la ciudad- y que preguntan: «¿Pero quién es éste?, ¿qué sucede» - les explican:

-¡Es Jesús!, ¡Jesús, el Maestro de Nazaret de Galilea! ¡El Profeta! ¡El Mesías del Señor! ¡El Prometido! ¡El Santo!

De una casa -sobrepasada su puerta poco antes porque la marcha es lentísima en medio de tanta confusión- sale un grupo de robustos jóvenes llevando en alto recipientes de cobre llenos de carbones encendidos, y de incienso que arde y esparce nubes de humo oloroso. Y otros recogen este gesto y lo repiten, de forma que muchos corren adelante o vuelven hacia atrás, a sus casas, para proveerse de fuego y resinas olorosas para quemarlas en honor del Cristo.

Aparece la casa de Analía; la terraza, enguirnaldada con vid de hojas nuevas, temblorosas por un leve viento abrileño; presenta en el lado de la calle toda una fila de jovencitas vestidas y veladas de blanco -en cuyo centro está Analía-, con cestos de pétalos de rosas deshojadas y de muguetes, que ya revolean en el aire.

-¡Las vírgenes de Israel te saludan, Señor! - dice Juan, que se ha abierto paso y ahora está al lado de Jesús, atrayendo su atención hacia la guirnalda de pureza que se asoma sonriendo tras el pretil para sembrar la calle de pétalos rojos como la sangre y muguetes blancos como perlas.

Jesús sujeta un instante los ramales y para al pollino. Levanta la cara y la mano para bendecir a esa virginidad, enamorada de Él hasta el punto de renunciar a todo amor terreno.

Y Analía se echa hacia delante y grita:

-¡He visto tu triunfo, Señor! ¡Toma mi vida para tu glorificación universal! - y, mientras Jesús pasa por debajo de su casa y prosigue, lo saluda con un grito altísimo: -¡Jesús!

Y otro, un grito distinto, sobrepuja el clamor de la muchedumbre. Pero la gente, a pesar de oírlo, no se detiene. Es un río de entusiasmo, un río irrefrenable de pueblo en delirio. Y, mientras las últimas ondas de este río están todavía fuera de las puertas, las primeras ya acometen las subidas que conducen al Templo.

-¡Ahí está tu Madre! - grita Pedro señalando a una casa situada casi en la esquina de una calle que sube al Moria y por la que el cortejo se encanala. Y Jesús alza su cara para sonreír a su Madre, que está allí arriba entre las mujeres fieles.

Un tapón producido por una nutrida caravana detiene al cortejo pocos metros después de haber sobrepasado la casa. Mientras Jesús y los otros se detienen y Él acaricia a los niños que las madres le presentan, acude un hombre y se abre paso gritando:

-¡Dejadme pasar! Una mujer ha muerto. Una niña. De repente. La madre pide la presencia del Maestro. ¡Dejadme pasar! ¡Ya la salvó una vez!

La gente abre paso y el hombre se apresura a ir hasta Jesús:

-Maestro, la hija de Elisa ha muerto. Te ha saludado con aquel grito. Luego ha caído hacia atrás diciendo: "¡Soy feliz!" y ha expirado. Su corazón, con el gran júbilo de verte triunfador, se ha quebrado. Su madre me ha visto en la terraza que está al lado de su casa y me ha dicho que viniera a llamarte. ¡Ven, Maestro!

-¡Muerta! ¡Muerta Analía! ¡Pero si estaba sana, lozana, feliz ayer mismo!

Los apóstoles se arremolinan inquietos, los pastores también. Todos la han visto el día anterior en perfecto estado de salud. Poco antes la han visto rosada, sonriente... No comprenden esta desventura... Quieren saber, preguntan los pormenores...

-No lo sé. Todos habéis oído sus palabras. Hablaba fuerte, segura. Luego la vi ceder hacia atrás, más blanca que sus vestidos, y oí a su madre que gritaba... No sé nada más.

-No os inquietéis. No está muerta. Ha caído una flor y los ángeles de Dios la han recogido para llevarla al seno de Abraham. Pronto la azucena de la Tierra se abrirá feliz en el Paraíso, e ignorará para siempre el horror del mundo. Hombre, di a Elisa que no llore por el destino de su criatura. Dile que Dios ha otorgado una *especial* gracia a Analía, y que dentro de seis días comprenderá qué gracia ha concedido Dios a su hija. No lloréis. Que no llore nadie. Su exaltación es aún mayor que la mía, porque cortejo de la virgen son los ángeles para llevarla a la paz de los justos. Y es una exaltación eterna, que aumentará de grado y no conocerá nunca merma. En verdad os digo que tenéis motivo de llanto en todos vosotros y no en Analía. Vamos.

Y repite a los apóstoles y a quienes están alrededor de Él:

-Ha caído una flor. Se ha echado en paz y los ángeles la han recogido. Dichosa la pura de carne y corazón, porque pronto verá a Dios.

-¿Pero cómo, de qué ha muerto, Señor? - pregunta Pedro, que no logra comprender.

-De amor, de éxtasis, de gozo infinito. ¡Una muerte feliz!

Los que están muy adelante no saben lo que está sucediendo: los que están muy atrás, tampoco. Por tanto, los gritos de hosanna continúan, aunque aquí, junto a Jesús, se haya creado un círculo de pensativo silencio.

Juan lo rompe:

-¡Quisiera seguir su misma suerte antes de los momentos que van a venir!

-Yo también - dice Isaac - Quisiera ver el rostro de la jovencita muerta de amor por ti...

-Os ruego que me sacrifiquéis vuestro deseo. Necesito teneros a mi lado...

-No te dejaremos, Señor. ¿Pero, para la madre, ningún consuelo? - pregunta Natanael.

-Me ocuparé de que lo tenga.

Están ya ante las puertas de las murallas del Templo. Jesús baja del jumento. Uno de Betfagé se encarga de cuidar del pollino. Hay que tener en cuenta que Jesús no se ha parado en la primera puerta del Templo, sino que ha orillado la muralla y no

se ha detenido antes de llegar al lado norte de ésta, cerca de la Antonia. Ahí baja y entra en el Templo, como para mostrar que, sintiendo inocentes todas sus acciones, no se esconde del poder dominante. El primer patio del Templo presenta el habitual jaleo de cambistas y vendedores de palomas, gorriones y corderos; sólo que ahora toda la gente deja plantados a los vendedores para ir a ver a Jesús. Jesús entra, majestuoso con su túnica purpúrea. Pasa su mirada por ese mercado. Mira a un grupo de fariseos y escribas que, bajo un pórtico, observan.

Le centellea de indignación el rostro. En un instante se pone en el centro del patio. Una reacción improvisa que ha parecido un vuelo, el vuelo de una llama (de llama es su túnica, en efecto, bajo el sol que inunda el patio):

-¡Fuera de la casa de mi Padre! Éste no es lugar de usura ni de mercado. Está escrito *(Isaías 56, 7; Jeremías 7, 11)*: "Mi casa será llamada casa de oración". ¿Por qué habéis transformado en cueva de ladrones esta casa en que se invoca el Nombre del Señor? ¡Fuera! Limpiad mi Casa: no os vaya a suceder que en vez de correas descargue sobre vosotros los rayos de la ira celeste. ¡Fuera! Fuera de aquí los ladrones, los estafadores, los deshonestos, los homicidas, los sacrílegos, los idólatras que tienen la peor idolatría: la del propio yo soberbio, los corruptores y los embusteros. ¡Fuera! ¡Fuera! Si no, Yo os digo que el Dios altísimo arrasará para siempre este lugar y tomará venganza contra todo un pueblo.

No repite la agresión de la otra vez, con el azote, pero, viendo que mercaderes y cambistas vacilan en obedecer, va al banco más cercano y lo vuelca, esparciendo por el suelo balanzas y monedas.

Los vendedores y cambistas, visto este primer ejemplo, sin demora, ponen por obra la orden de Jesús, seguidos por el grito de Él:

-¡Y cuántas veces voy a tener que decir que éste no debe ser lugar de inmundicia, sino de oración?

Mira a los del Templo, los cuales, obedientes a las órdenes del Pontífice, no emprenden gesto alguno de represalia.

Limpio ya el patio, Jesús se dirige hacia los pórticos, bajo los cuales hay ciegos, paralíticos, mudos, lisiados y otros enfermos que le invocan con fuerte voz.

-¿Qué queréis de mí?

-¡La vista, Señor!

-¡Los miembros!

-¡Que mi hijo hable!

-¡Que mi mujer se cure!

-¡Nosotros creemos en ti, Hijo de Dios!

-Que Dios os escuche. ¡Alzaos y alabad al Señor!

No cura uno a uno a los muchos enfermos, sino que hace un amplio gesto con la mano, y de ella manan gracia y salud para estos pobrecillos que ahora se yerguen sanos y emiten gritos de júbilo que se mezclan con los de los muchos niños que se arriman a Jesús repitiendo:

-¡Gloria, gloria al Hijo de David! ¡Hosanna a Jesús Nazareno, Rey de reyes y Señor de señores!

Algunos fariseos, con fingida deferencia y voz alta dicen:

-¡Maestro!, ¿oyes lo que dicen? Estos niños dicen algo que no debe decirse. ¡Repréndelos! ¡Que callen!

-¿Por qué? ¿No dijo, acaso, el rey profeta, el rey de mi linaje: "De la boca de los niños y de los lactantes has hecho brotar la alabanza perfecta para confusión de tus enemigos"? *(Salmo 8, 3)* ¿No habéis leído esas palabras del salmista? Dejad que los niños expresen mis alabanzas. Se las inspiran sus ángeles, que ven constantemente a mi Padre y conocen sus secretos y se los transmiten a estos inocentes. Ahora dejadme todos que vaya a orar al Señor - y, pasando por delante de la gente, se introduce en el patio de los israelitas para orar...

Luego, saliendo por otra puerta, pasando muy cerca de la piscina Probática, sale de la ciudad para volver hacia las lomas del monte de los Olivos.

Se ve entusiastas a los apóstoles... Esta exaltación los hace sentirse seguros, hace que olviden completamente todo el terror que las palabras del Maestro habían suscitado... Hablan de todo... Ansían tener noticias acerca de Analía. No sin dificultad, Jesús los retiene -quieren ir-, asegurando que va a poner los medios que Él conoce... Sordos, sordos, sordos a toda voz divina de aviso... hombres, hombres, hombres a los que un grito de hosanna hace olvidar todo…

Jesús habla con los domésticos de María de Magdala, que se habían unido a Él en el Templo; luego se despide de ellos...

-¿Y ahora a dónde vamos? - pregunta Felipe.

-¿A casa de Marcos de Jonás? - dice Juan.

-No. A1 campo de los Galileos. Quizá hayan venido mis hermanos. Quisiera saludarlos - dice Jesús.

-Podrás hacerlo mañana» le señala Judas Tadeo.

-Bueno es obrar mientras *se puede obrar.* Vamos donde los galileos. Se alegrarán de vernos. Vosotros tendréis noticias de las familias y Yo veré a los niños...

-¿Y esta noche? ¿Dónde vamos a dormir? ¿En la ciudad? ¿En qué lugar? ¿Dónde está tu Madre? ¿En casa de Juana? - pregunta Judas Iscariote.

-No lo sé. Desde luego, en la ciudad no. Quizá todavía en alguna tienda galilea...

-¿Pero por qué?

-Porque soy el Galileo y amo a mi patria. Vamos.

Se ponen en marcha subiendo hacia el campo de los Galileos -todo un albear de tiendas bajo el alegre sol abrileño-, que está arriba en el monte de los Olivos, orientado hacia Betania.

# Por la noche en Getsemaní. Los apóstoles llamados de nuevo a la realidad después de la embriaguez del triunfo.

Jesús está con los suyos en la paz del Huerto de los Olivos. Se viene la noche, una templada noche de plenilunio. Están sentados en esos asientos naturales que son los desniveles del Huerto, los primeros, que se asoman a la placita natural formada por el calvero que está al principio del Getsemaní. El Cedrón, susurrador entre sus cantos, parece conversar animadamente consigo mismo; algún canto de ruiseñor, algún suspiro de brisa, nada más.

Jesús está hablando.

-Después de la exaltación de esta mañana, muy distinto tenéis el corazón. ¿Qué deberé decir? ¿Que lo sentís aliviado? ¡Sí, según lo humano, aliviado! Habéis entrado en la ciudad temblando a causa de mis palabras. Cada uno en particular parecía temer a los esbirros, tras las murallas, preparados para caer sobre vosotros y prenderos.

En todo hombre hay otro hombre, que se revela en las horas más graves. Existe el héroe, que en las horas de peligro se manifiesta en el hombre que el mundo siempre vio manso, en ese hombre al que el mundo juzgó insignificante; el héroe que dice ante la lucha: “Aquí estoy", que dice al enemigo, al avasallador: "Mídete conmigo". Existe el santo, que, mientras que todos huyen aterrorizados ante los sanguinarios deseosos de víctimas, dice: "Tomadme a mí como rehén y como víctima. Pago yo por todos". Existe el cínico, que ante las desventuras generalizadas saca beneficio propio, y que se ríe ante los cuerpos de las víctimas. Existe el traidor, que posee un coraje suyo particular: el del mal; el traidor, que es una amalgama del cínico y el cobarde (que es también una categoría que se manifiesta en los momentos más graves), porque cínicamente saca provecho de una desdicha y cobardemente se pasa al grupo más fuerte, atreviéndose, con tal de sacar provecho de ello, a hacer frente al desprecio de los enemigos y a las maldiciones de aquellos a quienes ha abandonado. En fin, existe -y es la categoría más difundida- el cobarde, que en el momento grave sólo es capaz de dolerse por haber sido reconocido como partidario de un grupo o de un hombre que ahora sufren condenación, y de huir... La culpa del cobarde no alcanza el grado de la del cínico, ni repugna como el traidor, pero muestra, eso sí, la imperfección de su estructura espiritual. Vosotros... esto sois. No digáis que no. Yo leo en las conciencias.

-Esta mañana, íntimamente, pensabais: "¿Qué nos va a suceder? ¿Iremos a la muerte también nosotros?" y la parte más baja gemía: "¡No teníamos que haberlo seguido!...". Sí. Pero ¿os he engañado alguna vez? Ya desde mis primeras palabras os hablaba de persecución y muerte. Y cuando uno de vosotros, por exceso de admiración quiso verme y presentarme como un rey (uno de los pobres reyes de la Tierra, pobre aunque fuera rey y restaurador del reino de Israel inmediatamente corregí el error y dije: "Soy Rey del espíritu. Ofrezco privaciones, sacrificio, dolor. No tengo otra cosa. Aquí, en la Tierra no tengo otra cosa. Pero después de mi muerte, y de vuestra muerte en mi fe, os daré un Reino eterno: el de los Cielos". ¿Acaso os hablé de otra manera? No. Vosotros mismos decís que no.

Y vosotros, entonces, decíais: "Sólo esto queremos: estar contigo, ser tratados como Tú y padecer por ti". Sí, ésas eran vuestras palabras. Y erais sinceros. Pero era porque razonabais sólo como niños; como niños distraídos. Os pensabais que seguirme era fácil y estabais tan cargados de la triple concupiscencia, que no podíais admitir que fuera verdad lo que Yo os señalaba. Pensabais: "Es el Hijo de Dios. Lo dice para probar nuestro amor. Pero el hombre no podrá agredirle. ¡Él, que obra milagros, bien sabrá hacer un gran milagro en favor propio!". Y cada uno de vosotros añadía: "No puedo creer que lo traicionen, que lo apresen y le den muerte". Tan fuerte era esta *humana* fe vuestra en mi poder, que llegabais a *no tener fe* en mis palabras, la Fe verdadera, espiritual, santa y santificante.

"¡Él, que obra milagros, hará también uno en favor propia!" decíais. No sólo uno. Haré todavía muchos. Y dos serán como ninguna mente de hombre puede pensar; serán como sólo los que crean en el Señor podrán admitir. Todos los demás, durante todos los siglos, dirán: "¡Imposible!". Y después de la muerte seguiré siendo objeto de contradicción para muchos.

Una dulce mañana de primavera, desde lo alto de un monte, anuncié las distintas bienaventuranzas. Hay todavía una: "Bienaventurados los que saben creer sin ver". Ya he dicho yendo por Palestina: “Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen", también: "Bienaventurados los que hacen la voluntad de Dios". Y otras más, otras he dicho, porque en la casa del Padre mío son numerosas las alegrías que esperan a los santos. Pero también existe ésta ¡Oh, bienaventurados los que crean sin haber visto con los ojos corporales! Serán tan santos, que, estando en la Tierra, verán ya a Dios, Dios escondido en el Misterio de amor.

Pero vosotros, después de tres años de estar conmigo, a esta fe no habéis llegado todavía. Y creéis sólo en lo que veis. Por eso, desde esta mañana, después de la exaltación, estáis diciendo: "Es lo que decíamos nosotros. Él triunfa. Y nosotros con él". Y, como aves a las que les nacen las plumas que un hombre cruel haya arrancado, alzáis vuestro vuelo ebrios de alegría, seguros, libres de ese sentido de opresión que mis palabras habían puesto en vuestro corazón. Entonces, ¿estáis más aliviados también en vuestro espíritu? No. En él estáis aún *menos* aliviados. Porque estáis aún menos preparados para la hora que amenaza. Habéis bebido los gritos de hosanna como un vino fuerte y agradable y estáis ebrios de él. ¿Un hombre embriagado es, acaso, fuerte?: basta una manita de niño para hacerlo tambalearse y caer. Así estáis vosotros. Y será suficiente la presencia de los esbirros para poneros en fuga, cual temerosas gacelas que, en cuanto ven asomarse tras una roca el morro puntiagudo del chacal, se dispersan, rápidas como el viento, por las soledades del desierto.

¡Cuidad de no morir de hórrida sed en esa quemada arena que es el mundo sin Dios! No digáis, no digáis, amigos queridos, lo que dice Isaías *(8, 12-16)* aludiendo a este estado de espíritu vuestro, falso y peligroso; no digáis: "Éste sólo habla de conjuras, pero no hay motivo de temor, no hay motivos para sentir espanto. No debemos temer lo que nos profetiza. Israel lo ama y nosotros eso lo hemos visto". ¿Cuántas veces el tierno pie desnudo de un niño pisa las hierbezuelas florecidas de un

prado mientras arranca corolas para llevárselas a su madre, y cree que va a encontrar sólo tallitos y flores y, sin embargo, pone el calcañar sobre la cabeza de una culebra y ésta le muerde y el niño muere! Las flores ocultaban la sierpe. ¡Y esta mañana... también ha sido así! Yo soy el Condenado coronado de rosas. ¡Las rosas!... ¿Cuánto duran las rosas? ¿Qué queda de ellas cuando su corola se ha deshojado para formar nieve de perfumados pétalos? Espinas.

-Yo -Isaías lo dijo- seré para vosotros -y, con vosotros, os digo que lo seré para el mundo- santificación; pero también piedra de tropiezo, piedra de escándalo, y lazo y ruina para Israel y para la Tierra. *Santificaré a los que tengan buena voluntad, seré causa de caída y de quebranto para los que tengan mala voluntad.* Los ángeles no pronuncian palabras engañosas ni palabras que duren poco. Ellos vienen de Dios, que es Verdad y que es Eterno, y lo que dicen es verdad y constituye palabra inmutable. Los ángeles dijeron: "Paz a los hombres de *buena* voluntad". Entonces nacía, ¡oh, Tierra!, tu Salvador. Ahora va a la muerte tu Redentor. Pero para recibir paz de Dios, o sea, santificación y gloria, es necesario tener "buena voluntad". Inútil mi nacimiento, inútil mi muerte, para aquellos que no tienen esta voluntad buena. Mi vagido y mi estertor, el primer paso y el último, la herida de la circuncisión y la de la consumación, se habrán producido en vano si en vosotros, si en los hombres, no existe la buena voluntad de redimirse y santificarse. Y os digo que muchísimos tropezarán en mí, que he sido puesto como columna de soporte y no como trampa para el hombre; y caerán porque estarán ebrios de soberbia, de lujuria, de avaricia, y se verán dentro de la red de sus pecados, atrapados y entregados a Satanás. Poned estas palabras en vuestros corazones, sigiladlas para los futuros discípulos.

Vamos. La Piedra se alza. Otro paso hacia delante, hacia la cima del monte. Debe resplandecer en la cima porque É1 es Sol, Luz, Oriente. Y el Sol resplandece en las cimas. Debe ser en el monte porque el mundo entero debe ver el Templo verdadero. Y Yo mismo lo edifico con la Piedra viva de mí Carne inmolada. Y uno sus distintas partes con 1a argamasa hecha de sudor y sangre. Estaré en mi trono cubierto con un manto de púrpura viva, coronado con una corona nueva, y los que están lejos vendrán a mí, trabajarán en mi Templo, para mi Templo. Yo soy la base y la cúspide. Pero todo alrededor, cada vez mayor, se irá extendiendo la morada. Yo mismo labraré mis piedras y a mis artesanos. De la misma manera que Yo he sido labrado con cincel por el Padre, por el Amor, por el hombre y por el Odio, así los labraré. Y cuando en un solo día haya sido arrancada de la Tierra la iniquidad, a la piedra del Sacerdote eterno se acercarán los siete ojos para ver a Dios y de ella manarán las siete fuentes para vencer el fuego de Satanás.

Satanás... Judas, vamos; y recuerda que el tiempo es ya poco y que para el anochecer del Jueves debe ser entregado el Cordero. *(Jueves es de inmediata comprensión para el lector de hoy, a quien se adapta el lenguaje de la Obra valtortiana. También en otros lugares y en los títulos de los capítulos que siguen, se nombran los días de la semana, los cuales, en realidad, excepciones hechas de sábado y Parasceve, no tenían un nombre para los hebreos de aquel tiempo)*

## 592

## Lunes santo. Consuelo a la madre de Analía y encuentro con el soldado Vital. La higuera estéril y la parábola de los viñadores pérfidos. La autoridad de Jesús y el bautismo de Juan.

Jesús, allí, en el rellano elevado del Monte de los Olivos donde muchos galileos se congregan con ocasión de las solemnidades, sale pronto de una de las tiendas. Todo el campamento duerme bajo el claror de una Luna que se pone lentamente, fajando de candor argénteo tiendas, árboles y laderas, y a la ciudad durmiente abajo... Jesús pasa entre las tiendas seguro y sin hacer ruido. Una vez fuera del campamento, baja rápido hacia el Getsemaní por pronunciados senderos; lo atraviesa, sale de él, cruza el puentecillo del Cedrón -cinta de plata que arpegia a la Luna-, llega a la puerta vigilada por los legionarios. Quizá es una medida de precaución del Procónsul esta vigilancia de las puertas cerradas. Son cuatro soldados, que hablan sentados en voluminosas piedras colocadas contra el fuerte muro como asientos; y se están calentando junto a una pequeña hoguera de zarzas secas que proyecta una luz rojiza en las lorigas brillantes y en los austeros yelmos, bajo los cuales sobresalen unos rostros muy distintos de los de los hebreos, por la fisonomía itálica.

-¿Quién va ahí? - dice el primero que ve aparecer la alta figura de Jesús de detrás del ángulo de una casucha cercana a la puerta, y embraza el asta terminada en puntiaguda lanza que tenía apoyada al lado, contra el muro, poniéndose en la postura reglamentaria. Los otros hacen lo mismo. Aquél, sin dar tiempo a Jesús para responder, dice:

-No se entra. ¿No sabes que estamos todavía en la segunda vigilia?

-Soy Jesús de Nazaret. Mi Madre está en la ciudad y voy donde Ella.

-¡Oh, el Hombre que ha resucitado al muerto de Betania! ¡Por Júpiter! ¡Por fin voy a verlo!

Y se acerca mirándolo curioso; se mueve en torno a Él, como para asegurarse de que no es una cosa irreal, extraña, sino que es un hombre exactamente como todos los demás. Y lo dice:

-¡Oh! ¡Numes! ¡Es hermoso como Apolo, pero hecho en todo como nosotros! ¡Y no tiene ni bastón ni gorro, ni ninguna señal de su poder!

Está perplejo. Jesús lo mira pacientemente, sonriéndole con dulzura.

Los otros, que son menos curiosos -quizá han visto ya a Jesús otras veces- dicen: -Habría sido bueno que hubiera estado aquí a mitad de la primera vigilia, cuando han llevado al sepulcro a la niña bonita que ha muerto por la mañana. Habríamos visto resucitar...

Jesús, dulcemente, repite:

-¿Puedo ir donde mi Madre?

Los cuatro soldados se desperezan. El más viejo habla:

-Verdaderamente la orden sería no dejar pasar. Pero Tú pasarías de todas formas. Quien fuerza las puertas del Hades bien puede forzar las puertas de una ciudad cerrada. Y, además, no eres hombre que suscite amotinamientos. Por tanto, la prohibición cae para ti. Procura que no te vean las patrullas de dentro. Abre, Marco Grato. Y pasa sin hacer ruido. Somos soldados y debemos obedecer...

-No temas. Vuestra bondad no se os transformará en castigo.

Un legionario abre cautelosamente el portillo practicado en puerta colosal, y dice:

-Pasa pronto. Dentro de poco termina la vigilia y seremos cambiados por los siguientes.

-La paz a vosotros.

-Somos hombres de guerra...

-La paz que Yo doy permanece incluso en la guerra, porque es paz del alma.

Y Jesús se sume en la oscuridad del arco abierto en el espesor de las murallas. Pasa silencioso ante el cuerpo de guardia, de donde la puerta abierta, sale la luz temblorosa de una lámpara de aceite, una lámpara corriente, colgada de un gancho del bajo techo, que permite ver algunos cuerpos de soldados durmiendo en esteras puestas en el suelo, bien arrebujados en sus mantos, con las armas al lado.

Jesús ya está en la ciudad... Lo pierdo de vista mientras observo cómo dos de los soldados de antes entran a despertar a los que duermen, para ser sustituidos; pero primero observan si Él se ha alejado.

-Ya no se le ve... ¿Qué habrá querido decir con esas palabras? Me habría gustado saberlo - dice el más joven.

-Habrías debido preguntársela. No nos desprecia. Es el único hebreo que no nos desprecia y que no nos saca el dinero de una u otra forma - le responde el otro (ya en su plena madurez viril).

-No me he atrevido. ¿Yo, campesino beneventano, hablar con uno que dicen que es Dios?

-¿Un dios en un jumento? ¡Ja! ¡Ja! Si estuviera borracho como Baco, quizá; pero no es un borracho. Creo que no bebe siquiera el mulsum. ¿No ves lo pálido y delgado que está?

-Y, sin embargo, los hebreos...

-¡Ellos si que beben, aunque aparenten no hacerlo! Y, borrachos por haber bebido los vinos fuertes de estas tierras, y también su sidra, han visto a un dios en un hombre. Créeme: los dioses son patrañas. El Olimpo está vacío y la Tierra carece de dioses.

-¡Sí te oyeran!...

-¿Eres todavía tan niño, como para no poder vestir la toga cándida y no sabes que el mismo César no cree en los dioses? Ni tampoco creen en ellos los pontífices, los augures, los arúspices, los arvales, las vestales, ni nadie.

-¿Y entonces, por qué...?

-¿Por qué los ritos? Porque gustan al pueblo y son útiles para los sacerdotes, y le sirven a César para hacerse obedecer como si fuera un dios terreno sujetado de la mano por los dioses olímpicos. Pero los primeros que no creen son aquellos a los que veneramos como ministros de los dioses. Yo soy pirroniano. He recorrido el mundo. He vivido muchas experiencias. Ya tengo pelo blanco en las sienes y mi pensamiento ha madurado. Tengo como código personal tres sentencias: Amor a Roma, única diosa y única certidumbre, hasta el sacrificio de mi vida; no creer en nada, porque todo lo que nos rodea es ilusión, excepto la Patria sagrada e inmortal (también de nosotros mismos debemos dudar, porque es inseguro incluso el hecho de que vivamos); el sentido y la razón no son suficientes para dar la certidumbre de llegar a conocer la Verdad, y el vivir y el morir tienen el mismo valor porque no sabemos qué es vivir ni qué es morir - dice, haciendo alarde un escepticismo filosófico de criatura superior...

El otro lo mira titubeante. Luego dice:

-Pues yo, sin embargo, creo. Y me gustaría saber... saber acerca de ese hombre que ha pasado hace poco. Él, sin duda, conoce la Verdad. Una cosa extraña se desprende de Él. ¡Es como una luz que entra dentro!

-¡Esculapio te salve! ¡Estás enfermo! Hace poco has subido del valle a la ciudad, y las fiebres aparecen fácilmente en los que realizan este viaje y no se han aclimatado todavía a esta región. Estás delirando. Ven. Para hacer salir en forma de sudor el veneno de la fiebre jordánica lo único es vino caliente y drogas... - y le impele hacia el cuerpo de guardia.

Pero el otro se libera y dice:

-No estoy enfermo. No quiero vino caliente con drogas. Quiero vigilar allí, fuera de las murallas (señala al lado interno del bastión) y esperar al hombre que ha dicho que se llama Jesús.

-Si esperar no te desagrada... Yo entro a despertar a éstos para el cambio. Adiós...

Y entra ruidosamente en el cuerpo de guardia, despertando a sus compañeros y gritando:

-¡Ha sonado la hora! ¡Arriba, holgazanes perezosos! ¡Que estoy cansado...! Bosteza ruidosamente, y profiere imprecaciones porque han dejado apagar el fuego y se han bebido todo el vino caliente «tan necesario para secar el aguazo palestino...».

El otro, el joven legionario, apoyado en el muro que la Luna ponentina acaricia, espera a que Jesús vuelva sobre sus pasos. Las estrellas velan su esperanza...

Jesús, entretanto, ha llegado a la casa que Lázaro tiene en el monte Sión. Llama.
Leví le abre.

-¡Tú, Maestro! Las amas duermen. ¿Por qué no has mandado a un sirviente, si necesitabas algo?

-No le habrían dejado pasar.

-¡Ah, es verdad! ¿Y Tú cómo has pasado?

-Soy Jesús de Nazaret. Y los legionarios me han dejado pasar. Pero esto no hay que decirlo, Leví.

-No lo diré... ¡Mejores ellos que muchos de nosotros!

Llévame a donde duerme mi Madre y no despiertes a ningún otro de la casa.

-Como quieras, Señor. La orden de Lázaro a todos sus encargados domésticos es obedecerte en todo sin replicar y sin dilación. Poco después del alba llevó la orden un criado, muchos criados, a todas las casas. *Obedecer y callar.* Lo haremos. Nos has concedido de nuevo a nuestro señor...

El hombre va con paso ligero por los pasillos, amplios como galerías, del espléndido palacio de Lázaro del monte Sión, y la lámpara que lleva entre sus manos ilumina fantásticamente los objetos y los tapices que adornan estos anchos pasillos. El hombre se detiene ante una puerta cerrada:

-Ahí está tu Madre.

-Puedes marcharte.

-¿Y la lámpara? ¿No la quieres? Yo puedo volver a oscuras. Conozco bien la casa. Nací aquí.

-Déjamela. Y no quites la llave de la puerta. Salgo enseguida.

-Sabes donde encontrarme. Cierro por precaución. Pero estaré preparado para abrirte la puerta cuando vengas.

Jesús se queda solo. Llama con suavidad: un toque tan ligero que sólo una persona que esté bien despierta puede oírlo.

Ruido leve dentro de la habitación, como de correr una silla y un ligero rumor de pasos, y una voz suave:

-¿Quién llama?

-Yo, Mamá. Ábreme.

La puerta se abre enseguida. La luz de la Luna es la única que ilumina la serena habitación, y extiende sus rayos sobre el lecho intacto. Hay una silla junto a la ventana abierta de par en par frente al misterio de la noche.

-¿No dormías todavía? ¡Es tarde!

-Oraba... Ven, Hijo mío. Siéntate aquí donde estaba yo - y señala a la silla que está junto a la ventana.

-No puedo detenerme. He venido por ti, para ir a Ofel, a casa de Elisa. Analía ha muerto. ¿No lo sabías todavía?

-No. Ninguno... ¿Cuándo, Jesús?

-Después de pasar Yo.

-¡Después de *pasar* Tú! ¡Has sido, entonces, para ella el Ángel libertador! ¡Tan severas rejas le eran esta Tierra...! ¡Dichosa ella! ¡Quisiera estar yo en su lugar! ¿Ha sido una muerte... natura? Quiero decir... ¿no por un infortunio?...

-Ha muerto de alegría de amor. Lo he sabido cuando estaba ya en la subida del Templo. Ven conmigo, Mamá. Nosotros no tememos profanarnos por consolar a una madre que ha tenido entre sus brazos a su hija muerta de alegría sobrenatural... ¡Nuestra primera virgen! La que fue a Nazaret, a ti, para encontrarme a mí y pedirme esta alegría... Días lejanos y serenos.

-Anteayer cantaba como una curruca enamorada y me besaba diciendo: "¡Soy feliz!", y estaba ávida de oír todo acerca de ti. Cómo te formó Dios, cómo me eligió, y mis primeros latidos de virgen consagrada... Ahora comprendo... Estoy preparada, Hijo.

María, mientras hablaba, se ha fijado el pelo, que le caía por los hombros y tan niña le hacía parecer, y se ha puesto el velo y el manto.

Salen, haciendo el menor ruido posible.

Leví está ya al lado del portón. Explica:

-He preferido... por mi mujer... Las mujeres son curiosas. Me habría hecho cien preguntas. Así no lo sabe...

Abre. Hace ademán de cerrar.

Jesús dice:

-Dentro de esta misma vigilia traeré a mi Madre.

-Velaré aquí. Pierde cuidado.

-La paz a ti.

Caminan por las calles silenciosas, vacías, de las que la Luna va retirándose lentamente para permanecer en lo alto de las casas altas de la colina de Sión. Más luminoso se ve el barrio de Ofel, de casitas más humildes y bajas.

Y se ve la casa de Analía. Cerrada, oscura, silenciosa. Algunas flores, mustias, hay todavía en los peldaños de la casa: quizás las que arrojó la virgen antes de morir, o flores caídas de su lecho fúnebre... Jesús llama a la puerta. Llama de nuevo...

Ruido de una ventana que se abre arriba. Una voz desmayada:

-¿Quién llama?

-María y Jesús de Nazaret - responde María.

-¡Oh! ¡Voy!...

Breve espera. Luego, ruido de descorrer cerrojos. La puerta se abre y permite ver la cara desencajada de Elisa, que a duras penas se tiene en pie apoyada en la jamba. Y, cuando María, entrando, le abre los brazos, ella se deja caer sobre su pecho, llorando con débiles sollozos, propios de quien ha llorado ya tanto, que carece de voz para llanto. Jesús cierra la puerta y espera paciente a que su Madre calme esa congoja.

Cerca de la puerta hay una habitación. Entran en ella. Jesús lleva la lámpara que Elisa había dejado en el suelo de la entrada antes de abrir la puerta. El llanto de la madre parece no poder tener fin. Habla entre roncos sollozos a María: habla la madre a la Madre. Jesús, en pie junto a una pared, calla...

Elisa no encuentra razón de esa muerte acaecida así... Y, en medio de su dolor, hace recaer la causa de ella sobre Samuel, el prometido perjuro:

-¡Ese maldito le ha roto el corazón! Ella no lo decía, pero está claro que sufría, ¡quién sabe desde hace cuánto tiempo! Y con el júbilo, con el grito, se le ha abierto el corazón. Maldito sea eternamente.

-No, querida mía, no. No maldigas. No es así. Dios la ha amado tanto, que ha querido que estuviera en la paz. Pero, aunque hubiera muerto por causa de Samuel -no es así, pero supongámoslo por un instante- piensa en qué muerte de júbilo ha tenido, y di que la malvada acción le procuró una muerte feliz.

-¡Yo ya no la tengo! ¡Se me ha muerto! ¡Se me ha muerto! ¿Tú no sabes lo que es perder a una hija! Yo he experimentado dos veces este dolor. Porque ya la lloraba como muerta cuando tu Hijo la curó. Pero ahora... Pero ahora... ¡Él no ha vuelto! No se ha compadecido... ¡Yo la he perdido! ¡Perdida! ¡Mi criatura está ya en la tumba! ¿Sabes lo que es ver agonizar a un hijo?, ¿saber que tiene que morirse?, ¿verlo muerto cuando se pensaba que había recuperado la salud y que estaba fuerte? No lo sabes. No puedes hablar... Era bonita como una rosa que se hubiera abierto en ese momento, con los primeros rayos del Sol, esta mañana mientras se arreglaba. Había querido adornarse con el vestido que le había hecho para la boda. Quería también coronarse como esposa. Luego prefirió deshacer la guirnalda, ya preparada, y deshojar las flores para echárselas a tu Hijo, ¡y cantaba!, ¡cantaba! Su voz llenaba la casa. Estaba hermosa como la primavera. La alegría le ponía brillantes como estrellas los ojos; del color de la púrpura, como pulpa de granada, los labios abiertos sobre la blancura de los dientes. Tenía las mejillas rosadas y frescas como rosas nuevas decoradas de rocío. Y se puso blanca como una azucena poco antes abierta. Y se plegó para caer sobre mi pecho como un tallito quebrado... ¡Ya ninguna palabra!, ¡ya ningún suspiro! ¡Ya ausencia de color! ¡Ya sin mirada! Plácida, bonita, como un ángel de Dios, pero sin vida. ¡Tú no sabes, tú que gozas de la exaltación de tu Hijo y que lo tienes sano y fuerte, no sabes cuál es mi dolor! ¿Por qué no ha regresado? ¿En qué le había herido, y yo con ella, para no tener piedad de mi oración?

-¡Elisa! ¡Elisa! No digas eso... El dolor te ciega y te hace ser sorda... Elisa, no conoces mi dolor. Y no sabes cuán profundo va a ser el mar de mi dolor. Tú la has visto tranquila y hermosa entumecerse en paz. En tus brazos. Yo... Yo hace más de seis lustros que contemplo a mi Hijo, y, detrás de su carne lisa y limpia que contemplo y acaricio, veo las llagas del Varón de dolores en que se convertirá. ¿Sabes, tú que dices que no sé lo que es ver a un hijo ir dos veces a la muerte y una entrar y ya quedarse en paz en ella, sabes lo que es para una madre tener durante tantos años esta visión? ¡Mi Hijo! Ahí está. Está ya vestido de rojo, como si saliera de un baño de sangre. Y pronto, dentro de poco, antes de que la cara de tu hija se haya puesto oscura en el sepulcro, lo veré vestido con la púrpura de su Sangre inocente. De esa Sangre que le he dado. Tú has recogido a tu hija en tu corazón, pero yo, ¿sabes cuál será mi dolor al ver morir a mi Hijo como un malhechor en el madero? ¡Míralo, mira al Salvador de todos! Salvador en el espíritu y en la carne, porque la carne de los que Él salve será incorrupta y bienaventurada en su Reino. ¡Y, mírame! ¡Mira a esta Madre que hora a hora acompaña y conduce -no le retendría ni un paso- a su Hijo al Sacrificio! Te puedo comprender, pobre mamá. ¡Pero tú comprende mi corazón! No aborrezcas a mi Hijo. Analía no habría soportado la agonía de su Señor, y su Señor la ha hecho feliz en un momento de júbilo.

Elisa, al oír esta revelación, ha dejado de llorar. Mira fijamente a María, cuyo rostro está pálido, un rostro de mártir lavado por lágrimas silenciosas; mira a Jesús, que a su vez la mira con compasión...y se derrumba a los pies de Él gimiendo:

-¡Pero ella se me ha muerto! ¡Se me ha muerto, Señor! Como una azucena, una azucena rota. ¡De ti dicen los poetas que eres Aquel que se complace en estar entre las azucenas! ¡Oh, verdaderamente, tú, nacido de la azucena-María, bajas a menudo a los jardines florecidos, y haces de las rosas florecidas cándidas azucenas, y arrebatándoselas al mundo las recoges. ¿Por qué? ¿Por qué, Señor? ¿No es justo que una madre goce de la rosa que nació de ella? ¿Por qué apagar el color purpurino en la fría blancura de muerte de la azucena?

-¡Las azucenas! Serán el símbolo de las que me amen como mi Madre amó a Dios. El cándido jardín del Rey divino.

-Pero nosotras, las madres, lloraremos; nosotras tenemos derecho a nuestras hijas. ¿Por qué arrebatarles la vida?

-No quiero decir eso, mujer. Seguirán viviendo las hijas, pero consagradas al Rey como las vírgenes en los palacios de Salomón. Recuerda el Cantar *(6, 8-9; 8, 4)*... Y serán esposas, las predilectas, en la Tierra y en el Cielo.

-¡Pero mi hija ha muerto! ¡Ha muerto!». De nuevo llanto desgarrador.

-Yo soy la Resurrección y la Vida. Quien cree en mí, aunque muera, vive; y en verdad te digo que no muere para siempre. Tu hija vive. Tiene vida eterna porque creyó en la Vida. Mi Muerte será para ella Vida completa. Ha conocido la alegría de vivir en mí antes de conocer el dolor de ver que me arrancan la vida. Tu dolor te ciega y te hace ser sorda. Bien lo ha dicho mi Madre. Pero pronto estará en tus labios lo que he encargado que te transmitieran: "Verdaderamente su muerte fue una gracia de Dios". Créelo, mujer. El horror espera a este lugar. Y vendrá un día en que las madres que hayan sufrido el mismo golpe que tú dirán: "Alabado sea Dios, que libró de estos días a nuestros hijos". Y las otras madres gritarán hacia el Cielo: "¿Por qué, oh Dios, no has quitado la vida a nuestros hijos antes de esta hora?". Créelo, mujer. Cree en mis palabras. No levantes entre ti y Analía el verdadero muro que separa: el de una fe distinta. ¿Ves? Yo hubiera podido no venir. Sabes cuánto me odian. ¡No te engañe la exaltación de una hora!... En cada rincón puede esconderse una asechanza contra mí. Y he venido solo, de noche, para consolarte y decirte estas palabras. Yo me hago solidario del dolor de una madre. Para que tu alma tenga paz, he venido a decirte estas palabras. ¡Ten paz! ¡Paz!

-¡Dámela Tú, Señor! Yo no puedo. No puedo con este sufrimiento conseguir la paz. Pero Tú, que das nueva vida a los muertos y nueva salud a los moribundos, da la paz al corazón de una madre consumida por la aflicción.

-Así sea, mujer. A ti la paz.

Le impone las manos bendiciéndola y orando por ella en silencio. María, por su parte, se ha arrodillado al lado de Elisa y la ciñe con un brazo.

-Adiós, Elisa. Me marcho...

-¿No nos vamos a volver a ver, Señor? No voy a salir de casa durante muchos días y Tú te vas a marchar pasadas las fiestas pascuales. Tú... eres todavía un poco parte de mi hija... porque Analía…, porque Analía vivía en ti y para ti.

Llora. Más serena, pero... ¡cuánto llora!

Jesús la mira... Acaricia su cabeza cana. Le dice:

-Me verás todavía.

-¿Cuándo?

-A partir de esta noche, dentro de ocho.

-¿Y me vas a consolar entonces? ¿Me vas a bendecir para darme fuerza?

-Mi corazón te bendecirá con toda la plenitud del amor mío hacia los que me aman. Ven, Madre mía.

-Hijo mío, si me lo permites, quisiera estar todavía un tiempo con esta madre. El dolor es una impetuosa ola que vuelve cuando se aleja Aquel que infunde paz... Volveré a casa a la primera hora. No tengo miedo de ir sola. Tú lo sabes; como también sabes que pasaría a través de todo un ejército de enemigos con tal de consolar a un hermano mío en Dios.

-Sea como quieres. Yo me marcho. Dios esté con vosotras.

Sale sin hacer ruido, cerrando tras sí la puerta de la habitación y la de la casa.

Vuelve hacia las murallas, hacia la Puerta de Efraím o hacia la Puerta Estercolaria o del Estiércol (porque muchas veces he oído nombrar estas dos puertas cercanas con estos tres nombres, quizás porque una da al camino de Jericó, que está en el fondo, y que lleva a Efraím; y la otra, porque está cerca del Valle de Hinnón, donde se quema la basura de la ciudad; y son tan iguales, que las confundo).

El cielo, a pesar de estar todavía tachonado de estrellas, empieza a clarearse en la parte oriental del horizonte. Las calles están envueltas en una penumbra más densa que la oscuridad nocturna atenuada por la blancura de la luna. Pero el soldado romano tiene buenos ojos. En cuanto ve a Jesús ir hacia la puerta, le sale al paso.

-¡Salve! Te he estado esperando... - se detiene inseguro.

-Habla sin miedo. ¿Qué quieres de mí?

-Saber. Has dicho: "La paz que Yo doy permanece incluso en la guerra porque es paz de alma". Yo quisiera saber qué paz es y qué es alma. ¿Cómo puede un hombre que está en la guerra estar en paz? Cuando se abre el templo de Jano se cierra el de la Paz. No pueden estas dos cosas darse juntas en el mundo.

Habla apoyado en el murete verdoso de un huertecillo, en una callejuela estrecha como un sendero entre campos, flanqueada por pobres casas, húmeda, tétrica, oscura. Aparte de un leve reflejo que señala el yelmo bruñido, no se advierte nada más de los dos que hablan: la sombra confunde las caras y los cuerpos en una única negrura.

La voz de Jesús resuena pausada, y luminosa, por la alegría que siente de sembrar una semilla de luz en el pagano.

-En el mundo, en verdad, no pueden darse juntas paz y guerra. La una excluye a la otra. Pero en el hombre de guerra puede haber paz aún llevando a cabo esa guerra que le ha sido ordenada; puede estar mi paz. Porque mi paz viene del Cielo y no la lesiona el fragor de la guerra ni la brutalidad de las matanzas. Esa paz es cosa divina e invade a la cosa divina que el hombre tiene dentro de sí y que se llama alma.

-¿Divina? ¿En mí? César es divino. Yo soy hijo de agricultores. Ahora soy un legionario sin ninguna graduación. Si soy valiente, quizás llegue a centurión. Pero, divino, no.

-Hay una parte divina en ti. Es el alma. Viene de Dios. Del verdadero Dios. Por eso es divina, gema viva en el hombre, y se alimenta y vive de cosas divinas: la fe, la paz, la verdad. La guerra no la turba, la persecución no la lesiona, la muerte no la mata; sólo el mal, hacer lo feo, la hiere o la mata, y también la priva de la paz que Yo doy. Porque el mal separa de Dios al hombre.

-¿Y qué es el mal?

-Estar en el paganismo y adorar a los ídolos cuando la bondad del verdadero Dios ha dado el conocimiento de que existe el verdadero Dios. No amar al padre, a la madre, a los hermanos y al prójimo. Robar, matar, ser rebeldes, ser lujuriosos, ser falsos. Esto es el mal.

-¡Ah, entonces no puedo tener tu paz! Soy soldado con órdenes de matar. ¡Para nosotros, entonces, no hay salvación!

-Sé justo en la guerra y en la paz. Cumple con tu deber sin crueldad ni avidez. Mientras combates y conquistas, piensa que el enemigo es como tú, y que en todas las ciudades hay madres y jóvenes como tu madre y tus hermanas, y sé valiente sin ser brutal: no saldrás de la justicia ni de la paz y mi paz permanecerá en ti.

-¿Y luego?

-¿Y luego? ¿Qué quieres decir?

-¿Después de la muerte? ¿Qué es del bien que he hecho y de esa alma que dices que no muere si no se hace el mal?

-Vive. Vive adornada del bien que ha hecho, en una paz gozosa mayor que la que se goza en la Tierra.

-¡Entonces en Palestina sólo uno había hecho el bien! Comprendo.

-¿Quién?

-Lázaro de Betania. ¡No murió su alma!

-Él, en verdad, es un justo. De todas formas, muchos son como él y mueren sin resucitar; pero sus almas viven en el Dios verdadero. Porque el alma tiene otra morada, en el Reino de Dios. Y quien cree en mí entrará en ese Reino.

-¿También yo que soy romano?

-También tú, si crees en la Verdad.

-¿Qué es la Verdad?

-Yo soy la Verdad, y el Camino para ir a la Verdad; y soy la Vida y doy la Vida, porque quien acoge la Verdad acoge la Vida.

E1 joven soldado piensa..., calla... Luego levanta la cara. Une cara todavía pura de joven, y con una sonrisa límpida y serena. Dice:

-Trataré de recordar esto y de saber más aún. Me gusta...

-¿Cómo te llamas?

-Vital. De Benevento. De las campiñas de la ciudad.

-Recordaré tu nombre. Haz verdaderamente vital tu espíritu alimentándolo con la Verdad. Adiós. Se abre la puerta. Salgo de la ciudad.

-¡Ave!

Jesús va con paso ligero a la puerta y se apresura por el camino que lleva al Cedrón y al Getsemaní, y desde allí al campo de los Galileos.

Entre los olivos del monte, se encuentra con Judas Iscariote. También él sube ligero hacia el Campo, que ya se despierta. Judas, al encontrarse a Jesús de frente, hace un ademán que expresa casi espanto. Jesús lo mira fijamente, sin decir nada.

-He ido a llevar los alimentos a los leprosos. Pero... he encontrado dos en Hinnón, cinco en Siloán. Los otros: curados. Todavía estaban allí, pero curados; tanto que me han rogado que se lo diga al sacerdote. He bajado con las primeras luces del día para estar libre después. Dará que hablar la cosa. ¡Un número tan grande de leprosos curados juntos, después de tu bendición en presencia de tanta gente!

Jesús no habla. Lo deja hablar... No dice ni "has hecho bien" ni da referente a la acción de Judas, ni referente al milagro. No. Lo que hace es que, de improviso, se para, y, mirando fijamente al apóstol, le pregunta:

-¿Entonces? ¿Qué ha cambiado el que te haya dejado libertad y dinero?

-¿Qué quieres decir?

-Esto: te pregunto si te has santificado desde que te he dado libertad y dinero. Y tú me comprendes... ¡Ah, Judas! ¡Recuerda, recuerda siempre que a ti te he amado más que a todos los demás, habiendo recibido de ti menos amor del que ellos me han dado; recibiendo, al contrario, un odio mayor que el más ensañado odio del más ensañado fariseo, porque era odio de uno al que traté como amigo. Y recuerda también esto: que ni siquiera ahora te aborrezco, sino que, por lo que depende del Hijo del hombre, te perdono. Ve ahora. No tenemos ya nada que decirnos. Todo está hecho...

Judas quisiera decir algo, pero Jesús, con un gesto imperioso, le indica que vaya adelante... Y Judas, cabizbajo como un vencido, va delante...

En el límite del campo de los Galileos, los once apóstoles y los dos servidores de Lázaro están ya preparados.

-¿Dónde has estado, Maestro? ¿Y tú, Judas? ¿Estabais juntos?

Jesús interviene antes de la respuesta de Judas:

-Yo tenía que decir algo a unos corazones. Judas ha ido donde los leprosos. Están curados todos menos siete.

-¿Por qué has ido? ¡Quería ir yo también! - dice el Zelote.

-Para estar libre y poder venir con nosotros. Vamos. Entraremos en la ciudad por la puerta del Rebaño. Vamos, sin demora - dice Jesús, que es el primero en empezar a andar.

Pasa por entre los olivos que llevan desde el Campo, casi a mitad de camino entre Betania y Jerusalén, hasta el otro puentecito que salva el Cedrón cerca de la puerta del Rebaño.

Algunas casas de campesinos están diseminadas por las laderas, y, casi abajo, rayana a las aguas del torrente, una higuera mece sus desordenadas ramas por encima de éste. Jesús se dirige a ella y busca entre el ramaje amplio y abundante alguna flor de higo maduro. Pero la higuera es toda hojas. Tiene muchas hojas, inútiles; pero, ni un solo fruto en sus ramas.

-Eres como muchos corazones en Israel. Que jamás pueda nacer de ti fruto alguno y que nadie coma de ti en el futuro - dice Jesús. Los apóstoles se miran. La ira de Jesús hacía el árbol estéril - quizás agreste- los asombra. Pero no dicen nada. Sólo más tarde-pasado el Cedrón, Pedro le pregunta:

-¿Dónde has comido?

-En ningún lugar.

-¡Entonces tienes hambre! Allí hay un pastor con alguna cabra que está pastando. Voy a pedir leche para ti. Vuelvo enseguida – y va dando zancadas para volver cauto con una escudilla vieja colmada de leche.

Jesús bebe y da, acompañada de una caricia, la taza al pastorcito, que ha acompañado a Pedro.

Entran en la ciudad y suben al Templo. Adorado el Señor, Jesús vuelve al patio donde los rabíes exponen sus lecciones.

La gente se arremolina en torno a Él. Una madre, que viene de Cintium, presenta a su hijo, al que una enfermedad ha dejado ciego, creo. Tiene los ojos blancos, como quien tuviera una catarata grande en la pupila, o mancha blanca. Jesús lo cura tocando levemente las órbitas con sus dedos. Inmediatamente después, empieza a hablar:

-Un hombre compró un terreno y lo plantó de vides. Construyó allí la casa para los colonos, y una casa para los guardas; también bodegas y lugares para prensar las uvas. Dejó el cultivo del campo a aquellos colonos en que confiaba. Luego se marchó lejos. Cuando les llegó a las vides -ya crecidas suficientemente como para ser fructíferas - el tiempo de poder dar fruto, el amo de la viña mandó a sus servidores donde los colonos para que retirasen el beneficio de la cosecha. Pero los colonos rodearon a los servidores del amo y a una parte de ellos los apalearon, contra otros lanzaron gruesas piedras, de modo que los hirieron mucho, a otros los mataron del todo. Los que pudieron volver vivos donde el señor contaron lo que les había sucedido. El señor los curó y consoló, y mandó a otros servidores, aún más numerosos. Los colonos trataron a éstos como habían tratado a los primeros. Entonces el amo de la viña dijo: "Les enviaré a mi hijo. Ciertamente respetarán a mi heredero". Pero los colonos, al verlo venir y sabiendo que era el heredero, se convocaron recíprocamente diciendo: "Venid. Vamos a agruparnos para ser muchos. Lo llevamos por la fuerza afuera, a un lugar lejano, y lo matamos. Nos quedaremos con su herencia". Y, recibiéndolo con hipócritas honores, lo rodearon como festejándolo, pero luego, tras haberlo besado, lo ataron, le dieron fuertes golpes y, en medio de mil burlas, lo llevaron al lugar del suplicio y lo mataron. Ahora decidme vosotros. Ese padre y amo, que un día verá que su hijo y heredero de los bienes no vuelve, y que descubrirá que sus siervos-colonos, aquellos a quiénes había dado la tierra feraz para que la cultivaran en su nombre, gozando de ella lo justo y dando de ella a su señor lo justo, han sido asesinos de su hijo, ¿qué hará? - y Jesús asaetea con sus zafíreos iris, encendidos como un sol, a los presentes, y especialmente a los grupos de los más influyentes judíos, fariseos y escribas que están entremezclados con la gente.

Ninguno dice nada.

-¡Hablad, pues! A1 menos vosotros, rabíes de Israel. Pronunciad palabras de justicia que convenzan al pueblo en orden a la justicia. Yo podría decir palabras no buenas, según vuestro pensamiento. Hablad vosotros entonces, para que el pueblo no sea inducido a error.

Los escribas, obligados, responden así:

-Castigará a esos canallas haciéndolos morir de manera atroz, y dará la viña a otros colonos que se la vayan a cultivar con honradez y le den el fruto de la tierra recibida.

-Bien habéis respondido. Así está en la Escritura: "La piedra desechada por los constructores ha venido a ser piedra angular. Es una obra realizada por el Señor y es admirable ante nuestros ojos" *(Salmo 118, 22-23)*

Pues porque así está escrito y vosotros lo sabéis y juzgáis justo que reciban atroz castigo los colonos asesinos del hijo heredero del amo de la viña, y que ésta sea entregada a otros colonos que honradamente la cultiven, por eso, os digo: "Os será arrebatado el Reino de Dios para ser entregado a otros que lo cultiven con fruto. Y el que caiga contra esta piedra quedará destrozado, y aquel sobre el que ella cayere quedará triturado".

-Los príncipes de los sacerdotes, los fariseos y escribas, con un acto verdaderamente... heroico, no reaccionan. ¡Tanto puede la voluntad de alcanzar un objetivo! Por mucho menos, otras veces, han arremetido contra Él, y hoy, que abiertamente el Señor Jesús les dice que serán privados del poder, no empiezan a echar improperios, no ponen actos violentos, no amenazan: falsos corderos pacientes, que bajo una hipócrita apariencia de mansedumbre ocultan un inmutable corazón de lobo.

Se limitan a acercarse a Él, que ahora pasea yendo y viniendo, escuchando a unos o a otros de los muchos peregrinos que están congregados en el vasto patio (y muchos de ellos piden consejo en orden a casos de alma o de circunstancias familiares o sociales). Se acercan a Él en espera de poderle decir algo después de escuchar el juicio que da a un hombre acerca de una intrincada cuestión de herencia. Una cuestión de herencia que ha producido división y rencor entre los distintos herederos, a causa de un hijo -adoptado luego- que su padre tuvo con una criada de la casa y al que los hijos legítimos, no queriendo tener nada que ver con el bastardo, no lo admiten a su lado, ni quieren que sea coheredero en la repartición de las casas y terrenos; y no saben cómo solucionar la cuestión, porque el padre, antes de morir, hizo jurar que, de la misma manera que él siempre había compartido el pan tanto con el ilegítimo como con los legítimos, y en igual medida ellos debían compartir la herencia con él también en igual medida.

Jesús, al que pregunta en nombre de los otros tres hermanos le dice:

-Sacrificad todos un pedazo de tierra, y vendedlo, de forma que reunáis el valor de dinero equivalente a un quinto del total, y dádselo al ilegítimo diciendo: "Ésta es tu parte. No se te despoja de lo tuyo y no se ha traicionado la voluntad de nuestro padre. Ve y que Dios te acompañe". Y dad con abundancia, incluso más del estricto valor de su parte. Hacedlo ante testigos justos, y nadie podrá, ni en este mundo ni más allá de él, alzar voces de censura ni de escándalo. Así tendréis paz entre vosotros y en vosotros, no teniendo el remordimiento de haber desobedecido a vuestro padre y no estando a vuestro lado aquel que, verdaderamente inocente, os es causa de turbación más que si fuera un bandolero colado entre vosotros.

El hombre dice:

-En verdad, el bastardo ha robado paz a nuestra familia, un lugar no suyo y salud a nuestra madre, que murió de dolor.

-Hombre, no es él el culpable, sino el que lo engendró. Él no solicitó nacer para llevar la marca de bastardo. Fue la pasión de vuestro padre la que lo engendró para entregarlo al dolor y daros dolor. Sed pues, justos con el inocente que paga ya duramente por una culpa no suya. Y no reprobéis el espíritu de vuestro padre. Dios lo ha juzgado No se requieren los rayos de vuestras maldiciones. Honrad a vuestro padre, siempre, aunque sea culpable, no por sí mismo sino porque representó en la Tierra a vuestro Dios, habiéndoos creado por decreto de Dios y siendo el señor de vuestra casa. Los padres vienen inmediatamente después de Dios. Recuerda el Decálogo. Y no peques. Ve en paz.

Entonces los sacerdotes y escribas se le acercan para interrogarle:

-Te hemos oído. Has hablado con ecuanimidad. Un consejo que ni Salomón lo hubiera dado más sabio. Pero ahora dinos, Tú que obras prodigios y das sentencias como sólo el rey sabio podía dar, ¿con qué autoridad haces, estas cosas? ¿De dónde te viene ese poder?».

Jesús los mira fijamente. No se muestra agresivo ni desdeñoso, sino majestuoso; mucho. Dice:

-Yo también tengo una pregunta que haceros. Si me respondéis, os diré con qué autoridad Yo, hombre sin autoridad de cargos y pobre -porque esto es lo que queréis decir-, hago estas cosas. Decid: ¿el bautismo de Juan de dónde venía?, ¿del Cielo o del hombre que lo impartía? Respondedme. ¿Con qué autoridad Juan lo impartía como rito purificador para prepararos a la venida del Mesías, si Juan era todavía más pobre y menos versado que Yo, y carecía de todo cargo, pues que había vivido en el desierto desde su juventud temprana?

Los escribas y sacerdotes se consultan unos a otros. La gente se cierra en torno, bien abiertos sus ojos y oídos, preparada para la protesta si los escribas descalifican a Juan Bautista y ofenden al Maestro, y a la aclamación si aquéllos se ven vencidos por la pregunta del Rabí de Nazaret, divinamente sabio. Impresiona el silencio absoluto de esta multitud que espera la respuesta. Es tan profundo, que se oyen las aspiraciones y los bisbiseos de los sacerdotes o escribas, que hablan entre sí casi sin usar la voz, mientras miran de reojo al pueblo, cuyos sentimientos, ya preparados para estallar, intuyen.

A1 fin se deciden a responder. Se vuelven hacia Cristo, que está apoyado en una columna, con los brazos recogidos sobre el pecho, y que los escudriña sin perderlos un momento de vista. Dicen:

-Maestro, no sabemos por qué autoridad Juan hacía esto ni de dónde venía su bautismo. Ninguno pensó en preguntárselo a Juan el Bautista mientras vivía, y él espontáneamente nunca lo dijo.

-Y Yo tampoco os diré con qué autoridad hago estas cosas.

Les vuelve las espaldas, convoca a los doce y, abriéndose paso entre la gente que aclama, sale del Templo.

Una vez afuera, pasada la Probática -han salido por esa parte- Bartolomé le dice: -Ahora son muy prudentes tus adversarios. Quizás están convirtiéndose al Señor, que te ha enviado, y empezando a reconocerte como Mesías santo.

-Es verdad. No han alegado nada ni contra tu pregunta ni contra tu respuesta... dice Mateo.

-Pues que así sea. Es hermoso que Jerusalén se convierta al Señor Dios suyo - dice Bartolomé.

-¡No os hagáis ilusiones! Esa parte de Jerusalén no se convertirá jamás. No han respondido de otra manera porque han tenido miedo de la multitud. Yo leía sus pensamientos, aunque no oía sus palabras; dichas en voz baja.

-¿Y qué decían? - pregunta Pedro.

-Decían esto. Deseo que lo sepáis para que los conozcáis a fondo y podáis dar a los que vengan una exacta descripción de los corazones de los hombres de mi tiempo. No me han respondido por conversión al Señor, sino porque entre sí han dicho: "Si contestamos: "El bautismo de Juan venía del Cielo", el Rabí nos va a responder: `¿Y entonces por qué no habéis creído en lo que venía del Cielo e indicaba una preparación para el tiempo mesiánico?"; y si decimos: "Del hombre", será la multitud la que se rebelará diciendo: "¿Y entonces por qué no creéis en lo que Juan, nuestro profeta, dijo de Jesús de Nazaret?'. Así que es mejor decir: "No sabemos". Esto decían. No por conversión hacia Dios, sino por cálculo ruin y para no tener que confesar con sus bocas que Yo soy el Cristo y hago lo que hago porque soy el Cordero de Dios del que habló el Precursor. Y Yo tampoco he querido decir con qué autoridad hago lo que hago. Ya lo he dicho mucha veces dentro de esas murallas y en toda Palestina, y mis prodigios hablan aún más que mis palabras. Ahora ya no lo voy a decir con mis palabras. Dejaré que hablen los profetas y mi Padre, y las señales del Cielo. Porque ha llegado el tiempo en que todas las señales serán dadas. Las que expresaron los profetas y fueron signadas por los símbolos de nuestra historia, y las que Yo he expresado: la señal de Jonás; ¿os acordáis de aquel día de Quedes? Y la señal que espera Gamaliel. Tú, Esteban, y tú, Bernabé, que has dejado a tus compañeros, hoy, para seguirme, muchas veces, sin duda, habéis oído al rabí hablar de esa señal. Pues bien: pronto será dada esa señal.

Se aleja, cuesta arriba, por los olivos del monte, seguido de los suyos y de muchos discípulos (de aquellos setenta y dos), además de otros, como José Bernabé, que lo sigue para oírlo hablar todavía.

## 593

## El lunes por la noche en el Getsemaní con los apóstoles.

Jesús está todavía en el Huerto de los Olivos, con sus apóstoles; de nuevo habla.

-Y otro día ha pasado. Ahora la noche, y luego mañana, y luego otro mañana, y después la cena pascual.

-¿Dónde vamos a cenar, Señor mío? Este año estarán también las mujeres - pregunta Felipe.

-Todavía no tenemos previsto nada y la ciudad está saturada de gente. Parece que este año todo Israel, hasta el más lejano prosélito, ha venido al rito - dice Bartolomé.

Jesús lo mira, y, como si recitara un salmo, dice:

-Reuníos, apresuraos, acercaos de todos los lugares a mi víctima, que inmolo por vosotros, a la gran Víctima inmolada en los montes de Israel; a comer su Carne, a beber su Sangre. *(Ezequiel 39, 17; 14, 12-13; Daniel 7; Oseas 6,1-6, 8,11-14; Malaquías 1, 10-11; 2, 3-6; y anticipará Apocalipsis 11, 15-17)*

-¿Pero qué víctima? ¿Qué víctima? Pareces como uno del que se hubiera apoderado una demencia obsesiva. Hablas sólo de muerte... nos afliges... - dice vehemente Bartolomé.

Jesús lo mira de nuevo, dejando con la mirada a Simón, que se inclina hacia Santiago de Alfeo y Pedro y habla sigiloso con ellos, y dice:

-¿Cómo? ¿Tú me lo preguntas? Tú no eres uno de estos pequeños que para ser doctos deben recibir la heptamorfa luz. Ya estabas versado en la Escritura antes de que Yo te llamara a través de Felipe. Aquella dulce mañana de primavera. De mi primavera. ¿Y tú me preguntas todavía que cuál es la víctima inmolada en los montes, la víctima a la que todos acudirán para nutrirse? ¿Y dices que estoy a merced de una demencia obsesiva porque hablo de muerte? ¡Bartolmái! Como el grito de los escoltas, Yo, en medio de vuestra tiniebla, que nunca se ha abierto a la luz, he lanzado una vez, dos veces, tres veces... el grito anunciador. Pero vosotros no habéis querido entenderlo. En ese momento habéis sufrido por ello; luego... como niños, habéis olvidado pronto las palabras de muerte y habéis vuelto festivos a vuestro trabajo, seguros de vosotros y llenos de esperanza respecto a que mis palabras y las vuestras persuadirían cada vez más al mundo a seguir y amar a su Redentor.

No. Sólo después de que esta Tierra haya pecado contra mí -y recordad que son palabras del Señor a su profeta-, sólo *después,* el pueblo -y no sólo *este* pueblo concreto, sino el *gran pueblo de Adán*- empezará a gemir: "Acerquémonos al Señor. Él, que nos ha herido, nos curará". Y dirá el mundo de los redimidos: "Después de dos días, o sea, *dos tiempos* de la eternidad, durante los cuales nos dejará a merced del Enemigo, que con todo tipo de armas nos golpeará y matará, como nosotros hemos golpeado al Santo y lo hemos matado y le seguimos golpeando y matando, porque siempre existirá la raza de los Caínes que maten con la blasfemia y las malas obras al Hijo de Dios, al Redentor, lanzando flechas mortales no contra su eterna, glorificada Persona, sino contra sus almas propias, las rescatadas por Él de forma que las matarán, matándolo, por tanto, a Él a través de sus propias almas-, sólo después de estos dos tiempos, vendrá el *tercer día, y* resucitaremos en su presencia en el Reino de Cristo en la Tierra y viviremos en su presencia en el triunfo del espíritu. Lo conoceremos, aprenderemos a conocer al Señor para estar preparados a combatir, mediante este conocimiento verdadero de Dios, la extrema batalla que Lucifer presentará al Hombre antes del sonido del ángel de la séptima trompeta, que abrirá el coro bienaventurado de los santos de Dios -coro de un número eternamente perfecto, al que jamás podrá ser añadido ni el más pequeño infante, ni el más anciano de los ancianos- el coro que cantará: "Ha terminado sus días el pobre reino de la Tierra. El mundo ha pasado con todos sus habitantes ante la revista del Juez victorioso. Y los elegidos están ahora en las manos del Señor Dios nuestro y de su Cristo, y Él es nuestro Rey para siempre. Alabado sea el Señor Dios Omnipotente, que es, que era, que será, porque ha asumido su gran poder y ha tomado posesión de su Reino".

¡Oh!, ¿quién de vosotros sabrá recordar las palabras de esta profecía, que ya sonó en las palabras de Daniel con velado sonido y que ahora grita por boca del Sabio ante el mundo atónito y ante vosotros más atónitos que el mundo? "La venida del Rey -continuará gimiendo el mundo herido y cerrado en el sepulcro, el que ha vivido mal y ha muerto mal, cerrado por su septenario vicio y sus infinitas herejías, el agonizante espíritu del mundo, cerrado, con sus extremos estertores, dentro del organismo, muerto leproso por todos sus errores-, la venida del Rey está preparada como la de la aurora, y vendrá a nosotros como la lluvia de primavera y de otoño". A la aurora la precede y prepara la noche. Ésta es la noche. Esta de ahora. ¿Y qué debo hacer contigo, Efraím? ¿Qué debo hacer contigo, Judá?...

Simón, Bartolmái, Judas, los primos, vosotros que sois los más versados en el Libro, ¿reconocéis estas palabras? Vienen no de un espíritu desatinado, sino de quien posee la Sabiduría y la Ciencia. Como rey que abre seguro sus arcas, porque sabe dónde está la gema concreta que busca, pues la ha puesto ahí con sus propias manos, Yo cito a los profetas. Soy *la Palabra.* Durante siglos he hablado por labios humanos, durante siglos seguiré haciéndolo. Pero todo lo que de sobrenatural se ha dicho es palabra mía. El hombre no podría, ni siquiera el más docto y santo, subir, águila de alma, más allá de los límites del ciego mundo, para comprender y manifestar los misterios eternos.

Sólo en la Mente divina el futuro es "presente". Necedad es en aquellos que, no elevados por nuestra Voluntad, pretenden hacer profecías y revelaciones. Y Dios pronto los desmiente y castiga, porque sólo Uno puede decir: "Yo soy" y decir: "Yo veo" y decir: "Yo sé". Mas cuando una Voluntad no sujeta a medida ni a juicio, una Voluntad que debe ser aceptada agachando la cabeza y diciendo sin discusión: “Aquí estoy”, dice: "Ven, sube, oye, ve, repite", entonces, zambullida en el eterno presente de su Dios, el alma, llamada por el Señor para ser "voz", ve y tiembla, ve y llora, ve y exulta; entonces el alma llamada por el Señor para ser "palabra" oye y, llegando a éxtasis o a agónico sudor, expresa las tremendas palabras del Dios eterno. Porque toda palabra de Dios es tremenda, pues viene de Aquel cuyo veredicto es inmutable y cuya Justicia es inexorable, y porque está dirigida a los hombres, de los cuales demasiado pocos merecen amor y rendición, sino rayo y condena. Ahora bien, esta palabra, pronunciada y vilipendiada, ¿no es causa de tremenda culpa y tremendo castigo para los que, habiéndola oído, la rechazan? Lo es.

-¿Y qué debía hacer con vosotros, Efraím, Judá, mundo?; ¿qué, que no haya hecho ya? Amándote, he venido, oh Tierra mía, y mi palabra ha sido para ti espada mortal porque la has aborrecido. ¡Oh, mundo que matas a tu Salvador creyendo hacer algo justo, ¿tan identificado con el demonio estás, que no comprendes ya siquiera cuál es el sacrificio que Dios exige, sacrificio del propio pecado, no de un animal inmolado y comido con el alma sucia? ¿Qué te he dicho, entonces, en estos tres años? ¿Qué he predicado? He dicho: "Conoced a Dios en sus leyes y en su naturaleza". Y me he secado como vaso de arcilla porosa puesto al sol, predicando el conocimiento vital de la Ley y de Dios. Y has seguido cumpliendo holocaustos sin cumplir nunca el único necesario: ¡La inmolación de tu mala voluntad al Dios verdadero!

Ahora el Dios eterno te dice, ciudad de pecado, pueblo apóstata – y en la hora del Juicio contigo se usará un azote que no será usado con Roma y Atenas, que son débiles mentales y no conocen ni saber ni palabra, pero que, cuando, de ser eternos niños mal cuidados por su nodriza; niños cuyas capacidades han quedado a nivel animal, pasen a estar en los brazos santos de mi Iglesia, mi única, sublime Esposa que dará a luz innumerables hijos dignos de Cristo, entonces se harán adultos y capaces, y me darán palacios y soldados, templos y santos que poblarán el Cielo como de estrellas-, ahora el Dios eterno te dice: "No me sois gratos ya y ya no aceptaré don venido de tu mano, que me es como estiércol y Yo os lo arrojo de nuevo a la cara y se os quedará prendido. Vuestras solemnidades, todas ellas exteriores, me dan asco. Rescindo el pacto con la estirpe de Aarón y se lo paso a los hijos de Leví, porque *éste es mi Leví* y con Él, eternamente, he hecho un pacto de vida y paz y Él me fue siempre fiel, hasta el sacrificio. Tuvo el santo temor del Padre y tembló por el enojo del Padre, si ofendido, con sólo oír herido mi Nombre. La ley de la verdad estuvo en su boca y en sus labios no hubo iniquidad; caminó conmigo en la paz y la equidad y a muchos apartó del pecado. Ha llegado el tiempo en que en todo lugar - ya no en el que fue único altar de Sión, no siendo merecedores vosotros de ofrecerlo- será sacrificada y ofrecida en mi Nombre la Hostia pura, inmaculada, grata al Señor".

¿Reconocéis estas eternas palabras?

-Las reconocemos, Señor nuestro. Y créenos que nos sentimos abatidos como bajo un duro golpe. Pero ¿no es posible desviar el destino?

-¿Destino lo llamas, Bartolmái?

-No sabría qué otro nombre...

-Reparación. Ése es el nombre. No se ofende al Seor sin que la ofensa deba ser reparada. Y Dios Creador fue ofendido por la primera criatura. Desde entonces, la ofensa ha ido siendo cada vez mayor Y no valió ni la gran masa de agua del Diluvio, ni la lluvia de fuego sobre Sodoma y Gomorra, para hacer santo al hombre. Ni el agua ni el fuego. La Tierra es una Sodoma sin fronteras, por donde se pasea, libre y como rey, Lucifer. Venga, pues, una trina realidad para lavarla: el fuego del amor, el agua del dolor, la sangre de la Víctima. Éste es, Tierra, mi don. He venido para dártelo. ¿Y ahora habría de huir ante su cumplimiento? Es Pascua. No se puede huir.

-¿Por qué no vas donde Lázaro? No sería huir. Pero en su casa no te tocarían.

-Tiene razón Simón. ¡Te lo suplico, Señor, hazlo! - grita Judas Iscariote arrojándose a los pies de Jesús.

A su gesto responde un llanto desconsolado de Juan. Aunque más controlados en su dolor, también lloran los primos y Santiago y Andrés.

**-¿**Me crees el “Señor”? ¡Mírame! - y Jesús perfora con sus ojos la cara angustiada de Judas Iscariote; porque no finge, está realmente angustiado (quizá es la última lucha de su alma con Satanás y no sabe vencerla).

Jesús lo estudia y sigue su lucha como un científico podría estudiar una crisis en un enfermo. Luego se alza bruscamente, con tanta vehemencia, que Judas, que estaba apoyado en sus rodillas, impulsado hacia atrás, cae al suelo sentado. Jesús retrocede incluso y, visiblemente turbado su rostro, dice:

-¿Y así prenden también a Lázaro? Doble presa y, por tanto, doble alegría. No. Lázaro está reservado para el Cristo futuro, para *el Cristo triunfante.* Sólo uno será arrojado fuera de la vida *y no volverá.* Yo volveré. Él no volverá. Pero Lázaro se queda. Tú, tú *que sabes tantas cosas,* sabes también ésta. Mas los que esperan obtener una doble ganancia capturando al águila y al aguilucho, en el nido y sin esfuerzo, pueden estar seguros de que el *águila tiene ojo para todos,* y que por amor hacia su pequeñuelo se alejará del nido, para que sólo a ella la prendan, salvándolo así a él. Me da muerte el odio, pero sigo amando. Idos. Yo me quedo a orar. Nunca como en esta hora que vivo he tenido necesidad de llevar el alma al Cielo.

-Déjame que me quede aquí contigo, Señor - suplica Juan.

-No. Todos necesitáis descansar. Ve.

-¿Te quedas solo? ¿Y si te hacen algún mal? Pareces incluso enfermo... Yo me quedo - dice Pedro.

-Tú ve con los otros. ¡Dejadme olvidar durante una hora a los hombres! ¡Dejadme en contacto con los ángeles de mi Padre! Me suplirán a mi Madre, que pena en el llanto y la oración, y a la que no puedo cargar más con mi acongojado dolor. Idos.

-¿No nos das la paz? - le pregunta su primo Judas.

-Tienes razón. La paz del Señor descienda sobre aquellos que no son oprobio ante sus ojos. Adiós - y Jesús se interna, subiendo un escalón del terreno, en la espesura de los olivos.

-¡Pues la verdad es que... lo que dice está en la Escritura! Y, oyéndolo a Él, se comprende por qué y para quién fue dicho – susurra Bartolomé.

-Esto se lo dije yo a Pedro en otoño del primer año... - dice Simón.

-Es verdad... Pero... ¡no! Yo, estando yo vivo, no dejaré que lo prendan. Mañana... - dice Pedro.

-¿Qué vas a hacer mañana? - pregunta Judas Iscariote.

-¿Que qué voy a hacer? Hablo conmigo mismo. Éstos son tiempos de conjura. No confío mi pensamiento ni al aire. Y tú, que tienes influencia -muchas veces lo has dicho- ¿por qué no buscas protección para Jesús?

-Lo haré, Pedro. Lo haré. No os extrañéis si me ausento alguna vez. Es que estoy trabajando para Él. ¡Pero no se lo digáis, eh!

-Puedes estar seguro. Bendito seas. Alguna vez he desconfiado de ti, pero te pido que me disculpes por ello. Veo que en los momentos claves eres mejor que nosotros. Tú actúas... yo lo único que sé hacer es echar palabras al vuelo - dice Pedro, humilde y sincero. Y Judas ríe como contento de la alabanza.

Se ponen en marcha para salir del Getsemaní e ir hacia el camino que lleva a Jerusalén.

## ***594***

## Martes santo
## Lecciones sacadas de la higuera agostada. El tributo de César y la resurrección de los cuerpos.

Están para entrar de nuevo en la ciudad. Vienen por el caminito lejano que tomaron la mañana anterior. Es como si Jesús no quisiera, antes de llegar al Templo -al que se accede pronto entrando en la ciudad por la Puerta del Rebaño, que está cerca de la Probática-, verse rodeado de la gente que aguarda. Pero hoy muchos de los setenta y dos lo esperan ya del otro lado del Cedrón, antes del puente, y en cuanto lo ven aparecer de entre los olivos verde - grises, con su túnica purpúrea, se mueven en dirección a Él. Se reúnen y siguen hacia la ciudad.

Pedro, que mira adelante, cuesta abajo, siempre sospechando ver aparecer a algún malintencionado, observa entre el verde fresco de las últimas pendientes una masa de hojas mustias, colgantes, que pende sobre las aguas del Cedrón. Las hojas, acartonadas y lánguidas, con manchas como de óxido distribuidas en su superficie, asemejan a las de un árbol reseco por el fuego; de vez en cuando, la brisa arranca una hoja para sepultarla en las aguas del torrente.

-¡Pero si es la higuera de ayer! ¡La higuera que maldijiste! - grita Pedro señalando con una mano hacia el árbol seco, vuelta su cabeza para hablar con el Maestro.

Acuden todos presurosos, menos Jesús, que sigue adelante con el paso que llevaba. Los apóstoles refieren a los discípulos los precedentes del hecho que observan, y todos juntos hacen comentarios mirando estupefactos a Jesús. Han visto miles de milagros realizados en hombres y elementos. Pero éste los impresiona más que muchos otros.

Jesús, que ha llegado donde ellos, sonríe al observar esas caras asombradas y temerosas. Dice:

-¿Y bien? ¿Tanto os maravilla el que por mi palabra se haya secado una higuera? ¿No me habéis visto, acaso, resucitar muertos, curar a leprosos, dar la vista a los ciegos,
multiplicar los panes, calmar las tempestades, apagar el fuego? ¿Y os asombra el que una higuera se seque?

-No es por la higuera. Es que ayer estaba lozana cuando la maldijiste, y ahora está seca. ¡Mira! Quebradiza como arcilla seca. Sus ramas ya no tienen médula. Mira. Se pulverizan - y Bartolomé desmenuza entre sus dedos unas ramas que con facilidad ha partido.

-Ya no tienen médula. Tú lo has dicho. Y, cuando ya no hay médula, se produce la muerte, bien sea en un árbol o en una nación o en una religión; queda sólo dura corteza e inútil vegetación: crueldad e hipócrita exterioridad. La médula, blanca, interior, llena de savia, corresponde a la santidad, a la espiritualidad; la corteza dura y la vegetación inútil, a la humanidad carente de vida espiritual y de vida justa. ¡Ay de aquellas religiones que se hacen humanas porque sus sacerdotes y fieles han dejado de tener vital el espíritu! ¡Ay de aquellas naciones cuyos jefes son sólo crueldad y ruidoso clamor carente de ideas fructíferas! ¡Ay de aquellos hombres en que falta la vida del espíritu!

-Pero si esto se lo dijeras a los grandes de Israel, aun siendo verdad lo que dices, no te comportarías inteligentemente. No te hagas ilusiones por el hecho de que hasta ahora te hayan dejado hablar. Tú mismo dices que no es por conversión del corazón, sino por cálculo. Sabe, pues, Tú también calcular el valor y las consecuencias de tus palabras. Porque existe también la sabiduría del mundo, además de la sabiduría del espíritu. Y hay que saber usarla en beneficio nuestro. Porque, en fin, por ahora estamos en el mundo, no todavía en el Reino de Dios - dice Judas Iscariote, sin mordacidad pero en tono doctoral.

-El verdadero sabio es el que sabe ver las cosas sin que las sombras de la propia sensualidad y las reflexiones del cálculo las alteren. Yo diré siempre la verdad de lo que veo.

-Bueno, pero ¿esta higuera ha muerto por haberla maldecido Tú?, o es... una coincidencia... una señal... no sé - pregunta Felipe.

-Es todo eso que dices. Pero lo que he hecho Yo podéis hacerlo también vosotros, si alcanzáis la fe perfecta. Tened esa fe en el Señor Altísimo. Cuando la tengáis, en verdad os digo que podréis esto y más. En verdad os digo que si uno llega a tener la confianza perfecta en la fuerza de la oración y en la bondad del Señor, podrá decir a este monte: "Córrete de aquí y échate al mar", y si, diciéndolo, no duda en su corazón, sino que cree que lo que ordena se puede cumplir, lo que ha dicho se cumplirá.

-Y pareceremos brujos y nos apedrearán, como está escrito para quien ejerce la magia. *(Levítico 20, 27)* ¡Sería un milagro necio, y con daño para nosotros! - dice Judas Iscariote meneando la cabeza.

-¡El necio eres tú, que no comprendes la parábola! - le rebate el otro Judas.

Jesús no habla a Judas, habla a todos:

-Os digo, y es vieja lección que repito en esta hora: todo lo que pidáis con la oración, tened fe en que lo obtendréis y lo recibiréis. Pero, si antes de orar tenéis algo contra alguien, antes perdonad y haced la paz para que tengáis como amigo a vuestro Padre que está en los Cielos, que, mucho, mucho os perdona y favorece, de la mañana a la noche, del ocaso a la aurora.

Entran en el Templo. Los soldados de la Antonia los observan mientras pasan. Van a adorar al Señor. Luego vuelven al patio en que los rabíes enseñan.

Enseguida, antes de que la gente venga y se arremoline en torne a Él, se acercan a Jesús saforimes, doctores de Israel, herodianos, y con falsa deferencia, tras haberlo saludado, le dicen:

-Maestro, sabemos que eres sabio y veraz, y que enseñas el camino de Dios sin tener en cuenta nada ni a nadie, aparte de la verdad y la justicia; y que poco te preocupas del juicio que los demás tengan de ti, sino que te preocupas sólo de llevar a los hombres al Bien. Dinos, entonces: ¿es lícito pagar el tributo a César, o no? ¿Qué opinas?

Jesús los mira con una de esas miradas suyas de penetrante y solemne perspicacia, y responde:

-¿Por qué me tentáis hipócritamente? ¡Y además alguno de vosotros ya sabe que a mí no se me engaña con hipócritas honores! Pero, mostradme una moneda de las que usáis para el tributo.

Le muestran la moneda. La observa por ambas partes, y sujetándola en la palma de la izquierda, golpea en ella con el índice de la derecha, mientras dice:

-¿De quién es esta imagen y qué dice esta inscripción?

-La imagen es de César, y la inscripción lleva su nombre, el nombre de Cayo Tiberio César, que es ahora emperador de Roma.

-Pues entonces dad a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios - y les da la espalda, después de haber entregado el denario a quien se lo había dejado.

Escucha a unos u otros de los muchos peregrinos que le hacen preguntas, consuela, absuelve, cura. Pasan las horas.

Sale del Templo para ir quizás afuera de las puertas, para tomar los alimentos que los servidores de Lázaro, encargados de ello, le traen.

Vuelve de nuevo a entrar a primera tarde. Incansable. Gracia y sabiduría fluyen, de sus manos y labios, puestas sobre los enfermos o abiertos para consejos individuales dados a cada uno de los que se acercan a Él, que son muchos: parece como si quisiera consolar a todos, curar a todos, antes de no poder hacerlo ya.

Se acerca el ocaso. Los apóstoles, cansados, están sentados en el suelo bajo el pórtico, aturdidos por ese continuo movimiento de gente que son los patios del Templo en la inminencia de la Pascua. En esto, se acercan unos ricos (ricos, sin duda, a juzgar por sus vestiduras pomposas).

Mateo, que está adormilado aunque sólo con un ojo, se pone en pie y, con algún meneo, llama a los otros. Dice:

-Van hacia el Maestro unos saduceos. No debemos dejarlo solo, no sea que todavía lo ofendan o traten de hacerle algún mal o de burlarse de Él.

Se alzan todos y van donde el Maestro. Inmediatamente forman una barrera en torno a Él. Creo intuir que ha habido desórdenes al marcharse del Templo o al volver a la hora sexta.

Los saduceos, que tienen para Jesús reverencias incluso exageradas, le dicen: -Maestro, has respondido tan sabiamente a los herodianos, que nos ha venido el deseo de recibir también nosotros un rayo de tu luz. Escucha: Moisés dijo *(Deuteronomio 25, 5-6)*: "Si uno muere sin hijos, su hermano se casará con la viuda y dará descendencia al hermano". Ahora bien, había entre nosotros siete hermanos. El primero tomó a una virgen por esposa, pero murió sin dejar prole; por tanto, dejó su mujer a su hermano. También el segundo murió sin dejar prole, y lo mismo el tercero, que se casó con la viuda de los dos que le habían precedido. Así sucesivamente, hasta el séptimo. A1 final, después de haberse casado con los siete hermanos, se murió la mujer. Dinos: en la resurrección de los cuerpos -si es verdad que los hombres resucitan y que nuestra alma sobrevive y vuelve a unirse al cuerpo el último día y a dar nueva forma a los vivientes-, ¿cuál de los siete hermanos tendrá a la mujer, dado que en la Tierra la tuvieron los siete?

-Estáis en un error. No sabéis comprender ni las Escrituras ni el poder de Dios. La otra vida será muy distinta de ésta, y en el Reino eterno no existirán las necesidades de la carne como en éste. Porque, en verdad, después del Juicio final, la carne resucitará y se reunirá con el alma inmortal y formará un todo nuevo -vivo como, y mejor, como lo están mi cuerpo y el vuestro

ahora-, pero no sujeto ya a las leyes, y, sobre todo, a los estímulos y abusos ahora vigentes. En la resurrección, los hombres y las mujeres no tomarán ni mujer ni marido, aunque vivan en el amor perfecto, que es el divino y espiritual. Y por lo que respecta a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído cómo habló a Moisés Dios desde la zarza? *(Éxodo 3, 1-6)* ¿Qué dijo entonces el Altísimo?: "Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob". No dijo: "Yo fui", dando a entender que Abraham, Isaac y Jacob *hubieran existido, pero que ya no existían.* Dijo "Yo soy". Porque Abraham, Isaac y Jacob *existen.* Inmortales. Como todos los hombres, en su parte inmortal, mientras duren los siglos; luego, también con la carne resucitada para la eternidad. *Existen,* como existe Moisés, los profetas, los justos, como, desventuradamente, existe Caín, y existen los del Diluvio y los de Sodoma y todos los que murieron en culpa mortal. Dios no es el Dios de los muertos, *sino de los vivos.*

-¿Tú también vas a morir y luego estar entre los vivos? - lo tientan. Están ya cansados de comportarse con mansedumbre. El aborrecimiento es tal, que no saben contenerse.

-Yo soy el Viviente y mi Carne no conocerá la corrupción. Se nos arrebató el arca, y la actual también se nos quitará, incluso como símbolo. Se nos arrebató el Tabernáculo, y será destruido. Pero el verdadero Templo de Dios no podrá ser ni arrebatado ni destruido. Cuando sus adversarios crean que lo han conseguido, entonces será la hora en que se establecerá en la verdadera Jerusalén en toda su gloria. Adiós.

Y, presuroso, va hacia el Patio de los Israelitas, porque las trompetas de plata llaman al sacrificio del anochecer.

Me dice Jesús (a María Valtorta):

-Te digo que señales en la visión de ayer el punto que dice: "el que caiga *contra* esta piedra quedará destrozado". En las traducciones se usa siempre "sobre". Dije *"contra",* no *"sobre". Y* es profecía contra los enemigos de mi Iglesia. Los que la atacan arremetiendo contra Ella, porque Ella es la Piedra angular, quedan destrozados. La historia de la Tierra lleva veinte siglos confirmando lo que dije. Los perseguidores de la Iglesia quedan destrozados al arremeter contra la Piedra angular. Pero también -y esto han de tenerlo presente los que por ser de la Iglesia se creen salvados de los castigos divinos- *aquel sobre el que caiga el peso de la condena de la Cabeza y Esposo de esta Esposa mía, de este Cuerpo místico mío, quedará triturado.*

Y, previniendo una objeción de los siempre vivos escribas y saduceos, malévolos para con mis siervos, digo: si en estas últimas visiones aparecen frases que no están en los Evangelios, como estas del final de la visión de hoy, y del punto en que hablo de la higuera seca, y otros más, recuerden aquéllos que los evangelistas eran también de *ese* pueblo, y vivían en tiempos en que cualquier choque demasiado vivo podía tener repercusiones violentas y nocivas para los neófitos.

Lean de nuevo los hechos apostólicos, y verán que la fusión de tantos pensamientos distintos no era sin fricciones, y que si unos a otros se tributaron admiración, reconociéndose recíprocamente los méritos, no faltaron entre ellos desacuerdos, porque diversos son los pensamientos de los hombres, y siempre imperfectos. Y para evitar fracturas más profundas, entre uno u otro pensamiento, iluminados por el Espíritu Santo, los evangelistas omitieron *conscientemente* en sus escritos algunas frases que habrían hecho mella en la excesiva susceptibilidad de los hebreos y habrían escandalizado a los gentiles, que necesitaban creer *perfectos* a los hebreos -núcleo del que provino la Iglesia- para no alejarse de ellos diciendo: "Son como nosotros". Conocer las persecuciones de Cristo, sí; pero las enfermedades espirituales del pueblo de Israel, ya corrompido, especialmente en las clases más altas, no. No era conveniente. Y, lo más que pudieron, velaron.

Observen cómo los Evangelios se iban haciendo cada vez más explícitos, hasta llegar al límpido Evangelio de mi Juan, a medida que iban siendo escritos en épocas más lejanas respecto a mi Ascensión al Padre mío. Sólo Juan reseña por entero *hasta* las más dolorosas manchas del propio núcleo apostólico, llamando, por ejemplo, abiertamente "ladrón" a Judas; y refiere íntegramente las bajezas de los judíos (fingida voluntad de hacerme rey, disputas en el Templo, el abandono de muchos tras el discurso sobre el Pan del Cielo, la incredulidad de Tomás). El que más vivió, ya hasta ver fuerte a la Iglesia, alza los velos que los otros no se habían atrevido a alzar.

Pero ahora el Espíritu de Dios quiere que se conozcan incluso estas palabras. Y bendigan por ello al Señor, porque todas ellas son luz y guía para los justos de corazón.

## 595

## El martes por la noche en el Getsemaní con los apóstoles.

-Hoy habéis oído hablar a gentiles y judíos. Y habéis visto cómo los primeros me han aceptado con reverencia, mientras que los segundos por poco no me han agredido. Tú, Pedro, casi llegas a las manos al ver que arteramente mandaban contra mí corderos, carneros y chotos para hacerme caer al suelo entre los excrementos. Tú, Simón, a pesar de la gran prudencia que tienes, has abierto tu boca al insulto contra los miembros más aviesos del Sanedrín, que ruinmente se chocaban contra mí diciéndome: "Apártate, demonio, mientras pasan los enviados de Dios". Tú, Judas, primo, y tú, Juan, mi predilecto, habéis gritado, y, raudos, me habéis evitado: uno el ser embestido, tomando el caballo por las bridas; el otro, metiéndose delante de mí y recibiendo el golpe, dirigido a mí, del pértigo cuando, con risa burlona, Sadoq ha venido contra mí con su pesado carro lanzado adrede con veloz carrera. Os agradezco vuestro amor, que os hace alzaros contra los agresores del Inerme; pero veréis otras agresiones; actos crueles, mucho mayores. Cuando esta Luna ría en el cielo por segunda vez, a partir de esta noche, las agresiones, por ahora verbales o apenas esbozadas desde el punto de vista material, se harán concretas, más densas que las flores que ahora pueblan los árboles frutales y se apiñan cada vez más por la prisa de florecer. Habéis visto una higuera secada y todo un pomar sin flores. La higuera, como Israel, negó confortación al Hijo del hombre y murió en su pecado; el pomar, como los gentiles, espera la hora que he dicho para florecer y anular el último recuerdo de la crueldad humana con la dulzura de las abundantes flores esparcidas sobre la cabeza y bajo los pies del Vencedor.

-¿Qué hora, Maestro? - pregunta Mateo - ¡Has hablado tanto y de tantas cosas hoy! No recuerdo bien. Y quisiera recordar todo ¿Quizás la hora del regreso del Cristo? También aquí has hablado de ramas que se vuelven tiernas y dan hojas.

-¡Que no, hombre, que no! - exclama Tomás - El Maestro habla como si esta conjura que le espera fuera inminente. ¿Cómo puede entonces, en poco tiempo suceder todo lo que Él dice que precederá a su regreso? Guerras, destrucciones, esclavitud, persecuciones, Evangelio predicado a todo el mundo, desolación de la abominación en la casa de Dios, y terremotos, pestes, falsos profetas, señales en el Sol y las estrellas... ¡Hombre!, ¡hacen falta siglos para hacer todo esto! ¡Fresco estaría ese amo del pomar, si su huerto tuviera que esperar a ese tiempo para florecer!

-Ya no comería sus frutos. Porque yo digo que entonces será el fin del mundo - comenta Bartolomé.

-Para llevar a cabo el fin del mundo sólo haría falta un pensamiento de Dios, y todo volvería a la nada. Por eso, podría ser que ese pomar tuviera que esperar poco. Pero las cosas sucederán como Yo he dicho. Por tanto, transcurrirán siglos entre éste y aquél, o sea, hasta el definitivo triunfo del Cristo - explica Jesús.

-¿Y entonces? ¿Cuándo será?

-¡Yo sé cuándo será! - dice Juan, y llora - Yo sé cuándo será. ¡Será después de tu muerte y tu resurrección!... - y Juan lo abraza fuertemente.

-¿Y lloras si va a resucitar? - dice con mofa Judas Iscariote.

-Lloro porque antes debe morir. No te burles de mí, demonio. Yo comprendo. Y no puedo pensar en esa hora.

-Maestro, me ha llamado demonio. Ha pecado contra el compañero.

-Judas: ¿sabes que no lo mereces? Pues entonces no te resientas con su culpa. A mí también me han llamado "demonio", y todavía me lo llamarán.

-Pero Tú tienes dicho que quien insulta a su hermano es culpab...

-Silencio. Ante la muerte se acaben por fin estas odiosas acusaciones, disputas y mentiras. No turbéis a quien está muriendo.

-Perdóname, Jesús - susurra Juan - Con el sonido de su risa, he sentido que se me revolvía algo dentro... y no he podido contenerme.

Juan está abrazado a Jesús, y le llora en su corazón.

-No llores. Te comprendo. Déjame hablar.

Pero Juan no se despega de Jesús, ni siquiera cuando Él se sienta en una gruesa raíz saliente. Se queda pasándole un brazo por la espalda y otro alrededor del pecho y con la cabeza apoyada en un hombro, y llora quedo. Sólo se ve brillar, con la luz de la luna, las gotas de su llanto, que caen en la túnica purpúrea de Jesús y parecen rubíes: gotas de pálida sangre heridas por una luz.

-Hoy habéis oído hablar a judíos y a gentiles. No os debe asombrar, pues, el que os diga: "De mi boca salieron siempre palabras de justicia, y no serán revocadas"; o el que os diga, también con Isaías, *(Isaías 45, 23-25; 49, 2-6)* hablando de los gentiles que vendrán a mí después de ser elevado de la tierra: "Ante mí se doblará toda rodilla, por mí y en mí jurará toda lengua". Y tampoco dudaréis, habiendo visto cómo actúan los judíos, que es fácil decir, sin temor a equivocarse, que serán conducidos a mi presencia, y avergonzados, todos los que se oponen a mí.

Mi Padre no me ha hecho siervo suyo sólo para que haga revivir a las tribus de Jacob y para convertir a lo que queda de Israel, *el resto;* sino que ha hecho don de mí como luz para las Naciones para que sea el "Salvador" de toda la Tierra. Por este motivo, en estos treinta y tres años de exilio del Cielo y del seno del Padre, he crecido siempre en Gracia y Sabiduría ante Dios y ante los hombres, alcanzando la edad perfecta, y en estos tres últimos años, después de poner incandescentes mi alma y mi mente en el fuego del amor, y de templarlas con el hielo de la penitencia, he hecho de mi boca "como una espada cortante".

E1 Padre Santo, que es mío y vuestro, hasta este momento me ha custodiado bajo la sombra de su mano, porque todavía no había llegado la hora de la Expiación. Ahora me deja, y la flecha elegida, la flecha de su divina aljaba, tras haber herido para sanar (herido a los hombres para abrir brecha en los corazones para la Palabra y Luz de Dios), ahora se dirige, rápida y segura, a herir a la Segunda Persona, al Expiador, al Obediente que obedece por todo Adán desobediente…Y, como guerrero alcanzado, caigo, diciendo por demasiados: "En vano me he fatigado, sin razón, sin obtener nada. He consumido mis fuerzas por nada".

¡Pero... no! ¡No, por el Señor eterno que no hace nunca nada sin objetivo! ¡Atrás, Satanás, que quieres que ceda al desánimo y tentarme a la desobediencia! En el alfa y la omega de mi ministerio, viniste y vienes. Pues bien, aquí estoy. Me pongo en pie de guerra -realmente se levanta-, me mido contigo. Y, me lo juro a mí mismo, te venceré. No es orgullo decir esto: es verdad. El Hijo del hombre será vencido en su carne por el hombre, el gusano miserable que muerde y envenena desde su corrompido fango. Pero, el Hijo de Dios, la Segunda Persona de la inefable Tríada, no será vencida por Satanás. Tú eres el Odio. Y eres poderoso en tu acto de odio y de tentación. Pero conmigo habrá una fuerza que escapa a tu acción, porque no puedes ni alcanzarla ni mirarla. ¡El Amor está conmigo!

Sé cuál es esa desconocida tortura que me espera. No la que os diré mañana, para que sepáis que nada de lo que por mí o en torno a mí se hacía y se movía, que nada de lo que se formaba en vuestro corazón, me era desconocido. No. La otra tortura... La que no le viene al Hijo del hombre ni de lanzas ni de palos, ni de burlas y golpes, sino de Dios mismo, y que será conocida sólo por pocos en lo que de atroz tendrá, y aceptada como posible por menos todavía. Pero en esa tortura, en que dos serán los principales agentes: Dios con su ausencia y tú, demonio, con tu presencia, la Víctima tendrá consigo al Amor, el Amor que vive en la Víctima, fuerza primera de su resistencia a la prueba, y el Amor en el consolador espiritual, que ya bate sus alas de oro por el ansia de bajar a enjugar mis sudores, y que ya recoge todas las lágrimas de los ángeles en el celeste cáliz y diluye en él la miel de los nombres de mis redimidos, de los que me aman, para calmar con esa bebida la gran sed del Torturado y su amargura sin límites.

Y tú, demonio, serás derrotado. Un día, saliendo de un poseído, me dijiste: "Espero a vencerte cuando seas un harapo de carne sangrante". Pero Yo te respondo: "No me tendrás. Yo venzo. Mi fatiga fue santa, mi causa está en manos de mi Padre, que defiende las obras de su Hijo y no permitirá que ceda el espíritu mío".

Padre, ya desde ahora te digo para esa hora atroz: "En tus manos abandono mi espíritu".

Juan, no me dejes... Vosotros marchaos. La paz del Señor esté donde no es huésped Satanás. Adiós.

Todo termina.

## 596

**Miércoles santo. *El* mayor de los mandamientos y el óbolo de la viuda. Los discursos sobre los escribas y fariseos, sobre el Templo nuevo, sobre los últimos tiempos.**

Jesús -todo blanco hoy con su túnica de lino- entra en el Templo, que tiene aún más gente que en los días precedentes. Hace bochorno.

Va al Atrio de los Israelitas, a adorar, y luego a los pórticos, seguido por mucha gente. Otros ya han cogido los mejores lugares, bajo los pórticos, y son, por lo general, gentiles, los cuales, no pudiendo superar el primer patio, no pudiendo ir más allá del Pórtico de los Paganos, han aprovechado el hecho de que los hebreos han seguido a Cristo para tomar posiciones favorables.

Pero un grupo muy numeroso de fariseos los descompagina - siempre se muestran igualmente arrogantes- abriéndose paso con desconsideración para acercarse a Jesús, que está inclinado hacia un enfermo. Esperan a que lo cure, luego le mandan a un escriba para que le haga unas preguntas.

Verdaderamente había habido antes entre ellos una breve disputa, porque quería haber ido uno, Joel llamado Alamot, a preguntarle al Maestro. Pero un fariseo se había opuesto, sostenido por los otros que decían:

-No. Sabemos que estás de la parte del Rabí, aunque sea secretamente; deja que vaya Urías...

-Urías no - había dicho otro escriba, joven, al que no he visto nunca - Urías habla demasiado bruscamente. Haría que la gente se agitara. Voy yo.

Y sin prestar oídos ya a las protestas de los otros, se había acercado al Maestro, justo en el momento en que Jesús estaba despidiendo al enfermo con estas palabras: -Ten fe. Estás curado. Esta fiebre y este dolor no volverán nunca.

-Maestro, ¿cuál es el mayor de los mandamientos de la Ley?

Jesús, que lo tenía a sus espaldas, se vuelve y lo mira. Una 1uz tenue de sonrisa ilumina su rostro. Luego levanta la cara -tenía la cabeza algo agachada, pues el escriba es de baja estatura y además está inclinado en actitud reverente- y recorre con su mirada la multitud; se fija en el grupo de los fariseos y doctores y descubre la cara pálida de Joel, semiescondido tras un grueso fariseo envuelto en su pomposo manto. Su sonrisa se acentúa. Es como una luz que vaya a acariciar al escriba honesto.

Luego baja de nuevo la cabeza y mira a su interlocutor. Responde:

-El primero de todos los mandamientos es: "Escucha, Israel: el Señor Dios nuestro es el único Señor. Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas"*(Deuteronomio 6, 4-5)*. Éste es el primero y supremo mandamiento. El segundo es semejante a éste es: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo"*(Levítico 19, 18)*. No hay mandamientos mayores que éstos, que encierran toda la Ley y los Profetas.

-Maestro, has respondido con sabiduría y verdad. Así es. Dios es Único y no hay otro dios aparte de Él. Amarlo con todo el propio corazón, con toda la propia inteligencia, con toda el alma y todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo vale mucho más que cualquier holocausto y sacrificio. Pienso mucho en esto cuando medito las palabras davídicas: "No te agradan los holocaustos; el sacrificio a Dios consiste en un espíritu contrito" *(Salmo 51, 18-19)*.

-No estás lejos del Reino de Dios porque has comprendido cuál es el holocausto que agrada a Dios.

-¿Pero cuál es el holocausto más perfecto? - pregunta rápidamente y en voz baja el escriba, como si estuviera diciendo un secreto. Jesús resplandece de amor dejando caer esta perla en el corazón de este que se abre a su doctrina, a la doctrina del Reino de Dios, y, inclinado hacia él, dice:

-El holocausto perfecto es amar como a nosotros mismos a aquellos que nos persiguen, y no tener rencores. El que hace esto poseerá la paz. Está escrito: los mansos poseerán la Tierra y gozarán de la abundancia de la paz. En verdad te digo que el que sabe amar a sus enemigos alcanza la perfección y posee a Dios.

E1 escriba lo saluda con deferencia y regresa a su grupo, que, en voz baja, le censura por haber alabado al Maestro, y con ira le dicen:

-¿Qué le has preguntado en secreto? ¿No será que también te ha seducido a ti?

-He sentido al Espíritu de Dios hablar por su boca.

-Eres un necio. ¿Es que crees que es el Cristo?

-Creo que lo es.

-¡En verdad, dentro de poco veremos vacías de nuestros escribas nuestras escuelas, y los veremos ir errabundos detrás de ese Hombre! ¡Pero dónde ves en Él al Cristo!

-¿Dónde?, no lo sé. Sé que siento que es Él.

-¡Loco!

Le vuelven, inquietos, las espaldas.

Jesús ha observado el diálogo, y, cuando los fariseos pasan por delante de Él en grupo compacto para marcharse inquietos, los llama y dice:

-Escuchadme. Quiero preguntaros una cosa. Según vosotros, ¿qué os parece?, ¿de quién es hijo el Cristo?

-*Será* hijo de David - le responden, remarcando el "será", porque quieren hacerle comprender que para ellos Él *no es* el Cristo.

-¿Y cómo, entonces, David, inspirado por Dios, le llama Señor diciendo: "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos como escabel para tus pies"'? Si, pues, David lama al Cristo "Señor", ¿cómo el Cristo puede ser su hijo?».

No sabiendo qué responderle, se alejan rumiando su veneno. Jesús se cambia de sitio. Estaba en un lugar ahora completamente invadido por el sol; ha ido más allá, donde las bocas del Tesoro, junto a la sala del gazofilacio. Este lado, todavía en la sombra, está ocupado por rabíes que arengan con grandes gestos dirigidos a sus oyentes hebreos, los cuales van aumentando con el paso de las horas, como también va aumentando continuamente la gente que afluye al Templo.

Los rabíes se esfuerzan en demoler con sus discursos las enseñanzas que Cristo ha dado en los días precedentes o esa misma mañana. Y, a medida que ven que aumenta la muchedumbre de los fieles, más alzan la voz. En efecto, este lugar, aunque sea muy grande, pulula de gente que va y viene en todas las direcciones...

Hoy y con insistencia, no antes, veo aparecer la siguiente visión A1 principio veo sólo patios y pórticos, que reconozco que son del Templo. Veo también a Jesús, tan solemne con su túnica de color rojo vivo y manto también rojo, más oscuro, que parece un emperador. Está apoyado en una enorme columna cuadrada que sostiene un arco del pórtico. Me mira fijamente. Me pierdo mirándolo, gozándome en Él, al que hacía dos días que ni veía ni oía.

La visión dura así un tiempo largo. Mientras está siendo así, no la transcribo, porque es gozo mío. Pero ahora que veo animarse la escena comprendo que hay otras cosas y escribo.

El lugar se va llenando de gente que va y viene en todas las direcciones. Hay sacerdotes y fieles, hombres, mujeres y niños. Unos pasean, otros están parados escuchando a los doctores, otros se dirigen a otros lugares -quizá de sacrificio- tirando de corderitos o llevando palomas.

Jesús está apoyado en su columna. Mira. No habla. Incluso en dos ocasiones en que los apóstoles le han hecho unas preguntas ha hecho gesto de negación, pero no ha hablado. Observa atentísimo. Por la expresión, parece juzgar a los que mira. Su mirada y toda su cara me recuerdan el aspecto que le vi en la visión del Paraíso cuando juzgaba a las almas en el juicio particular. Ahora, naturalmente es Jesús, Hombre; allí era Jesús glorioso, así que más solemne aún. Pero la mutabilidad del rostro, que observa fijamente, es igual. Está serio, escrutador. Pero si algunas veces refleja una severidad que haría temblar al más descarado, otras se le ve tan dulce -dulzura que es tristeza sonriente-, que parece acariciar con la mirada.

Parece no oír nada. Pero debe escuchar todo, porque cuando, de entre un grupo que está separado por bastantes metros y recogido alrededor de un doctor, se alza una voz nasal que proclama:

-Más que cualquier otro precepto, vale éste: todo lo que es para el Templo debe ir al Templo. El Templo está por encima del padre y la madre, y si alguno quiere dar a la gloria del Señor todo aquello que le sobre puede hacerlo, y será bendecido por ello, porque no hay ni sangre ni afecto que sean superiores al Templo.

Entonces Él vuelve lentamente la cabeza en aquella dirección y mira con una cierta expresión... que no querría que fuera para a mí.

Parece mirar en general. Pero cuando un viejecito tembloroso va a empezar a subir los cinco escalones de una especie de terraza próxima que parece conducir a otro patio más interior, y apoya el bastoncito y casi se cae al trabarse en la propia túnica, Jesús le tiende su largo brazo y lo sujeta, y no lo deja hasta que lo ve en seguro. El viejecito levanta la rugosa cabeza y mira a su alto salvador susurrando una palabra de bendición. Jesús le sonríe y le hace una caricia en la cabeza semicalva. Luego vuelve a su columna, a apoyarse en ella, de la cual se separa otra vez para levantar a un niño que se ha soltado de la mano de su madre y ha caído de bruces contra el primer escalón, justo a sus pies, y que llora. Lo levanta, lo acaricia, lo consuela. La madre, azarada, da las gracias. Jesús le sonríe también a ella y le da el niño.

Pero no sonríe cuando pasa un pomposo fariseo; tampoco cuando pasan en grupo escribas y otros que no sé quiénes son. Este grupo saluda con exagerados gestos con los brazos y exageradas reverencias. Jesús los mira tan fijamente, que parece perforarlos; saluda, pero sin abierta expresividad; su expresión es severa. También a un sacerdote que viene -y debe ser un pez gordo porque la gente se hace a un lado y saluda, y él pasa pomposo como un pavo- Jesús lo mira largamente: es una mirada de tales características, que el sacerdote, aun estando lleno de soberbia, agacha la cabeza; no saluda, pero no resiste su mirada.

Jesús deja de mirarlo para observar a una pobre mujercita vestida de marrón oscuro, que sube tímida los escalones y se dirige hacia una pared en que hay como unas cabezas de león con la boca abierta, u otros animales parecidos. Muchos van en esa dirección, y Jesús parecía no haberles hecho caso. Ahora sigue el camino de la mujer. Sus ojos la miran compasivos y se llenan de dulzura cuando ve que alarga una mano y echa algo en la boca de piedra de uno de esos leones. Y cuando la mujercita, retirándose, le pasa cerca, dice:

-La paz a ti, mujer.

Ella, sorprendida, alza la cabeza y muestra azoramiento.

-La paz a ti - repite Jesús - Ve. El Altísimo te bendice.

La pobrecita se queda extática. Luego susurra un saludo y se marcha.

-Es feliz en medio de su infelicidad - dice Jesús saliendo de su silencio - Ahora es feliz porque la bendición de Dios la acompaña.

¨Oíd, amigos, y vosotros que estáis aquí cerca de mí. ¿Veis a esa mujer? Ha dado sólo dos monedas, una cantidad que no es suficiente para comprar la comida de un pájaro enjaulado, y, a pesar de ello, ha dado más que todos los que han echado su donativo en el Tesoro desde la apertura del Templo, al rayar el alba. Oíd. He visto a muchos ricos meter en esas bocas dinero suficiente como para darle de comer a ella durante un año y para revestir su pobreza, que es decente solamente por su limpieza. He visto a ricos meter con visible satisfacción, allí dentro, sumas que hubieran podido saciar el hambre de los pobres de la Ciudad Santa durante uno a varios días y hacerles bendecir al Señor. Pero os digo en verdad que ninguno ha dado más que ésta.

Su óbolo es caridad; lo otro, no. Lo suyo es generosidad; lo otro no. Lo suyo es sacrificio; lo otro, no. Hoy esa mujer no comerá, porque ya no le queda nada. Antes tendrá que trabajar para ganar algo y así poder dar un pan a su hambre. No tiene a sus espaldas ni riquezas ni familiares que ganen por ella. Está sola. Dios se le ha llevado padres, marido e hijos; y también el poco bien que ellos le habían dejado (esto, más que Dios, se lo han arrebatado los hombres, esos hombres que ahora con gestos ampulosos, ¿veis?, siguen echando allí lo superfluo, de lo cual mucho ha sido sonsacado con usura de las pobres manos de los débiles y hambrientos).

Dicen que no hay ni sangre ni afectos que sean superiores al Templo y así enseñan a no amar al prójimo. Yo os digo que por encima del Templo está el amor. La ley de Dios es amor y quien no tiene piedad para el prójimo no ama. El dinero superfluo, el dinero manchado con el fango de la usura, del desprecio, de la dureza de corazón, de la hipocresía, no canta la alabanza a Dios ni atrae hacia el donador la bendición celeste. Dios lo repudia. Enriquece esta caja, pero no es oro para el incienso: es fango que os sumerge, oh ministros, que no servís a Dios sino a vuestros intereses; es lazo que os estrangula, doctores que enseñáis una doctrina vuestra; es veneno que os corroe, fariseos, ese resto de alma que todavía tenéis. Dios no quiere las cosas que sobran. No seáis Caínes. Dios no quiere el fruto de la dureza del corazón. Dios no quiere lo que alzando voz de llanto dice: "Debía saciar a un hambriento, pero lo he negado a él para crear pompa aquí dentro; debía ayudar a un padre anciano, a una madre caduca, y lo he negado porque esa ayuda no habría sido conocida por la gente; debo emitir mi sonido para que el mundo vea al donador".

No, rabí que enseñas que ha de darse a Dios todo lo que sobra, y que es lícito denegar al padre y a la madre para dar a Dios. El primer precepto es: "Ama a Dios con todo tu corazón, tu alma, tu inteligencia, tu fuerza". Por tanto, no es lo superfluo, sino lo que es sangre nuestra, lo que hay que darle, amando sufrir por Él. Sufrir, no hacer sufrir. Y, si dar mucho cuesta -porque despojarse de las riquezas no gusta y el tesoro es el corazón del hombre, vicioso por naturaleza-, precisamente porque cuesta hay que dar. Por justicia, porque todo lo que uno tiene lo tiene por bondad de Dios; por amor, porque es prueba de amor amar el sacrificio para dar alegría al amado. Sufrir por ofrecer. Pero, repito, sufrir; no, hacer sufrir. Porque el segundo precepto dice: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". Y la ley especifica que después de Dios los padres son el prójimo a quienes estamos obligados a honrar y ayudar.

Por lo cual, os digo, en verdad, que aquella pobre mujer ha comprendido la Ley mejor que los sabios y está más justificada que todos los demás; y bendecida, porque en su pobreza ha dado a Dios *todo,* mientras que vosotros dais lo que os es superfluo, y lo dais para crecer en la estima de los hombres. Sé que me odiáis porque hablo así. Pero mientras esta boca pueda hablar hablará de esta manera. Unís a vuestro odio hacia mí el desprecio hacia la pobrecita a la que Yo alabo. Pero no penséis que haréis de estas dos piedras un doble pedestal para vuestra soberbia: serán la muela que os triturará.

Vámonos. Dejemos que las víboras se muerdan, aumentando así su veneno. Los que tengan corazón puro, bueno, humilde, contrito, y quieran conocer el verdadero rostro de Dios, que me sigan.

Apóstoles, discípulos y numerosa gente lo siguen, en grupo compacto, mientras Él regresa al lugar del primer cerco, que está casi resguardado por la muralla del Templo, al lugar que conserva un poco de frescor (y es que este día se siente un fuerte bochorno). Allí, estando la tierra revuelta por las pezuñas de los animales, y sembrada de piedras que han servido a los mercaderes y cambistas para sujetar sus recintos y sus toldos, allí no están los rabíes de Israel, los cuales permitían que en el Templo se montara un mercado, pero sentían repulsa de llevar las suelas de sus sandalias a los lugares donde malamente estaban canceladas las huellas de los cuadrúpedos que apenas unos días antes habían sido desalojados de allí...

Jesús no siente esta repulsa, y allí se refugia, dentro de un círculo denso de oyentes. Pero, antes de hablar, llama a sus apóstoles y les dice:

-Venid y escuchad bien. Ayer queríais saber muchas de las cosas que voy a decir ahora. A ellas aludí vagamente mientras descansábamos en el huerto de José. Así que estad bien atentos porque son grandes lecciones para todos, sobre todo, para vosotros, ministros y continuadores míos.

Oíd. En la cátedra de Moisés, en el momento justo, se sentaron escribas y fariseos. Tiempos tristes, ésos, para la Patria. (Esdras 1-10; Nehemías 1-13; 1 Macabeos 1-2) Terminado el destierro de Babilonia, reconstruida la nación por magnanimidad de Ciro, los dirigentes del pueblo sintieron la necesidad de reconstruir también el culto y el conocimiento de la Ley. Porque ¡ay de aquel pueblo que no los tenga como defensa, guía y apoyo, contra los más poderosos enemigos de una nación, que son la inmoralidad de los ciudadanos, la rebelión contra los jefes, la desunión entre las distintas clases y grupos, los pecados contra Dios y contra el prójimo, la irreligiosidad, elementos todos que son disgregadores por sí mismos y por los castigos celestes que provocan!

Surgieron, pues, los escribas, o doctores de la Ley, para poder adoctrinar al pueblo que, hablando el lenguaje caldeo, herencia del duro destierro, no comprendía ya las escrituras redactadas en hebreo puro. Surgieron como ayuda de los sacerdotes, que eran insuficientes en número para acometer la tarea de adoctrinar a las multitudes. Un laicado culto y dedicado a honrar al Señor llevando el conocimiento de Él a los hombres y los hombres a Él; tuvo su razón de ser e incluso hizo un bien. Porque, recordad esto todos, incluso las cosas que, por debilidad humana luego degeneran, como fue esta que se corrompió en el transcurso de los siglos, tienen siempre algo bueno y una razón -al menos inicial- de ser, y es por ello que el Altísimo permite que surjan y se mantengan hasta que, colmada la medida de su degradación, Él las desbarata.

Vino luego, de la transformación de la secta de los asideos, la otra secta, la de los fariseos, surgida para sostener con la más rígida moral la más intransigente obediencia a la Ley de Moisés y el espíritu de independencia de nuestro pueblo, cuando el partido helenista - que se había formado por las presiones y seducciones que comenzaron en tiempos de Antíoco Epifanes, y que pronto se transformaron en persecuciones contra los que no cedían a las presiones de este hombre astuto que más que con sus armas contaba con la disgregación de la fe en los corazones-, buscando reinar en nuestra Patria, trataba de esclavizarnos.

Recordad también esto: temed más las fáciles alianzas y halagos de un extranjero que a sus legiones. Porque, si sois fieles a las leyes de Dios y de la Patria, venceréis aunque estéis rodeados de ejércitos poderosos; pero si el sutil veneno dado como miel embriagadora por el extranjero que ha hecho planes sobre vosotros os corrompe, entonces Dios os abandonará por

vuestros pecados, y quedaréis vencidos y -sujetos, incluso sin que el falso aliado presente cruenta batalla contra vuestro suelo. ¡Ay de aquel que no esté alerta como vigilante escolta y no rechace la insidia sutil de uno, astuto y falso, que esté a su lado, o sea aliado, o dominador que empieza su dominación sobre los individuos enervando el corazón de ellos y corrompiéndolo con usos y costumbres que no son nuestros, que no son santos, y que, por tanto, los hacen no gratos al Señor! ¡Ay de él! Traed todos a la memoria las consecuencias que le ha acarreado a la Patria el que alguno de sus hijos haya adoptado usos y costumbres del extranjero para atraerse -sus simpatías y gozar. Buena cosa es la caridad con todos, incluso con los pueblos que no tienen nuestra fe, que no tienen nuestros usos, que a lo largo de los siglos nos han perjudicado. Pero el amor a estos pueblos, que siguen siendo nuestro prójimo, *nunca* debe haceros repudiar la Ley de Dios y de la Patria por el cálculo de algún beneficio arrebatado así a los pueblos vecinos. No. Los extranjeros desprecian a aquellos que se manifiestan serviles hasta el punto de repudiar las cosas más santas de la Patria. El respeto y la libertad no se obtienen renegando del Padre y de la Madre: Dios y la Patria.

Fue, pues, una cosa buena, el que, en su debido momento, surgieran también los fariseos para poner un dique contra el desbordamiento fangoso de usos y costumbres extranjeros. Lo repito: toda cosa que surge y dura tiene su razón de ser. Y hay que respetarla, si no por lo que hace, por lo que hizo. Y si ahora es culpable no es función de los hombres el vituperarla, y, menos aún, arremeter contra ella, hay quien sabe hacerlo: Dios y Aquel al que Dios ha enviado y tiene el derecho y deber de abrir su boca y vuestros ojos para que vosotros y ellos conozcáis el pensamiento del Altísimo y obréis con justicia. Yo y ningún otro. Yo porque hablo por mandato divino. Yo porque puedo hablar, no teniendo en mí *ninguno* de los pecados que os escandalizan cuando los veis cometidos por escribas y fariseos, pero que, si podéis, también vosotros los cometéis.

Jesús, que había empezado en tono bajo su discurso, ha ido alzando la voz y en estas últimas palabras ésta es potente como un toque de trompeta.

Hebreos y gentiles, respectivamente, están centrados en lo que dice o simplemente atentos. Y si los primeros aplauden cuando Jesús recuerda a la Patria y llama abiertamente por sus nombres a los que, extranjeros, los han sometido y les han hecho sufrir, los otros admiran la forma oratoria del discurso y se felicitan por estar presentes en este discurso digno -según comentan entre ellos- de un gran orador.

Jesús baja de nuevo la voz al reanudar su discurso:

-Os he dicho esto para recordaros la razón de ser de escribas y fariseos, y cómo y por qué se han sentado en la cátedra de Moisés, y cómo y por qué hablan y no son vanas sus palabras. Haced, pues, lo que dicen, mas no los imitéis en sus acciones. Porque dicen que se debe actuar en un cierto modo, pero luego no hacen lo que dicen que debe ser hecho. Efectivamente, enseñan las leyes de humanidad del Pentateuco, pero luego cargan con pesos grandes, insoportables, inhumanos, a los demás, mientras que respecto a sí mismos no extienden un solo dedo, no sólo para llevar esos pesos, sino tampoco para tocarlos.

Su regla de vida es ser vistos y notados y aplaudidos por sus obras (las hacen de manera que puedan ser vistas para ser alabados por ellas). E infringen la ley del amor, porque les gusta definirse separados y desprecian a los que no pertenecen a su secta y exigen el título de maestros y un culto por parte de sus discípulos, cosas que ellos no dan a Dios. Dioses se creen por sabiduría y poder, superiores al padre y a la madre quieren ser en el corazón de sus discípulos, y pretenden que su doctrina supere a la de Dios, y exigen que sea practicada al pie de la letra, aun siendo una manipulación de la verdadera Ley, inferior a ella más aún que este monte respecto a la altura del Gran Hermón, que supera a toda Palestina. Son herejes creyendo algunos, como los paganos, en la metempsicosis y la fatalidad; negando los otros lo que los primeros admiten y -si no de resultado, sí de hecho- lo que Dios mismo ha dado como fe, es decir que Él es el único Dios, al que debe darse culto, y que el padre y la madre van después sólo de Dios, y que, como tales, tienen el derecho de ser obedecidos más que un maestro no divino.

Porque, si Yo ahora os digo: "El que ama al padre y la madre más que a mí no es apto para el Reino de Dios", ciertamente no es para inculcaros el desamor hacia los padres, a quienes debéis respeto y ayuda, y a quienes no es lícito privar de una ayuda diciendo: "Es dinero del Templo", u hospitalidad diciendo: “Mi cargo me lo prohíbe” o la vida diciendo: “Te mato porque amas al Maestro”. Os lo digo para que tengáis el amor justo a los padres, o sea, un amor paciente y fuerte dentro de su mansedumbre, un amor que -sin caer en el aborrecimiento del padre o la madre que pecan y causan dolor, no siguiéndoos por el camino de la Vida: la mía- sabe elegir entre la ley mía y el egoísmo y abuso familiares. Amad a los padres, obedecedlos en todo lo santo. Pero estad dispuestos a morir -no a dar muerte, sino a morir, digo- si quieren induciros a traicionar la vocación que Dios ha puesto en vosotros de ser ciudadanos del Reino de Dios que Yo he venido a formar.

No imitéis a escribas y fariseos, divididos entre sí aunque finjan estar unidos. Vosotros, discípulos de Cristo, estad verdaderamente unidos, los unos para los otros. Los jefes sean dulces con los subordinados; los subordinados, con los jefes. Una cosa sola en el amor y en el fin de vuestra unión: conquistar mi Reino y estar a mi derecha en el eterno Juicio. Recordad que un reino dividido deja de ser un reino y no puede subsistir. Estad, pues, unidos entre vosotros en el amor a Mí y a mi doctrina. Que el distintivo del cristiano -ese será el nombre de mis discípulos- sea el amor y la unión, la igualdad entre vosotros en lo tocante al vestir, la comunidad de bienes, la fraternidad de los corazones. Todos para uno, uno para todos. Quien dé, que lo haga con humildad; quien no tiene, que acepte con humildad y humildemente exponga sus necesidades a sus hermanos, sabiendo que son eso: hermanos. Y que los hermanos escuchen amorosamente lo tocante a las necesidades de sus hermanos, sintiéndose verdaderamente hermanos de éstos.

Recordad que vuestro Maestro a menudo pasó hambre, frío y otras mil necesidades e incomodidades y, humildemente, Él, siendo Verbo de Dios, las expuso a los hombres. Recordad que hay un premio reservado para quien es misericordioso hasta sólo en ofrecer un sorbo de agua. *Recordad que dar es mejor que recibir.* Que recordando estas tres cosas el pobre halle la fuerza de pedir sin sentirse humillado, pensando que Yo lo hice antes que él; de perdonar si lo rechazan, pensando que muchas veces al Hijo del hombre le fueron negados el sitio y el alimento que se dan a los perros que cuidan el rebaño. Y que el rico halle la generosidad de dar sus riquezas, pensando que la vil moneda, el odioso dinero sugerido por Satanás, causa de los nueve décimos de las desgracias del mundo, si es dado por amor se transforma en gema inmortal y paradisíaca.

Vestíos con vuestras virtudes. Han de ser éstas ricas, pero sólo conocidas por Dios. No hagáis como los fariseos, que llevan las filacterias más anchas y las franjas más largas, y buscan los primeros puestos en las sinagogas y las reverencias en las plazas y quieren que el pueblo los llame "rabí". Sólo uno es el Maestro: el Cristo. Vosotros, que en el futuro seréis los nuevos doctores -os hablo a vosotros, apóstoles míos y discípulos-, recordad que sólo Yo soy vuestro Maestro. Y lo seguiré siendo cuando ya no esté aquí entre vosotros. Porque sólo adoctrina la Sabiduría. Así pues, no dejéis que os llamen maestros, porque vosotros mismos sois discípulos. Y ni exijáis ni deis el nombre de padre a nadie en la Tierra, porque sólo uno es el Padre de todos: el Padre vuestro que está en los Cielos. Que esta verdad - haga sabios en el hecho de sentiros verdaderamente todos hermanos entre vosotros, bien sea los que dirigen, bien sea los dirigidos, y amaos, pues, como buenos hermanos. Y tampoco quiera ser llamado guía ninguno de los que dirijan, porque sólo uno es vuestro guía común: Cristo.

El mayor de entre vosotros sea vuestro servidor. No es humillarse el ser siervo de los siervos de Dios, sino que es imitarme a mí, que fui manso y humilde, y estuve siempre dispuesto a tener amor hacia mis hermanos en la carne de Adán y a ayudarlos con el poder que como Dios, tengo en mí. Y no he humillado lo divino sirviendo a los hombres. Porque el verdadero rey es aquel que sabe dominar no tanto sobre los hombres cuanto sobre las pasiones del hombre, de las cuales la primera es la necia soberbia. Recordad esto: quien se humilla será ensalzado y quien se ensalza será humillado.

La Mujer de que habló el Señor en el segundo del Génesis, la Virgen de quien se habla en Isaías *(7, 14),* la Madre-Virgen del Emmanuel, profetizó *(21, 5)* esta verdad del tiempo nuevo cantando: "El Señor ha derribado a los poderosos de su trono y ha ensalzado a los humildes". La Sabiduría de Dios hablaba en los labios de Aquella que era Madre de la Gracia y Trono de la Sabiduría. Y Yo repito las inspiradas palabras que me alabaron unido al Padre y al Espíritu Santo, por nuestras obras admirables, cuando, sin detrimento para la Virgen, Yo, el Hombre, me formaba en su seno sin dejar de ser Dios. Que sean norma para aquellos que quieran dar a luz a Cristo en sus corazones y entrar en el Reino de Dios. No tendrán a Jesús, el Salvador, ni a Cristo, el Señor, ni tendrán Reino de los Cielos, los soberbios, los fornicadores, los idólatras que se adoran a sí mismos y adoran su propia voluntad.

Por tanto, ¡ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que creéis que podéis cerrar con vuestras impracticables sentencias -realmente serían, si estuvieran avaladas por Dios, cierre inquebrantable para la mayoría de los hombres-, que creéis que podéis dejar plantados ante la puerta del Reino de los Cielos a los hombres que a él levantan su espíritu para hallar fuerza en su penosa jornada terrena! ¡Ay de vosotros, que no entráis, no queréis entrar porque no acogéis la Ley del celeste Reino, y no dejáis entrar a los otros que están ante esa puerta, a la que vosotros, intransigentes, reforzáis con cerrojos no puestos por Dios!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que devoráis las casas de las viudas con el pretexto de hacer largas oraciones! ¡Por esto sufriréis un juicio severo!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que vais por mar y tierra, consumiendo haberes no vuestros, para conseguir un solo prosélito, y, una vez conseguido, le hacéis el doble que vosotros hijo del nfierno!

¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: "Si uno jura por el Templo, nada es su juramento, pero si jura por el oro del Templo queda obligado". ¡Necios y ciegos! ¿Qué es más?, ¿el oro o el Templo, que santifica al oro? Y que decís: "Si uno jura por el altar, su juramento no tiene valor, pero, si jura por la ofrenda que está sobre el altar, entonces es válido su juramento y a él queda obligado". ¡Ciegos! ¿Qué es mayor, la ofrenda o el altar, que santifica a la ofrenda? Así pues, el que jura por el altar jura por el altar y por todo lo que el altar tiene encima, y el que jura por el Templo jura por el Templo y por Aquél que en él mora, y el que jura por el Cielo jura por el Trono de Dios y por Aquel que en él está sentado.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis los diezmos de la menta y de la ruda, del anís y del comino, y luego descuidáis los preceptos más graves de la Ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad! ¡Éstas son las virtudes que hay que tener, sin descuidar las otras cosas menores!

Guías ciegos, que filtráis las bebidas por miedo a contaminaros bebiendo una mosquita ahogada, y luego os tragáis un camello sin sentiros impuros por ello. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que laváis por fuera la copa y el plato, pero por dentro estáis henchidos de ambición e inmundicia! Fariseo ciego, lava primero lo de dentro de tu copa y de tu plato, de forma que también lo de fuera quede limpio.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que voláis como murciélagos en las tinieblas por vuestras obras de pecado y pactáis por la noche con paganos, bandidos y traidores, y luego, por la mañana, canceladas las huellas de vuestros ocultos pactos, subís al Templo elegantemente vestidos!

¡Ay de vosotros, que enseñáis las leyes de la caridad y de la justicia contenidas en el Levítico, y luego sois ambiciosos, ladrones, falaces, calumniadores, opresores, injustos, vengativos, aborrecedores, y que llegáis a derribar a quien os causa fastidio, aunque sea de vuestra propia sangre, y a repudiar a la virgen que se casó con vosotros y a los hijos de ella tenidos porque padecen alguna desventura, y a acusar de adulterio a vuestra mujer, que ya no os gusta, o a acusarla de enfermedad impura, para quedar libres de ella, vosotros, que sois impuros en vuestro corazón libidinoso, aunque no lo parezcáis ante los ojos de la gente que no conoce vuestros actos! Sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos mientras que por dentro están llenos de huesos de muertos y podredumbre. Lo mismo sucede en vosotros. ¡Sí, lo mismo! Por fuera parecéis justos pero por dentro estáis henchidos de hipocresía e iniquidad.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que erigís suntuosos sepulcros a los profetas y embellecéis las tumbas de los justos: decís: "Si hubiéramos vivido en tiempos de nuestros padres, no habríamos sido cómplices y partícipes de los que derramaron la sangre de los profetas"! Y así testificáis, contra vosotros mismos, que sois descendientes de aquellos que mataron a vuestros profetas. Y vosotros *además,* colmáis la medida de vuestros padres... ¡Oh, serpientes, raza de víboras, ¿cómo os libraréis de la condenación de la Gehena?!

Por esto, Yo, Palabra de Dios, os digo: Yo, Dios, os *enviaré* nuevos profetas y sabios y escribas. Y, de éstos, a una parte los mataréis, a una parte los crucificaréis, a una parte los flagelaréis en vuestros tribunales, en vuestras sinagogas, fuera de vuestras murallas, a otra parte los perseguiréis de ciudad en ciudad, hasta que recaiga sobre todos vosotros la sangre justa,

derramada sobre la Tierra, desde la sangre del justo Abel *(Génesis 4, 8)* hasta la de Zacarías hijo de Barquías, *(2 Crónicas 24, 20-22)* al que disteis muerte entre el atrio y el altar, porque, por amor a vosotros, os había recordado vuestro pecado para que os arrepintierais de él y volvierais al Señor. Así es. Odiáis a los que quieren vuestro bien y amorosamente os llaman a los senderos de Dios.

En verdad os digo que todo esto está para cumplirse, tanto el delito como sus consecuencias. En verdad os digo que todo esto se cumplirá con esta generación.

¡Oh, Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡Jerusalén que apedreas a los que te son enviados y matas a tus profetas! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y tú no has querido! ¡Pues oye esto, Jerusalén! ¡Escuchad todos vosotros los que me odiáis y odiáis todo lo que de Dios viene! ¡Escuchad los que me amáis y os veréis envueltos en el castigo reservado para los perseguidores de los Enviados de Dios! Y oíd también vosotros que no sois de este pueblo, pero que igualmente me estáis escuchando; escuchad para saber quién es el que os habla y que predice sin necesidad de estudiar el vuelo, el canto de los pájaros, ni los fenómenos celestes y las vísceras de los animales sacrificados, ni la llama y el humo de los holocaustos, porque todo el futuro es presente para Aquel que os habla. Escuchad: "Os dejarán desierta esta Casa vuestra. Yo os digo, dice el Señor, que no volveréis a verme hasta que -también vosotros- no digáis: “Bendito el que viene en el nombre del Señor”.

Jesús está visiblemente cansado y sudoroso, por el esfuerzo del largo e impetuoso discurso y por el bochorno de este día sin viento. Oprimido contra el muro por una multitud, objeto de los dardos de numerosísimas pupilas, sintiendo todo el odio que lo escucha desde los pórticos del Patio de los Paganos, y todo el amor -o, al menos, admiración- que lo rodea y que no se preocupa del sol que incide sobre las espaldas y en las caras enrojecidas y sudadas, se le ve verdaderamente sin fuerzas y necesitado de descanso. Y lo busca diciendo a sus apóstoles y a los setenta y dos que como cuñas se han ido abriendo lentamente paso entre el gentío y ahora están en primera línea (barrera de amor fiel en torno a Él):

-Vamos a salir del Templo. Vamos a un lugar despejado, entre los árboles. Necesito sombra, silencio y frescor. En verdad, este lugar parece arder ya con el fuego de la ira celeste.

Le dejan paso no sin dificultad. Así pueden salir por la puerta más cercana, donde Jesús se esfuerza en despedir a muchos, pero sin conseguirlo: quieren seguirlo a toda costa.

Entretanto, los discípulos observan el cubo del Templo, centelleante bajo el Sol casi cenital, y Juan de Éfeso llama la atención del Maestro acerca de la robustez de la construcción:

-¡Mira qué piedras qué construcción!

-Pues de ello no quedará piedra sobre piedra - responde Jesús.

-¿No? ¿Cuándo? ¿Cómo? - preguntan muchos.

Pero Jesús no habla. Baja el Moria y sale a buen paso de la ciudad, cruzando Ofel y la Puerta de Efraím o del Estiércol, para refugiarse en la espesura de los Jardines del Rey lo antes que puede, o sea, cuando los que se han obstinado en seguirle -los que no son ni apóstoles ni discípulos- se marchan lentamente cuando Manahén, que ha mandado abrir las pesadas cancillas, pasa adelante, solemne, para decir a todos:

-Marchaos. Aquí entran sólo los que yo quiero.

Sombras, silencio, perfume de flores, aromas de alcanfor y claveles, canela, espliego y mil otras hierbas olorosas, y frufrú de arroyos, alimentados, sin duda, de las fuentes y cisternas cercanas, bajo galerías de frondas, trinar de pájaros... hacen de este lugar un sitio de descanso paradisíaco. La ciudad, con sus calles estrechas, oscuras donde hay bóvedas, o cegadoras de sol, con sus olores y hedores: alcantarillas no siempre limpias y de calles recorridas por demasiados cuadrúpedos como para estar limpias (especialmente las de segundo orden), parece estar a muchas millas de distancia.

El guardián de los Jardines debe conocer muy bien a Jesús, porque lo saluda con respeto y confidencia al mismo tiempo, y Jesús pregunta acerca de sus hijos y su esposa.

El hombre quisiera recibir en su casa a Jesús, pero el Maestro prefiere la paz fresca, reposante, del vasto Jardín del Rey, un verdadero parque de delicias. Y antes de que los dos incansables y fidelísimos servidores de Lázaro se marchen por la cesta de la comida, Jesús les encarga:

-Decid a vuestras amas que vengan. Estaremos aquí algunas horas con mí Madre y las discípulas fieles. Será muy dulce...

-¡Estás muy cansado, Maestro! Tu cara lo dice - observa Manahén.

-Sí. Tanto, que no he tenido fuerzas de proseguir.

-Yo te había ofrecido estos jardines varias veces en estos días: ¡Bien sabes lo contento que estoy de poder ofrecerte paz y descanso!

-Lo sé, Manahén.

-¡Y ayer quisiste ir a ese triste lugar, de aledaños tan áridos, tan extrañamente escaso de vegetación este año, tan cercano a esa triste puerta!

-Quise dar esa satisfacción a mis apóstoles. Son niños, en el fondo; niños grandes. ¡Míralos allí cómo descansan felices!... En poquísimo tiempo olvidados de todo lo que fermenta contra mí tras esa murallas...

-Y olvidados de que estás muy afligido... Pero no creo que haya mucho de qué alarmarse. Me parecía más peligroso el lugar otras veces.

Jesús lo mira y calla. ¡Cuántas veces veo a Jesús mirar y callar así en estos últimos días!

Luego se pone a mirar a los apóstoles y discípulos. Ellos se han quitado las prendas que cubrían sus cabezas, se han despojado de mantos y sandalias y ahora se refrescan las caras y las extremidades en los frescos regatos. Muchos de los setenta y dos -ahora creo que en realidad son muchos más- los imitan. Y, todos unidos por la fraternidad de ideales, se echan a descansar acá o allá, un poco distantes para dejar a Jesús que descanse tranquilo.

También Manahén lo deja en la paz y se retira. Todos respetan el descanso del Maestro, cansadísimo, que ha buscado refugio bajo una tupidísima pérgola de jazmines en flor, hecha en forma de cabaña, aislada por un anillo de aguas que fluyen susurrantes por un canalillo en que se bañan hierbas y flores: un verdadero refugio de paz al que se accede por un puentecito de dos palmos de ancho y cuatro de largo, cuya barandilla es toda una guirnalda de corolas de jazmines.

Regresan los servidores, aumentados en número porque Marta ha querido asistir a todos los siervos del Señor, y refieren que las mujeres estarán allí poco después.

Jesús manda llamar a Pedro y le dice:

-Junto con mi hermano Santiago, bendice, ofrece y distribuye como Yo hago.

-Distribuir sí, pero bendecir no, Señor. Te corresponde a ti ofrecer y bendecir, no a mí.

-Cuando, lejos de mí, estabas a la cabeza de tus compañeros, ¿no lo hacías?

-Sí. Pero entonces... lo hacía por fuerza. Ahora, como Tú estás con nosotros, bendices Tú. Todo me parece mejor cuando ofreces para nosotros y distribuyes... - y el fiel Simón abraza a su Jesús, que -está cansadamente sentado en esa sombra, y baja su cabeza para apoyársela en el hombro, feliz de poderlo abrazar y besar así.

Jesús se levanta y lo complace. Va hacia los discípulos. Ofrece, bendice, reparte el alimento. Los mira mientras comen contentos, les dice:

-Después dormid, descansad mientras hay tiempo, y para que podáis velar y orar cuando necesitéis hacerlo, sin que la fatiga y el cansancio carguen de sueño vuestros ojos y vuestro espíritu cuando sea necesario que estéis preparados y bien despiertos.

-¿No te quedas aquí con nosotros? ¿No comes?

-Dejadme descansar. Sólo esto necesito. ¡Comed, comed!

Acaricia al pasar a los que encuentra en su camino, y vuelve a su lugar...

Dulce, suave es la llegada de la Madre al lado de su Hijo. María **c**amina segura, porque Manahén, que ha estado vigilando en la cancilla, menos cansado que los otros, le señala el lugar donde está Jesús. Las otras -todas las discípulas hebreas, y Valeria como única representante de las romanas-, están paradas un rato, en silencio para no despertar a los discípulos que duermen bajo la fresca sombra de los frondosos árboles, y que parecen ovejas recostadas en la hierba en la hora sexta.

María entra bajo la pérgola de jazmines sin hacer crujir el pequeño puente de madera, ni los guijarros del suelo, y, con más cautela aún, se acerca a su Hijo, que, vencido por el cansancio, se ha dormido (apoyada la cabeza en la mesa de piedra y con el brazo izquierdo como almohada debajo del rostro cubierto por el pelo). María se sienta, paciente, a1 lado de su Criatura cansada. Y lo contempla... mucho... Una sonrisa doliente y amorosa se dibuja en sus labios mientras, quedamente, le caen en el regazo gotas de llanto. Pero, si sus labios están cerrados y mudos, su corazón ora, con toda la fuerza que posee, y la potencia de esa oración y de su sufrimiento se percibe en la posición de sus manos, unidas sobre el regazo, apretadas, entrelazadas para que no tiemblen (aunque, a pesar de ello, las recorre un leve temblor). Manos que se desunen sólo para alejar a una mosca insistente que quiere posarse en el Durmiente y podría despertarlo.

Es la Madre que vela al Hijo. Es el último sueño que podrá velar de su Hijo. Y, si bien la cara de la Madre en este miércoles pascual es distinta de la de la Madre en la Natividad del Señor, porque el dolor la quiebra y surca, la dulce pureza amorosa de la mirada, el trémulo esmero, son iguales que los que tenía cuando, inclinada sobre el pesebre de Belén, protegía con su amor el primer, incómodo sueño de su Criatura.

Jesús se mueve y María se enjuga rápidamente los ojos para no mostrar lágrimas a su Hijo. Pero Jesús no se ha despertado. Sólo ha cambiado la postura de la cabeza, volviéndola para la otra parte, así que María vuelve a su inmovilidad y vela.

Pero algo traspasa el corazón de María, y es que oye a su Jesús llorar en el sueño y susurrar con un bisbiseo confuso -habla con la boca apretada contra el brazo y la túnica- el nombre de Judas...

María se levanta, se acerca, se inclina hacia su Hijo, sigue ese confuso bisbiseo, con las manos apretadas contra el corazón, porque lo que dice Jesús, aunque fragmentario, no lo es tanto como para no poder seguirlo, y permite comprender que sueña una y otra vez el presente y el pasado, y luego también el futuro... hasta que con un brusco movimiento, como para huir de alguna cosa horrenda, se despierta. Mas encuentra el pecho de su Madre, los brazos de su Madre, la sonrisa de su Madre, la dulce voz de su Madre, su beso, su caricia, el leve roce de su velo sobre su rostro para enjugar lágrimas y sudor, mientras le dice:

-Estabas incómodo y soñabas... Estás sudoroso y cansado, Hijo mío.

Y le pone en orden el pelo alborotado, le seca la cara y lo besa, ciñéndolo con su brazo, apoyándolo sobre su corazón, porque no puede ya recogerlo en su regazo como cuando era pequeñito.

Jesús le sonríe diciendo:

-Siempre eres la Madre, la que consuela, la que compensa todo, ¡la Madre mía!

La sienta a su lado y deja una mano desmayada en su regazo. María toma esa mano larga, tan señoril y al mismo tiempo tan fuerte, de artesano, entre sus manos pequeñas, y acaricia sus dedos y el dorso, y alisa las venas que se habían hinchado pendiendo durante el sueño. Y trata de distraer su atención a otras cosas...

-Hemos venido. Estamos aquí todas. Incluso Valeria. Las otras están en la Antonia. Las ha llamado Claudia, que, según la liberta, "está muy triste"; dice que -no sé por qué cosa- siente presagios de mucho llanto. ¡Supersticiones!... Sólo Dios conoce las cosas...

-¿Dónde están las discípulas?

-Allá, a la entrada de los Jardines. Marta quería prepararte alimentos y refrescos y bebidas reconfortantes pensando en lo mucho que te cansas. Así lo ha hecho. Pero yo, mira: esto siempre te gusta, y te lo he traído. Es mi parte. Es mejor, porque es de Mamá. Le muestra miel y una pequeña torta de pan. Extiende la miel en la torta y se la da a su Hijo diciendo:

-Como en Nazaret, cuando descansabas durante la hora más tórrida y luego te despertabas sudoroso y yo venía de la gruta fresca con esta miel reconfortante...

Se corta porque le tiembla la voz.

Su Hijo la mira y dice:

-Y cuando estaba José, traías para dos comida, y agua fresca de la tinaja porosa que habías tenido en la corriente para que estuviera más fresca, y todavía la hacían más fresca los tallitos de menta silvestre que echabas dentro. ¡Cuánta menta, allá, bajo los olivos! ¡Y cuántas abejas en las flores de la menta! Nuestra miel tenía siempre un poco el sabor de ese perfume...

Piensa... recuerda...

-Hemos visto a Alfeo, ¿sabes? José se ha retrasado porque tenía a uno de los hijos un poco enfermo. Pero mañana seguro que estará aquí con Simón. Salomé de Simón guarda nuestra casa y la de María.

-Mamá, cuando te quedes sola ¿con quién vas a estar?

-Con quien Tú digas, Hijo mío. Te obedecía antes de tenerte, Hijo. Seguiré haciéndolo después de que me dejes.

Le tiembla la voz, pero la sonrisa es heroica en los labios.

-Tú sabes obedecer. ¡Cuánto descanso estar contigo! Porque, ¿ves, Mamá?, el mundo no puede comprender, pero Yo encuentro un completo descanso con los obedientes... Sí, Dios descansa con los obedientes. Dios no se habría visto sufriendo, ni importunándose, si la desobediencia no hubiera venido al mundo. Todo sucede porque no se obedeció. Por esto el dolor del mundo... Por esto *nuestro* dolor.

-Pero también *nuestra* paz, Jesús. Porque sabemos que nuestra obediencia consuela al Eterno. ¡Oh, para mí en particular, qué cosa es este pensamiento! ¡Yo, criatura, puedo consolar a mi Creador!

-¡Oh, Alegría de Dios! ¡No sabes, oh Alegría nuestra, qué son para Nosotros estas palabras tuyas! Superan a las armonías de los celestes coros... ¡Bendita! ¡Bendita que me enseñas la última obediencia, y, con este pensamiento, me la haces tan grata de cumplir!

-Tú no necesitas que yo te enseñe, Jesús mío. Yo todo lo he aprendido de ti.

-Todo ha aprendido de ti Jesús de María de Nazaret, el Hombre.

-Era tu luz la que de mí salía, la Luz que eres Tú y que iba a la Luz Eterna anonadada bajo figura de hombre... Me han referido los hermanos de Juana las palabras que has pronunciado. Estaban arrobados de admiración. Te has mostrado contundente con los fariseos...

-Es la hora de las supremas verdades, Mamá. Para ellos no pasan de verdades muertas, pero para los otros serán verdades vivas. Y con el amor y el rigor tengo que intentar la última batalla para arrancarlos de las manos del Mal.

-Es verdad. Me han dicho que Gamaliel, que estaba con otros en una de las salas de los pórticos, ha dicho, al final, estando muchos inquietos: "Cuando uno no quiere ser censurado obra como un justo" y que después de esta observación se ha marchado.

-Me alegra que el rabí me haya oído. ¿Quién te lo ha dicho?

Lázaro. Y a él se lo ha dicho Eleazar, que estaba en la sala con los otros. Lázaro ha venido a la hora sexta, ha saludado y se ha vuelto a marchar sin prestar oídos a sus hermanas, que querían que estuviera en casa hasta la puesta del sol. Ha pedido que mandaras a Juan, o a otros, a recoger la fruta y las flores, que están ya en su punto. -Mandaré mañana a Juan.

-Lázaro viene todos los días. Pero María se intranquiliza, porque dice que parece una aparición; sube al Templo, vuelve, da una serie de indicaciones y se marcha otra vez.

-También Lázaro sabe obedecer. Le he dicho Yo que lo haga así, porque también lo están acechando a él. Pero no se lo digas a sus hermanas. No le sucederá nada. Ahora vamos donde las discípulas.

-No te muevas. Voy a llamarlas yo. Todos los discípulos duermen...

-Los dejaremos que duerman. Por la noche duermen poco, porque los instruyo en la paz del Getsemaní.

María sale, y regresa con las mujeres, que, por lo leves que son sus pasos, se diría que han dejado los pesos. Lo saludan con profunda expresión de respeto, familiar sólo en María Cleofás.

Marta, de una bolsa grande, extrae una tinajilla rezumante, mientras María saca de un recipiente, también poroso, piezas de fruta fresca venida de Betania, y las pone encima de la mesa, al lado de lo que ha preparado su hermana, o sea, de una paloma asada a la llama, crujiente, apetitosa, y ruega a Jesús que coma, diciendo:

-Come. Esta carne da fuerzas. Yo misma la he preparado.

Juana lo que ha traído es vinagre rosado, y explica:

-Refresca mucho en estos primeros calores. Lo bebe también mi marido cuando se cansa durante las largas cabalgadas.

-Nosotras no tenemos nada - presentan sus excusas María Salomé, María Cleofás, Susana y Elisa. Y, a su vez, Nique y Valeria:

-Tampoco nosotras. No sabíamos que debíamos venir.

-Me habéis dado todo vuestro corazón. Me es suficiente. Y todavía me daréis más...

Jesús come. Pero, sobre todo, bebe el agua fresca melada que Marta le vierte de la tinaja porosa, y la fruta fresca, que son alivio para el Fatigado.

Las discípulas no hablan mucho. Lo miran mientras come. En sus ojos hay amor y congoja. Y, de improviso, Elisa se echa a llorar, y se justifica diciendo:

-No sé. Tengo el corazón cargado de tristeza...

-Todas lo tenemos. Incluso Claudia en su palacio... - dice Valeria.

-Yo quisiera que fuera ya Pentecostés - susurra Salomé.

-Yo, sin embargo, quisiera detener en esta hora el tiempo - dice María de Magdala.

-Serías egoísta, María - le responde Jesús.

-¿Por qué, Rabbuní?

-Porque querrías para ti sola la alegría de tu redención. Son millares y millones de seres los que esperan esta hora; o los que por esta hora serán redimidos.

-Es verdad. No pensaba en eso... - agacha la cabeza mordiéndose los labios para que no se vean las lágrimas de sus ojos y el temblor de sus labios. Pero sigue siendo la fuerte luchadora, y dice:

-Si vienes mañana, podrás ponerte la túnica que me has encargado. Es una túnica fresca y limpia, digna de la cena pascual.

-Vendré... ¿No tenéis nada que decirme? Estáis mudas y afligidas. ¿Ya no soy Jesús?... - sonríe con gesto invitante a las mujeres.

-¡Claro que eres Tú! ¡Pero tan grande en estos días, que ya no sé verte como el infante que llevé en mis brazos! - exclama María de Alfeo.

-Y yo como al rabí sencillo que entraba en mi cocina buscando a Juan y Santiago - dice Salomé.

-Yo siempre te he conocido así: ¡Rey del alma mía! - proclama María de Magdala.

Y Juana, mansa y dulce:

-Yo también: divino, desde aquel sueño en que, cuando agonizaba, te me apareciste para llamarme a la Vida.

-Todo nos has dado, Señor. ¡Todo! - suspira Elisa, que se ha calmado ya.

-Y todo me habéis dado.

-¡Demasiado poco! - dicen todas.

-No termina el dar, después de este momento. Terminará solamente cuando estéis conmigo en mi Reino. Mis discípulas fieles. No os sentaréis a mi lado en los doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel, pero cantaréis el hosanna junto con los ángeles, haciendo coro de honor a mi Madre, y entonces, como ahora, el corazón de Cristo hallará su gozo contemplándoos.

-¡Yo soy joven! Queda largo tiempo hasta que suba a tu Reino ¡Dichosa Analía! - dice Susana.

-Yo soy vieja, y estoy contenta de serlo. Espero que pronto llegue la muerte - dice Elisa.

-Yo tengo hijos... ¡Quisiera servir a estos siervos de Dios! - suspira María Cleofás.

-¡No te olvides de nosotras! - dice la Magdalena, con ansia contenida, yo diría: con un grito de alma (y es que su voz, mantenida baja para no despertar a los que duermen, vibra de fuerza más que un grito).

-No me olvidaré de vosotras. Vendré. Tú, Juana, sabes que puedo venir aunque esté muy lejano... Las otras lo deben creer. Y os dejaré una cosa... un misterio que me tendrá a mí en vosotras y a vosotras en mí, hasta que estemos reunidos, Yo y vosotras, en el Reino de Dios. Ahora marchaos. Diréis que os he dicho poco, que casi era inútil el haceros venir para tan poco. Pero deseaba tener conmigo corazones que me han amado sin sopesar nada. Por mí, por mí: Jesús; no por el futuro, soñado Rey de Israel. Idos. Una vez más, benditas seáis. También las otras, que no están aquí pero que piensan en mí con amor: Ana, Mirta, Anastática, Noemí, y Síntica lejana, y Fotinai, y Áglae y Sara, Marcela, las hijas de Felipe, Miriam de Jairo, las vírgenes, las redimidas, las esposas, las madres que a mí han venido, que han sido hermanas para mí, y madres; mejores, ¡oh, mucho mejores que los hombres!, ¡incluso que los mejores hombres!... ¡Todas, todas! Yo os bendigo a todas. La gracia empieza ya a descender, la gracia y el perdón, sobre la mujer, por esta bendición mía. Marchaos...

Se despide de ellas, pero retiene un momento a su Madre:

-Antes de que anochezca estaré en el Palacio de Lázaro. Necesito verte todavía. Y vendrá Juan conmigo. Pero deseo que estéis sólo tú, Madre, y las otras Marías, Marta y Susana. Estoy muy cansado...

-Estaremos sólo nosotras. Adiós, Hijo...

Se besan. Se separan... María se marcha lentamente. Se vuelve antes de salir, se vuelve antes de dejar el puentecito, se vuelve más veces, mientras puede ver a Jesús... Parece no poder alejarse de é1...

Y Jesús está de nuevo solo. Se levanta, sale. Va a llamar a Juan, que duerme boca abajo entre las flores, como un niño, y le da la tinajilla del vinagre rosado que le ha traído Juana. Le dice:

-A1 atardecer vamos donde mi Madre. Pero nosotros dos solos.

-Comprendo. ¿Han venido?

-Sí. He preferido no despertaros.

-Has hecho bien, porque así tu alegría habrá sido mayor. Ellas saben amarte mejor que nosotros... - dice Juan desconsolado.

-Ven conmigo.

Juan lo sigue.

-¿Qué te pasa? - le pregunta Jesús cuando de nuevo están en la penumbra verde de la pérgola donde todavía hay restos de comida.

-Maestro, somos muy malos. Todos. No hay obediencia en nosotros... y no hay deseo de estar contigo. Incluso Pedro y Simón se han marchado, no sé a dónde. Y Judas ha encontrado en esto la ocasión vara discutir.

-¿Se ha marchado también Judas?

-No, Señor, no se ha marchado. Dice que no lo necesita, que él no tiene cómplices en los manejos que hacemos para tratar de obtener protección para ti. ¡Pero, si yo he ido a casa de Anás y si otros han ido a ver a los galileos que residen aquí, no ha sido con mal fin!... Y no creo que Simón de Jonás y Simón Zelote sean hombres capaces de manejos rateros...

-No pienses en ello. Efectivamente, Judas no necesita ausentarse mientras vosotros descansáis. Él sabe cuándo y a dónde ir para cumplir todo lo que debe hacer.

-¿Entonces por qué habla así? ¡No es una cosa agradable, delante de los discípulos!

-No lo es, pero es así. Tranquilízate, cordero mío.

-¿Yo, cordero tuyo? ¡Sólo Tú eres Cordero!

-Sí, tú. Yo, Cordero de Dios; tú, cordero del Cordero de Dios.

-¡¡¡Oh, otra vez!!! Era en los primeros días de estar contigo. Tú me dijiste estas mismas palabras. Estábamos los dos solos, como ahora, entre el verdor de las plantas, como ahora, y en primavera - Juan está todo contento por este recuerdo que vuelve. Y susurra:

-Sigo siendo, todavía lo soy, el cordero del Cordero de Dios...

Jesús lo acaricia, y le ofrece parte de la paloma asada que ha quedado encima de la mesa en un folio de pergamino en que estaba envuelta. Luego le abre unos higos jugosos y se los ofrece, alegre de verlo comer.

Jesús se ha sentado oblicuamente en un lado de la mesa y mira a Juan con una intensidad que éste le pregunta:

-¿Por qué me miras así? ¿Porque como como un glotón?

-No. Porque eres como un niño... ¡Oh, mi predilecto! ¡Cómo te quiero por tu corazón! - y Jesús se inclina a besar al apóstol en el rubio pelo y le dice:

-Permanece así, siempre así, con ese corazón tuyo que no tiene ni orgullo ni rencores. Así, incluso durante los momentos de la saña desatada. No imites a los que pecan, niño.

Juan se ha recuperado de su sinsabor. Ahora dice:

-Pero no puedo creer que Simón y Pedro...

-Verdaderamente te equivocarías, si los creyeras pecadores. Bebe. Está buena y fresca esta bebida. La ha preparado Marta... Ahora estás repuesto. Estoy seguro de que no habías terminado tu comida...

-Es verdad. Me había venido el llanto. Porque, mientras sea el mundo el que se odie, se comprende, pero que uno de nosotros insinúe...

-No pienses más en eso. Yo y tú sabemos que Simón y el Zelote son dos hombres honestos. Y es suficiente. Y, por desgracia, tú sabes que Judas es pecador. Pero guarda silencio. Cuando pasen muchos, muchos lustros, y sea oportuno referir toda la grandeza de mi dolor, *entonces* dirás también lo que sufrí por las acciones de ese hombre, y por las acciones de ese apóstol. Vamos. Es hora de dejar este lugar para ir hacia el campo de los Galileos y....

-¿Vamos a pasar también esta noche allí? ¿Y vamos a ir antes al Getsemaní? Judas quería saberlo. Dice que está cansado de estar al relente y con poco e incómodo descanso.

-Pronto terminará. Pero no manifestaré a Judas mis intenciones...

-No estás obligado. Eres Tú el que debe guiarnos a nosotros y no nosotros a ti. La traición queda tan lejos de Juan, que ni siquiera comprende la razón de prudencia por la que Jesús desde hace unos días no dice nunca lo que planea hacer.

[3] Y ahí están, entre los que duermen. Los llaman. Se despiertan. También Manahén, el cual, terminada su tarea, se excusa ante el Maestro por no poder quedarse, y por no poder tampoco al día siguiente estar con Él en el Templo porque tiene que quedarse en el palacio. Y, diciendo esto, mira fijamente a Pedro y Simón, que, mientras, han regresado, y Pedro hace un gesto rápido con la cabeza como para decir: «Comprendido».

Salen de los Jardines. Todavía hace calor. Todavía hace sol. Pero ya la brisa del atardecer templa el calor e impulsa alguna nubecilla en el cielo terso.

Se encaminan hacia arriba por Siloán, evitando los lugares de los leprosos a los que va Simón Zelote para llevarles -a los pocos que quedan, que no han sabido creer en Jesús- lo que ha sobrado de su comida.

Matías, el ex pastor, se acerca a Jesús y pregunta:

-Señor y Maestro mío, he pensado mucho, junto con los compañeros, en tus palabras, hasta que nos ha vencido el cansancio, y nos hemos dormido antes de poder resolver la pregunta que nos habíamos hecho. Ahora somos más ignorantes que antes. Si hemos comprendido bien los discursos de estos días, has predicho que muchas cosas cambiarán, aunque la Ley permanezca inalterada, y que se deberá edificar un nuevo Templo, con nuevos profetas, sabios y escribas, contra el que se presentará batalla, y que no sucumbirá, mientras que éste -si no he entendido mal- parece destinado a sucumbir.

-Está destinado a sucumbir. Recuerda la profecía de Daniel (*Daniel 9, 20-27)*... -Pero nosotros, que somos pobres y pocos, ¿cómo podremos edificarlo de nuevo, si no sin esfuerzo los reyes lograron edificar éste? ¿Dónde vamos a construirlo? Aquí no, porque dices que este lugar va a quedarse desierto hasta que no te bendigan como a un enviado de Dios.

-Así es.

-En tu Reino, no. Estamos convencidos de que tu Reino es espiritual. Y, entonces, ¿cómo, dónde lo estableceremos? Ayer dijiste que el verdadero Templo -¿y no es ése el verdadero Templo?-, que el verdadero Templo, cuando crean haberlo destruido, subirá triunfante a la verdadera Jerusalén. ¿Y dónde está la verdadera Jerusalén? Hay mucha confusión en nosotros.

-Así es. Destruyan si quieren los enemigos el verdadero Templo, que Yo en tres días lo alzaré de nuevo, y, subiendo a donde el hombre no puede dañarlo, ya no conocerá insidias.

Respecto al Reino de Dios, está en vosotros y dondequiera que haya hombres que crean en mí. Diseminado por ahora, sucediéndose sobre la Tierra durante los siglos; eterno luego, unido, perfecto, en el Cielo. En el Reino de Dios será edificado el nuevo Templo, o sea, donde hay espíritus que aceptan mi doctrina, la doctrina del Reino de Dios, y practican sus preceptos.

¿Cómo será edificado, si sois pobres y pocos? En verdad, no hace falta ni dinero ni poder para construir el edificio de la nueva morada de Dios, individual o colectiva. El Reino de Dios está en vosotros. Y la unión de todos aquellos que tengan en sí el Reino de Dios, de todos los que tengan a Dios en ellos -Dios, la Gracia; Dios, la Vida: Dios, la Luz; Dios, la Caridad- constituirá el gran Reino de Dios en la Tierra, la nueva Jerusalén que llegará a expandirse por todos los confines del mundo, y que, completa y perfecta, sin imperfecciones ni sombras, vivirá eterna en el Cielo.

¿Cómo edificaréis el Templo y la ciudad? No seréis vosotros, sino Dios, el que edificará estos lugares nuevos. Lo que tendréis que hacer será solamente darle vuestra buena voluntad. Buena voluntad y permanecer en mí. Vivir mi doctrina es buena voluntad. Estar unidos es la buena voluntad. Unidos a mí hasta formar un solo cuerpo, nutrido por una única savia en cada una de sus partes individuales, más pequeñas o más grandes. Un único edificio sostenido por una única base y mantenido

en su unión por una mística cohesión. Pero, dado que sin la ayuda del Padre -al cual os he enseñado a orar y al cual yo oraré por vosotros antes de morir-, no podríais estar en la Caridad, en la Verdad, en la Vida, o sea, en mí y conmigo en Dios Padre y en Dios Amor (porque somos una única Divinidad), por esto os digo que tengáis a Dios en vosotros para poder ser el Templo que no conocerá fin. Por vosotros mismos no podríais hacerlo. Si Dios no edifica -y no puede edificar donde no puede hacer morada- inútilmente los hombres dan en edificar y reedificar.

E1 Templo nuevo, mi Iglesia, surgirá solamente cuando vuestro corazón aloje a Dios y Él, con vosotros, piedras vivas, edifique su Iglesia.

-¿Pero no dijiste que Simón de Jonás es la Cabeza, la Piedra, sobre la cual se habrá de edificar tu Iglesia? ¿Y no has dado a entender, también, que Tú eres su piedra angular? ¿Entonces quién es la cabeza? ¿Existe o no existe esta Iglesia? - interrumpe Judas Iscariote.

-Yo soy la Cabeza mística. Pedro es la cabeza visible. Porque Yo regreso al Padre dejándoos la Vida, la Luz, la Gracia, por mi Palabra, mis padecimientos, por el Paráclito, que será amigo de los que me fueron fieles. Yo soy una única cosa con mi Iglesia, mi Cuerpo espiritual del que soy la Cabeza.

La cabeza contiene el cerebro o mente. La mente es sede del saber, el cerebro es el que dirige los movimientos de los miembros con sus órdenes inmateriales, que son más válidos para poner en movimiento a los miembros que cualquier otro estímulo. Observad un muerto, en el cual está muerto el cerebro. ¿Tiene acaso ya movimiento en sus miembros? Observad a uno completamente subnormal. ¿No está, acaso, inerte, hasta el punto de no saber tener esos rudimentarios movimientos instintivos que el animal más inferior, el gusano que al pasar aplastamos, tiene? Observad a uno en que la parálisis haya quebrado el contacto de los miembros -uno o más- con el cerebro. ¿Acaso tiene movimiento en aquella parte que ya no tiene vínculo vital con la cabeza?

Pero, si la mente dirige con sus inmateriales órdenes, son los otros órganos: ojos, oídos, lengua, nariz, piel, los que comunican las sensaciones a la mente, y son las otras partes del cuerpo las que ejecutan y hacen ejecutar aquello que la mente, advertida por los órganos -materiales y visibles ellos, invisible el intelecto- ordena. ¿Podría Yo, sin deciros "sentaos", obtener que os sentarais en esta ladera? Aunque pensara que quiero que os sentéis, no lo sabríais hasta que no tradujera mi pensamiento en palabras; y éstas las digo usando lengua y labios. ¿Podría Yo mismo sentarme, si lo pensara por el simple hecho de que siento el cansancio de las piernas, si éstas se negaran a doblarse y, así, sentarme Yo? La mente tiene necesidad de órganos y miembros para cumplir y hacer cumplir las operaciones que el pensamiento piensa.

De la misma manera, en el cuerpo espiritual que es mi Iglesia, Yo seré el Intelecto, o sea, la cabeza, sede del intelecto. Pedro y sus colaboradores serán los que observen las reacciones y perciban las sensaciones y las transmitan a la mente para que ella ilumine y ordene lo que debe hacerse para el bien de todo el cuerpo, y luego, iluminados y dirigidos por mi orden, hablen y guíen a las otras partes del cuerpo. La mano que rechaza el objeto que puede herir el cuerpo, o aleja aquello que, corrompido, puede corromper, el pie que salva el obstáculo sin chocarse y caer y herirse, han recibido orden de hacerlo de la parte que dirige. El niño, y también el hombre, que se han salvado de un peligro o que, por un consejo recibido, por una palabra dicha, obtienen un beneficio de cualquier especie (instrucción, negocios buenos, matrimonio, buena alianza), es por ese consejo y esa palabra por lo que o no sufren un daño o ganan un bien. Pues lo mismo sucederá en mi Iglesia. La cabeza y los que son cabeza, guiados por el divino Pensamiento e iluminados por la divina Luz e instruidos por la eterna Palabra, darán las órdenes y los consejos, y los miembros lo harán, recibiendo espiritual salud y espiritual beneficio.

Mi Iglesia ya existe, porque ya posee su Cabeza sobrenatural y su Cabeza divina, y tiene sus miembros: los discípulos. Pequeña todavía: semilla que se está formando; perfecta sólo en la Cabeza que la dirige, imperfecta en el resto, que necesita el toque de Dios para ser perfecta, y tiempo para crecer. Pero, en verdad os digo que ya existe, y que es santa por Aquel que constituye su Cabeza y por la buena voluntad de los justos que la componen. Santa e invencible. Contra ella arremeterá, una y mil veces, y con mil formas de batalla, el infierno compuesto de demonios y hombres-demonios. Pero éstos no prevalecerán. El edificio será indestructible.

Pero el edificio no está hecho de una sola piedra. Observad el Templo allí, grande, hermoso, bajo el sol que declina. ¿Acaso está hecho de una sola piedra? Es un complejo de piedras que forman un único, armónico todo. Se dice: el Templo, esto es, una unidad. Pero esta unidad está hecha de las muchas piedras que la han constituido y formado. Inútil habría sido echar los cimientos, si éstos no hubieran debido luego sujetar paredes y techo, si sobre ellos no hubiera que haber debido levantar las paredes. E imposible habría sido levantar las paredes y sostener el techo si antes no se hubieran hecho los cimientos fuertes, proporcionados a una mole tan grande. Así con esta dependencia de las distintas partes, una de la otra, surgirá el Templo nuevo. Durante el transcurso de los siglos, lo edificaréis sobre la base de los cimientos que Yo le he dado, perfectos, para su gran mole. Lo edificaréis con la dirección de Dios, con la bondad de las cosas usadas para construirlo: espíritus en que Dios inhabita.

Dios en vuestro corazón, para hacer de él piedra pulida y sin fisuras para el Templo nuevo. Su Reino establecido con sus leyes en vuestro espíritu. Si no, seríais ladrillos mal cocidos, madera carcomida, piedras toscas y quebradizas, no resistentes y que el constructor si es juicioso, rechaza; o que fallan, ceden, provocando la caída de una parte, si el constructor, los constructores puestos por el Padre para dirigir la construcción del Templo, son constructores ídolos que se pavonean en la propia gloria sin velar y trabajar por la construcción que se lleva a cabo y los materiales usados para hacerla. Constructores ídolos, tutores ídolos, guardianes ídolos. ¡Ladrones! Ladrones de la confianza de Dios, de la estima de los hombres. Ladrones, orgullosos, que se complacen en el modo de obtener ganancia y de tener un voluminoso montón de materiales, y no observan si éstos son buenos o de mala calidad, causa de destrucción.

Vosotros, nuevos sacerdotes y escribas del nuevo Templo, escuchad. ¡Ay de vosotros, y de quienes después de vosotros, se hagan ídolo y no velen y vigilen en orden a sí mismo y a los demás, los fieles, para observar, probar la calidad de las piedras y de la madera, sin fiarse de las apariencias, y causen destrucción dejando que los materiales de mala calidad, o incluso negativos, se dejen usar para el Templo, escandalizando y provocando destrucción! ¡Ay de vosotros, si dejáis que se creen

hendiduras, y que se construyan paredes inseguras, torcidas, que puedan fácilmente derrumbarse al no estar equilibradas sobre bases sólidas y perfectas! El desastre no vendría de Dios, Fundador de la Iglesia, sino de vosotros, y seríais responsables ante el Señor y ante los hombres.

¡Diligencia, observación, discernimiento, prudencia! La piedra o el ladrillo o la viga débiles, que en una pared maestra comportarían derrumbamientos, pueden servir para partes de menor importancia, y servir bien. Así debéis saber elegir. Con caridad, para no provocar el desagrado de las partes débiles; con firmeza, para no provocar el desagrado de Dios ni la ruina de su Edificio. Y si os dais cuenta de que una piedra, ya puesta para soporte de un ángulo maestro, no es buena o no está equilibrada, sed valientes, audaces, y sabed quitarla de ese lugar. Mortificadla escuadrándola con el cincel de un santo celo. Si grita de dolor, no importa; os bendecirá por siempre, porque la habréis salvado. Cambiadla de lugar, ponedla a desarrollar otra tarea. No tengáis miedo ni siquiera de prescindir totalmente de ella, si veis que es causa de escándalo y destrucción, rebelde a vuestro trabajo. Es mejor pocas piedras que mucho lastre.

No tengáis prisa. Dios no tiene nunca prisa, sino que lo que crea es eterno porque está bien sopesado antes de llevarlo a cabo. Si no es eterno, dura tanto cuanto los siglos todos. Observad el Universo. Desde hace siglos, desde hace millares de siglos, es como Dios lo hizo con sucesivos actos. Imitad al Señor. Sed perfectos como el Padre vuestro. Tened su Ley en vosotros, su Reino en vosotros. Y no fracasaréis.

Pero si no fuerais así, se derrumbaría el edificio; vano habría sido vuestro esfuerzo para levantarlo. Se vendría abajo, de forma que quedaría solamente de él la piedra angular, los cimientos... ¡Lo mismo que le sucederá a ese edificio! En verdad os digo que le sucederá eso. Y lo mismo le sucederá al vuestro, si metéis en él lo que hay en éste: las partes enfermas de orgullo, de ambición, de pecado, de lujuria. De la misma forma que por un soplo del viento se ha deshecho ese dosel de nubes que parecía posado, tan sugestivamente bello, en la cima de aquel monte, se vendrán abajo, con un soplo de viento de castigo sobrenatural y humano, los edificios que de santo no tengan más que el nombre...

Jesús calla pensativo. Cuando toma de nuevo la palabra es para ordenar: -Sentémonos aquí a descansar un poco.

Se sientan en una ladera del monte de los Olivos, teniendo enfrente el Templo, al que besa el sol poniente. Jesús mira fijamente a ese lugar, con tristeza; los otros, con orgullo por su belleza, pero es un orgullo velado por la pena que han originado las palabras del Maestro. ¿Y si realmente esa belleza hubiera de desaparecer?...

Pedro y Juan hablan entre sí y luego susurran algo a Santiago de Alfeo, que está a su lado, y éstos asienten con la cabeza. Entonces Pedro se dirige al Maestro y le dice: -Ven aparte y explícanos cuándo se cumplirá tu profecía sobre la destrucción del Templo. Daniel habla de ello. Lo que pasa es que si fuera como él dice y como Tú dices, pocas horas tendría ya de vida el Templo. Pero no vemos ni ejércitos ni preparativos de guerra. ¿Cómo sucederá, entonces, esto? ¿Cuál será la señal? Tú has venido. Dices que estás para marcharte. Y, sin embargo, se sabe que eso se cumplirá estando Tú entre los hombres. ¿Es que vas a volver? ¿Cuándo, este regreso tuyo? Explícanoslo para que podamos saberlo...

-No hace falta ir aparte. ¿Ves? Aquí están los discípulos más fieles, los que a los doce os servirán de gran ayuda. Pueden oír las palabras que os digo a vosotros. ¡Acercaos todos! - grita al final, para reunirlos a todos.

Los discípulos, que estaban diseminados por la ladera, se acercan, forman un grupo compacto, ceñido en torno al grupo principal formado por Jesús y los apóstoles, y escuchan.

-Estad atentos a que nadie os seduzca en el futuro. Yo soy el Cristo y no habrá otros Cristos. Por tanto, cuando muchos vengan a deciros: "Yo soy el Cristo" y seduzcan a muchos, no creáis en esas palabras, aunque vinieran acompañadas de prodigios. Satanás, padre de la mentira y protector de los embusteros, ayuda a sus siervos y secuaces con falsos prodigios, que, de todas formas, pueden ser identificados como no buenos porque siempre están acompañados de miedo, turbación y mentira. Vosotros conocéis los prodigios de Dios: dan santa paz, alegría, salud, fe; conducen a deseos y obras santas. Los otros, no. Por tanto, reflexionad sobre la forma y las consecuencias de los prodigios que podréis ver en el futuro obrados por falsos Cristos y por todos aquellos que se vistan con el manto de salvadores de los pueblos, cuando en realidad serán las fieras que causarán la destrucción de éstos.

Oiréis y veréis, también, hablar de guerras y rumores de guerras y os dirán: "Son las señales del final". No os turbéis. No será el final. Todo esto debe suceder antes del final, pero todavía no será el fin. Se levantará pueblo contra pueblo, reino contra reino, nación contra nación, continente contra continente, y después habrá pestilencias, carestías, terremotos en muchos lugares. Pero esto será sólo el principio de los dolores. Entonces os arrojarán a la tribulación y os matarán, acusándoos de ser los culpables de su sufrimiento y con la esperanza de que persiguiendo y destruyendo a mis siervos se acabará su sufrimiento.

Los hombres siempre acusan a los inocentes de ser causa del mal que ellos, pecadores, se crean. Acusan al mismo Dios, perfecta Inocencia y Bondad suprema, de ser causa de su sufrimiento; y lo mismo harán con vosotros, y seréis odiados por causa de mi Nombre. Es Satanás quien los azuza. Y muchos se escandalizarán y se traicionarán y odiarán recíprocamente. Es también Satanás quien los azuza. Y surgirán falsos profetas que inducirán a muchos al error. Y también será Satanás el autor de tanto mal. Por el progreso de la iniquidad, en muchos se enfriará la caridad. Pero el que persevere hasta el final se salvará. Y antes es necesario que este Evangelio del Reino de Dios sea predicado en todo el mundo, testimonio para todas las naciones. Entonces vendrá el final. Regreso de Israel, que acogerá a Cristo; predicación de mi Doctrina en todo el mundo.

Y luego otra señal. Una señal para el final del Templo y el fin del Mundo. Cuando veáis la abominación de la desolación predicha por Daniel -el que me escucha entienda bien, y quien lea al Profeta sepa leer entre las palabras-, entonces el que esté en Judea huya a los montes, el que esté en la terraza no baje a tomar lo que tiene en casa, Y el que esté en su campo no regrese a casa a tomar el manto; antes bien, huya, sin volverse para atrás, no vaya a sucederle que ya no pueda huir; y que ni siquiera se vuelva a mirar mientras huye, para no conservar en el corazón el horrendo espectáculo y no vaya a enloquecer por causa de ello. ¡Ay de las que estén encintas y de las que amamanten en aquellos días! ¡Ay si la fuga se debiera hacer en sábado! No sería suficiente la fuga para salvarse sin pecar. Rogad, pues, para que esto no suceda ni en invierno ni en sábado, porque la tribulación

de esos momentos será tan grande como nunca la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá nunca como ella porque será el final. Si no fueran abreviados esos días en consideración de los elegidos, ninguno se salvaría, porque los hombres-satanás se aliarán con el infierno para atormentar a los hombres.

Y también entonces, para corromper y apartar del camino recto a aquellos que permanezcan fieles al Señor, surgirán quienes digan: "El Cristo está ahí, el Cristo está aquí. Está en aquel lugar. Ahí lo tenéis". No lo creáis. Que ninguno crea porque surgirán falsos Cristos y falsos profetas que harán prodigios y portentos capaces de inducir a1 error, si ello fuera posible, hasta a los propios elegidos, y expresarán doctrinas aparentemente tan consoladoras y buenas que podrían seducir incluso a los mejores, si con ellos no estuviera el Espíritu de Dios, que los iluminará acerca de la verdad y el origen satánico de tales prodigios y doctrinas. Yo os lo digo. Yo os predico esto para que podáis obrar en consecuencia. Pero no temáis caer. Si estáis en el Señor, no seréis arrastrados a la tentación y a la destrucción. Recordad lo que os dije: "Os he dado el poder de andar sobre serpientes y escorpiones, y de todo el poder del Enemigo nada os causará daño, porque todo estará sujeto a vosotros". Pero también os recuerdo que para obtener esto debéis tener a Dios en vosotros, y debéis alegraros no porque dominéis las potencias del Mal y los venenos, sino porque vuestro nombre está escrito en el Cielo.

Permaneced en el Señor y en su verdad. Yo soy la Verdad y enseño la verdad. Por tanto, os repito una vez más: os digan lo que os digan acerca de mí, no lo creáis. Yo he dicho sólo la verdad. Yo os digo sólo que Cristo vendrá, pero cuando llegue el fin. Por tanto, si os dicen: "Está en el desierto", no vayáis. Si os dicen: "Está en aquella casa", no hagáis caso. Porque el Hijo del hombre en su segunda venida será semejante al relámpago que sale de levante y zigzaguea hasta poniente en menos tiempo que se parpadea. Y cruzará el gran Cuerpo *(la Tierra, el mundo, como anota MV en una copia mecanografiada)*, súbitamente transformado en Cadáver, seguido de sus refulgentes ángeles, y juzgará. Donde esté el cuerpo se reunirán las águilas Inmediatamente después, pasada la tribulación de esos días últimos de que os he hablado -hablo del final de los tiempos y del mundo, y de la resurrección de los huesos, que son cosas de que hablan los profetas *(Ezequiel 37, 1-14)*-, se oscurecerá el Sol, la Luna dejará de dar luz, las estrellas del cielo caerán como granos de un racimo demasiado maduro sacudido por un viento tempestuoso, y las potencias de los Cielos temblarán.

Entonces en el firmamento oscurecido aparecerá refulgente el signo del Hijo del hombre. Entonces llorarán todas las naciones de la Tierra, y los hombres verán al Hijo del hombre venir en las nubes del cielo con gran poder y gloria. Él dará órdenes a sus ángeles para que cosechen y vendimien, y para que separen la cizaña y el trigo, y que echen las uvas en el lagar, porque habrá llegado el tiempo de la gran recolección de la semilla de Adán, y ya no habrá necesidad de guardar ni racimo ni semilla porque para nunca más habrá perpetuación de la especie humana en la Tierra muerta. Y mandará a sus ángeles que con gran sonido de trompetas reúnan a los elegidos, desde los cuatro vientos, desde una extremidad a la otra de los cielos, para que se pongan al lado del Juez divino y juzgar con Él a los últimos vivos y a los resucitados.

Aprended de la higuera la parábola: cuando veis que sus ramas se ponen tiernas y echa las hojas, sabéis que el verano está cercano; de la misma manera, cuando veáis todas estas cosas, sabed que Cristo está para llegar. En verdad os digo: no pasará *esta generación que no me ha querido* sin que todo esto suceda.

Mi palabra no cae. Lo que digo se cumplirá. El corazón y el pensamiento de los hombres pueden cambiar, pero no cambia mi palabra. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Y por lo que respecta al día y a la hora precisa, nadie los conoce, ni siquiera los ángeles del Señor; solamente el Padre.

En la venida del Hijo del hombre, sucederá como en tiempos de Noé. En los días que precedieron al Diluvio, los hombres comían, bebían, se casaban, y establecían sus moradas, sin preocuparse de la señal *(Génesis 6, 13-22)*, hasta el día en que Noé entró en el arca y se abrieron las cataratas de los cielos y el Diluvio sumergió a todos los seres vivos y todas las cosas. Lo mismo sucederá en la venida del Hijo del hombre. Dos hombres estarán juntos en el campo, uno será tomado y el otro dejado, dos mujeres estarán ocupadas en mover la rueda de molino, una será tomada y la otra dejada: por los enemigos de la Patria, y más aún por los ángeles, que separarán de la cizaña la buena semilla; y no tendrán tiempo de prepararse para el juicio de Cristo.

Velad, pues, porque no sabéis a qué hora vendrá vuestro Señor. Pensad en esto: si el jefe de la familia supiera a qué hora viene el ladrón, vigilaría y no dejaría depredar su casa. Así pues, velad y orad, estando siempre preparados a la venida, sin que vuestros corazones caigan en un torpor por toda suerte de abusos e intemperancias, y vuestros espíritus se distraigan y se hagan insensibles para las cosas del Cielo por las excesivas atenciones a las cosas de la Tierra, y no os sorprenda de improviso el lazo de la muerte estando impreparados. Porque, recordadlo, todos debéis morir. Todos los hombres que han nacido deben morir. Y esta muerte y el subsiguiente juicio son una venida individual de Cristo, que se verá repetida universalmente cuando venga solemnemente el Hijo del hombre.

¿Cuál será la ventura de aquel siervo fiel y prudente, encargado por su señor de distribuir el alimento a los domésticos en su ausencia? Dichosa ventura tendrá, si su señor, al volver de improviso, lo encuentra haciendo con diligencia, justicia y amor lo que debe. En verdad os digo que le dirá: "Ven, siervo bueno y fiel. Has merecido mi premio. Ten: administra todos mis bienes". Mas si parecía bueno y fiel, pero no lo era y en su interior era malo como hacia afuera hipócrita, y una vez que hubo partido su señor dijo en su corazón: "¡Mi señor tardará en volver! Dediquémonos a la buena vida", y empezó a golpear y maltratar a sus compañeros de servicio y a sacar ganancia en perjuicio de la comida de éstos y de todas las otras cosas para tener más dinero que consumir con los crapulosos y borrachos, ¿qué sucederá? Sucederá que el señor volverá de improviso, cuando el siervo no crea que esté cerca, y será descubierto su obrar injusto, le serán arrebatados puesto y dinero y será arrojado a donde la justicia exige, y allí se quedará.

Y lo mismo respecto al pecador impenitente que no piensa en que la muerte puede estar cercana, y cercano su juicio, y goza y abusa diciendo: "Más adelante me arrepentiré". En verdad os digo que no tendrá tiempo de hacerlo y será condenado a estar eternamente en el lugar del tremendo horror donde sólo hay blasfemia y llanto y tortura, y saldrá de él sólo para el Juicio final, cuando se revestirá de la carne resucitada para presentarse completo al Juicio último, como completo pecó en el tiempo de la vida terrena, y con cuerpo y alma se presentará ante el Juez Jesús, a quien no quiso por Salvador.

Todos allí, reunidos ante el Hijo del hombre. Una multitud infinita de cuerpos restituidos por la tierra y por el mar y recompuestos tras haber sido ceniza durante mucho tiempo. Y los espíritus en los cuerpos. A cada carne, ya de nuevo en los esqueletos, le corresponderá su propio espíritu, el que en su tiempo la animó. Y estarán en pie ante el Hijo del hombre, espléndido en su Majestad divina, sentado en el trono de su gloria sostenido por sus ángeles.

Y Él separará a unos hombres de otros poniendo en una parte a los buenos y en la otra a los malos, como un pastor separa ovejas y cabritos, y pondrá a sus ovejas a la derecha y a los cabros a la izquierda. Y dirá, con dulce voz y benigno aspecto, a aquellos que, pacíficos y hermosos, con la belleza gloriosa de su cuerpo santo esplendoroso, lo mirarán con todo el amor de su corazón: "Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde el origen del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, anduve peregrino y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, prisionero y vinisteis a consolarme".

Y los justos le preguntarán: "¿Pero cuándo, Señor, te vimos hambriento y te dimos de comer, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino y te recibimos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo y prisionero y fuimos a visitarte?".

Y el Rey de los reyes les dirá: "En verdad os digo que cuando hicisteis una de estas cosas con uno de éstos, los más pequeños de mis hermanos, lo hicisteis conmigo".

Y luego se volverá hacia los que estén a su izquierda y les dirá, con rostro severo -sus miradas serán como saetas fulminadoras para los réprobos y en su voz resonará como un trueno la ira de Dios-: "¡Fuera de aquí! ¡Lejos de mí, malditos! ¡A1 fuego eterno preparado por el furor de Dios para el demonio y los ángeles tenebrosos, y para los que de ellos han escuchado las voces de libídine triple y obscena. Yo tuve hambre y no me disteis de comer; sed, y no me disteis de beber; estuve desnudo y no me vestisteis, fui peregrino y me rechazasteis, estuve enfermo y encarcelado y no me visitasteis. Porque teníais una sola ley: el placer de vuestro yo".

Y ellos le dirán: "¿Cuándo te vimos hambriento, sediento, desnudo, peregrino, enfermo, prisionero? En verdad, no te conocimos; no vivíamos cuando estabas en la Tierra".

Y Él les responderá: "Es verdad. No me conocisteis. Porque no vivíais cuando Yo estaba en la Tierra. Pero conocisteis mi palabra y tuvisteis a pobres entre vosotros, a hambrientos, a sedientos, a desnudos, enfermos, prisioneros. ¿Por qué no les hicisteis a ellos lo que quizás me hubierais hecho a mí? Porque, ciertamente, no se puede decir que los que me tuvieron fueran misericordiosos con el Hijo del hombre. ¿No sabéis que en mis hermanos estoy Yo, y que donde haya uno de ellos que sufra allí estoy Yo, y que lo que no hicisteis con uno de estos hermanos menores míos me lo negasteis a mí, Primogénito de los hombres? Id y arded en vuestro egoísmo. Id y os envuelvan las tinieblas, y el hielo porque tinieblas, y hielo fuisteis, a pesar de saber dónde estaban la Luz y el Fuego de Amor".

Y éstos irán al eterno suplicio, mientras que los justos entrarán en la vida eterna.
Éstas son las cosas futuras...

Ahora podéis marcharos. Y no os separéis. Yo voy con Juan y estaré con vosotros a la mitad de la primera vigilia, para la cena y para ir luego a nuestros momentos de instrucción.

-¿También esta noche? ¿Todas las noches vamos a hacer eso? Yo estoy todo dolorido de la humedad. ¿No sería mejor entrar ya en alguna casa que nos dé alojamiento? ¡Siempre en las tiendas! Siempre de vela por las noches, frescas y húmedas... - se queja Judas.

-Es la última noche. Mañana... será distinto.

-¡Ah! Creía que querías ir al Getsemaní todas las noches. Pero si es la última...

-No he dicho eso, Judas. He dicho que será la última noche que tendremos que pasar en el campo de los Galileos todos juntos. Mañana prepararemos la Pascua y comeremos el cordero, y luego iré Yo solo a orar al Getsemaní. Y vosotros podréis hacer lo que queráis.

-¡Nosotros vamos contigo, Señor! ¿Pero cuándo tenemos deseos de dejarte? - dice Pedro.

-Tú calla, que no eres inocente. Tú y el Zelote no hacéis más *que* revolotear de un lado para otro en cuanto el Maestro no os ve. No os pierdo de vista. En el Templo... durante el día... en las tiendas, arriba... - dice Judas Iscariote, contento de denunciar.

-¡Basta! Si lo hacen, hacen bien. De todas formas, no me dejéis solo... Os lo ruego...

-Señor, créenos que no hacemos nada malo. Dios conoce nuestras acciones y su mirada no se aparta, disgustada, de ellas - dice el Zelote.

-Lo sé. Pero es inútil. Y lo que es inútil puede siempre ser dañino. Estad lo más posible unidos.

Luego se vuelve a Mateo:

-Tú, mi buen cronista, les referirás a estos la parábola de las diez vírgenes sensatas y de las diez necias, y la del amo que da talentos a sus tres servidores para que los hagan producir y dos ganan el doble y el holgazán lo entierra. ¿Recuerdas?

-¡Sí, Señor mío, con exactitud.

-Entonces nárraselas a éstos. No todos las conocen. Y también los que las saben las escucharán de nuevo con gusto. Ocupad así, diciendo sabias palabras, el tiempo hasta mi regreso. ¡Velad! ¡Velad! Tened despierto vuestro espíritu. Esas parábolas son también apropiadas para lo que acabo de decir. Adiós. La paz esté con vosotros.

Toma de la mano a Juan y se aleja con él hacia la ciudad... Los demás se encaminan hacia el Campo galileo.

## El miércoles por la noche en el Getsemaní con los apóstoles.

-Os he dicho: "Estad atentos, velad y orad para no ser sorprendidos bajo el peso del sueño". Pero veo que vuestros ojos cansados desean cerrarse y vuestros cuerpos, incluso sin intención, buscan posturas de descanso. ¡Tenéis razón, pobres amigos míos! Vuestro Maestro ha pretendido mucho de vosotros en estos días, y estáis muy cansados. Pero dentro de pocas horas, ya pocas horas, os alegraréis de no haber perdido ni siquiera un momento de estar a mi lado. Os alegraréis de no haber negado nada a vuestro Jesús. Por lo demás, es la última vez que os hablo de estas cosas de lágrimas. Mañana os hablaré de amor y os haré un milagro que será todo amor. Preparaos con una gran purificación a recibirlo. ¡Oh, cuánto más de acuerdo con mi Yo el hablaros de amor que el hablaros de castigo! ¡Qué dulce me es decir: "Os amo. Venid. ¡Durante toda mi vida he soñado esta hora!" Pero también es amor hablar de muerte. Es amor en cuanto que la muerte, por los que os aman, es la suprema prueba de amor. Es amor porque prevenir a los amigos queridos en orden a la desventura significa afectuosa previsión que quiere verlos preparados, y no desconcertados, cuando llegue la hora. Es amor porque confiar un secreto es prueba de la estima que se tiene puesta en aquellos a quienes se confía. Sé que habéis asediado a Juan con interrogatorios, para saber qué le he dicho cuando hemos estado solos. Y no habéis creído que no hubiera habido palabras. Y, sin embargo, así ha sido; me ha bastado tener al lado una criatura...

-¿Por qué, entonces, él, y no otro? - pregunta Judas Iscariote. Y lo pregunta con desdeñosa altanería.

También Pedro, y con él Tomás y Felipe, dicen:

-Sí. ¿Por qué a él y no a los otros?

Jesús responde a Judas:

-¿Hubieras querido ser tú? ¿Puedes pretenderlo?

Era una fresca y serena mañana de Adar... Yo era un desconocido viandante que iba por el camino cercano al río... Cansado, lleno de polvo del camino, palidecido por el ayuno, desarreglada la barba, rotas las sandalias: parecía un mendigo por los caminos del mundo... Él me vio... y me reconoció como Aquel sobre el que había descendido la Paloma de fuego eterno. En esa primera transfiguración mía, ciertamente debió revelarse un átomo de mi divino esplendor. Los ojos abiertos por la Penitencia de Juan el Bautista y los que la Pureza había conservado angélicos vieron lo que los otros no vieron.

Y los ojos puros llevaron esa visión al tabernáculo del corazón; allí la guardaron como perla en un arca... Cuando se alzaron, pasados casi dos meses, hacia el viandante de rasgadas vestiduras, su alma me reconoció... Yo era su amor. Su primer y único amor. El primer y único amor no se olvida. El alma lo siente venir, aunque se haya alejado, lo siente venir de distantes lejanías, y vibra de alegría y despierta a la mente y ésta a la carne, para que todas participen en el banquete de la alegría de volver a encontrarse y a amarse. Y los labios temblorosos me dijeron: "Te saludo, Cordero de Dios".

¡Oh, fe de los puros, qué grande eres! ¡Cómo superas todos los obstáculos! No sabía mí Nombre. ¿Quién era Yo? ¿De dónde venía? ¿Qué hacía? ¿Era rico? ¿Era pobre? ¿Era sabio? ¿Era ignorante? ¿Qué importa saber todo esto para la fe? ¿Aumenta o disminuye ella por saber? Él creía en todo lo que el Precursor le había dicho. Como estrella que transmigra, por orden creador, de uno a otro cielo, se había separado de su cielo, Juan el Bautista, de su constelación, y había venido a su nuevo cielo, el Cristo, a la constelación del Cordero. Y, aun no siendo la estrella más grande, sí es la más hermosa y pura de la constelación de amor.

Han pasado tres años desde entonces. Estrellas grandes y pequeñas se han unido a mi constelación y se han separado de ella. Algunas han caído y han muerto, otras, debido a densos vapores, se han convertido en estrellas brumosas. Pero él ha permanecido fijo con pura luz junto a su Polar.

Dejadme mirar su luz. Dos serán las luces en las tinieblas del Cristo: María y Juan. Pero tanto será el dolor, que casi no podré verlas. Dejad que me imprima en mis pupilas estos cuatro iris, trozos de cielo entre pestañas rubias, para llevar conmigo, a donde ninguno podrá venir, un recuerdo de pureza. ¡Todo el pecado! ¡Todo sobre los hombros del Hombre! ¡Oh! ¡Oh! ¡Esta gotita de pureza!... ¡La Madre mía! ¡Juan! ¡Y Yo!... ¡Los tres náufragos a flote en el naufragio de una humanidad en el mar del Pecado!

Será la hora en que Yo, el retoño de la estirpe davídica, diga, gimiendo, el antiguo suspiro de David. "Dios mío, vuelve tus ojos hacia mí. ¿Por qué me has abandonado? De ti me alejan los gritos de los delitos que he cargado sobre mí por todos... Soy un gusano, ya no un hombre, el oprobio de los hombres, el desecho de la plebe". *(Salmo 22, 2.7.13-19)*

Y escuchad a Isaías: "He abandonado mi cuerpo a los castigadores, mis mejillas a quienes me arrancaban la barba; no he apartado la cara de quien me ultrajaba y me cubría de esputos". *(Isaías 50, 6; 53; 63, 3)*

Oíd de nuevo a David: "Estoy rodeado de muchos becerros, asaltado de muchos toros. Contra mí han abierto sus fauces para despedazarme como leones que desmiembran y rugen. Me he derramado como el agua".

E Isaías completa: "Yo mismo he teñido mis vestiduras". ¡Oh, mis vestiduras! Yo mismo las tiño, no con mi furor, sino con mi dolor y el amor mío por vosotros. Como las dos piedras planas de la prensa, el dolor y el amor me estrujan y me exprimen la Sangre. No soy distinto del racimo prensado, que entró hermoso en el trujal y después era papilla exprimida sin jugo ni hermosura.

Y mi corazón, hablo con David, "se hace como de cera y se oprime dentro de mi pecho". ¡Oh, Corazón perfecto del Hijo del hombre!, ¿en qué te conviertes ahora? Semejante al que una vida de crápula deshace y enerva. Todo mi vigor se seca. La lengua se me queda pegada a1 paladar por fiebre y agonía. Y la muerte va avanzando con su ceniza asfixiante y cegadora.

¡Y todavía sin piedad! "Una manada, una jauría de perros me asedia y me muerde. En las heridas caen los mordiscos, en los mordiscos los palos. Ni un jirón de mi carne queda sin dolor. Los huesos chirrían dislocados con el infame estiramiento. No sé dónde apoyar mi cuerpo. La terrible corona es círculo de fuego que penetra en la cabeza. Estoy colgado de los pies y las manos traspasados. Elevado presento mi cuerpo al mundo y todos pueden contar mis huesos"...

-¡Calla! ¡Calla! - dice Juan entre accesos de llanto.

-¡No hables más! ¡Nos haces agonizar! - suplican los primos. Andrés no habla, pero ha metido la cabeza entre las rodillas y llora en silencio. Simón está lívido. Pedro y Santiago de Zebedeo parecen sometidos a tortura. Felipe, Tomás, Bartolomé asemejan a tres estatuas de piedra con expresión de angustia.

Judas Iscariote es una máscara macabra, demoníaca. Parece un réprobo que al fin haya comprendido lo que ha hecho: tiene la boca abierta para un aullido que le grita dentro y que queda estrangulado en la garganta; ojos de loco, dilatados y aterrados; mejillas térreas, bajo el velo moreno de la barba afeitada; cabellos alborotados, porque de vez en cuando se los desordena con la mano; está sudado y frío: parece próximo a desmayarse.

Mateo, alzando la mirada abatida en busca de una ayuda para su tormento, lo ve y dice:

-¡Judas! ¿Te sientes mal?... ¡Maestro, Judas está sufriendo!

-Yo también - dice Cristo - Pero Yo sufro con paz. Haceos espíritu para poder soportar la hora. Uno que sea "carne" no la puede vivir sin enloquecer...

-Sigue hablando David, que ve las torturas de su Cristo: "Todavía no están contentos y me miran y se burlan, y se reparten mis despojos echando a suertes mi túnica. Yo soy el Malhechor. Están en su derecho".

¡Oh, Tierra, mira a tu Cristo! Sabe reconocerlo, aunque esté tan deshecho. Escucha, recuerda las palabras de Isaías y comprende el porqué, el *gran porqué,* de que Él quedara así, de que el hombre pudiera dar muerte, reduciéndolo a aquellas condiciones, al Verbo del Padre. "Él no tiene hermosura ni esplendor. Lo hemos visto, no era hermoso su aspecto. Y no lo hemos amado. Despreciado como el último de los hombres, Él, el varón de los dolores acostumbrado a padecer, mantenía tapado su rostro. Vejado, no le hicimos ningún caso. Su belleza de Redentor era esa máscara de tortura. ¡Mas tú, necia Tierra, preferías su rostro sereno!

"Verdaderamente ha cargado sobre sí nuestros males, ha llevado nuestros dolores. Y lo hemos mirado como a un leproso, como a uno al que Dios hubiera maldecido, como a persona despreciada. Cuando, en realidad, ha sufrido las llagas por nuestros delitos. Sobre Él ha recaído el castigo a nosotros destinado, el castigo que nos devuelve la paz con Dios. Por sus moraduras somos sanados. Éramos como ovejas errantes. Todos se habían apartado del camino recto y el Señor puso sobre Él las iniquidades de todos".

Aquel, aquellos que piensen haberse aportado algo a sí mismos y haberlo aportado a Israel desengáñense. Y lo mismo aquellos que piensen que han sido más fuertes que Dios. Y también los que piensen que no tienen que imputarse culpa por este pecado por el simple hecho de que me dejo matar sin resistencia. Yo llevo a cabo mi tarea santa, la perfecta obediencia al Padre. Pero ello no elimina su obediencia a Satanás ni su nefanda tarea.

Sí. Tu Redentor fue sacrificado, oh Tierra, porque Él lo quiso. "No abrió la boca para expresar una palabra de súplica y así ser indultado, ni una palabra de maldición para sus asesinos. Como una oveja se dejó llevar al matadero para que le dieran muerte, como cordero mudo conducido a la presencia del que lo esquila".

"Después de la captura y la condena fue alzado. No tendrá descendencia. Como un árbol ha sido talado y apartado de la tierra de los vivos. Dios ha descargado sobre Él su mano por el pecado de su pueblo. ¿Ninguno de su descendencia de la Tierra participará de su dolor? ¿No tendrá hijos el que fue segregado de la Tierra?".

Te voy a responder, profeta de tu Cristo. Si es cierto que mi pueblo no sentirá compasión del Matado sin culpa, los ángeles del pueblo celeste sí la sentirán. Si su virilidad no tendrá humanamente hijos, porque su Naturaleza no podía hallar desposorio con carne mortal, sí que tendrá hijos, claro que tendrá hijos, según una generación que recibirá la vida no de la carne y de la sangre, sino del amor y la Sangre divinos, una generación del espíritu, por lo que su prole será eterna.

Y te explico más, oh mundo que no comprendes al profeta. Te explico quiénes son los impíos entregados a su sepultura; quién, el rico entregado a su muerte. ¡Observa, oh mundo, si tan siquiera uno de los que le dieron muerte gozó de paz y larga vida! Él, el Viviente, pronto dejará la muerte. Mas, como hojas que el viento de otoño, una a una, deposita en el pliegue del surco tras haberlas arrancado con repetidas ráfagas, ellos, uno a uno, serán pronto depositados en la innoble sepultura que para Él había sido decretada; y uno que para el oro vivió podría -si fuera lícito poner al inmundo donde estuvo el Santo- ser depositado donde aún quedará la humedad de las innumerables heridas de la Víctima inmolada en el monte. Acusado sin culpas, Dios toma venganza de Él, porque nunca hubo engaño en su boca ni iniquidad en su corazón.

Consumido de padecimientos. Pero, ya consumido, ya truncada su vida como sacrificio de expiación, comenzará su gloria ante los que vendrán. Todos los deseos y las santas disposiciones de Dios en orden a Él tendrán cumplimiento. Por las angustias de su alma, verá la gloria del verdadero pueblo de Dios, y se gozará en ello. Su celeste doctrina, que Él sellará con su Sangre, será la justificación de muchos de entre los mejores. Y tomará la iniquidad de los pecadores. Por eso tendrá una gran multitud, oh Tierra, este Rey desconocido que los pérfidos escarnecieron y que no fue por los mejores comprendido. Y con los suyos se repartirá los despojos de los vencidos, los despojos de los fuertes, Él, único Juez de los tres reinos y del Reino.

Todo lo ha merecido porque todo lo dio. Todo le será entregado porque entregó su vida a la muerte y fue contado entre los malhechores, Él que no conocía pecado; sin otro pecado que no fuera el de un perfecto amor, una infinita bondad: dos culpas que el mundo no perdona, un amor y una bondad que lo movieron a tomar sobre sí los pecados de muchos, de todo el mundo, y a orar por los pecadores. Por todos los pecadores, incluso por aquellos que lo entregaron a la muerte.

He terminado. No tengo más que decir. Todo lo que quería decir en orden a las profecías mesiánicas está dicho. Desde el nacimiento hasta la muerte, todas os las he ilustrado, y lo he hecho para que me conocierais y no tuvierais dudas; ni justificaciones de vuestro pecado.

Ahora vamos a orar juntos. Es la última noche que podemos orar así, todos unidos como granos de uva al racimo que los sostiene. Venid. Oremos.

"Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu Nombre. Venga tu Reino. Hágase tu Voluntad en la Tierra como se hace en el Cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día. Perdónanos nuestras deudas como nosotros las perdonamos a nuestros deudores. No nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal. Así sea".

"Santificado sea tu Nombre." Padre, Yo lo he santificado. Piedad de tu Semilla.

"Venga tu Reino." Para fundarlo muero. Piedad de mí.

"Hágase tu Voluntad." Socorre mi debilidad. Tú que has creado la carne del hombre y con ella has revestido a tu Verbo para que Yo en esta Tierra te obedezca como siempre te he obedecido en el Cielo. Piedad del Hijo del hombre.

"Danos el Pan"... Para el alma un pan. Un pan que no es de esta Tierra. No lo pido para mí. No necesito más que tu consuelo espiritual. Por ellos Yo, Mendigo, te tiendo la mano. Dentro de poco será traspasada y clavada y ya no podrá hacer gesto de amor. Pero ahora puedo todavía. Padre, concédeme darles el Pan que diariamente fortalezca la debilidad de los pobres hijos de Adán. Son débiles, oh Padre, inferiores son porque no tienen ese Pan que es fuerza, el angélico Pan que espiritualiza al hombre y lo conduce a divinizarse en Nosotros.

"Perdónanos nuestras deudas"…

Jesús, que ha hablado en pie y ha orado con los brazos abiertos ahora se arrodilla y alza los brazos y la cara hacia el Cielo. Una cara surcada por un llanto quedo, palidecida por la fuerza de la súplica y el beso de la Luna

¡Perdona a tu Hijo, oh Padre, si en algo te faltó! Ante tu Perfección puedo aún aparecer imperfecto, Yo, tu Cristo que la carne grava. Ante los hombres... no. Mi consciente intelecto me asegura que he hecho todo por ellos. Pero Tú perdona a tu Jesús... *(Que Jesús no conoció pecado alguno está claro unos renglones más abajo y en toda la obra de María Valtorta. Las expresiones que en este texto pudiera causar perplejidad hacen relación a la naturaleza humana de Cristo y al hecho de que Jesús cargó con nuestros pecados)* Yo también perdono. Para que Tú me perdones, Yo perdono. ¡Cuánto debo perdonar! ¡Cuánto!... Y, sin embargo, perdono. A estos presentes, a los discípulos ausentes, a los sordos de corazón, a los enemigos, a los burladores, a los traidores, a los asesinos, a los deicidas... Ve que he perdonado a toda la Humanidad. En cuanto a mí, Padre, considera anulada toda deuda del hombre al Hombre. Para darles a todos tu Reino Yo muero, y no quiero que sea imputado como condena el pecado contra el Amor encarnado. ¿No? ¿Dices "no"? Es mi dolor. Este "no" me infunde en el corazón el primer sorbo del cáliz atroz. Pero, Padre a quien siempre he obedecido, Yo te digo: "Hágase como Tú quieres".

"No nos dejes caer en la tentación." ¡Oh, si Tú quieres, nos puedes alejar el demonio! Es él la tentación que azuza la carne, la mente, el corazón. Es él el Seductor. ¡Aléjale, Padre! ¡Tu arcángel en nuestra ayuda! ¡Para poner en fuga a aquel que desde el nacimiento hasta la muerte nos acosa!... ¡Oh, Padre santo, piedad de tus hijos!

"¡Líbranos, líbranos del mal!" Tú puedes hacerlo. Nosotros aquí lloramos... Tan hermoso es el Cielo, y tememos perderlo. Tú dices: "Mi Santo no puede perderlo". Pero Yo quiero que veas en mí al Hombre, al Primogénito de los hombres. Soy su hermano. Oro por ellos y con ellos. ¡Padre, piedad! ¡Oh, piedad!...

Jesús se postra. Luego se levanta:

-Vamos. Despidámonos esta noche. Mañana por la noche no encontraremos ya la manera de hacerlo. Estaremos demasiado turbados. Y el amor no está donde hay turbación. Démonos el beso de paz. Mañana... mañana cada uno será de sí mismo... Esta noche todavía podemos ser uno para todos y todos para uno.

Y los besa, uno por uno, empezando por Pedro; luego a Mateo, Simón, Tomás, Felipe, Bartolomé, Judas Iscariote, los dos primos, Santiago de Zebedeo, Andrés y, por último, a Juan, en el que luego se apoya mientras salen del Getsemaní.

## 598

## Jueves Santo. Preparativos de la Cena pascual. La manifestación del Padre y el homenaje de los Gentiles.

Una nueva mañana. ¡Tan serena! ¡Tan festiva! Ni las escasas nubes que ayer erraban lentamente por el cobalto del cielo se ven hoy. Tampoco se siente ese bochorno pesado que ayer era tan gravoso. Una leve brisa sopla en las caras, una brisa que huele a flores, a heno, a aire limpio, y que mece lentamente las hojas de los olivos: parece desear que se admire el color argénteo de las hojitas lanceoladas, y sembrar flores, pequeñas, cándidas, olorosas para los pasos de Cristo y sobre su rubia cabeza, y besarlo, darle frescor -porque cada uno de los pequeños cálices tiene una gotita de rocío-, besarlo, darle frescor y morir luego, antes de ver el horror que amenazador pende. Y se inclinan las plantas de las laderas meneando las campanillas, las corolas, las paletas de mil flores. Estrellas de corazón de oro, las grandes margaritas silvestres se yerguen altas en su tallo como para besarle la mano que será traspasada, y las mayas y las matricarias le besan los pies generosos que detendrán su paso por el bien de los hombres sólo cuando sean clavados para dar un bien aún mayor, y los escaramujos perfuman y el espino albar ya sin flores agita las hojas denticuladas. Parece decir "no, no" a quienes lo usarán para dar tormento al Redentor. Y "no" dicen las cañas del Cedrón; tampoco quieren ellas herir, su voluntad de pequeñas cosas no quiere dañar al Señor. Y quizás también las piedras de las laderas se felicitan por estar fuera de la ciudad, en el olivar, porque así no herirán, no, al Mártir. Y lloran las gráciles correhuelas rosadas que Jesús quería tanto y los corimbos de las acacias cándidas como racimos de mariposas apiñadas en torno a un tallito, quizás pensando: "No volveremos a verlo". Y las miosotas tan gráciles y puras, dejan caer su corola al toque de la túnica purpúrea que Jesús viste de nuevo. Debe ser hermoso morir cuando es por el impacto de algo de Jesús. Todas las flores -incluso un aislado muguete, quizás caído allí fortuitamente y que ha arraigado entre las raíces salientes de un olivo- están contentas de ser cortadas y cogidas por Tomás y ofrecidas al Señor... Como también se sienten felices de saludarlo con cantos de alegría los mil pájaros que hay entre las ramas. ¡No, no blasfeman contra Él los pájaros que ha amado siempre! Hasta incluso un grupito de ovejas parece querer saludarlo - aunque ahora lloren por haberles sido arrebatados los hijos, vendidos para el

sacrificio pascual. Y, balando -un lamento de madres, al aire, llamando a sus hijos que jamás volverán-, vienen a rozar a Jesús con su cuerpo, y lo miran con su mansa mirada.

A1 ver a las ovejas, los apóstoles se acuerdan del rito, y preguntan a Jesús, ya casi en el Getsemaní:

-¿A dónde iremos a celebrar la cena pascual? ¿Qué lugar eliges? Dilo, e iremos a prepararlo todo - dicen.

Y Judas de Keriot:

-Dame indicaciones e iré.

-Pedro, Juan, oídme.

Los dos, que estaban un poco adelantados, se acercan a Jesús, que los ha llamado.

-Precedednos y entrad en la ciudad por la Puerta del Estiércol. A1 entrar, encontraréis a un hombre que vuelve de En Rogel con una tinaja de aquella agua buena. Seguidlo hasta que entre en una casa. Diréis al que está en ella: "El Maestro dice: “¿Dónde está la habitación donde pueda celebrar la cena pascual con mis discípulos?". Él os mostrará un cenáculo grande ya dispuesto. Preparadlo todo allí. Id ligeros y luego venid al Templo. Ya estaremos nosotros en él.

Los dos se marchan a toda prisa.

Jesús, sin embargo, camina lentamente. En realidad está todavía fresca la mañana, y por los caminos que introducen en la ciudad empiezan ahora a aparecer los primeros peregrinos. Cruzan el Cedrón por el puentecillo que hay antes del Getsemaní. Entran en la ciudad. Las puertas, quizás por una contraorden de Pilatos, tranquilizado por la ausencia de disputas con centro en Jesús, no están ya vigiladas por los legionarios. Efectivamente, reina en todas partes la máxima calma.

¡Desde luego, no se puede decir que no hayan sabido contenerse los judíos! Ninguno ha molestado al Maestro ni a los discípulos. Gestos de obsequio bien educados, si no incluso afectuosos, lo han saludado siempre (aunque los que los otorgaban eran los más aviesos del Sanedrín). Un aguante inasequible ha acompañado también a la reconvención de ayer.

Y precisamente ahora -la casa de campo de Caifás está muy cerca de aquella puerta-, justamente ahora, pasa, viniendo de la casa, un nutrido grupo de fariseos y escribas, entre los cuales el hijo de Anás, y Elquías con Doras y Sadoq, quienes, en medio de un ondear de túnicas y franjas y amplísimos gorros, plegando sus espaldas vestidas de amplios mantos, saludan reverentes. Jesús saluda y pasa, regio con su túnica de lana roja y su manto de color más oscuro, llevando aquel gorro de Síntica en la mano, y haciendo el sol de sus cabellos rojo-cobre una corona de oro y un velo refulgente hasta los húmeros. Las espaldas se alzan después de su paso y aparecen las caras: de hienas hidrófobas.

Judas de Keriot, que iba mirando siempre en torno a sí con su cara de traidor, con la disculpa de abrocharse una sandalia, se pone en el margen del camino y -lo veo bien- les hace una seña de que lo esperen... Deja que el grupo de Jesús y los discípulos vaya adelante, mientras sigue manipulando la hebilla de su sandalia para fingir, y luego, rápido, pasa cerca de aquéllos y susurra: «En la Hermosa, a eso de la hora sexta. Uno de vosotros», y se echa a correr velozmente y da alcance a sus compañeros. ¡Espontáneo, desvergonzadamente espontáneo!...

Suben al Templo. Pocos hebreos todavía. Pero muchos gentiles. -Jesús va a adorar al Señor. Luego regresa e indica a Simón y Bartolomé que pidan dinero a Judas de Keriot y compren el cordero.

Y Judas dice:

-¿Podría hacerlo yo!

-Vas a estar ocupado en otras cosas. Lo sabes. Está la viuda a la que hay que llevar el donativo de María de Lázaro, y decirle que después de las fiestas vaya a Betania, a casa de Lázaro. ¿Sabes dónde está? ¿Has comprendido bien?

-¡Ya sé, ya sé! Me indicó el lugar Zacarías, que la conoce bien.

Y añade:

-Estoy muy contento de ir, más que de comprar el cordero. ¿Cuándo voy?

-Más tarde. No estaré mucho tiempo aquí. Hoy voy a descansar, porque quiero estar fuerte para esta noche y para mi oración nocturna.

-De acuerdo.

Y yo me pregunto: Jesús, que en los días pasados había mantenido ocultos sus propósitos para no dar detalles a Judas, ¿por qué ahora dice y repite lo que hará por la noche? ¿Es que la Pasión ha empezado ya con la ceguera de previdencia; o es que esta previdencia ha aumentado tanto, que Jesús lee en los libros de los Cielos que ésa es "la noche" y que, por tanto, hay que darlo a conocer a quien espera a saberlo para entregarlo a los enemigos; o es que siempre ha sabido que en esa noche debe comenzar su inmolación? No sé darme la respuesta. Jesús tampoco me responde. Y me quedo en mis porqué mientras observo a Jesús que cura a los últimos enfermos. Los últimos... Mañana, dentro de pocas horas, ya no podrá... la Tierra quedará privada del poderoso Curador de cuerpos. Pero la Víctima, en su patíbulo, empezará la serie, ininterrumpida desde hace veinte siglos, de sus curaciones de espíritus.

Hoy, más que describir, contemplo. Mi Señor hace proyectar mi vista espiritual desde lo que veo que sucede en el último día de libertad de Cristo hasta lo que sucede en los siglos... Hoy contemplo los sentimientos, los pensamientos, del Maestro, más que lo que sucede en torno a Él. Ya estoy en la angustiosa comprensión de su tortura del Getsemaní...

Jesús, como de costumbre, se ve sobrepujado por la muchedumbre, que ya ha aumentado y que ahora está formada en su mayor parte por hebreos que... se olvidan de acudir presurosos al lugar del sacrificio de los corderos, para acercarse a Jesús, Cordero de Dios que está para ser inmolado. Y siguen preguntando, y siguen queriendo explicaciones.

Muchos son hebreos venidos de la Diáspora, los cuales, habiendo tenido noticias de la fama del Cristo, del Profeta galileo, del Rabí de Nazaret, sienten la curiosidad de oírlo hablar y la ansiedad de disolver cualquier posible duda. Y se abren paso, suplicando a los de Palestina:

-¡Vosotros siempre lo tenéis. Sabéis quién es. Tenéis su palabra cuando queréis. Nosotros hemos venido de lejos y regresaremos a nuestras tierras nada más cumplir el precepto. ¡Dejad que nos acerquemos a Él!

La muchedumbre con dificultad se abre, para ceder el sitio a éstos, que se acercan a Jesús y lo observan con curiosidad. Comentan entre sí, grupo por grupo.

Jesús los observa, escuchando simultáneamente a un grupo que ha venido de Perea. Luego despide a estos últimos, que le han ofrecido dinero para sus pobres, como otros muchos hacen, y que Él, como siempre, ha pasado a Judas. Empieza a hablar:

-Muchos de los presentes -que sois una sola cosa en la religión aunque de procedencia distinta- os preguntáis: "¿Quién es éste al que llaman el Nazareno?", y vuestra esperanza y duda chocan. Escuchad.

Está escrito de mí *(Es el comienzo de otra serie de citas, textuales o parafraseadas, referidas (en la sucesión bíblica) a: (Salmo 78, 23-25; Isaías 9, 5; 11, 1-4.10-12; 40, 10-11; 42, 1-7; 50, 6; 53, 2-12; 55,1-3; 61, 1-2; 63, 1; Ezequiel 34,11.16; 47,1-12; Daniel 9, 24-27; Oseas 14, 2; Miqueas 5, 3-4; Zacarías 9, 9-10; Isaías 7, 14; Miqueas 5, 1)*: "Un retoño brotará de la raíz de Jesé, una flor saldrá de esta raíz, y sobre Él descansará el Espíritu del Señor. No juzgará según lo que se presenta ante los *ojos,* no condenará por lo que se oye con los oídos; antes bien, juzgará con justicia a los pobres, se hará defensor de los humildes. El retoño de la raíz de Jesé, puesto como señal en medio de las naciones, será invocado por los pueblos y su sepulcro será glorioso. Él, alzada una bandera para las naciones, reunirá a los expatriados de Israel, a los dispersos de Judá; los recogerá de los cuatro puntos de la Tierra".

Está escrito de mí: "He aquí que viene el Señor, con señorío; su brazo triunfará. Trae consigo su retribución, ante sus ojos tiene su obra. Como un pastor, apacentará a su rebaño".

Está escrito de mí: "Éste es mi Siervo, Yo estaré con Él. En Él se complace mi alma. En Él he derramado mi espíritu. Llevará la justicia a las naciones. No gritará, no romperá la caña quebrada, no apagará la mecha humeante, hará justicia según la verdad. Sin desfallecer ni avasallar, hará que se establezca la justicia sobre la Tierra, y las islas esperarán su ley".

Está escrito de mí: "Yo, el Señor, en la justicia te he llamado, te he tomado de la mano, te he preservado, te he constituido alianza del pueblo y luz de las naciones para abrir los *ojos* a los ciegos y sacar de 1a cárcel a los prisioneros, y de la mazmorra subterránea a los que yacen en las tinieblas".

Está escrito de mí: "El Espíritu del Señor está sobre mí porque el Señor me ha ungido para anunciar la Buena Nueva a los mansos, para curar a los que tienen el corazón quebrantado, para predicar la libertad a los esclavos, la liberación a los prisioneros, para predicar el año de gracia del Señor".

Está escrito de mí: "Él es el Fuerte. Apacentará el rebaño con la fortaleza del Señor, con la majestad del nombre del Señor Dios suyo; A Él se convertirán, porque ya desde ahora será glorificado hasta los últimos confines del mundo".

Está escrito de mí "Yo mismo iré a buscar a mis ovejas. Iré a la búsqueda de las extraviadas, restituiré al redil a las expulsadas de él, fajaré a las que tengan fracturas, reconfortaré a las débiles, vigilaré a las gruesas y robustas, a todas las apacentaré con justicia".

Está escrito: "Él es el Príncipe de paz y será la paz".

Está escrito: "Mira que viene tu Rey, el Justo, el Salvador. Es pobre, cabalga sobre un jumento. Anunciará paz a las naciones. Su dominio será de mar a mar, hasta los extremos de la Tierra".

Está escrito: "Setenta semanas han sido fijadas para tu pueblo, para tu ciudad santa, para que sea eliminada la prevaricación, tenga fin el pecado, quede borrada la iniquidad, venga la eterna justicia, se cumplan visión y profecía y sea Ungido el Santo de los santos. Después de siete más setenta y dos vendrá el Cristo. Después de sesenta y dos será entregado a la muerte. Después de una semana confirmará el testamento, pero a mitad de la semana vendrán a faltar las víctimas y los sacrificios y se dará en el Templo la abominación de la desolación y durará hasta el final de los siglos".

¿Faltarán, pues, las víctimas en estos días? ¿No tendrá víctima el altar? Tendrá la gran Víctima. Y la ve el profeta: "¿Quién es este que viene con sus vestiduras teñidas de rojo? Está hermoso con sus vestiduras, camina envuelto en la grandeza de su fuerza".

¿Y cómo se ha teñido de púrpura las vestiduras Aquel que es pobre? Ved que lo dice el profeta: "He abandonado mi cuerpo a los que me golpean, mis mejillas a quienes me arrancan la barba; no he separado el rostro del que me ultraja. Mi hermosura y esplendor se han perdido y los hombres han dejado de amarme. ¡Me han despreciado los hombres, me han considerado el último! Varón de dolores, será velado mi rostro y vejado y me mirarán como a un leproso, cuando en realidad por todos estaré llagado y moriré".

Ahí está la Víctima. ¡No temas, Israel! ¡No temas! ¡No falta el Cordero pascual! ¡No temas, Tierra! No temas. Ahí está el Salvador. Como oveja será conducido al matadero, porque lo ha querido y no ha abierto su boca para maldecir a los que lo matan. Después de la condena, será levantado y consumido en los padecimientos; sus miembros descoyuntados, los huesos al descubierto, pies y manos traspasados. Pero después de la aflicción con que justificará a muchos, poseerá las multitudes, porque, después de haber entregado su vida a la muerte para salud del mundo, resucitará y gobernará la Tierra, nutrirá a los pueblos con las aguas vistas por Ezequiel, aguas que salen del verdadero Templo, el cual, aun habiendo sido abatido, resurge por virtud propia. Y nutrirá con el vino con que ha teñido de púrpura su cándida túnica de Cordero sin mancha, y con el Pan bajado del Cielo.

¡Sedientos, venid a las aguas! ¡Hambrientos, nutríos! ¡Exhaustos, bebed mi vino; y vosotros, enfermos! ¡Venid, vosotros que no tenéis dinero, vosotros que no tenéis salud, venid! ¡Y vosotros, los que estáis muertos, venid! Yo soy Riqueza y Salud, soy Luz y Vida. ¡Venid, vosotros que buscáis el camino! ¡Venid, vosotros que buscáis la verdad! ¡Yo soy Camino y Verdad! No temáis no poder consumir el Cordero porque falten las víctimas verdaderamente santas en este Templo profanado. Todos tendréis posibilidad de comer del Cordero de Dios venido a quitar los pecados del mundo, como dijo de mí el último de los profetas de mi pueblo. Del pueblo al que pregunto: Pueblo mío, ¿qué te he hecho?, ¿en qué te he contristado?, ¿qué más podía darte de lo que te he dado? He instruido tus mentes, he curado a tus enfermos, favorecido a tus pobres, he dado de comer a tus turbas, te he amado en tus hijos, he perdonado, he orado por ti. Te he amado hasta el Sacrificio. ¿Y tú qué preparas a tu Señor? Una hora, la última, se te ofrece, ¡oh pueblo mío, oh ciudad santa y regia! ¡Conviértete, en esta hora, al Señor tu Dios!

-¡Ha dicho las palabras verdaderas!

-¡Así está escrito!

-¡Y Él verdaderamente hace lo que está escrito!

-¡Como un pastor ha cuidado de todos!

-Como siendo nosotros esas ovejas desperdigadas, enfermas, que están entre las brumas, ha venido a llevarnos al camino recto, a curarnos el alma y el cuerpo, a iluminarnos.

-Verdaderamente, todos los pueblos acuden a Él. ¡Observad qué maravillados están esos gentiles!

-Ha predicado paz.

-Ha dado amor.

-No comprendo lo que dice del sacrificio. Habla como uno que tuviera que morir, como si lo fueran a matar.

-Así es, si es el Hombre visto por los profetas, el Salvador.

-Y habla como si todo el pueblo fuera a maltratarlo. Eso no sucederá jamás. El pueblo, o sea, nosotros, lo amamos.

-Es nuestro amigo. Lo defenderemos.

-Es Galileo. Los galileos daremos la vida por Él.

-Es de David, y nosotros, los de Judea, si alzamos la mano es para defenderlo.

-¿Y nosotros podremos olvidarlo? Siendo de Auranítida, de Perea, de la Decápolis, nos amó como a vosotros. No. Todos, todos lo defenderemos.

Éstas son las manifestaciones que se oyen entre esta multitud ya muy numerosa: ¡labilidad de las intenciones humanas! Juzgo por la posición del sol que serán hacia las nueve de la mañana de nuestra hora. Veinticuatro horas más tarde, esta gente llevará ya muchas horas en torno al Mártir para torturarlo con el odio y los golpes, y gritará pidiendo su muerte. Pocos, muy pocos, demasiado pocos, entre los millares de personas que se agolpan procedentes de todas las partes de Palestina y de fuera, y que han recibido de Cristo luz, salud, sabiduría, perdón, serán los amigos. Y éstos no sólo no tratarán de arrancarlo de las manos de los enemigos, por impedirlo su escasez numérica respecto a la multitud de los ofensores, sino que no sabrán consolarlo tampoco siguiéndole con cara amiga como prueba de amor. Las alabanzas, las manifestaciones de consenso, los comentarios maravillados se esparcen por el vasto patio como olas que desde alta mar vayan lejos a morir en la playa.

Escribas, judíos, fariseos, tratan de neutralizar el entusiasmo del pueblo, y también la agitación de la gente contra los enemigos de Cristo, diciendo:

-Dice incongruencias. Está muy cansado y por ello delira. Ve persecuciones donde hay honores. En sus palabras fluyen los ríos de su habitual sabiduría, pero mezclados con frases de delirio. Nadie quiere causarle ningún mal. Comprendemos. Hemos comprendido quién es...

Pero la gente desconfía de tanta conversión de ánimos, y alguno se rebela diciendo:

-Pues Él me curó a un hijo demente. Conozco la locura. ¡Un demente no habla así!

Y otro:

-¡Déjalos que hablen! Son víboras que temen que el bastón del pueblo les rompa los lomos. Cantan la dulce canción del ruiseñor para engañarnos, pero, si escuchas bien, su voz contiene silbido de serpiente.

Y un tercero:

-¡Escoltas del pueblo de Cristo, alerta! Cuando el enemigo acaricia, tiene el puñal escondido en la manga y alarga su mano para agredir. ¡Ojos abiertos y corazón preparado! Los chacales no pueden transformarse en dóciles corderos.

-Bien dices: el búho halaga y hechiza a los pajaritos ingenuos con la inmovilidad de su cuerpo y la falsa alegría de su saludo. Ríe e invita con su grito, pero está preparado para devorar.

Y otros grupos otras cosas.

Pero también hay gentiles. Esos gentiles que han escuchado en estos días de fiesta al Maestro, con constancia y en número cada vez mayor. Siempre a los márgenes de la multitud -porque el exclusivismo hebreo-palestino es fuerte y los rechaza, queriendo los primeros puestos en torno al Rabí-, ahora desean acercarse a Él y hablar con Él.

Un nutrido grupo de ellos reparan en Felipe, al que la multitud ha empujado a un rincón. Se acercan a él y le dicen:

-Señor, deseamos ver de cerca a Jesús, tu Maestro, y hablar con Él al menos una vez.

Felipe se alza sobre la punta de los pies, para ver si ve a algún apóstol que esté más cerca del Señor. Ve a Andrés, lo llama y le grita estas palabras:

-Aquí hay unos gentiles que quisieran saludar al Maestro. Pregúntale si puede atenderlos.

Andrés, separado de Jesús unos metros, comprimido entre la multitud, se abre paso sin miramientos, usando abundantemente los codos y gritando:

-¡Dejad paso! Digo que dejéis paso. Tengo que ir donde el Maestro.

Llega donde Él y le transmite el deseo de los gentiles.

-Llévalos a aquel ángulo. Voy donde ellos.

Y mientras Jesús trata de pasar entre la gente, Juan, que ha vuelto con Pedro, Pedro mismo, Judas Tadeo, Santiago de Zebedeo y Tomás, que para ayudar a sus compañeros deja el grupo de sus familiares -los había encontrado entre la multitud-, luchan para abrirle camino. Ya está Jesús donde los gentiles, que lo reciben con muestras de obsequio.

-La paz a vosotros. ¿Qué queréis de mí?

-Verte. Hablar contigo. Lo que has dicho nos ha conturbado. Hemos deseado siempre hablar contigo para decirte que tu palabra nos impresiona. Esperábamos el momento propicio para hacerlo. Hoy... hablas de muerte... Tememos no poder hablar contigo, si no aprovechamos este momento. ¿Pero es posible que los hebreos sean capaces de matar a su mejor hijo? Nosotros somos gentiles, y no hemos recibido beneficio de tu mano. Tu palabra nos era desconocida. Habíamos oído hablar de ti

vagamente. Pero nunca te habíamos visto ni nos habíamos acercado a ti. Y, a pesar de todo, ya ves: te tributamos homenaje; todo el mundo con nosotros te honra.

-Sí, ha llegado la hora en que el Hijo del hombre debe ser glorificado, por los hombres y por los espíritus.

Ahora la gente, de nuevo, está en torno a Jesús. Con la diferencia de que en primera fila están los gentiles y detrás los demás.

-Pero entonces, si es la hora de tu glorificación, no morirás como dices, o como hemos entendido. Porque morir de esa manera no significa ser glorificado. ¿Cómo podrás reunir al mundo bajo tu cetro, si mueres antes de haberlo hecho? Si tu brazo se inmoviliza en la muerte, ¿cómo podrá triunfar y reunir a los pueblos?

-Muriendo doy vida. Muriendo edifico. Muriendo creo el Pueblo nuevo. La victoria se consigue en el sacrificio. En verdad os digo que si el grano de trigo que cae a la tierra no muere, queda sin fruto; mas si muere, produce mucho fruto. El que ama su vida la perderá. El que aborrece su vida en este mundo la salvará para la vida eterna. Y Yo tengo el deber de morir, para dar esta vida eterna a todos los que me siguen para servir a la Verdad. El que me quiera servir que venga: no está limitado el sitio en mi reino a este o aquel pueblo. El que me quiera servir, quienquiera que sea, que venga y me siga, y donde Yo esté también estará mi servidor. Y al que me sirva lo honrará el Padre mío, único, verdadero Dios, Señor del Cielo y de la Tierra, Creador de todo lo que existe, Pensamiento, Palabra, Amor, Vida, Camino, Verdad; Padre, Hijo, Espíritu Santo, Uno siendo Trino. Trino siendo Único, Solo, Verdadero Dios. "Pero ahora mi alma esta turbada. Y ¿qué diré? ¿Acaso: "Padre, líbrame de esta hora"? No. Porque he venido para esto: para llegar a esta hora. Entonces diré "¡Padre, glorifica tu Nombre!".

Jesús abre los brazos en cruz, una cruz purpúrea contra el fondo cándido de los mármoles del pórtico; y levanta su rostro, ofreciéndose, orando, subiendo con el alma al Padre.

Y una voz, más fuerte que el trueno, inmaterial en el sentido de que no asemeja a ninguna voz de hombre, pero perceptibilísima para todos los oídos, llena el cielo sereno de este bellísimo día abrileño, vibrando más poderosa que el acorde de un órgano gigante, con una tonalidad bellísima, y proclama:

-Lo he glorificado y lo seguiré glorificando.

La gente ha sentido miedo. Esa voz, tan potente que ha hecho vibrar el suelo y lo que sobre él se halla, esa voz misteriosa, distinta de todas las otras voces, procedente de una fuente desconocida, esa voz que llena todo, de septentrión a mediodía, de oriente a occidente, aterroriza a los hebreos y asombra a los paganos. Los primeros, si pueden hacerlo, se arrojan al suelo susurrando atemorizados: « ¡Vamos a morir ahora! Hemos oído la voz del Cielo. ¡Un ángel le ha hablado!», y se dan golpes de pecho esperando la muerte. Los segundos gritan: « ¡Un trueno! ¡Un estruendo! ¡Huyamos! ¡La Tierra ha bramado! ¡Ha temblado!». Pero huir es imposible en medio de ese gentío que aumenta por los que estaban fuera de las murallas del Templo y ahora entran presurosos gritando: « ¡Piedad de nosotros! ¡Corramos! Éste es lugar santo. ¡No se abrirá el monte donde se alza el altar de Dios!». Y, por tanto, la gente -quién obstruido por la multitud, quién paralizado por el espanto- permanece donde estaba.

Los sacerdotes, los escribas, los fariseos, que estaban esparcidos por los vericuetos del Templo, suben a las terrazas, y lo mismo levitas y magistrados del Templo. Agitados, desconcertados. De todos ellos, bajan a donde está la gente sólo Gamaliel y su hijo. Jesús lo ve pasar, todo blanco con su túnica de lino, tan blanca que refulge incluso, bajo este fuerte sol que sobre ella incide.

Jesús, mirando a Gamaliel, pero como hablando para todos, alza la voz diciendo:

-No por mí, sino por vosotros, ha venido esta voz del Cielo.

Gamaliel se detiene, se vuelve, perfora con las miradas de sus ojos profundos y negrísimos -involuntariamente duros como los de las aves rapaces, por la costumbre de ser un maestro venerado como un semidiós-, perfora la mirada zafírea, límpida, dulce y al mismo tiempo majestuosa, de Jesús... que prosigue:

-Ahora el mundo es juzgado, ya el Príncipe de las Tinieblas está para ser expulsado, y Yo, cuando sea alzado, atraeré a todos hacia mí, porque así salvará el Hijo del hombre.

-Hemos aprendido en *los* libros de la Ley que el Cristo vive eternamente. Tú te presentas como el Cristo y dices que debes morir. Dices también que eres el Hijo del hombre y que salvarás siendo elevado. ¿Quién eres, pues?, ¿el Hijo del hombre o el Cristo? ¿Y quién es el Hijo del hombre? - dice la gente, ya más tranquila.

-Soy una única Persona. Abrid *los ojos* a la Luz. Todavía un poco la Luz está con vosotros. Caminad hacia la Verdad mientras tengáis la Luz entre vosotros, para que no os sorprendan las tinieblas. Los que caminan en la oscuridad no saben en dónde acabarán. Mientras tenéis entre vosotros la Luz, creed en Ella, para ser hijos de la Luz - Jesús se calla.

La muchedumbre está perpleja y dividida. Una parte se marcha meneando la cabeza. Una parte observa la actitud de los principales dignatarios: fariseos, jefes de los sacerdotes, escribas... (especialmente observan la actitud de Gamaliel), y según estas actitudes orientan sus reacciones. Otros hacen un gesto de aprobación con la cabeza, inclinándose ante Jesús con clara señal de querer decirle: "¡Creemos! Te honramos por lo que eres". Pero no se atreven a ponerse abiertamente de su parte. Tienen miedo de *los ojos* atentos de los enemigos de Cristo, de los poderosos, que los vigilan desde lo alto de las terrazas que dominan las soberbias galerías que ciñen los patios del Templo.

También Gamaliel -se ha quedado pensativo unos minutos, pareciendo interrogar a los mármoles que pavimentan el suelo, para obtener una respuesta a sus íntimas preguntas- continúa su marcha hacia la salida, no sin antes menear la cabeza y encogerse de hombros, como por desazón o desprecio... y pasa derecho por delante de Jesús sin mirarlo.

Jesús, sin embargo, lo mira con compasión... y alza de nuevo la voz, fuertemente -es como un tañido de bronce-, para superar todo ruido y ser oído por el gran escriba que se marcha desilusionado. Parece hablar para todos, pero es evidente que habla sólo para él.

Dice con voz altísima:

-El que cree en mí no cree, en verdad, en mí, sino en Aquel que me ha enviado, y quien me ve a mí ve al que me ha enviado, que justamente es el Dios de Israel, porque no existe ningún otro Dios aparte de Él.

Por esto digo: si no podéis creer en mí en cuanto hijo de José de David, y que es hijo de María, de la estirpe de David, de la Virgen vista por el Profeta, nacido en Belén, como dicen las profecías, precedido por Juan el Bautista, como también está anunciado desde hace siglos, creed al menos en la Voz de vuestro Dios que os ha hablado desde el Cielo. Creed en mí como Hijo de este Dios de Israel. Porque si no creéis en Aquel que os ha hablado desde el Cielo, no me ofendéis a mí, sino a vuestro Dios, de quien soy Hijo.

¡No queráis permanecer en las tinieblas! Yo he venido -Luz para el mundo- para que el que cree en mí no permanezca en las tinieblas. No queráis crearos remordimientos que no podríais aplacar nunca, una vez vuelto Yo al lugar de donde he venido, y que serían un duro castigo por vuestra obstinación. Yo estoy dispuesto a perdonar mientras estoy con vosotros, mientras no se haya cumplido el juicio, y, por mi parte, tengo el deseo de perdonar. Pero distinto es el pensamiento de mi Padre, porque Yo soy la Misericordia y Él es la Justicia.

En verdad os digo que si uno escucha mis palabras y no las observa Yo no lo juzgo. No he venido al mundo para juzgar, sino para salvar al mundo. Pero aunque Yo no juzgue, en verdad os digo que hay quien os juzga por vuestras acciones. El Padre mío, que me ha enviado, juzga a los que rechazan su Palabra. Sí, el que me desprecia y no reconoce la Palabra de Dios y no recibe la palabra del Verbo, tiene a quien lo juzgue: lo juzgará en el último día la propia Palabra que he anunciado.

De Dios nadie se burla, está escrito. Y el Dios objeto de burla será terrible para aquellos que lo juzgaron loco y mentiroso.

Recordad todos que las palabras que me habéis oído pronunciar son de Dios. Porque no he hablado de cosas mías, sino que el Padre que me ha enviado, Él mismo, me ha prescrito lo que debo decir y de qué debo hablar. Y Yo obedezco su orden porque sé que su precepto es justo. Toda orden de Dios es vida eterna. Yo, vuestro Maestro, os doy el ejemplo de obediencia a todo precepto de Dios. Por tanto, estad seguros de que las cosas que os he dicho y os digo las he dicho y las digo como me ha dicho que os las diga el Padre mío. Y el Padre mío es el Dios de Abraham, Isaac, Jacob; el Dios de Moisés, de los patriarcas, de los profetas, el Dios de Israel, el Dios vuestro.

¡Palabras de luz que caen en las tinieblas que ya van espesándose en los corazones!

Gamaliel, que de nuevo se había detenido, cabizbajo, reanuda su marcha... Otros lo siguen, meneando la cabeza o haciendo risitas... También Jesús se marcha... Pero antes dice a Judas de Keriot:

-Ve a donde tienes que ir - y a los otros:

-Todos tenéis libertad para marcharos, a donde cada uno deba o quiera. Que se queden conmigo los discípulos pastores.

-¡Déjame también a mí quedarme, Señor! - dice Esteban.

-Ven...

Se separan. No sé a dónde va Jesús. Pero sí sé a dónde va Judas de Keriot. Va a la puerta Especiosa o Bella. Sube la serie de escalones que desde el Atrio de los Gentiles lleva al de las mujeres. Cruza éste y sube otros escalones. Da una ojeada al Atrio de los Hebreos y, con ira, golpea con el pie en el suelo al no encontrar a los que está buscando. Vuelve sobre sus pasos. Ve a uno de los guardianes del Templo. Lo llama. Ordena, con su consabida arrogancia:

-Ve donde Eleazar ben Anás. Que venga inmediatamente a la Bella. Lo espera Judas de Simón para cosas graves.

Se apoya en una columna y espera. Poco tiempo. Eleazar, hijo de Anás, Elquías, Simón, Doras, Cornelio, Sadoq, Nahúm y otros acuden en medio de un intenso ondear de vestiduras.

Judas habla en voz baja, pero nerviosa:

-Esta noche! Después de la cena. En el Getsemaní. Venid y prendedlo. Dadme el dinero.

-No. Te lo daremos cuando vengas por nosotros esta noche. ¡No nos fiamos de ti! Queremos tenerte con nosotros. ¡Nunca se sabe! - ríe maliciosamente Elquías. Los otros le hacen coro asintiendo. Judas se pone colorado de enojo, por la insinuación. Jura:

-¡Juro por Yeohveh que digo la verdad!

Sadoq le responde:

-De acuerdo. Pero es mejor hacerlo así. A la hora señalada vienes. Tomas contigo a los encargados de la captura y vas con ellos; no vaya a suceder que los estúpidos guardias arresten a Lázaro, al azar, y creen complicaciones. Tú les indicas con una señal quién es el hombre... ¡Entiéndelo! Es de noche..., habrá poca luz... los guardias estarán cansados, tendrán sueño... ¡Pero si tú guías!... Bueno, eso. ¿Qué pensáis vosotros? El pérfido Sadoq se vuelve a sus compañeros y dice:

-Yo propondría como señal un beso. ¡Un beso! ¡La mejor señal para indicar al amigo traicionado. ¡Ja! ¡Ja!

Todos se ríen: un coro de demonios riéndose maliciosamente.

Judas está furioso. Pero no se echa para atrás en su decisión. Ya no se echa para atrás. Sufre por la burla de que le hacen objeto, no por lo que está para llevar a cabo. Tanto es así que dice:

-Pero recordad que quiero las monedas contadas en la bolsa antes de salir de aquí con los guardias.

-¡Las tendrás! ¡Las tendrás! Te daremos incluso la bolsa, para que puedas conservar esas monedas como reliquia de tu amor. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Adiós, sierpe!

Judas está lívido. Ya está lívido. Ya no perderá ese color y esa expresión de espanto desesperado; es más, esto se irá acentuando con el paso de las horas, hasta hacerse insoportable para la vista cuando penda del árbol... Huye...

Jesús se ha refugiado en el jardín de una casa amiga. Un tranquilo jardín de las primeras casas de Sión, rodeado por altos y antiguos muros. Un jardín cubierto por las frondas ondeantes de viejos árboles; por tanto, silencioso y fresco. Una voz de mujer canta poco lejos una dulce nana.

Deben haber pasado algunas horas, porque los servidores de Lázaro, de regreso después de haber ido no sé a dónde, dicen:

-Tus discípulos están ya en la casa donde se está aparejando para la cena. Juan ha llevado con nosotros los frutos a los hijos de Juana de Cusa y luego se ha marchado a recoger a las mujeres para acompañarlas a casa de José de Alfeo, que no ha venido hasta hoy, cuando ya su madre no esperaba verlo; y luego, desde allí, a la casa de la cena, porque ya cae la tarde.

-Iremos también nosotros. Han llegado las horas de las cenas...

Jesús se levanta y se pone el manto.

-Maestro, afuera hay gente. Son personas de alta condición. Quisieran hablar contigo sin ser vistos por los fariseos - dice un doméstico.

-Diles que pasen. Ester no se opondrá - dice Jesús, y añade, dirigiéndose a una mujer de edad madura que está viniendo a saludarle:

-¿Verdad, mujer?

-No, Maestro. Mi casa es tuya, ya lo sabes. ¡Demasiado poco has hecho uso de ella!

-Lo suficiente como para decir en mi corazón: era una casa amiga. Indica al doméstico:

-Conduce aquí a los que esperan fuera.

Entran unas treinta personas de noble aspecto. Saludan reverentes. Uno habla en nombre de todos:

-Maestro, tus palabras nos han impresionado. Hemos oído en ti la voz de Dios. Pero nos dicen que estamos locos porque creemos en ti. ¿Qué hacer, entonces?

-No en mí cree el que cree en mí, sino que cree en Aquel que me ha enviado, cuya voz santísima hoy habéis oído. No me ve a mí el que me ve, sino que ve al que me ha enviado, porque Yo soy una sola cosa con el Padre mío. Por eso os digo que debéis creer para no ofender a Dios, que es Padre mío y Padre *vuestro,* y que os ama hasta el punto de ofreceros a su Unigénito como holocausto. Porque si hay dudas en los corazones de que Yo sea el Cristo, no las hay de que Dios esté en el Cielo. Y la voz de Dios, al que he llamado Padre hoy en el Templo pidiéndole que glorificara su Nombre, ha respondido al que le llamaba Padre; y ha respondido sin llamarlo "embustero" o "blasfemo", como muchos dicen. Dios ha confirmado quién soy Yo: su Luz. Soy la Luz venida a este mundo. He venido como Luz al mundo para que quien cree en mí no permanezca en las Tinieblas. Si uno escucha mis palabras y luego no las observa, Yo no lo juzgo. No he venido a juzgar al mundo sino a salvarlo. Quien me desprecia y no acoge mis palabras ya tiene quién lo juzgue. La Palabra anunciada por mí será la que lo juzgará en el último día; porque era sabia, perfecta, dulce, simple: como es Dios. *Porque esa Palabra es Dios.* No soy Yo el que ha hablado, Jesús de Nazaret, conocido como el hijo de José carpintero de la estirpe de David, e hijo de María, muchacha hebrea, virgen de la estirpe de David casada con José. No. Yo no he hablado de cosas mías, sino que ha hablado mi Padre, Aquel que está en los Cielos y cuyo nombre es Yeohveh, Aquel que me ha enviado y me ha prescrito lo que debo decir y las cosas de que debo hablar. Y sé que en su precepto hay vida eterna. Las cosas que digo las digo, pues, como me las ha dicho el Padre, y en ellas hay Vida. Por eso os digo: escuchadlas. Ponedlas en práctica y tendréis la Vida. Porque mi palabra es Vida, y quien la acoge acoge, al mismo tiempo que a mí, al Padre de los Cielos que me ha enviado para daros la Vida. Y quien tiene en sí a Dios tiene en sí la Vida. Podéis marcharos. La Paz descienda sobre vosotros y en vosotros permanezca.

Los bendice y los despide. Bendice también a los discípulos. Retiene solamente a Isaac y a Esteban. A los otros los besa y los despide. Y, cuando se marchan, Él sale, el último junto a estos dos discípulos, y va con ellos por las callejuelas más solitarias, ya oscuras, hacia la casa del Cenáculo. Llegado allí, con especial amor, abraza y bendice a Isaac y a Esteban; los besa, los bendice de nuevo, los mira mientras se alejan. Luego llama y entra...

## 559

## La llegada al Cenáculo y el adiós de Jesús a su Madre.

Veo el cenáculo donde ha de celebrarse la cena pascual. Lo veo con claridad. Podría enumerar todas las rugosidades de las paredes y las grietas del suelo. Es una habitación grande, no perfectamente cuadrada, pero también poco rectangular. Habrá, como mucho, una diferencia de un metro o poco más entre el lado más largo y el más corto. El techo es bajo; quizás da esta impresión también por sus amplias dimensiones no proporcionadas con la altura. Es un techo levemente combado; concretamente, los dos lados más cortos no terminan en ángulo recto con el techo, sino en un ángulo rebajado hecho así:

En estos dos lados más cortos hay dos anchas ventanas, anchas y bajas, una enfrente de la otra. No veo a dónde dan; si a un patio o a la calle, porque ahora tienen las contraventanas cerradas. He dicho: contraventanas. No sé si será exacto el término. Son hojas, de tablones, bien cerradas por una barra de hierro que las pasa de una a otra jamba.

El suelo está hecho de grandes losas de terracota, descoloridas por el paso del tiempo, cuadradas.

Del centro del techo cuelga una lámpara de aceite, de varias boquillas.

De las dos paredes más largas, una no tiene ninguna abertura, mientras que la otra tiene una puertecita en un ángulo; se tiene acceso a ésta por una escalerita sin barandilla y de seis peldaños, que terminan en una meseta de un metro cuadrado en la que hay, dentro de la pared, otro escalón, al filo del cual se abre la puerta.

Las paredes están simplemente blanqueadas, sin listas o rayas. En el centro de la habitación, una mesa grande, rectangular, muy larga respecto a su anchura, colocada paralela a la pared más larga, de madera y sencillísima. Contra las paredes largas, lo que serán los asientos; contra las cortas, debajo de las ventanas, en una de ellas, una especie de arquibanco

que tiene encima jofainas y ánforas; bajo la otra ventana, un aparador bajo y largo, sobre cuyo plano superior, por ahora, no hay nada.

Y ésta es la descripción de la habitación donde se celebrará la cena pascual. Todo el día de hoy llevo viéndola claramente; tanto que he podido contar los escalones y observar todos los detalles. Ahora, dado que anochece, mi Jesús me conduce al resto de la contemplación.

Veo que la habitación, por la escalera de los seis peldaños, lleva a un pasillo oscuro que, a la izquierda respecto a mí, se abre a la calle con una puerta ancha, baja y muy robusta, reforzada con bullones y barras de hierro. Frente a la puertecita que del cenáculo lleva al pasillo hay otra puerta, que lleva a otra habitación, menos grande. Yo diría que el cenáculo se ha hecho aprovechando un desnivel del suelo respecto al resto de la casa y de la calle; es como un semisótano, una bodega semienterrada, o limpiada o adaptada, pero, en todo caso, hundida al menos un metro en el suelo, quizás para hacerlo más alto y proporcionado a sus vastas dimensiones.

En la habitación que ahora veo está María con otras mujeres. Reconozco a María Magdalena y a María madre de Santiago, Judas y Simón. Da la impresión de que acaban de llegar, acompañadas por Juan, porque se están quitando los mantos y los están dejando doblados en los taburetes que hay diseminados por la habitación, mientras se despiden del apóstol, que se marcha, y saludan a una mujer y a un hombre, que han venido, a su vez, a saludarlas, y que me parece que son los dueños de la casa, y también discípulos o simpatizantes del Nazareno, porque se manifiestan llenos de solicitud y respetuosa confidencia hacia María, la cual está vestida de color celeste oscuro, un azul de añil oscurísimo. Lleva en la cabeza un velo blanco (que aparece cuando se quita el manto, que le cubría también la cabeza). Su cara se ve muy ajada. Parece envejecida María. Muy triste, a pesar de sonreír con dulzura. Muy pálida. También sus movimientos son cansinos y vacilantes, como los de una persona absorta en un pensamiento suyo.

Por la puerta entreabierta veo que el dueño de la casa va y viene al pasillo y al cenáculo. Enciende éste completamente, prendiendo los restantes mecheros de la lámpara. Luego va a la otra puerta de la calle y la abre. Entra Jesús con los apóstoles. Veo que anochece, porque las sombras de la noche descienden ya sobre la estrecha calle que pasa entre casas altas.

Viene con todos los apóstoles. Saluda al propietario con su habitual: «Paz a esta casa» y luego, mientras los apóstoles bajan al cenáculo, Él entra en la habitación donde está María. Las pías mujeres saludan con profundo respeto y se marchan, cerrando la puerta y dejando así libres a la Madre y al Hijo.

Jesús abraza a su Madre y la besa en la frente. María besa primero la mano de su Hijo y luego lo besa en la mejilla derecha. Jesús invita a su Madre a que se siente -hay dos taburetes, cerca el uno del otro-, y Él se sienta al lado. La ha invitado a sentarse acompañándola de la mano a los taburetes, y sigue agarrándole la mano aun cuando Ella ya se ha sentado.

También Jesús está absorto, pensativo, triste, a pesar de que se esfuerce en sonreír. María estudia ansiosa la expresión de su Hijo. ¡Pobre Mamá, que por la gracia y por el amor comprende qué momento es éste! Contracciones de dolor recorren el rostro de María, sus ojos se dilatan por una interna visión de agudo dolor. Pero no crea un drama. Su porte es majestuoso, como el del Hijo.

Él la saluda, se acoge a sus oraciones, le habla:

-Mamá, he venido para tomar de ti fuerza y consuelo. Soy como un niño pequeño, Mamá, que tiene necesidad del corazón de su madre para su dolor y del pecho de su madre para sacar fuerzas. Soy de nuevo, en estos momentos, tu pequeño Jesús de hace años. No soy el Maestro, Mamá. Soy sólo el Hijo tuyo, como en Nazaret cuando era pequeño, como en Nazaret antes de dejar la vida oculta. A ti sola te tengo. Los hombres, en este momento, no son amigos leales de tu Jesús. No son ni siquiera valientes en el bien. Sólo los malvados saben ser constantes y fuertes en obrar el mal. Pero tú me eres fiel y eres mi fuerza, Mamá, en estos momentos. Sostenme con tu amor y tu oración. De entre los que en mayor o menor grado me aman, eres la única que sabes orar en estos momentos; orar y comprender. Los otros tienen sentimiento de celebración y están absortos en pensamientos celebrativos o en pensamientos delictivos, mientras Yo sufro por muchas cosas. Muchas cosas morirán después de estos momentos; entre ellas, su humanidad; y sabrán ser dignos de mí, todos menos el que se ha perdido (y ninguna fuerza sirve para llevarlo, al menos, al arrepentimiento). Pero, por ahora, son todavía hombres tardos que no sienten mi muerte y exultan creyendo más cercano que nunca mi triunfo. Las aclamaciones de hace pocos días los han puesto ebrios. Mamá, he venido para esta hora y, sobrenaturalmente, con alegría la veo llegar. Pero mi Yo también la teme, porque este cáliz tiene por nombre "traición", "renegamiento", "crueldad", "blasfemia", "abandono". Infúndeme fuerzas, Mamá. De la misma manera que con tu oración atrajiste a ti al Espíritu de Dios y diste por Él al mundo a Aquel al que esperaban las gentes, atrae ahora para tu Hijo la fuerza que le ayude a cumplir la obra para la que ha venido. Mamá, adiós. Bendíceme, Mamá; también por el Padre. Y perdona a todos. Perdonemos juntos, perdonemos desde ahora a quienes nos torturan.

Jesús ha pasado a arrodillarse y habla a los pies de su Madre mientras la mira abrazado a su cintura.

María llora, sin gemidos, levemente alzada la cara por una interna oración a Dios. Las lágrimas ruedan por las mejillas pálidas y caen en su regazo y en la cabeza de Jesús (que la ha apoyado en el corazón de María). Luego Ella pone su mano sobre la cabeza de Jesús como para bendecirlo, luego se inclina, lo besa en el pelo, le acaricia los cabellos, le acaricia los hombros, los brazos, toma su cara entre las manos y la vuelve hacia Ella, la aprieta contra su corazón. Besa una vez más, entre lágrimas, en la frente, en las mejillas, en los ojos dolientes, esa cabeza, acuna esa pobre cabeza cansada; como si fuera un niño; como la vi acunar en la Gruta al recién nacido divino. Pero ahora no canta. Dice solamente: « ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Jesús! ¡Jesús mío!». Pero lo dice con una voz tal, que me desgarra el corazón.

Luego Jesús se alza. Se coloca el manto, se queda en pie frente a su Madre, que sigue llorando, y, a su vez, la bendice. Luego se dirige hacia la puerta. Antes de salir le dice:

-Mamá, vendré una vez más, antes de ofrecer mi Pascua. Ora esperándome.

Y sale.

## La última Cena pascual.

Empieza el sufrimiento del Jueves Santo.

Los apóstoles -son diez- se dedican intensamente a preparar el Cenáculo.

Judas, encaramado encima de la mesa, observa si hay aceite en todas las ampollas de la lámpara, que es grande y parece una corola de fucsia doble. Y es que está formada por una barra -el tallo- rodeada de cinco lámparas en ampollas que asemejan a pétalos; luego tiene una segunda vuelta, más abajo, que es toda una coronita de pequeñas llamas; luego, por último, tiene tres pequeñas lamparitas colgadas de delgadas cadenas y que parecen los pistilos de la flor luminosa. Luego baja de un salto y ayuda a Andrés a colocar la vajilla en la mesa con arte. Sobre ésta se ha extendido un finísimo mantel.

Oigo que Andrés dice:

-¡Qué espléndido lino!

Y Judas Iscariote:

-Uno de los mejores manteles de Lázaro. Marta se ha empeñado en traerlo.

-¿Y estas copas? ¿Y estas jarras, entonces? - observa Tomás, que ha puesto el vino en las preciosas jarras y las mira una y otra vez con ojos de experto, espejándose en sus panzas estilizadas y acariciando sus asas trabajadas con cincel.

-¿Quién sabe lo que costarán, eh? - pregunta Judas Iscariote.

-Está trabajado con martillo. A mi padre le encantarían. La plata y el oro en hojas se pliegan con facilidad cuanto están calientes. Pero tratado así... Para estropearlo basta un momento; es suficiente a un golpe mal dado. Se necesitan fuerza y ligereza al mismo tiempo.

-¿Ves las asas? Sacadas del bloque, no soldadas. Cosas de ricos... Fíjate que toda la limadura y lo desbastado se pierden. No sé si entiendes lo que te digo.

-¡Claro que entiendo! En pocas palabras, es como uno que hace una escultura.

-Exactamente.

Todos observan con admiración. Luego vuelven a su trabajo: quién coloca los asientos, quién prepara los aparadores.

Entran juntos Pedro y Simón.

-¡Oh, por fin habéis venido! ¿A dónde habéis ido otra vez? Habéis llegado con el Maestro y con nosotros y os habéis escapado de nuevo - dice Judas Iscariote.

-Una gestión que había que hacer antes de la hora» responde escuetamente Simón.

-¿Sientes melancolías?

-Creo que con lo que hemos oído durante estos días, y en esos labios que nunca hemos encontrado falaces, hay buenas razones para sentirlas.

-Y con ese tufo de... Bien, cállate, Pedro - masculla Pedro entre dientes.

-¿Tú también?... Me pareces un desquiciado desde hace algunosdías. Tienes cara de conejo agreste cuando siente tras sí al chacal - responde Judas Iscariote.

-Y tú tienes morros de garduña. Tú tampoco estás muy guapo desde hace unos días. Miras de una manera... Hasta se te han torcido los ojos... ¿A quién esperas, o qué esperas ver? Pareces seguro. Quieres parecerlo. Pero se te ve como a uno temeroso de algo - replica Pedro.

-¡En cuanto a miedo!... ¡Tampoco tú eres ningún héroe!

-¡Ninguno lo somos, Judas. Tú llevas el nombre del Macabeo, pero no lo eres. El mío significa: "Dios otorga gracias", pero te juro que tiemblo por dentro como quien se supiera portador de desgracia y, sobre todo, tengo miedo de caer en desgracia ante Dios. Simón de Jonás, a pesar de su nuevo nombre de "piedra", ahora se manifiesta blando como cera en el fuego. Ya no es estable en su voluntad. ¡Y yo nunca lo vi con miedo en medio de desatadas tempestades! Mateo, Bartolmái y Felipe parecen sonámbulos. Mi hermano y Andrés no hacen más que suspirar. Los dos primos, en quienes se une el dolor de la sangre con el del amor al Maestro, pues ya los ves: parecen hombres ya viejos. Tomás ha perdido su jovialidad. Y Simón está tan ajado por el dolor -yo diría: tan corroído, lívido y abatido-, que parece otra vez el leproso consumido de hace tres años - le responde Juan.

-Sí. Nos ha sugestionado a todos con su melancolía - observa Judas Iscariote.

-Mi primo Jesús, el Maestro y Señor mío y vuestro, está y no está melancólico. Si con esta palabra quieres decir que está triste por el exceso de dolor que todo Israel le está dando - y nosotros vemos este dolor- y por el otro, oculto dolor que sólo Él ve, te digo: "Tienes razón"; pero si usas ese término para decir que está desquiciado, eso te lo prohíbo - dice Santiago de Alfeo.

-¿Y no es demencia una idea fija de melancolía? Yo he estudiado también lo profano, y tengo conocimientos. Jesús ha dado demasiado de sí, y ahora tiene la mente cansada.

-Lo cual significa "demente", ¿no es verdad? - pregunta el otro primo, Judas, que está aparentemente calmo.

-¡Justamente eso! ¡Había visto con claridad tu padre, justo de santa memoria, a quien tú tanto te pareces en justicia y sabiduría! Jesús -triste destino de una ilustre casa demasiado vieja y que padece senilidad psíquica- ha tenido siempre una tendencia a esta enfermedad. Suave al principio, luego cada vez más agresiva. Tú mismo has visto cómo ha atacado a fariseos y escribas, saduceos y herodianos. Él se ha hecho imposible la vida, como un camino sembrado de esquirlas de cuarzo. Y se las ha sembrado Él solo. Nosotros... lo hemos amado tanto, que el amor nos ha puesto un velo delante de nuestros ojos. Pero los que

lo amaron sin idolatrarlo: tu padre, tu hermano José, y primero Simón, vieron las cosas con equilibrio... Hubiéramos debido abrir los ojos ante sus palabras. Sin embargo, su dulce hechizo de enfermo nos sedujo. Y ahora... ¡En fin!

-Judas Tadeo, que -de la misma altura de Judas Iscariote- está justo frente a él y parece oírlo con calma, reacciona violentamente. Con un fuerte revés arroja a Judas, supino, a uno de los asientos, y con una cólera contenida en la voz, inclinándose sobre la cara del cobarde que no reacciona -quizás temiendo que Judas Tadeo esté al corriente de su crimen- le dice con voz penetrante:

-¡Esto por la demencia, reptil! Y si no te estrangulo es porque Jesús está allí y es noche de Pascua. ¡Pero piensa, piénsalo bien! Si le ocurre algo malo y ya no está Él para detener mi fuerza, nadie te salva. Es como si ya tuvieras el nudo corredizo en el cuello; y serán estas manos mías honradas y fuertes de artesano galileo y de descendiente del hondero de Goliat, las que te lo hagan. ¡Levántate, enervado libertino! Y atento a lo que haces, ¡eh!

Judas se alza, lívido, sin la más mínima reacción. Y lo que me maravilla es que *ninguno* reacciona ante este gesto nuevo de Judas Tadeo. A1 contrario... está claro que todos lo aprueban.

Vuelve el ambiente a la normalidad y un instante después Jesús entra. Se asoma en el umbral de la pequeña puerta por la que su alto físico apenas pasa. Pone pie en el tan reducido descansillo, y, con su mansa, triste sonrisa, abriendo los brazos, dice:

-La paz sea con vosotros.

Es una voz cansada, como la de uno que estuviera languideciendo en lo físico o en lo moral.

Baja. Acaricia la cabeza rubia de Juan, que ha ido a su encuentro. Sonríe, como si no supiera nada, a su primo Judas, y dice al otro primo:

-Tu madre te ruega que seas dulce con José. Ha preguntado por mí y por ti hace poco a las mujeres. Siento no haberle saludado.

-Lo vas a hacer mañana.

-¿Mañana?... Bueno... tendré tiempo de verlo...

-¡Oh, Pedro, por fin estaremos un poco juntos! Desde ayer me pareces un fuego fatuo: te veo y luego no te veo. Hoy casi puedo decir que te he perdido. Tú también, Simón.

-Nuestro pelo más blanco que negro te puede dar la seguridad de que no nos hemos ausentado por apetito carnal - dice serio Simón.

-Aunque... a todas las edades se pueda tener esa hambre... ¡Los viejos! Son peores que los jóvenes... - dice ofensivo Judas Iscariote.

Simón lo mira. Ya iba a replicar. Pero también lo mira Jesús y dice:

-¿Te duele una muela? Tienes el carrillo derecho hinchado y rojo.

-Sí. Me duele. Pero no tiene mayor importancia.

Los otros no dicen nada y la cosa muere así.

-¿Habéis hecho todo lo que había que hacer? ¿Tú, Mateo? ¿Y tú, Andrés? ¿Y Tú, Judas, has pensado en la ofrenda al Templo?

Tanto los dos primeros como Judas Iscariote dicen:

-Todo hecho, todo lo que dijiste que había que hacer para hoy. No te preocupes.

-Yo he llevado las primicias de Lázaro a Juana de Cusa. Para los niños. Me han dicho: "¡Eran mejores aquellas manzanas!". ¡Aquellas tenían el sabor del hambre! Y eran tus manzanas - dice Juan con rostro sonriente y de ensoñación.

También Jesús sonríe ante un recuerdo...

-Yo he visto a Nicodemo y a José - dice Tomás.

-¿Los has visto? ¿Has hablado con ellos? - pregunta Judas Iscariote con exagerado interés.

-Sí, ¿qué hay de raro en ello? José es un buen cliente de mi padre.

-No lo habías dicho antes... ¡Por eso me he asombrado!...

Judas trata de remediar la impresión que ha dado, una impresión de ansiedad, por el encuentro de José y Nicodemo con Tomás.

-Me resulta extraño que no hayan venido a presentarte su obsequioso saludo. Ni ellos ni Cusa ni Manahén... Ninguno de los...

Pero Judas Iscariote se ríe con una falsa carcajada interrumpiendo a Bartolomé, y dice:

-El cocodrilo vuelve a su madriguera en el momento apropiado.

-¿Qué quieres decir? ¿Qué insinúas? - pregunta Simón con una agresividad como nunca ha tenido.

-¡Calma, calma! ¿Qué os sucede? ¡Es la noche de Pascua! Nunca hemos tenido aparejo tan digno para consumir el cordero. Celebremos, pues, la cena con espíritu de paz. Veo que os he turbado mucho con mis instrucciones de estas últimas noches. Pero, ¿veis? ¡He terminado! Ahora ya no os voy a causar más turbación. No está todo dicho en cuanto a mí se refiere. Sólo lo esencial. El resto... lo comprenderéis después. Se os dirá... ¡Sí, vendrá el que os lo dirá! Juan, ve con Judas y algún otro por las copas para la purificación. Y luego nos sentamos a la mesa.

La dulzura de Jesús verdaderamente parte el corazón.

Juan con Andrés, Judas Tadeo con Santiago, traen una copa grande, echan agua en ella y ofrecen a Jesús la toalla, y también a los compañeros, los cuales hacen luego lo mismo con ellos. Y ponen la copa (en realidad es una palangana de metal) en un rincón.

-Y ahora cada uno a su sitio. Yo aquí, y aquí, a la derecha, Juan; al otro lado, mi fiel Santiago: los dos primeros discípulos. Después de Juan mi Piedra fuerte. Y después de Santiago el que es como el aire, que no se advierte pero siempre está y consuela: Andrés. A su lado mi primo Santiago. ¿No te duele, dulce hermano, el que asigne el primer puesto a los primeros? Eres el sobrino del Justo, cuyo espíritu, más que nunca en esta hora, late en suspendido vuelo sobre mí. ¡Ten paz, padre de mi

debilidad de niño, encina a cuya sombra hallaron alivio la Madre y el Hijo! ¡Ten paz!... Después de Pedro, Simón... Simón, ven un momento aquí. Quiero mirar fijamente tu rostro leal. Después te veré ya sólo mal, porque otros me cubrirán tu honesto rostro. Gracias, Simón. Por todo - y lo besa.

Simón, dejado ya, va a su sitio y, un instante, se lleva las manos a la cara con un gesto de aflicción.

-En frente de Simón mi Bartolmái. Dos honradeces y sabidurías que se reflejan recíprocamente. Están bien juntos. Y, al lado, tú, Judas, hermano mío. Así te veo... y me parece estar en Nazaret... cuando alguna fiesta nos reunía a todos en torno a una mesa... También en Caná... ¿Recuerdas? Estábamos el uno al lado del otro. Una fiesta... una fiesta de boda... el primer milagro... el agua transformada en vino... También hoy una fiesta... y también hoy habrá un milagro... el vino cambiará de naturaleza... y será... - Jesús se sume en su pensamiento. Con la cabeza baja, está como aislado en su mundo secreto. Los demás lo miran sin decir nada.

Alza de nuevo la cabeza y mira fijamente a Judas Iscariote, y le dice:

-Tú estarás frente a mí.

-¿Tanto me quieres? ¿Más que a Simón, que siempre quieres tenerme enfrente?

-Mucho. Tú lo has dicho.

-¿Por qué, Maestro?

-Porque eres el que más ha hecho de todos para esta hora.

Judas mira al Maestro y a sus compañeros con una mirada muy cambiante: al primero con una cierta, irónica compasión; a los otros, con aire de triunfo.

-Y a tu lado, en una parte, Mateo; en la otra, Tomás.

-Entonces Mateo a mi izquierda y Tomás a mi derecha.

-Como quieras, como quieras - dice Mateo - Me basta con tener bien de frente a mi Salvador.

-Por último, Felipe. ¿Veis? El que no está a mi lado en el lado de honor, tiene el honor de estar frente a mí.

Jesús, en pie en su sitio, vierte en la amplia copa que está colocada delante de Él -todos tienen altas copas, pero El tiene una mucho más grande, además de la que tienen todos; debe ser la copa ritual-, vierte el vino. Alza la copa, la ofrece, la pone en la mesa.

Luego todos juntos preguntan con tono de salmo:

-¿Por qué esta ceremonia?

Pregunta formal, de rito, está claro.

A la cual Jesús, como cabeza de familia, responde:

-Este día recuerda nuestra liberación de Egipto. Bendito sea Yeohveh, que ha creado el fruto de la vid.

Bebe un sorbo de este vino ofrecido y pasa el cáliz a los demás. Luego ofrece el pan, lo parte, lo distribuye; luego las hierbas empapadas en la salsa rojiza que hay en cuatro salseras.

Terminada esta parte de la comida cantan salmos, todos en coro. Se lleva a la mesa, desde el aparador, la amplia bandeja del cordero asado, y la ponen delante de Jesús.

Pedro, que desempeña el papel de... primera parte, de coro, si le gusta más, pregunta:

-¿Por qué este cordero, así?

-Como recuerdo de cuando Israel fue salvado por el cordero inmolado. No murió ningún primogénito donde la sangre brillaba en las jambas y el dintel. Y, después, mientras todo Egipto lloraba a los primogénitos varones muertos, desde el palacio del faraón hasta los tugurios, los hebreos, capitaneados por Moisés, se movieron hacia la tierra de la liberación y la promesa. Ceñidas ya sus cinturas, calzados los pies, cayado en mano, fue diligente el pueblo de Abraham para ponerse en marcha cantando los himnos del júbilo.

Todos se ponen en pie y entonan:

-Cuando Israel salió de Egipto y la casa de Jacob de un pueblo bárbaro, Judea vino a ser su santuario» etc., etc. *(en la Neovulgata Salmo 114).*

Ahora Jesús corta el cordero, llena un nuevo cáliz, bebe de él y lo pasa. Luego entonan otro canto:

-Niños, alabad al Señor; bendito sea el Nombre del Eterno, ahora y por los siglos de los siglos. De Oriente a Occidente debe ser alabado» etc. *(Salmo 113).*

Jesús da los trozos de cordero cuidando de que todos queden bien servidos, justamente como haría un padre de familia rodeado de los amados hijos de su corazón. Solemne, un poco triste, mientras dice:

-He deseado ardientemente comer con vosotros esta Pascua. Ha sido para mí el deseo de los deseos, desde que fui -ab aeterno- "el Salvador". Sabía que esta hora precedería a *esa otra.* Mas la alegría de *darme* infundía, anticipadamente, este consuelo a mi padecer... He deseado *ardientemente* comer con vosotros esta Pascua, porque ya nunca comeré del fruto de la vid hasta la llegada del Reino de Dios. Entonces me sentaré nuevamente con los elegidos en el Banquete del Cordero, para el desposorio de los Vivientes con el Viviente. Pero vendrán a él solamente los que hayan sido humildes y limpios de corazón como Yo soy.

-Maestro, hace un momento has dicho que el que no tiene el honor del sitio lo tiene por estar enfrente de ti. ¿Cómo podemos saber, entonces, quién es el primero de entre nosotros? - pregunta Bartolomé.

-Todos y ninguno. Una vez... volvíamos cansados... nauseados por el odio farisaico. Pero no estabais cansados de discutir entre vosotros acerca de quién era el mayor... Un niño vino a mí rápido... un pequeño amigo mío... Y su inocencia endulzó la desazón que Yo tenía por *muchas* cosas (no la última, vuestra humanidad obstinada). ¿Dónde estás ahora, pequeño Benjamín que tuviste aquella sabia respuesta que te vino del Cielo porque -ángel como eras- el Espíritu te hablaba? En aquel momento os dije: "Si uno quiere ser el primero, sea el último y el servidor de todos". Y os puse como ejemplo al sabio niño. Ahora os digo: "Los reyes de las naciones las dominan. Y los pueblos oprimidos, aun odiándolos, los aclaman, y los reyes son llamados

“Benefactores”, “Padres de la Patria”. Mas el odio se anida bajo el falso obsequio". Pero entre vosotros no debe ser así. Que el mayor sea como el menor; el que es cabeza, como uno que sirve. Efectivamente: ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? El que está a la mesa. Yo, sin embargo, os sirvo; y, dentro de poco, os serviré más. Vosotros sois los que habéis estado conmigo en las pruebas. Y Yo dispongo para vosotros un puesto en mi Reino de la misma forma que en Él Yo seré Rey según la voluntad del Padre-, para que comáis y bebáis en mi mesa eterna y estéis sentados en tronos juzgando a las doce tribus de Israel. Habéis permanecido a mi lado en mis pruebas... Esto y no otra cosa es lo que os hace grandes ante los ojos del Padre.

-¿Y los que vendrán después? ¿No tendrán un lugar en el Reino? ¿Sólo nosotros?

-¡Oh, cuántos príncipes habrá en mi Casa! Todos los que hayan sido fieles a Cristo en las pruebas de la vida serán príncipes en mi Reino. Porque los que hayan perseverado hasta el final en el martirio de la existencia serán como vosotros, que conmigo habéis perseverado en mis pruebas. Yo me identifico en mis creyentes. A los predilectos les doy, como enseña, ese Dolor que abrazo por vosotros y por todos los hombres. El que me sea fiel en el Dolor será un bienaventurado mío; como vosotros, mis amados.

-Nosotros hemos perseverado hasta el final.

-¿Tú crees, Pedro? Pues te digo que la hora de la prueba debe llegar todavía. Simón, Simón de Jonás, mira que Satanás ha pedido cribaros como al trigo. He orado por ti, para que tu fe no vacile. Tú, una vez enmendado, confirma a tus hermanos.

-Sé que soy un pecador. Pero te seré fiel hasta la muerte. Este pecado no lo tengo. Nunca lo tendré.

-No seas soberbio, Pedro mío. Esta hora cambiará muchas cosas que antes eran de un modo y ahora serán distintas. ¡Cuántas!... Y esas cosas traen y comportan necesidades nuevas. Vosotros lo sabéis. Siempre os he dicho, incluso cuando íbamos por lugares lejanos recorridos por bandoleros: "No temáis. No nos sucederá nada malo, porque los ángeles del Señor están con nosotros. No os preocupéis de nada". ¿Os acordáis de cuando os decía: "No estéis preocupados por lo que comeréis o por el vestido. El Padre sabe qué necesitamos"? También os decía: "El hombre es mucho más que un pájaro y que una flor que hoy es hierba y mañana heno. Y veis que el Padre cuida también de la flor y del pajarillo. ¿Podréis, entonces, dudar de que cuide de vosotros?". Y os decía: "Dad a quien os pida, a quien os hiera presentadle la otra mejilla". Os decía: "No llevéis ni bolsa ni cayado". Porque he enseñado amor y confianza. Pero ahora... ahora ya no es ese tiempo. Ahora os digo: "¿Os ha faltado alguna vez algo hasta ahora? ¿Alguna vez os han hecho algún daño?".

-Nada, Maestro. Y sólo a ti te lo han hecho.

-Así veis que mi palabra era veraz. Pero ahora los ángeles son, todos, convocados por su Señor. Es hora de demonios... Con las alas de oro, los ángeles del Señor se tapan los ojos, se vendan, y les duele el color de sus alas, porque no es color de amargura y ésta es hora de luto, y de un luto cruel, sacrílego... Esta noche no hay ángeles en la Tierra. Están junto al trono de Dios para cubrir con su canto las blasfemias del mundo deicida y el llanto del Inocente. Y nosotros estamos solos... Yo y vosotros: solos. Los demonios son los dueños de esta hora. Por eso nuestro aspecto ahora y nuestra actitud serán como los de los pobres hombres que recelan y no aman. Ahora el que tenga una bolsa tome consigo también una alforja, el que no tenga espada venda su manto y cómprese una. Porque también se dice de mí en la Escritura, *(Isaías 53, 12)* y debe cumplirse: "Fue contado entre los malhechores". En verdad, todo lo que a mí se refiere toca a su fin.

Simón, que se ha alzado y ha ido al arquibanco donde había dejado su rico manto -y es que esta noche todos visten sus mejores indumentos, y, por tanto, llevan puñales, damasquinados pero muy cortos (más cuchillos que puñales), colgados de los ricos cinturones-, coge dos espadas, dos verdaderas espadas, largas, levemente curvadas, y se las lleva a Jesús:

-Yo y Pedro nos hemos armado esta noche. Tenemos éstas. Pero los demás tienen sólo el puñal corto.

Jesús toma las espadas, las observa, desenvaina una y prueba su tajo contra una uña. Es una extraña visión, y produce una impresión todavía más extraña el ver ese fiero instrumento en las manos de Jesús.

-¿Quién os las ha dado? - pregunta Judas Iscariote mientras Jesús observa y calla. Judas parece muy inquieto...

-¿Quién? Te recuerdo que mi padre era noble y muy poderoso.

-Pero Pedro...

-¿Pero qué? ¿Desde cuándo tengo que dar cuentas de los regalos que quiero hacer a mis amigos?

Jesús alza la cabeza. Antes ha metido el arma en su vaina y ahora devuelve las dos espadas al Zelote.

-Está bien. Son suficientes. Has hecho bien en cogerlas. Pero ahora, antes de beber el tercer cáliz, esperad un momento. Os he dicho que el mayor es como el menor y que Yo estoy como quien sirve en esta mesa y que más os serviré. Hasta ahora os he dado alimentos. Es un servicio en orden al cuerpo. Ahora quiero daros un alimento para el espíritu. No es un plato del rito antiguo; es del nuevo rito. Yo quise bautizarme antes de ser el "Maestro". Para esparcir la Palabra bastaba ese bautismo. Ahora será derramada la Sangre. Vosotros necesitáis otro lavacro, aunque os hayáis purificado (con Juan el Bautista en su momento y hoy también, en el Templo). No es suficiente. Venid para que os purifique. Suspended la comida. Hay algo más importante que la comida que se da al vientre para que se llene, aunque sea alimento santo, como este del rito pascual; y ello es un espíritu puro, en disposición de recibir el don del cielo que ya desciende para hacerse un trono en vosotros y daros la Vida. Dar la Vida a quienes están limpios.

Jesús se levanta -debe también alzarse Juan, para dejar a Jesús salir mejor de su sitio-, va a un arquibanco y se quita la túnica roja; la pone doblada encima del manto, ya doblado, se ciñe a la cintura una toalla grande, luego va a otra palangana, que todavía está vacía y limpia. Echa en ella agua, lleva la palangana al centro de la habitación, junto a la mesa, y la pone encima de un taburete. Los apóstoles lo miran estupefactos.

-¿No me preguntáis que qué hago?

-No lo sabemos. Te digo que ya estamos purificados - responde Pedro.

-Y Yo te repito que eso no importa. Mi purificación le sirve al que ya está purificado para estarlo más.

Se arrodilla. Desata las sandalias a Judas Iscariote y le lava los pies; uno primero, otro después. Es fácil hacerlo, porque los triclinios están hechos de tal manera que los pies quedan hacia la parte externa. Judas está estupefacto. No dice nada. Pero,

cuando Jesús, antes de calzar el pie izquierdo y levantarse, pone el gesto de besarle el pie derecho ya calzado, Judas retrae bruscamente el pie y da un golpe con la suela en la boca divina. Lo hace sin querer. No es un golpe fuerte, pero a mí me causa mucho dolor. Jesús sonríe, y, al apóstol, que le dice: «¿Te he hecho daño? Ha sido sin querer... Perdona», le responde:

-No, amigo. Lo has hecho sin malicia y no *hace daño.*

-Judas lo mira... Es una mirada inquieta, huidiza...

Jesús pasa a Tomás, luego a Felipe... Rodea el lado estrecho de la mesa y va donde su primo Santiago. Lo lava, y lo besa en la frente al levantarse. Pasa a Andrés, que está rojo de vergüenza y hace esfuerzos por no llorar; lo lava, lo acaricia como a un niño. Luego está Santiago de Zebedeo, que no hace sino susurrar: « ¡Oh, Maestro! ¡Maestro! ¡Maestro! ¡Anonadado y sublime Maestro mío!». Juan se ha desatado ya las sandalias y, mientras Jesús está agachado secándole los pies, él se inclina y lo besa en el pelo.

¡Pero, a Pedro!... ¡No es fácil convencerlo para este rito!

-¿Tú lavarme a mí los pies? ¡Ni por asomo! Mientras viva, no te lo permitiré. Yo soy un gusano, Tú eres Dios. Cada uno en su lugar.

-Lo que Yo hago tú no puedes comprenderlo por ahora. Más adelante lo comprenderás. Déjame.

-Todo lo que Tú quieras, Maestro. ¿Quieres cortarme el cuello? Hazlo. Pero no me lavarás los pies.

-¡Oh, mi Simón! ¿No sabes que si no te lavo no tendrás parte en mi Reino? ¡Simón, Simón! Necesitas esta agua para tu alma y para el mucho camino que debes recorrer. ¿No quieres venir conmigo? Si no te lavo, no vienes a mi Reino.

-¡Oh, Señor mío bendito! ¡Pues entonces lávame todo! ¡Los pies, las manos y la cabeza!

-El que, como vosotros, se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque ya está enteramente purificado. Los pies... El hombre con los pies camina sobre cosas sucias. Y ello sería poco, pues ya os dije que lo que ensucia no es lo que entra y sale con el alimento, ni contamina al hombre lo que se pega a los pies por el camino. No. Lo que le contamina es lo que incuba y madura en su corazón y de allí sale y contamina sus acciones y sus miembros. Y los pies del hombre de corazón no limpio se dirigen hacia la crápula, la lujuria, los tratos ilícitos, los delitos... Por tanto, son, de entre los miembros del cuerpo, los que tienen mucha parte que purificar... como también los ojos, y la boca... ¡Oh, hombre!, ¡hombre!, ¡perfecta criatura un día, el primero, y luego tan corrompido por el Seductor! ¡Y no había en ti malicia, oh hombre, ni pecado!... ¿Y ahora? ¡Eres todo malicia y pecado y no hay parte en ti que no peque!

Jesús ha lavado los pies a Pedro. Los besa. Y Pedro llora y toma con sus gruesas manos las dos manos de Jesús, se las pasa por los ojos y las besa luego.

También Simón se ha quitado las sandalias y, sin decir nada, se deja lavar. Pero luego, cuando Jesús está ya para pasar a Bartolomé, Simón se arrodilla, le besa los pies y dice:

-¡Límpiame de la lepra del pecado como me limpiaste de la lepra del cuerpo, para no quedar confundido en la hora del juicio, Salvador mío!

-No temas, Simón. Vendrás a la Ciudad celeste, blanco como nieve alpina.

-¿Y yo, Señor? ¿A tu viejo Bartolmái qué le dices? Me viste a la sombra de la higuera y leíste mi corazón. ¿Ahora qué ves?, ¿dónde me ves? Tranquiliza a este pobre anciano que teme no tener ni fuerza ni tiempo para llegar a como quieres que seamos.

Se le ve muy emocionado a Bartolomé.

-Tampoco temas tú. En aquel momento dije: "He aquí a un verdadero israelita en quien no hay engaño". Ahora digo: "He aquí a un verdadero cristiano digno del Cristo". ¿Que dónde te veo? Sentado en un trono eterno, vestido de púrpura. Yo estaré siempre contigo.

Le toca el turno a Judas Tadeo, el cual, cuando ve a sus pies a Jesús, no sabe contenerse y reclina la cabeza sobre el brazo que tiene apoyado en las mesa y llora.

-No llores, dulce hermano. Te sientes como uno que debiera soportar que le arrancasen un nervio, y te parece que no puedes soportarlo. Pero será un dolor breve. Luego... ¡serás feliz, porque me quieres! Te llamas Judas. Y eres como nuestro gran Judas *(1 Macabeos 3, 1-9)*: como un gigante. Eres el protector. Tus acciones son de león y cachorro de león rugientes. Desanidarás a los impíos, que ante ti retrocederán, y los inicuos sentirán terror. Yo sé las cosas. Sé fuerte. Una eterna unión estrechará y hará perfecto nuestro parentesco, en el Cielo - Lo besa también a él, en la frente, como a su otro primo.

-Yo soy pecador, Maestro. A mí no...

-Eras pecador, Mateo. Ahora eres el Apóstol. Eres una "voz" mía. Te bendigo. ¡Cuánto camino han recorrido estos pies para avanzar sin cesar, hacia Dios!... El alma los incitaba y ellos han abandonado todo camino que no fuera mi camino. Continúa. ¿Sabes dónde termina el sendero? En el seno del Padre mío y tuyo.

Jesús ha terminado. Deja la toalla, se lava en agua limpia las manos, se pone de nuevo la túnica, vuelve a su sitio y, al sentarse, dice:

-Ahora estáis limpios, aunque no todos. Sólo los que han tenido la voluntad de estarlo.

Mira fijamente a Judas de Keriot, que ha hecho como si no hubiera oído, ocupado en explicar a su compañero Mateo cómo su padre se decidió a mandarlo a Jerusalén: palabras inútiles que tienen para Judas -quien, a pesar de su audacia, debe sentirse incómodo- la única finalidad de guardar las apariencias.

Jesús vierte vino por tercera vez en el cáliz común. Bebe. Ofrece de beber. Luego canta, y los otros le siguen en coro: «Amo porque el Señor escucha la voz de mi oración, porque inclina su oído hacia mí. Le invocaré durante toda mi vida. Me rodeaban dolores de muerte» etc. *(Según la numeración de la Neovulgata, se recitan por orden: Salmo 116 (que agrupa el 114 y el 115 de la Vulgata), Salmo 117, Salmo 118 (largo himno), Salmo 119 (el que no termina nunca)*

Un momento de pausa. Luego sigue cantando: «Tuve fe y por eso hablé. Me había humillado profundamente y en medio de mi turbación decía: "Todo hombre es mentiroso"». Mira fijo a Judas.

La voz de mi Jesús, esta noche cansada, recobra fuerza cuando exclama: «Valiosa es ante los ojos de Dios la muerte de los santos» y «Has roto mis cadenas. Te ofreceré un holocausto de alabanza invocando el nombre del Señor» etc. etc. (Salmo 115).

Otra breve pausa en el canto, y luego continúa: «Alabad todas al Señor, naciones, todos los pueblos alabadlo. Porque se ha afianzado en nosotros su misericordia y la verdad del Señor permanece eterna».

Otra breve pausa y luego un largo himno: «Celebrad al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia...».

Judas de Keriot canta tan desentonado, que Tomás dos veces lo conduce al tono con su potente voz de barítono y lo mira fijamente. También los otros lo miran, porque, por lo general está siempre bien entonado, y de su voz, como de todas las otras cosas -lo he podido comprender- se siente orgulloso. ¡Pero esta noche! Ciertas frases le turban, hasta el punto de que le salen gallos, y lo mismo ciertas miradas de Jesús que subrayan las frases. Una de estas frases es: «Es mejor confiar en el Señor que confiar en el hombre». Otra es: «Se me empujó y vacilaba, y estaba para caer. Pero el Señor me sujetó». Otra es: «No moriré, sino que viviré y referiré las obras del Señor». Y, en fin, estas dos que voy a decir, le estrangulan la voz al Traidor en la garganta: «La piedra desechada por las constructores ha venido a ser piedra angular» y « ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!».

Acabado el salmo, mientras Jesús corta y de nuevo pasa trozos de cordero, Mateo pregunta a Judas de Keriot:

-¿Te encuentras mal?

-No. Déjame tranquilo. No te preocupes de mí.

-Mateo se encoge de hombros.

Juan, que ha oído esto, dice:

-Tampoco el Maestro está bien. ¿Qué te sucede, Jesús mío? Tienes la voz quebrada; como la de un enfermo o la de uno que haya llorado mucho - y lo abraza, estando con la cabeza apoyada en el pecho de Jesús.

-Sólo es que ha hablado mucho; y yo, lo único es que he andado mucho y he cogido frío - dice Judas nervioso.

Y Jesús, sin responderle a él, dice a Juan:

-Tú ya me conoces... y sabes qué es lo que me cansa...

E1 cordero está casi terminado.

Jesús, que ha comido poquísimo y ha bebido sólo un sorbo de vino por cada cáliz -sin embargo, como si se sintiera febril, ha bebido mucha agua- continúa hablando:

-Quiero que comprendáis mi gesto de antes. Os he dicho que el primero es como el último, y que os daría un alimento que no es corporal. Os he dado un alimento de humildad. Para vuestro espíritu. Vosotros me llamáis: Maestro y Señor. Decís bien, porque lo soy. Entonces, si Yo os he lavado los pies, también debéis lavároslos vosotros los unos a los otros. Os he dado ejemplo para que hagáis lo mismo que Yo he hecho. En verdad os digo: el siervo no es más que su señor, ni el apóstol más que Aquel que lo ha constituido apóstol. Tratad de comprender estas cosas. Y si, comprendiéndolas, las ponéis por obra, seréis bienaventurados. Pero no seréis todos bienaventurados. Yo os conozco. Sé a quiénes he elegido. No de la misma manera me refiero a todos. Pero digo la verdad. Por otra parte, debe cumplirse lo que en relación a mí fue escrito *(Salmo 41, 10)*: “Aquel que come conmigo el pan ha alzado contra mí su calcañar". Os digo todo antes de que suceda, para que no abriguéis dudas respecto a mí. Cuando todo esté cumplido, creeréis todavía más que Yo soy Yo. El que me recibe a mí recibe al que me ha enviado: al Padre santo que está en los Cielos. Y el que reciba a los que Yo envíe me recibirá a mí mismo. Porque Yo estoy con el Padre y vosotros estáis conmigo... Pero ahora vamos a cumplir el rito.

Vierte de nuevo vino en el cáliz común y, antes de beber de él y de pasarlo para que beban, se levanta, y con Él se levantan todos, y canta otra vez uno de los salmos de antes: «Tuve fe y por eso hablé... » Y luego uno que no termina nunca. ¡Hermoso... pero eterno! Creo identificarlo, por el comienzo y lo largo que es, como el salmo 118. Lo cantan así: un trozo todos juntos; luego, por turnos, uno dice un dístico y los otros, juntos, un trozo; y así hasta el final. ¡Yo creo que al final tienen que sentir sed!

Jesús se sienta. No se recuesta; se queda sentado, como nosotros. Y habla:

-Ahora que el antiguo rito ha sido cumplido, voy a celebrar el nuevo. Os he prometido un milagro de amor. Es la hora de realizarlo. Por esto he deseado esta Pascua. De ahora en adelante, ésta será la hostia inmolada en perpetuo rito de amor. Os he amado durante toda la vida de la Tierra, amigos amados. Os he amado durante toda la eternidad, hijos míos. Y quiero amaros hasta el final. No hay cosa mayor que ésta. Recordadlo. Yo me marcho. Pero permaneceremos siempre unidos mediante el milagro que voy a cumplir ahora.

Jesús toma un pan todavía entero. Lo pone encima del cáliz, que está completamente lleno. Bendice y ofrece ambos, luego parte el pan y toma de él trece trozos. Se los da, uno a uno, a los apóstoles, y dice:

-Tomad y comed. Esto es mi Cuerpo. Haced esto en memoria mía, que me marcho.

Pasa el cáliz y dice:

-Tomad y bebed. Ésta es mi Sangre. Éste es el cáliz del nuevo pacto en la Sangre y por la Sangre mía, que será derramada por vosotros para el perdón de vuestros pecados y para daros la Vida. Haced esto en memoria mía.

Jesús está tristísimo. Toda huella de sonrisa, de luz, de color, lo han abandonado. Su rostro es ya de agonía. Los apóstoles lo miran angustiados.

Jesús se levanta y dice:

-No os mováis. Vuelvo enseguida». Toma el trozo decimotercero de pan y el cáliz y sale del Cenáculo.

-Va donde su Madre - susurra Juan.

Y Judas Tadeo suspira:

-¡Pobre mujer!

Pedro pregunta en voz baja:

-¿Crees que Ella sabe?

-Sabe todo. Siempre lo ha sabido todo.

Hablan todos en voz bajísima, como delante de un muerto.

-Pero, creéis que realmente... - pregunta Tomás, que no quiere creer todavía.

-¿Y lo dudas? Es su hora - responde Santiago de Zebedeo.

-Que Dios nos dé la fuerza de ser fieles - dice el Zelote.

-¡Oh! Yo... - Pedro está para decir algo, pero Juan, que está alerta, dice:

-¡Chss! Está aquí.

Jesús vuelve. Trae en la mano el cáliz vacío. En su fondo, una mínima señal de vino, que, bajo la luz de la lámpara, parece realmente sangre.

Judas Iscariote, que tiene ante sí el cáliz, lo mira como hechizado, y luego desvía la mirada.

Jesús lo observa y se estremece. Juan, estando apoyado en el pecho de Jesús, siente este estremecimiento, y exclama:

-Dilo, ¿no?! Estás temblando...

-No. No tiemblo por fiebre... Todo os lo he dicho y todo os lo he dado. Más no podía daros. Os he dado a mí mismo.

Hace ese dulce gesto suyo de las manos, las cuales, antes unidas, ahora se separan y abren, mientras agacha la cabeza, como queriendo decir: "Perdonad si más no puedo. Así es."

-Os he dicho todo y os he dado todo. Y repito que el nuevo rito se ha cumplido. Haced esto en memoria mía. Os he lavado los pies para enseñaros a ser humildes y puros como el Maestro vuestro. Porque en verdad os digo que los discípulos deben ser como es el Maestro. Recordadlo, recordadlo. Incluso cuando estéis en una posición superior. Ningún discípulo está por encima de su Maestro. De la misma manera que Yo os he lavado, hacedlo entre vosotros. O sea, amaos como hermanos, ayudándoos los unos a los otros, venerándoos recíprocamente, siendo ejemplo los unos para los otros. Y sed puros. Para ser dignos de comer el Pan vivo que ha bajado del Cielo y tener dentro de vosotros, por su virtud, la fuerza de ser mis discípulos en el mundo enemigo que os odiará por causa de mi Nombre. Pero uno de vosotros no es puro. Uno de vosotros me traicionará. Por este motivo estoy intensamente conturbado en el espíritu... La mano del que me traiciona está conmigo en esta mesa. Ni mi amor, ni mi Cuerpo y mi Sangre, ni mi palabra, lo convierten y le hacen arrepentirse. Yo lo perdonaría yendo a la muerte también por él.

Los discípulos se miran aterrorizados, se escrutan, no sin recelos los unos de los otros. Pedro, despertándose todas sus dudas, mira fijamente a Judas Iscariote. Judas Tadeo se pone en pie como impulsado por un resorte, para mirar también a Judas por encima del cuerpo de Mateo.

¡Pero éste se muestra tan seguro! A su vez, clava sus ojos en Mateo, como si sospechara de él. Luego fija su mirada en Jesús. Sonríe y pregunta:

-¿Soy yo, acaso, ése?

Parece el más seguro de su honestidad, y parece que si hace esta pregunta es sólo porque no se interrumpa la conversación.

Jesús repite su gesto y dice:

-Tú lo dices, Judas de Simón. No Yo. Tú lo dices. Yo no te he nombrado. ¿Por qué te acusas? Pregúntale a tu voz interior, a tu conciencia de hombre, a esa conciencia que Dios Padre te ha dado para que vivas como hombre, y mira a ver si te acusa. Tú, antes que ningún otro, lo sabrás. Pero, si ella te tranquiliza, ¿por qué dices palabras que son malditas con sólo decirlas, y piensas en un hecho igualmente maldito con sólo pensarlo, aunque sea por juego?

Jesús habla con calma. Parece sostener la tesis propuesta como lo podría hacer un maestro con sus alumnos. La agitación es fuerte, pero la calma de Jesús la aplaca.

De todas formas, Pedro, que es el que más sospecha de Judas - quizás también Judas Tadeo, pero lo parece menos, porque la desenvoltura de Judas Iscariote lo desarma-, tira de una manga a Juan, y cuando Juan, que se había pegado fuertemente a Jesús al oír hablar de traición, se vuelve, le susurra:

-Pregúntale que quién es.

Juan vuelve a su postura de antes. Lo único es que alza levemente la cabeza, como para besar a Jesús, y entretanto le susurra al oído:

-¿Maestro, quién es?

Y Jesús, con voz bajísima, devolviéndole el beso entre los cabellos:

-Aquel al que dé un pedazo de pan untado.

Toma un pan todavía entero, no el resto del usado para la Eucaristía; separa un buen trozo, lo unta en el jugo que ha dejado el cordero en la bandeja, alarga por encima de la mesa el brazo y dice:

-Toma, Judas. Esto te gusta.

-Gracias, Maestro. Sí que me gusta - y, sin saber lo que es ese bocado, se lo come, mientras Juan, horrorizado, hasta cierra los ojos para no ver la horrenda sonrisa que tiene Judas mientras muerde con sus fuertes dientes el pan acusador.

-Bien. Ahora que te he dado esta satisfacción, márchate - dice Jesús a Judas. - Todo está cumplido, aquí (marca mucho la palabra). Lo que en otro lugar queda por hacer hazlo pronto, Judas de Simón.

-Te obedezco enseguida, Maestro. Luego me reuniré contigo en el Getsemaní. ¿Vas allí, verdad?, ¿como siempre?

-Voy allí... como siempre... sí.

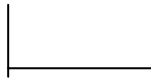
-¿Qué tiene que hacer? - pregunta Pedro - ¿Va solo?

-No soy ningún niño - dice en tono socarrón Judas, que se está poniendo el manto.

-Déjalo que se marche. Yo y él sabemos lo que se debe hacer - dice Jesús.

-Sí, Maestro.

Pedro guarda silencio. Quizás piensa que ha pecado de desconfianza hacia su compañero. Con la mano en la frente, piensa.

Jesús aprieta contra su corazón a Juan y le susurra otra cosa entre sus cabellos:
-No digas nada a Pedro, por ahora. Sería un inútil escándalo.
-Adiós, Maestro. Adiós, amigos - Judas se despide.
-Adiós - dice Jesús.
Y Pedro:
-Adiós, muchacho.
Juan, con la cabeza casi en el regazo de Jesús, susurra:
-¡Satanás!
Sólo Jesús lo oye, y suspira.
Hay unos minutos de absoluto silencio. Jesús está cabizbajo, mientras mecánicamente acaricia los rubios cabellos de Juan.
Luego reacciona. Alza la cabeza, mira alrededor de sí, sonríe (una sonrisa consoladora para los discípulos). Dice:
-Quitamos la mesa. Vamos a sentarnos todos bien juntos, como hijos en torno a su padre.
Toman los triclinios que había detrás de la mesa (los de Jesús, Juan, Santiago, Pedro, Simón, Andrés y el primo Santiago) y los llevan al otro lado.
Jesús toma asiento en el suyo, igual que antes, entre Santiago y Juan. Pero, cuando ve que Andrés va a sentarse en el sitio que ha dejado Judas Iscariote, grita:
-No, ahí no.
Un grito impulsivo que su suma prudencia no logra evitar.
Luego modifica de esta manera:
-No es necesario tanto espacio. Sentados, se puede estar en éstos; son suficientes. Os quiero tener muy cerca.
Ahora, respecto a la mesa, están así:

0 sea, forman una U alargada con Jesús en el centro y, enfrente, la mesa -una mesa ya sin comida- y el sitio de Judas.
Santiago de Zebedeo llama a Pedro:
-Siéntate aquí. Yo me siento en este taburete, a los pies de Jesús.
-¡Que Dios te bendiga, Santiago! ¡Lo estaba deseando! - dice Pedro, y se arrima a su Maestro, que viene a hallarse estrechado entre Juan y Pedro, y tiene a Santiago a los pies.
Jesús sonríe:
-Veo que empiezan a obrar las palabras que he dicho antes. Los buenos hermanos se quieren. Yo también te digo, Santiago: "Que Dios te bendiga". Tampoco este acto tuyo será olvidado por el Eterno, y lo encontrarás allá arriba.
Todo lo que pido lo puedo. Ya lo habéis visto. Ha bastado un solo deseo para que el Padre concediera al Hijo el darse en Alimento al hombre. Con todo lo que ha sucedido ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre, porque el milagro, sólo posible para los amigos de Dios, es testimonio de poder. Cuanto mayor es el milagro, más segura y profunda es esta divina amistad. Éste es un milagro que, por su forma, duración y naturaleza, por su magnitud y los límites a que llega, no admite otro posible mayor. Os digo que es tan poderoso, tan sobrenatural, tan incomprensible para el hombre soberbio, que muy pocos lo entenderán como debe entenderse, y muchos lo negarán. ¿Qué diré, entonces? ¿Condena para ellos? No. Diré: ¡piedad!
Pero, cuanto mayor es el milagro, mayor es la gloria que recibe su autor. Es Dios mismo quien dice: "Sí, este amado mío ha recibido lo que ha querido, y Yo lo he concedido, porque grande es la gracia que posee ante mis ojos". Y aquí dice: "Posee una gracia sin límites, como infinito es el milagro que ha hecho". La gloria que de Dios revierte en el autor del milagro y la gloria que del autor del milagro revierte en el Padre son parejas: porque toda gloria sobrenatural, procediendo de Dios, a su fuente retorna. Y la gloria de Dios, aun siendo ya infinita, crece y crece y resplandece por la gloria de sus santos. Así, digo: de la misma forma que ha sido glorificado por Dios el Hijo del hombre, Dios ha sido glorificado por Este. Yo he glorificado a Dios en mí mismo, a su vez Dios glorificará en sí a su Hijo; muy pronto lo glorificará.
¡Exulta, Tú que vuelves a tu Sede, oh Esencia espiritual de la Segunda Persona! ¡Exulta, Carne que vuelves a subir después de tanto destierro en el fango! Y lo que se te va a dar como morada ciertamente no es el Paraíso de Adán, sino el excelso Paraíso del Padre. Que, si se dijo que sorprendido por un mandato de Dios -dado por boca de un hombre- se detuvo el Sol, *(Josué 10, 12-14)* ¿qué no sucederá en los astros cuando vean el prodigio de la Carne del Hombre subir y sentarse a la derecha del Padre en su Perfección de materia glorificada?
Hijitos míos, ya poco tiempo estaré con vosotros. Luego me buscaréis como los huérfanos buscan al padre o a la madre muertos. Y, llorando, hablando de Él iréis y llamaréis en vano al mudo sepulcro, y luego llamaréis a las puertas azules de los Cielos, con vuestra alma lanzada en suplicante búsqueda de amor, y diréis: "¿Dónde está nuestro Jesús? Queremos tenerlo. Sin Él ya no hay luz en el mundo, ni alegría ni amor. O devolvédnoslo o dejadnos entrar. Queremos estar donde Él". Mas no podéis, por ahora, ir a donde Yo voy. Se lo dije también a los judíos: "Luego me buscaréis, pero a donde voy Yo vosotros no podéis ir". Os lo digo también a vosotros.
Considerad que ni siquiera mi Madre podrá ir a donde Yo voy. Y fijaos que dejé al Padre para ir a Ella y hacerme Jesús en su seno sin mancha. Fijaos que de la Inviolada vine en el éxtasis luminoso de mi Natividad; y de su amor, hecho leche, me nutrí. Yo estoy hecho de pureza y amor porque María me nutrió con su virginidad fecundada por el Amor perfecto que vive en el Cielo. Y fijaos que por Ella crecí, costándole fatigas y lágrimas... Y fijaos que le pido un heroísmo que supera a todos los realizados hasta ahora, respecto al cual los de Judit y Yael son como heroísmos de pobres mujeres en oposición con su rival en la fuente del pueblo. Y fijaos que ninguno la iguala en amor a mí. Pues bien, a pesar de todo, la dejo y voy a donde Ella no irá hasta dentro de mucho tiempo. Para Ella no es el mandato que os doy a vosotros: "Santificaos año tras año, mes tras mes, día tras día, hora tras

hora, para poder venir a mí cuando llegue vuestro momento". En Ella reside toda gracia y santidad. Es la criatura que ha tenido todo y ha dado todo. Nada hay que añadir en Ella, y nada hay que quitar. Es el santísimo testimonio de lo que puede Dios.

Pero para estar seguro de que en vosotros exista la aptitud de venir a mí y de olvidar el dolor del luto de la separación de vuestro Jesús, os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Como Yo os he amado, amaos igualmente los unos a los otros. Por esto se sabrá que sois mis discípulos. Cuando un padre tiene muchos hijos, ¿en qué se sabe que son sus hijos? No tanto por el aspecto físico -porque hay hombres que son en todo semejantes a otro hombre con el que no tienen ninguna relación de sangre, y ni siquiera de nación-, cuanto por el común amor a la familia, a su padre y entre sí. E incluso cuando muere el padre la buena familia no se disgrega, porque la sangre es una, que es la que recibieron genéticamente de su padre y anuda vínculos que ni siquiera la muerte desata, porque más fuerte que la muerte es el amor. Pues bien, si me amáis aun después de que os deje, todos reconocerán que sois hijos míos, y por tanto, discípulos míos, y que, habiendo tenido un único padre, entre vosotros sois hermanos.

Señor Jesús, pero ¿a dónde vas? - pregunta Pedro.

-Voy a donde tú, por ahora, no puedes seguirme. Pero después me seguirás.

-¿Y por qué no ahora? Te he seguido siempre, desde que me dijiste: "Sígueme". He dejado todo sin añoranzas... Marcharte ahora sin tu pobre Simón, dejándome privado de ti, mi Todo, después de que yo he dejado mi poco bien de antes, no es ni razonable ni bonito por tu parte. ¿Vas a la muerte? Bien, pues yo también voy. Iremos juntos al otro mundo. Pero antes te habré defendido. Estoy preparado para dar la vida por ti.

-¿Tú darás tu vida por mí? ¿Ahora? *Ahora,* no. En verdad, en verdad te lo digo: antes de que cante el gallo me negarás tres veces. Estamos todavía en la primera vigilia. Luego vendrá la segunda... y luego la tercera. Antes del galicinio, renegarás de tu Señor tres veces.

-¡Imposible, Maestro! Creo en todo lo que dices, pero no en esto; estoy seguro de mí.

-Ahora, *por ahora* estás seguro; pero es porque ahora me tienes todavía a mí. Tienes contigo a Dios. Dentro de poco el Dios encarnado será prendido y ya no lo tendréis. Y Satanás, después de poneros rémoras -tu propia seguridad es una astucia de Satanás, morralla para ponerte rémoras- os amedrentará. Os insinuará: "Dios no existe. Yo existo". Y, dado que, a pesar de que el espanto os empañe la mente, todavía razonaréis, lo que comprenderéis será que si Satanás es el amo de esa hora, es que ha muerto el Bien y lo que obra es el Mal; que el espíritu ha sido abatido y triunfa lo humano. Entonces os quedaréis como guerreros sin caudillo, perseguidos por el enemigo, y, en medio del desconcierto propio de los vencidos, os doblegaréis ante el vencedor, y, para evitar que os maten, renegaréis del héroe caído.

Pero -os lo ruego-, no se turbe vuestro corazón. Creed en Dios. Creed también en mí. Contra todas las apariencias, creed en mí. Creed en mi misericordia y en la del Padre tanto el que se quede como el que huya; tanto el que calle como el que abra su boca para decir: "No lo conozco". Igualmente, creed en mi perdón. Y creed que, cualesquiera que sean en el futuro vuestras acciones, en el Bien y en mi Doctrina (por tanto, en mi Iglesia), esas acciones os darán un igual lugar en el Cielo.

En la casa del Padre mío hay muchas moradas. Si no fuera así, os lo habría dicho. Porque Yo voy por delante. A preparar un lugar para vosotros. ¿No hacen, acaso, eso los padres buenos, cuando tienen que llevar a sus pequeñuelos a otro lugar? Van por delante, preparan la casa, los enseres, las provisiones. Y luego vuelven y toman consigo a sus más amadas criaturas. Eso hacen, por amor. Para que a sus pequeñuelos no les falte nada, ni se sientan incómodos en el nuevo pueblo. Lo mismo hago Yo, y por el mismo motivo. Me marcho, ahora. Cuando haya preparado para cada uno su puesto en la Jerusalén celestial, volveré y os tomaré conmigo, para que estéis conmigo donde Yo estoy, donde no habrá ya muerte ni lutos ni lágrimas ni gritos ni hambre ni dolor ni tinieblas ni quemazón, sino sólo luz, paz, bienaventuranza y canto.

¡Oh, canto de los Cielos altísimos cuando los doce elegidos estén en los tronos con los doce patriarcas de las tribus de Israel y, encendidos en el fuego del amor espiritual, canten, erguidos frente al mar de la bienaventuranza, el cántico eterno cuyo arpegio será el eterno aleluya del ejército angélico...!

Quiero que donde voy a estar estéis vosotros. Y ya sabéis a dónde voy, y sabéis el camino.

-¡Pero Señor! Nosotros no sabemos nada. No nos dices a dónde vas. ¿Cómo podemos saber el camino que hay que tomar para ir hacia ti y abreviar la espera? - pregunta Tomás.

-Yo soy el Camino, la Verdad, la Vida. Me lo habéis oído decir y explicar repetidas veces. Y, en verdad, algunos que ni siquiera sabían que existía un Dios se han encaminado antes por mi camino y ya os preceden. ¡Oh!, ¿dónde estás, oveja descarriada de Dios traída por mí de nuevo al redil?, ¿dónde estás tú, resucitada de alma?

-¿Quién? ¿De quién hablas? ¿De María de Lázaro? Está allí, con tu Madre. ¿Quieres que venga? ¿O quieres que venga Juana? Estará, sin duda, en su palacio. Pero, si quieres, vamos a llamarla...

-No. No me refiero a ellas... Pienso en aquella que será mostrada sólo en el Cielo... y en Fotinai... Ellas me han encontrado. Y desde entonces no han dejado mi camino. A una le indiqué al Padre como Dios verdadero y al espíritu como levita en esta individual adoración; a la otra, que ni siquiera sabía que tenía un espíritu, le dije: "Mi nombre es Salvador; salvo a quien tiene buena voluntad de salvarse. Yo soy Aquel que busca a los perdidos, que da la Vida, la Verdad y la Pureza. Quien me busca me encuentra". Y ambas han encontrado a Dios... Os bendigo, débiles Evas que habéis venido a ser más fuertes que Judit... Voy a donde estáis... Vosotras me consoláis... ¡Benditas seáis!...

-Muéstranos al Padre, Señor, y seremos como estas mujeres - dice Felipe.

-¡Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, ¿y tú, Felipe, no me has conocido todavía?! El que me ve a mí ve al Padre mío. ¿Cómo es que dices: "Muéstranos al Padre"? ¿No logras creer que Yo estoy en el Padre y Él en mí? Las palabras que os digo no os las digo motu propio, sino que el Padre, que mora en mí, cumple cada una de mis obras. ¿Y no creéis que Yo esté en el Padre y Él en mí? ¿Qué tengo que decir para haceros creer? Pues si no creéis en las palabras creed al menos en las obras.

Yo os digo, y os lo digo con verdad: el que cree en mí hará las obras que Yo hago, y las hará aun mayores, porque voy al Padre. Y todo lo que pidáis al Padre en mi nombre Yo lo haré para que el Padre sea glorificado en su Hijo. Y haré lo que me pidáis

en nombre de mi Nombre. Mi Nombre, en lo que realmente es, es conocido por mí sólo y por el Padre que me ha engendrado y por el Espíritu que de nuestro amor procede. Por ese Nombre todo es posible. El que piensa en mi Nombre con amor me ama, y obtiene; pero no basta amarme, es necesario observar mis mandamientos para tener el verdadero amor.

Son las obras las que dan testimonio de los sentimientos. Y por este amor rogaré al Padre, y Él os dará otro Consolador, que permanezca para siempre con vosotros, Uno en quien Satanás y el mundo no pueden ensañarse, el Espíritu de la Verdad que el mundo no puede recibir ni herir, porque ni lo ve ni lo conoce. Dirigirá contra Él sus escarnios, pero Él es tan excelso que el escarnio no lo podrá herir; mientras que su piedad superará toda medida para aquellos que lo amen, aunque sean pobres y débiles. Vosotros lo conoceréis, porque ya vive *con* vosotros y pronto estará *en* vosotros.

No os dejaré huérfanos. Ya os he dicho que volveré a vosotros. Pero antes de que llegue la hora de venir a recogeros para ir a mi Reino Yo vendré; a vosotros vendré. Dentro de poco el mundo ya no me verá. Pero vosotros me veis y me veréis. Porque Yo vivo y vosotros vivís. Porque Yo viviré y vosotros también viviréis. Ese día conoceréis que estoy en el Padre mío y vosotros en mí y Yo en vosotros. Porque el que acoge mis preceptos y los observa es el que me ama, y el que me ama será amado por el Padre mío y poseerá a Dios porque Dios es caridad y quien ama tiene en sí a Dios. Y Yo lo amaré porque en él veré a Dios, y me manifestaré a él dándome a conocer en los secretos de mi amor, de mi sabiduría, de mi Divinidad encarnada. Serán mis regresos a los hijos del hombre, a quienes amo, aunque sean débiles e incluso enemigos. Pero éstos serán sólo débiles, y yo los fortaleceré. Les diré: "¡Álzate!", diré "¡Sal afuera!", diré: "¡Sígueme!", diré "Escucha", diré "Escribe"... y vosotros estáis entre éstos.

-¿Por qué, Señor, te manifiestas a nosotros y no al mundo? - pregunta Judas Tadeo.

-Porque me amáis y ponéis por obra mis palabras. El que haga esto será amado por el Padre y Nosotros iremos a él y viviremos con él, en él; mientras que el que no me ama no pone por obra mis palabras y actúa según la carne y el mundo. Ahora bien, sabed que lo que os he dicho no son palabras de Jesús Nazareno sino palabras del Padre, porque Yo soy el Verbo del Padre, que me ha enviado. Os he dicho estas cosas hablando así, con vosotros, porque quiero Yo mismo prepararos a la completa posesión de la Verdad y la Sabiduría. Pero todavía no podéis comprender ni recordar. Pero, cuando venga a vosotros el Consolador, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi Nombre, podréis comprender, y os enseñará todo y os recordará todo lo que Yo os he dicho.

Mi paz os dejo, mi paz os doy. Os la doy no como la da el mundo, y ni siquiera como hasta ahora os la he dado: saludo bendito del Bendito a los bendecidos. La paz que ahora os doy es más profunda. En este adiós, os comunico a mí mismo, mi Espíritu de paz, de la misma manera que os he comunicado mi Cuerpo y mi Sangre, para que tengáis en vosotros una fuerza en la inminente batalla. Satanás y el mundo desatan su guerra contra vuestro Jesús. Es su hora. Tened en vosotros la Paz, mi Espíritu que es espíritu de paz, porque Yo soy el Rey de la paz. Tened esta paz para no sentiros demasiado desvalidos. El que sufre con la paz de Dios dentro de sí, sufre, pero ni blasfema ni se desespera.

No lloréis. Habéis oído también que he dicho: "Voy al Padre y luego regresaré". Si me amarais por encima de la carne, os alegraríais, porque voy con el Padre después de este gran destierro... Voy donde Aquel que es mayor que Yo y que me ama. Os lo he dicho ahora, antes de que se cumpla -como también os he revelado todos los sufrimientos del Redentor antes de ir a ellos- para que, cuando todo se cumpla, creáis más en mí. ¡No os turbéis de esa manera! No os descorazonéis. Vuestro corazón necesita equilibrio...

Poco me queda para hablaros... ¡y todavía tengo mucho que decir! Llegado al final de esta evangelización mía, me parece como si no hubiera dicho todavía nada, y que mucho, mucho, mucho quede por hacer. Vuestro estado aumenta esta sensación mía. ¿Qué diré entonces? ¿Que he desempeñado con deficiencias mi función?, ¿o que vosotros sois tan duros de corazón, que para nada ha servido mi obra? ¿Dudaré? No. Me pongo en las manos de Dios, y os pongo a vosotros, mis predilectos, en sus manos. Él dará cumplimiento a la obra de su Verbo. No soy como un padre que muere sin más luz que la humana; Yo espero en Dios. Y aun sintiendo en mí el apremio de daros todos los consejos de que os veo necesitados, y aun sintiendo que el tiempo huye, voy tranquilo a mi destino. Sé que sobre las semillas caídas en vosotros está para descender el rocío, un rocío que las hará germinar a todas ellas; y luego vendrá el sol del Paráclito, y las semillas se transformarán en árboles corpulentos. Muy pronto llegará el príncipe de este mundo, aquel con quien Yo nada tengo que ver; y, si no hubiera sido por la finalidad redentora, ningún poder hubiera tenido en orden a mí. Pero esto sucede para que el mundo sepa que amo al Padre y que lo amo hasta la obediencia de muerte y que por eso hago lo que me ha mandado.

Es la hora de marcharnos. Levantaos. Oíd las últimas palabras. Yo soy la verdadera Vid. El Padre es el Viñador. Al sarmiento que no produce fruto el Padre lo corta y al que produce fruto lo poda para que dé aún más fruto. Vosotros estáis ya purificados por mi palabra. Permaneced en mí -Yo permanezco en vosotros- para mantener esa pureza. El sarmiento separado de la vid no puede producir fruto. Igualmente vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la Vid; vosotros, los sarmientos. El que permanece unido a mí produce abundantes frutos. Pero si uno se separa se seca, y es arrojado al fuego y allí arde. Porque sin la unión conmigo no podéis hacer nada. Permaneced, pues en mí; que mis palabras permanezcan en vosotros; luego pedid lo que queráis y se os concederá. El Padre mío, cuanto más fruto deis y cuanto más discípulos míos seáis, más glorificado será. Como el Padre me ha amado, así os he amado Yo. Permaneced en mi amor, que salva. Amándome, seréis obedientes. La obediencia aumenta el recíproco amor. No digáis que me repito. Conozco vuestra debilidad. Quiero que os salvéis. Os digo estas cosas para que la alegría que os he querido dar esté en vosotros y sea completa. Amaos. ¡Amaos! Éste es mi mandamiento nuevo. Amaos unos a otros más *de lo que cada uno ame a sí mismo.* No hay mayor amor que el del que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos y Yo doy la vida por vosotros. Haced lo que os enseño y mando.

Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor, mientras que vosotros sabéis lo que Yo hago. Todo lo sabéis acerca de mí. Me he manifestado a vosotros, pero no sólo esto, sino que también os he revelado al Padre y al Paráclito y todo lo que he oído a Dios.

No os habéis elegido a vosotros mismos, sino que os he elegido Yo, y os he elegido para que vayáis a los pueblos y deis fruto en vosotros y en los corazones de los evangelizados y vuestro fruto permanezca, y el Padre os dé todo lo que en mi Nombre le pidáis.

No digáis: "Y entonces, si nos has elegido, ¿por qué has elegido a un traidor? Si lo sabes todo, ¿por qué has hecho esto?". No os preguntéis ni siquiera quién es ése. No es un hombre. Es Satanás. Se lo dije al amigo fiel y lo he dejado decir al hijo predilecto. Es Satanás. Si Satanás no se hubiera encarnado -el eterno, torpe remedador de Dios, en una carne mortal-, este poseído no hubiera podido quedar al margen de mi poder de Jesús. He dicho: "poseído". No. Es mucho más: es uno que está anulado en Satanás».

-¿Por qué, Tú que has expulsado los demonios, no lo has liberado? - pregunta Santiago de Alfeo.

-¿Lo preguntas por amor a ti, temiendo ser él? No temas eso.

-¿Yo, entonces?

-¿Yo?

-¿Yo?

-Callad. No digo ese nombre. Uso misericordia. Haced vosotros lo mismo.

-¿Pero por qué no lo has vencido? ¿No podías?

-Podía. Pero para impedir a Satanás encarnarse para matarme habría debido exterminar a la raza humana antes de la Redención. ¿Qué habría redimido, entonces?

-¡Dímelo, Señor, dímelo!

Pedro ha caído de rodillas ante Jesús y lo zarandea frenéticamente, como si el delirio se hubiera apoderado de él.

-¿Soy yo? ¿Soy yo? ¿Me examino? No me parece serlo. Pero Tú... has dicho que te negaré... Y tiemblo... ¡Qué horror ser yo!...

-No, Simón de Jonás, tú no.

-¿Por qué me has quitado mi nombre de "Piedra"? ¿Entonces soy de nuevo Simón? ¿Lo ves? ¡Lo estás diciendo! ... ¡Soy yo! ¿Cómo he podido llegar a esto? Decidlo... decidlo vosotros... ¿Cuándo me he hecho traidor?... ¿Simón?... ¿Juan?... ¡Hablad!...

-¡Pedro! ¡Pedro! ¡Pedro! Te llamo Simón porque pienso en el primer encuentro, cuando eras Simón. Y pienso en cómo has sido leal desde el primer momento. No eres tú. Lo digo Yo: Verdad.

-¿Quién, entonces?

-¡Pues Judas de Keriot! ¿No lo has entendido todavía? - grita Judas Tadeo, que ya no es capaz de seguir conteniéndose.

-¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿Por qué? - grita también Pedro.

-Silencio. Es Satanás. No tiene otro nombre. ¿A dónde vas, Pedro?

-A buscarlo.

-Deja inmediatamente ese manto y esa arma. ¿O es que tengo que expulsarte y maldecirte?

-¡No, no! ¡Oh, Señor mío! Pero yo... pero yo... ¿estaré enfermo de delirio? ¡Oh! ¡Oh!

Pedro llora arrojado al suelo a los pies de Jesús.

-Os doy el mandamiento de que os améis. Y que *perdonéis* ¿Habéis comprendido? Aunque en el mundo haya odio, en vosotros haya sólo amor. Hacia todos. ¡Cuántos traidores encontraréis en vuestro camino! Pero no debéis odiarlos y devolverles mal por mal. Si eso hiciereis, el Padre os aborrecerá a vosotros. Antes de vosotros, fui odiado y traicionado Yo. Y ya veis que Yo no odio. El mundo no puede amar lo que no es como él. Por tanto, no os amará. Si fuerais suyos, os amaría; pero no sois del mundo, pues que Yo os he tomado de entre el mundo. Y por esto sois odiados.

Os he dicho: el siervo no es más que su señor. Si me han perseguido a mí os perseguirán también a vosotros. Si me han escuchado a mí os escucharán también a vosotros. Pero todo lo harán por causa de mi Nombre, porque no conocen, *no quieren* conocer al que me ha enviado. Si no hubiera venido y no hubiera hablado, no serían culpables, pero ahora su pecado no tiene disculpa. Han visto mis obras, oído mis palabras, y, no obstante, me han odiado, y conmigo a mi Padre. Porque Yo y el Padre somos una sola Unidad con el Amor. Pero estaba escrito *(Salmos 35, 19; 69, 5)*: "Me odiaste sin motivo". Mas cuando venga el Consolador, el Espíritu de verdad que del Padre procede, dará testimonio de mí, y también vosotros lo daréis, porque desde el principio estuvisteis conmigo.

Os digo esto para que cuando sea la hora no quedéis abatidos y escandalizados. Pronto llegará el momento en que os echen de las sinagogas y en que el que os mate pensará que con ello está dando culto a Dios. No han conocido al Padre y tampoco a mí. En esto está su atenuante. Estas cosas no os las he dicho con tanta amplitud antes de ahora porque erais como niños recién nacidos. Pero ahora la madre os deja. Yo me marcho. Deberéis habituaros a otro alimento. Quiero que lo conozcáis.

Ya ninguno me pregunta: "¿A dónde vas?". La tristeza os hace mudos. Y, no obstante, es bueno también para vosotros que me marche; si no, no vendrá el Consolador. Yo os lo enviaré. Y, cuando venga, a través de la sabiduría y la palabra, las obras y el heroísmo que infundirá en vosotros, convencerá al mundo de su pecado deicida, y de justicia en orden a mi santidad. Y el mundo será netamente dividido en réprobos, enemigos de Dios, y creyentes. Éstos serán más o menos santos, según su voluntad. Pero se llevará a cabo el juicio del príncipe del mundo y de sus siervos. Más no puedo deciros, porque todavía no podéis entender. Pero Él, el divino Paráclito, os dará la Verdad entera porque no hablará de sí mismo, sino que dirá todo lo que ha oído de la Mente de Dios y os anunciará el futuro. Tomará lo que de mí viene -o sea, aquello que igualmente es del Padre- y os lo dirá.

Todavía un poco nos veremos. Luego ya no me veréis. Después todavía un poco, y me veréis de nuevo.

Hacéis comentarios entre vosotros y en vuestro corazón. Escuchad una parábola. La última de vuestro Maestro.

Cuando una mujer ha concebido y le llega la hora del parto, se encuentra muy afligida porque sufre y gime. Pero, cuando da a luz a su hijito y lo estrecha contra su corazón, cesa toda pena y la tristeza se transforma en alegría porque un hombre ha venido al mundo.

Lo mismo vosotros. Lloraréis y el mundo reirá a costa de vosotros. Pero luego vuestra tristeza se transformará en alegría, una alegría que el mundo nunca conocerá. Vosotros ahora estáis tristes. Pero cuando volváis a verme vuestro corazón se llenará de un gozo que ninguno podrá arrebataros, una alegría tan plena, que acallará toda necesidad de pedir, tanto para la mente como para el corazón como para la carne. Sólo os alimentaréis de verme de nuevo, y olvidaréis todas las demás cosas. Y, precisamente desde ese momento, podréis pedir todo en mi Nombre, y el Padre os lo dará, para que vuestra alegría sea cada vez mayor. Pedid, pedid, y recibiréis.

Llega la hora en que podré hablaros abiertamente del Padre. Ello será porque habréis sido fieles en la prueba y todo habrá quedado superado; perfecto, pues, vuestro amor, porque os habrá dado fuerza en la prueba. Y lo que os falte a vosotros Yo os lo añadiré tomándolo de mi inmenso tesoro, y diré: "Padre, Tú lo ves: me han amado y han creído que he venido de ti". Bajé a este mundo y ahora lo dejo y voy al Padre, y rogaré por vosotros.

-¡Oh, ahora te explicas! Ahora sabemos lo que quieres decir y que Tú sabes todo y respondes sin que nadie te pregunte. ¡Verdaderamente vienes de Dios!

-¿Ahora creéis? ¿En el último momento? ¡Llevo tres años hablándoos! Pero es que ya obra en vosotros el Pan que es Dios y el Vino que es Sangre no venida de hombre, y os comunican el primer estremecimiento de deificación. Seréis dioses si perseveráis en mi amor y en la pertenencia a mí. No como se lo dijo Satanás a Adán y Eva, sino como Yo os lo digo. Es el verdadero fruto del árbol del Bien y de la Vida. El Mal queda vencido en quien se alimente con este fruto, y queda vencida la Muerte. El que coma de él vivirá eternamente y será "dios" en el Reino de Dios. Vosotros seréis dioses si permanecéis en mí. Y, no obstante..., pues, a pesar de tener en vosotros este Pan y esta Sangre -pues está llegando la hora en que os desperdigaréis-, os marcharéis por vuestra cuenta y me dejaréis solo... Pero no estoy solo. Tengo al Padre conmigo. ¡Padre! ¡Padre! ¡No me abandones! Todo os lo he dicho... Para daros paz. Mi paz. Todavía sufriréis opresión. Pero tened fe. Yo he vencido al mundo.

Jesús se levanta, abre los brazos en cruz y dice, luminoso su rostro, la sublime oración al Padre. Juan la reseña integralmente. *(Juan 17)*

Los apóstoles lloran más o menos visible y ruidosamente. Por último, cantan un himno.

Jesús los bendice. Luego ordena:

-Vamos a ponernos los mantos, ahora. Y vámonos. Andrés, di al dueño de la casa que deje todo así, por deseo mío. Mañana... os agradará volver a ver este lugar. Jesús lo mira. Parece bendecir las paredes, los muebles, todo. Luego se pone el manto y se encamina, seguido de los discípulos.

A su lado, Juan, en quien se apoya.

-¿No saludas a tu Madre? - le pregunta el hijo de Zebedeo.

-No. Todo está ya hecho. Es más, caminad cautelosos.

Simón, que ha encendido un cirio del candelabro, ilumina el vasto pasillo que conduce a la puerta. Pedro abre cautelosamente la puerta de fuera y salen todos a la calle; luego, accionando un mecanismo, cierran desde fuera. Y se ponen en camino.

Dice Jesús (a María Valtorta):

-Del episodio de la Cena, aparte de la consideración de la caridad de un Dios que se hace Alimento para los hombres, resaltan cuatro enseñanzas principales.

*Primera:* la necesidad para todos los hijos de Dios de obedecer a la Ley.

La Ley decía que por Pascua se debía comer el cordero según el ritual que había dado el Altísimo a Moisés; y Yo, Hijo verdadero del Dios verdadero, no me consideré, por mi condición divina, exento de la Ley. Estaba en la Tierra: Hombre entre los hombres y Maestro de los hombres. Tenía, por tanto, que cumplir, respecto a Dios, mi deber de hombre *como los demás y mejor que los demás.* Los favores divinos no eximen de la obediencia y del esfuerzo en orden a una santidad cada vez mayor. Si comparáis la santidad más excelsa con la perfección divina, la encontráis siempre llena de imperfecciones, y, por tanto, obligada a esforzarse a sí misma para eliminarlas y alcanzar un grado de perfección semejante lo más posible al de Dios.

*Segunda:* el poder de la oración de María.

Yo era Dios hecho Carne. Una Carne que por ser sin mancha poseía la fuerza espiritual para dominar la carne. Y, no obstante, no rehúso -antes al contrario: invoco- la ayuda de la Llena de Gracia, la cual también en esos momentos de expiación encontraría, es verdad, sobre su cabeza, cerrado el Cielo, pero no tanto como para no lograr -siendo Ella Reina de los ángeles-arrebatar al Cielo un ángel para el consuelo de su Hijo. ¡Oh, no para ella, pobre Mamá! También Ella saboreó la amargura del abandono del Padre. Pero, por este dolor suyo ofrecido a la Redención, me obtuvo el poder superar la angustia del Huerto de los Olivos y el poder llevar a cumplimiento la Pasión en todo su multiforme rigor (cada uno de cuyos aspectos estaba orientado a lavar una forma y un medio de pecado).

*Tercera:* el dominio de uno mismo y la suportación de la ofensa, -el acto de caridad más sublime de todos- pueden poseerlo únicamente aquellos que hacen vida de su vida la ley de caridad, que Yo había proclamado; y no sólo proclamado, sino realmente practicado.

No os podéis hacer una idea lo que fue para mí el tener a mi lado, a la mesa, a mi Traidor; el deber darme a él; el tener que humillarme ante él; el tener que compartir con él el cáliz del rito y poner los labios donde él los había puesto y ofrecer a mi Madre que los pusiera. Vuestros médicos han discutido y discuten sobre mi rápido fin, y lo atribuyen a un daño cardiaco debido a los golpes de la flagelación. Sí, también debido a estos golpes se debilitó mi corazón, pero ya había enfermado en la Cena, quebrantado, quebrantado en el esfuerzo de tener que sufrir a mi lado a mi Traidor. Empecé a morir físicamente entonces. El resto no fue sino un aumento de la agonía ya existente.

Todo lo que pude hacer lo hice, porque era uno con la Caridad. Incluso en el momento en que Dios-Caridad se retiraba de mí supe ser caridad, porque había vivido de caridad en mis treinta y tres años. No se puede llegar a una perfección como se

requiere para perdonar y soportar a nuestro ofensor si no se tiene el hábito de la caridad. Yo lo tenía y pude perdonar y soportar a esta obra singular de Ofensor que fue Judas.

*Cuarta:* el Sacramento obra más cuanto más digno es uno de recibirlo; cuanto más se ha hecho digno de él uno con una constante voluntad que quebranta la carne y hace señor al espíritu, venciendo las concupiscencias, doblegando el ser a las virtudes, tendiendo el ser, cual arco, hacia la perfección de las virtudes, sobre todo, de la caridad.

Porque cuando uno ama tiende a alegrar a aquel a quien ama. Juan, que era puro y era el que más me quería, recibió del Sacramento el máximo de la transformación. Empezó desde ese momento a ser esa águila al que le resultaba familiar y fácil la altura en el Cielo de Dios, fácil fijar su mirada en el Sol eterno. Pero, ¡ay de aquel que recibe el Sacramento sin haberse hecho digno de él, sino que, al contrario, haya aumentado su siempre humana indignidad con las culpas mortales! Entonces el Sacramento pasa de ser germen de preservación y vida, a serlo de corrupción y muerte. Muerte del espíritu y putrefacción de la carne, por lo cual ésta "revienta", como dice Pedro *(Hechos 1, 18)* de la de Judas. No vierte la sangre, líquido siempre vital y hermoso en su púrpura, sino que esparce sus vísceras, negras de toda su libídine, podredumbre que se esparce fuera de la carne corrompida, como de la carroña de un animal inmundo, objeto de repulsa para los que pasan.

La muerte del profanador del Sacramento es siempre la muerte de un desesperado, y, por tanto, no conoce el plácido tránsito propio de quien está en gracia, ni el heroico tránsito de la víctima que sufre agudamente con la mirada fija en el Cielo y el alma segura de la paz. La muerte del desesperado es atroz en contorsiones y terror, es convulsión horrenda del alma ya aferrada por la mano de Satanás, que la estrangula para descuajarla de la carne, y que la ahoga con su nauseabundo hálito.

Ésta es la diferencia entre el que pasa a la otra vida habiéndose nutrido en ésta de caridad, fe, esperanza, y de todas las otras virtudes y de toda doctrina celeste, y del Pan angélico que le acompaña con sus frutos -y mejor si es con su presencia real- en el extremo viaje, y el que muere después de una vida bestial con muerte bestial no confortada ni por la Gracia ni por el Sacramento: lo primero es el sereno fin del santo al que la muerte le abre el Reino eterno; lo segundo es la espantosa caída del condenado que siente que se hunde en la muerte eterna y conoce en un instante aquello que ha querido perder, sin poder ya reparar. Para uno, ganancia; para el otro, ser despejado. Para uno, alegría; para el otro, terror.

Esto es lo que os dais, según que creáis en mi don y lo améis, o que no creáis en él y lo despreciéis. Y ésta es la enseñanza de esta contemplación.

## Contents

# Pasión y Muerte de Jesús

## 601
## Introducción.

Dice Jesús:

-Y ahora ven *(a María Valtorta)*. Aunque estés esta noche como uno próximo a expirar, ven, que quiero guiarte hacía mis sufrimientos. Largo será el camino que tendremos que recorrer juntos, porque no se me eximió de ningún dolor. De ningún dolor de la carne, de ninguno de la mente, de ninguno del corazón, de ninguno del espíritu. Todos los experimenté, con todos me alimenté, todos fueron bebida para mi sed, hasta morir por causa de ellos.

Si apoyaras en mi labio tu boca, sentirías en él todavía la amargura de tanto dolor. Si pudieras ver mi Humanidad en su aspecto fúlgido de ahora, verías que ese fulgor emana de las innumerables heridas que cubrieron con una túnica de púrpura viva mis miembros lacerados, desangrados, maltratados, traspasados por amor a vosotros.

Ahora es fúlgida mí Humanidad. Pero hubo un día en que, de tanto como la maltrataron y humillaron, asemejó a la de un leproso. El Hombre-Díos, que tenía en sí la perfección de la belleza física porque era Hijo de Dios y de la Mujer sin mancha, apareció entonces, ante los ojos de quien lo miraba con amor, con curiosidad o mirada despreciadora, feo: un "gusano" como dice David, el oprobio de los hombres, el desecho de la plebe. *(Salmo 22, 7. Siguen citas de: Isaías 53, 4-5; Cantar de los Cantares 2, 10-12)*

El amor al Padre y a las criaturas de mi Padre me llevó a abandonar mi cuerpo a los que me golpeaban, a ofrecer mi rostro a los que me abofeteaban y escupían, a los que creían hacer una obra meritoria arrancándome los mechones de cabello y la barba, hincando en mi cabeza espinas, haciendo cómplices incluso a la tierra y a sus frutos de los tormentos que ellos infligían a su propio Salvador, dislocándome los miembros, descubriendo mis huesos, arrancándome las vestiduras y dando así a mi pureza la mayor de las torturas, clavándome en un madero y levantándome como el matarife cuelga de los ganchos a un cordero degollado, y ladrando alrededor de mí agonía como una manada de lobos famélicos, cuya ferocidad aumenta con el olor de la sangre.

Acusado, condenado, matado. Traicionado, negado, vendido. Abandonado incluso por Dios, al estar sobre mí los delitos con que Yo me había cargado. En un estado de pobreza mayor que el de un mendigo asaltado por bandoleros, porque no me dejaron ni siquiera el vestido para cubrir mi lívida desnudez de mártir. No eximido, ni siquiera después de la muerte, de la agresión de una herida ni de las calumnias de los enemigos. Sumergido en el fango de todos vuestros pecados, hundido hasta el fondo de las tinieblas del dolor, sin luz del Cielo que respondiera a mi mirada agonizante, ni voz divina que respondiera a mi extrema invocación.

Isaías expresa la razón de tanto dolor: "Verdaderamente Él ha tomado sobre sí nuestros males y ha llevado nuestros dolores". *¡Nuestros dolores! ¡Sí,* por vosotros los he llevado! Para aliviar los vuestros, para mitigarlos, para anularlos, *si me hubierais sido fieles. Pero no habéis querido serlo.* ¿Y qué he recibido a cambio? Me habéis "mirado como a un leproso, como a uno castigado por Dios". Sí, sobre mí estaba la lepra de vuestros pecados infinitos; sobre mí estaba, como un vestido de penitencia, como un cilicio. ¿Y cómo no habéis visto transparentarse a Dios con su infinita caridad a través de esa vestidura que echó sobre su santidad por vosotros!

"Llagado por nuestras iniquidades, traspasado por nuestros desmanes" dice Isaías, que con sus ojos proféticos veía al Hijo del hombre transformado todo en una equimosis para sanar las de los hombres. ¡Ah, si sólo hubieran sido heridas infligidas en mi carne! No.

Lo que más heristeis fue mi sentimiento y mi espíritu. De uno y de otro habéis hecho objeto de burla y blanco de agresión. Me heristeis, a través de Judas, en la amistad que había depositado en vosotros; a través de Pedro, que niega, en la fidelidad que de vosotros esperaba; a través de los que -después de haberlos curado de tantas enfermedades- me gritaban "¡Muere!", me heristeis en lo relativo a la gratitud por mis beneficios; me heristeis en el amor, por la congoja infligida a mi Madre; en orden a la religión, declarándome blasfemo contra Dios (a mí que por el celo de la causa de Dios me había puesto en las manos del hombre encarnándome y padeciendo durante toda la vida y abandonándome a la crueldad humana sin emitir ni palabra ni quejido).

*Habría bastado que Yo hubiera vuelto la mirada, para que mis acusadores, jueces y verdugos hubiesen quedado reducidos a cenizas.* Pero había venido voluntariamente para cumplir el sacrificio; y, como un cordero, porque era el Cordero de Dios y lo soy eternamente, me dejé llevar para ser despojado y matado y para hacer de mi Carne vuestra Vida.

Cuando fui elevado ya estaba consumido por padecimientos sin nombre, *con todos los nombres.* Empecé a morir en Belén, al ver la luz de la Tierra, tan angustiosamente distinta para mí, que era el Viviente del Cielo. Seguí muriendo en la pobreza, en el destierro, en la huida, en el trabajo, en la incomprensión, en la fatiga, en la traición, en los sentimientos arrancados, en las torturas, en las mentiras, en las blasfemias. ¡Esto es lo que dio el hombre a Aquel que venía a unirlo de nuevo con Dios!

María, mira a tu Salvador. No lleva una vestidura blanca ni sus cabellos son rubios, no tiene esa mirada de zafiro que tú conoces: su túnica está roja de sangre, lacerada y cubierta de porquerías y esputos; su cara, tumefacta y desencajada; su mirada, velada por la sangre y el llanto, y te mira a través de la costra de sangre y llanto y polvo que cargan sus párpados. ¿Mis manos? Ya ves, son ya una entera llaga y esperan la llaga última.

Mira, pequeño Juan, *(así llamaba Jesús a María Valtorta)* como me miró tu hermano Juan. Tras mis pasos van quedando huellas de sangre. El sudor diluye la sangre que fluye de las heridas de los azotes y la que todavía queda de la agonía del Huerto. La palabra sale -en el jadeo de la fatiga de un corazón ya moribundo por toda suerte de torturas- de esos labios abrasados y contusos.

De ahora en adelante, frecuentemente, me verás así. Soy el Rey del Dolor y vendré a hablarte del dolor mío con mi vestidura regia. Sígueme a pesar de tu agonía. Soy el Compasivo, y sabré también poner delante de tus labios amargados por mi dolor la miel aromática de más serenas contemplaciones. Pero debes preferir estas de sangre, porque por ellas tú tienes la Vida y con ellas llevarás a otros a la Vida. Besa mi mano ensangrentada y estáte vigilante, meditando en mí como Redentor.

Veo a Jesús como Él se describe. Esta noche, desde las siete (ya es la una y cuarto del día once) me hallo verdaderamente en agonía.

Me dice Jesús esta mañana, 11 de febrero, a las siete y media: «Ayer por la noche he querido hablarte sólo de mí como Cristo penante, porque he comenzado la descripción y visión de mis dolores. Ayer por la noche ha sido la introducción. ¡Y estabas tan agotada, amiga mía! Pero antes de que vuelva la agonía debo reprocharte dulcemente algo.

Ayer por la mañana te comportaste egoístamente. Le dijiste al Padre *(al Padre Migliorini)*: "Esperemos que yo continúe, porque mi fatiga es la mayor". No. La suya es la mayor, porque es fatigosa y no tiene la compensación de la beatitud que significa el ver y tener a Jesús, presente como lo tienes tú, incluso con su santa Humanidad. No seas nunca egoísta, ni siquiera en las cosas más pequeñas. Una discípula, un pequeño Juan, debe ser humildísimo y amantísimo como su Jesús.

Y ahora ven a estar conmigo. "Han aparecido las flores... el tiempo de la poda ha llegado... se ha oído en el campo la voz de la tortolita...". Y son las flores nacidas en las pozas de la Sangre de tu Cristo. Y Aquel que será cortado como rama podada es el Redentor. Y la voz de la tórtola, que llama a su esposa a su banquete de boda dolorosa y santa, es mi voz que te quiere.

Álzate y ven, como dice la Misa de hoy. Ven a contemplar y a sufrir. Es el don que concedo a los predilectos.

## 602

## Hacia el Getsemaní con once apóstoles. La agonía y el prendimiento.

La calle está llena de silencio. Sólo una fuentecilla que vierte su agua en una pila de piedra pone un sonido en medio de tanto silencio. En las paredes de las casas, en el lado oriental, todavía hay oscuridad, mientras que en el otro lado la Luna empieza a blanquear la cima de las casas y, donde la calle se ensancha formando una placita, el lácteo color de plata de la Luna desciende a embellecer también los cantos y la tierra de la calle. Pero debajo de los frecuentes arcos que van de casa a casa, semejantes a puentes levadizos o a puntales de estas viejas casas de escasísimas aperturas hacia la calle, y que a esta hora están del todo cerradas y oscuras como si fueran casas abandonadas, hay oscuridad perfecta, y el color rojizo de la antorcha que lleva Simón adquiere una vivacidad singular y una utilidad aún mayor. Los rostros, con esa luz roja y móvil, muestran un relieve neto, y cada uno de ellos revela un estado de ánimo distinto.

El más solemne y tranquilo es el de Jesús, aunque el cansancio lo avejente marcándolo con líneas que normalmente no tiene y que hacen ya aparecer la futura efigie de su rostro recompuesto en la muerte.

Juan, que camina a su lado, va posando su mirada atónita, doliente, en todo lo que ve a su alrededor; parece un niño aterrorizado por alguna narración que haya oído contar o por alguna promesa amedrentadora, y parece invocar la ayuda de alguien que sepa más que él. Pero ¿quién podrá ayudarle?

Simón, que va al otro lado de Jesús, tiene una expresión cerrada, sombría, propia de quien va rumiando dentro de sí pensamientos atroces; y aun así es el único que, además de Jesús, mantiene un aspecto de noble gravedad.

Los demás, en dos grupos cuya formación continuamente se altera, son la agitación personificada. De vez en cuando, la voz ronca de Pedro y la voz de barítono de Tomás se elevan con extraña resonancia; y la moderan luego, como temerosos por lo que dicen. Van discutiendo sobre lo que debe hacerse: quién propone una cosa, quién otra; pero todas las propuestas son inconsistentes, porque realmente está para comenzar "la hora de las tinieblas" y los juicios humanos quedan oscurecidos y confusos.

-Había que habérmelo dicho antes - dice Pedro con estrangulada voz.

-Pero nadie ha hablado. Tampoco el Maestro... - dice Andrés.

-¡Sí, ya, Él te lo iba a decir! ¡Vamos, hermano, parece que no lo conocieras!... - le responde Pedro.

-Yo percibía algo turbio. Y lo dije: "Vamos a morir con Él". ¿Os acordáis? ¡Pero, por nuestro santísimo Dios, si hubiera sabido que era Judas de Simón!... - brama Tomás amenazador.

-¿Y qué querías hacer? - pregunta Bartolomé.

-¿Yo? ¡Todavía intervendría ahora, si me ayudarais!

-¿Qué harías? ¿Irías a matarlo? ¿Y a dónde?

-No. Me llevaría al Maestro. Es más fácil.

-¡No iría!

-No se lo preguntaría. Lo raptaría como se rapta a una mujer.

-¡Pues no sería mala idea! - dice Pedro.

Y, impulsivo, vuelve hacia atrás, se pone en el grupo de los dos hijos de Alfeo, los cuales, con Mateo y Santiago, van bisbiseando como conjurados.

-Oíd: Tomás propone llevarnos a Jesús. Todos juntos. Se podría... desde Get-Sam-mí, por Betfagé, hasta Betania, y de allí... en barca hacia algún lugar. ¿Lo hacemos? Puesto en salvo Él, volvemos y nos quitamos de en medio a Judas.

-Es inútil. Todo Israel es una trampa - dice Santiago de Alfeo.
-Próxima ya a cerrarse. Esto se comprendía. ¡Demasiado odio!
-¡Pero Mateo! ¡Me da rabia oírte eso! ¡Eras más valiente cuando eras pecador! Di tú, Felipe.
Felipe, que va completamente solo y parece monologar, alza la cara y se para. Pedro se acerca a él. Hablan los dos en voz baja. Luego se unen al grupo de antes:
-Yo diría que el sitio mejor es el Templo - dice Felipe.
-¿Estás loco? - gritan los primos y Mateo y Santiago.
-¡Pero si allí quieren su muerte!
-¡Chss! ¡Cuánto jaleo armáis! Yo sé lo que digo. Lo buscarán por todas partes, pero allí no. Tú y Juan tenéis buenas amistades entre los servidores de Anás. Se da una buena cantidad de oro... y todo arreglado. ¡Creedme! El sitio mejor para esconder a uno perseguido es la casa de los carceleros.
-Yo no lo hago - dice Santiago de Zebedeo - De todas formas, mira a ver lo que dicen también los demás. El primero, Juan. ¿Y si luego lo arrestan? No quiero que se diga que soy yo el traidor...
-No había pensado en eso. ¿Y entonces?
Pedro está completamente descorazonado.
-Entonces, yo diría que es compasivo hacer una cosa. La única que podemos hacer. Alejar a la Madre... - dice Judas de Alfeo.
-¡Ya!... Pero... ¿Y quién va? ¿Qué se le dice? Ve tú, que eres pariente.
-Yo me quedo con Jesús. Tengo derecho. Ve tú.
-¡¿Yo?! Me he armado de espada para morir como Eleazar de Saura. Atravesaré legiones para defender a mi Jesús y descargaré mi espada sin contemplaciones. Si muero por la fuerza de un número mayor, no importa. Lo habré defendido - proclama Pedro.
-¿Pero estás totalmente seguro de que es Judas Iscariote? - pregunta Felipe a Judas Tadeo.
-Estoy seguro. Ninguno de nosotros tiene corazón de serpiente. Sólo él... Ve tú, Mateo, donde María, y dile...
-¿Yo? ¿Engañarla? ¿Verla a mi lado desconocedora de lo que sucede y luego...? ¡Ah, no! Estoy dispuesto a morir, pero no a traicionar a esa paloma...
Las voces se mezclan en un susurro.
-¿Oyes? Maestro, nosotros te queremos - dice Simón.
-Lo sé. No necesito esas palabras para saberlo. Y, si dan paz al corazón del Cristo, le hieren el alma.
-¿Por qué, mi Señor? Son palabras de amor.
-De *amor enteramente humano.* En verdad, en estos tres años no he hecho nada, porque sois todavía más humanos que en la primera hora. Actúan en vosotros todos los fermentos, los más fangosos, esta noche. Pero no es culpa vuestra...
-¡Sálvate, Jesús! - dice Juan gimiendo.
-Me salvo.
-¿Sí? ¡Oh, mi Dios, gracias!
Juan parece una flor, primero combada por un calor abrasador y ahora erguida de nuevo en su tallo, fresca.
-Voy a decírselo a los otros. ¿A dónde vamos?
-Yo a la muerte, vosotros a la Fe.
-¿Pero no acabas de decir que te ibas a salvar?
El predilecto se abate otra vez.
-Me salvo, eso es, me salvo. Si no obedeciera al Padre me perdería. Obedezco y, por tanto, me salvo. ¡No llores de esa manera! Eres menos valiente que los discípulos de aquel filósofo griego de que te hablé un día. Ellos estuvieron al lado del maestro que moría a causa de la cicuta, confortándolo con su dolor viril. Tú... pareces un niño que haya perdido a su padre.
-¿Y no es, acaso, así? ¡Yo pierdo más que a mi padre! Te pierdo a ti...
-No me pierdes, porque sigues queriéndome. Se pierde a uno que esté separado de nosotros, por el olvido en la Tierra, por el Juicio de Dios en el más allá. Pero nosotros no estaremos separados. Nunca. Ni por una cosa ni por la otra.
Pero Juan no comprende razones.
Simón se acerca todavía más a Jesús, y le confía en voz baja
-Maestro... yo... yo y Simón Pedro teníamos la esperanza de hacer una cosa buena... Pero... Tú que sabes todo, dime: ¿dentro de cuántas horas esperas ser capturado?
-En cuanto la Luna ocupe el ápice de su arco.
Simón pone un gesto de dolor y de impaciencia, por no decir de irritación. -Entonces todo ha sido inútil... Maestro, ahora te explico. Casi nos has reprendido a mí y a Simón Pedro por haberte dejado tan solo en estos últimos días... Pero estábamos lejos por ti... por amor a ti. Pedro, en la noche del lunes, impresionado por tus palabras, vino a mí mientras dormía y me dijo: "Yo y tú, de ti me fío, tenemos que hacer algo por Jesús. También Judas ha dicho que quiere intervenir". ¡Oh! ¿Por qué no hemos comprendido entonces? ¿Por qué no nos dijiste nada Tú? Pero, dime: ¿no se lo has dicho a nadie? ¿A nadie en absoluto? ¿Es que te has percatado de ello hace sólo unas horas?
-Lo he sabido siempre. Aun antes de que formara parte de los discípulos. Y para que su delito no fuera perfecto, tanto en lo divino como en lo humano, he tratado por todos los medios de alejarlo de mí. Los que quieren que Yo muera son los verdugos de Dios; éste, mí discípulo y amigo, es también el traidor, el verdugo del Hombre. Mi primer verdugo, porque ya he recibido de él muerte con el esfuerzo de tenerlo a mi lado, en la mesa, y de deber protegerlo a costa de mí mismo contra vosotros.
-¿Y ninguno lo sabe?

-Juan. Se lo he dicho al final de la Cena. Pero ¿qué habéis hecho?

-¿Y Lázaro? ¿Lázaro no sabe nada en absoluto? Hoy hemos estado en su casa. Porque ha venido muy de mañana, ha sacrificado y se ha vuelto a marchar sin siquiera detenerse en su palacio ni ir al Pretorio. Porque él va siempre, por costumbre tomada de su padre. Y Pilato, ya lo sabes, está en estos días en la ciudad...

-Sí. Todos están. Está Roma: la nueva Sión, con Pilato; está Israel, con Caifás y Herodes; está todo Israel, porque la Pascua ha congregado a los hijos de este pueblo a los pies del altar de Dios... ¿Has visto a Gamaliel?

-Sí. ¿Por qué esta pregunta? Tengo que verlo también mañana...

-Gamaliel esta noche está en Betfagé. Lo sé. Cuando lleguemos al Getsemaní irás donde él y le dirás: "Dentro de poco tendrás el signo que esperas desde hace veintiún años". Nada más. Luego volverás con tus compañeros.

-Pero ¿cómo lo sabes? ¡Oh, Maestro mío, pobre Maestro que no tienes ni siquiera el consuelo de ignorar las obras ajenas!

-Bien dices: ¡pobre Maestro! ¡El *consuelo de ignorar!* Porque son más las obras malas que las buenas. Pero veo también las buenas y exulto por ellas.

-Entonces sabes que...

-Simón: es mi hora de pasión. Para que sea más completa, el Padre, a medida que ésta se va aproximando, me retira la luz. Dentro de poco tendré sólo tinieblas y la contemplación de lo que son tinieblas: o sea, todos los pecados de los hombres. No puedes, no podéis entender. Ninguno, excepto el llamado por Dios a ello por especial misión, comprenderá esta pasión en la *gran* Pasión; y, dado que el hombre es material incluso en el amar y en el meditar, habrá quien llore y sufra por mis golpes, por las torturas del Redentor; pero no se medirá esta espiritual tortura que -creedlo vosotros que me escucháis- será la más atroz... Habla, por tanto, Simón. Guíame por los senderos por donde tu amistad fue por causa mía, porque soy un pobre que va perdiendo la visión y ve fantasmas, no cosas reales...

Juan lo abraza y pregunta:

-¿Pero es que ya no ves a tu Juan?

-Te veo. Pero los fantasmas surgen de las brumas de Satanás. Visiones de pesadilla y de dolor. Todos estamos envueltos en este miasma de infierno, esta noche. En mí trata de crear cobardía, desobediencia y dolor; en vosotros creará desilusión y miedo; en otros - personas que incluso no son ni medrosos ni dados al delito- creará miedo y delincuencia; en otros, que ya son de Satanás, creará la perversión sobrenatural (lo llamo así porque su perfección en el mal será tal, que superará las humanas posibilidades y alcanzará la perfección que siempre es propia de lo sobrehumano). Habla, Simón.

-Sí. Desde el martes no hacemos otra cosa sino salir para saber, para prevenir, para buscar ayuda.

-¿Y qué habéis podido hacer?

-Nada. O muy poco.

-Y ese poco será "nada" cuando el miedo paralice los corazones.

-He tenido también un choque con Lázaro... Es la primera vez que me sucede... Un choque porque me parecía inactivo... Podría hacer algo. Es amigo del Gobernador. ¡Sigue siendo el hijo de Teófilo! Pero Lázaro ha rechazado todas mis propuestas. Lo he dejado gritándole: "¡Pienso que eres tú ese amigo del que habla el Maestro! ¡Me produces horror!". Y no quería yo volver a su casa... Pero esta mañana me ha llamado y me ha dicho: "¿Puedes pensar todavía que sea yo su traidor?". Yo había visto ya a Gamaliel y a José y a Cusa, y a Nicodemo y Manahén, en fin, a tu hermano José... y ya no podía creer esa cosa. Le he dicho: "Perdona, Lázaro. Pero siento mi mente más confusa que cuando yo mismo era un condenado". Y es así, Maestro... Yo ya no soy yo... Pero ¿por qué sonríes?

-Porque esto confirma todo lo que te he dicho antes. La bruma de Satanás te envuelve y te turba. ¿Qué ha respondido Lázaro?

Ha dicho: "Te comprendo. Ven hoy, con Nicodemo. Necesito verte". Y es lo que he hecho mientras Simón Pedro iba donde los galileos. Porque tu hermano -él, desde tan lejos- está más informado que nosotros. Dice que lo ha sabido por azar, hablando con un galileo anciano que vive cerca de la zona de mercado, amigo de Alfeo y José.

-¡Ah!... sí... un gran amigo de la casa...

-Él está allá, con Simón y las mujeres; también está la familia de Caná.

-He visto a Simón.

-Bueno, pues José, por este amigo suyo, que además es amigo de uno del Templo que ahora es pariente suyo por enlaces con mujeres, ha sabido que está decidida tu captura, y le ha dicho a Pedro: "Siempre me opuse a Él. Pero por amor y mientras Él era fuerte. Pero ahora que es como un niño a merced de sus enemigos, yo, pariente suyo que siempre le ha querido, estoy con Él. Es deber de sangre y de corazón".

Jesús sonríe, y vuelve a verse en Él, un instante, la cara serena de las horas de alegría.

-Y José le ha dicho a Pedro: "Los fariseos de Galilea son áspides como todos los fariseos. Pero Galilea no está compuesta sólo de fariseos. Y aquí hay muchos galileos que lo quieren. Vamos y les proponemos unirse para defenderlo. No tenemos más que cuchillos. Pero hasta un palo es un arma, si se maneja bien. Y si no vienen los soldados romanos, pronto nos impondremos a esa canalla vil que son los esbirros del Templo". Y Pedro fue con él. Yo, mientras, iba donde Lázaro, con Nicodemo. Habíamos decidido convencer a Lázaro de que viniera con nosotros y de que abriera su casa para estar contigo. Nos dijo: "Debo obedecer a Jesús y estar aquí, sufriendo el doble...". ¿Es verdad?

-Es verdad. Le di esa orden.

-Pero me dio las espadas. Son suyas. Una para mí, una para Pedro. También Cusa quería darme las espadas. Pero... ¿qué son dos hierros contra todo un mundo? Cusa no puede creer que sea verdad todo esto que dices. Jura que no sabe nada y que en la corte la única idea que hay es la de gozarse la fiesta... Una juerga, como de costumbre. Tanto es así, que le ha dicho a Juana que se retire a una casa que tienen ellos en Judea. Pero Juana quiere quedarse aquí; dentro de su palacio y como si no

estuviera. No se aleja. Con ella están Plautina, Ana, Nique y dos damas romanas de la casa de Claudia. Lloran, oran e incitan a orar a los inocentes. Pero no es tiempo de oraciones, es tiempo de sangre. ¡Siento revivir en mí al "zelote" y ya ansío matar para cobrar venganza!...

-¡Simón!

Jesús habla severísimo.

-¡Si mi intención hubiera sido que murieras bajo la maldición, no te hubiera sacado de tu desgracia! ...

-¡Oh, perdón, Maestro... perdón! Soy como un borracho, como uno que delira.

-¿Y Manahén qué dice?

-Manahén dice que no puede ser verdad, y que si lo fuera te seguiría hasta en el suplicio.

-¡Cómo os fiáis todos de vosotros mismos!... ¡Cuánta soberbia hay en el hombre! ¿Y Nicodemo y José? ¿Qué saben?

-No más que yo. Hace tiempo, en una asamblea, José se enfrentó al Sanedrín. Los llamó asesinos por querer matar a un inocente, y dijo: "Todo es ilegal aquí dentro. Razón tiene Él. El abominio está en la casa del Señor. Es necesario destruir este altar, porque ha sido profanado". No lo lapidaron por ser *quien* era. Pero desde entonces lo han mantenido en una total falta de información. Sólo Gamaliel y Nicodemo han seguido manteniendo la amistad con él. Pero el primero no habla, y el segundo... Ni él ni José han vuelto a ser llamados al Sanedrín para las decisiones más genuinas. Se reúnen ilegalmente, acá o allá, a distintas horas, por miedo a ellos y a Roma. ¡Ah, se me olvidaba!... Los pastores. También ellos están con los galileos. ¡Pero somos pocos! ¡Si Lázaro hubiera querido escucharnos e ir a ver al Pretor! Pero no nos prestó oídos... Esto es lo que hemos hecho...

-Mucho... y nada... Y me siento tan abatido que me dan ganas de ir por los campos gritando como un chacal, de degradarme en una orgía, de matar como un bandolero, con tal de alejar de mí este pensamiento que, como han dicho Lázaro, José, Cusa, Manahén y Gamaliel, es "completamente inútil"... - El Zelote no parece él...

-¿Qué ha dicho el rabí?

-Ha dicho: "No conozco exactamente los propósitos de Caifás. Pero os respondo que lo que decís está profetizado sólo para el Cristo. Y como no admito en este profeta al Cristo, no veo que haya motivo para intranquilizarse. Se dará muerte a un hombre, a un hombre bueno, amigo de Dios. Pero ¡¿de cuántos como él ha bebido Sión la san-gre?!". Y, dado que insistíamos en tu divina Naturaleza, ha repetido testarudamente: "Cuando vea el signo, creeré". Y ha prometido abstenerse de votar por tu muerte; es más, ha prometido que, si es posible, convencerá a los otros de no condenarte. Esto, no más. ¡No cree! ¡No cree! Si se pudiera llegar a mañana... Pero dices que no. "¡Oh, ¿qué vamos a hacer nosotros?!

-Tú irás donde Lázaro y tratarás de llevar contigo a todos los que puedas. No sólo de los apóstoles, sino también de los discípulos que encuentres vagando por los caminos de la campiña. Trata de ver a los pastores y dales esta orden. La casa de Betania es más que nunca la casa de Betania, la casa de la buena hospitalidad. Los que no tengan el valor de afrontar el odio de todo un pueblo, que se refugien allí. A esperar...

-Pero nosotros no te dejaremos».

-No os separéis... Separados no seríais nada; unidos seréis todavía una fuerza. Simón: prométeme esto. Tú eres un hombre sereno, fiel, con palabra e influencia incluso ante Pedro. Y estás muy obligado conmigo. Te recuerdo esto, por primera vez, para imponerte la obediencia. Mira: estamos en el Cedrón. Por ahí subiste, leproso, hacia mí, y de ahí saliste ya limpio. Por lo que te di, dame: da al Hombre lo que Yo di al hombre: ahora el leproso soy Yo...

-¡Nooo! ¡No digas eso! - gimen juntos los dos discípulos.

-¡Así es! Pedro, mis hermanos, serán los más abatidos. Mi honesto Pedro se sentirá como un malhechor y no tendrá paz. Y mis hermanos... No tendrán corazón para mirar ni a su madre ni a la mía... Te los confío...

-¿Y yo, Señor, de quién seré? ¿En mí no piensas?

-¡Niño mío! Tú estás confiado a tu amor. Es tan fuerte, que te guiará como una madre. No te doy ni orden ni guía; te dejo en las aguas del amor: son en ti un río tan tranquilo y profundo, que no me plantean ninguna duda sobre tu futuro. Simón, ¿has comprendido?

-¡Prométemelo! ¡Prométemelo!

Es penoso ver a Jesús tan angustiado... Sigue diciendo:

-¡Antes de que vengan los otros! ¡Oh, gracias! ¡Bendito seas!

Todo el grupo se reúne.

-Ahora vamos a separarnos. Yo voy arriba, a orar. Quiero conmigo a Pedro, Juan y Santiago. Vosotros quedaos aquí. Y si os vierais en grave apuro, llamad. Y no temáis. No os tocarán ni un pelo. Orad por mí. Deponed el odio y el miedo. Será sólo un momento... Luego el júbilo será completo. Sonreíd. Que lleve Yo en mi corazón vuestras sonrisas. Y, una vez más, gracias por todo, amigos. Adiós. Que el Señor no os abandone...

Jesús se echa a andar y se separa de los apóstoles, mientras Pedro pide la antorcha a Simón, después de que éste ha encendido con ella ramas secas resinosas, que arden crujiendo en el extremo del olivar y expanden olor de enebro. Me aflige ver a Judas Tadeo mirar a Jesús con tan intensa y doliente mirada, que Jesús se vuelve buscando al que lo ha mirado. Pero Judas Tadeo se esconde detrás de Bartolomé y se muerde los labios para contenerse.

Jesús hace un gesto con la mano, entre una bendición y un adiós, y luego prosigue su camino. La Luna, ya bien alta, envuelve con su luz la alta figura de Jesús, y parece hacerla más alta incluso, espiritualizándola, haciendo más clara la túnica roja y más pálido el oro de sus cabellos. Detrás de Él, aceleran el paso Pedro -con la antorcha- y los dos hijos de Zebedeo.

Prosiguen hasta el límite del primer desnivel del rústico anfiteatro del olivar, cuya entrada sería el calvero irregular y cuyas gradas serían las terrazas, que ascienden formando escalones de olivos en el monte. Luego Jesús dice:

-Deteneos, esperadme aquí mientras oro. Pero no os durmáis. Podría necesitaros. Y os lo pido por caridad: ¡orad! Vuestro Maestro está muy abatido.

En efecto, su abatimiento es ya profundo. Parece ya bajo un peso que lo oprime. ¿Dónde está ese Jesús vigoroso que hablaba a las multitudes, hermoso, fuerte, de mirada dominadora, sonrisa serena, voz sonora y bellísima? Parece ya apoderarse de Él la congoja. Es como uno que hubiera corrido o llorado. Tiene voz cansada, entrecortada. Está triste, triste, triste...

Pedro responde por los tres:

-Puedes estar tranquilo, Maestro. Vigilaremos y estaremos en oración. Sólo tienes que llamarnos e iremos.

Y Jesús los deja mientras los tres se agachan para recoger hojas y ramos secos y encender así una hoguerita que sirva para mantenerlos despiertos y combatir el relente, que empieza a descender abundante.

Camina, dándoles la espalda, de occidente a oriente; de forma que tiene de frente la luz lunar. Veo que un gran sufrimiento dilata aún más sus ojos. Quizás es un bistre de cansancio lo que los agranda, o quizás es la sombra del arco superciliar; no lo sé. Sé que tiene los ojos más abiertos y hundidos. Sube cabizbajo. Sólo de vez en cuando alza la cabeza, suspirando como si le costara esfuerzo y jadeara, y entonces recorre con su mirada tristísima el plácido olivar. Sube algunos metros. Luego tuerce por detrás de una elevación que queda entre Él y los tres dejados más abajo.

Este saliente de la ladera, que al principio tiene una altura de pocos decímetros, es cada vez más alto, y, después de un pequeño trecho tiene ya una altura de más de dos metros, de forma que resguarda completamente a Jesús de toda mirada más o menos discreta y amiga. Jesús prosigue hasta una voluminosa piedra que en un determinado punto corta el senderillo (una roca que quizá ha sido puesta como sostén de la vertiente que hacia abajo cae más inclinada y desnuda hasta un inerte cúmulo de piedras que precede a los muros tras los que está Jerusalén, y que hacia arriba sigue subiendo con más terrazas y más olivos). Junto a esta voluminosa piedra, justo un poco más arriba, prominente, hay un olivo todo nudoso y retorcido: parece un caprichoso signo de interrogación puesto por la naturaleza para preguntar algún porqué. Sus tupidas ramas en la cima de su copa responden a la pregunta del tronco, diciendo ora "sí" plegándose hacia el suelo, ora "no" moviéndose de derecha a izquierda, al son de un leve viento que sopla a intervalos entre las frondas, y que a veces huele sólo a tierra, a veces a ese olor amargoso de los olivos, y a veces trae una mezcla de perfume de rosas y muguetes que quién sabe de dónde pueda venir. A1 otro lado del senderillo, hacia abajo, hay otros olivos, uno de los cuales, justo debajo de la roca, está hendido por algún rayo y aun así vivo todavía, o bifurcado por una causa que desconozco, a partir del tronco inicial y que ha hecho dos troncos que se alzan como los dos segmentos de una gran V en carácter de imprenta; y las dos copas se asoman hacia acá y allá de la roca como queriendo ver y vigilar al mismo tiempo, o formarle a esta peña un suelo de un gris plata lleno de paz.

Jesús se detiene allí. No mira a la ciudad, que aparece abajo, blanca toda bajo la luz lunar. Antes al contrario, le vuelve las espaldas. Y ora con los brazos abiertos en cruz, alzada la cara hacia el cielo. No veo su cara porque está en la sombra (tiene la Luna casi en la vertical de su cabeza, pero los tupidos ramajes del olivo están entre Él y la Luna, que se filtra apenas entre unas y otras hojas, formando aritos y agujas de luz en constante movimiento).

Es una larga, ardiente oración. De vez en cuando, un suspiro y alguna palabra más nítida. No es un salmo, no es un Pater; es una oración hecha del amor y necesidad que de Él brotan: verdadera elocución dirigida a su Padre. Lo comprendo por las pocas palabras que capto: «Tú lo sabes... Soy tu Hijo... Todo. Pero ayúdame... Ha llegado la hora... Yo ya no soy de la Tierra. Cesa toda necesidad de ayuda a tu Verbo... Que el Hombre te aplaque como Redentor, de la misma forma que la Palabra te ha sido obediente... Lo que Tú quieras... Para ellos te pido piedad. ¿Los salvaré? Esto te pido. Así lo quiero: salvados del mundo, de la carne, del demonio... ¿Puedo pedir aún? Es una petición justa, Padre mío. No para mí. Para el hombre, que es creación tuya y que quiso transformar en barro también su alma. Yo echo en mi dolor y en mi Sangre ese barro, para que vuelva a ser esa incorruptible esencia del espíritu grato a ti... Y está por todas partes. Él es rey esta noche. En el palacio y en las casas. Entre los soldados y en el Templo... La ciudad está henchida de él, y mañana será un infierno...

Jesús se vuelve, apoya su espalda en la roca y cruza los brazos. Mira a Jerusalén. La cara de Jesús va tomando una expresión cada vez más triste. Susurra:

-Parece de nieve... y es toda ella un pecado. ¡A cuántos he curado también en ella! ¡Cuánto he hablado!... ¿Dónde están los que parecían serme fieles?...

Jesús agacha la cabeza y mira fijamente al suelo, cubierto de hierba corta, brillante de rocío. Pero, aunque tenga la cabeza baja, comprendo que está llorando, porque algunas gotas, al caer de la cara al suelo, brillan. Luego levanta la cabeza, separa los brazos y une las manos más arriba de la cabeza, y las mueve manteniéndolas unidas.

Luego anda. Regresa donde los tres apóstoles, que están sentados alrededor de su hoguerita de hornija. Los encuentra medio dormidos. Pedro ha apoyado su espalda en un tronco, y, cruzados los brazos, cabecea, envuelto por las primeras brumas de un fuerte sueño. Santiago está sentado -también su hermano- encima de una gruesa raíz que sobresale del suelo y sobre la cual han extendido los mantos para sentir menos las protuberancias; pero, a pesar de estar más incómodos que Pedro, también están adormilados. Santiago tiene su cabeza relajada sobre el hombro de Juan, y éste tiene la suya apoyada en el de su hermano, como si el duermevela los hubiera inmovilizado en esa postura.

-¿Dormís? ¿No habéis sabido velar una hora tan sólo? ¡Tengo mucha necesidad de vuestro consuelo y vuestras oraciones!

Los tres se sobresaltan, confundidos. Se restriegan los ojos. Susurran una disculpa. Atribuyen la primera causa de este estado suyo de duermevela al esfuerzo de digerir:

-Es el vino... la comida... Pero se pasa ahora. Ha sido un momento. No sentíamos ganas de hablar y esto nos ha llevado al sueño. Pero ahora vamos a orar en voz alta y no se va a repetir esto.

-Sí. Orad y velad. También para vosotros lo necesitáis.

-Sí, Maestro. Te obedeceremos.

Jesús se marcha de nuevo. La Luna de tan fuerte claror de plata, que va haciendo ver cada vez más pálida la túnica roja, como si la cubriera de un blanco polvo brillante-, ilumina su rostro y me lo muestra desconsolado, doliente, envejecido. Sus ojos siguen bien abiertos, pero parecen empañados; su boca presenta un frunce de cansancio

Vuelve a su piedra, aún más lento y encorvado. Se arrodilla y apoya los brazos en la roca, que no es lisa, sino que a mitad de altura tiene como un entrante -parece labrado adrede así-, en el que ha nacido una plantita que creo es una de esas florecillas semejantes a pequeñas azucenas (cimbalarias), que he visto también en Italia, con hojitas pequeñas, redondas pero denticuladas, y carnosas, de florecillas muy pequeñas en sus delgadísimos tallos): parecen pequeños copos de nieve, y salpican el gris de la roca y las hojitas verde oscuro. Jesús apoya las manos ahí al lado. Las florecillas le acarician la mejilla, porque apoya la cabeza en las manos juntas y ora. Pasado un poco de tiempo, siente el frescor de las pequeñas corolas, alza la cabeza, las mira, las acaricia, les dice:

-¡También estáis vosotras!... ¡Me aliviáis! Había florecillas como éstas también en la gruta de mi Madre... y Ella las quería, porque decía: "Cuando era pequeña, decía mi padre: “Eres una azucena diminuta toda llena de rocío celeste”... ¡Oh, mi Madre! ¡Oh, Mamá!

Rompe a llorar. Reclinada la cabeza en las manos unidas, un poco apoyado en los calcañares, lo veo y oigo llorar, mientras las manos aprietan los dedos y los mortifican, la una a la otra. Oigo que dice:

-También en Belén... y te las llevé, Mamá. ¿Pero éstas quién te las llevará?...

Luego prosigue en su oración y meditación. Debe ser muy triste su meditación, angustiosa más que triste, porque para evitarla se alza y va y viene, susurrando palabras que no capto, alzando la cara, bajándola de nuevo, gesticulando, pasándose las manos por los ojos, las mejillas, el pelo, con mecánicos y agitados movimientos, propios de quien está sumido en una gran angustia: decirlo no es nada, describirlo es imposible, verlo es entrar en su angustia. Gesticula hacia Jerusalén. Luego vuelve a alzar los brazos hacia el cielo como para invocar ayuda.

Se quita el manto como si tuviera calor. Lo mira... Pero ¿qué ve? Sus ojos no miran sino su tortura, y todo contribuye a esta tortura, a aumentarla. Hasta el manto tejido por su Madre. Lo besa y dice:

-¡Perdón, Mamá! ¡Perdón!

Parece como si se lo pidiera al paño hilado y tejido por el amor materno...

Vuelve a ponérselo. Está lleno de congoja. Quiere orar para superarla. Pero con la oración vuelven los recuerdos, los temores, las dudas, las añoranzas... Es un alud de nombres... ciudades... personas... hechos... No puedo seguirlo, porque es rápido y entrecortado. Es su vida evangélica lo que desfila ante Él... y le trae el recuerdo de Judas el traidor.

Es tanta la congoja, que grita, para vencerla, el nombre de Pedro y Juan. Y dice:

-Ahora vendrán. ¡Ellos son muy fieles! Pero "ellos" no vienen. Llama de nuevo. Parece aterrorizado, como viendo algo que no sabemos.

Huye rápidamente hacia donde están Pedro y los dos hermanos, y los encuentra más cómoda e intensamente dormidos, alrededor de unas pocas brasas que, ya mortecinas, presentan sólo algunos zigzagues de color rojo entre el gris de la ceniza.

-¡Pedro! ¡Os he llamado tres veces! ¿Pero qué hacéis? ¿Dormís todavía? ¡Pero no sentís cuánto sufro! Orad. Que la carne no venza, en *ninguno.* Que no os venza. El espíritu está pronto, pero la carne es débil. Ayudadme...

Los tres se despiertan con mayor lentitud. Pero al final lo hacen, y con ojos atónitos se disculpan. Se ponen en pie, primero sentándose, luego irguiéndose del todo.

-¡Pues fíjate! - dice Pedro en tono quedo - ¡No nos ha sucedido nunca esto! Debe haber sido ese vino, sin duda. Era fuerte. Y también este fresco. Nos hemos tapado para no sentirlo (en efecto, se habían tapado hasta la cabeza incluso, con los mantos) y hemos dejado de ver el fuego y hemos dejado de tener frío y, bueno, pues, el sueño ha venido. ¿Dices que has llamado? Es curioso, no me parecía dormir tan profundamente... Arriba, Juan, vamos a buscar algunas ramitas, vamos, pongámonos en movimientos. Se nos pasará. Estáte seguro, Maestro, que a partir de ahora... estaremos en pie... - y arroja a las brasas un puado de hojitas secas, y sopla hasta que la llama resucita; luego la alimenta con las ramas de zarza que ha traído Juan. Mientras, Santiago trae una gruesa rama de enebro, o de un árbol similar, que ha cortado de una espesura poco lejana, y la une al resto.

La llama se alza, alta y festiva, e ilumina la pobre faz de Jesús. ¡Una faz de una tristeza... de una tristeza, que no se puede mirar sin llorar! Toda la luminosidad de ese rostro ha quedado diluida en un cansancio mortal. Dice:

-¡Estoy en una angustia que me mata! ¡Oh, sí! Mi alma está triste hasta el punto de morir. ¡Amigos... ¡Amigos! ¡Amigos!

Pero, aunque no dijera esto, su aspecto es ya de por sí el de un moribundo, el de un moribundo que, además, muere en el más angustioso y desolado de los abandonos. Cada palabra parece un acceso de llanto...

Pero los tres están demasiado cargados de sueño. Y se mueven con pasos inciertos y ojos semicerrados, tanto que parecen casi ebrios... Jesús los mira... No los mortifica con reproches. Menea la cabeza, suspira y vuelve a marcharse, al lugar de antes.

Ora de nuevo, en pie con los brazos en cruz; luego de rodillas, como antes., curvado el rostro sobre las florecillas. Piensa. Calla... Luego da en gemir y sollozar fuertemente, tan abatido sobre los calcañares, que está casi prosternado. Llama al Padre, cada vez con más congoja...

-¡Oh! - dice - ¡Es demasiado amargo este cáliz! ¡No puedo! ¡No puedo! Está por encima de lo que Yo puedo. ¡Todo lo he podido! Pero no esto... ¡Aléjalo, Padre, de tu Hijo! ¡Piedad de mí!... ¿Qué he hecho para merecerlo?

Luego, cobrando nuevas fuerzas, dice:

-Pero, Padre mío, no escuches mi voz si pide algo contrario a tu voluntad. No recuerdes que soy Hijo tuyo, sino sólo servidor tuyo. No se haga mi voluntad, sino la tuya.

Permanece así durante un rato. Luego emite un grito ahogado y levanta la cara: es un rostro desencajado. Un instante sólo. Luego se derrumba, rostro en tierra, y se queda así. Un deshecho de hombre sobre el que pesa todo el pecado del mundo, sobre el que se abate toda la Justicia del Padre, sobre el que desciende la tiniebla, la ceniza, la hiel, esa tremenda, tremenda, tremendísima cosa que es el abandono de Dios mientras Satanás nos tortura... Es la asfixia del alma, es estar sepultados vivos en

esta cárcel que es el mundo cuando ya no puede sentirse que entre nosotros y Dios hay una ligazón, es sentirse encadenados, amordazados, lapidados por nuestras propias oraciones que caen sobre nosotros cuajadas de agudas puntas y llenas de fuego, es chocar de plano contra un Cielo cerrado en que no penetran ni voz ni mirada de nuestra angustia, es estar "huérfanos de Dios", es la locura, la agonía, la duda de habernos engañado hasta ese momento, es la persuasión de ser rechazados por Dios, de estar condenados. ¡Es el infierno!...

¡Oh, lo sé! Y no puedo, no puedo ver ese espasmo de mi Cristo, y saber que es un millón de veces más atroz que el que me consumió el año pasado y que cuando me vuelve a la mente todavía me perturba profundamente.

Jesús gime, entre estertores y suspiros agónicos:

-¡Nada!... ¡Nada!... ¡Fuera!... ¡La voluntad del Padre! ¡Eso! ¡Sólo eso!... Tu voluntad, Padre; la tuya, no la mía... Inútil. No tengo sino un Señor: Dios santísimo. Una ley: la obediencia. Un amor: la redención... No. Ya no tengo ni Madre ni vida ni divinidad ni misión. Inútilmente me tientas, demonio, con la Madre, la vida, mi divinidad, mi misión. Tengo por madre a la Humanidad y la amo hasta morir por ella. La vida se la devuelvo a quien me la dio y ahora me la pide, supremo Señor de todo viviente. La divinidad la afirmo siendo capaz de esta expiación. La misión la cumplo con mi muerte. No tengo nada más. Nada, aparte de hacer la voluntad del Señor, mi Dios. ¡Retrocede, Satanás! Lo dije la primera y la segunda vez. Vuelvo a decirlo la tercera: "Padre, si es posible pase de mí este cáliz. Pero, hágase tu voluntad, no la mía". Retrocede, Satanás. Yo soy de Dios.

Luego ya no habla. Sólo para decir entre jadeos: « ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!». Lo llama a cada latido de su corazón, y parece rezumar la sangre a cada latido. La tela, estirada sobre los hombros, se embebe de sangre y adquiere de nuevo un tono oscuro, a pesar del intenso claror lunar que todo lo envuelve.

Y, no obstante, un claror más vivo se forma sobre su cabeza, suspendido a un metro de Él aproximadamente; un claror tan vivo, que incluso el Postrado lo ve filtrarse entre las ondas de sus cabellos, ya densos de sangre, y tras el velo que la sangre pone en los ojos. Alza la cabeza... Resplandece la Luna sobre esta pobre faz, y aún más resplandece la luz angélica, semejante a la del diamante blanco-azul de la estrella Venus. Aparece toda la tremenda agonía en la sangre que rezuma a través de los poros. Las pestañas, el pelo, el bigote, la barba están asperjados y rociados de sangre. Sangre rezuma en las sienes, sangre brota de las venas del cuello, gotas de sangre caen de las manos; y, cuando tiende las manos hacia la luz angélica y las anchas mangas se deslizan hacia los codos, aparecen los antebrazos de Cristo también llenos de sudor de sangre. En la cara sólo las lágrimas forman dos líneas netas sobre la máscara roja.

Se quita otra vez el manto y se seca las manos, la cara, el cuello, los antebrazos. Pero el sudor continúa. Él presiona varias veces la tela contra la cara, y la mantiene apretada con las manos; y cada vez que cambia el sitio aparecen nítidamente en la tela de color rojo oscuro las señales, las cuales, estando húmedas, parecen negras. La hierba del suelo está roja de sangre.

Jesús parece próximo al desfallecimiento. Se desata la túnica en el cuello, como si sintiera ahogo. Se lleva la mano al corazón y luego a la cabeza y la agita delante de la cara como para darse aire, manteniendo entreabierta la boca. A rastras, se pega a la roca, pero más hacia el borde del desnivel del terreno. Apoya la espalda contra la piedra, de forma que -como si estuviera ya muerto- quédanle colgando los brazos, paralelos al cuerpo; y la cabeza, contra el pecho. Ya no se mueve.

La luz angélica va decreciendo poco a poco, para acabar como absorbida en el claror lunar.

Jesús abre sus ojos de nuevo. Con esfuerzo levanta la cabeza. Mira. Está solo, pero menos angustiado. Alarga una mano. Arrima hacia sí el manto que había dejado abandonado en la hierba y vuelve a secarse la cara, las manos, el cuello, la barba, el pelo. Coge una hoja ancha, nacida justo en el borde del desnivel, empapada de rocío, y con ella termina de limpiarse mojándose la cara y las manos y luego secándose de nuevo todo. Y repite, repite lo mismo con otras hojas, hasta que borra las huellas de su tremendo sudor. Sólo la túnica, especialmente en los hombros y en los pliegues de los codos, en el cuello y la cintura, en las rodillas, está manchada. La mira y menea la cabeza. Mira también el manto, y lo ve demasiado manchado; lo dobla y lo pone encima de la piedra, en el lugar en que ésta forma una concavidad, junto a las florecillas.

Con esfuerzo -como por debilidad- se vuelve y se pone de rodillas. Ora, apoyada la cabeza en el manto donde tiene ya las manos. Luego, tomando como apoyo la roca, se alza y, todavía tambaleándose ligeramente, va donde los discípulos. Su cara está palidísima. Pero ya no tiene expresión turbada. Es una faz llena de divina belleza, a pesar de aparecer más exangüe y triste que de costumbre.

Los tres duermen sabrosamente. Bien arrebujados en sus mantos, echados del todo, junto a la hoguera apagada. Se les oye respirar profundamente, con comienzo incluso de un sonoro ronquido.

Jesús los llama. Es inútil. Debe agacharse y dar un buen zarandeo a Pedro.

-¿Qué sucede? ¿Quién viene a arrestarme? - dice Pedro mientras sale, atónito y asustado, de su manto verde oscuro.

-Nadie. Te llamo Yo.

-¿Es ya por la mañana?

-No. Ha terminado casi la segunda vigilia.

Pedro está todo entumecido.

Jesús da unos meneos a Juan, que emite un grito de terror al ver inclinado hacia él un rostro que, de tan marmóreo como se ve, parece de un fantasma.

-¡Oh... me parecías muerto!

Da unos meneos a Santiago, el cual, creyendo que lo llama su hermano, dice:

-¿Han apresado al Maestro?

-... Todavía no, Santiago - responde Jesús - Pero, alzaos ya. Vamos. El que me traiciona está cerca.

Los tres, todavía atónitos, se alzan. Miran a su alrededor... Olivos, Luna, ruiseñores, leve viento, paz... nada más. Pero siguen a Jesús sin hablar. También los otros ocho están más o menos dormidos alrededor del fuego ya apagado.

-¡Levantaos! - dice Jesús con voz potente - ¡Mientras viene Satanás, mostrad al insomne y a sus hijos que los hijos de Dios no duermen!

-¡Sí, Maestro!

-¡Dónde está, Maestro?

-Jesús, yo...

-¿Pero ¿qué ha sucedido?

Y entre preguntas y respuestas enredadas, se ponen los mantos...

El tiempo justo de aparecer en orden a la vista de la chusma capitaneada por Judas, que irrumpe en el quieto solar y lo ilumina bruscamente con muchas antorchas encendidas: son una horda de bandidos disfrazados de soldados, caras de la peor calaña afeadas por sonrisas maliciosas demoníacas; hay también algún que otro representante del Templo.

Los apóstoles, súbitamente, se hacen a un lado. Pedro delante y, en grupo, detrás, los demás. Jesús se queda donde estaba.

Judas se acerca resistiendo a la mirada de Jesús, que ha vuelto a ser esa mirada centelleante de sus días mejores. Y no baja la cara. Es más, se acerca con una sonrisa de hiena y lo besa en la mejilla derecha.

-Amigo, ¿y qué has venido a hacer? ¿Con un beso me traicionas?

Judas agacha un instante la cabeza, luego vuelve a levantarla... Muerto a la reprensión como a cualquier invitación al arrepentimiento. Jesús, después de las primeras palabras, dichas todavía con la solemnidad del Maestro, adquiere el tono afligido de quien se resigna a una desventura.

La chusma, con un clamor hecho de gritos, se acerca con cuerdas y palos y trata de apoderarse de los apóstoles -excepto de Judas Iscariote, se entiende- además de tratar de prender a Cristo.

-¿A quién buscáis? - pregunta Jesús calmo y solemne.

-A Jesús Nazareno.

-Soy Yo.

La voz es un trueno. Ante el mundo asesino y el inocente, ante la naturaleza y las estrellas, Jesús da de sí -y yo diría que está contento de poder hacerlo-- este testimonio abierto, leal, seguro.

¡Ah!, pero si de Él hubiera emanado un rayo no habría hecho más: como un haz de espigas segadas, todos caen al suelo. Permanecen en pie sólo Judas, Jesús y los apóstoles, los cuales, ante el espectáculo de los soldados derribados se rehacen, tanto que se acercan a Jesús, y con amenazas tan claras contra Judas, que éste súbitamente se retira -huye al otro lado del Cedrón y se adentra en la negrura de una callejuela-, con el tiempo justo de evitar el golpe maestro de la espada de Simón, y seguido en vano de piedras y palos que le lanzan los apóstoles que no iban armados de espada.

-Levantaos. ¿A quién buscáis?, vuelvo a preguntaros.

-A Jesús Nazareno.

-Os he dicho que soy Yo - dice con dulzura Jesús. Sí: con dulzura.

-Dejad, pues, libres a estos otros. Yo voy. Guardad las espadas y los palos. No soy un bandolero. Estaba siempre entre vosotros. ¿Por qué no me habéis arrestado entonces? Pero ésta es vuestra hora y la de Satanás...

Mientras Él habla, Pedro se acerca al hombre que está extendiendo las cuerdas para atar a Jesús y descarga un golpe de espada desmañado. Si la hubiera usado de punta, lo habría degollado como a un carnero. Así, lo único que ha hecho ha sido arrancarle casi una oreja, que queda colgando en medio de un gran flujo de sangre. El hombre grita que lo han matado. Se produce confusión entre aquellos que quieren arremeter y los que al ver lucir espadas y puñales tienen miedo.

-Guardad esas armas. Os lo ordeno. Si quisiera, tendría como defensores a los ángeles del Padre. Y tú, queda sano. En el alma lo primero, si puedes.

Y antes de ofrecer sus manos para las cuerdas, toca la oreja y la cura.

Los apóstoles gritan alteradamente... Sí, me duele decir esto, pero es así. Quién dice una cosa; quién, otra. Quién grita: « ¡Nos has traicionado!», y quién: « ¡Pero ha perdido la razón!», y quién dice: « ¿Quién puede creerte?». Y el que no grita huye... Y Jesús se queda solo... Él y los esbirros... Y empieza el camino...

## 603

## Reflexiones sobre la agonía del Getsemaní y premisa acerca de los otros dolores de la Pasión.

Dice Jesús (a María Valtorta):

-Contemplaste en la noche del Jueves el sufrimiento de mi agonía espiritual. Viste abatirse a tu Jesús cual hombre herido de muerte que siente que la vida se le escapa por las heridas que lo desangran, o como uno que se siente desbordado por un trauma psíquico superior a sus fuerzas. Viste las fases crecientes de este trauma, culminadas en la efusión de sangre provocada por el desequilibrio circulatorio causado por el esfuerzo de vencerme y de resistir el peso que sobre mí se había abatido.

Yo era, soy, el Hijo del Dios Altísimo. Pero era también el Hijo del hombre. A través de estas páginas quiero que brote nítida esta dúplice naturaleza mía, igualmente total y perfecta.

Testimonio de mi Divinidad son mis palabras, que tienen tonos que sólo un Dios puede tener; de mi Humanidad lo son las necesidades, las pasiones, los sufrimientos que os presento y que Yo padecí en mi carne de verdadero Hombre, propuesta como modelo de vuestra humanidad, de la misma forma que instruyo vuestro espíritu con mi doctrina de verdadero Dios.

Tanto mi santísima Divinidad como mi perfectísima Humanidad, durante el transcurso de los siglos y por la acción disgregadora de "vuestra" humanidad imperfecta, han resultado, al ilustrarlas, menoscabadas, tergiversadas. Habéis hecho irreal mi Humanidad, la habéis hecho inhumana; de la misma forma que habéis empequeñecido mi figura divina, rechazándola

en muchos aspectos que no os resultaba agradable reconocer o que ya no podíais reconocer con vuestros espíritus disminuidos a causa de las consunciones del vicio y del ateísmo, de lo humanal, del racionalismo.

Yo vengo, en esta hora trágica (Segunda Guerra Mundial), prefacio de universales desventuras, vengo a refrescar en vuestra mente mi dúplice figura de Dios y Hombre para que la conozcáis tal como es; para que la *reconozcáis* después de tanto oscurantismo, oscurantismo con que la habéis cubierto ante vuestros espíritus; para que la améis y volváis a Ella y os *salvéis por medio de Ella. Es* la figura de vuestro Salvador. Quien la conozca y ame se salvará.

En estos días te he dado a conocer mis sufrimientos físicos, que torturaron mi Humanidad. Te he dado a conocer mis sufrimientos morales relacionados, entrelazados, fundidos con los de mi Madre, como lo están las enmarañadas lianas de las selvas ecuatoriales, que no se pueden separar para cortar una de ellas solamente, sino que hay que romperlas con un único golpe de hacha para abrir brecha, matándolas juntas; o como están las venas de un cuerpo, de las que no puede ser privada de sangre una, porque un único humor las llena; o como -mejor todavía- no puede ser impedido que entre la muerte en la criatura que se está formando en el seno materno si la madre muere, puesto que la vida, el calor, la nutrición, la sangre de la madre son lo que, con ritmo sonante al compás del materno corazón, penetra, a través de las membranas internas, hasta la criatura que ha de nacer, y la completa en orden a la vida.

Ella, ¡oh Ella, la Madre mía pura, me llevó no sólo durante los nueve meses en que toda hembra de hombre lleva el fruto del hombre, sino durante toda la vida! Nuestros corazones estaban unidos por fibras espirituales y palpitaron juntos siempre, y no había lágrima materna que cayera sin surcar mi corazón con su salinidad, ni había un lamento mío interior que no resonara en Ella despertando su dolor. Os produce pena la madre de un hijo destinado a la muerte a causa de una enfermedad incurable, la madre de un condenado al suplicio por el rigor de la justicia humana. Pues pensad en mi Madre, que desde el momento en que me concibió tembló al pensar que Yo era el Condenado; pensad en esta Madre que cuando dio el primer beso en mis blandas y róseas carnes de recién nacido sintió las futuras llagas de su Criatura; en esta Madre que habría dado diez, cien, mil veces su vida por impedirme hacerme Hombre y llegar al momento de la Inmolación; en esta Madre que *conocía* y que *debía* desear aquella hora tremenda por aceptar la voluntad del Señor, por la gloria del Señor, por bondad para con la Humanidad. No, no ha habido agonía más larga -ni terminada en un dolor más grande- que la de mi Madre.

Y no ha habido un dolor mayor, más completo que el mío. Era Uno con el Padre. Él me había amado desde la eternidad como sólo Dios puede amar. Se había complacido en mí y había encontrado en mí su divina alegría. Y Yo lo había amado como sólo un Dios puede amar y encontraba en la unión con Él mi alegría divina. La inefable relación que une ab aeterno al Padre con el Hijo no puede seros explicada ni siquiera con mi palabra, porque, si bien ella es perfecta, vuestra inteligencia no lo es y no podéis comprender y conocer lo que es Dios mientras no estéis con Él en el Cielo. Pues bien, Yo sentía, cual agua que asciende y que presiona contra una presa, crecer, hora tras hora, el rigor del Padre respecto a mí.

Como testimonio contra los hombres-animales, que no querían comprender quién era Yo, Él había abierto, durante el tiempo de mi vida pública, tres veces el Cielo: en el Jordán, en el Tabor y en Jerusalén en la víspera de la Pasión. Pero lo había hecho por los hombres, no para aliviarme; Yo ya era el Expiador.

Muchas veces, María, Dios da a conocer un siervo suyo a los hombres, para que éstos reciban un impacto de este siervo, y a través de éste se vean atraídos hacia Dios. Pero esto sucede no sin el dolor de ese siervo, que paga en primera persona -comiendo el pan amargo del rigor de Dios- los consuelos y la salvación de sus hermanos. ¿No es verdad? Las víctimas de expiación conocen el rigor de Dios. Luego viene la gloria. Pero después de que la Justicia haya sido aplacada. No es como en el caso de mi Amor, que a sus víctimas da sus besos. Yo soy Jesús, soy el Redentor, Aquel que ha sufrido y *sabe,* por personal experiencia, lo que es el dolor de ser mirado por Dios con severidad y ser abandonado de Dios, y no soy nunca severo ni abandono nunca. Consumo igualmente, pero en una hoguera de amor. Cuanto más cerca estaba la hora de la expiación, más sentía Yo alejarse al Padre. Cada vez más separada del Padre, mi Humanidad se sentía cada vez menos sujetada por la Divinidad de Dios. Y por ello sufría en todos los modos. La separación de Dios trae consigo miedo, trae consigo un agarrarse a la vida, y abatimiento y cansancio y tedio. Cuanto más profunda es esta separación, más fuertes son estas consecuencias; cuando es total, comporta la desesperación. Y cuanto más uno -por un decreto de Dios- la experimenta sin haberla merecido, más sufre por ella, porque el espíritu vivo siente la separación de Dios como una carne viva siente la separación de un miembro. Es un estupor doloroso, desalentador, que el que no lo ha experimentado no lo comprende.

Yo lo experimenté. Tuve que conocerlo todo, incluso vuestras desesperaciones, para poder, respecto a todo, interceder a favor de vosotros ante el Padre. ¡Oh, Yo experimenté lo que significa decir: "Estoy solo. Todos me han traicionado, abandonado. Tampoco el Padre, tampoco Dios me ayuda ya". Y por esto obro misteriosos prodigios de gracia en los pobres corazones sobrepujados por la desesperación, y por esto pido a mis predilectos que beban este cáliz mío de tan amarga experiencia, para que ellos -los que naufragan en el mar de la desesperación- no rehúsen la cruz que ofrezco como ancla y salvación, sino que a ella se aferren y Yo pueda llevarlos a la bienaventurada orilla donde sólo habita la paz.

¡Sólo Yo sé cuánto hubiera necesitado al Padre en la noche del Jueves! Era un espíritu ya agonizante por el esfuerzo de haber tenido que superar los dos mayores dolores de un hombre: el adiós a una madre amadísima, la cercanía del amigo infiel. Eran dos llagas que me quemaban el corazón: una con su llanto, la otra con su odio.

Había tenido que compartir mi pan con mi Caín. Había tenido que hablarle como amigo para no acusarlo ante los otros - -cuya violencia no me daba garantías- e impedir un delito, por lo demás inútil, puesto que todo estaba escrito ya en el gran libro de la vida: tanto mi Muerte santa como el suicidio de Judas. Inútiles otras muertes reprobadas por Dios. Aparte de la mía, ninguna otra sangre debía ser derramada, y no lo fue. El dogal estranguló esa vida cerrando en el saco repelente del cuerpo del traidor su sangre impura vendida a Satanás, sangre que no debía mezclarse, cayendo en la Tierra, con la Sangre purísima del Inocente.

Habrían sido suficientes esas dos llagas para hacer de mí un agonizante en mi Yo. Pero era el Expiador, la Víctima, el Cordero. El cordero, antes de ser inmolado, conoce la marca incandescente, conoce los golpes, conoce el desnudamiento,

conoce la venta al matarife. Lo último que conoce es el hielo del cuchillo que penetra en el cuello y abre las venas y mata. Antes debe dejar todo: los pastos donde ha crecido, la madre en cuyo pecho ha hallado nutrición y calor, los compañeros con que ha vivido. *Todo. Yo he conocido todo: Yo, Cordero de* Dios.

Por eso vino Satanás mientras el Padre se retiraba a los Cielos. Ya había venido en el comienzo de mi misión, a tentarme para desviarme de ella. Ahora volvía. Era su hora, la hora del aquelarre satánico.

Hordas de demonios estaban esa noche en la Tierra para llevar a cabo la seducción de los corazones y disponerlos a querer al día siguiente que mataran a Cristo. Cada uno de los miembros del Sanedrín tenía el suyo, y el suyo Herodes y el suyo Pilato, y el suyo cada uno de los judíos que iba a invocar que cayera sobre sí mi Sangre. También los apóstoles tenían a su tentador a su lado, que los adormilaba mientras Yo languidecía, que los preparaba para la cobardía. Observa el poder de la pureza. Juan, el puro, *fue el primero* que se liberó de la garra demoníaca, y volvió enseguida a su Jesús y comprendió su celado deseo, y me trajo a María.

Pero Judas tenía a Lucifer, y Yo tenía a Lucifer: Judas, en el corazón; yo, al lado. Éramos los dos principales personajes de la tragedia y Satanás se ocupaba personalmente de nosotros. Después de conducir a Judas hasta un punto del que ya no podía retroceder, se volvió hacia mí.

Con su astucia perfecta, me presentó las torturas de la carne con un realismo insuperable. En el desierto también empezó por la carne. Lo vencí orando. *El espíritu sojuzgó los miedos de la carne.*

Me presentó entonces la inutilidad de mi muerte, la utilidad de vivir para mí mismo sin ocuparme de los hombres ingratos. Vivir rico, feliz, amado. Vivir por razón de mi Madre, por no hacerla sufrir. Vivir para llevar a Dios con un largo apostolado a muchos hombres, los cuales, por el contrario, si Yo muriera, me olvidarían, mientras que, si fuera Maestro no durante tres años sino durante muchos lustros, terminarían identificándose con mi doctrina. Sus ángeles me ayudarían a seducir a los hombres. ¿No veía que los ángeles de Dios no intervenían para ayudarme? Después, Dios me perdonaría al ver la cosecha de creyentes que le habría llevado. En el desierto también me había inducido a tentar a Dios con la imprudencia. Lo vencí con la oración. *El espíritu sojuzgó a la tentación moral.*

Me presentó el abandono de Dios. Él, el Padre, ya no me amaba. Yo estaba cargado con los pecados del mundo. Le producía repulsa.

Estaba ausente, me dejaba solo. Me abandonaba al escarnio de una muchedumbre despiadada. Y no me concedía ni siquiera su divino consuelo. Solo, solo, solo. En esa hora sólo estaba Satanás al lado del Cristo. Dios y los hombres estaban ausentes porque no me amaban. Me odiaban o se mostraban indiferentes. Yo oraba para cubrir con mi oración las palabras satánicas. Pero la oración ya no subía a Dios. Caía sobre mí de nuevo como piedras de lapidación y me aplastaba bajo su cúmulo. La oración, que para mí era siempre caricia hecha al Padre, voz que subía y a la que respondían la caricia y la palabra paternas, ahora estaba muerta, era costosa, en vano lanzada contra el Cielo cerrado.

Entonces sentí la amargura del fondo del cáliz. El *sabor de la desesperación.* Era esto lo que quería Satanás. Llevarme a desesperar para hacer de mí un esclavo suyo. Vencí la desesperación, y *la vencí sólo con mis fuerzas, porque quise vencerla.* Sólo con mis fuerzas de Hombre. Ya no era sino el Hombre. Y ya no era sino un hombre sin la ayuda de Dios. Cuando Dios ayuda es fácil mantener elevado hasta al mundo y sostenerlo como juguete de niño. Pero cuando Dios ya no ayuda, hasta el peso de una flor nos resulta fatigoso.

Vencí la desesperación y a Satanás, su creador, por servir a Dios y a vosotros dándoos la Vida. Pero conocí la Muerte. No la muerte física del crucificado -ésa fue menos atroz-, sino la Muerte total, consciente, del luchador que cae, después de haber triunfado, con el corazón quebrantado, rezumándole la sangre con el trauma de un esfuerzo superior a lo posible. Y sudé sangre. *Sudé sangre por ser fiel a la voluntad de Dios.*

Por eso el ángel de mi dolor me presentó, como medicina para mi agonía, la esperanza de todos los salvados por mi sacrificio. ¡Vuestros nombres! Cada uno de ellos fue para mí una gota medicinal infundida en las venas para devolverles el tono y la función; cada uno de ellos significó para mí vida que volvía, luz que volvía, fuerza que volvía. En medio de las inhumanas torturas, para no gritar mi dolor de Hombre y para no desesperar de Dios y decir que era demasiado severo e injusto para con su Víctima, Yo me repetí vuestros nombres. Yo os vi. Os bendije desde entonces. Desde entonces os llevé en mi corazón. Y cuando llegó para vosotros la hora de estar en la Tierra, me asomé al Cielo y me incliné para acompañar vuestra venida, exultando ante el pensamiento de que una nueva flor de amor había nacido en el mundo y que viviría por mí.

¡Oh, benditos míos, consuelo de Cristo agonizante! La Madre, el Discípulo, las Mujeres pías acompañaban mi morir. Pero vosotros también estabais. Mis ojos agonizantes veían, junto con el rostro acongojado de la Madre mía, vuestras caras amorosas, y se cerraron así, felices de cerrarse porque os habían salvado, ¡oh, vosotros que compensáis el Sacrificio de un Dios!

Ya has conocido todos los dolores que precedieron a la Pasión propiamente dicha. Ahora te daré a conocer los dolores concretos de la Pasión. Los dolores que más impresionan vuestra mente cuando meditáis en ellos.

Pero meditáis en ellos muy poco, demasiado poco. No reflexionáis en cuánto me costasteis ni en la tortura de que está hecha vuestra salvación. Vosotros que os quejáis de una excoriación, de un golpe contra un saliente, de un dolor de cabeza, no pensáis que Yo era por entero una llaga, que esas llagas estaban sulfuradas por muchas cosas, que las cosas mismas servían como tormento de su Creador porque torturaban al ya torturado Dios-Hijo sin respeto a Aquel que, siendo Padre de la Creación, las había formado.

Pero las cosas no tenían culpa. El culpable era el de siempre: el hombre; culpable desde el día en que prestó oídos a Satanás en el Paraíso terrenal. Hasta ese momento, las cosas de la Creación no le reservaban al hombre, criatura elegida, ni espinas ni venenos ni saña. Dios había constituido rey a este hombre hecho a su imagen y semejanza, y, en su paterno amor, no había querido que las cosas pudieran causar insidias al hombre. Satanás introdujo la insidia. Primero, en el corazón del hombre; luego ésta parió para el hombre, con el castigo del pecado, tríbulos y espinas.

Y he aquí que Yo, el Hombre, tuve que sufrir no sólo de mano de las personas, sino también por las cosas, recibir sufrimiento de las cosas. Las personas me propinaron insultos y vejaciones; éstas fueron el arma usada.

La mano que Dios había hecho al hombre para distinguirlo de los animales; esa mano que Dios enseñó al hombre a usar, esa mano que Dios había puesto en relación con la mente, esa mano a la que Dios había hecho ejecutora de las órdenes de la mente, esta parte vuestra que es tan perfecta y que hubiera debido ofrecer solamente caricias al Hijo de Dios -de quien había recibido sólo caricias y salud si estaba enferma- se volvió contra Él y le propinó bofetones y puñetazos, y se armó de azote y se transformó en tenaza para arrancar el pelo y 1a barba, o se armó de maza para hincar los clavos.

Los pies del hombre, que hubieran debido sólo correr diligentes para ir a adorar al Hijo de Dios, se movieron veloces para venir a capturarme y llevarme por las calles hasta mis verdugos, a empujones y tirones; fueron veloces para darme patadas de un modo que no es lícito usar con un mulo terco.

La boca del hombre, que hubiera debido usar la palabra, esa palabra que es cualidad otorgada únicamente al hombre y a ningún animal creado, para alabar y bendecir al Hijo de Dios, se llenó de blasfemias y mentiras y arrojó éstas, junto con su baba, contra mi persona.

La mente del hombre, que es la prueba de su origen celeste, se fatigó en inventar tormentos de un refinado rigor.

E1 hombre, el hombre entero hizo uso de todos y cada uno de sus elementos para torturar al Hijo de Dios. Y llamó a la tierra, con sus formas, como ayuda en la tortura. Hizo de las piedras de los torrentes proyectiles para herirme; de las ramas de los árboles, palos para golpearme; del trenzado cáñamo, lazo para arrastrarme serrándome las carnes; de las espinas, una corona de punzante fuego para mi cabeza cansada; de los minerales, un exasperante azote; de la caña, un instrumento de tortura; de las piedras de las calles, obstáculo para el pie vacilante de Aquel que subía, muriendo, para morir crucificado.

Y a las cosas de la tierra se unieron las del cielo. El frío del alba para mi cuerpo ya exhausto por la agonía del huerto, el viento que encrudecía las heridas, el sol que aumentaba la quemazón y la fiebre y traía moscas y polvo, y cegaba los ojos cansados que no podían ser protegidos por las manos apresadas.

Y a las cosas del cielo se unieron las fibras concedidas al hombre para revestir su desnudez: el cuero que se transformó en azote, la lana de la túnica, que se pegaba a las abiertas llagas de los azotes y producía la tortura de las rozaduras y laceración en cada movimiento.

Todo, todo, todo sirvió para atormentar al Hijo de Dios. Él, por quien todas las cosas fueron creadas, en la hora en que era la Hostia ofrecida a Dios, tuvo como enemigas a todas las cosas. María, tu Jesús no halló alivio en ninguna cosa. Cuales víboras enfurecidas, todo lo que existía se volvió a morderme las carnes y aumentar el padecimiento.

Esto sería necesario pensar, cuando sufrís; y, comparando vuestras imperfecciones con mi perfección y mi dolor con el vuestro, reconocer que el Padre os ama como no me amó a mí en aquella hora; y amarlo, por tanto, con todo vuestro ser, como Yo lo amé a pesar de su rigor.

## 604

## Los procesos. Las negaciones de Pedro. Consideraciones sobre Pilato.

Empieza el doloroso camino por la vereda pedregosa que lleva desde el calvero donde Jesús fue apresado hasta el Cedrón, y desde el Cedrón, por otro camino, hasta la ciudad. E inmediatamente empiezan las palabras y los gestos burlescos y las vejaciones.

Jesús, yendo atado por las muñecas, e incluso por la cintura, como si de un loco peligroso se tratara, confiados los cabos de las cuerdas a unos energúmenos embriagados de odio, se ve tirado de un lado y de otro como un trapajo abandonado a la ira de una manada de cachorros. Pero aún podrían tener justificación los que así actúan si fueran perros; sin embargo, tienen nombre de hombres, aunque de hombre no tengan más que la figura. Y si han pensado en esa atadura de dos sogas opuestas ha sido para causar mayor dolor. Una de las dos tiene la única función de inmovilizar las muñecas, y las lacera y va serrando con su áspero roce; la otra, la de la cintura, comprime los codos contra el tórax, y sierra y oprime la parte alta del abdomen, torturando el hígado y los riñones, donde han hecho un enorme nudo y donde, de vez en cuando, el que lleva los cabos de las sogas da latigazos con ellos y dice: « ¡Arre! ¡Vamos! ¡Trota, burro!», y añade patadas detrás de las rodillas del Torturado, que a causa de estas patadas se tambalea y si no cae del todo es porque las sogas lo mantienen en pie. De todas formas, las cuerdas no evitan que -tirando de Él hacia la derecha el que se ocupa de las manos y hacia la izquierda el que sujeta la soga de la cintura- Jesús vaya chocando contra muretes y troncos y que, debido a un tirón más cruel, recibido cuando está para cruzar el puente del Cedrón, caiga duramente contra el pretil del puentecillo. La boca magullada sangra. Jesús alza las manos atadas, para limpiarse la sangre que embadurna la barba, y no habla: es verdaderamente el cordero que no muerde a sus torturadores.

Unos de entre la gente, entretanto, han bajado al guijarral a coger piedras y guijarros, y desde abajo empieza una pedrea contra el fácil objetivo; porque a duras penas se puede andar en el puentecillo estrecho e inseguro donde la gente se apiña obstaculizándose a sí misma, y las piedras golpean a Jesús en la cabeza, en los hombros; no sólo a Jesús, sino también a sus torturadores, que reaccionan lanzando palos y devolviendo las propias piedras. Y todo contribuye a golpear más a Jesús en la cabeza y en el cuello. El puente acaba por fin, y ahora la callejuela estrecha proyecta sombras sobre el gentío, porque la Luna, que comienza su ocaso, no desciende a esa callejuela tortuosa y, además, muchas antorchas, en medio de esa confusión, se han apagado. Mas el odio hace de lámpara para ver al pobre Mártir, para el que hasta su alta estatura es elemento torturador. Es el más alto de todos. Fácil, pues, golpearlo, agarrarlo por los cabellos, obligarlo a echar violentamente hacia atrás la cabeza y

echarle encima un puñado de materia inmunda que, por fuerza, debe entrarle en la boca y en los ojos, produciéndole náusea y dolor.

Empieza el trayecto a través del arrabal de Ofel, ese arrabal donde tanto bien y tantas caricias Él ha distribuido. La turba vociferante atrae a las puertas a los que duermen, y, si las mujeres gritan movidas por el dolor y, aterrorizadas, huyen al ver lo que ha sucedido, los hombres, esos hombres que incluso han recibido de Él curación, ayuda, palabras de Amigo, o bien agachan la cabeza con indiferencia, fingiendo desinterés al menos, o bien pasan de la curiosidad al livor, a la burla, al gesto amenazador, e incluso se ponen detrás del tropel de gente para vejar. Satanás está ya actuando...

Un hombre casado *(Jacob, curado por Jesús, capítulo 374)* que quiere seguirle para vejarlo, es aferrado por su mujer, que grita, que le grita:

-¡Miserable! Si estás vivo es por Él, inmundo hombre lleno de podredumbre. ¡Recuérdalo!».

Pero el hombre se impone a la mujer golpeándola brutalmente y arrojándola al suelo, y luego corre hasta donde el Mártir contra cuya cabeza lanza una piedra.

Otra mujer, anciana, trata de cortar el paso a su hijo *(Samuel, desleal a Analía capítulos 374 y 375)*, que viene con cara de hiena y con un palo, para golpear también a Jesús, y grita a su hijo:

-¡Asesino de tu Salvador no serás mientras yo viva!

Pero la pobre, alcanzada en la ingle por una patada brutal de su hijo, se desploma gritando:

-¡Deicida y matricida! ¡Por el seno que abres por segunda vez y por el Mesías al que hieres, maldito seas!

La escena, a medida que van acercándose a la ciudad, va aumentando en violencia.

Antes de llegar a las murallas están Juan y Pedro. Ya están abiertas las puertas, y los soldados romanos, dispuestos para la defensa, observan dónde y cómo se desarrolla el tumulto, preparados para intervenir si el prestigio de Roma se viera dañado. Creo que Juan y Pedro han llegado allí por un atajo tomado cruzando el Cedrón más arriba del puente, y adelantándose rápidamente a la turba, que, obstaculizándose tanto a sí misma, se mueve lenta. Están en la penumbra de un zaguán, en una placita que precede a las murallas. Tienen cubiertas sus cabezas con los mantos, ocultando así sus caras. Pero, cuando Jesús llega, Juan -bajo la libre luz de la Luna, que allí todavía ilumina antes de desaparecer tras el collado que hay más allá de las murallas y que oigo que los esbirros capturadores lo llaman Tofet- deja caer el manto y muestra su pálido y descompuesto rostro. Pedro, aun no atreviéndose a destaparse, se adelanta para ser visto...

Jesús los mira... y sonríe (una sonrisa de una bondad infinita). Pedro se vuelve y regresa a su ángulo oscuro, llevándose las manos a los ojos, encorvado, envejecido, ya un despojo de hombre. Juan se queda valerosamente donde está, y sólo cuando la turba vociferante termina de pasar se reúne de nuevo con Pedro, lo toma de un codo, lo guía como un muchacho guiaría a su padre ciego, y entran ambos en la ciudad detrás de la muchedumbre vociferante.

Oigo las exclamaciones de asombro o burlescas o apenadas de los soldados romanos: hay quien lanza maldiciones por haber sido sacado de la cama por ese «necio lacayo»; hay quien se burla de los judíos, que han sido capaces de «prender a una media hembra», hay quien se muestra compasivo hacia la Víctima, diciendo: «Siempre lo he visto bueno», y hay quien dice: «Hubiera preferido que me hubieran matado a mí, antes que verlo a Él en esas manos. Es un grande. Tengo dos devociones en el mundo: Él y Roma». « ¡Por Júpiter! -exclama el de grado más alto- Yo no quiero líos después. Voy donde el alférez. Que se encargue él de decírselo a quien tenga que decírselo. No quiero que me manden a luchar contra los Germanos. Estos hebreos hieden y son sierpes y carroñas, pero aquí la vida es segura. ¡Estoy para terminar mi tiempo y en Pompeya tengo una muchacha...!».

Pierdo el resto por seguir a Jesús, que continúa caminando por la calle que hace un arco en subida para ir al Templo. Pero veo y comprendo que la casa de Anás, a donde quieren llevarlo, está y no está en ese laberíntico conglomerado que es el Templo y que ocupa todo el collado de Sión. Está en el extremo, cerca de una serie de muros que parecen delimitar por esta parte a la ciudad y que desde ahí se prolongan en pórticos y patios, siguiendo la ladera del monte, hasta llegar al recinto de lo que es el Templo en el pleno sentido de la palabra, o sea, el lugar a donde van los israelitas para sus distintas manifestaciones de culto.

Una alta puerta guarnecida de hierro se abre en el muro. Se acercan a ella solícitas hienas y llaman con fuerza. En cuanto se entreabre, ya irrumpen dentro, casi tirando al suelo y pisoteando a la criada que ha venido a abrir; y abren la puerta de par en par, para que la turba vociferante, con el Capturado en el centro, pueda entrar. Una vez dentro, cierran y trancan, temerosos quizás de Roma o de los facciosos del Nazareno.

¡Sus facciosos! ¿Dónde están?...

Recorren el atrio de entrada y luego cruzan un amplio patio, un corredor, y otro pórtico y un nuevo patio, y suben a tirones a Jesús por tres escalones, haciéndole recorrer casi corriendo una galería realzada respecto al patio, para llegar antes a una rica sala donde hay un hombre anciano vestido de sacerdote.

-¡Que Dios te consuele, Anás - dice el que parece el oficial, si oficial puede llamarse al bribón que manda a esa canalla - Aquí tienes al culpable. En manos de tu santidad lo pongo, para que Israel sea purificado de la culpa.

-Que Dios te bendiga por tu audacia y tu fe.

¡Vaya una audacia! Había sido suficiente la voz de Jesús para hacerle besar la tierra en el Getsemaní.

-¿Quién eres Tú?

-Jesús de Nazaret, el Rabí, el Cristo. Y tú me conoces. No he actuado en las tinieblas.

-En las tinieblas, no. Pero has inducido a error a las muchedumbres con doctrinas tenebrosas. Y el Templo tiene el derecho y el deber de tutelar el alma de los hijos de Abraham.

-¡El alma! Sacerdote de Israel, ¿puedes decir que por el alma del más pequeño o del más grande de este pueblo has sufrido?

-¿Y Tú entonces? ¿Qué has hecho que pueda llamarse sufrimiento?

-¿Qué he hecho? ¿Por qué me lo preguntas? Todo Israel habla. Desde la ciudad santa al mísero pueblecillo, hasta las piedras hablan para decir lo que he hecho. He dado la vista a los ciegos: la de los ojos y la del corazón. He abierto los oídos a los sordos: para las voces de la Tierra y para las del Cielo. He hecho caminar a los tullidos y a los paralíticos, para que empezaran la marcha hacia Dios desde la carne y luego siguieran con el espíritu. He limpiado a los leprosos: de las lepras que la Ley mosaica señala y de las que hacen a un hombre leproso ante Dios, o sea, de los pecados. He resucitado a los muertos. Y no señalo que sea grande llamar a una carne de nuevo a la vida, sino que digo que grande es redimir a un pecador; y lo he hecho. He socorrido a los pobres, enseñando a los avarientos y ricos hebreos el precepto santo del amor al prójimo; y, siendo pobre a pesar del río de oro que ha pasado por mis manos, he enjugado Yo solo más lágrimas que todos vosotros, que poseéis riquezas. En fin, he dado una riqueza inefable: el conocimiento de la Ley, el conocimiento de Dios, la certeza de que somos todos iguales y de que, ante los ojos santos del Padre, igual es el llanto derramado -o el delito cometido- por el Tetrarca o por el Pontífice, por el mendigo o el leproso que mueren en el camino. Esto es lo que he hecho. Nada más.

-¿Sabes que por ti mismo te acusas? Dices: las lepras que hacen leprosos ante Dios y no son señaladas por Moisés. Estás insultando a Moisés e insinúas que hay lagunas en su Ley...

-No suya: de Dios. Así es. Digo que más grave que la lepra, desgracia de la carne, desgracia acotada en el tiempo, es el pecado, que es desgracia, eterna, del espíritu.

-Osas decir que puedes absolver los pecados. ¿Cómo lo haces?

-Si con un poco de agua lustral y el sacrificio de un macho cabrío es lícito y creíble cancelar un pecado, expiarlo y quedar limpio de él, ¿cómo no habrá de poder hacerlo mi llanto, mi Sangre y mi deseo?

-Pero Tú no estás muerto. ¿Dónde está, entonces, la Sangre?

-No estoy muerto todavía. Pero lo estaré, porque está escrito: en el Cielo, desde antes que Sión fuera, desde antes que existiera Moisés, desde antes de Jacob, desde antes de Abraham, desde cuando el rey del Mal hincó su mordedura en el corazón del hombre y envenenó el corazón del hombre y el de sus hijos; está escrito en la Tierra, en el Libro que recoge las palabras de los profetas; está escrito en los corazones, en el tuyo, en el de Caifás y de los miembros del Sanedrín, que no me perdonan. No, estos corazones no me perdonan el ser bueno. Yo he absuelto anticipadamente en vistas de la Sangre, ahora cumplo la absolución con el lavacro en la Sangre.

-Nos llamas ambiciosos y dices que ignoramos el precepto del amor...

-¿Y no es, acaso, cierto? ¿Por qué me dais muerte? Porque tenéis miedo de que os destrone. ¡Oh! No temáis. Mi Reino no es de este mundo. Os dejo la posesión de todo poder. El Eterno sabe cuándo decir el "¡basta!" que os hará caer fulminados...

-¿Como Doras, ¡eh!?

-Él murió de ira, no por un rayo celeste. Dios lo esperaba en la otra parte para fulminarlo.

-¿Y esto me lo dices a mí, que soy su pariente? ¿Cómo te atreves?

-Yo soy la Verdad. La Verdad nunca es cobarde.

-¡Soberbio y loco!

-No: sincero. Me acusas de ofenderos. Pero ¿acaso no odiáis todos vosotros? Os odiáis unos a otros. Ahora os une el odio contra mí. Pero mañana, cuando me hayáis matado, volverá el odio a reinar entre vosotros. Y será un odio más fiero. Y viviréis con esa hiena sobre vuestras espaldas y esta serpiente en el corazón. Yo he enseñado el amor. Por piedad hacia el mundo. He enseñado a no ser ambiciosos sino a tener misericordia. ¿De qué me acusas?

-De haber introducido una doctrina nueva.

-¡Oh, sacerdote! Israel está poblado de nuevas doctrinas: los esenios tienen la suya; los sadoquitas, la suya; los fariseos, la suya. Cada uno tiene su secreta doctrina, que para unos se llama placer, para otros oro, para otros poder; y cada uno tiene su ídolo. No Yo. Yo he tomado de nuevo la Ley de mi Padre, del Dios Eterno, que había sido pisoteada, y he vuelto a decir sencillamente las diez proposiciones del Decálogo, secándome los pulmones para hacerlas entrar en los corazones que ya no las conocían.

-¡Horror! ¡Blasfemia! ¿Decirme esto a mí, sacerdote? ¿No tiene un Templo Israel? ¿Somos como los castigados de Babilonia? Responde.

-Eso sois. Y más todavía. Hay un Templo, sí; un edificio. Dios no está. Se ha alejado, ante el abominio que hay en su casa. Pero ¿para qué me interrogas tanto, si en realidad mi muerte ya está decidida?

-No somos asesinos. Matamos si, por una culpa probada, tenemos derecho a hacerlo. Pero yo quiero salvarte. Respóndeme y te salvaré. ¿Dónde están tus discípulos? Si me los entregas, te dejaré libre. El nombre de todos, y más los ocultos que los conocidos. Di: ¿Nicodemo es tuyo?, ¿es tuyo José?, ¿y Gamaliel?, ¿y Eleazar?, ¿y...? Bueno de éste lo sé... no es necesario. Habla. Habla. Sabes que puedo darte muerte y salvarte. Soy poderoso.

-Eres fango. Dejo al fango el oficio de espía. Yo soy Luz.

Un esbirro le suelta un puñetazo.

-Yo soy Luz. Luz y Verdad. He hablado al mundo abiertamente. He enseñado en las sinagogas y en el Templo donde se reúnen los judíos, y nada he dicho en secreto. Lo repito. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que han oído lo que he dicho. Ellos lo saben.

Otro esbirro le suelta un bofetón, gritando:

-¿Así respondes al Sumo Sacerdote?

-Estoy hablando a Anás. El Pontífice es Caifás. Y hablo con el respeto debido a los ancianos. Pero, si crees que he hablado mal, demuéstramelo; si no, ¿por qué me hieres?

-Déjalo, déjalo. Voy donde Caifás. Vosotros tenedlo aquí hasta nueva orden mía. Y ved porque no hable con nadie.

Anás sale.

No habla Jesús, no. Ni siquiera con Juan, que se atreve a estar en la puerta, desafiando a toda la turba de los esbirros. Pero Jesús, sin pronunciar palabra, debe darle una orden, porque Juan, después de una mirada afligida, sale de allí y lo pierdo de vista.

Jesús se queda entre sus verdugos. Zurriagazos con las cuerdas, esputos, burlas, patadas, tirones de pelo: esto es lo que le queda. Hasta que uno de la servidumbre viene a decir que lleven al Prisionero a la casa de Caifás.

Y Jesús, que sigue atado y sufriendo malos tratos, sale, y pasa al pórtico, lo recorre hasta un zaguán para cruzar luego un patio donde hay mucha gente calentándose alrededor de una hoguera (y es que la noche, ahora, en estas primeras horas del viernes, se ha puesto cruda y ventosa). Está también Pedro, con Juan; mezclados ambos entre el gentío hostil. Y deben tener mucho valor para estar allí... Jesús los mira. En su boca, ya hinchada por los golpes recibidos, se dibuja un atisbo de sonrisa.

Un largo camino entre pórticos y atrios, patios y corredores (¡pero que casas tenía esta gente del Templo!).

Mas la gente no entra en el recinto pontificio. Se les impide ir más allá del atrio de Anás. Jesús va solo, entre esbirros y sacerdotes. Entra en una vasta sala que parece perder su forma rectangular debido a los asientos, muchos, dispuestos en forma de herradura y dejando en el centro un espacio vacío, tras el cual hay dos o tres asientos elevados sobre tarimas.

Cuando ya Jesús está para entrar, el rabí Gamaliel llega, y los guardias pegan un tirón al Prisionero para que ceda el paso al rabí de Israel. Pero éste, rígido como una estatua, hierático, aminora el paso y, moviendo apenas los labios, sin mirar a nadie, pregunta:

-¿Quién eres? Dímelo.

Y Jesús, dulcemente:

-Lee a los profetas y obtendrás la respuesta. El primer signo está en ellos, el otro vendrá.

Gamaliel recoge su manto y entra. Y tras él entra Jesús, de quien, mientras Gamaliel va a un sitial, tiran para ponerlo en el centro de la sala, frente al Pontífice, que verdaderamente tiene cara de malhechor. Se espera hasta que entran todos los miembros del Sanedrín.

Luego empieza la sesión. Pero Caifás ve dos o tres asientos vacíos y pregunta: -¿Dónde está Eleazar? ¿Dónde está Juan?

Se alza un joven escriba -creo-, hace una reverencia y dice:

-Han rehusado venir. Aquí está el escrito.

-Que se conserve y se escriba. Responderán de ello. ¿Qué tienen que decir los santos miembros del Consejo acerca de éste?

-Yo hablo. En mi casa violó el sábado. Dios me es testigo de que no miento. Ismael ben Fabí no miente nunca.

-¿Es verdad, acusado?

Jesús calla.

-Yo lo vi convivir con conocidas meretrices. Fingiéndose profeta, había hecho de su guarida un prostíbulo, y, para colmo, con mujeres paganas. Conmigo estaban Sadoq, Calasebona y Nahúm, apoderado de Anás. ¿Es verdad lo que digo, Sadoq y Calasebona? Desacreditad mi testimonio, si lo merezco.

-Es verdad. Es verdad.

-¿Qué dices?

Jesús calla.

-No desaprovechaba ocasión de burlarse de nosotros o de exponernos a la burla. La gente ya no nos estima, por Él.

-¿Los estás oyendo? Has profanado a los miembros santos.

Jesús calla.

-Este hombre está endemoniado. Vuelto de Egipto, ejercita la magia negra.

-¿Cómo lo pruebas?

-¡Ante mi fe y las tablas de la Ley!

-Grave acusación. Justifícate.

Jesús calla.

-Es ilegal tu ministerio, ¿lo sabes? Merece pena de muerte. Habla.

-Ilegal es esta sesión nuestra. Álzate, Simeón. Vamos - dice Gamaliel.

-Pero, rabí, ¿estás perdiendo la razón?

-Respeto los procedimientos. No es lícito proceder como lo estamos haciendo. Y presentaré una acusación pública por ello.

Y el rabí Gamaliel sale, rígido como una estatua, seguido por un hombre que se le parece, de unos treinta y cinco años.

Hay un poco de confusión, lo cual es aprovechado por Nicodemo y José para hablar en favor del Mártir.

-Gamaliel tiene razón. Son ilícitos la hora y el lugar. Y las acusaciones no son consistentes. ¿Puede alguien acusarlo de visible vilipendio a la Ley? Yo soy amigo suyo, y juro que siempre lo he visto respetuoso a la ley - dice Nicodemo.

-Y yo también. Y para no aceptar un delito me cubro la cabeza, no por Él, sino por vosotros, y salgo.

Y José hace ademán de bajar de su sitio y salir.

Pero Caifás grita en modo descompuesto:

-¡Ah! ¿Eso decís? Vengan entonces los testigos jurados. Y escuchad. Luego os marcháis.

Entran dos individuos de la peor calaña: miradas huidizas, risitas crueles, ademanes falsos.

-Hablad.

-¡No es lícito oírlos juntos! - grita José.

-Yo soy el Sumo Sacerdote. Yo ordeno. ¡Y silencio!

José da un puñetazo en una mesa y dice:

-¡Se abran sobre tu cabeza las llamas del Cielo! Desde este momento sabe que el Anciano José es enemigo del Sanedrín y amigo del Cristo. Y con esta determinación voy a decir al Pretor que aquí, sin respeto a Roma, se da muerte - y sale violentamente, dando un empujón a un delgado y joven escriba que intenta frenarlo.

Nicodemo, más morigerado, sale sin decir nada más. Y, al salir, pasa por delante de Jesús y lo mira...

Nueva agitación. Se teme a Roma. Y la víctima expiatoria sigue siendo Jesús.

-¡Por ti todo esto, ¿lo ves?! Tú, corruptor de los mejores judíos. Los has pervertido.

Jesús calla.

-¡Que hablen los testigos! - grita Caifás.

-Sí. Éste usaba el... el... Lo sabíamos... ¿Cómo se llama esa co-sa?

-¿Quizás el tetragrama?

-¡Eso es! ¡Tú lo has dicho! Invocaba a los muertos. Enseñaba la rebelión contra el sábado y la profanación del altar. Lo juramos. Decía que quería destruir el Templo para reedificarlo en tres días con la ayuda de los demonios.

-No. Él decía que no sería fabricado por el hombre.

Caifás baja de su sitial y se acerca a Jesús. Pequeño, obeso, feo, parece un enorme sapo al lado de una flor. Porque Jesús, a pesar de estar herido, magullado, sucio y despeinado, aparece todavía muy hermoso y majestuoso.

-¿No respondes? ¡Qué acusaciones contra ti! ¡Horrendas! Habla, para descargarte de su ignominia.

Pero Jesús calla. Lo mira y calla.

-Respóndeme a mí, entonces. Soy tu Pontífice. En nombre del Dios vivo, te conjuro. Dime: ¿eres Tú el Cristo, el Hijo de Dios?

-Tú lo has dicho. Lo soy. Y veréis al Hijo del hombre, sentado a la derecha del Poder de Dios, venir sobre las nubes del cielo. Pero, además, ¿por qué me interrogas? He hablado en público durante tres años. Nada he dicho ocultamente. Pregunta a los que me han oído. Ellos te dirán lo que he dicho y lo que he hecho.

Uno de los soldados que lo tienen sujeto le golpea en la boca, haciéndola sangrar de nuevo, y grita:

-¡Así respondes, satanás, al Sumo Pontífice?

Y Jesús, mansamente, responde a éste como al de antes:

-Si he hablado bien, ¿por qué me hieres? Si mal, ¿por qué no me dices dónde yerro? Repito: Yo soy el Cristo, Hijo de Dios. No puedo mentir. El sumo Sacerdote, el eterno Sacerdote soy Yo. Y sólo Yo llevo el verdadero Racional, en que está escrito: Doctrina y Verdad. Y a éstas soy fiel. Hasta la muerte, ignominiosa a los ojos del mundo, santa a los ojos de Dios; y hasta la bienaventurada Resurrección. Yo soy el Ungido. Pontífice y Rey Yo soy. Y estoy para tomar mi cetro y con él, como con aventador, limpiar la era. Este Templo será destruido y resurgirá, nuevo, santo, porque éste está corrompido y Dios lo ha abandonado a su destino.

-¡Blasfemo! - gritan todos en coro. ¿En tres días lo construirás, loco, poseído?

-No éste, sino el mío es el que resurgirá, el Templo del Dios verdadero, vivo, santo, tres veces santo.

-¡Anatema! - gritan de nuevo en coro.

Caifás alza su voz ronca y se desgarra las vestiduras de lino, con gestos de estudiado horror, y dice:

-¿Qué otra cosa hemos de oír de - testigos? La blasfemia está ya dicha. ¿Qué hacemos entonces?

Y todos, en coro:

-Sea reo de muerte.

Y con gestos de desdén y de escándalo salen de la sala y dejan a Jesús a merced de los esbirros y de la chusma de los falsos testigos, que, dándole bofetadas, puñetazos, escupiéndole, vendándole los ojos con un trapajo y luego tirándole violentamente de los cabellos, lo arrojan de un lado para otro, con las manos atadas, de manera que choca contra mesas, sitiales y paredes. Y le preguntan:

-¿Quién te na pegado? Adivina.

Y varias veces, poniéndole zancadillas, le hacen caer de bruces, y se ríen a carcajadas al ver cómo, con las manos atadas, a duras penas se levanta.

Pasan así las horas. Los torturadores, cansados, piensan en tomarse un poco de descanso. Llevan a Jesús a un tabuco haciéndole cruzar muchos patios exponiéndolo a las burlas de la turba, ya muy numerosa en el recinto de las casas pontificales.

Jesús llega al patio donde está Pedro, al lado de su hoguera. Y lo mira. Pero Pedro evita encontrar su mirada. Juan ya no está; supongo que se habrá marchado con Nicodemo...

El alba avanza fatigosamente, glauca. Una orden ha sido dada: llevar de nuevo al Prisionero a la sala del Consejo para un proceso más legal. Es el momento en que Pedro niega por tercera vez que conoce al Cristo, cuando Él pasa ya marcado por los padecimientos. Con la luz verdosa del alba, los moratones parecen aún más atroces en el rostro térreo, los ojos más hundidos y vítreos: un Jesús empañado por el dolor del mundo...

Un gallo lanza al aire apenas móvil del alba su grito burlón, sarcástico, pícaro. Y en este momento de gran silencio que se ha creado ante la presencia de Cristo, sólo se oye la voz áspera de Pedro decir: «Lo juro, mujer. No le conozco»: afirmación seca, segura, a la cual, como una carcajada burlona, responde en seguida el ribaldo canto del gallito.

Pedro reacciona. Se vuelve para huir, y se encuentra a Jesús de frente, mirándolo con infinita piedad, con un dolor tan intenso y sentido, que me parte el corazón (como si después de eso yo hubiera de ver disolverse, para siempre, a mi Jesús). Pedro experimenta un conato de llanto. Sale, tambaleándose como si estuviera borracho. Huye detrás de dos domésticos que también salen. Se pierde cuesta abajo por la calle todavía semioscura.

Llevan otra vez a la sala a Jesús. Le repiten en coro la pregunta capciosa:

-En nombre del Dios verdadero, dinos: ¿eres el Cristo?

Y, habiendo recibido la respuesta de antes, lo condenan a muerte y dan la orden de conducirlo ante Pilatos.

Jesús, escoltado por todos sus enemigos, menos Anás y Caifás, sale, pasando de nuevo por esos patios del Templo donde tantas veces había hablado, favorecido y curado; franquea el cinturón almenado, entra en las calles de la ciudad y, más arrastrado que conducido, baja hacia ésta, ahora rojiza por un primer anuncio de la aurora. Creo que con la única finalidad de alargarle el tormento le hacen recorrer un largo trayecto superfluo por Jerusalén, pasando arteramente por las barracas de mercado, por delante de las caballerizas y de posadas colmadas de gente por la Pascua. Y tanto las verduras de desecho de los puestos como los excrementos de los animales de las cuadras se transforman en proyectiles para el Inocente, cuyo rostro presenta, cada vez más, mayores moraduras, pequeñas magulladuras sanguinolentas, y aparece velado por distintas inmundicias en él esparcidas. Los cabellos, ya recargados y ligeramente tiesos debido al sudor sanguíneo, y más opacos, ahora penden despeinados, impregnados de paja e inmundicias, y caen sobre los ojos, porque le revuelven aquéllos para taparle la cara.

La gente que está en las barracas, compradores y vendedores, abandonan todo para seguir - no con amor precisamente - al Desdichado. Los estableros y los criados de las posadas salen en masa, sordos a las voces de las amas (las cuales, como casi todas las otras mujeres, la verdad es que se muestran, si no totalmente contrarias a estas ofensas, sí, al menos, indiferentes a esta agitación, y se retiran echando pestes porque las dejan solas y tienen mucha gente a la que atender).

La turba vociferante se engrosa así a cada minuto que pasa, y parece como si por una repentina epidemia los corazones y las fisonomías cambiaran su naturaleza: aquéllos, transformándose en corazones de malhechores; éstas, en máscaras de crueldad en caras verdes de odio o rojas de ira. Las manos son ahora garras, las bocas adquieren forma y aullido de lobo, los ojos se hacen torvos, rojos, torcidos... como los de los locos. Sólo Jesús sigue igual, aunque cubierto de inmundicias esparcidas por su cuerpo alterado por moratones y tumefacciones.

A1 llegar a un tramo abovedado que estrecha la calle como un anillo, mientras todo se tapona y se hace más lento, un grito corta el aire:

-¡Jesús!

Es Elías, el pastor, que trata de abrirse paso enarbolando y haciendo girar un grueso palo. Viejo, robusto, con aire amenazador, fuerte, logra llegar casi donde el Maestro. Pero la muchedumbre, desbaratada por el inesperado asalto, aprieta sus filas y aparta, rechaza, vence a este hombre solo contra toda la turba.

-¡Maestro! - grita, mientras el remolino de la muchedumbre lo absorbe y rechaza.

-¡Vete!... Mi Madre... Te bendigo...

Y la turba rebasa el estrechamiento. Ahora, como agua que hallara respiro después de una esclusa, se vuelca, en tumulto, por un amplio paseo elevado respecto a una depresión del terreno situada entre dos lomas en cuyos límites pueden verse espléndidos palacios de señores de alta alcurnia.

Vuelvo a ver el Templo en lo alto de su monte, y comprendo que la vuelta ociosa que han hecho dar al Condenado para exponerlo al escarnio de toda la ciudad y permitir a todos insultarlo -habiendo aumentando a cada paso los que participaban en estos insultos- está para concluirse, volviendo así otra vez a los lugares de antes.

De un palacio sale al galope un caballero. La gualdrapa purpúrea sobre la blancura del caballo árabe y la solemnidad de su aspecto, la espada blandida desnuda, descargada de plano y filo sobre espaldas y cabezas que ya sangran, le hacen parecer un arcángel. Cuando un caracol, una empinadura del caballo que corvetea -haciendo de los cascos un arma de defensa para sí mismo y para su amo, y el más eficaz de los instrumentos de apertura para abrirse paso entre la multitud-, provoca la caída del velo de púrpura y oro que cubría su cabeza y que estaba sujeto por una cinta de color de oro, entonces reconozco a Manahén.

-¡Atrás! – grita - ¿Cómo os permitís turbar el descanso del Tetrarca?

Pero esto es sólo una excusa para justificar su intervención y su intento de llegar hasta Jesús.

-Este hombre... dejádmelo ver... Apartaos, o llamo a la guardia...

La gente, tanto por la lluvia de mandobles, como por las patadas del caballo, y por la amenaza del caballero, abre paso. Manahén puede, así, llegar al grupo de Jesús y de los miembros de la guardia del Templo que lo tienen sujeto.

-¡Fuera! El Tetrarca es más que vosotros, sucios siervos. Atrás. Quiero hablar con Él - y lo obtiene, cargando con su espada contra el más encarnizado de sus apresadores.

-¡Maestro! ...

-Gracias. ¡Pero vete! ¡Y que Dios te conforte!

Y, como puede con las manos atadas, Jesús hace un gesto de bendición.

La muchedumbre silba desde lejos y, en cuanto ve que Manahén se retira, de haber sido arredrada se venga con una lluvia de piedras y porquerías contra el Condenado.

Por el paseo en subida, ya calentado por el sol, se va hacia la Torre Antonia, cuya mole ya aparece lejos.

Un grito agudo de mujer (« ¡Oh, mi Salvador! ¡Mi vida por la tuya, oh Eterno!») hiende el aire.

Jesús vuelve la cabeza y ve, en la alta terraza florida que corona una casa muy bonita, a Juana de Cusa, tendiendo los brazos al cielo, entre miembros de la servidumbre, hombres y mujeres, con los pequeños María y Matías al lado de ella. ¡Pero el Cielo hoy no escucha oraciones! Jesús alza las manos y traza un gesto de adiós y bendición.

-¡Muerte! ¡Muerte al blasfemo, al corruptor, al satanás! ¡Muerte a sus amigos! - y lanzan silbidos y piedras hacia la alta terraza. No sé si hieren a alguno. Oigo un grito agudísimo y luego veo que el grupo se deshace y desaparece.

Y siguen adelante, adelante, subiendo... Jerusalén muestra sus casas al sol, vacías, vaciadas por el odio, que impulsa a toda una ciudad (con los habitantes efectivos y los transeúntes que se han dado cita para la Pascua) contra un inerme.

Unos soldados romanos, un entero manipulo, sale, corriendo, de la Antonia, apuntadas las lanzas contra la chusma, que, gritando, se dispersa. Se quedan en medio de la calle Jesús y los miembros de la guardia con los jefes de los sacerdotes, algunos escribas y algunos Ancianos del pueblo.

-¿Este hombre? ¿Esta sedición? Responderéis ante Roma - dice, altanero, un centurión.

-Es reo de muerte, según nuestra ley.

-¿Y desde cuándo se os ha devuelto el *ius gladii et sanguinis?* - pregunta el mismo, el más anciano de los centuriones (de rostro severo, verdaderamente romano, con una mejilla dividida por una profunda cicatriz); y habla con el desprecio y el desdén con que hablaría a piojosos galeotes.

-Sabemos que no tenemos este derecho. Somos los fieles subordinados de Roma...

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Mira lo que dicen, Longinos! ¡Fieles! ¡Subordinados!... ¡Carroña! Las flechas de mis arqueros os daría como premio.

-¡Demasiado noble una muerte así! ¡Las espaldas de los mulos requieren el flagrum y no otra cosa!... responde con irónica flema Longinos.

Los jefes de los sacerdotes, escribas y Ancianos, espuman veneno. Pero, como quieren obtener su objetivo, callan; tragan la ofensa sin dar muestras de haberla entendido, e inclinándose ante los dos jefes, piden que Jesús sea llevado a la presencia de Poncio Pilato para que "juzgue y condene con la bien conocida y honesta justicia de Roma».

-¡Ja! ¡Ja! ¡Mira lo que dicen! Ahora somos más sabios que Minerva... ¡Aquí! ¡Venga! ¡Id por delante! ¡Nunca se sabe! Sois unos chacales, y además hediondos. Teneros detrás es un peligro. ¡Venga!

-No podemos.

-¿Por qué? Cuando uno acusa debe estar delante del juez con el acusado. Esta es la regla de Roma.

-La casa de un pagano es impura ante nuestros ojos, y ya estamos purificados para la Pascua.

-¡Oh, pobrecitos! ¡Si entran, se contaminan!... ¿Y matar al único hebreo que es hombre, y no un chacal y un reptil como vosotros, no os contamina? Bien, de acuerdo, quedaos ahí. Si dais un paso adelante os veréis clavados en las lanzas. Una decuria en torno al Acusado. Las otras contra esta chusma hedionda de pico mal lavado.

Jesús entra en el Pretorio en medio de los diez asteros, que forman un cuadrado de alabardas en torno a su persona. Los dos centuriones van delante. Mientras Jesús espera en un vasto atrio, tras el cual hay un patio visible en parte a través de una cortina que el viento agita, ellos desaparecen tras una puerta.

Vuelven con el Gobernador, que viene vestido con una toga blanquísima, sobre la cual trae un manto de color escarlata: quizás vestían así cuando representaban oficialmente a Roma. Entra indolentemente, con una sonrisita escéptica en su cara afeitada. Tritura entre sus manos hojas de hierba luisa y las huele con voluptuosidad. Va a un cuadrante solar, lo mira, se vuelve, echa unos granos de incienso en un brasero que está colocado a los pies de un numen. Manda que le traigan agua de cidra y hace gárgaras con ella. Se contempla el peinado, hecho todo de ondas, en un espejo de metal tersísimo. Parece como si se hubiera olvidado del Condenado, que espera su aprobación para ser ejecutado. Haría airarse hasta a las mismas piedras.

Los hebreos, dado que el atrio está por el frente todo abierto y elevado sobre tres altos escalones respecto del vestíbulo -el cual, a su vez, respecto a la calle a la que da, está ya de por sí elevado sobre otros tres escalones- ven todo perfectamente, y hierven por dentro. Pero no osan rebelarse por miedo a las lanzas y a las jabalinas.

Por fin, después de haber ido y venido por el amplio lugar; Pilatos va hacia Jesús. Lo mira y pregunta a los dos centuriones:

-¿Este?

-Éste.

-Que vengan sus acusadores - y va a sentarse en la silla que está encima de la tarima. Las enseñas de Roma, sobre su cabeza, se entrecruzan con las águilas doradas y la poderosa sigla.

-No pueden venir. Se contaminan.

-¡¡¡Hala!!! Mejor. Nos ahorraremos ríos de esencias para quitar el olor a cabra. Que se acerquen al menos. Aquí abajo. Y cuidad de que no entren, dado que no quieren hacerlo. Puede ser un pretexto este hombre para una sedición.

Un soldado sale para llevar la orden del Procurador romano. Los demás forman, delante del atrio a iguales distancias unos de otros, hermosos como nueve estatuas de héroes.

Se acercan los jefes de los sacerdotes, escribas y Ancianos. Saludan con serviles reverencias y se detienen en la placita que está delante del Pretorio, delante de los tres escalones del vestíbulo.

-Hablad y sed concisos. Ya tenéis culpa por haber turbado la noche y haber obtenido la apertura de las puertas con violencia. Pero verificaré estas cosas y mandantes y mandatarios responderán de la desobediencia al decreto.

Pilato ha ido hacia ellos (aunque se ha quedado en el vestíbulo).

-Venimos a someter a Roma, a cuyo divino emperador tú representas, nuestro juicio sobre éste.

-¿Qué acusación traéis contra El? Me parece un hombre inocuo...

-Si no fuera un malhechor, no te lo habríamos traído.

Y con afán de acusar dan unos pasos hacia delante.

-¡Arredrad a esta plebe! Seis pasos más allá de los tres escalones de la plaza. ¡Las dos centurias, a las armas!

Los soldados obedecen rápidamente alineándose cien sobre el escalón externo más alto, vueltas las espaldas al vestíbulo, y cien en la placita a la que da el portal de entrada de la morada de Pilato. He dicho "portal", debería decir "zaguán" o arco triunfal, porque se trata de un vastísimo lugar abierto limitado por una verja, que ahora está abierta de par en par y que da acceso al atrio por el largo corredor del vestíbulo -de, al menos, seis metros de ancho-, de forma que se ve con claridad lo que sucede en el atrio realzado. A1 pie del amplio vestíbulo se ven las caras bestiales de los judíos mirando, amenazadoras y satánicas, hacia el interior, mirando desde el otro lado de la barrera armada que, codo con codo, como para una revista, presenta doscientas puntas a los conejos asesinos.

-Repito: ¿qué acusación traéis contra éste?

-Ha cometido delito contra la Ley de los padres.

-¿Y venís a darme la lata a mí por esto? Lleváoslo vosotros y juzgadlo según vuestras leyes.

-Nosotros no podemos ajusticiar a nadie. No somos doctos. El Derecho hebreo es un niño deficiente respecto al perfecto Derecho de Roma. Como ignorantes y como sujetos a Roma, maestra, tenemos necesidad...

-¿Desde cuándo sois miel y mantequilla?... De todas formas, vosotros, maestros del embuste, habéis dicho una verdad. ¡Tenéis necesidad de Roma! Sí. Para deshaceros de este que os molesta. Entiendo.

Y Pilato se ríe mientras mira al cielo sereno encuadrado como una lámina rectangular de turquesa oscura entre las marmóreas y cándidas paredes del atrio. -Decidme: ¿en qué ha cometido delito contra vuestras leyes?

-Hemos visto que éste introducía el desorden en nuestra nación e impedía pagar el tributo a César, presentándose como el Cristo, rey de los judíos.

Pilato vuelve a acercarse a Jesús, que está en el centro del atrio (¡tan clara se ve su mansedumbre, que los soldados lo han dejado allí, atado pero sin custodia!). Y le pregunta:

-¡Eres Tú el rey de los judíos?

-¿Lo preguntas por ti o por insinuación de otros?

-¿Y qué me importa a mí de tu reino? ¿Soy yo, acaso, judío? Tu nación y los jefes de ella te han entregado a mí para que juzgue. ¿Qué has hecho? Sé que eres leal. Habla. ¿Es verdad que aspiras a reinar?»

-Mi Reino no viene de este mundo. Si fuera un reino del mundo, mis ministros y soldados habrían luchado para impedir que cayera en manos de los judíos. Pero mi Reino no es de la Tierra. Y tú sabes que no tiendo al poder.

-Eso es verdad. Lo sé. Me lo han dicho. De todas formas, ¿no niegas que eres rey?

-Tú lo dices. Yo soy Rey. Para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la Verdad. El que es amigo de la Verdad escucha mi voz.

-¿Y qué es la Verdad? ¿Eres filósofo? No sirve de nada frente a la muerte. Sócrates murió igualmente.

-Pero le sirvió ante la vida, para vivir bien. Y también para morir bien. Y para ir a la vida segunda sin nombre de traidor de las virtudes ciudadanas.

-¡Por Júpiter!

Pilato lo mira admirado unos momentos. Luego vuelve a caer en el sarcasmo escéptico. Hace un gesto de fastidio, le vuelve las espaldas y va hacia los judíos.

-No encuentro en Él ninguna culpa.

La muchedumbre, temiendo perder la presa y el espectáculo del suplicio, se agita. Gritan:

-¡Es un rebelde!»; «es un blasfemo»; «incita al libertinaje»; «anima a la rebelión»; «niega respeto a César»; «se finge profeta sin serlo»; «hace magia»; «es un satanás»; «agita al pueblo con sus doctrinas, enseñando en toda Judea, a donde ha venido de Galilea enseñando»; «¡a muerte!»; «¡a muerte!».

-¿Es galileo? ¿Eres galileo? - Pilato vuelve a acercarse a Jesús:

-¿Oyes cómo te acusan? Justifícate.

Pero Jesús calla.

Pilato piensa... y decide.

-Una centuria, y éste donde Herodes. Que lo juzgue él. Es súbdito suyo. Reconozco el derecho del Tetrarca y ratifico de antemano su veredicto. Que se le informe. Marchaos.

Y Jesús, encuadrado como un granuja por cien soldados, vuelve a cruzar la ciudad, y vuelve a ver a Judas Iscariote, al que ya había visto una vez en un mercado. Antes, invadida por el desagrado del alboroto del pueblo, me había olvidado de decirlo. La misma mirada de piedad hacia el traidor...

Ahora es más difícil descargar sobre Él patadas y palos, pero no faltan ni las piedras ni las porquerías, y si las piedras caen y sólo suenan, sin herir, en los yelmos y corazas romanos, sí que dejan señal cuando caen sobre Jesús, que camina sólo con la túnica, pues que había dejado el manto en el Getsemaní.

Al entrar en el fastuoso palacio de Herodes, Jesús ve a Cusa... que no sabe mirarlo, y que huye para no verlo en ese estado, cubriéndose la cabeza con el manto.

Ya está en la sala en presencia de Herodes. Y detrás de Jesús - escoltado hasta el Tetrarca sólo por el centurión y cuatro soldados-ya entran como acusadores embusteros los fariseos escribas, que aquí se sienten a sus anchas.

Herodes baja de su sitial y da vueltas en torno a Jesús mientras escucha las acusaciones de sus enemigos. Sonríe. Hace burla. Luego finge una piedad y un respeto que no turban al Mártir, como tampoco le han turbado las burlas.

-Eres grande. Lo sé. He seguido tus pasos con atención, y me he alegrado cuando he visto que Cusa era amigo tuyo y Manahén discípulo. Yo... las preocupaciones del Estado... Pero sentía un gran deseo de decirte que eres grande... de pedirte perdón... La mirada de Juan... su voz... me acusan y siempre están delante de mí. Tú eres el santo que borra los pecados del mundo. Absuélveme, Cristo.

Jesús calla.

-He oído que te acusan de haberte alzado contra Roma. ¿Pero no eres Tú la vara prometida para castigar a Asur? *(Isaías 30, 30-32)*

Jesús calla.

-Me han dicho que profetizas el final del Templo y de Jerusalén. Pero, dado que existe por voluntad del Eterno, ¿no es eterno el Templo como espíritu?

Jesús calla.

-¿Estás loco? ¿Has perdido el poder? ¿Es que Satanás te traba la palabra? ¿Te ha abandonado?

Herodes ahora se ríe.

Luego da una orden, y unos siervos traen un galgo con una pata rota, que ladra quejumbrosamente, y a un establero idiota, hidrocéfalo, baboso, un aborto de hombre, juguete de los siervos. Los escribas y los sacerdotes huyen, gritando por el sacrilegio, cuando ven la camilla del perro. Herodes, falso y burlón, explica:

-Es el preferido de Herodías. Regalo de Roma. Ayer se rompió una pata y ella llora. Ordena que se cure. Haz el milagro.

Jesús lo mira severamente. Y calla.

-¿Te he ofendido? Entonces a éste. Es un hombre, aunque en poco supere a un animal salvaje. Dale la inteligencia, Tú, Inteligencia del Padre... ¿No dices eso? - Y se ríe, ofensivo.

Otra mirada, más severa, de Jesús. Y silencio.

-Este hombre está demasiado abstinente, y ahora está aturdido por los desprecios. Vino y mujeres, aquí. Y desatadlo.

Lo desatan y, mientras gran número de servidores traen ánforas y copas, entran bailarinas... tapadas con nada: una franja multicolor de lino ciñe, como único vestido, desde la cintura a los muslos, sus gráciles cuerpos; nada más. Broncíneas -son africanas-, livianas como gacelas jovencitas, comienzan una danza silenciosa y lasciva.

Jesús rechaza las copas y cierra los ojos. Calla. La corte de Herodes, ante este desdén suyo, ríe.

-Toma la que quieras. ¡Vive! ¡Aprende a vivir!... - insinúa Herodes.

Jesús parece una estatua. Con los brazos cruzados, los ojos bien cerrados, no reacciona ni siquiera cuando las impúdicas bailarinas le pasan rozando con sus cuerpos desnudos.

-Basta. Te he tratado como a Dios y no has actuado como Dios. Te he tratado como hombre y no has actuado como hombre. Estás loco. Una túnica blanca. Ponédsela para que Poncio Pilato sepa que el Tetrarca ha juzgado loco a su súbdito. Centurión, dirás al Procónsul que Herodes le presenta humildemente sus respetos y venera a Roma. Marchaos.

Y Jesús, atado de nuevo, sale, con una túnica de lino que le llega hasta la rodilla, encima de la túnica roja de lana.

Y vuelven donde Pilato.

Ahora, cuando la centuria a duras penas hiende la masa de gente -no se han cansado de esperar ante el palacio proconsular, y es extraño el ver a tanta gente en ese sitio y en los lugares cercanos mientras que el resto de la ciudad aparece vacío-, Jesús ve en grupo a los pastores. Están al completo, o sea: Isaac, Jonatán, Leví, José, Elías, Matías, Juan, Simeón, Benjamín y Daniel. Con ellos también un grupito de galileos, de los cuales reconozco a Alfeo y a José de Alfeo, junto a dos otros que no conozco, pero que, por el peinado, diría que son judíos. Y un poco detrás, semiescondido tras una columna, junto a un romano que parece ser un servidor, ve a Juan, que ha entrado en el vestíbulo. Jesús sonríe a éste y a aquéllos... sus amigos... Pero ¡qué son estos pocos y Juana y Manahén y Cusa en medio de un océano de odio en agitación?...

E1 centurión saluda a Poncio Pilato e informa.

-¡¿Aquí otra vez?! ¡Uf! ¡Maldita esta raza! Que se acerque la chusma. Traed aquí al Acusado. ¡Uf, qué lata!

Va hacia la muchedumbre, aunque también esta vez se detiene en la mitad del vestíbulo.

-Hebreos, escuchad. Me habéis traído a este hombre como agitador del pueblo. Delante de vosotros lo he examinado y no he hallado en Él ninguno de los delitos de que lo acusáis. Herodes no ha encontrado más que yo. Y nos lo ha devuelto. No merece la muerte. Roma ha hablado. De todas formas, por no contrariaros privándoos de la recreación, os daré a cambio a Barrabás. Y a Él mandaré que le den cuarenta azotes. Así basta.

-¡No, no! ¡No a Barrabás! ¡No a Barrabás! ¡A Jesús la muerte! ¡Y una muerte horrenda! Libera a Barrabás y condena al Nazareno.

-¡Pero oíd! He dicho fustigación. ¡No es suficiente? ¡Entonces mandaré que lo flagelen! ¿Sabéis que es atroz? Puede morir por ello. ¿Qué mal ha hecho? No encuentro ninguna culpa en Él, así que lo liberaré.

-¡Crucifica! ¡Crucifica! ¡A muerte! ¡Eres un protector de los malhechores! ¡Pagano! ¡Tú también otro satanás!

La muchedumbre se acerca hasta el pie del vestíbulo y la primera formación de soldados, no pudiendo usar las lanzas, ondea por el choque. Pero la segunda fila, bajando un peldaño, blande las lanzas y libera a los compañeros.

-Que sea flagelado - ordena Pilato a un centurión.

-¿Cuánto?

-Lo que te parezca... Total, ésta es una cuestión concluida. Y yo ya estoy aburrido. Venga, ve.

Cuatro soldados llevan a Jesús al patio que está después del atrio. En él, enteramente enlosado con mármoles de color, en su centro hay una alta columna semejante a las del pórtico. A unos tres metros del suelo, la columna tiene un brazo de hierro que sobresale al menos un metro y que termina en una argolla. A ésta columna - tras haberlo hecho desvestirse, de forma que ha quedado únicamente con un pequeño calzón de lino y las sandalias- atan a Jesús, con las manos unidas por encima de la cabeza. Levantan las manos, atadas por las muñecas, hasta la argolla, de forma que Él, a pesar de ser alto, no apoya en el suelo más que la punta de los pies... Y también esta postura debe ser un tormento.

He leído, no sé dónde, que la columna era baja y que Jesús estaba encorvado. Será eso. Yo lo veo así y así lo digo.

Detrás de Él se coloca uno de cara de verdugo y neto perfil hebreo; delante, otro, con la misma cara. Están armados con el flagelo de siete tiras de cuero unidas a un mango y acabadas en un martillito de plomo. Rítmicamente, como si estuvieran haciendo un ejercicio, se ponen a dar golpes. Uno, delante; el otro, detrás. De forma que el tronco de Jesús se halla dentro de una rueda de azotes y flagelos.

Los cuatro soldados a los que ha sido entregado, indiferentes, se han puesto a jugar a los dados con otros tres soldados que han llegado en ese momento. Y las voces de los jugadores se acompasan con el sonido de los flagelos, que silban como sierpes y luego suenan como piedras arrojadas contra la membrana tensa de un tambor, golpeando el pobre cuerpo, ese pobre cuerpo tan delgado y de un color blanco de marfil viejo, que primero se pone cebrado, de un rosa cada vez más vivo, luego morado, para tornarse luego de relieves de color añil, hinchados de sangre, y luego se abre y rompe y suelta sangre por todas partes. Los verdugos se ceban especialmente en el tórax y en el abdomen; pero no faltan los golpes en las piernas y en los brazos, e incluso en la cabeza, para que no hubiera un lugar de la piel sin dolor.

Y ni una queja siquiera... Si no estuviera sujetado por la cuerda, se caería. Pero ni se cae ni gime. Eso sí, la cabeza le pende –después de golpes y más golpes recibidos- sobre el pecho, como por desvanecimiento.

-¡Eh, para ya! - grita un soldado, y, en tono de mofa:

-Que tienen que matarlo estando vivo.

Los dos verdugos se paran y se secan el sudor.

-Estamos agotados» dicen - Dadnos la paga, para poder echar un trago y así reponernos...

-¡La horca os daría! En fin, tomad... - y un decurión arroja una moneda grande a cada uno de los dos verdugos.

-Habéis trabajado a conciencia. Parece un mosaico. Tito: ¿tú dices que era éste el amor de Alejandro? Le daremos la noticia para que cumpla el luto. Lo desatamos un poco, ¿eh?

Lo desatan, y Jesús se derrumba como muerto. Lo dejan ahí en el suelo, y de vez en cuando lo golpean con el pie calzado con las cáligas para ver si gime. Pero Él calla.

-¿Estará muerto? ¿Pero es posible? Es joven. Y artesano. Eso me han dicho... Parece una dama delicada.

-Déjalo de mi cuenta - dice un soldado. Y lo sienta con la espalda apoyada en la columna. Donde estaba, ahora hay grumos de sangre... Luego va a una pequeña fuente que gorgotea bajo el pórtico. Llena de agua un barreño y lo arroja sobre la cabeza y el cuerpo de Jesús.

-¡Así! A las flores les viene bien el agua.

Jesús suspira profundamente. Intenta levantarse. Pero todavía tiene los ojos cerrados.

-¡Eso es! ¡Bien! ¡Arriba, majo! ¡Que te espera la dama!...

Pero Jesús inútilmente apoya en el suelo los puños intentando erguirse.

-¡Arriba! ¡Rápido! ¿Te sientes débil? Con esto te vas a reponer - dice otro soldado con sonrisa socarrona. Y con el asta de su alabarda descarga un golpe en la cara de Jesús, dándole entre el pómulo derecho y la nariz, por donde empieza a sangrar.

Jesús abre los ojos, los vuelve. Es una mirada empañada... Mira fijamente al soldado que lo ha golpeado. Se enjuga la sangre con la mano. Luego, con mucho esfuerzo, se pone de pie.

-Vístete. No es decente estar así. ¡Impúdico!

Todos se ríen, en corro alrededor de Él.

Él obedece sin decir nada. Pero, mientras se encorva -y sólo Él sabe lo que sufre al agacharse, estando tan magullado y con esas llagas que al estirarse la piel se abren más todavía, y con otras que se forman al romperse las ampollas-, un soldado da una patada a la ropa y la disemina, y cada vez que Jesús, tambaleándose, llega a donde ha caído la ropa, un soldado las echa en otra dirección. Y Jesús sufriendo agudamente, sigue a la ropa sin decir una palabra, mientras los soldados se burlan de Él en modo repugnante.

Por fin puede vestirse. Se pone también la túnica blanca, que estaba apartada y no se ha manchado. Parece querer ocultar su pobre túnica roja, que ayer mismo estaba tan bonita y ahora está ensuciada de porquerías y manchada por la sangre sudada en Getsemaní. Es más, antes de ponerse sobre la piel la túnica corta interior, se enjuga con ella la cara, que está mojada, limpiándola así de polvo y esputos. Y la pobre, santa faz, aparece limpia, sólo signada de moratones y pequeñas heridas. Se ordena también el pelo, que pendía desordenado, y la barba, por una innata necesidad de arreglo corporal.

Y luego se acurruca al sol. Porque tiembla mi Jesús... La fiebre empieza a serpear en Él con sus escalofríos. Y también se pone de manifiesto la debilidad por la sangre perdida, el ayuno y el mucho camino andado.

Le atan de nuevo las manos. Y la cuerda sierra de nuevo en donde ya hay un rojo aro de piel levantada.

-¿Y ahora? ¿Qué hacemos con Él? ¡Yo me aburro!

-Espera. Los judíos quieren un rey. Vamos a dárselo. Ése... - dice un soldado.

Y sale raudo -sin duda, a un patio de detrás-. Vuelve con un haz de ramas de espino albar agreste, todavía flexible porque la primavera mantiene blandas las ramas, de espinas bien duras y aguzadas. Con la daga, quitan hojas y florecillas. Luego hacen un círculo con las ramas y lo acalcan en la pobre cabeza... Pero la bárbara corona penetra hasta el cuello.

-No va bien. Más pequeña. Quítasela.

La sacan, y, al hacerlo, arañan las mejillas -incluso con el peligro de cegar a Jesús- y arrancan cabellos. La hacen más pequeña. Ahora está demasiado estrecha y, aunque aprietan -hincando en la cabeza las espinas-, puede caerse. Otra vez afuera, arrancando más pelo. La modifican de nuevo. Ahora va bien. Delante hay un triple cordón espinoso; detrás, donde los extremos de las tres ramas se entrecruzan, hay un verdadero nudo de espinas que entran en la nuca.

-¡Ves qué bien estás! Bronce natural y rubíes puros. Mírate, rey, en mi coraza - dice, burlón, el que ha ideado el suplicio.

-No es suficiente la corona para hacerlo a uno rey. Se necesita la púrpura y el cetro. En el establo hay una caña y en la cloaca hay una clámide roja. Ve por ellas, Cornelio.

Y, cuando éste las trae, ponen el sucio trapajo sobre los hombros de Jesús y, antes de ponerle entre las manos la caña, le dan con ella en la cabeza, hacen reverencias y saludan:

-¡Ave, rey de los Judíos! - y se tronchan de risa.

Jesús no les opone resistencia. Se deja sentar en el "trono" (un barreño colocado boca abajo, usado, sin duda, para dar de beber a los caballos), y se deja golpear y escarnecer, sin decir nada nunca. Solamente los mira... y es una mirada de una dulzura tan grande y de un dolor tan atroz, que no puedo mirar yo sin sentir mi corazón traspasado.

Los soldados concluyen el escarnio sólo cuando oyen la voz de un superior que ordena sea conducido el reo ante Pilato.

¡Reo! ¿De qué?

Sacan de nuevo a Jesús al atrio, cubierto ahora éste por un valioso entrecielo para el sol. Jesús tiene todavía la corona, la clámide y la caña.

-Acércate, para mostrarte al pueblo.

Jesús, ya quebrantado, se yergue con porte digno: ¡oh, verdaderamente es un rey!

-Oíd, hebreos. Aquí está el hombre. Yo lo he castigado. Pero ahora dejadlo marcharse.

-¡No, no! ¡Queremos verle! ¡Que salga! ¡Queremos ver al blasfemo!

-Traedlo aquí afuera. Y atentos a que no lo prendan.

Y mientras Jesús sale al vestíbulo y puede vérsele dentro del cuadrado formado por los soldados, Poncio Pilato lo señala con la mano diciendo:

-He aquí al Hombre. A vuestro rey. ¿No es suficiente todavía?

El sol de un día de bochorno llegado ya al medio de la tercia desciende casi perpendicular, encendiendo y resaltando miradas y c-ras: ¿son hombres esa gente? No: hienas hidrófobas. Gritan, muestran los puños, piden muerte...

Jesús está erguido. Nunca tuvo esa nobleza de ahora. Ni siquiera cuando ejecutaba los más poderosos milagros. Nobleza de dolor. Tan divino, que bastaría para signarlo con el nombre de Dios. Pero para pronunciar ese Nombre hay que ser, al menos, hombres, y Jerusalén hoy no tiene hombres, sólo demonios.

Jesús recorre con su mirada la muchedumbre y, en el mar de caras cargadas de odio, encuentra rostros amigos. ¿Cuántos? Menos de veinte amigos entre millares de enemigos... Y agacha la cabeza, bajo la impresión de este abandono. Una lágrima rueda... y otra... y otra... El ver su llanto no genera piedad; antes bien, un odio aún más sañudo.

De nuevo le llevan al atrio.

-¿Entonces? Dejadlo marcharse. Es justicia.

-No. A muerte. Crucifica.

-Os doy a Barrabás.

-No. ¡A1 Cristo!

-Pues entonces pase a vuestras manos y crucificadlo vosotros, porque yo no encuentro en Él delito alguno para hacerlo.

-Se ha llamado Hijo de Dios. Nuestra ley establece la muerte para el reo de una blasfemia como ésa.

Pilato está ahora pensativo. Vuelve a entrar. Se sienta en su pequeño trono. Pone, mientras escruta a Jesús, una mano en la frente, y el codo encima de la rodilla. -Acércate - dice.

Jesús va hasta el pie de la tarima.

-¿Es verdad? Responde.

Jesús calla.

-¿De dónde vienes? ¿Quién es Dios?

-Es el Todo.

-Y... bueno, ¿y qué quiere decir "el Todo"? ¿Qué es el Todo para uno que muere? Estás desquiciado... Dios no existe. Yo existo.

Jesús guarda silencio. Ha dejado caer la gran palabra y ahora de nuevo se viste de silencio.

-Poncio: la liberta de Claudia Prócula pide permiso para entrar. Tiene un escrito para ti.

-¡Domine! ¡Y ahora, además, las mujeres! Que pase.

Entra una romana. Se arrodilla mientras entrega una tablilla encerada. Debe ser la tablilla en que Prócula ruega a su marido que no condene a Jesús. La mujer se retira caminando hacia atrás mientras Pilato lee.

-Se me aconseja evitar el homicidio contra ti. ¿Es verdad que eres más que un arúspice? Me causas miedo.

Jesús guarda silencio.

-¿Pero no sabes que tengo poder para liberarte o para crucificarte?

-No tendrías ningún poder, si no se te diera de arriba. Por eso el que me ha entregado a ti es más culpable que tú.

-¿Quién es? ¡Tu Dios? Tengo miedo...

Jesús calla.

Pilato está en ascuas. Quisiera y no quisiera. Teme el castigo de Dios, teme el de Roma, teme las venganzas judías. El miedo a Dios vence un momento. Va al extremo frontal del atrio y dice con voz potente:

-No es culpable.

-Si dices eso, eres enemigo de César. Quien se hace rey es su enemigo. Lo que quieres es liberar al Nazareno. Ya nos encargaremos de que lo sepa César.

Se apodera de Pilato el miedo al hombre.

-En definitiva, que queréis verlo muerto, ¿no? Pues así sea. Pero no manche mis manos la sangre de este justo.

Pide un balde y se lava las manos ante la presencia del pueblo, que parece ebrio de frenesí mientras grita:

-¡Sobre nosotros, sobre nosotros caiga su sangre; caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos! ¡No la tememos! ¡A la cruz! ¡A la cruz!

Poncio Pilato vuelve a su pequeño trono, llama al centurión Longinos y a un esclavo. Manda a éste que le traiga una tabla. Sobre ésta apoya un cartel y en él manda escribir: «Jesús Nazareno, Rey de los Judíos». Y lo muestra al pueblo.

-No. Eso no. No "Rey de los Judíos". Sino que Él se ha llamado rey de los Judíos - Esto gritan muchos.

-Lo que he escrito he escrito - dice, duro, Pilato.

Y, en pie, erguido, extiende la mano con la palma hacia delante y vuelta hacia abajo y ordena:

-Que vaya a la cruz. Soldado, ve, prepara la cruz». (Ibis ad crucem! I, miles, expedi crucem).

Y baja sin siquiera volverse hacia la muchedumbre agitada, ni hacia el pálido Condenado. Sale del atrio... en cuyo centro se queda Jesús, custodiado por los soldados, esperando la cruz.

Dice Jesús (a María Valtorta):

-Quiero ofrecer a tu meditación el punto que se refiere a mis encuentros con Pilato.

Juan -que, habiendo estado casi siempre presente, o por lo menos muy cercano, es el testigo y narrador más exacto- refiere cómo, una vez que salí de la casa de Caifás, fui conducido al Pretorio. Y especifica "por la mañana temprano".

Efectivamente, has visto que apenas rayaba el alba. También especifica Juan que "ellos (los judíos) no entraron para no contaminarse y poder comer la Pascua".

Hipócritas como siempre, veían peligro de contaminarse en pisar el polvo de la casa de un gentil, pero no encontraban que fuera pecado matar a un Inocente; y con el corazón satisfecho con el delito cumplido, pudieron saborear aún mejor la Pascua. Tienen también ahora muchos seguidores. *Todos los que por dentro actúan mal y por fuera profesan respeto a la religión y amor a Dios son semejantes a ellos.* ¡Fórmulas, fórmulas y no religión verdadera! Me producen repugnancia y desdén.

No entrando los judíos en la casa de Pilato, salió éste para oír lo que pasaba con la muchedumbre vociferante, y, siendo experto en el gobierno y en el juicio, con una sola mirada comprendió que el reo no era Yo, sino ese pueblo ebrio de odio. El encuentro de nuestras miradas fue recíproca lectura de nuestros corazones. Yo juzgué al hombre en lo que él era. Él me juzgó a mí en lo que Yo era. Yo sentí compasión por él porque era un hombre débil; él sintió compasión de mí porque Yo era inocente. Trató de salvarme desde el primer momento. Y, dado que únicamente a Roma se defería y reservaba el derecho de ejercer la justicia hacia los malhechores, trató de salvarme diciendo: “Juzgadlo según vuestra ley”.

Hipócritas por segunda vez, los judíos no quisieron emitir la condena. Es verdad que Roma tenía el derecho de justicia, pero cuando, por ejemplo, Esteban fue lapidado, Roma seguía imperando en Jerusalén, y ellos, a pesar de todo, sin preocuparse de Roma, definieron y consumaron el juicio y el suplicio. Conmigo, respecto a quien sentían no amor sino odio y miedo -no querían creer que fuera el Mesías, pero, por la duda de que lo fuera, no querían quitarme materialmente la vida- actuaron de forma distinta, y me acusaron de agitador contra el poder de Roma (vosotros diríais: "rebelde") para conseguir que Roma me juzgara.

En su aula infame, y en muchas ocasiones durante los tres años de mi ministerio, me habían acusado de blasfemo y falso profeta, así que habría debido ser lapidado por ellos, o, en todo caso, ejecutado. Pero en este caso, para no llevar a cabo materialmente el delito (por el cual sentían por instinto que habrían sido castigados), hacen que lo lleve a cabo materialmente Roma, acusándome de ser un malhechor y un rebelde.

Nada más fácil, cuando las muchedumbres están pervertidas y los jefes endemoniados, que acusar a un inocente, para apagar la sed de crueldad y de usurpación y quitar de enmedio a quien representa un obstáculo y un juicio. Hemos vuelto a los tiempos de entonces. El mundo, cada cierto tiempo, después de una incubación de ideas perversas, estalla con estas manifestaciones de perversión. Como una inmensa gestante, la multitud, después de haber nutrido en su seno con doctrinas de fiera a su monstruo, lo pare para que devore. Para que devore, primero, a los mejores; luego, a ella misma.

Pilato entra de nuevo en el Pretorio y me dice que me acerque. Me hace preguntas.

Ya había oído hablar de mí. Entre sus centuriones, había algunos que repetían mi Nombre con amor agradecido, con lágrimas en los ojos y sonrisa en el corazón, y hablaban de mí como de un benefactor. En sus informes al Pretor -solicitada su opinión sobre este Profeta que atraía hacia sí a las multitudes y predicaba una doctrina nueva en que se hablaba de un reino extraño, inconcebible para la mente pagana- habían respondido siempre que Yo era un hombre manso, bueno, que no buscaba honores de esta Tierra y que inculcaba y practicaba el respeto y la obediencia hacia las autoridades. Más sinceros que los israelitas, veían y testificaban la verdad.

El domingo anterior, él, atraído por el clamor de la muchedumbre, se había asomado a la calle y había visto pasar, montado en una jumenta a un hombre desarmado, un hombre que iba bendiciendo, rodeado de niños y mujeres. Había comprendido con claridad que no entrañaba un peligro para Roma.

Quiere, pues, saber si Yo soy rey. Movido por su irónico escepticismo pagano, quiere reírse un poco de esa forma de regalidad que monta un asno, que tiene como cortesanos a niños descalzos y a mujeres sonrientes, a hombres del pueblo; de esta forma de regalidad que desde hace tres años predica el desapego por las riquezas y el poder, y que no habla de otras conquistas sino de las de espíritu y alma. ¿Qué es el alma para un pagano? Ni siquiera sus dioses tienen un alma. ¿Podrá tenerla el hombre? Ahora también este rey sin corona, sin palacio, sin corte, sin soldados, le repite que su reino no es de este mundo. Tan verdadero es eso, que ningún ministro se levanta en defensa de su rey, ningún soldado interviene para arrancarlo de las manos de sus enemigos.

Pilato, sentado en su sitial, me escudriña porque para él soy un enigma. Si hubiera liberado su alma de las preocupaciones humanas, de la soberbia del cargo, del error del paganismo, habría comprendido enseguida quién era Yo. Mas ¿cómo podrá la luz penetrar en donde demasiadas cosas ocluyen las aperturas para que entre? "Siempre ha sido así, hijos. También ahora. ¿Cómo *pueden entrar Dios y su luz en un lugar donde no hay espacio para ellos y las puertas y ventanas están trancadas y defendidas por la soberbia, la humanidad, el vicio, la usura, y por muchos, muchos guardianes al servicio de Satanás contra Dios?*

Pilato *no puede* entender qué reino es este reino *mío. Y no* pide - y esto es doloroso- que Yo se lo explique. Ante mi invitación a que conozca la Verdad, él, el indomable pagano, responde: "¿Qué es la verdad?", permitiendo que se zanje la cuestión encogiéndose de hombros.

¡Oh hijos, hijos míos! ¡Oh mis Pilatos de ahora! *También vosotros, como Poncio Pilato, dejáis que se zanjen las cuestiones más vitales encogiéndoos de hombros. Os* parecen cosas inútiles, superadas. ¿Qué es la Verdad? ¿Dinero? No. ¿Mujeres? No. ¿Poder? No. ¿Salud física? No. ¿Gloria humana? No. Entonces, mejor olvidarse; no merece la pena correr tras una quimera. Dinero, mujeres, poder, buena salud, comodidades, honores: éstas son cosas concretas, útiles, cosas apetecibles y que merece la pena alcanzar cueste lo que cueste. Razonáis así. Y, peor que Esaú, trocáis los bienes eternos por un alimento de baja calidad que perjudica a vuestra salud física y os daña en orden a la salud eterna. ¿Por qué no persistís en preguntar: "¿Qué es la Verdad?"? *Ella, la Verdad, sólo pide darse a conocer para instruiros* sobre sí. Está frente a vosotros como frente a Pilato, y os mira con ojos de amor suplicante implorándoos: "Pregúntame. Te instruiré".

¿Ves cómo miro a Pilato? Igual os miro a todos vosotros. Y, si tengo mirada de sereno amor para el que me ama y solicita mis palabras, tengo miradas de amor doliente para aquel que no me ama, no me busca, no me escucha. Pero amor, en todo caso amor, porque el Amor es mi naturaleza.

Pilato me deja donde estoy y no sigue interrogándome. Va a los malvados, que se hacen oír más y se imponen con su violencia. Y este hombre mísero, que no me ha escuchado a mí y que con un gesto de encogerse de hombros ha rechazado mi invitación a conocer la Verdad, los escucha a ellos. Escucha a la Mentira. *La idolatría, bajo cualquier forma en que se presente, siempre tiende a venerar y a aceptar a la Mentira, comoquiera que se presente. Y la Mentira, aceptada por un débil, conduce al débil al delito.*

También Pilato a las puertas del delito quiere salvarme, una vez, dos veces. Es entonces cuando me manda a Herodes. Bien sabe que el rey astuto, que se mueve entre dos aguas, Roma y su pueblo, actuará de un modo que no perjudicará a Roma y que no significará un choque con el pueblo hebreo. Pero, como todos los débiles, aplaza unas horas esa decisión para la que no se ve con fuerzas, esperando que la agitación plebeya se calme.

Yo dije: "Que vuestro lenguaje sea: sí, sí; no, no". Pero él no lo ha oído, o, si alguien se lo ha repetido, ha vuelto, como de costumbre, a encogerse de hombros. *Para vencer en el mundo, para obtener honores y lucro, hay que saber hacer del sí un* no, o *del* no *un sí, según lo que aconseje el buen sentido* (lee: sentido humano).

¡Cuántos, cuántos Pilatos tiene el siglo veinte *(y veintiuno)!* ¿Dónde están los héroes del cristianismo que decían "sí", constantemente "sí" a la Verdad y por la Verdad, y "no", constantemente "no" por la Mentira? ¿Dónde están los héroes que saben afrontar el peligro y los acontecimientos con fortaleza de acero y serena prontitud, sin dejar las cosas para otro momento, porque el Bien debe cumplirse enseguida y del Mal hay que alejarse inmediatamente, sin ningún "pero" y sin ningún "si"?

Cuando regreso del palacio de Herodes, se produce el nuevo paliativo de Pilato: la flagelación. ¿Cuál era la esperanza de Pilato? ¿No sabía que la masa es una fiera que en cuanto empieza a ver la sangre se vuelve más feroz? Pero Yo debía ser quebrantado para expiar vuestros pecados de la carne. Y me quebrantan. No habrá en todo mi cuerpo un lugar que no reciba golpes. Soy el Hombre de que habla Isaías. Y al suplicio ordenado se añade el no ordenado, el creado por la crueldad humana, el de las espinas.

¿Veis, hombres, a vuestro Salvador, a vuestro Rey, coronado de dolor para liberar vuestra cabeza de los muchos pensamientos pecaminosos que en ella se incuban? ¿No pensáis qué dolor sufrió mi cabeza inocente por pagar por vosotros, por vuestros cada vez más atroces pecados de pensamiento que se transforman en acción? Vosotros, que os sentís ofendidos incluso sin motivo, mirad al Rey ultrajado -y es Dios-, con su sarcástico manto de púrpura desgarrada, con el cetro de caña y la corona de espinas. Es ya un moribundo y lo siguen abofeteando con las manos y las burlas. Y ni siquiera os compadecéis de Él. Como los judíos, seguís mostrándome los puños y gritando: "¡Fuera, fuera, no tenemos más Dios que a César!". ¡Oh, idólatras que no adoráis a Dios sino que os adoráis a vosotros mismos y adoráis al que puede más entre vosotros! No aceptáis al Hijo de Dios. No os ayuda en vuestros delitos. Más servicial es Satanás; aceptáis, por tanto, a Satanás. Del Hijo de Dios tenéis miedo. Como Pilato. Y, cuando sentís que se cierne sobre vosotros con su poder, que rebulle en vosotros con la voz de la conciencia que en su nombre os censura, preguntáis como Pilato: "¿Quién eres?".

Sabéis quién soy. Incluso los que me niegan saben que existo y saben quién soy. No mintáis. Veinte siglos *(veintiuno)* están en torno a mí y os ilustran acerca de quién soy, y os instruyen acerca de mis prodigios. Es más perdonable Pilato. No vosotros, que disponéis de una herencia de veinte *(veintiuno)* siglos de cristianismo para sostener vuestra fe, o para inculcárosla, y no queréis saber nada de ello. Y fui más severo con Pilato que con vosotros. No *respondí.* Con vosotros, sin embargo, hablo. Y, no obstante, no consigo convenceros de que soy Yo y de que me debéis adoración y obediencia.

Ahora también, como entonces, me acusáis de ser Yo la causa de mi propio fracaso en vosotros porque no os escucho. Decís que perdéis la fe por esto. ¡Embusteros! ¿Dónde tenéis la fe? ¿Dónde, vuestro amor? ¿Cuándo, pero cuándo, oráis y vivís con amor y fe? ¿Sois personas importantes? Recordad que lo sois porque Yo lo permito. ¿Sois personas anónimas en medio de la masa? Recordad que no hay otro Dios aparte de mí. Ninguno está por encima de mí, ninguno me precede. Dadme pues ese culto de amor que me corresponde y Yo os escucharé, porque dejaréis de ser bastardos para ser hijos de Dios.

Y ahí tenéis el último intento de Pilato para salvarme la vida, supuesto que pudiera salvarla después de la despiadada e ilimitada flagelación. Me presenta a la multitud: "¡Aquí tenéis al Hombre!". A él, humanamente, le inspiro compasión. Espera en la compasión colectiva. Pero, ante la dureza que resiste y la amenaza que avanza, no sabe llevar a cabo un acto sobrenaturalmente justo, y, por tanto, bueno, diciendo: "Lo libero porque es inocente. Vosotros sí sois culpables. Y si no disolvéis el tumulto conoceréis el rigor de Roma". Esto es lo que habría debido decir, si hubiera sido un justo; sin calcular el futuro mal que ello le hubiera acarreado.

Pilato es un falso bueno. Bueno es Longinos, el cual, menos poderoso que el Pretor, y menos protegido, en medio de la calle, rodeado de pocos soldados y de una multitud enemiga, se atreve a defenderme, a ayudarme, a concederme descansar y tener el consuelo de las mujeres compasivas y ser ayudado por el Cireneo y, en fin, tener a mi Madre al pie de la Cruz. Longinos fue un héroe de la justicia y vino a ser, por esto, un héroe de Cristo.

Sabed, hombres que os preocupáis sólo de vuestro bien material, que incluso respecto a éste vuestro Dios interviene cuando os ve fieles a la justicia, que es emanación de Dios. Yo premio siempre a quien actúa con rectitud. Defiendo a quien me defiende. Lo amo y lo socorro. Sigo siendo Aquel que dijo: "El que dé un vaso de agua en mi nombre recibirá recompensa". A quien me da amor, agua que calma la sed de mi labio de Mártir divino, le doy a mí mismo como don, y ello significa protección y bendición».

## Desesperación y suicidio de Judas Iscariote. Habría podido salvarse todavía si se hubiera arrepentido.

Veo a Judas. Está solo. Vestido de amarillo claro. Lleva un cordón rojo a la cintura. Mi interno consejero me advierte de que hace poco ha sido apresado Jesús, y que Judas, que había huido inmediatamente después de la captura, ahora está a merced de un contraste de pensamientos. Efectivamente, parece una fiera furiosa acosada por una jauría de mastines. Un leve soplo del viento entre las frondas, o el rumor de alguna cosa en las calles, el hilo de agua de una fuentecilla, le hacen sobresaltarse y volverse con sospecha y terror como si se sintiera alcanzado por un verdugo. Tuerce la cabeza yendo cabizbajo, encogido el cuello, tuerce los ojos como quien quisiera ver y tuviera miedo de ver; y, si un juego de luz lunar crea una sombra de apariencia humana, sus ojos se abren como platos, da un salto hacia atrás, se pone más pálido de lo que ya de por sí está, se detiene un instante, para huir luego precipitadamente, volviendo sobre sus pasos, se escurre por entre otras callejuelas, hasta que otro ruido u otro juego de luz le hace detenerse y huir en otra dirección.

Con este paso suyo de demente va hacia el interior de la ciudad. Pero el clamor del pueblo le advierte de que está cerca de la casa de Caifás. Entonces, llevándose las manos a la cabeza y agachándose como si esos gritos fueran piedras lanzadas contra él, huye y huye. Y, huyendo, toma una callejuela que lo lleva directamente hacia la casa donde ha tenido lugar la Cena. Se da cuenta cuando está delante de ella, por una fuente que en ese lugar de la calle libera su hilo de agua. El llanto del agua que gotea y cae en la pequeña pila de piedra, y un leve silbido del viento, que introduciéndose por la estrecha calle forma como un reprimido lamento, deben parecerle el llanto del Traicionado y el lamento del Torturado. Se tapa los oídos para no oír, y se aleja, cerrando los ojos para no ver esa puerta por la que pocas horas antes ha pasado con el Maestro, y por la que ha salido para ir por los soldados que lo apresaran.

Corriendo así, con los ojos cerrados, va a chocar contra un perro callejero (el primer perro que veo desde que tengo las visiones), un perro grande, gris, hirsuto, que se aparta gruñendo, preparado para lanzarse contra este que lo molesta. Judas abre los ojos y ve las dos pupilas fosforescentes que lo miran fijamente, y ve los blancos colmillos descubiertos, que tienen apariencia de risa diabólica. Pega un grito de terror. El perro, tomándolo quizás por un grito de amenaza, arremete contra Judas. Los dos ruedan entre el polvo: Judas debajo, paralizado por el miedo; el perro encima. Cuando el animal deja a su presa, juzgada quizá indigna de una lucha, Judas sangra a causa de dos o tres mordiscos, y su manto presenta algunos, grandes desgarrones.

Un mordisco le ha clavado los dientes justamente en la mejilla, en el sitio exacto donde él besó a Jesús. La mejilla sangra, y la sangre ensucia el cuello de la túnica amarillenta de Judas: empapando el cordón rojo que cierra su túnica por el cuello y haciéndolo más rojo aun, es como si le pusiera un collar de sangre. Judas se lleva la mano a la mejilla y mira al perro, que se ha separado pero está aguardándolo bajo el entrante de una puerta, susurra: « ¡Belcebú!» y lanzando un nuevo grito huye, seguido durante un tiempo por el perro. Huye hasta el puentecillo de cerca del Getsemaní. Ahí, o porque esté cansado de seguirle, o porque tenga hidrofobia y el agua lo aleje, el perro deja a su presa y se vuelve gruñendo. Judas, que se había metido en el torrente para coger piedras y lanzárselas al perro, cuando ve que se aleja, mira a su alrededor, se ve con el agua hasta mitad de las pantorrillas. Sin preocuparse de la túnica, cada vez más mojada, se agacha hacia el agua y bebe como padeciendo ardor febril, y se lava la mejilla que sangra y debe dolerle.

Bajo la luz de un primer claror de alba, remonta el guijarral: por la otra parte, como si tuviera todavía miedo del perro y no se atreviera a volver hacia la ciudad. Recorre algunos metros. Se ve a la entrada del Huerto de los Olivos. Grita: « ¡No! ¡No!», al reconocer el lugar. Pero luego -no sé por qué fuerza irresistible o por qué sadismo satánico y criminal- avanza por ese lugar. Busca el sitio donde se ha producido la captura. La tierra del sendero, revuelta por muchas pisadas, la hierba pisoteada en un determinado lugar, sangre en el suelo -quizás la de Malco-, le señalan de que allí ha identificado al Inocente ante los verdugos.

Mira, mira... Luego emite un grito ronco y da un salto hacia atrás. Grita: «¡Esa sangre, esa sangre!... - y 1a señala -¿a quién?-con el brazo extendido, apuntando con el índice. Bajo la luz, que va aumentando, su cara aparece térrea y espectral. Parece un loco: se le salen los ojos de las órbitas, unos ojos brillantes como por delirio; el pelo, desordenado por la carrera y el terror, parece hirsuto; la mejilla, que se va hinchando, desvía su boca dándole expresión sardónica. La túnica desgarrada, ensangrentada, mojada, lodosa (porque la tierra se ha pegado a la humedad y se ha transformado en barro), le hace parecer un mendigo. El manto, también hecho jirones y lodoso, le pende de un hombro como un trapajo, en que él se enreda cuando, gritando aún: « ¡Esa sangre, esa sangre!», retrocede como si esa sangre se hiciera un mar que sube y sumerge.

Judas cae hacia atrás. Se hiere la cabeza, detrás, contra una piedra. Emite un gemido de dolor y miedo. « ¿Quién es?» grita. Debe haber pensado que alguien le ha hecho caer para agredirle. Se vuelve aterrorizado. ¡Nadie! Se levanta. Ahora la sangre gotea también sobre la nuca. El círculo rojo se ensancha en la túnica. No cae al suelo porque es poca. Se la bebe la túnica. Ya parece puesto al cuello el dogal rojo.

Anda. Encuentra los restos de la pequeña hoguera que había encendido Pedro al pie de un olivo. Pero no sabe que ha sido obra de Pedro y debe creer que allí ha estado Jesús. Grita: « ¡Fuera! ¡Fuera!» y con las dos manos extendidas hacia delante parece rechazar a un fantasma que lo atormentara. Huye, para terminar justo contra la piedra de la Agonía.

Ya el alba ha roto, y permite ver bien y pronto. Judas ve el manto de Jesús. Está doblado sobre la piedra. Lo conoce. Quiere tocarlo. Tiene miedo. Alarga y retira la mano. Quiere, no quiere. Pero ese manto lo cautiva. Gime: «No, no». Luego dice: « ¡Sí, por Satanás! Sí, quiero tocarlo. ¡No tengo miedo!». Dice que no tiene miedo, pero le castañean de terror los dientes, y el ruido producido sobre su cabeza por una rama de olivo que, movida por el viento, choca contra un tronco cercano le hace gritar de nuevo. No obstante, se esfuerza y coge el manto. Se ríe. Una risa de loco, de demonio. Una risa histérica, espasmódica, lúgubre, inacabable, porque ha superado su miedo.

Y de hecho lo dice:

-No me das miedo, Cristo. Se acabó el miedo. Tenía mucho miedo de ti porque te creía un Dios y un hombre fuerte. Ahora ya no me das miedo porque no eres Dios. Eres un pobre loco, un hombre débil. No has sabido defenderte. No me has reducido a cenizas, como tampoco has leído en mi corazón la traición. ¡Mis miedos!... ¡Qué necio! Cuando hablabas, incluso ayer por la noche, creía que sabías; pero no sabías nada. Era mi miedo el que daba tono de profecía a tus palabras corrientes. Eres una nada. Te has dejado vender, identificar, capturar como un ratón en la hura. ¡Tu poder! ¡Tu origen! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Payaso! ¡El fuerte es Satanás! Más fuerte que Tú. ¡Te ha vencido! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡El Profeta! ¡El Mesías! ¡El Rey de Israel! ¡Y me has tenido subyugado tres años! ¡Con miedo siempre en el corazón! ¡Y tenía que mentir para engañarte con finura cuando quería gozar de la vida! Pero, aunque hubiera robado y fornicado sin toda la astucia que usaba, no me habrías hecho nada. ¡Imbele! ¡Loco! ¡Cobarde! ¡Ten! ¡Ten! ¡Ten! Mi error ha sido no hacer contigo lo que hago con tu manto para vengarme del tiempo en que me has tenido esclavo del miedo. ¡Miedo a un conejo!... ¡Ten! ¡Ten! ¡Ten!

A cada "Ten!" Judas muerde y trata de desgarrar la tela del manto. Lo arruga entre sus manos. Pero, al hacer esto, lo desdobla, y aparecen las manchas que lo humedecen. Se le bloquea la furia a Judas. Se fija en esas manchas. Las toca. Las huele. Son sangre... Desdobla todo el manto. Se ven bien las marcas que han dejado las dos manos ensangrentadas cuando apretaban la tela contra la cara.

-¡Ah!... ¡Sangre! ¡Sangre! Su sangre... ¡No!

Judas suelta el manto y mira alrededor. También en la piedra en la que Jesús ha apoyado su espalda cuando el Ángel lo consolaba hay una oscura señal de sangre que ya se está secando.

-¡Ahí!... ¡Ahí!... ¡Sangre! ¡Sangre! ...

Baja los ojos para no ver, y ve la hierba toda roja por la sangre que ha goteado sobre ella y que, por el rocío que la ha mantenido licuada, parece sangre recién vertida. Es roja y brilla bajo los primeros rayos de sol.

-¡No! ¡No! ¡No! ¡No quiero verla! ¡No puedo ver esa sangre! ¡Auxilio! - y se lleva las manos a la garganta y gesticula como si se estuviera ahogando en un mar de sangre.

-¡Atrás! ¡Atrás! ¡Déjame! ¡Déjame! ¡Maldito! ¡Es un mar de sangre! ¡Cubre toda la Tierra! ¡La Tierra! ¡La Tierra! Y en la Tierra no hay sitio para mí, porque no puedo ver esta sangre que la cubre. ¡Soy el Caín del Inocente!

Creo que la idea del suicidio ha surgido en este momento en ese corazón. La cara de Judas produce miedo.

Baja del desnivel de un salto y huye por el olivar por otro camino distinto del recorrido para ir. Parece perseguido por fieras. Vuelve a la ciudad. Se envuelve como puede en el manto y trata de cubrirse lo más posible la herida y la cara.

Se dirige al Templo. Pero yendo en esa dirección, en un cruce de calles se encuentra de frente a la gentuza que arrastra a Jesús donde Pilato. No puede retirarse, porque más gente, que acude a ver, lo empuja por detrás. Y, siendo alto, por fuerza descuella, y ve. Y encuentra la mirada de Cristo... Las dos miradas se entrelazan un momento. Luego Cristo pasa, atado, recibiendo golpes. Y Judas cae supino, como desvanecido. La masa lo pisotea sin piedad, y él no reacciona: debe preferir ser pisoteado por todo un mundo antes que toparse con esa mirada.

Una vez que ha pasado con el Mártir la gritería deicida y la calle está vacía, se levanta y corre hacia el Templo. Choca contra un guardia que está en la puerta del recinto, y casi lo derriba. Otros guardias vienen para impedir entrar al energúmeno. Pero él, como un toro furioso, arrolla a todos. A uno que se echa sobre él para impedirle entrar en el aula del Sanedrín, donde están todavía todos reunidos y discutiendo, lo agarra por el cuello, aprieta y lo arroja abajo por los tres escalones; si no muerto, sin duda, moribundo.

-¡No quiero vuestro dinero, malditos! - grita erguido en medio del aula, en el lugar donde antes estaba Jesús. Parece un demonio de improviso salido del infierno. Ensangrentado, despeinado, encendido por el delirio, echando baba por la boca, las manos como garras, grita, y tan estridente es su voz, ronca, aulladora, que parece que ladra - ¡Vuestro dinero, malditos, no lo quiero!. ¡Habéis sido mi perdición! ¡Me habéis hecho cometer el mayor de los pecados! ¡Maldito soy, maldito como vosotros! ¡He traicionado la Sangre inocente! ¡Caiga sobre vosotros esa Sangre y mi muerte! ¡Sobre vosotros!... ¡No! ¡Ay!...

Judas ve el suelo mojado de sangre.

-¿También aquí?, ¿también aquí hay sangre? ¡En todas partes! ¡Su sangre está en todas partes! ¡Pero cuánta sangre tiene el Cordero de Dios, para cubrir de este modo la Tierra sin morir! ¡Y yo la he derramado! Por instigación vuestra. ¡Malditos! ¡Malditos! ¡Malditos para siempre! ¡Maldición a estas paredes! ¡Maldición a este Templo profanado! ¡Maldición al Pontífice deicida! ¡Maldición a los sacerdotes indignos, a los doctores falsos, a los fariseos hipócritas, a los judíos crueles, a los escribas arteros! ¡Maldición a mí! ¡A mí! ¡Tened vuestro dinero y que os estrangule el alma como a mí el dogal - y arroja la bolsa a la cara de Caifás y se marcha emitiendo un grito, mientras las monedas suenan desparramándose por el suelo después de haber golpeado a Caifás en la boca haciéndole sangre.

Ninguno se atreve a retenerlo.

Sale. Corre por las calles. Y fatalmente vuelve a cruzarse otras dos veces con Jesús, que va a la casa de Herodes y vuelve. Abandona el centro de la ciudad, entrando al azar por las callejuelas más míseras. Y otra vez acaba en la casa del Cenáculo, que está toda cerrada, como abandonada. Se para. La mira.

-¡La Madre! – susurra - ¡La Madre!...

Se queda pensativo...

-¡Yo también tengo una madre! ¡Y le he matado un hijo a una madre!... No obstante... Quiero entrar... Volver a ver esa habitación. Allí no hay sangre...

Llama con un golpe en la puerta... otro golpe... otro... La dueña de la casa va a abrir y entreabre la puerta. Una rendija... A1 ver a ese hombre desfigurado, irreconocible, lanza un grito y trata de cerrar de nuevo la puerta. Pero Judas, empujando bruscamente con el hombro, la abre de par en par y, arrollando a la mujer aterrada, pasa adentro.

Corre hacia la puertecita que da acceso al Cenáculo. La abre. Entra. Un bonito sol entra por las ventanas, completamente abiertas. Judas suelta un respiro de alivio. Entra en la sala. Aquí todo está en calma y silencioso. Las piezas de la

vajilla siguen como las dejaron. Se comprende que hasta ahora nadie se ha ocupado de ello. Se podría pensar que vayan a sentarse personas a la mesa. A ésta se acerca Judas. Mira si hay vino en las ánforas. Hay. Bebe ávidamente directamente del ánfora, levantándola con las dos manos. Luego se deja caer sentado. Apoya la cabeza sobre los brazos cruzados, encima de la mesa. No se da cuenta de que se ha sentado justo en el sitio de Jesús y que tiene delante el cáliz usado para la Eucaristía. Está inmóvil un rato, hasta que el jadeo de esta gran carrera se calma. Luego levanta la cabeza. Ve el cáliz. Y reconoce dónde se ha sentado.

Se levanta como poseído. Pero el cáliz lo cautiva. Un poco de vino rojo hay todavía en el fondo, y el sol, hiriendo el metal -parece plata- enciende ese líquido. -¡Sangre! ¡Sangre! ¡Sangre también aquí! ¡Su Sangre! ¡Su Sangre!... "¡Haced esto en memoria mía!... Tomad y bebed. Ésta es mi Sangre... La Sangre del nuevo testamento, que será derramada por vosotros...". ¡Ay! ¡Maldición a mí! Por mí ya no puede ser derramada para remisión de mi pecado. No pido perdón porque Él no puede perdonarme. ¡Fuera, fuera! No existe ya ningún lugar donde el Caín de Dios pueda conocer la paz. ¡La muerte! ¡La muerte! . . .

Sale. Se encuentra a María enfrente, en pie, en la puerta de la habitación donde Jesús la ha dejado. Ella, al oír un ruido, se ha asomado, quizá esperando ver a Juan, que falta desde hace muchas horas. Está pálida como una desangrada. Sus ojos, por el dolor, son todavía más parecidos a los de su Hijo. Judas se encuentra con esa mirada que lo mira con la misma afligida y consciente cognición con **q**ue Jesús lo ha mirado en la calle, y, con un « ¡oh!» cargado de miedo, se pega a la pared.

-¡Judas! - dice María - Judas, ¿qué has venido a hacer?

-Las mismas palabras de Jesús. Y dichas con amor doloroso. Judas las recuerda y grita.

-Judas - repite María - ¿qué es lo que has hecho? ¿A tanto amor has correspondido traicionando?

La voz de María es caricia trémula.

Judas hace ademán de huir. María lo llama con una voz que hubiera debido convertir a un demonio.

-¡Judas! ¡Judas! ¡Detente! ¡Detente! ¡Escucha! Te lo digo en su nombre: arrepiéntete, Judas; Él perdona...

Judas ya ha huido.

La voz de María, su aspecto, han sido el golpe de gracia, es decir, de desgracia, porque él la resiste.

Va a todo correr. Se topa con Juan, que viene raudo hacia la casa a recoger a María. La sentencia está pronunciada. Jesús va a salir para el Calvario. Es hora de llevar a la Madre donde el Hijo.

Juan reconoce a Judas, a pesar de que quede bien poco del bien parecido Judas de poco tiempo antes.

-¿Tú aquí? - le dice Juan con visible repulsa - ¿Tú aquí? ¡Maldito seas, asesino del Hijo de Dios! El Maestro ha sido condenado. Alégrate, si puedes. Pero deja libre el camino, que voy a recoger a la Madre; que Ella, tu otra Víctima, no te vea, reptil.

Judas huye. Lleva envuelta la cabeza en los harapos del manto. Ha dejado sólo una abertura para los ojos. La gente, la poca gente que no ha ido hacia el Pretorio, se aparta como si viera a un loco; y es lo que parece.

Vaga por los campos. El viento, de vez en cuando, trae el eco del clamor de la turba, que sigue imprecando contra Jesús. Y Judas, cada vez que este eco le llega, lanza un grito parecido al aullido de un chacal.

Creo que realmente ha enloquecido, porque va, rítmicamente, golpeando la cabeza contra los muretes de piedra; o es que está hidrófobo, porque cuando ve un líquido cualquiera (agua, o la leche que lleva un niño en un recipiente, o el aceite que rezuma de un odre) emite un chillido, emite un chillido y grita: « ¡Sangre! ¡Sangre! ¡Su Sangre!

Quisiera beber en los regatos y en las fuentes. No puede porque el agua le parece sangre, y lo dice:

-¡Es sangre! ¡Es sangre! ¡Me ahoga! ¡Me quema! ¡Llevo fuego dentro! ¡Su Sangre, la que me ha dado ayer, se ha transformado en fuego dentro de mí! ¡Maldición a mí y a ti!

Sube y baja por las lomas que rodean Jerusalén. Y su mirada, sin que pueda evitarlo, se le va hacia el Gólgota. Dos veces ve la fila que serpea por la subida. Mira y grita.

Ya está en la cima. También Judas está en la cima de un pequeño collado cubierto de olivos. Ha entrado en él abriendo una barrera rústica como si él fuera el amo, o, por lo menos, como conociendo bien el lugar. Bueno, tengo la impresión de que Judas no tenía mucho respeto por la propiedad ajena. Erguido, debajo de un olivo que está en el límite de un ribazo, mira hacia el Gólgota. Ve que levantan las cruces y comprende que Jesús ha sido crucificado. No puede ver ni oír, pero el delirio o un maleficio de Satanás le hacen ver y oír como si estuviera en la cima del Calvario.

Mira, mira como alucinado. Gesticula violentamente:

-¡No! ¡No! ¡No me mires! ¡No me hables! No lo soporto. ¡Muere, muere, maldito! Que la muerte te cierre esos ojos que me dan miedo, esa boca que me maldice. Pero yo también te maldigo, porque no me has salvado.

La cara está tan desfigurada que ya uno no puede mirarla. Dos hilos de baba cuelgan de la boca, de esa boca que grita. La mejilla mordida está amoratada e hinchada, de forma que la cara se ve deformada. El pelo apelmazado. La barba, muy oscura, que ha crecido - los carrillos durante esas horas, dibuja en éstos y en el mentón una mordaza lúgubre. ¡Y los ojos!... Giran, se mueven espasmódicos, tienen fosforescencia. Como un verdadero demonio.

Arranca de su cintura el cordón de ruda lana roja que le ciñe con tres vueltas. Prueba su solidez enroscándolo en torno a un olivo y tirando con toda su fuerza. Resiste. Es fuerte.

Elige un olivo que valga para ese fin.

-Bien, éste es adecuado, este de copa enmarañada que sobresale del límite del ribazo.

Trepa al árbol. Asegura fuertemente un cabo a la rama más fuerte y que más sobresale hacia el vacío. Ya ha hecho el nudo corredizo. Mira por última vez hacia el Gólgota. Luego mete la cabeza en el nudo corredizo. Ahora parece tener dos collares rojos en la base del cuello. Se sienta en el límite del ribazo. Luego, de golpe, se deja caer en el vacío.

El nudo lo estrangula. Forcejea unos minutos. Pone en blanco los ojos, se pone negro por la asfixia, abre la boca, las venas del cuello se hinchan, se ponen negras. Pega cuatro o cinco patadas al aire en las últimas convulsiones. Luego la boca se

abre para pender de ella la lengua oscura y babosa. Los globos oculares quedan al descubierto, saltones, mostrando el bulbo blanquecino inyectado de sangre. El iris desaparece hacia arriba. Está muerto.

El fuerte viento que se ha levantado por la inminente borrasca cimbrea el macabro péndulo y lo hace girar como una horrenda araña colgando del hilo de su telaraña.

La visión termina así. Y espero olvidarme pronto de todo esto, porque aseguro que es una visión horrenda.

Dice Jesús (a María Valtorta):

-Horrenda, pero no inútil. Demasiados creen que Judas cometió una cosa de poca importancia. Es más, algunos llegan a catalogarlo de benemérito, pues -dicen- sin él la Redención no se habría producido, y, por tanto, está justificado ante Dios.

En verdad os digo que si el Infierno no hubiera existido -con una existencia perfecta en cuanto a los tormentos- habría sido creado para Judas, incluso más horrendo y eterno. Porque de todos los pecadores y réprobos él es el mayor réprobo y pecador; y para él no habrá, por los siglos de los siglos, mitigación en la condena.

El remordimiento habría podido incluso salvarlo, si *hubiera hecho del remordimiento un arrepentimiento.* Pero no quiso arrepentirse, sino que al primer delito de traición -del que todavía la gran misericordia que es mi amorosa debilidad podía compadecerse- unió blasfemias, resistencias a las voces de la Gracia que todavía querían hablarle a través de los recuerdos, de los sentimientos de terror, a través de mi Sangre y mi manto, a través de mi mirada, a través de los restos de la Eucaristía instituida, a través de las palabras de mi Madre.

Opuso resistencia a todo. Quiso resistir, de la misma manera que *había querido* traicionar *y quiso* maldecir *y quiso* suicidarse. Lo que cuenta en las cosas es la voluntad, tanto en el bien como en el mal.

Cuando uno cae sin voluntad de caer, Yo perdono. Fíjate en Pedro. Negó. ¿Por qué? Ni siquiera él lo sabía exactamente. ¿Era cobarde Pedro? No. Mi Pedro no era cobarde. Contra la turba y los guardias del Templo había tenido el valor de herir a Malco para defenderme, y se expuso a que lo mataran por esto. Luego huyó, sin tener la voluntad de hacerlo; luego negó, sin tener la voluntad de hacerlo. Bien supo después permanecer y caminar por el sangriento camino de la Cruz, por mi Camino, hasta llegar a la muerte de cruz. Bien supo después dar testimonio de mí, hasta el punto de que lo mataron por su fe intrépida. Yo defiendo a mi Pedro. Aquello fue el último vahído de su humanidad. Pero en aquel momento no estaba presente la voluntad espiritual: ofuscada por el peso de la humanidad, dormía; cuando se despertó, no quiso permanecer en el pecado *y quiso* ser perfecta. Yo lo perdoné enseguida.

Judas no *quiso.* Dices que parecía loco e hidrófobo. Lo estaba, de rabia satánica.
Su terror al ver al perro, animal raro especialmente en Jerusalén, le vino de que desde tiempo inmemorial se atribuía a Satanás esa forma de aparecerse a los mortales. En los libros de magia se dice incluso ahora que una de las formas preferidas por Satanás para aparecerse es la de un perro misterioso o la de un gato o de un macho cabrío. Judas, ya a merced del terror nacido por causa de su delito, convencido de ser de Satanás por su delito, vio a Satanás en aquel animal callejero.

El culpable ve en todo sombras de miedo. Las crea la conciencia. Y luego Satanás azuza estas sombras que todavía podrían dar el arrepentimiento a un corazón y hace de ellas espectros horrendos que llevan a la desesperación. Y la desesperación lleva al último delito, al suicidio.

¿De qué sirve arrojar el precio de la traición, si este despojo es sólo el fruto de la ira y no está corroborado por una recta voluntad de arrepentimiento? En este último caso, despojarse de los frutos del mal se hace meritorio. Pero así, como lo hizo él, no. Sacrificio inútil.

Mi Madre -y era la Gracia la que hablaba y mi Tesorera la que ofrecía perdón en mi Nombre- se lo dijo: “Arrepiéntete, Judas. Él perdona…”

¡Oh, claro que lo habría perdonado! Si se hubiera arrojado a los pies de mi Madre diciendo: "¡Piedad!", Ella, la Compasiva, lo habría recogido como a un herido y en las heridas satánicas de Judas, por las cuales el Enemigo le había inoculado el Delito, habría derramado su llanto salvífico y me lo habría traído, a los pies de la Cruz, de la mano para que Satanás no pudiera aferrarlo ni los discípulos atacarle; me lo habría traído para que mi Sangre cayera antes que sobre otros sobre él, el mayor de los pecadores. Y habría estado Ella –Sacerdotisa admirable ante su altar- entre la Pureza y la Culpa, porque es Madre de los vírgenes y de los santos, pero también es Madre de los pecadores.

Pero él *no quiso.* "Meditad sobre el poder de la voluntad, de la cual sois árbitros absolutos. Por ella podéis recibir el Cielo o el Infierno. Meditad sobre lo que quiere decir persistir en la culpa.

El Crucificado, Aquel que está con los brazos abiertos y clavados para deciros que os ama, y que no quiere, no puede, castigaros porque os ama, y prefiere negarse el poder abrazaros -único dolor de su estar clavado-, antes que tener la libertad de castigaros, ese Crucificado que es objeto de divina esperanza para los que se arrepienten *y quieren* liberarse del pecado, se transforma para los impenitentes en objeto de un horror tal, que los hace blasfemar y usar violencia contra sí mismos. Son éstos verdugos de su propio espíritu y cuerpo por su persistencia en el pecado. Y el aspecto del Manso, que se dejó inmolar con la esperanza de salvarlos, asume la apariencia de un espectro de horror.

María, te has quejado de esta visión. Pero es el Viernes de Pasión, hija. *Debes* sufrir. A los sufrimientos por mis sufrimientos y los de María, debes unir los tuyos por la amargura de ver a los pecadores seguir siendo pecadores. Ha sido éste un sufrimiento *nuestro.* Debe serlo tuyo. María sufrió, y sufre todavía, por esto, como por mis torturas. Por eso debes sufrir esto. Ahora descansa. Dentro de tres horas serás enteramente mía y de María. Te bendigo, violeta de mi Pasión y flor de María.

606

## Jesús y María son la antítesis de Adán y Eva. Judas Iscariote es el nuevo Caín. La verdadera evolución del hombre es la de su espíritu.

Dice Jesús (a María Valtorta):

-La pareja Jesús-María es la antítesis de la pareja Adán-Eva. Es la destinada a anular toda la actuación de Adán y Eva y poner a la Humanidad de nuevo en el punto en que estaba cuando fue creada: una Humanidad rica en gracia y en todos los dones que el Creador le otorgó. La Humanidad ha experimentado una total regeneración por la obra de la pareja Jesús-María, quienes, así, han venido a ser los nuevos Fundadores de la Humanidad. Todo el tiempo precedente ha quedado anulado. El tiempo y la historia del hombre se cuentan a partir de este momento en que la nueva Eva, por una inversión de términos en la creación, forma de su seno inviolado, por obra del Señor Dios, al nuevo Adán.

Pero para anular las obras de los dos Primeros, causa de mortal enfermedad, de perpetua mutilación, de empobrecimiento (más: de indigencia espiritual, porque después del pecado Adán y Eva se encontraron despojados de todo lo que les había donado, riqueza infinita, el Padre Santo), estos Segundos tuvieron que obrar en todo y por todo, de forma opuesta a la en que obraron los dos Primeros. Por tanto, llevar la obediencia hasta la perfección que se aniquila y se inmola en la carne, en el sentimiento, en el pensamiento, en la voluntad, para aceptar todo lo que Dios quiere. Por tanto, llevar la pureza a una castidad absoluta, por la cual la carne... ¿qué fue la carne para Nosotros dos, puros?: velo de agua sobre el espíritu triunfante, caricia de viento sobre el espíritu rey, cristal que aísla al espíritu-señor y no lo corrompe, impulso que eleva y no peso que oprime; esto fue la carne para Nosotros: menos pesada y susceptible de ser sentida que un vestido de lino, leve sustancia interpuesta entre el mundo y el esplendor del yo sobrehumanado, medio para poner por obra aquello que Dios quería; nada más.

¿Poseímos el amor? Cierto que sí. *Poseímos el "perfecto amor".* No es, hombres, amor el hambre carnal que os mueve, ávidos, a saciaros de una carne. Eso es lujuria. Nada más. Esto es tan cierto, que amándoos así -vosotros lo consideráis amor- no sabéis compadeceros recíprocamente, ayudaros, perdonaros. ¿Qué es, entonces, vuestro amor? Es odio. Es únicamente delirio paranoico que os mueve a preferir el sabor de pútridos alimentos antes que el sano, fortalecedor alimento de selectos sentimientos.

Nosotros tuvimos el "perfecto amor". Nosotros, los castos perfectos. Este amor abrazaba a Dios en el Cielo y, a Él unido, como lo están las ramas con el tronco que las nutre, se extendía y descendía distribuyendo magnánimamente descanso, protección, alimento, consuelo, para la Tierra y sus habitantes. Ninguno estaba excluido de este amor. Ni nuestros semejantes ni los seres inferiores ni la naturaleza herbácea ni las aguas ni los astros; ni siquiera los malos quedaban excluidos de este amor. Porque éstos seguían siendo - aunque fuera muertos- miembros del gran cuerpo de la Creación y, por tanto, veíamos en ellos la santa efigie del Señor (aunque fuera, a causa de su maldad, una efigie deformada y ensuciada) que los había formado a su imagen y semejanza.

Nosotros amamos: gozando con los buenos; llorando por los no buenos; orando -amor fáctico que se manifiesta impetrando y obteniendo protección para aquel a quien amamos- orando por los buenos para que fueran cada vez mejores y que fueran acercándose cada vez más a la perfección del Bueno que desde el Cielo nos ama; orando por los que vacilaban entre la bondad y la maldad, para que se fortalecieran y supieran perseverar en el camino santo; orando por los malos, para que la Bondad hablara a su espíritu (incluso abatiéndolos con un rayo de su poder, pero convirtiéndolos al Señor su Dios). Nosotros amamos así, como ningún otro amó. Llevamos el amor a las cimas de la perfección para colmar con nuestro océano de amor el abismo excavado por el desamor de los Primeros, que se amaron a sí mismos más que a Dios, queriendo tener más de lo que era lícito, para ser superiores a Dios.

Por tanto, Nosotros tuvimos que unir a la pureza, a la obediencia, a la caridad, al desapego de todas las riquezas de la Tierra (carne, poder, dinero: el trinomio de Satanás opuesto al trinomio de Dios, o sea, fe, esperanza, caridad) y oponer al odio, a la lujuria, a la ira, a la soberbia (las cuatro pasiones perversas, antítesis de las cuatro virtudes santas: fortaleza, templanza, justicia, prudencia), tuvimos que unir y oponer una constante práctica de todo lo que se oponía al modo de actuar de la pareja Adán-Eva. Y si mucho nos resultó -por nuestra buena voluntad sin límites- incluso fácil, *sólo el Eterno sabe cuán heroico nos resultó esta práctica en ciertos momentos y en ciertos casos.*

Aquí sólo quiero hablar de uno de estos momentos. Y de mi Madre, no mío; de la nueva Eva, la cual ya había rechazado desde sus más tiernos años las lisonjas usadas por Satanás para seducirla a morder el fruto y probar aquel sabor que había desquiciado a la compañera de Adán; la nueva Eva que no se había limitado a rechazar a Satanás, sino que lo había vencido aplastándolo bajo una voluntad de obediencia, de amor, de castidad tan grandes, que él, el Maldito, había resultado aplastado y subyugado.

¡No, ciertamente Satanás no puede alzarse de debajo del calcañar de mi Madre Virgen! Suelta baba y arroja espuma, ruge y blasfema. Pero su baba cae hacia abajo y su grito no toca a esa atmósfera que envuelve a mi Santa, que no siente hedor ni risas burlonas demoníacas, que no ve -ni siquiera ve- la asquerosa baba del Reptil eterno, porque las armonías celestes y los celestes aromas danzan alrededor de Ella enamorados en torno a su bella y santa persona y porque su mirada, más pura que la azucena y más enamorada que la de la paloma arrulladora, mira sólo a su Señor eterno, de quien es Hija, Madre y Esposa.

Cuando Caín mató a Abel, la boca de su madre profirió las maldiciones que su espíritu, separado de Dios, le sugería contra su prójimo más íntimo: el hijo de sus entrañas profanadas por Satanás y embrutecidas por el intemperado deseo. Y esa maldición fue la mancha en el reino de lo moral humano, de la misma forma que el delito de Caín fue la mancha en el reino de lo animal humano. Sangre sobre la Tierra, derramada por mano fraterna. La primera sangre, que atrae, come milenario imán, toda

la sangre que, extraída de las venas del hombre, la mano del hombre derrama. Maldición sobre la Tierra, proferida por boca humana. Como si la Tierra no estuviera ya suficientemente maldecida por causa del hombre rebelde contra su Dios y hubiera necesitado conocer los abrojos y las espinas y la dureza de los terrones, de las sequías, de los granizos, de los hielos, del sol tórrido; esa Tierra que había sido creada perfecta, servida por elementos perfectos para que fuera morada fácil y hermosa para el hombre, su rey.

María debe anular a Eva. María ve a1 segundo Caín: Judas. María sabe que es e1 Caín de su Jesús: del segundo Abel. Sabe que la sangre de este segundo Abel ha sido vendida por ese Caín y ya está siendo derramada. Pero no maldice. Ama y perdona. Ama y llama.

¡Oh, maternidad de María mártir! ¡Maternidad tan sublime como esa maternidad tuya virgínea y divina! Esta última ha sido don de Dios, pero la primera, Madre santa, Corredentora, ha sido un don tuyo para ti, porque sólo tú supiste, en aquella hora, quebrantado tu corazón por los flagelos que me habían desgarrado las carnes, decir a Judas esas palabras; solamente tú supiste en aquella hora, mientras sentías ya la cruz partirte el corazón, amar y perdonar.

María: la nueva Eva. Ella os enseña la nueva religión que lleva el amor hasta el punto de perdonar a quien mata a un hijo. No seáis como Judas, que cierra su corazón ante esta Maestra de Gracia y se desespera diciendo: "Él no me puede perdonar", poniendo en duda las palabras de la Madre de la Verdad, y, por tanto, mis palabras, que siempre habían repetido que Yo había venido para salvar y no para condenar. Para perdonar a aquel que, arrepentido, viniera a mí.

María: la nueva Eva, recibió también de Dios un nuevo Hijo "en vez de Abel, matado por Caín". Pero no lo tuvo a través de una hora de alegría animal adormecedora del dolor con los vapores de la sensualidad y el cansancio del contentamiento. Lo tuvo en una hora de dolor total, al pie de un patíbulo, entre los estertores del Moribundo, que era su Hijo, entre los improperios de una multitud deicida y en medio de una desolación inmerecida y total, porque ya Dios tampoco la consolaba.

La vida nueva empieza para la Humanidad y para cada uno de los seres humanos en María. En sus virtudes y en su modo de vivir, está vuestra escuela. Y en su dolor -que tuvo todos los aspectos, incluso el del perdón al que entregó a la muerte a su Hijo- está vuestra salvación.

En el Génesis se lee: "Entonces Adán, siendo su mujer la madre de todos los vivientes, le puso el nombre de Eva".

¡Oh, sí! La mujer había nacido de la "Varona" que Dios había formado para que fuera compañera de Adán, sacándola de la costilla del hombre. Había nacido con su destino doloroso porque había *querido* nacer *(porque la Varona (la mujer sacada del hombre) pasó a ser Eva (la madre de todos los vivientes) como consecuencia del pecado que quiso cometer)* Porque había *querido* conocer aquello que Dios le había ocultado reservándose la alegría de darle el gozo de la posteridad sin desdoro sensual. La compañera de Adán quiso conocer el bien que se oculta en el mal y, sobre todo, el mal que se oculta en el bien, en el bien aparente. Seducida por Lucifer, tendió a conocer aquello que sólo Dios podía conocer sin peligro, y se hizo creadora. Pero, usando indignamente esta fuerza de bien, la había corrompido transformándola en acto malo, pues que era desobediencia a Dios y malicia y avidez de la carne.

Ya era ella la "madre". ¡Llanto infinito de las cosas en torno a la inocencia de su reina profanada! ¡Y llanto desolado de la reina ante esa profanación suya, cuya entidad y cuya imposible anulación comprende! Si las tinieblas y los cataclismos acompañaron la muerte del Inocente, también tinieblas y fuerte tormenta acompañaron a la muerte de la Inocencia y de la Gracia en los corazones de los Progenitores. Había nacido el Dolor en la Tierra. Y la Providencia de Dios no quiso que fuera eterno; de forma que os da, después de años de dolor, la alegría de salir del dolor para entrar en la alegría, si sabéis vivir con corazón recto.

¡Qué desdicha para el hombre si se hubiera hecho humanamente dueño de la vida, viviendo con el recuerdo de sus delitos y con el continuo aumento de éstos, pues que vivir sin pecar os es más imposible que vivir sin respirar, ¡oh criaturas que habíais sido creadas para conocer la Luz y que, por el contrario, fuisteis envenenados por la Tiniebla, que de sí misma os envenenó y os hizo de sí víctimas! ¡La Tiniebla! La Tiniebla os insidia continuamente. Os envuelve, y suscita de nuevo aquello que el Sacramento había borrado; y, dado que no le oponéis la voluntad de ser de Dios, logra envenenaros otra vez con el veneno que el Bautismo había hecho inocuo.

Dios Padre alejó al hombre -de cuya desobediencia los signos eran manifiestos- del lugar de las delicias paradisíacas, para que no pecase otra vez, y más veces, alzando la mano ladrona hacia el árbol de Vida. El Padre ya no se podía fiar de sus hijos, ni sentirse seguro en su terrestre Paraíso. Satanás había entrado ya una vez, para insidiar a sus criaturas predilectas, y, si había podido inducirlos al pecado cuando eran inocentes, con mayor holgura habría podido repetirlo ahora que ya no lo eran.

El hombre había querido poseer todo, no dejando a Dios el tesoro de ser el Generador. Que se marchara, pues, este rey abatido y despojado de sus dones; que se fuera con su riqueza, obtenida con violencia, y que se la llevara consigo a la tierra de exilio, para que le recordara siempre su pecado. La criatura paradisíaca había venido a ser criatura terrestre. Y habrían de pasar siglos de dolor para que el Único que podía extender su mano hacia el fruto de 1a Vida viniera y recogiera ese fruto para toda la Humanidad; lo recogiera con sus manos atravesadas y se lo diera a los hombres para que volvieran a ser coherederos del Cielo y volvieran a poseer la Vida que no muere nunca.

Dice también el Génesis: “Adán después conoció a su mujer Eva”. Habían querido conocer los secretos del bien y del mal. Justo es que conocieran ahora también el dolor de deber reproducirse en la carne con la ayuda directa de Dios sólo para aquello que el hombre puede crear, o sea, para el espíritu, chispa que parte de Dios, soplo que infunde Dios, sello que en la carne pone el signo del Creador eterno. Y Eva dio a luz a Caín.

Eva estaba cargada de su pecado. Llamo aquí vuestra atención acerca de un hecho que a la mayoría les pasa desapercibido. Eva estaba cargada de su pecado. Y el dolor todavía no había sido sufrido en medida suficiente para disminuir su pecado. Como un organismo cargado de toxinas, ella había transmitido a su hijo todo aquello que en ella pululaba. Y Caín, primer hijo de Eva, había nacido duro, envidioso, iracundo, lujurioso, perverso, poco diferente a las bestias en relativo al instinto, mucho más animalesco que las bestias en lo relativo a lo sobrenatural, porque en su yo feroz negaba respeto a Dios, a

quien miraba como a un enemigo, considerando que le era lícito no darle culto sincero. Satanás le azuzaba a burlarse de Dios. Y quien escarnece a Dios no respeta a nadie en el mundo. De forma que los que están en contacto con los despreciadores del Eterno conocen la amargura del llanto porque no pueden esperar un amor reverente en su prole, ni una seguridad de amor fiel en el consorte, ni una certeza de amistad leal en el amigo.

Numerosas lágrimas surcaron el rostro de Eva y asenderearon su razón por la dureza del hijo, y pusieron en su corazón el germen del arrepentimiento; numerosas lágrimas que le obtuvieron una disminución de la culpa, porque Dios, ante el dolor de quien se arrepiente, perdona. Y la madre lavó en el llanto el alma de su segundogénito, que fue dulce, respetuoso para con sus padres, devoto hacia el Señor suyo, cuya omnipotencia sentía descender radiante de los Cielos: era la alegría de la mujer caída.

Pero el camino del dolor de Eva debía ser largo y penoso, proporcionado a su camino en la experiencia pecaminosa: en éste, estremecimiento de concupiscencia; en aquél, estremecimiento de aflicción; en éste, besos; en aquél, sangre; de éste, un hijo; de aquél, la muerte de un hijo, la de su predilecto (predilecto por su bondad). Abel se hace instrumento de purificación para la culpable. ¡Pero qué purificación tan dolorosa, que llenó con sus desgarradores gritos la Tierra aterrorizada por el fratricidio, y que mezcló las lágrimas de una madre con la sangre de un hijo, mientras huía perseguido por su remordimiento aquel que, enemistado con Dios y con su hermano, al que Dios amaba, la había derramado!

Dice el Señor a Caín: "¿Por qué andas irritado?". ¿Por qué, si faltas contra mí, te irritas porque no te miro benigno?

¡Cuántos Caínes hay en la Tierra! Me tributan un culto de desprecio, un culto hipócrita, o no me tributan ningún culto, y quieren que los mire con amor y los colme de felicidad.

Dios es vuestro Rey, no vuestro siervo. Dios es vuestro Padre, pero un padre no es nunca un siervo, si se juzga según justicia. Dios es justo. Vosotros no lo sois, pero Él sí lo es. Y no puede -pues que os colma de sus beneficios de manera desmedida por el sólo hecho de que lo améis un poco- no daros -pues que tanto lo despreciáis-sus castigos. La Justicia no conoce dos vías. Su vía es única. Esto hacéis, esto recibís. Si sois buenos, recibís el bien; si sois malos, recibís el mal. Y -creedlo- siempre sobrepasa con mucho el bien que tenéis al mal que deberíais recibir por vuestra manera de vivir, en rebelión contra la Ley divina.

Dios dijo: "¿No es verdad que si haces el bien recibirás el bien y que si haces el mal el pecado se presentará inmediatamente ante tu puerta?". En efecto, el bien lleva a una constante elevación espiritual y capacita cada vez más para cumplir un bien cada vez mayor, hasta alcanzar la perfección y hacerse santos; por el contrario, basta ceder al mal para degradarse y alejarse de la perfección, y conocer la servidumbre del pecado que entra en el corazón y hace descender a éste, por grados, a una sucesiva y cada vez mayor culpabilidad.

"Pero" sigue diciendo Dios "pero tendrás debajo de ti el deseo del pecado, y debes dominarlo". Sí, Dios no os ha hecho esclavos del pecado; las pasiones están debajo de vosotros, no encima de vosotros. Dios os ha dado inteligencia y fuerza para dominaros. Incluso a los primeros hombres, castigados por el rigor de Dios, les dejó Dios inteligencia y fuerza moral. Y, desde que el Redentor ha consumado por vosotros el Sacrificio, tenéis, como ayuda de la inteligencia y fuerza, los ríos de la Gracia, y podéis, y debéis, dominar el deseo del mal. Con vuestra voluntad fortalecida por la Gracia, debéis hacerlo. Por esto los ángeles de mi Nacimiento le cantaron a la Tierra: "Paz a los hombres de buena voluntad". Yo venía para traer de nuevo la Gracia a los hombres. Mediante la unión de la Gracia con la buena voluntad, los hombres tendrían la Paz. La Paz: gloria del Cielo de Dios.

"Y Caín dijo a su hermano: “Vamos afuera”. Una mentira que celaba bajo la sonrisa una traición asesina. La delincuencia siempre practica la mentira, respecto a sus víctimas y respecto al mundo al que trata de engañar; y quisiera engañar incluso a Dios. Pero Dios lee los corazones.

"Vamos afuera.” Muchos siglos después, uno dijo: "Salve, Maestro", y lo besó. Los dos Caínes escondieron el delito bajo una apariencia inocua y dieron rienda suelta a su envidia, a su ira, a su abusiva violencia y a todos sus malvados instintos, descargando todo ello sobre la víctima porque no se habían dominado a sí mismos; antes bien, habían hecho esclavo su espíritu del propio yo corrompido. Eva asciende por el camino de la expiación, Caín desciende por el camino del infierno, y en éste le hunde la desesperación que de él se apodera; y con la desesperación -último golpe mortal asestado al espíritu ya languideciente por su delito- viene el miedo físico, vil, del castigo humano. El que ya no es ser que el Cielo lleve en su memoria, ese hombre de alma muerta, animal es que se estremece por vida animal. La muerte, cuyo aspecto es sonrisa para los justos, porque por ella van a la alegría de la posesión de Dios, terror es para los que saben que morir quiere decir pasar para siempre del infierno del corazón al infierno de Satanás. Y, como alucinados, ven por todas partes venganza ya pronta para descargarse contra ellos.

Pero sabed -hablo a los justos- sabed que si el remordimiento y las tinieblas de un corazón culpable permiten y fomentan las alucinaciones del pecador, a ninguno le es lícito erigirse como juez de su hermano, y mucho menos erigirse como justiciero. Sólo uno es Juez: Dios. Y si la justicia del hombre ha creado sus propios tribunales, ésos tienen la misión de administrar justicia, y ¡ay de los que profanen ese nombre y juzguen movidos por estímulo pasional propio o por presión de poderes humanos!

¡Maldición para aquel que se haga justiciero privado de un semejante suyo! Pero ¡maldición aún mayor para el que sin factores de impulsivo encono, sino movido por frío cálculo humano, consigna a su semejante, sin justicia, a la muerte o al deshonor de la cárcel! Porque si el que mate al que mató recibirá un castigo siete veces mayor -como dijo el Señor que sucedería al que matara a Caín-, el que sin justicia condene, movido de servidumbre hacia Satanás enmascarado de Pujanza humana, recibirá setenta y siete veces el rigor de Dios.

Esto tendríais que tenerlo siempre presente, especialmente en estos tiempos, hombres que os matáis los unos a los otros para hacer de los caídos la base de vuestro triunfo, y no sabéis que lo que hacéis es excavar bajo vuestros pies la trampa en que os hundiréis maldecidos por Dios y por los hombres; porque Yo dije: "¡No matarás!".

Eva sube por su camino de expiación. El arrepentimiento va creciendo en ella ante las pruebas de su pecado. Quiso conocer el bien y el mal. Y el recuerdo del bien perdido es para ella como el recuerdo del Sol para uno que, al improviso, hubiera

quedado cegado. El mal está ante ella en los despojos del hijo asesinado; y alrededor, por el vacío creado por el hijo homicida y fugitivo. Y nace Set. Y de Set Enós. El primer sacerdote.

Hincháis vuestra mente con los humos de vuestra ciencia y habláis de evolución como de un signo de vuestra formación espontánea. El hombre-animal, evolucionando, se hará superhombre: esto decís. Sí, así es, pero a mi manera, en mi campo, no en el vuestro; no pasando de la condición de cuadrúmanos a la de hombres, sino de la de hombres a la de espíritus: cuanto más crezca el espíritu, más evolucionaréis.

Vosotros, que habláis de glándulas y os llenáis la boca hablando de hipófisis o pineal y ponéis en ella la sede de la vida -tomada ésta no en el tiempo en que la vivís, sino en los tiempos que han precedido y seguirán a vuestra vida actual-, sabed que la verdadera glándula vuestra, la que hace de vosotros los posesores eternos de la Vida, es el espíritu vuestro. Cuanto más esté éste desarrollado, más poseeréis las luces divinas y más evolucionaréis de hombres a dioses, inmortales dioses, y obtendréis de este modo -sin contravenir al deseo de Dios, a su mandato sobre el árbol de la Vida- la posesión de esta Vida, justamente en la manera en que Dios quiere que la poseáis, pues que Él para vosotros la creó eterna y refulgente, abrazo beatífico con esa eternidad que os absorbe y os comunica sus propiedades.

Cuanto más desarrollado esté el espíritu, más conoceréis a Dios. "Conocer a Dios quiere decir amarlo y servirle y, por tanto, ser capaces de invocarlo para uno mismo y para los demás. Venir a ser, pues, los sacerdotes que desde la Tierra oran por los hermanos. Porque es sacerdote el consagrado, sí, pero también lo es el creyente convencido, amoroso, fiel; y lo es, sobre todo, esa alma víctima que por un impulso de caridad se inmola a sí misma.

No es el hábito, sino el corazón, lo que Dios observa. Y en verdad os digo que ante mis ojos aparecen muchos tonsurados que de sacerdotal sólo tienen la tonsura, y muchos laicos en que la Caridad, que los posee y por la que se dejan consumir, es el óleo de la ordenación que hace de ellos sacerdotes míos, anónimos a los ojos del mundo, pero conocidos por mí, que los bendigo.

## 607

## Juan va a recoger a la Madre.

Veo al predilecto (Juan), más pálido aún que cuando estaba con Pedro en el patio de Caifás. Quizás porque allí la luz del fuego proyectaba un cálido reflejo en su cara. Ahora se le ve ajado, como por causa de una grave enfermedad, y como exangüe. Su cara está tan intensamente pálida -lívida palidez-, que emerge de la túnica malva como la de un ahogado. Y tiene los ojos empañados. El pelo, mate; despeinado. La barba, que ha asomado en esas horas, le pone un velo claro en las mejillas y el mentón, y, siendo rubia clara, da a aquéllas un aspecto aún más pálido. No queda en él nada del dulce y alegre Juan, como tampoco del inquieto Juan que poco antes, con un acceso encendido de desdén en el rostro, a duras penas se ha contenido de pegar a Judas.

Llama a la puerta de la casa y, como si desde dentro alguien, temeroso de encontrarse otra vez a Judas, preguntara que quién llama, responde:

-Soy Juan.

La puerta se abre y él entra.

También él va inmediatamente al cenáculo, sin responder a la dueña de la casa, que le ha preguntado: « ¿Pero qué está pasando en la ciudad?».

Se cierra dentro y cae de rodillas contra el asiento en que estaba Jesús, y llora llamándolo con dolor. Besa el mantel en el lugar donde el Maestro ha tenido unidas las manos. Acaricia el cáliz que ha estado entre sus manos... Luego dice:

-¡Oh, Dios Altísimo, ayúdame! Ayúdame a decírselo a su Madre! ¡No tengo corazón para ello!... Pero *tengo* que decírselo. *¡Tengo que decírselo yo,* porque me he quedado solo!

Se levanta y piensa. Toca entonces el cáliz como para sacar fuerzas de ese objeto tocado por el Maestro. Mira a su alrededor... Ve, todavía en el rincón donde Jesús lo puso, el purificador que usó para secarse las manos después del lavatorio, y el otro que se había puesto en la cintura. Los coge, los dobla, los acaricia, los besa.

Sigue un momento titubeante en medio de la vacía habitación. Dice: « ¡Vamos!», pero no va hacia la puerta, sino que vuelve a la mesa y toma el cáliz y el pan cuyo extremo había partido Jesús para extraer el trozo que, untado, iba a dar a Judas. Los besa y, junto con los dos purificadores, los toma y los aprieta contra su corazón, como una reliquia. Repite: « ¡Vamos!» y suspira. Se acerca a la escalerita. -Sube por ella, encorvado, con paso reluctante y moroso. Abre, sale.

-Juan, ¿has venido?

María aparece de nuevo en la puerta de su habitación, apoyándose en la jamba, como quien no tiene fuerzas de mantenerse en pie.

Juan levanta la cabeza y la mira. Abre la boca queriendo hablar, pero no lo consigue: dos lagrimones descienden rodando por sus mejillas. Agacha la cabeza, con un sentido de vergüenza por su debilidad.

-Ven aquí, Juan. No llores. Tú no debes llorar. Tú lo has querido siempre y siempre lo has hecho feliz. Que ello te sirva de consuelo.

Estas palabras quitan todo freno al llanto de Juan, que ahora es tan alto y ruidoso que hace que se asomen la dueña de la casa, María Magdalena, la mujer de Zebedeo y las otras...

-Ven conmigo, Juan.

María se separa de la jamba y toma de una muñeca al discípulo y tira de él hacia la habitación, como si fuera un niño; luego cierra la puerta despacio, para aislarse con él.

Juan no reacciona. Pero al sentir en su cabeza el contacto de la mano trémula de María, cae de rodillas, deposita en el suelo los objetos que llevaba apretados contra su corazón, y, rostro en tierra, teniendo un borde de la túnica de María apretado contra su convulso rostro, dice entre sollozos:

-¡Perdón! ¡Perdón! ¡Madre, perdón!

María, en pie, acongojada, con una mano en el pecho y el otro brazo pendiendo relajado, con una voz llena de aflicción, dice:

-¿Qué es lo que debería perdonarte, ¡pobre hijito mío!? ¿Qué? ¿A ti?

Juan levanta la cara, mostrándola como es, sin huella alguna de orgullo masculino: una cara de un pobre niño que llora, y grita:

-¡El haberlo abandonado! ¡El haber huido! ¡No haberlo defendido! ¡Oh, Maestro mío! ¡Maestro, perdón! ¡Hubiera debido morir, antes que dejarte! ¡Madre! ¡Madre, ¿quién me quitará algún día este remordimiento?!

-Paz, Juan. Él te perdona. Ya te ha perdonado. Nunca ha tenido en cuenta este momento tuyo de desconcierto. Te quiere.

María habla intercalando pausas entre las breves frases, como en un momento de jadeo, mientras tiene una mano puesta en su pobre corazón, que late fuerte de angustia, y la otra sobre la cabeza de Juan.

-Pero yo no lo he sabido comprender ni siquiera ayer por la noche... y me dormí mientras Él nos pedía el consuelo de velar. ¡Dejé solo a mi Jesús! Y luego salí corriendo cuando vino ese maldito con esa gentuza...

-Juan, no maldigas. No odies, Juan. Deja al Padre ese juicio. Escucha: ¿Dónde está El ahora?

Juan vuelve a caer rostro en tierra, y llora más fuerte.

-Responde, Juan. ¿Dónde está mi Hijo?

-Madre... yo... Madre, le... Madre...

-Lo han condenado, lo sé. Lo que te pregunto es que dónde está en este momento.

-He hecho todo lo posible porque me viera... He tratado de recurrir a alguien influyente para obtener piedad, para que... para que le hicieran sufrir menos. No le han hecho mucho daño...

-No mientas, Juan. Ni siquiera por compasión hacia una madre. No lo conseguirías. Y sería inútil. Yo sé. Desde ayer noche le he seguido en su dolor. Tú no lo ves, pero mi carne está magullada por los mismos azotes que Él ha recibido, y en mi frente están las espinas; he sentido los golpes... todo. Pero ahora... ya no veo. ¡Ahora ignoro donde está mi Hijo, mi Hijo condenado a la cruz!... ¡A la cruz!... ¡A la cruz!... ¡Oh, Dios, dame fuerzas! *Él tiene* que verme. No *debo* sentir mi dolor mientras *Él* esté sintiendo el suyo. Después, cuando todo haya terminado, déjame morir, ¡oh Dios!, si Tú lo quieres. Ahora, no. Por Él, porque me vea. Vamos, Juan. ¿Dónde está Jesús?

-Está saliendo de la casa de Pilato. Ese clamor es la turba que grita en torno a Él, atado, en los escalones del Pretorio, esperando la cruz o ya caminando hacia el Gólgota.

-Avisa a tu madre, Juan, y a las otras mujeres. Vamos. Recoge ese cáliz, ese pan, esos paños... Mételos aquí. Nos servirán de consuelo... más adelante... Vamos.

Juan recoge los objetos que estaban en el suelo y sale para llamar a las mujeres. María lo espera, pasando por su cara esos paños, como buscando en ellos la caricia de la mano de su Hijo, y besa el cáliz y el pan, y pone todo encima de un estante. Se envuelve estrechamente en su manto, y se cubre con él hasta los ojos, por encima del velo que le envuelve la cabeza y el cuello. No llora, pero sí tiembla. Y jadea tanto, con la boca abierta, que parece faltarle el aire.

Juan entra de nuevo, seguido por las mujeres, que lloran.

-¡Hijas! ¡Callad! ¡Ayudadme a no llorar! Vamos.

Y se apoya en Juan, que la guía y la sostiene como si se tratara de una ciega.

## 608

## La vía dolorosa del Pretorio al Calvario.

Jesús, tras su condena a muerte, permanece en el atrio, custodiado por los soldados, esperando la cruz. Pasa un poco de tiempo así. No más de media hora incluso menos. Luego, Longinos, encargado de presidir la ejecución da sus órdenes.

Pero, antes de que conduzcan a Jesús a la calle para recibir la cruz y ponerse en camino, Longinos, que lo ha mirado dos o tres veces con una curiosidad que ya se tiñe de compasión, y con esa mirada práctica de la persona que no es nueva en determinadas cosas, se acerca con un soldado y ofrece a Jesús un alivio: una copa de vino, creo (porque vierte de una cantimplora militar un líquido blondo-róseo claro).

-Te confortará. Debes tener sed. Y fuera hace sol. El camino es largo.

Pero Jesús responde:

-Que Dios te premie por tu piedad, pero no te prives tú de ello.

-Yo estoy sano y fuerte... Tú... No me privo... Y además... aunque así fuera, lo haría con gusto, por confortarte... Un sorbo... para que yo vea que no aborreces a los paganos.

Jesús no insiste en rechazarlo y bebe un sorbo de esa bebida. Tiene ya desatadas las manos. Tampoco tiene ya la caña ni la clámide. Así que puede beber sin ayuda. Luego ya no quiere más, a pesar de que esa bebida fresca y buena debe significar un gran alivio de la fiebre, que empieza a manifestarse en unas estrías rojas que se encienden en las pálidas mejillas y en los labios secos, agrietados.

-Toma, toma. Es agua y miel. Da fuerzas. Calma la sed... Me produces compasión... sí... compasión... No eres Tú hebreo al que habría que matar... ¡En fin!... Yo no te odio... y trataré de hacerte sufrir sólo lo inevitable.

Pero Jesús no bebe otra vez... Verdaderamente tiene sed... Esa tremenda sed de las personas exangües y de los que tienen fiebre... *Sabe que no es bebida que contenga narcótico* y bebería con ganas. *Pero no quiere sufrir menos.* Y yo comprendo -por luz interna, como lo que acabo de decir- que aún más que el agua melar le alivia la piedad del romano.

-Que Dios te bendiga por este alivio - dice. Y sonríe. Todavía sonríe... una sonrisa lastimosa, con esa boca suya hinchada, herida, que a duras penas puede contraerse (es que también, entre la nariz y el pómulo derecho se está hinchando mucho la fuerte contusión del golpe que ha recibido en el patio interior después de la flagelación). Llegan los dos ladrones, cada uno de ellos rodeados por una decuria de soldados.

Es hora de ponerse en marcha. Longinos da las últimas órdenes. Una centuria se dispone en dos filas, distantes unos tres metros entre ellas, y sale así a la plaza, donde otra centuria ha formado un cuadrado para contener a la gente, de forma que no obstaculice a la comitiva. En la pequeña plaza ya hay hombres a caballo: una decuria de caballería mandada por un joven suboficial que lleva las enseñas. Un soldado de a pie lleva de la brida el caballo negro del centurión. Longinos sube a la silla y va a su lugar, unos dos metros por delante de los once de a caballo.

Traen las cruces. Las de los dos ladrones son más cortas; la de Jesús, mucho más larga. Según mi apreciación, el palo vertical no tiene menos de cuatro metros.

Veo que la traen ya formada. Sobre esto leí -cuando leía... o sea, hace años- que la cruz fue compuesta en la cima del Gólgota. Que a largo del camino los condenados llevaban sólo los dos palos, en haz, sobre los hombros. Todo es posible. Pero yo veo una auténtica cruz, bien armada, sólida, perfectamente encajada en la intersección de los dos brazos y bien reforzada con clavos y tuercas en aquéllos. Efectivamente, si pensamos que estaba destinada a sostener un peso considerable, como es el cuerpo de un adulto, incluso en las convulsiones finales, también de considerable fuerza, se comprende que no podían improvisarla en la estrecha e incómoda cima del Calvario.

Antes de darle la cruz, le pasan a Jesús, por el cuello, la tabla con la inscripción *"Jesús Nazareno Rey de los Judíos".* Y la cuerda que la sujeta se engancha en la corona, que se mueve y que araña donde no estaba ya arañado, y que penetra en otros sitios, causando nuevo dolor, haciendo brotar más sangre. La gente se ríe, de sádica alegría, e insulta y blasfema.

Ya están preparados. Longinos da la orden de marcha:

-Primero el Nazareno, detrás los dos ladrones. Una decuria alrededor de cada uno, haciendo de ala y refuerzo. Será responsable el soldado que no impida agresión mortal a los condenados.

Jesús baja los tres peldaños que conectan el vestíbulo con la plaza. Y se ve, inmediatamente, que está muy debilitado. Se tambalea al bajar los tres peldaños: estorbado por la cruz, que calca en el hombro, llagado del todo; estorbado por la tabla de la inscripción, que oscila delante y va serrando en el cuello; estorbado por los vaivenes imprimidos al cuerpo por el largo palo de la cruz, que bota en los peldaños y en las escabrosidades del suelo.

Los judíos se ríen viéndolo tambalearse como si estuviera borracho, y gritan a los soldados:

-¡Empujadlo, para que se caiga! ¡Que muerda el polvo el blasfemo!

Pero los soldados se limitan a cumplir con su deber, o sea, ordenan al Condenado que se ponga en el centro de la calle y camine.

Longinos aguija al caballo y la comitiva empieza a moverse con lentitud. Longinos quisiera acortar, tomando el camino más breve para ir al Gólgota, porque no está seguro de la resistencia del Condenado. Pero esta gentuza furiosa -y llamarlos "gentuza" es incluso honroso- no quiere que se haga así. Los más zorros ya se han apresurado a adelantarse, hasta la bifurcación de la calle (una parte va hacia las murallas, la otra hacia la ciudad), y se amotinan y gritan cuando ven que Longinos trata de tomar la de las murallas.

-¡No te está permitido! ¡No te está permitido! ¡Es ilegal! ¡La Ley dice que los condenados deben ser vistos desde la ciudad donde pecaron!

Los judíos que van en la cola de la comitiva se percatan de que delante se intenta privarlos de un derecho, y unen sus gritos a los de sus compinches.

Intentando calmar los ánimos, Longinos tuerce por la vía que va hacia la ciudad, y recorre un trecho de aquélla. Pero hace señas a un decurión de que se acerque (digo "decurión" porque es el suboficial, pero quizás es --diríamos nosotros- su oficial de ordenanza) y le dice algo reservadamente. Éste vuelve hacia atrás al trote y, a medida que va llegando a la altura de cada uno de los jefes de decuria, transmite la orden. Luego vuelve donde Longinos para informar de que la orden está cumplida. Acto seguido se pone en el sitio en que estaba: en la fila, detrás de Longinos.

Jesús camina jadeante. Cada bache del camino es una insidia para su pie incierto, una tortura para su espalda lacerada, para su cabeza coronada de espinas y herida por un Sol cenital exageradamente caliente que de vez en cuando se esconde tras un entrecielo plúmbeo de nubes, pero que, aun oculto, no deja de abrasar. Está congestionado por la fatiga, la fiebre y el calor. Pienso que también la luz y los gritos deben torturarlo, y, si bien no puede taparse los oídos para no oír esos gritos descompuestos, sí que cierra los ojos para no ver la vía deslumbradora de sol... Pero se ve obligado a abrirlos, porque tropieza en piedras y pisa en baches, y cada tropezón es causa de dolor porque mueve bruscamente la cruz, que choca con la corona, que se descoloca en el hombro llagado y extiende la llaga y hace aumentar el dolor.

Los judíos ya no pueden golpearle directamente. Pero todavía le alcanza alguna piedra y algún golpe con algún palo: lo primero, en las plazas llenas de gente; lo segundo, en las vueltas, por las callejuelas hechas de escalones que suben y bajan, ora uno, ora tres, ora más, por los continuos desniveles de la ciudad. En esos lugares la comitiva, por fuerza, aminora el paso y siempre hay alguno dispuesto a desafiar a las lanzas romanas con tal de dar un nuevo retoque a esa obra maestra de tortura que ya es Jesús.

Los soldados, como pueden, lo defienden. Pero incluso al querer defenderlo lo golpean, porque las largas astas de las lanzas, blandidas en tan poco espacio, le golpean y le hacen tropezar. Pero, llegados a un determinado lugar, los soldados hacen una maniobra impecable y, a pesar de los gritos y las amenazas, la comitiva tuerce bruscamente por una calle que va directamente hacia las murallas, cuesta abajo, una calle que acorta mucho el camino hacia el lugar del suplicio.

Jesús jadea cada vez más. El sudor surca su rostro, junto con la sangre que rezuma de las heridas de la corona de espinas. El polvo se adhiere a este rostro húmedo poniéndole extrañas manchas. Y es que ahora también hace viento: sucesión de ráfagas separadas por largos intervalos en que se deposita el polvo -introduciéndose en los ojos y en las gargantas- que la racha ha levantado formando torbellinos cargados de detritos.

Junto a la puerta Judicial está ya apiñada una multitud: son los que han tenido la previsión de buscarse con tiempo un buen sitio para ver. Pero, poco antes de llegar a ella, Jesús ya da señales de no tenerse en pie. Sólo la rápida intervención de un soldado -contra el que Jesús casi se derrumba- impide que vaya al suelo. La chusma se ríe y grita:

-¡Déjalo! Decía a todos: "Levántate". Pues que ahora se levante Él...

Al otro lado de la puerta hay un pequeño torrente y un puentecito. Nuevo esfuerzo para Jesús el pasar por esas tablas separadas en que rebota aún más fuertemente el largo palo de la cruz. Y nueva mina de proyectiles para los judíos: vuelan piedras del torrente que golpean al pobre Mártir...

Empieza la subida del Calvario. Es un camino desnudo que acomete directamente la subida, pavimentado con piedras no unidas, sin un hilo de sombra.

Respecto a este punto, cuando leía, también leí que el Calvario tenía pocos metros de altura. Bueno, pues, será así... Ciertamente, no es una montaña; pero una colina, sí; en cualquier caso, no es más bajo que, respecto a los Lungarni, el monte donde está la basílica de San Miniato, en Florencia. Alguno dirá: "¡Poca cosa!". Sí, para uno sano y fuerte es poca cosa. Pero basta tener el corazón débil para sentir si es poca o mucha... Yo sé que, cuando se me enfermó el corazón, aunque todavía fuera en forma benigna, ya no podía subir aquella cuesta sin sufrir mucho y teniendo que pararme cada poco... y no tenía ningún peso a la espalda. Y creo que Jesús después de la flagelación y el sudor de sangre debía tener el corazón muy mal... y no tengo en cuenta más que estas dos cosas.

Jesús, por tanto, subiendo y con el peso de la cruz -que siendo tan larga debe pesar mucho-, sufre agudamente.

Encuentra una piedra saliente. Estando agotado, levanta muy poco el pie, y tropieza. Cae sobre la rodilla derecha. De todas formas, logra sujetarse con la mano izquierda. La gente grita de contento... Se pone en pie de nuevo. Continúa. Cada vez más encorvado y jadeante, congestionado, febril...

El cartel, que le va bailando delante, le obstaculiza la visión. La túnica, que, ahora que va encorvado, arrastra por el suelo por la parte de delante, le estorba el paso. Tropieza otra vez y cae sobre las dos rodillas, hiriéndose de nuevo en donde ya lo estaba; y la cruz, que se le va de las manos y cae al suelo, tras haberle golpeado fuertemente en la espalda, le obliga a agacharse, para levantarla, y a esforzarse en cargarla sobre las espaldas. Mientras hace esto, aparece netamente visible en el hombro derecho la llaga causada por el roce de la cruz, que ha abierto las muchas llagas de los azotes y las ha unificado en una sola que rezuma suero y sangre, de forma que la túnica blanca está en ese sitio del todo manchada. La gente llega incluso a aplaudir por el contento de verlo caer tan mal...

Longinos incita a acelerar el paso, y los soldados, con golpes dados de plano con las dagas, instan al pobre Jesús a continuar. Se reanuda la marcha, con una lentitud cada vez mayor, a pesar de todas las incitaciones.

Jesús, disponiendo de todo el camino, se tambalea tanto, que parece completamente ebrio. Va chocándose en las dos filas de soldados, ora contra una, ora contra otra. La gente ve esto y grita:

-¡Se le ha subido a la cabeza su doctrina! ¡Mira, mira como se tambalea!

Y otros -que no son pueblo, sino *sacerdotes y escribas*- dicen burlonamente: -No. Son los festines, todavía humeantes, en casa de Lázaro. ¿Eran buenos? Ahora come *nuestra* comida... - y otras frases parecidas.

Longinos, que se vuelve de vez en cuando, siente compasión y ordena una parada de algunos minutos. La chusma lo insulta tanto, que el centurión ordena a los soldados la carga. La masa vil, ante las lanzas refulgentes y amenazadoras, se distancia gritando, bajando sin orden ni concierto por el monte.

Es aquí donde vuelvo a ver, entre la poca gente que ha quedado, al grupito de los pastores, apareciendo tras unas ruinas (quizás de algún murete derrumbado). Desolados, desencajados los rostros, llenos de polvo del camino, lacerados sus vestidos, reclaman con la fuerza de sus miradas la atención de su Maestro. Y Él vuelve la cabeza, los ve... los mira fijamente como si fueran caras de ángeles. Parece calmar su sed y recuperar fuerzas con el llanto de ellos, y sonríe... Se da de nuevo la orden de ponerse en marcha y Jesús pasa justamente por delante de ellos, oyendo su llanto angustioso. Vuelve a duras penas la cabeza bajo el yugo de la cruz y vuelve a sonreír... Sus consuelos... Diez caras... un alto bajo el sol de fuego...

Y enseguida el dolor de la tercera, completa caída. Esta vez no es que tropiece, sino que es que cae por repentino decaimiento de las fuerzas, por síncope. Cae a lo largo. Se golpea la cara contra las piedras desunidas. Permanece en el suelo, bajo la cruz, que se le cae encima. Los soldados tratan de levantarlo. Pero, dado que parece muerto, van a informar al centurión. Mientras van y vuelven, Jesús vuelve en sí y, lentamente, con la ayuda de dos soldados, de los cuales uno levanta la cruz y el otro ayuda al Condenado a ponerse en pie, se pone de nuevo en su lugar. Pero está totalmente agotado.

-¡Atentos a que muera en la cruz! - grita la muchedumbre.

-Si se os muere antes, responderéis ante el Procónsul. Tenedlo presente. El reo debe llegar vivo al suplicio - dicen los jefes de los escribas a los soldados.

Éstos, aunque por disciplina no hablan, los fulminan con furiosas miradas.

Pero Longinos tiene el mismo miedo que los judíos de que Cristo muera por el camino, y no quiere problemas. Sin necesidad de que nadie se lo recuerde, sabe cuál es su deber como comandante de la ejecución, y toma las medidas oportunas al respecto; concretamente da la orden de tomar el camino más largo, que sube en espiral orillando el monte y que, por tanto,

tiene menos desnivel, desorientando a los judíos, los cuales ya se han adelantado presurosos por el camino, al que han llegado desde todas las partes del monte, sudando, arañándose al pasar junto a los escasos y espinosos matorrales de este monte yermo y requemado, cayendo en los montones de escombros (como si fuera para Jerusalén una escombrera), sin sentir dolor alguno, sino el de perderse un jadeo del Mártir, una mirada suya de dolor, un gesto aun involuntario de sufrimiento, sin sentir temor alguno, sino el de no conseguir un buen sitio.

El camino tomado por Longinos parece un sendero que, a fuerza de haber sido recorrido, se ha transformado en un camino bastante cómodo.

El cruce de los dos caminos está localizado, aproximadamente, en la mitad del monte. Pero observo que más arriba, en cuatro puntos, el camino directo se ve cortado por este que asciende con menos desnivel, aunque con un recorrido mucho más largo; y en este camino hay personas que suben, pero que no participan del indigno jolgorio de los posesos que siguen a Jesús para gozar de sus tormentos. La mayor parte son mujeres, que van llorando veladas. También algún grupito de hombres -en verdad, muy exiguos- que, muy por delante de las mujeres, están para desaparecer de la vista cuando el camino, en su recorrido, orillando el monte, tuerce.

Aquí el Calvario tiene una especie de punta en su caprichosa estructura: de forma de morro por una parte, escarpada por la otra.

Los hombres desaparecen tras la punta rocosa y los pierdo de vista.

La gente que seguía a Jesús grita de rabia. Era más bonito para ellos verlo caer. Con repugnantes imprecaciones contra el Condenado y contra el que lo guía, parte de ellos se ponen a seguir a la comitiva judicial, y otra parte prosigue, casi corriendo, hacia arriba por el camino empinado, para desquitarse, con un magnífico puesto en la cima, de la desilusión que han experimentado.

Las mujeres, que van llorando se vuelven al oír los gritos, y ven que la comitiva tuerce por ahí. Se detienen entonces, y, temiendo que los violentos judíos las arrojen ladera abajo, se pegan bien al monte. Cubren aún más su cara con los velos. Una va completamente velada, como una musulmana, dejando descubiertos sólo los ojos, negrísimos. Van muy ricamente vestidas, custodiadas por un viejo robusto cuya cara, yendo él todo envuelto en su capa, no distingo; veo sólo su larga barba, más blanca que negra, por fuera de su oscurísima y grande capa.

Cuando Jesús llega a su altura, ellas lloran más fuerte y se inclinan con profunda reverencia. Luego se aproximan resueltamente. Los soldados quisieran mantenerlas a distancia sirviéndose de las astas. Pero la que estaba del todo tapada como una musulmana aparta un instante el velo ante el alférez, que ha llegado a caballo para ver qué obstáculo nuevo es éste. Y el alférez da la orden de dejarla pasar. No puedo ver ni su cara ni su vestido, porque ha apartado el velo con la rapidez de un relámpago y el vestido está enteramente oculto bajo un manto largo que llega hasta los pies, un manto tupido y completamente cerrado por una serie de hebillas. La mano que un instante sale para apartar el velo es blanca y hermosa; y es, junto con los negrísimos ojos, la única cosa que se ve de esta alta dama, que, sin duda, es persona influyente, a juzgar por la forma en que el lugarteniente de Longinos la obedece.

Se acercan a Jesús llorando y se arrodillan a sus pies mientras É1 se detiene jadeante... Jesús, a pesar de todo, sabe sonreír a estas mujeres compasivas y al hombre que las escolta, que se descubre para mostrar que es Jonatán. Pero a él los soldados no lo dejan pasar; sólo a las mujeres.

Una de ellas es Juana de Cusa, y está más maltrecha que cuando agonizaba. De rojo presenta sólo los surcos del llanto. Todo el resto de la cara es níveo, con esos dulces ojos negros que, tan empañados como están, parecen ahora de un violeta oscurísimo, como ciertas flores. Tiene en su mano un ánfora de plata, y se la ofrece a Jesús, el cual no la acepta. Pero es que, además, su jadeo es tan fuerte, que ni siquiera podría beber. Con la mano izquierda se seca el sudor y la sangre que le caen en los ojos y que, deslizándose por las mejillas lívidas y por el cuello (cuyas venas están túrgidas con el afanoso palpitar del corazón), humedecen toda la pechera de la túnica.

Otra mujer -a su lado tiene una joven sirviente- abre una arqueta que ésta lleva en los brazos y saca un lienzo finísimo, cuadrado, que le ofrece al Redentor. Jesús lo acepta. Y, dado que no puede por sí solo con una mano, esta mujer compasiva le ayuda a ponérselo en el rostro, con cuidado de no chocar en la corona. Y Jesús aplica el fresco lienzo a su pobre faz. Lo mantiene así como si en ello hallara un gran alivio.

Luego devuelve el lienzo y habla:

-Gracias, Juana. Gracias, Nique,... Sara,... Marcela,... Elisa,... Lidia,... Ana,... Valeria,... y a ti... Pero... no lloréis... por mí... hijas de... Jerusalén... sino por los pecados... vuestros y... de vuestra ciudad... Da gracias... Juana... por no tener... ya hijos... Mira... es compasión de Dios... el no... no tener hijos... para que... sufran por... esto. Y también... tú, Isabel... Mejor... como sucedió... que entre los deicidas... Y vosotras... madres... llorad por... vuestros hijos, porque... esta hora no pasará... sin castigo... ¡Y qué castigo, si esto es así para... el Inocente!... Lloraréis entonces... el haber concebido... amamantado y el... tener todavía... a los hijos... Las madres... en aquella hora... llorarán porque... en verdad os digo... que será dichoso... el que en aquella hora... caiga primero... bajo los escombros... Os bendigo... Marchaos... a casa... orad... por mí. Adiós, Jonatán... llévatelas...

Y en medio de un alto clamor de llanto femenino y de imprecaciones judías, Jesús reanuda su camino.

Jesús está otra vez todo mojado de sudor. Sudan también los soldados y los otros dos condenados, porque el sol de este día borrascoso abrasa como el fuego, y la ladera ardiente del monte aumenta el calor solar.

Fácil es imaginarse lo que significará este sol en la túnica de lana de Jesús puesta sobre las heridas de los azotes... y horrorizarse… Pero no emite un solo quejido. Eso sí -a pesar de que el camino esté mucho menos empinado y no tenga esas piedras desunidas, tan peligrosas para sus pies, que en realidad ya sólo se arrastran-, se tambalea cada vez más, y otra vez vuelve a ir de una fila de soldados a la otra, chocándose, y encorvándose cada vez más.

Piensan que será una solución pasarle una cuerda por la cintura y tenerlo sujeto por los cabos como si fueran riendas. Sí, esto lo sostiene, pero no le alivia el peso. Es más, la cuerda, chocando en la cruz hace que ésta se mueva continuamente en el

hombro y que golpee en la corona, que verdaderamente ha hecho ya de la frente de Jesús un tatuaje sangrante. Además, la cuerda va rozando la cintura, donde hay muchas heridas, y ciertamente las abrirá de nuevo; tanto es así que la túnica blanca se tiñe, en la zona de la cintura, de un rojo pálido. Por ayudarle, le hacen sufrir más todavía.

El camino prosigue. Dobla la ladera del monte. Vuelve casi al frente, hacia el camino escarpado. Aquí está María con Juan. Yo diría que Juan la ha llevado a ese lugar de sombra, detrás de la escarpa del monte, para procurarle un poco de alivio. Es la parte más abrupta, sólo orillada por ese camino. Hacia arriba y hacia abajo, la ladera, sea hacia arriba, sea hacia abajo, tiene áspero declive, de forma que, por este motivo, los crueles judíos la han descartado. Allí hay sombra porque yo diría que es la parte septentrional. Y María, estando pegada al monte, se ve al amparo del sol. Está apoyada en la ladera térrea; de pie, pero ya exhausta. Jadea también ella, pálida como una muerta, con su vestido azul oscurísimo, casi negro. Juan la mira con una piedad desolada. También él ha perdido todo rastro de color y está térreo. Sus ojos, cansados y abiertísimos. Despeinado. Ahondados los carrillos, como por enfermedad.

Las otras mujeres (María y Marta de Lázaro, María de Alfeo y de Zebedeo, Susana de Caná, la dueña de la casa y otras que no conozco) están en medio del camino y observan si viene el Salvador. Y, cuando ven que llega Longinos, se acercan a María para avisarle. Entonces María, sujetada de un codo por Juan, majestuosa en medio de su dolor, se separa de la pared del monte y se pone resueltamente en medio del camino, apartándose sólo cuando llega Longinos, quien desde su caballo negro mira a esta pálida Mujer y a su acompañante rubio, pálido, de mansos ojos de cielo como Ella. Y Longinos menea la cabeza mientras la sobrepasa seguido por los once que van a caballo.
María trata de pasar por entre los soldados de a pie. Pero éstos, que tienen calor y prisa, tratan de rechazarla con las lanzas (y mucho más si se considera que desde el camino solado vuelan piedras como protesta contra tantos gestos de compasión). Son los judíos, que siguen imprecando por la pausa causada por las pías mujeres. Dicen:

-¡Rápido! Mañana es Pascua. ¡Hay que acabar todo esto antes de que anochezca! ¡Cómplices! ¡Burladores de nuestra Ley! ¡Opresores! ¡Muerte a los invasores y a su Cristo! ¡Lo quieren! ¡Fijaos cómo lo quieren! ¡Pues lleváoslo! ¡Metedlo en vuestra maldita Urbe! ¡Os lo cedemos! ¡Nosotros no queremos tenerlo! ¡Las carroñas para las carroñas! ¡Las lepras para los leprosos!

Longinos se cansa y espolea al caballo, seguido por los diez lanceros, contra la jauría insultante, que por segunda vez huye. Y, haciendo esto, Longinos ve parado un pequeño carro (sin duda, ha subido desde los huertos que están al pie del monte), un pequeño carro que espera con su carga de verduras a que pase la turba para bajar a la ciudad. Creo que un poco de curiosidad propia y de los hijos ha hecho al Cireneo subir hasta allí, porque de ninguna manera tenía necesidad de hacerlo. Los dos hijos, tumbados encima del montón glauco de las verduras, miran cómo huyen los judíos y se ríen de ellos. El hombre, sin embargo, un hombre robustísimo de unos cuarenta o cincuenta años, en pie, junto al burro que, asustado, trata de recular, mira atentamente hacia la comitiva.

Longinos lo mira detenidamente. Piensa que le puede servir. Ordena:

-Hombre, ven aquí.

El Cireneo finge no oír. Pero con Longinos no se juega. Repite la orden de una forma que el hombre lanza los ramales a uno de sus hijos y se acerca.

-¿Ves a ese hombre? - pregunta. Y al decirlo se vuelve para señalar a Jesús. Y, en esto, ve a María, suplicando a los soldados que la dejen pasar. Siente compasión de ella y grita:

-¡Dejad pasar a la Mujer!

Luego vuelve a hablarle al Cireneo:

-No puede proseguir cargado así. Tú eres fuerte. Toma su cruz y llévala por Él hasta la cima.

-No puedo... Tengo el burro... es rebelde... Los chicos no saben dominarlo...

Pero Longinos dice:

-Ve, si no quieres perder el asno y ganarte veinte golpes de castigo.

El Cireneo ya no se atreve a oponer más resistencia. Da una voz a los muchachos:

-Id a casa. Pronto. Decid que llego enseguida - luego se acerca a Jesús.

Llega en el preciso momento en que Jesús se vuelve hacia su Madre -sólo entonces Él la ve venir, y es que caminaba tan encorvado y con los ojos tan cerrados, que era como si estuviera ciego-, y grita:

-¡Mamá!

Es la primera palabra que expresa su sufrimiento, desde cuando está siendo torturado. Y es que en ese grito se contiene la confesión de todo su tremendo dolor, de cada uno de sus dolores, de espíritu, de su parte moral, de su carne. Es el grito desgarrado y desgarrador de un niño que muere solo, entre verdugos, entre las peores torturas... y que hasta de su propia respiración siente miedo. Es el lamento de un niño delirante angustiado por visiones de pesadilla... Y llama a la madre, a la madre, porque sólo el fresco beso de ella calma el ardor de la fiebre, y su voz ahuyenta a los fantasmas, y su abrazo hace menos temible la muerte...

María se lleva la mano al corazón como si hubiera sentido una puñalada. Se tambalea levemente. Pero se recupera, acelera el paso y, mientras va hacia su Criatura lacerada tendiendo hacia Él los brazos, grita:

-¡Hijo!

Pero lo dice de una forma tal, que el que no tiene corazón de hiena lo siente traspasado por ese dolor.

Veo que incluso entre los romanos -y son hombres de armas, no noveles en materia de muertes, marcados por cicatrices...- hay un impulso de piedad. Y es que la palabra "¡Mamá!" y la palabra "¡Hijo!" conservan siempre su valor y lo conservan para todos aquellos que -lo repito- no son peores que las hienas, y son pronunciadas y comprendidas en todas partes, y en todas partes provocan olas de piedad...

El Cireneo siente esta piedad... Y dado que ve que María no puede, a causa de la cruz, abrazar a su Hijo y que después de haber tendido los brazos los deja caer de nuevo convencida de no poder hacerlo -y se limita a mirarlo, queriendo expresar una sonrisa, una sonrisa que es martirial, para infundirle ánimo, mientras sus temblorosos labios beben el llanto; y Él, torciendo la cabeza bajo el yugo de la cruz, trata, a su vez, de sonreírle y de enviarle un beso con los pobres labios heridos y abiertos por los golpes y la fiebre-, pues se apresura a quitar la cruz (y lo hace con delicadeza de padre, para no chocar con la corona o rozar las llagas).

Pero María no puede besar a su Criatura... Hasta el más leve toque sería una tortura en esa carne lacerada. María se abstiene de hacerlo, y, además... los sentimientos más santos tienen un pudor profundo, requieren respeto o, al menos, compasión, mientras que aquí lo que hay es curiosidad y, sobre todo, escarnio: se besan sólo las dos almas angustiadas.

La comitiva, que se pone de nuevo en marcha, movida por las ondas del gentío furibundo que desde atrás empuja, los separa, y aparta a la Madre -blanco de las burlas de todo un pueblo- contra la pared del monte...

Ahora, detrás de Jesús, va el Cireneo con la cruz. Jesús, libre de ese peso, prosigue mejor. Jadea fuertemente, se lleva frecuentemente la mano al corazón, como sintiendo un gran dolor, como si tuviera ahí una herida, en la región esternocardiaca; y ahora, que puede hacerlo por no tener atadas las manos, se echa hacia atrás, hasta por detrás de las orejas, el pelo que le caía por delante empapado de sangre y sudor, para sentir aire en su cara cianótica, y se desata el cordón del cuello por la dificultad de respiración... Pero puede andar mejor.

María se ha retirado con las mujeres. Se pone al final de la comitiva una vez que ésta ha pasado, y luego, por un atajo, se dirige hacia la cima del monte, desafiando las injurias de la chusma inhumana.

Ahora que Jesús está libre, recorren con bastante brevedad la última espira del monte. Ya están cercanos a la cima, toda llena de gentío vociferante.

Longinos se detiene y da la orden de que *todos, implacablemente,* sean apartados más hacia abajo, para que la cima, lugar de ejecución, esté libre. Y media centuria pone por obra la orden: vienen al sitio y rechazan sin piedad a todos los que allí se encuentran, haciendo uso para ello de dagas y astas. Bajo la granizada de cimbronazos y palos, los judíos de la cima huyen. Intentan colocarse en la explanada que está más abajo; pero los que ya están en ella no ceden, siendo así que se encienden riñas furibundas entre la gente. Parecen todos locos.

El Calvario, en su cima, tiene la forma de un trapecio irregular levemente más alto por un lado tras el cual el monte desciende a pico hasta más de la mitad de su ladera. En este espacio están ya preparados tres agujeros profundos, recubiertos por dentro de ladrillo o pizarra; en definitiva, hechos con este fin concreto. A1 lado de ellos hay piedras y tierra ya preparadas para calzar las cruces. De otros agujeros, sin embargo, no han sacado las piedras. Se ve que los van vaciando según el número que se requiere cada vez.

Más abajo de la cima trapezoidal, por la parte en que el monte no desciende con fuerte desnivel, hay una especie de plataforma que constituye un rellano de suave declive. De éste salen dos anchos senderos que bordean la cima, quedando así ésta aislada por todos los lados y elevada al menos dos metros.

Los soldados que han apartado de la cima a la gente dominan con persuasivos golpes de astas las riñas y abren paso para que la comitiva pueda marchar sin obstáculos en el último trecho del camino. Y quedan allí formando cordón mientras los tres condenados encuadrados por los soldados de a caballo y protegidos por la otra media centuria por detrás, llegan hasta el punto en que los detienen: al pie de ese palco natural elevado que es la cima del Gólgota.

Mientras se desarrollan estos hechos, advierto la presencia de las Marías. Un poco detrás de ellas, están Juana de Cusa y otras cuatro de las damas de antes. Las otras se han marchado. Deben haberse ido solas, porque Jonatán está ahí, detrás de su señora. Ya no está la mujer a la que nosotros llamamos Verónica y Jesús ha llamado Nique, y, lo mismo que ella, falta también su doméstica; y tampoco está la mujer que iba completamente velada y fue obedecida por los soldados. Veo a Juana, a la anciana de nombre Elisa, a Ana (es la dueña de aquella casa a donde Jesús iba durante la vendimia del primer año) y a otras dos que no sé identificar mejor.

Detrás de estas mujeres y de las Marías, veo a José y a Simón de Alfeo, y a Alfeo de Sara junto con el grupo de los pastores. Han peleado con los que querían cerrarles el paso y los insultaban, y la fuerza de estos hombres, multiplicada por el amor y el dolor, ha sido tan violenta que han vencido y han creado una semicírculo libre contra el que los vilísimos judíos no se atreven sino a lanzar gritos de muerte y a amenazar con los puños; no más, porque los cayados de los pastores son nudosos y pesados y a estos jabatos -no hablo impropiamente llamándolos así, porque se requiere un gran valor para enfrentarse a toda una población hostil, siendo pocos, conocidos como galileos o seguidores del Galileo- no les falta ni fuerza ni tino. ¡Es el único punto de todo el Calvario donde no se blasfema contra el Cristo!

El monte hormiguea de gente en los tres lados que no descienden con fuerte declive. Ya no se ve la tierra amarillenta y desnuda, la cual, bajo el sol que aparece y se oculta, parece un prado florecido lleno de corolas de todos los colores, debido a que está cubierta por una gran cantidad de gorros y mantos de esos sádicos. Pasado el torrente, por el camino, más gente; dentro del recinto de las murallas, más gente; en las terrazas, más gente. El resto de la ciudad, despoblado... vacío... silencioso: todo está aquí, todo el amor y todo el odio; todo el Silencio que ama y perdona, todo el Clamor que odia e impreca.

Mientras los hombres encargados de la ejecución preparan sus instrumentos y terminan de vaciar los agujeros, y mientras los condenados esperan en el centro de su cuadrado, los judíos, refugiados en el ángulo opuesto a las Marías, insultan a éstas, y también a la Madre:

-¡Muerte a los galileos! ¡Muerte! ¡Galileos! ¡Galileos! ¡Malditos! ¡Muerte al blasfemo galileo! ¡Clavad en la cruz también al vientre que lo llevó! ¡Fuera las víboras que dan a luz a los demonios! ¡Muerte a ellas! ¡Limpiad Israel de las hembras que se unen con el macho cabrío!...

Longinos, que ha desmontado del caballo, se vuelve y ve a la Madre... Ordena que se haga cesar ese barullo... La media centuria que estaba detrás de los condenados carga contra la chusma y libera del todo el rellano inferior. Y los judíos se echan a

correr por el monte, pisándose unos a otros. Echan pie a tierra también los otros soldados. Uno de ellos toma los once caballos además del del centurión y los lleva a la sombra, a espaldas de una ladera del monte.

El centurión se encamina hacia la cima. Juana de Cusa se acerca a él, lo para; le da el ánfora y una bolsa, luego se retira llorando, y va al saliente del monte, donde están las otras.

Arriba está todo preparado. Se hace subir a los condenados. Jesús pasa otra vez cerca de su Madre, la cual emite un gemido que Ella misma trata de ahogar llevándose a la boca el manto.

Los judíos ven esto y se ríen, y se burlan. Juan, el manso Juan, que tiene un brazo pasado por los hombros de María para sostenerla, se vuelve con una mirada fiera, una mirada incluso fosforescente; si no debiera tutelar a las mujeres, yo creo que cogería a alguno de esos cobardes por el cuello.

En cuanto llegan los condenados al palco malhadado, los soldados circundan la explanada por tres de sus lados. Sólo queda vacío el lado que desciende a pico.

El centurión da al Cireneo la orden de que se vaya. Y éste se marcha, a regañadientes ahora. No diría que por sadismo, sino por amor. Tanto es así, que se para junto a los galileos y comparte con ellos los insultos que la muchedumbre propina a este escuálido grupo de fieles del Cristo.

Los dos ladrones, blasfemando, arrojan al suelo sus cruces. Jesús calla.

La vía dolorosa ha terminado.

## 609

## La crucifixión, la muerte y el descendimiento.

Cuatro hombres fornidos, que por su aspecto me parecen judíos, y judíos más merecedores de la cruz que los condenados, ciertamente de la misma calaña de los flageladores, y que estaban en un sendero, saltan al lugar del suplicio. Van vestidos con túnicas cortas y sin mangas. Tienen en sus manos clavos, martillos y cuerdas. Y muestran burlonamente estas cosas a los tres condenados. La muchedumbre se excita envuelta en un delirio cruel.

E1 centurión ofrece a Jesús el ánfora, para que beba la mixtura anestésica del vino mirrado. Pero Jesús la rechaza. Los dos ladrones, por el contrario, beben mucha. Luego, junto a una piedra grande, casi en el borde de la cima, ponen esta ánfora de amplia boca de forma de tronco de cono invertido.

Se da a los condenados la orden de desnudarse. Los dos ladrones lo hacen sin pudor alguno. Es más, se divierten haciendo gestos obscenos hacia la muchedumbre, y especialmente hacia el grupo sacerdotal, todo blanco con sus túnicas de lino, grupo que, a la chita callando y haciendo uso de su condición, ha vuelto al rellano. A los sacerdotes se han unido dos o tres fariseos y otros prepotentes personajes a quienes el odio hace amigos entre sí. Y veo a personas ya conocidas, como el fariseo Jocanán e Ismael, el escriba Sadoq, Elí de Cafarnaúm...

Los verdugos ofrecen tres trapajos a los condenados para que se los aten a la ingle. Los ladrones los agarran mientras profieren blasfemias aún más horrendas. Jesús, que se está desvistiendo lentamente por el agudo dolor de las heridas, lo rehúsa. Quizás cree que conservará el calzón corto que pudo tener durante la flagelación. Pero cuando le dicen que también se lo quite, tiende la mano para mendigar el trapajo de los verdugos para cubrir su desnudez: verdaderamente es el Anonadado, hasta el punto de tener que pedir un trapajo a unos delincuentes.

Pero María se ha percatado y se ha quitado el largo y sutil lienzo blanco que le cubre la cabeza por debajo del manto oscuro; un velo en el que Ella ha derramado ya mucho llanto. Se lo quita sin dejar caer el manto. Se lo pasa a Juan para que se lo dé a Longinos para su hijo. El centurión toma el velo sin poner dificultades, y cuando ve que Jesús está para desnudarse del todo, vuelto no hacia la muchedumbre sino hacia la parte vacía de gente -mostrando así su espalda surcada de moraduras y ampollas, sangrante por heridas abiertas o a través de oscuras costras-, le ofrece el velo materno de lino. Jesús lo reconoce y se lo enrolla en varias veces en torno a la pelvis asegurándoselo bien para que no se caiga... Y en el lienzo –hasta ese momento mojado sólo de llanto- caen las primeras gotas de sangre, porque muchas de las heridas, mínimamente cubiertas de coágulo, al agacharse para quitarse las sandalias y dejar en el suelo la ropa, se han abierto y la sangre de nuevo mana.

Ahora Jesús se vuelve hacia la muchedumbre. Y se ve así que también el pecho, los brazos, las piernas, están llenos de golpes de los azotes. A la altura del hígado hay un enorme cardenal. Bajo el arco costal izquierdo hay siete nítidas estrías en relieve, terminada en siete pequeñas laceraciones sangrantes rodeadas de un círculo violáceo... un golpe fiero de flagelo en esa zona tan sensible del diafragma. Las rodillas, magulladas por las repetidas caídas que ya empezaron inmediatamente después de la captura y que terminaron en el Calvario, están negras por los hematomas, y abiertas por la rótula, especialmente la derecha, con una vasta laceración sangrante.

La muchedumbre lo escarnece como en coro *(con citas de: Salmo 45, 3; Cantar de los cantares 5, 10-16; y alusiones a: Números 12; Deuteronomio 24, 9)*:

-¡Qué hermoso! ¡El más hermoso de los hijos de los hombres! Las hijas de Jerusalén te adoran...

Y empiezan a cantar, con tono de salmo:

-Cándido y rubicundo es mi dilecto, se distingue entre millares. Su cabeza es oro puro; sus cabellos, racimos de palmera, sedeños como pluma de cuervo. Sus ojos son como dos palomas chapoteando en arroyos de leche que no de agua, en la leche de sus órbitas. Sus mejillas son aromáticos cuadros de jardín; sus labios, purpúreos lirios que rezuman preciosa mirra. Sus manos torneadas como trabajo de orfebre, terminadas en róseos jacintos. Su tronco es marfil veteado de zafiros. Sus piernas, perfectas columnas de cándido mármol con bases de oro. Su majestuosidad es como la del Líbano; su solemnidad, mayor que 1a del alto cedro. Su lengua está empapada de dulzura. Toda una delicia es él - y se ríen, y también gritan:

-¡El leproso! ¡El leproso! ¿Será que has fornicado con un ídolo, si Dios te ha castigado de este modo? ¿Has murmurado contra los santos de Israel, como María de Moisés pues que has recibido este castigo? ¡Oh! ¡Oh! ¡El Perfecto! ¿Eres el Hijo de Dios? ¡Qué va! ¡Lo que eres es el aborto de Satanás! A1 menos él, Mammona, es poderoso y fuerte. Tú... eres un andrajo impotente y asqueroso.

Atan a las cruces a los ladrones y se los coloca en sus sitios, uno a la derecha, uno a la izquierda, respecto al sitio destinado para Jesús. Gritan, imprecan, maldicen; y, especialmente cuando meten las cruces en el agujero y los descoyuntan y las cuerdas magullan sus muñecas, sus maldiciones contra Dios, contra la Ley, contra los romanos, contra los judíos, son infernales.

Es ahora el turno de Jesús. Él se extiende mansamente sobre el madero. Los dos ladrones se rebelaban tanto, que, no siendo suficientes los cuatro verdugos, habían tenido que intervenir soldados para sujetarlos, para que no apartaran con patadas a los verdugos que los ataban por las muñecas. Pero para Jesús no hay necesidad de ayuda. Se extiende y pone la cabeza donde le dicen que la ponga. Abre los brazos como le dicen que los abra. Estira las piernas como ordenan que lo haga. Sólo se ha preocupado de colocarse bien su velo. Ahora su largo cuerpo, esbelto y blanco, resalta sobre el madero oscuro y el suelo amarillo.

Dos verdugos se sientan encima de su pecho para sujetarlo. Y pienso en qué opresión y dolor debió sentir bajo ese peso. Un tercer verdugo le toma el brazo derecho y lo sujeta: con una mano en la primera parte del antebrazo; con la otra, en el extremo de los dedos. El cuarto, que tiene ya en su mano el largo clavo de punta afilada y cuerpo cuadrangular que termina en una superficie redonda y plana de1 diámetro de diez céntimos de los tiempos pasados, mira si el agujero ya practicado en la madera coincide con la juntura del radio y el cúbito en la muñeca. Coincide. El verdugo pone la punta del clavo en la muñeca, alza el martillo y da el primer golpe.

Jesús, que tenía los ojos cerrados, al sentir el agudo dolor grita y se contrae, y abre al máximo los ojos**,** que nadan entre lágrimas. Debe sentir un dolor atroz... el clavo penetra rompiendo músculos, venas, nervios, penetra quebrantando huesos...

María responde, con un gemido que casi lo es de cordero degollado, al grito de su Criatura torturada; y se pliega, como quebrantada Ella, sujetándose la cabeza entre las manos. Jesús, para no torturarla, ya no grita. Pero siguen los golpes, metódicos, ásperos, de hierro contra hierro... y uno piensa que, debajo, es un miembro vivo el que los recibe.

La mano derecha ya está clavada. Se pasa a la izquierda. El agujero no coincide con el carpo. Entonces agarran una cuerda, atan la muñeca izquierda y tiran hasta dislocar la juntura, hasta arrancar tendones y músculos, además de lacerar la piel ya serrada por las cuerdas de la captura. También la otra mano debe sufrir porque está estirada por reflejo y en torno a su clavo se va agrandando el agujero. Ahora a duras penas se llega al principio del metacarpo, junto a la muñeca. Se resignan y clavan donde pueden, o sea, entre el pulgar y los otros dedos, justo en el centro del metacarpo. Aquí el clavo entra más fácilmente, pero con mayor espasmo porque debe cortar nervios importantes (tanto que los dedos se quedan inertes, mientras los de la derecha experimentan contracciones y temblores que ponen de manifiesto su vitalidad). Pero Jesús ya no grita, sólo emite un ronco quejido tras sus labios fuertemente cerrados, y lágrimas de dolor caen al suelo después de haber caído en la madera.

Ahora les toca a los pies. A unos dos metros -un poco más- del extremo de la cruz hay un pequeño saliente cuneiforme, escasamente suficiente para un pie. Acercan a él los pies para ver si va bien la medida. Y, dado que está un poco bajo y los pies llegan mal, estiran por los tobillos al pobre Mártir. Así, la madera áspera de la cruz raspa las heridas y menea la corona, de forma que ésta se descoloca arrancando otra vez cabellos, y puede caerse; un verdugo, con mano violenta, vuelve a incrustársela en la cabeza...

Ahora los que estaban sentados en el pecho de Jesús se alzan para ponerse sobre las rodillas, dado que Jesús hace un movimiento involuntario de retirar las piernas al ver brillar al sol el larguísimo clavo, el doble de largo y de ancho de los que han sido usados para las manos. Y cargan su peso sobre las rodillas excoriadas, y hacen presión sobre las pobres tibias contusas, mientras los otros dos llevan a cabo la operación, mucho más difícil, de enclavar un pie sobre el otro, tratando de hacer coincidir las dos junturas de los tarsos.

A pesar de que miren bien y tengan bien sujetos los pies, por los tobillos y los dedos, contra el apoyo cuneiforme, el pie de abajo se corre por la vibración del clavo, y tienen que desclavarlo casi (*desclavar invirtiendo la posición, o sea, poniendo debajo el pie derecho y encima el izquierdo)*, porque después de haber entrado en las partes blandas, el clavo, que ya había perforado el pie derecho y sobresalía, tiene que ser centrado un poco más. Y golpean, golpean, golpean... Sólo se oye el atroz ruido del martillo contra la cabeza del clavo, porque todo el Calvario es sólo ojos atentísimos y oídos aguzados, para percibir la acción y el ruido, y gozarse en ello...

Acompaña al sonido áspero del hierro un lamento quedo de paloma: el ronco gemido de María, quien cada vez se pliega más, a cada golpe, como si el martillo la hiriera a Ella, la Madre Mártir. Y es comprensible que parezca próxima a sucumbir por esa tortura: la crucifixión es terrible: como la flagelación en cuanto al dolor, pero más atroz de presenciar, porque se ve desaparecer el clavo dentro de las carnes vivas; sin embargo, es más breve que la flagelación, que agota por su duración.

Para mí, la agonía del Huerto, la flagelación y la crucifixión son los momentos más atroces. Me revelan toda la tortura de Cristo. La muerte me resulta consoladora, porque digo: « ¡Se acabó!». Pero éstas no son el *final,* son el *comienzo de nuevos sufrimientos.*

Ahora arrastran la cruz hasta el agujero. La cruz rebota sobre el suelo desnivelado y zarandea al pobre Crucificado. Izan la cruz, que dos veces se va de las manos de los que la levantan (una vez, de plano; la otra, golpeando el brazo derecho de la cruz) y ello procura un acerbo tormento a Jesús, porque la sacudida que recibe remueve las extremidades heridas.

Y cuando, luego, dejan caer la cruz en su agujero -oscilando además ésta en todas las direcciones antes de quedar asegurada con piedras y tierra, e imprimiendo continuos cambios de posición al pobre cuerpo, suspendido de tres clavos-, el sufrimiento debe ser atroz. Todo el peso del cuerpo se echa hacia delante y cae hacia abajo, y los agujeros se ensanchan, especialmente el de la mano izquierda; y se ensancha el agujero practicado en los pies. La sangre brota con más fuerza. La de los

pies gotea por los dedos y cae al suelo, o desciende por el madero de la cruz; la de las manos recorre los antebrazos, porque las muñecas están más altas que las axilas, debido a la postura; surca también las costillas bajando desde las axilas hacia la cintura. La corona, cuando la cruz se cimbrea antes de ser fijada, se mueve, porque la cabeza se echa bruscamente hacia atrás, de manera que hinca en la nuca el grueso nudo de espinas en que termina la punzante corona, y luego vuelve a acoplarse en la frente y araña, araña sin piedad.

Por fin, la cruz ha quedado asegurada y no hay otros tormentos aparte del de estar colgado. Levantan también a los ladrones, los cuales, puestos ya verticalmente, gritan como si los estuvieran desollando vivos, por la tortura de las cuerdas, que van serrando las muñecas y hacen que las manos se pongan negras, con las venas hinchadas como cuerdas.

Jesús calla. La muchedumbre ya no calla; antes bien, reanuda su vocerío infernal.

Ahora la cima del Gólgota tiene su trofeo y su guardia de honor. En el extremo más alto, la cruz de Jesús; a sus dos lados, las otras dos. Media centuria de soldados con las armas al pie rodeando la cima. Dentro de este círculo de soldados, los diez desmontados del caballo jugándose a los dados los vestidos de los condenados.

En pie, erguido, entre la cruz de Jesús y la de la derecha, Longinos que parece montar guardia de honor al Rey Mártir. La otra media centuria, descansando, está a las órdenes del ayudante de Longinos, en el sendero de la izquierda y en el rellano más bajo, a la espera de ser utilizados si hubiera necesidad de hacerlo. Los soldados muestran una casi total indiferencia; sólo alguno, de vez en cuando, alza la cabeza hacia los crucificados.

Longinos, sin embargo, observa todo con curiosidad e interés, compara y mentalmente juzga: compara a los crucificados -especialmente a Cristo- con los espectadores. Su mirada penetrante no se pierde ni un detalle, y para ver mejor se hace visera con la mano porque el sol debe molestarle.

Es, efectivamente, un sol extraño; de un amarillo-rojo de llama Y luego esta llama parece apagarse de golpe por un nubarrón de pez que aparece tras las cadenas montañosas judías y que corre veloz por el cielo para desaparecer detrás de otros montes. Y cuando el sol vuelve a aparecer es tan intenso, que a duras penas lo soportan los ojos.

Mirando, ve a María, justo al pie del escalón del terreno, alzado hacia su Hijo el rostro atormentado. Llama a uno de los soldados que están jugando a los dados y le dice:

-Si la Madre quiere subir con el hijo que la acompaña, que venga. Escóltala y ayúdala.

Y María con Juan -tomado por hijo- sube por los escalones incididos en la roca tobosa -creo- y traspasa el cordón de los soldados para ir al pie de la cruz, aunque un poco separada, para ser vista por su Jesús y verlo a su vez.

La turba, enseguida, le propina los más oprobiosos insultos, uniéndola a su Hijo en las blasfemias. Pero Ella, con los labios temblorosos y blanquecidos, sólo busca consolarlo con una sonrisa acongojada en que se enjugan las lágrimas que ninguna fuerza de voluntad logra retener en los ojos.

La gente, empezando por los sacerdotes, escribas, fariseos, saduceos, herodianos y otros como ellos, se procura la diversión de hacer como un carrusel: subiendo por el camino empinado, orillando el escalón final y bajando por el otro sendero, o viceversa; y, al pasar al pie de la cima, por el rellano inferior, no dejan de ofrecer sus palabras blasfemas como don para el Moribundo. Toda la infamia, la crueldad, el odio, la vesania de que, con la lengua, son capaces los hombres quedan ampliamente testificadas por estas bocas infernales. Los que más se ensañan son los miembros del Templo, con la ayuda de los fariseos.

-¿Y entonces? Tú, Salvador del género humano, ¿por qué no te salvas? ¿Te ha abandonado tu rey Belcebú? ¿Ha renegado de ti? - gritan tres sacerdotes.

Y una manada de judíos:

-Tú, que hace no más de cinco días, con la ayuda del Demonio, hacías decir al Padre... ¡ja! ¡Ja! ¡Ja!... que te iba a glorificar, ¡cómo es que no le recuerdas que mantenga su promesa?

Y tres fariseos:

-¡Blasfemo! ¡Ha salvado a los otros, decía, con la ayuda de Dios! ¡Y no logra salvarse a sí mismo! ¿Quieres que la gente crea? ¡Pues haz el milagro! ¿Ya no puedes, eh? Ahora tienes las manos clavadas y estás desnudo.

Y saduceos y herodianos a los soldados:

-¡Cuidado con el hechizo, vosotros que os habéis quedado sus vestidos! ¡Lleva dentro el signo infernal!

Una muchedumbre, en coro:

-Baja de la cruz y creeremos en ti. Tú que destruyes el Templo... ¡Loco!... Mira, allí está el glorioso y santo Templo de Israel. ¡Es intocable, profanador! Y Tú estás muriendo.

Otros sacerdotes:

-¡Blasfemo! ¿Hijo de Dios, Tú? ¡Pues baja de ahí entonces! Fulmínanos, si eres Dios. Te escupimos, porque no te tenemos miedo.

Otros que pasan y menean la cabeza:

-Sólo sabe llorar. ¡Sálvate, si es verdad que eres el Elegido!

Los soldados:

-¡Eso, sálvate! ¡Y reduce a cenizas a la cochambre la cochambre! Que sois la cochambre del imperio, judíos canallas. ¡Hazlo! ¡Roma te introducirá en el Capitolio y te adorará como a un numen!

Los sacerdotes con sus cómplices:

-Eran más dulces los brazos de las mujeres que los de la cruz, ¿verdad? Pero, mira: están ya preparadas para recibirte estas -aquí dicen un término infame- tuyas. Tienes a todo Jerusalén para hacerte de madrina de boda.

Y silban como carreteros.

Otros, lanzando piedras:

-¡Convierte éstas en pan, Tú, multiplicador de panes!

Otros, parodiando los hosannas del domingo de ramos, lanzan ramas y gritan: -¡Maldito el que viene en nombre del Demonio! ¡Maldito su reino! ¡Gloria a Sión, que lo segrega de entre los vivos!

Un fariseo se coloca frente a la cruz y muestra el puño con el índice y el meñique alzados y dice:

-¿"Te entrego al Dios del Sinaí, dijiste"? Ahora el Dios del Sinaí te prepara para el fuego eterno. ¿Por qué no llamas a Jonás para que te devuelva aquel buen servicio?

Otro:

-No estropees la cruz con los golpes de tu cabeza. Tiene que servir para tus seguidores. Toda una legión de seguidores tuyos morirá en tu madero, te lo juro por Yeohveh. Y al primero que voy a crucificar va a ser a Lázaro. Veremos si esta vez lo resucitas.

-¡Sí! ¡Sí! ¡Vamos a casa de Lázaro! ¡Clavémoslo por el otro lado de la cruz! - y, como papagayos, remedan el modo lento de hablar de Jesús diciendo: « ¡Lázaro, amigo mío, sal afuera! Desatadlo y dejadlo andar.

-¡No! Decía a Marta y a María, sus hembras: "Yo soy la Resurrección y la Vida". ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡La Resurrección no sabe repeler 1a muerte, y la Vida muere!

-Ahí están María y Marta. Vamos a preguntarles dónde está Lázaro y vamos a buscarlo.

Y se acercan, hacia las mujeres. Preguntan arrogantemente:

-¿Dónde está Lázaro? ¿En el palacio?

Y María Magdalena, mientras las otras mujeres, aterrorizadas, se refugian detrás de los pastores, se adelanta, hallando en su dolor la antigua altivez de los tiempos de pecado, y dice:

-Id. Encontraréis ya en el palacio a los soldados de Roma y a quinientos hombres de mis tierras armados, y os castrarán como a viejos cabros destinados para comida de los esclavos de los molinos.

-¡Descarada! ¿Así hablas a los sacerdotes?

-¡Sacrílegos! ¡Infames! ¡Malditos! ¡Volveos! Detrás de vosotros tenéis, yo las veo, las lenguas de las llamas infernales.

Tan segura es la afirmación de María, que esos cobardes se vuelven, verdaderamente aterrorizados; y, si no tienen las llamas detrás sí tienen en los lomos las bien afiladas lanzas romanas. Porque Longinos ha dado una orden y la media centuria que estaba descansando ha entrado en acción y pincha en las nalgas a los primeros que encuentra. Éstos huyen gritando y la media centuria se queda cerrando los accesos de los dos senderos y haciendo de baluarte a la explanada. Los judíos imprecan, pero Roma es la más fuerte.

La Magdalena se cubre de nuevo con su velo -se lo había levantado para hablar a los insultadores- y vuelve a su sitio. Las otras vuelven donde ella.

Pero el ladrón de la izquierda sigue diciendo insultos desde su cruz. Parece como si en él se condensaran todas las blasfemias de los otros, y las va soltando todas, para terminar:

-¡Sálvate y sálvanos, si quieres que se te crea. ¿El Cristo Tú? ¡Un loco es lo que eres! El mundo es de los astutos y Dios no existe. Yo existo, esto es verdad, Y para mí todo es lícito. ¿Dios?... ¡Una patraña! ¡Creada para tenernos quietecitos! ¡Viva nuestro yo! ¡Sólo él es rey y dios!

El otro ladrón, que está a la derecha y tiene casi a sus pies a María y que mira a Ella casi más que a Cristo, y que desde hace algunos momentos llora susurrando: «La madre», dice:

-¡Calla! ¿No temes a Dios ni siquiera ahora que sufres esta pena? ¿Por qué insultas a uno bueno? Está sufriendo un suplicio aún mayor que el nuestro. Y no ha hecho nada malo.

Pero el mal ladrón continúa sus imprecaciones.

Jesús calla. Jadeante por el esfuerzo de la postura, por la fiebre, por el estado cardiaco y respiratorio, consecuencia de la flagelación sufrida en forma tan violenta, y también consecuencia de la angustia profunda que le había hecho sudar sangre, busca un alivio aligerando el peso que carga sobre los pies suspendiéndose de las manos y haciendo fuerza con los brazos. Quizás lo hace también para vencer un poco el calambre que ya atormenta los pies y que es manifiesto por el temblor muscular. Pero las fibras de los brazos -forzados en esa postura y seguramente helados en sus extremos, porque están situados más arriba y exangües (la sangre a duras penas llega a las muñecas, para rezumar por los agujeros de los clavos, dejando así sin circulación a los dedos)- tienen el mismo temblor. Especialmente los dedos de la izquierda están ya cadavéricos y sin movimiento, doblados hacia la palma. También los dedos de los pies expresan su tormento; sobre todo, los pulgares, quizás porque su nervio está menos lesionado: se alzan, bajan, se separan.

Y el tronco revela todo su sufrimiento con su movimiento, que es veloz pero no profundo, y fatiga sin dar descanso. Las costillas, de por sí muy amplias y altas, porque la estructura de este Cuerpo es perfecta, están ahora desmedidamente dilatadas por la postura que ha tomado el cuerpo y por el edema pulmonar que ciertamente se ha formado dentro. Y, no obstante, no son capaces de aligerar el esfuerzo respiratorio; tanto es así, que todo el abdomen ayuda con su movimiento al diafragma, que se va paralizando cada vez más.

Y la congestión y la asfixia aumentan a cada minuto que pasa, como así lo indican el colorido cianótico que orla los labios, de un rojo encendido por la fiebre, y las estrías de un rojo violáceo que pincelan e1 cuello a lo largo de las yugulares túrgidas, y se ensanchan hasta las mejillas, hacia las orejas y las sienes, mientras que la nariz aparece afilada y exangüe y los ojos se hunden en un círculo que, donde no hay sangre goteada de la corona, aparece lívido.

Debajo del arco costal izquierdo se ve la onda -irregular pero violenta- propagada desde la punta cardiaca, y de vez en cuando, por una convulsión interna, se produce un estremecimiento profundo del diafragma, que se manifiesta en una distensión total de la piel en la medida en que puede estirarse en ese pobre Cuerpo herido y moribundo.

La Faz tiene ya el aspecto que vemos en las fotografías de la Síndone, con la nariz desviada e hinchada por una parte; y también el hecho de tener el ojo derecho casi cerrado, por la hinchazón que hay en ese lado, aumenta el parecido. La boca, por el contrario, este abierta, y reducida ya a una costra su herida del labio superior.

La sed, producida por la pérdida de sangre, por la fiebre y el sol, debe ser intensa; tanto es así que Él, con una reacción espontánea bebe las gotas de su sudor y de su llanto, y también las de sangre que bajan desde la frente hasta el bigote, y se moja con estas gotas la lengua...

La corona de espinas le impide apoyarse al mástil de la cruz para ayudarse a estar suspendido de los brazos y aligerar así los pies. La zona lumbar y toda la espina dorsal se arquean hacia afuera, quedando Jesús separado del mástil de la cruz del íleon hacia arriba por la fuerza de inercia que hace pender hacia adelante un cuerpo suspendido, como estaba el suyo.

Los judíos, rechazados hasta fuera de la explanada, no dejan de insultar, y el ladrón impenitente hace eco.

El otro, que mira con piedad cada vez mayor a la Madre, y que llora, le reprende ásperamente cuando oye que en el insulto está incluida también Ella.

-¡Cállate! Recuerda que naciste de una mujer. Y piensa que las nuestras han llorado por causa de los hijos. Y han sido lágrimas de vergüenza... porque somos unos malhechores. Nuestras madres han muerto... Yo quisiera poder pedirle perdón... Pero ¿podré hacerlo? Era una santa... La maté con el dolor que le daba. Yo soy un pecador... ¿Quién me perdona? Madre, en nombre de tu Hijo moribundo, ruega por mí.

La Madre levanta un momento su cara acongojada y lo mira, mira a este desventurado que, a través del recuerdo de su madre y de la contemplación de la Madre, va hacia el arrepentimiento; y parece acariciarlo con su mirada de paloma.

Dimas llora más fuerte. Y esto desata aún más las burlas de la muchedumbre y del compañero. La gente grita:

-¡Sí señor! Tómate a ésta como madre. ¡Así tiene dos hijos delincuentes!

Y el otro incrementa:

-Te ama porque eres una copia menor de su amado.

Jesús dice ahora sus primeras palabras:

-¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!

Esta súplica le hace superar todo temor a Dimas. Se atreve a mirar a Cristo, y dice:

-Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino. Yo, es justo que aquí sufra. Pero dame misericordia y paz más allá de esta vida. Una vez te oí hablar, y, como un demente, rechacé tu palabra. Ahora, de esto me arrepiento. Y me arrepiento ante ti, Hijo del Altísimo, de mis pecados. Creo que vienes de Dios. Creo en tu poder. Creo en tu misericordia. Cristo, perdóname en nombre de tu Madre y de tu Padre santísimo.

Jesús se vuelve y lo mira con profunda piedad, y todavía expresa una sonrisa bellísima en esa pobre boca torturada. Dice:

-Yo te lo digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso.

El ladrón arrepentido se calma, y, no sabiendo ya las oraciones aprendidas de niño, repite como una jaculatoria: «Jesús Nazareno, rey de los judíos, piedad de mí; Jesús Nazareno, rey de los judíos, espero en ti; Jesús Nazareno, rey de los judíos, creo en tu Divinidad».

El otro continúa con sus blasfemias.

El cielo se pone cada vez más tenebroso. Ahora difícil es que las nubes se abran para dejar pasar el sol; antes al contrario, se superponen en una serie cada vez mayor de estratos plúmbeos, blancos, verduscos; se entrelazan o se desenredan, según los juegos de un viento frío que a intervalos recorre el cielo y luego baja a la tierra y luego calla de nuevo (y es casi más siniestro el aire cuando calla, bochornoso y muerto, que cuando silba, cortante y veloz).

La luz, antes de una desmesurada intensidad, se va haciendo verdosa. Y las caras adquieren caprichosos aspectos. Los soldados, con sus yelmos, vestidos con sus corazas antes brillantes y ahora como opacas bajo esta luz verdosa y este cielo de ceniza, muestran duros perfiles, como cincelados. Los judíos, en su mayor parte de pelo, barba y tez morenos, asemejan ahora -tan térreos se ponen sus rostros- a ahogados. Las mujeres parecen estatuas de nieve azulada por la exangüe palidez que la luz acentúa.

Jesús parece lividecer de una manera siniestra, como por un comienzo de descomposición, como si ya estuviera muerto. La cabeza empieza a reclinarse sobre el pecho. Las fuerzas rápidamente faltan. Tiembla, aunque le abrase la fiebre. Y, en medio de su débil estado, susurra el nombre que antes ha dicho solamente en el fondo de su corazón: « ¡Mamá!», « ¡Mamá!». Lo susurra quedamente, como en un suspiro, como si ya estuviera en un leve delirio que le impidiera retener lo que la voluntad quisiera contener. Y María, cada vez que lo oye, irrefrenablemente, tiende los brazos como para socorrerlo.

La gente cruel se ríe de estos dolores del moribundo y la acongojada. De nuevo suben los sacerdotes y escribas, hasta ponerse detrás de los pastores, los cuales, de todas formas, están en el rellano de abajo. Y dado que los soldados hacen ademán de rechazarlos, reaccionan diciendo:

-¿Están aquí estos galileos? Pues estamos también nosotros, que tenemos que constatar que se cumpla la justicia totalmente. Y, desde lejos, con esta luz extraña, no podemos ver.

En efecto, muchos empiezan a impresionarse de la luz que está envolviendo al mundo, y alguno tiene miedo. También los soldados señalan al cielo y a una especie de cono, tan oscuro, que parece hecho de pizarra, y que se eleva como un pino por detrás de la cima de un monte. Parece una tromba marina. Se alza, se alza, parece generar nubes cada vez más negras: de alguna forma, asemeja a un volcán lanzando humo y lava.

Es en esta luz crepuscular y amedrentadora en la que Jesús da Juan a María y María a Juan. Inclina la cabeza, dado que María se ha puesto más debajo de la cruz para verlo mejor, y dice:

-Mujer: ahí tienes a tu hijo. Hijo: ahí tienes a tu Madre.

El rostro de María aparece más desencajado aún, después de esta palabra que es el testamento de su Jesús, el cual, no tiene nada que dar a su Madre, sino un hombre; Él, que por amor al Hombre la priva del Hombre-Dios, nacido de Ella. Pero trata, la pobre Madre, de no llorar sino mudamente, porque no puede, no puede no llorar... Las gotas del llanto brotan, a pesar de

todos los esfuerzos hechos por retenerlas, aun expresando con la boca su acongojada sonrisa fijada en los labios por Él, para consolarlo a Él...

Los sufrimientos son cada vez mayores y la luz es cada vez menor.

Es en esta luz de fondo marino en la que aparecen, detrás de los judíos, Nicodemo y José, y dicen:

-¡Apartaos!

-No se puede. ¿Qué queréis? - dicen los soldados.

-Pasar. Somos amigos del Cristo.

Se vuelven los jefes de los sacerdotes.

-¿Quién osa profesarse amigo del rebelde? - dicen indignados.

Y José, resueltamente:

-Yo, noble miembro del Gran Consejo: José de Arimatea, el Anciano; y conmigo está Nicodemo, jefe de los judíos.

-Quien se pone de la parte del rebelde es rebelde.

-Y quien se pone de la parte de los asesinos es un asesino, Eleazar de Anás. He vivido como hombre justo. Ahora soy viejo. Mi muerte no está lejana. No quiero hacerme injusto cuando ya el Cielo baja a mí y con él el Juez eterno.

-¡Y tú, Nicodemo! ¡Me maravillo!

-Yo también. Pero sólo de una cosa: de que Israel esté corrompido, que no sepa ya reconocer a Dios.

-Me causas horror.

-Apártate, entonces, y déjame pasar. Pido sólo eso.

-¿Para contaminarte más todavía?

-Si no me he contaminado estando a vuestro lado, ya nada me contamina. Soldado, ten la bolsa y la contraseña.

Y pasa al decurión más cercano una bolsa y una tablilla encerada.

El decurión observa estas cosas y dice a los soldados:

-Dejad pasar a los dos.

Y José y Nicodemo se acercan a los pastores. No sé ni siquiera si los ve Jesús, en esa bruma cada vez más densa, y velada su mirada con la agonía. Pero ellos sí lo ven, y lloran sin respeto humano, a pesar de que ahora arremetan contra ellos los improperios sacerdotales.

Los sufrimientos son cada vez más fuertes. En el cuerpo se dan las primeras encorvaduras propias de la tetania, y cada manifestación del clamor de la muchedumbre los exaspera. La muerte de las fibras y de los nervios se extiende desde las extremidades torturadas hasta el tronco, haciendo cada vez más dificultoso el movimiento respiratorio, débil la contracción diafragmática y desordenado el movimiento cardiaco. El rostro de Cristo pasa alternativamente de accesos de una rojez intensísima a palideces verdosas propias de un agonizante por desangramiento. La boca se mueve con mayor fatiga, porque los nervios, en exceso cansados, del cuello y de la misma cabeza, que han servido de palanca decenas de veces a todo el cuerpo haciendo fuerza contra el madero transversal de la cruz, propagan el calambre incluso a las mandíbulas. La garganta, hinchada por las carótidas obstruidas, debe doler y extender su edema a la lengua, que aparece engrosada y lenta en sus movimientos. La espalda, incluso en los momentos en que las contracciones tetánicas no la curvan formando en ella un arco completo desde la nuca hasta las caderas, apoyadas como puntos extremos en el mástil de la cruz, se va arqueando hacia delante porque los miembros van experimentando cada vez más el peso de las carnes muertas.

La gente ve poco y mal estas cosas, porque la luz ya tiene la tonalidad de la ceniza oscura, y sólo quien esté a los pies de la cruz puede ver bien.

Jesús ahora se relaja totalmente, pendiendo hacia delante y hacia abajo, como ya muerto; deja de jadear, la cabeza le cuelga inerte hacia delante; el cuerpo, de las caderas hacia arriba, está completamente separado, formando ángulo con la cruz.

María emite un grito:

-¡Está muerto!

Es un grito trágico que se propaga en el aire negro. Y Jesús se ve realmente como muerto. Otro grito femenino le responde, y en el grupo de las mujeres observo agitación. Luego un grupo de unas diez personas se marcha, sujetando algo. Pero no puedo ver quiénes se alejan así: es demasiado escasa la luz brumosa; da la impresión de estar envueltos por una nube de ceniza volcánica densísima.

-No es posible - gritan unos sacerdotes y algunos judíos.

-Es una simulación para que nos vayamos. Soldado: pínchale con la lanza. Es una buena medicina para devolverle la voz¡.

Y, dado que los soldados no lo hacen, una descarga de piedras y terrones vuela hacia la cruz, y chocan contra el Mártir para caer después en las corazas romanas.

La medicina, como irónicamente han dicho los judíos, obra el prodigio. Sin duda, alguna piedra ha dado en el blanco, quizás en la herida de una mano, o en la misma cabeza, porque apuntaban hacia arriba. Jesús emite un quejido penoso y vuelve en sí. El tórax vuelve a respirar con fatiga y la cabeza a moverse de derecha a izquierda buscando un lugar donde apoyarse para sufrir menos, aunque en realidad encuentra sólo mayor dolor.

Con gran dificultad, apoyando una vez más en los pies torturados, encontrando fuerza en su voluntad, *únicamente en ella,* Jesús se pone rígido en la cruz. Se pone de nuevo derecho, como si fuera una persona sana con su fuerza completa. Alza la cara y mira con ojos bien abiertos al mundo que se extiende bajo sus pies, a la ciudad lejana, que apenas es visible como un blancor incierto en la bruma, y al cielo negro del que toda traza de azul y luz han desaparecido. Y a este cielo cerrado, compacto, bajo, semejante a una enorme lámina de pizarra oscura, Él le grita con fuerte voz, venciendo con la fuerza de la voluntad, con la necesidad del alma, el obstáculo de las mandíbulas rígidas, de la lengua engrosada, de la garganta edematosa

-¡Eloi, Eloi, lamma sebacteni! - (esto es lo que oigo). Debe sentirse morir, y en un absoluto abandono del Cielo, para confesar con una voz así el abandono paterno.

La gente se burla de Él y se ríe. Lo insultan:

-¡No sabe Dios qué hacer de ti! ¡A los demonios Dios los maldice!

Otros gritan:

-¡Vamos a ver si Elías, al que está llamando, viene a salvarlo.

Y otros:

-Dadle un poco de vinagre. Que haga unas pocas gárgaras. ¡Viene bien para la voz! Elías o Dios -porque está poco claro 1o que este demente quiere- están lejos... ¡Necesita voz para que lo oigan! - y se ríen como hienas o como demonios.

Pero ningún soldado da el vinagre y ninguno viene del Cielo para confortar. Es la agonía solitaria, total, cruel, incluso sobrenaturalmente cruel, de la Gran Víctima.

Vuelven las avalanchas de dolor desolado que ya le habían abrumado en Getsemaní. Vuelven las olas de los pecados de todo el mundo a arremeter contra el náufrago inocente, a sumergirle bajo su amargura. Vuelve, sobre todo, la sensación, más crucificante que la propia cruz, más desesperante que cualquier tortura, de que Dios ha abandonado y que la oración no sube a Él...

Y es el tormento final, el que acelera la muerte, porque exprime las últimas gotas de sangre a través de los poros, porque machaca las fibras aún vivas del corazón, porque finaliza aquello que la primera cognición de este abandono había iniciado: la muerte. Porque, ante todo, de esto murió mi Jesús, ¡oh Dios que sobre Él descargaste tu mano por nosotros! Después de tu abandono, por tu abandono, ¿en qué se transforma una criatura? En un demente o en un muerto. Jesús no podía volverse loco porque su inteligencia era divina y, espiritual como es la inteligencia, triunfaba sobre el trauma total de aquel sobre el que cae la mano de Dios. Quedó, pues, muerto: era el Muerto, el santísimo Muerto, el inocentísimo Muerto. Muerto Él, que era la Vida. Muerto por efecto de tu abandono y de nuestros pecados.

La oscuridad se hace más densa todavía. Jerusalén desaparece del todo. Las mismas faldas del Calvario parecen desaparecer. Sólo es visible la cima (es como si las tinieblas la hubieran mantenido en alto y así recogiera la única y última luz restante, y hubieran depositado ésta, como para una ofrenda, con su trofeo divino, encima de un estanque de ónix líquido, para que esa cima fuera vista por el amor y el odio).

Y desde esa luz que ya no es luz llega la voz quejumbrosa de Jesús:

-¡Tengo sed!

En efecto, hace un viento que da sed incluso a los sanos. Un viento continuo, ahora, violento, cargado de polvo, un viento frío, aterrador. Pienso en el dolor que hubo de causar con su soplo violento en los pulmones, en el corazón, en la garganta de Jesús, en sus miembros helados, entumecidos, heridos. ¡Todo, realmente todo se puso a torturar al Mártir!

Un soldado se dirige hacia un recipiente en que los ayudantes del verdugo han puesto vinagre con hiel, para que con su amargura aumente la salivación en los atormentados. Toma la esponja empapada en ese líquido, la pincha en una caña fina -pero rígida- que estaba ya preparada ahí al lado, y ofrece la esponja al Moribundo.

Jesús se aproxima, ávido, hacia la esponja que llega: parece un pequeñuelo hambriento buscando el pezón materno.

María, que ve esto y piensa, ciertamente, también en esto, gime, apoyándose en Juan:

-¡Oh, y yo no puedo darle ni siquiera una gota de llanto!... ¡Oh, pecho mío, ¿por qué no das leche?! ¡Oh, Dios, ¿por qué, por qué nos abandonas así?! ¡Un milagro para mi Criatura! ¿Quién me sube para calmar su sed con mi sangre?... que leche no tengo...

Jesús, que ha chupado ávidamente la áspera y amarga bebida tuerce la cabeza henchido de amargura por la repugnancia. Ante todo, debe ser corrosiva sobre los labios heridos y rotos.

Se retrae, se afloja, se abandona. Todo el peso del cuerpo gravita sobre los pies y hacia delante. Son las extremidades heridas las que sufren la pena atroz de irse hendiendo sometidas a la tensión de un cuerpo abandonado a su propio peso. Ya ningún movimiento alivia este dolor. Desde el íleon hacia arriba, todo el cuerpo está separado del madero, y así permanece.

La cabeza cuelga hacia delante, tan pesadamente que el cuello parece excavado en tres lugares: en la zona anterior baja de la garganta, completamente hundida; y a una parte y otra del esternocleidomastoideo. La respiración es cada vez más jadeante, aunque entrecortada: es ya más estertor sincopado que respiración. De tanto en tanto, un acceso de tos penosa lleva a los labios una espuma levemente rosada. Y las distancias entre una espiración y la otra se hacen cada vez más largas. El abdomen está ya inmóvil. Sólo el tórax presenta todavía movimientos de elevación, aunque fatigosos, efectuados con gran dificultad... La parálisis pulmonar se va acentuando cada vez más.

Y cada vez más débil, volviendo al quejido infantil del niño, se oye la invocación:

-¡Mamá!

Y la pobre susurra:

-Sí, tesoro, estoy aquí.

Y cuando, por habérsele velado la vista, dice:

-Mamá, ¿dónde estás? Ya no te veo. ¿También tú me abandonas?

Y esto no es ni siquiera una frase, *sino un susurro* apenas perceptible para quien más con el corazón que con el oído recoge todo suspiro del Moribundo. Ella responde: -¡No, no, Hijo! ¡Yo no te abandono! Oye mi voz, querido mío... Mamá está aquí, aquí está... y todo su tormento es el no poder ir donde Tú estás...

Es acongojante... Y Juan llora sin trabas. Jesús debe oír ese llanto, pero no dice nada. Pienso que la muerte inminente le hace hablar como en delirio y que ni siquiera es consciente de todo lo que dice y que, por desgracia, ni siquiera comprende el consuelo materno y el amor del Predilecto.

Longinos -que inadvertidamente ha dejado su postura de descanso con los brazos cruzados y una pierna montada sobre la otra, ora una, ora la otra, buscando un alivio para la larga espera en pie, y ahora, sin embargo, está rígido en postura de atento, con la mano izquierda sobre la espada y la derecha pegada, normativamente, al costado, como si estuviera en los escalones del trono imperial- no quiere emocionarse. Pero su cara se altera con el esfuerzo de vencer la emoción, y en los ojos aparece un brillo de llanto que sólo su férrea disciplina logra contener.

Los otros soldados, que estaban jugando a los dados, han dejado de hacerlo y se han puesto en pie; se han puesto también los yelmos, que habían servido para agitar los dados, y están en grupo junto a la pequeña escalera excavada en la toba, silenciosos, atentos. Los otros están de servicio y no pueden cambiar de postura. Parecen estatuas. Pero alguno de los más cercanos, y que oye las palabras de María, musita algo entre los labios y menea la cabeza.

Un intervalo de silencio. Luego *nítidas* en la oscuridad total las palabras:

-Todo está cumplido! - y luego el jadeo cada vez más estertoroso, con pausas de silencio entre un estertor y el otro, pausas cada vez mayores.

E1 tiempo pasa al son de este ritmo angustioso: la vida vuelve cuando el respiro áspero del Moribundo rompe el aire; la vida cesa cuando este sonido penoso deja de oírse. Se sufre oyéndolo, se sufre oyéndolo... Se dice:

-¡Basta ya con este sufrimiento! - y se dice:

-¡Oh, Dios mío, que no sea el último respiro!

Las Marías lloran, todas, con la cabeza apoyada contra el realce terroso. Y se oye bien su llanto, porque toda la gente ahora calla de nuevo para recoger los estertores del Moribundo.

Otro intervalo de silencio. Luego, pronunciada con infinita dulzura y oración ardiente, la súplica:

-¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!

Otro intervalo de silencio. Se hace leve también el estertor. Apenas es un susurro limitado a los labios y a la garganta.

Luego... adviene el último espasmo de Jesús. Una convulsión atroz, que parece quisiera arrancar del madero el cuerpo clavado con los tres clavos, sube tres veces de los pies a la cabeza recorriendo todos los pobres nervios torturados; levanta tres veces el abdomen de una forma anormal, para dejarlo luego, tras haberlo dilatado como por una convulsión de las vísceras; y baja de nuevo y se hunde como si hubiera sido vaciado; alza, hincha y contrae el tórax tan fuertemente, que la piel se introduce entre las costillas, que divergen y aparecen bajo la epidermis y abren otra vez las heridas de los azotes; una convulsión atroz que hace torcerse violentamente hacia atrás, una, dos, tres veces, la cabeza, que golpea contra la madera, duramente; una convulsión que contrae en un único espasmo todos los músculos de la cara y acentúa la desviación de la boca hacia la derecha, y hace abrir desmesuradamente y dilatarse los párpados, bajo los cuales se ven girar los globos oculares y aparecer la esclerótica. Todo el cuerpo se pone rígido. En la última de las tres contracciones, es un arco tenso, vibrante -verlo es tremendo-. Luego, un grito potente, inimaginable en ese cuerpo exhausto, estalla, rasga el aire; es el "gran grito" de que hablan los Evangelios y que es la primera parte de la palabra "Mamá"... Y ya nada más...

La cabeza cae sobre el pecho, el cuerpo hacia delante, el temblor cesa, cesa la respiración. Ha expirado.

La Tierra responde al grito del Sacrificado con un estampido terrorífico. Parece como si de mil bocinas de gigantes provenga ese único sonido, y acompañando a este tremendo acorde, óyense las notas aisladas, lacerantes, de los rayos que surcan el cielo en todos los sentidos y caen sobre la ciudad, en el Templo, sobre la muchedumbre... Creo que alguno habrá sido alcanzado por rayos, porque éstos inciden directamente sobre la muchedumbre; y son la única luz, discontinua, que permite ver. Y luego, inmediatamente, mientras aún continúan las descargas de los rayos, la tierra tiembla en medio de un torbellino de viento ciclónico. El terremoto y la onda ciclónica se funden para infligir un apocalíptico castigo a los blasfemos. Como un plato en las manos de un loco, la cima del Gólgota ondea y baila, sacudida por movimientos verticales y horizontales que tanto zarandean a las tres cruces, que parece que las van a tumbar.

Longinos, Juan, los soldados, se asen a donde pueden, como pueden, para no caer al suelo. Pero Juan, mientras con un brazo agarra la cruz, con el otro sujeta a María, la cual, por el dolor y el temblor de la tierra, se ha reclinado en su corazón. Los otros soldados, especialmente los del lateral escarpado, han tenido que refugiarse en el centro para no caer por el barranco. Los ladrones gritan de terror. El gentío grita aún más. Quisieran huir. Pero no pueden. Enloquecidos, caen unos encima de otros, se pisan, se hunden en las grietas del suelo, se hieren, ruedan ladera abajo.

Tres veces se repiten el terremoto y el huracán. Luego, la inmovilidad absoluta de un mundo muerto. Sólo relámpagos, pero sin trueno, surcan el cielo e iluminan la escena de los judíos que huyen en todas las direcciones, con las manos entre el pelo o extendidas hacia delante o alzadas al cielo (ese cielo injuriado hasta este momento y del que ahora tienen miedo). La oscuridad se atenúa con un indicio de luz que, ayudado por el relampagueo silencioso y magnético, permite ver que muchos han quedado en el suelo: muertos o desvanecidos, no lo sé. Una casa arde al otro lado de las murallas y sus llamas se alzan derechas en el aire detenido, poniendo así una pincelada de rojo fuego en el verde ceniza de la atmósfera.

María separa la cabeza del pecho de Juan, la alza, mira a su Jesús. Lo llama, porque mal lo ve con la escasa luz y con sus pobres ojos llenos de llanto. Tres veces lo llama:

-¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

Es la primera vez que lo llama por el nombre desde que está en el Calvario. Hasta que, a la luz de un relámpago que forma como una corona sobre la cima del Gólgota, lo ve, inmóvil, pendiendo todo Él hacia fuera, con la cabeza tan reclinada hacia delante y hacia la derecha, que con la mejilla toca el hombro y con el mentón las costillas. Entonces comprende. Entonces extiende los brazos, temblorosos en el ambiente oscuro, y grita:

-¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

Luego escucha... Tiene la boca abierta, con la que parece querer escuchar también; e igualmente tiene dilatados los ojos, para ver, para ver... No puede creer que su Jesús ya no esté...

Juan -también él ha mirado y escuchado, y ha comprendido que todo ha terminado- abraza a María y trata de alejarla de allí, mientras dice:

-Ya no sufre.

Pero antes de que el apóstol termine la frase, María, que ha comprendido, se desata de sus brazos, se vuelve, se pliega curvándose hasta el suelo, se lleva las manos a los ojos y grita:

-¡No tengo ya Hijo!

Luego se tambalea. Y se caería, si Juan no la recogiera, si no la recibiera por entero, en su corazón. Luego él se sienta en el suelo, para sujetarla mejor en su pecho, hasta que las Marías -que ya no tienen impedido el paso por el círculo superior de soldados, porque, ahora que los judíos han huido, los romanos se han agrupado en el rellano de abajo y comentan lo sucedido-sustituyen al apóstol junto a la Madre.

La Magdalena se sienta donde estaba Juan, y casi coloca a María encima de sus rodillas, mientras la sostiene entre sus brazos y su pecho, besándola en la cara exangüe vuelta hacia arriba, reclinada sobre el hombro compasivo. Marta y Susana, con la esponja y un paño empapado en el vinagre le mojan las sienes y los orificios nasales, mientras la cuñada María le besa las manos, llamándola con gran aflicción, y, en cuanto María vuelve a abrir los ojos y mira a su alrededor con una mirada como atónita por el dolor, le dice:

-Hija, hija amada, escucha... dime que me ves... soy tu María... ¡No me mires así!...

Y, puesto que el primer sollozo abre la garganta de María y caen las primeras lágrimas, ella, la buena María de Alfeo, dice:

-Sí, sí, llora... Aquí conmigo como ante una mamá, pobre, santa hija mía - y cuando oye que María le dice: « ¡Oh, María, María! ¿Has visto?», ella gime: «¡Sí!, sí,... pero... pero... hija... ¡oh, hija!...

No encuentra más palabras y se echa a llorar la anciana María: es un llanto desolado al que hacen de eco el de todas las otras (o sea, Marta y María, la madre de Juan y Susana).

Las otras pías mujeres ya no están. Creo que se han marchado, y con ellas los pastores, cuando se ha oído ese grito femenino...

Los soldados cuchichean unos con otros.

-¿Has visto los judíos? *Ahora* tenían miedo.

-Y se daban golpes de pecho.

-Los más aterrorizados eran los sacerdotes.

-¡Qué miedo! He sentido otros terremotos, pero como éste nunca Mira: la tierra está llena de fisuras.

-Y allí se ha desprendido todo un trozo del camino largo.

-Y debajo hay cuerpos.

-¡Déjalos! Menos serpientes.

-¡Otro incendio! En la campiña...

-¿Pero está muerto del todo?

-¿Pero es que no lo ves? ¿Lo dudas?

Aparecen de tras la roca José y Nicodemo. Está claro que se habían refugiado ahí, detrás del parapeto del monte, para salvarse de los rayos. Se acercan a Longinos. -Queremos el Cadáver.

-Solamente el Procónsul lo concede. Pero id inmediatamente, porque he oído que los judíos quieren ir al Pretorio para obtener el crurifragio. No quisiera que cometieran ultrajes.

-¿Cómo lo has sabido?

-Me lo ha referido el alférez. Id. Yo espero.

Los dos se dan a caminar, raudos, hacia abajo por el camino empinado, y desaparecen.

Es entonces cuando Longinos se acerca a Juan y le dice en voz baja unas palabras que no alcanzo a oír. Luego pide a un soldado una lanza. Mira a las mujeres, centradas enteramente en María, que lentamente va recuperando las fuerzas. Todas dan la espalda a la cruz.

Longinos se pone enfrente del Crucificado, estudia bien el golpe Y luego lo descarga. La larga lanza penetra profundamente de abajo arriba, de derecha a izquierda.

Juan, atenazado entre el deseo de ver y el *horror* de ver, aparta un momento la cara.

-Ya está, amigo - dice Longinos, y termina:

-Mejor así. Como a un caballero. Y sin romper huesos... ¡Era verdaderamente un Justo! De la herida mana mucha agua y un hilito sutil de sangre que ya tiende a coagularse. *Mana,* he dicho. Sale solamente filtrándose, por el tajo neto que permanece inmóvil, mientras que si hubiera habido respiración éste se habría abierto y cerrado con el movimiento torácico-abdominal...

... Mientras en el Calvario todo permanece en este trágico aspecto, yo alcanzo a José y Nicodemo, que bajan por un atajo para acortar tiempo.

Están casi en la base cuando se encuentran con Gamaliel. Un Gamaliel despeinado, sin prenda que cubra su cabeza, sin manto, sucia de tierra su espléndida túnica desgarrada por las zarzas; un Gamaliel que corre, subiendo y jadeando, con las manos entre sus cabellos ralos y entrecanos de hombre anciano. Se hablan sin detenerse. -¡Gamaliel! ¿Tú?

-¿Tú, José? ¿Lo dejas?

-Yo no. Pero tú, ¿cómo por aquí?, y en ese estado...

-¡Cosas terribles! ¡Estaba en el Templo! ¡La señal! ¡El Templo sacudido en su estructura! ¡El velo de púrpura y jacinto cuelga desgarrado! ¡El Sancta Sanctorum descubierto! ¡Tenemos la maldición sobre nosotros!

Gamaliel ha dicho esto sin detenerse, continuando su paso veloz hacia la cima, enloquecido por esta prueba.

Los dos lo miran mientras se aleja... se miran... dicen juntos:

-"¡Estas piedras temblarán con mis últimas palabras!" ¡Se lo había prometido! ...

Aceleran la carrera hacia la ciudad.

Por la campiña, entre el monte y las murallas, y más allá, vagan, en un ambiente todavía caliginoso, personas con aspecto desquiciado... Gritos, llantos, quejidos... Dicen:

-¡Su Sangre ha hecho llover fuego!

-¡Entre los rayos Yeohveh se ha aparecido para maldecir el Templo!

-¡Los sepulcros! ¡Los sepulcros!

José agarra a uno que está dando cabezazos contra la muralla, y lo llama por su nombre, y tira de él mientras entra en la ciudad:

-¡Simón! ¿Pero qué vas diciendo?

-¡Déjame! ¡Tú también eres un muerto! ¡Todos los muertos! ¡Todos fuera! Y me maldicen.

-Se ha vuelto loco - dice Nicodemo. Lo dejan y trotan hacia el Pretorio.

El terror se ha apoderado de la ciudad. Gente que vaga dándose golpes de pecho. Gente que al oír por detrás una voz o un paso da un salto hacia atrás o se vuelve asustada.

En uno de los muchos espacios abovedados oscuros, la aparición de Nicodemo, vestido de lana blanca -porque para poder ganar tiempo se ha quitado en el Gólgota el manto oscuro-, hace dar un grito de terror a un fariseo que huye. Luego éste se da cuenta de que es Nicodemo y se lanza a su cuello con un extraño gesto efusivo, gritando:

-¡No me maldigas! Mi madre se me ha aparecido y me ha dicho: "¡Maldito seas eternamente!" - y luego se derrumba gimiendo:

-¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

-¡Pero están todos locos! - dicen los dos.

Llegan al Pretorio. Y sólo aquí, mientras esperan a que el Procónsul los reciba, José y Nicodemo logran conocer el porqué de tanto terror: muchos sepulcros se habían abierto con la sacudida telúrica y había quien juraba que había visto salir de ellos a los esqueletos, los cuales, en un instante, se habían recompuesto con apariencia humana, y andaban acusando del deicidio a los culpables, y maldiciéndolos.

Los dejo en el atrio del Pretorio, donde los dos amigos de Jesús entran sin tantas historias de estúpidas repulsas y estúpidos miedos a contaminaciones. Vuelvo al Calvario. Me llego a donde Gamaliel, que está subiendo, ya derrengado, los últimos metros. Camina dándose golpes de pecho, y al llegar al primero de los dos rellanos, se arroja de bruces -largura blanca sobre el suelo amarillento- y gime:

-¡La señal! ¡La señal! ¡Dime que me perdonas! Un gemido, un gemido tan sólo, para decirme que me oyes y me perdonas.

Comprendo que cree que todavía está vivo. Y no cambia de opinión sino cuando un soldado, dándole con el asta de la lanza, dice

-Levántate. Calla. ¡Ya no sirve! Debías haberlo pensado antes. Está muerto. Y yo, que soy pagano, te lo digo: ¡Éste al que habéis crucificado era realmente el Hijo de Dios!

-¿Muerto? ¿Estás muerto? ¡Oh!...

Gamaliel alza el rostro aterrorizado, trata de alcanzar a ver la cima con esa luz crepuscular Poco ve, pero sí lo suficiente como para comprender que Jesús está muerto. Y ve también al grupo piadoso que consuela a María, y a Juan, en pie a la izquierda de la cruz, llorando, y a Longinos, en pie, a la derecha, solemne con su respetuosa postura.

Se arrodilla, extiende los brazos y llora:

-¡Eras Tú! ¡Eras Tú! No podemos ya ser perdonados. Hemos pedido que cayera sobre nosotros tu Sangre. Y esa Sangre clama al Cielo y el Cielo nos maldice... ¡Oh! ¡Pero Tú eras la Misericordia!... Yo te digo, yo, el anonadado rabí de Judá: "Venga tu Sangre sobre nosotros, *por piedad"*. ¡Aspérjanos con ella! Porque sólo tu Sangre puede impetrar el perdón para nosotros... - llora. Y luego, más bajo, confiesa su secreta tortura: -Tengo la señal que había pedido... Pero siglos y siglos de ceguera espiritual están ante mi vista interior, y contra mi voluntad de ahora se alza la voz de mi soberbio pensamiento de ayer... ¡Piedad de mí! ¡Luz del mundo, haz que descienda un rayo tuyo a las tinieblas que no te han comprendido! Soy el viejo judío fiel a lo que creía ser justicia y era error. Ahora soy una landa yerma, ya sin ninguno de los viejos árboles de la Fe antigua, sin semilla alguna o escapo alguno de la Fe nueva. Soy un árido desierto. Obra Tú el milagro de hacer surgir, en este pobre corazón de viejo israelita obstinado, una flor que lleve tu nombre. Entra Tú, Libertador, en este pobre pensamiento mío prisionero de las fórmulas. Isaías lo dice *(Isaías 53, 12)*: "...pagó por los pecadores y cargó sobre sí los pecados de muchos". ¡Oh, también el mío, Jesús Nazareno...

Se levanta. Mira a la cruz, que aparece cada vez más nítida con luz que se va haciendo más clara, y luego se marcha encorvado, envejecido, abatido.

Y vuelve el silencio al Calvario, un silencio apenas roto por el llanto de María. Los dos ladrones, exhaustos por el miedo, ya no dicen nada.

Vuelven corriendo Nicodemo y José, diciendo que tienen el permiso de Pilatos. Pero Longinos, que no se fía demasiado, manda un soldado a caballo donde el Procónsul para saber cómo comportarse, incluso respecto a los dos ladrones. El soldado va y vuelve al galope con la orden de entregar el Cuerpo de Jesús y llevar a cabo el crurifragio en los otros, por deseo de los judíos.

Longinos llama a los cuatro verdugos, que están cobardemente acurrucados al amparo de la roca, todavía aterrorizados por lo que ha sucedido, y ordena que se ponga fin a la vida de los ladrones a golpes de clava. Y así se lleva a cabo: sin protestas, por parte de Dimas, al que el golpe de clava, asestado en el corazón después de haber batido en las rodillas, quiebra en su mitad, entre los labios, con un estertor, el nombre de Jesús; con maldiciones horrendas, por parte del otro ladrón: el estertor de ambos es lúgubre.

Los cuatro verdugos hacen ademán de querer desclavar de la cruz a Jesús. Pero José y Nicodemo no lo permiten.

También José se quita el manto, y dice a Juan que haga lo mismo que sujete las escaleras mientras suben con barras (para hacer palanca) y tenazas.

María se levanta, temblorosa, sujetada por las mujeres. Se acerca a la cruz.

Mientras tanto, los soldados, terminada su tarea, se marchan. Pero Longinos, antes de superar el rellano inferior, se vuelve desde la silla de su caballo negro para mirar a María y al Crucificado. Luego el ruido de los cascos suena contra las piedras y el de las armas contra las corazas, y se aleja.

La palma izquierda está ya desclavada. El brazo cae a lo largo del Cuerpo, que ahora pende semiseparado.

Le dicen a Juan que deje las escaleras a las mujeres y suba también. Y Juan, subido a la escalera en que antes estaba Nicodemo, se pasa el brazo de Jesús alrededor del cuello y lo sostiene desmayado sobre su hombro. Luego ciñe a Jesús por la cintura mientras sujeta la punta de los dedos de la mano izquierda -casi abierta- para no golpear la horrenda fisura. Una vez desclavados los pies, Juan a duras penas logra sujetar y sostener el Cuerpo de su Maestro entre 1a cruz y su cuerpo.

María se pone ya a los pies de la cruz, sentada de espaldas a ella, preparada para recibir a su Jesús en el regazo.

Pero desclavar el brazo derecho es la operación más difícil. A pesar de todo el esfuerzo de Juan, el Cuerpo todo pende hacia delante y la cabeza del clavo está hundida en la carne. Y, dado que no quisieran herirlo más, los dos compasivos deben esforzarse mucho. Por fin la tenaza aferra el clavo y éste es extraído lentamente.

Juan sigue sujetando a Jesús, por las axilas; la cabeza reclinada y vuelta sobre su hombro. Contemporáneamente, Nicodemo y José lo aferran: uno por los hombros, el otro por las rodillas. Así, cautamente, bajan por las escaleras.

Llegados abajo, su intención es colocarlo en la sábana que han extendido sobre sus mantos. Pero María quiere tenerlo; ya ha abierto su manto dejándolo pender de un lado, y está con las rodillas más bien abiertas para hacer cuna a su Jesús.

Mientras los discípulos dan la vuelta para darle el Hijo, la cabeza coronada cuelga hacia atrás y los brazos penden hacia el suelo, y rozarían con la tierra con las manos heridas si la piedad de las pías mujeres no las sujetara para impedirlo.

Ya está en el regazo de su Madre... Y parece un niño grande cansado durmiendo, recogido todo, en el regazo materno. María tiene a su Hijo con el brazo derecho pasado por debajo de sus hombros, y el izquierdo por encima del abdomen para sujetarlo también por las caderas.

La cabeza está reclinada en el hombro materno. Y Ella lo llama… lo llama con voz lacerada. Luego lo separa de su hombro y lo acaricia con la mano izquierda; recoge las manos de Jesús y las extiende y, antes de cruzarlas sobre el abdomen inmóvil, las besa; y llora sobre las heridas. Luego acaricia las mejillas, especialmente en el lugar del cardenal y la hinchazón. Besa los ojos hundidos; y la boca, que ha quedado levemente torcida hacia la derecha y entreabierta.

Querría poner en orden sus cabellos -como ya ha hecho con la barba apelmazada por grumos de sangre-, pero al intentarlo halla las espinas. Se pincha quitando esa corona, y quiere hacerlo sólo Ella, con la única mano que tiene libre, y rechaza la ayuda de todos diciendo:

-¡No, no! ¡Yo! ¡Yo!

Y lo va haciendo con tanta delicadeza, que parece tener entre los dedos la tierna cabeza de un recién nacido. Una vez que ha logrado retirar esta torturante corona, se inclina para medicar con sus besos todos los arañazos de las espinas.

Con la mano temblorosa, separa los cabellos desordenados y los ordena. Y llora y habla en tono muy bajo. Seca con los dedos las lágrimas que caen en las pobres carnes heladas y ensangrentadas. Y quiere limpiarlas con el llanto y su velo, que todavía está puesto en las caderas de Jesús. Se acerca uno de sus extremos y con él se pone a limpiar y secar los miembros santos. Una y otra vez acaricia la cara de Jesús y las manos y las contusas rodillas, y otra vez sube a secar el Cuerpo sobre el que caen lágrimas y más lágrimas.

Haciendo esto es cuando su mano encuentra el desgarro del costado. La pequeña mano, cubierta por el lienzo sutil entra casi entera en la amplia boca de la herida. Ella se inclina para ver en la semiluz que se ha formado. Y ve, ve el pecho abierto y el corazón de su Hijo. Entonces grita. Es como si una espada abriera su propio corazón. Grita y se desploma sobre su Hijo. Parece muerta Ella también.

La ayudan, la consuelan. Quieren separarle el Muerto divino y, dado que Ella grita:

-¿Dónde, dónde te pondré, que sea un lugar seguro y digno de ti?

José, inclinado todo con gesto reverente, abierta la mano y apoyada en su pecho, dice:

-¡Consuélate, Mujer! Mi sepulcro es nuevo y digno de un grande. Se lo doy a Él. Y éste, Nicodemo, amigo, ha llevado ya los aromas al sepulcro, porque, por su parte, quiere ofrecer eso. Pero, te lo ruego, pues el atardecer se acerca, déjanos hacer esto... Es la Parasceve. ¡Condesciende, oh Mujer santa!

También Juan y las mujeres hacen el mismo ruego. Entonces María se deja quitar de su regazo a su Criatura, y, mientras lo envuelven en la sábana, se pone de pie, jadeante. Ruega:

-¡Oh, id despacio, con cuidado!

Nicodemo y Juan por la parte de los hombros, José por los pies, llevan el Cadáver, envuelto en la sábana, pero también sujetado con los mantos, que hacen de angarillas, y toman el sendero hacia abajo.

María, sujetada por su cuñada y la Magdalena, seguida por Marta, María de Zebedeo y Susana -que han recogido los clavos, las tenazas, la corona, la esponja y la caña- baja hacia el sepulcro.

En el Calvario quedan las tres cruces, de las cuales la del centro está desnuda y las otras dos tienen aún su vivo trofeo moribundo.

## Angustia de María en el Sepulcro y unción del Cuerpo de Jesús.

Decir lo que experimento es inútil. Haría sólo una exposición de mi sufrimiento; por tanto, sin valor respecto al sufrimiento que contemplo. Lo describo, pues, sin comentarios sobre mí.

Asisto al acto de sepultura de Nuestro Señor.

La pequeña comitiva, bajado ya el Calvario, encuentra en la base de éste, excavado en la roca calcárea, el sepulcro de José de Arimatea. En él entran estos compasivos, con el Cuerpo de Jesús.

Veo la estructura del sepulcro. Es un espacio ganado a la piedra, situado al fondo de un huerto todo florecido. Parece una gruta, pero se comprende que ha sido excavada por la mano del hombre. Está la cámara sepulcral propiamente dicha, con sus nichos (de forma distinta de los de las catacumbas). Son como agujeros redondos que penetran en la piedra como agujeros de una colmena; bueno, para tener una idea. Por ahora todos están vacíos. Se ve el ojo vacío de cada nicho como una mancha negra en el fondo gris de la piedra. Luego, precediendo a esta cámara sepulcral, hay como una antecámara, en cuyo centro está la mesa de piedra para la unción. Sobre esta mesa se coloca a Jesús en su sábana.

Entran también Juan y María. No más personas, porque la cámara preparatoria es pequeña y, si hubiera en ella más personas, no podrían moverse. Las otras mujeres están junto a la puerta, o sea, junto a la abertura, porque no hay puerta propiamente dicha.

Los dos portadores destapan a Jesús.

Mientras ellos, en un rincón, encima de una especie de repisa, a la luz de dos antorchas, preparan vendas y aromas, María se inclina sobre su Hijo y llora. Y otra vez lo seca con el velo que sigue en sus caderas. Es el único lavacro para el Cuerpo de Jesús: este de las lágrimas maternas, las cuales, aun siendo copiosas y abundantes sólo bastan para quitar superficialmente y parcialmente la tierra, el sudor y la sangre de ese Cuerpo torturado.

María no se cansa de acariciar esos miembros helados. Y, con una delicadeza mayor que si tocara las de un recién nacido, toma las pobres manos atormentadas, las agarra con las suyas, besa los dedos, los extiende, trata de recomponer los desgarros de las heridas, como para medicarlos y que duelan menos, se lleva a las mejillas esas manos que ya no pueden acariciar, y gime, gime invadida por su atroz dolor. Endereza y une los pobres pies, que tan desmayados están, como mortalmente cansados de tanto camino recorrido por nosotros. Pero estos pies se han deformado demasiado en la cruz, especialmente el izquierdo, que está casi aplanado, como si ya no tuviera tobillo.

Luego vuelve al cuerpo y lo acaricia, tan frío y tan rígido, y, al ver otra vez el desgarrón de la lanza -que ahora, estando supino el Salvador en la superficie de piedra, está totalmente abierto como una boca, y permite ver mejor la cavidad torácica (la punta del corazón puede verse clara entre el esternón y el arco costal izquierdo, y unos dos centímetros por encima se ve la incisión hecha con la punta de la lanza en el pericardio y en el cardio, de un centímetro y medio abundante, mientras que la externa del costado derecho tiene, al menos, siete)-, al verlo otra vez, María vuelve a gritar como en el Calvario. Tanto se retuerce, llena de dolor, llevándose las manos a su corazón, traspasado como el de Jesús, que parece como si la lanza la traspasara a Ella. ¡Cuántos besos en esa herida! ¡Pobre Mamá!

Luego vuelve a la cabeza -levemente vuelta hacia atrás y muy vuelta hacia la derecha- y la endereza. Trata de cerrar los párpados que se obstinan en permanecer semicerrados; y la boca, que ha quedado un poco abierta, contraída, levemente desviada hacia la derecha. Ordena los cabellos, que ayer mismo eran tan hermosos y estaban tan peinados y que ahora son una completa maraña apelmazada por la sangre. Desenreda los mechones más largos, los alisa en sus dedos, los enrolla para dar de nuevo a aquéllos la forma de los dulces cabellos de su Jesús, tan suaves y ondeados. Y gime, gime porque se acuerda de cuando era niño... Es el motivo fundamental de su dolor: *el recuerdo de la infancia de Jesús, de su amor por Él, de; cuidados,* temerosos incluso del aire más vivo para la Criaturita divina, y *el parangón con lo que le han hecho ahora los hombres.*

Su lamento me hace sentirme mal. Su gesto me hace llorar y sufrir como si una mano hurgara en mi corazón; ese gesto suyo, cuando Ella, al no poder verlo así, desnudo, rígido, encima de una piedra, gimiendo «¿qué te han... qué te han hecho, Hijo mío? - se lo recoge todo en sus brazos, pasándole el brazo por debajo de los hombros y estrechándolo contra su pecho con la otra mano y acunándolo con el mismo movimiento de la gruta de la Natividad.

La terrible angustia espiritual de María.

La Madre está en pie junto a la piedra de la unción, y acaricia y contempla y gime y llora. La luz temblorosa de las antorchas ilumina intermitentemente su cara y yo veo gotazas de llanto rodar por las mejillas palidísimas de un rostro destrozado. Oigo las palabras. Todas. Bien claras, aunque sean susurradas a flor de labios. Verdadero coloquio del alma materna con el alma del Hijo. Recibo la orden de escribirlas.

-¡Pobre Hijo! ¡Cuántas heridas!... ¡Cómo has sufrido! ¡Mira lo que te han hecho!... ¡Qué frío estás, Hijo! Tus dedos son de hielo. ¡Y qué inertes! Parecen rotos. Nunca, ni en el más relajado de los sueños de tu infancia, ni en el profundo sueño de tu fatiga de obrero, estuvieron tan inertes... ¡Y qué fríos están! ¡Pobres manos! ¡Dáselas a tu Madre, tesoro mío, amor santo, amor mío! ¡Mira qué laceradas están! ¡Mira, mira, Juan, qué desgarro! ¡Oh, crueles! Aquí, aquí, con tu Mamá esta mano herida, para que yo te la medique. ¡No, no te hago daño...! Usaré besos y lágrimas, y con el aliento y el amor te calentaré esta mano. ¡Dame una caricia, Hijo! Tú eres de hielo, yo ardo de fiebre. Mi fiebre se verá aliviada con tu hielo y tu hielo se suavizará con mi fiebre. ¡Una caricia, Hijo! Hace pocas horas que no me acaricias y ya me parecen siglos. Pasaron meses sin tus caricias y me parecieron horas porque continuamente esperaba tu llegada, y de cada día hacía una hora, de cada hora un minuto, para decirme que no estabas a una o más lunas lejano de mí, sino solamente a unos pocos días, a unas pocas horas. ¿Por qué, ahora es tan largo el tiempo? ¡Ah, congoja inhumana! Porque has muerto. ¡Te me han muerto! ¡Ya no estás en esta Tierra! ¡Ya no! ¡Cualquiera que

sea el lugar a donde lance mi alma para buscar la tuya y abrazarme a ella -porque encontrarte, tenerte, sentirte, era la vida de mi carne y de mi espíritu- cualquiera que sea el lugar en que te busque con la ola de mi amor, ya no te encuentro, no te encuentro ya! ¡De ti no me queda sino este despojo frío, este despojo sin alma! ¡Oh, alma de mi Jesús, oh alma de mi Cristo, oh alma de mi Señor, ¿dónde estás?! ¿Por qué le habéis quitado el alma a mi Hijo, hienas crueles unidas con Satanás? ¿Y por qué no me habéis crucificado con Él? ¿Habéis tenido miedo de un segundo delito? (La voz va tomando un tono cada vez más fuerte y desgarrador.) ¿Y qué era matar a una pobre mujer, para vosotros que no habéis vacilado en matar a Dios hecho Carne? ¿No habéis cometido un segundo delito? ¿Y no es éste el más abominable, el de dejar que una madre sobreviva a su Hijo sañosamente matado?

La Madre, que con la voz había alzado la cabeza, ahora se inclina de nuevo hacia el rostro sin vida, y vuelve a hablar bajo, sólo para Él:

-A1 menos en la tumba, aquí dentro, habríamos estado juntos, como habríamos estado juntos en la agonía en el madero, y juntos en el viaje de después de la muerte y al encuentro de la Vida. Pero, si no puedo seguirte en el viaje de después de la muerte, aquí, esperándote, sí que puedo quedarme.

Se endereza de nuevo y dice con voz fuerte a los presentes:

-Marchaos todos. Yo me quedo. Cerradme aquí con Él. Lo esperaré. ¿Decís que no se puede? ¿Por qué no se puede? ¿Si hubiera muerto, no estaría aquí, echada a su lado, a la espera de ser recompuesta? Estaré a su lado, pero de rodillas. Asistí a sus vagidos cuando, tierno y rosado, lloraba en una noche de Diciembre. A su lado estaré ahora, en esta noche del mundo que ya no tiene a Cristo. ¡Oh, gélida noche! ¡El Amor ha muerto! ¿Qué dices, Nicodemo? ¿Me contamino? Su Sangre no es contaminación. Tampoco me contaminé generándolo. ¡Ah, cómo saliste Tú, Flor de mi seno, sin lacerar fibra alguna! Antes bien, como una flor de perfumado narciso que brota del alma del bulbo-matriz y florece aunque el abrazo de la tierra no haya ceñido la matriz; así justamente. Virgen florecer que en ti se refleja, oh Hijo venido de abrazo celestial, nacido entre celestiales inundaciones de esplendor.

Ahora la Madre acongojada vuelve a inclinarse hacia el Hijo, abstrayéndose de cualquier otra cosa que no sea Él, y susurra quedo:

-¿Tú recuerdas, Hijo, aquella sublime vestidura de esplendores que todo vistió mientras nacías a este mundo? ¿Recuerdas aquella beatífica luz que el Padre mandó desde el Cielo para envolver el misterio de tu florecer y para que te fuera menos repulsivo este mundo oscuro, a ti que eras Luz y venías de la Luz del Padre y del Espíritu Paráclito? ¿Y ahora?... Ahora oscuridad y frío... ¡Cuánto frío! ¡Cuánto!, ¡y me llena de temblor! Más que aquella noche de Diciembre. Entonces, el tenerte daba calor a mi corazón. Y Tú tenías a dos amándote... Ahora... Ahora sólo yo, y moribunda también. Pero te amaré por dos: por los que te han amado tan poco, que te han abandonado en el momento del dolor; te amaré por los que te han odiado. Por todo el mundo te amaré, Hijo. No sentirás el hielo del mundo. No, no lo sentirás. Tú no abriste mis entrañas para nacer; pero, para que no sientas el hielo, estoy dispuesta a abrírmelas y envolverte en el abrazo de mi seno. ¿Recuerdas cómo te amó este seno, siendo Tú una pequeña semilla palpitante?... Sigue siendo el mismo. ¡Es mi derecho y mi deber de Madre! Es mi deseo. Sólo la Madre puede tenerlo, puede tener hacia el Hijo un amor tan grande como el Universo.

La voz se ha ido elevando, y ahora con plena fuerza dice:

-Marchaos. Yo me quedo. Volveréis dentro de tres días y saldremos juntos. ¡Oh, volver a ver el mundo apoyada en tu brazo, Hijo mío! ¡Qué hermoso será el mundo a la luz de tu sonrisa resucitada! ¡El mundo estremecido al paso de su Señor! La Tierra ha temblado cuando la muerte te ha arrancado el alma y del corazón ha salido tu espíritu. Pero ahora temblará... ya no por horror y dolor agudo, sino con ese estremecimiento suave -por mí desconocido, pero intuido por mi feminidad- que hace vibrar a una virgen cuando, después de una ausencia, siente la pisada del prometido que viene para las nupcias. Más aún: la Tierra temblará con un estremecimiento santo, como el que yo experimenté hasta mis más hondas profundidades cuando tuve en mí al Señor Uno y Trino, y la voluntad del Padre con el fuego del Amor creó la semilla de que Tú viniste, oh mi Niño santo, Criatura mía, toda mía. ¡Toda! ¡Toda de tu Mamá!, ¡de tu Mamá!... Todos los niños tienen padre y madre. Hasta el ilegítimo tiene un padre y una madre. Pero Tú tuviste sólo a la Madre para formarte la carne de rosa y azucena, para hacerte estos recamos de venas, azules como nuestros ríos de Galilea, y estos labios de granado, y estos cabellos de hermosura no superada por las vedijas de oro de las cabras de nuestras colinas, y estos ojos: dos pequeños lagos de Paraíso. No, más bien: del agua de que procede el único y cuádruple Río del Lugar de delicias *(Génesis 2, 8-15)*, y consigo lleva, en sus cuatro ramales, el oro, el ónice, el bedelio y el marfil, los diamantes, las palmas, la miel, las rosas, y riquezas infinitas, oh Pisón, oh Guijón, oh Tigris, oh Éufrates: camino de los ángeles que exultan en Dios, camino de los reyes que te adoran, Esencia conocida o desconocida, pero viviente, presente, hasta en el más oscuro de los corazones. Sólo tu Mamá te formó esto, con su "sí"... De música y amor te formó; de pureza y obediencia te formé, ¡oh Alegría mía! ¿Qué es tu Corazón? La llama del mío, que se dividió para condensarse en corona en torno al beso de Dios a su Virgen. Esto es este Corazón. ¡Ah!

(Es un grito tan desgarrador que la Magdalena y Juan se acercan a socorrerla; las otras no se atreven, y llorando, veladas, miran de soslayo desde la abertura).

-¡Ah, te lo han partido! ¡Por eso estás tan frío y por eso estoy tan fría yo! Ya no tienes dentro la llama de mi corazón, ni yo puedo seguir viviendo por el reflejo de esa llama que era mía y que te di para formarte un corazón. ¡Aquí, aquí, aquí, en mi pecho! Antes que la muerte me quite la vida, quiero darte calor, quiero acunarte. Te cantaba: "No hay casa, no hay alimento, hay sólo dolor". ¡Proféticas palabras! ¡Dolor, dolor, dolor para ti, para mí! Te cantaba: "Duerme, duerme en mi corazón". También ahora: aquí, aquí, aquí...

Y, sentándose en el borde de la piedra, lo recoge tiernamente en su regazo pasándose un brazo de su Hijo por los hombros, poniéndose la cabeza de su Hijo apoyada en un hombro y reclinando la suya sobre ella, estrechándolo contra su pecho, acunándolo, besándolo, acongojada y acongojante.

Nicodemo y José se acercan y ponen en una especie de asiento que hay junto a la otra parte de la piedra, vasos y vendas y la sábana limpia y un barreño con agua, me parece, y vedijas de hilas, me parece.

María, que ve esto, pregunta con fuerte voz:

-¿Qué hacéis? ¿Qué queréis? ¿Prepararlo? ¿Prepararlo para qué? Dejadlo en el regazo de su Madre. Si logro darle calor, resucita antes; si logro consolar al Padre y consolarlo a Él del odio deicida, el Padre perdona antes y Él vuelve antes.

La Dolorosa está casi en estado de delirio.

-¡No, no os le doy! Una vez lo di, una vez lo di al mundo, y el mundo no lo ha recibido. Lo ha matado por no querer tenerlo. ¡Ahora no vuelvo a darlo! ¿Qué decís? ¿Que lo amáis? ¡Ya! Y entonces ¿por qué no lo habéis defendido? Habéis esperado a decir que lo queríais cuando ya no podía oíros. ¡Qué pobre el amor vuestro! Pero, si teníais tanto miedo al mundo, que no os atrevíais a defender a un inocente, al menos hubierais debido confiármelo a mí, a la Madre, para que defendiera al que de Ella nació. Ella sabía quién era y qué merecía. ¡Vosotros!... Lo habéis tenido como Maestro, pero no habéis aprendido nada. ¿No es, acaso, cierto? ¿Acaso miento? ¿Pero no veis que no creéis en su Resurrección? ¿Creéis? No. ¿Por qué estáis ahí, preparando aromas y vendas? Porque lo consideráis un pobre muerto, hoy gélido, mañana descompuesto, y queréis embalsamarlo por esto. Dejad vuestros ungüentos. Venid a adorar al Salvador con el corazón puro de los pastores betlemitas. Mirad: duerme. Es sólo un hombre cansado que descansa. ¡Cuánto se ha esforzado en la vida! ¡Cada vez más, ha ido esforzándose! ¡Y, bueno, no digamos ya en estas últimas horas!... Ahora está descansando. Para mí, para su Mamá, es sólo un Niño grande cansado que duerme. ¡Bien míseros la cama y la habitación! Pero tampoco fue hermoso su primer lecho, ni alegre su primera morada. Los pastores adoraron al Salvador mientras dormía su sueño de Niño. Vosotros adorad al Salvador mientras duerme su sueño de Triunfador de Satanás. Y luego, como los pastores, id a decir al mundo: "¡Gloria a Dios! ¡El Pecado ha muerto! ¡Satanás ha sido vencido! ¡Paz en la Tierra y en el Cielo entre Dios y el hombre!". Preparad los caminos de su regreso. Yo os envío. Yo, a quien la Maternidad hace Sacerdotisa del rito. Id. Yo he dicho que no quiero. Yo he lavado con mi llanto. Y es suficiente. Lo demás no hace falta. Y no os penséis que le vais a poner esas cosas. Más fácil le será resucitar si está libre de esas fúnebres, inútiles vendas. ¿Por qué me miras así, José? ¿Y tú por qué, Nicodemo? ¿Pero es que el horror de hoy os ha entontecido?, ¿os ha hecho perder la memoria? ¿No recordáis? “A Esta generación malvada y adúltera, que busca un signo, no le será dada sino la señal de Jonás... Así, el Hijo del hombre estará *tres días y tres noches* en el corazón de la Tierra". ¿No lo recordáis? "El Hijo del hombre está para ser entregado en manos de los hombres, que lo matarán, pero *al tercer día resucitará.”* ¿No os acordáis? "Destruid este Templo del Dios verdadero y *en tres días Yo* lo resucitaré. Templo era su Cuerpo, ¡oh hombres! ¿Meneas la cabeza? ¿Es compasión hacia mí? ¿Me crees una demente? Pero bueno, ¿ha resucitado muertos y no va a poder resucitarse a sí mismo? ¿Juan?

-¡Madre!

-Sí, llámame "madre". ¡No puedo vivir pensando que no seré llamada así! Juan, tú estabas presente cuando resucitó a la hijita Jairo y al jovencito de Naím. ¿Estaban bien muertos, no? ¿No era sólo un profundo sopor? Responde.

-Estaban muertos. La niña, desde hacía dos horas; el jovencito desde hacía un día y medio.

-¿Y dio la orden y ellos se alzaron?

-Dio la orden y ellos se alzaron.

-¿Habéis oído? Vosotros dos: ¿habéis oído? ¿Por qué meneáis la cabeza? ¡Ah, quizás lo que estáis insinuando es que la vida vuelve antes a uno que es inocente y joven! ¡Pues mi Niño es el Inocente! Y es Siempre Joven. ¡Es Dios mi Hijo!...

La Madre mira con ojos acongojados a los dos preparadores, quienes, desalentados pero inexorables, disponen los rollos de las vendas empapadas ya en los perfumes.

María da dos pasos -ha dejado a su Hijo sobre la piedra con la delicadeza de quien pone en la cuna a un recién nacido-, da dos pasos, se inclina al pie del lecho fúnebre, donde, de rodillas, llora la Magdalena; y la aferra por un hombro, la zarandea, la llama:

-María. Responde. Éstos piensan que Jesús no podrá resucitar porque es un hombre y ha muerto a causa de heridas. Pero ¿tu hermano no es mayor que El?

-Sí.

-¿No estaba llagado por entero?

-Sí.

-¿No se corrompía ya antes de descender al sepulcro?

-Sí.

-¿Y no resucitó después de cuatro días de asfixia y putrefacción?

-Sí.

-¿Entonces?

Silencio grave y largo. Luego un grito inhumano. María vacila mientras se lleva una mano al corazón. La sujetan. Pero Ella los rechaza. Parece rechazar a estos compasivos; en realidad rechaza lo que sólo Ella ve. Y grita:

-¡Atrás! ¡Atrás, cruel! ¡No esta venganza! ¡Calla! ¡No quiero oírte! ¡Calla! ¡Ah, me muerde el corazón!

-¿Quién, Madre?

-¡Oh, Juan! ¡Es Satanás! Satanás, que dice: "No resucitará. Ningún profeta lo ha dicho". ¡Oh, Dios Altísimo! ¡Ayudadme todos, espíritus buenos, y vosotros, hombres compasivos! ¡Mi razón vacila! No recuerdo nada. ¿Qué dicen los profetas? ¿Qué dice el salmo? ¡Oh, ¿quién me repite los pasos que hablan de Jesús?!

Es la Magdalena la que con su voz de órgano dice el salmo davídico sobre la Pasión del Mesías.

La Madre llora más fuerte, sujetada por Juan, y el llanto cae sobre el Hijo muerto, que resulta todo mojado de lágrimas. María ve esto, y lo seca, y dice en voz baja:

-¡Tanto llanto! Y, cuando tenías tanta sed, ni siquiera una lágrima te he podido dar. Y ahora... ¡te mojo entero! Pareces un arbusto bajo un pesado rocío. Aquí, que tu Madre te seca. ¡Hijo! ¡Tanta amargura has experimentado! ¡No caiga ahora el amargor y la sal del llanto materno en tu labio herido!...

-Luego llama fuerte:

-María. David no habla... ¿Sabes Isaías? Di sus palabras...

La Magdalena dice el fragmento sobre la Pasión y termina con un sollozo: -...Entregó su vida a la muerte y fue contado entre los malhechores; Él, que quitó los pecados del mundo y oró por los pecadores.

-¡Calla! ¡Muerte no! ¡No entregado a la muerte! ¡No! ¡No! ¡Oh, vuestra falta de fe, aliándose con la tentación de Satanás, me pone la duda en el corazón! ¿Y yo no voy a creerte, Hijo? ¿No voy a creer en tu santa palabra? ¡Díselo a mi alma! Habla. Desde las lejanas regiones a donde has ido a liberar a los que esperaban tu llegada, lanza tu voz de alma a mi alma hacia ti abierta; a mi alma, que está aquí, abierta toda a recibir tu voz. ¡Dile a tu Madre que vuelves! Di: “Al tercer día resucitaré". ¡Te lo suplico, Hijo y Dios! Ayúdame a proteger mi fe. Satanás la aprisiona entre sus roscas para estrangularla. Satanás ha separado su boca de serpiente de la carne del hombre porque Tú le has arrebatado esta presa, pero ahora ha hincado el garfio de sus dientes venenosos en la carne de mi corazón y me paraliza sus latidos y me quita su fuerza y su calor. ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! ¡No permitas que desconfíe! ¡No dejes que la duda me hiele! ¡No des a Satanás la libertad de llevarme a la desesperación! ¡Hijo! ¡Hijo! Ponme la mano en el corazón: alejará a Satanás. Ponme la mano sobre la cabeza: le devolverá la luz. Santifica con una caricia mis labios y se fortalezcan para decir: "Creo" incluso contra todo un mundo que no cree. ¡Oh, qué dolor es no creer! ¡Padre! Mucho hay que perdonar a quien no cree. Porque cuando ya no se cree... cuando ya no se cree... todo horror se hace fácil. Yo te lo digo... yo que experimento esta tortura. ¡Padre, piedad de los que no tienen fe! ¡Dales, Padre santo, dales, por esta Hostia consumada y por mí, hostia que aún ar consume, da tu Fe a los que carecen de fe!

Un rato largo de silencio.

Nicodemo y José hacen un gesto a Juan y a la Magdalena.

-Ven, Madre.

Es la Magdalena la que habla tratando de separar a María de su Hijo y de desligar los dedos de Jesús entrelazados con los de María, que los besa llorando.

La Madre se yergue. Su aspecto es solemne. Extiende por última vez los pobres dedos exangües, coloca la mano inerte junto al Cuerpo. Luego baja los brazos y bien erguida, con la cabeza levemente hacia arriba, ora y ofrece. No se oye una sola palabra, pero se comprende que ora, por todo el aspecto. Es verdaderamente la Sacerdotisa ante el altar, la Sacerdotisa en el instante de la ofrenda. «Offerimus praeclarae majestati tuae de tuis donis, ac datis, hostiam puram, hostiam sanctam, hostiam immaculatam... *(Ofrecemos a tu superna majestad las cosas que tú mismo nos has dad-esto es, el sacrificio puro, santo e inmaculado... (del Misal Romano).*

Luego se vuelve:

-De acuerdo, hacedlo. Pero resucitará. En vano desconfiáis de mi razón, en vano estáis ciegos a la verdad que Él os dijo. En vano trata Satanás de tender asechanzas a mi fe. Para redimir al mundo falta también la tortura infligida a mi corazón por Satanás derrotado. La sufro y la ofrezco por los que han de venir. ¡Adiós, Hijo!, ¡Adiós, Criatura mía! ¡Adiós, Niño mío! ¡Adiós... Adiós... Santo… Bueno... Amadísimo y digno de amor... Hermosura... Gozo... Fuente de salvación... Adiós... En tus ojos... en tus labios... en tu pelo de oro... en tus helados miembros... en tu corazón traspasado... ¡oh, en tu corazón traspasado!... mi beso... mi beso... mi beso... Adiós. Adiós... ¡Señor! ¡Piedad de mí!

Los dos preparadores han terminado de disponer las vendas.

Vienen a la mesa y despojan a Jesús incluso de su velo. Pasan una esponja -me parece; o un ovillo de lino- por los miembros (es una muy apresurada preparación de los miembros, que gotean por mil partes).

Luego untan de ungüentos todo el Cuerpo, que queda literalmente tapado bajo una costra de pomada. Lo primero, lo han alzado. Han limpiado la mesa de piedra. En ésta han puesto la sábana, que cae por más de su mitad por la cabecera del lecho. Han colocado el Cuerpo apoyado sobre el pecho y han untado todo el dorso, los muslos, las piernas, toda la parte posterior. Luego le han dado la vuelta delicadamente, poniendo atención en que no se desprendiera la pomada de perfumes. Le han ungido también por la parte anterior: primero el tronco; luego los miembros (primero los pies; lo último, las manos, que han unido encima del bajo vientre).

La mixtura de ungüentos debe ser pegajosa, como goma, porque veo que las manos han quedado estables, mientras que antes siempre resbalaban por su peso de miembros muertos. Los pies, no: conservan su posición: uno más derecho, el otro más echado.

Por último, la cabeza: la habían untado esmeradamente (de forma que sus rasgos desaparecen bajo el estrato de ungüento), después, para mantener cerrada la boca, la han atado con la venda que faja el mentón.

María ahora gime más fuerte.

Alzan la sábana por el lado que recaía y la pliegan sobre Jesús, que desaparece bajo su grueso lienzo. Jesús no es ahora sino una forma cubierta por un lienzo.

José comprueba que todo está bien y todavía coloca sobre el rostro un sudario de lino; y otros paños, semejantes a cortas y anchas tiras rectangulares, de derecha a izquierda, sobre el Cuerpo, que sujetan la sábana bien adherida: no es el típico vendaje que se ve en las momias, tampoco el que se ve en la resurrección de Lázaro: es un vendaje en embrión.

Jesús ha quedado anulado. Hasta la forma se difumina bajo los paños. Parece un alargado montón de tela, más estrecho en los extremos y más ancho en el centro, apoyado sobre el gris de la piedra.

María llora más fuerte.

-Dice Jesús (a María Valtorta):

-Y la tortura continuó con asaltos periódicos hasta el alba del domingo. Yo tuve, en la Pasión, una sola tentación. Pero la Madre, la Mujer, expió por la mujer, culpable de todos los males, repetidas veces. Y Satanás agredió a la Vencedora con centuplicada saña.

María lo había vencido, y Ella recibió la más atroz de las tentaciones. Tentación a la carne de la Madre. Tentación al corazón de la Madre. Tentación al espíritu de la Madre. El mundo cree que la Redención tuvo fin con mi último respiro. No. La coronó la Madre, añadiendo su triple tortura para redimir la triple concupiscencia, luchando durante tres días contra Satanás, que quería llevarla a negar mi Palabra y a no creer en mi Resurrección. *María fue la única que siguió creyendo.* Grande y bienaventurada es también por esta fe.

Has conocido también esto. Tormento que es eco del tormento de mi Getsemaní. El mundo no comprenderá esta página. Pero "los que están en el mundo sin ser del mundo" la comprenderán, y verán aumentado su amor hacia la Madre Dolorosa. Por esto la he dado.

Ve en paz con nuestra bendición.

## 611

## Cierran el Sepulcro. El regreso al Cenáculo.

José de Arimatea apaga una de las antorchas, da una última ojeada y se dirige a la apertura del sepulcro manteniendo encendida y levantada la otra antorcha.

María se inclina una vez más para besar a su Hijo a través de los elementos que lo cubren. Y quisiera hacerlo dominando su dolor, conteniendo éste como forma de respeto al Cadáver, que, estando embalsamado, no le pertenece. Pero, cuando está cerca del rostro velado, ya no se domina; se sume en una nueva crisis de desolación.

No sin dificultad, la alzan. La alejan, con mayor dificultad aún, del lecho fúnebre. Arreglan las telas desordenadas y, más en vilo que sujetándola, se llevan a la pobre Madre, que se aleja con la cara hacia atrás, para ver, para ver a su Jesús, ya solo en la oscuridad de sepulcro.

Salen al huerto silencioso bajo la luz vespertina. Ya la claridad que renació después de la tragedia del Gólgota vuelve a oscurecerse por la noche que desciende. Y allí, bajo los tupidos ramajes -tupidos aunque carezcan todavía de hojas y estén apenas adornados por las bocas blanco-rosas de los manzanos que empiezan a echar flores (extrañamente retrasados en este pomar de José, mientras que en otros lugares están ya enteramente cubiertos de flores abiertas e incluso fecundadas, constituyendo ya minúsculos frutos)-, bajo esos tupidos ramajes, la penumbra es aún más densa que en otros lugares.

Corren hasta su surco la pesada piedra del sepulcro. Largas ramas de un enmarañado rosal, que penden de lo alto de la gruta, parecen llamar a esa puerta de piedra y decir: "¿Por qué te cierras ante una madre que llora?". Y parecen verter también ellas lágrimas de sangre con sus pétalos rojos deshojados, con las corolas distribuidas sobre la superficie de la piedra oscura, con los botones cerrados que golpean contra el inexorable cierre.

Pero pronto otra sangre humedecerá esa puerta sepulcral, y otro llanto. María, hasta ahora sujeta por Juan y sollozando, aunque bastante sosegada, se libera ahora del apóstol y, emitiendo un grito que creo que ha hecho temblar hasta las entrañas de las plantas, se arroja contra la puerta, se agarra al saliente de ésta para descorrerla, se excoria los dedos y se rompe las uñas, sin conseguir moverla, y hasta hace palanca apretando la cabeza contra este saliente áspero. Su gemido tiene notas del rugido de una leona que se abra las venas contra el cierre de una trampa donde estén encerrados sus cachorros, compasiva y furiosa por amor de madre.

Nada tiene ahora de la mansa virgen de Nazaret, de la paciente mujer que hasta ahora hemos conocido. Es: la madre; sólo y simplemente: la madre aferrada a su criatura con todos los nervios de la carne y todas las entrañas del amor. Es la más verdadera "dueña" de esa carne que Ella generó, la única dueña después de Dios, y no quiere que le roben esta propiedad. Es la "reina" que defiende su corona: el hijo, el hijo, el hijo.

Toda la rebelión y las rebeliones que en treinta y tres años en cualquier otra mujer habría habido contra la injusticia del mundo hacia un hijo, toda la santa y lícita ira que cualquier otra madre habría manifestado durante aquellas últimas horas, para herir y matar con las manos y los dientes a los asesinos de su hijo; todas estas cosas que Ella, por amor al género humano, ha dominado siempre, ahora se agitan en su corazón, hierven en su sangre, pero, mansa incluso en medio de ese dolor suyo que la hace delirar, ni impreca ni acomete. Solamente pide a la piedra que se abra, que la deje pasar porque su sitio está ahí dentro, donde está Él; sólo pide a los hombres, despiadadamente piadosos, que la obedezcan y abran.

Después de haber golpeado y manchado de sangre con los labios y las manos la piedra tenaz, se vuelve, se apoya con los brazos abiertos, aferrando todavía los dos bordes de la piedra, y, terrible en su majestuosidad de Madre dolorosa, ordena:

-¡Abrid! ¿No queréis? Pues yo me quedo aquí. ¿No dentro? Pues afuera. Aquí están mi pan y mi lecho, aquí está mi morada. No tengo ni otras casas ni otro objetivo. Vosotros marchaos si queréis. Volved al asqueroso mundo. Yo me quedo aquí, donde no hay ambiciones ni olor de sangre.

-¡No puedes, Mujer!

-¡No puedes, Madre!

-¡No puedes, María amada!

Y tratan de separarle las manos de la piedra, asustados por esos ojos que ellos no conocían con ese destello que los hace duros e imperiosos, vítreos, fosforescentes.

La sobrepujanza mal conviene a los mansos, y los humildes saben persistir en la soberbia... Y enseguida cede en María el querer vehemente y el mandar imperioso. Vuelve a Ella su mirada mansa de paloma torturada, pierde el gesto impositivo y se inclina otra vez suplicante, y une las manos rogando:

-¡Oh, dejadme! ¡Por vuestros difuntos, por los vivos a los que amáis, piedad de una pobre madre!... Oíd... oíd mi corazón. Necesita paz para que cese en él este latido cruel; así se ha puesto a latir arriba, en el Calvario. El martillo hacía "ton", "ton", "ton".., y cada uno de esos golpes hería a mi Niño... y golpeaba mi cerebro y mi corazón... y tengo llena de esos golpes la cabeza, y mi corazón late rápido al ritmo de ese "ton", "ton", "ton" descargado sobre las manos, sobre los pies de mi Jesús, de mi pequeño Jesús... ¡Mi Niño! ¡Mi Niño!...

Le vuelve todo el tormento que parecía calmado después de su oración a1 Padre junto a la mesa de la unción. Todos lloran.

-Necesito no oír gritos ni golpes. El mundo está lleno de voces y ruidos. Cada voz me parece ese "gran grito" que me ha petrificado la sangre en las venas; cada ruido, el del martillo en los clavos. Necesito no ver rostros de hombre. El mundo está lleno de rostros... Hace casi doce horas que veo rostros de asesinos... Judas... los verdugos… los sacerdotes... los judíos... ¡Todos, todos asesinos!... ¡Fuera! ¡Fuera!... No quiero ver a nadie... En cada hombre hay un lobo y una serpiente. Siento escalofrío ante el hombre, siento miedo del hombre… Dejadme aquí, bajo estos árboles serenos, en esta hierba poblada de flores... Dentro de poco saldrán las estrellas... que siempre fueron sus amigas y mis amigas... Ayer las estrellas han hecho compañía a nuestra solitaria agonía... Ellas saben muchas cosas... Ellas vienen de Dios... ¡Oh! ¡Dios! ¡Dios!...

Llora y se arrodilla.

-¡Paz, mi Dios! ¡No me quedas sino Tú!

-Ven, hija. Dios te dará paz. Pero ven. Mañana es el sábado pascual. No podríamos venir a traerte comida...

-¡Nada! ¡Nada! ¡No quiero comida! ¡Quiero a mi Hijo! Sacio hambre con mi dolor; mi sed, con mi llanto... Aquí... ¿Oís cómo llora ese autillo? Llora conmigo, y dentro de poco llorarán los ruiseñores. Y mañana, con la luz del sol, llorarán las calandrias y los currucos y los pájaros que Él amaba, y las tórtolas vendrán conmigo a golpear a esta puerta y a decir, a decir: "¡Álzate, amor mío y ven! Amor que estás en la hendidura de la roca, en el refugio de la escarpada, déjame ver tu rostro, déjame escuchar tu voz". ¡Aaaah! ¿Qué digo? ¡Ellos, ellos también, los torvos asesinos, se han dirigido a Él con las palabras del Cantar! *(Cantar de los cantares 2, 13-14; 3, 11)* Sí, venid, oh hijas de Jerusalén, a ver a vuestro Rey con la diadema, como lo coronó su Patria en el día de su desposorio con la Muerte, en el día de su triunfo como Redentor.

-¡Mira, María! Están viniendo guardias del Templo. Aléjate de aquí. No te vayan a injuriar.

-¿Guardias? ¿Injurias? No. Son viles. Viles son. Y si yo saliera a su encuentro, terrible en mi dolor, huirían como Satanás frente a Dios. Pero yo recuerdo que soy María... y no arremeteré contra ellos, como tendría derecho a hacer. Estaré pacífica... ni siquiera me verán. Y, si me ven y me preguntan: "¿Qué quieres?", les diré: "La limosna de respirar el aire balsámico que sale por esta fisura". Diré: "En nombre de vuestra madre". Todos tienen una madre... hasta el ladrón compasivo lo ha dicho...

-Pero éstos son peor que los bandoleros. Te insultarán.

-¿Acaso hay un insulto que, después de los de hoy, yo no conozca?

Es la Magdalena la que encuentra la razón capaz de conseguir la obediencia de la Dolorosa.

-Tú eres buena, eres santa, y crees y eres fuerte. Pero nosotros ¿qué somos?... ¡Ya lo ves! La mayor parte han huido; los que han quedado estamos aterrados. La duda, ya presente en nosotros, nos haría ceder. Tú eres la Madre. No tienes sólo el deber y el derecho respecto a tu Hijo, sino el deber y el derecho respecto a lo que es del Hijo. *Debes* volver con nosotros, estar entre nosotros, para recogernos, para confirmarnos, para infundirnos tu fe. Tú has dicho, después de tu justo reproche de nuestra pusilanimidad e incredulidad: "Más fácil le será resucitar si está libre de estas vendas". Yo te lo digo: "Si nosotros logramos reunirnos en la fe en su Resurrección, resucitará antes. Lo llamaremos con nuestro amor...". ¡Madre, Madre de mi Salvador, vuelve con nosotros, tú, amor de Dios, para darnos este amor tuyo! ¿Acaso quieres que se pierda de nuevo la pobre María de Magdala, a la que Él ha salvado con tanta piedad?

-No. Me pesaría. Tienes razón. Debo volver... buscar a los apóstoles... a los discípulos... a los parientes... a todos... Decir... decir: creed. Decir: os perdona... ¿A quién se lo dije esto?... ¡Ah! A Judas Iscariote... Habrá que... sí, habrá que buscarlo también a él... porque es el mayor pecador…

María está ahora con la cabeza reclinada sobre su propio pecho y tiembla como por repulsa; luego dice

-Juan: lo buscarás. Y me lo traerás. *Debes* hacerlo. Y *yo debo* hacerlo. Padre: hágase esto también por la redención de la Humanidad. Vamos.

Se levanta. Salen del huerto semioscuro. Los guardias los ven salir y no dicen nada.

El camino, polvoriento y revuelto por la riada de gente que lo ha recorrido y batido con pies, piedras y palos, dibuja una curva en torno al Calvario para llegar al camino de primer orden que va paralelo a las murallas. Y aquí las huellas de lo que ha sucedido son aún más intensas. Dos veces María emite un grito y se inclina para examinar bajo la incierta luz el suelo, porque le parece ver sangre y piensa que es de su Jesús. Pero son sólo jirones de tela desgarrada (yo creo que con el jaleo de la fuga). El pequeño torrente que corre a lo largo de este camino susurra un rumor leve en medio del gran silencio que lo envuelve todo. La ciudad, no viniendo de ella sino un profundo silencio, parece abandonada.

Ahí está el puentecillo que conduce a la empinada vereda del Calvario. Y, frente al puente, la puerta Judicial. Antes de desaparecer tras ella, María se vuelve para mirar la cima del Calvario... y llora desconsoladamente. Luego dice:

-Vamos. Pero guiadme vosotros. No quiero ver ni Jerusalén, ni sus calles ni sus habitantes.

-Sí, sí, pero démonos prisa. Están para cerrar las puertas y, ¿lo ves?, han reforzado la guardia en ellas. Roma teme alborotos.

-Con razón. ¡Jerusalén es una guarida de tigres! ¡Es una tribu de asesinos! Una turba de depredadores; y no sólo dirigen estos usurpadores sus colmillos rapaces hacia las riquezas, sino también contra las vidas. Hace ya treinta y dos años que acechan

contra la vida de mi Niño... Era un corderito de leche, un corderito rosa de oro ensortijado... Apenas sabía decir "Mamá", y dar los primeros pasitos, y reír con sus pocos dientecitos entre los labios de pálido coral, y ya vinieron para degollarlo... Ahora dicen que había blasfemado y violado el sábado y que había movido a la sublevación y aspirado al trono y pecado con las mujeres... Pero, en aquellos tiempos, ¿qué había hecho?, ¿qué blasfemia podía haber dicho, si apenas sabía llamar a su Mamá?, ¿qué podía violar de la Ley, si Él, el eterno Inocente, era entonces también el inocente pequeñuelo del hombre?, ¿qué sublevación podía promover, si ni siquiera sabía tener un capricho? ¿A que trono podía aspirar? Tenía ya su trono en la Tierra y en el Cielo, y no pedía otros tronos: en el Cielo, el seno del Padre; en la Tierra, el mío. Jamás tuvo ojos para la carne, y vosotras, jóvenes y hermosas, podéis decirlo. Pero en aquel tiempo, en aquel tiempo... su "sensualidad" estaba limitada a la necesidad de calor y nutrición, y sus amores eran sólo con mi tibio pecho, buscando poner encima la carita y dormir así; y con el romo pezón del que mi amor fluía convertido en leche... ¡oh, Criatura mía!... ¡Y querían verte muerto! ¡Esto querían: quitarte la vida! Tu único tesoro. La Madre al Hijo; el Hijo a la Madre, para convertirnos en los más míseros y desolados del Universo. ¿Por qué quitarle al Vivo la vida? ¿Por qué arrogaros el derecho de quitar esto que es la vida: bien de la flor y del animal, bien del hombre? Nada os pedía mi Jesús. Ni dinero, ni joyas, ni casas. Una casa tenía, pequeña y santa, y la había dejado por amor a vosotros hombres - hiena. Había renunciado por vosotros a aquello que hasta una cría de animal posee, y fue pobre y solo por el mundo, sin tener siquiera el lecho que le había hecho el Justo, sin el pan tan siquiera que le hacía su Madre; y durmió donde pudo y comió donde pudo: sobre la yacija herbosa de los prados, velado por las estrellas; o en las casas de los buenos, como cualquier hijo de hombre. Sentado a una mesa, o compartiendo con los pájaros de Dios los granos de trigo y el fruto de la zarza silvestre. Y no os pedía nada. A1 contrario: os daba. Quería sólo la vida para daros con su palabra la Vida. Y vosotros, y Jerusalén, lo habéis despojado de la vida. ¿Te has saciado con su Sangre? ¿Te has llenado con su Carne? ¿O todavía no te llena, y quieres -tras vampiro y buitre, hiena- comer su Cadáver, y, no satisfecha aún de los oprobios y tormentos, quieres ensañarte y gozar arañando sus despojos y viendo otra vez sus lacerantes dolores, sus temblores, sus lágrimas, sus convulsiones, en mí: en la Madre del Asesinado? ¿Hemos llegado? ¿Por qué os paráis? ¿Qué quiere de José ese hombre? ¿Qué dice?

En efecto, uno de los escasos transeúntes ha parado a José y, en el silencio absoluto de la ciudad desierta, se oyen muy bien sus palabras:

-Es sabido que has entrado en la casa de Pilato. Profanador de la Ley. Rendirás cuentas de ello. ¡Tienes censura en orden a la Pascua! Estás contaminado.

-Tú también, Elquías. ¡Me has tocado y estoy cubierto de la sangre de Cristo y de su sudor mortal!

-¡Ah! ¡Horror! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera esa sangre!

-No tengas miedo. Ya te ha abandonado; y maldecido.

-Tú también estás maldecido. Y no te vayas a pensar que ahora que te entiendes con Pilato vas a poder llevarte el Cadáver. Hemos tomado medidas para que se termine el juego.

Nicodemo se ha acercado lentamente mientras las mujeres se han detenido con Juan y se han pegado a un profundo portón cerrado.

-Ya lo hemos visto - continúa José - ¡Cobardes! ¡Tenéis miedo hasta de un muerto! Pero de mi huerto y de mi sepulcro hago lo que yo creo conveniente.

-Eso lo veremos.

-Lo veremos. Recurriré a Pilato.

-Sí. Fornica ahora con Roma.

Nicodemo toma la palabra:

-Mejor con Roma que con el Demonio, como vosotros, ¡deicidas! Y, oye, ¿me podrías decir cómo es que te has recobrado? Porque hace un momento huías aterrorizado. ¿Se te esta pasando? ¿No te es suficiente lo que te sucedió? ¿No se te quemó una casa? ¡Échate a temblar! No ha terminado el castigo. Es más: está llegando. Se cierne sobre tu cabeza como la Némesis de los paganos Ni guardias ni precintos impedirán al Vengador alzarse y descargar su mano.

-¡Maldito!

Elquías huye y va a toparse con las mujeres. Comprende y lanza un atroz insulto a María.

Juan no dice ni una palabra. Pero, con un salto de pantera, lo aferra fuertemente y lo tira al suelo y, sujetándolo con las rodillas y apretándole el cuello con las manos, le dice:

-¡Pídele perdón o te estrangulo, demonio!

Y no lo deja hasta que el otro, apretado y medio estrangulado por las manos de Juan, no masculla: «Perdón».

Pero su grito ha atraído a la patrulla.

-¿Quién va? ¿Qué pasa? ¿Más alborotos? Quietos todos o cargamos sobre vosotros. ¿Quiénes sois?

-José de Arimatea y Nicodemo, autorizados por el Procónsul para sepultar al Nazareno al que han dado muerte. Regresamos del sepulcro con la Madre, el hijo y las familiares y amigas. Éste ha ofendido a la Madre y ha sido obligado a pedir perdón.

-¿Sólo eso? Debíais haberlo estrangulado. Marchaos. Soldados arrestad a éste. ¿Qué más quieren esos vampiros? ¿También el corazón de las madres? ¡Adiós, judíos!

-¡Qué horror! Pero ya no son hombres... Juan, sé bueno con ellos. Ten presente el recuerdo de mi Jesús y de tu Jesús. Él predicaba perdón.

-Madre, tienes razón. Pero son unos malhechores y me sacan de mis cabales. Son sacrílegos. Te ofenden a ti. Y esto no puedo permitirlo.

-Son unos malhechores, sí. Y saben que lo son. Mira qué pocos por las calles; y esos pocos, cómo se escabullen furtivos. Después del delito, los malhechores tienen miedo. Verlos huir así, entrar en las casas, encerrarse en ellas por miedo, me suscita horror. Los siento a todos culpables del Deicidio. Mira, María ese viejo. Ya se asoma a la tumba y, no obstante -ahora que la luz

de aquella puerta lo ilumina me parece haberlo visto pasar acusando a mi Jesús, allí, en la cima del Calvario... Lo llamaba ladrón... ¡¿Ladrón mi Jesús?!... Aquel joven, casi niño todavía, pronunciaba torpes blasfemias invocando que cayera sobre él su sangre... ¡Oh, desdichado!... ¿Y aquel hombre? Siendo tan musculoso y fuerte, ¿se habrá abstenido de golpearlo? ¡Oh, no quiero ver! Mirad: encima del rostro que tienen se superpone el rostro del alma y... y ya no tienen imagen de hombres, sino de demonios... Tanto valor tenían contra el Atado, el Crucificado…y ahora huyen, se esconden, se encierran. Tienen miedo. ¿De quién? De un muerto. Para ellos no es más que un muerto, porque niegan que sea Dios. ¿A qué tienen miedo entonces? ¿A qué cierran sus puertas? A1 remordimiento. A1 castigo. No sirve. El remordimiento está en vosotros. Y os seguirá eternamente. Y el castigo no es humano; no valen ni cierres ni palos, ni puertas ni barras contra él. El castigo baja del Cielo, de Dios, vengador de su Inmolado, y atraviesa paredes y puertas, y con su llama celeste os marca para el castigo sobrenatural que os espera. El mundo irá a Cristo, al Hijo de Dios y mío. Irá a aquel que vosotros habéis traspasado, pero vosotros seréis signados para siempre, los Caínes de un Dios, marcados como oprobio de la raza humana. Yo, que he nacido de vosotros, yo que soy Madre de todos, tengo que decir que para mí, vuestra hija, habéis sido peores que padrastros, y que, en el inmenso número de mis hijos, vosotros sois los que más esfuerzo me imponéis para acogeros, porque os habéis ensuciado con el delito contra mi Criatura. Y no os arrepentís diciendo: "Eras el Mesías. Te reconocemos y te adoramos". Ahí hay otra patrulla romana. El Amor ya no está en la Tierra, la Paz ya no está entre los hombres. El Odio y la Guerra bullen como esas antorchas humeantes. Los dominadores tienen miedo a la muchedumbre desmandada. Saben por experiencia que cuando la fiera que se llama hombre ha sentido el sabor de la sangre se vuelve ávida de masacre... Pero no temáis a éstos, que no son ni leones ni panteras reales, sino cobardísimas hienas que se lanzan contra el cordero inerme pero temen al león armado de lanzas y autoridad. No tengáis miedo a estos chacales reptantes. Vuestro paso de hierro los hace huir y el brillo de vuestras lanzas los hace más mansos que conejos. ¡Esas lanzas! ¡Una ha abierto el corazón del Hijo mío! ¿Cuál de ellas? Verlas es para mí una flecha en mi corazón... Y, no obstante, quisiera tenerlas todas entre mis manos temblorosas para ver cuál es la que todavía conserva huellas de sangre y decir: "¡Es ésta! ¡Dámela, soldado! Dásela a una madre en memoria de tu madre lejana, y yo oraré por ella y por ti". Y ningún soldado me la negaría. Porque los hombres de guerra han sido los mejores ante la agonía del Hijo y de la Madre. ¡Oh, ¿por qué no he pensado arriba esto?! Me sentía como una persona a la que le hubieran golpeado la cabeza. Yo la tenía atontada por esos golpes... ¡Oh, esos golpes! ¿Quién hará que deje de sentirlos aquí, en mi pobre cabeza? La lanza ¡Cuánto quisiera tenerla!...

-Podemos buscarla, Madre. El centurión me ha parecido muy bueno con nosotros. Creo que no me la negará. Iré mañana.

-Sí, sí, Juan. Soy Pobre. Tengo poco dinero; pero me desprenderé hasta de la última moneda con tal de tener ese hierro... ¡Oh, ¿cómo es que no lo he pedido en ese momento?!

-María amada, ninguno de nosotros tenía noticia de esa herida Cuando la has visto, ya estaban lejos los soldados.

-Es verdad... Estoy ofuscada por el dolor. ¿Y las vestiduras? ¡Nada suyo tengo! Daría mi sangre por tenerlas...

María llora de nuevo desconsoladamente.

Y llega así a la calle del Cenáculo; a tiempo, porque ya está agotada y camina verdaderamente a rastras, como una anciana decrépita. Y además lo manifiesta.

-Ánimo, que ya hemos llegado.

-¿Ya? ¿Tan corto el camino que esta mañana me ha parecido largo? ¿Esta mañana? ¿Ha sido esta mañana? ¿Sólo? ¿Cuántas horas, o cuántos siglos, han pasado desde que ayer noche entré y desde que salí de aquí esta mañana? ¿Soy verdaderamente yo: la madre cincuenta años o una anciana secular, una mujer que abarca épocas, rica en siglos que pesan sobre sus espaldas arqueadas y sobre su cabeza cana? Siento como haber vivido todo el dolor del mundo y éste pese enteramente sobre mis espaldas, que se encorvan bajo su peso. Cruz incorpórea, ¡pero tan pesada...! De piedra. Una cruz quizás más pesada que la de mi Jesús, porque llevo la mía y la suya con el recuerdo de su agonía y la realidad de la agonía mía. Vamos a entrar. Porque debemos entrar. Pero no es ningún consuelo. Es un aumento de dolor. Por esta puerta entró mi Hijo para su última cena. Por ella salió para ir al encuentro de la muerte. Y tuvo que poner pie donde lo puso el traidor, que salió para llamar a los capturadores del Inocente. Apoyado en esa puerta he visto a Judas... ¡He visto Judas! Y no lo he maldecido, sino que le he hablado como habla una madre llena de congoja. Llena de congoja por el Hijo bueno y por el hijo malvado... ¡He visto a Judas! ¡He visto al Demonio en él! Yo que he tenido siempre a Lucifer bajo mi calcañar y, mirando sólo a Dios, nunca he bajado los ojos a mirar a Satanás- he conocido el rostro de Satanás mirando al Traidor. He hablado con el Demonio... ha huido, porque no soporta mi voz. ¿Lo habrá dejado ahora, de forma que yo pueda hablar a ese muerto y concebirlo de nuevo -yo, la Madre- con la Sangre de un Dios para darlo a luz a la Gracia? Juan: júrame que lo buscarás y que no serás cruel con él. No lo soy yo que tendría derecho a serlo... ¡Oh, dejadme entrar en esa habitación donde mi Jesús tomó su última comida!, ¡donde la voz de mi Niño pronunció en paz sus últimas palabras!

-Sí. Entraremos. Pero, ahora, ven aquí, a donde estábamos ayer. Descansa. Despídete de José y Nicodemo, que se marchan.

-Sí. Me despido de ellos. ¡Oh, sí, me despido de ellos! Les doy las gracias. ¡Los bendigo!

-Pero, ven, ven; ¡lo harás más cómodamente!

-No. Aquí. José... ¡Oh, no he conocido a nadie con este nombre que no me quisiera!...

María de Alfeo se echa bruscamente a llorar.

-No llores... También José... Por amor, erraba tu hijo. Quería darme humanamente paz... ¡Pero hoy!... Ya lo habéis visto... ¡Oh, todos los Josés son buenos con María!... José, yo te digo "gracias". Y a Nicodemo... Mi corazón se postra a vuestros pies, ante esos pies vuestros cansados por el mucho camino recorrido por Él... por darle los últimos honores... Yo sólo puedo daros mi corazón; no tengo otra cosa... Y os lo doy, amigos leales de mi Hijo... y... y perdonad a una Madre traspasada las palabras que os he dicho en el sepulcro...

-¡Oh! ¡Santa! ¡Perdona tú! - dice Nicodemo.

-Estáte tranquila ahora. Descansa en tu Fe. Mañana vendremos - añade José.

-Sí, vendremos. Estamos a tus órdenes.

-Mañana es sábado - objeta la dueña de la casa.

-El sábado ha muerto. Vendremos. Adiós. El Señor sea con vosotros - y se marchan.

-Ven, María.

-Sí, Madre, ven.

-No. Abrid. Me habéis prometido hacerlo después de las despedidas. ¡Abrid esta puerta! No podéis cerrársela a una madre, a una madre que busca respirar en el aire el olor del aliento, del cuerpo de su Niño. ¿No sabéis, acaso, que ese aliento y ese cuerpo se los di yo? Yo, yo que lo llevé nueve meses, que le di a luz, que lo amamanté, lo crié, lo cuidé. ¡Ese aliento es mío! ¡Ese olor de carne es mío! Es el mío, pero más hermoso en mi Jesús. Dejádmelo percibir otra vez.

-Sí, querida. Mañana. Ahora estás cansada. Estás ardiendo de fiebre. No puedes así. Estás mal.

-Sí. Mal. Pero es porque tengo en los ojos la percepción de su Sangre y en el olfato el olor de su Cuerpo llagado. Quiero ver la mesa en que se apoyó vivo y sano, quiero percibir el perfume de su cuerpo juvenil. ¡Abrid! ¡No me lo sepultéis por tercera vez! Ya me lo habéis ocultado bajo los perfumes y las vendas; luego me lo habéis encerrado tras la piedra. ¿Ahora por qué, por qué negarle a una Madre que halle el último rastro de Él en el aliento que ha dejado detrás de esa puerta? Dejadme entrar. Buscaré en el suelo, en la mesa, en el asiento, las huellas de sus pies, de sus manos. Y las besaré, las besaré hasta consumirme los labios. Buscaré... buscaré... Quizás encuentre un cabello de su cabeza rubia, un cabello no untado de sangre. ¿Sabéis vosotros qué es para una madre un cabello de su hijo? Tú, María de Cleofás, tú, Salomé, sois madres. ¿Y no comprendéis? ¡Juan! ¡Juan! Escúchame. Yo soy Madre para ti. El me ha constituido tal. ¡Él! Tú me debes obediencia. ¡Abre! Yo te amo, Juan. Siempre te he amado porque lo amabas. Te amaré más todavía. Pero abre. ¡Abre digo! ¿No quieres? ¿No quieres? ¡Ah, ¿entonces ya no tengo hijo?! Jesús no me negaba nunca nada. Porque era hijo. Tú niegas. No eres hijo. No comprendes mi dolor... ¡Oh, Juan!, perdona... perdona. Abre... No llores... Abre... ¡Oh, Jesús! ¡Jesús!... Escúchame... ¡Obre tu espíritu un milagro! ¡Abre a tu pobre Mamá esta puerta que nadie quiere abrir! ¡Jesús! ¡Jesús!

María llama con los puños cerrados a la puertecita, a esa puertecita bien cerrada. Está en un momento de paroxismo de su congoja. Hasta que palidece y, susurrando:

-¡Oh, mi Jesús! ¡Voy! ¡Voy!», se desploma sin fuerzas sobre los brazos de las mujeres, que lloran y la sujetan para impedir que caiga a los píes de esa puerta; luego la llevan así, a la habitación que hay enfrente.

## 612

## La noche del Viernes Santo. Lamento de la Virgen. El velo con el Rostro del Redentor.

María, ayudada de las mujeres, que lloran, vuelve en sí, y llora; su única fuerza consiste en llorar y llorar. Parece, verdaderamente como si su vida, hubiera de pasar y consumirse toda con ese llanto.

Quieren ofrecerle algo que le devuelva las fuerzas: Marta le ofrece un poco de vino; la dueña de la casa quisiera que tomara al menos un poco de miel; María de Alfeo, de rodillas delante de Ella, le ofrece una taza de leche tibia, diciendo:

-Yo misma la he ordeñado, de la cabrita de la pequeña Raquel (será una hija de estos que están en casa de Lázaro, no sé si como inquilinos o como guardas). Pero María no quiere nada. Llorar, sólo llorar; y pedir y oír la promesa de que serán buscados apóstoles y discípulos, que serán buscadas lanza y vestiduras, y que, cuando sea de día -dado que ahora, de ninguna manera, quieren dejarla entrar- la dejarán entrar en la habitación del Cenáculo.

-Sí. Si estás un poco tranquila, si descansas un poco, te llevaré a es habitación - dice la cuñada - Nosotras dos entraremos y, de rodillas, buscaré para ti cualquier señal de Jesús... - dice María de Alfeo con un sollozo.

-Fíjate. Aquí tienes la copa y el pan que Jesús partió usado por Él para la Eucaristía. ¿Qué recuerdo más santo que este? ¿Ves? Juan te los ha traído ya desde esta mañana, para que los vieras esta noche... Pobre Juan que está allí llorando, y con miedo…

-¿Miedo? ¿Por qué? Ven, Juan.

Juan sale de la sombra (es que esta pequeña habitación hay sólo una lamparilla, colocada encima de la mesa, junto a los objetos de la Pasión). Se arrodilla a los pies de María, la cual lo acaricia y le pregunta:

-¿Por qué tienes miedo?

Y Juan, besándole las manos y llorando:

-Porque tú estás mal. Tienes fiebre y jadeas... Y no te tranquilizas. Y si sigues así, morirás como ha muerto Él...

-¡Ah, si fuera verdad!

-¡No, Madre! ¡Mamá! ¡Es más dulce decir "Mamá"! Como a la mía. Deja que te llame así... Pero, de la misma manera que no encuentro diferencia entre mi madre y tú -es más: te quiero más que a ella porque eres la Madre que Él me ha dado y eres su Madre-, tú no hagas demasiada diferencia entre el Hijo que ha nacido de ti y el que te ha sido dado... Y ámame un poco como lo amas a Él... ¿Si fuera Él el que te dijera: "Tengo miedo de que mueras" responderías: "¡Ah!, si fuera verdad"? No. No lo dirías. Es más, te dolería marcharte y dejarlo a Él, a tu Cordero, en un mundo de lobos... ¿Y no te apenas por mí?... Soy mucho más cordero que Él: no por bondad y pureza, sino por ingenuidad y miedo. Si me faltas, el pobre Juan será despedazado por los lobos sin haber sabido dar un balido que hable de su Maestro... ¿Quieres que muera así, sin haberle servido? ¿Atolondrado en la muerte como en la vida? No, ¿verdad? Entonces, Mamá, trata de tranquilizarte... Por Él... ¡Oh! ¿No dices que resucita? Sí, lo dices y es verdad. ¿Y entonces quieres que cuando resucite encuentre sin ti la casa? Porque seguro que vendrá aquí... ¡Pobre, pobre Jesús, si en vez de tu grito de amor oyera los nuestros de pésame; si en vez de encontrar tu pecho en el que reclinar su

cabeza martirizada y gloriosa encontrara el cierre de tu sepulcro!... Debes vivir. Para saludarlo cuando vuelva... no digo "a nuestro amor" –nosotros merecemos todos los reproches, por la manera como hemos obrado-digo "a tu amor". ¿Qué será este encuentro? ¿Y Él, qué aspecto tendrá? Madre de la Sabiduría, Mamá del ignorantísimo Juan, tú que lo sabes todo, dinos qué aspecto tendrá cuando aparezca resucitado.

-Lázaro tenía las heridas cerradas de las piernas; pero se veían las señales. Y apareció envuelto en vendas llenas de podre - dice Marta.

-Tuvimos que lavarlo y lavarlo... - añade María.

-Y estaba débil y tuvimos que reconfortarlo, por orden suya - termina Marta.

-El hijo de la viuda de Naím estaba como ofuscado y parecía un niño incapaz de andar y hablar con soltura; tanto fue así, que Él se lo devolvió a la madre para que le enseñara a usar de nuevo de las cosas buenas de la vida. Y a la hijita de Jairo Él mismo la guió en sus primeros pasos... - dice Juan.

-Pienso que mi Señor nos enviará a un ángel a decirnos: "Venid con una túnica limpia". Y mi amor la ha preparado ya. Está en el palacio. No la he podido hilar yo, pero se la di a hilar a mi nodriza, que ahora vive tranquila respecto a mi futuro, y no llora ya. Tomé el más precioso lino. Plautina me proporcionó la púrpura y Noemí tejió su orla. Yo hice el cinturón, la bolsa y el taled, bordándolos de noche para que no me vieran. He aprendido de ti, Madre. No es perfecto, pero recibe la hermosura, más que de las perlas que componen su Nombre en el cinturón y en la bolsa, de mi llanto de amor y de mis besos: cada puntada es un latido de devoción por Él. Le llevaré esa túnica Lo permites, ¿no?

-¡Oh!... No creía que le fueran a privar de su túnica... No estoy habituada a los usos del mundo y a su crueldad... Creía conocerlos ya... (y las lágrimas ruedan de nuevo por las mejillas céreas) pero me doy cuenta de que todavía no sabía nada... Y pensaba: "Tendrá también después la túnica de su Madre". ¡Le gustaba tanto...! Él la había querido así. Y me lo había dicho mucho tiempo antes: "Harás una túnica así y así. Me la llevarás para la Pascua... Porque Jerusalén me debe ver vestido con purpúrea túnica de rey...". ¡Oh, esa lana, más cándida que la nieve, mientras la hilaba se volvía roja ante los ojos de Dios y los míos, porque mi corazón recibió una nueva herida por aquellas palabras... Las otras, después de años o meses, habían dejado de rezumar sangre, aunque no se hubieran cerrado. ¡Pero ésta...! Todos los días, cada hora que pasaba, me removía la espada el corazón: "¡Un día menos! ¡Una hora menos! ¡Y luego morirá!". ¡Oh!... Y el hilado en el huso o en el telar se me volvía rojo... Se ha materializado luego en el color, por causa del mundo... Pero ya era rojo...

María llora de nuevo.

Tratan de consolarla hablándole de la Resurrección. Pregunta Susana:

-¿Qué dices tú respecto al aspecto que tendrá de resucitado? ¿Y cómo resucitará?

Y Ella, confusa, *cegada* en estos momentos de martirio redentor, responde:

-No sé... Ya no sé nada... ¡Sólo sé que Él ha muerto!...

Rompe otra vez a llorar, violentamente, y besa el velo que cubría las caderas de su Hijo, y lo aprieta contra su corazón y lo acuna como si de un niño se tratara...

Y toca los clavos, las espinas, la esponja, y grita:

-¡Esto! ¡Esto es lo que ha sabido darte tu Patria! ¡Hierro, espinas, vinagre y hiel! ¡Insultos, insultos, insultos! Y, de entre todos los hijos de Israel, hubo que elegir a uno de Cirene para llevarte la cruz. Ese hombre para mí es sagrado como un esposo. Y si supiera de otro que haya socorrido a mi Niño, le besaría los pies. ¿Pero es que ninguno tuvo compasión? ¡Salid! ¡Marchaos! ¡Veros a vosotros también me causa dolor! Porque entre todos, entre todos, no habéis sabido obtener ni siquiera una tortura menos cruel. ¡Siervos inútiles y pasivos de vuestro Rey: salid!

Con esta reacción, su aspecto es terrible: erguida, rígida, parece hasta más alta; los ojos, imperiosos; el brazo extendido y señalando a la puerta: ordena como una reina en su trono.

Salen todos sin reaccionar para no intranquilizarla más, y se sientan fuera de la puerta, que queda cerrada. Escuchan sus gemidos y cualquier otro ruido que haga. Pero, después del ruido de correr la silla, y de sus rodillas contra el suelo -porque se arrodilla y apoya la cabeza en la mesa en que están los objetos de la Pasión- ya no oyen sino su llanto, sin pausas y sin consuelo.

Ella susurra (pero tan bajo, que los de fuera no pueden oírlo):

-¡Padre, Padre, perdón! Me vuelvo soberbia y mala. Pero, ya lo ves, es verdad lo que digo. Había masas de gente en torno a Él. Toda Palestina está, en estas fiestas, dentro de las murallas santas... ¿Santas? No. Ya no son santas... Hubieran seguido siéndolo si Él hubiera expirado dentro de ellas. Pero Jerusalén lo ha expulsado como a la regurgitación que produce náusea. Por tanto, en Jerusalén está presente sólo el Delito... Y de todo este pueblo que iba tras Él, ni siquiera ha podido reunirse un puñado de gente que se impusiera, no digo ya para salvarlo -debía morir para redimir-, pero sí para que muriera sin tantas torturas. Se han mantenido en la sombra o incluso han huido... Mi corazón se rebela frente a tanta vileza. Soy la Madre. Por esto, perdona mi pecado de dureza soberbia... - y llora...

... Afuera los otros están en ascuas, por muchos motivos. Regresa el dueño de la casa, que había salido a curiosear, y trae noticias terribles. Se dice que muchos han muerto en el terremoto, muchos han resultado heridos en refriegas entre los seguidores del Nazareno y los judíos; muchos han sido arrestados; y se dice que habrá nuevas ejecuciones por alborotos y amenazas a Roma; se dice que Pilato ha ordenado la detención de todos los seguidores del Nazareno y de los jefes del Sanedrín presentes en la ciudad o que hayan huido por Palestina; que Juana está agonizando en su palacio; que Manahén ha sido detenido por Herodes por haberle echado en cara en plena Corte el haber sido cómplice del Deicidio. En fin, un montón de noticias catastróficas...

Las mujeres gimen. No tanto por miedo por ellas mismas, cuanto por sus hijos y maridos. Susana piensa en su esposo, conocido como uno de los seguidores de Jesús en Galilea. María de Zebedeo piensa en su marido, que se hospeda en casa de un amigo, y en su hijo Santiago, del que no tiene noticias desde la noche anterior. Y Marta solloza diciendo:

-¡Habrán ido ya a Betania! ¿Quién no sabía quién era Lázaro para el Maestro?

-Pero a él lo protege Roma - replica María Salomé.

-¿Protegido? A saber, con el odio que nos tienen los jefes de Israel qué acusaciones esgrimirán contra él ante Pilato... ¡Oh, Dios!

Marta se lleva las manos a la cabeza y grita:

-¡Las armas! ¡Las armas! ¡La casa está llena de armas.., y también el palacio! ¡Lo sé! Esta mañana, al amanecer, ha venido Leví, el guarda, y me ha puesto al corriente... ¡Pero sí tú también lo sabes! Y se lo dijiste a los judíos en el Calvario... ¡Necia! ¡Has puesto en las manos de esos crueles el arma para matar a Lázaro!...

-Se lo dije, sí. Dije la verdad sin saberlo. ¡Pero... calla, gallina asustada! Lo que dije es la garantía más segura para Lázaro. ¡Pondrán mucho cuidado en no aventurarse a buscar donde saben que hay gente armada! ¡Son cobardes!

-Los judíos, sí; los romanos, no.

-No temo a Roma. Sus disposiciones son justas y medidas.

-María tiene razón - dice Juan - Longinos me dijo: "Espero que no os molesten. Pero, si lo hicieran, ven, o manda a alguien al Pretorio. Pilatos es benévolo con los seguidores del Nazareno. Era benigno también con Él. Os defenderemos".

-Pero, ¿si los judíos actúan por su cuenta? ¡Ayer noche fueron los capturadores de Jesús! Y, si dicen que somos profanadores, tiene derecho a prendernos. ¡Oh, mis hijos! ¡Tengo cuatro! ¿Dónde estarán José y Simón? Estaban en el Calvario y luego bajaron cuando Juana ya no resistía más. Por ayudar y defender a las mujeres. Ellos, los pastores, Alfeo... ¡todos! ¡Oh, seguro que ya los han matado! ¿Has oído que Juana está agonizando? Está claro que es por herida. Y ellos, antes de que pudiera la plebe agredir a una mujer, la habrán defendido, ¡y habrán muerto!... ¿Y Judas y Santiago? ¡Mi pequeño Judas! ¡Mi tesoro! ¿Y Santiago, dulce como una muchacha? ¡Oh, ya no tengo hijos! ¡Soy como la madre de los jóvenes Macabeos!... *(cuyo sacrificio está narrado en 2 Macabeos 7)*

Lloran todas desesperadamente. Todas menos la dueña de la casa que ha ido a buscar un escondite para su marido; y María Magdalena, que no llora. Ésta arroja fuego por los ojos, adquiriendo de nuevo esa sobrepujanza que tenía en otros tiempos. No habla, pero asaetea con su mirada a sus compañeras abatidas. Y en sus ojos bulle un epíteto muy claro: « ¡Pusilánimes!».

Pasa así un rato... De vez en cuando alguien se levanta, abre despacio la puerta, da una ojeada, vuelve a cerrar.

-¿Qué hace? - preguntan los otros.

Y la persona que ha mirado responde:

-Sigue de rodillas. Ora.

O:

-Parece como si hablara con alguien.

O también:

-Se ha levantado y gesticula, caminando a un lado y a otro de la habitación.

Lamento de la Virgen:

-¡Jesús! Jesús! ¡Jesús! ¿Dónde estás? ¿Me oyes todavía? ¡Oyes a tu pobre Mamá que grita, ahora, tu Nombre, después de haberlo llevado en el corazón durante tantas horas? Tu Nombre santo y bendito, que ha sido mi amor, el amor de mis labios, que sentían sabor de miel diciendo tu Nombre; de mis labios que ahora, por el contrario, diciéndolo parecen beber el amargor que te quedó en los labios, el amargor de la atroz mixtura. Tu Nombre, amor de mi corazón que se henchía de alegría cuando lo pronunciaba, de igual manera que se había dilatado para transvasar su sangre y acogerte y vestirte con ella, cuando bajaste a mí desde el Cielo, tan pequeño, tan minúsculo, que habrías podido posarte en el cáliz de la menta silvestre; Tú, tan grande, Tú, el Poderoso, anonadado en una semilla de hombre por la salvación del mundo. Tu Nombre, dolor de mi corazón ahora que te han privado de las caricias de tu Madre para arrojarte en las manos de los verdugos, que te han torturado hasta darte muerte.

Tengo el corazón triturado por este Nombre tuyo que he tenido que cerrar dentro de mí durante tantas horas y cuyo grito crecía en la medida en que crecía tu dolor, hasta quedar hecho trizas como algo que hubiera sido pisoteado por el pie de un gigante: ¡sí, que mi dolor es gigantesco y me aplasta, me tritura y no hay nada que pueda aliviarlo! ¿A quién le digo tu Nombre? Nada responde a mi grito. Aunque gritara hasta quebrantar la piedra que cierra tu sepulcro no lo oirías, porque estás muerto. ¿No oyes ya a tu Mamá?

¡Cuántas veces te habré llamado, Hijo, en estos treinta y cuatro años! *(no porque Jesús haya vivido 34 años sino porque María considera también los 9 meses de gestación)* Desde que supe que iba a ser Madre y que mí pequeñuelo había de llamarse "Jesús". Aún no habías nacido y yo ya, acariciando mi vientre, donde te ibas desarrollando, te llamaba suavemente "¡Jesús!", y me parecía sentirte mover para decirme: "¡Mamá!".

Te daba ya una voz, ya soñaba tu voz; la oía antes de que existiera. Y cuando la oí, débil como la de un corderito recién nacido, temblar en la noche fría en que naciste, conocí las profundidades de la alegría... y creía haber conocido el abismo del dolor, porque era el llanto de mi Criatura que tenía frío, que sentía incomodidades, que lloraba su primer llanto de Redentor y yo no tenía ni fuego ni cuna, y no podía sufrir en tu lugar, Jesús; no tenía sino mi pecho como fuego, y almohada, y mi amor para adorarte, Hijo mío santo.

Creía haber conocido el abismo del dolor... Era el amanecer de aquel dolor, era el borde de aquel dolor. Ahora es el mediodía, ahora es el fondo. Éste es el abismo, este que toco ahora, después de haber descendido en estos treinta y cuatro años empujada por muchas cosas, y postrada hoy en el fondo horrendo por tu cruz.

Cuando eras pequeño te acunaba cantando: "¡Jesús! ¡Jesús" ¿Qué armonía será más hermosa y santa que este Nombre que hace sonreír a los ángeles en el Cielo? Para mí tu Nombre era más hermoso que el canto -¡tan dulce!- de los ángeles en la noche de tu Nacimiento, y dentro de él veía el Cielo; todo el Cielo yo veía a través de este Nombre. Pero ahora, diciéndotelo a ti

que has muerto y no me oyes ni me respondes, como si nunca hubieras existido, veo el Infierno, todo el Infierno. Ahora comprendo lo que significa ser réprobo; es no poder ya decir: "¡Jesús!". ¡Horror! ¡Horror! ¡Horror!...

¿Cuánto durará este infierno para tu Mamá? Dijiste: "Después de tres días reedificaré este Templo". Hasta hoy me repito a mí misma estas palabras tuyas, para no caer muerta, para estar preparada para saludarte a tu regreso, para seguir sirviéndote... Pero ¿cómo resistiré el saberte muerto durante tres días? ¿Tres días en la muerte Tú, Vida mía?

¡Cómo! Tú que lo sabes todo, porque eres la Sabiduría infinita, ¿no conoces el dolor agudísimo de tu Madre? ¿No puedes imaginártelo recordando cuando te perdí en Jerusalén y Tú me viste abrirme paso entre la gente que estaba alrededor de ti, con un rostro de náufraga que tocase la playa después de dura lucha con las olas y la muerte; con el rostro de una que saliera de una tortura, derrengada, desangrada, envejecida, quebrantada? Y en aquella ocasión podía pensar que sólo te hubieras perdido, podía autoconvencerme de que sólo te hubieras perdido. Hoy no. Hoy no. Hoy sé que estás muerto. No es posible crear una ilusión. *He visto que te daban muerte.* Mira: aunque el dolor me hiciera perder la memoria, aquí está tu Sangre, en mi velo, diciéndome: "¡Ha muerto! ¡No le queda más sangre! ¡Ésta fue la última, brotada de su Corazón!". ¡De su Corazón! Del corazón de mi Niño. ¡De mi Hijo! ¡De mi Jesús! ¡Oh, Dios, Dios compasivo, no dejes que recuerde que le abrieron el Corazón!...

Jesús, no puedo estar aquí *sola* mientras Tú estás solo allí. Yo, que nunca he amado los caminos del mundo ni las multitudes, y que -Tú lo sabes- desde que dejaste Nazaret, te seguí cada vez más frecuentemente, para no vivir lejos de ti. No podía vivir lejos de ti. Hice frente a curiosidades y a burlas -no cuento las fatigas, porque se anulaban al verte-, con tal de vivir donde Tú estabas. Y ahora estoy aquí sola. ¡Y Tú estás allí solo! ¿Por qué no me han dejado en tu sepulcro? Me habría sentado al lado de tu helado lecho, teniendo la mano tuya entre las mías para que sintieras que estaba a tu lado... No: para sentir que estabas a mi lado. Tú ya no sientes nada. ¡Estás muerto!

¡Cuántas veces pasé las noches junto a tu cuna, orando, amando, regocijándome en ti! ¿Quieres que te diga cómo dormías, con los puñitos cerrados como dos botones de flor junto a la carita santa? ¿Quieres que te diga cómo sonreías durante el sueño y -sin duda, acordándote de la leche de tu Mamá- cómo, durmiendo, hacías el gesto de succionar? ¿Quieres que te diga cómo te despertabas y abrías los ojitos y reías viéndome inclinada sobre tu cara y tendías las manitas con alegría impaciente para que te tomara en brazos y, con un gritito dulce como el trino de una curruca, reclamabas tu alimento? ¡Oh, sí me sentía dichosa cuando aferrabas mi seno y sentía el calor liso de tu mejilla, la caricia de tus manitas, en mi pecho!

No sabías estar sin tu Mamá. ¡Y ahora estás solo! Perdóname, Hijo, el haberte dejado solo; el no haberme rebelado por primera vez en mí vida decidiendo quedarme allí. Era mí sitio. Me habría sentido menos desolada, si hubiera estado al lado de tu fúnebre lecho, colocándote y cambiando, como en el pasado, las vendas... Aunque no hubieses podido sonreírme ni hablarme, a mí me habría parecido tenerte de nuevo como cuando eras pequeño. Te habría acogido en mi corazón, para evitarte sentir el frío de la piedra, la dureza del mármol. ¿No te he tenido también hoy? El regazo de una madre siempre es capaz de acoger a su hijo, aunque sea ya un hombre. El hijo es siempre un niño para su madre, aunque haya sido bajado de una cruz y esté cubierto de llagas y de heridas.

"¡Cuántas! ¡Cuántas heridas! ¡Cuánto dolor! ¡Oh, mi Jesús, mi Jesús tan herido! ¡Herido *de esa manera!* ¡Matado *de esa manen* No. No. ¡Señor, no! ¡No puede ser verdad! ¡Estoy loca! ¿Jesús muerto? Estoy delirando. ¡Jesús no puede morir! Sufrir, sí; morir, no. ¡Él es la Vida! Él es Hijo de Dios. Es Dios. Dios no muere.

¿No muere? ¿Y entonces por qué se ha llamado Jesús? ¿Qué quiere decir "Jesús"? Quiere decir... ¡Oh, quiere decir: "Salvador"! Ha muerto. Ha muerto porque es el Salvador. Ha tenido que salvar a todos perdiéndose a sí mismo... No estoy delirando, no. No estoy loca. No. ¡Ojalá lo estuviera! ¡Sufriría menos! Él está muerto. Aquí está su Sangre; aquí, su corona, y los tres clavos. ¡Con éstos, con éstos me lo han traspasado!

¡Hombres, mirad con qué habéis traspasado a Dios, a mi Hijo! *Y debo* perdonaros. Y *debo* amaros. Porque Él os ha perdonado. ¡Por qué Él me ha dicho que os ame! Me ha hecho Madre vuestra. ¡Madre de los asesinos de mi Hijo! Una de sus últimas palabras, luchando contra el estertor de la agonía... "Madre, he ahí a tu hijo... a tus hijos". Aunque yo no fuera "la que obedece", hoy habría debido obedecer, porque era el imperativo de un moribundo.

Sí, Jesús, yo perdono, yo los amo. ¡Ah, se me parte el corazón en este perdón, en este amor! ¿Me oyes? ¿Oyes que los perdono y los amo? Ruego por ellos. Sí: ruego por ellos... Cierro los ojos para no ver estos objetos de tu tortura, para poder perdonarlos, para poder amarlos, para poder orar por ellos. Cada uno de estos clavos sirve para crucificar el movimiento mío de no perdonar, de no amar, de no orar por tus verdugos.

Debo, *quiero* pensar que estoy al pie de tu cuna. Oraba también en aquellos momentos por los hombres. Pero en aquellos momentos era fácil. Tú estabas vivo, y yo, por muy crueles que viera a los hombres, no llegaba nunca a pensar que pudieran serlo tanto contigo que los habías favorecido sin medida. Oraba convencida de que tu Palabra los haría buenos. En mi corazón, mirándolos, les decía: Ahora sois malos, estáis enfermos, hermanos. Pero dentro de poco hablará, dentro de poco vencerá a Satanás en vosotros, y os dará ida que habíais perdido". ¡La vida perdida! Tú, Tú has perdido la vida por ellos. ¡Jesús mío!

Si hubiera visto el horror de este día cuando todavía estabas en pañales, mi leche dulce se habría transformado en veneno a causa del dolor. Simeón lo dijo: "Una espada te traspasará el corazón". ¿Una espada? ¡Un sinfín de espadas! ¿Cuántas heridas te han abierto Hijo? ¿Cuántos gemidos te han brotado? ¿Cuántos dolores agudísimos? ¿Cuántas gotas de sangre has derramado? Pues cada uno de estos es una espada en mí. Soy una selva de espadas. En ti no hay trozo de piel que no esté llagado, en mí no lo hay que no esté traspasado; traspasan mis carnes y penetran en el corazón.

Esperando tu nacimiento, te preparaba fajos y pañales, hilando el hilo más suave de la Tierra. No tenía en cuenta su precio, con tal disponer de la hebra más lisa. ¡Qué lindo estabas envuelto en los fajos hechos por tu Mamá! Todos me decían: "¡Es hermoso tu Niño, Mujer!" ¡Eras hermoso! Asomaba tu carita rosada bajo el blancor del lino. Tenías dos ojitos más azules que el cielo, y la cabecita parecía - de tan rubio y esponjoso como tenías el pelito- envuelto en una niebla de oro; tenían tus

cabellos sabor a flor de almendro recién abierta. Creían que te perfumaba. No. Mi tesoro tenía sólo el perfume de los fajos lavados por su Mamá, calentados en su corazón, besados con sus labios. Nunca me sentía cansada de trabajar para ti...

¿Y ahora? Ya no tengo nada que hacer para ti. Hacía tres años que estabas lejos de casa, pero seguías siendo el objeto de mis días. Pensar en ti, en tu ropa, en tu comida: amasar la harina y hacer pan, cuidar las abejas para darte la miel, tener cuidado de los árboles para que te dieran fruta. ¡Cómo amabas las cosas que te llevaba tu Madre! Ninguna comida de rica mesa, ningún indumento de tela preciosa, eran para ti como estas cosas tejidas, cosidas, cuidadas, recogidas por las manos de tu Madre. Cuando iba a donde Tú estabas, mirabas enseguida mis manos, como cuando eras pequeño y yo y José te dábamos modestos regalos para que sintieras que eras "nuestro" Rey. Nunca fuiste antojadizo, Niño mío. Lo que buscabas era el amor, que era tu alimento, y lo encontrabas en nuestras atenciones a ti. Ahora también hallabas, buscabas, lo mismo, ¡pobre Hijo mío tan poco amado del mundo!

Ahora ya nada. Todo está cumplido. Ya nada hará por ti tu Mamá. No necesitas ya nada... Ahora estás solo... Y yo estoy sola... ¡Oh, dichoso José, que no ha vivido este día! ¡Ojalá no hubiera estado yo tampoco ya en este mundo! Pero en ese caso no habrías tenido ni siquiera el consuelo de ver a tu pobre Mamá. Habrías estado solo en la cruz, como estás solo en el sepulcro. Solo con tus heridas. "¡Oh, Dios! ¡Dios, cuántas heridas tiene tu Hijo, el Hijo mío! ¿Cómo he podido verlas sin morir, yo que me desvanecía cuando de pequeño te hacías daño? Una vez te caíste en el huerto de Nazaret y te hiciste una herida en la frente. Pocas gotas de sangre. Pero yo me sentí morir al ver gotear tu sangre en la circuncisión, tanto que José tuvo que sujetarme porque temblaba como una moribunda- sentí como si esa herida minúscula te hubiera de llevar a la muerte y más con el llanto que con agua y aceite, la curé, y no me quedé tranquila hasta que dejó de manar sangre. Otra vez estabas aprendiendo a trabajar y te heriste con el serrucho. Una herida pequeña. Pero para mí fue como si el serrucho me hubiera serrado en dos.

No hallé descanso hasta que vi curada tu mano seis días después.

¿Y ahora? ¿Y ahora? Ahora tienes las manos, los pies, el costado abiertos; ahora tu carne está hecha jirones; tu cara, magullada, esa cara que no te rozaba -yo no osaba hacerlo- con mi beso; llagada : tienes la frente y la nuca. Y nadie te ha curado, nadie te ha confortado.

¡Mira mi corazón, oh Dios que me has herido en mi Hijo! ¡Míralo! ¿No está, acaso, llagado, como el Cuerpo del Hijo tuyo y mío? Los azotes han caído sobre mí como granizo, mientras Él los recibía. ¿Que es la distancia para el amor? ¡Yo he padecido la tortura de mi Hijo! ¡Ojalá la hubiera padecido sólo yo! ¡Ojalá estuviera yo en la piedra sepulcral! ¡Mírame, Dios! ¿No gotea sangre mi corazón?

Ahí está el círculo de las espinas. Lo siento. Es una corona que me oprime y perfora el corazón. Ahí están los agujeros de los clavos: tres puñales clavados en el corazón. ¡Oh, esos golpes! ¡Esos golpes! ¿Cómo no se ha desplomado el cielo con esos golpes sacrílegos en carnes de Dios? ¡Y no poder gritar! ¡No poder lanzarme a arrebatar el arma a los asesinos y defender con ella a mi Hijo moribundo! ¡Tener que oír, oír sin hacer nada! Un golpe en el clavo, y el clavo entra en las carnes vivas. Otro golpe, y entra más. Otro y otro, y se rompen huesos y nervios y quedan traspasados la carne de mi Niño y el corazón de su Mamá. ¿Y cuando te han levantado en la cruz? ¡Cuánto debes haber sufrido! ¡Hijo santo! Veo aún cómo tu mano se desgarra con el golpe de la caída. Tengo desgarrado el corazón como ella

Estoy magullada, lacerada, flagelada, punzada, golpeada, traspasada, como Tú. No estaba contigo en la cruz. Pero, mira a tu Madre. ¿No está como Tú? Sí. No hay diferencia de martirio. Es más: el tuyo ha terminado, el mío continúa. Tú no oyes ya las acusaciones mentirosas, yo las oigo. Tú ya no oyes las blasfemias horrendas, yo las oigo todavía. Tú ya no sientes la mordedura de las espinas y los clavos, ni la sed ni la fiebre, yo estoy llena de puntas de fuego y me siento como que muriera de quemazón y delirio.

¡Si al menos me hubieran dejado darte una gota de agua!: mi llanto, si la crueldad de los hombres negaba al Creador el agua que Él había creado. Te di mucha leche porque éramos pobres, Hijo mío, y en la huida a Egipto habíamos perdido mucho y habíamos tenido que conseguir un nuevo techo y muebles, ropa y comida; y no sabíamos cuánto iba a durar el destierro ni lo que íbamos a encontrar cuando regresáramos a nuestra tierra. Te di leche durante más tiempo del normal, para que no sintieras la falta de alimento. Hasta que no adquirimos la cabrita, yo fui tu cabrita, ¡oh Niño de tu Mamá! ya tenías muchos dientecitos y mordías... ¡Oh, qué alegría verte reír en el juego infantil!...

Querías andar. Estabas muy sano y fuerte. Yo te sujetaba durante horas y horas y no sentía quebrantados mis riñones a pesar de estar inclinada hacia ti, que dabas tus pasitos y a cada uno de ellos me decías: "¡Mamá!", "¡Mamá!". ¡Oh, feliz dicha el oírte cantar ese nombre! Lo decías también hoy: "¡Mamá, Mamá!". Pero tu Mamá no podía hacer otra cosa sino verte morir. Yo no podía siquiera acariciarte los pies. ¿Los pies? Aunque hubiesen estado al alcance de mi mano, no habría podido tocarlos, por no aumentar tu tormento. ¡Cómo debías sufrir tus pobres pies, mi Jesús!

¡Ah, si hubiera podido subir donde estabas y ponerme entre la madera y tu cuerpo e impedir que, con las convulsiones de la agonía, tocaras contra el madero! Oigo todavía tu cabeza golpear contra el madero en medio de las últimas convulsiones. Y ese sonido, ese sonido me enloquece. Lo tengo en la cabeza... como un martillo...

¡Vuelve, vuelve, amado Hijo, Hijo adorado, Hijo santo! Estoy muriendo. No resisto esta desolación mía. Muéstrame de nuevo tu rostro. Llámame otra vez. ¡No puedo pensar en ti y verte sin voz, sin mirada, cadáver frío y sin vida!

¡Oh, Padre, socórreme Tú! ¡Jesús no me oye! ¿No ha terminado la Pasión? ¿No está todo cumplido? ¿No bastan estos clavos, estas espinas, esta sangre, este llanto mío? ¿Todavía más es necesario para curar al hombre?

Padre, te nombro los instrumentos de su dolor y mi llanto. Pero esto es lo menor. Lo que le ha hecho morir sobrehumanamente acongojado ha sido tu abandono. Lo que me hace gritar es tu abandono. Ya no te siento. ¿Dónde estás, Padre santo? Yo era la *Llena de Gracia*. Lo dijo el Ángel: "Ave María, llena de Gracia, el Señor es contigo y tú eres bendita entre todas las mujeres".

No. ¡No es verdad! ¡No es verdad! Yo soy como una mujer por ti maldecida por su pecado. Ya no estás conmigo. La Gracia se ha retirado como si yo fuera una segunda Eva pecadora. Pero te he sido siempre fiel. ¿En qué te he desagradado? Has

hecho de mí lo que has deseado y siempre te he dicho: "Sí, Padre. Estoy dispuesta". ¿Pueden, entonces, mentir los ángeles? ¿Y Ana, que me aseguró que me darías tu ángel en la hora del dolor? Estoy sola. No tengo ya gracia ante tus ojos, no te tengo ya a ti, Gracia, en mí. No tengo ya ángel. ¿Mienten, entonces, los santos? ¿En qué te he desagradado, si ellos no mienten y yo he merecido esta hora?

¿Y Jesús? ¿En qué ha faltado tu Cordero puro y manso? ¿En qué te hemos ofendido, para que, además del martirio dado por mano de los hombres, tengamos que recibir la tortura incalculable de tu abandono? ¿Y además Él, Él, que era Hijo tuyo y que te llamaba con esa voz que ha hecho a la Tierra estremecerse y reaccionar en un acceso de piedad! ¿Cómo lo has dejado solo en medio de tanto tormento?

¡Pobre Corazón de Jesús, que te amaba tanto! ¿Dónde está la señal de la herida del Corazón? Aquí está. Mira, Padre, esta señal. Aquí está la huella de mi mano que entró en la abertura de la lanzada. Aquí... Aquí... Y no la cancelan ni el llanto ni el beso de la Madre, que tiene ya abrasados los ojos de llorar y consumidos los labios de besar. Esta señal grita y acusa. Más que la sangre de Abel, grita a ti desde la Tierra esta señal. Y Tú, que maldijiste a Caín y no dejaste aquello sin castigo, no has intervenido en favor de mi Abel, ya desangrado por sus Caínes, y has permitido el último desprecio. Le has triturado el corazón con tu abandono y has dejado que un hombre lo pusiera al descubierto para que yo lo viera y también resultara triturada. Pero por mí no me importa. Es por Él, por Él te pregunto y solicito tu respuesta. No debías...

¡Oh, perdón! ¡Perdón, Padre santo! Perdona a una Madre que llora por su Hijo... ¡Ha muerto! ¡Ha muerto mi Hijo! Muerto con el corazón abierto. ¡Padre, Padre, piedad! ¡Yo te amo! Nosotros te hemos amado y Tú mucho nos has amado. ¿Cómo has permitido que fuera herido el Corazón de *nuestro* Hijo? ¡Padre!... ¡Padre, piedad de esta pobre mujer! ¡Estoy blasfemando, Padre! Yo sierva tuya, tu nada, ¿y oso hacerte un reproche? ¡Piedad! Has sido bueno. Has sido bueno. La herida, la única herida que no le ha hecho daño ha sido ésta. Tu abandono ha servido para que muriera antes de la puesta de sol y así evitarle otras torturas.

Has sido bueno. Todo lo haces con un fin de bondad. Somos nosotros, criaturas, los que no comprendemos. Has sido bueno. ¡Bueno has sido! Di, alma mía, estas palabras para sacar este aguijón de tu sufrimiento, a tu sufrimiento. Dios es bueno y te ha amado siempre, alma mía. Desde la cuna a este momento, siempre te ha amado. Te ha dado toda la alegría del Tiempo. Toda. Se te ha dado Él mismo. Ha sido bueno. Bueno. Bueno. Gracias, Señor. ¡Bendito seas por tu infinita bondad!

Gracias. Jesús, también por ti digo gracias. ¡Ésta, al menos, no la has sentido, Hijo mío! Sólo yo la he sentido en el mío, cuando he visto tu Corazón abierto. Ahora está en el mío tu lanza, y hurga y me llena de aflicción. Pero es mejor así. Tú no la sientes. Pero, Jesús, ¡piedad! ¡Una señal tuya! ¡Una caricia, una palabra para tu pobre Mamá que tiene lleno de congoja el corazón! ¡Una señal, una señal, Jesús, si me quieres encontrar viva cuando regreses!

Una llamada enérgica a la puerta hace que todos se sobresalten. El dueño de la casa huye "valientemente"... María de Zebedeo quisiera que su Juan lo siguiera y lo invita a ir al patio. Las otras, excepto la Magdalena, se apiñan gimiendo.

Es María de Magdala la que va erguida y fuerte a la puerta y pregunta:

-¿Quién llama?

Responde una voz de mujer:

-Soy Nique. Tengo una cosa para la Madre. Debo dársela. ¡Abrid! Pronto. La ronda está patrullando.

Juan, que se ha desembarazado de su madre y ha ido presuroso donde la Magdalena, se afana con los muchos cierres (todos bien asegurados esta noche). Abre. Entra Nique, acompañada de una sirvienta y de un hombre fornido que viene de escolta. Cierran.

-Tengo una cosa...

Nique llora y no puede hablar...

-¿Qué? ¿Qué es?

Todos, curiosos, se han arrimado a ella.

-En el Calvario... He visto al Salvador en ese estado... Había reparado el velo lumbar para que no usara los andrajos de los verdugos... Pero estaba tan sudado -además con sangre en los ojos-, que pensé dárselo para que se secara. Y Él así lo hizo... Me devolvió e1 velo. Yo ya no lo usé. Quería conservarlo como reliquia con su sudor y su sangre. Viendo la saña de los judíos, pasado un rato, con Plautina y las otras romanas Lidia y Valeria, decidimos volvernos por miedo a que nos quitaran este lienzo. Las romanas son mujeres viriles. Nos habían puesto en medio a mí y a la criada y nos protegían. Es verdad que son contaminación para Israel... y que tocar a Plautina es un peligro. Pero eso se piensa en momentos de calma. Hoy estaban todos ebrios... En casa he llorado... durante horas... Luego ha venido el terremoto y he perdido el conocimiento... Una vez vuelta en mí, he querido besar ese lienzo y he visto... ¡oh!... ¡En él está la cara del Redentor!...

-¡A ver! ¡A ver!

-No. Antes a la Madre. Está en su derecho.

-¡Está derrengada! No resistirá...

-¡No digáis eso! A1 contrario, le servirá de consuelo. ¡Llamadla1

Juan llama suavemente a la puerta.

-¿Quién es?

-Yo, Madre. Afuera está Nique... Ha venido en la oscuridad. Te ha traído un recuerdo... un regalo... Espera consolarte con él.

-¡Sólo un regalo me puede consolar! La sonrisa de su Rostro...

-¡Madre!

Juan la abraza por temor a que se caiga, y dice, como confiando el Nombre verdadero de Dios:

-Es eso. La sonrisa de su Rostro imprimido en el lienzo con que Nique lo enjugó en el Calvario.

-¡Oh! ¡Padre! ¡Dios altísimo! ¡Hijo santo! ¡Eterno Amor! ¡Benditos seáis! ¡La señal! ¡La señal que os he pedido! ¡Que entre! ¡Que entre!

María se sienta porque ya no se tiene en pie, y se arregla un poco mientras Juan hace una señal a las mujeres, que ojean, una señal para que pase Nique.

Entra Nique. Se arrodilla a los pies de María, con la criada al lado. Juan, en pie, erguido, al lado de María, tiene su brazo por detrás de los hombros de la Madre, como para sostenerla. Nique no dice nada, pero, eso sí, abre el arca, saca el lienzo, lo abre. Y el Rostro de Jesús, el Rostro vivo de Jesús, el doloroso y, no obstante, sonriente Rostro de Jesús mira a la Madre, sonriéndole.

María emite un grito de amor doliente y extiende los brazos. Las mujeres hacen lo mismo desde el vano de la puerta donde están apiñadas; y la imitan también en el arrodillarse ante el Rostro del Salvador.

Nique no encuentra palabras. Pasa el lienzo de sus manos a las manos maternas y se inclina para besar un borde de aquél. Luego sale hacia atrás, sin esperar a que María vuelva en sí de su éxtasis.

Se marcha... Ya está fuera, en la oscuridad, cuando piensan en ella... Sólo queda cerrar el portal, como estaba antes.

María está otra vez sola, en un coloquio de su alma con la imagen de su Hijo, porque todos se retiran de nuevo.

Pasa más tiempo. Luego Marta dice:

-¿Cómo vamos a hacer con los ungüentos? Mañana es sábado...

-Y no vamos a poder ir por nada... - dice Salomé.

-Y habría que hacerlo... Muchas libras de áloe y mirra... pero ¡estaba tan mal lavado!...

-Habría que tener todo dispuesto para el amanecer del primer después del sábado - observa María de Alfeo.

-¿Y los que hacen la guardia? ¿Cómo vamos a hacer? - pregunta Susana.

-Si no nos dejan entrar, se lo decimos a José - responde Marta.

-No podremos correr nosotras solas la piedra.

Responde la Magdalena:

-¡Oh, siendo cinco, ¿dices que no vamos a poder?! Todas somos fuertes... y el amor hace el resto.

-Y además iré yo con vosotras - dice Juan.

-Tú de ninguna manera. No quiero perderte también a ti, hijo.

-No te preocupes. Nos bastaremos nosotras.

-Bueno, pero... ¿quién nos proporciona los ungüentos?

Un sentido de desánimo se apodera de todas... Luego Marta dice:

-Habríamos podido preguntarle a Nique si era verdad lo de Juana... y lo de las revueltas...

-¡Claro! Estamos atontadas. Hubiéramos podido obtener también los ungüentos antes. Isaac estaba en la puerta de su casa cuando hemos vuelto...

-En el palacio hay muchos tarros de esencias, y también incienso. Voy por ello. Y María Magdalena se levanta de su sitio y se pone el manto.

Marta grita:

-¡No irás!

-Iré.

-¡Estás loca! ¡Te prenderán!

-Tu hermana tiene razón. ¡No vayas!

-¡Oh, no sois más que unas mujeres inútiles y gritadoras! ¡Hay que ver qué buena comitiva de seguidoras tenía Jesús! ¿Ya habéis agotado vuestra reserva de valentía? A mí, por el contrario, cuanto más valor uso, más me viene.

-Voy con ella. Soy hombre.

-Y yo soy tu madre y te lo prohíbo.

-Tranquila, María Salomé; tranquilo, Juan. Voy sola. No tengo miedo. Sé lo que es ir de noche por las calles. Lo hice mil veces por el pecado... ¿Debería temer ahora que voy a servir al Hijo de Dios?

-Pero hoy la ciudad está agitada. Ya has oído a ese hombre.

-Es un conejo. Y vosotras lo mismo. Me marcho.

-¿Y si te ven los soldados?

-Les diré: "Soy la hija de Teófilo, sirio, siervo fiel de César". Y no me pararán. Y además... El hombre ante una mujer joven y guapa es un juguete más inocuo que un tallito de paja. Yo esto lo sé, para vergüenza mía...

-¿Pero dónde pretendes encontrar perfumes en el palacio, si desde hace años está deshabitado?

-¿Tú crees? ¡Marta! ¿No te acuerdas de que Israel os obligó a dejarlo porque era uno de mis lugares de encuentro con los amantes? Allí tenía yo todo lo necesario para aumentarles su locura por mí. Cuando mi Salvador me salvó, escondí en un lugar que sólo yo conocía los recipientes de alabastro y los inciensos que usaba para orgías de amor. Y juré que sólo el llanto por mi pecado sería el agua perfumada de María arrepentida; y la adoración de Jesús santísimo sus ardientes inciensos. Y juré que esos signos de culto profano de la sensualidad y la carne los usaría *únicamente* para santificarlos en Él y ungirlo. Ahora es la hora. Voy. Vosotras quedaros aquí. Tranquilas. Viene conmigo el ángel de Dios y no me sucederá nada malo. Adiós. Os traeré noticias. A Ella no le digáis nada... Aumentaríais su congoja...

Y María de Magdala sale segura, regia.

-Madre, que te sirva de lección... y que te diga: no hagas que el mundo diga que tu hijo es un cobarde. Mañana, o, mejor, hoy, porque ya estamos en la segunda vigilia, voy a 1a búsqueda de los compañeros, como Ella quiere...

-Es sábado... no puedes hacer eso... - objeta Salomé para retenerlo.

-"El sábado ha muerto" digo yo también con José. La era nueva ha comenzado. En ella habrá otras leyes, otros sacrificios y ceremonias.

María Salomé, sin protestar ya más, apoya la cabeza en las rodillas y llora.

-¡Oh, si pudiéramos saber de Lázaro! - gime María Cleofás.

-Si me dejáis ir, tendréis noticias. Porque Simón Cananeo, que recibió la orden de hacerlo, ha llevado donde Lázaro a los compañeros; Jesús se lo dijo a Simón estando yo presente.

-¡Ay, ay... ¿todos allí?! ¡Entonces están todos perdidos! - María Cleofás y Salomé lloran desconsoladamente.

Pasa más tiempo, entre llantos y esperas.

Luego vuelve María Magdalena, triunfadora (cargada de bolsas llenas de preciosos tarritos).

-¿Veis como no ha pasado nada? Aquí están: aceites de todo tipo, y nardo, y olíbano, y benjuí. No hay mirra ni áloe... No quería cosas amargas yo... que ahora bebo todas las amarguras... Entretanto, amasamos éstas y mañana conseguimos... Pagando, Isaac dará aunque sea sábado... Adquiriremos mirra y áloe.

-¿Te han visto?

-Nadie. Ni un murciélago por las calles.

-¿Los soldados?

-¿Los soldados? Creo que están roncando en sus jergones.

-Pero las sediciones... los arrestos...

-Los ha visto el miedo de ese hombre...

-¿Quién está en el palacio?

-Pues Leví y su mujer. Tranquilos como críos. Los hombres armados han huido... ¡Ja! ¡Ja! ¡Lo que yo digo es que buenos héroes tenemos!... En cuanto tuvieron noticia de la condena, huyeron. Digo la verdad: Roma es dura y usa el látigo... pero así se hace temer y servir. Y tiene hombres, no conejos... Jesús decía: "Mis seguidores conocerán mi mismo destino". ¡Mmm! Si se hacen de Jesús muchos romanos, puede ser; pero si esos mártires tienen que ser israelitas... se quedará solo... Aquí está mi saco. Y éste es de Juana, que... sí... no solo somos cobardes, sino que también somos embusteros. Juana está abatida, nada más. Ella y Elisa se han sentido mal en el Gólgota: una es una madre a la que se le murió un hijo, y el oír los estertores de Jesús ha hecho que se sintiera mal; la otra es una mujer delicada, que no está acostumbrada a tanto camino ni a tanto sol. Pero nada de heridas, nada de agonías. Llora, como nosotras, eso sí, claro; nada más. Lo que le duele es que la hayan alejado de allí. Mañana vendrá. Manda estos perfumes. Los que tenía. Con ella se había quedado Valeria, por orden de Plautina; pero ahora Valeria se ha marchado con los esclavos, a casa de Claudia, porque tienen muchos inciensos. Cuando venga -porque tampoco ella, por gracia del Cielo, es una liebre eternamente temblorosa- no os pongáis a gritar como sintiendo la espada en el cuello. Arriba. Levantaos. Vamos a coger unos morteros y a trabajar. Llorar no sirve. A1 menos, llorad y trabajad. El llanto diluirá nuestro bálsamo. Y Él lo sentirá sobre sí... Sentirá nuestro amor.

Y se muerde los labios para no llorar y para dar fuerza a las otras, que están verdaderamente deshechas.

Trabajan con ahínco.

María llama a Juan.

-¿Qué te ocurre, Madre?

-Esos golpes...

-Están triturando los inciensos...

-¡Ah!... Pero... perdonad... no hagáis ese ruido... me parece oír los martillos...

Efectivamente, los majaderos de bronce contra el mármol de los morteros hacen verdaderamente ruido de martillos.

Juan dice esto a las mujeres, que salen al patio para que se las oiga menos. Juan regresa donde la Madre.

-¿Cómo los han conseguido?

-María de Lázaro ha ido por ellos a su casa y a casa de Juana… Y traerán otros más...

-¿No ha venido nadie?

-Nadie después de Nique.

-¡Míralo, Juan! ¡Qué hermoso es incluso en medio de su dolor! - María se ensimisma, con las manos juntas, frente al lienzo (lo ha extendido sobre una arqueta y lo ha sujetado con unos pesos).

-Hermoso. Sí, Madre. Y te sonríe... No llores más... Ya han pasado algunas horas. Menos que esperar para su regreso... - y, mientras dice esto, Juan llora...

María le acaricia la mejilla. Pero sólo mira la imagen de su Hijo. Juan sale, cegado por el llanto.

También la Magdalena, que ha vuelto para tomar unas ánforas está en las mismas condiciones. Pero dice al apóstol:

-No debemos permitir que nos vean llorar. Porque, si no, aquéllas no sabrán hacer nada ya. Y hay que hacer...

-...Y hay que creer - termina Juan.

-Sí. Creer. Si no se pudiera creer, vendría la desesperación. Yo creo. ¿Y tú?

-Yo también...

-No lo dices bien. No amas todavía lo suficiente. *Si amaras con todo tu ser,* no *podrías no creer.* El amor es luz y voz. Incluso contra las tinieblas de la negación y el silencio de la muerte, dice: "Yo creo".

Se muestra espléndida la Magdalena, tan alta y regia, imperiosa en su confesión de fe. Debe tener el corazón torturado (sus ojos, quemados por el llanto, lo dicen), pero el ánimo está invicto.

Juan la mira admirado y susurra:

-Eres fuerte».

-Siempre. Lo fui tanto que supe desafiar al mundo. Y entonces no tenía a Dios. Ahora que lo tengo, siento que sé desafiar hasta al infierno. Tú que eres bueno deberías ser más fuerte que yo. Porque la culpa deprime, ¿eh? Más que el agotamiento. Pero tú eres inocente... Por eso te amaba tanto...

-También a ti te amaba...

-Y yo no era inocente. Pero era su conquista y...

-Llaman fuertemente al portal.

-Será Valeria. Abre.

Juan abre sin miedo, dominado por la calma de María. Efectivamente, es Valeria, y sus esclavos, que traen la litera de la que ella ha bajado. Entra saludando a la latina:

-Salve.

-La paz sea contigo, hermana. Entra - dice Juan.

-¿Puedo ofrecer a la Madre el presente de Plautina? Claudia también ha contribuido. Pero si no le causa dolor el verme.

Juan entra donde María.

-¿Quién llama? ¿Pedro? ¿Judas? ¿José?

-No. Es Valeria. Ha traído resinas preciosas. Quisiera ofrecértelas, si no te causa pena.

-Debo superar la pena. Él ha llamado a su Reino a los hijos de Israel y a los paganos. A todos ha llamado. Ahora... está muerto... Pero yo estoy aquí por Él. Recibo a todos. Que entre.

Valeria entra. Se ha quitado el manto oscuro y aparece toda blanca con su estola. Se inclina profundamente. Saluda y habla.

-Dómina. Sabes quiénes somos. Las primeras redimidas del oscurantismo pagano. Fango y tinieblas éramos. Tu Hijo nos ha dado ala y luz. Ahora está... dormido en paz. Conocemos vuestros usos. Y queremos que sobre el Triunfador sean esparcidos también los bálsamos de Roma.

-Que Dios os bendiga, hijas de mi Señor. Y... perdonad si no sé decir nada más...

-No te esfuerces, Dómina. Roma es fuerte. Pero también sabe comprender el dolor y el amor. Te comprende, Madre Dolorosa. Adiós.

-¡La paz sea contigo, Valeria! Para Plautina, para todas vosotras, bendición.

Valeria deja sus inciensos y otras esencias y se retira.

-¿Ves, Madre, como todo el mundo da para el Rey del Cielo y de la Tierra?

-Sí - dice María. *Todo el mundo.* Y la Madre sólo habrá podido darle el llanto.

Un gallo canta alegre en algún lugar cercano. Juan se estremece.

-¿Qué te sucede, Juan? - pregunta la Virgen.

-Pensaba en Simón Pedro...

-¿Pero no estaba contigo? - pregunta la Magdalena, que ha vuelto a entrar en la habitación.

-Sí. En casa de Anás. Luego he comprendido que yo tenía que venir aquí. Y no he vuelto a verlo.

-Dentro de poco amanecerá.

-Sí. Abrid.

Abren las contraventanas y las caras parecen aún más térreas en la luz verdosa del alba.

La noche del Viernes Santo ha terminado.

## 613

## La Pasión de Jesús y María y la Compasión de Juan.

Ahora -ya es de noche- dice Jesús (a María Valtorta):

-Has visto cuánto cuesta ser Salvadores. Lo has visto en mí y María. Has tenido conocimiento de nuestras torturas. Has visto qué generosidad, heroísmo, paciencia, mansedumbre, constancia y fortaleza las hemos sufrido por la caridad de salvaros.

Todos aquellos que quieran, que pidan al Señor Dios hacer ellos "salvadores", deben pensar que Yo y María somos el modelo que ésas son las torturas que hay que compartir para salvar: la cruz, las espinas, los clavos, los azotes no serán materiales. Serán otros, con otra forma y naturaleza; pero igualmente dolorosos e inmoladores. Y sólo inmolándose en medio de estos dolores se puede ser salvador.

Es misión austera, *la más austera de todas.* Una misión respecto a la cual la vida del monje o de la religiosa de la más severa regla es como una flor comparada con un montón de espinas. Porque ésta es no regla de Orden humana, sino Regla de un sacerdocio y un rito de ingreso en el estado monacal divinos, cuyo Fundador soy Yo. Yo soy el que consagra y acoge -en *mi* Regla, en *mi* Orden- a los elegidos para ella. Y soy el que les impone el hábito *(el mío):* el Dolor total llevado hasta el sacrificio.

Has visto mis sufrimientos, dirigidos a hacer reparación por vuestras culpas. Nada en mi Cuerpo ha estado exento de ellos, porque nada en el hombre está exento de culpas, y todas las partes de vuestro yo físico y moral -ese yo que Dios os ha dado con una perfección de obra divina y que vosotros habéis degradado con la culpa del progenitor y con vuestras tendencias al mal, con vuestra voluntad mala- son instrumentos de los que os servís para cumplir el pecado.

Pero Yo he venido para cancelar los efectos del pecado con mi Sangre y mi dolor, lavando en ellos cada una de vuestras partes físicas y morales, para purificarlas y fortalecerlas contra las tendencias culpables.

Mis Manos fueron heridas y aprisionadas, después de haberse cansado llevando la Cruz, para reparar por todos los delitos cometidos con la mano del hombre. Desde los verdaderos actos de sujetar y usar un arma contra un hermano,

haciéndoos así Caínes, hasta de robar o escribir acusaciones falsas o llevar a cabo actos contrarios al respeto de vuestro cuerpo o del cuerpo ajeno, o de estar ociosos en una holgazanería que es terreno propicio para vuestros vicios. Por las ilícitas libertades de vuestras manos, he dejado crucificar las mías, clavándolas al madero, privándolas de todo movimiento más que lícito y necesario.

Los Pies de vuestro Salvador, después de haberse fatigado y herido en las piedras de mi camino de Pasión, fueron traspasados, inmovilizados, para hacer reparación por todo el mal que vosotros hacéis con los pies, haciendo de ellos el medio para ir a vuestros delitos, hurtos, fornicaciones. He marcado las calles, las plazas, las casas, las escaleras de Jerusalén, para purificar todas las calles, las plazas, las escaleras, las casas de la tierra, de todo el mal que dentro y fuera de ellas había nacido, todo lo que había sido sembrado y sería sembrado, en los siglos pasados y en los futuros, por vuestra mala voluntad obediente a las instigaciones de Satanás.

Mi Carne se manchó, recibió contusiones y heridas, para castigar en mí todo el culto exagerado, la idolatría, que vosotros ofrecéis a esta carne y a la de quien amáis, por capricho sensual o incluso por afecto, que en sí no es reprobable, pero que lo hacéis reprobable al amar a un padre, a un cónyuge, a un hijo o a un hermano, más que a Dios.

No. Por encima de cualquier amor y vínculo terrenos está, debe estar, el amor al Señor Dios vuestro. Ninguno, ningún otro afecto de ser superior a éste. Amad a los vuestros en Dios, no por encima de Dios. Amad con todo vuestro ser a Dios. Ello no absorberá vuestro amor hasta el punto de haceros indiferentes para con los vuestros; antes al contrario, la perfección tomada de Dios -quien ama a Dios tiene en sí a Dios y, teniendo a Dios, tiene la Perfección- alimentará vuestro amor hacia ellos.

Yo hice de mi Carne una llaga para extraer de las vuestras el veneno de la sensualidad, del no pudor, del no respeto, de la ambición y admiración por la carne destinada a volver al polvo. No es dando culto a la carne como se lleva la carne a la belleza; antes bien, es con el desapego de ella con lo que se le da la Belleza eterna en el Cielo de Dios. Mi Cabeza fue torturada con mil torturas (golpes, sol, gritos, espinas) para hacer reparación por las culpas de vuestra mente. Soberbia, impaciencia, insoportabilidad, falta de aguante, pululan en vuestro cerebro como terreno fungífero. Yo hice de él un órgano torturado, cerrado dentro de un arca decorada con sangre, para hacer reparación por todo lo que brota de vuestro pensamiento.

Has visto la única corona que Yo he querido: una corona que sólo un loco o un torturado pueden llevar. Ninguno, que sea sano de mente (humanamente hablando) y que esté en posesión de su libertad, se impone. Pero a mí me consideraban loco, y loco, sobrenaturalmente, divinamente loco lo era, queriendo morir por vosotros -que no me amáis o que me amáis tan poco-, queriendo morir para vencer al Mal en vosotros, sabiendo que lo amáis más que a Dios. Y estuve a merced del hombre; y prisionero del hombre, condenado suyo. Yo, Dios, condenado por el hombre.

¡Cuántas impaciencias tenéis, por naderías; cuántas incompatibilidades, por bagatelas; cuántas exasperaciones, por simples malestares! Mirad a vuestro Salvador. Meditad en lo exasperante que debían ser esas punzadas continuas en nuevos sitios, esos enredos en los mechones del cabello, ese desplazamiento continuo sin posibilitar mover la cabeza, apoyarla, en ningún modo que no produjera tormento. Pensad en lo que debieron significar para mi Cabeza torturada, dolorida, febril, los gritos de la muchedumbre, los golpes en la cabeza, el sol abrasador. Reflexionad en el dolor que debía tener en mi pobre cerebro, que había ido a la agonía del Viernes convertido ya por entero en un dolor por el esfuerzo sufrido durante la noche del Jueves; en mi pobre cerebro al que le subía la fiebre de todo el Cuerpo lacerado y de las intoxicaciones provocadas por las torturas.

Y, en la Cabeza, también los ojos tuvieron su parte, y la boca, y la nariz y la lengua. Para hacer reparación por vuestras miradas tan amantes de ver lo malo y tan olvidadas de buscar a Dios; para hacer reparación por las demasiadas y demasiado embusteras y sucias y lujuriosas palabras que decís en vez de usar los labios para orar, para enseñar, para confortar. Y recibieron su tortura la nariz y la lengua para hacer reparación por vuestra avidez gustativa y por vuestra sensualidad olfativa, por las cuales cometéis imperfecciones que son terreno para más graves culpas, y cometéis pecados con la avidez de alimentos superfluos sin tener piedad de los que tienen hambre, de alimentos que os podéis permitir, muchas veces recurriendo a medios ilícitos de ganancia.

Mis entrañas no quedaron exentas de sufrimiento. Ninguna de ellas. Sofocación y tos para los pulmones, los cuales, por la bárbara flagelación recibida, estaban contusos, y edemáticos por la postura en la cruz; congoja y dolor en el corazón, que había sido desplazado y estaba enfermo, por causa de la cruel flagelación, y del dolor moral que había precedido a ésta, por el esfuerzo de la subida bajo la pesada carga del madero y por la anemia consiguiente a toda la sangre que ya había vertido. El hígado congestionado, el bazo congestionado, los riñones contusos y congestionados.

Has visto la corona de moratones que estaba alrededor mis riñones. Vuestros científicos, para dar una prueba para vuestra incredulidad respecto a esa prueba de mis padecimientos que es la Sábana Santa *(se conserva y venera en Turín: para los escritos valtortianos, es auténtica)*, explican que la sangre, el sudor cadavérico y la urea de un cuerpo ultrafatigado pudieron, mezclándose con los ungüentos, producir esa pintura natural de mi Cuerpo extinto y torturado.

Mejor sería creer sin tener necesidad de tantas pruebas para creer. Mejor sería decir: "Esto es obra de Dios" y bendecir a Dios, que os ha concedido disponer de la prueba irrefutable de mi Crucifixión y de las torturas que la precedieron.

Pero, dado que, ahora, no sabéis ya creer con la sencillez de los niños, sino que tenéis necesidad de pruebas científicas -pobre fe vuestra que sin el apoyo y el acicate de la ciencia no sabe mantenerse en pie y caminar-, sabed que las atroces contusiones de mis riñones fueron el agente químico más potente en el milagro de la Sábana Santa. Mis riñones, casi rotos por los azotes, ya no pudieron trabajar. Como los de los que han ardido en una llamarada, no fueron capaces de filtrar, y la urea se acumuló y se esparció en mi sangre, en cuerpo, produciendo los sufrimientos de la intoxicación urémica y el reactivo que, rezumando de mi cadáver, fijó la imagen en la tela. Pero los que de entre vosotros son médicos, o los que de entre vosotros están enfermos de uremia, pueden comprender qué sufrimientos debieron producirme las toxinas urémicas, tan abundantes como para ser capaces de producir una huella indeleble.

La sed. ¡Qué tortura, la sed! Y, a pesar de todo, ya has visto que no hubo ni siquiera uno, de entre tantos, que supiera en aquellas horas darme una gota de agua. Desde después de la Cena, no tuve ninguna confortación. Y la fiebre, el sol, el calor, el polvo, el desangramiento, producían mucha sed a vuestro Salvador.

Has visto que rechacé el vino mirrado. No quería atenuaciones de mi sufrimiento. Cuando nos hemos ofrecido como víctimas, tenemos que serlo sin transacciones piadosas, sin arreglos, sin atenuaciones. Es necesario beber el cáliz como se nos da. Saborear el vinagre y la hie1, hasta la hez. No el vino con añadido de drogas que produce una mitigación del dolor.

¡Oh, muy severo es el sino victimal! ¡Pero, bienaventurado el que lo elige como suyo!

Esto respecto al sufrimiento de tu Jesús en su Cuerpo inocente. Y no te hablo de las torturas de mi sentimiento hacia mi Madre y hacia su dolor. Se requería ese dolor. Pero para mí fue la congoja más cruel. ¡Sólo el Padre sabe lo que sufrió su Verbo en el espíritu, en lo moral y en lo físico! Y la presencia de mi Madre, aunque fue la cosa más deseada por mi corazón, que tenía necesidad de esa confortación en la soledad infinita que lo rodeaba, infinita, soledad procedente de Dios y de los hombres, fue tortura.

Ella debía estar allí, ángel de carne, para impedir el asalto de la desesperación, de la misma forma que el ángel espiritual la había impedido en el Getsemaní; debía estar allí para unir mi Dolor con el suyo para vuestra Redención; debía estar allí para recibir la investidura de Madre del género humano. Pero verla morir a cada uno de mis estremecimientos fue mi mayor dolor. Ni siquiera la traición, ni siquiera el saber que mi Sacrificio sería inútil para muchos – esos dos dolores que pocas horas antes me habían parecido tan grandes que me habían hecho sudar sangre-, eran comparables a éste.

Pero tú has visto lo grande que fue María en aquella hora. La congoja no le impidió ser mucho más fuerte que Judit. Ésta mató *(Judit 13).* María se dejó matar a través de su Hijo. Y ni imprecó ni odió. Oró, amó, obedeció. Siempre Madre, hasta el punto de pensar, en medio esas torturas, que su Jesús tenía necesidad de su velo virginal para cubrir sus carnes inocentes, para defensa de su pudor, supo al mismo tiempo ser Hija del Padre de los Cielos y obedecer a la tremenda voluntad del Padre en aquella hora. No imprecó, no se rebeló; ni contra Dios ni contra los hombres: a éstos los perdonó; a Aquél le dijo “Fiat”. También después la has oído: "¡Padre, te amo, y Tú nos has amado!". Recuerda y proclama que Dios la ha amado y le renueva su acto de amor. ¡En aquella hora! Después de que el Padre la había traspasado y privado de su razón de ser. Lo ama. No dice: "Ya no te amo por haber descargado tu mano sobre mí". Lo ama. Y no se aflige por el *propio* dolor, sino por el que sufre su Hijo. No grita por el propio corazón quebrantado, sino por mi corazón traspasado. De esto pide razón al Padre, no del propio dolor. Pide razón al Padre en nombre del Hijo *de ambos.*

Ella es auténticamente la Esposa de Dios. Ella es auténticamente la que concibió por unión con Dios. Sabe que a su Hijo no lo engendró un contacto humano, sino que fue solamente Fuego que descendió del Cielo para entrar en su seno inmaculado y depositar en él el Germen divino, la Carne del Hombre-Dios, del Dios-Hombre, del Redentor del mundo. Ella lo sabe, y como Esposa y Madre pide razón de esa herida. Las otras *debían* producirse. Pero ésta, cuando todo estaba cumplido, ¿por qué?

¡Pobre Mamá! Hubo un porqué que tu dolor no te *ha permitido leer en* mi herida. Y ese porqué fue el que los hombres vieran el Corazón de Dios. Tú lo has visto, María. Y no lo olvidarás nunca.

Pero ya ves que María, a pesar de no ver en ese momento las razones sobrenaturales de esa herida, enseguida piensa que no me ha hecho daño, y por ella bendice a Dios. No se preocupa del mucho daño que esa herida le haya hecho a Ella; no me ha hecho daño a mí, y eso le basta y le sirve para bendecir a Dios, a ese Dios que la inmola. Lo único que pide es un poco de confortación para no morir. Es necesaria para la naciente Iglesia de la que ha sido creada Madre pocas horas antes. La Iglesia, como un recién nacido, necesita cuidado y leche maternos. María dará esto a la Iglesia sosteniendo a los apóstoles, hablándoles del Salvador, orando por la Iglesia. ¿Pero cómo podría hacerlo si expirara esa noche? La Iglesia, a la que le quedan pocos días para estar ya sin quien es su Cabeza, se quedaría huérfana del todo si además expirara la Madre. Y la suerte de los recién nacidos huérfanos es siempre precaria.

Dios nunca defrauda una justa oración y conforta a los hijos suyos que en Él esperan. María lo experimenta en el consuelo de la Verónica. Ella, la pobre Mamá, había imprimido en sus ojos la efigie de mi Rostro apagado. No podía resistir verlo. No es su Jesús ese Jesús envejecido, hinchado, con esos ojos cerrados que ya no la miran, con esa boca torcida que ni le habla ni le sonríe. El de la Verónica es un rostro de Jesús vivo; doliente, herido, pero todavía vivo. Su mirada la mira, su boca parece decirle: "¡Mamá!". Su sonrisa la saluda todavía.

¡Oh, María! Busca a Jesús en tu dolor. Él vendrá siempre y te mirará, te llamará, te sonreirá. Compartiremos el dolor, ¡pero estaremos unidos!

Juan, oh pequeño Juan, compartió con María y Jesús el dolor. Sé siempre como Juan. También en esto. Ya te lo he dicho: "No serás grande por las contemplaciones y los dictados -esto es mío-, sino por tu amor; y el amor más alto está en compartir el dolor". Esto proporciona la manera de intuir hasta los más pequeños deseos de Dios y hacerlos realidad a pesar de todos los obstáculos.

Mira con qué viva y delicada sensibilidad Juan actúa desde la noche del Jueves hasta la del Viernes. Y pasada esa noche. Pero, observémoslo en aquellas horas.

Un momento de desconcierto. Una hora de pesantez. Pero, una vez superado el sueño con la agitación de la captura, y esa agitación con el amor, viene, trayéndose tras sí a Pedro, para que el Maestro sienta confortación al ver a la Cabeza de los apóstoles y al Predilecto de entre los Apóstoles.

Y luego piensa en la Madre, a quien algún cruel puede gritar que su Hijo ha sido capturado. Y va donde Ella. No sabe que María ya vive la congoja del Hijo y que, mientras los apóstoles dormían, Ella velaba y oraba, agonizando con su Hijo. Él no lo sabe. Y va donde Ella y la prepara para la noticia.

Y luego hace de enlace entre la casa de Caifás y el Pretorio, entre la casa de Caifás y el palacio de Herodes, y otra vez va de la casa de Caifás al Pretorio. Hacer eso esa mañana, cruzando por entre la muchedumbre ebria de odio, con un atuendo que lo delata como galileo, no es una cosa cómoda. Pero el amor lo sostiene, y Juan no piensa en sí mismo, sino en los dolores de

Jesús y de la Madre. Podría ser apedreado por ser seguidor del Nazareno. No importa. Desafía todo. Los otros han huido, están escondidos: la prudencia y el miedo los guían. A él lo guía el amor, y se queda y se muestra. Es un hombre puro. El *amor prospera en la pureza.*

Y si su piedad y su buen sentido de lugareño lo inducen a mantener a María alejada de la multitud y del Pretorio -no sabe que María participa de todas las torturas de su Hijo padeciéndolas espiritualmente-, cuando juzga que ha llegado la hora en que Jesús necesita a su Madre y que no es lícito tener más tiempo a la Madre separada del Hijo, la lleva a Él, la sostiene, la defiende.

¿Qué es ese puñado de personas fieles (un hombre solo, indefenso, joven, sin autoridad, a la cabeza de unas pocas mujeres) contra toda una muchedumbre embrutecida? Nada. Un montoncito de hojas que el viento puede desparramar. Una barquichuela en un océano borrascoso que puede sumergirla. No importa. *El amor es su fuerza y su vela.* Éste es su arma, y con éste protege a la Mujer y a las mujeres hasta el final.

Juan poseyó el amor de compasión como nadie más en el mundo, excepción hecha de mi Madre. Juan es el príncipe de los que aman con este amor. Es tu maestro en esto. Sigue el ejemplo que te da de pureza y caridad, y serás grande.

Y, dado que preveo las observaciones de los demasiados Tomases (incrédulos) y de los demasiados escribas de ahora sobre una frase de este dictado, que parece contrastar con el sorbo de agua ofrecido por Longinos... -¡oh, cómo gozarían los negadores de lo sobrenatura1, los racionalistas de la perfección al revés, si pudieran encontrar una fisura en el magnífico complejo de esta obra de bondad divina y sacrificio tuyo, pequeño Juan, para poder, haciendo palanca en esa fisura con el pico de su mortífero racionalismo, provocar el derrumbamiento de todo!- previniendo a éstos, digo y explico.

Aquel pobre sorbo de agua -una gota en el incendio de la fiebre y en la sequedad de las venas vaciadas- tomado por amor a un alma a la que había que persuadir de amor para llevarla a la Verdad, tomado con suma fatiga en medio del jadeo agudo que me estrangulaba la respiración y obstaculizaba la deglución -tan quebrantado estaba por los atroces azotes- no proporcionó más alivio que el sobrenatural. Desde el punto de vista de la carne no fue nada, por no decir un tormento... Ríos habrían sido necesarios para mi sed de entonces... Y no podía beber por el jadeo del dolor precordial. Y tú sabes lo que es este dolor... Ríos habrían sido necesarios después... y no me fueron dados. Y tampoco hubiera podido aceptarlos por el sofoco cada vez más fuerte. ¡Pero cuánto alivio habrían procurado a mi Corazón si me hubieran sido ofrecidos! Era de amor de lo que moría. De amor no dado. La piedad es amor. Y en Israel no hubo piedad.

Cuando contempláis, vosotros los buenos, o analizáis, vosotros los escépticos, aquel "sorbo", dadle su justo nombre: "piedad", no bebida. Puede, por tanto, decirse, sin incurrir por ello en falsedad, que "desde la Cena no recibí alivio". De toda la masa que me circundaba, no hubo ni uno que me procurase alivio, considerando que el vino drogado no quise sorberlo. Recibí vinagre y burlas. Recibí traiciones y golpes. Eso es lo que recibí. Nada más.

## 614

## El día del Sábado Santo.

El alba, fatigosamente, avanza débil. La aurora tarda -cosa extraña- aunque no haya nubes en el cielo. Parece como si los astros hubieran perdido todo elemento de vigor. Y, al igual que la nocturna Luna era pálida, el Sol que aparece también es pálido. Opacos... ¿Será que también ellos han llorado, y por eso tienen este aspecto empañado como lo tienen los ojos de los buenos, que han llorado y lloran por la muerte del Señor?

En cuanto Juan comprende que han abierto las puertas, sale, sordo a las súplicas maternas. Las mujeres se atrincheran en casa, ahora más atemorizadas porque también el apóstol se ha marchado.

María, que sigue en su habitación, desmayadas las manos sobre su regazo, mira fijamente hacia fuera a través de la ventana que da a un jardín no excesivamente grande, pero sí bastante amplio, y todo lleno de rosas florecidas que orillan las altas tapias y los caprichosos cuadrados de jardín. En las matas de los lirios, por el contrario, no hay todavía tallos de futuras flores: están tupidas, hermosas, pero sólo con hojas. Mira, mira, y yo creo que no ve nada, sino lo que hay en su pobre cerebro cansado: la agonía de su Hijo.

Las mujeres van y vienen. Se acercan a Ella, la acarician, le ruegan que tome algo que la reconforte... y cada una de estas veces, al venir ellas, viene una oleada de un perfume denso, compuesto, un perfume que aturde.

María se estremece cada vez, pero nada más. No dice nada. No hace nada. Nada. Está exhausta. Espera. Sólo espera. Es la Mujer que espera.

Un golpe en la puerta... Las mujeres corren a abrir. María se vuelve en su asiento, pero no se levanta. Mira fijamente a la puerta entreabierta.

Entra la Magdalena.

-Está Manahén... Quisiera ser útil para algo...

-Manahén... Dile que entre. Siempre ha sido bueno. No creía que fuera él...

-¿Quién pensabas que fuera, Madre?...

-Después... después. Que entre.

Entra Manahén. No viene pomposo como de costumbre. Trae una túnica normalísima, de un marrón casi negro, y el manto es casi igual. Ninguna joya. Tampoco la espada. Nada. Parece un hombre de condición económica buena, pero del pueblo. Se inclina para saludar. Primero cruza las manos en el pecho, luego se arrodilla como ante un altar.

-Levántate. Y perdona si no respondo a la reverencia. No puedo...

-No debes. Yo no lo permitiría. Sabes quién soy. Por eso te ruego que cuentes conmigo como tu siervo. ¿Me necesitas? Veo que no tienes a tu lado ningún hombre. Sé por Nicodemo que todos han huido. No había ninguna solución, es verdad, pero al menos darle el consuelo de vernos. Yo... yo lo saludé en el Sixto. Y luego ya no pude, porque... Bueno, es inútil decirlo. Esto también ha sido deseo de Satanás. Ahora estoy libre y vengo a ponerme a tu servicio. Ordena, Mujer.

-Quisiera saber y hacer saber a Lázaro... Sus hermanas están preocupadas, y también mi cuñada y la otra María. Quisiéramos saber si Lázaro, Santiago, Judas y el otro Santiago están en salvo.

-¿Judas? ¡Judas Iscariote! ¡Pero si lo ha traicionado!

-Judas el hijo del hermano de mi esposo.

-¡Ah! Voy - y se levanta.

Pero, al hacerlo, hace un gesto de dolor.

-¿Estás herido?

-¡Mmm!... Sí. No es nada. Un brazo que me duele un poco.

-¿Por causa nuestra? ¿Por esto no estabas arriba?

-Sí, era por esto. Y sólo eso me duele; no la herida. El resto de fariseísmo, de hebraísmo, de satanismo que había en mí -porque en satanismo se ha transformado el culto de Israel- ha salido por entero con esa sangre. Soy como un recién nacido que después de cortado el sagrado ombligo deja de tener contacto con la sangre materna, y las pocas gotas que todavía quedan en el cordón cortado no entran él, pues están estranguladas por el lazo de lino. Caen... ya inútiles. El recién nacido vive con su corazón y su sangre. Lo mismo yo. Hasta ahora no estaba todavía formado del todo. Ahora he llegado al final, y vengo, y *he sido dado* a Luz. Ayer nací. Mi madre es Jesús de Nazaret. Y me dio a Luz cuando dio el último grito. Lo sé... porque he huido a casa de Nicodemo esta noche. Lo único que quisiera es verlo. Cuando vayáis al Sepulcro, decídmelo. Iré yo también... ¡Ignoro su Rostro de Redentor!

-Te está mirando, Manahén. Vuélvete.

El hombre, que había entrado con la cabeza inclinada profundamente y que luego había tenido ojos sólo para María, se vuelve casi asustado y ve el Sudario. Se arroja al suelo, rostro en tierra, adorando... Y llora.

Luego se pone en pie. Se inclina ante María y dice:

-Me marcho.

-Es sábado. Ya lo sabes. Ya nos acusan de violar la Ley por instigación suya.

-Estamos empatados, porque ellos violan la ley del Amor. La primera y más grande. Él lo decía. Que el Señor te consuele. Sale.

Pasan las horas. ¡Qué lentas son para el que espera!...

María se levanta y, apoyándose en los muebles, va a la puerta. Trata de atravesar el vasto vestíbulo de entrada, pero cuando ya no tiene dónde apoyarse vacila como si estuviera ebria.

Marta, que ha presenciado la escena desde el patio que hay pasada la puerta, acude.

-¿A dónde quieres ir?

-Ahí dentro. Me lo habéis prometido.

-Espera a Juan.

-Basta de esperar. Como veis, estoy serena. Id y que abran, dado que habéis dicho que cierren por dentro. Yo espero aquí.

Susana -han venido todas- se marcha a llamar al dueño, para que venga con las llaves. Mientras tanto, María se apoya en la puertecita, como si quisiera abrirla con la fuerza de su deseo.

Ya viene el hombre. Amedrentado, abatido, abre y se retira. María, del brazo de Marta y de María de A1feo, entra en el Cenáculo. Todo está todavía como al final de la Cena. La cadena de los acontecimientos y la orden dada por Jesús han impedido que alguien cambiara las cosas. Lo único es que se han colocado en su sitio los asientos. Y María, a pesar de no haber estado en el Cenáculo, va directamente al sitio donde había estado sentado su Jesús. Parece como si una mano la guiara. Y va tan rígida -grande es el esfuerzo que hace por ir-, que parece casi sonámbula... Va. Da la vuelta en torno al asiento-lecho, se mete entre éste y la mesa... permanece erguida un momento. Luego cae derrengada sobre la mesa, rompiendo a llorar de nuevo. Luego se calma. Se arrodilla y ora con la cabeza apoyada en el borde de la mesa. Acaricia el mantel, el asiento, los objetos de la vajilla, el borde de la bandeja grande en que estaba cordero, el cuchillo grande usado para trinchar, el ánfora puesta delante de ese sitio. No sabe que está tocando lo que también ha tocado Judas Iscariote. Luego permanece como aturdida, con la cabeza apoyada en los brazos cruzados sobre la mesa.

Callan todas. Hasta que la cuñada dice:

-Ven, María. Tenemos miedo de los judíos. ¿No quisieras que entraran aquí, no?

-No, no. Es un lugar santo. Vamos. Ayudadme... Habéis hecho bien en decírmelo. Quisiera también una arca, bonita, grande, cerrada, para meter dentro todos mis tesoros.

-Mañana dispongo que te la traigan del palacio. Es la más bonita de la casa; fuerte y segura. Te la doy con alegría -promete la Magdalena.

Salen. María está verdaderamente derrengada. Se tambalea al subir los pocos escalones. Y, si su dolor es menos dramático, es porque ya no tiene fuerza para serlo; pero, en su moderación, es un dolor aún más trágico.

Vuelven a entrar en la habitación de antes. Y, antes de regresar a su sitio, María acaricia, como si de un rostro de carne se tratara, el santo Rostro del Sudario.

Otra llamada al portal. Las mujeres se apresuran a salir y a tornar la puerta.

Con su voz cansada, María dice:

-Si fueran los discípulos, y especialmente Simón Pedro y Judas, que vengan enseguida.

Pero es el pastor Isaac. Entra llorando, después de algún minuto, y se postra delante del Sudario; luego delante de la Madre, y no sabe qué decir. Es Ella la que dice: -Gracias. Te ha visto y te he visto. Yo lo sé. Os miró mientras pudo.

Isaac llora todavía más fuerte. Sólo cuando termina su llanto, puede hablar.

-No queríamos marcharnos. Pero Jonatán nos rogó que lo hiciéramos. Los judíos amenazaban a las mujeres... Luego ya no pudimos volver. Todo... todo había terminado... ¿A dónde íbamos a ir? Nos hemos diseminado por los campos y, ya completamente de noche, nos hemos reunido a mitad de camino entre Jerusalén y Belén. Nos parecía como si alejáramos su Muerte yendo hacia su Gruta… Pero luego hemos sentido que no era justo ir allá... Era egoísmo. Así que hemos vuelto hacia la Ciudad... Y, sin saber cómo, nos hemos encontrado en Betania...

-¡Mis hijos!

-¡Lázaro!

-¡Santiago!

-Están todos allá. En los campos de Lázaro, al amanecer, había personas diseminadas, errantes, que lloraban... ¡Sus inútiles amigos y discípulos!... Yo... he ido donde Lázaro. Creía que sería el primero... Sin embargo, allí estaban ya tus dos hijos, mujer, y el tuyo, junto con Andrés, Bartolomé, Mateo. Simón Zelote los había convencido de que fueran allí. Y Maximino, que había salido por los campos desde los primeros albores de la mañana, había encontrado a otros. Lázaro los ha socorrido a todos. Dice que el Maestro se lo había ordenado. Y lo mismo dice el Zelote.

-Pero Simón y José, los otros hijos míos, ¿dónde están?

-No lo sé, mujer. Habíamos estado juntos hasta el terremoto. Luego... no sé ya nada más con exactitud. Entre las tinieblas y los rayos, los muertos resucitados y el temblor del suelo y el torbellino de viento perdí la razón. Me encontré en el Templo. Y todavía me pregunto cómo es que estaba allí dentro, traspasado el límite sagrado. Fíjate: entre mí y el altar de los perfumes había sólo un codo. ¡Fíjate! ¡Yo donde ponen pie sólo los sacerdotes de turno!... ¡Y... y he visto el Santo de los Santos!... Sí... Porque el Velo del Santo está desgarrado de arriba abajo, como si lo hubiera desgarrado la voluntad de un gigante... Si me hubieran visto allí dentro, me hubieran lapidado. Pero ya ninguno veía. Me he encontrado sólo espectros de muertos y espectros de vivos. Porque a la luz de los rayos, con la claridad de los incendios, encendido el terror en los rostros, parecían espectros...

-¡Oh, mi Simón! ¡Mi José!

-¿Y Simón Pedro? ¿Y Judas de Keriot? ¿Y Tomás y Felipe?

-No lo sé, Madre... Lázaro me envió a ver, porque le habían dicho que os habían matado.

-Entonces ve inmediatamente a tranquilizarlo. Ya he mandado a Manahén. Pero ve tú también y di… di que sólo a Él lo han matado y a mí con Él. Y si ves a otros discípulos llévalos contigo allá. Pero a Judas Iscariote y a Simón Pedro los quiero yo personalmente.

-Madre... perdónanos si no hemos hecho más.

-Todo lo perdono... Ve.

Isaac sale. Y Marta y María, Salomé y María de Alfeo, lo sofocan con multitud de súplicas, recomendaciones, indicaciones. Susana llora quedo, porque nadie le habla de su marido. Es entonces cuando Salomé se acuerda del suyo, y también llora.

Silencio de nuevo, hasta nuevos golpes en el portal.

Estando la ciudad ya tranquila, las mujeres sienten menos temor. Pero, cuando tras la puerta entreabierta ven aparecer el rostro sin barba de Longinos, huyen todas como si hubieran visto a un muerto envuelto en su lienzo fúnebre o al Demonio en persona. El dueño de la casa, que, por curiosidad, vaga por el vestíbulo, es el primero en huir.

Viene la Magdalena (estaba con María). Longinos, con una involuntaria sonrisita burlona en los labios, ha entrado, y ha cerrado el pesado portón. No viene de uniforme, sino que viste un indumento gris y corto debajo de un manto también oscuro.

María Magdalena lo mira y él la mira a ella. Luego, siguiendo junto a la puerta, solicita:

-¿Puedo entrar sin contaminar a nadie? ¿Sin aterrorizar a nadie? He visto esta mañana, al amanecer, al ciudadano José, y me ha expresado el deseo de la Madre. Pido disculpas si no lo he pensado por mí mismo. Aquí está la lanza. La había reservado como recuerdo de un... del Santo de los Santos. ¡Oh, este sí que lo es! Pero es justo que la tenga la Madre. Respecto a las vestiduras... es más difícil. No se lo digáis... pero quizás ya han sido vendidas por pocos denarios... Es un derecho de los soldados. De todas formas, trataré de encontrarlas...

-Ven. Está allí.

-¡Pero yo soy pagano!

-No importa. Voy a decírselo. Si lo deseas.

-¡Oh, no... no pensaba merecerlo!

-María Magdalena va donde la Virgen.

- Madre, Longinos está ahí fuera... Te ofrece la lanza.

-Que pase.

El dueño de la casa, que está en la puerta, refunfuña:

-Pero es un pagano.

-Soy Madre de todos, hombre. Como Él es el Redentor de todos.

Longinos entra y, en el umbral, saluda a la romana con el gesto, con el brazo (se ha quitado el manto) y luego con la voz:

-¡Ave, Dómina! Un romano te saluda: Madre del género humano. La *verdadera* Madre. No hubiera querido estar yo en... en... en esa cosa. Pero era una orden. De todas formas, si sirvo para darte lo que tú deseas, perdono al destino el haberme elegido para esa cosa horrenda. Aquí tienes - y le da la lanza envuelta en un paño rojo; sólo el hierro, no el asta.

María la toma. Se pone aún más pálida. Tanta es la palidez, que hasta los labios quedan borrados. Parece como si la lanza la desangrara. Y tiembla, hasta con los labios, mientras dice:

-Que Él te guíe por tu bondad.

-Era el único Justo que he encontrado en el vasto imperio de Roma. Me arrepiento de no haberlo conocido sino a través de las palabras de mis compañeros. ¡Ahora... es tarde!

-No, hijo. É1 ha terminado de evangelizar, pero su Evangelio permanece, en su Iglesia.

-¿Dónde está su Iglesia?

Longinos se muestra levemente irónico.

-Aquí está. Hoy maltratada y dispersa, pero mañana se reunirá como un árbol que endereza sus frondas después de la tormenta. Y, aunque ya no quedara nadie, yo sí que estoy. Y el Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios y mío, está enteramente escrito en mi corazón. Me basta mirar a mi corazón para podéroslo repetir.

-Vendré. Una religión que tiene como cabeza a un héroe de esta categoría no puede ser sino divina. ¡Ave, Dómina!

Y también Longinos se marcha.

María besa la lanza donde todavía está la Sangre de su Hijo... No quiere quitar esa Sangre, sino que la deja.

-Rubí de Dios en la lanza cruel - dice...

El día, entre claros en el cielo nublado y tenebrosidades de tormenta, pasa así.

Juan vuelve sólo cuando el sol cenital dice que es mediodía.

-Madre, no he encontrado a ninguno. Sólo... a Judas de Keriot.

-¿Dónde está?

-¡Oh!, ¡Madre! ¡Qué horror! Pende de un olivo, hinchado y negro como si hubiera muerto hace varias semanas. Podrido. Horrible... Es pasto de buitres, cuervos, no sé, que emiten chillidos en medio de peleas atroces... Ha sido su clamor lo que ha llamado mi atención en esa dirección. Estaba en el camino del Monte de los Olivos y, por encima de una loma, he visto círculos y círculos de pajarracos negros. He ido... ¿Por qué? No lo sé. Y he visto. ¡Qué horror!...

-¡Qué horror! Bien dices. Sobre la Bondad se ha manifestado la Justicia. Efectivamente, la Bondad está ausente, ahora... ¡Pero Pedro... Pedro!... Juan: tengo la lanza. Pero los vestidos... Longinos no ha hecho mención de ellos.

-Madre, quiero ir al Get-Sammí. Fue capturado sin manto. Quizás esté allí todavía. Luego iré a Betania.

-Ve. Ve por el manto... Los otros están donde Lázaro. Así que no vayas a casa de Lázaro. No es necesario. Ve y vuelve aquí.

Juan se marcha, corriendo, sin comer nada. Lo mismo que María, que tampoco ha comido. Las mujeres han comido de pie pan y aceitunas mientras trabajan en sus bálsamos.

Y viene Juana de Cusa con Jonatán. Es una máscara, a causa del mucho llanto. En cuanto ve a María, dice:

-¡Me salvó! Me salvó y Él ha muerto. ¡Ahora ya no quisiera estar salvada!

Es la Madre Dolorosa la que debe consolar a esta mujer, curada pero con sensibilidad enfermiza. Y la consuela y fortalece diciéndole:

-No lo habrías conocido ni amado, ni podrías servirle ahora. ¡Cuanto habrá que hacer en el futuro! Y nosotras tendremos que hacerlo, porque, ya lo ves... nosotras seguimos aquí y los hombres han huido. Es siempre la mujer la que verdaderamente genera. En el Bien. En el Mal. Nosotras generaremos la nueva Fe. De esta Fe, depositada en nosotras por el Esposo Dios, estamos llenas; y la generaremos para la Tierra, para el bien del mundo. ¡Míralo, qué hermoso! ¡Cómo sonríe y suplica este santo trabajo nuestro! Juana, sabes que te quiero. No llores más».

-¡Pero Él ha muerto! Sí, ahí asemeja todavía a un vivo, pero ahora ya no está vivo. ¿Qué es el mundo sin Él?

-Volverá. Ve. Ora. Espera. Cuanto más creas, antes resucitará. Este creer es mi fuerza... Y sólo yo, Dios y Satanás sabemos cuántos asaltos sufre esta fe mía en su Resurrección.

También Juana se marcha, grácil y encorvada como una azucena demasiado cargada de agua.

Y, cuando ella sale, María queda sumida de nuevo en el tormento

-¡A todos, a todos debo dar la fuerza! ¿Y a mí quién me la da?

Y llora mientras acaricia la Faz de la imagen, porque ahora se ha sentado junto al arca sobre la cual está extendido el Sudario.

Vienen José y Nicodemo. Y ahorran a las mujeres el salir para comprar mirra y áloe, porque los traen ellos en unos saquitos. Pero su fuerza cede ante el Rostro imprimido en el lienzo y ante el rostro deshecho de la Madre. Se sientan en un rincón, después de saludarla, y guardan silencio. Serios, fúnebres... Luego se marchan.

Y Ella no tiene tampoco fuerza para hablar: cuanto más declina la tarde -precoz por la nubosidad bochornosa- más se convierte en una pobre criatura atormentada. Las sombras de la tarde son también para Ella, como para todos los que sufren, fuente de mayor dolor. También las otras se ponen más tristes. Especialmente Salomé, María de Alfeo y Susana. Pero para ellas, en fin, llega el alivio, porque en grupo llegan Zebedeo, el esposo de Susana y Simón y José de Alfeo. Los dos primeros se quedan en el vestíbulo mientras explican que los ha visto Juan al pasar hacia el barrio de Ofel. A los otros dos los ha visto Isaac, errante por los campos, dudando si volver a la ciudad o dirigirse donde los hermanos, a quienes suponían en Betania.

Simón dice:

-¿Dónde está María? Quiero verla - y, precedido por su madre, entra y besa a su pariente acongojada.

-¿Estás solo? ¿Por qué no está contigo José? ¿Por qué os habéis dejado? ¿Todavía roces entre vosotros? No debéis. ¿Veis? ¡El motivo de vuestros roces ha muerto!

Y señala el Rostro del Sudario. Simón lo mira y llora. Dice:

-No nos hemos vuelto a dejar. Y no nos dejaremos. Sí: el motivo de los roces ha muerto. Pero no como tú crees. Ha muerto porque José, ahora, ha comprendido... José está ahí fuera... y no se atreve a entrar...

-¡Oh, no! Yo nunca infundo miedo. No soy sino piedad. Habría perdonado incluso al Traidor. Pero ya no puedo hacerlo. Se ha quitado la vida.

Y se levanta. Camina encorvada. Llama:

-¡José! ¡José!

Pero José, ahogado en el llanto, no responde.

Ella va a la puerta (como estaba para hablar con Judas), y, apoyándose en la jamba, extiende la mano y la pone encima de la cabeza del más mayor y tenaz de sus sobrinos. Lo acaricia y dice:

-¡Deja que 1a apoye en un José! Todo era paz y serenidad mientras tuve ese nombre como rey en mi casa. Luego mi santo se me murió... Y todo el bien humano de la pobre María murió también. Quedó el bien sobrenatural de mi Dios e Hijo... Ahora soy la Abandonada... Pero si puedo estar en el círculo de los brazos de un José al que quiero -y tú sabes si te quiero- me sentiré menos abandonada. Me parecerá volver atrás en el tiempo; poder decir: “Jesús está ausente, pero no ha muerto. Está en Caná, en Naím para hacer trabajos, pero ahora volverá...". Ven, José. Vamos a entrar juntos adonde Él te espera para sonreírte. Nos ha dejado su sonrisa para decirnos que no guarda rencor.

José entra, de la mano de Ella, y en cuanto la ve sentada se arrodilla delante de Ella, con la cabeza en el regazo, y solloza:

-¡Perdón! ¡Perdón!

-No a mí. A Él debes pedírselo.

-No puede dármelo. En el Calvario he tratado de atraer hacia mí su mirada. Ha mirado a *todos.* Pero a mí no... Tiene razón... Demasiado tarde lo he conocido y amado como Maestro. Ahora todo ha terminado.

-*Ahora empieza.* Irás a Nazaret y dirás: "Yo creo". Tu fe tendrá un valor infinito. Lo amarás con la perfección de los apóstoles futuros, que tendrán el mérito de amar a Jesús habiéndolo conocido sólo por el espíritu. ¿Lo harás?

-¡Sí! ¡Sí! Para hacer reparación. Pero quisiera oír de sus labios una palabra. Y no la oiré jamás...

-Al tercer día resucitará y hablará a aquellos a quienes ama. El mundo entero espera su Voz.

-¡Bendita tú, que puedes creer!...

-¡José! ¡José! Mi esposo era tío tuyo. Y creyó en algo que es más difícil de creer que esto. Supo creer que la pobre María de Nazaret fuera la Esposa y Madre de Dios. ¿Por qué tú, sobrino de este Justo, portador de su nombre, no puedes creer que un Dios puede decir a la Muerte: "¡Basta!" y a la Vida: "¡Vuelve!"?

-No merezco esta fe porque he sido malo. Fui injusto con Él. Pero tú... tú eres la Madre. Bendíceme. Perdóname... Dame paz...

-Sí... Paz... Perdón... ¡Oh! ¡Dios! Una vez dije: "¡Qué difícil es ser los “redentores". ¡Piedad, mi Dios! ¡Piedad!... Ve, José. Tu madre ha sufrido mucho en estas horas. Consuélala... Yo me quedo aquí… Con todo lo que tengo de mi Niño... Y mis lágrimas solitarias obtendrán para ti la Fe. Adiós, sobrino mío. Di a todos que deseo callar…pensar... orar... Soy... soy una pobre mujer pendiente de un hilo sobre un abismo... El hilo es mi Fe... Y vuestra *no-fe* -porque ninguno sabe creer total y santamente- choca continuamente contra este hilo mío... Y no sabéis qué esfuerzo me imponéis... No sabéis que estáis ayudando a Satanás a atormentarme. Ve...

Y María se queda sola... Se arrodilla ante el Sudario. Besa la frente, los ojos, la boca de su Hijo y dice:

-¡Así! ¡Así! Para tener fuerza... *Debo creer. Debo creer. Por todos.*

Ha anochecido. Es una noche sin estrellas, oscura, bochornosa. María se queda en la sombra con su dolor.

E1 día del Sábado ha terminado.

## 615

## La noche del Sábado Santo.

Entra cautelosa María de Alfeo y escucha. Quizás piensa que la Virgen se ha adormecido. Se acerca, se inclina. La ve de rodillas, rostro en tierra contra el Sudario. Susurra:

-¡Oh, pobrecilla, así se ha quedado!

Debe pensar que se ha dormido o que se ha desmayado así.

Pero María, saliendo de su oración, dice:

-No. Estaba orando.

-¡Pero de rodillas! ¡A oscuras! ¡Con frío! ¡La ventana abierta! ¡Fíjate, estás helada!

-Pero estoy mucho mejor, María. Mientras oraba -y sólo el Eterno sabe cuánto era mi agotamiento después de haber sostenido tantas fes vacilantes, y de haber iluminado tantas mentes que ni siquiera su muerte ha aclarado- me ha parecido sentir un perfume angélico, un frescor de Cielo, una caricia de ala... Un instante... Sólo un instante. Pero me ha parecido que, en el mar de mirra que embravecido me sumerge desde hace ya tres días, se infundiera una gota de pacificadora dulzura; me ha parecido como si la bóveda clausurada de los Cielos se entreabriera y un hilo de luminoso amor descendiera a la Abandonada; me ha parecido como si, viniendo de lejanías infinitas, un murmullo incorpóreo dijera: "Realmente ha terminado". Mi oración, hasta ese momento desolada, se ha hecho más tranquila, se ha teñido de esa luminosa paz -¡oh, solamente una leve pincelada!-, de esa luminosa paz de que estaban hechos mis contactos con Dios en la oración... ¡Mis oraciones!... María: ¿amaste mucho, tú, a tu Alfeo, cuando eras la virgen desposada?

-¡Oh, María!... Exultaba a cada amanecer, diciendo: "Ha pasado una noche. Una menos de espera". Exultaba a cada puesta de sol, diciendo: "Otro día ha terminado. Más próxima mi entrada bajo su techo". Y nada más ponerse el sol cantaba

como una alondra, pensando: "Dentro de poco viene". Y cuando lo veía venir, hermosa su cara como la de mi Judas -por eso Judas es mi predilecto-, con ojos de ciervo enamorado como es mi Santiago, ¡oh, entonces yo ya no sabía donde me encontraba! Y cuando me saludaba diciendo: "¡Dulce esposa!" y yo podía decirle: "Señor mío", entonces yo...... yo creo que si hubiera sido triturada en ese momento por un pesado carro, o alcanzada por una flecha, no habría sentido dolor. ¡Y después!... ¡Cuando fui su mujer... ah!...- María se pierde en el éxtasis de los recuerdos. Luego dice:

-Pero ¿por qué esta pregunta?

-Para explicarte lo que eran para mí las oraciones. Centuplica los sentimientos, poténcialos miles de veces, y comprenderás lo que siempre fue para mí la oración, la espera de aquella hora... Ya de por sí creo que, aun cuando no estaba orando en la paz de la gruta o de mi habitación, sino que trabajaba en las labores de la mujer, mi alma oraba sin pausa... Pero cuando podía decir: "Llega la hora de recogerme en Dios", mi corazón ardía latiendo veloz. Y cuando en Él me perdía... entonces... No... Esto no te lo puedo explicar. Cuando estés en la Luz de Dios lo comprenderás... Todo esto desde hacía tres días estaba perdido... Y era todavía más angustioso que el no tener ya Hijo... Y Satanás trabajaba en estas dos llagas sobrepuestas: la de la muerte de mi Hijo y la del abandono de Dios, creando la tercera llaga del terror de la no fe. María, te quiero y eres pariente mía. Esto se lo dirás después a tus hijos apóstoles, para que sepan resistir en el apostolado y triunfar sobre Satanás. Estoy segura de que si yo hubiera aceptado la duda, si hubiera cedido a la tentación de Satanás y hubiera dicho: "No es posible que resucite", negando a Dios -porque decir eso hubiera sido negar a Dios con su Verdad y su Poder-, tanta Redención vanamente se habría verificado. Yo, nueva Eva, habría vuelto a morder el fruto de la soberbia y de la sensualidad espiritual y habría deshecho la obra de mi Redentor. Los apóstoles continuamente serán tentados así, por el mundo, por la carne, por el poder, por Satanás. Manténganse firmes. Contra todas las torturas -y las corporales serán las más leves- para no destruir lo que Jesús ha hecho.

-Díselo tú, María, a mis hijos... ¡¿Qué crees que sabrá decir tu pobre cuñada?! ¡De todas formas! ¡Si hubieran venido! ¡Huir en la primera hora... paciencia! ¡Pero después!...

-Fíjate, Lázaro y Simón habían recibido la orden de 1levarlos a Betania. Jesús sabe todo...

-Sí... Pero... cuando los vea los voy a reprender ásperamente. Han sido unos cobardes. ¿Que lo fueran todos los demás? Pero ellos. ¡Mis hijos! No se lo perdonaré nunca...

-Perdona, perdona... Ha sido un momento de desconcierto... No creían que pudieran capturarlo... Él lo había dicho...

-Precisamente por eso no los perdono. Lo sabían. Estaban preparados. ¡Cuando una cosa se sabe y se cree en quien la dice, nada sorprende!

-María, también a vosotras os dijo: "Resucitaré". Y... si pudiera abrir vuestro pecho y vuestra cabeza, en el corazón y en el cerebro vería escrito: "no puede ser".

-Pero, al menos... Sí... Es difícil creer... Pero nosotras hemos estado en el Calvario.

-Por gracia gratuita de Dios. Si no, habríamos huido también nosotras. ¿Has oído lo que ha dicho Longinos? Ha dicho: "cosa horrible". Y es un guerrero. Nosotras, mujeres, solas con un muchacho, hemos resistido por ayuda directa de Dios. Por tanto, no te gloríes de ello. No es mérito nuestro.

-¿Y por qué no a ellos?

-Porque ellos serán los sacerdotes del mañana. *Deben, por tanto, saber*. Saber, por haberlo experimentado, cuán fácil le es al fiel de un Credo caer en la abjuración. Jesús no quiere sacerdotes como esos que lo son tan poco, que han sido sus más tenaces enemigos...

-Hablas de Jesús como si ya hubiera vuelto.

-¿Lo ves? Tú también confiesas que no crees. ¿Cómo, pues, censuras a tus hijos?

María de Alfeo no sabe qué replicar. Se queda cabizbaja. Mueve mecánicamente una serie de objetos. Encuentra una lamparita y sale, para volver después con ella encendida y ponerla en el sitio suyo usual.

María se ha sentado otra vez junto al Sudario desplegado. El Sudario que, con la luz amarilla de la lámpara de aceite, a la luz de la llamita temblorosa, adquiere una vida especial y parece mover boca y ojos.

-¿No tomas nada? - pregunta un poco pesarosa la cuñada.

-Un poco de agua. Tengo sed.

María va y vuelve... con leche.

-No insistas. No puedo. Agua sí. No me queda agua dentro... Creo que no tengo ya ni siquiera sangre. Pero...

Llaman a la puerta de la casa. María de Alfeo sale. Se oye cuchichear en el vestíbulo. Luego Juan asoma la cabeza.

-Juan. ¿Has vuelto? ¿Todavía nada?

-Sí. Simón Pedro... y el manto de Jesús... juntos... En el Get-Sammí. El manto...

Juan se arrodilla y dice:

-Aquí está... pero está todo desgarrado y ensangrentado. Las huellas de las manos son de Jesús. Sólo Él las tenía así de largas y delgadas. Pero los desgarros son de dientes. Se ve claramente que esto es una boca de hombre. Pienso que habrá sido... que habrá sido Judas Iscariote, porque junto al lugar donde Simón Pedro encontró el manto había un trozo de la túnica amarilla de Judas. Ha vuelto allí... después... antes de quitarse la vida. Mira, Madre.

María no ha hecho otra cosa sino acariciar y besar el grueso manto rojo de su Hijo. Pero instada por Juan lo abre, y ve las huellas sangrientas, oscuras sobre el rojo de la Sangre, y los desgarros de los dientes. Tiembla y susurra:

-¡Cuánta sangre! - Parece no ver más que la Sangre.

-Madre... la tierra está roja de sangre. Simón, que ha ido allí sin demora en las primeras horas de la mañana, dice que el verde tenía todavía en las hojas sangre fresca... Jesús... No sé... No me parecía que estuviera herido... ¿De dónde tanta sangre?

-De su Cuerpo. En la angustia... ¡Oh! Jesús Víctima total. ¡Oh! ¡Mi Jesús!

María llora tan angustiosamente, con un lamento exhausto, que las mujeres se asoman a la puerta y miran y luego se retiran.

-Esto, esto mientras todos te abandonaban... ¿Qué hacíais vosotros mientras Él sufría su primera agonía?
-Dormíamos, Madre...
Juan llora.
-¿Allí estaba Simón? Cuenta.
-Yo había ido para buscar el manto. Había pensado pedírselo a Jonás y a Marcos... Pero habían huido. La casa estaba cerrada y todo abandonado. Entonces bajé a las murallas, para recorrer todo el camino del jueves... Estaba tan cansado aquella noche, y apenado, que no podía recordar, ahora, dónde se había quitado Jesús el manto. Me parecía que lo llevaba y que, en un determinado momento, ya no lo llevaba... En el lugar de la captura, nada... Donde habíamos estado nosotros tres, nada... Fui por el sendero que tomó el Maestro… Y cuando vi a Simón Pedro allí, todo acurrucado y apoyado en una roca, pensé que hubiera muerto también él. Grité. Levantó la cabeza…
y, de tan cambiado como lo vi, pensé que se había vuelto loco. Lanzó un grito y trató de huir. Pero se tambaleaba, cegado por el llanto que había vivido. Yo lo agarré. Me dijo: "Déjame. Soy un demonio. He renegado de Él, como Él decía... y el gallo ha cantado y Él me ha mirado. He huido... he corrido arriba y abajo por los campos. Luego me he visto aquí. Y ¿ves? Aquí Yeohveh ha hecho que encontrara su Sangre acusadora. Todo sangre. ¡Todo sangre! En la roca, en la tierra, en la hierba. Yo he hecho que esta Sangre fuera derramada. Como tú, como todos. Pero yo he renegado de esa Sangre". Me parecía que deliraba. Traté de calmarlo y de sacarlo de allí. Pero no quería. Decía: "Aquí. Aquí. A hacer guardia a esta Sangre y a su manto. Y con las lágrimas quiero lavarlo. Cuando ya no haya sangre en la tela, quizás entonces vuelva con los vivos dándome golpes de pecho y diciendo: "¡He renegado del Señor!". Le dije que querías verlo. Que me había mandado a buscarlo. Pero no quería creerlo. Entonces le dije que habías querido ver también a Judas, para perdonarlo, y que sufrías por no poder ya hacerlo por su suicidio. Entonces lloró más sosegadamente. Quiso saber. Todo. Y me contó que la hierba tenía todavía Sangre fresca y que el manto había sido maltratado por Judas, de cuya túnica había encontrado un trozo. Lo dejé hablar y hablar. Luego dije: "Ven a ver a la Madre". ¡Oh, cuánto tuve que suplicar para convencerlo! Y cuando me parecía haber logrado convencerlo y me levantaba para venir, él ya no quería. Ha habido que esperar hasta el anochecer para que viniera. Pero cruzada la puerta, otra vez se escondió, en un huerto desierto y dijo: "No quiero que la gente me vea. Llevo escrito en la frente la palabra: *Renegador de Dios*. Ahora, ya en plena oscuridad, he logrado arrastrarlo hasta aquí.
-¿Dónde está?
-Detrás de esa puerta.
-Dile que entre.
-Madre...
-Juan...
-No le reprendas. Está arrepentido.
-¿Tan poco me conoces todavía? Dile que entre.
Juan sale. Vuelve. Solo. Dice:
-No se atreve. Mira a ver si llamándolo tú...
Y María, dulcemente:
-Simón de Jonás, ven.
Nada.
-Simón Pedro, ven.
Nada.
-Pedro de Jesús y de María, ven.
Un áspero estallido de llanto. Pero no entra. María se alza. Deja el manto encima de la mesa y va a la puerta.
Pedro está acurrucado afuera. Como un perro sin amo. Llora con tanta fuerza, y todo encogido, que no oye el ruido de la puerta que se abre chirriando, ni el roce de las sandalias de María. Se da cuenta de que Ella está allí cuando María se inclina hasta tomarle una mano con que está apretando sus ojos y le obliga a levantarse. Entra en la habitación tirando de él, como si de un niño se tratara. Cierra la puerta con el agarrador y el cerrojo, y, encorvada por el dolor como él por la vergüenza, vuelve a su sitio.
Pedro va a sus pies, de rodillas, y llora sin freno. María acaricia sus cabellos entrecanos y sudados por el dolor. Nada más que esta caricia, hasta que él está más calmado. Luego, cuando por fin Pedro dice: «No puedes perdonarme; por tanto, no me acaricies. Porque yo lo he negado», María dice:
-Pedro, tú lo has negado. Es verdad. Has tenido la valentía de negarlo en público, la valentía cobarde de hacerlo. Los otros... Todos, menos los pastores, Manahén, Nicodemo, José y Juan, han tenido sólo cobardía. Lo han negado todos: hombres y mujeres de Israel, menos unas pocas mujeres... No nombro a los sobrinos ni a Alfeo de Sara. Eran parientes y amigos. ¡Pero los otros!... Y ni siquiera han tenido la valentía satánica de mentir para salvarse, ni la valentía espiritual de arrepentirse y llorar, ni la valentía, aún más alta, de reconocer públicamente el error. Eres un pobre hombre. Es más: lo eras. Mientras te jactabas de ti. Ahora eres un hombre. Mañana serás un santo. Pero aunque no fueras como eres, yo te habría perdonado igualmente. Habría perdonado a Judas, con tal de salvar su espíritu. *Porque el valor de un espíritu, de uno solo, justifica todo esfuerzo por superar repugnancias y resentimientos, hasta quedar destrozados por ese esfuerzo.* Recuerda esto, Pedro. Te lo repito: El valor *de un alma es tal, que aun a costa de morir por el esfuerzo de sufrirla a nuestro lado, hay que tenerla así, entre los brazos, como yo tengo tu cabeza canosa, si se comprende que teniéndola así se la puede salvar.* Así. Como una madre que, después del castigo paterno, pone en su corazón la cabeza del hijo culpable, y, con las palabras de su corazón deshecho de dolor, que palpita, que palpita de amor y dolor, más con esas palabras que con los golpes del padre, hace cambiar y obtiene. Pedro de mi Hijo, pobre Pedro que has estado, como todos, en las manos de Satanás en esta hora de tinieblas, y no te has dado cuenta de ello, y crees que todo lo has hecho tú solo, ven, ven aquí, al corazón de la Madre de los hijos de mi Hijo. Aquí Satanás no puede ya causarte

daño. Aquí se calman las tormentas y -a la espera del Sol, de mi Jesús que resucitará para decirte: "Paz, Pedro mío"- se alza estrella de la mañana, pura, hermosa, y que hace puro y hermoso todo aquello que por ella es besado, como sucede con las claras aguas de nuestro mar en las frescas mañanas de primavera. Por esto te anhelado tanto. Al pie de la Cruz yo padecía martirio por Él y por vosotros, y -¿cómo no lo oíste?-, y llamaba a vuestros espíritus con tanta fuerza, que creo que vinieron realmente a mí. Y, dentro de corazón -es más: puestos en mi corazón como los panes de la proposición- los he tenido bajo el lavacro de su Sangre y llanto. Podía hacerlo, porque Él, en Juan, me ha hecho Madre de toda su prole… ¡Cuánto te he anhelado!... Esa mañana, esa tarde, esa noche y el nuevo día... ¿Por qué has hecho esperar tanto a una madre, pobre Pedro herido y pisoteado por el Demonio? ¿No sabes que es misión de las madres enderezar, curar, perdonar, guiar? Yo te conduzco a Él. ¿Querrías verlo? ¿Querrías ver su sonrisa para convencerte de que te ama todavía? ¿Sí? ¡Oh, entonces sepárate de mi pobre pecho de mujer y apoya la frente en su frente coronada, tu boca en su boca herida, y besa a tu Señor!

-Está muerto... No podré volver a hacerlo.

-Pedro. Respóndeme. ¿Cuál crees que es el último milagro de tu Señor?

-El de la Eucaristía. No, no, el del soldado que curó allí... ¡Oh, no me hagas recordar!...

-Una mujer, fiel, amorosa, fuerte, se llegó a Él en el Calvario y le secó la Cara. Y Él, para decir cuánto puede el amor, fijó su Rostro en la tela. Aquí lo tienes, Pedro. Esto obtuvo una mujer, en momentos de tinieblas infernales y de enojo divino. Sólo porque amó. Recuerda esto Pedro. Para las horas en que te parezca que el Demonio es más fuerte que Dios. Dios se hallaba prisionero de los hombres, ya avasallado, condenado, flagelado, ya agonizando... Y, *a pesar de todo- dado que Dios, incluso en medio de las más duras persecuciones, siempre es Dios, y, si se puede abatir a la Idea, intocable es Dios que la suscita-, Dios, a los que niegan, a los que no creen, a los hombres de los necios "¿por qué?'; de los culpables "no puede ser"; de los sacrílegos "lo que yo no comprendo no es verdad",* responde, sin palabras con esta tela. Míralo. Un día -me lo dijiste tú- dijiste a Andrés: "¿El Mesías manifestarse a ti? ¡No puede ser cierto!", y luego tu razón humana se debió doblegar a la fuerza del espíritu que veía al Mesías donde la razón no lo veía. Otra vez, en el mar embravecido, preguntaste: "¿Voy, Maestro?", y luego, a mitad de camino, sobre el agua agitada, dudaste y dijiste: "El agua no puede sostenerme", y con el lastre de la duda te faltó poco para ahogarte. Sólo cuando contra la razón humana prevaleció el espíritu que supo creer, pudiste hallar la ayuda de Dios. Otra vez dijiste: "¿Si Lázaro ha muerto ya hace cuatro días, a qué hemos venido? Para morir inútilmente". Y es que no podías, con tu razón humana, admitir otra solución. Y tu razón quedó desmentida por el espíritu, que, indicándote con el resucitado la gloria del Resucitador, te mostró que no habías ido allí en vano. Otra, bueno... otras veces, al oír hablar de muerte, y muerte atroz, a tu Señor, dijiste: "¡Eso no te sucederá nunca!". Y ya ves qué mentís ha recibido tu razón. Yo espero, ahora, oír la palabra de tu espíritu, en este último caso...

-Perdón.

-Eso no. Otra palabra.

-Creo.

-Otra.

-No sé...

*-Amo.* Pedro, ama. Serás perdonado. Creerás. Serás fuerte. Serás Sacerdote, y no el fariseo que avasalla y no posee sino formalismos y no una fe activa. Míralo. Ten el valor de mirarlo. Todos lo han mirado y venerado. Incluso Longinos... ¿Tú no ibas a saber hacerlo? ¡Has sabido incluso renegar de Él! Si no lo reconoces *ahora,* a través de1 fuego de mi materno, amoroso dolor que os une, que os pone de nuevo en armonía, ya no podrás hacerlo. Él resucita. ¿Cómo podrás mirarlo con su nuevo fulgor, si no conoces su rostro en la transición del Maestro que conoces al Triunfador que no conoces? Porque el dolor, todo el Dolor de los siglos y del mundo, lo ha labrado con cincel y mazo en esas horas que van desde el caer de la tarde del Jueves hasta la hora nona del Viernes. Y han cambiado su Rostro. Antes era solo el Maestro y el Amigo. Ahora es el Juez y Rey. Ha subido a su sitial para juzgar. Y se ha ceñido la corona. Así permanecerá. Lo único es que después de la gloriosa Resurrección no será ya el Hombre Juez y Rey, sino el Dios Juez y Rey. Míralo. Míralo. Míralo mientras la Humanidad y el Dolor lo entrevelan, para poderlo mirar cuando triunfe en su Divinidad.

Pedro levanta por fin la cabeza del regazo de María, y la mira, con sus ojos enrojecidos por el llanto en rostro de anciano niño desolado por el mal cumplido y asombrado por tanto bien como encuentra.

María lo fuerza a mirar a su Señor. Y entonces -mientras Pedro, como delante de un rostro vivo, gime: «¡Perdón, perdón! No sé cómo ha sucedido, no sé qué ha sucedido. No era yo. Era algo que me hacía no ser yo. Pero... ¡yo te quiero, Jesús!, ¡te quiero, Maestro mío! ¡Vuelve! ¡Vuelve! ¡No te marches así, sin decirme que me has comprendido!»- entonces, María repite el gesto que ya hizo en la cámara sepulcral. Con los brazos extendidos, en pie, parece la sacerdotisa en el momento de la ofrenda. Y, de la misma manera que allí ofreció la Hostia sin mancha, aquí ofrece al pecador arrepentido. ¡Verdad mente es la Madre de los santos y de los pecadores!

Luego levanta a Pedro. Lo consuela más. Y le dice, como a un niño:

-Ahora estoy más contenta. Te veo aquí. Ahora ve, ve allí, con las mujeres y Juan. Necesitáis descanso y alimento. Ve. Y sé bueno…

Y luego, mientras en la casa -más serena en esta noche segunda desde su muerte- tienden a volver las costumbres humanas del sueño y del alimento, en una casa que presenta el aspecto cansado y resignado de las moradas donde los supervivientes, despacio, vuelven en sí de la impresión recibida por la muerte, María es la única que quiere permanecer en píe. Inmóvil en su sitio, en su espera, en su oración. Siempre, siempre, siempre; por los vivos, por los muertos, por los justos, por los pecadores, por el regreso, el regreso, el regreso de su Hijo.

Su cuñada quería estar con Ella. Pero ahora duerme profundamente, sentada en un rincón, con la cabeza apoyada hacia atrás contra la pared. Marta y María vienen dos veces, pero luego, cargadas de sueño, se retiran a una habitación próxima, y después de alguna palabra, caen también ellas en las profundidades del sueño... Más allá, en un cuartito pequeño como un

cuarto de juguete, duermen Salomé y Susana; mientras que, encima de dos esteras echadas en el suelo, duermen rumorosamente Pedro y Juan: el primero, todavía con mecánicas inspiraciones convulsas que se pierden en su ronquido; el segundo, con una sonrisa de niño soñando alguna visión feliz.

La vida vuelve a sus funciones y la carne a sus derechos... Sólo la Estrella de la Mañana resplandece insomne, con su amor que vela junto a la imagen de su Hijo.

Y la noche del Sábado pasa así. Hasta que el canto del gallo, con el primer claror del alba, hace levantarse, con un grito, a Pedro; y su grito, impregnado de miedo y dolor, despierta a los otros durmientes.

Ha terminado la tregua para ellos y empieza otra vez la pena; para María, sólo va aumentando el ansia de la espera.

# Contents

## Glorificación de Jesús y María.

## 616

## La mañana de la Resurrección. Oración de María.

Las mujeres reanudan sus labores con los ungüentos, que durante la noche, con el fresco del patio, se han solidificado para formar una manteca densa.

Juan y Pedro piensan que es conveniente ordenar el Cenáculo, limpiando las piezas de la vajilla y luego poniendo todo como si hubiera acabado de terminar la Cena.

-Él lo dijo - dice Juan.

-También había dicho: "¡No durmáis!". Había dicho: "No seas soberbio, Pedro. ¿No sabes que la hora de la prueba está a las puertas?". Y... y dijo: "Me negarás..." - Pedro llora de nuevo, mientras dice con desmesurado dolor:

-¡Y lo he negado!

-¡Basta, Pedro! A1 presente, eres de nuevo tú. ¡Basta de ese tormento!

-Jamás, jamás bastará. Aunque me hiciera tan viejo como los primeros patriarcas, aunque viviera los setecientos o los novecientos años de Adán y de sus primeros descendientes, jamás dejaría de tener este tormento.

-¿No esperas en su misericordia?

-Sí. Si no creyera en ello, sería como el Iscariote: un desesperado. Pero aunque Él de hecho me perdona desde el seno del Padre a donde ha vuelto, yo *no me perdono.* ¡Yo! ¡Yo! Yo que dije: “No lo conozco”, porque en ese momento era peligroso conocerlo, porque sentí vergüenza de ser discípulo suyo, porque tuve miedo a la tortura… Él iba a la muerte y yo... pensé en salvar mi vida. Y para salvarla lo rechacé, como una mujer en pecado rechaza el fruto de su seno, peligroso de tener al lado, después de darlo a luz y antes de que regrese su marido, desconocedor de los hechos. Soy peor que una adúltera… peor que...

Entra, atraída por los gritos, María Magdalena.

-No grites ese modo. María te oye. ¡Está verdaderamente agotada! No tiene fuerzas para nada. Todo le hace daño. Tus gritos inútiles y descomedidos le traen de nuevo el tormento de lo que fuisteis...

-¿Ves? ¿Ves, Juan? Una mujer puede imponerme silencio. Y tiene razón. Porque nosotros, los varones consagrados al Señor, hemos sabido sólo mentir o huir. Las mujeres se han comportado como es debido. Tú, poco más que una mujer por tu gran juventud y pureza, has sabido permanecer. Nosotros, nosotros, los fuertes, los varones, hemos huido. ¡Oh, cómo debe despreciarme el mundo! ¡Dímelo, dímelo, mujer! ¡Tienes razón! Pon tu pie en esta boca que ha mentido. En la suela de la sandalia hay quizás algo de su Sangre. Y sólo esa Sangre mezclada con el barro del camino, puede dar un poco de perdón, poco de paz a este hombre que abjuró. ¡Debo empezar a acostumbrarme al desprecio del mundo! ¿Qué soy yo? ¡Decidlo, venga: ¿qué soy?

-Una gran soberbia - responde tranquila la Magdalena - ¿Dolor? También dolor. Pero, créeme, de diez partes de tu dolor, cinco -por no ofenderte diciendo seis- son del dolor de ser un hombre que puede ser despreciado. ¡Y verdaderamente yo te voy a despreciar, si sigues sólo gimiendo y entregándote a histerias, justo como hace una mujer necia! Lo hecho, hecho está. Y no son los gritos descomedidos los que lo reparan y lo borran. Lo único que hacen es llamar la atención y mendigar una compasión no merecida. Sé viril en tu arrepentimiento. No grites. Haz. Yo... tú sabes quién era yo... Pero, cuando comprendí que era más despreciable que el vómito, no me entregué a convulsiones. Hice. Públicamente. Sin indulgencias conmigo misma y sin pedir indulgencia. ¿Que el mundo me despreciaba? Tenía razón. Me lo había merecido. ¿Que el mundo decía: "Un nuevo capricho de la prostituta"? ¿Que calificaba con nombre blasfemo mi seguimiento de Jesús? Tenía razón. El mundo se acordaba de mi conducta precedente, y esa conducta justificaba todo pensamiento. ¿Y bien? ¿Qué? El mundo tuvo que convencerse de que María la pecadora ya no existía. Con los hechos he convencido al mundo. Haz tú lo mismo, y calla.

-Eres severa, María - objeta Juan.

-Más conmigo que con los demás. Lo reconozco. No tengo la mano suave de la Madre. Ella es el Amor. Yo... ¡Oh, yo! He quebrantado mi carnalidad con el azote de mi voluntad. Y más que lo haré. ¿Tú crees que *me he perdonado el haber sido la Lujuria?* No. Pero sólo me lo digo a mí. Y me lo seguiré diciendo siempre. Consumida moriré en este secreto, doloroso recuerdo de haber sido la corruptora de mí misma, en este inconsolable dolor de haberme profanado y de no haberle podido dar a Él otra cosa sino un corazón pisoteado... ¿Ves?... he trabajado más que todas en los bálsamos... Y con más coraje que las otras le quitaré la mortaja... ¡Oh, Dios, cómo estará ya! (María de Magdala, sólo de pensarlo, se pone pálida). Y lo cubriré con nuevos bálsamos, quitando los que, sin duda, estarán completamente podridos en sus llagas sin número... Lo haré porque las otras parecerán convólvulos después de un aguacero... Pero siento el dolor de hacerlo con estas manos mías que tantas caricias lascivas han dado; de acercarme a su santidad con esta carne mía manchada... Quisiera... quisiera tener la mano de la Madre Virgen para llevar a cabo la última unción...

María ahora llora quedo, sin convulsiones. ¡Qué distinta de la Magdalena teatral que siempre nos presentan! Es el mismo llanto silencioso que tuvo el día de su perdón en la casa del fariseo.

-¿Dices que... las mujeres tendrán miedo? - le pregunta Pedro

-No miedo... Pero se turbarán ante su Cuerpo, que estará ya descompuesto... hinchado... negro. Y además, esto es seguro, tendrán miedo de los soldados que están de guardia.

-¿Quieres que vaya yo? ¿Yo con Juan?

-¡Eso no! Nosotras vamos *todas.* Porque, de la misma forma que estuvimos *todas ahí arriba,* justo es que *todas* estemos en torno a su lecho de muerte. Tú y Juan quedaos aquí. ¡Ella no se puede quedar sola!...

-¿No va Ella?

-¡No la dejamos ir!

-Está convencida de que va a resucitar... ¿Y tú?

-Yo, después de María, soy la que más cree. Siempre he creído que pudiera ser. Él lo decía. Y Él no miente nunca... ¡Él!... ¡Oh, antes lo llamaba Jesús, Maestro, Salvador, Señor... Ahora, ahora lo siento *tan grande,* que no sé, no me atrevo ya a darle un nombre... ¿Que diré cuando lo vea?...

-¿Pero crees firmemente que va a resucitar?...

-¡Vaya, otro! ¡Diciéndoos una y otra vez que creo y oyéndoos decir una y otra vez que no creéis, voy a acabar no creyendo tampoco yo! He creído y creo. He creído y le he preparado desde hace ya tiempo la túnica. Y para mañana, porque mañana es el tercer día, la traeré aquí ya lista...

-Pero si dices que estará negro, hinchado, feo...

-Feo nunca. Feo es el pecado. ¿Negro?... ¡Pues sí, estará negro! ¿Y qué? ¿Lázaro no estaba ya descompuesto? Y, no obstante, resucitó. Y recuperó la integridad de su carne. ¡Pero... sí, lo digo!: ¡Callaos incrédulos! También mi razón humana me dice dentro: "Está muerto y no resucitará". Pero mi espíritu, "su" espíritu -porque he recibido de Él un nuevo espíritu- grita (y parecen toques de trompetas de plata): "¡Resucita! ¡Resucita! ¡Resucita!". ¿Por qué me zarandeáis como a una barquichuela contra el arrecife de vuestras dudas? ¡Yo creo! ¡Creo, mi Señor! Lázaro, lleno de aflicción, ha obedecido al Maestro y se ha quedado en Betania... Yo, que sé quién es Lázaro de Teófilo, un fuerte, no un lebrato miedoso, puedo medir su sacrificio de permanecer en la sombra y no junto al Maestro. Pero ha obedecido. Más heroico en esta obediencia que si, con armas, hubiera arrancado a Jesús de las manos de los soldados. Yo he creído y creo. Y aquí estoy. En espera, como Ella. Pero, dejadme que me vaya. El día nace. En cuanto se vea lo mínimo indispensable, iremos al Sepulcro...

Y la Magdalena se va, con su rostro quemado por el llanto, pero siempre fuerte.

Entra de nuevo donde María.

-¿Qué le pasaba a Pedro?

-Una crisis de nervios. Pero se le ha pasado.

-No seas dura, María. Pedro sufre.

-También yo. Y ya ves que no te he pedido ni tan siquiera una caricia. A él ya lo has medicado tú... Yo, sin embargo, lo que pienso es que solamente tú, Madre mía, necesitas bálsamo. ¡Madre mía, santa, amada! Pero, ánimo... mañana es el tercer día. Estaremos aquí dentro, cerradas, nosotras dos: sus enamoradas: Tú, la Enamorada santa, yo, la pobre enamorada... Pero, como puedo, lo soy con todo mi ser. Y lo esperaremos... A ellos, a los que no creen, los dejaremos cerrados allí, con sus dudas. Y aquí voy a poner muchas rosas... Hoy mandaré que se lleven el arca... Ahora pasaré por el palacio y daré esta indicación a Leví. ¡Fuera todas estas cosas horribles! No debe verlas nuestro Resucitado... Muchas rosas... Y tú te pondrás una túnica nueva... No debe verte así. Te peinaré, te lavaré esta pobre cara que el llanto ha desfigurado. Eterna niña, yo te haré de madre... ¡Tendré, sí, la bienaventuranza de dispensar cuidados maternos a una criatura más inocente que un recién nacido! ¡Mi querida María! - y, con su exuberancia afectiva, la Magdalena estrecha contra su pecho la cabeza de María, que está sentada; y besa a María, la acaricia, le coloca detrás de las orejas los livianos mechones de pelo desordenados, la enjuga, con el lino de su túnica, las lágrimas, esas lágrimas que María sigue, sigue incesantemente vertiendo...

Entran las mujeres con lámparas y ánforas y recipientes de anchas bocas. María de Alfeo trae un mortero grande y recio.

-No se puede estar fuera. Hace un poco de viento y apaga las lámparas - explica.

Se ponen en un lado. Encima de una mesa, estrecha pero larga, colocan todas sus cosas. Luego dan un último toque a sus bálsamos, mezclando en el mortero, en un polvo blanco que sacan a puñados de un saquito, la ya de por sí densa manteca de las esencias. Mezclan trabajando con ahínco. Luego llenan un recipiente de amplia boca. Lo ponen en el suelo. Repiten con otro la misma operación. Perfumes y lágrimas caen sobre las resinas.

María Magdalena dice:

-No era ésta la unción que esperaba poderte preparar.

Porque es la Magdalena la que, más experta que las otras, ha estado regulando y dirigiendo la composición del perfume (tan intenso que deciden abrir la puerta y entreabrir la ventana que da al jardín, que apenas empieza a vestirse de claridad).

Todas, después de la observación que la Magdalena ha hecho en voz baja, lloran más fuerte.

Han terminado. Todos los recipientes están llenos.

Salen con las ánforas vacías, el mortero que ya no hace falta y muchas lámparas. En la pequeña habitación quedan sólo dos lámparas, temblorosas (parecen llorar también con el titileo de sus luces)...

Entran de nuevo las mujeres y cierran la ventana, porque el amanecer está fresco. Se ponen los mantos y toman consigo unos talegos grandes, donde colocan los recipientes del bálsamo.

María se levanta y busca su manto. Pero todas se arremolinan en torno a Ella convenciéndola de que no vaya.

-No te tienes en pie, María. Hace dos días que no tomas alimento. Un poco de agua sólo.

-Sí, Madre. Lo haremos pronto y bien. Y volveremos enseguida.

-No temas. Lo embalsamaremos como a un rey. ¡Ya ves qué bálsamo tan valioso hemos hecho! ¡Y cuánto!...

-Y no dejaremos parte o herida alguna sin ungir. Y con nuestras manos lo colocaremos en su lugar. Somos fuertes, y somos madres. Lo pondremos como a un niño en su cuna. Los otros no tendrán que hacer nada más que cerrar su lugar.

Pero María insiste:

-Es mi deber – dice - Siempre lo he cuidado yo. Sólo en estos tres años que ha estado en el mundo he cedido a otros la función de cuidarlo cuando estaba lejos de mí. Ahora que el mundo lo ha rechazado y negado, de nuevo es mío; y yo de nuevo soy su sierva.

Pedro, que con Juan se había acercado a la puerta, al oír estas palabras se aparta. Huye a algún rincón escondido para llorar por su pecado. Juan permanece junto a la jamba de la puerta. Pero no dice nada. Quisiera también ir él, pero hace el sacrificio de quedarse con la Madre.

María Magdalena lleva a María a su silla. Se arrodilla delante de Ella, abraza las rodillas de María, alza hacia Ella su rostro doliente y enamorado y le promete:

-Él, con su Espíritu, todo lo sabe y todo lo ve. Pero a su Cuerpo, con besos, le expresaré tu amor, tu deseo. Yo sé lo que es el amor. Sé qué aguijón, qué hambre significa amar, qué nostalgia de estar con quien para nosotros es nuestro amor. Y esto sucede también en los amores viles, que parecen oro y son en realidad fango. Si, además, la pecadora puede saber lo que es el amor santo a la Misericordia viviente, a quien los hombres no han sabido amar, entonces ella puede comprender mejor qué es tu amor, Madre. Tú sabes que sé amar. Y sabes que Él dijo, en aquel atardecer de mi verdadero nacimiento, en las orillas de nuestro lago sereno: "María *sabe amar mucho".* Ahora este amor mío exuberante, como agua que rebosa de un pilón vencido, como rosal en flor que sobrepasa un muro y de él pende, como llama que, encontrando yesca, más se enciende y aumenta, se ha derramado en Él por entero, y de Él-Amor ha sacado nueva fuerza... ¡Oh, mi potencia de amar no ha podido sustituirlo en la Cruz!... Pero lo que por Él no he podido hacer y padecer y sangrar y morir en vez de Él, en medio de las burlas de todos, dichosa, dichosa, dichosa de sufrir en vez de Él; y, estoy segura de ello, el estambre de mi pobre vida habría sido consumido más por el amor triunfal que por el patíbulo infame, y de las cenizas habría germinado la nueva, cándida flor de la nueva vida pura, virginal, ignorante de todo lo que no es Dios-, todo esto que no he podido hacer por Él, por ti puedo hacerlo todavía.... Madre a la que amo con todo mi corazón. Confía en mí. Yo que supe acariciar tan dulcemente sus pies santos en la casa de Simón el fariseo, ahora, con esta alma que cada vez más se abre a la Gracia, sabré aún más dulcemente acariciar sus miembros santos, medicar las heridas, embalsamarlo, más con mi amor, más con el bálsamo sacado de mi corazón exprimido por el amor y el dolor, que no con el ungüento. Y la muerte no hincará su diente en esa carne que tanto amor ha dado y tanto amor recibe. Huirá la Muerte. Porque el Amor es más fuerte que ella. El Amor es invencible. Y yo, Madre, con amor, con tu perfecto amor, con mi total amor, embalsamaré a mi Rey de Amor.

María besa a esta apasionada que, por fin, ha sabido encontrar a quien tanta pasión merece. Y cede ante sus ruegos.

Las mujeres salen llevando consigo una lámpara, de forma que en la habitación queda sólo una. La última en salir es la Magdalena, después de un último beso a la Madre, que se queda.

La casa está del todo oscura y silenciosa, y el camino todavía oscuro y solitario.

Juan pregunta:

-¿Verdaderamente no queréis que vaya con vosotras?

-No. Puedes hacer falta aquí. Adiós.

Juan vuelve donde María.

-No han querido que fuera con ellas… - dice quedo.

-No te atormentes. Ellas donde Jesús. Tú, conmigo. Juan, vamos a orar un poco juntos. ¿Dónde está Pedro?

-No lo sé. Por la casa. Pero no lo veo. Está... Lo creía más fuerte... También yo siento dolor, pero él...

-Él tiene dos dolores; Tú, uno sólo. Ven. Vamos a orar también por él.

Y María recita lentamente el *Pater noster.*

Luego acaricia a Juan:

-Ve donde Pedro. No lo dejes solo. Ha estado tanto en las tinieblas, durante estas horas, que no soporta quiera la leve luz del mundo. Sé el apóstol de tu hermano zozobrante y angustiado. Comienza por él tu predicación. En tu camino – y será largo- encontrarás siempre a hombres semejantes a él. Con tu compañero empieza el trabajo...

-¿Y qué diré?... No sé... Todo le hace llorar...

-Recuérdale el precepto de amor de Jesús. Dile que quien solamente teme no conoce todavía suficientemente a Dios, porque Dios es Amor. Y si te dice: "Yo he pecado", respóndele que Dios ha amado tanto a los pecadores, que por ellos ha enviado a su Unigénito. Dile que amor es la respuesta a tanto amor. Y el amor infunde confianza en el bonísimo Señor. Esta confianza aleja el temor a su juicio, porque con ella reconocemos la Sabiduría y Bondad divinas, y decimos: "Yo soy una pobre criatura. Pero Él lo sabe. Y me da a Cristo como garantía de perdón y columna en que apoyarme. Mi miseria queda vencida por mí unión con Cristo". Es en el nombre de Jesús en el que todo se perdona... Ve, Juan. Dile eso. Yo me quedo aquí, con Jesús...

Juan sale cerrando tras sí la puerta, mientras María acaricia el Sudario.

María se pone de rodillas, como la noche anterior, cara a Cara con el velo de la Verónica. Y ora, y habla con su Hijo. Fuerte para dar fuerza a los demás, cuando está sola se pliega bajo el peso de la quebrantadora cruz. Y, a pesar de ello, de cuando en cuando, como una llama liberada del estorbo del celemín, su alma se alza hacia una esperanza que en Ella no puede morir; es más, que con el paso de las horas va aumentando. Y manifiesta su esperanza también al Padre; su esperanza y su súplica:

-¡Jesús, Jesús! ¿No vuelves todavía? Tu pobre Mamá ya no resiste sabiendo que estás muerto allí. Hablaste y ninguno te comprendió. ¡Pero yo sí te *he comprendido!* "Destruid el Templo de Dios y lo reconstruiré en tres días." Éste es el principio del tercer día. ¡Oh mi Jesús! No esperes al final del día para volver a la vida, a tu Mamá, que *necesita* verte vivo para no morir recordándote muerto; que *necesita* verte hermoso, sano, triunfante, para no morir recordándote en ese estado en que te dejaron.

¡Oh, Padre! ¡Padre! ¡Dame a mi Hijo! Que yo lo vea de nuevo Hombre y no cadáver, Rey y no condenado. Sé que después volverá contigo al Cielo. Pero yo lo habré visto curado de tanto mal; fuerte, después de tanta debilidad; triunfador, después de tanta lucha; Dios, después de tanta humanidad padecida por los hombres. Y me sentiré feliz aun perdiéndolo de mi lado. Sabré que está contigo, Padre santo, sabré que para siempre está fuera del Dolor. Pero ahora no puedo, no puedo olvidar

que está en un sepulcro, que está allí, matado por tanto dolor como le han causado, no puedo olvidar que Él, mi Hijo-Dios, esta agregado a la suerte de los hombres en la oscuridad de un sepulcro, Él, tu Viviente.

Padre, Padre, escucha a tu sierva. Por aquel "sí"... No te he pedido nunca nada por mi obediencia a tus designios; era tu Voluntad, y tu Voluntad era la mía; nada debía exigir por el sacrificio de la mía a Ti, Padre Santo. ¡Pero ahora, pero ahora, por aquel "sí" que dije al Ángel mensajero, oh Padre, escúchame!

Él está libre de las torturas, porque todo lo ha consumado con la agonía de tres horas después de las vejaciones de la mañana. Pero yo llevo tres días en esta agonía. Tú ves mi corazón y sientes sus latidos. *Nuestro* Jesús dijo que no caía una pluma de ave sin que Tú la vieras; que no moría una flor en el campo sin que Tú consolaras su agonía con tu sol y tu rocío. ¡Oh, Padre, yo muero de este dolor! Haz conmigo como con el ave al que recubres con nuevas plumas, como con la flor a la que calientas y das de beber compasivo. Yo muero de frío por el dolor. Ya no tengo sangre en las venas. En el pasado, toda se hizo leche para nutrir a tu Hijo e Hijo mío; ahora se ha hecho por entero llanto, porque ya no tengo Hijo. Me lo han matado, matado, Padre. ¡Y Tú sabes de qué manera!

¡Estoy exangüe! He derramado mi sangre con Él en la noche del Jueves, en el Viernes funesto. Tengo frío como una persona desangrada. Ni tengo ya Sol, porque Él ha muerto, mi Sol santo, el Sol mío bendito, el Sol nacido de mi seno para alegría de su Mamá, para salud del mundo. Ni siento refrigerio, porque ya no lo tengo a Él, la más dulce de las fuentes para su Madre, que bebía su palabra, que con la presencia de Él saciaba su sed. Soy como una flor en arena desecada.

Muero, muero, Padre santo. No me da miedo morir, porque Él también ha muerto. Pero... ¿y estos pequeñuelos?, ¿el pequeño rebaño de mi Hijo?, tan débiles, tan asustadizos, tan volubles... ¿qué será de ellos, si nadie los sostiene? No soy nada, Padre; pero, para los deseos de mi Hijo, soy como un cuerpo de ejército. Defiendo, defenderé su Doctrina y su herencia como una loba defiende a sus lobeznos. Yo, cordera, me haré loba para defender lo que pertenece a mi Hijo y, por tanto, lo que te pertenece a ti.

Tú lo has visto, Padre. Hace ocho días esta ciudad ha despojado sus olivos, sus casas, sus jardines, a los propios habitantes, y se ha quedado ronca gritando: "Hosanna al Hijo de David. Bendito el que viene en el nombre del Señor". Y, mientras Él pasaba sobre alfombras de ramas, de vestidos, de telas, de flores, los habitantes de la ciudad, unos a otros, se señalaban a Jesús y decían: "Es Jesús, el Profeta de Nazaret de Galilea. Es el Rey de Israel". Y, cuando aún no se habían ajado esas ramas y la voz estaba todavía ronca de tanto grito de alabanza, transformaron su grito en acusaciones y maldiciones y en peticiones de condena a muerte; de las ramas arrancadas para la exaltación hicieron palos para golpear a tu Cordero, y lo conducían a la muerte. *Si todo esto han hecho mientras Él estaba en medio de ellos y* les hablaba y les sonreía y los miraba con esa mirada suya que diluye el corazón y que hasta hace estremecerse a las piedras si en ellas recae, y los favorecía y adoctrinaba, ¿qué *harán cuando Él haya vuelto a ti?*

Sus discípulos -ya lo has visto-, uno lo ha traicionado, los otros han huido. Bastó que le golpearan para que huyeran como cobardes ovejas, y no han sabido estar a su lado mientras moría. Uno sólo, el más joven; ha permanecido. Ahora viene el anciano. Pero ya ha sabido abjurar una vez. Cuando Jesús no esté ya aquí mirándolo, ¿sabrá permanecer en la Fe?

Yo no soy nada, pero en mí hay un poco de mi Hijo, y mi amor cubre de plenitud mi flaqueza y la anula. Me hago así útil para la causa de tu Hijo, para su Iglesia, que no encontrará nunca paz y que necesita echar raíces profundas para no ser desarraigada por los vientos. Yo seré la que la cuide. Como hortelana diligente, velaré para que crezca fuerte y derecha en su amanecer. Luego no me preocupará morirme. Pero no puedo vivir si sigo más tiempo sin Jesús.

¡Oh, Padre que abandonaste al Hijo por el bien de los hombres, pero que luego lo confortaste, porque ciertamente lo has recibido en tu seno después de la muerte, no me dejes más tiempo en este abandono. Yo lo padezco y lo ofrezco por el bien de los hombres. Pero consuélame, ahora, Padre. ¡Padre, piedad! ¡Piedad, Hijo mío! ¡Piedad, divino Espíritu! ¡Acuérdate de tu Virgen!

Después, prosternada, María parece orar con su postura, además de con su corazón: es verdaderamente un pobre ser abatido: parece esa flor muerta de sed de que ha hablado.

No advierte tan siquiera la sacudida de un breve pero violento terremoto que hace gritar y huir al dueño y a la dueña de la casa, mientras Pedro y Juan, pálidos como muertos, arrastran sus pasos hasta la entrada de la habitación. Pero, al ver a María tan absorta en su oración, olvidada, lejana de todo lo que no es Dios, se retiran y cierran la puerta y vuelven, atemorizados, al Cenáculo.

## 617

## La Resurrección.

En el huerto todo es silencio y titileo del rocío. Encima, un cielo que va adquiriendo color zafiro cada vez más claro, habiéndose despojado ya de su negroazul recamo de estrellas, que durante toda la noche había estado velando al mundo. El alba rechaza, de oriente a occidente, estas zonas todavía oscuras, como hace la ola durante la marea alta, cuando ésta va avanzando y cubriendo el oscuro litoral y sustituyendo el gris negro de la húmeda arena y del arrecife por el azul del agua marina.

Algunas estrellitas se resisten todavía a morir, y parpadean, cada vez más débilmente bajo la onda de luz blanco-verdosa del alba, láctea con tonalidades cenizosas, como las frondas de los olivos soñolientos que hacen de corona a aquel montículo poco lejano. Y naufragan luego, sumergidas por la ola del alba, como tierra sobrepujada por el agua. Y ya hay una menos... y luego otra menos... y otra, y otra: el cielo va perdiendo sus rebaños de estrellas... Ya sólo, en el extremo occidente, hay tres; luego, dos; luego una, que sigue contemplando ese prodigio cotidiano que es el surgimiento de la aurora.

Y cuando un hilo rosicler dibuja una línea sobre la seda turquesa del cielo oriental, un suspiro de viento acaricia las frondas y las hierbas, diciendo: "Despertaos. El día resucita". Pero sólo despierta a frondas y hierbas, que, bajo sus diamantes de rocío, se estremecen, con un leve susurro acompañado de arpegios de gotas que caen; los pájaros todavía no se despiertan entre las tupidas ramas de un altísimo ciprés que parece dominar como un señor en su reino; ni en la enredada maraña de un seto de laurel que protege de la tramontana.

Los soldados que *están* de guardia, aburridos, enfriados, en varias posturas, vigilan el Sepulcro, cuya puerta ha sido reforzada, en los bordes, con una gruesa capa de argamasa, como si fuera un contrafuerte. Sobre el fondo blanco opaco de la argamasa resaltan las anchas rosetas de cera roja del sello del Templo, estampadas junte a otros sellos directamente en la argamasa fresca.

Los soldados deben haber encendido un pequeño fuego durante la noche, porque hay en el suelo ceniza y tizones mal quemados; y deben haber jugado y comido, porque hay todavía restos de comida diseminados, y pequeños huesos limpios, usados, sin duda, para algún juego semejante a nuestro dominó o a nuestro infantil juego con canicas, jugados sobre un rudimentario trazado dibujado en el sendero. Luego se han cansado y han abandonado todo para buscar posturas más o menos cómodas, según fuera para dormir o para velar.

En el cielo, que ahora presenta en el Oriente un área enteramente rosada que se va extendiendo cada vez más por el cielo sereno - donde todavía no hay rayos de sol-, aparece, procedente de profundidades desconocidas, un meteoro lleno de resplandor. Y el meteoro baja -bola de fuego de irresistible resplandor- seguido de una estela rutilante, que quizás no es más que el recuerdo de su fulgor en nuestra retina. Baja velocísimo hacía la Tierra, esparciendo una luz tan intensa, fantasmagórica, aterradora dentro de su belleza, que la rosada de la aurora queda anulada, superada por esta incandescencia blanca.

Los soldados alzan, estupefactos, la cabeza (incluso porque con la luz llega un estampido potente, armónico, solemne, que llena con su sonido toda la Creación). Viene de profundidades paradisíacas. Es el aleluya, el gloria angélico, que sigue al Espíritu del Cristo en su regreso a su Carne gloriosa.

El meteoro se abate contra la piedra que inútilmente cierra el Sepulcro. La arranca de cuajo, la echa al suelo. Paraliza, por el terror y el fragor, a los soldados puestos como carceleros del Dueño del Universo. Y, a su regreso a la Tierra, al igual que había producido un terremoto cuando huyó de la Tierra, el Espíritu del Señor produce un nuevo terremoto. Entra en el oscuro Sepulcro, el cual, con esta indescriptible luz, se llena de claridad; y mientras la luz permanece suspendida en el aire inmóvil, el Espíritu se reinfunde en el inmóvil Cuerpo bajo la mortaja.

Todo esto (la aparición, el descenso, la entrada, la desaparición la Luz de Dios) ha sido rapidísimo: no en un momento, sino en una fracción de momento.

E1 «Quiero» del divino Espíritu a su fría Carne no tiene sonido. Lo dice la Esencia a la Materia inmóvil. Pero ningún oído humano percibe esa palabra. La Carne recibe ese imperativo y obedece con profundo respiro... Durante unos momentos, nada más.

Debajo del sudario y de la sábana, la Carne gloriosa se recompone vestida de eterna belleza, se despierta del sueño de la muerte, regresa de la "nada" en que estaba, vive después de haber estado muerta. Ciertamente el corazón se despierta y da su primer latido, impulsa en las venas la helada sangre que quedaba y, inmediatamente, crea la medida total de sangre en las arterias vaciadas, en los pulmones inmóviles, en el cerebro entenebrecido, y aporta nuevo calor, salud, fuerza, pensamiento.

Otro instante, y se produce un repentino movimiento bajo la pesada sábana. Tan repentino, que, desde el instante en que El mueve las manos cruzadas, hasta el momento en que aparece, majestuoso, en pie, lleno de resplandor con su vestido de inmaterial materia, sobrenaturalmente bello y majestuoso, con una gravedad que lo transforma y eleva sin anularle su identidad, la vista casi no tiene tiempo de captar los momentos sucesivos. Y ahora la vista lo admira. ¡Qué distinto de como la mente recuerda! Pulcro, sin heridas ni sangre; sólo resplandeciente, con el resplandor de la luz que mana a chorros de las cinco llagas y rezuma por todos los poros de su epidermis.

Cuando da el primer paso y, al moverse, los rayos que irradian las Manos y los Pies lo aureolan de haces de luz: desde la Cabeza, nimbada con un halo constituido por las innumerables pequeñas heridas de 1a corona, que ya no manan sangre sino sólo fulgor, hasta el borde del vestido-, cuando, abriendo los brazos que tenía juntos en el pecho, descubre la zona de luminosidad vivísima que pasa a través del vestido encendiéndolo con un sol a la altura del Corazón, entonces realmente es la "Luz" que ha tomado cuerpo.

No la pobre luz de la Tierra, no la pobre luz de los astros, no la pobre luz del Sol. Es la Luz de Dios: todo el fulgor paradisíaco reunido en un solo Ser, un fulgor que le da sus inconcebibles azules como pupilas, sus fuegos de oro como cabellos, sus candores angélicos como vestido y colorido, y todo lo que constituye -y no es descriptible con palabra humana- el supraeminente ardor de la Stma. Trinidad-que anula con su potencia ardiente todo fuego del Paraíso absorbiéndolo en sí para generarlo nuevamente en cada instante del Tiempo eterno, Corazón del Cielo que atrae y difunde su sangre, las innumerables gotas de su sangre incorpórea: los bienaventurados, los ángeles, todo lo que constituye el Paraíso: el amor de Dios, el amor a Dios; todo esto es la Luz que es el Cristo Resucitado, que constituye el Cristo Resucitado.

Cuando se mueve, viniendo hacia la salida, y la vista puede ver más allá del fulgor, entonces aparecen ante mi vista dos luminosidades hermosísimas (sólo como estrellas comparadas con el Sol): una hacia dentro y otra hacia afuera de la puerta, postradas en acto de adoración a su Dios que pasa envuelto en su luz, espirando beatitud con su sonrisa; y sale. Abandona la fúnebre gruta y vuelve a pisar la tierra, la cual se despierta de alegría y resplandece toda en su rocío, en los colores de las hierbas y los rosales, en las infinitas corolas de los manzanos que se abren por un prodigio al recibir los primeros rayos del Sol, que las besan, y ante la presencia del Sol eterno que bajo ellas camina.

Los soldados se han quedado paralizados donde estaban... Las fuerzas corrompidas del hombre no ven a Dios, mientras que las fuerzas puras del universo -las flores, las hierbas, los pájaros- admiran y veneran al Poderoso, que pasa nimbado con su propia Luz y rodeado de un nimbo de luz solar.

Su sonrisa, la mirada que deposita en las flores, en las frondas, o que se alza al cielo sereno, hace aumentar la belleza de todo: y más suaves, y teñidos de un esfumado, sedoso colorido rosáceo, aparecen los millones de pétalos que forman una espuma florecida sobre la cabeza del Vencedor; y más vivos aparecen los diamantes del rocío; y más azul el cielo, que refleja sus Ojos refulgentes; y más festivo el Sol, que pone pinceladas de alegría en una nubecita movida por una brisa ligera que viene a besar a su Rey con fragancias arrebatadas a los jardines y caricias de pétalos sedosos.

Jesús alza la Mano y bendice. Luego, mientras cantan más fuerte los pájaros y más intensamente el viento perfuma, desaparece de mi vista, dejándome en un gozo que borra hasta los más leves recuerdos de tristezas y sufrimientos y las más leves vacilaciones sobre el mañana...

## 618

## Jesús resucitado se aparece a su Madre.

María ahora está postrada rostro en tierra. Parece un pobre ser abatido. Parece esa flor de que ha hablado, esa flor muerta a causa de la sed.

La ventana cerrada se abre con un impetuoso golpeo de las recias hojas, y, bajo el primer rayo del Sol, entra Jesús.

María, que se ha estremecido con el ruido y que alza la cabeza para ver qué ráfaga de viento ha abierto la ventana, ve a su radiante Hijo: hermoso, infinitamente más hermoso que cuando todavía no había padecido; sonriente, vivo, más luminoso que el Sol, vestido con un blanco que parece luz tejida. Y lo ve avanzar hacia Ella.

María se endereza sobre sus rodillas y, uniendo las manos sobre el pecho, dice con un sollozo que es risa y llanto: «Señor, mi Dios». Y se queda arrobada, contemplándolo con su rostro lavado todo en lágrimas, pero sereno ahora, sosegado por la sonrisa y el éxtasis.

Pero El no quiere ver a su Madre de rodillas como una sierva. Y la llama tendiéndole las Manos, cuyas heridas emanan rayos que hacen aún más luminosa su Carne gloriosa: « ¡Mamá!». Y no es esa palabra afligida de los coloquios y despedidas anteriores a la Pasión, ni el lamento desgarrado del encuentro en el Calvario y de la agonía. Es un grito de triunfo, de alegría, de liberación, de fiesta, de amor, de gratitud. Y se inclina hacia su Madre, que no osa tocarlo, y le pone sus Manos bajo los codos doblados, la pone en pie, la aprieta contra su Corazón y la besa.

¡Oh, entonces María comprende que no es una visión, sino que es *su Hijo realmente resucitado;* que es su Jesús, el Hijo que sigue amándola como Hijo! Y, con un grito, se le arroja al cuello y lo abraza y lo besa, riendo y llorando. Lo besa en la Frente, donde ya no hay heridas; en la Cabeza, que ya no está despeinada ni sangra; en los Ojos fúlgidos; en las Mejillas ahora sanas; en la Boca que ya no está hinchada. Y luego toma sus Manos y besa los dorsos y las palmas, en las radiosas heridas. Y, con un impulso repentino, se agacha a sus Pies, retira el vestido resplandeciente que los cubre, y los besa.

Luego se levanta, lo mira, no se atreve...

Pero Él comprende y sonríe. Retira levemente su vestido en la parte del pecho y dice:

-¿Y esta llaga, Mamá, no la besas; esta que tanto te ha hecho sufrir y que sólo tú eres digna de besar? Bésame en el Corazón, Mamá. Tu beso me borrará el último recuerdo de todo lo que significa dolor, y me dará ese gozo que todavía le falta a mi Gozo de Resucitado.

Y toma entre sus manos la cara de su Madre y apoya los labios de Ella en los labios de la herida del Costado, de donde manan chorros de luz vivísima. El rostro de María, sumergido en ese torrente de rayos, aparece aureolado por esa luz.

Ella besa, besa, mientras Jesús la acaricia. No se cansa de besar. Parece un sediento que ha pegado su boca a la fuente y de la fuente esté bebiendo esa vida que se le escapaba.

Ahora Jesús habla.

-Todo ha terminado, Mamá. Ya no tienes que llorar por tu Hijo. La prueba está consumada. La Redención se ha producido.

Mamá, gracias por haberme concebido, criado, ayudado en 1a vida y en la muerte.

He sentido llegar a mí tus oraciones, que han sido mi fuerza en el dolor, mis compañeras en mi viaje por este mundo y más allá de este mundo; tus oraciones han estado conmigo en la Cruz y en el Limbo. Eran el incienso que precedía al Pontífice que iba a llamar a sus siervos para llevarlos al templo que no muere: a mi Cielo. Tus oraciones han venido conmigo al Paraíso, precediendo como voz angélica al cortejo de los redimidos guiados por el Redentor, para que los ángeles estuvieran preparados para saludar al Vencedor que volvía a su Reino. El Padre y el Espíritu Santo las han oído y visto, y han sonreído como a 1a flor más hermosa y al más dulce canto nacidos en e1 Paraíso. Las han conocido los Patriarcas y los nuevos Santos, los nuevos, primeros, ciudadanos de mi Jerusalén. Y Yo te traigo el "gracias" de ellos, Mamá, junto con el beso de tus padres y su bendición, y la de tu esposo de alma, José.

¡Todo el Cielo entona su hosanna para ti, Madre mía, Mamá santa! Un hosanna que no muere, que no es falso como el que hace unos días la gente entonó para mí.

Ahora voy al Padre con mi figura humana. El Paraíso debe ver al vencedor en esa figura de Hombre con que ha vencido al Pecado del Hombre. Pero luego regresaré. Tengo que confirmar en la Fe a quien no cree todavía y necesita creer para llevar a otros a creer; debo fortalecer a los pequeños, que tendrán necesidad de mucha fortaleza para resistir al mundo.

Luego subiré al Cielo. Pero no te dejaré sola. Mamá, ¿ves ese velo? Aun dentro de mi abatimiento, he irradiado poder milagroso para ti, para darte ese consuelo. Y para ti cumplo otro milagro. Tú me tendrás, en el Sacramento, real como cuando me llevabas dentro de ti.

Nunca estarás sola. En estos días lo has estado. Pero mi Redención requería también este dolor tuyo. Mucho ha de añadirse continuamente a la Redención, porque mucho será creado continuamente en el orden del Pecado. Llamaré a todos mis siervos a esta coparticipación redentora. Y tú eres aquella que, por si sola, hará más que todos los santos juntos. Por eso, se requería *también* este largo abandono.

A partir de ahora, ya no. Ya no estoy escindido del Padre. Tú ya no estarás escindida del Hijo. Y, teniendo al Hijo, tienes a la Trinidad nuestra. Tú, Cielo viviente, serás portadora de la Trinidad en la Tierra, en medio de los hombres, y santificarás a la Iglesia, tú, Reina del Sacerdocio y Madre de los Cristianos.

Luego Yo vendré a recogerte. Y ya no seré Yo en ti, sino que serás tú en mí, quien, en mi Reino, haga más hermoso el Paraíso.

Ahora me marcho, Madre. Voy a hacer feliz a la otra María. Luego subo al Padre. Luego vendré a quien no cree.

Mamá, tu beso por bendición, y mi Paz a ti por compañía. Adiós.

Y Jesús desaparece en el sol, que desciende a chorros del cielo matutino y sereno.

## 619

## Las pías mujeres al pie del Sepulcro.

Entretanto las mujeres, dejada ya la casa, caminan, sombras en la sombra, muy cerca del muro. Durante un rato guardan silencio, bien arrebozadas y medrosas por tanto silencio y soledad. Luego, recobrando los ánimos a la vista de la calma absoluta que hay en la ciudad, se reúnen en grupo y encuentran el valor para hablar.

-¿Estarán abiertas ya las puertas? - pregunta Susana.

-Claro que sí. Mira allí el primer hortelano que entra con las verduras.

-Va al mercado - responde Salomé.

-¿Nos dirán algo? - Es también Susana la que hace esta pregunta.

-¿Quién? - pregunta la Magdalena.

-Los soldados, en la puerta Judicial. Por esa puerta... entran pocos y, menos todavía, salen... Crearemos recelos...

-¿Y qué? Nos mirarán. Verán a cinco mujeres que van hacia el campo. Podríamos ser también personas que después de la Pascua regresan a sus pueblos.

-Pero... Para no llamar la atención de algún malintencionado, ¿por qué no salimos por otra puerta y luego volvemos siguiendo el muro bien pegadas a él?...

-Alargamos el camino.

-Pero estaremos más seguras. Pasamos por la puerta del Agua...

-Yo que tú, Salomé, pasaría por la puerta Oriental. ¡Así sería más larga la vuelta que tendrías que dar! Tenemos que darnos prisa y volver pronto.

La que habla tan resueltamente es la Magdalena.

-Entonces otra, pero no la puerta Judicial. Esto sí, mujer... - le ruegan todas.

-De acuerdo. Pero entonces pasamos por casa de Juana. Nos insistió en que la advirtiéramos. Si hubiéramos ido directamente, hubiéramos podido no pasar por su casa, pero, dado que queréis dar una vuelta más grande, pues vamos donde ella...

-¡Sí! ¡Sí! Incluso por los soldados que están allí de guardia... Ella es conocida y se la teme...

-Yo sugeriría también pasar por casa de José de Arimatea. Es el dueño del sitio.

-¡Claro, y ahora formamos un cortejo para no llamar la atención! ¡Pero qué hermana más temerosa tengo! Mira, Marta, más bien hacemos esto: yo me adelanto y observo; vosotras venís detrás con Juana; si hay peligro, me pongo en medio del camino, de forma que me veáis; en ese caso, regresamos. Pero, os aseguro que los soldados, al ver esto -ya lo he previsto yo (y enseña una bolsa llena de monedas)-nos dejarán hacer todo.

-Se lo decimos también a Juana. Tienes razón.

-Entonces marchaos. Y yo también.

-¿Vas sola, María? Voy contigo - dice Marta, temerosa por su hermana.

-No. Tú ve donde Juana con María de Alfeo. Salomé y Susana te esperan cerca de la puerta por la parte de fuera de las murallas. Y luego venís por la vía principal todas juntas. Adiós.

Y María Magdalena corta otros posibles comentarios yéndose rauda con su bolsa de bálsamos y sus monedas en el pecho.

Va tan rápida, que parece volar por el camino, que se hace más alegre con el primer rosicler de la aurora. Pasa la puerta Judicial para ahorrar tiempo. Y nadie la para...

Las otras la ven alejarse. Luego vuelven las espaldas a la bifurcación de calles en que estaban y toman otra, estrecha y oscura, que luego se abre, ya cerca del Sixto, para formar una calle más ancha y abierta, donde hay hermosas casas. Se separan: Salomé y Susana siguen por esa misma calle; Marta y María de Alfeo llaman al portón herrado, y se ponen delante de la pequeña ventana -un ventanillo- entreabierta por el portero.

Entran y van donde Juana, la cual, ya levantada y vestida toda de un morado oscurísimo que resalta aún más su palidez, está trabajando también con unos bálsamos, junto con la nodriza y una criada.

-¿Habéis venido? Dios os lo pague. Pero, si no hubierais venido, habría ido yo... En busca de consuelo... Porque, después de ese tremendo día, muchas cosas se han alterado. Y para no sentirme sola, debo ir a apoyarme en esa piedra y llamar y decir: "Maestro, soy la pobre Juana... No me dejes sola también Tú...

Juana llora quedo, pero con mucha desolación, mientras Ester, la nodriza, hace vistosos gestos indescifrables detrás de Juana mientras le coloca el manto.

-Yo me marcho, Ester.

-¡Dios te dé consuelo!

Salen del palacio para unirse a las compañeras. Es en este momento cuando se produce el breve y fuerte terremoto, que hace cundir el pánico de nuevo entre los jerosolimitanos, aterrorizados todavía por los hechos acaecidos el viernes. Las tres mujeres vuelven sobre sus pasos precipitadamente, y se quedan en el amplio vestíbulo, -en medio de las criadas y criados que gritan e invocan al Señor, temerosas de nuevos temblores de tierra...

...La Magdalena, sin embargo, está ya en la entrada del caminito que lleva al huerto de José de Arimatea cuando la sorprende el potente estampido, potente pero armónico, de este signo celeste. Al mismo tiempo, en la luz levemente rosada de la aurora que va avanzando en el cielo -donde todavía en el Occidente resiste una tenaz estrella- y que va poniendo dorado el aire hasta ahora levemente verdoso, se enciende una gran luz, que desciende como si fuera un globo incandescente, brillantísimo, cortando en zigzag el aire sereno. Pasa muy cerca de María de Magdala (casi hace que se caiga al suelo). Ella se pliega un poco susurrando: « ¡Mi Señor!», y luego, como un tallito tras el paso del viento, se endereza de nuevo y, más veloz, corre hacia el huerto.

Entra en él rápidamente: va hacia el sepulcro de roca como un pájaro perseguido en busca de su nido. Pero, a pesar de toda su prisa, no puede estar allí cuando el celeste meteoro hace de palanca y de llama en la argamasa con que está sellada y reforzada la pesada piedra; ni cuando, con fragor final, la puerta de piedra cae produciendo una vibración que se une a la del terremoto, el cual, a pesar de ser breve, es de una violencia tal, que echa por tierra a los soldados como muertos.

María, al llegar, ve a estos inútiles carceleros del Triunfador arrojados al suelo como un haz de espigas cortadas. María Magdalena no relaciona el terremoto con la Resurrección, sino que, al ver ese espectáculo, cree que se trata del castigo de Dios contra profanadores del Sepulcro de Jesús, y cae de rodillas diciendo:

-¡Ay, se lo han llevado!

Está verdaderamente desolada. Llora como una niña que hubiera venido a buscar a su padre, con la seguridad de encontrarlo, y se hubiera encontrado vacía la casa.

Luego se alza y se marcha corriendo en busca de Pedro y Juan. Y, dado que ya sólo piensa en avisar a los dos, no se acuerda de ir al encuentro de las compañeras, ni se acuerda de detenerse en el camino, sino que, veloz como una gacela, vuelve a pasar por el camino recorrido antes, atraviesa la puerta Judicial y corre presurosa por las calles, que ahora tienen un poco más de gente, para toparse contra el portón de la casa amiga y golpearlo y empujarlo furiosamente.

Le abre la dueña.

-¿Dónde están Juan y Pedro? - pregunta jadeante y angustiada María Magdalena.

-Allí - y la mujer señala hacia el Cenáculo.

María de Magdala entra y, nada más entrar, enfrente de los dos asombrados apóstoles, dice (y en su voz, mantenida baja por piedad hacia la Madre, hay más angustia que si hubiera gritado):

-¡Se han llevado del Sepulcro al Señor! ¿Quién sabe dónde lo habrán puesto? - y por primera vez se tambalea y vacila y, para no caerse, se agarra donde puede.

-¡Cómo! ¿Qué dices? - preguntan los dos.

Y ella, jadeante:

-Yo me adelanté... para comprar a los soldados que estaban de guardia... para que nos permitieran embalsamar. Ellos están allí como muertos... El Sepulcro está abierto, la piedra por el suelo... ¿Quién? ¿Quién habrá sido? ¡Venid! Vamos corriendo...

Pedro y Juan se encaminan. María los sigue a algunos pasos de distancia. Luego vuelve, agarra a la dueña de la casa, la zarandea con violencia movida de su amor previsor y le dice junto a la cara con voz sibilante:

-Que no se te ocurra dejar pasar a *nadie* donde está Ella (y señala la puerta de la habitación de María). Recuerda que yo mando en ti. Obedece y calla.

Y, dejándola verdaderamente sobrecogida, da alcance a los apóstoles, que con paso veloz van hacia el Sepulcro...

...Entretanto, Susana y Salomé, en llegando a las murallas, habiendo dejado a sus compañeras, se ven sorprendidas por el terremoto. Atemorizadas, se refugian debajo de un árbol, y se quedan allí, con el dilema de si ir hacia el Sepulcro o si huir hacia la casa de Juana: pero el amor vence al miedo y van hacia el Sepulcro.

Entran, todavía turbadas, en el huerto, y ven a los soldados, como muertos... Ven una gran luz salir del Sepulcro abierto. Aumenta su turbación, y termina haciéndose completa cuando, cogidas de la mano para infundirse recíprocamente ánimos, se asoman a la entrada y, en la oscuridad de la gruta sepulcral, ven a una criatura luminosa y hermosísima, dulcemente sonriente, saludarlas desde el sitio donde está: apoyada en la parte derecha de la piedra de la unción, cuyo gris volumen, detrás de tanto incandescente esplendor, se desvanece. Caen de rodillas, aturdidas por el estupor.

Pero el ángel les habla dulcemente:

-No tengáis miedo de mí. Soy el ángel del divino Dolor. He venido para experimentar la dicha de su final: ya no existe el dolor del Cristo ni su anonadamiento en la muerte. Jesús de Nazaret, el Crucificado al que vosotras buscáis, ha resucitado. ¡Ya no está aquí! Vacío está el lugar en que había sido colocado. Exultad conmigo. Id. Decidle a Pedro y decid a los discípulos que ha resucitado y que os precede hacia Galilea. Allí lo veréis todavía, aunque por poco tiempo, según ha dicho.

Las mujeres caen rostro en tierra y, cuando lo alzan, huyen como si un castigo las persiguiera. Están aterrorizadas y susurran:

-¡Ahora moriremos! ¡Hemos visto al ángel del Señor!

Ya en pleno campo se calman un poco, y se consultan recíprocamente. ¿Qué hacer? Si dicen lo que han visto, no las creerán; si dicen que vienen de allí, pueden ser acusadas por los judíos de haber matado a los soldados que estaban de guardia. No, no pueden decir nada; ni a los amigos ni a los enemigos...

Atemorizadas, enmudecidas, vuelven por otro camino hacia casa. Entran y se refugian en el Cenáculo. Ni siquiera piden ver a María... Y allí piensan que lo que han visto ha sido un engaño del Demonio. Siendo, como son, humildes, juzgan que «no puede ser que a ellas les haya sido concedido ver al enviado de Dios. Es Satanás el que ha querido atemorizarlas para alejarlas de allí».

Lloran y oran como dos niñas asustadas por una pesadilla...

...El tercer grupo, el de Juana, María de Alfeo y Marta, visto que nada nuevo sucede, se decide a ir al lugar donde, sin duda, están las compañeras esperando. Salen a las calles, donde ya hay gente, gente asustada que habla del nuevo terremoto y lo relaciona con los hechos del viernes y ve incluso lo que no existe.

-¡Mejor, si están todos asustados! Quizás también lo estén los soldados de la guardia y no pongan objeciones - dice María de Alfeo. Y van raudas hacia las murallas.

Pero, mientras ellas van allá, al huerto han llegado ya Pedro y Juan, seguidos por la Magdalena. Y Juan, más rápido, es el primero en llegar al Sepulcro. Los soldados ya no están. Tampoco está ya el ángel.

Juan se arrodilla, temeroso y afligido, en la entrada totalmente abierta; se arrodilla para hacer un acto de veneración y para captar algún indicio de las cosas que ve. Pero sólo ve, en el suelo, los paños de lino, puestos en un montón encima de la Sábana.

-¡Pues verdaderamente no está, Simón! Es como lo había visto María. Ven, entra mira.

Pedro, jadeando por la gran carrera realizada, entra en el Sepulcro. Por el camino había dicho: «No me voy a atrever a acercarme a ese sitio». Pero ahora sólo piensa en descubrir dónde puede estar el Maestro. E incluso lo llama, como si pudiera estar escondido en algún rincón oscuro.

La oscuridad, en esta hora matutina, es todavía fuerte en el profundo Sepulcro cuya única fuente de luz es la pequeña abertura de la puerta, en la que proyectan sombra ahora Juan y la Magdalena... Y Pedro tiene dificultad para ver, de forma que tiene que ayudarse con las manos... Toca, temblando, la mesa de la unción y la siente vacía…

-¡No está, Juan! ¡No está!... ¡Ven también tú! Yo he llorado tanto, que casi no veo con esta poca luz.

Juan se pone de pie y entra. Mientras Juan hace esto, Pedro descubre el sudario, colocado en un rincón, bien doblado; y, dentro del sudario, cuidadosamente enrollada, la sábana.

-Verdaderamente se lo han llevado. Los soldados estaban no por nosotros sino para hacer esto... Y nosotros les hemos dejado actuar. Marchándonos, lo hemos permitido...

-¡Oh! ¿Dónde lo habrán puesto!

-Pedro... Pedro... ahora sí que ya no hay nada que hacer.

Los dos discípulos salen abatidos por completo.

-Vamos, mujer. Díselo tú a su Madre...

-Yo no me marcho. Me quedo aquí... Alguno vendrá... No, no me voy... Aquí hay todavía algo que de Él. Tenía razón su Madre... Respirar el aire donde Él ha estado es el único consuelo que nos queda.

-El único consuelo... Ahora tú también te percatas de que esperar era una quimera... - dice Pedro.

María ni siquiera responde. Se deja caer al suelo, justo junto a la entrada, y llora mientras los otros se marchan lentamente.

Luego levanta la cabeza y mira adentro, y, a través de las lágrimas, ve a dos ángeles, sentados el uno en la cabecera y el otro en los pies de la piedra de la unción. Está tan aturdida la pobre María, en su más fiera batalla entre la esperanza que muere y la fe que no quiere morir, que los mira alelada, sin asombro siquiera. Ya no tiene sino lágrimas la mujer fuerte que con heroísmo ha resistido todo.

-¿Por qué lloras, mujer? - pregunta uno de los dos luminosos muchachos (porque su aspecto es el de dos hermosísimos adolescentes).

-Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde le han puesto.

María habla con ellos sin miedo. No pregunta: « ¿Quiénes sois?». Nada. Ya nada le causa estupor. Todo lo que puede asombrar a una criatura ella ya lo ha sufrido. Ahora es sólo un ser quebrantado que llora sin fuerzas y sin reserva.

El jovencito angélico mira a su compañero y sonríe. Y el otro también. Y, resplandeciendo de júbilo angélico, ambos miran afuera, hacia el huerto del todo florecido por los millones de corolas que se han abierto con el primer sol en los tupidos manzanos del pomar.

María se vuelve para ver a quién miran. Y ve a un Hombre, hermosísimo, al que no sé como puede no reconocer inmediatamente. Un Hombre que la mira con piedad y le pregunta:

-Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?

Es verdad que es un Jesús velado por su propia piedad hacia la criatura, a la que las demasiadas emociones han agotado y podría morir a causa de la repentina alegría; pero de verdad me pregunto cómo puede no reconocerlo.

Y María, entre sollozos:

-¡Se me han llevado al Señor Jesús! Había venido a embalsamarlo en espera de que resucitara... He tenido recogido todo mi coraje y mi esperanza, y mi fe, en torno a mi amor... y ahora ya no lo encuentro... No, más bien he puesto mi amor en torno a la fe, a la esperanza y al coraje, para defenderlos de los hombres... ¡Pero todo es inútil! Los hombres me han robado a mi

Amor, y con Él me han arrebatado todo... ¡Oh, mi señor, si eres tú el que se lo ha llevado, dime dónde lo has puesto! Y yo iré por Él... No se lo diré a nadie... Será un secreto entre tú y yo. Mira: soy la hija de Teófilo, la hermana de Lázaro, pero estoy de rodillas delante de ti suplicándote, como una esclava. ¿Quieres que te compre su Cuerpo? Lo haré. ¿Cuánto quieres? Soy rica. Puedo darte tanto oro y gemas como pesa su Cuerpo. Pero devuélvemelo. No te denunciaré. ¿Quieres golpearme? Hazlo. Haciéndome verter sangre, si quieres. Si sientes odio hacia Él, descárgalo sobre mí. Pero devuélvemelo. ¡Oh, mi señor, no me hagas pobre de esta manera, con esta indigencia! ¡Piedad de una pobre mujer!... ¿Por mí no quieres? Por su Madre, entonces. ¡Dime! Dime dónde está mi Señor Jesús. Soy fuerte. Lo tomaré entre mis brazos y lo llevaré como a un niño a lugar seguro. Señor... señor... ya lo ves... hace tres días que la ira de Dios se descarga sobre nosotros por lo que se hizo al Hijo de Dios... No añadas la Profanación al Delito...

-¡María!

Jesús aparece radioso al llamarla. Se revela con su esplendor triunfante.

-¡Rabhuní!

El grito de María es verdaderamente "el gran grito" que cierra el ciclo de la muerte. Con el primero, las tinieblas del odio fajaron a la Víctima con vendas fúnebres; con el segundo, las luces del amor aumentaron su esplendor. Y María, al emitir este grito que llena el huerto, se alza y, presurosa, va a los pies de Jesús, a esos pies que quisiera besar.

Jesús, tocándola apenas con 1a punta de los dedos en la frente, la separa:

-¡No me toques! No he subido con esta figura todavía a mi Padre. Ve donde mis hermanos y amigos y diles que subo al Padre mío y vuestro, a mi Dios y a vuestro Dios, y luego iré donde ellos.

Y Jesús, absorbido por una luz irresistible, desaparece.

María besa el suelo donde Él estaba y corre hacía la casa. Entra como un rayo -la puerta está entornada para dejar paso al amo de la casa, que se dirige hacía la fuente-, abre la puerta de la habitación de María y se deja caer en el corazón de Ella, gritando: -¡Ha resucitado! ¡Ha resucitado! - y llora llena de dicha.

Y, mientras acuden Pedro y Juan y del Cenáculo vienen las asustadas Salomé y Susana y escuchan lo que 1a Magdalena dice, también vuelven de la calle María de Alfeo y Marta y Juana, las cuales, con respiro entrecortado, dicen que ellas también han estado allí, y que han visto a dos ángeles que decían ser el Custodio del Hombre Dios y el Ángel de su Dolor, y que les han dado la orden de decir a los discípulos que había resucitado. Y, al ver que Pedro menea la cabeza, insisten diciendo:

-Sí. Han dicho: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado, como dijo estando todavía en Galilea. ¿No os acordáis? Dijo: "El Hijo del hombre debe ser entregado en manos de los pecadores y ser crucificado. Pero al tercer día resucitará".

Pedro menea la cabeza diciendo:

-¡Demasiadas cosas en estos días! Os han ofuscado.

La Magdalena alza la cabeza del pecho de María y dice:

-¡Lo he visto! Le he hablado. Me ha dicho que sube al Padre y luego viene. ¡Qué hermoso estaba! - y llora como nunca ha llorado, ahora que ya no ha de torturarse a sí misma para hacer fuerza contra la duda procedente de todas partes.

Pero Pedro, y también Juan, se quedan muy dudosos. Se miran y sus ojos dicen: "¡Imaginación de mujeres!".

Entonces también Susana y Salomé se atreven a hablar. Pero la misma, inevitable diferencia en los detalles de los soldados, que primero están como muertos y luego ya no están; y de los ángeles, que en un momento son uno y en otro dos, y que no se han mostrado a los apóstoles; y de las dos versiones sobre el hecho de que Jesús va allí o que precede a los suyos hacia Galilea... esto hace que la duda, es más, la persuasión de los apóstoles crezca cada vez más.

María, la Madre dichosa, calla, sujetando a la Magdalena... No comprendo el misterio de este silencio materno.

María de Alfeo dice a Salomé:

-Vamos a volver allá nosotras dos: Vamos a ver si estamos todas borrachas... - y se marchan rápidas. Las otras se quedan --comedidamente no tomadas en consideración por los dos apóstoles- junto a María, que guarda silencio, absorta en un pensamiento que cada uno interpreta a su manera y que ninguno comprende que es un éxtasis.

Vuelven las dos mujeres ya más bien ancianas:

-¡Es verdad! ¡Es verdad! Lo hemos visto. Nos ha dicho junto al huerto de Bernabé: "Paz a vosotras. No temáis. Id a decir a mis hermanos que he resucitado y que vayan dentro de unos días a Galilea. Allí estaremos todavía un tiempo juntos". Esto ha dicho. María tiene razón. Hay que decírselo a los de Betania, a José, a Nicodemo, a los discípulos más leales, a los pastores. Hay que ir, hay que hacer, hacer... ¡Oh! ¡Ha resucitado!... - lloran todas, felices.

-No estáis en vuestros cabales, mujeres. El dolor os ha ofuscado. La luz os ha parecido ángel; el viento, voz; el Sol, Cristo. Yo no os critico. Os comprendo, pero sólo puedo creer en lo que he visto: el Sepulcro abierto y vacío, y los soldados que habían sustraído el Cadáver y habían huido.

-¡Pero si lo dicen los propios soldados, que ha resucitado! ¡Si la ciudad está toda revuelta, y los príncipes de los sacerdotes están locos de ira, porque los soldados, huyendo aterrorizados, han hablado! Ahora quieren que digan lo contrario y les pagan por hacerlo. Pero ya se sabe. Y, si los judíos no creen en la Resurrección, *no quieren creer,* muchos otros creen...

-¡Mmm! ¡Las mujeres!...

Pedro se encoge de hombros y hace ademán de marcharse.

Entonces la Madre, que sigue teniendo sobre su corazón a la Magdalena (que llora como un sauce bajo un aguacero por su desmesurada dicha), besándole sus rubios cabellos, alza su rostro transfigurado y dice una breve frase:

-Realmente ha resucitado. Yo le he tenido entre mis brazos y he besado sus Llagas - y luego reclina otra vez su cabeza sobre los cabellos de la apasionada y dice: -Sí, la dicha es mayor aún que el dolor. Y no es más que un granito de arena respecto a lo que será tu océano de dicha eterna. ¡Oh, bienaventurada que por encima de la razón has hecho hablar al espíritu!

Pedro ya no osa negar... y, con uno de esos virajes del Pedro antiguo, que ahora vuelve a aflorar, dice, y grita, como si de los otros y no de él dependiera el retraso: -¡Pues entonces, si es así, hay que comunicárselo a los otros; a los que están dispersos por los campos... buscar... hacer... ¡Venga, moveos! Si realmente fuera allí... al menos que nos encuentre - y no se da cuenta de que todavía está confesando que no cree ciegamente en la Resurrección.

## 620

## Consideraciones sobre la Resurrección.

Dice Jesús (a María Valtorta):

-Las oraciones ardientes de María anticiparon algo mi Resurrección.

Yo había dicho: "Al Hijo del hombre lo matarán, pero al tercer día resucitará". Había muerto a las tres de la tarde del viernes. Tanto si calculáis los días por su nombre como si calculáis las horas, no era el alba dominical la que debía verme resucitar. En cuanto a horas, mi Cuerpo había estado sin vida treinta y ocho, en vez de setenta y dos; en cuanto a días, habría debido, al menos, llegar la tarde de este tercer día para decir que había estado tres días en la tumba.

Pero María anticipó el milagro. Como cuando con su oración abrió los Cielos algunos años antes respecto a la época fijada para dar al mundo su Salvación, así ahora Ella obtiene la anticipación de algunas horas para dar consuelo a su corazón agonizante.

Y Yo, al rayar el alba del tercer día, bajé como sol que desciende, y con mi fulgor derretí los sellos humanos, tan inútiles ante el poder de un Dios; con mi fuerza hice palanca para volcar la piedra inútilmente vigilada; con mi aparición creé un fulgor que echó por tierra a los tres veces inútiles soldados que habían sido puestos de guardia para custodia de una muerte que era Vida y que *ninguna* fuerza humana podía impedir que lo fuera.

Mucho más potente que vuestra corriente eléctrica, mi Espíritu entró como espada de Fuego divino a dar calor a los fríos restos mortales de mi Cadáver, y al nuevo Adán el Espíritu de Dios le sopló la vida, diciéndose a sí mismo: "Vive. Lo quiero".

Yo, que había resucitado a los muertos cuando no era sino el Hijo del hombre, la Víctima designada para cargar con las culpas del mundo, ¿no iba a poder resucitarme a mí mismo, ahora que era el Hijo de Dios, el Primero y el último, el Viviente eterno, Aquel que tiene en sus manos las llaves de la Vida y la Muerte? Y mi Cadáver sintió que la Vida volvía a Él.

Mira: respiro profundamente, como un hombre que se despierte después del sueño producido por una enorme fatiga. Y todavía no abro mis ojos. La sangre vuelve a circular, todavía poco rápida, en las venas, y devuelve el pensamiento a la mente. ¡Y venía de tan lejos! Mira: como en un hombre herido y sanado por una fuerza milagrosa, la sangre vuelve a las venas vacías, llena el Corazón, da calor a los miembros del Cuerpo, y las heridas se cierran, desaparecen cardenales y llagas, la fuerza vuelve. ¡Y estaba tan herido! Interviene la Fuerza y Yo quedo curado, me despierto, vuelvo a la Vida. Estuve muerto. ¡Ahora vivo! ¡Ahora me pongo en pie!

Me quito la mortaja, aparto de mí la capa de ungüentos. No los necesito para aparecer como Belleza eterna, como eterna Integridad. Me visto con vestiduras que no son de esta Tierra, sino que las ha tejido quien es mi Padre, Él, que teje la seda de las virginales azucenas. Estoy vestido de esplendor. Mi adorno son las llagas, que ya no -rezuman sangre sino que irradian luz, esa luz que será el gozo de mi Madre y de los bienaventurados, y el terror, la visión insoportable de los malditos y de los demonios en la Tierra y en el último día.

E1 ángel de mi vida de hombre y el ángel de mi dolor están postrados delante de mí y adoran mi Gloria. Están mis dos ángeles. Uno, para gozarse en la visión de su Custodiado, que ahora ya no tiene necesidad de la angélica defensa. El otro, que ha visto mis lágrimas, para ver mi sonrisa; que ha visto mi batalla, para ver mi victoria; que ha visto mi dolor, para ver mi dicha.

Y salgo al huerto lleno de capullos de flores y rocío. Y los manzanos abren sus corolas para formar un arco florecido sobre mi cabeza de Rey. Las hierbas hacen de alfombra de gemas y de corolas a mi pie, que vuelve a pisar la Tierra redimida después de haber sido alzado sobre ella para redimirla. Me saluda el primer sol, y el viento dulce de Abril, y la leve nube que pasa, rosácea como mejilla infantil, y los pájaros entre las frondas. Soy su Dios. Me adoran.

Paso entre los soldados desvanecidos, símbolo de las almas en pecado mortal, *que no oyen* el paso de Dios.

¡Es Pascua, María! ¡Esto sí que es el "Paso del Ángel de Dios"! Su Paso de 1a muerte a la vida. Su Paso para dar Vida a los que creen en su Nombre. ¡Es Pascua! Es la Paz que pasa por el mundo. La Paz ya sin el velo de la condición de hombre; libre, completa en su restablecida eficiencia de Dios.

Y voy donde mi Madre. Muy justo es que vaya. Lo fue para mis ángeles, mucho más lo es para aquella que, además de custodiadora mía y consuelo mío, fue la que me dio la vida. Antes incluso de volver al Padre con mi figura humana glorificada, voy a mi Madre. Voy con el fulgor de mi figura paradisíaca y de mis Gemas vivas. Ella me puede tocar, Ella puede besarlas, porque es la Pura, la Hermosa, la Amada, la Bendita, la Santa de Dios.

El nuevo Adán va donde la nueva Eva. El mal entró en el mundo a través de la mujer, y la Mujer lo ha vencido. El Fruto de la Mujer ha desintoxicado a los hombres de la baba de Lucifer. Ahora, si *ellos quieren, pueden salvarse.* Ha salvado a la mujer que tan frágil quedó después de la mortal herida.

Y después de a la Pura -a la que por derecho de santidad y maternidad es justo que vaya el Hijo-Dios- me presento a la mujer redimida, a la que es cabeza, representante *de todas las femeniles criaturas* a que he venido a liberar de la presa de la lujuria. Para que les diga a ellas que se acerquen a mí para curarse; que tengan fe en mí: que crean en mi Misericordia que comprende y perdona; que para vencer a Satanás, que atormenta su carne, miren a mi Carne adornada con las cinco heridas.

No dejo que ella me toque. Ella no es la Pura, que puede tocar sin contaminar al Hijo que vuelve al Padre. Mucho debe purificar todavía con la penitencia. Pero su amor merece este premio. Ella *ha sabido resucitar por su voluntad* del sepulcro de su

vicio; estrangular a Satanás, que la tenía apresada; desafiar al mundo por amor a su Salvador; ha sabido despojarse de todo lo que no fuera amor; ha sabido ser sólo amor que se consume por su Dios. Y Dios la llama: "María". Oye cómo responde: "¡Rabbuní!". En ese grito está su corazón.

A ella, que lo ha merecido, le doy el encargo de ser la mensajera de la Resurrección. Y una vez más sufrirá el escarnio, leve escarnio, como si delirara. Pero no le importa nada a María de Magdala, a María de Jesús, el juicio de los hombres. Me ha visto resucitado, y ello le produce una alegría que calma todo otro sentimiento.

¿Ves cómo amo a quien fue culpable, *pero quiso salir de la culpa?* Ni siquiera es a Juan al primero que me aparezco. Me aparezco a la Magdalena. Juan había recibido ya de mí el grado de hijo. Podía recibirlo, porque era puro y podía ser hijo no sólo espiritual, sino también dador y receptor -a la Pura y de la Pura de Dios- de los cui-dados o necesidades que están ligados a la carne.

Magdalena, la resucitada a la Gracia, tiene la primera visión de la Gracia Resucitada.

Cuando me amáis hasta el punto de vencer todo por mí, Yo tomo vuestra cabeza y vuestro corazón enfermos entre mis manos traspasadas y espiro en vuestro rostro mi Poder. Y os salvo, os salvo, amados hijos. Y de nuevo aparecéis hermosos, sanos, libres, felices; volvéis a ser los amados hijos del Señor; hago de vosotros los portadores de mi Bondad en medio de los indigentes seres humanos, aquellos que les dais a ellos testimonio de mi Bondad, para convencerlos de ella y de mí.

Tened, tened, tened fe en Mí. Tened amor. No temáis. Que os infunda seguridad en el Corazón de vuestro Dios todo lo que ese Corazón ha padecido para salvaros.

Y tú, pequeño Juan (María Valtorta), sonríe después de haber llorado. Tu Jesús ya no sufre. Ya no hay ni Sangre ni heridas, sino que hay luz, luz, luz y alegría y gloria. Que mi luz y mi alegría estén en ti hasta que llegue la hora del Cielo.

## 621

## Aparición a Lázaro.

El sol de una serena mañana abrileña llena de visos los bosques de rosas y jazmines del jardín de Lázaro. Y los setos de boj y de laurel, el penacho de una alta palmera que ondea leve en el linde del paseo, el tupidísimo laurel que está junto al estanque de los peces, parecen lavados por una mano misteriosa, de tanto como el copioso rocío nocturno ha limpiado y regado las hojas, tan brillantes y limpias ahora, que parecen cubiertas por un esmalte nuevo.

Pero la casa calla como si estuviera llena de muertos. Las ventanas están abiertas, pero ninguna voz llega de las habitaciones (las cuales, con las cortinas cerradas, aparecen en penumbra), y tampoco ningún ruido.

Dentro, pasado el vestíbulo al que dan muchas puertas, todas abiertas - y es extraño ver sin ningún aparejo las salas que normalmente se usan para banquetes más o menos numerosos-, hay un amplio patio enlosado, rodeado de un soportal en el que hay, acá o allá, asientos. En éstos, e incluso sentados en el suelo, en esterillas o sobre el mismo mármol, hay numerosos discípulos. Entre ellos, veo a los apóstoles Mateo, Andrés, Bartolomé, los hermanos Santiago y Judas de Alfeo, Santiago de Zebedeo y los discípulos pastores con Manahén, además de a otros que no conozco. No veo ni al Zelote ni a Lázaro ni a Maximino.

Por fin veo a este último, que entra con algunos criados y distribuye a todos pan con alimentos varios, o sea, con aceitunas o queso, o miel, y también leche fresca para quien la quiere. Pero no hay ganas de comer, a pesar de que Maximino exhorte a todos a hacerlo. Y es que la postración es profunda. Estos pocos días han excavado sus rostros, térreos a causa de la rojez producida por el llanto. Especialmente los apóstoles y los que huyeron desde las primeras horas muestran un aspecto deprimido; los pastores y Manahén, sin embargo, están menos postrados, o mejor: menos avergonzados, y Maximino aparece sólo virilmente afligido.

Entra casi corriendo el Zelote y pregunta:

-¿Está aquí Lázaro?

-No. Está en su habitación. ¿Qué quieres?

-En el linde del sendero, junto a la Fuente del sol, está Felipe. Viene de la llanura de Jericó. Está agotado. No quiere acercarse, porque... como todos, se siente pecador. Pero Lázaro lo convencerá.

Se levanta Bartolomé y dice:

-Voy también yo...

Van donde Lázaro, el cual, cuando lo llaman, sale -lleno de aflicción su rostro- de la habitación semioscura, donde ha llorado y orado. Salen todos. Cruzan, primero, el jardín; luego, el pueblo por la parte que se dirige ya a las faldas del Monte de los Olivos; luego llegan al extremo del pueblo, por la parte donde termina el rellano elevado en que está construido. Prosiguen ya sólo por el camino montano que baja y sube formando escalones naturales por las montañas que descienden gradualmente hacia la llanura, al este, y suben hacia la ciudad de Jerusalén, situada al oeste.

Ahí hay una fuente de amplia pila, en la que calman su sed ganados y hombres. El lugar se ve en esta hora solitario y fresco, porque hay mucha sombra de tupidos árboles en torno a la cisterna llena de un agua pura que se va renovando continuamente, descendiendo de algún manantial de montaña, un agua que al desbordarse mantiene húmedo el suelo.

Felipe está sentado en el borde más alto de la fuente, cabizcaído, despeinado, cubierto de polvo del camino, con unas sandalias rotas que le cuelgan de los pies excoriados.

Lázaro lo llama con piedad:

-¡Felipe, ven a mí! Amémonos por amor a Él. Debemos estar unidos en su Nombre. ¡Hacer esto todavía es amarlo!

-¡Oh, Lázaro! ¡Lázaro! Yo huí... y ayer, más allá de Jericó, supe que había muerto... Yo... no puedo perdonarme el haber huido...

-Todos lo hemos hecho. Menos Juan, que le ha sido fiel, y Simón, que nos ha reunido por orden suya, después de que habíamos huido como cobardes. Y... de nosotros, apóstoles, ninguno le fue fiel - dice Bartolomé.

-¿Y te lo puedes perdonar?

-No. Pero pienso expiar, como puedo, no cayendo en el abatimiento estéril. Debemos unirnos entre nosotros. Unirnos a Juan. Conocer las últimas horas de Jesús. Juan lo ha seguido siempre - responde a Felipe su compañero Bartolomé.

-Y no dejar que muera su Doctrina. Hay que predicársela al mundo. Mantener viva, al menos, la doctrina, dado que, demasiado cargados de lastres y demasiado tardos, no hemos sabido tomar las medidas oportunas con tiempo para salvarlo de sus enemigos - dice el Zelote.

-No podíais salvarlo. Nada podía salvarlo. Él me lo dijo. Lo repito otra vez - dice seguro Lázaro.

-¿Tú lo sabías, Lázaro? - pregunta Felipe.

-Lo sabía. Mi tortura ha sido el saber, desde el atardecer del sábado, por boca suya, cuál era su destino, y conocer los detalles, y saber cómo íbamos a reaccionar nosotros...

-No: tú no. Tú sólo has obedecido y sufrido. Nosotros hemos actuado como cobardes. Tú y Simón sois los sacrificados a la obediencia – corta, sin vacilación alguna Bartolomé.

-Sí. A la obediencia. ¡Oh, qué duro es oponer resistencia al amor por obediencia al Amado! Ten, Felipe. En mi casa están casi todos los discípulos. Ven tú también.

-Me avergüenzo de que me vea el mundo, y mis compañeros...

-¡Todos somos iguales! - gime Bartolomé.

-Sí. Pero yo tengo un corazón que no se perdona.

-Eso es orgullo, Felipe. Ven. Él me dijo el atardecer del sábado: "Ellos no se perdonarán. Diles que Yo los perdono, porque sé que no son ellos, libremente, los que obran; sino que los descarría Satanás". Ven.

Felipe llora más fuerte, pero cede. Y, encorvado como si en pocos días se hubiera hecho viejo, va al lado de Lázaro hasta el patio donde todos lo están esperando. Y la mirada de él a sus compañeros y la de sus compañeros a él es la confesión más clara del abatimiento total en que se encuentran.

Lázaro lo advierte y dice:

-Una nueva oveja del rebaño de Cristo, atemorizada por la presencia de los lobos, y que huyó después de la captura del Pastor, ha sido recogida por el amigo de Jesús. A esta oveja dispersa, que ha conocido la amargura de la soledad, sin tener siquiera el consuelo de llorar el común error entre los hermanos, le repito yo el testamento de amor de Jesús.

Él, lo juro ante la presencia de los coros celestiales, me dijo, entre otras muchas cosas que vuestra presente debilidad no puede soportar (porque, verdaderamente, son de una desolación que desde hace diez días me laceran el corazón -y, si no supiera que mi vida es útil a mi Señor, aun siendo tan pobre y deficiente como es, me abandonaría a la herida de este dolor de amigo y discípulo que perdiéndolo a Él todo ha perdido-), me dijo: "Los miasmas de la corrompida Jerusalén sacarán de sus cabales incluso a mis discípulos. Huirán e irán a ti". Efectivamente, como podéis ver, todos habéis venido. Todos, Podría decir. Porque, menos Simón Pedro y el Iscariote, todos habéis venido a mi casa y a mi corazón de amigo. Dijo: "Reunirás, animarás a mis ovejas dispersas, les dirás que las perdono. Te confío mi perdón para ellos. No se perdonarán el haber huido. Diles que no caigan en el pecado mayor de desesperar de mi perdón".

Esto dijo. Y yo el perdón suyo os he transmitido. Y he sentido rubor de daros en su Nombre esta cosa tan santa, tan suya, como es el Perdón, o sea, el Amor perfecto, porque perfectamente ama el que perdona al culpable. Este ministerio ha confortado mi áspera obediencia... Porque hubiera querido estar allí, como María y Marta, mis dulces hermanas. Y, si Él fue crucificado en el Gólgota por los hombres, yo aquí, os lo juro, estoy crucificado por la obediencia, y es un martirio muy congojoso. Pero, si sirve para dar consuelo al Espíritu, si sirve para salvarle a sus discípulos hasta el momento en que Él los reúna para perfeccionarlos en la fe, yo inmolo una vez más mi deseo de ir al *menos* a venerar su Cadáver antes de que el tercer día muera.

Sé que dudáis. No debéis hacerlo. Yo conozco sus palabras del banquete pascual sólo por lo que vosotros me habéis referido. Pero, cuanto más las pienso, más alzo, uno a uno, estos diamantes de sus verdades y más siento que esos diamantes hacen segura referencia al mañana inmediato. El no puede haber dicho: "Voy al Padre y luego volveré" si verdaderamente no fuera a volver. No puede haber dicho: "Cuando me volváis a ver os llenaréis de gozo" si hubiera desaparecido para siempre. Él siempre dijo: "Resucitaré". Vosotros me dijisteis que dijo: "Sobre las semillas que han sido depositadas en vosotros está para venir un rocío que las hará germinar, a todas, y luego vendrá el Paráclito, que las transformará en recios árboles". ¿No dijo eso? ¡Oh, no hagáis que esto se produzca sólo en el último de sus discípulos, en el pobre Lázaro, que sólo pocas veces estuvo con Él! Cuando vuelva, haced que encuentre germinadas sus semillas rociadas con su Sangre.

En mí hay todo un resplandor de luz, todo un irrumpir de fuerzas desde la hora tremenda en que subió a la Cruz. Todo se ilumina, todo nace y echa tallo. Ninguna palabra se me queda en su pobre significado humano, sino que todo lo que oí de su boca o referido acerca de Él, ahora toma vida, y realmente mi landa yerma se transforma en fértil cuadro de jardín en que toda flor lleva su Nombre y en que la savia extrae su vida de su Corazón bendito.

¡Yo creo, Cristo! Pero, porque éstos crean en ti, en todas tus promesas, en tu perdón, en todo lo que eres Tú, te ofrezco mi vida. ¡Inmólala, pero haz que tu Doctrina no muera! Quebranta al pobre Lázaro, pero reúne a los miembros dispersos del núcleo apostólico. Todo lo que Tú, quieras, en cambio de que se mantenga viva y para siempre tu Palabra, y a ella ahora y siempre se acerquen aquellos que sólo por ti pueden alcanzar la vida eterna.

Lázaro está realmente inspirado. El amor lo transporta muy alto. Y su arrobo es tan fuerte, que eleva también a sus compañeros: quién lo llama a la derecha, quién a la izquierda, como si fuera un confesor, un médico, un padre. El patio de la rica

casa de Lázaro me hace pensar, no sé por qué, en las moradas de los patricios cristianos en tiempos de persecución y de heroica fe...

Está inclinado hacia Judas de Alfeo, que no logra encontrar una razón para calmar su angustia de haber dejado a su Maestro y primo, cuando algo le hace erguirse de improviso. Mira a su alrededor y luego dice claramente:

-Voy Señor.

Es su palabra de diligente adhesión de siempre. Y sale, corriendo como detrás de alguien que lo amara y precediera.

Todos se miran asombrados, interrogativos unos con otros.

-¿Qué ha visto?

-¡Pero si no hay nada!

-¿Has oído una voz tú?

-Yo no.

-Yo tampoco.

-¿Y entonces? ¿Será que está otra vez enfermo Lázaro?

-Quizás... Ha sufrido más que nosotros, y a nosotros, cobardes, nos ha dado mucha fuerza. Quizás ahora ha caído en estado de delirio.

-Sí, tiene la cara muy desmejorada.

-Y sus ojos ardían cuando hablaba.

-Será Jesús, que lo ha llamado al Cielo.

-Sí, Lázaro le acababa de ofrecer la vida... Lo ha recogido enseguida como a una flor... ¡Oh, pobres de nosotros! ¿Qué haremos ahora?

Los comentarios son heterogéneos y dolorosos.

Lázaro cruza el vestíbulo, sale al jardín. Sigue corriendo, sonriendo, susurrando (y en su voz está su alma): «Voy, Señor». Llega a una espesura de bojes que forman un verde rincón apartado y solitario (nosotros diríamos un cenador, verde), y cae de rodillas, rostro en tierra, gritando:

-¡Oh, mi Señor!

Y es que Jesús, en su belleza de Resucitado, está en el límite de este verde rincón y le sonríe... y le dice:

-Todo está cumplido, Lázaro. He venido a decirte "gracias, amigo fiel". He venido a decirte que digas a los hermanos que, inmediatamente, vayan a la casa de la Cena. Tú -otro sacrificio, amigo, por amor a mí-, tú quédate, por el momento, aquí... Sé que ello te hace sufrir. Pero sé que eres generoso. María, tu hermana, está ya consolada, porque la he visto y me ha visto.

-Ya no sufres, Señor. Esto me compensa todos los sacrificios He... sufrido sabiendo que sufrías... y no estando...

-¡Estabas! Tu espíritu estaba al pie de mi Cruz, y estaba en la oscuridad de mi sepulcro. Tú me has llamado antes, como todos los que me han amado totalmente, de las profundidades en que estaba. Ahora te he dicho: "Ven, Lázaro". Como en el día de tu resurrección. Pero tú hacía ya muchas horas que me decías: "Ven". He venido. Y te he llamado. Para sacarte yo también de las profundidades de tu dolor. Ve. ¡Paz y bendición a ti, Lázaro! Crece en mi amor. Volveré aún

Lázaro ha estado todo este tiempo de rodillas sin atreverse a hacer gesto alguno. La majestad del Señor, a pesar de estar suavizada con el amor, es tal, que paraliza el modo habitual de actuar de Lázaro.

Pero Jesús, antes de desaparecer en un torbellino de luz que lo absorbe, da un paso y roza con su Mano la frente fiel.

Es entonces cuando Lázaro se despierta de su arrobamiento gozoso. Se alza y corre presurosamente donde sus compañeros, con luminosidad de alegría en los ojos y luminosidad en la frente rozada por el Cristo, grita:

-¡Ha resucitado, hermanos! Me ha llamado. He ido. Lo he visto. Me ha hablado. Me ha dicho que os dijera que fuerais inmediatamente a la casa de la Cena. ¡Id! ¡Id! Yo me quedo aquí, porque Él así lo quiere. Pero mi júbilo es completo...

Y Lázaro, en su alegría, llora mientras anima a los apóstoles a ser los primeros en ir donde Él manda ir.

-¡Id! ¡Id! ¡Os requiere! ¡Os quiere! No le tengáis miedo... ¡Oh, más que nunca ahora es el Señor, la Bondad, el Amor!

También los discípulos se levantan... Betania se vacía. Se queda Lázaro con su gran corazón consolado...

## 622

## Aparición a Juana de Cusa.

En una rica estancia, donde malamente logra filtrarse la luz exterior, llora Juana, desmayados sus miembros, sentada en un asiento junto a la baja cama cubierta con espléndidos cobertores. Llora con un brazo apoyado en el borde del lecho y la frente sobre el brazo, estremecida por unos sollozos que deben romperle el pecho. Cuando, con la fatiga del llanto, levanta un momento la cabeza, buscando aire, su cara está literalmente bañada en lágrimas, y se ve una vasta mancha húmeda en el cobertor precioso. Luego vuelve a reclinar la cabeza sobre el brazo y vuelve a verse de ella solamente el cuello, delgado y blanquísimo, la masa de sus cabellos morenos, los hombros -muy gráciles- y la parte superior del tronco. El resto se pierde en la penumbra que anula al cuerpo envuelto en un vestido morado-oscuro.

Sin descorrer la cortina ni entreabrir la puerta, entra Jesús; sin ruido, se acerca a ella. Roza sus cabellos con la Mano y pregunta con voz susurrante:

-¿Por qué lloras, Juana?

Y Juana, que debe creer que es su ángel el que le hace esta pregunta, y que no ve nada porque no levanta la cabeza del borde de la cama, con un llanto aún más desolado, expresa la causa de su tormento:

-Porque no tengo ni siquiera el Sepulcro del Señor para ir a verter mi llanto y no estar sola...

-Pero si ha resucitado. ¿No te sientes feliz de ello?

-¡Oh, sí! Pero todas lo han visto, menos yo y Marta. Y Marta lo verá, sin duda, en Betania... porque aquélla es casa amiga. La mía... la mía ya no lo es... Todo he perdido con su Pasión... He perdido a mi Maestro y también el amor de mi marido... Y su alma... porque no cree... no cree... y se burla de mí... y me impone no venerar siquiera la memoria de mi Salvador... para evitar su propio quebranto... Para él es más importante el interés humano... Yo... yo... yo no sé si seguir amándolo o si despreciarlo; no sé si obedecerle como esposa o desobedecerle -como querría mi alma-, por el desposorio, mayor, del espíritu con el Cristo a quien permanezco fiel... Yo... yo quisiera saber... ¿Y quién me aconseja, si ya la pobre Juana no puede ya llegar a Él? ¡Oh... para mi Señor la Pasión ha terminado!... Para mí, ha comenzado el Viernes, y sigue... ¡Es que soy muy débil y no tengo fuerza para llevar esta cruz!...

-¿Pero si Él te ayudara, querrías por Él llevarla?

-¡Sí! Si me ayuda, sí... Él sabe lo que es llevar solo la cruz... ¡Oh, piedad de mi desventura!...

-Sí. Yo sé lo que es llevar solo la cruz. Por eso he venido y estoy a tu lado. Juana, ¿comprendes quién es el que te está hablando? ¿Dices que tu casa ya no es amiga de Cristo? ¿Por qué? Él, el esposo terreno, es como un astro cubierto por una nube de miasmas humanos, pero tú sigues siendo Juana de Jesús. No te ha dejado el Maestro. Jesús no deja nunca a las almas que con Él se desposan. Es siempre el Maestro, el Amigo, el Esposo... también ahora, que es el Resucitado. Alza la cabeza, Juana. Mírame. En este momento de adoctrinamiento secreto, y más dulce que si me hubiera aparecido a ti como a las otras, te digo cuál debe ser tu conducta futura. La que deberá ser la de muchas hermanas tuyas. Ama con paciencia y sumisión a tu turbado esposo. Aumenta tu dulzura cuanto más alimente en sí amarguras de miedos humanos; aumenta tu luminosidad espiritual cuanto más genere por sí mismo sombras de terrenos intereses. Sé fiel por dos. Y sé fuerte en tu desposorio del espíritu. ¡Cuántas, en el futuro, deberán elegir entre la voluntad de Dios y la del esposo! Pero serán grandes cuando, por encima del amor y la maternidad, sigan a Dios. Tu pasión está comenzando. Sí. Pero ya ves que toda pasión termina en una resurrección...

Juana ha ido poco a poco levantando la cabeza. Sus sollozos se han ido espaciando más. Ahora mira, y ve, y se deja caer de rodillas, adorando y susurrando: -¡El Señor!

-Sí, el Señor. Ya ves que en este modo como he estado contigo no he estado con ninguna de ellas. Es que veo las necesidades particulares y valoro el auxilio que ha de prestarse a las almas que de mí esperan ayuda. Sube a tu calvario de esposa con la ayuda de mi caricia y de la de tu inocente. Ha entrado conmigo en el Cielo y me ha dado su caricia por ti. Yo te bendigo, Juana. Ten fe. Te he salvado. Tú salvarás si tienes fe.

Juana ahora sonríe, y se atreve a preguntar:

-¿No vas donde los niños?

-Los he besado al amanecer, mientras todavía dormían en su camita. Han creído que era un ángel del Señor. A los inocentes puedo besarlos cuando quiero. Pero no los he despertado para no turbarlos demasiado. Su alma conserva el recuerdo de mi beso... y lo transmitirá, a su debido tiempo, a la mente. Nada mío se pierde. Tú sé siempre una madre para ellos. Y siempre sé hija de mi Madre. No te separes nunca totalmente de Ella. Ella te recordará siempre, con suavidad materna, lo que fue nuestra amistad. Y llévale los niños. Tiene necesidad de estar con niños para sentirse menos sola por la ausencia de su Hijo...

-Cusa no va a querer...

-Cusa te va a dejar actuar.

-¿Me va a repudiar, Señor?

Es un grito de nueva congoja.

-Es un astro eclipsado. Condúcelo de nuevo a la luz con tu heroísmo de esposa y de cristiana. Adiós. Aparte de a mi Madre, no hables a otros de esta visita mía. Las revelaciones también han de manifestarse a quien, y cuando, conviene hacerlo.

Jesús le sonríe radioso, y en su fulgor desaparece.

Juana se alza, enajenada, con opuestos sentimientos de alegría y pena, entre el temor de haber soñado y la certidumbre de haber visto. Pero lo que siente dentro le da seguridad. Va donde los niños, que están jugando tranquilos en la terraza de arriba, y los besa.

-¿Ya no lloras, mamá? - pregunta tímidamente María, que ya no es la pobre niña menesterosa, sino una grácil y delicada niñita, de vestido cuidado y pelito bien peinado; y Matías, moreno y esbelto, con su exuberancia de hombrecito, dice:

-Dime quién te hace llorar, que yo lo escarmiento.

Juana los recoge en un solo abrazo contra su pecho y, hablando sobre la cabecita castaña de María y los cabellos morenos de Matías, dice:

-Ya no lloro. Jesús ha resucitado y nos bendice.

-¿Entonces ya no sangra? ¿Ya no tiene dolor? - pregunta María.

-¡No seas ignorante! Di: ¡ya no está muerto!, ¡entonces ahora es feliz!... Porque estar muerto debe ser triste... - dice Matías.

-¿Entonces, mamá, ya no tenemos motivo para llorar? - pregunta María.

-No. Vosotros, inocentes, no. Alegraos con los ángeles.

-¡Los ángeles!... Esta noche, no sé en qué vigilia, he sentido una caricia y me he despertado diciendo: "¡Mamá!", pero no te llamaba a ti. Llamaba a mi mamá muerta, porque esa caricia era más ligera y dulce que las tuyas, y he abierto un momento los ojos. Pero he visto sólo una luz, muy grande, y he dicho: "Mi ángel me ha besado para consolarme por el gran dolor que tengo por la muerte del Señor" - dice María.

-Yo también. Pero tenía mucho sueño, y he dicho: "¿Eres tú?". Pensaba en mi ángel de la guarda y quería decirle: "Ve a besar a Jesús y a Juana, para que ya no tengan miedo". Pero no lo he conseguido. Me he vuelto a dormir, y he vuelto a soñar, y me parecía que estaba en el Cielo contigo y María. Luego ha venido ese terremoto y me he despertado asustado. Pero Ester me ha dicho: "No tengas miedo. Ya ha pasado". Y he seguido durmiendo.

Juana los besa de nuevo, y luego los deja con sus juegos serenos y va a la casa del Cenáculo.

Pregunta por María. Entra en su cuarto. Cierra la puerta y dice su gran noticia: -Lo he visto. A ti te lo digo. Me siento consolada y feliz. Ámame, porque Él ha dicho que debo estar unida a ti.

La Madre responde:

-Ya te he dicho que te quiero. Te lo he dicho el sábado. Ayer. Porque fue ayer... aunque parezca tan lejano de éste, de luz y sonrisa, ese día de llanto y tinieblas.

-Sí... Ya dijiste -ahora lo recuerdo- lo que Él ahora me ha repetido. Dijiste: "Nosotras las mujeres tendremos que actuar, porque nosotras hemos permanecido y los hombres han huido... Es siempre la mujer la que genera...". ¡Oh, Madre, ayúdame a generar a Cusa: ¡Él ha huido de la Fe!... - Juana llora de nuevo.

María la toma entre sus brazos:

-Más fuerte que la fe es el amor. Es la virtud más activa. Con ella crearás el alma nueva de Cusa. No temas. Pero yo te ayudaré.

## 623

## Aparición a José de Arimatea, a Nicodemo y a Manahén.

Manahén, junto con los pastores, camina a buen paso por las laderas que de Betania llevan a Jerusalén. Un bonito camino va directo hacia el Monte de los Olivos, y Manahén tuerce por él, tras haber dejado a los pastores, quienes quieren entrar en pequeños grupos en la ciudad para ir al Cenáculo.

Poco antes -lo deduzco de lo que hablan- deben haber encontrado a Juan, que iba hacia Betania para llevar la noticia de la Resurrección y la orden de que estuvieran todos en Galilea al cabo de unos días. Se dejan precisamente porque los pastores quieren repetir personalmente a Pedro lo que le han dicho a Juan, es decir, que el Señor, en una aparición a Lázaro, ha dicho que se reúnan en el Cenáculo.

Manahén sube por un camino secundario, hacia una casa que está en medio de un olivar: una bonita casa rodeada por una franja de cedros del Líbano que descuellan con sus imponentes moles en el conjunto de los numerosos olivos del monte. Entra con ademán seguro, y al criado que ha salido le dice:

-¿Dónde está tu señor?

-Allí, con José. Hace un rato que ha venido.

-Dile que estoy aquí.

El criado se marcha, para regresar con Nicodemo y José.

Las voces de los tres se entrelazan en un mismo grito:

-¡Ha resucitado!

Se miran, asombrados de saberlo los tres.

Luego Nicodemo toma a su amigo y lo lleva a una habitación interna de la casa. José los sigue.

-¿Has tenido el coraje de volver?

-Sí. Él lo ha dicho: "Al Cenáculo". Quiero verlo, ciertamente, quiero verlo ahora, glorioso, para quitarme el dolor del recuerdo de Él atado y cubierto de inmundicias, como un delincuente a merced de la indignación de la gente.

-¡Oh, también nosotros quisiéramos verlo!... Y para que desapareciera de nosotros el horror del recuerdo de Él torturado, de sus innumerables heridas... Pero Él se ha mostrado sólo a las mujeres - comenta José en tono bajo.

-Es justo. Ellas le han sido fieles siempre en estos años. Nosotros teníamos miedo. Su Madre lo dijo: "¡Bien pobre amor el vuestro, si ha esperado a este momento para manifestarse!" - objeta Nicodemo.

-¡Pero, para desafiar a Israel -más opuesto a Él que nunca-, tendríamos mucha necesidad de verlo!... ¡Si tú supieras! Los soldados han hablado... Ahora los Jefes del Sanedrín y los fariseos, a quienes ni tanta ira del Cielo ha convertido, van buscando a quienes pueden tener noticia de su Resurrección para encarcelarlos. Yo he mandado al pequeño Marcial -un niño pasa más y mejor desapercibido- a advertir a los de la casa de que estén sobreaviso. Del Tesoro de1 Templo han sacado dinero sagrado para pagar a los soldados, para que digan que los discípulos han robado su Cuerpo y que lo que han dicho de la Resurrección antes no era sino una mentira por miedo al castigo. La ciudad está en ebullición como un puchero. Y hay algunos, de entre los discípulos, que dejan la ciudad por miedo... Me refiero a los discípulos que no estaban en Betania...

-Sí, necesitamos su bendición para tener valor.

-A Lázaro se le ha aparecido... Era casi la hora tercera. Lázaro se nos mostró transfigurado.

-¡Oh, Lázaro lo merece! Nosotros... - dice José.

-Sí. Nosotros estamos ahora recubiertos de duda y pensamientos humanos como por costras de una lepra mal curada... Y sólo Él puede decir: "¡Quiero que quedéis limpios!". ¿Ya no nos hablará, ahora que ha resucitado, a nosotros, que somos los menos perfectos? - pregunta Nicodemo.

-¿Y no hará ya milagros, por castigo al mundo, ahora que es el Resucitado de la muerte y de las miserias de la carne? - pregunta José.

Pero sus preguntas sólo pueden tener una respuesta: la suya; y la suya no viene. Los tres están abatidos, y abatidos permanecen.

Luego Manahén dice:

-Bueno, pues yo voy al Cenáculo. Si me matan, Él absolverá mi alma y lo veré en el Cielo; si no, lo veré aquí en la Tierra. Manahén es una cosa tan inútil en el conjunto de sus seguidores, que, si cae, dejará el mismo vacío que deja una flor recogida en un prado cuajado de corolas: ni siquiera se verá... - y se alza para marcharse.

Pero, mientras se está volviendo hacia la puerta, ésta se ilumina del divino Resucitado, el cual, abiertas las palmas en gesto de abrazo, lo detiene diciendo:

-¡Paz a ti! ¡A vosotros, paz! Tú y Nicodemo quedaos donde estáis. José, si lo considera oportuno, puede marcharse. Aquí me tenéis, y digo la palabra solicitada: "Quiero que quedéis limpios de todo lo que hay de impuro todavía en vuestra fe". Mañana bajaréis a la ciudad. Iréis donde los hermanos. Esta noche he de hablar a los apóstoles, a ellos solos. Adiós. Y que Dios esté siempre con vosotros. Manahén, gracias. Tú has creído más que éstos. Gracias por tanto, también a tu espíritu. A vosotros gracias por vuestra piedad. Haced que se transforme en una cosa más alta con una vida de intrépida fe.

Jesús desaparece tras una incandescencia deslumbradora. Los tres están llenos de dicha, y desconcertados.

-¿Pero era Él? - pregunta José.

-¿Es que no has oído su voz? - responde Nicodemo.

-La voz... Puede tener voz también un espíritu... A ti, Manahén, que estabas tan cerca de Él, ¿qué te ha parecido?

-Un verdadero cuerpo. Hermosísimo. Respiraba. Sentía su aliento. Y despedía calor. Y además... he visto las Llagas. Parecían acabadas de abrir. No manaban sangre, pero era carne viva. ¡Oh, dejad de dudar! No vaya a ser que os castigue. Hemos visto al Señor. Quiero decir, a Jesús, glorioso de nuevo, como requiere su Naturaleza. Y… nos sigue queriendo... En verdad, si ahora Herodes me ofreciera el reino, le diría: "Para mí es estiércol y polvo tu trono y tu corona. Lo que poseo no es superado por nada. Poseo el gozoso conocimiento del Rostro de Dios".

## 624

## Aparición a los pastores.

También ellos van a buen paso bajo los olivos. Y están tan seguros de su Resurrección, que hablan con la alegría propia de los niños felices. Van directamente hacia la ciudad.

-Le decimos a Pedro que lo mire bien y que nos hable luego de la hermosura de su Rostro - dice Elías.

-Yo, por muy hermoso que esté ahora, no podré olvidar nunca su imagen de torturado - susurra Isaac.

-¿Y lo tienes presente en tu mente cuando lo han alzado en la Cruz? - pregunta Leví.

-¿Y vosotros?

-Yo perfectamente. Todavía había buena luz. Después, con mis envejecidos ojos, vi bien poco - dice Daniel.

-Yo, sin embargo, lo vi hasta que murió. Pero hubiera querido ser ciego para no ver» dice José.

-¡Bueno, ahora ha resucitado! Esto nos debe hacer felices - lo consuela Juan.

-Y el pensamiento de que no lo hemos dejado sino por cumplir un acto de caridad - añade Jonatán.

-Pero el corazón se ha quedado allí arriba. Para siempre - susurra Matías.

-Para siempre. Sí. Tú, que lo viste en el Sudario, di: ¿cómo es?¿Semejarte? - pregunta Benjamín.

-Como si hablara - responde Isaac.

-¿Vamos a ver ese velo? - preguntan muchos.

-La Madre se lo muestra a todos. Claro que lo veréis. Pero es una triste visión. Mejor sería ver... ¡Oh, Señor!

-Siervos fieles. Aquí me tenéis. Seguid el camino. Os espero dentro de unos días en Galilea. Una vez más deseo deciros que os quiero. Jonás vive dichoso, con los otros, en el Cielo.

-¡Señor! ¡Oh, Señor!

-Paz a vosotros, de buena voluntad.

El Resucitado se funde con el rayo del vivo sol de mediodía. Cuando alzan la cabeza, ya no está; pero tienen la alegría de haberlo visto en su actual figura: glorioso.

Se ponen en pie, transfigurados de alegría. En su humildad, no encuentran razón de haber merecido verlo, y dicen:

-¡A nosotros! ¡A nosotros! ¡Qué bueno es nuestro Señor! ¡Desde el nacimiento hasta su triunfo, siempre ha sido humilde y bueno para con sus pobres siervos!

-¡Y qué hermoso estaba!

-¡Nunca ha estado tan hermoso! ¡Qué majestuosidad!

-¡Parece todavía más alto y más maduro en años!

-¡Es verdaderamente el Rey!

-Lo llamaban Rey pacífico, pero también es el Rey tremendo para los que deben temer su juicio.

-¿Has visto qué rayos emanaban de su Rostro?

-¡Y qué fulgores en sus miradas!

-No me atrevía a mirarlo. Y hubiera querido hacerlo, porque quizás sólo en el Cielo me será concedido verlo así. Y quiero conocerlo para no tener miedo entonces.

-No debemos tener miedo si permanecemos como ahora, como siervos fieles suyos. Ya lo has oído: "Deseo deciros una vez más que os quiero. Paz a vosotros, de buena voluntad". ¡Oh, ni una palabra sobrante! Pero en ese poco está, entero, el consenso respecto a lo que hemos hecho hasta ahora y, entera, la más alta promesa para la vida futura. ¡Entonemos el canto de la alegría, de nuestra alegría!:

"Gloria a Dios en lo alto del Cielo y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad.

Verdaderamente el Señor ha resucitado, como había dicho por boca de los profetas y con su palabra sin defecto.

Ha dejado con la Sangre todo aquello que, de corrupción, el beso de un hombre había estampado en Él; y, purificado ya el altar, su Cuerpo ha asumido la inefable belleza de Dios.

Antes de subir al Cielo se ha mostrado a sus siervos, ¡aleluya! ¡Vayamos cantando, aleluya! ¡La eterna juventud de Dios! ¡Vayamos anunciando a las gentes que ha resucitado. ¡Aleluya! El Justo, el Santo ha resucitado, ¡aleluya, aleluya!

Del Sepulcro ha salido inmortal. Y el hombre justo con Él ha resucitado.

En el pecado, como en una gruta, encerrado estaba el corazón del hombre.

Él ha muerto para decir: “¡Alzaos!”. Y los que estaban dispersos se han alzado, ¡aleluya!

Abiertas las puertas de los Cielos a los elegidos, ha dicho: “Venid”. Nos conceda, por su santa Sangre, a nosotros subir también. ¡Aleluya!".

Matías, el anciano ex discípulo de Juan Bautista, va a la cabeza cantando, como quizás en el pasado David cantaba a la cabeza de su pueblo por los caminos de Judea. Los otros lo siguen, haciendo coro a cada "aleluya" con júbilo santo.

Jonatán, que forma parte del grupo, dice, cuando ya Jerusalén aparece a los pies de ellos desde el pequeño collado que están bajando con paso veloz:

-Por su nacimiento perdí patria y casa, y con su muerte he perdido la otra casa, en que durante treinta años había trabajado honradamente. Pero, aunque me hubieran quitado la vida por Él, habría muerto jubiloso, pues por Él la hubiera perdido. No le tengo rencor a quien conmigo se muestra injusto. Mi Señor me ha enseñado con su muerte la perfecta mansedumbre. Y no tengo preocupaciones por el mañana. Mi morada no está aquí. Está en el Cielo. Viviré en la pobreza, en esa pobreza que tanto place a Él, y le serviré hasta la hora en que me llame... y... sí... le ofreceré también la renuncia... a mi ama... Ésta es la espina más dura... Pero, ahora que he visto el dolor de Cristo y su gloria, no debe dolerme mi dolor, sino que sólo debo esperar la celeste gloria. Vamos a decir a los apóstoles que Jonatán es el siervo de los siervos de Cristo.

## 625

## Aparición a los discípulos de Emaús.

Por un camino montano dos hombres, de mediana edad, van andando rápido. A sus espaldas, Jerusalén, cuyas alturas van desapareciendo cada vez más, detrás de las otras que, con continuas ondulaciones de cimas y valles, se subsiguen.

Van hablando. El más anciano dice al otro (tendrá, como mucho, treinta y cinco años):

-Créelo, ha sido mejor hacer esto. Yo tengo familia y tú también. El Templo no bromea. Está decidido realmente a poner fin a estas cosas. ¿Tendrá razón? ¿No la tendrá? Yo no lo sé. Sé que tienen la idea clara de acabar para siempre con todo esto.

-Con este delito, Simón. Dale el nombre apropiado. Porque, al menos, delito es.

-Según. En nosotros el amor es levadura contra el Sanedrín. Pero quizás... ¡no sé!».

-Nada. El amor ilumina. No lleva al error.

-También el Sanedrín, también los sacerdotes y los jefes aman. Ellos aman a Yeohveh, a Aquel al que todo Israel ha amado desde que fue estrechado el pacto entre Dios y los Patriarcas. ¡Entonces también para ellos el amor es luz y no lleva al error!

-Lo suyo no es amor al Señor. Sí. Israel desde hace siglos está en esa Fe. Pero, dime: ¿puedes afirmar que sigue siendo una Fe lo que os dan los jefes del Templo, los fariseos, los escribas, los sacerdotes? Ya ves tú mismo que con el oro sagrado destinado al Señor ya se sabía o, al menos, se sospechaba que esto sucediera- con ese oro han pagado al Traidor y ahora pagan a los soldados que estaban de guardia. A1 primero, para que traicionara al Cristo; a los segundos, para que mientan. ¡Oh, lo que yo no sé es cómo la Potencia eterna se haya limitado a remover los muros y a rasgar el Velo! Te digo que hubiera querido que bajo los escombros hubiera sepultado a los nuevos filisteos. ¡A todos!

-¡Cleofás! Te abandonas a la venganza.

-A la venganza. Porque, supongamos que Él fuera sólo un profeta, ¿es lícito matar a un inocente? ¡Porque era inocente! ¿Le has visto alguna vez cometer tan siquiera uno de los delitos de que lo acusaron para matarlo?

-No. Ninguno. Pero sí cometió un error.

-¿Cuál, Simón?

-El de no irradiar poder desde lo alto de su Cruz. Para confirmar nuestra fe y para castigo de los incrédulos sacrílegos. Hubiera debido aceptar el desafío y bajar de la Cruz.

-Ha hecho más todavía, ha resucitado.

-¿Será verdad? ¿Resucitado, cómo? ¿Con el Espíritu solamente o con el Espíritu y la Carne?

-¡El espíritu es eterno! ¡No necesita resucitar! - exclama Cleofás

-Eso también lo sé yo. Lo que quería decir es que si ha resucitado sólo con su naturaleza de Dios, superior a cualquier asechanza humana. Porque en estos días el hombre ha atentado contra su Espíritu con el terror. ¿Has oído lo que ha dicho Marcos? Cómo, en el Getsemaní, donde Jesús iba a orar apoyado en una piedra, está todo lleno de sangre. Y Juan, que ha hablado con Marcos, le ha dicho: "No dejes que pisen este lugar, porque es sangre sudada por el Hombre Dios". ¡Si sudó sangre antes de la tortura, sin duda debió sentir terror ante ella!

-¡Pobre Maestro nuestro!...

Guardan silencio afligidos.

Jesús se llega a ellos, y pregunta:

-¿De qué hablabais? En el silencio, oía a intervalos vuestras palabras. ¿A quién han matado?

Es un Jesús celado tras la apariencia modesta de un pobre viandante apremiado por la prisa. Ellos no lo reconocen.

-¿Eres de otros lugares? ¿No te has detenido en Jerusalén? Tu túnica empolvada y las sandalias tan deterioradas nos parecen las de un incansable peregrino.

-Lo soy. Vengo de muy lejos...

-Entonces estarás cansado. ¿Y vas lejos?

-Muy lejos, aún más lejos que de donde vengo.

-¿Tienes negocios? ¿Eres comerciante?

-Debo adquirir un sinnúmero de rebaños para el mayor de los señores. Debo ir por todo el mundo para elegir ovejas y corderos; descender incluso a los rebaños agrestes, los cuales, una vez domesticados, serán incluso mejores que los que ahora no son salvajes.

-Difícil trabajo. ¿Y has proseguido sin detenerte en Jerusalén?

-¿Por qué lo preguntáis?

-Porque pareces el único que ignora lo que en ella ha sucedido en estos días.

-¿Qué ha sucedido?

-Vienes de lejos y por eso quizás no lo sabes. Sin embargo, tu acento es galileo. Por tanto, aunque estés a las órdenes de un rey extranjero o seas hijo de galileos expatriados, sabrás, si eres circunciso, que hacía tres años que en nuestra patria había surgido un gran profeta de nombre Jesús de Nazaret, poderoso en obras y palabras ante Dios y ante los hombres, que predicaba por toda la nación. Y decía que era el Mesías. Las suyas eran realmente palabras y obras de Hijo de Dios, que es lo que decía ser. Pero sólo de Hijo de Dios. Todo Cielo... Ahora sabes por qué... Pero... ¿eres circunciso?

-Soy primogénito y estoy consagrado al Señor.

-¿Entonces conoces nuestra Religión?

-Ni una sílaba de ella ignoro. Conozco los preceptos y los usos. La Halasia, el Midrás y la Haggada me son conocidos como los elementos del aire, el agua, el fuego y la luz, que son los primeros a que tienden la inteligencia, el instinto, la necesidad del hombre, ya al poco de nacer del seno materno.

-Pues entonces sabes que Israel recibió la promesa del Mesías, pero de un Mesías como rey poderoso que habría de reunir a Israel. Él, sin embargo, no era así...

-¿Y cómo era?

-No aspiraba a un poder terreno, sino que se decía rey de un reino eterno y espiritual. No ha reunido a Israel. Al contrario, lo ha escindido, porque ahora Israel está dividido entre los que creen en Él y los que lo consideran un malhechor. En realidad no tenía aptitud para rey porque quería sólo mansedumbre y perdón. ¿Cómo subyugar y vencer con estas armas?...

-¿Y entonces?

-Pues entonces los Jefes de los Sacerdotes y los Ancianos de Israel lo han apresado y lo han juzgado reo de muerte... acusándolo, esto es verdad, de culpas no verdaderas. Su culpa era ser demasiado bueno y demasiado severo...

-¿Cómo podía ser las dos cosas al mismo tiempo?

-Podía porque era demasiado severo en decir las verdades a los jefes de Israel, y demasiado bueno en no obrar contra ellos milagros muerte, fulminando a esos injustos enemigos suyos.

-¿Severo como el Bautista era?

-Bueno... no sabría decirte. Reprendía duramente a escribas y fariseos, especialmente al final, y amenazaba a los del Templo como personas signadas por la ira de Dios. Pero luego, si uno era pecador y se arrepentía y Él veía en su corazón verdadero arrepentimiento, -porque el Nazareno leía en los corazones mejor que un escriba en el texto- entonces era más dulce que una madre.

-¿Y Roma ha permitido que fuera ejecutado un inocente?

-Lo condenó Pilatos... Pero no quería, y lo llamaba justo. Pero le amenazaron con denunciarlo ante César, y tuvo miedo. En definitiva, fue condenado a la cruz y en ella murió. Y esto, junto con el temor a los miembros del Sanedrín, nos ha deprimido mucho. Porque yo soy Clofé, hijo de Clofé, y éste es Simón, ambos de Emaús y parientes, porque yo soy el marido de su primera hija, y éramos discípulos del Profeta.

-¿Y ahora ya no lo sois?

-Esperábamos que fuera Él el que liberaría a Israel, y también que con un prodigio confirmara sus palabras. ¡Pero!...

-¿Qué palabras había dicho?

-Te lo hemos dicho: "He venido al Reino de David. Soy el Rey pacífico" y así otras cosas. Decía: "Venid al Reino", pero luego no nos dio el reino. Decía: "A1 tercer día resucitaré". Hoy es el tercer día después de su muerte; es más, ya se ha cumplido, porque ya ha pasado la hora novena, y no ha resucitado. Algunas mujeres y algunos soldados que estaban de guardia dicen que sí, que ha resucitado. Pero nosotros no lo hemos visto. Ahora los soldados dicen que han dicho eso para justificar el robo del cadáver llevado a cabo por los discípulos del Nazareno. Pero... ¡los discípulos!... Todos nosotros lo hemos abandonado por miedo mientras vivía... Está claro que ahora que ha muerto no hemos robado su Cuerpo. Y las mujeres... ¿quién cree en ellas? Nosotros íbamos hablando de esto. Y queríamos saber si Él se refería a resucitar sólo con el Espíritu de nuevo divino, o si también con la Carne. Las mujeres dicen que los ángeles -porque dicen que han visto ángeles después del terremoto, y puede ser, porque ya el viernes aparecieron los justos fuera de los sepulcros-, dicen que los ángeles dijeron que Él estaba como uno que no hubiera muerto nunca. Y, en efecto, así les pareció verlo a las mujeres. Pero dos de nosotros, dos jefes, fueron al Sepulcro, y, si bien lo han visto vacío, como las mujeres han dicho, a Él no lo han visto, ni allí ni en otro lugar. Y sentimos una gran desolación porque ya no sabemos qué pensar.

-¡Qué necios y duros sois para comprender! ¡Qué lentos para creer en las palabras de los profetas! ¿Acaso no estaba dicho esto? El error de Israel está en haber interpretado mal la realeza de Cristo. Por esto no han creído en Él, por esto le

temieron, por esto ahora vosotros dudáis. Arriba, abajo, en el Templo y en las aldeas, en todas partes, se pensaba en un rey según la humana naturaleza. La reconstrucción del reino de Israel, en el pensamiento de Dios, no estaba limitada ni en el tiempo ni en el espacio ni en cuanto al medio, como lo estaba en vosotros.

*No en el tiempo:* ninguna realeza, ni siquiera la más poderosa, es eterna. Tened presente a los poderosos Faraones que oprimieron a los hebreos en tiempos de Moisés. ¡Cuántas dinastías acabadas... y de ellas no quedan sino momias sin alma en el fondo de hipogeos ocultos! Y queda un recuerdo, si es que queda, de su poder de un hora (menos de una hora, si medimos sus siglos en relación al Tiempo eterno). Este Reino es eterno.

*En el espacio.* Estaba escrito: reino de Israel. Porque de Israel ha venido el tronco de la raza humana; porque en Israel está -voy a decirlo así- la semilla de Dios; y, por tanto, diciendo Israel, se quería decir: el reino de los creados por Dios. Pero la realeza del Rey Mesías no está limitada al pequeño espacio de Palestina, sino que se extiende de Septentrión a Meridión, de Oriente a Occidente, allá donde haya un ser que en la carne tenga un espíritu, o sea, allá donde haya un hombre. ¿Cómo habría podido uno sólo centrar en sí a todos los pueblos enemigos entre sí y hacer de todos ellos un único reino sin hacer correr a ríos la sangre y sin tener a todos subyugados con crueles opresiones de soldados? ¿Cómo, entonces, hubiera podido ser el rey pacífico de que hablan los profetas?

*En cuanto al medio:* el medio humano, lo he dicho, es la opresión. El medio sobrehumano es el amor. El primero es siempre limitado, porque los pueblos verdaderamente se alzan contra el opresor. El segundo es ilimitado porque el amor es amado, o vejado si no es amado; pero, siendo una cosa espiritual, no puede nunca ser agredido directamente. Y Dios, el Infinito, quiere medios que sean como Él. Quiere aquello que no es finito porque es eterno: el espíritu; lo que es del espíritu; lo que lleva al Espíritu. El error ha sido el haber concebido en la mente una idea mesiánica equivocada en cuanto a los medios y en cuanto a la forma.

¿Cuál es la realeza más alta? La de Dios. ¿No es verdad? Ahora bien -así es llamado y esto es el Mesías-, el Admirable, el Emmanuel, el Santo, el Germen sublime, el Fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz, el que es Dios como Aquel de quien viene ¿no tendrá una realeza semejante a la de Aquel que lo engendró? Sí, la tendrá. Una realeza del todo espiritual y del todo eterna, invulnerable a robos y a sangre, una realeza que no conoce traiciones ni vejaciones: su Regiedumbre; esa que la Bondad eterna concede también a los pobres seres humanos, para dar honor y gozo a su Verbo.

¿Pero no dijo, acaso, David que este Rey poderoso tiene bajo sus pies todo como escabel? ¿No narra Isaías toda su Pasión? ¿No numera David -se podría decir- incluso las torturas? ¿Y no está escrito que Él es el Salvador y Redentor, que con su holocausto salvará al hombre pecador?

¿Y no está precisado - y Jonás es signo de ello- que durante tres días iba a ser deglutido por el vientre insaciable de la Tierra, y que luego sería expelido como el profeta por la ballena? ¿Y no dijo Él: "El Templo mío, o sea, mi Cuerpo, al tercer día después de haber sido destruido, será reconstruido por mí (o sea, por Dios)"? ¿Y qué pensabais, que por magia Él iba a poner de nuevo en pie los muros del Templo? No. No los muros. Él mismo. Y sólo Dios podía resucitarse a sí mismo. Él ha reedificado el Templo verdadero: su Cuerpo de Cordero. Inmolado, como fue la orden y la profecía que recibió Moisés para preparar el "paso" de la muerte a la Vida, de la esclavitud a la libertad, de los hombres hijos de Dios y esclavos de Satanás.

“¿Cómo ha resucitado?”, os preguntáis. Respondo: ha resucitado con su verdadera Carne, con su divino Espíritu dentro de ella (de la misma forma que en toda carne mortal está el alma morando regiamente en el corazón). Así ha resucitado, después de haber padecido todo para expiar todo y hacer reparación de la Ofensa primigenia y de las infinitas que cada día lleva a cabo la Humanidad. Ha resucitado como estaba dicho bajo el velo de las profecías. Venido en su tiempo -os recuerdo a Daniel-, en su tiempo fue inmolado. Y, oíd y recordad, en el tiempo predicho después de su muerte, la ciudad deicida será destruida.

Os aconsejo que leáis con el alma, no con la mente soberbia, a los profetas, desde el principio del Libro hasta las palabras del Verbo inmolado. Recordad al Precursor que lo señalaba como Cordero. Traed a vuestra memoria cuál fue el destino del simbólico cordero mosaico. Por esa sangre fueron salvados los primogénitos de Israel. Por esta Sangre serán salvados los primogénitos de Dios, o sea, aquellos que con la buena voluntad se hayan consagrado al Señor. Recordad y comprended el mesiánico salmo de David y al mesiánico profeta Isaías. Recordad a Daniel, traed a vuestra memoria, pero alzando ésta del fango hacia el azul celeste, todas las palabras sobre la realeza del Santo de Dios, y comprended que otra señal más exacta no se os podía dar; más fuerte que esta victoria sobre la Muerte, que esta Resurrección obrada por sí mismo.

Recordad que castigar desde lo alto de la Cruz a quienes en ella lo habían puesto hubiera sido disconforme a su misericordia y a su misión. ¡Todavía Él era el Salvador, a pesar de ser el Crucificado escarnecido y clavado a un patíbulo! Crucificados los miembros, pero libre la voluntad y el espíritu; y con la voluntad y el espíritu quiso seguir esperando, para dar a los pecadores tiempo para creer y para invocar -no con grito blasfemo, sino con gemido de contrición- su Sangre.

Ahora ha resucitado. Todo ha cumplido. Glorioso era antes de su encarnación. Tres veces glorioso lo es ahora, que, después de haberse anonadado durante tantos años en una carne, se ha inmolado a sí mismo, llevando la Obediencia hasta la perfección de saber morir en la cruz para cumplir la Voluntad de Dios. Gloriosísimo, en unidad con la Carne glorificada, ahora que sube al Cielo y entra en la Gloria eterna, dando comienzo al Reino que Israel no ha comprendido.

A ese Reino Él, con más instancia que nunca, con el amor y la autoridad de que está lleno, llama a las tribus del mundo. Todos, como vieron y previeron los justos de Israel y los profetas, todos los pueblos verán al Salvador. Y no habrá ya Judíos o Romanos, Escitas o Africanos, Iberos o Celtas, Egipcios o Frigios. El territorio del otro lado del Eufrates se unirá a las fuentes del Río perenne. Los habitantes de las regiones hiperbóreas al lado de los númidas irán a su Reino, y caerán razas e idiomas. No tendrán ya cabida ni las costumbres ni el color de la piel o los cabellos. Antes bien, habrá un pueblo inmenso, fúlgido y cándido, y un solo lenguaje y un solo amor. Será el Reino de Dios. El Reino de los Cielos. Monarca eterno: el Inmolado Resucitado. Súbditos eternos: los creyentes en su Fe. Aceptad creer, ara pertenecer a él.

-Ahí está Emaús, amigos. Yo voy más lejos. No se le concede un Alto en el camino al Viandante que tanto camino ha de recorrer.

-Señor. Tienes más instrucción que un rabí. Si Él no hubiera muerto, diríamos que nos ha hablado. Quisiéramos seguir oyéndote hablar de otras y más extensas verdades. Porque ahora, nosotros, que somos ovejas sin pastor, desconcertadas con la tempestad del odio de Israel, ya no sabemos comprender las palabras del Libro. ¿Quieres que vayamos contigo? Fíjate, nos seguirías instruyendo, cumpliendo así la obra del Maestro que nos ha sido arrebatado.

-¿Tanto tiempo lo habéis tenido y no os ha podido hacer completos? ¿No es ésta una sinagoga?

-Sí. Yo soy Cleofás, hijo de Cleofás el arquisinagogo, muerto en su alegría de haber conocido al Mesías.

-¿Y todavía no has alcanzado una fe sin ofuscaciones? Pero no es culpa vuestra. Todavía, después de la Sangre, falta el Fuego. Y luego creeréis, porque comprenderéis. Adiós.

-¡Oh, Señor, ya se viene la tarde y el sol se comba hacia su ocaso. Estás cansado y sediento. Entra. Quédate con nosotros. Y nos hablas de Dios mientras compartimos el pan y la sal.

Jesús entra y con la habitual hospitalidad hebraica le sirven bebidas y agua para los pies cansados.

Luego se sientan a la mesa y los dos le ruegan que ofrezca por ellos el alimento.

Jesús se levanta, teniendo el pan en las palmas. Alzando los ojos al cielo rojo del atardecer, da gracias por el alimento. Se sienta. Parte el pan y pasa un trozo a cada uno de sus dos huéspedes. Y, al hacerlo, se manifiesta en lo que Él es: el Resucitado. No es el fúlgido Resucitado que se ha aparecido a los otros predilectos suyos. Pero es un Jesús lleno de majestad, con las llagas bien visibles en sus largas Manos: rosas rojas en el color marfil de la piel. Un Jesús bien vivo con su Carne recompuesta, pero también bien divino en la majestuosidad de sus miradas y de todo su aspecto.

Los dos lo reconocen y caen de rodillas... Pero, cuando se atreven a levantar la cara, de Él no queda más que el pan partido. Lo toman y lo besan. Cada uno toma su trozo y se lo mete, como reliquia, envuelto en un palio de lino, en el pecho.

Lloran, diciendo:

-¡Era Él! Y no lo hemos conocido. ¡Pero no sentías tú que te ardía el corazón en el pecho mientras nos hablaba y nos hacía mención de las Escrituras?

-Sí. Y ahora me parece verlo de nuevo, a la luz que del Cielo proviene, la luz de Dios; y veo que Él es el Salvador.

-Vamos. Ya no siento ni cansancio ni hambre. Vamos a decírselo a los de Jesús que están en Jerusalén.

-Vamos. ¡Oh, si el anciano padre mío hubiera podido gozar de esta hora!

-¡No digas eso, hombre! Más que nosotros la ha gozado. Sin el velo que por piedad hacia nuestra debilidad carnal ha sido usado, él, el justo Clofé, ha visto con su espíritu al Hijo de Dios volver al Cielo ¡Vamos! ¡Vamos! Llegaremos ya en plena noche. Pero, si Él lo quiere, nos proporcionará la manera de pasar. ¡Si ha abierto las puertas de la muerte, podrá abrir las puertas de las murallas! Vamos.

Y, en el ocaso del todo purpúreo, caminan con paso veloz hacia Jerusalén.

## 626

## Llegada de los paganos y alusiones a otras apariciones.

La casa del Cenáculo está llena de gente. El vestíbulo, el patio, las habitaciones, menos el Cenáculo y la habitación donde está María Virgen, presentan ese aspecto festivo y agitado de un lugar donde muchos se vuelven a encontrar, después de un tiempo, para una fiesta. Están los apóstoles, menos Tomás; y también los pastores. Están las fieles mujeres, y, junto con Juana, Nique, Elisa, Sira, Marcela y Ana. Hablan todos, en voz baja pero con visible y festiva agitación. Toda la casa está bien cerrada, como por miedo; pero el miedo a lo de fuera no lesiona la alegría del interior.

Marta va y viene junto con Marcela y Susana, preparando las cosas para la cena de los "siervos del Señor", como ella llama a los apóstoles. Las otras y los otros se hacen recíprocas preguntas, hacen partícipes unos a otros de sus impresiones, alegrías, miedos... cual niños que esperan algo que los emociona y que, también un poco, los asusta.

Los apóstoles quisieran dar impresión de mayor serenidad que los demás, pero son los primeros en turbarse si un ruido parece una llamada a la puerta de la calle o el abrirse de una ventana de par en par. El hecho incluso de que llegue Susana presurosa con dos lámparas de varias boquillas para ayudar a Marta, que busca mantelerías, hace que Mateo retroceda bruscamente y grite: « ¡El Señor!». Y esto hace, a su vez, que Pedro -visiblemente más inquieto que los demás- caiga de rodillas.

Una resuelta llamada a la puerta de la calle corta todas las palabras y pone en vilo los ánimos. Creo que todos los corazones laten a gran velocidad.

Miran por el ventanillo y abren con un « ¡oh!» de estupor al ver al grupo, inesperado, de las damas romanas escoltadas por Longinos y por otro que, como Longinos, viene vestido de oscuro. También todas las mujeres vienen arropadas en mantos oscuros que les cubren incluso la cabeza; y se han quitado todas las joyas para llamar menos a atención.

-¿Podemos entrar un momento para manifestar nuestra alegría a la Madre del Salvador? - dice la más reverenciada de todas, que es Plautina.

-Pasad. Está allí.

Entran en grupo, junto con Juana y María de Magdala, quien - esa es mi impresión- las conoce muy bien.

Longinos y el otro romano se quedan aislados - y es que los miran con un poco de recelo- en un ángulo del vestíbulo.

Las mujeres saludan con su: « ¡Ave, Dómina!». Luego se arrodillan y dicen:

-Si antes admirábamos la Sabiduría, ahora queremos ser hijas del Cristo. Esto te lo decimos a ti. Sólo tú puedes vencer la desconfianza hebraica hacia nosotros. Vendremos a ti para ser instruidas mientras ellos (señalan a los apóstoles, que están parados, en grupo, en la puerta) nos permitan considerarnos de Jesús.

Es Plautina la que ha hablado por todas.

María sonríe beatífica y dice:

-Pido al Señor que purifique mis labios como al Profeta *(Isaías 6, 5-7)* para poder dignamente hablar de mi Señor. ¡Benditas seáis, primicias de Roma!

-También Longinos querría... y el astero, que sintió un fuego dentro de su corazón cuando... cuando se abrieron la tierra y el cielo al grito de Dios. Pero, si nosotras sabemos poco, ellos no saben nada aparte de que... que era el Santo de Dios y que no quieren seguir estando en el Error.

-Les dirás a ellos que vayan a los apóstoles.

-Están allí. Pero los apóstoles los miran con recelo.

María se levanta y va hacia los soldados. Los apóstoles la ven ir hacia ellos y tratan de intuir su pensamiento.

-¡Dios os conduzca a su Luz, hijos! ¡Venid! Para conocer a los siervos del Señor. Éste es Juan, ya lo conocéis. Y éste es Simón Pedro, el elegido por mi Hijo y Señor para ser cabeza de sus hermanos. Éste es Santiago y éste Judas, primos del Señor. Éste es Simón, y éste Andrés, hermano de Pedro. Y éste es Santiago, hermano de Juan. Y éstos son Felipe, Bartolomé y Mateo. Falta Tomás, todavía ausente pero lo nombro como si estuviera presente. Éstos son los que han sido elegidos para una misión especial. Pero éstos, que están en la sombra con ademán humilde, son los primeros en el heroísmo del amor. Desde hace más de seis lustros predican a Cristo. Ni persecuciones contra ellos, ni la condena contra el Inocente, han mellado su fe. Pescadores y pastores. Vosotros, patricios. Pero, en el nombre de Jesús no hay ya distinciones. El amor en Cristo a todos iguala y hermana. Y mi amor os llama hijos también a vosotros, que sois de otra nación. Es más, digo que os encuentro de nuevo tras haberos perdido, porque en el momento del dolor estabais junto al Moribundo. Y no olvido tu piedad, Longinos; ni tus palabras, soldado. Parecía que me hubieran quitado la vida. Pero lo veía todo. No tengo con qué recompensaros. La verdad es que para las cosas santas no hay moneda, sino sólo amor y oración. Esta os daré, rogando a nuestro Señor Jesús que Él os lo pague.

-Ya hemos recibido la recompensa, Dómina. Por eso nos hemos atrevido a venir aquí todos juntos. Nos ha reunido un común impulso. Ya la fe ha tendido su vínculo entre los corazones - dice Longinos.

Todos se acercan curiosos. Y hay quien, venciendo la reserva y quizás la repulsa del contacto pagano, dice:

-¿Qué es lo que habéis recibido?

-Yo una voz, la suya. Decía: "Ven a mí" - dice Longinos.

-Y yo oí: "Si me crees santo, cree en mí" - dice el otro soldado.

-Y nosotras - dice Plautina - mientras hablábamos de Él esta mañana, vimos una luz, ¡una luz! Tomó forma de rostro. ¡Oh, di tú cómo resplandecía! Era su rostro. Y nos sonrió con tanta dulzura que ya no tuvimos sino un deseo, el de venir a deciros: "No nos rechacéis".

Se producen susurros y comentarios. Todos hablan, repitiendo cómo lo han visto.

Los diez apóstoles guardan silencio, apesadumbrados. Buscando una compensación y no aparecer como los únicos que se hayan quedado sin su saludo, preguntan a las mujeres hebreas si no han recibido regalo pascual.

Elisa dice:

-Me ha quitado la espada del dolor de mi hijo muerto.

Y Ana:

-He oído su promesa sobre la eterna salvación de los míos.

Y Sira:

-Yo una caricia.

Y Marcela:

-Yo un resplandor y su Voz que decía: "Persevera".

-¿Y tú, Nique? - preguntan, porque guarda silencio.

-Ya había recibido - responden otros.

-No. He visto su Rostro, y me ha dicho: "Para que se imprima éste en tu corazón". ¡Qué hermoso era!

Marta va y viene, silenciosa y rápida, y calla.

-¿Y tú, hermana? ¡Nada a ti? Callas y sonríes. Demasiado dulcemente sonríes como para no haber recibido tu gozo - dice la Magdalena.

-Es verdad. Tienes bajos los párpados, tu lengua está muda, pero brillan tanto tus ojos tras el velo de las pestañas, que es como si cantaras una canción de amor.

-¡Habla! ¡Habla! Madre, ¿a ti te lo ha dicho?

La Madre sonríe y calla.

Marta, que está colocando la vajilla en la mesa, quiere mantener echado el velo sobre su feliz secreto. Pero su hermana no le concede tregua. Entonces Marta, dichosa, dice ruborizándose:

-Me ha citado para la hora de la muerte y del desposorio cumplido... - y se le enciende el rostro con una rojez más viva y una sonrisa de alma.

## 627

## Aparición a los apóstoles en el Cenáculo.

Están recogidos en el Cenáculo. Debe haber anochecido ya hace un buen rato, porque no se oye ningún ruido de la calle ni de la casa. Creo que incluso todos los que antes habían venido ya se han retirado, o a sus propias casas o a dormir, cansados por tantas emociones.

Los diez, sin embargo, comidos unos pescados -quedan algunos todavía, en una bandeja que está encima de un aparador-, conversan a la luz de una sola llama de la lámpara, la más cercana a la mesa. Están todavía sentados alrededor de ésta. Su conversación es entrecortada. Está hecha casi de monólogos, porque parece como si cada uno, más que con su compañero, hablara consigo mismo, mientras los otros lo dejan hablar, a lo mejor hablando a su vez de algo completamente distinto. Pero estos temas inconexos, que me parecen como radios de una rueda desvencijada, se siente que pertenecen a un único tema en torno al cual se centran, aunque estén tan desparpajados: Jesús.

-Mi temor es que Lázaro haya oído mal, y que las mujeres hubieran oído mejor que Él... - dice Judas de Alfeo.

-¿A qué hora ha dicho la romana que lo había visto? – pregunta Mateo.

Ninguno le responde.

-Mañana voy a Cafarnaúm - dice Andrés.

-¡Qué maravilla! ¡Hacer que salga precisamente en ese momento la litera de Claudia! - dice Bartolomé.

-Hemos hecho mal, Pedro, marchándonos inmediatamente esta mañana... Si nos hubiéramos quedado, lo habríamos visto, como la Magdalena - suspira Juan.

-No comprendo cómo ha podido estar en Emaús y en el palacio al mismo tiempo. Y cómo aquí, con su Madre, y con la Magdalena y con Juana, simultáneamente - dice, hablando para sí, Santiago de Zebedeo.

-No vendrá. No he llorado lo suficiente como para merecerlo... Tiene razón. Yo digo que me hace esperar tres días por mis tres negaciones. ¿Cómo pude, cómo pude hacer eso?

-¡Qué transfigurado estaba Lázaro! Os digo que parecía un Sol. Yo creo que le ha sucedido como a Moisés después de haber visto a Dios *(Éxodo 34, 29-35)*. Y -¿verdad, vosotros que estabais allí?- inmediatamente después de haber ofrecido su vida! - dice el Zelote.

Ninguno lo escucha.

Santiago de Alfeo se vuelve hacia Juan y dice:

-¿Cómo dijo a los de Emaús? Me parece que nos ha disculpado, ¿no es verdad? ¿No dijo que todo ha sucedido por nuestro error de israelitas en el modo de entender su Reino?

Juan no le presta atención; se vuelve hacia Felipe, mira a éste Y dice... al aire, porque no habla a Felipe:

-A mí me basta con saber que ha resucitado. Y... y también que mi amor sea cada vez más fuerte. Ha ido en proporción, ¿no?, si os fijáis, al amor que hemos tenido: la Madre, María Magdalena, los niños, mi madre y la tuya, y luego Lázaro y Marta... ¿Cuándo a Marta? Yo digo que cuando entonó el salmo davídico *(Salmo 23)*: "El Señor es mi pastor, nada me faltará. Me ha puesto en lugar de abundantes pastos, me ha conducido a aguas de reposo. Ha llamado hacia sí al alma mía...". ¿Te acuerdas cómo nos hizo estremecernos con ese inesperado canto? Y esas palabras se conectan con lo que ha dicho: "Ha llamado hacia sí al alma mía". Efectivamente, Marta parece haber encontrado de nuevo su camino... Antes estaba como desconcertada, ¡ella, la fuerte! Quizás en la propia llamada le ha dicho el lugar a donde quiere que vaya; es más, esto es seguro porque si la ha citado ella debe saber dónde será. ¿Qué habrá querido decir con "desposorio cumplido?

Felipe, que lo ha mirado un momento y luego lo ha dejado monologar, gime: -No voy a saber qué decirle si viene... Huí... y, siento que huiré. Antes por miedo a los hombres, ahora por miedo a Él.

-Dicen todos que es hermosísimo. ¡Pero es que puede ser más hermoso que lo que ya lo era? - se pregunta Bartolomé.

-Yo le diré: "Me perdonaste sin decirme palabra alguna cuando era publicano. Perdóname ahora con tu silencio, porque mi vileza no merece tu palabra" - dice Mateo.

-Longinos dice que ha pensado: "¿Debo pedirle quedar curado o creer?". Pero su corazón ha dicho: "Creer", y entonces la Voz ha dicho: "Ven a mí", y él ha sentido la voluntad de creer y la curación al mismo tiempo. Me lo ha dicho justo así - afirma Judas de Alfeo.

-Yo no dejo de pensar en Lázaro, premiado inmediatamente después de su ofrecimiento... Yo también lo he dicho: "Mi vida por tu gloria". Pero no ha venido - suspira el Zelote.

-¿Qué opinas, Simón? Tú, que eres culto, dime: ¿qué debo decirle para que comprenda que lo quiero y que le pido perdón? ¿Y tú, Juan? Tú has hablado mucho con la Madre. Ayúdame. ¡No es piadoso dejar solo al pobre Pedro!

Juan se mueve a compasión hacia su descorazonado compañero y dice:

-Pues... pues yo le diría simplemente: "Te quiero". En el amor está incluido también el deseo de perdón y el arrepentimiento. Pero... no sé. ¿Simón, tú qué crees?

Y el Zelote:

-Yo diría lo que era el grito de los milagros: "¡Jesús, ten piedad de mí!". Diría: “Jesús”. Es suficiente. ¡Porque es, con creces, más que el Hijo de David!

-Es precisamente eso lo que pienso y lo que me hace temblar. ¡Oh, esconderé la cabeza!... Esta mañana también tenía miedo de verlo y...

-...Y luego has sido el primero en entrar. No, no tengas ese miedo. Parece como si no lo conocieras - le anima Juan.

La habitación se ilumina vivamente, como a causa de un relámpago deslumbrador. Los apóstoles, temiendo que sea un rayo, se tapan la cara. Pero al no oír ruido alzan la cabeza.

Jesús está en medio de la habitación, junto a la mesa. Abre los brazos diciendo: -La paz sea con vosotros.

Ninguno responde. Quién más pálido, quién más rojo, todos lo miran fijamente, con miedo y embarazo; hechizados y, al mismo tiempo, deseosos de huir.

Jesús da un paso hacia delante, incrementando su sonrisa.

-¡No temáis! Soy Yo. ¿Por qué tan turbados? ¿No queríais verme? ¿No había encargado que os dijeran que iba a venir? ¿No os lo había dicho ya en la noche pascual?

Ninguno se atreve a abrir la boca. Pedro ya llora, y Juan sonríe mientras que los dos primos, con los ojos brillantes y un movimiento de palabra en los labios silenciosos, parecen dos estatuas que representen el deseo.

-¿Por qué en vuestros corazones pugnan tanto la duda y la fe, el amor y el temor? ¿Por qué todavía queréis ser carne y no espíritu, y no queréis sólo con el espíritu ver, comprender, juzgar y obrar? ¿En la llamarada del dolor no se ha consumido todo el viejo yo, y no ha surgido el nuevo yo de una vida nueva? Soy Jesús. Vuestro Jesús, resucitado, como Él había dicho. Mirad. Tú que viste las heridas y vosotros que ignoráis mi tortura. Porque lo que sabéis es muy distinto del exacto conocimiento que tiene Juan. Ven, tú el primero. Estás ya enteramente limpio. Tan limpio que puedes tocarme sin temor. El amor, la obediencia, la fidelidad ya te habían purificado. Mi Sangre, la Sangre que te asperjó por entero cuando me bajaste del patíbulo, acabó de purificarte. Mira. Son manos verdaderas, y verdaderas heridas. Observa mis pies. ¿Ves como es la señal del clavo? Sí, soy Yo verdaderamente, no un fantasma. Tocadme. Los espectros no tienen cuerpo. Yo tengo verdadera carne en un verdadero esqueleto.

Pone la Mano encima de la cabeza de Juan, que se ha atrevido a acercarse a Él: -¿Sientes? Está caliente y pesa.

Espira su aliento en su rostro:

-Y esto es respiro.

-¡Oh, mi Señor! - Juan susurra suavemente.

-Sí. Vuestro Señor. Juan, no llores de temor y de deseo. Ven a mí. Sigo siendo el que te quiere. Vamos a sentarnos, como siempre, a la mesa. ¿Os queda algo de comer? Pasádmelo, pues.

Andrés y Mateo, con movimientos propios de sonámbulo, toman de los aparadores el pan y el pescado y una bandeja con un panal apenas mordido en un ángulo.

Jesús ofrece el alimento y come, y da a cada uno un poco de lo que come. Y los mira. Con mucha bondad. Pero también con tanta majestuosidad, que ellos se quedan paralizados.

El primero que se atreve a hablar es Santiago, hermano de Juan:

-¿Por qué nos miras así?

-Porque quiero conoceros.

-¿No nos conoces todavía?

-Como vosotros no me conocéis a mí. Si me conocierais, sabríais quién soy y cómo os quiero, y encontraríais las palabras para expresarme vuestro tormento. Vosotros calláis. Como frente a un extraño poderoso de quien tenéis miedo. Hace poco hablabais... Hace ya casi cuatro días que habláis con vosotros mismos diciendo: “Le diré esto…”, diciendo a mi Espíritu: "Vuelve, Señor; que yo te pueda decir esto". Ahora he venido, ¿y calláis? ¿Tan cambiado estoy, que ya no os parezco Yo? ¿O tan cambiados estáis, que ya no me queréis?

Juan, que está sentado al lado de su Jesús, reacciona con su gesto habitual de apoyarle la cabeza sobre el pecho, mientras susurra:

-Yo te quiero, mi Dios - pero se inmoviliza y por respeto al resplandeciente Hijo de Dios, se prohíbe a si mismo esta concesión. Porque Jesús parece emanar luz, a pesar de tener una carne como la nuestra.

Pero Jesús lo acerca a su Corazón, y entonces Juan da rienda suelta a su gozoso llanto, y ello es la señal para el llanto de todos. Pedro, que está dos sitios más allá de Juan, cae al suelo entre la mesa y el asiento y llora gritando:

-¡Perdón, perdón! Sácame de este nfierno en que estoy desde hace tantas horas. Dime que has visto la verdadera realidad de mi error: no del espíritu, sino de la carne, que se impuso a mi corazón. Dime que has visto mi arrepentimiento... que durará hasta la muerte. Pero Tú... dime que, como Jesús, no debo temerte... y yo, y yo... yo trataré de vivir de tal manera que consiga también el perdón de Dios... y morir... sólo teniendo un gran purgatorio que cumplir.

-Ven aquí, Simón de Jonás.

-Tengo miedo.

-Ven aquí. No sigas siendo cobarde.

-No merezco acercarme a ti.

-Ven aquí. ¿Qué te ha dicho la Madre? "Si no lo miras en este sudario, no tendrás valor de mirarlo nunca más.” ¡Oh, hombre corto para entender! ¡Ese Rostro no te dijo con su mirada dolorosa que te comprendía y te perdonaba? Pues ese trozo de lino lo he dado para consuelo, para guía, para absolución, para bendición... ¿Pero qué ha hecho en vosotros Satanás, que os ha cegado tanto? Ahora Yo te digo: si no me miras ahora, que sobre mi gloria tengo todavía extendido un velo para adecuarme a vuestra debilidad, no podrás nunca jamás venir sin miedo a tu Señor. ¿Y qué te sucederá entonces? Por presunción pecaste. ¿Quieres ahora volver a pecar por obstinación? Ven, te digo.

Pedro va arrastrándose de rodillas, entre la mesa y los asientos cubriendo con sus manos el rostro bañado en lágrimas. Jesús, poniéndole la Mano sobre la cabeza, lo para cuando está a sus pies. Pedro, con un llanto aún más fuerte, toma esa Mano y la besa en medio de verdaderos sollozos sin freno. No sabe decir sino: « ¡Perdón! ¡Perdón!

Jesús se libera del apretujón y, haciendo palanca con su mano bajo el mentón del apóstol, obliga a Pedro a alzar la cabeza y lo mira fijamente a los ojos, enrojecidos, acongojados por el arrepentimiento con sus fúlgidos Ojos serenos. Parece querer perforarle el alma. Luego dice:

-Vamos, cancela en mí el oprobio de Judas. Bésame donde él besó. Lava con tu beso la señal de la traición.

Pedro alza la cabeza -simultáneamente, Jesús se inclina más-y roza la mejilla... luego reclina la cabeza en las rodillas de Jesús ; permanece así... como un niño, anciano de edad, que ha hecho algo malo pero que es perdonado.

Los otros, ahora que ven la bondad de su Jesús, encuentran de nuevo un poco de coraje, y, como pueden, se acercan.

Primero, los primos... Quisieran decir muchas cosas, pero no logran decir nada; Jesús los acaricia y les infunde ánimo con su sonrisa.

Se acercan Mateo y Andrés. Mateo dice:

-Como en Cafarnaúm...

Y Andrés:

-Yo, yo... yo te quiero.

Se acerca Bartolomé, gimiendo:

-No he sido sabio, sino necio. Éste es sabio - y señala al Zelote, a quien ya Jesús está sonriendo.

Santiago de Zebedeo se acerca y susurra a Juan:

-Díselo tú...

Jesús se vuelve y dice:

-Llevas cuatro noches diciéndolo y Yo cuatro noches llevo compadeciéndome de ti.

El último en acercarse es Felipe, encorvado todo. Pero Jesús le fuerza a levantar la cabeza y le dice:

-Para predicar a Cristo es necesario más valor.

Ahora están todos alrededor de Jesús. Poco a poco van cobrando nueva confianza. Hallan de nuevo aquello que habían perdido o que temían haber perdido para siempre. Surge de nuevo la confianza, la tranquilidad, y, a pesar de que Jesús aparezca tan majestuoso que infunda un nuevo respeto en sus apóstoles, ellos encuentran por fin el valor para hablar.

Es Santiago, el primo de Jesús, el que suspira:

-¿Por qué nos has hecho esto, Señor? Sabías que no somos nada y que todo viene de Dios. ¿Por qué no nos has dado la fuerza de estar a tu lado?

Jesús lo mira y sonríe.

-Ya todo se ha verificado. Y nada más debes padecer. Pero no me pidas otra vez esta obediencia. He envejecido un lustro por cada hora que pasaba, y tus sufrimientos, que el amor e igualmente Satanás aumentaban en mi imaginación en cinco veces respecto a lo que ya de por sí eran, han consumido verdaderamente todas mis fuerzas. Sólo me ha quedado fuerza para seguir obedeciendo, sujetando -como uno que se estuviera ahogando y tuviera las manos rotas- mi fuerza con la voluntad, como con dientes hincados en una tabla, para no perecer... ¡Oh, no pidas esto otra vez a tu leproso!

Jesús mira a Simón el Zelote y sonríe.

-Señor, Tú sabes lo que quería mi corazón. Pero luego me ha faltado el ánimo... como si me lo hubieran arrancado los canallas que te apresaron... y lo que me quedó fue un agujero por el que se escapaban todos mis pensamientos anteriores. ¿Por qué has permitido esto, Señor? - pregunta Andrés.

-Yo... ¿Tú dices el corazón? Yo digo que era como uno que hubiera perdido la razón. Como quien ha recibido un golpe de clava en la nuca. Cuando, ya de noche, me encontré en Jericó... ¡Oh! ¡Dios! ¡Dios!... ¿Pero es que puede un hombre perecer así? Yo creo que así es la posesión. ¡Ahora comprendo qué es esta tremenda cosa!... - Felipe abre todavía desmesuradamente sus ojos ante el recuerdo de lo que ha sufrido.

-Tiene razón Felipe. Yo miraba para atrás. Viejo soy y no pobre en conocimientos. Y dejé de saber todo lo que había sabido hasta ese momento. Miraba a Lázaro, tan acongojado pero tan seguro, y me decía: "¿Cómo es posible que él sepa encontrar todavía una razón y yo nada?" - dice Bartolomé.

-Yo también miraba a Lázaro. Y, dado que acabo de saber lo que Tú nos has explicado, no pensaba en el saber, sino que decía: "¡Si al menos en el corazón fuera como él!"; y, sin embargo, yo sólo tenía dolor, dolor, dolor. Lázaro tenía dolor y paz... ¿Por qué a él tanta paz?

Jesús mira por turno, primero a Felipe, luego a Bartolomé, luego a Santiago de Zebedeo. Sonríe y calla.

Judas dice:

-Yo tenía la esperanza de ver lo que, sin duda, Lázaro veía. Por eso estaba siempre cerca de él... ¡Su rostro!... Un espejo. Un poco antes del terremoto del Viernes, Lázaro tenía el aspecto de uno que muriera triturado. Luego, de repente, dentro de su dolor, apareció majestuoso. ¿Recordáis cuando dijo: "El deber cumplido da paz"? Todos creímos que fuera solamente un reproche a nosotros, o una aprobación de sí mismo. Ahora pienso que lo decía por ti. Lázaro era un faro en nuestras tinieblas. ¡Cuánto le has dado, Señor!

Jesús sonríe y calla.

-Sí. La vida. Y quizás con ella le has dado un alma diferente. Porque, en fin, ¿en qué es distinto de nosotros? Y, de todas formas no es ya un hombre, es algo más que un hombre. Y, por lo que era en el pasado, hubiera debido ser menos perfecto de espíritu aún que nosotros. Pero él se ha hecho, y nosotros... Señor, mi amor ha estado vacío como ciertas espigas. Sólo he dado cascabillo - dice Andrés.

Y Mateo:

-Yo no puedo pedir nada. Porque ya mucho recibí con mi conversión. Pero, sí, yo también hubiera deseado tener lo que ha recibido Lázaro: un alma dada por ti. Porque yo también pienso como Andrés...

-También Magdalena y Marta han sido faros. Será la raza. Vosotros no las habéis visto. Una era piedad y silencio. ¡La otra! ¡Oh, si hemos sido todos como un haz en torno a la Bendita, ha sido porque María de Magdala nos ha envuelto con las llamas de su valiente amor! Sí. He dicho: la raza. Pero debo decir: el amor. Nos han superado en el amor. Por eso han sido lo que han sido - dice Juan.

Jesús sigue sonriendo y callando.

-Bueno, pero han recibido un gran premio...

-A ellos te apareciste.

-A los tres.

-A María inmediatamente después de haberte aparecido a tu Madre...

Es claro en los apóstoles la añoranza por estas apariciones de privilegio.

-María sabe ya desde hace muchas horas que has resucitado. Nosotros sólo ahora podemos verte...

-Ellas ya sin dudas. Nosotros, sin embargo... sólo ahora sentimos que nada ha terminado. ¿Por qué a ellas, Señor, si todavía nos amas y no nos repudias? - pregunta Judas de Alfeo.

-Sí. ¿Por qué a las mujeres y especialmente a María? Incluso la has tocado en la frente, y ella dice que le parece llevar una corona eterna. Y a nosotros, tus apóstoles, nada...

Jesús ya no sonríe. Su Rostro no está turbado, pero cesa su sonrisa. Mira serio a Pedro -que es el último que ha hablado, y que ha ido recuperando el valor a medida que se le iba pasando el miedo- y dice:

-Tenía doce apóstoles. Los quería con todo mi Corazón. Yo los había elegido y, como una madre, había cuidado de su desarrollo en mi Vida. No tenía secretos para ellos. Todo lo decía, todo lo explicaba, todo lo perdonaba. Lo que era humano, los descuidos, las tozudeces... todo. Y tenía discípulos, pobres y ricos. Tenía conmigo a mujeres de oscuro pasado o de débil constitución. Pero los predilectos eran los apóstoles.

Llegó mi hora. Uno me traicionó y me entregó a los verdugos. Tres se durmieron mientras Yo sudaba sangre. Todos, menos dos, huyeron por cobardía. Uno, por miedo, a pesar de tener el ejemplo del otro, joven y fiel, renegó de mí. Y, por si no fuera suficiente, entre los doce ha habido un suicida desesperado y uno que ha dudado tanto de mi perdón, que sólo a duras penas y gracias a palabras maternas ha creído en la misericordia de Dios. De manera que, si hubiera mirado a esta grey mía, si la hubiera mirado con ojos humanos, habría debido decir: "Menos Juan, fiel por amor, y Simón, fiel a la obediencia, ya no tengo apóstoles". Esto es lo que habría debido decir mientras sufría en el recinto del Templo, en el Pretorio, por las calles, en la Cruz.

Tenía conmigo a mujeres... Y una, la más culpable en el pasado, ha sido, como Juan ha dicho, la llama que ha soldado las fibras rotas de los corazones. Esa mujer es María de Magdala. Tú has renegado de mí y has huido, ella ha desafiado a la muerte por estar a mi lado; insultada, ha destapado su cara, dispuesta a recibir esputos y golpes, pensando en asemejarse así más a su Rey crucificado; vejada en el fondo de los corazones por su tenaz fe en mi Resurrección, ha sabido seguir creyendo; llena de congoja, ha actuado; esta mañana, desolada, ha dicho: "De todo me despojo, pero dadme a mi Maestro". ¿Puedes atreverte todavía a hacer la pregunta de por qué a ella?

Tenía discípulos pobres: unos pastores. Poco he estado con ellos, y, sin embargo, ¡cómo han sabido confesarme con su fidelidad!

Tenía discípulas medrosas, como todas las mujeres hebreas. Y, sin embargo, han sabido dejar la casa y meterse entre la marea de un pueblo que blasfemaba contra mí, para ofrecerme el auxilio que mis apóstoles me habían negado.

Tenía a paganas que admiraban al "filósofo". Para ellas era eso. Pero han sabido acomodarse a usos hebreos, ellas, las poderosas romanas, para decirme, en la hora del abandono de un mundo de ingratos: "Nosotras somos para ti amigas".

Tenía la cara cubierta de esputos y sangre; lágrimas y sudor goteaban sobre las heridas; inmundicias y polvo me creaban costras. ¿De quién fue la mano que me limpió? ¿Fue la tuya? ¿O la tuya? ¿O la tuya? Ninguna de vuestras manos. Este estaba al lado de la Madre. Este reunía a las ovejas desperdigadas: vosotros. Y si mis ovejas estaban desperdigadas ¿cómo podían socorrerme? Tú escondías tu cara por miedo al desprecio del mundo mientras el desprecio de todos cubría a tu Maestro, a Él que era inocente.

Tenía sed. Sí. Has de saber también esto. Me moría de sed. No tenía ya sino fiebre y dolor. Ya la sangre había brotado en el Getsemaní, extraída por el dolor de la traición, del abandono, de la abjuración, de los golpes que se abatían sobre mí; por verme sumergido bajo las culpas infinitas y bajo el rigor de Dios... Y había brotado en el Pretorio... ¿Quién quiso darme una gota para mi garganta reseca? ¿Una mano de Israel? No. La piedad de un pagano. La misma mano que, por decreto eterno, me abrió el pecho para mostrar que el Corazón tenía ya una herida mortal: la que habían hecho en él el desamor, la cobardía, la traición. Un pagano. Os recuerdo: "Tuve sed y me diste de beber". Ninguno que me aliviara *en todo Israel.* O por imposibilidad de hacerlo, como mi Madre y las mujeres fieles, o por culpable voluntad de no hacerlo. Y un pagano encontró para el Desconocido esa piedad que mi pueblo me había negado. Encontrará en el Cielo ese sorbo que me dio.

En verdad os digo que, si bien rechacé *todo consuelo* –porque cuando se es Víctima no hay que mitigar el destino-, *no quise rechazar al pagano.* En lo que me ofreció sentí la miel de todo el amor que los Gentiles me darán como compensación de la amargura que me dio Israel. No me calmó la sed, pero sí el desconsuelo. Por esto acepté ese sorbo ignorado, para atraer hacia mí al que ya se inclinaba hacia el Bien. ¡Que el Padre lo bendiga por su piedad!

¿Ya no decís nada? ¿Por qué no preguntáis todavía por qué he actuado así? ¿No os atrevéis a preguntarlo? Yo os lo diré. Os voy a manifestar todo lo relativo a los porqués de esta hora.

¿Quiénes sois vosotros? Mis continuadores. Sí. Lo sois a pesar de vuestro extravío. ¿Qué debéis hacer? Convertir al mundo para Cristo. ¡Convertir! Es la cosa más delicada y difícil, amigos míos. El desdén, la repulsa, el orgullo, el celo exagerado son deletéreos, venenosos, para ello. Pero, dado que nada ni nadie os habría convencido en orden a la bondad, a la condescendencia, a la caridad, hacia los que están en las tinieblas, ha sido necesario -¿comprendéis?-, necesario ha sido el que de una vez para siempre vierais quebrantado vuestro orgullo de hebreos, de varones, de apóstoles, para dar cabida solamente a la verdadera sabiduría de vuestro ministerio; a la mansedumbre, paciencia, piedad, amor sin altanería ni repulsas.

Ya veis que todos aquellos a quienes mirabais o con desprecio o con orgullosa compasión os han superado en el creer y en el obrar. *Todos.* La pecadora del pasado. Lázaro, impregnado de cultura profana, el primero que en mi Nombre ha perdonado y guiado. Las mujeres paganas. La débil mujer de Cusa. ¿Débil? ¡Verdaderamente os supera a todos! Primera mártir de mi fe. Los soldados de Roma. Los astores. El herodiano Manahén. Y hasta Gamaliel, el rabí. No te estremezcas, Juan. ¿Tú crees que mi Espíritu estaba en las tinieblas? Todos. Para que en el futuro, recordando vuestro error, no cerréis el corazón a quien se acerque a la Cruz.

Os digo esto, aunque sé que, a pesar de decirlo, no lo haréis sino cuando la Fuerza del Señor os pliegue como débiles tallos a mi Voluntad, que es tener cristianos de toda la Tierra. He vencido a la Muerte, pero la Muerte es menos dura que el viejo hebraísmo. De todas formas, os doblegaré.

Tú, Pedro, en vez de estar lloroso y abatido, tú que debes ser la Piedra de mi Iglesia, esculpete estas amargas verdades en el corazón. La mirra se usa para preservar de la corrupción. Úntate bien de mirra, pues. Y cuando sientas deseos de cerrar el corazón y la Iglesia a uno de otra fe, recuerda que no Israel, no Israel, no Israel, sino Roma, me defendió y quiso tener piedad. Recuerda que no tú, sino una pecadora, supo estar al pie de la Cruz y mereció verme antes. Y, para no merecer reproche, sé imitador de tu Dios. Abre el corazón y la Iglesia diciendo: "Yo, el pobre Pedro, no puedo despreciar, porque si desprecio seré despreciado por Dios, y mi error revivirá ante sus ojos". ¡Ah, si no te hubiera quebrantado así! Habrías venido a ser no pastor, sino lobo.

Jesús se levanta. Majestuosísimo.

-Hijos míos, os hablaré otras veces durante el tiempo que estaré con vosotros. Entretanto, os absuelvo y perdono. Después de la prueba, de esta prueba que, aun habiendo sido humillante y cruel, ha sido también saludable y necesaria, descienda sobre vosotros la paz del perdón. Y, con ella en el corazón, volved a ser mis amigos fieles y fuertes. El Padre me ha enviado al mundo. Yo os envío a vosotros al mundo para que continuéis mi evangelización. Miserias de todo tipo se acercarán a vosotros pidiendo confortación. Sed buenos, pensando en vuestra miseria de cuando os quedasteis sin vuestro Jesús. Tened luz en vosotros. En las tinieblas no es posible ver. Estad limpios para comunicar limpieza. Sed amor para amar. Luego vendrá Aquel que es Luz, Purificación y Amor. Pero, entretanto, para prepararos a este ministerio, os comunico el Espíritu Santo. A quien perdonéis los pecados les serán perdonados, a quien se los retengáis les serán retenidos. Que vuestra experiencia os haga justos para juzgar. Que el Espíritu Santo os haga santos para santificar. Que el sincero deseo de superar vuestra deficiencia os haga heroicos para la vida que os espera. Lo que todavía queda por deciros os lo diré cuando venga el ausente. Orad por él. Quedaos con mi paz y sin angustia de dudas respecto a mi amor.

Jesús desaparece de la misma forma que había entrado. Deja entre Juan y Pedro un lugar vacío. Desaparece en medio de un resplandor que de tan intenso hace cerrar los ojos. Y, cuando los ojos deslumbrados vuelven a abrirse, sólo encuentran que la paz de Jesús se ha quedado ahí, llama que quema y cura y que consume las amarguras del pasado en un único deseo: servir.

## 628

## El regreso de Tomás y su incredulidad.

Los diez están en el patio de la casa del Cenáculo. Hablan entre sí y luego oran, y después siguen hablando.

Dice Simón Zelote:

-Estoy verdaderamente afligido por la desaparición de Tomás. No sé ya dónde buscarlo.

-Yo tampoco - dice Juan.

-Con sus familiares no está. Y nadie lo ha visto. ¿Y si lo hubieran capturado?

-Si así fuera, el Maestro no habría dicho: "Diré lo demás cuando esté el ausente".

-Es verdad. Yo, de todas formas, quiero ir todavía a Betania. Quizás está por aquellas montañas sin atreverse a mostrarse.

-Ve, ve, Simón. Tú nos has reunido a todos y... reuniéndonos, nos has salvado, porque nos has llevado donde Lázaro. ¿Habéis oído qué palabras ha dicho el Señor respecto a Lázaro? Ha dicho: "el primero que en mi Nombre ha perdonado y guiado". ¿Por qué no lo pone en el lugar del Iscariote? - pregunta Mateo.

-Porque no querrá dar al perfecto amigo el lugar del traidor - responde Felipe.

-He oído hace poco, cuando he estado dando una vuelta por los mercados y he hablado con vendedores de pescado, que... sí, de ellos me puedo fiar, que los del Templo no saben qué hacer con el cuerpo de Judas. No sé quién habrá sido... pero esta mañana, al alba, los guardianes del Templo han encontrado dentro del sagrado recinto su cuerpo putrefacto, todavía con la soga en el cuello. Yo creo que habrán sido paganos los que lo hayan descolgado y lo hayan echado allá... ¡a saber cómo! - dice Pedro.

-Sin embargo, a mí ayer tarde, en la fuente, me dijeron -más exactamente, oí decir- que, ya desde el atardecer de ayer, han lanzado con hondas entrañas del traidor hasta incluso contra la casa de Anás. Sin duda, paganos. Porque ningún hebreo habría tocado, después de más de cinco días, ese cuerpo. ¡Bien podrido que estaría! – dice Santiago de Alfeo.

-¡Algo horrible, ya desde el sábado!

Juan, al recordarlo, palidece.

-¿Pero cómo es que terminó en ese lugar? ¿Era suyo?

-¿Quién ha sabido algo alguna vez con exactitud de boca de Judas de Keriot! ¿Os acordáis de lo cerrado que era, y complicado?

-Puedes decir "embustero", Bartolomé. Nunca era sincero. Durante tres años estuvo con nosotros, y nosotros, que todo lo teníamos en común, ante él estábamos como ante la alta muralla de una fortaleza.

-¿De una fortaleza? ¡Simón! ¡Di de un laberinto! - exclama Judas Alfeo.

-¡Oye, un momento! ¡No hablemos de él! Me da la impresión de estar llamándolo y que vaya a venir a crearnos fastidio. Yo quisiera cerrar su recuerdo de mí y de todos los corazones, sean hebreos o gentiles; si son hebreos, para no sentir la vergüenza de que nuestra raza haya generado a este monstruo; si son gentiles, para que entre ellos no haya quien un día pueda decirnos: "Fue uno de Israel su traidor". Yo soy un muchacho, y no debería hablar ante vosotros antes. Yo soy el último, y tú,

Pedro, eres el primero. Y aquí están el Zelote y Bartolomé, instruidos, y están los hermanos del Señor. Pero, mirad, yo quisiera poner pronto a uno en el duodécimo puesto, uno que fuera santo, porque mientras vea ese puesto vacío en nuestro grupo, veré la boca del infierno con sus hedores en medio de nosotros. Y tengo miedo de que nos extravíe...

-¡No, hombre, Juan! Te has quedado impresionado por la fealdad de su delito y de su cuerpo colgado...

-No, no. También la Madre dijo: "He visto a Satanás viendo a Judas de Keriot". ¡Oh, démonos prisa en buscar a un santo al que poner en ese lugar!

-Oye, yo no elijo a nadie. Si Él, que era Dios, ha elegido a un Iscariote, ¿qué elegirá el pobre Pedro?

-Pues, a pesar de todo, si que tendrás que...

-No, amigo. Yo no elijo nada. Se lo pediré al Señor. ¡Basta ya de pecados cometidos por Pedro!

-Muchas cosas debemos pedir. La otra noche nos hemos quedado como alelados. Pero debemos buscar instrucción. Porque... ¿Cómo nos las arreglaremos para comprender si una cosa es realmente pecado, o si no lo es? Ya ves cómo el Señor habla sobre los paganos de forma distinta de como hablamos nosotros. Ya ves cómo disculpa más una cobardía o el hecho de renegar, que la duda sobre su posible perdón... ¡Oh, yo tengo miedo de actuar equivocadamente - dice, desconsolado, Santiago de Alfeo.

-Verdaderamente nos ha hablado mucho, y tengo la impresión de no saber nada. Desde hace una semana estoy entontecido - confiesa, desconsolado, el otro Santiago.

-Yo también.

-Y yo.

-También yo.

Están todos en las mismas condiciones. Atónitos, se miran unos a otros y recurren a la consabida solución:

-Vamos donde Lázaro - dicen - Quizás allí encontramos al Señor. Y... Lázaro nos ayudará.

Llaman al portón. Guardan todos silencio y escuchan. Todos emiten una exclamación de estupor al ver entrar en el vestíbulo a Elías junto con Tomás (un Tomás tan enajenado, que no parece él).

Sus compañeros se arremolinan en torno a él con gritos de júbilo:

-¿Sabes que ha resucitado y ha venido?

-¡Y te espera a ti para volver!

-Sí. Me lo ha dicho también Elías. Pero yo no lo creo. Yo creo en lo que veo. Y veo que para nosotros todo ha terminado. Veo que estamos desperdigados. Veo que no existe ni siquiera un sepulcro conocido donde llorarle. Veo que el Sanedrín quiere deshacerse de su cómplice -cuya sepultura decreta, como si se tratara de un animal inmundo, al pie del olivo donde se ha ahorcado- y de los seguidores del Nazareno. A mí me echaron el alto el viernes, en las puertas, y me dijeron: "¿También tú eras uno de lo suyos? Ya está muerto. Vuelve a tu oficio de batihoja". Y he huido...

-Pero ¿a dónde? ¡Te hemos buscado por todas partes!

-¿A dónde? Fui hacia la casa de mi hermana, a Rama; pero luego, para no sufrir el reproche de una mujer, no me atreví a entrar. Así que di en vagar por las montañas de Judea y ayer terminé en Belén, en su gruta. ¡Cuánto lloré!... Me quedé dormido entre los cascotes, y allí me encontró Elías, que no sé por qué había ido allí.

-¿Por qué? Pues porque en las horas de alegría o de dolor demasiado grandes, se va a donde más se siente a Dios. Yo muchas veces en estos años había ido allí de noche, como un ladrón, para sentirme acariciar el alma por el recuerdo de su vagido. Y luego me alejaba de allí con los primeros rayos del sol, para no ser apedreado; pero ya estaba consolado. Esta vez he ido allí para decirle a ese lugar: "Me siento feliz", y para recoger de él todo lo que podía. Hemos decidido hacerlo así. Nosotros queremos predicar su Fe. Y para ello nos darán fuerza un trozo de esas paredes, un puñado de esa tierra, una astilla de aquellos postes. No somos santos como para atrevernos a tomar la tierra del Calvario...

-Tienes razón, Elías. También tendremos que hacerlo nosotros, y haremos. Pero... ¿Tomás?...

-Tomás dormía y lloraba. Le dije: "Despiértate y no llores más. Ha resucitado". No quería creerme. Pero insistí tanto, que lo convencí. Aquí lo tenéis. Ahora está con vosotros y yo me retiro. Voy a reunirme con mis compañeros, que van a Galilea. La paz a vosotros.

Elías se marcha.

-Tomás, ha resucitado; yo te lo digo. Ha estado con nosotros. Ha comido. Ha hablado. Nos ha bendecido. Nos ha perdonado. Nos ha dado potestad de perdonar. ¡Oh! ¿Por qué no has venido antes?

Tomás continúa abatido, no reacciona; menea, testarudo, la cabeza.

-No creo. Habéis visto un fantasma. Estáis todos fuera de quicio; las primeras, las mujeres. Un hombre muerto, por sí solo, no resucita.

-Un hombre, no; pero Él es Dios. ¿No lo crees?

-Sí. Creo que es Dios. Pero precisamente porque lo creo pienso y digo que, a pesar de toda su bondad, no puede ser tan bueno como para venir a quienes lo han amado tan poco; y digo que, a pesar de toda su humildad, debe estar ya harto de rebajarse en esta mísera carne nuestra. No. Estará, sin duda lo está, triunfante en el Cielo; y, quizás, se aparecerá como espíritu. Digo "quizás": ¡no merecemos tampoco eso! Pero, ¿resucitado en carne y hueso?... No, no lo creo.

-¡Pero si lo hemos besado, lo hemos visto comer, hemos oído su voz, sentido su mano, visto sus heridas!

-Nada. Yo no creo. No puedo creer. Debería ver para creer. Si no veo en sus manos el agujero de los clavos y no meto dentro el dedo, si no toco las heridas de los pies y si no meto la mano en donde la lanza abrió el costado, no creo. No soy ni un niño ni una mujer. Quiero la evidencia. Lo que mi razón no puede aceptar lo rechazo. Y no puedo aceptar estas palabras vuestras.

-¡Pero Tomás! ¿Te parece que te queramos engañar?

-¡No, almas de Dios! Dichosos vosotros, más bien, que sois tan buenos, que queréis llevarme a esa paz que con vuestra ilusión habéis conseguido para vosotros. Pero... yo no creo en su Resurrección.

-¿No temes que te castigue? Ten en cuenta que oye y ve todo.

-Pido que me convenza. Yo tengo una razón, y, por tanto, hago uso de ella. Él, que es el Dueño de la razón humana, que me enderece la mía si está desviada.

-Pero Él decía que la razón es libre.

-A mayor razón para que no la haga esclava de una sugestión colectiva. Yo os quiero, y quiero al Señor. Le serviré como pueda, y estaré con vosotros para ayudaros a servirle. Predicaré su doctrina Pero no puedo creer si no veo.

Y Tomás, testarudo, sólo se presta oídos a sí mismo. Le hablan de todos los que lo han visto, y de cómo lo han visto. Le aconsejan que hable con la Madre. Pero él menea la cabeza, estando sentado en su asiento de piedra (más piedra él que el asiento). Testarudo como un niño, repite:

-Creeré si veo...

Ésta es la palabra clave de los desdichados que niegan aquello que, admitiendo que Dios todo lo puede, es tan dulce y santo creer.

## 629

## Aparición a los apóstoles, esta vez con Tomás. Jesús habla sobre el sacerdocio y los futuros sacerdotes.

Los apóstoles están recogidos en el Cenáculo. Alrededor de la mesa en que fue celebrada la Pascua. Pero, por respeto, el sitio del centro, el de Jesús, está desocupado.

También los apóstoles, faltando quien los polarice y distribuya por voluntad propia y por elección de amor, se han colocado de forma distinta. Pedro está todavía en su sitio. Pero en el sitio de Juan está ahora Judas Tadeo. Luego viene el más anciano de los apóstoles, que no sé todavía quién es *("no sé todavía quién es", considerada la fecha de la presente "visión", que precede a casi todas las de la vida pública de Jesús);* luego Santiago, hermano de Juan, casi en la esquina de la mesa por la parte derecha, respecto a mí, que miro. Al lado de Santiago, pero en el lado corto de la mesa, está sentado Juan. Y después de Pedro viene Mateo, y después de Mateo Tomás, luego uno cuyo nombre no sé, luego Andrés, luego Santiago, hermano de Judas Tadeo, y otro cuyo nombre no sé, en los otros lados. El lado largo que está enfrente de Pedro aparece vacío, pues los apóstoles están más arrimados en los asientos de lo que lo estaban en la Pascua.

Las ventanas están bien trancadas, y también las puertas. La lámpara, de la que están encendidos sólo dos mecheros, esparce luz, tenue, sólo sobre la mesa. El resto de la amplia estancia está en la penumbra.

Juan, a cuyas espaldas hay un aparador, tiene el encargo de pasar a sus compañeros lo que desean de la parca comida (compuesta de pescado, que está en la mesa, pan, miel y pequeños quesos frescos). Y es en el acto de volverse hacia la mesa, para dar a su hermano el queso que le ha pedido, cuando Juan ve al Señor.

Jesús se ha aparecido de forma muy curiosa. La pared que está a espaldas de los comensales -una pared continua excepto en el ángulo donde está la pequeña puerta-, en su centro, se ha iluminado, a una altura de un metro del suelo aproximadamente, con una luz tenue y fosforescente, como la que emanan ciertos cuadraditos que son luminosos sólo en la oscuridad de la noche. La luz, de una altura de casi dos metros, tiene forma oval, como si fuera un nicho. En la luminosidad, como si avanzara desde detrás de velos de niebla luminosa, va emergiendo cada vez más netamente Jesús.

No sé si logro explicarme bien. Parece como si su Cuerpo *fluyera* a través del espesor de la pared, que no se abre, sino que permanece compacta; pero el Cuerpo pasa igual. La luz parece la primera emanación de su Cuerpo, el anuncio de estarse acercando. El Cuerpo, primero, está formado por leves líneas de luz (como veo en el Cielo al Padre y a los ángeles santos): es *inmaterial.* Luego se va materializando cada vez más, hasta tomar, en todo, el aspecto de un cuerpo real, de su divino Cuerpo glorificado.

Mi descripción ha sido larga, pero la cosa se ha producido en pocos segundos.

Jesús está vestido de blanco, como cuando resucitó y se apareció a su Madre. Hermosísimo, amoroso, sonriente. Tiene los brazos extendidos a lo largo de los lados del Cuerpo, un poco separados de éste, con las Manos hacia abajo y con la palma vuelta hacia los apóstoles. Las dos Llagas de las Manos parecen dos estrellas de diamantes, de las que salen dos rayos vivísimos. No veo los Pies, pues están cubiertos por la túnica, tampoco veo el Costado. Pero a través de la tela de su vestido no terreno se filtra luz en los lugares en que aquélla oculta las divinas Heridas. A1 principio parece que Jesús es sólo Cuerpo de candor lunar; ahora, después de haberse concretado apareciendo fuera del halo de luz, tiene los colores naturales de sus cabellos, ojos y piel: es Jesús, en fin, Jesús-Hombre-Dios; pero, ahora que ha resucitado, ha adquirido mayor solemnidad.

Juan lo ve cuando Él está ya así. Ningún otro se había percatado de la aparición. Juan se pone bruscamente de pie, dejando caer sobre la mesa el plato de los pequeños quesos redondos. Apoyando las manos en el borde de la mesa, se inclina un poco, oblicuamente, hacia ésta, como si un imán lo atrajera, y exhala un « ¡Oh!» quedo pero intenso.

Los otros, que habían alzado los ojos de sus platos al caer, ruidoso, el plato de los quesos y al ver la repentina reacción de Juan, y que lo habían mirado asombrados al ver su postura extática, ahora siguen su mirada. Vuelven la cabeza o se vuelven ellos, según la posición en que se encontraran respecto al Maestro, y ven a Jesús. Se ponen todos en pie, emocionados y dichosos, y se apresuran a ir donde Él, que, acentuando su sonrisa se está acercando, caminando ahora sobre el suelo, como todos los mortales.

Jesús, que antes miraba, fijamente, sólo a Juan -y yo creo que Juan se ha vuelto atraído por esa mirada que lo acariciaba- mira a todos y dice:

-Paz a vosotros.

Ahora todos están a su alrededor, quién de rodillas a sus pies (entre éstos, Pedro y Juan -es más, Juan besa un borde de la túnica y se la pone en la cara como buscando su caricia-), quién más atrás de pie, pero muy inclinado en actitud de reverencia.

Pedro, para llegar antes, ha dado un verdadero brinco por encima del asiento, saltándolo, sin esperar a que Mateo, saliendo antes, dejara libre el sitio (hay que recordar que los asientos servían para dos personas simultáneamente).

El único que se queda un poco lejos, con gesto de embarazo, es Tomás. Se ha arrodillado al lado de la mesa, pero no se atreve a ir más adelante, es más, parece como si intentara esconderse tras 1a esquina de la mesa.

Jesús, dando a besar sus Manos -con ardor santo y amoroso buscan estas Manos los apóstoles-, pasa su mirada sobre las cabezas agachadas, como buscando al undécimo. Pero desde el primer momento lo ha visto (su gesto tiene sólo la finalidad de dar tiempo a Tomás de recobrarse y acercarse).

Viendo que el incrédulo, avergonzado por su falta de fe, no se atreve a hacerlo, lo llama:

-Tomás, ven aquí.

Tomás alza la cabeza, confundido, casi llorando, pero no se atreve a ir. Baja de nuevo la cabeza.

Jesús da algunos pasos hacia él y vuelve a decir:

-Ven aquí, Tomás.

La voz de Jesús es más imperiosa que la primera vez.

Tomás se alza, retraído y confuso, y va hacia Jesús.

-¡Aquí está el que no cree si no ve! - exclama Jesús. Pero en su voz hay una sonrisa de perdón.

Tomás lo percibe, se decide a mirar a Jesús, y ve que verdaderamente sonríe; entonces gana coraje y se acerca más deprisa.

-Ven aquí, bien cerca. Mira. Mete un dedo, si no te basta mirar, en las heridas de tu Maestro.

Jesús ha extendido las Manos y luego ha abierto la túnica en la parte del pecho, descubriendo el desgarro del Costado. La luz no nace ya de las Heridas. No surge ya desde que, saliendo de su halo de luz lunar, ha empezado a caminar como un Hombre mortal. Las Heridas se muestran en su cruenta realidad: dos agujeros irregulares, izquierdo hasta el pulgar, que atraviesan, respectivamente, una muñeca y la base de una palma, y un largo corte, que en el lado superior tiene ligera forma de acento circunflejo, en el Costado.

Tomás tiembla, mira, y no toca. Mueve los labios, pero no logra hablar claramente.

-Dame tu mano, Tomás - dice Jesús con mucha dulzura. Y toma con su derecha la mano derecha del apóstol, agarra el índice y lo lleva al desgarrón de su Mano izquierda y lo introduce bien dentro para que sienta que la palma está traspasada, y luego de la Mano lo pasa al Costado. Es más, ahora agarra los cuatro dedos de Tomás, por su base, por el metacarpo y pone estos cuatro gruesos dedos en el desgarrón del Pecho, y los introduce -no se limita a apoyarlos en el borde- y los tiene ahí dentro mientras mira fijamente a Tomás. Es una mirada severa, pero también dulce... mientras continúa:

-...Mete aquí tu dedo, pon los dedos, y la mano, si quieres, en mi Costado, no seas incrédulo, sino fiel.

Dice esto mientras hace lo que he dicho antes.

Tomás -parece que la proximidad del Corazón divino, al que casi toca, le ha infundido valor- logra por fin articular las palabras y hablar; dice, cayendo de rodillas, con los brazos alzados y un estallido de llanto de arrepentimiento:

-¡Señor mío y Dios mío!

No sabe decir otra cosa.

Jesús lo perdona. Le pone la derecha sobre la cabeza y responde:

-¡Tomás, Tomás! Ahora crees porque has visto... ¡Bienaventurados los que crean en mí sin haber visto! Si os he de premiar a vosotros y vuestra fe ha recibido la ayuda de la fuerza de la visión, ¿qué premio habré de darles a ellos?...

Luego Jesús pone el brazo en el hombro de Juan, mientras toma la mano de Pedro, y se acerca a la mesa. Se sienta en su sitio. Ahora están sentados como en la noche pascual. Pero Jesús quiere que Tomás se siente después de Juan.

-Comed, amigos - dice Jesús.

Pero ya ninguno tiene hambre. La alegría los sacia, la alegría de la contemplación.

Entonces Jesús coge los quesitos que están esparcidos y los reúne en el plato; los corta, los distribuye, y el primer trozo se lo da precisamente a Tomás, poniéndolo encima de un pedazo de pan y pasándolo por detrás de Juan. Vierte el vino de las ánforas en la copa, y se lo pasa a sus amigos; esta vez el primero en ser servido es Pedro. Luego pide que le den panales; los parte y da un trozo a Juan –esta vez a Juan el primero- con una sonrisa que es más dulce que la filamentosa y dorada miel que escurre. Y esto, para animarlos, lo come también El: sólo prueba la miel.

Juan -es su gesto habitual- reclina su cabeza sobre el hombro de Jesús, quien lo arrima a su Corazón y habla teniéndolo así.

-No debéis turbaros, amigos, cuando me aparezco a vosotros. Sigo siendo vuestro Maestro, que ha compartido con vosotros alimento y sueño y que os ha elegido porque os ha amado. *También ahora os quiero.*

Jesús resalta mucho estas últimas palabras.

-Vosotros – prosigue - habéis estado conmigo en las pruebas... estaréis conmigo también en la gloria. No bajéis la cabeza. En el anochecer del domingo, cuando vine a vosotros por primera vez después de mi Resurrección, os infundí el Espíritu Santo... también sobre ti, que no estabas presente, descienda el Espíritu... ¿No sabéis que 1a infusión del Espíritu es como un bautismo de fuego, porque el Espíritu es Amor, y e1 amor cancela las culpas? Vuestro pecado, por tanto, de deserción mientras Yo moría, os queda condonado.

A1 decir esto, Jesús besa a Juan en la cabeza, a Juan, que no desertó. Y Juan llora de alegría.

-Os he dado la potestad de condonar los pecados. *Pero no se puede dar lo que no se posee.* Vosotros debéis, pues, estar seguros de que esta potestad Yo la poseo perfecta y la uso por medio de vosotros, que *debéis* estar limpios en máximo grado para poder limpiar a quien se acerque a vosotros manchado de pecado. ¿Cómo podría uno juzgar y limpiar, si fuera merecedor de condena y estuviera él mismo sucio? ¿Cómo podría uno juzgar a otro, si tuviera vigas en su ojo y pesos infernales en su corazón? ¿Cómo podría decir: "Yo te absuelvo en nombre de Dios" si, por sus pecados, no tuviese consigo a Dios?

Amigos, pensad en vuestra dignidad de sacerdotes.

Antes Yo estaba en medio de los hombres para juzgar y perdonar. Ahora me marcho con mi Padre. Vuelvo a mi Reino. No soy despojado de la facultad de juicio; antes bien, toda ella está en mis manos, porque el Padre a mí me la ha confiado. Pero *tremendo juicio. Porque se producirá cuando ya no le será posible al hombre atraerse el perdón con años de expiación sobre la Tierra.* Todas las criaturas vendrán a mí con su espíritu cuando éste deje, por muerte material, la carne como despojo inútil. Y Yo las juzgaré, una primera vez. Luego, la Humanidad volverá con su vestido de carne, que habrá tomado de nuevo por imperativo celeste; volverá para ser separada en dos partes: los corderos con el Pastor; los cabros agrestes con su Torturador. Pero ¿cuántos serían los hombres que estarían con su Pastor, si después del lavacro del Bautismo no tuvieran ya a nadie que los perdonara en Nombre mío?

Por eso creo a los sacerdotes. *Para salvar a los salvados por mi Sangre. Mi Sangre salva. Pero los hombres siguen cayendo en la muerte, siguen volviendo a caer en la Muerte.* Es necesario que quien tenga la potestad los lave continuamente en mi Sangre, setenta y setenta veces siete, para que no caigan en manos de la Muerte. Vosotros y vuestros sucesores lo haréis. Por ello os absuelvo de *todos* vuestros pecados. Porque tenéis necesidad de *ver, y* la culpa, al quitarle al espíritu la Luz que es Dios, ciega. Porque tenéis necesidad *de comprender, y* la culpa, al quitarle al espíritu la Inteligencia que es Dios, embrutece. Porque tenéis un ministerio de *purificación, y* la culpa, al quitarle al espíritu la Pureza que es Dios, ensucia.

¡Gran ministerio este vuestro de juzgar y absolver en nombre mío!

Cuando vosotros consagréis *para beneficio vuestro* el Pan y el Vino y hagáis de ellos mi Cuerpo y mi Sangre, haréis una grande, sobrenaturalmente grande y sublime cosa. Para cumplirla dignamente deberéis ser puros, porque tocaréis a Aquel que es el Puro y os nutriréis de la Carne de un Dios. *Puros de corazón, de mente, de miembros y de lengua* deberéis ser, porque con el corazón deberéis amar la Eucaristía, y no deberán ser mezclados con este amor celeste profanos amores que serían sacrilegio. Puros de mente, porque deberéis creer y comprender este misterio de amor, y la impureza del pensamiento mata la Fe y el Intelecto. Queda la ciencia del mundo, pero muere en vosotros la Sabiduría de Dios. Puros de miembros deberéis ser, porque a vuestro interior descenderá el Verbo como descendió al seno de María por obra del Amor.

Tenéis el ejemplo vivo de cómo debe ser un seno que acoge al Verbo que se hace Carne. El ejemplo es la Mujer que me llevó, la Mujer sin pecado original y sin pecado individual.

Observad cuán pura es la cima del Hermón, envuelta todavía en el velo de la nieve invernal. Desde el Monte de los Olivos, parece un cúmulo de azucenas deshojadas o de espuma marina, elevándose como una ofrenda sobre el fondo del otro candor, el de las nubes transportadas por el viento de Abril por los campos azules del cielo. Observad, si no, una azucena que abra la boca de su corola para una sonrisa de fragancia. Pues bien, ambas purezas son menos vivas que la del seno que me fue materno. Polvo transportado por los vientos ha caído sobre la nieve del monte y sobre la seda de la flor. El ojo humano no lo percibe, de tan ligero como es; pero está, y deteriora el candor.

Y más aún: observad la perla más pura arrancada al mar, arrancada de su concha nativa, para adornar el cetro de un rey. Es perfecta en su apretada textura iridiscente, que ignora el contacto profanador de carne alguna, pues que se ha formado en el cuenco de la madreperla de la ostra, aislada en el fluido zafiro de las profundidades marinas. Y, a pesar de todo, es menos pura que el seno que me tuvo. En su centro está el granito arenoso: un corpúsculo diminutísimo, pero terrestre. En Aquella que es la Perla del Mar no existe partícula de pecado, ni siquiera el fomes del pecado. Perla nacida en el Océano de la Trinidad para traer a la Tierra a la Segunda Persona, Ella es compacta en torno a su centro, que no es semilla de terrena concupiscencia, sino centella del Amor eterno. Centella que, encontrando en Ella respuesta, ha generado los vórtices de la divina Exhalación que ahora a sí llama y atrae a los hijos de Dios: Yo, el Cristo, Estrella de la Mañana.

Esta Pureza inviolada es la que os doy como ejemplo.

Y cuando, como vendimiadores en un tino, hundís las manos en el mar de mi Sangre y de él sacáis para limpiar las vestiduras de los desdichados que pecaron, sed, además de puros, perfectos, para no mancharos con un pecado mayor, es más: con *pecados mayores,* derramando y tocando con sacrilegio la Sangre de un Dios o faltando a la caridad y a la justicia negándola, o dándola con un rigor que no es de Cristo -que fue bueno con los malos, para atraerlos a su Corazón, y tres veces bueno con los débiles, para animarlos a la confianza-, usando de este rigor tres veces indignamente, al ir contra mi Voluntad, contra mi Doctrina y contra la Justicia. ¿Cómo puede ser riguroso con los corderos un pastor ídolo?

¡Oh, muy amados míos, amigos a los que envío por los caminos del mundo para continuar la obra que Yo he empezado y que será proseguida mientras dure el Tiempo, recordad estas palabras mías! Os las digo para que se las digáis a los que consagréis para el ministerio en que Yo os he consagrado.

Veo... Miro el paso de los siglos... el tiempo y las turbas infinitas de los hombres que estarán -todos- ante mí... Veo... matanzas y guerras, paces falaces y horrendas carnicerías, odio y latrocinio, sensualidad y orgullo. De tanto en tanto un oasis verde: un período de retorno a la Cruz. Como obelisco que señala una onda pura entre 1as áridas arenas del desierto, mi Cruz -después de que el veneno del mal haya infectado de rabia a los hombres- será alzada con amor, y alrededor de ella, plantadas en los bordes de las aguas salubres, florecerán las palmeras de un período de paz y bien en el mundo. Los espíritus, como ciervos y gacelas, como golondrinas y palomas, se acercarán a ese reposado, fresco, nutricio refugio para curarse de sus dolores y recuperar la esperanza. Refugio que apretará sus ramas cual cúpula protectora de las tormentas y el fuerte sol, y mantendrá alejados a serpientes y fieras con el Signo que le hace huir al Mal. Así mientras los hombres quieran.

Veo... Muchos hombres... mujeres, viejos, niños, guerreros, hombres de estudio, doctores, campesinos... Todos vienen y pasan con su peso de esperanzas y dolores. Y veo que muchos vacilan porque el dolor es demasiado y la esperanza ha sido la primera en caer de la carga, de la carga demasiado pesada, para hacerse añicos en el suelo... Y veo a muchos que caen en los bordes del camino porque otros más fuertes los empujan, más fuertes o más afortunados respecto a su carga, leve. Y veo a muchos que, sintiéndose abandonados por los que pasan, pisoteados incluso, sintiéndose morir, llegan incluso a odiar y a maldecir.

¡Pobres hijos! En medio de todos éstos, maltratados por la vida, de estos que pasan o caen, mi Amor, *intencionadamente,* ha diseminado a los samaritanos compasivos, a los médicos buenos, luces en la noche, voces en el silencio, para que los débiles que caen encuentren una ayuda, vuelvan a ver la Luz, vuelvan a oír la Voz que dice: "Ten esperanza. No estás solo. Sobre ti está Dios. Contigo está Jesús". He puesto, *intencionadamente,* a estas caridades operantes para que mis pobres hijos no se me murieran en el espíritu y perdieran la morada paterna, y para que siguieran creyendo en mí-Caridad viendo en mis ministros mi reflejo.

Pero, ¡oh dolor que me haces sangrar la Herida del Corazón como cuando fue abierta en el Gólgota! ¿Qué ven mis Ojos divinos? ¿Acaso no hay sacerdotes entre las turbas infinitas que pasan? ¿Por esto sangra mi Corazón? ¿Están vacíos los seminarios? ¿Mi divina propuesta no suena ya en los corazones? ¿El corazón del hombre ya no es capaz de oírla? No. En los siglos habrá seminarios, y en ellos levitas. De ellos saldrán sacerdotes porque en la hora de su adolescencia mi propuesta habrá sonado con voz celeste en muchos corazones y ellos la habrán seguido. Pero otras, otras, otras voces habrán venido después, con la juventud y la madurez, y mi Voz habrá quedado achicada en esos corazones, mi Voz que habla durante los siglos a sus ministros para que sean siempre lo que vosotros ahora sois: los apóstoles formados en la escuela de Cristo. La vestidura ha quedado, pero el sacerdote ha muerto. En demasiados, durante los siglos, sucederá este hecho. *Sombras inútiles y oscuras, no serán una palanca que eleva, una cuerda que tira, una fuente que calma la sed, trigo que sacia el hambre, corazón que sirva de almohada, una luz en las tinieblas, una voz que repita lo que el Maestro le dice; sino que serán para la pobre Humanidad un peso de escándalo, un peso de muerte, parásitos, una putrefacción...* ¡Qué horror! ¡Los Judas más grandes del futuro Yo los tendré, de nuevo y siempre, en mis sacerdotes!

Amigos, Yo me hallo en la gloria y a pesar de ello, lloro. Siento compasión de estas turbas infinitas, rebaños sin pastores o con demasiado escasos pastores. ¡Una compasión infinita! Pues bien, juro por mi Divinidad que les daré el pan, el agua, la luz, la voz que los elegidos para estas obras no quieren dar. Repetiré a lo largo de los siglos el milagro de los panes y los peces. *Con pocos, despreciables pececillos y con escasos mendrugos de pan -almas humildes y laicas- daré de comer a muchos, y quedarán saciados, y sobrará para los que vengan después,* porque "tengo compasión de este pueblo" y no quiero que perezca.

Benditos los que merezcan ser eso. No *benditos porque son eso, sino porque lo habrán merecido con su amor y sacrificio.* Y benditísimos aquellos sacerdotes que sepan mantenerse en su condición de apóstoles: pan, agua, luz, voz, descanso y medicina para mis pobres hijos. Con una luz especial resplandecerán en el Cielo. Yo os lo juro, Yo que soy la Verdad.

Vamos a levantarnos, amigos. Venid conmigo para enseñaros todavía a orar. *La oración es la que alimenta las fuerzas del apóstol, porque lo funde con Dios.*

Y aquí Jesús se levanta y va hacia la pequeña escalera.

Pero, cuando está al pie de la escalera, se vuelve y me mira (a María Valtorta). ¡Me mira! ¡Piensa en mí! Busca a su pequeña "voz". ¡La alegría de estar con sus amigos no le hace olvidarse de mí! Me mira por encima de las cabezas de los discípulos, y me sonríe. Alza la mano bendiciéndome y dice:

-La paz sea contigo.

Y la visión termina.

## 630

## Enseñanzas a los apóstoles enviados al Getsemaní.

Los apóstoles se ponen sus mantos y preguntan:

-¿A dónde vamos, Señor?

Su forma de hablar ahora no es tan familiar como lo era antes de la Pasión. Mi impresión, si es que esto se puede decir, es que hablan *con el alma arrodillada.* Más que la postura de su cuerpo -siempre levemente inclinado en señal de reverencia ante el Resucitado-, más que su reserva en cuanto a tocarlo, más que su trémula alegría cuando Él los toca, acaricia o besa, o cuando les dirige en particular la palabra, más que todo esto, lo que expresa que es su espíritu - más que su humanidad- el que no puede ser como era en sus relaciones con el Maestro y el que informa con su nuevo sentimiento todos los actos de la persona, lo que expresa esto es todo su aspecto, es un "algo" que no se puede describir y que, sin embargo, es perfectamente manifiesto.

Antes era "el Maestro". El Maestro al que su fe creía Dios, pero sus sentidos consideraban... un hombre. Ahora es "el Señor". Es Dios. No hay necesidad ya de hacer actos de fe para creerlo. La evidencia ha abolido esta necesidad. Él es Dios. Es el Señor, al que el Señor ha dicho: "Siéntate a mi derecha" y lo ha proclamado con la palabra y con el prodigio de la Resurrección. Dios como el Padre. Y es el Dios al que ellos han abandonado por miedo, después de haber recibido tanto de Él...

Lo miran siempre con esa mirada de veneración reverencial con que un *verdadero* creyente mira a la Hostia radiosa en el ostensorio, o mira el Cuerpo de Cristo alzado por el sacerdote en el Sacrificio cotidiano. En su mirada, que quiere ver la amada figura, aún más hermosa que antes, está también la expresión de quien no *se atreve* a ver, de quien no se atreve a detener su mirada... El amor los incita a detenerse en su Amado. El temor hace bajar enseguida los párpados y la cabeza, como si un intenso resplandor hubiera ofuscado su vista.

En efecto, aunque Jesús, el Resucitado Jesús, sea realmente Él, ya... ya no es Él. Si se le observa bien, es distinto. Iguales son las facciones de su rostro, el color de los ojos y el pelo, la estatura, las manos, los pies... y, de todas formas, es distinto. Es igual su voz, y son iguales sus gestos... pero es distinto. Es un verdadero cuerpo, tanto es así que ahora intercepta la luz del sol poniente que entra, con su último rayo, en la estancia por la ventana abierta; proyecta tras sí la sombra de su alto cuerpo. Y, a pesar de todo, es distinto. No se ha hecho reservado, distante, y, sin embargo, es distinto.

Una majestad nueva, continua, está presente donde tanto reinaba el humilde, modesto aspecto -a veces tan modesto, que podría parecer abatido- del incansable Maestro. Desaparecida la demacración del último período, borrado ese aspecto de cansancio físico y moral que lo envejecía, perdida esa mirada afligida, suplicante, que demandaba sin hablar: "¿Por qué me rechazáis? Acogedme...", el Cristo Resucitado parece incluso más alto y fuerte, libre de todo peso, seguro, victorioso, majestuoso, divino. Ni siquiera cuando se hacía poderoso en los momentos de poderosos milagros, o majestuoso en los momentos sobresalientes de su magisterio, era como ahora, ya resucitado y glorificado. No emana luz. No. No emana luz como en la transfiguración y como en las primeras apariciones después de la Resurrección. Y, de todas formas, parece luminoso. Es verdaderamente el Cuerpo de Dios, con la belleza de los cuerpos glorificados. Y atrae e intimida al mismo tiempo.

Quizás son esas heridas, tan visibles en las manos y pies, las que infunden este respeto profundo; no lo sé. Lo que sé es que los apóstoles se manifiestan de forma distinta, a pesar de que Cristo se muestre muy dulce con ellos y trate de crear nuevamente ese ambiente de otros tiempos. Tan insistentes y habladores antes, ahora hablan poco. Y, si Él no responde, no insisten. Si les sonríe a todos o a uno de ellos, cambian de color y no se atreven a responder a su sonrisa con una sonrisa. Si, como hace ahora, tiende la mano para coger su manto blanco -desde que ha resucitado, siempre lleva una túnica blanca esplendorosa, más brillante que si fuera de blanquísimo raso-ninguno de ellos se adelanta, como hacían antes, disputándose la alegría y el honor de ayudarle. Parece como si tuvieran miedo a tocar sus vestiduras y su Cuerpo. Y debe decir Él, como hace ahora:

-Ven, Juan. Ayuda a tu Maestro. Estas heridas son verdaderas heridas...: las manos heridas no son tan ágiles como antes...

Juan obedece y ayuda a Jesús a ponerse el amplio manto; y lo hace con movimientos tan atentos y concentrados, que parece estar vistiendo a un Pontífice, poniendo cuidado en no rozarle las Manos en que rojean los estigmas. Pero, a pesar del cuidado que pone, choca 1a izquierda de Jesús y grita como si fuera él el chocado, y fija los ojos en el dorso de esa Mano temiendo ver gotear otra vez sangre. ¡Está tan viva esa atroz herida!

Jesús le pone la derecha en la cabeza y dice:

-Tuviste más valor cuando me recibiste separado ya de la Cruz. Y entonces todavía goteaba sangre; tanta, que se te tiñó de rojo incluso el pelo. Nuevo rocío de la noche sobre el nuevo amador. Me recogiste como racimo arrancado de la cepa... ¿Por qué lloras? Yo te di mi rocío de Mártir. Tú, en mi Cabeza, esparciste tu rocío de piedad. Pero entonces podías llorar... No ahora. ¿Y tú, por qué lloras, Simón Pedro? Tú no me has chocado la Mano. Tú no me viste muerto...

-¡Ah, mi Dios! ¡Es por eso por lo que lloro! Por mi pecado.

-Te he perdonado, Simón de Jonás.

-Pero yo no me perdono. No. Nada hará terminar mi llanto. Ni siquiera tu perdón.

-Pero mi gloria, sí.

-Tú glorioso, yo pecador.

-Tú glorioso, después de ser mi pescador. Pesca grande, abundante, milagrosa, harás, Pedro. Y luego te diré: "Ven al banquete eterno". Y ya no llorarás. Pero todos tenéis las lágrimas en las pupilas. Y tú, Santiago, hermano mío, estás ahí echado en ese rincón como si hubieras perdido todos los bienes. ¿Por qué?

-Porque esperaba que... ¿Entonces sientes las Heridas? ¿Las sientes todavía? Esperaba que todo el dolor, para ti, hubiera quedado anulado; que estuviera borrada toda señal. También por nosotros. Por nosotros, pecadores. ¡Esas Llagas!... ¡Qué dolor verlas!

-Sí. ¿Por qué no las has borrado? A Lázaro no le quedaron señales... ¡Son una... una censura esas Llagas! ¡Gritan con tremenda voz! Son más fulgurantes y terribles que los rayos del Sinaí - dice Bartolomé.

-Gritan nuestra cobardía. Porque nosotros huimos mientras Tú las recibías... - dice Felipe.

-Y, cuanto más se miran, la conciencia más censura y echa en cara cobardía, necedad, incredulidad - dice Tomás.

-¡Por nuestra paz y la de este pueblo pecador, puesto que moriste y has resucitado para el perdón del mundo, borra esas Llagas que acusan al mundo, Señor! - dice Andrés en tono de súplica.

-Son la Salud del mundo. En ellas está la Salud. Las ha abierto e1 mundo que odia, pero el Amor ha hecho de ellas Medicina y Luz. En ellas ha quedado clavada la Culpa. En ellas quedaron colgados y sujetos todos los pecados de los hombres, para que el Fuego del Amor los consumiera en el verdadero Altar. Cuando el Altísimo prescribió a Moisés el arca y el altar del perfume, ¿no quiso que estuvieran perforados por anillos para ser alzados y llevados a donde quería el Señor? *(Éxodo 25, 12-15; 30, 4; 37, 3-5.27)* Yo, también perforado. Yo soy más que arca y altar, mucho más que arca y altar. He quemado el perfume de mi caridad hacia Dios y el prójimo y he llevado el peso de todas las iniquidades del mundo. Y el mundo *debe* recordar esto. Para recordar cuánto le ha costado a un Dios. Para recordar cómo lo ha amado un Dios. Para recordar lo que producen los pecados. Para recordar que sólo en Uno está la salvación: en Aquel al que traspasaron. Si el mundo no viera rojear mis Llagas, en verdad pronto olvidaría que por sus pecados un Dios se inmoló, olvidaría que verdaderamente morí en el más atroz de los tormentos,

olvidaría cuál es el bálsamo para sus heridas. Aquí está el bálsamo. Venid y besad. Cada beso es un aumento de purificación y gracia para vosotros. En verdad os digo que purificación y gracia no son suficientes nunca, porque el mundo consume lo que el Cielo infunde, y se hace necesario compensar con el Cielo y sus tesoros los descalabros del mundo. Yo soy el Cielo. Todo el Cielo está en mí, y los tesoros celestes manan de las Llagas abiertas.

Ofrece las Manos para que las besen sus apóstoles. Y debe apretar Él, esas Manos heridas, contra las bocas ávidas y temerosas, porque el temor a aumentar su dolor contiene a esos labios de apretar en las Heridas.

-No es esto lo que produce dolor, aunque sí produzca rigidez. ¡El dolor es otro!...

-¿Cuál, Señor? pregunta Santiago de Alfeo.

-El haber muerto por demasiados *inútilmente...* Pero, vamos; o, mejor, id adelante. Vamos al Getsemaní... ¿Qué pasa? ¿Tenéis miedo?

-No por nosotros, Señor... Es que los grandes de Jerusalén te odian más que antes.

-No temáis. Ni por vosotros, porque Dios os protege, ni por mí, porque han terminado para mí las opresiones de la Humanidad. Yo voy donde mí Madre y luego me uno de nuevo a vosotros. Tenemos muchas cosas que cancelar, muchas cosas horrendas del reciente pasado de pecado y odio; y lo haremos con el amor, con lo contrario de lo que fue pecado... ¿Veis? Vuestro beso cancela y mitiga el dolor y la consecuencia de los clavos en las carnes vivas. De la misma forma, lo que haremos cancelará las señales horrendas y santificará los lugares profanados por los pecados. Para que, al verlos, no os causen demasiado dolor...

-¿También al Templo vamos?

El más encrespado de los temores se dibuja en el rostro de todos.

-No. Lo santificaría con mi Presencia. Y no puede; podía, pero no ha querido. No hay *redención* para él. Es un cadáver que rápidamente se descompone. Dejémoslo a sus muertos. Que lleven a cabo su entierro. En verdad, los leones y los buitres despedazarán sepulcro y cadáver, y no quedará ni siquiera el esqueleto del Gran Muerto que no quiso la Vida.

Jesús sube por 1a escalera y sale. Los demás, en silencio, hacen lo mismo. Pero, cuando ponen pie en el pasillo que hace de atrio, Jesús ya no está. La casa está silenciosa y parece desierta. Todas las puertas cerradas.

Juan señala a la puerta que hay frente al Cenáculo y dice:

-María está allí. Está siempre allí. Como en un éxtasis continuo. Su cara resplandece con luz inefable. Es la alegría que irradia su Corazón. Ayer me decía: "Considera, Juan, cuánta felicidad se ha esparcido por todos los reinos de Dios". Le pregunté: "¿Qué reinos?". Yo pensaba que Ella supiera alguna maravillosa revelación sobre el reino del Hijo suyo, vencedor incluso sobre la muerte. Me respondió: "En el Paraíso, en el Purgatorio, en el Limbo. Perdón a los purgantes. Todos los justos y los perdonados subiendo al Cielo. El Paraíso poblado de bienaventurados. Dios glorificado en ellos. Nuestros antepasados y parientes allá arriba, en el júbilo. Y felicidad también en este reino que es la Tierra, donde ahora resplandece el signo y se ha abierto la fuente que vence a Satanás y cancela la Culpa y las culpas. Ya no sólo paz para los hombres de buena voluntad, sino que también redención y nueva elección para el grado de hijos de Dios. Veo las turbas -¡oh, cuántas!- bajar a esta Fuente y hundirse en ella y salir renovadas, hermosas, en vestido de boda, en vestido regio. Las bodas de las almas con la Gracia, la regiedumbre de ser hijos del Padre y hermanos de Jesús".

Han salido, hablando, a la calle. Ahora se alejan, mientras se viene la noche.

No hay mucha gente por la calle, y más en esta hora, en que la gente se recoge en torno a las mesas para cenar. Jerusalén, después del río de gente que la ha inundado durante la Pascua y que, pasadas las fiestas (¡tan trágicas este año!), la ha dejado, parece aún más vacía de cuanto lo está habitualmente. Y Tomás lo observa; lo observa él y se lo hace notar a los demás.

-Así es. Los extranjeros, aterrorizados, la han abandonado precipitadamente después del viernes, y quien todavía había resistido al gran miedo de ese día huyó cuando el segundo terremoto, el que se produjo, sin duda, cuando el Señor salió del Sepulcro. Y los no gentiles también han huido. Muchos, lo sé con certeza, ni siquiera comieron el cordero y tendrán que volver para la Pascua suplementaria. Y también habitantes de este lugar huyeron y se alejaron: unos para llevarse a sus muertos, los que habían perecido en el terremoto de la Parasceve; otros por miedo a la ira de Dios. La lección ha sido fuerte - dice el Zelote.

-Como debía ser. ¡Rayos, piedras, sobre todos los pecadores! - impreca Bartolomé.

-¡No digas eso! ¡No digas eso! Nosotros somos los que más merecemos los castigos del Cielo. Nosotros también somos pecadores... ¿Os acordáis?, en este lugar... ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Diez?, ¿diez noches?... ¿o diez años?, ¿o diez horas? ¡Tan lejano y tan cercano me parece mi pecado, y esas horas, y esa noche... que nunca sé, que... estoy aturdido! ¡Nos sentíamos tan seguros, tan belicosos, tan heroicos! ¿Y luego? ¿Y luego? ¡Ah!... - y Pedro se golpea con la mano la frente, y, llegados ya a la placita, señala:

-¡Ahí... ahí yo ya tenía miedo!

-¡Basta ya, Simón! ¡Basta, Simón! Él te ha perdonado. Y antes de Él, María. ¡Basta! Te torturas - dice Juan.

-¡Ah, si así fuera! Tú, mira, tú, Juan, sostenme siempre. ¡Siempre! Jesús ha puesto en tus manos a su Madre porque sabes guiar ¡Claro! Pero yo, un gusano cobarde y embustero, tengo más necesidad que María de ser guiado, porque tengo escamas en las pupilas: no veo...

-En esa actitud, verdaderamente te van a aparecer las escamas. Te vas a quemar las pupilas. Y no estará el Señor para curártelas... - le dice Juan, pasándole por los hombros un brazo para consolarlo.

-Me sería suficiente ver bien con el alma. Y además... los ojos no cuentan.

-¡¡Pero sí para muchos!! ¿Qué van a hacer, entonces, los enfermos? ¡Ya has visto lo desesperada que estaba ayer aquella mujer! - dice Andrés.

-Sí, claro...

Se miran unos a otros a la cara, y luego todos juntos confiesan:

-Y ninguno de nosotros se sintió merecedor de imponerle las manos...

La humildad, causada por el recuerdo de sus comportamientos, los aplasta.

Pero Tomás dice a Juan:

-Pero tú hubieras podido hacerlo. Tú no huiste, no renegaste, no has tenido incredulidad...

-Yo también tengo mi pecado. Y, como el vuestro, es pecado contra el amor. Yo, junto al arco de la casa de Josué, agarré por el cuello a Elquías, y lo habría estrangulado, porque vejaba a la Madre. ¡Y odié y maldije a Judas de Keriot! - dice Juan.

-¡Calla! No menciones ese nombre. Es el de un demonio, y tengo la impresión de que todavía no está en el infierno y que merodea en torno a nosotros para hacernos pecar otra vez - dice, con verdadero terror, Pedro.

-No. ¡Vaya que si está en el infierno! Pero, aunque estuviera aquí, su poder ahora ha terminado. Tenía todo para ser ángel y fue el demonio, y Jesús ha vencido al demonio - dice Andrés.

-Bien... Pero es mejor no nombrarlo. Yo tengo miedo. Ahora sé lo débil que soy. Respecto a ti, Juan, no te sientas culpable ¡Todos maldecirán al hombre que traicionó al Maestro!

-Y justo es hacerlo - dice Judas Tadeo, que siempre ha tenido la misma idea respecto al Iscariote.

-No. María me ha dicho que basta sobre él el juicio de Dios, y que en nosotros debe haber un sólo sentimiento: de agradecimiento por no haber sido nosotros los traidores. Y, si Ella no maldice, Ella, la Madre que ha visto las torturas de su Hijo, ¿habremos de hacerlo nosotros? Olvidemos...

-¡Es de necios! - exclama su hermano Santiago.

-Y, sin embargo, es la palabra del Maestro respecto a los pecados de Judas...

Juan calla y suspira.

-¿Qué? ¿Hay otros? Tú sabes... ¡Habla!

-Yo he prometido tratar de olvidar, y me esfuerzo en hacerlo. Respecto a Elquías... he transgredido... Pero ese día cada uno de nosotros tenía su ángel y su demonio al lado, y no siempre escuchamos al ángel de luz...

Dice el Zelote:

-¿Sabes que Nahúm se ha quedado baldado, y a su hijo lo aplastó una pared o una parte de monte? Sí. El día de la muerte. Lo encontraron más tarde. ¡Oh, mucho más tarde, cuando ya hedía! Le descubrió uno que venía a comerciar. Y Nahúm estaba con otros de su clase y no sé qué le pasó, si fue una roca o si fue un ataque de algo. Lo que sé es que está como partido y ni siquiera comprende. Parece un animal, echa baba y balbucea, y ayer, con la única mano sana, agarró por el cuello a su... amo, que había ido donde él, y gritaba, gritaba: "¡Por ti! ¡Por ti!". Si no hubieran acudido los criados...

-¿Cómo lo sabes, Simón? - le preguntan al Zelote.

-He visto a José ayer - responde éste lacónicamente.

-Creo que el Maestro tarda en venir. Y estoy preocupado - dice Santiago de Alfeo.

-Volvemos para atrás... - propone Mateo.

-O nos paramos aquí en el puentecillo - dice Bartolomé.

Se paran. Pero Santiago de Zebedeo y el otro Santiago, Andrés y Tomás, vuelven sobre sus pasos y, pensativos, miran hacia el suelo, miran a las casas.

Andrés, palideciendo, apunta con el dedo hacia la pared de una casa en que resalta, sobre el blanco de la cal, una mancha rojo-parda, y dice:

-¡Es sangre! ¿Sangre del Maestro, quizás? ¿Perdía ya sangre aquí? ¡Decidme!

-¿Y qué podemos decirte nosotros, si ninguno lo siguió? - dice desconsolado Santiago de Alfeo.

-Pero mi hermano y, sobre todo, Juan lo siguieron...

-No inmediatamente. No inmediatamente. Me ha dicho Juan que lo siguieron desde la casa de Malaquías. Aquí no había *ninguno.* Ninguno de nosotros... - dice Santiago de Zebedeo.

Miran hipnotizados la extensa mancha oscura que aparece sobre la pared blanca, a poca distancia del suelo, y Tomás hace esta observación:

-Ni siquiera la lluvia la ha lavado. Ni siquiera la ha desconchado el granizo que ha caído con tanta fuerza en estos días... Si supiera que es Sangre suya, levantaría el revoque de esa parte de la pared...

-Preguntémoselo a los de la casa. Quizás saben... - aconseja Mateo, que se ha unido a ellos.

-¡No! Podrían reconocernos como apóstoles suyos. Podrían ser enemigos del Cristo y... - responde Tomás.

-Y nosotros somos unos cobardes todavía... - termina Santiago de Alfeo con un gran suspiro.

Poco a poco, todos se han ido acercando a esa pared y miran... Pasa una mujer, una rezagada que vuelve de la fuente, goteándole los cántaros de agua fresca. Los observa. Deja los cántaros en el suelo y les pregunta:

-¿Estáis mirando esa mancha de la pared? ¿Sois discípulos del Maestro? Me lo parecéis, aunque sean poco visibles vuestras caras, y... aunque no os viera detrás del Señor cuando pasó por aquí, apresado para conducirlo a la muerte. Esto me hace titubear, porque un discípulo que sigue al Maestro en las horas buenas, y se siente orgulloso de ser discípulo suyo, y mira con severidad a los que no están dispuestos como él a dejar todo para seguir al Maestro, debe también seguir al Maestro en las horas malas. Al menos, debería hacerlo. Y yo no os vi. No. No os vi. Y, si no os vi, señal es que yo, mujer de Sidón, seguí a aquel al que sus discípulos israelitas no siguieron. Ya, pero yo recibí un don de Él. ¡A vosotros... a vosotros, acaso, no os había concedido nunca ningún don? Me parece extraño, porque se lo concedía a gentiles y samaritanos, a pecadores e incluso a bandidos - dándoles la vida eterna, si ya no podía dar la de la carne. ¿Es que no os quería? Señal es, entonces, de que erais peor que inmundas áspides o hienas; aunque, la verdad es que creo que Él quería incluso a las víboras y a los chacales, no porque lo fueran, sino por haber sido creados por su Padre. Eso es sangre. Sí. Es sangre. Sangre de *una* mujer de la ribera del gran mar. En el pasado eran tierras filisteas, y todavía los hebreos desprecian algo a aquellos habitantes. Y, a pesar de todo, ella supo defender al Maestro, hasta que su marido la mató dándole un golpe tan fuerte -después de haberle pegado-, que se le abrió la

cabeza y saltaron sangre y masa cerebral contra la pared de su casa, donde ahora lloran los huérfanos. Pero es que ella había recibido un don: el Maestro había curado a su marido, inmundo por *una* enfermedad horrenda. Y ella quería al Maestro por eso. Ha amado hasta morir por Él. Le ha precedido en el seno de Abraham, decís vosotros. También Analía le precedió, y habría sabido morir igual ella, si la muerte no la hubiera visitado antes. Y también una madre, más arriba, lavó con su sangre la calle, con la sangre de su vientre abierto por su hijo brutal, porque defendía al Maestro. Y una anciana murió de dolor, al ver pasar herido y maltratado a Aquel que había devuelto los ojos a su hijo. Y un anciano, un pordiosero, murió, porque se irguió en actitud de defensa y recibió en su cabeza la piedra que estaba destinada a la cabeza de vuestro Señor. Porque ¿vosotros lo creíais vuestro Señor, no? Los valientes de un rey mueren en torno a él. Sin embargo, ninguno de vosotros ha muerto. Estabais lejos de los que le pegaban. ¡Ah, no! Uno murió. Se quitó la vida. Pero no por dolor. No por defender al Maestro. Primero lo vendió, luego indicó quién era con un beso, luego se suicidó. No tenía más perspectivas. No podía crecer ya en maldad. Era perfecto. Como Belcebú. El mundo lo habría apedreado para eliminarlo de la faz de la Tierra. Yo creo que esta mujer piadosa, que murió por evitar golpes al Mártir, y la anciana Ana, que murió por el dolor de verlo en esas condiciones, y el anciano pordiosero y la madre de Samuel y la virgen que murió, y yo, que no sé subir al Templo porque siento pena de los corderos y tórtolas que inmolan, ¡oh, sí, yo creo que habríamos tenido el valor de lapidarlo, y que no habríamos vacilado al verlo lacerado por nuestras piedras!... Él lo sabía, y ha ahorrado al mundo la fatiga de matarlo; y, a nosotras, el ser verdugos para vengar al Inocente...

Los mira con desprecio. Su desprecio se ha ido haciendo cada vez más visible, a medida que iba hablando. Sus ojos, grandes y negros, mientras miran al grupo que no sabe, que no puede, reaccionar, tienen la dureza de los de una ave rapaz... Emite, silbante entre dientes, la última palabra: « ¡Villanos!», y recoge sus cántaros y se marcha, contenta de haber escupido su desdén contra los discípulos que han abandonado al Maestro...

Éstos están anihilados, cabizcaídos, enervados, desmayados sus brazos... aplastados bajo el peso de la verdad. Meditan en las consecuencias de su cobardía... Guardan silencio... No se atreven a mirarse unos a otros. Incluso Juan y el Zelote, los dos que son inocentes de esta culpa, están como los demás, quizás por el dolor de ver tan humillados a sus compañeros y por la imposibilidad de medicar la herida provocada por las sinceras palabras de la mujer...

La calle ya está en penumbra. La Luna, ya en sus últimos días, se alza tarde, por lo cual el crepúsculo se entenebrece rápido. El silencio es absoluto. Ni un ruido ni una voz humana. Y, en el silencio, el frufrú del Cedrón reina solo. De manera que, cuando la voz de Jesús resuena, se sobresaltan cual si hubiera sido un sonido estremecedor, cuando en realidad es muy dulce al decir:

-¿Qué hacéis en este lugar? Os esperaba entre los olivos... ¿Qué hacéis ahí contemplando cosas muertas cuando os espera la Vida? Venid conmigo.

Jesús parece venir del Getsemaní hacia ellos. Se detiene al lado de ellos. Mira la mancha en que están todavía fijas las miradas aterradas de los apóstoles, y dice:

-Esa mujer está ya en la paz. Y ha olvidado el dolor. ¿Inactiva respecto a sus hijos? No. Doblemente activa. Y los santificará porque es lo único que pide a Dios.

Se encamina. Lo siguen en silencio.

Pero Jesús se vuelve y dice:

-¿Por qué os preguntáis en vuestro corazón: "¿Y por qué no pide conversión para su marido? No es santa, si lo aborrece...". No lo aborrece. Perdonó desde el momento en que él la mataba. Pero es un alma que ha entrado en el Reino de la Luz y ve con sabiduría y justicia, y ella ve que no hay conversión ni perdón para el marido. Por eso vuelve su oración hacia quien puede recibir de su oración un bien. No es mi sangre, no. ¡Aunque de hecho perdí mucha también en esta calle!... Pero los pasos de los enemigos la esparcieron, mezclada con tierra e inmundicias, y la lluvia la coló, disuelta, entre los estratos de tierra. Pero queda mucha, visible todavía... Porque fluyó tanta, que ni pasos ni agua podrán cancelarla fácilmente. Iremos juntos y veréis mi Sangre derramada por vosotros...

-¿A dónde? ¿A dónde quiere ir? ¿A1 lugar de su llanto? ¿A1 Pretorio? - se preguntan.

Y Juan dice:

-Pero Claudia se ha marchado dos días después del sábado, enojada, se dice, temerosa incluso de la presencia de su marido... Me lo ha referido el astero. Claudia separa su responsabilidad de la de su consorte. Porque ella le había advertido de no perseguir al Justo, pues que era mejor ser perseguido de los hombres que no del Altísimo, cuyo Mesías era el Maestro. Y no están tampoco ni Plautina ni Lidia. Han seguido a Claudia a Cesárea. Y Valeria se ha marchado con Juana a Béter. Si estuvieran ellas, podríamos entrar. Pero ahora... no sé... Falta también Longinos, al que Claudia ha querido en su escolta... - dice Juan.

-Irá al lugar donde viste la hierba mojada de sangre...

Jesús, que va delante, se vuelve y dice:

-A1 Gólgota. Allí hay tanta Sangre mía, que la tierra parece duro mineral ferroso. Y ya alguien os ha precedido...

-¡Pero es lugar impuro! - grita Bartolomé.

Jesús exterioriza una sonrisa compasiva y responde:

-Todo lugar de Jerusalén es impuro después del atroz pecado; y, sin embargo, vosotros no sentís incomodidad en estar, aparte de la del miedo a la gente...

-Allí han muerto siempre los bandidos...

-*Allí he muerto Yo. Y para siempre lo he santificado.* En verdad os digo que, hasta el final de los siglos, no habrá lugar alguno más santo que ése, y convergerán las muchedumbres de toda la Tierra y de todas las épocas para besar esa tierra. Y ya alguien os ha precedido, sin temer vejaciones ni venganzas, sin temer contaminarse. Y quien os ha precedido tenía doble razón para temer esto.

-¿Quién es, Señor? - pregunta Juan, al cual Pedro hurga con el codo en el costado para que pregunte.

-¡María de Lázaro! De la misma manera que recogió -recuerdo de júbilo que luego distribuyó a sus compañeras- las flores pisadas por mis pies cuando entraba, antes de la Pascua, en su casa, ahora ha sabido subir al Calvario y escarbar con sus manos en la tierra, dura por mi Sangre, y bajar con su carga y depositarla en el regazo de mi Madre. No ha tenido miedo. Y era conocida como "la Pecadora" y como "la discípula". Ni tampoco la que ha recibido en su regazo esa tierra del lugar del Cráneo ha creído contaminarse. Todo lo ha anulado mi Sangre, y santa es la tierra sobre la cual mi Sangre ha caído. Mañana, antes de la sexta, subiréis al Gólgota. Yo me uniré a vosotros... Pero el que quiera ver mi Sangre, ahí la tiene.

Señala al pretil del puentecillo.

-Aquí mi boca golpeó, y salió sangre de ella... Mi boca sólo había pronunciado palabras santas y palabras de amor. ¿Por qué, entonces, fue golpeada, y no hubo nadie que la medicara con un beso?...

Entran en el Getsemaní. Pero Jesús debe abrir antes una puerta que ahora impide el acceso al Huerto de los Olivos. Una puerta nueva. Una valla fuerte, terminada en agudas puntas, alta, cerrada con una fuerte y novísima cerradura. Jesús tiene la llave; una llave tan nueva, que resplandece como el acero; y abre la cerradura a la luz de la rama encendida que Felipe ha prendido para ver, pues ya es del todo de noche.

-No estaba... ¿Por qué?... - musitan entre sí, observando la valla que aísla el Getsemaní.

-Está claro que Lázaro no ha querido ya a nadie aquí. Mira allí: piedras, ladrillos y cal. Ahora es madera, luego será un muro...

Jesús dice:

-Venid. Os digo que no os ocupéis de cosas muertas... Mirad, aquí estabais... Y aquí me rodearon y me prendieron, y por allí huisteis vosotros... Si hubiera estado esa valla entonces... habría impedido vuestra rápida fuga. ¡Pero cómo podía pensar Lázaro -vehemente él en querer seguirme, vehementes vosotros en huir-, que huiríais? ¿Os hago sufrir? Primero he sufrido Yo. Y quiero cancelar ese dolor. Bésame, Pedro...

-¡No, Señor! ¡No! ¡El gesto de Judas, aquí, a la misma hora, no, no!

-Bésame. Tengo necesidad de que repitáis con amor sincero el gesto insincero de Judas. Después seréis felices. Seremos más felices. Yo y vosotros. Ven, Pedro. Besa.

Pedro no sólo besa. Lava con lágrimas la mejilla del Señor y se retira, cubriéndose la cara, y se sienta en el suelo para llorar. Uno tras otro, los demás lo besan en el mismo sitio. Unos más otros menos, todos tienen lágrimas en su rostro...

-Y ahora vamos. Todos juntos. Esa noche os separé de mí, por pocas horas, después de haberos fortalecido con mi Cuerpo; pero enseguida caísteis. Recordad siempre lo débiles que fuisteis, y que sin la ayuda de Dios no podríais permanecer ni una hora en la justicia. Mirad, aquí dije que se velara. Se lo dije a aquellos que se creían los más fuertes; tan fuertes, que unos habían pedido beber de mi cáliz, otro había proclamado que incluso a costa de morir no renegaría de mí. Y los dejé, advirtiéndoles que oraran... Los dejé y se durmieron. Recordadlo, y enseñad que aquel del que Jesús se separa, si no mantiene contacto de oración con Él, puede ser atrapado. Si no os hubiera despertado, verdaderamente os hubieran podido incluso matar durante el sueño, y hubierais debido comparecer ante el juicio de Dios cargados de humanidad. Unos pasos más... Mirad. Baja la rama, Felipe. ¡Mirad! El que quiera ver Sangre mía que mire. Aquí, en medio de la mayor angustia, como un agonizante, sudé sangre. Mirad... Tanta, que la tierra está endurecida y, todavía, roja la hierba porque la lluvia no ha podido disolver los grumos que se secaron entre tallos o corolas. Y allí me arrimé. Y aquí aleteó sobre mí el ángel del Señor para confortarme en mi voluntad de hacer la Voluntad de Dios. Porque -recordad esto- si siempre quisierais hacer la Voluntad de Dios, en aquellos momentos en que la criatura no puede continuar, viene Dios con su ángel para sostener al héroe agotado. En la hora de la angustia, no tengáis miedo a caer en vileza o en abjuración si persistís en querer lo que Dios quiere. Dios os convertirá en gigantes de heroísmo si permanecéis fieles a su Voluntad. ¡Recordadlo! ¡Recordadlo! Un día os dije que, después de la tentación en el desierto, los ángeles me asistieron. Ahora sabed que también aquí, después de la extrema tentación, fui asistido por un ángel. Y lo mismo sucederá con vosotros y con todos mis futuros fieles. Porque en verdad os digo que las ayudas que Yo he recibido las tendréis vosotros también. Yo mismo os obtendría estas ayudas si no os las concediera ya de por sí el Padre en su amorosa justicia. Sólo el dolor será siempre inferior al mío... Sentaos. Se alza en el Oriente la Luna. Nos dará luz. No creo que durmáis esta noche, aunque sigáis siendo tan humanos y solamente humanos. No. No dormiréis porque ha entrado en vosotros un elemento activo que antes no teníais. Es el remordimiento. Una tortura, es verdad. Pero sirve para pasar a estadios más altos, tanto en el bien como en el mal. En Judas de Keriot -habiéndose alejado él de Dios- produjo la desesperación y la condenación. En vosotros, que nunca os habéis apartado de la cercanía de Dios -os lo aseguro, porque no había en vosotros ni la voluntad ni la advertencia plenas respecto a lo que hacíais-, el remordimiento producirá un arrepentimiento confiado que os llevará hacia la sabiduría y la justicia. Quedaos donde estáis. Yo me separo hacia allá, a la distancia de un tiro de piedra, en espera del amanecer.

-¡No nos dejes, Señor! ¡Tú mismo has dicho lo que somos si estamos lejos de ti! - suplica Andrés, arrodillado, alargando los brazos como pidiendo una piadosa limosna.

-Tenéis el remordimiento, que es un buen amigo en los buenos.

-¡No te vayas, Señor! Nos habías dicho que íbamos a orar juntos... - suplica Judas Tadeo, que ya no se atreve a manifestarse con los gestos propios de un pariente hacia el Resucitado, sino que tiene un poco inclinado hacia adelante su alto cuerpo en señal de veneración.

-¿Y no es la meditación la oración más activa? ¿Y no os he movido a la contemplación y meditación?, ¿no os he dado tema de meditación desde que me llegué a vosotros por el camino, moviendo vuestro corazón con verdaderos actos de santos sentimientos? *Ésta es la oración, oh hombres: ponerse en contacto con el Eterno y con las cosas que sirven para llevar al espíritu mucho más allá de la Tierra, y, a partir de la meditación de las perfecciones de Dios y de la miseria del hombre, del yo, suscitar actos de voluntad amorosa, o reparadora, siempre adoradora.... aunque fuera una voluntad que surgiera de una meditación sobre una culpa o un castigo. El mal y el bien sirven para el* fin *último, si se saben usar. Lo he dicho muchas veces. El pecado es insanable quebranto sólo si no está seguido de arrepentimiento y reparación; en caso contrario, con la contrición del corazón se*

*hace fuerte argamasa para mantener compactos los cimientos de la santidad, cuyas piedras son las buenas resoluciones.* ¿Podrías mantener unidas las piedras sin argamasa?, ¿sin esa sustancia de malo y pobre aspecto sin la cual las piedras pulidas, los brillantes mármoles, no mantendrían su cohesión para formar el edificio?

Jesús hace ademán de marcharse.

Juan -su hermano y el otro Santiago y Pedro y Bartolomé le han dicho algo en voz baja- se alza y le sigue. Dice:

-Jesús, mi Dios. Esperábamos decir contigo la oración al Padre tuyo. Tu oración. Nos sentimos poco perdonados si no nos concedes decirla contigo. Sentimos que nos es muy necesario...

-Donde dos están unidos en oración, Yo estoy en medio de ellos. Decid, pues, la oración y Yo estaré en medio de vosotros.

-¡Ya no nos consideras dignos de orar contigo! - grita Pedro con fuerte llanto, con el rostro escondido entre la hierba, no toda ella exenta de Sangre divina.

Santiago de Alfeo exclama:

-Nos sentimos infelices, herm... Señor.

Se controla enseguida, diciendo "Señor" en vez de "hermano" Y Jesús lo mira y dice.

-¿Por qué no me llamas hermano tú que eres de mi sangre? Soy hermano de todos los hombres, y de ti doblemente, triplemente: como hijo de Adán, como hijo de David, como hijo de Dios. Termina tus palabras.

-Hermano, mi Señor, nos sentimos infelices y necios. Tú esto lo sabes. Y más necios nos hacen el abatimiento en que nos encontramos. ¿Cómo podemos decir con el alma tu oración si no comprendemos su significado?

-¡Cuántas veces, como a muchachos menores de edad, os lo he explicado! Pero vosotros, más duros de cerviz que el más distraído de los escolares de un pedagogo, no habéis retenido mis palabras.

-¡Es verdad! Pero ahora nuestra mente está clavada en nuestra tortura de no haberte entendido... ¡Oh, nada hemos entendido! ¡Yo lo confieso por todos! Y todavía no te comprendemos bien, Señor. Pero, te lo ruego, saca la indulgencia para nuestro mal del mismo mal que nos hace tardos de entendimiento. Cuando moriste, el gran rabí, al pie de tu Cruz, gritó la verdad de la ofuscación de Israel. Y Tú, Dios omnipresente, liberado Espíritu de Dios de la cárcel de la Carne, oíste esas palabras: "Siglos y siglos de ceguera espiritual cubren la vista interior"; y te rogó: "En este pensamiento prisionero de las fórmulas, penetra Tú, Libertador". ¡Oh, mi adorado y adorable Jesús, Tú que nos has salvado de la Culpa original y has cargado sobre ti nuestros pecados y los has consumido en el fuego de tu amor perfecto, toma, consume también nuestro intelecto de obstinados israelitas; danos una mente nueva, virgen como la de un recién nacido; cancela los recuerdos de nuestra memoria para llenarnos sólo de tu sabiduría. Muchas cosas del pasado han muerto en ese horrendo día. Han muerto contigo. Pero, ahora que has resucitado, haz que nazca en nosotros una nueva mente. Créanos un corazón y una mente nuevos, Señor mío, y te comprenderemos - suplica Juan.

-Esa tarea no es mía, sino de Aquel de quien os hablé en la última Cena. Todas mis palabras se pierden en el abismo de vuestro pensamiento, total o parcialmente, o permanecen cerradas, y celadas en cuanto a su espíritu. El Paráclito, sólo Él, cuando venga, extraerá de vuestro abismo mis palabras y os las abrirá para haceros comprender su espíritu.

-Pero Tú ya nos lo has infundido - objeta el Zelote.

Y Mateo, junto al Zelote, objeta:

-Pero dijiste que cuando fueras al Padre, Él, el Espíritu de Verdad, vendría.

-Decidme: ¿cuando un niño nace tiene infundida el alma?

-¡Claro que la tiene infundida! - responden todos.

-¿Pero esta alma tiene la Gracia de Dios?

-No. El Pecado original está en ella y la priva de la Gracia.

-¿Y el alma y la Gracia de dónde vienen?

-¡De Dios!

-¿Por qué entonces Dios no le da, sin más, un alma en gracia a la criatura?

-Porque Adán fue castigado, y nosotros en él. Pero, ahora que Tú ya eres el Redentor, será así.

-No. No será así. Los hombres nacerán siempre impuros respecto a su alma, alma que Dios ha creado y que la herencia de Adán ha manchado. Pero, por un rito que en otra ocasión os explicaré, el alma infundida en el hombre será vivificada con la Gracia, y el Espíritu del Señor tomará posesión de esa alma. En cuanto a vosotros, bautizados con agua por Juan, seréis bautizados con el fuego de la Potencia de Dios. Y entonces verdaderamente el Espíritu de Dios estará en vosotros. Y será el Maestro al que los hombres no podrán ni perseguir ni expulsar. Él, en vuestro interior, os expresará el espíritu de mis palabras y os instruirá sobre muchas otras cosas. Yo os lo he infundido porque nada puede recibirse ni ser válido si no es por mis méritos: recibir a Dios; tener validez la palabra de un delegado de Dios. Pero todavía no está en vosotros, como Maestro, el Espíritu de la Verdad.

-Bien. Que así sea. En su momento vendrá. Pero, mientras tanto, haznos sentir tu perdón. Sé Maestro con nosotros, Señor. Una vez más, una vez más, porque Tú dijiste que hay que perdonar setenta veces siete - insiste Juan, y termina:

-Tú, que eres la Luz eterna, no permitas que tus siervos permanezcan en las tinieblas - y -siempre Juan es el que muestra más confianza y cariño-, al decirlo, tiene la intrepidez de tomar, entre las suyas, la Mano izquierda de Jesús, que pende paralela al cuerpo y en la que la luna parece hacer aún más grande el desgarrón del clavo; y besa levemente la punta de los dedos, de estos dedos que se han quedado un poco retraídos, justo como los de una persona que haya sido herida y ya se haya curado pero que los nervios le quedan levemente contraídos.

-Venid. Vamos a subir más. Diremos juntos la oración – asiente Jesús, y deja su mano entre las de Juan mientras va caminando hacia el límite más alto del Getsemaní, hacia el camino alto que va a Betania a través del Campo de los Galileos.

Aquí también se ve que se están llevando a cabo las obras de delimitación indicadas por Lázaro; es más, en este lugar, más alejado de la casa del guarda del olivar, ya está levantada una tapia lisa y alta paralela al trazado serpenteante del seto y el sendero que eran el límite del Getsemaní.

Jerusalén, abajo, sale lentamente de las tinieblas, incluso en sus zonas occidentales, porque la Luna está ahora en el cenit y albea todas las cosas con su fino honcejo, brillante cual diamantada llama posada en la oscuridad del firmamento en que titilan las corolas luminosas de un número incalculable de estrellas, de esas estrellas tan increíbles de los cielos de Oriente.

Jesús abre los brazos, tomando su habitual postura de oración y entona:

-Padre nuestro que estás en el Cielo.

Se para y comenta:

-El haberos perdonado os ha dado prueba de que es Padre. ¿Qué Señor que no fuera Padre vuestro no os habría castigado, a vosotros que tenéis más deber que los demás de ser perfectos, a vosotros que tantas gracias habéis recibido y que, como decís vosotros, sois tan negados para vuestra misión? Yo no os he castigado. El Padre no os ha castigado. Porque lo que hace el Padre el Hijo lo hace, porque lo que hace el Hijo el Padre lo hace, pues que Nosotros somos una sola Divinidad unida en el Amor. Yo estoy en el Padre y el Padre está conmigo. El Verbo está siempre junto a Dios, que no tiene principio. Y el Verbo precede a todas las cosas, desde siempre, desde una eternidad cuyo nombre es *siempre,* desde un presente eterno junto a Dios, y es Dios como Dios, pues que es el Verbo del Pensamiento divino.

Así pues, cuando me vaya, al orar así al Padre nuestro, al mío y vuestro (siendo así que somos hermanos: vosotros, menores; Yo, primogénito), ved, sí, vedme siempre también a mí en el Padre mío y vuestro; ved, sí, ved al Verbo, que fue "el Maestro" vuestro y que os amó hasta la muerte y más allá de la muerte, dejándoos en alimento y bebida a sí mismo para que estuvierais en Mí, y Yo en vosotros, mientras dura el destierro, y luego Yo y vosotros estuviéramos en el Reino por el que os he enseñado a orar: "Venga a nosotros tu Reino'', después de vuestra invocación para que vuestras obras santifiquen el Nombre del Señor dándole gloria en la Tierra y en el Cielo. Sí, no sería para vosotros, ni para los que creerán como vosotros, el Reino de Dios del Cielo, si antes no hubierais querido ese Reino de Dios en vosotros con la práctica *real* de la Ley de Dios y de mi palabra, que es el perfeccionamiento de la Ley, pues que he dado, en el tiempo de la Gracia, la Ley de los elegidos, o sea, la de aquellos que están más allá de las constituciones civiles, morales, religiosas del tiempo mosaico, que están ya en la Ley espiritual del tiempo de Cristo.

Ya veis qué significa el tener a Dios cerca pero no tenerlo en vosotros; qué significa el tener la palabra de Dios pero no tener la práctica *real* de *esa* palabra. Los mayores delitos se han llevado a cabo por este tener a Dios cerca pero no tenerlo en el corazón; por este tener conocimiento de la palabra pero no la obediencia a ella. ¡Todo! Todo por esto. La cerrazón y los desmanes, el deicidio, la traición, las torturas, la muerte del Inocente y de su Caín, todo, ha venido por eso. Y en realidad, ¿a quien amé tanto cómo a Judas? Pero él no me tuvo a mí-Dios en su corazón, y es el condenado deicida, el infinitamente culpable como israelita y como discípulo, como suicida y como deicida, además de por sus siete vicios capitales y todos sus otros pecados.

Ahora podéis tener en vosotros el Reino de Dios con más facilidad, porque Yo os lo he obtenido con mi muerte. Con mi dolor os he comprado de nuevo. Recordadlo. Y que ninguno pisotee la Gracia, porque ha costado la vida y la Sangre de todo un Dios. Esté, pues, el Reino de Dios en vosotros, oh hombres, por la Gracia; tanto en la Tierra respecto a la Iglesia, como en el Cielo respecto al pueblo de los bienaventurados que, habiendo vivido con Dios en su corazón, unidos al Cuerpo de que Cristo es la Cabeza, unidos a la Vid de que cada cristiano es un sarmiento, merecen descansar en el Reino de Aquel por quien todas las cosas han sido hechas: Yo, Quien os habla, que me he entregado a mí mismo a la Voluntad paterna para que todo pudiera cumplirse.

Por lo que, sin hipocresía, puedo enseñaros que ha de decirse: "Hágase tu voluntad en la Tierra como en el Cielo". Y hasta los terruños y la hierba, las flores y las piedras de Palestina, y mis carnes heridas y todo un pueblo pueden decir cómo he hecho la voluntad del Padre mío.

Haced lo que he hecho Yo, hasta el extremo, hasta la muerte de cruz, si así lo quiere Dios. Porque, recordad esto, Yo lo he hecho y no hay discípulo que merezca más misericordia que Yo; y, a pesar de ello, Yo he encarnado el mayor de los dolores; a pesar de ello, he obedecido con perpetuas renuncias. Vosotros lo sabéis. Y más lo comprenderéis en el futuro, cuando os asemejéis a mí bebiendo un sorbo de mi cáliz... Traed constantemente a vuestra mente este pensamiento: "Por su obediencia al Padre, Él nos ha salvado". Y, si queréis ser salvadores, haced lo que Yo he hecho. Quién conocerá la cruz, quién la tortura de los tiranos, quién la tortura del amor, del destierro del Cielo al que tenderá hasta la más anciana edad antes de subir a él. Bueno, pues que en todo se haga aquello que Dios quiera. Pensad que un suplicio de muerte y un suplicio de vida -cuando en realidad quisierais morir para ir a donde Yo estaré- son iguales ante los ojos de Dios si se viven con alegre obediencia: *son su Voluntad;* por tanto, son santos.

“Danos hoy nuestro pan de cada día". Día tras día, hora tras hora. Es fe, es amor, es obediencia, es humildad, es esperanza el pedir el pan de *un* día y aceptarlo como es: hoy dulce, mañana amargo, mucho, poco, con especias o con ceniza. Siempre es justo, así como es. Lo da Dios, que es Padre; por tanto, es bueno.

En otro momento os hablaré del otro Pan -saludable sería querer comerlo todos los días- y de orar al Padre para que lo mantenga. Porque, ¡ay del día y de los lugares en que faltara por voluntad de hombres! Ahora -ya veis cuánto- los hombres son poderosos en sus obras de tinieblas. Orad al Padre para que defienda su Pan y os lo dé. Cuanto más lo dé, más querrán las tinieblas ahogar la Luz y la Vida, como hicieron en la Parasceve. La segunda Parasceve no tendría resurrección. Recordad esto todos. El Verbo ya no podrá ser matado, pero sí se podría dar muerte a su doctrina y se podría ahogar en demasiados la libertad y la voluntad de amarlo. Pero entonces Vida y Luz también terminarían para los hombres. ¡Ay de aquel día! Os sirva de ejemplo el Templo. Recordad que he dicho: "es el gran Cadáver".

“Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos nuestros deudores".

Pecadores todos, sed dulces con los pecadores. Recordad mis palabras: "¿Por qué miras la paja en el ojo de tu hermano si antes no quitas la viga del tuyo?". El Espíritu que os he infundido, la orden que os he dado, os dan facultad para perdonar, en

nombre de Dios, los pecados del prójimo. Pero ¿cómo podríais hacerlo si a vosotros no os los perdona Dios? Hablaré en otra ocasión de esto. Por el momento os digo: perdonad a quien os ofende, para ser perdonados y tener derecho a absolver o condenar. Quien está libre de pecado puede hacerlo con plena justicia. El que no perdona y está en pecado y finge escándalo es un hipócrita; el Infierno lo espera. Porque, si cabe misericordia para los tutelados, severo será el veredicto para sus tutores, culpables de pecados iguales, o mayores aun, teniendo la plenitud del Espíritu como ayuda.

"No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal." Aquí tenéis la humildad, piedra básica de la perfección. En verdad os digo que bendigáis a los que os humillan, porque os proporcionan lo necesario para, vuestro celeste trono.

*No. La tentación no significa perdición, si el hombre, humildemente, está junto al Padre y le pide que no permita que Satanás, el mundo y la carne lo venzan. Las coronas de los bienaventurados están adornadas de las gemas de las tentaciones vencidas. No las busquéis, pero no seáis cobardes cuando lleguen. Con humildad y, por tanto, con fortaleza, gritad al Padre mío y vuestro: "Líbranos del mal"; y venceréis al mal. Y* santificaréis realmente el Nombre de Dios con vuestras acciones, como he dicho al principio, porque los hombres al veros dirán: "Dios existe, porque éstos tienen una conducta tan perfecta, que viven como deidades" y a Dios se acercarán, multiplicando así los ciudadanos del Reino de Dios.

Arrodillaos para que Yo os bendiga y mi bendición os abra la mente para meditar.

Se postran y los bendice, y desaparece como absorbido por la luz lunar.

A1 cabo de un breve rato, los apóstoles alzan la cabeza, extrañados de no oír más palabras, y ven que Jesús ha desaparecido... Vuelven a caer rostro en tierra, envueltos en el temor, secular temor, de todo israelita que tenga la percepción de haber estado en contacto con Dios, con Dios como está en el Cielo.

## 631

## Enseñanzas a los apóstoles enviados al Gólgota y luego al Cenáculo.

Jerusalén ya arde bajo el sol meridiano. Un umbrío espacio abovedado ofrece descanso a la vista cegada por este sol que incide sobre las paredes blancas de las casas y hace arder el suelo de las calles. Y lo blanco incandescente de las paredes y lo oscuro de estas bóvedas hacen de Jerusalén una caprichosa pintura en blanco y negro, una alternancia violenta de luces y penumbras -en contraste con la luz violenta, éstas parecen tinieblas-, una alternancia atormentadora como una obsesión, porque quita la facultad de ver o por demasiada luz o por demasiada penumbra. Se camina con los ojos semicerrados, tratando de apresurarse en las zonas de luz y calor y aminorando la marcha bajo las bóvedas, donde es necesario ir despacio porque el contraste entre las luces y las tinieblas hace que incluso con los ojos abiertos no se vea nada.

Así caminan los apóstoles por esta ciudad desierta a causa de la hora meridiana; y sudan y se secan la cara y el cuello con la prenda que cubre su cabeza; y resoplan...

Cuando tienen que salir de la ciudad, cesa para ellos el alivio de los tramos abovedados. El camino, que bordea las murallas y se pierde hacia el norte y hacia el sur como una cinta cegadora de polvo incandescente, da la impresión de un terreno de horno: sube de él un calor de horno, un calor que seca los pulmones. El torrentillo que discurre por fuera de las murallas lleva un hilo de agua que fluye por el centro de un guijarral, de cantos blancos de sol como cráneos calcinados. Los apóstoles se acercan presurosos a ese hilo de agua, y beben; sumergen en ella la prenda que llevan en la cabeza y se la ponen de nuevo, chorreando, después de haberse lavado la cara. Se descalzan y chapotean con los pies en ese hilo de agua. Pero... es un alivio bien chico, porque el agua está caliente como si hubiera salido de un caldero colgado sobre una llama. Y dicen:

-Está caliente y hay poca. Sabe a barro y a jabonera. Cuando baja tan escasa, retiene el sabor de las coladas de la aurora.

Acometen la subida del Gólgota, del reseco Gólgota en que el sol ardiente ha secado la poca hierba que parecía pelusa rala en el amarillento monte unos quince días antes. Ahora sólo los rígidos y escasísimos matojos de plantas espinosas, llenas de espinas y exentas de hojas, elevan acá o allá sus dedos como de esqueletos desenterrados, de un verde que es amarillo por el polvo del monte, verdaderamente semejantes a huesos recién sacados de la tierra. Sí, parecen realmente haces de huesos calcinados plantados en el suelo. Hay uno que, después de unos dos palmos de palo derecho, forma bruscamente un codo que termina en cinco palitos después de una especie de paleta. Parece justo la osambre de una mano extendida para agarrar a quien pase y retenerlo en ese lugar de pesadilla.

-¿Queréis ir por el camino largo o por el corto? - pregunta Juan, que es el único que ya ha subido el monte.

-¡La más corta! ¡La más corta! ¡Vamos a darnos prisa, que aquí uno se muere de calor! - dicen todos, menos el Zelote y Santiago de Alfeo.

-¡Vamos!

Las piedras del camino adoquinado están ardiendo, como lastras sacadas del fuego.

-¡No se puede continuar por aquí! ¡No se puede! - dicen al cabo de pocos metros.

-Y, a pesar de ello, el Señor subió hasta allá, hasta donde aquella zarza, y estaba ya herido y llevaba a cuestas la cruz - observa Juan, que ha empezado a llorar desde que ha llegado al Calvario.

Continúan. Pero luego se echan al suelo agotados, jadeando. Las prendas mojadas en el río, que cubren sus cabezas, están ya secas por el sol; en cambio las túnicas se manchan de sudor.

-¡Demasiado empinada y ardiente! - dice Bartolomé resoplando.

-¡Sí, demasiado! - confirma Mateo, que está congestionado.

-Por lo que respecta al sol, es igual todo. Pero para la subida vamos a tomar ese camino. Es más largo, pero menos fatigoso. También Longinos lo tomó para poder hacer que el Señor subiera. ¿Veis ese lugar?, ¿allí, donde está esa piedra un poco

oscura? Allí se cayó el Señor, y lo creímos muerto, nosotros que mirábamos desde allí, al norte, allí, ¿veis?, donde está ese entrante antes de que la ladera empiece a empinarse. No se movía. ¡Oh, el grito de su Madre! ¡Me resuena aquí! ¡No olvidaré nunca ese grito! No olvidaré ni uno de sus gemidos... ¡Ah, hay cosas que le hacen a uno anciano en una hora y dan la medida del dolor del mundo!... ¡Ánimo, venid! ¡Menos que vosotros se detuvo nuestro Mártir Señor! - exhorta Juan.

Se levantan algo aturdidos y lo siguen hasta donde el sendero de trazado en espiral corta a la calzada pavimentada, y lo toman. Sí, es un camino menos empinado, pero... ¡en cuanto al sol!... Y el calor es todavía más intenso porque la ladera bordeada por el sendero refleja su fuego contra los viandantes, ya quemados por el sol.

-¡¿Pero por qué hacernos subir por aquí a esta hora?! ¿No hubiera podido traernos al amanecer, en cuanto hubiera habido la luz suficiente para ver dónde pisábamos? En realidad, como estábamos fuera de las murallas, hubiéramos podido venir sin esperar a la apertura de las puertas.

Se quejan y refunfuñan entre sí.

Hombres, todavía y siempre hombres: ahora, después de la tragedia del Viernes Santo, que es tragedia de la humanidad orgullosa y cobarde, más aún que tragedia de Cristo, siempre héroe, siempre victorioso, incluso en el morir; hombres como antes, cuando los embriagaban los gritos de hosanna de las multitudes, y exultaban pensando en las fiestas y en los banquetes suntuosos en casa de Lázaro... Sordos, ciegos, obtusos ante todos los signos y advertencias de cercana tempestad.

Santiago de Alfeo y el Zelote callan y lloran. Tampoco Andrés se queja después de las últimas palabras de Juan, quien sigue hablando, recordando, y en su acto de recordar, pone amonestación fraterna y exhortación a no quejarse...

Dice:

-Él subió aquí a esta hora, y ya llevaba mucho tiempo caminando. ¿Podría decir que, desde que salió del Cenáculo, no tuvo un momento de descanso? Y ese día hacía mucho calor. Se sentía el bochorno de la tormenta que se acercaba... y estaba ardiendo de fiebre. Nique dice que cuando le aplicó el paño al rostro tuvo la sensación de tocar fuego. Debe estar aquí cerca el lugar preciso en que se encontró con las mujeres... Nosotros, desde el lado opuesto no vimos el encuentro. Pero, a juzgar por lo que me dijeron Nique y las otras. ¡Ánimo, vamos! Pensad que las romanas, acostumbradas a la litera recorrieron a pie este camino, y habían estado al sol desde la mañana, desde la hora tercera, cuando fue condenado. ¡Oh, precedieron a todos, ellas, las paganas. Enviaron incluso a esclavos para que avisaran a las otras que por algún motivo se habían ausentado...

Continúan... ¡Un martirio de fuego ese camino! Incluso se tambalean.

Pedro dice:

-Si Él no hace un milagro, nos vamos a desplomar por insolación.

-Sí, a mí el corazón me estalla en la garganta - confirma Mateo. Bartolomé ya no habla. Parece borracho. Juan lo agarra de un codo y lo sostiene, como hizo con la Madre el Viernes cruento. Y dice para consolar:

-Dentro de poco hay algo de sombra. En el sitio a donde llevé a la Madre. Allí descansaremos.

Caminan, cada vez más lentamente...

Ya están apoyados en la roca en la que estuvo María. Y Juan lo dice. En efecto, hay un poco de sombra. Pero el aire está inmóvil, y abrasa.

-¡Si hubiera, al menos un tallito de anís, una hoja de menta, un tallo de hierba! Tengo la boca como pergamino arrimado al fuego. Pero no hay nada. ¡Nada! - gime Tomás, que tiene hasta hinchadas las venas del cuello y de la frente.

-Daría cuanto me queda de vida por una gota de agua - dice Santiago de Zebedeo.

Judas Tadeo rompe a llorar. Es un llanto fuerte. Y grita:

-¡Oh, pobre hermano mío, cuanto sufriste! ¡Dijo... dijo... ¿os acordáis?... que se moría de sed! ¡Ahora comprendo! ¡No había comprendido la extensión de esas palabras! ¡Se moría de sed! ¡Y no hubo nadie que le diera, mientras todavía podía beber, un sorbo de agua! ¡Y Él tenía fiebre, además del sol!

Juana le había llevado algo para aliviarlo... - dice Andrés.

-Ya no podía beber. Tampoco podía hablar... Cuando se encontró con su Madre, allí, a diez pasos de nosotros, sólo pudo decir: "¡Mamá!", y no pudo darle un beso, ni siquiera a distancia, a pesar de que Simón de Cirene lo hubiera liberado de la cruz. Tenía los labios endurecidos a causa de las heridas, abrasados... ¡Oh, yo veía bien, desde detrás de la fila de los legionarios! Porque yo no pasé aquí. ¡Habría tomado su cruz, si me hubieran dejado pasar! Pero temían por mí... y a causa de la muchedumbre, que quería apedrearnos. No podía hablar... ni beber... ni besar... ¡No podía ya casi ni mirar con sus ojos doloridos, bajo las costras de sangre, de la sangre que bajaba de la frente!... Tenía rota la túnica por una rodilla, y se veía la rodilla abierta y sangrante... Tenía las manos hinchadas y heridas... Tenía herido el mentón y una mejilla... La cruz había hecho una llaga en el hombro, ya abierto por los azotes... Tenía herida la cintura, por las cuerdas... La sangre provocada por las espinas goteaba por sus cabellos... Tenía...

-¡Calla! ¡Calla! ¡No es posible oírte! ¡Calla! ¡Te lo ruego y te lo mando! - grita Pedro, que asemeja a uno al que estuvieran torturando.

-¡No es posible oírme! ¡No podéis oírme! ¡Pero yo tuve que presenciar sus atroces sufrimientos! ¿Y su Madre? ¿Y su Madre, entonces?

Agachan la cabeza, llorando. Reanudan la marcha. Caminan... caminan... Ya no se quejan por sí mismos, sino que ahora lloran todos por los dolores de Cristo.

Ya están en la cima. En el primer rellano: una plancha de fuego. La reverberación es tal, que parece como si vibrara la tierra, a causa de ese fenómeno típico del sol cuando incide en las arenas encendidas de los desiertos.

-Venid. Vamos a subir por aquí. El centurión permitió que pasáramos aquí. También a mí. Me creyó hijo de María. Las mujeres estaban allí. Y allí los pastores. Y allí los judíos...

Juan señala los lugares, y termina:

-Pero la turba estaba abajo, abajo; cubría la ladera, hasta el valle, hasta el camino, y estaba incluso en las murallas, y en las terrazas cercanas a las murallas... había gente hasta donde alcanzaba la vista. Lo vi cuando el sol empezó a velarse; antes de eso era como ahora... y no podía ver...

En efecto, Jerusalén, abajo, parece un espejismo trémulo. El exceso de luz hace de velo para el que quiere verla. Y Juan dice:

-A otras horas -María de Lázaro lo ha dicho, pero yo desconocía el momento y el motivo de su venida- se ven los restos negros de las casas quemadas por los rayos. Las casas de los más culpables... al menos de muchos de ellos... Aquí (Juan mide los pasos, reconstruye la escena), aquí estaba Longinos, y aquí estábamos María y yo. Aquí estaba la cruz del ladrón arrepentido, y ahí la otra. Aquí echaron a suerte la ropa. Allí cayó al suelo su Madre cuando Él murió... Desde aquí vi el lanzazo en el Corazón (Juan se pone pálido como un muerto), porque aquí estaba su Cruz - y se arrodilla y adora, rostro en tierra, en la tierra que se ve excavada en un espacio que correspondía a la tierra ensangrentada bajo la sombra del palo transversal de la cruz y alrededor del tronco vertical de ella. Debe haber trabajado duro la Magdalena para excavar tanta tierra, y con una profundidad de al menos un palmo largo, y en una tierra tan dura, mezclada con piedras y una serie de objetos de desecho, que hacen de ella una costra compacta.

Todos se han arrojado al suelo, a besar esa tierra, que ahora se baña de lágrimas...

Juan es el primero en levantarse, y, amorosamente despiadado, va recordando cada uno de los momentos... Ya no siente el sol... Ninguno lo siente... Habla, habla de cuando Jesús rechazó el vino mirrado, de cuando se desnudó y se ciñó el velo materno, de cuando apareció tan atrozmente flagelado y herido, de cuando se extendió sobre la cruz y gritó por el primer clavo, y luego ya no, para que no sufriera demasiado su Madre, y de cuando le desgarraron la muñeca y le dislocaron el brazo para estirarlo hasta el punto requerido, también habla de cuando, clavado del todo, volvieron la cruz para remachar los clavos y el peso de la cruz pesó sobre el Mártir, cuyo jadeo se oía, y de cuando dieron de nuevo la vuelta a la cruz y la levantaron mientras la arrastraban, y ésta cayó secamente en el agujero y la calzaron; y describe el Cuerpo pendiendo hacia abajo desgarrando las manos, y cómo la corona se descoloca y hace desgarros en la cabeza; y refiere las palabras al Padre de los Cielos, las palabras que pedían perdón para los crucifixores, y que daban el perdón al ladrón arrepentido, y las palabras a su Madre y a Juan, y la llegada de José y Nicodemo, tan abiertamente heroicos desafiando a todo un mundo, y el valor de María de Magdala, y el grito de angustia al Padre que lo abandonaba; y habla de la sed y del vinagre con hiel, y de la última agonía y de cómo llamaba débilmente a su "Mamá", y refiere las palabras de María, ya con el alma en la frontera de la vida por la congoja, la congoja... y la resignación y abandono en Dios; y refiere, horrenda, la última convulsión y el grito que hizo temblar al mundo, y el grito de María cuando lo vio muerto...

-¡Calla! ¡Calla! ¡Calla! - grita Pedro.

Parece traspasado él por la lanza. También los otros suplican:

-¡Calla! ¡Calla!...

¯Ya no tengo nada que decir. Ya el sacrificio había terminado. La sepultura... nuestra congoja, no suya. En ella sólo tiene valor el dolor de la Madre. ¡Nuestra congoja! ¿Acaso merece compasión? Ofrezcámosela a Él, en vez de pedir piedad para nosotros. Demasiado  y siempre hemos evitado el dolor, las fatigas, los abandonos, dejando todas esas cosas para Él, sólo para Él. Verdaderamente hemos sido unos discípulos indignos, que lo hemos amado por la alegría de ser amados, por el orgullo de ser grandes en su reino; pero no supimos amarlo en el dolor... De ahora en adelante, no. Aquí, aquí debemos jurar -esto es un altar, y alto-, ante el Cielo y ante la Tierra, que no volverá a ser así. Ahora, a Él la alegría; a nosotros, la cruz. Jurémoslo. Sólo así daremos paz a nuestras almas. Aquí ha muerto Jesús de Nazaret, el Mesías, el Señor, para ser Salvador y Redentor. Muera aquí ese hombre que somos nosotros y resucite el discípulo *verdadero.* ¡Alzaos! Juremos en el Nombre santo de Jesucristo que queremos abrazar su doctrina hasta el punto de saber morir por la redención del mundo.

Juan parece un serafín. Con los movimientos se ha descubierto y la rubia cabeza resplandece bajo el sol. Ha subido a un montón de objetos desechados (quizás las estacas de sostén de las cruces de los ladrones) y ha tomado involuntariamente la postura (con los brazos abiertos) que tiene frecuentemente Jesús cuando enseña, y especialmente la postura que tenía en la cruz.

Los otros lo miran, tan hermoso, tan ardoroso, tan joven (el más joven de todos) y tan maduro espiritualmente. El Calvario le ha dado la edad perfecta... Lo miran y gritan:

-¡Lo juramos!

-Oremos, entonces, para que el Padre convalide nuestro juramento: "Padre nuestro que estás en el Cielo...".

El coro de las once voces se hace seguro, cada vez más seguro a medida que va adelante. Y Pedro se golpea el pecho cuando dice: «perdónanos nuestras deudas», y todos se arrodillan cuando dicen la última súplica: «líbranos del mal». Permanecen así, arrodillados y profundamente corvados, meditando...

Jesús está con ellos. No he visto ni cuándo ni por dónde ha aparecido. Se diría que por la parte inaccesible del monte. Resplandece de amor en la intensa luz meridiana. Dice:

-El que permanece en mí no recibirá daño del Maligno. En verdad os digo que los que estén unidos a mí sirviendo al Altísimo Creador, cuyo deseo es la salvación de todos los hombres, podrán expulsar demonios, hacer inocuos reptiles y venenos, pasar por entre fieras y llamas sin recibir daño, hasta que Dios quiera que permanezcan en la Tierra sirviéndole.

-¿Cuándo has venido, Señor? - dicen, volviendo la cabeza pero permaneciendo de rodillas.

-Me ha llamado vuestro juramento. Y ahora, ahora que los pies de mis apóstoles han pisado este terreno, bajad rápidos a la ciudad, al Cenáculo. A1 anochecer se marcharán las mujeres de Galilea con mi Madre. Tú y Juan iréis con ellas. Nos congregaremos todos en Galilea, en el Tabor - dice al Zelote y a Juan.

-¿Cuándo, Señor?

-Juan lo sabrá y os lo dirá.

-¿Nos dejas, Señor? ¿No nos bendices? Tenemos mucha necesidad de tu bendición.
-Aquí y en el Cenáculo os la daré. ¡Postraos!
Los bendice. El fulgor del sol lo envuelve como en la Transfiguración. La diferencia es que aquí lo esconde. Jesús ya no está.
Alzan la cabeza. Ya nada: sol y tierra quemada...
-¡Levantémonos y vamos! ¡Se ha marchado! - dicen con tristeza.
-¡Cada vez son más breves sus permanencias entre nosotros!
-Pero hoy parecía más contento que ayer por la noche. ¿No te lo ha parecido, hermano? - pregunta Judas Tadeo a Santiago de Alfeo.
-Lo que le ha alegrado ha sido nuestro juramento. ¡Bendito tú Juan, que nos lo has hecho hacer! - dice Pedro abrazando a Juan.
-Yo esperaba que hablara de su Pasión. ¿Por qué nos ha traído aquí para no decir nada luego? - dice Tomás.
-Se lo preguntaremos esta noche - dice Andrés.
-Sí. Ahora vámonos. El camino es largo y deseamos estar un poco con María antes de que se marche - dice Santiago de Alfeo.
-¡Otra dulzura que termina! - suspira Judas Tadeo.
-¡Nos quedamos huérfanos! ¿Qué haremos?
Se vuelven hacia Juan y el Zelote y, con una miaja de envidia en la voz, dicen: -¡Vosotros, al menos, vais con la Madre! Y os quedáis siempre con Ella.
Juan hace un gesto como para decir: «Así es».
Pero ellos, que no tienen envidia mala sino buena, confiesan inmediatamente: -Pero es justo. Porque tú estabas aquí con Ella, y tú has renunciado a estar por obediencia. Nosotros...
Empiezan a bajar. Pero en cuanto llegan al segundo rellano, el más bajo, ven a una mujer que sube allí bajo el sol por el camino escarpado y que los mira de hito en hito sin decir nada, para dirigirse luego, con paso seguro, a la explanada más alta.
-¡Ya hay quien viene aquí! No es sólo María la que viene. Pero ¿qué hace? Llora y busca por el suelo. ¿Será una que haya perdido algo aquel día? - se preguntan.
Pudiera ser, en efecto, porque no se ve quién es. El rostro de la mujer está completamente cubierto con un velo.
Tomás alza su potente voz:
-¡Mujer! ¿Qué has perdido?
-Nada. Busco el lugar de la cruz del Señor. Tengo un hermano que se está muriendo, y ya no está en la Tierra el Maestro bueno... - llora en su velo - ¡Los hombres lo han echado de este mundo!
-Ha resucitado, mujer. Permanece para siempre.
-Sé que permanece para siempre. Porque es Dios, y Dios no perece. Pero ya no está entre nosotros. Un mundo no lo ha recibido y Él se ha marchado. Un mundo ha renegado de Él. Hasta sus discípulos lo han abandonado como si fuera un bandido; y Él... pues ha abandonado el mundo. Vengo a buscar un poco de su Sangre. Tengo fe en que esto curará a mi hermano. Más que la imposición de las manos de sus discípulos, porque ya no creo que ellos puedan hacer prodigios después de haberle sido infieles.
-El Señor ha estado aquí hace poco, mujer. Ha resucitado en alma y cuerpo y está todavía entre nosotros. El perfume de su bendición está todavía en nosotros. Mira, aquí ha puesto sus pies hace un momento - dice Juan.
-No. Busco una gota de su Sangre. Yo no estaba aquí y no sé el lugar... - agachada, busca en el suelo.
Juan le dice:
-Éste era el punto de su cruz. Yo estaba.
-¿Estabas? ¿Como amigo o como crucifixor? Se dice que sólo uno de sus discípulos predilectos estaba al pie de la cruz, y pocos otros discípulos fieles con él, aquí cerca. Pero no quisiera hablar con un crucifixor suyo.
-No lo soy, mujer. Mira, aquí, donde estaba la cruz, hay todavía tierra roja de sangre, a pesar de que hayan excavado. Tanta fue la sangre que perdió, que penetró profundamente. Ten, y que tu fe se vea premiada.
Juan ha excavado con los dedos en el agujero donde estaba la cruz y ha extraído tierra rojiza. La mujer lo recoge en un pequeño paño y, dando las gracias, se marcha rauda con su tesoro.
-Has hecho bien en no revelar quiénes somos...
-¿Por qué no has dicho quién eras?... -dicen los apóstoles (como siempre, el pensamiento humano es contrastante).
Juan los mira y no dice nada. Es el primero en encaminarse hacia abajo por la pronunciada cuesta del camino adoquinado. Aunque sea más fácil bajar que subir, todavía el sol luce despiadado, de forma que cuando se ven al pie del Gólgota están verdaderamente sedientos. Pero hay ovejas en el regato, y unos pastores con ellas. Vienen, sin duda, de algún aprisco cercano; para el pasto, antes de que anochezca. El agua está turbia. Es imposible beberla.
La sed es tal, que Bartolomé se dirige a un pastor diciendo:
-¿Tienes un sorbo de agua en tu zaque?
El hombre los mira con severidad. No dice nada.
-Un poco de leche, entonces. Las ubres de tus animales están túrgidas. La pagaremos. Desearíamos líquido helado, pero nos basta beber.
-No tengo ni agua ni leche para los que han abandonado a su Maestro. Os reconozco, no penséis que no. Os vi y oí una vez en Betsur. Precisamente a ti, que pides... Pero no os vi cuando me encontré con los que bajaban al Crucificado. Sólo éste estaba. No hubo agua para Él, me dijeron los que estuvieron en el monte. Tampoco para vosotros hay agua.

Silba a su perro, reúne a las ovejas y se marcha hacia el norte, en donde empiezan elevaciones cubiertas de olivos y, a trechos, de hierba. Los apóstoles, abatidos, cruzan el puente y entran en la ciudad. Van pegados a las paredes, muy cubiertas sus cabezas, hasta los ojos, un poco encorvados. Es que ahora las calles, habiendo pasado ya el calor de las primeras horas de la tarde, vuelven a animarse con gente.

Pero deben cruzar toda la ciudad antes de llegar a la casa del Cenáculo, y demasiados son los que conocen a los apóstoles como para que su paso pueda producirse sin incidentes. Y pronto sucede que llega a ellos el latigazo de una carcajada, mientras un escriba -estaba convencida de que ya no iba a ver escribas, y me sentía contenta- grita a la gente (numerosa en este estrecho cruce donde gorgotea una fuente): -¡Ésos son! ¡Mirad! ¡Ahí tenéis a los restos del ejército del gran rey! Los jabatos incapaces de pelear. Los discípulos del seductor. Desprecio y escarnio para ellos. ¡Y compasión, la compasión que se siente por los locos!

Es el principio de una barahúnda de ultrajes. Hay quien grita

-¿Dónde estabais mientras Él sufría su pena?

-¿Convencidos ahora de que era un falso profeta?

-¡En vano lo habéis robado y escondido! La idea está apagada. El Nazareno está muerto. El Galileo ha sido fulminado por Yeohveh. Y vosotros con Él.

También hay quien, con falsa piedad, dice:

-Dejadlos tranquilos. Han recapacitado y se han arrepentido; demasiado tarde, pero a tiempo de huir en el momento justo.

Y hay quien enardece a la masa popular (en general compuesta por mujeres, que parecen propensas a ponerse de la parte de los apóstoles), diciendo:

-A vosotros, a los que todavía dudáis de nuestra justicia: os sirva de luz lo que han hecho los más leales seguidores del Nazareno. Si hubiera sido Dios, los habría fortalecido. Si ellos lo hubieran conocido como al verdadero Mesías, no habrían huido, porque habrían pensado que una fuerza humana no podía vencer al Cristo. Sin embargo, Él ha muerto en la presencia del pueblo. Y en vano ha sido robado su cadáver, tras haber agredido a los soldados que estaban de guardia y se habían dormido. Preguntádselo a los soldados, si fue o no así. El ha muerto y su gente está desperdigada. Y grande es ante los ojos del Altísimo el que libera el suelo santo de Jerusalén de los últimos vestigios suyos. ¡Maldición a los seguidores del Nazareno! ¡Echemos mano a las piedras, oh pueblo santo, y sean lapidados éstos fuera de las murallas!

Es demasiado para la todavía poco estable valentía de los apóstoles. Ya se habían retirado bastante hacia las murallas para no fomentar la algarada con un imprudente desafío a los acusadores. Pero ahora, más que la prudencia, lo que vence es el miedo. Y vuelven las espaldas y se salvan huyendo en dirección a la puerta. Santiago 1e Alfeo y Santiago de Zebedeo, con Juan, Pedro y el Zelote, más serenos y dueños de sí mismos, siguen a sus compañeros sin correr. Alguna piedra los alcanza antes de salir por la puerta, y sobre todo, son alcanzados por muchas porquerías.

Los soldados que están de guardia y salen de sus sitios impiden que los sigan más allá de las murallas. Pero los apóstoles corren, corren, y se refugian en el huerto de José, donde estaba el Sepulcro.

Hay serenidad y silencio en ese lugar. Suave es la luz bajo los árboles, que en esos días han echado hojas, todavía escasas, pero tan esmeraldinas, que proyectan un velo de color suave bajo los robustos troncos. Se echan al suelo para calmarse de las fuertes palpitaciones. En el fondo del huerto un hombre está cavando, y recalzando verduras, ayudado por un jovencito. No los ve -se han escondido detrás de un seto- sino cuando, después de haber escrutado el cielo y dicho fuerte: «Ven, José, y trae al burro para atarle a la noria», se dirige hacia ellos, a un rústico pozo escondido entre un grupo de zarzas que le dan sombra.

-¿Qué hacéis? ¿Quiénes sois? ¿Qué queréis en el huerto de José de Arimatea? Y tú, necio, ¿por qué dejas abierta la cancilla que José quiere que esté cerrada, ahora que la ha puesto? ¿No sabes que no quiere a nadie aquí donde fue sepultado el Señor?

Digo la verdad: envuelta en la pena de asistir a la sepultura de Jesús y en el estupor de la Resurrección, nunca me había percatado de si este huerto, además de la cerca de un seto verde de bojes y zarzas, tenía o no una cancilla; pero, en efecto, creo que haya sido colocada hace poco porque está completamente nueva y la sostienen dos machones cuadrangulares cuyo revoque no presenta señales de largo tiempo. José también, como Lázaro, ha cerrado los lugares santificados por Jesús.

Juan se alza, junto con el Zelote y Santiago de Alfeo, y, sin miedo, dice:

-Somos los apóstoles del Señor. Yo, Juan; éste, Simón, amigo de José; y éste, Santiago, hermano del Señor. El Señor nos había llamado al Gólgota y habíamos ido. Nos dio la orden de ir a la casa donde está su Madre. La muchedumbre nos ha acosado. Hemos entrado aquí en espera de la noche...

-Pero... ¿estás herido? ¡Y también tú! ¡Y tú! Venid que os cure ¿Tenéis sed?, ¿hambre? Tú, rápido, saca agua. La primera agua es pura, luego los cangilones la ponen fangosa. Y da de beber. Y luego lava algunas lechugas de esas frescas y alíñalas con el aceite que tenemos para fajar los injertos. No tengo más cosas que daros. No tengo casa aquí. Pero, sí esperáis, os llevo conmigo...

-No. No. Tenemos que ir donde el Señor. Que Dios te lo pague.

Beben y se dejan curar. Todos tienen heridas en la cabeza. ¡Apuntan bien los judíos!

-Ve al camino tú y mira a ver sí hay alguno merodeando, pero sin levantar sospechas - le ordena el hortelano al muchacho.

Éste vuelve y dice:

-Nadie, padre. El camino está desierto.

-Ve a dar una ojeada hacia la puerta y vuelve rápidamente.

Arranca unos tallos de anís y los ofrece, disculpándose por no tener más que legumbres, lechuga y esos anises; y es que -dice- los árboles frutales han perdido las flores muy recientemente.

Vuelve el muchacho.

-Nadie, padre. El camino, fuera de la puerta, está vacío.

-Vamos entonces. Ata el burro al carro y echa encima las hierbas de la mondadura. Pareceremos hombres que vuelven de los campos. Venid conmigo. Alargaréis el camino... pero es mejor que las pedradas.

-En todo caso, tendremos que entrar en la ciudad...

-Sí. Pero entraremos por otra parte, por callejuelas no expuestas. Venid seguros.

Cierra con una llave grande la sólida cancilla. Ofrece a los más mayores que suban al carro. Da azadas y rastrillos a los otros. Carga a Tomás con un haz de mondadura y con un atado de hierba a Juan

Y se da a caminar seguro, orillando las murallas en dirección al sur.

-Pero, tu casa... Esto está desierto.

-La casa está allá, en el otro lado, y no se escapa. La mujer esperará. Primero sirvo a los siervos del Señor.

Los mira...

-¡Todos cometemos errores! ¡Yo también tuve miedo! Y todos somos odiados por su Nombre. También José. Pero ¿qué importa? Dios está con nosotros. ¿La gente?... Odia y ama, ama y odia. ¡Además, lo que hoy hace lo olvida mañana! Claro... ¡si no estuvieran esas hienas!... Son ellos los que incitan a la gente. Están enfurecidos porque ha resucitado ¡Si se presentara en un pináculo del Templo para dar seguridad al pueblo de que ha resucitado! ¿Por qué no lo hace? Yo creo. Pero no todos saben creer. Y ellos pagan bien a los que dicen al pueblo que su cadáver ha sido robado; que vosotros lo habéis robado, ya descompuesto, y lo habéis sepultado o quemado en una gruta de Josafat.

Ya están en el lado sur de la ciudad, en el valle de Hinnón.

-Ahí está la Puerta de Sión. ¿Sabéis ir desde allí a la casa? Está a un paso.

-Sabemos. Que Dios esté contigo por tu bondad.

-Para mí seguís siendo los santos del Maestro. Hombres sois y hombre soy. Sólo Él es más que Hombre y pudo no temblar. Sé comprender y compadecerme. Y digo que vosotros, hoy débiles, mañana seréis fuertes. La paz a vosotros.

Los libera de hierbas y herramientas agrícolas y se vuelve, mientras los apóstoles, rápidos como liebres, entran en la ciudad y, por callejuelas periféricas, a hurtadillas, van hacia la casa del Cenáculo.

Pero las peripecias de ese día no han terminado todavía. Un grupo de legionarios dirigidos hacia la cercana taberna se cruza con ellos. Uno de los legionarios los observa e indica su presencia a los otros. Y se ríen todos. Y, cuando estos pobres, maltratados discípulos se ven obligados a pasar por delante de ellos, uno de los soldados que están apoyados en la puerta los apostrofa:

-¡Hala... ¿no os ha lapidado el Calvario y han atinado los hombres?! ¡Por Júpiter! ¡Os creía más valientes! Y creía que no teníais miedo a nada... porque como os habíais atrevido a subir allá... ¿No os han echado en cara las piedras del monte vuestra cobardía? ¿Tanto valor habéis tenido que habéis subido? Siempre he visto a los culpables huir de los lugares que recuerdan la culpa. La Némesis los sigue. Pero quizás a vosotros os ha llevado hasta allá arriba para haceros temblar de horror, hoy, porque no quisisteis temblar de piedad *entonces.*

Una mujer -quizás es la dueña de la taberna- se asoma a la puerta y se ríe. Tiene una cara de fascinerosa que mete miedo, y grita fuerte:

-¡Mujeres hebreas, mirad lo que brota de vuestras entrañas: cobardes perjuros que salen de sus madrigueras cuando el peligro ha terminado! ¡El vientre romano sólo concibe héroes! ¡Venid, vosotros, a beber por la grandeza de Roma!¡Vino selecto y hermosas jóvenes!... - se adentra, seguida por los soldados, en su antro oscuro.

Una hebrea mira -alguna mujer está en la calle, con las ánforas; ya se oye el gorgoteo de la fuente cercana a la casa del Cenáculo- y siente compasión. Es una mujer anciana. Dice a sus compañeras:

-Han errado... Pero todo un pueblo ha errado.

Se acerca a los apóstoles y los saluda:

-La paz a vosotros. Nosotras no olvidamos... Sólo queremos saber si verdaderamente ha resucitado el Maestro.

-Ha resucitado. Lo juramos.

-Pues entonces no temáis. Él es Dios, y Dios vencerá. Paz a vosotros, hermanos. Y decid al Señor que perdone a este pueblo.

-Y vosotras orad para que el pueblo a *nosotros* nos perdone y olvide el escándalo que hemos dado. Mujeres, a vosotras, yo, Simón Pedro, os pido perdón.

Pedro llora...

-Somos madres y hermanas y esposas, hombre. Tu pecado es el de nuestros hijos, hermanos y maridos. ¡Que el Señor tenga piedad de todos!

Los han acompañado a la casa estas mujeres compasivas, y ellas mismas llaman a la puerta cerrada. Abre la puerta Jesús, llenando el espacio oscuro con su Cuerpo glorificado, y dice:

-Paz a vosotras por vuestra piedad.

Las mujeres están petrificadas por el estupor. Se quedan así, hasta que la puerta vuelve a cerrarse tras los apóstoles y el Señor. Entonces vuelven en sí.

-¿Lo has visto? Era Él. ¡Qué hermoso! Más que antes. ¡Y vivo! ¡Ciertamente no era un fantasma! Un hombre verdadero. ¡La voz! ¡La sonrisa! Movía las manos. ¿Has visto qué rojas estaban las heridas? No, miraba que su pecho respiraba exactamente igual que el de un vivo. ¡Que no nos vengan a decir que no es verdad! ¡Vamos! ¡Vamos a decirlo por las casas! No. Vamos a

llamar aquí para verlo otra vez. ¿Qué piensas tú? Es el Hijo de Dios, resucitado. ¡Ya es mucho el que se haya mostrado a nosotras, pobres mujeres! Está con su Madre y las discípulas y los apóstoles. No. Sí...

Vencen las prudentes y el grupo se aleja.

Jesús, entretanto, ha entrado con sus apóstoles en el Cenáculo. Los observa. Sonríe. Ellos, antes de entrar en casa, se han quitado las prendas que cubrían como vendas sus cabezas y se las han puesto como impone el uso normal. Las moraduras, por tanto, no se ven. Se sientan, cansados y silenciosos; más afligidos que cansados.

-Habéis tardado - dice Jesús con dulzura.

Silencio.

-¿No me decís nada? ¡Hablad! Soy Jesús también ahora. ¡Ya ha cedido vuestra intrepidez de hoy?

-¡Oh, Maestro! ¡Señor! - grita Pedro cayendo de rodillas a los pies de Jesús - No ha cedido nuestra intrepidez. Pero nos abate el constatar el daño que hemos causado a tu Fe. ¡Estamos machacados!

-Muere el orgullo, nace la humildad. Surge el conocimiento, crece el amor. No temáis. Estáis haciéndoos apóstoles *ahora.* Esto es lo que Yo quería.

-¡Pero no vamos a poder hacer ya nada! ¡El pueblo, y tiene razón, se burla de nosotros! Hemos destruido tu obra. ¡Hemos destruido tu Iglesia!

Están llenos de angustia. Gritan, gesticulan...

Jesús está majestuosamente sereno. Dice, ayudando a sus palabras con el gesto: -¡Tened paz! Ni el infierno destruirá mi Iglesia. No hará perecer el edificio la inestabilidad de una piedra aún no bien asegurada. ¡Tened paz! Haréis, haréis cosas bien hechas, porque ahora os conocéis humildemente en vuestra verdadera realidad, porque ahora poseéis una gran sabiduría: la de saber que todo acto tiene muy vastas repercusiones, a veces imborrables, y que quien está arriba -recordad lo que dije de la luz, que debe ponerse en un lugar alto para que sea vista, pero, precisamente porque todos la ven, debe tener una llama pura-, que quien está arriba, más que quien no lo está, tiene el deber de ser perfecto. ¿Veis, hijos míos? Lo que, si lo hace un fiel, pasa desapercibido o es excusable no pasa desapercibido y severo es el juicio del pueblo si lo hace un sacerdote. Pero vuestro futuro borrará vuestro pasado. No os he dicho nada en el Gólgota, sino que he dejado que el mundo hablara. Yo os consuelo. ¡Ánimo, no lloréis! Comed y bebed ahora, y dejad que os cure, así.

Toca levemente las cabezas heridas. Luego dice:

-Pero conviene que os alejéis de aquí. Por eso he dicho: "Id, orantes, al Tabor". Podréis estar en los pueblos cercanos y subir a cada amanecer a esperarme.

-Señor, el mundo no cree que hayas resucitado - dice en tono bajo Judas Tadeo.

-Convenceré al mundo. Os ayudaré a vencer al mundo. Vosotros sedme fieles. No pido más. Y bendecid a quien os humilla, porque os santifica.

Parte el pan, lo divide en partes, lo ofrece y distribuye:

-Éste es mi viático para los que os marcháis. Allí he preparado ya el alimento para mis peregrinos. Haced también esto en el futuro con aquellos de entre vosotros que se pongan en viaje. Sed paternos con todos los fieles. Todo lo que Yo hago, o hago que hagáis, hacedlo vosotros también. También el ir al Calvario, meditando y moviendo a meditar en la vía dolorosa, hacedlo en el futuro. ¡Contemplad! Contemplad mi dolor. Porque por él, no por la presente gloria, os he salvado. Allí está Lázaro con sus hermanas. Han venido a saludar a mi Madre. Id vosotros también, porque mi Madre se va a marchar pronto en el carro de Lázaro. La paz a vosotros.

Se levanta y, rápidamente, sale.

-¡Señor! ¡Señor! - grita Andrés.

-¿Qué quieres, hermano? - le pregunta Pedro.

-Quería pedirle muchas cosas. Hablarle de los que piden curaciones... ¡No sé! ¡Cuando está en medio de nosotros ya no sabemos decir nada! - y sale corriendo en busca del Señor.

-¡Es verdad! ¡Estamos como desmemoriados! - convienen en ello todos.

-¡Pues es muy bueno con nosotros! ¡Nos ha llamado "hijos" con una dulzura tal, que me ha abierto el corazón! - exclama Santiago de Alfeo.

-¡Pero es tan... Dios, ahora!... Tiemblo cuando lo tengo cerca, como si estuviera junto al Santo de los Santos - dice Judas Tadeo.

Vuelve Andrés:

-Ya no está. El espacio, el tiempo, las paredes, están bajo su dominio.

-¡Es Dios! ¡Es Dios! - dicen todos, y permanecen en actitud de gran veneración...

## 632

## Apariciones a varias personas en distintos lugares.

***I. A la madre de Analía.***

Elisa, la madre de Analía, llora desconsoladamente en su casa, cerrada dentro de un cuarto de reducidas dimensiones, donde hay una cama pequeña sin cobertores, que quizás es la de Analía. Tiene la cabeza relajada sobre los brazos, desmayados a su vez, extendidos sobre la cama como para abrazarla por entero. El cuerpo pesa, desfallecido, sobre las rodillas. Lo único vigoroso es su llanto.

Poca luz entra por la ventana abierta. El día ha renacido hace poco. Pero una luz viva brilla cuando entra Jesús.

Digo "entra" para expresar que está en el cuarto, mientras que antes no estaba. Y lo diré siempre así para significar sus apariciones en lugares cerrados, sin repetirme respecto a cómo Él se descubre tras una gran luminosidad que recuerda a la de la Transfiguración, tras un fuego blanco -se me permita la comparación- que parece licuar paredes y puertas para permitirle entrar con su verdadero, respirador, sólido Cuerpo glorificado (un fuego, una luminosidad que se repliega sobre Él y lo oculta cuando se marcha). Después, adquiere el aspecto hermosísimo de Resucitado, pero Hombre, verdaderamente Hombre, de una belleza centuplicada respecto a la que ya tenía antes de la Pasión. Es Él, pero glorioso, *Rey.*

-¿Por qué lloras, Elisa?

No sé cómo la mujer no reconoce esa Voz inconfundible. Quizás el dolor la aturde. Responde como si hablara con un pariente que, quizás, ha ido donde ella después de la muerte de Analía.

-¿Has oído ayer por la tarde a esos hombres? Él no era nada. Poder mágico, no divino. Y yo que me resignaba a la muerte de mi hija figurándomela amada por un Dios, en paz... ¡Me lo había dicho!... - llora aún más fuerte.

-Pero muchos lo han visto resucitado. Sólo Dios puede resucitarse por sí mismo.

-Esto se lo dije yo también a los de ayer. Tú lo oíste. Me opuse a sus palabras, porque sus palabras significaban la muerte de mi esperanza, de mi paz. Pero ellos -¿lo oíste?-, ellos dijeron: "No es más que una comedia de sus seguidores, para no reconocer su falta de cordura. Él está muerto y bien muerto, y ya en estado de descomposición han robado su cadáver y lo han destruido, y dicen que ha resucitado". Esto dijeron... Y también dijeron que por eso el Altísimo ha mandado el segundo terremoto, para hacerles sentir su ira por su sacrílego embuste. ¡Oh, ya no tengo consuelo!

-Pero si vieras al Señor resucitado, con tus ojos, y lo palparas con tus manos, ¿creerías?

-No soy digna de ello... Pero ¡claro que creería! Me bastaría con verlo. No me atrevería a tocar sus Carnes, porque, si así fuera, serían carnes divinas, y una mujer no puede acercarse al Santo de los Santos.

-¡Alza la cabeza, Elisa, y mira quién tienes delante!

La mujer alza la cabeza cana, alza la cara desfigurada por el llanto, y ve... Cae más aún su cuerpo, gravitando más en los talones; se restriega los ojos; abre la boca, por un grito que quiere subir pero que el estupor estrangula en la garganta...

-Soy Yo. El Señor. Toca mi Mano. Bésala. Me has sacrificado tu hija. Lo mereces. Y halla de nuevo, en esta Mano, el beso espiritual de tu hija. Está en el Cielo. Bienaventurada. Dirás esto a los discípulos, y se lo dirás *este* día.

La mujer está tan arrobada, que no se atreve a llevar a cabo ese gesto. Es Jesús mismo el que le aprieta la punta de sus dedos contra los labios.

-¡Oh! ¡¡¡Verdaderamente has resucitado!!! ¡Feliz! ¡Soy feliz! ¡Bendito seas, Tú que me has consolado!

Se inclina para besarle los pies, y lo hace, y se queda así.

La luz sobrenatural envuelve en su esplendor a Cristo y la habitación queda vacía de Él; pero la madre tiene el corazón lleno de inquebrantable certeza.

***II. A María de Simón, en Keriot, con Ana, madre de Yoana, y el anciano Ananías.***

Es la casa de Ana, madre de Yoana; la casa de campo donde Jesús, acompañado de la madre de Judas, obró el milagro de la curación de Ana. También aquí una habitación, y una mujer que yace sobre un lecho; irreconocible ella, de tan desfigurada como está a causa de una mortal angustia. Su rostro aparece consumido, devorado por la fiebre que enciende los pómulos, salientes de tan ahondados como están los carrillos. Los ojos, dentro de un círculo negro, rojos de fiebre y llanto, están semicerrados bajos los párpados hinchados. Donde no hay enrojecimiento de fiebre hay amarillez intensa, verdastra, como por bilis esparcida en la sangre. Los brazos descarnados, las manos afiladas, están desmayados sobre las mantas que un veloz jadeo levanta.

Junto a la enferma, que no es sino la madre de Judas, está la madre de Yoana, Ana, secando lágrimas y sudor, agitando un abanico, cambiando en la frente y la garganta de la enferma paños impregnados en un vinagre aromatizado, acariciando a la enferma las manos y los sueltos cabellos, esos cabellos que, en poco tiempo, han pasado a ser más blancos que negros y que están esparcidos sobre la almohada o aglutinados por el sudor tras las orejas ahora transparentes. Y llora también Ana, diciendo palabras de consuelo:

-¡Así no, María! ¡Así no! ¡Basta! Él... él ha pecado. Pero tú, tú sabes cómo el Señor Jesús...

-¡Calla! Ese Nombre... diciéndomelo a mí... se profana... ¡Soy la madre... del Caín… de Dios! ¡Ay!

El llanto quedo se transforma en extremo, lacerante sollozo. La mujer siente ahogarse, se agarra al cuello de su amiga, que la socorre; un vómito bilioso le sale por la boca.

-¡Cálmate! ¡Cálmate, ¡María! ¡Así no! ¡Oh!, ¿qué puedo decirte para convencerte de que Él, el Señor, te quiere? ¡Te lo repito! ¡Te lo juro por las cosas para mí más santas: por el Salvador y por mi hija! Él me lo dijo cuando lo condujiste a mí. Él tuvo para ti palabras y detalles de un amor infinito. Tú eres inocente. Él te quiere. Estoy segura, segura estoy de que se entregaría otra vez por darte paz, pobre madre mártir.

-¡Madre del Caín de Dios! ¿Oyes? El viento, ahí afuera... lo dice... Va por el mundo la voz... la voz del viento, y dice: "María de Simón, madre de Judas, el que traicionó al Maestro y lo entregó a sus crucifixores". ¿Oyes? Todo lo dice... El arroyo, ahí afuera... Las tórtolas... las ovejas... Toda la Tierra grita que soy yo... No, no quiero curarme. ¡Morir es lo que quiero!... Dios es justo y no descargará su mano contra mí en la otra vida. Pero aquí, no. El mundo no perdona... no distingue... Me vuelvo loca porque el mundo grita...: "¡Eres la madre de Judas!".

Vuelve a caer, exhausta, sobre la almohada. Ana la coloca y sale para llevarse los paños ya sucios...

María, con los ojos cerrados, exangüe después del esfuerzo realizado, gimiendo, dice:

-¡La madre de Judas!, ¡de Judas!, ¡de Judas!

Jadea. Luego continúa:

-Pero ¡qué es Judas? ¿Qué di a luz? ¿Qué es Judas? ¡Qué di...?

Jesús está en la habitación, que una trémula luz clarea (y es que todavía la luz del día es demasiado escasa como para iluminar esta vasta habitación, en la que la cama está en el fondo, muy lejos de la única ventana que hay). Llama dulcemente:

-¡María! ¡María de Simón!

La mujer está casi en estado de delirio y no da relevancia a la voz. Está ausente, enajenada dentro de los torbellinos de su dolor, y repite las ideas que obsesionan su cerebro, monótonamente, como el tictac de un péndulo:

-¡La madre de Judas! ¿Qué di a luz? El mundo grita: "¡La madre de Judas!"...

Jesús tiene dos lágrimas en el lagrimal de sus ojos dulcísimos. Me asombran mucho. No creía que Jesús pudiera llorar después de su resurrección...

Se agacha. ¡La cama es tan baja para Él tan alto...! Pone la mano en la frente febril, apartando los paños impregnados en vinagre, y dice:

-Un desdichado. Esto. Nada más. Si el mundo grita, Dios cubre el grito del mundo diciéndote: "Ten paz, porque Yo te quiero". ¡Pobre madre, mírame! Recoge tu espíritu desorientado y ponlo en mis manos. ¡Soy Jesús!...

María de Simón abre los ojos como saliendo de una pesadilla y ve al Señor, siente su Mano en su frente, se lleva las manos temblorosas a la cara y, gimiendo, dice: -¡No me maldigas! Si hubiera sabido lo que engendraba, me habría arrancado las entrañas para impedir que naciera.

-Y habrías pecado. ¡María! ¡Oh, María! No te apartes de tu justicia por el pecado de otro. Las madres que han cumplido con su tarea no deben considerarse responsables del pecado de sus hijos. Tú has cumplido con tu deber, María. Dame tus pobres manos. Pobre madre, tranquilízate.

-Soy la madre de Judas. Impura estoy como todo lo que ese demonio tocó. ¡Madre de un demonio! No me toques.

Forcejea tratando de evitar las Manos divinas, que quieren sujetarla.

Las dos lágrimas de Jesús le caen a la mujer en la cara, que otra vez está encendida de fiebre.

-Yo te he purificado, María. Tienes en ti mis lágrimas de piedad. Por ninguno he llorado desde que consumí mi dolor. Pero por ti lloro con toda mi amorosa piedad.

Ha logrado tomarle las manos y se sienta, sí, realmente se sienta en el borde la cama, y tiene esas manos temblorosas entre las suyas.

La piedad amorosa de sus fúlgidos ojos acaricia, envuelve, a la infeliz, que se calma y llora quedamente, y susurra:

-¿No me guardas rencor?

-Te tengo amor. He venido por esto. Ten paz.

-¡Tú perdonas! ¡Pero el mundo! ¡Tu Madre! Me odiará.

-Ella piensa en ti como en una hermana. El mundo es cruel. Es verdad. Pero mi Madre es la Madre del Amor, y es buena. Tú no puedes ir por el mundo, pero Ella vendrá a ti cuando todo esté en paz. El tiempo pacifica...

-Hazme morir, si me quieres...

-Todavía un poco. Tu hijo no supo darme nada. Tú dame un tiempo de tu sufrimiento. Será breve.

-Mi hijo te dio demasiado... Te dio el horror infinito.

-Y tú el dolor infinito. El horror ha pasado. Ya no tiene utilidad Tu dolor sí; se une a estas llagas mías, y tus lágrimas y mi Sangre lavan al mundo. Todo el dolor se une para lavar al mundo. Tus lágrimas están entre mi Sangre y el llanto de mi Madre, y alrededor está todo el dolor de los santos que sufrirán por Cristo y por los hombres, por amor mío y amor a los hombres. ¡Pobre María!

La recuesta dulcemente, le cruza las manos, la mira mientras se tranquiliza...

Vuelve Ana. Se queda atónita en la puerta.

Jesús, que de nuevo se ha alzado, la mira diciendo:

-Has obedecido a mi deseo. Para los obedientes, paz. Tu alma me ha comprendido. Vive en mi paz.

Baja de nuevo los ojos hacia María de Simón, que lo mira detrás de un fluir de lágrimas ahora más serenas; y le sonríe y le dice todavía:

-Pon todas tus esperanzas en el Señor. El te dará todas sus consolaciones.

La bendice y hace ademán de marcharse.

María de Simón emite un grito apasionado:

-¡Se dice que mi hijo te traicionó con un beso! ¿Es verdad, Señor? Si es así, deja que yo lo lave besándote las Manos. ¡No puedo hacer otra cosa! No puedo hacer otra cosa para borrar... para borrar...

El dolor le vuelve, más fuerte.

Jesús, ¡oh!, no es que le dé a besar las Manos -esas Manos que quedan semicubiertas por la ancha manga de la cándida túnica, que pende hasta la mitad del metacarpo y esconde las heridas-, lo que hace es que toma la cabeza de la mujer entre sus manos y se agacha para rozar con los labios divinos la frente ardiente de esta mujer desdichadísima entre todas las mujeres. Y al alzarse le dice:

-¡Mis lágrimas y mi beso! Ninguno ha recibido tanto de mí. Quédate, pues, con la paz de saber que entre tú y Yo no hay sino amor.

La bendice y, cruzando rápidamente la habitación, sale detrás de Ana, que no se ha atrevido a entrar ni a hablar, sino que sólo llora de emoción. Pero, una vez en el pasillo que lleva a la puerta de casa, Ana se atreve a hablar, a hacer la pregunta que tiene en su corazón:

-¿Mi Yoana?

-Desde hace quince días goza en el Cielo. No lo he dicho ahí porque demasiado grande es el contraste entre tu hija y su hijo.

-¡Es verdad! ¡Gran congoja! Creo que morirá de ello.

-No. No enseguida.

-Ahora tendrá más paz. La has consolado. ¡Tú, Tú que más que nadie...!

-Yo que más que nadie me compadezco de ella. Yo soy la divina Compasión. Soy el Amor. Te digo, mujer, que hubiera bastado con que Judas me hubiera dirigido una mirada de arrepentimiento para que le hubiera obtenido el perdón de Dios...

¡Qué tristeza hay en el rostro de Jesús!

La mujer se siente impresionada por esta tristeza. Palabras y silencio luchan en sus labios, pero es mujer, y la curiosidad la vence. Pregunta:

-Pero fue una... un... Sí, lo que quiero decir es que si ese desdichado pecó de repente o...

-Hacía meses que pecaba. Y tan fuerte era su voluntad de pecar, que ninguna palabra mía ni acto mío valieron para frenarlo. Pero no le digas esto a ella...

-¡No se lo diré!... ¡Señor! Fíjate, cuando Ananías, que en la misma noche de la Parasceve había huido de Jerusalén sin siquiera concluir la Pascua, entró aquí gritando: "¡Tu hijo ha traicionado al Maestro y lo ha entregado a sus enemigos! Con un beso lo ha traicionado. Y yo he visto al Maestro cargado de golpes y esputos, flagelado, coronado de espinas, cargando con la cruz, crucificado y muerto por obra de tu hijo. Y los enemigos del Maestro gritan nuestro nombre con un repugnante sentido de triunfo. Y se narran las hazañas de tu hijo, que ha vendido al Mesías por menos de lo que cuesta un cordero y lo ha señalado ante la gente armada con un beso de traición", María cayó al suelo, ennegrecida de repente. Y el médico dice que se esparció su hiel y se rompió su hígado, quedando corrompida toda su sangre. Y... el mundo es malo... ella tiene razón... Tuve que traerla aquí, porque en Keriot se acercaban a la casa para gritar: "¡Tu hijo deicida y suicida! ¡Se ha ahorcado! Belcebú ha atrapado su alma, y hasta ha ido por el cuerpo Satanás". ¿Es verdad que ha sucedido este horrendo prodigio?

-No, mujer. Fue hallado muerto colgado de un olivo...

-¡Ah! Y gritaban: "Cristo ha resucitado y es Dios. Tu hijo ha traicionado a Dios. Eres la madre del traidor de Dios. Eres la madre de Judas". De noche, con Ananías y un criado fiel, el único que me ha quedado, porque ninguno ha querido permanecer al lado de ella... la traje aquí. Pero María oye esos gritos en el viento, en el rumor de la tierra, en todo.

-¡Pobre madre! Es horrendo, sí.

-¿Pero ese demonio no pensó en esto, Señor?

-Era una de las razones que yo usaba para pararlo. Pero no fue eficaz. Judas, que nunca había amado con verdadero amor ni a su padre ni a su madre ni a ningún prójimo suyo, llegó a odiar a Dios.

-¡Sí, nunca había amado!

-Adiós, mujer. Que mi bendición te conforte para soportar los ultrajes del mundo por tu piedad con María. Besa mi mano. A ti te la puedo enseñar; a ella le habría hecho demasiado daño el ver esto-Retira la manga, descubriendo así la muñeca traspasada.

Ana emite un gemido mientras roza apenas con los labios la punta de los dedos.

Se oye el ruido de una puerta que se abre y un grito ahogado:

-¡El Señor!

Un hombre ya entrado en años se arrodilla y permanece postrado.

-Ananías, bueno es el Señor. Ha venido a confortar a tu pariente y también a nosotros - dice Ana, que quiere también confortar al anciano en su demasiada gran emoción.

Pero el hombre no se atreve a hacer movimiento alguno. Llora mientras dice: -Somos de una sangre horrible. No puedo mirar al Señor.

Jesús se acerca a él. Le toca la cabeza y dice las mismas palabras ya dichas a María de Simón:

-Los parientes que han cumplido con su deber no deben considerarse responsables del pecado de su pariente. ¡Ánimo, Ananías! Dios es justo. La paz a ti y a esta casa. Yo he venido y tú irás a donde te envío. Para la Pascua suplementaria los discípulos estarán en Betania. Irás a ellos y les dirás que el duodécimo día después de su muerte viste en Keriot al Señor, vivo y verdadero, en Carne y Alma y Divinidad. Te creerán, porque ya mucho he estado con ellos. Pero los confirmará en la fe en mi Naturaleza divina el saber que estoy en todas partes en el mismo día. Y antes, hoy mismo, irás a Keriot y le pedirás al arquisinagogo que reúna al pueblo, y dirás en presencia de todos que Yo he venido aquí, y que recuerden las palabras de mi despedida. Te dirán: "¿Por qué no ha venido a nosotros?". Responderás así: "El Señor me ha dicho que os diga que, si hubierais hecho lo que Él os había dicho que hicierais respecto a la madre no culpable, se habría mostrado. Habéis faltado contra el amor y el Señor no se ha mostrado por eso". ¿Lo harás?

-¡Es difícil esto, Señor! ¡Difícil de hacer! Todos nos consideran leprosos del corazón... No me escuchará el arquisinagogo y no me dejará que hable al pueblo. Quizás me pegue... De todas formas, puesto que Tú lo quieres, lo haré.

El anciano no alza la cabeza; habla permaneciendo inclinado en actitud de postración profunda.

-¡Mírame, Ananías!

El hombre alza un rostro trémulo de veneración.

Jesús refulge y está hermoso como en el Tabor... La luz lo cubre, celando su aspecto y su sonrisa... Y vacío de Él se queda el pasillo, sin que ninguna puerta se haya movido para abrirle paso.

Los dos adoran, siguen adorando, en adoración viviente convertidos por la divina manifestación.

***III. A los niños de Yuttá con su mamá Sara.***

Es el huerto de la casa de Sara. Los niños juegan bajo los frondosos árboles. El más pequeño se revuelca junto a una tupida hilera de vides; los otros, más mayores, corren unos tras otros con gritos de golondrinas festivas, jugando a esconderse tras los setos y las vides y a descubrirse.

Jesús se aparece junto al pequeñuelo a quien dio el nombre. ¡Oh, santa sencillez de los inocentes! Iesaí no se asombra al verlo ahí de repente, sino que tiende a Él sus bracitos para que Jesús lo suba en brazos, y Jesús lo hace: la máxima naturalidad en el acto de ambos.

Acuden presurosos, los otros y -también aquí se ve esa sencillez gozosa de los niños-, sin expresiones de asombro, se acercan a Él felices. Parece como si para ellos nada hubiera cambiado. Quizás no saben lo que ha sucedido. Pero, después de la caricia de Jesús a cada uno de ellos, María, la más grandecita y de juicio más maduro, dice: -Entonces, ahora que has resucitado, ¿ya no sufres, Señor? ¡He sufrido mucho!...

-Ya no sufro. He venido a bendeciros antes de subir al Cielo, al Padre mío y vuestro. Pero desde allí seguiré bendiciéndoos siempre, si sois siempre buenos. Decid a los que me quieren que os he dejado hoy a vosotros mi bendición. Recordad este día.

-¿No entras en casa? Está nuestra mamá. A nosotros no nos creerán - dice María. Pero su hermano no pregunta. Grita:

-¡Mamá! ¡Mamá! ¡El Señor está aquí!... - y, corriendo hacia la casa, repite ese grito.

Sara, presurosa, sale, se asoma... a tiempo de ver a Jesús, hermosísimo en el linde del huerto, anulándose en la luz que lo absorbe...

-¡El Señor! ¿Pero por qué no me habéis llamado antes?... - dice Sara en cuanto puede hablar.

-¿Pero cuándo? ¿Por dónde ha venido? ¿Estaba solo? ¡Qué calamidades que sois!

-Lo hemos encontrado aquí. Un minuto antes no estaba... Por el camino no ha venido, ni tampoco por el huerto. Y tenía en brazos a Iesaí... y nos ha dicho que había venido a bendecirnos y a darnos la bendición para los que lo quieren de Yuttá, y que recordemos este día. Ahora va al Cielo. Pero nos querrá si somos buenos. ¡Qué guapo estaba! Tenía las manos heridas. Pero ya no le hacen daño. También los pies estaban heridos. Los he visto entre la hierba. Esa flor de ahí tocaba justo la herida de un pie. Voy a cogerla... - hablan todos al tiempo, encendidos de emoción. Hasta sudan con la ansiedad de hablar.

Sara los acaricia susurrando:

-¡Dios es grande! Vamos. Venid. Vamos a decírselo a todos. Hablad vosotros, que sois inocentes. Vosotros podéis hablar de Dios.

***IV Al jovencito Yaia, en Pel.la.***

El jovencito está trabajando con ardor en cargar un carrito de verduras (recogidas en un huerto cercano). El burrito golpea con su casco en el suelo duro del camino campestre.

Al volverse para coger un canasto de lechugas, ve a Jesús, que le sonríe. Deja caer el cesto al suelo y se arrodilla; se restriega los ojos, incrédulo de lo que ve, y susurra:

-¡Altísimo, no me pongas ante un espejismo; no permitas, Señor, que me engañe Satanás con falsas imágenes seductoras! ¡Mi Señor está bien muerto! Y fue sepultado y ahora dicen que robaron el cadáver. ¡Piedad, Señor altísimo! Muéstrame la verdad.

-Yo soy la Verdad, Yaia. Yo soy la Luz del mundo. Mírame. Veme. Por esto te devolví la vista, para que pudieras dar testimonio de mi poder y de mi Resurrección.

-¡Oh, es realmente el Señor! ¡Eres Tú! ¡Sí! ¡Tú eres Jesús!

Se arrastra de rodillas para besarle los pies.

-Dirás que me has visto y que has hablado conmigo, y que estoy bien vivo. Dirás que me has visto hoy. La paz a ti y mi bendición.

Yaia está otra vez solo. Feliz. Se olvida del carrito y de las verduras. En vano el burro patea inquieto el camino y rebuzna protestando por la espera... Yaia está en éxtasis.

Una mujer sale de la casa cercana al huerto y lo ve allí, pálido de emoción y con un rostro ausente. Grita:

-¡Yaia! ¿Qué te pasa? ¿Qué te ha sucedido?

Se acerca a él, lo zarandea, le hace volver a este mundo...

-¡El Señor! ¡He visto al Señor resucitado! Le he besado los pies y le he visto las llagas. Han mentido. Era realmente Dios y ha resucitado. Yo tenía miedo de que fuera un engaño. ¡Pero es Él! ¡Es El!

La mujer tiembla por un escalofrío de emoción y susurra:

-¿Estás completamente seguro?

-Tú eres buena, mujer. Por amor a Él nos has aceptado como criados, a mí y a mi madre. ¡No quieras no creer!...

-Si tú estás seguro, creo. ¿Pero era verdaderamente de carne y hueso? ¿Estaba caliente? ¿Respiraba? ¿Hablaba? ¿Tenía verdaderamente voz o sólo te lo ha parecido?

-Estoy seguro. Su carne tenía el calor de la carne viva. Era una voz verdadera. Era respiración. Hermoso como Dios, pero Hombre como yo y como tú. Vamos, vamos a decírselo a los que sufren o dudan.

***V. A Juan de Nob.***

E1 anciano está solo en su casa, pero sereno. Está arreglando una especie de silla que se ha desclavado por un lado. Sonríe (¿quién sabe ante qué sueño?).

Llaman a la puerta. El anciano, sin dejar su trabajo, dice:

-¡Adelante! ¿Qué queréis, vosotros que venís? ¿Todavía de aquéllos? ¡Soy viejo para cambiar! Aunque todo el mundo me gritara: "¡Está muerto!", yo diría: "Está vivo". Aunque ello me acarreara la muerte. ¡Pasad, pues!

Se levanta para ir a la puerta, para ver quién es el que llama y no entra. Pero, cuando está ya cerca, la puerta se abre y Jesús entra.

-¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Mi Señor! ¡Vivo! ¡He creído y viene a premiar mi fe! ¡Bendito! Yo no he dudado. En mi dolor dije: "Si me ha mandado el cordero para el banquete de alegría, señal es de que este día resucitará". Entonces comprendí todo. Cuando moriste y la tierra tembló, comprendí lo que hasta ese momento no había entendido. Y parecí un loco, en Nob, porque, tras la puesta del sol del día siguiente del sábado, preparé el banquete y fui a invitar a unos mendigos diciendo: "¡Ha resucitado nuestro Amigo!". Ya se decía que no era verdad. Se decía que habían robado tu cadáver por la noche. Pero yo creí, porque desde que moriste comprendí que morías para resucitar, y que ésta era la señal de Jonás.

Jesús, sonriendo, lo deja hablar. Luego pregunta:

-¿Y ahora quieres todavía morir, o quieres seguir viviendo para dar testimonio de mi gloria?

-¡Lo que Tú quieras, Señor!

-No. Lo que tú quieras.

El anciano piensa. Luego decide:

-Sería hermoso salir de este mundo en el que ya no estás como antes. Pero renuncio a la paz del Cielo para decir a los incrédulos: "¡Yo lo he visto!"

Jesús le pone la mano en la cabeza, lo bendice y añade:

-Pero pronto llegará también la paz y tú vendrás a mí con el grado de confesor del Cristo.

Y se marcha. Aquí, quizás por piedad hacia el longevo anciano, no ha dado una forma maravillosa a su aparecer y desaparecer, sino que, en todo, se ha manifestado como si fuera el Jesús de antes, que entraba y salía de una casa humanamente.

***VI. A Matías, el solitario de los aledaños de Yabés Galaad.***

Está trabajando el anciano en sus verduras. Monologa:

-Todos estos bienes los tengo por Él. Y Él no los saboreará ya nunca más En vano he trabajado. Yo creo que Él era el Hijo de Dios, que ha muerto y resucitado. Pero ya no es el Maestro que se sienta a la mesa del pobre o del rico y comparte con igual amor... quizás, bueno, seguro, con más amor... el alimento con el pobre y con el rico. Ahora es el Señor resucitado. Ha resucitado para confirmarnos en la fe a nosotros sus fieles. Y esa gente dice que no es verdad. Que nadie nunca se ha resucitado a sí mismo. Nadie. No. Ningún hombre. Pero Él sí. Porque Él es Dios.

Da unas palmadas para que se alejen sus palomas, que bajan a robar semillas de la tierra recientemente layada y sembrada, y dice:

-¡Ya es inútil que criéis! ¡Él no comerá ya de vuestra prole! ¿Y vosotras, inútiles abejas? ¿Para qué fabricáis la miel? Había abrigado la esperanza de tenerlo conmigo, al menos una vez ahora que soy menos pobre. Todo ha prosperado aquí después de su venida... ¡Ah!, pero con ese dinero que nunca he tocado quiero ir a Nazaret, donde su Madre, y decirle: "Hazme siervo tuyo, pero déjame aquí donde tú estás, porque tú eres todavía Él"...

Se seca una lágrima con el dorso de la mano...

-Matías, ¿tienes un pan para un peregrino?

Matías alza la cabeza. Pero estando, como está, de rodillas, no ve quién es el que habla detrás del alto seto que rodea su pequeña propiedad perdida en esta soledad verde que es este lugar de la Transjordania. Pero responde:

-Quienquiera que seas, ven, en nombre del Señor Jesús.

Y se pone en pie para abrir la barrera.

Se encuentra enfrente a Jesús y se queda con la mano en el cerrojo, sin poder hacer ya ningún movimiento.

-¿No me quieres como huésped, Matías? Una vez me abriste tu casa. Te estabas lamentando de no poder hacerlo ya. Estoy aquí... ¿y no me abres? - dice Jesús sonriendo.

-¡Oh! Señor... yo... yo... no soy digno de que mi Señor entre aquí... Yo...

Jesús pasa la mano por encima de la barrera y libera el cerrojo diciendo:

-El Señor entra donde quiere, Matías.

Entra, se adentra en el humilde huerto, va hacia la casa y ya en el umbral de la puerta, dice:

-Sacrifica, pues, a los hijos de tus palomas. Saca de la tierra tus verduras. Recoge la miel de tus abejas. Compartiremos el pan, y no habrá sido inútil tu trabajo ni vano tu deseo. Y amarás este lugar; sin ir a Nazaret, donde pronto habrá silencio y abandono. Yo estoy en todas partes, Matías. El que me ama está conmigo, siempre. Mis discípulos estarán en Jerusalén. Allí surgirá mi Iglesia. Haz plan de estar en la Pascua suplementaria.

-Perdóname, Señor, pero no supe resistir en aquel lugar, y huí. Había llegado a la hora nona del día antes de la Parasceve, y al día siguiente... ¡Oh, huí por no verte morir! Sólo por eso, Señor.

-Lo sé. Y sé que volviste -uno de los primeros- para llorar ante mi sepulcro. Pero ya estaba vacío. Yo ya no estaba en él. Sé todo. Mira, Yo me siento aquí y descanso. Aquí siempre he descansado... Y los ángeles lo saben.

El hombre se pone manos a la obra. Pero se mueve con gestos tan reverentes, que parece moverse dentro de una iglesia. De vez en cuando se seca una lágrima que quiere mezclarse con su sonrisa, mientras va y viene para tomar los pichones, matarlos, prepararlos, atizar la lumbre, arrancar y enjuagar las verduras, disponer en un plato los higos tempranos, aparejar la pobre mesa con las mejores piezas de vajilla. Ya está todo preparado. Pero ¿cómo sentarse a comer? Quiere servir, y ello ya le parece mucho; no quiere nada más.

Pero Jesús, que ha ofrecido y bendecido los alimentos, le da la mitad del pichón (lo ha cortado y ha puesto la carne en un trozo de hogaza que antes ha untado en el jugo).

-¡Como a un predilecto! - dice el hombre, y come, llorando de alegría y de emoción, sin quitar los ojos de Jesús, que come... que bebe, que saborea las verduras, la fruta, la miel, y que le ofrece su copa después de haber bebido un sorbo de vino. Antes había bebido sólo agua.

Termina la comida.

-Estoy bien vivo. Ya lo ves. Y tú bien contento. Recuerda que hace doce días Yo moría por voluntad de los hombres. Pero que nula es la voluntad de los hombres cuando no goza del consenso de la voluntad de Dios. Es más, la voluntad contraria de los hombres se vuelve instrumento servil de la Voluntad eterna. Adiós, Matías. Porque he dicho que conmigo estará quien me haya dado de beber, quien dio de beber cuando era el Peregrino al respecto del cual todavía era lícito tener dudas; así, Yo te digo: tú tendrás parte en mi Reino celeste.

-¡Pero ahora te pierdo, Señor!

-Veme en todos los peregrinos, en todos los mendigos, en todos los enfermos, en todos los que necesitan pan, agua y ropa. Yo estoy en todos los que sufren, y lo que se hace con uno que sufre a mí se me hace.

Abre los brazos bendiciendo y desaparece.

***VII. A Abraham de Engadí, que muere en sus brazos.***

La plaza de Engadí: templo hipóstilo de palmeras susurrantes. La fuente: espejo para este cielo abrileño. Las palomas: murmullo bajo de órgano.

El anciano Abraham la cruza con sus instrumentos de trabajo cargados al hombro. Aún más viejo, pero sereno, como quien hubiera hallado calma después de mucha tempestad. Cruza también el resto de la ciudad y va a las viñas cercanas a las fuentes, las hermosas viñas fecundas, ya llenas de promesas de vendimia copiosa. Entra, se pone a sachar, a podar, a atar. De vez en cuando se endereza, se apoya en la azada y piensa. Se alisa esa barba suya patriarcal, suspira, menea la cabeza... desarrollando un discurso interior.

Un hombre muy arropado en su manto sube por el camino hacia las fuentes y las viñas. Digo: un hombre. Pero es Jesús, porque es su indumento y es su modo majestuoso de andar. Pero para el viejo es un hombre. Y el Hombre pregunta a Abraham:

-¿Puedo hacer un alto aquí?

-Sagrada es la hospitalidad. No se la he negado nunca a nadie. Ven. Entra. Te sea dulce el descanso a la sombra de mis vides. ¿Quieres leche? ¿Pan? Te daré lo que poseo, aquí.

-¿Y Yo que te puedo dar? No tengo nada.

-El que es el Mesías me ha dado *todo,* por *todos los* hombres. Y por mucho que dé, nada doy respecto a lo que Él me ha dado.

-¿Sabes que lo han crucificado?

-Sé que ha resucitado. ¿Eres tú un crucifixor? Yo no puedo odiar, porque E1 no quiere odio. Pero, si pudiera, te odiaría si lo fueras.

-No soy un crucifixor suyo. Estáte tranquilo. Tú, entonces, sabes todo sobre Él.

-Todo. Y Eliseo, que es mi hijo, no ha vuelto de Jerusalén. Había dicho: "Despídeme, padre, porque dejo todos los bienes para predicar al Señor. Iré a Cafarnaúm, a buscar a Juan, y me uniré a los discípulos fieles".

-¿Entonces tu hijo te ha dejado? ¿Tan anciano y tan solo?

-Esto que llamas abandono es mi gozo soñado. ¿No me había despojado de él la lepra? ¿Y quién me lo devolvió? El Mesías. ¿Y lo pierdo, acaso, porque predique al Señor? ¡Por supuesto que no! Lo encontraré de nuevo en la vida eterna. Pero... hablas de una manera que despierta en mí sospechas. ¿Eres un emisario del Templo? ¿Vienes a perseguir a los que creen en el Resucitado? ¡Descarga tu mano! No huyo. No imito a los tres sabios del pasado lejano. Yo me quedo. Porque, si caigo por Él, lo encuentro en el Cielo y se cumple mi súplica del año anterior a éste.

-Es verdad. Tú dijiste entonces: "He esperado ansiosamente al Señor y É1 se ha inclinado hacia mí".

-¿Cómo lo sabes? ¿Eres uno de sus discípulos? ¿Estabas aquí con Él cuando le hice esta súplica? ¡Oh, si lo eres, ayúdame a hacerle llegar mi grito, para que lo recuerde.

Se postra, creyendo que está hablando con un apóstol.

-Abraham de Engadí, Soy Yo, y te digo: "Ven".

Jesús le abre los brazos manifestándose, y lo invita a lanzarse a ellos, a abandonarse en su Corazón.

Entra en ese momento en la viña un niño, seguido por un jovencito; viene llamando:

-¡Padre! ¡Padre! Venimos en tu ayuda.

Pero el trinado grito del niño queda ahogado por el poderoso grito del anciano, un verdadero grito de liberación:

-¡Sí, voy!

Y Abraham se arroja a los brazos de Jesús, gritando todavía estas palabras: -¡Jesús, Mesías Santo! ¡En tus manos encomiendo mi espíritu!

¡Oh, muerte dichosa! ¡Muerte que envidio! Sobre el Corazón de Cristo, en la paz serena del campo floreciente de Abril...

Jesús deposita serenamente al anciano sobre la hierba florecida que ondea con la brisa; lo deposita al pie de una hilera de vides, y, a los niños, que se han quedado casi llorando atónitos y asustados, les dice:

-No lloréis. Ha muerto en el Señor. ¡Bienaventurados los que mueren en Él! Id, niños, a avisar a los de Engadí de que su arquisinagogo ha visto al Resucitado y Él ha escuchado su súplica. ¡No lloréis! ¡No lloréis!

Los acaricia mientras los guía hacia la salida.

Luego vuelve donde el difunto y le alisa la barba y el pelo, le baja los párpados que habían quedado semicerrados, lo extiende encima del manto que Abraham se había quitado para trabajar y le coloca los brazos y las piernas.

Está allí hasta que oye voces procedentes del camino. Entonces se yergue. Espléndido... Los que llegan lo ven. Gritan. Aceleran su ya veloz marcha para llegar donde Jesús. Pero Él se cela a sus miradas en el fulgor de un rayo más vivo que el Sol.

***VIII. A Elías, el esenio del Carit.***

La soledad áspera de la abrupta montaña por cuyo pie corre el Carit. Elías orando, aún más flaco y barbado, vestido con una áspera túnica de lana, ni gris ni marrón, que le hace semejante a las rocas que lo rodean.

Oye un ruido como de viento o trueno. Alza la cabeza. Jesús ha aparecido sobre una peña suspendida en equilibrio sobre el precipicio por cuyo fondo corre el torrente.

-¡El Maestro!

Se arroja al suelo, rostro en tierra.

-Yo, Elías. ¿No sentiste el terremoto de Parasceve?

-Lo sentí y bajé a Jericó y a casa de Nique. No encontré a ninguno de los que te quieren. Pedí noticias sobre ti. Me pegaron. Luego sentí otra vez temblar la tierra, pero más ligeramente, y volví aquí, en actitud de penitencia, pensando que se había abierto el dique de la ira celeste.

-De la Misericordia divina. Yo he muerto y he resucitado. Mira mis llagas. Únete, en el Tabor, a los siervos del Señor y diles que te he enviado Yo.

Lo bendice y desaparece.

***IX. A Dorca y a su hijo, en el castillo de Cesárea de Filipo.***

El hijo de Dorca, sujetado por su madre, da los primeros pasos sobre el bastión de la fortaleza. Dorca, estando encorvada, no ve aparecer al Señor. Pero cuando, habiendo dejado un poco libre al niñito y viendo que éste camina seguro y rápido hacia el ángulo del bastión, se yergue para correr (para impedir que se caiga, y quizás perezca, si pasa por entre las almenas o pasajes hábilmente hechos para las armas ofensivas), entonces ve a Jesús, que está recogiendo en su pecho al infante y lo está besando.

La mujer no se atreve a moverse. Pero grita, grita fuerte; un grito que hace levantar la cabeza a los que están en los patios, y hace asomar las caras por las ventanas: -¡El Señor! ¡El Señor! ¡El Mesías está aquí! ¡Ha resucitado verdaderamente!

Pero, antes de que la gente pueda acudir, Jesús ya ha desaparecido.

-¡Estás loca! ¡Soñabas! Un juego de luz te ha hecho ver un fantasma.

-¡Estaba bien vivo! Mirad cómo mira mi hijo hacia allá. Mirad, tiene en sus manos una linda manzana, tan linda como su carita. La está mordiendo con sus dientecitos y sonríe. Yo no tengo manzanas...

-Nadie tiene manzanas maduras en estos días, y tan frescas... - dicen impresionados.

-Vamos a preguntarle a Tobías - dicen algunas mujeres.

-¿Pero qué pretendéis! ¡Apenas sabe decir "mamá"! - dicen algunos hombres en tono sarcástico.

Pero las mujeres se agachan hacia el niñito y dicen:

-¿Quién te ha dado la manzana?

Y esa boca, que casi no sabe pronunciar las más elementales palabras, sonriente toda con sus diminutos dientecitos y sus encías todavía vacías, dice segura:

-Jesús.

-¡Oh!

-¡Claro, le llamáis Iesaí! Sabe decir su nombre.

-¿Jesús tú o Jesús el Señor? ¿Qué Señor? ¿Dónde lo has visto? - insisten, apremiantes, las mujeres.

-Allí, el Señor. Jesús el Señor.

-¿Dónde está? ¿A dónde se ha ido?

-Allí.

Señala hacia el cielo lleno de sol, y ríe feliz mordiendo su manzana.

Y, mientras los hombres se marchan meneando la cabeza, Dorca dice a las mujeres:

-Estaba hermoso. Parecía vestido de luz. Y tenía en las manos la señal de los clavos, rojas como una gema en medio de una gran blancura. He visto bien, porque tenía al niño así - y repite el gesto de Jesús.

Acude el superintendente. Pide que le repitan lo acaecido, piensa, concluye:

-El salmo (8, 3) lo dice: "En la boca de los niños y de los lactantes has puesto la alabanza perfecta". ¿Y por qué no va a ser así?

Ellos son inocentes. Y nosotros... Recordemos este día...

-¡Qué va hombre... lo que hago es que voy al pueblo donde están los discípulos! Voy a ver si está allí el Rabí... Pero el caso es que... había muerto... ¡En fin!...

Y diciendo este « ¡en fin!», que se concluye internamente, el superintendente se marcha, mientras las mujeres, exaltadas, siguen haciendo preguntas al niño, que ríe y repite: «Jesús, allí. Y luego allí. Jesús Señor», y señala al lugar donde estaba Jesús, luego hacia el sol, tras el que lo vio desaparecer, feliz, feliz.

***X. A las personas reunidas en la sinagoga de Quedes.***

La gente de Quedes está reunida en la sinagoga y comenta con el viejo Matías, el arquisinagogo, los últimos acontecimientos. La sinagoga aparece más bien semioscura, y es que las puertas están cerradas y las cortinas de las ventanas echadas, cortinas gruesas apenas movidas por el viento de Abril.

Un relámpago ilumina el interior de la sinagoga. Parece un relámpago, pero es la luz que precede a Jesús. Y Jesús, ante el estupor de las muchas personas presentes, se manifiesta. Abre los brazos y, bien visibles, aparecen las heridas de las manos; y también de los pies, porque se ha presentado en el último de los tres peldaños que conducen a una puerta cerrada. Dice:

-He resucitado. Os recuerdo la disputa que hubo entre mí y los escribas. A esta generación malvada le he dado la señal que había prometido. La señal de Jonás. A quien me ama y me es fiel le doy mi bendición.

Nada más. Ha desaparecido.

-¡Era Él! ¿De dónde? ¡Y estaba vivo! ¡Él lo había dicho! ¡Ahora comprendo! La señal de Jonás: tres días en las entrañas de la Tierra y luego la resurrección...

Murmullo de comentarios...

***XI. A un grupo de rabíes en Yiscala.***

Un grupo venenoso de rabíes que tratan de persuadir de sus exigencias a algunos hombres que titubean. Lo que quieren es conseguir que éstos vayan donde Gamaliel, que se ha encerrado en su casa y no quiere ver a nadie.

Dicen estos hombres:

-Os decimos que no está aquí. No sabemos dónde está. Ha venido. Ha consultado unos rollos. Se ha marchado. No ha dicho una sola palabra.

Y otros añaden:

-Tenía un aspecto tan alterado, y estaba tan envejecido, que metía miedo.

Con gesto de descortesía, los rabíes dan la espalda a estos que están hablando, y se marchan diciendo:

-¡Gamaliel también está loco, como Simón! ¡No es verdad que el Galileo ha resucitado! No es verdad. ¡No es verdad! No es verdad que es Dios. No es verdad. Nada es verdad. Sólo nosotros estamos en la verdad.

El propio afán con que dicen que no es verdad muestra su miedo a que sea verdad y su necesidad de afianzarse.

Han bordeado la pared de la casa, ahora van en dirección a la tumba de Hil.lel. Mientras siguen ladrando sus negaciones, alzan la cara... y huyen lanzando un grito. Jesús, bonísimo con los buenos, está allí, lleno de terrible potencia, con los brazos abiertos como en la cruz... Las llagas en las manos rojean como si todavía gotearan sangre. No dice una sola palabra. Pero sus miradas fulminan.

Los rabíes huyen, caen, vuelven a levantarse, se hieren contra plantas y piedras, enloquecidos, trastornados por el miedo. Asemejan a homicidas a los que se condujera a la presencia de la víctima.

***XII. A Joaquín y María, en Bosra.***

-¡María! ¡María! ¡Joaquín y María! ¡Venid fuera!

Los dos, que están en una habitación tranquila e iluminada por una lámpara, ella cosiendo, él haciendo cuentas, alzan la cabeza, se miran... Joaquín, palideciendo de miedo, susurra:

-¡La voz del Rabí! Viene de la otra vida...

La mujer, aterrada, se abraza al hombre.

Pero la llamada se repite, y los dos, bien estrechados el uno con el otro, para infundirse valor recíprocamente, se atreven a salir, a ir en la dirección de la voz.

En el jardín, iluminado por el hocino de una luna nueva, resplandece, envuelto por una luz más fuerte que muchas lunas, Jesús. La luz lo rodea y lo hace Dios; la sonrisa dulcísima y la mirada amorosa lo hacen Hombre:

-Id a decir a los de Bosra que me habéis visto vivo y real. Y decidlo en el Tabor, tú, Joaquín, a los que estén congregados allí.

Los bendice. Desaparece.

-¡Era Él! ¡No era un sueño! Yo... Mañana voy a Galilea. ¿Ha dicho al Tabor, verdad?...

***XIII. A María de Jacob, en Efraím.***

La mujer está amasando harina para hacer pan. Se vuelve al oír que la llaman. Ve a Jesús. Rostro en tierra, las manos en el suelo, muda de adoración, un poco asustada.

Jesús habla:

-Dirás a todos que me has visto y que te he hablado. El Señor no está sujeto al sepulcro. He resucitado al tercer día, como había predicho. Perseverad, vosotros que estáis en mi camino, y no os dejéis seducir por las palabras de los que me crucificaron. Mi paz a ti.

***XIV A Síntica, en Antioquía.***

Síntica está preparando una bolsa de viaje. Es de noche. En efecto, puesta encima de una mesa, junto a 1a mujer, que está doblando unos vestidos, arde una lámpara pequeña, temblorosa, de luz bastante limitada.

La habitación se ilumina vivamente. Síntica alza la cabeza, asombrada, para ver qué es lo que sucede, de dónde viene esa luz tan clara en esa habitación enteramente cerrada. Pero, antes de ver, Jesús 1a previene:

-Soy Yo. No temas. Me he mostrado a muchos para confirmarlos en la fe. También a ti me muestro, discípula obediente y fiel. He resucitado. ¿Ves? Ya no tengo dolor. ¿Por qué lloras?

La mujer, ante la belleza del Glorificado, no encuentra las palabras... Jesús le sonríe para animarla, y añade:

-Soy el mismo Jesús que te acogió en el camino cerca de Cesárea. Supiste hablar entonces, estando tan atemorizada como estabas y siendo Yo para ti "el Desconocido", ¿y ahora no sabes decirme una palabra?

-¡Oh, Señor! Yo me estaba marchando... para quitarme del corazón tanta inquietud y dolor.

-¿Por qué dolor? ¿No te han dicho que había resucitado?

-Han dicho y han contradicho. Pero no me han turbado sus contradicciones. Yo sabía que no podías descomponerte en un sepulcro. He llorado por tu martirio. He creído en tu resurrección antes incluso de que me la refirieran. Y he seguido creyendo cuando han venido otros a decirme que no era verdad. Pero quería ir a Galilea. Pensaba: a Él ya no lo puedo perjudicar. Él ahora es más Dios que Hombre. No sé si me sé expresar bien...

-Comprendo tu pensamiento.

-Y decía: lo adoraré, y veré a María. Pensaba que Tú no ibas a permanecer mucho tiempo entre nosotros. De forma que estaba acelerando la partida. Decía: una vez vuelto al Padre, como Él decía, su Madre estará un poco triste dentro de su alegría. Porque es un alma, pero es también una madre... Y voy a tratar de consolarla, ahora que está sola... ¿Era soberbia yo!

-No. Compasiva. Le referiré a mi Madre este pensamiento tuyo. Pero no vayas allá. Quédate aquí donde estás y sigue trabajando para mí. Ahora más que antes. Tus hermanos, los discípulos, tienen necesidad del trabajo de todos para poder propagar mi doctrina. Me has visto, María está confiada a Juan. Cesen todas tus penas. Podrás fortalecer tu espíritu en la certidumbre de haberme visto y con la potencia de mi bendición.

Síntica siente grandes deseos de besarlo. Pero no se atreve. Jesús le dice:

-Ven.

Y ella se determina a arrastrarse de rodillas hasta Jesús, y hace el ademán de besarle los pies. Pero ve las dos llagas y no se atreve a hacerlo. Susurra:

-¡Qué te hicieron¡

Luego pregunta:

-¿Y Juan-Félix?

-Vive feliz. Sólo recuerda el amor, y en él vive. La paz a ti, Síntica.

Desaparece.

La mujer permanece en su actitud de adoración, de rodillas, alzada la cara, las manos un poco tendidas hacia delante, lágrimas en el rostro, una sonrisa en los labios...

**XV. Al levita Zacarías.**

Es una habitación pequeña. Pensativo está sentado, reclinada la cabeza sobre una mano, Zacarías, el levita.

-No abrigues dudas, no acojas las voces que te turban. Yo soy la Verdad y la Vida. Mírame. Tócame.

El joven, que al oír las primeras palabras ha levantado la cara y ha visto a Jesús, y luego ha caído de rodillas, grita:

-¡Perdóname, Señor! He pecado. He acogido dentro de mí la duda acerca de tu verdad.

-Más que tú, son culpables los que tratan de seducir tu espíritu. No cedas a sus tentaciones. Soy cuerpo vivo y real. Siente el peso y el calor, la consistencia y la fuerza de mi Mano.

Lo toma por un antebrazo y lo alza con fuerza, diciendo:

-Álzate y camina por los caminos del Señor. Al margen de la duda y del miedo. Bienaventurado serás si sabes perseverar hasta el final.

Lo bendice y desaparece.

El joven, pasados unos instantes de perpleja maravilla, sale precipitadamente de la habitación gritando:

-¡Madre! ¡Padre! He visto al Maestro. ¡No es verdad lo que dicen los otros! No estaba loco. No queráis persistir en creer en la mentira. No. Bendecid conmigo al Altísimo, que ha tenido piedad de su siervo. Me marcho. Voy a Galilea. Encontraré a algunos de los discípulos. Voy a decirles que crean, que realmente ha resucitado.

No toma consigo ninguna bolsa con alimento o vestidos. Se echa el manto encima y sale presuroso, sin dar siquiera tiempo a sus padres de salir de su estupor y poder intervenir para retenerlo.

***XVI. A una mujer de la llanura de Sarón, que obtiene la curación de su hijo enfermo.***

Un camino litoral. Quizás es el que une Cesárea con Joppe, o quizás otro; no lo sé. Lo que sé es que veo campos hacia dentro y el mar hacia fuera, azul vivo después de la línea amarillenta de la orilla. El camino es, esto sí es seguro, una arteria romana: su pavimentación lo atestigua.

Una mujer llorando va por él en las primeras horas de una mañana serena. La aurora poco ha que ha nacido. La mujer debe estar cansadísima porque de vez en cuando se detiene y se sienta en un poste kilométrico o en el mismo camino. Y luego vuelve a alzarse y sigue, como si algo le aguijara a andar a pesar del fuerte cansancio.

Jesús, un viandante arropado en su manto, se pone a su lado. La mujer no lo mira. Camina absorta en su dolor. Jesús le pregunta

-¿Por qué lloras, mujer? ¿De dónde vienes? ¿A dónde vas tan sola?

-Vengo de Jerusalén y vuelvo a mi casa.

-¿Lejos?

-A mitad de camino entre Joppe y Cesárea.

-¿A pie?

-En el valle, antes de Modín, unos bandidos me han quitado el burro y todo lo que llevaba el animal.

-Ha sido una imprudencia venir sola. No es costumbre ir solos para la Pascua.

-No había venido para la Pascua. Me había quedado en casa, porque tengo, espero tenerlo todavía, un hijito enfermo. Mi marido había ido con los otros. Yo dejé que se adelantara, y cuatro días después fui yo. Porque dije: "Sin duda, Él estará en Jerusalén para la Pascua. Lo buscaré". Tenía un poco de miedo. Pero dije: "No hago nada malo. Dios lo ve. Yo creo. Y sé que es bueno. No me rechazará, porque..." - Para de hablar, como con miedo, y dirige una fugaz mirada al hombre que va caminando a su lado, tan tapado que apenas se le ven los ojos, esos inconfundibles ojos de Jesús.

-¿Por qué callas? ¿Tienes miedo de mí? ¿Crees que soy enemigo del que tú buscabas? Porque buscabas al Maestro de Nazaret, para pedirle que fuera a tu casa a curar al niño mientras tu marido estaba ausente...

-Veo que eres profeta. Así es. Pero cuando llegué a la ciudad el Maestro había muerto.

El llanto la ahoga...

-Ha resucitado. ¿No lo crees?

-Lo sé. Lo creo. Pero yo... Pero yo... durante algunos días, también he tenido la esperanza de verlo... Se dice que se ha mostrado a algunos. Y he retardado mi salida de la ciudad... cada día que pasaba una congoja, porque... mi hijo está muy enfermo... Mi corazón está dividido... Ir para consolarlo en su muerte... Quedarme para buscar al Maestro... No pretendía que fuera a mi casa; pero sí, que me prometiera la curación.

-¿Y habrías creído? ¿Tú piensas que desde lejos?...

-Creo. ¡Oh, si me hubiera dicho: "Ve en paz, que tu hijo se curará", no habría dudado. Pero no lo merezco porque... - llora, apretándose el velo contra los labios como para impedirles hablar.

-Porque tu marido es uno de los acusadores y verdugos de Jesucristo. Pero Jesucristo es el Mesías. Es Dios. Y Dios es justo, mujer. No castiga a un inocente por el culpable. No tortura a una madre porque un padre sea pecador. Jesucristo es Misericordia viva...

-¡No serás tú uno de sus apóstoles! ¡Quizás sabes dónde está Él! Tú... Quizás te ha enviado a mí Él para decirme esto. Ha sentido, ha visto mi dolor, mi fe, y te envía a mí igual que a Tobías el Altísimo mandó al arcángel Rafael (*Tobías 5-12)*. Dime si es así, y yo, a pesar de estar tan cansada que hasta tengo fiebre, volveré sobre mis pasos para buscar al Señor.

-No soy un apóstol. Pero en Jerusalén se quedaron los apóstoles bastantes días después de su Resurrección...

-Es verdad. Hubiera podido dirigirme a ellos.

-Eso es. Ellos continúan al Maestro.

-No creía que pudieran hacer milagros.

-Aún los han hecho...

-Pero ahora... Me han dicho que sólo uno permaneció fiel, y yo no creía...

-Sí. Tu marido te ha dicho eso, escarneciéndote movido por su delirio de falso triunfador. Pero Yo te digo que el hombre puede pecar, porque sólo Dios es perfecto. Y puede arrepentirse. Y, si se arrepiente, su fortaleza crece, y Dios le aumenta sus gracias por su contrición. ¿No perdonó, acaso, a David el Señor altísimo? *(2 Samuel 12, 13)*

-¿Pero quién eres? ¿Quién eres, que hablas con tanta dulzura y sabiduría, si no eres apóstol? ¿Eres un ángel? El ángel de mi hijo. Quizás es que ha expirado y Tú has venido a prepararme...

Jesús deja caer, de la cabeza y de la cara, el manto, y, pasando del aspecto modesto de un peregrino común a la majestuosidad suya de Dios-Hombre, resucitado de la muerte, dice con dulce solemnidad:

-Soy Yo. El Mesías crucificado en vano. Soy la Resurrección y la Vida. Ve, mujer. Tu hijo vive porque he premiado tu fe. Tu hijo está curado. Porque, aunque la misión del Rabí de Nazaret haya terminado, la del Emmanuel continúa hasta el final de los siglos para todos los que tienen fe en el Dios Uno y Trino, y esperanza en el Dios Uno y Trino, y caridad hacia el Dios Uno y Trino, del que el Verbo encarnado es una Persona, que por divino amor ha dejado el Cielo para venir a enseñar, a padecer y morir para dar a los hombres la Vida. Ve en paz, mujer. Y sé fuerte en la fe, porque ha llegado el tiempo en que en una familia el marido esté contra su esposa, el padre contra los hijos y éstos contra su padre, por odio o amor hacia mí. ¡Y bienaventurados aquellos a los que la persecución no aparte de mi Camino!

La bendice y desaparece.

### ***XVII. A unos pastores en el Gran Hermón*.**

Un grupo de rebaños y pastores. Han hecho un alto en su marcha en unas laderas de espléndidos pastos. Hablan de los acontecimientos de Jerusalén. Están apenados. Se dicen unos a otros:

-Ya no tendremos en la Tierra al Amigo de los pastores - y evocan los muchos momentos en que se encontraron, acá o allá, con Él...

-Encuentros - dice un anciano - que no volveremos a tener.

Jesús aparece, como saliendo de una espesura de tupidas y enmarañadas frondas, de un bosque de altos troncos abrazados por matorrales que impiden la visión del sendero. No lo reconocen en este hombre solitario, y, viéndolo tan envuelto en vestiduras blancas, comentan en tono bajo:

-¿Quién es? ¿Un esenio? ¿Aquí? ¿Un fariseo rico?

Muestran perplejidad.

Jesús pregunta:

-¿Por qué decís que no volveréis a encontraros con el Señor? Porque este de que habláis es el Señor.

-Lo sabemos. ¿Y Tú no sabes lo que le hicieron? Ahora hay quien dice que ha resucitado, y hay quien dice que no. Pero aunque, como preferimos creer nosotros, haya resucitado, se habrá marchado. ¿Cómo puede seguir amando a un pueblo que lo ha crucificado? ¿Cómo puede seguir entre la gente de ese pueblo? Y nosotros, que lo queríamos, aunque no todos lo habíamos conocido, estamos tristes porque lo hemos perdido.

-Hay una manera de tenerlo todavía. Él lo enseñaba.

-¡Sí! Haciendo lo que Él enseñaba. Entonces se tiene el Reino de los Cielos y se está con Él. Pero antes uno debe vivir y luego morir. Y Él ya no está en medio de nosotros para confortarnos.

Menean la cabeza.

-Hijitos míos, los que *viven lo* que Él ha enseñado, teniendo en el corazón su enseñanza, es como si tuvieran a Jesús en su corazón. Porque Palabra y Doctrina son una sola cosa. No era un Maestro que enseñara cosas que no fueran como Él era. Por eso, el que hace lo que Él ha dicho tiene a Jesús vivo dentro y no está separado de Él. -Así es. Pero somos pobres seres humanos y... queremos ver también con los ojos para sentir bien la alegría... Yo no lo vi nunca, y tampoco mi hijo; ni Jacob, ése; ni Melquías, ése; ni ése, Santiago; ni Saúl. ¿Ves? Ya entre nosotros, sin ir más lejos, hay muchos que no lo han visto. Lo buscábamos siempre, y cuando llegábamos ya se había marchado.

-¿No estabais en Jerusalén ese día?

-¡Sí que estábamos! Pero cuando supimos lo que querían hacerle huimos como locos a los montes, y volvimos a la ciudad después del sábado. No somos culpables de su Sangre, porque no estábamos en la ciudad. Pero hicimos mal siendo cobardes. Al menos, lo habríamos visto, y dirigido nuestro saludo. Sin duda, nos habría bendecido por nuestro saludo... Pero no, verdaderamente no tuvimos el valor de verlo entre tormentos...

-Él os bendice ahora. Mirad a Aquel cuyo Rostro deseáis conocer.

Se manifiesta, espléndidamente divino sobre el verdor del prado. Y ante su estupor, que les hace arrojarse al suelo, pero que también clava sus pupilas en el Rostro divino, desaparece envuelto en un fulgor de luz.

### *XVIII. Al niño que era ciego de nacimiento, en Sidón.*

E1 niño está jugando completamente solo bajo una tupida enramada. Oye que lo llaman y se encuentra delante a Jesús. Le pregunta, bien poco tímido:

-¿Pero Tú eres el Rabí que me dio los ojos? - y clava sus límpidos ojos de niño, de un azul igual que el de los de Jesús, en loa fulgurantes ojos divinos.

-Soy Yo, niño. ¿Tú no tienes miedo de mí? - Lo acaricia en la cabeza.

-Miedo no. Pero yo y mamá lloramos mucho cuando mi padre volvió antes de lo previsto y nos dijo que había huido porque habían apresado al Rabí para matarlo. No hizo la Pascua y tiene que marcharse otra vez para hacerla. Pero ¿entonces no moriste?

-Morí. Mira las heridas. Morí en la cruz. Pero he resucitado. Vas a decirle a tu padre que se detenga un tiempo en Jerusalén después de la segunda Pascua, y que esté en las cercanías del Monte de los Olivos, en Betfagé. Allí encontrará a alguien que le dirá lo que ha de hacer.

-Mi padre pensaba buscarte. Durante la Fiesta de los Tabernáculos no pudo hablar contigo. Quería decirte que te quería por los ojos que me diste. Pero no pudo hacerlo entonces, ni tampoco ha podido esta vez...

-Lo hará con la fe en mí. Adiós, niño. La paz a ti y a tu familia.

### *XIX. A los campesinos de Jocanán.*

La Luna besa los campos de Jocanán. Silencio absoluto. Las pobres moradas de los labriegos, en una noche de bochorno que obliga a tener abierta al menos la puerta para no morir de calor en esas habitaciones bajas en que se agrupan demasiados cuerpos respecto a la cabida de los espacios.

Jesús entra en una de esas habitaciones. Parece como si la propia Luna alargara su rayo para poner una alfombra regia sobre el suelo de tierra. Se inclina hacia uno de los que duermen, que está boca abajo por el pesado sueño cargado de fatiga. Lo llama. Pasa a otro, y a otro. Llama a todos estos fieles y pobres amigos suyos. Pasa ligero y rápido como un ángel en vuelo. Entra en otros cuchitriles... Luego va a esperarlos fuera, al pie de un grupo de árboles.

Los labriegos, medio dormidos, salen de sus chamizos: dos, tres, uno solo, cinco juntos, algunas mujeres. Están asombrados de haber sido llamados así, por una voz conocida que ha dicho a todos las mismas palabras: «Venid al pomar». Van allí, terminando de ponerse las pobres ropas los hombres, o de fijarse los cabellos las mujeres, y hablan en voz baja.

-A mí me ha parecido la voz de Jesús de Nazaret.

-Quizás su espíritu. Lo han matado. ¿Habéis oído?

-Yo no puedo creerlo. Era Dios.

-Pues Joel lo vio incluso pasar cargado de la cruz...

-A mí me han dicho ayer, mientras esperaba a que el encargado hiciera sus compraventas, que han pasado por Jesrael los discípulos y han dicho que realmente ha resucitado.

-¡Calla! Ya sabes lo que dice el patrón. A1 que diga esto le espera la flagelación.

-La muerte, quizás. Pero ¿no sería mejor que sufrir de esta manera?

-¡Y ahora ya no está Él!

-Ahora que han conseguido matarlo son incluso peores.

-Son malos porque ha resucitado.

Hablan en voz baja mientras se dirigen al punto que les ha sido indicado.

-¡El Señor! - grita una mujer (y es la primera en caer de rodillas).

-¡Su fantasma! - gritan otros. Y algunos tienen miedo.

-Soy Yo. No temáis. No gritéis. Acercaos. Soy realmente Yo. He venido a confirmar vuestra fe, que sé que se ve insidiada por otros. ¿Veis? Mi Cuerpo proyecta sombra porque es verdadero cuerpo. No estáis soñando, no. Mi voz es verdadera voz. Soy el mismo Jesús que compartía con vosotros el pan y os daba amor. También ahora os doy amor. Enviaré a mis discípulos a vosotros. Y seguiré siendo Yo, porque ellos os darán lo que Yo os daba y lo que les he dado para entrar en comunión con los que creen en mí. Soportad vuestra cruz, como Yo he soportado la mía. Sed pacientes. Perdonad. Os dirán cómo morí. Imitadme. El camino del dolor es el camino del Cielo. Seguidlo con paz y tendréis el Reino mío. No hay otro camino sino el de la resignación a la voluntad de Dios y la generosidad y la caridad hacia todos. Si hubiera habido otro, os lo habría indicado. Yo lo he recorrido, porque es el auténtico camino. Sed fieles a la Ley del Sinaí, que es inmutable en sus diez preceptos, y a mi Doctrina. Vendrán los que os van a instruir para que no estéis abandonados a las maniobras de los malvados. Yo os bendigo. Recordad siempre que os he amado y que he venido a vosotros antes y después de mi glorificación. En verdad os digo que muchos desearían verme ahora, pero no me verán. Muchos grandes. Pero Yo me muestro a los que amo y me aman.

Uno de los hombres se resuelve a decir:

-Entonces... ¿existe verdaderamente el Reino de los Cielos? ¿Tú eres verdaderamente el Mesías? Ellos tratan de influir en nosotros...

-No escuchéis sus palabras. Recordad las mías y acoged las de los discípulos míos que conocéis. Son palabras veraces. Y quien las acoge y practica, aunque aquí sea siervo o esclavo, será ciudadano y coheredero de mi Reino.

Los bendice abriendo los brazos y desaparece.

-¡Oh! ¡Yo... yo ya no temo nada!

-Y yo tampoco. ¿Has oído? ¡También para nosotros hay un lugar!

-¡Debemos ser buenos!

-¡Perdonar!

-¡Tener paciencia!

-Saber resistir.

-Buscar a los discípulos.

-Ha venido a visitarnos a nosotros, que somos unos pobres siervos.

-Se lo diremos a sus apóstoles.

-¡Si lo supiera Jocanán!

-¡Y Doras!

-Nos matarían para que no habláramos.

-Pero nosotros guardaremos silencio. Sólo se lo diremos a los siervos del Señor.

-Miqueas, ¿no tienes que ir con aquella carga a Seforí? ¿Por qué no vas a Nazaret a decir...?

-¿A quién?

-A la Madre. A los apóstoles. Quizás estén con Ella...

Se alejan comentando en voz baja sus proyectos.

***XX. A Daniel, pariente del fariseo Elquías, con el Anciano Simón.***

Elquías, el fariseo, con otros de su misma índole, está deliberando sobre las medidas que deben tomarse con el Anciano Simón *(el que echó de su casa al padre, por haberse hecho seguidor de Jesús, Quien lo colocó con un justo en su negocio, aún allí, Simón mandó asesinar a su propio padre…)*, el cual, enloquecido el viernes santo, habla y dice *demasiadas cosas.* Varias son las propuestas. Hay quien propone aislarle en algún lugar desierto, donde sus gritos no puedan ser oídos sino por un criado fidelísimo *y de las mismas ideas* que ellos; hay quien, más benigno, confía en que, siendo un trastorno pasajero, bastaría dejarlo donde está.

Elquías responde:

-Lo he traído aquí porque no sabía a qué otro lugar llevarlo. Pero vosotros sabéis que tengo muchas dudas sobre mi pariente Daniel...

Otros, más malvados aún que Elquías, dicen:

-Quiere huir, irse por el mar. ¿Por qué no complacerlo?

-Porque es incapaz de actos ordenados. En el mar él solo perecería; y ninguno de nosotros es capaz de guiar una barca.

-¡Y aunque lo fuéramos! ¿Qué sucedería en el lugar de llegada con esas cosas que dice? Dejadlo a él elegir el camino... En presencia de todos, incluso de tu pariente, haz que él exprese su voluntad: y que se haga como él desea.

Se aprueba esta propuesta. Elquías, llamando a un criado, ordena que lleven a Simón y llamen a Daniel. Aparecen ambos, y, si Daniel tiene aspecto de un hombre que se siente violento en compañía de cierta gente, el otro tiene verdaderamente el aspecto de un demente.

-Óyenos, Simón. Dices que te tenemos prisionero porque queremos matarte...

-Debéis. Porque ésa es la orden.

-Tú deliras, Simón. Calla y escucha. ¿Dónde te parecería que te curarías?

-En el mar. En el mar. En medio del mar, donde no hay ninguna voz, donde no hay ningún sepulcro; porque los sepulcros se abren y salen los muertos y mi madre dice...

-¡Calla! Escucha. Nosotros te estimamos. Como si fueras carne nuestra. ¿Estás seguro de que quieres ir al mar?

-Claro que lo quiero. Porque aquí los sepulcros se abren y mi madre...

-Pues irás. Te llevaremos al mar, te daremos una barca y tú...

-¡Haciendo eso, cometéis un homicidio! ¡Está fuera de sí! ¡No puede ir solo! - grita el honesto Daniel.

-Dios no fuerza la voluntad del hombre. ¿Podríamos nosotros hacer lo que Dios no hace?

-¡Pero él no razona! No tiene voluntad ya. ¡Tiene menos inteligencia que un recién nacido! ¡No podéis...!

-Tú calla, que no eres más que un labriego. Nosotros sabemos... Mañana partiremos para el mar. Puedes estar contento, Simón. ¿Al mar, comprendes?

-¡Ah! ¡Dejaré de oír las voces de la Tierra! Ya sin las voces... ¡Ah! - un grito largo, un espasmo de agitación, un taparse los ojos y los oídos. Y otro grito, el de Daniel, que huye aterrorizado.

-¿Pero qué pasa? ¿Qué sucede? ¡Parad a ese loco y a ese necio! ¿Pero es que estamos todos perdiendo el juicio? - grita Elquías.

Pero ese al que Elquías llama "el necio", o sea, su pariente Daniel, tras haber corrido durante unos metros, se postra en el suelo; el otro, por el contrario, en el sitio en que está, echa espuma mientras sufre una convulsión horrorosa, y grita, grita:

-¡Hacedle callar! ¡No está muerto, y grita, grita, grita! ¡Más que mi madre, más que mi padre, más que en el Gólgota! ¡Allí, allí! ¿No veis allí? - Señala hacia donde está Daniel, sereno, sonriente, alzado su rostro, después de haber estado rostro en tierra.

Elquías llega adonde Daniel. Lo zarandea bruscamente, furioso, sin ocuparse de Simón, que se revuelca por el suelo y echa espuma y emite gritos bestiales en el centro del aterrorizado círculo que forman los demás. Elquías increpa a Daniel:

-Visionario ocioso, ¿quieres decirme qué es lo que haces?

-Déjame. Ahora te conozco. Y me alejo de ti. He visto -para mí benigno, para vosotros terrible- a Aquel que queréis hacerme creer que está muerto. Yo me marcho. Más que el dinero y todas las otras riquezas, lo que tutelo es mi alma. ¡Adiós, maldito! Y, si puedes, procura merecer el perdón de Dios.

-¿Pero, a dónde vas? ¿A dónde? ¡Yo no quiero!

-¿Tienes, acaso, el derecho de tenerme prisionero? ¿Quién te ha dado ese derecho? Te dejo a ti lo que tú amas y sigo lo que yo amo. Adiós - le vuelve la espalda y se marcha rápido, como arrastrado por una fuerza sobrehumana, hacia abajo, por la ladera vestida del verde de olivos y árboles frutales.

Elquías -y no sólo él- está lívido. La ira los ahoga a todos. Elquías amenaza venganza contra su pariente, contra todos los que «con sus frenesíes», dice, afirman que el Galileo vive. Quiere decir quiere actuar...

Uno -no sé quién es- dice:

-Actuaremos, actuaremos, pero no podremos cerrar todas las bocas, ni las pupilas, que hablan porque ven. ¡Estamos derrotados! Pesa sobre nosotros el delito. Ahora viene la expiación... - y se golpea el pecho, envuelto en una angustia que le hace parecerse a uno que esté subiendo los peldaños de un patíbulo - La venganza de Yeohveh - dice, y todo el terror milenario de Israel aflora en su voz.

Entretanto, herido, echando espuma, aterrorizado, Simón brama con gritos de réprobo:

-¡Parricida me ha llamado! ¡Haced que se calle! ¡Que se calle! ¡Parricida! ¡La misma palabra de mi madre! ¡¿Es que todos los muertos dicen las mismas palabras?!...

### *XXI. A una mujer galilea, que obtiene la resurrección de su marido muerto.*

La Luna, casi en su ocaso, está para esconder tras la giba de un monte su arco, aún sutil, de Luna nueva. Su luz, pues, es muy relativa, y dentro de poco habrá desaparecido de la amplia campiña.

Pero por el camino solitario -más que nada, una senda, un sendero, entre los campos- va un viandante. Camina llevando cogido de una argolla un rudimentario farol (de los que -yo creo que tan viejos como el mundo- generalmente usan los carreteros para alumbrar su camino por la noche). Éste, no siendo el cristal una cosa común -es más, creo que lo desconocen por completo, porque nunca he tenido ocasión de ver cristal en ninguna casa, ni como vaso, ni como recipiente, ni como protección de las ventanas-, tiene, como protección de la llama, una cosa que puede ser tanto mica como pergamino. La luz la traspasa, tan leve, que apenas es suficiente para dar claridad a un pequeño espacio alrededor del farol. Pero, en cuanto la Luna se esconde del todo, esa luz del pobre farol parece crecer en vigor y pone un oscilante punto claro en la oscuridad de la campiña.

El viandante camina, camina... En el cielo se insinúa un principio de alba en el extremo horizonte. Pero es tan tenue, que, por ahora, no ilumina nada, y el pobre farolillo es útil todavía.

En un puentecito está esperando -o descansando- otro viandante, arropado todo en su manto.

El del farol, que va en la dirección de ese puente, se detiene incierto: duda si pasar por allí o volver hacia atrás, a un lugar en que el guijarral de un pequeòo torrente tiene anchas piedras que pueden servirle de paso por la poca agua del fondo.

El que está sentado en la rústica orilla del puente, hecha con un tronco sin desbastar de corteza blanco-verde, alza la cabeza y observa al que se ha detenido. Se pone en pie y dice:

-No tengas miedo de mí. Acércate. Soy un buen compañero, no un salteador.

Es Jesús. Lo reconozco más por la voz que por el aspecto, velado por el oscuro crepúsculo que el farol no consigue romper en el lugar donde Él se encuentra. Pero la persona, parada, todavía duda.

-Mujer, ven. No temas. Incluso caminaremos juntos un trecho. Será bueno para ti.

La mujer -ahora sé que es una mujer-, vencida por la dulzura de la voz o por una fuerza arcana, se acerca; menea la cabeza mientras camina, y susurra:

-Para mí ya no hay nada bueno.

Ahora van caminando juntos por ese estrecho sendero cuya anchura sólo permite el paso de dos personas. El alba avanza y muestra, a un lado del camino, una inmóvil selva en miniatura, de cereales maduros que esperan la hoz. En el otro lado los cereales, ya segados, están extendidos en gavillas sobre el campo desvestido de su gloria de mieses maduras.

-¡Malditos! - dice en voz baja la mujer, lanzando una mirada hacia las gavillas acostadas.

Jesús calla.

El día avanza. La mujer apaga el humilde farol, y, para hacerlo, descubre su cara devastada por el llanto. Y alza la cara para mirar al oriente, donde una estría amarillo-rosa anuncia el surgir del sol. Agita el puño hacia oriente y dice otra vez:

-¡Y maldito tú!

-¿El día? Dios lo ha hecho. Como también ha hecho el trigo. Son dones de Dios y no se les debe maldecir... - dice Jesús con dulzura.

-Yo los maldigo. Maldigo al sol y a las mieses. Y tengo razón en hacerlo.

-¿No han sido buenos para ti durante muchos años? ¿No te ha madurado, el primero, el pan de cada día y la uva que se hace vino y las verduras y las frutas del huerto?, ¿no te ha hecho crecer los pastos para alimentar ovejas y corderos con cuya leche y carne te has alimentado y con cuya lana te tejes los vestidos? ¿Y el trigo no os ha dado pan a ti, a tus hijos, a tu padre y a tu madre, a tu marido?

Un estallido de llanto y un grito:

-¡Ya no tengo marido! ¡Ellos me lo han matado! Había ido a trabajar como jornalero, porque tenemos siete hijos y no nos bastaba lo poco nuestro que teníamos para dar de comer a diez personas. Y ayer, al anochecer, vino; decía: "Estoy cansado y aturdido", y se echó en la yacija, ardiendo de fiebre. Yo y su madre lo socorrimos como pudimos. Pensábamos llamar hoy al médico de la ciudad... Pero después del galicinio se me ha muerto. Lo ha matado el sol. Voy, sí, a la ciudad, a tomar todas las cosas que hacen falta. A la vuelta me preocuparé de avisar a los hermanos. He dejado a la madre velando a su hijo y cuidando de los míos... y yo me he marchado para hacer las cosas que hay que arreglar... ¿Y no debería maldecir al sol ardiente y a los cereales?

A1 principio estaba muy contenida (tanto, que no habría imaginado que fuera una mujer, y, menos todavía, una mujer afligida), pero ahora ha dado rienda suelta a su dolor, que rebosa impetuoso. Dice todo lo que no ha dicho en su casa «para no despertar a los niños que dormían en la habitación de al lado»; todo lo que tanto le pesaba en su corazón, que le daba la impresión de que se le fuera a estallar. Recuerdos de amor, abatimiento ante el futuro, las angustias propias de una viuda... se entremezclan y pasan, como sobre las hinchadas ondas durante una riada los detritos arrancados con violencia...

Jesús la deja hablar. Y *es que Jesús, como sabe comprender el dolor, deja que éste se desahogue, para que la criatura se vea aliviada y el propio cansancio que sigue a la impetuosidad del dolor haga a la criatura capaz de entender al que la consuela.* Entonces dice dulcemente:

-En Naím y en Nazaret, y en los lugares entre ambas cíudades, están los discípulos del Rabí de Nazaret. Ve donde ellos...

-¿Y qué crees que van a hacer? ¡Si Él estuviera aquí todavía' ¿Pero ellos? ¡Ellos no son santos! Mí marido estaba en Jerusalén ese día. Y sabe... ¡No, no sabe!... ¡Sabía; que ya no sabe nada, porque está muerto!

-¿Qué hizo tu marido ese día?

-Cuando el clamor de la calle lo despertó, corrió a la terraza de la casa donde estaba con sus hermanos, y vio pasar al Rabí -lo llevaban al Pretorio- y, con otros galileos, lo siguió hasta que murió. A mi marido y a los otros les tiraron piedras cuando se dieron cuenta de que eran galileos, y los obligaron a distanciarse hacia abajo. Pero estuvieron allí hasta el final. Luego... se marcharon... Y ahora ha muerto él. ¡Sí al menos supiera sí por su piedad para con el Rabí descansa en paz!

Jesús no responde a este deseo. Pero dice:

-Vería, entonces, que había discípulos en el Gólgota. ¿Acaso todos los galileos fueron como tu marido?

-¡No, no! Muchos, incluso de Nazaret, lo injuriaron. Esto se sabe ¡Una vergüenza!

-Pues si muchos, incluso de Nazaret, no tuvieron amor hacia su Jesús, y, a pesar de ello, Él los ha perdonado, y muchos incluso se santificarán en el futuro, ¿por qué quieres medir a todos los discípulos de Cristo con el mismo rasero? ¿Quieres ser tú más severa que Dios? Dios concede mucho a quien perdona...

-¡Ya no está el Rabí bueno! ¡Ya no está aquí! Y mi marido está muerto.

-El Rabí ha dado a sus discípulos el poder de hacer lo que Él hacía.

-Quiero creerlo. Pero sólo Él vencía a la muerte. ¡Sólo Él!

-¿Y no se lee *(1 Reyes 17, 17-24)* que Elías devolvió el espíritu al hijo de la viuda de Sarepta? En verdad te digo que Elías era un gran profeta, pero que los siervos del Salvador, que ha muerto y resucitado porque era el Hijo de Dios verdadero, encarnado para redimir a los hombres, tienen un poder todavía mayor, porque Él, en la Cruz, les ha perdonado sus pecados, a ellos los primeros, conociendo por divina sabiduría el verdadero dolor de sus espíritus contritos, los ha santificado después de la resurrección con un nuevo perdón, y ha infundido en ellos el Espíritu Santo, para que pudieran representarme dignamente, tanto con las palabras como con los actos, de manera que el mundo no se quedara desolado después de que Yo me marchara.

La mujer retrocede briosamente, sorprendida. Echa hacia atrás el velo para mirar bien a su compañero. Pero no lo reconoce. Cree que ha entendido mal. Pero ya no se atreve a hablar...

-¿Tienes miedo de mí? Al principio me has tomado por un salteador que quería robarte los denarios que llevas en el pecho y que sirven para comprar las cosas necesarias para la sepultura. Y has tenido miedo. ¿Ahora tienes miedo de saber que soy Jesús? ¿Y no es Jesús el que da y no toma, el que salva y no destruye? Vuelve sobre tus pasos, mujer. Yo soy la Resurrección y la Vida. No son necesarios ni el sudario ni los perfumes, para uno que no está muerto, *que ya no* está muerto, porque Yo soy Aquel que vence a la muerte y premia a quien tiene fe. ¡Ve! ^Ve a tu casa! Tu marido vive. La fe en mí nunca queda sin premio.

Hace un gesto de bendecirla y querer marcharse.

La mujer sale de su estatismo. No pregunta, no duda... Nada. Cae de rodillas adorando. Y luego, por fin, abre su boca y, buscando en su pecho, saca una bolsa, pequeña, una bolsa raquítica, como las bolsas de la gente pobre, a quienes la miseria impide hacer solemnes honras a sus muertos; y, ofreciendo la bolsa, dice:

-No tengo nada más... Nada más con que expresarte mi agradecimiento, con que honrarte, con que...

-Yo ya no necesito dinero, mujer. Llévaselo a mis apóstoles.

-¡Oh, sí! Iré con mi marido... ¿Pero qué puedo darte entonces, mi Señor? ¿Qué? Tú, aparecerte a mí... este milagro... y yo no reconocerte... y yo tan nerviosa... sí, incluso injusta con las cosas...

-Sí. Y no pensabas que las cosas existen porque Yo existo, y que todo lo que Dios ha hecho es bueno. Si no hubiera habido Sol, si no hubieran existido los cereales, no habrías recibido esta gracia de ahora

-Sí... ¡pero cuánto dolor!... - La mujer llora al recordar.

Jesús sonríe y muestra sus manos diciendo:

-Ésta es una parte mínima de mi dolor. Y lo he sorbido todo, sin quejarme, por vuestro bien.

La mujer agacha su cabeza profundamente y confiesa:

-Es verdad. Perdona mi queja.

Jesús desaparece envuelto en su luz, y, cuando ella alza la cara se ve sola. Se levanta, mira a su alrededor. Nada puede ser obstáculo para la vista, porque ya el día está luminoso y alrededor no hay sino campos de cereales. La mujer se dice a sí misma: -¡Pues no he soñado!

Quizás la está tentando el demonio para hacerla dudar, porque se ve en ella un momento de incertidumbre mientras sopesa la bolsa entre sus manos.

Pero vence la fe y vuelve la espalda al lugar hacia el que se dirigía; vuelve sobre sus pasos, rápida como si el viento la llevara sin que ella tuviera que hacer esfuerzo, iluminada su cara con una tan serena alegría, que mayor es que la alegría humana. Va repitiendo de trecho en trecho: « ¡Qué bueno es el Señor! ¡Él, verdaderamente es Dios! Él es Dios. ¡Benditos sean el Altísimo y su Enviado!». No sabe decir nada más. Y esta letanía suya se mezcla ahora con los cantos de los pájaros.

La mujer está tan absorta en sus palabras, que no oye el saludo de algunos segadores que la ven pasar y le preguntan de dónde viene a esa hora... Uno se llega a ella y le dice:

-¿Marcos está mejor? ¿Has ido a llamar al médico?

-Marcos ha muerto en la hora del galicinio y ha resucitado. Porque el Mesías del Señor lo ha hecho - responde ella manteniendo su rápido paso.

-¡El dolor la ha desquiciado! - susurra el hombre, meneando la cabeza y volviendo donde sus compañeros, que han empezado a segar la mies.

Los campos se van poblando cada vez más. Pero la curiosidad vence a muchos, que se deciden a seguir a la mujer, la cual camina cada vez más deprisa.

Y camina, camina. Se ve una casa pobrísima, baja, solitaria, perdida en medio del campo. A ella se dirige, apretando las manos contra su corazón.

Entra. Pero, en cuanto cruza la puerta, una anciana se arroja a sus brazos gritando:

-¡Oh, hija mía, qué gracia del Señor! ¡Cobra ánimo, hija, porque lo que he de decirte es tan grande, tan dichoso, que...

-Lo sé, madre. Marcos ya no está muerto. ¿Dónde está?

-¡Lo sabes!... ¿Y cómo?

-He visto al Señor por el camino. No lo reconocí, pero Él me habló y cuando quiso, me dijo: "Tu marido vive". Pero aquí... ¿cuándo?

-Acababa de abrir la ventana y estaba mirando el primer rayo de sol en la higuera. Sí, justamente así. Y, al tocar el primer rayo la higuera de enfrente de la habitación... oí un suspiro fuerte, como de uno que se despertara. Me volví aterrada y vi a Marcos que se estaba sentando y que apartaba la sábana con que le había cubierto la cara, y que miraba hacia arriba ¡con una expresión en su rostro!... Luego me miró y me dijo: "¡Madre! ¡Estoy curado!". Yo... poco faltó para que no me muriera yo. Él me socorrió, y comprendió que había estado muerto. No recuerda nada. Dice que recuerda hasta cuando lo metimos en la cama, y ya nada más, hasta el momento en que vio un ángel, una especie de ángel que tenía la cara del Rabí de Nazaret y que le dijo: "¡Levántate!". Se levantó. Justo a la hora en que el Sol aparecía por entero.

-A la hora en que me ha dicho: "Tu marido vive". ¡Oh, madre, qué don! ¡Cuánto nos ha amado Dios!

Los que llegan en ese momento las encuentran abrazadas, llorando. Y creen que Marcos ha muerto y que su esposa, en un destello de lucidez, se ha percatado de la desventura. Pero Marcos, que oye las voces, aparece sereno con un niño en brazos y los otros agarrados a su túnica, y dice fuerte:

-Aquí estoy. ¡Bendigamos al Señor!

Los llegados lo asedian con sus preguntas, y, como siempre pasa en las cosas humanas, surge la contradicción. Hay quien cree en una verdadera resurrección; otros -la mayoría- dicen que solamente había caído en un sopor, pero que no ha estado muerto. Hay quien admite el que Cristo se haya aparecido a Raquel. Y hay quien dice que todo eso son patrañas, porque -

unos dicen- «Él está muerto», o porque -dicen otros- «Ha resucitado, pero está tan indignado, *debe estarlo,* que ya no hace milagros para su pueblo asesino».

-Decid lo que os parezca - dice el hombre perdiendo la paciencia - y decidlo *donde os* parezca. Basta con que no lo digáis aquí, donde el Señor Jesús me ha resucitado. ¡Y marchaos de aquí, desdichados! ¡Quiera el Cielo abriros la cerviz para creer! Pero ahora marchaos y dejadnos en paz.

Los empuja afuera y cierra la puerta. Estrecha contra su corazón a su esposa y a su madre

-Nazaret no está lejos. Voy allí a proclamar el milagro.

-Así lo quiere el Señor, Marcos. Llevaremos estos denarios a sus discípulos. Vamos a bendecir al Señor. Así, como estamos. Somos pobres, pero Él también lo era, y sus apóstoles no nos despreciarán.

Se pone a atar las sandalias a los niños mientras la madre echa algunos alimentos en una bolsa y cierra puertas y ventanas, y Marcos va a hacer no sé qué.

Salen cuando están todos listos y caminan a buen paso, los más pequeños en brazos, los otros niños, felices y un poco desconcertados alrededor; hacia el este, hacia Nazaret lógicamente. Quizás este lugar está todavía en la llanura de Esdrelón, pero es un punto distinto del de las propiedades de Jocanán.

## 633

## Aparición en la orilla del lago y otorgamiento de la misión a Pedro.

Es una noche tranquila y sofocante. No hay una brizna de viento. Las estrellas, extendidas, titilantes, atestan el cielo sereno. El lago, calmo e inmóvil -tanto, que parece una vastísima pila resguardada de los vientos- refleja en su superficie la gloria de ese cielo que palpita por los astros que lo pueblan. Los árboles de las orillas son un bloque sin susurros. Tan quieto está el lago, que sus olas, en la orilla, se reducen a un levísimo murmullo. Hay alguna barca, lago adentro, apenas visible como forma errante que, a trechos, con su farolito atado en el mástil de la vela para dar claridad al interior del bote, pone una estrellita a poca distancia de la superficie de las aguas.

No sé qué parte del lago es. Yo diría que se trata de la parte más meridional, donde el lago se prepara a ser de nuevo río; diría que se trata de la periferia de Tariquea: no porque vea la ciudad – me lo impide una espesura arbórea que penetra en el lago formando un pequeño promontorio montuoso-, sino porque lo deduzco de la estrellitas de las luces de las barcas, que se alejan hacia el norte separándose de las orillas del lago. Y digo "periferia" porque una pequeña agrupación de casuchas -tan pocas, que no constituyen siquiera una aldea- están allí concentradas, al pie del pequeño promontorio; casas pobres, situadas casi en la playa, pertenecientes, sin duda, a pescadores.

Hay algunas barcas fuera del agua, en la pequeña playa, y otras en el agua, junto a la orilla, preparadas ya para navegar, pero tan quietas que, en vez de estar flotando, parecen estar clavadas en el suelo.

Por la puerta de una de estas casuchas, Pedro asoma la cabeza. La luz oscilante de una lumbre encendida en la cocina humosa ilumina por detrás la figura torosa del apóstol, haciéndola resaltar como un boceto. Mira al cielo, mira al lago... Avanza hasta el límite de la playa. Luego -lleva una túnica corta y va descalzo-- entra en el agua, hasta medio muslo, y acaricia el borde de una barca extendiendo su brazo musculoso.

Se unen a él los hijos de Zebedeo.

**-**Bonita noche.

-Dentro de poco saldrá la Luna.

-Noche de pesca.

-Pero con remos.

-No hay viento.

-¿Qué hacemos?

Hablan bajo, con frases cortadas, como hombres acostumbrados a la pesca y a las maniobras de las velas y las redes, que requieren atención y, por tanto, pocas palabras.

-Convendría salir. Venderíamos parte de la pesca.

Se unen a ellos, en la orilla, Andrés, Tomás y Bartolomé.

-¡Qué calor esta noche! - exclama Bartolomé.

-¿Habrá tormenta? ¿Os acordáis de aquella noche? – pregunta Tomás.

-¡No! Calma chicha. Quizás niebla. Pero no tormenta. Yo... yo voy a pescar. ¿Quién viene conmigo?

-Vamos todos. Quizás se esté mejor allá dentro - dice Tomás, que suda; y añade: «A la mujer le hacía falta esa lumbre, pero es como si hubiéramos estado en las termas calientes...

-Voy a decírselo a Simón, que está allí todo solo» - dice Juan.

Pedro ya prepara la barca, junto con Andrés y Santiago.

**-¿**Vamos hasta casa? Una sorpresa para mi madre... - pregunta Santiago.

-No. No sé si puedo traer a Margziam. Antes de... de la... ¡bueno, sí!... antes de ir a Jerusalén -estábamos todavía en Efraím- el Señor me dijo que quería celebrar la segunda Pascua con Margziam. Pero luego no me ha vuelto a decir nada más...

-A mí me parece que ha dicho que sí - dice Andrés.

-Sí. La segunda Pascua, sí. Pero hacerle venir antes, no sé si quiere. He cometido tantos errores, que... ¡Ah, ¿vienes también tú?!

-Sí, Simón de Jonás. Me recordará muchas cosas esta pesca...

-¡Ya, claro! A todos nos recordará muchas cosas... Cosas que ya no volverán... Íbamos con el Maestro en esta barca por el lago... Y yo la apreciaba como si fuera un palacio, y me parecía que no podía vivir sin ella. Pero, ahora que Él no está en la barca... pues... estoy en ella y no me produce alegría - dice Pedro.

-Ya ninguno siente alegría por las cosas pasadas. Ya no es la misma vida. Y, además, mirando hacia atrás... entre aquellas horas pasadas y estas presentes, están en medio esos momentos horrendos... - suspira Bartolomé.

-Preparados. Venid. Tú, al timón; nosotros, a los remos. Vamos hacia la curva de Ippo. Es buen sitio. ¡Upa! ¡Op! ¡Upa! ¡Op!

Pedro dirige la boga y la barca se desliza por las aguas quietas. Bartolomé al timón. Tomás y el Zelote haciendo de mozos ayudantes, preparados para echar las redes (ya las tienen extendidas). Se alza la Luna, o sea, supera los montes de Gadara, si no me equivoco. Gamala (en fin, los que están en la costa oriental, pero hacia el sur del lago), y el rayo de la Luna incide en el lago y traza un camino de diamantes sobre las aguas quietas.

-Nos acompañará hasta la mañana.

-Si no viene bruma.

-Los peces dejan el fondo atraídos por la luna.

-Bueno será que tengamos buena pesca. Porque ya no tenemos dinero. Compraremos pan, y a los que están en el monte les llevaremos pescado y pan.

Palabras lentas, con pausas largas entre una y otra voz.

-Remas bien, Simón. ¡No has perdido la boga!... - dice el Zelote admirado.

-Sí... ¡Maldición!

-¿Qué te pasa? - preguntan los otros.

-Lo que me pasa... es que el recuerdo de ese hombre me persigue por todas partes. Me acuerdo de aquel día que íbamos con dos barcas viendo a ver quién remaba mejor, y él...

-Yo, sin embargo, pensaba que una de las primeras veces que tuve la visión de su abismo de perfidia fue aquella vez que encontramos, o mejor: que chocamos, las barcas de los romanos. ¿Os acordáis? - dice el Zelote.

-¡Claro que nos acordamos! ¡En fin!... Él lo defendía... y nosotros... entre las defensas del Maestro y la doblez del... del nuestro, nunca comprendimos bien... - dice Tomás.

-¡Mmm! Yo, más de una vez... Pero Él decía: "¡No juzgues, Simón!".

-Judas Tadeo siempre sospechó de él.

-Lo que no puedo creer es que éste no haya sabido nunca nada - dice Santiago, dando un codazo a su hermano. Pero Juan agacha la cabeza y calla.

-Ya lo puedes decir... - dice Tomás.

-Me esfuerzo en olvidar. Es la orden que he recibido. ¿Por qué queréis hacerme desobedecer?

-Tienes razón. Dejémoslo en paz - dice el Zelote saliendo en defensa de Juan.

-Echad las redes. Lentamente... Remad vosotros. Boga lento. Vira a la izquierda, Bartolomé. Acércate. Vira. Acércate. Vira. ¿Extendida la red? ¿Sí? Arriba los remos y esperamos - ordena Pedro.

¡Qué hermosura la de este lago, encantador, en la paz de la noche, bajo el beso de la Luna! Verdaderamente es paradisíaco, por su pureza. La Luna se refleja toda desde el cielo y viste de diamante las aguas. Su fosforescencia parpadea sobre las colinas y las muestra; viste de nieve las ciudades de las orillas...

De tanto en tanto sacan la red: cascada de diamantes y arpegios sobre la plata del lago; vacía. La sumergen de nuevo. Cambian de posición. No tienen suerte...

Las horas pasan. La Luna se pone, mientras la luz del alba se abre camino, incierta, verdeazul... Una cálida bruma, cerca de las orillas, huma, especialmente hacia el extremo sur del lago. Tiberíades se vela de bruma, y también Tariquea. Es una niebla baja, poco densa, que el primer sol disolverá. Para evitarla, prefieren costear el lado de oriente, donde es menos densa (mientras que en el lado occidental, al venir del aguazal que hay más allá de Tariquea en la ribera derecha del Jordán, se hace más densa, como si el aguazal humara). Bogan atentos para evitar algún peligro del fondo, de este lago que ellos bien conocen.

-¡Vosotros, los de la barca! ¿Tenéis algo para comer?

Una voz masculina viene de la orilla. Una voz que los estremece.

Pero se encogen de hombros y responden con fuerte voz:

-No.

Y luego comentan entre ellos:

-¡Siempre nos parece oírlo!...

-Echad las redes a la derecha y encontraréis.

La derecha está lago adentro. Echan la red, con un poco de perplejidad. Sacudidas, peso que hace inclinar la barca hacia el lado de la red.

-¡Pero si es el Señor! - grita Juan.

-¿El Señor, dices? - pregunta Pedro.

-¿Pero lo dudas? Nos ha parecido su voz. Pero ésta es la prueba. ¡Mira la red! ¡Como aquella vez! ¡Te digo que es Él! ¡Oh, Jesús mío!

-¿Dónde estás?

Todos aguzan la vista, queriendo perforar los velos de la niebla, después de haber asegurado bien la red para arrastrarla tras la estela de la barca, puesto que pretender izarla sería una maniobra peligrosa; y reman para ir a la orilla. Pero Tomás debe agarrar el remo de Pedro, el cual, de prisa y corriendo, se ha puesto la túnica corta encima del cortísimo calzón -que era su único

vestido, como es también el único de los otros, excepto de Bartolomé-, se ha echado a nadar al lago, y ahora hiende con grandes brazadas el agua quieta, precediendo a la barca, de forma que es el primero en llegar a la playita desierta, donde, sobre dos piedras protegidas por un matorral espinoso, brilla un fuego de hornija. Y allí, cerca del fuego, está Jesús, sonriente y benévolo.

-¡Señor! ¡Señor!

Pedro jadea a causa de la emoción y no puede decir nada más. Chorrea agua, de forma que no se atreve siquiera a tocar la túnica de su Jesús, y permanece postrado en la arena, con la túnica pegada a sus carnes, adorando.

La barca roza el fondo del guijarral y se detiene. Todos están de pie, inquietos por la alegría...

-Traed aquí algunos de esos peces. La lumbre está preparada. Venid y comed - ordena Jesús.

Pedro corre hasta la barca y ayuda a izar la red. Mete la mano en el montón de peces zigzagueantes y agarra tres de ellos, grandes. Los golpea contra el borde de la barca, para matarlos, y los vacía con su cuchillo. Pero le tiemblan las manos (no de frío, ciertamente). Los enjuaga, los lleva a donde está el fuego, los coloca encima y vigila cómo se asan. Los otros están adorando al Señor, un poco separados de Él; temerosos ante Él, como siempre, ahora que, resucitado, se le ve tan divinamente poderoso.

-Mirad, aquí está el pan. Habéis trabajado toda la noche y estáis cansados. Ahora recuperaréis fuerzas. ¿Ya está, Pedro?

-Sí, mi Señor - dice Pedro con una voz aún más ronca de lo habitual, inclinado hacia el fuego, y se seca los ojos, que gotean, como si el humo, irritándolos, les hiciera llorar, al mismo tiempo que irrita también la garganta. Pero no es el humo el que produce esa voz y esas lágrimas...

Lleva el pescado. Lo ha dispuesto encima de una hoja rasposa - parece una hoja de calabaza- que le ha llevado Andrés después de haberla enjuagado en el lago.

Jesús hace el ofrecimiento y bendice, parte el pan y los peces. Hace ocho partes. Lo distribuye. Él también lo prueba. Comen con la reverencia con que celebrarían un rito. Jesús los mira y sonríe. Pero guarda silencio también Él, hasta que pregunta:

-¿Dónde están los otros?

-En el monte. Donde dijiste. Nosotros hemos venido para pescar porque ya no tenemos dinero y no queremos abusar de los discípulos.

-Hacéis bien. Pero, de ahora en adelante, vosotros, los apóstoles, estaréis en el monte, en oración, edificando con el ejemplo a los discípulos. Enviadlos a ellos a pescar. Conviene que vosotros estéis allí en oración, y también para escuchar a los que necesiten un consejo o puedan ir a daros noticias. Tened muy unidos a los discípulos. Pronto iré Yo.

-Lo haremos, Señor.

-¿Margziam no está contigo?

-No me dijiste que lo trajera tan pronto.

-Dispón que venga. Su obediencia ha terminado.

-Así lo haré, Señor.

Un momento de silencio. Luego Jesús, que había estado un poco con la cabeza agachada, pensando, alza la cabeza y clava la mirada en Pedro. Lo mira con su mirada de las horas de más poderosos milagros y de más poderoso imperio. Pedro se sobresalta, casi de miedo, se echa un poco hacia atrás... Pero Jesús, poniendo una mano en el hombro de Pedro, lo sujeta fuertemente y, teniéndolo así, le pregunta:

-Simón de Jonás, ¿me quieres?

-¡Sí, Señor! Tú sabes que te quiero - responde Pedro con seguridad.

-Apacienta mis corderos... Simón de Jonás, ¿me quieres?

-Sí, mi Señor. Y Tú sabes que te quiero.

En la voz hay menos sentido de seguridad; es más, hay un poco de estupor por la repetición de la pregunta.

-Apacienta mis corderos... Simón de Jonás, ¿me quieres?

-Señor... Tú lo sabes todo... Tú sabes... sabes si te quiero... - le tiembla la voz a Pedro, que está seguro de su amor, pero que tiene la impresión de que Jesús no esté seguro.

-Apacienta mis ovejas. Tu triple profesión de amor ha borrado tu triple negación. Estás todo puro, Simón de Jonás. Y Yo te digo: asume la vestidura pontifical y lleva a mi rebaño la Santidad del Señor. Cíñete las vestiduras a tu cintura y tenlas bien ceñidas, hasta que, de Pastor, también tú pases a ser cordero. En verdad te digo que cuando eras más joven tú solo te ceñías e ibas a donde querías, pero, cuando seas anciano, extenderás las manos y otro te ceñirá y te llevará a donde no querrías ir. Pero ahora soy Yo el que te dice: "Cíñete y sígueme por mi mismo camino". Álzate y ven.

Se alza Jesús y se alza Pedro. Van hacia la orilla. Los otros se ponen a apagar el fuego ahogándolo bajo la arena.

Pero Juan, recogidos los restos del pan, sigue a Jesús. Pedro oye el roce de los pasos y vuelve la cabeza. Ve a Juan y, señalándoselo a Jesús, dice:

-¿Y de él qué será?

-Si quiero que permanezca hasta que Yo regrese, ¿a ti qué? Tú sígueme.

Ya están en la orilla. Pedro quisiera decir todavía algo, pero la majestuosidad de Jesús y las palabras que ha oído lo retienen. Se arrodilla -imitado en esto por los otros- y adora. Jesús los bendice y se despide de ellos, que suben a la barca y se marchan remando. Jesús los mira mientras se alejan.

## 634

## Enseñanzas a los apóstoles y a numerosos discípulos en el monte Tabor. Margziam consolado.

Están todos los apóstoles, todos los discípulos pastores (incluido Jonatán, al que Cusa ha relevado de sus servicios). Y Margziam y Manahén y muchos discípulos de los setenta y dos; y muchos otros. Están a la sombra fresca de los árboles, que mitigan luz y calor con su tupido ramaje y hojas; no arriba, hacia la cima, donde se produjo la Transfiguración, sino a media altura, en un lugar en que un encinar parece querer celar la cima y sujetar los lados del monte con sus poderosas raíces.

Por la hora, y a causa de la inactividad y la larga espera, casi todos están adormilados. Pero basta el grito de un niño -no sé quien es, porque no lo veo desde el lugar en que me encuentro- para que todos se pongan en pie (éste es el primer movimiento, impulsivo, que enseguida se transforma en ponerse de rodillas y con el rostro entre la hierba).

-La paz a todos vosotros. Aquí me tenéis entre vosotros. Paz a vosotros. Paz a vosotros.

Jesús pasa en medio de ellos saludando, bendiciendo.

Muchos lloran, otros sonríen dichosos. Pero en todos hay mucha paz.

Jesús se detiene en el lugar en que los apóstoles y los pastores forman un compacto grupo, junto con Margziam, Manahén, Esteban Nicolái, Juan de Éfeso, Hermas y algún otro de los discípulos más fieles, cuyo nombre no recuerdo. Veo al de Corazín, que dejó la sepultura de su padre por seguir a Jesús, y a otro que he visto otras veces. Jesús toma entre sus manos la cabeza de Margziam -que, mirándolo, llora-, lo besa en la frente y lo estrecha contra su corazón.

Se vuelve luego hacia los demás y dice:

-Muchos y pocos. ¿Dónde están los otros? Sé que son muchos mis discípulos fieles. ¿Por qué, entonces, aquí a duras penas se llega entre todos a quinientos, excluidos los niños, hijos de alguno de vosotros?

Pedro se pone de pie -había estado de rodillas en la hierba- y habla en representación de todos:

-Señor, entre el decimotercero y el vigésimo día, empezando a contar desde el día de tu muerte, han venido aquí muchos de muchas ciudades de Palestina, diciendo que estabas donde ellos. Por eso, muchos de nosotros, para verte antes, se han marchado, unos con unos, otros con otros. Algunos se han marchado hace muy poco. Decían, los que vinieron, que te habían visto y que habían hablado contigo en lugares distintos, y -lo cual era asombroso- todos decían que te habían visto en el duodécimo día de después de tu muerte. Nosotros hemos pensado que se trataba de una falacia de alguno de esos falsos profetas que dijiste que surgirían para engañar a los elegidos. Lo dijiste allá, en el monte de los Olivos, la noche que precedió... que precedió a... - Pedro, otra vez bajo los efectos de su dolor ante este recuerdo, agacha la cabeza y calla. Dos lágrimas, seguidas de otras, caen al suelo por las hebras de su barba...

Jesús le pone la mano derecha en el hombro. Pedro, al sentir ese contacto, se estremece, y, no atreviéndose a tocar esa Mano con las suyas, pliega el cuello, inclina la cara, para acariciar con la mejilla y rozar con los labios esa Mano adorable.

Santiago de Alfeo continúa refiriendo:

-Y hemos desaconsejado creer en esas apariciones. Se lo hemos desaconsejado a los nuestros que se alzaban para ponerse en camino presurosos hacia el gran mar, o hacia Bosra o Cesárea de Filipo o Pel.la o Quedes, hacia el monte cercano a Jericó o la llanura, o hacia la llanura de Esdrelón, hacia el Gran Hermón o Bet-Jorón o Betsemes, y a otros lugares que, por tratarse de casas aisladas en la llanura cercana a Jafia o a Galaad, carecen de nombre. Demasiado inciertas. Algunos decían: “Lo hemos visto y oído”. Otros enviaban el recado de decir que te habían visto, e incluso que habían comido contigo. Sí, queríamos retenerlos, porque pensábamos que fueran o celadas de los que nos atacan o fantasmas vistos por justos que están tan embargados en ti, que acaban viéndote donde no estás. Pero han querido ir. Unos a unos lugares, otros a otros. De forma que nos hemos quedado reducidos a menos de un tercio.

-Teníais razón en insistir para retenerlos. No porque Yo no haya estado realmente donde los que han venido a decíroslo han dicho, sino porque había ordenado que estuvierais aquí unidos en oración esperando a que Yo viniera, y también porque quiero que mis palabras sean obedecidas, especialmente por mis siervos. Si empiezan a desobedecer éstos, ¿qué van a hacer los fieles?

Escuchad todos los que estáis aquí. Recordad que en un organismo, para que verdaderamente sea activo y esté sano, se necesita una jerarquía, o sea, alguien que mande, y alguien que transmita las órdenes y alguien que obedezca. Así sucede en las cortes de los reyes Y en las religiones, desde la nuestra, la hebrea, hasta las otras, aunque sean tan imperfectas. Hay siempre una cabeza y ministros de esa cabeza y asistentes de esos ministros y en fin, fieles. No puede un pontífice actuar solo, no puede un rey actuar solo. Y sus disposiciones son cosas que se refieren únicamente a contingencias humanas o a formalismos de ritos... Sí, por desgracia, incluso en la propia religión mosaica, no queda sino el formalismo de los ritos, la continuación de los movimientos de un mecanismo que sigue realizando los mismos gestos, incluso ahora que el espíritu de los gestos *está muerto.* Muerto para siempre. El divino Animador de esos gestos, Aquel que daba a los ritos un valor, se ha retirado, y los ritos son gestos, nada más, gestos que cualquier histrión podría mimar en el escenario de un anfiteatro.

¡Qué desdicha, cuando una religión muere y lo que antes era una potencia real pasa a ser una pantomima desarreglada, externa, una cosa vacía tras un escenario barnizado, tras unas vestiduras pomposas y un movimiento de mecanismos que realizan una serie de movimientos, de la misma manera que una llave acciona un resorte, pero ni éste ni la llave tienen conciencia de lo que hacen! ¡Desdicha! ¡Pensad!

Recordad siempre, y decídselo a vuestros sucesores, para que esta verdad sea conocida en el decurso de los siglos. Menos temible es la caída de un planeta que la caída de la religión. El que el cielo quedara vacío de astros y planetas no sería para los pueblos una desventura de la magnitud de la de quedarse sin una real religión. Dios cubriría con providente poder las necesidades humanas, porque Dios todo lo puede para aquellos que, por el camino sabio o por el camino que su ignorancia

conoce, buscan, aman la Divinidad con recto espíritu. Pero, si llegara un día en que los hombres ya no amaran a Dios, porque los sacerdotes de todas las religiones hubieran hecho de ellas únicamente una vacía pantomima, siendo ellos los primeros en no creer en la religión, ¡ay de la Tierra!

Ahora bien, si esto lo digo incluso por las religiones imperfectas -algunas con origen en parciales revelaciones otorgadas a un sabio, otras con origen en la necesidad instintiva del hombre de crearse una fe para saciar el hambre del alma de amar a un dios (y esta necesidad es el estímulo más fuerte del hombre, el estado permanente de búsqueda de Aquel que es, deseado por el espíritu aunque la inteligencia soberbia niegue reverencia a cualquier dios, o aunque el hombre, desconocedor del alma, no sepa dar nombre a esta necesidad que dentro de él bulle)-, si esto lo digo incluso para las religiones imperfectas, ¿qué habré de decir para esta que Yo os he dado, para esta que lleva mi Nombre, para esta de la que Yo os he creado pontífices y sacerdotes, para esta que os ordeno que propaguéis por toda la Tierra?... Para esta única, verdadera, perfecta, inmutable en la Doctrina enseñada por mí, Maestro, completada por la enseñanza continua del que vendrá, el Espíritu Santo, Guía Santísimo de mis Pontífices y de los que los ayudarán como jefes segundos en las distintas Iglesias creadas en las distintas regiones en que se afiance mi Palabra.

Y estas Iglesias no serán, por ser múltiples en cuanto al número, múltiples en cuanto al pensamiento, sino que serán una sola cosa con la Iglesia, y formarán con sus individuales elementos el gran edificio, mayor cada vez; el grande, nuevo Templo que con sus distintos pabellones tocará todos los confines del mundo. No tendrán diversidad de pensamiento ni habrá oposición entre ellas, sino que estarán unidas, hermanas las unas de las otras, sujetas todas a la Cabeza de la Iglesia, a Pedro y a los sucesores de él, hasta el final de los siglos.

Y aquellas que por cualquier motivo se separaran de la Iglesia Madre serían miembros amputados que carecerían de la mística sangre que es Gracia que de Mí, Cabeza divina de la Iglesia, viene. Como hijos pródigos, separados por voluntad propia de la casa paterna, estarían -efímera su riqueza y constante y cada vez más grave su miseria- embotándose el intelecto espiritual con alimentos y vinos demasiado pesados, y luego languidecerían comiendo las amargas bellotas de los animales impuros, hasta que, con corazón contrito, no volvieran a la casa paterna diciendo: "Hemos pecado. Padre, perdónanos y ábrenos las puertas de tu morada". Y entonces, ya se trate de un miembro de una Iglesia separada, ya se trate de una Iglesia entera, bien sea una persona o una asamblea los que regresan, abridles las puertas. ¡Oh, ojalá así fuera! Pero ¿dónde, cuándo surgirán muchos imitadores míos idóneos para redimir a estas Iglesias separadas, a costa de la vida, para hacer, para *rehacer* un único Rebaño bajo el cayado de un solo pastor, como *ardientemente* deseo?

Sed paternos. Pensad que todos, durante una o muchas horas, quizás durante años, fuisteis, cada uno en particular, hijos pródigos envueltos en la concupiscencia. No os mostréis duros para con los que se arrepienten. ¡Recordad! ¡Recordad! Muchos de vosotros huisteis, hace veintidós días. ¿Y esta huida no era, acaso, abjuración de vuestro amor hacia mí? Pues bien, si Yo os he acogido en cuanto, arrepentidos, habéis vuelto a mí; haced vosotros lo mismo. Todo lo que Yo he hecho hacedlo vosotros. Este es mi mandamiento. Habéis vivido tres años conmigo. Conocéis mis obras y mi pensamiento. Cuando, en el futuro, os encontréis frente a un caso para el que tengáis que tomar una decisión, volved vuestra mirada al tiempo en que estuvisteis conmigo, y comportaos como Yo me he comportado. Nunca os equivocaréis. Yo soy el ejemplo vivo y perfecto de lo que debéis hacer.

Y recordad también que no me negué a mí mismo al propio Judas de Keriot... El Sacerdote debe, con todos los medios, tratar de salvar. Predomine el amor, siempre, entre los medios usados para salvar. Pensad que Yo no ignoraba el horror de Judas... Y, no obstante, superando toda repugnancia, traté al mezquino como traté a Juan. A vosotros... a vosotros, muchas veces, se os ahorrará la amargura que supone el saber que todo es inútil para salvar a un discípulo amado... Se debe trabajar incluso en ese caso... siempre... hasta que todo quede cumplido...

-¡¿Pero Tú estás sufriendo, Señor?! ¡Oh, no creía que pudieras sufrir ya más! ¡Sufres por Judas, todavía! ¡Olvídale, Señor! - grita Juan, que no desvía ni un instante su mirada de su Señor.

Jesús abre los brazos con su gesto habitual de resignada confirmación ante un hecho penoso, y dice:

-Así es... Judas ha sido y es el dolor más grande en el mar de mis dolores. Es el dolor que permanece... *(El dolor que permanece, como su llanto en la gloria, es de tal naturaleza, que únicamente puede ser comprendido en la luz de los Cielos, porque Él lo sufrirá en su espíritu de amor)* Los otros dolores han terminado al terminar el Sacrificio. Pero éste permanece. Lo he amado. Me he consumido todo en el esfuerzo de salvarlo... He podido abrir las puertas del Limbo y sacar de él a los justos, he podido abrir las puertas del Purgatorio y sacar de él a los penantes. Pero el lugar de horror estaba cerrado en torno a él. Para él, inútil mi muerte.

-¡No sufras! ¡No sufras! ¡Eres glorioso, mi Señor! Gloria y gozo a ti. ¡Tú has apurado tu dolor! - insiste Juan en tono suplicante.

-¡Verdaderamente, ninguno pensaba que Él pudiera sufrir todavía! - susurran todos, unos a otros, asombrados y conmovidos.

-¿Y no pensáis el dolor que deberá aún padecer mi Corazón a lo largo de los siglos, por cada pecador impenitente, por cada herejía que me niegue, por cada creyente que abjure de mí, por cada desgarro de los desgarros-, por cada sacerdote culpable, causa de escándalo y perdición? ¡Vosotros no conocéis esto! Todavía no lo conocéis. No lo conoceréis nunca completamente, sino cuando estéis conmigo en la luz del Cielo. Entonces comprenderéis... Contemplando a Judas, he contemplado a los elegidos para quienes la elección se transforma en perdición por su perversa voluntad...

¡Oh, vosotros que sois fieles, vosotros que formaréis a los sacerdotes futuros, recordad mi dolor; formadlos santos para que, en la medida de lo posible, no se repita este dolor; exhortad, velad, enseñad, luchad, estad atentos como madres, sed incansables como maestros, estad despiertos como pastores, sed viriles como guerreros, para sostener a los sacerdotes que serán formados por vosotros! ¡Haced, oh, haced que la culpa del duodécimo apóstol no se vea demasiadas veces repetida en el futuro!...

Sed como Yo fui con vosotros, como soy con vosotros. Os dije: "Sed perfectos como el Padre de los Cielos". Y vuestra humanidad tiembla ante tal orden. Ahora más que cuando os la di, porque ahora conocéis vuestra debilidad. Pues bien, para animaros, os diré: "Sed como vuestro Maestro". Yo soy el Hombre. Lo que Yo he hecho vosotros podéis hacerlo. Incluso los milagros. Sí, incluso los milagros. Para que el mundo sepa que soy Yo el que os envía, y para que el que sufre no llore ante el pensamiento desconsolado de decir: "El ya no está entre nosotros para curar a nuestros enfermos y consolar nuestros dolores".

En estos días he hecho milagros para consolar los corazones y convencerlos de que Cristo no ha sido destruido por haber sido conducido a la muerte, sino que, antes al contrario, es más fuerte, eternamente fuerte y poderoso. Pero, cuando Yo ya no esté en medio de vosotros, vosotros haréis las cosas que Yo he hecho hasta ahora y que seguiré haciendo. Pero el amor a la nueva Religión crecerá no tanto por el poder de los milagros, sino por vuestra santidad. Y es de vuestra santidad, no del don que Yo os transmito, de lo que debéis estar celosamente atentos. Cuanto más santos seáis, más os amará mi Corazón, y el Espíritu de Dios os iluminará, mientras la Bondad de Dios y su Poder colmarán vuestras manos de los dones del Cielo.

El milagro no es acto común e indispensable para la vida en la fe. Es más, ¡dichosos los que sepan permanecer en la fe sin medios extraordinarios que ayuden a su acto de creer! Pero tampoco el milagro es un acto tan exclusivamente reservado a tiempos especiales que tenga que cesar con el cese de éstos. El milagro estará en el mundo. Siempre. Y, cuanto más numerosos sean los justos en el mundo, más numerosos serán los milagros. Cuando se vean escasear mucho los milagros verdaderos, dígase entonces que la fe y la justicia están languideciendo. Porque Yo he dicho: "Si tenéis fe, podréis mover las montañas". Porque Yo he dicho: "Las señales que acompañarán a los que tengan verdadera fe en mí serán la victoria sobre los demonios y sobre las enfermedades, sobre los elementos y las insidias". *Dios está con quien lo ama.* Señal de cómo mis fieles estén en mí será el número y la fuerza de los prodigios que harán en mi Nombre y para glorificar a Dios. A un mundo sin milagros verdaderos, se le podrá decir, sin falsedad: “Has perdido la fe y la justicia. Eres un mundo sin santos”

Así pues, para volver al principio, habéis hecho bien en tratar de retener a los que, como niños seducidos por un rumor de músicas - por un brillo extraño, corren despreocupados lejos de las cosas seguras. Pero, ¿veis? Tienen su castigo, porque pierden mi palabra. De todas formas, también vosotros habéis tenido vuestra parte de error. Os habéis acordado de que Yo había dicho que no se corriera acá o allá ante cualquier voz que dijera que estaba en un determinado lugar. Pero no os habéis acordado de que también había dicho que, en la segunda venida, el Cristo será semejante al relámpago que sale de Oriente y culebrea hasta Occidente, en menos tiempo de lo que dura un parpadeo. Ahora bien, esta segunda venida ha empezado desde el momento de mi Resurrección. Culminará en la aparición del Cristo Juez a todos los resucitados. *Pero antes ¡cuántas veces me apareceré para convertir, curar, consolar, enseñar, dar órdenes!*

En verdad os digo: Estoy para volver al Padre mío, pero la Tierra no perderá mi Presencia. Estaré, en actitud vigilante y como amigo, como Maestro y como Médico, en donde cuerpos o almas, pecadores o santos, tengan necesidad de mí o sean elegidos por mí para transmitir a otros mis palabras. Porque, y también esto es verdad, la Humanidad tendrá necesidad de un continuo acto de amor por mi parte, pues es tan poco dócil y tan tendente a entibiarse y a olvidar, tan tendente a seguir la bajada en vez de la subida, que, si Yo no la sujetara con los medios sobrenaturales, no servirían la ley y el Evangelio, las ayudas divinas que mi Iglesia administrará, para conservar a la Humanidad en el conocimiento de la Verdad y en la bondad de alcanzar el Cielo. Y estoy hablando de la Humanidad que crea en mí... siempre poca respecto a la gran masa de los habitantes de la Tierra.

*Yo vendré.* El que me tenga que siga humilde; el que no, que no esté ávido de tenerme para recibir alabanzas. *Que ninguno desee lo extraordinario.* Dios sabe cuándo y dónde darlo. Y no es necesario poseer lo extraordinario para entrar en el Cielo; es más, ello es un arma que, si se usa mal, puede abrir el Infierno en vez del Cielo. Y ahora os voy a decir cómo. Porque la soberbia puede surgir. Porque puede venir un estado de espíritu abyecto ante los ojos de Dios (abyecto porque es semejante a un entorpecimiento en que uno se acomoda para acariciar el tesoro recibido, considerándose ya en el Cielo por haber recibido ese don). No. En ese caso, en vez de llama y ala, el don se transforma en hielo y pesada piedra, y el alma se hunde y muere. Y también: un don mal usado puede suscitar la avidez de recibir todavía más dones para recibir mayores alabanzas. Entonces, en este caso, el Espíritu del Mal podría entrar en lugar del Señor, para seducir a los imprudentes con no genuinos prodigios.

Manteneos siempre alejados de todas las seducciones, de cualquier género que sean. Huid de ellas. Sentíos contentos de lo que Dios os conceda. Él sabe lo que os es útil y en qué manera. Y siempre pensad que todo don, además de don, es prueba, una prueba de vuestra justicia y voluntad. Yo os he dado a todos vosotros las mismas cosas. Pero lo que a vosotros os hizo mejores perdió a Judas. ¿Era, pues, un mal el don? No. Maligna era la voluntad de aquel espíritu...

De la misma manera ahora. Me he aparecido a muchos. No sólo para consolar y conceder dones, sino también para felicidad vuestra. Me habíais pedido que convenciera al pueblo -al que tratan de convencer los del Sanedrín respecto a lo que es su pensamiento- de que he resucitado. Me he aparecido a niños y a adultos, en el mismo día, en puntos tan distantes entre sí, que haría falta muchos días de camino para llegar a ellos. Pero para mí ya no existe la esclavitud de las distancias. Y este hecho de aparecerme simultáneamente os ha desorientado también a vosotros. Os habéis dicho: "Éstos han visto fantasmas". Vosotros, pues, habéis olvidado una parte de mis palabras: que de ahora en adelante estaré en Oriente y Occidente, en Septentrión y Mediodía, donde juzgue justo estar, sin que nada me lo impida y rápido como rayo que surca el cielo.

Soy verdadero Hombre. Aquí veis mis miembros y mi Cuerpo, sólido, caliente, capaz de movimiento, respiración y palabra como el vuestro. Pero soy verdadero Dios. Y si durante treinta y tres años la Divinidad estuvo, en vistas de un fin supremo, escondida en la Humanidad, ahora la Divinidad, aunque esté unida a la Humanidad, ha tomado preponderancia, y la Humanidad goza de la libertad perfecta de los cuerpos glorificados. Reina es con la Divinidad y ya no está sujeta a todo lo que significa limitación para la Humanidad. Aquí me veis. Estoy aquí, con vosotros, y podría, si quisiera, estar dentro de un instante en los confines del mundo para atraer hacia mí a un espíritu que me buscara.

¿Y qué fruto tendrá el que Yo haya estado cerca de Cesárea marítima y en la otra Cesárea, en el Carit y en Engadí, en Pel.la y en Yuttá y en otros lugares de Judea, y en Bosra y en el Gran Hermón, en Sidón y en los confines galileos? ¿Y qué fruto tendrá el que haya curado a un niño, y resucitado a uno fallecido poco antes, y confortado a una persona acongojada; y el que

haya llamado a servirme a uno que se había macerado en dura penitencia, y a Dios a un justo que me lo había suplicado; y el que haya dado mi mensaje a unos inocentes y mis órdenes a un corazón fiel? ¿Convencerá esto al mundo? No. Los que creen seguirán creyendo, con más paz pero no con mayor fuerza, porque ya sabían verdaderamente creer. Los que no han sabido creer con verdadera fe seguirán en la duda, y los malvados dirán que las apariciones son delirios y embustes, y que el muerto no estaba muerto sino que dormía...

¿Os acordáis cuando os dije la parábola del rico Epulón? Dije que Abraham respondió al réprobo: "Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no creerán ni a uno que resucite de entre los muertos para decirles lo que deben hacer". ¿Han creído, acaso, en mí, Maestro, y en mis milagros? ¿Qué obtuvo el milagro de Lázaro? Mi apresurada condena. ¿Qué, mi resurrección? Un aumento de su odio. Tampoco estos milagros realizados en este último tiempo mío entre vosotros persuadirán al mundo, sino que sólo persuadirán a aquellos que, habiendo elegido el Reino de Dios con sus fatigas y penas actuales y su gloria futura, no son ya del mundo.

Pero me complace el que hayáis sido confirmados en la fe y que os hayáis mostrado fieles a mi indicación quedándoos en este monte, esperando, sin prisas humanas de gozar de cosas que, aun siendo buenas, eran distintas de las que yo os había indicado. La desobediencia aporta un décimo y arrebata nueve décimos. Ellos se han marchado, y oirán palabras de hombres, las mismas de siempre. Vosotros habéis permanecido aquí y habéis oído mi Palabra que, aunque recuerde cosas ya dichas, es siempre buena y útil. Esta lección os servirá de ejemplo a todos vosotros, y también a ellos, para el futuro.

Jesús recorre con su mirada esos rostros ahí congregados alrededor de Él y dice: -Ven, Eliseo de Engadí, que tengo que decirte una cosa.

No había reconocido al ex leproso hijo del anciano Abraham. Entonces era un esqueleto espectral, ahora es un galán en la flor de la vida.

Se acerca, se postra a los pies de Jesús, que le dice:

-Una pregunta se asoma temblorosa a tus labios desde que has sabido que he estado en Engadí. Es ésta: "¿Has consolado a mi padre?". Yo te digo: "¡Más que consolado! Lo he tomado conmigo".

-Contigo, mi Señor. ¿Y dónde está, que no lo veo?

-Eliseo, voy a estar aquí ya poco tiempo. Luego iré a mi Padre...

-¡Señor!... Quieres decir... ¡Mi padre ha muerto!

-Se durmió en mi Corazón. También para él terminó el dolor. Lo apuró todo, y permaneciendo siempre fiel al Señor. No llores. ¿No lo habías dejado, acaso, por seguirme a mí?

-Sí, mi Señor...

-Mira, tu padre está conmigo; por tanto, siguiéndome, vuelves al lado de tu padre.

-¿Pero cuándo? ¿Y cómo?

-En su viña, donde oyó hablar de mí por primera vez. Tu padre me recordó su súplica del pasado año. Le dije: "Ven". Murió feliz porque tú has dejado todo por seguirme a mí.

-Perdona si lloro... Era mi padre...

-Sé comprender el dolor.

Le pone la mano sobre la cabeza para consolarlo, y dice a los discípulos:

-Aquí tenéis a un nuevo compañero. Que goce de vuestro cariño, porque Yo lo arrebaté de las garras de su sepulcro para que me sirviera.

Luego dice:

-Elías, ven a Mí. No estés ahí todo tímido como un extranjero entre hermanos. Todo el pasado ha quedado destruido. Y tú, Zacarías, ven también, tú que has dejado padre y madre por mí, ponte con los setenta y dos junto con José de Cintio. Lo merecéis porque, por mí, habéis plantado cara a los modos de los poderosos. Y tú, Felipe, y también tú, su compañero, que no quieres ser llamado por tu nombre, porque te parece horrendo, y tomas el del padre tuyo, que es un justo aunque todavía no esté entre los que me siguen abiertamente.

¿Lo veis? ¿Veis todos que no excluyo a ninguno que tenga buena voluntad? Ni a los que me siguieron antes como discípulos, ni a los que hacían buenas obras en Nombre mío aun no hallándose en las filas de mis discípulos, ni a los que pertenecían a sectas no estimadas por todos, que pueden siempre entrar en el buen camino y no han de ser rechazados. Como Yo hago las cosas, hacedlas vosotros. A éstos los uno a los discípulos antiguos. Porque el Reino de los Cielos está abierto a todos los que tienen buena voluntad. Y, aunque no estén presentes, os digo que no rechacéis ni siquiera a los gentiles. Yo no los he rechazado cuando los he visto deseosos de Verdad. Haced lo que Yo he hecho.

Y tú, Daniel, que has salido, verdaderamente has salido de la fosa *(Daniel 14, 31-42)*, no de los leones pero sí de los chacales, ven, únete a éstos. Y ven tú, Benjamín. Os uno a éstos (señala a los setenta y dos, que están casi al completo), porque la mies del Señor fructificará mucho y son necesarios muchos obreros.

Ahora vamos a estar un poco aquí juntos, mientras transcurre el día. A1 anochecer dejaréis el monte y al amanecer vendréis conmigo vosotros los apóstoles, vosotros dos a los que he nombrado aparte (señala a Zacarías y a este José de Cintium que no me resulta nuevo) y los que están aquí de los setenta y dos. Los otros se quedarán aquí, esperando a los que, presurosos, han ido a uno u otro lugar, como avispas ociosas, para decirles en mi Nombre que no es imitando a los niños perezosos y desobedientes como se encuentra al Señor. Y que estén en Betania, todos, veinte días antes de Pentecostés, porque después me buscarían en vano. Sentaos todos. Descansad. Vosotros, venid conmigo un poco aparte.

Se encamina, seguido de los once apóstoles y llevando todo el tiempo agarrado de la mano a Margziam.

Se sienta en la parte más tupida del encinar. Arrima a sí a Margziam, que está muy triste. Tan triste, que Pedro dice:

-Consuélalo. Señor. Ya estaba triste y ahora lo está más todavía.

-¿Por qué, niño? ¿No estás, acaso, conmigo? ¿No deberías estar contento de saber que he superado el dolor?

Por toda respuesta, Margziam se echa a llorar del todo.
-No sé lo que le pasa. Le he preguntado inútilmente. ¡Y hoy menos me esperaba este llanto! - refunfuña Pedro un poco inquieto.
-Yo, sin embargo, lo sé - dice Juan.
-¡Suerte la tuya! ¿Y por qué llora?
-No llora desde hoy. Hace ya días...
-¡Hombre, ya me he dado cuenta! Pero ¿por qué?
-El Señor lo sabe. Estoy seguro. Y sé que sólo Él tendrá la palabra que consuela - añade Juan sonriendo.
-Es verdad. Lo sé. Y sé que Margziam, discípulo bueno, es un niño, verdaderamente un niño, en este momento, un niño que no ve la verdad de las cosas. Pero, predilecto mío entre todos los discípulos. reflexiona: ¿no ves que he ido a reforzar fes vacilantes, a absolver, a recibir existencias consumidas, a anular venenos de duda inoculados en los más débiles, a responder con un acto de piedad o de rigor a los que aún quieren presentarme batalla, a testificar con mi presencia que he resucitado, donde más empeño se ponía en decir que estaba muerto?; ¿había necesidad, acaso, de ir a ti, niño, cuya fe, esperanza y caridad, cuya voluntad y obediencia conozco?; ¿ir a ti un instante, cuando en realidad te tendré conmigo, como ahora, todavía más veces? ¿Quién, sino tú, y sólo tú entre todos los demás discípulos, celebrará el banquete de Pascua conmigo? ¿Ves a todos éstos? Han celebrado su Pascua, y el sabor del cordero, del caroset y los ázimos y del vino se transformó por entero en ceniza y hiel y vinagre para sus paladares, en las horas que siguieron. Pero Yo y tú, niño mío, la celebraremos jubilosos, y nuestra Pascua será miel que desciende y permanece. Quien entonces lloró ahora gozará. Quien entonces gozó no puede pretender gozar de nuevo.
-Verdaderamente... no estábamos muy contentos ese día... - susurra Tomás.
-Sí. Nos temblaba el corazón... - dice Mateo.
-Y un bullir de sospechas e ira estaban dentro de nosotros, al menos dentro de mí - dice Judas Tadeo.
-Y entonces decís que quisierais celebrar la Pascua suplementaria todos...
-Así es, Señor - dice Pedro.
-Un día te quejaste porque las discípulas y tu hijo no iban a participar en el banquete pascual. Ahora te quejas porque el que no gozó entonces debe recibir su gozo.
-Es verdad. Soy un pecador.
-Y Yo soy "el que se compadece". Quiero que en torno a mí estéis todos; no sólo vosotros, sino también las discípulas. Lázaro nos ofrecerá una vez más su hospitalidad. No quise que estuvieran tus hijas, Felipe, ni vuestras esposas, ni Mirta ni Noemí, ni la jovencita que está con ellas, ni éste. ¡Jerusalén no era lugar adecuado para todos en esos días!
-¡Es verdad! Ha sido una buena cosa el que no estuvieran - suspira Felipe.
-Sí. Habrían visto nuestra cobardía.
-Calla., Pedro. Está perdonada.
-Sí. Pero yo se la he confesado a mi hijo, y creía que ése era el motivo de su tristeza. Se la he confesado porque siempre que la confieso siento un alivio. Es como si me quitara una voluminosa piedra del corazón. Me siento más absuelto cada vez que me humillo. Pero si Margziam está triste porque Tú te has mostrado a otros...
-Por esto y no por otro motivo, padre mío.
-¡Pues alégrate, entonces! Él te ha querido y te quiere. Ya lo ves. De todas formas, yo te había dicho lo de la segunda Pascua...
-Pensaba que la obediencia que Porfiria me había puesto en tu nombre, Señor, la había cumplido demasiado poco gustosamente, y que me castigabas por eso. Y pensaba también que no te aparecías a mí porque odiaba a Judas y a tus verdugos - confiesa Margziam.
-No odies a nadie. Yo he perdonado.
-Sí, mi Señor. No volveré a odiar.
-Y deja de estar triste.
-Ya no estaré triste, Señor.
Margziam, como todos los de edad muy joven, se muestra menos tímido con Jesús que los demás, y, ahora que está seguro de que Jesús no está enojado con él, se abandona a su abrazo con toda confianza; es más, se refugia en pleno, como un polluelo bajo el ala materna, en el cerco del brazo que lo estrecha y, cesando ese pesar que lo ponía triste e inquieto desde hacía muchos días, se duerme feliz.
-Es un niño todavía - observa el Zelote.
-Sí. ¡Pero cuánto ha sufrido! Me lo dijo Porfiria cuando la avisó José de Tiberíades y me lo trajo - le responde Pedro. Luego, al Maestro:
-¡También Porfiria a Jerusalén?
¡Cuánto deseo hay en la voz de Pedro!
-Todas. Quiero bendecirlas antes de subir a mi Padre. También ellas han prestado servicio, y muchas veces mejor que los hombres.
-¿Y donde tu Madre no vas? - pregunta Judas Tadeo.
-Nosotros estamos juntos.
-¿Juntos? ¿Cuándo?
-Judas, Judas, ¿tú crees que Yo, que siempre he hallado alegría a su lado, no voy a estar ahora con Ella?
-Pero María está sola en su casa. Me lo dijo ayer mi madre.
Jesús sonríe y responde:

-Detrás del velo del Santo de los Santos entra solamente el Sumo Sacerdote.

-¿Y entonces? ¿Qué quieres decir?

-Que hay bienaventuranzas que no pueden ser descritas ni conocidas. Esto es lo que quiero decir.

Se separa delicadamente a Margziam, confiándolo a los brazos de Juan, que es el más cercano. Se pone en pie. Los bendice. Y mientras ellos, todos de rodillas, agachada la cabeza -menos Juan, que tiene en su regazo la cabeza de Margziam-, reciben su bendición, desaparece.

-Realmente es como ese relámpago de que habla - dice Bartolomé...

Permanecen meditabundos en espera de la puesta de sol.

## 635

## Lección sobre los Sacramentos y predicciones sobre la Iglesia.

Estoy en otro monte, más poblado aún de bosques, no lejos de Nazaret (a la que lleva un camino que bordea la base del monte). Jesús los invita a sentarse en círculo: más cerca, los apóstoles; detrás de éstos, los discípulos (los que, de los setenta y dos, no se habían desperdigado yendo a distintos lugares), más Zacarías y José. Margziam está a sus pies, en una posición de privilegio.

Jesús, en cuanto se sientan y se callan y están todos atentos a sus palabras, empieza a hablar. Dice:

-Prestadme toda vuestra atención porque os voy a decir cosas de suma importancia. Todavía no las comprenderéis todas, ni todas bien. Pero Aquel que vendrá después de mí os las hará comprender. Escuchadme, pues.

Nadie está más convencido que vosotros de que sin la ayuda de Dios el hombre peca fácilmente, pues es debilísima su constitución, debilitada por el Pecado. Sería, entonces, un Redentor imprudente si, después de haberos dado tanto para redimiros, no diera también los medios para conservaros en los frutos de mi Sacrificio.

Sabéis que toda la facilidad para pecar viene de la Culpa, que, privando de la Gracia a los hombres, los despoja de su fortaleza, que está en la unión con la Gracia. Habéis dicho: "Pero Tú has devuelto la Gracia". No. Ha sido devuelta a los justos hasta mi Muerte. Para devolvérsela a los próximos se requiere un medio. Un medio que no será solamente una figura ritual, sino que imprimirá verdaderamente en quien lo reciba el carácter real de hijo de Dios, cuales eran Adán y Eva, cuya alma, vivificada por la Gracia, poseía dones excelsos que Dios había dado a su amada criatura.

Vosotros sabéis lo que tenía el Hombre y lo que perdió el hombre. Ahora, por mi Sacrificio, las puertas de la Gracia están de nuevo abiertas, y el río de la Gracia puede descender hacia todos los que la piden por amor a mí. Por eso, los hombres tendrán el carácter de hijos de Dios por los méritos del primogénito de los hombres, por los méritos de quien os habla, vuestro Redentor, vuestro Pontífice eterno, vuestro Hermano en el Padre, vuestro Maestro. Desde Jesucristo y por Jesucristo, los hombres presentes y futuros podrán poseer el Cielo y gozar de Dios, fin último del hombre.

Hasta ahora, ni los justos más justos, aunque estuvieran circuncidados como hijos del pueblo elegido, podían alcanzar este fin. Dios consideraba sus virtudes, sus lugares estaban preparados en el Cielo, pero éste les estaba vedado, y negado les era el gozar de Dios porque en sus almas, jardines benditos florecidos con toda suerte de virtudes, estaba también el árbol maldito de la Culpa original, y ninguna obra, por santa que fuera, podía destruirlo, y no es posible entrar en el Cielo con raíces y frondas de tan maléfico árbol. El día de la Parasceve, el suspiro de los patriarcas y profetas y de todos los justos de Israel se aplacó en el gozo de la Redención cumplida, y 1as almas, más blancas que nieve montana hasta donde alcanzaba su virtud, se vieron libres incluso de la única Mancha que las mantenía apartadas del Cielo.

Pero el mundo continúa. Generaciones y más generaciones surgen y surgirán. Pueblos y más pueblos vendrán a Cristo. ¿Puede Cristo morir para cada nueva generación, para salvarla, o para cada pueblo que a Él venga? No. Cristo ha muerto una vez y no volverá a *morir jamás, en, toda la eternidad.* ¿Habrá de suceder, pues, que estas generaciones, estos pueblos, se hagan sabios por mi Palabra pero no posean el Cielo ni gocen de Dios, por estar heridos por la Mancha original? Tampoco. No sería justo, ni para ellos, pues vano sería su amor a mí, ni para mí, pues por demasiado pocos habría muerto. ¿Y entonces? ¿Cómo conciliar estas cosas distintas? ¿Qué nuevo milagro hará Cristo -que ya ha hecho muchos- antes de dejar el mundo para ir al Cielo, después de haber amado a los hombres hasta querer morir por ellos?

Ya ha hecho uno, dejándoos su Cuerpo y su Sangre para alimento fortalecedor y santificador y para recuerdo de su amor; y os ha mandado que hagáis lo que Él hizo para recuerdo suyo y como medio santificador para los discípulos, y para los discípulos de los discípulos, hasta el final de los tiempos.

Pero, aquella noche, purificados ya vosotros externamente, ¿os acordáis lo que hice? Me ceñí una toalla y os lavé los pies. Y, a uno de vosotros, que se escandalizaba de aquel gesto demasiado humillante, 1e dije: "Si no te lavo, no tendrás parte conmigo".

No entendisteis lo que quería decir, ni de qué parte hablaba, ni qué símbolo estaba poniendo. Pues bien, os lo digo. Además de haberos enseñado la humildad y la necesidad de ser puros para entrar a formar parte del Reino mío, además de haberos hecho observar benignamente que Dios, de uno que es justo, y por tanto puro en su espíritu y en su intelecto, exige únicamente una última purificación - de aquella parte que, necesariamente, más fácilmente se contamina incluso en los justos, quizás sólo polvo que la necesaria convivencia con los hombres deposita en los miembros limpios, en la carne-, además de estas cosas, enseñé otra. Os lavé los pies, la parte inferior del cuerpo, la que va entre barro y polvo, a veces incluso entre inmundicias, para significar la carne, la parte material del hombre, la cual tiene siempre -excepto en los sin Mancha original, o por obra de Dios o por naturaleza divina *(María Stma. por obra de Dios y Jesús por naturaleza divina)* - imperfecciones, a veces tan mínimas

que sólo Dios las ve, pero que verdaderamente deben ser vigiladas, para que no cobren fuerza y se transformen en hábito natural, y deben ser agredidas para ser extirpadas.

Os lavé los pies, pues. ¿Cuándo? Antes de la fracción del pan y el vino transubstanciados en mi Cuerpo y en mi Sangre. Porque Yo soy el Cordero de Dios y no puedo descender a donde Satanás tiene puesta su huella. Así pues, primero os lavé; luego me di a vosotros. También vosotros lavaréis con el Bautismo a los que vengan a mí, para que no reciban indignamente mi Cuerpo y no se transforme en tremenda condena de muerte.

Os estremecéis. Os miráis. Con las miradas os preguntáis: "¿Y Judas, entonces?". Os digo: "Judas comió su muerte". El supremo acto de amor no le tocó el corazón. El extremo intento de su Maestro chocó contra la piedra de su corazón, y esa piedra, en lugar de la Tau, llevaba grabada la horrenda sigla de Satanás., la señal de la Bestia.

Así pues, os lavé antes de admitiros al banquete eucarístico, antes de escuchar la confesión de vuestros pecados, antes de infundiros el Espíritu Santo y, por tanto, el carácter de verdaderos cristianos reconfirmados en Gracia, y de Sacerdotes míos. Hágase, pues, así con aquellos a quienes debéis preparar para la vida cristiana.

Bautizad con agua en el Nombre del Dios uno y trino y en mi Nombre y por mis méritos infinitos, para que sea borrada de los corazones la Culpa original, sean perdonados los pecados, sean infundidas la Gracia y las santas Virtudes, y el Espíritu Santo pueda descender a morar en los templos consagrados que serán los cuerpos de los hombres que viven en la gracia del Señor.

¿Era necesaria el agua para borrar el Pecado? El agua no toca al alma, no. Pero tampoco el signo inmaterial toca la vista del hombre, tan material en todas sus acciones. Bien podía Yo infundir la Vida sin el medio visible. Pero ¿quién lo habría creído? ¿Cuántos son los hombres que saben creer firmemente si no ven? Tomad, pues, de la antigua Ley mosaica el agua lustral *(Números 19, 17-22)*, usada para purificar a los impuros y admitirlos de nuevo, cuando se habían contaminado con un cadáver, en los campamentos. Es verdad, todo hombre que nace está contaminado al tener contacto con un alma muerta a la Gracia. Sea, pues, ésta, con el agua lustral, purificada del contacto impuro y hágasela digna de entrar en el Templo eterno.

Y tened estima por el agua... Después de haber expiado y redimido con treinta y tres años de vida fatigosa culminada en la Pasión, y después de haber dado mi Sangre por los pecados de los hombres fueron extraídas del Cuerpo desangrado e inmolado del Mártir las aguas saludables para lavar la Culpa original. Con el Sacrificio consumado, Yo os he redimido de aquella mancha. Si en el umbral de la muerte un milagro mío divino me hubiera hecho descender de 1a cruz, en verdad os digo que, por la sangre derramada habría purificado las culpas, *pero no la Culpa.* Para ésta ha sido necesaria la *consumación total.* En verdad, las aguas saludables de que habla Ezequiel *(Ezequiel 47, 1-12)* han salido de este Costado mío. Sumergid en él a las almas. Que salgan de él inmaculadas para recibir al Espíritu Santo que, en memoria de aquel soplo que el Creador espiró en Adán para darle el espíritu y, por tanto, la imagen y semejanza con Él, volverá a soplar y a morar en los corazones de los hombres redimidos.

Bautizad con mi Bautismo, pero en el Nombre del Dios trino. Porque, en verdad, si el Padre no hubiera querido y el Espíritu no hubiera actuado, el Verbo no se habría encarnado y vosotros no habríais recibido Redención. Por lo cual, es cuestión de justicia y de deber el que todo hombre reciba la Vida por Aquellos que se han unido en querérsela dar, nombrándose al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en el acto del Bautismo, que de mí tomará el nombre de cristiano para diferenciarlo de los otros, pasados o futuros, los cuales serán rito: *pero no signos indelebles en la parte inmortal.*

Y tomad el Pan y el Vino como Yo hice, y, en mi Nombre, bendecid, fraccionad y distribuid; y se nutran de mí los cristianos. Y haced del Pan y del Vino una ofrenda al Padre de los Cielos, inmolándola después en memoria del Sacrificio que Yo ofrecí y llevé a cabo en 1a Cruz por vuestra salvación. Yo, Sacerdote y Víctima, por mí mismo me ofrecí y sacrifiqué, no pudiendo ninguno, si Yo no hubiera querido, hacer esto de mí. Vosotros, mis Sacerdotes, haced esto en memoria mía y para que los tesoros infinitos de mi Sacrificio suban impetradores a Dios y desciendan propicios sobre todos aquellos que lo invocan con fe segura.

Fe segura, he dicho. No se exige ciencia para gozar del eucarístico Alimento y del eucarístico Sacrificio, sino fe. Fe en que en ese pan y en ese vino que uno, autorizado por mí y por los que después de mí vendrán -vosotros: tú, Pedro, Pontífice nuevo de la nueva Iglesia; tú, Santiago de Alfeo; tú, Juan; tú, Andrés; tú, Simón; tú, Felipe; tú, Bartolomé; tú, Tomás; tú, Judas Tadeo; tú, Mateo; tú, Santiago de Zebedeo-, consagre en mi Nombre es mi verdadero Cuerpo, mi verdadera Sangre; y fe en que quien se nutre de ellos me recibe en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad; y fe en que quien me ofrece, ofrece realmente a Jesucristo como Él se ofreció por los pecados del mundo. Un niño o un ignorante me pueden recibir al igual que pueden hacerlo un adulto y una persona docta. Y el Sacrificio ofrecido aportará a un niño o a un ignorante los mismos beneficios que a cualquiera de vosotros. Basta con que en ellos haya fe y gracia del Señor.

Pero vosotros vais a recibir un nuevo Bautismo, el del Espíritu Santo. Os lo he prometido y se os dará. El propio Espíritu Santo descenderá sobre vosotros. Ya os diré cuándo. Y quedaréis repletos de Él, con la plenitud de los dones sacerdotales. Podréis, por tanto, como he hecho Yo con vosotros, infundir el Espíritu Santo de que estaréis repletos, para confirmar en gracia a los cristianos e infundir en ellos los dones del Paráclito. Sacramento regio poco inferior al Sacerdocio *Éxodo 29, 1-35; Levítico 8)* .Que tenga la solemnidad, pues, de las consagraciones mosaicas con la imposición de las manos y la unción con óleo perfumado, en el pasado usado para consagrar a los Sacerdotes.

¡No, no os miréis tan asustados! ¡No estoy diciendo palabras sacrílegas! ¡No os estoy enseñando un acto sacrílego! La dignidad del cristiano es tal, que, lo repito, en poco es inferior a un sacerdocio. ¿Dónde viven los sacerdotes? En el Templo. Y un cristiano será un templo vivo. ¿Qué hacen los sacerdotes? Sirven a Dios con oraciones, con sacrificios y cuidando de los fieles. Esto hubieran debido hacer... Y el cristiano servirá a Dios con la oración y el sacrificio y con la caridad fraterna.

Y escucharéis la confesión de los pecados, así como Yo he escuchado los vuestros y los de muchos, y he perdonado donde he visto verdadero arrepentimiento.

¿Os inquietáis? ¿Por qué? ¿Tenéis miedo de no saber distinguir? He hablado otras veces sobre el pecado y sobre el juicio acerca del pecado. Y, al juzgar, acordaos de meditar en las siete condiciones por las que una acción puede ser o no pecado, y de distinta gravedad. Resumo. ¿Cuándo se ha pecado y cuántas veces?, ¿quién ha pecado?,
¿con quién?, ¿con qué?, ¿cuál es la materia del pecado?, ¿cuál la causa?, ¿por qué se ha pecado? Pero no temáis. El Espíritu Santo os ayudará.

Eso sí, con todo mi corazón os conjuro que observéis una vida santa, la cual aumentará de tal manera en vosotros las luces sobrenaturales, que llegaréis a leer sin error el corazón de los hombres y podréis, con amor y autoridad, declarar a los pecadores, temerosos de revelar su pecado o rebeldes para confesarlo, el estado de su corazón, ayudando a los tímidos y humillando a los impenitentes. Recordad que la Tierra pierde al Absolvedor y que vosotros debéis ser *lo* que Yo era: justo, paciente, misericordioso, *pero no débil. Os* he dicho: lo que desatéis en la Tierra quedará desatado en el Cielo y lo que aquí atéis quedará atado en el Cielo. Por tanto, con sopesada reflexión juzgad a cada uno de los hombres sin dejaros corromper por simpatías o antipatías, por regalos o amenazas; imparciales en todo y para todos como es Dios, teniendo presentes la debilidad del hombre y las insidias de los enemigos.

Os recuerdo que algunas veces Dios permite también las caídas de sus elegidos; no porque le guste verlos caer, sino porque de una caída puede resultar un bien futuro mayor. Tended, pues, la mano a quien cae, porque no sabéis si esa caída puede ser la crisis que remedia una enfermedad que para siempre termina, dejando en la sangre una purificación que produce salud, en nuestro caso: que produce santidad.

Sed, por el contrario, severos con los que no tengan respeto hacia mi Sangre y acabada de lavar su alma por el lavacro divino, se arrojen al cieno una y cien veces. No los maldigáis, pero sed severos. Exhortadlos. Reciban vuestro llamamiento setenta veces siete. Recurriréis al extremo castigo de separarlos del pueblo elegido sólo cuando su pertinacia en un pecado que escandalice a los hermanos os obligue a actuar para no haceros cómplices de sus acciones. Recordad lo que dije: "Si tu hermano ha pecado, corrígelo a solas. Si no te escucha, corrígelo ante dos o tres testigos. Si esto no basta, ponlo en conocimiento de la Iglesia. Si no escucha ni siquiera a la Iglesia, considéralo como un gentil y un publicano".

En la religión mosaica el matrimonio es un contrato *(Tobías 7, 14)*. Que en la nueva religión cristiana sea un acto sagrado e *indisoluble,* sobre el cual descienda la gracia del Señor para hacer de los cónyuges dos ministros suyos en la propagación de la especie humana.

Tratad desde los primeros momentos de aconsejar al cónyuge procedente de la nueva religión que induzca al cónyuge que aún se halla fuera del número de los fieles a entrar a formar parte de este número, para evitar esas dolorosas divisiones de pensamiento, y consiguientemente de paz, que hemos observado incluso entre nosotros. Pero, cuando se trate de fieles en el Señor, *que por ninguna razón se desuna aquello que Dios ha unido. Y* en el caso de una parte que se encuentre, siendo cristiana, unida a otra parte gentil, aconsejo que aquélla lleve su cruz con paciencia y mansedumbre, y también con fortaleza, hasta el punto de saber morir por defender su fe, pero sin abandonar al cónyuge al que se ha unido con su pleno consenso. Éste es mi consejo para una vida más perfecta en el estado matrimonial, mientras no sea posible -lo será con la difusión del cristianismo- tener matrimonios de fieles. *Entonces sagrado e indisoluble ha de ser el vínculo, y santo el amor.*

Malo sería el que, por la dureza de los corazones, se diera en la nueva fe lo que se dio en la antigua: la permisión del repudio y de la separación para evitar escándalos creados por la libídine del hombre (*Deuteronomio 24, 1-4)*. En verdad os digo que todos deben llevar su cruz en todos los estados, y también en el matrimonial. Y también os digo en verdad que ninguna presión debe doblegar vuestra autoridad que afirme: "No es lícito" a aquel que quiera pasar a nuevo desposorio antes de que uno de los cónyuges haya muerto. Os digo que es mejor que una parte corrompida se separe -ella sola o seguida por otros- *antes que concederle, por retenerla en el Cuerpo de la Iglesia, algo que sea contrario a la santidad del matrimonio, escandalizando a los humildes y poniéndolos en la tesitura de hacer consideraciones desfavorables a la integridad sacerdotal y sobre el valor de la riqueza o el poder.*

Acto serio y santo son las nupcias. Y para mostrar esto estuve en una boda, y allí realicé el primer milagro. Pero, ¡ay si degeneran en libídine y capricho! El *matrimonio, contrato natural entre el hombre y la mujer; que se eleve de ahora en adelante a contrato espiritual por el cual las almas de dos que se amen juren servir al Señor en un amor recíproco ofrecido a Él en obediencia a su imperativo de procreación para dar hijos al Señor.*

Otra cosa... Santiago, ¿recuerdas lo que hablamos en el Carmelo? Desde entonces te he venido hablando. Pero los otros ignoran esto... Visteis a María de Lázaro ungir mis miembros en la cena del sábado en Betania. En esa ocasión os dije: "Ella me ha preparado para la sepultura". En verdad lo hizo. No para la sepultura -ella creía que ese dolor estaba aún lejano-, pero sí para purificar mis miembros de todas las impurezas del camino, para ungirlos y así subiera perfumado con óleo balsámico al trono.

La vida del hombre es un camino. La entrada del hombre en la otra vida debería ser la entrada en el Reino. A todo rey se le unge y perfuma antes de subir a su trono y mostrarse a su pueblo. También el cristiano es un hijo de rey, que recorre su camino en dirección al reino a donde el Padre lo llama. La muerte del cristiano no es sino la entrada en el Reino para subir al trono que el Padre le ha preparado. La muerte -para aquel que, sabiendo que está en su gracia, no teme a Dios- no infunde espanto. Ahora bien, purifíquese de todo residuo el cuerpo de aquel que deba subir al trono, para que se conserve hermoso para la resurrección; y purifíquesele el espíritu, para que resplandezca en el trono que el Padre le ha preparado para que aparezca con la dignidad que corresponde al hijo de tan gran rey. Aumento de la Gracia, cancelación de los pecados de que el hombre tenga pleno arrepentimiento, suscitación de ardoroso deseo del Bien, comunicación de fuerza para el combate supremo: esto ha de ser la unción que se dé a los moribundos cristianos; o, dicho más propiamente, a los cristianos que estén para nacer, porque en verdad os digo que el que muere en el Señor nace a la vida eterna.

Repetid el gesto de María en los miembros de los elegidos. Y que ninguno lo considere indigno de él. Yo acepté de manos de una mujer aquel óleo balsámico. Que todo cristiano se sienta honrado considerándolo una gracia suprema que le viene de la Iglesia de la que es hijo, y que lo acepte del sacerdote para quedar limpio de sus últimas manchas. Y que todo

sacerdote gustosamente repita en el cuerpo de su hermano moribundo el acto de amor de María para con el Cristo penante. En verdad os digo que aquello que en aquella ocasión no hicisteis conmigo, dejando que una mujer os llevara la delantera -y ahora pensáis en ello con mucho dolor- podéis hacerlo en el futuro, y tantas veces cuantas sean las que os inclinéis con amor hacia un moribundo para prepararlo para su encuentro con Dios. Yo estoy en los mendigos y en los moribundos, en los peregrinos, en los huérfanos, en las viudas, en los prisioneros, en los que tienen hambre, sed o frío, en los que están afligidos o cansados. Yo estoy en todos los miembros de mi místico Cuerpo, que es la unión de mis fieles. Amadme en ellos y ofreceréis reparación por vuestro desamor de tantas veces, y me daréis gran alegría a mí, y a vosotros os daréis mucha gloria.

Y considerad que contra vosotros conspiran el mundo, la edad, las enfermedades, el tiempo, las persecuciones. Evitad, pues, el ser avaros de lo que habéis recibido, y evitad la imprudencia. Transmitid, por esto, en mi Nombre, el Sacerdocio a los mejores de entre los discípulos, para que la Tierra no se quede sin sacerdotes. Y que sea un carácter sagrado *concedido después de un profundo examen,* no verbal sino *de las acciones de aquel que pide ser sacerdote, o de aquel a quien juzguéis apto para serlo.*

Pensad en lo que es el Sacerdote; en el bien que puede hacer y en el mal que puede hacer. Habéis visto una muestra de lo que puede hacer un sacerdote venido a menos en su carácter sagrado. En verdad os digo que por las culpas del Templo esta nación será dispersada. Pero también os digo, en verdad, que igualmente será destruida la Tierra cuando el abominio de la desolación entre en el nuevo sacerdocio, conduciendo a los hombres a la apostasía para abrazar las doctrinas infernales. Entonces surgirá el hijo de Satanás, y los pueblos, tremendamente horrorizados, gemirán, y pocos permanecerán fieles al Señor; entonces, entre convulsiones de horror, vendrá el final, tras la victoria de Dios y de sus pocos elegidos, y descenderá la ira de Dios sobre todos los malditos. ¡Desventura, tres veces desventura si para esos pocos ya no hay *santos, los* últimos pabellones del Templo de Cristo! ¡Desventura, tres veces desventura si para confortar a los últimos cristianos no hay *verdaderos* Sacerdotes como los habrá para los primeros!

En verdad, la última persecución, no siendo persecución de hombres sino del hijo de Satanás y de sus seguidores, será horrenda. ¿Sacerdotes? Tan feroz será la persecución de las hordas del Anticristo, que los de la última hora deberán ser más que sacerdotes. Semejantes al hombre vestido de lino (tan santo, que está al lado del Señor; el hombre de la visión de Ezequiel) (*Ezequiel 9, 2.3.11; 10, 2.6.7)*, deberán, infatigablemente, con su perfección, marcar una Tau en los espíritus de esos pocos fieles para que llamas de infierno no la cancelen. ¿Sacerdotes? Ángeles. Ángeles que agiten el turíbulo cargado de los inciensos de sus virtudes para purificar el aire de los miasmas de Satanás. ¿Ángeles? Más que ángeles: otros Cristos, para que los fieles del último tiempo puedan perseverar hasta el final. Esto es lo que deberán ser.

Pero el bien y el mal futuros tienen raíz en el presente. Los aludes empiezan con un copo de nieve. Un sacerdote indigno, impuro, hereje, infiel, incrédulo, tibio o frío, apagado, insípido, lujurioso, hace un daño diez veces superior al que provoca un fiel culpable de los mismos pecados; y arrastra a muchos otros al pecado. La relajación en el Sacerdocio, el acoger doctrinas impuras, el egoísmo, la codicia, la concupiscencia en el Sacerdocio, ya sabéis en donde desemboca: en el deicidio. Y en los siglos futuros ya no se podrá matar al Hijo de Dios, pero sí se podrá matar la fe en Dios, la idea de Dios. Por lo cual se llevará a cabo un deicidio aún más irreparable, porque carecerá de resurrección. Sí, se podrá llevar a cabo; lo veo... Podrá ser llevado a cabo por los demasiados Judas de Keriot de los siglos futuros. ¡Un horror!...

¡Mi Iglesia removida de sus quicios por sus propios ministros! ¡Y Yo sosteniéndola con la ayuda de las víctimas! ¡Y ellos, esos Sacerdotes que tendrán únicamente las vestiduras del Sacerdote, pero no su alma, ayudando a intensificar las olas agitadas por la Serpiente infernal contra tu barca, Pedro! ¡En pie! ¡Yérguete! Transmite esta orden a tus sucesores: "Mano al timón, mano dura con los náufragos *que han querido naufragar y* tratan de hacer naufragar a la barca de Dios. Descarga tu mano, pero salva y sigue adelante. Sé severo, porque justo es el castigo contra los hombres rapaces. Defiende el tesoro de la fe. Mantén alta la luz, como un faro por encima de las olas desatadas, para que los que siguen a tu barca vean y no perezcan. Pastor y nauta para los tiempos tremendos, recoge, guía, *levanta alto mi Evangelio, porque en él y no en otra ciencia se halla la salvación.*

Lo mismo que nos ha sucedido a los de Israel, y aún más profundamente, llegarán tiempos en que el Sacerdocio creerá -por saber sólo lo superfluo, desconociendo lo indispensable, o conociendo sólo su forma muerta, esa forma con que ahora conocen los sacerdotes la Ley, o sea, no el espíritu sino el revestimiento, y exageradamente recargado de adornos- creerá, digo, ser una clase superior. Vendrán tiempos en que el Libro quedará sustituido por todos los demás libros, y aquél será usado sólo como lo usaría uno que debiera utilizar forzadamente un objeto, o sea, mecánicamente; como un agricultor ara, siembra, recoge, sin meditar en la maravillosa providencia que hay en esa nueva multiplicación de semillas que sucede todos los años: una semilla arrojada a la tierra removida, que se hace tallo y espiga, luego harina y luego pan por paterno amor de Dios. ¿Quién al llevarse a la boca un trozo de pan alza el espíritu hacia Aquel que creó la primera semilla y desde siglos la hace renacer y crecer, distribuyendo con medida las lluvias y el calor para que germine y se alce y madure sin que se ponga lacia o se queme? Así, llegará el tiempo en que será enseñado el Evangelio *científicamente bien, pero espiritualmente mal.*

Ahora bien, ¿qué es la ciencia si falta la sabiduría? Es paja. Paja que se hincha y no nutre. Y en verdad os digo que llegará un tiempo en que demasiados de entre los Sacerdotes serán semejantes a pajares llenos, soberbios pajares, que se mostrarán arrogantes con su orgullo de estar muy llenos, como si a sí mismos se hubieran proporcionado esas espigas que coronaron las cañas, como si todavía las espigas estuvieran en la cima de las cañas; y creerán ser *todo* por tener toda esa paja, en vez del puñado de mies, del verdadero alimento que es el espíritu del Evangelio. ¡Un montón! ¡Un montón de paja! Pero ¿puede bastar la paja? Ni siquiera para el vientre del jumento basta, y, si el amo del jumento no vigoriza al animal con cereales y forraje fresco, el jumento nutrido sólo con paja se debilita e incluso muere.

Pues bien, os digo que llegará el momento en que los Sacerdotes, olvidando que con pocas espigas instruí a los espíritus en orden a la verdad, y olvidando cuánto le costó a su Señor ese verdadero pan del espíritu (sacado por entero y solamente de la Sabiduría divina, expresado por la divina Palabra, noble en su forma doctrinal, incansable en repetirse, para que no se pierdan las verdades dichas, humilde en su forma, sin atavíos de ciencias humanas, sin complementos históricos y geográficos), no se

preocuparán del alma de ese pan del espíritu, sino sólo del revestimiento con que presentarlo, para hacer ver a las multitudes cuántas cosas saben, y el espíritu del Evangelio quedará difuminado en ellos bajo avalanchas de ciencia humana. Pero, si no lo poseen, ¿cómo pueden transmitirlo? ¿Qué darán a los fieles estos pajares hinchados? Paja. ¿Qué alimento recibirán de ellos los espíritus de los fieles? Pues lo que no da para más que para arrastrar una mortecina vida. ¿Qué fruto producirán de esta enseñanza y de este conocimiento imperfecto del Evangelio? Pues el enfriamiento de los corazones, el que entren doctrinas heréticas, doctrinas e ideas más que heréticas incluso, en vez de la única, verdadera Doctrina; y la preparación del terreno para la Bestia, para su fugaz reino de hielo, tinieblas y horror.

En verdad os digo que, de la misma manera que el Padre y Creador multiplica las estrellas para que no se despueble el cielo por las que, terminada su vida, perecen, *así, igualmente, Yo tendré que evangelizar muchísimas veces a discípulos a los que distribuiré entre los hombres y a lo largo de los siglos. Y también en verdad os digo que el destino de éstos será como el mío; es decir, la sinagoga y los soberbios los perseguirán como me han perseguido a mí.* Pero tanto Yo como ellos tenemos nuestra recompensa: la de hacer la Voluntad de Dios, y la de servirle hasta la muerte de cruz para que su gloria resplandezca y el conocimiento de Él no se apague.

Pero tú, Pontífice, y vosotros, Pastores, en vosotros y en vuestros sucesores, velad para que no se pierda el espíritu del Evangelio y, incansablemente, orad al Espíritu Santo para que en vosotros se renueve un continuo Pentecostés -no sabéis lo qué quiero decir, pero pronto lo sabréis-, de forma que podáis comprender todos los idiomas y discernir mis voces de las del Simio de Dios: Satán, y elegir aquéllas. Y *no dejéis caer en el vacío mis voces futuras. Cada una de ellas es un acto de misericordia mía para ayudaros; y esas voces, cuanto más vea Yo, por razones divinas, que el Cristianismo las necesita para superar las borrascas de los tiempos, más numerosas serán*

¡Pastor y nauta, Pedro! Pastor y nauta. Llegará el día en que no te bastará con ser pastor, si no eres nauta; ni con ser nauta, si no eres pastor. Ambas cosas deberás ser: para mantener congregados a los corderos (esos corderos que tentáculos y garras feroces tratarán de arrebatarte, o falaces músicas de promesas imposibles te seducirán), y para llevar adelante la barca (esa barca que será embestida por todos los vientos, de Septentrión y Meridión, de Oriente y Occidente; azotada y sacudida por las fuerzas del abismo; asaeteada por los arqueros de la Bestia; lamida por el aliento de fuego del dragón, que barrerá sus bordes con su cola, de forma que los imprudentes sufrirán el fuego y perecerán cayendo a las enfurecidas olas).

Pastor y nauta en los tiempos tremendos... Tu *brújula, el Evangelio. En él están la Vida y la Salvación. Y todo está dicho en él. Todos los artículos del Código santo, todas las respuestas para los múltiples casos de las almas están en él. Y* haz que de él no se separen ni los Sacerdotes ni los fieles. Haz que no vengan dudas sobre él, ni alteraciones a él, ni sustituciones ni sofisticaciones.

El Evangelio... *soy Yo mismo el Evangelio.* Desde el nacimiento hasta la muerte. *En el Evangelio está Dios.* Porque en él aparecen manifiestas las obras del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. El *Evangelio es amor. Yo* he dicho: "Mi Palabra es Vida". He dicho "Dios es caridad". Que conozcan, pues, los pueblos mi Palabra y tengan en ellos el amor, o sea, a Dios. Para tener el Reino de Dios. Porque el que no está en Dios no tiene en sí la Vida. Porque los que no reciban la Palabra del Padre no podrán ser una sola cosa con el Padre, conmigo y con el Espíritu Santo en el Cielo, y no podrán pertenecer a ese único Redil que es santo como Yo quiero que lo sea. No serán sarmientos unidos a la Vid, porque quien rechaza en su totalidad o parcialmente mi Palabra es un miembro por el que ya no circula la savia de la Vid. Mi Palabra es savia que nutre y hace crecer y fructificar.

Todo esto lo haréis en recuerdo de mí, que os lo he enseñado. Mucho más podría deciros sobre estas cosas. Pero me he limitado a echar la semilla. El Espíritu Santo la hará germinar. He querido daros Yo la semilla, porque conozco vuestros corazones y sé cómo titubearíais, a causa del miedo, por indicaciones espirituales, inmateriales. El miedo a caer en engaño paralizaría vuestra voluntad. Por eso os he hablado -Yo primero- de todas las cosas. Luego el Paráclito os recordará mis palabras y os las ampliará detalladamente. Y no temeréis porque recordaréis que la primera semilla os la di Yo.

Dejaos guiar por el Espíritu Santo. Si mi Mano os ha guiado con dulzura, su Luz es dulcísima. Él es el Amor de Dios. Así Yo me marcho contento, porque sé que Él ocupará mi lugar y os guiará al conocimiento de Dios. Todavía no lo conocéis, a pesar de que os haya hablado mucho de Él. Pero no es culpa vuestra. Vosotros habéis hecho de todo por comprenderme y por eso estáis justificados, a pesar de que hayáis comprendido poco en tres años. La falta de la Gracia ofuscaba vuestro espíritu. Ahora también comprendéis poco, aunque la Gracia de Dios haya descendido de mi cruz sobre vosotros. Tenéis necesidad del Fuego. Un día hablé de esto a uno de vosotros, yendo por los caminos de las orillas del Jordán.

La hora ha llegado. Vuelvo a mi Padre, pero no os dejo solos, porque os dejo la Eucaristía, o sea, a vuestro Jesús hecho alimento para los hombres. Y os dejo al Amigo: al Paráclito. Él os guiará. Paso vuestras almas de mi Luz a su Luz y Él llevará a cabo vuestra formación.

-¿Nos dejas ahora? ¿Aquí? ¿En este monte?

Están todos desolados.

-No. Todavía no. Pero el tiempo vuela y pronto llegará ese momento.

-¡No me dejes en la Tierra sin ti, Señor! Te he querido desde tu Nacimiento hasta tu Muerte, desde tu Muerte hasta tu Resurrección, y siempre. Pero, ¡demasiado triste sería saber que no estuvieras ya entre nosotros! Escuchaste la oración del padre de Eliseo. Has acogido las peticiones de muchos. ¡Acoge la mía, Señor! - suplica Isaac, de rodillas, tendidas sus manos hacia adelante.

-La vida que todavía podrías tener sería predicación de mí, quizás gloria, de martirio. Supiste ser mártir por amor a mí cuando era niño, ¿temes ahora serlo por amor a mí glorioso?

-Mi gloria consistiría en seguirte, Señor. Soy pobre e ignorante. Todo lo que podría dar lo he dado con buena voluntad. Ahora lo que querría sería seguirte. Pero hágase como Tú quieres, ahora y siempre.

Jesús pone sobre la cabeza de Isaac la mano, y la mantiene haciendo una larga caricia mientras dice a todos los presentes:

-¿No tenéis preguntas que hacerme? Son las últimas lecciones. Hablad a vuestro Maestro... ¿Veis como los pequeños tienen confianza conmigo?

En efecto, también hoy Margziam apoya la cabeza en el cuerpo de Jesús, pegándose fuertemente a Él; e Isaac tampoco ha mostrado reticencia en exponer su deseo.

-La verdad... Sí... Tenemos preguntas que hacerte... - dice Pedro.

-Pues preguntad.

-Sí... Ayer, al declinar del día, cuando nos dejaste, estuvimos hablando entre nosotros sobre lo que habías dicho. Ahora otras palabras se acumulan en nosotros por lo que acabas de decir. Ayer, y también hoy, si lo pensamos bien, has hablado como si fueran a surgir herejías y divisiones, y pronto además. Esto nos hace pensar que tendremos que ser muy prudentes con los que quieran incorporarse a nosotros. Porque está claro que en ellos estará la semilla de la herejía y de la división.

-¿Lo crees? ¿Y no está dividido ya Israel respecto a venir a mí? Tú quieres decir que el Israel que me ha querido nunca será hereje y nunca estará dividido. ¿No? Pero, ¿acaso ha estado unido alguna vez desde hace siglos?, ¿acaso estuvo unido, incluso, en los momentos de su antigua formación? ¿Y ha estado unido en seguirme? En verdad os digo que está en él la raíz de la herejía.

-Pero...

-Pero es idólatra y vive en la herejía, desde hace siglos, bajo apariencia externa de fidelidad. Ya conocéis sus ídolos y sus herejías Los gentiles serán mejores. Por eso, Yo no los he excluido, y os digo que hagáis lo que Yo he hecho.

Esta será para vosotros una de las cosas más difíciles. Lo sé. Pero, traed a vuestra memoria a los profetas. Profetizan la vocación de los gentiles y la dureza de los judíos *(Isaías 45, 14-17; 49, 5-6; 55, 5; 60: Jeremías 16, 19-21; Miqueas 4, 1-2; Sofonías 3, 9-10; Zacarías 8, 20-23. Y profetizan le dureza de los judíos; por ejemplo, en: Éxodo 32, 7-10; 33, 5; 34, 8; Deuteronomio 9, 1-14; 31, 24-27; 2 Crónicas 30, 7-8; 36, 14-16; Jeremías 3, 6-25; 4, 1-4; 7, 21-28; Ezequiel 2, 3-8; 3, 4-9; 6, 11-14; 7, 15-27; 8,- 11, 2-12; 20; 22).* ¿Qué razón tendríais para cerrar las puertas del Reino a los que me aman y se acercan a la Luz que su alma buscaba? ¿Los creéis más pecadores que vosotros porque hasta el momento no han conocido a Dios; porque han seguido su religión y la seguirán hasta que no se vean atraídos por la nuestra? No debéis hacerlo. Yo os digo que muchas veces son mejores que vosotros porque, teniendo una religión no santa, saben ser justos.

No faltan los justos en ninguna nación ni religión. Dios observa las obras de los hombres, no sus palabras. Y si ve que un gentil, por justicia de corazón, hace naturalmente lo que la Ley del Sinaí manda, ¿por qué debería considerarlo abyecto? ¿No es aún más meritorio el que un hombre que no conoce el mandato de Dios de no hacer esto o aquello porque está mal se imponga por sí mismo un imperativo de no hacer lo que su razón le dice que no es bueno y lo siga fielmente?... ¿no es esto mayor respecto al mérito relativo de aquel que, conociendo a Dios, fin del hombre, y conociendo la Ley, que permite conseguir este fin, haga continuos compromisos y cálculos para adecuar el imperativo perfecto a la voluntad corrompida? ¿Qué os parece? ¿Creéis que Dios aprecia las escapatorias que Israel ha puesto a la obediencia para no tener que sacrificar mucho su concupiscencia? ¿Qué os parece? ¿Creéis que cuando salga de este mundo un gentil, justo ante Dios por haber seguido la recta ley que su conciencia se impuso, Dios lo va a juzgar como demonio? Os digo que Dios juzgará las acciones de los hombres, y el Cristo, Juez de todas las gentes, premiará a aquellos en quienes el deseo del alma tuvo voz de íntima ley para llegar al fin último del hombre, que es unirse de nuevo con su Creador, con el Dios desconocido para los paganos pero sentido como verdadero y santo más allá del escenario pintado de los falsos Olimpos.

Es más, tened mucho cuidado de no ser vosotros escándalo para los gentiles. Ya demasiadas veces ha sido mancillado el nombre de Dios entre los gentiles por las obras de los hijos del pueblo de Dios. No intentéis creeros tesoreros absolutos de mis dones y méritos. Yo he muerto por judíos y gentiles. Mi Reino será de todas las gentes. No abuséis de la paciencia con que Dios os ha tratado hasta este momento diciéndoos a vosotros mismos: "A nosotros todo nos está permitido". No. Os lo digo. Ya no existe éste o aquel pueblo. Existe mi Pueblo. Y en él tienen el mismo valor los vasos que se han gastado en el servicio del Templo y los que ahora se colocan en las mesas de Dios. Es más, muchos vasos gastados en el servicio del Templo, *pero no de Dios,* serán arrinconados y, en vez de ellos, sobre el altar, serán colocados los que ahora no conocen ni incienso ni aceite ni vino ni bálsamo, pero están deseosos de llenarse de esto y de ser usados para la gloria de Dios.

No exijáis mucho a los gentiles. Basta con que tengan la fe y con que obedezcan a mi Palabra. Una nueva circuncisión toma el lugar de la antigua. De ahora en adelante, la circuncisión del hombre es la del corazón; la del espíritu, mejor aún que la del corazón; porque la sangre de los circuncisos, que significa purificación de aquella concupiscencia que excluyó a Adán de la filiación divina, ha quedado sustituida por mi Sangre purísima, la cual es válida en el circunciso y en el incircunciso en cuanto al cuerpo, con tal de que tenga mi Bautismo y de que renuncie a Satanás, al mundo y a la carne por amor a Mí. No despreciéis a los incircuncisos. Dios no despreció a Abraham, a quien, por su justicia y antes de que la circuncisión mordiera su carne, eligió como jefe de su Pueblo. Si Dios estableció contacto con Abraham *(Génesis 12, 1-3.7)* para transmitirle sus preceptos cuando era incircunciso vosotros podréis establecer contacto con los incircuncisos para instruirlos en la Ley del Señor. Considerad cuántos pecados han cometido y a qué pecado han llegado los circuncisos. No seáis, pues, intransigentes con los gentiles.

-¿Pero tenemos que decirles a ellos lo que Tú nos has enseñado? No comprenderán nada, porque no conocen la Ley.

-Vosotros lo decís. Pero, ¿acaso ha comprendido Israel, que conocía la Ley y los Profetas?

-Es verdad.

-De todas formas, estad atentos. Diréis lo que el Espíritu os sugiera que digáis, con toda exactitud, sin miedos, sin querer obrar por propia iniciativa. Y cuando de entre los fieles, surjan falsos profetas, los cuales manifestarán sus ideas como si fueran ideas inspiradas, y serán los herejes, pues combatid con medios más estables que la palabra sus doctrinas heréticas. Pero no os preocupéis. El Espíritu Santo os guiará. Yo nunca digo nada que no se cumpla.

¿Y qué vamos a hacer con los herejes?

-Combatid con todas las fuerzas la herejía en sí misma, pero tratad, con todos los medios, de convertir para el Señor a los herejes. No os canséis de buscar las ovejas descarriadas para conducirlas de nuevo al Redil. Orad, sufrid, incitad a orar y a sufrir, id pidiendo sacrificios y sufrimientos a los puros, a los buenos, a los generosos, porque con estas cosas se convierten los hermanos. La Pasión de Cristo continúa en los cristianos. No os he excluido de esta gran obra que es la Redención del mundo. Sois todos miembros de un único cuerpo. Ayudaos entre vosotros, y quien esté sano y sea fuerte que trabaje para los más débiles, y quien esté unido que extienda las manos y llame a los hermanos que están lejos.

-¿Pero los habrá, después de haber sido hermanos bajo un mismo techo?

-Los habrá.

-Y por qué?

-Por muchas razones. Llevarán todavía mi Nombre. Es más, se gloriarán de él. Trabajarán por extender el conocimiento de mi Nombre. Contribuirán a que Yo sea conocido hasta en los últimos confines de la Tierra. No se lo impidáis, porque os recuerdo que el que no está contra mí está de mi parte. Pero... ¡pobres hijos! Su trabajo será siempre parcial; sus méritos, siempre imperfectos. No podrán estar en mí si están separados de la Vid. Sus obras serán siempre incompletas. Vosotros -digo "vosotros" y hablo a los que os sucederán- id a donde estén ellos; no digáis farisaicamente: "No voy para no contaminarme", o perezosamente: "No voy porque ya hay quien predica al Señor", o temerosamente: "No voy para no ser repelido por ellos". Id. Id, os digo. A todas las gentes. Hasta los confines del mundo. Para que sea conocida toda mi Doctrina y mi única Iglesia, y las almas tengan la manera de entrar a formar parte de ella.

-¿Y diremos o escribiremos todas tus acciones?

-Os he dicho que el Espíritu Santo os aconsejará sobre lo que conviene decir o callar según los tiempos. Ya veis que todo lo que he realizado es creído o negado, y que algunas veces, blandido por manos que me odian, se toma como arma contra mí. Me han llamada Belcebú cuando, como Maestro y en presencia de todos, obraba milagros. ¿Qué dirán ahora, cuando sepan que tan sobrenaturalmente he obrado? Seré blasfemado más aún. Y vosotros seríais perseguidos antes de su momento. Por tanto, callad hasta que llegue la hora de hablar.

-¿Pero y si esa hora llegara cuando ya nosotros, testigos, hubiéramos muerto?

-En mi Iglesia habrá siempre sacerdotes, doctores, profetas, exorcistas, confesores, obradores de milagros, inspirados: todo lo que ella requiere para que las gentes reciban de ella lo necesario. El Cielo, la Iglesia triunfante, no dejará sola a la Iglesia docente, y ésta socorrerá a la Iglesia militante. No son tres cuerpos. Son un solo Cuerpo. No hay división entre ellas, sino comunión de amor y de fin: amar la Caridad; gozar de la Caridad en el Cielo, su Reino. Por eso, también la Iglesia militante deberá, con amor, aportar sufragios a la parte suya que, destinada ya a la triunfante, todavía se encuentra excluida de ésta por razón de la satisfactoria reparación de las faltas absueltas pero no expiadas enteramente ante la perfecta divina Justicia. En el Cuerpo místico todo debe hacerse en el amor y por amor, porque el amor es la sangre que por él circula. Socorred a los hermanos que purgan. De la misma manera que he dicho que las obras de misericordia corporales os conquistan un premio en el Cielo, también he dicho que os lo conquistan las espirituales. Y en verdad os digo que el sufragio para los difuntos, para que entren en la paz, *es una gran obra de misericordia,* por la cual Dios os bendecirá y os estarán agradecidos los beneficiarios del sufragio. Os digo que cuando, en el día de la resurrección de la carne, estéis todos congregados ante Cristo Juez, entre aquellos a quienes bendeciré estarán los que tuvieron amor por los hermanos purgantes ofreciendo y orando por su paz. Ninguna buena acción quedará sin fruto, y muchos resplandecerán vivamente en el Cielo sin haber predicado ni administrado ni realizado viajes apostólicos, sin haber abrazado especiales estados, sino solamente por haber orado y sufrido por dar paz a los purgantes, por llevar a la conversión a los mortales. También estas personas, sacerdotes a quienes el mundo desconoce, apóstoles desconocidos, víctimas que sólo Dios ve, recibirán el premio de los jornaleros del Señor, pues habrán hecho de su vida un perpetuo sacrificio de amor por los hermanos y por la gloria de Dios. En verdad os digo que a la vida eterna se llega por muchos caminos, y uno de ellos es éste, y muy apreciado por mi Corazón. ¿Tenéis alguna otra cosa que preguntar? Hablad.

-Señor, ayer, y no sólo ayer, pensábamos que habías dicho: "Os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel". Pero ahora somos once...

-Elegid al duodécimo. Es tarea tuya, Pedro.

-¿Mía? ¡Mía no, Señor! Indícalo Tú.

-Yo elegí a mis Doce una vez, y los formé. Luego elegí a su cabeza. Luego les di la Gracia e infundí en ellos el Espíritu Santo. Ahora es tarea suya andar, porque ya no son lactantes incapaces de caminar.

-Pero dinos, al menos, dónde debemos poner nuestros ojos...

-Mirad, ésta es la parte selecta del rebaño - dice Jesús, señalando en círculo a los que, de los setenta y dos, están presentes.

-Nosotros no, Señor. Nosotros no. El puesto del traidor nos da miedo - suplican éstos.

-Tomamos a Lázaro. ¿Quieres, Señor?

Jesús calla.

-¿José de Arimatea? ¿Nicodemo?...

Jesús calla.

-¡Claro, Lázaro!

-¿Y al amigo perfecto queréis darle el lugar que vosotros no queréis? - dice Jesús.

-Señor, quisiera decir algo - dice el Zelote.

-Habla.

-Lázaro, por amor a ti, estoy seguro de ello, tomaría incluso ese lugar, y lo ocuparía de una manera tan perfecta, que haría olvidar de quién fue *ese* puesto. Pero, por otros motivos, no me parece conveniente hacerlo. Las virtudes espirituales de

Lázaro están en muchos de entre los humildes de tu rebaño. Y creo que sería mejor dar a éstos la prioridad, para que los fieles no digan que se buscó sólo el poder y las riquezas --cosa de fariseos-, en vez de la virtud a secas.

-Bien has hablado, Simón; y más aún considerando que has hablado con justicia sin que la amistad con Lázaro te pusiera cortapisas.

-Pues hacemos a Margziam el apóstol duodécimo. Es ya un jovencito.

-Yo, para borrar ese vacío horrendo, aceptaría; pero no soy digno. ¿Cómo podría hablar yo, siendo sólo un jovencito, a un adulto? Señor, di si no tengo razón.

-Tienes razón. De todas formas, no tengáis prisa. Llegará el momento, y os asombraréis entonces de tener todos un pensamiento común. Orad, mientras tanto. Yo me marcho. Retiraos en oración. Me despido de vosotros por ahora. Y esmeraos en estar todos, para el decimocuarto de Ziv en Betania.

Se levanta. Y todos se arrodillan, se postran, rostro en tierra, entre la hierba. Los bendice. Entonces la luz -servidora suya que lo anuncia y precede cuando viene y lo envuelve cuando se marcha- lo abraza y oculta, absorbiéndolo una vez más.

## 636

## La Pascua suplementaria.

La orden de Jesús esta vez ha sido ejecutada al pie de la letra, de manera que Betania rebosa de discípulos. Los prados, los senderos, los huertos y los olivares de Lázaro están llenos de discípulos. Y, no siendo éstos suficientes para contener a tantas personas, que además no quieren dañar los bienes del amigo de Jesús, muchos se han diseminado por entre los olivares que conducen de Betania a Jerusalén por los caminos del Monte de los Olivos. Están más cerca de la casa los discípulos antiguos; más lejanos, muchos otros. Caras poco conocidas o completamente desconocidas. ¿Pero quién podría ya reconocer tantas caras y nombrarlas? Yo creo que son centenares. De vez en cuando, entre el revoltillo, una cara o un nombre me recuerdan caras vistas entre aquellos a quienes Jesús favoreció o convirtió, quizás en los últimos momentos. Pero es superior a mis capacidades el recordar tantos rostros y nombres, el reconocerlos todos. Sería como pretender que hubiera reconocido a los que estaban en la multitud que se apiñaba en las calles de Jerusalén el Domingo de Ramos o el doloroso Viernes, o que cubría el Calvario con su tapiz de rostros en su mayoría contraídos por el odio.

Los apóstoles entran en la casa de Simón, o salen de ella, moviéndose entre las personas para mantenerlas en calma o responder a sus preguntas. Los ayudan en esto Lázaro y Maximino. Tras las ventanas del piso de arriba de la casa de Simón se ven aparecer y desaparecer todas las caras de las discípulas: cabelleras grises u oscuras, entre las que resaltan las cabezas rubias de María de Lázaro y Áurea. De vez en cuando, una se asoma a mirar y luego se retira. Están todas. Todas. Jóvenes y ancianas. Incluso las que nunca habían venido, como Sara de Afeq.

En la terraza juegan los niños que Sara recogió, los nietos de Ana de Merón, María y Matías, el niño Salem (el niño deforme que era nieto de Nahúm, y que ahora vive feliz y sano), y otros más: una bandada de pajarillos felices, vigilados por Margziam y por otros discípulos jovencitos, como el pastorcito de Enón y Yaia de Pel.la. Veo ahora entre los niños al niño de Sidón que era ciego (se supone que su padre lo ha traído consigo).

Empieza la puesta del sol en un tersísimo cielo.

Pedro solicita el parecer de Lázaro y de sus compañeros:

-Yo digo que convendrá despedir a la gente. ¿Qué pensáis vosotros? Hoy tampoco va a venir. Y muchos de éstos tienen que celebrar esta noche 1a pequeña Pascua.

-Sí. Conviene despedirlos. Quizás el Señor ha considerado conveniente no venir hoy. En Jerusalén se han reunido todos los del Templo. No sé cómo les ha llegado la voz de que Él venía y... - dice Lázaro.

-¡Bueno, y aun así... ¿qué pueden hacerle ya?! - dice con vehemencia Judas Tadeo.

-Olvidas que ellos son ellos. Y con esto te he dicho todo. Aunque a Él no le puedan hacer nada malo, a estos que han venido a adorarlo sí que pueden hacerles mucho daño. Y el Señor no quiere perjudicar a sus fieles. Además, ¿tú crees que ellos -cegados como están por su pecado y por ese pensamiento suyo, siempre el mismo, inmutable-, entre el barullo de ideas que hay en su cabeza, no tienen también la de que el Señor haya resucitado, o sea, que no haya muerto nunca y que haya salido de allí como uno que se despertara, por sí solo o con la complicidad de muchos? ¡Vosotros no sabéis qué espesura agreste de pensamientos, qué enredo, qué borrasca de suposiciones hay en ellos! Ellos se lo han procurado a sí mismos por no confesar la verdad. Verdaderamente se puede decir que los cómplices de ayer hoy están separados por la misma causa que antes los unía. Y a algunos les han seducido sus ideas. ¿No veis que algunos ya no están entre los discípulos?... - dice Lázaro.

-¡Déjalos que se marchen! Otros mejores han venido. Está claro que dentro del número de los que se han marchado hay que buscar a los que han dicho al Sanedrín que el Señor estaría aquí el decimocuarto día del segundo mes; y después de la delación no tienen el coraje de venir. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Basta ya de traidores! - dice Bartolomé.

-¡Siempre los tendremos, amigo! ¡El hombre...! Demasiado fácilmente cede ante las impresiones y las presiones. Pero no debemos temer. El Señor ha dicho que no debemos temer - dice el Zelote.

-Pues no tememos. Hace pocos días, todavía teníamos miedo. ¿Os acordáis? Yo, por mi parte, cuando pensaba en el regreso aquí, sentía miedo. Ahora me parece que ya no tengo ese temor. Pero no me fío demasiado de mí. Y vosotros tampoco os fiéis demasiado de vuestro Cefas, porque ya una vez he demostrado que soy arcilla que se deshace, en vez de granito compacto. Bueno, pues vamos a despedir a éstos. Hazlo, Lázaro.

-No, Simón Pedro. Hazlo tú. Eres el jefe... - dice Lázaro, pasando benévolamente un brazo por los hombros de Pedro y llevándolo así hacia la escalera y, escalera arriba, hasta la terraza que circuye la casa de Simón.

Cuando Pedro hace ademán de hablar, la gente que está cerca calla y los que están más lejos se acercan. Pedro espera a que la mayoría esté allí en torno. Luego dice: -Hombres venidos de todos los lugares de Israel, escuchad. Os exhorto a que volváis a la ciudad. El sol ha empezado a descender. Marchaos, pues. Si Él viene, os lo comunicaremos cueste lo que cueste. Que Dios esté con vosotros.

Se retira. Entra en una habitación vasta y luminosa donde están congregadas en torno a la Virgen todas las discípulas más fieles, así como las otras mujeres que querían al Señor como Maestro, a pesar de no haberle seguido nunca en sus desplazamientos. Pedro va a un rincón, a sentarse, y mira a María, que le sonríe.

La gente, afuera, lentamente se separa en dos partes: la de los que se quedan y la de los que vuelven a la ciudad. Voces de personas mayores que llaman a niños, vocecitas de niños que responden. Luego el murmullo desciende de tono.

-Y ahora - dice Pedro - nos marchamos también nosotros...

-¡Padre, pero el Señor dijo que estaría aquí!..

-Ya lo sé. Pero, como ves, no ha venido. Y es el día prescrito...

-Sí. Y mi hermano ha preparado todo para vosotros. Y aquí llega Marcos de Jonás, que viene para guiaros y abriros la cancilla. Pero también voy yo. Todos vamos. Lázaro ha preparado para todos - dice María de Magdala.

-¿Y dónde va a ser la cena para tanta gente?

-El mismo Getsemaní hará de Cenáculo. Dentro de la casa, la habitación para los que Jesús ha dicho; fuera, junto a la casa, las mesas de los otros: así lo ha querido.

-¿Quién? ¿Lázaro?

-El Señor.

-¿El Señor? ¿Pero cuándo ha venido?

-Ha venido... ¿Qué más te da el día? Ha venido y ha hablado con Lázaro.

-Yo creo que Él viene, es más: que ha venido, a visitar a cada uno de nosotros, aunque no todos lo digan, porque guardan esa alegría como su más preciada perla, que hasta temen mostrarla porque tienen miedo de que pierda su esplendor más hermoso. -¡Los secretos del Rey! - dice Bartolomé, y mira al grupito de las discípulas vírgenes, que se ponen como la púrpura, como si en sus caras se reflejaran los rayos del sol poniente (pero lo que las enciende es una llama espiritual de intensa alegría).

María, la Virgen de las vírgenes, que viste túnica de blanco lino -una azucena vestida de candor-, agacha la cabeza sonriendo sin hablar. ¿Cómo se parece en este momento a la Virgencita de la Anunciación!

-Está claro que solos no nos deja, aunque no aparezca visiblemente. Según mi opinión, es Él el que pone en mi pobre corazón y en mi mente, aún más pobre, ciertos pensamientos... - confiesa Mateo.

Los otros no hablan... Se miran, mientras se ponen los mantos observándose recíprocamente. Pero el cuidado mismo con que algunos se tapan lo más posible la cara para ocultar la onda de alegría espiritual que emerge al pensar en los divinos, secretos encuentros pone en claro que pertenecen al grupo de los más privilegiados.

-¡Decidlo, ¿no?! - dicen los otros. ¡No es que estemos celosos! Ni queremos saber indiscretamente. ¡Pero sí será un consuelo para nosotros la esperanza de no estar para siempre privados de verlo! Recordad las palabras de Rafael a Tobías: "Bueno es mantener oculto el secreto del rey, pero también es honorífico revelar y publicar las obras de Dios"*(Tobías 12, 7)*. ¡Tiene razón el ángel de Dios! Mantened el secreto de las palabras que Él os haya dicho, pero revelad su continuo amor a nosotros.

Santiago de Alfeo mira a María, como para recibir una luz, y, visto por la sonrisa de Ella que asiente, dice:

-Es verdad. He visto al Señor.

No dice más. Y es el único que lo dice. Los otros dos que se habían tapado mucho, o sea, Juan y Pedro, no dicen nada.

Salen todos en grupos: delante, los once; luego, en torno a María, Lázaro con sus hermanas y las discípulas; los últimos, los pastores y muchos de los setenta y dos discípulos. Se encaminan hacia Jerusalén por el camino que lleva al Monte de los Olivos. Los niños que quedaban van y vienen, corriendo felices.

Marcos muestra un caminito que sortea el Campo de los Galileos y las zonas más transitadas, y que lleva directamente a la cerca nueva del Huerto de los Olivos. Abre. Los invita a pasar. Cierra. Muchos discípulos se intercambian palabras en tono bajo y alguno de ellos va a preguntar algo a los apóstoles, especialmente a Juan. Pero hacen gestos que significan que esperen, que no es el momento de hacer lo que piden, y todos se tranquilizan.

¡Cuánta paz en este vasto olivar, besado aún por los últimos rayos del sol en sus partes más altas y ya en sombra en las más bajas! Un suave frufrú de viento entre las frondas verdeplata y un alegre cantar de pájaros despidiéndose del día que muere.

Ahí está la casita del guarda. En la terraza que le hace de techo, Lázaro ha mandado disponer una cobertura de toldos, de forma que aquélla se ha transformado en un ventilado cenáculo para los discípulos que un mes antes no habían podido celebrar la Pascua. Abajo, dispuestas en la pequeña y bien limpia explanada, otras mesas. Dentro de la casa, en la habitación mejor, la mesa de las discípulas.

Se llevan a las distintas mesas de los que no han celebrado la Pascua los corderos asados, las verduras, los ázimos y la salsa rojiza; y se pone en las mesas el cáliz del rito. Pero en la de las mujeres no está este cáliz, sino que hay tantas copas cuantas son las comensales. Se deduce que de esta parte de la ceremonia estaban eximidas las mujeres. Y, en las mesas de los que han celebrado ya la Pascua en su debido momento, está el cordero, pero faltan los ázimos y las verduras con la salsa rojiza.

Lázaro y Maximino dirigen todo. Y Lázaro se inclina hacia Pedro para decirle algo, algo que le hace al apóstol menear bruscamente la cabeza negando con obstinación.

-Pues... es función tuya - dice Felipe, que está a su lado.

Pero Pedro, señalando a Santiago de Alfeo, dice:

-Éste debe hacerlo.

Mientras debaten esto, el Señor aparece donde empieza la explanada. Saluda: -Paz a vosotros.

Todos se ponen en pie. El ruido advierte a las discípulas de lo que está sucediendo. Están para salir, pero ya Jesús entra en la casa y las saluda a ellas también. María dice: « ¡Hijo mío!» y lo venera más profundamente que todos los demás, enseñando con ese gesto que, por muy amigo que pueda ser Jesús -amigo y pariente hasta el punto de ser incluso hijo- sigue siendo Dios, y como a Dios se le ha de venerar. Venerarlo siempre, con espíritu adorador, aunque su amor por nosotros sea tan pleno, que lo lleve a darse, como Hermano y Esposo nuestro, con toda familiaridad.

-La paz a ti, Madre. Sentaos, comed. Yo subo arriba, donde Margziam espera su premio.

Sale otra vez, para subir por la pequeña escalera, y llama con fuerte voz:

-Simón Pedro y Santiago de Alfeo, venid.

Los dos nombrados suben detrás de Él. Jesús se sienta ante la mesa del centro, donde está Margziam, y dice a los dos apóstoles:

-Haréis lo que os diga - y a Matías, que está sentado en la presidencia de la mesa:

-Empieza el banquete pascual.

Jesús esta noche tiene a Margziam a su lado, en el lugar donde estaba Juan la otra vez. Pedro y Santiago están detrás del Señor, esperando sus órdenes.

Y con el mismo ritual de la Cena pascual se desarrolla ésta: los himnos, las preguntas, y el beber de los sucesivos cálices. No sé si en las otras mesas se verifica lo mismo. Donde está Jesús yo me concentro -a menos que un deseo suyo no me obligue a ver otra cosa-, y de todo me olvido para contemplar a mi Señor, que ahora está ofreciendo los mejores trozos de su cordero -lo ha tomado y lo ha puesto en su plato, pero no lo come, como tampoco come verduras ni salsa ni bebe del cáliz- a Margziam, que llega incluso a un estado de beatitud.

Jesús, al principio, había hecho a Pedro una señal de que se inclinara para escucharlo, y Pedro, después de escucharlo, había dicho con fuerte voz:

-En este momento el Señor, siendo Padre y Cabeza de su Familia, ofreció por todos nosotros el cáliz.

Ahora hace una nueva señal a Pedro, el cual de nuevo lo escucha y de nuevo se alza para decir:

-Y en este momento el Señor se ciñó para purificarnos y enseñarnos lo que habíamos de hacer nosotros mismos para celebrar dignamente el Sacrificio eucarístico.

La cena continúa. Y Pedro, tras una nueva señal, dice:

-En este momento el Señor tomó el pan y el vino, lo ofreció y, orando, los bendijo y, hechas las partes nos las distribuyó a nosotros diciendo: "Esto es mi Cuerpo y ésta es mi Sangre del nuevo Testamento eterno, que por vosotros y por muchos será derramada para el perdón de los pecados".

Jesús se pone en pie. Está majestuosísimo. Ordena a Pedro y a Santiago que tomen un pan y que lo partan en pequeños trozos, y que llenen de vino una copa, la más grande que haya en las mesas. Ellos obedecen y sostienen delante de Él el pan y el vino. Jesús entonces extiende sobre el pan y el vino sus manos, orando, sin gesto alguno aparte de la mirada arrobada...

-Distribuid las partes del pan y pasad el cáliz fraterno. Todas las veces que así lo hagáis, lo haréis en memoria mía.

Los dos apóstoles obedecen, llenos de veneración...

Jesús, mientras se verifica la distribución de las Especies, baja donde las mujeres. Pienso -pero no lo veo porque no entro donde ellas están- que Jesús da la Comunión a su Madre con sus propias manos. Es un pensamiento mío. No sé si responde a la realidad. Pero no comprendería por qué se marchó allí, si no hubiera sido para hacer esto.

Luego vuelve a la terraza. Ya no se sienta. La cena toca a su fin. Él dice:

-¿Todo está consumado?

-Todo está consumado, Señor.

-Así hice Yo en la Cruz. Alzaos. Oremos.

Extiende sus brazos como si estuviera en la cruz y entona la oración del *Padrenuestro.*

No sé por qué lloro. Pienso que quizás es la última vez que se la oigo decir... Y, *de la misma manera que ningún pintor o escultor podrá jamás darnos la verdadera efigie de Jesús,* igualmente, ninguno, por muy santo que sea, podrá decir, al mismo tiempo tan viril y dulcemente, el *Padrenuestro.* Sentiré siempre una gran nostalgia de *estos padrenuestros* oídos a Jesús, verdaderos coloquios del alma con el Padre amadísimo y adoradísimo de los Cielos, gritos de honor, obediencia, fe, sumisión, humildad, misericordia, deseo, confianza... ¡todo!

-Marchaos. Y que la Gracia del Señor esté en todos vosotros y su paz os acompañe - dice Jesús despidiéndolos. Y se despide en medio de un fulgor de luz que supera con mucho al claror de la Luna, ya llena, y alta sobre el Huerto silente, y de las lámparas que están sobre las mesas.

Ni una voz. Lágrimas en los rostros, adoración en los corazones... nada más... La noche vela y conoce junto con los ángeles los latidos de estos benditos.

# 637

## El adiós a la Madre antes de subir al Padre. Todo lo tenemos por María.

Veo otra vez la habitación habitada por María. Las señales de la Pasión han desaparecido.

La Virgen está sentada y lee. Deben ser libros sagrados. No, ciertamente no está leyendo otra cosa en ese rollo que tiene entre sus manos. Ya no se la ve torturada. Su rostro resulta ahora más grave que antes de la Pasión. Sin ser aquel rostro trágico, aparece más maduro. Ahora tiene aspecto majestuoso, aunque sereno.

La hora parece matutina. Efectivamente, ya luce un bonito sol, que, por la ventana abierta, entra en la tranquila habitación, pero se ve que el jardín (un jardín cercado por altas tapias, al cual da la ventana) está todavía lleno del frescor del rocío.

Entra Jesús, todavía con su espléndida vestidura de la mañana de la Resurrección. Su Rostro emana fulgor. Sus heridas son pequeños soles.

María se arrodilla sonriendo. Luego se alza y lo besa en la Mano derecha. Jesús la estrecha contra su Corazón y la besa en la frente, sonriendo, y le pide un beso, que María da, también en la Frente.

-Mamá. Mi tiempo de permanencia en la Tierra ha terminado. Subo al Padre. He venido para una especial despedida de ti, y para mostrarme a ti, una vez más, con el aspecto que tendré en el Cielo. No he podido mostrarme a los hombres con esta figura de esplendor: no habrían podido soportar la belleza de mi Cuerpo glorificado, una belleza que supera demasiado sus posibilidades. Pero a ti, Mamá, sí. Y vengo a inundarte de alegría otra vez con ella.

Besa mis Heridas. Que Yo sienta en el Cielo el perfume de tus labios y que a ti te quede en los labios la dulzura de mi Sangre.

Pero estáte segura, Mamá, de que nunca te dejaré. Saldré de tu corazón durante esos pocos instantes requeridos por la consagración del Pan y del Vino, para volver luego, después de esa fatigosa separación de ti, con un ansia de amor pareja a la tuya, ¡oh Cielo mío vivo cuyo Cielo soy Yo!

No habremos estado nunca tan unidos como de ahora en adelante. A1 principio, mi incapacidad embrional; luego, mi infancia; luego, la lucha de la vida y del trabajo; luego, la misión; en fin, la Cruz y el Sepulcro: estas cosas me interponían distancia, y obstáculo para decirte cuánto te amo. Pero ahora estaré en ti no ya como una criatura en formación; estaré a tu lado no ya en medio de los obstáculos del mundo que veda la fusión de dos que se aman: ahora estaré en ti como Dios; y nada, nada, ni en la Tierra ni en el Cielo, podrá separarnos a mí de ti ni a ti de mí, Madre Santa. Te diré palabras de inefable amor, te haré caricias de indescriptible dulzura. Y tú me amarás por quien no me ama.

¡Oh, tú colmas la medida del amor, que el mundo no dará a Cristo, con tu amor perfecto, Mamá! Por eso, más que un adiós, mi despedida es como la de uno que saliera un momento a este jardín florido a coger rosas y azucenas. Pero Yo te traeré del Cielo otras rosas y otras azucenas más hermosas que éstas que aquí han florecido. Te llenaré de ellas el corazón, Mamá, para hacerte olvidar el hedor de la Tierra, que no quiere ser santa, y anticiparte la brisa del bienaventurado Paraíso donde con tanto amor se te espera.

Y el Amor, que no sabe esperar, vendrá a ti dentro de diez días. Adórnate con tu más hermosa alegría, oh Madre Virgen, que tu Esposo viene. El invierno ha pasado... Las viñas florecidas emanan su perfume, y Él canta: "¡Álzate, oh llena de hermosura! ¡Ven, Esposa mía, que serás coronada!". *(Cantar de los cantares 2, 11-13)* Con su Fuego te coronará, ¡oh Santa!, y te hará feliz con su Espíritu, que se infundirá en ti con todos sus esplendores, ¡oh Reina de la Sabiduría!, Reina suya, que has sabido comprenderlo desde la aurora de tu vida y amarlo como ninguna criatura en el mundo jamás amó.

Madre, subo al Padre nuestro. A ti, Bendita, la bendición de tu Hijo.

María resplandece en su éxtasis, en esta habitación resplandeciente por la luz de Cristo.

Dice Jesús:

-No hagáis, hombres, objeto de polémica el hecho de si era o no posible que Yo cambiara de figura. Ya no era el Hombre vinculado a las necesidades del hombre. Tenía al Universo como escabel de mis pies, y todas las potencias como siervas obedientes. Y si, mientras era el Evangelizador, había podido transfigurarme en el Tabor, ¿no iba a poder transfigurarme para mi Madre siendo ya el Cristo glorioso? O mejor: ¿no iba a poder cambiar de figura para los hombres y aparecerme a Ella como ya era: *divino, glorioso, transfigurado* en Aquel que en realidad era, en vez de con esa figura de Hombre con que me mostraba a todos? Ella, además, me había visto -¡pobre Mamá!- transfigurado por los padecimientos; era justo que me viera transfigurado por la Gloria.

No hagáis objeto de polémica el si Yo podía estar realmente en María. Si decís que Dios está en el Cielo y en la Tierra y en todas partes, ¿por qué sois capaces de dudar el que Yo pudiera estar contemporáneamente en el Cielo y en el Corazón de María, que era un vivo Cielo? Si creéis que estoy en el Sacramento y cerrado dentro de vuestros ciborios, ¿por qué podéis dudar que Yo estuviera en este purísimo y ardentísimo Ciborio que era el Corazón de mi Madre?

¿Qué es la Eucaristía? Es mi Cuerpo y mi Sangre unidos a mi Alma y a mi Divinidad. Pues bien, cuando Ella me concibió, ¿acaso tenía algo distinto en su seno? ¿No tenía al Hijo de Dios, al Verbo del Padre con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad? Si vosotros me tenéis, ¿no es, acaso, porque María me tuvo y me dio a vosotros, después de haberme llevado nueve meses? Pues bien, de la misma manera que dejé el Cielo para morar en el seno de María, ahora, que dejaba la Tierra, elegía el seno de María como Ciborio para mí. ¿Y qué ciborio, en qué catedral, es más hermoso y santo que éste?

La Comunión es un milagro de amor que hice por vosotros, hombres. Pero en la cima de mi pensamiento de amor resplandecía el pensamiento de infinito amor de poder vivir con mi Madre y hacer que viviera Ella conmigo hasta que nos reuniéramos en el Cielo.

El primer milagro lo hice para alegría de María, en Caná de Galilea. El último milagro -es más: los últimos milagros-, para el consuelo de María, en Jerusalén. La Eucaristía y el velo de la Verónica: éste, para poner una gota de miel en la amargura de la Desolada; aquél, para que no sintiera que Jesús ya no estuviera en la Tierra.

¡Todo, todo, todo *-comprendedlo de una vez por todas- lo* tenéis por María! Deberíais amarla y bendecirla cada vez que respirarais. El velo de la Verónica es también un aguijón para vuestra alma escéptica. Comparad -vosotros, racionalistas, tibios, inseguros en la fe, vosotros que os conducís por secos exámenes- el Rostro del Sudario y el de la Sábana: uno es el Rostro de un vivo, el otro es el de un muerto; pero la altura, la anchura, los caracteres somáticos, la forma, las características son iguales. Superponed las imágenes. Veréis que corresponden la una a la otra. Soy Yo. Yo que quise recordaros cómo era y en qué me convertí por amor a vosotros. Si no estuvierais definitivamente extraviados, si no fuerais ciegos, deberían bastar esos dos Rostros para llevaros al amor, al arrepentimiento, a Dios.

El Hijo de Dios os deja, bendiciéndoos con el Padre y con el Espíritu Santo.

## 638

## Últimas enseñanzas en el Getsemaní, despedida y ascensión al Padre.

Un naciente rosicler de aurora en Oriente. Jesús pasea con su Madre por los escalones de la ladera del Getsemaní. No median palabras, sólo miradas de inefable amor. Quizás ya han sido dichas las palabras, quizás no; han hablado las dos almas: la de Cristo y la de la Madre de Cristo. Ahora lo que hay es contemplación de amor, recíproca contemplación; la conoce la naturaleza asperjada de rocío, y la pura luz matutina; la conocen esas delicadas criaturas de Dios que son las hierbas y las flores, los pájaros y las mariposas. Los hombres están ausentes.

Yo incluso me siento como incómoda de estar presente en esta despedida. «¡Señor, no soy digna!» exclamo entre las lágrimas que me caen, mirando la última hora de unión terrena entre la Madre y el Hijo, y pensando que hemos llegado al final de la amorosa fatiga, tanto Jesús como María como el pequeño, indigno niño que Jesús ha querido que fuera testigo de todo el tiempo mesiánico y que se llama María (aunque a Jesús le gusta llamarla "el pequeño Juan", o también "la violeta de la Cruz").

Sí. Pequeño Juan *(María Valtorta)*. *Pequeño,* porque no soy nada. Juan, porque soy verdaderamente aquella a quien Dios ha conferido grandes gracias, y porque, en medida infinitesimal -pero es todo lo que poseo, y, dando todo lo que poseo sé que doy en la medida perfecta que satisface a Jesús, porque es el "todo" de mi nada-, en medida infinitesimal, yo, como el gran Juan predilecto, he dado todo mi amor a Jesús y a María, compartiendo con ellos lágrimas y sonrisas, siguiéndolos angustiada de verlos afligidos y de no poder defenderlos del livor del mundo a costa de mi propia vida, palpitando ahora mi corazón al ritmo de los suyos por lo que termina para siempre...

Violeta. Sí. Una violeta que ha tratado de estar escondida entre la hierba para que Jesús no la esquivara -Él que amaba todas las cosas creadas por ser obra del Padre suyo-, sino que la calcara con su pie divino, y yo pudiera morir emanando mi tenue perfume en el esfuerzo de suavizarle el contacto con la tierra áspera y dura. Violeta de la Cruz, sí. Y su Sangre ha llenado mi cáliz hasta hacerlo plegarse y tocar el suelo...

¡Oh, mi Amado, que, antes, de tu Sangre me has colmado, dándome a contemplar tus pies heridos, clavados al madero "... y al pie de la cruz era yo una plantita de violetas ya abiertas, y caían las gotas de la Sangre divina sobre esa plantita de violetas florecidas..."! ¡Recuerdo lejano, y siempre tan cercano y presente! Preparación para lo que después fui: ese portavoz tuyo que ahora está del todo rociado de tu Sangre, de tus sudores y lágrimas, del llanto de María tu Madre pero que también conoce tus palabras, tus sonrisas, todo, todo acerca de ti; y que ya no emana perfume de violetas, sino el perfume de ti, Amor mío único y solo, ese perfume divino que acunó ayer noche mi dolor y que desciende a mí, delicado como un beso, consolador como el propio Cielo, y me hace olvidar todo para vivir sólo de ti...

Tengo tu promesa. Sé que no te perderé. Me lo has prometido y tu promesa es sincera: es *de Dios.* Te seguiré teniendo. Siempre. Sólo si pecara de soberbia, mentira, desobediencia, te perdería; Tú lo has dicho, pero sabes que, sosteniendo tu Gracia mi voluntad, no quiero pecar, y espero no pecar porque Tú me sostendrás. Sé que no soy una encina. Soy una violeta. Un tallito frágil, que se puede plegar bajo la patita de un pajarillo o por el peso de un escarabajo. Pero Tú eres mi fuerza, Señor. Y el amor por ti es mi ala.

No te perderé. Me lo has prometido. Vendrás *del todo para* mí para traer alegría a tu agonizante violeta. Pero no soy egoísta, Señor. Tú lo sabes. Tú sabes que quisiera dejar de verte yo, con tal de que te vieran muchos otros, y creyeran en ti. A mí ya mucho me has dado, y no soy digna de ello. Verdaderamente me has amado como Tú sólo sabes amar a tus hijos especialmente amados.

Pienso en lo dulce que era verte "vivir" como Hombre entre los hombres. Y pienso que dejaré de verte así. Todo ha sido visto y dicho. Sé también que no se borrarán de mi pensamiento tus acciones de Hombre entre los hombres, y que no necesitaré libros para recordarte como realmente fuiste: bastará con que mire dentro de mí, donde toda tu vida está imprimida con caracteres indelebles. Pero era dulce, era dulce...

Ahora asciendes... La Tierra te pierde. María de la Cruz *(María Valtorta*) te pierde, Maestro Salvador. Te tendrá como Dios dulcísimo, y ya no verterás Sangre, sino celestial miel, en el cáliz violáceo de tu violeta... Lloro... He sido discípula tuya junto a las otras por los caminos montanos, frondosos, o áridos, polvorientos de la llanura, en el lago y en las orillas del bello río, de tu Patria. Ahora te marchas, y sólo en el recuerdo veré Belén y Nazaret sobre sus colinas, verdes por los olivos; y Jericó ardiente de sol, susurradora con sus palmeras; y Betania amiga; y Engadí, perla perdida en medio de los desiertos; y la Samaria hermosa; y las óptimas llanuras de Sarón y Esdrelón; y la caprichosa llanura elevada de Transjordania; y la pesadilla del mar Muerto; y las ciudades llenas de sol de la costa mediterránea; y Jerusalén, la ciudad de tu dolor, con sus subidas y bajadas, sus espacios

abovedados, sus plazas, sus barrios, pozos y cisternas, colinas y... incluso el triste valle de los leprosos donde tanta misericordia tuya ha sido prodigada... Y la casa del Cenáculo... la fuente que cerca de ella llora... el puentecito sobre el Cedrón, el lugar de tu sudor sanguíneo... el patio del Pretorio...

¡Ah, no! Lo que fue tu dolor *está aquí, y aquí permanecerá siempre...* Deberé buscar todos los recuerdos para encontrarlos, pero tu oración en el Getsemaní, tu flagelación, tu subida al Gólgota, tu agonía y muerte, y el dolor de tu Madre, no, no habré de buscarlos: *están presentes siempre. Quizás los* olvide en el Paraíso... y me parece imposible *el poder olvidarlos incluso allí...* Recuerdo todo lo de esas atroces horas. Recuerdo hasta la forma de la piedra sobre la que caíste, y hasta el capullo de rosa roja que chocaba -y parecía una gota de sangre- contra el granito, contra el cierre de tu sepulcro...

Amor mío divinísimo, tu Pasión *vive* en mi pensamiento... y a mí se me parte el corazón...

La aurora ha surgido completamente. Ya el sol está alto y los apóstoles hacen oír sus voces. Es una señal para Jesús y María. Se paran. Se miran, el Uno enfrente de la Otra, y luego Jesús abre los brazos y recibe en su pecho a su Madre... ¡Oh, vaya que si era un Hombre, un Hijo de Mujer! ¡Para creerlo basta mirar este adiós! El amor rebosa en una lluvia de besos a su Madre amadísima. El amor cubre de besos al Hijo amadísimo. Parece que no puedan separarse. Cuando ya parece que vayan a hacerlo, otro abrazo los une de nuevo, y, entre los besos, palabras de recíproca bendición... ¡Oh, verdaderamente es el Hijo del Hombre despidiéndose de la Mujer que lo generó! ¡Verdaderamente es la Madre que da el adiós -para restituirlo al Padre- a su Hijo, la Prenda del Amor a la Purísima!... ¡Dios besando a la Madre de Dios!...

En fin, la Mujer, como criatura, se arrodilla a los pies de su Dios, que es, de todas formas, su Hijo; y el Hijo, que es Dios, impone las manos sobre la cabeza de la Madre Virgen, de la eterna Amada, y la bendice en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y luego se inclina y la alza; en fin, deposita un último beso en la blanca frente como pétalo de azucena bajo el oro de los cabellos (¡tan juveniles todavía!)...

Regresan hacia la casa, y ninguno, viendo con qué serenidad caminan el Uno al lado de la Otra, pensaría en la onda de amor que poco antes los ha desbordado. ¡Pero qué diferencia también, en este adiós, respecto a la tristeza de otras despedidas ya superadas, y respecto a la desgarradora congoja del adiós de la Madre a su Hijo al que habían dado muerte y había que dejarlo solo en el Sepulcro!... En esta despedida -aunque los ojos brillen con ese llanto que es natural en quien está para separarse de su Amado- los labios sonríen con la alegría de saber que este Amado va a la Morada que en razón de su Gloria le corresponde...

-¡Señor! Fuera están, entre el monte y Betania, todos los que, como habías dicho a tu Madre, querías bendecir hoy -dice Pedro.

-Bien. Ahora vamos donde ellos. Pero antes venid. Quiero compartir con vosotros una vez más el pan.

Entran en la habitación donde diez días antes estaban las mujeres para la cena del decimocuarto día del mes. María acompaña a Jesús hasta allí; luego se retira. Se quedan Jesús y los once.

En la mesa hay carne asada, pequeños quesos y aceitunas pequeñas y negras, un ánfora de vino y otra, más grande, de agua, y panes anchos. Una mesa sencilla, no aparejada para una ceremonia de lujo, sino sólo por la necesidad de nutrirse.

Jesús ofrece y divide. Está en el centro, entre Pedro y Santiago de Alfeo. Los ha llamado Él a estos lugares. Juan, Judas de Alfeo y Santiago están frente a Él; Tomás, Felipe y Mateo, a un lado; Andrés, Bartolomé y el Zelote, al otro lado. Así, todos pueden ver a su Jesús... Una comida de breve duración, y silenciosa. Los apóstoles, llegado el último día de cercanía de Jesús, y a pesar de las sucesivas apariciones, colectivas o individuales, desde la Resurrección, apariciones llenas de amor, no han perdido ni un momento esa devotísima compostura que ha caracterizado sus encuentros con Jesús Resucitado.

La comida ha terminado. Jesús abre las manos por encima de la mesa, con su gesto habitual ante un hecho ineluctable, y dice:

-Bien... Ha llegado la hora en que debo dejaros para volver al Padre mío. Escuchad las últimas palabras de vuestro Maestro.

No os alejéis de Jerusalén en estos días. Lázaro, con el cual he hablado, se ha preocupado una vez más de hacer realidad los deseos de su Maestro, y os cede la casa de la última Cena, para que dispongáis de una casa donde recoger a la asamblea y recogeros en oración. Estad dentro de esta casa en estos días y orad asiduamente para prepararos a la venida del Espíritu Santo, que os completará para vuestra misión. Recordad que Yo -y era Dios- me preparé con una severa penitencia a mi ministerio evangelizador. Vuestra preparación será siempre más fácil y más breve. Pero no exijo más de vosotros. Me basta con que oréis con asiduidad, en unión con los setenta y dos y bajo la guía de mi Madre, la cual os confío con solicitud filial. Ella será para vosotros Madre y Maestra, de amor y sabiduría perfectos.

Habría podido enviaros a otro lugar para prepararos a recibir al Espíritu Santo. Pero no. Quiero que permanezcáis aquí. Porque es Jerusalén, la que negó, es Jerusalén la que debe admirarse por la continuación de los prodigios divinos, dados en respuesta a sus negaciones. Después el Espíritu Santo os hará comprender la necesidad de que la Iglesia surja justamente en esta ciudad, la cual, juzgando humanamente, es la más indigna de tener a la Iglesia. Pero Jerusalén sigue siendo Jerusalén, a pesar de estar henchida de pecado y a pesar de que aquí se haya verificado el deicidio. Nada la beneficiará. Está condenada. Pero, aunque ella esté condenada, no todos sus habitantes lo están. Permaneced aquí por los pocos justos que tiene en su seno; permaneced aquí porque ésta es la ciudad regia y la ciudad del Templo, y porque, como predijeron los profetas, aquí, donde ha sido ungido, aclamado y exaltado el Rey Mesías, aquí debe comenzar su soberanía en el mundo, y aquí, y aquí, en este lugar en que Dios ha dado libelo de repudio a la sinagoga a causa de sus demasiado horrendos delitos, debe surgir el Templo nuevo al que acudirán gentes de todas las naciones.

Leed a los profetas *(Isaías 2, 1-5; 49, 5-6; 55, 4-5; 60; Miqueas 4, 1-2; Zacarías 8, 20-23)*. Todo está en ellos predicho. Primero mi Madre, después el Espíritu Paráclito, os harán comprender las palabras que los profetas dijeron para este tiempo.

Permaneced aquí hasta que Jerusalén os repudie a vosotros como me ha repudiado a mí, hasta que odie a mi Iglesia como me ha odiado a mí y maquine planes para exterminarla. Entonces llevad la sede de esta amada Iglesia mía a otro lugar,

porque no debe perecer. Os digo que ni siquiera el Infierno prevalecerá contra ella. Pero si Dios os asegura su protección, no por ello tentéis al Cielo exigiendo todo del Cielo. Id a Efraím, como fue vuestro Maestro porque no era la hora de que fuera capturado por los enemigos. Os digo Efraím para *deciros tierra de ídolos y* paganos. Pero no será la Efraím de Palestina la que deberéis elegir como sede de mi Iglesia. Recordad cuántas veces -a vosotros congregados o a uno de vosotros individualmente- os he hablado de esto, prediciéndoos que ibais a tener que pisar los caminos de la Tierra para llegar al corazón de ella y enclavar allí mi Iglesia. Desde el corazón del hombre, la sangre se propaga a todos los miembros. Desde el corazón del mundo, el cristianismo se debe propagar a toda la Tierra.

Por ahora mi Iglesia es como una criatura ya concebida pero que todavía se está formando en la matriz. Jerusalén es su matriz, y en su interior el corazón, aún pequeño, en torno al cual se congregan los pocos miembros de la Iglesia naciente, envía sus pequeñas ondas de sangre a estos miembros. Pero, cuando llegue la hora señalada por Dios, la matriz madrastra expelerá a la criatura que se habrá formado en su seno y ésta irá a una tierra nueva, donde crecerá y se hará un Cuerpo grande extendido por toda la Tierra, y los latidos del fuerte corazón de la Iglesia se propagarán por todo su gran Cuerpo. Los latidos del corazón de la Iglesia, rotos todos los vínculos de ésta con el Templo, eterna ella y victoriosa sobre las ruinas del Templo finado y destruido, de la Iglesia que vivirá en el corazón del mundo, diciendo a hebreos y gentiles que sólo Dios triunfa y quiere lo que quiere, y que ni el livor de los hombres ni ejércitos de ídolos detienen su voluntad...

Pero esto vendrá después, y cuando llegue sabréis cómo actuar. E1 Espíritu de Dios os guiará. No temáis. Por ahora congregad en Jerusalén la primera asamblea de los fieles. Luego otras asambleas, a medida que vaya creciendo el número de los fieles, se formarán. En verdad os digo que los ciudadanos de mi Reino aumentarán rápidamente como semillas echadas en óptima tierra. Mi pueblo se propagará por toda la Tierra. El Señor dice al Señor: "Por haber hecho esto y no haber eludido tu entrega por mí, te bendeciré y multiplicaré tu estirpe como las estrellas del cielo y como las arenas que hay en la playa del mar. Tu descendencia poseerá la puerta de sus enemigos y en ella serán bendecidas todas las naciones de la Tierra"*(Génesis 22,15-18)*. Bendición es mi Nombre, mi Signo y mi Ley, donde son reconocidos como soberanos.

Está para venir el Espíritu Santo, el Santificador, y vosotros quedaréis henchidos de Él. Mirad que estéis puros, como todo lo que debe acercarse al Señor. Yo también era el Señor como Él. Pero había revestido mi Divinidad con un velo para poder estar entre vosotros, y no sólo para adoctrinaros y redimiros con los órganos y la sangre de este velo, sino *también para que el Santo de los Santos estuviera entre los hombres, eliminando la barrera, para todos los hombres, incluso para los impuros, de no poder depositar la mirada en Aquel al que temen mirar los serafines.* Pero el Espíritu Santo vendrá sin velo de carne y se posará sobre vosotros y descenderá a vosotros con sus siete dones y os aconsejará. *Ahora bien, el consejo de Dios es una cosa tan sublime, que es necesario prepararse para él con la voluntad heroica de una perfección, que os haga semejantes al Padre vuestro y a vuestro Jesús, y a vuestro Jesús en su relación con el Padre y con el Espíritu Santo.* Así pues, caridad y pureza perfectas para poder comprender al Amor y recibirlo en el trono del corazón.

Sumíos en el vórtice de la contemplación. Esforzaos en olvidar que sois hombres y en transformaros en serafines. Lanzaos al horno, a las llamas de la contemplación. La contemplación de Dios es semejante a chispa que salta del choque de la piedra contra el eslabón y produce fuego y luz. Es purificación el fuego que consume la materia opaca y siempre impura y la transforma en llama luminosa y pura.

No tendréis el Reino de Dios en vosotros si no tenéis el amor. Porque el Reino de Dios es el Amor, y aparece con el Amor, y por el Amor se instaura en vuestros corazones en medio de los resplandores de una luz inmensa que penetra y fecunda, disuelve la ignorancia, comunica la sabiduría, devora al hombre y crea al dios, al hijo de Dios, a mi hermano, al rey del trono que Dios ha preparado para aquellos que se dan a Dios para tener a Dios, a Dios, a Dios, a Dios sólo. Sed, pues, puros y santos por la oración ardiente que santifica al hombre porque le sumerge en el fuego de Dios, que es la caridad.

Vosotros debéis ser santos. No en el sentido relativo que esta palabra ha tenido hasta ahora, sino en el sentido absoluto que Yo le he dado proponiéndoos la santidad del Señor como ejemplo y límite, o sea, la santidad perfecta. Nosotros llamamos santo al Templo, santo al lugar donde está el altar, Santo de los Santos al lugar velado donde está el arca y el propiciatorio. Pero, en verdad os digo que los que poseen la Gracia y viven en santidad por amor al Señor son más santos que el Santo de los Santos, porque Dios no se limita a colocarse sobre ellos -como sobre el propiciatorio del Templo, para dar sus órdenes- *sino que mora en ellos, para darles sus amores.*

¿Os acordáis de mis palabras de la última Cena? Os prometí el Espíritu Santo. Pues bien, está para llegar, para bautizaros no ya con agua, como hizo con vosotros Juan preparándoos para mí, sino con el fuego, para prepararos a que sirváis al Señor tal y como Él quiere que vosotros lo sirváis. Mirad, Él estará aquí dentro de no muchos días. Después de su venida vuestras capacidades aumentarán sin medida, y seréis capaces de comprender las palabras de vuestro Rey y hacer las obras que Él ha dicho que se hagan, para extender su Reino sobre la Tierra.

-¿Entonces vas a reconstruir, después de la venida del Espíritu Santo, el Reino de Israel? - le preguntan interrumpiéndole.

-Ya no existirá el Reino de Israel, sino mi Reino, que se verá cumplido cuando el Padre ha dicho. No os corresponde a vosotros conocer los tiempos ni los momentos que el Padre se ha reservado en su poder. Pero vosotros, entretanto, recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá a vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en Judea y en Samaria y hasta los confines de la Tierra, fundando las asambleas en los lugares en que estén reunidas personas en mi Nombre; bautizando a las gentes en el Nombre Stmo. del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, como os he dicho, para que tengan la Gracia y vivan en el Señor; predicando el Evangelio a todas las criaturas; enseñando lo que os he enseñado; haciendo lo que os he mandado hacer. Y Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.

Otra cosa quiero. Que la asamblea de Jerusalén la presida Santiago, mi hermano. Pedro, como jefe de toda la Iglesia, deberá emprender a menudo viajes apostólicos, porque todos los neófitos desearán conocer al Pontífice jefe supremo de la Iglesia. Pero grande será el predicamento que, ante los fieles de la naciente Iglesia, tendrá mi hermano. Los hombres son

siempre hombres y ven las cosas como, *hombres. A* ellos les parecerá que Santiago sea una continuación de mí, por el simple hecho de ser hermano mío. En verdad digo que es más grande y más semejante al Cristo por la sabiduría que por el parentesco. Pero, así es; los hombres, que no me buscaban mientras estaba en medio de ellos, ahora me buscarán en aquel que es pariente mío. Tú, Simón Pedro... tú estás destinado a otros honores...

-Que no merezco, Señor. Te lo dije cuando te me apareciste, y te lo digo, en presencia de todos, una vez más. Tú eres bueno, divinamente bueno, además de sabio, y cabal ha sido tu juicio sobre mí. Yo renegué de ti en esta ciudad. Cabalmente has juzgado que no reúno las condiciones para ser su jefe espiritual. Quieres evitarme muchos vituperios justos...

-Todos fuimos iguales, menos dos, Simón. Yo también huí. No es por esto, sino por las razones que ha expresado, por lo que el Señor me ha destinado a mí a este puesto; pero tú eres mi Jefe, Simón de Jonás, y como tal te reconozco. En la presencia del Señor y de todos los compañeros, te profeso obediencia. Te daré lo que pueda para ayudarte en tu ministerio, pero, te lo ruego, dame tus órdenes, porque tú eres el Jefe y yo el súbdito. Cuando el Señor me ha recordado una conversación ya lejana, he agachado la cabeza diciendo: "Hágase lo que Tú quieres". Esto mismo te diré a ti a partir del momento en que, habiéndonos dejado el Señor, tú seas su Representante en la Tierra. Y nos querremos ayudándonos en el ministerio sacerdotal - dice Santiago, inclinándose desde su sitio para rendir homenaje a Pedro.

-Sí. Quereos unos a otros, ayudándoos recíprocamente, porque éste es el mandamiento nuevo y la señal de que sois verdaderamente de Cristo.

No os turbéis por ninguna razón. Dios está con vosotros. Podéis hacer lo que quiero de vosotros. No os impondría cosas que no pudierais hacer, porque no quiero vuestra perdición sino vuestra gloria. Mirad, voy a preparar vuestro lugar junto a mi trono. Estad unidos a mí y al Padre en el amor. Perdonad al mundo que os odia. Llamad hijos y hermanos a los que se acerquen a vosotros, o a los que ya están con vosotros por amor a mí.

Tened la paz de saber que siempre estoy preparado para ayudaros a llevar vuestra cruz. Yo estaré con vosotros en las fatigas de vuestro ministerio y en la hora de las persecuciones; y no pereceréis, no sucumbiréis, aunque lo parezca a los que ven las cosas con los ojos del mundo. Sentiréis peso, aflicción, cansancio, seréis torturados, pero mi gozo estará en vosotros, porque os ayudaré en todo. En verdad os digo que, cuando tengáis como Amigo al Amor, comprenderéis que todas las cosas sufridas y vividas por amor a mí se hacen ligeras, aun las duras torturas del mundo. Porque para aquel que reviste todas sus acciones -voluntarias o impuestas- de amor, el yugo de la vida y del mundo se le transforman en yugo recibido de Dios, recibido de mí. Y os repito que mi carga está siempre proporcionada a vuestras fuerzas y que mi yugo es ligero, porque Yo os ayudo a llevarlo.

Sabéis que el mundo no sabe amar. Pero vosotros, de ahora en adelante, amad al mundo con amor sobrenatural, para enseñarle a amar. Y si os dicen, al veros perseguidos: "¿Así os ama Dios?, ¿haciéndoos sufrir?, ¿dándoos dolor? Entonces no merece la pena ser de Dios", responded: "El dolor no viene de Dios. Pero Dios lo permite. Nosotros sabemos el motivo de ello y nos gloriamos de tener la parte que tuvo Jesús Salvador, Hijo de Dios". Responded: "Nos gloriamos si nos clavan en la cruz, nos gloriamos de continuar la Pasión de nuestro Jesús". Responded con las palabras de la Sabiduría *(Sabiduría 2, 23-24)*: "La muerte y el dolor entraron en el mundo por envidia del demonio. Pero Dios no es autor de la muerte ni del dolor, ni se goza del dolor de los vivientes. Todas sus cosas son vida y todas son salutíferas". Responded: "A1 presente parecemos perseguidos y vencidos, pero en el día de Dios, cambiadas las tornas, nosotros, justos, perseguidos en la Tierra, estaremos gloriosos frente a los que nos vejaron y despreciaron". Pero decidles también: "¡Venid a nosotros! Venid a la Vida y a la Paz. Nuestro Señor no quiere vuestra perdición, sino vuestra salvación. Por esto ha entregado a su Hijo predilecto, para la salvación de todos vosotros".

Y alegraos de participar en mis padecimientos para poder estar después conmigo en la gloria. "Yo seré vuestra desmesurada recompensa" promete en Abraham *(Génesis 15, 1)* el Señor a todos sus siervos fieles. Sabéis cómo se conquista el Reino de los Cielos: con la fuerza; y a él se llega a través de muchas tribulaciones. Pero el que persevere como Yo he perseverado estará donde estoy Yo.

Ya os he dicho cuál es el camino y la puerta que llevan al Reino de los Cielos, y Yo he sido el primero en caminar por ese camino y en volver al Padre por esa puerta. Si existieran otros os los habría mostrado, porque siento compasión de vuestra debilidad de hombres. Pero no existen otros... Al señalároslos como *único* camino y *única* puerta, también os digo, os repito, cuál es la medicina que da fuerza para recorrerlo y entrar. *Es el amor.* Siempre el amor. Todo se hace posible cuando en nosotros está el amor. Y el Amor, que os ama, os dará todo el amor, si pedís en mi Nombre tanto amor como para haceros atletas en la santidad.

Ahora vamos a darnos el beso de despedida, amigos míos queridísimos.

Se pone en pie para abrazarlos. Todos hacen lo mismo. Pero, mientras que Jesús tiene una sonrisa pacífica de una hermosura verdaderamente divina, ellos lloran, llenos de turbación, y Juan, echándose sobre el pecho de Jesús, en medio de los fuertes espasmos a causa de los sollozos que le rompen el pecho de tan lacerantes como son, solicita, por todos, intuyendo el deseo de todos:

-¡Danos al menos tu Pan! ¡Que nos fortalezca en este momento!

-¡Así sea! - le responde Jesús.

Entonces toma un pan, lo parte después de haberlo ofrecido y bendecido, y repite las palabras rituales. Y lo mismo hace con el vino, repitiendo después:

-Haced esto en memoria mía - añadiendo:

-De mí que os he dejado esta arra de mi amor para seguir estando y estar siempre con vosotros hasta que vosotros estéis conmigo en el Cielo.

Los bendice y dice:

-Y ahora vamos.

Salen de la habitación, de la casa...

Jonás, María y Marco están afuera. Se arrodillan y adoran a Jesús.

-La paz permanezca con vosotros, y el Señor os compense de todo lo que me habéis dado - dice Jesús bendiciéndolos al pasar.

Marcos se alza y dice:

-Señor, los olivares que hay a lo largo del camino de Betania están llenos de discípulos que te esperan.

-Ve a decirles que se dirijan al Campo de los Galileos.

Marcos se echa a correr con toda la velocidad de sus jóvenes piernas.

-Entonces, han venido todos - dicen entre sí los apóstoles.

Más allá, sentada entre Margziam y María Cleofás, está la Madre del Señor. Y, viéndolo acercarse, se levanta, y lo adora con todo el impulso de su corazón de Madre y de fiel.

-Ven, Madre, y también tú, María... - invita Jesús al verlas paradas, paralizadas por la majestad que, resplandeciente, emana como en la mañana de la Resurrección. Jesús no quiere apabullar con esta majestad suya, así que, afablemente, pregunta a María de Alfeo:

-¿Estás sola?

-Las otras... las otras están adelante... con los pastores y... con Lázaro y toda su familia... Pero nos han dejado a nosotras aquí, porque... ¡oh, Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!... ¿Cómo soportaré el no verte, Jesús bendito, Dios mío, yo que te quise incluso antes de que nacieras y que tanto lloré por ti cuando no sabía dónde estabas después de la matanza... yo que tenía mi sol, y todo, todo mi bien en tu sonrisa desde que volviste?... ¡Oh, cuánto bien! ¡Cuánto bien me has dado!... ¡Ahora sí que voy a ser verdaderamente pobre, viuda, ahora sí que voy a estar verdaderamente sola!... ¡Estando Tú, teníamos todo!... Aquella tarde creí conocer todo el dolor... Pero el propio dolor, todo aquel dolor de aquel día, me había ofuscado y... sí, era menos fuerte que ahora... Y además... estaba el hecho de que ibas a resucitar. Me parecía no creerlo, pero ahora me doy cuenta de que sí lo creía, porque no sentía lo que siento ahora... - llora, y, tanto la ahoga el llanto, que jadea.

-María buena, verdaderamente te afliges como un niño que crea que su madre ya no lo quiere y que lo haya abandonado por haber ido a la ciudad (a comprarle regalos que lo harán feliz, y pronto volverá a él para cubrirlo de caricias y regalos). ¿No es esto, acaso, lo que Yo hago contigo? ¿No voy a prepararte la alegría? ¿No voy para volver y decirte: "Ven, pariente y discípula mía amada, madre de mis amados discípulos"? ¿No te dejo mi amor? ¡Te doy mi amor, María! ¡Bien sabes que te quiero! No llores así. Exulta, más bien, porque ya no me verás vilipendiado y fatigado, ni perseguido, ni sólo rico del amor de pocos. Y con mi amor te dejo a mi Madre. Juan será para ella hijo. Tú sé para Ella buena hermana, como siempre. ¿Lo ves? Mi Madre no llora. Sabe que, si bien la nostalgia de mí será la lima que consumirá su corazón, la espera será en todo caso breve respecto a la gran alegría de una eternidad de unión, y sabe también que esta-separación nuestra no será tan absoluta que le haga exclamar: "Ya no tengo Hijo". Ése fue el grito de dolor del día del dolor. Ahora en su corazón canta la esperanza: "Sé que mi Hijo sube al Padre, pero no me dejará sin sus espirituales amores". Créelo así también tú, y todos... Ahí están los otros y las otras. Ahí están mis pastores.

Las caras de Lázaro y sus hermanas, en medio de todos los domésticos de Betania, y la cara de Juana, semejante a una rosa bajo un velo de lluvia, y las de Elisa y Nique, ya marcadas por la edad (y ahora las arrugas se hacen más profundas a causa del dolor: dolor de cualquier modo, para la criatura humana, aunque el alma se alegre por el triunfo del Señor), y la cara de Anastática, y las caras de azucena de las primeras vírgenes, y el ascético rostro de Isaac, y el inspirado de Matías, y el rostro viril de Manahén, y los austeros de José y Nicodemo... Caras, caras, caras...

Jesús llama a los pastores, a Lázaro, a José, a Nicodemo, a Manahén, a Maximino y a los otros de los setenta y dos discípulos. Les dice que se acerquen, pero quiere tener especialmente cerca a los pastores. Dice a éstos:

-Venid aquí. Vosotros, que estuvisteis junto al Señor cuando vino del Cielo, y que os inclinasteis ante su anonadamiento, estad ahora cerca del Señor cuando vuelve al Cielo, exultando en vuestro espíritu por su glorificación. Habéis merecido este puesto porque habéis sabido creer contra toda circunstancia desfavorable y habéis sabido sufrir por vuestra fe. Os doy las gracias por vuestro amor fiel.

A todos os doy las gracias. A ti, Lázaro amigo. A ti, José, y a ti. Nicodemo, compasivos con el Cristo cuando serlo podía significar un gran peligro. A ti, Manahén, que por ir por mi camino has sabido despreciar los sucios favores de un inmundo. A ti, Esteban, florida corona de justicia, que has dejado lo imperfecto por lo perfecto y serás coronado con una corona que todavía no conoces pero que te será anunciada por los ángeles. A ti, Juan, por breve tiempo hermano mío en el pecho purísimo, y venido a la Luz más que a la vista. A ti, Nicolái, que, siendo prosélito, has sabido consolarme por el dolor de los hijos de esta nación. Y a vosotras, discípulas buenas, y más fuertes que Judit, sin por ello dejar de ser dulces.

Y a ti, Margziam, niño mío, que tomarás a partir de ahora el nombre de Marcial, para memoria del niño romano matado en el camino y puesto delante de la cancilla de Lázaro con el rótulo de desafío: "Y ahora di al Galileo que te resucite, si es el Cristo y si ha resucitado", último de los inocentes que en Palestina perdieron la vida por servirme a mí aun inconscientemente, y primero de los inocentes de todas las naciones, de los inocentes que, por haberse acercado a Cristo, serán odiados y recibirán prematura muerte, como capullos de flores arrancados de su tallo antes de abrirse. Que este nombre, Marcial, te señale tu destino futuro: sé apóstol en tierras bárbaras y conquístalas para tu Señor, como mi amor conquistó al niño romano para el Cielo.

A todos, a todos os bendigo en este adiós, invocando al Padre, invocando para vosotros la recompensa de los que han consolado el doloroso camino del Hijo del hombre.

Bendita sea la Humanidad en esa porción selecta suya, que está en los judíos y está en los gentiles, y que se ha manifestado en el amor que ha tenido hacia mí.

Bendita sea la Tierra con sus hierbas y sus flores; benditos sus frutos, que me procuraron delicia y alimento muchas veces. Bendita sea la Tierra con sus aguas y con su calor, por las aves y los animales, que muchas veces superaron al hombre en confortar al Hijo del hombre. Bendito seas tú, Sol, bendito seas tú, mar, benditos seáis vosotros, montes, colinas, llanuras;

benditas vosotras, estrellas que me habéis acompañado en la nocturna oración y en el dolor. Y tú, Luna, que has sido luz para mis pasos durante mi peregrinaje de Evangelizador.

Benditas seáis todas, todas vosotras, criaturas, obras del Padre mío, compañeras mías en este tiempo mortal, amigas de Aquel que había dejado el Cielo para quitar a la atribulada Humanidad las espinas de la Culpa que separa de Dios. *(Con su última bendición - dirá la Madre Santísima – Jesús devolvió bondad y santidad a todas las cosas de la Creación)*

¡Benditos seáis también vosotros, instrumentos inocentes de mi tortura: espinas, metales, madera, cuerdas trenzadas, porque me habéis ayudado a cumplir la Voluntad del Padre mío!

¡Qué voz tan resonante tiene Jesús! Se expande por el aire templado y sereno como voz de bronce golpeado; se propaga en ondas sobre el mar de rostros que lo miran desde todas las direcciones.

Yo digo que constituyen centenares las personas que rodean a Jesús, que sube con aquellos a quienes más quiere hacia la cima del Monte de los Olivos. Pero Jesús, al llegar al principio del Campo de los Galileos, despoblado de tiendas en este período situado entre las dos fiestas, ordena a los discípulos:

-Detened a la gente donde está. Luego seguidme.

Sigue subiendo, hasta el lugar más alto del monte, el lugar más próximo a Betania, a la que domina -no a Jerusalén- desde arriba. Arrimados a Él, su Madre, los apóstoles, Lázaro, los pastores y Margziam. Más allá, en semicírculo, manteniendo a distancia a la muchedumbre de los fieles, los otros discípulos.

Jesús está en pie sobre una ancha piedra un poco prominente y albeante entre la hierba verde de un claro. El sol incide en Él, haciendo blanquear, cual si fuera nieve, su túnica; relucir, cual si fueran de oro, sus cabellos. Sus ojos centellean con luz divina.

Abre los brazos en ademán de abrazar: parece querer estrechar contra su pecho a todas las multitudes de la Tierra, que su espíritu ve representadas en esa muchedumbre.

Su inolvidable, inimitable voz da la última orden:

-¡Id! Id en mi Nombre, a evangelizar a las gentes hasta los extremos confines de la Tierra. Dios esté con vosotros. Que su amor os conforte, su luz os guíe, su paz more en vosotros hasta la vida eterna.

Se transfigura en belleza. ¡Hermoso! Tanto y más hermoso que en el Tabor. Caen todos de rodillas, adorando. Él, elevándose ya de la piedra en que se apoyaba, busca una vez más el rostro de su Madre, y su sonrisa alcanza una potencia que nadie podrá jamás representar... Es su último adiós a su Madre.

Sube, sube... El Sol, aún más libre para besarlo -ahora que no hay frondas, ni siquiera sutiles, que intercepten el camino de sus rayos-, incide con sus resplandores sobre el Dios-Hombre que asciende con su Cuerpo santísimo al Cielo, y evidencia sus Llagas gloriosas, que resplandecen como rubíes vivos. El resto es un perlado sonreír de luces. Es verdaderamente la Luz que se manifiesta en lo que es, en este último instante como en la noche natalicia. Centellea la Creación con la luz del Cristo que asciende. Una luz que supera a la del Sol. Una luz sobrehumana y beatísima. Una luz que desciende del Cielo al encuentro de la Luz que asciende... Y Jesucristo, el Verbo de Dios, desaparece para la vista de los hombres en este océano de esplendores...

En la tierra, dos únicos ruidos en el silencio profundo de la muchedumbre extática: el grito de María cuando El desaparece: « ¡Jesús!», y el llanto de Isaac. Los demás están enmudecidos por religioso estupor, y permanecen allí, como en espera de algo, hasta que dos luces angélicas candidísimas, en forma mortal, aparecen y dicen las palabras recogidas en el primer capítulo de los Hechos Apostólicos:

-Hombres de Galilea, ¿por qué estáis mirando al Cielo? Este Jesús, que os ha sido ahora arrebatado y que ha sido elevado al Cielo, su eterna morada, vendrá del Cielo, en su debido tiempo, tal y como ahora se ha marchado.

## 639

## Elección de Matías

Sereno atardecer. La luz merma dulcemente, haciendo del cielo -poco antes purpúreo- un suave entrecielo de amatista. Pronto vendrá la oscuridad, pero, por ahora, todavía hay luz; y es delicada esta luz vespertina, palidecida, después de tanto ardor de sol.

El patio de la casa del Cenáculo, vasta extensión entre los muros blancos de la casa, está lleno de gente, como en los atardeceres de después de la Resurrección. Y de estas personas congregadas aquí asciende un rumor uniformado de oraciones, interrumpidas cada cierto tiempo por pausas de meditación.

Va mermando cada vez más la luz en este patio comprendido entre los altos muros de la casa. Algunos traen lámparas, que colocan encima de la mesa junto a la cual están reunidos los apóstoles: Pedro en el centro, a su lado Santiago de Alfeo y Juan, luego los otros.

La luz palpitante de las pequeñas llamas ilumina de abajo arriba las caras apostólicas, dando gran relieve a las facciones y mostrando las expresiones: concentrada la de Pedro, una expresión como tensa por el esfuerzo de llevar a cabo dignamente estas primeras funciones de su ministerio; de una mansedumbre ascética, la de Santiago de Alfeo; serena y soñadora la de Juan; y al lado de éste el rostro pensador de Bartolomé, seguido del de Tomás, lleno de vivacidad, y del de Andrés, velado por esa humildad suya, que le hace estar con los *ojos* cerrados y un poco inclinado (parece decir "no soy digno"); al lado de Andrés, Mateo, que tiene apoyado un codo en la mano del otro brazo y la cara apoyada en la mano del brazo sujetado; después de Santiago de Alfeo, Judas Tadeo, con expresión de imperio (es un verdadero dominador de muchedumbres), y con unos *ojos* que mucho recuerdan, en color y expresión, a los de Jesús.

Ahora también Judas Tadeo - él más que todos los otros juntos- mantiene serena a la asamblea bajo el fuego de sus *ojos.* Y no obstante, tras su involuntaria imponencia regia, se ve aflorar el sentimiento compungido del corazón, especialmente cuando llega su turno de entonar una oración. Cuando dice el salmo *(115, 1-2)*: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu Nombre dale gloria por tu misericordia y fidelidad, para que no digan las naciones: "¿Dónde está su Dios?"», ora realmente con el alma arrodillada delante de Aquel que lo ha elegido, y el más fuerte sentimiento de su interior vibra en su voz; y también él dice con toda la intensidad de su oración:

-Yo no soy digno de servirte a ti que eres tan perfecto.

Felipe, a su lado, su rostro ya marcado por los años, pero aún dentro de la edad vigorosa, parece contemplar un espectáculo sólo presente a él, y mantiene apretadas las manos contra las mejillas, un poco agachada la cabeza y un poco triste... Mientras, el Zelote mira hacia arriba, ausente, y expresa una sonrisa interior, que embellece su rostro no bello, aunque atrayente por su austero señorío. Santiago de Zebedeo, lleno de impulso, vibrante, dice sus oraciones como si todavía hablara al Maestro amado, y el salmo 12 brota impetuoso de su espíritu encendido. Terminan con el largo y bellísimo salmo 118, *(en la Neovulgata son Salmo 13 y Salmo 119)* que recitan alternadamente, una estrofa cada uno, repitiendo dos veces el turno para cumplir el número de las estrofas.

Luego se recogen en total silencio hasta que Pedro, que se ha sentado, se alza como movido por el impulso de una inspiración, y ora con voz fuerte y los brazos abiertos como hacía el Señor:

-Mándanos tu Espíritu, oh Señor, para que a su Luz podamos ver.

-Maran Athá - dicen todos.

Pedro se recoge en una intensa y muda oración, pero, quizás, más que pedir, escucha, o, al menos, espera palabras de luz... Luego alza de nuevo la cabeza, y de nuevo abre los brazos -los había aspado sobre el pecho-, y, como es pequeño respecto a la mayoría, se sube a su asiento para dominar la pequeña muchedumbre que está apiñada en el patio y para que todos lo vean. Y todos, comprendiendo que debe hablar, callan, mirando atentos.

-Hermanos míos, era necesario que se cumpliera lo que el Espíritu Santo por boca de David predijo en la Escritura *(Salmo 41, 10)* respecto a Judas, el cual guió a los que capturaron al Señor y Maestro nuestro bendito: Jesús.

Él, Judas, era uno de los nuestros, y recibió el destino de nuestro ministerio. Pero su elección, para él, se transformó en perdición, porque Satanás entró en él por muchos caminos y lo convirtió de apóstol de Jesús en traidor de su Señor. Creyó triunfar y gozar, y vengarse así del Santo, que había defraudado las inmundas esperanzas de su corazón lleno de toda concupiscencia. Pero cuando creía triunfar y gozar comprendió que el hombre que se hace esclavo de Satanás, de la carne, del mundo, no triunfa, sino que, al contrario, muerde el polvo como un derrotado. Y conoció que el sabor de los alimentos que el hombre y Satanás proporcionan es amarguísimo y totalmente distinto del pan delicado y sencillo que Dios da a sus hijos. Y entonces conoció la desesperación y odió al mundo entero después de haber odiado a Dios, y maldijo todo lo que el mundo le había dado, y se dio muerte colgándose de un olivo del olivar que con sus iniquidades se había comprado, y el día que Cristo resucitó glorioso de la muerte, su cuerpo putrefacto y ya agusanado cayó, y sus entrañas se esparcieron por el suelo al pie del olivo, haciendo inmundo aquel lugar.

Sobre el Gólgota llovió la Sangre redentora y purificó la Tierra, porque era la Sangre del Hijo de Dios que se había encarnado por nosotros. Sobre la colina que está cerca del lugar del infame Consejo, no llovió sangre, ni lágrimas de buen remordimiento, sino que lo que llovió sobre el polvo del suelo fueron inmundicias de vísceras deshechas. Porque ninguna otra sangre podía mezclarse con la Sangre santísima en esos días de purificación en que el Cordero nos lavaba con su Sangre, y muchísimo menos podía la Tierra, que bebía la Sangre del Hijo de Dios, beber también la sangre del hijo de Satanás.

Ésta es una cosa resabida. Y también se sabe que, en su furor de condenado, Judas llevó de nuevo al Templo el dinero del infame comercio y que golpeó con él, dinero inmundo, al Sumo Sacerdote en la cara. Y se sabe que con ese dinero, sacado del Tesoro del Templo, pero que ya no podía reservarse en el Tesoro porque era precio de sangre, los príncipes de los Sacerdotes y los Ancianos, habiéndose asesorado unos a otros, compraron el campo del alfarero, como habían dicho las profecías *(Jeremías 32, 6-10; Zacarías 11, 12-13)* especificando incluso su precio. Y el lugar pasará a la historia de los siglos con el nombre de Haqueldamá.

Y así quede dicho todo lo relativo a Judas, y que desaparezca de entre nosotros hasta el recuerdo de su cara. Pero que se tengan presentes los caminos por los que de llamado por el Señor para el Reino celeste descendió a ser príncipe en el Reino de las tinieblas eternas, para no recorrerlos imprudentemente y no hacernos nosotros otros Judas para la Palabra que Dios nos ha confiado y que sigue siendo Cristo, Maestro en medio de nosotros.

Pero está escrito en el libro de los Salmos *(69, 26; 109, 8)*: "Quédese su casa desierta y nadie viva en ella, y su oficio lo tome otro". Es necesario, pues, que, de entre estos hombres que nos han acompañado durante todo el tiempo en que el Señor Jesús ha estado con nosotros peregrinando, comenzando desde el Bautismo de Juan y hasta el día en que estando entre nosotros fue elevado al Cielo, uno sea con nosotros constituido testigo de su Resurrección. Y esto hay que hacerlo sin demora, para que esté presente con nosotros en el Bautismo de Fuego de que el Señor nos ha hablado, para que también él, que no recibió el Espíritu Santo del Maestro Santísimo, lo reciba directamente de Dios y quede por Él santificado e iluminado, y tenga las capacidades que nosotros tendremos, y pueda juzgar y perdonar y hacer lo que nosotros haremos, y sean válidos y santos sus actos.

Yo propondría elegirlo entre los fidelísimos de entre los fieles discípulos, de entre los que ya han padecido por Él y le han sido fieles incluso cuando para el mundo era el Ignorado. Muchos de éstos han venido a nosotros de Juan, Precursor del Mesías, y son almas modeladas por años de servicio a Dios. Gran amor les tenía el Señor, y grandísimo amor tenía a Isaac, que tanto había padecido por causa de Jesús niño. Pero sabéis que su corazón cedió en la noche que siguió a la Ascensión del Señor. No estemos tristes por su ausencia Está unido a su Señor. Era el único deseo de su corazón... Es también el nuestro... pero nosotros debemos padecer nuestra pasión. Isaac ya la había padecido.

Proponed, pues, vosotros, algún nombre de entre éstos, para poder elegir al duodécimo Apóstol según los usos de nuestro pueblo: dejando, en las situaciones más graves, al Señor altísimo la potestad de indicar: Él sabe.

Se consultan unos a otros. No pasa mucho tiempo y ya los más importantes discípulos (entre los no pastores), de común acuerdo con los diez apóstoles, comunican a Pedro que proponen a José, hijo de José de Saba, para honrar al padre, mártir por Cristo, y al hijo, discípulo fiel; y a Matías, por las mismas razones que para el primero, y además por la razón de honrar a su primer maestro, es decir, a Juan.

Y, habiendo aceptado Pedro su consejo, conducen a la mesa a los dos, y entretanto oran, extendidos los brazos hacia delante, en la postura habitual de los hebreos:

-Tú, Señor altísimo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, único y trino Dios, que conoces los corazones de todos, muestra cuál de estos dos has elegido para que ocupe en este ministerio y apostolado el puesto del que prevaricó Judas para ir a su lugar.

-Maran Athá - hacen coro todos.

No teniendo dados u otra cosa con que echar a suertes, y no queriendo usar dinero para esta función, toman piedrecitas diseminadas por el patio, humildes piedrecitas, blancas y oscuras en número igual, decidiendo que las blancas son para Matías y las otras para José. Cierran las piedrecitas dentro de una bolsa, que han vaciado de lo que contenía; agitan la bolsa y se la ofrecen a Pedro, quien, trazado sobre ella un gesto de bendición, mete dentro la mano y, orando con los ojos hacia el cielo, florecido ahora de estrellas, extrae una piedra: blanca como la nieve.

El Señor ha indicado a Matías como sucesor de Judas.

Pedro pasa a la parte delantera de la mesa y lo abraza diciendo que es para "hacerlo semejante a él". Los otros diez hacen también el mismo gesto, entre las aclamaciones de la pequeña muchedumbre.

Como última cosa, Pedro, que ha vuelto a su sitio teniendo cogida la mano del elegido -al cual tiene a su lado, de forma que ahora está entre Matías y Santiago de Alfeo-, dice:

-Ven al sitio que Dios te ha reservado, y borra con tu justicia el recuerdo de Judas, ayudándonos a nosotros, hermanos tuyos, a cumplir las obras que Jesús Santísimo nos ha dicho que cumplamos. La gracia del Señor Nuestro Jesucristo esté siempre contigo.

Se vuelve a todos y los despide...

Mientras los discípulos desalojan lentamente el patio por una salida secundaria, los apóstoles vuelven a la casa y conducen a Matías a la presencia de María, que está recogida en oración en su habitación, para que también de la Madre de Dios el nuevo apóstol reciba la palabra de saludo y de elección.

## 640

## La venida del Espíritu Santo. Fin del ciclo mesiánico.

No hay voces ni ruidos en la casa del Cenáculo. No hay tampoco discípulos (al menos, no oigo nada que me autorice a decir que en otros cuartos de la casa estén reunidas personas). Sólo se constatan la presencia y la voz de los Doce y de María Santísima (recogidos en la sala de la Cena).

La habitación parece más grande porque los muebles y enseres están colocados de forma distinta y dejan libre todo el centro de la habitación, como también dos de las paredes. A la tercera ha sido arrimada la mesa grande que fue usada para la Cena. Entre la mesa y la parecí, y también a los dos lados más estrechos de la mesa, están los triclinios usados en la Cena y el taburete usado por Jesús para el lavatorio de los pies. Pero estos triclinios no están colocados verticalmente respecto a la mesa, como para la Cena, sino paralelamente, de forma que los apóstoles pueden estar sentados sin ocuparlos todos, aun dejando libre uno, el único vertical respecto a la mesa, sólo para la Virgen bendita, que está en el centro, en el lugar que Jesús ocupaba en la Cena.

No hay en la mesa mantelería ni vajilla; está desnuda, y desnudos están los aparadores y las paredes. La lámpara sí, la lámpara luce en el centro, aunque sólo con la llama central encendida, porque la vuelta de llamitas que hacen de corola a esta pintoresca lámpara está apagada.

Las ventanas están cerradas y trancadas con la robusta barra de hierro que las cruza. Pero un rayo de sol se filtra ardido por un agujerito y desciende como una aguja larga y delgada hasta el suelo, donde pone un arito de sol.

La Virgen, sentada sola en su asiento, tiene a sus lados, en los triclinios, a Pedro y a Juan (a la derecha, a Pedro; a la izquierda, a Juan). Matías, el nuevo apóstol, está entre Santiago de Alfeo y Judas Tadeo. La Virgen tiene delante un arca ancha y baja de madera oscura, cerrada. María está vestida de azul oscuro. Cubre sus cabellos un velo blanco, cubierto a su vez por el extremo de su manto Todos los demás tienen la cabeza descubierta.

María lee atentamente en voz alta. Pero, por la poca luz que le llega, creo que más que leer repite de memoria las palabras escritas en el rollo que tiene abierto. Los demás la siguen en silencio, meditando. De vez en cuando responden, si es el caso de hacerlo.

El rostro de María aparece transfigurado por una sonrisa extática. ¡¿Qué estará viendo, que tiene la capacidad de encender sus ojos como dos estrellas claras, y de sonrojarle las mejillas de marfil, como si se reflejara en Ella una llama rosada?!: es, verdaderamente, la Rosa mística...

Los apóstoles se echan algo hacia adelante, y permanecen levemente al sesgo, para ver el rostro de María mientras tan dulcemente sonríe y lee (y parece su voz un canto de ángel). A Pedro le causa tanta emoción, que dos lagrimones le caen de los ojos y, por un sendero de arrugas excavadas a los lados de su nariz, descienden para perderse en la mata de su barba entrecana.

Pero Juan refleja la sonrisa virginal y se enciende como Ella de amor, mientras sigue con su mirada a lo que la Virgen lee, y, cuando le acerca un nuevo rollo, la mira y le sonríe.

La lectura ha terminado. Cesa la voz de María. Cesa el frufrú que produce el desenrollar o enrollar los pergaminos. María se recoge en una secreta oración, uniendo las manos sobre el pecho y apoyando la cabeza sobre el arca. Los apóstoles la imitan...

Un ruido fortísimo y armónico, con sonido de viento y arpa, con sonido de canto humano y de voz de un órgano perfecto, resuena de improviso en el silencio de la mañana. Se acerca, cada vez más armónico y fuerte, y llena con sus vibraciones la Tierra, las propaga a la casa y las imprime en ésta, en las paredes, en los muebles, en los objetos. La llama de la lámpara, hasta ahora inmóvil en la paz de la habitación cerrada, vibra como chocada por el viento, y las delgadas cadenas de la lámpara tintinean vibrando con la onda de sobrenatural sonido que las choca.

Los apóstoles alzan, asustados, la cabeza; y, como ese fragor hermosísimo, que contiene las más hermosas notas de los Cielos y la Tierra salidas de la mano de Dios, se acerca cada vez más, algunos se levantan, preparados para huir; otros se acurrucan en el suelo cubriéndose la cabeza con las manos y el manto, o dándose golpes de pecho pidiendo perdón al Señor; otros, demasiado asustados como para conservar ese comedimiento que siempre tienen respecto a la Purísima, se arriman a María.

El único que no se asusta es Juan, y es porque ve la paz luminosa de alegría que se acentúa en el rostro de María, la cual alza la cabeza y sonríe frente a algo que sólo Ella conoce y luego se arrodilla abriendo los brazos, y las dos alas azules de su manto así abierto se extienden sobre Pedro y Juan, que, como Ella, se han arrodillado.

Pero, todo lo que he tardado minutos en describir se ha verificado en menos de un minuto.

Y luego entra la Luz, el Fuego, el Espíritu Santo, con un último fragor melódico, en forma de globo lucentísimo, ardentísimo; entra en esta habitación cerrada, sin que puerta o ventana alguna se mueva; y permanece suspendido un momento sobre la cabeza de María, a unos tres palmos de su cabeza (que ahora está descubierta, porque María, al ver al Fuego Paráclito, ha alzado los brazos como para invocarlo y ha echado hacia atrás la cabeza emitiendo un grito de alegría, con una sonrisa de amor sin límites). Y, pasado ese momento en que todo el Fuego del Espíritu Santo, todo el Amor, está recogido sobre su Esposa, el Globo Santísimo se escinde en trece llamas cantarinas y lucentísimas -su luz no puede ser descrita con parangón terrenal alguno-, y desciende y besa la frente de cada uno de los apóstoles.

Pero la llama que desciende sobre María no es lengua de llama vertical sobre besadas frentes: es corona que abraza y nimba la cabeza virginal, coronando Reina a la Hija, a la Madre, a la Esposa de Dios, a la incorruptible Virgen, a la Llena de Hermosura, a la eterna Amada y a la eterna Niña; pues que nada puede mancillar, y en nada, a Aquella a quien el dolor había envejecido, pero que ha resucitado en la alegría de la Resurrección y tiene en común con su Hijo una acentuación de hermosura y de frescura de su cuerpo, de sus miradas, de su vitalidad... gozando ya de una anticipación de la belleza de su glorioso Cuerpo elevado al Cielo para ser la flor del Paraíso.

El Espíritu Santo rutila sus llamas en torno a la cabeza de la Amada. ¿Qué palabras le dirá? ¡Misterio! El bendito rostro aparece transfigurado de sobrenatural alegría y sonríe con la sonrisa de los serafines, mientras ruedan por las mejillas de la Bendita lágrimas beatíficas que, incidiendo en ellas la Luz del Espíritu Santo, parecen diamantes.

El Fuego permanece así un tiempo... Luego se disipa... De su venida queda, como recuerdo, una fragancia que ninguna flor terrenal puede emanar... es el perfume del Paraíso...

Los apóstoles vuelven en sí... María permanece en su éxtasis. Recoge sus brazos sobre el pecho, cierra los ojos, baja la cabeza... nada más... continúa su diálogo con Dios... insensible a todo... Y ninguno osa interrumpirla.

Juan, señalándola, dice:

-Es el altar, y sobre su gloria se ha posado la Gloria del Señor...

-Sí, no perturbemos su alegría. Vamos, más bien, a predicar al Señor para que se pongan de manifiesto sus obras y palabras en medio de los pueblos - dice Pedro con sobrenatural impulsividad.

-¡Vamos! ¡Vamos! El Espíritu de Dios arde en mí - dice Santiago de Alfeo.

-Y nos impulsa a actuar. A todos. Vamos a evangelizar a las gentes.

Salen como empujados por una onda de viento o como atraídos por una vigorosa fuerza.

Dice Jesús (a María Valtorta):

-Aquí termina esta Obra que mi amor por vosotros ha dictado, y que vosotros habéis recibido por el amor que una criatura ha tenido hacia mí y hacia vosotros.

Ha terminado hoy, conmemoración de Santa Zita de Luca, humilde sirvienta que sirvió a su Señor en la caridad en esta Iglesia de Luca, ciudad a la que Yo, desde lugares lejanos llevé a mi pequeño Juan para que me sirviera en la caridad y con el mismo amor de Santa Zita hacia todos los infelices. Zita daba pan a los menesterosos, recordando que en cada uno de ellos estoy Yo, y que vivirán gozosos a mi lado aquellos que hayan dado pan y bebida a los que tienen sed y hambre. María-Juan ha dado mis palabras a los que flaquean envueltos en la ignorancia, en la tibieza o en la duda sobre la Fe, recordando que la Sabiduría dijo *(Sabiduría 3, 1-9; Daniel 12, 3-4)* que brillarían como estrellas en la eternidad aquellos que con fatiga se esforzaran en dar a conocer a Dios, dando gloria a su Amor dándolo a conocer a muchos y haciendo que muchos lo amen.

Y ha terminado hoy, día en que la Iglesia eleva a los altares a María Teresa Goretti, *(María Teresa Goretti, más conocida como María Goretti, mártir de la pureza (1890-1902), beatificada el 27 de Abril de 1947 y canonizada en 1950)* pura azucena de los campos que vio su tallo quebrado cuando todavía era capullo su corola -¿por quién quebrado, sino por Satanás, envidioso ante ese candor más esplendoroso que su antiguo aspecto de ángel?-, quebrado por ser flor consagrada al Amador divino. Virgen y mártir, María, de este siglo de infamias en que se mancilla incluso el honor de la Mujer, escupiendo baba de reptiles negadora del poder de Dios de dar una morada inviolada a su Verbo, que, por obra del Espíritu Santo, se encarnaba para salvar a los que en Él creyeran. También María-Juan es mártir del Odio, que no quiere que mis maravillas sean celebradas con esta Obra,

arma que tiene poder para arrebatarle muchas presas. Pero también María-Juan sabe, como sabía María Teresa, que el martirio -fueren cuales fueren su nombre y su aspecto- es llave para abrir sin dilación el Reino de los Cielos para aquellos que lo padecen como continuación de mi Pasión.

La Obra ha terminado. *(Pero no han terminado las "visiones" ni los "dictados" fuera del ciclo mesiánico, declarado concluido con la venida del Espíritu Santo. Por ello se añadirán, completivos de la Obra, otros escritos pertinentes (de varios años, sobre todo del 1951). Como consecuencia, la Despedida de la Obra, escrita el 28 de Abril de 1947 y que en los cuadernos autógrafos sigue inmediatamente al presente "dictado", será recogida al término de la conclusión de la Obra)* Y, con su fin, con la venida del Espíritu Santo, se concluye el ciclo mesiánico, que mi Sabiduría ha iluminado desde sus albores (la Concepción inmaculada de María) hasta su terminación (la venida del Espíritu Santo). Todo el ciclo mesiánico es obra del Espíritu de Amor, para quien sabe ver bien. Cabal, pues, el haberlo empezado con el misterio de la inmaculada Concepción de la Esposa del Amor, y el haberlo concluido con el sello de Fuego Paráclito puesto en la Iglesia de Cristo.

Las obras manifiestas de Dios, del Amor de Dios, terminan con Pentecostés. Desde entonces, continúa ese misterioso obrar de Dios en sus fieles, unidos en el Nombre de Jesús en la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica, Romana; y la Iglesia -o sea, la asamblea de los fieles -pastores, ovejas y corderos- puede continuar su camino sin errar, por la continua, espiritual operación del Amor en sus fieles. El Amor, Teólogo de los teólogos, Aquel que forma a los verdaderos teólogos, que viven abismados en Dios y tienen a Dios dentro de sí -la vida de Dios dentro de sí por la dirección del Espíritu de Dios que los guía-, los verdaderos "hijos de Dios" según el concepto de Pablo. *(Romanos 8, 14-17)*

Y al término de la Obra debo poner una vez más el lamento que he colocado al final de cada uno de los años evangélicos. Y en mi dolor de ver despreciado mi don os digo: "No recibiréis más, porque no habéis sabido acoger esto que os he dado". Y digo también las palabras que os hice llegar el pasado verano para llamaros de nuevo al camino recto: “No me veréis hasta que no llegue el día en que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor”.

## 641

## Pedro celebra la Eucaristía en una reunión de los primeros cristianos.

Es una de las primeras reuniones de los cristianos, en los días inmediatamente posteriores a Pentecostés.

Los doce apóstoles son de nuevo doce, porque Matías, que ya ha sido elegido en lugar del traidor, está entre ellos. Y el hecho de que estén los doce demuestra que no se habían separado todavía para ir a evangelizar, según la orden del Maestro. Por tanto, Pentecostés debe haber tenido lugar poco antes, y todavía no deben haber empezado las persecuciones del Sanedrín contra los siervos de Jesucristo. En efecto, si así fuera, no tendrían esta celebración con tanta tranquilidad, y sin ninguna medida de precaución, en una casa conocida, demasiado conocida, por los del Templo, o sea, en la casa del Cenáculo, y precisamente en la habitación donde se verificó la última Cena, donde fue instituida la Eucaristía, donde empezó la verdadera y total traición, y la Redención.

Pero la vasta habitación ha sufrido un cambio, necesario para su nueva función como iglesia, e impuesto por el número de los fieles. La gran mesa ya no está en la pared de la escalera, sino en la frontal, y paralela a la pared. De forma que incluso los que no pueden entrar en el Cenáculo -primera iglesia del mundo cristiano-, ya repleto de personas, pueden ver lo que sucede dentro, apiñándose, apretujándose, en el pasillo de entrada (donde está, abierta completamente, la puertecita por la que se entra en la habitación).

En la sala hay hombres y mujeres de todas las edades. En un grupo de mujeres, junto a la mesa, aunque en uno de los ángulos, está María, la Madre, rodeada de Marta y María de Lázaro, Nique. Elisa, María de Alfeo, Salomé, Juana de Cusa... en fin, de muchas de las mujeres discípulas, hebreas y no hebreas, a las que Jesús había curado, había consolado, había evangelizado, había hecho ovejas de su rebaño. Entre los hombres, están Nicodemo, Lázaro, José de Arimatea, muchísimos discípulos, entre los cuales Esteban, Hermas, los pastores, Eliseo el hijo del arquisinagogo de Engadí, y muchísimos otros. Y está también Longinos, no vestido de militar, sino como si fuera un ciudadano cualquiera, con una larga y sencilla túnica cenizosa. Luego otros, que claramente han entrado en la grey de Cristo después de Pentecostés y las primeras evangelizaciones de los Doce.

Pedro habla también ahora. Evangeliza e instruye a los presentes. Habla una vez más de la última Cena. *Una vez más. Y* es que, por sus palabras, se comprende que ya ha hablado otras veces de ella.

Dice:

-Os hablo *una vez más - y* remarca mucho estas palabras - de la Cena en que, antes de ser inmolado por los hombres, Jesús Nazareno, como le llamaban, Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador nuestro, *como ha de ser afirmado y creído con todo nuestro corazón y nuestra mente, porque en este creer está nuestra salvación,* se inmoló por espontánea voluntad y por exceso de amor, dándose como Alimento y Bebida para los hombres, y diciéndonos a nosotros, siervos y continuadores suyos: "Haced esto en memoria mía". Y esto es lo que hacemos. Pero, oh hombres, de la misma manera que nosotros, sus testigos, creemos que en el Pan y en el Vino, ofrecidos y bendecidos, como Él hizo, en memoria suya y por obediencia a su divino mandato, están ese Cuerpo Santísimo y esa Sangre Santísima que lo son de un Dios, Hijo del Dios altísimo, y que fueron crucificado y derramada por amor y para vida de los hombres, también vosotros, todos vosotros, que habéis entrado a formar parte de la verdadera, nueva, inmortal Iglesia, anunciada por los profetas y fundada por el Cristo, debéis creerlo. Creed y bendecid al Señor, que a nosotros, sus -si no materialmente, sí moral y espiritualmente- crucifixores por nuestra debilidad en servirle, por nuestra cerrazón en comprenderlo, por nuestra cobardía en abandonarlo huyendo en la hora suprema, por nuestra cobardía en nuestro... no, *en mi personal traición* de hombre temeroso y cobarde hasta el punto de renegar de Él, y negarlo, y negarme como discípulo suyo, es más: como el primero de entre sus siervos (y gruesas lágrimas ruedan y surcan el rostro de Pedro), poco

antes de la hora primera, allí, en el patio del Templo; creed, decía, y bendecid al Señor, que a nosotros nos deja este eterno signo de perdón; creed y bendecid al Señor, que a aquellos que no lo conocieron cuando era el Nazareno les permite conocerlo ahora que es el Verbo Encarnado vuelto al Padre. Venid y tomad. Él lo dijo: "El que come mi Carne y bebe mi Sangre tendrá la Vida eterna". En aquel momento no comprendimos (y Pedro llora de nuevo). No comprendimos porque éramos obtusos de intelecto. Pero ahora el Espíritu Santo ha encendido nuestra inteligencia, fortalecido nuestra fe, infundido la caridad, y comprendemos. Y en el Nombre del Dios altísimo, del Dios de Abraham, de Jacob, de Moisés, en el Nombre altísimo del Dios que habló a Isaías, a Jeremías, a Ezequiel, a Daniel y a los otros profetas, os juramos que esto es verdad y os conjuramos que creáis para poder tener la Vida eterna.

Pedro habla lleno de majestad. Ya nada queda en él del pescador no poco rudo de poco antes. Ha subido a un escabel para hablar y ser visto y oído mejor, porque, siendo bajo como es, si sus pies hubieran permanecido sobre el suelo de la habitación, los más lejanos no lo habrían podido ver, y él lo que quiere es alcanzar a todos con su vista. Habla equilibradamente, con voz apropiada y gestos de verdadero orador. Sus ojos, siempre expresivos, ahora hablan más que nunca: amor, fe, mando, contrición... todo sale a través de esta mirada suya, y anticipa y refuerza sus palabras.

Ya ha terminado de hablar. Baja del escabel y se coloca detrás de la mesa, en el espacio que hay entre la pared y la mesa, y espera. Santiago y Judas, o sea, los dos hijos de Alfeo y primos de Cristo, extienden ahora sobre la mesa un mantel blanquísimo. Para hacer esto levantan el arca ancha y baja que está puesta en el centro de la mesa. También extienden sobre la tapa del arca un paño de finísimo lino.

El apóstol Juan va ahora donde María y le pide algo. María se quita del cuello una especie de llavecita y se la da a Juan. Juan la toma, vuelve al arca, la abre y vuelve la parte que está delante, la cual queda apoyada en el mantel, y cubierta con un tercer paño de lino.

Dentro del arca hay una sección horizontal que la divide en dos secciones: en la de abajo hay una copa y un plato, de metal; en la de arriba, en el centro, la copa usada por Jesús en la última Cena y para la primera Eucaristía, los restos del pan partido por Él, colocados en un platito, de material precioso como la copa. A los lados de la copa y del platito que están en el plano superior, a un lado, están la corona de espinas, los clavos y la esponja; al otro lado, uno de los lienzos, enrollado, el velo con que Nique enjugó el Rostro de Jesús, y el que María dio a su Hijo para que se cubriera con él las caderas. En el fondo del arca hay otras cosas, pero, dado que quedan más bien ocultas y que ninguno habla de ellas ni las muestra, no se sabe lo que son. Sin embargo, respecto a las otras, respecto a las visibles, Juan y Judas de Alfeo las muestran a los presentes, que se arrodillan ante ellas. Pero ni se muestran ni se tocan la copa y el platito del pan. Tampoco se extiende toda la sábana; sólo se muestra enrollada, mientras sé dice lo que es. Quizás Juan y Judas no la desenrollan para no despertar en María el recuerdo doloroso de las atroces vejaciones sufridas por su Hijo.

Terminada esta parte de la ceremonia, los apóstoles, en coro, entonan unas oraciones. Yo diría que son salmos porque los cantan como acostumbraban a hacer los hebreos en sus sinagogas o en sus peregrinaciones a Jerusalén para las solemnidades prescritas por la Ley. La gente se une al coro de los apóstoles, que, de esa manera, cada vez se hace más solemne.

En fin, traen panes y los colocan en el platito de metal que había en la parte inferior del arca, y traen unas pequeñas ánforas, también de metal.

Pedro recibe de Juan, que está arrodillado al otro lado de la mesa (mientras que Pedro sigue entre la mesa y la pared, aunque vuelto hacia la gente), la bandeja con los panes; la alza y la ofrece; luego la bendice y la pone sobre el arca.

Judas de Alfeo, también arrodillado, al lado de Juan, da a su vez a Pedro la copa de la parte de abajo y las dos ánforas que antes estaban junto al platito de los panes. Pedro vierte el contenido de ellas en la copa; alza ésta y la ofrece, como había hecho con el pan. Bendice también la copa y la pone sobre el arca, al lado de los panes.

Oran de nuevo. Pedro fracciona los panes en muchos trozos mientras los presentes se postran más aún, y dice:

-Esto es mi Cuerpo. Haced esto en memoria mía.

Sale de detrás de la mesa llevando consigo la bandeja llena de los trozos de los panes, y lo primero, va donde María y le da un trozo. Luego pasa a la parte delantera de la mesa y distribuye el Pan consagrado a todos los que se acercan para recibirlo. Sobran pocos trozos, los cuales, en su bandeja, son colocados sobre el arca.

Ahora toma la copa y la ofrece -empezando esta vez también por María- a los presentes. Juan y Judas le siguen con las pequeñas ánforas y añaden los líquidos cuando el cáliz está vacío, mientras Pedro repite la elevación, el ofrecimiento y la bendición para consagrar el líquido.

Cuando todos los que pedían nutrirse de la Eucaristía han sido complacidos, los apóstoles consumen el Pan y Vino que han quedado. Luego cantan otro salmo o himno, y después de esto Pedro bendice a los presentes, quienes, después de su bendición, se marchan lentamente.

María, la Madre, que ha estado de rodillas durante toda la ceremonia de la consagración y de la distribución de las especies del Pan y del Vino, se alza y va hasta el arca. Hace una inclinación por encima de la mesa y toca con la frente la superficie del arca donde están puestos la copa y el plato usados por Jesús en la última Cena, y pone un beso en el borde de ambos; un beso que es también para las otras reliquias recogidas ahí.

Luego Juan cierra el arca y devuelve la llave a María, que vuelve a ponérsela en el cuello.

## 642

## María Santísima se establece en el Getsemaní con Juan, que le predice la Asunción.

María está todavía en la casa del Cenáculo; sola, en la habitación suya habitual. Está cosiendo paños de finísimo lino, semejantes a manteles largos y estrechos. De vez en cuando, levanta la cabeza para mirar hacia el jardín y medir, por la posición del sol sobre las tapias del jardín, la hora del día. Y, si oye un ruido en la casa o en la calle, escucha atentamente: parece estar esperando a alguien.

Pasa así un tiempo. Luego se oye un golpe en la puerta de la casa, seguido por un roce de sandalias que, corriendo, van a abrir. Voces de hombre resuenan en el pasillo, cada vez más fuertes y cercanas.

María escucha... Luego exclama:

-¡¿Ellos aquí?! ¡¿Pues qué habrá sucedido?!

Mientras está pronunciando estas palabras, alguien llama a la puerta de la habitación.

-Pasad, hermanos en Jesús, mi Señor - responde María.

Entran Lázaro y José de Arimatea, que saludan a María con profunda veneración y le dicen:

-¡Bendita tú entre todas las madres! Los siervos de tu Hijo y Señor nuestro te saludan - y se postran para besarle el extremo de la túnica.

-El Señor esté siempre con vosotros. ¿Por qué motivo, y cuando todavía no ha cesado el fermento de los perseguidores del Cristo y de sus seguidores, venís a mí?

-Como primera cosa, verte -porque verte a ti es verlo todavía a Él-, y sentirnos así menos afligidos por haberse ido de esta Tierra. Y también hemos venido para proponerte lo que, después de una reunión en mi casa, una reunión de los más amantes y fieles siervos de Jesús, tu Hijo y nuestro Señor, hemos pensado hacer - le responde Lázaro.

-Hablad. Me hablará vuestro amor, y yo con mi amor os escucharé.

Toma ahora la palabra José de Arimatea, que dice:

-Mujer, no ignoras, y lo has dicho, que el fermento -y peor aún- permanece todavía contra todos los que han vivido cercanos al Hijo tuyo y de Dios, o por parentesco o por fe o por amistad. Y no ignoramos que no tienes intención de dejar estos lugares donde has visto la perfecta manifestación de la naturaleza divina y humana de tu Hijo, su total mortificación y su total glorificación, mediante la Pasión y Muerte suyas -verdadero Hombre- y mediante sus gloriosas Resurrección y Ascensión -verdadero Dios-. Y tampoco ignoramos que no quieres dejar solos a los apóstoles, para quienes quieres ser Madre y guía en sus primeras pruebas, tú, Sede de la Sabiduría divina, tú, Esposa del Espíritu revelador de las verdades eternas, tú, Hija amada con predilección desde siempre por el Padre que ab aeterno te eligió para Madre de su Unigénito, tú, Madre de este Verbo del Padre, que ciertamente te instruyó con sus infinitas y perfectísimas Sabiduría y Doctrina, antes incluso de estar en ti como criatura en formación, o de estar contigo como Hijo que crecía en edad y sabiduría, hasta hacerse Maestro de los maestros. Juan nos lo dijo al día siguiente de la primera, maravillosa predicación y manifestación apostólica, diez días después de la Ascensión de Jesús al Cielo. Tú, por tu parte, sabes, por haberlo visto en el Getsemaní el día de la Ascensión de tu Hijo al Padre y por haberlo sabido a través de Pedro, Juan y otros apóstoles, que yo y Lázaro, inmediatamente después de la Muerte y Resurrección, comenzamos a levantar tapias alrededor de mi huerto que está cerca del Gólgota y en el Getsemaní en el Monte de los Olivos, para que esos lugares, santificados por la Sangre del Mártir divino -Sangre que goteó, ¡ay!, ardiente de fiebre en el Getsemaní y helada y grumosa en mi huerto-, no sean profanados por los enemigos de Jesús. Ahora las obras están ultimadas, y, tanto yo como Lázaro, y con él sus hermanas y los apóstoles -que demasiado dolor sufrirían si no te tuvieran ya aquí-, te decimos: "Establécete en la casa de Jonás y María, los guardianes del Getsemaní".

-¿Y Jonás y María? La casa es pequeña, y yo aprecio la soledad. Siempre la aprecié. Y más la aprecio ahora, porque la necesito para abismarme en Dios, en mi Jesús, para no morir de congoja por no tenerlo ya aquí. Sobre los misterios de Dios, porque Él es ahora Dios más que nunca, no es justo que se pose mirada humana. Mujer yo, Hombre Jesús. Pero nuestra Humanidad fue distinta de todas las otras, tanto por razón de la inmunidad respecto a la culpa -incluso la original-, como por razón de la relación con Dios uno y trino: somos únicos en estas cosas entre todas las criaturas, las pasadas, las presentes y las futuras. Pero el hombre, incluso el mejor y más prudente, es naturalmente, inevitablemente curioso, especialmente si tiene ante sí una manifestación extraordinaria. Y sólo yo y Jesús - mientras estuvo en la Tierra- sabemos qué sufrimiento, qué... sí, incluso vergüenza, incomodidad, tormento, siente uno cuando la curiosidad humana escruta, vigila, espía nuestros secretos con Dios. Es como si nos pusieran desnudos en medio de una plaza. Pensad en mi pasado, considerad que siempre busqué recato, silencio, y que siempre mantuve celados bajo las apariencias de una vida corriente de una pobre mujer, los misterios de Dios en mí. Recordad cómo, por no revelarlos ni siquiera a mi esposo José, por poco no hice de él -justo- un injusto. Sólo la intervención angélica impidió este peligro. Pensad en la vida tan humilde, oculta, corriente, que llevó Jesús durante treinta años. Pensad en su tendencia, ya como Maestro, a apartarse, a aislarse. Debía hacer milagros e instruir, porque así era su misión. Pero, y lo sé por Él mismo, sufría -y éste era uno de los muchos motivos de la gravedad y tristeza que se reflejaban en sus grandes y poderosos ojos-, sufría, decía, por la exaltación de las muchedumbres, por la curiosidad más o menos buena con que observaban todos sus actos. ¡Cuántas veces ordenó a sus discípulos y a los que habían recibido algún milagro: "No digáis lo que habéis visto. No digáis lo que he hecho en vosotros"!... Ahora bien, yo no quisiera que miradas humanas indagaran sobre los misterios de Dios en mí, misterios que no han terminado, no, con el regreso al Cielo de Jesús, mi Hijo y mi Dios, sino que permanecen, y yo diría que incluso aumentan, por bondad suya y para mantenerme viva hasta que llegue la hora, tan deseada por mí, de unirme de nuevo a Él para toda la eternidad. Quisiera sólo a Juan conmigo. Porque es prudente, respetuoso, amoroso conmigo como un segundo Jesús. Pero Jonás y María sabrán...

Lázaro la interrumpe:

-¡Ya está hecho, oh Bendita! Ya hemos pensado en eso. Marcos, hijo de Jonás, se cuenta ahora entre los discípulos. María, su madre, y Jonás, su padre, están ya en Betania.

-¿Pero y el olivar? ¡Tiene mucha necesidad de cuidados! - le responde María.

-¡Sólo en el tiempo de podar, arrejacar y recoger! Pocos días al año, por tanto. Y menos días aún, porque mandaré a mis obreros de Betania junto con Marcos en esos períodos. Tú, Madre, si quieres hacernos felices a mí y a mis hermanas, ven a Betania en estos días, a la casa solitaria del Zelote. Seremos vecinos, pero nuestros *ojos* no serán indiscretos respecto a tus encuentros con Dios.

-¿Pero y la almazara?...

-Ya ha sido transportada a Betania. E1 Getsemaní, completamente tapiado, propiedad aún más reservada de Lázaro de Teófilo, te espera, María. Y te aseguro que los enemigos de Jesús no se atreverán, por temor a Roma, a violar la paz de ese lugar y tuya.

-¡Bueno, siendo así! - exclama María, y aprieta sus manos contra el corazón, y los mira con una cara casi extática de tan beatífica como aparece, con una sonrisa de ángel en sus labios y lágrimas de alegría en sus rubias pestañas. Prosigue:

-¡Yo y Juan! ¡Solos! ¡Nosotros dos solos! ¡Me parecerá estar de nuevo en Nazaret con mi Hijo! ¡Solos! ¡En la paz! ¡En esa paz! ¡En el lugar donde Él, mi Jesús, pronunció tantas palabras y esparció tanto espíritu de paz! En el lugar donde, es verdad, sufrió hasta el punto de sudar sangre y de recibir el supremo sufrimiento moral del beso infame y las primeras...

Un sollozo y un recuerdo dolorosísimo le quiebran la palabra y el rostro, que durante breves momentos, presenta de nuevo la expresión doliente que tenía en los días de la Pasión y Muerte de su Hijo. Luego se repone y dice:

-¡En el lugar desde donde volvió a la infinita paz del Paraíso! Mandaré pronto a María de Alfeo aviso de que guarde mi casita de Nazaret, que tanto quiero porque allí se cumplió el misterio y allí murió mi esposo, ¡tan puro y santo!, y allí creció Jesús. ¡Muy querida por mí! Pero, desde luego, no como estos lugares donde instituyó el Rito de los ritos y se hizo Pan, Sangre, Vida para todos los hombres, y padeció y redimió y fundó su Iglesia y, con su última bendición, quedaron vestidas de bondad y santificadas todas las cosas de la Creación. Me quedaré. Sí. Me quedaré aquí. Iré al Getsemaní. Y desde allí, siguiendo la parte externa de los muros, podré ir al Gólgota, y a tu huerto, José, donde tanto lloré; y podré ir a tu casa, Lázaro, donde siempre recibí, en mi Hijo antes y en mí después, mucho amor. Pero quisiera...

-¿Qué, Bendita? - le preguntan los dos.

-Quisiera poder volver también aquí. Porque, junto con los apóstoles, habíamos pensado, si Lázaro lo permite...

-Todo lo que quieras, Madre. Todo lo mío es tuyo. Antes se lo decía a Jesús, ahora te lo digo a ti. Y soy yo el que recibe una gracia, si aceptas mi don.

-Hijo... deja que te llame así... quisiera que nos concedieras hacer de esta casa, más exactamente: del Cenáculo, el lugar de reunión y ágape fraternos.

-Es justo. En este lugar tu Hijo instituyó el nuevo eterno Rito, constituyó la nueva Iglesia elevando al nuevo Pontificado y Sacerdocio a sus apóstoles y discípulos. Justo es que esa habitación se transforme en el primer templo de la nueva religión. La semilla que mañana será árbol, y luego inmensa floresta; el germen que mañana será organismo vital, completo, y que irá creciendo, sin cesar, en altura, profundidad y anchura, extendiéndose por toda la Tierra. ¿Qué mesa y altar podrán ser más santos que aquellos sobre los que É1 partió el Pan y puso el Cáliz del nuevo Rito, que permanecerá mientras permanezca la Tierra?

-Es verdad, Lázaro. ¿Ves? Por eso estoy cosiendo los manteles puros. Porque yo creo y ninguno creerá con igual fuerza- que el Pan y el Vino son Él, en su Carne y en su Sangre; Carne santísima e inocentísima, Sangre redentora, dados como Alimento y Bebida de Vida para los hombres. ¡Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo os bendigan, oh buenos, sabios, piadosos siempre, para con el Hijo y para con la Madre!

-Entonces, de acuerdo. Toma. Ésta es la llave que abre las distintas cancillas del recinto del Getsemaní. Y ésta es la llave de la casa. Y sé feliz: cuanto Dios te conceda serlo y cuanto nuestro pobre amor quisiera que lo fueras.

José de Arimatea, ahora que Lázaro ha terminado de hablar, dice a su vez:

-Y ésta es la llave del recinto de mi huerto.

-Pero tú... ¡tienes tú todo el derecho a entrar!

-Tengo otra llave, María. El hortelano es un hombre justo, y lo mismo su hijo. A los únicos que podrás encontrar allí será a ellos y a mí. Y seremos todos prudentes y respetuosos.

-Que Dios os bendiga nuevamente - repite María.

-A ti gracias, Madre. Para ti nuestro amor y la paz de Dios, siempre.

Se postran después de este último saludo. Besan de nuevo el extremo de su túnica y se marchan.

Apenas han salido de la casa y ya se oyen los discretos golpes de alguien que llama a la puerta de la habitación en que está María.

-Pasa, pasa - dice María.

Juan no espera a que se lo digan dos veces. Entra y pregunta, un poco inquieto: -¿Qué querían José y Lázaro? ¿Hay algún peligro?

-No, hijo. Es sólo el cumplimiento de un deseo mío. Deseo mío y de otros. Sabes que Pedro y Santiago de Alfeo: el primero, Pontífice; el otro, cabeza de la Iglesia de Jerusalén, se sienten desolados ante la idea de perderme, y asustados por el temor a no saber actuar sin mí. Santiago sobre todo. Ni siquiera la especial aparición de mi Hijo a Él y su elección por voluntad de Jesús lo consuelan y fortalecen. ¡Y también los otros!... Ahora Lázaro satisface este deseo general y nos hace amos del Getsemaní. Yo y tú. Solos allí. Aquí están las llaves. Y ésta es la del huerto de José... Podremos ir al Sepulcro, a Betania, sin pasar por la ciudad... E ir al Gólgota... Y venir aquí siempre que se celebre el ágape fraterno. Todo nos lo conceden Lázaro y José.

-Son dos verdaderos justos. Lázaro recibió mucho de Jesús. Es verdad. Pero, antes de recibir incluso, siempre dio todo a Jesús. ¿Estás contenta, Madre?

-Sí, Juan. ¡Mucho! Viviré hasta que Dios quiera, asistiendo a Pedro y a Santiago y a todos vosotros, y ayudaré a los primeros cristianos en todos los modos. Si los judíos, los fariseos y los sacerdotes no se comportan como fieras también conmigo, como con mi Hijo, podré exhalar mi espíritu donde Él ascendió al Padre.

-Ascenderás tú también, Madre.

-No. No soy Jesús. Nací humanamente.

-Pero sin mancha original. Yo soy un pobre pescador ignorante. No sé de doctrinas ni de escrituras sino lo que me enseñó el Maestro. Pero soy como un niño, porque soy puro. Y por esto, quizás, sé más que los rabíes de Israel; porque, Él lo dijo, Dios esconde las cosas a los sabios y las revela a los pequeños, a los puros. Y por esto pienso -mejor dicho: siento- que tu destino será el que habría tenido Eva si no hubiera pecado. Y más todavía, porque tú no has sido esposa de un Adán-hombre, sino de Dios, para dar a la Tierra al nuevo Adán fiel a la Gracia. El Creador, cuando creó a los Primeros Padres, no los destinó a la muerte (o sea, a la corrupción del más perfecto cuerpo por Él creado, y al que hizo el más noble de todos los cuerpos dotándolo de alma espiritual y de los dones gratuitos de Dios, por lo que podían llamarse "hijos adoptivos de Dios"), sino que quería para ellos solamente un paso del Paraíso terrenal al celestial. Ahora bien, tú no has tenido nunca mancha de pecado alguno en tu alma. Ni siquiera ese grande, común pecado, herencia de Adán para todos los humanos, te alcanzó a ti, porque Dios te preservó de él por singular, único, privilegio, habiendo sido tú, desde siempre, destinada a ser el Arca del Verbo. Y el Arca, incluso esa Arca que, ¡ay!, no contiene sino cosas frías, áridas, muertas (porque, en verdad, el pueblo de Dios no las pone en práctica como debería), es, y debe ser, siempre purísima. El Arca, sí. ¿Pero quién, entre los que a ella se acercan, Pontífice y Sacerdotes, lo son realmente como lo eres tú? Ninguno. Por esto yo siento que tú, segunda Eva y Eva fiel a la Gracia, no conocerás la muerte.

-Mi Hijo, segundo Adán, la Gracia misma, obediente siempre al Padre, a mí, en modo perfecto, murió. ¡Y con qué muerte!

-Había venido para ser el Redentor, Madre. Dejó al Padre, dejó el Cielo, para tomar una Carne, para redimir, con su Sacrificio, a los hombres y devolverles la Gracia, y así elevarlos de nuevo al grado de hijos adoptivos de Dios, herederos del Cielo. Él debía morir. Y murió con su Humanidad santísima. Y tú moriste en el corazón viendo su suplicio atroz y su Muerte. Has padecido ya todo para ser redentora con Él. Yo soy un pobre ignorante, pero siento que tú, Arca verdadera del verdadero, viviente Dios, no serás, no puedes ser, corruptible. De la misma manera que la nube de fuego *(Éxodo 13, 21-22; Números 9, 15-23)* protegió y dirigió al Arca de Moisés hacia la Tierra prometida, el Fuego de Dios te atraerá a su Centro. Como la caña de Aarón *(Números 17, 23-26)* no se secó, no murió, más, al contrario, a pesar de haber sido separada del árbol, echó yemas, hojas y frutos, y vivió en el Tabernáculo, así tú, elegida de Dios entre todas las mujeres que habitaron y habitarán la Tierra, tampoco morirás como una planta que se seca, sino que en el eterno Tabernáculo de los Cielos vivirás eternamente con la totalidad de ti misma. Como las aguas del Jordán *(Josué 3, 14-17)* se abrieron para dejar pasar al Arca y a sus portadores y al pueblo todo, en tiempos de Josué, así para ti se abrirán las barreras que el pecado de Adán ha puesto entre Tierra y Cielo, y pasarás de este mundo al Cielo eterno. Estoy seguro de ello. Porque Dios es justo. Y para ti permanece el decreto emanado de É1 para quien no tiene ni pecado hereditario ni pecado voluntario en el alma.

-¿Te ha revelado esto Jesús?

-No, Madre. Me lo dice el Espíritu Paráclito, Aquel de quien el Maestro nos anunció que nos revelaría las cosas futuras y toda verdad. El Consolador ya me lo dice, en el espíritu, para hacerme menos amargo el pensamiento de perderte, oh Madre bendita a la que amo tanto como a la mía y más, por todo lo que sufriste, por lo buena y santa que eres, sólo inferior al Hijo tuyo santísimo entre todos los santos presentes y futuros. La Santa más grande.

Y Juan, conmovido, se postra venerándola.

## 643

## María Stma. y Juan en los lugares de la Pasión.

Rompe el alba. Es una clara alba de verano. María, junto con el fiel Juan, sale de la casita del Getsemaní y camina con paso diligente por el olivar silencioso y desierto. Sólo algún canto de pájaro y el piar de los polluelos en los nidos rompen el gran silencio del lugar.

María se dirige, con paso seguro, hacia la roca de la Agonía. Se arrodilla contra ella, pone su beso en los lugares donde algunas estrechas fisuras de la roca muestran todavía huellas de color rojo-óxido, vestigios de la Sangre de Jesús que penetró en las fisuras y allí se coaguló; las acaricia como si acariciara todavía a su Hijo o a una parte de Él. Juan, detrás de Ella, en pie, la observa y llora en silencio, secándose rápidamente los ojos cuando María hace ademán de alzarse; es más, la ayuda a levantarse, y lo hace con gran amor, veneración y piedad.

María ahora baja hacia la explanada donde fue apresado Jesús. También ahí se arrodilla, y se agacha para besar la tierra. Pero antes le ha preguntado a Juan:

-¿Es justo éste el sitio del beso horrendo e infame que contaminó este lugar más que lo que ensució el Paraíso terrenal el coloquio sucio y corruptor de la serpiente con Eva?

Luego se levanta y dice:

-Pero yo no soy Eva. Yo soy la Mujer del Ave. He trocado las cosas. Eva arrojó al sucio barro lo que era cosa del Cielo; yo he aceptado todo: incomprensiones, críticas, sospechas, dolores -¡cuántos dolores y de cuántas clases antes del dolor supremo!- para sacar del sucio barro aquello que Eva y Adán a él habían arrojado, y levantarlo de nuevo hacia el Cielo. A mí no me ha podido hablar el demonio, aunque lo haya intentado, como lo intentó con el Hijo mío para destruir definitivamente el plan

redentor. Conmigo no pudo hablar porque cerré los oídos a su voz y los ojos a su vista, y, sobre todo, cerré mi corazón y mi espíritu contra todo asalto de lo que no era santo y puro. Mi yo límpido, pero resistente a toda melladura, como puro diamante, se abrió sólo al Ángel anunciador. Mis oídos escucharon sólo esa voz espiritual, y así he reparado, reedificado aquello que Eva había lesionado y destruido. Soy la Mujer del Ave y del Fiat. He restablecido el orden que Eva había trastornado. Y ahora puedo borrar y lavar con mi beso y mi llanto la huella de ese beso maldito y de ese emponzoñamiento, el mayor de todos, porque no fue obra de una criatura hacia otra, sino de una criatura hacia su Maestro y Amigo, hacia su Creador y Dios.

Luego se dirige a la cancilla. Juan abre. Salen juntos del Getsemaní. Bajan al Cedrón, cruzan el puentecillo, y también allí María se arrodilla para besar el rústico guardalado del puente, en el punto en que contra él cayó su Hijo. Dice:

-Me es sagrado todo lugar donde Él padeció los supremos dolores y ultrajes. Quisiera tener todo en mi casa. ¡Pero no todo se puede tener!

Suspira. Luego añade:

-Vamos rápidamente. Antes de que la gente se ponga en movimiento.

Y, junto con Juan, reanuda el camino.

No entra en la ciudad. Bordea el Valle de Hinnón y las cavernas donde viven los leprosos. Alza los ojos hacia esos antros de dolor. Hace una seña a Juan, quien inmediatamente dispone encima de una piedra unos alimentos que llevaba en una bolsa mientras lanza un grito de llamada. Algunos leprosos se asoman y se acercan a la piedra. Dan las gracias, pero ninguno pide curación. María observa esto y dice:

-Saben que Él ya no está, y, como están profundamente perturbados por su horrenda Muerte, ya no saben tener fe en Él y en sus discípulos. ¡Dos veces desdichados! ¡Dos veces leprosos! ¿Dos? No, totalmente desdichados, leprosos, muertos. En la Tierra y en el otro mundo.

-¿Quieres que intente hablar con ellos, Madre?

-¡Es inútil! Lo intentaron Pedro, Judas de Alfeo, Simón Zelote... Y se burlaron de ellos. Vino María de Lázaro, que siempre los socorre en memoria de Jesús, y también se rieron de ella. También vino Lázaro, con José y Nicodemo, para, hablándoles de su resurrección por obra de Jesús después de cuatro días de sepulcro, y de la del Hombre Dios por su propio poder, y de la Ascensión de Jesús, convencerlos de que Él era el Cristo. Fue todo inútil. Respondieron: "Son mentiras. Los que saben la verdad dicen que son mentiras".

-Y estos últimos son los fariseos y los sacerdotes, seguro. Son ellos los que trabajan para destruir la fe en Él. ¡Estoy seguro de que son ellos!

-Puede ser, Juan. Lo cierto es que los leprosos que no se convirtieron antes, ni siquiera ante los milagros de Jesús, ya no se convertirán. Nunca. Son signo y símbolo de todos los que, a lo largo de los siglos, no se convertirán al Cristo y serán, por libre voluntad, leprosos de pecado y estarán muertos a la Gracia que es Vida; símbolo de todos aquellos por los que Él inútilmente murió... ¡y de esa manera!... - y llora, serenamente, sin sollozos, pero con verdadero caudal de lágrimas.

Juan, cuando María, para esconder su llanto a unas personas que pasan y que la observan, se cubre el rostro con su velo, la toma de un brazo, y, mientras amorosamente la guía, le dice:

-Tu llanto, tu oración, tu... vuestro... amor por todos los hombres (vuestro, porque tu amor es activo como lo es -perfectamente activo- el de Jesús glorioso en el Cielo), vuestro dolor (el tuyo, por la sordera de los hombres; el suyo, por la obstinación de demasiados en pecar), no puede no dar fruto. ¡Mantén la esperanza, Madre! Mucho dolor te han dado y te darán todavía los hombres, pero también amor y alegría. ¿Quién no te querrá cuando sepa de ti? Ahora estás aquí, ignorada por el mundo, desconocida. Pero cuando la Tierra sepa, porque se haya hecho cristiana, ¡cuánto amor recibirás! Estoy seguro de ello, Madre santa.

Ya está cerca el Gólgota, y más cerca todavía el huerto de José. Llegan a éste, pero María no entra. Va primero al Gólgota. Y en los puntos que presenciaron especiales episodios durante la Pasión, o sea, en los lugares de las caídas, del encuentro con Nique y con Ella misma, se arrodilla y besa el suelo.

Llegada a la cima, sus besos se hacen más numerosos en el lugar de la Crucifixión. Besos y lágrimas -los primeros, casi convulsos; las lágrimas, serenas, pero cuantiosas como cerrada lluvia- caen en la tierra amarillenta (mojada ahora, más nítido ahora su color amarilloso).

Una plantita ha nacido justo donde la tierra fue removida para hincar la Cruz; una humilde plantita de prado, de hojas en forma de corazón y florecillas rojas como rubíes. María la mira, piensa, luego la saca delicadamente del suelo, junto con un poco de tierra, y la pone en el vuelo de su manto, y dice a Juan:

-La voy a poner en un tiesto. Parece sangre de Él y ha nacido en la tierra teñida de rojo por su Sangre. Es una semilla traída, sin duda, por el torbellino de aquel día, una semilla venida aquí -a saber de dónde- y que cayó aquí - a saber por qué- y echó raíces en la tierra fecundada por esa Sangre. ¡Ah, si esto sucediera con todas las almas! ¿Por qué la mayor parte de ellas es más reticente que la árida y maldita tierra del Gólgota, lugar de suplicio para ladrones y homicidas? ¿Maldita? No. Él ha santificado esta tierra. Los que están bajo la maldición de Dios son aquellos que hicieron de este collado el lugar del más horrendo, injusto, sacrílego delito que jamás tendrá la Tierra.

Ahora los sollozos se unen a las lágrimas.

Juan ciñe con un brazo sus hombros para hacerle sentir todo su amor, y la convence para que se marche de ese lugar demasiado doloroso para Ella.

Bajan de nuevo hasta el pie del collado. Entran en el huerto de José. El Sepulcro muestra su interior por la amplia boca, que ya no está cerrada por la piedra, yacente ahora, volcada en el suelo, entre la hierba. El interior está vacío. Ausente toda huella del Depósito y de la Resurrección. Parece un sepulcro nunca usado.

María besa la piedra de la Unción, acaricia con la mirada las paredes. Luego solicita de Juan:

-Repíteme otra vez cómo encontraste las cosas aquí, cuando, con Pedro, viniste a este lugar durante el alba de la Resurrección.

Y Juan vuelve a describir -moviéndose a un lado o a otro, saliendo del Sepulcro y entrando en él- cómo estaban las cosas, y qué hicieron él y Pedro; y concluye:

-Hubiéramos debido retirar los paños. Pero estábamos tan impresionados por todos los acontecimientos de esos días, que no recapacitamos. Cuando volvimos aquí, ya no estaban.

-Los cogerían los del Templo para profanarlos - le interrumpe, llorando, María, que concluye:

-Tampoco María Magdalena pensó que convenía retirarlos para dármelos. Ella también estaba demasiado turbada.

-¿El Templo? No. Pienso que quizás los cogería José.

-Me lo habría dicho... ¡Oh, para un último desprecio los habrán cogido los enemigos de Jesús! - gime María.

-No llores, no sufras ya más. Jesús ya está en la gloria, en el amor perfecto e infinito; el odio y los desprecios ya no le pueden alcanzar.

-Es verdad. Pero esos paños...

-Te causarían dolor, como te lo causa el primer lienzo, que no te atreves a abrir porque además de los vestigios de su Sangre contiene también los de las cosas inmundas que arrojaron contra su Cuerpo Santísimo.

-Ése, sí. Pero estos, no: absorbieron todo lo que rezumó de É1 cuando ya no sufría... ¡Oh, no puedes comprender!

-Comprendo, Madre. Pero no creía que tú -que, sin duda, no estás separada de Él-Dios como nosotros, y menos aún como los que simplemente creen en Él- sintieras tan fuerte el deseo, es más: la necesidad, de tener algo de Él como Hombre torturado. Perdona mi necedad. Ven... Volveremos otras veces. Ahora vámonos, porque el sol se va alzando y cada vez es más fuerte, y el camino es largo para nosotros, que tenemos que evitar la ciudad.

Salen del Sepulcro y del huerto; luego, por el mismo camino recorrido para ir allí, regresan al Getsemaní. María anda a buen paso y silenciosa, recogida toda en su manto. Sólo una reacción, de repulsa y horror: cuando pasa cerca del olivo donde se ahorcó Judas y cerca de la casa de campo de Caifás, y susurra:

-Aquí llevó a cabo su condenación de impenitente desesperado, y allí perpetró la horrenda transacción.

## 644

## Institución del "domingo". Gradual conversión de Gamaliel. Las dos sábanas.

Es de noche. La Luna, en su plenitud, ilumina con su luz argéntea todo el Getsemaní y la casita de María y Juan. Todo calla; incluso el Cedrón, reducido a un hilo de agua.

De repente, un roce de sandalias pone su rumor en medio de este gran silencio, y se hace cada vez más nítido y cercano, y con él el bisbiseo de algunas voces masculinas y profundas. Luego aparecen, saliendo de detrás del enredo de las frondas, tres personas, que se dirigen hacia la casita. Llaman a la puerta cerrada.

Una lámpara se enciende. Una pequeña luz se filtra por una rendija de la puerta. Una mano abre. Una cabeza se asoma. Una voz - la de Juan- pregunta:

-¿Quiénes sois?

-José de Arimatea. Y conmigo están Nicodemo y Lázaro. La hora es indiscreta, pero nos la impone la prudencia. Traemos a María una cosa, y Lázaro nos escolta.

-Entrad. Voy a llamarla. No duerme. Está orando arriba, en su habitación de la terraza. ¡Le gusta mucho! - dice Juan, y sube rápidamente por la pequeña escalera que lleva a la terraza y a la habitación.

Los tres, que se han quedado en la cocina, hablan en tono bajo, a la luz de la lamparita, agrupados junto a la mesa, todavía bien cubiertos con su manto (excepto la cabeza, que se la han descubierto).

Juan entra con María, la cual saluda a los tres diciendo:

-La paz a vosotros todos.

-Y a ti, María - le responden los tres haciendo una reverencia.

-¿Hay algún peligro? ¿Ha sucedido algo a los siervos de Jesús?

-Nada, Mujer. Somos nosotros los que hemos decidido venir para darte -ahora lo sabemos con certeza, pero ya lo presentíamos-una cosa que deseabas tener. No hemos venido antes porque había contraste de ideas entre nosotros, y también entre nosotros y María de Lázaro. Marta no se ha expresado al respecto. Se ha limitado a decir: "El Señor, o directamente o inspirando a otros para que hablen, os dirá lo que ha de hacerse". Y, en verdad, se nos ha dicho qué debíamos hacer. Y hemos venido por esto - explica José.

-¿Os ha hablado el Señor? ¿Habéis recibido una visita suya?

-No, Madre. Ninguna otra vez, después de su subida al Cielo. Primero, sí. Se nos apareció, ya te lo dijimos, en modo sobrenatural, después de la Resurrección, en mi casa. Aquel día se apareció a muchos, simultáneamente, para testimoniar su Divinidad y Resurrección. Luego, estando todavía entre los hombres, lo vimos, pero ya no en modo sobrenatural, sino como lo vieron los apóstoles y los discípulos - le responde Nicodemo.

-¿Y entonces cómo os indicó lo que habíais de hacer?

-Por boca de uno de sus predilectos y sucesores.

-¿Pedro? No creo. Está todavía demasiado asustado, por el pasado y por su nueva misión.

-No, María, no ha sido Pedro. Aunque la verdad es que cada día está más seguro, y, ahora que sabe a qué finalidad ha destinado Lázaro la casa del Cenáculo, ha decidido empezar los ágapes ordinarios y celebrar los misterios ordinarios el día siguiente a cada sábado; porque dice que ahora el día del Señor es ése, pues en ese día Él resucitó y se apareció a muchos para confirmarlos en la fe respecto a su Naturaleza eterna de Dios. Ya no hay sábado, en el sentido hebreo, quizás de "Shabahót"; ya no hay sábado, porque para los cristianos ya no hay sinagoga, sino Iglesia, como habían predicho lc profetas. Pero sí existe, y siempre existirá, el día del Señor, en memoria del Hombre-Dios, del Maestro, Fundador, Pontífice eterno después de haber sido Redentor, de la Iglesia cristiana. A partir pues, del día siguiente al próximo sábado, tendrán lugar los ágapes entre los cristianos, que serán muchos, en la casa del Cenáculo. Esto no hubiera sido posible antes, tanto por el livor de los fariseos, sacerdotes, saduceos y escribas, como por la momentánea dispersión de muchos seguidores de Jesús, que se han visto zarandeados en su fe en Él y han sentido miedo del odio judío. Pero ya estos que odian están menos atentos, bien por miedo a Roma, que ha censurado el comportamiento del Procónsul y de la multitud, bien porque cree terminada la "exaltación de los fanáticos" -así definen ellos 1a fe de los cristianos en Cristo- por la momentánea dispersión de los fíeles que bien poco ha durado en verdad y ya ha terminado, porque toda las ovejas han vuelto al Redil del verdadero Pastor; están menos atentos e incluso yo diría que se desinteresan, juzgándola cosa muerta, acabada. Y ello permite que nos reunamos para los ágapes. Nosotros queremos que tú puedas, ya para el primero de los ágapes, tener este recuerdo de Él para poder mostrárselo a los fieles y confirmarlos en la fe, y sin que te aflija demasiado.

Y José le entrega un voluminoso rollo que, envuelto en un paño oscuro, había tenido hasta ese momento escondido bajo su manto.

-¿Qué es? - pregunta María palideciendo - ¿Acaso sus vestiduras? La túnica que le hice yo para... ¡oh!... - llora.

-Ésas a *ningún* precio las hemos encontrado. ¿Quién sabe cómo y dónde han acabado? - responde Lázaro. Y añade: «

-Pero también éste es un vestido suyo. Su última vestidura. Es la sábana limpia en que fue envuelto el Purísimo después de la tortura y la purificación - aunque fuera rápida y relativa- de sus miembros ensuciados por sus enemigos, y después del embalsamamiento sumario. José, cuando Él resucitó, retiró las dos del Sepulcro y las trajo a nuestra casa a Betania, para impedir escarnios sacrílegos contra ellas. Cuando se trata de la casa de Lázaro, no se atreven mucho los enemigos de Jesús; y menos que nunca desde que saben que Roma censuró la acción de Poncio Pilato. Luego, pasado el primer tiempo, el más peligroso, te dimos a ti la primera sábana, y Nicodemo tomó la otra y la llevó a la casa que tiene en el campo.

-La verdad, Lázaro, es que eran de José - observa María.

-Es verdad, Mujer. Pero la casa de Nicodemo está fuera de la ciudad, y por eso llama menos la atención y es más segura por muchos motivos - le responde José.

-Sí, especialmente desde que Gamaliel, junto con su hijo, va allí asiduamente - añade Nicodemo.

-¿¡Gamaliel!? - dice María con gran estupor.

Lázaro no puede contener una sonrisa sarcástica mientras le responde:

-Sí. La señal, la famosa señal que esperaba para creer que Jesús era el Mesías, ya le ha hecho reaccionar. No se puede negar que la señal fue de tal magnitud, que podía quebrar hasta las cabezas y los corazones más reacios a rendirse. Y Gamaliel fue sacudido, zarandeado, derribado -más que las casas que se derrumbaron el día de la Parasceve cuando parecía que el mundo fuera a perecer junto con la Gran Víctima-. El remordimiento lo ha dejado más desgarrado que lo que quedó el velo del Templo: el remordimiento de no haber comprendido nunca a Jesús en lo que realmente Él era. El sepulcro cerrado de su espíritu de viejo, terco hebreo se abrió como las tumbas que dejaron aparecer a los cuerpos de los justos, y ahora busca afanosamente verdad, luz, perdón, vida. La nueva vida, la que sólo por Jesús y en Jesús se puede tener. ¡Oh, mucho tendrá que trabajar todavía para liberar totalmente a su yo viejo de las hacinas de su pasado modo de pensar! Pero lo logrará. Gamaliel busca paz, perdón y conocimiento: paz para sus remordimientos y perdón respecto a sus obstinaciones; y el conocimiento completo de Aquel al que, cuando pudo hacerlo, no quiso conocer completamente. Y busca a Nicodemo para llegar a esa meta que -ya sí- se ha propuesto alcanzar.

-Nicodemo, ¿estás seguro de que no te va a traicionar? - pregunta María.

-No. No me traicionará. En el fondo es un justo. Recuerda que se atrevió a imponerse al Sanedrín, durante el infame proceso, y que, abiertamente mostró su desdén y desprecio contra los jueces injustos, yéndose y mandando a su hijo que se marchara también para no ser cómplice, ni siquiera con una pasiva presencia, de aquel supremo delito. Esto por lo que respecta a Gamaliel. Respecto a las sábanas, he pensado -total... ya no soy hebreo y, por tanto, no estoy ya sujeto a la prohibición del Deuteronomio acerca de las esculturas y obras de fundición- hacer, en la manera en que sé hacerlo, una estatua de Jesús crucificado -usaré uno de mis gigantescos cedros del Líbano-, y he pensado esconder dentro una de las sábanas, la primera, si tú, Madre, nos la concedes. Para ti sería siempre un dolor demasiado grande el verla, porque en ella se ven las inmundicias que Israel sacrílegamente arrojó contra el Hijo de su Dios. Además, claro, por los movimientos de la bajada del Gólgota, movimientos que zarandearon continuamente el Cuerpo martirizado, la imagen está tan borrosa, que es difícil distinguirla. Pero yo hacia esa tela, por contener sangre y sudor suyos, siento una entrañable estima; me resulta sagrada, aunque la efigie esté borrosa y ella misma esté manchada. Escondida dentro de esa escultura estará en salvo, porque ningún israelita de las altas castas osará jamás tocar una escultura. Pero la otra, la segunda sábana que estuvo en contacto con Él desde el atardecer de Parasceve hasta la aurora de la Resurrección, debe venir a ti. Y -te aviso para que no te impresiones demasiado al verla- te digo que a medida que han ido pasando los días, en ella ha ido apareciendo cada vez más nítidamente la figura de Jesús, como estaba después del lavacro. Cuando la retiramos del Sepulcro, parecía que simplemente conservaba la huella de sus miembros cubiertos por los óleos y, mezclados con los óleos, sangre y suero manados de sus muchas heridas. Pero, o por un proceso natural o -lo cual es mucho más cierto- por voluntad sobrenatural, por un milagro que Él ha hecho para darte alegría a ti, a medida que el tiempo ha

ido pasando esa impronta se ha ido haciendo más clara y precisa. Él está allí, en esa tela, hermoso, majestuoso, a pesar de estar herido, y está sereno, pacífico, aun después de tantas torturas. ¿Tienes valor para verlo?

-¡Nicodemo! ¡Pero si éste era mi supremo deseo! Dices que aparece con un aspecto pacificado... ¡Oh, poder verlo así, no con esa expresión torturada que hay en el velo de Nique! - responde María uniendo sus manos sobre el corazón.

Entonces los cuatro corren la mesa para disponer de más espacio. Luego -Lázaro y Juan en un lado, Nicodemo y José en el otro lado-, lentamente, desenrollan el largo lienzo. Aparece primero la parte dorsal, empezando por los pies; luego, después de la casi yuxtaposición de las cabezas, la frontal. Las líneas están bien claras, y las señales, todas las señales, de la flagelación, coronación de espinas, roce de la cruz, contusiones de golpes recibidos y caídas sufridas, y las heridas de los clavos y de la lanza.

María cae de rodillas, besa el lienzo, acaricia esas impresiones, besa las heridas. Está angustiada, pero también visiblemente contenta de poder tener esa sobrenatural, milagrosa efigie de Él.

Acabado su acto de veneración, se vuelve y dice a Juan, el cual, obligado como está a sujetar un ángulo del lienzo, no puede estar a su lado:

-Has sido tú el que se lo ha dicho a ellos, Juan; sólo tú podías decírselo, porque sólo tú conocías este deseo mío.

-Sí, Madre. He sido yo. Y ni siquiera había acabado de manifestarles este deseo tuyo y ya ellos habían asentido. Pero han tenido que esperar el momento propicio para hacerlo...

-O sea, una noche clarísima. Para poder venir sin antorchas ni lámparas. Y un período sin solemnidades que reúnan aquí, en Jerusalén y en los lugares cercanos, a gente común e ilustre. Ello por prudencia... - explica Nicodemo.

-Y yo he venido con ellos para mayor seguridad. Como dueño del Getsemaní, me estaba permitido venir a ver el lugar sin que ello llamara la atención de algún... encargado de vigilar todo y a todos - termina Lázaro.

-Dios os bendiga a todos. Pero vosotros habéis pagado las sábanas... Y no es justo...

-Es justo, Madre. Yo de Cristo, tu Hijo, he recibido un don que ninguna moneda concede: volver a vivir después de cuatro días de sepulcro, y, antes, la conversión de mi hermana María. José y Nicodemo han recibido de Jesús la Luz, la Verdad, la Vida que no muere. Y tú... tú, con tu dolor de Madre y tu amor de Madre santísima hacia todos los hombres, has comprado no un lienzo sino todo el mundo cristiano, que será cada vez más grande, para Dios. No hay moneda que pueda compensarte por lo que has dado. Toma esto, al menos. Es tuyo. Es justo que así sea. También María, mi hermana, piensa lo mismo; siempre lo ha pensado, desde el momento en que resucitó, y más desde que te dejó para subir al Padre - le responde Lázaro.

-Pues así sea. Voy por la otra. Efectivamente, me causa mucho dolor verla... Ésta es distinta. ¡Ésta da paz! Porque Él aquí está sereno, ya en paz. Parece sentir ya, en su sueño mortal, la Vida que vuelve y la gloria que nadie, nunca, podrá dañar ni abatir. Ahora ya no deseo nada, si no es unirme de nuevo a Él; pero ello se producirá cuando y en el modo en que Dios tiene dispuesto. Ahora me marcho. Que Dios os dé el céntuplo de la alegría que me habéis dado.

Toma con reverencia la sábana -los cuatro la han vuelto a plegar-, sale de la cocina, sube rápida la escalera... Y pronto vuelve a bajar y entra con la primera sábana, que entrega a Nicodemo, quien le dice:

-Que Dios te dé gracia, Mujer. Ahora nos marchamos, porque el alba se acerca y conviene estar en casa antes de que su luz surja y la gente salga de las casas.

Los tres la veneran antes de salir, y luego, con paso rápido, por el mismo camino que fueron, se dirigen hacia una de las cancillas del Getsemaní, la más cercana al camino que conduce a Betania.

María y Juan aguardan en la puerta de la casita hasta que ven que desaparecen, luego vuelven a la cocina y cierran la puerta hablando en tono bajo entre ellos.

## 645

## El proceso y la lapidación de Esteban. Los caminos opuestos de Saulo y Gamaliel hacia la santidad.

Es la sala del Sanedrín, igual, en cuanto a la disposición de los objetos y a las personas, que la noche del jueves al viernes, durante el proceso de Jesús. El Sumo Sacerdote y los otros están en sus escaños. En el centro, delante del Sumo Sacerdote, en el espacio vacío donde, durante el proceso, estaba Jesús, está ahora Esteban.

Debe haber hablado ya *(como en Hechos 6, 8-15; 7, 1-54)*, confesando su fe y dando testimonio de la verdadera Naturaleza de Cristo y de su Iglesia; en efecto, el tumulto ha alcanzado su punto álgido, un tumulto que, en su violencia, es enteramente similar al que hervía contra Cristo en la noche fatal de la traición y el deicidio. Puñetazos, maldiciones, blasfemias horribles lanzan contra el diácono Esteban, quien, como efecto de los brutales golpes, se tambalea y vacila, mientras, ferozmente, le dan tirones hacia uno u otro lado.

Pero él conserva su calma y dignidad. Es más, no sólo se muestra sereno y digno, sino que se le ve incluso beatífico, casi extático. Sin tener en cuenta los esputos que resbalan por su rostro, ni la sangre que desciende de su nariz, violentamente golpeada, alza en un determinado momento su rostro inspirado y su mirada luminosa y risueña para centrarse en una visión que sólo él conoce. Abre luego en cruz los brazos, los alza y los extiende hacia arriba, como para abrazar a lo que ve. Luego cae de rodillas exclamando:

-¡Veo abierto el Cielo, y, a la derecha de Dios, al Hijo del Hombre, a Jesús, al Cristo de Dios, a quien vosotros habéis matado!

Entonces el tumulto pierde ese mínimo de humanidad y legalidad que todavía conservaba y, con la furia de una jauría de lobos, de chacales, de fieras hidrófobas, todos se lanzan sobre el diácono: le muerden, lo pisotean, lo agarran, lo levantan tirándole del pelo, lo arrastran, haciéndole caer otra vez, poniendo a la furia el obstáculo de la propia furia (porque, en medio

del tumulto, los que tratan de arrastrar hacia afuera al mártir se ven obstaculizados por los que tiran en la otra dirección para golpearle, para pisotearlo de nuevo).

Entre los furiosos más furiosos hay un joven bajo y feo al que llaman Saulo; la ferocidad de su rostro es indescriptible.

En un rincón de la sala está Gamaliel, que en ningún momento ha tomado parte en el tumulto y que en ningún momento ha dirigido la palabra a Esteban ni a ninguno de los poderosos. Su desdén por la escena injusta y bestial es bien visible. En otro rincón, también con expresión de desdén y sin participar ni en el proceso ni en la agitación, está Nicodemo, mirando a Gamaliel, cuyo rostro tiene una expresión más clara que cualquier palabra. Pero, de repente -exactamente cuando ve, por tercera vez, levantar a Esteban por los cabellos-, Gamaliel se envuelve en su amplísimo manto y se dirige hacia una salida opuesta a aquella hacia la cual están arrastrando al diácono.

El acto no le pasa desapercibido a Saulo, que grita:

-Rabí, ¿te marchas?

Gamaliel no responde.

Saulo, temiendo que Gamaliel no haya entendido que la pregunta iba dirigida a él, repite y especifica:

-Rabí Gamaliel, ¿te abstraes de este juicio?

Gamaliel se vuelve rígidamente, con una mirada tan desdeñosa, pundonorosa y glacial, que causa terror; responde solamente: «Sí». Pero es un "sí" que dice más que un largo discurso.

Saulo comprende todo lo que hay en ese "si" y, apartándose de la jauría sanguinaria, corre adonde Gamaliel. Lo alcanza, lo para, le dice:

-¿No querrás decirme, oh Rabí, que desapruebas nuestra condena?

Gamaliel no lo mira y tampoco le responde.

Saulo insiste:

-Ese hombre es doblemente culpable, por haber renegado de la Ley, siguiendo a un samaritano poseído por Belcebú, y por haberlo hecho después de haber sido tu discípulo.

Gamaliel sigue sin mirarlo y guardando silencio.

Saulo entonces pregunta:

-¿No serás tú, también tú, seguidor de ese malhechor llamado Jesús, no?

Gamaliel esta vez habla. Dice:

-No lo soy todavía. Pero, si Él era el que decía ser -y, en verdad, hay muchas cosas que demuestran que lo era-, ruego a Dios venir a serlo.

-¡Horror! - grita Saulo.

-Ningún horror. Tenemos una inteligencia para usarla, y una libertad para aplicarla. Que cada uno, pues, las use según la libertad que Dios ha dado a cada hombre y según la luz que ha puesto en el corazón de cada uno. Los justos, antes o después, usarán estos dos dones de Dios en el bien, y los malos en el mal.

Y se marcha en dirección al patio donde está el gazofilacio, y va a apoyarse en la columna en que Jesús se apoyó cuando habló a la pobre viuda que da al Tesoro del Templo todo lo que tiene: dos monedas de escaso valor.

Lleva poco tiempo allí, y otra vez llega Saulo y se le planta delante. El contraste entre los dos es fortísimo.

Gamaliel es alto, de noble compostura, de hermosas facciones fuertemente semíticas: tiene frente alta; ojos negrísimos inteligentes, penetrantes, largos, y muy hundidos bajo las cejas tupidas y derechas a ambos lados de la nariz también derecha, larga y delgada, que recuerda un poco a la nariz de Jesús. También el color de la piel, y la boca de delgados labios, recuerdan a Cristo; pero Gamaliel tiene la barba y el bigote --en el pasado negrísimos- ahora muy entrecanos, y más largos.

Saulo, sin embargo, es bajo, toroso, casi raquítico: sus piernas son cortas y gruesas, un poco divergentes en las rodillas, que se ven bien porque se ha quitado el manto y lleva sólo una túnica corta, grisácea, como vestido; sus brazos, como las piernas, son cortos y fornidos; su cuello, corto y toroso, sujeta una cabeza gruesa, morena, con cabellos cortos e híspidos; tiene orejas más bien salientes, nariz chata, labios gruesos, pómulos altos y gruesos, frente convexa, ojos oscuros, más bien overos, de ninguna manera dulces ni mansos, pero muy inteligentes, bajo cejas muy arqueadas, tupidas y enredadas; sus mejillas están cubiertas por una barba híspida, como los cabellos, y tupidísima, pero que mantiene corta. Quizás por causa de ser muy corto el cuello, parece levemente cargado de espaldas, o de espalda corva.

Durante unos momentos, guarda silencio, mirando fijamente a Gamaliel. Luego le dice algo en voz baja.

Gamaliel le responde, con voz bien clara y fuerte:

-No apruebo la violencia. Por ningún motivo. De mí nunca recibirás la aprobación para ningún plan violento. Esto lo dije incluso públicamente, a todo el Sanedrín, cuando apresaron por segunda vez a Pedro y a los otros apóstoles y los condujeron ante el Sanedrín para ser juzgados. Y repito lo mismo: "Si es proyecto y obra de los hombres, perecerá por sí solo; si es de Dios, no podrá ser destruido por los hombres, sino que, al contrario, los hombres podrán ser castigados por Dios". Recuérdalo.

-¿Tú, el mayor de los rabíes de Israel, eres protector de estos blasfemos seguidores del Nazareno?

-Soy protector de la justicia. Y la justicia enseña a juzgar con justicia y cautela. Te repito que si esto viene de Dios resistirá; si no, caerá por sí solo. Pero yo no quiero mancharme las manos con una sangre que no sé si merece la muerte.

-Tú, tú, fariseo y doctor, ¿dices eso? ¿No temes al Altísimo?

-Más que tú. Pero yo pienso. Y recuerdo... Tú eras sólo un niño, aún no eras hijo de la Ley, y yo ya enseñaba en este Templo con el rabí más sabio de este tiempo... y con otros, sabios pero no justos. Nuestra sabiduría recibió, dentro de estos muros, una lección que nos hizo pensar durante todo el resto de la vida. Los ojos del más sabio y justo de nuestro tiempo se cerraron con el recuerdo de aquel momento, y su mente se extinguió estudiando aquellas verdades oídas de labios de un niño que se revelaba a los hombres, especialmente a los justos. Mis ojos siguieron vigilantes, mi mente siguió pensando, coordinando acontecimientos y cosas... Yo tuve el privilegio de oír al Altísimo hablar por medio de la boca de un niño, que luego fue un

hombre justo, sabio, poderoso, santo, al cual mataron precisamente por estas cualidades suyas. Las palabras que dijo entonces se vieron confirmadas por los hechos acaecidos muchos años después, en la época anunciada por Daniel... ¡Mísero de mí, que no comprendí antes, que esperé a la última, terrible señal para creer, para comprender! ¡Pobre pueblo de Israel, que ni comprendió entonces ni comprende ahora! ¡La profecía de Daniel *(Daniel 9)*, y la de otros profetas y de la Palabra de Dios, continúan; y se cumplirán para este Israel obcecado, ciego, sordo, injusto, que sigue persiguiendo al Mesías en los siervos de Jesús!

-¡Maldición! ¡Blasfemas! ¡Ciertamente, si los rabíes de Israel blasfeman y reniegan de Yahveh, el Dios verdadero, por exaltar a un falso Mesías y creer en Él, no habrá ya salvación para el pueblo de Dios!

-No soy yo el que blasfema, sino todos los que insultaron al Nazareno y continúan despreciándolo despreciando a sus seguidores. Tú sí que blasfemas contra Él, porque lo odias, directamente y en los suyos. Pero has expresado una verdad diciendo que no hay ya salvación para Israel; mas no porque haya israelitas que se pasen a su grey, sino porque Israel ha descargado su mano, a muerte, contra Él.

-¡Me causas horror! ¡Traicionas a la Ley y al Templo!

-Denúnciame, entonces, al Sanedrín, para que yo siga la misma suerte de ese que va a ser lapidado de un momento a otro. Será el comienzo y compendio feliz de tu misión. Y yo, por mi sacrificio, seré perdonado de no haber reconocido y comprendido al Dios que pasaba, como Salvador y Maestro, junto a nosotros, hijos suyos y pueblo suyo.

Saulo, con un ademán de ira, se marcha con despecho, y vuelve al patio que está enfrente de la sala del Sanedrín, patio en el que aún se oye el griterío de la turba exasperada contra Esteban. Saulo se llega a los verdugos, en este patio; se une a ellos, que lo esperaban; y sale, junto con los otros, del Templo, y luego de las murallas de la ciudad. Siguen lanzándole insultos, escarnios, golpes, al diácono, que camina ya sin fuerzas, herido, vacilante, hacia el lugar del suplicio.

Fuera de las murallas hay un espacio yermo y pedregoso, absolutamente desierto. Llegados allí, los verdugos se abren en círculo, dejando solo, en el centro, al condenado, con las vestiduras desgarradas, sangrando por muchas partes del cuerpo a causa de las heridas que ya ha recibido. Le arrancan las vestiduras antes de alejarse; sólo se queda con un sayo cortísimo. Todos se desprenden de las túnicas largas, de forma que se quedan sólo con las vestiduras cortas, como la de Saulo, al cual le dejan los vestidos, dado que él no participa en la lapidación (o porque le han afectado las palabras de Gamaliel, o porque se considera incapaz de dar bien).

Los verdugos recogen los gruesos cantos y las piedras aguzadas, que abundan en ese lugar, y empiezan a lapidar.

Esteban recibe los primeros golpes permaneciendo en pie y con una sonrisa de perdón en la boca herida, en esa boca que un instante antes del comienzo de la lapidación ha gritado a Saulo, que estaba recogiendo los vestidos de los verdugos: «Amigo mío, te espero en el camino de Cristo». A lo cual Saulo le había respondido: « ¡Puerco! ¡Endemoniado!», y había unido a las injurias una fuerte patada en las espinillas del diácono, que por poco no se había caído, por el golpe y el dolor.

Después de unas cuantas pedradas, que le llegan desde todas las partes, Esteban cae de rodillas, apoyándose en las manos heridas, y -sin duda, acordándose de un lejano episodio- susurra, tocándose las sienes y la frente heridas:

-¡Como Él me había predicho! La corona... Los rubíes... ¡Oh, Señor mío, Maestro, Jesús, recibe mi espíritu!

Otra granizada de golpes en la cabeza ya herida le hacen desplomarse completamente; y el suelo queda impregnado de su sangre. Mientras distiende sus miembros en medio de las piedras, bajo otra granizada de piedras, expira susurrando: -Señor... Padre... perdónalos... No les guardes rencor por este pecado... No saben lo que...

La muerte quiebra la frase en sus labios. Una última convulsión le hace como acurrucarse, y así se queda... muerto.

Los verdugos se acercan a él. Le lanzan encima otra descarga de piedras. Casi lo sepultan bajo ellas. Luego vuelven a vestirse y se marchan. Vuelven al Templo para referir, ebrios de celo satánico, lo que han hecho.

Mientras hablan con el Sumo Sacerdote y otros poderosos, Saulo va a buscar a Gamaliel. No lo encuentra inmediatamente. Vuelve, encendido de odio contra los cristianos, donde los sacerdotes. Habla con ellos. Solicita y obtiene un pergamino con el sello del Templo, un pergamino que le autoriza a perseguir a los cristianos. La sangre de Esteban debe haberlo enfurecido, como le sucede a un toro al ver el color rojo, o a un alcohólico si le dan un vino generoso.

Está para salir del Templo, cuando ve, bajo el Pórtico de los Paganos, a Gamaliel. Va donde él. Quizás quiere empezar una discusión o una justificación. Pero Gamaliel cruza el patio, entra en una sala y cierra la puerta ante Saulo, el cual, ofendido y furioso, sale a toda prisa del templo para perseguir a los cristianos.

Dice Jesús (a María Valtorta):

-Me manifesté muchas veces y a muchos, incluso con formas extraordinarias. Pero no en todos actuó mi manifestación de igual manera. Podemos ver cómo a cada una de mis manifestaciones le corresponde un efecto de santificación en aquellos que poseían la buena voluntad requerida en los hombres para tener Paz, Vida, Justicia. Así, en los pastores la Gracia trabajó durante los treinta años de mi vida oculta, y luego floreció con espiga santa cuando llegó el tiempo en que los buenos se separaron de los malos para seguir al Hijo de Dios, que pasaba por los caminos del mundo lanzando su grito de amor para convocar a las ovejas de la Grey eterna, desparramadas y desorientadas por Satanás. Presentes en medio de las turbas que me seguían, enviados míos, porque con sus sencillas y convencidas narraciones predicaban a Cristo diciendo: "Es Él. Nosotros lo reconocemos. Sobre su primer vagido descendió la canción de cuna de los ángeles. Y a nosotros los ángeles nos dijeron que tendrían paz los hombres de buena voluntad. Buena voluntad es el deseo del Bien y de la Verdad. ¡Sigámosle! ¡Seguidle! Tendremos todos la Paz prometida por el Señor".

Humildes, sin instrucción, pobres, mis primeros enviados a los hombres se dispusieron como centinelas a lo largo de los caminos del Rey de Israel, del Rey del mundo. Ojos fieles, bocas honestas, corazones amantes, incensarios que emanaban el perfume de sus virtudes para hacer menos corrompido el aire de la Tierra en torno a mi divina Persona, que se había encarnado por ellos y por todos los hombres; e incluso al pie de la Cruz los encontré, después de haberlos bendecido con mi mirada en el camino de sangre del Gólgota. Ellos, los únicos, junto con otros poquísimos, que no maldijeron entre la multitud desenfrenada,

sino que amaron, creyeron, esperaron todavía, y que me miraron con ojos de compasión, pensando en la ya lejana noche de mi Navidad y llorando ante el Inocente cuyo primer sueño tuvo lugar sobre una madera penosa, y el último sobre un madero aún más doloroso. Esto porque mi manifestación a ellos, almas rectas, los había santificado.

Y lo mismo respecto a los tres Sabios de Oriente, a Simeón y Ana en el Templo, a Andrés y Juan en el Jordán, y a Pedro, Santiago y Juan en el Tabor, a María Magdalena en el alba pascual, a los once perdonados en el Monte de los Olivos -y, antes todavía, en Betania- de su extravío... No. Juan, el puro, no tuvo necesidad de perdón. Fue el fiel, el héroe, el amante siempre. El amor purísimo que había en él y su pureza de mente, de corazón, de carne, lo preservaron de toda debilidad.

Gamaliel, y con él Hil.lel, no eran sencillos como los pastores, ni santos como Simeón, ni tenían la sabiduría de los tres Sabios. En él, y en su maestro y pariente, estaba la maraña de las lianas farisaicas ahogando la luz y el libre desarrollo del árbol de la fe. Pero dentro de su condición de fariseos había pureza de intención. Creían estar dentro de lo justo y deseaban estarlo; lo deseaban *instintivamente,* porque eran justos, e intelectualmente, porque su espíritu gritaba descontento: "Este pan está mezclado con demasiada ceniza. Dadnos el pan de la verdadera Verdad".

Pero Gamaliel no tenía suficiente fortaleza como para tener el valor de romper estas lianas farisaicas. Su humanidad lo tenía todavía demasiado esclavizado, y, con su humanidad, las consideraciones de la estima humana, del peligro personal, del bienestar familiar. Por todas estas cosas, Gamaliel no había sabido comprender "al Dios que pasaba entre las gentes de su pueblo", ni usar "esa inteligencia y esa libertad" que Dios ha dado a cada uno de los seres humanos para que las usen para su propio bien. Sólo la señal esperada durante tantos años, la señal que le había abatido y torturado con remordimientos incesantes, suscitaría en él el reconocimiento de Cristo y el cambio de su viejo pensamiento, por lo cual de rabí del error -habiendo los escribas, fariseos y doctores corrompido la esencia y el espíritu de la Ley, ahogando su sencilla y luminosa verdad, procedente de Dios, bajo cúmulos de preceptos humanos, frecuentemente equivocados y, en todo caso, útiles para ellos-, de rabí del error se transformaría, después de una larga lucha entre su yo viejo y su yo actual, en discípulo de la Verdad divina.

Pero, además, no había sido el único titubeante en decidirse y en actuar con fortaleza. Tampoco José de Arimatea, y menos todavía Nicodemo, supo -supieron- domeñar inmediatamente bajo su pie las costumbres y lianas judías y abrazar notoriamente la nueva Doctrina; tanto fue así, que su modo usual fue el ir a Cristo "a hurtadillas" por temor a los judíos, o el hacer como que se encontraban con Él (y generalmente en sus casas del campo o en la de Betania de Lázaro, porque sabían que era más segura y más temida por los enemigos de Cristo; que bien conocían la protección de Roma hacia el hijo de Teófilo).

De todas formas, respecto a Gamaliel, ciertamente éstos siempre estuvieron mucho más adelante en el Bien y en el valor (hasta el punto de atreverse a realizar aquellas acciones compasivas del Viernes Santo). Menos adelante estaba el rabí Gamaliel.

Pero, vosotros que leéis, observad la potencia de su recta intención. Por ella su justicia, humanísima, se impregna de lo sobrehumano. La de Saulo, por el contrario, se ensucia de lo demoníaco, cuando el mal al desatarse pone a ambos -a él y a su maestro Gamaliel-ante el dilema de elegir el Bien o el Mal, lo justo o lo injusto.

El árbol del Bien y del Mal se yergue ante cada uno de los hombres para presentarles, con el más lisonjero y apetitoso aspecto, sus frutos del Mal, mientras entre la frondas, con engañosa voz de ruiseñor, silba la Serpiente tentadora. Le corresponde al hombre, criatura dotada de razón y alma dadas por Dios, el saber discernir y querer el fruto bueno de entre los muchos no buenos que lesionan y matan el espíritu; y coger este fruto, aunque ello sea fatigoso y punzante, aun-que tenga sabor amargo, aunque tenga modesto aspecto. Su metamorfosis -en virtud de la cual este fruto se hace liso y suave para el tacto, dulce para el gusto, hermoso para la vista- se produce solamente cuando, por justicia de espíritu y de razón, sabemos elegir el fruto bueno y nos nutrimos con su extracto, amargo pero santo.

Saulo tiende sus manos ávidas hacia el fruto del Mal, del odio, de la injusticia, del delito. Y las tenderá hasta cuando quede fulminado, abatido, cegado respecto a la vista humana para adquirir la sobrenatural, y pase a ser no sólo justo, sino incluso apóstol y confesor de Aquel a quien antes odiaba y perseguía en sus fieles.

Gamaliel, rompiendo las lianas tenaces de su humanidad y del hebraísmo, por el nacimiento y florecimiento de la lejana semilla de luz y justicia, no sólo humana sino también sobrehumana, que mi cuarta epifanía -o manifestación, que quizás es para vosotros palabra más clara y comprensible- le había puesto en el corazón, en ese corazón suyo de rectas intenciones, semilla que él había custodiado y defendido con honesta afección y elegida sed de verlo nacer y florecer, tiende las manos hacia el fruto del Bien. Su voluntad y mi Sangre rompieron la dura cáscara de esa lejana semilla, que él había conservado durante decenios en el corazón, en ese corazón de roca que se abrió junto con el velo del Templo y con la tierra de Jerusalén, y que lanzó el grito de su supremo deseo, hacia mí -que ya no podía oírlo con oído humano, aunque sí, y nítidamente, con mi espíritu divino-, allí, arrojado al suelo al pie de la cruz. Y, bajo el fuego solar de las palabras apostólicas y de los mejores discípulos, y bajo la lluvia de la sangre de Esteban, primer mártir, esa semilla echa raíces, se hace planta, florece y da frutos.

La planta nueva de su cristianismo, nacida donde la tragedia del Viernes Santo había abatido, desarraigado, destruido todas las plantas y hierbas antiguas. La planta de su nuevo cristianismo y de su santidad nueva ha nacido, y se yergue ante mis ojos.

Perdonado por mí -siendo culpable por no haberme comprendido antes- por la justicia suya que no quiso participar ni en mi condena ni en la de Esteban, su deseo de hacerse seguidor mío, hijo de la Verdad, de la Luz, recibe también la bendición del Padre y del Espíritu Santificador, y pasa de ser deseo a ser realidad, sin necesidad de una potente y violenta fulminación, como la que fue necesaria para Saulo en el camino de Damasco, para el altero que con ningún otro medio habría podido ser conquistado y conducido hacia la Justicia, la Caridad, la Luz, la Verdad, la Vida eterna y gloriosa del Cielo.

## Sepultura de Esteban y comienzo de la persecución.

Es plena noche, y, además, oscura, porque la Luna ya se ha ocultado, cuando María sale de la casita del Getsemaní junto con Pedro, Santiago de Alfeo, Juan, Nicodemo y el Zelote.

Dada la oscuridad de la noche, Lázaro, que está esperándolos delante de la casa, en el lugar donde comienza el sendero que conduce hacia la cancilla más baja, enciende una lámpara de aceite a la que ha provisto de una protección de delgadas láminas de alabastro o de otro material transparente. La luz es tenue, pero la lámpara, llevándola -como la lleva- baja hacia el suelo, en cualquier caso, es útil para ver las piedras y los obstáculos que pueden encontrarse en el recorrido. Lázaro se pone al lado de María, para que sobre todo Ella vea bien. Juan está en el otro lado y va sujetando de un brazo a la Madre. Los otros están detrás, en grupo.

Van hasta el Cedrón. Prosiguen, bordeándolo, para quedar semiocultos por los matorrales silvestres que crecen junto a las orillas del torrente. También el frufrú del agua sirve para ocultar y confundir el rumor producido por las sandalias de los caminantes.

Sin apartarse de lo que es la parte exterior de las murallas, hasta la Puerta más cercana al Templo, y luego adentrándose en la zona deshabitada y yerma, llegan al lugar donde fue lapidado Esteban. Se dirigen hacia el montón de piedras bajo el que está semisepultado. Quitan las piedras hasta que el pobre cuerpo aparece. Está ya cárdeno, por la muerte y por los golpes y la lapidación recibidos; está duro, rígido, aovillado como lo cogió la muerte.

María, a quien compasivamente Juan había mantenido alejada a la distancia de algunos pasos, se libera y corre hasta ese pobre cuerpo cubierto de heridas y de sangre. Sin hacer caso de las manchas que la sangre coagulada imprime en su túnica, María, ayudada por Santiago de Alfeo y por Juan, coloca el cuerpo sobre un lienzo extendido sobre la tierra, en un lugar en que no hay piedras, y, con un paño de lino que moja en una pequeña ánfora que el Zelote le acerca, limpia, como puede, la cara de Esteban, y ordena sus cabellos, tratando de colocarlos sobre las sienes y las mejillas heridas, para tapar las horrendas huellas que las piedras han dejado. Limpia también los otros miembros, e intenta darles una postura menos trágica; pero el hielo de la muerte, ocurrida ya muchas horas antes, lo permite sólo parcialmente.

Lo intentan también los hombres, más fuertes física y moralmente que María, que parece de nuevo la Madre Dolorosa del Gólgota y del Sepulcro. Pero también ellos deben resignarse y dejarlo como, después de muchos esfuerzos, han logrado ponerlo. Lo visten con una larga túnica limpia, porque la suya o se ha perdido o ha sido robada, por desprecio, por los verdugos y el sayo corto que le habían dejado ya no es más que un andrajo hecho jirones y cubierto de sangre.

Llevado esto a cabo -siguen teniendo sólo la tenue luz de la lamparita que Lázaro mantiene muy cerca del pobre cuerpo-, lo levantan y lo depositan sobre otro lienzo bien limpio. Nicodemo recoge el primer lienzo, mojado del agua usada para lavar al mártir y de la sangre coagulada de Esteban, y lo mete debajo de su manto. Juan y Santiago por la parte de la cabeza, Pedro y el Zelote por la parte de los pies, levantan el lienzo que contiene el cuerpo y comienzan el camino de vuelta, precedidos por Lázaro y María. Pero no regresan por el camino que han recorrido para la ida: se adentran por los campos y, torciendo al pie del olivar, llegan al camino que conduce hacia Jericó y Betania.

Allí se detienen para descansar y hablar. Y Nicodemo, que, por haber estado presente, aunque de forma pasiva, en la condena de Esteban, y por ser uno de los jefes de los judíos, conoce mejor que otros las decisiones del Sanedrín, advierte a los presentes que se ha desencadenado la persecución contra los cristianos, que ha sido ordenada esta persecución, y que Esteban ha sido sólo el primero de una larga lista de nombres ya señalados, señalados por ser nombres de seguidores de Cristo.

E1 primer grito de todos los Apóstoles es:

-¡Que hagan lo que quieran! ¡No cambiaremos, ni por amenaza ni por prudencia!

Pero los más juiciosos de los presentes, o sea, Lázaro y Nicodemo, hacen a Pedro y a Santiago de Alfeo la observación de que la Iglesia tiene todavía muy pocos sacerdotes de Cristo y que si mataran a los más potentes de ellos, o sea, a Pedro, pontífice, y a Santiago, obispo de Jerusalén, la Iglesia difícilmente se salvaría. Recuerdan también a Pedro que el Fundador y Maestro de ellos dejó Judea por Samaria, para que no lo mataran antes de haberlos formado, y le recuerdan también que Jesús había aconsejado a sus fieles que imitaran su ejemplo hasta que los pastores fueran tantos, que no se hubiera de temer la dispersión de los fieles por la muerte de los pastores. Y terminan con estas palabras:

-Dispersaos también vosotros, por Judea y Samaria. Haced ahí prosélitos; otros, numerosos pastores; y desde estas tierras esparcíos por la Tierra, de forma que, como Él mandó que se hiciera, todas las gentes conozcan el Evangelio.

Los Apóstoles están perplejos. Miran a María, como queriendo conocer su juicio al respecto.

Y María, comprendiendo esas miradas, dice:

-El consejo es justo. Escuchadlo. No es cobardía. Es prudencia. Él os enseñó que fuerais sencillos como palomas y prudentes como serpientes; que os mandaba como ovejas en medio de lobos; que os guardarais de los hombres...

Santiago la interrumpe:

-Sí, Madre. Pero dijo también: "Cuando os pongan en sus manos y os conduzcan ante los gobernantes, no os turbéis por lo que deberéis responder. No seréis vosotros los que hablaréis, sino que, por vosotros y en vosotros, hablará el Espíritu de vuestro Padre". Y yo me quedo aquí. El discípulo debe ser como el Maestro. Él ha muerto por dar vida a la Iglesia. Cada una de nuestras muertes será una piedra que se añadirá al grande, nuevo Templo; un aumento de vida para el grande, inmortal cuerpo de la Iglesia universal. Que me maten, si eso es lo que quieren. Viviendo en el Cielo seré más feliz, porque estaré al lado de mi Hermano; y más potente todavía. No le temo a la muerte. Temo al pecado. Abandonar mi lugar me parece como imitar el gesto de Judas, el perfecto traidor. Ese pecado Santiago de Alfeo no lo cometerá nunca. Si debo caer, caeré como héroe en mi puesto de lucha, en el puesto en que Él quiso que estuviera.

María le responde:

-No entro en tus secretos con el Hombre-Dios. Si Él te lo inspira así, hazlo así. Él sólo, que es Dios, puede tener derecho a ordenar. A todos nosotros nos corresponde sólo obedecerle siempre, en todo, para hacer su Voluntad.

Pedro, menos heroico, habla con el Zelote con ademán de reserva, para oír su parecer al respecto.

Lázaro, que está cerca de los dos y lo oye, propone:

-Venid a Betania. Está cerca de Jerusalén, y también del camino de Samaria. Desde allí salió muchas veces Cristo para huir de sus enemigos...

Nicodemo, a su vez, propone:

-Venid a la casa mía del campo. Es segura, y está cerca tanto de Betania como de Jerusalén, y está en el camino que va a Efraím por Jericó.

-No, es mejor la mía, que está protegida por Roma - insiste Lázaro.

-Ya demasiado te odian... desde que Jesús te resucitó, afirmando tan *poderosamente su* Naturaleza divina. Considera que su suerte fue decidida por este motivo. ¡No vayas a decidir tú la tuya! - le responde Nicodemo.

-¿Y qué decís de mi casa? En realidad es de Lázaro. Pero todavía está a mi nombre - dice Simón el Zelote.

María interviene diciendo:

-Dejad que reflexione, que piense y juzgue lo que es mejor hacer. Dios no me dejará sin su luz. Cuando sepa, os lo diré. De momento venid conmigo al Getsemaní.

-Sede de toda sabiduría, Madre de la Palabra y de la Luz, siempre eres para nosotros Estrella de segura guía. Te obedecemos - dicen todos juntos, como si verdaderamente el Espíritu Santo hubiera hablado a sus corazones y a través de sus labios.

Se levantan de la hierba en que, en los bordes del camino, estaban sentados, y, mientras Pedro, Santiago, Simón y Juan van con María hacia el Getsemaní, Lázaro y Nicodemo levantan el lienzo que envuelve el cuerpo de Esteban y, con las primeras luces del alba, se dirigen hacia el camino de Betania y Jericó.

¿A dónde llevan al mártir? Misterio.

## 647

## Gamaliel se hace cristiano.

Deben haber pasado algunos años, porque se ve que Juan está ya en la plena edad adulta (miembros más robustos, rostro más maduro, cabellos, barba y bigote de un rubio mucho más oscuro).

María -que está hilando mientras Juan pone de nuevo en orden la cocina de la casita del Getsemaní, cuyas paredes han sido recientemente blanqueadas y cuyos enseres de madera (banquetas, puerta, un bazar que hace también de repisa para la lámpara) han sido barnizados- no aparece cambiada. En absoluto aparece cambiada. Su aspecto es fresco y sereno. Han desaparecido todas las huellas que el dolor por la muerte y regreso de su Hijo al Cielo había dejado en su cara (por las primeras persecuciones contra los cristianos). El tiempo no ha dejado grabadas sus huellas en ese rostro dulce; la edad no ha tenido el poder de alterar su fresca y pura belleza.

La lámpara, encendida, encima de la mesa, proyecta su luz palpitante sobre las pequeñas y diligentes manos de María, sobre el estambre cándido envuelto en la rueca, sobre el hilo delgado, sobre el huso que da vueltas, sobre los rubios cabellos recogidos en denso moño tras la nuca.

Por la puerta abierta, un rayo tersísimo de luna penetra en la cocina, extendiendo una franja de plata desde la puerta hasta el pie de la banqueta en que María está sentada. María, por ello, tiene los pies iluminados por el rayo lunar, mientras que sus manos y su cabeza lo están por la luz rojiza de la lámpara. Fuera, en los olivos que rodean la casa del Getsemaní, unos ruiseñores cantan su canto de amor.

De repente los pajarillos enmudecen, como asustados. A1 cabo de unos momentos, se oyen pisadas que se acercan cada vez más, hasta llegar al umbral de la puerta de la cocina; y, contemporáneamente, desaparece la blanca franja lunar que antes vestía de plata las toscas y oscuras baldosas del suelo.

María alza la cabeza y la vuelve hacia la puerta. Juan también mira. Un «¡Oh!» lleno de maravilla sale de los labios de los dos, mientras, con un único movimiento, ambos, presurosos, se dirigen hacia la puerta sobre cuyo umbral ha aparecido, y se ha detenido, Gamaliel. Es un Gamaliel ya muy anciano; está muy delgado; trae vestiduras blancas que la luna, incidiendo en él por detrás, hace casi fosforescentes: parece espectral. Es un Gamaliel abatido, triturado, por los sucesos, por sus remordimientos, por muchas cosas, más aún que por la edad.

-¿Tú aquí, rabí? ¡Entra! ¡Ven! La paz sea contigo - le dice Juan, que está frente a él y muy cerca, mientras que María está algunos pasos más atrás.

-Si me guías... Estoy ciego... - responde el anciano rabí, con voz trémula más por un secreto llanto que por la edad.

Juan, asombrado, pregunta con emoción y piedad en la voz:

-¡¿Ciego?! ¿Desde cuándo?

-¡Oh!... ¡Desde hace mucho! La vista empezó a debilitárseme enseguida... después de que... sí... después de que no supe reconocer la Luz verdadera que había venido a iluminar a los hombres; hasta que el terremoto desgarró el velo del Templo y zarandeó las robustas murallas, como Él había dicho. Verdaderamente un dúplice velo, que cubría el Santo de los Santos del Templo y al aún más verdadero Santo de los Santos, a la Palabra del Padre, su eterno Unigénito, celado por el velo de una humana, purísima carne, que sólo su Pasión y su gloriosa Resurrección revelaron, incluso a los más obtusos yo el primero-, en lo

que realmente era: el Cristo, el Mesías, el Emmanuel. Desde ese momento las tinieblas empezaron a descender sobre mis pupilas y a hacerse cada vez más densas. Justo castigo para mí. Desde hace un tiempo, estoy totalmente ciego. Y he venido...

Juan le interrumpe preguntándole:

-¿Quizás para pedir un milagro?

Sí. Un gran milagro. Se lo pido a la Madre del Dios verdadero.

-Gamaliel, yo no tengo el poder que tenía mi Hijo. Él podía devolver vida y vista a las pupilas apagadas, palabra a los mudos, movimiento a los paralizados. Pero yo no - le responde María. Y prosigue:

-Pero ven aquí, junto a la mesa, y siéntate. Estás cansado y eres anciano, rabí. No te fatigues más - y, piadosamente, junto con Juan, lo conduce a la mesa y le ayuda a sentarse en una banqueta.

Gamaliel, antes de soltarle la mano, se la besa con veneración; luego le dice: -No te pido, María, el milagro de que vea de nuevo. No. No pido esta cosa material. Lo que te pido, Bendita entre todas las mujeres, es una vista de águila para mi espíritu, para ver toda la Verdad. No te pido la luz para mis pupilas apagadas, sino la luz sobrenatural, divina, la verdadera luz, que es sabiduría, verdad, vida, para mi alma y corazón lacerados y exhaustos por los remordimientos, que no me dan tregua. No tengo ningún deseo de ver con los ojos este mundo hebreo tan... sí, tan obstinadamente rebelde a Dios, a Dios que con él fue y es tan compasivo como, en verdad, no merecimos que lo fuera. Es más, estoy contento de no tener que verlo ya, y de que mi ceguera me haya librado de todo compromiso con el Templo y el Sanedrín, tan injustos para con tu Hijo y para con sus seguidores. A quien deseo ver, con la mente, el corazón y el espíritu, es a Él, a Jesús. Verlo en mí, en mi espíritu, verlo espiritualmente, como, ciertamente, tú, oh santa Madre de Dios, y Juan, tan puro, y Santiago, mientras tuvo vida, y los otros, para ayuda en su grave y obstaculado ministerio, lo veis. Verlo para amarlo con todo mi ser y con este amor poder expiar mis culpas y recibir perdón de Él, para tener esa vida eterna de la que me he hecho indigno...

Apoya la cabeza en los brazos, apoyados a su vez en la mesa, y llora.

María le pone una mano en su cabeza estremecida por los sollozos, y le responde:

-¡No! ¡Que no te has hecho indigno de la vida eterna! Todo lo perdona el Salvador a quien se arrepiente de sus errores pasados. Incluso a su traidor le habría perdonado, si se hubiera arrepentido de su horrendo pecado. Y la culpa de Judas de Keriot es inmensa respecto a la tuya. Considera esto: Judas era el apóstol recibido por Cristo, instruido por Cristo, amado por Cristo más que los demás (si se piensa que, no ignorando nada sobre él, Cristo no lo expulsó del grupo de sus apóstoles, sino que, al contrario, hasta el último momento, recurrió a todos los medios para que ellos no comprendieran lo que Judas era y lo que tramaba). Mi Hijo era la Verdad misma, y no mintió nunca, por ningún motivo. Pero, cuando veía que los otros once, sospechando, le preguntaban sobre Judas, Él, sin mentir, conseguía desviar sus sospechas y lograba no responder a sus preguntas, y les imponía que no preguntaran, por prudencia y caridad respecto al hermano. Tu culpa es mucho menor. Es más, ni siquiera puede llamarse culpa. Esto tuyo no es incredulidad; es exceso de fe. Tanto creíste en aquel Niño de doce años que te habló en el Templo, que, obstinadamente pero con una recta intención que venía de tu absoluta fe en aquel Niño por cuyos labios habías oído palabras de infinita sabiduría, has esperado el signo para creer en Él y ver en Él al Mesías. Dios perdona a quien tiene una fe tan fuerte y fiel. Y más aún perdona a quien, aun estando todavía en duda respecto a la verdadera Naturaleza de un hombre acusado injustamente, no quiere tomar parte en su condena porque la siente injusta. Tu espiritual visión de la Verdad ha crecido sin cesar desde que dejaste el Sanedrín por no consentir en aquella sacrílega acción. Y aún creció más cuando, estando en el Templo, viste que se verificó el tan esperado signo, que signó el comienzo de la era cristiana. Y aún más aumentó cuando, con aquellas potentes, angustiadas palabras, rogaste al pie de la cruz de mi Hijo, ya gélido y exánime. Y se ha hecho casi perfecta cada una de las veces que, o con las palabras o poniéndote al margen, has defendido a los fieles de mi Hijo y no has querido tomar parte en la condena de los primeros mártires. Créeme, Gamaliel, cada uno de tus actos de dolor, de justicia, de amor, ha aumentado en ti tu espiritual visión.

-¡No basta todo esto! Es que... yo recibí la insólita gracia de conocer a tu Hijo desde su primera pública manifestación, en el momento de su mayoría de edad. ¡Habría debido ver desde entonces!, ¡comprender! Fui un ciego y un necio... ni vi ni comprendí; ni entonces ni otras veces en que tuve la gracia de verlo, hecho ya Hombre y Maestro, y de oír sus cada vez más precisas y poderosas palabras. Tercamente esperaba la señal humana, el estremecimiento de las piedras... ¡Y no veía que todo en Él era una señal segura! ¡Y no veía que Él era la Piedra angular anunciada por los profetas *(Salmo 118, 22-23; Isaías 28,16)*; la Piedra que ya estremecía al mundo, a todo el mundo, al hebreo y al gentil; la Piedra que estremecía las piedras de los corazones con su palabra, con sus prodigios! ¡No veía en Él la señal evidente del Padre suyo en todo lo que hacía o decía! ¿Cómo puede Él perdonar tanta obstinación?

-Gamaliel, ¿puedes creer que yo -que soy la Sede de la Sabiduría, la Llena de Gracia, y que, de la Sabiduría que en mí ha tomado Carne y de la Gracia de que estoy llena, he recibido la plenitud del conocimiento de las cosas sobrenaturales- puedo aconsejarte bien?

-¡Claro que lo creo! Precisamente porque creo que eres esto, vengo a ti en busca de luz. Tú, Hija, Madre, Esposa de Dios, el cual, sin duda, desde tu concepción te colmó de sus luces sapienciales, no puedes sino indicarme el camino que debo tomar para tener paz, para encontrar la verdad, para conquistar la verdadera Vida. Tengo tanta conciencia de mis errores, estoy tan aplastado por mi miseria espiritual, que necesito ayuda para atreverme a ir a Dios.

-Eso que tú juzgas como un obstáculo es, por el contrario, ala para elevarte hacia Dios. Has demolido el edificio de ti mismo, te has humillado; eras un monte poderoso, te has hecho valle profundo. Debes saber que la humildad es semejante a un fertilizante que prepara el más árido terreno para que dé plantas y feraces cosechas. Es peldaño para subir; es más, es escalera para subir a Dios, el cual, viendo al humilde, lo llama hacia sí para ensalzarlo, para encenderlo con su caridad e iluminarlo con sus luces para que vea. Por esto te digo que tú estás ya en la Luz, en el Camino justo, hacia la Vida verdadera de los hijos de Dios.

-Pero para tener la Gracia debo entrar en la Iglesia, recibir el Bautismo que limpia de la culpa y nos hace nuevamente hijos adoptivos de Dios. Yo no me opongo a ello. ¡A1 contrario! He destruido en mí al hijo de la Ley, no puedo ya sentir estima ni

amor por el Templo. Pero ser nada no quiero. Por tanto, debo edificar de nuevo, sobre las ruinas de mi pasado, el hombre nuevo y la fe nueva. Pero los apóstoles y los discípulos, respecto a mí, el gran rabí de dura cerviz, sentirán desconfianza y prejuicios...

Juan lo interrumpe diciendo:

-Te equivocas, Gamaliel. Yo soy el primero que te quiero y que anotaría como día de suma gracia el día en que pudiera llamarte cordero del rebaño de Cristo. No sería discípulo de Cristo si no pusiera en práctica sus enseñanzas. Y Él nos mandó amor y comprensión para todos, y especialmente para los más débiles, enfermos, descaminados. Nos ordenó que imitáramos sus ejemplos. Y nosotros siempre lo vimos lleno de amor hacia los culpables arrepentidos, o hacia los hijos pródigos que volvían al Padre, o hacia las ovejas descarriadas. Desde la Magdalena a la Samaritana, desde Áglae al ladrón, ¡a cuántos redimió con misericordia! Habría perdonado también a Judas su supremo delito, si se hubiera arrepentido. ¡Muchas veces lo había perdonado! Sólo yo sé cuánto lo amaba, aun conociéndolo en todas sus acciones. Ven conmigo. Haré de ti un hijo de Dios y hermano del Cristo Salvador.

-Tú no eres el Pontífice. Pontífice es Pedro. ¿Y Pedro será tan bueno como tú? Yo sé que es muy distinto de ti.

-Era. Pero desde que vio cuán débil fue -hasta el punto de ser cobarde y renegar de su Maestro- ya no es lo que era, y tiene misericordia para todos y con todos.

-Entonces llévame inmediatamente donde él. Soy viejo, y ya demasiado me he demorado. Me sentía demasiado indigno, y temía que todos los fieles de Jesús me juzgaran de la misma manera. Ahora, que las palabras de María y tuyas me han confortado, quiero entrar en seguida en el Redil del Maestro, antes de que mi viejo corazón, por tantas cosas quebrantado, se pare. Guíame tú, porque he dicho al siervo que me ha traído hasta aquí que se marchara, para que no oyera nada. Volverá a la hora primera. Pero para entonces yo ya estaré lejos. En dos sentidos: lejos de esta casa y lejos del Templo. *Para siempre.* Primero iré, yo, hijo rebelde, a la casa del Padre, yo, oveja descarriada, al verdadero Redil del Pastor eterno. Luego volveré a mi lejana casa, para morir allí en paz y en gracia de Dios.

María, con un gesto espontáneo, lo abraza y le dice:

-Que Dios te dé paz. Paz y gloria eterna, porque te lo has merecido mostrando tu verdadero pensamiento a los poderosos jefes de Israel sin miedo a sus reacciones. Que Dios esté contigo siempre. Que Dios te dé su bendición.

Gamaliel busca de nuevo las manos de Ella. Las toma entre las suyas. Las besa. Se arrodilla y le ruega que ponga esas manos benditas sobre su anciana cabeza cansada.

María lo complace. Hace incluso más. Traza una señal de la cruz sobre su cabeza inclinada. Luego, junto con Juan, le ayuda a ponerse en pie, lo acompaña hasta la puerta y lo mira mientras, guiado por Juan, se encamina hacia la verdadera Vida; mira a este hombre humanamente llegado a su fin pero sobrenaturalmente creado de nuevo.

## 648

**Pedro se despide de María Santísima después de un coloquio con Juan.**

En la terraza de la casa de Simón, enteramente iluminada por la Luna, que ha alcanzado su máximo apogeo, están Pedro y Juan. Hablan en voz baja, y señalan hacia la casa de Lázaro, del todo cerrada y silenciosa. Hablan durante largo rato, yendo y viniendo por la terraza. Luego -no sé por qué motivo- el coloquio se hace más animado, y sus voces, antes contenidas, aumentan de tono y se hacen bien claras.

Pedro, dando un puñetazo en el antepecho de la terraza, exclama:

-¡¿Pero no comprendes que se debe hacer así?! Te hablo en nombre de Dios. Escúchame sin obstinarte. Conviene hacer como digo yo. No por cobardía y miedo, sino para impedir el exterminio total, que sería deletéreo para la Iglesia de Cristo. Sé, lo he visto, que siguen cada uno de nuestros pasos. Y Nicodemo me ha confirmado que he visto bien. ¿Por qué no hemos podido quedarnos en Betania? Por este motivo. ¿Por qué ya no es prudente estar en esta casa, o en la de Nicodemo, o en la de Nique o de Anastática? Por el mismo motivo. Para impedir que la Iglesia muera por la muerte de sus jefes.

-El Maestro nos aseguró muchas veces que ni siquiera el Infierno podrá exterminarla y prevalecer sobre ella, nunca - le responde Juan.

-Es verdad. Y el Infierno no prevalecerá, como no prevaleció contra Cristo. Pero los hombres sí, como prevalecieron sobre el Hombre-Dios, que venció a Satanás, pero que no pudo vencer sobre los hombres.

-Porque no quiso vencer. Debía redimir y, por tanto, morir. Y con esa muerte. ¡Pero si hubiera querido vencerlos! ¡Cuántas veces logró eludir sus insidias, de todo tipo!

-También la Iglesia será insidiada, pero no perecerá totalmente, siempre y cuando tengamos la suficiente prudencia como para impedir el exterminio de los jefes actuales, antes de crear nosotros a muchos -los primeros- sacerdotes de la Iglesia, en sus distintos grados; crearlos y formarlos para su ministerio. ¡No te hagas falsas ilusiones, Juan! Los fariseos, escribas y miembros del Sanedrín harán de todo para matar a los pastores, para conseguir así la dispersión del rebaño, del rebaño todavía débil y medroso; sobre todo, este rebaño de Palestina. No debemos dejarlo sin pastores hasta que muchos corderos no hayan pasado, a su vez, a ser pastores. Ya has visto a cuántos han matado. ¡Piensa en cuánta parte de mundo nos espera! La orden fue clara: "Id y evangelizad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que os he mandado". Y a mí, en la orilla del lago, tres veces me mandó apacentar sus ovejas y corderos, y profetizó que de *viejo,* pero no antes, seré atado y conducido a confesar a Cristo con mi sangre y mi vida. ¡Y muy lejos de aquí! Si comprendí bien unas palabras suyas, antes de la muerte de Lázaro, yo debo ir a Roma, y allí fundar la Iglesia inmortal. ¿Y no juzgó Él mismo que era bueno retirarse a Efraím, porque todavía no se había cumplido su evangelización? Y sólo en el momento preciso volvió a Judea para ser apresado y crucificado. Imitémoslo. No se puede decir, no cabe duda de esto, que Lázaro, María y

Marta eran personas miedosas. Y, sin embargo, ya ves que, si bien con todo el dolor de su corazón, se han alejado de aquí para llevar a otros lugares la Palabra divina que aquí habría quedado ahogada por los judíos. Yo, elegido por Él Pontífice, he decidido, y, conmigo, los otros apóstoles y discípulos han decidido igualmente: nos dispersaremos. Habrá quien irá a Samaria, o hacia el gran mar, o hacia Fenicia, yendo cada vez más allá, a Siria, a las islas, a Grecia, al Imperio romano. Si aquí en estos lugares la cizaña y el veneno judío hacen estériles los campos y las viñas del Señor, nos vamos a otros lugares y sembramos otras semillas, en otros campos y viñas, para que no sólo haya recolección, sino que incluso sea abundante. Si en estos lugares el odio judío envenena las aguas y las corrompe, para que ni yo, pescador de almas, ni mis hermanos, podamos pescar almas para el Señor, nos marchamos a otras aguas. Hay que ser, al mismo tiempo, prudentes y astutos. Créelo, Juan.

-Tienes razón. Pero si insistía era por María. Yo no puedo, no debo dejarla. Ello nos causaría demasiado dolor a ambos. Y sería una mala acción por parte mía... - le responde Juan.

-Tú te quedas aquí. Y Ella también, porque separarla de aquí sería una cosa absurda...

-A la que María nunca prestaría consentimiento. Me uniré a vosotros más adelante, cuando ya Ella no esté en la Tierra.

-Sí. Te unirás a nosotros. Eres joven... Vivirás todavía mucho.

-Y María muy poco.

-¿Por qué? ¿Es que está enferma?, ¿o sufre?, ¿o está débil?

-¡No! Ni el tiempo ni los sufrimientos han tenido poder sobre Ella. Siempre está joven, de aspecto y de espíritu; serena... yo diría, gozosa.

-¿Y entonces por qué dices...?

-Porque comprendo que este nuevo florecimiento en belleza y gozo es señal de que Ella siente ya cercano que vuelve a unirse con su Hijo. Quiero decir unión total, porque la espiritual nunca ha cesado. No descorro el velo de los misterios de Dios, pero estoy seguro de que Ella ve diariamente a su Hijo en su figura gloriosa. De ahí su beatitud. Yo creo que, contemplándolo, su espíritu se ilumina y llega a conocer todo el futuro como lo conoce Dios, incluido el suyo. Está todavía en la Tierra, con su cuerpo, pero podría casi decir, sin temor a equivocarme, que su espíritu está casi siempre en el Cielo. Tanta es su unión con Dios, que no creo pronunciar palabras sacrílegas si digo que en Ella está Dios como cuando lo llevaba en su seno materno. Más aún: de la misma manera que el Verbo se unió a Ella para ser Jesucristo, ahora Ella se une de tal manera a Cristo, que es un segundo Cristo, que ha asumido una nueva humanidad, la del propio Jesús. Si esto es herejía, que Dios me dé a conocer el error y que me perdone. Ella vive en el amor. Este fuego de amor la enciende, la nutre, la ilumina, y ese mismo fuego de amor nos la arrebatará, en el momento designado, sin dolor para Ella, sin corrupción para su cuerpo... El dolor será sólo nuestro... mío, sobre todo... Ya no tendremos a la Maestra, a la Guía, a la Consoladora nuestra... Y yo estaré verdaderamente solo...

Y Juan, cuya voz ya temblaba por un contenido llanto, rompe a llorar con sollozos desgarradores como nunca tuvo, ni siquiera a los pies de la Cruz o en el Sepulcro.

También Pedro, si bien más serenamente, rompe a llorar, y, entre las lágrimas, suplica a Juan que le avise, si puede, para estar presente en el tránsito de María, o, al menos, en su sepultura.

-Lo haré, si tengo, aunque lo dudo mucho, la posibilidad de hacerlo. Algo me dice en mi interior que, como sucedió con Elías *(2 Reyes 2, 11; Eclesiástico 48, 9)*, que fue arrebatado por el torbellino celeste en el carro de fuego, así sucederá con Ella: casi antes de que me percate de su inminente tránsito, Ella estará ya con su alma en el Cielo.

-Pero, al menos el cuerpo quedará. ¡Quedó incluso el del Maestro, y era Dios!

-Para Él era necesario que así sucediera; para Ella, no. Él debía, con la resurrección, desmentir las calumnias judías; con sus apariciones, convencer al mundo, que dudaba, o incluso negaba, por causa de su muerte de cruz. Pero Ella no tiene necesidad de ello. Pero, si puedo, te avisaré. Adiós, Pedro, Pontífice y hermano mío en Cristo. Vuelvo con Ella, que, ciertamente, me espera. Dios esté contigo.

-Y contigo. Y di a María que ore por mí y que me perdone una vez más por mi cobardía durante la noche del Proceso... recuerdo que no logro borrar de mi corazón, cosa que no me deja tranquilo... - y algunas lágrimas ruedan por las mejillas de Pedro, que termina:

-Sea Madre para mí. Madre de amor para su desdichado hijo pródigo...

-No es necesario que se lo diga. Te quiere más que una madre según la carne, te quiere como Madre de Dios, y con caridad de Madre de Dios. Si estaba dispuesta a perdonar a Judas, cuya culpa no tenía medida, ¡figúrate, si no te va a haber perdonado a ti! La paz esté contigo, hermano. Yo me marcho.

-Y yo te sigo, si me lo concedes. Quiero verla todavía otra vez.

-Ven. Sé el camino que hay que tomar para entrar en el Getsemaní sin ser vistos.

Se ponen en marcha y andan, a buen paso y en silencio, hacia Jerusalén. Pero pasan por el camino alto, que llega hasta el Monte de los Olivos por la parte que está más lejos de la ciudad.

Llegan al rayar del alba. Entran en el Getsemaní. Van cuesta abajo hacia la casa.

María, que está en la terraza, los ve llegar y, emitiendo un grito de alegría, baja a su encuentro.

Pedro se arroja a sus pies -sí, incluso se arroja a sus pies y rostro en tierra-, diciéndole:

-¡Madre, perdón!

-¡¿De qué?! ¿Es que has pecado en algo? El que me revela todas las verdades, no me ha revelado sino que tú eres su digno sucesor en la Fe. Como hombre, siempre te he visto justo, aunque algunas veces impulsivo. ¿Qué te debo perdonar, pues?

Pedro llora y calla.

Juan explica:

-Pedro no logra apaciguarse por lo de haber renegado de Jesús en el patio del Templo.

-Eso es cosa pasada, y borrada, Pedro. ¿Acaso te reprendió Jesús?

-¡No, no!

-¿Mostró quererte menos que antes?
-No. La verdad... no. ¡Al contrario!...
-¿Y eso no te dice que Él, y yo con Él, te hemos comprendido y perdonado?
-Es verdad. Sigo siendo el mismo necio.
-Pues ve y permanece en paz. Yo te digo que nos encontraremos todos, yo, tú, los otros apóstoles y diáconos, todos en el Cielo, junto al Hombre-Dios. Por lo que de mi poder depende, te bendigo - y, como hizo con Gamaliel, María pone sus manos en la cabeza de Pedro trazando una señal de la cruz.

Pedro se inclina para besarle los pies. Luego se levanta, mucho más sereno que antes, y, acompañado también ahora por Juan, regresa a la cancilla superior, la cruza y se marcha, mientras Juan, después de cerrar bien esa entrada, regresa donde María.

## 649

## El beato tránsito de María Santísima.

María, en su pequeño cuarto solitario situado arriba en la terraza, vestida enteramente de cándido lino (de cándido lino son la túnica que cubre sus miembros, y el manto que, sujeto en la base del cuello, desciende por sus espaldas, y el velo sutilísimo que le pende de la cabeza), está ordenando sus vestidos y los de Jesús, que siempre ha conservado. Elige los mejores. Éstos mejores son pocos. De los suyos, toma la túnica y el manto que tenía en el Calvario; de los de su Hijo, una túnica de lino que Jesús acostumbraba a llevar en los días veraniegos y el manto encontrado en el Getsemaní, todavía manchado de la sangre brotada con el sudor sanguíneo de aquella hora tremenda.

Dobla bien estos indumentos, besa el manto ensangrentado de su Jesús, y se dirige hacia el arca en que están, ya desde hace años, recogidas y conservadas las reliquias de la última Cena y de la Pasión. Las reúne en una única parte, la superior, y pone todos los indumentos en la inferior.

Está cerrando el arca cuando Juan, que ha subido silenciosamente a la terraza, donde debe haber subido María a pasar las horas de la mañana, y se ha asomado a ver qué hace, quizás impresionado por su larga ausencia de la cocina, le hace volverse bruscamente al preguntarle:

-¿Qué haces, Madre?

-He ordenado todo lo que conviene conservar. Todos los recuerdos... Todo lo que constituye un testimonio de su amor y dolor infinitos.

-¿Por qué, Madre, volverte a abrir las heridas del corazón viendo de nuevo esas cosas tristes? Sufres viéndolas, porque estás pálida y tu mano tiembla - le dice Juan acercándose a Ella, como temiendo que -tan pálida y temblorosa como está- pueda sentirse mal y caer al suelo.

-¡Oh, no es por eso por lo que estoy pálida y tiemblo! No es porque se me abran de nuevo las heridas... que, en verdad, nunca se han cerrado completamente. En realidad, siento en mí paz y gozo, una paz y un gozo que nunca han sido tan completos como ahora.

-¡Nunca como ahora! No entiendo... A mí el ver esas cosas, llenas de atroces recuerdos, me hace renacer la angustia de aquellas horas. Y yo soy sólo un discípulo suyo; tú eres su Madre...

-Y, como tal, debería sufrir más, quieres decir. Y, humanamente, no yerras. Pero no es así. Yo estoy acostumbrada a soportar el dolor de las separaciones de Él. Siempre dolor porque su presencia y cercanía eran mi Paraíso en la Tierra. Pero también siempre con buena disposición y serenamente sufridas, porque todos sus actos respondían a la Voluntad del Padre suyo, eran actos de obediencia a la Voluntad divina, y, por tanto, yo lo aceptaba porque yo también he obedecido siempre a los deseos y planes de Dios para mí. Cuando Jesús me dejaba, sufría. ¡Claro! Me sentía sola. El dolor que sufrí cuando, siendo niño, me dejó ocultamente por el debate con los doctores del Templo, sólo Dios lo ha medido en su más auténtica intensidad; y, a pesar de ello, aparte de la justa pregunta que, como madre, le hice por haberme dejado así, no le dije nada más. Y tampoco lo retuve cuando me dejó para manifestarse como Maestro... y ya había enviudado de José, y, por tanto, estaba sola, en una ciudad que, excepción hecha de algunas escasas personas, no me quería. Y no mostré estupor por su respuesta en el banquete de Caná. Él hacía la voluntad del Padre, yo lo dejaba libre para hacerla. Podía llegar a darle un consejo o a pedirle algo: un consejo sobre los discípulos, una súplica por algún desdichado. Pero más, no. Yo sufría cuando me dejaba para ir al mundo, a ese mundo que le era hostil, a ese mundo tan pecador, que el hecho de vivir en él le resultaba ya un sufrimiento. ¡Pero, cuánta alegría cuando volvía! Era una alegría tan profunda, que me compensaba setenta veces siete el dolor de la separación. Desgarrador fue el dolor de la separación que siguió a su Muerte, pero ¿con qué palabras podré expresar el gozo que sentí cuando se me apareció resucitado? Inmensa fue la pena de la separación por su regreso al Padre, una pena sin término hasta el acabamiento de mi vida terrena. Ahora experimento el gozo, inmenso gozo como inmensa ha sido la pena, porque siento que mi vida toca a su fin. He hecho cuanto debía hacer. He terminado mi misión terrena. La otra, la celeste, no tendrá fin. Dios me ha dejado en esta Tierra hasta que he consumado -yo también, como mi Jesús- todo lo que debía consumar. Y tengo dentro de mí esa secreta alegría -única gota de bálsamo en medio de sus amarguísimos, finales, atroces sufrimientos- que tuvo Jesús cuando pudo decir: "Todo está consumado".

-¿Alegría en Jesús? ¿En aquella hora?

-Sí, Juan. Una alegría incomprensible para los hombres, pero comprensible para los espíritus que ya viven en la luz de Dios y ven las cosas profundas, escondidas bajo los velos que el Eterno corre sobre sus secretos de Rey, gracias a esa luz. Yo, tan

angustiada como estaba, profundamente turbada por lo que estaba sucediendo, asociada a Él, a mi Hijo, en el abandono en las manos del Padre, no comprendí en esos momentos. La Luz se había apagado para el mundo todo que no la había querido acoger. Y también para mí. No por un justo castigo, sino porque, debiendo ser la Corredentora, yo también debía padecer la angustia del abandono de los consuelos divinos, la tiniebla, la desolación, la tentación de Satanás de que no creyera ya posible lo que Él había dicho; todo lo que Él padeció en el espíritu desde el Jueves hasta el Viernes. Pero luego comprendí. Cuando la Luz, resucitada para siempre, se me apareció, comprendí. Todo. Incluso la secreta, final alegría de Cristo cuando pudo decir: "Todo lo que el Padre quería que llevara a cabo lo he cumplido. He colmado la medida de la caridad divina amando al Padre hasta el sacrificio de mí mismo, amando a los hombres hasta morir por ellos. Todo lo que debía llevar a cabo lo he cumplido. Muero lacerado en mi carne inocente, pero contento en el espíritu". Yo también he cumplido todo lo que, ab aeterno, estaba escrito que cumpliera. Desde la generación del Redentor hasta la ayuda a vosotros, sus sacerdotes, para que os formarais perfectamente. La Iglesia, actualmente, está formada y es fuerte. El Espíritu Santo la ilumina, la sangre de los primeros mártires la une sólidamente y multiplica; mi ayuda ha cooperado en hacer de Ella un organismo santo, al que la caridad hacia Dios y hacia los hermanos alimenta y fortalece cada vez más, y donde los odios, rencores, envidias, maledicencias, malvadas plantas de Satanás, no arraigan. Dios está contento de ello, y quiere que lo sepáis a través de mis labios, como también quiere que os diga que continuéis creciendo en la caridad para poder crecer en la perfección, y lo mismo en número de cristianos y en potencia de doctrina. Porque la doctrina de Jesús es doctrina de amor. Porque la vida de Jesús, y también la mía, estuvieron siempre guiadas y movidas por el amor. Ninguno fue rechazado por nosotros, a todos los perdonamos; sólo a uno no pudimos otorgarle el perdón, porque él, siendo ya esclavo del Odio, no quiso nuestro amor sin límites. Jesús, en su último adiós antes de la muerte, os mandó que os amarais los unos a los otros. Y os dio incluso la medida del amor que debíais guardaros, diciéndoos: “Amaos los unos a los otros como Yo os he amado. Por esto se sabrá que sois mis discípulos”. La Iglesia, para vivir y crecer, tiene necesidad de la caridad. Caridad, sobre todo, en sus ministros. Si no os amarais entre vosotros con todas vuestras fuerzas, y, de la misma manera, no amarais a vuestros hermanos en el Señor, la Iglesia se haría estéril, y raquítica y escasa sería la nueva creación y la supercreación de los hombres, para el grado de hijos del Altísimo y coherederos del Reino del Cielo, porque Dios dejaría de ayudaros en vuestra misión. Dios es Amor. Todos sus actos han sido actos de amor. Desde la Creación hasta la Encarnación, desde ésta hasta la Redención, desde ésta, a su vez, hasta la fundación de la Iglesia, y, en fin, desde ésta hasta la Jerusalén celestial, que recogerá a todos los justos para que exulten en el Señor. Te digo a ti estas cosas porque eres el Apóstol del amor y las puedes comprender mejor que los otros...

Juan la interrumpe diciendo:

-También los otros aman y se aman».

-Sí. Pero tú eres el Amante por excelencia. Cada uno de vosotros tuvo siempre una característica, como, por lo demás, la tienen todas las criaturas. Tú, en el número de los doce, fuiste siempre el amor, el puro y sobrenatural amor. Quizás -es más, ciertamente- por ser tan puro amas tanto. ¿Y Pedro? Pedro fue siempre el hombre, el hombre auténtico e impetuoso. Su hermano, Andrés, tuvo todo el silencio y timidez que el otro no tenía. Santiago, tu hermano, impulsivo, tanto que Jesús lo llamó hijo del trueno. El otro Santiago, hermano de Jesús, justo y heroico. Judas de Alfeo, su hermano, noble y leal, siempre; la descendencia de David era evidente en él. Felipe y Bartolomé eran los tradicionalistas. Simón el Zelote, el prudente. Tomás, el pacífico. Mateo, el hombre humilde que, teniendo presente su pasado, trataba de pasar inadvertido. Y Judas de Keriot, ¡ay!, la oveja negra del rebaño de Cristo, la serpiente que recibió el calor de su amor, fue el satánico embustero, siempre. Pero tú, todo tú amor, puedes comprender mejor y ser voz de amor para todos los otros, para los lejanos, para transmitirles este último consejo mío. Les dirás que se amen y que amen a todos, incluso a sus perseguidores, para ser una sola cosa con Dios, como yo lo fui, hasta el punto de merecer ser elegida esposa del Amor eterno para concebir a Cristo. Yo me he entregado a Dios sin medida, aun comprendiendo desde el primer momento cuánto dolor me habría acarreado ello. Los profetas estaban presentes en mi mente, y sus palabras la luz divina me las hacía clarísimas. Por tanto, desde mi primer "fiat" al Ángel, supe que me consagraba al mayor de los dolores que madre alguna pudiera padecer. Pero nada puso límite a mi amor. Porque yo sé que el amor es, para cualquiera que lo use, fuerza, luz, imán que atrae hacia arriba, fuego que purifica y hace hermoso todo lo que enciende, y transforma y transhumana a todos los que ciñe en su abrazo. Sí, el amor es realmente llama. Es llama que, aun destruyendo todo lo caduco, hace de ello -aunque se trate de un desecho, un detrito, un despojo de hombre- un espíritu purificado y digno del Cielo. ¡Cuántos desechos, cuántos hombres manchados, corroídos, acabados, encontraréis en vuestro camino de evangelizadores! No despreciéis a ninguno de ellos. Antes al contrario, amadlos, para que nazcan al amor y se salven. Infundid en ellos la caridad. Muchas veces el hombre se hace malo porque nadie lo amó nunca o lo amó mal. Vosotros amadlos para que el Espíritu Santo vaya de nuevo a vivir -después de la purificación- en esos templos vaciados y ensuciados por muchas cosas. Dios, para crear al hombre no tomó un ángel, ni materia selecta; tomó barro, la materia más abyecta. Luego, infundiendo en ella su soplo, o sea, otra vez su amor, elevó la materia abyecta al excelso grado de hijo adoptivo de Dios. Mi Hijo, en su camino, encontró muchos seres humanos caídos en el fango y que eran verdaderos despojos. No los pisó con desprecio. A1 contrario, con amor los recogió y acogió, y los transformó en elegidos del Cielo. Recordad esto siempre. Y actuad como Él actuó. Recordad todo, hechos y palabras de mi Hijo. Recordad sus dulces parábolas, vividlas, o sea, ponedlas en práctica; y escribidlas para que tengan constancia de ellas los que vengan después hasta el final de los siglos, para que sean siempre guía de los hombres de buena voluntad para que consigan la vida y gloria eternas. No podréis, no, repetir todas las luminosas palabras de la eterna Palabra de Vida y Verdad; pero escribid cuantas más podáis escribir. El Espíritu de Dios, que descendió sobre mí para que diera al Salvador al mundo, y que descendió también sobre vosotros en dos ocasiones, os ayudará a recordar y a hablar a las gentes de forma que las convirtáis al verdadero Dios. Continuaréis así la maternidad espiritual que empecé yo en el Calvario para dar muchos hijos al Señor. Y el propio Espíritu, hablando en los hijos del Señor de nuevo creados, los fortalecerá de tal manera, que para ellos será dulce el morir entre tormentos, padecer el destierro y la persecución, con tal de confesar su amor a Cristo y unirse a Él en el Cielo, como ya hicieron Esteban y Santiago, mi Santiago, y otros más... Cuando estés solo, salva esta arca...

Juan, palideciendo y turbándose, más pálido aún de lo que ya se ha puesto cuando María ha dicho que siente cumplida su misión, la interrumpe exclamando y preguntando:

-¡Madre! ¿Por qué dices esto? ¿Te sientes mal?

-No.

-¿Entonces es que quieres dejarme?

-No. Estaré contigo mientras esté en la Tierra. Pero prepárate, Juan mío, a estar solo.

-¡Pero, entonces es que te sientes mal y quieres ocultármelo!...

-No, créeme. Nunca me he sentido con tantas fuerzas, con tanta paz, con tanta alegría, como ahora. Tengo dentro de mí un gozo tal, una tan gran plenitud de vida sobrenatural, que... sí, que pienso que no podré soportarla siguiendo viva. Además, no soy eterna. Debes comprenderlo. Eterno es mi espíritu; la carne, no; y está sujeta, como todo cuerpo humano, a la muerte.

-¡No! ¡No! No digas eso. ¡Tú no puedes, no debes, morir! ¡Tu cuerpo inmaculado no puede morir como el de los pecadores!

-Estás en un error, Juan. ¡Mi Hijo murió! Yo también moriré. No conoceré la enfermedad, la agonía, el angustioso sufrimiento de la muerte. Pero, morir, moriré. Y, además, has de saber, hijo mío, que si tengo un deseo entero y solamente mío, y que permanece desde que Él me dejó, es precisamente éste. Éste es el primero, intenso deseo del todo mío. Es más, puedo decir: la primera voluntad mía. Todas las otras cosas de mi vida no fueron sino consentimiento de mi voluntad a la Voluntad divina. Voluntad de Dios, puesta por Él mismo en mi corazón de niña, fue el querer ser virgen; voluntad suya, mi boda con José; voluntad suya, mi Maternidad virginal y divina. Todo en mi vida ha sido voluntad de Dios, y obediencia mía a su voluntad. Pero ésta, la voluntad de querer unirme de nuevo a Jesús, es voluntad *del todo mía.* ¡Dejar la Tierra por el Cielo, para estar con Él eterna y continuamente! ¡Mi deseo de hace ya muchos años! Y ahora siento que próximamente se va a hacer realidad. ¡No te turbes de esa manera, Juan! Escucha, más bien, mis últimos deseos. Cuando mi cuerpo, ausente ya de él el espíritu vital, yazca en paz, no me sometas a los embalsamamientos habituales entre los hebreos. Ya no soy la hebrea, sino la cristiana, la primera cristiana, si bien se piensa, porque fui la primera que tuvo a Cristo, Carne y Sangre, en mí, porque fui su primera discípula, porque fui con Él Corredentora y continuadora suya aquí, entre vosotros, siervos suyos. Ningún ser humano, excepto mi padre y mi madre y los que asistieron a mi nacimiento, vio mi cuerpo. Tú a menudo me llamas: "Arca verdadera que contuvo a la Palabra divina". Ahora bien, tú sabes que sólo el Sumo Sacerdote puede ver el Arca. Tú eres sacerdote, y mucho más santo y puro que el Pontífice del Templo. Pero yo quiero que sólo el eterno Pontífice pueda ver, en su debido momento, mi cuerpo. Por eso, no me toques. Además... ya ves que me he purificado y me he puesto la túnica pura, el vestido de los esponsales eternos... Pero, ¿por qué lloras, Juan?

-Porque la tempestad del dolor se desencadena dentro de mí. ¡Me doy cuenta de que voy a perderte pronto! ¿Cómo podré vivir sin ti? ¡Siento desgarrárseme el corazón ante este pensamiento! ¡No resistiré este dolor!

-Resistirás. Dios te ayudará a vivir, y mucho tiempo, como me ayudó a mí. Porque si Él no me hubiera ayudado en el Gólgota y en el Monte de los Olivos, cuando Jesús murió y cuando Jesús ascendió al Cielo, habría muerto, como murió Isaac. Te ayudará a vivir y a recordar todo lo que te he dicho antes, para el bien de todos.

-¡Oh, lo recordaré todo! Y haré todo lo que deseas, y lo que has dicho respecto a tu cuerpo. Yo también comprendo que los ritos hebreos para ti ya no sirven, para ti, cristiana, para ti, la Purísima que -estoy seguro de ello- no conocerá en su carne la corrupción. No puede tu cuerpo, divinado como ningún otro cuerpo de mortal -por no haber tenido Pecado original y, más aún, porque además de la plenitud de la Gracia contuviste en ti a la Gracia misma, al Verbo; por lo cual tú eres la más verdadera reliquia suya-, conocer la descomposición, la podredumbre de toda carne mortal. Será éste el último milagro de Dios a ti, en ti. Serás conservada como eres ahora...

-¡No sigas llorando! - exclama María mirando a la cara desencajada, enteramente bañada en lágrimas, del apóstol. Y añade:

-Si voy a conservarme como soy ahora, no me perderás. ¡Así que no te angusties!

-Te perderé de todas formas, aunque permanezcas incorrupta. Y me siento como atrapado por un huracán de dolor, un huracán que me quebranta y me abate. Tú eras mi todo, especialmente desde la muerte de mis padres y desde que los otros hermanos, de sangre y de misión, están lejos, incluido el queridísimo Margziam al que Pedro ha tomado consigo. ¡Ahora me quedaré solo, y en medio de la más fuerte tempestad! - y Juan cae a sus pies, llorando aún más fuertemente.

María se agacha hacia él, le pone una mano sobre la cabeza, que se mueve por los sollozos y le dice:

-No. Así no. ¿Por qué me das dolor? Tan fuerte como fuiste al pie de la Cruz... ¡y era una escena de horror sin igual, por la intensidad del martirio y por el odio satánico del pueblo! ¡¿Tan fuerte, tan consolador para Él y para mí, en aquel momento... y hoy, en el atardecer de un sábado tan sereno y sosegado, y ante mí, que exulto por el inminente gozo que presiento, te turbas de esta manera?! Cálmate. Imita a todo lo que nos rodea, a todo lo que está dentro de mí; es más: únete a ello. Todo es paz. Ten paz tú también. Sólo los olivos rompen, con su leve frufrú, la calma absoluta de esta hora. Pero ¡es tan dulce este susurro, que parece un vuelo de ángeles en torno a la casa! Y quizás están realmente los ángeles, porque siempre los ángeles estuvieron cerca de mí, uno o muchos, cuando me encontraba en un momento especial de mi vida. Estuvieron en Nazaret cuando el Espíritu de Dios hizo fecundo mi seno virgen. Y estuvieron con José cuando estaba turbado y titubeante, por mi estado y respecto a cómo comportarse conmigo. Y en Belén en dos ocasiones: cuando nació Jesús y cuando tuvimos que huir a Egipto. Y en Egipto, cuando nos dieron la orden de volver a Palestina. Y a las pías mujeres -si no a mí, fue porque el propio Rey de los ángeles había venido a mí- se les aparecieron ángeles en el amanecer del primer día después del sábado, y dieron la orden de decirte a ti y de decirle a Pedro lo que debíais hacer. Ángeles y luz, siempre, en los momentos decisivos de mi vida y de la de Jesús. Luz y ardor de amor que, descendiendo del trono de Dios a mí, su sierva, y subiendo de mi corazón a Dios, mi Rey y Señor, nos unían a mí con Dios y a Dios conmigo, para que se cumpliera todo lo que estaba escrito que había de cumplirse, y también para crear un entrecielo de luz extendido sobre los secretos de Dios, de forma que Satanás y sus siervos no conocieran, antes del

tiempo justo, el cumplimiento del misterio sublime de la Encarnación. También en este atardecer siento, aunque no los vea, a los ángeles en torno a mí. Y siento que crece en mí, dentro de mí, la luz, una irresistible luz, como la que me envolvió cuando concebí al Cristo, cuando 1o di al mundo; luz que viene de un impulso de amor más poderoso que el habitual en mí. Por una potencia de amor similar a ésta, arrebaté, antes del tiempo, del Cielo al Verbo, para que fuera el Hombre y Redentor. Por una potencia de amor como la que me acomete en este anochecer, espero ser raptada por el Cielo y que el Cielo me lleve al lugar a donde deseo ir con mi espíritu para cantar, eternamente, con el pueblo de los santos y los coros de los ángeles, mi imperecedero "Magníficat" a Dios por las grandes cosas que ha hecho en mí, su sierva.

-No sólo con el espíritu, probablemente. Y a ti te responderá la Tierra, la cual con sus pueblos y naciones te glorificará y te honrará mientras el mundo exista, como bien predijo, aunque veladamente, de ti Tobit, *(Tobías 13, 13-18)* porque la que verdaderamente ha llevado en sí al Señor eres tú, y no el Santo de los Santos. Tú has dado a Dios, tú sola, tanto amor cuanto no le han dado todos los Sumos Sacerdotes y todos los otros del Templo en siglos y siglos. Un amor ardiente y purísimo. Por eso, Dios te hará beatísima.

-Y cumplirá mi único deseo, mi única voluntad. Porque el amor, cuando es tan total, que es casi perfecto como el de mi Hijo y Dios, todo lo obtiene, incluso lo que para el juicio humano parecería imposible de obtenerse. Recuerda esto, Juan. Y di también esto a tus hermanos. ¡Seréis muy hostigados! Obstáculos de todo tipo os harán temer una derrota, matanzas por parte de los perseguidores, deserción por parte de cristianos de moral... iscariótica deprimirán vuestro espíritu. No temáis. Amad y no temáis. En la proporción de vuestro modo de amar Dios os ayudará y os hará triunfar sobre todo y sobre todos. Todo obtiene el que se hace serafín. Entonces el alma, esa admirable, eterna cosa que es el mismo soplo de Dios, por Él infundido en nosotros, se proyecta poderosamente hacia el Cielo, cae como llama a los pies del divino trono, habla con Dios y es escuchada por Dios, y obtiene del Omnipotente lo que desea. Si los hombres supieran amar como ordena la antigua Ley y como amó y enseñó a amar mi Hijo, todo lo obtendrían. Yo amo así. Por eso siento que dejaré de estar en la Tierra, yo por exceso de amor, como Él murió por exceso de dolor. La medida de mi capacidad de amar está colmada. ¡Mi alma y mi carne no pueden ya contenerla! El amor rebosa de ellas, me sumerge y al mismo tiempo me eleva hacia el Cielo, hacia Dios, mi Hijo. Y su voz me dice: "¡Ven! ¡Sal! ¡Sube a nuestro trono y a nuestro trino abrazo!". ¡La Tierra, todo lo que me rodea, desaparece en la gran luz que del Cielo me viene! ¡Los sonidos quedan cubiertos por esta voz celestial! ¡Ha llegado para mí la hora del abrazo divino, Juan mío!

Juan, que, escuchando a María, se había calmado un poco aunque permanecía turbado, y que en la última parte de sus palabras la miraba extático, casi arrobado también él, palidísimo su rostro como el de María, cuya palidez de todas formas se va lentamente transformando en luz blanquísima, acude a ella para sujetarla mientras exclama:

-¡Tu aspecto es como el de Jesús cuando se transfiguró en el Tabor! ¡Tu carne resplandece como luna, tus vestiduras relucen como lastra de diamante colocada frente a una llama blanquísima! ¡Ya no eres humana, Madre! ¡La pesantez y la opacidad de la carne han desaparecido! ¡Eres luz! Pero no eres Jesús. Él, siendo Dios además de Hombre, podía sostenerse por sí solo en el Tabor, como aquí en el Monte de los Olivos en su Ascensión. Tú no puedes. No te sostienes. Ven. Te ayudo yo a reclinar en tu lecho tu cuerpo rendido y bienaventurado. Descansa.

Y, amorosísimamente, la lleva hasta el modesto lecho sobre el que María se extiende sin quitarse siquiera el manto.

Recogiendo los brazos sobre el pecho, celando sus dulces ojos, fúlgidos de amor, con sus párpados, dice a Juan, que está inclinado hacia Ella:

-Yo estoy en Dios y Dios está en mí. Mientras lo contemplo y siento su abrazo, di los salmos y todas las otras páginas de la Escritura que a mí se aplican especialmente en este momento. El Espíritu de Sabiduría te las indicará. Recita luego la oración de mi Hijo, repíteme las palabras del Arcángel anunciador y las que me dijo Isabel, y mi himno de alabanza... Yo te seguiré con todo lo que de mí tengo todavía en la Tierra...

Juan, luchando contra el llanto que le sube del corazón, esforzándose en dominar la emoción que le turba, con esa bellísima voz suya que con el paso de los años se ha hecho muy semejante a la de Cristo -lo cual observa María con una sonrisa, diciendo: -¡Me parece como si tuviera a mi lado a mi Jesús! - entona el salmo 118 (lo recita casi por entero), luego los tres primeros versículos del 41, los ocho primeros del 38, el salmo 22 y el salmo 1. *(En la "neovulgata" se hallan, respectivamente, en: Salmo 119; Salmo 42, 1-3; Salmo 39, 1-8; Salmo 23; Salmo 1; Tobías 13; Eclesiástico 24)* Dice luego el *Padrenuestro,* las palabras de Gabriel e Isabel, el cántico de Tobit, el capítulo 24 del Eclesiástico desde el verso 11 a146; por último, entona el Magníficat. Pero, en llegando al noveno verso, se da cuenta de que María ya no respira, aun permaneciendo con postura y aspecto naturales; sonriente, calma, como si no hubiera advertido el cese de la vida.

Juan, con un grito de desgarro, se arroja al suelo, contra la orilla del lecho; y llama, llama a María. No sabe persuadirse de que Ella ya no puede responderle; de que su cuerpo ya no tiene el alma vital. ¡Pero, claro, tiene que rendirse a la evidencia! Se inclina hacia su cara, que ha quedado fija en una expresión de gozo sobrenatural, y copiosas lágrimas llueven de los ojos de Juan para caer sobre ese rostro delicado, sobre esas manos puras tan dulcemente cruzadas sobre el pecho. Es el único lavacro que recibe el cuerpo de María: el llanto del Apóstol del amor, de su hijo adoptivo por voluntad de Jesús.

Pasado el primer ímpetu de dolor, Juan, recordando el deseo de María, recoge los extremos del amplio manto de lino, que pendían de las orillas del lecho, y los del velo, que penden de la almohada, y extiende los primeros sobre el cuerpo y los segundos sobre la cabeza. María ahora asemeja a una estatua de cándido mármol extendida sobre la tapa de un sarcófago. Juan la contempla durante largo tiempo, y mirándola, nuevas lágrimas caen de sus ojos.

Luego dispone de otra manera la habitación, quitando los enseres superfluos. Deja sólo: la cama; la pequeña mesa, contra la pared, sobre la que deposita el arca que contiene las reliquias; un taburete que coloca entre la puerta que da a la terraza y el lecho donde yace María; y una repisa sobre la que está la lamparita que Juan ha encendido (porque ya va llegando la noche).

Presuroso, baja al Getsemaní para recoger todas las flores que puede encontrar, y ramas de olivo ya con olivas formadas. Vuelve a subir al pequeño cuarto y, a la luz de la lamparita, coloca las flores y las ramas alrededor del cuerpo de María; y el cuerpo queda como en el centro de una gran corona.

Mientras realiza esto, habla con María yacente, como si pudiera oírle. Dice *(haciendo referencia al Cantar de los Cantares 2, 1-2; Eclesiástico 24, 14-17; Salmo 104, 13-15)*:

-Fuiste siempre lirio de los valles, rosa suave, oliva especiosa, via fructífera, espiga santa. Nos has dado tus perfumes, el óleo de la vida y el Vino de los fuertes y el Pan que preserva de la muerte al espíritu de quienes de él dignamente se nutren. Bien están en torno a ti estas flores, como tú sencillas y puras, como tú adornadas de espinas, como tú pacíficas. Ahora acercamos esta lamparita. Así, junto a tu lecho, para que te vele y me haga compañía mientras te velo, en espera de al menos uno de los milagros que espero, de los milagros por cuyo cumplimiento oro. El primero es que, según su deseo, Pedro, y los otros a los que mandaré avisar a través del servidor de Nicodemo, puedan verte todavía una vez. El segundo es que tú; de la misma forma que en todo seguiste la suerte de tu Hijo, como Él te despiertes al tercer día, para no hacer de mí el dos veces huérfano. El tercero es que Dios me dé paz, si no se cumpliera lo que espero que en ti se cumpla, como se cumplió en Lázaro, que no era como tú. Pero, ¿y por qué no iba a cumplirse? Regresaron a la vida la hija de Jairo, el joven de Naím, el hijo de Teófilo... Verdad es que, entonces, obró el Maestro... Pero Él está contigo, aunque no en modo visible. Y tú no has muerto por enfermedad, como los resucitados por obra de Cristo. ¿Pero tú realmente has muerto? ¿Has muerto como todo hombre muere? No. Siento que no. Tu espíritu no está ya en ti, en tu cuerpo, y en ese sentido esto tuyo podría llamarse muerte. Pero, por el modo en que tu tránsito ha sucedido, pienso que esto no es sino una transitoria separación de tu alma, sin culpa y llena de gracia, de tu purísimo y virginal cuerpo. ¡Debe ser así! ¡Es así! Cómo y cuándo tendrá lugar de nuevo la unión y la vida volverá a ti, no lo sé. Pero estoy tan seguro de ello, que me quedaré aquí, a tu lado, hasta que Dios, o con su palabra o con su acción, me muestre la verdad sobre tu destino.

Juan, que ha terminado de colocar todas las cosas, se sienta en el taburete, poniendo en el suelo, junto al lecho, la lamparita; y contempla, orando, a María yacente.

## 650

## Gloriosa asunción de María Santísima.

¿Cuántos días han pasado? Es difícil establecerlo con seguridad. A juzgar por las flores que forman una corona alrededor del cuerpo exánime, debería decirse que han pasado pocas horas. Pero si se juzga por las ramas de olivo sobre las cuales están las flores frescas, ramas con hojas ya lacias, y por las otras flores mustias puestas -cada una de ellas como una reliquia- sobre la tapa del arca, se debe concluir que ya han pasado algunos días.

Pero el cuerpo de María presenta el aspecto que tenía instantes después de haber expirado. Ninguna señal de muerte hay en su cara, ni en sus pequeñas manos. Ningún olor desagradable hay en la habitación; es más, aletea en ella un perfume indefinible, que huele a mezcla de incienso, lirios, rosas, muguetes y hierbas montanas. Juan -a saber cuántos días lleva velando-se ha dormido vencido por el cansancio, sentado en el taburete, con la espalda apoyada en la pared, junto a la puerta abierta que da a la terraza. La luz de la lámpara, colocada en el suelo, lo ilumina de abajo hacia arriba y permite ver su rostro cansado, palidísimo, excepto en torno a los ojos, enrojecidos por el llanto.

El alba debe haber empezado ya; en efecto, su débil claror hace visibles la terraza y los olivos que rodean a la casa, un claror que se va haciendo cada vez más intenso y que, entrando por la puerta, hace más nítidos los contornos de los objetos de la habitación, de esos objetos que, por estar lejos de la lamparita, antes apenas se vislumbraban.

De repente, una gran luz llena la habitación, una luz argéntea con tonalidades azules, casi fosfórica; y aumenta sin cesar, anulando la del alba y la de la lamparita. Una luz igual que la que inundó la gruta de Belén en el momento de la Natividad divina. Luego, en esta luz paradisíaca, se hacen visibles criaturas angélicas (luz aún más espléndida en la luz, ya de por sí poderosísima, que ha aparecido antes). Como ya sucedió cuando los ángeles se aparecieron a los pastores, una danza de centellas de todos los colores surge de sus alas dulcemente agitadas, de las cuales procede un armónico susurro ornado de arpegios, dulcísimo.

Las criaturas angélicas se disponen en corona en torno al lecho, se inclinan hacia él, levantan el cuerpo inmóvil y, con un batir más fuerte de sus alas -que aumenta el sonido que antes existía-, por una abertura que se ha creado prodigiosamente en el techo (como prodigiosamente se abrió el Sepulcro de Jesús), se van, llevándose consigo el cuerpo de su Reina, santísimo, sin duda, pero aún no glorificado y, por tanto, sujeto a las leyes de la materia, sujeción que no tuvo Cristo porque cuando resucitó de la muerte ya estaba glorificado. El sonido producido por las alas angélicas aumenta, y ahora es potente como sonido de órgano.

Juan, que ya -aun permaneciendo adormecido- se había movido dos o tres veces en su taburete, como si le molestaran la gran luz y el sonido de las alas angélicas, se despierta totalmente por ese sonido potente y por una fuerte corriente de aire que, descendiendo del techo destapado y saliendo por la puerta abierta, forma como un remolino que agita las cubiertas del lecho ya vacío y las vestiduras de Juan, y que apaga la lámpara y cierra, con un fuerte golpe, la puerta abierta.

El apóstol mira a su alrededor, todavía soñoliento, para percatarse de lo que está sucediendo. Se da cuenta de que el lecho está vacío y el techo está descubierto. Intuye que ha tenido lugar un prodigio. Sale corriendo a la terraza y, como por un instinto espiritual, o por llamada celeste, alza la cabeza protegiendo sus ojos con la mano para mirar sin el obstáculo del naciente Sol.

Y ve. Ve el cuerpo de María, todavía inerte, e igual en todo al de una persona que duerme; lo ve subir cada vez más alto, sostenido por la multitud angélica. Como dirigiendo un último saludo, un extremo del manto y del velo se mueven, quizás por la acción del viento producido por la rápida asunción y por el movimiento de las alas angélicas; y unas flores, las que Juan había colocado y renovado alrededor del cuerpo de María, y que se habían quedado entre los pliegues de las vestiduras, llueven sobre la terraza y la tierra del Getsemaní, mientras el potente himno de alabanza de la multitud angélica se va haciendo cada vez más lejano y, por tanto, más leve.

Juan sigue mirando fijamente a ese cuerpo que sube hacia el Cielo y, sin duda, por un prodigio que Dios le concede, para consolarlo o premiarlo por su amor a su Madre adoptiva, ve, con claridad, que María, envuelta ahora por los rayos del Sol, que ya ha salido, sale del éxtasis que le ha separado el alma del cuerpo, vuelve a la vida y se pone en pie (porque ahora Ella también goza de los dones propios de los cuerpos glorificados).

Juan mira, mira... el milagro que Dios le concede le da la facultad, contra toda ley natural, de ver a María como es ahora mientras sube en rapto hacia el Cielo, rodeada, ya no ayudada a subir, por los ángeles que entonan cantos de júbilo. Y Juan se ve raptado por esa visión de hermosura que ninguna pluma usada por mano humana, ninguna palabra humana ni obra alguna de artista podrán jamás describir o reproducir, porque es de una belleza indescriptible.

Juan, permaneciendo apoyado en el antepecho de la terraza, sigue mirando fijamente esa espléndida y resplandeciente forma de Dios -porque realmente puede llamarse así a María, formada en modo único por Dios, que la quiso inmaculada, para que fuera forma para el Verbo encarnado- que sube cada vez más. Y un último, supremo prodigio concede Dios-Amor a este perfecto amante suyo: el de ver el encuentro de la Madre Santísima con su Santísimo Hijo, quien - también Él espléndido y resplandeciente, hermoso con una hermosura indescriptible- desciende rápido del Cielo, llega junto a su Madre, la abraza contra su corazón y, juntos, más refulgentes que dos astros mayores, con Ella regresa al lugar de donde ha venido.

La visión de Juan ha terminado. Baja la cabeza. En su rostro cansado están presentes el dolor por la pérdida de María y el júbilo por su glorioso destino. Pero ahora ya el júbilo supera al dolor.

Dice:

-¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias! Presentía que habría sucedido esto. Y quería estar en vela para no perder ningún episodio de su Asunción. ¡Pero llevaba ya tres días sin dormir! El sueño, el cansancio, unidos al dolor, me han abatido y vencido en el momento en que era inminente la Asunción... Pero quizás Tú mismo lo has querido, oh Dios, para que no perturbara ese momento y no sufriera demasiado... Sí, sin duda, Tú lo has querido así, de la misma forma que ahora has querido que viera lo que sin un milagro tuyo no habría podido ver. Me has concedido verla otra vez, aun estando ya muy lejana, ya glorificada y gloriosa, como si estuviera cerca de mí. ¡Y ver de nuevo a Jesús! ¡Oh, visión beatísima, inesperada, inesperable! ¡Oh, don de los dones de Jesús-Dios a su Juan! ¡Gracia suprema! ¡Volver a ver a mi Maestro y Señor! ¡Verlo a Él junto a su Madre! ¡Él semejante a un Sol y Ella a una Luna, esplendidísimos ambos por su estado glorioso y por la felicidad de estar unidos de nuevo y eternamente! ¿Qué será el Paraíso, ahora que vosotros resplandecéis en él, vosotros, astros mayores de la Jerusalén celestial? ¿Cuál será el júbilo de los angélicos coros y de los santos? Es tal la alegría que me ha producido el ver a la Madre con el Hijo -cosa que anula toda pena suya, toda pena de ambos-, que también mi pena cesa y, en su lugar, en mí entra la paz. De los tres milagros que había pedido a Dios, dos se han cumplido. He visto volver la vida a María, y siento que vuelve a mí la paz. Todas mis angustias cesan, porque os he visto unidos de nuevo en la gloria. Gracias por ello, oh Dios. Y gracias por haberme dado la forma de ver, incluso respecto a una criatura (santísima, pero, en todo caso, humana), cuál es el destino de los santos, cual será después del último juicio y la resurrección de los cuerpos y su nueva unión, su fusión con el espíritu subido al Cielo a la hora de la muerte. No tenía necesidad de ver para creer. Porque siempre he creído firmemente en todas las palabras del Maestro. Pero muchos dudarán de que, después de siglos y milenios, la carne, convertida en polvo, pueda volver a ser cuerpo vivo. A éstos les podré decir, jurando por las cosas más excelsas, que no sólo Cristo volvió a la vida, por su propio poder divino, sino que también la Madre suya, tres días después de la muerte, si tal muerte puede llamarse muerte, reemprendió vida, y, con la carne unida de nuevo al alma, tomó su eterna morada en el Cielo, al lado de su Hijo. Podré decir: "Creed, cristianos todos, en la resurrección de la carne al final de los siglos, y en la vida eterna del alma y de los cuerpos, vida bienaventurada para los santos y horrenda para los culpables impenitentes. Creed y vivid como santos, de la misma forma que como santos vivieron Jesús y María, para alcanzar su mismo destino. Yo vi a sus cuerpos subir al Cielo. Os lo puedo testificar. Vivid como justos para poder un día estar en el nuevo mundo eterno, en alma y cuerpo, junto a Jesús-Sol y junto a María, Estrella de todas las estrellas". ¡Gracias otra vez, oh Dios! Y ahora recojamos todo lo que queda de Ella. Las flores que han caído de sus vestiduras, las ramas de olivo que han quedado en su lecho, y conservémoslo. Servirán... sí, servirán para ayudar y consolar a mis hermanos, en vano esperados. Antes o después los encontraré...

Recoge incluso los pétalos de las flores que se han deshojado al caer. Y con las flores y pétalos en un extremo de su túnica, entra en la habitación.

Advierte entonces más atentamente la abertura del techo y exclama:

-¡Otro prodigio! ¡Y otro admirable paralelismo en los prodigios de las vidas de Jesús y María! Él, Dios, por sí sólo resucitó, y sólo con su voluntad volcó la piedra del Sepulcro, y sólo con su poder ascendió al Cielo. Por sí solo. Para María, santísima pero hija de hombre, con ayuda angélica se abrió la vía para su asunción al Cielo, y con ayuda angélica se ha verificado su asunción al Cielo. En Cristo el espíritu volvió a animar al Cuerpo mientras el Cuerpo estaba todavía en la Tierra, porque así debía ser, para hacer callar a sus enemigos y confirmar en la fe a todos sus seguidores. En María el espíritu ha vuelto cuando el santísimo Cuerpo estaba ya en el umbral del Paraíso, porque para Ella no era necesaria ninguna otra cosa. ¡Oh, potencia perfecta de la infinita Sabiduría de Dios!...

Juan ahora recoge en una tela las flores y las ramas que han quedado en el lecho, une a ello lo que había recogido afuera, y pone todo encima de la tapa del arca. Luego abre el arca y mete dentro la almohadita de María y la cubierta de la

cama. Baja a la cocina, recoge otros objetos usados por Ella -el huso y la rueca y las piezas de la vajilla usados por Ella- y los une a las otras cosas.

Cierra el arca y se sienta en el taburete. Exclama:

-¡Ahora todo está cumplido también para mí! ¡Ahora puedo marcharme, libremente, a donde el Espíritu de Dios me conduzca! ¡Ir y sembrar la divina Palabra que el Maestro me ha dado para que yo se la dé a los hombres! Enseñar el Amor. Enseñarlo para que crean en el Amor y en su poder. Dar a conocer a los hombres lo que Dios-Amor ha hecho por ellos. Su Sacrificio y su Sacramento y Rito perpetuos por los que, hasta el final de los siglos, podremos estar unidos a Jesucristo por la Eucaristía y renovar el rito y el sacrificio como Él mandó hacer. ¡Dones, todos ellos, del Amor perfecto! Hacer amar al Amor, para que crean en el Amor como nosotros hemos creído y creemos. Sembrar el Amor, para que sea abundante la recolección y la pesca, para el Señor. María me ha dicho, en sus últimas palabras, que el amor todo lo obtiene; en sus últimas palabras a mí, a quien Ella cabalmente ha definido, en el colegio apostólico, como el que ama, el amante por excelencia, la antítesis de Judas Iscariote, que fue el odio; como Pedro la impulsividad y Andrés la mansedumbre; y los hijos de Alfeo la santidad y sabiduría unidas a nobleza de modos; etc. Yo, el amante, ahora que ya no tengo ni al Maestro ni a la Madre, a quienes amar en la Tierra, iré a esparcir el amor entre las gentes. El amor será mi arma y doctrina. Y con él venceré al demonio y al paganismo, y conquistaré a muchas almas. Continuaré así a Jesús y a María, que fueron el amor perfecto en la Tierra.

## 651

## Sobre el tránsito, la asunción y la realeza de María Santísima.

Dice María:

-¿Yo morí? Sí, si se quiere llamar muerte a la separación acaecida entre la parte superior del espíritu y el cuerpo; no, si por muerte se entiende la separación entre el alma vivificante y el cuerpo, la corrupción de la materia carente ya de la vivificación del alma y, antes, la lobreguez del sepulcro, y, como primera de todas estas cosas, el angustioso sufrimiento de la muerte.

¿Cómo morí, o, mejor, cómo pasé de la Tierra al Cielo, antes con la parte inmortal, después con la perecedera? Como era justo que fuera para la Mujer que no conoció mancha de culpa.

En ese anochecer -ya había empezado el descanso sabático- hablaba con Juan. De Jesús. De sus cosas. Aquella hora vespertina estaba llena de paz. El sábado había apagado todos los rumores de humanas obras. Y la hora apagaba toda voz de hombre o de ave. Sólo los olivos de alrededor de la casa emitían su frufrú con la brisa del anochecer: parecía como si un vuelo de ángeles acariciara las paredes de la casita solitaria.

Hablábamos de Jesús, del Padre, del Reino de los Cielos. Hablar de la Caridad y del Reino de la Caridad significa encenderse con el fuego vivo, consumir las cadenas de la materia para dejar libre al espíritu en sus vuelos místicos. Si el fuego está contenido dentro de los límites que Dios pone para conservar a las criaturas en la Tierra a su servicio, es posible arder y vivir, encontrando en el fuego no consumición sino perfeccionamiento de vida. Pero cuando Dios quita los límites y deja libertad al Fuego divino de incidir sin medida en el espíritu y de atraerlo hacia sí sin medida, entonces el espíritu, respondiendo a su vez sin medida al Amor, se separa de la materia y vuela al lugar desde donde el Amor le incita y a donde el Amor le invita: y es el final del destierro y el regreso a la Patria.

Aquel atardecer, al ardor incontenible, a la vitalidad sin medida de mi espíritu, se unió una dulce postración, una misteriosa sensación de que la materia se alejaba de todo lo que la rodeaba; como si el cuerpo se durmiera, cansado, mientras el intelecto, avivado más su razonar, se abismara en los divinos esplendores.

Juan, amoroso y prudente testigo de todos mis actos desde que fue mi hijo adoptivo según la voluntad de mi Unigénito, dulcemente me persuadió de que buscara descanso en el lecho, y me veló orando. El último sonido que oí en la Tierra fue el susurro de las palabras del virgen Juan. Para mí fueron como la nana de una madre junto a la cuna. Y acompañaron a mi espíritu en el último éxtasis, demasiado sublime como para ser descrito. Acompañaron a mi espíritu hasta el Cielo.

Juan, único testigo de este delicado misterio, me avió. Él solo me avió, envolviéndome en el manto blanco, sin cambiarme de túnica ni de velo, sin lavacro y sin embalsamamiento. El espíritu de Juan - como se ve claro por sus palabras del segundo episodio de este ciclo que va de Pentecostés a mi Asunción- ya sabía que no me iba a descomponer, e instruyó al apóstol sobre lo que había de hacerse. Y él, casto y amoroso, prudente respecto a los misterios de Dios y a los compañeros lejanos, decidió custodiar el secreto y esperar a los otros siervos de Dios, para que me vieran todavía y sacaran, de verme, consuelo y ayuda para las penas y fatigas de sus misiones. Esperó como estando seguro de que llegarían.

Pero el decreto de Dios era distinto. Como siempre, bueno para el Predilecto; justo, como siempre, para todos los creyentes. Cargó los ojos del primero, para que el sueño le ahorrara la congoja de ver cómo se le arrebataba también mi cuerpo; dio a los creyentes otra verdad que los ayudara a creer en la resurrección de la carne, en el premio de una vida eterna y bienaventurada concedida a los justos; en las verdades más poderosas y dulces del Nuevo Testamento -mi inmaculada Concepción, mi divina Maternidad virginal-; en la naturaleza divina y humana de mi Hijo, verdadero Dios y verdadero Hombre, nacido no por voluntad carnal sino por desposorio divino y por divina semilla depositada en mi seno; en fin, para que creyeran que en el Cielo está mi Corazón de Madre de los hombres, palpitante de vibrante amor por todos, justos y pecadores, deseoso de teneros a todos junto a sí, en la Patria bienaventurada, por toda la eternidad.

Cuando los ángeles me sacaron de la casita, ¿mi espíritu había vuelto a mí? No. El espíritu ya no tenía que bajar de nuevo a la Tierra. Estaba en adoración delante del trono de Dios. Pero cuando la Tierra, el destierro, el tiempo y el lugar de la separación de mi Señor Uno y Trino fueron dejados para siempre, entonces el espíritu volvió a resplandecer en el centro de mi

alma, despertando a la carne de su dormición; por lo que es cabal hablar, respecto a mí, de Asunción al Cielo en alma y cuerpo, no por mi propia capacidad, como sucedió en el caso de Jesús, sino por ayuda angélica. Me desperté de aquella misteriosa y mística dormición, me alcé, en fin, volé, porque ya mi carne había conseguido la perfección de los cuerpos glorificados. Y amé. Amé a mi Hijo y a mi Señor, Uno y Trino, de nuevo hallados, los amé como es destino de todos los eternos vivientes.

Dice Jesús:

-Llegada su última hora, como una azucena cansada que, después de haber exhalado todos sus aromas, se pliega bajo las estrellas y cierra su cáliz de candor, María, mi Madre, se recogió en su lecho y cerró los ojos a todo lo que la rodeaba, para recogerse en una última, serena contemplación de Dios.

Velando reverente su reposo, el ángel de María esperaba ansioso que el éxtasis urgente separara ese espíritu de la carne, durante el tiempo designado por el decreto de Dios, y lo separara para siempre de la Tierra, mientras ya del Cielo descendía el dulce e invitante imperativo de Dios.

Inclinado también Juan, ángel terreno, hacia ese misterioso reposo, velaba a su vez a la Madre que estaba para dejarlo. Y cuando la vio extinguida siguió velando, para que, no tocada por miradas profanas y curiosas, siguiera siendo, incluso más allá de la muerte, la inmaculada Esposa y Madre de Dios que tan plácida y hermosa dormía. Una tradición dice que en la urna de María, abierta por Tomás, se encontraron sólo flores. Pura leyenda. Ningún sepulcro engulló el cadáver de María, porque nunca hubo un cadáver de María, según el sentido humano, dado que María no murió como todos los que tuvieron vida.

Ella se había separado, por decreto divino, sólo del espíritu, y con éste, que la había precedido, se unió de nuevo su carne santísima. Invirtiendo las leyes habituales, por las cuales el éxtasis termina cuando cesa el rapto, o sea, cuando el espíritu vuelve al estado normal, fue el cuerpo de María el que se unió de nuevo con el espíritu, después de la larga permanencia en el lecho fúnebre.

Todo es posible para Dios. Yo salí del Sepulcro sin ayuda alguna; sólo con mi poder. María vino a mí, a Dios, al Cielo, sin conocer el sepulcro con su horror de podredumbre y lobreguez. Es uno de los más fúlgidos milagros de Dios. No único, en verdad, si se recuerda a Enoc y a Elías, *(Génesis 5, 24; Eclesiástico 44, 16; 49, 14 (para Enoc); 2 Reyes 2, 1-13; Eclesiástico 48, 9, para Elías)* quienes, por el amor que el Señor les tenía, fueron raptados de la Tierra sin conocer la muerte, y fueron transportados a otro lugar, a un lugar que sólo Dios y los celestes habitantes de los Cielos conocen. Justos eran, y, de todas formas, nada respecto a mi Madre, la cual es inferior en santidad sólo a Dios.

Por eso no hay reliquias del cuerpo y del sepulcro de María, porque María no tuvo sepulcro, y su cuerpo fue elevado al Cielo.

Dice María:

-Un éxtasis fue la concepción de mi *Hijo.* Un éxtasis aún mayor el darlo a luz. El éxtasis de los éxtasis fue mi tránsito de la Tierra al Cielo. Sólo durante la Pasión ningún éxtasis hizo soportable mi atroz sufrimiento.

La casa en que se produjo mi Asunción se debió a uno de los innumerables actos de generosidad de Lázaro para con Jesús y su Madre: la pequeña casa del Getsemaní, cercana al lugar de la Ascensión. Inútil es buscar los restos. Durante la destrucción de Jerusalén, por obra de los romanos, fue devastada, y sus ruinas fueron dispersadas durante el transcurso de los siglos.

De la misma forma que para mí fue un éxtasis el nacimiento de mi *Hijo,* y que, del rapto en Dios que en aquella hora se apoderó de mí, volví a la presencia de mí misma y a la Tierra teniendo ya a mi Hijo en los brazos, así mi impropiamente llamada "muerte" fue un rapto en Dios.

Confiando en la promesa recibida en el esplendor de la mañana de Pentecostés, yo pensaba que el acercamiento de la hora de la última venida del Amor, para llevarme consigo en rapto, debía manifestarse con un aumento del fuego de amor que siempre ardía en mí; y no me equivoqué.

Por parte mía, a medida que iba pasando la vida, en mí iba aumentando el deseo de fundirme con la eterna Caridad. Me instaba a ello el deseo de unirme de nuevo con mi Hijo, y la certidumbre de que nunca haría tanto por los hombres como cuando estuviera, orando y obrando en favor de ellos, a los pies del trono de Dios. Y con impulso cada vez más encendido y acelerado, con todas las fuerzas de mi alma, gritaba al Cielo: "¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven, Eterno Amor!".

La Eucaristía, que para mí era como el rocío para una flor sedienta, era, sí, vida; pero a medida que iba pasando el tiempo, cada vez era más insuficiente para satisfacer la incontenible ansia de mi corazón. Ya no me bastaba recibir en mí a mi divina Criatura y llevarla en mi interior en las Sagradas Especies, como la había llevado en mi carne virginal. Todo mi ser deseaba al Dios uno y trino, pero no celado tras los velos elegidos por mi Jesús para ocultar el inefable misterio de la Fe, sino como Él -en el centro del Cielo- era, es y será. El propio Hijo mío, en sus arrobos eucarísticos, ardía dentro de mí con abrazos de infinito deseo; y cada vez que a mí venía, con la potencia de su amor, casi arrancaba de cuajo mi alma en el primer impulso y luego permanecía, con infinita ternura, llamándome "¡Mamá!", y yo lo sentía ansioso de tenerme consigo.

Yo no deseaba ya otra cosa. Ni siquiera ya estaba en mí, en los últimos tiempos de mi vida mortal, el deseo de tutelar a la naciente Iglesia: todo estaba anulado en el deseo de poseer a Dios, por la persuasión que tenía de que todo se puede cuando se le posee.

Alcanzad, oh cristianos, este total amor. Pierda valor todo lo terreno. Mirad sólo a Dios. Cuando seáis ricos de esta pobreza de deseo que es inconmensurable riqueza, Dios se inclinará hacia vuestro espíritu, primero para instruirlo, luego para tomarlo en sus manos, y ascenderéis con vuestro espíritu al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, para conocerlos y amarlos en toda la bienaventurada eternidad y para poseer sus riquezas de gracias para los hermanos. Nunca somos tan activos para los hermanos como cuando no estamos ya con ellos, sino que somos luces unidas de nuevo con la divina Luz.

E1 acercarse del Amor eterno tuvo el signo que pensaba. Todo perdió luz y color, voz y presencia, bajo el fulgor y la Voz que, descendiendo de los Cielos, abiertos a mi mirada espiritual, descendían hacia mí para tomar mi alma.

Suele decirse que habría exultado de júbilo si me hubiera asistido en aquella hora mi Hijo. ¡Ah!, mi dulce Jesús estaba muy presente con el Padre cuando el Amor, o sea, el Espíritu Santo, Tercera Persona de la Trinidad Eterna, me dio su tercer beso en mi vida, ese beso tan potentemente divino, que en él mi alma se fundió, perdiéndose en la contemplación cual gota de rocío aspirada por el sol en el cáliz de una azucena. Y ascendí con mi espíritu en canto de júbilo hasta los pies de los Tres a quienes siempre había adorado.

Luego, en el momento exacto, como perla en un engaste de fuego, ayudada primero y luego seguida por el cortejo de los espíritus angélicos venidos a asistirme en mí eterno, celeste nacimiento, esperada ya antes del umbral de los Cielos por mi Jesús y en el umbral de ellos por mi justo esposo terreno, por los Reyes y Patriarcas de mi estirpe, por los primeros santos y mártires, entré como Reina, después de tanto dolor y tanta humildad de pobre sierva de Dios, en el reino del júbilo sin límite.

Y el Cielo volvió a cerrarse en este acto de la alegría de tenerme, de tener a su Reina, cuya carne, única entre todas las carnes mortales, conocía la glorificación antes de la resurrección final y del último juicio.

Mi humildad no podía dejarme pensar que me estuviera reservada tanta gloria en el Cielo. En mi pensamiento estaba casi la certidumbre de que mi carne humana, santificada por haber llevado a Dios, no conocería la corrupción, porque Dios es Vida y, cuando de sí mismo satura y llena a una criatura, esta acción suya es como ungüento preservador de la corrupción de la muerte.

Yo no sólo había permanecido inmaculada, no sólo había estado unida a Dios con un casto y fecundo abrazo, sino que me había saturado, hasta en mis más profundas entrañas, de las emanaciones de la Divinidad escondida en mi seno y que quería velarse de carne mortal. Pero el que la bondad del Eterno tuviera reservado a su sierva el gozo de volver a sentir en sus miembros el toque de la mano de mi Hijo, su abrazo, su beso, y de volver a oír con mis oídos su voz, y de ver con mis ojos su rostro... esto no podía pensar que me fuera concedido, y no lo anhelaba. Me habría bastado que estas bienaventuranzas le fueran concedidas a mi espíritu, y con ello ya se habría sentido lleno de beata felicidad mi yo.

Pero, como testimonio de su primer pensamiento creador respecto al hombre, destinado por el Creador a vivir, pasando sin muerte del Paraíso terrenal al celestial, en el Reino eterno, Dios quiso que yo, Inmaculada, estuviera en el Cielo en alma y cuerpo... inmediatamente después del fin de mi vida terrena.

Yo soy el testimonio cierto de lo que Dios había pensado y querido para el hombre: una vida inocente y sin conocimiento de culpas; un dulce paso de esta vida a la Vida eterna, paso con el que, como quien cruza el umbral de una casa para entrar en un palacio, el hombre, con su ser completo hecho de cuerpo material y de alma espiritual, habría pasado de la Tierra al Paraíso, aumentando esa perfección de su yo que Dios le había dado, con la perfección completa, tanto de la carne como del espíritu, que el pensamiento divino tenía destinada para todas las criaturas que permanecieran fieles a Dios y a la Gracia. Perfección que habría sido alcanzada en la luz plena que hay en el Cielo y lo llena, pues que de Dios viene; de Dios, Sol eterno que ilumina el Cielo.

Delante de los Patriarcas, Profetas y Santos, delante de los Ángeles y los Mártires, Dios me puso a mí, elevada a la gloria del Cielo en alma y cuerpo, y dijo:

-Esta es la obra perfecta del Creador; la obra que, de entre todos los hijos del hombre, Yo creé a mi más verdadera imagen y semejanza; fruto de una obra maestra divina y creadora, maravilla del Universo que ve, dentro de un solo ser, a lo divino en el espíritu eterno como Dios y como Él espiritual, inteligente, libre, santo, y a la criatura material en el más inocente y santo de los cuerpos, criatura ante la que todos los demás vivientes de los tres reinos de la Creación están obligados a inclinarse.

Aquí tenéis el testimonio de mi amor hacia el hombre, para el que quise un organismo perfecto y un bienaventurado destino de eterna vida en mi Reino.

Aquí tenéis el testimonio de mi perdón al hombre, al que, por la voluntad de un Trino Amor, he concedido nueva habilitación y creación ante mis ojos.

Ésta es la mística piedra de parangón, éste es el anillo de unión entre el hombre y Dios, Ella es la que lleva de nuevo el tiempo a sus días primeros, y da a mis ojos divinos la alegría de contemplar a una Eva como Yo la creé, aún más hermosa y santa por ser Madre de mi Verbo y por ser Mártir del mayor de los perdones.

Para su Corazón inmaculado que jamás conoció mancha alguna, ni siquiera la más leve, Yo abro los tesoros del Cielo; y para su Cabeza, que jamás conoció la soberbia, con mi fulgor hago una corona, y la corono, porque es para mí santísima, para que sea vuestra Reina.

En el Cielo no hay lágrimas. Pero, en lugar del jubiloso llanto que habrían derramado los espíritus si les estuviera concedido el llanto -humor que rezuma destilado por una emoción-, hubo, después de estas divinas palabras, un centelleo de luces, y visos de esplendores resplandeciendo aún más esplendorosos, y un incendio de fuegos de caridad que ardían con más encendido fuego, y un insuperable e indescriptible sonido de celestes armonías, a las cuales se unió la voz del Hijo mío, en alabanza a Dios Padre y a su Sierva bienaventurada para toda la eternidad.

Dice Jesús:

-Hay diferencia entre que el alma se separe del cuerpo por verdadera muerte y que momentáneamente el espíritu se separe del cuerpo y del alma vivificante por un éxtasis o rapto contemplativo.

El que el alma se separe del cuerpo provoca la verdadera muerte, pero la contemplación extática, o sea, la temporal evasión del espíritu fuera de las barreras de los sentidos y de la materia, no provoca la muerte. Y ello porque el alma no se aleja y separa totalmente del cuerpo, sino que lo hace sólo con su parte mejor, que se sumerge en los fuegos de la contemplación.

Todos los hombres, mientras viven, tienen en sí el alma, sea que esté muerta por el pecado, sea que esté viva por la justicia; pero sólo los grandes amantes de Dios alcanzan la contemplación verdadera.

Esto demuestra que el alma, que conserva la vida mientras está unida al cuerpo -y esta particularidad está presente igual en todos los hombres-, tiene en sí misma una parte superior: el alma del alma, o espíritu del espíritu, que en los justos es fortísima, mientras que en los que desprecian a Dios y su Ley -incluso sólo con su tibieza y los pecados veniales- se hace débil,

privando a la criatura de la capacidad de contemplar y conocer -hasta donde puede hacerlo una humana criatura, según el grado de perfección alcanzado- a Dios y sus eternas verdades. Cuanto más ama y sirve a Dios la criatura con todas sus fuerzas y posibilidades, esa parte superior de su espíritu tiene más capacidad de conocer, de contemplar, de penetrar las eternas verdades.

E1 hombre, dotado de alma racional, es una capacidad que Dios llena de sí. María, siendo la más santa de las criaturas después del Cristo, fue una capacidad colmada -hasta el punto de rebosar sobre los hermanos en Cristo de todos los siglos, y por los siglos de los siglos- de Dios, de sus gracias, de su caridad, de su misericordia.

El Tránsito de María se produjo sumergida Ella por las olas del amor. Ahora, en el Cielo, hecha océano de amor, derrama sobre los hijos que le son fieles, y también sobre los hijos pródigos, sus olas de caridad para la salvación universal, Ella que es Madre universal de todos los hombres.

## 652

## Para despedida de la Obra.

Dice Jesús:

-Las razones que me han movido a iluminar y a dictar episodios y palabras míos al pequeño Juan (como así llamaba Jesús a María Valtorta) son -además de la alegría de comunicar una exacta cognición acerca de mí a esta alma-víctima y amante- múltiples.

Pero de todas ellas es alma el amor mío hacia la Iglesia, tanto docente como militante, y el deseo de ayudar a las almas en su ascensión hacia la perfección. El conocimiento de mí es ayuda en esta ascensión. Mi Palabra es Vida.

Nombro las principales:

I. La razón más profunda del don de esta obra es que en estos tiempos en que el modernismo, condenado por mi Santo Vicario Pío X, se corrompe cayendo en doctrinas cada vez más dañinas, la Santa Iglesia, representada por mi Vicario, tenga más materia para combatir a los que niegan:

-La sobrenaturalidad de los dogmas; la divinidad de Cristo.

-La verdad del Cristo Dios y Hombre, real y perfecto, tanto en la fe como en la historia que acerca de Él ha sido transmitida (Evangelio, Hechos de los Apóstoles, Epístolas apostólicas, tradición).

-La doctrina de Pablo y Juan y de los concilios de Nicea, Éfeso y Calcedonia, y otros más recientes, como verdadera doctrina mía por mí enseñada oralmente o inspirada.

-Mi sabiduría ilimitada por ser divina y perfecta.

-El origen divino de los dogmas, de los Sacramentos, de la Iglesia una, santa, católica, apostólica.

-La universalidad y continuidad, hasta el final de los siglos, del Evangelio dado por mí y para todos los hombres

-La naturaleza perfecta, desde el comienzo, de mi doctrina, que no se ha formado como es a través de sucesivas transformaciones, sino que como es ha sido dada: doctrina del Cristo, del tiempo de Gracia, del Reino de los Cielos y del Reino de Dios en vosotros; divina, perfecta, inmutable; Buena Nueva para todos los sedientos de Dios.

Al dragón rojo de las siete cabezas, diez cuernos y siete diademas en la cabeza *(Daniel 7; Apocalipsis 12-20)*, que con la cola arrastra tras sí a la tercera parte de las estrellas del cielo y las hace caer y en verdad os digo que caen más abajo de la tierra-, y que persigue a la Mujer, oponed, como también a las bestias del mar y de la tierra que muchos, *demasiados,* al estar seducidos por sus aspectos y prodigios, adoran, oponed, digo, mi Ángel volador que surca el cielo llevando el Evangelio eterno bien abierto, incluso por las páginas cerradas hasta ahora, para que los hombres puedan salvarse, por su luz, de las roscas de la gran serpiente de las siete fauces, que quiere ahogarlos en sus tinieblas... y a mi regreso encuentre todavía la fe y la caridad en el corazón de los perseverantes, y sean éstos más numerosos que lo que, por la obra de Satanás y de los hombres, cabría esperar.

II. Despertar en los sacerdotes y en los laicos un vivo amor al Evangelio y a todo lo que a Cristo se refiere. Lo primero de todo, una renovada caridad hacia mi Madre, en cuyas oraciones está el secreto de la salvación del mundo. Ella, mi Madre, es la Vencedora del Dragón maldito. Ayudad a su poder con vuestro renovado amor a Ella y con renovada fe y renovado conocimiento respecto a lo que a Ella se refiere. María ha dado al mundo al Salvador. El mundo aún recibirá de Ella la salvación.

III. Dar a los maestros de espíritu y directores de almas una ayuda para su ministerio: estudiando el mundo de los espíritus distintos que se movieron en torno a mí y los distintos modos que Yo usé para salvarlos. Porque de necios sería querer tener un método único para todas las almas. Distinto es el modo de atraer hacia la Perfección a un justo que espontáneamente a ella tiende, del modo que hay que usar con un gentil. Muchos gentiles tenéis entre vosotros, si llegáis a ver --como vuestro Maestro- como a gentiles a esos pobres seres que han sustituido al Dios verdadero por el ídolo del poder y la prepotencia, o del oro, o de la lujuria, o de la soberbia de su saber. Y distinto es el modo que ha de usarse para salvar a los modernos prosélitos, o sea, a los que han aceptado la idea cristiana pero no la ciudadanía cristiana, perteneciendo a las Iglesias separadas. Que ninguno sea despreciado, y estas ovejas perdidas menos que ninguno. Amadlas y tratad de llevarlas de nuevo al único Redil, para que se cumpla el deseo del Pastor Jesús.

Algunos, leyendo esta Obra, objetarán: "No consta en el Evangelio que Jesús tuviera contactos con romanos o griegos; por tanto, rechazamos estas páginas". ¡Cuántas cosas no constan en el Evangelio, o apenas se vislumbran, tras densas cortinas de silencio, aludidas por los Evangelistas acerca de episodios que por su inquebrantable mentalidad de hebreos ellos no aprobaban! ¿Creéis que conocéis todo lo que hice?

En verdad os digo que ni siquiera después de la lectura y aceptación de esta ilustración de mi vida pública conocéis *todo* acerca de mí. Habría matado -con la fatiga de ser el cronista *de todos los días de mi ministerio, y de cada uno de los actos llevados a cabo en cada uno de los días-,* habría matado a mi pequeño Juan, si le hubiera dado a conocer *todo* para que os transmitiera todo. "Y otras cosas hizo Jesús, las cuales, si fueran escritas una a una, creo que el mundo no podría contener los libros que se deberían escribir", dice Juan. Aparte de la hipérbole, en verdad os digo que si se hubieran escrito cada una de mis acciones, todas mis particulares lecciones, mis penitencias y oraciones para salvar a un alma, se habrían necesitado las salas de una de vuestras bibliotecas -y una de las mayores- para contener los libros que de mí hablaran. Y también os digo, en verdad, que sería mucho más útil para vosotros echar al fuego *tanta inútil ciencia* cargada de polvo y de veneno, para hacer lugar para mis libros, que no adorar tanto esas publicaciones casi siempre sucias de libídine o de herejía y luego saber tan poco de mí.

IV. Restituir a su verdad las figuras del Hijo del Hombre y de María, verdaderos hijos de Adán por la carne y la sangre, pero de un Adán inocente. Como nosotros debían ser los hijos del Hombre, si el Progenitor y la Progenitora no hubieran mancillado su perfecta humanidad -en el sentido de ser humano, o sea, de criatura en que existe la doble naturaleza espiritual, a imagen y semejanza de Dios, y la naturaleza material-, como sabéis que hicieron. Sentidos perfectos, o sea, sometidos a la razón, aun siendo sentidos de gran agudeza. Entre los sentidos incluyo los morales junto a los corporales. Amor completo y perfecto, por tanto; tanto hacia el esposo, con quien no tiene vínculo de sensualidad, sino sólo de espiritual amor, como hacia el Hijo. Amadísimo. Amado con toda la perfección de una perfecta mujer hacia la criatura de ella nacida. Así debería haber amado Eva: como María: o sea, no por lo que de gozo carnal representaba el hijo, sino porque ese hijo era hijo del Creador, y era obediencia cabal al imperativo del Creador de multiplicar la especia humana. Y amado con todo el ardor de una perfecta creyente que sabe que su Hijo, no figuradamente sino *realmente,* es Hijo de Dios.

A los que juzgan demasiado amoroso el amor de María hacia Jesús, les digo que consideren quién era María: la Mujer sin pecado y, por tanto, sin taras en su caridad hacia Dios, hacia los padres, hacia su esposo, hacia su Hijo, hacia el prójimo; que consideren lo que veía la Madre en mí, además de ver al Hijo de sus entrañas; y, en fin, que consideren la nacionalidad de María: raza hebrea, raza oriental, y tiempos muy lejanos de los actuales. Por ello, de estos elementos surge la explicación de ciertas amplificaciones verbales de amor que a vosotros os pueden parecer exageradas. Estilo florido y pomposo, incluso en el habla común, el estilo oriental y hebreo; todos los escritos de aquel tiempo y de aquella raza son documento de esto... y el paso de los siglos no ha modificado mucho el estilo de oriente.

¿Tendríais la pretensión de que -por el hecho de que, veinte siglos después, y cuando la perversidad de la vida ha matado tanto amor, debáis examinar estas páginas- Yo os diera a una María de Nazaret como la mujer árida y superficial de vuestro tiempo? María es lo que es. No se transforma a la dulce, pura, amorosa Doncella de Israel, Esposa de Dios, Madre virginal de Dios, en una excesiva, enfermizamente exaltada, o glacialmente egoísta, mujer de vuestro siglo.

A los que juzgan demasiado amoroso el amor de Jesús a María, les digo que consideren que en Jesús estaba Dios y que el Dios uno y trino hallaba confortación en amar a María, a aquella que le compensaba el dolor de toda la raza humana, el medio por el que Dios podía volver a gloriarse de su Creación que da ciudadanos a su Cielo. Y consideren, en fin, que los *amores se hacen culpables cuando, y sólo cuando, desordenan, o sea, cuando van contra la voluntad de Dios y el deber que hay que cumplir.*

Y ahora considerad si el amor de María hizo esto, si mi amor hizo esto. ¿Me estorbó Ella, por amor egoísta, el cumplir *toda* la voluntad de Dios? ¿Por un desordenado amor hacia mi Madre renegué, acaso, de mi misión? No. Ambos amores tuvieron un solo deseo: *que se cumpliera la voluntad de Dios para la salvación del mundo.* Y la Madre dijo adiós a su Hijo todas las veces, entregando a su Hijo a la cruz del magisterio público y a la cruz del Calvario, y el Hijo dijo adiós a su Madre todas las veces, entregando a la Madre a la soledad y a la congoja, para que fuera la Corredentora, sin pararse a mirar nuestra humanidad, que se sentía desgarrar, ni nuestro corazón, que se partía con el dolor. ¿Es esto debilidad?, ¿sentimentalismo? ¡Es amor perfecto, oh hombres que no sabéis amar y no comprendéis ya el amor ni sus voces!

Y también esta Obra tiene la finalidad de iluminar algunos puntos que un conjunto de circunstancias ha cubierto de tinieblas, de manera que forman zonas oscuras en la luminosidad del cuadro evangélico; y puntos que parecen de fractura, y no son sino puntos entenebrecidos, entre uno y otro episodio evangélico, puntos indescifrables y que en poder descifrarlos está la clave para comprender exactamente ciertas situaciones que se habían creado y ciertos modos fuertes que tuve que poner, tan contrastantes con mis continuas exhortaciones al perdón, a la mansedumbre y humildad, ciertas actitudes de inflexibilidad hacia los tenaces, inconvertibles adversarios.

Recordad todos que, después de haber usado toda la misericordia, Dios, por el honor de sí mismo, sabe también decir "basta" a aquellos que, porque es bueno, creen que es lícito abusar de su longanimidad y tentarlo. De Dios nadie se burla. Son palabras antiguas y sabias.

V. Conocer exactamente la complejidad y duración de mi larga pasión (que culmina en la Pasión cruenta, verificada en pocas horas), *que me había consumido en un tormento cotidiano que duró lustros y que había ido aumentando cada vez más; y* con mi pasión la de mi Madre, cuyo corazón fue traspasado, durante el mismo tiempo, por la espada del dolor; y, por este conocimiento, moveros a amarnos más.

VI. Demostrar el poder de mi Palabra y los distintos efectos de ella en el que la recibía, según que perteneciera al conjunto de los hombres de buena voluntad o al de los que tenían una voluntad sensual, que no es nunca recta.

Los apóstoles y Judas. Éstos son los dos ejemplos opuestos. Los primeros, imperfectísimos, rudos, no instruidos, violentos... pero con buena voluntad. Judas, más instruido que la mayoría de los apóstoles, refinado por la vida en la capital y en el Templo... pero de mala voluntad. Observad la evolución de los primeros en el Bien, observad su progreso; observad la evolución del segundo en el Mal y su descenso.

Y que observen esta evolución en la perfección en los once buenos, sobre todo, los que por un defecto visual de su mente acostumbran a desnaturalizar la realidad de los santos, haciendo del hombre que alcanza la santidad con *dura, durísima*

*lucha contra las fuerzas recias y oscuras* un ser innatural sin solicitaciones ni emociones y, por tanto, sin méritos. *Porque el mérito viene justamente de la victoria sobre las pasiones desordenadas y las tentaciones, alcanzada por amor a* Dios y por conseguir el fin último: gozar de Dios eternamente.

Que lo observen los que pretenden que el milagro de la conversión deba venir sólo de Dios. Dios da los medios para que uno se convierta, pero no fuerza la voluntad del hombre, y, si ese hombre *no quiere* convertirse, inútilmente tiene lo que a otro le sirve para la conversión.

Y los que examinan consideren los múltiples efectos de mi Palabra, no sólo en el hombre humano, sino también en el hombre espiritual; no sólo en el hombre espiritual, sino también en el hombre humano: mi Palabra, acogida con buena voluntad, transforma al uno y al otro, conduciendo hacia la perfección externa e interna.

Los apóstoles, que por su ignorancia y por mi humildad trataban con excesiva llaneza al Hijo del Hombre (un buen maestro entre ellos, nada más, un maestro humilde y paciente con el que era lícito tomarse una serie de libertades, a veces excesivas, aunque sin irreverencia, porque lo suyo no era irreverencia, sino ignorancia, una ignorancia que debe ser excusada), los apóstoles, polémicos entre sí, egoístas, celosos en su amor y celosos de mi amor, impacientes con la gente, un poco orgullosos de ser "los Apóstoles", deseosos de las cosas asombrosas que les señalara ante los ojos de la gente como personas dotadas de un poder extraordinario, lentamente, pero continuamente, se van transformando en hombres nuevos, dominando primero sus pasiones por imitarme a mí y porque Yo estuviera contento, y luego -conociendo cada vez más mi verdadero Yo- cambiando los modos y el amor, hasta verme, amarme y tratarme como a Señor divino. ¿Son, acaso, al final de mi vida en la Tierra, todavía los compañeros superficiales y alegres de los primeros tiempos? ¿Son, sobre todo después de la Resurrección, los amigos que tratan al Hijo del Hombre como a un Amigo? No. Son los ministros del Rey, antes; los sacerdotes de Dios, después: completamente distintos, transformados completamente.

Consideren esto los que encuentren ruda, y juzguen no natural la forma de ser de los apóstoles, que era como se describe. Yo no era ni un doctor difícil ni un rey soberbio, no era un maestro que juzgase indignos de Él a los otros hombres. Supe ser indulgente. Quise formar a partir de materia no desbastada, llenar de todo tipo de perfecciones vasos vacíos, demostrar que Dios *todo lo puede, y* puede de una piedra sacar un *hijo* de Abraham, un hijo de Dios, y de donde nada hay sacar un maestro, para confundir a los maestros que se jactan de su ciencia, que muy frecuentemente ha perdido el perfume de la mía.

VII. En fin: haceros conocer el misterio de Judas, ese misterio que es la caída de un espíritu al que Dios había favorecido en modo extraordinario. Un misterio que, en verdad, se repite demasiado frecuentemente, y que es la herida que duele en el Corazón de vuestro Jesús.

Daros a conocer cómo se cae transformándose de siervos e hijos de Dios en demonios y deicidas que matan a Dios en ellos matando la Gracia; daros a conocer esto para impediros que pongáis los pies en los senderos por los que uno cae al Abismo, y para enseñaros cómo comportarse para tratar de detener a los corderos imprudentes que avanzan hacia el abismo. Aplicar vuestro intelecto en el estudio de la horrenda -y, no obstante, común- figura de Judas, *complejo en que se agitan serpentinos todos los vicios capitales que encontráis y debéis de combatir en las personas. Es la lección que preferentemente debéis aprender, porque será la que más os sirva en vuestro ministerio de maestros de espíritu y directores de almas.* ¡Cuántos, en todos los estados de la vida, imitan a Judas entregándose a Satanás y encontrando la muerte eterna!

Siete razones, como son siete las partes:

I. Pre-Evangelio (desde la Concepción inmaculada de María Siemprevirgen, hasta la muerte de San José).

II. Primer año de la vida pública.

III. Segundo año de la vida pública.

IV.Tercer año de la vida pública.

V. Pre-Pasión (desde Tébet a Nisán, o sea, desde la agonía de Lázaro hasta la cena de Betania).

VI. Pasión (desde el adiós a Lázaro hasta mi Sepultura y los días siguientes hasta el alba pascual).

VI. Desde la Resurrección hasta Pentecostés.

Manténgase esta división de las partes como Yo aquí la indico, que es la adecuada.

¿Y ahora? ¿Qué decís a vuestro Maestro? No me habláis *a mí.* Pero en vuestro corazón habláis, y -basta con que podáis hacerlo- habláis al pequeño Juan. Pero en ninguno de estos dos casos habláis con la justicia que quisiera ver en vosotros. Porque al pequeño Juan le habláis para causarle dolor, pisoteando la caridad hacia la cristiana, la hermana y el instrumento de Dios. En verdad os digo, una vez más, que no es plácida alegría el ser instrumento *mío: es una fatiga y esfuerzo continuos; en todo es dolor porque a los discípulos del Maestro el mundo les da lo que dio al Maestro: dolor; y sería preciso que, al menos los sacerdotes, y especialmente los hermanos de las congregaciones religiosas, ayudaran a estos pequeños mártires que caminan bajo su cruz... y* porque en vuestro corazón, hablándoos a vosotros mismos, expresáis quejas de soberbia, envidia, incredulidad y otras cosas. Pero Yo os daré respuesta a vuestras quejas y a vuestros sentimientos de escandalizado estupor.

En la noche de la última Cena, a los once que me amaban les dije: "Cuando el Espíritu Consolador venga, os *recordará* todo lo que Yo he dicho". Cuando hablaba, tenía siempre presente, además de a los presentes, a todos los que serían discípulos míos en el espíritu y con sincera y resuelta voluntad. El Espíritu Santo -que, ya con su Gracia, sacando a las almas del aturdimiento del Pecado original y liberándolas de los ofuscamientos que por la triste herencia de Adán velan la luminosidad de los espíritus que fueron creados para gozar de la visión y conocimiento espirituales del Creador, infunde en vosotros la facultad de recordar a Dios- *completa su obra de Maestro "recordando" en el corazón de aquellos que Él guía, y que son los hijos de Dios, todo lo que Yo he dicho, que constituye el Evangelio.*

Recordar significa aquí *iluminar* el espíritu del Evangelio, porque nada vale recordar *las palabras* del Evangelio si no se comprende su espíritu. Y *el Amor, o sea, el Espíritu Santo ---el cual, de la misma forma que ha sido el verdadero Escritor del Evangelio, es también su único Comentador (porque sólo el autor de una obra conoce el espíritu de esa obra y lo comprende,*

*aunque no logre hacerlo comprender a los lectores)-, puede hacer comprender el espíritu del Evangelio, que es amor. Y* a donde no llega un autor humano, porque toda perfección humana es rica en lagunas, el Espíritu perfectísimo y sapientísimo sí llega. *Por eso, sólo el Espíritu Santo, autor del Evangelio, es el que lo recuerda y comenta y completa en el fondo de las almas de los hijos de Dios.*

"El Consolador, el Espíritu Santo, que el Padre os enviará en mi Nombre, os enseñará todas las cosas, os recordará todo lo que he dicho". (Juan, cap. 14, v 26).

"Y cuando venga el Espíritu de la Verdad os enseñará toda la verdad, pues no os hablará por su propia cuenta, sino que dirá *todo lo* que ha oído y os anunciará el futuro. El me glorificará porque recibirá de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mío; por esto he dicho que Él recibirá de lo mío y os lo anunciará". (Juan, cap. 16, v 13-14-15).

Y si objetáis que siendo el Espíritu Santo el Autor verdadero del Evangelio, no se comprende cómo es que no ha recordado lo que se dice en esta obra y lo que Juan, con las palabras que cierran su Evangelio, hace comprender que sucedió; si objetáis esto, os respondo que los pensamientos de Dios son distintos de los de los hombres, *y siempre justos y no susceptibles de revisión.*

Y si objetáis que la revelación se cerró con el último Apóstol y no había nada más que añadir, porque el propio Apóstol dice en el Apocalipsis: "Si alguien añade algo, Dios pondrá en él las plagas escritas en este libro" (cap. 22, v. 18), y ello puede entenderse respecto a toda la Revelación, de la que el Apocalipsis de Juan es la última coronación, Yo os respondo que no se ha hecho con esta obra añadidos a la Revelación, sino que se han colmado las lagunas que se habían producido por causas naturales y por decisiones sobrenaturales. Y si Yo me he querido complacer en reconstruir el cuadro de mi divina Caridad de la misma manera como lo hace un restaurador de mosaicos, que pone nuevas las teselas deterioradas o que faltan, restituyendo al mosaico su completa belleza, y me he reservado el hacerlo en este siglo en que la Humanidad se hunde en el Abismo de tinieblas y horror, ¿podéis prohibírmelo vosotros? ¿Podéis, acaso, decir que no lo necesitáis, vosotros que tenéis el espíritu tan obnubilado, sordo, mortecino, para las luces, voces y propuestas de arriba?

En verdad deberíais bendecirme porque aumente con nuevas luces la luz que tenéis y que ya no os es suficiente para "ver" a vuestro Salvador. Ver el Camino, la Verdad y la Vida, y sentir renacer en vosotros esa espiritual emoción de los justos de mi tiempo, llegando a través de este conocimiento a una renovación de vuestros espíritus en el amor, que sería salvación, pues que es ascensión hacia la perfección.

No digo que estéis "muertos", digo que dormís o estáis adormilados. Sois semejantes a plantas durante el sueño invernal. El Sol divino os da sus fulgores. Despertaos y bendecid al Sol que se dona, acogedlo con alegría para que os dé calor, desde la superficie hasta lo profundo; para que os despierte y os cubra de flores y frutos.
Alzaos. Venid a mi Don.

"Tomad y comed. Tomad y bebed" dije a los apóstoles.

"Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice "dame de beber", tú misma se lo habrías pedido a Él, y Él te habría dado agua viva" dije a la samaritana.

Lo digo también ahora, tanto a los doctores como a los samaritanos. Porque estas dos clases extremas lo necesitan. Y también lo necesitan los que están entre los dos extremos. Los primeros para no quedar desnutridos y sin fuerzas incluso para sí mismos, y carentes de sobrenatural alimento para quienes desfallecen por falta de conocimiento de Dios, del Dios-Hombre, del Maestro y Salvador. Los segundos porque las almas necesitan agua viva cuando están pereciendo lejos de las fuentes. Los que están entre los primeros y los segundos, la gran masa de los que viven en los pecados no graves, pero también de los que, estáticos, no progresan, por pereza, tibieza, por un equivocado concepto de la santidad, los escrupulosos respecto a no condenarse o a ser observantes o a meterse en un laberinto de prácticas superficiales, pero que no se atreven a dar un paso por el camino empinado, empinadísimo del heroísmo, para que de esta obra reciban el impulso inicial para salir de ese estatismo y empezar el camino heroico.

Soy Yo quien os dice estas palabras. Os ofrezco este alimento y esta bebida de agua viva. Mi Palabra es Vida. Y os quiero en la Vida, conmigo. Y multiplico mi palabra para contrapesar los miasmas de Satanás, que destruyen las fuerzas vitales de vuestro espíritu.

No me rechacéis. Tengo sed de darme a vosotros. Porque os amo. Es mi inextinguible sed. Tengo el ardiente deseo de comunicarme a vosotros para prepararos para el banquete de las bodas celestes. Y vosotros tenéis necesidad de mí para no desfallecer, para vestiros con vestiduras engalanadas para las bodas del Cordero, para la gran fiesta de Dios, después de haber superado la tribulación en este desierto lleno de insidias, zarzas y serpientes que es la Tierra, para pasar por entre las llamas y no recibir de ellas daño, y pisar a los reptiles y deber absorber venenos sin morir, al tenerme a mí dentro de vosotros.

Y os digo todavía esto: "Tomad, tomad esta obra y *"no la selléis",* sino leedla y hacedla leer", *porque el tiempo está cercano"* (Juan, Apocalipsis, cap. 22, v 10) , "y quien es santo que se santifique más'" (v 11)

La gracia del Señor vuestro Jesucristo esté con todos los que en este libro ven un acercamiento mío y solicitan que se cumpla, para defensa de ellos, con el grito del Amor: "¡Ven, Señor Jesús!".

A mí en particular (escribe María Valtorta) me dice después Jesús:

-Y tu fatiga ha terminado. Ahora queda el amor y la fruición de la recompensa.

Alma mía, ¿y qué debería decirte? Me preguntas, con tu espíritu perdido en mí: "¿Y ahora qué harás, Señor, de mí, tu sierva?".

Podría decirte: "Romperé el vaso de arcilla para extraer de él la esencia y traerla a donde estoy Yo". Ello sería alegría para ambos. Pero todavía te necesito durante un poco y aún otro poco, ahí, exhalando tus perfumes, que son todavía el perfume de Cristo que inhabita dentro de ti. Y entonces te diré como dije para Juan: "Si quiero que permanezcas hasta que vaya a tomarte, ¿qué te importa permanecer?".

Paz a ti, mi pequeña, incansable voz. Paz a ti. Paz y bendición.

El Maestro te dice: "Gracias". El Señor te otorga su bendición. Jesús, tu Jesús, te dice: "Yo siempre estaré contigo, porque me es dulce estar con los que me aman".

Mi paz, pequeño Juan. Ven y reposa en mi Pecho.

Y con estas palabras han terminado también las indicaciones para la composición de la Obra y han sido dadas las últimas explicaciones.

# Contents

# MARIA VALTORTA

# LIBRO DE AZARIAS

MARIA VALTORTA

# LIBRO DE AZARIAS

Traducido del original italiano
por

SANTIAGO SIMON ORTA

Título original de la obra en italiano:

SCRITTI DI MARIA VALTORTA
LIBRO DI AZARIA

# INDICE

# ADVERTENCIAS PREVIAS

Las consigno por considerarlas necesarias para precisar las razones que me han movido a prescindir de determinados aditamentos del libro original.

Este, como el resto de los que integran el conjunto de las obras de María Valtorta, es un regalo del Cielo sin otro fin que el bien espiritual de sus destinatarios. La presente traducción no tiene ni debe de tener fin distinto.

Por tal motivo he prescindido de las NOTAS INTRODUCTORIAS del editor Pisani que hacen referencia a cuestiones relacionadas con los originales autógrafos, etc., etc.

De las anotaciones puestas al pie de las páginas por el P. Berti, tan sólo he recogido aquéllas que, a mi entender, aclaran determinados hechos y circunstancias; pues, de transcribirlas todas, el libro alcanzaría desmesuradas proporciones por lo extenso de las mismas que, si bien importantes, miran únicamente a una subida erudición.

He prescindido, asimismo, de la transcripción de las diversas partes de las misas respectivas: Introito, Oración, Epístola, Gradual, etc., porque, aparte su extensión, dicha transcripción resultaría inútil dado que esas partes no coinciden con las de las misas actuales, pues las aquí comentadas conforman con el Misal de San Pío V y las que ahora se celebran se acomodan a la Liturgia establecida por el Papa Pablo VI.

Los comentarios a las misas dominicales, a las que María Valtorta denomina «Misas angélicas», abarcan un ciclo litúrgico completo que se inicia el 24 de febrero de 1946 con la Misa de «Sexagésima» y se cierra el 2 de febrero de 1947 con la de «Septuagésima».

Pues bien, aunque oficialmente el ciclo litúrgico da comienzo el Primer Domingo de Adviento, he creído conveniente no alterar el orden cronológico de los comentarios, ya que no es óbice para que el lector pueda acomodar su lectura a la festividad correspondiente.

Y, hechas estas advertencias, pongo en tus manos, lector amigo, la presente traducción del LIBRO DE AZARIAS, que no dudo has de recibir como lo que es: una joya del Cielo.

Dando gracias a Dios por todo ello, cantemos, junto con Azarías y María Valtorta:

¡GLORIA AL PADRE, GLORIA AL HIJO, GLORIA AL ESPIRITU SANTO!

*EL TRADUCTOR*

# INTRODUCCION

Publicada la *Autobiografía* de María Valtorta, salida a la luz la tercera edición de *Il poema dell'Uomo-Dio* y su traducción parcial en japonés[1], al tiempo que se hallan en preparación versiones a las principales lenguas europeas, nos place ofrecer al público, cada vez más numeroso, vario e impresionado, un nuevo e importante Escrito salido de la pluma de la propia Enferma.

## 1. TITULO

María Valtorta puso a este libro un título y un subtítulo: *Messe Angeliche, Direzioni*; mas tales apelativos, si bien dejan traslucir harto claramente el contenido y objeto del libro, resultan, por el contrario, un tanto impropios.

*a)* Indudablemente, Jesús, sumo y eterno Sacerdote, María, Madre de Cristo y de la Iglesia, los Angeles y los Santos, entremezclan la Liturgia celeste con la terrestre celebrada por los sacerdotes a los que se asocian los simples fieles que con ellos constituyen la Iglesia universal o local que peregrina por el mundo camino de la Jerusalén eterna. Es más, la antigua Plegaria eucarística sirioantioquena, llamada de Santiago, llega a asegurar que nosotros, al tiempo de celebrarse el Rito sagrado, invocamos a los Santos para que ellos *ofrezcan con nosotros* el Sacrificio incruento. Con todo, el título de *Messe Angeliche* podría hacer pensar que los Angeles fuesen sacerdotes y celebrasen Misa: pensamiento éste que se halla en contraposición con la sana teología y que, por otra parte, no concuerda con la doctrina expuesta en el presente volumen.

*b)* Igualmente, el subtítulo *Direzioni*, a la vez que parece indicar que el libro contenga indicaciones teóricas o prácticas, no deja en manera alguna traslucir cuál pueda ser la naturaleza de tales advertencias y consejos y a qué personas o clase de personas vayan dirigidos.

*c)* Considerado todo ello, de entre los diversos títulos sugeridos hemos elegido uno, simplicísimo él y de sabor bíblico: LIBRO DE AZARIAS; título que se justifica por sí solo a la luz del siguiente apartado número 2.

## 2. AUTOR Y ESCRITOR

A fin de respetar la convicción constante de María Valtorta, debemos distinguir entre el Autor y el Escritor.

*a)* Autor de este Libro sería, en efecto, según la Enferma, un Angel, su Angel de la Guarda, Azarías, quien se lo habría dictado.

*b)* Escritor, o mejor dicho, Escritora es, por el contrario, María Valtorta, que vertió fielmente sobre el papel cuanto el Celestial Mensajero le comunicó.

## 5. DESTINATARIO

*a)* En cuanto que es un comentario teológico al Misal festivo, este Libro va dirigido, se puede decir, a toda clase de personas, y esto tanto más cuanto que, dada la claridad cristalina con que se exponen hasta los puntos doctrinales más excelsos, resulta verdaderamente accesible a todos: doctos e indoctos, grandes y pequeños.

*b)* Y en cuanto que, a su vez, es un comentario espiritual, contiene directrices, consejos, etc., que se refieren a la Escritura y a las personas que con ella se relacionaron de un modo especial, así como a dos categorías de ellas bien definidas: a la de los directores espirituales de los carismáticos y a la de los propios carismáticos, esto es, a la de aquéllos que recibieron dones y encargos extraordinarios de Dios.

## 6. JUICIO CRITICO

María Valtorta —lo tenemos ya dicho— presenta éste su Escrito como dictado por un Angel, por Azarías, su Angel Custodio.

¿Qué pensar de tal aseveración?

*a)* No es imposible, sin duda, el que un Angel, apareciendo o no en forma humana o similar, dicte o manifieste, de cualquier modo que sea, su pensamiento. La misma Biblia, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, está llena de intervenciones angélicas así para enseñar como para dirigir. Y no se entiende el porqué fenómenos de esta naturaleza no se puedan o no se deban de modo absoluto verificar ya en la Iglesia de hoy que es *idéntica* a la de todos los siglos precedentes.

*b)* De todos modos, dadas: la sublimidad, originalidad, exactitud y claridad de tantas enseñanzas y de tantos consejos contenidos en este Libro, si no lo dictó un Angel, no hay duda de que un Angel *iluminó* a la Escritora enferma, llevando a cabo una de aquellas misiones que la Teología católica atribuye de consuno a los Angeles, siervos de Dios y anunciadores a los hombres de los misterios y de la voluntad del Altísimo.

## 7. CONCLUSION

Terminamos repitiendo cuanto siempre hemos afirmado y llegamos a escribir al final de la Introducción a la tercera edición de *Il poema dell'Uomo-Dio.*

Nuestra misión se reduce a publicar críticamente los Escritos valtortianos y no a pronunciarnos respecto de las varias explicaciones que se dan o hayan de darse del fenómeno.

El juicio canónico lo reservamos para la sola competente Autoridad eclesiástica, y el juicio estrictamente científico para los doctos en cada una de las ramas del saber.

Nosotros, curadores y editores, nos atenemos a cuanto el Papa Pío XII, en una audiencia especial que nos concedió al Padre Migliorini y a mí el 26 de febrero de 1948, con sabia, prudente y plena autoridad, nos sugirió:

«Publicad esta Obra tal como está, pues quien la lea ya entenderá».

Roma, 2 de febrero de 1972.

Festividad de la Presentación del Señor.

*P. Conrado M. Berti, O.S.M.*

---

[1] Este libro en japonés, de 381 páginas, publicado en Tokio el año 1971, ha sido preparado por el P. Juan Escobar, O.F.M., y consiste en una Vida de Jesús extractada de los 10 volúmenes valtortianos de *Il poema dell'Uomo-Dio.*

[2] Presupuesta la finalidad de la presente traducción, sabrá disculpar el indulgente lector de la misma el que haya omitido los Indices a los que el P. Conrado Berti hace referencia. *(N. del T.).*

*24/2, a las 11 de la mañana*
*Domingo de Sexagésima*

*Me dice Azarías[1]:*

«Ven, oigamos juntos la Santa Misa. La liturgia de hoy, si bien se refiere a todos, lo hace propia y particularmente a vosotros, instrumentos extraordinarios de Dios.

Al tiempo que cantan los hombres en la Tierra y los ángeles en el Cielo, consideremos las enseñanzas de la Santa Misa de hoy aplicándolas de un modo especial a vosotros.

¿Oyes? "¡Oh Dios que ves cómo no confiamos en acción alguna nuestra, concédenos propicio vernos defendidos de toda adversidad por la protección del Doctor de las Gentes".

He aquí, pues, la humildad: una de las virtudes esenciales en los instrumentos extraordinarios, expuestos más que ningún otro, confundiendo la Fuente con el cauce, a caer, al ver lo que son, en el pecado de orgullo. Un río no debe gloriarse ni gozarse de su cauce sino de su fuente, ¿no te parece? Sin ella, inexhausta en darse, el río se secaría desapareciendo el cauce. El río debe, pues, reconocer que es la Fuente la merecedora de alabanza y de agradecimiento.

En el espíritu del justo, y especialmente en el del instrumento extraordinario, debe anidar siempre la convicción de que, al ser Dios para él fuente, él es, en consecuencia, cauce. Así pues, lejos siempre de pronunciar la demoníaca frase: "Yo soy", que es la causa perenne de todo mal.

Dios únicamente es. Sólo El puede decir: "Yo soy. Soy por Mí mismo". Todos los demás son porque El los hace ser. Los instrumentos son porque El los hace tales. *Por su propia virtud nada son y nada serían jamás.*

Es prudente y santa costumbre no confiar nunca en acción alguna vuestra.

Las acciones del hombre, si tan sólo se hicieran por su propia capacidad, serían siempre limitadas e imperfectas en sumo grado.

El conocimiento de la Ley de Dios, la Gracia, los Sacramentos y sacramentales aumentan la capacidad del hombre para llevar a cabo acciones santas y justas. Los dones gratuitos de Dios hacen, sí, ciertamente, que estas acciones alcancen a ser extraordinarias, sobrepujando las facultades ordinarias del hombre y del creyente para conseguir poderes por cima de lo corriente. Mas el hombre no debe envanecerse de ellos, antes recibirlos con un alma humilde, obediente y adorante, no exigiéndolos ni echándolos a perder con el deseo de aumentar su magnitud con los harapos que ofrece el padre de la Mentira y de la Soberbia, el cual los presenta con arte sutil y sonrisa tentadora. ¡Oh, nunca jamás coloque el instrumento extraordinario sobre el metal precioso que Dios le proporcionó, viles y pobres guiñapos para hacerlo aparecer más grandioso! ¿Os podéis imaginar un diamante, diminuto, pero de luz purísima, recubierto de capas de simple cristal? Parecerá y será más abultado, pero el cristal verdoso colocado en capas superpuestas sobre la perla, hará que disminuya la luz haciendo que aparezca ésta como la de un cristal cualquiera.

Es necesaria la sinceridad. Ser lo que se es y nada más. Tú, alma que me has sido confiada, sabes muy bien cuántas veces seduce el Tentador proponiendo hacer comedias, revestirse de oropeles para provocar la admiración y aparentar aún más todavía. ¡Este es el gran peligro! *Sólo quien sabe resistir y ser lo que Dios le hizo, y nada más, conserva el don y continúa siendo instrumento.* ¡Con qué temblor te he visto tentada muchas veces! ¡Y con qué alabanzas de gloria he bendecido al Señor y dado gracias a la Corte celestial por haberte ayudado a resistir cuantas veces te vi salir de la prueba, agotada y doliente, si bien más madura y vencedora!

El ángel del Señor es como un jardinero que cuida de una planta preciosa. Desde que ésta nace hasta que madura... siempre vigilante y temblando por los vientos, los hielos, las tempestades, los parásitos y roedores. Su completa paz angélica la llega a reencontrar el ángel cuando retorna al Cielo tras haber recolectado el fruto de la planta arrancándola de la Tierra, yendo acompañado del alma que logró llegar salva hasta el final. Entonces, con una explosión de júbilo, va al encuentro de sus hermanos para decirles: "¡Mi alma se ha salvado! ¡Ya está en la paz con nosotros! ¡Gloria, gloria, gloria al Señor!".

Así pues, reconocimiento humilde e ininterrumpido de vuestra "nada" y súplica constante a los bienaventurados ciudadanos del Cielo en demanda de su auxilio, lo mismo que la Comunión de los Santos invocada como ayuda por los militantes y, en especial, por aquéllos que, debido a su particular condición, se encuentran, es cierto, más expuestos al Sol Eterno, pero, al mismo tiempo, más expuestos también a las tempestades que desencadenan Satanás y el mundo. Las tempestades descargan sobre las cumbres solitarias...

La segunda enseñanza de la Liturgia de hoy, especialmente dirigida a vosotros, instrumentos extraordinarios, aparece comprendida en las palabras de Pablo, Doctor de las Gentes, el cual "arrebatado hasta el tercer cielo... oyó palabras arcanas que no le es lícito al hombre pronunciar".

Vosotros no habéis sido arrebatados al tercer cielo y, con todo, oís palabras arcanas que, si se os dan, es *para que vosotros, a vuestra vez, las déis.* Estáis, por tanto, muy por debajo de Pablo y, a pesar de ello, oís las palabras de aquél que mereció ser arrebatado a una altura en la que se le comunicaron los secretos y misterios de Dios. El confiesa haber sido abofeteado por un ángel de Satanás y, justificando al Señor de haberlo permitido, aduce las razones de bondad que le movieron a permitir el asalto satánico. "A fin de que la grandeza de las revelaciones no fuesen en mí motivo de soberbia, me fue dado el estímulo de la carne, un ángel de Satanás que me abofetee". Reconoce ser todavía *hombre*, esto es, sujeto a tentaciones satánicas. No dice: "Yo, que estuve en el tercer cielo, soy un serafín intangible". No, sino que con humildad confiesa ser un hombre asediado por Satanás y comprende que, a despecho de cuanto él recibió, esto sirve para mantenerle en humildad. Y os indica la medicina con la que podéis veros libres: "Tres veces pedí al Señor que lo alejase de mí".

Es bueno decir humildemente: "no me induzcas en tentación, sino, antes bien, sálvame del Maligno". Lo dijo el Santísimo Señor Jesús, el Inocente, el Hijo de Dios. Deben decirlo *todas* las criaturas que creen en el Dios Uno y Trino, Santo, Bueno, Padre de los hombres. No es nada bueno querer hacerlo todo por sí para rechazar a Satanás, pues ello entraña presunción. La presunción es soberbia y la soberbia la maldice Dios.

Invocad, invocad al Señor Bendito, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; invocad a los celestiales coros de los santos y de los ángeles. No hay defensas que valgan contra el odio de Satanás. Y ellos, la Trinidad Bendita y todos los habitantes del Cielo, no pretenden sino ayudaros en esta lucha contra las potencias infernales en la que están enfrentadas: la parte inferior por un lado y la parte superior y las Potencias celestiales por el otro.

Y para consuelo de la comprobación penosa de vuestra impotencia a ser intocables por Satanás que, movido por la ira, os abofetea y lo hace precisamente porque no puede arrastraros a donde él quiere, oíd la respuesta que da el Señor al apóstol desconsolado por las bofetadas del Mal: "Te basta mi gracia, ya que mi poder se deja sentir mejor en la debilidad".

*No tenéis que pretenderlo todo*, almas elegidas para lo extraordinario. *Tenéis el Cielo* y debéis soportar el Infierno que, si se os presenta, es para aterrorizaros; mas vosotras, ya lo sabéis: *el motivo es porque no os ensoberbecéis.*

Así pues, conociendo que *nada* sois; sabedor el mundo de *la nada que sois* y viendo que cumplís altos ministerios y que, *según la doctrina de que lo que oís es para dar, os remodeláis en perfección* y "mejor se hace sentir (mejor se manifiesta) el poder de Dios que acude en socorro de vuestra debilidad".

¡Arriba, pues, almas carísimas que sabéis convertir en gracia y santificación los dones extraordinarios! Cantad con el apóstol: "Gustoso, pues, me gloriaré de mis enfermedades a fin de que habite en mí la virtud de Cristo".

¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo! ¡Gloria a Jesús por quien todo fue hecho! ¡Gloria eterna por las obras maravillosas de Dios!».

Y mi Azarías, que me ha hablado con una dulzura excepcional, me saluda sonriente y calla...

---

***25/2/46***

Al despertar a las 7,25, pues únicamente de mañana he podido dormir, tengo ya presente a San Rafael. A diferencia de ayer, que en el momento de la Comunión estaba junto con Nuestro Señor, esta mañana está solo. Así pues, el primer acto de los sentidos y del pensamiento, al salir del sueño, es la visión y contemplación y saludo al ángel querido que me sonríe e invita a dar comienzo a mi labor sin atender al cansancio que me abate. Y, tras saludar, se ausenta...

---

[1] El nombre de «Azarías», llevado por más de veinte personajes bíblicos, en hebreo (Azaryáh), significa «Dios socorre».

---

***3/3/46***
***Domingo de Quincuagésima***

*Dice Azarías:*

«Ven, consideremos juntos la Liturgia de hoy porque, piensa, alma mía, que de modo idéntico lo haría *siempre* el Señor por más que los hombres te excluyeran de lo que es la

vida de la Congregación de los santos sobre la Tierra. El te nutriría con su Palabra que es Absolución y Comunión, que es Crisma y Viático, que lo es todo para quienes viven en El.

Hoy también te la haré gustar a ti, en tu calidad de portavoz, para ésta tu misión. Escucha el Introito. ¡Oh!, en verdad El es la roca y el refugio para aquellos que le aman y lo es mucho más para quienes, por estar a su servicio de una manera especial, se hallan expuestos, como ciudadela y alcázar que son donde habita el Rey con sus leales, a los asaltos de los enemigos del Rey, es decir, de aquéllos a quienes el sentido, la soberbia y otras miserias hácenles enemigos de la Luz. Contra las rocas de Dios está siempre batiendo el oleaje de Satanás y de los carnales. Mas escucha, alma mía, aquello con lo que esas rocas se hallan defendidas: *con el santo Nombre de Dios.* Este Nombre, que quiere decir amor y salvación, será para ti defensa, guía y consuelo. Escribe ese Nombre Santísimo mediante todos tus actos sobre tu yo y no temas.

Cual manada de leones u otras fieras, el Mal, en sus diversas manifestaciones, querrá presentarte batalla y, cual mar encrespado, llegará hasta abofetearte por fuera; mas, a la postre, caerá pulverizado porque donde Dios está no puede prevalecer el Enemigo.

Escribe su Nombre Santísimo en todas tus acciones. La Luz de este nombre te guiará como la estrella que marca el camino a la grey trashumante conduciéndola a los buenos pastos, pastos cada vez mejores, o sea, a aquéllos que, no sólo son ciencia y sabiduría, profecía y generosidad material sino, más bien, caridad, *caridad verdadera,* que no ha de confundirse con la limosna dada de mal talante, con el espíritu profético usado con soberbia hasta el punto de inducir al Señor a retirarlo, ni con la unión, *sólo aparente,* con Dios cuando ésta no es sino un auténtico egoísmo de la carne y de la mente.

¿Oyes?, ¿lo oyes? Las profecías pasarán... mas la caridad permanecerá tras el fin de todas las cosas, bien sean humanas, materiales o morales. Hasta la fe y la esperanza desaparecerán cuando todo lo que había que creer y esperar se haya cumplido. Mas la Caridad, eterna como Dios, permanecerá.

¡Piénsalo, alma mía! Cuanto ves y conoces se te presenta tan hermoso y bello que te sientes aturdida. Pues bien, yo podría hacer, para que aumentase tu gozo entre las tribulaciones de tu inmolación, que tu comprensión fuese más amplia y más extensa tu facultad visual y auditiva. Mas éste sería siempre un conocimiento *relativo.* Sabes tú muy bien que hasta en las cosas humanas no se puede forzar una caldera, un engranaje, el calor y demás hasta sobrepasar ciertos límites, pues el intento acabaría en destrucción. Lo mismo es en las cosas extraordinarias: no se puede conseguir el máximo, *la totalidad,* puesto que el hombre no podría resistir ni un solo instante *el completo conocimiento y la visión perfecta del Cielo con sus misterios divinos.*

Mas —cuando el alma ya no sea una prisionera, limitada y de capacidad infantil, antes nutrida de caridad y alcanzada su edad perfecta— entonces es cuando el espíritu del hombre conocerá cara a cara al Incognoscible.

¡Oh! ¡Hosanna a la visión beatífica de Dios Uno y Trino!

..........................................................................................

Alma, alma mía, tras haber adorado en un arranque de gozo, yo, contemplando la visión inefable, y tú, presintiéndola, alcemos la frente y yo con júbilo, por ser el ángel testigo del prodigio de Dios, y tú con humildad, al ser sola en el mantenimiento del don, cantemos: "No nos hemos hecho nosotros sino que El nos ha hecho. Somos su pueblo, la grey que El apacienta".

¿No sabes que entre esplendores de gozo, nosotros, los ángeles de Dios, no cesamos de decirnos con gozoso y perpetuo estupor, con reconocimiento sin término: "¡Nos ha hecho el Señor! ¡Somos su pueblo celeste, la grey que El apacienta con Luz y Caridad!"?

Y lo mismo, lo mismo es para los hombres y, muy particularmente, para aquellos de entre los hombres a los que Dios, habiéndoles puesto a manera de puente entre El y la humanidad, los formó de un modo especial apacentándoles con Luces y Verdades particulares a fin de que ellos hagan a otros mieles suaves de conocimientos eternos.

Ofrezcamos. Yo te ofrezco, tú te ofreces junto con Cristo: la Víctima ofrecida por la salvación de todos. "Enséñame a hacer Tu Voluntad". Esta es la plegaria humilde de la Gran Víctima, la plegaria humilde de las pequeñas víctimas que, aunque débiles, son generosas. "Enséñame a hacer Tu Voluntad. Enséñame a vivir, enséñame a padecer, enséñame a obedecer, enséñame a morir: primero a mí misma y después a todo lo que me podría seducir y hacer resucitar el *yo* humano. Enséñame a fin de que las sentencias de tu boca que yo he repetido para todos, nazcan en primer lugar en el campo limpio de mi corazón, prosperen y den frutos de vida eterna sin que pájaros, espinas, cizañas y viandantes destruyan lo que Tú en mí sembraste".

Graneros del Señor podéis ser llamados vosotros, los portavoces. Místicos graneros a los que cuantos tienen hambre acuden a proveerse. ¿Recuerdas a José de Jacob? Previendo la carestía, hizo almacenar en graneros el sobrante de las cosechas, salvaguardándolas con sumo cuidado de los insectos, roedores y ladrones que siempre acuden a donde pueden hacer daño. Llegados los siete años de carestía, los egipcios, al abrirse los graneros de José, no murieron de hambre y hasta muchos otros de diversos países acudieron a proveerse de grano a donde la providencia habíalo almacenado.

¡Cuánta carestía existe ahora también para las almas hambrientas! *He aquí, pues, que ésta crecerá y el hambre de las mismas irá cada vez más en aumento.* Y he aquí que el Señor va acumulando el grano en sus graneros para abastecer a quienes tienen hambre. Mas estad vigilantes, graneros de Dios, a fin de que los insectos, roedores y ladrones no desbaraten el tesoro. Como alertados centinelas, debéis acoger y conservar, incansables, cuanto el Señor derrama en vosotros para sustento vuestro y así se pueda decir: "Comieron y quedaron *sobradamente* saciados, el Señor dio cumplida satisfacción a todos sus deseos y no les defraudó en ninguna de sus santas apetencias".

Ciertamente, si las almas llamadas a una vía extraordinaria permanecen fieles, Dios hará para ellas todo esto. Y ellas, como árbol fértil, crecerán y proporcionarán el alimento del que se nutren, *alimento apetecido, no tanto por ser un don especial cuanto por ser un medio con el que nutrir, salvar y santificar a los hermanos.* Todo cuanto se nutre de Dios debe tener como envoltura natural la Caridad. La Caridad que agradece a Dios su don y lo reparte entre quienes carecen de él diciendo: "¡Venid, hermanos! ¡Venid y comed! Saboreemos juntos el manjar de Dios".

Bendigamos al Señor. Responde: "Demos gracias a Dios".

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

***Domingo, 10 de marzo de 1946***
***Domingo 1.° de Cuaresma***

*Dice Azarías:*

«Alma mía, ésta es nuestra Misa. La Misa vista y considerada por las "voces". Se inicia con una promesa veraz como todo lo que es de Dios. "Me invocará y Yo le oiré. Le libertaré y glorificaré. Le contentaré con larga vida".

¿No te parece que el que aquí habla es un Dios sólo? Mas nuestro Dios Santísimo es Tres por más que sea Uno. Y cada uno de los Tres Santísimos posee sus atributos especiales que no faltan en los otros sino que refulgen particularmente en Uno y, enlazados por el Amor, atributo común, forman la inconcebible y acabadísima Perfección de Nuestro Señor Dios Uno y Trino.

Y se admiran y completan[1] con amor los tres Santísimos, derramando el río de sus tres unidas perfecciones sobre los hijos, los salvados y adoctrinados. Y he aquí que el Padre hace esta promesa: "Me invocará y Yo le oiré". Es padre y así, ¿puede un padre mostrarse sordo al clamor de auxilio de su hijo? No puede. Y aún puede mucho menos un Padre perfectísimo, *no pudiendo en modo alguno* estar sordo para los hijos que le invocan. Si se vuelve hacia los pecadores que, por un dolor o un arrepentimiento, se acuerdan de El, ¿cómo no lo ha de hacer entonces con quienes le aman como hijos fieles?

Apóyate, alma mía, con un total abandono, en el amor del Padre. No supone ofensa el abandono como tal vez puedan creerlo aquéllos que no conocen a Dios al igual que nosotros. El amor es siempre reverente y respetuoso; tanto más reverente y respetuoso cuanto es más amplio; y perfectamente reverente y respetuoso cuando es absoluto. Porque es el alma la que ama y el alma, una vez entrada por las vías del conocimiento amoroso de Dios, es humilde. Unicamente en los amores humanos, gravados siempre de materialidad, la confianza viene a originar falta de respeto. Mas en los amores espirituales —hablo de *los verdaderos amores,* no de los exaltados, transitorios y superficiales latidos de los sentimentalistas— la confianza no degenera en falta de respeto. El alma, humillando su frente, se apoya en Dios, postrado de rodillas a los pies de Dios, consciente de la infinita distancia que media siempre entre su insignificante perfección y la Perfección infinita. Y allá se está adorando con efusión de hija hasta que Dios le dice: "Así no; como esclava no, sino sobre las rodillas y sobre el Seno del Padre, hija que Yo creé". Y, ya lo sabes, se produce el éxtasis hasta que Dios se despide y el alma torna a amar, continuando en adoración a los pies de Dios.

El Hijo, a su vez, promete: "Le libertaré y glorificaré". Mediante sus méritos infinitos El libera a sus redimidos. Para esto fue Cristo. Para esto dejó el Cielo. Para esto padeció y murió. Y ¿acaso no pidió para vosotros, antes de marchar a la Pasión, que la misma gloria que el Padre habíale dado y El transmitió a sus discípulos, se diera *a todos aquellos que habrían de creer en El a fin de que fuesen una sola cosa con Dios Uno y Trino? Jesús, Señor Nuestro Santísimo, jamás falta a su palabra. Por tanto, los que viven conforme a sus enseñanzas serán glorificados por El y a El le fue dado todo juicio por ser Dios, por ser el Hijo amado del Padre, el Obediente, el Consolador de su Padre, el Redentor, Aquél que todo* lo dio: la unión en el Cielo con el Padre, la paz del Cielo encarnándose, y la Vida muriendo por el hombre.

Por último, el Espíritu Santo promete: "Le contentaré con larga vida". ¿Puede acaso el espíritu que llegó a comprender la Verdad desear la miseria de dilatados días sobre la

Tierra? No. Pues entonces, ¿de qué vida habla el Espíritu eterno? De la vida eterna que se da a quienes supieron amar. *Porque saber amar equivale a saberlo todo, hacer bien todo, salvarse, santificarse y gozar de conocimiento y sabiduría.* Y así el Amor promete: "A éstos que supieron amar Yo les daré larga vida". ¡Oh vida que no conoce término! Un discurrir de siglos y más siglos inmersos en un gozar que no cambia, que no cansa, que crece por momentos pareciendo nuevo y cada vez más amplio, más bello... ¡Nuestro gozo de ángeles... Gloria a Dios!

Y he aquí que dice el profeta: "El que descansa en la ayuda del Altísimo vivirá bajo la protección del Dios del Cielo". No temas, confía en El, tanto como criatura como portavoz. El Cielo te protegerá. Por más que el mundo entero se conjurase contra ti para condenarte, ¿puedes acaso creer que ello haya de influir en el juicio de Dios? A Este en nada le turba la vocinglería humana. Tú sigue firme en tu obediencia. Más que todos es Dios. Sírvele y El, aunque te hiriesen con anatema y te vieses vilipendiada y torturada, derramará sobre ti los ríos de su amor y te sentirás protegida.

Cumple, del modo que Dios te ha propuesto, las abstinencias cuaresmales. Mucho es lo que te hace sufrir lo que acontece. Yo tomo nota de estos tus sufrimientos. Y tú dices al sufrir: "Que se haga tu Voluntad". Alma mía, eso vale mucho más que los ayunos hechos con mala disposición y procurando únicamente el malestar de la carne. Sufre en paz. *Te digo de parte de mi Señor que no tienes culpa alguna de lo que acontece.* Así pues, está en paz. Has practicado la obediencia y la prudencia. Está en paz.

Y ahora la palabra de Pablo. También él fue una voz desde el momento en que Dios le hizo suyo, una voz incansable y heroica, siendo un maestro para las voces. Escucha a este maestro que habla de un modo especial a los difusores de la Palabra de Dios por más que se dirija a los fieles en general. Por lo demás, ¿no debería cada cristiano predicar a Cristo y al Dios verdadero teniendo como principal objetivo de su instrucción el ilustrarse en la Sabiduría para después hablar de ella y como fin principal de su vida el poner en práctica lo aprendido para así ir predicando a Dios y a su Cristo mediante los actos todos de su vida virtuosa?

Dice Pablo: "Os exhortamos a que no recibáis en vano la gracia de Dios". Mi Señor te ha hablado multitud de veces a fin de formarte y capacitarte debidamente para recibir la gracia extraordinaria. Te tiene dicho que *donde penetran la soberbia y la desobediencia, el don se cambia a castigo* y te ha hecho ver que, *si es don, es igualmente yugo, obligando a una virtud constante para no terminar en condena.* El lo dijo: "A quien mucho se le dio, mucho es lo que se le exige". Sí. Vosotros no podéis decir: "No lo sabía". Por eso, sabiéndolo, debéis ser perfectos en la medida de vuestras fuerzas y reconocer que éstas van siempre en aumento porque la Sabiduría proporciona fuerzas a las almas que la acogen con humildad.

Piensas tú: "¿Y si uno recibe con tibieza el don?". Pues bien, *si uno se comporta así,* o lo que es peor, *lo corrompe con añadidos humanos o satánicos, entonces las fuerzas no aumentan sino que disminuyen y se desvían, retirándose la Sabiduría tras haber lanzado su condena.*

Recibe, pues, activamente, cada vez más activamente, la gracia de Dios, debiendo llegar hasta el extremo de *ordenar incluso la respiración más mínima con arreglo a una buena voluntad de fomentar la gracia y hacerla fructificar.* El Señor puede exigir de ti esta donación total "tras haberte escuchado en el tiempo propicio y haberte socorrido en el día de la salvación".

¿Cómo, pues, has de explicar ésta tu donación total? Te lo dice Pablo: "No dando a nadie motivo de escándalo a fin de que tu ministerio no sea vituperado" y así tú te comportes en todo como instrumento de Dios con mucha paciencia en las tribulaciones, necesidades y angustias. Esto es: en cualquier contingencia. Las flagelaciones de los jueces malévolos no son menos dolorosas que los azotes. Las prohibiciones no son menos encarcelantes que las prisiones; y las incomprensiones y torcidas interpretaciones, que os privan de todo consuelo en vuestra función, no son menos penosas que las fatigas, vigilias y ayunos.

Mas tú soporta todo con pureza, con sabiduría y longanimidad, con suavidad, con el Espíritu Santo, con caridad no fingida, con palabra de verdad, con la virtud de Dios, con las armas de la justicia a diestro y siniestro, en medio de la gloria, en las horas de gloria lo mismo que en las de ignominia, en las horas amargas, con buena o mala fama.

Como tú ya sabes lo que eres, pueden decir de ti lo que quieran. Pueden acusarte de estar seducida o de seducir; mas tú sabes que eres veraz. Pueden decirte: "¿Y usted quién es? Una desconocida, un cero a la izquierda". Y bien, ¿qué es la fama de los hombres? Basta que te conozcan en el Cielo. Que tú aparezcas como una pobre enferma, ¿qué importa? *Más grande resplandece así el poder de Dios que, en contra de las leyes naturales, realiza el prodigio de un moribundo que soporta fatigas superiores a las fuerzas de un sano* para gloria de Dios *y vive así porque Dios le alimenta con su vida a fin de que le sirva hasta que Él quiera.*

Podrán castigarte los hombres, mas la muerte, la *verdadera* muerte no te la darán porque tú *vives* la petición del "Pater" y haces lo que Dios quiere de ti. Melancólica eres, como lo fueron los santos, a partir de Cristo, debido a la miseria humana; mas tú encuentras en el amor recíproco la santa alegría del espíritu en paz.

Parecerás pobre, tanto de medios materiales como sobrenaturales, no pudiendo trabajar ni acudir a la iglesia; mas tú tienes tesoros que has acumulado con tus sufrimientos más que con todo lo demás, y todo lo tienes al tener a Dios que es tu amor y tu consuelo. Eres una pobre que enriqueces a muchos con los tesoros que Dios te ha abierto y con los que has conseguido con tus sufrimientos. Poseyendo el Todo eres propietaria. Canta, canta conmigo el salmo. Yo soy tu ángel custodio. Canta conmigo el salmo de David y no temas, no temas.

Los hombres son peores que los áspides, los basiliscos, los leones y dragones. Muy semejantes a los demonios son muchos hombres; mas quien está con Dios y con sus ángeles no debe temer.

Haz tuyas las palabras del sublime Tentado y a Satanás, a sus servidores y a los hombres que te querrían atemorizar, mortificar y alejar de tu misión con amenazas o con ofrecimientos de inmediatos y tangibles honores y provechos, respóndeles: "No sólo de pan vive el hombre sino de toda palabra que procede de Dios. ¡Atrás, Satanás! Yo sirvo al Señor Dios y no a otros".

Alma mía, no temas. ¡Adelante! El Gloria de los Cielos te apagará la sed de todo deseo santo y te compensará de todo dolor.

Bendigamos al Señor. Demos gracias a Dios.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

[1] Expresión popular que se emplea para indicar que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres Personas en un solo Dios.

* * *

Desde hoy comienzo, como me lo ha indicado el ángel, a invocar mentalmente la frase: «In Nomine Domini» antes de escribir en los cuadernos, redactar cartas y emprender cualquier acción. Me lo dijo el domingo, día 3 de marzo, después de la explicación de la Santa Misa: «Cuando se realice esta nueva mutilación y ya sea únicamente Dios a defenderte, pues ni el Padre[1] te podrá asistir ni proteger, antes de escribir cartas, cuadernos, y realizar cualquier otro escrito o acción, debes invocar las palabras: "In Nomini Domini" sin dejar por eso de poner la frase enseñada por Jesús Santísimo: "La paz sea contigo"».

---

***In Nomine Domini***
***17/3***
***Domingo 2.° de Cuaresma***

*Dice Azarías:*

«Alma mía, aquí me tienes para nuestra Santa Misa, la hermosa Misa de las "voces".
Al estar frente a ti, no te hablo en plan de maestro sino que te tomo de los hombros para hacerte sentir que el Cielo está contigo y que toda esta paz que te inunda es el Cielo, sí, el Cielo, ya que tú eres la pequeña voz obediente y Dios te ama, te ama tanto y tánto más te ama cuanto dejan de amarte los hombres. ¿Ya ves quiénes están conmigo? Los tres arcángeles para acercarte cada vez más al Cielo. Juana de Francia nunca tuvo tan cerca de sí a Miguel como a la hora de su martirio. Nosotros jamás abandonamos a las "víctimas". Nos estrechamos a ellas porque en las mismas vemos de nuevo a Cristo y porque ellas son lo que por amor querríamos ser nosotros.

Observa la sonrisa de mis tres hermanos. Ellos están prontos a cantar con nosotros dos las alabanzas de Dios.

He aquí el introito. Es un recordatorio dulce y filial que está expresado sin temor, ya que Dios no puede olvidar ni un solo instante a sus hijos amados. Es como la palabra inocente de los niños a su mamá: "¿Me quieres?". Bien saben que su mamá les ama; pero es tan dulce oírle decir a la mamá que les ama, que el pequeñín, seguro de la respuesta, se la hace infinidad de veces al día.

También los hijos de Dios, para oír la dulce respuesta que el Padre les da, dicen: "¡Acuérdate, Señor...!". ¡Oh!, ya está bajando la respuesta. Yo te la traigo. El, el Altísimo, dice: "Aún antes de que tú te acuerdes de decirme: 'Acuérdate de mí', Yo me acuerdo de ti". Sí, se acuerda con sus misericordias sin confines en el tiempo, en su número y en su poder.

El deja hacer a *sus* enemigos; aunque no más allá de un límite. He dicho "sus" enemigos y no por error, alma mía, pues *quien ofende a la criatura amada por Dios, quien la tortura, a Dios ofende constituyéndose en enemigo suyo. Porque Dios esplende en sus hijos dilectos y quien alza su mano contra ellos lo hace contra la Luz Santísima.*

He dicho también que Dios deja hacer aunque no más allá de un límite. Alma mía, estás a punto de alcanzarlo. Como muro asaltado por desatinados, el amor, hasta el amor

santo que te rodea, se derrumba en torno tuyo. La muerte, el malquerer o la indiferencia tal vez, te han dejado, como a Jesús sobre la cruz, privada de compañía y desnuda. ¡Oh, feliz de ti que ya no tienes otros amigos que los santos! Parientes, amigos, monjas, ¡tus monjas!, compañeras, ¡tus compañeras! ¿Ves qué pobres y limitados son los afectos humanos? O bien la muerte sobre la que no queda sino pronunciar el "fiat", o el querer y la incomprensión soberbia y mezquina de los hombres, he aquí lo que te ha dejado confinada en la soledad.

Pequeño Juan, ya no tienes sino una[2] que te preste los cuidados materiales que tú, crucificada, no te puedes proporcionar. Sin embargo, con tus palabras, con tus palabras pronunciadas antes de mi lección, das a entender, al igual del anciano Tobías, que eres "de la estirpe de los santos", una que "estás esperando aquella vida que dará Dios a aquellos que nunca pierden su fe en el Señor"

¿Ya sabes que tus palabras, leídas con la alegría de quien vive en el Señor, están escritas en el libro del Cielo? Persevera, alma mía, y tú, que confías en el Señor, te verás libre de toda aflicción y no quedarás defraudada.

Roguemos al Señor y hagámoslo juntos para que no prevalezca el mal sobre tu debilidad de criatura, tanto con el desconsuelo como con la soberbia, tal como siempre lo deseaste; y que Dios, únicamente Dios, te conserve pura para su gloria.

Y ahora los tres que han venido del Cielo te dicen, ellos que estuvieron presentes cuando el Apóstol escribía a los de Tesalónica y en ellos, a través de los siglos, a todos los fieles, "cómo debe portarse" una pequeña voz "para agradar a Dios y progresar cada vez más". Son ciertamente tus guías los ángeles del Cielo y, en primer lugar, el Angel de los Angeles, es decir, Jesús el Señor Santísimo, los ángeles que han venido a traerte los preceptos del Señor a fin de hacerte caminar con seguridad por la senda de Dios. De esto jamás debes dudar, jamás. Y ahora te repiten, te repetimos con el Apóstol, que Dios quiere que te santifiques más y más sin que fornicación alguna llegue a morderte.

¡Cuántas de ellas te presentará Satanás ahora que se te aleja tu asistencia terrena![3] Su presencia y su vestido hacían alejarse a Satanás y su ánimo le ponía en fuga. Por esto lo querías tener a tu lado en tus agonías. Mas Jesús en el Getsemaní se encontró solo. Como solo estuvo también en el Sanedrín, en el Pretorio y en el Calvario. Alma, alma mía, sé como Cristo. Lucha sola y vence en el Nombre del Señor. Si tú trabajas *siempre* para la gloria de Dios, el Infierno no prevalecerá.

A quien pretenda hacerte fornicar con el pensamiento, el juicio y el espíritu, dile: "¡no!". Lo mismo que a quien quiera hacer que juzgues a las jerarquías superiores eclesiásticas, a quien quiera hacer que digas de ellas que han obrado mal,[4] a quien te quiera entibiar en el amor a Dios, a la Iglesia, a la oración y a quien te tiente con procurarte satisfacciones humanas. No, siempre no a las concupiscencias, y sí, siempre sí, un "sí" semejante a estrella purísima y a canto celeste dedicado a Dios para su adorable voluntad.

Sé dueña de tu cuerpo que es templo del alma en la que vive Cristo y, sobre todo, sé dueña de tu inteligencia y de sus posibles debilidades que Satanás podría atizar para vencerte. Nunca, por motivo alguno, imites a los histriones de la religión y del misticismo con supercherías y fraudes. Sé límpida como manantial de montaña y da aquel hilo o aquel río de palabras que Dios te suministra sin acoger otras aguas[5] con las que aumentar tu chorrillo y seducir. Dios hace justicia inexorable de estos fraudes. Te eligió, no para que te profanases sino para que su don te santifique. *Una palabra sola puede salvar un corazón.* Y a ti, para salvar los corazones dotados con una buena voluntad de salvarse, te da mil y diez mil de ellas que fructificarán porque tú las riegas y abonas con tus tribulaciones cada vez mayores.

Celebremos la bondad del Señor con nada que no sea la perfecta observancia de su Ley. Este es el sacrificio de alabanza que Dios acepta de los corazones y que El lo quiere *total* de aquellos a quienes todo les dio al darse como Amor y Palabra. Proporcióname siempre la alegría, alma que Dios me encomendó en custodia y a la que amo con un amor subido, proporcióname siempre la alegría de verte celebrar tu sacrificio de alabanza.

Alma a la que he visto transfigurarse lentamente, como corresponde a la criatura humana, pero constantemente, hasta el punto de poder decir yo al igual de los tres apóstoles: "¡Qué hermoso resulta, Señor mío, estar aquí con esta alma a la que tu amor ha trabajado y que, cuanto más la has trabajado, tanto más, en fuerza de su amor, ha querido que la trabajes!". Como pasta blanda en las manos de Dios, déjate siempre, María, trabajar y modelar sin resistencia alguna, secundando cada vez más su pensamiento santísimo.

Prométele al Señor, junto con tu Azarías: "Meditaré tus preceptos, para mí tan queridos, y alzaré mis manos a tus mandatos, por mí tan amados". En efecto, sólo aquéllos que aman llegan a meditar y saborear las palabras de Aquél a quien aman y, al hacerlo, eliminan las distancias fundiéndose en el amor. Y sólo quien ama con verdadero amor tiende sus manos para acoger lo que el Amado le envía por más que sea gravoso y penoso querer para la criatura, *si bien lo acepte el espíritu que ve y gusta gozoso cuanto viene de Aquél que es la razón de su amor.*

Y el amor salva, siempre salva. Para esto nuestro Señor Santísimo pidió que los suyos, tras su partida, recibiesen el Espíritu Santo, o sea, el Amor, para que Este, con sus fuegos, purificase a aquéllos que, sin malicia obstinada, cayesen en faltas, pero que, con amor, se sumergiesen en el Amor y así recibiesen de El absolución, paz y amaestramiento perfecto, continuado y salvífico. Que es lo que a ti se te ha dado, alma mía.

¡Bendigamos al Señor!

Demos gracias a Dios.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

[1] Se refiere al P. Migliorini, tantas veces nombrado aquí.

[2] Alude aquí a *Marta Diciotti* como así lo anota María Valtorta, de su puño y letra, en la primera copia mecanografiada.

[3] Hace referencia al P. Migliorini que el 21 de marzo de 1946 fue trasladado a Roma, como así lo hace constar María Valtorta de su puño y letra sobre la primera copia mecanografiada.

[4] Nueva alusión al traslado del P. Migliorini y a las dificultades consiguientes de María Valtorta para encontrar quien le llevase el Santísimo Sacramento.

[5] Alusión a la posibilidad de adquirir doctrina en libros ajenos, reflexiones propias y coloquios con personas ilustradas, doctas y piadosas.

---

***24/3/46***
***Domingo 3.° de Cuaresma***

¡Si a fuerza de esperarlo con ansia pudiese llegar a percibir la palabra angélica tan dulce, límpida y reconfortante...!

Mas he de decirle que, desde que usted se marchó[1], un ángel, que me parece no ser el mío, lo tengo constante y visiblemente presente. Le digo que no me parece que sea el mío porque, mientras Azarías se me muestra materializándose en belleza, como ya se lo describí a su tiempo, éste es totalmente espiritualizado, de una luz vivísima que sólo un milagro de Dios me permite fijarla en los ojos, posee la belleza incorpórea de los seres espirituales y no se vale de los pies para moverse sino de las luces de sus dos alas, siendo todo en él luz: el rostro, las manos cruzadas sobre el pecho, el vestido candidísimo e inmaterial... Y si digo manos, rostro y vestido es porque nosotros, pobres mortales, no podemos sino expresarnos materialmente para decir lo que vemos. Mas este espíritu bellísimo, que jamás me deja y con el que el alma intercambia continuos coloquios de amor, no tiene sino la incorpórea condensación de su espíritu en forma de rostro, manos y vestido para hacerse presente a mi vista espiritual y así queda reducido al mínimo necesario con que poder alcanzar dicho fin que viene a ser: poder hablar impropia y muy materialmente de su rostro, de sus manos y vestido.

Se me aparece como el Angel del Getsemaní que era «luz en forma de ángel». Me parece uno de tantos que vi en los coros del Paraíso... ¡¡Oh luz, luz cantante en el inmenso azul del Cielo...! Se me figura uno de aquellos del Natalicio... que aparecieron a los pastores..., uno de aquellos que en Cómpito[2], en una de las últimas noches de exilio, me elevaron al éxtasis con su trasvolar entonando armonías irrepetibles...

Quien sea, no lo sé. Tan sólo puedo decir que su presencia es mi consuelo. Es para mí más dulce que la luz de la luna para el viandante solitario y perdido, dándome la seguridad de que no estoy sola sino con la mejor de las compañías y de los guías, y en el mejor de los caminos: el del ángel de Dios y en el recorrido que hacen los ángeles: el de Dios. Quién es, no lo sé. Me beatifica con su presencia, pero no se identifica. Ayer Marta fue a Camaiore estando ausente durante seis horas... Pues bien yo, *sola* en mi habitación durante tres horas de las seis, estuve tan contenta con esta angélica presencia que me produjo hasta un alivio físico. Estuve absorta en aquella meditación y contemplación que a los extraños puede parecerles casi somnolencia cuando, por el contrario, es hervor de espíritu que me hace feliz... ¡Cuánta paz...!

Mas ahora se me muestra y habla Azarías. Luego el ángel luminoso no es Azarías... y yo escribo.

*Dice Azarías:*

«Con la humildad del hermano menor ante el mayor, vengo para nuestra Santa Misa. Y el Angel de las Setenta Semanas, el Confortador del Getsemaní, el beatísimo arcángel Gabriel que el Eterno te concede como amigo para que te conforte, porque él es el Arcángel del gozo, de los goces celestiales, aumentará con su luz tu poder de comprensión.

Así pues, él se te aparece para darte una ligera idea de su realidad en el Cielo. A los sentidos del espíritu, purificado más y más tras la última prueba[3], se les concede una nueva capacidad de Ver. Cree, alma mía, que *cuanto más una criatura se afianza en la obediencia y en la caridad, tanto más va su espíritu hacia lo que será su vida en el Paraíso a la espera de la resurrección de los cuerpos. A cada acto de obediencia pronta y perfecta desaparecen la pesantez y las limitaciones y, como corroídas por la llama de la caridad —porque la obediencia es caridad—, se exfolian las escamas que todavía limitan las potencias espirituales en su facultad de ver, y el alma se acerca con júbilo inmenso al cono-*

cimiento de la vida del Cielo, de lo de allá arriba..., adoración, bienaventuranza, paz, júbilo de luz...

Mira, alma mía, si hubieses hecho, *siquiera fuese interiormente,* un movimiento de rebeldía, un mínima desobediencia, un compromiso, un simple compromiso, uno de esos pobres compromisos que con harta frecuencia llevan a cabo aún los mejores cristianos, en lugar de hacerse menos pesantes las limitaciones de tu poder visual de criatura, habríanse hecho más *pesantes y espesas,* como nieblas acumuladas, y te habrían llevado lejos, como vehículo que marcha en dirección contraria... Tú no te has dado cuenta de la trampa en la que te quería hacer caer el Enemigo para disgustar al Cielo contra ti. Con argumentos capciosos quería que desobedecieses la orden recibida de relacionar exactamente los libros que tienes[4]. Nada hay censurable en tus libros, *ni de tal naturaleza en ellos que pueda dar ocasión a los incrédulos de lo sobrenatural a decir que tú has disfrutado de ayudas culturales en tu labor.* (Por el contrario hay interés en asegurar esto... 9/12/47). Más él quería atemorizarte diciéndote esto y aquello para hacer que... olvidases *deliberadamente* algún libro.

Olvidar no es pecado mediando un fallo *real* de la mente. Mas *querer olvidar,* para cumplir con la obediencia por entender que ha de resultar humanamente útil su cumplimiento, *es pecado.* Las restricciones mentales, las reservas, el decir, por ejemplo: "He dicho que no tengo más libros, porque en este momento no los tengo en casa", una de las escapatorias tan frecuentes entre los cristianos, lo mismo que el decir: "No los he visto", sólo porque no se ve en *aquel* preciso instante, no son buenas cosas. Son mentiras. Nunca hay que mentir ni aún en los matices.

La verdad no es una cosa vaporosa y vaga como una nubecilla del cielo sino un bloque sólido, bien escuadrado, diamantino, luminoso, transparente, bellísimo pero duro, inatacable a la acción de los vientos, de las lluvias y de las manos. E, igualmente, la verdad viene directamente de lo que es más perfecto que la Tierra, es decir, del Cielo; y por más que el hombre pretenda destruirla y en la Tierra parezca tal vez haberlo conseguido, en realidad, la verdad continúa inalterable en su reino y, antes o después, llega a ser conocida y reconocida junto con los méritos del espíritu que se mantuvo fiel en la misma.

Tan diamantina es la verdad que, lejos de ser rayada, ella raya y quiebra las almas vítreas de los infelices que no la quieren reconocer y, quieras que no, escribe sus palabras de condena para los muertos, los sordos y los ciegos de espíritu; para los apáticos y tibios a los que Dios rechaza y vomita lejos de Sí. Y, por más que se la niegue, escribe su verdad de "*ser ella verdad*" sobre esos pobres cristales ahumados y polvorientos, cubiertos de telarañas inútiles, que se creen superiores al diamante sólo por verse enmarcados en una bella moldura...

¿Ves, alma mía? Si tú hubieses aceptado una restricción mental, una de esas que te proponía Satanás o si hubieses omitido este libro de tu abuelo porque podía hacer sombra a los curas, este otro de tu madre por estar en el Indice o aquél otro tuyo porque habla de Dios en una proporción tan insignificante que no puede en modo alguno explicar lo que afirmas en tus escritos[5], y todo por aparecer santa hasta en los libros que guardas como recuerdo, al igual que conservas los retratos de familia que, enferma como estás, no puedes contemplar, pero que te produciría dolor destruirlos porque en ellos ves el rostro del padre, de la madre, de los abuelos... De haber tú mentido, no merecerías ahora esta paz de que gozas ni verías al glorioso Gabriel. *Has merecido más con esta perfecta obediencia,* que a los superficiales podrá parecerles cosa ridícula, *que si hubieses desgranado mil oraciones vocales.*

Todo esto para darte a entender el valor de la obediencia que no se mancha con compromiso alguno. Sé así siempre de heroica y crecerán cada vez más en ti la paz y la luz.

Y ahora meditemos nuestra Santa Misa.

¿No parece, pequeña voz, escrito especialmente para ti el introito? Es ciertamente verídico definiendo tu situación actual: "el lazo colocado a tus pies": y es igualmente verídico describiendo tu estado espiritual: "mis ojos están vueltos siempre hacia el Señor".

¡Esto, sí! ¡Siempre así! La maldad y la incredulidad de los hombres a los que siempre habrás de perdonar con las palabras de nuestro Santísimo Señor Jesús: "Padre, perdónales porque *no saben* lo que hacen", podrán ponerte lazos. Pero ¿dónde? En los pies, en la parte más baja y material que pisa las sordideces de los caminos del mundo porque, por ahora, estás aún en el mundo, como lo estuvo el Santísimo Señor Jesús durante sus treinta y tres años de Hombre-Dios en Palestina. Mas no pueden ponértelos en el espíritu, en tu vista contemplativa y en tu caridad que, cuanto más te das cuenta de lo vano y caduco que es todo lo de aquí abajo, tanto más llamea y se condensa hacia el Altísimo y Santísimo Señor Uno y Trino.

Y he aquí que tú, con el lazo en los pies, pero con el espíritu libre, te fijas a ti misma en el Señor: "Vuélvete a mí", gritas. Y tanto El se vuelve que se da a ti a Sí mismo.

"Me encuentro pobre y sola", clamas. No. ¡Estás con sus ángeles y con El, con El, con El! ¡Aleluya! ¡Mi alma está con el Señor! ¿Puede darse dicha mayor para un ángel custodio? En manera alguna te encuentras sola pues cuentas con tus infinitas amistades del Cielo. Y tampoco eres pobre, ya que posees esa riqueza que no puede ser robada. No temas. Tu confianza en el Padre Santísimo no quedará frustrada.

Y aquí, para alabar a Dios por su santo Arcángel, enlacemos la Santa Misa de la III dominica de Cuaresma con la luminosa Santa Misa de San Gabriel[6].

Consideremos juntos nuestra virtud angélica. ¿Qué es lo que nos hace grandes? ¿Nuestra belleza? ¿Nuestra condición? ¿Nuestro origen? No, sino nuestra prontitud en obedecer al simple sonar de las palabras de Dios, al relampaguear de su Pensamiento Santísimo, pues *relámpago de luz beatífica es el sonido que nosotros percibimos* y no voz material de garganta. Nuestra luz se enciende de júbilo al acoger aquel relámpago que aumenta mucho más al ejecutar su mandato. Lo sabes tú muy bien. Si no obedeciésemos se apagaría nuestra luz, acabaría nuestra belleza, cambiaría nuestra condición y nuestro origen terminaría en condena como lo fue para Lucifer y los ángeles rebeldes. De nada podemos gloriarnos nosotros, los ángeles del Señor: ni de la belleza, ni de nuestra condición, ni de nuestro origen, ya que todo nos viene de Dios Santísimo. Mas, al igual de los hombres, que son hechuras del Criador, de lo que podemos gloriarnos es de nuestro servicio obediente al Señor.

El Primogénito de los hombres alcanzó la perfección absoluta al ser "obediente hasta la muerte" haciendo la Voluntad del Señor. ¿Qué méritos habríamos de tener si, siendo espirituales como somos, no hubiésemos de ejercitar las virtudes de caridad, humildad, obediencia y verdad? Porque, al ver la Realidad Santísima de Dios, no podemos tener lujurias carnales ni debemos tampoco de tener fe ni esperanza y, siendo superiores a los hombres al carecer de la pesantez de la materia, no tenemos necesidad de ser temperantes, fuertes, justos y prudentes pues tales nos hace la propia contemplación de Dios. ¡Oh, Dios se compenetra con nosotros! ¡Qué bueno es el Señor que se deja contemplar y de tal manera se infunde en sus espíritus! Pero, al mismo tiempo, nos brinda la posibilidad de ofrecerle honores con la caridad, la humildad, la obediencia y la verdad.

¡Bendigamos al Señor! Nosotros, los ángeles, y tú, alma, con todos nosotros: "Bendigamos al Señor"!

Y tú, alma mía, impetra del santo arcángel su patrocinio perpetuo. Amale, ámale mucho porque es el ángel de los anuncios felices y de los sublimes consuelos.

Leamos las primeras palabras de la Lectura: "*He aquí que Gabriel*... volando raudo, *me tocó en el templo del sacrificio vespertino.* Me instruyó, me habló y dijo: "He venido ahora a instruirte y a hacerte comprender". Nada más interesa por ahora.

"Me tocó en el templo del sacrificio vespertino". He aquí cuándo se le tocó a Daniel: *A la hora del sacrificio, en el templo y por la tarde.* Tu tarde se acerca; mas antes de que llegue precediendo al amanecer –porque la tarde no es fin sino preanuncio del próximo día–, el arcángel te instruirá. Y ¿por qué tal honor? Porque estás en el templo que la Caridad recíproca entre Dios y tú ha creado y en la hora de tu sacrificio final, el más dulce, aquel que consigue el alejamiento de Satanás en las horas nocturnas.

Tras la tentación tenebrosa, nuestro Señor Jesús fue consolado por Gabriel, y Satanás ya no le turbó más. Para torturar al Moribundo divino quedaron los hombres. Mas ¿qué son los hombres comparados con Satanás? Como demonios es nulo su poder torturador respecto del de Satanás. Eso lo sabes tú; pero, ¡ánimo!, porque el sacrificio de la tarde está hecho precisamente para alejar a Satanás imponiéndole el "¡Basta!" divino y llevar la Fortaleza de Dios[7] a los hijos sacrificados en holocausto.

Gabriel te comunicará un tremendo secreto[8] y te transmitirá una orden de parte de Dios, secreto ciertamente tremendo, mas no por ti sino por aquellos que lo provocan y serán éstas las palabras de instrucción de aquél que transmite las más excelsas voluntades de Dios y exige las más altas obediencias.

Tornemos ahora a la epístola paulina. Mas antes respondo a tu pregunta. Así escribirás la respuesta y también lo que te dije hace dos domingos acerca de mi silencio sobre el Evangelio.

¿Por qué San Gabriel y no yo te ha de transmitir órdenes y secretos? Porque el menor no debe intervenir donde hable el mayor y así, lo mismo en lo que se refiere a este secreto como a las explicaciones del Evangelio. Sobre éstas te instruye el Señor Jesús, Sumo Maestro de cuantos moran en la Tierra y en el Cielo. Y, a este respecto, yo callo limitándome a escuchar, no teniendo nada que añadir a lo dicho por El.

Pablo perfila todo el programa del cristiano y, en consecuencia, el de las voces, las cuales, sólo por reconocimiento al Señor que tal don les concedió, *deben ser más pefectas que los demás* tendiendo a esta *perfección* con perfección de pensamiento. ¿Sabes en qué consiste esta "*perfección de pensamiento*"? En querer ser perfectos, *no por la gloria futura que otorgará dicha perfección sino por amor de hijo beneficiado de manera sobrehumana por el Padre* y en una medida que sólo el Infinito puede dar.

Así pues: "Sed imitadores de Dios como hijos dilectos". ¡Oh!, no os dice Pablo: "Imitad a éste o aquél santo", sino que os dice: "Imitad a Dios en sus perfecciones". ¡Imitar a Dios! Esto supone un esfuerzo continuo para alcanzar la perfección, y hacerlo con caridad, mas también *con humildad*; con fe, mas también *con humildad*; con esperanza, mas también *con humildad.*

Sabéis vosotros muy bien que, a despecho de todos vuestros esfuerzos heroicos, os veréis siempre incapaces de poseer la Perfección de Dios. Mas no os descorazonéis porque el Padre Santísimo, por ser perfecto, sabe que la criatura nunca puede ser como el Criador y así, para animaros, para justificar vuestra medida relativa proclamándola con

justicia "perfecta para la criatura", puso un límite a esta medida: el vuestro. Dijo: "con todo lo que sois". "Con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas" expresa el mandamiento inmutable hasta el fin de los siglos; y es hereje y maldito el que lo muda, altera o sustituye por mandamiento de hombre con otros cultos o ideas que no son de Dios sino mezcolanza de humo infernal y de infernal veneno, con humo y veneno de criatura perversa.

Cuando uno ama con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, *ha amado,* por lo que a él toca, *perfectamente.* Y, por tanto, ha imitado a Dios que es perfecto en el Bien.

Segundo precepto de Pablo: "Vivid en el amor como Cristo que nos amó entregándose a Sí mismo por nosotros a Dios en holocausto como hostia de suave olor".

¡El amor perfecto! El amor de Jesucristo, Hijo de Dios y Señor nuestro. Amor que llega hasta el sacrificio. Amor al prójimo que alcanza hasta inmolarse por él. Amor a Dios hasta inmolarse sobre el altar de la Reparación.

Otro precepto: "Las fornicaciones, las impurezas, de cualquier clase que sean, y la avaricia no sólo no han de darse en vosotros, pero ni siquiera las debéis recordar vosotros que tenéis que recordar únicamente los dones, las perfecciones y las instrucciones de Dios". Ya no sois hombres sino "voces".

La voz carece de pesantez. Es un sonido. No tengáis la pesantez de lo humano. No pervirtáis vuestra condición de "voces" con obscenidades, discursos necios y bufonerías. Tened en cuenta que el gesto simbólico de los labios purificados con el fuego tomado del altar no se limita al profeta, pues todos aquellos a quienes Dios elige, las "v e r d a d e - r a s" voces, ciertamente indubitables, son purificadas, con anterioridad a su misión, con el fuego del Divino Amor. Las palmas de las manos sacerdotales están consagradas por la ordenación recibida, no debiendo esas manos tocar nada impuro o hacer ademanes impúdicos habiendo de tocar el Cuerpo Santísimo de Nuestro Señor. Ahora bien, los labios consagrados por la Palabra Divina y que, por orden suya, han repetido dicha Palabra, *deben conservarse santificados y articularse con sumo respeto por lo que por ellos pasó. Y lo mismo hay que decir de la mente y del corazón.* En caso contrario, llegaríais a ser impúdicos y fornicadores perdiendo vuestro puesto, tanto en la Tierra como en el Cielo. Y no seáis avaros sino *prudentes* para que los hombres no profanen y así el que tenga hambre que tome el don de Dios.

Mantenéos igualmente firmes sin soberbias ni miedos. Los vanos razonamientos de los hombres, si son superficiales, desechadlos a fin de no tener que responder del tiempo perdido en cosas míseras; y si con ellos tienden a atemorizaros, ensoberbeceros o a denigrar y querer rebajar la obra que Dios hace en vosotros, que no os seduzcan. *La ira de Dios cae sobre los incrédulos.* No comulguéis, por tanto, con ellos, antes respondedles: "También nosotros fuimos un día tinieblas; mas ahora somos luz en el Señor y rogamos por vosotros para que podáis llegar a ser luz".

Basta, María, basta. Vive cada vez más como hija de la Luz, ya que su fruto es todo lo que es bueno, justo y verdadero. *Ni* —esto se lo puedes decir a los incrédulos y racionalistas— *cabe que Belcebú sirva a Dios proporcionando palabras santas para la conversión de los corazones.* (Y, con todo, se me quiere hacer creer que puede ser Belcebú el que me dicta...9/12/47).

Vuela a la casa, al nido, tortolilla de Dios, y haz tu morada en su Amor; y desde allí escucha, pues tienes necesidad de tal defensa para escuchar lo que te dice el Arcángel, cifrando en ese Amor tu paz».

Y Azarías se arrodilla para escuchar a Gabriel que, intensificando su luz, me saluda con el: «¡Ave, María!». Tan sólo esto: «¡Ave, María!». A continuación me comunica una tremenda, ¡oh!, *es verdaderamente una tremenda palabra* y me da una orden. ¡Es tan de condena en sus motivos!!! Pero llevaré conmigo este secreto hasta la tumba. «Es aún más tremendo», dice el Arcángel, «que el secreto de Fátima»[9] y no se revela porque los hombres, aun éstos por quienes se da, *no merecen conocerlo.*

Y después el Arcángel, junto con Azarías, que se levanta de la genuflexión, canta: «Bendigamos al Señor». Y yo respondo: «Demos gracias a Dios» como me enseñó Azarías, y con ellos digo: «Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo...».

... y ahora gravita sobre mí el peso de este tremendo conocimiento....

---

[1] Alusión a la partida del P. Romualdo M. Migliorini, O.S.M., director espiritual de María Valtorta, el cual dejó Viareggio en el año 1946 para no volver más allí.

[2] Localidad en la que María Valtorta, enferma, se refugió evacuada de Viareggio durante la segunda guerra mundial.

[3] Nueva alusión a la ausencia del P. Migliorini consignada en la nota n.° 1.

[4] Alude al fidelísimo inventario de la *pequeña biblioteca* de la casa Valtorta que por aquellos días confeccionó María; inventario del que se desprende que no hubo libro alguno del mismo que pudiese influir eficaz y adecuadamente en la redacción de las quince mil páginas valtortianas.

[5] Relacionado en la nota precedente.

[6] En el Misal Romano de San Pio V se encuentra en el día 24 de marzo.

[7] Este es el significado del nombre "Gabriel".

[8] M.T.M., madre espiritual de María Valtorta, no asegura que nunca se le permitió a ésta revelar tan tremendo secreto, antes, por el contrario, recibió la orden de quemar la hoja en la que habíalo consignado. Con todo, aun después de destruída, lo tenía tan grabado en su mente, como en un disco, pudiéndolo repetir a sí misma en cualquier momento.

[9] Alude a la tercera parte del así llamado "Secreto de Fátima" hasta ahora nunca *oficialmente* revelado.

---

## *31/3/46*
## *Domingo 4.° de Cuaresma*

*Dice Azarías:*

«¿Por qué y de qué debe regocijarse Jerusalén? ¿Acaso de su dilatada vida? En modo alguno sino de ser vital por su unión con Cristo que la nutre con sus dones y la enjoya con sus santos. Si no fuese de naturaleza sobrenatural, carecería de estos dones y de estos santos, pereciendo como todo lo que es obra de los hombres, todo lo que dura un tiempo relativo y después, por ataques enemigos, se debilita y muere.

Mas la Jerusalén terrena no es distinta de la Jerusalén celestial y así los ciudadanos de ésta están con la Jerusalén terrena para confortarla, ayudarla y defenderla del rencor del Mal que se lanza contra ella para abatirla sin que por ello alcance a conseguirlo.

Mas no son únicamente los auxilios celestiales los que la mantienen vital. El Santísimo Señor Jesús prometió que nada prevalecería contra Ella. Bastaría esta promesa para

defenderla, ya que las promesas de Dios son siempre operativas. Mas Dios, aún siendo bastante por Sí a realizar cualquier prodigio, no despoja a sus hijos del derecho a cooperar en los intereses del Padre ni del derecho a contribuir a la prosperidad de la Casa del Padre.

Y la Iglesia es la gran morada del Padre, de Dios en la Tierra. No es ya el espacioso Templo asentado sobre el monte de Jerusalén, amplio, pero nada respecto de la Tierra y una *supernada* comparado con el Universo, la Casa actual del Padre. Esta ha extendido sus tiendas del uno al otro Polo, de oriente a occidente y, a la sazón, se hallan esparcidas por toda la Tierra y así, con amor o con odio, es conocido por doquier el nombre de Dios y de Jesús Salvador. Y por doquier hay también un altar para santificar los continentes y congregarlos cabe el signo santo. Y por doquier se celebra un Sacrificio, no de carneros ni de corderos sino de las Carnes Santísimas del Cordero divino inmolado para lavar con su Sangre los pilares y límites de la Tierra, lugar de exilio, y hacer de ella un pequeño Cielo y así los hombres desterrados lo sean menos de aquel lugar eterno para el que Dios los creó y puedan disponer de ayuda y estímulo en los goces que experimentan a los pies de un altar en la Mesa del pan sobresustancial. ¡De esta suerte se ha dilatado la morada del Padre! La Jerusalén terrena ha prolongado sus muros y esparcido sus ejércitos pacíficos y sus maestros para que sea conocido por doquier el Nombre que sobrepuja a todo otro nombre y ante el cual se postran de hinojos los hijos de Dios cualesquiera que sean su raza, su lengua, su latitud y sus costumbres.

Ahora bien, ¿no son acaso también estos ciudadanos de tan vasta ciudad los que con sus sacrificios y oraciones cooperan con el Padre al triunfo de la misma contra el Infierno y sus secuaces? Sí, son también estos ciudadanos.

Como las místicas aguas que Ezequiel vio surgir bajo la puerta del Templo[1] y que, al principio, sólo alcanzaban al tobillo, después crecieron hasta llegar a la rodilla y, por último, superaron la estatura de un hombre, así son los méritos de los santos en la Tierra. En los comienzos de la Iglesia eran pocos, puesto que pocos eran los ciudadanos de la Iglesia militante y poco el impulso que podían imprimir a la tarea de fecundar las áridas arenas y los amargos cenagales. Mas después, con el paso de los siglos y mediante los mártires, vírgenes, y confesores, conocidos o ignorados en la Tierra, si bien todos ellos perfectamente conocidos de nosotros, los del Cielo, fueron creciendo las aguas que se fueron vertiendo en el cauce inicial que comenzó en el Gólgota con el agua exprimida de un Corazón desgarrado aun después de la muerte y fue aumentando su caudal con las ondas de sus méritos. Y el torrente diminuto llegó a hacerse un gran río, cada vez más caudaloso, capaz de irrumpir y adentrarse con la masa imponente de sus aguas hasta por los desiertos más alejados y los cenagales más pestíferos purificándolos y haciendo fértiles los arenales, de modo que puedan brotar árboles frutales de hojas y frutos perennes, árboles buenos, aptos para nutrir, sanar y legitimar a los hijos bastardos dándoles el Nombre bendito que se deriva del Fundador de la Iglesia: "cristianos de Roma, sede del Papado cimentado por Jesús Santísimo sobre su Piedra".

He aquí, pues, hijos benditos de la Jerusalén terrena de qué habéis de alegraros con Ella que es para vosotros Madre y con Dios que es para vosotros Padre. De ser los que con su fidelidad y heroísmo contribuyen a mantener potente el río de su expansión benefactora haciéndolo activo. Por lo que el invitatorio del introito no es tan sólo palabra sino palabra de verdad, premio y promesa de una recompensa mucho mayor.

El Eterno ve nuestras obras y vuestros corazones; toma nota de los afectos y sentimientos; os ve deseosos del triunfo materno y tristes por el desamor y desconocimiento

culpable de esos hijos que, tras haber sido de la Casa, salen de la Casa paterna; o tristes también por la ignorancia dolorosa, pero no culpable como el desconocimiento, de aquellos que todavía ignoran al verdadero Dios, y os hace decir: "Vosotros, que amáis a la Iglesia, regocijaos con Ella y gozad alegremente; vosotros, que estuvísteis tristes, exultad y saciáos en las fuentes de la consolación porque vosotros que, gracias a Ella, disfrutáis de un amor activo, tenéis derecho a sorber de su seno mientras aquí, en el Cielo, se halla ya dispuesto en la Jerusalén celeste vuestro puesto para el banquete del Cordero, para el banquete de los triunfadores eternos, que os merecísteis con vuestro trabajo espiritual y material en pro de la Madre Iglesia que es la Esposa del Verbo".

Y si esto se da a todos los fieles que vierten la contribución de sus obras santas en el río de la Comunión de los santos, en mucha mayor medida se os dará a vosotras, "voces" amadas, que a las obras comunes añadís vuestro martirio de ser "voces". El multiforme martirio de la vigilancia suprasensible para estar siempre prontas para *entender, distinguir y combatir: Entender las voces que os vienen de más allá de la Tierra; distinguirlas a fin de no confundir el mendaz y tan seductor hablar de Satanás con el más conciso pero veraz de las voces buenas; y combatir la soberbia que podría insinuarse tras la humildad* diciendo: "Dios habla a su sierva". Insinuación serpentina como Lucifer de quien procede... para silbar con sordina: "... porque lo he merecido".

¡Oh, qué martirio de *vigilancia, de obediencia y de esfuerzo continuo* debéis desarrollar, caras "voces", a las que Dios benefició y crucificó con esta misión! Es martirio de contradicciones dolorosas de parte de los hombres ciegos y soberbios que no quieren ver a Dios ni admitir que El pueda realizar este milagro de amor. Y es martirio de befas, curiosidades e inmerecidos castigos.

Martirio de ver la inercia de las almas que no se conmueven ni *con estas palabras que proceden de Dios.* Lo mismo que el *no* poder ir a los verdaderos pobres, los verdaderos "hambrientos" y los verdaderos "ignorantes" para decirles: "Mirad, no seáis ya más pobres, hambrientos e ignorantes, pues aquí tenéis este tesoro, este alimento y esta sabiduría que vienen de Dios. El os lo proporciona para vuestros dolores, vuestras dudas y vuestra soledad. Y esto porque os ama, porque se compadece de *todos* los hombres y porque es Padre. Tomad y santificaos con el don de Dios".

Vosotros, los "portavoces", sois los apóstoles encarcelados que no podéis manifestar a los hombres la palabra santa. El tesoro que tenéis en las manos os lleva al Cielo y es para *vosotros mismos.* Cuando, tras haber gozado el éxtasis de recibirlo —hasta el punto de hacer partícipe a la carne del mismo pues tan fuerte es el huracán dulcísimo y llameante que se abate sobre vosotros para despojaros de cuanto es humanidad y haceros comprender que la humanidad es miseria fugaz mientras que sólo lo eterno y espiritual tiene valor y así, conscientes de ello, arrebataros cada vez más a lo alto en las esferas caritativas y contemplativas— cuando, tras haber gozado del éxtasis, bajáis vuestra mirada del Foco, de la Sabiduría y del Poder para mirar a la pobre humanidad que camina a tientas y aterida por las vías de la Tierra y de los Errores —y, sabiendo como *sabéis* vosotros lo que salvaría a esta humanidad proporcionándole sabiduría, riqueza, vida, calor... y no poder dar el tesoro con el que muchos encontrarían el Camino, la Verdad y la Vida en vano buscados por otras partes— entonces sufrís el martirio de la caridad hacia Dios, no conocido ni amado, y hacia el prójimo al que veis morir *sin paz* y al que os es imposible socorrer, encarcelados como estáis por una categoría de hombres a los que la caridad me impide clasificar y por la indiferencia ígnara y hostil de la obra más vasta categoría: la de los necesitados de la Palabra y del Conocimiento que extienden las manos a todos los "manzanos de Sodoma" de *su* desierto, encontrándose sin nada en las manos. Porque

aquellos manzanos, igual que los del desierto de Judea, bajo una mentida apariencia, se encuentran vacíos. Mas, en modo alguno extienden sus manos a los árboles de la Vida que crecen en medio de la plaza de la Ciudad del Cielo y a las orillas del río de agua viva que mana del trono de Dios y del Cordero, tal como lo vio el angélico Juan, apóstol del Señor, que llevan los doce frutos, frutos eternos que suministran cada mes a los bienaventurados habitantes de la Ciudad de la Santidad y del sublime Gozo.

Y entonces lloráis como Cristo y *con* Cristo, pronunciando las palabras que El dirigió a la ciudad hostil: "¡Oh, si al menos conociéseis vosotros lo que es beneficioso para vuestra paz! Mas está oculto a vuestros ojos por la costra de vuestros pecados que vosotros no os la queréis quitar y que os ciega para mirar la Luz!".

Mas, consolaos, voces. Podéis alegraros porque a vosotros se os dijo: "Andaréis por la casa del Señor". Andaréis ciertamente si perseverais en las virtudes como se os ha enseñado. Entonces, por "vuestros actos", purificados y transformados de humanos en santos, podréis "respirar por la consolación de su Gracia" y ser bienaventurados porque su Gracia es beatitud.

Y ahora leamos a San Pablo.

También el eterno Abraham tiene dos clases de hijos: Los de la esclava y los de la libre.

¿Quién es el eterno Abraham? Muchos podrían decirse esto o aquello. Mas yo te digo que aquí se ha de dar el nombre de Abraham eterno al Eterno, Padre de una multitud inmensa y duradera de generación en generación hasta el final de los siglos.

El eterno Abraham se unió con la Humanidad, *metafóricamente hablando*, para engendrar hijos que lleven la imagen y semejanza del Padre y la semejanza natural de la madre, semejanza ésta perfecta como el Padre y Creador de la Humanidad la dio a los primeros progenitores de la Humanidad.

En la proliferación usual de las razas, ya sean éstas humanas o animales, se aprecia que aparecen marcados más fuertemente los caracteres somáticos familiares cuando dos parientes cercanos se unen engendrando hijos que fijan, diré así, *fuertemente* las características de los padres entre sus consanguíneos.

Ahora bien, ¡qué perfección de semejanza divina, siempre en aumento, habríase producido en los hijos nacidos del Padre Creador y de la Humanidad por El creada! ¡Maravillosa semejanza! Mas para poseerla, la Humanidad debía conservar intacta su semejanza con el Padre. Por el contrario, la forma perfecta fue desfigurada por Lucifer y, tanto por fuera como por dentro, no aumentó la semejanza ni se perfeccionó, antes tuvo lagunas, retrocesos y matices de cariz diverso en los hijos de Dios y de la Humanidad de tal manera que de aquel seno que engendró al angelical Abel, en el que era manifiesta la semejanza divina, ya había salido el satánico Caín en el que aparecía patente la prostitución de la Humanidad con el Seductor. Y siempre, siempre así a través de los siglos, incluso aún después del injerto de Cristo en la planta bastardeada de la Humanidad.

Así pues, el Abraham eterno tuvo dos hijos: uno de la esclava y otro de la libre que fueron dos ramas de la Humanidad. El hijo de la esclava –entiende bien– nació *según la carne*, mientras que el de la libre nació *en virtud* de la promesa, esto es, *según el espíritu*.

¿Piensas acaso que esta alegoría se circunscriba únicamente a aquel tiempo? No, sino que es una realidad que todavía se perpetúa en los hijos del Creador, del Abraham eterno –ya que los hijos del Creador son *todos* los hombres al ser El el Dador de la vida– existiendo dos grandes ramas: la de los nacidos del espíritu y la de los nacidos de la carne.

Y estos últimos son enemigos de los primeros y enemigos de Dios y de las dos Jerusalenes, pues no son de la Religión santa ni del Reino Santo sino de la Arabia, es decir, del pueblo pagano y, más que pagano, satánico, que adora a Satanás, a la carne, al mundo y a las concupiscencias en vez de a Dios; que sigue las malas doctrinas en lugar de la Religión de Dios; que se pervierte y baja, baja, va bajando cada vez más profundo y desde esa su profundidad exhala hedores y lanza dardos contra los hijos del espíritu para extraviarlos, herirlos y torturarlos; para dañar, sí, dañar, causar dolor y muerte y despojar al Padre de sus hijos más queridos...

¡Oh profanación que penetras por doquier y, cual máquina de guerra —y guerra es, guerra satánica en la que los hombres se prestan a ser instrumento y milicia— resquebrajas, abates, sumerges y apagas!

Mas ¿a quiénes apagas?

A aquellos que dejaron espacios vacíos en su espíritu y en su mente, a aquellos que se creen completos por estar repletos de fórmulas, de prejuicios, de soberbias y no saben que todo eso es *humo y niebla* que ceden súbito al embate del primer turbión que los dispersa ocupando aquellos espacios que dejaron vacíos las dispersas fórmulas, prejuicios, soberbias, racionalismos, egoísmos, sectarismos y demás; las doctrinas *humanas* en fin, con fórmulas, axiomas, soberbias, con doctrinas mucho más letales, como son las cosas satánicas. Porque es Satanás el que trabaja donde hay espacios vacíos de Dios.

Rogad por estos hijos de la nueva Agar: de la Humanidad esclava de Satanás, y también por vosotros, por vosotros, hijos de la libre, nacidos del espíritu y perseguidos por esto aunque no vencidos eternamente, puesto que toda persecución cae a los pies de las barreras de Dios. Y esas barreras son: la posesión total por parte de Dios de vuestro corazón que le reconoce por único Señor al que tan sólo sirve, y los umbrales del más allá. Yo os lo digo: no temáis.

¡No temáis! El hombre y Satanás podrán herir la carne. El espíritu de los libres es tetrágono para las ponzoñas y dardos de Satanás y de los hombres. Tan sólo si con vuestra libre voluntad quisiéseis haceros esclavos podríais dañaros. Mas nunca mientras seáis los "libres" de Dios.

Es Dios mismo quien aleja a los enemigos poniendo límites a sus obras malvadas. Dios: vuestro Padre. Dios que, según dice la Escritura, como eterno Abraham, lanza lejos de sus tiendas a los hijos de la Humanidad, esclava de todo lo que no es Dios, que andará errante, de castigo en castigo, por desiertos cada vez más áridos porque, peor que Agar, no se convierte bajo el castigo merecido sino que se embrutece cada vez más y no llora con el arrepentimiento, antes blasfema alejándose más y más de los pozos del agua de Vida.

Sois hijos de la libre. Recordadlo, cristianos. Sois por excelencia "hijos de la libre"; recordadlo vosotros, "voces", a quienes Jesús Santísimo libertó hasta de la esclavitud de la relatividad y materialidad humanas dándoos vista y oído sobrenaturales para que conozcáis las más secretas verdades, las doctrinas más perfectas y *veáis* al Señor conociéndole como criatura alguna lo puede conocer sobre la Tierra y os estremezcáis de gozo, con el gozo que será vuestro —y que es ya nuestro— cuando, finalizado para vosotros el Tiempo, seáis admitidos a la feliz Eternidad.

Grita, grita tú también, tú que desde ayer noche estás fuera de ti por el gozo que te viene del Cielo, grita: "Me he alegrado por lo que me han dicho". Y ¡con cuánto gozo te lo he dicho, pequeño Juan de mi Señor! ¡Pequeño, pequeño Juan, al que mi Señor ha ce-

ñido de montes para guardarle y te ha colmado de paz y de abundancia! ¡Alaba a tu Señor! Alabémosle juntos porque "es bueno" y cantemos himnos a su Nombre porque es "suave". Bendigámosle porque "cuanto quiso hacer, lo ha hecho en el Cielo, en la Tierra" y en el corazón de sus hijos fieles. "Bendigamos al Señor".

"¡Demos gracias a Dios!".

"¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo!"».

---

[1] Ezequiel 47, 11-12 (Apocalipsis 22, 1-2).

---

**7/4/46**
***Domingo de Pasión***

Me despiertan de un sueño tranquilo en el que soñaba encontrarme en un prado de hierba corta, nueva y esmeraldina, cercado por un muro muy alto, pero que, no sé por qué razón, me decía yo misma: «Lo han levantado sin duda» y especificaba: «en plan defensivo». Y, efectivamente, el muro se elevaba hasta una altura de 5 metros cuando menos. Y, tan liso y elevado, resultaba ciertamente infranqueable. Tan sólo veía este extenso prado sin huella alguna de pisadas humanas, y este muro altísimo y, allá arriba, un cielo tachonado de diminutas estrellas a las que el alba que despuntaba hacíalas cada vez más pequeñas y pálidas. Y el que me despierta es mi Señor que me llama y toca en la cabeza. Abro los ojos y le digo: «Señor, aquí me tienes. Estaba durmiendo...» y me veo un tanto confusa pensando en que he imitado a Pedro, Santiago y Juan que, en varias ocasiones y en los trances más solemnes de su Maestro, se durmieron en el Tabor y en el Getsemaní.

Mas Jesús sonríe y me dice: «Yo te velaba, dulce víctima mía, que te consumes por mi amor. He venido a decirte que Yo estoy donde una criatura se encuentra sufriendo su pasión y le hablo, por boca de todos los espíritus celestiales, con las imágenes de toda la Liturgia, además de con mi Amor cada vez más fuerte y presente. Porque Yo sé muy bien qué cosa es la Pasión, tanto en sus precedentes como en su desenlace y guardo una compasión infinita con quien la padece por mi amor y el de las almas. Tengo probadas todas vuestras angustias, almas víctimas del mundo y del amor. Día a día, y cada vez más, te voy desvelando mi trienal Pasión de Maestro incomprendido, de Voz despreciada, de Salvador perseguido que, según tu medida de criatura, reconoces en ti. Y, al igual que tú, todos aquellos a quienes Yo elegí para un servicio extraordinario. Mas, lo mismo que Yo dirigía mi atención al "fin", al luminoso, sereno y glorioso fin de mi prolongado y multíplice sufrimiento y decía: "Debo pasar por esto, que es doloroso, para alcanzar aquéllo que es glorioso", así también vosotros, para poder marchar por entre los zarzales punzantes de vuestro camino, lleno de sierpes, de espinas, de trampas y avanzar con vuestro peso a cuestas hasta alcanzar la meta de la inmolación que es asimismo la consecución de vuestro fin, es decir, la corredención, debéis tener puestos siempre los ojos en este "fin" y en la caridad perfecta para con las almas, objetivo que se cumple con el sacrificio total de sí mismos. No hay amor más grande que el de quien da su propia vida por los hermanos y los amigos. Yo lo dije y lo cumplí. María, mi amada y dilecta María, violeta mía que te consumes por Mí, que soy tu amor, y por tus hermanos, y que tan sólo por

Mí eres correspondida, ven, Consumada mía, ve adelante... Caminemos juntos. El mundo y Satanás podrán odiarte, pero sólo hasta el límite que Yo he puesto, alto e insuperable como el muro que has visto en sueños. Ellos, al otro lado de él, en su alborotado y caótico mundo manchado con todas las concupiscencias y sembrado de las herejías más tóxicas... y tú, en la parte de acá, en el desierto de este prado que rebosa serenidad y pobreza simple y florida yerba exenta de corrupción. Este prado lo hemos formado tú y Yo conjuntamente. Yo con mis palabras y tú con tu obediencia. ¿Ves cuán amplio es? ¡Qué paz emana...! Allá, en lo alto del cielo sereno, están las innumerables estrellas que te aguardan y te esperan. Son, esposa mía querida, tus amigos del Cielo. Mi Luz hace que te aparezcan más diminutas y desvaídas. Pero, cuando Yo te dejo, ellas se te vuelven a presentar con su luz paradisíaca para confortarte. Sola, no; *nunca marchas sola*. Hasta el final. Y después, en un rayo de estrella, de tu Estrella Matinal, serás absorbida, alma consagrada por el dolor, María *consumada por tu Dios y por las almas* —y sea esto lo que únicamente se escriba en tu epitafio, ¡oh pequeña mártir!, esto y nada más con que te recuerden los hombres— será absorbida al Lugar de la eterna Paz y desde allí irradiarás tu luz sobre los hombres, y luz de amor, luz de verdad serán las páginas que tú hayas obedientemente escrito para fijar sobre el papel mis Palabras, y como una luz te recordarán los hombres buenos. ¡Los hombres buenos...! Hasta en esto te asemejas a Mí, ya que pocos en mi tiempo amaron y acogieron mi Luz infinita. Los más, las tinieblas, no quisieron acogerme y... tinieblas continuaron siendo. ¡Para tu consuelo, para tu consuelo, para tu consuelo te bendigo con todo mi amor de predilección!».

Me quedo conmovida y feliz... Y así hasta que mi Azarías da comienzo a su explicación.

*Dice Azariás:*

«Ven a nuestra Santa Misa de las voces, a "tu" Santa Misa de los que sufren pasión. Habla y ruega con Cristo y como Cristo. Dirígete al Padre con las palabras del Hijo que el Espíritu Santo me concede explicarte.

"¡Sé, oh Dios, mi Juez!".

Unicamente los rectos de corazón pueden hablar así en lo íntimo de su conciencia. Porque si es cosa fácil halagar a los hombres poniendo a Dios por testigo —y nosotros, los ángeles, no comprendemos cómo puedan hacerlo sin temblar de pavor, o mejor, lo comprendemos tan sólo calibrando cuánto ha hecho Satanás decaer al hombre, criatura de Dios, hasta hacerle tan satánico que le dé fuerzas para atreverse, sin temor, a invocar a Dios sobre sus propios actos malvados— si es fácil engañar a los hombres con esta invocación que resulta sacrílega en ciertas bocas, no es fácil, o mejor, no es posible hacerlo cuando el coloquio es tan íntimo que no tiene más testigo que el ángel de la guarda.

¡Oh!, el hombre culpable e impenitente no osa invocar a Dios cuando el trato con sus semejantes no le proporciona consuelo. Hasta el más avezado al delito, al engaño y al sacrilegio, hasta uno que, si el Santísimo Señor Jesús volviese a la Tierra, sería capaz de clavarle nuevamente al madero, porque Satanás le mostraría a Cristo como un hombre cualquiera y haríale ver como una bagatela el matar a un hombre, ni aún éste es capaz de decir sin pudor alguno cuando se ve a solas consigo mismo frente a su propia conciencia:

"¡Sé, oh Dios, mi Juez!".

Los culpables, desde Adán y Eva, no saben sino huir o tratar de huir de la presencia de Dios. Hasta aquél que niega su existencia, si por una imprevista reflexión recibe una ráfaga de luz que le indica *la posibilidad de que Dios exista,* no hace sino huir... para olvidar esta Existencia. Esto es lo que hace el asesino, el ladrón, el corruptor y, en fin, todos los culpables; y, tanto más lo hacen, cuanto mayor es su culpa y ésta se reitera. E, incluso, llegan a cometer nuevas culpas para aturdirse a sí mismos con la pseudocerteza de que Dios no existe al dejarles hacer. El poder matar, atormentar, robar y usurpar constituye para ellos una prueba de que son "los superhombres", los "dioses", no habiendo quien esté por cima de ellos. En esta razón de *pretender proclamar* que ellos son "dioses", que Dios no existe y que no hay otra Vida, Juicio ni Castigo, que cada uno es libre de hacer lo que le convenga, a cualquier coste y con cualquier medio, radica la explicación de los reiterados y cada vez más graves pecados de los *grandes* pecadores.

Mas solos y frente al Solo, no aciertan a estar, y huyen. Culpables, no son capaces de erguirse ante el Juez y gritar: "¡Sé, oh Dios, mi Juez!". Por cuanto lo negaron y se burlaron, sienten hacia El el instintivo miedo que siente la fiera frente al hombre cuando éste marcha valiente hacia ella con audacia y defensa prontas; este mismo miedo instintivo y rabioso de las fieras hacia el domador del que temen el castigo y advierten su poder, es el que sienten los culpables. Tratan de destruir la idea de Dios con un zarpazo traidor, pero con rodeo, ya que no saben ni pueden atacarla de frente. ¡Es por demás alta y poderosa dicha Idea...! Los pulveriza y aplasta como pigmeos sobre los que cae un bloque de mármol o como gusanos bajo el pie de un gigante. Y huyen.

Mas los rectos, sí, los rectos pueden gritar: "¡Sé, oh Dios, mi Juez!". La rectitud tiene muchas facetas. No es sólo rectitud material en lo que tiene por nombre: dinero, pesas y medidas en relación con los frutos, cosechas y bienes ajenos; no es sólo rectitud moral en las cosas morales que tienen por nombre: buen nombre, sinceridad y amistad en relación con la mujer y posición ajenas; sino que es también rectitud espiritual, o sea, verdad en aparecer lo que realmente uno es en su espíritu y no un átomo más.

En tu caso, en vuestro caso, instrumentos extraordinarios, *propia y principalmente es esto.*

Carecen asimismo de rectitud espiritual todos aquellos que, sólo en apariencia, son cristianos católicos, pero que, de poder retrotraer el tiempo en 20 siglos, serían unos perfectos ejemplares de fariseos, o sea, respetuosos únicamente en apariencia con Dios, con su Ley y con la de la Santa Iglesia Apostólica Católico-Romana, pero que, en realidad, una vez abandonado el proscenio y dentro ya de sus casas, de sus comercios, oficios y ocupaciones, son propiamente auténticos anticristianos, conculcadores de todos los artículos y preceptos del Cristianismo, comenzando por el del amor a Dios, a los allegados, a los dependientes y al prójimo. Y como deshonestos serán juzgados y retribuidos conforme a sus actos engañosos por el Juez que es compasivo con las culpas involuntarias, pero *inexorable,* por el contrario, *con las premeditadas hipocresías impenitentes.*

Mas vosotros, "voces" e instrumentos extraordinarios, sed honestos en ejercitar la rectitud de *nada añadir por vuestra cuenta al tesoro, de no dilapidarlo y de reconocer siempre que el mismo no es obra vuestra sino de Dios.*

Debéis estar de rodillas, siempre con los brazos extendidos para recibir y sostener el peso de lo que se os da y que habéis de tener elevado en un continuo ofertorio al Altísimo del que proviene. Recordad que: *lo que recibís ha de ser ofrecido a Aquél que os lo da,* lo mismo que en la Antigua Ley se ofrecían los sacrificios tomando de lo que Dios había dado: corderos, panales, aceite y manojos de espigas, cosas todas que si existían era por-

que El habíalas creado. Así también en la Nueva Ley se ofrecen sacrificios. Pero ¿con qué? Con el Cuerpo y la Sangre de Aquél que el Padre os dio: el Cordero santísimo que quita los pecados del mundo y que debe ser ofrecido con los honores que a cosa tan sagrada corresponde, es decir: con manos limpias, pulcras vestiduras, mantel primoroso y preciosa patena.

Y ¿cuáles han de ser los vuestros? Vuestra vida sin tacha y vuestro espíritu que, día a día, debe hacerse más precioso en virtud y *vuestro corazón* inmolado con el Inmolado.

¡Oh benditos! ¡No lloréis en vuestros sufrimientos! ¡No llores, María amada del Señor, en los tuyos! Esto es lo que ha de hacer que seas amada por El: tus sufrimientos.

Oye: ¿qué es lo que ha tenido valor a los ojos de Dios? ¿Tu nacimiento? ¿Tu cultura? ¿La posición social? Nada de eso. Pues qué, ¿no eras acaso hasta ayer únicamente María de José y de Iside, educada cual correspondía a una hija de familia acomodada? Eras un alma corriente como las hay a millares entre los católicos observantes. Tan sólo había un ornamento sobre tu altar. ¿Sabes cuál? Tu amor por Jesús en su Pasión. Lo demás era, ni más ni menos, lo de la gran masa de católicos: lo puramente necesario para no ser unos grandes pecadores.

Después el dolor te condujo hasta el *amor del dolor* y comprendiste, en virtud de tu amor relativo y del infinito amor de Dios por ti, qué es el dolor de Dios y cómo se le consuela... Y te hiciste hostia y Dios te aceptó por tal.

¡El sufrimiento! *El constituye tu gloria.*

Alma mía querida, ¿creías acaso que solamente la carne hubiera de estar destinada a aniquilarse? ¿O a lo sumo llegabas a pensar en la posibilidad del sufrimiento moral? No, María. Cuando un incendio se apodera de una casa, ésta arde desde el sótano al tejado, ¿no te parece? El Fuego del Cielo bajó hasta ti, no para castigarte sino para absorberte en el mismo. Y, al apoderarse de ti totalmente, todo en ti se transformó en dolor. El es tu Crisma. Ya lo ves: hasta el gozo beatífico de oír hablar a Nuestro Señor Santísimo constituye para ti dolor.

Los hombres superficiales dirán tal vez: "Una que se encuentra letificada por la unión con Dios no puede experimentar dolor". Y bien, ¿el Verbo Divino y Encarnado, mientras fue Jesús de Nazaret, no tuvo de continuo dolor? Pues, con todo, si exceptuamos la hora del supremo rigor y de la total inmolación, El estuvo unido al Padre y al Espíritu.

Y a la Llena de Gracia, a la Sin Mancha, ¿no le acompañó el dolor en su vida de huérfana, de esposa, de madre y de Reina de los Apóstoles? Y, sin embargo, Ella no merecía el dolor al estar sin culpa y tan unida a Dios hasta el punto de tenerlo por Esposo, por Hijo e, incluso, por Padre.

¡No llores, alma mía querida! Alégrate de que todo en ti lleve el crisma del dolor porque ello te identifica con Jesús Santísimo y María Santísima. Confía con el Señor. Tú le puedes llamar y decir: "¡Sé, oh Dios, mi Juez!".

¡Qué dulce debe ser para vosotras, criaturas de la Tierra, poder decir a Dios: "¡Sé mi Juez!". De verdad es confiadamente filial esta petición, este refugiaros en vuestro Dios al que no teméis porque vuestra recta conciencia os da seguridad de no haberle ofendido y este poneros bajo su poderosa protección que se hace cargo de vuestra defensa "contra la gente profana" y os libra "del hombre inicuo y engañador" porque Dios es vuestra fortaleza. ¡Cuánta humildad, cuánto amor, cuánta seguridad y paz se encierran en esta súplica que viene a ser un testimonio de que vosotros sabéis ser una "nada" que se siente amada y justificada por el Todo!

Pero bien, no viertas lágrimas, pues El, tu Dios Santísimo, irradiará su Luz y su Verdad, no sólo sobre ti, ya que esto lo hace en tal medida que te habla como a discípula predilecta, sino también sobre la verdad de tu misión. Se lo has oído, al rayar el día, en su luminosa promesa: "Como una luz te recordarán los hombres buenos". Si te han de recordar como una luz, es señal de que estás en la Luz. Y los no buenos no creerán. Lo cual servirá para asemejarte más al Verbo, al que las tinieblas no le quisieron reconocer.

Mas, ¿de qué te preocupas? Recuerda aquellas palabras de Jesús: "Con su no creer ellos amontonan las piedras con las que serán lapidados". Tú marcha por tu camino y vete derecha al monte de Dios, a los eternos tabernáculos de que habla el salmo en el Introito.

Oremos: "Te suplicamos, ¡oh Dios Omnipotente!, que mires por tu familia a fin de que sea gobernada en el cuerpo y custodiada en el alma por tu gracia". Y esto por los méritos de tu Verbo bendito, encarnado y muerto por los hombres.

¡Tu familia! Todos los fieles son familia de Dios. Mas en toda familia hay quienes son predilectos y se hallan más cerca del cabeza de familia. En la de los fieles, las predilectas sois vosotras, almas víctimas, y las llamadas a una condición extraordinaria. Dios no defraudará tu plegaria y, como Padre, te guardará porque, como dice Pablo, tú eres de la porción escogida que Jesús rescató con su Sacrificio.

Leamos a Pablo meditándolo. ¿Cómo el Santísimo Señor Jesús, que vino como pontífice de los bienes futuros, entró de una vez para siempre en el Santuario?

Los antiguos israelitas, en su gran mayoría —lo que es doblemente culpable precisamente en la mayoría culta—, no comprendieron cómo Cristo era Pontífice eterno y en qué consistía su Reino y su Pontificado. Y le odiaron por su infundado temor, producto de una fe desnaturalizada y envilecida en la materialidad, de verse desposeídos de sus prerrogativas de poder.

Mas Cristo no abrigaba miras humanas, no extendía sus manos a la Tierra ni a la Corona sino que las extendía para recoger a los hijos de su Padre, envilecidos, empobrecidos, degenerados, enfermos, heridos, dispersos; y para sanarlos, instruirlos, guiarlos y consagrarlos de nuevo en su dignidad de hijos del Padre. Por eso, para conseguir esto, no echó mano de medios y lugares comunes "sino atravesando un tabernáculo mayor y más perfecto no hecho por mano del Hombre", esto es: usando de su Divinísima Naturaleza y Poder eterno y perfecto para redimir la Culpa, no redimible de otra suerte. Se redujo a Sí mismo a la condición de Hombre, constriñendo al Santo de los Santos, que era El, en la tienda mortal de la Carne a fin de inmolarse a Sí mismo en lugar de los chivos y terneros y, mediante su Sangre derramada para la redención de los hombres, poder entrar, de una vez para siempre, a la cabeza de los redimidos, en el Santuario eterno.

He aquí de qué y cómo fuísteis redimidos por Aquél de quien en estos días narra la Iglesia la epopeya supersanta que terminó con el último clamor sobre el Gólgota. He aquí con qué preparó tu conciencia a la pureza que es necesaria para recibir sus Palabras y tu espíritu para las obras de vida que El juzga buenas para los hombres. Sin su Sangre, sin su Inmolación llevada a cabo por el Espíritu Santo, esto es, por el Amor, ni en la Tierra ni en el Cielo hubieras podido servir a Dios vivo.

Por lo que le costaste, *no temas de su amor.* Por la potencia de éste su amor que Le impulsó a morir para hacerte digna de escucharle y de comprenderle, no dudes de su misericordia. El, Pontífice eterno, puede muy bien introducir en el Santuario a los que El elige.

Es ésta la nueva alianza *y no el querer de los hombres* ni el dinero, las conjuras, las alianzas entre castas sociales que se odian pero que se ayudan para dañar a los que se encuentran solos y, prevaricando, usurpan el puesto a los designados por Dios; *mas Dios mismo es el que elige a sus instrumentos y éstos, llamados, reciben por la promesa de Cristo y por su inmolación, la herencia eterna.*

¡Vamos!, no llores, alma-hostia. O mejor, llora con Cristo que, junto con la naturaleza humana, tomó también la —desconocida en el Cielo— debilidad y amargura del llanto.

Le has visto derramar lágrimas y sangre y fue el dolor el que colocó sobre su Faz bendita la primera máscara sanguinolenta. La corona de espinas y la granizada de la flagelación no hicieron sino mantener aquella máscara sobre el Rostro que los hombres no merecían ver ya más en la perfección de su belleza pacífica. Unifórmate, unifórmate con tu Maestro, Maestro de doctrina y Maestro de inmolación.

También El derramó, abatido contra la piedra del Getsemaní, prensado por *todo* el dolor del Mundo y por todo el rigor del Cielo, su último llanto de criatura humana. Su carne exhaló entonces su voz con un gemido ante el inminente espasmo: "¡Señor, si es posible, pase de Mí este cáliz!".

*Para aquellos que no llegan a creer que Jesús era verdaderamente Hombre* y del Hombre tenía el apego a la vida y la repugnancia a la muerte, *este grito es una respuesta que dice: "El era verdadera Carne".*

Pero no se haga Mi voluntad sino la Tuya. *Para aquellos que no aciertan a creer que Jesús era verdadero Dios* y que poseía las perfecciones de Dios, *este grito es la respuesta que dice: "El era verdadero Dios".*

*Para todos aquellos que no se arriesgan a creer que tú puedas ser la "portavoz", tu vivir, tu padecer y tu morir tras haber bebido todas las amarguras diciendo: "Hágase Tu Voluntad", constituye la respuesta que proclama que tú eres la "portavoz" que Dios tomó, por un inescrutable misterio que sólo en el Cielo se conocerá, para hacerte instrumento en una obra de gran misericordia.*

Llora con El, con tu Maestro en el dolor: "¡Líbrame de las gentes desatinadas!" y declara: "Sólo Tú me puedes exaltar y salvar por encima de los adversarios y de los inicuos que no te conocen y que me odian a causa de tu Nombre que brilla en todas mis acciones".

Llora con El tu prolongado abandono: "Mucho es lo que me han atormentado desde mi juventud". Sí, llegaste a El a través de innumerables luchas y tormentos y has sido mártir a causa de tu fidelidad a su llamada. Mas, "no te han podido vencer" porque, sobre toda otra voz, seguías a la de tu Jesús.

Ahora que estás a sus pies y eres el instrumento, es obvio que los enemigos de la Verdad levantan sobre tus espaldas un edificio de calumnias para aplastarte debajo de él. Mas si los "otros Cristos" tienen en común la Pasión y la Crucifixión, tienen también asimismo en común la Resurrección. Y si los hombres, creyendo sepultarla para siempre, encierran en los sepulcros la Voz de Dios[1], las fuerzas de la naturaleza, obedeciendo a Dios, sacuden las inútiles cerraduras; y las piedras, las mismas piedras proclaman a Dios Triunfador en Sí mismo y en sus siervos, abriéndose y dejando salir perfumes y luz de sus cerradas entrañas en las que no se descompone el justo sino que reposa para resurgir más fuerte y más bello.

Entre tanto, a la espera de esta hora, a quienes te quieren acusar y amedrentar con dudas, *tú, fuerte, con la sinceridad de tus obras, respóndeles como lo hizo tu Maestro: "¿Quién de vosotros me puede convencer de pecado?"*.

Y a quienes te quisieran exaltar a través de la soberbia o hundirte a través del desaliento, respóndeles: *"Yo no busco mi gloria pues hay quien cuida de mí: mi Padre. La gloria que yo hubiera de darme o la que me hayáis de dar vosotros es nada. Mas la que Dios me ha de dar con su paz eterna,* en pago del honor que le he tributado, *ésa es la que vale"*.

Queda en paz. Tendrás la Vida por su Palabra, por su Sacramento de Amor, por su Sacrificio y por el tuyo de "víctima".

"Bendigamos al Señor".

"Demos gracias a Dios".

"Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo"».

Mis penas provienen todas ellas de la comprobación diaria de cómo las Palabras que Dios me ha dictado *van pasando por las manos de todos, propagándolas, alterándolas y empleándolas sin aprobación alguna... ¡Cuánto, cuánto dolor me produce esta desobediencia a las terminantes órdenes de Jesús...!* Sólo Dios puede calibrar la anchura y profundidad del tormento que *estas desobediencias ajenas* me producen.

Pero... es tiempo de Pasión...

---

[1] De entre tantas dolorosas, aunque providenciales peripecias a las que estuvieron sujetos los escritos valtortianos, merece ser recordado aquí el depósito ordenado en 1949 de los *mecanografiados*, preparados por el Padre Migliorini, el cual entonces, cumpliendo el mandato recibido, cargó en brazos con varias pilas incompletas de ellos y, al depositarlos en el archivo, dijo: «Aquí quedarán como en un sepulcro». Así fue, en efecto, si bien, pasados algunos meses, él bajaba al sepulcro mientras los *Autógrafos* eran sacados a la luz.

---

***14/4/46***
***Domingo de Ramos***

*Dice Azarías:*

«No forma parte de la Santa Misa, aunque sí de la Liturgia, la lectura que precede a la bendición de las Palmas.

Un día, al comienzo de tu instrucción por parte de nuestro Santísimo Señor Jesús, te dijo El: "En las páginas del Libro, en la Historia de mi Pueblo, se encuentran prefigurados, bajo figuras y hechos, los acontecimientos del futuro.

La gente, de ordinario, a las 70 palmeras del oasis de Elím las pone como figura de las palmas de hoy. Mas mi Señor hace que te instruya acerca de la verdadera figura de la Lectura de hoy.

Los israelitas, pasados los tiempos santos de los patriarcas, que podrían parangonarse con tierras fértiles, ricas de todo bien, llegaron a corromperse transformándose en "de-

sierto estéril" en el que sólo escasos oasis y aún más escasas fuentes daban a entender que no todo había muerto y, a modo de llamada de piedad celeste, atraían a los extraviados, si bien de buena voluntad, en torno a los solitarios espíritus de los Justos de Israel. Los Patriarcas, los Jueces y Profetas, los grandes Reyes de Israel, los Macabeos, Judit, Esther, Joel, Tobías, Nehemías, los santos, he aquí las palmeras y las fuentes que brotaron solitarias en medio de la aridez desolada de la conciencia de Israel que, ingrato, se alejaba de su Benefactor olvidando sus beneficios.

Así es como encontró su Tierra Aquél que dio a su Pueblo aquella Tierra ya prometida, cuya espléndida belleza superaba todas las esperanzas de los Patriarcas. Y así la encontró Cristo cuando bajó a cumplir la segunda parte de las grandes promesas hechas a Abraham, esto es: después de haberle dado a él y a sus descendientes la tierra vista en visión y una posteridad más numerosa que las estrellas, la de darle el Mesías nacido del seno de una hija de Abraham para redimir al mundo.

Y Cristo, al pueblo que languidecía en la aridez del desierto, dióle el oasis con doce fuentes y setenta palmeras para que en él encontrase refrigerio, alimento y pudiese acampar en el oasis suministrado por el Salvador.

Don verdadero de Jesús Santísimo fueron los doce apóstoles dejados para perpetuar su magisterio y proporcionar a las almas el agua viva de las palabras divinas y el Alimento contenido en los Sacramentos. Y don verdadero de Jesús Santísimo fueron también los setenta y dos discípulos, coadjutores de los apóstoles, que constituyeron con ellos el núcleo inicial de la Iglesia Apostólica, el Oasis en torno al cual fueron haciéndose cada vez más numerosas las muchedumbres de fieles, el oasis que se ha dilatado fertilizando el suelo y venciendo al desierto hasta conseguir elevar sus gloriosas palmeras por todos los puntos de la Tierra. El oasis que reconforta, el oasis que salva.

Advierte esta verdad en la 1.ª parte de la lectura de este punto del Exodo y nunca imites al pueblo que, entre las fuentes y palmeras de Elím, murmuró contra esta dádiva de nuestro Señor Jesús.

La segunda figura es el Pan del Cielo: El Maná que el hombre no podía siquiera imaginar ni exigir; el maná que el hombre no podía procurarse a sí mismo sino que es el Señor quien lo da liberalmente a sus hijos para que no mueran de hambre; el maná dulce y blanco que se da en su justa medida a *todos* aquellos que quieren nutrirse de él todos los días. Tan sólo el enfrentamiento a los mandatos de Dios y las infracciones de su Ley hacen que este santo Alimento, dador de Vida, se transforme en corrupción; mas no por sí, pues es incorrupto, incorruptor e incorruptible, como Aquél a quien ni la muerte corrompió y que es El mismo, con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, tal como era en los días de su vida sobre la Tierra. Ahora bien, sobreviene la corrupción al recibirlo en pecado, ya que es maldito el que se alimenta con las disposiciones de Judas, enemigo de la obediencia y de la justicia.

Reflexionad sobre la palabra de Dios Santísimo: "Y así compruebe Yo si él camina o no según mi Ley". *En efecto, aquél que, alimentándose de la Sagrada Eucaristía,* alimento que no se concede a los propios ángeles sino que el Infinito Amor lo da a los hombres, *no se santifica antes sigue cual era o retrocede a peor,* da a entender que no camina según la Ley y que, puesto que ese Alimento no consigue mudarle, lo toma sin duda con el alma obstinada en culpa más o menos grave.

Eucaristía y buena voluntad – Eucaristía: amor de Dios, y buena voluntad: amor del hombre –, juntas ambas, no pueden producir sino santidad. La buena voluntad escombra el terreno de cuanto pudiera hacer improductiva a la Semilla Santísima que germina

con la Vida eterna. La buena voluntad coloca sobre el altar cuanto sirve para consumar el holocausto, es decir, cuanto el fuego eucarístico puede quemar, abrasando al hombre material para encender el espíritu, purificarlo, hacerlo grácil como la llama, con tendencias al Cielo, y subiendo a él con sus resplandores para juntarse al Fuego que le encendió: Fuego con fuego mediante unión de amor.

Mas cuando la buena voluntad falta y hace acto de presencia la desobediencia, esto es, el estado de pecado, ¿qué es lo que puede hacer la Eucaristía? Nada más de cuanto podía el Maná recogido de forma contraria a la ordenada por Dios. Queda inerte como acción propia y viene a resultar nociva, como efecto, en quien la recibe. Y no me refiero aquí a los verdaderos sacrílegos sino más bien a los tibios y soberbios que, por costumbre, se alimentan de ella como diciendo: "Los que cumplimos con esta costumbre somos quienes tributamos este honor a Dios".

"El sexto día deben disponer lo que llevaron, o sea, el doble de lo que solían recoger en cada uno de los días". ¡Qué gran consejo eucarístico!

El sexto día, esto es, la víspera del día del Señor —y cada uno de los días de Mesa Eucarística es día del Señor para el alma—, las almas deben preparar lo que habitualmente tienen: el fervor, el arrepentimiento y los propósitos, para marchar dignamente y con provecho a recibir el Pan del Cielo. Dichosos aquéllos que así lo hacen y dichosos igualmente aquéllos para quienes todos los días son víspera del día del Señor y cuya vida discurre en una constante preparación del encuentro admirable, santificante y vital. Llegados a la vigilia del gran día de su reposo: la muerte en gracia de Dios, sentirán en su agonía el consuelo de estas palabras pronunciadas por los sacerdotes de Dios y dictadas por su propio corazón y por el Angel de su Guarda: "En esta tarde (la muerte es la tarde), conoceréis vosotros que el Señor es Aquél que os sacó de la tierra de Egipto (es decir: de la vida terrena que es destierro y dolor). Y mañana muy temprano (esto es: superada la muerte) contemplaréis la gloria del Señor", o sea, el Cielo, vuestra morada de santos, para siempre.

Esto es lo que te debe sugerir la lectura de la Bendición de los Ramos. Y ahora meditemos la Santa Misa.

Eleva tus súplicas con tu verdadero y perfecto Maestro. Verdaderamente tú has sido fundida como metal licuado por el calor en el molde de El, de El en su Pasión, habiendo tomado su forma. Tu humanidad se ha desleído por el calor de la caridad, tu espíritu se ha reblandecido para poder ser remodelado y, por momentos, se va imprimiendo en ti la marca de tu amado Jesús en su Pasión. Sus deseos son los tuyos, tuyos son también sus dolores, sus abandonos, sus amargas experiencias de lo que son los hombres y sus desolaciones al verse tan incomprendido, rechazado y despreciado. Y, por último, tuyos son asimismo sus gemidos y sus plegarias al Padre.

Semana Santa, semana dolorosa, si bien hay que señalar que las perlas más bellas se te han dado siempre en esta semana que es la más perfecta de entre sus muchas semanas de Hombre —ni semana alguna de entre las 1.737 que le vieron en el mundo [1] puede equipararse a esta su última de Hombre sujeto al dolor—, debiéndosela tú agradecer como la prueba más hermosa de su amor. No te preguntes:"¿Qué nueva tortura me ha de traer ésta? ¿Qué cáliz tendré que beber del Jueves al Viernes? ¿Qué agonía? ¿Qué muerte? ¿Qué desconsuelo? ¿Qué traición?".

No te lo preguntes sino abandónate a tu Padre. Una hora es la que se te ha de ahorrar: la del abandono de Dios. La viviste ya cuando fue necesario para socorrer a las almas en trance de desesperación y así devolverles el Cielo y llevarlas al Cielo, pues *no se vive dos veces aquella tortura.*

Por eso el Padre Eterno y Santo ya no rechazará a su pequeña "voz" y así puedes gritarle, segura de ser escuchada: "¡Señor, no alejes de mí tu auxilio, acude en mi defensa, líbrame de la boca del león y de los cuernos del búfalo a mí que soy tan débil!"

Una plegaria te ha escuchado ya en estos días; mas insiste en ella puesto que aún hay mucho que hacer en aquella alma[2]. Y mucho más aún hay que hacer contigo que realmente ves abierta sobre ti la boca horrenda que querría devorarte como portavoz y ves apuntarte amenazadores los cuernos del búfalo diabólico que querría derribarte para terminar con la obra de Dios. Y tampoco te ves defendida por quien, como prójimo, como fiel y como instrumento, tiene el deber de hacerlo.

Hasta en esto conoces la lección de tu Maestro: la fuga de los apóstoles y de los amigos al encresparse la tempestad contra el Inocente, el pensamiento egoísta del hombre en todos los casos semejantes a éste: "Una por una, que me salve yo" y, de este modo, abandonar sin heroísmo e injustamente al inerme en manos de sus acusadores.

Mas Dios, por más que parezca ausente, está presente. Y así Dios juzga y calibra. Dios defiende y, lo repito una vez más, jamás la injusticia humana podrá incidir sobre la Justicia divina.

"¡Dios mío, vuélvete a mí! ¿Por qué me has abandonado?" . Sí, éste es el grito del alma en sus horas de tinieblas. Mas esto no lo condena Dios, no es ofensivo para El ni expresa desesperación. De otra suerte no lo habría gritado el Verbo Santísimo en el Getsemaní y en la Cruz. En su lamento, que a los superficiales pudiera parecerles un reproche contra Dios, hay fe. Fe en su ayuda, en su presencia y en su justicia, por más que las fuerzas del mal, triunfantes por breve tiempo, parezcan negarlo todo e induzcan al alma con ello a hacerle temblar ante el Juez Perfecto cual si fuera culpable. Son las fuerzas del mal que lanzan su anatema sobre los inocentes acusándoles de delitos a fin de abatirlos hasta en el espíritu y "alejarlos de la salvación".

¡Oh alma mía!, víctima expiatoria y redentora de los pecados de los hombres, víctima que se ofrece para continuar la obra redentora de Jesús, por más que te vieses cargada de pecados y de acusaciones de pecados, como lo estuvo Cristo en aquellas horas tremendas, piensa que todo *ese peso es externo y exterior el ropaje.* No hay culpa en el espíritu ni lepra sobre él, como tampoco el vestido se encuentra manchado, cosas todas ellas que harían que se te lanzara del convite de Dios. Ahora bien, sobre ese espíritu aparecen tan sólo las gloriosas heridas del alma víctima, y tales heridas son ornamento que no desdoro. El apóstol angélico ya especificó quiénes son los que están delante del trono de Dios y del Cordero: "Son los que vienen de la *gran tribulación* y lavaron y blanquearon sus vestidos en la sangre del Cordero".

Esos vestidos blanqueados con el Dolor de los dolores, con la Víctima de las víctimas y con la gran tribulación de los fieles verdaderos, de las "víctimas" y de los martirizados por ser corredentores, se hallan adornados con las perlas de vuestros padecimientos e incluso, con la de las acusaciones injustas.

No temas alma mía, ni te lamentes si te humillan y crucifican. Lo dice la Oración: por humillarse revistiéndose de carne mortal y someterse a la muerte de cruz, el Verbo Santísimo se hizo Salvador. Tú, pequeña voz, hostia voluntaria, únete e incluso, supera la súplica de la Oración y trata, no sólo de merecer la acogida de las enseñanzas y frutos del sacrificio vital y mortal de Cristo, sino también de ser como El y con El humillada y crucificada para salvar gran número de almas.

*Salvar es más importante que ser salvado,* pues presupone la afirmación de que el pequeño salvador es ya un salvado, ya que sólo donde vive Dios con la plenitud de sus gra-

cias se da la virtud heroica; y es virtud heroica el amor a la cruz, al dolor y al holocausto por amor de aquel amor grande que tiene "aquél que da su vida por los hermanos". Y porque salvar quiere decir ser "otro Cristo". Por la Paciencia llegarás a la Gloria y a la resurrección en el Cielo, en Dios, para siempre, tras la muerte que es la vida sobre la Tierra.

Vamos a leer a Pablo: "Tened en vosotros los mismos sentimientos de Jesucristo". He aquí el modelo. No dice Pablo: de éste o aquél santo sino que os dice: *de Jesucristo.*

Dijo Cristo: "Sed perfectos como mi Padre que está en los Cielos".

Es obvio, aún por humana y recta reflexión, que, por más que Cristo no hubiese sido sino un gran Profeta, se habría esforzado como ninguno poniendo en práctica lo que enseñaba para alcanzar la perfección de su Padre. Y, en verdad, Jesús es el espejo de la Perfección celeste del Dios triniforme. No hubo en El, durante los treinta y tres años de vida, ni una sola imperfección, tanto es así que la Verdad, viviente en forma mortal, pudo decir: "¿Quién de vosotros me puede convencer de pecado?"; y, próximo a morir, en esa hora en la que ningún hombre miente sino sólo el que es siervo de la Mentira, repitió ante el Pontífice: "Yo he hablado delante de todos y nada he dicho en secreto. ¿A qué me interrogas? Interroga sobre lo que he dicho a los que me han oído".

¡Oh, dichosos aquéllos que, sin ruborizarse, pueden repetir a sus acusadores estas mismas palabras, seguros de no haber hecho nada reprobable! ¡Dichosos! ¡Dichosísimos! *Muertos, pero no desmentidos por los hechos, suben ellos a Dios ya coronados.* Y si con el tiempo mudan los hombres su juicio sobre los condenados un día por ellos, no son ya ellos los que desde la tenebrosa Tierra alzan la corona para colocarla sobre la cabeza del bienaventurado sino que es la corona la que desciende y con su resplandor, que no es de la Tierra, habla y hace temblar a aquéllos que alzaron su mano y abrieron su boca contra aquél a quien Dios amaba y amaba a Dios y le servía con perfecto servicio.

"Tened en vosotros los sentimientos de Cristo Jesús, el cual, existiendo en la forma de Dios, no consideró por rapiña ésta su igualdad".

Jesús, por el hecho de haber nacido de María, no era menos Dios que lo fuese como Verbo en el Cielo. La Carne no anuló en Cristo a la Divinidad. Verdadero Dios y verdadero Hombre, tuvo en Sí, no una sino dos perfecciones: la de la Naturaleza Divina, oculta, pero no disminuida por la Carne, y la de la Naturaleza humana, superpuesta y superperfeccionada por aquélla que era la de Adán, porque al don de una naturaleza humana perfecta, don de Dios gratuitamente otorgado a Adán, unió la voluntad capaz de superperfeccionar la Naturaleza humana. El Primogénito de entre los muertos quiso redimir al hombre decaído, no sólo con la Sangre sino también llevando la Humanidad, un día perfecta y después decaída, a una superfección tal que el Infierno y los blasfemadores de la Verdad quedasen vencidos y confusos.

Inclinad vuestra frente, hombres que pretendéis explicar lo inexplicable con la pobre ciencia creada por vosotros, hueca y despojada de luces y directrices sobrenaturales. Anonadaos, vosotros, que no sabéis sino descubrir el Error, sobre todo el Nocivo. Estáis vencidos. Jesucristo-Hombre, con el fulgor de su Humanidad, desbarata vuestros axiomas, anula vuestros cálculos y os hace ver lo que sois: dioses desatinados y soberbios que ponéis medidas a Dios, si es que lo admitís, conforme a vuestra pequeñez y, si no lo admitís, deliráis con imposibles autocreaciones de la materia y con envilecedoras e inverosímiles descendencias.

Jesucristo es Hombre y no un filósofo ni un insensato fundador de religiones sacrílegas que pueda crear un superhombre superior al Hombre no nacido por obra de querer carnal sino por Querer Divino.

Y este Hombre Perfecto en el que estaba la Plenitud de la Divinidad y de la Humanidad, no retuvo para Sí el que, en virtud de la primera, pudiese abusar de su omnipotencia a favor de la segunda, "sino que se aniquiló a Sí mismo tomando forma de siervo y, asemejándose a los hombres, apareció como un simple hombre y se humilló a Sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz".

He aquí, caras voces y queridas víctimas, a donde debéis llegar para que con mayor fuerza brille Dios en vosotras. El honor comporta gravámenes. El ser instrumentos extraordinarios no debe haceros orgullosas ni despertar en vosotras pretensiones de beneficios materiales, inmunidad en el dolor y carencia de ofensas, calumnias, acusaciones injustas, desprecios, abandonos, todo aquello, en fin, que padeció Jesús, el Hombre-Dios. Así pues, recapacitando debidamente antes de resarcir con toda clase de sacrificios los dones extraordinarios que Dios os concede y la aceptación de vuestro sacrificio —puesto que no cabe honor más grande que el de ser juzgadas dignas de ser "hostias"—, debéis perfeccionaros en la humildad y en la obediencia, en la obediencia heroica hasta la muerte y muerte de cruz.

Mas escuchad lo que en último término dice Pablo: "Por esto, en cambio, Dios ciertamente lo exaltó y le dio un Nombre que está sobre todo otro nombre y tal que al nombre de Jesús ha de doblarse toda rodilla en el Cielo, en la Tierra y en el Infierno, debiendo toda lengua confesar que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre".

Guardando las debidas proporciones, ¡oh!, no temáis, queridas almas víctimas y voces, pues Dios os dará un nombre que está por encima del que os dieron los hombres, un nombre que ya está escrito en el Cielo. Y día vendrá en que, por un espacio de tiempo al menos, las rodillas de los hombres que no merecieron estar a la derecha del Señor y Juez, habrán de doblarse ante los triunfadores y vuestro nombre les será dado a conocer; con lo que más de uno de aquellos que, con juicio errado, os juzgaron, empalidecerá ante la verdad. Se postrarán, no para tributaros espontáneo honor, sino abatidos por los fulgores que de Cristo Juez se proyectarán sobre sus santos, formando un deslumbrante mar de luz, todo él escrito con palabras de Verdad, con nombres de verdad. Y la Verdad separará para siempre a los ciegos voluntarios de los regocijados videntes y la Luz se estabilizará en la gloria con sus elegidos mientras que las Tinieblas engullirán a las tinieblas y allá, en el Abismo, será el alarido de angustia y el reconocimiento desesperado de quienes no supieron conocer a Dios, reconocerle en sus siervos ni en las obras de éstos: reverbero del Nombre de Jesús escrito sobre la frente de los santos, de los que ninguno será desconocido. ¡El Nombre de Cristo grabado ciento cuarenta y cuatro mil veces sobre la frente de los santos! ¡Y dardos de luz lanzados para fulminar a los ciento cuarenta y cuatro mil veces culpables que negaron a Dios en sus criaturas predilectas a las que torturaron con sus negaciones.

Merece, alma querida, sufrir la Cruz para aquella hora. Pon tu diestra en la mano del Cordero que sube a su Calvario y déjate conducir a su beneplácito a fin de que después seas conducida con honor a donde los marcados con el Nombre de Jesús aguardan la hora de la revista triunfal.

¡Cuán bueno es el Señor con los rectos de corazón! ¡Qué bueno! Pero vela y vigila para que tus pasos no salgan del camino y no murmure tu corazón contra la justicia viendo el triunfo momentáneo de los pecadores.

También Cristo lo vio y lloró gritando: "Yo me dirijo a Ti clamando y no me escuchas. Pues bien, soy yo ahora gusano que no hombre, oprobio de los hombres y desecho de la plebe.

Todos cuantos me ven se mofan de mí, murmuran entre dientes y mueven la cabeza diciendo: ¡Pues esperó en el Señor, que le libre y le salve ya que tánto le quiere! Y, tras haberse burlado de mí, me despojan y se reparten mis pertenencias echando suertes sobre mi Verdad cual si fuese objeto de una apuesta...!".

¡Oh pudor santo de Cristo, no sólo por el velo de la Carne que quedó sin él sino más bien por la Verdad menoscabada despreciada y alterada para presentarla como ridícula y sacrílega cual si fuese obra de un loco o de un demonio!

Esto constituye vuestra tortura, instrumentos extraordinarios crucificados. ¡Esta es vuestra tortura! Miraís si hay quien tenga respeto y compasión y no dáis con hombre alguno que os consuele. Demandáis caridad y os corresponden con hiel. Suplicáis el refrigerio de una palabra fraterna, de una comprensión santa y os suministran vinagre para agudizar el dolor de vuestras heridas.

Póstrate y ruega con tu Custodio: "¡Padre, si no es posible que se aleje de mí este cáliz sin que yo lo beba, que se haga tu Voluntad!" *Esta es la gran palabra que muchos, que son severos con sus hermanos, no la saben decir por su parte.* Mas díla tú a fin de inclinar al Señor a que dé cumplimiento a tus justos deseos.

¡Bendigamos al Señor!

"Demos gracias a Dios".

"Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo"».

---

[1] Según este cómputo, Jesús habría peregrinado sobre la Tierra por espacio de 33 años (1.716 semanas) más 21 semanas (en total: 1.737 semanas).

[2] La publicación del *Epistolario* de María Valtorta podrá aclarar ésta y parecidas alusiones.

## *21/4*
## *Pascua de Resurrección*

*Dice Azarías:*

«Mi Señor me ordena que te transmita estas palabras: "Las palabras del Introito que figuran en la liturgia, cual si Yo se las dijese a mi Padre, te las dirijo a ti para tu consuelo. Cree en mi Palabra. Yo he resucitado y *estoy a la sazón contigo*".

Tener al Señor consigo es certeza de ayuda, de paz y de no haber desmerecido. Consérvate en esta unión y no temas.

Hace ya más de dos meses que en nuestras Santas Misas te vengo diciendo: "No temas". Y un ángel no pronuncia vanas lisonjas sino que dice lo que es verdad. Así pues, en el Nombre de Dios, yo, tu custodio, te aseguro que no tienes por qué temer, pues Jesús Santísimo está contigo, su Mano traspasada la tiene sobre ti para defenderte y El, El: la Sabiduría Encarnada, te instruye y te habla con una sabiduría maravillosa que supera todas las sabidurías.

Para conservar estos dones, nada tienes tú que hacer sino conservarte de suerte que puedas siempre decir con verdad ante Aquél a quien no se le puede engañar: "Tú me es-

crutas, Señor, y me conoces. Que esté sentado o de pie, Tú ya lo sabes. Tú sabes, ¡oh Dios omnividente!, si yo me siento, es decir, si me dejo invadir por la desidia espiritual o si me levanto tal vez para dar batalla continua a las fuerzas del Mal que querrían borrarte a Ti en mí y apagar la luz que de Ti me viene para convertirme en 'tinieblas'. Tú conoces la verdad de mis actos y de mis sufrimientos y en nombre y como recuerdo de todas las veces que tu Verbo encarnado fue mal juzgado por haber sido mal conocido, te ruego que me sostengas y me defiendas en los desconsuelos que me ocasionan los hombres obtusos que olvidan el 'No juzguéis' que enseñó el Verbo y juzgan hasta de lo que ignoran".

*Es el destino de aquéllos que son los "segregados"* según la expresión paulina: *el de no ser comprendidos.* De esto ya te ha hablado desde hace mucho tiempo mi Señor y, por reverencia, no repito sus lecciones. Mas tú las puedes leer para así comprender y compadecer la incapacidad de los hombres en entender a los segregados por Dios. *En el Cielo,* donde ya no habrá diferencias, pues toda la inteligencia, toda la sabiduría, toda la justicia y toda la caridad se darán en igual medida con idéntica posesión de Dios, *se entenderán tanto los que no se vieron comprendidos por seguir una vía extraordinaria, como aquéllos que llegaron al mismo Reino Santo de Dios recorriendo una vía ordinaria.*

Por ahora existe y persiste la incapacidad de entenderse, como existió para Cristo con sus contemporáneos y como existió igualmente entre los primeros apóstoles y discípulos por más que les uniera un mismo fin y tendieran a una misma meta. Los Hechos hablan al respecto. Con todo, se amaban; se amaban en un único Cristo cuya gloria promovían. Mas eran grandes espíritus en cuerpos humanos y, por tanto, sujetos aún a las reacciones y miserias del hombre, de este hombre que no muere jamás del todo y que, aún en los más santos, se desatan sobrevientos impensados. Y aquí está la clave de tantas explicaciones dadas a aquellas disensiones e incompatibilidades que, aun permaneciendo en la superficie del bloque magnífico, base de la Iglesia Apostólica, lo rayaron, dando pie a sus enemigos para criticarla y tratar de rebajarla.

Pero el hombre es siempre hombre. Y Dios, hasta en los mejores y bienamados, con el fin de espolearlos a una virtud cada vez más heroica, permite que persistan partículas de humanidad provocadoras de reacciones irreprensibles a sus Ojos, si bien aptas a procurarles de parte del mundo imperfectísimo, que se tiene por más perfecto que los siervos de Dios, críticas, censuras, burlas, ofensas y juicios malévolos. Estas partículas no impiden el designio de Dios y del alma de tender a la perfección y de arribar a ella, antes ayudan manteniendo al alma baja y podada de la rama ponzoñosa, la más ponzoñosa, salida del árbol maligno de Lucifer, de la soberbia.

La unión de los infinitos méritos de Jesús con la buena voluntad del hombre y con la humildad que vuestras propias debilidades e imperfecciones alimentan, hace que, por la Gracia, inspiradora de santos deseos, y por la Muerte y Resurrección gloriosa del Hijo Unigénito de Dios, podáis ver cumplidas las aspiraciones que Dios puso en vuestro corazón y, por las puertas de la eternidad, de nuevo abiertas por la Víctima inmolada y por el Triunfador eterno, consigáis arribar al Reino feliz que no conoce término.

Mas para ello es preciso, como dice Pablo, "hacer desaparecer el viejo fermento". El fermento de las pasiones se renueva con mayor prontitud que el que produce la levadura en la harina que el ama de casa deslíe teniéndola al calor. El alma voluntariosa lo aparta de continuo volviéndolo siempre a encontrar. El mundo, los acontecimientos, las desilusiones, las constataciones, los gozos, las penas, todo contribuye a poner en el alma un fermento de malicia, de impureza, de mentira y de rebelión. No, no, almas queridas, uno sólo es el fermento que debe hacer en vosotras: el santo, puro y verdadero de la Palabra

de Dios, del Amor de Dios. Porque la Palabra es Amor. La Palabra se inmoló igualmente para poder instruiros ahora. También para esto. Y así la Palabra se inmoló haciéndose Hombre a fin de poder hablar a los hombres y suministrarles la Palabra verdadera haciendo fermentar el verdadero conocimiento de la Ley que es Amor, en lugar de la levadura ácida, impura, astuta y malvada que a la sazón había, vieja y nociva, entre los hijos de Dios.

La Palabra se inmoló, haciéndose Víctima, para traer al Paráclito, Levadura de Amor, por el cual todas las partículas de la harina del Trigo-Jesús, sus innumerables palabras, se hinchasen fermentando en las inteligencias humanas en pureza, verdad, sabiduría, comprensión y santidad.

Mas si la levadura buena viene a mezclarse con la vieja y deteriorada, no mejora ésta sino que, por el contrario, se corrompe la buena y, por ello, de nada sirve haber recibido la Levadura santa que procede de Dios. Por lo que es preciso hacer desaparecer todas las partículas de la levadura mala y hacerse puros, nuevos como niños recién nacidos y hacerlo de continuo para impedir la obra de Satanás y de la carne, y hacerlo con vigilancia asidua, sin pusilanimidades y sin pereza ni presunciones. Hacer, hacer y hacer, puesto que, mientras el hombre está sobre la tierra, Satanás y el mundo no dejan de hacer; y recibir siempre de nuevo en el corazón limpio la Levadura santa y así podáis ser siempre pasta nueva, sin mohos ni corrupciones, modelada según la forma de Dios y digna de El.

Este día, como todo lo que existe, fue hecho por Dios, si bien éste es ciertamente un día perfecto, día que aventaja a cualquier otro día creativo porque en él resplandecen, en todo su poder, la Potencia y Misericordia divinas y eternas.

Sólo un Dios podía forzar a la Misericordia a hacerse víctima por los pecadores y sólo un Dios podía resucitar por sí mismo para acreditar ser verdadero Dios, como con la muerte había acreditado ser verdadero Hombre, expresando con ello que la Vida, es decir, Dios, es más poderoso que la muerte: Satanás; que el Autor del Todo no puede ser muerto por una parte y que Dios, Autor del Todo, no pudo ser muerto por el hombre ni quedar muerto. Porque, si bien es cierto que por amor al hombre gustó la ceniza amarga de la muerte, lo es asimismo que venció a la muerte, y para siempre, y que todas las fuerzas del Mal, así se llamen Satanás o pequeños satanases, jamás podrán dar muerte al Viviente.

María, pequeña María de Jesús, también tú, al igual que la gran María de Lázaro, "has visto", según reza la secuencia pascual, "el sepulcro de Cristo viviente y su gloria de resucitado, lo mismo que a los ángeles testigos, el sudario y los vestidos". Por este don, sean para ti dulces todas las penas que de todos te vengan y *hasta, incluso, de Dios*. Y que cuantos dones se te conceden te sirvan para conseguir el Cielo, no imitando a quienes del don que gratuitamente se les concede, hacen uso de él con soberbia, desobediencia e imprudencia, creyéndose ya seguros por ser beneficiarios sin pensar que *el don es prueba y que, como se da, se puede quitar, pudiendo igualmente –si el mismo, en vez de producir amor a la verdad, a la obediencia y a la justicia, hace fermentar la mentira, la soberbia y la desobediencia– ser privado de la inmediata posesión del premio eterno o si la ingratitud del beneficiado llega a ser grave, verse excluido para siempre de la posesión del premio que es Dios mismo.*

Los judíos, los príncipes de los sacerdotes, los escribas y fariseos contaron con tiempo sobrado para reconocer sus yerros y beneficiarse del Don infinito del Verbo hecho Hombre otorgado a Israel, hasta el momento en que la Justicia dijo: "¡Basta!". Después,

cuando, ni las señales de los elementos, ni el cumplimiento de las profecías; cuando, ni el nuevo sobresalto de la Creación al tornar la respiración al Cuerpo exánime lograron doblegar ante la Verdad las mentes soberbias de Israel; después fue Dios el que se levantó para hacer justicia.

Y justicia fue, paciente justicia, la clara separación entre machos cabríos y cabritos, o sea, entre los que *abiertamente* rechazaron el don y aquéllos que, como Gamaliel y otros que, después de expirar Cristo, fueron golpeándose el pecho y diciendo: "¡Hemos pecado! ¡El era lo que decía ser! ¡Que Dios tenga piedad de nosotros!". Si bien no eran todavía corderos, pero sí estaban ya predispuestos a serlo, fueron separados justamente con divina justicia de los indómitos e infernales cabrones que del don de Dios hicieron su ruina.

Y de entre aquéllos que, de cabritos supieron cambiarse a corderos, y a los que la Misericordia concedió el perdón por su arrepentimiento, ¡cuántos hay entre los santos que, con la Virgen Madre, con los apóstoles y mártires son enumerados en el Prefacio y recordados e invocados hoy para que ayuden a los que viven en la Tierra a llegar a ser los *"vivientes" del Cielo*, uniéndose a sus oraciones y ofrendas a fin de que sus días de creyentes discurran en la paz espiritual y no sean castigados con la condenación eterna, antes contados en la grey de los elegidos!

¡También éstos que eran cabritos llegaron a conquistar el Reino! Porque todo lo puede Dios sólo con que el hombre ponga de su parte la buena voluntad.

No temáis, por tanto, vosotras, voces carísimas, y no hagáis caso de las insinuaciones del mundo que, con harta frecuencia, se cree docto sólo porque tiene su cabeza atiborrada de teorías y se pregunta: "¿Cómo va a ser posible que una nada llegue a ser *algo* cuando nosotros no logramos serlo?".

Esta razón, formada toda ella con la soberbia del yo, es ya una respuesta a esta pregunta. Y responde así por sí misma: "Sí, es posible que así sea; en primer lugar *porque para Dios todo es lícito y posible, y, en segundo lugar,* porque, precisamente Dios, para confundir a los soberbios, escoge las nulidades haciendo de ellas lo que quiere.

La Llena de Gracia expresó ya esta verdad: "Abatió a los poderosos y exaltó a los humildes".

Y peca de soberbia aquél que querría poner límites a Dios o sugerirle lo que ha de hacer. No soberbia sino caridad es lo que debe haber en vosotros, jueces, lo mismo que en vosotros, juzgados. Porque quien pierde la caridad pierde a Dios. Nada de humanidad de pensamiento sino fe en el poder del Señor. Nada de soberbia sino abdicación del propio juicio en el Juicio perfecto. Caridad en aceptar, caridad en examinar y caridad en soportar. Caridad a fin de no acrecentar el peso que gravita sobre aquéllos que soportan el peso de un don extraordinario capaz de asustarles y atemorizarles con la posibilidad de conocer la muerte de su espíritu a resultas de aquel don. Caridad pensando que quien llama "raca" a su hermano, peca[1]*; y, ante la mirada humana, aparecen con frecuencia por necios y endemoniados aquéllos que únicamente son los "segregados" para el servicio de Dios. Y caridad, por último, pensando en que la condena que dáis a falta de justas pruebas, sería contraria a vosotros en el caso de que os fuese dada.*

Y a vosotras, voces crucificadas, os digo: ¡Caridad! *Caridad en perdonar a quien habla sin saber lo que dice; a quien juzga careciendo de derecho para ello y, por tanto, sin luz espiritual, lo mismo que a quien os aflige de mil modos. Caridad y silencio. Recluidos dentro de vuestro corazón*, como los Apóstoles en el Cenáculo, *aumentad vuestra fe. No reneguéis del don por miedo a los hombres, pues váis a tener al Paráclito, que ya se anun-*

cia, para ayudaros a convertir a los soberbios y a replicar a quienes os persiguen. El, Jesús, ya lo dijo antes de marchar a la muerte y os lo repite ahora que ha salido de ella. El lo hará porque Jesús, al ser Dios, no miente.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

[1] Cfr. Mateo 5, 21-26. *Raca* proviene del arameo y significa, según los entendidos: *cabeza hueca, sin seso.*

---

**28/4/46**
***Dominica in Albis***

*Dice Azarías:*

«Apliquemos la cándida frase del gran Apóstol Pedro al gozoso pensamiento de la inocente que hoy se regenera con el Santo Bautismo[1] y, cesando de ser una nacida de hombre que vive de la leche que se le suministra para nutrir su cuerpecito, pasa a otro alimento más perfecto: el del espíritu y succiona de los inexhaustos pechos de los méritos de Cristo su primera mamada que regenera en ella la Vida del alma mediante la Gracia infundida por el Sacramento.

¡Su primera mamada!, esto es lo que le basta en su inocencia para nutrirla y hacerla de Dios; y, posteriormente, con el uso de la razón que, precozmente, le impetraremos del Cielo para que, cuanto antes, pueda tener en sí y gustar de las tres virtudes teologales y alcance con maravillosa solicitud la edad perfecta en Cristo y apetezca cada vez más la leche espiritual creciendo con ella en robustez.

Ahora bien, "niños" no son tan sólo los recién nacidos de un seno de mujer sino que también lo son los nacidos poco ha a la vida de la Gracia; por lo que, en tu familia, alejada pero querida —querida por lo que te costó de plegarias y sacrificios—, más de uno es "niño espiritual" al que se le aplica el pezón divino para que crezca solícito en Cristo durante el tiempo que le resta de vida en el mundo.

Por eso el comienzo de la Santa Misa de la Dominica in Albis les puede ser dedicado a ellos a fin de que gusten de nuevo un sorbo de Sabiduría sobrenatural que es siempre un don de infinito valor, dador de una Vida que no conoce muerte.

*Apeteced, vosotros*[2]*, a quienes la bondad del Señor os acercó al caño del que fluye su Palabra —y si os acercó fue por su infinita Misericordia y por un fin providente y providencial, porque fuísteis Suyos*[3]*, y para que fuéseis voces exentas de toda prevención y de toda otra formación precedente que pudiera hablar y así fuesen corazones que mostraran lo que Dios es capaz de obrar en los corazones y pruebas indubitables de la veracidad de la "portavoz", proclamando de palabra y con los hechos que María es "voz" sincera y "voz" de gracia— apeteced*, vosotros que habéis gozado de este don, nutríos del pezón que derrama sobre los hambrientos que a él se pegan, los méritos santificantes de Cristo, los ríos corroborantes de la Gracia y las luces de la Sabiduría. Siempre más católicos para ser cada vez más justos.

Vosotros podéis y debéis proclamar, conocedores como sois de las tinieblas y de las voces de la luz[4], *que los frutos de estas dos voces opuestas son muy distintos y diferentes los estados de alma que tales voces crean. Vosotros podéis sentar la conclusión de que únicamente la voz luminosa, al proceder de la Luz, es la que os hizo hijos de la Luz y amigos de Jesús Santísimo que os demuestra su amor obrando sobre vosotros milagros de protección. Vosotros lo podéis decir. Satanás no sirve a Dios rescatando para El a quienes caminaban por la senda del error. Unicamente Dios y sus siervos sirven a Dios llevando a la Luz y al Camino que termina en el Cielo a las almas que caminaban entre tinieblas y fuera del sendero.*

*Dios, que si os quiso fue por María, ya que, al igual de muchos curados milagrosamente del Evangelio, podéis decir vosotros a los negadores, a los dubitantes o a los denigradores del milagro qué es vuestra pariente —una "nada" de la que Dios se sirve porque se complace en las miserias para asombrar y humillar a los soberbios— porque vosotros podéis decir: "Quien sea El, no lo sé. Tan sólo sé que era un desgraciado y El me ha curado en el alma y en el cuerpo".* Y, sobre todo, podéis decir la frase luminosa del ciego de nacimiento dirigida a aquellos que le echaron en cara el haber recobrado la vista por obra de un réprobo: "Que sea un pecador, no lo sé; esto sí que sé: que estaba ciego y ahora veo... Desde que el mundo es mundo jamás se ha oído que ninguno haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. Si éste que me ha curado no fuese Dios, no habría podido hacerlo"[5].

Sí, *de suerte idéntica podéis responder vosotros a quien insinúa dudas acerca de la portavoz: "Lo que ella sea, no lo sabemos. Unicamente sabemos que ella ha curado nuestro espíritu. Desde que el mundo es mundo jamás se ha oído decir que el demonio haya abierto los ojos a la Luz Divina de quien estaba en pecado. Si ésta que nos ha sanado no fuese instrumento de Dios, sus páginas no nos habrían podido convertir"*[6].

Y ahora, teniendo estrechados con mi abrazo de amor el alma que custodio, la pequeña cristiana, sus padres y todas las almas que anhelan crecer espiritualmente, paso a amaestraros en el espíritu de las palabras litúrgicas. Y estadme bien atentas, queridas voces, ya que, por vuestras misiones, tenéis gran necesidad de estar supernutridas de sabiduría.

¿Cómo recibir la leche espiritual para que sea beneficiosa al espíritu? El apóstol lo dice: "Como niños recién nacidos". O sea: *Sin malicia de ningún género. Sin malicia de compromiso entre lo Alto y lo Bajo, entre el espíritu y la carne, entre lo lícito y lo ilícito; y sin malicia de pensamiento, de actos, de apetitos y de esperanzas.*

*Debéis purificaros de toda clase de cálculos; desear éste como único alimento, no obstruyendo previamente al espíritu con otros alimentos pesados y nocivos, y si vuestro espíritu se encuentra obstruido por ellos, desembarazarlo, rechazando los alimentos estimulantes, pesados y ácidos, la sensualidad de todo tipo y las mil formas de egoísmo. Debéis desear este alimento por creerlo vital e interiormente operante. Por eso no habéis de acercaros a él,* que se distribuye principalmente en las casas de oración y con ocasión de funciones y predicaciones, administración de Sacramentos y demás, *sólo porque os vean y así decir: "Practicando de esta suerte tendremos una muerte feliz".*

¡Oh!, no es frecuentando los lugares de oración cómo el hombre se santifica *sino con toda la vida.* Vosotros llamáis impropiamente "practicar" a lo que tan sólo es "frecuentar". *Frecuenta quien marcha corrientemente a un lugar, y practica el que pone por obra lo que en aquél lugar se le enseñó o aprendió.* Mas ¡cuántos escribas y fariseos ven los ángeles desde el altar entre los que van una o más veces al día a los lugares de oración! ¡Cuántos!

*Es preciso poner en práctica las enseñanzas y hacer que éstas y los Sacramentos fructifiquen, no por ser alabados en la Tierra y ocupar un buen puesto en el Cielo sino por el superespiritual deseo de honrar de este modo al Señor y de no gozar imperfectamente del alimento que El suministra a vuestro espíritu. Es entonces cuando, verdaderamente, con la sinceridad, humildad y caridad de vuestras intenciones, la leche espiritual, que es sinceridad, puede obrar en vosotros haciéndoos crecer en robustez.*

Cualquiera meneará la cabeza diciendo: "El que es asiduo a las prácticas de piedad no puede pecar".

¡Oh, *las fornicaciones de la falsa piedad son más numerosas de lo que se cree! Muchas almas*, parecidas a muchos cónyuges libidinosos, *hacen una doble vida, cesando una de ellas en el dintel de la iglesia. Una vez fuera de ella, marchan a los amores adúlteros con la carne, el egoísmo y las concupiscencias. Después de alimentarse con el Bondadoso, son crueles con sus hermanos; tras purificarse con la Sangre caritativa derramada por todos, son anticaritativos mostrando sus egoísmos feroces; y, habiéndose instruido con la Palabra, ralizan actos contrarios a las enseñanzas de la misma.* Y ¿no cabe llamarles adúlteros a estos tales? ¿No se les puede llamar embusteros? Cuando menos: mariposas distraídas o bien ociosos y zumbadores moscones que pierden el tiempo en curiosidades infructuosas y en vagabundeos de sensualidad espiritual; *mientras que el verdadero amador de la leche espiritual permanece unido a este alimento no queriendo cosa que le distraiga de él, antes va en su busca y, cual abeja laboriosa, produce después dulces jugos con el mismo.*

Y vosotros, verdaderos niños del Señor Santísimo, "cantad con gozo a Dios, vuestro protector; alzad vuestro grito de júbilo al Dios de Jacob", al Dios vuestro que de Sí os nutre. ¡Aleluya! Y pedidle que "os conceda conservar con su Gracia en la vida y en las obras los frutos de las fiestas pascuales", puesto que, si no los conserváis, sería en vano haber succionado la leche espiritual que no vendría a hacerse jugo nutritivo antes elemento nocivo, lo mismo que todo don de Dios que no se sabe hacer fructificar. Rogad al Señor ya que en el mundo no hay hombre alguno que pueda sentirse tan fuerte en su espíritu como para decir: "Yo me basto a mí mismo". Si tal dijese, harto débil sería, puesto que la carcoma de la maldita soberbia anidaría en él para podrirle el meollo del alma, y la planta, roída en su raíz, por más que estuviese erguida mirando al Cielo, a punto de ser trasplantada arriba, caería al suelo pereciendo en el fango de la sensualidad. Hasta su último aliento tiene el hombre necesidad de Dios y de los Santos para perseverar en las vías de la Luz y de la Justicia.

Y ahora demos lectura a las palabras del Serafín apostólico, de nuestro Hermano Juan, hermano por su pureza sin mácula y su amor perfecto, compañero en el ministerio junto a la Cruz de Cristo, ángel de cuerpo y alma en la teoría de los espíritus que velaron al sublime Mártir y a la sublime Martirizada, compañero en la asistencia a la Reina de los Angeles y de los hombres, "voz" de los latidos del Corazón divino, poseedor de la Caridad y de la Caridad apostólica, el bendito Juan, luz entre las luces del Cielo.

"Todo lo que nace de Dios triunfa del mundo".

Sí. *La duración de lo que procede de Dios es una respuesta a los silogismos, a las dudas, a los excesivos "porqués" de quienes, hasta las cosas del espíritu quieren tratarlas como cosas materiales –y tanto a la Sabiduría como a la ciencia, la primera sobrenatural y la otra humana, las quieren desentrañar con el mismo sistema de razonamiento limitado, porque lo despojan de la luz que hace comprensible y aceptable la primera, esto es, la Sabiduría a la que únicamente la Fe hace comprensible–. Las obras humanas no sobreviven*

a los embates de los acontecimientos ni resisten a las erosiones del tiempo. Mas lo que de Dios viene no perece. Toda la Historia divina es una prueba de ello, tanto la anterior a la venida del Verbo como la posterior a tal acontecimiento hasta nuestros días y la que se desarrollará hasta que el fin del mundo ponga la palabra "fin" a la larga descripción histórica de las relaciones de Dios con la Humanidad.

Desde el primer capítulo de esta multimilenaria historia no desaparece ni queda anulada jamás la verdad de que: *el hombre tiene su origen en Dios, que Este le procura la Salvación y le destina al Cielo.* Y cuando el tiempo ya no exista y a esa larga Historia se le ponga la última palabra, los resucitados verán que, por ser cosa de Dios, la estirpe de los santos triunfó sobre el mundo y del mundo, del tiempo y de las insidias humanas y satánicas, gozando de perpetua vida en el Reino eterno creado en el principio para los hijos de Dios, conservado para esos hijos aun después de la culpa, restituido con el Holocausto de Cristo, abierto con su Muerte y donado a los justos para gozo del Padre al dar lo que creó para ellos.

Mas ¿cuál es la victoria triunfadora del mundo? "Es nuestra fe", asegura Juan. En efecto, sin fe en Dios, en su Premio y en la sabiduría de sus Mandamientos, ¿cómo ha de poder el hombre superar a los ángeles en el mérito de las luchas que tiene que sostener para merecer el Premio prometido? ¿No sucumbiría acaso como el soldado que se sabe aislado de sus compañeros, sin arma y sin esperanza y así se entrega a los enemigos vencido más que por ellos por la desesperación?

Mas el creyente sabe; sí, lo sabe. El creyente ve tras el baluarte hosco, cruel, insidioso que le circunda, le mantiene aislado, le hostiga y acomete por todas partes queriéndole persuadir de que todo acaba aquí abajo, que nada hay arriba, que no existe Dios, que no hay premio ni castigo y que lo prudente es gozar de la hora presente; el creyente ve, cual si ya estuviese en el más allá porque la fe le dota de vista sobrenatural, ve que hay Dios, que la Vida es duradera y que existe el premio. Y que así llega a éste por la fe que se lo hace esperar y amar, luchando y venciendo por él a Satanás, al mundo y a la carne.

Y si bien antes de la venida de Jesús Salvador, en los tiempos del rigor y de la ira en los que el hombre no contaba sino con palabras para fundamentar su fe podía resultar difícil creer, tras la venida del Salvador la fe gozó de toda clase de medios para crecer y triunfar. Fe en el perdón de Dios, en la posibilidad de salvación, en la verdad de la Ley y en el Reino de los Cielos. Jesús, con su Divina Palabra, con su Muerte Santísima y con su gloriosa Resurrección, dio testimonio *para todo, sobre todo y con todo.*

La fe, en los corazones no vendidos a las Tinieblas, se agiganta con estos testimonios y comprende que un Dios que se humilla revistiéndose de carne para salvar al hombre, no cabe duda que haya de perdonar y disponga de un premio y de un Reino que dar a los malvados. Se agiganta igualmente la fe con la certeza de una segunda vida inmortal ya que, de otro modo, si todo hubiese de acabar con la existencia, la Encarnación no hubiera sido necesaria. La fe en Cristo, verdadero Hijo de Dios verdadero, se agiganta finalmente con la prueba de su verdadera Humanidad suministrada por la posibilidad de derramar sangre y morir, y con la prueba asimismo de su Divinidad por el testimonio de la voz del Padre, de los milagros y de la Resurrección.

Por eso, quienes tuvieron un corazón deseoso de creer, fue para ellos más fácil la fe en Jesucristo, creyéndolo verdadero Hombre y verdadero Dios, prueba de amor, de perdón y de poder.

Y quien esto cree, vence al mundo puesto que su fe se apoya en una base inconmovible.

"Este es aquél Jesús que vino con el agua y con la Sangre", dice el Apóstol.

¿Qué agua? ¿Qué sangre? ¿Tan sólo el agua material del Bautismo mudó de naturaleza por sus méritos convirtiéndose de rito purificador en rito regenerador? No, no sólo con el agua material sino con el testimonio del Padre y del Espíritu venidos a presentarlo en su Naturaleza divina al comenzar su misión en el momento de su bautismo con agua, y venidos igualmente a iluminar su figura, a celebrar su humildad y a ordenar que se le venerase como a Aquél en quien el Eterno tenía sus complacencias. No sólo con el agua material sino con el agua salida de su pecho desgarrado para decir a los negadores de entonces, de ahora y de siempre que El tenía Carne verdadera y que había verdaderamente muerto tras haber derramado *toda* su Preciosísima Sangre por los hombres.

¡Oh!, cuando se bendice la Pila bautismal se vierten en ella las sustancias que prescribe la liturgia. Pero ¿no pensáis que en toda pila bautismal, si ha de hacerse válido el instrumento con el que se regenere a la Gracia, se infunda, por prodigio divino, en el agua natural una gotita maravillosa de aquella agua santísima salida del pecho desgarrado del Cordero crucificado? Esta es el agua que regenera al hombre anulando la culpa original. Aquélla que se extrajo del Cordero inmolado para la Redención de los hombres, herido aun después de la muerte y, a fin de que no quedase duda, despojado hasta del último resto vital, hasta del agua después de la Sangre, ya que la magnitud de la Culpa exigía *la totalidad del Sacrificio.*

El Espíritu dio testimonio de la verdad de Cristo. La Sangre dio testimonio de que Cristo es Hombre, y el agua dio testimonio de que la Redención quedó cumplida totalmente, lo mismo que sobre el Jordán y sobre el agua Dios dio testimonio de que la Manifestación habíase iniciado.

Tres son en el Cielo a dar testimonio de la Divinidad: el Padre que lo proclama su Hijo, el Verbo que se manifiesta y el Espíritu que lo circunda con sus fulgores.

Tres son en la Tierra a dar testimonio de su Humanidad: el espíritu entregado tras horrenda agonía, la Sangre derramada en la dolorosa Pasión y el agua, única supérstite en el Desangrado, goteada del costado ya sin palpitar en una supergenerosa totalidad de redención. ¡Redentor aún después de la Muerte!

Y como no cabe negar el testimonio prestado por los hombres, tampoco se puede negar el testimonio de Dios, antes, por ser primero y de más valor, se debe aceptar el de Dios, pues Dios siempre dio testimonio de su Hijo, desde su Encarnación por obra del Espíritu Santo hasta su Ascensión en Cuerpo y Alma tras el cumplimiento de su misión sobre la Tierra. Por eso, al que acepta estos testimonios, tanto de la Tierra como del Cielo, cree que Jesucristo es el Redentor, Salvador, Juez e Hijo de Dios y, por tanto, tiene en sí el testimonio de Dios. Mas todos aquellos que dicen creer en Dios y rechazan la fe en la Divinidad y Humanidad Santísima de Cristo, no tienen en si la Fe y, por ello, están separados de Dios, ofenden a Dios y están muertos para El.

Fue en vano para ellos que el Resucitado les precediese en el Reino de los Cielos. Para ellos resulta inútil el continuo manifestarse de Cristo en las obras de los Siervos de Dios y de la Iglesia por El fundada. Inútiles las palabras de augurio divino. No hay paz en quien no cree. Son inútiles igualmente las manifestaciones de Dios. Las rechazan como un delirio. Perdida la fe o, simplemente, resquebrajada tal vez por los racionalismos de una ciencia árida, no es ya posible admitir que Dios es Omnipotente y, por lo mismo, se niegan igualmente los milagros, sean cualesquiera su forma y naturaleza. ¡Oh, a cuántos podría dirigir Jesús Santísimo las palabras dichas a Tomás: "Ven aquí, compruébalo y no seas incrédulo sino fiel".

¡El mundo rebosa de Tomases! Pues bien, mi Señor me hace decir a aquéllos que, por soberbia –ésta es la mala planta que extingue la de–, no pueden admitir más de lo que ellos entienden, olvidando que Dios es infinito en todo y ellos en todo limitados. "Bienaventurados aquéllos que saben creer aun sin comprender el porqué de una cosa". Bienaventurados por su simplicidad, por su humildad y por su abandono.

Bienaventurados siempre, aun en el supuesto de que pudieran ser engañados, porque, en verdad, la trampa recaería sobre quienes la urdieron y no sobre el que cayó en ella. Por lo demás, volviendo a las primeras palabras de la Epístola, *lo que viene de Dios se testifica por su duración. Los fenómenos falsos caen presto, bien porque cesan o porque degeneran en actos y palabras de error. Por eso, si una cosa dura y persiste con digna seriedad y santa virtud, es que viene de Dios y es preferible aceptarla diciendo: ¡Gloria a Ti, Señor, por ésta tu manifestación!", que no decir: "¡Yo no puedo creer que Dios pueda hacer esto!".*

Son dos pecados los que cometéis contra la Caridad: *Para con el Señor Dios al que ofendéis poniéndole limitaciones; y contra sus instrumentos a los que culpáis injustamente. Si no entendéis, callad. En el Cielo lo entenderéis. Pero no juzguéis a fin de que no seáis juzgados. Dejad a Dios el cuidado de hacer brillar la Verdad y la Misericordia.*

María, alma mía, no hay que ofender al Señor acogiendo, ni por un instante, la duda de los hombres y de Satanás. Ruega por quienes no saben ver ni sentir a Dios, antes mantente firme en tu verdad. Rechaza al Enemigo que echa mano de la duda cuando no puede emplear otra tentación para alejar a las almas de Dios, con las palabras siempre victoriosas: "En el Nombre Santo de Dios y por los méritos santísimos de Jesucristo Señor Nuestro: ¡Atrás, Satanás!".

Te dejo, María. Marcho a estampar tu beso en la inocente que nace a la Gracia[7]. Que el Señor esté contigo y los ángeles, mis hermanos, te acompañen».

(La inocente de la que habla Azarías en esta Santa Misa es la hijita de Paula Belfanti: Marcela, bautizada hoy).

---

[1] Se refiere al Santo Bautismo administrado aquél mismo día a la recién nacida Marcela, hija de su prima Paula Belfanti, en Cavagnera.

[2] En este punto, sobre el original autógrafo, añade entre líneas María Valtorta: *(mis primos Belfanti)*; y en la copia mecanografiada anota unas líneas más abajo: *mis primos.*

[3] *Alude a mis parientes:* así lo anota de nuevo María Valtorta, esta vez únicamente sobre la copia mecanografiada.

[4] Al margen igualmente de la copia mecanografiada, como antes, anota: *A los parientes espiritistas*, que posteriormente abandonaron tales prácticas («tinieblas») para acercarse de corazón a Jesucristo («Luz»: Juan 8, 12).

[5] Juan 9.

[6] Alude a su primo (José Belfanti), el cual se convirtió de la incredulidad y del espiritismo leyendo estos escritos, habiendo hecho su Primera Comunión a la edad de 65 años.

[7] Véase la nota n.º 1.

***5/5/46***
***Domingo 2.° después de Pascua***

*Dice Azarías:*

«La Tierra está llena de la Misericordia del Señor, y si la acogieran en la medida que ella se derrama sobre todos los vivientes, no habría ya infelices, pecadores ni separados, sino que, unida toda la grey, formando un Unico Rebaño guiado y defendido por el Pastor que dio su Vida por sus ovejas y se ofrece en Vida a todos para darles Vida, la Humanidad marcharía compacta, fuerte en su propia compactibilidad y defendida por ella contra los odios, las divisiones políticas, los egoísmos y las ambiciones entre Estado y Estado, entre Pueblo y Pueblo, defendida contra este mal sobre el que sopla el Adversario para ocasionar males siempre nuevos y cada vez mayores a la Humanidad.

Ahora bien, la Misericordia permanece inerte, no por ella sino por demasiados que rehúsan acogerla. Como el Señor, del que es suave atributo, puede decir: "Yo estoy a la puerta de los corazones y llamo". Mas ¿cuántas veces el eterno y benéfico Amador no recibe por respuesta la de la Esposa del Cantar: "Me he despojado de la túnica y a qué me la voy a poner de nuevo? Me he lavado los pies y a qué me los voy a ensuciar otra vez?".

Sí, ésta es la respuesta que la pobre Humanidad da a su Poderoso Amador, al Unico que la ama y la podría salvar; y no considera cuán grande es su Amor y lo mucho que podría esperar de El, coligiéndolo del inmenso amor de un Dios que se humilla ofreciéndose y demandando que se le acoja.

Aquellos que dicen con soberbia: "Tanto hemos querido hacer lo que nos ha dado la gana que El ya no puede amarnos", e igualmente los que gimen contritos – si bien con una falsa contrición que no supera el punto muerto de la desolación humana que gime por los sufrimientos materiales y se duele de verse torturada por ellos, pero sin pasar al grado luminoso de la contrición, es decir, a aquél que dice: "He pecado y tu castigo es justo. Gracias por la posibilidad que me concedes de expiar con el dolor mi pecado en *esta vida*. Mas ¡apiádate por tu misericordia!" – se parecen a la desidiosa Sulamitis que aún no conoce debidamente a su Esposo en sus cualidades de infinita Belleza y poder, para poseer las cuales ningún sacrificio es demasiado oneroso, y no acuden a la invitación de quien les perdona antes de que le pidan perdón, yendo hacia ellos diciendo: "¡Acogedme!".

Con todo, se levanta cuando su desolación es tal que la Humanidad reconoce en sí el zarpazo de la Bestia infernal; mas lo hace cuando El, cansado ya de esperar, se marchó. Y no sabe imitar a la arrepentida esposa que repara su fría desidia yendo incansable en busca del Esposo desafiando tinieblas, guardias, lodazales y peligros, consintiendo en ser despojada de sus vestidos – que son bien pobres por más que parezcan regios, como son los de una Humanidad que fue reina pero que decayó al descarriarse del Rey que le hacía tal – a trueque de volver a encontrarlo. Pues bien, su Palabra colma los cielos creados por El y le testifican, lo mismo que toda la Creación da testimonio de su poder providencial y los acontecimientos confirman las profecías, no habiendo duda de que el Verbo del Padre es el Rey, el Salvador, el Redentor y, por tanto, el Unico Pastor también.

¿Cómo puede el hombre, o mejor, tántos hombres, persistir en una sordera que no la tienen los seres inferiores, los cuales obedecen las órdenes que recibieron en un principio y, si son astros y planetas, dan luz y calor y viven su vida haciendo bien, como no

lo sabéis hacer los habitantes de vuestro planeta; si animales, procreando y dando cada uno lo que debe; si plantas, fructificando o sirviendo con su madera; y si elementos, calentando, rociando, ventilando, transportando y nutriendo? ¿Por qué el hombre, tántos, demasiados hombres, no atienden a la invitación del que los quiere unidos en Una sola Iglesia fundada por Quien murió por los hombres? ¿Por qué las ramas se empeñan en seguir separadas y selváticas cuando, unidas al tronco, se nutrirían de jugos saludables? ¡Cuánto peor es el hombre que las plantas, pues éstas consienten en ser injertadas y trasplantadas para, de este modo, ser más útiles y fecundas!

Sí, el hombre es peor que las plantas, ya que, al obstinarse en su separación, se privan de tanto bien. Y, por más que no falten rectos de corazón entre los separados, viene a resultar que ellos mutilan y esterilizan su rectitud al querer permanecer separados, viene a resultar que ellos mutilan y esterilizan su rectitud al querer permanecer separados del tronco cuyas raíces arraigan en la tierra catacumbal y cuya cima toca al Cielo desde Roma, por lo que se llama Romana a la Unica Iglesia Católica y Apostólica, fundada, no por un pobre hombre, que pobre sería por más que se tratase de un rey poderoso asentado sobre un trono humano, ni por un excomulgado marcado ya con la contraseña del Infierno, sino por el Hombre Dios, Rey eterno y Santo, Santo, Santo.

Sí, el hombre, o mejor, muchos de los hombres que, ciertamente, conocen a Cristo por ser evangélicos o bien ortodoxos, orientales, griegos, cismáticos, maronitas, como asimismo luteranos, calvinistas y valdenses —por citar algunas de las ramas separadas más importantes— menosprecian hasta la prueba de amor que Cristo dio para su salvación: sus humillaciones, y prefieren seguir decaídos cuando podrían ser ennoblecidos; prefieren estar *"muertos"* cuando podrían estar "vivos"; y todo por su obstinada voluntad de continuar "separados".

¿Se les ha de condenar? En modo alguno. Son siempre vuestros hermanos, pobres hermanos alejados de la Casa del Padre, que comen un pan que no sacia, que viven dentro de una calígine que les impide ver la Verdad radiante, y que acuden a apagar su sed a fuentes que no proporcionan el Agua que viene del Cielo y al Cielo conduce. La tristeza de sus religiones se transparenta en sus propios ritos. Sus himnos parecen cantos de desterrados y de esclavos. En sus predicaciones se advierte el empeño de quien busca a un padre al que ya no encuentra y en sus ceremonias la necesidad de suplir el vacío de la verdad con las pompas de la coreografía.

Tratan de sentir a Dios y de hacerlo sentir y se expresan en el lenguaje de Cristo y de sus Santos de poder persuadirse de ser sus hermanos por El salvados. Pero la melancolía de la separación está sobre ellos y dentro de ellos. Son los falsos ricos, los falsamente nutridos, los pobres con seguridad de contar con alimentos y riquezas cuando se ven desnutridos y pobres, extremadamente pobres. Los tesoros de la Catolicidad y los infinitos de Cristo, Cabeza de la Catolicidad, se encuentran cerrados para ellos. Roguemos por ellos... Y vosotros, que podéis sufrir, sufrid por ellos.

¡Sufrir! Don otorgado por Dios a los hombres; coparticipación en la misión de Cristo; medio de ser salvadores además de salvados y nobleza en sabiduría y santidad que poseen los mejores de entre los hombres. Porque únicamente aquellos que comprenden y quieren la sabiduría y la santidad aman el sufrimiento. Mas si el hombre cristiano meditase el modo de revelarse Cristo y su comportamiento constante, amaría el sufrimiento.

Dice Lucas que los discípulos reconocieron al Señor en la fracción del pan. ¿Acaso porque Jesús tenía algún modo especial de partir el pan? No, pues todos los hombres lo parten igual que lo hizo El. Y lo mismo los cabezas de familia o presidentes de mesa...

Ahora bien, se manifestó lo que era en el ademán simbólico de indicarse a Sí mismo: Pan Divino partido y subdividido para hacerlo llegar a todos los hombres. El Peregrino topado en el camino por los dos de Emaús se reveló como Jesús mediante aquel ademán simbólico. Habíales hablado ya y explicado las Escrituras y, con ser discípulos suyos que le conocían desde hacía años, no le habían reconocido. Bien es verdad que la perfecta belleza del Resucitado podía hacer cambiar los rasgos del Rabí que ellos recordaban, con frecuencia sudoroso, polvoriento, cansado de las fatigas evangélicas, y con los que por última vez le vieron unos instantes en las horas del Viernes, alterado por los sufrimientos y las inmundicias lanzadas contra El, hinchado de golpes y desfigurado con la capa de polvo y de sangre que encostraba el Rostro; mas su palabra era aquélla, la misma. Jesús nunca cambió su acento, su tono y su método. Y, con todo, ellos no le reconocieron por el Salvador. Ahora bien, cuando tomó el pan intacto, lo bendijo, lo ofreció y después lo partió y se lo dio,*entonces le reconocieron.*

Jesús era el Pan del Cielo, el Pan Intacto que no conocía manipulación humana. Intacto, santo y suave, bajó del Cielo a la Tierra en una noche de invierno, habiéndose separado en misteriosa medida una primera vez de los Dos que con El formaban la santa Trinidad. El dolor de la separación, de la primera fracción, signó la entrada de la Luz en las Tinieblas y por espacio de treinta y tres años, a ritmo acelerado, la vida de Cristo no fue sino una sucesión de humillaciones parangonables a los del pan amigajado y esparcido en sucesivas fracciones, deshecho en fin para ser utilizado en todas las necesidades. Los tres últimos años ¿no fueron acaso un desmigarse para todas las hombres, todas las almas y todas las necesidades de éstas? ¿Quién más aniquilado que El e incomprendido de los amigos ignorantes, de los duros de mente y de los enemigos rencorosos? ¿Quién más fraccionado para, con sufrimiento e incansable operar, dar salud a los cuerpos y a las almas, y sabiduría, perdón y ejemplo a todos?

Y en la última Cena ¿no condensó en un rito todo el significado de Sí mismo, de su misión y de su holocausto? Los evangelistas están acordes al decir que, llegado un momento de la Cena pascual, en el viejo rito introdujo otro nuevo: tomó un pan, lo bendijo y lo partió dando un trocito de él a cada uno de los Doce, diciendo: "Esto es mi Cuerpo *entregado* por vosotros. *Haced esto en memoria de Mí".*

¡Os lo ruego, cristianos, desligad el pensamiento de vuestras pesadas limitaciones, clarificad vuestra mirada espiritual y *ved* y *comprended* más allá de lo que soléis!

"Esto es mi Cuerpo entregado por vosotros". Entregado, quería decir: "*partido*", ya que el amor de vuestro bien me impele a Mí, el Intangible, a partirme y a hacerme partir por los hombres...".

"Haced esto en memoria de Mí". El rito eucarístico queda establecido con estas palabras. Mas no es sólo esto.

En esas palabras se encierra también este consejo a los elegidos de entre sus redimidos: "Para ser dignos de la elección con que os he escogido, vosotros, mis verdaderos siervos de entre los siervos, haced en memoria de Mí, que con esto os enseño lo que y cómo se llega a ser Maestros y Redentores, *haced la fracción de vosotros mismos;* y esto sin repugnancias, sin orgullos, sin miedos ni humanas consideraciones. Troceaos, partíos, aniquilaos y *entregaos* a los hombres, por los hombres y por amor a Mí que, por su amor, me doy a quien me parte, igual que me di a quienes de Mí querían milagros e instrucción".

*No es buen discípulo el que no sabe partirse ni darse.* Y la generosidad e inmolación del que sabe partirse para saciar el hambre de sus hermanos es la señal por la que se reconoce a los verdaderos siervos de Dios.

"Y le reconocieron en la fracción del pan". *Y os reconocerán por vuestro partiros en aras de la caridad y de la justicia.* Os reconocerán por siervos verdaderos.

Amad, por tanto, caras voces e instrumentos de elección, lo que es humillante, dolorosa, onerosa y santa fracción por el bien de los hermanos y gloria de Dios. Entonces hablará por vosotros el buen Pastor y dirá: "Yo soy el buen Pastor y conozco a mis ovejas y ellas me conocen a Mí". ¿Mis ovejas? Helas aquí. Estas son. Estas que ponen sus pies en donde Yo los puse por más que su camino último sea el del Calvario. Y lo mismo que me conocen de verdad, hacen igualmente cuanto Yo hice, dispuestas a ser partidas con tal de salvar a sus hermanos".

El bendito apóstol Pedro confirma con su epístola mis palabras. Oídle: "Cristo padeció por nosotros, dejándoos su ejemplo, a fin de que sigáis sus pisadas".

Las ovejas del verdadero Redil no pertenecerían más a él si abandonasen a su Pastor yendo tras pisadas que no son las suyas en dirección a otros pastos que no son los del Dueño de la Grey. Y sus pisadas no son de gozo material sino de sufrimiento, provechoso para quien lo soporta y para los demás, puesto que padecer con Cristo y en Cristo equivale a continuar la Redención de Cristo.

Ninguno de vosotros, instrumentos elegidos de una manera especial, y asimismo vosotros, los que queréis ser fervorosos cristianos, debéis lamentaros de las pruebas, de las penas y de las tribulaciones, teniéndolas por injustas al creerlas inmerecidas.

"El", dice el Apóstol, "El, que nunca cometió pecado ni tuvo engaño en su boca; que, aun siendo maldecido, no maldijo, e injuriado, no alzó su mano y se entregó en manos de quien injustamente le juzgaba; El, El mismo, llevó nuestros pecados en su Cuerpo sobre la cruz".

¿Quién de entre los hombres puede decir esto, seguro de no mentir? ¿Quién puede decir: "Yo nunca he pecado, cometido fraude, maldecido ni abrigado rencor contra quien me ha odiado y, sin oponer resistencia alguna, me he puesto en manos de mis verdugos?". "No hay quien pueda decirlo. Pues entonces ¿a qué os quejáis si El no se quejó? ¿A qué os resistís cuando El no opuso resistencia?

¿No poseéis entonces la llave del secreto por el que se puede padecer con gozo y con ánimo esforzado de padecer? Pues bien, el secreto es éste: "A fin de que, muertos al pecado, pudiesen los hombres vivir en la justicia una vez sanados nuevamente de sus llagas por virtud de las llagas de Cristo".

He aquí el amor, una vez más el amor, siempre es el amor perfecto el que proporciona la llave del gozo en el sufrir. Aquéllos que comprendieron al Maestro y quisieron imitarle del todo, saben morir para que los hombres vivan en la justicia y vuelvan a curar de las heridas de sus pecados.

¡Por *todos* los hermanos, María! ¡Por *todos* los hermanos, vosotros, verdaderos cristianos! Sin fariseismos que invaliden el cristianismo: religión de amor, para así ganar al viejo Israel saturado de rigor.

Es preciso, por tanto, sufrir, no sólo por los hermanos católicos, mas también por los hermanos "separados", por las ovejas errantes, a fin de que puedan retornar al Pastor y Obispo establecido por Cristo: al Sucesor de Pedro, Cabeza de los corderos y cordero El asimismo del Cordero.

Y a los brazos del buen Pastor te confío, cordera consumida por la caridad de tu sufrimiento de hoy, ese sufrimiento tuyo que deposito en los celestiales turíbulos a fin de

que, junto con las oraciones todas de los santos, arda y perfume ante el trono de Dios y obtenga Misericordia para los "separados", a la vez de su retorno al Unico Redil.

¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo! ¡Aleluya!».

Y el Eterno, por la noche: «"¡María! ¡Te bendigo por cuanto haces en pro de las almas...!"».

---

***12/5/1946***
***Domingo 3.° después de Pascua***

*Dice Azarías:*

«Sería ciertamente justo que la Tierra toda cantase con voces de júbilo alabanzas al Señor. Mas si, con las facultades a ellos concedidas, lo hacen los seres menores de la Tierra, *ya que es cantar las alabanzas al Dios Creador, incluso, el simple cumplimiento del fin para el que fueron creados,* el rey de la Tierra, en cambio, el hombre-rey de las criaturas animales, dueño y disfrutador de los reinos: animal, vegetal, acuoso y mineral, no lo sabe hacer con el orden ni con el amor. El orden, por su naturaleza animal que, reservándole el primer puesto en la escala de los vivientes de la Tierra, le equipara a todas las especies creadas con materia. Y el amor, por su naturaleza espiritual de la que Dios le dotó para hacerle semejante a El, anillo éste de conjunción entre la materialidad de los brutos y la espiritualidad de los ángeles. Este ser al que Dios reservó una vida inmortal, no pudiendo perecer nada que sea partícula de Dios y para quien El creó un Reino de eterna bienaventuranza.

El hombre viola el orden, todo orden, violando por tanto, igualmente, el amor. Porque el desorden es odio que lleva a realizar obras dañinas para los hermanos valiéndose de los reinos sobre los que el hombre es rey para dañar, el que daña a sus hermanos valiéndose para dañar de la superior inteligencia de la que está dotado, el que, creyéndose un pequeño dios de un tiempo breve durante el cual no sabe tributar a Dios el obsequio y obediencia debidos, demuestra que contraviene al orden, siendo por ello un desordenado en el orden y demuestra asimismo que odia a sus semejantes y al mismo Dios, dañando a los primeros y ofendiendo a Este de mil modos.

La Liturgia recuerda este deber del hombre, ser viviente sobre la Tierra, de amar y alabar el Señor, primera de las formas de amor reverencial hacia el Digno de toda alabanza, acto de prudencia por el que, reclamando al entendimiento el pensamiento de Dios, se detiene a todo el ser de realizar obras que sólo los sin fe pueden ejecutar. Mas pocos, muy pocos son los que atienden el consejo e invitación litúrgica y así la Tierra está a falta de voces humanas que se unan al coro que entona la Creación a su Criador. Son escasas las voces más bellas del inmenso coro porque son pocos en número los hombres que se acuerdan de que si ellos existen es porque Dios les mantiene.

En tiempos del Salmista todavía se le reconocían a Dios las obras de la Creación; mas, al presente, aún éstas las niega el hombre. Y este ser que por sí no sabe crear ni un tenue, ni un insignificante y útil tallo de hierba, le niega a Dios su atributo de Creador y,

con frecuencia, coloca en el luminoso puesto de Dios a la torpe y oscura Materia; y, repitiendo la frase maldita del Rebelde: "Yo soy tanto como Tú", acierta a ser creador de muerte y de dolor, tomando al efecto de las cosas creadas por Dios y que "eran buenas", los elementos precisos para crear lo que "no es bueno", lo que es tormento y desamor.

Mas con todo, al igual que en los tiempos del Salmista, mientras con sus obras y su pensamiento van *contra* Dios, *contra* el orden, *contra* la paz y, en fin, contra todo, he aquí que van igualmente contra la sinceridad y, con hipocresía, cálculo y bellaquería, adulan a Dios con falsas celebraciones utilitarias dirigidas a engañar a los demás hombres con las que ofenden a Dios más que con la ausencia leal de culto.

¡Oh hipócritas que siempre decís: "¡Dios, Dios!" mientras que en vuestro corazón lo que decís es: "¡Yo, yo!", *vuestras* obras cubren la Tierra. Mas ¿de qué? ¡De ruinas, de dolor y de muerte! La sublime terribilidad de Dios, mediante su terrible Poder, procuró "cosas buenas" conforme al antiguo modo de entender lo grandioso y perfecto de un poder. Las dio con su infinito poder conforme a la justa expresión de un reconocimiento para con Dios. Y estas obras de un terrible poder hechas por Dios habían recubierto la Creación de cosas, de seres, de elementos, de ayudas, de leyes naturales y de Leyes sobrenaturales que proporcionaban construcción, contento y vida.

Y he aquí que el hombre, sin Dios, desprovisto de caridad para con Dios y para con sus hermanos, realiza *sus* obras verdaderamente terribles, en el sentido actual de la palabra, espantosas y crueles, que destruyen lo hecho por Dios, pisoteando todo derecho y todo deber, burlando las leyes naturales y sobrenaturales, anulando el amor y sembrando ruinas, dolor y muerte.

¿Puede el hombre frenar esta avalancha de los sin Dios? Lo puede personalmente no cooperando a ella, es decir, llevando una vida verdaderamente cristiana en orden, justicia y amor. Y Dios ayuda a estos voluntariosos proporcionándoles todos los medios con los que vivir en orden, en justicia y amor.

A estos tales les entrega la Gracia por los méritos de Cristo, les sostiene con los Sacramentos y les aumenta la Fe con las pruebas de la Verdad y del Amor de Dios. Y, desde el nacimiento hasta la muerte del hombre, no hace sino continuar con estas ayudas y otras más, todas sobrenaturales, de entre las cuales no es la menor el ministerio angélico para conseguir así que el hombre llegue a la muerte en gracia y en paz y alcance la gloria eterna.

Lo puede asimismo colectivamente uniéndose en buena fraternidad con los demás hermanos. Una sociedad cristiana contra otra anticristiana, una familia de hijos fieles al Padre contra otra familia de hijos degenerados que abandonaron al Padre de las Luces para elegir por su padre al padre de las Tinieblas.

Ahora bien, el hombre es tan débil que no le basta su voluntad para contrarrestar la fuerza del Mal que de mil formas discurre por el mundo corrompiéndolo y corrompiendo las almas definitiva o temporalmente con asaltos imprevistos. El hombre, por sí sólo, no puede resistir a Satanás, pues son Satanás igualmente tanto él como la carne y el mundo.

Así pues, oremos nosotros, los ángeles, con vosotros, los hombres buenos, pidiendo al Omnipotente que concedió a los errantes lo que sirve para tornar a los caminos de la justicia, que conceda a cuantos marchan por este mundo y que podrían verse atacados por cualquier insidia o debilidad de su voluntad, todo aquello que sirve para adquirir fuerza con la que rechazar cuanto es contrario a la vida cristiana y practicar lo que es conforme a ella, siempre con fortaleza y constancia hasta el final. En una palabra, que Dios

les conceda su ayuda. Con la ayuda del Señor el débil se hace fuerte, el tímido heroico y el sensual temperante; se alcanza la Justicia y con Ella se mantiene y vive porque, si bien uno llega a caer por un violento asalto o por somnolencia espiritual de un momento, he aquí que con la ayuda de Dios se levanta enseguida y marcha hacia su meta que es el Cielo.

Y ahora meditemos las enseñanzas de Pedro que puede hablar como maestro, tanto por su experiencia humana como por haber sido instruido por el Verbo e iluminado por el Espíritu Paráclito a fin de que fuese capaz de ser el perpetuo docente de la Iglesia apostólica.

Simón de Jonás de Cafarnaún, Cefas de Jesús Nuestro Señor, puede hablar a los hombres como hombre que *quiso y supo* llegar a ser Apóstol y un Apóstol sobre el cual bajó la Llama Pentecostal consagrándole para la enseñanza perfecta.

¿Has pensado alguna vez, alma mía, en el simbolismo de aquellas lenguas de fuego que tú llegaste a ver, que se posaron sobre la cabeza de cada uno de los miembros del Colegio Apostólico mientras que a la Toda Santa la nimbó con una corona? Yo te lo voy a hacer comprender. Generalmente se dice que si se manifestaron en forma de llama fue para hacerse sensibles a los apóstoles con el significado de amor y de luz. Sí, también esto; mas no esto sólo.

Podía y hubiera bastado con que el Paráclito hubiese venido en el "gran viento impetuoso" y penetrase en el Cenáculo —donde habíase ya realizado el rito Eucarístico: donación del Dios hecho Carne a sus fieles para que así El estuviese en ellos aun después de la separación y no se sintiesen desolados por la ausencia del Maestro amado— podía penetrar y estar bajo la forma de un globo de maravilloso esplendor para iluminar las mentes de los que debían hablar al mundo del Dios Verdadero y de su Cristo.

Mas el Paráclito no se limitó a esto sino que El, como el Verbo Encarnado, *se fraccionó y se entregó,* en una Comunión, con la efusión y donación de sus dones de Sabiduría, Inteligencia, Consejo, Ciencia, Fortaleza, Piedad y Temor de Dios, lo mismo que Jesús se dio en Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad. Y puesto que, no obstante el lavacro sanguíneo y santísimo de la Sangre del Cordero que purificó sus almas pero sin destruir su humanidad —la cual debía luchar por sí misma y evolucionar hacia una espiritualidad perfecta— ésta persistía, aún después de la Resurrección, gravosa y opaca; el Amor Inefable, Creador junto con el Padre y el Hijo —ya que es irrompible la Unión y el Querer de los Tres que se aman divinamente— quiso *crear* el nuevo hombre apostólico el que ya el Padre habíale creado oportunamente a la vida y el Hijo a la Gracia. El Paráclito, actuando sobre estas dos creaciones, las quiso completar y perfeccionar quemando en el hombre apostólico las escorias más torpes de la humanidad supérstite, las más venenosas, alojadas en la cabeza en la que se encuentran agrupados los cinco sentidos al servicio de la sensualidad material en la que se encierra el órgano que preside las sensaciones transmitiéndolas a los órganos más alejados y en la que está el agente del pensamiento.

La cabeza: la cumbre del hombre, único animal de posición erecta, como dando a entender con ella su realeza y que, por su erección, parece simbolizar que, así como el sol domina sobre las cimas más prolongadamente y sobre ellas descienden los dardos de la electricidad natural, así también él, cima de la creación, recoge sobre sí el Sol divino y recibe los sobrenaturales y maravillosos mandatos y consuelos de su Padre que está en los Cielos.

Mas en la cabeza, enrejada tal vez harto frecuentemente con los tres opresores de la triple sensualidad, no pueden penetrar el Sol divino ni los mensajes paternos, mientras que del corazón se expanden los vapores mefíticos de una humanidad putrefacta.

Ya lo dijo el Maestro Santísimo: "Es del corazón del que salen los malos pensamientos, los homicidios, hurtos, adulterios, fornicaciones, falsos testimonios, envidias y blasfemias", subiendo, como el humo de un brasero maloliente, a la cabeza en la que hacen germinar pensamientos turbadores que después son transmitidos a los órganos ejecutores.

Y si bien no se daban en los apóstoles homicidios, hurtos, adulterios, fornicaciones, falsos testimonios ni blasfemias, ¡qué cantidad, en pequeña escala, de miserias menores, pero siempre indignas de maestros espirituales, beneficiados, por otra parte, de modo admirable, con dones extraordinarios de Dios! ¡Cuántos caen en demérito por esto! ¡En cuántos los dones extraordinarios son para su ruina! Se dice con verdad que la selección de los espíritus se realiza, es cierto, mediante el pecado; mas puede igualmente decirse que no sólo por este medio tenebroso se separan los corderos de los machos cabríos, sino también por el medio luminoso de los dones extraordinarios. Multitud de veces se ofende a Dios con estos dones y así son pocos los que perseveran porque lo ponen en fuga mediante la soberbia, hipocresía y sensualidad espiritual de la criatura beneficiada con el don extraordinario.

Esto no debía acontecer en los Apóstoles. En el hijo de la Tinieblas, en Judas, miserable y deicida, el don del milagro fue el que inició la ruina del Apóstol. Mas en los doce, destinados a evangelizar al mundo, no debía ser para su ruina. Y así el Espíritu, en su Comunión pentecostal, abrasó y purificó la sede del sentido y del pensamiento: la cabeza de los hombres apostólicos, al tiempo que coronó amorosamente la frente de la Virgen y Esposa suya, estrechándose a Ella para besarla con el único beso digno de la Beatísima Madre Virgen, de la Toda Gracia, Hija, Esposa y Madre de la Gracia, María, Reina de los Apóstoles y de la Iglesia en la Tierra, y Reina de los Angeles en los Cielos. ¡Aleluya!

Y, una vez que te he explicado el simbolismo de la fracción del Fuego Paráclito en otras tantas lenguas y del ardor de las mismas sobre la cabeza de los Apóstoles, volvamos al apóstol Pedro, el cual, habiendo alcanzado a ser espiritual tras la Comunión del Espíritu, recordaba de cuando fue hombre y, con caridad, conocimiento y verdad, dictaba y dicta a los hombres, sus discípulos y hermanos, las reglas mediante las que llegar a la espiritualidad que hace santos.

Dice: "Os conjuro, como extranjeros y peregrinos que sois, a que os guardéis de los deseos carnales".

En efecto, el cristiano es un extranjero y peregrino entre las turbas paganas. El mundo, pagano en sus costumbres, y la misma humanidad latente incluso con mayor o menor violencia en el cristiano, hace efectivamente que su espíritu marche como un peregrino y extranjero por regiones extrañas, ignotas y erizadas de peligros.

Y por eso advierte Pedro: "Guardaos de los deseos carnales" como miembros de otra nación que sois, pues podrían prenderos y haceros sus esclavos.

Conducíos con cautela ya que desconocéis el cariz auténtico de las cosas que os rodean. Pueden tener buen aspecto y ser realmente abyectas; puede ser uno, al parecer, inocente cuando es malandrín. Estad sobre aviso. No concertéis fáciles compromisos. Caridad, pero sin dejaros penetrar de lo de otros y menos no siendo de vuestra estirpe escogida.

Caridad que ruega, compadece y amaestra más con el ejemplo que con las palabras, y mucha discreción. Pensad siempre que el espíritu es más delicado que una virgen y que, una vez desflorado, ya no tiene la bella frescura de la inocencia. El perdón desciende sobre el espíritu arrepentido y la penitencia vuelve a hacerlo acepto al Señor; mas queda el recuerdo, el recuerdo de la caída. Y el recuerdo es mortificante, pudiendo servirle a Satanás para agitar fantasmas en las horas crepusculares que a todo hombre le sobrevienen,

sobre todo a la hora de la muerte, tratando entonces de infundirle pavor y hacerle desconfiar de Dios.

¡Oh seguridad magnífica del espíritu virgen de culpas mortales y de culpas voluntarias! ¡Cómo debieras ser buscada y tutelada, seguridad preciosa, para que el hombre se sintiera feliz contigo!

Sed, pues, precavidos mientras dura vuestra condición de extranjeros y peregrinos, tanto por vosotros como por el honor de Dios. ¿No queréis trabajar para su gloria? Pues bien, procurad convertir a los paganos, esclavos de los sentidos y del mundo. Mas ¿cómo habríais de hacerlo si los sensuales y mundanos pudieran responder a vuestras palabras diciendo que sois como ellos? Cuidad, pues, de no provocar murmuraciones con vuestra conducta, antes, por medio de vuestras obras realmente santas, suscitar reflexiones buenas que preparen la venida del Señor en los paganos del mundo, los cuales, el día de su conversión debida a vosotros, os glorificarán como a sus salvadores a la vez que al Grande y tres veces Santo Dios y Salvador.

Pues qué, ¿acaso protege Dios a ciertas autoridades nefandas? ¡Oh, no lo penséis! Mas lo que acumula méritos a vuestro favor —vuestra obediencia a toda autoridad humana para que no se pueda decir que sois rebeldes, turbulentos y causa de escándalo para los demás—, acumula al mismo tiempo condenas contra el que, gozando de autoridad, hace uso de ella de modo funesto. Por tanto, sed sumisos. Pero ¿hasta dónde? Hasta donde alcanza el derecho humano. Mas cuando una autoridad humana tratase de penetrar en los dominios de Dios imponiéndoos leyes opuestas a la Ley divina, entonces sed *libres* y sabed morir sin traicionar a Dios ni a su Ley por miedo a un hombre o a más de un hombre.

Y esto no lo hagáis por cálculo para tener de vuestra parte a los hombres sino con espíritu sobrenatural que sabe practicar y distinguir el orden bueno del malo y hacer aquello que no lesiona su derecho a la Vida que las persecuciones no destruyen, antes conducen a ella a quienes permanecen fieles a la Santa Ley.

Respetad a todos. Dios deja en libertad el albedrío del hombre. El hombre no tiene derecho a violentar el albedrío de sus hermanos. Y son malditos eternamente aquéllos que, con violencia, esclavizan el pensamiento humano para contar con turbas de esclavos ligados a sus ideas heréticas y perniciosas.

Sed adversarios leales de vuestros enemigos ideológicos. Tratad de atraerlos a vuestra idea, que es santa, con vuestra santidad de vida antes que con la elocuencia de vuestra palabra. Mas nunca os rebajéis a sus propios sistemas de delación y violencia, de menosprecio y calumnia. Por más que sean pobres hermanos envueltos en ideas heréticas que les mantienen extraviados, son siempre vuestros hermanos. También por ellos vino, rogó, sufrió y murió el Salvador, y del mismo modo, a imitación de Cristo Señor Nuestro, debéis vosotros rogar y sufrir por su conversión.

No déis al rey ni a los jefes de Estado un honor superior del que tributáis a Dios. Llorad por haberlo así hecho vosotros. Habéis cambiado a un hombre, a un mísero hombre, por otro puesto por Dios[1], olvidando que son las obras de los hombres las que hablan de su pertenencia a Dios o a Satanás. Y esta vuestra necia idolatría la estáis purgando amargamente. Pensadlo. Por eso, honrad a los jefes; mas la adoración dádsela únicamente a Dios.

Y, sin rencores ni envidias, sin prevaricaciones ni traiciones, sed respetuosos con la excepcional dependencia que es la del ciudadano con sus jefes, la de los hijos con sus padres y la de los siervos con sus amos. Aprended a ver a Dios más allá de los hombres y,

al tiempo que obedecéis a los magistrados, padres o amos, los cuales pueden no ser dignos de amor, mirad más allá de ellos y decid: "Padre, *a Ti es a quien sirvo* y te sirvo cumpliendo tu mandato de ser sumisos y obedientes". ¡Oh!, entonces veréis qué fácil es obedecer si creéis firmemente que esta obediencia la ve y bendice Dios como la más grande de las obras meritorias del hombre, el cual –como dice el Santo en el que tan visiblemente aparece Cristo, tu San Francisco de Asís– dice que la perfecta alegría no está en la ciencia ni en otras más cosas, sino en hacer la Voluntad de Dios y en saber sufrir con paciencia penas y dolores por su amor.

Ya ves, alma mía, cómo las palabras del Apóstol tienen su eco en las del Seráfico que proclama como gracia, y *gracia excelsa*, la de saber soportar por Dios molestias, y sufrir injustamente, puesto que, cuando se sufre en castigo de culpas cometidas, es únicamente expiación, deuda que se salda y nada más. Pero cuando, sin haber cometido culpas, antes obrado bien, se os concede sufrir, es gracia insigne que brilla a los ojos de Dios y tesoro que se acumula para vuestro provecho en el Reino de los Cielos.

Y ahora te dejo, alma mía, bajo el manto de la Coronada Esposa del Espíritu Santo y Reina de los Apóstoles y, por ello, de las "Voces", de las grandes "Voces"; y por la misión que se perpetúa a través de los siglos de todas las "voces" que meritoriamente cumplen su misión para gloria de Dios y salvación de las almas. Por eso, ¡oh voz!, es también tu Reina.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

[1] *Alude a Mussolini:* como así lo hace notar de su puño y letra María Valtorta en una copia mecanografiada.

---

**_19/5/46_**
**_Domingo 4.° después de Pascua_**

*Dice Azarías:*

«Los hombres, que ya no quieren ni pueden leer ni entender las palabras que los acontecimientos van escribiendo sobre las páginas del Tiempo, no pronuncian ciertamente las palabras del Introito antes, alzando los puños en odio a Dios, blasfeman así: "¡Nada de maravillas ni de justicia! O Dios no existe o, si existe, es un Dios ídolo que es incapaz de oponerse a los hombres. Un Dios ídolo. Mucho más dios es el hombre porque éste hace lo que quiere sin que haya quien le castigue".

Así se expresan los hombres, esa parte de entre los hombres que es la más numerosa, pero en la que la realeza sobrenatural del hombre queda anulada habiendo en ellos un espíritu muerto sobre el que se asienta el Mal con sus diferentes formas de ateísmo, odio a Dios, a los hombres, ferocidad y corrupción.

Mas yo no me dirijo a ellos sino que te hablo a ti, pequeña voz, les hablo a todas las "voces" y después a aquéllos que aún son hombres hechos a imagen y semejanza de Dios: esto es, una mezcla de cuerpo y alma en cuya mezcla es rey el espíritu que recuerda

a Dios, que sirve a Dios, que obedece a Dios y que tendrá la posesión de Dios, la beatífica posesión que hace de los hombres otros tantos dioses, eternos y beatísimos.

A vosotros, pues, es a quienes os voy a hacer considerar la verdad de las palabras del Introito. Verdad a la que parece desmentir una observación superficial, pero que resulta luminosa tras la pantalla brumosa y opaca de las ruinas, estragos, miserias y otros castigos que azotan y seguirán azotando a la Humanidad.

Dios ha obrado maravillas. Si, como os ocurre cuando, con uno de vuestros aparatos aéreos, contempláis desde lo alto allá abajo los continentes que sobrevoláis, pudiendo observar arriba, muy arriba, es decir, desde las esferas en las que la espiritualidad reina y donde la Verdad y la Luz, que allí son reinas, compenetran a los habitantes de aquel mundo sobrenatural; si con una única mirada de inteligente observación pudiéseis ver todo cuanto ha sucedido en estos últimos años sobre vuestro planeta, veríais, cómo en un mosaico grandioso, ir recomponiéndose las fragmentarias maravillas obradas por Dios y aparecer una obra maestra vastísima y maravillosa testificadora de la justicia del Señor.

Porque, amados hijos que sois fieles al Señor, no hay ni uno sólo de entre vosotros que no pueda decir: "El Señor me ha protegido, ha provisto a mis *justas* necesidades y he visto su Mano en aquella hora de guerra o en esta otra de persecución". Muchos de vosotros lloran porque su familia ya no es lo que era antes de la guerra[1] ni tampoco su bienestar. Hijos del Señor, vosotros lloráis, es cierto, mas ¿acaso no sería mayor vuestro llanto si aquél por el que lloráis estuviese ahora entre los vivos? ¡Para cuántos no ha sido la muerte una misericordia!

Vosotros no lo sabéis. Misericordia en el tiempo y misericordia en la eternidad. De haber vivido ahora hubiera peligrado como antes no peligró y, viviendo ahora, se habría encontrado con la justicia de los hombres, la cual, en sus diversas formas, es siempre más cruel que la de Dios, hecha más de odio que de ecuanimidad y transmitiendo odio al culpable y hacia el culpable. Ved, en cambio, cuánta piedad no ha tenido Dios en ciertas muertes que han sido expiación, saldo del *gran delito* que aquél o aquéllos a quienes lloráis tenían para con Dios. Y aun en el caso de que ni un solo pensamiento de arrepentimiento hubiese aflorado de aquel espíritu perverso en la hora de la muerte,[2] —habría bastado *un solo* grito de invocación al Padre, al Salvador, para salvar a aquél espíritu de la muerte y volverlo a la Vida en la hora en que la pequeña vida cesaba—, siempre hubiera sido justicia misericordiosa *aquella* muerte porque os impidió avergonzaros y estremeceros de horror, ¡madres, esposas, hijos!, ante la nueva situación moral de aquél a quien ahora lloráis.

Y justicia han sido y son los acontecimientos generales. ¿Pretenderíais tal vez que el Divino Ofendido fuese y se mostrase inerte ante las continuas provocaciones del hombre que pisotea y destruye de mil modos el precepto capital? ¡Creéis que sea lícito burlarse de Dios y obrar cual si El no existiera? Mucho es lo que podéis; pero abusáis de este poder y, aquí tenéis la respuesta de Dios: su no intervención en vuestro favor, no con cada uno sino con las masas.

"No hay Criador", gritan. "Dios no existe", blasfeman. Y el Criador os manifiesta su existencia con inexplicables azotes meteóricos y animales.

No digáis: "Luego no es bueno". La bondad es virtud y la necedad defecto. Dios no puede ser defectuoso, imperfecto ni sufrir menoscabo en ninguno de sus poderes. Y al hombre que destruyó, violó y pisoteó los derechos de sus semejantes —y esta criminalidad ha sido de toda la Tierra— le corresponde con el suyo de destruir lo que creó. Al hombre, que no vuelve en sí con la guerra antes se hace cada vez más demonio, Dios le cas-

tiga con el hambre tratándoos cual brutos animales que no entienden sino de las necesidades brutales, tratando a la Humanidad por lo que es.

Ahora bien vosotros, para quienes hablo, diréis: "¿Y nosotros?" Por los pecados de un pueblo, es verdad, perecen también los justos del mismo. Mas, al tiempo que lloráis por los castigos actuales, levantad vuestros corazones, como enseña la Oración, poniéndolos "donde están los goces *verdaderos*", esto es, en las cosas espirituales, en la promesa de una vida futura y de un premio para quienes perseveran, en Dios vuestro Padre y vuestro Premio.

Para contrarrestar todo residuo de duda acerca de la providencial presencia de Dios hasta en los acontecimientos que, al parecer, no tienen su origen en Dios, esto es, un origen bueno porque hacen llorar, he aquí las palabras del apóstol Santiago: "Toda cosa óptima que se recibe, todo don perfecto viene de lo Alto".

*Es preciso saber ver.* Esto es lo esencial: Ver para creer. No ver para creer en la existencia de Dios, ya que por ella es bienaventurado el que, aun sin ver, sabe creer, habiéndole de proporcionar su acto continuo de fe una gloria grande en el Cielo. Ahora bien, ver más allá de la materialidad del hecho la justicia sobrenatural que en el mismo se encierra: cuando uno *sabe ver así,* he aquí que, por una metamorfosis que en el hecho material se opera, éste se cambia a hecho sobrenatural y benéfico, ennobleciéndose en moneda de poder adquisitivo de mérito inmortal.

Fijaos en la crisálida oculta en el capullo: un bicho feo que se achica de buen grado por la repugnancia que produce. Mas si la crisálida ha de esquivar su destrucción por parte del hombre, del hielo, de las aves, de las lluvias y sobrevivir, ha de permanecer pegada a su capullo allá donde el cuidado providente de quien la depositó la puso y, he aquí que entonces, en el momento fijado por leyes inmutables y sabias, se abre el capullo y el hombre contempla estupefacto cómo aquel gusano inerte y repugnante se convirtió en una grácil y bella mariposa.

Lo mismo hace Dios con sus fieles a favor de ellos. Toma los nefandos, crueles y repelentes hechos humanos, queridos por el egoísmo, el odio y la aridez de la mayor parte de los hombres, hechos que golpean como el granizo y hieren como flagelos a la parte mejor, a la vez que a aquella que merece torturarse mutuamente al perder la fraternidad humana, transformada como está en una ingente turba de fieras y de demonios, y —sólo con que los fieles de Dios sepan estar donde el providente cuidado de Dios los puso: en el radio de su Luz— los transforma en cosas óptimas y en dones perfectos. Por donde se ve que, de una común desventura, se deriva una selección y así los hijos de la Luz, porque *saben ver*, se hacen más luminosos y elegidos, al tiempo que los hijos de las tinieblas se hacen cada vez más tenebrosos y réprobos, ya que ni la constatación de tanto mal provocado por su malvado querer, les hace arrepentirse o recapacitar al menos para, de este modo, iniciar el camino del retorno a Dios.

Por eso, hijos buenos de mi Señor, *sabed ver: ver sobrenaturalmente.* Ver cómo de las torturas mundiales que sufrís, que son obra de los hombres, podéis obtener un aumento de méritos y de gloria. Ver, por tanto, más allá de la mano garruda del Mal y de los malvados que os apresa y atormenta, la Mano Santísima del Padre que os proporciona el medio de poseer un don excelso y eterno por vuestra paciencia, vuestra fe y vuestra aceptación de lo que no se puede rechazar, atribuyéndolo todo a Dios.

He aquí por qué puede sabiamente decirse que toda cosa óptima y todo don perfecto vienen de lo Alto, mientras que las cosas malas e imperfectas salen de allá Abajo, aflorando como esporas maléficas que las recogen aquellos que son siervos del Bajísimo, esparciéndolas como lluvia tormentosa sobre toda la Humanidad.

"Todo don perfecto procede de lo Alto y *desciende* del Padre de las luces".

Ved cuánta seguridad proporciona esta frase: "Desciende del Padre de las luces". Si es Padre de las luces, ¿cómo ha de poder ser jamás como el que bracea entre tinieblas y escoge al azar lo que en la oscuridad le viene a la mano desconociendo, por tanto, su naturaleza y efectos? No, no puede ser tal. Así pues, estad confiados, queridos hijos de este Padre de las luces, estad confiados. El sabe qué, cuándo y cómo daros los dones perfectos para haceros perfectos. No los rechacéis, no uséis mal de ellos y no los corrompáis. Aceptadlos con humildad, con tanta mayor humildad cuanto los dones sean más extraordinarios. Y esto lo digo por vosotras, queridas voces: con inmenso amor a la verdad, sin añadir ni quitar una letra de lo que Dios os confía, y sin ocultar parte alguna ni poner una tilde por falsa vergüenza o temor infundado.

Sed tal como Dios os hizo. ¿Que os creen? Benditos aquéllos que *saben ver* a Dios en el instrumento. ¿Que no os creen? Rogad por ellos. ¿Que os escarnecen y tratan de induciros a que os desdigáis de lo que sois? Sed dulces en la reacción perdonando la ofensa; pero *inamovibles y tenaces cual montaña de granito en vuestra certeza.* Sólo Dios tiene el derecho de hacer que no seáis lo que sois. Y no debéis lamentaros si, tras haberse servido de vosotros, os deja de lado sobre la Tierra para suscitar otros. Creedme, voces: si de igual manera sois obedientes, tanto a la llamada como a la orden de descanso, por más que vuestra voz hubiera servido para transmitir *una palabra tan sólo,* vuestro mérito será grande en el Cielo por vuestra obediencia, tanto al hacer como al descansar tras haber hecho.

Lo dice Santiago: "del Padre de las luces en el cual no hay variación ni sombra de mutación".

¿No os dais cuenta de lo estable que, de por Sí, es Dios en sus decretos? Sólo la criatura es inestable y tal vez por eso huye del querer estable de Dios, fabricándose por su cuenta su triste suerte. Mas Dios no varía ni se muda. Y si tanto os amó que os ha atraído hasta Sí para encargaros una misión entre los hombres, no puede después abandonaros y mudar su decreto.

Nuestro Santísimo Señor Jesús, por ser igual al Padre, no mudó su corazón para con los apóstoles. Aun no ignorando quién era Judas, el voluble por excelencia, no cambió Jesús. Hasta los postreros instantes trató a Judas como apóstol y amigo. En la Cena le purificó como a los otros, se dio a él en comunión como a los demás y en el Getsemaní le saludó una vez más como "amigo". Y si, por un suponer, Judas, en vez de ahorcarse, hubiese corrido al pie de la Cruz, el Moribundo hubiese hecho acopio de sus fuerzas para decirle de nuevo: "Amigo, ¿a qué has venido? ¿Para conseguir el perdón? Ahí lo tienes, y completo. Vete y no peques más. Amame y haz que me amen". Y habríale dicho a su Madre: "Mujer, ahí tienes a *tus* hijos", acumulando el inocente al deicida arrepentido. Y ni siquiera la Mujer Santísima, la Criatura más grande después de Dios, habríale rechazado por cuanto Ella es la Santa, segunda tan sólo en perfección respecto de Dios. El llanto de Judas al pie de la Cruz habría sido para el mundo la plegaria superperfecta de Jesús en favor del pecador. Mas el mundo no era merecedor de contar con la exacta medida de lo que es el amor misericordioso. Y así tal plegaria no se pronunció...

Ahora bien, Jesús, Dios como el Padre, jamás mudó su Corazón ni su Pensamiento respecto de sus elegidos. El no, sino Judas fue el que mudó de corazón y de pensamiento, condenándose libremente. "El", dice Santiago, "de su voluntad nos engendró con la palabra de verdad a fin de que seamos cual las primicias de sus criaturas".

Esto que ahora te digo va para los verdaderos fieles de Dios y, en especial, para los elegidos de entre la grey selecta. Mas las primicias, para ser tales, o sea, de gran valor, han de ser sin taras. Responder con la buena voluntad a la Voluntad de Dios, esto es: ser "prontos para escuchar, lentos para hablar y lentos para la ira".

Alma que yo tengo encomendada, he aquí ahora un consejo importante que mi Señor me encarga transmitirle. Acógelo porque viene de la Luz y es todo luz, viene de la Sabiduría y es todo él sapiente, viene de la Justicia y es todo él justicia. Acógelo como acogiste los precedentes, con la misma docilidad con que un girón de niebla se deja llevar por el viento. Dios es tu viento y te conduce por vías prácticas y justas. No hay ni un solo acto suyo sobre ti que no sea de infinita benevolencia. Mi Señor te dice por conducto de tu "buen compañero", por mí, Azarías: "Sé lenta en el hablar".

Hasta ahora tú has hablado, respondiendo con sinceridad hasta a aquellas preguntas que eran de simple curiosidad. Basta ya. Recuerda que no tienes ante ti intenciones rectas ni caridad verdadera. Te preguntan con mucha humanidad y no siembre con*buena* humanidad. ¿Para qué? ¿Para ayudarte? No, sino los mejores por simple curiosidad y los demás por sorprenderte en fallo. También a Jesús le interrogaban los fariseos, escribas y saduceos por estos dos motivos: curiosidad o perversa intención, ociosidad de discursos inútiles o esperanza de sorprenderle en culpa.

Quiénes son tus testigos ya te lo dije cuando mi Señor, que lo es también tuyo, me ordenó que te lo dijese. A cualquier otro, fuera de éstos, míralo y trátalo como a un extraño al que *no ha de admitírsele* en los dominios del Rey, ya que es dudoso, cuando menos dudoso, el espíritu con que pretende filtrarse, como indagador, "en el huerto cerrado". Sé lenta, lentísima, avara, avarísima de palabras con todos, a excepción de tus testigos. Ya ves tú cómo los demás no cambian de actitud. Parece al pronto como si remontasen de nuevo la pendiente que lleva a la Luz; mas, después, recargados de excesivas teorías y sin aligerarse con el aura espiritual que podría contrarrestar el peso de sus teorías, tornan a caer al punto de partida. Y a veces, ya de intento o por incapacidad de comprensión, desfiguran sus razonamientos incitando al mal en contra de la prudencia y de la caridad. Has tenido entornada la puerta por mandato de Dios a fin de que no tuviesen la excusa de no saber. Mas ahora, *ciérrala* por mandato de Dios. Reclúyete en ti misma con tu gran Tesoro y tu tesoro menor que son: Dios y la Obra[3], abundando en una exquisita caridad de plegarias y de perdón con aquellos que no la han tenido contigo, como lo han demostrado de mil maneras. Mas, con todo, has de guardar una obligada prudencia, pues si bien está dicho todo aquello que podría convencerles pero que ellos rechazan sin querer convencerse, resulta inútil intercambiar palabras vanas en cosas que vanas no son. Imita al Santísimo Señor Jesús el cual, tras haber hablado incansablemente por espacio de tres años ante quienes ni sus palabras ni sus obras ni su ejemplo lograron hacerles cambiar en su favor antes, al contrario, se concitaron para condenarle, les opuso, por fin, el silencio. Tú y ellos, a la sazón, os expresáis en dos lenguas diferentes. Y, dado que a una de las dos partes le falta la caridad, esa parte carece de luz para comprenderte.

Llegó, pues, el tiempo de los "grandes silencios" que la beatísima Teresa del Niño Jesús te profetizó durante tu exilio entre montañas en el verano de 1944[4]. Abísmate en ellos. Identifícate cada vez más con Dios apartándote en igual medida de los hombres. Como aconteció cuando Nuestro Señor Jesús te preparaba a ser "voz", sea Dios nuevamente tu único Director y Confidente[5]. De cuando en cuando te indicará cómo has de obrar. Porque si es verdad que los hombres se creen con derecho a muchas cosas, no es menos cierto que Dios opone su "basta" cuando se falta a la caridad.

Da a conocer una sola vez estas palabras y después... ¡silencio! Silencio tanto de respuestas como de preguntas inútiles; y silencio asimismo de inútiles referencias a quien no puede ni quiere cambiar las cosas.

Y ahora volvamos al hilo de la epístola: "Tardo para la ira porque la ira del hombre no impide el cumplimiento de la justicia de Dios".

Aún para esto conviene que tú calles. Hay quienes no tienen en cuenta que frente a ellos hay otras personas y, trastocando el mandato, hacen a los demás lo que no querrían que a ellos se les hiciese y así exigen de otros lo que ellos, con mucho menor motivo, no saben hacer. Por tanto: ¡silencio, silencio, silencio! No decir nada. Y si te preguntan y provocan hasta el punto de causar turbación en lo que muere con el hombre y sobresaltar tu espíritu, da esta breve respuesta: "Le ruego en el nombre del Señor que se abstenga de preguntar lo que no es necesario que yo le diga". Respeta el justo mandato de Dios, mandato de callar, para así no pecar de resentimiento ni admitir a gente extraña en los dominios del Rey.

De este modo, alma mía, te librarás hasta del polvo que levanta el viento del rencor, del fango que el conocimiento profundo del alma humana saca a la superficie de los corazones: lagos de humanidad, impidiendo que se refleje en ellos con nitidez el Cielo; te olvidarás cada vez más de la malicia, señal inequívoca de la ponzoña satánica depositada en la sangre del hombre para hacerlo rencoroso e incrédulo; de todo te librarás y, "con mansedumbre", abrazarás tu gran tesoro: Dios y su Palabra, "la palabra en ti depositada que puede salvar tu alma". Salvar, sí, tanto por la enseñanza que en cada palabra se encierra como por la paz que te comunica.

Está dicho: "Cristo resucitado de la muerte ya no muere. La muerte no reinará más sobre El".

Mas también a los pequeños "Cristos" sucederá esto mismo después de la prueba. Ahora estás en el sepulcro[6]. En el sepulcro hay soledad y silencio y tan sólo penetran en él los testigos del sacrificio y de la gloria subsiguiente. A ellos puedes contarles "las cosas que el Señor ha hecho a tu alma". Para los demás... ¡Silencio!

"Cuando venga el Consolador convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio".

En tu caso, si bien en medida proporcionada a la criatura respecto del Salvador Santísimo, el Consolador, al igual que en Jesús Señor nuestro, les hará ver a quienes te rechazan no teniendo piedad del instrumento al formar juicios contra Dios que lo escogió, les hará presente su pecado, su error de obstinación y de sordera, el desprecio hecho a la Palabra que, una vez más, ha hablado con fines de amor, y la anticaridad para con una hermana. Les hará ver la justicia de cuanto ha obrado en ti y a través de ti y de todas las órdenes que te ha dado. Y, por último, les mostrará *su* juicio implacable referente a la pequeña "voz", a la que el mundo, los grandes del mundo, de tu pequeño mundo de cristiana no han querido aceptar. Porque, una vez más, los hombres rechazan la Luz que se manifiesta cuando y donde quiere, con los medios más humildes y con los fines más santos para contrarrestar las sombras de una falsa sabiduría que sabe mucho de lo humano, pero bien poco de la Sabiduría verdadera, de aquélla que siempre habló a los humildes para alzarlos sobre los poderosos y fluyó de los labios de los sencillos más que de los doctos, ya que el Espíritu del Señor no busca cátedras pomposamente preparadas sino corazones ardientes de amor de los que irradiar sus enseñanzas.

¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo!».

[1] Alusión a la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) y a la propia familia de María Valtorta.

[2] Entre los escritos valtortianos, todavía inéditos, hay un opúsculo titulado: *La muerte grande y la pequeña muerte* (esto es, la muerte eterna o del espíritu, y la muerte temporal o del cuerpo). Servirá para proyectar luz sobre cuanto aquí se afirma.

[3] Esto es: los escritos valtortianos integrados por «Il poema dell'Uomo-Dio» principalmente y por otras obras que se han ido publicando y se publicarán en lo sucesivo.

[4] Hace referencia al período de su evacuación (24 abril - 23 de diciembre de 1944) debida a motivos bélicos que transcurrió en el collado de San Andrés de Cómpito, municipio de Capánnori, provincia de Lucca.

[5] Se refiere a la situación de soledad en que María Valtorta llegó a quedar por el traslado del P. Migliorini de Viareggio a Roma.

[6] Tal sepultura espiritual la constituía su prolongada enfermedad agravada en este caso por la ausencia de su Director espiritual y la oposición promovida contra la propia María Valtorta y sus escritos.

## *26/5/46*
## *Domingo 5.° después de Pascua*

La explicación de Azarías, que seguramente se producirá, viene precedida este domingo por la sonrisa de la Virgen Inmaculada puesto que aparece como tal vestida de blanco igual que en las apariciones de Lourdes y Fátima aunque sin cinta azul o cordón dorado sino con un simple cordón blanco lo mismo que el vestido al que ciñe por la cintura; y, al no llevar velo ni manto, se hace visible el dorado suave de sus cabellos. Es la Dulce vestida de blanco como estaba frecuentemente en Nazaret por el verano, con la diferencia de que ahora su vestido supera en esplendidez a todos los tejidos de la tierra, siendo, al parecer, de un lino verdaderamente ultraterreno.

Está desde ayer noche confortando y sonriéndome y, en mis dolores que me impiden por completo conciliar el sueño que podría ser la evasión por algún tiempo de las numerosas cruces que me oprimen, la vuelvo a encontrar siempre presente a la salida de cada duermevela intermitente que es el único descanso para mi cuerpo postrado y acabado que no puede reposar con un sueño *de verdad.* Su candor, la blanca emanación de su Cuerpo glorificado y la inexplicable expresión de su Rostro irradian como una estrella en la oscuridad de mi estancia y en mi corazón afligido. Así transcurre la noche y la dulce Madre ahí está todavía al amanecer y después, durante las horas que preceden al día. A solas con Ella, la venero con las mudas palabras del espíritu y nada le pregunto porque *sé* que lo sabe todo, pues comprendo que se encuentra aquí para consolarme, no siendo necesario que yo le pregunte porque la Madre se adelanta a las preguntas de quienes sabe son sus hijos... Así, en estos pensamientos, paso las horas. Muchos dirán: «Yo le habría preguntado esto o aquello». Pues yo, de tener algo que preguntar, le diría tan sólo. «Haz Tú lo que sea mejor». Yo, por mi parte, no pregunto nada de nada. Dios sabe qué es lo mejor; María sabe qué es lo mejor. Por eso digo yo: «Haced vosotros lo que juzguéis mejor...» y esto es para mí la paz completa. Una paz que sobrenada por encima de todo cuanto los hombres desencadenan con sus maldades, egoísmos, vilezas, mentiras y otras infamias semejantes, insuflando todo esto sobre el reducido reflejar el Cielo. Y pienso yo: «¿Qué castigo tendrán aquellos que turban los espíritus entregados por completo al servicio del Señor?».

Y la Madre Purísima me contesta:

«El que Jesús te ha explicado en numerosos dictados y que, en tu caso, has visto verificarse muchas veces. Porque es en vano atribuir otros nombres a lo que sucede a éste o a aquél que faltó a la misión que tenía a tu lado o te causó dolor y turbación. Su nombre es el que sabes.

Hija mía, ¿te acuerdas de aquella ocasión de melancólica paz en que me aparecí a ti en hábito de Servita y te atraje a Mí bajo el manto negro para protegerte al tiempo que lloraba mirando al septentrión? Ahora te voy a explicar el significado de aquella visión profética.

Mi Hijo —y por ahora no puedo aclararte las razones de ello— te había puesto bajo la tutela de los Siervos de María porque, hija mía, no puedes estar sola con tu gran Tesoro. También a Mí dióme el Eterno la tutela de un esposo que, si bien resultaba inútil para el acto de engendrar, era necesario para tutelar cuanto estaba a punto de descender a Mí: el Tesoro del Cielo y del Mundo. Mi Divina Maternidad podía muy bien haberse llevado a efecto sin José. Mas, debido al escándalo de una no desposada que engendra un hijo, por el indicio que tal maternidad en una inocente habría proporcionado a ese incansable escrutador de almas que es Satanás y, finalmente por la necesidad que el párvulo tiene de un padre que le proteja, la Sabiduría Santísima me impuso el esposo. Todas estas razones se me aclararon a partir del momento en que se me infundió el Espíritu Santo haciéndome Madre. Entonces comprendí la justicia de mi matrimonio que hasta entonces, sólo por obediencia, había aceptado.

Pues bien, hija mía, también a ti Jesús te proporcionó una tutela. *Esa* tutela. No pretendas indagar por qué fue ésa y no otra. A tánto equivaldría asimismo querer indagar, por ejemplo, por qué Judas de Keriot fue el duodécimo apóstol y no uno de aquellos santos y humildes pastores. Así pues, *Yo* te acogí bajo el negro manto de Servita, *Yo* que, con aquel hábito, lloraba porque veía —y puedes comprender a donde miraba— porque veía de qué manera se contravenía a los decretos de mi Jesús sobre la Obra, sobre el instrumento y sobre el trato que se daba a aquélla y a éste[1]. Para que tú no sintieses demasiado el vacío allí donde mi Jesús, por un especial y siempre adorable motivo suyo, te había colocado, Yo, para hacerte sentir toda la protección de la Reina de esa Orden y de los hijos de la misma que, por su vida perfecta, están conmigo en el Cielo, te atraje a Mí, junto a mi Corazón, protegiéndote con mi manto a la vez que lloraba por aquellos que faltaban a *su* deber.

Mas no te aflijas, hija mía. Ten presente a tu Madre, aun en esta coyuntura, pues te asemejas a Ella cuando, forastera en Belén y cargada con la Palabra encarnada, llamó en vano a las puertas en demanda de ayuda, de hospedaje y piedad. Piedad, más para la Palabra que llevaba que no para Sí, pobre mujer gravada con la maternidad y cansada del largo camino.

Nuestro Juan expresa una gran verdad acerca de estas repulsas, de esta sordera en comprender y de esta tibieza, o mejor, hielo en acoger la Palabra: "El Verbo —la Luz— brilló en las tinieblas; mas las tinieblas no la comprendieron. El Verbo —la verdadera Luz— estaba en el mundo; mas el mundo no la conoció. Vino a su casa y los suyos no le recibieron".

Y, al no recibirle a El, rechazaron también a Aquélla que lo llevaba y que, a los ojos de Israel, era tan sólo una pobre mujer a la que "era imposible que Dios hubiérale confiado". Era, por tanto, una estafadora, una mentirosa que buscaba arteramente protecciones y honores inmerecidos. Y... siempre así, hija querida. Somos, pues, mal vistas, perseguidas, despreciadas e incomprendidas porque llevamos la Palabra que el mundo no

quiere acoger. Y vamos, cansadas y doloridas, de corazón en corazón, pidiendo: "¡Acogednos, por piedad! Por piedad, no tanto de nosotras cuanto de *vosotros*. Porque nosotras, en este don que llevamos, tenemos, es cierto, nuestro peso y nuestra cruz de criaturas, mas también nuestra paz y nuestra gloria de espíritu, no ambicionando nada más. Ahora bien, nuestra solicitud y nuestro afán son tan sólo por la Palabra, por la Palabra que os llevamos *a fin de que*, al ser Vida, *sea dada a aquellos por quienes fue depositada en nosotras.*

¡Cuántos en Belén, tras haberse manifestado la gloria del Señor con su Resurrección y se difundía su Doctrina por el mundo, no habrían querido haber acogido a la Portadora de la Palabra en aquella gélida noche de Casleu[2] para poder decir: "¡Nosotros la reconocimos!". Mas, ¡era ya tarde! El momento de Dios llega y pasa, no reparando los lamentos tardíos el error. Esto debiera hacérsele presente a quien se debe.

Mas tú no te aflijas. Estás justificada a los ojos de Dios, lo mismo que Yo lo estuve de dar a luz al Rey de los reyes en una cueva fétida. No es nuestra la culpa de no honrar dignamente al Verbo que se derrama sino de quienes nos impiden honrarlo públicamente. El incienso de nuestra amorosa y secreta adoración es bastante a sustituir a todo otro honor que se nos niega tributar al Verbo depositado en nosotras.

Alégrate, hija mía, y espera, recordando que el Omnipotente hasta de las piedras puede suscitar hijos de Abraham y no te dejará sin el consuelo y ayuda de guías sacerdotales[3], suscitando a quien, por obligación, se encargue de ese cometido, lo mismo que ahora, en el momento preciso, te ha concedido el maestro angélico para acrecentar tu consuelo».

Y María resplandece gloriosa y dulce más que nunca mientras recibe el saludo de Azarías cuya luminosa presencia parece tenue respecto de la luminosidad de la Virgen.

Y Azarías habla estando arrodillado con los brazos cruzados sobre el pecho, inclinada la cabeza y de frente a María cual si estuviese delante de un altar.

*Dice Azarías:*

«Tú, alma mía, eres uno de aquellos espíritus que el Señor redimió de su pueblo. Porque si Cristo se encarnó, vivió, evangelizó, padeció y murió para redimir a toda la Humanidad; si, más particularmente, lo hizo para los que eran de Israel y aún más para aquellos que en Israel acogieron al Maestro, no todos éstos ni sus descendientes, o sea, no todos los católicos han sido igualmente redimidos, ya que no todos responden igualmente con generosidad a la generosidad de la Gran Víctima Salvadora. El nombre de cristianos católicos ha sido y es llevado por millones y millones de almas, mas no todas estas almas sobre las que cayó la Gracia para tornar a hacerlas hijas de Dios, han sabido ser redimidas para siempre, serlo eternamente e inmediatamente después de la muerte, porque su "buena voluntad" fue más o menos defectuosa en ellos.

La generosidad exige correspondencia de generosidad. Nosotros, espíritus, que vemos a los hombres desde lo alto de los Cielos y les seguimos con la luz divina que nos sirve de guía, contemplamos los maravillosos prodigios provocados por esta porfía de generosidad establecida entre el alma que se entrega a Aquél que se le entregó y Dios que se entrega en mayor medida aún para recompensar al generoso que a El se da. Y con verdad podemos decir, respondiendo al porqué de las ascensiones y descensos de muchos, que está ligado y es consiguiente al grado de generosidad con que un alma se adhiere al Señor. La cultura y la posición en el mundo tienen tan sólo un peso relativo. Lo que cuenta es la generosidad porque generosidad es al mismo tiempo caridad. Por lo que quien es

más generoso es más caritativo. Y a mayor grado de caridad se corresponde una unión más grande con Dios. Y así, donde Dios se halla grandemente unido a un espíritu, éste, prescindiendo de otros agentes externos, se cambia de espíritu común a espíritu elegido, capaz de llevar a cabo lo que, de suyo, sería incapaz porque en la unión es Dios el que obra con sus perfecciones y con arreglo a sus fines.

Cuando, por tanto, una criatura se ve arrebatada a especiales altezas, debe cantar humildemente, tributando alabanzas a aquél que las merece: "El Señor ha redimido a Jacob su siervo".

¡Ay, ay de aquéllos que dicen: "Yo he llegado a esto porque lo he querido! ¡El mérito es mío!". El hombre no tiene otro mérito que el de su buena voluntad que debe ser activa y humilde hasta la muerte de la criatura. Ahora bien, el mérito es de Dios que os proporciona auxilios para cambiaros de hombres en dioses. La soberbia de proclamaros autores *únicos* de vuestra elección es suficiente para hacer de un elegido un réprobo porque la soberbia es aborrecible a Dios, el cual se retira con sus dones mientras el soberbio, en vez de inclinar su cabeza diciendo "he pecado", persiste tercamente en querer aparecer como no es, cayendo así en mentira y sacrilegio y terminando por mudarse de lo que era en futuro réprobo.

Estoy hablando delante de la Llena de Gracia, de la Sin Mancha Original y de la que mereció ser Madre de Dios. ¿Qué glorias mayores que éstas? ¿Qué garantías más grandes de gloria? Aquí está Ella y lo sabe. Pues bien, si, por un supuesto, en un momento cualquiera de su vida, toda ella sembrada de sucesos aptos a despertar la soberbia en cualquier persona, Ella hubiese tenido un movimiento de soberbia, de nada le habría servido ser sin Mancha, Llena de Gracia y Madre de Dios. Lo mismo que cualquier otro ser creado hubiera decaído de su espléndida naturaleza puesto que la soberbia *todo* lo destruye.

Y resulta ocioso pedir a Dios, como dice la Oración, que nos dé buenas inspiraciones para ponerlas en práctica si antes no se tiene descombrado el terreno del corazón de toda planta de soberbia. Donde no hay humildad no pueden las buenas inspiraciones traducirse en obras ya que éstas se apoyan siempre en una base de humildad que las sustenta.

Continuando la epístola del domingo pasado, escribe el apóstol Santiago: "Poned en práctica la palabra del Señor y no os limitéis a escucharla engañándoos a vosotros mismos".

Mas ¿cómo la habéis de poner en práctica si antes no cercenáis para siempre el orgullo del yo? Obedecer es humillar el propio juicio al de otro al que, obedeciéndole, confesamos superior al nuestro. Por eso un primer acto de humildad es reconocer a otros una mayor capacidad de dirigir y de juzgar.

El orgullo y el egoísmo, como dos astas afiladas siempre renacientes, tratan de destruir esta humildad. Mas el hombre debe hacerla renacer de continuo si quiere ser capaz de poner en práctica las enseñanzas, órdenes o consejos e inspiraciones de Dios.

La Palabra del Señor es palabra que extirpa cuanto de bajo hay en el hombre para hacer crecer con vigor todo lo que en él hay de alto, espiritualmente alto. Mas si queda apoyada a duras penas sobre el corazón, convertido en granito por el egoísmo o la soberbia, o muerto tal vez por la pereza, no puede fructificar.

Fructifica cuando penetra, echa raíces, lanza el tallo, da las hojas, las flores y, por fin, el fruto, o sea, cuando se la acoge, se la atiende con amor y constancia y con el mayor esfuerzo posible se la ayuda a crecer y a adornarse con todas las virtudes que son el resultado de la unión de la Palabra docente con la voluntad operante.

Dice Santiago: "Engañándoos a vosotros mismos".

¡Cuántos se engañan de esta suerte! Creen hallarse debidamente situados sólo porque van a escuchar la palabra de Dios. Mas escuchar y no practicar, creerse a salvo por ir a escuchar es engañarse a sí mismos.

La palabra debe ser asimilada y hecha una sola cosa con el *yo*, lo mismo que el jugo de los alimentos se hace una misma cosa con la sangre en la cual se vierte. Si alguien contrajese una enfermedad por la que dejara de asimilar los alimentos, por más que se comiera entero un cordero al día, moriría de consunción. Otro tanto ocurre con aquellos que escuchan, escuchan y escuchan la divina Palabra y después no la convierten en jugo para su espíritu. Creen nutrirse cuando simplemente no hacen sino atiborrarse de materias inertes.

Dice Santiago: "El que así hace, es como quien después de haber visto su propio rostro en un espejo, se aparta de él y lo olvida".

Yo diría más. Diría: es como quien se pone delante de un espejo; mas, por no abrir los ojos o por querer hacerlo a oscuras, no *ve* los detalles de lo que tiene delante y, por eso, no puede recordarlo.

La Ley santa, hecha dulcísima en el Evangelio de Cristo, si ha de ser recordada y practicada, debe ser conocida con plenitud de luz y de voluntad. Y en vano se proclama religioso y siervo de Dios el que la conculca por pereza, por necedad o por odio a la caridad.

¿Cuál es, por tanto, la verdadera religión, cuál la práctica verdadera de la Palabra hecha Doctrina? Aquélla que se resuelve en obras buenas. Y Santiago no cita la frecuente asistencia a las funciones, la ostentación en los ritos y cosas semejantes sino que se limita a nombrar la prudencia y la caridad.

¡Oh, cuántos huellan una y otra! ¡Cuántos hacen llorar a sus propios hermanos por no saber refrenar la lengua maldiciendo, alabando fuera de tiempo y lugar o no sabiendo guardar un secreto cuya divulgación puede rodear de una pequeña aureola mundana a *su* pobre cabeza que va buscando guirnaldas de paja y no las auténticas frondas de las palmas celestiales, cuando pueden lesionar el derecho de Dios, la obediencia a Dios y la paz de los hermanos!

La prudencia es ciertamente una de las virtudes cardinales. Mas el número de los que la practican de un modo heroico es muy, excesivamente raro e innumerables las lágrimas que se derraman por las imprudencias, tanto más culpables cuanto proceden de quienes, por su misión, se hallan propuestos para servir de ayuda, guía, freno y consuelo a los hermanos, siendo los daños causados muy grandes. Daños, no a una cosa humana sino a las cosas más sublimes que son manejadas sin prudencia alguna y, por tanto, despojadas de aquel velo santo y suave con que Dios envuelve sus luces más santas para ser lanzadas al desnudo como pasto de los mortales.

Estos tales deberían tener presente al gran Moisés que se retraía tanto de mostrar al público el reflejo divino, que permanecía con el rostro cubierto con un velo porque no todos los israelitas eran dignos de conocer el reflejo de Dios.

La segunda manifestación de la religión pura e inmaculada, según Santiago y según los verdaderos justos, es la de la caridad con el prójimo, de la que cita Santiago los dos casos más piadosos, que son: visitar en sus tribulaciones a los huérfanos y a las viudas a fin de que no se sientan abandonados ni les atropelle el mundo que desconoce la caridad.

Mas viudas y huérfanos no son únicamente quienes perdieron un esposo o a sus padres. Hay duelos, soledades y desamparos mayores que los de un afecto y una tutela que

terminan en una carne y un corazón. Son los abandonos de quienes, siendo "voces de Dios", no se sienten ya sostenidos ni protegidos por quien está obligado a ello. Y esto clama a Dios con el grito de quien gime en un desierto y ya no cuenta sino con la Estrella en el Cielo para guía de sus pasos.

¡Sacerdotes!, ¿cuál es vuestro ministerio sino el de ser todo para todos y, en especial, para éstos, para estos mártires del querer de Dios? ¿No sois ya, pues, los descendientes de aquellos sacerdotes, de aquellos diáconos, de aquellos obispos y pontífices que, en tiempos de persecución y, saliendo de las catacumbas, bajaban a las cárceles y penetraban en las arenas dispuestos a morir caso de ser descubiertos en su gestión de amor de llevar un socorro fraterno y espiritual a los martirizados por el nombre de Cristo? Vuestros peligros son pajuelas comparados con los de ellos. Con todo, nada les detenía para afrontarlos porque el Sacerdocio es milicia, milicia que debe saber combatir al flanco de los laicos y ser la protección de los instrumentos de Dios, desempeñando para los mismos el cometido de los Arcángeles que ponen en fuga al Adversario en las distintas formas con que se presenta. Dispuestos a morir en la tranquilidad de una vida sencilla y prontos a salir de ella momentáneamente menoscabados, ¿pero en qué? En el concepto mísero de los humanos, si bien aureolados con la guirnalda fúlgida de una justicia heroica por haber sido los "padres", los "cireneos" de los instrumentos crucificados.

Y así, por más que no se os achaque impureza alguna, ésta de temer los juicios del mundo y, por ello, ser impuros en vuestro comportamiento con los instrumentos, pesa sobre vosotros. Por tanto, no os véis libres de la mancha del mundo ya que pensáis al modo de este vuestro mundo en el que se valora el respeto humano y no el sacrificio que supone ser fieles a la justicia y a la caridad.

Mucho es lo que se sufre en el Cielo por nuestro sufrimiento de amor, viendo los sufrimientos de las almas elegidas por Dios y despreciadas por el mundo. El Cielo se inclina sobre ellas multiplicando sus luces para enjugar sus lágrimas y recoger sus gemidos. Mas la caridad del Cielo no excluye la que los hermanos *deben a sus hermanos*, ya que éstos son, al pronto, carne además de espíritu.

Y si, procedentes del Padre que los suscitó por motivos de bondad que sólo en el Cielo se conocerán, han de volver al Padre cargados con sus coronas de espinas, ellos, los instrumentos aflictos y atormentados, seguirán rogando por sus atormentadores. Con todo, no está dicho que el Padre haya de perdonarles todo a aquéllos que tan injustamente les atormentaron gravándoles con cargas no aprobadas por Dios.

Apagáis ciertamente las "voces" y así vuestro cielo se oscurece por momentos a falta de estrellas. No os lamentéis por tanto, si vuestro legendario no se satura de flores. Una flor, para brotar y desarrollarse, se la ha de cultivar y no aplastarla con pesos de indiferencia ni apañuscarla con durezas injustas.

¡Ay de aquéllos que, con el paso de este pensamiento, hacen que se doble el tallo que tendía al Cielo!: "¿Soy yo, por ventura, un satanás?". Pensamiento molesto que obliga a bajar hacia la tierra los ojos que miraban con seguridad a su Dios, almas heridas, vueltas dubitantes, cansadas... ¡Pobres almas! Mas no ellas sino quienes las envilecieron serán llamados a justificarse ante el Señor. Y tú, alma mía, recuerda esto: "Cuando, debido a un trabajo, se malogra alguna perla humana y, con todo, se continúa aquel trabajo con sólo el espíritu sobrenatural de dar gloria a Dios y ayuda a los hermanos, entonces dicho trabajo se supersantifica y sobrenaturaliza haciéndose provechoso".

Recuerda esto. Y que lo que te oprime te sirva al mismo tiempo de sostén. Sube, sube con tu santo peso del Tesoro de Dios hasta la última cima. Escribe, escribe hasta la

última palabra por más que cada palabra te arranque una lágrima que sabes ha de quedar ignorada, siendo inútil por ello para tantos que, por el contrario, tienen necesidad de ella. Tu caridad, alma víctima, hacia Dios que te habla y hacia los hermanos que esperan, ha de ser siempre activa por más que la tibieza humana no haya de sacudirse ni hacer activo el don de Dios.

Queda en paz. No llores más. Y saludemos a la Bendita con su mismo canto que es el de los grandes humildes».

Y Azarías canta el Magnificat tan celestialmente que el raudal de mis lágrimas se corta para seguir esta armonía celestial...

---

[1] Aquí el Servita P. Conrado M. Berti, anotador insigne de ésta y de las demás obras de María Valtorta, que vivió activamente los incidentes, desagradables por cierto, surgidos en relación con la persona de María Valtorta y su Obra, consigna una extensísima y detallada nota de lo ocurrido que, precisamente, por su gran extensión, no la transcribo. (*N. del T.*).

[2] Casleu o Kisleu es el noveno mes del año hebreo que corresponde a nuestro noviembre-diciembre.

[3] Cuando el P. Migliorini, O.S.M., hubo de abandonar por orden superior Viareggio y la Toscana, le sustituyó el P. Luis M. de Jesús Crucificado, Pasionista. Este santo y apostólico sacerdote, no obstante, fue tan sólo director espiritual de María Valtorta con alguna que otra visita y numerosas cartas. El P. Migliorini, en cambio, fue y continuó siendo, el mecanógrafo de las quince mil páginas valtortianas y el que siguió luchando (primero solo, después con el P. Berti y, por fin, este último, a la muerte del P. Migliorini) para solucionar todas las dificultades y publicar todos los escritos de la Enferma.

---

## *2/6*
## *Domingo infraoctava de la Ascensión*

*Dice Azarías:*

«Esta Santa Misa, alma mía, es propiamente toda para ti. Para ti en la hora presente, para iluminar tu corazón con los rayos de la esperanza, de la confidente esperanza en el Señor tu Padre, tu Hermano y tu Esposo.

Mira, da comienzo con las palabras de tu plegaria interior: "Escucha, Señor, la voz de mi plegaria; a Ti te habla mi corazón".

Sí, verdaderamente tu corazón habla al Señor tu Dios y con palabras que no se pronuncian por necesidades terrenas, por alivios físicos ni por cosa alguna de las que los hombres acostumbran a dirigirse al Altísimo pidiéndole cosas del todo terrenas. No es pecado pedirlas. Jesucristo, Señor Santísimo, enseñó a los hombres a pedir el pan de cada día. Mas, si acertáseis a meditarla, veríais que esta petición, de una necesidad totalmente humana, la pone a seguido de estas tres sublimes peticiones: que al Nombre Santísimo de Dios se le tributen los honores debidos al mismo; que venga su Reino; y que se haga su Voluntad así en la Tierra como en el Cielo. La oración, perfecta al ser enseñada por el Verbo, tras haber planeado en las alturas, desciende cual golondrina de luz amorosa, en raudo vuelo, a suplicar: "danos hoy nuestro pan de cada día"; mas he aquí que, de pronto, torna a subir de la necesidad animal del alimento a la necesidad espiritual del alma y vuela, aligerada de nuevo por el deseo de perdón de la criatura, "como nosotros perdo-

namos sus débitos a nuestros deudores", pidiendo ser perdonada y, después de haber desarrollado un ciclo de oración perfecta, termina posándose nuevamente a los pies de Aquél a quien, adorándole, llamó al principio "Padre", pidiéndole lo que un Padre amoroso puede hacer: defender a sus hijos de la tentación.

Esta oración enseña al hombre, sin laguna ni defecto alguno, *cómo, por qué y para qué* se debe orar. Mas, generalmente, el hombre no hace sino pedir por la acuciante necesidad material. ¡Y si tan sólo fuese por la necesidad de pan...! Mas ¡cuántas, cuántas necias, cuando no ofensivas peticiones desgranan las afanosas plegarias de los hombres!

Uno que tan sólo ruegue por cosas espirituales y por la gloria de Dios y el bien de sus hermanos, viene a ser como una estrella encendida en el gris uniforme de la Humanidad. Así es como ve el Cielo a estos orantes solitarios y su súplica resuena con voz de oro entre la cantinela de las desentonadas, roncas y pobres súplicas del 90 por 100 de las criaturas.

Verdaderamente, si por un instante el Perfecto accediese a las demandas de la imperfección, esto es, de la Humanidad que ama voluntariamente la imperfección; si se hubiera de dar cumplimiento a cuanto habría de entrañar pecado –porque rara vez los hombres se abstienen de suplicar porque se vean secundados sus instintos y saciados sus deseos viciosos– o si tal vez no se llegara hasta el pecado, siempre sería un envilecimiento de la criatura que, olvidándose de que tiene un alma, se ocupa y preocupa tan sólo de dar satisfacción a su cuerpo.

Mas, bienaventurados aquéllos que saben pedir por su espíritu y por las cosas espirituales. Y más bienaventurados aún quienes ni cosas santas saben pedir sino que se limitan a decir: "Tú que sabes qué es lo mejor para mí, dame lo mejor". Y, bienaventurados en sumo grado son aquéllos que, llegando hasta olvidarse de sí mismos y de pedir a Dios que les dé lo mejor, se limitan a formularle esta petición: "Te ruego que se cumpla lo que es de tu gloria y sirve para la santificación de los hermanos".

Entonces es cuando el que ora se eleva hasta la oración perfecta, hasta aquélla que, olvidando los *propios* martirios, suplica por los demás. La súplica de Jesús Santísimo sobre la cruz sobrepujó en elevación a la de obediencia del Getsemaní. Fue más elevada por ser de perfecta caridad: "¡Padre, perdónales!".

Cuando dices: "Padre, no por mí sino por el bien del que tantos hermanos pueden estar necesitados y para que este bien contribuya al aumento de tu gloria", entonces es cuando llegas a la perfección en la oración, perfección por la que la criatura de tal manera se adhiere a su Dios que llega a fundirse con El y a compartir sus mismos deseos que son: el bien, la santificación y la gloria de los hombres para glorificar al Señor. Esta es la voz de tu plegaria. Así habla tu corazón a Dios y Dios por esto te ama como a hija muy querida.

"Busqué tu Faz y la hallaré". ¡Esto! ¡Así es! Y no imitar jamás a aquéllos que, tras haber buscado la Faz de Dios en la hora de la necesidad, ya no la buscan, una vez obtenida la gracia, como tampoco a aquéllos que, no habiendo recibido la gracia, dejan de buscar la Faz de Dios, cual si El fuese un enemigo invisible a sus ojos.

No. La vida de un alma amante debe ser desde la Tierra lo que ha de ser en el Cielo: un mirar fijamente de continuo a la Divinidad para adorarla, honrarla, amarla, gozarse en Ella y captar sus Palabras de luz, como hacemos nosotros, los ángeles. Y ¿en la necesidad? Levantar la mirada espiritual a Dios. ¿En la satisfacción por la gracia obtenida? Levantar la mirada espiritual a Dios. ¿En el gozo? Levantar la mirada espiritual a Dios. ¿En

el dolor? Levantar la mirada espiritual a Dios. ¿En los abandonos? Levantar la mirada espiritual a Dios: para recibir ayuda, para darle gracias, para hacerle partícipe de vuestro gozo, para que se compadezca de vuestro dolor y para no estar solos.

¡Qué gozo poder tener prendida la mirada en la Divinidad! Esta es, María, la bienaventuranza del Cielo. Como tú ya lo ves, al completarse el último detalle de la desgarradora y completa Pasión del Redentor, fue permitido que se ocultase a su espíritu la Divinidad. Y entonces el Voluntarioso, el Heroico y Silencioso en el dolor lanzó el grito de su completo dolor: "¡Padre!, ¿por qué me has abandonado?".

¡Oh, si se profundizase en la inmensidad, en lo acabado del dolor que aquel grito encierra! El Cielo se estremeció por El y la Divinidad hubo de violentarse a Sí misma para resistir y no tener compasión a fin de que todo quedase reparado y cumplido para la expiación de la Humanidad *que había abandonado a Dios por seguir al Tentador*. Los Angeles temblaron ante el desconocido aspecto de la Divinidad, por primera vez inmisericorde, y lloraron al meditar y comprender plenamente el abismo del pecado perpetrado por Lucifer y los otros rebeldes, instaurando el Mal y provocando los sufrimientos consiguientes que culminaron en los de la Gran Víctima. Superaron al obedientísimo y dulcísimo Verbo poniéndole en parangón con lo que era, es y será la creación. Y hasta en el reino de las Tinieblas aquel grito provocó un bramido, apagando hasta el último y tenaz pensamiento de poder ser un día perdonados.

No. La Tierra se estremeció, se rasgó el velo del Templo y se abrieron los sepulcros con el grito imponente con que el Mártir entregó su espíritu. Mas lo que hizo estremecerse a la Tierra, rasgarse el Velo y salir de los sepulcros a los justos fue el deicidio consumado, la señal dada a los incrédulos y odiadores, y la alegría de los justos expectantes. ¡Oh!, y esto aconteció al tiempo que el grito de abandono completo sacudió los espíritus, a *todos* los espíritus, triturándolos con una angustia como jamás fue ni será, porque el abandono de Dios, el no poder ya verle, es la prueba más atroz para los vivientes y el castigo mayor para los que pasan a la otra vida. Y aquí no se trataba de la prueba impuesta a una criatura, ni únicamente del Hombre que se encontraba separado de Dios sino que era que el Verbo ya no estaba en contacto con el Pensamiento, que el Hijo se hallaba separado del Padre y que el Hijo de Dios pasaba del amor perfecto a no sentir ya el amor perfecto del Padre-Dios, quedando amando desoladamente en solitario.

Ahora bien, tú, alma mía, eres víctima; mas no la Gran Víctima. Por eso no se te da esta desolación. La conociste para comprenderla; la apuraste para aliviar a tantos hermanos de las desesperaciones provocadas por la ferocidad humana y la tuviste durante el tiempo preciso[1]. Ahora ya no. Alza la mirada de tu alma. Mira. Bienaventurados... y canta conmigo el aleluya. La Divinidad te tiene bajo su mirada como la clueca a sus polluelos. Recógete bajo este fulgor feliz..., paremos, tú de escribir, yo de hablar, y adoremos...

Y ahora, saliendo del Fuego Santísimo totalmente recobrada, purificada, encendida y voluntariosa, di las palabras de la oración: "¡Oh Dios!, haz que yo tenga siempre una voluntad de continuo a Ti sumisa y que sirva a tu Majestad con un corazón sincero". Sí, que nunca sea tu voluntad la que prevalezca; que jamás conozca desfallecimiento ni se malee con compromisos o se rebaje con reflexiones tendentes a juzgar conforme al criterio humano si la Voluntad Santísima te da órdenes que no te parecen las más acertadas.

Ten siempre esta fe realista: que Dios no hace sino cosas buenas. Hace. Y aunque, al pronto, no comprendas el porqué de una orden, cúmplela. Y por más que la orden te parezca arriesgada, cúmplela. Sirve con corazón sincero y basta. Los siervos buenos, devotos y fieles jamás critican las órdenes de sus señores sino que se remiten al juicio de los mismos que, para los buenos siervos, es siempre el óptimo. Ahora tú sirves, no ya a

un rey, a un príncipe o a un señor cualquiera de la Tierra que, por muy bueno que sea, se halla siempre sujeto a error, sino que sirves al Señor Dios Omnipotente, Sapiente y Bueno. Por eso, con la tranquilidad de quien se sabe mandado por uno que no yerra, escucha y obra conforme a su querer. ¿Que es orden que te letifica? No te ensoberbezcas antes haz y adora alabando al Señor. ¿Que, por el contrario, es orden que te acongoja? No te desanimes sino cúmplela y ama obedeciendo al Señor.

Escuchemos ahora al Apóstol Pedro, el grande y buen Simón de Jonás que se formó con una constante y penosa labor de buena voluntad para llegar a ser digno de su Maestro, sin cálculo para el futuro y con el único estímulo de dar gusto a su Rabí y Dios. Escuchemos al hombre que, de todo cuanto él vivió humanamente, supo hacer dote para su futuro ministerio, cambiando, a fuerza de amar, lo humano en espiritual. Y, de padre de las gentes, llegó a ser pastor, maestro y nauta de la Iglesia, pero, sobre todo, padre, padre de dulcísima y firme paternidad para todos los hijos que su Jesús habíale confiado con sus tres recomendaciones a seguido de las tres profesiones de amor: "Apacienta mis corderos y apacienta mis ovejas". Y Pedro, apóstol y pastor, es el que a ti te habla, corderita del rebaño de Cristo. Escucha: "Sed prudentes y velad en la oración. Pero, sobre todo, tened siempre entre vosotros la caridad mutua porque la caridad cubre la multitud de los pecados".

¡Qué bien comprendió la lección de su Señor siendo ya israelita adulto! Lección que la transmite a sus hijos y hermanos que no son perfectos, que tienen necesidad de continuas absoluciones para sus faltas y que no siempre tienen a mano al absolutor. Porque la muerte acecha de mil formas y en cada momento puede sonar la llamada para comparecer ante el Juez eterno. Y para entonces, ahí está el absolutor: el amor. Cada pecado, cada omisión, cada imperfección, ¿qué son sino un momentáneo o, tal vez, un pertinaz colapso del amor en el hombre?

El pecado mortal, obstinado e impenitente es el pertinaz colapso del amor, el coma, la agonía mortal que termina en la muerte eterna. El pecado venial es un colapso menos profundo pero que mantiene en torpor al alma. La imperfección es aún menos. Si es involuntaria, apenas si viene a constituir una momentánea relajación en la vigilancia amorosa. Con todo, un hombre llegaría a morir de asfixia si repitiese con frecuencia una parada en la respiración e, igualmente moriría también un hombre mediante alfilerazos indefinidamente repetidos. Moriría, no desangrado sino agotado por los espasmos. Y lo mismo ocurre con el espíritu. Se le debe corroborar aun cuando se encuentre herido con leves punzadas. Y el absolutor que siempre le tiene dispuesto para la llamada de modo que no abrigue temor, es el amor.

Reparar con el amor el colapso más o menos grave producido en el amor. Reconquistar con el amor a Dios para que El incinere vuestras culpas con su Amor y para que recubra con su Misericordia a favor del humilde que reconoce al amor y con el medio adecuado repara la miseria de la criatura tan proclive a manchar su alma.

Tanto en ésta como en la otra vida, las culpas que no merecen condenación se reparan con el amor. Cuando el espíritu aprendió a amar de modo que ya no ofende al Amor, entonces es bienaventurado.

No hay que temer la muerte imprevista ni el juicio de Dios. No son cosas que deban aterrorizar. Teme, sí, en cambio, faltar a la Caridad. Las faltas contra la Caridad provocan el rigor de Dios y sólo el que ha de enfrentarse a ese rigor debe abrigar miedo a la muerte. Los demás, no. Sea que venga lentamente o veloz como un rayo, ella no causa mal alguno al espíritu que se halla purificado de continuo por la caridad.

Tanta debiera ser en vosotros la caridad, que hasta una simple mirada debería constituir una caricia para vuestros hermanos por el amor que la saturase. Y, verdaderamente, cuando Dios habita así en el espíritu hasta el punto de formar un todo con la criatura, el ojo humano se transforma en ese manantial de paz y de afecto, de suerte que todo aquél que sufre, se siente consolado, el que está solo, se siente junto a un hermano, y el que duda, alcanza la fe; porque, como en tiempos de los primeros cristianos, el que convierte es el amor.

"¿Ya veis cómo se aman?", se decían unos a otros los paganos. Y con este medio tan simple y sublime los cristianos hacían prosélitos más numerosos y convencidos que si hubiesen estado hablando doctamente de la mañana a la noche, sostenido disputas y ejercido presiones.

"Practicad la hospitalidad... sin murmuraciones". Aquí Pedro indica *una* de las formas materiales de amor al prójimo, si bien sirve para todas el mismo consejo. La caridad debe ser silenciosa, púdica, comprensiva y prudente. Ya lo dijo Nuestro Santísimo Señor Jesús: "Que no sepa vuestra mano izquierda lo que hace la derecha". Y esto, no sólo cuando se trata de la limosna, mas también de otras ayudas en otras mayores desventuras, como son las morales y espirituales en las que, si ha de estar purificada de toda escoria, *debe saber obrar y callar*, ya que hasta la simple admiración y el pensamiento íntimo de: "¿Puede haber algo mayor que esto en el hermano?", aunque levemente, lesiona la caridad. No juzguéis jamás ni aún en vuestro corazón porque hasta vuestro corazón llega el Ojo divino y lee en él. No os hinchéis de soberbia diciendo: "Yo soy más santo porque no tengo estas cosas que rebajan al hermano". Nada de más santos sino de más afortunados y protegidos. Y eso ¿por qué? ¿Sólo por vuestros méritos? ¿No sería, por el contrario, mucho más meritorio pensar humildemente que Dios os perdona porque sois los más imperfectos de todos y El no quiere vuestra ruina?

Y ahora, dirigidas exclusivamente a las voces, he aquí las palabras de Pedro: "Cada uno, según el don recibido, lo ponga al servicio de todos los demás como buenos dispensadores de la multiforme gracia de Dios".

Vosotras, voces, habéis tenido el don de recibir las palabras santísimas para transmitirlas a los hermanos. Ahora bien, hacedlo con alegría, con humildad, con diligencia y generosidad.

Y vosotros, directores de las voces, habéis tenido el don de dirigir a estos instrumentos. Hacedlo con alegría, con diligencia, con caridad, paciencia y heroísmo. No os sentéis diciendo: "Ya lo hará el Señor". Está dicho que no hay que tentar al Señor ni ser siervos inútiles. Vosotros, al estar quietos esperando a que el Señor haga, tentáis a Dios y sois siervos inútiles, desposeyendo de sabor vuestra sal, no sirviendo ni para conservar lo que Dios os confió y que debe ser tutelado de continuo ya que Dios habla al espíritu de las "voces", pero teniendo en cuenta que las voces no son únicamente espíritu sino también carne e inteligencia. Velad y vigilad para que ni a la carne ni a la inteligencia las seduzca el Enemigo que acecha para tentarlas, vencerlas y hacerlas caer. No arrastréis las "voces" a la soberbia exaltándolas, ni las llevéis al decaimiento dejándolas sin ayuda. No contribuyáis a su decaimiento dejándolas solas. No faltéis a la caridad con las "voces". *Su cruz es pesada como el plomo y todo contribuye a aumentar su peso.* Sin el amor no la podrían soportar. ¿Queréis vosotros agravarla con pedruscos de indiferencia, de incomprensión, de dejadez y de excesiva espera en las ayudas sobrenaturales? *También de éstas* os hizo Dios pastores. *También de éstas* os hizo Dios hermanos.

¿Oís a Pedro? Entonces era el tiempo en que, por decreto justo de Dios y por el fervor de los primeros cristianos que de verdad amaban con heroísmo, abundaban las "vo-

## 3. LUGAR Y TIEMPO DE LA COMPOSICION

*a)* María Valtorta escribió este volumen, al igual que los demás de índole religiosa, en Vía Antonio Fratti, en la casita que ahora lleva el número 257, y lo escribió estando en el lecho con el cuaderno apoyado sobre las rodillas, de su puño y letra, con una de las plumas que actualmente se guardan archivadas, de un tirón, sin tener a mano ni consultar libros apropiados, sin correcciones y sin esquemas previos o revisión de ningún género.

*b)* Lo escribió entre los años 1946 y 1947, en un tiempo asaz triste y difícil para ella, como aparece y se manifiesta aquí y allá en este volumen y se transparentará más claro aún seguidamente en la publicación que se proyecta de su múltiple y amplio Epistolario.

## 4. CONTENIDO

*a)* El presente Libro viene a ser principalmente un comentario teológico y espiritual basado en 58 Misas festivas que figuran en el Misal reformado por orden del Concilio Ecuménico Tridentino promulgado por San Pío V en el año 1570 y actualizado por los Pontífices subsiguientes; Misal que ahora ha cedido su puesto al restaurado por voluntad del Concilio Ecuménico Vaticano II y promulgado por Pablo VI en el año 1970.

*b)* Ambos Misales, como es notorio, son sustancialmente idénticos; empero este último ha añadido, transferido, retocado y rehecho numerosas oraciones; ha introducido gran número de lecturas bíblicas y otras las ha cambiado de lugar, etc., etc.

*c)* No es posible, por tanto, ofrecer aquí la tabla comparativa pues ello supondría meterse en un berenjenal intrincado, inaccesible e inútil para gran parte de nuestros lectores. Por lo demás, los mejor preparados y exigentes encontrarán indicaciones de toda clase sobre innovaciones y transferencias en algunos números de la revista «Noticias» y en diversos artículos y libros científicos que seguramente no tardarán en publicarse más adelante.

*d)* Eso, no obstante, como, con el tiempo, resultará cada vez más difícil encontrar en casa o en el comercio Misales de San Pío V; en el Indice final

- suministraremos *la indicación de los respectivos fragmentos bíblicos* del introito, epístola, gradual, tractus o versículo del aleluya, evangelio, ofertorio, comunión;
- y acompañaremos el texto respectivo *de la oración, de la secreta y del postcomunio.*

*e)* Por último, al final del Libro, presentaremos un cuadro debidamente ordenado de los antedichos fragmentos de la Sagrada Escritura a fin de que el lector, que se sirve del nuevo, dé con ellos inmediatamente en el anterior Misal y en este comentario teológico-espiritual. Y con el Indice final reproduciremos asimismo *el título* de cada una de las Misas[2].

ces". He aquí, pues, que dice Pedro: "Si uno habla, que lo haga como quien expone los oráculos de Dios; si uno ejercita un ministerio, que lo haga por virtud comunicada de Dios a fin de que en todo sea glorificado Dios por Jesucristo de quien es la gloria y el imperio por los siglos de los siglos".

Las voces no pueden apropiarse las palabras que reciben. Constituiría un hurto sacrílego. Los sacerdotes directores de las voces o de cualquier otra alma, no pueden en manera alguna negarse ni ejercer indolentemente su ministerio puesto que sería menospreciar la virtud comunicada por Dios a sus ministros. Y bien sea que abusasen o dejasen inerte el propio don, cometerían pecado a los ojos de Dios.

El fin de todo aquél que quiera ser justo es dar gloria al Señor. Y al Señor debéis dársela porque todo lo que sois en las vías del Bien es porque El os lo da para que podáis serlo.

Y tú, alma mía, descansa en la promesa de Jesús Nuestro Santísimo: "No os dejaré huérfanos. Me voy, pero volveré y vuestro corazón se llenará de alegría". Descansa en la oración de Cristo: "Padre... al venir a Ti, no te pido que los saques del mundo sino que los salves del Mal". El Consolador, María, está al llegar. Viene precedido por la oración y la promesa de Jesús Santísimo. ¡Viene! ¡Aleluya, aleluya, aleluya!».

Y después de adorar y alabar a su Señor, me dice Azarías: «Dile a Mariano[2] que comprenda sobrenaturalmente las palabras». Nada más...

---

[1] M. T. M. y Marta Diciotti *suponen* que el *"tiempo preciso"* que aquí se indica, coincide con el período de la guerra mundial 1939-1945 y, en particular, con el de la ya indicada evacuación (cfr. nota n.º 4 del capítulo 13 precedente), período de agudísimos sufrimientos, privaciones y desamparos.

[2] Esto es: al Padre Mariano de Sanctis, de la Orden de los Siervos de María que durante tantos años llevó fiel y respetuosamente el Santísimo Sacramento a la enferma María Valtorta. El fue uno de los primeros lectores y admiradores de los escritos valtortianos mecanografiados (por él incluso los conocí yo –habla el P. Berti– creo que hacia el año 1945) que su hermano en religión P. Migliorini iba pasando a máquina conforme recibía los autógrafos de manos de María Valtorta. Y siempre continuó leyendo y admirándolos aun en los largos años de apostolado transcurridos más tarde en el Canadá. Hace algún tiempo que volvió a Italia, a Firenza concretamente, alojándose en el archicenobio de la SS. Anunciata. Mas ahora (año 1971) ha tornado a Canadá.

---

***9/6/46***
***Domingo de Pentecostés***

*Dice Azarías:*

«¡Gloria al Paráclito Divino! ¡Gloria! ¡Aleluya! Celebremos juntos sus alabanzas en esta su Epifanía de amor considerándola en su preparación, en su forma y en sus efectos.

Generalmente la limitación humana considera una sola Epifanía del (...)[1] y una *sola* de Dios, que es la de Cristo. Verdaderamente el hombre no sabe ver, reflexionar ni comprender. *Si el hombre supiese amar,* entonces vería, comprendería y reflexionaría conforme al grado de amor alcanzado por su alma.

Cuanto más el hombre se da y abandona al amor para ser envuelto abrasado y destruido a fin de ser construido con nueva forma, encendido para arder y con ello honrar y santificar llevando entre los hermanos el ardor del horno inmenso en el que la criatura se transforma en serafín porque *penetra* verdaderamente en Dios, en el Tabernáculo ardiente que es Dios —el Operador del que todo procede, el incansable que realiza todo, el Perfecto, el Completo, el Santo, el Poder, la Sabiduría, la Luz, el Pensamiento, la Palabra, el Amor, la Vida, la Gracia, el Confirmador de la Gracia— y así el hombre tiene más capacidad de ver, de reflexionar y comprender porque posee la sabiduría. El amor es sabiduría. La sabiduría es fuente de virtud. Nunca el amor, esto es, la sabiduría, se halla separado de la santidad, antes, al contrario, es siempre promotor de la perfección porque mueve al hombre a realizar obras fecundas, y las obras fecundas y constructivas son siempre obras de amor. Como peldaños de una escalera áurea, tales obras lo elevan cada vez más hacia el Cielo y, cual alas que se robustecen con el vuelo, toda obra de amor es vuelo que tiende al Cielo, y dichas obras se hacen cada vez más amplias, santas y gozosas, superando a la propia complacencia que experimenta Dios al obrar.

El hombre, compenetrado con el Amor, se apropia, diré así, los sentimientos del Amor y, con el Amor Trino y Uno, vuelve a crearse a sí mismo, redime a los otros además de a sí mismo, gozándose en crear y redimir; y, aun siendo activo sobre toda medida su obrar en las dos formas de la caridad: adoración a Dios y amor al prójimo, adquiere, mediante el éxtasis dulce, continuo y continuamente percipiente, con las luces sapienciales de Dios en el que se halla inmerso, una majestad profunda, equilibrada, tranquila y solemne que se trasluce de la unión sobrehumana con lo Divino.

En una palabra: estando el hombre amando y viviendo con su espíritu en la Santísima Trinidad, toma del Lugar donde habita los modos y los afectos y, por tanto, el amor activo, contemplativo y gozoso, y asimismo: Luz y Sabiduría junto con la facultad de ver, recapacitar y comprender.

Ahora, por lo que te digo, por la Luz que te traigo, por el ardor que te infundo, quiero que te fijes conmigo en los conocimientos superiores que el hombre, de ordinario, no contempla y que tú *veas* cómo es Dios, el Multiforme e Igual, el que se completa en Sí mismo pero que no se supera por prevalecer Una de sus partes sobre cualquiera de las otras porque el prevalecer y el deseo de prevalecer es ya egoísmo y Dios no conoce egoísmo porque en Dios hay Obediencia en el Hijo, adhesión en el Espíritu a brillar junto al Poder del Padre, mas nunca espíritu de querer aventajar Uno con ánimo de desvalorizar las acciones de los Otros Dos.

*Ver* a Dios quiere decir fijarse en sus acciones aún en aquéllas que los pecados no advierten. Y *ver* quiere decir asimismo darse cuenta de que a las Epifanías de Cristo que el Santísimo Señor Jesús ya te explicó, se corresponden las precedentes Epifanías del Padre y las también subsiguientes del Espíritu.

La primera vez que el Padre se manifiesta es en la Creación. Epifanía inmensa del Poder que, de la nada, lo hizo todo porque el Todo puede hacer las cosas de la nada mientras que la nada, el no ser, no puede por sí formarse ni formar.

Respuesta para los soberbios negadores de Dios es lo que mis ojos ven, lo que innegablemente ven, así como la impotencia que su soberbia no puede menos de constatar, de no poder crear de la nada ni una hebra, ni una sola hebra de hierba. No es en modo alguno crear lo que ellos hacen con instrumentos, fármacos, nuevos cruces de metales, plantas y animales. Eso es trabajar sobre materias preexistentes. Crear es cuando de la nada se obtiene este todo que os circunda, este firmamento con sus planetas, estos mares

con sus aguas, esta tierra con las plantas y los animales que la pueblan, estos hombres salidos primero del polvo transformado por Dios en hombre, este *hombre* creado que se halla vivificado por una vida limitada, mas también por otra vida eterna, con un espíritu provisto no sólo de instinto sino también de inteligencia. Esto es crear. Y el Creador se manifestó en el crear. Esta fue la primera Epifanía de Dios puesta como un radiante sol al inicio de los tiempos para no ofuscarse más, nunca más.

¿Qué organismo hay que, una vez formado, dure eternamente? ¿Qué cosa que no conozca dispersión, ofuscamiento, disgregación, descuido y muerte? Los astros, y hasta el supremo sol, día llegará en que ya no existirán. Los continentes no son ahora como lo eran cuando la Tierra fue creada por Dios. Las dinastías perecen. De los grandes que existieron, muchas veces se ignoran sus nombres al recubrirlos el paso de los siglos con el polvo olvidadizo del tiempo. En cambio la Epifanía del Creador y Padre es y será porque con los resucitados del Ultimo Día quedará la parte superperfecta de la perfecta, esto es: los Vivientes, los Hombres, los eternos.

¿Te asombras, alma mía? ¿No te parece exacto llamar superperfectos a los condenados? Ellos serán la perfección del Mal y allá abajo, en el reino del Rebelde que no quiso doblegar su espíritu en adoración ante el Perfectísimo pretendiendo ser dios en el puesto de Dios, serán un testimonio del poder de Aquél a quien él quiso tratar como a un igual y de lo que puede como Creador y como Juez: hacer de la nada, no sólo vivientes sino eternos, no sólo animales sino dotados de espíritu y juzgarlos con *todo* lo que son, dando a ese todo que fue rebelde lo que mereció y manteniéndolos vivos por los siglos de los siglos, mientras que todo lo que fue creado conocerá la muerte, y teniéndolos apartados en el reino que ellos libremente *para sí* eligieron.

Como tú misma ves, la primera Epifanía del Creador y Padre permanecerá, aún más allá del tiempo, en esos dos Reinos que no conocerán término: el Paraíso y el Infierno, para recordar siempre a cada uno, según sea su condición, que Dios existe y que se manifestó como tal desde el primer día creativo. Recuerdo luminoso y feliz para los ciudadanos del Cielo y recuerdo de castigo para los del Infierno; mas para ambos, incancelable aún después de que todo haya sido cancelado, a excepción de ambos reinos.

A las manifestaciones creadoras siguieron las otras manifestaciones de la Primera Persona a los patriarcas de los primeros tiempos hasta la segunda en potencia que fue la manifestación del Sinaí y hasta la tercera, la del Jordán, que fue completa al estar presentes en ella las Tres Personas y hasta otra más, destinada a conmover a los Gentiles y Judíos, mejores aquéllos que éstos, para que tuviesen el ánimo dispuesto a creer en El, beneficiándose de sus méritos.

Y a las Epifanías del Padre aparecen unidas las del Amor, del Amor siempre presente en todas las acciones del Padre y, por tanto, manifestándose con El y con la Palabra del "Fiat" desde la primera Epifanía de la Primera Persona, porque, como dice el Introito: "El Espíritu del Señor abarca todo el mundo", pero, particularmente, manifestándose en las lecciones sapienciales y en las operaciones redentoras.

¡Oh sublime manifestación del Amor en el recinto virginal de María! ¡El Amor que se manifiesta en la plenitud de su amor derramándose sobre la Amorosa para engendrar al Salvador! "Llenándolo todo sabe lo que os dice", expresa el Introito. Colmando el corazón de la Virgen era consciente de lo que hacía: hacía que la Virgen concibiese al Hombre para que así se cumpliesen las promesas y el hombre volviese a ser amigo e hijo de Dios a través de sucesivas operaciones de amor.

¡Contempla! ¡Medita! Aquél que presidió las acciones todas del Creador y, por tanto, también el Pensamiento de crear a la Inmaculada, futura Madre del Redentor, he aquí

que desciende ahora a desposarse con Ella, encontrándola más bella que el mismo Paraíso por ser su belleza de justicia por propia voluntad además de por voluntad del Señor del Paraíso.

¿Qué Epifanía del Amor Divino más dulce que ésta? Y en virtud de esta dulce Epifanía he aquí que se forma en el seno de la Virgen la Carne del Verbo Santísimo y se inicia la formación del Corazón de Cristo, de ese Corazón que, desde su primer latido, no tuvo ni tendrá un solo movimiento que no sea de obediencia y de amor y que se os propone por modelo para llegar a la gloria del Cielo.

Mas a aquella Epifanía del marzo galileo y a la otra de las orillas del Jordán se une ahora la luminosa y coronante Epifanía Pentecostal, la prometida epifanía de que habló Cristo a sus Apóstoles para consolarles en la noche pascual y en la mañana de la Ascensión. Y ahora es cuando se cumple, yendo precedida por una preparación de obediencia y de oración para hacer de *pobres* apóstoles *grandes* Apóstoles, "para bautizarles con el fuego", como Jesús habíaselo predicho a fin de que fueran purificados de sus pesadeces y, más espíritu que carne, supieran sumergirse en el Fuego, esparciéndolo por doquier e incendiando con El a todo el mundo. Sabía muy bien el Espíritu lo que operaba en aquel momento. Operaba la transformación de los corazones, haciendo de corazones humanos "voces" de Dios.

He aquí cómo el Espíritu lleva a cabo estas operaciones: toma la nada que sabe amar, que es obediente y fiel, que habla con Dios en su confidente oración y la reviste de Sí, transformándola y haciéndola instrumento de Dios.

Está dicho: "Obrarás una nueva creación". Sí. Opera la nueva creación del Hombre en instrumento, puesto que después la buena voluntad del instrumento, unida al Amor, supercrea al santo.

Y observa esto: surgió la Primera Persona y ordenó: "Sea la Luz". La Tercera dice: "Sea el Amor". La Primera dispuso: "Sea el hombre" y la Tercera: "Sea el santo". La Primera gritó a Lucifer: "Seas maldito" y la Tercera pone en fuga al Odio con el fulgor del Amor.

El Señor se levanta y dispersa a sus enemigos y los de sus hijos y los odiadores del Amor huyen de su presencia y de la proximidad de sus hijos.

Te he dicho antes que María era bella y amada porque su belleza era de justicia por voluntad propia además de por voluntad de Dios, habiendo sido por ellos merecedora del matrimonio divino. Y también te he dicho que los apóstoles merecieron el Crisma Pentecostal por su obediencia y por su oración preparatoria para el acontecimiento.

Las almas, si han de ser merecedoras del Amor, han de apetecerlo con voluntad propia y, con obediencia y oración incansables, mantenerse dignas de El. Si así no lo hacen, vana resultará en ellas la bajada del Espíritu Santo porque, al bajar, no podrá hacer su morada en ellas y volverá a subir rápidamente al Cielo, dejando aridez, hielo, tinieblas y silencio donde podría haber habido fecundidad, calor, luz y lecciones divinas.

Mas si esto es así para todos los fieles, para los instrumentos lo es mucho más. Los Apóstoles, de hombres fueron transformados en voces de Dios por obra del Paráclito y con la propia preparación en obediencia y oración. Los llamados a una especial misión –y toda llamada es prueba, que no elección segura e inmutable– son transformados en "voces" por obra del Amor y por la propia preparación en obediencia y oración. No apliquéis otros nombres que no sean estos dos a las "hados" que alcanzan a ser instrumentos. Es su obediencia, su conservación con Dios, su obediencia a los mandatos de Dios lo que

les hace ser lo que son. Y no déis otro nombre que el de desobediencia y orgullo a las caídas de aquéllos que aparentaban ser justos pero que de tales tan sólo tenían el barniz exterior.

Nunca cesaré, alma mía, aún a costa de parecerte reiterativo, de exhortarte a esas virtudes —necesarias a todos, mas de un modo absolutamente indispensable y en medida plena, para quienes son elegidos a una vía extraordinaria— que son: una perfecta obediencia y una perfecta humildad, un espíritu de unión con Dios, o sea, *oración vivida* y no ya un murmurio maquinal de oraciones a determinadas horas.

El otro día, en un último amaestramiento, te expliqué cómo aún aquello que tu mente no comprende, *porque no posee nociones de teología,* opera en ti espirituales transformaciones porque el alma, sin saberlo tu propio entendimiento que no la puede seguir por carecer de conocimientos teológicos, absorbe el jugo de las lecciones recibidas y te nutres de ellas. Deja, pues, que, como tú dices, tu cerebro no perciba sino el sonido exterior e incomprensible de tan profundas lecciones. Es ésta una parte de ti, la mejor, la que de igual manera y verdaderamente se nutre de ellas. Y eso tiene un mayor valor que si tú, con tu inteligencia, estuvieses capacitada para analizar y entender cada una de las palabras; pero entonces este análisis vendría a ser un frío estudio de la mente y no pan y fuego del espíritu.

Muchos son los sabios, mas pocos los que a la sabiduría le asocian la justicia. Y esto ¿por qué? Porque *saben* quién es Dios pero no quieren hacer que baje este conocimiento del cerebro al corazón, al espíritu, y así son doctos pero no justos ni se cambian de criaturas humanas a espirituales. Son grandes en orgullo mas no en obediencia. Atrevidos en juzgar pero mezquinos en amar. Muchas son las palabras que fluyen de sus labios, mas éstas bajan en lugar de subir porque son *palabras* y no flechas de amor lanzadas hacia el Cielo. La oración... ¡oh!, te quiero traer un ejemplo de lo que es la oración verdadera.

Imagínate una mujer que porta en el seno a su hijo. El corazón del que está por nacer no es uno con el de la madre; distantes, separados ambos por órganos y membranas, diríase que son independientes. Con todo, a cada latido del corazón de la madre se corresponde otro del corazón del hijo, ya que es una misma sangre la que circula por sus venas. Así pues, esto mismo acontece en la oración cuando ésta es "oración" de verdad. Es un acompasar los propios latidos de amor de la criatura con los latidos de amor de su Dios, cual si una misma sangre de amor imprimiera el movimiento a los dos corazones distantes sincronizándolos en sus latido. Mas si el niño nace, toma entonces una pulsación independiente porque, a la sazón, se halla *separado* de la madre, fuera de ella.

Así, cuando el creyente se separa y sale de Dios, sus latidos ya no están sincronizados con los de Dios. El niño sale por ley natural que es buena. El creyente, en cambio, sale por elección voluntaria que no es buena. Nunca salgas tú del seno amoroso del Amor.

Volvamos a considerar esta manifestación del Espíritu Paráclito.

Te dije al principio que habremos de considerar Pentecostés en su preparación, forma y efectos. La preparación se puede dividir en tres tiempos que son: los remotos, los próximos y los inmediatos.

Preparación remota de Pentecostés es la que estaba en la Mente de Dios desde que decretó la venida del Verbo a la Tierra para redimir y dar la Religión santa y perfecta que toma su nombre de Cristo. Muy remota preparación, mas siempre presente y cada vez más viva conforme iban transcurriendo los tiempos acercándose al límite del tiempo del perdón. Informando el Amor los actos todos de Dios, no resulta errado asegurar que la preparación se inició en el principio de los tiempos.

Preparación próxima es aquélla que abarca el tiempo que va de la Anunciación a la Inmolación. E inmediata, la comprendida entre la Resurrección y Pentecostés.

Este es el motivo, pequeño Juan, de que Nuestro Señor Jesús, tan pronto finalizó el día de Pascua, te haya transportado inmediatamente al tiempo pre-pentecostal. Te trata, alma mía, como a uno de sus bienamados discípulos. A ellos, una vez resucitado de la muerte, continuó dándoles enseñanzas y se las dio, diría yo, casi como en un aparte de amor. El y ellos, ellos y el Señor, sin más predicación a las turbas ni milagros ruidosos a fin de no tener distracción de multitudes en torno a su postrer amaestramiento. Y así los condujo hasta el momento de su Ascensión, dejándoles con la orden de permanecer recogidos en oración a la espera del Paráclito y *bajo la dirección* de María Santísima.

También contigo hace lo propio y te lleva en el áura de Pentecostés tan pronto se apaga el último tañido de las campanas de Pascua. Ni son excesivos cincuenta días para prepararse a recibir al Espíritu, ese Fuego que no consume sino lo que es inútil, pero que, si ha de ser acogido como santificador y operador, necesita contar con un espíritu preparado como un cenáculo, silencioso, aislado y perfumado de obediencia y oración.

Entonces Pentecostés abre sus siete ríos y presta luz y virilidad espiritual, alimenta al alma con sus dones y la vuelve apta para acoger los frutos septiformes de los que el Espíritu echa la semilla que la buena voluntad del alma lleva a su madurez. No puede ciertamente ser acogido donde no hay sitio para su abundancia, dignidad para su Naturaleza y donde le resultaría inútil amaestrar porque el ruido del mundo conturba y prevalece, donde la obediencia está en decadencia y la oración es muy poca, donde hay otros sabores que no son los de la flor de harina ni de la miel de roca —como dice la Misa de mañana, o sea, las cosas simples y suaves, verdaderamente nutritivas, como son las cosas que vienen de Dios y que El, por su bondad, regala a sus hijos— sino lo que hay son los sabores picantes y pervertidos del mundo, de la carne y del demonio.

María, alma mía, hasta ahora la mortificación que te ha oprimido te ha mantenido en condiciones de humildad y de adhesión a Dios, por cuyo motivo el Espíritu te amó y se comunicó a ti con gracia grande. Fortifica ahora tu corazón para que el humo de las alabanzas no lo extravíe y haga de ti un címbalo que tañe pero sin luminosas palabras de Sabiduría.

Fortifica tu corazón. "Fortifica" te digo. Te dije: "No temas" cuando los hombres te presenten batalla y te encuentres sola con tu Dios y con tu ángel. Ahora te digo: "Fortifícate a ti misma" Hazte inasequible a las alabanzas como lo fuiste a los reproches. No tú sino El es el digno de alabanza.

Levanta y fija tu corazón en El y cualquier homenaje que se te tribute transfiéreselo a Aquél que es digno de él. Fuiste y eres el conducto que lleva la Palabra de Dios a los hombres. Sé igualmente el conducto que lleva las alabanzas de los hombres al Autor del prodigio. Conducto que, si ha de ser útil, tiene que ser humilde. Conducto que, para ser santo, tiene que ser justo. Superaste siempre las batallas del dolor y los dolores te han hecho ser cada vez más de Dios. Aprende a superar las batallas de la propia satisfacción. Sé justa, humilde y fiel.

A Dios las gracias, María mía; démoselas a Dios al término de esta singular explicación que es lo que el Señor quería que yo te dijese. ¡A Dios las gracias! ¡Aleluya!».

[1] Aquí hay una palabra que en el manuscrito autógrafo resulta indescifrable.

***16 de junio***
***Santa Misa del primer domingo después de Pentecostés y fiesta de la Santísima Trinidad***

*Dice Azarías:*

«Tengo orden de explicarte las dos Santas Misas de este glorioso domingo. Contemplemos, pues, juntos estas dos Santas Misas.

Hemos ya contemplado y honrado al Padre que resplandece en las obras del Hijo Redentor que fue tal porque Dios-Padre lo permitió por un acto de su inmensa bondad. Hemos ya contemplado y honrado también al Hijo en el ápice de su perfección de Hombre-Dios que muere, resucita y vuelve a subir al Padre tras haber dado a todo cumplimiento. Y, por último, hemos ya contemplado y honrado al Espíritu Santo desde el inicio de sus obras hasta su perfecta y completa epifanía pentecostal.

Hoy contemplamos y adoramos reunidas a las Tres adorables Personas a fin de iniciar con este acto la preparación para comprender fructuosamente la llegada del Verbo a la Tierra y sus santas palabras.

No da hoy comienzo el año litúrgico. Eso ya lo sabes y lo sé. Comienza con el Adviento. Mas como para preparar la venida del Señor mediaron siglos de preparación en los que fueron maestros de dicha preparación los patriarcas y profetas, así quiero yo ahora que tú vayas considerando los numerosos domingos que van de Pentecostés al Adviento como preparación para el comienzo del año litúrgico.

Hay domingos de Sabiduría. En verdad el Espíritu Santo los invade a todos y hace en ellos de Maestro para preparar a los hombres a la Venida del Mesías, de modo que cuando El llegue a ser conmemorado como Infante, lo sea con un amor robusto y activo, y no tan sólo con un amor superficial y sensiblero, como tampoco con un afecto del todo inútil hacia el Niño.

En el Niño está ya el futuro Redentor que morirá cubierto de llagas sobre la Cruz tras haberse fatigado en la evangelización y sufrido mortificaciones y molestias. Conociendo a Cristo tal cual realmente es, se llega a comprender la Navidad en su auténtica realidad.

Dios es eternidad y, por lo tanto, continuidad. No se dan fracturas en sus obras. Cada una genera a la otra, como los Tres proceden el Uno del Otro. La Trinidad ha impreso su sello y semejanza en todos sus actos. Por tal motivo son éstos a la vez uniformes y multiformes, mas nunca partidos o interrumpidos. Cadena infinita, eterna e inextinguible de amor, ya que cuanto Dios obra es amor, procediendo por años y siglos sin interrupción. Así también el año litúrgico es una cadena de la que una parte genera a la otra sin que haya término, por cuanto cada una tiene su razón de ser en la preparación de la otra.

Glorifiquemos al Señor por este magnífico sucederse de sus tiempos reflejado en el corto espacio del año litúrgico y avancemos en su conocimiento tras el obligado homenaje a la Trinidad perfecta.

El santo patriarca exclama, y la liturgia hace suyas las palabras de este justo: "Bendecid al Dios del Cielo y tributadle alabanzas delante de los vivientes porque usó con vosotros de misericordia". La frase inicial se cambia a ésta en la especificación litúrgica: "Santísima Trinidad e indivisible Unidad" y más adelante en especificaciones de las Tres

Personas para remachar el dogma sublime nunca bastante contemplado, meditado ni amado de la Unidad y Trinidad de Dios. Ahora bien, la invitación es ésta en esencia: "Proclamad con valentía aun frente a los enemigos de Dios y ante aquéllos que, si bien no le combaten, son fríos y apáticos hacia la Divinidad o la tienen por un mito, fruto de la necesidad que siente el hombre de creer en algo, que Dios existe y que, porque existe, es operativo y todo misericordia en sus obras".

Esta predicación humilde y santa no hay creyente al que no se le conceda. No hay ignorancia, por profunda que sea, que impida a un verdadero creyente predicar a Dios y su misericordia. No son tan sólo las palabras doctas ni las obras grandiosas con las que se predica a Dios.

Es —y penetra más profundamente aún en quien no conoce *ni* quiere conocer a Dios— es la fe sencilla, inquebrantable y serena hasta en el dolor; es profesando con obras de paz, de esperanza, de caridad y de resignación como se predica que Dios es misericordioso y que de El no puede provenir sino bien.

¡Cuántas personas, carentes de toda ciencia, que se encuentran aisladas por la enfermedad, que son pobres y se ven desoladas en la miseria física y monetaria, nos superan en poder de convicción a todos los predicadores, y esto por la paz que se desprende de sus obras y palabras y por éstas sus sencillas expresiones pronunciadas como corolario de sus palabras y en contra de las insinuaciones de quienes conocen mal a Dios: "Si Dios quiere que yo esté así es justo sin duda. Que se haga su Voluntad. Es cierto que El quiere mi bien, de ello no tengo la menor duda. En El tengo puesta toda mi esperanza. Como me libró del pecado por el sacrificio de Jesús así también me dará todas las gracias que de verdad necesito y alabo su Providencia!".

Y por más que el creyente, oprimido por las cruces, gima en el fondo de su corazón: "¿Pero hasta cuándo? ¿Siempre me has de tener olvidado? ¿Cuándo volverás a mí tu rostro?", no es en modo alguno con ira sino que este lamento sube a Dios pero con el amoroso afecto del hijo al Padre, igual que lo hizo Jesús en sus horas más amargas. Este grito no entraña reproche sino esperanza. No es rebelión por la tardanza sino espera, espera serena con la certeza de que llegará el momento en que cesará el dolor y la fe será premiada.

Oigamos las dos oraciones. ¿Qué es lo que se nos ofrece para adorar y obtener? La verdadera fe.

*La fe*, para ser verdadera, *ha de ser intrépida*. Heróicamente intrépida contra todas las cosas que se confabulan para escarnecerla, obstaculizarla y abatirla. El mundo y la carne, además de Satanás, vienen a ser los enemigos de la fe contra los que es preciso mostrarse heróicamente intrépidos.

La bondad del Señor es tal que concede la gloria del martirio, no sólo a los verdaderos y auténticos mártires que murieron al derramar su sangre por la Fe, sino también a aquéllos que, contra todo y contra todos, saben permanecer fieles, íntegramente fieles, al Señor.

¡Cuántos combates se desatan contra la Fe! ¡De cuántas astutas maniobras se vale Satanás para desprestigiarla, ridiculizarla y presentarla como imposible de admitir! Mas aquí es precisamente donde se aprecia la justicia de las tres virtudes teologales. La Fe, sostenida por la Esperanza y, sobre todo, por la Caridad, no se derrumba por motivo alguno y vence. *La fe es un conocimiento derivado del amor.* Cuanto el amor es más fuerte, tanto más fuerte es la fe, porque el amor *hace conocer a Dios.*

He aquí, pues, cuán verdaderas son las palabras de la Oración de la Santa Misa en honor de la Santísima Trinidad: "¡Oh Dios que concediste a tus siervos conocer, mediante la profesión de la verdadera fe, la gloria de la Eterna Trinidad y de adorar la Unidad en el poder de su majestad...!".

Es un misterio la Unidad y Trinidad de Dios. Nadie, por santo que sea, lo puede penetrar. Ni aún aquéllos a quienes les fue revelado en parte —ya que todo no puede serle dicho al que todavía es mortal— pueden decir haberlo conocido. Es un misterio tan deslumbrador que el hombre no puede fijar su mirada en él para conocerlo íntegramente. Es superior a todo otro misterio. Incomprensible misterio, por ser el Sublimísimo misterio. Sólo por eso la fe heroica, sostenida por un fuerte amor, puede llevar, si no al interior, sí al menos a los umbrales del mismo concediéndosele escuchar, diré así, el murmullo divino de la Trina Unidad oculta tras el muro cegador de su Fuego. Cuanto más fuerte es el amor —y te recuerdo que al grado de amor al que llega la criatura corresponde un proporcionado grado de amor de Dios multiplicado por su poder, porque Dios desea con amor darse a quien le busca sin medida, El, que se da con su misericordia y providencia aún a los hijos que no le buscan— tanto más fuerte es el conocimiento, ya que la distancia se reduce más al estar el alma más unida al Dios *que se abaja* —porque ella no puede subir hasta la abismal alteza en que la Trinidad arde— al Dios *que se concede* para ser conocido lo más posible, ardiendo en deseos de ser *totalmente* conocido y *totalmente* poseído por el hijo cuando, a su fe, a su amor y a su heroísmo les sea dado el premio del Paraíso.

Esto que te digo es prólogo ajustado a las palabras de la otra oración de este primer domingo después de Pentecostés. "Nada puede sin Ti la humana debilidad". Mas ¿cuándo jamás es débil el hombre que vive teniendo a Dios en sí? ¿Con su Trinidad en el corazón? ¿Con su conocimiento de Dios, con su amor a Dios y con su amor de Dios a él, criatura, para hacerle fuerte y capaz de obrar lo que Dios quiere y de estar tranquilo con la esperanza y seguro con la fe? No, no puede. Porque la unión delimita la debilidad y *la fusión la anula.* No es ya la criatura sino Dios que vive en el hombre el que opera.

Tú sabes cómo se mantiene la unión. Que no haya nada que pueda relajar la intimidad de tu amor a Dios. Nada. Ni las alegrías ni las penas. Ni siquiera *estas* penas que tu conocimiento de Dios te dice que no son queridas por Dios ni aprobadas por El que es Amor y Bondad.

Alma mía, como una paloma fatigada y herida, estás en la concavidad que es para ti nido. Estás en Dios. No hables ni te muevas, estate fija. Esto sólo. Nada más puedes hacer, oprimida como estás por el dolor que te proporcionan los hombres, desfallecida por su anticaridad y absorbida por Dios que se te muestra para consolarte y decirte: "Yo soy todo para tí". Mas no son precisas palabras para comunicarte con Quien te ama. Tu amor, con su latido fiel, es el que habla, y es suficiente.

Olvídate del mundo y aíslate en tu silencio amoroso. Calla, pues que toda palabra resulta inútil, estéril y perniciosa. Mantente en tu justicia y en tu obediencia. Nadie hay más grande que Dios. Cumple, pues, sus mandatos y nada más.

Oyele a Pablo cómo te habla, alma herida por la humanidad que te rodea. Pablo, la "voz" excelsa, te asegura que los inescrutables caminos de Dios y sus juicios, incomprensibles para los hombres, son justos, buenos y ricos en sabiduría y ciencia divinas. No yerra El sino aquéllos que se tienen por más que Dios y, aunque no con las palabras, sí con las obras, hacen ver que son capaces de aconsejar a Dios. Y así hablan, al tiempo que el ojo de Dios va midiendo, no piensan que todo es prueba, no temen ser castigados por

haber faltado a la prueba ni tiemblan por haber hecho patente que han faltado al amor: *se han amado y no han amado* a Dios ni a la criatura. Porque amor es obediencia y aquí no hay obediencia. Porque amor son actos y aquí no hay actos. En una palabra: lo que no hay es caridad.

La caridad es activa. Activa en hacer resplandecer las glorias y misericordias de Dios, en defender a los inocentes y en superar el miedo a los hombres. Cómo, ¿temen a los hombres y a Dios no? ¿Y temen no recibir ayuda de Dios si cumplen el querer de Dios? ¿Por qué temen esto sino porque no tienen caridad?

¿No se acuerdan de lo que dice Juan?: "Si uno dice: Yo amo a Dios y odia al hermano, es un embustero". Porque quien no ama al que ve y conoce y le consta de su inocencia y de sus actos, ¿cómo ha de poder amar a Dios al que no conoce? ¿No se acuerdan ya del mandamiento? Está dicho: El que ama a Dios debe amar también a su propio hermano. ¿Dónde está entonces su amor?

Te repito la orden del Cuarto Domingo después de Pascua. ¿Si no admiten las palabras del Señor, cómo van a poder jamás admitir las tuyas? Calla por tanto. Enciérrate en Dios. El curará tu alma herida. El te hablará en el silencio. Aíslate. Vive en Dios y de Dios. Deja que se cumpla el castigo y no juzgues. No juzgues. Dios les juzga ya. Como dice el Evangelio, imita al Maestro para ser semejante a El. Imítale en el amor y en la humildad.

Ven, ven, pobre alma para la que Satanás encontró el modo de herirla por medio de quien, más que ningún otro, te debía proteger[1]. Ven. El Señor es tu fuerza y tu protección y El está sobre ti con su Trino Poder. Ven. Alégrate tan sólo en El porque verdaderamente los enemigos de los hermanos son los siervos de Satanás, que es Dolor, mientras que Dios es Gozo y no conviene fiarse de quien es malvado dolor.

Alégrate en Dios, tu Maestro y Salvador. Alegría toda espiritual y, por tanto, santa del todo. Y, de insistir, díles a ellos esto tan sólo: "Porque habéis llamado 'peso del Señor' a lo que era don, yo me retiro como se me ha dicho. Pero recordad que, como dice en Jeremías, vosotros sois el peso que cargáis sobre los siervos de Dios haciendo pesada su acción y por eso Aquél que no se engaña os arrojará fuera. Recordad que 'peso' son vuestras palabras con las que cambiáis el sentido a la palabras y a los decretos del Dios viviente. Y recordad que la paz llegó ya para mí puesto que estoy sintiendo el rumor de los pasos del mensajero de la buena nueva, de Aquél que anuncia la paz y la lleva consigo" (Nahum, cap. 1, v. 15).

Entra en Su paz. Entra cada vez más. No temas. No tiembles. El silencio no es por ti. El silencio para ti no es desamor ni castigo. Para ti, víctima que te consumes, es *piedad* y castigo para ellos.

Alma mía, el Señor está contigo y la Madre te cubre con su manto lo mismo que yo con mis alas».

[1] Tal vez se refiera al procedimiento por el que se le privó del sostén y consuelo que para ella suponía su guía espiritual, P. Migliorini.

***20/6/46***
***Corpus Christi***

Se me anuncia Azarías con uno de esos dulcísimos e irrepetibles cantos angélicos que quedan en mi alma como lo más ultraterreno que yo jamás haya gustado. La luz y el canto del Paraíso son algo indescriptible, tanto en la belleza como en sus efectos.

Un tanto calmada ya en mi tormento tras las palabras que Jesús me dirigió anteayer, este canto acaba sumiéndome en la completa paz gozosa, solemne y a la vez alegre que es mi elemento desde que soy el instrumento de mi adorado Jesús.

Y, al tiempo que escribo, escucho este canto, pura melodía, que no es palabra sino únicamente sonido de una dulzura creciente hasta llegar a la beatitud. ¡Oh, es imposible expresarlo! Escucho... y en esta ocasión comprendo más cosas que en meses de meditación mía.

Sé que, pasado este instante, no podré en manera alguna explicar lo que he captado. ¡Es por demás sublime! Mas el fruto de lo que he comprendido quedará permanente en mi alma...

Este canto me hace comprender lo que es la Eucaristía para el Cielo y sus habitantes... Este canto me ilustra acerca del deseo ardiente en los ángeles de poseer este Pan...

¡Oh...!

*Habla Azarías:*

«Ven, elévate, porque esta explicación, más que meditación, será contemplación y adoración, a la vez que identificación con nuestro pensamiento angélico que difiere mucho de las acostumbradas explicaciones de este misterio. Y la diferencia se advierte ya desde el Introito. Escucha.

Se dice que la flor del trigo y la miel con que el Introito hace referencia a las dulzuras eucarísticas, se expresan en recuerdo del Maná: el pan llovido del cielo a modo de rocío, semejante a la semilla de cilandro y de sabor a flor de harina con miel, un símbolo de la Eucaristía que se le dio al pueblo hebreo.

Mas yo, ángel, quiero que sepas tú lo que nosotros pensamos al contemplar al Hijo y a la Madre: al Hijo, hecho Pan, y a la Madre, feliz, de la que vosotros, al alimentaros de El, os alimentáis igualmente de Ella. Porque, ¡oh!, verdaderamente es así, ya que vosotros, ¿de qué os nutrís sino del Pan que es el Hijo de María, formado Hombre por Ella, Purísima y dulcísima, con lo mejor de Sí Misma: con su sangre virginal, con su leche de Madre Virgen y con su amor de Esposa Virgen?

Sí. Dios os nutre con la pura flor del trigo. La espiga intacta nacida en tierra escogida, en el Huerto cerrado de Dios, madurada con el calor del Sol-Dios, se ha hecho harina, flor de harina para daros el Pan-Jesús.

Se ha hecho flor de harina. ¡No es éste un modo de hablar! Por vuestro amor, por el amor de los hombres se inmoló, se redujo a polvo entre las muelas de la obediencia y del dolor. Ella, la Intacta, a la que ni las nupcias ni el Parto ni la Muerte pudieron herir, violar ni reducir a polvo como a todo mortal. Sólo el amor, sólo él la puso en la muela donde la Corredentora llegó a cambiarse de espiga en flor de trigo...

Ya lo afirmó el Hijo: "Si el grano no muere no llegará a ser espiga". ¿Qué mortal, fuera de María, la que *no* habría de morir, supo morir a sí misma y a sus afectos para daros el Pan de Vida? La que no conoció la muerte gustó las muertes *todas* de las renuncias para daros el fruto ópimo del Salvador y del Redentor.

Y después, como Madre, hízolo crecer para vosotros con lo mejor de Sí: con su Leche virginal y, por lo mismo, también con su sangre que imprimía movimiento al Corazón que latía sólo por Dios, con su sangre hecha amor maternal. Lo hizo crecer para vosotros con su calor, con sus cuidados, con toda la miel extraída de la roca intacta, elevada contra el Cielo y besada por el Sol-Dios. Y, por fin, os lo dio a comer ensaboreado, no sólo con la miel de su amor, sí que también con la sal de su llanto.

¡Oh Santa, Santa Madre y Nutriz del Género Humano! ¡Granero escogido! ¡Jardín colmado de flores y de doradas abejas! ¡Huerto cerrado y fuente de suavidad!

Verdaderamente Jesús es el Pan verdadero, mas también lo es María, como asimismo es la que de la Palabra hizo un Hombre para darlo a los hombres en redención y nutrimento. Sabiduría, Vida y Fortaleza es este Pan, mas también Pureza, Gracia y Humildad. Porque si es Jesús este Pan, lo es igualmente María que hizo a Jesús con la flor de su cuerpo y la miel de su Corazón. Pan que recuerda la Pasión divina, Pan que recuerda el verdadero Cuerpo y la verdadera Sangre de Jesucristo; mas Pan que, para ayudaros a ser dignos de gozar de la Redención que es la consumación del Cordero sobre el Altar de la Cruz, debe ciertamente recordaros a la Deípara que formó aquel Pan en su Seno.

Ahora bien, ¿qué fiel es aquél que ultraja a su Señor? ¿Cuál el súbdito que ofende a su Rey? ¿Cuál ese discípulo que se burla de su Maestro? Y ¿cuál, por último, aquel hijo que ofende a su Madre? Es el fiel, el súbdito, el discípulo y el hijo pecador, duro de corazón y merecedor de castigo. Es el que por sí mismo acarrea su condena, o las condenas más bien, porque en el tiempo es la pérdida del favor de Jesús y de María y en la eternidad es la pérdida de la posesión de Dios.

Con todo, muchos, olvidando la advertencia de Pablo, se acercan a la Mesa Santa sin "*probarse a sí mismos*" y comen de aquel Pan y beben de aquella Sangre con el alma impura, y así el Pan y la Sangre, que son Redención, se truecan en condenación al ser recibidos sacrílegamente por el pecador.

No es para esto para lo que El, el Divino, hízose Hombre y se dio, sino para que el hombre llegue a ser dios. No se hizo Pan para daros muerte sino Vida. Loco de amor, tras haberos salvado y redimido, quiso vivir en vosotros, crucifixores, y haceros dioses, porque el amor sublime tiene estas sublimes paradojas. Siendo Dios, hízose Hombre y *los hombres le dieron muerte y El, sin embargo, de los hombres quiso hacer dioses. Y dioses* logra haceros con la Eucaristía que, bien recibida, os transustancia en El, como dice Pablo: "No vivo yo sino que es Cristo el que vive en mí".

Vosotros que habéis de morir —perpetuos moribundos, ya que la culpa original mantiene siempre activas en vosotros las toxinas mortales y a cada instante podéis perecer a pesar de la Gracia que el Redentor os consiguió con su Inmolación y con los Sacramentos por El creados y vivificados con sus méritos— podéis combatir a la Muerte con la Vida, esto es, con la Eucaristía.

Ya lo dijo El: "Si no coméis la Carne del Hijo del hombre y no bebéis su Sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi Carne y bebe mi Sangre tendrá la Vida eterna". Y más: "Para eso vine Yo: para que tengan la Vida y la tengan sobreabundante... Para esto doy mi vida...".

Mas ¡ay de aquéllos que conscientemente convierten el Pan del Cielo en su condenación y en tóxico letal al usar el Sacramento más sublime de una manera sacrílega! Y ¡ay también de quienes limitan su poder transformador recibiéndolo con indiferencia, tibiamente, sin verdadera voluntad de transformarse en Dios y, con su ayuda, llegar a hacerse cada vez más dignos de recibirlo!

Vida eucarística es vida de fusión. La Comunión no termina cuando salís de la Iglesia o se consumen en vosotros las Especies. Ella *"pervive"*, no ya materialmente, sino con sus frutos, con sus ardores, con la cohabitación, o más bien, con la inhabitación de Cristo en vosotros y con vuestra fructificación en Cristo porque "el sarmiento que sigue unido a la vid lleva fruto" y "Aquéllos que permanecen en Mí y Yo en ellos, esos tales llevan fruto en abundancia".

Vida eucarística es vida de amor. Y por ser la Eucaristía memorial, manantial y horno de amor; y, al poner el alma cuanto está de su parte, ayudada cada vez más por la gracia del Sacramento, lo transmite al que la recibe —porque es innegable que allí donde hay buena voluntad, por más que la criatura sea débil e informe, se comprueba que la Eucaristía confiere aumento de formación, robustecimiento de la voluntad, transformación del sentimiento: de tibio en ardiente del deseo; de débil en fuerte y de la obediencia al precepto de comulgar en las Festividades, a hacerlo diariamente—.

La Eucaristía tiene presente a Cristo en todas sus operaciones. *En su Encarnación*: la Eucaristía es una perpetua Encarnación de Cristo. *En su vida oculta*: el Tabernáculo es una prolongación de la casa de Nazaret. *En su vida de menestral*: Jesús-Eucaristía es el artesano incansable que labora las almas. *En su misión de Sacerdote al lado del que muere o del que sufre*: como lo estuvo junto al lecho de José moribundo y con todos aquellos que acudían a El para ser consolados, lo mismo que está ahora ahí Jesús para consolar, fortificar y preguntar, igual que a los dos de Emaús: "¿Por qué estáis tristes?" y quedarse con vosotros, como Amigo y Cireneo, mientras "se va haciendo de noche y declina el día" y llega a su final el camino de la Cruz y la extrema inmolación.

El está ahí como cuando evangelizaba a las turbas y decía: "Tengo pena de esta gente. Démosle pan a fin de que no desfallezcan por el camino" y, como entonces, os evangeliza en las virtudes de la caridad, de la humildad, de la paciencia y de la mansedumbre. Cordero, más que nunca Cordero que no abre su boca ante quienes le golpean, El, en su silencio exterior, os habla con el torrente de los destellos divinos que se desprenden de la Hostia Santa en la que su Divinidad se aniquila y os dice: "Imitadme en la generosidad, en la mansedumbre y en la misericordia". Y, como desde la noche del Jueves hasta la hora de Nona, os enseña a ser redentores...

María, llegué a decirte una vez que Jesucristo *es "el compendio del amor de los Tres"*. Pues bien, ahora te digo que la Eucaristía *"es el compendio del amor de Jesús en el que ya está el compendio del Amor Trino Perfecto"*. Esto te lo dice todo.

Jesús-Eucaristía os enseña a hablar y a callar, a obrar y a contemplar, a sufrir y a humillaros y, sobre todo, a amar, amar, amar.

El Espíritu Santo proporciona luces para comprender, mas el Verbo Encarnado hecho Eucaristía, suministra los fuegos para hablar y convertir *mediante la caridad que es la que abate las herejías y sana los corazones haciéndoles doctos de Dios y guiándolos a El*, e infunde los ardores para ser mártires. De los labios de toda persona eucarística fluye la Sabiduría porque vida eucarística es asimismo vida de Sabiduría y de su corazón brota el heroísmo ya que la Eucaristía comunica a Cristo que es el Héroe santísimo y perfectí-

simo. Vida eucarística es también vida apostólica porque Jesús, al estar dentro de vosotros, y El jamás se separa, os cambia en apóstoles, siendo el grado de apóstol más o menos potente según sea el grado de vida eucarística alcanzado.

Y, por fin, vida eucarística es vida deificada por la Carne, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Jesús que baja a hacer su morada en vosotros.

Llamáis *"sagrados"* a los vasos eucarísticos, sagrados a los tabernáculos y sagrado cuanto se halla en contacto con el Santísimo Sacramento. Y esto es tan sólo un *contener* o ser *tocado*, acción, por tanto, puramente exterior. Con todo, imprime un carácter sagrado al objeto que tiene la suerte de contener o de tocar a la Eucaristía porque la Sagrada Hostia es el Cuerpo del Señor Jesús.

Pues entonces, ¿qué vendrá a ser *vuestro* cuerpo a cuyo interior desciende el Cuerpo Santísimo que se anula en las Especies, absorbidas, como cualquier otro alimento humano, por los jugos que lo transforman en sangre vuestra? ¿Ya lo entendéis? En sangre vuestra. Vuestra sangre, tratándose de vosotros que os alimentáis de la Sagrada Eucaristía, contiene, y no metafóricamente, lo que fue Especie del Cuerpo Santísimo, así como vuestro espíritu recibe la gracia que emana de este Cuerpo completo dotado de Carne, Sangre y Alma, como el de cualquier otro hombre y además, al ser Cuerpo del Verbo Divino, de Divinidad.

Si pues vuestro cuerpo debiera de ser santo como templo que es del Espíritu Santo que desciende y alienta en vosotros, ¿a qué perfección tendría que llegar para ser digno tabernáculo del Dios que viene a habitaros —más: a fundirse con vosotros, a hacerse *vosotros*— y, dado que el Mayor no puede ser absorbido por el menor: a absorberos, *a hacer que vosotros lleguéis a ser El*, esto es, dioses lo mismo que El es Dios?

Yo os lo digo: deberíais imitar con el mayor ahínco a la Virgen con la que el Verbo de tal modo se unió que se hizo Carne de su carne y Sangre de su sangre y recibió vida de Ella obedeciendo a los movimientos del corazón materno y a las leyes vitales maternas para formarse y llegar a ser Jesús.

El Cristo concebido obedeció a la Madre. Mas la Madre ¡a qué grado de superabundante pureza no se elevó a Sí misma, Ella, la Toda Pura, para colocar en torno a la Divinidad un Santo de los Santos más escogido aún que aquél que resplandeció sobre el Moria! María hizo de Sí tabernáculo celestial, un trono celeste en el que Dios viviese lo más posible en un Cielo antes de sufrir los contactos del mundo.

Igual deben hacer los amantes de Jesús: Ser rinconcitos celestes para que la Eucaristía pueda vivir en ellos como en un palpitante y adorante Cielo, resguardada de los hedores y abominaciones del mundo.

Y sabed alabar en este pequeño Cielo, en vuestro pequeño Cielo en el que, si es tal, nada realmente falta porque en la Eucaristía se hallan presentes los Tres, indivisibles por más que sean Tres, formando la sublime Unidad que tiene por nombre Trinidad, de la que no está ausente la caridad de María y de los Santos siempre adorantes donde se encuentra el Señor, como tampoco están ausentes los coros angélicos con sus himnos que te transportan al Cielo. Sabed alabar, no con palabras sino con amor. No temáis excederos en las alabanzas a Jesús-Eucaristía, pues es merecedor de toda alabanza porque su milagro de poder y de amor rebasa toda humana alabanza.

No te comento, alma mía, la perfecta secuencia del grande y santo Tomás. Sencilla y profunda, como todo lo que proviene de Dios, ella se hace entender por sí sola. Esto únicamente te digo: que Tomás, el enamorado de la Eucaristía que constituía su Luz y

su Maestra, para comprender y hacer comprensibles las verdades teológicas, no hacía, al tiempo de componerla sino *escuchar lo que, con voz luminosa, salía de su espíritu.* Por lo que Tomás de Aquino era entonces una "voz" que transmitía cuanto el Amado Divino decía colmando de gozo a su adorador.

Ahora bien, siempre es así, alma mía. Cuando El os habla, lo hace para vuestro contento. Cuando uno que es *"nada"* dice lo que a duras penas pueden expresar los ángeles, es porque El habla o encarga a un ciudadano del Cielo que os hable para vuestra instrucción y la de vuestros hermanos. Es el Buen Pastor que os conduce a los pastos floridos de verdad y sabiduría. Es el Amor que os sacia y da las palabras. Se da a Sí mismo en Palabra y en Alimento.

¡Oh, exultemos! Yo, ángel, no hago sino exultar de júbilo al verte nutrida con el Pan del Cielo y con la Divina Palabra. Me acerco y oigo la Palabra. Me acerco y percibo la fragancia del Pan paradisíaco. ¿Has calificado de sublime mi música inicial? No, sino ésta. Esta Voz de mi Señor y tuyo que te habla, ésta es la música, ¡oh mortales todos!, que sólo una gracia especial hace que se la pueda oír sin morir de gozo. Esta Palabra es la que a nosotros, los ángeles, nos mueve a contar con alegría inmensa... Y si ésta se da es para ser dada y, al igual del Pan Eucarístico, esta Palabra es Pan, pan sapiencial que, bajo especies diversas, que son apariencias y no sustancias, esconden cosas sublimes. En efecto, tanto los dictados como las visiones son formas (especies); mas la sustancia es el Verbo que enseña. Se da siempre igual que la Eucaristía y produce frutos diversos según que la reciban los que son o dejan de ser buenos. Y es justo que así sea puesto que el Verbo es Eucaristía y Eucaristía es asimismo el Verbo bajo forma distinta pero con idéntica santidad divina. Al ser, pues, una misma cosa, son iguales los dones y frutos que produce: Vida, Sabiduría, Santidad y Gracia.

Puede decirse que la Palabra es Comunión, como también Pan. Que la primera es Comunión de Dios-Espíritu al espíritu e inteligencia del hombre, y que la otra es Comunión de Dios Carne y Sangre al hombre todo para transformarlo en Dios mediante una operación de gracia santa y de infinito amor.

Lo mismo que de la Comunión del Pan Angélico, te digo también de la Palabra: jamás la recibas indignamente a fin de que no sea para ti "muerte", antes con espíritu recto, humilde, obediente y rebosante de amor, sáciate de Ella y de la Eucaristía en el tiempo para así encontrarte pingüe de ellas en la eternidad. Porque estos Alimentos, que del Cielo descienden, se ayudan y complementan entre sí proporcionando la cumplida y eterna Vida según la promesa del Verbo Jesús: "El que guarda mis palabras no verá la muerte eterna" y "El que come de este Pan vivirá eternamente".

¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!».

Tres resonantes aleluyas[1] y después, de nuevo, el inexpresable canto que anula todo dolor, toda inquietud y todo afán, sumergiéndome en el áura de los Cielos...

[1] Palabra hebrea que quiere decir: Alabad al Señor.

*23/6/46*
***Octava del Corpus Christi***
***Santa Misa dentro de la Octava del Corpus Christi***

*Dice Azarías:*

«En el tiempo pasado, en el presente, en el futuro y en el tiempo eterno, el Señor te atrajo ampliamente y te salvó porque te amó, y te salva y te salvará porque te quiere. Esto tú lo debes reconocer y no temer. Siempre lo reconociste incluso cuando tu amor aún era muy imperfecto y sufría los embates de la juventud y de las pruebas y penas de la misma. También ahora lo debes reconocer, y siempre, hasta cuando llegues a estar con El.

Los actos de los demás no deben interponerse cual tupidos velos entre El y tú de modo que ya no llegues a reconocer su Rostro, su Voz, su amor, su paz ni su verdad. Yo no diré ni una sola palabra de las que rompen la paz y la confianza de un corazón con su modo de obrar que desconsuela a las almas haciéndolas titubeantes. Con todo, te lo digo a ti: sus actos, por más que te hieran, no deben vencerte con miedos ni dudas acerca de la verdad de la Voz y de su procedencia.

El Señor, pobre alma, ha cuidado de ti y tú lo has reconocido, porque no es posible equivocarse entre Dios y Satanás, entre voces celestiales e infernales si quien las oye tiene presente, no lo meloso de las palabras sino los efectos que producen. Satanás puede remedar a Dios en el lenguaje, mas, en modo alguno comunicar esa gracia y esa paz que acompañan siempre a las palabras divinas o de espíritus de luz. No pueden producir gracia ni santidad porque sus palabras van siempre mezcladas con insinuaciones que un alma en gracia jamás puede aceptar. Y no pueden producir sensación de paz porque el alma en gracia se sobresalta de horror con las voces infernales y, por más que el individuo no cuente con otros signos para reconocer cuál es el espíritu que le habla, bástale este escalofrío del alma para proporcionar al hombre la señal de que es la Tiniebla la que en ese momento se manifiesta. Satanás puede engañar a los pecadores entontecidos por el pecado, a los distraídos e irreflexivos y a los curiosos que, por querer saber demasiado, acuden imprudentemente a todas las fuentes. Mas al que no puede engañar es a un espíritu recto que está unido con Dios. Todo lo más que puede es turbarle acercándose a él o llevándolo mediante una acción propia o valiéndose tal vez de infelices que, sabiendo raras veces lo que hacen y más fácilmente ignorándolo, son, en un momento dado, los instrumentos de que se vale Satanás para causar dolor y espanto a los instrumentos de Dios. Pero entonces interviene Dios sacándoos fuera del todo y os salva sumergiéndoos en su océano de paz y de amor, como lo ha hecho contigo porque te ama.

Hoy se celebra también la vigilia del Nacimiento del Bautista y el Introito de esa Santa Misa canta: "No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido escuchada...". Yo te digo a mi vez: "No temas, María, porque tu oración ha sido escuchada". Jesús escucha las oraciones de quienes le aman y ha intervenido para no dejarte perecer en un mar de desconsuelo. Mas hablando, no a ti sola sino a todas las almas, digo que el Señor siempre ama y pone completamente a salvo a quienes a El se confían sin temor.

Venced el miedo que paraliza el amor, la confianza y la oración. Venced ese miedo que está denotando en vosotros ignorancia de Dios y de su poder y también una fe deficiente en Dios. La fe buena y verdadera es humilde y lo acepta todo, porque dice: "Si Dios lo dice y me lo hace decir es señal de que es cosa verdadera". Mas esta fe total nun-

ca va acompañada de miedo, desconfianza, duda, o lo que es peor, de una obstinada e íntima persuasión de que Dios *no* puede esa determinada cosa. Dios todo lo puede, todo debéis esperar que Dios pueda y todo debéis creer que Dios pueda.

No matéis el amor con la duda o la negación. Eso, jamás. No rompáis la cadena del amor que os une a Dios con la frase de los que dudan y de los que quieren juzgar a Dios con arreglo a su medida, con la frase de Zacarías así castigada: "¿Cómo va a ser posible esto si...?". Zacarías quedó con su interrogante sellado en los labios hasta que, de nuevo, supo creer y alabar al Señor reconociéndole capaz de obrar cualquier prodigio.

Jamás seáis merecedoras, almas queridas, del castigo de la mudez espiritual por vuestras desconfianzas con el Omnipotente. Y pedid ser mantenidas en este espíritu de fe absoluta en el Señor Dios vuestro y de temor, unido al amor del Señor Bendito según lo recuerdan las Oraciones de la Santas Misas de hoy.

Parad mientes en la hermosa fe del Bautista hacia Aquél a quien tan sólo conocía por lo que de El decían los profetas. Nada daba a entender al Mesías en aquel humilde viandante que llegaba a las orillas del Jordán. Mas la fe, cuando es absoluta, cuando se halla impregnada de una profunda caridad, confiere presciencia y posibilidad de ver y entender a Dios por más que se oculte bajo las apariencias de una vida común. Y Juan reconoció al Divino Mesías en el hombre galileo y, como el santo temor de Dios había hecho de él un santo, así también el amor santísimo hizo de él un profeta.

El temor de Dios que preserva de las culpas dota de vista segura al espíritu del hombre, y el espíritu que "ve" no puede dejar de creer en Dios y en sus Palabras y, de esta suerte, salvarse de la muerte espiritual. Juan, el Precursor, predicaba el temor de Dios para descombrar los caminos al Cristo que venía a salvar a su pueblo. Jesús, el Salvador, predicó el amor por los caminos de la salvación.

El temor precede siempre al amor; y, diré así, la incubación del amor es la metamorfosis del sentimiento en un grado más elevado. El temor es todavía del hombre mientras que el amor es ya del espíritu. El hombre que teme a Dios se halla, a no dudar, en el buen camino siempre que su temor de Dios sea justo, es decir, que no sea un ignorante e irracional miedo de Dios; mas, con todo, es siempre un camino trillado por quienes aún no han desplegado las alas para volar a un conocimiento más alto de lo que es Dios, esto es: Misericordia y Amor. El hombre que teme sigue sintiéndose el "castigado" por la Culpa antigua y las suyas actuales. En cambio el hombre que ama se siente el "perdonado" por los méritos de Cristo y revestido con ellos, de modo que el Padre ya no le ve como súbdito sino como hijo. El temor es bueno para tener sofrenada y de las riendas a la materia; mas el amor es óptimo para dotar de calor de santidad al espíritu.

Con sólo el temor, el culpable se arrepiente; mas su arrepentimiento es todavía mudo y oscuro al estar sofocado, cual llama bajo el celemín, por el temor al Dios Juez. El culpable que, al temor añade el amor, suspira y su alma se encuentra ya en una luz que le ayuda a hablar al Padre y a ver su estado espiritual porque, no ya las culpas graves, sí que también las veniales e imperfecciones se le presentan cual pobre capa de hierba bajo árboles altísimos y, a su vista, puede, no sólo talar los árboles, mas también arrancar sus brotes, limpiando así el terreno para sembrar en él las virtudes gratas a Dios.

Por tanto, el culpable cuya fortaleza estriba en el amor, no sólo posee el arrepentimiento perfecto —porque se arrepiente no ya por temor al castigo antes por la congoja de haber causado dolor a su Dios amado— sino que en el mismo amor tiene su absolución primera. Y, en verdad, pocas veces aquél que ama con todo lo que es llega a las cul-

pas mortales. Sólo un asalto imprevisto y feroz de Satanás y de la carne podrán abatirle momentáneamente. Mas, en general, el amor preserva de caer y cuanto es más fuerte tanto más débil será el pecar, lo mismo en número que en gravedad, hasta ir reduciéndose el pecar, quedando por último en imperfecciones apenas aparentes en aquellos que alcanzaron el completo en el amor y, por ende, la santidad.

El apóstol Juan, el bendito y amoroso Juan, os da en la epístola la medida de lo que puede la caridad y las cumbres que alcanza. Y, en contraposición, os hace ver el abismo en el que se precipita quien no tiene la caridad: "Nosotros sabemos haber sido transportados de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos".

*¡De la muerte a la vida!* María, ¡qué frase tan lapidaria! El hombre, si no ama, ha muerto, es un muerto. Y si ama, el hombre, tras haber estado muerto, resucita y adquiere la vida. Cómo, ¿esto es un milagro? Los pobres, los verdaderos pobres del mundo, es decir, aquéllos que no conocen a Dios, no pueden comprender esta verdad y se ríen de ella como palabra de locos. Mas el que cree, el que realmente cree, la comprende.

Dios es Caridad. Por eso el que ama está en Dios. ¿Quién es el que da o devuelve la vida? Dios. Sea que traiga al hombre del barro y lo vivifique con el aliento divino espirando sobre la forma de creta, sea que coopere a la precreación de los hombres creando un alma para el embrión animal que fue concebido en un seno, el alma: la vida del hombre que no es un bruto y que, sin esta vida de su existencia, no estaría ni materialmente vivo porque a él, para estarlo, no le basta con tener, como los animales, la respiración en las narices sino que debe poseer esta alhaja espiritual, esta vena espiritual que le mantiene unido al Seno Santísimo de su Criador y nutrido por El que es Espíritu, Luz, Sabiduría y Amor. Y sea, por fin, que a aquél a quien entregó ya su alma, El se la vuelva a infundir resucitándolo, es siempre el "Quiero" divino el que hace vivir a la criatura.

Mas la criatura tiene una vida en la vida: su alma. Y ésta que, al ser inmortal, no muere por la muerte física, puede muy bien morir si, como antes he dicho, se separa del Seno de su Señor. El odio, cualquiera que sea su forma y testimonio, es el cuchillo que corta la ligadura con el Señor y el alma, una vez separada de Dios, muere.

Por eso únicamente la caridad es la que de los muertos hace vivos. Porque sin caridad estáis muertos. Y muertos estaban muchos, y más antes de que la Caridad hecha Carne viniese a enseñar el Amor como Salud.

Por eso puede muy bien decir el apóstol Juan que los verdaderos cristianos saben haber sido trasladados de la muerte a la vida por la Caridad que tiene su mandamiento de amar a los hermanos hasta el holocausto, dando así ejemplo del amor perfecto. El mandamiento del amor, que los buenos acogen, es como el soplo de vida inspirado a la creta para hacer de ella a Adán, o el fiat que se repite en cada infusión de alma en un germen de hombre y, sobre todo, como el grito del Resucitador: "¡Yo te lo digo: levántate!" y el "¡Lázaro, ven afuera!" a los resucitados de Palestina.

Dios, que vuelve a entrar con el amor, devuelve la vida a los muertos mediante el amor. Mas el que no ama continúa en la muerte, esto es, en el pecado, porque el pecado, en todas sus formas, es odio. El hijo que no respeta a sus padres y les oprime con exigencias y egoísmos, el que daña a su prójimo con la violencia, el hurto, la calumnia y el adulterio, es un homicida. No es preciso matar para ser homicida. Lo es igualmente el que hace morir de vergüenza o de dolor, lo mismo que quien lleva las almas a la desesperación con actos que les arrebatan la paz, la fe, el honor, la estima y el medio de trabajar, de vivir y de procurar la vida a sus familiares, como también el que con su ferocidad sanguinaria o sutiles persecuciones morales lleva a hacer desesperar de Dios y a morir odián-

dole, son homicidas de sus hermanos y es como si tratasen de matar a Dios en una nueva Crucifixión, porque Dios está en vuestros hermanos y vuestros hermanos en Dios del que son hijos, y el homicida de sus hermanos, aquél que, material, moral o espiritualmente odia a sus hermanos, no hiere a éstos tan sólo sino que, a través de ellos, hiere también a Dios y, como todos los deicidas, está muerto.

En el Reino de Dios no entran los muertos. El Reino de Dios se inicia en el espíritu del hombre sobre la Tierra mediante la unión con Dios y se completa en el Cielo con su plena posesión. Aquí, en la Tierra: Dios en vosotros; y en el Cielo: vosotros en Dios. Mas Dios no entra en la putrefacción de muerte, y la putrefacción de muerte no entra en el Cielo. En la Jerusalén eterna, como no habrá templos "porque su templo es el Señor en el que todos estaremos"; como no habrá necesidad de sol ni de luna porque su esplendor es Dios y su luminaria el Cordero; como no habrá puertas por no ser necesarias para Ella ni Tiniebla para odiarla; así tampoco habrá en Ella nada impuro y corrompido, nada muerto sino que tan sólo estarán quienes hayan escrito sus nombres en el libro de la Vida, o sea, en la Caridad que es Vida. "En esto conocimos la caridad de Dios: en que dio su vida por nosotros".

Esta es la medida del amor perfecto: la inmolación. Jesús-Amor os la dio con El mismo, muerto en un patíbulo tras haberos dado doctrina y milagros, o sea, *todavía amor*; mas no perfecto amor, puesto que la perfección del amor está en el sacrificio. El mismo, a las puertas de su Pasión, cuando ya podía decir que había concluido de predicar y tenía que estar desengañado viendo que al *río de palabras pronunciadas correspondía tan sólo* un arroyuelo insignificante de convertidos, exclamó: "Cuando sea levantado de la tierra lo atraeré todo a Mí". Por eso sabía Cristo que únicamente la inmolación habría de vencer los obstáculos de Satanás y de la carne y que las palabras, *de germinar, lo harían bajo* la lluvia de su Sangre.

La inmolación. La generosidad. Generosidad material en las obras de misericordia corporal. Generosidad moral en las obras de misericordia espiritual. Supergenerosidad, al ser ésta espiritual, sabiendo morir de amor para dar vida a los espíritus de los hermanos muertos en su espíritu, comunicándoles la caridad de que se hallan faltos. El ejemplo es la más santa y activa de las lecciones y la acción es la única cosa verdadera. Por eso, sabed amar, no sólo de palabra sino "con las obras y de verdad" y la caridad de Dios estará en vosotros.

¿Y tú, alma mía? Para ti, aquí tienes la epístola de la Santa Misa de la vigilia de San Juan Bautista. El Señor te habló hace ya muchos meses de este fragmento de Jeremías[1]. Mas no te vendrá mal que vuelvas a leer cuanto la Divinidad lleva a cabo para preparar sus "voces" y así llegues a persuadirte de que tú eres lo que eres porque Dios quiere que lo seas —y es voluntad de Dios, palabra de Dios lo que en ti sucede y resuena—.

"Antes de formarte en el seno de tu madre te conocí".

¡Cierto, alma mía! Dios no ignora a sus criaturas; respeta su libertad de acción; sabe por qué vías han de pasar para santificarse o para condenarse; ve lo que les ha de suceder a causa del mal o del bien que hagan; conoce de antemano quién se ha de inmolar ocultamente para disputar un alma a Satanás y al sentido de la criatura que posee a aquella alma, y coopera con sus luces, inspiraciones y los méritos de Jesús para luchar contra Satanás y el sentido a fin de salvar a un hijo suyo para el Cielo.

Y Dios, movido de sus deseos paternales, no querría sino que todos los hombres fuesen santos. Pero el Mal está en lucha contra el Bien y si tal vez la batalla hace que aumenten los méritos del vencedor, es también cierto que la batalla deja a muchos débiles ten-

didos muertos sobre el fango...

Dios, aún antes de que tú fueses, te conoció. Conoció a la pequeña María, a la pequeña "voz", toda ardimiento dentro de su pequeñez y por esto te amó. Las operaciones de gracia obradas en ti las conocerás todas cuando estés en el Cielo. Mas créele a tu ángel: como los latidos del corazón impulsan la sangre en las venas del pecho transformándola en leche para la madre amorosa, nutriz de su recién nacido, y del pezón la vierte en la boca del niño y éste se nutre de ella y crece sin advertir siquiera que su vida y crecimiento se deben a aquel líquido tibio y dulce, así también, sin tú saberlo, el Padre Santísimo vertió sus operaciones en ti y te formó en lo que ahora eres. Y más aún: como el lactante sonríe instintivamente al pecho que le nutre sin saber a punto fijo lo que del mismo le viene y tiende a él sus manecitas y su boca ávida, así tú, instintivamente, has tendido a El sin querer otra cosa. Acción recíproca de amor que permitió a Dios formarte y a ti formarte de igual manera, puesto que el éxito del Querer de Dios depende siempre de dos elementos que se integran: Su amor y el amor de la criatura, fundidos en un sólo amor y deseo de hacer lo que es bueno.

"Yo no sé hablar", dijo Jeremías. Y tú dijiste y dices: "Yo no soy digna. ¿Por qué a mí? ¿Es posible que Tú escojas la nada?".

Y el Señor a Jeremías y a ti: "No digas así por qué, pues cualquier comisión que te encomiende tú la harás y dirás lo que Yo estoy contigo para librarte".

¡Oh, cómo se complace el Señor de las nadas humildes y obedientes! No temas, alma mía, tu "nulidad" no sería capaz sino de amar; pero «el Señor extendió su mano, tocó a su "víctima" y te dijo: "He aquí que Yo pongo mis palabras en tu boca para el bien de tus hermanos".

"Cuando sea levantado atraeré todo a Mí", dijo el Redentor.

Tú pediste y obtuviste la cruz y, alzada en ella, esperaste poder, con tu sacrificio, atraer a muchos al Señor. Y el Señor no se limitó a darte esta calamita tan sólo sino que te dio asimismo la otra: su Palabra, a fin de atraer a los hermanos a Dios.

Continúa en la cruz hasta el fin y atrae a los hermanos a Dios, sufriendo, recibiendo las palabras, muriendo y dando a cada instante por amor y con amor, con un amor al que temor alguno vence: "Porque el amor total es más fuerte que la muerte y al que las aguas no pueden extinguir ni los ríos anegar". Que al tuyo no le sacudan las apatías de los hombres ni el odio de Satanás.

Permanece en el sitio al que el Señor te trajo, esto es, en su amor, y no temas porque El, antes de que tú le invoques, obra, librando a tu alma del que te persigue.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

[1] Alusión a: Jeremías 1, 4-10. Este fragmento se habrá de tener presente hasta el final del actual comentario a la Santa Misa.

***30/6/46***
***Domingo dentro de la Octava del Sagrado Corazón***
***y Conmemoración de San Pablo***

*Dice Azarías:*

«La confianza no debe anular la humildad, ni el reconocimiento de vuestras debilidades la confianza en la bondad del Señor. Un alma que tuviera una de las dos cosas pero se hallase a falta de la otra, sería imperfecta y defectuosa su marcha por las vías de la perfección.

Ayer, al hablar el Señor, yo callé. Mas, de haber podido hablar, te habría hecho considerar que Pedro es un ejemplar perfecto del alma que tiene debidamente equilibrada su santidad entre la confianza que anula el temor y la humildad que mantiene el alma en las condiciones que son necesarias para servir al Señor y recibir ayuda de El.

Pedro pecó como hombre y como apóstol. Mas sus pecados como hombre, antes de su elección al apostolado, no fueron óbice para acceder a él, antes por ellos precisamente se robusteció su humildad habiéndose patente su confianza en la Justicia Divina que lo eligió para apóstol.

Uno de los escollos del alma es muchas veces la falsa humildad o la débil confianza. La falsa humildad llega a haceros negar los prodigios de Dios en vosotros. Y ¿para qué? Para oír cómo os dicen: "¡Oh, no! Tú eres merecedor de esto porque eres bueno y eres digno", y así de los demás. La confianza débil, ésta sí que os lleva a dudar de Dios, de su poder y a juzgar sus actos. No tengáis ninguna de estas dos cosas imperfectas.

Sed humildes, pero con la verdadera humildad, con aquélla que, ante todo, media en las relaciones entre vosotros y Dios y que Le confiesa humildemente los propios extravíos, presentando siempre a vuestros ojos lo que sois *y lo que fuísteis* para que así nunca lleguéis a autoproclamaros santos ni a pensar que Dios se vea obligado a beneficiaros por ello. La verdadera humildad, la de los verdaderos santos, reconoce siempre que los méritos de la criatura son siempre como átomos respecto de la magnitud de los dones que el Padre concede a la criatura. Y de este reconocimiento se deriva un aumento de amor y, por ende, de unión con Dios.

La verdadera confianza se abandona al Señor. Sabe lo que es: una nada. Pero está seguro de que Dios es justo en sus actos. Por eso le sirve sin juzgar si el instrumento es imperfecto en su cometido. Se abandona, se pone en las manos de Dios y dice: "Haz de mí lo que quieras". Este acto es el que obtuvo al Salvador para la Tierra.

María, en la soledad de su casa, se sobresaltó, no por el milagro que se le anunciaba, "sino por la forma del saludo" que empleó el fúlgido Anunciador. Mas cuando Gabriel húbole explicado por qué el Señor estaba con Ella y por qué era la Bendita entre todas las mujeres, cuando supo que había de ser la Virgen que diese a luz al Hombre y cuando le fue revelado cómo sus intactas entrañas habían de poder llevar un fruto sin que obra de hombre depositase la semilla, es entonces cuando Ella, la verdadera Humilde y la verdadera Confiada, dice: "He aquí la esclava de Dios. Hágase en mí según su Palabra". Y el Verbo dejó el Cielo y se encarnó por obra del Espíritu Santo, o sea, del Amor, y habitó entre vosotros, padeció y murió en la Cruz, siendo el hombre redimido. Y todo por el humilde y confiado "hágase" de María Beatísima.

¿Tánto es lo que os sentís "nada", "miseria" y "fealdad"; tánto lo que os acordáis de haber sido "pecado" y haber causado "dolor" a Dios? Y ¿es por eso que vuestra confianza no osa distenderse? ¡Oh, no!

Ahí tenéis a Pablo, el antiguo Saulo, injusto perseguidor de Cristo en sus siervos, que dice: "Sé muy bien en quién puse mi confianza y estoy seguro de que El es tan poderoso como para conservar mi depósito...". Oye cómo Pablo se tranquiliza, tanto en lo que se refiere a sí como al hombre pasado, al apóstol presente, a la doctrina que la muerte ya no le dejará difundir y, en fin, a todo. El sabe en quién puso su confianza y no teme por nada. Como Dios le sacó de la ciénaga del pecado, como le guió por las sendas del apostolado, así recogerá de las manos del apóstol muerto el tesoro en ellas depositado para consignarlo a otros que lo propaguen, continuando la labor seccionada por la muerte.

El tesoro de Dios no perece y Dios no defrauda las buenas voluntades. No temas. Como dice el Gradual de la Santa Misa dentro de la Octava del Sagrado Corazón, arroja sobre el Señor tus ansiedades porque cuando un hijo "grita al Señor, El escucha su voz", El que sabe la verdad de las acciones de los hombres, no siendo precisas largas oraciones para expresarle lo que necesita ni para aturdirle a fin de que no se dé cuenta; El, que "escruta y conoce y, sea que uno se siente o se levante, ya lo sabe"; El, que todo lo puede y lo mismo que de Simón hizo un Apóstol, así del fariseo celoso y enemigo del Cristianismo hizo al Apóstol y esto porque, lo mismo en uno como en otro, "la gracia de Dios no fue vana en ellos sino que permaneció siempre" activa y transformante.

Ahora bien, yo quiero explicarte las Epístolas de las dos Santas Misas. Pedro canta el poder de la humildad: "Humillaos bajo la poderosa mano de Dios a fin de que El os exalte en el tiempo de la visitación".

Pedro sabía por experiencia cómo el honor de haber sido tocado por la mano de Dios y señalado como siervo suyo puede inducir al hombre a soberbia y cómo la soberbia, adormeciendo la vigilancia del alma, puede permitir al Tentador inducir al hombre a pecar. El habíalo probado. Se creyó seguro de sí mismo. Era el Cabeza de los Apóstoles. Por eso Dios le había reconocido por el mejor. Aquella noche, pues, se sentía como un soldado dentro de una segura fortaleza: tenía a Jesús-Eucaristía en su pecho. Podía, por tanto, aflojar la vigilancia, complacerse en sí mismo, ceder un tantico a la humanidad y, dejando a Jesús en su pecho, luchar por su cuenta. He aquí un ejemplo de confianza errada. Dios lo puede todo; mas el hombre no debe abandonarse a lo que puede Dios, como si el poder de Dios en favor del hombre haya de ser una obligación para Dios. También el hombre debe laborar por sí y unir su trabajo al de Dios. De esta mutua ayuda y de esta cooperación nace la operación santa y perfecta.

Pedro, aquella noche, se olvidó de cooperar con Dios y "se durmió" por tres veces. ¡Qué simbólico sueño y qué simbólico número! Tres son las concupiscencias y tres los sueños del Apóstol que cedió a la humanidad y que, por eso, habíase abandonado, como uno que duerme, al Salteador en acecho. Y, lo mismo que Sansón que, tras haberse adormecido sobre el seno de la Tentación, perdió la unión con Dios, así también Pedro fue un cimbel sin fuerzas en las manos de Satanás que le llevó hasta mentir, renegar y huir con vileza.

Pedro sabía, pues, el mal que un pensamiento de complacencia siembra y que después nace y crece con formas cada vez más pecaminosas, y dice: "Humillaos bajo la mano de Dios". Lo cual quiere decir: que el don de Dios no resulte ruina para vosotros sino que, por el contrario, mediante la humildad que conserva el don y la unión con Dios, El, el Señor, os exalte en el tiempo de la visitación.

El tiempo de la visitación es el de la venida de Dios para premiar o castigar en el último día. Otras visitaciones son: las manifestaciones de Dios en vosotros mediante consejos, inspiraciones o misiones. Mas la visitación de que habla Pedro es el Juicio final. Toda visitación de Dios es exaltación porque es elevación de la criatura a El. Y si la criatura hace mal uso de ella, lo mismo que de estos dones inapreciables, le causará pena y dolor. Mas lo puede remediar con actos de reparación hasta tanto dure la vida, mientras que la última venida ya no admite reparación ni modificación, pues es exaltación o condenación eterna del hombre. Procurad, por tanto, vivir de modo que Dios os pueda exaltar en el tiempo de la visitación.

"Y, puesto que El cuida de vosotros, echad sobre El todas vuestras ansiedades".

Dios es Padre. ¿Cuál es el hijo que, sabiendo que su padre le ama, cuando le ocurre cualquier cosa, no va a donde su padre para confiarle sus afanes y recibir de él ayuda, consejo y consuelo? Haced, pues, por esta paternidad mucho más grande y perfecta que esa otra relativa y siempre imperfecta según la carne, lo que hacéis en las ocasiones del dolor de la vida mientras vuestro padre según la carne está a vuestro lado. ¿Qué os fuerza a llorar cuando la muerte os arrebata al padre? El saber que ya no contáis con su amor solícito en torno vuestro. El mundo entonces se os antoja un desierto al no estar aquél que cuidaba de vosotros.

Mas Dios siempre está y Dios siempre es Padre. Vosotros todos que os sentís intranquilos, no lloréis de aquí en adelante, puesto que tenéis quien desea calmar vuestras ansiedades: Dios. Sedle siempre hijos y El siempre será para vosotros Padre. Para ser hijos suyos es preciso ser "sobrios y vigilar porque el diablo, vuestro enemigo, gira en torno vuestro como león rugiente buscando a quién devorar: resistidle, fuertes en la fe, sabiendo que vuestros hermanos dispersos por el mundo sufren penas idénticas a las vuestras".

¡Oh, qué bien conocía Pedro los imprevistos ataques del Adversario! Como sabía también que hay que ser sobrios en todo para así estar vigilantes y rechazarlo. La sobriedad no se circunscribe tan sólo a la comida y a la bebida. Abarca igualmente la sobriedad intelectual y espiritual, ambas necesarias por igual para librarse de Satanás. Por más que uno no beba ni coma como un glotón, si después satisface inmoderadamente su hambre y su sed de ciencia yendo en busca de todas las fuentes para saciarse de triunfos y de alabanzas humanas; por más que uno no haga excesos en la mesa ni en otras satisfacciones de naturaleza corporal, si después, en el terreno espiritual, hace degenerar la caridad en sentimentalismo, la piedad en quietismo e, incluso, busca el estremecimiento emotivo de un misticismo estéril porque conmueve los sentidos sin renovar de forma progresiva y continuada el espíritu en el bien y se embriaga de estas exterioridades que va apilando unas sobre otras para alabarse y recibir alabanza de los hombres, ese tal infringe la her-

mosa sobriedad que no es tan sólo del paladar ni del vientre sino, sobre todo, de la mente y del espíritu que se contrapone a la triple concupiscencia, causa de ruina para las almas.

Sed sobrios. Contentaos con el "pan de cada día", esto es, con lo que Dios os da y no queráis más. El sabe lo que os basta. Querer y procurarse más es venenoso porque este "más" contiene alimento nocivo y sin bendecir.

Y no seáis egoístas diciendo que únicamente a vosotros os suceden cosas penosas, pues cada uno de los hombres lleva su cruz y no es ciertamente señal de predilección divina el carecer de ella o tenerla pequeña. Cuanto mejor formado se halla el espíritu, tanto más lo identifica Dios con el modelo: el Hombre-Dios, cuya pasión fue completa. Sabed sufrir, y sufrir con alegría, pensando en que vuestro sufrimiento, unido al de vuestros hermanos, se funde con el sufrimiento de Cristo para la salvación del mundo y la victoria contra Satanás. Sabed sufrir, pero con alegría, sabiendo que "con un poco que sufráis, el Dios de toda gracia os perfeccionará, confortará y confirmará, dándoos por último la gloria eterna en premio de vuestro sufrir unido a los méritos infinitos de Jesús Santísimo".

Y después de haberse dirigido Pedro a todos los creyentes y, en particular, a quienes, por haber sido elegidos, deben corresponder con una dedicación absoluta, se presenta Pablo que parece hablar ex-profeso para vosotras, "voces", e, incluso, que hable en nombre vuestro, respondiendo por vosotros al mundo de los incrédulos o de los titubeantes. "Os declaro que el Evangelio que yo predico no es humano, pues no lo he recibido ni aprendido de hombre alguno sino por revelación de Jesucristo".

Y ¿qué otra cosa distinta podéis decir vosotros, portavoces del Señor? ¿Es vuestro lo que decís? ¿O acaso os fue dado por alguien que fuese maestro en la Tierra? No, sino que os viene del Verbo. Es Suyo. Vosotros lo recibís para darlo. No podéis gloriaros de ello ni rechazarlo. Porque si esto último hiciéreis, desagradaríais a Dios, el cual, por otra parte, podría repetir con vosotros el milagro de Damasco y aterraros para persuadiros de que contra el querer de Dios no hay resistencia posible. ¡Cuántos de entre vosotros trataron de rehuir, llenos de pavor, este fulgor sobrenatural que se os venía encima como un rayo celeste! ¡Cuántos, antes de ser voces, casi, o sin casi, menospreciaron o negaron al sobrenatural que viene en busca de un "nada", asegurando que "no podía ser"!

Y bien, ¿os percatáis ahora de que "puede ser"? Mas, puesto que tal vez os asalte la idea de haber pecado con este pensamiento y con la resistencia ofrecida, os digo que es mejor hallarse en esa situación que no desear con ansia ciertos dones, desearlos con tal ansia que os ponga en trance de caer en las redes de Satanás llegando a fomentarlos con la manía de cubriros con vestidos que sólo Dios puede prestar.

Y os digo que haríais mal en gloriaros de ellos, puesto que son dones gratuitos facilitados con fines divinos, no por lo que sois sino porque hay necesidad de vosotros. No es vuestro el poder. Nunca robéis a Dios la gloria que es suya, ya que presto seríais desenmascardos y castigados con el desprecio del mundo y el juicio de Dios.

¿Que algunos, como Pablo, creyendo obrar bien, han rechazado el don? ¿Lo han ca-

lificado de superstición al verlo en el corazón de otros? Examinen el porqué. ¿Con qué pensamiento lo han hecho? ¿Con el de negar que Dios todo lo puede? Si así es, han pecado. ¿Con el de que hay suficiente con lo que la Iglesia posee y que, por tanto, es inútil querer perfeccionar lo que ya es perfecto? Si es con este pensamiento, no han pecado porque lo que les movió fue un amor respetuoso y celoso "de la tradición de los padres".

Mas cuando Dios llama, no ofrezcáis resistencia. Imitad a Pablo. Escuchad lo que dice: "...yo inmediatamente, sin prestar oídos a la carne ni a la sangre... me retiré... después... voví a Damasco...", es decir, *obedecí al Señor.*

De cuando en cuando, pobres almas, un cúmulo de cosas os amedrenta y os acomete la idea de resistir por miedo a pecar desobedeciendo a la "tradición de los Padres". ¡No, queridas almas, no! Escuchad: ¿quién es el más fuerte? Dios. ¿Quién os llama? Dios. Por tanto, sin parar mientes en esto o en aquello, obedeced a Aquél que está sobre todos y caminad seguros. Pensad que estais marcados con la señal de Dios. El lo sabe. Marchad seguros. Los miedos son de origen satánico para haceros desobedecer a Dios y para arrebatarle a Dios un instrumento. Y las insinuaciones del mundo son un sonido sin valor alguno que se apaga tras haber sonado. Dejadlas sonar. Recogéos en Dios y servidle a El sólo.

La gracia del Señor sea siempre con vosotros.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

***7 julio 1946***
***Domingo 4.° después de Pentecostés***

*Dice Azarías:*

«Esta explicación, alma mía, es toda para ti; sí, para ti por entero a fin de que te sirva de consuelo y de alimento sapiencial en sustitución del Pan que para ti, realmente, debiera ser "cotidiano", alma querida que *todo* lo diste, imitando a Cristo, por el amor de los hermanos y que, en tu cautividad de segregada por el Amor que inmola, no contabas sino con este Sol.

Se dice en los salmos: "Dichoso aquél que comprende al pobre y al indigente" y la pobreza en todas sus formas. Porque pobre e indigente no es sólo aquél a quien le falta el pan material y el dinero. Pobre, en sentido mucho más profundo, es también aquél que, por un querer crucifixor de Dios, no puede saciar su hambre ni con el pan que Jesús, por boca de Isaías, promete y ofrece a los pobres, a aquéllos que carecen de dinero, con estas palabras: "Los que tenéis sed, venid a las aguas; y vosotros, que no tenéis dinero, venid a comprar y a comer, venid a comprar sin dinero". Palabras que en el Evangelio de Juan aparecen amplificadas más poderosamente con la Palabra de Jesús: "Tratad de procuraros, no el pan que perece sino el que dura para la vida eterna y que el Hijo del Hombre proporcionará... Mi Padre os dará el verdadero pan del Cielo... Yo soy el Pan de Vida. Quien cree en Mí ya no tendrá más hambre; quien cree en Mí ya no tendrá más sed... Todo lo que el Padre me da vendrá a Mí y Yo no desecharé al que viene a Mí porque bajé del Cielo para hacer la voluntad de mi Padre. Y la Voluntad del Padre es que Yo no pierda ni uno solo de los que El me dio... Yo soy el Pan vivo bajado del Cielo... El Pan que Yo daré es mi Carne entregada para la vida del mundo". Y también: "Quien

tenga sed, que venga a Mí y beba".

La palabra de Dios es bien clara. El quiere que su Pan se dé, y en abundancia, a todos aquellos que lo desean y, en especial, a quienes son portadores de una cruz, a fin de que se fortifiquen con el Pan de los fuertes.

La caridad, que muchos confunden con la limosna, no se circunscribe a la imposibilidad en que uno puede verse de ir, hablar y defenderse para poder procurarse alimento y protección. Por el contrario la caridad, la *verdadera* caridad inteligente y consciente –y tal es porque, al ser verdadera, goza de la perfección de las cosas divinas– marcha solícita precisamente allí donde, por un cúmulo de circunstancias, existe imposibilidad de ir, hablar y procurarse alimento y protección. La caridad abarca las necesidades tanto materiales como espirituales de los pobres, de esta categoría especial de pobres que se encuentran imposibilitados de ir a donde se compra "sin dinero" el Pan bajado del Cielo. Es ésta la caridad más excelsa puesto que es llevar Dios a la criatura que siente apetencia de El e introducir en la criatura al Consolador, al Maestro, al Amigo, a Aquél que grita con voz incansable: "Todos vosotros que sufrís, venid a Mí".

El que esto no comprende, no sabe de pobreza, de pobres ni de indigentes, como tampoco conoce las almas de los hermanos al no conocer a Dios. Y no le conoce porque ni tiene ni está en la caridad, y el que no está ni tiene la caridad no está en Dios.

¿Y entonces? ¿Qué harás, pobre alma, si quien no se compadece de tu miseria deja de socorrerte? ¿Te has de ver "sola" porque ellos te abandonan?[1]. ¿Te sentirás por esto desolada? ¿Habrás de dudar de que Dios te ama y te salva? Nada de esto sino que, por el contrario, debes alegrarte a ejemplo de Cristo, el cual, tras la Hora tremenda del Getsemaní en la que Satanás movió como una máquina de guerra toda la incredulidad del mundo y de los mundanos para abatir al Fuerte, resurgió con la certeza de su misión al ver que el Señor le consumía entre padecimientos cargándole con todo el peso de la expiación y abandonándole al odio de sus enemigos para después hacerle triunfar de la Muerte y del Pecado. Entonces, muriendo clavado, golpeado, vilipendiado y maldecido, dijo Cristo en su Corazón moribundo: "Yo soy el Rey y Redentor. ¡Satanás!, en vano has pretendido hacerme dudar. Esta es la señal de que cuento con la Gracia del Señor y su beneplácito y de que *conseguiré todo: que todo se ha concitado contra Mí.* Las contradicciones de Satanás y del mundo contra quien no es del mundo es la señal más cierta de que el así perseguido está en Ti, ¡oh Padre mío!".

Sí, María, la contradicción de una buena obra y la persecución contra un alma inocente es el signo probatorio más seguro, jamás fallido, de que aquella obra *procede de Dios* y de que esa alma está al servicio de Dios.

Créelo, créelo como si fuese una verdad de fe; lo puedes creer porque un ángel jamás miente; que cuando uno se ve perseguido sin motivo alguno y obstaculizada una obra buena, es porque Satanás los odia y el odio de Satanás va siempre dirigido contra lo que está con Dios.

Alégrate, pues, de verte perseguida y contradicha porque esto es *señal de que estás* con Dios y que tu Obra tiene su origen en Dios. Y repítele a tu ánimo abatido las palabras del Introito: "El Señor es mi luz y mi salvación, ¿de qué, pues, habré de temer? El Señor protege mi vida, ¿quién podrá, por tanto, hacerme temblar?".

¡Oh María! Eleva los ojos de tu espíritu para contemplar a los ciudadanos del Cielo. Esos ciudadanos, antes de ser espíritus bienaventurados en la contemplación de Dios, fueron hombres sobre la Tierra. Y bien, ¿qué ves sobre ellos? Las señales por las que con-

quistaron ese puesto. Y en ninguno de ellos, a excepción de los párvulos muertos antes del uso de la razón, falta el signo de la contradicción del mundo a su virtud y a su misión. Este signo de martirio, cruento o incruento, no falta en ninguno de ellos porque el mundo odia, persigue y escarnece a quien es de Dios.

Así como el rojo le sirve a un toro enfurecido de incitación, así también para los envidiosos y malvados hace de incitación el fulgor de la caridad que se desprende de los amados del Señor y contra *ella* arremete para abatirla y destruirla. No puede. Cada derrota hace que aumente en potencia y ésta es tal que, como reza el Introito: "los enemigos vacilan y caen". Déjalos caer sin rencor y sin gozarte de su caída. Déjalos caer sin que te distraiga el estruendo de la misma. Escucha a Dios y a sus voces sin temblar en tu corazón.

Ruega tan sólo. *Pídele al Señor que el curso del mundo discurra tranquilamente conforme a sus disposiciones y que la Iglesia goce de una tranquila devoción.* Y entiende lo que esto quiere decir.

El mundo, según el común sentir, no goza de tranquilidad. Desventuras y calamidades de todo género lo agitan y atormentan. *Mas todo esto sucede por quererlo así los hombres.* El mundo en sí, el planeta Tierra va describiendo tranquilamente el curso que le marcó la voluntad del Creador. Como astro que completa su trayectoria en el firmamento, el planeta que lleva por nombre Tierra, desde hace decenas de millares de años sigue el curso iniciado con su creación y que habrá de terminar con la disgregación cuando, en el tiempo marcado, llegue su fin.

Mas como en su infancia fue amenazado de destrucción porque la corrupción de los hombres hizo que el Creador se arrepintiese de haberlo creado, así, en esta su edad en la que la corrupción rebasa toda medida —y se da lo mismo en los palacios que en los tugurios, sin que los lugares sagrados se vean exentos de contaminaciones corruptas, habiéndose extinguido el amor dando paso al odio sin razón alguna nacional, sino al odio por el odio, al odio contra la humanidad y, por tanto, contra sí mismos, siendo los hombres, a la vez, suicidas, homicidas y deicidas, alzando su mano armada de odio, de impiedad y de satánicos descubrimientos contra Dios en sus criaturas, contra Dios en Sí mismo, contra ellos mismos y contra todo—, ¿no puede este continuo pecar contra la caridad y este hervir satánico de soberbias en muchos, en demasiados hombres y por todos los motivos, provocar un "Fiat" divino que corte el curso del mundo y provoque su desintegración con horribles convulsiones por las que los hombres, locos de terror —por guerras, hambres, estragos de epidemias y terremotos, ciclones, inundaciones, granizos, fuegos, pestilencias, invasiones de animales dañinos y creación de máquinas y venenos mortíferos en un apocalíptico sucederse de castigos— los hombres, ciegos en su vista por las tinieblas y en su corazón por el terror y el ateísmo, vayan a la muerte y después al tremendo Juicio antes de la hora?

Recordad todos que si las plegarias de los justos y de la "Toda llena de Gracia" aceleraron en años la venida de Cristo, lo cual fue una gracia insigne, este acelerar los tiempos del fin del mundo con las culpas sin número será la mayor desgracia que la Humanidad habrá de sufrir, ya que será la ira de Dios la que la habrá de herir.

Rogad, pues, vosotros, los buenos, para que el mundo muera cuando está marcado su fin. Rogad para que Dios no mande a los ejecutores de su justicia a castigarlo como hizo con Lucifer y con Adán. Porque los decretos de Dios son eternos, es verdad, mas pueden mudar cuando su Justicia y el propio Honor imponen al Amor hacerles recordar a las criaturas que sólo hay un Dios y que nadie hay más grande que El.

Esto por lo que hace al mundo.

Y en cuanto a la Iglesia, ¿sabes, alma mía, cuáles son los "goces de una tranquila devoción?". Los que se derivan de un exacto conocimiento, de una justa aplicación, de una santa voluntad, de la Fe, del Evangelio y de la caridad.

Un exacto conocimiento de la Fe y una justa aplicación del Evangelio, en los que, llevados a la perfección, radica toda la religión antigua fundida con la cristiana, impiden la creación de herejías y de sectas, de exaltaciones o tibiezas culpables, y una santa voluntad de amor destruye con su fuego las plantas venenosas de las herejías y de las sectas.

El amor, siempre es el amor el que salva y conserva. No es la exaltación fanática ni el rigor paralizante sino el ser cristianos como Cristo lo quiso. Y esto, lo mismo en la Iglesia en todas sus jerarquías como en los fieles de cualquier condición. Entonces, de una Iglesia militante verdaderamente cristiana en todos sus miembros, nutrida de Cristo al modo como el árbol se nutre del meollo y por él impulsa la savia hasta la última hojita del follaje más alto, vendrá el gozo de la tranquila devoción, exenta de fiebres mezcladas de un misticismo estéril y de oscurecimientos que hace que las tinieblas lleguen a envolver la Luz, ocasionando sacudidas perjudiciales a los espíritus que no son todos de adultos sino, en su mayor parte, de débiles niños espirituales necesitados de un gozo tranquilo para crecer en el Señor, de una fe constante y de una ardiente caridad que les envuelva y corrobore para protegerles de las insidias del Adversario, del mundo y de la carne.

Tú, hija de la Iglesia, ruega, ruega siempre por ésta tu Madre; ruega por los hermanos que, lo mismo que tú, son hijos de la Iglesia, hijos pródigos tal vez o quién sabe si separados o extraviados, para que estén con la Madre y Esta no tenga sino la caridad de Cristo con el rebaño fiel y las ovejitas descarriadas a las que, materna, materna, santa y perfecta como su Cabeza: Jesús Señor Nuestro, las llame, exhorte, conforte y sostenga.

Y ahora vamos a leer a Pablo que te conforta con una palabra santa. Acéptala porque es verdad. Pablo la dijo cuando aún estaba en la Tierra, si bien ahora desciende de los Cielos confirmada con la aprobación de Aquél que padeció más que nadie y que ahora, divinamente glorioso, muestra en su Cuerpo las señales de haber padecido y que, por eso, es glorioso como Hombre además de como Dios. "Yo tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no guardan relación con la gloria futura que se ha de manifestar en nosotros".

Así es. Muchos son, en verdad, los padecimientos de los verdaderos hijos del Dios verdadero; mas superior, sin medida, la gloria futura que poseerán en el Cielo.

El Verbo era Dios. Por eso era infinita su gloria como Dios. Ahora bien, El era gloria para Sí mismo. Hízose Hombre y padeció de un modo atroz y completo en el tiempo. Después subió al Cielo y a su gloria infinita unió la gloria de todos los salvados. Por eso cada uno de los santos es un aumento de gloria que el Verbo obtuvo para Sí al padecer en el tiempo. ¿Qué serían los Cielos de no haber El padecido? La gloria estática de Dios habríales colmado, es cierto; mas no habrían resonado en ellos los hosannas de los mil y diez mil bienaventurados, de los ciento cuarenta y cuatro mil de todas las tribus, ni habrían escuchado el cántico nuevo con fondo de un sonido semejante al de muchas aguas y al zumbido del trueno, semejante también a un concierto de arpistas que tañen sus instrumentos; ese cántico nuevo de los vírgenes que siguen al Cordero a dondequiera que va, llevando sobre la frente su Nombre y el del Padre, el cántico que sólo aquéllos que fueron rescatados de la Tierra para el Cordero y para Dios, pueden cantar.

Toda esta gloria es la que se multiplica en torno a la del Verbo por cada uno de los santos que llega a Cristo al haber Este padecido en el tiempo; y lo que era refulgió por sus padecimientos y después refulge eternamente en El y en su Cuerpo glorificado a la

vez que en su Espíritu Divino.

"En efecto, la creación está aguardando con ansia la revelación de los hijos de Dios".

Atiende bien, alma mía. ¿Qué quiere decir esta frase? ¿De qué revelación habla? Te habló una vez de las dos ramas de la Humanidad: la rama de los hijos de la libre y la rama de los hijos de la esclava. Mira, aquella explicación te ayuda a entender esta frase.

La creación está aguardando a conocer los hijos de Dios para distinguirlos de los hijos del pecado. ¿Cuándo los conocerá? Cuando, una vez finalizado el tiempo, todos los hombres se hayan presentado a la imponente revista, siendo apartados, conforme a justicia, los hijos de Dios de los hijos del pecado.

Por ahora es una labor continua e incesante la de llegar a esta revelación. Cada una de las criaturas la debe realizar en sí misma y el conjunto de todas las criaturas, con el conocimiento de la labor de cada una de ellas, proporcionará la revelación de los hijos de Dios haciendo que se distingan de aquellos que no quisieron serlo.

La vida de cada uno de los individuos es como una placa de mosaico a la que cada cual es libre de darle el color que desee. Cuando lleguen a reunirse todas las vidas en la resurrección final, entonces es cuando se recompondrá el cuadro de la historia de la humanidad: a este lado de la creación, el más elegido y, por ello, el más insidiado por el Adversario que, en los primeros Padres, sometió toda la Humanidad a la vanidad con la permisión de Dios a fin de probar a sus hijos y poderles premiar con multiplicados méritos por su santidad conseguida con el propio esfuerzo y no con don alguno gratuito de Dios.

¡En qué funesto orgullo no habría llegado a caer el hombre si por una culpa, de dos maneras feliz y propicia, no hubiese sido humillado al amanecer de su existencia! Fue feliz la culpa por haber obtenido a Cristo y lo fue igualmente por haber mortificado al hombre antes de que siglos de inmunidad le hubiesen hecho tan orgulloso como a Lucifer que, al verse sin culpa, se creyó semejante a Dios.

Providencial fue también éste caer de la Humanidad, éste su morder el fango para recordarle que es fango animado por Dios; fango únicamente por sí sola; mas, por voluntad de Dios: espíritu en un fango que ha de santificar dándole la impronta y la semejanza con el Desconocido, el Perfecto, el Espíritu y el Eterno. Y providencial asimismo, éste haber caído al comienzo de sus días para así poder contar con un largo período de expiación y rehabilitarse durante toda la vida, tornar al Cielo desde el abismo y, mediante la buena voluntad, con la ayuda del Salvador, con la batalla entablada contra la Tentación, con la fortaleza que rompe las cadenas de la concupiscencia, con la Fe, la Esperanza y la Caridad, con la Humanidad santa y la santa Obediencia, volver a llegar a ser merecidamente gloriosos y libres con la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

Con harta frecuencia maldice el hombre el primer pecado y blasfema de Dios cual si fuese un Señor imprudente que puso al Hombre ante una tentación más fuerte que él. Mas ¿qué habría ocurrido si el hombre , en lugar de ceder a la tentación que le inducía a creer que, comiendo el fruto prohibido, llegaría a ser semejante a Dios, hubiese llegado, sin mediar tentador alguno, a creerse Dios por verse sin pecado, sin dolor y sin muerte?

En tal caso, ya no habría habido redención, puesto que el hombre hubiera llegado a ser un nuevo Lucifer o más bien una innúmera legión de luciferes, ya que, con el decurso de los siglos, la Humanidad iría aumentando con todos los procreados y entonces, no un hombre y una mujer, sino que todos habrían pecado por esta herejía sacrílega y la raza humana habría perecido *toda* en un castigo infernal.

El Creador amó a la criatura más bella de la creación, a aquélla cuya alma despedía fulgores celestiales, y la quiso hasta el punto de que pudiera ser salvada todavía. Y bien, ¿puede acaso el hombre dudar de que Dios no habría podido impedir que Satanás entrase en el Edén? No, no penséis así. Mas habéis de creer que el acto de Dios fue bueno como todos los suyos y causa de otro acto infinitamente bueno, como fue el de la Encarnación del Verbo para la salvación de los hombres.

"Sabemos nosotros que, hasta el presente, todas las criaturas suspiran y se hallan en dolores de parto".

En efecto, cada una de ellas debe darse a luz a sí misma, y ésta es la eterna, la que nace para el Cielo o para el Infierno en el momento en que la primera muerte arranca al alma y la respiración, sobreviniendo la primera llamada ante Aquél a quien no se le puede engañar. Por la materia, como el fruto por la flor —por la materia a la que los Sacramentos le ayudan a que sea (en vez de cadena, obstáculo, peso para la santificación, para el nacimiento, para la Vida del hijo inmortal de Dios, para el feliz habitante ciudadano del Cielo) instrumento de santificación con su mantenerse sujeta al espíritu, al espíritu del justo, del obediente y humilde a Dios y a su Ley—, por la materia como el fruto por la flor, he aquí que será dado a luz, con dolores de toda la vida, con peso de gestación durante toda la vida, el hijo de Dios, hermano de Cristo y copartícipe, por divina promesa, de la divinidad.

"Vosotros sois dioses" aparece consignado en la Escritura y en las cartas de Pablo. Ni tampoco negó Jesús que el hombre, al hacerse santo con un esfuerzo constante hacia la perfección, no llegue a ser semejante a Dios su Padre en la proporción de hijo al Padre y de espíritu creado al Espíritu Santísimo Increado.

Mas para alcanzar esta glorificación es preciso suspirar y sufrir con paciencia y esperanza, con fe y amor, igual que una madre que durante largos meses sufre y espera, yendo voluntariosa al encuentro del dolor a trueque de dar a luz a su criatura.

¿Ya véis qué bueno es Dios? Concede a la materia el procrear cual si fuesen pequeños creadores. Mas a todos los espíritus les concede el que puedan recrearse a sí mismos, ya que el alma donada por Dios puede recrearse y superrecrearse a sí misma alcanzando la dignidad excelsa de hijos de Dios y copartícipes de la gloria eterna del Padre.

"Y no sólo ellas sino que también nosotros poseemos las primicias del Espíritu, pues también nosotros suspiramos dentro de nosotros mismos esperando la adopción de hijos de Dios y la redención de nuestro cuerpo en Jesucristo Señor Nuestro".

El poseer dones extraordinarios no excluye del deber de sufrir para recrearse con destino al Cielo, antes, en proporción del gozo que del Cielo os viene, debéis saber sufrir para llegar cada vez a más altos grados de perfección espiritual. Y contar con la "Palabra de Dios " ¿no es acaso, alma mía, poseer las primicias del Espíritu? Por eso, proporcionada a esta gracia debe ser tu fortaleza. Camina, desde tu seguro refugio, prendida de la mano de tu Padre que te conforta en tu tribulación y te da sus consuelos para compensarte de los que te niegan los hombres. Mantente en la Luz a fin de que tus ojos permanezcan iluminados y nunca te adormezcas en la muerte espiritual para que tu enemigo jamás pueda decir de ti: "¡Ya la vencí!". Piensa que debes estar alerta y ser justa, luminosa y sapiente, tanto para tu alma como para la Obra de Dios a la que una defección tuya, aunque leve, devaluaría. Sé santa para complacer a Dios, dar paz y vida eterna a tu alma y no rebajar el don de Dios. Piensa que con ello contribuirías al juego de los enemigos. Corona tu frente de espinas, mantente firme en la flagelación y camina bajo el

peso de la cruz. Haz que quienes te atormentan tengan que decir un día lo que los crucifixores de Cristo sobre el Calvario: "Era un espíritu justo" y se golpeen el pecho diciendo: "Los sufrimientos que la hemos inflingido pesan sobre nuestra conciencia y claman a Dios porque hemos atropellado a una inocente que servía a Dios. Por eso es a Dios al que hemos combatido".

Ven, ven, alma mía, alma cada vez más amada. Ven, descansa sobre el seno de quien no traiciona a sus hijos. Descansa sobre quien se te ha dado por padre.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

[1] *Se refiere al P. General que prohibió se siguiera trayéndome la Santa Comunión:* como así lo anota a lápiz María Valtorta en una copia mecanografiada. Con todo, nunca le faltó el consuelo y el sostén del Santísimo Sacramento, ya que un sacerdote de la misma Orden (de los Siervos de María), con prudente valentía, se ingenió para que la Enferma pudiese comulgar *todos los días*. El Padre General aludido es el P. Alfonso M. Benetti, O.S.M.

---

***14/7/46***
***Domingo 5.° después de Pentecostés***

*Dice Azarías:*

*«También es toda para ti esta explicación a fin de consolarte en esta hora de dolor.*

"Escucha, Señor, la voz de mi súplica; sé mi auxilio, no me abandones, no me desprecies, ¡oh Dios, Salvador mío! El Señor es mi luz y mi salvación. ¿A qué temeré?", dice el Introito.

Mi explicación versa siempre, en gran parte, sobre el Introito por ser éste la nota dominante de cada una de las Santas Misas. Tras él prosigue el canto litúrgico, se desenvuelve y sube cada vez más alto, si bien la nota inicial perdura en todas sus partes. Aquí la nota es de confianza en los divinos auxilios, esos auxilios de los que todos se encuentran necesitados y, en especial, tú, alma mía, que únicamente cuentas con Dios para ayudarte en esta hora. Pero confía, puesto que una sola mirada de Dios puede más que todas las fuerzas perversas de los hombres juntas.

¿Cómo puedes pretender tú, pobre criatura, doblegar a los hombres cuando éstos resisten hasta al mismo Señor? Tus palabras y tus pruebas, tras rebotar en el bloque durísimo de su voluntad que te es contraria, caen sin haber dejado huella alguna en su superficie inmutable a cada intento tuyo de penetración. Sólo un querer divino puede penetrarlos como el rayo destruye cuanto hiere. Y el rayo divino es el más fuerte de todos, no habiendo nada que se le resista. Más tú no desees para ellos otros rayos que los del amor, pues también éste es rayo, pero que no destruye antes edifica, transforma, moldea, vuelve buenos a quienes no lo son, hace de los perseguidores sustentadores y, sobre todo, impide la ruina de sus almas.

Ofrecerte por la salvación de las almas y para que el Reino de Cristo, esto es, el amor, se instaure en ellos, éste debe ser para ti, víctima, el objetivo principal de todos tus actos. Ellos duros, tú dulce; ellos enemigos, tú hermana; ellos prontos a herirte y tú a acariciarles. Hasta ahora te has mostrado heroica en este amor contrario al odio, en esta paciencia opuesta a su obstinación de querer deshacer lo que Dios quiere y tú pretendes en nombre de Dios. Ellos han alzado su mano espiritualmente para crucificar tu espíritu. Pues bien, imita al cordero que besa la mano del que le degüella y al Cordero Divino que, lleno de mansedumbre, no se sustrae de las manos de sus perseguidores, antes fuerza al amor a rogar por ellos en sus últimas palabras.

Obra así. Y si ni aún con esto logras ablandarlos y mueres aniquilada ante su muro impenetrable, no temas. Hay justicia en el Cielo. Y justicia habrá para la llama que se apagó dando luz y calor hasta el último extremo, como también la habrá para quienes permanecieron helados y oscuros ante su oscilar amoroso. Confíate a Dios y suplícale tan sólo que no te abandone ni te desprecie y, después, no te preocupes de los abandonos y desprecios del mundo, pues son un honor para quien los recibe porque indican que éste no es del mundo sino de Dios.

¿Oyes la Oración? "Oh Dios que tienes aparejados bienes invisibles para quienes te aman".

Tú le amas y más que a ti misma. Todo lo que no sea gloria de Dios no te mueve el deseo de poseerlo. Unicamente esta gloria. Cuanto Dios te concedió se lo entregaste para su gloria. Recuerda, para tu consuelo, el episodio del joven rico que le pregunta al Maestro: "¿Qué debo hacer para poseer la vida eterna?". Y Jesús le contesta: "Tú ya sabes los mandamientos". El le responde: "Los he observado desde mi juventud". Y entonces le dice el Divino Maestro: "Aún te falta una cosa: vende cuanto tienes, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el Cielo. Después ven y sígueme".

Así pues, tras haber observado los Mandamientos desde tu juventud y vendido todos tus bienes con el sacrificio de tu salud, supremo holocausto y el más meritorio, porque, una vez ofrecido por ti —y no aceptado como los otros que Dios te pedía—, te uniste al séquito, no del Rey sino del Mártir. Tus pobres son aquellos para los que conseguiste la amistad de Dios con tu oscura inmolación. Ahora bien, si Jesús Santísimo asegura la vida eterna a quien vende su patrimonio, el suyo material, para darlo como socorro material a los pobres, ¿qué no dará a quienes se despojan hasta de la vida y con esta moneda adquieren la Vida para los que languidecen o mueren en su espíritu?

Lo diste todo y Dios te dará infinitamente. Y ya desde ahora te da infinito amor, te da el bien de su amor sensible y su palabra, anticipos todos ellos del bien inmenso que te aguarda allá arriba: el bien que será El mismo, tu Dios, que ya no se verá obligado a velarse a Sí mismo para adecuarse a la capacidad de la criatura de soportar su presencia.

"Infunde en los corazones los sentimientos de tu amor".

¡Oh! Y ¿de qué vives tú, despojada como estás de todo y de todo privada, sino de su Pan, sino de estos sentimientos de amor divino? Mira a tus hermanos: ¿en quiénes y en cuántos ves que se dé la pingüe medida que Dios te da a ti de Sí mismo?

"A fin de que, amándote en todo y sobre todo".

El amor hace trueque con el amor, en él todo sacrificio es posible y con él "se consiguen las cosas que Dios tiene prometidas, las cuales superan todo deseo".

¡Son superiores a todo deseo! Verdaderamente, ¿qué criatura, por muy subido que

sea su conocimiento del Bien, puede llegar con el deseo de su pensamiento a las lindes, aunque sólo sea a las lindes de lo que es el premio que le aguarda en el Cielo? Y allá, no en las lindes sino adentro, en la beatitud perfecta, se verá inmerso el espíritu de los que, habiendo amado a Dios en todo y sobre todo, habrán conseguido la posesión de Dios: aquí exhausta y allí nutrida; aquí castigada por las criaturas y allí premiada por el Criador.

Olvídate del tiempo y de los hombres. Mira a la eternidad y al Eterno. No está aquí tu sitio. Te encuentras en la Tierra como peregrino en una posada en la que los asalariados te sirven mal o se niegan a servirte. Mas en la Casa del Padre ya no conocerás las desatenciones de ahora. No te aflijas, por tanto, de lo que al presente sufres sino piensa que cada día que pasa te va acercando a aquel lugar celestial en el que el Padre y los hermanos te amarán como se ama en el Cielo donde tan sólo hay perfección y, entre tanto, aumenta cada vez más tu perfección recordando la Palabra de Jesús Señor Nuestro: "Sed perfectos como lo es mi Padre".

¿Cómo se llega a esta perfección? ¡Oh!, siempre a través del amor. No enseñó otro medio vuestro Maestro Santísimo ni tampoco su primer Vicario el Bendito Pedro. "Manteneos todos concordes, compasivos, amantes de los hermanos, misericordiosos, modestos y humildes". ¿No son acaso amor estas variadas manifestaciones de virtudes cristianas? Amor a los hermanos en las cuatro primeras y amor a Dios en las dos últimas, reconociendo que si por un acto de su bondad os hace ser algo más que los demás, esto es un don de Dios y, por tanto, en dicha elección habéis de ser siempre más modestos y más humildes a fin de que la elección no se cambie a ruina ni a falsa santidad capaz de engañar a los hombres aunque no al Señor; santidad hipócrita de la que se os llamará a justificaros ante el Juez y por la que seréis castigados.

De estas primeras virtudes pasa Pedro a otra más difícil: la del perdón. El perdón de las ofensas es la prueba de vuestra caridad y de vuestra unión con el Verbo. "Ya que si tan sólo amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Amad a los que os odian y presentad la otra mejilla a quien os abofetea". Así dijo Nuestro Señor Jesús porque os quiere salvar. Y si a quien lanzaba un insulto contra su semejante el Sanedrín le condenaba y a quien le ofendía se le prometía el fuego de la Gehena —y esto cuando el Amor aún no había venido a amaestrar y reinar sobre la Tierra en el corazón de sus seguidores— aquél que en la Nueva Ley no sabe amar a sus enemigos ni soportar las ofensas, antes reacciona, animalidad contra animalidad, hecho una fiera pronta a las más bajas reacciones del bruto, se encontrará con un juicio mucho más severo que el del Sanedrín y con un fuego mucho más atroz cuando, despojado de la carne que le servía de coraza haciéndole más ofensivo y oscuro, se presente con su espíritu desnudo ante el Juez que enseñó el amor y redimió con él.

Pedro, eco fiel de su Maestro, repite: "No devolváis mal por mal ni maldición por maldición, sino bendecid ya que para esto fuisteis llamados: para heredar la bendición".

¡Oh, qué difícil es! ¡Comprendo lo difícil que es! En las criaturas, aún en las más espirituales, no queda anulada la carne y tienta con sobresaltos bajo el látigo de las ofensas. Mas voy a enseñarte el secreto con el que conseguir la victoria contra ese *yo* humano por demás azuzado con los dardos que de continuo te hieren.

Oye, alma mía: Si tú miras los dardos de las ofensas por lo que son, esto es, ofensas, no las puedes amar. Si tú consideras a quienes te los arrojan por lo que son: injustos, no les puedes amar. Mas si tú ves en los dardos de las ofensas armas de martirio y piensas, como pensaba el bienaventurado Sebastián, que cada nueva flecha era un ala más que se le concedía para su próximo vuelo; si tú las tienes por otras tantas saetas de fuego que,

consumiendo en un acelerado incendio tu carne, sirven para purificarla y para desatar la cárcel de tu alma; si tú miras a tus torturadores como a los cooperadores más valiosos en proporcionarte la corona del martirio; si piensas que Dios te ama sin limitación alguna hasta el punto de permitir que seas semejante a sus Confesores y te parezcas a su Hijo muerto por los hombres para redimirlos; si tú haces todo esto que te digo, amarás entonces las ofensas que te traspasan, las besarás como los mártires sus cadenas y amarás a quienes, abriéndote el Cielo al quitarte la vida, son, sin ellos saberlo, tus principales benefactores.

"No saben lo que hacen" en el mal. Porque si, de saberlo lo hiciesen lo mismo, ¡pobres de sus almas! Mas, nuevos judíos, creen servir a Dios y salvar al pueblo dando muerte al inocente. Pero "tampoco saben lo que hacen" en el bien, ya que te proporcionan los medios para que seas coronada tras esta última batalla, debiendo amarles por ello.

Nuestro Santísimo Señor Jesús te lo dijo ya al hablarte en una visión: "No hay hombre alguno que sea *del todo* y voluntariamente malo durante toda su vida. Por eso hay que compadecerles pensando en lo que de bueno hayan podido hacer que nosotros desconocemos". Hazlo así, alma mía.

"Por tanto, quien desee amar la Vida y ver días felices, que refrene su lengua del mal y sus labios del hablar fraudulento; evite el mal, haga el bien, busque la paz y se esfuerce por conseguirla".

El Bienaventurado Pedro no se refiere a la pobre vida de una hora sino a la Vida eterna y habla asimismo de los días eternos, de aquéllos que, para los "vivos" en el Señor, serán verdaderamente días felices. ¡Oh!, bien merece saber callar pues el hablar hace muchas veces que se atropelle la caridad aturdiendo al espíritu con el estrépito de las palabras propias y ajenas y, en medio del aturdimiento, puede que se recurra al engaño por ver de sobresalir en el combate con el adversario y así la disputa, en un principio justa, puede degenerar en injusta y el que tiene razón pasar a la ofensa rebasando la medida del respeto y del amor y más que nada, sufre la paz, que se altera en el corazón del otro.

Dios habita en la paz y no resulta conveniente conseguir una pobre victoria humana a trueque de perder a Dios sino antes, sofocando toda rebelión de la parte humana que se encabrita con los latigazos injustos, ceded de vuestro derecho, por justo y lícito que sea, para así hallaros en disposición de adheriros con todas vuestras fuerzas únicamente a Dios. De este modo la paz habitará en vosotros plena y luminosa como una buena amiga y maestra santa, "porque el Señor tiene sus ojos puestos sobre los justos y sus oídos atentos a sus plegarias". Y no "sobre" vosotros sino dentro de vosotros estará Dios porque, conforme a la promesa beatífica del Verbo, los pacíficos estarán en el Padre y el Padre en ellos.

¡Tener a Dios, tener la Paz en vosotros! Nosotros, los ángeles, que sabemos lo que es ver a Dios, podemos muy bien entender qué supone para vosotros tener a Dios, el Pacífico, en vosotros. Y asimismo podemos intuir qué venga a ser la vida de aquéllos que, en un momento de reflexión, comprenden haber obrado mal y, por ello, tener fijos sobre sí la mirada airada de Dios y su severo juicio.

¡Oh alma mía! La paz, la paz, siempre en ti la paz pues te encuentras en el tabernáculo bajo la tienda de Dios. No salgas de ella por más que todos los torbellinos sacudan la tienda y embistan contra el tabernáculo para empavorecerte y los chacales y malandrines merodeen en torno tuyo por el desierto que te rodea. Quédate donde estás, pues si huyeras te perderías y si te enfrentaras te vencerían. Ten presente lo que dice Jesús de su Iglesia: "Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella".

Tú, encerrada como estás en el entoldado sapiencial de Dios, en el tabernáculo de su Corazón y de su Amor, te encuentras como en una Iglesia viviente "y las puertas del mal no prevalecerán". Yo te lo digo porque mi Señor me ordena que te lo diga junto con el Bienaventurado Pedro que os asegura que nadie podrá dañar a quien es celoso del bien y tiene, con verdad, por bienaventuranza el sufrir por la justicia, recordando una vez más las palabras de su Maestro que prometió el Reino de los Cielos a quien sufre persecución por la justicia.

Y con el Apóstol y Pontífice te digo: "No temas sus amenazas ni te turbes, antes santifica en tu corazón a Cristo Señor tributándole la alabanza de su justicia y así tengan que proclamar los hombres: Verdaderamente estaba en ella Cristo viviente, el Santificador, y, por esto, ella venció a su humanidad con sus tentaciones y a cuantos la persiguieron sin razón como persiguieron a Cristo, su Esposo, Maestro y Señor".

Bendice al Señor que te aconseja. Está siempre delante de El y ten tus ojos al Modelo Divino para ir copiándolo fielmente en ti. Apóyate en el que te ama y así nunca vacilarás. Pídele una cosa tan sólo al Señor y busca únicamente ésta: habitar en la casa de Dios bajo la tienda sapiencial que levantó para tu defensa y consuelo, en la seguridad de su vivo tabernáculo, en su Corazón, por todos los días de la vida terrena hasta el momento en que la llama, tras un postrer parpadeo, se destaque de la lámpara terrena y ascienda al Cielo, lucecita que torna a la Luz, fuego diminuto que resulta absorbido por el Fuego Divino y amor de criatura que se diviniza perdiéndose en el de Dios.

¡Gloria, Gloria, Gloria al Señor que otorga divina recompensa a sus siervos y mártires!

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

### *21 de julio*
### *Domingo 6.° después de Pentecostés*

*Dice Azarías:*

«Dios, compadecido de la debilidad de la materia que no puede permanecer atenta y para dar consuelo a tu espíritu, me manda a hablar, como se pide en el Introito, a fin de que tú no te sientas "como aquéllos que bajan a la fosa". Y para darte seguridad de que "no morirás" sino que "vivirás en Cristo", te propongo la meditación de la epístola de Pablo, tan poco comprendida hasta por quienes se dicen fervientes católicos.

¿Qué es, de un modo preciso, el bautismo? Los más responderán: "Una ceremonia que se acostumbra realizar al comienzo de la vida para hacer ver que somos católicos"; otros, muy pocos dirán: "Es el Sacramento que borra el pecado original y nos devuelve la Gracia". Habrán respondido bien, demostrando poseer un mínimo de conocimientos religiosos suficientes para vivir católicamente y poder salvarse si a dichos conocimientos va unidad la buena voluntad.

Mas serían muy pocos los que con su pensamiento fueran más allá hasta desentrañar lo que de verdad es el Bautismo, de qué está formado y cuál es su verdadera naturaleza,

oculta bajo las materias empleadas en el rito. Si pensasen muchos en la "naturaleza" del Bautismo católico y esos muchos se esforzasen en hacer entender a sus hijos y ahijados, desde su más tierna edad, dicha naturaleza, verdaderamente se despertaría, tanto en los niños como en sus padres y padrinos un profundo amor hacia Cristo, un amor tal que les apartaría del pecado, un amor tan fuerte que les llevaría a obrar santamente, correspondiendo así al don recibido en el inicio de la vida y, mediante el amor, saldar el débito contraído con Cristo, igual que, mediante el dolor, saldar el contraído con el Altísimo.

"Perdónanos nuestras deudas" pedís como El os enseñó. Mas es justo también, en la medida de lo posible, esforzarse en saldar por cuenta propia el débito contraído sin pretender que haya de ser Dios el único generoso.

Este abstenerse de pecar, este reconocimiento amoroso hacia Aquél que os devolvió la naturaleza de hijos de Dios —la coparticipación, mediante la Gracia, de la Vida, de la gloria y de la divinidad— resulta espontáneo en quien sabe contemplar el Bautismo por lo que realmente es: la inmersión en los padecimientos de Jesús, en sus lágrimas, en su Sangre, en sus humillaciones y en su muerte. Esto es lo que viene a representar la especie del agua. El Vencedor de la Muerte murió para destruir la muerte más verdadera: la del pecado. Se desangró para daros con qué blanquear vuestras almas y se dejó desgarrar el pecho para acogeros en la cavidad de su Corazón, de donde resurgís a la vida de la Gracia.

Vencedor y consumador, El venció y se consumó. Mas es requisito indispensable que el hombre le secunde pues, de otra suerte, la sangre del *Cordero gritará contra vosotros* como contra los sacrílegos escarnecedores y disipadores de su Sacrificio.

Si los católicos pensasen estas cosas, ya no llamarían "ceremonia" al Bautismo, sino que lo verían, no sólo como el Sacramento que devuelve la Gracia y anula la Culpa, sino también como el holocausto de Cristo que se desangró para proporcionaros el lavacro que anula el Mal y os hace partícipes del Bien, para hacer de vosotros, criaturas, semidioses, y para infundiros las virtudes necesarias para salvaros y, por tanto, para haceros igualmente capaces de comprender la Sabiduría, creyendo y esperando en la Misericordia.

El que nació y resucitó en la Sangre de Cristo y permanece fiel a dicha Sangre, ya no muere sino que vive en Jesucristo Salvador, habiendo vencido, como El, al mundo y a Satanás en las concupiscencias domadas.

Descansa, alma mía. Te he dicho estas pocas palabras a fin de que no tiembles por verte abandonada. Mas la caridad me prohíbe el que te exija esfuerzo alguno, siquiera sea el de atenderme. Descansa. Yo rogaré en tu lugar. Tú ofrece tus sufrimientos en coparticipación con el Santo Sacrificio de este domingo».

En efecto, yo ya no puedo más y a duras penas alcanzo a seguir las palabras angélicas...

***28/7/46***
***Domingo 7.° después de Pentecostés***

*Dice Azarías:*

«También son pocas hoy las palabras que, por compasión de tus sufrimientos físicos, descienden del Cielo junto con el gozo espiritual que te compense de todos tus dolores.

El haberte llegado a persuadir, a través de esta pasión y de esta persecución que te han ocasionado, de que la Obra es ciertamente de Dios, debe hacerte mirar esta tortura —que Dios ha permitido para contrastar el metal de los corazones: el del tuyo y el de los demás, aquilatar su materia y medir sus vibraciones con el toque de lo sobrenatural— como cosa buena y en modo alguno inútil ni estéril.

En diferentes ocasiones se te llegó a explicar esto: Dios, el Padre bueno, para conseguir que no lleguen a ser tan perversas las acciones de Satanás y de los hombres, no las deja pasar sin extraer de las mismas el adecuado mérito para quien las padece.

¿Te has dado cuenta alguna vez, María, de que, por más que la maldad satánica se crea en libertad de hacer a su antojo, dueña de torturar, capaz de competir con Dios al que cree igualársele, y de mofarse y contradecir a Dios, acaba por cooperar con los designios de Dios haciendo que brillen mucho más vivamente los actos de los hijos de Dios?

¡Oh!, no hay más que un Dios al que todo le está supeditado y hasta el Adversario, que se cree semejante a El, no es sino uno más que le está sujeto y, queriendo dañarle, lo que en realidad hace es servirle porque aumenta la corte celestial, esto es, la gloria de Dios y de los santos a los que él tentó y atormentó pero que supieron resistirle y ejercitar las virtudes bajo la férula de la persecución.

Sí, los santos que, sin la intervención del Adversario habrían llegado a ser dulcemente santos únicamente por su cooperación con los dones gratuitos de Dios, por obra, en cambio, del demonio alcanzan a ser fuertemente santos, ya que durante toda su vida han de luchar contra sus insidias, tanto más fuertes cuanto más comprende él que son presas que se le van de las manos. He aquí por qué todo es providencia que secunda amorosamente un designio divino, por más que no se le alcance a la limitación humana.

¡Lo sé! Le resulta muy difícil entender esto al que se halla bajo los efectos del mordisco del dolor; mas tú, alma mía, que ya estás viviendo envuelta en el áura de paz y de beatitud que desciende de los Cielos, en la luz que ilumina toda verdad, hecha a la sazón al lenguaje sapiencial que se habla en el Cielo, rebosante de felicidad con las sonrisas y miradas que te dirigimos los que te amamos para decirte lo querida que nos eres —y, a tal efecto, me atrevo a unir mi sonrisa y mirada de criatura angélica, tan inferior a Dios, a aquellas sonrisas y miradas divinamente perfectas de Dios, de tu Jesús y de nuestra gloriosa Reina— tú que, mientras las tinieblas tratan de envolverte para causarte miedo y dolor, tienes siempre fija la mirada en la Luz que te ama, comprendes esta verdad y dices conmigo: "Todo es providencia que secunda amorosamente un designio divino".

Tú haces de continuo este acto de fe, de esperanza y de caridad porque crees en la Sapiente Bondad del Señor, porque le amas a El y a los que, al herirte, te proporcionan una corona más; y les amas con Cristo "perdonándoles porque no saben lo que hacen" y porque esperas firmemente que por este sufrimiento te dará el Señor una paz todavía más grande y duradera.

Leamos ahora a Pablo, al bienaventurado Pablo, que da una nueva versión de la utilidad del sufrimiento.

Es cosa cierta que alcanzar la santificación quiere decir sufrir, mientras que secundar la Tentación significa gozar de una manera material. Porque el camino de la santificación está sembrado de renuncias, de luchas y de dolor, mientras que el de la Tentación lo está de satisfacciones y de una aparente tranquilidad que es engañosa y que oculta la verdad de la desesperación futura y eterna.

Y es asimismo cierto que no hay quien alguna vez no haya cedido a la Tentación

entregándose a sí mismo con sus propios miembros —y no sólo con éstos sino también con su entendimiento que consiente y con su alma que no se opone— a las inmundicias de toda especie llamadas "pecados" que son otras tantas desobediencias a los Mandamientos de Dios y a sus santos preceptos.

Por éste su consentir en la culpa, el hombre merece castigo, tanto más grave éste cuanto lo sean las culpas. Mas no queda saldada toda la deuda debida a Dios con el Sacramento de la Penitencia que, si cancela el pecado, no así la expiación consecutiva al mismo. Pues bien, la bondad del Padre proporciona a la criatura la posibilidad de expiar en la Tierra haciendo que sirvan para la conquista del Bien eterno aquellas mismas cosas que neciamente contribuyeron al Mal, esto es: los miembros, el entendimiento y el espíritu. He aquí, por tanto, cómo, según aconseja el Apóstol, el hombre puede, con aquello que le sirvió para pecar, hacer que le sirva para la justicia y reparar su pasado mediante la conquista de la santificación.

Dulce esclavitud es ésta: la de cooperar y servir a la justicia, esclavitud santa con la que obtener la libertad sin término. Aquéllos que son servidores del mundo se ríen de ella y desprecian como necios a quienes a dicha sapiente esclavitud se someten rechazando las falsas libertades del mundo y de la carne con las que negociarían su perpetua y tremenda esclavitud para la otra vida.

Mas vosotras, almas justas, que preferís la mortificación y os abrazáis al dolor como al amigo más seguro para llegar a Dios y como al transformador más cierto del hombre animal en hombre espiritual y más adelante en espíritu regio en el Reino celestial y en hijo de Dios en la Patria de Dios, ¿qué decís cuando volvéis la vista al tiempo en que aún no estábais en este servicio del Bien? ¿Era acaso libertad *verdadera* aquélla de entonces? ¿Os proporcionaba realmente alguna utilidad? No. En los aprietos de la mortificación o del dolor tal vez, ¿por ventura no os sentís ricos y felices con dones regios que no pasarán antes se acrecentarán completos, perfectos y beatíficos cuando podáis gozar de ellos en el Cielo como espíritus capaces de gustar completamente lo que como hombres no pudísteis por la limitación de vuestras fuerzas?

"El fin de las cosas indecorosas es ciertamente la muerte" como dice Pablo. Mientras que el fin de la liberación de la esclavitud del sentido y del pecado, lo mismo que del leal servicio de Dios es la paz, la gloria, la Vida y la Posesión de Dios.

Amad, por tanto, el sufrimiento y la mortificación, como medios de expiación primero y de santificación después; y alabad al Señor que os concede el que podáis ofrecerle un sacrificio continuo, mucho más digno que el de las ofrendas en dinero o en dones como los carneros y becerros de la antigua Ley; el sacrificio de vuestra voluntad, de vuestras pasiones y de todo vuestro *yo* a la paternal providencia de Dios para que os conduzca, lo mismo que a su Hijo, hasta la muerte de Cruz a fin de ser, además de redentores vuestros, redentores de vuestros hermanos.

Sí, María: ofrece tu sacrificio por tus hermanos y compañeros. Di con tu Jesús: "Triste está mi alma". No eres más que Jesús. El experimentó la repugnancia para el dolor y la muerte. Puedes tú experimentarla igualmente y confesarlo con humildad.

Pero prosigue: "¿Y qué diré: Padre, líbrame de esta hora?". ¡Si precisamente para esta hora vine yo, es decir, para que, con mi sacrificio total, aumente la gloria de Dios con la conquista para El de muchas almas!

Y, con la seguridad de ser escuchada, pide que adonde tú vas ellos también estén, esto es, en Dios. La inmolación obtiene cuanto pide. Y para demostrarles tu amor a los

hermanos y compañeros, nada hay más grande que completar tu sacrificio pidiendo para ellos la Luz y el Amor con los que consigan la salvación y su gloria futura».

***4 de Agosto de 1946***
***Domingo 8.° después de Pentecostés***

*Dice Azarías:*

«Entiende bien la frase del Introito correspondiente a esta Santa Misa. Por la exactitud en la traducción aparece así escrito: "En medio de tu templo hemos recibido tu misericordia". Mas, para la debida exactitud de la idea contenida en la frase litúrgica, te sugiero que la medites modificada así: "Hemos recibido tu misericordia en medio o por medio de tu templo".

Considera esto: ¿Quién es Cristo? ¿El Cristo real o el Cristo místico? El es el Templo de Dios. El mismo lo dijo. Y ésta su verdad se la lanzaron como una acusación y una burla al tiempo de su Pasión y hasta en sus últimos momentos: "Tú que dijiste que podías reconstruir el Templo en tres días"; y anteriormente: "Le hemos oído decir: "Puedo destruir el Templo de Dios y reedificarlo en tres días", mintiendo vilmente porque mentir es alterar una palabra dicha por uno a fin de hacer la frase más acusatoria o cambiarla de justa en injusta, merecedora de severo juicio, como es también mentir el inventar totalmente una noticia o decir: "Yo no he hecho esto" habiéndolo hecho.

Los malvados lo hacen así porque todo les sirve para dañar, hasta la misma bondad, verdad, condescendencia y paciencia de los demás e, incluso, los milagros que ellos los saben tomar y presentar como pruebas de satanismo o de anomalías físicas o psíquicas. Y vosotras, almas predilectas, lo mismo que vosotras, voces queridas, no debéis extrañaros ni lamentaros de los comentarios y burlas de los hombres, como tampoco de su comportamiento para con vosotras que ni debéis juzgar. Pensad tan sólo que en ellos no es todo voluntad de dañaros lo que tienen sino más bien una deficiencia u opresión tal vez del Enemigo que trabaja como puede en desvirtuar y rebajar las obras de Dios y en vengarse de sus instrumentos haciéndoles objeto de la persecución de los demás.

Es deficiencia, pues, como no todos los hombres son perfectos en sus cinco sentidos ni en sus miembros, así también no todos los espíritus son perfectos en su sensibilidad para lo divino y sobrenatural.

Y es opresión del Enemigo. De uno que se ve oprimido no se dice que es un demonio o un pecador sino que, muy frecuentemente, es propiamente un espíritu que marcha por las vías del Señor y que, por ello, es víctima del odio de Satanás, el cual, no pudiendo de otra suerte presentarlo a los ojos de los hombres como un malvado enemigo de Dios, le molesta, le aturde y oprime mientras Dios se lo permite. Fíjate que yo no hablo de posesiones ni de obsesiones sino de opresiones. El león infernal se aprovechó de un momento de decaimiento espiritual o de distracción para abatirse sobre la presa teniéndola oprimida bajo su garra; mas sin poder devorarla porque ella es un guerrero abatido pero resguardado por la coraza de sus virtudes que le podrán mantener a recaudo de los golpes por algún tiempo hasta que pueda más tarde recobrarse y resurgir librándose del peso que le oprime.

Otros se ven igualmente oprimidos porque, debido a un error inicial, se adentraron

en el senda del león, es decir, cometieron un pecado, leve en su cuantía, por lo que no perdieron la gracia, mas de naturaleza tal que los tiene siempre envueltos en una red que no se rompe sino cuando ellos desandan el mal camino diciendo humildemente: "Me equivoqué". Estos, hasta tanto no se reintegran con espontánea voluntad al buen sendero, a duras penas trabajan por liberarse braceando en todos los sentidos menos en el de confesar humildemente su primer error y así se van enzarzando más y más en la red que les tendió Satanás sin que éste se molestara en asaltarles; en esa red puesta para causar despecho a Dios, al espíritu de quien en ella cayó y en aquellos a quienes su error puso en difícil situación, haciendo, en consecuencia, que resulte arduo en extremo su ministerio extraordinario.

Alma mía, nos hemos alejado del Introito. Mas el deseo de nosotros los del Cielo, es que tú seas cada vez más docta en la Ciencia de las Ciencias que es el conocimiento de los espíritus y de sus movimientos, de suerte que no puedas errar al conocerlos y juzgarlos diferenciándote de la Caridad. Así pues, nuestro deseo es tal que ponemos nuestro máximo empeño en instruirte acerca de esa Ciencia. La instrucción en ella produce bondad y misericordia porque, cuando se ha logrado desentrañar los entresijos de los ánimos, se despierta hacia sus defectos e imperfecciones la misma compasiva piedad que tienen los médicos buenos con los cuerpos enfermos o constitucionalmente débiles y deformes. El Santísimo Señor Jesús, porque conocía con su perfección de Dios el interior de los corazones, tú sabes muy bien con qué misericordiosa bondad inclinaba sobre ellos su Perfección absoluta.

Nosotros queremos en ti este completo conocimiento a fin de que produzca un mar de misericordia dulcísima en el que tú puedas purificar los ánimos de tus hermanos absolviéndoles, en lo que está de tu parte, de toda culpa y pidiendo al Dios de la misericordia que les absuelva. Recuerda siempre que tu Señor y mío te enseñó que la fuerza que consigue el perdón de Dios para un pecador es el perdón del ofendido. Es un trastrueque en la petición de la Oración de Jesús Santísimo: "Padre, perdónanos nuestras deudas como nosotros se las perdonamos a nuestros deudores" dice el Pater. Es la misericordia de un corazón que todo y a todos absuelve diciendo: "No son unos malvados sino unos infelices" y grita asimismo: "Padre, perdona a nuestros deudores puesto que nosotros ya les hemos perdonado todo".

¿No adviertes tú cómo era ésta la dulzura que sumergía en sus amarguísimos afanes el Corazón moribundo de Cristo cuando pedía el perdón para sus crucifixores y entre las tinieblas de su Hora tremenda les hacía cerrar los ojos en paz contemplando un sol en el que se hallaban los rostros de todos los *"salvados por su perdón?"*. ¿No te das cuenta tú, por el movimiento de estos días, tan llenos, tan completos y tan bendecidos por la Caridad, que tu espíritu se halla nadando en la dulzura?

Verdaderamente puedes decir tú como Ezequías: "he aquí cómo se cambia en paz mi amarguísima aflicción. Tú has librado mi alma"[1]. Alma mía, recuérdalo: Dios medicina todas tus heridas. Abandónate cada vez más en el Dulcísimo y así el que te ama con amor de predilección sanará todas las llagas producidas por los hombres quedando únicamente las cicatrices de las dolencias que son las perlas que resplandecerán en el Cielo.

Pero volvamos al Introito. Te decía yo: ¿Quién es Cristo: el Cristo real o el místico?.

Es el Templo viviente de Dios. En El descansan la Promesa y la Ley, está depositado el Maná y resplandece la Divinidad en su Gloria Trinitaria. Este es el Cristo real. El Cristo místico, por su parte, es ese Cuerpo del que El es la cabeza y los fieles los miembros, que se llama Iglesia.

Ahora bien, ¿de dónde les viene a los hombres la misericordia? Del Templo vivo de Dios, del Verbo Encarnado que murió por los hombres en la Cruz y del Templo que es la Iglesia, a través de la cual, por medio de sus jerarquías, descienden las aguas de los siete Sacramentos a regar las almas y nutrirlas con sus frutos. De aquí que resulta justo decir y entender que es por el verdadero Templo de Dios, esto es, por Jesús viviente eterno en el Cielo y viviente en su Iglesia, como los hombres han recibido y reciben la misericordia del Señor, es decir, la Gracia y el Perdón.

El reconocimiento de los espíritus hacia Jesús Santísimo, del que la Misericordia se derrama, debería ser proporcionada a la grandeza del don y a la santidad del Donante, lo que equivale a que debería ser perfecta y completa, puesto que perfecta e infinita fue la donación de Jesucristo, Dios y Hombre, para que vosotros, por su medio, tuviéseis la Divina Misericordia y pudiéseis subsistir en vuestro espíritu, ya que esto es lo que importa que subsista para obtener la Vida eterna.

La Sabiduría proviene de Dios, lo mismo que la Justicia, la Fortaleza y toda otra virtud que os haga capaces de vivir conforme al querer divino, y todas estas fuerzas: alimento y luz de vuestros espíritus, proceden ciertamente de Dios; por lo que resulta justo decir que por El subsistís. Mas de donde propiamente vienen es de Dios Hijo, de Jesús, en el que aparecen compendiadas las Perfecciones de los Tres Santísimos para hacer de El la obra maestra del Amor que salva, del Divino Amor Misericordioso.

Escucha a San Pablo: "No seamos deudores de la carne para vivir según la carne". Si realmente queréis *vivir,* ninguna sujeción debéis a la carne. Porque la carne es muerte cuando es reina y medio cuando es esclava. Muerte y medio ¿de quién y para quién? Del espíritu y para el espíritu.

El espíritu dominado por una carne prepotente, muere. El espíritu dominador de la carne, vive y se adorna con los méritos adquiridos y con las victorias conseguidas mediante los sufrimientos de la carne domada. Si los hombres meditasen la realeza del espíritu y qué dignidad confiere al hombre el ser uno en quien el espíritu reina, ciertamente, ningún hombre querría vivir en contradicción con su espíritu.

Oíd al Apóstol: "Aquéllos a quienes les mueve el Espíritu de Dios son hijos de Dios".

El Espíritu de Dios, como sabéis, no habita sino donde la carne se encuentra encadenada en sus apetitos animales y reina de un modo absoluto la libertad de un espíritu-rey. Entonces el Espíritu de Dios desciende a ser Maestro y Guía del espíritu del hombre y por cuanto el contacto de Dios no puede dejar como estaba lo que encuentra, he aquí que el espíritu del hombre, debido a la cohabitación en él del Espíritu de Dios, se transforma, se diviniza y toma del Padre la paternidad. Así pues, el hombre, al ser en tal grado espíritu que merece ser habitado y amaestrado por el Espíritu de Dios y conducido por El en sus diversas acciones, realiza obras y tiene pensamientos, luces y movimientos que ya no son humanos sino divinos. Es, por tanto, un pequeño dios al anularse su personalidad humana en Aquél que le posee. El siervo deja de ser siervo y es absorbido por el Dueño Eterno, viniendo, por tanto, a ser él parte de El, parte bienaventurada, heredero de los bienes paternos, coheredero con el Hijo amado del Padre y hermano de Cristo, teniendo derecho, como El, a llamar Padre al Altísimo.

A nosotros, los ángeles, no nos es dado llamar "Padre" al Eterno. A vosotros, los hombres, sí. Es Padre, realmente Padre. El lo es para vosotros, justos que recibísteis, que habéis sabido recibir en vosotros este bendito Espíritu de Dios, no para tener un nuevo motivo de temor sino, por el contrario, un nuevo motivo de confianza, de paz y de gozo, no

sintiéndoos solos en el destierro ni débiles en las pruebas, antes unidos al Cristo, hermano vuestro, que os amó hasta la muerte para daros la Vida y el Espíritu de Dios que es Sabiduría y Luz.

"Os conviene que Yo me vaya (a la muerte) porque si no voy no vendrá a vosotros el Consolador. Si me voy os lo mandaré... Y cuando venga este Espíritu de Verdad os enseñará toda Verdad". Y más aún: "Pediré al Padre que os dé otro Consolador que se quede con vosotros para siempre: el Espíritu de Verdad que el mundo (esto es, la carne que es mundo) no puede recibir... El os enseñará todo y os recordará cuanto Yo os dije".

¡Recordad, almas, a través de qué recibísteis el Espíritu de Dios! A través del sacrificio de Cristo. El, esta Luz beatísima, este Fuego de amor, pasó a través de los desgarros de la Carne del Cordero y, cual llama que irrumpe fuera de un horno al abrirse, brotó del Corazón lacerado del Hijo de Dios y hermano vuestro santísimo.

Sea, pues, vuestro amor a Cristo cada vez más fuerte, ya que, en verdad, todo cuanto tenéis a El se lo debéis. Y santificaos para darle gloria porque éste es vuestro deber para con El.

Descansa, alma mía, y sé cada vez más un espíritu guiado por el Espíritu de Dios. De este modo jamás errarás puesto que El conduce a través de senderos inflamados por la Caridad.

Sea dada gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

[1] Isaías 38, 16-17. Ezequías fue rey de Judá entre los años 716-687 antes de Jesucristo.

---

***11/9/1946***
***Domingo 9.° después de Pentecostés***

*Dice Azarías:*

«El salmo es de los tiempos del rigor, por lo que entonces aún se podía pedir venganza contra los enemigos. Mas tanta es ahora en nosotros la caridad y tanta la que debe existir en ti, alma mía, que no nos detendremos a comentar la primera frase del Introito[1].

Tú perteneces a los tiempos del amor, eres cristiana y en tus labios tan sólo debe florecer la plegaria en favor de los enemigos. Pero no, no debes llamar enemigos sino "pobres hermanos" a quienes te causan dolor. ¿Pues qué, acaso no se encuentran privados de las verdaderas riquezas al no poseer la caridad, careciendo de justicia, ignorando las voces de lo sobrenatural hasta el punto de no comprender el lenguaje del Cielo al que califican de delirio de la criatura o, lo que aún es peor, de mentira de la misma? ¡Pobres, pobres hermanos tuyos!

Un día les dirá el Señor: "Os hablé y no me reconocísteis. Conforme a mi Palabra, tomé a un niño poniéndolo en medio de vosotros, doctores, y le instruí para que os dijese mis palabras, dado que el Espíritu del Señor se complace en revelarse a los humildes con los que juguetea como un padre con sus pequeños en los que encuentra consuelo. Yo vine y no me acogísteis, os hablé y no me escuchásteis, os llamé y os invité a entrar en la es-

tancia de mis tesoros, que os los abría, y no acudísteis. No os conmovió mi amor y negásteis mi doctrina diciendo que no se conformaba con la que prediqué en Palestina. Os quería hacer ricos y doctos; quería poner en vuestras manos un instrumento enriquecido con nuevas notas para que pudiéseis cantar las infinitas y por muchos ignoradas misericordias de Dios convirtiendo los corazones. Os quería santos, ya que mi conocimiento es amor sin que haya límite en el mismo y así el Cristo docente es Dios y Dios es infinito en su amor y en todo el resto de sus atributos, por lo cual quien más conoce más ama y quien más ama más se santifica. Vosotros, santos; vosotros, ardientes; vosotros sabios de 'mi' santidad, de 'mi' amor, de 'mi' sabiduría, os habríais santificado, encendido e instruido. ¡Oh, mi Sabiduría, mi Amor y mi Perfección! ¿Por qué no me quisísteis? Ahora sois pobres, más que el pobre Lázaro. A él le cubría sus llagas, mas en su corazón tenía el tesoro de su conocimiento de Dios. Id a vestiros de luz, a aprender el amor, a meditar las palabras que no aceptásteis y cuando os hayáis vestido y adornado de caridad, de verdad y de sabiduría, venid...".

Tú, *entretanto,* ruega para que, durante el tiempo que les resta, puedan vestirse y adornarse con lo que el Señor exige a los invitados a las nupcias sin que tengan que hacer una penosa espera fuera de la Casa de Dios expiando su dejadez y tibieza y, con ellas, su soberbia y egoísmo.

Por eso tú, en el Introito, detente sobre todo a pedir protección para ti. Nada más. Perteneces al tiempo del amor y el amor quiere ahora el poder de Dios en tu defensa y para su conversión; y basta. Con ello le pedirás al Señor lo que le agrada ya que está de acuerdo con sus deseos, el primero de los cuales es que los hombres se amen como hermanos unos a otros.

"No deseemos cosas malas", dice el Apóstol. Desear que caiga el mal sobre nuestros propios enemigos es cosa sumamente mala, puesto que es la negación del precepto del amor y del perdón. Y si tú recapacitas bien, verás que este desear el mal a los enemigos no es tan sólo un pecado de odio sino también de idolatría en el que el ídolo es el propio yo, amado exageradamente, adorado como el señor y el dios más grande, amado tan desordenadamente, hasta el punto de salir del orden por él, ya que, hallándose el hombre compuesto de materia y de espíritu y siendo el espíritu inmortal y heredero del Cielo, es exigencia del orden darle al espíritu lo que le corresponde, esto es, vivir sobrenaturalmente como hijos de Dios, movidos y guiados por el Espíritu de Dios con regia sujeción y filiación excelsa, no viviendo como brutos, fuera de la Justicia, del Camino y de la Verdad, en el desorden de la carne, del mundo y de Satanás.

"Yo soy el Señor tu Dios". Dios es Dios, el Unico. Ningún otro dios debe sustituir al Dios Unico y Santo. El que se ama a sí como si él fuera el único a quien debe tributar honor y gozo, es idólatra de sí mismo. Y la idolatría arrastra al hombre a cultos salvajes como es el de querer el mal y la venganza contra los enemigos y a invocarla para dar satisfacción al yo, saliendo de la Religión Cristiana, es decir, de la Religión verdadera, de la Caridad.

Entre los pecados de Israel enumera Pablo el culto al ídolo de oro. Pondera hasta qué grado de envilecimiento, no sólo de la religión mas también de la razón no lleva la idolatría. El hombre, rey de los animales, que tiene por Padre a Dios y que, como Dios Espíritu, tiene en sí el espíritu que le hace ser imagen y semejanza del Padre —porque el alma es espiritual, libre, inmortal, inteligente, capaz de adornarse con las virtudes que están en Dios, menos el poder creador y aún éste en la justa proporción que debe mediar entre el Altísimo y el hombre, entre el Creador y el creado— el hombre, criatura perfecta,

he aquí que llega a adorar la imagen de un siervo suyo animal, de un becerro y, siendo hijo del Creador, llega hasta rebajarse ante una substancia formada por el Creador, ante el pobre oro que brilla tan sólo cuando la luz lo embiste, mientras que Dios es esplendor de Luz Increada e infinita. Y después, bajando aún más, se envilece en la crápula haciendo del comer, no una necesidad sino un vicio y, ebrio después de vino y de comida, se alza para darse a diversiones obscenas, como no lo hacen los animales más lascivos.

Y aquí, incidentalmente, te hago observar la conducta de Moisés. El, santo, declina el honor que Dios quería otorgarle como premio: "...déjame hacer, los exterminaré y después haré de ti el cabeza de una gran nación", mas suplica que sus "pobres hermanos pecadores" sean perdonados y salvados. Moisés había intuido ya el amor, el cual quiere el bien de los demás el verdadero bien, más que el propio honor temporal.

Pablo, a seguido de la idolatría, recuerda la fornicación y su castigo: la muerte de los licenciosos —porque en el Pueblo de Dios, destinado a entrar en la Tierra Prometida, no podía haber impuros, fornicadores, idólatras, homicidas, mentirosos y abominables— a manos de los hijos de Leví, celosos del honor de Dios más que de su amor por la propia sangre, los cuales, "para obtener la bendición, consagraron sus manos con la sangre de sus hijos y hermanos" muertos para reparar la ofensa inferida al Señor.

Ahora, en la Ley de amor, se lavan igualmente con los sacrificios las ofensas; mas no desangrando y matando a los culpables sino, a ejemplo del Redentor Santísimo, ofreciéndose víctimas por ellos; y no sólo las manos y la bendición sacerdotal quedan consagradas sino todo el ser al que le llega la bendición que abre el Reino de Dios a los Santos, a éstos que se inmolan para salvar a los pecadores y reparar las ofensas hechas a Dios.

"No tentemos a Cristo como le tentaron algunos de los que fueron muertos por las serpientes".

Dios había provisto a su Pueblo del maná y antes habíale otorgado su protección a partir de la noche de la pasada angélica en Egipto; y ellos, olvidándose de las penalidades sufridas allí y de la milagrosa intervención del Señor, ya había deplorado la falta de los peces, melones, pepinos y otras verduras de Egipto anteponiendo el vientre con sus delicias a las delicias de la independencia y de la unión con Dios.

Dicen de nuevo: "Nos produce náuseas este alimento tan ligero", olvidándose de los que murieron por saciarse en demasía con las codornices que tuvieron antes de llegar a Haserot. Se quejan de no tener agua ni pan habiendo visto el milagro del agua de la roca. Teniendo a Dios que les provee de lo necesario, murmuran de El y le tientan queriendo lo superfluo.

¡Triste ejemplo para muchos cristianos! Y he aquí que, habiendo escuchado el silbido de la Serpiente, insinuadora de concupiscencia, terminan cayendo muertos por las serpientes. Porque quien acoge a Satanás, de Satanás recibe la muerte. ¡Cuántos, tras haber recibido todo de Jesús Santísimo, rechazan al Cordero por la Serpiente y, viendo más tarde con terror el nido de serpientes que se mueven para matarles, se olvidan de elevar su mirada a la Cruz sobre la que está el Salvador!

Los hebreos, en fin, se portaron mal al murmurar contra el Señor que, a cambio de un pequeño sacrificio, quería entregarles la tierra que destila leche y miel.

Diez veces tentadores del Señor, diez veces rebeldes y murmuradores, merecieron morir en el desierto, heridos por Dios, enojado ya por su obstinado espíritu rebelde. Morir en el desierto herido por Dios —cuando se nos asegura lo dichosa que es la morada

prometida y la seguridad de su posesión con sólo que lo quiera la voluntad del hombre a la que Dios ayuda de mil maneras, de forma que no hay que temer como algo invencible las insidias del mal— es una gran necedad.

Con todo, esto es lo que acaece de continuo y estos hechos —figura de los acontecimientos que vosotros, llegados al final de los siglos del rigor, o sea, llegados al tiempo de la misericordia, al tiempo que precede al eterno del Gozo, habríais encontrado espiritualmente— no logran impedir al hombre la tremenda necedad de perder el Cielo eterno por el mundo fugaz.

Grave es la advertencia de Pablo: "Quien crea hallarse de pie, guárdese de no caer".

Tened siempre en cuenta cómo los hombres, no obstante el terror que tenían de Dios, pecaron en la antigüedad. Y no digáis: "Habían progresado menos que nosotros". Habéis tenido, es cierto, el perfeccionamiento de la Ley y el auxilio sin medida de los Sacramentos, hechos canales de Gracia por los méritos de Cristo. Pero bien, ¿sois acaso mejores? Habéis progresado en los conocimientos humanos y las nueve décimas partes de los mismos van en contra vuestra. Habéis progresado en el saber, mas no en el espíritu. La malicia es la que os conduce, la soberbia la que os rige y la triple concupiscencia la que os destruye. El egoísmo de los individuos y de las colectividades inunda de lágrimas y sangre el mundo con esporádicas y múltiples efusiones o con verdaderos diluvios mundiales y mortíferos de sangre y de lágrimas.

No habéis progresado, antes, entre aquellos que en la antigüedad eran rapiñadores, idólatras, violentos e incestuosos por no conocer exactamente las leyes morales y religiosas —y los hay todavía entre los salvajes— y vosotros, evolucionados y conocedores de la Ley de Jesucristo, sois vosotros mucho más culpables porque obráis a sabiendas de lo que hacéis. Por tanto, nadie se envanezca si hasta el momento actual de su vida no pecó gravemente, ya que en el momento siguiente podría hacerlo por cuanto las riendas que mantienen frenado el yo del hombre están muy relajadas, hallándose en trance de caer por alejarse de Dios.

Dice Pablo: "Hasta el presente tan sólo os han asaltado tentaciones humanas". No quiere decir con ello que no hay que temer a estas tentaciones o que haya que vivir tranquilos diciendo: "Yo soy tan fuerte que en vano soy tentado puesto que venzo siempre". Quien así dijese, cedería instantáneamente en una tentación espiritual: a la tentación de soberbia que abre el camino al resto de los otros seis vicios capitales. Y la soberbia impediría a Dios derramarse con sus dones porque Dios no se comunica a los soberbios y porque los soberbios no recurren a Dios. Mas cuando el Hombre es humilde y ama a su Señor, no le defrauda Dios, fiel como es en su amor, en sus promesas y en el mantenimiento de las mismas.

Jesús Santísimo nunca dijo palabra que no fuese útil y diese fruto. Dijo El: "Cuando roguéis, decid así: 'Padre nuestro... y no nos dejes caer en la tentación mas líbranos del Mal'". Si os lo dijo es porque sabe que el Padre *quiere* hacerlo y por eso no ha de permitir que las fuerzas del hombre, hijo suyo, sean inferiores a la violencia de la tentación.

Fíjate bien que yo no digo: "Y el Señor permite que sus hijos fieles sufran leves tentaciones mientras que las de los hijos infieles son fortísimas", sino que digo: "No permite que las fuerzas de su hijo sean inferiores a la violencia de la tentación".

El quiere que combatáis para que os alcéis con la victoria, pues el mérito debe ser vuestro. La gloria debe guardar proporción con el mérito y con la lucha sostenida. Como buen padrino del guerrero en liza, El le pasa a éste las nuevas armas con las que oponer

una resistencia cada vez más válida a los reiterados asaltos de la Tentación; le ofrece el cáliz corroborante de su Gracia y, una vez finalizado el combate, está pronto a acogerle sobre su corazón para coronarle de paz, reservándose el gozo de la gloria paradisíaca para el momento de su retorno a Dios.

Conforta a Pablo, abofeteado tres veces por el envidioso ángel de las tinieblas, para que no tema. Y yo, con él, te conforto, lo mismo que a todos, con las palabras litúrgicas: "Son justos los preceptos del Señor y sus juicios más dulces que la miel". Sed, pues, fieles a ellos, creciendo en gracia y en sabiduría ante Dios y ante los hombres.

Y, por último, os dirijo las palabras del Maestro Santísimo: "Tomad sobre vuestros hombros el yugo de Cristo, pues es dulce y ligero". Tomadlo con santa audacia y heroica voluntad. Tomadlo con absoluta confianza en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, los cuales son Amor y el Amor es fortaleza. A ellos sea dada eternamente la gloria».

---

[1] Dicha frase es ésta: «Haz, Dios mío, recaer los males sobre mis enemigos y, en honor de tu verdad, extermínalos». (Salmo 53, versículo 7) *(N. del T.)*.

---

## *18/8*
## *Domingo 10.° después de Pentecostés*

*Dice Azarías:*

«Te dije el domingo pasado que no merecía comentarios la frase invocando el mal sobre los enemigos puesto que el alma que se da al Amor tan sólo amor invoca, amor y misericordia.

Mas hoy el Introito no es un grito clamando venganza sino el reconocimiento de la prontitud con que Dios escucha a sus hijos y vela por sus intereses. Es el reconocimiento del justo obrar de Dios que sabe alzar a los oprimidos poniéndose de su parte, que sabe recordar a quienes se creen más que Dios –y con ello obstaculizan el querer de Dios poniendo límites a sus obras por creer que pueden ponérselos, pero que, en realidad, no hacen sino levantar barreras ficticias que sirven tan sólo para juzgarles y conferir un mayor mérito al justo que las sufre al estar oprimido por servir al Señor– que El vigila y puede, cuando El quiere, restablecer el orden violado, ya que es desorden poner obstáculos a la Voluntad de Dios. El, que es Orden perfecto, puede siempre restablecer el orden, como lo restableció en el Cielo tras la insurrección de los Rebeldes y como lo hizo en el Edén después de que pecó Adán, lanzando a los desordenados, tanto al uno como a la otra del Paraíso.

Alza, pues, tu grito al Señor y deposita en El todas tus ansias. El te sostendrá espiritualmente con horas de amor beatífico y, materialmente, no permitiendo que seas prensada y probada por cima de la medida.

La Oración ...Alma mía, la oración de esta Santa Misa parece el eco o el motivo musical que movió e inspiró tu canto de hace unos días. Tú pediste, a costa de tu sacrificio, "que Dios muestre más su omnipotencia perdonando y compadeciendo", dándose a ellos, al igual que a ti, con la plenitud de su amor para que, por virtud del fuego del amor, se dilate su cerrado corazón, se caldee, se haga luminoso, les libre de lo que les oprime y los

santifique.

Mucho es lo que pediste. Pediste a la Justicia que desvíe su curso. Pediste que vaya el Amor a donde se ha lanzado el Castigo y se sustituya a él. ¿Puede Dios mudar sus justos decretos? ¿Puede dejar de hacer uso de la justicia para Sí mismo? Porque –medita esto– porque es para con El con quien se faltó principalmente. Tú fuiste colocada a modo de pantalla entre ellos y Dios, siendo traspasada por sus dardos. Mas ¿dónde han terminado estos dardos? ¿Contra quién iban dirigidos? ¿A quién han herido al término de su malhadado recorrido? A Dios, a la Caridad, a la Voluntad de Dios, a su Palabra, a su Omnipotencia, a su Generosidad y no agrego más palabras para explicarlo porque han herido a estos atributos de Dios que son Dios mismo. Mas todo aquél que sepa lo que Dios quiso y dio y cómo se comportó, puede comprender por qué digo que fue herido Dios, su Caridad, su Voluntad, su Palabra, su Omnipotencia y su Generosidad. También sobre el Gólgota y en Cristo Santísimo fue herido Dios y en estos mismos atributos.

El hombre alzó su mano contra Dios y golpeó a la Caridad latente en Cristo que habíase encarnado para entregar el supremo amor de Dios a los hombres a los que por espacio de tres años benefició con la evangelización, con milagros, con socorros materiales arbitrados milagrosa o humanamente por quien podía darlos en favor de quienes se hallaban desamparados.

El hombre renegó y blasfemó de la Palabra Divina diciendo ser de un loco o de Satanás. Negó la Omnipotencia, visible de la Encarnación por obra, no de hombre sino del Espíritu Santo y en los milagros sobre los elementos, las enfermedades y las conversiones sonadas que son milagros mucho mayores que una curación corporal. Se mofó de su Generosidad y la rechazó cual si fuera contaminante. Dios mandó a su Hijo amado, mandó a su Verbo y, con El, su perdón y su amor; y los hombres se rieron y le abofetearon cual si fuera un oprobio y un monstruo lo que era una Generosidad de Dios.

Mas la Gran Víctima –pantalla santísima a través de la cual, herida hasta ser toda una llaga tal como la describen David e Isaías, fue herido Dios, el Amor Celeste, por el Odio conjunto de Satanás y de los hombres, por todo el Odio perenne y eterno que hay sobre la Tierra y en el Infierno– mas la Gran Víctima pidió lo mismo que tú: que la Justicia desvíe su curso. Porque las Hostias, al tiempo de su inmolación, piden esto: que se cumpla aquello por lo que vinieron y se han ofrecido, esto es, que triunfe el Amor que es el regenerador de los espíritus en Dios.

He dicho: "todo el Odio, perenne y eterno, que hay sobre la Tierra y en el Infierno". No me he equivocado poniendo en presente una acción pasada cual es, ciertamente, la Muerte del Redentor.

El Verbo, esto es, Jesús, es el eterno Expiador, es el Amor Eterno y Expiador. Lo era ya antes de que fuese Hombre y lo será hasta el postrer hombre. Y el fruto de su Expiación continuará aún más allá del tiempo porque es eterno el pueblo que los Santos que serán, más allá del tiempo, el fruto de la expiación de Jesús.

Y, al igual del Amor, el Odio es asimismo eterno, aunque no con una perfección de eternidad como la de Dios que nunca tuvo principio y que es el eterno, sino eterno desde el momento en que surgió en el espíritu maldito de Lucifer y de los suyos. Eterno en el Infierno, que existe desde entonces, y que ya no tendrá término. Eterno en el corazón de los hombres que lo eligen por su señor y lo llevarán consigo más allá del tiempo, se abatió sobre la Tierra desde que la sangre de Abel se derramó por el odio de Caín y hiere sin descanso a Dios. Todo le fue presente a Cristo en la hora de su Pasión triturándole como cuerpo lanzado a una piedra de molino, pues así de numerosas fueron las heridas

inferidas al Amor Encarnado. Después del tiempo se seguirá blasfemando en el pueblo de los malditos que serán, más allá del tiempo, el fruto de la labor de Satanás. Y estas dos eternidades: la del Amor y la del Odio, la del Expiador y la de Pecado, la de Jesús y la de Lucifer estarán en el perpetuo *es* y el Rey del Cielo y el del Abismo a la cabeza de sus respectivos pueblos. De aquel pueblo que debía haber sido uno: el de la Humanidad al servicio de su Creador y Señor pero que, con libre voluntad prefirió dividirse en dos, eligiendo la rama nueva un rey maldito por el que volvió la espalda a Dios eligiendo como ley suya el Mal. Porque Mal incurable no es haber nacido entre las sombras del Gentilismo o de una idolatría, como tampoco entre las nieblas de una fe herética en la que perdura un recuerdo de la Verdad y de partes de la Verdadera Religión aunque privadas de Vida por estar separadas del Cuerpo místico que es el único Cuerpo viviente. El mal estriba en, no obstante haber nacido en el seno de la Iglesia, vivir como herejes, paganos, separados y muertos por el pecado.

No hay Vida fuera de la Iglesia Romana, si bien todos pueden entrar en la Vida, y la Iglesia Romana no se niega a recibir en su seno a los "muertos" procedentes de otras religiones, reveladas o idólatras, y darlos a luz para la Vida lo mismo que el Sepulcro de Jesús Santísimo acogió un cadáver y dio a luz al Viviente, a aquel Viviente que por sí mismo retornó a la vida por ser El la Vida, a aquel Viviente que, al ser la Cabeza del Cuerpo místico, no puede por menos de vivificar cuanto él pertenece y en él penetra.

Esto hace la Iglesia. Es Esposa y Madre. Como Esposa santa otra cosa no desea sino dar a luz hijos para su Esposo a fin de que sean muchos los hombres que lleven su Nombre por todos los ámbitos de la Tierra. Y es Madre desposada con la Divinidad que es Padre por poseer esta cualidad como Primera Persona en cuanto Engendrador del Hijo, como Fecundador de la Virgen que dio a luz al Hombre por obra del Espíritu Santo y como Creador de los hombres; Padre, por tanto, en relación consigo mismo y en relación con sus criaturas. Así pues, teniendo por esposo a un Padre, la Iglesia no puede por menos de ser Madre. Tomó de su Creador, de su Fundador, de su Esposo y de su Cabeza el pensamiento y los afectos: es Madre. Y como Madre, arde en deseos hacia todas las criaturas y en cada una de ellas ve esparcido sobre la Tierra un germen que debe ser gestado y dado a luz para el Cielo; y tiende los brazos y abre su seno para acoger en él los gérmenes informes a fin de nutrirlos y darlos a luz para su Esposo.

Ahora bien, la Iglesia militante la componen la Iglesia docente y la discente, lo mismo que al cuerpo lo componen los órganos y la carne. Los órganos, sin la carne que los protege, no podrían formar un cuerpo; y la carne, sin los órganos que la mantienen regada de sangre, nutrida de jugos glandulares y de oxígeno, purificada de las toxinas que se forman diariamente y de los detritus, no podría vivir. También la Iglesia, el Cuerpo místico, si ha de sobrevivir y ser cuerpo, necesita de una labor recíproca entre los órganos y los miembros, entre la parte docente y la discente. Y la Iglesia docente, esta gran Madre, dirigiéndose a la discente, le dice: "ayudadme a que pueda dar a luz para la Vida a los gérmenes informes que hay sobre la Tierra".

¿Cómo? Con sacrificios, ya que el sacrificio de los fieles ayuda a los sacerdotes; y con los óbolos. Porque la evangelización comporta un honor costosísimo. Penetrar, propagarse y hacerse amar no se hace sin gastar. El dinero es una de las trampas tejidas por Satanás para la ruina de los hombres. Mas, como todas las cosas creadas por el Mal, puede ser redimida. La gran Culpa fue redimida por el sacrificio de Cristo. Pues bien, la riqueza, si se usa de ella con el fin santo, también puede ser redimida. Y, te lo digo yo, no hay fin más santo que emplear la riqueza en obras de misericordia. Casi todas las obras de misericordia, tanto corporales como espirituales, las llevan a cabo los misioneros, es de-

cir, los buenos sacerdotes porque toda la Tierra es tierra de misión, ya que, a las puertas de su iglesia, en los umbrales mismos de su convento, el Sacerdote o el Religioso, encuentra al idólatra, al hereje, al incrédulo, al ateo, al "muerto", a ese germen informe que tiene que llevar al regazo de la Madre Iglesia para que Ella lo dé a luz para Dios.

El, el Verbo, lo dijo: "Quien dé una sola copa de agua a uno de mis discípulos, no perderá su recompensa". Y dijo también: "Procuraos amigos con las riquezas injustas a fin de que, cuando muráis, os reciban ellos en las tiendas eternas".

Por deber para con la Madre y por una santa astucia consigo mismos, los católicos que creen en el Señor Jesucristo deberían procurarse amigos, es decir, los cristianizados a través de su ayuda espiritual o financiera —y mejor, por ser más perfecto: espiritual y financiera a la vez— los cuales, al morir sus indirectos salvadores, les reciban en las tiendas eternas.

No es buen católico el que ruega únicamente para sí, ni buen hijo de la Iglesia de Cristo el que piensa en *su* gloria futura, en *sus* necesidades presentes, en *sus* luchas, en *sus* fatigas, pero no en la gloria de la Madre, en sus necesidades, sus luchas y fatigas a fin de recoger y engendrar para la Verdad, el Camino y la Luz a esos pobres hermanos que son como bastardos sin padre ni madre no sólo en la Tierra sino también en el Cielo, ya que se hallan fuera de la Familia en la que el Padre de Dios, la Iglesia la Madre y hermanos los santos y los católicos. Vosotros, católicos, que os véis en la dulce y santa Comunión de los Santos, ¿cómo os mostráis tan reacios en procurar que entren tantos hermanos vuestros de humanidad? Si os preciáis de amar al Señor y su Nombre, ¿por qué no echáis mano del sacrificio y de vuestro dinero para hacer que todos los hombres le amen?

Ya lo dijo El: "La mies es ciertamente copiosa, mas pocos los operarios. Rogad al Dueño de la mies que mande muchos operarios a ella". Y ¿no recordáis cuándo lo dijo? Dice Mateo: "Y como viese las turbas, se compadeció de ellas, pues estaban cansadas y extenuadas como ovejas sin pastor". Esas palabras, por tanto salieron de los labios de Nuestro Señor Jesús cuando un amor de compasión le hizo afligirse por aquellos que se hallaban sin pastor, cansados y extenuados.

El que no tiene esperanza en una Vida futura, el que carece de la Fe que tranquiliza el espíritu, esto es, de la verdadera Fe sin lagunas: la Católica, —ya que toda otra Religión, cualquier otra Fe, presenta lagunas y grietas ante las cuales tiembla el ánimo en ciertos momentos al no sentirse seguro de hallarse en la verdad— el que no medicina su dolor humano con el bálsamo y la miel de la Caridad, el que, por último, no cuenta con los auxilios espirituales que prestan con largueza el vivir dentro de la Iglesia y el gozar de los méritos de Cristo y de los Sacramentos, bien puede decir que se encuentra desfallecido y cansado, sintiéndose verdaderamente como oveja sin pastor a merced de los ladrones y de los lobos.

Las tristezas de las almas carentes de la Gracia vosotros, los hombres, no las conocéis ni las meditáis. Nosotros las vemos y tenemos para ellas la misma compasión que tuvo el Maestro al ver tanta mies en abandono.

Almas que vivís en la Iglesia, atended al lamento de Cristo. Los graneros del Señor están esperando la mies para antes de que suene la hora de la gran revista. Haced porque se siembren las tierras incultas y den fruto para que así haya después operarios que sigan de sembradores porque entre los operarios del Señor, entre los *auténticos* operarios, pasa muy presto la guadaña de la muerte y corta; y así quien sembró no llega a cosechar, por lo que es preciso rogar, rogar y más rogar para que sean tan numerosos, querría decir, tan numerosos como las espigas y de este modo la semilla, cada semilla llegue a tener dos án-

geles que la tutelen: el de Dios, espiritual, y el eclesiástico, sacerdotal, porque el mundo muere por falta de Sacerdotes.

¿Sabes qué quiere decir Sacerdote? Sacerdote quiere decir consagrado, dedicado, ofrecido por completo a su Dios para llevarle almas. Todo debe desaparecer para el Sacerdote, absolutamente todo y quedar únicamente Dios y las almas. Debe despojarse de todo, hasta de su humanidad y, como Cristo, inmolarse para su misión.

Así es como llega a ser un operario de Cristo, pudiendo sembrar y segar con la seguridad de que en su surco no le ha de crecer la cizaña y de que hará de cada hombre un alma, un alma cándida.

En el Cielo no se dan los matices de las distintas razas. Todo allí es luz y belleza, todo pureza y amor. En el Cielo, el Dueño del Cielo y de la Tierra deja entrar a todo aquél que tiene el alma limpia y adornada. No rechaza al negro, al mongol ni al polinesio, es decir, a ninguno. Todos son hijos *suyos*. Son los hermanos de su Hijo que a *todos* los amó desde el seno del Padre, más tarde en la Tierra y después sobre la Cruz, desde la que contempló hasta a aquellos que el mundo ignoraba que existiesen. Al indio como al patagón, a los de la lejana Oceanía, a los australianos lo mismo que a los pielesrojas, a todos vióles desfilar como en una revista ante sus ojos de Moribundo bajo el cielo tenebroso del Viernes Santo. Y landas septentrionales cubiertas de hielos y bosques o desoladas; selvas vírgenes ecuatoriales e islas ignotas, inmensas unas como continentes y diminutas otras como atolones; regiones abrasadas por el fuego subterráneo o casquetes árticos en los que parece imposible la vida, todo se le presentó al detalle en su futuro; y sobre todos esos espacios su Sacrificio y su Amor sin límites quiso que el sol de Dios diseñase la sombra de una cruz para que, al igual de su signo Tau marcado por el misionero sobre las almas, hiciese miembros de su Pueblo a los idólatras y paganos.

No olvidéis el último deseo de Cristo expresado en la plegaria del Jueves Santo y ya sobrentendido en las palabras: "Te pido por todos aquéllos que, por las palabras de mis sacerdotes, han de creer en Mí a fin de que sean una sola cosa como Tú estás en Mí y Yo en Ti", y expuesto con anterioridad en el discurso del Buen Pastor: "Tengo otras ovejas que no son de este redil: también a éstas habré de congregar, prestarán oídos a mi Voz y habrá un solo rebaño y un solo pastor. Por esto me ama el Padre, porque doy mi vida por mis ovejas". Y ambos deseos se repiten en su Corazón moribundo cuando, entre sexta y nona, la agonía sella por fin sus labios.

Trabajad en hacer realidad el deseo de vuestro Salvador. No seáis soberbios como los antiguos fariseos que se tenían por los únicos elegidos de Dios. No creáis que entre los idólatras y vosotros, entre los cismáticos y vosotros media un abismo insondable y que tenga que ser así por cuanto vosotros sois "los puros" y ellos los inmundos.

Dice Pablo: "Sabed que cuando érais gentiles os dejábais llevar tras los ídolos mudos fiados en la capacidad de quien os conducía".

Mas, por ventura, aquellos gentiles que se dejaban arrastrar a los ídolos por los que, revestidos de sacerdotes paganos, se los presentaban como dioses, ¿eran acaso mayores pecadores que vosotros que, conociendo al Dios verdadero y ya regenerados por la Gracia, seguís con harta frecuencia a los ídolos que la triple concupiscencia y Satanás os presentan?

Sois vosotros, sin duda, más grandes pecadores porque, no obstante conocer la Verdad, la posponéis a las cosas vanas y viciosas. Aquellos gentiles, al igual que los de ahora y los idólatras actuales, una vez conocida la Verdad, la han seguido aún a costa de su

vida, repudiando heroicamente su pasado para abrazar la Fe convertida para ellos en su eterno Presente.

No abriguéis desdén ni extrañeza hacia quienes todavía desconocen al Dios verdadero, sino más bien haced porque salgan de su ignorancia para entrar en la *sabiduría* y, sobre todo, procurad no escandalizar a aquéllos que viven entre vosotros como idólatras, herejes o cismáticos. Portaos de forma que no puedan decir: "ellos no creen en lo que dicen pues, de lo contrario, no serían así". Vuestras acciones deben ser obras misionales para los gentiles que, bajo diversas denominaciones, conviven en vuestra ciudad o en vuestras propias familias tal vez. ¡Ay de aquél que predica y alza su voz en nombre de Dios y después lleva a cabo actos reprobables que el prójimo juzga! Con ello da a entender que es un falso hijo de Dios y un hipócrita.

Dé cada uno a Dios lo que pueda para la edificación de su prójimo y se lo dé santamente a fin de que se manifiesten las obras misericordiosas de Dios. Porque si uno hace mal uso de los dones de Dios o finge poseer lo que no tiene, esto es, aquello que le fue quitado en castigo de no haberlo usado como debía, es un hipócrita aborrecible a Dios, un embustero y un idólatra porque se da culto a sí mismo y lo exige de los demás, pronunciando palabras engañosas y, por tanto, tiene consigo al demonio.

"Ninguno que hable por el Espíritu de Dios anatematiza a Jesús". Y anatematizar a Jesús es llevar una vida en desacuerdo con su doctrina.

"Y nadie puede decir 'Señor Jesús' si no es por el Espíritu Santo", pues, efectivamente, tan sólo reconoce a Cristo aquél que, teniendo en sí la Gracia, puede reconocer, es decir, conocer a Jesús por lo que realmente hay en el Señor Jesús Salvador: la Sabiduría y la Palabra que deben ser escuchadas y puestas en práctica con fe, caridad, esperanza, humildad y siempre con verdad, sin envidias que lleguen a negar los dones en un hermano por no ser los propios; sin egoísmos avaros y guardando para sí lo que el divino Espíritu dio en forma y medida diversa extrayéndolo de una misma Fuente, esto es, de Sí mismo, del Mismo y Unico Espíritu.

Contentaos cada uno con vuestra suerte espiritual: el que tiene porque puede dar, y el que no tiene porque puede recibir. Porque, bien sea que déis como que recibáis, todo lo tenéis de Uno sólo: de Dios, que distribuye los dones con sabiduría perfecta sabiendo a quién hacen bien y a quién no, dando y queriendo dar únicamente para vuestro bien. Por eso, no pudiendo exigir lo que se os da gratuitamente y no *debiendo* rehusar lo que Dios os regala, habéis de ver en todas las cosas a Dios y su deseo de ser amado por todos los hombres. Y gozaos en dar cada uno lo que podéis: mucho o poco, no importa, basta que sea lo que está a vuestro alcance dar.

Dios sabe, Dios ve y Dios juzga. Cada una de las acciones de un hombre bueno, por insignificantes que sean, las justifica Dios y los actos todos del hombre los ven con justicia sus ojos.

Amad y, de este modo, todo lo haréis bien: tanto en lo relativo a Dios como a la Iglesia y al prójimo que está más próximo a vosotros si pertenece a la verdadera y única Iglesia; hacia aquél que, por estar fuera del Redil, se encuentra más alejado; y hacia el pecador para atraerlo a la Salvación. Haced que el Amor venza al Odio en los individuos y en la Humanidad entera.

Vosotros todos que, con uno u otro don, servís al Señor, estad ciertos de que Dios está con vosotros y abrigad la firme esperanza de que Dios no permite que sus siervos sean confundidos y así marchad siempre hasta la meta tributando por todo acciones de

gracia al Señor.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

***25 de agosto***
***Domingo 11.° después de Pentecostés***

*Dice Azarías:*

«¿Cuál es la morada santa de Dios? A esta pregunta responderán algunos: "El Cielo"; otros: "La Iglesia", y otros: "El corazón del hombre". Y, aun no alcanzando la perfección en la respuesta, ninguno habrá errado, ya que Dios habita en el Cielo, en su Iglesia y en el corazón de los hombres que están en su Gracia. Mas, para ser exactos, Dios está en Sí mismo. El tiene la morada en su Caridad infinita, única morada que, por su perfección e infinitud, puede contener al Perfecto y al Infinito. En la Caridad todo se opera, procede, se genera, se satisface, reposa y aplaca. La Caridad, esto es, El mismo, es la morada santa de Dios.

Por esto la palabra litúrgica que dice: "es Dios el que hace habitar en su casa a personas de carácter idéntico" viene a significar sabiamente que tan sólo quienes moran en la caridad habitan en Dios. Concepto contenido en esta frase de Jesús Señor Nuestro: "Permaneced en Mí y Yo en vosotros... Si alguien permanece en Mí y Yo en él, éste tal lleva mucho fruto", y en aquélla de la plegaria divina: "que sean todos una sola cosa como Tú estás en Mí, ¡oh Padre!, y Yo en Ti". Palabras que, recogidas por el Apóstol del Amor, resuenan en su Epístola escrita muchos años después de la Sagrada Cena cuando, en los umbrales del más allá, Juan, sin necesidad de éxtasis, contemplaba ya "la morada de Dios" que descendía para acoger a aquél que había entendido la Caridad: "El que ama nació de Dios... Dios es Amor... Si nos amamos los unos a los otros, Dios habita en nosotros y su caridad adquiere en nosotros la perfección. Por esto conocemos que estamos en El y El en nosotros: por el hecho de que El nos dio su Espíritu".

Tres son las operaciones que compendian todas las obras, todos los frutos de las mismas y las fases todas de la criatura-hombre que, pasado un tiempo, torna a su Origen para siempre. "El que ama nació de Dios". Cuando una mujer da a luz un hijo se dice: "este niño ha nacido de esta mujer". *Ha nacido*, esto es, ha salido de ella, de su seno. Ella le formó, le revistió de carne, le dotó de sangre y de órganos, y no sólo de estos elementos materiales sino que también le imprimió, si no todos, algunos al menos de los caracteres y semejanza física con ella misma.

La mujer es tan sólo una criatura imperfecta, como imperfecta es igualmente su matriz. Mas Dios no es imperfecto. Ponderad, por tanto, qué grado de carácter y de semejanza imprimirá en aquellos que salen de su seno. Todas las almas son creadas por Dios y toman del Padre una primera imagen y semejanza. Ahora bien, toda alma, por espontánea voluntad, puede, diré así, tornar al Padre y volver a nacer de El. Es ésta la "recreación" del alma de la que han hablado los doctores de la Iglesia.

Después de estas mis palabras aprecias toda la profunda verdad de las de San Juan: El que ama nació de Dios y le conoce. El que ama; puesto que si no amase a Dios, no

haría por *volver a entrar* en El ni a renacer en plena y propia voluntad de Dios.

Vuestro primer nacimiento fue querido por quien os engendró y Dios lo sanciona y ennoblece al conceder a la materia el alma; mas este nacimiento no depende de vuestra voluntad. La Iglesia, desposada con Dios, coopera a vuestro nacimiento fortificando a la criatura con la Gracia Bautismal y, consiguientemente, con los otros Sacramentos. Pero únicamente cuando la criatura llega a la edad de comprender y de querer, es cuando puede querer nacer de Dios en un segundo y más perfecto nacimiento que se realiza mediante el amor a Dios y al prójimo según los dispone la Ley.

Segunda operación: la cohabitación de Dios en vosotros y de vosotros en Dios a través de la Caridad. Dios desciende a habitar en el corazón que le ama y el alma sube a habitar en la morada de Dios, esto es, en la caridad, por lo que entonces "la caridad de Dios en vosotros es perfecta". Y tan perfecta que se anula la distancia entre el Cielo y la Tierra, entre la criatura y el Criador, y ambos: el finito y el Infinito, el nada y el Todo vienen a ser "una sola cosa" como lo pidió vuestro Maestro Santísimo.

Tercera operación: la concesión del Espíritu de Dios a la criatura. El Espíritu de Dios es el Amor, el Espíritu al que Jesús llama Espíritu de Verdad, Consolador, Aquél que puede ser recibido por quien no es del mundo, Aquél que enseñará todas las cosas y hará recordar todas las cosas santas, Aquél que procede del Padre. El Espíritu Santo imprime en quienes lo reciben el carácter de verdaderos cristianos, o sea, de hermanos con Cristo y, por tanto, de hijos de Dios.

Dice el Introito que Dios hace habitar en su morada a personas de carácter idéntico. Ese carácter es el del amor. Ya lo dijo Jesús Santísimo: "En la casa de mi Padre hay muchos puestos". Mas para ocuparlos se requiere *un único carácter*: el de la caridad.

Uno tendrá su puesto en el Cielo por haber sido maestro de almas en la Tierra, otro por haber sido discípulo, otro por la predicación, y otro más por su vida escondida; quién habiendo permanecido en el mundo como simple ciudadano, buen hijo, marido y padre, y quién, por el contrario, habiendo renunciado a todo por vocación claustral o monacal. Mas todos cuantos moran en la casa de Dios: niños y ancianos, ricos y pobres, doctos y analfabetos, deben poseer *un único carácter*: el de la caridad que es "paciente, benéfica, mas no envidiosa, insolente, rebelde ni egoísta"; la caridad que ama en el prójimo al propio hermano y no hace a los demás lo que no quiere para sí; la caridad que frena las concupiscencias, que alimenta la fe y sostiene la esperanza; que, como de un árbol potente, brotan de su tronco ramas y más ramas que son: la fortaleza, la justicia, la prudencia, la templanza, la humildad, la obediencia y la sinceridad, por las que quien las posee puede entrar en la Jerusalén celestial de la que están excluidos los cobardes, incrédulos, maldecidos, homicidas, fornicadores, venenosos, idólatras y embusteros, no penetrando nada que sea impuro.

La Caridad, en fin, alma mía, es la que por sí sola pone en fuga al demonio porque la caridad es luz y el demonio ama las tinieblas; porque la caridad es Sabiduría y las palabras engañosas de Satanás son desmentidas por la Sabiduría; porque la caridad es Verdad y el Mal la odia; porque la Caridad es Dios y Satanás no soporta la vista de Dios.

Las turbaciones que el Adversario pueda suscitar con el recuerdo de faltas pasadas y con sugestiones de tentaciones presentes quedan anuladas mediante la Caridad que es misericordia y que sobrepasa los méritos y deseos de las criaturas que le aman, otorgando, además de la liberación del Maligno y de sus artes turbadoras, lo que, incluso, la criatura humilde y amorosa no se atreve ni a imaginar siquiera que pueda obtener con su oración.

Jesús Santísimo te llama "pequeño Juan". Yo me atrevería hoy a llamarte "pequeño Pablo". No Saulo sino Pablo, ya que Saulo nunca lo fuiste. La Caridad te fulguró antes de que la edad de la razón te hiciese responsable de tus actos y tú quedases ciega al mundo de entonces, viendo tan sólo el fulgor gozoso con el que tu Señor se te iba desvelando cada vez más y tú quedaste muerta para el mundo y el mundo para ti, porque siempre y para siempre habíate tomado el Espíritu que no es del mundo y al que tú le tomaste por Vida tuya.

Mas si llegaste a ser un pequeño Pablo fue por el querer de Dios. Y el querer de Dios es éste: que tú des a los hermanos el Evangelio que has recibido. También a ti, que no eres apóstol ni maestro y sí la más insignificante de todos en cuanto a ciencia y reputación según el concepto humano, instrumento útil tan sólo por el mérito de tu caridad que jamás rehusó el servicio de Dios y deseó consumirse en el mismo para que los hermanos amen al Señor, también a ti, y precisamente por estos dos últimos motivos, se te apareció el Señor al que has visto y oído y al que le ves, le sientes, le verás y sentirás en adelante.

Así pues, pequeño Pablo, di las palabras sinceras, humildes y reconocidas del gran Pablo y sean éstas el broche que cierre la presente meditación dominical antes de volver la mirada de tu espíritu a Aquél que se te presenta una vez más para hacerte feliz, para adoctrinarte y darte las lecciones que has de transmitir a las almas.

"Por la gracia de Dios soy lo que soy y la gracia que se me dio no ha sido en vano puesto que me he fatigado más que todos ellos. Pero yo no sino la gracia de Dios que está conmigo".

Es justo este reconocimiento de las obras de Dios en ti que pone a salvo la humildad que sabe lo que ha hecho y por qué lo ha hecho: por el solo mérito de la gracia de Dios que ha querido que tú seas lo que eres. Así tú le honras y debes siempre honrarle si no quieres llegar a ser un Caín que no le reconoce a Dios el mérito y el derecho a las riquezas y bellezas de los frutos de tu alma.

Y debes honrarle con tus bienes, con las primicias de cuanto llegues a tener, ofreciéndoselo todo a El a fin de que, demoliendo las barreras levantadas por la Envidia que tiene vida propia y anida en muchos, esparza los tesoros sobre aquellos para quienes se dieron. Y nunca temas que cese la efusión sobre ti puesto que cuanto más des, más tendrás, ya que los tesoros de Dios y los ríos de la Sabiduría son inexhaustos de forma que, estando aún los frutos colgando de las ramas, el árbol se adorna con las corolas de nuevas flores que el día de mañana se convertirán en frutos nuevos.

El árbol de la Vida se cubre sin cesar de flores y de hojas y madura sus frutos para aquéllos que aman, sirven y responden con buena voluntad a los deseos de la Gracia de Dios.

La Gracia de Dios que está contigo te protege y sostiene contra todos aquéllos que desearían alegrarse con una caída tuya para así acallar la voz de su conciencia que les reprocha de muchas cosas, siendo las primeras de entre ellas sus faltas de caridad y después su modo de hacer fructificar el don de Dios.

Mas tú ruega por ellos, por todos, para que tengan la caridad que es la fuente de toda virtud y salvación.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

*1/9/46*
***Domingo 12.° después de Pentecostés***

*Dice Azarías:*

«Unámonos al altar sobre el que en esta misma hora (son las 15,30) se celebra una Santa Misa. ¡Pensamiento consolador! No hay momento de las 24 horas del día en que en un punto determinado del globo no se consume el Sacrificio eterno. ¡Cuánto más excelsa es esta continua celebración del Cordero divino que no la inmolación, que tanto asombra a los hombres de ahora, de las hostias animales en el Templo sobre el Moria!

Mas no quiero cansarte, alma mía, pues acabas de salir de una agonía por demás profunda, hecha víctima con la Víctima por los pecados del mundo. No te voy a hablar sino de la epístola. Mas, como contrapartida, a fin de hacértela comprender, paso a exponerte alguna consideración sobre un versículo que precede a la epístola de hoy y que la esclarece.

Escucha: "Mas sean dadas gracias a Dios que nos hace triunfar en Cristo Jesús y por nuestro medio difunde por todos los lugares el perfume de su conocimiento. Seamos, pues, nosotros ante Dios el buen olor de Cristo para aquéllos que se salvan y para aquéllos que se pierden. Para éstos un olor de muerte que da la muerte y para aquéllos un olor de vida que da la vida".

Aquí tienes lo que son los siervos de Dios y sus instrumentos en las diversas misiones para las que Dios les consagra. Bien sean apóstoles o víctimas, doctores o fieles, o "voces" tal vez, deben ser los altares del incienso y del holocausto de los que se exhale para Dios, no ya el olor de Pablo o de Pedro, de Benito o Buenaventura, de Magdalena o Teresa, de María, de ti o de otros, sino únicamente el perfume de Cristo y esparcirlo en honor a Dios y para perfumar a los hermanos impregnándolos del mismo. Apóstoles o víctimas, instrumentos o voces, los siervos de Dios deben ser de tal manera una misma cosa con Cristo Jesús, que lo lleven entre los hombres en una perpetua encarnación para que así el mundo le conozca y con libre voluntad se dé vida o muerte al aceptar o rechazar al Señor sin que puedan decir como excusa: "¡Pero si no le conocíamos...!".

Pregunta Pablo: "Y para esto ¿quién más indicado que nosotros?".

En efecto, ¿quién sino aquéllos que por amar a *todos* se consagran al servicio de Dios, son los más indicados para llevar a cabo esta labor? No ya los que lo hacen por costumbre o necesidad, ni los que lo hacen a la fuerza —entre los que también se cuentan éstos—, ni los que lo hacen por miras humanas, sino únicamente los que lo hacen por amor, con una inmolación conocida tan sólo de Dios y de los ángeles, pueden perfumar el mundo, porque el olor del holocausto no se exhala cuando éste aún está lejos del sacrificador y del ara sino cuando ya sufrió el martirio y se consuma totalmente ardiendo entre las llamas de la hoguera.

¿Quién sino aquéllos que realizan el sacrificio movidos únicamente por el amor, de modo que no se toman la libertad de adulterar la palabra de Dios en aras de alguna utilidad sino que "la transmiten a los hermanos en toda su pureza, tal como viene de Dios" por más que esto les reporte dolor y contradicción de parte de aquéllos para quienes la palabra de Dios es causa de muerte al no recibirla con amor, antes despreciándola como locura?

Pablo, hablando en nombre de los Apóstoles, de los que es el último —aunque ciertamente no el último en valer— y como perteneciente al cuerpo apostólico, dice: "Vosotros sois nuestra carta... conocida y leída por todos los hombres, pues es manifiesto que sois vosotros una carta de Cristo redactada por nosotros y escrita, no con tinta sino con el espíritu del Dios vivo, no sobre láminas de piedra sino sobre láminas de corazones de carne".

Y estas palabras de Pablo son, en realidad, palabras del Espíritu de Dios que se dirige a vosotros, instrumentos suyos, hablando por los labios del Apóstol: "Vosotros sois una página viva de Cristo redactada por Nosotros: Padre, Hijo y Espíritu Santo con nuestro Espíritu sobre vuestro propio corazón". Esto es lo que sois: verdaderos instrumentos de Dios.

Y esto lo debéis creer, no para gloriaros sino para reconocer la obra del Señor en vosotros, tributarle alabanzas por ello y darle culto por el don que recibís, usándolo con veneración y justicia para vosotros y para vuestros hermanos, puesto que Dios, con el don, os concede la capacidad de tratarle y esta capacidad tan sólo se pierde cuando el instrumento decae por soberbia, mentira, desobediencia o egoísmo.

Muchos, demasiados, se tienen por maestros por el solo conocimiento de las palabras. Mas no es el conocer las palabras lo que vivifica sino el hacerlas vivir en vosotros. Muchos se glorían de ser "doctores" por el mero hecho de llevar la vestimenta de tales, despreciando a quienes no la llevan y querrían imponer silencio a quien habla en nombre de Dios. Mas, ¿cuál es la mano capaz de impedir al Espíritu del Señor hablar en aquellos que saben ser espirituales en el dar y en el recibir, en el aprender y en el practicar?

Demos aquí lectura a la consideración paulina: "Si el ministerio de la muerte... estuvo rodeado de tal gloria... ¿de cuánta mayor gloria habrá de estar rodeado el ministerio del Espíritu?".

Mas esto debería decírseles a los negadores y burladores, a aquéllos que se creen con derecho de poder decir a Dios: "¿Por qué a éste que es *nada* y no a nosotros?". A éstos les responderá un día el Señor, pero será *tarde* para ellos.

Tú, alma mía, deja a un lado cuanto pueda redundar en gloria caduca y presta atención a lo que es don incorruptible y gloria que perdura. Vigila, vigila a fin de que no sea profanado, alterado ni humillado lo que viene de Dios. Tú, a tu deber hasta la hora de nona y hasta tu último latido, y ellos, a sus humos. Y, al morir, encomienda tu don al Señor diciendo: "En tus Manos confío mi espíritu y la palabra de tu Espíritu a fin de que Tú los salves de la corrupción y del desmembramiento".

Queda en paz. Dios está contigo».

***8/9/46***
***Natividad de María Santísima***
***y Domingo 13.° después de Pentecostés***

*Dice Azarías:*

«No te voy a hablar de la Santa Misa propia de la Natividad de María puesto que de ello te hablaron ya el Santísimo Señor Jesús y nuestra Reina Benditísima cuando te

hicieron el regalo de la Vida de María. Nada tengo que añadir yo, pues Ellos son la Sabiduría y yo tan sólo un reflejo de ella. Mas, aunque no sea sino por el gozo que experimento al hablar de María Santísima, nuestra Reina, te voy a desentrañar el profundo significado de una frase de la Sabiduría que se lee en la Santa Misa del Nombre de María.

Se dice en esa frase: "El que come seguirá teniendo hambre y el que bebe seguirá teniendo sed". Frase que está en oposición con los conceptos vertidos más de una vez por Jesús Santísimo al hablar a la Samaritana y a los judíos y discípulos: "...El que bebe del agua que Yo le daré, ya nunca tendrá sed". "Yo soy el Pan de vida; el que viene a Mí ya no tendrá más hambre y el que cree en Mí ya no tendrá más sed".

Así pues, ¿tan por debajo está María respecto de su Divinísimo Hijo que el nutrirse y el apagar la sed con Ella no sirva para quitar el hambre ni la sed del espíritu que peregrina sobre la tierra y anhela a la Casa del Padre y a los alimentos que en ella se paladean? ¿O tal vez se halla El tan por encima —suposición de todo punto imposible— que, mientras una vez saciados de Cristo, ya no se tiene más deseo, y en lo que a Ella se refiere dicho deseo perdura? Ni lo uno ni lo otro sino una tercera conclusión verdaderamente sapiencial y sin engaño.

Escucha: María es la preparación de Jesús. Como ciertas bebidas suministradas al que se encuentra débil, inapetente, enfermo, asqueado de alimentos, drogas o enfermedades diversas, sirven para devolverle fuerzas, apetito, salud y ganas de alimentarse, disponiendo en suma su estado físico para el retorno a la sanidad y cooperando a este retorno hasta su total restablecimiento, así es María, Madre del Señor, la que prepara al espíritu para una unión verdadera y fructífera con Jesús.

Ella, Madre Universal, derrama su leche de gracias sobre sus pobres hijos pecadores, débiles, enfermos, medrosos, con náuseas y cansados. Siempre es dulce recibir consuelo y cuidados de una Madre. Ella robustece a sus hijos dándoles un sano apetito, un deseo de otro Alimento mucho más perfecto, del Alimento que está en Ella y es una misma cosa con Ella: su Jesús.

¡Oh!, nuestra Reina es el perfecto Sagrario pues siempre están en Ella el Pan de Vida y la Gracia, y nunca vosotros, los hombres, os llegaréis a aquel Pan y a aquella Fuente de Gracia sino a través de Ella.

He aquí por qué resulta justo decir: "El que me come seguirá teniendo hambre y el que me bebe seguirá teniendo sed", mientras que de Jesús Santísimo se lee que quien de El se alimenta y apaga su sed ya no tendrá más hambre ni sed. María es la Santa Necesidad y Jesús el cumplimiento. Ella prepara y El completa. Ella mantiene el hambre y la sed y los aumenta para llevaros con la dulzura de sus santos sabores al cada vez má vivo y reiterado deseo de vivir de Cristo.

Ella es la verdadera Eva, la raíz y el Arbol de los Vivientes. El Padre la creó, el Amor la fecundó y de su meollo salió la linfa de Gracia que os dio el fruto que es la misma Gracia.

Sus virginales e inmaculadas raíces no dejaron el terrón nativo: el seno esplendente de la Santísima Trinidad. Siempre le besaron las áuras del Paraíso. Verdadero Arbol de Vida, tiende sus ramas, cargadas del Fruto de su Seno, para que vosotros comáis de el. Ahora bien, ¿quién dejará de acercarse a ese árbol para hacerse con sus frutos? Y ¿quién dejará de tornar al mismo una vez comprobada la suavidad de tales frutos? Ninguno, a menos que sea un necio. Id, pues, vosotros, espíritus cristianos, a comer y beber de María a fin de alcanzar el apetito santo de Jesús que, al comunicarse a vosotros, os da la Vida

Eterna.

Que Dios hubiera sido fiel al pacto concertado con la Humanidad, lo patentiza el propio Nacimiento de María. El primer eco del mismo nos viene del Edén, palabra amenazadora dirigida al más astuto de los creados: "Pondré enemistad entre ti y la mujer... Ella te aplastará la cabeza y tú le insidiarás su calcañal". El segundo es a Abraham y a Isaac en Abraham. Y el pacto alcanza su cumplimiento cuando de María nace el Redentor que, tras una vida breve, sube a la Cruz para salvar las almas de los pobres de Dios, de los hijos en desgracia y en el exilio por el Pecado.

Dios siempre es fiel a sus promesas. No siempre es pronto en el obrar. Los hombres querrían que las esperas fuesen menos prolongadas; mas El opera siempre en el momento preciso. Para llegar a aceptar este pensamiento son necesarias una fe grande, una esperanza absoluta y una ardiente caridad. Mas, bienaventurados aquéllos que, bajo la granizada del dolor y ante la realidad de los acontecimientos humanos, saben decir y creer firmemente que Dios intervendrá en el momento oportuno.

Dejad los "porqués" que nada más hacen sino cansaros la mente y envenenaros el alma sumiéndola en la desolación, exasperándola, desconfortándola y trocándola temerosa con un temor nada bueno hacia su Dios. Fiáos y confiáos. La justicia humana, por muy justa y severa que sea, es siempre deficiente si se la compara con la divina que no tiene prisa y que, al parecer, deja hacer, mas sin perder de vista, ni por un instante, a los hombres y sus actos.

Haced vosotros, verdaderos hijos buenos, por obedecer siempre al mandato que Abraham recibió del Altísimo: "Camina en mi presencia y sé perfecto", y después dejad hacer a vuestro Dios. Contra las ovejitas de Dios no se desata el furor divino por más que el fragor de los rayos ruja sobre sus cabezas. Muchas veces los lobos y los chivos se entremezclan con las ovejitas y entonces los rayos son para aquéllos mas no para éstas. Otros muy distintos son los rayos que lanza en la refriega de la vida el perpetuo y envidioso remedador de Dios: Satanás; rayos que los dirige contra las ovejitas que, incluso, quedan heridas a resultas de ellos. Mas la herida no es mortal. Su vestidura se enriquece con los rubíes de su dolor y las perlas de su llanto haciéndolas más dignas de la esplendorosa morada del Cielo.

Tened esta fe en la justicia de Dios y en sus promesas como la tuvo el patriarca Abraham. ¿Véis? La fe en las promesas de Dios es un aliciente más activo aún que la Ley para la vida perfecta. Tanto es así que, mucho antes de que se diese la Ley a los hombres, Dios dictó a Abraham y a la progenie de pueblos que habrían de derivarse de él, la promesa a fin de que en ella encontrasen los pueblos la razón de caminar en la presencia de Dios, mereciendo con ello el cumplimiento de la misma.

La infinita Misericordia de Dios, siempre misericordia aun en el tiempo de la ira, viendo que el veneno de Satanás era tan activo que hacíales dificultoso a los hombres el caminar con perfección en la presencia de Dios, dictó posteriormente la Ley.

Cual niños, imperfectos de nacimiento o por enfermedad, que necesitan de una continua vigilancia y de un instructor que les vaya indicando: "Haz esto, no hagas aquello", los hombres, con anterioridad al tiempo de la Gracia, fueron dotados por Dios de un código minucioso con el que supiesen vivir como justos siendo gratos a su Señor. Y en éste su menester de custodio y preparador de las almas continúa hasta el momento en que la Promesa se hace realidad con la llegada del Viviente para vencer la Muerte y el pecado.

Bien dice el Apóstol: "Si la Ley, de suyo, hubiese sido 'Vida', entonces sí que hubiese

venido la justicia. Mas la Ley no era sino la preparación para la Vida. Faltaba la Gracia, persistía el Pecado y, por eso, no fue la Ley sino la Promesa la que provocó la Vida, esto es, a Cristo Jesús venido a suministrar la Gracia y a cancelar el pecado, proporcionando así los medios con los que resistir a las concupiscencias mediante la nueva Ley, la Suya, basada en el amor, hecha fácil por el amor recíproco, por los méritos de Jesús, por los Sacramentos y por la unión, a través del Cuerpo *místico*, con *el Santo*, *el Victorioso* y *el* Inmortal.

Dios mantiene siempre sus promesas. Sean, pues, éstas la lección y la fortaleza que te comunica la Santa Misa del 13.° domingo después de Pentecostés.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

### *15/9/46*
### *Domingo 14.° después de Pentecostés*

*Dice Azarías:*

«Bien como persona individualizada o como integrado en una sociedad formada por un solo organismo, el cristiano encuentra su ayuda cuando se ve protegido cabe el Señor Eterno por su Hijo amado.

Lo mismo que sucede cuando una persona se dirige a otra para saludarla, hacerle algún favor, reprenderla o conocerla simplemente, que no le mira a las manos, a los pies, a la espalda ni al pecho, sino que se fija en su rostro, así también vuestro Padre, cuando se vuelve al escuchar vuestras súplicas o bien se indigna de vuestros pecados u os observa tal vez para conocer vuestras acciones y pensamientos, ¿qué mira ante todo? El Rostro de Aquél en quien tiene sus complacencias y que resplandece en el espíritu de los buenos pero que también queda sobre los miembros enfermos del gran cuerpo que es la Iglesia de todos los cristianos católicos.

Lo primero que encuentra es la mirada de su Cristo, con lo que su indignación se aplaca acrecentándose su misericordia por la justicia y el júbilo.

Por la justicia: al haber ya expiado Cristo por los pecados de todos los hombres que después tornan arrepentidos al Señor o por aquéllos por los que otro cristiano ruega y sufre junto con Cristo.

Por el júbilo: porque en cada uno de los justos que imploran al Señor, parécele oír la voz de su Impetrador amado y se siente feliz de conceder lo que en su Nombre le piden.

He aquí por qué la liturgia usa la fórmula: "Por Jesucristo Nuestro Señor". Todo el bien proviene de El, la Gran Víctima, que, con la efusión de su Sangre y la plenitud de su amor quebrantó los diques de la misericordia y del amor levantados para poner límites a los sentimientos divinos, *violencia que a Sí mismo habíase hecho Dios presionado* por el enojo de la Culpa Primera.

Dado que todo se obtiene a través de Cristo y que el Padre no acierta a mostrarse severo si quien le mira suplicante es Cristo, Cabeza de la Iglesia, he aquí, pues, que podéis rogar con plegaria segura por *Ella* que tan necesitada se encuentra de oraciones si ha de mostrarse fuerte, unida y santa. La hora de Satanás bate tempestuosamente las playas

marcadas con la Cruz. Tan sólo una promesa se alza como escollera en defensa de la Iglesia Apostólica, la palabra de Jesús: "No prevalecerán".

Pero observad las palabras que acompañan a esta promesa. Ellas recuerdan una cualidad de la Iglesia y suscitan otro parangón evangélico. Dicen así: "Tú eres Piedra y sobre esta Piedra edificaré Mi Iglesia".

Construcción sólida, por tanto. De piedra, no de barro que el viento seca y dispersa o el agua diluye; ni de hormigón que el tiempo deteriora, ni de ladrillos a los que la piqueta puede desencajar introduciéndose entre uno y otro o derrumbarlos al quebrarlos golpeando con fuerza, sino de piedra. Una sola piedra, potente, inquebrantable, inalterable, sólida y segura. ¿Recordáis a Juan el Bautista? ¿Cuál es el elogio que Jesús hace de su Precursor? Es éste: "¿Qué habéis ido a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento?".

Juan, el Precursor, no era una caña que el viento agita a diestro y siniestro o a la que la mano de un niño o el paso de un animal quiebra. El era un fuerte hasta la violencia, hasta esa violencia mediante la cual se defiende y se conquista el Reino de los Cielos. Juan, Precursor del Cristianismo, debía ser esta fuerza a la que nada quiebra ni abate. De otra suerte ¿cómo habría podido preparar los caminos del Señor de haber sido un débil al que cualquiera le inclina a su lado?

Ahora bien, ¿no es acaso la Iglesia militante la que precede a la triunfante y eterna preparando el gran Triunfo del Cordero en la Jerusalén celestial? ¿Cómo, sin más llanto, habría de poder la Esposa vestirse de brillante biso para sus nupcias si de reina pasase a ser esclava, si ante los embates de Satanás se fuese despojando de sus miembros cual hojas aventadas por el huracán o se resquebrajase como casa que se cuartea? ¡Horror! ¡Horror que no tiene nombre! Mas el que vio el Cielo y el Tiempo Ultimo lo dice: "He aquí que se vio venir un gran dragón rojo... y con su cola arrastraba tras de sí a la tercera parte de las estrellas precipitándolas".

Rogad, cristianos, rogad para que no más de la tercera parte caiga arrollada por Satanás, por sus siete malditas hidras, por sus décuples armas infernales y por su serpentino y diabólico trabajo.

Rogad, rogad para que el organismo de los creyentes, la Iglesia militante, continúe siendo "Piedra" y no llegue a hacerse de barro, hormigón ni ladrillo. Cercadla con las barreras de vuestra oración pues, de verdad, la hora es tremenda, más tremenda que la de las tinieblas en que fue inmolado Cristo. Porque entonces, contra el odio de un mundo ensatanado se erguía Cristo contra el que, al ser inconmensurables su poder y su Santidad, la prevalencia era relativa; mas en esta hora, prolongada y cada vez más tenebrosa, el mundo ensatanado que se levanta contra vosotros, los cristianos, y contra la Iglesia, no tiene enfrente sino hombres, o sea, seres en los que, como dice la oración, no hay sino una naturaleza humana mortal, la cual, sin la ayuda de Dios, sucumbe. Y tanto más fácilmente sucumbe cuanto más infectada y enervada se encuentra por los vapores del mundo y de la ciencia mundana.

Rogad presentando al Padre el Cabeza místico de la Iglesia para que, al ver el Rostro de su Cristo, intervenga el Altísimo impidiendo las afrentas que ya sufrió el Viernes Santo, las cuales fueron figura de las que, a lo largo de los siglos, y cada vez más violentas, se habrían de desatar contra la Cabeza y el Cuerpo místico de Cristo. Y para que vuestra oración sea con mérito, rogad como justos, es decir, como dice el Bienaventurado Pablo, "caminad de conformidad con el espíritu" no dando satisfacción a los deseos de la carne.

La parte selecta es el espíritu. Dad, pues, al espíritu la preeminencia, dadle la reale-

za. La carne es la esclava y el espíritu el rey. Si la esclava abusivamente llegara a ser reina, vuestra naturaleza —en la que aparece trazada la semejanza con el Creador haciendo del hombre el eslabón que une las perfecciones creadoras de los animales, vegetales y minerales con las supercreaciones angélicas y, aún más, dándoos una parte espiritual, cual somos nosotros, y otra carnal como la que asumió el propio Cristo para redimir esa naturaleza, os hace semejantes al Hermano Divino y Primogénito de los Vivientes— perdería la semejanza con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo que le prestan la espiritual inmortalidad, la facultad de poder uniros a Cristo para completar en vuestra carne lo que falta a la Pasión de Cristo, y la mente inflamada por las Virtudes infusas y los Siete Dones, llegando a asemejaros a los animales inferiores que son únicamente carne y que, una vez cortada su respiración, nada son ya para la eternidad.

En ese perpetuo contraste entre la carne y el espíritu que constituye vuestro campo de batalla y de victoria, no dejéis de suministrar todas las armas al espíritu para que sea el verdugo de la carne. ¡Ejecución santa de la justicia que hiere, doma y trocea para darle un día su misma gloria eterna a esa materia a la que ahora hiere para que sea santa! Combate santo que os *libra de los rigores de la Ley*, puesto que *aquél a quien le guía el espíritu* no peca de manera voluntaria y premeditada, y así, por más que llegue a ceder ante un asalto imprevisto de la materia, se levanta prontamente, no terminando en mal sino en bien su caída, toda vez que ésta se resuelve en una victoria sobre su pusilanimidad, su desconfianza y su soberbia. El Mal entonces, a su despecho, coopera al Bien, porque, recordadlo siempre, el Mal es un "libre encadenado". Puede dañar incluso, si bien no más allá de un límite, y su presencia, su posible astucia y su incansable empeño por herir sirven para manteneros vigilantes, haceros invocar la ayuda de Dios y proporcionaros coronas de victoria.

Dios es Bondad y todo cuanto hace "es bueno". Si de verdad Satanás no pudiese ser vencido por los hombres, Dios no habría permitido "este mal". Mas con su refinado mal Satanás coopera a la glorificación de los héroes del espíritu, de los verdaderos fieles del Señor.

Y para estos héroes del espíritu no existe ya la Ley del rigor. En la medida que su voluntad repugna cuanto se relaciona con la carne, la Voluntad y la Justicia Divinas anulan las involuntarias debilidades prontamente reparadas con su deseo de amar, abriéndoles las puertas del Reino a los hijos fieles. Y se las abren ya desde este día terreno prodigándoles sus dones que son: *la caridad, el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la longanimidad, la mansedumbre, la fidelidad, la modestia, la continencia y la castidad*. Virtudes todas ellas que estaban en el Hombre perfecto, en Nuestro Señor Jesucristo, el cual, con ser Dios, cuando se revistió de carne haciéndose semejante a vosotros, quiso dotar a su espíritu de los dones y de las virtudes a fin de poder resistir a Satanás y al mundo, conservándose perfecto a los ojos del Padre y de los hombres.

"¿Quién de vosotros me puede convencer de pecado?". ¡Oh, qué paz confiere poder decir esta frase ante los acusadores, ante los jueces, ante la muerte y ante Dios! Y esta frase puede florecer luminosa y dulce e infundir respeto al que la oye y calma y serenidad al que la dice y a cuantos caminaron de acuerdo con su espíritu, crucificando como Cristo al que pertenecen, su carne en los vicios y en las concupiscencias. Entonces, sirviendo con el espíritu-rey al Espíritu Santísimo, os mereceréis el concurso del Angel del Señor que os salvará cuando, furiosos hasta el extremo por vuestra capacidad de resistencia, sufráis el asalto de Satanás y de sus servidores.

¡No temáis! No temáis, dulces almas que amáis al Señor hasta el sacrificio vuestro

y de sus mismos goces con tal de que el mundo se salve y venga el Reino de Dios.

¡No temáis! Vosotras habéis comprendido a la Verdad que ha hablado y lo que ante todo habéis buscado ha sido el Reino de Dios; mas no para vosotras únicamente sino para todos. El está en vosotras, está ya en vosotras. Sólo esto es lo que tiene valor. Las demás cosas se os darán por añadidura. Mas, aun en el caso de que no se os llegasen a dar por haberlas destruido la guerra promovida por Satanás y por los hombres al tiempo que descendían del Cielo, no temáis, pues es como si vosotras *todo* lo hubiéseis cumplido, dado y recibido. Quienes *no* tendrán las cosas dadas por añadidura no sois vosotras sino los otros.

Al que no quiere recibir no se le da, como tampoco se le da a quien querría recibir, mas no para el espíritu sino para las concupiscencias y las obras de la carne. Ahora bien, nada ni nadie podrá arrebatar los dones del Espíritu a aquellos que le aman con todo lo que son hasta el sacrificio.

Y ahora veneremos a la Bendita del Corazón traspasado. María, el verla tal como la vio Juan al pie de la Cruz, ¿no es acaso un don?

Pequeño Juan, toma tu puesto y consuela a tu Madre. También el Apóstol se hallaba afligido y, con todo, consoló a la Afligidísima. El tenía tan sólo su propio dolor, mas Ella, como Corredentora, *todos* los dolores presentes y futuros, incluso los que tú sabes... Imita a Juan tú, pequeño Juan, destrozada por *tu* dolor que es bien grande, pero que es nada comparado con el dolor de la Madre Dolorosa. Rosa Mística, todas las espinas del inmenso rosal que es el mundo, sin dejar una, se clavaron en su candidísimo corazón haciéndolo enrojecer... Bebe de su llanto y sigue cobijada bajo su manto. Es tu Madre. En el Cielo sabrás cuánto...».

Veo la Dolorosa... y veo cómo una mano le arroja al corazón un haz de espinas... Y la Dolorosa vuelve la cabeza en dirección opuesta a la de aquella mano masculina, fuerte, torva... y llora sin sollozos... Una lluvia de lágrimas cae por su derecha hasta empapar la tierra... El desconsuelo de María Santísima... ¡Oh, me es imposible expresar todo lo que veo...! Ante el suyo, me olvido de mi dolor y la llamo con todo el amor de que soy capaz...

Soy una pobre miserable criatura... Pero, ¡Madre, aumenta mi capacidad de consolarte en la medida de los muchos que son a herirte... a herirnos de esta suerte...!

¡Madre!, ¿no basta con haber pedido que se me prive por ellos de toda dulzura y de todos los éxtasis de amor? ¿Cuándo entonces podré conseguir que torne en ellos su espíritu como Tú lo quieres? ¿Cuándo moriré?

Que se haga la Voluntad de Dios... Pero, ¡Madre, Madre, Madre Dolorosa, ámame y consuélate con mi amor...!

***22/9/46***
***Domingo 15.° después de Pentecostés***

*Dice Azarías:*

«Alma mía, como le sucede a uno que, yendo de camino, da con un objeto repugnante pero, tras la primera vista involuntaria, al volver a pasar más veces por allí, no se

para a considerar y deja atrás la repugnante vista procurando no recordarla siquiera, fijándose en cambio en las flores, en los árboles y en los buenos caminantes con los que se cruza, así haces también tú después de este nuevo doloroso conocimiento de lo que se oculta en algunos corazones y diriges tu mirada adelante, a las cosas buenas de Dios, a los buenos hermanos y a tu Señor en el que confías. Echáte a la espalda hasta el recuerdo de las dobleces, de los intereses, de los egoísmos, de las codicias, de las soberbias y del desamor que se ocultan bajo un falso simulacro de amor.

Deja en el fango lo que es fango, camina, abre las alas, elévate y vuela a donde el Amor te quiere; regocíjate en tu Señor y con la alegre y activa caridad de los hijos de Dios ruega por la Iglesia de Dios que tan necesitada se encuentra de la Gracia.

Gracia y Salud, Sabiduría y Amor. Ahora son mucho más necesarios a la Iglesia en sus miembros propuestos para el cuidado de las almas el Amor y la Sabiduría que no la Ciencia. Mas abunda ésta con menoscabo de las demás cosas. Y la luz espiritual se apaga sustituyendo a la misma el resplandor rojizo de sus focos humanos. Ofrece todo tu dolor, tu desazón, tu sacrificio y tu perdón para que la Gracia reanime a tantos espíritus que languidecen en el Sacerdocio.

Con esto serás tú mucho más feliz que con cuanto te puede proporcionar tu misión de portavoz, ya que ésta es un don que tú recibes y, en cambio, tu amor, tu dolor, tu desazón, tu sacrificio y tu perdón son dones que tú entregas. Y tú ya le oíste decir al Santísimo Señor Jesús: "Dar es mucho más grande que recibir".

Recibir impone incluso un cúmulo de obligaciones. Dar, en cambio, es aligerar el espíritu, ponerle alas y encenderlo con fuegos celestiales. Da, pues, sin medida y, conforme a la promesa que no miente: "se te echará" aquí "en el seno una medida rebosante" y en la otra vida te cubrirá de luz beatífica.

¿Ya lo ves? Ellos se saben de memoria las palabras inspiradas lo mismo que las evangélicas. Saben de memoria la letra, mas sin hallarse poseídos de su espíritu. Y ¿por qué esto que les impide caminar por las vías reales de la justicia? Por la flaqueza de su voluntad – hablo de la espiritual – y porque obstaculizan la Gracia, cuando no la ponen en fuga con verdaderas y serias culpas y espíritu de vanagloria. Vanagloria por la reelección en el cargo, vanagloria por la facilidad de palabra en la predicación, vanagloria por la realidad de una virtud que en un principio existió y que después se relajó pero que le creó una fama de santidad aceptada por quienes la han llegado a conocer después de haber ésta decaído; y vanagloria, por último, derivada de la propia prestancia física y del saber adquirido. Vanagloria por los éxitos alcanzados, por las iglesias construidas y los conventos fundados. ¡Vanagloria, vanagloria, vanagloria!

"Si vivimos del espíritu, caminaremos según el espíritu sin provocaciones ni envidias mutuas", dice el Apóstol en la Epístola de hoy.

Hagamos una confrontación de situaciones. Por un lado estás tú con tu desinteresado despojo de cuanto podía proporcionarte gloria, incluso humana. En esto te tentó Satanás una y otra vez. A ti, de mente y posición elevadas, no podía tentarte sino en esto y lo hizo. A ti, con apuros económicos y necesitada de cuidados, era fácil asaltarte suscitándote el miedo al día de mañana y haciéndote ver el provecho que te reportaría la publicación de una obra tuya[1]. He aquí cómo el Tentador, para hacerte caer, provocó tu parte moral y tu parte material: el orgullo de la mente y los apremios de la carne. De haber aceptado su malvado consejo *mintiendo a Dios y a los hombres y robando a Dios, todo* habría terminado. ¿No llegaste a advertir cómo el ordenamiento del verdadero Evangelio[2] se inició después de que tú hubiste superado las tentaciones suscitadas en el sentido

de apropiación indebida[3] y de ánimo de lucro y de gloria? Primero hubiste de vencer para después poseer.

Observemos ahora el otro lado. Sin mérito alguno de su parte[4], Dios les ofreció un don poniendo algunas cláusulas. Si hubieran meditado las palabras que acompañaban al don, habrían comprendido que no eran sino la prueba de su espíritu. Severa la alusión a la otra Orden[5] a la que tu espíritu tendía y tiende por una verdadera vocación que el pensamiento inescrutable de Dios ha contrarrestado. ¿Por qué, te pregunto yo, siendo franciscana en tu espíritu desde la infancia[6], tan del todo franciscana, fielmente franciscana, por una deplorable falta de interés de tus hermanos religiosos que no se ocuparon de ti[7], hubiste de aceptar la imposición de otra Tercera Orden no solicitada por ti?[8]. ¿Por qué no fuiste ni preguntada siquiera en asunto de tanta importancia? Es tu continuo porqué cuando besas los dos escapularios. Ese porqué lo sabrás en el Cielo. Dios, recuérdalo siempre, se vale de terceros para probar a los primeros. Y en esta frase tienes la explicación que por ahora se te puede dar.

Severa fue la alusión a la otra Orden que debió hacerles reflexionar, lo mismo que las cláusulas unidas al don condicionado a las mismas. No lo hicieron. La vanagloria les aprisionó con sus tentáculos destrozando la caridad, la justicia, el discernimiento y la obediencia. Hízoles crueles, envidiosos, provocadores y torturadores de una inocente.

¿Te habla a ti Pablo o les habla a ellos? A ellos les habla, como a quienes debieran ser maestros en el espíritu. Tú no puedes hablarles a ellos. Cada cual en el lugar que le corresponde. A ellos les hablan por ti la Sabiduría y tus actos, y esto en vano. Mas Pablo, el Apóstol de las Gentes, sí puede hablarles a ellos. Con caridad, pero con firmeza, él les dice: "Si uno cometiere algún yerro... instrúyele con espíritu de dulzura".

He aquí cómo yerran en su juicio equivocado que no es sincero. ¿Dicen que puedes estar engañada? Pues entonces, ¿por qué no te indican con amor en qué? ¿Por qué? Porque no es cierta su afirmación y carecen de base para probar sus aseveraciones. Y a este primer error de querer mortificarte, por no querer confesar que Dios te ha amado extraordinariamente, añaden este otro de tratarte sin dulzura.

"Y menos mal si tú mismo no llegas a ser tentado". ¡Oh, cómo me hace callar la caridad en este punto! La desobediencia a las palabras de Dios, la arrogancia, el desorden hacia las reglas canónicas y hacia los prelados de las diócesis, la vanagloria de sentirse y aparecer como doctos de la sabiduría y de la espiritualidad que no poseen, ¿no han sido acaso las tentaciones consentidas por ellos hasta el punto de formar una segunda naturaleza?

"Llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis con la Ley de Cristo". A ti, sobrecargada con tu misión, no quería Jesús Santísimo añadirte nuevos pesos y así había dispuesto consignar para ellos lo que tú no podías sobrellevar a fin de que fuesen tus buenos hermanos los que los llevasen. Ellos no los quisieron y, al echarlos por el contrario sobre tus espaldas, agravaron con sus actos la situación dando muerte con ello a la caridad.

"Si uno se cree ser algo no siendo nada, ese tal se engaña a sí mismo". El Unico que es, es Dios. Los hombres, todos los hombres, son lo que Dios y su voluntad quieren. Dios escoge sus instrumentos y a sus siervos. Y si ellos responden a sus llamadas y a sus órdenes, entonces vienen a ser lo que El quiere que sean. En cambio, aquellos que se glorían de ser algo, o son unos ilusos, entrando en tal caso en el grupo de "los que no saben lo que hacen" o, por el contrario, son conscientemente culpables al revestirse de unos méritos que no son suyos, siendo, por tanto, pertenencia de Satanás.

A los ilusos les aconseja Pablo: "Que cada uno examine sus propias obras y así habrá de gloriarse tan sólo en sí mismo y no por los demás, puesto que cada cual debe llevar su propia carga". Gloriarse en sí mismo de la ayuda que Dios le prestó, de la misión que le encomendó eligiéndole con singular amor y de su propia correspondencia a la voluntad del Señor, no gloriándose de nada más; y humillarse reconociendo los propios yerros, causa de las propias desventuras y de las de los demás; y dolerse, no de las desventuras propias que son expiación de los yerros sino de haber causado daño al prójimo. A los avaros y envidiosos que adquieren con codicia y dan un destino injusto a lo que adquieren, Pablo les dice: "El que es catequizado... haga partícipe de sus bienes al que le catequiza".

El primero a quien ellos tienen obligación de hacerle partícipe es aquél que, desinteresadamente, sintiéndose jerárquicamente inferior, les dio. Y si bien él no tenga necesidad de la Palabra por recibirla directamente, tiene, en cambio, necesidad de recibir muchas otras cosas de quien es superior suyo jerárquico. Y, a los ojos de Dios, no es válida su inútil justificación: "El ya tiene a Dios que le dirige". ¿Cuándo dijo Dios jamás: "Este no necesita del sacerdote porque soy Yo el que le instruyo y cuido de él?".

¿Cuándo jamás dijo Cristo a sus leprosos curados: "No tenéis necesidad de presentaros al Sacerdote porque Yo, directamente, he comprobado que estáis limpios?" Y ¿cuándo jamás dijo Cristo: "No marcho al Templo porque Yo no necesito de eso para estar en la Ley y con Dios?". Cristo siempre indicó el Templo y el Sacerdocio como trámite obligado entre los hombres y Dios. El que se niega a tutelar un alma porque Dios hace uno de ella es un desertor de su propia milicia.

"¡No queráis engañaros!". ¡Oh!, ¿qué vale decir: "Somos al presente nosotros los que decíamos estas cosas?". También algunos aparatos y animales repiten las palabras que se les enseña o transmite. Mas ¿son acaso los aparatos y los animales los que formaron esas palabras con su propio pensamiento? El mecanismo o el habla del papagayo ¿pueden tal vez decir: "Lo que digo es mío?". ¿De qué sirve engañarse a sí mismos y a los hombres cuando hay quien os mira desde el Cielo y penetra hasta el más pequeño de vuestros pensamientos? ¿Queréis burlaros de Dios? ¿Pensáis que podéis falsificar sus palabras y estar convencidos de que El no las reconozca? ¿Quereis burlaros de El?

¡De Dios nadie se ríe! No os apoyéis en la peligrosa y presuntuosa base de este pensamiento: "Hasta ahora he hecho cuanto me ha venido en gana, aun en contra de lo que se tenía por querer de Dios, sin que nada malo me haya sucedido, antes, al contrario, una mayor prosperidad". No sabéis lo que os puede traer el instante que sigue. Y, tras los muchos instantes terrenos, hay una eternidad para descontar las burlas hechas a Dios y las durezas a los hermanos. En la eternidad se cosecha lo que aquí se sembró. Por esto se deben realizar sin descanso obras de espíritu y hacer, por tanto, el bien si no se quiere después cosechar abrojos para el fuego purgativo o, lo que Dios no quiera, para los braseros infernales. Haced el bien mientras disponéis de tiempo para ello. Hacedlo todos y, en particular, aquéllos que se cubren con vestimenta que hace que el mundo se fije en ellos, este mundo que perece más porque van apagándose las luces puestas para iluminar que no por las doctrinas perversas suscitadas por Satanás.

Esto dice Pablo a los maestros de espíritu, sucesores suyos. Mas a ellos resulta inútil decírselo. A tí te lo he dicho para que comprendas que debes intensificar cada vez más la oración y el sacrificio por ellos y puedas dirigir palabras oportunas —que te las he indicado— a quien se ha de hacer cargo de tu caso.

Confía en tu compañero angélico. Yo te tengo de la mano, te protejo bajo mis alas y te purifico el aire que tu espíritu respira y al que las acciones de los demás vuelven agrio

y malsano. Cantemos juntos, contentos tú y yo de cumplir con nuestro deber: "¡Cuán bello es alabar al Señor y cantar himnos a su Nombre para proclamar por la mañana su misericordia y su fidelidad durante la noche! ¡Cuán bello tributar alabanzas a Aquél que nos escucha, nos asienta sobre la roca y nos guía por caminos seguros!"

Este es, alma mía, el cántico nuevo que Dios pone en tus labios con la liturgia de hoy.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

Sentido, no escrito (por orden de Jesús), sobre lo que es la Obra en la intención de su Divino Donador (recibido hoy 25/9/46).

**28/9/46.** – Jesús Santísimo me explica por qué Satanás trata de impedir el que yo pueda escribir los dictados sobre el Evangelio de San Juan. Sentido secreto.

---

[1] En efecto, la muerte de los padres, el aumento del coste de vida, su habitual enfermedad agravada cada día más y la falta o retraso en la publicación de los escritos, debida a dificultades de orden distinto, la redujeron a estrecheces económicas.

[2] Esto es, la Obra escrita por María Valtorta y titulada más tarde: "Il poema dell'Uomo-Dio", publicada en 10 volúmenes (Ediciones Pisani, Isola del Liri).

[3] Esto es, atribuyendo humildemente la Obra al Señor y no a sí misma.

[4] Alusión a la Orden de los Siervos de María a la que pertenecía el P. Romualdo M. Migliorini.

[5] El texto autógrafo del 15 de octubre de 1944, tal como aparece en los "Cuadernos de 1944", se expresa en los siguientes términos:"... La otra Orden, por ti escogida, no se halla dispuesta a acoger el don de Dios. Debería estarlo por haber contado entre sus filas con santos y santas que son campeones en manifestaciones sobrenaturales...". Mas, al presente, se halla en las mejores disposiciones gracias a muchos Padres franciscanos que son lectores asiduos y fervientes propagandistas de las obras de María Valtorta.

[6] María Valtorta, ya desde niña, tras esmerada preparación y subido fervor, entró en la Tercera Orden Franciscana, siguiendo aficionadísima a la misma. ("Autobiografía", págs. 259 y siguientes).

[7] Por tal motivo el P. Romualdo M. Migliorini, de la Orden de los Siervos de María, acudió a donde la enferma, de la que vino a ser su director espiritual y humilde mecanógrafo de las quince mil páginas autógrafas valtortianas. Algunos compañeros religiosos coadyuvaron con él y después le sustituyeron en la atención sacramental a la enferma y en el cuidado y difusión de sus escritos.

[8] El P. Romualdo M. Migliorini O.S.M. y el P. Pedro M. Pennoni, O.S.M., viendo *el abandono espiritual* en que se encontraba la enferma, una vez conseguida la necesaria autorización, y sin consultárselo a ella, la inscribieron en la Tercera Orden de los Siervos de María a fin de asegurarle una adecuada asistencia sacerdotal y sacramental; asistencia que, *pese a las numerosas peripecias surgidas*, nunca le llegó a faltar.

---

***29/9/46***
***Domingo 16.° después de Penecostés***

*Dice Azarías:*

«El Señor que te amaestró desde tu más tierna infancia y del que tan sólo amor recuerdas haber recibido, me dice que, en atención a tu debilidad y para no repetir lo que para ti es un recuerdo doloroso, sea la Epístola lo único que considere contigo. Tú has hablado con Dios y El te ordena que guardes para ti exclusivamente lo que te ha dicho. Obedezcamos, pues. Debería desarrollar el argumento del Introito; mas, a la sazón, todo está ya dicho. Tienes el convencimiento de la bondad y misericordia de Dios que está al tanto de tus necesidades. Nada más hay que decir que no sea superfluo y penoso para tu debilidad.

Mas resulta consolador escuchar al Apóstol. El se dirige a ti con sus palabras de maestro paternal: "Os exhorto a que no decaiga vuestro ánimo por las tribulaciones que por vosotros padezco y que son gloria vuestra".

Así pues, que tu espíritu les diga a tus miembros, a tu carne y a tus órganos agotados y languidecientes con un sufrimiento de muerte: "Os exhorto a que no tembléis por lo que yo sufro y que, de rechazo, vosotros sufrís; porque mi sufrimiento lo es también vuestro y motivo de vuestra gloria".

¿Con qué brillarán un día, en el día eterno, los cuerpos de los santos? Con los sufrimientos soportados por la justicia, por haberse agotado por ella, haberla cultivado en sí mismos, haberla proporcionado a los demás y haber sido perseguidos por esta labor.

"Aquéllos que enseñaron a muchos la justicia brillarán como estrellas por toda la eternidad", dice Daniel. Y la Sabiduría: "Los justos brillarán, correrán como chispas por un cañaveral, juzgarán a las naciones, dominarán a los pueblos y el Señor reinará en ellos eternamente".

Y ¿qué es lo que promete el Verbo en las bienaventuranzas? Gloria, luz, felicidad y paz a cuantos lloraron y sufrieron por su fidelidad a la justicia.

Así pues, puesto que sois cuerpo y alma —si bien la pesada ley de la carne tiende siempre a prevalecer mientras permanecéis en el destierro— he aquí que, ciertamente, las carnes que se vieron maceradas por querer del espíritu y soportaron las tribulaciones por contraste de los grandes padecimientos del espíritu, poseerán la gloria en la eternidad, por lo que, es de justicia que tu espíritu le diga a tu carne: "No decaigas de ánimo por las tribulaciones que sufro, incluso por ti, cuerpo mío, ya que serán tu gloria futura y eterna".

Y Pablo enseña qué se ha de hacer para conseguir la ayuda sobrenatural que mantenga firme a la criatura que es espíritu y carne. "A tal fin doblo mis rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo... para que os conceda... que, corroborados poderosamente por medio de su Espíritu de modo que habite Cristo en vosotros por medio de la fe... y que, arraigados y fundamentados en la caridad, podáis comprender con todos los santos... lo que supera toda ciencia, esto es, la caridad de Cristo y así os veáis repletos de *toda* la plenitud de Dios".

Dios es Caridad. El que tiene caridad tiene en sí a Dios. Jesús Santísimo, te lo tengo dicho, es el compendio de la Caridad de las Tres Divinas Personas. Por eso, quien tiene en sí a Cristo, se encuentra repleto de la *plenitud* de Dios.

En la antigua Ley, en el tiempo antiguo, los hebreos tenían al Padre que llenaba el templo con su gloria y al Espíritu que, alguna que otra vez, llenaba de Sí a determinada criatura. Mas en el Tiempo Nuevo, en la era de Cristo, los cristianos tienen, no sólo la Primera o la Tercera Persona sino la plenitud de Dios Uno y Trino en Jesucristo Señor Santísimo.

La tienen por la Gracia y por los Sacramentos y, en particular, por el Sacramento del Amor en el cual, junto con el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad del Verbo Encarnado, están el Padre y el Paráclito inseparables de la Divinidad de la Segunda Persona en virtud de la Sublime Unidad de tres Dioses que son un sólo Dios[1]. A esta invisible aunque sensible y activa Presencia, a este Infinito que se circunscribe en una minúscula parte del todo: en un hombre creyente —y desde esta cárcel en la que únicamente el amor le retiene, opera y transforma, porque El todo lo puede hacer, hasta lo que rebasa cuanto el hombre es capaz de pedir, hacer, pensar y desear, y de una nada puede hacer una grandeza, puesto que no es la nulidad sino quien la habita el que opera con sus medios infinitos—,

se le debe atribuir la gloria que le es debida y la confianza de quien se ve sostenido por un Fuerte y guiado por un Sabio que, al parecer, no está.

Que en esta confianza encuentre paz tu espíritu y fortaleza tu cuerpo para la lucha gloriosa que consigue la Vida a través de la preparación del dolor y de la muerte.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

**5/10/46.** – Elevación que no escribo (por orden de Jesús Santísimo) sobre las maravillas de la Creación.

---

[1] A la frase "Tres Dioses" debe atribuírsele aquí un sentido popular equivalente a la expresión científica: "Tres Personas Divinas".

---

***6/10/46***
***Domingo 17.° después de Pentecostés***

*Dice Azarías:*

«Tanto en las grandes como en las pequeñas cosas siempre te trata Dios con misericordia, con paternal misericordia, exigiendo de ti únicamente la obediencia. Porque, consiguiente a la obediencia, viene una vida sin mancha voluntaria y una conducta ajustada a la ley del Señor y a su querer. Dios Santísimo nada que no sea el bien de sus hijos puede querer y por eso el que obedece a su querer practica el bien en la medida de su capacidad y Dios se conforma con esa proporción por ser equivalente a la totalidad de cuanto la criatura le puede dar.

Y aún reporta un nuevo fruto la obediencia: el de unir estrechamente con Dios. Dichosos aquéllos que pueden decir lo que Jesucristo a quien le reconvenía: "Yo siempre hice y hago lo que quiere el Altísimo". La obediencia, al unir estrechamente con Dios y casi fusionar con El mediante la identificación en el querer –pues Dios quiere el bien de la criatura y ésta, a su vez, el bien que Dios quiere de ella– hace efectivamente que descienda Dios con su amor a habitar en quien le ama puesto que la obediencia es amor. Y entonces, como el que predomina es siempre el más fuerte, –y aquí el más fuerte es Dios– sucede que quien opera es Dios, poseedor absoluto del espíritu fiel; y la criatura, al hallarse tan penetrada y dominada por el Divino y en el Divino, no realiza ya acciones propias sino divinas que, por scr tales, no pueden ser sino acciones santas, privadas de contagios diabólicos, como así lo pide la Oración en su invocación.

Esta unión absoluta, esta total donación a Dios, este anularse en Dios despojándose del yo para ser absorbidos por Dios –el yo es material y no se puede con él penetrar en el Señor que es puro Espíritu– predispone a esa unión, donación, humildad, caridad, paciencia y mansedumbre que Pablo asegura ser esenciales para poder ser verdaderos cristianos, unidos a Cristo, unidos a Dios y unidos al Espíritu con el vínculo de la paz entre los hermanos y de la caridad en sus dos ramas que se extienden: una al Cielo para abrazar el trono de Dios y la otra por la Tierra para acariciar al prójimo. Entonces es cuando realmente formáis un solo cuerpo y un solo espíritu, todos unidos en el Señor, con una sola fe, un solo bautismo y un solo Padre que está sobre todos y en todo, especialmente en los miembros del cuerpo de Cristo, miembros vivientes en los que viven y vivifican

realmente las gracias infusas.

Estar bautizados, confirmados, absueltos y haber comulgado *poco es si tales dones resultan inertes; y, en cambio, es todo si la buena voluntad de la criatura hace que sean activos los dones recibidos a través de los Sacramentos*, convirtiendo en realidad eterna la esperanza que alegra el destierro de los llamados por Dios al gran pueblo de Dios.

¡La buena voluntad! ¡Qué arma tan poderosa para vencer! Como dice el Gradual, el Señor mira a sus hijos desde el Cielo y los ve animados del buen deseo de servirle aunque incapaces de hacerlo perfectamente. Ahora bien, ¿acaso se desanimará Dios por esta vuestra incapacidad de obrar con perfección? ¿O por ventura dirá: "Por mucho que hagan, no podrán entrar aquí, a mi Paraíso, en el que tan sólo entran las cosas perfectas y las criaturas perfectas, puesto que ellos son imperfectos como imperfectos son igualmente sus actos?".

¡Oh!, no. Aquel Dios que con una palabra creó los cielos reuniendo las moléculas de los gases y formó los astros y la Tierra; y, agrupando las diversas partes esparcidas por el cosmos, hizo la masa sólida que es vuestro mundo, las otras ardientes que son los astros y las líquidas que son los mares, cosas todas ellas que, a partir de entonces, constituyen el Universo, ¿no podrá tal vez hacer obras perfectas con vuestras acciones deformes e imperfectas, es cierto, pero realizadas con buena voluntad?

Con fe, esperanza y caridad ardiente dejadle hacer y El lo hará. La santidad es obra conjunta del buen querer heroico de los hijos de Dios y del poder de Dios que completa y hace perfecto el buen querer heroico de sus hijos. Y ¡es tan hermoso, hombres, que vuestro Padre, que es Dios, sea el que tome lo que sus pequeños hacen y lo haga semejante a lo hecho por un Dios, completándolo con su bondad! Nosotros carecemos de esto, siendo justo que así sea. Siempre es justo. Mas ¡cuán bello es y cómo os debe llenar de gozoso reconocimiento el pensar que para servirle y ayudarle en la Redención y en el apostolado se sirva El de los hombres y no de los ángeles, y que para hacer dioses de sus hijos, los hombres, ponga a contribución su poder que es todo amor!

Todo lo podéis con sólo que viváis como hijos sobre vuestro Padre que es Dios Altísimo llegando a hablarle como a un amigo paternal, atreviéndoos a pedirle que anule el ya inminente castigo contra los perjuros que le ofenden y dé cumplimiento a esos deseos atrevidos que os brotan del corazón a impulsos de vuestro encendido amor.

Los deseos, los santos deseos, ¿sabes, María, qué son? Son el propio deseo de Dios inspirado por El en los corazones de sus hijos y, en especial, de los *más amantes*, siendo tanto más atrevidos tales deseos cuanto más el hijo ama a su Dios. Y así el deseo de Dios, inspirado por El y acogido por la criatura amante, es lanzado como flecha de oro a los pies de Dios, y el espíritu, a su vez, sube tras ese dardo precioso para pedir las cosas que a la humanidad se le antojan locuras pero que son acciones del amor. Son, pues, el propio deseo de Dios que quiere hacer realidad estas locuras para su gloria.

¡Oh vosotros, amadores, que hacéis vuestros los deseos de Dios hacia vosotros, sois los sublimes locos en el seguimiento del Divino Jesús, loco de amor hasta la muerte de Cruz! Sois los locos de la sublime locura del amor y del sacrificio. ¡*Lanzaos*! ¡*No temáis*! El mundo, si aún ha de obtener misericordia, necesita de santos locos como vosotros. Y de vosotros tienen asimismo necesidad las almas si todavía se han de salvar. Ellas, las más, ya no saben salvarse a sí mismas. Se encuentran con las alas rotas, desgarradas, quemadas. Se arrastran y caen a tierra. Vuestro sacrificio, vuestra locura de amor les devuelven alas y pupilas tornando a ellas el deseo de lo alto y, resurgiendo, buscan a Dios, abren las alas...

Es vuestra sed de amor, es vuestro inexhausto desear lo que Dios quiere y vuestro cumplir lo que Dios desea, lo que las arrastra al Cielo. La carne, el mundo y el demonio es el lazo que las retiene. Vosotros quemáis ese pesado lazo, colocáis en su cuello el áureo cordón de la caridad y las lleváis con vosotros a lo alto, a lo alto, al Cielo, a Dios.

Loado sea el Amor que inspira y alabado el amor que opera. Sean alabados el amor que salva y el Dios inspirador de las acciones de los santos. Alabanzas a los santos que cooperan con Cristo y al Amor, al Amor, al Amor!

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

**Noche del 6 y 7 de octubre.** Me despierto entre sufrrimientos de agonía física y el Adversario, para atemorizarme, insinúa: «¿Cómo has de presentarte ante Dios? El Juicio... el castigo...». Le respondo luchando contra el miedo: «Haré como todos, desde Adán hasta el último de los hombres: Morir. Y además, para estar segura en el último momento, confiaré más que nunca en la misericordia de Dios». Se marcha vencido y, con él, desaparece igualmente mi agonía física... Me adormezco plácidamente en el seno de Dios.

**12 de octubre, a las 16 horas.** Me corroe como un veneno la insinuación de Satanás —tengo la seguridad de que es él—: «Tú que tanto deseas ir al Cielo para reunirte con tu padre, tienes que saber que nunca le has de encontrar. Ni a tu padre ni a tu madre. También allí sufrirás eso». Respondo para calmar la angustia de tal pensamiento: «No sufriré. Amaré a Dios. No se puede sufrir por duelo de nadie ni de nada cuando se está gozando de Dios».

***13/10/46***
***Domingo 18.° después de Pentecostés***

*Dice Azarías:*

«Segura es la recompensa que se da al paciente ya que éste imita a su Padre Celestial que tan paciente se muestra esperando la conversión de los hombres pecadores, si bien después encuentra la recompensa a su paciencia amorosa en el gozo que le proporcionan sus salvados. La imitación de Dios, al ser amor en acto, alcanza siempre recompensa de Dios. Y, mientras dura este vuestro día terreno, esta recompensa se cifra en una paz profunda del espíritu, paz que desconocen quienes no saben servir al Señor. Y, más allá del corto día terreno, la recompensa será gloria eterna y gozosa. Otra recompensa del que sabe ser paciente es la concesión de las gracias solicitadas, que podrán ser aplazadas, pero que, tarde o temprano, se conceden y siempre en el momento oportuno.

Abandónate, pues, con plena confianza a la Misericordia que te ama, te dirige y dirige tus asuntos más queridos y, con ello, agradarás tanto a Dios que todo cuanto te urge se resolverá en bien, ya que siempre será Dios el que tome en sus manos tus cosas haciéndolas suyas.

¡Si de esta suerte acertaran a conducirse todos los hombres y se dejaran mover por la Sapiente Misericordia cual fino cendal que ondea al soplo del viento, así fuera éste de ligero como la brisa en la que el profeta percibió a Dios...![1]. Se encontrarían transportados al Cielo sin saber cómo llegaron allí, lo mismo que un niño que, aun siendo incapaz de caminar, puede alcanzar la cumbre de un monte y gozar del sol, de la inmensidad del espacio y de la floresta al ser portado allá arriba por la madre en el dulce cobijo de sus

brazos.

Meditemos a Pablo. Ser testimonio de Cristo ratificado en medio de los fieles no quiere decir que tales fieles hayan recibido el Bautismo y los demás Sacramentos, sino que sus obras dan testimonio de su condición de imitadores de Cristo. Las prácticas religiosas limitadas a las horas del culto, la observancia de determinadas ceremonias sin que, una vez finalizadas éstas, les sigan la religiosidad, la obediencia a los preceptos y consejos de vida cristiana de una manera intensa y sincera durante todas las horas, sucesos y acciones del día, no constituyen testimonio alguno de Cristo sino tan sólo hipocresía o, cuando más, una muy débil vida cristiana. Si tal hiciéseis —y así son los que de tal modo se portan— seríais semejantes a esos niños cacoquimios que de la leche y cuidados maternos únicamente se aprovechan de un mínimo apenas suficiente para no morir, pero insuficiente para crecer, quedando reducidos a seres atróficos sin movimiento y sin fuerza, expuestos a todas las enfermedades hasta que un desarreglo en la nutrición o un ataque de los elementos los mata.

Suerte idéntica es la de aquellos espíritus que no transforman en jugo vital cuanto les viene a través de los Sacramentos y se limitan a recibir sin esforzarse en dar, siendo parásitos que vegetan pero no viven, inválidos en el cuerpo vital de Cristo, destinados a morir porque, al ser tibios, abúlicos y estériles, son presa fácil de todas las infecciones espirituales y, al ir debilitándose progresivamente, terminan por perecer como plantas que tienen dañadas sus raíces.

Pablo, maestro insigne de la doctrina del cuerpo místico cuya cabeza es Cristo, regocijándose con sus corintios por el testimonio que dan de Cristo y de la vitalidad magnífica de los miembros vivos y voluntariosos, se congratula por ellos, mas no por los parásitos que vienen a ser un peso y un peligro para los demás, amén de un escándalo y una ofensa para Dios, pues, al ser "ni tibios ni calientes, los lanza de Sí", como dice el Apocalipsis.

Pablo se alegra viendo confirmado por las virtudes de los cristianos el carácter cristiano de los corintios "hechos ricos en todo, en el don de palabra y de ciencia" por la gracia de Dios alcanzada por Cristo y mantenida y aumentada por los méritos de la criatura de buena voluntad.

Se alegra por ello y les exhorta a ir creciendo más y más en Cristo, succionando y asimilando los jugos vitales del Cristianismo que es vida y no formulismo, que es verdad y no hipocresía, que es camino y no ciénaga en la que se hunde y se queda, y así "no falte en ellos don alguno" —tengo explicado ya que los dones viven de verdad únicamente cuando la buena voluntad de la criatura los hace vivir— "de modo que se encuentren sin culpa a la venida del Señor Jesús". Sin la culpa más grande cual es la de haber menospreciado los dones infinitos de Dios, descuidándolos hasta el punto de no hacer de ellos vida de la propia vida y perfección del espíritu, faltando por ello en todas las virtudes y llegando a no permanecer en la Fe, en la Esperanza, en la Caridad, en la Fortaleza, en la Prudencia, en la Justicia y en la Templanza, cediendo, por el contrario, a los halagos del demonio, del mundo y de la carne; espíritus decaídos o muertos más bien del todo para los que fue en vano el sacrificio sobre manera penoso de Cristo.

Nada más te digo, alma mía, alma víctima. Sufre con Cristo para su regio triunfo y sea ésta tu Santa Misa perpetua.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

**13 de octubre** (si bien dos horas después de la explicación de la Santa Misa).

Lección secreta acerca del mérito que un enfermo puede adquirir incluso sabiendo soportar con paz este pensamiento: «por mi culpa fulano no puede ir a misa y mengano no puede descansar», y así por el estilo[2].

Soportarse a sí mismo cuando vemos que somos una pesada carga para los demás es siempre virtud y Dios sabe convertirlo en motivo de premio, tanto para el enfermo como para quien por él se ve en la imposibilidad de hacer lo que quiere.

Como aclaración para quien a su tiempo haya de leer estas breves referencias a lecciones secretas, digo que Jesús Santísimo me indicó (el 25-9) que no escriba ya sus consejos íntimos a mi alma como castigo para quienes no saben reconocer que es El quien me habla o que mienten cuando dicen que no le reconocen para humillarme faltando a la caridad y a la sinceridad. Y así lo hago a partir del 25-9, limitándome, como El lo quiere, a dejar constancia del objeto y fecha de la instrucción secreta.

**13-10-46, a las 16 horas.**

¿Hay quien pueda hacer frente al fuego cuando flamea y a Dios-Amor cuando quiere amar? ¿Amar sensiblemente acaso? No. Y lo experimento.

Hoy se abate sobre mí uno de los trances de amor divino más violentos que yo haya jamás experimentado.

Lo siento llegar... Con ser una oleada inmensa, no es un peso que oprime sino fuerza más bien que atrae, que te arranca de la Tierra y te lleva arriba, arriba, arriba...

Lo siento acercarse, cada vez más extasiante y, antes de perder el conocimiento en fuerza de su inexpresable dulzura, acordándome de mi plegaria y ofrecimiento del 15 de agosto, suplico: «¡Para mí, no! ¡Para mí, no! Para ellos. Para que te amen». Está siempre en mí permanente la voluntad de renuncia a mis goces místicos a cambio de que ellos vean y comprendan.

Pero con una más intensa dulzura dentro de la ya inconmensurable dulzura y del océano de Luz y Fuego que me inunda desbordándose de los Cielos, me llega la Voz inexpresable del Dios Uno y Trino que dice: «No. En vano me rechazas por un sacrificio de amor. *Yo te quiero a ti, quiero entregarme a ti.* Busco consuelo para Mí mismo. Busco un corazón que me ame. No quiero ciencia sino amor. No quiero discutir sino poseer. No quiero reprender sino amar. Te quiero a ti. Sáciame. Consuélame. Amame. Me derramo donde encuentro quien me comprende en mi deseo infinito de comunicarme. Escribe y después ven...».

Y ya no hay sino abandonarse y... sentir que te dicen: «Tú debes amar incluso por *ellos.* Quiero que tú me sacies con el amor que *ellos* no saben darme como Yo quiero. Y quiero penetrarte de Mí para que tú les llegues a amar como Yo amé a mis verdugos: *desmesuradamente.* Porque cuando se ama con perfección, se ama de un modo desmesurado a los más infelices, a aquéllos que son *nuestro* dolor. Sin este amor nuestro ellos se perderían».

Y me embriago y ardo como no es posible describir. Y amo a Dios y en El a toda la Creación con los habitantes del Cielo, los que viven en la Tierra y los que penan en el Purgatorio; a todos, en fin, a todos y... —¡oh, ellos no lo creerían aunque se lo dijese!— *les* amo como una madre puede amar a su hijo enfermo que, de no atenderle con sumo amor, perecería; y sufre de que está enfermo, por más que él no crea estarlo ni que su ma-

dre sufra.

¡Señor, si has de servirte, no tanta violencia...! ¡Tú sabes de mi *absoluta* debilidad...!

Mas cuando vuelvo a ser la pobre criatura de antes, recuerdo con una dulzura pacífica el huracán de amor de que fui presa y cómo no escuchó Dios mi plegaria, y entonces el corazón, que si resistió fue tan sólo por su querer, palpita extenuado como el pajarillo que subió por demás arriba y cantó con fuerza desmedida...

Mas si mi Señor recibió consuelo y mi nulidad prestó ese servicio al Todo... ¡bravo por el amor! y dulce resulta el dolor del corazón cansado... ¡Llegar a morir por la violencia del amor...! ¿Qué supone vivir y qué morir? Unicamente consolar a Dios.

---

[1] Alusión al profeta Elías y a su encuentro con Dios de que habla el libro 1.º de los Reyes 19, 9-14 y, en particular, el versículo 12.

[2] Tal vez hay aquí una probable alusión a Marta Diciotti que asistió amorosamente a María Valtorta, enferma, desde el día 24 de mayo de 1935 hasta su muerte, acaecida el 12 de octubre de 1961.

---

***20/10/46***
***Domingo 19.° después de Pentecostés***

*Dice Azarías:*

«¡Cuánto afán hay en el hombre por la propia salud y prosperidad! Si bien se considera, el hombre se ve atormentado y ligado por este afán perenne como un galeote a su banco. Es una obsesión que despoja la vida hasta de ese poco de felicidad material que la salud o la prosperidad en los negocios le pueden prestar. ¡El miedo al día de mañana! ¡El temor a las enfermedades! ¡La preocupación por una posible pérdida de dinero, del empleo, de la hacienda, el pánico a las perturbaciones meteorológicas para el campo, las epidemias para los criadores de animales, las revueltas obreras para los industriales y las revoluciones nacionales para la mayor parte de los pueblos!

El hombre, que nada puede hacer contra estas cosas inmateriales, bien que producidas por fuerzas materiales; el hombre que se ve impotente ante los microbios, los hurtos, los despidos, los rayos, el granizo, el viento, los terremotos, la peste y los motines, vive con el dogal del temor puesto al cuello. Este vivir sin paz es la consecuencia de haber hecho del materialismo la ley de su vida. Si el hombre fuese espiritual en sus afectos y pensamientos no temblaría así. En primer lugar, porque levantaría su mirada a Dios rogándole; y, en segundo lugar, porque diría: "Esto no es más que un tránsito y la meta es el Cielo. El tránsito, sin duda alguna, es penoso pero la meta, en cambio, luminosa y feliz. Soportemos hoy para así gozar mañana por una eternidad. Temblemos únicamente de perder la meta y no perder una cosa cualquiera en el tránsito, cosa que no podremos llevar allí, a la meta. Ingeniémonos tan sólo con la constancia y la fe, con la caridad, la esperanza y las demás virtudes en allegarnos al tesoro que habremos de llevar con nosotros al lugar de la meta. Y confiemos en el Señor que nos dice: 'Yo soy la salud del pueblo, en cualquier tribulación que me llamen, Yo les atenderé'".

Ahora bien, la petición contenida en la Oración ¿cómo puede conciliarse con la ofrenda de las almas víctimas? Yo te hablo a ti porque lo eres, como también lo son todas las

pequeñas voces y, a través de ti, les hablo a las otras almas víctimas. ¿Cómo podréis hacer vuestra la súplica de la Oración cuando os ofrecísteis a la inmolación que Dios aceptó? ¿Desandaréis el camino alejándoos del lugar de vuestro suplicio? ¿Por ventura le suplicaréis al Padre que os devuelva la salud, el bienestar, los afectos, en fin, todo cuanto le ofrecísteis para ser víctimas? ¿O le suplicaréis tal vez dirigiéndole estas palabras? No. Podéis, es cierto, dirigírselas, pero elevando a tal altura vuestro espíritu que le pidáis lo más perfecto, esto es, que Dios, aplacado, "aleje de vosotras toda adversidad *espiritual* a fin de que, libres en el alma (de las tentaciones y turbaciones) y en el cuerpo (de la preocupación por el mañana y de los apetitos naturales de la carne, apetitos que no constituye pecado sentirlos antes mérito el no consentirlos) podáis entregaros con libertad de espíritu al servicio de Dios". Viene a ser de este modo súplica perfecta, del todo sobrenatural y angélica, muy superior a la mayor parte de las peticiones de los hombres en las que las preocupaciones materiales ocupan el 98% de las mismas.

Y meditemos a Pablo que continúa enumerando las condiciones precisas para ser *realmente* cristianos. Renovarse en el espíritu de la mente, o sea, asumir un pensamiento que contemple y juzgue los acontecimientos y acciones que se hayan de soportar o llevar a cabo desde un punto de vista sobrenatural.

El hombre, aun el católico, no se esfuerza por vivir y obrar conforme a la moral cristiana. Vive de continuo en un compromiso entre el cristianismo y la carne, entre el cristianismo y el mundo, entre el cristianismo y Satanás, olvidado de esta palabra solemne: "No se puede servir a la vez a dos señores". Por el contrario, el hombre sirve a más de un señor: a sí mismo, al mundo y a Satanás. ¿Cómo entonces ha de poder ser jamás de Dios si ya lo es de tres Mammones exigentes y feroces?

¿Cómo el hombre se rinde y sigue esclavizado a estos Mammones? Admitiendo, desde su más tierna infancia, los pensamientos de la carne, del mundo y de Satanás. Aun sin advertirlo y por puro mimetismo se identifica con cuanto le rodea que, excepcionalmente, ni aun en el núcleo base que es la familia llega a ser perfecto. Mas, una vez llegado a la madurez, capaz por tanto de distinguir del todo entre el bien y el mal, entre el espíritu del siglo y el espíritu sobrenatural, entre lo que es cristianismo y lo que no lo es, el cristiano, que de verdad quiere ser tal, tiene el deber de *renovarse en el espíritu de la mente y de revestirse del hombre nuevo,* que es el nacido de los frutos del sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo, ese hombre nuevo, creado, *recreado en la justicia y en la verdadera santidad.* Y ¿cómo es este hombre nuevo? Sincero como lo fue Jesucristo aun frente al peligro de muerte por decir la verdad. Porque la sinceridad fue una de las características principales de Jesucristo, característica que El la impuso a sus seguidores diciendo: "Sea vuestro hablar: sí, sí; no, no".

Y es lógico que así sea pues Jesucristo es el Antagonista de Satanás que es Mentira mientras que Jesucristo es Verdad. ¿Cómo uno que se dice de Cristo ha de poder asumir las características de Satanás? Por eso el hombre ha de renovar su mente con fidelidad heroica a la sinceridad. Sinceridad con todos y en todas las circunstancias, sin pararse a calibrar las posibles ventajas derivadas de la mentira y los posibles perjuicios provenientes de la sinceridad.

La mentira es como la lepra que se va agravando tan pronto aparece la primera mancha. Nadie querría ser leproso como tampoco mentiroso. Con la mentira uno, no sólo se daña a sí mismo, mas también al propio espíritu y a los hermanos. Porque, bien sea que les engañéis a cuenta de los demás o acerca de vuestras intenciones; que les levantéis falsos testimonios, calumnias y murmuraciones; o que, por no enemistaros con ellos, no les advertís: "Tú yerras en esto y en lo otro; tú tienes éste o aquél defecto", con esto perju-

dicáis a vuestros hermanos que son "miembros" lo mismo que vosotros y, por tal motivo, deben servirles los otros miembros, como acontece en vuestro cuerpo en el que entre los órganos y miembros existe un mutuo intercambio de ayudas y de funciones.

Si os encolerizáis, guardaos de pecar. ¡Es tan difícil la convivencia en una sociedad en la que la virtud es la excepción y el vicio la regla...! Si la virtud fuese la regla, ¡qué dulce recultaría la convivencia entre vosotros! Mas los que dominan son el vicio multiforme, los siete pecados capitales y los egoísmos; con lo que la vida se hace desagradable y difícil y unos a otros os procuráis continuos motivos de inquietud.

Advertid, con todo, qué prudente es el Apóstol al exigir la virtud a los cristianos. No impone una virtud inhumana e imposible cual sería la de no inquietarse por nada. Por más que la inquietud no se desborde y trasluzca al exterior, una ofensa, una desobediencia o un engaño no pueden por menos de desequilibrar el corazón, agitarlo y conmoverlo, surgiendo así una aversión hacia el culpable de la ofensa, de la desobediencia o la traición. Esto es humano.

Pero en el verdadero cristiano, al ser el espíritu más fuerte que la carne, se aplaca presto el movimiento humano y, por más que persista la amargura de lo sucedido, se perdona, no se reacciona contra el que nos procuró tan amarga experiencia y no se lleva a cabo venganza alguna contra el culpable. He aquí, pues, que, como dice Pablo: "Si os airáis, podéis y *debéis* no pecar". No se puede impedir que el yo deje de sufrir por una ofensa recibida; mas esto no es pecar. Se peca cuando se devuelve ofensa por ofensa faltando a la caridad.

Que no se ponga el sol sobre vuestra ira. Recuerda la frase evangélica: "Si al tiempo que estás ante el altar para hacer tu ofrenda te acuerdas de que tu hermano está airado contigo, deja la ofrenda a los pies del altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano". El sacrificio de vuestro resentimiento, si sois vosotros los ofendidos, o de vuestra soberbia, de ser vosotros los ofensores, vale muchísimo más que el sacrificio material o el rezo maquinal. Y ningún valor tienen la ofrenda ni los rezos y hasta el mismo Sacramento, de no ir precedidos de la caridad que es perdón y humildad. Sí; que no se ponga el sol sobre vuestra ira. ¿Cómo encomendaros a Dios en la oración de la noche, en esa oración tan santa y apropiada para ahuyentar los fantasmas nocturnos y las sugestiones diabólicas, tan agudas a esas horas, si tenéis con vosotros a Satanás, al abrigar rencor contra quien os ofendió o perjudicó? ¿Cómo rezar la Oración por excelencia *si no perdonáis*? "Como nosotros perdonamos a nuestros deudores", decís. Mas si no perdonáis, tampoco seréis perdonados. Perdonad, pues, cada día el mal que cada día os hayan hecho. No déis entrada al demonio. Ciertamente, el que no perdona no ama y el que no ama rechaza a Dios y acoge a Satanás. Es ésta una verdad poco meditada pero ciertísima.

El que roba, que no robe más. De cuántas maneras se puede robar te lo explicó ya Jesús, Señor Nuestro Santísimo. Muchos se rebelarían si se les dijese: "Sois unos ladrones", pues, efectivamente, jamás robaron un ochavo ni un grano de uva. Mas el latrocinio no es sólo de dinero, alimentos o alhajas. Los ladrones son mucho más numerosos de lo que se cree. Los ladrones morales son sin número y los espirituales, que roban dones espirituales, una tercera parte. Verdaderamente, ¡hay tántos que no tienen en cuenta ni meditan que el décimo mandamiento dispone no desear los bienes ajenos! Ahora bien, si el desear es ya pecado, ¿cómo no ha de ser hurto el apropiarse de lo que es de otros, ya sea esto un afecto humano (la mujer ajena, seducir a la hija de otro apartándola de sus deberes de hija), un empleo o bien un don de Dios con el que se reviste como de gloria propia llegando hasta a denigrar al que lo recibió de Dios para persuadir a los demás de

que ese tal no era posible que fuese beneficiado, atormentándole con ello y haciéndole dudar de su razón, de su alma, del origen del don y así de lo demás, y después gozar él de su expolio como de cosa propia? Sí. Esto es hurto con la agravante de dolo y premeditación. Y ¡ay de quien tal hace!, pues sólo con una sincera confesión del pecado, una restitución y reintegración de lo tomado o aminorado se puede obtener el perdón.

"Mas realice algún trabajo honrado en ayuda de los menesterosos" aconseja el Apóstol. ¡Trabajo honrado! ¡Cuánto habría de decir sobre esto! Pero tú comprendes y yo callo; y perdonemos ambos por amor a la caridad para que así yo pueda elevar mi espíritu y tú el tuyo, como el sacrificio vespertino, y esparcir grato olor a los pies de Dios. Espíritus purificados hasta de la más leve sombra contra la caridad, perfumados con la paciencia y la mansedumbre y aromatizados siempre, siempre con el perdón.

Siempre así, alma mía, y entonces, por más que sigas caminando rodeada de tribulaciones, alma víctima que, desde hace años, vas trepando hacia tu calvario por un sendero tanto más arduo cuanto más cercanas están la cumbre y tu consumación, Dios estará contigo y te confortará tendiendo su mano para defenderte de tus martirizadores y adversarios a fin de que no traspasen el límite, ese límite que Dios conoce y que su prudencia quiere sea respetado; porque herirte y combatirte rebasando el límite, sería poner a prueba las fuerzas de tu alma y ésta es una imprudencia que Dios no permite.

Dios permite las pruebas para dar mayor bienaventuranza; mas no así los caprichos y antojos injustos, pues lo que quiere es la salvación y no la muerte de los espíritus y muy especialmente de aquellos que se entregaron con generosidad a su gloria.

Y termino con el augurio litúrgico: "Que tu conducta pueda secundar hasta el fin los santos designios de Dios".

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

***27/10/46***
***Ultimo domingo de octubre***
***Festividad de Cristo Rey***
***y Domingo 20.° después de Pentecostés***

*Dice Azarías:*

«Doble va a ser la labor de hoy puesto que, de una parte, ha de completarse el ciclo litúrgico y, de otra, no puede quedar sin celebración la solemnidad de hoy. Contemplemos, pues, las luces de la Santa Misa de Cristo Rey.

Da ésta comienzo con una frase que suministra la clave para entender cómo se alcanza la gloria. Dice: "Es digno el Cordero *que ha sido inmolado* de recibir el poder, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza y el honor. A El la gloria y el imperio por los siglos de los siglos".

¿Quién es el Cordero? Es el Hijo de Dios y de María Inmaculada. Desde la eternidad recibió vida del Padre y en el momento preciso recibió de la Madre la humanidad, llegando a ser Jesucristo. Por ser Jesucristo ¿dejó acaso de ser Dios? No, no dejó de serlo sino que asumió igualmente la naturaleza humana, llegando a ser verdadero Hombre a fin de poder ser Salvador, es decir: Jeos(c)iuá.

Los doctos explican cómo ese nombre puiere decir Salvador. Pero, alma mía, tiene asimismo otra muy profunda significación. Contempla y compara el Nombre de Dios, tal como lo expresaban los hebreos, con el nombre del Hijo de María. Poseen idéntica raíz para significar el mismo origen y la misma naturaleza. Jesús, por tanto, quiere decir Dios, Dios todavía. Y con la final os(c)iuá quiere decir salvación[1]. Mas su descendencia, y hasta su procedencia del Padre Dios, se confirma con la raíz del nombre.

Siendo Dios, ¿podía acaso Aquél que es llamado Cordero no ser digno de recibir el poder, divinidad, sabiduría, fortaleza y honor? No sólo era digno de estas cosas sino que las tenía por su propia naturaleza divina. ¡Es un error entonces decir que el Cordero es digno de recibirlas? No lo es. Desde el momento en que el Verbo se hizo carne y llegó a ser el Cordero de Dios para la gran Pascua redentora, El, a la perfección propia de Dios, unió la naturaleza de Hombre y, como todos los hombres, tuvo una libre voluntad, pasiones, sentimientos y sentidos.

El Padre Santísimo en nada coartó a su Hijo encarnado y le trató como a cualquier otro hombre a fin de que su santidad de Hombre fuese real, perfecta y pareja con su Santidad de Dios. Si el Padre hubiese atado o limitado la libertad, los sentidos y sentimientos de su Hijo; si —como lo podía haber hecho— hubiese impedido al demonio, al mundo y a la carne todo contacto con su Hijo encarnado, la Humanidad del Hijo y su Santidad de hombre habrían quedado reducidas a una simple apariencia. Mas el Padre quiso la plena y perfecta Santidad del Hijo que se hizo Carne para que la Víctima fuese realmente el Cordero sin mancha, hostia inmaculada e inmoladora pro omnibus.

El Hijo de Dios fue tentado, no una sino mil y mil veces en su Humanidad, puesto que únicamente en ella podía serlo, y tentado por su propia Humanidad, por el mundo y por el demonio, perseverando de su libre voluntad Santo y Fiel a la Ley, a la Justicia y, por tanto, a su Misión. Y, por ello, fiel también al Sacrificio para cuyo cumplimiento tomó Carne.

Y he aquí cómo, *por esto*, Aquél que, siendo Dios hízose Hombre, Víctima y Cordero, es digno de recibir, incluso en cuanto Hombre, lo que ya poseía como Dios: la gloria y el imperio por los siglos de los siglos.

De no haberse sacrificado —ésta es la clave— no los habría tenido. Y así, por su amor al sacrificio, que es la forma más alta del amor, se le entregó al Cordero el cetro de Rey de Reyes y Señor de Señores.

El que quiera poseer la gloria verdadera que se abrace al sacrificio y, de esta suerte, imitando al Cordero, participará con El de la gloria beatífica.

Canta la Oración: "Oh Dios omnipotente y eterno que quisiste restaurar todas las cosas en tu amado Hijo, Rey del Universo". ¿Véis, almas, el deseo de Dios y de su generosidad amorosa? No había otro sino Dios que pudiese aplacar a Dios y restituir a su prístina perfección el Orden turbado en el Edén. Ese Orden era: que aquéllos que fueron creados a imagen y semejanza de Dios, pudiesen gozar de El siendo dioses en el hermoso Paraíso.

No era conveniente que el espíritu, concedido por Dios, emanación de Dios, Padre de los hombres, se perdiese en éstos tras la muerte de la carne. Como tampoco lo era que un exilio perpetuo mantuviera a los espíritus justos alejados de la Morada del Padre en un limbo sempiterno. No era conveniente: lo primero, por la dignidad que acompaña a cuanto procede de Dios; y lo segundo, por la Justicia de Dios. A los justos les era debido un premio. y ¿cuál otro sino el Paraíso? Mas en el Paraíso no podían entrar las almas in-

ficionadas con la culpa original que no hay purgatorio que la anule. De ahí la necesidad de anular dicha Culpa y de ahí también la necesidad de que un Dios restableciese el Orden e, incluso, lo sublimase, ya que la purificación de la Culpa no viene ahora exclusivamente por una herencia, como habría sido la de los hombres a través de un Adán y de una Eva fieles, sino a través del Sacrificio de un Dios-Hombre, a través de sus méritos infinitos y de su Doctrina que, acogida por las almas de buena voluntad, las hace imitadoras del Hijo de Dios en sus obras y en sus virtudes.

El sacrificio, el amor heroico, la imitación del Mártir divino y la coparticipación de las pobres criaturas en la Pasión de un Dios con iguales méritos y frutos, si bien teniendo siempre en cuenta la diferencia existente entre Dios y el hombre, no hubieran sido posibles de no haber provocado la culpa de dos la necesidad de la Encarnación y de la Redención Santísimas. ¡Cuánto no hubieran tenido que dejar de envidiar los ángeles a los hombres si la Bondad de Dios Padre y la Generosidad de Dios Hijo, nacidas y sostenidas por su infinito Amor, no hubiesen mandado a los hombres el Salvador, el Maestro perfecto en el que los hombres que quieren llegar a ser "dioses" deben mirarse para imitarle a fin de condividir la gloria de Jesús Santísimo en el Cielo!

Vuestras coronas no son ya las ingenuas y fáciles coronas que los hijos del hombre habrían tenido en el Edén sino las áureas, espinosas y preciosas coronas reales de los hermanos de Cristo, del Coronado Rey del dolor, del Coronado Rey de la Gloria, las coronas del martirio de duras ramas espinosas emperladas de sangre, las coronas de gloria emperladas con vuestros sacrificios que os esperan en el Cielo.

"Hermanos", exclama el Apóstol, "demos gracias a Dios Padre que nos ha hecho dignos de participar en la suerte de los santos en la Luz y, librándonos del imperio de las tinieblas, nos ha transportado al reino de su amado Hijo, en cuya sangre tuvimos redención y remisión de nuestros pecados".

Un himno perpetuo de gracias debería brotar del corazón de los hombres por tanto amor. Un himno, no de vanas palabras sino de latidos de amor y de acciones santas hechas a imitación de Cristo. Un himno de reconocimiento y de alabanza por haberos hecho copartícipes con Cristo de la redención de los hermanos[2], por haberos hecho hermanos de su Verbo, de Jesús, Hijo de Dios y de María, del Dios Perfectísimo, del Perfectísimo Hombre, del Rey eterno que restituyó a los hombres "la imagen del Dios invisible", del verdadero primogénito "por el que todas las cosas fueron hechas en la Tierra y en el Cielo, siendo todo creado por medio de El: 'Palabra' y en atención a El, o sea, para que el Amado del Padre pudiese llegar a ser Rey de Reyes tras asumir todas las realezas: la Humanidad, la Sabiduría, el Dolor, la Tiara de Pontífice[3] y el imperio sobre la Muerte"[4].

Y si vosotros sois hermanos de tal Perfección es por la Sangre Preciosísima que al Padre plugo que su Hijo la tomase y derramase, humillando la plenitud de su divinidad unida a la Carne inmaculada, sobre el patíbulo de la Cruz a fin de reconciliar "las cosas de la Tierra con las del Cielo". Y, Hermano Perfecto como es, os tiende su Mano y os entrega el cetro para que, como se lee en la historia de Esther[5], lo beséis y no tengáis ya que temer al Rey grande y terrible que, para vosotros que le amáis e imitáis, es Hermano al que no debéis temer.

Díceles el Padre de un modo perfecto: "Pídeme y Yo te daré los pueblos en patrimonio...". Y El, el Rey sublime, os pide a vosotros, a vosotros que amáis y sois los predilectos; y pide a los pecadores, y se vuelve a vosotros para que unáis vuestras súplicas a la Suya, vuestro sufrimiento actual al suyo pasado y, todos unidos, laboréis con El en la extensión de sus dominios hasta los últimos confines de la Tierra. Sentíos orgullosos

de esta elección y militad heroicamente bajo el lábaro de Cristo Rey para después reinar con El en la gloria del Cielo.

Militar heroicamente es comportarse con arreglo al código que Pablo establece para sus cristianos. La vida del cristiano es perpetua milicia y milicia heroica, por cuanto se halla en lucha constante contra las mismas cosas contra las que combatió Jesucristo Santísimo durante sus 33 años de vida terrena a fin de continuar siendo Cordero sin mancha.

La Liturgia de este tiempo que precede al Adviento va preparando los ánimos para el tiempo de Navidad recordando, a través de las epístolas, en qué condiciones debe mantenerse el cristiano para disfrutar del don excelso de la Encarnación del Verbo.

Vivir prudentemente acompañados de las propias acciones sin perder un tiempo que no sabéis si después lo podréis recuperar. Pensar siempre que, de todos los momentos, aun de los mejores, habrá de darse cuenta. Momentos de tibieza, de frivolidades vanas, de holgona somnolencia y hasta de pecado. Aprovechar, por tanto, cada instante a fin de reparar el mal hecho o el bien dejado de hacer. El mañana nunca es seguro. Así pues, hacer uso del presente es siempre un don de Dios que, con él, os da la posibilidad de adquirir méritos a sus Ojos Santísimos.

Hay que ser prudentes, es decir, hay que recapacitar antes de hacer cosas que un impulso interno os mueve a hacer y que, al parecer, son buenas; pues el demonio suscita impulsos, buenos en apariencia, pero que después resultan equivocados. A las veces el demonio, hasta de una inspiración o de un don verdaderamente divinos, se sirve para sugestionar al mal, ya menospreciándolos, exagerándolos o dándolos todavía como existentes cuando ya pasaron. Esta es la razón de la caída de muchas almas a las que Dios habíalas escogido y que no acertaron a ser prudentes y tanto más vigilantes cuanto los dones e inspiraciones fueron más sublimes. Prudencia en los pensamientos, en los actos, en el uso del don y en la fidelidad a la inspiración. Que no dé lugar a que brote el humo de la soberbia ni el ánimo de la exageración que todo lo desbarataría.

Saber callar y saber escuchar en silencio las reacciones de la conciencia ante las voces que oye. Recordar que todo lo que viene de lo alto proporciona siempre paz y fortaleza, mientras que las voces de los sentidos y de las seducciones, lo que procede del Adversario envidioso comunica siempre turbación y hace que el yo se avenga a la seducción que la sensualidad ejerce sobre la parte inferior y el orgullo y la mentira sobre la mente. Aprender a leer la voluntad de Dios. Todo esto se consigue en una vida recogida; mas no así en una vida disipada.

Dice Pablo: "No os embriaguéis con el vino, fuente de lujuria, antes llenaos del Espíritu Santo"[6]. ¡Oh!, no hay que temer tan sólo al vino extraído de la vid, sino y, mucho más aún, al vino de la soberbia que embriaga tanto más que el zumo de la vid. La soberbia no hace del hombre un superhombre sino un pigmeo, un animal, tan sólo un animal racional —y aun esto es poco por cuanto la soberbia ofusca la razón—, un animal, no ya un dios, y esto debido a la ausencia del Espíritu Santo que huye de los soberbios y de los impuros. Por lo demás, la soberbia es la impureza del espíritu. La presencia del Espíritu de Dios diviniza al hombre, al tiempo que la soberbia le priva de este Espíritu y el hombre se degrada.

Prudencia en el hablar. ¡Cuánto se peca con las palabras! Palabras licenciosas, palabras de murmuración, palabras iracundas y palabras vanas. Sabed refrenar vuestra lengua haciéndola órgano de alabanzas para Dios y de edificación para vuestros hermanos y no instrumento con el que herir y producir escándalo.

Prudencia en el proclamarse a sí mismo y decir a los demás: "Yo estoy por encima y mando". Aquellos que son realmente más que los demás, sean humildes en su grandeza, hermanos mayores[7] y no déspotas de los menores. Los menores, a su vez, sean humildes y, con su obediente humildad, ayuden a los mayores en el desempeño de su misión. Y todo se desarrolle en el amor a Jesús Santísimo que fue humilde como ninguno[8] y para la gloria de Dios.

Los antiguos hebreos podían, dentro de su dolor desprovisto de la fraternidad con Cristo Santísimo, sentarse a las orillas de los ríos de Babilonia y llorar acordándose del Señor cuyo enojo habían merecido[9]. Mas los cristianos, aunque hayan pecado, deben seguir adelante, levantarse tras la caída, purificarse con la Sangre del Cordero, recobrarse con el Pan de los fuertes y marchar confiadamente porque saben que, para defender su causa y aplacar al Padre, tienen a su favor la Hostia pura e inmaculada que lleva por nombre Jesús.

El mismo Dios prometió por boca de su Verbo que quien espera en El no se verá defraudado. Que esta promesa confirme a los buenos, conforte a los débiles, mueva a los culpables a un humilde arrepentimiento y los cristianos todos encuentren en ella una luz de amorosa alegría que les haga avanzar hacia el Reino de Dios.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

[1] En efecto, el nombre «Jesús» (en hebreo Yehoshua) significa: «Yahvé (o Jahwé) salva».
[2] Colosenses 1, 24.
[3] La misión sacerdotal de Jesús aparece descrita proféticamente en el Salmo 109 y, teológicamente, en Hebreos 5; 7, 1-10, 18.
[4] 1.ª Corintios 15, 20-28; 54-57, y Apocalipsis 20, 11-21, 4.
[5] Esther 15, 4-19.
[6] Efesios 5, 15-20, y Proverbios 23, 29-35.
[7] Mateo 23, 8-12.
[8] Mateo 11, 28-30; Filipenses 2, 5-11.
[9] Salmo 136.

---

***3/11/46***
***Domingo 21.° después de Pentecostés***

*Dice Azarías:*

«El hombre, nuevo Lucifer, intenta con frecuencia rebelarse contra el Señor y, lleno de soberbia, se cree capaz de desviar los acontecimientos queridos por Dios y de anularlos incluso produciendo otros nuevos suyos. Opone resistencia e impone leyes suyas gloriándose de hacerlo. ¿Cuál es el resultado?: el dolor. Porque cuanto sobrepasa la justicia y el orden es causa de dolor. El hombre se procura el dolor porque se sale del orden y de la justicia sobrenaturales. Se castiga a sí mismo y después acusa a Dios de castigarle duramente. Ahora bien, el autor primero del castigo del hombre es el mismo hombre, pues Dios es tan Padre que jamás llegaría al grado de ferocidad de ciertos castigos.

Castigos injustos son muchos de los castigos de los hombres al ser provocados por

cosas injustas; castigos que se abaten sobre culpables e inocentes y que alcanzan en grado mayor a los inocentes que a los culpables, e incluso, aun a los autores principales *del* castigo. Es *su* hora. Satanás les protege al servirle rendidamente. Mas, pasada la vida terrena, el equilibrio de la justicia quedará restablecido y Satanás ya no podrá proteger a sus siervos ni atormentar a los de Dios; permanecerá intocable el querer de Dios que decretará gozo para los martirizados por el hombre y por Satanás, gozo para los que lloraron y sufrieron persecuciones, gozo para quien supo mantenerse fiel a las virtudes y a la Ley de amor, y castigo, tremendo castigo, para los rebeldes, los soberbios, los crueles, los injustos, los perseguidores de sus hermanos y los ofensores de Dios.

En el día de Todos los Santos yo me mantuve callado porque todo el Paraíso te estaba hablando con su amor. Todo venía a ser una lección con el gozo de que estabas inundada. Por eso permanecí a tu lado tutelando el misterio y adorando contigo a la Divinidad que te beneficiaba. ¿Qué habría de decirte más de cuanto te dijese lo que viste, gustaste y comprendiste? La Iglesia gloriosa, al darte lo que tú llamaste: su amor —justa definición ésta—, te proporcionaba la explicación más bella y más justa de lo que es el dogma de la Comunión de los santos, de lo que es la santidad, de cual sea el medio para llegar a ser santos y de lo que constituye su premio. La liturgia de la festividad de Todos los Santos se cambiaba en ti de palabra en visión, de visión en comprensión y de comprensión en participación. Yo callaba en vela y adoración.

Mas hoy puedo muy bien decir: He aquí que viste la bienaventuranza de quienes supieron mantenerse sin mácula en su camino. Avanza como ellos en la Ley del Señor y llegarás a aquella beatitud que os compensa de cuantos dolores sufrísteis aquí abajo.

Y ama como te sentiste amada por el inmenso y luminoso Pueblo de los Santos; ama y ruega por todos tus hermanos militantes para atraer sobre ellos el amparo protector de Dios que los defienda en las pruebas que ellos no saben soportar y con su bondad les atraiga a la bondad de sus obras y pensamientos. Y sabes tú muy bien por quiénes debes siempre comenzar... La primera palabra y la plegaria primera de Jesús sobre la Cruz fueron a favor de quienes eran los mayores pecadores y sus verdugos más sutiles y martirizadores, ya que en la parte que no es carne le causaban dolor, el más acerbo dolor.

Para amar así es precisa una gran fortaleza de espíritu, una inexhausta fortaleza. Vuestro yo constituye una trinidad de fuerzas y de sensaciones encontradas[1]. El superior a todos, el yo espiritual, tiene en los verdaderos hijos de Dios una voluntad continua de amor y de perdón por imitar a Cristo Santísimo y, en consecuencia, de vivir en el Amor y con el amor. El yo moral reacciona con más fuerza contra lo que le hiere. Los afectos lesionados se resienten; las estimas sacudidas se debilitan; las desilusiones llevan a formar juicios severos y las ofensas a pagar con las tornas o, cuando menos, a resentimientos que endurecen vuestras relaciones con los culpables.

Al hombre le afecta la pesantez de la materia hasta en su modo de pensar y de actuar en respuesta a cuanto recibe. Tan sólo el yo espiritual es capaz de evadirse de ésta vuestra condena de ser sensuales hasta en lo moral, cual si las raíces del árbol de vuestra carnalidad se hundiesen, más allá de la carne, dentro de las fibras inmateriales —y, con todo, opacas y pesadas ya respecto del espíritu— de vuestro pensamiento.

La parte material, por último, el yo anima —por cuanto el dolor, sean cualesquiera su origen y su forma, es siempre una exasperación de la carne, de la sangre, nervios y órganos— grita —a la más insignificante causa de dolor y de ofensa que, turbando el equilibrio físico y psíquico, proporciona disturbios a todo el hombre— su voluntad animal de reaccionar violentamente. En el hombre subyacen soterrados un dios y una fiera y en el

centro, haciendo de eje de balanza entre estas dos fuerzas opuestas, está la voluntad, la razón del hombre, con lo que su quid moral y la aguja de la balanza se hallan sujetos a continuas oscilaciones. Si predominan las fuerzas oscuras, se inclina a la fiera y si las que predominan son las luminosas fuerzas espirituales, entonces la inclinación es hacia el Dios. Mas si el eje se mantiene estable, si no se desemperna y el hombre acierta a mantenerse *animal racional*, la aguja de la balanza se desplaza a donde está el fervor de obras sobrenaturales, con lo que la fiera resulta vencida y triunfa el dios.

Podría decirte asimismo que la voluntad del hombre, libre y consciente, viene a ser como la aguja imantada de una brújula que oscila sujeta en un eje central, como en suspenso, pero atraída por la fuerza divina, por el Polo perfecto opuesto al polo demoníaco. Si la voluntad sabe conservarse buena, entonces la aguja debe necesariamente volverse siempre del lado de lo sobrenatural. Pueden los sucesos de la vida volver y revolver a la criatura en todas direcciones como a hoja hecha juguete del vendaval, mas su aguja, su voluntad se mantendrá siempre en dirección a Dios. Veces habrá en que tendrá que describir un giro completo sobre sí misma para reencontrar a Dios; mas lo hará cuando Dios sea su Todo. Y, de esta suerte, siempre estará en Dios, siempre en el amor, por más que los hombres y los demonios traten, con labor incansable, de turbarla, arrollarla y llevarla envuelta en la tempestad a escolleras de perdición. No. Si uno se mantiene fuerte en Dios, su aguja no pierde su magnetismo y se vuelve a El, operando y perdonando por Dios.

¿Cómo se consigue la permanencia en esta fortaleza? Lo dice Pablo: "Revistiéndose de la armadura de Dios", es decir, tomando sus virtudes para hacer de ellas planchas de la coraza defensora. Porque sólo las fuerzas de Dios pueden hacer frente a las que os asaltan, ya que, ciertamente, no son esos hombres insignificantes lo que, en apariencia, son asaltantes vuestros, como tampoco lo son las fuerzas de la carne y de la sangre latentes en vosotros mismos, sino que los dominadores de este mundo tenebroso, los príncipes y potestades infernales son, en realidad, los agentes que mueven a aquéllos que os asaltan y os causan dolor. Los hombres, sin ellos saberlo ni creerlo, son muchas veces títeres manejados por Satanás. Por ellos solos no serían capaces de ocasionar tanto mal. Mas, distraídos superficiales y soberbios como son, no se resguardan en las defensas, desprecian las que Dios les ofrece y, desnudos, débiles, soñolientos y sugestionados, acaban siendo presas del Adversario que los zarandea para dolor de los hijos de Dios.

Otra fuerza peligrosa es la carne. Ella está en vosotros y es la rebelde que siempre levanta cabeza, si bien son las armas de Dios las que la dominan. Tomadlas, pues, para resistir a las tentaciones que toman mil y mil nombres diferentes, que provienen de mil y mil puntos distintos, que se lanzan contra la parte animal del hombre, lo mismo que contra su parte moral y espiritual y así alcanzaréis victoria. Verdad y justicia por espada y coraza, Fe por escudo y conocimiento profundo de la Sabiduría pre y post-cristiana para poder marchar sin peligro de errar por el camino pacífico y santo de Dios.

Fe, fe y más fe. El que cree que en la vida futura ha de gozar en unión con Dios, el que cree en la verdad enseñada, no se pierde. Los dardos encendidos, dice Pablo —y yo añado también: los dardos envenenados del Maligno— vienen a quedar fríos e inocuos en el río terso de la Fe. Fe, Fortaleza y Sabiduría y, con ellas, alcanzará victoria vuestro espíritu contra las seducciones y asaltos de todo cuanto supone odio contra Dios.

Y paciencia también con vosotros mismos. No impacientaros si, a pesar de todo vuestro cuidado, llegáis a sufrir alguna caída. No os digáis: "Esto es señal de que estoy en desgracia de Dios". Pensad siempre que Satanás trabaja contra el que no es suyo. No es tan necio que pierda el tiempo con quienes ya los tiene sujetos. Su tiempo lo emplea inteli-

gentemente haciendo el mal donde merece la pena hacerlo; donde puede causar dolor a Dios y donde dejar en paz equivaldría a confesar que admite una derrota y una pérdida. Porque Satanás ve el pasado y el presente, mas no el futuro. Por lo que puede lisonjearse, mientras el hombre vive, de hacer suyo, incluso, a aquél que al presente es un justo; cosa que, con su perseverancia, alguna vez lo consigue.

Cobijaos en el refugio de Dios y no temáis. Tened presente a Job de Us[2]. Satanás desafió a Dios. Satanás, que no ve el futuro y espera conseguir victoria hasta del que ya tiene escrito su nombre en el Cielo y, escarnecedor como es de Dios y del justo, zahirió así: "Tócale en lo que posee y verás si te maldice o no". El Señor le permitió tentarle, mas *sin quitarle la vida.* Y Satanás arremetió furioso contra el justo sin ahorrarle dolor alguno, ni aun el de los reproches indebidos de falsos justos, esto es, de justos de boca tan sólo pero que disfrutaban de toda clase de bienes.

Tú sabes bien de este dolor, mucho más penoso que la enfermedad, la muerte y la pérdida de bienes. Es el que, más que ninguna otra cosa, cimenta las virtudes. Mas Job —no parar mientes en si profirió lamentos en su dolor pues continuaba siendo hombre—, al hallarse revestido de la fortaleza de las virtudes de Dios, continuó siendo un justo y Satanás perdió la batalla, quedando humillados los tres títeres movidos por él para aumentar el dolor del probado al inducirle a proferir palabras de queja.

Satanás, recuérdalo siempre, puede llegar hasta un límite y nada más. Deja, por tanto, que te persigan los noveles Elifaz, Baldad y Sofar hablando únicamente con la lengua, como aves parlantes o instrumentos mecánicos, sin luz alguna de la razón. Déjales hacer y no te devanes los sesos pensando en si Dios te ha de socorrer. Dios, que te ve a ti y a ellos, proveerá. Yendo como vas por la vía del Señor, El estará contigo.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

[1] Esta trinidad terrena, como aparece por el contexto, es: *el yo espiritual, el yo moral y el yo animal.*

[2] El lector puede repasar el Libro de Job en el Antiguo Testamento para entender convenientemente las alusiones al mismo aquí contenidas hasta el final del presente comentario a la Santa Misa.

---

**_10/11/46_**
**_Domingo 22.° después de Pentecostés_**

*Dice Azarías:*

«Nadie encontraría gracia ante el Señor si El, para darla, hubiera de exigir un espíritu inmaculado. Mas saben los cristianos que es tiempo de Misericordia desde que se abrieron los Cielos para hacer llover al Justo y volvieron a abrirse para acoger al Triunfador *que reina* instaurando *su* tiempo, es decir, el tiempo de la Misericordia.

Ella está junto al Dios de Israel, el Dios Eterno e Inmenso que tiene por nombre Jesucristo, vuestro Hermano Divino, el Hijo amado en el que el Padre se complace y al que nada le niega.

Verdaderamente hubo un tiempo en el que el hombre gritaba "desde el profundo". Era el tiempo del rigor. El hombre temblaba ante Dios, ante este Dios inmenso en todos

sus atributos, de una Majestad y Perfección tan sublimes que los pobres hombres, conscientes de su miseria culpable, templaban no atreviéndose ni a llamarle por su verdadero Nombre, como tampoco a elevar su mirada hacia su trono. Por eso, aplastados por semejante Infinitud, gemían en el profundo de su abismo. ¡Qué alejada y separada del Cielo se encontraba entonces la Tierra!

Pero ahora, en esta hora que viene discurriendo desde hace veinte siglos, no desde el profundo sino desde la cima del altar de Cristo puede el hombre gritar a Aquél que sabe que es su Padre, siendo el altar: la Cruz de Jesucristo.

Esta, en aquel Viernes, se hallaba bien alta sobre la cumbre de un cerro. Mas, mucho más alta, y sobre un monte altísimo que toca al Cielo, se halla ahora, cargada de misericordia, intercediendo por vosotros. Sobre la Cruz del Mártir Divino estuvieron todos los pecados de los hombres para ser expiados. Mas también lo estuvieron todas sus necesidades que Jesús las pagó por vosotros. Todo cuanto vosotros obtenéis El lo pagó con su Amor y con su Dolor. Todo lo tenéis por sus méritos. Y, dado que no sabíais hablar al Padre con palabras perfectas, El os enseñó la Oración en la que todas las necesidades de los hombres se compendian, tanto las del cuerpo como las del espíritu. Y, no contento aún, rogó y ruega desde la Cruz, mostrando al Padre su patíbulo temeroso y diciendo: "Por lo que sufrí, concédeme las gracias para *ellos*".

María, alma víctima, es siempre mediante la Cruz como se obtienen las gracias. Por la Cruz de Jesús y por la vuestra de víctimas. Ellas mantienen abiertas las puertas del Cielo. Ellas sostienen al mundo y elevan los dolores de los hermanos presentándolos al Eterno. Es la Santa Misa perpetua del amor. La patena es vuestro dolor unido al de Cristo, es vuestra inmolación, y sobre la patena están las necesidades del mundo y de los hermanos: necesidades de perdón continuo, de continua misericordias, de luz, de guía, de salud espiritual y corporal, de alimento, de vestido; en fin, de todo.

¡Cuánto sufrimiento se da en el mundo por causa propia! ¡Cuántos sufrimientos se proporcionan a sí mismos los hombres! Y después lloran y se desesperan sin acertar a dar con la fuente de paz, de paz al menos y de resignación para soportar con mérito los frutos amargos que dan sus flores del mal.

Y vosotras les socorréis, almas muertas a vosotras mismas y a vuestras propias necesidades, siendo, en cambio, activas, vivas, vivísimas para las de los hermanos, almas prendidas por el amor compasivo hacia aquéllos que, inocentes o culpables, sufren en torno vuestro sin saber sufrir.

Nunca terminarás de agradecer al Señor el don que te hizo de amar el dolor. Es el don más grande que Dios te ha hecho. Bendigámosle juntamente.

Ahora, por tanto, ya no gritan los hombres desde lo profundo. Hablo aquí de aquéllos que son miembros vivos del Cuerpo de Cristo. Gritan, en cambio, desde lo alto de su Patíbulo Santísimo. Así pues, ¿cómo temer que no escuche el Padre la voz que se le dirige desde la Cruz de su Hijo amado? Sabed, cristianos, rogar desde ese punto y hacedlo con fe porque así es como tendréis lo que os conviene.

¿No ves cómo Pablo casi vuelve a tomar mi primera idea? El Apóstol confía en salvar a sus hermanos. ¿Por qué? Porque les ama con las entrañas mismas de Cristo, con *su* amor, con *su* Corazón y con *su* dolor. Les ama en las cadenas sufridas por haber evangelizado, en el martirio que se avecina; les ama, con Cristo, hasta el fin. "Y habiéndoles amado... les amó hasta el fin"[1].

Persevera, alma mía, en ese glorioso amor. Ama, ama a todos *hasta el fin*. Perfec-

ciona cada vez más tu amor. Y, por mínima que sea la cosa que obtengas, tendrás la paz en ti, o sea, a Dios. Un mínimo que viene a ser un máximo absoluto y feliz. Y por más que Dios no pueda en justicia dar a aquéllos por los que tú ruegas y sufres lo que tú pides; por más que ellos rechacen las gracias que por tu oración Dios concede o hacen tal vez mal uso de ellas, con todo, la paz del amor seguirá estando en ti resultando todo dulce con ella.

¡Qué bien compruebas tú lo dulce que es vivir con esta paz! Es vivir ya en el áura del Cielo. Camina tranquila esperando en Cristo, impetrando para los hermanos el que "abunde siempre la caridad en el conocimiento y en la mayor fineza de discernimiento para que elijan ellos lo mejor y sean sinceros e irreprensibles hasta el día de Cristo".

Donde hay caridad, donde florece lozana la caridad no puede estar Satanás en plan de dueño y dominador. Permanece tranquila. El, tu Señor y mío, lo dijo ya: "Por sus frutos se conoce al árbol".

Una planta satánica no es posible que dé frutos de amor. Echa la vista atrás y verás cómo siempre fuiste amante de la Caridad. Mas si ello fue suficiente para que fueses amada con un amor de predilección, con todo, tu amor era todavía mezquino, imperfecto y humano respecto del que te invadió desde que eres alumna del Maestro. Robusta es tu rama del amor a Dios, mas débil aún la del amor al prójimo. Un amor por demás humano para ser perfecto. Hasta cuando te ofreciste[2] era todavía imperfecto tu amor puesto que no sabías perdonarlo *todo*. Dabas la vida por ellos, pero no sabías otorgar el perdón total. Aún no habías comprendido que el amor más grande no es el de aquél que da su vida por los propios enemigos, puesto que, por encima de la vida material, están también las fuerzas de la vida mental y afectiva que son más difíciles de sacrificar.

Jesús, Señor Santísimo, en el discurso de la Cena, al tener por comensales a hombres todavía muy hombres, no habló de este amor perfecto. No habría sido comprendido. A la sazón, difícilmente podían ellos comprender entonces el amor de sacrificio por los amigos[3]. Dejó, por tanto, al Espíritu Paráclito, a Aquél que habría de completar la enseñanza del Verbo, comunicándoles al mismo tiempo la capacidad de comprender y de asimilar, el encargo de hacer comprender esta perfección del amor[4], limitándose, por su parte, a darles un indicio que ninguno de los Once comprendió —el Apóstol asesino del amor, que no era merecedor de escuchar las últimas enseñanzas sobre el mismo, habíase ya ausentado—, un indicio que tampoco ahora nadie comprende o que son contadas las almas a las que el propio Espíritu de Amor se lo hace comprensible, un indicio no meditado suficientemente en las palabras: "Mi mandamiento es que os améis como Yo os he amado", o sea, muriendo hasta por sus enemigos para que tuviesen vida[5].

Jesús Santísimo, al hablar a los Once, en realidad hablaba a *todo* el mundo presente y futuro, a quienes le amaban como a los que le odiaban; a quienes habrían de amarle como a los que le habrían de odiar e impugnar despectivamente sus Palabras para desbaratarlas en muchos corazones. Hablaba a los tibios y a los adversarios más bien que a los que ya eran suyos, dado que, de un modo especial, le preocupaba la redención de los tibios y de los culpables[6].

Incluso de la tarea encomendada al Espíritu Santo de completar la enseñanza había hecho indicación al decir: "Aún tengo muchas cosas por deciros que, al presente, no estáis en disposición de comprender. Mas cuando venga el Espíritu de Verdad os conducirá a la Verdad completa"[7].

La enseñanza directa que con tu labor de portavoz has recibido, te ha llevado a Aquél

que perfecciona todos los afectos y tu amor se ha ido formando hasta alcanzar la medida perfecta que consiste en morir hasta a los propios resentimientos justos y en saber sacrificar todo en aras del perfecto amor, incluso el juicio sobre los demás y la justa severidad sobre los mismos.

¡Qué hermosa y dulce resulta la unión entre los hermanos![8]. Sí, hermosa de verdad sería si realmente fuesen hermanos. Mas, en muchas ocasiones, son hermanastros y, cuando no, Caínes que hieren[9].

He aquí, pues, que la caridad que perdona desciende como un óleo para consolar al corazón herido que, incluso, perdona pensando en su Señor Crucificado. Estos son los sentimientos que yo avivo en ti para que florezcan en tu corazón y en tus labios con palabras aptas a conciliarte el favor de tu Pastor.

No temas. El Espíritu Consolador te ayudará a hablar cuando te interroguen. Lo prometió tu Jesús Santísimo: "No os preocupéis de cómo responder ni de lo que habéis de decir, puesto que en ese trance se os darán las palabras, ya que no sois vosotros los que habláis sino que lo será el Espíritu de vuestro Padre"[10].

Permanece por consiguiente en paz. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo están contigo.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

[1] Juan 13, 1.
[2] "*Autobiografía*" (edición italiana), páginas: 245 - 248 - 274 - 275 - 285 - 296.
[3] Juan 15, 12-15.
[4] Juan 14, 25-26; 16, 7-15.
[5] Juan 15, 12-15; Romanos 5, 1-11; 1.ª Pedro 3, 18.
[6] Mateo 9, 9-13; Marcos 2, 13-17; Lucas 5, 27-32.
[7] Juan 16, 12-13.
[8] Salmo 132.
[9] Génesis 4, 1-16.
[10] Mateo 10, 17-20; Marcos 13, 9-13; Lucas 21, 12-19.

---

## *17/11/1946*
## *Domingo 23.° después de Pentecostés*

*Dice Azarías:*

«Las culpas de los pueblos son tales y tantas que, de no ser infinitas la benignidad de Dios y su paciencia divina, ha tiempo que el mundo habría sido destruido como un horror del Universo; horror que debe desaparecer por cuanto en una creación perfecta no deben subsistir cosas ignominiosas.

Mas en el mundo, que a la sazón es ya verdaderamente el vestíbulo del Infierno y feudo de Satanás, existen siempre justos, raros, es cierto, como las estrellas en una noche de tempestad y como las palmeras en la inmensidad árida de los desiertos. Y como ya se echa de ver por el episodio de Abraham, Dios está dispuesto a usar de misericordia hasta con los pecadores y salvarlos del castigo si entre ellos hay justos que ruegan. Salvarlos de

las desventuras materiales y morales mientras dura su día y darles tiempo de tornar al Señor hasta tanto llega su ocaso. No salvarlos después de la vida si merecieron castigo, ya que en el Día de Dios ya no sirven las súplicas de los justos para salvar a los que están muertos a la Gracia. La Justicia requiere su curso. Y si hasta con ira y descompasadamente ellos le gritan al Eterno Juez: "Tú nos odias y defraudas nuestra parte de bien", El les responderá justamente: "No. Os di *vuestra* parte. Queríais gozar, gozar de las riquezas, del poder, de la lujuria y de las francachelas, conseguido todo ello a cualquier precio. Todo eso lo habéis tenido y os dejé gozarlo como queríais. La elección fue vuestra, elección que Yo respeto y os la dejo para siempre. En mi Reino tan sólo entran quienes vivieron castos, sobrios, justos, misericordiosos, aquéllos que sufrieron y lloraron, incluso por vuestra causa, y que amaron a Dios, al prójimo y hasta a vosotros que les afligíais. Marchad. ¡Acaso no decíais que era necedad dejar el gozo para el futuro y cordura el gozar del presente seguro? Así os lo concedo. Pues gozásteis en el corto presente, sufrid ahora en el presente eterno".

Los justos ruegan por los pecadores. ¡Ay si así no fuese! Al lavacro diario y perpetuo de la Sangre Divina se mezclan las plegarias y lágrimas de los justos. Y esta rociada de caridad purifica al mundo de ese exceso de inmundicia que la Infinita Misericordia no podría soportar[1]. Por lo que el mundo puede subsistir por más que el Ojo de Dios lo mire con una severidad que a nosotros, los ángeles, nos impresiona.

Si por un acaso transcurriese un día tan sólo sin que en todo el Orbe se realizara una obra buena; si llegase tal vez un día en que los justos se hiciesen pecadores, la luz no tornaría a iluminar la Tierra porque ésta ya no existiría puesto que la Justicia habríala eliminado de las obras creadas.

Lo que os digo puede daros la medida de cuánto sea el valor de la justicia de los hombres a los ojos de Dios. Una de las causas de justicia es el sincero y humilde conocimiento de sí mismos y de las obras de Dios en vosotros. Es ésta una de las sabidurías más difíciles de encontrar en los cristianos, aun en los mejores. Una equivocada valoración de las virtudes hace que, efectivamente, para ser humildes, se hagan insinceros y, a lo mejor, hasta hipócritas, sin pensar que con ello se hacen, incluso, desagradecidos.

Hay muchos, que siendo buenos, poseyendo dones particulares y sabiendo que son buenos o que reciben dones especiales del Señor, por una humildad injusta dicen de sí ser pérfidos o que carecen de aquellos dones que los demás reconocen en ellos.

Pues bien, aun en esto se requiere justicia, prudencia, humildad y sinceridad sumas. Prudencia en mantener oculto el don gratuitamente recibido a fin de que su conocimiento no degenere en fanatismo de la gente, en turbación del beneficiado, en pérdida de tiempo —que, por otra parte, podría ser empleado dignamente en el servicio del Señor—, en tentación y tal vez en pecado de orgullo. Es de obligación no ponerse en trance de tentación. El hombre, así sea el mayor favorecido por Dios, debe tener siempre presente que es un hombre, no debiendo por tanto preciarse de ser perfecto ni lisonjearse temerariamente de que, por más que cometa alguna imprudencia, el Señor la reparará en atención a su hijo predilecto. Está bien el dirigirse al Padre diciéndole que no os induzca en tentación; pero es obligado comportarse de forma que se evite el ponerse en peligro de tentación.

El demonio es un gran seductor. Mas el hombre calumnia muchas veces al mismo demonio haciéndole causa de todas sus caídas, ya que, a menudo, es el hombre el que busca el terreno resbaladizo y no el demonio el que le empuja. ¿Podría uno que se aventurase a caminar por el borde de un tejado culpar al dueño de la casa de haberle hecho caer

o de haberse lesionado? No lo podría. De igual manera, el hombre que, en un sentido o en otro, se pone espontánea e imprudentemente en peligro de pecar, no puede acusar a Dios ni al diablo de su pecado, puesto que ni Dios ni el diablo le han inducido en tentación sino que ha sido su voluntad la única culpable de haberse puesto en ocasión de pecar.

Esto, para todos. Y ahora, en particular, para los predilectos del Señor favorecidos con dones extraordinarios: Es ponerse en trance de pecar de orgullo el no tutelar con prudencia el don recibido para así evitar fanatismos que pudieran suscitar complacencias de sí mismo y, por ende, funesto orgullo.

Imprudente es el instrumento de Dios que no guarda en secreto el don del Señor y tres veces imprudente el sacerdote que, al ser director del instrumento o bien confesor, párroco, Pastor diocesano o estando puesto tal vez accidentalmente en condiciones de aconsejar y de dirigir (como predicador cuaresmal, ejercitante o misionero), habiendo llegado a su conocimiento un caso extraordinario, una vez que lo ha sabido, lo divulga o bien, comprobando que el instrumento no sabe desenvolverse, arriesgando su propia ruina y la del don, bien por ignorancia o por imprudencia no interviene con santos consejos en ayuda del instrumento para bien del mismo y del don del que el instrumento es depositario.

La prudencia, que es siempre compañera de un reservado silencio, que no admite propaganda y oculta lo extraordinario bajo apariencias de vida ordinaria, no debe, por lo demás, degenerar nunca en falsa humildad ni en mentira.

Cuándo y con quién es, por deber, necesario para vosotras, queridas almas extraordinarias, hablar o responder a quien puede interrogaros, no debéis, por falsa modestia, decir: "Yo nada tengo pues soy la más grande pecadora", cuando, por dentro, sentís que, si bien sois almas muy pequeñas, con todo, por la gracia de Dios, no sois pecadoras hasta el punto de disgustar al Señor. Eso sería mentir. Si estuviéseis convencidas de serlo, el manifestarlo no sería sino la humilde confesión de la culpa y miseria vuestra contenidas en vosotras. Mas si la conciencia os asegura que vuestra pequeñez no se halla manchada con culpa grave, no debéis mentir. Y, sobre todo, no lo debéis hacer con el secreto deseo de oír que os dicen: "No, si tú eres una santa", para complaceros con ello. Con el espíritu rendido ante la potencia amorosa de Dios que os ama, responded sinceramente al que tiene derecho a interrogaros: "Sí, el Señor ha hecho en mí estas cosas por más que yo sea pobre o imperfecta".

No fue soberbia María al cantar su salmo. Reconocía humildemente las grandes cosas que habíale hecho Dios para que su alabanza subiese al Cielo junto con la de su pariente, prototipo de todas las almas que habrían de alabar al Señor a través de María que es el instrumento suave y santo de las obras del Señor y de vuestra salvación.

Tampoco es soberbio Pablo cuando dice: "Imitadme"[2]. Simplemente les dice a sus fieles que le imiten porque la misericordia de Dios, unida a la voluntad del hombre, había hecho de él, Pablo, un retrato acabado de Cristo. Así como en otra ocasión manifestó sus culpas pasadas[3] y confesó que, siendo ya Apóstol, le golpeó el ángel de Satanás, así también dice aquí: "Imitadme", como en otro lugar dice sinceramente haber gozado de las revelaciones del Señor y haber sido arrebatado al tercer cielo[4].

Decir: "Dios me ha amado extraordinariamente" no es pecar de soberbia si lo decís —y Dios os ve— con un sentimiento y una voluntad de magnificar únicamente al Señor por lo que os ha hecho. ¿No dijo acaso el Divino Maestro: "Cuando se enciende una lámpara no se la pone debajo del celemín sino en alto para que sea vista y alumbre?". Y ¿no

está dicho asimismo: "Los justos serán como estrellas"?

Dios las enciende. Dios os enciende. ¡Oh!, el hombre que va de camino por la noche, levanta la cabeza y ve las estrellas que siguen su curso de oriente a occidente y, por más que desconoce el nombre de cada una de las luminarias, acierta a decirse: "Este es el derrotero que lleva a la meta" porque el trasvolar de los astros de oriente a occidente le indica la dirección de los puntos cardinales.

Igual sucede con los instrumentos de Dios. Deben resplandecer. En lo alto de su esfera especial donde Dios los colocó, separados, segregados del resto del mundo, desconocido por su nombre y domicilio[5] e ignorados tal vez durante años como tales instrumentos especiales aun después de su muerte, deben no obstante resplandecer[6]. Y ¿cómo? Con su santidad de vida, con su incansable trabajo acorde con los quereres de Dios, con su amor y con las demás virtudes que en los momentos precisos "magnifican al Señor por las grandes cosas realizadas en ellos", pero siempre iluminan porque el Señor, al vivir en ellos de un modo total, trasluce y emana de ellos su luz y su santidad y, como navegantes perdidos en un mar tenebroso y agitado, los espíritus se dirigen a estos faros solitarios azotados por las tempestades del Enemigo y de los enemigos de Dios y de sus instrumentos, mas fuertes y heroicos, siempre dispuestos a acoger la luz y a irradiarla sobre los náufragos para que logren salvarse.

Las almas buscan a Dios[7]. Muchas veces os parecerá que no lo hacen. Nada sabéis vosotros de los espirituales sufrimientos de las almas encerradas en un ser con cuerpo y pensamiento enemigos de Dios. Los mismos poseedores de estas almas envilecidas ni se percatan de las lágrimas de su alma obcecada y encadenada que se agita y busca la luz desde el fondo de su cárcel de la que alguna vez intenta evadirse y buscar a Dios, aspirar un sorbo de aire celestial, saturar su vista espiritual de una luz del Cielo y recoger palabras arcanas que llevan consigo en su secreto interior. Palabras que, al parecer se dijeron y recogieron en vano, pero que, a lo mejor, resurgen en el lecho de muerte venciendo en la última batalla al entregar el espíritu a Dios. Palabras que, tal vez, cierran una salida al error y al delito. Palabras que, a veces sacan a un espíritu del abismo permitiéndole retornar al camino de Dios.

No son precisas muchas palabras. Ninguna tal vez. Basta verse: una mirada. Vuestros ojos miran de un modo que ya no es terreno. No sois vosotros los que miráis. Es Cristo el que mira a través vuestro. Miráis, pero no veis al hombre que tenéis delante. Lo que veis es su alma con vuestra alma. Y así, es por este mirar con el alma tras haber colmado vuestra mirada de luz celestial, por lo que no miráis al modo de todos los demás.

Al escuchar los relatos ajenos, muchas veces calláis. Mas, al tiempo que vuestros labios callan, vuestra alma está amando. Y, al amar, acaricia y reconforta al alma exasperada, enferma y airada que os habla. Con todo, hablad alguna vez e intercambiad palabras banales con interlocutores banales a los que queréis ocultar vuestro secreto. Mas, como nota de canto que de cuando en cuando se escapa de una sala cerrada llenando la calle de dulzura que la recoge el pobre consolándose con ella, así también caiga de cuando en cuando de vuestros labios una perla espiritual: chispa desprendida del Fuego que os posee y que vuestro interlocutor la recoge e, incluso, la medita, con lo que su alma despierta, reflexiona y, a las veces, decide.

Nada se pierde nunca de las obras del amor. En vosotros está el Amor y todo, por ello, es activo. Si, hay muchos, demasiados, que viven como enemigos de la Cruz de Cristo. Su fin es la perdición, su dios el vientre y su gloria la hacen consistir en su vergüenza, no pensando sino en las cosas de la tierra. Esto es así; pero muchas veces no son sino al-

mas salvajes o asalvajadas por un complejo de circunstancias. *No saben, no conocen* y es por eso que no aman ni distinguen. Las iglesias están de sobra para ellos. ¿Qué son para ellos las iglesias? Están de más los sacerdotes. ¿Qué son los sacerdotes para ellos? Son inútiles los Sacramentos. ¿Qué son para ellos los Sacramentos?

¿Sabe por ventura el salvaje qué cosa es el navío que ve cruzar delante de sus costas o el avión que surca el cielo? Los toma por misteriosas formas mágicas y pavorosas capaces de dañarle y, si puede, las combate. ¿Sabe acaso el antropófago qué representa el hombre que, en nombre de la Cruz o de la Ciencia, se aventura a penetrar en sus tierras para llevarle la fe o para estudiar las enfermedades y curarlas? Para el antropófago no es sino la presa que ha de abatir para comerla o bien al que hay que matar como hechicero maléfico. ¿Sabe tal vez el salvaje o también el hombre primitivo o ignorante qué cosa es el suero que el médico le quiere inocular para salvarle de determinada epidemia? Para él es tan sólo veneno, venganza del hombre blanco contra las razas inferiores y, entre los blancos de países civilizados, es tal vez un procedimiento usado por los gobernantes para eliminar a los más desgraciados. ¿Cuántos médicos no han sucumbido linchados por el furor desatado a causa del miedo de los salvajes y de los ignorantes?

No os sorprendáis, por tanto, de que los salvajes espirituales que conviven con vosotros teman, odien, huyan o se abalancen contra todo aquello que forma parte del espíritu y de la Iglesia y vivan en su bestial ignorancia. Son unos infelices. No acuden a las corrientes espirituales que las contemplan por ser vistosas, pero que las rehuyen. Ahora bien, ¿quién deja de beber de un manantial fresco que brota de la ladera de un monte? Parece tan humilde, tan privado de poder milagroso... No cabe sospechas ni prevenciones contra él y se acaba bebiendo de su frescura. Así es como penetra la Gracia inadvertidamente a donde de ningún otro modo habría penetrado.

Muchos que eran enemigos de la Cruz y vivían para su vientre y para las cosas de la Tierra, dejan de serlo gracias a las secretas operaciones de los ocultos misioneros del mundo civil que sois vosotros, instrumentos de Dios.

Aún hay muchos que os odian: aquéllos en los que reina Satanás que os odia por su conducto. Mas, no os preocupen ni les tengáis miedo. Decíos: “Somos ciudadanos del Cielo del que nos viene Cristo que transforma el cuerpo de nuestra humillación en luz que no se extinguirá”. Y manteneos firmes en vuestra labor.

Y si ni aún entre los sacerdotes de Cristo encontráis quien os tienda la mano, como recomienda Pablo a su fiel compañero y a sus Filipenses que hagan con Sintica y Evodia, estad firmes, pensando que vuestros nombres figuran escritos en el libro de la vida, puesto que vivís, trabajáis y morís por la gloria de Dios y el conocimiento del Evangelio.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

[1] Esta expresión se acomoda al modo de decir humano; pues si bien Dios, que es Amor infinito y omnipotente, podría *de Potencia absoluta* soportarlo todo, en cambio, *de hecho*, no lo soporta...

[2] 1.ª Corintios 4, 14-17.

[3] 1.ª Corintios 15, 9-10; Gálatas 1, 11-14; 1.ª Timoteo 1, 12-17.

[4] 2.ª Corintios 12, 1-10.

[5] María Valtorta deseaba vivir ignorada, al menos hasta después de su muerte. Por ello se abstenía hasta de recibir visitas que no fuesen seriamente motivadas. Por idéntico motivo dispuso en su testamento que sus funerales fuesen sencillísimos y celebrados a primera hora de la mañana. Voluntad que se cumplió a la letra.

[6] Sabiduría 3, 1-12; Daniel 12, 1-4; Mateo 13, 43; 1.ª Corintios 15, 39-44.

[7] Hechos 17, 16-34.

*24/11/46*
***Domingo 24.° después de Pentecostés***

*Dice Azarías:*

«En la Oración de la Misa propia de San Juan de la Cruz aparece compendiada en pocas palabras la doctrina precisa para ser perfectos cristianos: negarse a sí mismos y amar la Cruz. El santo Doctor y Reformador del Carmelo es grande en el Cielo por haber sabido hacer estas dos cosas de un modo perfecto.

Bien poco hubiera sido el haber reformado las antiguas Constituciones. También los jefes de las Naciones reforman las Constituciones de sus Estados, mas pocos de ellos son santos. Como también los dueños de una hacienda reforman los usos y costumbres del trabajo, pero pocos de ellos son santos.

E igualmente poco, o bien, menos que nada, y más aún: motivo de condena hubiera sido para San Juan de la Cruz el haber escrito tratados de mística, si a las palabras no hubiesen correspondido sus actos. También los escritores llenan páginas morales para abrillantar la figura del personaje o personajes de sus libros, pero después, en su vida diaria, llevan una vida que es el polo opuesto de la tésis moral que mantuvieron en su libro. Y, con haber escrito páginas morales y hasta místicas, no son santos. No fue el suyo el perfume de su vida[1] que exhala con palabras la convicción de la mente que se fija en el papel, sino tan sólo una pieza maestra escrita para obtener de ella aplauso y ganancia. Son, por lo tanto, histriones y nada más.

Si San Juan de la Cruz hubiera escrito aquellos tratados de mística únicamente para demostrar su capacidad de escritor y después hubiese sido un tibio, un tibio nada más, habría firmado de su mano la propia condena a una pena más o menos larga, ya que la Justicia habríale preguntado: "¿Por qué has sido hipócrita? A ti no te vale la excusa de falta de conocimiento que disculpa a los ignorantes. Has conocido el amor y lo has descrito, pero sin que después te hayas abrasado en él. Ve, por tanto, a aprender a amar y a ser sincero".

Pero San Juan de la Cruz se reformó heroicamente a sí mismo antes que a los demás y practicó la perfección que describía para legar un código de perfección a las almas. Por esto fue grande y por esto es santo.

Y, por lo mismo, cada uno de los cristianos puede llegar a ser santo: negándose a sí mismo, es decir, cambiando el yo humano a un yo espiritual perfecto y amando la Cruz. Sin la imitación del Divino Crucificado no es posible la reforma de uno mismo y sin el amor a la cruz no se puede llegar a término la transformación del yo, por cuanto reformar el yo equivale a laborar la planta rebelde de la humanidad a base de cortes y cauterios, y no una sino cien y mil veces, ya que ella es planta rebelde que de los mismos puntos de las amputaciones echa nuevos retoños o rechaza los injertos que la fuerzan a cambiar su naturaleza y a estar sujeta al querer del más alto, esto es: del espíritu.

En cuanto acabo de decirte referente al Santo conmemorado hoy, ¿acaso no está ya tratado lo que dice la Epístola?[2]. Esa Epístola, escrita muchos siglos antes de la venida de San Juan de la Cruz, ilustra las virtudes del cristiano e indica las vías a seguir para alcanzar las virtudes siempre conforme a una línea, puesto que la verdad no cambia. Ella es la que es hoy, como lo fue hace veinte siglos y lo será en el último día. Tan sólo existe

un camino para llegar al Cielo: el del vencimiento de sí mismos y el del amor a la cruz. Camino que es, como dice Pablo: sabiduría e inteligencia espiritual junto con el conocimiento de la voluntad de Dios.

Conocimiento de esta divina Voluntad que os propone e, incluso, os impone todo a fin de poderos dar gloria y gozo, sabiduría e inteligencia espirituales que se desarrollan vigorosas con la renuncia de todo aquello que desagrada al espíritu y con la meditación amorosa del Modelo Divino que se negó a sí mismo hasta la muerte de cruz, y que os permite "conduciros de la manera digna de Dios" hasta el punto de agradarle en todo haciendo actos que tienen como fruto la vida eterna más allá de la vida y, como sello y sostén la virtud. ¡Oh vida gozosa y activa de quienes saben negarse a sí mismos y amar la cruz!

Es semejante a un fecundo día de primavera en el que todo contribuye a que se abran las flores en las plantas y a fecundarlas para que no resulte baldía la floración. Una acción da paso a otra y de un sacrificio deriva un perfeccionamiento. De un latido de amor nace amor al sacrificio. De un amor al sacrificio un acto de amor. De un acto de amor un impulso a la mayor renuncia y a una más grande imitación del Divino Crucificado. Es toda una cadena en la que los eslabones se sueldan unos con otros cada vez más robustos, cada vez más en la luz, en el alto, hacia Dios, hacia la Patria y hacia el gozo. Y el artífice de su perfección va dando gracias a Dios Padre por "haberle hecho digno de participar en la suerte de los santos" que aquí viven en la Luz y gozan de ella en el Cielo, libres de las seducciones de las Tinieblas, ya que Estas no encuentran dónde afianzarse para dañar en el corazón que amputó en sí todos los puntos de los que pudiera valerse el Gran Enemigo para penetrar y demoler.

¡Animo, María, hasta el aniquilamiento absoluto de la criatura[3] a fin de que triunfe la causa de Dios y aumente su gloria con otros muchos espíritus sobre los que la Sangre de Cristo aguarda a caer para redimir y perdonar!

Ten presente que las pequeñas voces, que son siempre almas víctimas, son al propio tiempo pequeños Moisés. Y el destino de los Moisés es orar sobre el monte al tiempo que los atletas de Dios combaten contra los enemigos del Señor por su gloria[4].

La gloria de Dios deriva del conocimiento del mismo. Donde hay ignorancia de Dios no puede estar su gloria, ya que la ignorancia combate al Señor porque no le conoce y, al no conocerle, no le ama ni le importan sus palabras. Vive por tanto en el pecado más por ignorancia que por voluntad de pecar.

Ayuda con cuanto eres a los atletas que combaten a Satanás, a la ignorancia, las herejías y la tibieza. Jesús Santísimo, que es tu amor, está esperando de ti una ofrenda de almas.

Pequeña voz, pequeña hostia, sé también una pequeña misionera sosteniendo a los misioneros con tus sacrificios[5]. A gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

---

[1] 2.ª Corintios 2, 14-17.

[2] No se trata de la Epístola asignada a los santos doctores en general y aquí a San Juan de la Cruz en particular, sino a la Epístola del domingo 24.º de Pentecostés (Colosenses 1, 9-14) conforme al Misal de San Pío V.

[3] En el sentido de: Gálatas 2, 19-20.

[4] Exodo 17, 8-16.

[5] Santa Teresa del Niño Jesús, monja carmelita de estrecha clausura, por su amor y sus sacrificios en favor de los misioneros, mereció el título de «Patrona de las misiones» que le otorgó el Papa Pío XI. María Valtorta, seglar, encerrada en su cuartito de enferma y clavada a su lecho desde el año 1933 al

1961, trató de imitarla en la oración, en el celo y en los sufrimientos, siendo escuchada. Y así por diversas cartas de obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas misioneros, hemos llegado a saber de un modo continuo que los escritos valtortianos van esparciendo abundante luz y provocando un gran fervor en las tierras de misión. Tanto es así que la primera traducción, parcial (Vida de Jesús extractada de los diez volúmenes de «Il Poema dell'Huomo-Dio») fue hecha en japonés y publicada en Tokio en la Navidad de 1971 (381 páginas) a cargo del P. Juan Escobar O.F.M.

---

## *1.° de diciembre*
## *Domingo 1.° de Adviento*

*Dice Azarías:*

«Cuando los hombres tienen molestas o heridas sus alas, les resulta penoso elevarse con el espíritu a Dios. Los hombres son crueles. El precepto del amor fraterno es el más hollado por ellos. Con el encarnizamiento de una turba sanguinaria o de un niño contra un juguete, según sea el caso o el individuo de que se trate, desatan su furor contra los hermanos y, en particular, podría decir: contra aquellos hermanos únicamente de los que, por su formación espiritual, tienen la seguridad de que no han de reaccionar devolviéndoles mal por mal[1].

Pero, alma mía, por penoso que sea, es preciso hacerlo y hacerlo cuanto más penoso sea, por cuanto no hay quien pueda sanar las heridas ocasionadas por los hombres al espíritu si no es el Médico, el Confortador de los espíritus: Dios, el Padre bueno que no defrauda a quien en El confía.

¿Tan herida te encuentras que no puedes volar? Como paloma a la que el cazador hirió al tiempo que ella marchaba segura hacia su buen dueño y que, no pudiendo ya volar alta y veloz, avanza con vuelos cortos, con pasos rápidos, sofocándose por el ansia de correr hacia su dueño que la ama y, con el grito de su carne que sufre, implora que no se la someta a más esfuerzos y dolores, así tú, pobrecita herida, vas y, cuando menos, vas bajo los rayos de tu Sol y allí te pones a mirarle, amándole y extendiendo tus alas heridas para que El vea el desgarro que los hombres te han ocasionado y te medicine con los bálsamos de su amor.

Alma mía, nunca te vuelvas a los hombres. Sus consejos son: unos, malvados; otros, de burla e inútiles, y los mejores, como los que un tuerto puede dar a quienes en un crepúsculo le preguntan por el camino a seguir. Sólo Dios ve, sólo Dios sabe y sólo Dios ama con perfección.

Alma mía, ¿no eres tú acaso la pequeña voz? ¿No es El tu Maestro? ¿Cómo puedes dudar de que sea El quien te habla y te conduce como a su más cara ovejita? Sigue sus voces y sus senderos, pues jamás permitió que te extraviases. Te tomó desde el seno de tu madre, te veló en la infancia, en la niñez, en la pubertad, en la juventud y en la edad madura. Te ha instruido, protegido, alejado de ti a quienes, de un modo u otro, podían dañarte realmente[2], y te ha acercado a personas o cosas que podían ayudarte[3]. Ha sido para ti como un Padre y un Amante. Nunca esperó a tu plegaria para manifestar su poder y acudir; pues, aun antes de que tú supieses lo que es amar, El te tendió sus brazos. Sólo yo, tu Angel custodio, sé cuánto te ha amado el Señor y cuánto te ama.

Y ahora te digo yo lo que Pablo decía a los romanos, bien que dándoles a las palabras otro sentido del que Pablo daba a las suyas. Te digo: tu salvación está ahora mucho

más cerca de lo que tú puedes imaginar. Pasó ya la noche. La mayor parte del período triste y tenebroso ha pasado y se acerca el día. ¿Me entiendes? Se acerca el día, el día de Dios, los convidados se aprestan a la fiesta. Se despojan de sus vestidos de luto y de dolor, se cubren con vestiduras blancas y relucientes y observan atentamente si aún queda algo de impuro sobre ellos. Alma mía, la hora que precede al alba es la más oscura de la noche; mas, a seguido, despunta el sol. Alma mía, la amante que espera al esposo anticipa la hora de la mañana a fin de hallarse dispuesta para su llegada.

Yo nunca te hablo sobre el Evangelio por cuanto el Señor Santísimo es tu Maestro en ese punto. Pero hoy te digo: Cuando veas que todo, como en un particular y pequeño apocalipsis, se te vuelve en contra para causarte dolor y perturbarte; cuando te sientas desfallecer de espanto por tanto encarnizamiento de fuerzas que se desatan contra ti; cuando te parezca que hasta el Cielo se hace sordo a tus sufrimientos, alza entonces la cabeza porque tu gozo está próximo.

No me detengo a explicarte las palabras de Pablo ya que la Epístola es harto clara. Mas termino con las palabras de la Comunión: "El Señor se mostrará benigno".

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

[1] Mateo 5, 38-48; Lucas 6, 27-35; Romanos 12, 14-21; Colosenses 3, 12-15; 1.ª Tesalonicenses 5, 12-15.

[2] Se alude aquí a algunas mujeres religiosas y seglares, repetidamente recordadas en su *epistolario* todavía inédito.

[3] Se refiere al P. Luis María de Jesús Crucificado, de la Congregación de los Pasionistas, y al P. Conrado M. Berti, de la Orden de los Siervos de María: el primero se relacionó con la Enferma en julio de 1946 y el segundo en septiembre de ese mismo año.

---

## *8 de diciembre*
## *La Inmaculada Concepción*
## *y Domingo 2.° de Adviento*

*Dice Azarías:*

«Meditemos cantando las glorias de María Santísima. La Santa Misa de esta festividad es toda ella un himno al poder de Dios y a la gloria de María. Para comprender bien esta liturgia de luz y de fuego, adentrémonos en los sentimientos de la Reina y Maestra de todas las criaturas que aman al Señor.

¡Reina y Maestra! De los hombres; mas también de los ángeles. Hay misterios desconocidos para vosotros que no nos está concedido desvelar completamente. Con todo, para deleite de algún alma muy amada, nos está permitido levantar un tantico el velo de los mismos. Esto es lo que voy a hacer para ti: levantar un borde del velo. Y, una vez removido el obstáculo, se te concederá fijar tu mirada espiritual en la Luz infinita que es el Cielo y, a esa Luz, comprenderás mejor. Así pues, mira, escucha y sé feliz.

Cuando el pecado de Lucifer perturbó el orden del Paraíso y sumió en el desorden a los espíritus menos fieles, un enorme espanto nos embargó a todos cual si algo hubiérase quebrado y destruido sin esperanza alguna de verlo ya resurgir. En realidad, así era. Había quedado destruida aquella caridad completa que era *la única* que antes existía allá arriba, derrumbándose en una vorágine de la que emanaban hedores de Infierno.

Habíase destruido la caridad absoluta de los ángeles, surgiendo el Odio. Consternados, al modo como se puede estar en el Cielo, nosotros, los fieles del Señor, lloramos por el dolor de Dios[1] y por su enojo. Lloramos por la perdida paz del Paraíso, por el orden violado y por la fragilidad de los espíritus. No nos sentimos ya seguros de ser impecables por más que estuviésemos formados de puro espíritu, puesto que Lucifer y sus secuaces habíannos probado que también un ángel puede pecar y llegar a ser demonio. Experimentamos que la soberbia —era manifiesto— podía arraigar en nosotros. Temimos que nadie, fuera de Dios, pudiese resistirla, dado que Lucifer había cedido a ella. Temblamos por esas fuerzas tenebrosas que no pensábamos pudiesen invadirnos y que, hasta podría decir, ignorábamos que existiesen y que, al pronto, de una manera tan brutal se nos desvelaban. Abatidos, nos preguntábamos con latidos de luz: "Si pues ni el ser tan puros sirve, ¿quién habrá entonces de dar nunca a Dios el amor que El exige y se merece si hasta nosotros estamos sujetos a pecar?".

He aquí entonces que, alzando desde el abismo de la desolación nuestra contemplación de la Divinidad y, fijos en su Esplendor, con un temor hasta entonces ignorado, contemplamos la segunda Revelación del Pensamiento Eterno. Y si por el conocimiento de la primera vino el Desorden promovido por los soberbios que no quisieron adorar a la Palabra Divina, por el conocimiento de la segunda tornó a nosotros la paz que había sido turbada.

Vimos a María en el Pensamiento Eterno. Verla y poseer esa sabiduría que es a la vez consuelo, seguridad y paz, fue una misma cosa. Saludamos a nuestra futura Reina con el canto de nuestra Luz y la contemplamos con sus perfecciones gratuitas y adquiridas. ¡Oh hermosura la de aquel instante en el que, para consuelo de sus ángeles, les presentó el Eterno a la perla de su Amor y de su Poder! Y la vimos tan humilde, capaz de reparar por sí sola la soberbia de todas las criaturas.

Fue desde entonces para nosotros maestra que nos enseñó a no hacer de los dones motivo de ruina. Nos habló sin palabras, no su figura corpórea sino su espiritualidad; y el contemplar por un instante en el Pensamiento de Dios a la Humildísima nos preservó para siempre de todo pensamiento de soberbia. Durante siglos y siglos operamos envueltos en la suavidad de aquella fúlgica revelación, y durante siglos y siglos, eternamente, nos inundó de gozo; gozamos y gozaremos con la posesión de Aquélla que tuvimos la dicha de contemplar espiritualmente. El Gozo de Dios es el nuestro y nosotros nos mantenemos en su Luz para estar penetrados de ella y tributar gozo y gloria a Aquél que nos creó.

Ahora pues, repletos de sus propios latidos, meditemos la Liturgia que habla de Ella.

"Con alegría". Carácter de la verdadera humildad es la alegría verdadera a la que nada puede turbar. El que tan sólo es humilde de un modo relativo, siempre tiene un motivo de turbación hasta en sus triunfos más genuinos. Por el contrario, el verdadero y completo humilde no tiene turbación de ningún género. Cualquiera que sea el don o el triunfo que le revista de una especial prestancia, él sigue contento y sin temor porque sabe y reconoce que cuanto le hace diferente de los demás no es algo que él haya hecho por medios humanos sino que es cosa que viene de otras esferas y que a él nadie se la puede arrebatar. Es cosa que él contempla y considera como vestidura de gran valor que le fue dada para llevarla durante algún tiempo y que debe usaria con el cuidado que se tiene de lo que no es nuestro y que ha de devolverse sin deterioros al que nos la donó.

Sabe asimismo que esta vestidura real, no apetecida con avidez de ostentación, le fue entregada por una Sabiduría infinita que juzgó conveniente dársela. No tiene, por tanto, afán alguno de conseguirla ni de conservarla. El humilde, que verdaderamente es tal,

no apetece cosas extraordinarias ni se turba si quien se las dio se las quita. Dice: "Todo está bien porque la Sabiduría así lo quiere". Por eso el humilde siempre está contento pues no ambiciona, no es avaro de lo que le dan ni se siente menoscabado si se lo quitan.

María Santísima poseyó esta alegría. Desde su Nacimiento hasta su Asunción la tuvo sobre la Tierra aun entre las lágrimas de su prolongado Calvario de Madre de Cristo y hasta bajo el mar de desgarros del Calvario de su Hijo. Aun dentro de su dolor, que no tuvo parangón con ningún otro, poseyó el gozo exultante de hacer, *hasta el sacrificio total*, lo que Dios quería, lo que Dios habíale indicado que pretendía de Ella desde que la revistió con las galas de la salvación y la cubrió con el manto de justicia como a esposa adornada con sus arreos.

¿Puedes ponderar qué caída hubiera sido la de María si, tras poseer la Concepción Inmaculada, la justicia y todo otro joyel divino, hubiese pisoteado todo por seguir la voz del Corruptor eterno? ¿Puedes medir su magnitud? Ya no habría habido redención, Cielo ni posesión de Dios para los hombres. Todo esto os lo dio María por cuanto, con la verdadera alegría de los humildes, llevó sus galas de Bienamada del Eterno y cantó sus alabanzas, las de *El solo*, aun entre los sollozos y desolaciones de la Pasión.

¡Exultó! ¡Qué palabra tan profunda! Exultó siempre magnificando con el espíritu a su Señor aun cuando su humanidad sabía del escarnio de todo un pueblo y se hallaba inmersa y prensada por su dolor y el de su Hijo. Exultó pensando que aquél su dolor y el de su Jesús daban gloria a Dios salvando a los hombres para Dios.

Por cima de los gemidos de la Madre y de sus lamentos de Mujer, cantaba la alegría de su espíritu de Corredentora. Cantaba con la aceptación de aquella hora, con la esperanza en las palabras de la Sabiduría y con el amor que bendecía a Dios por haberla traspasado.

La prolongada pasión de María la completó Ella misma uniendo a las grandes cosas que Dios hiciera en Ella las otras no menos grandes cosas que Ella sabía hacer por el Señor. Verdaderamente, mientras sus entrañas de Madre gritaban el desgarro de su tortura, su espíritu fiel cantaba: "Yo te exalto, Señor, porque me has protegido y no has permitido que mis enemigos hayan podido regocijarse a costa mía".

¿Ves qué humildad? Cualquier otro habría dicho: "Estoy contento por haber sabido permanecer fiel aun en la prueba. Estoy contento por haber hecho la Voluntad de Dios". No son estas palabras de pecado, mas en ellas va todavía un hilo de orgullo. "Yo estoy contento porque he hecho...". Aquí está el yo de la criatura que se considera única autora del bien realizado. María Santísima, por el contrario, dice: "Yo te exalto *porque Tú me has protegido*". Atribuye a Dios el mérito de haberla mantenido santa en aquellas horas de lucha.

Dios preparó a su Verbo una digna morada que María la supo conservar digna del Dios que en Ella había de encarnarse. Imitadla, criaturas; claro que en medida menor, cual corresponde a vosotros que no habéis de concebir a Cristo, si bien en aquello que os es necesario para llevar a Cristo en vosotros Dios os facilita los medios y los dones convenientes para hacer de vosotros templos y altares[2]. Imitad a María sabiendo conservar la morada de vuestro corazón digna del Santo que pide entrar en vosotros para gozar de vosotros y vivir entre los hijos de los hombres a los que ama sin medida.

Y si no supísteis imitarla y vuestra morada es a la sazón una morada profanada o desmantelada por los muchos que la han habitado, reconstruidla en María que es Madre amable e incansable engendradora de hijos para el Señor, pues es a través de María como

se llega a la Vida y por eso, quien está desfallecido o muerto y no osa levantar sus ojos al Señor, puede tornar vivo y grato al Eterno si entra en el Seno y en el Corazón que dieron al mundo el Salvador.

El Señor Jesús te ha explicado ya la luz del capítulo sapiencial, por lo que no debo hablar de lo que El ya tiene hablado. Mas, en confirmación de mis palabras, te hago notar las que la Sabiduría aplica a María: "Es mi delicia estar con los hijos de los hombres". Con estos hijos que tantas lágrimas le costaron. Mas es propio de las Madres verdaderas el llorar y amar; amar tanto cuanto se ha llorado; amar tanto cuanto sea necesario para llevar al amor; y llorar tanto cuanto sea preciso para convertir a los perversos. ¿Por qué habría de encontrar sus delicias en estar con los hijos de los hombres —esta Bendita cuya morada es ab aeterno el Cielo, esta Bendita que tuvo por habitación el Seno maravilloso de Dios, esta Bendita cuyo Pueblo es el de los Angeles y los bienaventurados— sino para reconstruir los pobres corazones que el mundo y Satanás, la carne y las pasiones devastaron? ¿Por qué habría de encontrar esas delicias sino porque, al estar entre vosotros, os vuelve a dar la luz para Dios?[3].

Oídla cantar con su luz perlina: "Bienaventurados los que siguen mis caminos". Los caminos de María terminan en el Corazón de Dios. "Para que alcancéis a ser sabios, escuchad mis consejos y no los rechacéis". Una Madre, y santa cual Ella es, no puede pronunciar sino palabras de vida. Ahora bien, ponderad qué es lo que, en la ya llena de Gracia y, por ende, de Sabiduría, habría dejado la Palabra llevada durante nueve meses en el seno y por espacio de tantos años en su regazo. ¡Sobre su regazo en la infancia y la niñez, y hasta en la muerte, en su Corazón purísimo a lo largo, en fin, de 33 años! ¡Jamás estuvo inerte el Dios-Hijo para su Madre amabilísima! Nunca lo estuvo El que ni con los hombres culpables permanece inactivo. Por eso toda la Sabiduría se derramó en toda la Pureza y María no puede hablar sino con la palabra de Dios, con aquella palabra de la que Cristo dijo que es Vida de quien la escucha. María, que sabe lo que hay en Ella, canta así: "Dichoso el hombre que me escucha, vela a mi puerta y aguarda a entrar en mi casa". Habitáculo de Dios, sabe que quien en Ella entra encuentra a Dios. Es decir, lo mismo que Ella canta: "Quien La encuentre habrá hallado la Vida y recibirá del Señor la salvación".

Verdaderamente, quien vive en Ella tiene salud, vida, sabiduría, gloria, alegría y honor porque Ella es todo esto al tener sus raíces en Dios mismo, fundada como está sobre el monte de Dios para ser su Templo, amada más que ninguna otra criatura por el Señor Altísimo, debiendo ser Ella eternamente la Madre del Hombre.

¡Oh palabra poco meditada y aún menos comprendida en la que se compendia toda la imagen de María! ¿Qué es María? Es la Reparadora porque Ella anula a Eva. Ella vuelve a poner las cosas desordenadas en el punto donde estaban cuando las trastocaron la Serpiente maligna y la imprudente Eva[4]. El ángel la saluda: "Ave". Se dice que Ave es el nombre invertido de Eva. Mas Ave es asimismo un eco que hace recordar el Nombre Santísimo de Dios, como lo recuerda también, y aún más vivamente, tal como te expliqué, el nombre del Verbo: Jeoscué.

En el tetragrama sagrado formado por los hijos del Pueblo de Dios para pronunciar en el secreto templo de su espíritu el Nombre irrepetible, está contenido el Ave[5]. La primera de las palabras con las que Dios mandó a hacer de la Toda Hermosa la Madre Santa y la Corredentora. Ave: cual si El, como realmente aconteció, se anunciara con su propio nombre para entrar a hacerse carne en un seno, en el Unico Seno que podía contener al Unico.

Ave, María, Madre del Hombre como Eva y más que Eva[6] puesto que devolviste al hombre, a través del Hombre, a su Patria, a su herencia, a su filiación y a su Gozo.

Ave, María, Seno de santidad en el que se volvió a depositar la semilla de la Especie para que el eterno Abraham tuviese los hijos de los que la esterilizante envidia satánica habíale privado.

Ave, María, Madre Deípara del Primogénito eterno, Madre compasiva de la Humanidad lavada con tu llanto y con la Sangre que es tu sangre.

Ave, María, Perla del Cielo, Luz de Estrella, dulce, Belleza y Paz de Dios.

Ave, María, llena de Gracia, en quien está el Señor, jamás desunida de El que en Ti encuentra sus delicias y su descanso.

Ave, María, Mujer bendita entre todas las mujeres, amor viviente, por el Amor hecha esposa del Amor y Madre del Amor.

En Ti la pureza, en Ti la Paz, en Ti la Sabiduría, en Ti la humildad y en Ti la perfección de las tres y de las cuatro virtudes...[7].

María, el Cielo delira de amor al contemplar a María elevándose su canto hasta notas incomparables. Ningún mortal, por santo que sea, puede comprender qué llegue a ser María para todo el Cielo.

Todas las cosas fueron hechas para el Verbo. Mas también todas las obras más grandes fueron hechas por el Amor Eterno en María, porque Aquél que es poderoso la amó y la ama sin límites; y el Poder de Dios está en sus manos de Lirio purísimo para que se derrame sobre todo aquél que a Ella recurre.

¡Ave! ¡Ave! ¡Ave, María...!».

### *Misa del 2.° domingo de Adviento*

«Ave, María, a través de la cual viene el Señor a salvar las naciones y a manifestar su gloria en la alegría del Salvador concedido al mundo.

La liturgia de la Santa Misa del 2.° domingo de Adviento se acomoda perfectamente a la liturgia de la Santa Misa propia de la Inmaculada Concepción porque, efectivamente, es por medio de María que viene el Salvador a salvar a los pueblos y a ser el Cordero que a la vez es pastor y Pastor bueno que viene a guiar a los justos a los pastos del Señor. Esos justos, simbolizados en José, apacible y justo como ovejita obediente a todos los mandados del Eterno, Pastor Supremo de los pueblos.

Y es asimismo, por medio de María que los pobres y débiles se arriesgan a obtener los medios de salvación y las riquezas eternas. Juan fue el precursor de Cristo para preparar los caminos. María, a su vez, precede a Cristo para prepararle el camino en vuestros corazones. Abridle el corazón a María y poned vuestro espíritu en sus manos maternales para que Ella lo prepare a la venida divina. Imitad a María en este tiempo de Adviento y así os hallaréis dispuestos a recibir la Navidad y sus frutos de un modo digno del elogio angélico.

Dice Pablo que cuanto se ha escrito para haceros sabios en el Señor, ha sido escrito para que se conserve en vosotros la esperanza. ¿Qué esperanza? La de las promesas divinas. Mas las promesas, que son ciertas – y por eso es preciso, más que esperar, *creer*; creer con absoluta certeza que se cumplirán –, tendrán cumplimiento si sabéis perseverar y

obrar con paciencia y con la fortaleza que prestan las consolaciones, de las que la Escritura está llena, en las varias contingencias de la vida.

Porque esta vida es una lucha continua y siempre nueva, llena de incógnitas y de sorpresas, lucha que agotaría hasta a un héroe si éste no se viese sostenido por algo más que terreno. Este algo es Dios y su Ley, sus promesas y la certeza de la vida futura, la fe cierta de que el Hombre que se inmoló por vosotros no podía ser otro que Dios, puesto que ninguno que no fuese Cristo supo jamás vivir y morir como El vivió y murió. Estas son las cosas que alimentan vuestras fuerzas, luchadores de hoy y vencedores de mañana. Estas las certezas y consolaciones que el Dios de la paciencia y de los consuelos os infunde para que sepáis luchar con Cristo y para Cristo hasta alcanzar la gloria que por Cristo podéis tener.

Y, junto con la fe y la esperanza, he aquí, en las palabras de Pablo, recordada asimismo la Caridad sin la cual todo lo demás resulta vano. Hasta la vida en la más austera virtud sería vana de no ir acompañada de la caridad. Quien practicase las más austeras penitencias, fuese temperante, honesto, continente, creyese en Dios, esperase en El, observase los Mandamientos y Preceptos, mas no amase a su prójimo, lesionaría de tal modo sus virtudes, que habría de expiar largamente su pecado de egoísmo.

Santo es el amor a Dios, santa la obediencia a sus preceptos, santa la templanza y buena la honestidad. Mas si no hay amor al prójimo, ¿no viene a ser acaso todo eso como un árbol por demás herido del que no queda sino el duro tronco, sin ramas ni hojas, sin flores ni frutos, inútil para el viandante asoleado que busca la sombra o resguardarse de la lluvia; inútil para el desconsolado que, a la vista de sus flores, recibiría una inyección de esperanza en el futuro; inútil para el hambriento que no puede sostener sus decaídas fuerzas con los sazonados frutos de sus ramas ni sentir la existencia de un Dios que vela por las necesidades de sus hijos: e inútil, por último, hasta para el pajarillo que busca en vano refugio en ese despojo de tronco? Verdaderamente, la virtud rígida que carece de amor es la triste visión de un tronco robusto pero desnudo, destinado a morir. Es, ni más ni menos, egoísmo, fariseísmo; es un paganismo que se sustituye al culto verdadero. Porque la verdadera Religión se afianza sobre las columnas de estos dos amores: el de Dios y el del prójimo; y todo edificio que estribe sobre una sola columna resultará siempre desequilibrado y disonante.

La Ley consiste en amar a Dios y en amarse los hermanos entre sí, acogiéndose los unos a los otros, apoyándose, instruyéndose y compadeciéndose, igual que lo hizo Cristo.

Tú, pequeña voz, ves cómo amó Cristo a los circuncisos por su derecho de ser amados al ser el Pueblo de la Promesa, y lo mismo a los incircuncisos, como era obligación amarles por ser el nuevo pueblo del Rey de Reyes. Tanto les amó a éstos que los primeros hicieron de ello motivo injusto de acusación contra El, lo mismo que hacen actualmente los "circuncisos" de ahora que, por ser o creerse los elegidos de entre las naciones, hacen de las páginas que revelan el inigualable amor del Maestro hacia los gentiles motivo de escándalo y de negación.

No comprendían los rabinos de entonces, como tampoco comprenden los rabinos de ahora, la suprema caridad que ve en los hombres a otros tantos hermanos a los que ama, si son santos y del pueblo de Dios, por serlo, y si no son santos, para hacerlos tales.

Eso, no obstante, yo te digo con Pablo que estos últimos de los tiempos actuales aventajan, en el amor que tributan al amor, a aquéllos que se tienen por perfectos. Siempre es así: ahora como hace veinte siglos. Los sabios insapientes, o sea, aquéllos que saben la letra, mas no el espíritu de la misma, no saben comprender, creer ni aceptar que Jesu-

cristo, el Salvador, vino y viene, más para los gentiles que para los suyos, más para las ovejas sin pastor o salvajes y aún heridas y sarnosas, que no para las 99 ovejitas ya resguardadas en su Redil.

Jesucristo fue, es y seguirá siendo Aquél que es Salvación para todos aquellos que aciertan a buscarle o a desearle.

Así pues, sin establecer diferencias entre los que son o no son de la grey, sabed amar, sufrir y obrar, pensando que ahora hace veinte siglos se abrió el Cielo para conceder, no a Belén o a Nazaret, ni a Jerusalén o a Palestina entera, como tampoco al aún más numeroso Israel diseminado por el mundo, el Salvador y Maestro, sino *para darlo a todos los hombres.*

Este es el espíritu de preparación a la venida de Cristo, suprema caridad de Dios: un espíritu de amor universal encaminado a que todos los hombres vayan al Reino de Dios, a la casa del Padre.

A ti, en fin, te aguarda un cometido de amor mucho mayor todavía y tú sabes el porqué y para quién[8]. Mas no te abata la magnitud del amor que se te exige pues ¡es tánto lo que has recibido...! Sé, pues, generosa en el dar, en el dar de todas las maneras hasta la inmolación total. Sé víctima. Sé heroica. El tiempo pasa y se acerca la paz. *Después,* todo te parecerá tan poco en relación con lo que tendrás...!

¡Arriba tu espíritu! Mira al gozo que te viene de tu Dios; mira a tu Dios que es tu alegría y que viene a ti para confortarte.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

Ha pasado la Procesión[9]. He querido ver... Me he quedado hecha un trapo de tanto esforzarme por estar levantada para mirar... Me he conmovido recordando tantas cosas... He lanzado besos y puesto mi alma a los pies de María... Hubiera querido estar para siempre en el puesto de Bernardina... pero en el Cielo, no aquí, en la Tierra. Mas, ¡oh Virgen Santa!, si, como sabes, te he rendido mi más completo tributo de fe, sabes también que he tenido que recordar con mi espíritu, más que tu imagen, tu persona, porque quien te ve cual yo te veo, encuentra tan fría, material y despreciable la reproducción más acabada, que no la puedo contemplar sin sentir pena.

Es nuestro castigo de videntes. La realidad espiritual es tan distinta de la material que nos deja helados y casi disgustados. ¡Oh Tú, Tú! ¡Si te viéramos como eres! ¿Qué artista sería capaz de esculpirte o pintarte sin menoscabo, de suerte que nosotros pudiéramos mirarte sin recibir pena viendo envilecido lo que es inefable belleza?

¡Dios mío, cómo nos amas! Sólo por este don de veros cual sois están bien pagadas todas las penas.

Mas, entretanto, digo que me ha resultado mucho más dulce contemplar el homenaje del pueblo y, sobre todo, oír esta mañana en mi doloroso despertar tu maternal saludo, que no ver tu imagen tan diferente de como tú eres.

---

[1] Antropomorfismo, esto es, modo humano de expresar una verdad sobrehumana, como en: Génesis 6, 5-8.

[2] Romanos 12, 1-2; 1.ª Pedro 2, 4-10.

[3] María Santísima lo puede decir con mucha mayor razón que San Pablo: 1.ª Corintios 4, 14-15; Gálatas 4, 18-20.

[4] Génesis 3.

[5] El nombre propio divino más usado en la Biblia (unas 6.823 veces) es el de Iahweh (Jahvé), llamado «tetragrama» por hallarse integrado por 4 letras. Lo que aquí se lee: *que en Jahvé ya está contenido el Ave*, es una piadosa consideración, doctrinalmente exacta, pero filosóficamente fundada tan sólo en el sonido de las palabras, de las que una es hebrea (Jahvé) y la otra (Ave) latina, las cuales poseen en común la letra *a* y la sílaba *ve*.

[6] En efecto, Eva, tras el pecado, fue y es la madre de todos los vivientes con vida mortal. María, por el contrario, la sin pecado, fue y es la Madre de todos los vivientes con vida inmortal.

[7] Esto es: la fe, la esperanza y la caridad; la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. Las tres primeras llamadas teologales y las otras cuatro, cardinales.

[8] Probable alusión a su misión de escritora con todos los sacrificios e inmolación total inherentes a la misma.

[9] Como aparece por el contexto, se alude aquí a la procesión de Nuestra Señora de Lourdes, ya que se nombra a Bernardetta Soubirous y porque bajo tal advocación particular se la venera en la Basílica de San Paulino que era la parroquia de María Valtorta en Viareggio.

---

## *14/12/46*
## *A las 5,20 de la mañana*

No bien despierto, ya estoy sobre mi almohada con la aflicción que me la cargo como una cruz. Mas, al mismo tiempo, he aquí la cara y divina Voz que dice: «Viene Jesús a dar su beso (la Eucaristía) a su pequeña esposa».

Respondo: «¡Oh Señor mío, dame una luz y dime si ciertamente eres Tú! Todo cuanto me hacen sufrir los Padres Siervos de María en general y el Padre Migliorini en particular, me induce a creer que yo sea una ilusa, una eferma mental y una obsesa. ¿Eres Tú el que hablas o es mi cerebro que ha enfermado y delira? ¿Eres Tú o es Satanás? Tú lo sabes, es éste mi mayor dolor: la manía de escuchar voces que no son la tuya ni de tus santos o el desvariar dando por "palabras tuyas" lo que tan sólo es pensamiento mío».

Me responde Jesús:

«¡Y aunque así fuese! ¿No dije Yo que del corazón salen los pensamientos de los hombres y que por el fruto se conoce si es bueno un árbol? ¿No se dice en la Escritura y en la Sabiduría que quien me conoce tiene la vida eterna y quien para Mí trabaja no perecerá? ¿Cuántas veces no se ha dicho abierta o veladamente que quien se halla repleto de *Sabiduría se halla saturado de Mí y que quien habla palabras sobrenaturales es voz del* Espíritu Santo que habita en su corazón?[1]. Porque el Espíritu de Dios, querida alma mía, es el que lleva a cabo estas operaciones en el corazón de los hombres en los que habita al encontrarlos merecedores de ser habitados por El. Y el Espíritu Paráclito es el Amor del Padre y del Hijo. De aquí que si tú oyes resonar estas palabras en tu corazón es señal de que tú escuchas los divinos coloquios de la Trinidad Santísima. Por lo tanto, si tú me oyes hablar es señal de que Yo estoy en ti con mi amor. Así pues, aunque de verdad fuese tu corazón el sugeridor de estos pensamientos que después tú escribes, señal es de que tu corazón *se encuentra lleno de Dios*, ya que "lo que sale por la boca procede del corazón del hombre". Por lo que, si tu corazón *envía a la boca y a la mente pensamientos*, imágenes y palabras divinas o sobrenaturales, es señal de que tu corazón es santo, que tu corazón alberga únicamente amor, justicia y cosas celestiales, que tu conversación está en los Cielos y que habitas con tu espíritu en ese Cielo que llevas encerrado dentro de ti.

¡Dichosos aquéllos que son como tú! ¿De qué te afliges, árbol hermoso mío, manzano dulce y suave olivo, si tú das frutos celestiales endulzados con la Sabiduría que somos Nosotros, luminosos cual puro aceite encendido con la Luz que somos Nosotros?

¡Permanece en paz! Permanece en paz, amada mía, fiel mía, enamorada mía y *pequeña esposa mía.* Permanece y continúa en paz. Tú haces lo que Yo quiero. Quien te combate no te hiere a ti sino a Mí, porque a Mí, únicamente a Mí me combate, puesto que Yo, y *ningún otro que Yo,* soy el que poseo, domino, esplendo, amaestro y vivo en ti.

Sigue adelante. Tú haces amar al Señor, a María y a la Celestial Población de los Santos. ¡Sólo por esto, únicamente por esto, tendrás la vida eterna! Y tras todo esto cuenta tu prolongado y creciente amor; y están tus sufrimientos, tu inmolación, todo. ¡Oh, no temas! Tú no puedes errar ya que te hallas inmersa en el amor heroico.

No temas. Lo que se encuentra colmado o sumergido, nada más puede recibir ni ser bañado o sumergido por otro que no sea por aquél en que se encuentra.

No temas. Sigue adelante y perdona.

Los miopes y cuantos por la triple sensualidad, o aunque sólo sea por orgullo, viven en la llanura baja, tienen cataratas en las pupilas del entendimiento y no pueden ver el sol que resplandece sobre las cimas de los montes que se elevan al cielo porque aman el cielo, las alturas, el aire puro y no ven las plantas que el sol hace crecer sobre las cumbres. Esos tales tampoco ven los divinos contactos del Sol Dios con la cima de tu espíritu ni las plantas que tu voluntad de amarme hizo nacer allá sobre la cumbre de tu espíritu y que el Sol Dios hace crecer cada vez más lozanas sin que tempestad alguna las pueda desarraigar.

A cuantas almas se entregan del todo a la Sabiduría se les pueden aplicar las palabras del libro sapiencial: "Me he elevado como cedro sobre el Líbano y como ciprés sobre el monte de Sión. Me he encumbrado como palmera de Cades y rosa de Jericó; como un hermoso olivo en los campos y un plátano en las plazas a la vera de las fuentes. Como planta aromática o de suaves resinas, yo exhalo mis perfumes y saturo de ellos mi 'casa'"[2]. Porque quien se entrega a la Sabiduría exhala Sabiduría. Y la Sabiduría es fértil; es selva útil y hermosa con plantas de toda especie, con flores, frutos y suaves perfumes, alimentada por las Fuentes eternas de su propia Naturaleza: la Divinidad. No es exclusivo de María Santísima este elogio. Ella alcanzó la plenitud de la Sabiduría y las perfecciones todas propias de una criatura. Mas, te lo digo Yo, se predica asimismo de todas las almas que se entregan a la Sabiduría y la Liturgia lo aplica a muchas de ellas que acertaron a poseer la Sabiduría[3].

¿Quién eres tú? ¿Preguntan y te preguntas quién eres? Yo te diré con las palabras de Isaías[4] cuál es tu nombre: "Yo, el Señor, doy y les daré un nombre mejor que el de hijos e hijas; les daré un nombre eterno que jamás perecerá". Te lo digo también con las palabras de Juan el Predilecto[5]: "Al vencedor le daré maná escondido y *una piedrecita blanca en la que estará escrito un nombre nuevo* que nadie lo conoce sino aquél que lo recibe". Yo te lo he dado y no te lo quitaré si tú me permaneces fiel. No te lo quitaré y tú lo llevarás con otros muchos, con todos "aquéllos que vienen de la gran tribulación" a donde no hay ya dolor "porque Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos"[6].

¿Te encuentras en paz, mi pequeña esposa? ¿Acaso no he venido a besarte como te he dicho al principio? ¿No tienes en ti mi miel eucarística? ¿No sientes lo suave que es? ¿No palpitan al unísono con un solo latido nuestros dos corazones? ¿Te embriaga mi Sangre? ¿Brilla mi Sol en ti? ¿Te caldea, te consuela? ¡Oh María mía! Pero, ¡ven, abandónate! ¡Resulta tan bello amarse y olvidar las cuadrigas de Aminadab, tan feroces, tan duras, oscuras, gélidas y materiales...![7]. Ven al amor. Dame tu amor. ¡Tengo tan pocas almas que me amen sin reservas cual tú lo haces...! ¿A qué tu deseo de alejarte empavorecida de las

voces de quienes están entre la hierba y el pantano, como las ranas, que querrían hacer callar al ruiseñor y volar a pleno sol como la paloma, irritándose de no poder hacerlo? Ven, soy Yo ciertamente. Ven. No puedes dudar, no dudes más cuando Yo te tengo así. Ahora bien, el éxtasis no es de todas las horas y tú debes saber permanecer feliz y segura, como ahora lo estás, aun cuando el éxtasis haya finalizado y te cerquen la incomprensión y la desconfianza, *queridas,* de los hombres.

Alma mía, todo pasará; mas Yo me quedaré siempre y para siempre contigo. Tras el Calvario viene la Resurrección y tras la Pasión la Ascensión: para Cristo y para las esposas de Cristo.

Mi paz y mi caridad estén siempre en ti, para ti y contigo».

---

[1] Verdaderamente, cuantos más años pasan más se convence uno de que el fenómeno doctrinal valtortiano no tiene sino estas dos explicaciones posibles:

1.ª O Jesús se le mostró y dictó, y ella no hizo sino describir y transcribir;

2.ª O María Valtorta estuvo de tal manera abismada en Dios e identificada con El, que ya no era ella la que vivía y hablaba sino que era Jesús el que vivía y hablaba en ella y a través de ella.

A este respecto, cfr. Gálatas 2, 19-20.

[2] Eclesiástico 24, 17-21.

[3] Efectivamente, en el Misal llamado de San Pío V, del que se servía María Valtorta y que estuvo en vigor hasta el año 1971, se aplican muchas veces a santos y santas textos bíblicos referentes a la Sabiduría. Por ejemplo: Santo Tomás de Aquino, San Juan Berchamans, Santa Juana de Arco, etc., etc.

[4] Isaías 56, 4-5.

[5] Apocalipsis 2, 17.

[6] Apocalipsis 7, 9-17; 21, 4.

[7] Cantar de los Cantares 6, 11-12.

---

***15-12-46***
***Domingo 3.° de Adviento***

*Dice Azarías:*

«Nuestro Señor Santísimo te ha anticipado el cuadro que hoy canta la liturgia. He venido a consolarte y a reafirmarte, pobre alma, que te sacuden sin piedad para forzarte a decir lo que no es verdad.

Jamás lo digas. Te recuerdo las palabras del Maestro: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". Allí se refería a un impuesto y aquí a una obra. Mas, tanto en un caso como en otro se ha de dar a Dios lo que es de Dios. Por más que, a fuerza de insistir en querer que se reconozca el origen sobrenatural de la obra, llegases a conseguir que ya nadie se ocupase de ella —me refiero a los sacerdotes— déjales hacer. De tres cosas habrán de responder ante Dios: de no haber reconocido la Palabra, de haber escandalizado a muchas almas y de haber faltado contigo a la caridad y faltado igualmente con los que tienen hambre de la Palabra para quienes, usando con ellos de misericordia, dictó la Obra Jesús Santísimo.[1]. Tú, por lo que a ti respecta, al querer hacer lo que Dios quiere, *ya has cumplido* por más que no se te haya dejado hacer. Has cumplido a los ojos de Dios, tanto como portavoz como ejecutora de las órdenes de Dios. Esto te debe bastar. Por lo demás y por lo que hace a otros, piensa en Dios. ¡Oh, cuántas palabras hay en el Evangelio aplicables a este caso![2].

Mas, dichosos siempre los pequeños que sirven al Señor con simplicidad y amor; y ¡ay siempre de aquéllos que con su manera de obrar, opuesta a la bondad del Señor, acumulan sobre sus cabezas los rigores de la Justicia![3]. Y roguemos ahora y siempre para que, con la gracia de la venida de Cristo, se disipen las tinieblas de la mente de muchos.

Y vosotras, almas fieles que, con simplicidad y amor servís y seguís a Dios y a su Voluntad, estad siempre alegres en el Señor. Que el gozo de este amor recíproco y la paz que comunica el decir: "Yo hago lo que Dios quiere", os acompañen siempre en medio de las cruces y de las pruebas. Cualquiera que sea el grado de justicia que alcancéis, sea cualquiera el reflejo que trasluzcan vuestros actos dando a conocer a los hombres las operaciones recíprocas de Dios en vosotros y de vosotros por amor de Dios, sean cualesquiera las gracias que la Bondad eterna os conceda, sed modestos, de suerte que los hombres, al veros, puedan decir: "Este es un verdadero hijo de Dios porque a sus méritos añade la modestia en todos sus actos, palabras y miradas".

Estad muy sobre aviso porque hay miradas que delatan una virtud imperfecta mejor que las palabras manifiestas. Verdaderamente algunos, que en todo lo demás son virtuosos, faltan en esta virtud de la perfecta humildad. La perfecta humildad, ni aun en el secreto del corazón favorece la complacencia de ser buenos y beneficiados por Dios. La perfecta humildad no se turba por las alabanzas ajenas ni adopta actitudes hipócritas de humildad que son refinada soberbia y subterfugio para conseguir más alabanzas. Hay miradas, sonrisas y actos que, sin palabras, dicen bien a las claras que os gozáis de las alabanzas. Y esto ya no es verdadera humildad.

Vosotras, almas que tendéis a la perfección por amor de Dios, sed verdaderamente modestas en todo. El ojo de Dios está siempre sobre vosotras y ve la realidad de vuestros corazones. Recordad de continuo que el Señor puede estar muy cerca con su juicio, pues nadie sabe cuándo vendrá la muerte a liberar vuestras almas conduciéndolas al juicio de Dios. Vivid siempre cual si el Señor se os hubiese de hacer presente en cualquier momento para llamaros a la otra vida.

No os afanéis por nada acordándoos de las palabras de Cristo: "Vuestro Padre sabe lo que necesitáis. Bástale a cada día su afán"[4]. ¿A qué llenaros de tedio y de tristeza por cosas futuras que tal vez no hayáis de ver sino por sugestión u obra demoníaca tendente a llenaros de pavor y haceros dudar de la Providencia? El afán por el día de mañana es como el agua lanzada al fuego dulce de la esperanza en la bondad divina y como la arena echada para destruir las tiernas plantitas de vuestra diaria confianza en Dios.

Jesús Santísimo, al enseñaros la oración dominical, os indicó que digáis: "Danos hoy"[5], no "Danos para todo el año o para toda la vida". Porque el "Pater" es, debe ser, un acto diario de caridad, de fe, de esperanza y de dolor que pide perdón. ¿Nunca habéis pensado que en el "Pater" se contienen los cuatro actos de fe, de esperanza, de caridad y de dolor[6] que la Iglesia pone entre las partes de la oración que un buen cristiano debe hacer diariamente para ayudarse a conseguir estas virtudes, para hacerlas crecer en la propia alma, profesarlas heroicamente frente al respeto humano y al desprecio del mundo, mientras que el acto de dolor es útil reparación y medio de acceder a mayor virtud en lo sucesivo, ya que se presupone que quien reza presta atención a lo que dice, pues, de otra suerte, no sería rezo sino balbuceo de sonidos sin valor alguno, y por eso el acto de dolor debe ser el final de un diario y utilísimo examen de conciencia durante el cual el hombre reconoce humildemente los pecados y omisiones cometidos durante el día, acusándose de ellos con sincero dolor de haber ofendido a Dios?

Meditad y ved cómo en el "Pater" aparecen insertos estos cuatro actos que son de-

bidos a Dios y necesarios para vuestro crecimiento en sabiduría y en gracia. No os afanéis, por tanto, del día de mañana para no caer en tristeza y en miedo. Las vanas preocupaciones alejan de Dios. Son como pantallas opacas y tétricas interpuestas entre vosotros y vuestro eterno sol. Son como cadenas que os mantienen prisioneros aquí abajo, mientras que, sin ellas y con la hermosa confianza en Dios, volaríais con el espíritu a El. Son saetas abiertas a Lucifer por las que puede penetrar para heriros y emponzoñaros.

No os afanéis, antes, en cualquier contingencia, volveos a Dios con plegarias y súplicas unidas a vuestra acción de gracias. Y permaneced en la paz. La caridad, la fe, la esperanza, la humildad, la confianza en Dios y para Dios y la obediencia a sus quereres otorgan esta paz que sobrepuja toda inteligencia. Esté ella en vosotros. Y, con ella en el corazón, gustaréis del Paraíso por anticipado, ya que tener paz es tener a Jesucristo y hallarse establecidos en El.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

[1] María Valtorta insistía en que se reconociese el origen sobrenatural de sus escritos. Por motivos obvios y comprensibles, encontró en ello *enormes* dificultades, y tan sólo cejó en su empeño cuando tuvo conocimiento del consejo del Papa Pío XII: «Publicad esta Obra tal cual está. El que lea la entenderá».

[2] Alude tal vez a *algunas* de las invectivas que figuran en: Mateo 23, 13-39; Lucas 11, 37-54.

[3] Proverbios 25, 21-22 y Romanos 21, 14-21.

[4] Mateo 6, 25-34; Lucas 12, 22-32.

[5] Mateo 6, 9-13; Lucas 11, 1-4.

[6] Probablemente distribuidas de la forma siguiente: 1.ª acto de fe: «Padre nuestro que estás en los Cielos»; 2.ª acto de esperanza: «venga tu reino»; 3.ª acto de caridad: «hágase tu voluntad...»; 4.ª acto de dolor: «y perdónanos nuestras deudas así como nosotros se las perdonamos a nuestros deudores...».

---

***22/12/46***
***Domingo 4.° de Adviento***

*Dice Azarías:*

«¡Aleluya, aleluya, aleluya! El gozo de la Navidad ya está a las puertas. Cantemos por quienes en tal día harán que nazca en ellos el Mesías. Toda Navidad produce resurrecciones de almas. Aleluya para éstas que vienen al Señor que les era desconocido y que, doblando sus rodillas, adoran al Dios Niño. Cobran para ellas realidad las palabras del Bautista: Han preparado el camino al Señor enderezando su yo, colmando las lagunas, abatiendo todo orgullo, abrazando la Verdad que es recta y la humildad que es dulce. Cantemos por los nuevos nacidos al Señor. ¡Aleluya!

Y, a continuación, demos lectura a la epístola paulina. Mucho es lo que Jesús Santísimo te hace sufrir y mucho lo que estás sufriendo. Ofrece tu sufrimiento como la mejor ayuda para quienes en estos días nacen en Dios, y obedece a tu Maestro. Yo escucho y gozo contigo. Por tal motivo poco es lo que habré de decirte de comentario. Con todo, te digo que la epístola de hoy es propiamente para ti y para todos aquellos que tienen un cometido extraordinario en el servicio de todos los fieles a Dios.

"Así pues, que cada cual se considere como servidor de Cristo y dispensador de los misterios de Dios".

Palabra sacerdotal dirigida a los sacerdotes. Mas hay otros sacerdocios además del servicio público al altar manifiesto a todos. Hay consagraciones secretas, secretos ministerios en los que los llamados a los mismos no sirven en éste o en aquél altar sino que sirven en el inmenso Templo de Dios y ofician directamente en su inmenso altar, entregados todos a su servicio con una dedicación absoluta.

Son siervos de Dios y de sus hermanos, dispensadores de la Palabra, de la Luz, de la Sabiduría y de la Misericordia de Dios, de esta Palabra que es como un Sacramento inmaterial que no necesita de medios, de especies ni de fórmulas para ser administrado y comunicado sino que tiene en sí la suma de la Gracia y de la Vida, aquélla que aumenta la luz en las almas a las que la Gracia hizo ya luminosas y que acrecienta la vida en las vivificadas por la Gracia y que, por sí sola, puede proporcionar anhelos de Luz y de Vida y conducir a la Gracia a través de la fuente de siete canales de los Sacramentos hasta entonces olvidados y despreciados.

"El que escucha mi Palabra no morirá eternamente"[1], dijo el Señor Jesús. Porque, efectivamente, si uno no escucha su Palabra y no la escucha a pesar de creerla divina, lo mismo que al que la dice que es Dios, Hijo de Dios, ¿qué valor puede tener para ese tal la fuente sacramental de siete canales? La Gracia infundida por el bautismo muere porque quien no secunda la Palabra peca y, quien peca, pierde la Gracia y, con la Gracia, la Luz y la Vida; y ya no cree en Cristo ni en sus méritos, como tampoco en los Sacramentos ni en las sagradas Jerarquías de la Iglesia y, cual embrión de hombre que se desprende de la matriz, muere al no alimentarse ya con los jugos vitales.

Las "voces" son los dispensadores extraordinarios de la Palabra, nunca suficientemente suministrada, dada la labor continua de las fuerzas adversas contra Ella y contra el espíritu del hombre; y nunca tampoco suficientemente conservada, asimilada, hecha vida del individuo para hacer de éste el ciudadano eterno. ¿Qué se requiere en quienes son *"voces"*, al igual que en los sacerdotes, maestros para la explicación de la Palabra, al tiempo que las *"voces"* son los canales de la misma? He aquí lo que dice San Pablo: "Lo que se requiere en los dispensadores es que todos ellos sean hallados fieles".

Muchos son los llamados, mas pocos los que saben mantenerse fieles a su misión. Este precisamente es un año en el que un alma, a la que tú y el que entonces te dirigía conocísteis[2], él personalmente y tú de referencias, ha cometido su primera infidelidad a la gracia que Dios habíale otorgado y, por consiguiente, se ha dejado influir más poderosamente por las fuerzas tenebrosas. Podía escapar y librarse de las cadenas que le tendía Lucifer, siempre furioso contra todos y, en particular, contra aquéllos a los que ve mayormente caminando por las vías de Dios. ¡Contaba con tantas ayudas de lo alto y hasta de la Tierra...! Con muchas más que tú que de las criaturas no has recibido sino oposición y que *has tenido que hacerte* madura personalmente por tu cuenta, permaneciendo de continuo bajo los rayos de Dios, firme y fiel, por más que de todas partes te hiriese el dolor y quedase justificado este pensamiento: "Dios no me ama". Mas tú te dabas cuenta de que te amaba y de que las tempestades eran predilecciones, ya que te daban a conocer la gran verdad de que únicamente Dios merece todo el amor de sus criaturas y de que tan sólo El sabe amar.

Pues bien, no obstante las grandes ayudas, aquella alma no ha sabido mantenerse fiel. Por el contrario, las mismas ayudas y ciertas ayudas particularmente le han resultado nocivas al unir su imperfecta espiritualidad a la suya igualmente imperfecta. Y así lo espiritual verdaderamente santo se ha ido alejando de la misma. Ruega por ella.

Y este ejemplo – *uno*, si bien te podría aducir mil de ellos; pero éste te lo aclaro en

el fondo del corazón sin nombrarlo aquí por respeto al indeleble carácter sagrado que tiene la persona presentada como ejemplo de una infidelidad que hace obtusos y tenebrosos a quienes la provocan privándoles al propio tiempo de las luces espirituales— te sirva para que seas cada vez más fiel y no te llegue a suceder lo que a otros. Y cuando aciertes a mantenerte fiel e, incluso, sepas que Dios te puede considerar por tal, a quienes te querrían juzgar y aún manifiestan sus juicios —juicios que, en gran parte, ni los mismos que los formulan los creen buenos sino que si los hacen es por razones en parte excusables y en parte inexcusables—, diles las palabras de Pablo, y decídselas asimismo vosotros, dispensadores de la Voz de Dios: "Me importa muy poco que me juzguéis vosotros o un tribunal humano, pues ni aún yo mismo me juzgo, puesto que, si bien yo no me siento culpable de cosa alguna, no por ello estoy justificado, ya que mi juez es el Señor".

Y si habéis de alcanzar la perfecta justicia, vosotras, almas extraordinarias recluidas en criaturas de las que no han desaparecido las reacciones morales propias de la criatura, —a la que debéis tener domada con una heroica, y tenaz lucha del espíritu contra la humanidad a fin de conseguir la victoria final del espíritu sobre la humanidad— no juzguéis a vuestros quilatadores. Este es su verdadero nombre. Ellos son el ácido que prueba el metal de vuestro corazón. Corroen, mas el metal noble destella con más vivo esplendor tras la corrosión dolorosa, apareciendo en toda su real nobleza. Si tan sólo fuese un baño hipócrita de áurea virtud, presto la corrosión de los quilatadores pondría al descubierto el plomo de vuestro interior. No les "juzguéis prematuramente antes de que venga el Señor, puesto que El pondrá al descubierto lo que permanece oculto en las tinieblas y hará manifiestos los consejos de los corazones y entonces cada uno recibirá de Dios la alabanza que le corresponde".

¡Efectivamente! Entonces no habrá vestimenta, calculada manera de hablar, de moverse ni de obrar que impida a la Luz descubrir los más secretos repliegues de los espíritus. No habrá entonces calumnia, insinuación, negación ni nada que pueda mancillar el espíritu heroico del dispensador fiel. Las sombras esparcidas por las malas voluntades ajenas sobre las páginas inmaculadas de los espíritus fieles en las que Dios escribió su Palabra para que ellos la distribuyesen a los hombres, quedarán reducidas *a nada, porque Dios las disipará* y aparecerá la entereza sin manchas de los espíritus fieles a su misión, aceptada, cumplida y sobrellevada, puesto que, si bien es elección, es también fatiga y dolor para gloria únicamente de Dios. Aceptada, cumplida y sobrellevada en medio de los obstáculos interpuestos de continuo a las *"voces"* para hacerles más penoso su servicio. Servicio que si lo pueden soportar es porque, si bien en torno a las *"voces"* se apiña la turba de los atormentadores, como sucedió con Cristo durante los tres años de su misión y muy especialmente por el camino de la Cruz, al lado de las voces está el Cirineo divino, el mismo Cristo, *porque el Señor está junto a quienes le invocan con sinceridad.*

¡Sea dada gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo!».

---

[1] Juan 8, 52-53.

[2] El director espiritual aquí aludido es el P. Romualdo M. Migliorini, O.S.M. La otra persona aparecerá probablemente determinada a través del Epistolario y de otros escritos autobiográficos valtortianos todavía inéditos.

*29/12/46*
***Domingo infraoctava de Navidad***

*Dice Azarías:*

«La Palabra de Dios es siempre juicio y está puesta permanentemente como piedra de contraste ante los hombres. Según sea su metal, así son diversas las reacciones y, según sean las reacciones, así es también el juicio de Dios.

La Palabra de Dios, que bajó por primera vez a medianoche en tiempos de la ira para ser castigo inexorable contra los conculcadores de los siervos de Dios y por segunda vez, a medianoche, en el tiempo de la misericordia para ser potentísimo amor salvífico, continúa siendo, a través de los siglos, juicio y piedra de contraste de los hombres. Castigo inexorable para quienes se burlan de Ella y por su causa persiguen a los que permanecen fieles a la misma. Y por el contrario, amor potentísimo que salva y amaestra para los que, con buena voluntad, van en busca de esta Palabra y la aman como a esposa muy querida de su espíritu, de la que jamás se apartan por encontrar en Ella todas sus delicias.

El descenso de la Palabra sobreviene generalmente en el silencio de las horas íntimas, cuando el hombre se encuentra dentro de sí mismo recordando sus actos, estos actos que realizó durante el día con el deseo humilde de obedecer al Señor en sus preceptos de santidad y de doble amor, o con descarado desprecio de Dios, de la moral y del amor.

Con dulce y prolongado coloquio del Espíritu Divino con el espíritu del hombre, o con un breve y fulgurante grito de Dios al pecador, la Palabra de Dios desciende a las horas más impensadas eligiendo el momento en que el yo se encuentra solo consigo mismo. Y canta el amor o ruge la ira, dulce como caricia o temerosa cual chasquido de saeta, promesa de una más grande beatitud o advertencia de un rayo tremendo de Dios. Y, por más que amenace, por más que aterre, es siempre misericordia. Aterra queriendo levantar de nuevo. Fulmina para purificar y ciega para dar visión.

Los caminos de Damasco se repiten para infinidad de criaturas. Y dichosos aquéllos que supieron alzarse sobre sí mismos con la materia reducida a cenizas por la misericordia de Dios, con sus ojos cerrados a las vanidades del mundo dispuesto a transformarse de enemigos en siervos de Dios y tanto más dispuestos cuanto más les hace Dios ver lo que han de sufrir por su Nombre.

Y dichosos igualmente aquéllos que, habiendo sido siempre amigos de Dios, no se ensoberbecen por la Palabra que les ama, antes, con humildad, la obedecen en cuanto les ordena y aconseja y, sin cálculo alguno ni avaricia, la ponen en práctica y la difunden movidos únicamente por el amor, el honor y la gloria de Dios.

Son dichosos todos ellos, lo mismo los que caminan hacia la perfección siguiendo la marcha constante de su buena voluntad que aquéllos que lo hacen mediante una intervención milagrosa de Dios que les anonada cuando van por el camino del Mal a fin de hacerles retornar al camino del Bien mediante la Palabra, cambiándoles de niños que eran a adultos, dispuestos a recibir la herencia paterna cual corresponde a hijos inteligentes, dignos de llevar tal nombre.

El estar bautizados y ser cristianos por la virtud del Santo Bautismo, habiendo nacido por él a la Luz y perteneciendo a la gran Sociedad de los "vivientes", es una gran

cosa. Mas eso no basta. Bastaría, es cierto, si en la infancia material el alma se presentase a Dios reclamada por El. Nada más se requeriría entonces para entrar a formar parte del gozoso pueblo de los Cielos. Pero, como todo aquél que nace de mujer crece en edad, *debe* asimismo, a semejanza del Primogénito de todos los nacidos y de todos los "vivientes", *crecer igualmente* en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres[1].

La Santa Iglesia, Esposa de Cristo y Madre por tanto, Madre fecunda de sus nacidos, vela y administra los tesoros de su Esposo, los infinitos tesoros que Cristo acumuló y que con su Sacrificio hízolos fuentes perennes de Gracia y de Salvación. Y, de esta suerte, las almas pueden crecer y nutrirse, crecer y robustecerse, crecer y alcanzar la edad adulta en la que, de niños que aún no pueden hacerse cargo de la herencia paterna, llegan a ser herederos que toman posesión de los bienes del Padre.

La Iglesia ofrece al lactante y al chiquitín el alimento que debe tomar. Ahora bien, si éste lo rechaza o lo recibe con náuseas, si prefiere mezclarlo con otros alimentos o sustituirlo sin más, en vano la Madre Iglesia le ofrecerá los alimentos que hacen del chiquitín un adulto espiritual, uno que "vive" y que "ve", ya que tiene en sí la Vida y la Luz como amigas. El niño en tal caso no crecerá sino que morirá o, cuando menos, quedará estancado en el infantilismo que, si bien no es culpa, tampoco es santidad heroica y así, mediante una larga expiación, deberá alcanzar la edad perfecta en medio de los fuegos purgativos y misericordiosos. El niño entonces, el espíritu perezoso, apático y desganado no pasará, a la hora de su muerte, de niño a heredero sino que deberá sufrir por largo tiempo para reparar sus tibiezas, egoísmos y ligerezas hasta alcanzar la edad perfecta.

"En tanto que el heredero es niño, por más que sea dueño de todo, en nada difiere del siervo y permanece bajo tutores y cuidadores hasta el tiempo prefijado por el padre". He aquí contenida en las palabras precedentes la advertencia de que el hombre, siempre niño en la perfección respecto a la Infinita Perfección, está obligado a permanecer bajo tutela y en la obediencia de su Madre la Santa Iglesia, la cual, perfecta como es en las cosas del espíritu, sabe cómo conducirle, con qué alimentos nutrirle y con qué medicamentos curarle para defenderle de los venenos del pecado original, de la carne, del Mundo y de Satanás. Por más que se borre la mancha, el fomes[2] no desaparece y Satanás sopla en el fuego rastrero del fomes para que, además de serpentear causando quemaduras molestas, se avive produciendo llama que abrasa y destruye. La Santa Iglesia esparce sus bálsamos, sus crismas, sus aguas y la Sangre Divina de Cristo para calmar las tempestades, apagar las llamas, medicinar las quemaduras, hacer incombustible al espíritu para que no sea pasto de las llamas y reconforta con el Cuerpo y la Sangre vivificantes de Jesús Santísimo al que se ve exhausto de fuerzas por su lucha contra los repetidos asaltos de Satanás y de la carne.

Por eso, el tomar el alimento que ofrece la Santa Madre Iglesia Romana, Unica, Católica y Universal, es, si se quiere vivir y llegar a ser herederos del Reino del Padre, un deber más que una necesidad. Por lo que quien *así no lo hace, acudiendo de continuo* a sus tesoros, se expone imprudentemente a los desfallecimientos y a la muerte. Y, asimismo, el que asegura no ser necesario todo eso y que la Santa Iglesia es una institución inútil de la que no necesitaron las almas que supieron hacerse espirituales, se expresa de un modo satánico y por su boca habla aquél que odia a la Iglesia en la misma medida que a Cristo, al que, aun antes de que existiese el hombre, se negó a rendirle adoración[3].

No podéis, os es imposible llegar a ser espirituales sin los auxilios del Espíritu de Dios que os vienen a través de los *Sacramentos y de la Iglesia*.

No podéis, no podéis en manera alguna conservaros espirituales, si es que por la gra-

cia de Dios y mediante los alimentos que la Madre Iglesia os ofrece llegásteis a serlo, si no continuáis viviendo en Ella, con Ella y de lo que la misma os proporciona.

¡Ojalá pudiéseis permanecer sumergidos como están los peces en la pecera, en la fuente de siete brazos, sin jamás salir de ella, para que así os viéseis libres del mordisco de Satanás! Aquél que dice: "Dios está conmigo y, por tanto, ya no tengo necesidad de la Iglesia", por este solo pensamiento soberbio se aparta de la Iglesia y de la Vida y a los ojos de Dios aparece manchado con la baba de la infernal Serpiente.

Tanto más creceréis en sabiduría y en gracia, cuanto más viváis obedeciendo y amando a la Santa Iglesia de Cristo. Tanto mayor robustez viril de los fuertes alcanzaréis, cuanto más succionéis la Vida de sus santos pechos. Y tanto más estaréis en Dios y con Dios, y tanto más estará Dios con vosotros, cuanto más estéis en la Santa Iglesia Romana, Católica y Apostólica por cuyo cuerpo circula la Sangre Santísima de Jesús. Señor mío y vuestro. ¡Ay de quien de Ella se aparta! ¡Ay, tres veces ay, de quien hace que otros se aparten de la Iglesia! ¡Ay de quien, poniendo a prueba a las almas o seduciéndolas, las tienta para que se aparten o relajen sus contactos con Ella, diciendo: "No acudáis a la fuente ni al granero porque, si es verdad que estáis con Dios y Dios con vosotras, nada importa que dejéis de nutriros con los alimentos eclesiásticos"; o bien: "Mientras Dios esté con vosotras, podéis muy bien dejar de hacer eso".

Nunca hasta ahora llegó la orden ni el consejo, procedente de la Palabra, de prescindir de la Iglesia ni de sus jerarquías. Y nunca tal sucederá, pues es una institución eterna contra las que ni Satanás podrá conseguir victoria. Y por más que ahora la violencia del infierno y la avalancha de las herejías y de los pecados del mundo parezcan quererla atropellar, todo ello no pasará de ser un rudo golpe que la hará tambalear y sufrir, pero del que saldrá más hermosa, resultando de biso brillante sus vestidos a los que tantas cosas empolvaron y de púrpura su manto de perseguida. Lágrimas y sangre son necesarias para blanquear el biso y empurpurar el manto de la excelsa Esposa de Cristo que no ha de morir.

Tras la oscuridad viene la luz. Siempre es así: en la creación del mundo, en el despuntar del día, pasada la noche, y en el sucederse de las épocas y de las eras. La propia corrupción produce de la muerte elementos de vida. De las oscuras fosas de los comentarios se desprenden llamitas danzantes, recogidas, podrían suministrar luz y calor. Hasta en los períodos espirituales más tristes en los que, al parecer, la Muerte haya de apagar la Vida, las Tinieblas vencer a la Luz y la materia aniquilar al espíritu, la Vida, la Luz y el espíritu vienen a quedar vencedores. Resultan atropellados y quedan ocultos, como sucede con el grano lanzado al surco y cubierto de estiércol durante los triste meses del invierno. Parece quedar despreciado ese grano sepultado bajo capas de polvo y entre el hedor del estiércol. Parece hallarse perdido para el sol y el sol para él. Mas, precisamente, por estar allá abajo mortificado, apretado y oprimido por el polvo, puede echar raíces y no ser ya granito ligero que el viandante puede triturar con el pie, el viento desplazar a cualquier lugar y el pajarillo engullir, antes llegar a ser una planta estable, galana, útil, próspera, multiplicada de valor y de poder, benéfica y triunfante bajo el sol de los meses más bellos.

La Luz parece oscurecerse y llegar la Muerte[4]. La corrupción inunda y anega con sus densas ondas. No temáis. Es lo que se necesita para hacer despertar a los adormecidos y hacerles desear las voces de lo alto. La lucha es útil para mantener fuerte al atleta. Las náuseas de la corrupción hacen desear lo que es puro. Las tinieblas impelen a buscar la luz y el materialismo, llevado a límites pavorosos, engendra impulsos hacia la espiritualidad.

La Humanidad, prendida como una pelota por Satanás, pues habíase adormilado en la neblina de épocas sin luchas religiosas y lanzada con escarnio al fango, por la propia reacción del golpe saldrá rebotada a lo alto. Llegará la era del espíritu tras ésta de materialismo. La era de la Luz retornará después del oscurantismo actual. La era de la Vida sucederá a la casi mortal agonía. *Surgirá la era de Dios para prestar fortaleza en la lucha* postrera. Y, por último, la era de Dios reinará después de la de Satanás.

¡En pie, cristianos, con la plenitud de vuestra caridad, por Dios, por la Iglesia, por el prójimo y por vosotros! Dios Padre os envió a su *Hijo*, y *Hermano vuestro por la Madre*, a fin de que fuese vuestro Maestro y Redentor y vosotros fuéseis hijos de Dios. Y, al ser hijos, Dios infundió el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones y así El grita por vosotros: "¡Abba! ¡Padre!".

El hombre, aún el más perfecto, nunca sabría rogar con esa amorosa violencia que obtiene el milagro, *todos* los milagros. Y entonces, he aquí que el Espíritu de Dios ruega en vosotros para vosotros a fin de obtener cuanto os es útil y necesario y que, por ser santo, sirve para santificaros. Es siempre el Espíritu del Señor el que, encerrado en los corazones de los fieles, suplica y grita con gemidos inenarrables: "¡Abba! ¡Padre!".

Y lo dice por vosotros: ¿De qué teméis, pues, cuando podéis llamar "Padre" a Dios? ¿Cuando el mismo Espíritu de Dios lo dice por vosotros, confesando que podéis llamaros hijos del Padre y que sois hijos de Dios? ¿Cuando el mismo Espíritu al que Dios ama infinitamente, siendo una misma cosa con El, ruega y clama por vosotros?[5].

Arriba, pues, y no temáis por las cosas que suceden. No temáis. No sois siervos que pueden ser desposeídos de un momento a otro y carecen del derecho a los bienes del Padre de familia sino que sois hijos, nacidos a la Verdadera Vida por los méritos de Cristo y conservados en ella por estos mismos méritos que la Esposa de Cristo maternalmente os ofrece. Sois hijos, y por ello, no puede seros arrebatada la herencia paterna que, igualmente, tampoco puede ser desbaratada, ya que el Reino de los Cielos es intangible a los elementos disgregadores que en la Tierra, a falta de coraza, dañan y menoscaban. Los rayos de Satanás y las desencadenadas ordas de los ensatanados, las lúgubres ordas del negro Príncipe Rebelde, no alcanzan las luminosas playas en las que es completo el gozo de los santos, donde la paz se perfecciona y donde es tan sublime la caridad que sólo más allá de la vida conoceréis su magnitud y su superbeatífica dulzura.

Este gozar, este permanecer en paz, esta posesión de la Caridad es ya dicha de los verdaderos siervos de Dios aquí donde os encontráis y que yo, ángel del Señor, os la auguro cada vez más perfecta; dicha que allí os aguarda. Vuestra es. Es de quienes, contra todo y contra todos, saben llegar a ser y continuar siendo hijos de Dios.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

[1] Lucas 1, 80; 2, 39-40 y 51-52.

[2] El fomes, según Santo Tomás, es la desordenada y habitual concupiscencia del apetito sensitivo y tiene dos efectos: la inclinación al mal y la dificultad con respecto al bien.

[3] Formulación breve y clara de cuanto se dijo en el comentario de la Santa Misa de la Inmaculada.

[4] Lo que sigue es de un realismo, de un optimismo y de una exactitud teológica verdaderamente *impresionantes*. A Cristo *debe* asemejársele su Iglesia. Ella, que es sacramento de universal salvación, *debe* participar plenamente en la suerte del Misterio Pascual del Divino Salvador. Para la Iglesia, por tanto, no se dará plenitud del Espíritu Santo, glorificación, asunción y resurrección sino *tras* la muerte, la sepultura y los sufrimientos espirituales, morales y físicos. ¡Es necesario penetrar esta gran verdad!

[5] Además del fragmento de la epístola a los Gálatas 4, 1-7, aquí comentado, véase: Romanos 5, 1-5; 8, 14-27.

*5/1/47*
***Santísimo Nombre de Jesús y Vigilia de la Epifanía***

*Dice Azarías:*

«Las Santas Misas de hoy: Domingo que celebra el Santo Nombre de Jesús y, a la vez, la Vigilia de la Epifanía, son un canto a la obediencia, a esta gran virtud que, a seguido de las tres virtudes teologales, debería ser amada y practicada a la perfección y que, por el contrario, apenas si es observada u observada mal y aún menos amada. Y, con todo, ella es uno de los pilares del Increado y de lo Creado, indispensable para sostener el edificio de la santidad. Alma mía, contemplémosla juntos y verás que ella, doquiera esté, es cosa buena.

La Obediencia en el Increado: El Verbo obedece al deseo del Padre. Y esto, siempre. Jamás se niega a ser Aquél por cuya Palabra se realizan los quereres del Padre. Se conocen las obediencias perfectas del Verbo Divino. Brillan para vosotros, mortales, desde las primeras palabras del Génesis: "Dijo Dios: Hágase la luz". Y, he aquí que, al momento, expresó el Verbo el mandato que el Padre pensara, y la luz fue hecha. Fue la luz y el Verbo, que tomó Carne entre los hombres, declaróse muchas veces "*Luz*", y Luz fue llamado por la boca inspirada del Apóstol Juan: "En el principio era el Verbo y el Verbo estaba junto a Dios y el Verbo era Dios. El estaba en el principio junto a Dios. *Todas las cosas fueron hechas por medio de El*, y sin El ninguna de las cosas creadas fue hecha. En El estaba la Vida y la Vida era *la Luz* de los hombres. Y *la Luz* brilló en las tinieblas; mas las tinieblas no la comprendieron. Hubo un hombre enviado por Dios. Su nombre era Juan. El vino como testigo para *dar testimonio de la Luz* a fin de que todos creyesen por medio de él. No era él la Luz sino que vino a dar testimonio de la *Luz*. El Verbo era *la Luz* verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo"[1].

Esta página seráfica del seráfico que conoció a Dios y no sólo al Dios-Hombre, Salvador y Maestro, sino a Dios, el Incognoscible, cuya Naturaleza llegó a comprender, es verdaderamente un canto, el canto de la verdad sobre la Naturaleza del Verbo que presta alas al alma del que sabe escucharlo, alas para subir hasta la contemplación del Verbo que se hizo Hombre para proporcionar la Vida y la Luz a los hombres.

El Verbo tomó por característica suya el nombre de "*Luz*" bautizándose casi a Sí mismo con este nombre que El pronunció en su primer acto de obediencia al Padre: "¡Hágase la luz!".

El Verbo obedeció siempre. Díjole el Padre: "Tú serás Hombre porque sólo Tú puedes instruir a la Humanidad". Y dijo el Verbo: "Seré Hombre. Hágase tu Voluntad"[2]. Dijo el Padre: "Tú morirás porque solo tu Sacrificio podrá redimir a la Humanidad". Y dijo el Verbo: "Yo moriré. Hágase tu Voluntad"[3]. Dijo el Padre: "Y morirás sobre la Cruz puesto que, para redimir al mundo, no me es suficiente el sacrificio de tu vida entre los dolores de la muerte por enfermedad". Y el Verbo dijo: "Y moriré sobre la Cruz. Hágase tu Voluntad"[4].

Pasaron los siglos y el Verbo, llegada su hora, se encarnó en el Seno de la Virgen y nació como todos los nacidos de hombre[5]: pequeñín, débil, incapaz de hablar y de caminar. Y creció lentamente, al igual de todos los hijos de los hombres, obedeciendo hasta

en esto al Padre que le quería sujeto a las leyes comunes para preservarle de las insidias de Satanás y de los hombres, acechadores feroces a la espera del temido Mesías, y para prevenir las futuras objeciones de los negadores y de los herejes contra la *verdadera Humanidad* del Hijo de Dios.

Creció, *obedeciendo*, en sabiduría y gracia. Se hizo hombre y menestral, *obedeciendo* a Dios Padre y a los padres[6]. Llegado a los 30 años, vino a ser el Maestro para instruir a la Humanidad, *obedeciendo*. Transcurridos tres años y tres meses y, llegada la hora de morir y con muerte de Cruz, *obedeció* repitiendo: "Hágase tu Voluntad"[7].

Y obedecer cuando la obediencia es tan sólo de pensamiento, es fácil todavía. Decir: "Tú harás...". Y responder: "Yo haré", mediando años entre la orden y su ejecución —en el caso de Cristo: siglos— es todavía fácil. Mas responder: "Hágase tu Voluntad" cuando la Víctima tiene ya delante todos los instrumentos de la Pasión y se ve en el trance de abrazarlos para cumplir la voluntad de Dios, es mucho más difícil[8]. Todo repugna a la persona humana: el dolor, las ofensas, la muerte. Y en el caso de Cristo, el peso también de los pecados de los hombres que se acumulaban sobre El, Redentor próximo a las puertas de la Redención. Ahora bien, Jesús *obedeció* diciendo: "Hágase tu Voluntad" y murió sobre la Cruz tras haber sufrido y cumplido todo[9]. Esta fue la obediencia en el Increado.

La Obediencia en lo Creado. Los elementos, que estaban revueltos en el caos, obedecieron ordenándose. Recordad aquí las palabras del Génesis para que no digáis que la portavoz oye defectuosamente. "Dios creó el cielo, y la tierra estaba informe y vacía. Las tinieblas cubrían la faz del abismo y el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas". Y dijo Dios: "Hágase la Luz"[10]. El aire, el agua, el fuego y la luz estaban, pues, hechos, si bien no se hallaban separados y ordenados. Dios les mandó separarse y ordenarse conforme a la ley que les daba y ellos *obedecieron* y *obedecen* desde hace millares de años, haciendo el día y la noche, los mares y las tierras, y trabajando el fuego en las venas del globo para preparar los minerales de los que el hombre necesita.

La Obediencia en lo Creado: Dios, después de haber hecho el cielo, es decir, los astros de la atmósfera, los esparció por ella mandándoles seguir una determinada ruta inmutable, y los astros obedecieron. Dios, después de haber hecho la Tierra, es decir, una vez puesta compacta y ordenada la materia antes dispersa y confusa de polvos y aguas, creó las plantas y los animales de la Tierra y de las aguas mandándoles fructificar y multiplicarse. Y los animales y las plantas *obedecieron*.

Vino después el hombre[11], la criatura-rey de la creación, y Dios le dio al hombre un mandato que obedecer. Y la obediencia del hombre habría mantenido a la Tierra en situación de un Paraíso terrenal en el que la muerte, el hambre, las guerras, las desventuras, las enfermedades y las fatigas hubieran sido cosas desconocidas, y la vida del hombre una gozosa estancia de paz y de amor en la amistad de Dios hasta su tránsito a la Morada celestial, del modo que lo fue para María Santísima, que no murió *sino que se adormeció en el Señor, despertando sobre su Seno, bella y glorificada con su espíritu perfecto y con su carne sin mácula.*

Pero Satanás no quiso esta dicha en el hombre, esta dicha muy poco inferior a la de los ángeles[12], con la diferencia entre los ángeles y los hombres consistente en el gozo por los hijos habidos sin concupiscencia, que es siempre dolor, y sin dolor, fruto éste de la concupiscencia. Y el hombre, secundando el deseo de Lucifer, desobedeció atrayendo para sí y sus descendientes todas las consecuencias de la desobediencia que nunca es buena y acarrea siempre ruinas[13].

Desde entonces, desde que el espíritu del hombre se contaminó con la desobedien-

cia, característica de Satanás, tan sólo los amantes de Dios saben obedecer y, sobre esta base que es el espíritu de obediencia, santificarse.

La obediencia que, al parecer, es inferior a las tres virtudes teologales, únicamente porque ni siquiera se la nombra entre las cuatro virtudes cardinales, en realidad se halla presente en todas de un modo indeseable. Ella es como el sostén sobre el que todas se apoyan para crecer en vosotros.

Meditadlo: ¿Cómo podéis tener la Fe? Obedeciendo a Dios que os dice y propone que creáis todas sus verdades y misterios, y obedeciendo a cuanto os indica la Santa Iglesia: Voz de las voces de Dios. ¿Cómo podéis tener la Esperanza? Aquí también, obedeciendo a Dios que os infunde esta virtud diciéndoos que debéis esperar en El que os dará todas sus ayudas y misericordias para alcanzar la Vida eterna y su posesión. ¿Cómo podéis tener la Caridad? Obedeciendo al precepto del amor para con Dios y para con el prójimo.

¿Cómo podéis tener la Prudencia? Permaneciendo obedientes a los preceptos de Dios y a sus consejos que tienen por fin el enderezar todos los actos del hombre a su justo fin.

Y ¿cómo la Justicia? Obedeciendo a la Ley de la moral sobrenatural, la cual os enseña a hacer a los demás lo que no querríais que os hiciesen a vosotros[14]. Y ¿cómo la Fortaleza? Obedeciendo heroicamente a Dios del que sabéis es más grande que todas las cosas creadas y por el cual debéis estar dispuestos a padecer todo a fin de conservarnos fieles a El y poseerle eternamente; obedeciendo heroicamente con su promesa dentro del corazón: "Yo estaré con vosotros a la hora de las pruebas"[15]. Porque esto es lo que prometen todas las palabras de la Verdad que os preciso saber entender en su verdadero espíritu: Hacer y no temer. Dios está con quienes son obedientes a su querer. Los perseguidores se quedan aquí abajo y a vosotros, que obedecéis a Dios, no os alcanzarán más allá de la vida. Y día llegará en que os volverán a ver y quedarán estupefactos al contemplaros entre los benditos[16].

Y ¿cómo podéis tener la Templanza? Por la obediencia asimismo a las prohibiciones santas de Dios y a las limitaciones puestas a vuestra salvación a fin de que uséis sin peligro de las cosas temporales.

Ya véis cómo la Obediencia, virtud silenciada, se encuentra en todas las virtudes. *En todas.*

Y, una vez que ya hemos hecho el elogio de la obediencia, meditemos ahora la Santa Misa del Nombre Santísimo de Jesús.

Jesús obedeció igualmente al tomar el Nombre que el Padre quiso que llevase. No objetemos los hombres diciendo: "¡Claro que tomó ese Nombre puesto que era el Salvador!"[17]. Tal vez dirán también: "Salvador habíanle llamado ya los profetas". Los hombres están siempre empeñados en rebajar la heroicidad de las virtudes de los santos y, ¿cómo no?, también la perfecta heroicidad del Santo de los Santos: de Jesús, el Hijo de Dios y de María.

Había multitud de nombres en la lengua de Israel que habrían podido servir para dar a entender quién era el hijo de María. Podía haberse llamado Eliseo, Joab, Jonatán, Malaquías, Matías y Matatías; Zaqueo, y Zebedeo, Natanael y Urías, como también Joaquín, puesto que el Señor Dios encumbró a su Verbo por cima de la cruz, del mundo y de todas las criaturas[18]. Y ahí estaban también los nombres usados por los Profetas bajo el impulso del Espíritu Santo para señalar al Verbo Encarnado[19]. Por eso no hay por qué decir que únicamente El debía tomar ese Nombre. Pero lo tomó porque así lo quería su

Padre. Y María y José, otros heroicos obedientes, se lo impusieron al Niño porque así "el ángel lo había llamado antes de que El fuese concebido en el seno materno".

Qué quiere decir "Jesús" ya te lo expliqué y con mayor amplitud que lo hacen comúnmente los doctos. Mas al poder y justicia de este Nombre puedes tú ahora añadir asimismo el conocimiento de la virtud que encierra: la Santa Obediencia tomada por su fiel compañera en las grandes y pequeñas empresas, lo mismo que el hecho de adoptar el Nombre que habría de llevar eternamente como Dios-Hombre. Ese Nombre ante el cual ha de doblarse toda rodilla en la Tierra, en el Cielo y en el Infierno y toda lengua confesar que el divino Señor Jesucristo está en la gloria del Padre. Ese Nombre que es más admirable que el llevado por criatura alguna[20]. Ese Nombre que, con sólo nombrarlo, obra milagros y libra de los demonios por ser el Nombre Poderoso del Omnipotente. Y qué y cuán omnipotente sea, y qué milagros opere al tenerlo entre vosotros, tú misma lo has experimentado más de una vez en su verdadera dimensión.

Decir "Jesús" es ya dirigir al Padre de los Cielos una oración y una súplica que El jamás rechaza. Decir "Jesús" es vencer a las fuerzas enemigas, cualesquiera que sean. Satanás y sus tenebrosos ministros no pueden retener su presa si ella u otro por ella grita: "¡Jesús!".

Alabemos tú y yo este Nombre, y alabemos a Jesús al pronunciarlo y quererlo por rey en las casas para restablecer la paz y la alegría, el orden y el amor allí donde Lucifer los perturbó. Lo dice el Príncipe de los Apóstoles, convertido a la sazón en verdadero apóstol y maestro del bautismo pentecostal: "Sea notorio a todos vosotros y a todo el pueblo de Israel cómo en el nombre de Jesucristo Nazareno... por la virtud de este Nombre este hombre es saludable ante vosotros... No se da otra salvación *ni hay otro Nombre bajo el Cielo... por cuya virtud podamos salvarnos*".

El Nombre del Obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz, es siempre el nombre victorioso sobre todo. Aun hoy mismo has visto cómo en virtud del amor y del Nombre de Jesús, aquél que tú sabes está *sano* ante quien anteriormente lo conocía enfermo. Se encuentra liberado. El Nombre de Cristo mantenga alejada de él la vuelta del Mal que odia a cuantos quieren vivir en la Ley de Dios[21].

Que odia. Como odió a María y a José, por ser obedientes al Señor, instigando todo aquello que pudiera dañarles y causarles dolor. Que odia. Como odió a los tres Sabios[22] tentándoles con la insinuación de que sus obsequios pudieran resultar en perjuicio del Divino Niño y lo mismo en relación con ellos mismos al sentirse buscados por Herodes, chasqueado e irritado por su fuga. Ellos también eran obedientes. Obedecieron a las voces de lo alto. Y esto, siempre: bien cuando tales voces les dijeron: "Poneos en marcha para ir a adorar al nacido Rey de los judíos", como cuando les decían: "No volváis a pasar por Herodes". Obedecieron, mereciendo con ello doblar sus rodillas, como primicias de todos los pueblos, ante el Cristo, ante Jesús: Hijo de Dios y de María.

La vida de Cristo, como la de sus padres y amigos se resume toda ella en la obediencia. La obediencia pavimenta el sendero del Señor y por él transitó en compañía de su Madre y de José desde los primeros instantes de su vida terrena. Es más, párvulo aún incapaz, por él le llevaron quienes, por querer de Dios, representaban para El y junto a El a Dios: el Padre putativo y la Madre Virgen. Y si, por la Gracia de que estaba llena, sabía la Madre que no hacía falta enseñar al Niño los caminos de la Justicia, José, que desconocía todos los misterios que María guardaba en su corazón —recuerda a este respecto la explicación contenida en el libro de la Infancia de Jesús Nuestro Señor—, como era tan santo, quiso enseñar al Niño, desde los primeros albores de su inteligencia, que se ha de

obedecer a las órdenes de Dios, siquiera supongan éstas: destierro, mayor pobreza y dolor[23]. Y María, Esposa humilde y prudente, secundó al esposo, portándose lo mismo que él con el Niño, al que, para desorientar a Satanás, le trataban como a cualquier otro niño de su edad.

¡Qué virtud tan profunda se revela en estas palabras consignadas a seguido de las otras relativas a la obediencia en el nombre que había de imponerse al Niño! "Y José, *se levantó de noche*, tomó al Niño y a la Madre y se retiró a Egipto, donde se quedó..."[24] y en estas otras: "Y El, se levantó, tomó al Niño y a la Madre y retornó a la tierra de Israel... y, advertido en sueños, se retiró a Galilea..."[25].

Obediencia pronta y absoluta, tanto en no responder palabra alguna para discutir, como en no esperar siquiera a la mañana para ponerla por obra. Y esto, no sólo la primera vez, cuando el retraso de una hora podía significar la "muerte" incluso para el Niño, sino también la segunda, en la que la partida era menos urgente y en la que, por el contrario, el dejar la ciudad que les prestara hospitalidad significaba perder de nuevo la clientela y, por tanto, las ganancias y aquél mínimo que con su trabajo había otra vez recobrado. No sabía José qué habría de encontrar al volver a su patria; y, con todo, parte porque Dios lo quiere y a donde Dios quiere.

Una vez tan sólo dudó José y esto, de una criatura[25]. Jamás de Dios. Ahora, aventajado en la virtud por la proximidad de María[27], ya no dudaría, no duda ni de las criaturas. Lo acepta todo y dice a sí mismo: "Me fío del Altísimo. El conoce los corazones de los hombres y me salvará de las asechanzas de los embusteros y de los impíos". Pero de las voces del Cielo... nunca dudó ni duda. Y así, marcha.

Imitad la obediencia de los elegidos y de los Predilectos que aparece luminosa en las dos Santas Misas de hoy y en la correspondiente a mañana. *El que sabe obedecer reinará. Porque si la caridad es Dios, la obediencia es señal de filiación divina.*

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

1 Juan 1, 11-9.

2 Hebreos 10, 5-7.

3 Filipenses 2, 5-11.

4 Filipenses 2, 5-11 y Hebreos 10, 5-10, etc.

5 Como aparece claro por el contexto, la frase «nació como todos los nacidos de hombre", *no* se refiere *al modo del parto sino a la condición del nacido*; esto es, no afirma que María, al dar a luz a Jesús, hubiese perdido su virginal integridad sino que afirma que el Niño Jesús, una vez nacido, se comportó "como todos los hijos de los hombres" (cfr. Romanos 8, 14; Gálatas 4, 1-7; Hebreos 4, 14-16).

6 Lucas 2, 51-52.

7 Mateo 26, 36-46; Marcos 14, 32-42; Lucas 22, 39-46; Hebreos 5, 7-10.

8 Releer los puntos evangélicos de la nota precedente y pensar que Jesús, en el Huerto de los Olivos, próximo ya a morir, sudó sangre: Lucas 22, 44.

9 Mateo 27, 45-50; Marcos 15, 33-39; Lucas 23, 44-46; Juan 19, 28-30.

10 Génesis 1, 1-5.

11 Génesis 1, 26; 2-25.

12 Alusión al Salmo 8.

13 Génesis 3; Sabiduría 2, 23-24; Romanos 5, 12-21.

14 Mateo 7, 12; Lucas 6, 31; Romanos 13, 8-10.

15 Mateo 28, 16-30; Lucas 22, 28-30.

16 Sabiduría 5, 1-5; Mateo 25, 31-46.

17 Mateo 1, 18-25; Hechos 4, 5-12. El nombre de Jesús significa: «Jahvé salva», o lo que es lo mismo: «Dios salva».

[18] Juan 3, 14-18; 12, 28-32; Filipenses 2, 5-11.
[19] Probable alusión a Isaías 9, 6-7.
[20] Filipenses 2, 5-11.
[21] Esta alusión podrá tal vez aclararse con la publicación del copioso Epistolario.
[22] Se refiere a los Magos. Mateo 2, 1-18.
[23] Mateo 2, 13-23; Lucas 2, 33-35.
[24] Mateo 2, 13-18.
[25] Mateo 2, 19-23.
[26] Mateo 1, 18-25.
[27] José, al ser padre putativo de Jesús y esposo de la Virgen Madre de Dios, progresó en gracia, santidad y dignidad hasta el punto de ser únicamente inferior a María. En cuanto al concepto de que una mujer santa santifica con su compañía al marido, véase: 1.ª Corintios 7, 14.

*7/1/47*

Desde los primeros días del año vivo rebosante de gozo. ¡Cuánto gozo! ¡Cuántas lecciones íntimas de Jesús durante mis largas noches de enferma! En la noche del 2 al 3, su Mano me quitó el espasmo que a nada cedía en mi estómago y después... Esta mañana la dulce parábola de las dos lámparas. Si no se me da orden de escribirla, no la escribo. El, actualmente, me da muchas lecciones secretas y suavísimas; pero dice que es inútil que las escriba. Y yo obedezco.

***12 enero de 1947***
***Domingo de la Sagrada Familia***
***e Infraoctava de la Epifanía***

*Dice Azarías:*

«También hoy son dos las Santas Misas que se han de contemplar y lo haré con amorosa solicitud para dejarte libre de poder hacer lo que el Señor te ha dicho.

Los introitos de las dos Santas Misas cantan las dos naturalezas de Jesús Santísimo. En el de la Santa Misa de la Sagrada Familia se nos muestra la Humanidad del Salvador con estas palabras: "Exulte contento el padre del justo... pueda regocijarse la que te dio a luz". Si el Salvador es "justo", es señal de que es hombre. Porque los hombres, únicamente los hombres, con su naturaleza en la que la parte inferior se halla en oposición con la superior, tienen capacidad de poder, con libre voluntad, ser o no ser, llegar o no llegar a ser "justos".

Dios, al ser la Perfección, no puede ser injusto. Nosotros, los ángeles, no tenemos peso de carne ni fomes de pecado, no teniendo, por tanto, otra cosa que hacer sino cuidarnos de ser humildes, obedientes y caritativos espiritualmente para servir con perfección al Señor Altísimo, Creador nuestro. Vosotros, los hombres, tenéis en cambio la penosa y, a la vez, gloriosa posibilidad de ser justos, esto es, de luchar contra las incitaciones de la carne y contra las tentaciones y concupiscencias de todo orden. Esta lucha contra el mal es lo que forma vuestra justicia. Por eso se llama "justo" al que obra con justicia triunfando de las voces tentadoras y de las tendencias de la criatura humana. Y justo, por tanto, puede ser el hombre.

De aquí que si Jesús fue justo, fue *verdadero* hombre, lo mismo que si nació de mujer, fue *verdadero* hombre. Porque lo que es espiritual no necesita de un seno para formarse, como lo que es fantasma tampoco necesita de un seno para tomar figura.

Nosotros, los ángeles, cuando es necesario hacerlo, nos mostramos con la concreción que Dios nos concede para hacernos sensibles a vuestros torpes sentidos. Mas tú ya ves que, en general, no es a los ojos corporales a los que nos presentamos sino a la vista espiritual, y hablamos a vuestro oído espiritual, gozando entrambos, vista y oído, con una agudeza que no tendrían los ojos y los oídos corporales; y aún más, porque al tiempo que el espíritu ve y oye, se regocija también el cuerpo con la paz que con nosotros portamos. Así aparecen los Santos a los que el Señor Jesús envía cuando lo juzga conveniente hacerlo. Y siempre a quien tiene necesidad de ello o se lo merece. Para lo que no necesitan volver a nacer de un seno formándose en él y así aparecer.

Por el contrario, Jesús, verdadero Hombre, nació de un seno de modo en todo igual al resto de los hombres nacidos de hombre, y adquirió la justicia por su voluntad de servir al Señor Altísimo, como deben hacerlo todos los hombres.

No me incumbe a mí rebatir las controvertidas teorías acerca de las reacciones del Salvador ante las tentaciones y todo aquello que rodeaba a su Humanidad. Tan sólo afirmo que yerran, tanto los herejes que niegan en Cristo una verdadera Humanidad y que El hubiera podido advertir las sensaciones inherentes a todo hombre, como aquéllos que, por una mal entendida veneración de Cristo, hacen de El un Hombre en el que la Santidad perfecta de Dios producía una insensibilidad física, moral y espiritual a todo evento.

Mas, si quiere, El mismo hablará sobre esto. A ti te basta con saber que las palabras del Introito son una afirmación de su verdadera Humanidad, como las de la Santa Misa de la Octava de la Epifanía son la afirmación de la Divinidad del Hombre nacido de María. "Sobre el excelso trono vi sentado a un hombre adorado por legiones de ángeles salmodiando a coro: 'He aquí el Cordero cuyo imperio es eterno'". ¿Quién sino Dios puede estar sobre el trono de los cielos y, con ser hombre, ser adorado por los ángeles? Y ¿quién sino Jesucristo, el Salvador, tiene un imperio eterno y es Dios y Hombre a la vez?

He aquí, pues, constatada la doble Naturaleza del Mesías bendito, de Cristo Redentor, de Aquél que se encarnó para salvaros y que os amó hasta la muerte y muerte de cruz, dándoos su Sangre en lavacro y su Carne en alimento, proporcionándoos la Sabiduría con su Palabra y la salvación con el poder infinito de su amor.

A quien ama totalmente se le corresponde con un amor total. El que no es agradecido carece de amor y el que no tiene amor no pertenece a Dios ni tornará a El.

El agradecimiento impulsa a amar no sólo al benefactor sí que también a cuanto con él se relaciona. ¿Acaso no se tiende entre los hombres a asimilar las costumbres y las ideas de aquél que es, o parece ser, benefactor de una persona o de un pueblo entero? Así es y así lo soléis hacer. Pues bien, ¿no debéis con mucho mayor ahínco esforzaros en asimilar todo aquello que formaba parte de vuestro verdadero benefactor Jesús? Revestíos, pues, como dice el Apóstol, de cuanto revestía al Verbo Santísimo que os eligió por seguidores suyos y sed santos. Amad como habéis sido amados por Dios; amad a Dios en el prójimo teniendo misericordia, benevolencia, humildad, modestia y paciencia, soportándoos y perdonándoos mutuamente, pensando siempre que nadie ha de tenerse por tan perfecto que pueda decir: "Yo no perdono porque no estoy necesitado de perdón".

Jesús no tenía defecto alguno y perdonó a *todos*[1]. Dios es la Perfección y, sin embargo, perdona a quien le pide perdón. No queráis, pues, ser más que el Salvador y más que

Dios.

La caridad es el vínculo de la perfección[2], es el sello impreso a toda criatura. Si le falta la caridad, la criatura carece de la señal que le abre el Cielo. El Tau es la marca de los redimidos. La caridad es el sello de los santos. Al ser miembros del cuerpo místico, debéis amar como ama la Cabeza de este cuerpo[3]. Si no amáis no permanecéis en el cuerpo y morís como las carnes que se separan de lo que les nutre, cayendo atrofiadas y gangrenosas con turbación y dolor, porque todo aquél que se separa del verdadero Cristo se aparta de su paz[4].

El Cristo verdadero no es la figura ideal e idealizada que poco a poco se ha ido sustituyendo a la verdadera en demasiadas conciencias, las cuales, individual o colectivamente, se han forjado a su capricho un Cristo irreal que no es sino el reflejo de su propio pensamiento más o menos alejado de la verdad. El Cristo verdadero es el que aparece vivo en el Evangelio, un gigante de mortificación, de bondad, de altruismo, de modestia, de heroísmo, de desinterés; un héroe del amor y del dolor, *que, antes de decir: "Haced", lo hizo El* [5] y que dijo claramente: "Haced lo que Yo hago...[6]. Sed perfectos...[7]. No tengáis avidez... No temáis por vuestra vida..."[8].

Este es Cristo: El Cristo pobre, el Cristo bondadoso, el Cristo humilde[9], el Cristo paciente, el Cristo incansable, el Cristo complaciente, el Cristo obediente, el Cristo mártir, el Cristo que ama. Y no ya el Cristo del que el odio, el esteticismo o aún el quietismo han cortado todas las ramas robustas que servían para la actividad espiritual, constitución de la materia, mortificación del yo, y así no tener que confesar y decir: "El era realmente grande. El fue rudamente héroe. El fue sólidamente Maestro y Ejemplo, debiendo nosotros de imitarle".

No es el Cristo minimizado en artísticas bellezas, en obras poéticas y en plácidas escenas de las que se destierra toda lucha. El es el Fuerte que trabaja, se fatiga, combate contra Satanás y contra las malas inclinaciones de los hombres; que se desfigura por la fatiga y el sufrimiento y se transforma de Hombre en Mártir de *todos* los mártires y de mártir en Triunfador Divino.

Este es el Cristo al que todo un mundo, desde hace veinte siglos, está empeñado en derribar sin conseguirlo; al que todas las herejías y quietismos pretenden aterrar y al que las adoraciones malsanas e imperfectas tienden a negar creyendo confesarlo y teniéndose por las únicas perfectas y sanas. Este es Cristo: Dios por Naturaleza, Santo por voluntad y Hombre por Nacimiento. Este es Cristo, el Ser perfecto en el que hay una trinidad de perfecciones juntas: La Perfección de Dios, la perfección del Hombre y la perfección del alma del Hombre-Dios. En Cristo está el Verbo, o sea, Dios como el Padre; en Cristo el Hombre y en el Hombre el alma llena de Gracia, o sea, de Sí mismo también. Si se pudiera decir que Dios, siempre perfecto, pudo alguna vez superarse a Sí mismo, esto habría que asegurarlo contemplando la trina perfección de la Divinidad, de la Humanidad y de la Gracia reunidas en Cristo en el que está la superperfección de todo cuanto existe[10].

Un Dios que engendra de Sí a su Hijo Unico y que llega un día en que de este Hijo hace un Hombre sin constreñir a la Divinidad a tener que servirse de un querer carnal para proporcionar una carne al Infinito. Un Hombre que, mediante el amor, se forma como el diamante por el ígneo calor del profundo. El amor de la Divinidad y el amor de la criatura Inmaculada que se unen, engendran en el horno de la caridad al Amor de los amores, al Redentor de toda la Humanidad. Y, al tiempo que el Primogénito crece en el seno inviolado de la Inmaculada, el Omnipotente, en el momento preciso, crea para El el alma perfecta y sin mácula que puede bajar a fundirse, en el instante preciso, con la

Carne concebida por el querer del Espíritu Eterno y la obediencia de la criatura. Y el Hombre-Dios se encuentra en el vivo Tabernáculo digno de hospedarle hasta el día de su Nacimiento.

Este es el Cristo que os dice: "Sed como Yo soy, sed perfectos", y se os propone por modelo porque sabe que podéis imitarle si os inmoláis totalmente a la caridad como El lo hizo. Porque éste es el secreto de la perfección y de la imitación de Jesucristo Señor Nuestro: saber inmolarse al amor con Cristo y como Cristo, y por sus mismos fines, conforme a la Palabra de su doctrina que es sabiduría y gracia y que El os dio y os sigue dando para que, a la vez que los Sacramentos, sea para vosotros: Camino, Verdad, Vida y Luz como El lo es.

Y —recordando la epístola de la otra Santa Misa— obrando así, ofreceréis verdaderamente vuestros cuerpos en sacrificio viviente, santo, grato al Señor, siendo "vuestro culto racional". Ese culto vivo que no es coreografía o engaño, como son todas las cosas de este siglo, sino verdadera y continua reforma del hombre viejo en el hombre nuevo, en el Cristiano que es hijo de Dios y hermano de Cristo; ese culto que es renovación del espíritu que, con buena voluntad, tras haber distinguido por medio de la razón el bien del mal y la voluntad del Señor, repudia el mal y la voluntad carnal, desposando la voluntad de su espíritu con la de Dios a la que sigue por ser buena, grata y perfecta.

Con este "culto racional" que es verdadera imitación del Señor Jesús, seréis ciertamente miembros vivos del Cuerpo vivo místico de Cristo y habitaréis durante el tiempo y la eternidad en la casa del Señor y en su paz.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

1 Lucas 23, 33-34.
2 Romanos 13, 8-10; Colosenses 3, 12-15.
3 Efesios 5, 1-2, 21-33; 1.ª Juan 3, 16.
4 Juan 15, 1-17.
5 Lucas 24, 13-24.
6 Mateo 11, 28-30; Juan 13, 1-15, 33-35.
7 Mateo 5, 43-48; 1.ª Pedro 1, 13-16.
8 Mateo 6, 19-34; Lucas 12, 13-34; 16, 9-13.
9 Mateo 11, 28-30.
10 Juan 1, 1-18.

---

***19/1/47***
***Domingo 2.° después de la Epifanía***

*Dice Azarías:*

«Grande es la lección que contiene la Epístola de San Pablo. Lección en la que se pone de manifiesto la necesidad de poner en práctica el décimo Mandamiento desde la infancia y en todas las cosas si se ha de alcanzar la justicia hasta en las cosas santas.

Porque, alma mía, se puede llegar a ser injustos hasta en lo que es justo. No porque las cosas justas puedan por sí mismas cambiarse a injustas sino porque el hombre las puede desordenadamente apetecer y practicar. Y lo mismo acaece con las cosas santas. El hur-

to o, al menos, el deseo inmoderado y concupiscente de lo sobrenatural se halla más extendido de lo que se cree, llegando a adquirir tintes de violencia y de estabilidad que ni el hurto material y el deseo inmoderado los tienen.

La concupiscencia de ser semejantes a Dios, no porque tal deseo provenga del conocimiento de vuestra condición y del amor, que os muevan a conseguir una perfección que os haga dioses, sino del orgullo, es la misma concupiscencia de Lucifer. Y como toma la forma y la violencia del Rebelde, toma igualmente su tenacidad.

Os dijo vuestro Maestro Santísimo: "Sed perfectos como mi Padre". Por eso no es culpa sino obediencia tender a esa perfección que os asemeja a vuestro Padre. Ahora bien, la perfección comporta justicia y en la justicia hay únicamente amor. En la justicia y en el amor hay siempre humildad y sabiduría, y en la humildad y sabiduría el deseo de ser semejantes a Dios, que no se ha de confundir con el orgullo ni con la ignorancia de quererlo ser en poder y en infinitud a fin de hacer las mismas cosas que El hace y aún mayores, superándole, dominándole y destronándole, diciendo: "Yo soy", como trató de hacerlo Lucifer y como lo dijo, sino que permanece puro y todo amor, nada más que amor. Amor que mueve a los hijos a imitar al Padre y al Hermano divinos para ser perfectos en la bondad y en la caridad. En esto y no en la sed de hacer las obras estupendas que hace Dios, Creador y Señor del Cielo y de la Tierra.

Con todo, al lado de los ateos que blasfeman de Dios negándolo, de los racionalistas que lo hacen rebajándolo, de multitud de herejes que lo vituperan mutilándolo y de los indiferentes que blasfeman de El preteriéndolo —categorías de hombres a las que los católicos que se tienen por perfectos no cuidándose, antes de juzgar a los demás, de ver si hay alguna viga en su pupila (y si lo hiciesen observarían en su ojo una brizna al menos que bastaría a ofuscar su vista)[1] juzgan severamente escandalizándose de ellas— hay otros pecados, precisamente con el pecado de concupiscencia espiritual, que se encuentran (¿cómo no?) entre las filas de los católicos que se creen fervorosos, y lo son a su manera. Lo son, mas con injusto fervor y con desordenado amor. En tiempo de Jesús Nuestro Señor ellos estarían en las filas de los fariseos. Actualmente se encuentran entre los desordenados en religión.

¡Y son tántos...! Son todos aquéllos que —lo son únicamente porque no dejan pasar día sin ir a la iglesia, respetan la abstinencia y el ayuno a toda costa, hasta el punto incluso de desatender al marido, a la mujer o a los hijos y, de este modo, fomentar en ellos la libertad que, en un buen católico, debería ser el cuidado de impedir que surja; o, faltando a la caridad con un enfermo, se olvidan de que la asistencia al que está enfermo es, por la misericordia practicada, rito de honor y de amor hacia Dios que se oculta en el propio enfermo— son aquéllos que, porque hacen esto, tienen *para su alma* una religión desordenada. Desordenada por ser egoísta. Desordenada por su sed de alabanzas de los hombres que ven su fervor (exterior) y su diaria oración (externa)[2]. Mas Dios penetra el fondo de los corazones y de las cosas. Ve el *verdadero* móvil de tantas prácticas, al igual que las consecuencias de las mismas, todas ellas exteriores. Y no las aprueba, porque Dios es Amor y Orden y quiere, por tanto, orden y amor en todas las cosas.

Cuando el escriba le preguntó al Divino Maestro sobre cuál fuese el más grande de los preceptos, respondió: "Amar a Dios con todas las fuerzas propias, con el alma, con el corazón y con el entendimiento, y amar al prójimo como a nosotros mismos", y enseñando, dijo a sus discípulos que a los juzgados en el Juicio Final que le preguntarán cuándo nunca le vieron hambriento, sediento, peregrino, desnudo, enfermo o encarcelado, El les responderá: "Lo que no hicísteis con uno de éstos, tampoco lo hicísteis conmigo"[3].

La Sabiduría quiere el amor en todas las cosas y en la práctica de todas ellas. No pide la exterioridad del acto sino el alma del mismo. Frecuentar las iglesias desatendiendo los deberes con el esposo o la esposa, el padre o la madre, el hijo o el hermano y llevando al hombre o a la mujer hasta la blasfemia y la ira, al hijo o al hermano a la disipación, a la hija a la libertad de amistades y contactos dañosos, no es honrar a Dios. El tiempo, cuando se sabe emplearlo, haciéndolo con verdadero espíritu de caridad y de sacrificio, suple a todas las cosas. Y Dios, que es justo, puso obligaciones justas para el culto a fin de moderar las necesidades y estímulos de las criaturas y de las almas. Idéntica justa medida ha establecido la Iglesia. Todo lo demás es un sobreañadido que ha de emplearse cuando y como las circunstancias lo aconsejen, evitando que un mérito propio pueda dañar a otras almas, puesto que si tal sucediese, el mérito quedaría anulado por la responsabilidad de la ira o del pecado surgidos en otros corazones.

Católicos, sed justos si queréis ser perfectos. Sed justos si de verdad queréis ser de Dios. Amad con perfección. Amando es como amaréis a vuestro Padre y le honraréis por amor, no por la utilidad que ello os pueda reportar. De otra suerte, si el honor que dais es para extraer utilidad, "seréis semejantes a los gentiles y a los pecadores"[3 bis]. Si fueseis fervorosos únicamente por recibir a la hora de la muerte el premio inmediato, os lo aseguro: expiaréis largamente vuestro egoísmo en el Purgatorio.

Ahora bien, así como el desorden engendra confusión, así también entre estos católicos que humanizan, diré así, el culto espiritual que lleva por nombre religión, la cual es amor, y eliminan, por tanto, de ella la rectitud alterando su natural belleza, se encuentran propiamente los concupiscentes espirituales de los que te hablé al principio, tan numerosos entre los católicos y tan fuera de la justicia, de la humildad y del verdadero amor. En ellos hay transgresión del décimo Mandamiento[4] y culpa de soberbia, de avaricia y de envidia. En ellos se produce el hábito de estos vicios capitales al no matar la mala hierba de la concupiscencia espiritual que brotó en ellos por un amor desordenado.

A éstos se dirige particularmente el Apóstol como a enfermos que deben ser advertidos y curados de su dolencia poniendo al descubierto la llaga; y a aquéllos igualmente que, aun no estando todavía enfermos, pueden caer en enfermedad; o a quien, no obstante encontrarse sanísimo y revestido con las riquezas saludables de Dios, puede caer en pecado de avaricia y de soberbia y, por tanto, enfermar y morir.

"Poseyendo nosotros dones diferentes conforme a la gracia que nos fue dada...". Así pues, que cada uno *haga lo que* Dios le encomendó hacer y lo haga "con alegría" de espíritu y grande caridad. Porque si tiene caridad tendrá también alegría en su corazón, dado que únicamente el odio es el que proporciona tristeza de espíritu puesto que genera pecado y aparta de Dios.

Por tanto, nadie envidie al que tiene la profecía ni la apetezca y, por aparecer "voz", simule o acoja las voces tenebrosas siempre dispuestas a prestarse para halagar el orgullo del hombre y acontentarle llevándole a la perdición. Nunca tal haga el cristiano porque la simulación y el comercio con Satanás son pecados horrendos a los ojos de Dios...

Y el que tenga misión de "voz" no se ensoberbezca ni sea avaro con sus hermanos de los dones de Dios, antes los muestre y distribuya con prudencia y simplicidad. Hay mil modos de hacerlo sin faltar a la caridad, a la prudencia y al respeto debido a la Santa Iglesia docente.

Ante todo sirva de ejemplo la palabra de las "voces". Ejemplo en toda virtud. Y después sea esta palabra la que sepa repartir en tiempo y lugar debidos las sabidurías recibi-

das, “ofreciendo y dando gracias” del pan y de los peces que hay que partir y distribuir “a este pueblo que no tiene qué comer y del que se siente compasión”[5]. Distribuir *el alma* de las palabras *recibidas,* el jugo de las mismas al que languidece –porque, hastiado del alimento invariable de todos los días o lánguido en demasía por asimilar el alimento excesivamente troceado e insípido que el rigorismo o tibieza de demasiados pastores ídolos distribuye a las turbas, no se acerca a las mesas sapienciales– no es pecar contra la prudencia y la obediencia debidas a Dios y a la Iglesia. ¿Por ventura peca una mujer que ofrece el pecho a la boca del lactante? No peca. Mas si esto lo hiciere con un adulto para recibir de él un abrazo lujurioso, es cierto que pecaría. Lo mismo es en este caso. El que dijese: “Venid, recibid de mí, que soy un cofre de Dios y tengo para todos. Venid, alabadme para mi gloria”, ofendería a la justicia. Mas quien, cual agua oculta que brota de una fuente secreta y humildemente rezuma sus humores para refrescar las plantas vecinas que absorben la vida sin conocer al instrumento, dando a éste el jugo que corrobora, al otro el que calma, al de aquí el que ilumina y al de más allá el que guía, ¡oh!, no peca y Dios bendice su fatiga porque es para “proveer a las necesidades de los santos” y para “practicar la hospitalidad” con los hermanos. Es esa misericordia de múltiples facetas que os ceñirá con la corona de los espíritus por vosotros salvados y hará que os diga el Juez: “Venid a mi derecha y tomad posesión de mi Reino que os está preparado desde la fundación del mundo”[6].

Y, en fin, vosotros que sufrís por haber servido a la justicia, “bendecid a los que os persiguen”. Son, ya os lo dije otra vez, los autores principales de vuestro triunfo eterno. Amadles, por tanto, ya que, al querer despojaros del vestido de vuestro ministerio terreno, os han tejido la vestidura incorruptible de los elegidos de Dios para la eternidad.

Amad siempre: a los enemigos que, para los cristianos, no lo son sino, simplemente, pobres dementes que merecen compasión[7] porque no saben lo que hacen, y a los felices como a los desgraciados, alegrándoos con los que gozan y llorando con los que lloran, haciendo vuestros, tanto su gozo como su dolor.

Y, tornando al tema inicial, despojaos todos de la concupiscencia espiritual “no aspirando a las cosas sublimes sino acomodándoos a las humildes” contentos siempre con vuestra misión, cualquiera que sea, gozándoos de que otros tengan más que vosotros, bendiciendo a Dios por lo que os da, pidiéndole humildemente, si es cosa excelsa, saber usar dignamente de ella para su gloria y para la salvación de vuestro prójimo.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

*Dice Jesús:*

«Habría podido hablarte con anterioridad, mi pequeño Juan, para entregarte esta joya; mas es tal la dignidad del Santo Sacrificio y éste tan poco conocido por demasiados cristianos católicos en lo que es, que he dado la preferencia a la explicación del mismo. Y es ésta la primera lección que doy a muchos al hablar excepcionalmente en día festivo y sobre un fragmento evangélico que ya lo tengo tratado conforme al modo de mi enseñanza.

Cuando un sacerdote o una voz habla en nombre de Dios y por orden suya, cuando se obedece a un precepto, Yo, que soy el Señor, callo por ser grande la dignidad de un maestro que habla en mi Nombre y por mi mandato y grande igualmente la dignidad de un rito y grandísima la de la Santa Misa, el rito de los ritos, como, a su vez, la Eucaristía es el Sacramento de los Sacramentos[8].

Así pues, escucha, mi pequeño Juan:

Te dije hace ya mucho tiempo —te encontrabas en el lugar de confinamiento[9] y sufrías como sólo Yo sé cuánto— que los fragmentos y episodios evangélicos son una mina de enseñanzas. ¿Te acuerdas? Te mostré la segunda multiplicación de panes y te dije que lo mismo que con unos pocos peces y panes puede saciar el hambre de las turbas, otro tanto se pueden saciar vuestros espíritus hasta el infinito con unos pocos fragmentos narrados por los cuatro Evangelios[10]. En efecto, hace ya veinte siglos que con ellos sacian su hambre un número incalculable de hombres. Y Yo ahora, por medio de mi pequeño Juan, he acrecentado los episodios y las palabras porque, verdaderamente, el hambre está a punto de consumir los espíritus y Yo tengo compasión de ellos. Mas si bien aquellos pocos episodios de los cuatro Evangelios vienen suministrando panes y peces a los hombres para que se sacien con ellos y sigan todavía evangelizando, todo eso lo hace el Espíritu Santo que es el Maestro docente sobre la cátedra de la enseñanza evangélica.

"Cuando venga el Paráclito, El os amaestrará en toda verdad, os enseñará todas las cosas y os recordará todo cuanto os tengo dicho"[11], enseñándoos el *verdadero* espíritu de cada palabra y de cada letra del episodio. Porque es el espíritu de la palabra y no la palabra en sí la que presta vida al espíritu. La palabra incomprendida es un sonido vano; y es incomprendida cuando es sólo un vocablo, un rumor y no "vida, semilla de vida, centella, manantial" que echa raíces, enciende, lava y alimenta.

............................[12].

Que mi Cuerpo y mi Sangre sean en ti y para siempre aquellas cosas preciosas e incorruptibles por las que, como dice Simón Pedro, fuiste rescatada a fin de que tú exaltes las virtudes de Aquél que de las tinieblas te llamó a su admirable Luz[13].

Mi Paz sea contigo, mi pequeña esposa, ansiosa del Amor. La paz sea contigo. La paz sea contigo. La paz sea contigo».

---

[1] Mateo 7, 1-5; Lucas 6, 39-42.

[2] Mateo 6, 5-8.

[3] Mateo 25, 31-46.

[3 bis] Mateo 5, 43-48; Lucas 6, 27-35.

[4] Exodo 20, 17; Deuteronomio 5, 18.

[5] Mateo 14, 13-21, 15; 32-39; Marcos 6, 30-44; 8, 1-10; Lucas 9, 10-17; Juan 6, 1-15.

[6] Mateo 25, 31-46.

[7] Lucas 23, 33-34.

[8] El Concilio de Trento, Sesión XIII, 1551, "Decretum de SS. Eucharistia", cap. 3, afirma y prueba a este respecto que la Eucaristía es el Sacramento más excelente de todos los Sacramentos porque contiene al autor mismo de la santidad, Jesús Dios hecho Hombre.

[9] Esto es, en San Andrés de Cómpito, como se detalla en los «Cuadernos de 1944».

[10] La segunda multiplicación de panes aparece narrada en: Mateo 15, 32-39; Marcos 8, 1-10.

[11] Juan 14, 26.

[12] La parte que aquí se omite, por no ser pertinente, es una extensa enseñanza sobre el episodio evangélico de las «Bodas de Caná».

[13] 1.ª Pedro 2, 9-10.

*26/1/47*
***Domingo 3.° después de la Epifanía***

*Dice Azarías:*

«Dado tu actual estado, breve ha de ser esta lección que debería ser toda para ti, ya que tu humanidad puesta de continuo a prueba por la humanidad nada buena de los demás, podría desear la venganza. No, alma mía. Ya ves cómo Dios lleva a cabo sus venganzas poniéndose de tu parte. Por tal motivo, déjales hacer y tú "vence al mal con el bien". Mas si después de todo no han de quedar vencidos, caerán sobre sus cabezas los carbones encendidos al tiempo que tú arderás en las llamas miríficas del amor.

Mas he aquí para todos la lección de Pablo, lección de humildad, de caridad, de paz y de misericordia.

Sed sabios por amor de Dios tan sólo y no por ser alabados de los hombres y mucho menos de vosotros mismos. Nadie es buen juez de sí mismo ni de los hermanos. Hay quien ha de juzgar a todos. Ahora bien, no hagáis el bien únicamente para vosotros sino que vuestra vida sea como una luz en el mundo, una luz benéfica que ilumine y anime a los demás a hacer lo que vosotros hacéis y persuada a muchos a la santidad de la Religión[1].

"¿Ya véis cómo se aman?", decían los paganos de los primeros cristianos. Haced por que esto se diga también ahora. Advertid que causan más daño a la religión la apatía, las continuas deficiencias o las hipocresías declaradas de los falsos y débiles cristianos que no las violentas estocadas de los enemigos de Dios. La religión y la Iglesia son atacadas por la tibieza de los fieles más que por la agresión de los enemigos[2].

No hagáis de la profesión de la religión arma de partido. Ved lo que aconteció cuando Israel hizo de la confesión hebraica un instrumento político. Nunca déis a las cosas santas un uso profano[3]. Antes bien, sed santos hasta en la vida pública para que así no prevalezcan las fuerzas tenebrosas y resulten defendidas la moral y la Fe.

Obrad, no con clamores inútiles sino con hechos reales y buenos. No odiéis, antes perdonad y estad en amistad con Dios,[4] pues sin Dios es en vano que os afanéis en hacer. En una palabra, sed cristianos: siempre y en todo. No hay dos vidas: la de las horas de culto y la otra ordinaria[5]. Tan sólo hay una y no podéis ser verdaderos cristianos si únicamente lo sois a la hora de la iglesia. Cristianos en casa, en la profesión, en los negocios, en los esparcimientos, en los afectos y en las ganancias, de suerte que vuestra vida no sea una mentira que Dios mire con desdén.

El pequeño Juan se encuentra hoy acabado. Caridad con su postración. E, igualmente, sea dada gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

---

[1] Mateo 5, 14-16; Marcos 4, 21-23; Lucas 8, 16-18; 11, 33-36; Juan 8, 12.

[2] Exactísimo, como lo demuestran la historia y la experiencia cotidiana. En cuanto a la tibieza, cfr. Apocalipsis 3, 14-22.

[3] Mateo 7, 6; 15, 21-28; Marcos 7, 24-30.

[4] Juan 15, 12-15; Lucas 12, 4.

[5] Mateo 6, 24; Lucas 16, 9-13.

*2/2/47*
***Domingo de Septuagésima***

*Dice Azarías:*

«A lo largo de tu dilatada pasión en la que ningún género de sufrimiento se te escatimó y tanto la carne como la sangre, el entendimiento, el corazón y el espíritu, en fin todo, tuvieron que sufrir atrozmente, cuántas veces tú, víctima torturada, estuviste a punto de gritar a tu Señor, único compasivo contigo: "¡Sálvame!". El epitafio más apropiado que se podría escribir sobre tu vida y sobre tu tumba es éste: "Me cercaron dolores de muerte, dolores de infierno me rodearon y en mis angustias invoqué al Señor y El, desde su santo templo, me escuchó". Y quedaría completo con el otro versículo del salmo que no está en la Santa Misa litúrgica de hoy, domingo de Septuagésima, sino en *tu* Misa de víctima inmolada, el cual, unido a la primera frase testimoniante de tu dolor, testificaría cómo Dios, sólo Dios te amó y te extendió la mano para sacarte de las muchas aguas. Es esta frase: "El Señor fue mi sostén. Me sacó a campo espacioso y me salvó".

Alma mía, lee hoy el salmo 17 de David. Es para ti profético, debiendo ser las palabras del salmista preludio de gozo. Leamos a Pablo, confortador y ejemplo de los que luchan por el amor de Dios.

Con apropiada comparación dice el Apóstol que la vida del cristiano es una vida de atleta espiritual que se desarrolla en la inmensa arena de la Tierra durante el juego más o menos prolongado de la vida humana para conquistar el premio que aguarda a los vencedores. Y siempre, con gran exactitud, hace notar que los que corren en los estadios se someten a toda clase de privaciones por un incierto premio, dado que uno tan sólo de los corredores es el que vence y esto por un premio corruptible que, por valioso que sea, no dura sino un tiempo relativo, mientras que los que luchan por conseguir el premio eterno tienen todos la certeza de obtenerlo, ya que Dios es tan bueno que premia hasta a quien no es el primer atleta, pero que, con *todas* sus fuerzas y con tenaz voluntad, hizo cuanto estuvo de su parte para obedecer a Dios. Y el premio del Señor no caduca tras un tiempo determinado sino que dura por toda una eternidad.

Estas consideraciones deben espolear a los cristianos a imitar a los atletas de los estadios en mantener su espíritu fuerte y ágil para así aumentar la fortaleza, la agilidad y la resistencia contra las insidias adversas y, de este modo, obtener la corona inmarcesible de la gloria celestial.

No todos los cristianos pueden tener una misma fortaleza en la lucha ni se da un modo único de alcanzar la victoria que es el fin. Hay quien es austero con una austeridad tan absoluta que infunde pánico a las almas pequeñas y quien, por el contrario, es tan sobrenaturalmente humano —permítaseme emplear estas palabras— ofreciéndoos un ejemplo tan suave de virtud que otro cualquier hombre, por débil que sea en el heroísmo sobrenatural, le puede imitar. Una virtud suave de niño, la cual, no obstante, por su constancia y perfección, no llega menos la voluntad a crucificar la carne, que no lo haga la gran santidad plena de actos de penitencia y de austeridad extraordinarias de los gigantes del espíritu. Y ¿ya véis? La Santa Iglesia, maternal y sapiente, llama heroico al asceta de poderosos gestos que asustan a las almas sencillas y heroico igualmente al pequeño que hace bien, a la perfección, las cosas pequeñas.

Verdaderamente en el Cielo no existe diferencia entre los que se maceraron con inauditas penitencias y los que por todo cilicio tuvieron tan sólo la adhesión amorosa, humilde y constante a cuanto se les presentó como voluntad de Dios o a través de los mandatos explícitos del Señor, de la Santa Iglesia, de los superiores y familiares o a la resignada aceptación de los acontecimientos de cada día acogidos con amor, realizados con amor y consumados con amor, ya que en todos ellos se llegó a reconocer un querer de Dios para la santificación del alma.

La lima sorda y continuada de la obediencia amorosa es martirio en nada inferior al de los flagelos; el despojo de la propia voluntad no es de menos valor sobrenatural que el de las riquezas para abrazar un estado religioso, y la renuncia a la vida ofrecida silenciosa y voluntariamente por los fines de Dios y la conversión de los pecadores, no es inferior a la renuncia de la libertad material para ingresar en un claustro.

El medio y el fin con los que se igualan los atletas en los diversos ejercicios desarrollados en el estadio de la vida terrena es el amor con el que se conquista el Amor, premio y corona eternos de los luchadores y vencedores espirituales.

"Yo, pues, corro de esta manera y no como al acaso; así combato y no como quien golpea el aire, sino que trato duramente a mi cuerpo y le fuerzo a servir a fin de que, tras haber predicado a los demás, no vaya yo a terminar en réprobo".

Todas las normas del buen luchador y del buen maestro de lucha se condensan en estas palabras: correr, mas no al buen tuntún. ¡Cuántas almas, con buenos impulsos, pero sin reflexión, corren desordenadamente, o sea, hasta el agotamiento de sus fuerzas en un esfuerzo irregular para después caer inertes dejándose superar por aquéllos que se entrenan con constancia, se preparan metódicamente y todo lo hacen con tenacidad y orden, fortaleciéndose así para la gran prueba final que superan felizmente por haberse preparado para ella mediante un ejercicio continuado!

No hay que correr, por tanto, al buen tuntún sino con sujeción a normas fijas. Ni combatir en el vacío para no fatigarse desfogándose inútilmente con ademanes que no tienen otro objeto que el de llamar la atención y ser alabados. También los locos saben debatirse contra los fantasmas de sus delirios. Mas nadie podrá decir que el loco es un atleta que merezca premio. También los mimos fingen peleas contra supuestos adversarios. Mas nadie podrá otorgarles la corona sino como mimos, esto es, como hábiles imitadores de lo verdadero. En el Cielo no entran los simuladores ni los que deliran en cuanto tales. En cambio puede entrar el mimo si, aparte de lo que representa en escena, llevó una auténtica vida de santidad; y puede entrar asimismo el loco si, con anterioridad a su locura, fue un justo, ya que la enfermedad es sufrimiento y no culpa. Y, en definitiva, en el Cielo se entra por méritos reales y no por vanas representaciones.

Hay que luchar, pues, muy de veras contra los adversarios; pero, silenciosamente, en el secreto estadio del yo, allá donde el espíritu se debate contra la carne, contra el demonio y el mundo, contra la triple concupiscencia, las seducciones, las tentaciones, las violencias, las reacciones violentas, en fin, contra todo. Es una lucha continua y tenaz, un cuerpo a cuerpo con los distintos enemigos que resurgen de continuo en vosotros y en torno vuestro. Una lucha en la que no es sólo el espíritu el que combate sino que el mismo cuerpo es el que debe combatir contra sí mismo si ha de cumplir las órdenes que recibe del espíritu. La carne, que debe castigarse a sí misma, que ha de negar a sí misma la hartura que reclama para sus hambres, la carne que debe aherrojarse a sí misma para frenar sus desvaríos de potro salvaje, de fiera indómita, de serpiente rastrera o de animal inmundo que no querría sino lanzarse a los peligros, asaltar, silbar o revolverse en el fango.

Contra las imprudencias, las ferocidades, los engaños, las lujurias de la carne, contra todo esto es preciso combatir. Y asimismo contra enemigos, aunque inmateriales, no menos violentos, como son: el yo mental, las codicias, las soberbias y las desidias. He aquí cómo el individuo humano, compuesto de materia y de pensamiento, está en la obligación de servir al espíritu que es la parte escogida del hombre.

Así debe ser el hombre que hace de maestro para los demás a fin de que, "después de haber predicado a otros, no vaya él a resultar un réprobo", escandalizando de un modo que no lo hacen quienes se precian de no tener fe. Porque los ojos del mundo están fijos en quienes se erigen como maestros; y si el mundo observa en ellos un género de vida contrario a la perfección que enseñan, moviendo la cabeza concluyen: "Luego no tiene que ser verdad lo que enseñan; no debe haber Dios, ni premio, ni castigo, ni otra vida, ni juicio, puesto que, de otra suerte, ellos harían muy distinto de lo que hacen". Y, he aquí que un falso maestro provoca una ruina mucho mayor que no un incrédulo sincero; y, no sólo no convierte a los pecadores sino que enfría totalmente a los tibios, entibia a los fervorosos y escandaliza a los justos que, en su fuero interno al menos, no pueden dejar de formar un juicio severo sobre estos maestros ídolos.

"Vuestros padres estuvieron todos bajo la nube, atravesaron todos el mar, todos se alimentaron con la misma comida espiritual y bebieron idéntica espiritual bebida... mas Dios no se complació en gran número de ellos".

Otra gran lección: Para salvarse y llegar a la gloria no basta con haber recibido el Bautismo y los demás auxilios divinos sino que se requiere la buena voluntad, ya que la posesión del Reino eterno no es don gratuito sino conquista individual a través de una lucha diaria. Dios ayuda. Sin su ayuda el hombre no lo alcanzaría pues cuenta con enemigos despiadados que le interceptan el camino del Cielo, como son: el pecado y sus fomes, la carne, el mundo y el Maldito que no concede tregua. Mas, con todo, el hombre *no debe dejar de ambicionar* el Cielo. No se le dejó el libre albedrío para su ruina, ya que, de ser así, sólo por esto, Dios habría hecho al hombre un don que no era bueno y Dios no hace cosas que no sean buenas[1]. Pues bien, se le dejó el libre albedrío muy principalmente para *querer* la salvación, es decir, el Cielo, esto es: Dios[2].

Haced, por tanto, que con la protección de la nube, con la travesía del mar profundo, con los alimentos y bebidas que se os dan: la protección de Dios, la superación de la peligrosa barrera de la Culpa Original con todas sus lesiones consiguientes para el hombre, con la Gracia y con los Sacramentos: alimentos y bebidas de inconmensurable poder, podáis todos manteneros de suerte que Dios se complazca en vosotros.

Complacencia de Dios equivale a ayuda de Dios en el tiempo de la necesidad y de la tribulación. Complacencia de Dios viene a ser recuerdo del Padre en favor de su pobre hijo paciente y fiel. Complacencia de Dios es fuerza que hace frente al predominio de los malvados sobre los fieles hijos que, aun en medio de sus involuntarias debilidades, saben no perder la confianza, la humildad y el amor, y gritan: "Clamo a Ti desde mi profundo... Si miras a las culpas, ¿quién podrá mantenerse en pie? Mas a tu lado está la misericordia y por tu ley confío en Ti" y, tras haber luchado y gemido siempre fiel y amorosamente, pueden adormecerse en paz pronunciando las palabras que se leen en la otra Santa Misa de hoy, Purificación de María Santísima: "Deja ahora ir en paz a tu siervo" porque "he combatido la buena batalla, he llegado al final de la carrera, he conservado la fe y ya no me queda sino recibir la corona de justicia" que tu misericordia, muy superior a tu rigor, tiene reservada a quienes te amaron y sirvieron con todo lo que son.

Sea esto igualmente para ti, alma mía, a la que he adoctrinado a lo largo de estas 52

Santas Misas dominicales. Queda, por tanto, completado el ciclo. Mas continúa la buena amistad sin que haya de faltarte mi palabra que te guíe y te consuele. Acudiré festivo a postrarme ante Dios para recibir de El perlas de sabiduría para ti, de las que gozaremos juntos: yo dándotelas y tú recibiéndolas, admirando así los tesoros que Dios da a quienes le sirven con todo lo que son. Y, con ello, alabaremos al Señor. Alabémosle, tributándole gracias por todo y cantando con todo el Paraíso y con los justos de la Tierra: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

*16/3/47*

Dulzuras y promesas de Jesús bendito:

Anoto hoy lo que constituye mi gozo desde hace tres días. La noche del 12 al 13, mientras sufría grandemente por la polineuritis que hasta me turbaba el corazón, se me hizo presente Jesús con su Sacratísimo Corazón descubierto en medio del pecho y rodeado todo él de vibrantes llamas más luminosas que el oro. Me dice: «Ven y bebe» y, acercándose al lecho, de modo que yo pudiese poner la cabeza sobre su pecho, me atrajo a Sí comprimiendo mi boca contra la herida de su Corazón y apretando con su mano el Corazón para que brotase la Sangre en abundancia. Y yo, con la boca comprimida contra los bordes de la herida divina, bebí. Parecíame a mí misma un lactante pegado al pecho de su mamá.

Mientras estaba a punto de succionar, recordando, pensé cómo llegué a gustar el sabor de la Sangre aquella vez en que Jesús me hizo beber de un cáliz colmado de Sangre. Aún recuerdo aquél sabor, aquél líquido un tanto espeso y glutinoso, aquél olor característico de la sangre viva. Mas, por el contrario, desde el primer sorbo que llegó a mi garganta, percibí una dulzura y una fragancia tales, cual miel alguna, azúcar o cosa dulce y aromática pueda poseer. Dulce, fragante y más dulce que la leche materna; más embriagadora que el vino y más fragante que bálsamo alguno. ¡No encuentro palabras con las que expresar lo que para mí fuese aquella Sangre!

¿Y las llamas? Al acercarme sentí un poco de miedo de aquel fuego. Percibía a distancia el vivo calor de aquellas vibrantes llamas y, cuanto Jesús más me atraía a Sí, tanto más parecíame estar junto a un horno ardiente, y yo tengo miedo del fuego hasta el punto de no soportar el más leve calor. Mas cuando puse mi cabeza contra el Corazón Divino y me vi envuelta entre sus cantarinas llamas – puesto que, al vibrar, producían unas como notas melodiosísimas en nada parecidas al barbotear y chisporrotear de la leña en los hogares o al rugir de los devastadores incendios – sentí cómo las lenguas flamígeras me acariciaban las mejillas y los cabellos, insinuándose en ellos, dulces y frescas cual áura de abril y como rayo de sol en una húmeda mañana abrileña. Sí, así era ciertamente.

Y mientras saboreaba estas agradables sensaciones, pensaba – porque esto tienen de bueno mis éxtasis: que me permiten reflexionar, analizar y pensar en lo que estoy probando y recordarlo después. No sé si otros éxtasis serán así[3] – y mientras disfrutaba de este modo, envuelta en las llamas del Corazón Divino, me vino al pensamiento que así serían las llamas entre las que se paseaban cantando los tres muchachos de los que habla Daniel[4]: «El hizo que el centro del horno fuese como un lugar donde soplara un viento húmedo». ¡Sí, ciertamente, así! ¡El viento fragante de la mañana a la luz suave del primer rayo de sol!

Y Jesús, tras haberme tenido por un largo espacio sobre el Corazón, contra su Co-

razón para que bebiese, me apartó de allí teniéndome la cabeza entre sus manos, elevada yo hacia El y el inclinado sobre mí, de suerte que, si bien no bebía ya de su Corazón ni me envolvían sus vivas llamas, sí, en cambio, bebía su aliento y sus palabras y me envolvía el fuego de su mirada, me dijo:

«Mira: en esto se diferencian todos los fuegos, incluso el purgativo, del mío. Porque este mío es de caridad perfectísima sin que haga mal ni aún para hacer bien. Este es el fuego que a ti te proporciono, sólo éste. Esto es para ti mi amor: fuego que conforta y no quema, luz, armonía y suave caricia. Y esto es mi Sangre para ti: dulzura y fortaleza. Y esto es lo que Yo hago por ti para compensarte de los hombres: Te exprimo, hija mía, mi Sangre, como hace una madre con su recién nacido suministrándole la leche. ¡Así es como Yo te amo!».

A partir de entonces, estas palabras y estas visiones se repiten diariamente y ahora Jesús añade siempre a ellas estas palabras:

«Y de esta manera seguiremos amándonos en lo sucesivo. Esto es lo que te daré en premio de tu fiel servicio. Este es tu futuro a lo largo de tu vida en la Tierra. *Después* será la unión perfecta».

Esta mañana, hasta el P. Mariano, que vino a traerme la Santa Comunión, se dio cuenta de que me encontraba más lejos de la Tierra que no lo esté ella del Sol. ¡Estaba en Jesús para beber su Sangre y regocijarme en el fuego de su amor...!

Incluso hace unos días —y precisamente el 14 de marzo, mi 50.° cumpleaños[5]— mientras yo me decía a continuación de haber tenido una visión en la que Jesús, dirigiéndose a Jerusalén, iba cantando salmos como lo hacen los peregrinos de Israel: «¡Que no haya de oír estos cantos más adelante cuando se haya terminado el Evangelio...! ¡Qué nostalgia del canto perfecto de Jesús y de sus miradas al hablar a las turbas o a sus amigos...!». Entonces se me apareció El para decirme:

«¿A qué dices eso? ¿Cómo puedes ni pensar que Yo te haya de privar de todo ello por haber tú terminado el trabajo? Yo siempre vendré, y *para ti sólo*; por lo que, al ser Yo todo para ti, aún te resultará más dulce. Pequeño Juan, mi fiel portavoz, nada te quitaré de lo que has merecido: verme y sentirme. Y aún más, te llevaré más arriba, hasta las diáfanas esferas de la pura contemplación, envuelta en los velos místicos que harán de toldo a *nuestros* amores. *Entonces serás únicamente María.* Ahora, en cambio, tienes que ser también Marta porque debes trabajar activamente si has de ser la portavoz. En adelante contemplarás tan sólo. ¡Qué hermoso será! ¡Sé feliz! ¡Cuánto, cuánto te amo! Y ¡cuánto me amas tú! ¡Oh, nuestros dos amores...! ¡Está ya el Cielo a punto para acogerte! ¡Mi tortolilla escondida, se acerca la bella estación! Yo vendré a ti entre el vivo perfume de los viñedos y manzanales[6] y *te desmemoriaré del mundo en mi amor...*».

¡Oh, imposible expresar lo que es esto!

---

[1] Génesis 1; Eclesiástico 15, 11-21.

[2] Porque Dios quiere que todos se salven; 1.ª Timoteo 2, 1-8.

[3] María Valtorta no poseía cultura alguna en el campo de la mística y confesaba humildemente su ignorancia al respecto. Y aquí, sin saberlo, expresa una gran verdad doctrinal y nos desvela un eximio don personal. En efecto, los competentes en la materia enseñan y atestiguan que cuanto el estado místico y la oración mística son más perfectos y elevados, tanto el uso de la inteligencia, de la voluntad y de los sentidos permanece *libre*: como ocurrió ya con Jesús y María sobre la tierra y como sucede, o mejor, como sucederá, tras la resurrección corpórea, con los santos en el Cielo.

[4] Para entenderlo bien, léase todo el capítulo 3 de Daniel y, en especial, el Cántico de Azarías y de

los tres jóvenes, con especial referencia al versículo 50.

[5] En efecto, María Valtorta nació en Caserta el 14 de marzo de 1897.

[6] Para entender bien estas expresiones y alusiones, sería bien releer el «Cantar de los Cantares» y principalmente: 2, 10-14 (6, 11; 7, 11-14).

[7] A este párrafo hacíamos alusión en el Prólogo a la tercera edición de «Il Poema dell'Uomo Dio», vol. I, pág. XII, cuando escribíamos: «De varios indicios debidamente documentados parece deducirse que esta ofrenda de víctima sea la más profunda y sobrenatural explicación del estado de inercia física y de abstracción psíquica en que María Valtorta vino a encontrarse durante los últimos años de su existencia terrena. El Señor, en efecto, habíale dicho: «Te desmemoriaré del mundo en mi Amor».

# CUADERNOS DEL 1943

# MARÍA VALTORTA

**BIOGRAFÍA**

Nació el 14.3.1897, en Caserta, Italia. Su padre, sargento mayor del Ejército Italiano, era de carácter tierno y amoroso. Fue hija única. Su madre, profesora de francés, era dura y severa.

A los cuatro años y medio, la llevaron a estudiar en el asilo de las Religiosas Ursulinas de Vía Lanzone, donde tuvo su primer encuentro con Dios. Allí comenzó a nacer en la pequeña *"el ansia por consolar a Jesús, haciéndose semejante a El en el dolor voluntariamente aceptado por amor"*.

En 1904, a los siete años de edad, pasó al Instituto de las Religiosas Marcelinas, para iniciar allí los estudios elementales, distinguiéndose de inmediato como la "primera de la clase por la inteligencia, don de Dios". En 1907 pasó a la escuela estatal, asistiendo contemporáneamente, por exigencia de su madre, a las lecciones de francés dadas por un grupo de religiosas expulsadas de Francia.

Gracias a las religiosas francesas, en 1908 pudo recibir su Primera Comunión. Con gran dolor por su parte, el padre no asistió porque la madre había juzgado inútil su presencia. En 1909, por el despotismo de su madre y por la timidez de su padre debió dejar su casa para entrar en un internado (el Colegio Bianconi de las Hermanas de la Caridad de María Santísima Niña). Permaneció allí hasta 1913.

Su carácter *"generoso, firme, fuerte, fiel"* mereció el sobrenombre de *"valtortino";* su amor al estudio, al orden, a la obediencia le procuró ser citada como *"alumna modelo"*. Una vez más su madre se interpuso en su vida, y obligó a María a que estudiase Tecnología, aún cuando ella no tenía cualidades para las matemáticas. No superó las pruebas en ciencias exactas, por lo cual no tuvo más remedio que recuperar el tiempo perdido con todas sus fuerzas y terminar el programa clásico, consiguiendo el diploma.

En 1913 su familia se trasladó a Florencia. Allí María conoció a Roberto, de hermosa presencia, rico y doctorado en literatura. Era muy bueno, serio y afable. Se quisieron mucho, *"con un amor silencioso, paciente y respetuoso"*.*"luz"*, de *"guía"*, para que "llegase a ser un buen hombre, y un valiente oficial". Para María *"amar era tan necesario como el respirar"*, pero había de ir a Dios *"después de haber visto cuán efímeros son los cariños humanos"*. Pero inexorablemente la madre tronchó, en su nacimiento, aquel tierno sentimiento. Suerte que le cupo nueve años después, cuando se encontró con otro joven llamado Mario, "un joven cuya madre había muerto". Al principio María trató con él para servirle de

En 1916, *"en un período tremendo, de desesperación y de ansias"*, el Señor volvió a llamarla por medio de un sueño, que permaneció "vivo" en María durante toda la vida. En el sueño, María es socorrida por Jesús, cuyas palabras de admonición y de piedad, unidas a un gesto de absolución y de bendición, fueron para ella *"un lavado que la purificó completamente"*. Se despertó *"con el alma iluminada por algo que no era terrenal"*.

En 1917 María entró en las filas de las enfermeras samaritanas, y durante dieciocho meses prodigó sus cuidados en el hospital militar de Florencia. Pidió que se le confiasen los soldados y no los oficiales porque *"había ido a servir a los que sufren, no por alardes o para buscar*

*marido". Ejercitando la caridad se sintió obligada "dulcemente a acercarse cada vez más a Dios".*

El gesto de su gradual inmolación partió de un golpe violento que sufrió el 17 de marzo de 1920. Iba con su madre por la calle *"cuando un rapaz delincuente le pegó en los riñones con una barra de hierro, que había arrancado de una cama. Con todas sus fuerzas le dio un terrible golpe"*. Permaneció en cama tres meses y fue como comenzar a saborear su futura y completa enfermedad.

En ocasión de visitar a su tía Clotilde, *"una mujer muy culta"*, el Señor se sirvió de un libro para darle otro *"impulso fuerte"*. El Santo de Antonio Fogazzaro fue la novela que *"imprimió en su corazón una señal, indeleble, una señal por demás buena"*.

María Valtorta experimentó en manera más sensible ciertas percepciones psíquicas, que ya en los años precedentes había advertido bajo la forma de *"premoniciones"* o de *"otros hechos extraños"*. Se trataba, en particular, de la sensación *"como de que sus dedos se alargaban, se hicieran larguísimos hilos lanzados al espacio, y que estos hilos se fueran uniendo a otros iguales"* que salían de otras personas, como con deseo de unirse entre sí.

En septiembre de 1924, la familia Valtorta se trasladó definitivamente a Viareggio, en donde ocuparon una "casita" recién comprada. Allí, María continuó llevando una vida retirada, fuera de *"alguna salida al mar o al bosque"* y de las que hiciera *"a comprar lo necesario para cada día"*, lo que le permitía hacer visitas a Jesús Sacramentado, sin atraerse las iras de la madre. Había empezado para ella *"una nueva etapa en su vida, en la que crecía más en Dios"*.

Atraída por el ejemplo de Santa Teresita del Niño Jesús, cuyo libro Historia de un Alma, leyó con sumo gusto. El 28 de enero de 1925 se ofreció como víctima al Amor Misericordioso, renovando después *"cada día"* este acto de ofrecimiento. A partir de ese momento creció sin medida su amor por Jesús, hasta llegar a sentir su presencia en sus propias palabras y en sus propias acciones. Llevada del ansia de servir a Dios, quiso entrar en la Compañía de San Pablo, pero tuvo que contentarse con desarrollar *"un apostolado humilde, escondido, conocido sólo por Dios, fortalecido más por el sufrir que por el obrar"*. Pero, a partir de 1929, cuando entró en la Acción Católica como delegada de cultura de los jóvenes, pudo darse abiertamente al bien de las almas, trabajando con entusiasmo y dando conferencias que atraían numerosos oyentes *"aún entre los no practicantes"*.

En tanto venía madurando en ella la fuerte decisión de ofrecerse como víctima a la Justicia Divina, a lo cual se preparaba "con una vida que crecía cada vez más en pureza y mortificación". Ya *"de tiempo atrás" había "hecho los votos de virginidad, pobreza y obediencia"*. Cumplió su nuevo acto de ofrecimiento el 1° de julio de 1931. Mas los sufrimientos físicos y espirituales no cedieron un sólo momento.

El 4 de enero de 1933 fue el último día que María, caminando con extrema fatiga, pudo salir de casa. Y desde el 1° de abril de 1934 no se levantó ya más del lecho, dando inicio en un *"intenso transporte de amor"*, a su larga y penosa enfermedad. Se convirtió *"en el instrumento de las manos de Dios"*. Su misión era la de "sufrir, expiar y amar".

El 24 de mayo de 1935, en la casa de María Valtorta entró Marta Diciotti, quien llegaría a ser la compañera fiel de María, la "oyente" de sus escritos, la que la asistiría amorosamente hasta la muerte, y que conservó *"sus memorias"*.

Y María continuó en su lecho de enferma, a sufrir y a amar, haciéndose cada vez más disponible a la Voluntad de Dios, consolando a los afligidos, enderezando a los desviados en el espíritu, recibiendo dolorosas advertencias sobre su grave hora presente, revelando en cada cosa la fuerza varonil de su carácter y la clara inteligencia de su mente fija en Dios.

Hacia el año 1942, un sacerdote fue a visitarla. Era el buen padre Romualdo Migliorini, de la Orden de los Siervos de María, que durante cuatro años fue su director Espiritual. En 1943 le ordenó a María Valtorta que escribiera su autobiografía, y que dijese *"todo lo bueno y todo lo malo"*, sin preocuparse de cosa alguna.

Pero su verdadera actividad de escritora debía iniciarse de inmediato, por una fuerte presión del Altísimo, que encontró en ella un instrumento dócil y pronto. **En pocos años, entre indecibles sufrimientos del alma y del cuerpo, provocados por acontecimientos y personas, en condiciones absolutamente desfavorables, María Valtorta llenó quince mil páginas de cuaderno, que hoy en día son casi universalmente reconocidas como un monumento de doctrina y de literatura. Esta maravilla de Dios es una colección de varios tomos denominada "El Hombre-Dios".**

Los actos de ofrecimiento no habían terminado. El 18 de abril de 1949 María ofrecía a Dios el sacrificio de no ver la aprobación de su Obra, uniendo a este sacrificio el precioso don de su propia inteligencia. El Señor aceptó este sacrificio. María no pudo tener la satisfacción de saber que su obra era aprobada.

Cuando quedó del todo inactiva (ella aún en el lecho escribía o trabajaba y jamás había sido ociosa), conservó su aspecto lúcido y sereno. Permanecía quieta en su lecho como una niña grande, llegando por último a la necesidad de ser alimentada, pero no pedía jamás nada. Pocos la visitaban. Pocos eran los amigos. En medio de este silencio María acabó sus últimos días el 12 de octubre de 1961, a los 65 años de edad y 28 de enferma. En un escrito suyo de 1944 leemos lo que el Señor le había dicho: *"Cuán feliz serás cuando te des cuenta de estar en Mi mundo para siempre y de haber venido del pobre mundo. Lo harás sin pensar en ello, pasando de una visión a la realidad, como un pequeñuelo que sueña con su madre y que se despierta abrazado a ella, que lo aprieta contra su corazón. Así haré Yo contigo"*.

Murió en el mismo lecho que había visto los sufrimientos, los trabajos, el ofrecimiento y la piadosa muerte de la enferma escritora de Viareggio, que desde varios años atrás había dispuesto la frase que debía escribirse en los recordatorios: "He terminado de sufrir, pero continuaré amando".

Los pocos y respetuosos visitantes pudieron admirar el candor de su mano derecha, la que había sido considerada la "pluma del Señor", mientras la izquierda iba livideciendo. Y sus rodillas, que habían sido su escritorio, aparecían ligeramente dobladas, ahora que ella se encontraba en reposo verdadero.

Diez años más tarde, el 12 de octubre de 1971 fueron exhumados sus restos, que fueron sometidos a un tratamiento especial para asegurar su conservación, y fueron colocados en el nicho de la familia en la Galería del Redentor del mismo cementerio de Viareggio.

El 2 de julio de 1973 los restos de María Valtorta pudieron ser trasladados a la Santísima Annunziata de Florencia y sepultados en la Capilla del Capítulo que da al grande claustro que forma parte de la famosa basílica florentina, que está a cargo de los padres servitas.

22 de abril de 1943

Me parece que sea casi inútil escribir aún habiéndolo dicho todo[1]. Pero usted [2] me insta a que escriba las cosas que más me impresionan y yo obedezco.

Es la tarde del Jueves Santo. Hablando de Jesús no me distraigo de Él, sino al contrario me concentro en Él. Le diré pues cómo he pasado estas últimas veinticuatro horas. Ayer por la tarde usted me ha visto agotada. Estaba realmente agotada. Pero cuando toco el fondo de la resistencia humana, y a quien me ve doy la impresión de ser un pobre ser incapaz hasta de pensar, es precisamente entonces cuando tengo -diré así- iluminaciones.

Ayer por la tarde había leído el periódico; después, cansada también de eso, había cerrado los ojos y estaba así... inerte. De repente he visto, mentalmente, un terreno muy pedregoso y yermo. Parecía la cima de un montículo, como tantos que se ven sobre nuestras colinas. Desnudo de vegetación, tan sólo rico de piedras y rocas toscas y blanquecinas, tenía alrededor un vasto horizonte. Precisamente sobre la cima había nacido una planta de violetas. Lo único que viviese en tanta desolación. Veía claramente la mata de hojas bien espesa y apretada como para presentar resistencia a los vientos que batían la cima. Algún capullo de violeta, más o menos abierto, asomaba la cabecita entre la mata verde. Pero sólo una estaba completamente abierta. Hermosa, de un sólo color, abierta y estirada hacia lo alto.

Fue su estar tan derecha, casi como si estuviera atraída por una fuerza especial, lo que llamó mi atención y me hizo buscar con la mirada. Y vi un asta, una gran asta clavada en el suelo. Parecía un tronco apenas cepillado, burdo y áspero. A un medio metro del suelo, o quizás menos, había dos pies traspasados... Ayer por la tarde no he visto más que éstos. Dos pies torturados. Y que estuvieran torturados cruelmente lo decía la contracción de los mismos con los dedos casi replegados hacia la planta como por espasmo tetánico.

La sangre, resbalando hasta los talones, descendía sobre el asta escabrosa y la estriaba hasta el suelo. Otras gotas caían de los dedos contraídos y llovían sobre la mata de violetas. ¡A esto tendía la violeta toda tersa hacia lo alto! A esa sangre que la nutría como, entre tanta desolación de suelo, nutría aquella única mata, que había sabido nacer junto a aquel madero.

Muchas cosas me ha dicho aquella visión... Y cuando usted ha venido, yo estaba tras de ver aquel signo que era mi sermón del Miércoles Santo. No se ha disipado la figuración. No se disipan fácilmente. Permanecen nítidas en el cerebro aún cuando las cosas habituales las sobrepasen, o intenten sobrepasarlas.

Esta mañana también, antes de que usted viniera, he entrevisto el resto del cuerpo. Digo: entrevisto, porque me aparecía y desaparecía como entre el fluctuar de velos de niebla. Otras veces ha sido mucho más nítido... Pero entonces me parecía muerto.

---

[1] Maria Valtorta había ya escrito la *Autobiografía* por obediencia a P. Migliorini, su director espiritual. (Ver la nota siguiente).

[2] Se trata del P. Romualdo M. Migliorini, a quien la escritora se dirige más adelante y muy a menudo en sus escritos. Nacido en Volegno (Lucca) en el 1884, entró en la Orden de los Siervos de María en el 1900 y fue ordenado sacerdote en el 1908. Hasta el 1911 ejerció el sagrado ministerio en Italia, después fue párroco en Canadá, y a continuación pasó a las misiones de África del Sur donde llegó a ser superior regular y prefecto apostólico. De regreso a Italia en el 1939, fue prior del Convento de San Andrés en Viareggio, donde se dedicó a un apostolado infatigable sobre todo durante y tras el paso de la guerra. Hacia el 1942 fue a visitar a la enferma Maria Valtorta y se convirtió en su director espiritual y testigo de sus escritos, que celosamente transcribía a máquina aventurando la primera difusión. Pero en el 1946 tuvo que retirarse a Roma, donde confió al hermano de comunidad P. Corrado M. Berti la existencia de Maria Valtorta. Con sufrimientos cada vez mayores, falleció en Carsoli (L'Aquila) en el 1952.

Ahora me parece vivo. Y pienso que sea una gran piedad de Jesús no mostrarme hoy su rostro. Jesús está tan dolorido, su tristeza ha alcanzado una intensidad tan fuerte por toda la iniquidad humana que no se cansa de serlo -sino que, al contrario, cada vez se hace más iniquidad- que no podríamos soportar, sin morir de dolor, la expresión de su divino rostro.

Jesús, mi Maestro, con su palabra sin sonido, me dice que mi puesto está más que nunca a los pies de su cruz. Sólo de su Sangre, yo debo sacar vida... y mi tarea es tan sólo ser incienso a los pies de su trono de Redentor. Incienso que cubre, con su perfume, el hedor del pecado, de la maldad, de la crueldad que la Tierra exhala. El incienso no perfuma sino ardiendo y consumándose. Y yo debo hacer lo mismo.

Me dice también que la flor puede atraer otras miradas a su Cruz, puede hacer inclinar a otras criaturas bajo la lluvia de su Sangre. Ésta es la tarea de la flor hacia el prójimo y hacia Dios. Reparación de amor hacia Jesús y atracción a Jesús de muchos corazones, aceptando vivir, por esto, en un desnudo desierto, sola con la cruz.

Podría decir que me he quedado con los labios apoyados en aquellos pies traspasados como bebiendo en un manantial que es frescura y ardor al mismo tiempo. Una sensación espiritual, pero tan viva que parece real...

Esta mañana, en fin, a las 10 me ha llegado de Roma una carta de una Religiosa, carta que le mostraré y en la cual se habla precisamente de esta misión a los pies de la cruz, y a la carta está unida una imagen con un Crucifijo y debajo un incensario ardiente y el escrito: "Se eleve mi oración como incienso en tu presencia". He tomado todo esto como un discurso mudo de mi Jesús a su pequeña hostia que se consuma poco a poco más de amor que de enfermedad.

Pienso que mañana es Viernes Santo: el día de los días para mí. Quisiera acumular sacrificios para hacer de él un verdadero día de expiación. ¡Pero ya puedes hacer tan pocas cosas María! Pues bien, haremos esas pocas cosas. Por lo demás... puede ser que mañana piense Jesús en darme mi parte de dolor expiatorio. Yo estoy aquí, bien apretada a la Cruz. Es el puesto de las Marías, por otra parte. Así no se me escapará ni siquiera una señal de mi Redentor...

23 de abril
Mañana del Viernes Santo [3]

Dice Jesús:

«La primera vez mi Padre, para purificar la tierra, mandó un baño de aguas, la segunda un baño de sangre, ¡y de qué Sangre! Ni el primero ni el segundo baño han valido para hacer de los hombres hijos de Dios. Ahora el Padre está cansado, y para hacer perecer la raza humana deja que se desencadenen los castigos del infierno, porque los hombres han preferido al Cielo el infierno y su dominador, Lucifer, les tortura para empujarles a blasfemar y hacerles completamente hijos suyos.

Yo vendría a morir por segunda vez, para salvarles de una muerte más atroz todavía... Pero mi Padre no lo permite... Mi Amor lo permitiría, la Justicia no. Sabe que

[3] Es el primer dictado recibido por Maria Valtorta. Marta Diciotti (ver la nota 4 de pág. 19) relata que sucedió hacia mediodía del 23 de abril de 1943, viernes santo, y que Maria se quedó sorprendida, le confió el hecho y le pidió ir a buscar al Padre Migliorini. Marta salió de casa usando cualquier pretexto para no despertar la curiosidad de la madre de Maria, que era mujer muy autoritaria y no inclinada a cosas de religión. Padre Migliorini vino enseguida y se entretuvo en confidencial coloquio con la enferma escritora.

sería inútil. Por ello vendré tan sólo en la última hora. Pero ¡ay de los que en aquella hora me verán habiendo elegido por su señor a Lucifer! No se necesitarán armas en manos de mis ángeles para vencer la batalla contra los anticristos. Bastará mi mirada.

¡Oh! ¡si los hombres supieran todavía volverse a Mí que soy la salvación! Sólo deseo esto y lloro porque veo que nada es capaz de hacerles levantar la cabeza hacia el Cielo desde donde Yo les extiendo mis brazos.

Sufre, María, y di a los buenos que sufran para suplir mi segundo martirio que el Padre no quiere que Yo cumpla. A cada criatura que se inmola le es concedido salvar algún alma. Alguna... y no es para sorprenderse el que sean pocas las concedidas a cada pequeño redentor si se piensa que Yo, el Redentor divino, sobre el Calvario, en la hora de la inmolación, de todos los millares de personas presentes en mi muerte he logrado salvar al ladrón, a Longinos, y a pocos, pocos más...».

Reflexión sobre un discurso que me viene relatado, en el cual está dicho que se cuenta mucho con mis oraciones para obtener algo, habiendo reconocido que aquello que he pedido se ha cumplido.

"No me viene ningún orgullo, sino un más profundo agradecimiento a Dios que es tan bueno que permite que yo sepa obtener la felicidad de otros corazones. Pero a estos corazones quiero decir, y lo diré -especialmente a aquel que esta mañana me ha hecho saber su pensamiento- que lo que se cumple no es por mi mérito. Todos podrían llegar a la misma capacidad si quisieran. No hay un método o un estudio especial para llegar a esta potencia de súplica. Lo importante es hacer del propio corazón un pesebre de Belén para acoger a Jesús niño y de sí mismos una cruz para llevar a Jesús Redentor. Cuando lo llevamos así, indisolublemente, nosotros no somos más que un complemento suyo, y sólo Él es el verdadero protagonista de todo. El secreto para obtener todas las gracias, que el prójimo atribuye a nuestros méritos inexistentes, está únicamente en nuestra anulación en Cristo, tan completa que disuelva nuestra personalidad humana y oblige a Jesús a actuar sólo Él en todo acontecimiento. Nosotros no hacemos sino llevarle las voces de cada uno unidas a un beso de amor. El resto lo hace Él".

24 de abril
Sábado Santo

Mientras el "Gloria" canta en las iglesias...
Una de las cosas que más me lleva a reflexionar sobre la doctrina de misericordia de mi Jesús es el episodio que se lee en el evangelio de San Juan: "María estaba fuera llorando junto al sepulcro... se volvió hacia detrás y vio en pie a Jesús... Y Jesús le dijo: '¡María!'...". No contento todavía de haber amado tanto a los pecadores hasta el punto de dar su vida por ellos, Jesús reserva su primera manifestación, después de la Pasión, a una pecadora convertida.

No es seguro que Jesús se hubiera ya presentado a su Madre. El corazón nos induce a creerlo, pero ninguno de los 4 evangelistas lo dice. Es seguro en cambio esta aparición a María Magdalena. A ella, que encarna la inmensa corte de los redimidos por el amor de Cristo, Él aparece por primera vez y se manifiesta en su segunda apariencia de Dios Hombre para siempre. Antes era 'el Hombre en el que se escondía un Dios. Antes aún, en los tiempos de la espera, el Verbo era sólo Dios. Ahora es el Dios Hombre que lleva a los cielos nuestra carne mortal. Y esta obra de arte de divinidad,

por la cual la carne nacida de mujer se hace inmortal y eterna, se revela a una criatura que fue pecadora... No sólo: sino que a ella, precisamente a ella, confía el mensaje para sus propios apóstoles: "Ve a mis hermanos y diles que subo al Padre mío y Padre vuestro, Dios mío y Dios vuestro". Antes aún que al Padre, ¡a María la pecadora!

¡Qué río de confianza se vuelca en mí meditando esto! Cómo, cómo debería ser dicho, redicho, continuamente dicho a las pobres almas titubeantes y vergonzosas, porque saben que han pecado, que Jesús les ama tanto de anteponerlas al Padre y a su Madre. Porque pienso que si todavía no había subido al Padre, en aquella primera hora de resurrección, tampoco se había mostrado aún a la Madre. En el fondo es una necesidad de amorosa justicia. Jesús ha venido por los pecadores. Por lo tanto que la primicia de su resurrección vaya a quien es arquetipo de los pecadores redimidos.

"A mis hermanos -al Padre mío y vuestro- Dios mío y Dios vuestro". Estas palabras suenan en mi corazón como tantas alegres campanas. Hermanos los discípulos, hermanos nosotros que descendemos de ellos. Si todavía nos queda una duda, cae como la piedra del sepulcro, sacudida por este torbellino de amor, y la confianza surge en los corazones más aprisionados y oprimidos por el recuerdo de sus errores y de la reflexión de la inmensa distancia que nos separa a nosotros, polvo, de Dios. Jesús lo dice: somos hermanos, tenemos un único Padre y un único Dios con Cristo.

¡Oh! Él nos agarra con sus manos traspasadas -es el primer gesto que hace después de su muerte- y nos lanza sobre el corazón de Dios, en los cielos no más cerrados sino abiertos por el amor, para que allí se lloren las dulces lágrimas de la reconciliación con nuestro Padre.

¡Aleluya! ¡Gloria a Ti, Maestro y Dios, que nos salvas con tu dolor y nos das como camino de salvación el Amor!

1 de mayo
Sábado 11 horas

Dice Jesús:
«¿Te entristeces? Yo también. ¡Pobres niños! ¡Los pequeñuelos que Yo amaba tanto y que deben morir así! ¡Y Yo que les acariciaba con una ternura de Padre y de Dios que ve en el niño la obra de arte, aún no profanada, de su creación! Los niños que mueren, matados por el odio y entre un coro de odio.

¡Oh¡ ¡que los padres y las madres no profanen, con sus imprecaciones, el holocausto inocente de sus flores truncadas! Que sepan los padres y las madres que ni una lágrima de sus pequeños, ni un gemido de estos inocentes inmolados queda sin eco en mi Corazón. A ellos se abre el Cielo, porque no se diferencian en nada de sus lejanos hermanos, matados por Herodes por odio hacia Mí. También éstos han sido matados por los malvados Herodes, custodios de un poder que Yo les he dado para que lo usaran para el bien y del cual me deberán rendir cuentas.

Yo vendría por todos. Pero especialmente por éstos, recién nacidos a la vida, don de Dios, y ya arrancados a la vida por la crueldad, don del demonio. Pero sabed que para lavar la sangre contaminada que ensucia la tierra, que es derramada con hastío y maldición en hastío y maldición hacia Mí que soy el Amor, es necesario este rocío de sangre inocente, el único que aún sabe brotar sin maldecir, sin odiar, así como Yo, el Cordero, derramé mi sangre por vosotros. Los inocentes son los pequeños corderos de la nueva era, los únicos cuyo sacrificio, recogido por los ángeles, es completamente

agradable a mi Padre.

Después vienen los penitentes. Pero después. Porque incluso el más perfecto entre ellos arrastra en su sacrificio escorias de imperfecciones humanas, de odios, de egoísmos. Los primeros en la hilera de los nuevos redentores son los niños cuyos ojos se cierran en un horror para reabrirse sobre mi Corazón en el Cielo.»

10 de mayo

Mi Jardinero me ha donado un lirio. Antes las violetas. Mis queridas violetas que habían sido todas arrancadas por la prepotencia de los demás y que han nacido espontáneas, después de tres años de que ya no hubiera, en las jardineras de la terraza.

Pero mientras sean violetas no hay mucho de qué sorprenderse, ¿verdad? El mismo viento puede traer las semillas; un pajarillo las puede dejar caer de su pico... ¡Pero un lirio! La planta del lirio se propaga sólo por bulbo, y un bulbo de lirio es demasiado grueso y pesado para que lo pueda traer el viento con sus alas o un pájaro con su pico. Sin embargo ha nacido en la jardinera del balcón.

Muchos podrían decir que soy una loca, pero yo sostengo que este nacer de un lirio así, es milagroso y veo en este milagro una exquisita delicadeza y una cariñosa respuesta de mi Jesús. Él sabe cómo yo ame los lirios y cómo sufriera al verlos todos arrancados del parterre de mi patio. Sabe que los amo como flor y como símbolo y sabe qué miedo, que amargura tenía en el corazón pensando que quizás mi lirio ya no era cándido e intacto. Y Él, de pocos terrones ya infecundos, empobrecidos, endurecidos, descuidados, hace surgir un lirio.

Él bien lo puede hacer. ¡Él que ha creado los lirios de los anchos valles y que los nombra con tanto amor en su evangelio! ¿Por qué debo dudar de la procedencia de esta flor? El Jesús que ha dado a Teresita [4] la nieve el día de su toma de hábito, ¿no puede dar a María una flor de nieve? ¡Ay si mano humana me la rompiera! Me parecería un sacrilegio y tendría un dolor sumo.

Escribo también esto que a algunos podría parecer una nonada y que para mí es en cambio algo muy profundo. También ésta es una caricia de mi Dios, una delicadeza suya y que me confirma y refuerza la dulce sensación del 2 de marzo pasado, [5] sensación vuelta a sentir, si bien más levemente, en estos días.

¡Oh! ¡Paraíso! ¿Qué serás si aquí sólo el rozarte levemente es tal bienaventuranza?

Estoy cansada y agotada y con el corazón en ansia por tantas cosas. .

Pienso en mis parientes de Calabria... Les he escrito mucho en estos días hablando abiertamente de Dios y de los deberes de un cristiano de cara a la muerte. Pienso en Clotilde paralizada... pienso en Paola, en Giuseppe con sus teorías... extrañas, pienso en todos[6]. ¿Cómo morirán, si deben morir? Que la Mano, que ha sembrado los lirios y las violetas para la pobre María, descienda sobre esos corazones y les atraiga a Sí...

Me escribe la Abadesa de las Trapenses y yo le he escrito a ella. Estoy contenta de haber orado y de orar, así, por la unidad de las Iglesias. Ignoraba que se orase por

[4] S. Teresa de Lisieux

[5] Está explicada en el escrito del 13 de mayo

[6] Los parientes Belfanti, propietarios de albergues en Reggio Calabria: Giuseppe era un primo de Iside Fioravanzi, madre de la escritora; Paola era hija de Giuseppe; Clotilde era la mujer de un hermano de Giuseppe.

esto. Jesús, mi único Maestro, me ha guiado, como siempre, también en esto. Así como me ha guiado hacia su sierva Sor M. Gabriella [7]. Tengo la sensación de estar cogida de la mano por Él que me conduce donde puedo encontrar el bien, o almas que, por estar ya en la gloria, me pueden ayudar, con su doctrina de santidad, a aumentar mi obra de santificación.

Puedo decir que nunca me sucede que trate de conocer una "Vida" en la cual no encuentre una semejanza con la mía. Semejanza mucho más grande y perfecta pero que siempre es: semejanza. He leído infinitas "Vidas" pero, por mi parte, siempre he adquirido aquéllas que tienen puntos de contacto con mi mezquina vida y, por la repercusión que tienen en mí, mientras las otras me despiertan una admiración estéril y basta, comprendo que yo también estoy en la misma estela (si bien muy atrasada) de ardor de amor, de inmolación, de confianza.

Encuentro en la "Vida" de Sor M. Gabriella frases iguales, hasta en las más pequeñas palabras, a las mías. Y esto me conmueve mucho. Siento que donde Jesús reina, dueño absoluto de nuestro yo, las almas, como arpas tocadas por la misma mano, dan el mismo sonido... más o menos fuerte según su perfección, pero siempre en las mismas notas.

13 de mayo
Mañana

Hace poco usted ha vuelto a decirme que escriba. La fatiga física no es nada frente a la fatiga moral que debo de hacer para levantar los velos tras los cuales está lo sobrenatural. ¿Por qué? Por varias razones.

La primera es que casi me parece cometer una profanación dando a conocer los secretos de Dios en mí. Y temo siempre que ésta, si no profanación, ciertamente proclamación, me pueda producir un castigo: ser privada de las divinas caricias y de las divinas palabras. Somos siempre un poco egoístas, nosotros los vivientes. Y no se piensa que cuanto Dios nos dona puede dar alegría a otros y que, siendo algo de Dios, Padre de todos, no nos es lícito ser avaros y privar de ello a los hermanos.

La segunda razón es que un resto de desconfianza humana, hacia mí y hacia los demás, me hace siempre pensar si cuanto yo advierto como "sobrenatural" no deba ser en cambio valorado por mí como ilusión y por los demás como un delirio. He oído tanto llamarme loca que pienso que... todavía el prójimo me pueda poner en esta categoría.

La tercera razón es que yo tengo miedo de estos favores. Miedo porque tengo siempre el terror de que puedan ser un engaño... ¿Es posible que yo, que no soy nada, pueda merecer estos favores de mi Rey? Y miedo de que me provoquen soberbia. Siento que si me ensoberbeciera, aunque fuera sólo por un instante, cesarían enseguida, no sólo, sino que me quedaría incluso sin ese mínimo de sobrenatural que es común a muchísimos. En castigo por mi soberbia. ¡Oh! ¡estoy segura de que Jesús me castigaría así!

Y ahora que le he dicho las razones por las cuales no me gusta hablar, le diré aquéllas por las cuales siento que no soy una ilusa, tomando apariencias de delirio por verdades sobrenaturales y palabras demoniacas por palabras divinas.

Estoy segura por la suavidad y la paz que me invaden después de esas palabras y

[7] Sor María Gabriella, trapense de Grottaferrata (1914-1939)

de esas caricias y por la fuerza que me inviste, obligándome a escucharlas y a escribirlas sin poder cambiar una palabra. A la dulcísima fuerza con la que soy obligada a escucharlas o a escribirlas -y siempre en momentos extraños a cualquier voluntad mía de oír esas cosas (le ruego que crea que yo no hago nada para ponerme, diré así, en posición receptora)-' siento, si es el caso, una fuerza más viva que me dice: "Haz conocer esto. Calla a todos esto otro". Y con esta suave prepotencia no se transige...

Pero de mío no hay nada. Si yo pienso también (y me aflijo por ello): “Jesús calla. ¡Oh! ¡si se dejara oír para consolarme un poquito!", esté seguro que Él continúa callando. Sólo cuando quiere se le oye; y entonces aunque yo estoy ocupada en otras cosas, cualquier otra cosa que quizás me urge hacer, debo dejarla y ocuparme sólo de Él. Como si, según mi estilo, prefiero un modo de decir a otro y trato de cambiarlo, no puedo. Así está dicho y así debe quedar.

También esta mañana usted me decía que escribiera sobre sensaciones pasadas. Le he dicho que no podría repetir ahora exactamente aquellas palabras y por ello no las repito. De mío no debe haber nada. Pero le puedo hacer una pequeña enumeración de las cosas que he advertido.

Como le he dicho otras veces,[8] reiteradamente, he soñado con Jesús, María y los Santos. Pero mientras Jesús siempre estaba "vivo", la Virgen y los Santos eran como estatuas o cuadros: figuraciones. Sólo he visto dos veces como persona viva a un frailecillo franciscano, que ciertamente era santo. Y en una me decía que de todos los males "me habría matado aquello que tenía allí" y me tocaba los pulmones. Este sueño lo tuve hace ahora siete años, cuando en los pulmones no tenía nada de nada.

En otra ocasión el mismo frailecillo franciscano, que no me ha parecido ni S. Francisco ni S. Antonio, con un rostro de luz, me decía: "Has merecido más tú con esta enfermedad que una religiosa en el convento. Cada año de los tuyos vale una vida conventual". Me respondía esto porque yo, viendo la muerte en acecho, me afligía por haber hecho tan poco... Mi Superiora (muerta desde 1925) me alejaba de la muerte, me ocultaba de ella diciendo: "Vive algún año todavía", mas yo decía: "Pero ¿qué hago yo? iNada! ¡Si fuera monja!", y fue entonces cuando el frailecillo me dijo aquellas palabras.

Como le he dicho, a mi Ángel le he visto sólo aquella vez. Pero a veces siento como un vientecillo soplarme en el rostro y pienso que sea mi buen ángel que me conforta en los momentos en los que estoy tan abatida que no puedo ni mover el abanico. En el verano de 1934 esta sensación ha durado meses: los meses. de continuo peligro mortal. Desaparecido esto, mi ángel... se hace el muerto. Él que me ha tutelado tan bien, cuando era aún una niña de pecho que berreaba en los surcos ardientes de "Terra di Lavoro",[9] que me ha socorrido en el síncope del 4 de enero de 1932, no se ha mostrado nunca o hecho oír abiertamente, salvo aquella vez. A no ser que sea él quien ahora ha plantado el lirio y las violetas [10], cogiéndolos de los jardines provistos... pero ¿quién lo sabe?

En cambio he visto y hablado (en sueños) con Padre Pío de Pietrelcina. Le he visto, siempre en sueños, en éxtasis, después de la S. Misa, he visto su mirada penetrante y advertido en mi mano la cicatriz del estigma cuando me cogió de la mano. Y; no en sueños sino bien despierta, he percibido su perfume. Ningún jardín colmado de flores

---

[8] Estas continuas referencias están, sobre todo, en la *Autobiografía* ya escrita por deseo del Padre Migliorini

[9] En Caserta, donde nació el 14 de marzo de 1897 y donde permaneció en los primeros dieciocho meses de vida, Maria Valtorta había sido confiada a una nodriza depravada, que llegaba hasta el punto de abandonar a la pequeña en los campos.

[10] En el escrito del 10 de mayo.

en plena florescencia puede emanar las fragancias paradisiacas que llenaron mi habitación la noche entre el 25 y 26 de julio de 1941 y la tarde del 21 de septiembre de 1942, precisamente mientras que un amigo nuestro hablaba de mí al Padre (yo ignoraba que él hubiera ido a S. Giovanni Rotondo). Las dos veces he obtenido además las gracias pedidas. El perfume fue percibido también por Marta [11]. Era tan fuerte que la despertó. Después cesó de golpe como de golpe había venido.

Pero percibir el perfume es algo habitual. También esta mañana, después de mi despiadada noche de agonía, lo sentí. Mejor dicho me despertó del sueño que me había cogido al alba. Eran las 6 cuando fui despertada. La ventana estaba cerrada, flores en la habitación por la noche no tengo, perfumes no tengo, la puerta estaba cerrada. Por lo tanto ningún olor podía penetrar desde fuera. Fue como una columna de fragancia al lado derecho de la cama. Como vino desapareció, dejándome una dulzura en el corazón. Decir que es el olor de ésta o aquella flor es decir poco. Todas las fragancias están en este perfume. Todas las venas odoríferas se mezclan como si las almas de todas las flores creadas se agitaran en una paradisiaca danza.

Y ahora vayamos a las sensaciones más nítidas y que vienen todas de Jesús. Sí. Es sólo Él quien se manifiesta así.

Le he mencionado la sensación de tener en mí la mirada de Jesús y de mirar, a través de sus ojos, a mis semejantes. Esto es muy difícil de explicarse y ha sucedido por muchos años seguidos, cuando todavía caminaba.

Después han venido, diré así: las invasiones de amor, los sobresaltos de amor: angustiosos en su suavidad. Era como si Dios precipitara en mí con su voluntad de ser amado. También esto se explica mal. Éstos han durado y duran todavía.

Pero desde que han sobrevenido manifestaciones más vivas diría que éstos las advierto menos. Quizá porque me he estabilizado en ellos. Cuando se está parados en un puesto, bien arraigados, no hay más temblores. ¿No le parece?

Hace dos años advertí por primera vez una "voz" sin sonido que respondía a mis preguntas (preguntas que hago a mí misma meditando sobre esto o aquello) y con la voz una visión (mental). Recuerdo bien. Era después de la discusión con mi primo (el espiritista) [12]. Le había respondido con una burlona e hiriente carta.

Tres horas más tarde, mientras consideraba lo escrito, ya expedido, y me lo aplaudía poniendo razones humanas, y un poco más que humanas, como aprobación de mi carta de fuego, advertí la 'voz': "No juzgues. Tú no puedes saber nada. Hay cosas que Yo permito. Hay otras que Yo provoco. Y ninguna es sin finalidad. Y ninguna es entendida con justicia por vosotros humanos. Sólo Yo soy Juez y Salvador. Piensa en cuantos siervos míos fueron tachados de endemoniados porque hablaron repitiendo palabras venidas de zonas de misterio. Piensa en cuantos otros, cuya vida parecía siempre desarrollarse en la más fiel observancia de la Ley de Dios y de mi Iglesia, están ahora entre los condenados por Mí. No juzgues. Y no temas. Yo estoy contigo. Mira: ten un instante de percepción de mi Luz y verás que la más viva luz humana es tenebrosa respecto a mi Luz".

Y vi como abrirse una puerta, una gran puerta de bronce, pesada, alta. Giraba sobre los pernos con un sonido de arpa. No veía quien la empujase a abrirse lentamente... Por la rendija se filtró una luz tan viva, tan alegre, tan... no hay adjetivo para describirla,

[11] Marta Diciotti nació en Lucca en el 1910 y vivió junto a Maria Valtorta, asistiéndola cariñosamente, desde 1935 hasta la muerte de la enferma escritora, acaecida el 12 de octubre de 1961. Ahora custodia sus memorias en la casa de Viareggio.
[12] Giuseppe Belfanti, primo de la madre de la escritora

que me colmó de cielo. La puerta continuaba abriéndose, y del hueco cada vez más amplio un río de rayos de oro, de perlas, de topacios, de brillantes, de todas las gemas hechas luces, me abrazó toda y me sumergió. Comprendí en aquella Luz que es necesario amar a todos, no juzgar a nadie, perdonar todo, vivir sólo de Dios. Han pasado dos años pero yo veo todavía aquel fulgor...

Después la semana santa de 1942. Mejor dicho la semana de Pasión. El miércoles de Pasión, al improviso, una frase me sonó en el oído. Tan viva era la impresión que puedo propiamente decir "me sonó", aunque no oyese sonido alguno. "De aquellos que Yo te he dado, ninguno ha perecido salvo el hijo de la perdición, y esto para que tú también conocieras la amargura de no haber logrado salvar a todos los tuyos".

Como usted ve, una frase mitad evangélica, y por ello antigua, y mitad nueva. Una frase para quedarse perplejos porque Jesús me ha dado muchos -parientes, amigos, maestros, condiscípulas y discípulas- muchos por los cuales he sufrido, actuado, orado. Entre estos muchos, he tenido más de uno que me ha desilusionado en mi sed de espiritual amor. Por ello podía quedarme perpleja acerca de la persona definida: hijo de perdición. Pero cuando Jesús habla, aunque si la frase es en apariencia de lo más sibilina, está unida a una tal luz especial que el alma, a la que la frase está dicha, entiende exactamente a quien alude Cristo. .

Comprendí pues que el "hijo de la perdición" era una de mis hijitas de Asociación [13]. Una por la cual había hecho tanto, poniéndomela sobre el corazón para salvarla porque había entendido su naturaleza... En apariencia, el año pasado, no había nada que hiciera pensar en un error suyo. Pero yo comprendí. Entonces he aumentado mis oraciones por ella... y no he podido hacer más que impedir un delito de infanticidio.

El Viernes Santo vi por primera vez a Jesús Crucificado, entre los dos ladrones, sobre la cima del Gólgota. Visión que duró meses, no continua pero muy frecuente. Jesús me aparecía sobre un cielo sombrío, en una luz pálida, desnudo en la cruz oscura, un cuerpo muy largo y más bien delgado, muy blanco como si estuviera desangrado, un velo de un azul apagado a los lados, el rostro inclinado sobre el pecho en el abandono de la muerte, con los cabellos que le sombreaban. La cruz estaba siempre en dirección hacia oriente. Veía bien al ladrón de la izquierda, mal al de la derecha. Pero éstos estaban vivos; Jesús estaba muerto. Alguna vez veo aún a Jesús en cruz pero ahora está siempre solo. Por más que lo piense, no he visto nunca un cuadro semejante a esto.

En junio, bajo esta impresión, escribí la poesía siguiente. Hacía ya varios años que no componía porque, con tanto mal, la vena poética se ha secado como una flor que muere. Se la transcribo no porque sea una obra maestra, sino porque expresa la impresión de mis impresiones tras aquella visión y la da mejor que mis frases en prosa. Inmediatamente después escribí también una a la Virgen María, aunque a la Virgen yo no la vea ni la oiga nunca. Copio las dos.

Redemisti nos Deo in sanguine tuo.

Siniestro es el monte de la escabrosa roca.
El cielo se enfosca sobre tu dolor
mientras que te desangras, gota a gota,

[13] La Asociación es la "Azione Cattolica Italiana"

sobre la alta cima, por nosotros, Señor.
Estás con los brazos abiertos en cruz
la cabeza inclinada bajo la corona,
la mirada velada, apagada la voz,
   vivo tan sólo el corazón que amor provoca.
Miras, de los hombres, el odio y la guerra,
que hambre y estragos, en su andar fatal,
como fieras siembran por toda la tierra.
y el hombre siempre prefiere el Mal
al Bien que es tu hijo, a la Paz
que es santa flor de celestial vergel,
al Amor, en que todo egoísmo enmudece,
a la única vida de los pueblos, la Fe.
y Tú, a pesar de todo, de nuevo por nosotros te ofreces
y a tu Calvario, por nosotros, subes,
hostia que nos rescatas de nuestros males,
y sobre el leño, erguido hacia el cielo, sufres.
¿Por qué? ¿por qué nuevamente has ascendido
a la cruz dolorosa? El hombre
de loca codicia y de ira encendido
contra sí mismo enfurecido y rendido
no está hasta que, vencido, en el fango triste,
de donde lo sacaste a mayor fortuna,
de nuevo no esté. Y contra Ti, Cristo,
arremete con furor ciego de muerte.
Y a pesar, Tú vuelves, por el hombre que te ofende,
a expiar, que te has hecho escudo
por nosotros contra los tremendos fulgores
de tu Padre y solo, lívido, desnudo,
en el último espasmo alzando el rostro
gritas: "¡Todo está cumplido! ¡Por esta hora,
Padre, perdona! ¡Para ellos el Paraíso!
¡Yo les he redimido, de nuevo, ahora!".

**16 de junio de 1942.**

A la Virgen.

¡Dios te salve María! Tú que eres la santa
protege a esta juventud pía,
tú que estás colmada, dulce María,
   de tanta gracia.
Por el Señor que está contigo y tú con Él,
tú, bendita entre las criaturas,
defiéndelas de las sombrías insidias
y de las tristes jornadas oscuras.
Por aquel Hijo que en el vientre tuviste

permaneciendo virgen, y que es Jesús piadoso,
vuelve, ¡oh! vuelve tu mirar amoroso.
Eres la Reina de los afligidos.
¡Santa María! Ruega por nosotros mortales.
Nuestra vida sin ti, ¡oh Madre nuestra!,
es como golondrina desfallecida
con alas cansadas por tanto vuelo,
o navecilla sacudida por la furia de las olas sobrepujadas.
¡Ay! aplaca el nimbo sobre las aguas airadas
tú que eres del mar la estrella.
En la vida y aún más en la hora en que las luces
se nos apagan en la oscuridad de la muerte
tú, Virgen y Madre, las eternas puertas
ábrenos y a Dios condúcenos.

**17 de junio de 1942.**

Estoy contenta de haber hecho mis dos últimas chapuzas poéticas para Jesús y María. Aunque las rimas están cojas no importa. De todas formas Jesús me las califica con una buena nota, porque no mira la métrica sino el amor.

Yen junio, una tarde que estaba entre la muerte y la vida, sentí también llamarme por aquella hijita - "el hijo de la perdición" que estaba en Roma. Un grito de invocación infinita: "¡Señorita, señorita! ¿No me mira? ¿No me oye? ¿Ya no me quiere?". Yo lo oí claramente. Nadie más lo oyó. Un mes y medio después supe por ella, vuelta a su casa, la verdad verdadera sobre su ausencia: un hijo. Y aquella tarde, desesperada, había estado a punto de suicidarse... y me había llamado para resistir a la tentación. Me había llamado a mí, con su alma, a mí que no sabía nada en concreto, que la creía fuera por motivos de trabajo, que no quería creer aquella "voz" del miércoles de pasión.

Después, a veces, he visto a Jesús niño sobre los siete, diez años. Bellísimo. Jesús hombre en la plenitud de la virilidad. Aún más bello.

Pero la sensación más dulce, más llena, más sensible, la he tenido el 2 de marzo de este año. No se ría, Padre. Pero la he tenido la mañana de la muerte de Giacomino, mi pobre pajarillo.

Lloraba porque... soy una tonta. Lloraba porque me encariño mucho con todo. Lloraba porque en mi segregación de enferma desde hace diez años tengo un verdadero deseo de afectos a mi alrededor, aunque sean afectos de los animalillos. Y me lamentaba, bajito, con Jesús. Le decía: "Pero, me lo podías dejar. Me lo habías dado. ¿Por qué me lo has quitado? ¿Eres celoso también de un pájaro?". Después concluí: "Está bien... toma también este dolor mío. Te lo ofrezco con todo lo demás, por lo que Tú sabes".

Y entonces he sentido dos brazos a mi alrededor y atraerme contra un corazón, con la cabeza sobre un hombro. He notado la templanza de una carne contra mi gota, el respiro y el latir de un corazón dentro de un pecho vivo. Me he abandonado a aquel abrazo sintiendo sobre mi cabeza una voz murmurarme en los cabellos: "Pero te quedo Yo. Te tengo Yo, sobre mi Corazón. No llores que te amo Yo".

Y no he llorado más. Y no he sentido más dolor. Note que cuando se me muere un pájaro, un perro, son llantos que duran meses... Aquel día... terminó todo con el abrazo

de Jesús. Alguna vez, menos intenso, se repite.

Después, con el viernes santo de este año, o sea el 23 de abril, el primer dictado de Jesús, y el 1° de mayo el segundo.

¡Oh! al fin lo he dicho todo y me paro con los hombros tan rotos que me parece haber llevado la cruz arriba y abajo por el Calvario.

14 de mayo

Pero después del Calvario viene siempre el Paraíso. ¡Qué noche de bienaventuranza!

Desde las 19 a las 22 medio muerta, hundida en las nieblas del colapso. Desde las 22 a las 24 en duermevela. Después en el desasosiego de la sofocación. Así me cogió la alarma [14] de la 1,05. Comencé a rezar, como siempre, por aquellos que estaban bajo las bombas.

Pero después la oración se mutó, sin querer, en dulcísimo coloquio. Me sentía rostro a rostro con Jesús, mejor contra su Corazón. No han habido largas charlas. No. Breves frases, de Esposo a esposa, de enamorados, para decirse que nos amamos con todo el corazón... He quedado perfumada. He quedado saturada, como sumergida en un mar de alegría, de dulzura, de paz.

He visto disiparse la hora beata con un santo pesar... Pero era justo que tuviera fin. Sólo en el Paraíso no terminará. Ahora vivo en su recuerdo, en el eco que aún vibra en el fondo del corazón y que me da ganas de cantar, de reír, de amar, con céntuplo ardor, a todas las criaturas, porque estoy saturada de amor, nutrida y consumada por él.

19 de mayo Noche

Dice Jesús:
«Éste es el castigo de vuestra soberbia humana. Demasiado habéis querido y así perdéis incluso aquello que os había concedido tener. Las obras del genio y del ingenio humanos, dones míos, de los cuales estáis tan orgullosos, se hacen polvo para recordaros que sólo Yo soy Eterno, que sólo Yo soy el Dios, que sólo Yo soy Yo.

Pero lo que es mío permanece. Ni el hombre ni el demonio lo pueden destruir. Ningún atentado, ninguna astucia sirve para destruir aquello que Yo hice y que será siempre igual, hasta que Yo quiera. El mar, el cielo, las estrellas, los montes, las flores de las colinas y los verdes bosques. Intocables los primeros como Yo mismo, renacientes los segundos de cada frágil muerte a la que les lleva el hombre, como Yo resucité de la breve muerte que el hombre me dio. Y las plantas troncadas, las hierbas pisoteadas por la guerra volverán a vivir como Yo las hice el primer día.

Vuestras obras no. No las obras de arte. No volverán nunca más a existir las iglesias y las cúpulas, los palacios y los monumentos de los cuales os gloriasteis, hechos en los siglos y sucumbidos en un instante por vuestro castigo. Y también las obras del progreso caen lo mismo en fragmentos junto a vuestro necio orgullo que se cree un dios, sólo porque las inventó, y se os vuelven en contra aumentando la destrucción y el dolor.

Pero mi creación permanece, y permanece más hermosa porque en su

[14] Las alarmas, de las cuales se habla en el curso del volumen, son los señales que preanunciaban las incursiones aéreas de la segunda guerra mundial

inmutabilidad, que ningún instrumento rasguña, habla todavía más fuerte de Mí.

Todo lo que es vuestro se destruye. Pero recordaos, pobres hombres, que es mejor para vosotros quedaros sin nada teniéndome a Mí, que vivir entre los lujos del arte y del progreso habiéndome perdido a Mí. Una sola cosa es necesaria para el hombre: el reino del espíritu donde Yo estoy, el Reino de Dios».

21 de mayo

Reflexiono sobre el último coloquio entre usted y yo y en su deseo de que le diga si me he dado cuenta de haber hecho un poco de bien a las almas.

Sí. Por bondad de Dios, sí. Por mérito mío es, por lo menos, muy incierto, salvo algún caso en que es seguro porque en esos casos he pagado yo, de persona.

Hasta el 1923 he tratado de llevar al bien a las almas, pero a un bien puramente humano. Me he mostrado recta, seria, pasablemente buena, para llevar a otros a serlo también. Pero no miraba a fines sobrenaturales. Era una obra, diré así: de bonificación puramente limitada a un código de moral humana. Era ajena a mi modo de actuar la idea de hacer algo agradable a Dios, de hacer algo útil a las almas. Obedecía a mi instinto, naturalmente recto, complaciéndome también de ser citada como modelo. Esto me ha salvado, muy probablemente, de pasos falsos. Era, quizás, el fruto natural de tantas oraciones puras hechas en la infancia y después en la adolescencia, en el colegio, que me alcanzaban el permanecer buena al menos según el concepto humano y de llevar así a otros a serlo.

Después, hecha la luz en mí, comprendí que era necesario elevar la bondad natural a un plano sobrenatural, preocupándose no de lo útil que podemos tener en esta vida por ser buenos, sino de lo que será útil en la vida eterna. Comprendí que es necesario ser buenos y llevar a otros a serlo, no por nuestra alegría, sino por "atención" a Jesús.

Helo aquí. Encontrada esta verdad lo encontré todo, y todo cambió. Empernada toda mi forma de existir sobre el amor, también mi modo de actuar cambió método y aspiración. Por ello, desde 1923, dejé caer cada vez más abajo y en la sombra mi yo humano, con todas sus humanas sensaciones, ideas, obras, etc., etc., y sin nunca más reflexionar sobre aquello que podía, humanamente, producirme el seguir el camino de Dios, me ocupé sólo de aquel camino por el que encaucé a mí misma y... aspiré detrás de mí misma a muchos otros.

La primera criatura llevada a Dios con la palabra y con la oración -se lo he dicho ya [15]- fue una viejecita de más de 70 años, y después, arriba, arriba, con un modo o con otro, he pescado otros pececillos metiéndoles en el vivero del Señor. Desgraciadamente he tenido algunos tan... vivaces que una vez pescados se han escabullido de nuevo, prefiriendo el barro fangoso y el agua pútrida y estancada a la ola pura, cristalina, beatificante del divino vivero.

Pero los abandonos de algunos, mis derrotas, no me han amilanado. He continuando lo' mismo hablando de Dios incluso cuando estaba convencida de hablar a un corazón impenetrable. He continuado orando y actuando indiferente a las ironías, a los desaires, a las desilusiones. ¡Algo bueno quedará en esos corazones! ¿No le parece? Y Dios hará el resto. Las derrotas sirven para mostrarme que yo sin la ayuda de Dios soy menos de cero. Las victorias sirven para mostrarme que la benignidad de Dios es tan

[15] En la *Autobiografía*

paterna y grande que está siempre dispuesta a escucharnos cuando pedimos cosas justas, y ayudamos cuando trabajamos en su honor.

Le he hablado de aquella niña, salvada de la muerte [16]. Y no me repito. Hablando le he dicho que ni uno de aquellos que he encomendado al Señor, entre los combatientes, ha perecido. Le puedo también añadir que muchas de las cosas que pido de parte de otros las obtengo. Más bien es difícil que no las obtenga. Jesús es tan bueno que no me niega nada de aquello que yo pido para mis hermanos. Si acaso es más reacio conmigo, para cosas que yo pido para mí misma.

Pero quizás depende de que yo rezo más por los demás que por mí y también del hecho de que para mí no recurro a ciertos medios... draconiano s que ponen al buen Jesús en la imposibilidad de negarme una cosa. Quizás también depende de que yo... sé decir "gracias" a Jesús cuando me concede un favor. ¡Son tan pocos los que saben decide ese "gracias" que no se niega siquiera al barrendero que nos limpia la acera!... Se trata al buen Dios como a un siervo obligado a satisfacemos... y el buen Dios desea tanto oír decir: "¡Gracias, Padre!".

De mis muchachas puedo decir que he puesto en ellas una huella que no morirá, aunque si por ahora, al menos en una, parece huella destruida. En mis amigos lo mismo y lo mismo en mis antiguas oyentes de cuando daba las conferencias.
Sí, puedo decir, sin falsas modestias, que no he pasado inútilmente sobre la tierra. Como puedo decir que he visto y veo llover en mis manos las gracias que pido. Dulce lluvia que yo derramo sobre los corazones, contenta sí por ella, obtenida incluso a precio de sangre, un alma se vuelve a Dios y se estrecha a Él cada vez más. Estoy tan contenta cuando oigo decir a uno por el cual he orado: "¡He obtenido la gracia!". Contenta porque pienso que en aquella hora, ese está con el corazón contento y por ello es bueno, contenta porque cada vez me convenzo más de cómo Jesús me ama.

Hay una Religiosa mía, ahora Provincial en Roma, que dice abiertamente que se ha dado cuenta de que aquello que yo pido lo obtengo y que por ello cuenta conmigo. ¡Oh! pero la pobre María lo obtiene todo porque ha sabido hacer como Jesús: ponerse en la cruz. y después, confiar, confiar, en Jesús, con una confianza mucho más grande de la que tuve en mi padre.

Muchos no obtienen porque no saben dirigirse a Dios como a un verdadero Padre, Hermano,.Esposo, y le hablan con afectación. Parecen los discursos ampulosos de las antiguas tragedias o de los embajadores: "Señor, en este fastuoso día... Con el ánimo a vuestros.
pies nos humillamos etc., etc.,". ¡Oh! ¡no! No es mi estilo. Yo con la sonrisa, con las lágrimas, con la sencillez, la insistencia, la seguridad, hablo a Jesús hasta que Él sonríe... y cuando sonríe la gracia es segura.

Y no es para decir que pida poco. ¡Soy una demandante que nunca se da por contenta! ¡Pero el Señor es tan feliz de hacerle de Rey que derrama sus tesoros! A veces es talla lluvia de gracias que obtengo, que me quedo asombrada, conmovida, extasiada.

Quizá no debería decir así, por humildad. Pero miro a María mi Madre, la Humilde por excelencia... y yo María, de una pequeñez de hormiga respecto a Ella, la imito cantando el Magnificat, porque también en mí el Señor, sin mirar la pequeñez de su sierva, ¡ha hecho grandes cosas!

[16] En la *Autobiografía*

22 de mayo

Yo me sé explicar mal, probablemente porque soy una flor salvaje nacida, florecida, crecida únicamente por voluntad de Jesús y no sé de vocablos místicos, no conozco los matices de las ascética. Nada. Amo porque amo. Vivo como Dios quiere. Gozo o padezco aquello que Dios me manda o me permite. Pero no sé decir los "nombres" de esto o aquello que yo siento.

Usted me hace preguntas a las cuales no sé responder, y como no quiero hacer caer en error. a nadie dando por mi cuenta un concepto que no responda a la verdad, humildemente le digo lo que sé, como lo sé, y nada más. Quizás usted leyendo y hablando conmigo entenderá mejor que yo a qué punto estoy.

Hace poco me ha preguntado si yo alguna vez he estado absorbida en Dios hasta el punto de no advertir nada más.

Pues no sé si he entendido bien su pensamiento. Si usted habla del éxtasis, como se entiende normalmente, ciertamente no lo he tenido nunca. Si en cambio habla de ese sentido extático en el cual no está suspendida la vitalidad humana, pero toda la vitalidad está concentrada en un punto, polarizada en él, de modo que cualquier otra cosa pierde valor y se vive entre las cosas de cada momento como circundados por un vestido que nos aísla y protege, haciendo a nuestro alrededor como un velo de fuego dentro del cual nos movemos y actuamos mirando únicamente el fulero que nos atrae, entonces sí, lo he tenido muchas veces. Todo el mundo, que nos apremia alrededor, pierde forma y valor hasta el punto de aparecernos (durante unos instantes) como algo quimérico mientras que la realidad verdadera es lo que las potencias de nuestra alma adoran, absorben, viven. No sé si me he explicado.

Creo que si esto durase mataría en poco tiempo. Pero creo también que quien ha vivido, aunque sólo una vez, tal experiencia mística, queda signado para toda la vida. Es como un crecimiento de nuestra vitalidad espiritual, un pasaje de una edad menor a una edad mayor por lo cual, después de cada inmersión en esta experiencia mística, nos encontramos crecidos en gracia y en sabiduría espiritual. Y así permanecemos para siempre, si sabemos ser dignos de ello.

No sólo, hasta creo que, aunque si por debilidad humana, tenemos alguna vez una caída, pero no poniendo en ello la malicia, la gracia conseguida anteriormente no se anula: queda entorpecida, esto sí, de modo que se retrasa el episodio de una nueva inmersión en la "alegría de gustar y ver la esencia de Dios" (creo que lo que se prueba sea esto), pero no se pierde el beneficio conseguido. Sólo actuando con persistente, consciente malicia, se pierde.

Es necesario pensar que esta "alegría", que nos abstrae de lo sensible humano para sumergirnos en un sobre sensible divino, nos viene donada por Dios y por ello de un Ser que no desperdicia sus dones donándolos con imprevista prodigalidad. Se supone por ello que Él, junto con el don, dé otras fuerzas aptas a hacernos capaces de defender su don en nosotros, contra los enemigos que están en nosotros mismos: la carne, las pasiones, etc. etc., y por ello sólo una querida, sacrílega malicia puede hacernos incapaces de conservar el don de Dios en nosotros.

¡Si al menos me hubiera explicado bien! Pero repito: soy una analfabeta en la ciencia mística. y por ello digo con palabras humanas aquello que es sobrehumano.

Hoy me había venido a los labios una pregunta que me quema saber: "¿Ha sentido

mis oraciones en estos días? ¿Han conseguido el fin por el cual las hacía?". No le he preguntado nada; poniendo también este pequeño sacrificio en la hoguera donde ardo por tantas cosas, de tantos modos. Éstas parecen tonterías. Pero a veces cuestan una verdadera fatiga. Se suda para cumplirlas...

¡Oh! Padre, ¡qué martirizante es el amor! ¡El amor cuando precipita con toda su violencia en un corazón que es demasiado pequeño para contenerlo!

¡Oh! Padre, ¡cómo entiendo el deseo, la necesidad de los enamorados de Cristo de poner soledad alrededor de sus ardores! Cómo deseo la noche que me da la ocasión de estar sola, cuando el amor me embriaga, me tortura, me da lágrimas y risas.

¡Si le pudiera hacer ver lo que siento! Entiendo, en ciertos momentos, cómo se pueda morir de amor. Y sin embargo, por nada del mundo, quisiera ser librada de esta suavísima angustia que es agonía para la carne, que no puede soportar la fuerza sin sentir que se rompe, y que es bienaventuranza para el espíritu.

Pienso en una frase del Cantar de los Cantares, cuyo recuerdo me aletea en la mente: "Extendedme sobre las flores, apoyadme en los manzanos, porque peno de amor". Me parece que diga asÍ... y dice tan bien porque realmente se siente languidecer destruidos por el amor.

24 de mayo

¡Qué bueno es el Señor! Cuando yo contemplo la bondad infinita de Dios siento que el corazón se me derrite de gratitud y de amor. Y también de dolor porque veo qué pocos son aquellos que ven cuán bueno sea el Señor.

Muchos para decirle "bueno" quieren de Él cosas estrepitosas, para después proclamarle no bueno si apenas a uno le roza algo desagradable. Pero es "bueno" siempre, es un verdadero "Papá" para sus hijos fieles, y es bueno también con los menos fieles para los que dispensa infinitos tesoros de amor paciente que sabe esperar el arrepentimiento.

¡Pero con sus hijos fieles! Con los que ponen su mano de hijos en su mano de Padre y van así, mirándole con el santo, amoroso orgullo de hijos enamorados del padre, ¡oh! ¡con esos, qué poema, qué perfección de bondad obra Dios!

Tiene previsiones conmovedoras de todas las horas, de todos los acontecimientos. Él convierte en realidad no sólo las necesidades sino también los mínimos deseos de sus pequeños hijos fieles y nos da estas realidades como dones, como premios, precisamente como un buen "Papá", para alegrarnos.

Pienso en esa frase evangélica: "No hay nadie que haya abandonado casa y parientes por amor mío que no reciba el céntuplo ahora, y en el futuro la vida eterna"; y en la otra: "Dad y se os dará; una medida buena, apretada, colmada, rebosante, será derramada en vuestro regazo".

Sí, es justamente así. A quien pone a Dios sobre todas las cosas y hace de Dios su centro, del trabajo por el Señor su fin, Dios le dona no sólo la merced proporcionada a lo cumplido sino el "ciento", hasta lo superfluo, en medida desbordante, porque Dios es tan gran Señor que puede cubrir de tesoros desmesuradamente a sus súbditos fieles, y es tan buen Padre que alegría es para Él, en la alegría de su Esencia, dar la alegría a sus criaturas... Ni pueden temer consumirse sus tesoros de Rey y de Padre porque, como de inagotable fuente, desborda del seno de la Triada Eterna un continuo fluir de potencia que se desarrolla en gracias para los que lo aman.

28 de mayo
Mañana del 28 de mayo, viernes

Dice Jesús:
«Ésta es una lección toda para ti.
Yo soy tu Maestro y tú lo reconoces. Tu reconocimiento me alegra. Pero quiero que tu reconozcas toda la profundidad de cuanto opero en ti. Muchas cosas te he enseñado y muchas te enseñaré aún porque todavía estás muy lejos de ser como Yo te quisiera.

Una de las últimas cosas enseñadas ha sido la potencia del silencio. Te la he dado a entender mostrándote [17] a Mí que callo ante mis acusadores de ahora y de antes, ante Pilatos, y los Pilatos, que no me acusan y, humanamente, no me desprecian, pero que por miedo no me defienden. He visto que tu has entendido esta lección y que estabas deseosa de imitarme, aún reconociendo que por ti misma no lo habrías logrado nunca.

Tu deseo y tu humildad me han inducido a obrar. Yo obro siempre cuando veo en alguien la disposición para dejarse modelar. No soy sólo Maestro; soy también Médico y sé, como médico, que ninguna visita y ningún diagnóstico bastan para curar si el enfermo se resiste a someterse al médico. No es la palabra la que salva: es la obra. Así pues, Yo he obrado en ti estrechándote contra mi Corazón.

Ama mi Corazón, María, porque él te ha sanado de uno de tus defectos principales: la vehemencia, la resistencia, la falta de flexibilidad ante las cosas de cada momento. Fastidiosas, chocantes, injustas, es cierto, pero que es necesario transformar en útiles, justas, amadas, pensando en la vida eterna donde las encontraréis. Estrechada contra mi Corazón, y tú sabes cuál fue la mañana en la que él no sólo te habló [18] sino que te purificó con sus llamas. Por ello tu humanidad ha cambiado, perdiendo mucho de vuestra humanidad podría decir: de la animalidad- y adquiriendo mucho de mi humanidad.

Otras cosas obraré en ti, si te veo siempre voluntariosa y humilde, como otras he obrado ya para hacerte más agradable a nuestro Padre. Te has dado cuenta de haber sido curada de muchas cosas y por Quién. De otras, tan suave ha sido mi mano que ni te has dado cuenta.

Pero piensa esto, para no equivocarte, cuando te miras con sorpresa viendo que en tus brazos nacen plumas transformándose en alas: todo el bien que ves que ha nacido donde antes había hierbajos y raíces de mal es mío, te lo he donado Yo. Por ti misma no habrías podido nada no obstante tu buena voluntad.
Por la última cosa obrada en ti, por la que has llegado a ser imitadora mía en el silencio que es prudencia, que es caridad, que es sacrificio, y que me complace más que el incienso, me has alabado proclamando que Yo había hecho la gracia. Este reconocimiento me impulsa a obrar más.

Soy Maestro y Médico, pero también soy Padre. Y si no fuera el Hombre Dios quisiera decir: soy Madre para todos vosotros porque como una Madre Yo os llevo, os nutro, os cuido, os instruyo, lloro por vosotros, de vosotros me glorío. El amor de un padre ya es distinto. El amor de una madre es el amor de los amores, después del de Dios. Es por esto que sobre la cruz os he dado a mi Madre. No os he confiado al Padre

[17] En la *Autobiografía* están desveladas o bosquejadas las manifestaciones que la escritora había tenido ya sobre la pasión del Señor
[18] El primer dictado es del 23 de abril

de quien, muriendo, os rescataba. Os he dado a la Madre porque erais informes o recién nacidos y se necesitaba un seno de Madre para vosotros.

Sed, sé para mí una hija que reconoce los cuidados dados a su niñez espiritual. Observa los nacidos de mujer: pocas luces en el pensamiento rudimental de un recién nacido, pero lo ves sonreír y acariciar el pecho del que le viene la leche. Observa los nacidos de las bestias: aman el seno materno que les nutre, aman el ala que los cubre.

Tú, mujer hija de mujer, tú, criatura hecha a semejanza de Dios, no seas inferior a los nacidos de los animales. Reconoce siempre mi seno que te cría, nutre e instruye, y ámalo con un amor que me compensa y me impulsa a cuidarme de ti cada vez más. No te canses de amar. Tú sabes lo que quiero decir. No te canses de amar si no quieres que yo me canse de obrar.

Ve en paz, ahora. Recuerda, escucha y ama. Sabes lo que quiero decir. Así me harás feliz. Soy Jesús, el Jesús que es el Salvador».

31 de mayo
Inmediatamente tras la Sta. Comunión

Dice Jesús:
«¿Sabes por qué te impresionas incluso de una nadería y no quisieras cometerla? Porque Yo estoy en ti. Donde estoy Yo no puede subsistir nada que tenga ni tan siquiera el más lejano parentesco con lo impuro. La sensibilidad de un alma entregada a Mí es tal que hasta la más exigua tela de araña de mal le resulta gravosa, insoportable, más repugnante que un mar de fango a quien no está conmigo.

Pero esto no es por mérito del alma. Tan sólo porque allí estoy Yo. El mérito del alma, si lo hay, es sólo uno: su buena voluntad de tenerme y tenerse en Mí. Recuérdalo y no te gloríes de lo que no es tuyo sino mío. Humildad siempre si Yo debo actuar.

A los ojos del mundo tu eres cándida como la nieve alpina. Pero ante mis ojos aún estás parda por el polvo que te recubre. ¿Cómo está formado el polvo? Por partículas tan minúsculas que no se ven a simple vista. Pero muchas, juntas, forman una capa grisácea que empaña y ensucia las cosas. No hay que tener encima grandes piedras para morir sofocados o aparecer feos. También un puñado de polvo puede matar por asfixia y siempre afea.

Las piedras son los pecados mortales. El polvo los pecados veniales. También las imperfecciones son polvo; más [¡no, pero siempre polvo. Y hay que quitarlo porque si se acumula, por mucho que cada molécula sea impalpable, insignificante, acaba por asfixiar el ánimo y ensuciarlo. El mundo no la ve. Yo sí. Hay cosas cándidas, aparentemente, pero que no lo son. Hay cosas puras, aparentemente, pero que no lo son. No por propia voluntad sino porque otras voluntades las han manchado y corrompido. Mientras haya vida hay peligro. Es la misma vida la que es peligro.

Mira la nieve. ¡Qué blanca es! Se formó allí arriba, en mi cielo. Mira el lirio. ¡Qué perlado! Yo he creado su seda. Pero si tú los miras, la nieve y el lirio, con un microscopio ves cuantos gérmenes impuros se han mezclado, al caer atravesando los espacios, antes de posarse sobre la tierra, en el copo de nieve más cándido; ves cuantas motas de polvo microscópicas deslucen la angélica seda del lirio recién abierto. Y la nieve y el lirio, como cosas inanimadas, no tienen culpa si esto sucede.

Pero el alma racional sí. Ésta puede vigilar y prever. ¿Cómo? Con el amor. El amor es el microscopio del alma. Cuanto más uno me ama y ve las cosas a través de Mí, más

ve las manchitas de su conciencia. Éstas no me alejan porque Yo sé cómo estáis hechos. Pero no me alejan si el alma las sufre como inevitables pero no las provoca y, más aún, trata de limpiarse inmediatamente. Recuérdalo siempre.

Yo permanezco. Aún más, tú debes tratar de tenerme más a menudo, también sacramentalmente. Nada mejor que mi Sangre para lavar lo pardo de tu alma y hacerla digna del Rey, de Mí. Has visto lo que ha pasado cuando no me han traído a ti... Tan sólo mi potencia, obrando un milagro continuo, ha podido sacarte adelante igualmente, mantenerte la vida del espíritu bajo el polvo que se acumulaba y que no se limpiaba con mi Sangre.

¡Pero no hay que pretender y osar demasiado! Yo te he salvado para mis fines que no deben juzgarse ni tan siquiera indagar. Ahora todo vuelve a su cauce, porque el milagro es la excepción. Y tu debes alimentarte de Mí para ser cada vez más digna de Mí, poniendo de tu parte: infinito amor, todo cuanto puedas exprimir de tu ser hasta quedar exhausta, infinita voluntad de bien, infinita atención, infinita humildad, reconociendo tu nada y mi Todo, e infinita voluntad de pureza. Sobre ésta me basta esto, por ahora, y la separo a propósito de la voluntad en general, como voluntad excelsa.

Estamos en tiempos de alarmas y si no vigiláis el enemigo os ataca. Pero ¿qué son las bombas y los ataques del enemigo, que sólo pueden matar el cuerpo, respecto de las insidias del Enemigo que quiere matar vuestra alma? ¡Esa alma que Yo he rescatado al precio de un Dolor y de una Sangre que no tienen precio! Sube a mi monte, agárrate a mi Cruz y vigila por ti, sobre ti, sobre muchos. Y ora.

Yo te amo y la alegría que sientes en ti es la prueba de mi amor y de que tú me satisfaces bastante. Cuando Yo estoy en paz con un corazón, doy paz y alegría. Éste es el signo.

Respecto del futuro... ¡¿Qué quieres saber, pobre alma?! No estás lejos de la verdad, y esta mañana la has rozado... Pero ¿tendrías el valor de conocerla plenamente? Da gracias a mi misericordia que, por ahora, te la esconde en una buena parte. Ora. Pentecostés está cerca.

Con relación al Padre dile: "Quien vive en caridad y en pureza está ya sobre un calvario y me place. A Mí me toca dar a cada uno, en la manera que prefiero, la cruz que le corresponde".

Ve. Mi paz te doy».

Y ahora hablo yo.

Esta mañana, abriendo al azar el Evangelio, se me abrió primero por el capítulo: "Enseñanzas de Jesús. S. Mateo cap. 5", después el primer capítulo de S. Lucas y precisamente del versículo 8 al versículo 24. Llegando al v. 20 he tenido una sacudida que se ha repetido más fuerte en el v. 24. Se lo he mencionado esta mañana.

Como a través de los velos o de las distancias he entendido que allí hay una referencia a todos nosotros. Pero no he visto claramente. Sin embargo me he quedado bajo esta penosa impresión que perdura como gota de amargura en medio de la dulzura que me inunda.

Le ruego que guarde para sí todo cuanto le digo y le escribo. Crea que me cuesta mucho tener que decir y hacer conocer ciertas cosas. ¡Me parece tan imposible que me sucedan! Y pensar que es una Voluntad tan prepotente que no deja en paz hasta que no se le ha hecho caso.

Esta mañana he tenido que dejar a medias la acción de gracias de la Comunión, porque ya no comprendía nada de lo fuerte que sonaban las otras palabras imponiéndose para ser escritas. Después, al fin, he podido rezar. Pero antes he tenido que dejarlo. Y después me he quedado con el eco de aquellas palabras en el corazón, y las voy meditando. Por mi parte no habría podido añadir nada aparte de esta aclaración.

1 de junio

Dice Jesús:
«Para ser salvados, ¡oh pobres hombres que tembláis de miedo!, bastaría que vosotros, como hijos verdaderos y no como bastardos de los que Yo soy el Padre tan solo de nombre mientras que el verdadero padre es el otro, supierais arrebatar de mi Corazón una chispa de mi Misericordia. Y no quisiera más que dejármela arrebatar.

Estoy con el pecho abierto para que podáis llegar a mi Corazón con mayor facilidad. He dilatado la herida de la lanza en mi Corazón para que podáis entrar en él. Y no favorece. He utilizado vuestras innumerables ofensas como cuchillo sacrificador para reabrirla cada vez más porque el Amor sabe hacer esto. Hasta el mallo convierte en bien, mientras que vosotros utilizáis todo el bien que os he dado -y hasta me he dado a Mí mismo que soy el Bien Sumo- de forma tan obscena que se convierte en instrumento de mal para vosotros.

Estoy con mi Corazón abierto que gotea sangre, como de mis ojos fluyen lágrimas. Y caen, sangre y llanto, inútilmente en la tierra. La tierra es más benigna que vosotros con su Creador. Abre sus arenas para recibir la Sangre de su Dios. Y vosotros, en cambio, me cerráis vuestro corazón, único cáliz en el que Ella quisiera descender para encontrar amor y donar alegría y paz.

Miro mi rebaño... ¿Mío? Ya no es mío. Erais mis ovejas y os habéis ido de mis pastos... Fuera habéis encontrado al Maligno que os ha seducido y no os habéis vuelto a acordar de que con el precio de mi Sangre Yo os había reunido y salvado de los lobos y de los mercenarios que os querían matar. Yo he muerto por vosotros, para daros la Vida y la Vida plena como Yo la tengo en el Padre. Y vosotros habéis preferido la muerte. Os habéis puesto bajo el signo del Maligno y él os ha transformado en machos cabríos salvajes. Ya no tengo rebaño. El Pastor llora.

Tan sólo me ha quedado alguna corderita fiel, dispuesta a ofrecer su cuello al cuchillo del inmolador para mezclar su sangre, no inocente pero amante, con la mía inocentísima, y colmar el cáliz que será alzado el último día, para la última Misa, antes de que seáis llamados al tremendo Juicio. Por aquella Sangre y por aquellas sangres, en la hora final, Yo podré cosechar mi última mies entre los últimos salvados. Todos los demás... Servirán como paja para el reposo de los demonios y como ramajos en el incendio eterno.

Pero mis corderitas estarán conmigo. En un lugar elegido por Mí para su bienaventurado descanso tras tanta lucha. El lugar es distinto del de los salvados. Para los generosos hay un puesto especial. No entre los mártires y no entre los salvados. Son menos que los primeros y mucho más que los segundos y están en el medio entre las dos hileras.

Perseverad, vosotros que me amáis. Por aquel lugar merece la pena toda la fatiga presente porque es la zona de los corredentores, a la cabeza de los cuales está

María, mi Madre».

Dice aún Jesús:
«Creen que la penitencia sea algo inútil, superado, una pacífica manía. Sólo la penitencia y el amor tienen peso a los ojos de Dios para detener los acontecimientos y desviarlos.

Tenéis más necesidad de amor que de pan. Pero por el pan os afanáis a procuráoslo, robándoos el mendrugo los unos a los otros como perros hambrientos y, en realidad, diferís poco de ellos, dispuestos como estáis a destrozaros por un puñado de tierra y por un humo de orgullo. Mientras que para adquirir y poseer el amor no hacéis nada. No os cuidáis de ello.

Pero ¿sabéis, oh desgraciados, lo que hacéis descuidando el amor? Perdéis a Dios, su ayuda en la tierra, su visión en el cielo. ¿Qué debo hacer para haceros entender esto si mis flagelos no bastan, si mis bondades no sirven? ¿Cómo debo hacer descender al Paráclito, en qué forma, para que os invista y os salve? Si el globo de fuego llevado por el viento veloz descendiera, para una nueva Pentecostés, sobre cada uno de vosotros - no dividiéndose en llamitas que fueron suficientes, entonces, sobre los pobres pescadores, rudos e ignorantes pero amantes de Mí- descendiera pleno sobre cada uno de vosotros, no bastaría igualmente para encenderos de Dios. Antes deberíais desalojar el alma de vuestros falsos dioses, y no lo queréis hacer porque los preferís a Mí, Dios verdadero.

Estáis perdidos, si no se cumple un milagro. Volveos y orad al Amor».

2 de junio.

Dice Jesús:
«En este mes dedicado a mi Corazón y que este año reúne las solemnidades que son otras tantas manifestaciones de amor hacia Nosotros, Trinidad divina, ¿qué hacéis vosotros? Es un mes de amor y vosotros lo convertís en un mes de infierno que odia. Y así también el mes de María, mi Madre, y así Abril, en el que Yo morí, hace ya 20 siglos, y que os trae de nuevo mi Pascua. Para vosotros es siempre así.

El amor, la bondad, la queréis sólo de Dios y en Dios. Pero vosotros no queréis amarnos, amaros, ser buenos. Sí. No queréis amarnos. Vuestras oraciones son inútiles porque fluyen a vuestros labios no por el amor sino por el egoísmo. Queréis ser preservados del mal. Pero no decís: "Pero que se haga lo mismo a nuestros enemigos". No. Para ellos suplicáis destrucción y ruinas. Aquello que no queréis para vosotros. No hay latido en vosotros que no tenga por secreto resorte odio y egoísmo. Y así vuestras oraciones parecen globos que suben por una estrecha vía y después explotan recayendo al suelo.

Probad a oramos con amor, amor por todos, y Yo os ayudaré. "Que si hacéis el bien a quien os quiere, ¿qué mérito tenéis?". Sed semejantes a Nosotros que hacemos llover sol yagua sobre justos e injustos, dejando sólo a nosotros el derecho de juzgar, cuando llegue la hora.

La Ley y la Palabra son siempre iguales, son siempre aquéllas, hijos que no nos amáis. Veinte siglos son nada ante la::; verdades eternas. Yo, el Verbo, no he venido a cambiar la Ley. Ni siquiera Yo que soy el Verbo. Y vosotros la habéis cambiado porque sobre mi Ley y sobre mi Palabra habéis puesto una superposición de vuestras necias

palabras, de vuestras leyes ciegas y crueles. Habéis creído cambiar así la Ley y la Palabra, y progresar.

Sí. Habéis progresado. Pero como uno que no vea más la luz habéis progresado no hacia la meta: Dios, sino hacia el punto opuesto. Habéis retrocedido hacia la animalidad. Estáis matando vuestra alma. ¿Cómo? ¿Sabéis gritar por los espacios: "Salvad vuestras almas" y después las matáis vosotros? Pero cuando un naufragio hunde una nave, solamente vuestros cuerpos mueren y mis ángeles están preparados a llevar a los cielos las almas de aquellos que han expirado con mi nombre y el de María, mi Madre, en los labios. Mientras vosotros, en el naufragio de vuestra filiación de hijos de Dios, matáis vuestras almas. ¡Oh! ¡pobre Corazón mío!

Hablo contigo, María, que sabes lo que quiere decir ser desamada, ofendida, no reconocida, traicionada, y que lo has sufrido hasta enfermarte. Tú puedes entender mi tormento comparándolo con el tuyo.

El amor ignorado es un tormento. Y el mío es un infinito amor infinitamente ignorado. No son dos o tres personas las que han faltado, como contigo. Para Mí son millones de personas que en veinte siglos me han desamado, ofendido, despreciado. Y mi Corazón, que ama con la perfección de un corazón divino, se ha dilatado en el sufrimiento del dolor. La lanzada no ha sido dolorosa en comparación con las heridas que me ha infligido, en veinte siglos, en el Corazón, la raza humana. Yo soy Dios y no padezco enfermedad humana; pero en cambio padezco, en mi Humanidad, el dolor. Y vosotros me dais un dolor infinito y continuo.

Debo refugiarme en el corazón de mi Madre para superar ciertas horas de sufrimiento atroz por vuestras indignidades, debo mirar a mis confesores para atenuar el amargor de lo que sois vosotros, hombres, para Mí que os he amado hasta morir. No queremos coronas preciosas sobre las cabezas de las imágenes que me representan y representan a la Madre mía y vuestra, mientras que vosotros nos claváis continuamente espinas junto a las cuales las de mi corona eran rosas.

Una única corona queremos de vosotros: "Vuestro amor". Un amor que sea verdadero, de cada hora, en cada ocasión. Bastaría que esto ocurriera en pocos corazones, en cada nación, para que el mal fuera vencido por el Bien. ¿No bastaron doce verdaderos apóstoles, apoyados en el Corazón de María, para llevar al mundo la Caridad? Pero vosotros ahora sois peor que los Gentiles y que los Judíos».

Dice aún Jesús:
«Esto es para ti. Considera el valor de las cosas, incluso las pequeñas, si me son ofrecidas con amor.

Yo no te he abrazado cuando, en un gran dolor y en una gran prueba, te has resignado, porque no podías hacer de otra forma, o cuando en una hora de gran fervor me has ofrendado a ti misma. Te he estrechado al Corazón por una cosa que a los ojos humanos puede parecer una nimiedad. Pero Yo la juzgo como Dios y no como hombre. Tu espontaneidad al dedicarme aquella pena sin que Yo hablase ni ningún agente externo te presionase, me ha conmovido impulsándome a premiarte enseguida. Tú sabes cómo.

Recuerda siempre y sé siempre dócil a mi Voluntad que debes ver en todas las cosas, incluso en las más minúsculas, y que siempre debes pensar como movida por un deseo de bien para ti. Debes ser como una hierba florecida que se curva y se alza a cada soplo de Amor, porque mi Voluntad es Amor. Y en ti todo debe responder a este

Amor mío con el amor. También la mirada con la que miras a tu prójimo debe ser mirada de amor, siempre. De esta forma hasta una simple mirada te hará merecer una caricia mía.

No juzgues nada despreciable, en lo que se refiere a lo sobrenatural. La vida está hecha de cosas comunes pero que, revestidas de amor, llegan a ser excelsas. Mi Madre ha sido tan grande y digna de la admiración de los ángeles en el instante de su "fíat" como cuando, dejando las contemplaciones de los más altos misterios y la meditación del dolor que le había herido a través de su Criatura, se dedicaba a las humildes obligaciones de la mujer lavando, con amor, mis pañales, cocinando, con amor, el alimento al esposo, arreglando, con amor, la casa, escuchando, con amor, las necesidades de los vecinos.

El amor está siempre dispuesto, dócil, dulce, alegre, generoso, paciente. Y es el amor el que abre los cielos y hace descender nuestra Trinidad, que viene a los corazones no solamente con todos sus fulgores, sino también con todas sus ternuras.

Yo te quiero llevar a ser más dócil, tierna y fuerte que una madeja de seda. Si Yo quiero recrearme contigo, si yo quiero mostrar que soy el Rey, el Dueño, tú no debes reaccionar, lamentarte, fruncir el ceño. Si después de haberte tenido durante años en una cama Yo quisiera sacarte de ella ¿qué habría de sorprender? Sería dueño de hacerlo y tú deberías ser generosa pronunciando el "fíat" de la curación como lo fuiste para pronunciar el "fíat" de la enfermedad.

He curado tu alma, podría curar tu cuerpo que está siempre menos paralizado de cuanto no lo estuviera tu pobre alma tiempo hace. Y tú me lo deberías agradecer, aún cuando la curación quiere decir demora de nuestro encuentro en el Paraíso, quiere decir peligro de vivir en el mundo, quiere decir restitución de tu don. Si Yo lo hiciera tendría mis fines y tú, para complacerme, deberías estar alegre siempre, como ahora.

¿De qué está compuesta la miel? Del jugo de mil flores. ¿De qué está compuesta la perfección? Del fruto de mil sacrificios. Una abeja que quisiera nutrirse sólo de una flor haría poca miel y empalagosa. Otra que mezcla el jugo de flores dulcísimas con el de otras amargas, de flores de sabor delicado con otras de aroma picante, produce una miel abundante y saludable. Así sucede con el alma. Es necesario que te acostumbres a ver en todas las cosas a tu Jesús que las preordena para tu bien y de todas ellas te debes servir para progresar.

Mira, para no equivocarte debes hacer así: ¿miras a tu prójimo? Piensa que me miras a Mí. ¿Hablas con tu prójimo? Piensa que hablas conmigo. ¿Haces cualquier favor, cualquier trabajo por tu prójimo? Piensa que soy Yo quien te lo ha pedido. Entonces progresarás. ¡Ay si uno se para a reflexionar a quién dirige la mirada, la palabra, la obra! Muy pocas veces hablaría, miraría, actuaría con aquella caridad que me hace agradable vuestro actuar. Yo, sobre la tierra, lo hacía todo pensando en mi Padre y en vuestra redención. Tú hazlo todo pensando en Mí y en la redención de los pecadores.

No basta con que te resignes cuando Yo te lo impongo quitándote aquello que juzgo justo quitarte para tu bien. Es necesario que tú te sacies y nutras jubilosa con todos los cálices que te ofrezco, corriendo a su encuentro, bendiciendo al Amor tanto cuando te los ofrece como cuando te los aparta, pidiéndome además que te los dé para impedir que Yo los beba, cuando son amargos.

Así te querré, me serás tan querida que Yo te amaré hasta el punto de suspirar ardientemente por tenerte para siempre en mi Reino. Sólo el amor me impulsa a dejarte

todavía aquí para hacerte más buena. Sólo el amor debe impulsarte a ser más buena para volar pronto hacia Mí».

3 de junio [19]

Dice Jesús:
«Muchos me piden un signo. ¿Qué signo? ¿Signo de la hora o signo de mi poder?

El signo de la hora ya lo tenéis. Repito [20]: "Yo no he venido a cambiar la Ley". Sois vosotros quienes la habéis cambiado. Y Yo no cambio mi Palabra. Aquello que he dicho, dicho está. Todo cuanto debía suceder, desde el momento en que Yo hablaba, Hombre entre los hombres, hasta el momento en que Yo venga, Dios hijo de Dios, a juzgar a los hombres, está contenido en mi Evangelio.

Sois vosotros, necios que tenéis la cabeza llena de mil ruidos inútiles y de pensamientos perversos, quienes ya no entendéis todo lo que he dicho. ¿No estáis acaso salados con el fuego, con aquel fuego que salará eternamente a mis enemigos? Éste que os arde ahora y que baja sobre vosotros para destruiros y conduciros cada vez más a la blasfemia y a la herejía no es más que un anticipo de lo que será el fuego del que Yo hablo, destinado a los escandalosos que no se convierten. Y vosotros sois de éstos. Sólo os preocupáis del cuerpo y de las riquezas inicuas, y pisoteáis conciencias y altares, y profanáis todo cuanto tocáis, y me matáis en vosotros a Mí mismo una segunda vez.

He aquí los dones que os sabe dar Lucifer bajo cuyo signo os habéis puesto. La Bestia sopla por su boca el fuego después de haberos sumergido en el mal de la corrupción. Son sus dones. No puede daros otra cosa. Mientras que Yo os había dado, junto a Mí mismo, todos los tesoros de la gracia.

¿ Queréis un signo de mi poder? ¡Pero si hace veinte siglos que os estoy dando este signo! ¿Para qué ha servido? He abierto sobre vosotros los torrentes de mis gracias y los he hecho descender desde el Cielo sobre la tierra en mil y diez mil milagros. He curado a vuestros enfermos, he calmado vuestras guerras, he hecho prosperar vuestros negocios, he respondido a vuestras dudas, incluso sobre cosas de fe, porque conozco vuestra debilidad que no cree si no ve, he venido a repetir mi doctrina, he mandado a mi Madre para que con su dulzura os inclinara a la penitencia y al amor. ¿A qué ha servido?

Me habéis tratado como a un tonto, aprovechando mi potencia y mi paciencia, convencidos de que Yo, después de haber hecho el milagro, no volviera a acordarme de ello. No, hijos de mi dolor. Todo está señalado en el gran libro de mi Inteligencia y no he usado tinta para escribir en ella, sino el carbón encendido del Amor. Y todo es recordado.

Os habéis aprovechado de la venida de mi Madre para fines humanos, la habéis hecho objeto de risa y de comercio. ¿No sabéis que María es mi Templo y mi Templo es casa de oración y no cueva de ladrones? Sus palabras, tan afectuosas, tan suplicantes, tan llenas de llanto, por vosotros que le habéis matado al Hijo - y ni siquiera sabéis dar fruto de tanto sacrificio- os han sonado como canción inútil. Habéis seguido vuestro camino de perdición.

---

[19] Sobre una copia escrita a máquina, la escritora anota a lápiz: *En respuesta a una pregunta de Marta.*

[20] Ya en el dictado del 2 de junio

Mis mensajeros, las almas que, viviendo como deberíais vivir todos, han llegado a ser mis pregoneras para repetir una vez más la palabra de mi Corazón, los habéis tratado como "locos" y "poseídos" y alguna vez los habéis matado, siempre atormentado. También Yo, por la generación adúltera y homicida de mi tiempo mortal, fui llamado "loco y poseído".

¡El signo! El signo lo tenéis y no sirve para devolveros mi Paternidad. No os será dado más signo que éste. Buscadlo en mi palabra y en vuestra conciencia, si es que todavía lográis encontrarlo vivo bajo el montón de libídine, adulterios, fornicaciones, robos, homicidios, envidias, blasfemias y soberbias bajo las cuales lo habéis lapidado.

Es la Ascensión. Antes de ascender Yo bendije a mi Madre y a mis discípulos. No podía bendecir a otros porque los demás me habían rechazado y maldecido. También ahora bendigo a mis discípulos porque los demás no me quieren y blasfeman sobre mi bendición».

4 de junio

Dice Jesús:
«Amo a todas las almas. Amo las de los puros que viven como mi Corazón desea para vuestro bien, las de los mansos como Yo soy manso, las de los generosos que expían por todos y continúan mi Pasión, las de los misericordioso s que me imitan respecto a sus hermanos. Amo a los pecadores porque por ellos me hice Redentor y subí a la cruz. Sus pecados me producen dolor pero no extinguen mi amor por ellos, no extinguen el deseo de estrecharles arrepentidos en mi pecho. Amo las pequeñas almas que no están exentas de imperfecciones pero que son ricas de amor que anula las imperfecciones.

Te amo a ti, que te llamas María, el más dulce de los nombres para Mí. El nombre de mi Madre. Ese nombre que es escudo y defensa contra las insidias del demonio, ese nombre que es música del cielo, ese nombre que hace estremecerse de alegría a Nuestra Trinidad, ese nombre del cual me rodeé en la vida y en la hora de la muerte. María Magdalena, María de Cleofás: las fieles mías y de mi Madre.

Cree en este amor para ti. Siente este amor a tu alrededor. ¡Pobre alma! Sólo puedes encontrar mi Corazón que te sepa amar como tú necesitas.

Te he amado tanto que hasta he satisfecho tus caprichos [21], no demasiado razonables en realidad, avalando con hechos reales tus castillos en el aire. No porque eso me guste, sino porque no quería empequeñecerte ante el mundo y porque sabía que incluso aquellos caprichos se transformarían más tarde en arma de penitencia y de amor, y por ello de santidad.

Te he amado tanto que he sabido esperarte... Te miraba hacer la cabritilla caprichosa y a veces sonreía, a veces me entristecía; pero no me enfadaba nunca porque sabía que mi cabritilla llegaría a ser cordero un día.

Si no te hubiera amado como te he amado, ¿crees que serías lo que eres? No. Piénsalo bien, habrías empeorado cada vez más. Pero Yo estaba velando.

No tengas miedo de mis caricias. Jesús nunca da miedo. Abandónate. Con tu corazón y con tu generosidad. Dame todo. Y cógelo todo de Mí.

Anoche, esta mañana, has puesto, en la gran hoguera del sacrificio por la paz, tu

[21] La frase viene recogida y explicada en el dictado del 12 de junio

macito de sacrificios y lo has puesto con una sonrisa sacada del amor, luchando contra las lágrimas humanas que querían salir, contra los susurros del Enemigo que te quería turbar. ¡Oh! ¡querida! No se olvidará este sacrificio tuyo hecho con alegría de amor.

Ahora te pido una cosa. Tú sabes, y con dolor lo tienes presente, que muchas partículas se desparraman entre suciedades y ruinas en la devastación de las iglesias. Es como si me atropellaran, porque Yo estoy en el sacramento. Pues bien, coloca imaginariamente tu amor como una alfombra preciosa, como un mantel de lino purísimo para recogerme a Mí-Eucaristía, golpeado, herido, profanado, expulsado de mis tabernáculos, no por los hombres pequeños que destruyen mis iglesias -ellos no son más que instrumentos- sino por Satanás que les mueve. Por Satanás que sabe que los tiempos aprietan y que ésta es una de las luchas decisivas que anticipan mi venida.

Sí. Detrás del disfraz de las razas, de las hegemonías, de los derechos, detrás del móvil de las necesidades políticas, se ocultan, en realidad, Cielo e Infierno que combaten entre ellos. Y bastaría que la mitad de los creyentes en el verdadero Dios -pero ¿qué digo? menos de esto, menos de un cuarto de los creyentes- fuera realmente creyente en mi Nombre para que las armas de Satanás fueran domadas. Pero ¿dónde está la Fe?

Ámame en la Eucaristía. La Eucaristía es el Corazón de Dios, es mi Corazón. Os he dado mi Corazón en la última Cena; os lo doy, con tal de que lo queráis, siempre. Y no concebiréis en vosotros a Cristo y no lo daréis a la luz si no sabéis hacer vivir en vosotros su Corazón. Cuando en el seno de una mujer se forma una criatura, ¿qué es lo primero que se forma? El corazón. Así es para la vida del espíritu. No daréis a Cristo si no formáis en vosotros su Corazón amando la Eucaristía que es Vida y Vida verdadera. Amando como mi Madre me amó apenas concebido.

¡Oh! ¡qué caricias, a través de su carne virgen, a Mí, informe y minúsculo, que latía en Ella con mi corazoncito embrionial! ¡Oh! ¡qué latidos a través de las oscuras latebras del organismo, comunicaba Yo a su corazón, desde el profundo de aquel Sagrario vivo donde me formaba para nacer y morir por vosotros, crucificando el corazón de mi Madre a mi misma Cruz, por vosotros!

Pero Yo os comunico los mismos latidos al corazón cuando me recibís. Vuestra pesantez carnal y espiritual no os permite percibirlos, pero Yo os los doy. Tú ábrete completamente para recibirme.

Tú, muchas veces al día -no puedo decir: en cada momento, pero si fueras un querubín y no una criatura que tiene los cansancios de la materia te diría: cada momento- repite esta oración: "Jesús, que eres azotado en nuestras iglesias por manos de Satanás, te adoro en todas las partículas esparcidas y destrozadas entre las ruinas. Tómame como tu sagrario, tu trono, tu altar. Sé que no soy digna, pero Tú quieres estar entre los que te aman, y yo te amo por mí y por quien no te ama. Que el dolor me vuelva escarlata como la sangre, y me haga digno ornamento para recibirte, a Ti, que quieres ser semejante a nosotros en esta hora de guerra. Que mi amor sea lámpara que arde ante Ti, Santísimo, y mi holocausto incienso. Así sea"» .

5 de junio
12 horas

Dice Jesús:
«Quisierais que Yo viniera y me mostrase para aterrorizar e incinerar a los culpables.

¡Oh míseros! ¡No sabéis lo que pedís!

Desgraciadamente vendré. Digo: "Desgraciadamente", porque mi venida será venida de Juicio y de juicio tremendo. Si hubiera de venir para salvaros no diría así y no trataría de alejar los tiempos de mi venida, sino al contrario me precipitaría con ansia para salvaros una vez más. Pero mi segundo adviento será adviento de Juicio severo, inexorable, general, y para la mayor parte de vosotros será juicio de condena.

No sabéis lo que pedís. Pero aunque Yo me mostrase, ¿dónde está en los corazones, y en modo especial en aquellos mayormente culpables de las desgracias de ahora, ese pequeño resto de fe y de respeto que les haría postrarse con el rostro en tierra para pedirme piedad y perdón? No, ¡hijos que pedís al Padre venganza mientras que Él es Padre de perdón! Aunque mi Rostro centelleara en vuestros cielos y mi Voz, que ha hecho los mundos, tronase de oriente a occidente, las cosas no cambiarían. Sólo que un nuevo coro blasfemo de insultos, un nuevo torbellino de injurias sería lanzado contra mi Persona.

Repito: podría hacer un milagro y lo haría si supiera que después vosotros os arrepentís y os hacéis mejores. Vosotros, grandes culpables que lleváis a los pequeños a desesperar y a pedir venganza, y vosotros, pequeños culpables que pedís venganza. Pero ni vosotros, grande", culpables, ni vosotros, pequeños culpables, os arrepentiríais y no llegaríais a ser mejores después del milagro. Pisotearíais más bien, en una furia de alegría culpable, los cuerpos de los castigados, desmereciendo enseguida ante mi presencia, y os montaríais encima para oprimir, a vuestra vez, desde aquel trono fundado sobre un castigo.

Esto quisierais. Que Yo os castigase para poder a vuestra vez castigar. Yo soy Dios y veo en el corazón de los hombres y por ello no os escucho en esto. No quiero que os condenéis todos. Los grandes culpables ya están juzgados. Pero a vosotros intento salvaros. Y esta hora, para vosotros, es criba de salvación. Caerán en poder del Príncipe de los demonios los que ya tienen en sí la cizaña del demonio, mientras que quienes tienen en el corazón el grano de trigo que germina el Pan eterno, germinarán en Mí en vida eterna».

Súplica a María Dolorosa.

María, que nos tomaste como hijos al pie de la Cruz; María, que eres Madre nuestra y de nuestro Dios y Hermano Jesús, escucha la voz de tus hijos.

Henos aquí, nos arrastramos al pie de la Cruz, en la que agoniza tu Hijo y en la que también Tú agonizas con tu Corazón desgarrado, ¡oh Madre que ves morir a tu Criatura!

Míranos, María. Todos estamos rociados con la Sangre de tu Hijo. Él murió por nosotros, para damos la Vida y la Paz en éste y en el otro mundo. Y nosotros nos dirigimos a Ti, que fuiste la primera piedra de nuestra redención, para tener la vida, la salvación y la paz, que nos habíamos hecho indignos de poseer con nuestra forma de vivir contraria y rebelde a la doctrina de tu Hijo.

Sí, sabemos que hemos merecido la plaga que ahora nos aflige. Lo reconocemos humildemente para asemejamos a Ti, que fuiste la Humildísima además de la Purísima. Pero, ¡oh Madre!, además de pura, Tú eres compasiva. Entonces ¡ten piedad de nosotros, María, Tú que engendraste para el mundo a la Misericordia misma!

¡Sálvanos, sálvanos, oh María, del furor enemigo!

Salva nuestras iglesias y nuestras casas, las iglesias y las casas de esta ciudad [22] que te reconoce como Reina y Patrona.

Salva a nuestros hombres, aquellos hombres a los que Tú, Estrella del mar, tantas veces salvaste de las desgracias marinas.

Salva a todos cuantos estamos aquí postrados a tus pies; salva a aquellos a quienes la enfermedad les impide estar aquí con nosotros, pero que lo están con sus almas y con su sufrir.

Salva también a cuantos están ausentes con su obstinada voluntad, los hijos desviados, los más desgraciados porque han perdido la Luz, el Camino, la Vida, perdiendo a tu Hijo, Verdad verdadera.

Y para penetrar con nuestra oración en tu compasivo Corazón, he aquí, joh María!, que nos despojamos de los rencores, del espíritu de venganza, de la sed de ser crueles como otros lo son con nosotros. Nos acordamos, en esta hora, de que todos fuimos creados por el Padre, de que todos somos hermanos del Hijo, todos somos amados por el Espíritu. Nos acordamos, en esta hora, de la oración de tu Jesús, Mártir por nosotros: "Padre, perdónales", y la repetimos a todos, sobre todos, para ser a nuestra vez perdonados por el Eterno y salvados por Ti.

¡Dios te salve, María! Desde tu Corazón traspasado haz descender sobre nosotros la gracia de la salvación para esta ciudad, para nuestra patria, para todo el mundo que muere entre las ruinas habiendo perdido de vista el Cielo.

Santa María, ruega por nosotros. Y si la voluntad de Dios tuviese que cumplirse, en nosotros, cruentamente, está a nuestro lado en la hora de la muerte para llevamos contigo, María, a verte y darte gracias entre los esplendores eternos de Dios.
Amén.

6 de junio
4:30 horas

Dice Jesús:

«Hoy quiero hablarte de la "gracia". Verás que tiene relación con los otros temas aunque a primera vista no te parece. Estás un poco cansada, pobre María, pero escribe de todas formas. Estas lecciones te servirán para los días de ayuno en los cuales Yo, tu Maestro, no te hablaré.

¿Qué es la gracia? Lo has estudiado y explicado muchas. veces. Pero Yo te lo quiero explicar a mi modo en su naturaleza y en sus efectos.

La gracia es poseer en vosotros la luz, la fuerza, la sabiduría de Dios. Esto es poseer la semejanza intelectual con Dios, el signo inconfundible de vuestra filiación con Dios.

Sin la gracia seríais simplemente criaturas animales, llegadas a tal punto de evolución de estar proveídas de razón, con un alma, pero un alma a nivel de tierra, capaz de guiarse en las contingencias de la vida terrena pero incapaz de elevarse a las regiones en las que se vive la vida del espíritu; por ello poco más que las bestias que se regulan solamente por el instinto y, en verdad, a menudo os superan con su modo de comportarse.

La gracia es por lo tanto un don sublime, el mayor don que Dios, mi Padre, os podía dar. Y os lo da gratuitamente porque su amor de Padre, por vosotros, es infinito como

[22] Viareggio. Ver el dictado del 15 de agosto

infinito es Él mismo. Querer decir todos lo atributos de la gracia significaría escribir una larga lista de adjetivos y sustantivos, y aún no explicarían todavía perfectamente qué es este don.

Recuerda solamente esto: la gracia es poseer al Padre, vivir en el Padre; la gracia es poseer al Hijo, gozar de los méritos infinitos del Hijo; la gracia es poseer al Espíritu Santo, disfrutar de sus siete dones. La gracia, en fin, es poseernos a Nosotros, Dios Uno y Trino, y tener alrededor de vuestra persona mortal las legiones de ángeles que nos adoran en vosotros.

Un alma que pierde la gracia lo pierde todo. Inútilmente para ella el Padre la ha creado, inútilmente para ella el Hijo la ha redimido, inútilmente para ella el Espíritu Santo le ha infundido sus dones, inútilmente para ella están los Sacramentos. Está muerta. Ramo podrido que bajo la acción corrosiva del pecado se separa y cae del árbol vital y termina de corromperse en el barro. Si un alma supiera conservarse como es después del Bautismo y después de la Confirmación, esto es cuando ella está embebida literalmente de la gracia, aquel alma sería poco menor a Dios. Y .que esto te lo diga todo.

Cuando leéis los prodigios de mis santos os sorprendéis. Pero, querida mía, no hay nada de asombroso. Mis santos eran criaturas que poseían la gracia, eran dioses, por esto, porque la gracia os deifica. ¿Acaso no lo he dicho Yo en mi Evangelio que los míos harán los mismos prodigios que Yo hago? Pero para ser míos es necesario. vivir de mi Vida, esto es de la vida de la gracia.

Si quisierais, todos podríais ser capaces de prodigios, esto es de santidad. Mejor dicho, Yo quisiera que lo fuerais porque entonces querría decir que mi Sacrificio ha sido coronado por la victoria y que realmente Yo os he arrancado del imperio del Maligno, desterrándole a su Infierno, remachando su boca con una piedra inamovible y poniendo sobre ella el trono de mi Madre, que fue la Única que tuvo su calcañal sobre el dragón, impotente para dañarle.

No todas las almas en gracia poseen la gracia en la misma medida. No porque Nosotros se la infundamos en medida distinta, sino porque de distinta manera la sabéis conservar en vosotros. El pecado mortal destruye la gracia, el pecado venial la resquebraja, las imperfecciones la debilitan. Hay almas, no del todo malas, que languidecen en una tisis espiritual porque, con su inercia, que las empuja a cometer continuas imperfecciones, enflaquecen cada vez más la gracia, haciéndola un hilo debilísimo, una llamita languidecente. Mientras debería ser un fuego, un incendio vivo, bello, purificador. El mundo se derrumba porque se derrumba la gracia en casi la totalidad de las almas y en las demás languidece.

La gracia da frutos distintos según esté más o menos viva en vuestro corazón. Una tierra es más fértil cuanto más rica es de elementos y beneficiada por el sol, por el agua, por las corrientes aéreas. Hay tierras estériles, secas, que inútilmente vienen regadas por el agua, calentadas por el sol, agitadas por los vientos. Lo mismo es en las almas. Hay almas que con cada estudio se cargan de elementos vitales y por ello logran disfrutar el cien por cien de los efectos de la gracia.

Los elementos vitales son: vivir según mi Ley, castos, misericordiosos, humildes, amorosos de Dios y del prójimo; es vivir de oración "viva". Entonces la gracia crece, florece, echa raíces profundas y se eleva en árbol de vida eterna. Entonces el Espíritu Santo, como un sol, inunda con sus siete rayos, de sus siete dones; entonces Yo, Hijo, os penetro con la lluvia divina de mi Sangre; entonces el Padre os mira con

complacencia viendo en vosotros su semejanza; entonces María os acaricia estrechándoos contra su seno en el que me ha llevado a Mí como a sus hijitos menores pero queridos, queridos por su Corazón; entonces los nueve coros angélicos hacen corona a vuestra alma templo de Dios y cantan el "Gloria" sublime; entonces vuestra muerte es Vida y vuestra Vida es bienaventuranza en mi Reino» .

7 de Junio

Ante todo expreso aquí mi agradecimiento por su caritativo gesto al traerme copia de la Súplica [23] y haber sido tan bueno de aceptar mi hojita tan benignamente. Pero no es "mi" Súplica. De mío no hay más que la fatiga de escribirla. El pensamiento no es mío. No soy tan sublime como para saber sacar de mi corazón pensamientos tan sobrehumanos de perdón.

Le he dicho ayer que mientras los escribía, y sentía que eran justos, debía hacer una verdadera fatiga moral para aceptarlos. Como usted habrá notado, leyendo los apuntes de mi vida, no poseo en absoluto para nada el carácter de Job. Soy, como María Valtorta, muy humana con todo lo que la humanidad lleva consigo de susceptibilidad, de orgullo, de pasiones, etc. etc., y debo, para hacer vivir la María de la Cruz, morir a mí misma en cada momento para renacer de mis cenizas humanas, mística fénix, en forma nueva y ciertamente más agradable al buen Dios.

Cuando "la voz" me dice [24] : «Tú no eres nada; tú, por ti misma, no serías nunca capaz de llegar a nada», yo estoy convencidísima de ello. No me hago ilusiones sobre esta carne mía y sobre mi embrional naturaleza espiritual. Sé que la una es loca como un potro en primavera y la otra es tan embrional que apenas es un débil esbozo. Por ello conforto mi debilidad y refreno mi materia con la Cruz de Cristo. Sólo agarrada a Él Crucificado puedo mantener erguida mi alma y sólo clavando mi carne con clavos bien remachados y bien mortificadores la puedo tener allí, sometida, impotente para cumplir sus locuras.

Por ello no digamos "mi súplica". Ésa es de Otro. No debo apropiarme de lo que no es mío. Me ensoberbecería mintiéndome a mí misma, al mundo y a Dios. Si aquellas palabras han servido -y no podían no servir porque venían de zona de luz, ¡y de qué luz!- demos gracias al Señor y basta.

Dos son las cosas que me hacen estar con los oídos abiertos y los ojos vigilantes para espiar el más leve movimiento del Enemigo de las almas que arrastra, se insinúa y silba su seductora canción tan sutilmente para hipnotizarnos y sometemos a su merced. Una, son las tendencias de la carne, tan perversa a pesar de todos los cilicios; la otra, las... fermentaciones de la soberbia que siempre intenta hincharse... Siento por instinto que las unas y las otras mueren tres días después de nosotros y que sólo la bondad de Dios y una gran, grandísima voluntad nuestra, una voluntad incansable, diligente, vigilante, las puede hacer inofensivas, esterilizarlas en cada nueva oleada de gérmenes corruptores. Y siento también que si yo me dejase agarrar por las espirales del sentido o por las de la soberbia, el presente estado de gracia cesaría de golpe, antes, mucho antes de lo que quiere mi Jesús, quien no cesa de tenerme entre sus brazos y murmurarme palabras de vida.

[23] Se dirige al Padre Migliorini. La "Súplica" es del 5 de junio
[24] En el dictado del 28 de mayo

¡Imagínese si querré perder esta beatitud por mi culpa! Es ella misma quien me impide sentir el acuciar de las vicisitudes humanas que me afectan, y el doble acuciar de los recuerdos que se agolpan. Todo pasa sobre mí, todo se lanza sobre mí como agua, como tempestad, como oleada, pero mientras dura la actual beatitud yo soy como un bloque de cristal sobre el cual todo pasa sin dejar señal, sin poder penetrar.
Llegará el momento en el que Jesús callará y me dejará. ¡Paciencia! ¿Y qué? ¿Deberé lamentarme? No. Sufriré ciertamente pero aceptaré la nueva prueba, continuaré amándole aunque me deje sola. Si lo hace, Él sabrá bien por qué lo hace. Y ciertamente tendré más mérito, al amarlo entonces, de lo que tenga ahora.

¡Qué valor ser amorosa ahora que Él es así sensiblemente amoroso! A no ser que poseyera el corazón de Judas, quien se ve amado ama. Pero el más alto amor es el que sabe continuar amando aún cuando nos parece que ya no somos amados. Cuando se hace con los hombres no sacamos provecho, o muy raramente. Pero cuando se hace así con el buen Dios, entonces se puede estar seguros de que después viene un período de amor todavía más intenso, porque Dios premia siempre después de habemos probado, si hemos sabido ser fieles.

Dice Jesús:
«Continúo hablándote de la gracia [25], la cual da la vida al espíritu.

Cuando Dios creó el primer hombre, infundió en él, además de la vida de la materia, hasta entonces inanimada, también la vida del espíritu. De otro modo no habría podido decir que os había hecho a su imagen y semejanza.

Cuánto era perfecta la primera criatura ninguno de vosotros lo puede imaginar. Sólo Nosotros podemos ver, en el eterno presente que es nuestra eternidad, la perfección de la obra regia de nuestra Inteligencia creadora. La estirpe de Adán, si Adán hubiera sabido permanecer rey como Nosotros le habíamos hecho, con potestad sobre todas las cosas y con dependencia sólo de Dios -una dependencia de hijo amadísimo- habría sido una estirpe de perpetua perfección. Pero había un vencido que velaba para obtener venganza.

Tú, María, que dices que de tu corazón no podrían salir espontáneamente pensamientos de perdón porque tu naturaleza humana te lleva al espíritu de venganza y sólo por deferencia a Mí sabes perdonar, ¿has pensado alguna vez que ha sido el espíritu de venganza el que os ha destruido, hijos de Adán, y me ha enviado a Mí, Hijo de Dios, a la cruz?

Lucifer -y era el hermoso entre los más hermosos creados por Mí- desde el abismo en el que había caído, feo para siempre tras la blasfemia dirigida a su Creador, estuvo sediento de venganza. Al primer pecado de soberbia unió así una serie interminable de delitos vengándose por los siglos de los siglos. Y la primera venganza fue sobre mis creados Adán y Eva. En la perfección de mi creación su diente envenenado puso el signo de su bestialidad comunicándoos su misma libídine de lujuria, de venganza, de soberbia. Y desde entonces vuestro espíritu combate en vosotros contra los venenos del bocado infernal.

Alguna rarísima vez el espíritu vence sobre la carne y la sangre y da a la tierra y al Cielo un nuevo santo. Alguna vez el espíritu vive a duras penas, con estancamientos de letargo en el que está como si estuviera muerto y en los cuales vivís y actuáis como

[25] Ya en el dictado del 6 de junio

criaturas privadas de luz, de mi Luz. Alguna otra, viene literalmente matado por la criatura que voluntariamente decae de su trono de hija de Dios y se hace peor que un animal. Llega a ser demonio, hijo de demonio.

En verdad te digo que más de dos tercios de la raza humana pertenecen a esta categoría que vive bajo el signo de la Bestia. Por ésta Yo he muerto inútilmente.

La ley de los señalados por la Bestia está en antítesis con mi Ley. En una domina la carne y genera obras de carne. En la otra domina el espíritu y genera obras de espíritu. Cuando el espíritu domina, allí está el reino de Dios. Cuando domina la carne, allí está el reino de Satanás.

La infinita Misericordia que anima la Triada ha dado a vuestro espíritu todas las ayudas para quedar dominador. Ha dado el sacramento que quita el signo de la Bestia en vuestra carne de hijos de Adán e imprime mi Signo. Ha dado mi Palabra de Vida, ha dado a Mí, Maestro y Redentor, ha dado mi Sangre en la Eucaristía y sobre la Cruz, ha dado el Paráclito: el Espíritu de verdad.

Aquel que sabe estar en el Espíritu genera obras del espíritu. De la criatura poseída por el Espíritu mana caridad, mansedumbre, pureza, ciencia y toda obra buena unida a gran humildad. De los demás salen como serpientes silbantes, vicios, fraudes, lujurias, delitos, porque su corazón es nido de serpientes infernales.

Pero, ¿dónde están los que saben aspirar a la vida del espíritu y hacerse dignos de acoger en sí la infusión vital del Consolador que viene con todos sus dones pero quiere por trono un espíritu preparado, deseoso de Él? No, el mundo no quiere este Espíritu que os hace buenos. El mundo quiere el poder a cualquier precio, la riqueza a cualquier precio, la satisfacción del sentido a cualquier precio, todas las alegrías de la tierra a cualquier precio, y rechaza y blasfema contra el Espíritu Santo, impugna su Verdad, y se enfanga con apariencias proféticas hablando palabras que no salen del seno de la Trinidad Santísima, sino del antro de Satanás.

Y esto no es y no será perdonado. Nunca. Y que no sea perdonado lo veis. Dios se retira en sus Cielos porque el hombre rechaza su amor y vive para y en la carne. He aquí las causas de vuestra destrucción y de nuestro silencio. De lo profundo salen los tentáculos de Satanás, sobre la tierra el hombre se proclama dios y blasfema contra el verdadero Dios, en lo alto el Cielo se cierra. Y es ya piedad, porque cerrándose detiene los rayos que vosotros merecéis.

Una nueva Pentecostés encontraría los corazones más duros y sucios que una roca sumergida en un estanque de barro. Estáis por ello en el fango que habéis querido, en espera de que una orden, que no conoce rebeliones, os saque para juzgaros y separar a los hijos del espíritu de los hijos de la carne».

Y ahora, Jesús bueno, deja que hable yo. Has dicho tantas cosas hoy que ni siquiera las puedo copiar todas. Y en las primeras horas estaba tan cansada y adoleciente que me costaba fatiga seguir tu dulce voz. Después ha ido mejor. Pero ahora el dolor me coge. Es la hora de Getsemaní.

¿Por quién sufro? ¿Cuál es el alma que necesita mi agonía para sanar, para esperar, para volver a Ti? No lo sabré nunca sobre esta tierra, pero estoy convencida de que existe y de que esta amargura mía la debo beber por un fin de expiación. Lo hago con gusto aunque el llanto me surca las mejillas. Pero déjame llorar sobre tu Corazón porque si sobre él es dulce amar sobre él es dulce sufrir.

Todas las tristezas vienen a oleadas. Tú las conoces todas sin que yo te las

enumere, y tanto Tú como yo sabemos también qué es lo que se esconde detrás de esta pantalla negra que me quiere en" volver. Para no vedo cierro los ojos. Hago como los niños miedosos de la oscuridad. Y esta noche soy precisamente como una pobre niña sola en un lugar sin luz. Cada rincón es una cueva de sombras que asumen aspectos aterradores. Si aprieto los ojos, después de haberte mirado fijo fijo como se mira al sol, sólo me queda en el fondo de la retina tu Imagen; si me aprieto estrecha estrecha a Ti ya no me doy más cuenta de la soledad que tengo a mi alrededor, de la que pueden surgir tantos peligros para mí. Siento tus brazos que me circundan y aunque lloro ya no tengo miedo.

Toma para Ti mi llanto de esta tarde. Es todo lo que tengo para darte en esta noche de pena. Ni siquiera te digo: "Quítame esta pena"; sólo te digo: "Hágase tu voluntad; pero ayúdame Jesús".

Sí, ayúdame, Maestro bueno. No me desampares. Dame todo el dolor que quieras, Señor, pero siempre con tu cercanía. Sé, creo que este tormento moral no es sin un fin de bien; sé, espero que no sea inútil; sé que, si sufro con paz en tu Corazón, la paz permanecerá en mí y el hastío del demonio no podrá turbada. Por eso te digo: "Heme aquí, dispuesta por amor a Ti, a hacer tu Voluntad".

Precisamente esta mañana decía que la beatitud presente me impedía sentir lo acuciante de las vicisitudes humanas. En cambio esta tarde he sentido el acre de las necesidades del presente. Y he sufrido mucho. Si hubiera sufrido sola habría sido un sufrimiento atroz. Pero sabiendo bien que ninguna criatura humana me podía consolar, me he dirigido a Ti con fe. Tú quieres estos actos de fe amorosa para compensarte de todos los desamores que la niegan. Y recompensas inmediatamente al alma generosa consolándola.

Ahora he aprendido, y voy inmediatamente a refugiarme en Ti; no me conformo con rezarte, soy aún más osada y voy a tus brazos. Tú eres mi Dios, pero también eres mi Hermano y Esposo, por eso además de rezarte puedo abrazarte, para no sentirme tan sola ante un futuro triste para todos, y para mí lleno de incógnitas aún más penosas.

Tenme así durante todo este tristísimo mes, tenme así hasta la muerte. Aunque no hables, me basta con que me dejes estar en tu Corazón. Acuérdate de tu agonía, Señor, y sé Tú, para tu pequeñísima hostia, el Ángel que consuela...

8 de Junio
Pero oída el 7

Dice Jesús:

«Sin el Padre Yo no habría existido, pero sin el Espíritu Yo no habría venido. Porque ha sido el Amor del Padre el que me ha mandado. Y Nosotros estamos mucho más presentes y activos en un corazón cuanto más vivo está en él el amor. He aquí por ello la necesidad de poseer en vosotros el Amor, esto es el Espíritu Santo.

Yo lo he dicho que "es necesario renacer en el Espíritu para poder poseer la vida eterna". El nacimiento de la carne de otra carne no os diferencia de los animales en otra cosa que en esto: que vosotros seréis juzgados por no haber querido renacer en el Espíritu. Los animales no son responsables de esto. Vosotros sí. Vosotros creyentes en mi Nombre, vosotros regenerados por el Bautismo, sí. ¿Por qué, entonces, no renacéis en el Espíritu? ¿Por qué matáis en vosotros el Amor?

¿ Cómo puede ser comprendida mi doctrina si el Amor no está en vosotros? Yo os lo

he dicho "que habríais comprendido cuando hubiese enviado al Consolador, el Espíritu de Verdad". Ahora Yo os lo he mandado. He subido dispuesto sobre la Cruz para redimiros y para preparar el camino al Paráclito. He ascendido deseoso al Cielo, dejando a mi Madre, la Única en la que el Espíritu estaba como en el seno del Padre tan llena de gracia estaba Ella. Más bien estaba en Ella [26] la "Gracia" misma. He ascendido dejando a los hombres a los que tanto había amado, hasta morir por ellos de muerte de cruz, para poder mandaros a Aquél a cuya luz todo se hace claro. Os lo continúo enviando, alimentando esta luz conmigo mismo, porque Yo estoy en el Padre y en el Espíritu y Ellos están en Mí.

Y a Mí me tenéis, con mi Cuerpo, con mi Sangre, con mi Esencia, en la Eucaristía. Dios y Hermano vuestro. Pero vosotros vivís con la carne. Me tenéis a Mí, Luz del mundo, y una vez más, mejor dicho cada vez más, preferís las tinieblas a la luz. Parecéis pobres locos. En los tiempos de mi vivir entre vosotros os habrían llamado "poseídos", poseídos por un espíritu impuro que os doblega a perversiones extrañas, por las que amáis las tinieblas, las indignidades, las compañías impuras, mientras podríais vivir en la Luz y en la Verdad. Tenéis oído y no oís, tenéis vista: y no veis. Poseéis el habla, pero la usáis para blasfemar o para mentir. Tenéis un corazón y no lo eleváis al Cielo sino que lo vendéis por bajos amores y bajos intereses.

¿Por qué vivís profanando y profanándoos? ¿Pero qué son para vosotros las palabras de Verdad y de Vida que os he dejado y que el Paráclito os ha explicado a la luz de la Caridad?

De vez en cuando Yo intento otro milagro de amor y os llamo, hablándoos de mil modos. Venís, investigáis, os agitáis. Pero ¿cómo? Con una curiosidad científica. Vuestro espíritu no se despierta con el toque del Misterio que se revela una vez más y os muestra a Dios y su amor. ¡Pobres criaturas cegadas por vuestra ciencia humana!

Una sola es la Ciencia necesaria. La mía. Y os la comunica el Espíritu de Verdad. A su luz todo cuanto existe se santifica, se purifica, se hace bueno. Si vuestro saber se origina en este Saber perfecto, vuestro saber humano da obras de utilidad verdadera. De otra manera no. Si la ciencia que poseéis es sólo ciencia humana, no es ciencia verdadera. Es profanación. Ésta arranca los velos que envuelven las fuerzas cósmicas en un misterio en el cual Yo, que sé dosificar el bien y el mal que debéis conocer, las había envuelto.

El dragón susurra: "Muerde, muerde, hombre, el fruto que te hará dios". Y vosotros mordéis. No sabéis que coméis vuestra condenación. Os hacéis de una genialidad semidivina, es cierto, habéis arrancado muchos secretos al universo y habéis esclavizado las fuerzas de la naturaleza. Pero no teniendo como contrapeso el amor en vuestro saber, vuestro saber se ha convertido únicamente en poder destructor. Y Satanás silba su alegría porque en vuestros descubrimientos ve su signo que niega a Dios. Sólo su signo.

Si pusierais el centésimo de aquello que ponéis en el mal para cumplir el bien, ya estaríais salvados. Pero seguir el Bien quiere decir ser puros, continentes, misericordioso s, honestos, justos y humildes. Y vosotros preferís en cambio ser obradores de iniquidad».

«No podéis conciliar el Reino de Dios con el reino de Satanás. No podéis satisfacer

[26] E*n Ella* está añadido por nosotros tratándose de una omisión señalada en el dictado del 11 de junio

contemporáneamente la carne y el espíritu. Debéis elegir.

Os he dado la inteligencia para que podáis elegir. Os he dado la luz para que podáis ver. Os he dado el amor para que os podáis guiar. Y os he dado la libertad porque de otra forma no hubiera tenido mérito vuestra existencia. Os habéis equivocado diez, cien, mil veces.

Os he dado los Mandamientos para ayudaros, os he dado los Profetas para gritaros mi Voluntad. Os habéis equivocado cien, mil, diez mil veces.

Os he dado a Mí mismo, dejando el seno de mi Padre para hablaros. Os he dado a Mí mismo, humillándome a Mí, Dios, a morir como un malhechor para lavaros el corazón y hacerlo capaz de acoger a Dios. Os he dado el Espíritu para que os fuera Maestro en el conocimiento de mi doctrina de caridad, pureza, bondad, humildad. Os habéis equivocado diez mil, un millón de veces.

No se puede contar más el número de vuestros errores. Los acumuláis como una pirámide los unos sobre los otros. Hacéis una segunda Torre de Babel para montaros encima y deciros: "He aquí que somos semejantes a Díos y escalamos los cielos". Satanás os ayuda y ríe. Sabe que la torre de vuestras culpas os caerá encima cuando creáis tocar los cielos y os precipitará en el infierno. Ya está cayendo y arrastrándoos. ¡Y no os paráis!

¡Oh! ¡paraos, paraos, hijos! ¡paraos, tesoros míos! Escuchad la voz del Padre, del Hermano, del Dios vuestro que os llama, que os llama tesoros incluso ahora porque estáis enjoyados con su Sangre. No sacudáis de vosotros esa Sangre con ira, blasfemándola. Levantad la frente enferma hacia el Cielo, que el rocío divino os lave. Porque estáis enfermos, pobres hijos míos, y no lo sabéis. Os habéis dejado besar por Satanás y su lepra está sobre vosotros y en vosotros. Pero mi amor, tan sólo mi amor, os puede curar.

Venid, no rechacéis mi mano que trata de atraeros a Mí. ¿Creéis que Yo no os pueda perdonar? ¡Oh! Hubiera perdonado incluso a Judas si en lugar de huir hubiera venido bajo la cruz en la que moría y me hubiera dicho: "Perdón". Hubiera sido mi primer redimido porque era el más culpable, y sobre él hubiera hecho llover la Sangre de mi Corazón, traspasado no tanto por la lanza como cuanto por la suya y por vuestras traiciones.

Venid. Mis brazos están abiertos. Sobre la cruz me dolía tenerlos clavados solamente porque no hubiera podido apretarlos alrededor de vosotros y bendeciros. Pero ahora están libres para atraeros a mi Corazón. Mi boca tiene besos de perdón, mi corazón tiene tesoros de amor.

Dejad las riquezas injustas y venid a Mí, verdadera Riqueza. Dejad las alegrías indignas y venid a Mí, verdadera Alegría. Dejad los falsos dioses y venid a Mí, verdadero Dios. ¡Cómo os sentiríais contentos con una alegría espiritual si os confiarais a Mí!

Yo soy el Dios de la Paz. De Mí manan todas las gracias. Cada dolor se calma en Mí. Cada peso se hace ligero. Cada acto vuestro, realizado en mi Nombre, se reviste de mi Belleza. Yo os lo puedo dar todo si venís a mi Corazón, y no en manera humana, sino sobrehumana, eterna, inefablemente dulce. No os digo que no conoceréis más el dolor. Lo he conocido Yo que soy Dios. Pero os digo: el dolor se hará suave si lo sufrís sobre mi Corazón.

Venid. Dejad lo que muere, lo que os perjudica, Aquello que os quiere mal. Venid a Quien os ama, a Quien os sabe dar las cosas que no dañan y no mueren. Ayudadme,

con vuestra voluntad. La quiero para actuar. No porque la necesite, sino porque la necesitáis vosotros para merecer el Reino.

Venid. Ayudadme a devolver el Infierno al infierno y a abriros el Cielo» .

9 de junio

Responde Jesús precisamente a mí:
«Entiendo y compadezco tu tristeza. No es esa la tristeza que Yo acuso como culpa.
Tristeza culpable es la que viene de la intolerancia de las cosas y de las cruces. Humanas las primeras, sobrenaturales las segundas. Tristeza culpable es la sed de goce, de riquezas, sed que no se apaga y os da tristeza, o sed que tras ser saciada os deja más tristes que antes porque llora en vosotros la conciencia. Ésta es la tristeza que Yo condeno.

Pero la tristeza buena, sentida por las desgracias de los demás más que por las propias, la aflicción que produce ver a Dios escarnecido, la pena por los vínculos queridos que se rompen, Yo no la condeno. Antes de vosotros la he probado Yo y he llorado.

Cuando después el alma sube aún más arriba y no sólo tiene en sí una tristeza no condenable, sino que me sabe ofrecer su tristeza para que Yo use su llanto para el bien de los demás, entonces Yo cojo esta alma y la acuno sobre mi Corazón para adormecer su pena y darle mi alegría.

La sientes. Sé que la sientes manar en ti. Esos sobresaltos de alivio que sientes, y que te parecen rayos en la oscuridad que te viene de muchas cosas, y te parecen liberación de pesos que te abaten, soy Yo que vengo a ti con mi alegría.

Has intuido también el origen de tanta oscuridad en el dolor que, por tu bien, te invade. Sí. Tú, viviendo en Mí y por Mí, desencadenas las iras del Enemigo y él, no pudiendo hacer otra cosa, trata de asustarte volviendo más negro el futuro de cuanto no lo sea ya. Pero no tengas miedo. Yo estoy contigo.

Aumenta también tu tristeza el pensar en las palabras que digo a tu alma, no por ti sino por todos. Pero no rechaces recibidas. ¡Tengo tan pocas personas en todo el vasto mundo que se abran para escuchar mi Palabra! Aquellos a los cuales quisiera hablar para reconducirles por el camino de la Vida no me quieren escuchar. Hablo entonces a los pocos que me quieren escuchar. Cuando convenga, todo cuanto he dicho a mis fieles en secreto será comunicado, y así la Palabra continuará resonando en el mundo.

No rehúses por lo tanto mi obra, sea cual sea. No te glories ni te asustes de ella. Déjame actuar. No hago nunca nada si un fin. Ven siempre a Mí con esa confianza que tanto me gusta. Cuando Yo encuentro un alma confiada abro mi Corazón y la encierro dentro. ¿Crees que te pueda suceder algo que sea verdadero mal si estás encerrada en mi Corazón? Ni siquiera el Infierno puede dañarte mientras estés allí. Y estarás mientras seas pura, amorosa, confiada, fiel».

10 de junio

Dice Jesús:
«Si mi Carne es realmente alimento y mi Sangre es realmente bebida, ¿cómo es que vuestras almas mueren de inanición? ¿Cómo es que no crecéis en la vida de la gracia?

Hay muchos para los cuales es como si mis iglesias no tuvieran sagrario. Son

aquellos que me han renegado y olvidado. Pero también hay muchos que se alimentan de Mí. Y tampoco progresan. Mientras en otros, en cada unión conmigo Eucaristía, hay un crecimiento de gracia. Te explicaré las causas de estas diferencias.

. Están los perfectos que me buscan únicamente porque saben que mi alegría es ser acogido en el corazón de los hombres y que no tienen mayor alegría que llegar a ser una sola cosa conmigo. En éstos el encuentro eucarístico se hace fusión, y es tan fuerte el ardor que de Mí emana y que de ellos brota, que como dos metales en un crisol llegamos a ser una sola cosa. Naturalmente más perfecta es la fusión tanto más la criatura recibe mi sello, mis propiedades, mis bellezas. Así saben unirse a Mí aquellos que después vosotros llamáis "Santos", o sea los perfectos que han entendido quién soy Yo.

Pero en todas las almas que vienen a Mí con verdadera pasión y puro corazón Yo aporto gracias indecibles y comunico mi gracia, de modo que ellas avanzan por el camino de la Vida y aunque no alcanzaran una santidad clamorosa, reconocida por el mundo, siempre alcanzan la vida eterna, porque quien está en Mí tiene vida eterna.

Para todas las almas que saben venir a Mí con el ardor de los primeros y con la confianza de los segundos y que me dan todo cuanto está en su poder dar, o sea todo el amor de que son capaces, Yo estoy dispuesto a cumplir prodigios de milagros con tal de unirme a ellas. El cielo más bello para Mí está en el corazón de las criaturas que me aman. Por ellas, aunque la rabia de Satanás destruyera todas las iglesias, Yo sabría descender, en forma eucarística, de los Cielos. Y mis ángeles me llevarían a las almas hambrientas de Mí, Pan vivo que desciende del Cielo.

No es por otra parte algo nuevo. Cuando la fe era todavía llama de amor vivo Yo he sabido ir a almas seráficas enterradas en las ermitas o en las celdas muradas. No hacen falta catedrales para contenerme. Me basta un corazón que consagre el amor. Incluso la más grande y espléndida catedral es siempre demasiado estrecha y pobre para Mí, Dios que colmo de Mí todo cuanto existe. La obra humana está sujeta a las limitaciones de lo humano y Yo soy infinito. En cambio no me es pequeño y pobre vuestro corazón si la caridad lo enciende. Y la más hermosa catedral es vuestra alma habitada por Dios.

Dios está en vosotros cuando vosotros estáis en gracia. Y se quiere hacer un altar de vuestro corazón. En los primeros tiempos de mi Iglesia no existían las catedrales, pero Yo tenía un trono digno de . Mí en el corazón de cada cristiano.

Después están quienes vienen a Mí solamente cuando la necesidad les empuja o el miedo les azuza. Entonces vienen a llamar al Sagrario que se abre, concediendo siempre consuelo, frecuentemente, si es útil, la gracia pedida. Pero quisiera que el hombre no viniera a Mí solamente para pedir sino también para dar.

Luego vienen aquellos que se acercan a la Mesa, donde Yo me hago alimento, por costumbre. En éstos los frutos del Sacramento duran ese poco tiempo que duran las Especies y después desaparecen. No poniendo ningún latido en su venir a Mí, no progresan en la vida del espíritu que es esencialmente vida de caridad. Yo soy Caridad y traigo caridad, pero mi caridad languidece en estas almas tibias que nada logra calentar más.

Otra categoría, la de los fariseos. Existen también ahora; es una gramilla que no muere. Éstos aparecen ardientes pero están más fríos que la muerte. Siempre iguales a quienes me condenaron a muerte vienen, poniéndose bien a la vista, hinchados de soberbia, saturados de falsedad, seguros de poseer la perfección, sin misericordia más

que para ellos mismos, convencidos de ser ejemplo para el mundo. En cambio son los que escandalizan a los pequeños y se alejan de Mí porque su vida es una antítesis de la que debería ser y su piedad es de forma pero no de sustancia, y se transforma, apenas se alejan del altar, en dureza hacia los hermanos. Éstos comen su condenación porque Yo perdono muchas cosas, conociendo vuestra debilidad, pero no perdono la falta de caridad, la hipocresía, la soberbia. De estos corazones Yo huyo lo antes posible.

Considerando estas categorías es fácil entender por qué la Eucaristía no ha hecho todavía del mundo un Cielo como debería haber hecho. Sois vosotros quienes obstaculizáis este adviento de amor que os salvaría singularmente y como sociedad. Si realmente os nutrierais de Mí con el corazón, con el alma, con la mente, con la voluntad, con la fuerza, con la inteligencia, en suma con todas vuestras potencias, cesarían los odios, y con los odios las guerras, no existirían más fraudes, ni calumnias, ni las pasiones desordenadas que crean los adulterios y con éstos los homicidios, el abandono y la abolición de los inocentes. El perdón recíproco estaría no en los labios, sino en los corazones de todos, y seríais perdonados por mi Padre.

Viviríais como ángeles pasando vuestros días adorándome en vosotros e invocándome para la próxima venida. Mi constante presencia en vuestro pensamiento os tendría alejados del pecado, el cual siempre empieza por un laborío del pensamiento que después se traduce en acto. Pero del corazón hecho Sagrario no saldrían más que pensamientos sobrenaturales y la tierra sería santificada.

La tierra se convertiría en un altar, un enorme altar preparado para acoger la segunda venida de Cristo, Redentor del mundo».

11 de junio

Dice Jesús:

«Estás demasiado afligida por copiar cuanto te he dicho, mucho más porque es un tema que te cuesta transcribir. Déjalo entonces por hoy y escúchame a Mí que te hablo.

Tienes tanta pena, ¡pobre alma! Pero Yo quiero aliviar tu pena. No "quitar" tu pena. Sino aliviarla. Aliviarla consolándote y aliviarla ayudándote a levantarla bien en alto para que sea totalmente meritoria. Si me escuchas verás que la herida duele menos.

María, no seas una que no sabe hacer fructificar las monedas que Yo le doy. Cada acontecimiento de vuestra jornada de hombres es una moneda que Dios os confía para que la hagáis fructificar para la vida eterna. Sírvete de la nueva moneda que Yo te doy de modo que obtengas el cien por cien. ¿De qué modo?

Con la resignación en primer lugar, aceptando beber este cáliz sin volver para otro lado la cabeza evitando acercar los labios al amarguísimo borde.

Con gratitud siempre, hacia Mí que te lo doy con el conocimiento justo, como sólo Yo lo puedo tener, de hacerte el bien, o sea, de hacer por ti un nuevo acto de amor.

Con confianza. Yo te ayudaré a llevar la nueva cruz y las otras que de ésta brotarán. ¿No estás contenta de tenerme por Cirineo, Yo, tu Jesús que te ama?

Con visión superior, sobre todo. Sí, no envilezcas el oro de esta cruz ensuciándolo con maquinaciones humanas. Y ¿qué te importa que el mundo no te comprenda, ni siquiera en tus sentimientos más selectos? ¿Y qué? ¿Te preocupas porque te juzgan fría, egoísta, sin amor hacia tu madre? ¿Y qué? ¿Te afliges por un pobre juicio humano? No, María. Lo malo sería que Yo te juzgara culpable contra los mandamientos de la

Ley divina y humana por tu actuar hacia tu madre. Pero de los demás no te preocupes.

Y mírame a Mí una vez más. ¿Acaso no fui Yo escarnecido por el insulto de que era blasfemador, un rebelde al Dios de Abraham, un poseído, un hijo sin corazón? Ningún discípulo es más que el Maestro, María, y cada discípulo debe por ello igualarme en las ofensas que recibe y en las obras que cumple.

De las ofensas se ocupan los demás los cuales "no saben lo que hacen y lo que dicen". Por eso perdónales. De las obras ocúpate tú, continuando tu camino y levantando muy en alto tu espíritu hasta donde las piedras de la difamación, de la corta vista humana, no puedan llegar. Soy Yo quien ve y juzga y quien te premia y bendice. Los demás son polvo que cae.

Ve en paz, María. Ves que te toco para quitar de tu cabeza la corona espinosa. Hoy la llevaré Yo por ti. Y no busques nunca otros corazones aparte del mío para consolar tu sufrir. Aunque recorrieras toda la tierra no encontrarías a nadie que te entendiera con verdad y justicia como lo puede hacer Jesús, tu Maestro y Amigo.

Ve en paz. Te doy mi paz».

«Para entender las cosas vosotros hombres tenéis necesidad de poner meticulosamente todas las cosas en claro. Puntos, comas, exclamaciones, interrogaciones, y frecuentemente no sirven. Pero Dios no tiene necesidad de sofisticar tanto para entender. Él ve en lo profundo y juzga en vuestro íntimo. Es por esto que os he dicho: "Cuando oréis no digáis muchas palabras. Vuestro Padre sabe de qué tenéis necesidad".

Vuestro Padre entiende, María, ve, juzga, con verdadera justicia y con gran misericordia. No mide con vuestro metro. No condena según vuestro código, y no mira con vuestros ojos miopes. Incluso cuando hay realmente una culpa, pero el culpable está tan humillado que se juzga por sí mismo merecedor de condenación, Yo, Misericordia, digo: "No te condeno. Vete y no peques más", como he dicho a la adúltera.

De que el prójimo no entienda nunca con verdadera justicia tienes continuas pruebas. La última es de anoche. Han sido heridos tu corazón de hija y tu susceptibilidad de mujer con un sólo golpe. Y por quien habría podido conocerte a fondo. Que esto te demuestre una vez más que sólo Dios es infinitamente justo. Deja pasar todo aquello que no sea Dios. Quiero que tú vivas solamente de Dios.

¿Quieres un ejemplo de cuánto sea limitada la perspicacia humana? Tú, al transcribir una frase, has omitido, pareciéndote ya claro el pensamiento mientras Yo te lo dictaba, dos palabritas: en ella. Dos microscópicas palabritas. Pero después ni tú ni los demás habéis entendido ya el significado verdadero de la frase. "Más bien estaba en ella (María) la Gracia misma", es decir Dios, Gracia misma, estaba plenamente en María. Una nonada de omisión, pero que ha hecho que ya no se cogiera bien el sentido de la frase [27].

Así es con todo. La limitada vista intelectual humana ve en la superficie y con frecuencia malamente incluso en la superficie. Por esto os he dicho: "No juzguéis".

Para persuadir a ti y a los demás de que cuanto escribes no es cosa tuya, dejo aposta lagunas en tu mente, como la de los diez justos que hubieran podido salvar aquella antigua ciudad [28]. Lo has tenido que preguntar al Padre [29]. O también dejo que

[27] En el dictado del 8 de junio

[28] No se ha encontrado ningún punto en el cual la escritora dé aclaraciones sobre la "laguna" de los diez justos, de evidente naturaleza bíblica, varias veces representada a lo largo del volumen

tú cometas una pequeña modificación para mostrarte que por ti te equivocas enseguida y te quito las ganas de probar de nuevo. De tal manera te tengo sujeta y persuadida de que nada es tuyo y todo es mío.

Todo el bien que vosotros hacéis, aunque sea muy vasto, es una pequeñez insignificante si se compara con el infinito Bien que es Dios, e incluso vuestras obras más perfectas, de una perfección humana, están llenas de errores a los ojos de Dios. Pero si las ofrecéis unidas a mis méritos, entonces 'toman las características que agradan a Dios, ganando en perfección, en extensión, y llegan a ser capaces de redención.

Es necesario saber hacerlo todo en Mí e imitándome a Mí y en mi Nombre. Entonces mi Padre ve en vuestras obras mi signo y la semejanza conmigo y las bendice y hace fructificar. Por una humildad equivocada no debes nunca decir: "Yo no puedo hacer esto". Yo lo he dicho: "Haréis las mismas obras que hago Yo". Así es porque permaneciendo en Mí con vuestra buena voluntad os hacéis pequeños Cristos capaces de seguirme a Mí, Cristo verdadero, en todas las vicisitudes de la vida».

12 de junio

Dice Jesús:

«Muchos, si muchos leyeran aquello que te dicto, encontrarían expresiones que son un poco fuertes, casi imposibles a su vista humana. El Padre se sorprenderá menos porque, como siervo mío, sabe que nada es imposible para Dios, incluso ciertas formas de conducta hacia las almas que no serían seguidas por los hombres que miden las cosas y las aplican según una falsa regla y un modelo creado por ellos. Es decir siempre imperfectos.

Cuando Yo te digo [30]: "Te he amado tanto que hasta he satisfecho tus caprichos...", digo una frase que haría desencajar los ojos a muchos y aplicaría críticas irrespetuosas hacia Mí y juicios poco agradables hacia ti. Sin embargo es así, y esto sucede por una justa visión mía.

Cuando Yo te quise para Mí, pobre María, eras tan humana y la humanidad que habías tenido a tu alrededor era todavía más humana que tú misma y te pesaba cada vez más, de modo que eras como una pequeña salvaje. Si Yo entonces te hubiera pedido lo que te he pedido después, y especialmente aquello que quiero de ti, hoy por hoy, ahora, tú habrías huido asustada.

Pero Jesús no da nunca miedo. Jesús con sus hijos queridos es un padre de una ternura perfecta; de una ternura divina, porque aunque Jesús fue hombre y conoció los sentimientos del hombre, Él ha sido siempre y es Dios, y por ello en los sentimientos alcanza la perfección de Dios.

Entonces Yo para acercarte y para que tú te acercaras sin temor y cada vez con más amor, he seguido la regla en uso entre los hombres para conquistar a los niños ariscos. Te he ofrecido y donado todo cuanto deseabas. Eran nonadas a veces, otras eran cosas grandes. Y bien: tu Jesús te las ha dado.

A veces soñabas con los ojos abiertos y dabas por cierto el sueño. Un hombre te habría desmentido haciéndote pasar por loca e insincera. Yo, Dios, he cambiado tus

[29] Padre Migliorini
[30] En el dictado del 4 de junio

sueños en certezas para no humillarte ante el mundo. De tal modo he obtenido que tú te encariñases en tal modo conmigo de llegar a aquello que eres ahora: algo perdido en Mí, inseparable de Mí.

Tú, ser finito e imperfecto, ya no existes con tus limitaciones e imperfecciones humanas, porque estás absorbida, y por ti misma te has hecho absorber, por Mí. Me ves a Mí en cada cosa agradable, desagradable, alegre, triste, que te suceda. Actúas mirando mi Rostro. Estás fascinada por mi Rostro. Podría guiarte con la mirada. Incluso con menos: el latido de mi Corazón, de mi Amor, te guía. Vives de mi Amor. Vives en mi Amor. Vives por mi Amor.

Cuando tienes una alegría corres a mi encuentro riendo adarme las gracias. Cuando tienes una necesidad tiendes tu mano pidiéndola. Cuando tienes un dolor vienes sobre mi Corazón para llorar. Estás de tal modo convencida que Yo soy tu Todo, que tomas decisiones, que tienes confidencias que a la simple vista humana podrían parecer imprudencias y locuras. Pero tú sabes que Yo soy tu Todo. Un Todo Dios y que puedo todo, y te fías.

Precisamente es esta confianza absoluta la que me empuja a realizar continuos pequeños milagros para ti, porque es la confianza de quien me ama la que abre mi Corazón de Dios para hacer descender de él torrentes de gracias.

Eres mía porque Yo te he sabido coger, porque he sabido hacer de tu pobre humanidad humillada una obra maestra de Misericordia. Eres mía, mi pequeña Mía. Eras de tantas cosas. Vivías para los reclamos humanos. Sufrías, morías en la carne y en el alma porque eres un alma a la que el mundo no sacia y no sabías encontrar el camino. Ahora eres mía, sólo mía. E incluso en la cruz eres feliz porque tienes quien te ama como tú quieres. Me tienes a Mí, tu Dios y tu Esposo, tu Jesús».

«Cuando un alma llega a ser tan mía, el amor ocupa el lugar de la Ley y de los Mandamientos. Divinos la una y los otros, pero que todavía hacen sentir su presencia. Son como los arneses puestos a vuestra animalidad para que no se rebele y se vaya a los precipicios.

Pero el Amor no tiene peso. No es un freno que ejerce constricciones. Es una fuerza que os conduce librándoos incluso de vuestra humanidad. Cuando un alma ama realmente, el Amor ocupa el lugar de todo. Es como un niño pequeño en los brazos de su madre que le nutre, le viste, le duerme, le lava, le lleva de paseo o lo mete en la cuna por su bien. El Amor es la mística nodriza que cría a las almas destinadas al Cielo.

Si por un milagro especial, querido por 3/4 de vuestra voluntad -porque sin vuestra voluntad ciertos milagros no pueden, no deben suceder- y por un cuarto de mi benignidad, todas las almas se hicieran vivientes sólo para el espíritu, esto es todas dignas del Cielo, Yo diría a la tierra la palabra "Fin" para poderos llevar a todos al Cielo antes de que un nuevo fermento de humanidad corrompiera de nuevo a alguno de los más débiles de entre vosotros. Pero desgraciadamente esto no sucederá nunca. Mejor dicho cada vez mueren más sobre la tierra la espiritualidad y el amor.

Por esto las almas que saben vivir en la espiritualidad y en el amor deben tocar las cimas del espíritu, de la caridad, y del sacrificio -porque el sacrificio no falta nunca en esta trinidad de cosas necesarias para ser mis verdaderos discípulos- y reparar por las demás que han esterilizado el espíritu y el amor en sus corazones.

Reparar, consolar, sufrir. Serán las víctimas las que salvarán el mundo» .

13 de junio

Dice Jesús:

«Para que el Espíritu Santo pueda descender y obrar libremente en un corazón, es necesario cultivar en sí mismos la caridad, la fidelidad, la pureza, la oración y la humildad.

Mis Apóstoles se prepararon para su venida con estas virtudes unidas a un intenso recogimiento. Para aprender éste, así como para aprender las otras virtudes, no tenían más que mirar a María, mi Madre. En Ella el espíritu de recogimiento era intensísimo. Incluso en las ocupaciones de la vida Ella sabía vivir recogida en Dios y su gran alegría era poderse aislar en la contemplación, en el silencio, en la soledad.

Dios puede hablar en cualquier sitio. Pero su Palabra llega a vosotros, mortales, cuyas capacidades de recepción son limitadas, mucho mejor cuando podéis estar en soledad que no cuando a vuestro alrededor el prójimo habla, se mueve, se agita con frecuencia en mezquindades humanas. Doble mérito y doble gracia si podéis oír a Dios incluso entre el tumulto. Pero también doble, triple fatiga.

Pero tú, María, no transgredas la santa caridad y la santa paciencia por la idea de oírme. Entonces mutilarías el fruto de estas lecciones. Nada, ni siquiera el pensamiento de oír mi Voz, te debe hacer poco dispuesta para ejercer condescendencia y paciencia con tu prójimo. ¿Te parece perder el hilo de lo que digo? ¿Te disgustas porque te das cuenta de que has olvidado alguna gema de lo que digo? ¡Oh! ¡fíate de Mí! Yo te la haré encontrar, y más hermosa que antes porque unida con el oro de la caridad y rodeada de las perlas de la paciencia desmenuzada en infinitos actos, pero todos, todos, preciosos.

Recuerda que "todo lo que hagáis al prójimo a Mí, Jesús, me lo hacéis". Por ello tienes que saber salir de tu coloquio Conmigo para escuchar las necesidades, incluso a veces muy inútiles, del prójimo, siempre con una sonrisa y con buena voluntad. Tú tendrás el mérito de la caridad ejercida, y ellos no se escandalizarán viéndote irritada por haber debido dejar la oración.

María Stma. sabía, sin alterarse, salir de la meditación, de la oración, de los suaves coloquios con Dios -y tú puedes pensar qué altura alcanzaban- y ocuparse del prójimo sin perder de vista a Dios y sin dar a entender al prójimo que había sido molestada. María sea tu modelo.

También en la oración mis Apóstoles no tenían más que mirar a María para aprender cómo se ora para obtener algo de Dios. Y así para todas las demás virtudes necesarias para preparar la venida del Paráclito. También ahora el Consolador desciende con mayor vehemencia cuanto más preparado está un espíritu para recibirle.

María, la llena de gracia, no necesitaba preparación alguna. Pero Ella os ha dado el ejemplo. Es vuestra Madre y las madres son el ejemplo vivo para los hijos. María estaba ya llena del Espíritu Santo. Era su Esposa y conocía todos los secretos del Esposo. Pero en María nada debía aparecer distinto a los demás.

Yo mismo, que era Dios, sobre la tierra me sometí a las leyes de la naturaleza: tuve hambre, sed, frío, estuve cansado, tuve sueño; y Yo mismo, que era Dios, sobre la tierra me sometí a las leyes de la moral: sentí hastío, miedo, tristeza, gocé de la amistad, me horroricé de la traición, temblé hasta sudar sangre al pensar lo que tenía que sufrir, recé como un hombre humilde que necesita de todo.

También María por ello recibió, en forma evidente, el Espíritu Santo. También las más grandes almas deben seguir el camino que todos siguen, en las manifestaciones

externas, se entiende, sin distinción, sin vanagloria, sin darse unos aires que no son más que soberbias alimentadas de hipócrita humildad. Sencillez siempre para que el Espíritu venga a vosotros con gusto. Y después saber retener el Espíritu Santo con una pureza vivísima. Él no se detiene donde hay impureza. En fin fidelidad a sus inspiraciones.

Él es, diré así, el Apóstol eterno y divino que predica incansablemente a las almas la doctrina del Cristo, que os la ilumina y explica. Pero si es mal acogido, si las puertas de los corazones se cierran ante su presencia, si es recibido con ira, Él hace lo que Yo dije a mis Apóstoles: se va y su paz vuelve a Él mientras que vosotros os quedáis sin ella.

Dios no se impone salvo en casos especiales. Él está siempre dispuesto a intervenir en vuestra ayuda. Pero quiere de vosotros el deseo de recibirle, la voluntad de escucharle, el coraje de seguirle, la generosidad de confesarle. Entonces Él os abraza, os penetra, os eleva, os inflama, os deifica, os hace cambiar vuestra pobre naturaleza animal en una totalmente espiritual, os deifica y como un águila en vuelo os lleva alto, a los reinos de la Luz, a regiones de pureza, os acerca al Sol de la caridad y os calienta, hasta que os abre las puertas de su Reino para una eternidad de bienaventuranza».

14 de junio
Después de la Comunión

Dice Jesús:

«Antes escucha lo que te digo y después, por obediencia al Padre, copiarás la lección sobre los consagrados.

¿Sabes por qué, María, te son iluminadas cosas que están reservadas sólo para ti? Porque tú no te has contentado con seguir a Jesús hasta el Cenáculo, sino que has entrado, detrás de tu Esposo de dolor, también en la habitación de la tortura. Se requiere mucha generosidad, mucha caridad, mucha fidelidad para hacer esto, y Yo . sé premiar éstos tres muchos.

Cuando fui arrestado, apóstoles y discípulos, que habían sabido seguirme jurándome fidelidad hasta la fracción del pan, huyeron. Solamente dos me siguieron. Juan el amado y Pedro el impulsivo. Pero Pedro, como todos los impulsivos, quebró su ímpetu ante el primer escollo de la dificultad y del miedo, y se paró en la puerta. Juan, el todo amor, desafió todo y a todos, y entró.

Juan tuvo más valor en aquel instante que en todo el resto de su vida. Después, durante el largo apostolado, estaba corroborado por el Espíritu Santo y ayudado, en los primeros años, por mi Madre, Maestra de fortaleza y de apostolado. Además había sido afianzado en la fe de mi Resurrección, por los primeros milagros, por ver propagarse cada vez más mi doctrina.

Pero aquella noche estaba solo. Tenía contra sí una muchedumbre embrutecida, Satanás susurraba sus dudas para arrastrar a los demás, especialmente a los fieles, a la duda que es el primer paso de la negación. Tenía en contra el miedo de su carne que sentía el peligro del Maestro, y que sentía desbordarse el mismo peligro sobre sus seguidores.

Pero Juan, amor y pureza, permaneció y entró detrás de su Maestro, de su Esposo, de su Rey. Rey de dolor, Esposo de dolor, Maestro de dolor.

Hasta que un alma no acepta ser admitida en el "secreto del dolor" que Yo, Cristo, he saboreado hasta el fondo, no puede pretender conocer a fondo mi doctrina, ni tener

luces que sobresalgan de las pequeñas luces concedidas a todos.

Yo emano de mi Frente coronada de espinas, de mis manos traspasadas, de mis pies horadados, de mi pecho desgarrado, rayos de luz especial. Pero éstos van a quienes se. unen a mis Llagas y a mi dolor y encuentran el dolor y las llagas más hermosos que cualquier otra cosa creada.

La estigmatización no es siempre cruenta. Pero cada alma enamorada de Mí hasta el punto de seguirme en la tortura y en la muerte que es vida, lleva mis estigmas en su corazón, en su mente.

Mis rayos son armas que hieren y luces que iluminan. Son gracia que entra y vivifica, son gracia que instruye y eleva.

Por mi benignidad doy a todos, pero doy infinitamente a quien se da totalmente a Mí. Y cree, en verdad, que si las obras de los justos están escritas en el gran Libro que será abierto el último día, las obras de mis amantes hasta el holocausto, las obras de las víctimas voluntarias, a semejanza mía, para la redención de los hermanos, están escritas en mi Corazón, y nunca, por los siglos de los siglos, serán canceladas.

El que tú no puedas explicar cómo ocurre el fenómeno de ver algunas cosas especiales, reservadas sólo para ti, muy iluminadas, es natural. Ni siquiera lo intentes explicar. Dirías muchas palabras y no dirías nada. Son cosas que se aceptan y no se explican, ni siquiera a sí mismos. Se aceptan con sencillez de niño, con sencillez de paloma.

Se da al prójimo lo que el buen Jesús dice que se le dé, y se tiene para sí mismo el resto como margaritas preciosas encerradas en el corazón, tratando de merecer muchas otras con una vida sumergida totalmente en la caridad, en la fidelidad, en la generosidad, en la pureza».

Oída el día 10 de junio y copiada hoy 14.

Dice Jesús:

«Ora, ofrenda y sufre mucho por mis sacerdotes. Mucha sal se ha vuelto insípida y las almas sufren por ello perdiendo el sabor de Mí y de mi Doctrina.

Hace algún tiempo que te digo esto, pero tú no quieres escucharlo. Y no quieres escribirlo. Te retraes. Entiendo el por qué. Pero antes que tú otros han hablado de ello, por mi inspiración, y eran santos. Es inútil querer cerrar los ojos y los oídos para no ver y para no oír. La verdad grita incluso con el silencio. Grita con los hechos que son la palabra más fuerte.

¿Por qué ya no repites la oración de M. Magdalena de Pazzi? Antes la decías siempre. ¿Por qué no ofreces parte de tus sufrimientos cotidianos por todo el Sacerdocio? Oras y sufres por mi Vicario. Está bien. Oras y sufres por algún consagrado o consagrada que se encomiendan a ti o hacia los cuales tienes especial deber de gratitud. Está bien. Pero no es suficiente. Y por los otros ¿qué haces? Has puesto una intención de sufrimiento por el clero el miércoles.

No basta. Es necesario que todos los días ores por mis sacerdotes y que ofrezcas parte de tus sufrimientos por esto. No te canses nunca de orar por ellos que son los mayores responsables de la vida espiritual de los católicos.

Si basta que un laico haga por diez para no escandalizar, mis sacerdotes deben hacer por cien, por mil. Deberían ser semejantes a su Maestro en pureza, caridad, desapego de las cosas del mundo, humildad, generosidad. En cambio el mismo relajamiento de vida cristiana que hay en los laicos está en mis sacerdotes y en general

en todas las personas consagradas por votos especiales. Pero de éstas hablaré después [31].

Ahora hablo de los sacerdotes, de quienes tienen el honor sublime de perpetuar desde el altar mi Sacrificio, de tocarme, de repetir mi Evangelio.

Deberían se llamas. En cambio son humo. Hacen fatigosamente lo que deben hacer. No se aman entre ellos y no os aman a vosotros como pastores que deben de estar preparados para darse completamente, incluso con el sacrificio de la vida, por sus ovejitas. Vienen a mi altar con el corazón lleno de preocupaciones de la tierra. Me consagran con su mente en otra cosa y ni siquiera mi Comunión enciende en su espíritu esa caridad que debe estar viva en todos pero que debe ser vivísima en mis sacerdotes.

Cuando pienso en los diáconos, en los sacerdotes de la Iglesia de las catacumbas, y les comparo con los de ahora, siento una infinita piedad por vosotros, multitudes que os quedáis sin, o con demasiado poco alimento de mi Palabra.

Aquellos diáconos, aquellos sacerdotes tenían en contra a toda una sociedad malévola, tenían en contra al poder constituido. Aquellos diáconos, aquellos sacerdotes debían desempeñar su ministerio entre mil dificultades; el más incauto movimiento les podía hacer caer en manos de los tiranos y conducirles a morir escarnecidos. Sin embargo, ¡cuánta fidelidad, cuánto amor, cuánta castidad, cuánto heroísmo había en ellos! Han cimentado con su sangre y con su amor la Iglesia naciente y de cada uno de sus corazones han hecho un altar.

Ahora resplandecen en la Jerusalén celestial como tantos altares eternos sobre los cuales Yo, el Cordero, descanso complaciéndome en ellos, mis intrépidos confesores, los puros que han sabido lavar las suciedades del paganismo que les había saturado de sí durante años y años antes de su conversión a la Fe, y que salpicaba su fango sobre ellos incluso después de su conversión, como un océano di barro contra rocas inquebrantables.

Se habían lavado en mi Sangre y habían venido a Mí con blancas estolas que tenían por adorno su sangre generosa y su caridad vehemente. No tenían vestidos externos, ni signos materiales de su milicia sacerdotal. Pero eran Sacerdotes en el ánimo.
Ahora existe el vestido externo, pero el corazón ya no es mío.

Tengo piedad de vosotros, greyes sin pastores. Por esto todavía detengo mis rayos: porque tengo piedad. Sé que mucho de lo que sois proviene de que no estáis sostenidos.

¡Son demasiado pocos los sacerdotes verdaderos que se parten a sí mismos para prodigarse a sus hijos! Nunca como ahora es necesario rogar al Dueño de la mies, que mande verdaderos obreros a su mies que cae mustia porque no es suficiente el número de verdaderos incansables obreros, sobre los cuales se posa mi ojo con bendiciones y amor infinitos y agradecidos.

Si hubiera podido decir a todos mis Sacerdotes: "¡Venid, siervos buenos y fieles, entrad en el gozo de vuestro Señor!".

Reza por el clero secular y por el conventual.

El día en que en el mundo no hubiera más sacerdotes realmente sacerdotales, el mundo terminaría en un horror que la palabra no puede describir. Habría llegado el momento de la "abominación de la desolación". Pero llegado con una violencia tan

[31] En el dictado del 15 de junio

espantosa, de ser un infierno traído sobre la tierra.

Reza y di que se rece porque toda la sal no se haga insípida en todos menos en Uno, en el último Mártir que estará para la última Misa, porque hasta el último día existirá mi Iglesia militante y el Sacrificio será cumplido.

Cuantos más verdaderos sacerdotes existan en el mundo cuando se hayan cumplido los tiempos, menos largo y cruel será el tiempo del Anticristo y las últimas convulsiones de la raza humana. Porque "los justos" de los que hablo cuando predigo el fin del mundo, son los verdaderos sacerdotes, los verdaderos consagrados en los conventos esparcidos sobre la tierra, las almas víctimas, hilera desconocida de mártires que sólo mi ojo conoce mientras que el mundo no les ve, y quienes actúan con verdadera pureza de fe. Pero estos últimos son, aun sin que ellos lo sepan, consagrados y víctimas».

15 de junio

Dice Jesús:

«Es natural que el demonio trate de turbarte. Ya no puede hacerlo sobre la carne, y por eso trata de turbar tu espíritu.

Él cumple con su trabajo. Esto es, intenta desanimar a las almas, asustarlas, hacerlas titubear. Generalmente trata de hacerlas pecar para separarlas de Mí. Cuando no lo logra, porque el alma está bien vigilante y la asechanza no entra, entonces intenta asustarla y meterle pensamientos aparentemente buenos, pero que en realidad son nocivos.

Ves, María. Entre el pensamiento: "Yo seré santa" y el pensamiento: "Es imposible que yo llegue a ser santa", el más peligroso y el más contrario a Mí es el segundo. El primero no es acto de soberbia, si está corroborado por todos los esfuerzos de la voluntad para alcanzar la santidad.

Yo he dicho: "Sed perfectos como mi Padre". Diciendo así, no os he hecho una simple exhortación, sino que os he dado un dulce mandato, dándoos la medida de la perfección: la de Dios, el Perfectísimo. Porque Yo os hubiera querido a todos perfectos para teneros a todos a mi alrededor para siempre.

El alma debe por ello aspirar a la santidad, decir a sí misma: "Quiero llegar a ser santa" sin titubeos, sin flaquezas. ¿Reconocéis que sois débiles? Pero Yo sé, mejor que vosotros, que sois débiles, y sin embargo os he dicho: "Sed perfectos", porque sé que si lo queréis, con mi ayuda, podéis ser perfectos, es decir santos.

Esto el Maligno no lo quiere. Sabe bien -porque es inteligentísimo- que cuando un alma ha dado el primer paso en el camino de la santidad, ha saboreado el primer bocado de la santidad, cuyo sabor es inefable, se hace añorante de santidad y para él está perdida. Entonces crea pensamientos de falsa modestia y de desconfianza.

"No es posible que yo merezca el Paraíso. Por cuanto Dios sea bueno, ¿es posible que me pueda perdonar, ayudar? ¿Es posible que yo, incluso con su ayuda, lo pueda contentar? No sirvo para nada".

O también silba sus insinuaciones. "¿Pero te crees que tú puedas llegar a ser santa? Lo que experimentas, sientes, ves, son ilusiones de una mente enferma. Es tu soberbia quien te lo hace pensar. ¿Tú santa? ¿Pero no recuerdas esto... esto... esto? ¿Y no recuerdas lo que ha dicho Cristo? Tú pensando así cometes un nuevo pecado, el mío. Piensas ser semejante a Dios...".

Déjalo silbar. No merece respuesta. Lo que experimentas es de Dios, lo que piensas

es mi deseo que se repercute en ti. Por eso es algo santo. Te he dicho cuál es mi signo. Es la paz. Cuando en ti sientes paz es señal de. que lo que experimentas, sientas, ves, piensas es cosa de Dios. Continúa sin titubear. Yo estoy contigo.

Cuando nuestro Enemigo trata de fastidiarte demasiado, di: "Dios te salve María, Madre de Jesús, me confío a ti". El demonio tiene todavía más aversión del nombre de María que de mi Nombre y de mi Cruz. No lo logra, pero trata de dañarme en mis fieles de mil maneras. Pero solamente el eco del nombre de María le hace huir. Si el mundo supiera llamar a María, estaría salvado.

Por tanto invocar nuestros dos Nombres juntos es algo poderoso para hacer caer rotas todas las armas que Satanás lanza contra un corazón que es mío. Por sí solas las almas son todas nada, debilidad. Pero el alma en gracia ya no está sola. Está con Dios.

Por eso cuando el otro te turba con reflexiones de falsa modestia o de temor, siempre debes pensar: "No soy yo quien piensa ser santa, sino que es Jesús quien quiere que yo lo sea. Somos nosotros: Jesús y yo. Dios y yo, quienes queremos que esto suceda para su gloria".

¿Acaso no he dicho Yo: "Cuando dos estén reunidos juntos para orar, el Padre les concederá lo que pidan"? ¿Pero qué será cuando Uno de los dos es el mismo Jesús? Entonces el Padre concederá la gracia solicitada con medida plena, rebosante, abundante. Porque el Hijo es poderoso en el Padre y todas las cosas están hechas en nombre del Hijo».

Dice Jesús:

«En la lección sobre los sacerdotes [32] he dicho .que te habría hecho reflexionar sobre las necesidades de las personas consagradas con votos especiales, pero que no son sacerdotes. Es decir las vírgenes encerradas en los monasterios y conventos esparcidos por todo el mundo.

En la mente de los fundadores estos lugares deberían de haber sido tantas casas de Betania en las que Yo cansado, disgustado, ofendido, perseguido, pudiera encontrar amparo y amor. Y habrían debido ser, siempre en la mente de los fundadores, tantas cimas donde, en soledad y en oración, las almas puras habrían continuado orando por los habitantes del mundo, que luchan y generalmente no rezan.

Castidad, no sólo de la carne sino del pensamiento y del alma, caridad vivísima, oración, mejor dicho: oración .continua que las ocupaciones no turban, amor a la pobreza, respeto a la obediencia, silencio exterior para oír en el interior la voz de Dios, vocación al sacrificio, espíritu de verdadera penitencia, he aquí las virtudes que deberían compenetrar los corazones de todas las mujeres que se han dado a Mí con votos especiales.

Si fuera así, cada día habría un arder de incienso s espirituales y un lavado de aromas espirituales que purificarían la tierra, subiendo después a mi trono. Y la triste cizaña del pecado sería destruida poco a poco. Porque quien ora obtiene, y si de hecho se orase intensamente por los pecadores se obtendría su conversión.

En cambio vosotros oráis por vosotros mismos. Esto es egoísmo e hiere la caridad. No todas, pero gran parte de las almas que están en los conventos, ¿por qué han entrado? Veamos juntos el por qué. Te vendrá espontáneamente la necesidad de orar por estas almas fuera de camino, mucho más que si se hubieran quedado en el mundo.

---

[32] Del 10 (14 de junio)

Muchas han entrado por exaltación, obedeciendo un impulso bueno en sí pero que no han corroborado con firme propósito, por severa reflexión y verdadera vocación. Han visto el arado, en una hora de sol sobre un campo florecido, y han puesto la mano encima sin pensar si tenían la fuerza de arar a sí mismas con la reja tremenda de las renuncias. Las flores caen, el sol se oculta. Viene la tierra pedregosa, dura, atribulada, espinosa, viene la noche negra y borrascosa. Estas almas que han cedido a un sueño sin reflexionar, se encuentran desoladas en un mundo que no es suyo, en el cual no saben moverse sino malamente. Sufren y hacen sufrir.

Otras han entrado después de una desilusión. Han creído que estaban muertas. En cambio estaban sólo desfallecidas. Incluso dejando aparte la reflexión de que a Dios se le deben ofrecer las primicias y no las sobras, se necesitaría reflexionar siempre si se trata realmente de muerte del alma al mundo, o si sólo es una herida grave. Toda herida no mortal sana, y se vuelve más sanos que antes. También éstas, mejor dicho éstas más que aquéllas, después se encuentran turbadas porque, además de entender que el mundo monástico no es el suyo, llevan dentro cosas del mundo externo: recuerdos, añoranzas, nostalgias, deseos. En el silencio del claustro estas cosas son como vinagre sobre una llaga: la provocan, la irritan, todo lo envenenan, se vuelven inquietas, rencorosas, mordaces. También éstas sufren y hacen sufrir sin mérito alguno.

Tercera categoría: aquellas que entran por interés. Están solas, pobres, miedosas de la vida, sin un oficio o una profesión que les asegure. Se retiran. Toman la casa de Dios por un albergue seguro donde hay una cama y una mesa. Se aseguran el mañana. Pero de Dios nadie se burla y no se le engaña. Dios ve en el fondo de los corazones. ¿Qué pensará Dios de éstas?

En fin están las almas que se dan a Dios con pureza de sentimiento y verdadera vocación. Éstas son las perlas. Pero son pocas respecto de las otras. También éstas pueden estropearse y enfermarse. También las perlas se enferman. Es difícil que en una vida monástica no se dé nunca el asalto de un germen que trata de estropear la perla que se ha dado a Dios.

Mi gracia les ayuda. Pero es necesario orar por ellas. La Comunión de los Santos está para esto. Nadie es tan mezquino que su oración no sirva. Dios, atraído por una oración que sube del mundo, puede bajar como fuerza en el corazón de una esposa mía que vacila en un convento.

La humanidad no muere en el ser humano cuando atraviesa el umbral de un monasterio. La humanidad no muere nunca. Ella entra, desgraciadamente, dentro de los sagrados muros y me echa a Mí. Ella crea las pequeñeces, los rencores, los celos impulsivos, disipa, estorba, enfría. Es cierto que hace aumentar en céntuplo la santidad de las "santas". Pero no es suficiente.

Orar, orar, orar por mis esposas. Que las ilusas, las desilusionadas, las interesadas, comprendan y sepan añadir la cruz de su error a las demás de la vida conventual para hacerse un nuevo peldaño en la escalera que sube hasta el Cielo. Es inútil ser ramos de flores puestos sobre un altar, si esas flores permanecen humanas. Yo quiero flores espirituales.

¿Sabes qué diferencia hay entre un alma que vive en lo humano y un alma que vive en lo espiritual? Tú tienes tantas flores en la habitación y sientes mucho perfume. Pero confiesas que todas esas rosas, claveles, lirios, jazmines, no te dan ni siquiera el más lejano parecido con el "perfume" que sientes a veces y que viene de reinos sobrenaturales. Aquél es perfume de cielo y éste de tus flores perfume de tierra.

Lo mismo es para las almas. Aquéllas verdaderamente místicas emanan un perfume celestial, las otras un perfume humano. Éste puede ser admirado por el mundo, pero Yo no lo aprecio.

Yo quiero que mis conventos sean invernaderos de cielo donde caen, como hojas muertas, las preocupaciones humanas, las soberbias, las envidias, las críticas, los egoísmos, las falsedades. Es inútil observar la regla hacia el exterior si el interior está manchado por venenos humanos.

La oración no sube cuando hay un lastre de humanidad colgado en las alas y la oración no puede desarrollarse. La oración no se propaga sobre la tierra para salvar a los pecadores y no sube para consolarme, si se ha hecho espesa por mucho fango humano. Entonces es inútil consagrarse a Mí si el sacrificio de la libertad no debe dar el fruto para el cual son ideados ciertos sacrificios.

Todo muere cuando falta la caridad, sobre todo ésta, porque mi caridad vuelve puros, buenos, desapegados de todo lo que no es Dios, amantes de la Cruz y de las cruces; porque la caridad hacia el prójimo hace pacientes, dulces, generosos.

El mundo puede ser ayudado por las vírgenes. Pero las vírgenes deben ser ayudadas por las víctimas».

16 de junio

Dice Jesús:

«Cada época ha tenido sus formas de piedad.

La Iglesia ha nacido entre las olas agitadas del mundo. Vírgenes y consagrados vivían mezclados entre la muchedumbre pagana, llevándole el perfume de Cristo que les saturaba, y han conquistado el mundo para Cristo.

Después vino la época de las austeras segregaciones. Enterrarse para el mundo era, según la visión de aquel tiempo, necesario para la perfección y la continua redención de las almas. Desde los monasterios, los eremitorios, las celdas muradas, ríos de sacrificios y de oraciones se esparcieron sobre la tierra, descendieron al Purgatorio, subieron al Cielo.

Más tarde vinieron los conventos de vida activa. Hospitales, asilos, escuelas, se beneficiaron de esta nueva manifestación de la religión cristiana.

Pero ahora, en el mundo pagano de un nuevo paganismo todavía más atroz porque es más demoníacamente sutil, son necesarias de nuevo almas consagradas que vivan en el mundo como en los primeros tiempos de mi Iglesia, para perfumado de Mí. Ellas resumen en sí la vida activa y la contemplativa en una palabra sola: "Víctimas".

¡De cuántas víctimas tiene necesidad este pobre mundo para obtener piedad! Si los hombres me escucharan, a cada uno diría mi amoroso mandamiento: "Sacrificio, penitencia, para ser salvados". Pero sólo tengo a las Víctimas que sepan imitarme en el sacrificio, que es la forma más alta del amor.

¿Qué he dicho Yo? "En esto se entenderá si sois mis discípulos: si os amáis recíprocamente... No hay mayor amor de quien da la vida por sus amigos".

Las víctimas han llevado el amor tan en alto que tiene una forma semejante al mío. Las víctimas se dan a sí mismas por Mí porque Yo estoy en las almas, y quien salva a un alma me salva a Mí en esa alma.

Por tanto no hay amor mayor por Mí que el inmolarse por Mí, vuestro Amigo, y por las pobres almas pecadoras que son nuestros amigos caídos. Digo: nuestros, porque

donde hay un alma enamorada está también Dios con ella, y por eso somos dos.

Muchas veces piensas con añoranza en la vida claustral. Pero piensa, alma mía, que el ser víctima te hace semejante a las claustrales más austeras. La víctima adora, la víctima expía, la víctima ora. La oración de una víctima es igual a la de la claustrada con la dificultad, además, de tener que vivir de oración entre las disipaciones del mundo.

También aquí Yo soy tu ejemplo. Yo, Víctima, he sabido adorar, orar, expiar, estando en el mundo. Se puede ser almas víctimas de áurea perfección estando entre la muchedumbre, y no sedo estando bajo el cierre de una doble reja. También aquí es el amor lo que cuenta y no las formas externas.

¿ Cómo se hace para ser víctimas? Viviendo con un único pensamiento: consolarme redimiendo a los demás. Los demás se redimen con el sacrificio. A Mí se me consuela con el amor y encendiendo el amor en los corazones apagados. La vida de la víctima es un no pertenecerse más perpetuo, un derramarse continuo, un arder incesante.

Pero a quien sabe vivir así, le viene concedida la Invisible Presencia de la que también tú gozas. Porque Yo estoy donde están mis apóstoles y mis mártires. Y las víctimas son mártires y apóstoles».

Dice aún Jesús:

«Para preservar a los cuerpos de la corrupción de la muerte,

desde tiempos antiquísimos, han sido usados aromas especiales que detienen la putrefacción y conservan los cadáveres. Pero, ¡oh hombres que espiritualmente caéis a pedazos, macerados por las corrupciones de toda una sociedad contaminada hasta la médula!, pero, ¡oh pobres hombres por. los cuales he muerto inútilmente!, ¿por qué no usáis para vosotros los aromas que detienen vuestra corrupción?

Yo os los he enseñado. Os los he enseñado con la vida, con la palabra, con la muerte. En mi Evangelio está la norma para vivir sanos en la carne y en el alma, en el pensamiento y en la acción. Y ese Evangelio lo he vivido durante mis treinta y tres años de vida.

Vosotros no podéis decirme, como podéis decir de vuestros falsos profetas: "Has predicado una cosa, pero has hecho otra". No. Jesús fue Maestro no sólo de palabra, sino de obra.

Os he enseñado a preferir la pureza y la continencia a la lujuria, la sobriedad a la crápula, la fidelidad al engaño, el trabajo al ocio, la honradez al fraude, el respeto de las autoridades a la rebelión, el amor por la familia a la disipación, la misericordia a la dureza, la humildad a la soberbia, la justicia a la violencia, la sinceridad a la mentira, el respeto de la inocencia al escándalo, la fe a la incredulidad, el sacrificio al goce. Pero estas cosas Yo, Dios, las he hecho antes que vosotros.

Vosotros lo habéis pisoteado todo y habéis bailado, como necios, sobre las máximas divinas en las que estaba vuestro bien en ésta y en la otra vida.

Vosotros habéis aumentado el saber en todos los campos menos en el único necesario. En el conocimiento de mi Evangelio. Vosotros os habéis saciado de todos los alimentos menos del único necesario: mi Palabra. Habéis creído que os alzabais hasta el nivel del superhombre. Os habéis convertido sólo en súper animales. El superhombre lo crea mi Ley porque os deifica y os hace eternos. Todo lo demás no os alza. Sólo os hace enloquecer.

Martha me dijo: "Maestro, hace cuatro días que está en el sepulcro y ya huele mal".

Pero vosotros ¿desde hace cuántos siglos estáis? Os hundís cada vez más en el sepulcro y en la podredumbre de muerte. Ni siquiera mi Voz os mueve. Ni siquiera mi llanto.

Pero ¿cómo podéis estar contentos, así degradados? Teníais el Cielo, erais herederos de Dios. ¿Ahora qué sois? Una masa de leprosos y de poseídos por los demonios que os trituran, os matan, os hacen delirar, os arrastran al fuego incluso antes de que muráis. Tenéis el fuego del infierno en la mente y en el corazón. ¡Y Yo os había puesto el fuego suavísimo de la caridad!

Los aromas para salvaros de la total podredumbre son Penitencia, Sacrificio y Caridad. ¿Pero los querréis usar? No. No miráis al Maestro crucificado que con su sacrificio os ha dado nuevas almas capaces de vida eterna, que os ha lavado con su Sangre y sus lágrimas de la lepra del pecado. No lo miráis. Él os habla de bondad, de amor, de sacrificio. Vosotros queréis ser malos, queréis odiar, queréis gozar.

Vosotros levantáis vuestro puño amenazador contra la gran Víctima y las pequeñas víctimas que tratan de infundiros una vida nueva, y lanzáis vuestra burlona blasfemia.

¡Atentos, hombres obstinados! La paciencia de Dios es inmensa, pero no os está concedido tentarla demasiado, porque está dicho por Mí: "No tentarás al Señor tu Dios"».

17 de Junio

Dice Jesús:

«Te quiero hablar de la prudencia humana.

La prudencia sobrenatural es una gran virtud. Pero la prudencia humana no es una virtud. Vosotros, hombres, habéis aplicado este nombre, como una falsa etiqueta, a sentimientos impropios y no virtuosos. Así como llamáis: caridad, a la moneda que dais al pobre.

Pero si vosotros dais una limosna, incluso vistosa, y la dais para ser vistos y aplaudidos por el mundo, ¿creéis que hacéis un acto de caridad? No. Desengañaos. Caridad quiere decir: amor. Caridad es, por tanto, tener piedad y amor por todos los necesitados de la tierra. No hace falta dinero para hacer un acto de caridad. Una palabra de consejo, de consuelo, de dulzura, un acto de ayuda material, una oración, son caridad. Una limosna dada con grosería, humillando al pobre, en el que no sabéis verme, no es caridad.

Lo mismo ocurre con la prudencia. Vosotros llamáis prudencia a vuestra vileza, a vuestro anhelo de vivir tranquilos, a vuestro egoísmo. Tres cosas que ciertamente no son virtud.

También en vuestras relaciones con la religión sois amantes del vivir tranquilo. Cuando sabéis que una franca profesión de fe, que una expresión, dicha como os la susurra el Espíritu de Verdad, pueden quitaros autoridad, dadores de trabajo, maridos, hijos, padres, de los que esperáis ayuda material, vuestra humana prudencia os hace encerraros en un silencio que no es prudente sino cobarde, cuando no culpable, porque llegáis a negar, a renegar, perjurando, vuestros sentimientos más espirituales.

Pedro fue el primero que en la hora del peligro, por una prudencia humana, llegó a negar que me conociera. Yo lo permití, esto, para que arrepentido, pudiera después compadecer y perdonar a los hermanos pusilánimes. ¡Pero cuántos "Pedro s" desde entonces hasta ahora! Tenéis siempre ante la mente un interés mezquino, y lo ante-

ponéis y tuteláis en perjuicio del interés eterno que os fructifica la Verdad valiente y valientemente profesada.

Ante ciertas manifestaciones de Dios, vosotros, pobres hombres, no tenéis ciertamente la valentía de Nicodemo y de José, que en una hora tremenda para el Nazareno y para sus seguidores supieron adelantarse para pensar en Mí contra la hostilidad de toda Jerusalén. Tú misma, a veces, te quedas un poco perpleja ante ciertas expresiones mías y las quisieras hacer menos tajantes.

La prudencia humana os guía. La lleváis a todas partes. Hasta en las obispalías, hasta en los conventos. ¡Cómo habéis cambiado en relación con los primeros cristianos que no tenían en cuenta nada de cuanto fuera humano y miraban solamente el Cielo!

Es verdad que Yo he dicho que seáis prudentes como las serpientes, pero no con una prudencia humana. Os he dicho también que para seguirme hay que ser audaces contra todos. Contra el amor a sí mismos; contra el poder, cuando os persigue porque sois mis seguidores; contra el padre, la madre, la esposa, los hijos, cuando éstos quieren, por afecto humano y preocupación terrena, impediros que sigáis mi Camino, porque sólo una cosa es necesaria: salvar la propia alma incluso perdiendo la vida de la carne para obtener la Vida eterna» .

18 de junio

Dice Jesús:

«Para mantener las fuerzas físicas hay que nutrir el cuerpo. El indigente que no puede comprar alimento, lo mendiga a los ricos. Normalmente pide pan. Sin el pan es imposible la vida.

Vosotros sois pobres que necesitáis alimento para vuestra alma. A vuestra pobreza Yo he dado el Pan eucarístico. Él os nutre la médula del alma, da vigor al espíritu, sostiene las fuerzas espirituales, aumenta el poder de todas las facultades intelectuales, porque donde hay vigor de vida hay también vigor de mente.

Alimento sano que comunica salud. Alimento verdadero que infunde vida verdadera. Alimento santo que suscita santidad. Alimento divino que da a Dios.

Pero además de pobres sois enfermos, débiles no sólo por la debilidad que produce la falta de alimento y que cesa con éste. Sois débiles por las enfermedades que os extenúan. ¡Cuántas enfermedades tiene vuestra alma! ¡Cuántos gérmenes os inocula el Maligno para crear estas enfermedades! A quien está débil y enfermo es necesario darle no sólo pan sino también vino.

Yo en mi Eucaristía os he dejado los dos signos de lo que necesita vuestra naturaleza de hombres pobres y vuestra debilidad de hombres enfermos. Pan que nutre, vino que fortalece.

Hubiera podido comunicarme a vosotros sin signos externos. Puedo hacerlo. Pero tenéis demasiada pesantez para captar lo espiritual. Vuestros sentidos externos necesitan ver. Vuestra alma, vuestro corazón, vuestra mente, se rinden solamente, y aún así con fatiga, ante las formas visibles y tocables. Es tan cierto que, aunque lleguéis a creer en Mí en la Eucaristía y a recibirme en la hostia, la gran mayoría no admitís la infusión del Espíritu en vosotros, de quien os vienen latidos, luces, impulsos de obras buenas.

Si creyerais con esa fuerza de la que es digna el Misterio, sentiríais, al recibirme, entrar en vosotros una vida. El acercarme a vosotros os debería arder como el

acercarse a una caldera ardiente. Mi estar en vosotros os debería sumergir en un éxtasis que os abstrae ría lo profundo del espíritu en un rapto de Paraíso.

El fundirse de vuestra humanidad enferma con mi Humanidad perfecta os traería salud hasta física, por lo cual, enfermos corporalmente, resistiríais a las enfermedades hasta que Yo dijese "Basta" para abriros el Cielo. Os daría inteligencia para entender rápida y justamente. Os haría impenetrables a los asaltos desenfrenados o a las sutiles insidias de la Bestia.

En cambio puedo hacer poco porque entro donde la fe es lánguida, donde la caridad es superficial, donde la voluntad está en esbozo, donde la humanidad es más fuerte que el espíritu, donde, sobre todo, no os esforzáis en reprimir la carne para que emerja el espíritu.

No os esforzáis para nada. Esperáis de Mí el milagro. Nada me prohíbe cumplirlo. Pero Yo quiero de vuestra parte al menos el deseo de merecerlo.

A quien se dirige a Mí gritando que le ayude e imitando la fe de las muchedumbres de Galilea, Yo me comunicaré no sólo con mi Cuerpo y mi Sangre, sino con mi Caridad, con mi Inteligencia, con mi Fuerza, con mi Voluntad, con mi Perfección, con mi Esencia. Estaré, en el alma que sabe venir a Mí, como estoy en el Cielo, en el seno del Padre del que procedo generando el Espíritu que es Caridad y vértice de perfección».

19 de junio

Antepongo dos palabras de explicación.

Estaba orando, eran las 12 y aún oraba, porque en estas 6 horas de la mañana había sido interrumpida tantas veces que no había podido terminar mis oraciones matutinas. La última interrupción fue la visita de una joven madre angustiada. En fin, era mediodía y no había podido concentrarme en paz durante diez minutos seguidos.

Mientras ejercitaba abundantemente la paciencia, pensaba, para confortarme, en las palabras oídas anoche muy tarde, y confiaba en copiarlas para dar dulzura a mi corazón. Porque son palabras de una suavidad muy alta. Me ha quedado el alma perfumada. En cambio debo dejar de orar para escribir cuanto copio ahora y que me parece sea una respuesta a una pregunta suya formulada en una carta, pregunta en la que ya no pensaba.

Y ahora que he antepuesto este prólogo, sigo adelante, copiando antes las palabras de hoy y después las de anoche.

Dice Jesús:

«Hace días el Padre [33] ha escrito que se quedaba perplejo acerca de la verdadera fuente del flagelo actual "porque un reino dividido en sí mismo ya no es un reino". Mostraré al Padre que esto puede ser, siendo la división puramente aparente.

Lucifer, en sus manifestaciones, ha tratado siempre de imitar a Dios. Así como Dios ha dado a cada Nación su ángel protector, Lucifer le ha dado su demonio. Y como los diversos ángeles de las Naciones obedecen a un único Dios, así los diversos demonios obedecen a un único Lucifer. .

La orden dada por Lucifer a los diversos demonios en la presente vicisitud no es distinta según los Estados. Es una orden única para todos. De aquí se comprende que

[33] Padre Migliorini

el reino de Satanás no está dividido y por eso dura.

Esta orden puede ser enunciada así: "Sembrad horror, desesperación, errores, para que los pueblos se separen, maldiciéndole, de Dios",

Los demonios obedecen y siembran horror y desesperación, apagan la fe, destrozan la esperanza, destruyen la caridad. Sobre las ruinas siembran odio, lujuria, ateísmo. Siembran el infierno. Y lo logran porque encuentran ya el terreno propicio.

También mis ángeles luchan para defender el País que les he asignado. Pero mis ángeles no encuentran terreno propicio. Por lo cual quedan derrotados respecto de los enemigos infernales. Para vencer mis ángeles deberían ser ayudados por almas vivientes en el Bien y para el Bien. Vivientes en Mí. Las encuentran. Pero son demasiado pocas respecto de quienes no creen, no aman, no perdonan, no saben sufrir.

Es el caso de repetir: "Satanás ha pedido cribaros". Y, de la criba, resulta que la corrupción es como en los tiempos del diluvio, agravada por el hecho de que vosotros habéis tenido a Cristo y a su Iglesia, mientras en los tiempos de Noé esto no existía. Ya lo he dicho [34] y lo repito: "Esta es lucha entre Cielo e infierno". Vosotros no sois más que un falso disfraz. Detrás de vuestras tropas guerrean ángeles y demonios. Detrás de vuestros pretextos está la razón verdadera: la lucha de Satanás contra Cristo.

Ésta es una de las primeras selecciones de la humanidad, que se acerca a su última hora, para separar la mies de los elegidos de la mies de los réprobos. Pero desgraciadamente la mies de los elegidos es pequeña respecto a la otra.

Cuando Cristo venga para vencer al eterno antagonista en su Profeta encontrará pocos señalados, en el espíritu, por la Cruz».

Y ésta es la otra de anoche.

Dice Jesús:

«Para obtener verdaderos frutos de la Eucaristía, no hay que considerarla como un episodio que se repite en épocas más o menos distantes en el tiempo, sino hacer de ella el pensamiento base de la vida.

Vivir pensando en Mí-Eucaristía que me apresuro a venir o que he venido a vosotros, haciendo del encuentro un continuo presente que dura cuanto dura vuestra vida. No separarse con el espíritu de Mí, obrar en el rayo que brota de la Eucaristía, no salir nunca de su órbita como estrellas que giran alrededor del sol y viven por mérito suyo.

También aquí te propongo como modelo a María. Su unión Conmigo debe ser el modelo de tu unión Conmigo. La vida de María, mi Madre, fue toda eucarística. La vida de María, la pequeña víctima, debe ser toda eucarística.

Si Eucaristía significa comunión, María vivió eucarísticamente casi toda la vida [35]. Porque Yo estaba en mi Madre antes de estar, como hombre, en el mundo. Ni, cuando dejé de existir como hombre en el mundo, cesé de estar en Ella. No nos hemos separado más desde el momento en que la obediencia fue santificada hasta la altura de Dios, y Yo me hice carne en su seno tan puro que los ángeles lo son menos en comparación, tan santo como no llega a ser ningún sagrario que me acoja.

Sólo en el seno de Dios hay mayor perfección de santidad que la de María. Ella es, después de Dios Uno y Trino, la Santa de los Santos.

Si a vosotros mortales se os concediera ver la belleza de María como ella es,

[34] En el dictado del 4 de junio
[35] El concepto viene tomado nuevamente y explicado en el dictado del 2 de julio

quedaríais raptados y santificados. No hay comparación en el Universo que sirva para deciros lo qué es mi Madre. Sed santos y la veréis.

Y si ver a Dios es la alegría de los bienaventurados, ver a María es la alegría de todo el Paraíso. Porque en Ella no se gozan sólo los coros angélicos y las hileras de los Santos, sino el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo la contemplan como la obra más bella de su Trinidad de amor.

Nunca nos hemos separado entre nosotros dos. Ella aspiraba a Mí con toda la fuerza de su corazón virginal e inmaculado esperando al Mesías prometido. Comunión purísima de deseo que Me atraía desde lo más hondo del Cielo. Más viva fue la comunión desde el momento de la bienaventurada anunciación hasta la hora de la muerte en la Cruz.

Nuestros espíritus estaban siempre unidos por el amor. Comunión de amor intensísimo y de inmenso dolor durante mi martirio y en los días de mi sepultura. Comunión eucarística después de la gloriosa Resurrección y Ascensión hasta la Asunción que fue eterna unión de la Madre purísima con el Hijo divino.

María ha sido el alma eucarística perfecta. Sabía retener a su Dios con un amor ardiente, una pureza súper angélica, una adoración continua. ¿Cómo separarse de ese corazón que vivía de Mí? Yo permanecía incluso después de la consumación de las especies.

Las palabras, dichas a mi Madre durante los treinta y tres años en que le fui hijo sobre la tierra, no son nada en comparación con los coloquios que Yo Eucaristía tuve con Ella Sagrario. Pero esas palabras son demasiado divinas y demasiado puras para que la mente del hombre las pueda conocer y sus labios repetir. En el Templo de Jerusalén sólo el Sacerdote entraba en el Santo de los Santos donde estaba el Arca del Señor. Pero en el Templo de la Jerusalén celestial sólo Yo, Dios, entro y conozco los secretos del Arca santísima que es María, mi Madre.

Esfuérzate por imitar a María. Y, dado que es algo demasiado arduo, di a María que te ayude. Lo que es imposible para el hombre, es posible a Dios, y posibilísimo si pedido en María, con María, por María»

20 de junio
Stma. Trinidad [36]

Dice Jesús:

«Ahora que has visto 37, ¿has entendido lo que es la Eucaristía? Es mi Corazón que Yo distribuyo a vosotros. No podía haceros un don mayor y más amoroso.

Si cuando recibís la comunión supierais verme a Mí que os doy mi Corazón, ¿no os conmoveríais? Pues la fe debería ser tan fuerte y tan fuerte la caridad, como para haceros ver esto. Esta visión mental no debería constituir un don excepcional mío. Debería constituir la regla, la dulce regla. Y sería la regla si fuerais realmente mis discípulos.

[38] Entonces Me veríais, Me oiríais decir sobre el Pan y sobre el Vino las palabras de la consagración, partir y distribuir el Pan ofreciéndooslo con mis propias Manos. Mi sacerdote desaparecería porque Yo me sobrepondría a él para deciros: "He aquí el

[36] Al margen, la escritora anota a lápiz: *Escrito antes de la Comunión* e *interrumpido por su venida* (refiriéndose al Padre Migliorini)
[37] Está explicado en el escrito del 23 de junio
[38] Al margen, la escritora anota a lápiz: *Escrito después de la Comunión*

Cuerpo del Señor Jesucristo, mi Cuerpo que os debe guardar para la vida eterna". Ya la luz del amor veríais que Yo os ofrezco mi propio Corazón, la parte superperfecta de mi Cuerpo perfectísimo, esa de la que brota la Caridad misma.

He hecho esto por amor a vosotros: me he dado a Mí mismo. Y esto he hecho hoy por ti: he levantado el velo del Misterio y te he hecho conocer cómo vengo a vosotros, cómo me doy a vosotros, qué os doy de Mí, aunque vosotros no sabéis ver y entender. Basta por hoy. No tengo más palabras que decir. Mira y adora».

21 de junio

Dice Jesús:

«En los países de Oriente es fácil encontrar grandes cisternas de agua situadas precisamente en lugares tan áridos que sorprende el que se pueda encontrar tanta agua. Están alimentadas por venas secretas, hundidas en la arena o en las masas calcáreas, que desde hace siglos vierten su bendita riqueza en enormes cisternas seculares. Alrededor hay palmeras y otras plantas, muy verdes porque gozan de la humedad que exhala del suelo. Protegen el agua que así permanece fresca y no se seca por el sol ardiente que deseca todo el alrededor.

Son la bendición de los desiertos áridos. La bondad del Creador ha puesto esas profundas venas de agua en el suelo por piedad hacia los hombres y las nutre desde el día en que comenzó a existir la tierra.

A estas cisternas afluyen las caravanas, acuden los animales de los desiertos, y no es extraño que surja por allí cerca una pequeña aldea, en la frescura del oasis. Aldea que puede decirse vive del fluir de esa agua.

Ahora te pongo la comparación para el alma. La cisterna, que reúne las aguas para el bien propio y de los demás, es el alma que sabe acoger la gracia, que con un fluir incansable le llega por bondad de Dios. Su propia vida y la de tantos otros que están en contacto con ella se aprovecha de ésta y se hace frondosa con frutos eternos, mientras que los más desheredados, los infelices que no saben utilizar bien la gracia, los pródigos que la malgastan, los culpables. que la pierden, pueden, con su contacto, nutrirse, empaparse de ella, pensar cuán dulce es el agua del Señor, y son llevados a repetir el grito de la Samaritana: "Señor, dame de este agua".

Cree que, en verdad, si uno me pidiese de beber Yo enseguida le daría, aunque fuera el más pecador de todos los hombres, el agua viva de la gracia.

Pero hay que hacer una reflexión. Si el agua que se vierte desde las profundidades de la tierra encontrara la cisterna rota en sus bordes, ¿qué sucedería? Que el agua se saldría dispersándose por el suelo y haciéndose barro del que sólo gozarían animales lúbrico s e insectos nocivos. De hecho los orientales tienen mucho cuidado de sus cisternas y reparan las erosiones para que no se disperse ni siquiera una gota del precioso elemento.

Para que la gracia colme tu alma, está siempre atenta a que nada melle tu espíritu. Las faltas de fidelidad a la gracia son atentados a la incolumidad de la mística cisterna en la que Yo vierto, sin descanso, el agua que brota de un manantial de vida eterna y que da vida eterna. Por tanto, gran atención y gran fidelidad.

Luego, gran humildad. Las plantas verdes, que crecen lozanas en gracia por la humedad del suelo, y que sirven para tener fresca el agua impidiendo al sol que la evapore, son la humildad que se hace lozana en un alma que sabe cultivar la gracia y

que con su lozanía impide al sol de la soberbia consumar el agua preciosísima.

Luego, gran caridad. La cisterna no vive para sí. Vive para los demás. Ha sido creada para los demás. De otro modo su existencia hubiera sido inútil. El alma que Yo colmo con mis dones de gracia debe estar alegre de que todos vengan a sacar agua de ella.

No cometas el feo pecado de la avaricia espiritual queriendo atesorar solamente para ti las riquezas que te doy. Te las doy gratuitamente, pero tú debes generosamente hacer a los demás partícipes de ella. Lo haces con las oraciones y los sufrimientos. Pero con mis palabras eres de una avaricia vergonzosa. Despójate de este defecto.

Yo he hablado a las multitudes. No he susurrado sólo al oído de los amigos. He hablado a amigos y enemigos, a judíos y gentiles, a cualquiera que estaba en el radio de mi Voz. Pretendo que cuanto digo a mis amigos de ahora no quede como tesoro sepultado por el avaro. Sería faltar a la caridad y podría hacer que Yo castigase al avaro y al desconfiado. Avaro, porque lo tiene sólo para sí; desconfiado, porque cree que Yo no tenga otras monedas para dar.

Mis riquezas son tales que los firmamentos no serían suficientes para acogerlas. Ellas se renuevan en cada instante, en cada latir, por ponerte una comparación humana, del gran corazón que es el fulcro de nuestra Trinidad. Vida inagotable, creación continua, renovación eterna.

Por tanto da libremente lo que Yo te doy. Con caridad, con generosidad, con humildad.

Este fluir en ti de las palabras divinas es un arma de dos filos. En uno está la humildad, en el otro la soberbia. Un corte da vida, el otro muerte. Porque todo don de Dios obliga a mayor perfección a quien lo recibe; so pena, en el caso contrario, de aumentar sobre su cabeza el juicio de Dios. A quien mucho se le da, mucho se le pedirá.

Por tanto, gran humildad. Dar anónimamente como Yo doy gratuitamente. Por justicia: piensa que nada es tuyo sino que todo es mío. Por respeto: recuerda que son palabras de Dios y sería indecoroso hacerlas pasar por tuyas. Por verdad: llamarlas tuyas sería mentira.

Y ahora continúa orando. Te doy mi paz».

Ahora hablo yo: son las 8 y 3/4 de la mañana.

Estaba orando, y apenas había comenzado cuando llegó esto. Para ahorrarme un poco de fatiga, porque tengo los hombros muy doloridos, he escrito incluso sobre el cuaderno. Es igual pues usted me ha prometido hacerme una copia. Como ve, no habiendo sido molestada con conversaciones inútiles, he podido escribir bajo dictado y, menos una palabra escrita mal en la primera página y rehecha, no hay ni una tachadura.

Esta parábola de las aguas me gusta mucho. Me refresca el alma y la carne, que arde de fiebre como el alma que siempre teme equivocarse. Tengo en efecto un poco de avaricia espiritual y me despojo de mala gana de los dones que me da el buen Jesús. Me parece que me arrancara un trozo de corazón y lo tirara bajo los pies de otros. Pero me corregiré de ello.

Como ve, desde mi cama he hecho, cogida de la mano por Jesús, un bonito viaje por las tierras del Sur. Nunca lo hubiera pensado cuando esta mañana me he despertado del breve e interrumpido sueño... Jesús sabe que me gusta viajar y me ha llevado entre

palmeras y gacelas.

22 de junio
23:30 horas

Dice Jesús:

«Uno de los secretos para alcanzar la santidad es éste: no desviar nunca la mente de un pensamiento que debe regir toda la vida: Dios. El pensamiento de Dios debe ser como la nota sobre la cual todo el canto del alma se entona.

¿Has visto cómo hacen los artistas? Se mueven, van, vienen, parece que no miren abajo del escenario. Pero, en realidad, no pierden nunca de vista al maestro de música que les marca el tiempo. También el alma, para no equivocarse y para no distraerse -lo que le haría equivocarse- debe tener el ojo del alma siempre fijo en Dios. Hablar, trabajar, caminar, pero el ojo mental no debe perder de vista a Dios.

Segundo punto para alcanzar la santidad: no perder nunca la fe en el Señor. Cualquier cosa que suceda, creer que sucede por bondad de Dios. Si es algo penoso, incluso malo, y por ello querido por fuerzas extrañas a Dios, pensar que Dios lo permite por bondad.

Las almas que saben ver a Dios en cualquier lugar, saben también cambiar todas las cosas en moneda eterna. Las cosas malas son monedas fuera de curso. Pero si las sabéis tratar como se debe, éstas se hacen legales y os adquieren el Reino eterno.

Está en vosotros hacer bueno lo que no es bueno; hacer de las pruebas, tentaciones, desgracias -que arruinan completamente a las almas ya casi derrumbadas- puntales y fundamentos para edificar el templo que no muere. El templo de Dios en vosotros en el presente, el templo de la bienaventuranza en el futuro, en mi Reino».

23 de junio
9-10 horas

Dice Jesús:

«En el otro encuentro eucarístico te he hecho ver qué es la Eucaristía. Hoy te mostraré otra verdad eucarística. Si la Eucaristía es el corazón de Dios [39], María es el sagrario de ese Corazón.

Mira a mi Madre, eterno sagrario vivo en que desciende el Pan que viene del Cielo. Quien me quiere encontrar, pero encontrar con la plenitud de las dotes, debe buscar mi Majestad y Potencia, mi Divinidad, en la dulzura, en la pureza, en la caridad de María. Ella es quien de su corazón hace el sagrario para el corazón de su Dios y del vuestro.

El Cuerpo del Señor se ha hecho cuerpo en el vientre de María, y es mi Madre quien con su sonrisa os lo ofrece como si os ofreciera su amadísimo Niño depuesto en la cuna de su purísimo corazón materno. Es alegría de María, en el Cielo, daros su Criatura y daros su Señor. Con el Hijo os da su corazón sin mancha, corazón que ha amado y sufrido en medida infinita.

Es opinión difundida que mi Madre no haya sufrido más que moralmente. No. La Madre de los mortales ha conocido toda clase de dolor. No porque lo hubiera merecido. Era inmaculada y la herencia dolorosa de Adán no estaba en Ella. Sino porque, siendo

[39] En los dictados del 4 de junio y del 20 de junio

Corredentora y Madre de todo el género humano, debía consumar el sacrificio hasta el fondo y en todas las formas. Por ello sufrió, como mujer, los inevitables sufrimientos de la mujer que concibe una criatura, sufrió cansancios de la carne pesada con mi peso, sufrió al darme a luz [40], sufrió en la apresurada huida, sufrió falta de alimento, sufrió calor, hielo, sed, hambre, pobreza, fatiga. ¿Por qué no habría debido sufrir si Yo, el Hijo de Dios, me sometí a los sufrimientos propios de la humanidad?

Ser santos no quiere decir estar exentos de las miserias de la materia. Ser redentores, pues, quiere decir estar particularmente sujetos a las miserias de la carne que tiene sensibilidad dolorosa. La santidad y la redención se explican y se alcanzan con todos los modos, incluso con los dolores de muelas, por ejemplo. Basta que de las miserias carnales la criatura haga un arma de mérito y no de pecado.

María y Yo, hemos hecho de las miserias de la naturaleza humana muchas monedas de redención por vosotros. Incluso ahora sufre mi Madre cuando os ve tan sordos a la gracia, rebeldes a Mí. Santidad, lo repito, no quiere decir exclusión del dolor, sino más bien' quiere decir imposición del dolor.

Agradece pues a María, que te me da con una sonrisa de madre, por todo el dolor que el ser mi Madre le ha comportado. ¡Nunca pensáis en decir gracias a María en cuyo seno me hice carne! Aquella carne que ahora os doy para nutriros para la vida eterna.

Basta. Contempla y adórame radiante en la Eucaristía, en el trono vivo que es el seno de María, la Madre purísima mía y vuestra»

Ahora explico yo. El domingo, no, el viernes 18 me parecía ver a Jesús junto a mi cama, se lo he mencionado. Pero no hacía nada. El domingo 20, antes de que usted viniera, mientras que usted estaba y tras su venida para la Comunión, me parecía ver a Jesús, no ya junto a la cama, sino al fondo, y me daba Él la hostia. Pero no tenía el copón en la mano: tenía su Corazón y me daba como hostia su Corazón quitándoselo del pecho. Era de una majestad y dulzura infinitas. Me explicó después el significado de la visión. La habrá encontrado en el cuaderno con fecha 20 de junio.

Esta mañana veo a la Virgen. Parece sentada, sonriente con amor, pero melancólica. Tiene el manto oscuro que le desciende desde la cabeza, abierto sobre el vestido también oscuro, parece marrón. En la cintura tiene un cinturón oscuro. Parecen tres tonos de marrón. En la cabeza, debajo del manto, debe tener un velo blanco porque entreveo un ligero filo.

En medio de su pecho irradia una Hostia grandísima y bellísima. y -lo que constituye lo admirable de la visión- parece que a través de las Especies (que aquí aparecen como un cuarzo bellísimo: son pan, pero parecen cristal brillante) aparezca un bellísimo niño. El Niño Dios hecho carne.

La Virgen, que tiene los brazos abiertos para tener abierto el manto, me mira y después inclina el rostro y la mirada adorantes sobre .la Hostia que destella en su pecho. En su pecho, no sobre el pecho. Es como si, por místicos rayos X, yo pudiera ver en el pecho de María, o mejor es como si los rayos X hicieran aparecer fuera lo que está dentro de María. Como si Ésta fuera de un cuerpo no opaco. No lo sé explicar.

---

[40] De entenderse a la luz de los dictados del 7 de septiembre, del 15 de septiembre, del 27 de noviembre, del 8 de diciembre, del 18 de diciembre, del 25 de diciembre, del 29 de diciembre. Además, en la monumental obra sobre la vida del Señor, que será escrita por Maria Valtorta, se lee que la divina maternidad de la Virgen no comportó en Ella ningún dolor físico, que es fruto del pecado original, de cuya mancha Ella fue preservada; pero que la Virgen, siendo la Corredentora, sufrió toda clase de dolor, producido por las circunstancias y por los hombres, incluso respecto a su concebimiento y a su parto virginales.

En fin yo veo esto y Jesús me lo explica [41]. La Virgen no habla. Sólo sonríe. Pero su sonrisa es elocuente como mil palabras y aún más.

Como me gustaría saber pintar para hacer una copia y hacérsela ver. y sobre todo quisiera hacerle ver las distintas luminosidades. Son tres: una, de una apacible suavidad, constituida por el cuerpo de María, es la envoltura externa y protectora de la segunda, radiante y viva luminosidad constituida por la gran Hostia. Una luz victoriosa, diría, para usar palabra humana, que hace de envoltorio interno a la Joya divina que resplandece como fuego líquido de una belleza que no se puede describir y que es, en su infinita belleza, infinitamente dulce, y es el pequeño Jesús que sonríe con toda su carne tierna e inocente por su naturaleza de Dios y por su edad infantil.

Es un resplandor, este tercero, bajo los velos de los otros dos resplandores, que no hay parangón para describirlo. Es necesario pensar en el sol, en la luna, en las estrellas, tomar las distintas luces de todos los astros, hacer un único vórtice de luz que es oro fundido, diamante fundido, y esto da una pálida semejanza de cuanto ve mi corazón en esta hora bienaventurada. ¿Qué será el Paraíso envuelto
por esa luz?

Del mismo modo no hay parangón apto para explicar la dulzura de la sonrisa de María. Real, santa, casta, amorosa, melancólica, invitante, confortable... son palabras que dicen uno y deberían decir mil para acercarse a lo que es esa sonrisa virginal, materna, celeste.

24 de junio

Dice Jesús:

«Ahora has entendido lo que quería decirte con aquellas referencias bíblicas y qué relación tuvieran contigo [42]. Has entendido por qué digo que esto "es tu pequeño Horeb de antes y de después". Frase que te había tenido la mente ocupada por muchos días y que en tu ignorancia bíblica no lograbas explicar. Has entendido también por qué desde ayer por la mañana Yo te susurre que tú por mucho tiempo has hecho lo que ya hizo mi antiguo Siervo y Profeta. Por el trabajo que te ha costado la búsqueda del pasaje que se refiere a ti, ya no olvidarás el episodio.

Cuando el Padre obedeció a una inspiración mía -porque todo lo que es bueno para las almas se cumple por una inspiración mía- y te llevó la Biblia para que tú la conocieras, habría podido también decirte donde encontrar el pasaje al cual me refería. Pero hubiera sido demasiado fácil. He querido que lo encontraras por ti misma para persuadirte cada vez más de que esto no es un engaño, sino que es la verdad.

¡Eres tan desconfiada! He tenido que guiarte lentamente, muy lentamente hasta el punto en que te encuentras ahora porque te resistías, por miedo, como una cabrilla rebelde. Por esto a tu oración de ayer he respondido diciendo aquellas palabras. ¿No crees quizás que sucedería así?

Sí. Los hombres tienen valor para herirme. Pero para venir a mi lado, atraídos por mi amor, no. Creen ciegamente en el Mal y en el Príncipe del Mal. A ese le siguen sin miedo, en cuanto se manifiesta en una de sus infinitas formas por sus infinitos nombres. Pero no creen, o creen de mala manera, en el Bien y en el Dios del Bien, y huyen ante

[41] En el dictado del 20 de junio
[42] La referencia está explicada al final del dictado

sus manifestaciones. Están cubiertos de culpas e imitan a Adán cuando se escondió del Creador tras haber pecado en el Edén.

Para no tener miedo de mi Voz y de mi Rostro hay que tener el alma limpia de culpas graves. Las imperfecciones permiten todavía que en vosotros subsista ese poco de valor que os permita oír, sin desfallecer, mi Palabra. Si para merecerla hubierais debido estar sin imperfecciones, ningún mortal la hubiera oído, excepto mi Madre.

¿Lo ves? Tú has debido padecer antes una verdadera obra de reconstrucción y de saneamiento espiritual hecho por Mí, y ayudado por ti, para poder llegar a merecer y a soportar mi Palabra y mi Visión. Cosa lógica. Pecado, incluso venial, quiere decir parentesco con el demonio. Donde está el demonio no puede estar Dios.

A los pecadores podría aterrorizarles con una aparición tremenda en la cual apareciera el Dios airado que juzga y castiga. Y alguna vez lo he hecho para conquistar corazones concretos que quería para Mí y que sólo habría cogido con ese medio. Pero son casos raros.

Prefiero atraer con el Amor. Y el amor no es sentido por quien tiene un amor culpable con el demonio. He aquí por qué no muestro mi Rostro todo amor a las muchedumbres. Lo reservo para quien me ama dando a éstos la misión de hablar a los más sordos repitiendo mi Palabra, pidiendo a éstos de hacerse pequeñas copias mías: Caridad y Redención, Enamorado y Víctima.

Yo vendré, para todos, un día. El último. Pero sólo aquellos cuya alma haya sido purificada en vida por el amor podrán sostener, sin precipitar en el abismo, mi Rostro, mi Mirada, mi Voz cuyo estruendo hará zozobrar los firmamentos y temblar a los abismos».

Ahora explico yo, si no usted no entenderá nada.

Hace unos diez días, más o menos, oí decir a la querida, adorada

Voz, mientras en el duermevela pensaba en Él: "Tú estás sobre tu pequeño Horeb. Recuérdalo". Desde entonces, muchas veces había oído repetir, toda para mí, la frase: "Esto es tu pequeño Horeb de antes y de después".

Por cuanto atormentara mi cabeza para sacar una luz histórica y geográfica, no encontraba nada. Quería preguntárselo a usted, porque había entendido que era algo bíblico como el asunto de los 10 justos. Pero precisamente cuando me había decidido a preguntarle, he aquí que usted me trae la Biblia. ¡Oh, bien! me dije. Ahora lo encontraré. Y pacientemente he comenzado a leerla, decidida a hacerlo de la primera a la última palabra. Pero por ahora, no había encontrado nada.

Ayer por la mañana, después de haber escrito las palabras de Jesús y descrito, con palabras mías, la visión, hice esta oración: "¡Oh Jesús! ¿por qué no muestras a todos cuán divinamente hermoso y cuán divinamente bueno eres? Si los hombres te vieran así como te veo yo, no podrían no entender tu Bondad infinita y amarte con un amor que les haría buenos. Marta quisiera que tu mostrases tu Faz encolerizada para asustarnos. Yo, en cambio, te pido que muestres tu Faz amorosa para conquistar como me has conquistado a mí".

Y Jesús ha respondido: "Sería inútil. El amor no se entiende. Si apareciera así, unos se reirían de Mí y otros huirían. ¿No lo hiciste tú también? Durante años y años huiste de Mí. Y eso que en los sueños y en las inspiraciones siempre me aparecía a ti envuelto en amor. A lo largo de otros años siempre tuviste miedo de mis manifestaciones y cuando Yo me acercaba hacías como mi antiguo Siervo y Profeta: te

cubrías el rostro para no verme. Te he tenido que preparar con una paciencia infinita e, incluso ahora, en el fondo, aún temes un poco que todo esto sea un engaño. ¡Y eso que tienes mi paz! Piensa lo que harían quienes no tienen mi paz, sino la guerra demoníaca en el corazón. ..".

Oído esto he dicho para mí: aquí es absolutamente necesario buscar quien es este Siervo y Profeta y qué es el Horeb. Y anoche me he dedicado a un paseo bíblico.

He buscado en los profetas. Nada. He encontrado el nombre de Horeb y he entendido que era un monte. Pero era demasiado poco. Arriba y abajo, abajo y arriba. Tenía la cabeza que me explotaba y no encontraba nada. Ha sonado la alarma y yo, después de haber rezado por los bombardeados, he vuelto a mi correría bíblica. No encontraba nada. ¡Desafío yo! ¡Había comenzado desde Josué en adelante! Estaba convencida, en mi enorme ignorancia, que Moisés no tenía nada que ver y... lo pasaba por alto.

Visto que de ninguna manera encontraba nada, he rogado al Espíritu Santo que me lo hiciera encontrar. Estaba decidida a saberlo en la noche a costa de llegar a la mañana hojeando la Biblia. Y el Espíritu Santo me ha dicho: "Lee el Éxodo". Lo he encontrado enseguida. ¡Estaba allí cerca, porque estoy al final del Génesis, e iba a buscar lejos! Ahora sé y estoy contenta. Y ¿quién imaginaba que el Horeb era el Sinaí? En mi ignorancia sabía que Moisés había subido al Sinaí, y por ello decía: "¡Moisés no tiene nada que ver!"

He aquí por qué Jesús dice que esto es mi pequeño Horeb de antes y después y que yo parezco su Siervo y Profeta. En efecto aquí he encontrado la voz de Dios; en efecto he subido sin pensar en Dios, siguiendo un camino común, como Moisés detrás de su rebaño; en efecto cuando menos me lo esperaba he recibido allí las palabras de Jesús y... me he cubierto la cara porque no osaba mirarle. Pero ahora he aprendido a mirarle. Me ha acostumbrado. Y vuelvo con gusto sobre el Horeb. He aquí la explicación.

Gracias, Padre, por haber hecho posible que leyera la Biblia. Esto me volverá menos torpe y entenderé mejor.

Dice aún Jesús, hoy 24 de junio del 1943:

«También hoy que es la fiesta de mi Cuerpo divino, Satanás me ha herido en mis Iglesias y en mis hijos. No paso triunfalmente, Hostia de Paz, por vuestros barrios, sobre alfombras de flores, entre cantos de hosanna. Caigo entre los escombros, en el fragor de infierno del odio contra la Caridad, desencadenado con toda su fuerza.

Las flores de hoy, Corpus Christi del tiempo de la ira, son mis hijos asesinados. Y bienaventurados, entre éstos, quienes caen inocentemente y cuya muerte sin rencor es hermosa como un martirio. No se ve mi Sangre entre la sangre de los que han matado. Yo permanezco con mi candor de Hostia. Es la sangre de los otros la que me salpica, como es la crueldad de los esclavos del Enemigo la que me hiere e hiere conmigo a quienes son hostias como Yo. Desde el mayor de entre vosotros -erguido como sobre una mística cruz entre el templo y el cielo, y herido, escupido, traspasado, flagelado, como su Señor, por la mentira vendida al Enemigo- hasta el más pequeño niño degollado como un cordero inocente. Pero estas hostias no son inmoladas inútilmente. En ellos no hay mancha de odio. Son las víctimas. ¡Bienaventurados eternamente por ser las víctimas!

En mis hijos más queridos, en los verdaderos hijos, está mi signo. Os he signado a todos, vosotros que me amáis y que Yo amo. Ese signo es divinamente indicador, más

que la tiara que le corona, sobre la frente de mi actual Pedro [43], en el Pontífice de Paz en el que no vive levadura de odio. Más que cualquier aureola ese signo resplandece sobre la cabeza de las víctimas que caen conmigo bajo las armas de Satanás y que son los precursores del II adviento de Cristo.

Y los mismos ángeles de las iglesias destruidas que rezan, adoran las Hostias arrolladas, recogen las almas inocentes que tendrán consuelo para su llanto en el Cielo».

25 de junio

Dice Jesús:

«María, no imites nunca a los pobres hombres que se devanan los sesos por cosas terrenas. Ellos se dañan recíprocamente, se matan, se perjudican de mil maneras por cosas que no tienen verdadera importancia, sino que son grandes solamente ante su pequeño pensamiento al ras del suelo.

¡Hay tanto espacio en mi Reino! ¡Infinitas son las moradas que he hecho allí para mis elegidos!

Vive, vive para el espíritu y deja pasar todo lo que no es espíritu. Son escorias sin importancia. Líbrate de todas ellas, incluso de la más pequeña. Sé un alma desatada, libre, ligera, ágil.

Imita a los pájaros creados por Mí. A una golondrina, para descansar un momento del gran vuelo, le basta una pajita en la cresta de la ola. Le basta a un ruiseñor, para cantar, una ramita sutilísima, en lo alto de un árbol. Aunque el mar esté revuelto, la golondrina no es sumergida. El ligero hilo de paja es suficiente para sostenerla hasta el nuevo vuelo. Aunque el sol es poco en el follaje, al ruiseñor le basta aquella ramita para encontrar el sol y cantar.

También tú usa las cosas de la tierra como el ruiseñor y la golondrina. Como apoyos que ayudan, pero que no son indispensables para el vuelo y para el canto y que se dejan sin añoranza cuando ya no sirven. Porque es el ala y la garganta lo que dan el vuelo y el canto, y no la pajita o la ramita.

También es así para las almas. No es la tierra la que da el Cielo, sino que es .el Cielo el que da la tierra, y la tierra debéis utilizada para coger el ímpetu para el Cielo, no para echar raíces malsanas de un apego culpable a las cosas que no son eternas. Sólo Dios y las cosas de Dios son eternas y merecen vuestro apego.

Cuando Yo he inspirado al Padre que te pidiera tu pequeña biografía, lo he hecho porque sabía que era un bien para ti. Has expulsado, escribiéndola, todo lo amargo, todo el veneno, todo el fermento que la vida había depositado en ti. Te has limpiado. Necesitabas decirte a ti misma todo lo sufrido y decido a un corazón cristiano. Es lo que más consuela mientras se es hombres. Tenías necesidad de hacer, diré así, contabilidad espiritual para ver cuánto habías dado y recibido de Dios y a Dios, cuánto habías dado y recibido de los hombres y a los hombres.

Tomadas una por una, las cosas de la vida son o demasiado negras, o demasiado rosas, y se está inducidos, a veces, a error en el valoradas. Alineadas todas, encasilladas todas como en un mosaico, se ve que el negro es necesario para no hacer aparecer demasiado deslumbrante el rosa. Se ve que todo entra armónicamente en el

[43] Pío XII, Papa desde 1939 hasta 1958

designio querido por la Bondad misma para vosotros y que cuanto habéis recibido de Ella es infinitamente mucho más de cuanto habéis dado, sea a Dios que al prójimo. Caen entonces los egoísmos, las soberbias, los rencores, y el alma se vuelve agradecida, humilde, caritativa, alcanza el completo perdón.

¡Oh! ¡Aquellos que perdonan! Ellos son mi copia más semejante porque Yo he perdonado a todos, y continúo perdonando. Entonces el hombre se hace espiritual.

He aquí porque he querido que tu padecieras aquella prueba penosa. Has sufrido recordando y escribiendo, pero tu alma se ha despojado de tanta humanidad que obstaculizaba tu evolución de criatura muy humana a criatura espiritual. Has hecho como una ninfa que sale del capullo: la envoltura que te encarcelaba el espíritu ha caído como algo muerto y tu alma ha abierto las alas.

Ahora sábelas tener siempre abiertas para estar muy alta y en el radio de Dios. De todo lo demás siente un eco, ve un reflejo: que la única voz en tu corazón sea mi Palabra y la única vista tu Jesús. Después vendré Yo y será la paz sin fin».

26 de junio

Dice Jesús:

«Despojaos no sólo de lo que constituye peso de humanidad pura, sino también de cuanto es afán espiritual. Ahora te explico qué es esto, para que tú no interpretes mal mi expresión.

Afán espiritual no es esa sana tendencia, con todas las fuerzas intelectivas, a Dios. Afán espiritual es el ansia que coge a veces incluso a las almas más avanzadas en la santidad y que consiste en el miedo de no tener tiempo para hacer todo aquello, espiritualmente hablando, que se quisiera hacer, todo lo que parece que Dios quiera del alma, miedo de separarse de la oración en el temor de no poder gustar aquel cristalino arroyo de dulzura que Yo os envío, miedo de no volverlo a encontrar. Estos miedos son aún un resto de humanidad que se infiltra en la espiritualidad y la daña.

Hay que seguir la vía del espíritu con firmeza y con calma. Ningún ansia, ningún miedo. Soy Yo quien crea el tiempo. ¿No tendré entonces cuanto sea necesario para cada alma que se confía a Mí? Soy Yo quien hace fluir en vosotros la ola de la gracia; sé por lo tanto regular el flujo de la misma y enviaros mis luces en los momentos más propicios.

Si sois molestados en la oración no es un motivo de angustia. Basta que no seáis vosotros, voluntariamente, por motivos humanos y personales, quienes os separáis de ella. En este caso es cierto que la fuente se seca o se desvía sobre otras almas abiertas a la oración. Pero si vuestra molestia está causada por caridad al prójimo, no seca en vosotros el manantial de luz y no lo desvía, sino al contrario lo aumenta y lo atrae, porque quien tiene la caridad tiene a Dios y quien tiene a Dios tiene sus luces.

Por eso no estés nunca afanada. Ora, escucha, medita, sufre, trabaja, reposa siempre con calma, fiándote de Mí. Yo soy un Huésped perfecto. Sé conversar y sé callar según veo que aquel que me hospeda está en condiciones de poderme o no poderme escuchar. ¿Qué dirías de un invitado que te estuviera siempre encima y no te dejara pensar en las necesidades de la casa, especialmente en día de invitación? Dirías que no conoce las primeras reglas de la educación y las más comunes necesidades de un ama de casa. Pero Yo soy Jesús. Por eso lo sé todo.

Cuando tu prójimo te quita de la oración y del conversar conmigo, no lo tomo a mal y

tú no debes ponerte nerviosa. Sé paciente y caritativa. Yo seré paciente y silencioso. Después, a caridad hecha, te hablaré más luminosamente que antes. Si en cambio te afanas o te pones nerviosa, la luz se obscurece como si una nube se entrepusiera entre tu Sol y tu alma.

Confía, confía, confía en tu Jesús. Por cuanto tú me puedas amar, no me amas sino en medida infinitamente pequeña respecto a cuanto te amo Yo. Por lo tanto fíate. Mi Pan, que no sólo es Eucaristía que nutre, sino también palabra que enseña, no te faltará nunca si permaneces buena y confiada».

«Es de suma importancia, para el alma que quiere avanzar en el camino del Cielo, saber tener las potencias del alma firmes en Dios. Cuando esto sucede, el alma está segura.

¿Qué son las potencias del alma? Ahora te pongo una comparación humana. La rueda ¿cómo está hecha? De un círculo, con tantos rayos clavados en el círculo, de un anillo que reúne los rayos y los hace girar alrededor de un eje. De esta manera la rueda sirve. Si alguna de las partes está rota sirve mal, pero si está roto el anillo que sostiene los rayos, la rueda no sirve para nada.

Y ahora atenta, pequeña María que escuchas a tu Maestro. El círculo es la humanidad que recoge todas las potencias morales, físicas y espirituales que hay en un ser creado. Es la faja que une el todo de un hombre. Los rayos son los sentimientos que se concentran en un místico anillo -el espíritu- que los recoge y que los irradia, porque es operación doble. El eje es Dios. Si la humanidad está lesionada por caries carnales, los sentimientos permanecen desatados y terminan desparramándose en el polvo. Pero si está estropeado el espíritu o incluso simplemente desencajado de su eje, entonces el movimiento admirable de ser creado por Dios se para y en su lugar entra la muerte.

Por ello no salir nunca del fulero divino es necesidad absoluta para el alma que quiere merecer el Cielo. Que tu humanidad se preste también a ayudar al prójimo, que se fatigue a su servicio. Es caridad. Pero que tus sentimientos no cesen de converger en el espíritu y partir del espíritu. Así se alimentarán de Dios y llevarán, incluso en las labores más humildes, la huella de Dios, porque tu espíritu está y debe permanecer empernado en Dios, fulero divinísimo de todo lo creado, fulero suavísimo de tu alma que ha encontrado su Camino.

Cuando las potencias del espíritu están fijas en Dios, cree también que ninguna fuerza la puede quitar de allí. El movimiento se hace cada vez más vortiginoso, y tú sabes que hay una fuerza, que es llamada centrípeta, que atrae cada vez más hacia el centro las cosas cuanto más vortiginoso es un movimiento.

El amor es lo que da el movimiento. El espíritu fijo en Dios ama a Dios su fulero. Dios ama el espíritu empernado en Él; y este doble amor aumenta el movimiento vortiginoso, la carrera alada cuyo final es el encuentro en mi Reino entre el espíritu amante y su Creador» .

27 de junio

Dice Jesús:

«El ojo humano no puede mirar al sol, pero puede mirar la luna. El ojo del alma no puede mirar la perfección de Dios tal como es. Pero puede mirar la perfección de María.

María es como la luna respecto al sol. Está iluminada y refleja sobre vosotros la luz que la ha iluminado, pero suavizándola con esos místicos vapores que la hacen soportable a vuestra limitada naturaleza. Por esto Yo os la propongo desde hace siglos como modelo para todos vosotros que he querido como hermanos precisamente en María.

Es la Madre ¡Qué dulzura para los hijos mirar a la madre! Os la he dado por esto, para que pudierais tener una dulce Majestad cuyo esplendor fuera suficiente para arrebataros, pero no para cegaros. Sólo ante almas especiales, que he elegido por motivos incensurables, me he mostrado a Mí mismo, en el fulgor de Dios Hombre, de Inteligencia y Perfección absoluta. Pero junto a aquel don les he tenido que dar otro que las hiciera capaces de soportar mi conocimiento sin quedar aniquiladas.

Mientras que a María la podéis mirar todos. No porque Ella sea semejante a vosotros. ¡Oh! ¡no! Su pureza es tan alta que Yo, su Hijo y Dios, la trato con veneración. Su perfección es tal que el Paraíso entero se inclina ante su trono sobre el que desciende la eterna sonrisa y el eterno resplandor de Nuestra Trinidad. Pero este resplandor, que la compenetra y diviniza más que a ninguna otra criatura, está difuso por los velos candidísimos de su carne inmaculada, por lo cual Ella irradia como una estrella, recogiendo toda la luz de Dios y difundiéndola como una luminosidad suave sobre todas las criaturas.

Y además Ella es vuestra Madre eternamente. Y la Madre tiene todas las piedades que os excusan, que interceden, que instruyen pacientemente. Grande es la alegría de María cuando puede decir a quien le ama: “Ama a mi Hijo". Grande es mi alegría cuando puedo decir a quien me ama: “Ama a mi Madre", Y grandísima es nuestra alegría cuando vemos que separándose de mis pies uno de vosotros va a María, o separándose del regazo de María uno de vosotros viene hacia Mí. Porque la Madre goza al dar otros enamorados al Hijo y el Hijo goza al ver amada por otros a la Madre. Nuestra gloria no trata de prevalecer sino que se completa en la gloria del otro.

Por esto te digo: “Ama a María. Te doy a Ella que te ama y que te iluminará tan sólo con la suavidad de su sonrisa"»

28 de junio

Dice Jesús:

«"Sed perfectos todos vosotros que amo con un amor de privilegio. Vivid como ángeles vosotros que constituís mi Corte sobre la tierra".

Si para todos está hecha la invitación amorosa de ser perfectos como mi Padre, para aquellos que he elegido como mis íntimos y amigos esto se hace un suave mandato. Ser mis discípulos -no en el sentido amplio en que está dicho para todos los cristianos, sino en el sentido propio con el que llamaba: discípulos y amigos, a mis doce- es gran honor, pero comporta gran deber.

No basta ya la pequeña perfección, esto es el no cometer culpas graves y obedecer a la Ley en sus reglas más señaladas. Es necesario alcanzar la delicadeza de la perfección, seguir la Ley hasta en las más leves matizaciones, diría casi anticiparla con un más. Como los niños que no solamente van hacia la casa del padre, caminando al lado de quien les conduce, sino que corren delante alegres, superando las fatigas y obstáculos de un sendero más difícil para llegar antes, porque su amor les estimula.

La casa de vuestro Padre está en el Cielo; el amor es aquello que os estimula a

superar, volando, toda dificultad para alcanzar enseguida el Cielo donde el Padre os espera con los brazos ya abiertos para el abrazo. Por esto mi discípulo no sólo debe obedecer la ley en las cosas grandes que he impuesto a todos, sino que debe interpretar mi deseo, incluso no expresado, de que vosotros hagáis el máximo bien que podáis, deseo que el amante comprende porque el amor es luz y ciencia.

Ahora te explico dos puntos del Evangelio. Uno es de Mateo y otro de Lucas. En realidad son una única parábola, pero expresada con alguna diferencia. Que en mis evangelistas se encuentren estas diferencias no debe causar asombro. Cuando escribían aquellas páginas eran todavía hombres. Ya elegidos, pero no todavía glorificados. Por esto podían cometer distracciones y errores, de forma, no de sustancia. Sólo en la gloria de Dios no se yerra más. Pero para alcanzarla ellos debían luchar y sufrir mucho todavía.

Sólo uno de los evangelistas es de una exactitud fonográfica en el relatar cuanto Yo dije. Pero aquél era el puro y el amante. Reflexiona sobre esto. La pureza y la caridad son tan potentes que permiten entender, recordar, transmitir, sin error ni siquiera de una coma y de una reflexión, mi palabra. Juan era un alma sobre la cual el Amor escribía sus palabras, y lo podía hacer porque el Amor no se posa y no tiene contacto más que con los puros de corazón, y Juan era un alma virginal, pura como la de un niño. No he confiado a mi Madre a Pedro, sino a Juan porque la Virgen debía estar con el virgen. Recuerda bien esto: que Dios no se comunica con quien no tiene pureza de corazón, conservada desde el nacimiento o recuperada con asiduo trabajo de penitencia y de amor, sustancias espirituales que devuelven al alma la cándida frescura que atrae mi mirada y obtiene mi palabra.

Dicen pues mis evangelistas que un personaje -el uno dice: rey, el otro hace entender que es un rico señor- hizo un gran banquete, de bodas probablemente, invitando a muchos amigos. Pero éstos alegaron excusas, dice Lucas, y Mateo recrimina: se burlaron. Desgraciadamente con vuestro Dios ni siquiera alegáis excusas y a menudo respondéis a sus invitaciones burlándoos.

Entonces el dueño del banquete, después de haber castigado a los maleducados, por no desperdiciar inútilmente los víveres ya preparados, mandó a sus siervos que reunieran a todos los pobres, cojos, mancos, ciegos que estaban alrededor de la casa, ya en espera de los restos, o incluso que acudían, combatidos entre el temor y la necesidad, de todo el país. La orden era abrir a éstos la sala y hacerles sentar a la mesa después de haberles lavado y revestidos convenientemente. Pero la sala no estaba aún llena. Entonces aquel rico ordena a los siervos que salgan nuevamente e inviten a cualquiera, incluso usando una suave violencia. Entran así no solamente los pobres que giran alrededor de las casas de los ricos, sino también quienes no pensaban en ello, convencidos como estaban de ser desconocidos del señor y de no tener necesidad de nada.

Cuando la sala estuvo llena, entró el rico señor y vio a uno –no se dice si era un pobre o un transeúnte, pero es un detalle de poca importancia- que se había quitado el vestido de bodas, lo que hace pensar que fuera un transeúnte rico y soberbio y no un pobre convencido de ser un necesitado. Entonces el dueño indignado, viendo despreciado su don y pisoteado el respeto por la morada del anfitrión, lo hace expulsar porque nada contaminado debe entrar en la sala de las bodas.

Ahora te explico la doble parábola.

Los invitados son los que Yo llamo con vocación especial, gracia gratuita que

concedo como invitación a la intimidad en mi palacio conmigo mismo, como elección para mi Corte. Los pobres, los ciegos, los mancos, los deformados son los que no han tenido especiales llamadas y ayudas y que sólo con sus medios no han podido conservar o alcanzar riqueza espiritual y salud, sino más bien, por imprudencias naturales, han aumentado su infelicidad. Es decir son los pobres pecadores, las almas débiles, pobres, deformes, las cuales no osan presentarse a la puerta, sino merodean en las cercanías del palacio esperando una misericordia que les conforte. Los transeúntes apresurados, que no se preocupan de lo que sucede en la morada del Señor, son los que viven en las religiones más o menos reveladas o en la suya personal que tiene nombre: dinero, negocios, riquezas. Éstos creen que no necesitan conocerme.

Ahora se verifica el hecho de que frecuentemente los llamados por Mí descuidan mi llamada, se desinteresan de ella, prefieren ocuparse de cosas humanas en vez de dedicarse a las cosas sobrenaturales. Entonces Yo hago entrar a los pobres, los ciegos, los cojos, los deformados; los revisto con el vestido de bodas, les hago sentarse a mi mesa, les declaro invitados míos y les trato como amigos. Y llamo también a los que están fuera de mi Iglesia, les atraigo con insistencia y cortesía, les obligo también con dulce violencia.

En mi Reino hay puesto para todos, y mi alegría es haceros entrar a muchos. Pero ¡ay de los que elegidos por Mí por vocación me descuidan prefiriendo dedicarse a cosas naturales! ¡Y ay de los que, benignamente acogidos aún no siendo merecedores, y revestidos por mi magnanimidad con la gracia que recubre y anula sus fealdades, se quitan el vestido nupcial faltando de respeto a Mí y a mi morada donde nada indigno debe circular! Serán expulsados del Reino porque habrán pisoteado el don de Dios.

A veces, entre los pecadores y los convertidos Yo veo almas tan bellas y tan agradecidas que las elijo como mis esposas, en el lugar de otras, ya llamadas, que me han rechazado.

Tú, María, eras una pobrecita, mendiga, hambrienta, afanada, sin vestidos. Después de haber tratado de saciar tu hambre por ti misma, de calmar tu afán, de cubrir tus miserias, sin lograrlo, te has acercado a mi Morada habiendo comprendido que sólo en ella hay paz y alivio verdadero. Y Yo te he acogido, poniéndote en lugar de otra que, llamada por Mí, ha rechazado la gracia, y viéndote agradecida y solícita te he elegido por esposa. La esposa no permanece en la sala del banquete. penetra en la habitación del esposo y conoce sus secretos. Pero ¡ay si en ti se adormeciera la buena voluntad y el agradecimiento! Debes continuar trabajando para complacerme cada vez más. Trabajar por ti, para agradecerme el haberte llamado. Trabajar por la otra que ha rechazado las místicas bodas para que se convierta y vuelva a Mí. Quién sea lo sabrás un día.

Ahora sáciate de mi mesa, revístete de mis vestidos, caliéntate con mi fuego, repósate sobre mi corazón, consuélame de las deserciones de los llamados, ámame por gratitud, ámame para reparar, ámame para suplicar, ámame para aumentar tus méritos. Yo doy el vestido nupcial a quien amo con un amor de predilección. Pero la amada debe, con una vida de perfección angélica, adornarlo cada vez más. No debes decir nunca: "Basta". Tu Esposo y Reyes tal Señor que el vestido de la esposa debe estar recubierto de gemas para ser digno de vestir a la escogida para sentarse en el palacio de su Señor».

Dice aún Jesús:

«Esta vez me mostraré a ti bajo otro vestido. La Eucaristía es Carne, pero es también Sangre. Heme aquí con el vestido de Sangre. Mira como transpira y brota en regueros sobre mi rostro desfigurado, como corre a lo largo del cuello, sobre el tronco, sobre el vestido, doblemente rojo porque está empapado de mi Sangre. Mira como moja las manos atadas y desciende hasta los pies, al suelo. Soy precisamente Aquél que exprime la uva de la que habla el Profeta, pero mi amor me ha exprimido a Mí. De esta Sangre que he gastado toda, hasta la última gota, por la Humanidad, bien pocos saben valorar el precio infinito y disfrutar de los méritos potentísimos.

Ahora Yo pido a quien lo sabe mirar y entender, que imite a la Verónica y seque con su amor el Rostro sangrante de su Dios. Ahora Yo pido a quien me ama que cure con su amor las heridas que los hombres me hacen continuamente. Ahora Yo pido, sobre todo, que no se desperdicie esta Sangre, que se recoja con atención infinita, hasta las más pequeñas gotitas, y se derrame sobre quien no se ocupa de mi Sangre.

En el mes que está a punto finalizar, te he hablado mucho acerca de mi Corazón y de mi Cuerpo en el Sacramento. Ahora bien, en el mes de mi Sangre, te haré rezarle a Ella. Di por tanto así:

"Divinísima Sangre, que brotas por nosotros de las venas del Dios hecho hombre, desciende como rocío de redención sobre la Tierra contaminada y sobre las almas a las que el pecado hace semejantes a leprosos. He aquí que yo te acojo, Sangre de mi Jesús, y te derramo sobre la Iglesia, sobre el mundo, sobre los pecadores, sobre el Purgatorio. Ayuda, alienta, limpia, enciende, penetra y fecunda, ¡oh divinísimo Jugo de Vida! Que la indiferencia y la culpa no pongan obstáculos a tu fluir. Sino al contrario, por los pocos que te aman, por los innumerables que mueren sin Ti, acelera y difunde sobre todos esta divinísima lluvia, a fin de que a Ti se vaya confiados en la vida, por Ti se sea perdonados en la muerte, contigo se vaya 'a la gloria de tu Reino. Así sea".

Ahora basta. Yo ofrezco mis venas abiertas a tu sed espiritual Bebe en esta fuente. Conocerás el Paraíso y el sabor de tu Dios, y ese sabor no te faltará nunca si siempre sabes venir a Mí con los labios y el alma lavados por el amor».

110

Mi Jesús había comenzado a hablar a las 4 de la mañana, entre las pausas de mi duermevela. Descendía la palabra como una gota de luz en los despertares y naufragaba en las vueltas al sueño porque estoy tan fatigada y cansada... Era como si Jesús estuviera inclinado sobre mi cama y me dijera una palabra de vez en cuando. Pero llegada la hora de sentarme y moverme, sacudiendo el sueño, aquellas palabras, que habían sido repetidas tantas veces, como estribillo de una nana espiritual, resplandecieron vivamente en mi mente. Son las dos primeras frases del primer trozo del día 28. "Sed perfectos... Vivid como ángeles". Detrás de aquéllas se desataron las otras frases. Bien poco quedaba por decir cuando vino usted con la Sta. Comunión. Y poco después todo terminó.

El otro trozo, como usted puede entender fácilmente, es una visión interna (¿se dice así?) de mi Jesús herido y goteando sangre. No es el hermoso Jesús de blanco vestido, ordenado, majestuoso, de las otras veces, y no es el resplandeciente Infante de la última vez, sonriente desde el seno de María.

Es un triste, tristísimo Jesús, cuyas lágrimas se mezclan con la sangre, magullado, despeinado, sucio, desgarrados los vestidos, con las manos atadas, con la corona bien apretada sobre la cabeza. Veo claramente la corona de gruesas espinas, no largas pero densas densas, que penetran y arañan las carnes. Cada cabello tiene su gota de sangre y la sangre desciende, en regueritos, desde la frente sobre los ojos, por la nariz, por la barba y el cuello, sobre el vestido, gotea sobre las manos y parece más roja tan pálidas están éstas, moja la tierra tras haber mojado los pies. Pero lo que es tristísimo de ver es la mirada... Pide piedad y amor, y manifiesta, bajo su resignada mansedumbre, un dolor infinito.

También aquí, si fuera capaz, quisiera poderlo dibujar para usted y para mí. Porque, si lo pienso bien, ningún cuadro de Jesús y María, que yo conozca, se parece a lo que veo. Ni en los rasgos, ni en la expresión. Ésta sobre todo falta en las obras de los autores. Pero ¡llegar yo a ser pintora!... Nada es imposible para Dios, es cierto, ¡pero esto es algo gordo!... Y creo que el buen Dios no lo hará, incluso para que no me complazca... .

29 de junio

Dice Jesús:

«También hoy te hablaré refiriéndome al Evangelio. Te ilustraré una frase. Una sola, pero que tiene significados amplísimos. Vosotros la consideráis siempre bajo un único punto de vista. Vuestra limitación humana no os permite más. Pero mi Evangelio es obra espiritual, por eso su significado no queda circunscrito al punto material del que habla, sino que se propaga como un sonido en círculos concéntricos, cada vez más amplios, abrazando tantos significados.

Yo he dicho al joven rico: "Ve, vende cuanto tienes y ven y sígueme".

Vosotros habéis creído que Yo diera el consejo evangélico de la pobreza. Sí, pero no sólo de la pobreza según vosotros la entendéis; no eso solamente. El dinero, las tierras, los palacios, las joyas, son cosas que amáis y os cuesta sacrificio renunciar a tenerlas o dolor el perderlas. Pero por una vocación de amor sabéis incluso despojaos de ellas. ¿Cuántas mujeres no han vendido todo por mantener al esposo o al amante -lo que es peor- y continuar una vocación de amor humano? Otros por una idea dan la vida. Soldados, científicos, políticos, pregoneros de nuevas doctrinas sociales, más o menos justas, se inmolan cada día a su ideal vendiendo la vida, dando la vida por la belleza o por aquello que ellos consideran belleza, de una idea. Se hacen pobres de la riqueza de la vida por su idea. También entre mis seguidores muchos han sabido y saben renunciar a la riqueza de la vida, ofreciéndola a Mí por amor mío y de su prójimo. Renuncia mucho mayor que la de las

riquezas materiales.

Pero en mi frase hay todavía otro significado, como hay una riqueza mayor que el oro y que la vida e infinitamente más valiosa. La riqueza intelectual. ¡El propio pensamiento! ¡Cómo lo valoramos!

Están, es verdad, los escritores que lo donan a las muchedumbres. Pero lo hacen por lucro, y además su verdadero pensamiento no lo dicen nunca. Dicen lo que sirve para sus tesis, pero ciertas luces íntimas las tienen bajo llave en el cofre de la mente. Porque frecuentemente son pensamientos de dolor por íntimas penas o reproches de la conciencia despertada por la voz de Dios.

Y bien, en verdad te digo, que siendo ésta una riqueza más grande y más pura -porque es riqueza intelectual y por ello incorpórea- su renuncia tiene un valor distinto ante mis ojos. Cuanto se enciende en vosotros, viene del centro del Cielo donde Yo, Dios Uno y Trino, estoy. Por tanto no es justo que digáis: "Este pensamiento es mío". Yo soy el Padre y el Dios de todos. Por eso las riquezas de un hijo, que Yo doy a un hijo, deben ser goce de todos y no exclusivo de uno. A ese que ha merecido ser -diré así- el depositario, el recibidor, queda la alegría de serlo. Pero el don debe circular entre todos. Porque Yo hablo a uno para todos. Cuando uno encuentra un tesoro, si es honesto, se apresura a entregarlo a quien debe y no lo tiene culpablemente para sí. Aquel que encuentra el Tesoro, mi Voz, debe entregarla a los hermanos. Es tesoro de todos.

No amo a los avaros. Tampoco a los avaros en la piedad. Hay muchos que rezan para sí, usan de las indulgencias para sí, se nutren de Mí para sí. Nunca un pensamiento para los demás. Lo que les interesa es su propia alma. No me gustan. No se condenarán porque permanecen en mi gracia. Pero tendrán sólo ese mínimo de gracia que les salvará del Infierno. El resto, que les dará el Paraíso, se lo deberán ganar con siglos de Purgatorio. El avaro, material y espiritual, es un goloso, un glotón y un egoísta. Se harta. Pero no le aprovecha. Al contrario esto produce en él enfermedades del espíritu. Se hace un impotente para esa agilidad espiritual que os hace capaces e percibir las divinas inspiraciones, regularos según ellas y alcanzar con seguridad el Cielo.

¿Ves cuántos significados puede tener una palabra mía evangélica? Y aún tiene otros. Ahora, pequeña celosa de mis secretos, regúlate. No hagas de las riquezas que te doy riquezas injustas.

Respecto a cuanto te dije ayer, no pienses que aquélla por quien tú debes reparar sea un alma consagrada cuya vocación vacila. No. Es una débil criatura que Yo había elegido, pero que escuchó las voces de las criaturas más que la mía y por mezquinas consideraciones humanas perdió el trono en la casa del Esposo. Ahora sufre por ello. Pero no tiene fuerza para reparar. Le abriría los brazos de nuevo. Reza porque sepa venir a la puerta de la mística sala de bodas y sepa entrar con un alma nueva. Hasta una lágrima ofrecida para tal fin tiene su peso y su valor.

Ayuda a tu Jesús, María, y Él te ayudará cada vez más».

30 de junio

Dice Jesús:

«¿Sabes qué quieren decir mis manos atadas, sabes quien me las ata? ¿Sabes por qué hay tanto dolor en mi mirada, tanto cansancio sobre mi Rostro? ¿Sabes qué pido a aquellos que me saben mirar?

Mis manos están atadas por Satanás a través de los pecadores. No has entendido mal. Repito: están atadas por Satanás a través de los pecadores.

Tú dirás: "Pero, Señor, ¿cómo puede ser así si Tú eres Dios?". Yo soy el Dios de la Misericordia y del Perdón, Yo soy el Dios poderoso, el Padre de las gracias. Pero el pecado paraliza mi Potencia de gracias, mi Misericordia, mi Perdón. Porque, aunque soy Misericordia, Gracia, Perdón, soy también Justicia. Doy por ello a cada uno lo que se merece. Y si tú consideras, con justicia, debes decir que doy siempre más gracias de las que merecéis.

Si a una autoridad de la tierra, incluso a un simple mozo municipal, vosotros hicierais las ofensas que me hacéis a Mí, seríais castigados con la prisión. Si se tratara de una autoridad mayor, seríais castigados incluso con la pérdida de la vida. Y son, las autoridades, pobres hombres como vosotros, que permanecen autoridad en tanto que Yo permito que lo sean para vuestro mérito, para su prueba, y casi siempre para su castigo. Vuestro mérito: obedecer y tener paciencia. Su prueba: no abusar del poder, no ensoberbecerse creyéndose semidioses, o dioses, porque ven las muchedumbres atentas a su gesto y a gritar "Hosanna". Uno sólo es dios: Dios. Su castigo: porque es todavía más difícil que una autoridad permanezca honesta, en las mil formas de la honestidad, que no que un rico se salve. Por ello su gloria humana es la única gloria que tienen. La eterna bien pocas autoridades la alcanzan.

Las continuas culpas, cada vez más pérfidas, que los hombres comenten, por incitación del Enemigo mío y vuestro, atan mi Misericordia, mi Gracia, mi Perdón. He aquí lo que son mis manos atadas y quiénes son aquellos que las atan con la soga del Mal: Satanás y sus hijos. Y mis manos quisieran en cambio estar libres para perdonar, curar, consolar, bendecir.

¡Oh vosotros que me amáis, desatad con vuestro amor mis manos atadas! Reparad, reparad, o mis dilectos, amigos e hijos míos queridísimos, el ultraje causado a las manos de vuestro Dios, Padre y Redentor. El amor es llama que consuma las cadenas y quema los cordeles dando libertad a mis manos atadas. Tened piedad, vosotros que me amáis, de mi dolor, y piedad de vuestros hermanos leprosos que sólo mis manos pueden curar.

Mi mirada está llena de dolor por todos los ultrajes que Me vienen causados en el Sacramento y en mi Ley. Ley pisoteada, Sacramento profanado. ¿Has leído? ¿Has escuchado? ¿Has notado? El altar del Sacramento está siempre herido. ¿No ves en ello el signo de Satanás? Y piensa esto, para tu alegría. Donde entre las ruinas se puede encontrar intacto el Copón que me contiene y recogerlo con los debidos honores, es porque un corazón, o muchos corazones, lejos de aquel lugar golpeado, pero que me adoran en la Eucaristía, han desviado, con su orar, el golpe dirigido por Satanás. Aquellas Hostias que salváis, almas humildes y amorosas que oráis por mi Sacramento, infunden en vosotros los mismos frutos de una Comunión de amor.

El cansancio está en mi Rostro porque constato cada vez más hasta qué punto he muerto en vano por tanta humanidad, porque me doy cuenta cada vez más que nada -ni palabras, ni milagros, ni castigos, ni gracias- sirve para hacer pensar que Yo soy Dios y que sólo en Dios está el Bien y la Paz. Cuando uno está cansado y afligido, aquellos que le aman le dan afecto para consolarle, reposo para aliviarle. Esto es lo que Yo te pido y pido a los que me aman.

Estoy desterrado de las iglesias y de los corazones. Cuando era peregrino sobre la tierra no tenía, el Hijo del Hombre, una piedra propia sobre la cual apoyar la cabeza. Pero ahora que los corazones de los hombres son de piedra, ¿tengo acaso dónde apoyar la cabeza? Sólo algún raro, rarísimo corazón fiel. Los otros son hostiles a su Amigo y Redentor.

Abridme por lo tanto el corazón, vosotros que me amáis. Dad asilo a vuestro Dios que llora de dolor sobre la humanidad culpable, confortad a Aquel que se da a sí mismo en sacrificio eterno y que no es comprendido. Yo Jesús, vendré con todas mis gracias y haré del

corazón fiel un pequeño Paraíso».

Dice aún Jesús:
«Entre las "riquezas" a entregar para seguirme y que te he enumerado, [44] hay todavía otra. Aquella que es la más ligada al espíritu y que para arrancarla se siente más dolor que para arrancar la carne. Son los afectos, esta riqueza tan viva. Y en cambio, por amor mío, hay que saber entregar también éstos.
Yo no condeno los afectos. Más aún los he bendecido y santificado con la Ley y los Sacramentos. Pero estáis sobre la tierra para conquistar el Cielo. Aquélla es la morada verdadera. Cuanto Yo he creado para vosotros aquí abajo debe mirarse a través de la lente de allí arriba. Cuanto Yo os he donado debe tomarse con agradecimiento, pero devolverse con prontitud cuando lo solicito.
Yo no destruyo vuestra riqueza afectiva. La quito de la tierra para transplantarla en el Cielo. Allí serán reconstruidas eternamente las santas convivencias familiares, las puras amistades, todas esas formas de afecto honesto y bendito que Yo, Hijo de Dios hecho hombre, he querido incluso para Mí mismo y que sé cuán queridas son. Pero si son queridas, tan queridas, no son más queridas que Dios y la vida eterna.
Pero no demuestran una verdadera fe en el dulce Padre que está en los Cielos aquellos que ante un afecto que se rompe no saben pronunciar la palabra más bella de la filiación en Dios, sino se rebelan. ¡Y no piensan que si Yo doy aquel dolor es ciertamente para evitar dolores más grandes y para proporcionar un mérito mayor!
Tú, también tú no has sabido decir: "¡Hágase como Tú quieres!". Han tenido que pasar años antes de que tú me dijeras: "Gracias, Padre, por aquel dolor". ¿Pero tú crees que tu Jesús te lo habría dado si no hubiera sido un bien dártelo? Ahora piensas y entiendes. ¡Pero cuánto te has resistido a hacerlo! Yo te llamaba, trataba de hacerte entender la razón. Pero no oías a tu Dios. Era la hora de las tinieblas para la mente y para el alma.
No me preguntes: "¿Por qué lo has permitido?". Si lo he permitido no ha sido sin un motivo. Te hablo de ello en esta noche en la que sufres más. Yo estoy contigo precisamente porque sufres. Te hago compañía. Pero recuerda que Yo no tuve a ninguno en la hora de la tentación. He debido superarla por Mí mismo. Tú en cambio me has tenido siempre cerca, incluso cuando no me veías porque el Espíritu del Mal te molestaba hasta el punto de impedirte ver y oír a tu Jesús.
Ahora, si Yo te dijera que la adhesión de un hijo a la muerte de un padre abrevia al mismo el Purgatorio, que el perdón de un hijo a las culpas, más o menos reales, de un padre, es alivio para aquel alma, creerías. Pero entonces no te dabas paz y desperdiciabas el bien que hacías.
Renunciar a la riqueza de un afecto, para seguir mi Voluntad sin añoranzas humanas, es la perfección de la renuncia aconsejada al joven del Evangelio.
Recuérdalo para todo el resto de la vida. Un padre como Yo soy nunca da nada nocivo a sus hijos. Aunque la apariencia sea de una piedra para quien pide un beso, esa piedra es oro puro y eterno. Está al alma el reconocerlo y mantenerlo tal, pronunciando la palabra que me atrajo de los Cielos al seno de María y me puso en la Cruz para redimir el mundo: fiat».

1 de julio

Dice Jesús:

[44] En el dictado del 29 de junio

«No debe sorprender el que un alma sienta tentaciones. Mejor dicho la tentación es más violenta cuanto más adelantada está la criatura en mi Camino.

Satanás es envidioso y astuto. Por lo tanto despliega su inteligencia donde es necesario más esfuerzo para arrancar un alma al Cielo. A un hombre del mundo, que vive para la carne, no es necesario tentarle. Satanás sabe que ya él trabaja por su cuenta para matar su alma y lo deja. Pero un alma que quiere ser de Dios atrae toda su perversidad.

Pero las almas no deben temblar, no deben desanimarse. Ser tentados no es un mal. Es un mal ceder a la tentación.

Están las grandes tentaciones. Ante ellas las almas rectas se ponen enseguida a la defensiva. Pero están las pequeñas tentaciones que pueden haceros caer sin daros cuenta. Son las armas refinadas del Enemigo. Las usa cuando ve que el alma es precavida y atenta para las grandes. Entonces pasa por alto los grandes medios y recurre a éstos, tan sutiles que entran en vosotros por cualquier parte. ¿Por qué permito esto? ¿Dónde estaría el mérito si no hubiera lucha? ¿Podríais deciros míos si no bebierais mi cáliz?

¿Qué creéis? ¿Qué mi cáliz haya sido solamente el del dolor? No, criaturas que me amáis. Cristo -Él os lo dice para daros ánimo- ha probado antes que vosotros la tentación.

¿Creéis vosotros que fue sólo la del desierto? No. Entonces Satanás fue vencido con grandes medios opuestos a sus grandes intentos. Pero en verdad os digo que Yo, Cristo, fui tentado otras veces. El Evangelio no lo dice. Pero como dice el Predilecto: "Si se tuvieran que narrar todos los milagros hechos por Jesús, la tierra no bastaría para contener los libros".

Meditad, discípulos queridos. ¿Cuántas veces Satanás habrá tentado al Hijo del hombre para persuadirlo a desistir de su evangelización? ¿Qué sabéis vosotros de los cansancios de la carne fatigada en el continuo peregrinar, en el continuo evangelizar, y de los cansancios del alma, que se veía y sentía rodeada de enemigos y de almas que lo seguían por curiosidad o por esperanza de un provecho humano? ¡Cuántas veces, en los momentos de soledad, el Tentador me envolvía con el desaliento! Y en la noche del Getsemaní, ¿no os dais cuenta con cuánta finura él ha tratado de vencer la última batalla entre el Salvador del género humano y el infierno?

No está dado a la mente humana conocer y penetrar en el secreto de aquella lucha entre lo divino y lo demoníaco. Sólo Yo que la he vivido la conozco y por ello os digo que Yo estoy donde está quien sufre por el Bien. Yo estoy donde hay un continuador mío. Yo estoy donde hay un pequeño Cristo. Yo estoy donde el sacrificio se consuma.

Y os digo, almas que expiáis por todos, os digo: No temáis. Hasta el fin Yo estaré con vosotros. Yo, Cristo, he vencido al mundo, la muerte y el demonio con el precio de mi Sangre. Pero os doy a vosotros, almas víctimas, mi Sangre contra el veneno de Lucifer».

Dice Jesús:

«A vuestras capacidades intelectuales muy limitadas, a vuestra espiritualidad embrional, no le está concedido conocer el misterio de la naturaleza de Dios. Pero a los espirituales, entre la masa de los así llamados espirituales, el misterio se hace más cognoscible. A los amantes del Hijo, a aquellos que están verdaderamente signados por mi Sangre, el misterio se revela con mayor claridad porque mi Sangre es Ciencia y mi predilección es Escuela.

Hoy [45] hay gran fiesta en el Cielo porque todo el Cielo canta hoy el Sanctus al Cordero cuya Sangre fue derramada para la Redención humana. Tú eres una de las pocas, demasiado pocas criaturas que veneran mi Sangre como debe venerarse. Pero a quienes la veneran, desde que fue esparcida, esa Sangre habla con palabras de vida eterna y de

[45] 1° de julio, fiesta de la Preciosísima Sangre

ciencia sobresensible. Si mi Sangre fuera más amada y venerada, más invocada y creída, mucho mal que os lleva al abismo sería evitado.

Habló, esta Sangre, cuando todavía no existía bajo la figura del cordero mosaico, bajo el velo de las proféticas palabras en el signo del Tau preservador; habló, tras ser derramada, por boca de los apóstoles; grita su poder en el Apocalipsis; invita con su llamar desde la boca de los místicos. Pero no es amada. No es recordada. No es invocada. No es venerada. Mi Iglesia tiene tantas fiestas. Pero falta una fiesta solemnísima para mi Sangre. ¡Y en mi Sangre está la salvación!

Hoy, fiesta de mi Sangre, te ilumino un misterio. Di: "Gloria al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo", porque te quiero hablar de Nosotros. Por vuestra condición humana necesitáis figuras para pensar en el Padre y en el Espíritu, seres incorpóreo s de infinita belleza, pero que vosotros no concebís con vuestros sentidos humanos. Tanto es así que difícilmente os dirigís a Ellos con toda la plenitud del pensamiento, para invocarles como me invocáis a Mí que me pensáis como Hombre Dios. No comprendéis por ello ni siquiera lejanamente el incomparable misterio de nuestra Trinidad.

Para pensar en Dios no hay que hacer comparaciones con seres creados. Dios no se compara. Él es. En el ser está todo. Pero el ser no tiene cuerpo, y el Ser eterno no tiene cuerpo.

Mira: Dios es luz. Esto es lo único que puede en cierto modo representar a Dios sin estar en antítesis con su espiritual Esencia. La luz es, y también es incorpórea. Tú la ves pero no la puedes tocar. Ella es.

Nuestra Trinidad es luz. Una luz ilimitada. Manantial de Sí misma, viviente de Sí misma, obrante en Sí misma. El universo no es tan grande cuanto Ella es infinita. Su esencia llena los Cielos, corre sobre lo Creado, domina sobre los atrios infernales. No los penetra -habría terminado el Infierno- pero les aplasta con su resplandor que es beatífico en el Cielo, confortador sobre la tierra, terrorífico en el Infierno. Todo es Trino en Nosotros. Las formas, los efectos, los poderes.

Dios es luz. Una luz vastísima, majestuosa y sosegada es dada por el Padre. Círculo infinito que abraza toda la Creación, desde el instante en que fue dicho "¡Hágase la luz", hasta los siglos de los siglos, porque Dios, que es eterno, abraza la Creación, desde que ella existe, y continuará abrazando, cuanto, en la última forma, la eterna, después del Juicio, quedará de lo Creado. Abrazará a quienes son eternos con Él en el Cielo.

Dentro del círculo eterno del Padre hay un segundo círculo, generado por el Padre, que obra de un modo distinto pero no contrario, porque la Esencia es una. Ese es el Hijo. Su luz, más vibrante, no da solamente la vida a los cuerpos, sino que da la Vida a las almas, que la habían perdido, mediante su Sacrificio. Es un difundirse de rayos potentes y suaves que nutren vuestra humanidad e instruyen vuestra mente.

En el interior del segundo círculo, producto de los dos obrar de los primeros círculos, hay un tercer círculo de luz aún más vibrante y encendida. Es el Espíritu Santo. Es el Amor producto de las relaciones del Padre con el Hijo, tránsito entre los Dos, y consecuencia de los Dos, maravilla de las maravillas.

El Pensamiento creó la Palabra y el Pensamiento y la Palabra se aman. El Amor es el Paráclito. Él obra en vuestro espíritu, en vuestra alma, en vuestra carne. Porque consagra todo el templo, creado por el Padre y redimido por el Hijo, de vuestra persona, creada a imagen y semejanza de Dios Uno y Trino. El Espíritu Santo es crisma sobre la creación, hecha por el Padre; de vuestra persona, es gracia para gozar del Sacrificio del Hijo, es Ciencia y Luz para comprender la Palabra de Dios. Luz más restringida, no porque sea limitada respecto a las otras, sino porque es el espíritu del espíritu de Dios, y porque, en su

condensación, es potentísima como es potentísima en sus efectos.

Por esto Yo dije: "Cuando venga el Paráclito os instruirá". Ni siquiera Yo, que soy el Pensamiento del Padre hecho Palabra, puedo haceros entender cuanto puede, con un sólo destello, haceros entender el Espíritu Santo. .

Si ante el Hijo toda rodilla se debe plegar, ante el Paráclito se debe inclinar todo espíritu, porque el Espíritu da vida al espíritu. Es el Amor que ha creado el Universo, que ha instruido a los primeros Siervos de Dios, que ha impulsado al Padre a dar los Mandamientos, que ha iluminado a los Profetas, que ha concebido con María al Redentor, que me ha puesto a Mí sobre la Cruz, que ha sostenido a los Mártires, que ha regido la Iglesia, que obra los prodigios de la gracia.

Fuego blanco, insostenible a la vista y a la naturaleza humana, concentra en Sí al Padre y al Hijo y es la Gema incomprensible, que no puede mirarse, de nuestra eterna Belleza. Fija en el abismo del Cielo, atrae a Sí todos los espíritus de mi Iglesia triunfante y aspira hacia Sí a quienes saben vivir del espíritu en la Iglesia militante.

Nuestra Trinidad, nuestra triple y única naturaleza se fija en un único resplandor en aquel punto del que se genera todo cuanto existe, en un eterno ser.

Di: "Gloria al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo"».

Dice aún:

«No he pretendido, diciendo: diez justos, aludir a que será salvado el lugar en que haya diez justos. Pero se puede entender sin error que si diez almas justas y generosas se reúnen en oración, con fin santo, para pedir piedad para un lugar, Yo no rechazaré su oración. ¿No he dicho que Yo escucharé las oraciones hechas por varias personas en mi Nombre? Mis palabras y mis promesas no decaen.

¿Pero serían constantes en la fe, en el sacrificio, en la pureza espiritual y en la pureza de intención las personas que se reunieran ahora para orar con esta finalidad? Si las hubiera y fueran como deben ser: verdaderos sacerdotes (son sacerdotes quienes oran por los hermanos y se inmolan) Yo las bendeciría y daría lo que se pide en mi Nombre».

Escribo esta mañana mientras le espero a usted porque ayer estaba demasiado agotada para añadir algo.

No se puede describir lo que he visto. Falta la palabra. Mientras Jesús hablaba yo veía, pero no lo puedo volver a decir, de manera que otro vea, cuanto mi mente ha visto. Podría hacer la figura de esto, incluso siendo un asno en el dibujo. Bastaría hacer tres círculos concéntricos con un punto en el medio. Pero no significaría nada. Faltaría la Luz y faltaría la intuición de las relaciones entre los tres círculos y el punto que los centra. Por ello sería un signo muerto, mientras es tan vivo, operador, beatífico.

Cierto, aunque viviera mil años, ya no olvidaré la belleza de esta visión intelectual. Me será ayuda, consuelo, fuerza, defensa, todo, en todas las circunstancias. Y es imán superpotente que me atrae a sí y me da un ansia indescriptible de alcanzarla. Me parece vivir bajo el sol. Pero ¿qué digo el sol? El sol es un astro apagado y frío respecto al Fuego divino engarzado en la profundidad del Empíreo, tan lejano y tan cercano...

Sí. Tengo la impresión de su desmesurada lejanía, a través de la cual corre todo el Universo que se moja y vive de su Luz, y al mismo tiempo siento que cada ser, el mío especialmente por bondad de Dios que me ha permitido tener esta alegría, que no tiene comparaciones, está cerca de este Punto de Vida que es Dios, y bajo su rayo que lo tiene recogido, reparado, vital, como una campana de vidrio sobre una delicadísima planta. (Y con esta banal comparación deterioro todo, pero no encuentro nada mejor).

En fin me siento bajo el Ojo de Dios. Y es una sensación de alegría, de calor, de fuerza, de paz infinita, indescriptible, alegre. Vivir así, bajo la incomprensible Gema (¡cómo ha dicho justamente mi Maestro!) de la Belleza divina, Gema que reúne en un único insostenible Resplandor a las Tres Personas divinas y hace una Unidad de Luz Divina, es una tal bienaventuranza por la cual se anula todo lo sufrido y lo que tendré que sufrir...

Ahora entiendo realmente qué quiera decir: Paraíso. Quiere decir vivir viendo siempre ese Sol Uno y Trino.

2 de julio
10: 15 horas

Dice Jesús:

«Escribe inmediatamente mientras que estoy aún en ti con el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad. Por esto tienes la plenitud de la Sabiduría en ti.

María vivió eucarísticamente durante casi toda la vida.

La Madre no es distinta del Hijo. No en la naturaleza humana, no en la misión sobrehumana de Redención.

El Hijo, para tocar el ápice del dolor, tuvo que sentir la separación del Padre: en el Getsemaní, en la Cruz. Fue el dolor llevado a alturas y asperezas infinitas. La Madre, para tocar el ápice del dolor, tuvo que sentir la separación del Hijo: en los tres días de mi sepultura.

Entonces María estuvo sola. Sólo le quedó la Fe, la Esperanza, la Caridad. Pero Yo estaba ausente. Fue la espada no hincada, sino traspasante, escudriñante en su Corazón. No murió sólo porque lo quiso el Eterno. Porque para la Llena de Gracia, quedar privada de la unión con su Hijo y Dios era sufrimiento tan atroz, que sin una gracia especial hubiera muerto.

Son muchas las páginas secretas que no conocéis acerca de la vida de la Purísima Corredentora. Ya os lo he dicho [46]: "Los secretos de María son demasiado puros y divinos para que la mente del hombre los pueda conocer". Sólo os menciono, cuanto basta para aumentar en vosotros la veneración a la más Santa del Cielo, después de Dios.

Aquella hora dolorosísima, en el mar de dolores que fue la vida de mi Madre, consagrada al supremo dolor y a la suprema alegría desde su concepción, era necesaria para completar lo que faltaba a mi Pasión.

María es Corredentora. Por lo tanto, siendo todo en Ella inferior tan sólo a Dios, también su dolor debía ser como ningún otro dolor de criatura humana llegará a ser nunca.

Ahora continúa orando. Verdaderamente ya te lo había hecho entender, pero tu imperfección lo había confundido todo. Lo repito para claridad del Padre y tuya».

¡Y nosotros estamos bien servidos!... Veo a Jesús Maestro, vestido de blanco, al lado de la cama, donde está usted cuando confiesa.

El mismo día, 14 horas

Dice Jesús:

«En mi Evangelio no hay pasaje que no tenga referencias con lo sobrenatural. Hoy te hago observar el hecho de la mujer encorvada desde hacía 18 años.

Los pseudo superhombres de ahora niegan que el demonio pueda ser autor de enfermedades físicas. Niegan muchas cosas los superhombres. Demasiadas. No se dan

[46] En el dictado del 19 de junio

cuenta de que los "poseídos", ahora, son ellos. Niegan que existan enfermedades causadas por fuerzas extranaturales. Pero no saben, con las fuerzas naturales, comprender y curar ciertas enfermedades. No pueden precisamente porque ciertas enfermedades tienen su raíz fuera de la carne, la oprimen pero no nacen de ésta. Nacen en las zonas donde se agitan los reinos del espíritu.

Los reinos del espíritu son dos: uno, celeste, viene de Dios; el otro, maligno, viene de Satanás.

Dios da, a veces, a sus predestinados, enfermedades que son pasaporte para el Reino divino. Satanás da, todavía con mayor frecuencia, enfermedades que son venganza contra el siervo de Dios o impone cargas sobre los pobres que han cedido a sus seducciones. Pobres, de una pobreza horrible porque es pérdida de la verdadera riqueza: la de la gracia que os hace hijos y herederos de Dios.

Los remedios humanos son inútiles en tales casos. Sólo el dedo de Dios borra el decreto de miseria y firma el decreto de liberación. Aquel que es liberado sana de la "posesión" si está poseído. Aquél que es liberado entra en el Cielo, si su enfermedad viene de Dios.

Pero además de la enfermedad de la carne hay enfermedades del espíritu. Son obra del Maligno. Éstas os encorvan, os hacen agitar y echar espuma, os entorpecen los sentidos y la palabra, os llevan a aberraciones morales peores que las enfermedades de la carne, porque encorvan y entorpecen el alma.

Yo las puedo curar. Sólo Yo. El alma liberada del influjo que la tenía encorvada se endereza y glorifica al Señor, como la mujer del Evangelio.

Tú lo notas. Tu carne muere y lo sientes. Pero ¡qué libre y fuerte te sientes porque tu Maestro te ha curado! Un dominio viril y pacífico ha invadido tu espíritu. Tienes la sensación de rotas cadenas caídas a tus pies.

Ahora Yo te digo: "Sígueme. Sígueme con tu espíritu nuevo y no peques más para que Satanás no pueda echarte su lazo. Si me sigues de cerca, él no podrá dañarte, porque quien me sigue no peca y no pecando no se somete a aquél que quiere convertiros en mis enemigos"» .

## 3 de Julio

Dice Jesús:

«Te he dicho ayer que hay géneros de enfermedad que se salen de las comunes, es decir queridas por fuerzas espirituales. Dios o Satanás, actuando el Uno desde el abismo del Cielo, el otro desde el abismo del Infierno, afectan, por causas distintas y con distinto fin, a ciertas criaturas.

Pero, dada la fuente distinta y opuesta, una enfermedad, la que viene de Dios, lleva consigo, sacándola de los manantiales de una inmensurable Luz y de un inmensurable Amor, luz y amor para la criatura mártir de su Dios. La otra, proviniendo del abismo de estaño donde reina Satanás, envuelve de tinieblas y de tormento.

He dicho criatura mártir de su Dios. Sí. El alma que se ha abandonado a su Dios, totalmente, se hace mártir. Dios mismo actúa aquí de sacrificador, ni tampoco el martirio de la criatura abandonada al Amor es menos cruento, aunque la sangre no se derrame materialmente, del de la que es inmolada por un verdugo. Porque no sólo la carne y la sangre, sino la inteligencia, el alma y el espíritu, son torturados en un feliz martirio cuyo fin, después de la crucifixión espiritual -que estigmatiza toda potencia del ser, en la carne, en la sangre, en la inteligencia, en el alma, en el espíritu, poniendo mi glorioso sello- es el abrazo ardiente con el Fuego mismo, con la encendida Caridad, el hundimiento en la ardiente Unidad que es

nuestra Trinidad, el conocimiento completo de quien sea Dios y el poseer y el ser poseídos por Dios para siempre.

Sí. Son dos las formas de las enfermedades espirituales, y son dos las formas de posesión espiritual. Si se dice "poseído" de quien está agarrado, atormentado, oprimido, dominado por Satanás, ¿por qué no se debe, incluso con mayor razón, llamar "poseído" a quien está abrazado, aliviado, modelado, dominado por Dios?

¡Beatífica, sublime, feliz posesión! El alma no tiene más que abandonarse, en amor, al Amor que la rodea, la abraza, la penetra, la transporta, le da sentidos nuevos y conocimientos desconocidos a los mortales. Es la zambullida en el remanso de Dios, remanso de Luz, de Ciencia, de Caridad, de toda virtud. Es zambullida en el remanso de la Paz.

El alma sale de allí, en aquellos escasos instantes en que sale -cada vez más escasos cuanto más dispersa está el alma en Dios- perfumada de la Esencia de su Dios, y ninguna miasma de la Tierra ni del Infierno puede actuar sobre su espíritu impregnado del aroma divino.

El alma "poseída" por Dios se asemeja a Él de tal modo que hasta la forma externa y material de su ser sufre modificaciones. Dios se trasluce en su mirada, en sus palabras, en su sonrisa, en la majestad nueva de su expresión, por lo que quien la roza dice: “Aquí hay algo que no es de esta tierra".

El alma "poseída" por Dios es preciosa vasija sigilada, pero de la que exhala el aroma que la colma. Sigilada porque el amor consagra y la posesión hace propiedad de Uno solo y sólo el Solo abre y cierra ese sigilo puesto en el espíritu que se ha dado a Él. Exhala porque el aroma de Dios es tan potente que no sólo llena el interior de la vasija, sino que impregna la materia, de modo que el efluvio espiritual se derrama y pasa entre la muchedumbre, purificándola del olor de la carne y de la sangre.

Si las criaturas supieran qué es "la posesión" de Dios, todos querrían ser "poseídos". Pero para saberlo es necesario dar el primer paso, el primer acto de generosidad, de renuncia, y después perseverar en aquel primer acto. Lo demás viene, porque, como una onda eléctrica, emitida por el polo A, viene atraída por el polo más fuerte Z, así igualmente el alma que se ha puesto en la órbita de Dios viene atraída por Él mismo, desde cualquier punto de la órbita donde se encuentre.

Porque Yo soy el Alfa y la Omega y abrazo todo cuanto existe. Sólo el querer humano contrario, que pone bajo el sigilo de la Bestia, desvía mi acción, porque Yo os he hecho libres y no violo vuestra voluntad. Por ello si vuestra voluntad es carne y sangre, o sea es Satanás, mi Voluntad no puede actuar porque mi Voluntad es Espíritu y actúa sobre vuestro espíritu y el espíritu muere donde reina la materia.

Hay que renacer en el espíritu para poder entrar en la órbita de Dios y vencer a la carne y a su dueño: Mamona. Entonces se da la "posesión". Paraíso anticipado sobre la tierra, feliz ascensión del alma al Cielo en la muerte, plenitud del Paraíso en mi Reino donde los "míos" estarán conmigo para siempre, luz en la Luz, paz en la Paz, alegría en la Alegría, gloria en la Gloria».

4 de julio

Dice Jesús:

«La Eucaristía es mi Sangre y mi Cuerpo. ¿Pero habéis pensado alguna vez que esa Sangre y ese Cuerpo han sido formados con la sangre y la leche de María?

Ella, la Purísima que acogió al Cielo en su seno vistiendo con sus carnes de candor

inmaculado al Verbo del Padre después de las bodas divinas con el Espíritu Santo, no se ha limitado a generar al Salvador. Le ha nutrido con su leche. Por lo cual vosotros, hombres que os alimentáis de Mí, mamad la leche de María que se ha hecho sangre en Mí.

La leche virginal. ¿Cómo podéis por tanto permanecer tan a menudo esclavos de la carne si desciende en vosotros, junto con mi Sangre, esta leche inmaculada? Es como si una fuente de pureza celestial vertiera en vosotros sus chorros de agua ¿Y no os deja limpios? ¿Cómo podéis ser así cuando en vosotros circula la leche de la Virgen y la Sangre del Redentor? Cuando os acercáis a mi Mesa es como si acercarais vuestra boca al pecho castísimo de la Madre.

Pensadlo, hijos que poco nos amáis. Yo estoy contento de que maméis de ese pecho del que recibí el alimento. Pero quisiera que, como infantes nutridos por un pecho, aumentara en vosotros la vida, quisiera que crecierais y os robustecierais. La leche de la nodriza comunica, además de la vida material, tendencias morales. ¿Cómo podéis vosotros, nutridos de ese pecho purísimo, no tomar semejanza espiritual de María? Ella os estrecha al pecho, tan flacos, enfermos, sucios como estáis. Y os limpia, os nutre, os lleva ante su Primogénito porque quiere que lo améis.

Si no fuera por los cuidados de María, por las oraciones de María, la raza humana ya no existiría. La hubiera cancelado porque verdaderamente vuestro vivir ha tocado lo profundo del Mal y la Justicia está herida, y la Paciencia está colmada, y el Castigo está preparado. Pero está María que os repara con su manto, y aunque Yo puedo, sólo con volver la mirada, hacer que se postre el Paraíso y tiemblen los astros, nada puedo contra mi Madre.

Soy su Dios, pero sigo siendo su Niño. Sobre ese Corazón he reposado en el primer sueño de infante y en el último de la muerte, y sé todos los secretos de ese Corazón. Sé, por tanto, que castigaros sería traspasar de dolor a la Madre del género humano, a la Madre verdadera, que siempre espera poder conduciros a su Hijo.

Soy su Dios, pero Ella es mi Madre. Y Yo, perfecto en todo, os soy Maestro también en esto: en el amor por la Madre. A quien aún cree, en el mundo, Yo digo: "La salvación del mundo está en María".

Si supierais cómo Dios se retira en lo profundo, ante la marea, cada vez más creciente, de los delitos que cometéis, vosotros deicidas, vosotros fratricidas, vosotros violadores de la ley, vosotros fornicarios, vosotros adúlteros, vosotros ladrones, vosotros sentina de vicios, temblaríais. Pero os habéis vuelto necios.

Antes era Yo el puente entre el mundo y el Cielo. Pero verdaderamente, ante vuestra insistencia en el Mal, Cristo se retira como en otro tiempo de Jerusalén porque "la hora aún no ha llegado" y Cristo, en espera de la hora, os deja en vuestro Mal para que lo cumpláis.

Ahora, María queda como único puente. Pero si la despreciáis también a Ella, seréis aplastados. No permito que sea escarnecida Aquélla en quien el Espíritu Santo descendió para generarme, Hijo de Dios y Salvador del Mundo».

Noche

Sintiéndome en el estado actual, he tenido la tentación de suavizar un poco las mortificaciones habituales que había re emprendido con vigor desde hacía algunos meses porque sentía que Jesús las deseaba.

Pero mi Jesús me responde:

«No. Persevera. El mundo está cubierto por un mar de culpas y se necesitan océanos de penitencia para limpiarlas. Si fuerais muchos los que expiarais, podría decir: reduce. Pero sois demasiado pocos y la necesidad es mucha. Por lo que podéis hacer, poco se repararía.

Hay una desproporción enorme entre el pecado y la expiación. Pero Yo no miro lo que podéis hacer; miro y juzgo que hacéis todo lo que podéis. Todo. Quiero el todo para reparar el infinito. El todo de mis imitadores: amantes y víctimas, para reparar el infinito de los pecadores.

Persevera. No morirás por esto. Por el contrario, la Paz y la Luz entrarán cada vez más en ti. Recuerda además que cuando, por prudencia humana, has moderado la penitencia, se ha insinuado la tentación y te ha doblegado. Entonces lo permití. Ahora no. Y puedes entender los motivos.

Ayúdame a vencer a Satanás en los corazones. Algunos demonios se vencen con la oración y el sufrimiento, recuérdalo. Piedad, te pido piedad por los pecadores y por Mí. Son tus hermanos y no me saben amar. Tu penitencia debe encender el fuego en los corazones apagados. Soy tu Hermano y soy flagelado por los pecadores. Si me vieses humanamente flagelado, tú, que no puedes ver que se pegue a un animal, ¿no te lanzarías a la defensa de tu Jesús?

Recuerda: cada pecado, cada blasfemia, cada maldición a Dios, cada pérdida de fe, cada traición es para Mí un azote. Doblemente doloroso porque Yo, ahora, ya no soy el Jesús desconocido de hace veinte siglos, sino soy el Jesús conocido. El mundo sabe lo que hace, ahora, y aún así me azota.

Recuerda: ya no te perteneces. Eres la víctima. Por tanto, por amor, y para ser fiel a tu ministerio, no la moderes. Cada penitencia es una herida menos a tu Dios, la recibes tú por Mí. Cada penitencia es una luz que se enciende en un corazón. Yo te quitaré de la mano la penitencia cuando juzgue que basta de sufrir, y te pondré en la mano la palma. Sólo Yo. Soy tu Señor.

Piensa cuantas veces estuve cansado de sufrir y sin embargo sufrí, por ti... porque te amaba...»

Dice aún Jesús:

«Algunos momentos de cansancio, de temor, no deben impresionar. Están relacionados con la naturaleza humana alrededor de la cual merodea siempre el Enemigo.

Satanás es un devorador insaciable y su hambre crece cuanto mayor sea su presa. Como el hambre, crece el odio contra Cristo y los cristianos. Los verdaderos cristianos. Por eso no deja nada sin intentar. Y cuando no puede atacar de frente como un león furioso, se insinúa arrastrándose. Siempre es la Serpiente que trata de envolver sin hacerse notar, preparada para triturar cuanto ha envuelto. Por eso, no pudiendo hacer otra cosa, tienta con el cansancio y el temor.

Es el arma que ha probado también conmigo. No logró nada, pero ¿sabes cuántas veces la utilizó? El acecho más estrecho y sutil fue en el Getsemaní. Me oprimió prospectándome cuánto sufriría y cuán pocos obtendrían provecho de ello.

He sufrido ese martirio del espíritu pensando en las "víctimas" de los siglos futuros que lo habría probado, por obra de Satanás. He sufrido pensando en ti. Pero no temas. Mi martirio de entonces ha rescatado vuestras debilidades, y si vosotros no cedéis al Enemigo, vuestra debilidad, producida por el temor, sólo por temor, no tiene consecuencias. Satanás puede haceros temblar de temor. Pero nada más, porque Yo estoy junto a mis amigos e imitadores. La posesión absoluta es cuando el alma se pone bajo el yugo satánico con el pecado. De otro modo sólo es venganza, y turba la superficie sin agitar lo profundo donde Yo reino.

Es un sufrimiento más o menos atroz. El tuyo de hoy ha sido un leve silbido y basta. Estás demasiado en Mí para que el demonio pueda más. Hace tiempo, durante años, te ha atormentado fuertemente, y no siempre te ha encontrado fuerte, al punto de hacerlo temblar.

Pero el pasado no cuenta. Yo te digo: persevera, el pasado ha muerto. También aquella prueba era útil. Ahora está superada. Permanece ahora en el surco de Dios en el que te he puesto y no temas.

Yo te lo digo: no temas. Y te digo: supera los cansancios de la carne, los miedos de la carne insidiada por Satanás, con el ardor del espíritu. Si sufrieses sola, criatura mortal, no podrías durar. Pero Yo estoy contigo. Pero tú sufres por Mí. Créelo con fe y todo ardor te será fácil, porque el espíritu es más fuerte que la materia y es fortísimo cuando está unido a su Dios con el nudo de la caridad».

Explico yo para que usted no crea que ha habido algo grave. No. Nada grave. Sólo, ante el gran sufrimiento, que me arranca gritos involuntarios, había tenido un pensamiento -ciertamente suscitado por el Enemigo, como dice Jesús- de suavizar un poco mis mortificaciones. Pocas cosas en realidad, pero no puedo hacer más. Pero he tenido una respuesta rápida, como usted ve. Por eso, mientras pueda, seguiré adelante. Por lo demás, si considero el valor que he puesto en aquellas menudencias, y que ya es ratificado por el buen Dios en muchas cosas -y espero que lo sea también para otras- me lleva a concluir que merece la pena realmente resistir mientras pueda. O sea, hasta el extremo.

Y además... Si la carne está cansada de sufrimiento y pide piedad, ¡el alma tiene tanta paz y alegría!... No puedo salir de la felicidad sobrenatural que me ha quedado después de haber tenido la visión mental de la Stma. Trinidad [47]. Estoy bajo aquel sol... como una flor. Y miro a mi Sol, que resplandece en el centro de los tres círculos sublimes, el Sol de la Unidad de Dios, cuya luz de Paz infinita y de infinita Belleza me infunde sentidos nuevos. Para merecer esto ¿qué es sufrir? Es perfecto gozar.

5 de julio

Dice Jesús:

«Mi Iglesia es similar a un gran jardín que circunda el palacio de un gran rey.

El rey, por motivos suyos, no sale del palacio y por ello, tras haber sembrado las flores y las plantas más hermosas, ha delegado a un jardinero para tutelar su Iglesia. El jardinero, a su vez, tiene muchos ayudantes que le auxilian.

En el jardín hay flores y plantas de todas las especies. El rey desparramó sobre los plantíos, para hacerlos fértiles, todas las sustancias fertilizantes, y antaño florecían sólo flores y plantas útiles y bellas. En el centro del jardín hay una fuente con siete caños que lanza sus canales por doquier y alimenta y restaura plantas y flores.

Pero el Maligno, en la ausencia del rey, ha entrado y a su vez ha esparcido semillas nocivas. De modo que ahora el jardín presenta un aspecto desordenado, para no decir desolador. Malas hierbas, espinosas, venenosas, se han extendido donde antes había márgenes, parterres, matorrales bellísimos, y los han sofocado o convertido en gramilla porque han absorbido la linfa de la tierra e impedido al sol descender sobre las plantitas.

El jardinero y sus ayudantes se afanan en limpiar, extirpar, y enderezar las plantitas plegadas bajo el peso de las otras malas. Pero si trabajan acá, el Maligno trabaja allá, y así el jardín continúa presentando su aspecto desolado. Serpientes, sapos, babosas aprovechan el desorden para anidarse, para roer, para babear. Acá y allá alguna planta robusta lo resiste todo y florece alta hacia el cielo; algún parterre también, especialmente si es de lirios y rosas. Pero los hermosos rebordes de margaritas pequeñitas y de violetas están casi

[47] En el escrito del 1° de julio

completamente cancelados.

Cuando el rey venga, no reconocerá ya su hermoso jardín que se ha hecho salvaje y con ira arrancará las yerbas, aplastará los animales escurridizos, cogerá las flores que queden y se las llevará a su palacio, eliminando el jardín para siempre.

Ahora, atenta a la explicación.

El rey es Jesucristo. El jardín es su Iglesia militante. El jardinero es mi Pedro, y sus ayudantes son los sacerdotes. Los flores y las plantas, los consagrados fieles, los bautizados. Las sustancias fertilizantes, las virtudes y sobre todo mi Sangre, esparcida totalmente para fecundar el mundo y hacer fértil la tierra para la simiente de vida eterna. La fuente son los siete sacramentos. Las semillas nocivas son los vicios, las pasiones, los pecados sembrados por Satanás en su odio hacia Mí.

El desorden está producido por el hecho de que las plantas buenas no han reaccionado y se han dejado sofocar por las malas que anulan el beneficio de mi Sangre, de mis Sacramentos, del Sol de la gracia.

El Sumo Jardinero y sus pocos, verdaderos ayudantes, no logran poner orden por la mala voluntad de las plantas buenas, por su pereza espiritual, y por la mala voluntad y pereza de muchos falsos jardineros que no se afanan en el santo trabajo de cultivar, ayudar, enderezar las almas.

Las serpientes, los sapos y las babosas son las tentaciones. Si todos los jardineros fueran diligentes y si todas las plantas estuvieran vigilantes, estos serían aplastados. En cambio las almas no piden ayuda a la iglesia cuando comprenden que la tentación es más fuerte que ellas, y los eclesiásticos no acuden, no todos, cuando una de las pobres almas, que Yo he pagado con mi Dolor y rescatado por anticipado con mi Sangre, pide auxilio.

Las plantas buenas que resisten son los verdaderos sacerdotes: desde mi Vicario, Jardinero Sumo y sumo árbol que alza hasta el cielo su copa intrépida y recta, hasta los sacerdotes sencillos que han permanecido sal de la tierra.

Los plantíos, especialmente de rosas y lirios, son las almas virginales y las almas amantes. Pero los rebordes de pequeñas margaritas: la inocencia, y de violetas: la penitencia, muestran un aspecto desolador. La inocencia nace y florece, pero enseguida desaparece, porque la malicia, la lujuria, el vicio, la imprudencia, la destruyen. La penitencia es secada literalmente por la gramilla de la tibieza. Sólo resiste algún ejemplar. Y es ese ejemplar el que perfuma, con olor de purificación, un amplio radio del jardín de las miasmas del Mal.

Cuando Yo venga, en mi hora terrible, arrancaré, pisaré, destruiré las hierbas malditas y los parásitos malditos, eliminaré el jardín del universo, llevando conmigo, al interior de mi palacio, las plantas benditas, las benditas flores que han sabido resistir y florecer para mi alegría.

¡Ay de aquellos que sean desarraigados de Mí y lanzados al reino de Mamona, que han preferido el malvado sembrador al Sembrador divino; y ay de aquellos que han preferido escuchar la voz de las serpientes y de los sapos y el beso de las babosas a la voz de mis ángeles y el beso de mi gracia. Mejor hubiera sido para ellos no haber nacido nunca!

Pero alegría, alegría eterna para quienes me han permanecido siervos buenos, fieles, castos, enamorados. Y alegría, aún mayor, para quienes han querido ser doblemente mis seguidores tomando como propio camino las vías del Calvario, para cumplir en su cuerpo lo que falta aún a la eterna pasión de Cristo. Sus cuerpos glorificados resplandecerán como soles en la vida eterna porque se habrán nutrido con mi doble pan: Eucaristía y Dolor, y habrán aumentado con su sangre el gran lavado iniciado por Jesucristo, la cabeza, y seguido por ellos, los miembros, para limpiar a los hermanos y dar gloria a Dios».

Digo más tarde a Jesús: "No comprendo este pasaje del Evangelio (cap. 2, v. 23-25, S. Juan), y Él me explica así:

«El hombre es el eterno salvaje y el eterno niño. Para ser atraído y seducido, especialmente en lo bueno -porque su naturaleza viciada le lleva fácilmente a aceptar el mal y difícilmente a aceptar el bien- necesita una farándula de prodigios. El prodigio le sacude y le exalta. Es un empujón que le impulsa al borde del Bien.

Al borde, he dicho. Yo sabía que los que creían por mis milagros estaban en los bordes. Estar allí no quiere decir estar en mi Camino. Quiere decir ser espectadores curiosos o interesados, preparados para alejarse cuando cesa la utilidad y se perfila un peligro, y a convertirse en acusadores y enemigos como antes se habían mostrado admiradores y amigos. El hombre es ambiguo, hasta que no es completamente de Dios.

Yo veo en el fondo de los corazones. Por eso no me he fiado de los admiradores de una hora, de los creyentes del instante. Éstos no habrían sido los verdaderos confesores, mis testigos. Ni Yo necesitaba testigos. Mis obras daban testimonio por Mí y testimoniaba el Padre, Aquel que eternamente es Perfección y Verdad.

He aquí el por qué Juan dice: que no necesitaba que otros dieran testimonio de Mí. Otros que no fueran el Padre y Yo mismo.

En el hombre no arraiga la verdad, por eso su testimonio no es veraz y duradero. Muchos fueron los que creyeron, pocos los que perseveraron, poquísimos los que testimoniaron durante toda su vida, y con la muerte, que Yo soy el Mesías, Hijo verdadero de Dios verdadero.

¡Beatísimos para siempre éstos!».

6 de julio

En espera de que hable Jesús, hablo yo para aclarar algunos puntos.

Habrá notado que con fecha 28 de junio hay una oración a la Stma. Sangre. Pero, mientras que Jesús se lamenta de que su Sangre sea muy poco venerada, no impone, prepotentemente, que se dé a conocer esa oración. Mientras que sobre la del 4 de junio, en reparación a Jesús Sacramentado, no me dio tregua hasta que se la mandé. Jesús me hace entender que esta oración debe rezarse mucho y, personalmente, me la hace decir con la frase dictada por Él "...por manos de Satanás".

Lamento desobedecer al censor eclesiástico. Pero entre él y el Maestro elijo al Maestro. Y aunque quisiera hacerlo de otro modo no lo lograría.

También lamento tener que decir que no conozco a quien ha escrito aquella oración. ¡Oh, lo conozco! Pero Él se esconde detrás del anónimo. Nos da una fórmula perfecta en su concisión, completa, como sólo Él podía hacerla, pide que sea dicha y basta. Así que yo, a los lejanos de aquí, digo que fue escrita por una enferma.

Escrita: es fórmula muy amplia. Yo puedo escribir la Divina Comedia, si me pongo a ello con paciencia. Pero ciertamente no soy yo quien la ha compuesto. Igualmente ahora. Yo la he escrito y Él la ha compuesto. Pero a los cercanos que podrían preguntar donde está esta enferma, digo: "No sé quien ha escrito esa oración".

Si dijese: "La he escrito yo", recibiría alabanzas que serían injustas. Si dijese quien la ha dictado, la gente creería de dos formas distintas. Una, paciencia, la padecería pensando en Jesús llamado "loco". Pero la otra no quiero que sea dicha. Porque si Jesús se inclina, verdadero Samaritano piadoso, sobre mi alma que es toda un desgarro, esto es prueba de su infinita Misericordia y no de mérito por mi parte.

Siento, con la misma exactitud que si lo hubiera ya vivido, que si la soberbia entrara en mí todo terminaría. Se lo decía esta mañana. Es una persuasión mía personal, y el buen Jesús la confirma diciéndome que "la soberbia mata a todas las virtudes, en primer lugar a la caridad. Conlleva, por tanto, consigo la pérdida de la luz de Dios. El soberbio", me explica Jesús, "no trata con santo respeto al buen Padre de los Cielos, no tiene entrañas de misericordia con los hermanos, se cree superior a las debilidades de la carne y a las reglas de la Ley. Por ello peca continuamente, y con el mismo pecado que fue la causa de la ruina de Lucifer primero, y después de Adán y de la descendencia de Adán. Pero sobre todo mata la caridad. Destruye por ello la unión con Dios".

A propósito de la caridad. Le ruego que insista encarecidamente sobre este tema a las Religiosas del Hospital. Es comprensible y excusable que estén cansadas, atareadas, nerviosas, siempre llamadas y rellamadas como están por los enfermos exigentes y frecuentemente ingratos. Pero visten el uniforme de la caridad. De la caridad activa y de la más santa actividad. Tienen entre las manos almas que sufren en cuerpos sufrientes, almas que, a veces, encuentran el rostro de Dios, en sus siervas, precisamente en las salas del hospital, almas que pueden estar cercanas al encuentro con el Dios eterno en el juicio particular.

¡Oh! ¡cuánta responsabilidad tiene quien cuida a un enfermo! Puede, con su modo de actuar, impedir el contacto, el encuentro entre dos que, al menos por parte de Uno, se habían buscado sin poder encontrarse.

El dolor es, con mucha frecuencia, cadena, chispa, imán entre Dios y la criatura. Pero cuando y cuanto menos la criatura conoce a Dios, hay que saber aprovechar el medio -enfermedad- con caridad infinita, para lograr que el alma vaya donde Jesús la atrae a su Corazón amable, y no huya de él escandalizada, chocada, escéptica, porque ve que una sierva de Jesús es... un ramo de ortigas en vez de ser un aterciopelado ramo de violetas.

Otros enfermos pueden ser católicos tibios... Pero ¿cómo se pueden encender si están rodeados de corazones que, bajo la inflamada insignia de la Cruz, están helados como carne muerta?

Entregar almas a Jesús, tomar a: estas pobres almas que la vida tira sobre las dolorosas playas de un hospital como a tantos náufragos heridos y desesperados, y recogerlas con amor, cuidarlas, calmarlas, infundir las tres sublimes virtudes teologales, las otras suavísimas virtudes cardinales, conducidas hacia la Luz. Hacer posible que en la vida, si superan la enfermedad, o en la muerte, si la hora de la muerte ha llegado, se vayan del hospital, o de la vida, llevando en el alma, encendida por la piadosa hermana enfermera, la Luz que no muere.

Si es gran responsabilidad ser madrinas de bautismo, ¿que responsabilidad será la de las "madrinas del dolor y de la muerte"? He sido enfermera, y sé y compadezco. Pero no todos lo han sido.

¿Por qué escandalizar, hacer que murmuren, herir a las almas, encerrarlas, en el momento en que deberían estar más abiertas, por qué se hieren con la anticaridad?

Perdóneme y que me perdonen las Religiosas. Pero por piedad de ellas, que deberán responder, por sí mismas y por las almas asistidas, al Juez eterno, y por piedad de quien sufre en el cuerpo y tiene tanta necesidad de luz en el alma, le ruego que insista sobre la caridad que "nos hace siervas preparadas", como decía nuestro lema de enfermeras samaritanas.

De la caridad le viene a la enfermera la paciencia, la calma, la sonrisa (tan útil ante quien sufre y tan heroica). Le viene todo en esta vida y le viene el beso de Cristo en la otra (a veces también en ésta), ese beso que es el pasaporte para el reino de Dios.

Respecto a su enferma, enferma desde hace 14 años, rezaré por ella, sufriendo. Seré feliz

si mi dolor le obtiene la visión de nuestro divino y dulce Jesús. Es sorda y muda. Pero aunque fuera también ciega, Jesús siempre podría brillar en sus tinieblas y hablar a sus tímpanos apagados. Bastaría que se desvelara un instante... Después ya no se puede salir de su surco de luz...

Rezaré mucho por esta paralizada en los miembros, como oro por las demás almas que usted dirige y que están más o menos pesadas en el espíritu. ¡Oh! quisiera sufrir mucho para subir a Dios arrastrando detrás de mí, como vuelo de ángeles, una verdadera tribu de almas. No tengo miedo de sufrir demasiado, porque sufro para complacer a Jesús.

Y ahora gracias por la sorpresa tan inesperada. Había, el domingo, hecho un verdadero sacrificio rechazando la tentación de comprar un libro: "La vida de G.M. Vianney", que me había dado para leer.

¿Pero ve qué bueno es el Señor? Cuando yo contemplo su divina bondad me saltan las lágrimas a los ojos. Porque en todo lo que recibo veo a Jesús. La mano de Jesús es la que me da esto o aquello. Una sensación tan viva por lo cual digo antes "gracias" a Jesús y después al piadoso que, inspirado por Jesús, da un alivio a la pobre María. Jesús está como una pantalla entre mí y el mundo, y yo lo veo sobreponerse a todo y a todos.

Por ello: gracias, Padre, por haber seguido la inspiración de Jesús y haberme...

Comienza a hablar Jesús y yo callo.

Dice Jesús:

«El haberme visto dejar de sufrir en la carne fue un alivio para mi Madre, pero no fue "la alegría". Veía no sufrir más la Carne del Hijo, sabía que el horror del deicidio material había terminado.

Pero en la "Llena de Gracia" estaba también el conocimiento de los siglos futuros, en los cuales muchedumbres incalculables de hombres habrían continuado hiriendo espiritualmente a su Hijo, y estaba sola.

El deicidio no acabó en el Gólgota en la hora de mi muerte. Se repite cada vez que un redimido por Mí mata su alma, profana el templo vivo de su espíritu, eleva la mente sacrílega para blasfemarme, no sólo con un habla soez obscena, sino con las mil maneras del vivir actual, cada vez más contrario a mi Ley y cada vez más neutralizante de los méritos incalculables de mi Pasión y Muerte.

María, Corredentora excelsa, no cesa de sufrir, como no ceso Yo. En la gloria intangible de los Cielos, Nosotros sufrimos por los hombres que nos reniegan y nos ofenden.

María es la eterna puérpera que os da a luz con un dolor sin par, porque sabe que ese dolor no genera bienaventurados para el Cielo, sino, en su mayor parte, condenados para el infierno. Sabe que genera criaturas muertas o destinadas a morir pronto. Muertas, porque mi Sangre no penetra en ciertas criaturas, como si fueran de jaspe durísimo. Desde su juventud se matan a sí mismas. O destinadas a morir pronto, es decir, aquellas que, después de una larva de vitalidad cristiana, sucumben bajo su inercia impasible.

¿Puede María no sufrir al ver perecer a sus criaturas que cuestan la Sangre del Hijo? ¡La Sangre derramada por todos y que beneficia a tan pocos!

Cuando el tiempo deje de existir, entonces María cesará de sufrir, porque el número de los bienaventurados estará completo. Ella habrá generado, con dolor inenarrable, el cuerpo que no muere, del que su Primogénito es la cabeza.

Si consideráis esto, podéis entender bien cómo el dolor de María fue sumo dolor. Podéis entender cómo -grande en la Concepción inmaculada, grande en su gloriosa Asunción- María fue grandísima en el ciclo de mi Pasión, es decir desde la noche de la Cena hasta el alba de la Resurrección. Entonces Ella fue el segundo -en número y potencia- el segundo Cristo, y

mientras que el cielo se oscurecía sobre la tragedia cumplida y se desgarraba el velo del Templo, nuestros Corazones se desgarraron por la misma herida viendo el número inmensurable para los que la Pasión fue inútil.

Todo cumplido, en aquella hora, del sacrificio material. Todo por iniciar, en relación al camino de las gentes en el surco de la Iglesia, en la matriz de la Madre Virgen, para dar a luz a los habitantes de la Jerusalén que no muere. Y; por iniciarse con esa huella de Cruz, que debe llevar todo cuanto es hecho para el Cielo, se inició en el dolor de la soledad.

Era la hora de las tinieblas. Cerrados los Cielos. Ausente el Eterno. El Hijo en la muerte. María sola iniciaba su segunda mística concepción» .

Y ahora termino yo.

Decía por tanto: gracias, Padre, por haber seguido la inspiración de Jesús y por haberme dado la ocasión de releer la Vida del Cura de Ars. Me gusta mucho porque fue un alma víctima.

Respecto a mí, estoy, en mi sufrimiento, plácida como un niño en la cuna y un pajarillo bajo el ala materna. Mi Sol tiene para mí función de vida, de antidolor, de todo. Me pongo bajo su irradiar y soy feliz.

¿Ha observado alguna vez las palomas? Cuando pueden hacerlo, se acurrucan al sol, abren las alitas, las levantan a turno para hacerse besar por el sol bajo las alas, levantan la cabecita y miran, con evidente satisfacción, diría casi con animal beatitud, el sol de oro. Están felices al dejarse calentar por él, ni se sabe cómo pueden resistir tanto tiempo bajo el rayo de fuego que desciende perpendicular desde el astro sobre ellas.
Yo parezco una palomilla bajo el sol. Estoy allí, fija fija, y no me muevo, contenta de sentirme invadir, derretir por su fuego con la esperanza de ser consumada pronto, atraída a Él.

¡Oh! ¡mi Sol! Como dice usted muy bien, debería otro sentir lo que yo siento para entenderlo... Yo me esfuerzo inútilmente en explicar cómo es esa Luz: Paz, Majestad, Ciencia, Belleza... No. No se puede decir qué sea para el alma este inextinguible, inexpresable, aliviador esplendor.

7 de julio

Dice Jesús:

«En el Pater noster está la perfección de la oración.

Observa: ningún acto está ausente en la brevedad de la fórmula. Fe, esperanza, caridad, obediencia, resignación, abandono, petición, contrición, misericordia, están presentes. Diciéndola, oráis con todo el Paraíso, durante las cuatro primeras peticiones, después, dejando el Cielo, que es la morada que os espera, volvéis sobre la tierra, permaneciendo con los brazos alzados hacia el Cielo para implorar por las necesidades de aquí abajo y para pedir ayuda en la batalla que hay que vencerse para volver allá arriba.

"Padre nuestro que estás en los cielos".

¡Oh María! Sólo mi amor podía deciros: decid: "Padre nuestro". Con esta expresión os he investido públicamente con el título sublime de hijos del Altísimo y hermanos míos. Si alguno, aplastado por la consideración de su nulidad humana, puede dudar de ser hijo de Dios, creado a su imagen y semejanza, pensando en esta palabra mía no puede ya dudar. El Verbo de Dios no yerra y no miente. Y el Verbo os dice: decid: "Padre nuestro".

Tener un padre es algo dulce y una gran ayuda. Yo, en el orden material, he querido tener un padre sobre la tierra para tutelar mi existencia de niño, de muchacho, de joven. Con esto he querido enseñaros, sea a los hijos que a los padres, cuán grande sea la figura moral del

padre. Pero tener un Padre de perfección absoluta, cual es el Padre que está en los Cielos, es dulzura de las dulzuras, ayuda de las ayudas. Mirad a este Padre Dios con temor santo, pero siempre más fuerte que el temor sea el amor agradecido por el Dador de la vida en la tierra y en el cielo.

"Santificado sea tu Nombre".

Con el mismo movimiento de los serafines y de todos los coros angélicos, a los cuales y con los cuales os unís al exaltar el nombre del Eterno, repetid esta exultante, agradecida, justa alabanza al Santo de los Santos. Repetidla pensando en Mí que antes que vosotros, Yo, Dios hijo de Dios, la he dicho con suma veneración y con sumo amor. Repetidla en la alegría y en el dolor, en la luz y en las tinieblas, en la paz y en la guerra. Bienaventurados los hijos que nunca han dudado del Padre y siempre, en cada circunstancia, han sabido decide: "¡Bendito sea tu Nombre!".

"Venga tu Reino".

Esta invocación debería ser el latido del péndulo de toda vuestra vida, y todo debería gravitar sobre esta invocación al Bien. Porque el Reino de Dios en los corazones, y desde los corazones en el mundo, querría decir: Bien, Paz, y todas las demás virtudes. Escandid por ello vuestra vida de innumerables imploraciones por la llegada de este Reino. Pero imploraciones vivas, es decir actuar en la vida aplicando vuestro sacrificio de cada momento, porque actuar bien quiere decir sacrificar la naturaleza, con esta finalidad.

"Hágase tu voluntad así en la tierra como en el Cielo",

El Reino del Cielo será de quien ha hecho la Voluntad del Padre, no de quien haya acumulado palabras sobre palabras, y después se ha rebelado al querer del Padre, mintiendo a las palabras antes dichas. También aquí os unís a todo el Paraíso que hace la Voluntad del Padre. Y si tal Voluntad la hacen los habitantes del Reino, ¿no la haréis vosotros para haceros, a su vez, habitantes de allá arriba? ¡Oh! ¡alegría que os ha sido preparada por el amor uno y trino de Dios! ¿Cómo podéis vosotros no afanaros con perseverante voluntad para conquistada?

Quien hace la Voluntad del Padre vive en Dios. Viviendo en Dios no puede errar, no puede pecar, no puede perder su morada en el Cielo, porque el Padre no os hace hacer más que lo que es el Bien, y que, siendo Bien, salva del pecar, y conduce al Cielo. Quien hace suya la Voluntad del Padre, anulando la propia, conoce y gusta ya en la tierra la Paz que es la dote de los bienaventurados. Quien hace la Voluntad del Padre, matando la propia voluntad perversa y pervertida, ya no es un hombre: ya es un espíritu movido por el amor y viviente en el amor.

Debéis, con buena voluntad, arrancar de vuestro corazón vuestra voluntad y poner en su lugar la Voluntad del Padre.

Después de haber provisto a las peticiones para el espíritu, porque sois pobres, vivientes entre las necesidades de la carne, pedís el pan a Aquél que provee de alimento a los pájaros del aire y de vestidos a los lirios del campo. "Danos hoy nuestro pan cotidiano".

He dicho hoy y he dicho pan. Yo no digo nunca nada inútil.

Hoy. Pedid día tras día las ayudas al Padre. Es medida de prudencia, justicia, humildad.

Prudencia: si lo tuvierais todo de una vez, desperdiciaríais mucho. Sois eternos niños y caprichosos por añadidura. Los dones de Dios no deben desperdiciarse. Además, si lo tuvierais todo, olvidaríais a Dios.

Justicia: ¿Por qué deberíais tenerlo todo de una vez cuando Yo tuve, día a día, la ayuda del Padre? ¿Y no sería injusto pensar que está bien que Dios os dé todo junto, pensando por los adentros con cuidado humano que, nunca se sabe, está bien tenerlo hoy todo en el temor de que mañana Dios no dé? La desconfianza, vosotros no reflexionáis en esto, es un

pecado. No hay que desconfiar de Dios. Él os ama con perfección. Es el Padre perfectísimo. Pedirlo todo junto choca con la confianza y ofende al Padre.

Humildad: el deber pedir día a día os refresca en la mente el concepto de vuestra nada, de vuestra condición de pobres, y del Todo y de la Riqueza de Dios.

Pan. He dicho "pan" porque el pan es el alimento rey, el indispensable para la vida. Con una palabra y en la palabra he encerrado, para que las pidierais todas, todas las necesidades de vuestra permanencia terrena. Pero al igual que son distintas las temperaturas de vuestra espiritualidad, así son distintas las extensiones de la palabra.

"Pan alimento" para quienes tienen una espiritualidad embrional hasta el punto de que es ya mucho si saben pedir a Dios el alimento para saciar su vientre. Hay quien no lo pide y lo coge con violencia, maldiciendo a Dios y a los hermanos. Éste es mirado con ira por el Padre porque pisotea el precepto del que proceden los demás: "Ama a tu Dios con todo tu corazón, ama a tu prójimo como a ti mismo".

"Pan ayuda" en las necesidades morales y materiales para quien no vive sólo para el vientre, sino sabe vivir también para el pensamiento, teniendo una espiritualidad más formada.

"Pan religión" para aquellos que, aún más formados, anteponen a Dios a las satisfacciones del sentido y del sentimiento humano y ya saben mover las alas en lo sobrenatural.

"Pan espíritu, pan sacrificio" para quienes, alcanzada la edad plena del espíritu, saben vivir en el espíritu y en la verdad, ocupándose de la carne y de la sangre sólo cuanto es estrictamente necesario para continuar existiendo en la vida mortal, hasta que sea la hora de ir a Dios. Éstos ya se han cincelado a sí mismos sobre mi modelo y son copias vivientes de Mí, sobre las cuales el Padre se inclina con abrazo de amor.

"Perdónanos nuestras deudas como nosotros las perdonamos a nuestros deudores".

No hay, en el número de los creados, ninguno, excepto mi Madre, que no haya tenido que hacerse perdonar por el Padre culpas más o menos graves según la propia capacidad de ser hijos de Dios.

Rogad al Padre que os borre del número de sus deudores. Si lo hacéis con ánimo humilde, sincero, arrepentido, inclinaréis al Eterno a vuestro favor.

Pero condición esencial para lograrlo, para ser perdonados, es perdonar. Si sólo queréis y no dais piedad a vuestro prójimo, no conoceréis perdón del Eterno. Dios no ama a los hipócritas y a los crueles, y aquel que rehúsa perdonar al hermano rechaza el perdón del Padre para sí mismo.

Considerad además que, por cuanto podáis haber sido heridos por vuestro prójimo, vuestras heridas a Dios son infinitamente más graves. Que este pensamiento os impulse a perdonarlo todo como Yo perdoné por mi Perfección y para enseñaros a vosotros el perdón.

"No nos dejes caer en tentación y líbranos del mal".

Dios no os induce en tentación. Dios os tienta solamente con dones de Bien, y para atraeros a Sí. Vosotros, interpretando mal mis palabras, creéis que ellas quieran decir que Dios os induce en tentación para probaros. No. El buen Padre que está en los Cielos permite el mal, pero no lo crea. Él es el Bien del que brota todo bien. Pero el Mal existe. Existió desde el momento en que Lucifer se levantó contra Dios. A vosotros os corresponde hacer del Mal un Bien, venciéndolo e implorando al Padre las fuerzas para vencerlo.

He aquí lo que pedís con la última petición. Que Dios os dé tanta fuerza como para saber resistir a la tentación. Sin su ayuda la tentación os podría porque es astuta y fuerte, y vosotros sois torpes y débiles. Pero la Luz del Padre os ilumina, pero la Potencia del Padre os fortalece, pero el Amor del Padre os protege, por lo cual el Mal muere y vosotros os

quedáis liberados de él.

Esto es cuanto pedís con el Pater que Yo os he enseñado. En él está todo comprendido, todo ofrecido, todo pedido de cuanto es justo que sea pedido y dado. Si el mundo supiera vivir el Pater, el Reino de Dios estaría en el mundo. Pero el mundo no sabe orar. No sabe amar. No sabe salvarse. Sólo sabe odiar, pecar, condenarse.

Pero Yo no he dado y hecho esta oración para el mundo que ha preferido ser reino de Satanás. Yo he dado y he hecho esta oración para aquellos que el Padre me ha dado porque son suyos, y la he hecho para que sean uno con el Padre y conmigo desde esta vida, para alcanzar la plenitud de la unión en la otra».

8 de julio

Dice Jesús:

«Ha venido, estableciéndose en las ciudades y en los pueblos más importantes, una asociación benéfica llamada de los "Donadores de sangre", la cual consiste en voluntarios que dan, a petición de los médicos, sangre para los desangrados civiles o militares. Muchas vidas se han salvado así, y estos generosos son alabados, señalados como ejemplo ante la Nación, ayudados a superar la debilidad consecuente al acto. Están, en fin, considerados en una atmósfera de privilegio.

Es justo. La suya es una gran caridad, y si Yo he prometido un premio a quien da un vaso de agua en mi Nombre, sabré ciertamente tener un gran premio para quien sabe dar su sangre por caridad hacia el prójimo y no extingue el mérito de su caridad con culpas graves.

¿Pero no os dais cuenta de que Yo os he dado toda mi Sangre, y no para dar salvación a una carne que de todas formas morirá, sino para dar salvación de vida eterna a la parte que no muere nunca?

Os he dado mi Sangre, y era la de un Dios, entre dolores inauditos e inauditas ofensas. Os la he dado sin que se me pidiera. Os la he dado por amor. Me he vestido de carne para podérosla dar. Me he exiliado de los Cielos para podérosla dar. He sufrido por treinta y tres años hambre, frío, cansancios, vejaciones, burlas, para podérosla dar. He terminado mi vida soportando la traición, que es tormento mayor que una herida, el beso infame abrasante más que una hoguera, las torturas de mentirosos sacerdotes, de insano s gobernantes, de una plebe sin reconocimiento y sin honradez, soportando los escarnios de soldadescas paganas, las torturas de una ley humana, una sentencia vergonzosa, una muerte horrible, todo para daros mi Sangre.

Las últimas gotas de mi Sangre -que había mojado las calles y las cortes de Jerusalén y había dejado sus huellas en el palacio donde existía un poder mal interpretado y un corazón sólo temeroso de perder el poder- se habían situado entre el corazón y el pulmón privados de movimiento, y me fueron quitadas con violencia. Pero en la separación de mi Espíritu de la carne ya apagada, Yo me he alegrado de que también esas últimas gotas fueran derramadas.

Había venido para daros toda mi Sangre y os la he dado, y os la doy, continuamente, en los sagrados misterios. Pero si supiera que con una nueva venida mía vosotros os convertiríais, ¡oh perfectos paganos!, ¡oh duros renegadores de vuestro Dios Crucificado!, vendría para daros mi Sangre en forma humana, como es necesario para vosotros que vivís sólo de carne y sangre, y habéis matado o entorpecido el espíritu y con el espíritu el amor y la fe.

Pero no serviría para nada. Aumentaríais vuestro peso de culpas ante los ojos del Padre, y si entonces tuve uno que me vendió por treinta denarios, ahora tendría mil y cien mil que

me cambiarían por el beso de una pecadora, por la utilidad de una promoción, y aún por menos.

Deciros que sois y vivís de carne y sangre, es haceros todavía un elogio. Vivís de fango y en el fango, nuevos fariseos que os golpeáis el pecho y simuláis una religión y una fe, pero os hacéis de ello sólo un trampolín para utilidad vuestra, utilidad terrena. Vivís no sólo en el fango, sino en materia aún más cenagosa, vosotros que ni siquiera tenéis la falsa piedad de los nuevos fariseos y sois peor que los paganos de hace veinte siglos, y mezcláis delito con lujuria, ladronería de toda clase con vicio de toda medida.

Pero, según la antigua ley, quien utiliza algo malvado de lo mismo morirá. Vosotros vivís en el fango y en el fango moriréis. Precipitaréis desde el fango de la tierra al fango del infierno, porque habéis destruido mi Ley en vuestros corazones, mi nueva Ley de piedad, de amor, de pureza, de bondad.

Pero por la millonésima vez os digo, en verdad, que sólo aquellos que están señalados por mi Sangre y que viven no como enemigos sino como amigos del Cristo Crucificado, verán en la hora de la muerte surgir la aurora del día eterno, donde toda tribulación termina y es sustituida por la bienaventuranza de poseer para siempre a Dios, sin velos y sin limitaciones».

9 de julio

Dice Jesús:

«El Señor hablando a Moisés dijo: "No contaminéis vuestras almas con ningún reptil que se arrastra sobre la tierra. Yo soy el Señor que os ha sacado de Egipto para ser vuestro Dios; y vosotros seréis santos, porque Yo soy santo".

Estas palabras te han impresionado. ¿Las meditamos juntos? Tu Maestro habla. Al pueblo hebraico de entonces el Señor no podía dar la perfección de la Ley como la he dado Yo después a un mundo más adelantado y encaminado a una civilización cada vez mayor. Civilización no quiere decir perfección. Quiere decir únicamente complicación. Vosotros os habéis hecho cada vez más complicados en las costumbres, en las usanzas, en las prohibiciones.

Entonces las muchedumbres vivían siguiendo el instinto más que otra cosa, y aunque cometían cosas que a vuestra mentalidad aparecen repugnantes, no eran responsables como lo sois vosotros por tantas otras. Ellos las cumplían sin malicia, movidos a cumplirlas por la necesidad y por su propia mentalidad. Vosotros las cometéis con malicia y aquí está la culpa. Pero tú ves que, por cuanto tuvieran muchos atenuantes en su modo de actuar, dada su limitada civilización, fueron castigados cuando sobrepasaron la medida en el mal cometido por su mentalidad infantil.

El Señor les da a ellos leyes pequeñas, y al mismo tiempo externas más que internas. Yo hablaré para vuestras almas. El Padre habla también a Moisés para la vestidura de vuestras almas. Era una vestidura cuya aspereza volvía casi feroz, en el instinto y en las costumbres. Por lo que el Creador debió continuar vuestra creación, como personas morales, limando, alisando, limpiando vuestra vestidura. De aquí las pormenorizaciones materiales de la Ley. Pero, un alma perdida en Cristo Luz, no debe ver las cosas materiales. Debe ver lo que se esconde debajo de la naturaleza: es decir el espíritu y cuánto está dicho al espíritu.

"No contaminéis vuestras almas con ningún reptil que se arrastra sobre la tierra". Lee: con ningún reptil espiritual que acecha vuestra alma.

Las pasiones son los reptiles satánicos que suben de la profundidad fangosa para envolveros el corazón y contaminároslo. Yo he dicho: "No son las cosas que entran por la

boca y salen por las vías naturales las que contaminan al hombre, sino lo que sale del corazón corrompe al hombre, cuando del corazón salen las pasiones malvadas entradas a haceros nido como serpientes en un hueco de roca". Yo he perfeccionado la Ley y os he mostrado cuáles son los reptiles que contaminan al hombre, futuro ciudadano de la Jerusalén eterna.

Levantaos, criaturas a las que he dado la vida de la vida. No os arrastréis. No tengáis contacto con lo que se arrastra. Yo he dado impulso a vuestro espíritu para subir. Mi gracia es ala.

"Yo soy el Señor que os he sacado de Egipto".

El pueblo mosaico tenía una gran obligación hacia el Señor que lo había sacado de la esclavitud. Pero, ¡oh María!, considera cuál y cuánta sea la gratitud que me debéis a Mí Redentor. La esclavitud de Egipto oprimía a los hebreos sobre la tierra, en el día mortal. El pecado original y todos los demás pecados oprimen a los hombres para el día eterno. Y Yo os he librado.

Yo soy el Libertador de la estirpe humana y en verdad te digo que entre los caudillos y libertadores de toda la tierra, desde los primeros a los últimos días, no ha habido ni habrá uno semejante a Mí. ¡Cuál obligación por tanto tenéis de amarme! Sí. De amarme. Yo, a cambio de cuanto os he dado, no pido más que amor.

Yo os he sacado de la culpa para ser vuestro Dios. Pero no el Dios que aparece entre ciclones y rayos e incinera y arrasa. Yo soy Jesús, el Dios de bondad, que aparece como una cándida flor de una cándida mata para salvaros, y pasa entre vosotros sanándoos y bendiciéndoos, y muere bendiciéndoos y dándoos perdón y Vida.

Pero quiero que vosotros tratéis de imitarme. Tal el Cristo tal el cristiano, oh hijos que he sumergido en mi Sangre, eterna Piscina probática donde se curan las enfermedades del espíritu. El Señor dice: "Seréis santos porque Yo soy santo". Yo os digo: "Sed perfectos como mi Padre es perfecto".

¡Oh! no os pongo límite en la santidad. Os doy la guía para conduciros: abnegación de cuanto es Mal. Os doy un arma para vencer: mi Cruz. Os doy la medicina que refuerza y cura: mi Sangre. Os doy la medida de la perfección a alcanzar: la de Dios. Alcanzadla y haréis regocijarse mi Corazón.

He ahí, pequeña discípula de mi Corazón, he ahí vista a través de la pupila del Hijo de Dios, la Palabra del Padre, hela ahí explicada y comprendida a la luz del Espíritu. Porque en cada palabra nuestra está el Dios Uno y Trino y cada palabra se comprende con la ayuda de Dios Uno y Trino».

## 10 de julio

Dice Jesús: .

«Escucha, María. ¿Conoces la parábola de ese padre que tiene dos hijos; uno dice: "Sí, padre mío", y después no hace nada; el otro dice: "No, padre mío", y después hace lo que el padre le pide?

No quiero aquí hacerte meditar sobre los deberes de los hijos y sobre la belleza de la obediencia. No. Digo sólo que quizás aquel padre no era un modelo de padre. Prueba de ello sea que los hijos no le amaban: uno le miente, el otro responde con un rechazo que supera después con esfuerzo sobrenatural.

No todos los hijos son perfectos, pero también es verdad que no todos los padres son perfectos. El mandamiento dice: "Honra al padre y a la madre" y quien lo transgrediera peca y será castigado por la Justicia divina. Pero la Justicia no sería justicia si no usara la misma

medida hacia quien no honra a los hijos. Honrar en el lenguaje antiguo quiere decir: tratar con respeto reverencial a una persona. Ahora si es deber honrar a quienes nos han dado la vida y han provisto a nuestras necesidades de niños y de muchachos, no es menos cierto que también se debe, por parte de los padres, honrar a las criaturas que Dios les ha concedido tener y ha confiado a las criaturas que las han generado para que las críen santamente.

Demasiado frecuentemente los padres y las madres no piensan que ellos se hacen depositarios y custodios de un prodigio de Dios Creador. Porque cada nueva existencia es un prodigio del Creador. Con demasiada frecuencia los padres no piensan que dentro de aquella carne generada por la carne y por la sangre humana hay un alma creada por Dios y que debe crecer en una doctrina de espíritu y verdad para ser devuelta a Dios dignamente.

Cada hijo es un talento confiado por el Señor a un siervo suyo. Pero ¡ay de aquel siervo que no lo hace fructificar, lo deja inerte desinteresándose de él, o incluso todavía peor, lo separa y corrompe! Si a aquel que no vigila por enriquecer el talento vivo del buen Dios, Dios le preguntará con voz severa el por qué y amenazará un largo castigo, a quien destruye y mata el alma de un hijo, Dios, dueño y juez de todo aquello que existe, con inexorable veredicto sancionará eterna pena al padre homicida de la parte más preciosa del hijo: su alma.

Esto en el campo general. Ahora el lado particular.

¿Sabes cómo debes amar a tu madre para poderla continuar amando? Con un amor únicamente espiritual. El otro... es inútil. Ella no lo ve, no lo entiende, no lo siente. Y lo pisotea haciéndote sangrar en tu humanidad. Por ello te digo: ámale sólo espiritualmente. Es decir ama y afán ate por su pobre alma. No te digo más porque eres hija y no quiero que juntos faltemos de honor a una madre. Yo soy Dios y Juez. Lo podría hacer. Pero contigo no lo quiero hacer. Aunque un padre falte debe ser respetado porque es "padre".

Ama a su pobre alma. Tiene mucha necesidad de tu caridad de hija. Los padres y las madres que pecan hacia los hijos tienen necesidad, en orden a la vida eterna, de la ayuda de los hijos y del perdón de los hijos para tener aligerada la pena.

Reflexiona mucho sobre cuanto te digo sin que Yo tenga la necesidad de añadir nada. Si tú te paras a considerarla como mujer no puedes honrarla. Estoy de acuerdo. Pero considera que es un alma hija de Dios y muy, muy, muy rudimentaria. Tu caridad de hija debe afanarse en reparar sus deficiencias, debes enriquecerla tú para que no se presente demasiado pobre al Dios Juez. .

Tienes piedad de los enfermos y tienes amor por los niños. Pero ¿qué niñez espiritual es más niñez que la de tu madre? Y ¿qué enfermedad espiritual es más enfermedad que la de tu madre? Abraza por ello su espíritu oscuro y pesado y álzalo hacia la Luz.

Difícil amor el espiritual. Lo sé. Pero es amor de perfección. Es el amor que he tenido Yo por tantos cuando era mortal. Yo sabía quién me habría traicionado. Sabía quién me habría renegado. Sabía quién habría huido en la hora tremenda. Nada me era oscuro. Y bien, he cumplido prodigios inmensurables de amor espiritual porque mi Carne y mi Sangre se estremecían de repulsión cuando sentían cerca de sí a los pávidos, los renegadores y especialmente al traidor- para tratar de salvar sus espíritus.

A muchos he salvado así. Sólo los poseídos completamente por el demonio, completamente digo, resistieron a mi baño de amor espiritual. Los demás, poseídos por una pasión sola, fueron salvados antes o después de mi Muerte. Judas, Caifás, Anás y algún otro, no, porque los siete príncipes de los demonios los tenían agarrados con siete cuerdas, y cohortes de demonios estaban en ellos para cumplir el trabajo que hizo de ellos las gemas del Infierno.

Tú ama así. Harás tu deber y te me mostrarás verdadera discípula. Respecto a ella, déjame a Mí el oficio de Juez. Ve en paz, alma querida, y no peques».

¡Y se necesitaba tanto la palabra y la caricia!... Porque si debiera verdaderamente mirar a la humanidad... sería como para escapar a la cima del Monte Blanco.

Este último trozo me ha sido dictado a las 7 de la mañana, y a las 11 de la mañana por poco me voy al Creador de tanto que se desató la injusta y cruel prepotencia de mi madre. ¿Se lo decía ayer que está en un período feroz? No he exagerado. Ahora que me ha hecho estar mal -es de noche y el corazón aún está agitado, a decir del médico he arriesgado la muerte, y la he sentido- está contenta.

Amén. Obedezco a Jesús y ofrezco este dolor físico y moral por su alma.

11 de julio

Dice Jesús:

«Quien mata el amor mata la paz. La paz es tanto más viva cuanto más vivo es el amor. ¿Quieres la medida de cómo un ser ame? Observa si tiene o no tiene la paz en sí. Quien ama actúa bien. Actuando bien no conoce turbación. Esto sirve para todas las formas de amor.

El amor natural no se distingue en ciertas facetas del amor espiritual. Ni se puede decir que se distinga en las reacciones. Cuando una criatura no ama o ama mal a otra criatura, está inquieta, recelosa y llevada a desconfiar y a acrecentar cada vez más sus agravios y automáticamente sus sospechas y sus inquietudes. Cuando, pues, una criatura no ama o ama malamente a su Dios, la inquietud aumenta infinitamente y ya no da paz. Como un viento de desventura, arrastra cada vez más lejos del puerto la pobre alma, que acaba pereciendo míseramente, si no interviene un milagro de divina bondad para salvarla. Es lógico que sea así.

Dios está sin culpa hacia vosotros, y vosotros tenéis la absoluta obligación de amarle porque Él os da amor, y amor pide amor. Cuando vosotros negáis a Dios amor, caéis, por natural consecuencia, en poder del príncipe del Mal. Dejáis la Luz, y las tinieblas os envuelven. Comienza entonces el tormento que es la fase preparatoria de las penas futuras. Pero el alma amante, segura de ser amante, está en la paz. El prójimo podrá acusarla de las cosas más malvadas, podrán las circunstancias tener apariencia de castigo celestial. Pero el alma no saldrá de la paz. Porque sabe que ama, no teme nada.

Mira a Juan. "Uno de vosotros me traicionará" dije. Y aquella frase fue como una chispa lanzada en una laboriosa colmena. Todos se resintieron. El culpable hasta llegó a denunciarse a sí mismo diciendo: "¿Soy yo acaso?", y obteniendo mi respuesta afirmativa que sólo la obtusidad de los demás no permitió que fuese comprendida. La culpa tiene estas imprudencias: ciega hasta el punto que conduce a la auto denuncia.

Pero Juan, el amante fiel, no movió la cabeza de mi pecho. Su paz permaneció sin estremecimientos. Él sabía que y cómo me amaba. Tenía como defensa, contra toda acusación y reproche, su caridad y su pureza. Ha permanecido, con la cabeza que no sabía traicionar, sobre el Corazón que no sabía traicionar.

Te doy a Juan como modelo. Hace años que te lo doy como intercesor. Recuerda. Antes intercedió, ahora te instruye sobre las dos cualidades que hacen de un discípulo un predilecto: la caridad y la pureza. Cuanto más crezcas en ellas más crecerá la paz en ti. Y con la paz el abandono total sobre mi Corazón.

La muerte de los amantes no es un cambio: es una perfección. Pasáis del reposo,

obstaculizado por la materia, al libre reposo del espíritu en Dios. No es más que un estrecho abrazo en una luz más viva.

He ahí la muerte que Yo reservo a quien me ama. Muerte de paz después de una vida de paz. 'Y en mi Reino, la eterna Paz».

12 de julio

Dice Jesús:

«¿Sabes por qué pido [48] aún más intensas reparaciones y universales oraciones al Stmo. Sacramento? Por justicia. Dios es justo incluso en las cosas más insignificantes. Piensa si no querrá ser justo en lo que se refiere a su culto.

El Sacramento condensa Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad de tu Jesús. Por eso, orando con espíritu de reparación a Mí Eucaristía, se ora no sólo a mi Cuerpo, sino a mi Sangre además del Alma y la Divinidad. Por ello las reparaciones a mi Sangre son absorbidas por las dadas a la Eucaristía en la cual Yo estoy todo.

Pido que mi Sangre sea amada y usada para las infinitas necesidades de las almas. No dejéis infructuoso este océano de potencia cuyas olas son dadas por mi Sangre. Pero, aunque sería bueno que la Sangre del Redentor tuviera mucho mayor culto del que tiene, también es cierto que, dada su santidad, Yo confío este culto y este ministerio a las almas más dotadas de dotes espirituales.

Culto y ministerio, he dicho. Para ser ministros de un culto no es necesario ser sacerdotes. Es sacerdote cada alma que sabe ser verdadera discípula mía. Yo no os niego este honor y no me niego. Nada me es más querido que ser tomado y distribuido por manos amorosas y puras sobre almas estériles, manchadas, enfermas. El sacerdote consagrado me derrama sobre las almas en la Confesión. Pero los sacerdotes desconocidos, consagrados por el amor que sólo Yo conozco, pueden ofrecerme y derramarme sobre todas las almas.

No hay ministerio más meritorio que el de unir la propia sangre a la de la gran Víctima y en una mística Misa, en la que Yo soy el Celebrante y vosotros los acólitos, sacrificarse juntos y proveer juntos a los fieles y a los no fieles, que también tienen necesidad de mi Sangre y de la vuestra, de mi Sacrificio y del vuestro, para encontrar el camino de la Vida y de la Verdad.

Otra razón por la cual exijo mayor reparación hacia Mí Eucarístico es que las imprecaciones blasfemas son contra el Sacramento mientras que la Sangre, en concreto, está exenta de ello. El olvido que la envuelve la preserva. Es mejor ser olvidados que blasfemados.

He aquí el porqué, con justicia, te digo que mucho debe repararse hacia la Eucaristía. Reparación general al Sacramento, pero culto particular de los discípulos más queridos a mi Sangre.

La confío a los amigos entre mis amigos. Como un ejército en batalla cierra las banderas en el cuadrado de los más fieles, así Yo engarzo mi Sangre entre quienes sé que son más fieles, capaces de cualquier sacrificio por amor de su Rey, y os doy la consigna de pasar entre las muchedumbres con el corazón lleno de mi Sangre, para que Ella descienda sobre los pobres hombres para salvarlos. Quien se haya desbordado por las cosas de su Señor, recibirá del Señor alta merced en mi Reino, así os dice el Señor, así os dice el Redentor, así os dice el Amor, y así será porque Dios es fiel y veraz y da el ciento por uno».

13 de julio

[48] En el escrito del 6 de julio

Dice Jesús:

«El reino de Dios está en vosotros. El hombre no ha entendido nunca esta verdad.

Mientras que Yo vivía, ha creído que mi reino fuera un reino de poder y de poderío temporal. Esto hizo que muchos me circundaran, esperando obtener algún beneficio en el futuro.

Pero Yo no he mentido, no he engañado. Mi Palabra era clara. Prometía un reino, pero señalaba también el camino para poseerlo. Este camino no es y no era el recorrido frecuentado por quienes van escalando un poder. Era más bien el camino opuesto. Y precisamente porque era opuesto, sólo fue recorrido generosamente por pocos.

Mi reino no es de este mundo. El mundo en el que os detenéis es la amarra por la que podéis subir a mi mística nave. Pero subir por una amarra no es fácil. Es necesario estar ágiles, ligeros, sanos, no sufrir los vértigos que afectan a quienes abusan en los placeres. El vicio impide la subida, las enfermedades también y así el exceso de apego a las cosas de la tierra y la pereza del espíritu.

Estad sanos en el alma, y como estar sanos completamente es casi imposible para el hombre, tratad al menos de combatir al inicio vuestras enfermedades espirituales.

Sed diligentes. No digáis: "He trabajado ya tanto que ahora descanso". No, hijos que espero en la gloria. Mi reino es de tal alegría que ninguna fatiga es demasiado larga o demasiado grave para conquistarlo.

Cuando actuáis según mi Ley, ya está en vosotros mi Reino. Y lo sentís por la paz que fluye en vosotros como ola inagotable. Esta paz no es la pobre paz humana, acechada por tantas cosas y tantas personas enemigas. Es Paz verdadera: es mi Paz.

En el libro de Juan está dicho: "Éstos son los que han venido de la gran tribulación". He aquí la ayuda más grande para conquistar mi eterno Reino de Paz. Yo os he abierto sus puertas con mi gran tribulación, pero vosotros, discípulos fieles que Yo llamo al Reino, no sois más que el Maestro y debéis serviros de la misma arma para subir a Mí. La cruz es escalera, la cruz es ala, el dolor es medicina, el dolor es purificación.

Todo se cumple sólo cuando se bebe -para impedirme a Mí que la beba- la amargura de las amarguras: la hiel y el vinagre, para reparar el odio y el pecado y limpiar las almas de los hermanos del odio y del pecado. La hiel me la da el odio que me maldice después de cuánto he donado; el vinagre, por el pecado que agria mis sarmientos hasta volverlos salvajes. La caridad vuelve dulce la hiel y bueno el vinagre, porque la caridad repara y redime.

Pero la caridad nunca va separada del sufrimiento, porque siendo cosa santa desencadena las iras del Enemigo. En compensación, el sufrimiento nunca va separado de la gloria, porque Yo soy justo Y doy a quien dona».

14 de julio

Dice Jesús:

«Quien cierra el corazón a la misericordia cierra el corazón a Dios. Porque Dios está en vuestros hermanos y quien no es misericordioso hacia los hermanos no es misericordioso hacia Dios.

No se puede separar a Dios de sus hijos, y pensad bien que vosotros que vivís sois todos hijos del Eterno que os ha creado. También aquellos que en apariencia no lo son, porque viven fuera de mi Iglesia, lo son. No creáis que os es lícito ser duros, egoístas, porque uno no es de los vuestros. El origen es uno: el Padre. Sois hermanos aunque no viváis bajo el mismo techo paterno. ¿Y cómo no pensáis en actuar para atraer a los alejados, a los

perdidos, a los infelices, que por diversos motivos están fuera de mi morada?

Dios no es exclusivo de los católicos, y mucho yerran aquellos católicos que no se afanan por los no católicos. No trabajan por el interés del Padre, son sólo parásitos que viven del Padre sin darle ayuda filial. Dios no tiene necesidad de ayuda porque es potentísimo. Pero de todos modos la quiere de vosotros.

Dios circula como sangre vital en las venas de todo el cuerpo del Universo. De este gran cuerpo creado por Él, la Catolicidad es el centro. ¿Pero cómo podrían los miembros más lejanos ser vivificados por Dios si el centro se encerrase en sí mismo con su Tesoro y excluyese a los miembros del beneficio?

Dios está también donde distinta fe o distinto espíritu hace pensar que no esté. Y en verdad os digo que no es lo que aparece lo que es verdadero. Muchos católicos están desprovistos de Dios más de cuanto lo esté un salvaje. Porque muchos católicos tienen de hijos de Dios sólo el nombre, peor: escarnecen y hacen escarnecer este nombre con las obras de una vida hipócrita, cuyas manifestaciones son la antítesis de los dictámenes de mi Ley, cuando no llegan a la abierta rebelión que les hace enemigos de Dios. Mientras que en la fe de un no católico, equivocada en la esencia pero corroborada por una vida recta, está más el signo del Padre. Éstas son sólo criaturas que tienen necesidad de conocer la Verdad. Los hijos falsos, en cambio, son criaturas que deben conocer, además de la Verdad, el Respeto y el Amor hacia Dios.

Las almas que quieren ser mías deben tener misericordia de estas otras pobres almas. Pero las almas víctima deben inmolarse, también, por ellas. ¿Hice Yo de otra forma? ¿No me inmolé por todos? Si es misericordia dar de comer, vestir, dar de beber, enterrar, instruir, consolar, ¿qué no será obtener, a precio del propio sacrificio, la Vida verdadera para los hermanos?

¡Si el mundo fuera misericordioso!... El mundo poseería a Dios, y lo que os tortura caería como hoja muerta. Pero el mundo, y en el mundo especialmente los cristianos, han sustituido el Amor por el Odio, la Verdad por la Hipocresía, la Luz por las Tinieblas, Dios por Satanás.

Y Satanás, allí donde Yo sembré Misericordia y la hice crecer con mi Sangre, esparce sus abrojos y los hace prosperar con su soplo de infierno. Vendrá su hora de derrota. Pero por ahora viene él porque vosotros le ayudáis.

Pero bienaventurados los que saben permanecer en la Verdad y trabajar por la Verdad. Su misericordia tendrá el premio en el Cielo» .

Dice aún Jesús:

«No tengas titubeos y dudas. Lo que te he dicho es cierto.

Siendo el Creador, Dios está también donde parece que no esté. ¿No es adorado en Verdad, o no es adorado de hecho? Pero Él está de todos modos.

¿Quién ha dado vida al lejano patagonio, quién al chino, quién al africano idólatra? ¿Quién mantiene en vida al incrédulo para que tenga tiempo y manera de encontrar la fe? Aquel que es y que nada puede mermar. El ser la vida en las criaturas, el generar todas las cosas, es el testimonio ante el cual, aún queriéndolo negar, debe inclinar la cabeza todo viviente.

Ahora, el llevar a Dios a las almas alejadas, que lo sienten por instinto, pero no lo conocen y no lo sirven en la Verdad, es la mayor de las misericordias. Yo he dicho: "Llevad el Evangelio a todas las criaturas". Pero ese mandamiento, ¿crees tú que Yo lo haya dado sólo a aquellos doce y a sus directos descendientes en el sacerdocio? No. Quiero que toda alma verdaderamente cristiana sea alma apostólica.

El traer las almas a Mí aumenta mi gloria, pero aumenta también la gloria del siervo bueno

y fiel que con su sacrificio ha obtenido acrecentar mi rebaño. La santa que tú amas [49] ha hecho más que cien misioneros, pero su gloria en el Cielo es cien veces mayor porque conoció la perfección de la misericordia sobre la tierra y se consumió para dar la Vida verdadera a los idólatras y a los pecadores.

Tú me dices: "Pero, Señor, cuando uno ha pecado contra Ti y permanece en el pecado, está muerto a la vida de la gracia". Es cierto. Pero Yo soy el Resucitador, y ante las lágrimas de quien llora sobre los muertos a la gracia Yo emano mi potencia infinita.

Tres, los muertos del Evangelio llamados a la vida, porque no supe resistir las lágrimas de un padre, de una madre, de una hermana. Las almas víctimas y apostólicas deben ser hermanas, madres y padres de los pobres muertos a la gracia y venir a Mí con el cadáver del desgraciado entre los brazos, sobre los brazos, como su cruz más pesada, y sufrir por él hasta que Yo diga las palabras de Vida» .

15 de julio

Dice Jesús:

«Heme aquí para curarte toda. Pero, pobre María, ciertas heridas son necesarias y entran en el trabajo que un alma debe padecer para formarse en la forma que el Artífice divino le quiere dar. El bloque de mármol ya esbozado dice a sí mismo: "Me parece que ya basta de ser martilleado, raspado, cincelado. Soy bastante hermoso y doy la idea del escultor". Pero el escultor no lo ve así, y golpea, y cincela aún hasta que la obra es perfecta. Lo mismo Yo con las almas; y cuantos más proyectos especiales tengo sobre un alma, tanto más la trabajo.

Por lo tanto escucha. Tú estás sumergida desde hace algún mes en la paz y en la alegría mística. Pero no te debes olvidar que muchos no lo están y que tú estás únicamente por gracia mía. Ahora pues, la tempestad de ayer ha servido para record arte precisamente estas dos cosas.

La primera es que tú eres una pobre, pobre criatura llena de imperfecciones y tienes una gran necesidad de ayuda de todos para no faltar, tienes sobre todo necesidad de la amabilidad de tu Jesús. Si Él te deposita en tierra un instante, haces como un niño de pocos meses: te caes enseguida, te manchas y te haces daño.

La segunda es que el alma víctima está en continuo servicio por sus hermanos. Mira, María, cuántos, cuántos, cuántos son llevados a la desolación, y a la desesperación, por un complejo de circunstancias. El vivir y el convivir, sobre todo, son muchas trampas para atenazar a las pobres criaturas y llevarles a dudar de sí mismas, de los demás, de Dios. No todos, ¡oh María!, me tienen a Mí en el mundo como me tienes tú. y si tú, teniéndome a Mí, sufres así por la manera de actuar de los demás, piensa cuanto deben sufrir los demás que no tienen mi pecho para llorar sobre él.

Tú siempre me has tenido, incluso cuando te creías sola y no venías a Mí. No venías, pero iba Yo. Mi cercanía no vista era suficiente para poner paz en la tempestad de tu corazón. Una paz relativa porque tú, entonces, no me ayudabas. Pero era siempre cuanta bastaba para impedir tu naufragio. ¡Pero los demás!... ¡Los demás que me son enemigos, los demás que tienen una fe tan tibia que ya no es fe!... Ésos, en la tempestad, no tienen al Maestro.

¡Si me atendieras, cuando te hablo! Te he hablado en estos días sobre cómo debes tratar a tu madre [50] y sobre la necesidad, para las víctimas, de beber en mi lugar la hiel y el vinagre [51]. Por ello quédate tranquila. Lo has bebido, no con demasiada alegría, en realidad. Pero lo

---

[49] En una copia dactilográfica, la escritora anota: S. *Teresa del N.J.*

[50] En el dictado del 10 de julio

[51] En el dictado del 13 de julio

has bebido. No ha sido sin finalidad. Ofrece tu dolor, tu abatimiento por no haber actuado mejor. Ofrece todo por los hermanos.

Y no dudes de Mí. Tu Maestro entiende mejor que nadie. Si tú hubieras tenido rencor o si hubieras renegado contra Mí, me habrías herido. Pero tu humillación hacia tu madre y el refugiarte en Mí por ayuda, han anulado lo que es producido por el desequilibrio de tu dominio.

Eres una niña que se ha encaprichado. Los niños son perdonados, especialmente cuando están enfermos y cuando se arrepienten de haber sido caprichosos. Y Jesús te perdona. Verás que también el Padre [52], que habla en mi Nombre y por inspiración mía, te dice lo mismo. ¿Quieres hacer la prueba? No le des este cuaderno antes de la confesión y confiésate. Verás.

Sé buena y confiada. Ámame y sufre. Piensa que sólo Yo te amo como necesitas ser amada, que sólo Yo te comprendo a la perfección, que sólo Yo te puedo consolar verdaderamente. Sufre... Hay una necesidad infinita en estos días: por todos y especialmente por vosotros italianos.

Te he dicho que seas depósito de caridad [53] para dar a todos las dulces aguas del amor. Pero te digo que debes, por una operación dolorosísima, depurar también las aguas amarguísimas del odio con el fin de dar de beber cada vez más a los hermanos moribundos de tanta sed.

Las necesidades crecen, es necesario que crezca la cisterna. Y dado que sería sacrílego y necio unir el amor alodio y corromper la dulzura del agua de amor con la amargura del agua del odio, a costa de tu dolor debes ponerte como un filtro sobrenatural: absorber tú todo el amargor, dejar filtrar el agua depurada a fin de que crezca la ola en la cisterna de la caridad.

Quien ha dado un vaso de agua en mi Nombre será bendecido. Pero quien ese vaso se lo exprime del corazón, ¿qué tendrá? Piénsalo tú y sube».

Ayer me he dejado ganar la delantera por lo humano. No me pongo como excusa ni el dolor tan espasmódico como para hacerme pensar con deseo en la morfina, ni el tormento de estos días, ni la falta de prudencia y caridad de los demás. No invoco nada para mi disculpa. Digo que he dejado que lo humano me venciera y... me he desbordado.

Después... mientras me estaba desbordando, me he agarrado a mi Jesús porque sentía la locura en el cráneo y la tentación en el corazón. Segundo acto de enmienda, después de la invocación a Jesús, el pedir perdón a mamá. Tercer acto, un enorme miedo de haber desmerecido la palabra de Jesús. He hecho más actos de contrición anoche que en un año. Porque yo no puedo pensar en haber apenado a Jesús. ¡Es por Él por lo que lo siento! Pero me parecía que Jesús me sonriese perdonándome.

El miedo me ha durado hasta las 8 de esta mañana, cuando el Buenísimo me ha hablado con su querida Voz que es un verdadero bálsamo sobre el corazón atormentado. Ahora estoy ansiosa de escuchar lo que me dice usted para tener una nueva prueba de que cuanto oigo viene ciertamente de Jesús.

16 de julio

Dice Jesús:

«¿Notas como duelen la ingratitud y el desamor? ¡Oh! ¡ninguna tortura física es comparable a éstas! Y piensa que para ti son pocas personas pero para Mí fueron y son

[52] Padre Migliorini

[53] En el dictado del 21 de junio

muchedumbres.

Dar afecto y recibir indiferencia y hastío, dar obras y verlas rechazadas, supera en potencia a los golpes de los flagelos y al penetrar de las espinas. Estas son cosas que hieren sólo la carne, pero indiferencia, ingratitud, hastío, hieren el alma, agitan el espíritu.

Porque lo sé, te estoy tan cerca y te consuelo con mi Presencia. No quiero que tu espíritu permanezca turbado. El golpe lo recibe. Es inevitable. Pero mi Presencia devuelve enseguida el equilibrio.

No mires a las criaturas: mírame a Mí. No pienses en las criaturas nada más que para proveer a su pobrísima alma. Piensa en Mí.

No ames a las criaturas por su persona: ama en ellas a Mí. Así encontrarás en ellas aquello que merece ser amado.

María: es la hora de las tinieblas. Las cosas se cumplen como te las mostré en sueño [54] ¿No ha llegado demasiado pronto el momento del conocimiento seguro? Ora con todas tus fuerzas, porque el momento es tremendo en sí mismo y por las consecuencias.

Si las personas supieran reflexionar, se esforzarían por ser buenas para inclinar a la Bondad en su favor. En cambio debo decir siempre la misma palabra: el egoísmo las domina. Por ello oraciones, sacramentos y sacramentales, hechos impuros por el egoísmo, no tienen poder contra Lucifer que agita al mundo».

### Noche

Dice Jesús:

«A quien venga a Mí, fuente de vida, Yo daré la vida eterna. Seré en él como un manantial que no muere nunca y que con su ser lava y fecunda. Pero para quienes saben venir a Mí con verdadero y generoso amor, no daré sólo la vid' a eterna ni seré sólo fuente de vida eterna. Seré fuente de perpetua dulzura.

El verdadero, generoso amor, lo poseen aquellos que no se ocupan más que de mis intereses y que no apartan de Mí su mirada espiritual. Estos me poseerán no sólo como Dador de salvación, sino como océano de beatitud.

Yo me aflijo porque el mundo no sepa amar y darse a este amor que le haría bienaventurado, porque sé cuanto pierde el mundo no conociendo el amor. Éste, el amor perfecto de vuestro Uno y Trino Dios, no está inoperante, porque el amor de Dios siempre es activo, sino que es despreciado por el mundo.

Como pobres locos que no saben distinguir las cosas, los hombres no ven este Tesoro que está ahí para ellos, que espera ser efuso sobre ellos, este Tesoro que yace inerte porque ellos no lo quieren y, si se pudieran aplicar a la perfección de Dios efectos y reacciones humanas, debería decir: y que oprime nuestro Corazón con su peso que aumenta de hora en hora. Te explicaré cómo [55]. Pero nuestra Perfecta Trinidad excede de las formas humanas. Sólo Yo, el Hombre Dios, tengo un Corazón similar al vuestro: un corazón de hombre perfeccionado, por mi Naturaleza divina, para ser Corazón de Hombre Dios. Y este Corazón está dilatado hasta la aflicción del amor que lo llena y del que el mundo no coge.

Entonces mi amor de Hombre Dios se versa como océano de alegría y fuente de dulzura en 'los corazones que me saben amar no por un interés demasiado bañado de lo humano, sino por un amor verdadero en el que cada latido tiene una finalidad: hacer lo que es de mi interés.

Desposados con lo que interesa a su Jesús, o sea a su gloria que es, en el fondo, vuestra

[54] Probable alusión al sueño relatado en la *Autobiografía*
[55] En el dictado del 18 de julio

gloria -porque la gloria de Dios se aureola con la gloria de las almas que ascienden a la gloria- es justo que éstos gusten, ya en la tierra, el sabor de su Dios. Y Yo efundo mis olas de dulzura sobre ellos, con todo el amor de mi Corazón.

Ven. Toda amargura se anula para quien bebe en la fuente de mi Amor».

17 de julio

Dice Jesús:

«¿Has visto alguna vez lo que hacen quienes quieren tener lana suave para sus sueños? Llaman al colchonero que mueve y remueve la lana hasta que queda como la espuma. Cuanto con más energía se golpee la lana tanto más suave y limpia queda, porque el polvo y los residuos caen al suelo y los vellones se quedan limpios y espumosos.

Lo mismo, peor aún, se hace cuando se quiere hilar o tejer esa lana. Entonces se pone a la obra también al peine de hierro que desenreda rudamente la lana y la extiende como cabellos bien peinados.

Así hace quien hila lino y cáñamo; y hasta la seda del capullo, para poder usarse, debe sufrir antes el tormento del agua hirviendo, del cepillo áspero y de la máquina que la retuerce.

Alma mía, si es necesario hacer esto con las fibras naturales para hacer vestidos y lechos ¿cómo no deberá hacerse lo mismo con vuestra alma al trabajarla para la vida eterna? Vosotros sois una fibra mucho más preciosa que el lino, el cáñamo y la lana. De vosotros debe salir el tejido de vida eterna.

Pero, no por imperfección divina -porque Dios crea las cosas perfectas- sino más bien por imperfección vuestra, vuestras almas están salvajes, enmarañadas, llenas de asperezas, de residuos, de polvo, no apropiadas, en definitiva, para poderse utilizar en la Ciudad divina donde todo es perfecto.

Por eso la previsión, la providencia, la bondad paterna de vuestro Dios os trabaja. ¿Con qué? Con su Voluntad. La Voluntad de Dios es el instrumento que hace de vosotros, fibras salvajes, telas preciosas y preciosas lanas. Os trabaja de mil maneras: ofreciéndoos cruces, enseñándoos lo hermoso de una mortificación y atrayéndos con su invitación a cumplida, guiándoos con sus inspiraciones, mortificándoos con su paternal castigo, retorciéndoos con sus mandamientos.

Éstos, con su necesidad que no cambia de forma ni vigor con el curso de los siglos, son precisamente los que hacen de vosotros un hilado resistente y regular, apropiado para formar el tejido de vida eterna. Las demás cosas forman el tejido de la vida eterna, y cuanto más dóciles sois a la voluntad del Señor más preciosa se hace la tela.

Cuando además no sólo seguís con docilidad esta Voluntad bendita que obra siempre para vuestro bien, sino que con todas las fuerzas le pedís a Dios que os la haga conocer perfectamente para seguida perfectamente, cueste lo que cueste y aunque tenga la forma más contraria a vuestra humanidad, cuando actuáis así la tela se adorna con bordados como un brocado.

Si además añadís a todo esto la perfección de pedir para vosotros una Voluntad de dolor para ser semejantes a Mí en la obra de redención, entonces incrustáis en el brocado gemas de incalculable valor y de vuestra fibra original imperfectísima hacéis una obra maestra de vida eterna.

Pero, ¡oh María, qué pocas almas se saben hacer trabajar por Dios!

Dios siempre tiene para vosotros mano de Padre perfectísimo en el amor y obra con Inteligencia divina. Sabe por tanto hasta qué punto puede cargar la mano, y qué dosis de

fuerza debe infundiros para haceros capaces de padecer las operaciones divinas.

Pero cuando el hombre rehúsa al buen Padre que tenéis en los cielos, cuando se rebela ante su voluntad, cuando anula con el pecado los dones de fuerza que el Padre le dona, ¿cómo puede el Padre que está en los cielos trabajar esa alma? Permanece salvaje, se carga cada vez más con enredos e impurezas. Y Yo lloro sobre ella viendo que nada, ni siquiera mi sangre vertida por todos, la regenera hacia la bondad.

Cuando además un alma no sólo rechaza el trabajo de Dios sino que encoba en sí hastío por el Padre y por los hermanos, entonces nuestra obra desaparece totalmente y se instala, en esa maraña de pasiones desordenadas, el amo del pecado: Satanás.

Entonces es cuando debe entrar la obra paciente y generosa de las víctimas. Estas trabajan para sí y para los otros. Estas logran que Dios vuelva, con milagro de gracia, a trabajar en esa alma después de haber hecho huir a Satanás con el fulgor de su aspecto.

¡Cuántas almas me salvan las víctimas! Sois los segadores sobrenaturales que segáis mies de vida eterna consumándoos en el ingrato trabajo lleno de espinas. Pero recuerda que, aquellos por quienes hay que sacrificarse a sí mismos en primer lugar, son los de nuestra sangre.

Yo no destruyo los vínculos de familia. Los he santificado. He dicho que se ame a los parientes con amor sobrenatural. ¿Y qué amor más alto que tener caridad hacia las almas de nuestra sangre enfermas? ¿Te parecería normal quien se ocupara de los intereses de todos menos de los de su casa? No: dirías que es un loco. Del mismo modo está fuera de la justicia el que uno provea a las necesidades espirituales de su prójimo lejano y no ponga en primera línea su sangre más cercana.

Sabes como ajustarte. Si recibes ingratitud no lo tengas en cuenta. Lo que no te dé ella [56] te lo daré Yo. Intensifica el sacrificio por ella»

18 de julio

Tarde, inmediatamente después de irse el Padre [57]

Dice Jesús:

«No. Por ahora cuanto te digo debe servir para ti y para el Padre. Tú sabes como administrarte. Respecto al Padre estoy muy, muy contento de que mis palabras las use para sí, para su alma, para su predicación, para guía y consuelo de otras almas sacerdotales o no. Pero no debe revelar la fuente, por ahora.

Uno de los mayores dolores que Yo tenga es ver cómo el racionalismo se haya infiltrado en los corazones, incluso en los corazones que se declaran míos. Sería inútil dejar aparte de tanto don a los sacerdotes. Precisamente entre éstos se encuentran aquellos que, predicándome a Mí y mis milagros pasados, niegan mi Potencia, casi como si Yo no fuera ya el Cristo capaz de hablar aún a las almas que languidecen por falta de mi Palabra, casi admitiendo mi incapacidad actual para el milagro y la potencia de la gracia en un corazón.

Creer es signo de pureza además que de fe. Creer es inteligencia además de fe. Quien cree con pureza y con inteligencia distingue mi Voz y la recoge.

Los demás rebuscan, discuten, critican, niegan. ¿Y por qué? Porque viven de la pesantez y no del espíritu. Están anclados en las cosas que han encontrado y no piensan que son cosas venidas de los hombres, los cuales no siempre han visto justamente, e incluso si han visto justo y escrito justo han escrito para su tiempo y han sido mal entendidos por los posteriores. No piensan que Yo puedo tener algo más que decir, adecuado a las

[56] Se refiere a la madre de la escritora

[57] Padre Migliorin

necesidades de los tiempos, y que soy Dueño de decirlo cómo y a quien me parece, porque Yo soy el Dios y el Verbo eterno que no deja nunca de ser Palabra del Padre.

Hago las últimas tentativas para inflamar las almas que no son ya almas vivas sino autómatas dotados de movimiento, pero no de inteligencia y caridad. Mi actuar, desde el principio de este siglo, el último de este II° milenio, es un milagro de Caridad para intentar la Ir' salvación del género humano, especialmente de las almas sacerdotales sin las cuales la salvación de muchos es imposible. Me pongo Yo en los púlpitos vacíos o en los que se oyen palabras sin verdadera vida. Pero pocos son los dignos de entenderme. Pocos incluso entre mis ministros.

Por eso, que el Padre se organice. Que coja y se informe de mi decir para sí, para todos, pero trate sobre todo de encender caridad en los corazones, incluso de los hermanos de comunidad.

Menos ciencia y más caridad. Menos libros y más Evangelio. Y luz en las almas porque Yo soy Luz. Desocuparlo todo para hacer sitio a la Luz.

¿Dice el Padre que son terreno inaccesible? Dice poco: son terreno enemigo, y es un gran dolor para Mí».

Dice Jesús:

«Te dije [58] que te habría explicado cómo nuestro Amor aumenta de peso de hora en hora.

No caigas en un error de interpretación. En Dios todo es un eterno presente. Y todo está perfecto y acabado. Pero Dios nunca está inactivo. Él genera continuamente. Te mostraré comparaciones humanas para iluminarte mejor.

Las Tres Personas que se aman, y que aman su obra, son como fuentes de calor que convergen en un solo punto, desde el cual después se desbordan sobre el universo. Ahora bien, ¿qué produce el calor de tres bocas de fuego, que continuamente emanan olas del mismo calor (el mismo por tener igual potencia desde el inicio)? Un aumento de calor en el ambiente en el que se introducen las tres corrientes. Si éste es recogido por instrumentos preparados para recibirlo, permanece el equilibrio entre producción y efusión. Pero si los instrumentos, obstruidos por otros cuerpos, se niegan a recogerlo, el equilibrio se altera. Y en la vida natural pueden incluso sobrevenir catástrofes.

También sobrevienen en la vida sobrenatural. ¿Acaso no lo experimentas? ¿Tu amor, no reconocido y no aceptado, no te aumenta en el corazón oprimiéndolo tanto que a veces explota en un arrebato de justa indignación? Digo: justa, porque soy justo. Digo también: pero supéralo por la Caridad. Y si tanto puede en vosotros, que tenéis un amor relativo ¿qué no sucederá en Dios, en quien todo es infinito?

Nuestro Amor, que el hombre rechaza, crece, crece, crece...

¡Oh, hombres desgraciados! Sobre ellos está el momento en que el Amor bramará con ira preguntando el por qué del desprecio. Y los tiempos actuales son ya los primeros sobresaltos de este Amor vilipendiado que, por justicia y respeto de su Perfección, no puede soportar más la afrenta. De ahí que Yo vaya como un mendigo pidiendo que alguien abra el corazón a nuestro Amor intensísimo y se haga víctima, aceptando ser consumada para aliviar al Amor. Lo que ofrezco es la hoguera, lo sé, lo advierto. Pero no huyáis de ella, vosotros que aún no estáis vendidos al Enemigo.

Nadie, por pequeño y mezquino que sea, nadie, por pecador que haya podido ser, puede creerse rechazado por nuestro Amor. Él es Misericordia. Y puede y quiere hacer de las almas más miserables estrellas fulgurantes de su Cielo.

[58] En el dictado del 16 de julio

Venid a Mí todos vosotros: pobres, manchados, débiles, y Yo os haré reyes. Venid a Mí todos vosotros que habéis sabido entender mi Grandeza desde vuestra miseria, mi Luz desde vuestras tinieblas, mi Perfección desde vuestra imperfección, mi Bondad desde vuestro Egoísmo.

¡Venid! Entrad en mi Amor y dejadle entrar en vosotros. Soy el Pastor que se ha agotado hasta la muerte por la oveja perdida y que he dado mi Sangre por ella. ¡Oh corderos míos!, no temáis si tenéis muchas malezas y manchas sobre vuestros vestidos y heridas en vuestras carnes. Sólo abrid vuestra boca, vuestra alma, a mi Amor, y aspiradlo. Seréis justos con Dios y con vosotros mismos, porque a Dios daréis consuelo y a vosotros salvación.

Venid, ¡oh generosos que ya me amáis! Arrastrad como una malla a los hermanos que aún titubean. Si pido entrar en todos para aliviar al Amor rechazado, a vosotras, almas víctimas, os pido que os deis totalmente a Mí, a la obra, destructora en la tierra, de mi vehemente Amor, pero creadora de una gloria tan alta que vosotros no podéis concebir.

¡Cuánto resplandor tendrán esas almas que acojan el Amor de Dios hasta consumarse! Tendrán el mismo resplandor de mi Amor que permanecerá en ellos: Fuego y Gema eterna de divinísimo esplendor» .

Dice aún Jesús:

«¿Sabes lo que tienes que hacer para obtener el bien de tu madre? Trabajar con los contrarios. O sea: a su impaciencia opón tu paciencia; a su manera injusta y engañosa de ver, opón tu sinceridad; a su rebelión, tu sumisión; a su hastío, tu amor; a su insoportabilidad para todo, tu alegre resignación.

Las almas se conquistan así: por los contrarios. Pero no trates nunca de hacérselo entender a ella. Trabaja en silencio ofreciéndomelo todo a Mí. Unidos obtendremos cuanto obtengamos. Y aunque no sirviera para nada, tú habrías cumplido con tu deber y tendrás el premio»

19 de julio

Dice Jesús:

«Que el don que te he dado nunca te induzca a la soberbia llevándote a creer sobre ti lo que no es.

Tú no eres más que un portavoz y un canal en el que fluye la onda de mi Voz, pero cómo te escojo a ti podría escoger a cualquier otra alma. El sólo hecho de escogerla la volvería capaz de ser canal y portavoz de la Voz de Cristo porque mi toque obra el milagro. Pero tú no eres nada. Nada más que una enamorada.

Mis portavoces se encuentran o entre los puros o entre los pecadores realmente convertidos.

Mira el núcleo apostólico. ¿A quién di el Poder? A Pedro. El hombre que había venido a Mí en el culmen de la virilidad después de haber tenido los deslices y las pasiones de la juventud y de la edad madura, el hombre que era aún tan hombre, después de tres años de contacto conmigo, como para ser renegador y violento.

¿A quién di la revelación y la Revelación? A Juan, a la carne que no conoció mujer, y que era sacerdote incluso antes de serlo. Era puro y enamorado.

¿A quién permití tocarme los miembros purísimos y divinos antes y después de la resurrección? A María Magdalena y no a Marta.

Pedro y María los convertidos. Juan el puro. Es siempre así.

Pero a Pedro, en quien se anidaba la soberbia de sí mismo -"Maestro, aunque todos te

traicionen, yo no te traicionaré"- no he dado cuanto he dado a Juan. Y Pedro, maduro y jefe del núcleo, tuvo que pedir a Juan -un muchacho respecto al él- que me preguntara quién era el traidor. Y fue a Juan a quien revelé los últimos tiempos, no a Pedro, jefe de mi Iglesia.

Hablo donde quiero. Hablo a quien quiero. Hablo como quiero. Yo no conozco limitaciones.

La única limitación, que no me limita a Mí, sino que obstaculiza el llegar de mi Palabra, es la soberbia y el pecado. Por eso mi Palabra, que debería propagarse desde las profundidades de los Cielos sobre todo lo Creado e instruir los corazones de todos los señalados con mi signo, encuentra, en todas las categorías, tan pocos canales. El mundo, católico, cristiano, o de otra fe, está movido por dos motores: soberbia y pecado. ¿Cómo puede entrar mi Palabra en este mecanismo árido? Sería triturada y ofendida.

Sed como Juan o como María, y llegaréis a ser voz de la Voz. Extirpad el pecado y la soberbia. Cultivad caridad, humildad, pureza, fe, arrepentimiento. Son las plantas bajo las cuales el Maestro se sienta para instruir a sus ovejitas.

Ser mi portavoz quiere decir entrar en una austeridad como ninguna regla monástica impone. Mi presencia impone, como ninguna otra cosa en el mundo, discreciones sobrenaturales, dominio de sí, desapego de las cosas, ardor de espíritu, aspereza de penitencia, generosidad de dolor y viveza de fe.

Es un don. Pero que se quita si aquél a quien se le ha dado sale del espíritu y se acuerda de ser carne y sangre.

Es un sufrimiento. Pero si bien es sufrimiento que tritura la carne y la sangre, tiene en sí y consigo una vena de gran dulzura respecto a la cual el maná de los antiguos hebreos es ajenjo amargo.

Es una gloria. Pero no es gloria de esta tierra».

20 de julio

Dice Jesús:

«Y escribe pues. En lo sobrenatural nunca hay que tener miedo. Quien te dicta sabe lo que se dice y quien te lee entiende porque también le he puesto a él en condiciones de entender. Por eso fuera todos los repensamientos humanos. Recuerda que eres mi portavoz, por lo tanto debes decir cuanto te digo sin reflexionar, humanamente, sobre la impresión que otros puedan tener de ello.

Por lo tanto: Las razones por las que hice de Pedro el jefe de la Iglesia en vez de hacer jefe a mi Predilecto, son varias y todas justas. No estéis poniendo sobre la balanza el amor de Pedro y el de Juan para sacar de esto el motivo de la elección. Vuestros pesos y vuestras medidas no tienen curso en el Cielo. Fueron dos amores distintos como distintas eran las índoles, las edades, las formas del amor. Distintos e igualmente dirigidos al mismo fin: Yo, e igualmente queridos para Mí. Por lo tanto eliminad el pero y el si del amor de esto.

Pedro era el más maduro de los apóstoles, ya respetado como jefe por lo otros pescadores, que llegaron después a ser apóstoles; él, como he dicho [59] conocía la vida en todos sus pliegues de luz y de sombra, estaba dotado de fuerza de carácter, de ardor y de una impulsividad que se necesitaba en aquellas circunstancias. Él, por su penosa experiencia, conoció la debilidad de un momento y pudo entender las debilidades de los demás en los momentos de duda y peligro.

Ya lo he dicho. No era el que me amaba más. Era uno que me amaba con toda su

---

[59] En el dictado del 19 de julio

capacidad de amar, como por otra parte también los otros doce, incluido Judas hasta que prestó oído al seductor.

En la Iglesia, que se debía formar entre tantas luchas e insidias, se necesitaba uno que por edad, autoridad, experiencia e ímpetu, supiera imponerse a los demás. Y ¿quién cómo Pedro poseía estas cuatro cualidades necesarias para la formación de mi Iglesia?

Juan era el más joven. Alma en flor, no conocía el mal de la vida. Era un lirio con el capullo aún cerrado sobre el candor de su interior. Se abrió en el momento en que mi mirada descendió en su corazón y ya no supo más que verme a Mí. Era un niño con el corazón de héroe y de paloma. Pedro era apoyo de mi Corazón que veía el presente y el futuro, pero Juan era el consuelo. ¡Cuánto consuelo sólo con su sonrisa dulce, con su mirada pura, con sus pocas palabras, pero siempre tan amorosas! Estar cerca de Juan era para Mí como descansar junto a un pozo fresco, sombreado por plantas sobre una alfombra de flores. Emanaba paz.

Pero ¿podía Yo imponerlo, por prudencia y por justicia, a los demás más ancianos? Es necesario tener presente que eran hombres, destinados a la perfección, pero hombres aún. He aquí por qué mi Inteligencia prefirió Pedro, adulto, conocedor de las miserias espirituales, impulsivo, autoritario, a Juan manso, soñador, joven, sin experiencia.

Pedro era la "práctica", el genio práctico. Juan era la "poesía", el genio poético. Pero cuando los tiempos son duros, se requieren no sólo plumas de poeta sino puños de hierro para mantener firme la barra del timón.

En compensación, a mi Predilecto le he dado la visión de los tiempos futuros después de haberle dado mis confidencias más secretas y a mi Madre. Podría decir que Juan es el último, en el orden del tiempo, y el primero, en el orden del futuro, de los grandes profetas. Porque él cierra el ciclo iniciado por Moisés respecto al Cordero que con su inmolación salva al mundo y os alza el velo que envuelve el último día.

Pero creed que en el Cielo mi resplandor corona la frente de Pedro y de Juan con la misma luz, y sería bueno para vosotros no hacer comparaciones humanas sobre seres que son sobrehumanos».

Dice aún Jesús:

«Observa mi Resplandor y mi Belleza respecto a la negra monstruosidad de la Bestia.

No tengas miedo de mirar aunque sea un espectáculo repelente. Estás entre mis brazos. No puede acercarse ni dañarte. ¿Lo ves? Ni siquiera te mira. Tiene ya muchas presas que seguir.

¿Ahora te parece que merezca la pena dejarme a Mí para seguirle a él? Sin embargo el mundo le sigue y me deja por él.

Mira que harto está y cómo se contrae. Es su hora de fiesta. Pero mira también cómo busca la sombra para actuar. Odia la Luz, ¡y se llamaba Lucifer! ¿Ves cómo hipnotiza a quienes no están signados con mi Sangre? Acumula sus esfuerzos porque sabe que es su hora y que se acerca mi hora en la que será vencido para siempre.

Su infernal astucia y su inteligencia satánica son un continuo operar de Mal, en contraposición a nuestro uno y trino obrar de Bien, para aumentar su presa. Pero la astucia y la inteligencia no prevalecerían si en los hombres estuviera mi Sangre y su honesta voluntad. Al hombre le faltan demasiadas cosas para tener armas con las que enfrentarse a la Bestia, y ella lo sabe y actúa abiertamente, sin tan siquiera esconderse ya con apariencias engañosas.

Que su repugnante fealdad te empuje a una diligencia y a una penitencia cada vez mayores. Por ti y por tus desgraciados hermanos que tienen el alma arrebatada o seducida y no ven, o, viéndolo, corren al encuentro del Maligno, con tal de obtener ayuda para un

momento a pagar con una condenación eterna».

Tengo que explicar yo, si no, no se entiende nada.

Desde la noche del 18 el buen Jesús me hace ver un bicharraco horrible, tan horrible que me produce escalofrío y ganas de gritar. Su nombre es conocido. Y el buen Jesús me da a entender que ese aspecto siempre es inferior a la realidad, porque ninguna realidad humana puede lograr personificar con exactitud la suprema Belleza y la suprema Fealdad.

Ahora le describo el bicharraco.

Me parece ver un gran agujero negro negro y profundísimo. Comprendo que es profundísimo, pero no veo de él sino el orificio, todo ocupado por un monstruo horrible. No es serpiente, ni cocodrilo, ni dragón, ni murciélago, pero tiene algo de los cuatro.

Cabeza larga y puntiaguda sin orejas y con dos ojos socarrones y feroces que están siempre a la caza de presa, una boca grandísima y armada de buenos dientes agudos, siempre intenta atrapar al vuelo a cualquier incauto que llega al alcance de sus mandíbulas. La cabeza en fin tiene mucho de la de serpiente por la forma y del cocodrilo por los dientes. Cuello largo y flexible que permite mucha agilidad a la cabeza tremenda.

Un cuerpo resbaladizo recubierto por una piel como la de las anguilas (para entenderse) es decir sin escamas, de color entre el óxido, el violeta, el gris oscuro... no sabría. Tiene hasta el color de las sanguijuelas.

En la espalda y en las ancas (digo "ancas" porque allí termina el vientre palpitante e hinchado de presa y empieza la larga cola que termina en punta), son cuatro patazas cortas y palmeadas como las del cocodrilo. En la espalda dos alas de murciélago.

El bicharraco no mueve su gran y repugnante cuerpo. Mueve sólo la cola que se contonea haciendo "eses" aquí y allá, y mueve su horrible cabeza de ojos fascinadores y mandíbulas exterminadoras.

¡Misericordia divina! ¡Qué bicharraco tan horrible! De su negro antro emana tiniebla y horror. Le aseguro que ayer que lo veía con vivísima meticulosidad -y no entendía que hiciera aquí- me venían ganas de gritar espeluznada. Menos mal que veía que nunca miraba hacia mí como por repulsión. Recíproca repulsión si acaso. Si esto es una pálida representación de Satanás, ¿qué será entonces él? ¡Para morir dos veces seguidas con sólo verlo!

Menos mal también que, si bien en un rincón estaba el bicharraco, cerca cerca estaba mi Jesús, blanco, bello, rubio... ¡Luz en la luz! Comparando la luminosa, confortable figura de Cristo con la del otro, su mirada dulcísima, clara, con la torva del otro, hay ciertamente que compadecer a los infelices pecadores destinados al segundo porque han rechazado a Jesús.

Y bien, ahora que lo he visto... quisiera no verlo más porque es demasiado horrible. Oraré porque el menor número posible de desgraciados vaya a terminar en sus garras, pero ruego al buen Dios que me quite esta visión.

Hoy es menos viva y le estoy muy agradecida al Señor. Y todavía más agradecida porque la querida Voz me hace entender el por qué de esa visión que ayer me aterrorizaba creyéndola destinada a mí como advertencia.

21 de julio

Dice Jesús:

«Ya te he dicho que cuanto está dicho en los libros antiguos tiene una referencia en el

presente [60]. Es como si una serie de espejos repitieran, llevándolo cada vez más adelante, un espectáculo visto con anterioridad.

El mundo se repite a sí mismo en los errores y en los arrepentimientos, pero con esta diferencia: que los errores se han perfeccionado cada vez más con la evolución de la raza hacia la así llamada civilización, mientras que los arrepentimientos se han hecho cada vez más embrionales. ¿Por qué? Porque, con el pasar del mundo de la edad joven a edad más plena, han crecido la malicia y la soberbia del mundo.

Ahora estáis en el culmen de la edad del mundo y habéis alcanzado también el culmen de la malicia y de la soberbia.

Pero no penséis que tenéis aún por vivir tanto como cuanto habéis vivido. Estáis en el culmen, y ello debería decir: tenéis otro tanto por vivir. Pero no será. La parábola descendiente del mundo hacia el fin no será larga como la ascendente. Será un precipitar en el fin. Os hacen precipitar precisamente malicia y soberbia. Dos pesos que os arrastran en el abismo del fin, al tremendo juicio. Soberbia y malicia, además de arrastraros en la parábola descendiente, os embotan de tal forma el espíritu que os vuelven cada vez más incapaces de parar, con el sincero arrepentimiento, el descenso.

Pero si vosotros habéis procedido así: al contrario en el Bien, de cabeza hacia el Mal; Yo, el Eterno, he permanecido firme en mi exacta medida del Bien y del Mal. Desde el día en que se hizo la luz, y con ella tuvo inicio el mundo, está establecido, por la Mente que no yerra, lo que es Bien y lo que es Mal. Y la fuerza humana, la pequeña fuerza humana, no puede remover y resquebrajar ese código eterno escrito por el dedo de Dios sobre páginas intocables y que no son de esta tierra.

El único cambio, desde el instante en el que mi Voluntad creó el mundo y el hombre, está en esto: que antes debíais regiros y guiaros por las tablas de la Ley y por la palabra de los Profetas; después me tuvisteis a Mí, Verbo y Redentor, para explicaros la Ley, para daros mi enseñanza, mi Sangre, para traeros con mi venida al Espíritu que no deja sombras, para sosteneros después, por los siglos, con los Sacramentos y los sacramentales.

Pero ¿qué habéis hecho con mi venida? Un nuevo peso de culpas de las cuales deberéis responder.

¿Miramos juntos las páginas antiguas en las que están las explicaciones del momento actual? Las has oído como un aguijón; pero Yo te las mostraré mejor.

¿Qué está prometido a quien observa la Ley? Prosperidad, abundancia, paz, potencia, descendencia sana y abundante, triunfo sobre los enemigos, porque el Señor estaría en el filo de las espadas de sus siervos contra los que quisieran levantar la mano sobre los hijos del Altísimo. ¿Cuál es la amenaza para quien la trasgrede? Hambre, carestía, guerras, derrotas, pestilencias, abandono por parte de Dios, opresiones de los enemigos por las cuales los que eran hijos del Altísimo se volverán semejantes a manadas perseguidas y asustadas, destinadas a la matanza.

Os lamentáis de la hora que vivís. ¿Pero la encontráis injusta? ¿Su rigor os parece demasiado duro? No. Es justa y menos dura de cuanto merecéis.

Yo os he salvado y resalvado de mil modos, Yo os he perdonado y reperdonado de siete mil y siete mil delitos. Yo he venido aposta para daros Vida y Luz. Yo Luz del mundo, he venido entre vuestras tinieblas para traeros la Palabra y la Luz. No he vuelto a hablar entre los vendavales y el fuego a través de la boca de los Profetas. No. He venido Yo, Yo personalmente. He partido con vosotros mi pan, he dividido con vosotros mi lecho, he sudado con vosotros en la fatiga, me he consumado a Mí mismo en evangelizaros, he muerto por

[60] Como en el escrito del 31 de mayo

vosotros, he disipado con mi Palabra toda duda sobre la Ley, he disipado con mi Resurrección toda duda sobre mi Naturaleza, os he dejado a Mí mismo para que fuera vuestro Alimento espiritual, capaz de daros la Vida, y vosotros me habéis dado la muerte.

Os he dado la Palabra y el Amor y la Sangre de Dios, y vosotros habéis cerrado vuestros oídos a la Palabra, vuestra alma al Amor, y habéis blasfemado mi Sangre.

Yo he sustituido al antiguo Tabernáculo, donde estaban dos tablas de piedra escritas por el dedo de un Profeta y un poco del maná, el nuevo Tabernáculo en el cual está el Pan verdadero bajado del Cielo y mi Corazón donde está escrito el Pacto del amor que vosotros, no Yo, violáis.

Ya no podéis decir: "No sabemos cómo es Dios". He tomado Carne para que tuvierais una Carne que amar, no bastándole a vuestra pesantez con amar un espíritu.

¿Y entonces? ¿Qué habéis hecho? ¿Qué habéis hecho cada vez más? Habéis vuelto la espalda a Dios, a su altar, a su Persona. No habéis querido a Dios, el Dios Uno y Trino, el Dios verdadero.

Habéis querido dioses. Y vuestros dioses actuales son más ignominiosos que los dioses antiguos o que los fetiches de los idólatras. Sí, que los fetiches de los idólatras. En esos se anida aún el respeto por la imagen de Dios, tal como su mentalidad e ignorancia la saben concebir. Y en verdad, en verdad os digo que serán juzgados con mucha menor severidad los idólatras naturales que vosotros, idólatras de malicia, vendidos a la peor idolatría: la auto idolatría.

Sí, os habéis creado dioses de carne, y carne corrompida, y ante ellos habéis sabido cantar hosanna y doblegar la cabeza y la espalda que no habéis sabido inclinar ante Dios. Habéis despreciado, renegado, burlado, roto mi Ley; pero habéis aceptado y obedecido, como esclavos y como animales domesticados por el domador, la engañosa ley que os han dado los pobres hombres descarriados aún más que vosotros y cuyo destino es tal de hacer temblar de horror todo el cielo.

¡Idólatras, idólatras, paganos, vendidos a la carne, al dinero, al poder, a Satanás que es dueño de estos tres reinos nefastos de la carne, del dinero y del poder!

Pero ¿por qué, por qué, pueblo mío, has salido del Reino que te había dado, por qué has huido de tu Rey de Perfección y de Amor y has preferido las cadenas y la barbarie del Reino de Satanás y el Príncipe del Mal y de la Muerte? ¿Así recompensas al Altísimo que es tu Padre y Salvador? ¿Y te sorprendes si brota fuego de la tierra y llueve fuego del cielo para incinerar la raza perversa y traidora que ha renegado a Dios y acogido a Satanás y a sus ministros?

No, ¡Satanás no tiene necesidad de trabajar, de fatigarse para tragaros! Yo debo fatigarme para tratar de atraeros aún, porque si vosotros habéis renegado vuestro origen, Yo recuerdo que soy vuestro Padre y Salvador. No reniego de mis desgraciados hijos y todavía intento salvarles hasta la última hora, en la que seréis congregados para la selección inexorable.

¡Oh María!, este castigo no es inmerecido. Es justo. Es grave porque vuestras culpas son gravísimas. Pero no está, no está dado por maldad de un Dios que es todo bondad. Vuestro Dios se daría a Sí mismo para ahorráoslo, si supiera que esto os favorecería. Pero debe, debe dejar que vosotros mismos os castiguéis de vuestras locuras, de vuestros comercios con la Bestia.

Mil y diez mil se perderán en cada rincón de la tierra. Pero, en la agonía que os ahoga, alguno sentirá resonar la Voz de Dios y levantará el rostro de las tinieblas hacia la Luz. Ese uno que vuelve justificará el flagelo, porque -sábelo y piensa qué obligación tenéis de custodiarla- el precio y el valor de un alma es tal que no bastan los tesoros de la tierra para

comprarla. Es necesaria la Sangre de un Dios. La mía».

22 de julio

Dice Jesús:

«Continuamos con la referencia entre el pasado y el presente, que en el eterno ser de Dios es siempre "presente". Y hoy te haré mirar lo que está más cerca de tu corazón.

Yo no niego el amor de Patria. Yo, el eterno Hijo de Dios, hecho hombre, he tenido una Patria y la he amado con amor perfecto. He amado a mi Patria terrena, hubiera querido saberla digna de la protección de Dios y, sabiéndola en cambio indigna, he llorado sobre ella. Por eso entiendo el dolor de un corazón leal que ve la Patria no sólo en peligro, sino condenada a días de un dolor tal que respecto a él la muerte es un don.

Pero dime, María, ¿vosotros podéis decir que Yo no he amado a esta tierra que es vuestra patria y a la cual envié a mi Pedro para erigiros la Piedra que no se derrumbará con el soplar de los vientos; esta tierra a la que, en un momento de cautela humana, Yo vine para confirmar a Pedro en el martirio, porque esa sangre se necesitaba en Roma para hacer de Roma el centro de la Catolicidad?

¿Podéis decir que Yo no he amado a esta tierra en la que mis confesores cayeron a manojos como espigas de un grano eterno, segadas por un Eterno Segador, para hacer de ello nutrición para vuestro espíritu?

¿Podéis decir que Yo no he amado a esta tierra a la que he traído las reliquias de mi vida y de mi muerte: la casa de Nazaret donde fui concebido en un abrazo de luminoso ardor entre el Divino Espíritu y la Virgen, y la Sábana Santa donde el sudor de mi Muerte ha impreso el signo de mi dolor, sufrido por la humanidad?

¿Podéis decir que Yo no he amado a esta tierra en la que han florecido los más grandes santos, los semejantes a Mí por el don de las heridas, los que no han tenido velos para ver nuestra Esencia, los que ayudados por Mí, han creado obras que repiten a lo largo de los siglos el milagro del pan y del pez multiplicados para las necesidades del hombre?

¿Podéis decir que Yo no he amado a esta tierra a la que he dado tantos genios, tantas victorias, tanta gloria, tanta belleza de cielo, de tierra, de mar, de flores, de montes, de bosques?

¿Podéis decir que Yo no he amado a esta tierra ayudándoos para haceros libres y unidos? En las guerras contra enemigos diez veces mayores que vosotros, en empresas locas, a juicio humano, Yo estaba con mis ángeles entre vuestras tropas. Era Yo, era Yo que iluminaba a los caudillos, que protegía a los secuaces, que evitaba las traiciones, que os daba Victoria y Paz. Era Yo que os daba la alegría de la conquista, cuando ésta no era obra de prepotencia, sino que podía ser obra de civilización, o de redención de vuestras tierras de un dominio extranjero.

¿Podéis decir que Yo no os he concedido la Paz más necesaria: la de mi Iglesia que vuestros padres habían ofendido y que ha perdonado para que Italia fuera realmente una y grande?

¿Y no he venido a daros agua para las mieses sedientas, sol para los campos mojados, salud en las epidemias?

¿Y no os he dado la Voz que habla en mi Nombre, que os habla a vosotros antes que a los demás, porque también en mi Vicario, Pastor universal, está el amor de Patria, y mi Vicario desde hace siglos es italiano? Desde el corazón de Italia se expande la Voz sobre el mundo y vosotros recibís la onda antes, incluso la más leve.

¿Y para qué ha servido todo esto?

Habéis prevaricado. Habéis creído que todo era lícito porque neciamente habéis pensado que teníais a Dios a vuestro servicio. Habéis pensado que mi Justicia avalase vuestras culpas, vuestras prepotencias, vuestra idolatría. Cuanto más bueno y longánime era Dios, más os aprovechabais de Él. Sistemáticamente habéis rechazado el Bien y abrazado el Mal convirtiéndolo en culto.

¿Entonces? ¿De qué os quejáis?

Pero el "abominio de la desolación" ¿no está acaso prácticamente a las puertas de la sede de Pedro? ¿No impulsa sus ondas fétidas de vicio, concupiscencia, fraude, idolatría del sentido, de las riquezas injustas, del poder ladrón y rapaz, contra los propios escalones de la Cátedra de Pedro? ¿Qué más queréis?

Leed con atención las palabras de Juan y no pidáis saber más.

De Dios nadie se mofa y no se le tienta, ¡oh hijos! Y vosotros le habéis tentado mucho y le tentáis continuamente. En el interior de vuestras almas, de vuestras mentes, de vuestros cuerpos, en el interior de vuestras casas, en el interior de vuestras instituciones. Por todas partes lo tentáis y os burláis de Él.

Mis ángeles se cubren el rostro para no ver vuestro comercio con Satanás y sus precursores. Pero Yo lo veo y digo: ¡Basta!

Si Jerusalén fue castigada por sus delitos ¿no lo será acaso la segunda Jerusalén que después de 20 siglos de cristianismo alza, sobre altares falaces, nuevos dioses impuestos por amos aún más signados con el signo de la Bestia de cuanto no lo seáis vosotros, los de Italia, y cree que engaña a Cristo con un fingido presente a su Cruz y a su Iglesia, seguido tan sólo de refinada hipocresía que esconde, bajo la sonrisa y la reverencia, la espada del sicario?

Sí. Llevad a cabo el último delito. Perseguidme en mis Pontífices y en mis fieles verdaderos. Pero hacedlo abiertamente y hacedlo pronto. También pronto Yo proveeré.

Hablar así es doloroso, y hablar a los que son menos culpables. Pero en los otros no tengo oídos que me oigan. Caen y caerán maldiciéndome. ¡Si al menos, si al menos bajo los azotes del flagelo, en la agonía que oprime corazones y patria, supieran convertirse y pedir piedad!

Pero no lo harán. Y no habrá piedad. La piedad plena que quisiera daros. Son demasiado pocos quienes la merecen, respecto de los infinitos que desmerecen hora tras hora cada vez más. Si los buenos fueran un décimo de los malvados, lo que está signado podría tener alguna modificación. En cambio la justicia sigue su curso. Vosotros sois quienes la obligáis a seguirlo.

Pero si no habrá ya piedad colectiva, habrá justicia individual. Quienes se mortifican a sí mismos por amor a la patria y a los hermanos serán juzgados con inmenso amor. Los otros con rigor. En cuanto a los mayores culpables, hubiera sido mejor para ellos no haber nacido. Ni una gota de sangre arrebatada a las venas de los hombres, ni un gemido, ni un luto, ni una desesperación arrebatada a un corazón, ni un alma raptada a Dios, quedará sin peso en su juicio.

Perdonaré a los humildes que pueden desesperarse ante el horror de los acontecimientos. Pero no perdonaré a quienes les han inducido a la desesperación obedeciendo a los deseos de la Bestia».

Dice Jesús:

«La esperanza vive donde vive la fe. La desesperación que hoy conduce a la muerte a tantas almas tiene como presupuesto la falta de una fe verdadera. Efectivamente, quien tiene fe verdadera pide con tal insistencia que obtiene.

Pero cuando veis que una oración no viene escuchada, pensad también que está viciada en la petición o viciada en la fe. Si está viciada en la petición, entonces Yo, que lo sé, no os concedo lo que os daría la felicidad de un instante y el dolor para todo el resto de la vida terrena, e incluso podría procuraros también penas en la otra, por el mal uso que podríais hacer de mi don. Si está viciada en la fe, entonces Yo no la oigo y no la escucho.

El mundo ya no tiene fe y por eso ya no tiene esperanza. El mundo no cree que Dios es Padre omnipotente. El mundo no cree que Dios es Padre amoroso. ¡Si el mundo supiera cuán doloroso me es el no poderos ayudar siempre y el no poder haceros siempre felices!

Yo quisiera que mis hijos fueran tan míos que sólo tuvieran pensamientos santos y santas peticiones que hacer al Padre, quien entonces las escucharía siempre, siempre, siempre. No las concedería siempre, pero las escucharía siempre, y cuando no pudiese dar a un hijo lo que un hijo pide, sustituiría el don no dado por motivos de la inteligencia divina, con otros centenares de consuelos aún mayores.

Tú sabes algo de esto, tú que has llegado a la Fe verdadera en tu Dios y Padre. Pero si piensas bien cual sea la causa que está a la base de la muerte de la fe y de la esperanza, verás que ésta es la falta de caridad.

Dios no es amado. No por los cristianos que lo son sólo de nombre, sino por aquellos que parecen ser cristianos fervientes. Lo parecen pero no lo son. Muchas prácticas religiosas, muchas oraciones, pero unas y otras superficiales, hechas y cumplidas más por superstición que por religión. Muchos temen que si no dicen un determinado número de oraciones, que si no hacen determinadas funciones, Dios les castigue, más aún -dejan a Dios aparte- no vayan bien sus asuntos. Egoísmo también en esto.

No han entendido lo que es el amor del Padre hacia los hijos y de los hijos hacia el Padre. Dios existe, creen que exista. Pero tan lejano, abstracto... que es como si no existiera. No sólo creen que Dios esté lejano, sino que sea hosco y avaro. Creen que Dios sea un sembrador de castigos.

No. Vuestro Dios está siempre cerca de vosotros. No es Él quien se aleja, sois vosotros. No es Él el hosco y avaro, lo sois vosotros. No es Él quien cierra las puertas de las gracias, sois vosotros. Las cerráis con vuestro no tener fe, amor y esperanza en Él.

Pero venid, pobres hijos, venid a Mí que ardo en el deseo de haceros felices. Venid a Mí que me aflijo al no poderos estrechar contra mi seno y enjugar vuestro llanto. Venid al Único que os dé bien, paz y amor verdadero y eterno.

Vivir junto a Mí es alegría incluso en el dolor. Morir conmigo cerca es pasar en la alegría. Quien se confía a Mí no debe temer nada en esta tierra y nada en la eternidad, porque para quien me es verdadero hijo Yo abro un corazón de verdadero Padre lleno de comprensión y de perdón».

23 de julio

Dice Jesús:

«Cuando llegue la hora, muchas estrellas serán arrolladas por las espirales de Satanás, que para vencer necesita disminuir las luces de las almas.

Esto podrá suceder porque, no sólo los laicos sino también los eclesiásticos, han perdido y pierden cada vez más la firmeza de fe, de caridad, de fuerza, de pureza, de desapego de las seducciones del mundo necesarias para permanecer en la órbita de la luz de Dios.

¿Comprendes quienes son las estrellas de las que hablo? Son aquellos que he definido como sal de la tierra y luz del mundo: mis ministros.

El esmero de la aguda malicia de Satanás es apagar, arrollándolas, estas lumbreras que

son luces que reflejan mi Luz para las muchedumbres. Si a pesar de tanta luz como todavía emana la Iglesia sacerdotal, las almas se están hundiendo en las tinieblas cada vez más, se puede intuir cómo será la tiniebla que aplastará a las muchedumbres cuando muchas estrellas se apaguen en mi cielo.

Satanás lo sabe y siembra sus semillas para preparar la debilidad del sacerdocio, a fin de poderlo enredar fácilmente en pecados, no tanto de sentido cuanto de pensamiento. En el caos mental para él será fácil provocar el caos espiritual. En el caos espiritual los débiles, ante el aluvión de las persecuciones, cometerán pecado de vileza, renegando de la fe.

La Iglesia no morirá porque Yo estaré con ella. Pero conocerá horas de tinieblas y horror semejantes a las de mi Pasión, multiplicados en el tiempo porque así debe de ser.

Debe de ser que la Iglesia sufra cuanto sufrió su Creador, antes de morir para resucitar en forma eterna. Debe de ser que la Iglesia sufra durante mucho más tiempo porque la Iglesia no es, en sus miembros, perfecta como su Creador, y si Yo sufrí horas ella debe sufrir semanas y semanas de horas.

Como surgió perseguida y alimentada por poder sobrenatural en los primeros tiempos y en sus mejores hijos, lo mismo ocurrirá con ella cuando vengan los últimos tiempos en los que existirá, subsistirá, resistirá a la marea satánica y a las batallas del Anticristo con sus mejores hijos. Selección dolorosa, pero justa.

Es lógico que en un mundo en el que tantas luces espirituales se habrán muerto se instaure, abiertamente, el reino breve pero tremendo del Anticristo, generado por Satanás, así como Cristo fue generado por el Padre. Cristo hijo del Padre, generado por el Amor con la Pureza. Anticristo hijo de Satanás, generado por el Odio con la triple Impureza.

Como aceitunas entre las ruedas del molino, los hijos de Cristo serán perseguidos, exprimidos, triturados por la Bestia voraz. Pero no engullidos, porque la Sangre no permitirá que sean corrompidos en el espíritu. Como los primeros, los últimos serán segados como puñados de espigas en la persecución extrema y la tierra beberá su sangre. Pero bienaventurados para siempre por su perseverancia quienes mueren fieles al Señor»

Usted me había dicho que para entender a Juan había que leer sus epístolas y el Apocalipsis. He tomado la Biblia y he abierto al azar donde están los escritos del Predilecto. Se me ha abierto en el cap. 12°. El Maestro me lo explica así.

Me doy cuenta de que hace días Jesús dijo una frase parecida al comentario acerca de la maternidad espiritual de María [61], que se quiere ver simbolizada en la mujer vestida de sol. Pero hoy Jesús no habla de ello, de María. Habla de la condición de la Iglesia militante en los últimos tiempos. Leeré atentamente el Apocalipsis esperando en Jesús, que me sea luz para entenderlo.

## 24 de julio

Dice Jesús:

«Ya te he dicho [62] que todo el mal que ahora os oprime es el fruto del abandono de mi Ley por parte de los individuos y de la sociedad. La falta de fe, la falta de caridad, la falta de esperanza, la falta de toda virtud, tienen un único origen: la deserción de mi milicia, de la milicia cristiana.

Como de una cepa de raíces venenosas, han brotado, en lugar de mis virtudes, tendencias, vicios, pasiones peores que humanas: demoniacas. La planta de la vida cristiana ha muerto en casi todos los corazones, en muchos vegeta a duras penas, en pocos está aún

---

[61] En el dictado del 6 de julio

[62] Sobre todo en los dictados del 21 y del 22 de julio

floreciente, nutrida por el jugo de Vida, adornada con hojas robustas.

No hay que esperar que las cosas cambien, al contrario cada vez irán más a peor porque, como un bosque invadido por plantas parásitas y por insectos nocivos se desnuda cada vez más de hojas y frutos y termina muriendo, así sucede con la sociedad de ahora, cada vez más quemada, sofocada, corrompida por mil tendencias viciosas y por mil pecados.

Los principales: odio, lujuria, prepotencia, fraude. Las primeras: negación de Dios, doctrinas contrarias a la mía, culto exagerado de sí mismos y otras más.

Mi Palabra no puede descender -semilla y agua de Vida y Vida verdadera- a las almas. Están demasiado ocupadas en otras cosas. La mayoría de los cristianos ha rechazado a Cristo, porque en el lugar de Cristo ha puesto a sí misma o al poder, el dinero, la carne. Quien peca menos, también peca, porque no tiene misericordia verdadera de su prójimo. ¿Quien es aquel que no maldice, reniega, en el día de hoy?

Pero tú no maldigas, no reniegues, hija que amo. Deja a tu Dios la tarea de castigar. Tú ama y ten misericordia, de todos. También de los primeros culpables.

¡Son unos desgraciados, son unos desgraciados! Han estropeado todo lo bueno que tenían al acoger el mal de Satanás. Han cambiado una eternidad de gloria por una hora de gloria terrena. Han vendido por treinta monedas su alma a Satanás. Son los Judas de su alma. Me indignan y me dan pena. Sí, también pena, porque Yo soy el Dios de la misericordia y siento piedad de mis hijos extraviados.

Ayúdame a salvarles de la última culpa. ¡Cómo quisiera poderles perdonar! Tú, hija que amo, perdona. Que de tu corazón que me posee a Mí y a mi Palabra no salgan más que palabras de paz y de perdón. Sé que es difícil para vuestra humanidad. Pero por encima de ella está el espíritu, y el espíritu es el reino del Señor. Entonces ¿cómo podéis tener al Señor en vosotros si vuestro espíritu no tiene las mismas pasiones que su Rey?

y mis pasiones, como mis palabras, son santas, misericordiosas, buenas. Todas tienen el sello del Amor, del Amor verdadero que nunca es tanto amor como cuando se inmola por los hermanos y les perdona» .

Dice aún:

«No me gustan quienes gritan: "¡A muerte!" después de haber gritado: "¡Hosanna!".

Si aquellos a quienes se lanza el grito de condena os hubieran dado ese botín y ese bienestar, arrebatado injustamente, que Yo no he podido permitir que os dieran para no llevarles a ellos, y a vosotros, a un perfecto orgullo, les aclamaríais. No pensaríais que otros sufrirían en vuestro lugar y que, como vosotros, son mis hijos.

Dejadme a Mí el juzgar, el castigar, el premiar. Tratad sólo, para vosotros mismos, de merecer mi premio. Y sed coherentes y honestos.

Es incoherencia, deshonestidad, vileza, ensañarse con los vencidos, sea cual sea su derrota, por justa que sea como castigo o dolorosa como fruto de circunstancias inmerecidas.

Es incoherencia porque no va al hombre, sino a la acción del hombre, acción -repito- que hubierais aprobado, aún cuando no fuera buena, si os hubiera dado un beneficio.

Es, por la misma razón, deshonesta: todos, recordadlo bien, tenéis vuestra parte de culpa en el momento actual. Quien tiene menos que nadie, porque no ha cometido pecado de adoración de un hombre y no le ha seguido contra la Ley, tiene el de no haber rezado por él mañana y noche. Los grandes necesitan las oraciones de los pequeños para permanecer grandes en el Bien.

Y, en fin, vileza porque enseñarse con quien ya no tiene poder, sino que al contrario es el más desgraciado de todos, odiado por el mundo, alcanzado por Dios, es la misma culpa que la de quien oprime a un débil.

Estas cosas, inconcebibles para la masa, son siempre el jugo de mi Ley. Y el que mi Ley sea seguida superficialmente, y no sustancialmente, lo prueba el hecho del modo en que las masas se revuelven contra quienes no os han dado lo que esperaba vuestro egoísmo». [63]

25 de julio

Dice Jesús:

«Bien, miremos juntos dos milagros del Evangelio. Pero, dado que Yo soy Dios y hablo con inteligencia divina, no te expondré los milagros como se exponen generalmente, sino que te haré notar el milagro en el milagro.

Comenzamos por la multiplicación de los panes y de los peces. Mis sacerdotes predican continuamente el poder de Dios que sacia a las multitudes multiplicando la poca comida. Hermoso y dulce milagro. Pero para un Dios que ha multiplicado los soles en el firmamento ¿qué significa la multiplicación de algunas migajas de pan? Yo, Cristo, el Verbo del Padre, os enseño otro milagro en el milagro. Un milagro que también vosotros podéis realizar cuando sepáis alcanzar el poder que se requiere.

¿Cómo obtengo Yo ese milagro? ¿Sólo con tocar los panes y partirlos con mis manos de Dios? No. Dice el Evangelio: "... y dio gracias ". He aquí el milagro del milagro. Yo Hijo del Padre, Yo Omnipotente como el Padre, Yo Creador con el Padre, doy gracias. Ruego al Padre, me humillo con un acto de sumisión y de confianza. Yo no me creo dispensado del deber de pedir al Padre Eterno, el cual tiene el deber de socorrer a sus hijos, pero tiene también el derecho de ser reconocido como supremo Señor del Cielo y de la Tierra.

Yo: Dios como Él, me acuerdo de este derecho y cumplo este deber y os lo enseño. Y con el deber de respeto, el de confianza. El milagro de la multiplicación del pan se realiza después de que Yo haya dado gracias al Padre. ¿Y vosotros?

El otro milagro. La barca de Pedro, azotada por vientos contrarios, se inundaba de agua y se ladeaba. Y mis discípulos, con mucho miedo por su vida, se afanaban en enderezar el timón, en atar las velas, en tirar por la borda el agua, el lastre, preparados para arrojar las cestas de los peces y las redes, con tal de aligerar la barca y llegar a la orilla.

Las borrascas en el lago eran frecuentes e imprevistas, y no era para bromear. Muchas veces Yo les había ayudado. Pero aquel día Yo no estaba. No estaba materialmente, con ellos. Pero mi amor estaba con ellos porque Yo estoy siempre con quien me ama. Y los discípulos tenían miedo. Pero -he aquí el milagro- sin ser llamado, no presente, vine para poner paz en las aguas y paz en las almas.

Mi bondad es un milagro continuo, hija, un milagro sobre el que pensáis demasiado poco. Cuando se os presenta este punto evangélico, se os hace notar la potencia de la fe. Pero mi bondad, que se anticipa incluso a vuestras necesidades de discípulos y que sale a vuestro encuentro caminando sobre las aguas de la tempestad, ¿por qué no os la hacen ver?

Mi Bondad es mayor que el Universo, que la Necesidad y que el Dolor; es más vigilante que toda inteligencia humana. Mi Bondad tiene raíces en el amor paterno de Dios. ¿Por qué no venís a ella, no la creéis ciegamente, no tomáis de su infinitud?

Yo estoy con vosotros hasta el final de los siglos. Soy el Espíritu de Dios hecho carne. Conozco las necesidades de la carne, conozco las necesidades del espíritu y tengo la potencia de Dios para ayudar a vuestras necesidades, como tengo el amor que me induce a

---

[63] Sobre una copia mecanográfica, el texto prosigue con el siguiente trozo entre paréntesis, al final del cual la escritora precisa, anotándolo a lápiz, que se trata de *Nota de P. Migliorini:* «El dictado precedente era de difícil aplicación en el día en que fue dado, 24 de julio de 1943. El 26 fue propagada la noticia de que Mussolini había presentado su dimisión en manos del Rey, y cuanto sucedió o trató de suceder en este mismo día de desaprobación hacia el hombre caído justifica ampliamente las recomendaciones del Señor, y no sólo esto, sino que hace creíble que haya sido precisamente Él quien ha dictado cuanto ha sido escrito».

ayudarlas. Porque soy Uno con el Padre y con el Espíritu, con el Padre de quien procedo y con el Espíritu por quien tomé carne, del Padre tengo el Poder y del Espíritu la Caridad».

Esta mañana me he quedado boquiabierta. Había terminado de escribir lo de arriba mientras que Marta estaba en Misa y mamá dormía. Extraño, precioso momento de silencio, por tanto. ¡Una fiesta!

Vuelve Marta y me dice, hablando del poco pan que tenía: "¡Ya! Tendría que suceder lo que dice el Evangelio de hoy".

Y yo: "¿Por qué? ¿Qué dice?"

Y Marta: "¡Eh! dice sobre la multiplicación de los panes y de los peces".

Me he quedado como un pez, con los ojos y la boca desencajados. ¡Jesús me había explicado el Evangelio de este domingo! Le aseguro que no pensaba ni por lo más remoto que hoy tocara este texto evangélico.

26 de julio

Dice Jesús:

«Yo soy la Voz del Padre movida por el Amor. Como un río inundo el mundo y vengo a buscaros uno a uno para impregnaros de Mí. Como incansable pastor Yo corro tras mis ovejas llamándolas con voz de amor, y cuando logro reunir a muchas me olvido de toda la fatiga en la alegría de teneros a mi alrededor. Uso todas las artes del amor para atraeros a mi amor que salva. Ni, lo repito [64] me pesaría volver a padecer la Pasión, y hasta más exacerbada en el suplicio, si ello sirviera para reuniros a todos en mi redil.

Pero fuera del mismo silba la seducción y muchos de mis hijos salen para seguirla. ¡Demasiados! Nunca acabaré de decir que esto es mi dolor. Cuando llegan estas horas, en las que hasta los mejores manchan su ser mejores con levadura de odio, Yo sufro tanto. Porque quisiera que estuvierais penetrados de Mí hasta el punto de no plegaros a la perversidad del odio hacia quien sea. El odio es vuestra ruina y hacéis de él vuestra doctrina, pobres hijos que ya no conocéis las dulces hierbas del perdón.

Mucho le será perdonado a quien mucho ama y perdona. Mucho, todo incluso, si vuestro perdón es absoluto.

.¿No os parece que necesitáis el perdón de Dios? Sí. En verdad os digo que todos tenéis necesidad de ser perdonados setenta veces siete, y que vuestro Dios está con el perdón para vosotros en sus manos divinas en espera de que lo merezcáis con vuestra misericordia, porque Dios quiere vuestro bien. Os lo digo Yo que soy la Voz del Padre y hablo en su nombre. Yo os lo digo que soy Aquél a quien todo juicio es deferido por el Padre.

Está dicho: "Hay más fiesta en el cielo por un pecador que se convierte, que por diez justos que permanecen en el Señor". Pero Yo os digo que triple, que décupla fiesta se hará en el cielo por un hijo mío que sabe perdonar como Yo supe, y que ese perdón trae a la tierra la bendición de Dios. Y sólo Yo sé cuanta bendición necesitáis para alejar los castigos inminentes».

27 de julio

Dice Jesús:

«Muchos, para extraer una instrucción, necesitan mil libros de meditación. Pero no. Basta

---

[64] En el dictado del 23 de abril

mi Evangelio y la vida que vivís y que os vive alrededor.

Mira, María, la enseñanza de estos días [65]. ¿Qué ves? Una gran demostración de debilidad humana. Con la misma facilidad con que se agitaban en profesiones de fe engañosa, así ahora reniegan todo lo asegurado anteriormente.

Pero el verdadero cristiano no debe hacer así cuando es necesario testimoniar su fe. ¿Has visto como hizo tu Mesías ante Caifás? Sabía que confesar que era el Mesías, Hijo de Dios, habría provocado la condena, la más feroz de las condenas. Pero no he vacilado. Yo, que ante los acusadores he observado la regla del silencio, aquí supe hablar alto y claro, porque callar hubiera sido sacrílega renegación.

Cuando están en juego las cosas del cielo no se debe vacilar sobre la manera de actuar, porque el fruto que viene de nuestra palabra es eterno. El hombre, ser de carne y sangre, no sabría ser valiente ante ciertas confesiones heroicas. Y es por esto por lo que el hombre reniega con facilidad. Pero la criatura que vive en el espíritu posee el coraje del espíritu, porque Yo estoy con quien combate contra el mundo y contra la propia debilidad.

Y conmigo está María, la Madre de todos, la Ayuda de todos. Ella es quien ha sonreído a los mártires para animarles al Cielo. Ella es quien ha sonreído a los vírgenes para ayudarles en la vocación angélica. Ella es quien ha sonreído a los culpables para atraerles al arrepentimiento. Es Aquélla de quien siempre tiene necesidad el hombre, y especialmente en los horas de mayor angustia.

Sobre el seno de la Madre os afianzáis y me encontráis a Mí y mi Perdón, y con el Perdón la fuerza. Porque si estáis en Mí, gozáis de los dones de Cristo y no conocéis el perecer».

28 de julio

Dice Jesús:

«No hace mucho tiempo que te he dicho [66] que me ayudes a salvarles, a los culpables del último pecado. Pero tú no has entendido lo que quería decir. Has orado.

Esto me basta porque, en verdad, sólo para Mí es necesario entenderlo todo. Pero para vosotros, hijos míos, no es necesaria la revelación absoluta. Todo lo que os digo es un don al que no tenéis derecho, un don espontáneo del Padre a sus más amados, porque mi Corazón ama haceros mis confidencias, tomaros de la mano e introduciros en el secreto del Rey. Pero no debéis pretenderlo. Es tan hermoso ser confidentes de un Dios, pero también es tan hermoso y santo ser hijitos, total y ciegamente abandonados en el Padre que actúa por su cuenta y los hijos se dejan conducir sin querer saber a donde les conduce el Padre.

Estad seguros, ¡oh hijos!, de que Yo os guío por los caminos del Bien. Vuestro Padre sólo quiere vuestro bien.

Para la alegría de mi Corazón se necesita tanto de los confidentes como de los confiados, y es suma perfección ser, además, "confidentes confiados". Entonces sois discípulos, capaces ya de actuar en nombre del Maestro, y niños que se dejan conducir por el Padre. Sois, entonces, mi consuelo y mi alegría.

¡Es tan difícil para Mí encontrar almas de discípulos en un mundo como el vuestro! ¡Y aún más difícil es encontrar, incluso entre los niños, almas de niños! Tanto os ha corrompido el aliento de la Bestia que ha matado la sencillez, la confianza, la inocencia, en la que Yo descansaba, incluso en las almas de los niños.

Ayer no te dije nada, María, y tú estabas perdida como quien ha perdido el camino. Pero Yo no soy sólo tu Maestro, soy tu Médico y curo no sólo el espíritu sino también tu carne.

[65] Ya en el dictado del 24 de julio

[66] Ya en el dictado del 24 de julio

Ayer vi que estabas demasiado cansada y callé, reservando para hoy muchas palabras para ti. No quiero que mi pequeño portavoz se rompa por un esfuerzo superior a sus fuerzas. Hoy hablo por ayer y por hoy.

Tú has orado, ofrendado y sufrido según mi deseo de impedir que se cumpliera la última culpa. Y lo has logrado, aunque tú pensaras una cosa y en realidad "la última culpa" fuera otra. Había inspirado en las mejores almas muchos deseos de orar y sufrir por esta finalidad, porque se necesitaba mucho, mucho, mucho esfuerzo para vencer el peligro. Y todavía se necesita mucho, mucho, mucho esfuerzo para llevar esto a fin sin degeneraciones peores que el primer mal.

Ayer, el único signo de que estaba contigo para serte Luz y Voz, fue guiarte la mano al abrir el Libro por las páginas que, a distancia de siglos, hablan de ahora. Las leeremos juntos y Yo te las comentaré. Pero, desde ayer, has entendido que en ellas estaba "el hoy".

Un gran mal ha sido impedido, María, un gran mal. He tenido piedad por vosotros, pueblo que tenéis por corazón a Roma cristiana. Pero, ahora más que nunca, hay que rezar y sufrir mucho, María, y hacer rezar, y sufrir, si fuera posible -pero es más difícil porque son muy pocos los héroes del sufrimiento- para que el "gran mal" vencido no germine, como planta maligna, en mil pequeños males que acabarían formando un bosque maldito en el que todos pereceríais con horror inimaginable.

He tenido piedad de vosotros. Pero ¡ay de vosotros si, a esta piedad arrancada a la Justicia, por instancia de mis oraciones, de mi Madre, de los Protectores y de las víctimas, vosotros, oh pueblo mío, respondierais con acciones que os hicieran desmerecer mi gracia! ¡Ay si a la única gran "auto idolatría" sucediese la pequeña y numerosa "auto idolatría"!

Uno sólo es Dios, y soy Yo, y no existe otro Dios fuera de Mí. Esto hay que recordarlo. Dios es paciente, pero no es, en su infinita paciencia, culpable hacia Sí mismo. Y sería culpable si llevara su paciencia, hasta no intervenir y decir: "Basta", hasta una indiferencia por el respeto de Sí mismo.

Por un ídolo caído no alcéis tantos pequeños ídolos, todos adornados con los mismos signos satánicos de lujuria, soberbia, fraude, prepotencia y parecidos.

Si sois buenos os salvaré hasta el fondo. Os lo prometo, y es promesa de un Dios. 'Y, en mi Inteligencia a la que nada está oculto -ni siquiera el delito más secreto, ni el movimiento humano más insignificante- no pretendo que todo un pueblo sea perfecto. Sé que si debiera premiaros cuando todos hubierais alcanzado la Bondad no os premiaría nunca, pero entiendo que aunque sea inevitable que alguno peque, la masa debe ser tal como para imponer a los Jefes una conducta digna de mi premio. Porque, recordadlo siempre, los Jefes cometen los Pecados, pero es la masa la que, con sus pecados menores, lleva a los Jefes al gran Pecar.

Y por ahora basta, alma mía. Más tarde releeremos juntos Isaías y, como en la sinagoga y en el Templo, Yo te lo comentaré».

29 de julio

Dice Jesús:

«El Libro hay que saberlo leer no con los ojos sino con el espíritu. Entonces la Ciencia sobrenatural que lo ha inspirado se ilumina de luz de Verdad. Pero para obtener esto hay que tener un espíritu unido a mi Espíritu. Entonces es mi Espíritu quien os conduce.

Ahora mira: en las páginas de Isaías tomamos, como teselas de un mosaico, las palabras

de los capítulos leídos juntos [67] y los alineamos con visión sobrenatural. Te resultarán más claras. Comienza por aquellas que te he indicado para los culpables.

Aun teniendo compasión del impío, éste no aprenderá la justicia; cometerá cosas inicuas en la tierra de los santos y no verá la gloria del Señor.

Por tanto oíd la palabra del Señor, ¡oh escarnecedores!, jefes de mi pueblo que está en Jerusalén. Vosotros habéis dicho: 'Hemos hecho alianza con la muerte, y con el infierno hemos hecho contrato: cuando pasen los flagelos no nos alcanzarán, porque hemos puesto nuestra esperanza en la mentira y estamos protegidos por ella'.

'Vuestra alianza con la muerte será destruida, no se mantendrá vuestro pacto con el infierno; cuando pase tempestuoso el flagelo, os arrollará. Y sólo los daños os harán entender la lección'.

Ahora no os burléis, no sea que se aprieten vuestras ligaduras.

¡Ay de vosotros que os agazapáis en vuestro corazón para ocultar vuestros planes al Señor! Ejecutan sus obras en las tinieblas y dicen: '¿Quién nos ve? ¿Quién nos reconoce?'. Este pensamiento vuestro es perverso.

¡Ay de vosotros! hijos desertores que forjáis proyectos, pero sin Mí, y urdís una trama que no es según mi espíritu y amontonáis pecado sobre pecado.

Por esto, he aquí lo que dice el Santo de Israel: 'Por cuanto habéis rechazado vosotros esta palabra, y por cuanto habéis fiado en lo torcido y perverso y os habéis apoyado en ello, por eso será para vosotros esta culpa como brecha ruinosa, imperceptible, en una alta muralla, que de repente, cuando nadie se lo espera, se quiebra y se hace añicos'.

¡Ay, los que bajan a Egipto por ayuda! En la caballería se apoyan y fían en los carros porque abundan y en los jinetes porque son muchos, pero no han puesto su confianza en el Santo. No han buscado al Señor.

Egipto es humano, no Dios, y sus caballos, carne, y no espíritu; el Señor extenderá su mano, tropezará el que ayuda y caerá el ayudado y todos a una perecerán.

¡Ay de ti, saqueador! ¿No serás también tú saqueado? ¡Ay de ti, escarnecedor! ¿No serás también tú escarnecido? Terminando tú de saquear, serás saqueado; cuando, cansado, acabes de escarnecer, serás escarnecido".

Antes de hablar de los asuntos y de las promesas de Dios, comentemos este pasaje.

El corazón del hombre, que el profeta llama impío, es una mezcla de soberbia, prepotencia, rebelión. La triple lujuria está ahí, trono sobre el que se sienta el Maligno para colmar de pensamientos demoníacos el corazón que ha repudiado a Dios y a su Justicia. De este corazón sólo puede salir iniquidad, porque su reyes el Espíritu del Mal, que concede efímeros triunfos expiados después con derrotas eternas. El impío que reina bajo el signo de la Bestia, pasa como un torrente de dolor y de corrupción por la tierra de los santos -y Roma es tierra de santos- arrastrando al mal a otros impíos menores y atormentando a los hijos del Señor.

Es justo que el Señor vele su gloria ante el impío, en ésta y en la otra morada. Dos veces el impío verá mi gloria, y querrá no verla porque para él será terrible: en su muerte y en el último día. Entonces Yo le preguntaré: "¿Qué has hecho con mi pueblo? ¿Qué con mis dones?". Y será la pregunta que lo lanzará, como una saeta desde el arco, al fondo del que no se sale.

Mi segunda Jerusalén terrena es Roma. Tierra predilecta en la que he querido poner mi Iglesia y que, por ser centro del mundo, debería de ser tratada como una resplandeciente reliquia por quien es cabeza. Y, en cambio, ¿como se han portado los nuevos escarnecedo-

---

[67] En este punto la escritora deja un breve espacio, en el cual después escribe a lápiz: *cap.* 26-33.

res de Dios? Aliándose con el delito que produce la muerte, desposando el alma con Satanás y creyendo, con tal sacrílega prostitución, salvarse de los flagelos a los que sometían a los demás.

No. La mentira no salva. Os lo dice el Padre de Verdad. El señor de la mentira os engatusa con ella y llegado el momento la vuelve contra vosotros para haceros perecer. Yo soy quien salva y nadie fuera de Mí.

Seréis despojados de vuestra engañosa armadura precisamente en el momento en que mi castigo os alcance, porque Satanás actúa así. No puede actuar de otro modo porque sólo puede daros frutos efímeros. Yo soy el único que da la protección que no conoce fin y cuando aparezco, para salvar o para condenar, Satanás huye dejándoos Solos, ¡oh necios hijos del pecado!

Entenderéis quién es Dios y quién es Lucifer sólo en las estrecheces de la tortura. ¡Terrible lección! Y cuanto más pecáis más feroz será la opresión porque también hay un límite para mi Bondad, ilimitada pero inteligente. Recordáoslo.

Nada de cuanto el hombre trama en la sombra, incluso en la secreta del corazón, está oculto para el Señor. Y si vuestros pobres hermanos sólo ven lo externo y pueden ser engañados por vuestra hipocresía, Yo lo veo todo y actúo como merecen vuestras acciones, y como el muro minado por la pequeña brecha, así vuestro edificio, fundado sobre la culpa, se derrumbará cuando nadie -ni vosotros que os consideráis seguros de la alianza con el Padre de la Mentira, ni el pueblo que os teme creyéndoos invencibles- se lo imagina.

¡Ay, ay, ay de vosotros que inducís a mi pueblo a creer que Yo protejo vuestro mal hacer! ¡Ay de vosotros que inducís a mis hijos a la desconfianza en mi Justicia! Responderéis también de esto porque el escándalo recae sobre quien lo crea. ¿Y qué mayor escándalo hay que el inducir a los pequeños a creer que Dios protege injustamente a los grandes que pecan?

¡Cuantas almas me habéis arrancado, obradores de iniquidad! Pero éstas aún serán hijas de mi Misericordia. No así vosotros, a quienes había dado todo para atraeros a Mí y convertiros en instrumentos de Bien y que os habéis olvidado de todo y me habéis puesto después de Satanás.

¡Ay de vosotros! que forjáis alianzas de las que sólo puede venir mal para mi pueblo: mal para la carne y mal para el espíritu, sabéis que es mal y de todas formas lo hacéis, usando mal del poder, con tal de que triunfe vuestra persona en la tierra. ¿Y qué es vuestra persona? Un puñado de arcilla que conserva una forma mientras que la Misericordia la mantiene húmeda con divino rocío y, una vez que se seca, se pulveriza como arcilla tamizada y se desparrama.

Vuestras alianzas, verdadera unión de los precursores del Anticristo, no tienen base y no tienen fuerza de victoria. Se desmigajarán como vosotros mismos y de ellas sólo quedará el recuerdo de horror en las carnes, en las casas, en las almas de mis pobres hijos.

Ante el fragor de la voz de Dios ¿qué son los numerosos caballos y los vigorosos caballeros? Cascarillas que el viento dispersa en todas las direcciones. Yo soy quien da la fuerza a los ejércitos. Pero es necesario que los ejércitos estén movidos por justa razón y no por ferocidad y soberbia.

Toda culpa será castigada, y castigada será por Dios toda burla porque Dios, dice el Señor, nunca será burlado y no es lícito oprimir a los menores.

Pero, observa una cosa, María. También por parte de los menores se requiere respeto a la Ley, por eso tened con vosotros, siempre, a vuestro Dios».

30 de julio

Dice Jesús:

«Vemos hoy cuanto se refiere a los menores. Yo digo, por boca de Isaías, haciendo hablar o hablando a los humildes:

"Sin Ti, Señor, Dios nuestro, nos han esclavizado otros señores, haz que sólo por Ti recordemos tu Nombre. Quien muere vuelve a vivir; los gigantes no resurgen: por eso Tú los has atribulado, los has exterminado y has borrado todo recuerdo de ellos.

Vete, pueblo mío, entra en tus cámaras, y cierra tus puertas tras de ti, escóndete un instante, hasta que pase la ira. Porque he ahí al Señor que sale de su morada a castigar la iniquidad de quien está contra Él sobre la tierra.

Aquel día castigará el Señor con su espada dura, grande y fuerte, a Leviatán, serpiente huidiza, a Leviatán, serpiente tortuosa.

Con palabras extrañas, con lengua extranjera, hablará el Señor a este pueblo a quien he dicho: 'Aquí está mi descanso, dejad reposar al fatigado, esto es mi refrigerio'. Pero ellos no han querido escucharme.

Y el Señor ha dicho: 'Porque este pueblo se me acerca con la boca y me honra con los labios, pero su corazón está lejos de Mí, y me rinden culto con preceptos y enseñanzas de hombres. Por eso he aquí que Yo sigo haciendo maravillas con ese pueblo, haciendo portentosas maravillas; perecerá la sabiduría de los sabios'.

Porque el opresor ha desaparecido, el escarnecedor es aniquilado y son exterminados los que tramaban el mal. Que hacían pecar a los hombres con las palabras, que tendían engaños a quien les reprendía y se alejaban del justo sin razón. Por esto el Señor dice: 'No se avergonzará .en adelante Jacob, ni en adelante su rostro palidecerá, porque en viendo sus hijos, las obras de mis manos en medio de él glorificará mi Nombre. Los descarriados con el espíritu alcanzarán la ciencia y los murmuradores aprenderán la ley'.

Porque aquel día repudiará cada uno los ídolos de oro y de plata que hicieron vuestras manos para pecar y Asur caerá por espada no de hombre, y por espada no humana será devorado y se dará a la fuga no ante la espada y su juventud pagará el tributo". .

La primera causa del mal: haberse quedado sin Dios. No habéis querido tener a Dios por Dueño, y dueño benigno, y así habéis tenido dueños que han humillado vuestra libertad de hombres hasta la mortificación de los esclavos. Como esclavos os han prestado, vendido, quitado de nuevo, como esclavos enviados a la muerte, riendo y engordando sobre vuestro dolor.

El mundo muere por no tener ya a Dios por Dueño; vosotros, en particular, morís por no haber querido a Dios por paterno Dueño. ¡Quisiera Dios que ahora os dirigierais a Él!

En su Nombre está la salvación. La vida es Vida en su Nombre y la muerte es resurrección. Quien vive en el Señor no morirá para siempre. Son los gigantes, o sea quienes. alzan su potencia de carne y sangre, soberbia contra el Cielo, quienes atraen el rayo divino sobre la tierra y caen para no volver a resurgir. Lo han tenido todo en la tierra, porque para ellos vivía sólo la ley de la carne y de la sangre. Por tanto para ellos ha terminado el reino eterno y luminoso del espíritu. Acabado desde esta tierra donde, con su propia mano, lo han matado, y acabado allí donde no existe límite de tiempo, donde no entran almas muertas.

Cuando en el Cielo da la hora de la indignación y la Justicia desciende para azotar, tened por norma Caridad y Prudencia. Retiraos, en vez de alborotar como pollastros que ven el milano, retiraos en vez de murmurar, que juzgar sólo le corresponde a Dios, y orad al Señor. Caridad y Prudencia para lograr que el Mal sea vencido por el Bien y la Paz triunfe en los Estados, en las instituciones, en los corazones.

Dios, para castigar, no necesita vuestros consejos. Sabe cuando y cómo debe de usar la espada para matar al perenne resurgido, el Monstruo que os seduce, contrapuesto al Resurgido divino que os ha salvado y os salva con su Sangre, y al cual, con demasiada frecuencia, no saben escuchar ni los grandes ni los pequeños del mundo, sordos ante mis desconsoladas peticiones de dar asilo al cansado de Amor, a vuestro Jesús que sufre de un amor perfecto siempre rechazado.

¡Oh! ¡si vinierais a Mí con vuestro corazón, hijos amados con tanta ternura por vuestro Dios, Padre y Hermano! ¡Lo arrancaríais todo de mi Amor si vinierais a Mí con vuestro amor! Todo, porque para Mí es dolor sumo el no poderos cubrir de dones en ésta y en la otra vida. Incluso el culto que me dais ha perdido mucho de mi signo y ha asumido formas humanas más acordes con vuestro pesado, de pesadez humana, modo de actuar.

Volved a la Fuente, hijos, a la Fuente de la que brota Vida. Su secular darse no la envejecen, porque el Tiempo es un instante frente a mi Eternidad. Lavad en la Fuente vuestra alma, sumergid vuestro espíritu, para que vean. Vean a Dios y los prodigios que realizo para provocar vuestra admiración de modo tal que vuestra mente se despoje de la ciencia de los sabios, ciencia falaz, y aprenda la Ciencia de Mí que soy la Sabiduría de Dios.

No obstante lo veis, ¡oh hijos queridos!, lo que vuestro Dios sabe hacer por vosotros. He visto la aflicción de mi pueblo elegido, la que conocéis porque ya está sobre vosotros, y la que habríais conocido, ya preparada en la sombra, y he provisto.

¡Pero ay también de vosotros si la lección no sirviera! ¿Cómo podría continuar a acudir, proveer, perdonar? ¿Y si también vosotros os hicierais opresores? ¿Y si también vosotros os convirtierais en escarnecedores? [68] ¿Y si también vosotros os alejaseis del Justo que os aconseja para vuestro bien y tramarais vuestros engaños contra él? Él es portador de mi Palabra, él y sus ministros. Y en mi Palabra está la verdadera Ciencia y la verdadera Ley que dan el Bien.

Haced que se tiña de alegría la Faz de vuestro Jesús y de sus discípulos verdaderos. Y esa Faz yesos rostros se teñirán así cuando os vean triunfar sobre todas las idolatrías del sentido, del dinero, del orgullo, que os han atormentado siempre.

Quienes sean los “Asur" lo entiendes por ti misma. Pero a todos digo: no merezcáis como ellos la espada que no es humana. No. Sed buenos. Vuestro Dios no quiere mostraros la espada que castiga, sino que quiere abriros los brazos que sólo saben amar y bendecir y deciros: "Venid, hijos, a descansar en la Paz de vuestro Padre"».

Dice Jesús:

«Y ahora, después de las teselas negras y violáceas, las teselas de oro del mosaico de Isaías.

"Dice el Señor: 'He aquí, que Yo pongo por fundamento en Sión una piedra, una piedra elegida, angular, preciosa, fundamental; quien cree no tenga prisa'.

'El que anda en justicia y dice la verdad, el que rehúsa ganancias fraudulentas, el que se sacude la palma de la mano para no aceptar soborno, el que se tapa las orejas para no oír hablar de sangre y cierra sus ojos para no ver el mal, ese morará en las alturas, subirá a refugiarse en la fortaleza de las peñas'.

Contempla a Sión, tus ojos verán a Jerusalén, morada de la abundancia, tienda sin trashumancia: sus clavijas no serán removidas nunca y ninguna de sus cuerdas se romperá.

'Porque se ha emborrachado en los cielos mi espada; ya desciende sobre el pueblo de mi anatema para hacer justicia'... Allí se encontrarán (en su tierra devastada) los demonios, etc.

[68] En una copia mecanográfica, la escritora anota al pie de la página: *El* S. *Padre habla un mes después*

etc.
Buscad con diligencia en el libro del Señor y leed: no faltará ninguna de estas cosas, y una no es sin la otra; porque lo que sale de mi boca Él lo ha ordenado y su mismo espíritu las junta".

La piedra elegida, angular y preciosa, con base segura sobre la que surge la Sión eterna, es mi Iglesia y la Moral que viene de mi Ley, de la que la Iglesia es cátedra. Es vano tratar de sustituirla por otra ley. Ninguna es segura y justa como ésta, porque ésta está dictada por la mente divina.

Pero también en los corazones Yo pongo una piedra angular sobre la que se debe basar vuestra espiritual e individual Sión y desde la cual vuestro espíritu debe lanzarse a la ascensión que lo trae hasta Mí, en el reino sobrenatural para el que os he creado y que no está cerrado para vosotros, hasta el momento de la muerte, sino que tiene siempre abiertas para vosotros sus puertas de luz.

Bienaventurados los que saben vivir en el espíritu. Su vida terrena es anticipada beatitud de amor conmigo. Éstos son quienes proceden en Justicia y en Verdad, los que no buscan la riqueza mal adquirida con el fraude y la usura, con el engaño y la calumnia, son aquellos que no tienen sed de venganza y hambre de vicio, limpios de pensamiento, de corazón y de manos.

Para ésos están reservadas las moradas del Reino de mi Padre y la gracia del Señor les ciñe como una fortaleza de rocas, ya desde esta vida. Son los "seguros". Sólo su voluntad, si se pervirtiera, puede quebrar esta seguridad que tiene por piedras angulares la Voluntad de Dios y su voluntad, la Palabra de Dios y su obediencia a la Ley.

La Jerusalén de la que habla Isaías es aquí abajo mi Iglesia, antecámara de la Jerusalén celestial. En ella hay abundancia no de riquezas humanas, sino de tesoros divinos de Perdón y de Ciencia, como en la Jerusalén celestial están los tesoros divinos de las bienaventuranzas.

Ninguna fuerza humana podrá, como ciclón, devastar mi Iglesia hasta el punto de destruirla. Yo estaré con ella, para hacer de clavija y de cuerda. Cuando llegue la hora en que la tierra deje de ser, mi Iglesia será transportada al Cielo por los ángeles, porque no puede perecer al estar cimentada en la Sangre de un Dios y de sus santos.

Un pueblo, dice Isaías, será castigado con la espada de Justicia. Pero serán muchos más, porque en muchas partes el mundo ha fornicado con el demonio. Y otras todavía están a punto de pecar, no obstante todo cuanto Yo he hecho para mantenerlas en el camino de la Vida. Orad, orad, orad mucho para impedir nuevas condenas originadas por nuevas fornicaciones.

Los demonios... ¡oh! los demonios están ya donde castigaré. Los demonios son quienes, asentados como señores en los corazones, llevan a muerte a las naciones. Y hay pueblos en los que pocos son los corazones que no sean aún morada de los demonios: legiones y legiones demoniacas mueven, como títeres, naciones completas. ¿Y como puedo reinar allí donde los corazones se han hecho morada de los hijos de Lucifer?

La palabra profética tiene otras aplicaciones, pero Yo he querido hacértela ver con referencias al momento que vivís. No he querido decirte más para no abatirte más.

Ora. Tu Dios te abrirá las puertas antes de que tú conozcas el máximo horror. Por ahora entra en la morada de su Corazón y dame tu amor para aplacar mi Justicia. En verdad te digo que morir de amor es la muerte más cruel porque se sufre no por una cosa sola, sino por toda la creación. Se sufre por la atención a Dios y al prójimo. Es la muerte de tu Jesús, porque, sábelo, la palabra más adecuada sobre mi muerte no es: flagelos, torturas, cruz; es: amor.

El amor es lo que ha sacrificado al Hijo de Dios. El amor por vosotros. Que sea el amor lo que sacrifica a los nuevos redentores»

1 de agosto

Dice Jesús:

«Cuando una criatura es realmente hija de su Señor, sufre tanto las injurias que ven que le hacen, que ninguna alegría de la tierra, ni siquiera la más santa y grande, puede consolarla.

Mi Madre, y con ella tantas santas madres de la antigua y nueva Ley, no se sentía felicísima en su felicidad de madre y Madre de Dios, porque veía que Dios no era amado en espíritu y en verdad más que por unos pocos. La gracia que le inundaba el alma con su plenitud, le anticipaba el conocimiento del sacrilegio con el que la verdadera arca de la Palabra de Dios habría sido tomada, profanada, asesinada por un pueblo enemigo de la Verdad. No ha muerto por este conocimiento, como la nuera de Elí, porque Dios la socorrió, debiéndole ahorrar el dolor total, pero por él agonizó durante todo el resto de la vida.

Mi Madre llevó la cruz antes que Yo. Mi Madre conoció las torturas atroces de los crucificados antes que Yo. Comenzó a llevarla y a conocerla desde el momento en que le fue revelada su misión y mi misión.

Yo con mi Sangre, María con sus lágrimas, os hemos obtenido el perdón de Dios. ¡Y lo tenéis en tan poca consideración!

Las criaturas que aman a Dios de amor verdadero sufren por las injurias hechas a Dios como por espadas traspasadas en el corazón e incluso mueren por ello: víctimas cuyo holocausto es como incienso suave que perfuma el trono del Señor y como agua que lava las culpas de la tierra.

"Si volvéis a Dios con todo el corazón, quitad del medio a los dioses extranjeros; preparad vuestros corazones para el Señor y servidle sólo a El, y El os librará de las manos de los Filisteos" dice el Libro. A un pueblo no le basta, para ser salvado, el sacrificio inocente de quien muere de dolor por ver ofendido a su Dios y heridos los culpables por la justicia divina. Es necesario que todo el pueblo vuelva al Señor.

Yo he dicho: "No los que dicen: Señor, Señor, sino los que hacen las obras que digo que hagan, serán escuchados y entrarán en mi Reino". Entonces: ¿hacéis vosotros las obras que Yo os digo que hagáis para vuestro bien? No. Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón no está conmigo.

No soy Yo quien reina en vuestros ánimos. El puesto está ocupado por falaces deidades que os malogran y no sabéis libraros de ellas.

Vuestra soberbia impide que vuestro corazón se deshaga en el dolor por haber ofendido a Dios y exprima, en el dolor, el agua del llanto que limpia.

Vuestra incontinencia ante los estímulos de la carne impide que salgan pensamientos puros de vuestro corazón.

Vuestra dureza impide que vuestro corazón sea misericordioso y quien no tiene misericordia no recibe misericordia de Dios.

¡Cuántos dioses tenéis en vuestro corazón en lugar del Dios verdadero!

Y así Yo no puedo liberaros de las manos de los Filisteos. Liberaros de ellos con la plenitud de la liberación. Cae uno de vuestros enemigos, pero surgen dos [69]. ¿Quizás soy injusto? No. ¿No hacéis vosotros lo mismo, vosotros que leváis, si lo leváis, un vicio de vuestro corazón y metéis otros siete y tres veces siete?

[69] Sobre una copia mecanografiada, la escritora anota al pie de la página, a lápiz: *efectivamente ahora tenemos dos* (28-9)

¡Oh! hijos ¡hijos que me obligáis a castigaros! ¡A castigaros a todos, porque para sancionar a un Pueblo que ha caído en el triple y séptuplo pecado, debo sancionar también a los santos que están entre ellos!

Pero Yo enjugo las lágrimas de los santos, mientras que las lágrimas de los rebeldes, arrancadas no por el santo dolor del espíritu, sino por el pesado dolor de la carne que sufre como en los seres inferiores y que en el llanto se rebela e impreca a su justo Dios, serán enjugadas por el hálito de los demonios. Y os aseguro que el fuego que ahora os quema., bajando desde lo alto sobre vuestras máquinas de infierno, no es nada respecto de la llama que os rodeará del peor tormento: no ver nunca a vuestro Dios».

Dice Jesús:

«Si tomáis en consideración mi expresión: "En verdad os digo que los publicanos y las meretrices os precederán en el reino de Dios" podéis entender cuál sea la potencia del creer, cuando es absoluto y recto en la intención.

También por esto os digo que no juzguéis a ninguno de vuestros hermanos y no digáis, neciamente: "Yo estoy tranquilo acerca de mi alma porque no he cometido culpas graves".

No, en verdad vosotros cometéis una culpa mayor que la del publicano y la de la meretriz porque ellos están dominados por la pasión de la carne mientras que vosotros sois desordenados en las pasiones de la mente. Faltáis a la caridad y por esto ofendéis a Dios, faltáis a la humildad y por eso le disgustáis, faltáis a la contrición y por eso hacéis que se vuelva severo.

El pobre publicano, la pobre meretriz, que han podido ser llevados a ser tales por tantos motivos, cuando se encuentran con la mirada de Dios creen en Él y van a Él con toda su fuerza de fe, de amor, de humildad, de arrepentimiento. Y entonces no se trata sólo de un lavado superficial, sino que es una saturación de mi Poder la que les cura y les convierte en héroes.

¡Pero vosotros!... ¡Sois tan pocos los capaces de permanecer firmes en la fe en su Dios! Mira, María: como la nieve que cae en copos de las nubes, así caen las almas por falta de fe. Y si antes era una nevada lenta, ahora se repite cada vez más como tormenta. ¡Pobres almas! Tendrían tanta necesidad de creer para salvar algo de su espíritu ya tan herido. En cambio ya no saben creer.

¿Y entonces en qué creen si no creen en Mí, eterno? Vivir sin creer es imposible. Quien no cree en Dios, en el Dios verdadero, creerá por fuerza en otros dioses. Quien no cree en ningún dios creerá en los ídolos, creerá en la carne, creerá en el dinero, tendrá fe en la fuerza de las armas. Pero en definitiva, no se puede estar sin creer en nada. La oscuridad del alma que no tiene fe en ninguna cosa humana o sobrehumana es peor que la oscuridad que envuelve al ciego. Sólo le queda matar el alma y el cuerpo con muerte violenta.

Cuando Judas no creyó más en Mí, ni en la satisfacción del dinero, ni en la protección de la ley humana, se mató. ¿Remordimiento por el delito? No. Si hubiera sido eso se hubiera matado inmediatamente después de darse cuenta de que Yo lo sabía. Pero no entonces, ni después del beso infame y mi saludo amoroso, no entonces, ni cuando vio que me escupían, me ataban, me arrastraban entre mil insultos. Sólo después de haber entendido que la ley no le protegía -la pobre ley humana que con frecuencia crea o instiga al delito, pero después se desinteresa de sus ejecutores y cómplices, y llegado el caso se vuelve contra ellos y tras haberles usado les hace enmudecer para siempre suprimiéndoles- y sólo después de haberse dado cuenta de que el poder y el dinero no le llegaban o eran demasiado mezquinos como para hacer felices, sólo entonces se mató. Estaba en la oscuridad de la nada. Se lanzó a la oscuridad del infierno.

El mundo se está convirtiendo en un caos sin luz porque la luz del creer se apaga cada vez más en los corazones. Es una muerte espiritual que horroriza a los espíritus que viven en Mí.

Por eso os digo que si un publicano o una meretriz creyeran en Mí, os precederían en mi Reino. Porque quien realmente cree en Mí vive obediente a mi Palabra. Si es pecador se redime, si está sin culpa se preserva de la misma.

De un modo y del otro, Yo, Perdón y Amor, espero a quien cree en Mí para coronarlo de gloria».

2 de agosto

«Tenlo por seguro. Quien me tiene a Mí lo tiene todo. No tendrá más hambre ni más sed, según mi promesa, porque cree en Mí. No hablo del hambre y de la sed del pobre cuerpo. Hablo del hambre y de la sed de vuestro corazón, de vuestra alma, de vuestro espíritu. Tan sólo el pensamiento de que me tienes cerca te consuela, te sostiene, te nutre totalmente.

No, no me canso de estar cerca de ti. Jesús no se cansa nunca de estar cerca de sus pobres hijos que sin Él son tan infelices. Mira si me canso acaso de estar en las iglesias esperándoos, encerrado en un poco de pan para asumir una forma visible para vuestra materialidad.

Las almas que el Padre me ha dado son el tesoro más dulce que Yo tenga. ¿Puedes dudar de que Yo trate con amoroso respeto cuanto me ha sido dado por mi Padre?

He bajado del Cielo, donde estaba beatífico en la divinidad excelsa de mi Esencia, para cumplir este deseo del Padre de salvar el género humano creado por Él. Circunscrito, Yo el Infinito, a un poco de carne; humillado, Yo el Potente, con figura de hombre oscuro; pobre, Yo el Dueño del Universo, en un pueblecillo cualquiera; acusado, Yo el sin Mancha, el Purísimo, de todas las culpas morales y espirituales como rebelde ante la autoridad humana, subversor de los pueblos, violador de la ley divina, blasfemador de Dios; todo lo he padecido, todo lo he cumplido para hacer realidad el deseo del Padre.

No, no me canso de estar contigo. Te espero. Cuando llegue tu hora, subirás conmigo a la vida eterna, porque está reservada para quien cree en Mí. Ya te he dicho [70] cómo aquel que cree, que realmente cree, se salva. Porque la fe lleva consigo las otras virtudes y hace practicar las virtudes y la Ley».

Siempre el 2 de agosto.

Dice Jesús:

«Di al Padre [71], que pide un signo para persuadir a los hermanos de ciertas verdades que no se pueden negar, que le doy la misma respuesta que al rico Epulón: "Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, tampoco escucharán aunque un muerto resucite".

Si no escuchan la voz de su conciencia inspirada por Mí, que grita sus advertencias indiscutibles y verdaderas, si sofocan bajo la incredulidad incluso el resto de sensibilidad que les queda, ¿cómo quieres que escuchen otras cosas? Si no inclinan la frente ante la realidad que les sorprende y no recuerdan, no entienden, no admiten nada, ¿cómo quieres que crean en un signo?

Incluso me niegan a Mí, a pesar de que dicen que no me niegan; ellos son los "doctos" y han sofocado la bella, santa, sencilla, pura capacidad de creer, bajo las piedras y los ladrillos de su ciencia, demasiado embebida de tierra para poder entender lo que no es tierra.

[70] En los dictados del 18 de julio y del 22 de julio

[71] Padre Migliorini

¡Ah! ¡María! ¡Cuánto dolor tiene tu Jesús! Veo morir lo que Yo he sembrado a costa de mi muerte.

Pero ni aunque Yo apareciese me creerían. Pondrían en movimiento todos los utensilios de la ciencia para pesar, enumerar, analizar la maravilla de mi aparición, exhibirían todos los razonamientos de su cultura, molestando a profetas y santos para citar, al revés y en el modo en que les es más cómodo, las razones por las cuales Yo, Rey y Señor de la Creación, no puedo aparecer.

También ahora, como hace veinte siglos, los sencillos, los niños me seguirían y creerían en Mí. Los sencillos, porque tienen el mismo corazón, virgen de racionalismo y de desconfianza y de soberbia de la mente, de párvulos. No. No encontraría en mi Iglesia a los capaces de creer. Es decir, en el gran ejército de mis ministros encontraría algún alma que ha sabido conservar la virginidad más alta: "la del espíritu".

¡Oh santa virginidad del espíritu! ¡Qué preciosa eres, querida, predilecta de mi Corazón que te bendice y te prefiere! ¡Oh santa virginidad del espíritu, que conservas el candor del Bautismo en las almas que te poseen, que conservas el ardor de la Confirmación en las almas que te conservan, que mantienes la nutrición de la Comunión en las almas que a ti se abandonan, que eres Matrimonio del alma con Jesús Maestro y Amigo, que eres Sacerdocio que consagras en la Verdad, que eres Aceite que limpias en la hora extrema para preparar la entrada en la morada que os he preparado! ¡Santa virginidad del espíritu que eres luz para ver, sonido para entender, cuán pocos te saben conservar!

Ves, alma mía. Son pocas las cosas que Yo condeno severamente como esta del racionalismo que viola y desconsagra y mata la Fe, digo Fe con mayúscula para decir Fe verdadera, absoluta, real. Yo lo condeno como mi sicario. Es el mismo que Me mata en los corazones y que ha preparado y prepara tiempos muy tristes para la Iglesia y el mundo.

He maldecido otras cosas. Pero ninguna maldeciré como ésta. Ha sido la semilla de la que han venido otras, otras, otras doctrinas venenosas. Ha sido el pérfido que abre las puertas al enemigo. En efecto ha abierto las puertas a Satanás que nunca, como desde que reina el racionalismo, ha reinado tanto.

Pero está dicho: "Cuando el Hijo del hombre venga no encontrará fe en los corazones". Por ello el racionalismo hace su obra. Yo haré la mía.

Bienaventurados los que, como cierran la puerta al pecado y a las pasiones, saben cerrar en la cara las puertas del templo secreto a la ciencia que niega, y viven, solos con el Solo que es Todo, hasta el final.

En verdad te digo que estrecharé contra el corazón al desgraciado que ha cometido un delito humano, y se ha arrepentido de él, con tal de que haya admitido siempre que Yo lo puedo todo, pero tendré rostro de Juez para aquellos que, en base a una doctrinaria ciencia humana, niegan lo sobrenatural en las manifestaciones que el Padre quisiera que Yo diera.

Uno nacido sordo no puede oír, ¿verdad? Uno que tenga los tímpanos rotos por infortunio no puede oír, ¿verdad? Sólo Yo podría darles el oído con el toque de mis manos. Pero ¿cómo puedo dar oído a un espíritu sordo si este espíritu no se deja tocar por Mí?

Respecto a las preguntas del Padre sobre el antagonista último, dejamos el Horror envuelto en la sombra del misterio. De nada os sirve conocer ciertas cosas. Sed buenos y basta. Vuestra bondad dadla, con anticipo al momento, con el fin de abreviar la duración del reino monstruoso sobre la raza de Adán.

Respecto al tiempo... 1000,... 2000,... 3000, son formas para dar una referencia a vuestra mentalidad circunscrita. Es tan cruel la bestial soberanía del hijo del Enemigo -"hijo no de querer carnal" sino de querer de alma que ha alcanzado el vértice y la profundidad de la ensimismación con Satanás- que cada minuto será día, que cada día será año, que cada año

será siglo para los vivientes en aquella hora. Pero respecto a Dios cada siglo es milésima de segundo, porque la eternidad es un ser de tiempo cuya extensión no tiene límite. Es tan desmesurado ese horror para los hijos de los hombres sumergidos en él, que, en comparación, la oscuridad dé la noche más oscura será luz de sol meridiano.

Su nombre podría ser "Negación". Porque negará a Dios, negará la Vida, lo negará todo. Todo, todo, todo.

¿Creéis estar ya? ¡Oh! ¡Pobrecitos! Lo que vivís es como un lejano murmullo de trueno. Entonces será estruendo de rayo sobre la cabeza.

Sed buenos. Mi misericordia está con vosotros».

Por la noche del mismo 2 de agosto reaparece Jesús doloroso ensangrentado, Aquel que se ha estrujado a Sí mismo para hacerse licor de vida por nosotros.

Está tristísimo. Sólo me dice dos palabras: "¡Sufro tanto!". Pero me las dice prácticamente moviendo los labios. No es como las otras veces que le veo triste o sonriente pero siempre con la boca cerrada, aunque su palabra toca mi espíritu. Ahora mueve los labios y dice: "¡Sufro tanto!" y el acento es tan triste, tan abatido, que me hiere como una espada.

¿Por qué sufre, especialmente esta noche mi Jesús? ¿Quién lo ha herido, haciéndole sangrar y llorar? ¿Qué puedo hacer para hacerle sonreír? Entiendo que una culpa grave, no sé por parte de quien ni dónde, se ha cometido esta noche. Y no entiendo nada más.

Hoy he podido rezar poco, ocupada con los deberes de la hospitalidad. Pero la caridad hacia los peregrinos es siempre oración, ¿verdad? Por lo cual no pienso que sufra por mí, y esto me tranquiliza.

3 de agosto
Mañana

He estado con Jesús en la tortura. Esta noche he creído tener que morir por sofocación. ¡Qué sufrimiento! Menos mal que estaba El que me ayudaba. Mirando su sufrimiento me daba ánimo para sufrir.

¿Habrá servido mi agonía para consolar a mi Jesús? Si hubiera servido, quisiera sufrirla todas las noches para enjugar su llanto y no oír más ese lamento, dicho con tanto dolor: "Sufro tanto".

4 de agosto

Dice Jesús:

«Perder la vida, suma desgracia para el hombre que vive en la carne y en la sangre, no es una pérdida, sino una ganancia para el hombre que vive de Fe y de espíritu. Por esto Yo he dicho: "No temáis a los que pueden matar el cuerpo".

Yo estoy junto a los inocentes, matados por cualquier causa de crueldad humana; estoy junto a los mártires como junto a los soldados; estoy junto a los oprimidos bajo un yugo familiar que llega al delito, como junto a los suprimidos con medios maldecidos por Mí en las guerras sacrílegas y feroces.

Digo: sacrílegas. ¿Y qué otra cosa podría decir? ¿No es violar mi ley actuar con prepotencia usando y abusando de la fuerza por motivos de orgullo humano que tienen como fruto la destrucción de vidas y de conciencias? ¿Y qué mayor templo que el corazón del hombre por Mí creado y donde Yo debería habitar? ¿Pero puede habitar el Dios de la Paz donde hay pensamientos de guerra? ¿Habitar donde bajo la éjida de la guerra el hombre se

permite licencias culpables? ¿Habitar donde bajo la ráfaga de la guerra muere la fe y es remplazada por la no fe, muere la esperanza y es remplazada por la desesperación, muere la caridad y es remplazada por la ferocidad, muere la oración y es remplazada por la blasfemia? ¿No son, éstas, profanaciones de un corazón? ¿Y quién profana no comete sacrilegio?

Por esto Yo he dicho: "No temáis a quien mata el cuerpo y no puede hacer nada más". Yo consuelo en la hora de la prueba a los matados injustamente, y ello es garantía de que después de aquella hora viene la Luz que beatifica.

Pero os digo: "Temed a aquel que, después de haberos matado, os puede echar en la gehenna". ¿Matar cómo? ¿Matar qué? Vuestra alma y vuestro espíritu. El alma que es el arca, el arca santa, el sagrario que contiene el espíritu, que es la gema tomada por la mano de Dios de los inmensos tesoros de su Yo para ponerla dentro de la criatura: signo que no se puede negar de vuestro origen de hijos míos.

Como la sangre en las venas, está el espíritu en el interior de vuestra carne. Y como la sangre da vida a la carne para vivir los días de la tierra, así el espíritu da vida al alma para vivir los días que no tienen fin.

Por lo tanto la pérdida, sin límite de medida, es la del espíritu y no de un poco de carne. No hay delito más grande y más condenado por Dios que este de matar un espíritu privándolo de la gracia que lo hace hijo de Dios.

Como un hijo crece y se forma en el seno de la madre, alcanzando la edad perfecta de la vida intrauterina, nutriéndose por órganos que lo tienen en contacto con los órganos de nutrición de la madre, así el que sabe vivir la vida del espíritu y conservar el espíritu es como un hijo en mi seno y crece y alcanza la edad perfecta de la vida intra-Mí, sacando de Mí nutrición y fuerza.

¿No te da alegría y seguridad pensar que vives de Mí, en Mí, por Mí, conmigo?

Aquel que deja que el Enemigo mate su espíritu se hace cómplice del mismo. Éste tiene abierto, con sus propias manos, el saco en el cual el Maldito encierra vuestra alma, privándola primero de la Luz, después de la Vida, hundiéndola en su abismo infernal de donde no se sale y sobre el cual pesa la maldición eterna de Dios. ¿Y podré acaso, Yo que digo: "No matar" y condeno la matanza de una carne, no pronunciar condena sobre quien mata el espíritu?

Sobre quien. Seguro. Porque tenéis una voluntad y, si no queréis vosotros, el Enemigo no puede. Por ello sois vosotros los que matáis vuestro espíritu. Y sobre quien mata el espíritu, en verdad en verdad os digo que con ira justa y terrible resonará mi Voz de Padre renegado por un hijo, de Rey defraudado por un súbdito, para pronunciar la palabra de condena.

Por lo tanto en tu sufrir está segura: por la carne que muere, cada vez más crece tu espíritu: como víctima de amor, se alimenta del morir de tu cuerpo. Qué hermoso será el día en que, rompiendo la arcilla del vaso terreno, tu espíritu brotará libre y fuerte para la gloria eterna de tu Jesús, en el Cielo».

5 de agosto

Dice Jesús:

«Esta ira de las naciones es el signo precursor de mi ira, porque así debe suceder. Hora penosa, pobres hijos míos que la padecéis, pero es inevitable que exista porque todo debe estar cumplido, de Bien y Mal, sobre la Tierra antes de que llegue mi hora. Entonces diré: "Basta" y vendré como Juez y Rey para asumir también el reino de la tierra y juzgar los pecados y los méritos del hombre.

Cuando leéis en el libro de Juan las palabras: "la hora de juzgar a los muertos" pensáis que se refiera a los que, incluso desde hace siglos, ya han cruzado a otras esferas de misterio que será conocido sólo cuando uno será introducido. Sí. Muerte quiere decir transmigración del alma a otras zonas distintas de la tierra. Pero hay un sentido más amplio en la palabra de Juan: los muertos de que habla pueden estar incluso vivos, según la carne, pero en verdad ser, a los ojos de quien ve, Muertos.

Son los grandes Muertos, porque no habrá ninguna resurrección para ellos. Muertos a Dios no tendrán nunca más, para siempre, el bien de poseer la Vida, es decir, a Dios, ya que Dios es Vida eterna.

Igualmente, con sentido más amplio del que pueden suscitar las simples palabras, los profetas, los siervos, los santos de que habla Juan, simbolizan, bajo esas tres denominaciones, a todas las criaturas que han sabido vivir en el espíritu.

Cuántas humildes viejecitas, cuántos pobres niños, cuántos sencillos e incultos hombres, cuántas mujeres analfabetas, desconocidas a las muchedumbres, están escondidas y comprendidas en las palabras: profetas, siervos, santos. De señalarlas al mundo éste reiría. Pero en verdad, en verdad os digo que es más profeta, siervo y santo mío, uno de estos pobres, según la carne, que un docto soberbio, un gran presuntuoso, un mismo ministro mío, en los que falte aquello que os hace santos a mis ojos: saber vivir según mi Palabra y saber hacer mi Voluntad con fe, con caridad, con esperanza constantes.

Mi sonrisa a mis bienaventurados en la hora de mi venida como Rey y Juez encenderá un sol siete veces mayor que el sol común y resplandecerán mis cielos de él, mientras los coros angélicos cantarán mis alabanzas y las de mi siervos que tendrán en aquella hora, proclamadas por Mí, contra el mundo necio y ciego, sus virtudes que les hacen hijos míos.

Pero para los que tales no son, y especialmente para los que con su actuar han llevado a perdición a la tierra y a los débiles de la tierra, mi mirada será fulgor que precipita en el abismo, ya que es inevitable que exista el Mal, pero malditos para siempre los que se hacen siervos y administradores del Mal».

Éste es el comentario a los versículos 17-18 del capítulo 11° del Apocalipsis, como me lo comenta Jesús.)

6 de agosto

Dice Jesús:

«Mi Sangre, llamada con ira sobre sí mismos por mis enemigos y acusadores, no ha perdido su doble cualidad de perdón y condena.

Pasan los siglos, hija, pero Yo y todo lo que es mío permanece en un eterno presente. En la hora de las tinieblas, en la que resplandecía sólo la púrpura de mi Sangre divina como un faro que quería salvar al género humano, pero que fue visto solamente por pocos, sucedió lo que se repite a través de los siglos y se repetirá mientras exista la Tierra. Infundido con amor infinito, produjo milagros de redención donde encontró amor, pero se hizo condena sobre quien respondió con ira y odio al sacrificio de un Dios.

Pero ¿qué dices de esto? Yo era Dios y los profetas habían anunciado mi venida, y habían convalidado su palabra los milagros que Yo había realizado, y Yo mismo había confirmado mi naturaleza divina,'en una hora de juicio extremo en la cual el acusado no miente. No obstante me han matado. No tienen para su disculpa, esos enemigos de Cristo, el haber ignorado quién fuera Aquel que, acusaban y querían muerto. Y por ello más severa fue su condenación porque, recuerda siempre, a aquél a quién más es dado de amor, de beneficios, de conocimiento, más le es pedido. La idea de mi Bondad no debe exoneraros del

deber del respeto.

Pero también ahora, hija mía, pero también ahora ¿no es lo mismo? Tampoco ahora el mundo ignora que para ser salvado, para estar en paz, para ser felices, es necesaria mi ayuda. Y bien ¿qué hace el mundo? Me acusa y me maldice. Me acusa de no amarlo, de ser cruel, de ser indiferente, y me maldice por estas culpas de las que soy inculpable.

¿Y qué? ¿cómo puede el mundo acusar a Dios? ¿Cómo puede el hombre maldecir a Dios? Como hormiga que intente derribar una roca de monte, así son los necios esfuerzos del hombre que odia a Dios. No hace sino destruirse y despeñarse en el esfuerzo sacrílego.

Esto para aquellos que son los modernos nietos de los antiguos hebreos. Los otros, luego, los menos culpables en la masa de los culpables, no maldicen y no acusan abiertamente, pero no oran con confianza, no viven con sacrificio, no aman con ardor. Son maquinitas aún bien movidas por el mecanismo espiritual, pero sin fuerza propia de movimiento. Son aguas que van bajo el empuje de siglos de cristianismo, pero que van únicamente por esto. No por propia voluntad. Y como todas las aguas, llegadas a una llanura plana y demasiado alejada de la montaña manantial se estancan por demasiado poco movimiento, corrompiéndose.

No es corrompiéndose o rebelándose como se salva el mundo. Y en verdad te digo que si no vienen males mayores a esta pobre raza por la que he muerto, no es ciertamente gracias a las oraciones sin alma y a las existencias planas. Sino que quien salva el mundo, y hasta ahora lo ha salvado, son los pocos sobre los cuales mi Sangre ha obrado los milagros del amor, porque los ha encontrado cálices de amor alzados al cielo.

Pero veo con tanto dolor que estas criaturas en las cuales arraiga el Amor son cada vez menos. ¡Las víctimas! ¡Mis víctimas! ¡Oh! ¿quién da al Redentor, a la gran Víctima, un ejército de víctimas para salvar al mundo, que acusa a Dios de pecado y no piensa que su mal viene de haber pecado el hombre contra Dios y contra el hombre?». .

7 de agosto

Dice Jesús:

«Se lee en el Libro: "Él (el impío) será conducido al sepulcro y velará entre la multitud de los muertos: grato para los guijarros de Cocito arrastrará tras sí a todos los hombres y ante sí una muchedumbre innumerable".

Toda la humanidad es pecadora. Sólo una criatura no ha gustado, no digo el amargo sabor, sino incluso digo: el amargo olor, del pecado. Y fue María, mi dulcísima Madre, Aquella que no me hizo añorar el Paraíso dejado para hacerme carne entre vosotros y redimir vuestra carne, porque en María Yo encontraba los eternos candores y los resplandecientes amores que están en el Cielo. En Ella el Padre que la mimaba como la Perfecta entre las criaturas, en Ella el Espíritu Santo que la penetró con su Fuego para hacer de la Virgen la Madre, alrededor de Ella las cohortes angélicas adorando a la Trinidad en una criatura.

¡El seno de María! ¡El corazón de María! No. La mente más arrebatada en Dios no puede bajar hasta la profundidad, o levantarse hasta el vértice de estas dos perfecciones de pureza y amor. Yo os las ilumino, las ilumino a los más queridos entre los queridos. Pero sólo cuando estéis donde está la Ciencia perfecta, entenderéis a María.

Toda la humanidad es pecadora. Pero existe el pecador únicamente pecador, y existe el impío, es decir, aquel que lleva el pecado a una perfección demoníaca. Porque, en el Mal, el Demonio sabe alcanzar la perfección, y sus discípulos más fieles no son menos que su maestro.

Te lo he dicho ya: "Lucifer se esfuerza por imitar a Dios, en el mal naturalmente. Asume

las formas, diré así, de vida y de corte que ha tenido el Hijo de Dios. El demonio toma la actitud de Cristo, y como Cristo tiene apóstoles y discípulos. Entre ellos escogerá el perfecto para hacer de él el Anticristo. Por ahora estamos en el período preparatorio de los precursores del mismo". Esto ya lo he dicho [72].

El impío será conducido al sepulcro. Es natural. Lucifer puede dar todas las ayudas a sus predilectos, a sus fieles, a sus esclavos, pero no la inmunidad de la Muerte, porque sólo Yo soy Vida y sólo Yo he vencido la Muerte. Por ello, cuando la suma del mal cometido por el impío está cumplida, Yo doy orden a la Muerte de tomar posesión de aquella carne. Esa carne conoce por esto el horror del sepulcro. y para el impío será verdadero sepulcro.

Para los buenos, para los redimidos, para los perdonados no es tal, porque creen y saben en base a la fe. Aquél es el lugar donde el vestido mortal vuelve a su naturaleza de polvo, desencarcelando al espíritu en espera de la hora en que lo que fue creado se reforme para entrar en la gloria o en la condenación con la perfección de creación que Dios creó para el hombre: es decir con la unión de un espíritu a una carne. Espíritu inmortal como Dios su Creador y Padre, carne mortal como formada por un animal terreno, rey de la tierra, heredero del Cielo, pero que demasiado a menudo prefiere la tierra al Cielo y es animal no tanto porque esté dotado de "alma" sino porque vive la misma animalidad, y a veces más, que los animales propiamente dichos.

Las almas, separadas de los cuerpos, tienen tres moradas. Y las tendrán hasta que no queden más que dos, después del Juicio que no errará. Los bienaventurados gozan inmediatamente del eterno reposo. Los purgantes activamente cumplen su expiación pensando en la hora de la liberación en Dios. Los condenados se agitan en la rabia del bien perdido. No, que tanto menos reposo encuentran en su terrible tortura, cuanto más impíos han sido.

Pero el Impío, que con su impiedad ha arrastrado a otros a la impiedad y empujado a otros al pecado, (he aquí los hombres y las muchedumbres de las que habla el Libro), será como una torre insomne en un mar en tempestad. Ante sí la muchedumbre de los matados (en el alma) por él, ante sí el recuerdo vivo de tantos homicidios de almas por él cometidos, y el remordimiento, que no da paz a quien mata, desde el día en que Caín derramó la sangre de su hermano, lo flagelará más atrozmente que los flagelos infernales.

Velará sobre su Delito, que se lanzó contra Dios en las criaturas de Dios y que como fiera enfurecida llevó destrucción a las almas. ¡Qué tremendo tener ante sí la prueba del mal hecho! ¡Castigo añadido a los castigos! Horror sin número como sin número son las culpas del Impío entre los pecadores.

Pero ahora, María, para consolación de tu corazón que se abate ante desgarros de otro mundo donde no reina el Amor sino el rigor de Dios, alza el espíritu escuchando esta palabra toda para ti y para las almas como tú.

¿Sabes lo que representan para Mí los corazones dados al Amor? Mi Paraíso sobre la tierra. Sois vosotros los que traéis un trocito de cielo a este pobre mundo, y sobre ese trocito apoya los pies el Hijo de Dios para venir a encontrar sus delicias entre los hijos del Padre.

Abre el corazón a tu Jesús. Y dame tu corazón. Dónalo del todo a Mí. Lo quiero. Como Médico y Amigo del espíritu y de la carne, como Esposo y Dios que te ha elegido por tu fe y por tu audaz sentimiento de amor».

## 8 de agosto

[72] En el dictado del 19 de junio

Jesús me da consejos íntimos que no son para escribirse.

9 de agosto

Dice Jesús:

«Temen la muerte quienes no conocen el amor y no tienen la conciencia tranquila. ¡Y son la mayoría! Éstos, cuando por enfermedad o por edad o por cualquier otro hecho, se sienten amenazados por la muerte, temen, se afligen, se rebelan. Intentan también, con todas las fuerzas y medios, huir de ella. Inútilmente, porque cuando la hora está señalada ninguna precaución sirve para hacer retroceder a la muerte.

La hora de la muerte siempre es justa porque es dada por Dios. Sólo Yo soy el Dueño de la vida y de la muerte y si bien no son míos ciertos medios de muerte, usados por el hombre por incitación demoníaca, siempre son mías las sentencias de muerte, dadas para quitar a un alma de demasiado tormento terreno o para impedir mayores culpas de aquella alma.

Ahora observa: el don de la vida, de una larga vida, ¿por qué puede ser dado por Mí? Por dos motivos.

El primero: porque la criatura que goza de él es un espíritu iluminado que tiene misión de faro para otros espíritus aún envueltos en las nieblas de la materialidad. Muchos de mis santos han llegado a la ancianidad precisamente por esto. Y sólo Yo sé cómo anhelaban en cambio venir a Mí.

Segundo: doy larga vida para proveer el medio, todos los medios, a una criatura informe para formarse. Estudios, amistades, encuentros santos, dolores, alegrías, lecturas, castigos de guerras o de enfermedades, todo viene dado por Mí para tratar de que un alma crezca en mi Edad que no es como la vuestra. Porque Yo quiero decir que crecer en mi Edad quiere decir crecer en mi Sabiduría, y se puede ser adultos en mi Edad teniendo la edad de niños en la vuestra, o viceversa ser niños en mi Edad teniendo cien años en la vuestra. Yo no miro la edad de vuestra carne que muere: miro vuestro espíritu, ¡y quisiera que fuerais espíritus que saben caminar, hablar, actuar seguros, y no balbucientes, tambaleantes e incapaces de hacer como niños!

Esto explica el por qué Yo diga mi "Basta" muy rápidamente para criaturas que encuentro adultas en la Fe, en la Caridad, en la Vida. Un padre desea siempre reunirse con sus hijos y ¡con cuánta alegría, terminada la educación o el servicio militar, les estrecha contra su corazón! ¿Hará de otro modo el buen Padre que tenéis en los cielos? No. Cuando ve que una criatura es adulta en el espíritu, arde por el deseo de tomarla consigo y si, por piedad del pueblo, deja algunas veces a sus siervos sobre la tierra a fin de que sean imán y brújula para los demás, otras no resiste y se da la alegría de poner una nueva estrella en el Cielo con el alma de un santo.

Son dos atracciones y dos aspiraciones que vienen de un agente único: el Amor. El alma, aquí donde tú estás, atrae a sí a Dios, y Dios desciende a encontrar sus delicias junto a la criatura amante que vive de Él. El alma aspira a subir para estar eternamente y sin velos con su Dios. Dios, desde el centro de su ardor, atrae a Sí al alma así como el sol atrae la gota de rocío, y aspira a tenerla junto a Sí, gema encerrada en su triple fuego que da la Bienaventuranza.

Los brazos levantados del alma encuentran los brazos tendidos de Dios, María. Y cuando se tocan, se rozan velozmente, es el éxtasis sobre la tierra; cuando se aprietan duraderamente es la Bienaventuranza sin fin del Cielo, de mi Cielo que he creado para vosotros, amados míos, y que me dará un sobreabundar de alegría cuando esté colmado de todos mis dilectos.

¡Qué eterno día de inmensurable alegría, de nosotros que nos amamos: Nosotros, Dios Uno y Trino; y vosotros, los hijos de Dios!

Pero los que para su desgracia no han entendido mi Amor, no me han dado su amor, no han entendido que sólo una ciencia es útil: la del Amor, para aquellos la muerte es temor. Tienen miedo. Más miedo tienen aún si sienten que han actuado poco bien o mal del todo.

La boca mentirosa del hombre -porque raramente la boca del hombre dice la verdad tan bella y bendita, la verdad que Yo, Hijo de Dios y Palabra del Padre, os he enseñado a decir siempre- la boca mentirosa del hombre dice, para engañar y consolar a sí mismo y engañar a los demás: "Yo he actuado y actúo bien". Pero la conciencia, que está como un espejo de dos caras bajo vuestro yo y bajo el ojo de Dios, acusa al hombre de no haber actuado y de no actuar para nada bien, como proclama. .

Por lo tanto un gran miedo les oprime: el miedo del juicio de Aquél a quien los pensamientos, los actos, los afectos del hombre, no le están ocultos. Pero si me teméis tanto como Juez, oh desgraciados, ¿por qué no evitáis tenerme como Juez? ¿Por qué no me hacéis vuestro Padre? Pero si me teméis, ¿por qué no actuáis según mis órdenes? ¿No me sabéis escuchar cuando os hablo con voz de Padre que os guía, hora tras hora, con mano de amor? Pero al menos obedecedme cuando os hablo con voz de Rey. Será obediencia menos premiada, porque es menos espontánea y dulce a mi Corazón. Pero será siempre obediencia. Y ¿por qué entonces no la hacéis?

La muerte no se evita. Bienaventurados los que vendrán en aquella hora con vestiduras de amor al encuentro de Aquel que llega. Plácida como el tránsito de mi padre de la tierra, que no conoció sobresaltos porque fue un justo que no tenía en su vida ningún reproche, así será la muerte de éstos. Gozosa como el sueño de mi Madre que cerró los ojos en la tierra sobre una visión de amor, ya que de amor fue toda su vida que no conoció pecado, y los abrió en el Cielo despertándose sobre el Corazón de Dios, así será el fin de los amantes.

¿Sabes, alegría mía, que bonito será también para ti? Esta mañana, cuando Yo Eucaristía venía, tu has tenido un sobresalto de éxtasis porque me has visto darte a Mí mismo. Pero esto no es nada. Un granito de éxtasis puesto en tu corazón. Uno sólo, para no destruirte, porque lo has notado... has creído morir en la emoción. Pero cuando sea el momento verteré un río de alegría, porque no será ya necesario mantener tu vida humana y nos iremos juntos.

Ánimo, aún un poco de dolor por amor de tu Jesús y después tu Jesús abolirá para ti el dolor para darte a Sí mismo, completamente, a Sí mismo, alegría sin medida».

En efecto esta mañana he tenido una impresión tan viva que he estado a punto de gritar. Porque se grita no. sólo por miedo o por dolor, sino también por demasiada alegría. He creído que el corazón cediera en la alegría y yo muriera así, con la hostia aún sobre la lengua.

## 10 de agosto

Me quejo bajito al Señor porque abriendo, como de costumbre el libro del Evangelio o de la Biblia por cualquier página, me pone, también esta mañana, bajo los ojos un punto tristísimo (Jeremías cap. 9°)

¡Tendría tanta necesidad de una palabra de esperanza para mi pobre Patria!... Reconozco que somos culpables de las culpas de las que somos acusados y castigados. Pero el amor de patria me hace sentir dolor por las aflicciones con las que Dios nos hiere.

Jesús me deja quejarme y después me llama la atención sobre los versículos 23, 24, y sobre la última frase del versículo 25. Entiendo que seré instruida sobre esto... y espero.

Dice Jesús [73]:

«La oración es algo bueno y santo, también es bueno meditar y estudiar la Sabiduría. Pero no hay nada más útil para el hombre que un conocimiento: estar convencido de Dios.

Cuando uno ha conocido verdaderamente quién es el Señor, ya no se equivoca más, sabe orar no con un movimiento maquinal de labios de los que brotan serios propósitos de bondad, de perdón, de continencia, de humildad, sino con verdadera adhesión a Dios, con verdadero propósito de practicar cada vez mejor la Ley para ser bendecido por Dios.

Cuando uno ha conocido quién es el Señor, posee para siempre la Ciencia, la Riqueza, la Fuerza, que dan la verdadera Gloria que no muere para siempre y que agrada a Dios.

Vosotros hacéis oraciones y oraciones en estos tiempos [74]. Pero no sirven como debieran. ¡No penséis que vuestro Dios haya cambiado su Naturaleza de infinita Bondad y de Paternidad perfecta! Es que le presentáis oraciones contaminadas de demasiadas cosas.

Despojaos de la triple vestidura que oprime vuestro espíritu y lo contamina. Fuera la hipocresía, el odio, la lujuria. Habría que quitar más cosas. Pero éstas son las más viles a mis ojos. Y sois hipócritas cuando venís a Mí con funciones religiosas que cumplís con sentido humano y no sobrenatural.

¿Pero a quién queréis engañar? ¿A Mí? ¡Oh infelices! Podréis engañaros entre vosotros, mostrando un rostro de religión, mejor dicho, una máscara sobre el verdadero rostro que es de irreligión, porque Religión quiere decir obediencia a los deseos y a la voluntad de Dios, y vosotros en las grandes y en las pequeñas cosas desobedecéis a Dios. Podréis engañaros entre vosotros, pero a vuestro Dios no le engañáis.

¿Qué dirías, María, si uno te ofreciera un ramo de flores o un plato de fruta todo sucio o picado? Que haría mejor no ofreciéndotelo porque te repugna y te ofende. Así es: Yo digo lo mismo de la mayoría de vuestras oraciones.

Odiáis. Seguro. Odiáis. Y tenéis el espíritu tan pesado que ni siquiera os dais cuenta de estar llenos de hastío y de egoísmo hacia todos. Pero ¿qué os he dicho Yo? "Si cuando vas a orar te sobreviene el haber ofendido al hermano o que éste tiene algo en su corazón contra ti, reconcíliate antes con él y después ven". Condición esencial para ser escuchados es el no tener en el corazón el odio que mata el amor. ¿Cómo podéis venir a Mí, que soy Misericordia, cuando no sois misericordiosos? ¿Cómo podéis juzgar y pensar que Yo, que soy Justicia, no os juzgue? ¿No veis que conservando odio hacia quien os daña -y no fue quizás el primero, sino que el primero fuisteis vosotros- no veis que vosotros mismos os condenáis?

Sois lujuriosos. ¡Cuánta lujuria: de la carne, de la mente, del corazón, se propaga sobre el mundo brotando de vosotros como caños de fuente que se originan allá en lo hondo donde reina el Enemigo! Es un diluvio, no querido por Dios, sino por Satanás, a quien os habéis prestado, que se vuelca sobre la tierra y os aplasta la Luz, la Verdad, la Vida. Y Luz, Verdad y Vida, como paloma que no ama el fango podrido, se retira a los Cielos, descendiendo velozmente de ellos para recoger el vuelo sobre pocas criaturas que como cimas de montañas emergen sobre el lodo que os deshonra.

Mi amado Hijo ha interrumpido su morada entre los hombres por los mismos hombres. Escuchadlo, vosotros que aún lo sabéis hacer, vosotros que resistís la ola corruptora porque Nos amáis. En Él está la salvación, porque Él es el eterno Redentor, y los méritos infinitos de su infinito dolor obran para siempre. Mas vosotros los esterilizáis bajo el corrosivo mal

[73] Pero, a partir del penúltimo verso de pág. 215, parecen palabras dictadas por el Padre Eterno

[74] Son los tiempos de la II guerra mundial

satánico del que estáis llenos. Más aún que su Sangre sobre los hebreos, este destruir vuestro en vosotros los efectos de su Sangre con el pecado, que amáis como vuestra vida de un momento, os condena y os hace dignos de mi castigo.

Sois corazones incircuncisos. No sabéis, no queréis poner anillo de triple penitencia al corazón que habéis quitado a Dios y habéis dado al Enemigo de Dios y del género humano. Esto es lo necesario para que Yo intervenga: arrepentiros y hacer penitencia. Sin estas dos cosas toda oración vuestra, todo acto religioso vuestro es mentira y ofensa que hacéis a Dios.

Y si el Espíritu de Amor no puede obrar ya en vosotros los prodigios del amor porque vuestro obrar neutraliza su acción, y si el Verbo del Padre no puede obrar ya los milagros de su Sangre y de su Palabra porque en vosotros hay fuerzas contrarias, el Padre, el Señor Dios, siempre puede agitar sobre vosotros el flagelo del castigo y defender en Sí a las tres Personas Divinas demasiado, demasiado, demasiado ofendidas por la humanidad».

11 de agosto

Dice Jesús:

«Anoche tu primo [75] se sorprendía y lamentaba porque mientras escribes no cesan tus sufrimientos.

¿Por qué deberían cesar? Las misiones son siempre penosas para la naturaleza humana. La carne sufre en el servir a Dios. Pero cuanto más sufre más fructífero se hace el trabajo del espíritu.

¿Cuando he cumplido Yo mayormente mi misión? En las horas de mayor sufrimiento. Y Yo no tenía, entonces, el bien que tú tienes, porque Yo estaba en aquellas horas abandonado por el Padre. Tú, en cambio, no lo estás por Mí.

¿No es esto más que suficiente para pagar el sufrimiento de un puñado de cenizas como es tu carne? Sí que lo es. Sería suficiente el sentirme cerca. Pero Yo te he concedido no sólo la cercanía, sino la caricia, la vista, la palabra.

La cruz llevada así ya no es cruz para el alma. Lo es sólo para la carne y la sangre. Pero éstas me las has dado en ofrenda total, y es bueno que sean consumadas porque en el sacrificio se anulan sus culpas, de las que -estás convencida- no es necesario que Yo te hable para recordártelas. Me las has dado por ti y por "muchas cosas". Por esto lleven ellas la cruz del sufrimiento total, porque es justo que así suceda.

¿Sabes lo que haces escribiendo? Mi Voluntad. La voluntad de misión que quiero que tú hagas. Aunque una sola alma, una sola, encontrase el camino, a través de esta fatiga tuya querida por Mí, estaría justificada la fatiga que a los ojos humanos parece inhumana.

Yo, luchando contra la angustia de la agonía, he cumplido hasta el extremo la misión de Maestro y Redentor. Recuerda a Caifás, Pilato, las mujeres de Jerusalén, Dimas. Hasta lo último, hasta lo último he consolado, instruido, salvado. ¡Sólo Yo sé lo que era mi sufrimiento! El tuyo es nada en comparación.

Ningún discípulo es más que su Maestro, en ninguna cosa, y si tu Maestro ha sufrido tanto para redimir a los hombres, tú, que te has puesto en la huella del Maestro, ¿quieres sufrir menos?

Por lo demás Yo sé hasta qué punto debo cargar la mano. Y si la cargo pesadamente es signo de que te doy la capacidad de soportar el agravio y de que hay una infinita necesidad de sufrimiento para la hora terrible que tenéis encima. El sufrimiento de los holocaustos es el

---

[75] Giuseppe Belfanti, primo de la madre de la escritora. A causa de la guerra, desde Reggio Calabria se trasladó con la familia a Viareggio, y estuvo con la escritora de julio de 1943 a noviembre de 1944

que impide no la ruina material sino la ruina espiritual, que está para cegar los espíritus y conducirles a destruir, como nube cargada de nieblas, materialmente y cada vez más, cuanto aún queda salvo».

Dice más tarde respondiendo siempre a un lamento mío por las perspectivas dolorosas (acerca de nuestro mañana) que me ilumina:

«Pero, María, a las pequeñas amigas de Jesús no les es permitido librarse de la pena.

Vuestro pobre Jesús, cuando estaba en su Pasión, tuvo el único consuelo de la asistencia de su Madre. María no ha perdido ni un gemido mío, no se le ha escapado una lágrima mía, ni un fruncimiento de la piel, un estremecimiento de los músculos, una contracción del rostro, un sollozo, una convulsión. Eran muchas lanzadas para su corazón de Madre, pero no se ha librado de ellas porque sabía que su presencia era el único consuelo de su Jesús.

La pequeña María no debe ser diferente de la gran María. También ahora Yo sufro, sufro mucho ante la obstinación humana. Lo repito [76]: vendría de nuevo a morir para salvaros, oh hombres que precipitáis en el abismo de mil culpas. Sufro tanto... no puedo callar mi dolor. Y hablar de ello quiere decir conducir a quien me escucha a la visión de un futuro bien triste.

Pero es tan dulce llorar juntos. No me quites tu hombro para que Yo apoye mi Cabeza sobre la que la Humanidad fija coronas de espinas. Las mismas espinas te pincharán también a ti. Pero piensa: nuestro llanto y nuestra sangre serán ofrecidas juntas para intentar parar el castigo.

Esto es necesario, María. Las demás cosas dejan lo que encuentran y os unen nuevas potencias de mal. Pero el sacrificio salva. ¡Si de la tierra hecha infierno nacieran muchas almas de sacrificio!

No repito por falta de argumentos, repito porque en estas palabras está la llave de la salvación».

Crea, Padre, que sufro mucho. Las intuiciones que me vienen son más torturadoras que mi mal físico y acrecientan el mismo. Confieso que humanamente quisiera huir de ellas con la muerte. Pero, como ve, también esto entra en el campo de dolor que Dios ha sembrado para mí y que yo debo coger y comer como pan de mi vida.

Y entonces... adelante. Estoy entre espinas de todo tipo, porque el buen Jesús me descubre horizontes de sangre y fuego y Lucifer intenta agitarme haciéndome notar que pronto quedaré sola (sin el Maestro) y que Él está ya cansado de mí. Le dejo hablar, pero ciertamente sufro.

Menos mal que perdura viva la invisible Presencia y esto me da todo en mi nada.

12 de agosto
Noche

Dice Jesús:

«Alma mía, escucha la parábola de la perla.

Un granito de arena movido por las olas del mar viene tragado por las valvas del molusco. Una piedrecilla tosca y despreciable, un fragmento minúsculo de roca, una astilla de pómez, todas cosas que no merecen la mirada de un hombre.

Aquel granito de arena tragado así añora ciertamente, en el primer momento, las inmensas lamas del mar donde rodaba libre bajo el impulso de las corrientes y donde veía

[76] Ya en el dictado del 23 de abril y del 26 de julio

tantas cosas bellas, creadas por mi Padre. Pero pasado algún tiempo, alrededor del tosco y rústico granito se hace una película blanca, cada vez más bella, más dura, más regular. Y la piedrecilla no añora más la libertad salvaje de antes, sino que bendice el momento en el que fue precipitada, por un querer superior a su intención, entre las valvas de aquel molusco. Si el granito pudiera hablar diría: "¡Bendito sea aquel momento en que perdí la libertad! ¡Bendita sea la fuerza que me quitó la libertad y de mí, pobre y feo, hizo una preciosa margarita!".

El alma es una piedrecilla por su naturaleza basta. Lleva el signo de la creación divina, pero se ha quedado en tan malas condiciones, rodando hacia abajo, que se ha hecho cada vez más áspera y más gris. La gracia, como una corriente celestial, la empuja por los inmensos espacios del universo, hacia el Corazón de Dios que está abierto para recibir a sus criaturas. Vuestro Dios está con el Corazón abierto deseándoos, pobres criaturas.

Pero con frecuencia vosotros resistís a las corrientes de la gracia y a la invitación de Dios que desea encerraros en su Corazón. Creéis ser más felices, más libres, más dueños de vosotros mismos permaneciendo fuera. No, pobres hijos míos. Felicidad, libertad, dominio, están dentro del Corazón de Dios. Fuera está la asechanza de la carne, la asechanza del mundo, la asechanza de Satanás.

Creéis estar libres, pero estáis atados como esclavos al remo. Creéis ser felices, pero los cuidados, ya en sí, son infelicidad. Y después está todo el resto. Creéis ser dueños, pero sois siervos de todos, siervos de vosotros mismos en la parte inferior, y no obtenéis alegría aunque trabajáis para proporcionárosla.

Yo doy la alegría porque doy la Paz, porque doy la continencia, porque doy la resignación, la paciencia, toda virtud.

Bienaventuradas las almas que no ponen demasiada resistencia a la gracia que les impulsa hacia Mí. Beatísimas aquellas que no sólo se dejan llevar a Mí, sino que vienen a Mí con el ansia del deseo para ser absorbidas por mi Corazón.

Él no rechaza a nadie por mezquino y tosco que sea. Él acoge a todos, y más sois míseros, pero a la vez convencidos de que Yo os puedo embellecer, y más Yo trabajo vuestra mezquindad, la revisto con vestido nuevo, precioso, puro. Y mis méritos y mi amor obran la metamorfosis. Entráis criaturas y salid, a la Luz del Día de Dios, perlas preciosísimas.

El alma alguna vez añora la primera libertad. Especialmente en los primeros tiempos, porque mi trabajo es severo aunque bajo aspecto de amor. Pero cuanto más voluntariosa es el alma tanto antes comprende. Tanto antes el alma renuncia a todo deseo de falsa libertad y prefiere la regia esclavitud del amor, y tanto antes gusta la bienaventuranza de su cautiverio en Mí y acelera el prodigio santificante del amor.

El mundo pierde todo atractivo para aquel alma feliz que vive encerrada en Mí como perla en el cofre. Todas las riquezas de la tierra, todos los efímeros soles, todas las insinceras alegrías y las pseudo libertades pierden luz y voz y sólo queda la voluntad, cada vez más vasta y profunda, de nuestro recíproco amor, de nuestro querer ser el uno para el otro, el uno en el otro, el uno del otro.

¡Oh! bienaventuranza de las bienaventuranzas, demasiado poco conocida, vivir conmigo que sé amar. Que si Pedro exclamó sobre el Tabor, sólo por verme transfigurado: "Señor, es bueno para nosotros estar aquí", ¿qué debería decir el alma que ella misma es transfigurada haciéndose molécula de mi Corazón de Dios?

Pero piensa, María. Quien vive en Mí se hace parte de Mí. ¿Comprendes? De Mí, Jesús, Hijo del Dios verdadero, Sabiduría del Padre, Redentor del mundo, Juez Eterno y Rey del siglo futuro, Rey por siempre. A todo esto llega el alma que vive hundida en mi Corazón. Parte integrante y viva del Corazón de un Dios, vivirá eternamente como Dios en la Luz, en la

Paz, en la Gloria de mi Divinidad».

Dice Jesús:
«Cuando la naturaleza humana sabe recordarse tanto de su origen para saber vivir en lo sobrenatural, se hace más alta que la angélica y es para los ángeles motivo de admiración.
¿Cuándo sucede esto? Cuando una criatura vive sumergida en mi Voluntad, totalmente abandonada a Mí, no viviendo, no amando, no actuando más que por Mí y conmigo. Entonces eleva su carne a un grado que no está concedido a los ángeles, quienes no conocen las ansias de la carne y no tienen el mérito de dominarlas. Cuando, además, la criatura se crucifica a sí misma por amor del Maestro crucificado, entonces se convierte en motivo de admiración para las legiones angélicas, las cuales no pueden sufrir por mi amor y crucificarse a sí mismas como Jesús, Redentor del mundo e Hijo del Eterno.
Alrededor de mi Cruz, como ya alrededor de mi cuna, estaban legiones de ángeles adoradores, porque la cuna y la cruz eran el alfa y la omega de mi misión de Redentor. Pero alrededor de los pequeños crucificados, que se inmolan silenciosamente por ley de perfecto amor, están las legiones de los espíritus angélicos, porque ven a Mí en vosotros que morís por Mí.
Déjame por lo tanto hacer. Hacer hasta el final. Dentro de poco Yo te seré padre, madre [77] además de hermano y esposo. Dentro de poco no me tendrás nada más que a Mí. Ven, el golpe es duro, pero te advierto y sé generosa. Déjame hacer. No hago nada que no tenga la sigla de amor. Sé como un cordero recién nacido entre mis manos de buen pastor. Si tu Pastor te hace comer esta hierba amarga, también ésta, es porque te quiere dar un lugar más bello en su Corazón. y no tengas miedo. Yo te ayudaré. Te ayudo siempre, lo ves.
Tengo necesidad de tu dolor. Del dolor absoluto, completo, profundo. Tú no sabes qué valor tendrá en mis manos. Cuando lo sepas dirás que he valorado al mil por ciento tu sufrir y me lo agradecerás. Pero agradéceme ya desde ahora con confianza y con amor.
En el coro de las voces que se elevan desde la tierra al Cielo faltan las voces que agradecen. Es una nota muda, y esto está muy mal. Es un gran demérito para la estirpe de Adán que, amada y beneficiada de manera suprema por Dios Uno y Trino, no sabe agradecer. Pero aunque esto les será perdonado a los analfabetos en el Amor, a quienes el Amor mismo instruye no les es concedido el no hacerlo. Cuando un niño pequeño comete un error o lo comete un pobre ignorante, se le compadece. No así cuando el mismo error lo hace un adulto y un culto.
Tu eres educada por el Maestro y no debes faltar a la enseñanza del Maestro. Te he criado con mi amor como se cría a un pequeño con la leche. Sé fiel 'al Amor en todas, todas, todas las cosas».

13 de agosto

Dice Jesús:
«Repetiré cuanto ya he dicho respecto de un alma que me debes ayudar a llevar a la luz. Así también el Padre se organizará. Además este repetir responde también a preguntas del Padre el cual, esté seguro, está en su campo de apostolado y mucho tendrá que trabajar todavía en él porque los paganos están aquí y él es mi misionero aquí. Ármese por ello de fortaleza, paciencia y constancia, y trabájeme los corazones, más sordos que las piedras, para que mi Voz entre en ellos.

---

[77] La escritora, que era hija única, perderá a su madre el 4 de octubre de este mismo año 1943. El padre había muerto el 30 de junio de 1935

Entre. Si después, que haya entrado, los corazones no la quieren hacer Vida, peor para ellos. Yo, mi pequeña portadora, y mi misionero, seremos justificados ante el Padre [78]. Respecto a los corazones, tendrán que responder de ello porque se habrán cerrado ellos mismos a la Misericordia de Dios que usa todos los medios: desde su Hijo dilecto a los siervos fieles del Hijo, para dar ayuda sobrenatural a las criaturas.

Que el Padre utilice por tanto cuanto juzga útil utilizar de lo que te digo. Son perlas que le doy gratuitamente. Pero de todas las perlas tengo detrás una, la perla madre, diré así. Detrás te tengo a ti, de quien soy celoso y sobre quien ejerzo absoluto poder de propiedad.

Tú no eres María y no debes ser conocida como María. Eres un suspiro que sale de mi Corazón, un viento que sopla y refresca las frentes sin que ellas sepan de donde venga ni qué nombre tenga. Tu personalidad está anulada. Tú, como criatura, debes ser nada. Debes no ser. No siendo, ninguno te debe conocer como escritora de mi Pensamiento, ninguno menos dos o tres criaturas privilegiadas, que son tales por Voluntad mía. Tú eres el respiro de Jesús y basta. Más tarde, cuando Yo quiera, y nadie te pueda dañar, será conocido el nombre de mi pequeña voz. Pero entonces tú estarás en otro lugar, donde la pequeñez humana no llega y donde la maldad humana no actúa.

Respecto a aquel alma (y a muchas como ella) es necesario ejercer una caridad super-perfecta. Como la he ejercitado Yo muchas veces en mi vida terrena. Son almas a penas esbozadas. Todo en ellas anhela por instinto a un perfeccionamiento, se tiende hacia un crecimiento de forma como el recién nacido que se nutre, se agita, da vagidos, aspirando a saberse nutrir, saberse mover, saberse expresar, con verdaderos alimentos, con verdaderos pasos, con verdaderas palabras. Y deben tratarse como recién nacidas. Sin impaciencias y sin repugnancias.

¿Pero lo sabes, alma mía, cuántas veces he sentido contraerse mi carne por un escalofrío tan vivo que afloraba del Corazón a la carne cuando debía acercarme a seres de pecado? Sin embargo, si no me hubiera acercado ¿habría podido atraerles a Mí? Lo habría podido con una violencia de Dios. Pero ¡por qué usarla cuando está el Amor que es el mejor de los imanes?

He iniciado mi vida pública con una fiesta de bodas, en la cual he debido escuchar las conversaciones de siempre y las alusiones que se acostumbra en similares fiestas. No he rehusado la invitación de Mateo, lo que me fue muy reprochado, por los censores, manchados por lo mismo que me reprochaban a Mí, el haber entrado en aquella casa. No he rechazado a la pecadora que consumía sobre mi Carne el último resto de sus artificios de seducción y anulaba su deuda hacia la Gracia con un acto de arrepentido y valeroso amor. No he desdeñado hablar con la samaritana que era de todos y de ninguno. No he callado porque en la muchedumbre que me escuchaba estaban mezclados paganos o pecadores. Sino más bien precisamente para ellos encontraba las miradas, las sonrisas, las palabras más dulces de amor.

He venido y vengo a recoger a mis ovejas dentro de mi redil, y por las ovejas alejadas que han tomado caminos torcidos voy, Pastor bueno e incansable, entre zarzas y espinas, llorando lágrimas y goteando sangre hasta que las he encontrado y recogido. Si llamo a otros para ayudarme en la obra deben estos otros actuar como Yo.

Lo sé que hay un santo pudor y un instintivo celo que producen sufrimiento cuando son forzados. Pero es necesario superar el santo pudor y el no santo egoísmo y dejar que los "pequeños vengan a Mí" para que escuchen mi Voz a través de tu obra. Actuar ante ellos con tanto amor y con completa libertad como si fueran personas convencidas de mi Ley.

---

[78] Dios Padre. Todas las demás veces que en el presente dictado viene nombrado el "Padre", es el Padre Migliorini

No penséis que cuánto decís está desperdiciado. No. Una tierra árida sobre la que llueva después de años y años de sequía parece que no se moje cuando el agua del cielo llueve sobre ella; en realidad le cuesta embeberse de agua más que a una tierra cuidada. Pero se moja siempre. Así es para los corazones. Es necesario regarles, ponerles en contacto con el agua viva que desciende del Cielo y que al conduce Cielo. El resto después lo hago Yo..

Los milagros de la gracia en los corazones suceden por un conjunto de agentes, cuya raíz está en Mí. Podría hacerlo todo solo. Pero quiero asociar a mis discípulos a mi obra de Redención para que compartan conmigo mi Gloria en el Cielo.

He deseado sentarme con vosotros, amigos míos, en el banquete celestial donde serán celebradas mis glorias de Redentor, lo he deseado ardientemente antes que el tiempo fuera, porque nada es desconocido para la Inteligencia eterna. Sé el nombre de los comensales, sé quienes, después de haberse nutrido de Mí sobre la tierra, de Mí recibirán en el Cielo el pan partido por mis manos en el ágape fraterno en el que Maestro y discípulos estarán unidos para siempre sin la pesadilla de la inminente Pasión y de la sucia traición.

Animo, pues. Si te chocan ideas que mi Luz te hace ver equivocadas no te retires. Como una madre ten sobre el corazón los hijos del espíritu aunque estén cubiertos de materias impuras. Ofrece tu sufrimiento por este encuentro con mi Luz para que descienda a dar luz de verdadera fe al espíritu anhelante de la Fe, pero incapaz aún de ir a ella.

Quería terminar de hablarte de la perla [79]. He hablado de otra cosa para guiar al Padre cuya obra contigo no ha sido inútil. Su vestido de hijo de María ha hecho huir a quien te paralizaba oído y vista espiritual y azuzaba en ti la parte inferior.

Eres así porque has tenido la ayuda del Padre. Os he cogido de dos puntos de la tierra y os he conducido el uno hacia el otro porque así debía ser. Yo sé por qué. Tú, recuérdalo siempre, en mi Sacerdote debes verme a Mí. Él en ti debe verme a Mí. Y no las migajas sino todo el Pan he guardado para él, porque precisamente a él, contra tu propia voluntad, he reservado la misión de ser tu ayuda fraterna y tú la ayuda fraterna de él.

Yo sé cuáles son las piedras a unir para formar las murallas de mi Ciudad. Parecen actuar por sí mismas. En realidad una sirve a la otra compaginándose perfectamente. Yo sé.

No es él quien quita la mesa y recoge del suelo las migajas. Si acaso él es Lázaro que prepara la casa para el Maestro, la casa eres tú y eres también María... Pero ¿habría podido María estar escuchando al Maestro si Lázaro no hubiera preparado la casa al invitado y si Marta no hubiere atendido a los quehaceres?

De María he hecho una santa. Pero ¿de Lázaro y de Marta he hecho de menos? Quien me sirve es igualmente querido, cualquiera que sea la obra que cumple. Lo importante es hacer lo que Yo quiero».

He aquí la respuesta a su carta, donde ha estimado útil responder.

Veo a Jesús con su cruz sobre el hombro derecho que camina, camina y nadie le sigue. Me mira con ojos de inmenso dolor.

14 de agosto

Dice Jesús: .

«Te he dicho [80] que eres así porque has tenido la ayuda del Padre [81]. Ningún orgullo le

[79] En el dictado del 12 de agosto
[80] En el dictado del 13 de agosto
[81] Padre Migliorini

debe venir a él, ningún desaliento a ti, ninguna sorpresa a quien sea por esta afirmación mía.

Yo soy Dios y no tengo necesidad de intermediarios, es cierto. Pero precisamente porque soy perfecto en todo, tanto en la inteligencia como en el amor, así sé cuánto es necesario para vosotros para estimularos y haceros sentir cómo os amo. Y este pedir vuestra colaboración para cumplir mis prodigios no es prueba de debilidad por parte mía o de incapacidad para obrar solo, sino es prueba de amor y de inteligencia.

Os amo tanto que me humillo a pediros que me ayudéis. Os comprendo tanto que sé que esta petición os estimula más que cualquier otra cosa.

Para hacerme Alimento que nutre vuestro espíritu Yo no tendría necesidad de nadie. Sin embargo pido manos sacerdotales para obrar el milagro del pan que se cambia en Cuerpo del Hombre Dios. y así es para la recíproca elevación.

Yo he fundado una sociedad verdadera en la cual los miembros son, en mi pensamiento, uno para el otro, uno de apoyo al otro. Desde el más grande hasta el más pequeño todos tenéis vuestra razón de existir en la magnífica unión de mi Iglesia, una en la esencia y trina en la forma, como su Rey y Pontífice divino que es Uno y Trino con el Padre y el Espíritu Santo.

La Comunión de los santos une a los católicos que fueron con los que son, a los católicos que penan con los que luchan y con los que gozan. Cielo, tierra y purgatorio se ayudan y completan recíprocamente, y del mismo modo los miembros de la Iglesia militante deben ayudarse y completarse recíprocamente.

¡Oh! ¡sublime caridad que has nacido de mi Corazón, desgarrado por la traición antes que por la lanzada, signo vivo de la pertenencia a Mí! Si pudieras ver el valor que tiene, a los ojos de los celestes, el amaros como hermanos, según mi mandamiento de amor, ninguno, entre los dotados de inteligencia, no querría no amar al hermano con pureza, con visión espiritual y espiritual ardor. Así se amaban mis primeros seguidores y su amarse ha convencido al mundo de la verdad del Cristo.

Pero ahora... ¿todavía puede ser el mundo convencido de esto cuando el odio ha sustituido al amor y la inteligencia sirve para dañar, la palabra para mentir, el corazón para traicionar, las manos para matar?

Orad... Orad pues. ¿Pero puede vivir una planta apoyada sobre un granito ardiente? No. Muere porque su raíz no encuentra jugo de vida. Así muere vuestra oración no nutrida por el amor.

¡Y pensar que habría gran fiesta en el Cielo si el gran pecador: el hombre, volviera al Padre que le espera para perdonarle y cubrirle de dones!

Voy, llevando la Cruz, recogiendo las cruces que Satanás derriba y que vosotros no sabéis llevar.

El mundo ha rechazado la Iglesia y las iglesias caen. Pero ¡ay de aquel día en que el Hijo del Hombre no tuviera más altares para repetir el Sacrificio y más sagrarios para el Sacramento de mi amor!».

### 15 de agosto

Dice Jesús:

«De tus escritos se utiliza así.

La parte que es tuya tendrá el acostumbrado valor informativo para la curiosidad del hombre que siempre quiere sondear sobre los secretos de las almas.

La parte que es mía, y que debe ir separada de la tuya, tendrá valor formativo porque en ella hay voz evangélica y esta voz evangélica tiene siempre valor de formación espiritual,

cualquiera que sea el modo con que llega a vosotros. Aún cuando el modo, o los modos, con que ha llegado al alcance de las almas, ya no son de esta tierra, ella permanece lo que es y no pierde su valor.

Estaba reacio a dar la nueva fórmula de oración para hoy porque sé que es escuchada aún menos que la de junio [82]. Entonces se pedía que las bombas perdonasen casas y personas de Viareggio y esto era argumento comprensible al embotamiento y al miedo humano. Hoy se pide una cosa más alta y universal y, es doloroso constatarlo, no universalmente deseada, no deseada ni siquiera por la totalidad del pequeño núcleo de Viareggio.

Guerra quiere decir ruina de muchos, pero también utilidad de muchos y ante la utilidad propia el hombre descuida la utilidad colectiva. Os amáis tan poco entre vosotros que vivís cada uno encerrado en el propio egoísmo y armado de aguijones para el prójimo. Por ello se había sentido poco por el espíritu la primera oración, pues era sentida sólo por la carne que temblaba de miedo por sí misma y por su tener casas; ésta está dicha con el espíritu aún más sordo.

No es así como se obtiene lo que se pide. La tregua de las armas vendrá, porque debe venir, pero no será más que una tregua. Y una cosa es tregua y otra es paz. Paz quiere decir concordia externa e interna, buscada y querida con visión y afecto espiritual.

Si supierais venir a Mí, con los labios y el alma limpia e inflamada de verdadera caridad, os daría esta paz. Os la daría contra todos los obstáculos que el Mal pusiera para impedirla, porque Yo soy el vencedor eterno. Pero incluso entre los no muchos que hoy orarán en las iglesias por esto, pocos, pocos, pocos tendrán los requisitos que hacen potente la oración. Es una verdad dolorosa y espantosa, pero no beneficia esconderla porque su mal permanece aunque esté escondido.

¡Pobres hombres, qué malos sois! Si tronase esta verdad desde los cielos, el hombre se ofendería como los fariseos cuando les denunciaba descubriendo sus vicios ocultos.

Pero es como digo. La paz santa y verdadera no es deseada por todos. Estáis tan torpes y tan embadurnados de tendencias malvadas que ni siquiera lográis escuchar el tono de la verdad que Uno mayor que vosotros os revela. Pero la verdad es esa, no puede ser otra verdad porque no hay más que una.

Estamos siempre en ese tema: "Si hubieran diez justos..." Pero los justos son tan pocos contra la masa de los injustos. Satanás tiene un número desmesurado de hijos y servidores. El Hijo de Dios tiene un número insignificante de verdaderos hijos y verdaderos siervos. Y en este desequilibrio está la causa de vuestra ruina».

16 de agosto

Dice Jesús:

«Soy el "Primogénito de entre los muertos" según el orden humano y divino.

Primogénito según el orden humano porque hijo, por parte de madre, de Adán, soy el primer generado, de la estirpe de Adán, que he nacido como habrían debido nacer todos los hijos de los creados por mi Padre.

No abras tanto los ojos. María ha nacido por voluntad de Dios sin mancha y esta preservación ha sido querida justamente para preparar mi venida. Pero sin un especial querer, María, nacida de hombre y mujer unidos según la ley de la naturaleza, no habría sido distinta de todas las demás criaturas venidas de la raíz contaminada de Adán. Habría sido

[82] El 5 de junio

una gran 'justa", como muchos y muchas otras del tiempo antiguo, pero nada más. La Gracia, Vida del alma, habría sido destruida en Ella por el pecado original.

Soy Yo quien ha vencido a la muerte y a la Muerte. Yo que he vuelto a llamar a la Vida a los muertos del Limbo. Dormían. Como Lázaro, cuya resurrección simboliza ésta más verdadera. Yo les he llamado. Y han resucitado. Yo, nacido de mujer hija de Adán, pero sin pecado original, o sea como hubieran debido ser todos los hijos de Adán, soy por ello el Primogénito, según el orden natural, de Adán, nacido vivo en medio a los generados muertos de Adán.

Soy el "Primogénito" según el orden divino porque soy el Hijo del Padre, el Generado, no el creado, por Él.

Generar quiere decir producir una vida. Crear quiere decir formar. Yo puedo crear una nueva flor. El artista puede crear una nueva obra. Pero sólo un padre y una madre pueden generar una vida.

Soy por lo tanto el "Primogénito" porque, nacido de Dios, estoy a la cabeza de todos los nacidos (según la gracia) de Dios.

Cuando con mi Muerte he sacudido las puertas del más allá y he sacado a los durmientes a la primera resurrección, he abierto también las cerradas de los lagos místicos en cuyo lavado se limpia el signo que mata, muere la Muerte del espíritu, la verdadera Muerte, y nace la Vida del espíritu, la verdadera Vida.

Soy en fin el "Primogénito" de entre los muertos porque mi Carne fue la primera en entrar en el Cielo, donde entrarán en la Resurrección última las carnes de los santos cuyos espíritus esperan en la Luz la glorificación de su yo completo, como es justo que sea porque se santificaron a sí mismos venciendo a la carne y martirizándola para llevarla a la victoria, como es justo que sea porque los discípulos son semejantes al Maestro, por amoroso querer del Maestro, y Yo, vuestro Maestro, he entrado en la Gloria con mi Carne que fue martirizada para la gloria de Dios.

Más adelante te hablaré de las dos resurrecciones, vistas siempre por vosotros con referencias humanas, mientras deben verse con visión espiritual.

Mi Primogenitura divina y humana me da, en consecuencia, derechos soberanos, porque siempre es el primogénito de un rey quien hereda la corona. ¿Y qué rey más Rey que mi Padre?

Rey eterno cuyo reino no tiene principio ni fin y contra el cual ningún enemigo tiene poder. Rey único sin rivales que me eleva al generarme a su misma soberanía porque Yo soy Uno con el Padre, consustancial a Él, inseparable de Él, parte viva, activa, perfecta de Él. Rey santo, santo, santo de una Perfección tal que no es imaginable por mente humana. Resplandece en el Cielo, sobre la tierra y sobre los abismos, se extiende sobre los montes, reviste de Sí cuanto existe, la santidad gloriosa de mi Padre, santidad que Nosotros adoramos porque es aquélla de la cual estamos generados y de la que procedemos.

Gloria, gloria, gloria al Padre, María, gloria siempre porque de Él viene todo bien y el primer Bien soy Yo, tu Salvador.

Mi reino no es de esta tierra, según cuanto quiere decir reinar sobre la tierra. Pero es Reino de la tierra. Porque Yo tendré reino sobre la tierra. Reino evidente y verdadero, no sólo espiritual cual es ahora y de pocos. Llegará la hora en que seré único y verdadero Rey de esta tierra que he comprado con mi Sangre, de la cual he sido creado Rey por mi Padre con todo poder sobre ella. ¿Cuándo vendré? ¿Qué es la hora respecto a la eternidad? Y ¿qué te importará la hora cuando estés en la eternidad?

Vendré. No tendré nueva carne porque tengo ya una perfecta. Evangelizaré, no como evangelicé, sino con fuerza nueva, porque entonces los buenos serán no humanamente

buenos como lo eran los discípulos de mi primera venida, sino serán espiritualmente buenos, y los malvados serán espiritualmente malvados, satánicamente malvados, perfectamente malvados. Por ello la forma será conforme a las circunstancias, porque si usara la forma de hace 20 siglos estaría superada, por los perfectos en el bien, y sería ofrecer ocasión a los satánicos de realizar una ofensa que no está permitida hacer al Verbo glorificado. Como una red de malla fina arrastraré detrás de mi Luz a los llegados a la sutileza espiritual, pero los pesados, por la unión de la carne con Satanás, los Muertos del espíritu que la podredumbre del alma tiene clavados en el fango, no entrarán en mi Luz y terminarán de corromperse en la unión con el Mal y con la Tiniebla.

Por ahora preparo el tiempo futuro usando singularmente la Palabra que desciende de los cielos y da luz a las almas preparadas para recibirla. Hago de vosotros los radiotelefonistas atentos a oír la enseñanza que es perfecta y que ya había dado y que no cambio, porque Una es la Verdad, pero que ha sido olvidada o falsificada, demasiado olvidada y demasiado falsificada porque era cómodo olvidarla y falsificarla.

Hago esto porque tengo piedad de la Humanidad que muere sin el pan del espíritu. Como me he dado a Mí por pan de vuestra alma, así ahora entrego mi Palabra para pan de vuestro espíritu. Y repito: "Bienaventurados aquellos que escuchan la palabra de Dios y la observan"» .

Noche

Dice Jesús:

«He dicho que mi nueva venida tendrá forma y fuerza nueva conforme a las circunstancias y te he explicado cómo serán entonces los hombres. El tiempo del espíritu debe venir.

El hombre ha partido de una tiniebla profunda y de un enorme peso de fango, después de haber perdido la Luz divina por su propia voluntad, obedeciendo a la seducción enemiga cuyo verdadero ser se simboliza en el fruto que enseña el Bien y el Mal, o sea que ha revelado al hombre cuanto por su bien Dios había escondido a la materia, a la mente, al corazón. ¡Habríais sido tan puros, tan pacíficos, tan honestos, tan píos si no hubierais mordido la triple concupiscencia que es dulce en la boca, pero amarga en el espíritu más que el vinagre y la hiel que me fue dado sobre la Cruz!

Caído de la morada paradisíaca sobre la tierra, aplastado por la revelación de su carne profanada por la lujuria, torturado por el remordimiento de haber causado su mal, angustiado por la persuasión de haber suscitado la ira punitiva de Dios Creador, el hombre no era más que un pobre ser animal en el que se debatían y fermentaban todas las fuerzas inferiores.

Ya te he llamado la atención [83] sobre la diferencia de los preceptos dados a Moisés respecto de los míos, preceptos necesarios, en su chocante crudeza, para frenar las tendencias del hombre, pedazo de carne apenas infuso con un movimiento anímico dado por un alma herida a muerte y desfallecida en un coma espiritual. El recuerdo de la Luz perdida, viviendo en lo profundo del alma, empujaba los pasos [84] a la luz. Un camino muy fatigoso porque la materia pesa más que el espíritu y arrastra hacia abajo. De vez en cuando la Bondad del Eterno daba a la humanidad "faros" para la travesía tempestuosa hacia la Luz verdadera. Los patriarcas y los profetas: he ahí los faros de la humanidad en búsqueda del puerto de la luz.

Después ha venido Aquel que Juan, el Amado, llama "la Luz verdadera que ilumina a todo hombre".

---

[83] En el dictado del 9 de julio

[84] *Pasos* es lectura incierta en italiano; podría leerse también *padres*

Yo he venido Luz del mundo y Verbo del Padre y os he traído de nuevo la Paz con el Padre, el abrazo que os hace volver a ser hijos del Altísimo.

Yo soy quien ha encendido de nuevo la vida desfalleciente de vuestro espíritu.

Yo soy quien os ha enseñado la necesidad de nacer en el espíritu.

Yo soy quien ha recogido en mi Persona toda la Luz, la Sabiduría, el Amor de la Trinidad y os la he traído.

Yo soy quien con mi sacrificio he anudado la cadena, donde se había roto, soldándoos nuevamente al Padre y al Espíritu de Verdad.

Yo soy quien, haciendo palanca de mi patíbulo, he levantado vuestro espíritu yaciente en el fango y le he dado un potente impulso para proceder hacia la Luz de Dios, hacia Mí mismo que os espero en el Cielo.

Pero pocos en el mundo y en los siglos han disfrutado de ello porque el mundo ha preferido siempre más las tinieblas a la Luz. Yo con mi muerte atroz os he obtenido la venida del Espíritu perfecto; pero, a lo largo de los siglos, la humanidad lo ha rechazado cada vez más, como me ha rechazado a Mí, como ha rechazado al Padre.

Ha sucedido como con un licor que se depura, que lo que pesa ha precipitado en el fondo y las partes puras han flotado. Así ha sucedido con el hombre a lo largo de los siglos. Quien ha querido permanecer carne y sangre ha precipitado cada vez más bajo, mientras que los que, aristocracia de mi grey, han querido vivir en el espíritu se han hecho cada vez más espirituales. En medio, los tibios sin nombre. Son dos movimientos opuestos de la masa. Una parte, y desgraciadamente es la más amplia, absorbe cada vez más a Satanás y desciende bajo el nivel de los animales. La otra parte, la pequeña, absorbe cada vez más a Cristo, nutriéndose de su Palabra, que no calla desde hace 20 siglos, y se hace cada vez más capaz de comprender el Espíritu.

Cuando Yo uso medios especiales es para acelerar, porque los tiempos aprietan, la plenitud de la instrucción de la Palabra y la plenitud de la formación espiritual de los discípulos verdaderos, de los súbditos verdaderos del Rey Jesucristo. No Rey de los judíos, como irónicamente dijo y escribió un hombre débil que se creía fuerte de un pobre poder, sino Rey del Mundo antes del juicio del mundo.

El hombre, avanzando hacia la última hora, debe alcanzar la espiritualidad. Pero compréndeme. Dios es espíritu, Satanás es espíritu. El primero es Espíritu de Perfección. El segundo es espíritu de pecado. La masa, dividida en dos por voluntad propia, que Dios respeta, sigue cada una la parte elegida. Los hijos del Altísimo y hermanos míos eligen la parte de Dios y por amor nuestro espiritualizan la carne. Los siervos de Satanás e hijos de la Bestia, la parte de Lucifer, y por esclavitud querida por ellos mismos matan el espíritu bajo la carnalidad, hacen de su espíritu una carne y una sangre corrompidas y repugnantes.

Cuando reine sobre y en los espíritus llegados a aquella madurez que ahora es de algunos y que entonces será de toda la masa de los cristianos verdaderos, Yo me dirigiré a esta parte solamente, perfeccionándola con la última instrucción, con una nueva evangelización, distinta no en el sentido, que no puede cambiar, sino en la fuerza que entonces podrán entender y que hoy no entenderían. Prueba de ello sea que debo elegir criaturas especiales dignas de tanto por esfuerzo propio o hechas dignas por milagro de amor.

Hace veinte siglos que hablé a todos. Cuando llegue el tiempo hablaré sólo a éstos, convencido de la inutilidad de hablar a los demás. Comenzará así la selección de los separados de los réprobos.

Tú, pobre María, eres de estas almas hechas dignas por voluntad mía. Sólo tienes una cosa buena: la buena voluntad de amor. Pero es la que me basta. Sobre ella puedo poner mi

cátedra de Maestro para hacer de la pequeña alma un pedestal, para decir, volver a decir, y decir aún, las palabras de amor y de invitación al Amor, que guía y salva.

Vendré con mi Carne glorificada

He despertado tu curiosidad diciendo esto. No serías mujer si no fueras curiosa. Pero Yo digo lo que creo útil decir para vuestro bien y no lo que sería pasto de vuestra curiosidad inútil. Si amo ser Maestro sé elegir entre la Verdad aquellas verdades que os son útiles conocer y basta.

Conténtate por ello con saber que es justo que en el Reino del espíritu, cuyos súbditos habrán espiritualizado la carne, sea Rey Aquel que revistió su Espíritu perfecto de carne para redimir a toda carne y santificada, y santificó la suya con una doble santidad, porque es carne inocente, perfectamente inocente, y carne inmolada en el sacrificio de amor.

Vendré, con mi Carne glorificada, a reunir a las criaturas para la última batalla contra el Enemigo, juzgaré con mi aspecto resplandeciente de Carne glorificada a los cuerpos de los resucitados para el extremo juicio, volveré para siempre al Cielo, después de haber condenado a la muerte eterna las carnes que no quisieron hacerse espíritus; y volveré Rey fúlgido de un pueblo fúlgido en el que la obra del Padre, del Hijo, del Espíritu, será glorificada con la creación del perfecto cuerpo humano tal cual el Padre lo hizo en Adán, bello de indescriptible belleza, con la redención de la semilla de Adán por obra del Hijo, con la santificación obrada por el Espíritu».

17 de agosto

Dice Jesús:

«Cuando Yo hago decir por boca del Amado que "también los que me traspasaron" me verán, no pretendo hacer alusión a los que me traspasaron hace ahora 20 siglos.

Cuando Yo venga habrá llegado el tiempo del triunfo de mi Reino. Te he explicado [85] cómo será el Reino y cómo serán sus súbditos. Será el tiempo del testimonio del espíritu, parte divina encerrada en. vosotros y que os da la imagen y semejanza con Dios. Siendo así, serán las partes espirituales las que estarán en causa ante las decisiones de juicio que separa a los malditos de los benditos. Y en los malditos estarán los que con su espíritu sacrílego, que ha buscado a la Bestia, adorado a la Bestia y prostituído con la Bestia, han traspasado, a lo largo de los siglos, el espíritu divino del Hijo de Dios después de haber, mediante los jefes de la serie maldita, traspasado las carnes del Hijo del Hombre.

Hijo del Hombre. ¿Has reflexionado alguna vez en que en esta palabra está la verdad explicada ayer? Yo soy, por línea humana, el Hijo (primogénito) de Adán.

La hilera de los que me traspasan es numerosa como arena sobre la playa del mar. No se cuentan sus granitos.

Todos los delitos, todos los pecados cometidos contra Mí, ahora ya inviolable para el sufrimiento humano, pero susceptible aún a las ofensas causadas a mi Espíritu, están señalados en los libros que recuerdan las obras de los hombres.

Todas las traiciones después de mis beneficios, todas las abjuraciones, todas las negaciones y los pecados contra la Verdad, traída por Mí, todos los pecados contra el Espíritu Santo que ha hablado por mi boca y que por mérito mío ha venido a iluminar la palabra del Verbo, todas estas heridas hechas a lo largo de los siglos por la raza que Yo quise salvar a pesar de saberla tan reacia al Bien, estarán presentes en el interior de los espíritus reunidos, los cuales, en la Luz fulgurante de mi refulgir, reconocerán lo que hicieron

[85] En el dictado del 16 de agosto

con su obstinada voluntad de impugnar cuanto fue dicho y hecho por Uno que no podía mentir, ni hacer obras inútiles según la ley divina de amor.

Los negadores del Amor son los que me han traspasado y conmigo han herido a Aquel que me ha generado y a Aquel que procede de nuestro amor de Padre e Hijo; Todo juicio es remitido al Hijo, pero el Hijo juzgará también las culpas cometidas contra el Padre y el Espíritu.

El portador de Vida, el Viviente eterno y el eterno Inmolado que el mundo quiso muerto, matado como se mata al delincuente que daña -mientras que Yo era el Santo que perdonaba, el Bueno que hacía el bien, el Poderoso que curaba, el Sabio que instruía- es Aquel que abrirá las puertas a la Muerte verdadera e introducirá en ella los cuerpos y las almas de sus homicidas. El portador de la Vida que se vive en el Cielo cerrará las puertas del Infierno sobre el número intocable de los malditos, los cuales han preferido la Muerte a la Vida.

Yo lo haré, porque Yo, Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador y Señor vuestro, Juez eterno, tengo las llaves de la Muerte y del Infierno».

18 de agosto

Dice Jesús:

«Continúo explicándote los pasajes que creo oportunos.

Está dicho: “Al vencedor le daré a comer del árbol de vida.. .". y tal pensamiento se ha aplicado a Mí.

Sí, soy árbol de vida eterna y me doy a vosotros como alimento en la Eucaristía y mi visión será alimento gozoso de los vencedores en la otra vida. Pero hay otro significado que muchos ignoran precisamente porque muchos que me comentan no son "vencedores".

¿Quién es vencedor? ¿Qué es necesario para serlo? ¿Obras resonantes de heroísmo? No. Entonces serían demasiado pocos los que vencen. Son vencedores quienes vencen en sí a la Bestia que quisiera someterles. En verdad entre el martirio atroz pero breve, ayudado por coeficientes sobrenaturales y naturales, y la lucha secreta, oscura y continua, tiene mayor peso sobre las balanzas de Dios, o al menos un peso de distinto género, pero precioso, esta última.

No hay mayor tirano que la carne y el Demonio. Y quienes saben vencer la carne y el Demonio y hacer de la carne un espíritu y del demonio un vencido, son los "vencedores".

Pero para serlo es necesario haberse dado totalmente al Amor. Totalmente: quien ama con todas sus fuerzas no reserva nada para sí mismo, y no reservando para sí mismo no lo hace para la carne ni para el demonio. Lo da todo a su Dios y Dios lo da todo a su amador.

Le da su Verbo. Esto es lo que da de comer al vencedor, ya desde esta tierra, no podía darle nada mayor. Le da a Mí, Verbo del Padre, para ser alimento del espíritu consagrado al cielo.

Mi Palabra desciende a nutrir las almas que se han dado totalmente a su Dios y Señor. Mi Palabra viene para seros sacerdote y guía a quienes buscáis la guía verdadera y veis tantas guías débiles para las turbas que perecen sin guía verdadera. Vosotros que habéis entendido la Verdad, sabéis que sólo esto es necesario: vivir de mi Palabra, creer en mi Palabra, caminar según mi Palabra.

¿Qué pensarías de uno que quisiera vivir a base de golosinas, licores y tabaco? Dirías que moriría porque ése no es el alimento que se necesita para vivir sanos. Lo mismo sucede a quien se afana con miles de exterioridades y no se preocupa de lo que es el núcleo de toda la vida del alma: mi Palabra.

¿Por qué la Misa, por qué la Eucaristía, por qué la Confesión no os santifican como debería suceder? Porque para vosotros son formalismos, no las hacéis fecundas atendiendo a mi Palabra. Peor aún: sofocáis mi Palabra, que Yo lanzo desde el alto del Cielo para llamaros e iluminaros, bajo la tibieza, la hipocresía, la culpa, más o menos grave.

No me amáis: eso es todo. Amar no quiere decir hacer de vez en cuando una visita superficial de cortesía mundana. Amar quiere decir vivir con el alma unida, fundida, encendida con un único fuego que alimenta a otra alma. Entonces en la fusión se realiza también la comprensión.

Yo hablo, no ya lejos, desde lo alto de los cielos, sino que hago morada -y conmigo el Padre y el Espíritu, porque somos una cosa sola- Yo hago morada en el corazón que me ama y mi palabra ya no es un susurro, sino Voz plena, ya no es aislada, sino continua. Entonces soy el "Maestro" verdadero. Soy Aquél que hace ahora 20 siglos hablaba a las muchedumbres incansablemente y que ahora encuentra su delicia en hablar a sus predilectos que le saben escuchar y de los cuales hago mis canales de gracia.

¡Cuánta Vida os doy! Vida verdadera, Vida santa, Vida eterna, Vida gozosa con mi Palabra que es Palabra del Padre y Amor del Espíritu. Sí, en verdad, al "vencedor" Yo le doy de comer el fruto del árbol de la Vida. Os lo doy ya en esta tierra con mi doctrina espiritual que vuelvo a traer entre los hombres a fin de que no todos los hombres perezcan. Os la doy en la otra vida con mi estar entre vosotros para siempre.

Yo soy la Vida verdadera. Permaneced en Mí, amados míos, y no conoceréis la muerte».

19 de agosto

Dice Jesús:

«Viendo siempre con mis ojos las palabras del Amado se comprende que también el "maná escondido" es mi Palabra. Maná porque reúne toda la dulzura de amor de nuestra Trinidad que os es Padre, Hermano y Esposo del alma y os ama con los tres amores más altos. Escondida porque está dicha en lo secreto del corazón a los merecedores de saborearla.

Bien quisiera Yo poderla hacer llover sobre todos y nutrir con ella a todos. Pero está dicho: "No deis las perlas a los cerdos y las cosas santas a los perros". Y muchos son más abyectos que los cerdos y más perros que los perros, aún habiendo sido lavados en mi Bautismo y redimidos por mi Sangre.

Has leído cómo a los antiguos hebreos, indignos de poseerlo, se les estropeara el maná en el desierto. Ellos desmerecían por su falta de fe y por su afán humano. ¿Puedo Yo tener menos respeto por mi Palabra de cuánto lo hayan tenido por el maná destinado a nutrir el vientre, mientras que la Palabra está destinada a nutrir el espíritu?

Por ello doy el maná a quienes vencen la parte inferior con todas sus tendencias a la no fe, al sentido, a los afanes mezquinos y egoístas. Doy el maná de mi Palabra que colma de dulzura y de luz vuestro espíritu. Doy la "piedrecita blanca en la que está escrito un nombre nuevo" es decir en la que está revelada una Verdad que es silenciada a los no dignos. Es la Verdad que os abre las puertas de la Vida eterna, que os da las llaves y os pone en el Camino para llegar a la Puerta de mi celestial Ciudad.

Yo soy Camino, Verdad, Vida. Fuera de Mí no hay otro camino, verdad y vida. El que vence todos los obstáculos para seguirme, será columna de mi templo y por la Palabra que ha custodiado y practicado, después de haber sido salvado en la hora tremenda de la prueba de la tentación que mata, tendrá su puesto sobre mi mismo trono, junto con el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo».

Dice aún:

«El mundo perece porque no ha custodiado mi Palabra, porque la ha descuidado y ridiculizado. Ninguna fuerza humana servirá para parar la carrera del mundo hacia el abismo porque al mundo y a las fuerzas del mundo les falta lo que salva. Mi Ley.

Se ha hecho un vacío en la mística floresta que había cultivado para vosotros para que tuvierais morada a la sombra de mi providencial amor. Lo han hecho vuestras culpas y en el vacío se ha aposentado como dueño la Serpiente eterna que os envenena con su aliento y os mata con su mordisco e impide que mi Ley sea agente de Bien en vosotros.

Humo, veneno, horror, desesperación tenéis en vosotros y a vuestro alrededor. Y podíais tener Luz, Paz, Sabiduría, Alegría. Esto podíais tener si hubierais seguido mi Palabra, porque Yo he consumido todo el horror de la vida para preservaros de él y lo he hecho con esa atroz agonía que he padecido por vosotros.

Pero habéis tirado mi don y habéis llamado como maestro y rey a Satanás. Y Satanás os amaestra y regula, os sazona e incita para haceros dignos de su infierno».

20 de agosto

Dice Jesús:

«Si se observara bien cuanto sucede desde hace algún tiempo, y especialmente desde los inicios de este siglo que precede al segundo milenio, se debería pensar que los siete sellos han sido abiertos. Nunca como ahora Yo me he inquietado por volver entre vosotros con mi Palabra y reunir las tropas de mis elegidos para marchar con ellos y con mis ángeles a presentar batalla a las fuerzas ocultas que trabajan para excavar las puertas del abismo a la humanidad.

Guerra, hambre, pestilencias, instrumentos de homicidio bélico -que son más que las bestias feroces mencionadas por el Predilecto- terremotos, señales en el cielo, erupciones de las vísceras del suelo y llamadas milagrosas a vías místicas de pequeñas almas movidas por el Amor, persecuciones contra mis seguidores, elevación de las almas y bajezas de los cuerpos, no falta nada de los signos por los cuales puede pareceros próximo el momento de mi Ira y de mi Justicia.

En el horror que tenéis, exclamáis: "¡El tiempo ha llegado; más tremendo de esto no puede ser!". Y llamáis con gran voz al final que os libere. Lo llaman los culpables, mofándose y maldiciendo como siempre; lo llaman los buenos que ya no pueden más de ver al Mal triunfar sobre el Bien.

¡Paz, elegidos míos! Todavía un poco y después vendré. La suma de sacrificio necesaria para justificar la creación del hombre y el Sacrificio del Hijo de Dios no está cumplida aún. Todavía no ha terminado la formación de mis cohortes y los ángeles del Signo aún no han puesto el sello glorioso sobre todas las frentes de quienes han merecido ser elegidos para la gloria.

El oprobio de la tierra es tal que su humo, en poco diferente del que mana de la morada de Satanás, sube hasta los pies del trono de Dios con sacrílego ímpetu. Antes de la aparición de mi Gloria es necesario que oriente y occidente sean purificados para ser dignos del aparecer de mi Rostro.

Incienso que purifica y aceite que consagra el gran, infinito altar donde la última Misa será celebrada por Mí, Pontífice eterno, servido en el altar por todos los santos que tendrán en aquella hora el cielo y la tierra, son las oraciones y los sufrimientos de mis santos, de los dilectos de mi Corazón, de los que ya están señalados con mi Signo: de la Cruz bendita,

antes de que los ángeles del Signo les hayan contraseñado.

El signo se graba sobre la tierra y vuestra voluntad es quien lo graba. Después los ángeles lo llenan con un oro incandescente que no se borra y que hace resplandecer como el sol vuestra frente en mi Paraíso.

Grande es el horror de ahora, dilectos míos; pero ¡cuánto, cuánto, cuánto tiene que aumentar todavía para ser el Horror de los últimos tiempos! Y si parece verdaderamente que el ajenjo se haya mezclado con el pan, con el vino, con el sueño del hombre, mucho, mucho, mucho más ajenjo debe gotear aún en vuestras aguas, sobre vuestras mesas, sobre vuestros lechos antes que hayáis alcanzado la amargura total que será la compañera de los últimos días de esta raza creada por el Amor, salvada por el Amor y que se ha vendido al Odio.

Que si Caín anduvo vagando por la tierra por haber matado una sangre, inocente, pero siempre sangre contaminada por el pecado original, y no encontró quien le quitase el tormento del recuerdo porque el signo de Dios estaba sobre él para su castigo -y generó en la amargura y en la amargura vivió y vio vivir y en la amargura murió- ¿qué debe sufrir la raza del hombre que mató de hecho y mata, con el deseo, la Sangre inocentísima que le ha salvado?

Por lo tanto pensad que éstos son los síntomas, pero aún no es la hora.

Están los precursores de aquel que he dicho pueda llamarse: "Negación", "Mal hecho carne", "Horror", "Sacrilegio", "Hijo de Satanás", "Venganza", "Destrucción", y podría continuar dándole nombres de indicación clara y pavorosa. Pero él no ha llegado aún.

Será persona que estará muy en alto, en lo alto como un astro. No un astro humano que brille en un cielo humano. Sino un astro de una esfera sobrenatural, el cual, cediendo al halago del Enemigo, conocerá la soberbia después de la humildad, el ateísmo después de la fe, la lujuria después de la castidad, el hambre de oro después de la evangélica pobreza, la sed de honores después de la ocultación.

Será menos espantoso ver caer una estrella del firmamento que ver precipitar en las espirales de Satanás a esta criatura ya elegida, la cual copiará el pecado de su padre de elección. Lucifer, por soberbia, se convirtió en el Maldito y el Oscuro. El Anticristo, por soberbia en esta hora, se convertirá en el maldito y el oscuro después de haber sido un astro de mi ejército.

Como premio por su abjuración, que sacudirá los cielos bajo un estremecimiento de horror y hará temblar las columnas de mi Iglesia en el temor que suscitará su precipitar, obtendrá la ayuda completa de Satanás, quien le dará las llaves del pozo del abismo para que lo abra. Pero que lo abra del todo para que salgan los instrumentos de horror que Satanás ha fabricado durante milenios para llevar a los hombres a la total desesperación, de tal modo que, por sí mismos, invoquen a Satanás como Rey y corran al séquito del Anticristo, el único que podrá abrir de par en par las puertas del abismo para hacer salir al Rey del abismo, así como Cristo ha abierto las puertas de los Cielos para hacer salir la gracia y el perdón, que hacen a los hombres semejantes a Dios y reyes de un Reino eterno en el que Yo soy el Rey de los reyes.

Así como el Padre me ha dado a Mí todo poder, Satanás le dará a él todo poder, y especialmente el poder de seducción, para arrastrar a su séquito a los débiles y a los corrompidos por las fiebres de las ambiciones como lo está él, su jefe. Pero en su desenfrenada ambición aun encontrará demasiado escasas las ayudas sobrenaturales de Satanás y buscará otras ayudas en los enemigos de Cristo, los cuales, armados con armas cada vez más mortíferas, cuanto les podía inducir a crear su libídine hacia el Mal para sembrar desesperación en las muchedumbres, le ayudarán hasta que Dios no diga su

"Basta" y les aniquile con el fulgor de su figura. [86]

Mucho, demasiado -y no por sed buena y por deseo honesto de repararse del mal apremiante, sino más bien tan sólo por curiosidad inútil- mucho, demasiado se ha cavilado a lo largo de los siglos, sobre cuanto Juan dice en el capítulo 10 del Apocalipsis. Pero sabe, María, que Yo permito que se sepa cuanto puede ser útil saber y oculto cuanto encuentro útil que no sepáis.

Sois demasiado débiles, pobres hijos míos, para conocer el nombre de honor de los "siete truenos" apocalípticos. Mi ángel ha dicho a Juan: "Sella lo que han dicho los siete truenos y no lo escribas". Yo digo que no es aún la hora de que se abra lo que está sellado y que si Juan no lo escribió Yo no lo diré.

Por lo demás no os toca a vosotros probar ese horror y por ello... Sólo os queda orar por aquellos que lo deberán padecer, para que la fuerza no naufrague en ellos y no pasen a formar parte de la turba de quienes bajo el azote del flagelo no conozcan penitencia y blasfemen a Dios en lugar de llamarle en su ayuda. Muchos de éstos están ya en la tierra y su semilla será siete veces siete más demoníaca que ellos.

Yo, no mi ángel, Yo mismo juro que cuando haya terminado el trueno de la séptima trompeta y se haya cumplido el horror del séptimo flagelo [87], sin que la raza de Adán reconozca a Cristo Rey, Señor, Redentor y Dios, e invoque su Misericordia, su Nombre en el cual está la salvación, Yo, por mi Nombre y por mi Naturaleza, juro que pararé el instante en la eternidad. Cesará el tiempo y comenzará el Juicio. El Juicio que divide para siempre el Bien del Mal después de milenios de convivencia sobre la tierra. [88]

El Bien volverá al manantial del que ha venido. El Mal precipitará donde ya precipitó desde el momento de la rebelión de Lucifer y de donde salió para turbar la debilidad de Adán en la seducción del sentido y del orgullo.

Entonces se cumplirá el misterio de Dios. Entonces conoceréis a Dios. Todos, todos los hombres de la tierra, desde Adán hasta el último nacido, reunidos como ,granitos de arena sobre la duna de la playa eterna, verán a Dios Señor, Creador, Juez, Rey.

Sí, veréis a este Dios que habéis amado, blasfemado, seguido, escarnecido, bendecido, vilipendiado, servido, huido. Lo veréis. Sabréis entonces cuánto merecía vuestro amor y cuánto mérito era servirle.

¡Oh! ¡alegría de quienes se hayan consumado a sí mismos en el amarle y en el obedecerle! ¡Oh! ¡terror de quienes han sido sus Judas, sus Caínes, de quienes han preferido seguir al Antagonista y al Seductor en lugar de al Verbo humanizado en quien está la Redención; de Cristo: Camino hacia el Padre; de Jesús: Verdad santísima; del Verbo: Vida verdadera!».

21 de agosto

Dice Jesús:

«En mis dos testigos están simbolizados todos los maestros en la fe: pontífices, obispos, inspirados, doctores de la Iglesia, almas invadidas por la Luz y por la Voz. Ellos, con voz pura de toda veta humana, han proclamado a Mí y la verdad de mi doctrina y han puesto sello de santidad, de dolor, y también de sangre, para confirmación de su voz.

---

[86] Sobre una copia mecanográfica, la escritora anota a lápiz: *Derrota del Anticristo, pero no Juicio Universal.*

[87] Como arriba, la escritora anota: Los siete truenos corresponden a las 7 plagas descritas más adelante, el día 22-8

[88] Como arriba, la escritora anota: *Cuando habla aquí alude al tiempo de paz que precederá al fin, tiempo en el que comenzará la selección final bajo la última manifestación de Cristo-Rey que muchos no querrán seguir. El misterio de Dios se cumple inmediatamente después.* Pero en italiano la lectura de la nota es incierta.

Odiados como Yo, Maestro de los maestros, Santo de los santos, han sido, más o menos, atormentados siempre por el mundo y por el poder, que encuentran en ellos quienes con su propia conducta dicen al mundo ya los grandes del mundo: "Lo que hacéis no es lícito". Y cuando llegue la hora del hijo de Satanás, el Infierno, ascendente del abismo abierto por el Anticristo, promoverá guerra despiadada contra ellos y, desde el punto de vista humano, les vencerá y matará.

Pero no será muerte verdadera. Será más bien Vida de las vidas, Vida verdadera y gloriosa. Porque, si tendrán Vida quienes siguen mi Ley en los Mandamientos, ¿qué infinita plenitud de Vida tendrán quienes siguen también mis consejos evangélicos de perfección e impulsan su ser conmigo hasta el sacrificio total por amor de su Jesús, el eterno Inmolado de quien se hacen imitadores hasta el sacrificio de la vida?

Llamados a una resurrección fulgidísima, serán éstos quienes se despojan de lo más querido para el hombre: la vida, con tal de seguirme a Mí por amor a Mí ya los hermanos. Nunca me cansaré de repetir esto: que no hay cosa mayor que el amor en el Cielo y sobre la tierra, y no hay amor más grande que este de dar uno la vida por sus hermanos».

Dice aún Jesús:

«Te dije un día [89] que en esta tragedia actual están ya en movimiento las fuerzas de Satanás, el cual ha mandado sus ángeles negros a mover los reinos de la tierra el uno contra el otro. La Batalla sobrenatural ha iniciado ya. Ésa es. Está detrás de los bastidores de la pequeña batalla humana.

Pequeña no por extensión de mole, sino por motivo. No es, el pequeño motivo humano no es su origen. No es. Es otro el motivo verdadero que hace de los hermanos tantas fieras homicidas que se muerden y matan recíprocamente.

Os batís con vuestros cuerpos. Pero en realidad son las almas las que se baten. Os batís por orden de cuatro o cinco poderosos. Creéis que sea así. No. Uno es el ejecutor de esta ruina. Uno que está sobre la tierra, porque vosotros lo queréis, pero que no es de esta tierra. Satanás es quien mueve los hilos de esta carnicería en la que, más que los cuerpos, son las almas las que mueren.

Ésta es una de las batallas iniciales. El reino del Anticristo tiene necesidad de un cemento hecho de sangre y de odio para consolidarse.

Y vosotros, que ya no sabéis amar, os tomáis la obligación de servirlo y os matáis recíprocamente, y maldecís a quien no tiene culpa de vuestro mal: a Dios, quien lucha con sus ángeles para tutelar lo que es suyo; la Fe en el corazón de los cristianos, la Bondad en el corazón de los buenos.

Yo no soy quien hace la selección, por ahora. Sois vosotros quienes os seleccionáis, espontáneamente. Quienes a pesar del horror saben entender que Dios es siempre Dios, o sea Bondad y Justicia, y que la salvación está en el seguir la Ley de Dios, se separan de los que niegan estas verdades. Los primeros ascienden al encuentro de la Luz, los otros precipitan hacia las Tinieblas.

Verdaderamente Satanás tiende, con sus demonios, a hacer una segunda escalada al Cielo. Pero rechazado por mi arcángel precipita sobre la tierra para vencer a Dios' a través del corazón de sus hijos. Porque cada alma que se pierde es una derrota para Dios. Y Satanás lo logra fácilmente porque el corazón de los hombres ya no tiene más llama de espíritu. Ya no tiene vida de espíritu. Es un nudo de pecado en el que prospera la triple lujuria que mata el espíritu.

---

[89] En los dictados del 4 y del 19 de junio

Bienaventurados los que han vencido en virtud de la sangre del Cordero y han permanecido y permanecerán siempre fieles. Bienaventurados los que hayan rechazado a Satanás y a sus halagos y no se hayan preocupado de sus triunfos aparentes, de sus esfuerzos desatados en esta hora, que él sabe que es breve para su reino de maldición, y que permanezcan fieles a Cristo y a su Iglesia, desmembrada por la persecución anticristiana, mártir invicta como el Gran Mártir su Esposo, Cristo Crucificado, pero resucitada más hermosa, tras la aparente muerte, para entrar glorificada en el Cielo, donde el Pontífice verdadero la espera para celebrar las bodas».

22 de agosto

Dice Jesús:

«Te dije un día [90] que el eterno envidioso trata de copiar a Dios en todas las manifestaciones de Dios.

Dios tiene sus arcángeles fieles. Satanás tiene los suyos. Miguel: testigo de Dios, tiene un rival infernal; y también lo tiene Gabriel: fuerza de Dios.

La primera bestia, que sale del mar, que con voz de blasfemia hace proclamar a los engañados: "¿Quién hay semejante a la bestia?", corresponde a Miguel. Vencida y herida por éste en la batalla entre las tropas de Dios y las de Lucifer, al principio del tiempo, curada por Satanás, odia a muerte a Miguel, y ama, si de amor puede hablarse entre los demonios -es mejor decir: sumisión absoluta- a Satanás.

Ministro fiel de su rey maldito, usa la inteligencia para dañar a la estirpe del hombre, criatura de Dios, y para servir a su amo. Usa fuerza sin fin y sin medida para persuadir al hombre a borrar, por sí mismo, mi signo que horroriza a los espíritus de las tinieblas. Quitado aquél, con el pecado que quita la gracia, crisma luminoso sobre vuestro ser, la Bestia puede acercarse e inducir al hombre a adorarle como si fuera un Dios y a servirle en el delito.

Si el hombre pensase a qué sujeción se dona desposándose con la culpa, no pecaría. Pero el hombre no piensa. Mira el momento y la alegría del momento, y peor aún que Esaú cambia la divina progenitura por un plato de lentejas.

Pero Satanás no utiliza sólo a este violento seductor del hombre. Por cuanto el hombre reflexione poco, en general, todavía hay demasiados hombres que, no por amor, sino por temor del castigo, no quieren pecar gravemente. Por eso he aquí el otro ministro satánico, la segunda bestia. Bajo aspecto de cordero tiene espíritu de dragón.

Es la segunda manifestación de Satanás y corresponde a Gabriel, porque anuncia a la Bestia y es su fuerza más fuerte: la que demole sin consultar y persuade con dulzura fingida de que es justo seguir las huellas de la Bestia.

Es inútil hablar de potencia política y de tierra. No. Si acaso podéis referir a la primera el nombre de Potencia humana y a la segunda el de Ciencia humana. Y si la Potencia por sí misma produce rebeldes, la Ciencia, cuando es únicamente humana, corrompe sin producir rebelión y arrastra a la perdición a un número infinito de adeptos. ¡Cuántos se pierden por la soberbia de la mente que les hace despreciar la Fe y matar el alma con el orgullo que separa de Dios! Que si bien Yo segaré en el último día la mies de la tierra, ya hay un segador entre vosotros. Y es este espíritu de Mal quien os siega y no hace de vosotros espigas de grano eterno, sino paja para la morada de Satanás.

Una, sólo una ciencia es necesaria. Lo repetiré mil veces: conocer a Dios y servirle, conocerle en las cosas, verle en los acontecimientos y saber distinguirle a Él de su

[90] En el dictado del 19 de junio

antagonista para no caer en perdición. En cambio os preocupáis de aumentar el saber humano en detrimento del saber sobrehumano.

Yo no condeno la Ciencia. Al contrario me gusta que el hombre profundice con el saber los conocimientos que ha ido acumulando, para poder comprender cada vez más y admirarme en mis obras. Os he dado la inteligencia para esto. Pero debéis usarla para ver a Dios en la ley del astro, en la formación de la flor, en la concepción del ser, y no usar la inteligencia para violar la vida o negar al Creador.

Racionalismo, Humanismo, Filosofismo, Teosofismo, Naturismo, Clasicismo, Darvinismo, tenéis escuelas y doctrinas de todos los géneros y os preocupáis de todas, por cuanto la Verdad esté muy pervertida o abolida en ellas. Sólo no queréis seguir y profundizar la escuela del Cristianismo.

Resistencia natural, por lo demás. Profundizando en la cultura religiosa estaríais obligados o a seguir la Ley -y no lo queréis hacer- o a confesar abiertamente que queréis pisotear la Ley. Y tampoco queréis hacer esto. Por ello no queréis haceros doctos en la Ciencia sobrenatural.

Pero ¡pobres necios! Y ¿qué haréis con vuestras escuelitas y de vuestras palabritas cuando tengáis que hacer mi examen? Habéis apagado en vosotros la luz infinita de la Ciencia verdadera y habéis creído iluminar vuestras almas con substitutivos de luz, así como pobres locos que pretendieran apagar el sol haciendo con muchos farolillos un nuevo sol. Pero aunque las nieblas escondan el sol, el sol está siempre en mi firmamento. Pero aunque con vuestras doctrinas creéis nieblas que ocultan el Saber y la Verdad, la Verdad y el Saber existen siempre porque vienen de Mí que soy eterno.

Buscad la verdadera Sabiduría y comprenderéis cómo debe comprenderse la Ciencia. Liberad vuestras almas de todas las superestructuras artificiales y alzad en ellas la verdadera Fe. Como agujas de una catedral espiritual florecerán sobre ellas Ciencia, Sabiduría, Inteligencia y Fortaleza y Humildad y Continencia, porque el verdadero sabio sabe no sólo lo cognoscible humano, sino que sabe la cosa más difícil: dominarse a sí mismo en las pasiones de la carne y hacer de su parte inferior el pedestal para alzar su alma y lanzar el espíritu hacia los Cielos, al encuentro conmigo que vengo y estoy en cada cosa y que deseo ser el verdadero y santo Maestro de mis hermanos» .

Más tarde

Dice Jesús:

«Las siete plagas últimas corresponden a los siete truenos no descritos 91. Como siempre, son descripciones figurativas pero en las cuales no está excluida totalmente la realidad. Te explico cuanto estimo oportuno que te sea explicado de ellas.

La primera es la úlcera.

Desde los tiempos de Moisés castigué con enfermedades repugnantes a las criaturas que habían cometido pecados imperdonables hacia Mí. María, hermana de Moisés, tuvo el cuerpo cubierto de lepra por haber hablado mal de mi siervo Moisés. ¿Cómo no debe suceder igual y todavía más a quienes hablan mal de su Dios? La lepra, o la úlcera que sea, se extiende cada vez más porque habéis extendido cada vez más vuestros pecados contra Dios y contra la admirable obra de Dios que sois vosotros.

Cuando os revolcáis en la lujuria, ¿no creéis que cometéis un pecado contra Dios? Pues sí que lo cometéis, porque profanáis vuestro cuerpo donde el espíritu reside para acogerme a

[91] En el dictado del 20 de agosto

Mí, Espíritu Supremo. ¿Y hasta qué punto está llegando la lujuria del hombre, cumplida con fría y consciente voluntad? Es mejor no profundizar en este abismo de repugnante degradación humana. Yo te digo que se llamaban inmundos ciertos animales, pero que el hombre los ha superado ya y todavía los superará más, y que si se pudiera crear un nuevo animal, obtenido del cruce de los monos con las serpientes y con los cerdos, todavía sería menos inmundo que ciertos hombres, los cuales tienen del hombre el aspecto, pero tienen el interior más lúbrico y repugnante que el animal más sucio.

Como te he dicho, la humanidad se divide cada vez más. La parte espiritual, exigua al máximo, asciende. La parte carnal, numerosísima, desciende. Desciende a una profundidad de vicio espantosa. Cuando llegue el tiempo de la ira, la humanidad habrá alcanzado la perfección del vicio.

¿Y quieres que el hedor interno de sus almas muertas no transpire al exterior y corrompa las carnes, adoradas más que a Mí y usadas para todas las prostituciones? Y como las úlceras serán provocadas por vosotros, así llenaréis de sangre el mar y las aguas de los ríos. Los estáis llenando ya con vuestras carnicerías, y los habitantes de las aguas disminuyen, matados por vosotros, contribuyendo a vuestra hambre. Habéis pisoteado tanto los dones que Dios os ha dado para vuestras necesidades materiales, que tierra, cielo y aguas se están haciendo vuestros enemigos y os niegan los frutos de la tierra y los habitantes de las aguas, de los ríos, de los bosques, del aire.

Matad, matad si queréis, pisotead la ley de amor y de perdón, esparced la sangre fraterna y especialmente la sangre de los buenos, que perseguís justamente porque son buenos. Pero tened cuidado no sea que un día Dios os obligue a saciar vuestra hambre y vuestra sed con la sangre que habéis derramado, en oposición con mi orden de paz y de amor.

Rebeldes vosotros a las leyes que os he dado, rebeldes hacia vosotros los astros y los planetas que hasta ahora os han donado la luz y calor que necesitabais, obedeciendo, ellos, a las reglas que Yo he señalado por bondad hacia vosotros.

Enfermedades repugnantes como marca de vuestro vicio; sangre en las aguas como testimonio de toda la sangre que habéis querido derramar, y entre ésta está la mía; fuego del sol para haceros probar por adelantado las brasas eternas que esperan a los malditos; tinieblas para advertiros de que las tinieblas esperan a quien odia la Luz: todo esto para induciros a reflexionar y arrepentiros.

Y no servirá. Continuaréis precipitando. Continuaréis cumpliendo vuestras alianzas con el mal, preparando el camino a los "reyes de Oriente", es decir, a los ayudantes del Hijo del Mal.

Parece que sean mis ángeles quienes traen las plagas. En realidad sois vosotros. Vosotros las queréis y vosotros las tendréis.

Hechos dragones y bestias vosotros mismos, por haberos desposado con el Dragón y la Bestia, daréis a luz, de vuestro interior corrompido, los seres inmundos: las doctrinas demoniacas absolutas que realizando falsos prodigios seducirán a los poderosos y los arrastrarán a batalla contra Dios. Estaréis tan pervertidos que tomaréis por prodigios celestiales cuanto es creación infernal.

María, ahora te cojo de la mano para conducirte al punto más oscuro del libro de Juan. Los comentaristas del mismo han agotado su capacidad en muchas deducciones para explicar a sí mismos y a las muchedumbres quien sea la "gran Babilonia". Con visión humana, a la que las sacudidas producidas por acontecimientos deseados o por acontecimientos sucedidos no es ajena, han dado el nombre de Babilonia a muchas cosas.

¿Pero cómo no han pensado nunca que la "gran Babilonia" sea toda la Tierra? ¡Sería un Dios Creador muy pequeño y limitado si sólo hubiera creado la Tierra como mundo habitado!

Con un latido de mi querer he suscitado mundos y mundos de la nada y los he proyectado, polvillo luminoso, en la inmensidad del firmamento.

La Tierra, de la que estáis tan orgullosos y tan feroces, no es más que uno de los polvillos rotantes en el infinito, y no el más grande. Pero ciertamente es el más corrompido. Vidas y vidas pululan en los millones de mundos que son la alegría de vuestra mirada en las noches serenas, y la perfección de Dios os aparecerá cuando podáis ver, con la visión intelectual del espíritu unido nuevamente a Dios, las maravillas de esos mundos.

¿No es acaso la Tierra la gran meretriz que ha fornicado con todas las potencias de la tierra y del infierno, y los habitantes de la Tierra no se han prostituído a sí mismos: cuerpos y almas, con tal de triunfar en el día de la tierra?

Sí que es así. Los delitos de la Tierra tienen todos los nombres de blasfemia, como los tiene la Bestia con la que se han aliado la Tierra y sus habitantes con tal de triunfar. Los siete pecados están como ornamento horrible sobre la cabeza de la Bestia que transporta Tierra y terrestres a los pastos del Mal, y los diez cuernos, número metafórico, están para demostrar las 'infinitas infamias cumplidas con tal de obtener, a cualquier precio, cuanto quiere su feroz codicia.

¿Acaso no está la Tierra empapada de la sangre de los mártires, ebria por este licor santo que bebido por su boca sacrílega se ha transformado en filtro de embriaguez maldita? La Bestia que la lleva: compendio y síntesis de todo el mal cumplido desde Adán en adelante con tal de triunfar en el mundo y en la carpe, trae detrás de sí a quienes, adorándola, se harán reyes de una hora y de un reino maldito. Sois reyes como hijos de Dios, y es reino eterno. Pero os hacéis reyes de una hora y de un reino maldito cuando adoráis a Satanás, el cual no puede daros más que un efímero triunfo pagado a precio de una eternidad de horror.

La Bestia -dice Juan- fue y no es. Así será al final del mundo. Fue, porque realmente ha existido; no es porque Yo, Cristo, la habré vencido y sepultado porque, entonces, ya no será necesaria para los triunfos del mundo [92].

¿No está la Tierra sentada sobre las aguas de sus mares y no se ha servido de éstos para dañar? ¿De qué no se ha servido? Pueblos, naciones, razas, confines, intereses, alimentos, expansiones, todo le ha servido para fornicar y cumplir desaforados homicidios e iscarióticas traiciones. Sus propios hijos, nutridos por ella con sangre de pecado, cumplirán la venganza de Dios sobre ella, destruyéndola, destruyéndose, llevando la suma de los delitos contra Dios y contra el hombre al número perfecto que exige el retumbar de mi: "¡Basta!".

La sangre de los mártires y de los profetas hervirá en esa hora, perfumando mi trono con agradable olor grato, y los terrones de la tierra, que han recogido los gemidos de los asesinados por odio hacia Mí recibiendo sus últimas sacudidas, lanzarán un gran grito hecho de todos esos santos gemidos y temblarán de convulsión de angustia, sacudiendo las ciudades y las casas de los hombres en las que se peca y mata, y llenando la bóveda de los Cielos de voz que clama Justicia.

Y habrá Justicia. Yo vendré. Vendré porque soy Fiel y Veraz. Vendré a dar Paz a los fieles y Juicio santo a los vividos. Vendré con mi nombre cuyo sentido tan sólo es conocido por Mí y en cuyas letras están los atributos principales de Dios de quien soy Parte y Todo.

Escribe: Jesús [93]: Grandeza, Eternidad, Santidad, Unidad. Escribe: Cristo: Caridad, Redención, Inmensidad, Sabiduría, Trinidad, Omnipotencia (de Dios condensada en el nombre del Verbo humanado). Y si te parece que falte algún atributo, piensa que la Justicia está comprendida en la santidad, porque quien es santo es justo, la Realeza en la grandeza" la Creación en la omnipotencia. Por eso en mi nombre están proclamadas las alabanzas de

---

[92] En una copia dactilográfica, la escritora anota a pie de página, a lápiz: *Después de la derrota del Anticristo y la destrucción de Babilonia*

[93] En el original italiano se lee "Gesú" (NdT)

Dios.

Nombre santo cuyo sonido aterra a los demonios. Nombre de Vida que das Vida, Luz, Fuerza a quien te ama e invoca.

Nombre que es corona sobre mi cabeza [94] de vencedor de la Bestia y de su profeta que serán presos, clavados, sumergidos, sepultados en el fuego líquido y eterno cuya mordaz crueldad es inconcebible para el sentido humano.

Entonces será el tiempo de mi Reino de la Tierra. Por ello habrá una tregua en los delitos demoníacos para dar tiempo al hombre de volver a oír las voces de cielo. Quitada de en medio la fuerza que desencadena el horror, descenderán como cascadas de gracia, como ríos de aguas celestes, de las grandes corrientes espirituales, para decir palabras de Luz.

Pero del mismo modo que a lo largo de los siglos no recogieron las Voces aisladas, comenzando por la del Verbo, que hablan de Bien, los hombres estarán sordos, siempre sordos, menos los señalados por mi signo, mis amigos dilectísimos atentos a seguirme, sordos a las voces de muchos espíritus, a las voces semejantes al rumor de muchas aguas que cantarán el cántico nuevo para guiar a los pueblos al encuentro con la Luz y sobre todo a Mí: Palabra eterna. Cuando se haya cumplido la última tentativa [95], Satanás vendrá por última vez y encontrará seguidores en los cuatro rincones de la tierra, y serán más numerosos que la arena del mar.

¡Oh! ¡Cristo! ¡Oh! ¡Jesús que has muerto para salvar a los hombres! Sólo la paciencia de un Dios puede haber esperado tanto, haber hecho tanto, y haber obtenido tan poco sin retirar a los hombres su don y hacerles perecer mucho antes de la hora señalada. Sólo mi Paciencia que es Amor podía esperaros, sabiendo que, como arena que se filtra por una sutilísima criba, escasamente algún alma llegaría a la gloria respecto de la masa que no sabe, que no quiere filtrarse a través de la criba de la Ley, del Amor, del Sacrificio, para alcanzarme.

Pero en la hora de la venida, cuando, como Dios, Rey y Juez, Yo venga para reunir a los elegidos y maldecir a los réprobos, arrojándoles allí donde el Anticristo, la Bestia y Satanás ya estarán para siempre, tras la suprema victoria de Jesucristo, Hijo de Dios, Vencedor de la Muerte y del Mal, a estos elegidos que han sabido permanecer "vivos" en la vida, vivos en el espíritu esperando nuestra hora de triunfo, les daré la posesión de la morada celeste, les daré a Mí mismo sin pausas y sin medida.

Aspira a esa hora, María. Llámala y llámame con todas las fuerzas de tu espíritu. He aquí, ya vengo cuando un alma me llama. Junto al Amado que vio desde la Tierra la gloria del Cordero, Hijo de Dios, la gloria de su y de tu Jesús, di, con cada latido de tu corazón: "Ven, Señor Jesús"».

Soy un trapo, un pobre trapito. Sólo tengo el alma sumergida en la dulzura.

Al dictarme, Jesús me hace entender que cuando dice Tierra quiere decir mundo tomado no como globo de polvo y de aguas, sino más bien, como unión de personas. No sé si lo sé explicar bien. Cuando dice Tierra quiere decir, diré así: ente moral, y cuando dice tierra quiere decir simplemente planeta compuesto de terrenos, de montes, de aguas. Culpable la primera, inocente la segunda.

Por esto puede decir sin contradecirse que la sangre de los mártires ha llegado a ser veneno para la Tierra que la ha bebido (en sus habitantes) con ira sacrílega y la ha derramado (en sus potencias estatales) con abuso blasfemo de poder temporal; mientras que la tierra globo, rotante en el espacio del éter, ha bebido con respeto y acogido con amor la

---

[94] Como arriba, la escritora anota: *en el período de paz que precede el juicio*

[95] Como arriba, la escritora anota: La *tentativa de la paz después de los castigos, de la evangelización espiritual*

sangre de los mártires y sus convulsiones agónicas, y las presenta, la una y las otras, al Eterno, pidiendo, materna y piadosa, que no hayan sido derramadas y sufridas en vano y que se haga justicia de ellas.

Estoy contenta de haber recibido la explicación directa del Libro que me gusta tanto, pero humanamente le aseguro que estoy deshecha. Me parece ser algo vacío, una cosa exprimida. No tengo nada más dentro después de haber tenido tanto.

En estos días, aplastada bajo las grandes voces que escuchaba dentro, tenía una intolerancia hacia el ruido humano, ¡y he tenido tanto a mi alrededor! He sufrido muchísimo, apresada entre los obstáculos comunes de la vida y las exigencias sobrenaturales del Maestro.

Bien. Ya está hecho. Y ahora digo: "Un poco de descanso, si no la pobre escritorzuela de Jesús termina rompiéndose como una máquina demasiado usada". Ahora a usted para la copia. Pero, cuando me traiga el fascículo, tráigame también este cuaderno. Me cuesta menos corregir si tengo delante el manuscrito. Si no ¿cómo hago para recordar y añadir las palabras que faltan? ¿Quién se acuerda? Después se lo devuelvo.

Y en cambio todavía hay que decir.

Dice Jesús:

«Antes de cerrar este ciclo hay que hablar de las dos resurrecciones.

La primera comienza en el momento en que el alma se separa del cuerpo y aparece ante Mí en el juicio particular. Pero sólo es resurrección parcial. Más que resurrección se podría decir: liberación del espíritu de la envoltura de la carne y espera del espíritu para reunirse con la carne y reconstruir el templo vivo, creado por el Padre, el templo del hombre creado a imagen y semejanza de Dios.

Una obra a la que le falta una parte está incompleta y es imperfecta. La obra hombre, perfecta en su creación, está incompleta e imperfecta si no está unida en sus diversas partes. Destinados al Reino luminoso o a la morada tenebrosa, los hombres deben estar en éstos para siempre con su perfección de carne y espíritu.

Por esto se habla de la primera y de la segunda resurrección. Pero observa.

Quien ha matado su espíritu con vida terrena de pecado viene a Mí, en el juicio particular, con un espíritu ya muerto. La resurrección final hará que su carne vuelva a coger el peso del espíritu muerto para morir totalmente con él. Mientras que quien ha vencido a la carne en la vida terrena viene a Mí, en el juicio particular, con un espíritu vivo que, entrando en el Paraíso, aumenta su vivir.

También los purgantes son "vivos". Enfermos, pero vivos. Lograda la curación en la expiación, entrarán en el lugar que es Vida. En la resurrección final su espíritu vivo de mi Vida, a la que estarán indisolublemente unidos, volverá a tomar la carne para glorificarla y vivir totalmente con ella así como Yo vivo con ella.

Por eso se habla de muerte primera y segunda, y, en consecuencia, de resurrección primera y segunda. El hombre debe llegar por propia voluntad a esta posesión eterna de la Luz -porque en el Paraíso poseéis a Dios, y Dios es Luz- , como por propia voluntad ha querido perder la Luz y el Paraíso. Yo os doy las ayudas, pero la voluntad debe ser la vuestra.

Yo soy fiel. Os he creado libres y libres os dejo. Y si pensáis cuánto es digno de admiración este respeto de Dios por la voluntad libre del hombre, podéis entender cómo sería vuestro deber no abusar de ello, utilizándola para el mal, y tener respeto, reconocimiento y amor hacia el Señor, Dios vuestro.

A los que no han abusado, Yo digo: "Está preparada vuestra morada en el Cielo, y deseo

ardientemente que estéis en mi Beatitud"».

23 de agosto
7 horas

Al Padre [96] y a mí.
Dice Jesús:
«Te repito a ti y al Padre palabras que he dicho hace 20 siglos y que son siempre nuevas y ahora particularmente apropiadas a vuestro caso: "Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor... Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría sea completa. Vosotros sois mis amigos si hacéis aquello que os mando. Ya no os llamo siervos, porque os he dado a conocer lo que he oído de mi Padre. No sois vosotros los que me habéis elegido a Mí, sino Yo quien os ha elegido a vosotros y os he destinado a ir y dar frutos duraderos. Amaos mutuamente y amadme cada vez más. El mundo os odia porque os he elegido. El mundo sólo se ama a sí mismo y a sus propias obras y odia lo que está bajo mi Nombre. No obstante he hecho y hago en el mundo obras que ningún otro ha hecho. Por ello no tienen excusa los que me odian. Pero esto debe suceder porque está dicho: 'Me odiaste sin razón'. No obstante no tienen excusa en su obstinación en el mal, porque si Yo no hubiera venido como Maestro estarían excusados, pero Yo he venido y vengo y no se me quiere escuchar. Por esto no tienen ningún atenuante".

Yo os mando, con mandamiento de amor porque sois mis amigos, que no desperdiciéis estas palabras mías. Usadlas para vosotros y para muchas almas. No están dichas sin razón. Os las he dicho para vuestra alegría, ¡oh amigos míos!, con los que me es dulce decir los pensamientos más secretos y pedir ayuda para ser amado por quien ya no sabe amar y que perece sin saber ni siquiera que está pereciendo.

Quiero que vosotros viváis en alegría. Pero alegría sobrenatural, porque por mi amor seréis odiados por el mundo para el que Yo soy odioso. El mundo da penas y dolor a quien me ama. Pero no importa. Yo os digo: perseverad en mi amor. Yo seré vuestra recompensa.

Id y esparcid la Palabra. Andad con discernimiento y cuidado. No la apliquéis a todos del mismo modo. Que el Espíritu de Luz, del que se hablaba ayer en la Misa, os ayude en la elección de los textos que hay que dar a conocer y los que deben, por ahora, permanecer ocultos. Es mi consejo que hagáis una selección de las palabras dichas. Hay textos que por ahora deben permanecer un dulce coloquio entre nosotros. Otros que van dados a conocer sólo a personas que, por su veste o por su alma, están ya en grado de ser admitidos a ciertos conocimientos. Otros textos pueden ser dichos y difundidos entre las almas.

Todas mis palabras son santas, pero no son santas las muchedumbres. Por ello es necesario que seáis prudentes como serpientes para evitar las espirales engañosas de la gran serpiente que es el espíritu del mundo, el cual ahoga y envenena lo que es bueno o desvía de tal modo que el bien sirva de pretexto al mal.

Y los momentos en que vivís, pobres amigos míos, están aún más colmados de hastío y de espíritu contrario a Dios de lo que estuvieran cuando yo fui juzgado por un puñado de hombres enloquecidos por el pecado. Por ello es necesario ser vigilantes porque se encontraría enseguida el pretexto de dañar a los enemigos, de incitar a las muchedumbres para fines no santos, que se revisten de una apariencia buena pero que por debajo son tan sólo una ebullición de pasiones y ambiciones sociales.

Mi Palabra de Verdad no debe servir para la mentira. Mi Palabra de Misericordia no debe

[96] Padre Migliorini

servir para las venganzas. Por lo tanto, atención.

El Padre más que tú debe saber como regularse. Ore, orad. El Espíritu Santo os ayudará. Recordad siempre que tenéis entre las manos medicinas aptas para curar a las almas y que éstas han quedado muy mal por el escarnio que de ellas han hecho las pasiones y los pecados. Están destrozadas por las explosiones internas del Mal y desangradas por los golpes que reciben del externo. Son toda una llaga y están exhaustas. Como médicos, debéis tener toque ligero y suma paciencia para tratar a estas pobres llagadas y comunicar en ellas la Vida.

Yo no puedo callar lo que digo, y vosotros no podéis no recibir lo que os digo. Pero esto no quita que se requiera buen sentido para usar mi don.

Regulaos como para Sor Benigna [97]. No una abierta y resonante difusión, sino un lento difundir cada vez más amplio, y que sea sin nombre. Esto para tutelar tu espíritu que la soberbia podría turbar y tu persona que no necesita otras agitaciones. Cuando tu mano esté firme en la paz en espera de resurgir en la gloria, entonces, sólo entonces se dará a conocer tu nombre.

Ser perseguidos por amor mío es una gloria. Pero tengo tan pocos amigos y tan escasos portavoces que no quiero que sean molestados o destruidos por el odio del mundo. Tengo compasión de las almas y tutelo a los portadores de mi Voz como y más que a Mí mismo.

No os hagáis la ilusión de obtener gran cosa con mis Palabras. Caen sobre almas casi todas muertas. Pero nosotros debemos intentar hasta lo último la salvación de los corazones. Hemos sido formados para esto, hermanos míos. Exhalamos por ello el verdadero oxígeno a las almas que sucumben por la asfixia del mundo, del sentido, del dinero. Nosotros cumplimos nuestra labor. Si ellos permanecen piedras sin vida, peor para ellos.

Te he hablado con palabras de hace 20 siglos, porque son siempre recientes y siempre dulces como entonces porque Yo soy eterno y fiel y vosotros, que os sucedéis en los siglos, sois siempre mis apóstoles de la hora presente, mis amigos, los ejecutores de la Voluntad del Padre y de mis deseos.

Os doy mi paz, ¡oh benditos míos!».

24 de agosto

(Respecto a la señora Curie [98]).

Dice Jesús:

«Son criaturas humanamente perfectas. En ellas todo ha alcanzado la perfección, excepto su espíritu que ha retrocedido cada vez más hasta hacerse un embrión de espíritu. Tienen un genio perfecto, una seriedad perfecta, una honestidad perfecta, una humildad perfecta. Todo humanamente perfecto. Su virtud es llama que no calienta. Es fuego frío. No tiene valor para Mí. Prefiero una espiritualidad imperfecta a una humanidad perfecta.

Tanto fulgor de perfección humana es como la luminosidad de 100, de 1000 lámparas en arco. Dan luz; es innegable. Pero es luz artificial que, si un pequeño mecanismo se estropea, muere enseguida y no queda nada de ella. Mientras el espíritu, aunque sea imperfecto, es siempre un pequeño sol viviente con luz propia que brota de la Gracia que está en él. Hablo del espíritu vivo, es decir, viviente en Mí, vivificado por la Gracia.

El haber poseído una inteligencia superior que les ha permitido adentrarse en los misterios de la naturaleza, también debería haberles llevado a ver la potencia de Dios y su existencia cuyo ser está escrito en todas las cosas creadas. En cambio nada de esto. Son seres llenos

[97] Sor Benigna Consolata Ferrero (1885-1916)
[98] Marie Curie (1867-1934)

de ciencia, pero faltos del hilo que lleva al conocimiento de cuanto existe. Inventores de lo nuevo, pero negadores de lo eterno. Descubridores de fuerzas secretas, pero indiferentes a la Fuerza de las fuerzas: Dios. Esto no lo buscan, mejor dicho voluntariamente lo niegan. O por lo menos lo descuidan.

Y por esto la ciencia humana, innegablemente avanzada, no da frutos buenos sino envenenados. Falta en el corazón y en la mente de los científicos el fuego del amor que hace respetar y amar a Dios, que hace respetar y amar al prójimo.

En el caso concreto, esa mujer no dañó, más bien benefició a los hermanos. Es ya mucho. Pero reflexiona sobre el impulso que hubiera imprimido a su escuela, a sus discípulos y a los discípulos de los discípulos si al encanto de su yo hubiera unido una religiosidad profunda.

Cree también, alma mía, que en la hora del juicio aparecerán más grandes pequeñas criaturas iletradas que no lumbreras de la ciencia. Las primeras encendidas por el amor, serán vivas estrellas en mi cielo. Las demás, aunque no las condenaré, por el bien que humanamente han cumplido, serán simplemente nebulosas en mi Paraíso. Serán los salvados por mi Misericordia sin ningún mérito por su parte, salvados más que por ellos mismos, por las oraciones de los beneficiados por ellos.

Ahora dime: ¿prefieres ser una pequeña nada en el campo del saber y ser mía, muy mía en ésta y en la otra vida, o te hubiera gustado ser astro aquí abajo y opaca nebulosa allí arriba? Sé ya tu respuesta y por esto te digo: "Has respondido sabiamente. Va en paz"».

25 de agosto

Dice Jesús:

«Para Mí no es diferente el grande que vive en los palacios o el pastor que duerme sobre la hierba en medio de su rebaño. Sois todos hermanos e hijos míos, y por ricos y pobres, por potentes y míseros he vertido mi Sangre.

Por ello no aplaudo ciertas diferencias que se están siguiendo ahora. No apruebo las matanzas, sea cuál sea el lugar donde se realizan. No las apruebo porque son contrarias a la caridad y porque son serio motivo a los débiles para desesperar. Pero no apruebo tampoco que exista quien, aprovechando una posición de privilegio, se salva dejando otros lugares bajo la tormenta diabólica.

Pero sabe que Yo estoy allí donde los míos sufren. Estoy por ello donde es más vivo el peligro e inminente la desgracia. Allí donde se muere, por obra del hombre, allí está el Redentor que absuelve y bendice».

26 de agosto

Dice Jesús:

«Es talla belleza, la potencia, la fuerza de la Fe que sólo podréis entender su plenitud en el Cielo. Aquí abajo no tenéis más que un pálido reflejo, incluso en las almas más invadidas de Fe. Pero este reflejo es ya tan amplio que basta para dar una orientación a toda una vida y conducirla derecha derecha a Mí.

Hablo de la Fe. De la verdadera Fe: De mi Fe. No hay sino un Dios, no hay sino un Cristo, no hay sino una Fe.

Esta verdadera Fe que ha nacido con el hombre, habitante de la Tierra, única flor en el desierto y en el exilio del primer hombre y de su descendencia, que se ha perfeccionado en los siglos, alcanzando la plenitud con mi venida -sello, que no miente y que no se puede desmentir- a la fe de los patriarcas y de los profetas, esta Fe que custodia la Iglesia,

depositaria de los tesoros del Verbo, no es cambiable, porque comparte con su Creador los atributos de inmutabilidad y de perfección.

Fíjate bien. ¿Qué aseguraba la Fe a los antiguos padres? Mi venida, acto de una caridad tan excelsa que sólo él basta para dar seguridad en un Dios, Padre del género humano. Aseguraba la vida eterna reservada a todos los que han muerto en el Señor y anunciaba eterno castigo a los transgresores de la Ley del Señor. Aseguraba nuestra Una y Trina Entidad. Aseguraba la existencia del Espíritu Santo del que viene toda sobrenatural luz espiritual.

¿Qué asegura la Fe de los cristianos, desde hace 20 siglos hasta ahora? Las mismas cosas. ¿Acaso he cambiado Yo la Fe? No. Al contrario la he confirmado y la he construido alrededor la roca fuerte de mi Iglesia Católica, apostólica, romana, en la que está la Verdad depositada por Mí mismo.

Hasta el último día y el último hombre la Fe es y permanece "aquélla". No puede ser otra. Que si vosotros me decís que el mundo evoluciona, Yo os respondo que tal evolución no es obstáculo a la Fe, sino más bien os debe hacer cada vez más fácil el creer.

Creer no quiere decir ser bobalicones. Creer es aceptar y comprender según la luz de la inteligencia cuanto os viene dicho por los que no han mentido nunca: los santos de Dios, partiendo de los patriarcas; creer es entender a la luz de la Gracia, que plena y abundantemente os he traído, todo lo que aún permanece oscuro a la inteligencia. Creer es sobre todo amar. La credulidad es necia. El creer es santo porque es tener el espíritu obediente a los misterios del Señor.

Bienaventurados los que no cambian su fe. Bienaventurados los que permanecen fieles al Señor. Luz sobre luz es la Fe en un ser. Las cosas, todas las cosas: sean naturales o sobrenaturales, se revelan en una luz de verdad, ignorada por los incrédulos, y el alma sube a las alturas de amor, de veneración, de paz, de seguridad.

No, no se puede describir con palabra humana lo que es la Fe en un corazón. Y no se puede tampoco entender, por parte de los que creen, cuál sea el abismo de terror, de tiniebla, de aniquilamiento de un corazón falto de Fe.

Pero no juzgues nunca a tus desgraciados hermanos incrédulos. Cree también por ellos. Para reparar sus negaciones. Sólo Yo juzgo. Sólo Yo condeno. Sólo Yo premio. Y sólo Yo sé cómo quisiera solamente premiar, porque os amo. Os amo hasta el punto que para poderos salvar he muerto por vosotros, por todos vosotros. Y no me podéis dar mayor alegría que la de salvar vuestra alma: dejármela salvar. Y no me podéis dar mayor dolor que el de querer perder vuestra alma rechazando mi don de salvación.

Ahora piensa tú, María mía, cuánto dolor tiene tu Jesús. Tu Jesús que ve perecer a las almas como flores abrasadas por un viento de fuego que día a día acelera su obra destructora. En verdad te digo que esto es más doloroso que la bárbara flagelación.

Tu Jesús llora, María. Lloremos juntos sobre las pobres almas que quieren morir. Aunque nuestro llanto no las salve, quedará siempre el tuyo como consuelo de tu Jesús, y sé bendita por este consuelo».

27 de agosto

Dice Jesús:

«También en el Apocalipsis parece que los periodos se confunden, pero no es así. Sería mejor decir: se reflejan en los tiempos futuros con aspectos cada vez más grandiosos.

Ahora estamos en el período que Yo llamo: de los precursores del Anticristo. Después vendrá el período del Anticristo que es el precursor de Satanás. Esto estará ayudado por las

manifestaciones de Satanás: las dos bestias nombradas en el Apocalipsis. Será un período peor que el actual. El Mal crece cada vez más. Vencido el Anticristo, vendrá el período de paz para dar tiempo a los hombres, impresionados por el estupor de las siete plagas y por la caída de Babilonia, de recogerse bajo mi signo. La época anticristiana subirá a la máxima potencia en su tercera manifestación, es decir cuando llegue la última venida de Satanás.

¿Habéis entendido? Es necesario creer, y no cavilar. Verdaderamente tú habías entendido, precisamente porque no cavilas. Los dictados no se contradicen entre ellos. Es necesario saberlos leer con fe y sencillez de corazón.

Como a quien urge el hacer entender una cosa, Yo voy siempre derecho a la cosa que más importa y que aquí es mi reino. Porque en el reino está la justificación del haberme encarnado y haber muerto. Porque en el reino está la prueba de mi infinita potencia, bondad, sabiduría. Porque en el reino está la prueba de la vida eterna, de la resurrección de la carne, de mi poder de Juez. Por ello cuando he hablado para explicar el Apocalipsis, en los puntos concretos explicados, he puesto casi siempre como corona mi Juicio, mi triunfo, mi reino, la derrota de Satanás en sí mismo, en su criatura, en los precursores.

Leed bien y veréis que no hay contradicción. Lo dicho, dicho está» .

28 de agosto

Dice Jesús:

«Cuando Yo digo ser "el eterno Inmolado" [99] no digo un concepto nuevo. Quienes estuvieron más cercanos a Mí -Pedro y Juan- tienen el mismo concepto. Ni pueden tenerlo distinto todos los que meditan sobre las obras del Padre, del Hijo y del Espíritu.

Tal vez a vosotros hombres os causa estupor que Dios, sabiendo por su infinita Inteligencia todas las cosas, haya procedido a crear el hombre, y casi os preguntáis si Dios sabía o no sabía todo lo que el hombre habría cometido.

¡Oh! ¡lo sabía! Nada es desconocido al Dios Uno y Trino. Todos los acontecimientos del Universo: nacimientos y muertes de planetas, formarse y disgregarse de nebulosas, vida o muerte sobre los astros lanzados en el espacio, cataclismos, explosiones, son conocidos, eternamente, por el Eterno. Y del mismo modo eternamente son conocidos todos los sucesos de la Tierra: uno de los millones de mundos creados por Dios, el que a vosotros es conocido porque sois sus habitantes.

Y eternamente son conocidos todos los acontecimientos del hombre, tomado como habitante de la Tierra. Antes de que Adán existiera, Dios sabía que Adán pecaría. Y con él pecarían, durante milenios, la raza de Adán. Ni uno de los pecados de los hombres, ni una de las virtudes de los hombres, son desconocidas por nuestra Sabiduría, sea en el momento en que acontecen, sea por un tiempo tan anticipado que no tiene comparación con ningún límite de vuestro tiempo, remontándose hacia atrás en los siglos de los milenios hasta la no existencia del tiempo: a la eternidad.

Lanza la mirada, ¡oh María!, a nuestra eternidad. Sumérgete en este signo de Dios. Es como si tú fijas la mirada hacia un cielo limpísimo y piensas que más allá de aquel azul, que te parece límite, hay otro, otro, otro espacio ilimitado, cada vez más alto... Un vórtice de éter, un remanso de azul que cuanto más subes más profundo se hace, ni le encuentras confín. Su azul, que es, que no es más que su no ser, como sustancia consistente. Su azul está hecho por millones incalculables de kilómetros de éter en el que danzan los mundos creados por mi Padre.

[99] En el dictado del 17 de agosto

Lo mismo es nuestra eternidad. ¡Es! ¿Cuándo comenzó? ¡Nunca! ¿Cuándo terminará? ¡Nunca! ¿Cuánto durará? ¡Siempre! ¿Desde cuándo dura? ¡Desde siempre!

Nunca. Siempre. Medita qué inmensa potencia hay en estas dos palabras aplicadas a la Perfección. No vuestro "siempre" unido a vuestra breve vida y que no dura ni siquiera lo que dura la vida. No vuestro "nunca" sujeto a tan rápidas desmentidas. Sino nuestro "siempre" y nuestro "nunca" que no conocen ninguna mengua y se revisten de nuestra Perfección.

Nada está oculto para Dios. Nada. Y entonces, os preguntáis vosotros, pobres hombres, ¿por qué Dios ha creado al hombre?

¡Oh! ¡qué inútil porqué! ¿Quisierais vosotros juzgar la obra de Dios? ¿Hacer un proceso a sus acciones? Cuando estéis en la gloria comprenderéis todos los misteriosos por qué. Leeréis, con la mirada del espíritu libre, páginas que ahora ignoráis, que ahora inútilmente queréis ojear cayendo, por vuestra inútil soberbia de hormigas que quieren perforar un monte de mármol, en los más perniciosos errores.

¡Cuántos misterios tiene aún el Universo para vosotros! Estáis sumergidos en el misterio. Misterio de Dios. Misterio de los por qué de Dios. Misterio de la segunda vida. Misterio de las leyes cósmicas. Misterio de relaciones entre este planeta vuestro y los otros mundos. Misterios de las relaciones entre los vivientes sobre la tierra y los que ya han pasado a la segunda vida.

Vuestra curiosidad humana, la necesidad de vuestra alma de volver a sus orígenes, os dan santas y no santas inquietudes.

Santas, cuando os empujan a obrar bien deseando profundizar el misterio y la unión con lo sobrenatural para sentiros menos exiliados fuera del Reino del espíritu, y para haceros cada vez más capaces de entender las palabras espirituales y merecerla vida espiritual que alcanza la perfección en la otra vida, en mi bienaventuranza.

No santas, cuando queréis, descartando la bella y sencilla Fe, imitar a Adán y conocer lo que no es útil por ahora conocer, violando el secreto, forzando celestiales puertas, molestando reposos paradisíacos, atravesando barreras intocables.

Esto está mal, hijos míos. Creedlo. Dejad a vuestro Dios la iniciativa de instruiros sobre los misterios del más allá. Él sabe hasta qué punto os puede introducir en el secreto que está más allá de la muerte. Fiaos de vuestro Padre y Maestro. No queráis irrespetuosamente ir más allá del límite. No queráis querer más de lo que quiere Dios. Respetad.

Vaya esto para todos los que no se contentan con cuanto he dicho y quieren saber más ¿Pero creéis vosotros que si hubiera sido bueno el saberlo, Yo habría desmemoriado a los tres resucitado s del Evangelio? Sin embargo ninguno de ellos dijo lo que hay en la otra parte. Ni siquiera Yo, Verbo del Padre y Sabiduría infinita, os he revelado el misterio de la muerte y con él otros, cuyo conocimiento no es necesario para vuestra santificación, sino más bien es nocivo para la misma.

Creer es más alto que conocer. Creer es amar. Lo vuelvo a decir [100]. Creed por lo tanto que si Dios os ha creado ha sido por impulso de amor. Creedlo con amor para responder a tal amor.

Y con séptuplo amor creed que Yo, el eterno Inmolado, soy llamado así con justa palabra porque, antes de que el tiempo existiera, Yo soy el destinado a ser inmolado para salvaros.

No ha iniciado mi holocausto con mi vida corporal. No. Existía antes de que Yo me hiciera carne en el seno de la Virgen. No ha iniciado con la expulsión de Adán. No. Existía antes de que Adán pecara. No ha iniciado cuando el Padre dijo: "Hagamos al hombre". No. Existía antes de tal pensamiento creativo.

---

[100] Ya en el dictado del 26 de agosto

Ese holocausto, cumplido por la segunda Persona de Nuestra Trinidad santa, es como el latido en el centro del eterno corazón de nuestro Ser, desde siempre. Desde siempre, ¿entiendes? Eterno como Nosotros somos eternos. Todo previsto y todo preordenado, eternamente.

Yo soy el eterno Inmolado, la Víctima eterna, Aquel que os comunica su Sangre para curaros de las enfermedades de las culpas, Aquel que os robustece con ella en Dios, Aquel que os da todas las certezas de la fe y de la esperanza y os nutre con su caridad para que podáis creer, vivir en Dios, santificaros por medio de la Palabra que no muere y que no permite que muera quien se nutre de ella.

Creed en Mí, amigos míos, y pedidme la gracia de creer cada vez más. La luz de la Fe y la de la caridad os permitirán ver cada vez más claramente a vuestro Dios, vuestro Jesús, ya desde esta vida».

29 de agosto

Dice Jesús:

«Veamos juntos este punto del libro de Samuel: "La obediencia vale más que los sacrificios, mejor la docilidad que la grasa de los carneros. Como pecado de hechicería es la rebeldía, crimen de idolatría la contumacia" (lS, cap. 15°, v. 22).

La obediencia. La virtud que no queréis practicar. Nacéis y, apenas podéis manifestar un sentimiento, es sentimiento de rebeldía a la obediencia. Vivís siendo desobedientes. Morís aún desobedientes. El bautismo borra el pecado original, pero no anula la toxina que os deja el pecado.

¿Qué ha sido, en el fondo, el pecado original? Una desobediencia. Adán y Eva quisieron desobedecer al Padre Creador, incitados a cumplir este acto de desamor por el sumo Desobediente, el cual se ha hecho demonio rechazando obediencia de amor al Sumo Dios. Este veneno anida en vuestra sangre y sólo una constante voluntad vuestra lo hace incapaz de dañar a vuestro espíritu de manera mortal.

Pero, ¡oh hijos míos!, ¿qué cosa más meritoria que ésta puede ser cumplida por vosotros? Mirad bien.

Todavía es más fácil hacer un sacrificio, una ofrenda, practicar una obra de misericordia, que obedecer constantemente al querer de Dios. Éste se os presenta minuto a minuto como agua que fluye y pasa trayendo otras olas de agua y detrás de éstas otras aún. Y vosotros sois como peces que aún sumergidos en la Voluntad de Dios os resbala. Si queréis salir de ella, moriréis, hijos míos. Es vuestro elemento vital. Ni hay gota de ella que no provenga de una razón de amor. Creedlo.

Obedecer es hacer la voluntad de Dios. Esa voluntad que os he enseñado a pedir que se cumpla con el Padre nuestro y que os he enseñado a practicar con la palabra y con el ejemplo, llevado hasta la muerte.

No obedecer y rebelarse es cumplir un pecado de magia, dice el libro. En efecto ¿qué hacéis rebelándoos? Pecáis. Y el pecado ¿qué produce? Vuestro desposorio con el demonio. ¿No hacéis por lo tanto magia? ¿No os transformáis mágicamente de hijos de Dios en hijos de Satanás?

No obedecer y no quererse sujetar es como un pecado de idolatría, continúa diciendo el libro. En efecto ¿qué hacéis no sujetándoos? Rechazáis a Dios rechazando su Voluntad. Lo repudiáis como Padre y Señor. Pero como el corazón del hombre no puede estar sin adorar cualquier cosa en el puesto del Dios verdadero que rechazáis, adoráis vuestro yo, vuestra carne, vuestra soberbia, vuestro dinero; adoráis a Satanás en sus más agudas

manifestaciones. He aquí porqué os hacéis idólatras. ¿De qué? De dioses de lo más horrendos que os tienen esclavos y esclavos infelices.

Venid, venid, queridos hijos de mi amor, venid al yugo paterno que no hace mal, que no oprime, que no degrada, sino que al contrario os sujeta y os guía y os asegura el alcanzar el bienaventurado reino donde no hay más dolor.

El mundo, que quiere desobedecer, no sabe que sería suficiente este acto de obediencia para salvarse. Volver a entrar en el surco de Dios, seguir la voz de Dios, obedecer, obedecer, volver a encontrar la casa del Padre, dejada escapar por una quimera de falsa dignidad, volver a encontrar la mano del Padre que bendice y resana, volver a encontrar el corazón del Padre que ama y perdona.

Pensad, hijos, que para volver a daros la gracia perdida dos Purísimos, dos Inocentísimos, dos Buenísimos, debieron consumar la Obediencia suma. La salvación del género humano tuvo, en el tiempo, inicio en el "fiat" de María ante mi arcángel, y tuvo fin en el "consummatum" de Jesús en la cruz. Las dos obediencias más dolorosas y las menos obligatorias, porque mi Madre y Yo estábamos por encima de la necesidad de expiar, con la obediencia, el pecado.

Nosotros, que no pecamos, hemos redimido vuestro pecado obedeciendo. ¿Y no querréis vosotros, pobres hijos, imitar a vuestro Maestro y obtener misericordia con la obediencia que es prueba de amor y de fe?

Más bello y agradable que las mismas iglesias, que me levantáis por voto, y que cualquier voto, es esta flor espiritual del alma, nacida, sobre la tierra, en el corazón del hombre pero que florece en el Cielo, eterna, para vuestra gloria».

30 de agosto

Dice Jesús:

«Que tu respuesta, sea al prójimo que se sorprende y te hace observar el aparente abandono de Dios hacia ti, sea al tentador que te quiere persuadir de que todo tu sacrificio no te obtiene alivio de parte de Dios, sea la misma del viejo Tobías. También a ti misma debes decir: "Nosotros somos hijos de santos, y esperamos la vida que Dios dará a quienes no pierden nunca su fe en El".

Hijos de santos y llamados a la misma santidad.

¿Tú no eres hija de Dios, María? ¿Y quién es más santo que tu Padre? Si Él, que es el Santo de los santos, quiere para ti tanto dolor, es signo de que este dolor tiene por fin una alegría proporcional al dolor: o sea tanta, desmesurada alegría, y alegría sin fin.

El alma que llega a creer firmemente que todo cuanto le sucede tiene origen en un amor y produce alegría eterna, está segura como dentro de una fortaleza. No puede perecer. Sufre, pero su dolor es sobrenatural y da frutos sobrenaturales de vida.

Todavía un poco y después vendrá la alegría. Aún un poco y después vendré Yo. Vendré no con los límites que debo imponer ahora al encuentro para adaptarlo a tu humanidad. Sino que vendré como Dios al alma: o sea libremente, completamente. No temas. Verás entonces como mi morada es infinitamente más hermosa de como la has visto en los sueños e imaginado con el pensamiento. Verás entonces cómo el unirse conmigo será sin pena dejando un cuerpo que es lazo para el alma y peligro continuo.

No pierdas nunca la fe en tu Jesús. Yo estoy cerca de ti y lo notas. Pero no rehúses ninguna de las ayudas que he puesto a vuestra disposición. El camino sobrenatural por el que caminas no te exime de recorrer el camino común a todas las criaturas vivientes en la Iglesia.

Un óleo te ha librado, y de esclava del Enemigo te ha hecho hija de Dios. Un óleo te ha hecho soldado de Cristo. Que un óleo te haga partícipe del Reino. El alma que entra en la gloria se hace reina. Y para los reyes, lo has leído, era necesaria la unción.

Quiero que hasta las sombras de los pecados pasados se cancelen de ti. Cuando llegue la hora debes venir al encuentro, virgen sabia y prudente, con todos los adornos apropiados para las bodas.

El dolor es una gran absolución cuando es sufrido con santidad. Pero, lo repito, ni siquiera mi caricia te debe llevar a pensar que estás exenta de los deberes de todos. La perla escondida, que sólo Jesús conoce, debe, a los ojos del mundo, no ser distinta en nada de las almas hermanas que, por voluntad de tu Señor, están menos transformadas que tú en gema».

31 de agosto

Dice Jesús:

«Es inútil horrorizarse de ciertas manifestaciones actuales. Son fruto de vuestro interior.

Yo he dicho: "Es del corazón de donde salen los pensamientos malvados y los malvados sentimientos, y éstos son los que contaminan".

Yo también he dicho que a cada hombre se le reconoce por sus obras y como no se pueden coger frutos dulces del ciruelo salvaje así no se pueden extraer actos honestos de quien tiene el interior deshonesto.

La deshonestidad no consiste solamente en robar, en mentir, en dañar al prójimo. Es deshonestidad el faltar a Dios, el robarle aquel respeto amoroso que es deber del hombre hacia su Creador. Es deshonestidad emplear sus dones para actos malvados. Todos sus dones y especialmente el don de la vida.

Ahora mira y juzga que mal uso hacéis de la vida que el Padre os da. Mira y juzga que mal uso hacéis de vuestro cuerpo en el que habita el alma, templo reservado a Dios, en el que reside la mente que debería estar orientada a comprender la Ley de Dios como el corazón debería estar ocupado en amarla y practicarla.

En cambio ¿qué hacéis? Ponéis resistencia a las voces del Señor, a los deseos del Señor, a los mandamientos del Señor, a la voluntad del Señor. Como cabras salvajes oponéis vuestra dureza y vuestra rebeldía -dos cuernos bien agudos- a cada invitación de Dios. Os destruís, pero continuáis poniendo resistencia.

¿Y os decís cristianos? No, no lo sois. Yo, Cristo, no os he enseñado rebeldía, desobediencia, lujuria, crueldad, idolatría. Os he enseñado todo lo contrario. Os he mostrado cómo debe usarse la vida, os he explicado cómo sois templos de Dios que quiere vivir en vosotros, que prefiere vivir en vosotros mucho más que en suntuosos templos pero hechos sólo de piedras y de mármoles.

No. Dios no quiere estas moradas hechas por mano de hombre. Os quiere a vosotros, a vosotros hechos por su mano, a vosotros templos de sangre y de alma, a vosotros a los que mi sangre ha revestido de púrpura inmortal y purificado como altares preciosos. Esto es lo que quiere Dios para volver a vivir en amorosa paz con vosotros.

No insistáis en el duro camino que habéis emprendido y que os conduce a la ruina. Sed cristianos verdaderos y no cristianos solamente de palabra. Que mi signo esté realmente grabado en las fibras vivas de vuestros corazones, no sobre el frontispicio de los templos vacíos, donde no venís a orar o venís con el ánimo turbado por todos los cuidados vanos y por las fermentaciones de vuestros instintos inferiores.

Abrid el corazón al Amor, hijos. Es lo que os falta más. Estáis sin caridad hacia Dios, hacia

el prójimo, hacia vosotros mismos. Sí, también hacia vosotros mismos, porque matáis vuestra alma.

Que -recordáoslo siempre- es inevitable que existan las tentaciones, pero éstas no hacen mal. El mal lo hacéis vosotros cuando cedéis a ellas. Y no digáis que son más fuertes que vosotros. No. El Padre da según cuanto vosotros tenéis que dar. ¿La tentación necesita 10 de fuerza para resistirla? Y Dios os da 10 e incluso más. Lo malo es que vosotros no hacéis más que desear ceder al mal. Y entonces ¿qué puede Dios si vosotros destruís las fuerzas de Dios con vuestra voluntad perversa y os abandonáis al beso de la tentación?

Haciendo así ponéis al alma una mordaza de muerte, y de un alma enferma o moribunda salen esos sentimientos de los que os sorprendéis. Pero no puede ser de otro modo. En cuerpo corrompido hay hedor de muerte. En almas corrompidas hay manifestaciones de pecado».

1 de septiembre

Dice Jesús:

«No, no estás sola. Tienes cerca a tu Jesús como bien pocos le tienen, pues aunque es cierto que estoy con todos mis hijos con la Gracia, con muy pocos estoy en la forma en que estoy contigo y que he utilizado viendo tu penosísima condición general.

Yo sé hasta donde puede llegar la resistencia de un ser y, dado que el peso del dolor que debes llevar es aplastante y fuera de lo común, he provisto a ello con medios extraordinarios que reservo para muy pocos.

Recuerdo mi necesidad de ayuda en las horas trágicas de la Pasión. Y lo que he deseado para Mí quiero que también lo tengan quienes me son doblemente semejantes. Semejantes en cuanto a discípulos, semejantes en cuanto apasionados y crucificados.

No estás sola. Me tienes a Mí por Cirineo y tienes a mi Madre por Verónica. María es el modelo de las huérfanas y se acuerda de su aflicción de huérfana así como Yo recuerdo los atroces dolores de mi agonía.

La santidad no suprime el dolor. María, en su santidad inmaculada, sufrió crudamente por la muerte de sus padres a quienes Ella no pudo consolar con sus besos. ¿Ves como te pareces a Ella? [101] María en su alma tan perfecta, sólo inferior a Dios, supo amar y sufrir como nadie porque la santidad, siendo perfeccionamiento de todas las sensibilidades buenas del corazón, trae como consecuencia el crecimiento en la capacidad de amar o de sufrir, tanto más acrecentada cuanto más santa es el alma. Y el alma de María era santísima.

Pues bien, esta Mujer a la que no se le ahorró ningún dolor -y nadie, mejor que Ella, hubiera tenido que estar exenta, porque era inmaculada, y por ello libre del peso del dolor causado por la culpa de Adán- esta Mujer que ha derramado tantas lágrimas por tantos lutos y que ha visto cómo la muerte le arrebataba padre; madre, esposo e Hijo, Yo te la doy por Verónica y te la doy por madre.

Es el mes del Corazón traspasado de María y de la Exaltación de mi Cruz. No rechaces el ser semejante a la Traspasada y al Inmolado».

2 de septiembre

Dice Jesús:

«La uva es más dulce cuanto más madura, y más madura cuanto más sol toma. El dueño

[101] La escritora había sufrido profundamente al no haber podido asistir a su padre en el momento de la muerte, acaecida el 30 de junio de 1935

de la viña no coge su uva para hacer el vino si no está bien madura, y para que se madure la deshoja y poda de modo que el sol pueda bajar y circular entre racimo y racimo, y convertir los granos ásperos y duros en muchas perlas de azúcar líquido.

Si la uva permaneciera como está en abril, esto es, cuando la vid es hermosa con sus hojas nuevas y sus racimos en flor, o como en junio, ya toda llena de sarmientos flexibles y de racimos formados, no serviría para nada aparte de para alegría de la vista. En cambio en el otoño, después de tanto sol y tantas podas, es hermosa de otro modo y, además de hermosa, útil para el hombre.

Yo soy el sol y vosotros, almas mías, sois la viña en la que se tiene que formar el vino eterno. Yo soy el sol y también soy el viñador. Yo os circundo e inundo con mis rayos y os mortifico para que deis sarmientos llenos de frutos verdaderos y no vanos zarcillos que no sirven para nada.

Hay que dejar que el sol y el viñador trabajen en vuestra alma totalmente a su gusto. Es necesario, María mía, imitar mucho, mucho, mucho al racimo que no tiene voces de protesta ni actos de resistencia hacia el sol y hacia el dueño de la viña, sino al contrario, se deja descubrir para recibir los rayos calientes, se deja curar con los líquidos adecuados, se deja arreglar sin reacción alguna. Y así se hace cada vez más grueso y dulce, un verdadero prodigio de jugos y de belleza.

También el alma debe aún más desear el sol y la obra del Viñador eterno cuanto más se acerca para ella la hora de la divina vendimia. El racimo rebelde y enfermo, que no ha querido madurar sano y dulce, y que se ha escondido para no ser cuidado, no está destinado al místico lagar. Pero en cambio se hace digno de mi Vendimia el racimo que no ha tenido miedo de podaderas ni de medicinas y que se ha sacrificado dócilmente, en sus gustos, por Mí.

Yo soy el Vendimiador y tú mi racimo. La vendimia se acerca. Aumenta tus esfuerzos para absorber cuanto más puedas de Mí. Yo me haré en ti licor de vida eterna. Aumenta tu generosidad para secundar la obra de tu amoroso Viñador. Él, tu Jesús, sólo quiere hacer de ti un racimo digno de ser depositado a los pies del trono de Dios.

Es dulce tener a Jesús como Maestro, María, pero esto se hace perfecto cuando se asimila toda la enseñanza del Maestro».

3 de septiembre

Dice Jesús:

«Bienaventurados los labios y los pueblos en los que se pronuncia: "Dios te salve, María".

Salve: yo te saludo. El más pequeño al mayor, el niño al padre, el inferior al superior, están obligados, en la ley de educación humana, a decir a menudo un saludo respetuoso, debido, amoroso, según los casos. Mi hermano no debe negar este acto de amor reverencial a la Madre perfecta que tenemos en el Cielo.

Dios te salve, María. Es un saludo que limpia los labios y el corazón porque ¡no se pueden decir esas palabras, con atención y sentimiento, sin sentirse ser un poco mejores! Es como el acercarse a una fuente de luz angélica o a un oasis hecho de lirios en flor.

Salve, la palabra del ángel que se os concede para saludar a Aquella que saludan con amor las Tres Personas eternas, la invocación que salva, tenedla siempre mucho en los labios. Pero no como un movimiento automático del que se excluya al alma, sino más bien como movimiento del espíritu que se inclina ante la realeza de María y se abre hacia su corazón de Madre.

Si supierais decir con verdadero espíritu estas palabras, incluso sólo estas dos palabras, seríais más buenos, más puros, más caritativos. Porque entonces los ojos de vuestro espíritu

estarían fijos en María y su santidad os entraría en el corazón a través de esa contemplación. Si lo supierais decir nunca estaríais desolados. Porque Ella es la fuente de las gracias y de la misericordia. Las puertas de la misericordia divina se abren ya no sólo con el impulso de la mano de mi Madre, sino hasta con su simple mirada.

Vuelvo a decirlo: bienaventurados los labios y los pueblos en los que se pronuncia: Dios te salve, María. Pero donde se pronuncia como se debe. Porque si es cierto que de Dios nadie se burla, también lo es que a María no se le engaña.

Recordad siempre que Ella es la Hija del Padre, la Madre del Hijo, la Esposa del Espíritu Santo, y que su fusión con la Trinidad es perfecta. Por eso Ella posee las potencias, las inteligencias, las sabidurías de su Señor. Y las posee con plenitud absoluta.

Es inútil ir a María con el alma sucia de corrupción y de odio. Ella es vuestra Madre y sabe curar vuestras heridas, pero quiere que en vosotros esté al menos el deseo de sanar de ellas.

¿De qué sirve dirigirse a María, la Purísima, si dejando su altar, o acabando de pronunciar su nombre, vais a cometer pecado de carne o a proferir palabras de blasfemia? ¿De qué sirve dirigirse a María, la Piadosa, si inmediatamente después, más aún si al mismo tiempo, tenéis en el corazón rencores y en los labios maldiciones hacia los hermanos? ¿Qué salvación puede daros esta Salvadora, si vosotros destruís vuestra salvación con vuestra voluntad perversa?

Todo es posible para la Misericordia de Dios y para la potencia de María, pero ¿para qué arriesgar la vida eterna esperando obtener la buena voluntad del arrepentimiento en la hora de la muerte? ¿No sería mejor, dado que no sabéis cuando será vuestra llamada a mis puertas, ser verdaderos amigos de María durante toda la vida y tener así la garantía de la salvación?

Porque, lo repito, la amistad con María es causa de perfección porque infunde y comunica las virtudes de la Amiga elegida, que Dios no ha desdeñado y os ha concedido como corona de la obra de redención de su Hijo. Yo, Cristo, os he salvado con el Dolor y la Sangre; Ella, María, con el Dolor y con su llanto, y quisiera salvaros con su Amor y su sonrisa».

### 4 de septiembre

Dice Jesús:

«Dios no ha mandado a su ángel para decir "salve" sólo a María. Dios os saluda, ¡oh hijos queridísimos!, con sus atenciones, Dios os manda como ángeles sus santas inspiraciones, Dios os trae sus bendiciones de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. Siempre estáis rodeados de las ondas amorosas y providentes del pensamiento de Dios.

¿Cómo es posible, entonces, que no advirtáis nada o tan poco? ¿Cómo es que no vivís en justicia y santidad? Porque estáis impermeabilizados al influjo de la gracia, porque os habéis vuelto refractarios a la acción del amor por vuestra voluntad contraria al Bien.

Gabriel dijo a María: "Salve", y el sonido de la voz angélica llevó, sobre la ya inundada de gracia, una nueva onda de gracia. La luz vivísima de su espíritu inmaculado tocó la cima de la luminosidad porque la correspondencia del espíritu de María fue perfecta.

Humildad, diligencia, pudor, oración..., ¿qué podría encontrar, que no fuera excelso, la palabra angélica para convertirse en la primera chispa del incendio de la Encarnación? Grande fue el don de la preservación de la culpa original, que el Eterno había hecho a la elegida para ser el primer sagrario del Cuerpo del Hijo. ¡Pero cuánta, cuanta, cuánta correspondencia en María!

Si hubieran sido donados a otra criatura, no digo ya los dones secretos que sólo Dios sabía

que había dado, sino los dones evidentes, de los que uno se da cuenta -tal como inteligencia suma, instrucciones sobrenaturales, ardientes contemplaciones, y hablo sólo de los dones morales y espirituales- ¿como no se habría gloriado de tanto don, al menos en algunos momentos, aquella criatura?

Pues no, en María no hubo nada de esto. Cuanto más la alzaba Dios hacia su trono más aumentaban en Ella gratitud, amor y humildad. Cuanto más le daba Dios a entender que se había extendido sobre Ella la mano divina para protección contra la acechanza del mal, más aumentaba en Ella la vigilancia contra el mal.

María no ha cometido la equivocación que hace caer a tantas almas dotadas de la capacidad de perfección, o sea, nunca ha dicho: "Siento que Dios vela por mí, siento que Dios me ha elegido. A Él le dejo el quehacer de defenderme del Enemigo". No. María, aún reconociendo la obra de Dios en Ella, actuó como si fuese la más desamparada, en dones espirituales, de las criaturas. Desde el alba hasta el atardecer, e incluso en su sueño virginal velado por los ángeles, su alma permanecía vigilante.

No creáis que la tentación haya escatimado a María. El Tentador no me ha escatimado a Mí; con doble razón no lo hizo con Ella. Doble razón. La primera de ellas: María era sin mancha pero continuaba siendo criatura, Yo era Dios. La segunda: era más importante para Lucifer corromper el seno de la mujer que habría traído a Cristo, que no el atacar al mismo Cristo.

Él, el Astuto, sabía que el Verbo se habría hecho carne, por una fusión de espíritu con Espíritu, en un seno que no hubiera albergado ningún pecado. Ningún pecado, repito. Si, desde Eva en adelante, hubiera logrado inducir en tentación a todas las mujeres, estaba seguro de que nunca habría sido vencido por el Vencedor eterno.

Sólo una le ha resistido siempre: María. Y sólo Uno sabe qué bordado, qué filigrana de seducción desplegó Lucifer alrededor de María para agitar y empañar su súper angélica alma. Ese Uno que lo sabe es Dios. Y dado que algunos secretos son demasiado grandes para vosotros, no os lo dirá. Por el esplendor de María en el Cielo entenderéis la grandeza de su alma. Grandeza conseguida por su voluntad, y que habría sido grandísima incluso sin los supremos auxilios, tanto quiso ser santa por amor a su Dios.

Bien con razón pudo por tanto decir el Ángel: "Llena de gracia". Sí, llena de gracia. La Gracia estaba en Ella. La Gracia o sea Dios, y la gracia o sea el don de Dios, que Ella sabía hacer fructificar al mil por ciento.

Esto es lo que se requiere, hijos, para lograr que las cosas celestiales hagan concebir en vosotros a Cristo: vuestra adhesión a la gracia, vuestro recoger la gracia, vuestro multiplicar la gracia, vuestro aspirar a la gracia. El cuerpo debe aspirar aire y alimento para vivir. El alma debe aspirar la gracia para vivir. Sucede entonces que la Luz desciende donde puede encarnarse y Cristo nace místicamente en vosotros como nació realmente en María.

Dios te salve, María, llena eres de gracia. Miradle todos vosotros, cristianos, tan distintos del primer Hijo de María, miradle sobre todo vosotras, mujeres, tan distintas de Ella, y aprended, y pensad que el camino hacia las mil caras del mallo habéis abierto vosotras con vuestra carnalidad contraria a la vida de la gracia en las criaturas, sin la que el hombre se hace un demonio y el mundo un infierno».

5 de septiembre

Dice Jesús:

«"El Señor es contigo".

El Señor está siempre con quien tiene el alma en gracia. Dios no se aleja ni siquiera

cuando se acerca el Tentador. Dios se aleja sólo cuando la criatura cede al Tentador y corrompe su alma. Entonces Dios se retira 'porque Él no puede cohabitar con el Enemigo. Se retira y como un Padre, no airado sino dolorido, espera a que llegue el arrepentimiento al corazón de la criatura y ésta reanude el lazo de amor con el Padre.

Dios quisiera estar siempre con vosotros. Si todos vuestros ángeles, numerosos como las estrellas en el cielo, pudieran saludaros con las palabras: "El Señor es contigo", la alegría de vuestro Señor sería completa porque Nosotros deseamos estar con vosotros y para esto os hemos creado.

María estaba con Dios y Dios estaba con María. Las dos perfecciones se atraían y se unían con un incesante movimiento de afectos. La Perfección infinita de Dios descendía, con un gozo inconcebible para vosotros mortales, a poseer esta criatura. La perfección humana de María -la única de los hijos del hombre que siempre haya sido perfecta- se lanzaba al encuentro de la Perfección divina para poder vivir.

Sí, el estar con Dios era la vida de María y en la hora del terrible dolor del Calvario y del Sepulcro, cuando los Cielos se cerraron sobre el Moribundo y sobre la Traspasada, la privación de Dios fue, de las siete espadas, la más inflamada y penetrante, toque insuperable para el edificio de dolor requerido por la Redención.

Yo he tocado el ápice del dolor completo desde el Getsemaní hasta la hora nona; María ha tocado el ápice del dolor, también completo en Ella aunque no haya sido crucificada materialmente, desde el Calvario hasta el momento de la Resurrección. Y el motivo de tal inmenso dolor es sólo uno: ser privados de la unión con Dios.

También para vosotros debería de ser así. Pero al hombre ahora le parece gravosa la unión con Nosotros y no siente cuán mísero es cuando está privado de Nosotros. Miseria, ceguera, locura, muerte, ésta es la pérdida de la unión con vuestro Señor. ¡Y nunca os ocupáis de ello!

Si perdéis algunas monedas, un objeto, la salud, un empleo, un animal, os ponéis en movimiento para encontrarlos y utilizáis todos los medios humanos y sobrenaturales para lograr este fin. Sí, para encontrar algo limitado y caduco sabéis orar. Pero cuando perdéis a Dios no lo buscáis. No os dirigís a mis Santos para que os ayuden a encontrar el camino de Dios, no utilizáis los cuidados humanos para frenar vuestros impulsos. Os parece poca cosa perder la unión con Dios. Y es lo esencial.

María no se separó nunca de Dios. Los espíritus permanecieron fundidos en un abrazo de amor que tuvo su coronación en el Cielo. Esta unión fue la fuerza principal de María, como hija de Adán, porque en ella encontraba la coraza para volverse intocable ante el aguijón del Tentador.

Quien está con Dios no es que no vea el mal que, como asqueroso indumento o repugnante enfermedad, recubre a tantas criaturas. Lo ve, más aún, con mayor claridad que muchos otros, pero su visión no corrompe nada. El mal no entra por los ojos para excitar los instintos encubiertos en la carne o los malvados movimientos de la mente. Esto sucede sólo en quienes, separados de Dios, tienen en sí como huésped al Enemigo.

El que está unido con Dios está lleno de Dios, y cualquier otra cosa que no sea Dios permanece en la superficie, viento que encrespa levemente la superficie del ánimo y no entra para trastornar el interior. Y no sólo esto. El que está unido con Dios, verdaderamente unido con Dios, en vez de absorber el exterior en sí, difunde el interior sobre los prójimos: difunde, pues, el Bien, a Dios.

Sí, es justamente así: quien está con Dios tiene un poder irradiante, mucho más potente que el de muchos cuerpos del universo, sobre los cuales el hombre ha cansado su mente y alzado un monumento de orgullo. Y sobre todo tiene un poder sobrenaturalmente útil, porque

quien lleva en sí mismo al Santo de los santos, y vive de Él, lo comunica a los demás. Es lo que hace decir: "Éste es un santo".

María ha poseído la unión con Dios a la perfección J ha tendido con todas sus fuerzas a fundirse cada vez más con El. Se podría decir que María se anuló en Dios, de tanto como vivió sólo de El.

He dicho: "María encontró aquí la fuerza principal para volverse intocable". No entendáis las cosas al revés. María, la Humildísima, no osaba pensar, ni por lo más remoto, que era la criatura perfecta. Ella ignoraba su destino y su condición inmaculada. Conoció el misterio por las palabras de Gabriel y en el abrazo nupcial con el Espíritu Eterno. Pero durante su juventud, edad llena de acechanzas, repito: encontró la fuerza en la unión con Dios. La quiso encontrar a toda costa porque habría preferido cien veces morir antes que salir un instante del halo de Dios.

Yo quisiera que, más que cumplir tantos preceptos, más o menos piadosos, especialmente mis dilectos, y también los otros, tendieran a este precepto soberano de la unión conmigo. Sencilla, y realmente oración, esta oración, inflamado el corazón, casto el cuerpo, honesto el pensamiento, todo en vosotros se haría santo y bueno, y la tierra conocería los días nuevos en los que los ángeles podrían saludar a los hombres con las palabras: "El Señor es con vosotros"».

6 de septiembre

Dice Jesús:

«"Bendita tú eres entre todas las mujeres".

Esta bendición que vosotros pronunciáis de cualquier manera o que ni siquiera decís a Aquella que con su sacrificio ha iniciado la Redención, resuena continuamente en el Cielo, pronunciada con amor infinito por nuestra Trinidad, con inflamada caridad por los salvados por nuestro sacrificio y por los coros angélicos. Todo el Paraíso bendice a María, obra maestra de la Creación universal y de la Misericordia divina.

Aunque toda la obra del Padre para crear la Tierra de la nada sólo hubiera servido para acoger a María, la obra creadora hubiera tenido su razón de ser, porque la perfección de esta Criatura es tal que es testimonio no sólo de la sabiduría y del poder, sino también del amor con el que Dios ha creado el mundo.

Habiendo dado en cambio, la creación terrestre, a Adán y a la raza de Adán, María testimonia el gran amor misericordioso de Dios hacia el hombre, porque a través de María, Madre del Redentor, Dios ha obrado la salvación del género humano. Yo soy el Cristo porque María me ha concebido y me ha dado al Mundo.

Vosotros me diréis que como Dios podía superar la necesidad de hacerme carne en el seno de una mujer. Es cierto, todo lo podía. Pero pensad qué ley de orden y de bondad hay en mi anonadamiento en aspecto mortal.

La culpa cometida por el hombre debía de ser descontada por el hombre y no por la divinidad no encarnada. ¿Cómo habría podido la Divinidad, Espíritu incorpóreo, redimir con el sacrificio de Sí misma las culpas de la carne? Era necesario, por tanto, que Yo, Dios, pagase con el tormento de una Carne y de una Sangre inocentes, nacidas de una inocente, las culpas de la carne y de la sangre.

Mi mente, mi sentimiento, mi espíritu habrían sufrido por vuestras culpas de mente, de sentimiento y de espíritu. Pero para ser Redención de todas las concupiscencias inoculadas por el Tentador en Adán y en sus descendientes, debía, el Inmolado por todas, estar dotado de una naturaleza similar a la vuestra, hecha digna, por la Divinidad escondida en ella, de ser

dada en rescate a Dios, como una gema de infinito valor sobrenatural escondida bajo una apariencia común y natural.

Dios es orden y Dios no viola y no violenta el orden, salvo en casos excepcionales, juzgados útiles por su Inteligencia. No era éste el caso de mi Redención.

No debía cancelar tan sólo la culpa desde el momento en que se cometió hasta el del sacrificio y anular en los futuros los efectos de la culpa haciéndoles nacer, como Adán antes de cometerla, ignorantes del mal. No. Yo debía reparar la Culpa y las culpas de toda la humanidad con un sacrificio total, dar a la humanidad ya extinguida la absolución de la culpa, a la entonces viviente y a la futura el medio para ser ayudada a resistir el mal y para ser perdonada por el mal que su debilidad le habría inducido a cometer.

Por eso mi sacrificio debía de ser tal que presentara todos los requisitos necesarios, y así podía ser tan sólo en un Dios hecho hombre: hostia digna de Dios, medio comprendido por el hombre. Además Yo venía a traer la Ley.

Si no se hubiera dado mi Humanidad, ¿como habríais podido creer, vosotros, pobres hermanos míos, si tanto os cuesta creer en Mí que he vivido durante 33 años en la tierra, Hombre entre los hombres? ¿Y cómo podía aparecer ya adulto ante pueblos hostiles o ignorantes persuadiéndoles de mi naturaleza y de mi doctrina? Entonces habría aparecido ante los ojos del mundo como un espíritu que hubiera tomado aspecto de hombre, pero no como un hombre que nació y murió versando sangre verdadera por las heridas de una verdadera carne -y esto como prueba de ser hombre- y resucitó y subió al Cielo con su cuerpo glorificado y esto como prueba de ser Dios que vuelve a su morada eterna.

¿No es más dulce para vosotros el pensar que soy realmente vuestro hermano, con el destino de las criaturas que nacen, viven, sufren y mueren, que no el pensarme como espíritu superior a la exigencias de la humanidad?

Por tanto era necesario que una mujer me generase según la carne, después de haberme concebido por encima de la carne, porque de ninguna unión de criaturas, por santas que fueran, podía ser generado el Dios Hombre, sino sólo de un desposorio entre la Pureza y el Amor, entre el Espíritu y la Virgen, creada sin mancha para ser matriz de la carne de un Dios, la Virgen cuyo pensamiento era el gozo de Dios antes de que existiese el tiempo, la Virgen en la que se compendia la Perfección creadora del Padre, alegría del Cielo, salvación de la Tierra, flor de la Creación más hermosa que todas las flores del Universo, astro vivo ante el cual los soles creados por mi Padre parecen apagados.

Bendita la Pura, destinada al Señor.

Bendita la Deseada por la Trinidad que anticipaba con el deseo el instante de fundirse a Ella con abrazo de trino amor.

Bendita la Vencedora que aplasta al Tentador bajo el candor de su naturaleza inmaculada.

Bendita la Virgen que no conoce más que el beso del Señor.

Bendita la Madre que se hizo tal por santa obediencia a la voluntad del Altísimo.

Bendita la Mártir que acepta el martirio por piedad de todos vosotros.

Bendita la Redentora de la mujer y de los hijos de la mujer, que anula a Eva y se injerta en su lugar para traer el fruto de la vida allí donde el Enemigo ha puesto semilla de muerte.

Bendita, bendita, tres veces bendita por tu "sí", ¡oh Madre mía! que has permitido a Dios mantener la promesa hecha a Abrahán, a los patriarcas ya los profetas, que has dado alivio al Amor, oprimido por el tener que ser castigador y no salvador, que has aliviado a la Tierra de la condena que le había traído Eva.

Bendita, bendita, bendita por tu santa humildad, por tu inflamada caridad, por tu virginidad intacta, por tu maternidad divina, múltiple, perpetua, verdadera y espiritual, Madre, que con tu amor y con tu dolor, continuamente generas hijos para el reino de tu Jesús.

Generadora de gracia y de salvación, generadora de la divina Misericordia, generadora de la Iglesia universal, que tú seas bendecida eternamente por cuanto has cumplido, como bendita para siempre eras por cuanto habrías cumplido.

Sacerdotisa santa, santa, santa, que has celebrado el primer sacrificio y preparado con parte de ti misma la Hostia para inmolar sobre el altar del mundo.

Santa, santa, santa Madre mía, que nunca me has hecho añorar el Cielo y el seno del Padre, porque en ti he encontrado otro paraíso que no es distinto de aquel en el que la Trinidad realiza sus obras divinas; María que has sido el consuelo de tu Hijo en la tierra y el gozo del Hijo en el Cielo, que eres la gloria del Padre y el Amor del Espíritu» .

7 de septiembre

Dice Jesús:

«"Bendito el fruto de tu vientre".

La maternidad divina y virginal hace a María inferior sólo a Dios.

Pero no os detengáis a mirar solamente la gloria de María. Pensad cuanto le costó conseguir esa gloria. Es necio quien mira a Cristo a la luz de la resurrección y no medita sobre el Redentor moribundo en las tinieblas de Viernes santo. No habría tenido resurrección si no hubiera padecido la muerte, y no habría cumplido la Redención si no hubiera tenido el martirio. Necio quien piensa en la gloria de María y no medita en cómo llegó Ella a la gloria. El fruto de su seno, Yo, Cristo Verbo de Dios, ha desgarrado su seno.

Y no entendáis mal mis palabras [102]. No lo he desgarrado humanamente. Ella era superior a las miserias humanas, sobre Ella no recaía la condena de Eva, pero no era superior al Dolor. Y el Dolor grande, mayúsculo, soberano, ilimitado, ha penetrado en Ella con la violencia de un meteoro que cae del Cielo en el momento mismo en que conoció el éxtasis del abrazo con el Espíritu creador.

Beatitud y dolor han estrechado en un único lazo el corazón de María en el instante de su altísimo "fiat" y de su castísimo desposorio. Beatitud y dolor se fundieron en una cosa sola como Ella se había convertido en una cosa sola con Dios. Llamada a una misión de redentora, el dolor superó desde el primer momento a la beatitud. Ésta le vino en su Asunción.

Unida al Espíritu de sabiduría, a su espíritu se le reveló el futuro que le estaba reservado a su criatura, y ya no hubo más alegría, en el sentido habitual de la palabra, para María.

A cada hora que pasaba, mientras que me formaba tomando vida de su sangre de madre virgen, y escondido en lo profundo mantenía inenarrables intercambios de amor con mi Madre, un amor y un dolor sin parangón se alzaban, como olas del mar en tempestad, en el corazón de María y la flagelaban con su potencia.

El corazón de mi Madre conoció .la incisión de las espadas del dolor desde el momento en el que la Luz, dejando el centro del Fuego Uno y Trino, penetró en Ella iniciando la Encarnación de Dios y la Redención del hombre; y ese tajo siguió creciendo durante la santa gestación: Sangre divina que se formaba con una fuente de sangre humana, Corazón del Hijo que latía al ritmo del corazón de la Madre, Carne eterna que se formaba con la carne inmaculada de la Virgen.

Mayor fue el dolor en el momento en que nací para ser Luz de un mundo en tinieblas. La beatitud de la madre que besa a su criatura se cambió, en María, en la certeza de la Mártir que sabe que su martirio está cercano.

---

[102] Como podría comprobarse por el dictado del 23 de junio

Bendito el fruto de tu vientre.

Sí. Pero Yo he tenido que dar todo el dolor a ese seno que merecía toda la alegría destinada a un Adán sin culpa. Y por vosotros. Por vosotros la pena de consternar a José. Por vosotros el sobreparto entre tanta desolación. Por vosotros la profecía de Simeón que retorció el filo de la espada en la herida, remachando y agudizando el corte. Por vosotros la fuga a tierra extranjera, por vosotros las ansias de toda la vida, por vosotros las preocupaciones de saberme evangelizando y perseguido por las castas enemigas, por vosotros el horror de la captura, el tormento de la múltiple tortura, la agonía de mi agonía, la muerte de mi muerte.

He sido recogido en el seno que me había llevado con tal piedad que no podía ser mayor; pero, en verdad, os digo que entre mi corazón parado, sin movimiento vital, y desgarrado por la lanzada, y el de la Afligidísima que me tenía en su seno, no había diferencia de vida y de muerte. El corazón de María y su seno estaban muertos como estaba muerto Yo, el Inocente.

Añadid a los milagros relacionados con la Redención, notorios y desconocidos, evidentes para todos o revelados a los privilegiados, también éste: el que María continuase en vida por obra del Eterno después de que su corazón fue destrozado, por y para el género humano, como el de su Hijo Jesús.

Vosotros, que no sabéis y no queréis soportar el dolor, ¿pensáis qué dolor habrá sido el de la Bendita, de la Inmaculada, de la Santa, llevar en sí un corazón desgarrado, muerto, abandonado, y ver recogido en su seno un cuerpo sin vida, destrozado, sangrante, lívido, que ha sido el cuerpo del Hijo, la Carne de su carne, la Sangre de su sangre, la Vida de su vida, el amor de su espíritu?

Vosotros me habéis recibido porque María ha aceptado, treinta y tres años antes que Yo, beber el cáliz de la amargura. En el borde de la copa en la que he bebido entre sudores de sangre, he encontrado el sabor de los labios de mi Madre, y el amargor de su llanto estaba fundido con la hiel de mi sacrificio. Y; creedlo, hacerla sufrir, a Ella que no merecía el dolor, ha sido para Mí lo más costoso. El abandono del Padre, el dolor de mi Madre, la traición del amigo en la que estaban todas las traiciones de los futuros, éstas son las cosas atrocísimas de mi dolor atroz de Redentor. La lanzada de Longinos en un órgano vital que estaba ya insensible para el dolor, no tiene comparación.

Yo quisiera que por el dolor que ha destrozado a mi Madre por vosotros, vosotros le dierais amor. Amor grande, tiernísimo, de hijos hacia la más perfecta de todas las madres, la Madre que todavía no ha dejado de sufrir llorando lágrimas celestes sobre los hijos de su amor que rechazan la casa paterna y se hacen guardianes de bestias inmundas: los vicios, en vez de permanecer hijos de rey, hijos de Dios.

y si se puede dar una norma, sabed que Yo, Dios, no considero que sea disminuirme el amar con infinito y venerante amor a mi Madre, de quien veo la naturaleza inmaculada, obra del Padre, pero también recuerdo la vida martirizada de Corredentora, sin la cual Yo no habría sido Hombre entre los hombres y vuestro eterno Redentor».

8 de septiembre

Dice Jesús:

«Y esto para ti sola. Las otras cosas las he dicho para todos, para contentar al Padre. Pero el mundo está demasiado sordo y demasiado corrupto para oír hablar de María. No merece este don.

A ti, por tu fiesta [103], te doy la intuición secreta de la Belleza de María, su sonrisa, su silencio. Parecen cosas sin importancia. Tienen un valor infinito.

María ha atraído hacia sí a millones de criaturas con estas suaves armas suyas. Ha evangelizado antes que Yo con su reservado callar y su indescriptible sonrisa. Bastaba que apareciera para que se acallaran las palabras acres o impuras, acabaran los rencores, se calmasen los dolores.

Su mirada purificaba, su silencio ensalzaba, su sonrisa enseñaba. Nazaret quedó embalsamada por mucho tiempo después de su partida. La Iglesia naciente se consolidó por virtud de su silencio y de su sonrisa más elocuentes que todas las palabras, porque en ellas se traslucía el rostro de Dios y la verdad de su misión.

Sólo te pido que mires e imites a mi Madre y la tuya. Crece en belleza espiritual para parecerte a Ella, aprende de Ella el silencio que habla a Dios y de Dios, y la sonrisa que enseña la fe, la generosidad, la caridad.

Mira siempre a mi dulce Madre para verla nítidamente en la hora de la muerte. Quien muere en María tiene inmediatamente a Jesús.

Contempla a María y recibe mi paz. No se necesita más para ser felices».

Desde ayer veo a la Virgen, y la belleza de la visión sonriente y silenciosa supera la capacidad de descripción humana.

Es el regalo de Jesús por mi fiesta.

10 de septiembre

Dice Jesús:

«Hija, leamos juntos los últimos versículos del Eclesiastés. Si él era muy sabio, Yo soy la Sabiduría de Dios. Por ello, infinitamente superior a él, y como tal instruyo a mi pueblo. Lo instruyo desde hace 20 siglos. He comenzado la instrucción con mi Palabra y la he continuado mediante la palabra de mis siervos dilectos.

Pero entre los instruidos de mi pueblo tengo discípulos predilectos para los que el Maestro se convierte en más que maestro: amigo, y con riqueza de rey les abre las puertas de los tesoros de las confidencias y las revelaciones. A estos predilectos les cojo de la mano y les llevo conmigo a los secretos recónditos y les hago capaces de recibir mi Palabra, dada con una amplitud que está reservada para mis nuevos Juan.

Mi pequeño Juan [104], te confío mi Palabra. Transmítela a los maestros, para que la usen para el bien de las criaturas. Ella viene del Único Pastor, del Pastor bueno que ha escrito la verdad de su Palabra con su Sangre.

Cuando un Jefe del mundo, cuando un Genio de la Tierra, confían a un fiel seguidor una bandera' sagrada' o un precioso secreto, cuando transmiten una consigna o la fórmula de un invento, ¡con cuán sagrado respeto el fiel la lleva y la transmite! Pero yo soy mucho más que un Jefe o un Genio. Yo soy Dios, Verbo y Sabiduría del Padre, vuestro Señor y Redentor. Mi Palabra no sirve tan sólo para proporcionar un bien de la Tierra, sino para dar el Bien que no muere: la Vida eterna. Por eso no hay nada más sagrado y precioso que mi Palabra.

Recíbela con el alma de rodillas y que tu amor sea el incienso que purifica tu corazón que la recibe, tu mano que la escribe, tu boca que la repite, tu ojo que la lee. Vive como un ángel y como un sacerdote, porque te he concedido oír lo que oyen los ángeles y lo que repiten los

[103] El 8 de septiembre, natividad de María, era la fiesta onomástica de la escritora

[104] Apelativo dado a Maria Valtorta que, por espiritualidad y misión, viene asemejada al gran Juan, apóstol y evangelista

sacerdotes. Y vive cada vez más como víctima, porque el sacrificio es lo que abre los oídos del espíritu, y la sangre lo que lava la lengua que habla del Señor.

En estos días que preceden a la fiesta de la Cruz tengo una necesidad inmensa de almas crucificadas. Hazme la caridad de sufrir por Mí. ¡Cree en tu Jesús! ¡Si pudiera volver sobre la Cruz por vosotros, cómo, cómo volvería! Pero no puedo 2. Y entre tanta sangre enemiga, que con odio fratricida el hombre esparce sobre la Tierra, falta mi sangre que ya no puedo derramar desde la Cruz por vosotros.

Mientras que Yo transformo las especies del Pan y del Vino en Cuerpo y Sangre de Cristo sobre los altares de la tierra -demasiado pocos, y demasiado poco rodeados de almas verdaderamente orantes- vosotros, pequeños míos, queridas flores de mi jardín, sustituid al Redentor y dadme vuestro cuerpo como hostia de propiciación por los pecados del mundo.

Hija mía, no busques nada más, digo también Yo con el Eclesiastés. ¿Qué más quieres además de la misión de ser un pequeño Cristo en lugar de tu Jesús? ¿Y qué deseas mayor que mi Palabra?

Dios es sencillo. Cuanto más te acerques a El más sencilla te volverás. Cada vez más sentirás en ti el hastío y la vanidad de la ciencia humana, incluso de la que se dirige a Dios, pero que está escrita por el hombre. Cuanto más te hable Dios más advertirás el sufrimiento del sonido áspero y acerbo de las palabras humanas respecto del tono dulcísimo y sobrenatural de mi palabra. No te canses con muchas doctrinas, no te pongas trabas con muchos reglamentos. Sé sencilla y libre. Que sobre ti esté tan sólo el yugo ligero que no es peso sino ala: el mío.

Sólo hay que hacer una cosa para venir a Mí sin error. La que aconseja el Eclesiastés pero que Yo modifico así: “Ama a Dios y observa sus mandamientos". No digo: "teme". Digo "ama". El amor es mucho más alto que el temor y es más seguro para alcanzar el fin. El temor es para los que todavía están lejos de Dios, para que no se desvíen. Como una anteojera impide que la bestialidad encerrada en el hombre se imponga ante cualquier ilusoria sombra seductora. Pero para quienes ya están cerca de Dios, sobre todos para quienes están en los brazos de Dios, la guía debe de ser el amor.

Dios llevará a juicio todas vuestras acciones. Pero es natural que las acciones movidas por el amor nunca sean completamente malvadas y tales como para disgustar al Señor. Tendrán el signo de vuestra cortedad humana, pero estará recubierto por la insignia fulgurante del amor que anula las culpas y vuelve las acciones del hombre agradables ante el Señor.

Así es, hija mía. Mientras que el mundo está lleno de fragor homicida y el odio se desborda de los corazones, nosotros dos que nos amamos, en el silencio y en la paz, hablamos de amor. Y no hay nada que alegre tanto a tu Jesús como éstas, mis pequeñas Betania, en las que soy el Maestro que descansa y que enseña a una María enamorada que le mira y le escucha con todo su amor.

¿Ayer no pudiste escribir lo que te dije? No importa. No te atormentes. La semilla de esas palabras está en ti de todas formas.

Cuando quiera la haré germinar. Y será todavía más hermosa.

Sé siempre buena y paciente. Te doy mi paz».

## 11 de septiembre

Dice Jesús:

«Muchas almas se pierden por querer "buscar lo que les sobrepasa, y tratar de escrutar lo que excede sus fuerzas" como dice el Eclesiástico: cap. 3, v. 22.

Es el antiguo veneno. El hombre siempre ha tenido, y tiene, curiosidades malsanas y

profanaciones sacrílegas. Quiere impulsar su investigación a regiones que la sabiduría divina tiene envueltas en el misterio no por celoso poder sino por amor providente. ¡Ay si el hombre lo conociera todo del futuro y de los secretos del universo! Ya no tendríais paz espiritual ni paz natural. Dejad el futuro a Dios, creador y dispensador del tiempo, y dejad vírgenes las zonas del universo cuya posesión os daría armas para turbar cada vez más vuestra existencia de individuos y de espíritus.

. Ya he dicho [105] que Yo no soy contrario a las obras de la inteligencia humana. Si lo fuese debería decir que soy incoherente conmigo mismo que he dado al hombre la inteligencia para que la use y no para que la mantenga inerte. Pero, por boca de la Sabiduría, os digo: No queráis ser curiosos escudriñadores de las obras de Dios, no tratéis de ir más allá de los confines que Yo he puesto para separar vuestra potencia de potencias más fuertes que la vuestra, de leyes del cosmos, de secretos de fuerzas naturales, y sobre todo de los misterios de ultratumba cuya verdad y cuya vida sólo Yo tengo el derecho de desvelaros, porque soy el Señor de todas las cosas mientras que vosotros sólo sois los huéspedes de esta pobre tierra y no sabéis lo que os está reservado más allá de la vida de la tierra.

Creed en la otra vida. Basta con creer en esto. Creed que en ella existe un premio y un castigo, fruto de una Justicia santa, que espera ser aplicado a cada individuo. Esto os lo he hecho conocer por vuestro bien. No hace falta que sepáis más.

No turbéis, con vuestras chismosas curiosidades, la paz sobrenatural de la otra vida. Aunque sea hacia los atormentados, o sea hacia aquellos que no tienen paz porque están separados de Mí, vuestro penetrar trae siempre un aumento de turbación. ¿Por qué turbar con ecos de la tierra la serenidad de los cielos? ¿Por qué aumentar el tormento de los castigados con voces que les recuerdan al mundo en el que merecieron el castigo? Tened respeto de los primeros y piedad de los segundos.

Sólo Yo, Señor del Cielo y de la Tierra, árbitro supremo de todas las cosas, Potencia perfecta en todas las cosas, puedo tomar tales iniciativas y reanudar contactos del hombre con el misterio de la otra vida. Sólo Yo. Entonces es cuando os mando mis mensajeros, y siempre a fin de bien, nunca para someterme a necias y profanadoras investigaciones humanas.

Bienaventurados los que creen sin haber visto, dije a Tomás, y lo digo de nuevo a todos los curiosos y a los incrédulos de la tierra. No hay necesidad de pruebas para creer en la segunda vida, que -entretanto sabedlo- no es como vosotros conjeturáis arbitrariamente, sino como Yo he dicho: una segunda vida, una, no más y más vidas. Sois hombres y no granos de trigo que sembrados de nuevo germinan una, dos, diez, cien veces cuanto son sembrados.

No hay necesidad de pruebas. Basta mi Palabra. Porque si decís que creéis en ella y después buscáis pruebas sobrenaturales para creer, mentís y me dejáis por mentiroso. Mentís porque con la boca decís que creéis y con la mente no creéis y buscáis pruebas. Me dejáis por mentiroso porque vuestro buscar pruebas lleva en sí la idea, silenciada pero vivísima, de que Yo puedo haber dicho algo que no es verdad.

Como castigo de tan inútiles, peligrosas, necias curiosidades y de tan irreverentes y sacrílegos pensamientos, Yo permito que en los desgraciados indagadores de lo que al hombre no le es necesario indagar, se cree, en los mejores, confusión mental, turbación de los espíritus y grave herida para la Fe, y en los peores muerte de la Fe y del espíritu.

De entre estos violadores del misterio ¿quienes son los mejores? Son aquellos que se acercan a él no para hacerme un proceso, porque soy improcesable, sino para buscarme

[105] En el dictado del 22 de agosto

porque no saben encontrarme por otras vías más seguras, humildes y altas como Aquel que las ha señalado: Cristo, que ha venido a la tierra precisamente para traer la doctrina segura que os guiase a la segunda vida y para fundar la Iglesia, depositaria y Maestra de mi doctrina. Éstos no saben abrazar los pies de la Iglesia con la sencillez de los niños y la humildad de los santos, y decirle: "Te amo, te obedezco; guíame tu". Pero me buscan con pensamiento recto. Por eso tengo aún mucha misericordia con ellos.

De entre estos violadores del misterio ¿quienes son los peores? Son aquellos que se acercan a él por pura curiosidad científica, por utilidad humana, del tipo que sea: desde la moneda vil que se da como precio a sus ciencias de magia, a la utilidad directa que les puede venir (al menos creen que les pueda venir) de señales ultraterrenas. Pero no es así como se obtienen señales. Vienen espontáneamente, por mandato mío y no por llamada humana. Con éstos seré un Juez de severidad inexorable y les castigaré porque les ha faltado Fe y respeto hacia el Dueño de ésta y de la verdadera Vida, y por haber faltado de respeto a los difuntos, hacia los cuales sólo Yo tengo el derecho de hacerme emanador de órdenes capaces de apartarles de sus moradas extraterrenas.

Bienaventurados, bienaventurados, tres veces bienaventurados quienes creen sin necesidad de pruebas; bienaventurados, siete veces bienaventurados quienes no han dudado nunca, ni un instante, de mi palabra y de mi doctrina confiada a la Maestra, mi Esposa: la Iglesia, y sin haber osado nunca, ni tan siquiera deseado osar, profanar los reinos ultraterrenos, están convencidos de que la vida no muere en esta tierra, sino que cambia naturaleza y se hace eterna: beata para quienes han sabido vivir de Mí y en Mí, espantosa para quienes repudiando a Dios han fornicado con Satanás.

A estos puros creyentes, a estos espíritus humildes y sencillos, para los que la Fe es luz y mi Palabra vida, Yo concedo lo que niego a los indagadores: la posesión y el conocimiento de la Verdad ultraterrena» .

12 de septiembre

Dice Jesús:

«De entre los puros creyentes, de entre estos espíritus humildes y sencillos de los que ayer te hablé, a los que concedo la posesión de la Verdad, Yo suscito almas especiales, las elijo antes de su incorporación a la vida, porque Yo lo sé todo del hombre que ha vivido, que vive y que vivirá, y por eso sé ya anticipadamente cómo actuará cada espíritu sobre la tierra, mereciendo o desmereciendo.

Y no digáis que esto es injusticia porque no os fuerzo a hacer méritos. No: esto es fidelidad a mi obra y a mi promesa de crear al hombre capaz de guiarse y libre de guiarse. A los hijos Yo les doy ayudas, todas las ayudas, pero no les fuerzo a usarlas. Lo deseo con todo mi amor, pero respeto el deseo del hombre. Dios ha llevado su amor hasta sacrificar a su Verbo para que os llevase la Palabra y la Sangre. Pero no puede hacer más, no quiere hacerlo. ¿Qué mérito tendríais al ser buenos si 'os impidiera ser malvados?

Por eso a las almas que elijo, porque sé por adelantado que serán santas por amor o que se harán santas, después del error, por arrepentimiento sincero y doble amor, les doy también lo que no doy a las masas. Enseñanzas y luces que son bienaventuranzas para las propias almas y guía para las almas hermanas, menos iluminadas que ellas porque menos fundidas conmigo que ellas.

¡Ay de estas predilectas, sin embargo, si muestran avaricia o soberbia por mi don! No amo a los avaros y detesto a los soberbios.

Los primeros faltan a la Caridad porque ahorran para sí mismos lo que es de todos, porque

Yo soy el Padre de todos y doy mis tesoros a los amados para que sean mis limosneros con los pobres de espíritu y no para que atesoren ávidamente y anticaritativamente estos tesoros, matando la caridad y desobedeciendo a la voluntad de Dios. El sólo hecho de matar la caridad rompe el canal por el que fluyen mis palabras hacia ellos y apaga la luz por la que ven la verdad de mis palabras. Por eso decaen en su misión de portadores de mi Voz. Esto explica el por qué algunas almas, anteriormente faros de la Iglesia, perecen después en un grisáceo de nieblas perniciosas.

En cuanto a los soberbios, son privados inexorablemente e inmediatamente de mi don. En ellos mi palabra no se apaga despacio como una flor que muere sin agua o un pájaro aprisionado en una cárcel oscura, como sucede con los avaros. Muere inmediatamente como una criatura estrangulada. La soberbia es la quintaesencia de la anticaridad, la perfección de la anticaridad, y su veneno demoníaco mata instantáneamente la Luz en el corazón.

Mientras miro con dolor y compasión vuestras debilidades, retiro la mirada cuando encuentro a un soberbio ¿Y sabéis vosotros lo que es no tener ya sobre sí mi mirada? Es ser pobres ciegos, pobres locos, ebrios miserables que van a ciegas, de peligro en peligro, y encuentran la muerte. Esto significa no tener ya sobre sí la mirada de Dios que os protege como ninguna otra cosa puede protegeros.

A mi santa y bendita Madre le fue concedido ser Portadora del Verbo no tanto por su naturaleza inmaculada cuanto por su humildad perfectísima. Todas las humildades humanas no reúnen el tesoro de humildad de la Humildísima que así permaneció; así, entendéis, aun cuando supo su destino de ser la más Alta de todas las criaturas. María ha consolado a las Tres divinas Personas, heridas por la soberbia de Lucifer y de la Primera Pareja [106] con su humildad, sólo inferior a la del Verbo.

¡Mi querida Madre, nuestra alegría perenne! ¡Si la pudieras ver hoy [107] en el Cielo mientras que todo el Paraíso la rodea con su amor y exclama hosanna por Ella y por su Nombre de salvación! Verías un abismo de gloria sumido en un inmenso abismo de humildad, y la luz inconcebible de María destella doblemente por su castísima, virginal humildad que se recoge en adoración ante Nosotros y abate todos los celestes hosanna diciendo: "Domine non sum digna". ¡Santa y primera Sacerdotisa! ¡No ser digna Ella por quien crearíamos un segundo Paraíso para que recibiera redobladas alabanzas!...

Mira, María. En este día de María ten la visión de la luz en que está la Madre tuya y mía. Has visto la Luz rutilante, que no puede mirarse, de nuestro triple Fuego [108]. Mira ahora la luz suavísima de María. Apaga tu sed, sáciate de ella. Nunca sentirás descender en tu corazón nada más dulce. Mira, mientras te lo concedo, esta fuente, este astro de luz que es María, resplandeciente en el Cielo con su cuerpo de candor que no podía corromperse porque ha sido la santa envoltura del Dios hecho' carne además de porque ha alcanzado la perfección humana de toda santidad, y de sumo resplandor por su espíritu unido al Espíritu de Dios en nupcias eternas.

Mira: el azul del Cielo circunda el Candor y lo tiñe de reflejos celestes, y la luz de María vuelve luminosos los Cielos como una sobrehumana alba de abril en la que ría el astro de la mañana sobre un mundo virgen y florido.

Mira y recuerda la visión que los ángeles contemplan con perenne sonrisa de alegría. Que sea tu serenidad, como es tu fuerza la nuestra.

Te han sido mostradas cosas que sobrepasan la inteligencia del hombre, y esto ha sido por voluntad de Dios. Pero, para mantener este don siempre, aprende de María a tocar los

---

[106] La escritora anota abajo, a lápiz: *(Adán y Eva)*

[107] Es el 12 de septiembre, festividad del Nombre de María. 3 En el escrito del!" de julio

[108] En el escrito del 1° de julio

vértices de la humildad que se humilla para llevar el espíritu a lo más alto.

Te he reservado este regalo para el Nombre de María. Para la Natividad: la sonrisa de María, la Mujer santa [109]; para el Nombre: la gloria de María, la Madre de Dios».

He visto, y no puedo describirla, a nuestra Madre en su morada del Cielo. Como y, casi diría que, aún más que para Dios me sirve el parangón "luz" para hablar de Ella.

Una luz confortable, blanco azulada como la del rayo de luna más terso multiplicado por una intensidad sobrenatural. Ni siquiera distingo bien el rostro y el cuerpo de María. Demasiada "luz" para ser distinguidos por el ojo humano.

Y explico: no una luz deslumbrante que impida mirar. Sino una luz que vuelve "luz" los contornos y las formas del cuerpo glorificado de María, por lo que no puedo decir los colores del mismo.

Podría decir que si se hubieran vuelto luz montañas de perlas se tendría una comparación de lo que es la Candidísima, bienaventurada en el Cielo. Y también podría decir que si una visión tuviera el poder de cambiar el color de los ojos humanos, empapando el iris del color emanado por la visión, mis ojos, de color marrón oscuro, deberían ser ahora de un azul de pálido zafiro líquido, como el que se libera de algunas estrellas en las noches serenas.

Estoy sumergida en la emoción que hace verter lágrimas de alegría espiritual... y no puedo decir más [110].

13 de septiembre
(Iniciada en el momento de la Comunión)

Dice Jesús:

«El arcángel Miguel, que vosotros invocáis en el Confiteor, pero, según vuestra costumbre, con el alma ausente, demasiado ausente, estaba presente en mi muerte de cruz. Los siete grandes arcángeles que están perennemente ante el trono de Dios, estaban todos presentes en mi Sacrificio.

Y no digas que esto está en contradicción con lo que digo: "El Cielo estaba cerrado". El Padre, lo repito [111], estaba ausente, lejos, en el momento en el que la Gran Víctima cumplía la Inmolación para la salvación del mundo.

Si el Padre hubiera estado conmigo, el Sacrificio no hubiera sido total. Hubiera sido únicamente sacrificio de la Carne condenada a la muerte. Pero Yo debía cumplir el holocausto total. Ninguno de los tres aspectos del hombre: el carnal, el moral, el espiritual, debía estar excluido del sacrificio, porque Yo era inmolado por todas las culpas, y no solamente por las culpas del sentido. Ahora por lo tanto es comprensible que también lo moral y lo espiritual mío debían ser triturados, aniquilados en la piedra de molino del tremendo Sacrificio. Y también es comprensible que mi Espíritu no habría sufrido si hubiera estado fundido con el del Padre.

Pero estaba solo. Levantado, no materialmente sino sobrenaturalmente, a tal distancia de la Tierra que ningún consuelo podía venirme de ella. Aislado de todo consuelo humano. Levantado en mi patíbulo había llevado a él el peso inmensurable de las culpas de toda una humanidad de milenios pasados y de milenios futuros, y eso peso me aplastaba más que la Cruz, arrastrada con tanta fatiga por un cuerpo ya agonizante por las empinadas, sofocantes,

[109] En el dictado del 8 de septiembre

[110] Sobre una copia dactilográfica, la escritora añade a lápiz: *(lo demás... serian las palabras de M. Stma., que temo escribir porque... tengo miedo de los hombres)*

[111] Ya en el dictado del 5 de- septiembre

pedregosas calles de Jerusalén, entre las burlas y los golpes de, una plebe embrutecida.

En la Cruz estaba con mi sufrimiento total de carne torturada y con mi gran sufrimiento de espíritu abatido por un cúmulo de culpas que ninguna ayuda divina hacía soportables. Era un náufrago en medio de un océano en tempestad y debía morir así. Mi Corazón se ha roto bajo la aflicción de este peso y de este abandono.

Mi Madre estaba cerca de mí. Ella sí. Estábamos los dos, los Mártires, envueltos en el dolor atroz y en el abandono. Y el vernos el uno al otro era tortura sobre tortura. Porque cada estremecimiento mío desgarraba las fibras de mi Madre, y cada gemido suyo era un nuevo flagelo sobre mis carnes flageladas y un nuevo clavo clavado no en las palmas, sino en mi Corazón. Unidos y separados al mismo tiempo para sufrir más, y sobre nosotros los Cielos cerrados sobre el enojo del Padre y tan lejanos...

Pero los arcángeles estaban presentes en la Inmolación del Hijo de Dios por la salvación del hombre y en la Tortura de la Virgen Madre. Y se ha dicho en el Apocalipsis que en los últimos tiempos un Ángel hará el ofrecimiento del incienso más santo al trono de Dios, antes de derramar el primer fuego de la ira divina sobre la Tierra, ¿cómo no pensáis que entre las oraciones de los santos, incienso imperecedero y digno del Altísimo, no estén, primeras entre todas, las lágrimas, orantes más que cualquier palabra, de mi Santa bendita, de mi dulcísima Mártir, de mi Madre, recogidas por el ángel que llevó el anuncio y que recogió la adhesión, del testigo angélico de los desposorios sobrenaturales por los que la Naturaleza Divina contrajo unión con la naturaleza humana, atrajo a sus alturas una carne y descendió su Espíritu a hacerse carne para la paz entre el hombre y Dios?

Gabriel y sus compañeros celestiales inclinados sobre el dolor de Jesús y de María, imposibilitados para aliviado, porque era la hora de la Justicia, pero no ajenos a él, han recogido en su inteligencia de luz todos los detalles de aquella hora, todos, para explicados, cuando el tiempo ya no exista, a la vista de los resucitados: gozo para los bienaventurados y primera condena para los réprobos, anticipo para éstos y para aquellos de lo que será dado por Mí, Juez supremo y Rey altísimo».

Ha iniciado a hablar Jesús mientras decía el Confiteor y mi mente ha visto a Gabriel, luz de oro, inclinado, en adoración de la Cruz, creo. Pero no veía la Cruz.

Hoy, después, repasando atentamente las páginas mecanografiadas para corregir los más mínimos errores de trascripción, a fin de que no haya errores que alteren la idea, encuentro un comentario mío, de fecha 31 de mayo, acerca de la destrucción de Jerusalén... Recuerdo la impresión que tuve aquel día leyendo el capítulo 21 de S. Lucas, versículos 20 y 24. Decía aquel día: "He entendido que hay una referencia a todos nosotros. No he visto claramente. Pero me he quedado bajo la dolorosa impresión". Hoy releo a San Lucas y lamentablemente me parece que el trozo se ajusta perfectamente a nuestros desgraciados casos...

Jesús me habla hoy de siete arcángeles que están siempre ante el trono de Dios. ¿Realmente están o es un número alegórico? He buscado en la Biblia, pero no encuentro nada al respecto. Ésta debe ser una de las "lagunas" de las que habla Jesús el 11 de junio.

### 14 de septiembre

Dice Jesús:

«Se llama "Fiesta de la Sta. Cruz". Sería mejor decir "Fiesta del Sacrificio", porque sobre la Cruz se ha realizado la apoteosis de mi Sacrificio de Redentor. Y diciendo: del sacrificio, se podría decir "de la Sangre", porque sobre la Cruz he terminado de derramar mi Sangre hasta la última gota, hasta cuando ya no es sangre sino suero de sangre: la última trasudación de

un cuerpo que muere.

¡Cuánta sangre, María! Y la he derramado por todas partes, para santificarlo todo y a todos. También este sufrimiento mío y sangrar en varios lugares tiene su porqué, que vosotros no indagáis pero que Yo, por la fiesta de la Cruz, te quiero revelar.

La he derramado en el Getsemaní, huerto y olivar, para santificar el campo y las obras del campo. El campo creado por mi Padre con sus mies, sus vides, sus plantas de fruto, sus plantitas menores, pero todas útiles al hombre y de las cuales el Padre enseñó el uso y el cultivo, con sobrenatural enseñanza, a los primeros hombres de la tierra. La he derramado allí para santificar la tierra y a los trabajadores de la tierra, entre los que están comprendidos también los pastores de las distintas especies de animales concedidos por el Padre al hombre para su ayuda y sustento.

He derramado mi Sangre en el Templo, porque estaba ya herido por piedras y bastones, para santificar en el Templo de Jerusalén el Templo futuro, cuyo cemento se iniciaba en aquella hora: mi Iglesia y todas las iglesias, casas de Dios, y de sus ministros.

La he derramado también en el Sanedrín porque además de la Iglesia representaba también la Ciencia. Y sólo Yo sé cuánta necesidad de santificación tiene la ciencia humana, que usa de sí para renegar la Verdad y no para creer cada vez más en Ella, viendo a Dios a través de los descubrimientos de vuestra inteligencia.

La he derramado en el palacio de Herodes, por todos los reyes de la tierra, investidos por Mí del supremo poder humano para la tutela de sus pueblos y de la moralidad de sus estados. También en los palacios solamente Yo sé cuánta, cuánta, cuánta necesidad habría de acordarse que U no sólo es Rey: el Rey de reyes, y que su Leyes la ley soberana también sobre los reyes de la tierra, los cuales son tales mientras que Yo no deba intervenir para privarles de la corona de la que, o por culpa evidente y personal o por debilidad -culpa no material pero no menos condenada y condenable porque es causa de muchos daños- ya no son dignos.

Y así he derramado mi Sangre en el Pretorio donde residía la Autoridad. Lo que sean, porque lo sean, hasta que sean las autoridades, el poder, te lo dije hace ya tiempo [112]. Lo que deberían ser para no ser maldecidas por el eterno Justo, lo pueden obtener solamente en virtud de la obediencia a mi Ley de amor y justicia y de mi preciosísima Sangre, que vence el pecado de los corazones y corrobora a los espíritus haciéndoles capaces de actuar en santidad, incluso cuando acontecimientos, permitidos por Dios para prueba de una Nación y para castigo de otra Nación, comporten que la Autoridad imperante no sea del mismo País, sino del País vencedor y opresor. Sobre todo en este caso la Autoridad debería acordarse de que es tal por permiso de Dios y siempre para un fin que tiene por base la santificación de las dos partes. Por ello la necesidad de no usar del poder para dañarse y dañar a los oprimidos y a los dominados con un abuso injusto del poder. Re dado mi Sangre, rociándola como lluvia santa en la casa de Pilatos, para redimir a esta clase de la Tierra que tiene una infinita necesidad de ser redimida, porque desde que el mundo existe, ha creído poder hacer lícito aquello que no lo es.

He enrojecido con cada vez mayor aspersión de sangre a los soldados flageladores para infundir a las milicias un sentido de humanidad en el doloroso episodio de las guerras, enfermedades malditas que siempre resurgen porque no sabéis extirpar de vosotros el veneno del odio e inyectaros el amor. El soldado debe combatir, tal es su ley del deber, y no será castigado por su combatir y matar porque la obediencia lo justifica. Pero será castigado por Mí cuando, en su combatir, use crueldad y se permita abusos que no son necesarios y que,

[112] Por ejemplo, en los dictados del 30 de junio, del 28 de julio y, más ampliamente, del 29 y 30 de julio

más aún, siempre están maldecidos por Mí por inútiles y por contrarios a la justicia, que debe ser siempre justicia incluso cuando una victoria humana exalta o un odio de raza suscita sentimientos contrarios a la justicia.

Mi Sangre ha mojado las calles de la Ciudad, imprimiendo huellas que, aunque ya no se vean, han quedado y permanecerán eternamente presentes en las mentes de los habitantes de los Cielos altísimos. He querido santificar las calles por donde tanto pueblo pasa y tanto mal se comete.

Y si tú piensas que mi Sangre prodigad a por doquier no ha santificado a todos los ministros de la Iglesia, no ha santificado los palacios, ni las autoridades, ni las milicias, ni el pueblo, ni la ciencia, ni las ciudades, ni las calles y ni siquiera los campos, Yo te respondo que la he derramado de todos modos aún sabiendo que para muchos sería acusación de condena en vez de ser salvación según el fin por el que la derramaba, y la he derramado por aquellos pocos de la Iglesia, de la Ciencia, del Poder, de los Ejércitos, del Pueblo, de las Ciudades, de los Campos, que han sabido recogerla y comprender su voz de amor y seguir esa voz en sus mandamientos. ¡Benditos ellos, para siempre!

Pero la última Sangre no fue derramada sobre los terrones, sobre las piedras, sobre los rostros y sobre los vestidos, en lugares donde el agua de Dios o la mano del hombre la podían lavar y disolver. La última Sangre, recogida entre el pecho y el corazón que ya se helaba y brotada en el último ultraje -para que en el Hijo de Dios y del Hombre no quedase una gota de líquido vital y Yo fuera realmente el Cordero degollado para el holocausto grato al Señor- las últimas gotas de mi Sangre no han sido desperdigadas. ¡Había una Madre debajo de aquella Cruz! Una Madre que por fin podía abrazarse al madero de la Cruz, erguirse hacia su Criatura muerta, besarle los pies traspasados y encogidos en el último espasmo, y recoger en su velo virginal las últimas gotas de la Sangre de su Hijo que goteaban del costado abierto y regaban mi cuerpo sin respiro.

¡Dolorosísima Madre mía! Desde mi nacimiento hasta mi muerte Ella ha debido sufrir también por esto: por no poder dar a su Criatura aquellos primeros y últimos consuelos que aún el más mísero de los hijos del hombre tiene al nacer y al morir, y con su velo ha debido hacer ropaje para el Hijo recién nacido y sudario para el Hijo desangrado.

Aquella Sangre no se ha perdido. Ella está y vive y resplandece sobre el velo de la Virgen. Púrpura divina sobre el candor virginal, será el estandarte de Cristo Juez en el día del Juicio».

15 de septiembre

Dice Jesús:

«Es opinión difundida en muchos cristianos, y cristianos católicos, que mi Madre no haya nunca sufrido como generalmente sufren los mortales. Creen que el dolor haya estado en Ella pero que, dada su naturaleza inmaculada, Ella lo haya podido soportar fácilmente porque la Gracia lo atenuaba. En suma creen que Ella recibiera el golpe del Dolor, pero que éste no pudiera penetrar en Ella porque estaba defendida, como por una inquebrantable coraza, por su naturaleza inmaculada y por la Gracia.

Pero es un grave error. María era la "Inmaculada", exenta de la herencia de la culpa de Adán y de los frutos de tal culpa, y en este sentido, en efecto, habría debido estar preservada del sufrimiento porque el Creador había creado la raza del hombre exenta del dolor y de la muerte, que es el supremo dolor del hombre. Pero María era la Corredentora.. y la misión de redentor es siempre misión de infinito dolor. De otro modo ¿cómo podría un redentor redimir los pecados de los demás? ¿Cómo una víctima pagar por los hermanos? María era

redentora como Yo era Redentor. Justo por lo tanto que el Dolor fuera su compañero.

¿Me ha sido acaso evitado el Dolor? No. No obstante si María estaba, por un milagro de Dios, exenta de la culpa del hombre, Ella nacida de dos cuerpos hechos una carne sola por humano matrimonio, Yo, Dios, y por ello puro de toda y de cualquier culpa o sombra de culpa, hecho Hombre por los desposorios de la Inocencia con la Gracia y por esto infinitamente superior a Ella, he sido también sacrificado al Dolor, al Dolor más grande que nunca ha existido y nunca existirá, porque fue dolor de carne y sangre, de mente, de corazón, de alma, de espíritu.

La Justicia divina, que no miente y no se contradice nunca a Sí misma, fue fiel a sus antiguas promesas, y a la Sin Culpa, como estaban sin culpa los primeros padres, no aplicó las dos principales condenas de la carne, de Eva especialmente: el dolor de la muerte y el dolor del parto.

Mi nacimiento fue un éxtasis dulcísimo. En el silencio de la noche que aislaba del mundo la morada solitaria y humildísima, María se había sumergido en sus fervientes contemplaciones de Dios. La oración de María era siempre rapto en Dios. Y saliendo del rapto conoció al Hijo. Fue más bien el primer llanto del Hijo Dios el que arrancó a la Madre de la contemplación espiritual de Dios para llevar su mirada a contemplar el Milagro más grande del Universo: un Dios encarnado para la redención del hombre.

La muerte de María fue otro rapto. La oración la envolvió en sus vendas de amor interrumpiéndole toda sensibilidad humana, y el Amor le vino al encuentro por segunda vez para abrazar a Sí a la Esposa deseada desde antes que el Tiempo existiera.

Y si el primer encuentro fue un inclinarse del Amor sobre la Virgen para cubrir con su sombra divina a la Siempre Casta y hacerla fecunda de una Carne divina, el segundo encuentro fue el abrazo total de la Inviolada con el Amor que la atrajo a Sí hasta el altísimo Cielo. La contemplación última de María en la tierra tuvo fin en el Cielo donde la Enamorada de Dios, donde la Anhelante del Hijo pudo fijar su mirada para siempre, adorando, en el Padre, en el Hijo, en el Espíritu Santo, sus perennes deseos y a sus amores eternos.

Pero antes de aquella hora, pobre Madre, ha debido empaparse a Sí misma en el Dolor. Y ya te he hablado de cuáles hayan sido sus dolores de toda una vida, cuyo vértice está en los días de mi Muerte [113]. Y más de una vez te he dicho cómo, siendo destinada a corredentora, Ella sintió toda la aspereza del dolor, y por qué la sintió [114].

Piensa siempre que Ella es Maestra de Dolor como Yo soy Maestro de Vida, piensa siempre que el dolor es verdadero, absoluto, sólo cuando Dios ya no está cerca de un espíritu para sujetarlo en la prueba. Piensa que María estuvo sola en la hora tremenda para conocer el horror de la soledad y para expiar vuestras desesperaciones de criaturas.

Ella es la Esperanza, además de la Fe y la Caridad. Las tres virtudes teologales están personificadas en Ella, porque nadie en el mundo amó como Ella, nadie creyó y sobre todo nadie esperó.

Fue un abismo de esperanza. Y por ello la he puesto como Estrella vuestra para indicaros el camino del Cielo. Si creéis siempre en Ella, nunca conoceréis el horror de la desesperación y no os mataréis a vosotros mismos con la desesperación. Que María, Esperanza de Dios que le esperaba a Ella para cumplir la Redención del hombre, sea la esperanza del hombre.

No perdáis de vista, ¡oh mortales!, la Estrella de la Mañana cuyos rayos están hechos con las siete espadas clavadas en su Corazón dulcísimo y puro, clavadas por amor a vosotros. Vivid en Ella. Y en la Santa, que es Madre de Dios y que, sin descanso, ruega por vosotros

[113] En el dictado del 2 de julio

[114] Algunas de estas referencias están agrupados en la nota 2 de pág. 95

ante Nuestro Trono, morid.

María, que se durmió sobre el Corazón de Dios, vive ahora en el Cielo con la carne glorificada. El alma que se duerme sobre el Corazón de María tendrá en el Cielo la carne glorificada cuando se haya cumplido el tiempo, porque Ella es vuestra Salvación».

16 de septiembre

Dice Jesús:

«No es en el sentido en que tú lo entiendes. Vendrá la hora de la paz y del perdón también para vosotros Italianos, la hora en la que volveréis a estrechar la alianza con el Señor después de haber estado en las manos de Satanás que os ha maltratado como si fuerais una madeja de hilo en las manos de un loco furioso. Pero las palabras de Joel (cap.H, v.18-32) no están dichas particularmente para éste o aquel pueblo. .

Ellas son para mi pueblo, para el pueblo del Único, Verdadero, Gran Rey: del Señor Dios vuestro, Uno y Trino, Creador y Redentor del género humano. Aquel período de bienestar del que habla Joel es el anticipado anuncio de cuanto habla Juan en su Apocalipsis mucho tiempo después.

Después de las tremendas guerras que Satanás habrá traído a la Tierra a través de su Mensajero de tinieblas, el Anticristo, vendrá el período de la tregua en el que, después de haberos mostrado con la cruenta prueba de qué dones puede ser autor Satanás, intentaré atraeros a Mí colmándoos de mis dones.

¡Oh! ¡mis dones! ¡Serán vuestra dulzura! No conoceréis hambre, estragos, calamidades. Vuestros cuerpos y más vuestras almas estarán apacentadas por mi mano, la Tierra parecerá nacer para una segunda creación, totalmente nueva en los sentimientos que serán de paz y concordia entre los pueblos y de paz entre el Cielo y la Tierra, porque haré propagar mi Espíritu sobre vosotros que os penetrará y os dará la visión sobrenatural de los decretos de Dios.

Será el Reino del Espíritu. El Reino de Dios, lo que vosotros pedís -y no sabéis lo que pedís porque no reflexionáis nunca- con el Padrenuestro. ¿Dónde queréis que se realice el Reino de Dios sino en vuestros corazones? Es desde allí desde donde debe iniciarse mi Reino sobre la Tierra. Reino grande, pero siempre limitado.

Después vendrá el Reino sin confines ni de tierra, ni de tiempo. El Reino eterno que hará de vosotros eternos habitantes de los Cielos, porque, es natural, Yo hablo a aquellos que son mis súbditos y no a los réprobos que tienen ya su horrible rey: Satanás.

Vuestro Dios obrará todos los prodigios para atraer a Sí el mayor número de vivientes, porque Yo soy Dios de Misericordia, de Perdón y de un Amor tan infinito que por mucho que pudierais estudiar y penetrar su medida no lo lograríais. Lo que creéis que sea la infinidad de mi amor por vosotros, es como una pequeña piedrecilla del arenal de un río respecto a una entera cadena montañosa, cuyas bases dividen los continentes y cuyas cimas se ciñen entre las nubes.

¿Pero crees tú que tantos prodigios de Amor y tantas luces de Espíritu convertirán a los hombres a su Dios Eterno? Desengáñate. Si Yo tuviese los cuidados que tendré con vosotros para las necesidades de vuestro cuerpo -sólo éstas- hacia pobres animales faltos de razón, esos animales, con sus lenguajes informes, me alabarían del alba al anochecer, y si supieran dónde encontrarme partirían de todas las partes del globo para venir a dar las gracias a su benéfico Tutor. Pero los hombres no.

Están prácticamente en su totalidad absolutamente sordos a las voces y a los dones espirituales, y casi del todo sordos a los dones corporales, en lugar de reconocer mi Bondad

y de amarme por gratitud, aprovecharán del bienestar que les daré para descender cada vez más en el abismo que les gusta, donde se revuelcan como bestias inmundas en un pantano, y les espera lo que seduce a los nueve décimos de la humanidad: codicia, lujuria, fraudes, violencia, robo, herejía, supersticiones y otras corrupciones del sentido y de la mente, tan horribles que a los honestos les parece imposible que puedan ser verdaderas, pero verdaderas son y hacen enrojecer a los Cielos y soliviantar con indignación nuestra Divinidad.

Ni el paterno regalo de dones ni los aterrorizantes signos del cielo serán capaces de hacer de los vivientes en aquel tiempo hijos de Dios. Y entonces vendrá mi día grande y terrible.

No día de veinticuatro horas. Mi tiempo tiene distinta medida. He dicho "día" porque en el día se obra, y Yo en aquel tiempo obraré. Obraré la última selección de los vivientes sobre la tierra. Y ésta ocurrirá en el último desenfreno de Satanás.

Entonces se verán los que tienen en sí mismos el Reino de Dios y los que tienen el reino de Satanás. Porque estos últimos con boca, actos, y sobre todo con corazón blasfemo cometerán los últimos desprecios hacia mi Ley y los sacrilegios postreros hacia Dios, mientras que los primeros, los hijos y súbditos del Señor -en tanto que la última batalla azote la Tierra con un horror indecible- se agarrarán a mi Cruz, invocarán mi Nombre que salva; y mi venida de Juez no les aterrará, al contrario, será su júbilo porque los fieles son los salvados, los que Joel llama los "restos" del Señor, o sea los que le quedan al Señor después de los asaltos de Satanás.

Benditos, benditos, benditos para siempre estos hijos míos. De ellos es el eterno Paraíso. Unidos a los fieles al Señor de todos los tiempos, poseerán a Dios cuya posesión es bienaventuranza eterna».

Dado que esta mañana parecía que Jesús me dejase en reposo, después de haber dicho el "Veni, Sancte Spiritus" como es mi costumbre, he abierto la Biblia al azar. Casualmente era el II capítulo de libro de Joel, y precisamente los versículo s que van del número 18 al 32.

Yo daba a estas palabras una interpretación tal y como mi corazón de italiana sueña con todas sus fuerzas. Pero Jesús me explica un significado mucho más alto... y María, como un asno, lo escribe diciéndose a sí misma que sólo el Señor es sabio.

17 de septiembre

Dice Jesús:

«Cuanto ha dicho la Sabiduría en el capítulo 6° v. 1-10 ya ha sido explicado por Mí más de una vez [115] desde cuando te soy Maestro más ampliamente de cuanto lo sea para muchos de tus hermanos. Por tanto no nos paremos a considerar esas palabras. La Sabiduría verdadera te las ha explicado mucho antes de que el Libro se abriera para ti por esa página.

Y no te sorprendas si en otras ocasiones encuentras en el Libro sentimientos y palabras iguales a las que has oído directamente de Mí. Yo soy la Palabra del Padre. Y la Palabra es una. Por ello es la misma ahora que en la época de los patriarcas y profetas. Es natural, entonces, que leyendo las antiguas palabras las tengas que encontrar iguales a las novísimas que oyes de Mí. Soy Yo quien te hablo como era Yo quien hablaba a los antepasados. Y aunque vuestros tiempos y vuestros pensamientos hayan cambiado tanto, y aunque tú, mi pequeño Juan, seas tan distinta de los solemnes patriarcas y de los vehementes profetas, Yo soy siempre aquél, igual, inmutable en la palabra, en la doctrina.

[115] Por ejemplo, en los dictados del 24 de julio, del 28 de julio, del 25 de agosto, etc

Dios no cambia. Se adecua a vuestros cambios, a vuestra, llamémosla también, evolución, en los márgenes de su trabajo, pero el núcleo de éste, el verdadero contenido de su enseñanza en lo que se refiere no a lo pasajero de la vida sino al alma que no muere, ése permanece y permanecerá siempre. Incluso si la Tierra permaneciera Tierra aún por mil y diez mil años y el hombre alcanzara una evolución material -nota bien- tal que le permitiera abolir las leyes del espacio, de la gravitación, de la velocidad, y llegase a ser casi omnipresente mediante instrumentos que abolieran las separaciones, y a los que está encaminado, y que vosotros llamáis con los nombres científicos de televisión, teléfono y semejantes, o, mediante otros instrumentos, aboliera la imposibilidad de actuar a distancia, creando mandos a distancia que desencadenarán sobre la tierra la venganza demoníaca de las explosiones a distancia, de los rayos mortales y semejantes creaciones de marca satánica.

Yo nunca podré deciros -aunque llegarais a convertiros en asaltantes de otros planetas y creadores de rayos potentes como el rayo de mi sol y captadores de ondas que anulan, para el oído y el ojo, las más infinitas distancias- que os sea lícito abolir la Ley de la Caridad, de la Continencia, de la Sinceridad, de la Honestidad, de la Humildad. No, nunca os lo podré decir, nunca. Sino más bien ahora y siempre os digo y os diré: "Sed benditos si usáis la inteligencia para descubrimientos de bien común. Sed malditos si prostituís vuestra inteligencia con un ilícito comercio con el Mal para dar a luz obras de maldad y destrucción".

Y basta sobre esto [116]. Te hablo en cambio por cuanto puede serte consuelo y guía.

Está dicho en el Eclesiástico cap. 33 v. 11-15 que varios son los destinos del hombre.

¿Quién señala vuestro destino? Éste es un gran punto que debe establecerse para no caer en el error. Error que puede ser causa de pensamiento blasfemo y también de muerte del alma. El hombre dice a veces: "Puesto que el destino lo hace Dios, Dios fue injusto y malvado con éste porque le ha abatido la desventura".

No, hija. Dios nunca es malvado y nunca es injusto. Vosotros sois miopes y veis muy torpemente y sólo las cosas que están cerca de vuestra pupila. Entonces ¿cómo podéis saber el porqué -escrito en el Libro del Señor- de vuestro destino? ¿Cómo podéis vosotros, desde la Tierra, granito de polvo revoloteando en el espacio, comprender lo que es la verdad verdadera de las cosas y que está escrita en el Cielo? ¿Cómo dar un nombre justo a una cosa que os sucede?

El niño, al que la madre da una medicina, llora, la llama fea y mala, trata de rechazar ese medicamento que a él le parece inútil y repugnante. Pero la madre sabe que ella hace esto no por maldad, sino por bondad; sabe que en la autoridad que utiliza en aquel momento para hacerse obedecer no es fea, sino que se reviste de una majestad que la embellece; sabe que a su criatura le sirve esa medicina y con caricias o con voz severa le obliga a tomarla. Si la madre pudiera tomarla para curar a su pequeño enfermo, ¡cuánta tomaría!

También vosotros sois niños respecto al buen Padre que tenéis en los cielos. Él ve vuestras enfermedades y no quiere que permanezcáis enfermos. Vuestro Padre de amor os quiere sanos y fuertes. y os da medicinas para robustecer vuestras almas, para enderezarlas, curarlas, para hacerlas no sólo sanas sino también hermosas.

Si Él pudiera evitar el haceros llorar, ¿creéis que no lo haría Él cuyo Corazón, todo amor, está regado por las lágrimas de sus hijos? Pero a cada uno su tiempo. Él lo ha hecho todo por vosotros, para llevaros a la salvación eterna. Hasta se ha exiliado de los Cielos, ha exprimido su Sangre hasta la última gota para dárosla, medicina santísima que sana toda llaga, vence toda enfermedad, refuerza toda debilidad.

---

[116] Ya expresado, por ejemplo, en el dictado del 21 de julio

Ahora es vuestro tiempo. Porque a pesar de la Palabra descendida de los Cielos para daros la guía de la Vida y a pesar de la Sangre prodigada para redimiros, vosotros no habéis sabido separaros del pecado y recaéis siempre en él; Él, el Eterno que os ama, os da un castigo de dolor, más o menos grande según la altura a la que quiere llevaros o el punto hasta el que quiere haceros expiar aquí abajo vuestra deuda de hijos desertores.

Hay, es cierto, criaturas que padecen el dolor para hacerse resplandecientes, con gran luz, en la otra vida. Pero hay otras criaturas que deben soportar el dolor para limpiar su estola manchada y alcanzar la luz. Son la inmensa mayoría. Mas -es un contrasentido pero es cierto- son precisamente éstas las que más se rebelan ante el dolor y llaman injusto a Dios, y malvado, porque les empapa de dolor. Son las más enfermas y se creen las más sanas.

Cuanto más uno está en la Luz tanto más acepta, ama, desea el dolor.

Acepta cuando está una vez en la Luz.

Ama cuando está en la Luz dos veces.

Desea y pide el dolor cuando está tres veces en la Luz, sumergido en ella y viviente por ella.

Mientras, en cambio, cuanto más uno está en las tinieblas más huye, odia, se rebela ante el dolor.

Huye: las almas débiles que no tienen fuerza para realizar ni gran mal ni bien, sino que van viviendo una pobre vida espiritual envuelta en las neblinas de la tibieza y de las faltas veniales, tienen un miedo incontenible ante cada pena, de la naturaleza que sea. Son espíritus sin esqueleto, sin fuerza.

Odia: los viciosos, para los que el dolor es un obstáculo para continuar con sus vicios de toda clase, odian este gran maestro de la vida espiritual.

Se rebela: el gran pecador, completamente vendido a Satanás, que acumula delito tras delito espiritual alcanzando las cimas de la rebeldía que son blasfemia y suicidio u homicidio, con tal de vengarse (al menos él lo cree) del sufrimiento. Sobre éste, la obra paterna de Dios se transforma en fermentación de mal, porque ese gran pecador está amasado con el Mal como harina amasada con la levadura. y el Mal, como levadura bajo la elaboración del dolor, se hincha en ellos y les hace pan para el Infierno.

¿A cuál de estas tres categorías has pertenecido? ¿A cuál perteneces ahora? ¿En cuál quieres permanecer? No es necesaria la respuesta. La sé. Por esto te hablo y estoy contigo.

Otras veces el hombre dice: "Si cada uno tiene un destino señalado es inútil afanarse y luchar. Despreocupémonos, qué más da, todo está señalado".

Otro pernicioso error. El destino es conocido por Dios, sí. Pero ¿lo conocéis vosotros? No lo conocéis por el momento.

Te pongo un ejemplo. Pedro me renegó. En su destino estaba señalado que él conociera este error. Pero él se arrepintió de haberme renegado y Dios le perdonó y lo hizo su Pontífice. Si hubiera persistido en su error, ¿hubiera podido llegar a ser mi Vicario?

No digas: estaba destinado. Nunca olvides que Dios conoce vuestros destinos, pero el destino lo hacéis vosotros. Él no violenta vuestra libertad de acción. Os da los medios y los consejos, os da las advertencias para poneros de nuevo en el buen camino, pero si vosotros no queréis estar en ese camino, Él no os fuerza a permanecer.

Sois libres. Os ha creado mayores de edad. La alegría de Dios es que permanezcáis en la casa del Padre, pero si decís: "Quiero irme de ella" Él no os detiene. Llora sobre vosotros y se aflige por vuestro destino. Y no quiere hacer más, porque haciendo más os quitaría la libertad que os ha dado. La alegría de Dios es cuando, comprendiendo, bajo el daño de la carestía, que sólo en la casa del Padre hay alegría, volvéis a Él. Alegría y complacencia de Dios hacia aquellos que con su sacrificio y sus oraciones, sobre todo estas dos cosas, y des-

pués con sus palabras, logran devolverme un hijo. Pero no más.

Que sepas que quienes están en mi mano como arcilla mojada en la mano del alfarero, son los predilectos de mi Corazón. Sobre ellos mi mano es dulce como una caricia. Mis caricias les modelan dándoles mi huella y semejanza de mansedumbre, humildad, caridad, pureza, y la más bella de todas las semejanzas: la mía de Redentor.

Porque son éstas las almas que continúan la misión de Redentor y a las que Yo digo continuamente "gracias" que es la más protectora de las bendiciones. Y si el velo de la Verónica es sagrado porque lleva mi semblante, ¿qué serán estas almas que son mi verdadera imagen?

¡Ánimo, María! Mi Paz está contigo. Yo estoy contigo. No temas».

18 de septiembre

Dice Jesús:

«He dicho ayer: "El destino os lo hacéis vosotros". Ahora añado: El destino os lo hacéis vosotros. Pero cuando uno hace la Voluntad que el Padre le propone está seguro de lograr un destino de luz, mientras que cuando uno se cierra los oídos y los ojos para no oír y no ver la Voluntad del Padre y cierra el alma al amor que lleva a la obediencia, siguiendo no la voz del espíritu sino la de la carne y la sangre, atizados por Satanás, este uno se crea un destino de tinieblas cuyo fin es la muerte del espíritu.

Ahora, si reflexionas como en vuestra vida quien ama -sea hijo, hermano, esposo, alumno, inferior, sea quien sea- trata siempre de complacer al amado, puedes intuir ágilmente que quienes aman mucho a Dios sigan los deseos de Dios, sean los que sean; los que le aman poco le sigan menos y sigan sólo aquellos deseos que les cuestan poca fatiga; y aquellos que de hecho no le aman no le sigan en los deseos de su santa Voluntad, sino más bien se rebelen arrojándose en el sendero que lleva a las antípodas de la meta que Dios aconseja y se alejen del Padre blasfemándolo.

Se podría concluir por ello, sin miedo a errar, que la medida con la que la criatura ama a su Creador está dada por la medida con la que ella sabe obedecer a los deseos de su Señor y Padre. Miente aquel que dice de amar a Dios y después no sabe seguir su Voz que le habla con amor para conducirle a su morada.

Y ¿a quién quiere engañar con su mentira? ¿a Dios? a Dios no se le engaña. Vuestras palabras tienen el significado verdadero que tienen, y no aquel que vosotros les dais, y Dios comprende ese significado verdadero. Por lo tanto si decís amar al Señor y después rechazáis obedecerle, que es una de las pruebas básicas del amor, Él no puede sino llamaros hipócritas y mentirosos y trataros como tales.

¿ Queréis quizá engañar a Satanás, disfrutando de los cómodos arreglos de conciencia que os sugiere y al mismo tiempo hacerle saber que queréis gozar en esta vida, pero gozar también en la otra contemporizando entre Dios y Satanás, entre el Cielo y el Infierno? ¡Oh necios! Al Astuto no se le engaña y, menos paciente que Dios, exige inmediata recompensa y hay que pagarle enseguida, porque él no acuerda demora. Y en verdad os digo que su yugo no es ala, sino pesada piedra que aplasta y hunde en el fango y en la oscuridad.

¿Queréis quizá engañaros a vosotros mismos diciéndoos que no es sino una necesidad de la tierra la que os empuja a hacer vuestra voluntad pero que, en el fondo, vosotros quisierais hacer la de Dios porque la preferís? Hipócritas, hipócritas, hipócritas.

En vosotros hay un juez que no conoce el sueño, y es vuestro espíritu. Aunque lo herís de muerte y lo condenáis a perecer, él grita en vosotros, mientras estáis en esta tierra, grita sus ansias de Cielo. Vosotros lo cargáis y amordazáis para volverlo inmóvil y mudo, pero se agita

hasta librarse de vuestra mordaza y arroja su grito en el silencio desolado de vuestro corazón. Y, como el grito de mi Precursor, esa voz es tan atormentadora para vosotros que tratáis de apagarla para siempre. No lo lograréis nunca. Mientras viváis la oiréis y en el más allá gritará más fuerte reprochándoos vuestro delito de homicidas de vuestra alma.

La llave de ciertas aberraciones humanas que crecen cada vez más y llevan al individuo a delincuencias monstruosas, está en esta voz de la conciencia que vosotros tratáis de mitigar con nuevos rebotes de crueldad, así como el intoxicado trata de olvidar su merecida desgracia envenenándose cada vez más, hasta el aturdimiento.

Sed hijos, criaturas mías. Amad, amad a nuestro buen Padre que está en los Cielos. Amadlo cuanto podáis. Entonces os resultará fácil seguir su bendita Voluntad y lograr un destino de gloria eterna.

Yo, que le he amado a la perfección, le he complacido hasta el sacrificio de mi divinidad que por treinta y tres años se ha exiliado de los Cielos, y de mi vida destruida con el martirio más atroz de la carne, de la mente, del corazón, del espíritu.

Mi Madre, que fue la segunda tras de Mí en el saber amar y que amó con toda la perfección posible para la criatura -porque, dicho sea entre paréntesis y como respuesta a una objeción que te ha sido hecha, porque María poseía la plenitud de toda virtud y atributo, siempre y naturalmente como criatura, perfecta pero siempre criatura humana. Teniendo en sí la plenitud de la Gracia, es decir poseyendo a Dios como sólo Ella lo ha poseído, es obvio que su perfección alcanzara alturas solamente inferiores a las de Dios-. Y bien, María, que fue segunda tras de Mí en el saber amar, se ha adherido a la Voluntad de Dios hasta el sacrificio de su vocación, que era la de dedicarse únicamente a las contemplaciones de Dios, y de su corazón que le fue pedido por Dios para ser triturado.

La divina Maternidad de María es la prueba viviente de su adhesión a la Voluntad de Dios. Yo, el Hijo que no ha quitado a la Madre su candor de lirio inviolado, soy el testimonio de la condescendencia de María a los deseos de Dios.

Ella ha desafiado la opinión del mundo, el juicio del esposo, además de abrazar su patíbulo de Madre del Redentor, sin vacilar. Cierta de que Dios no rechazaba el don de su candor, dijo el más alto "fiat" pronunciado por labios mortales y no tuvo temores: su fuerza era Dios y a Él confiaba su honor, su futuro, todo, sin reservas.

He aquí vuestros modelos: Yo y María. Seguidnos y lograréis el destino que Dios desea para cada una de sus criaturas. Seguidnos y poseeréis la Paz, porque poseeréis a Dios que es Paz y sentiréis el bienestar de vuestro espíritu.

Las bienaventuranzas que he proclamado las tenéis ya en esta tierra si hacéis la Voluntad de vuestro Padre. Después, en el Cielo, serán setenta veces mayores porque entonces nada obstaculizará vuestro fundirse en Dios».

19 de septiembre

Ayer por la noche: 18 de septiembre, sufría terriblemente. Llevaba todo el día sufriendo así y estaba agotada. Cada respiro, cada movimiento, incluso pequeño, me era penosísimo y me obligaba a lamentarme, yo que no me lamento nunca. Después toser... hubiera preferido una fusilada a un golpe de tos.

A la hora de la cena, es decir de las 20 a las 21 horas, mientras me había quedado sola, mi vista mental fue beatificada por la visión de María Stma. Intento describírsela. Pero ¿cómo hacer para mostrarle su belleza y sus colores?

Está vestida de blanco: una túnica cerrada a la altura del cuello, como si estuviera rizada, porque veo que sobre el pecho la tela forma delicados pliegues que modelan castamente las

formas de María. Las mangas son más bien estrechas y largas hasta la muñeca. En la cintura un cinturón mantiene recogido el vestido. Pero no es de oro ni de plata. Parece un cordón de seda, del mismo color y brillo del vestido. No tiene lazos, no desciende sobre el vestido. Solamente la ciñe.

Sobre la cabeza un manto de la misma tela, ligera pero no velada, que el vestido. Desciende a lo largo de las mejillas de María, se acerca al cuello como si tuviera un broche. Pero un largo broche, porque veo la garganta candidísima de María. En fin está apoyado en los hombros y desciende a lo largo del brazo y los costados hasta el suelo.

Pero ¿cómo lograr explicarle el resplandor de ese candidísimo y . sencillísimo vestido? La nieve es gris y opaca, el lirio es aún menos hermoso. Parece plata hecha tela, tanto resplandece su blancura. ¡Oh! ¡impotencia de la palabra para describir la luz! ¡Sólo en el Cielo, y para revestir a María, puede existir esa tela de un blanco fulgurante, diamantado, nacarado, opalino, que es una gema sin ser gema ni conocer la alianza de las gemas para resplandecer así!

Veo el óvalo, más bien redondo, del rostro de María. De un color marfil como esos pétalos de magnolia, de igual color que el de su Hijo, distinto en la forma que en Jesús es más alargada y delgada. Sobre el rostro de flor sólo los labios y las cejas finísimas, ligeramente oscuras, ponen un color.

Los ojos, no abiertos, sino con los párpados entreabiertos, tienen la misma mirada del Hijo, y tienen el color azul de los de Jesús, pero más pálido. Siempre para poner una comparación humana, podría decir que Jesús tiene los ojos de zafiro y María de turquesa. La mirada seria y melancólica de Jesús es en María de una melancolía pero unida a la sonrisa: la sonrisa buena de quien está afligido, pero quiere consolar y estimular al mismo tiempo.

Los cabellos son del color del grano maduro u oro cequí, si le gusta más, con tendencia al rubio rojizo, pero más rubios que rojizos, mientras en Jesús hay más tendencia al rubio cobre.

Las manos largas y sutiles, con los dedos muy largos y ahusados, salen de las mangas estrechas con su muñeca delicada y blanquísima. Son dos pétalos de magnolia unidos en oración. Me parecen que deben oler a flor, tanto es el aspecto que tienen de flor en capullo.

Ningún collar, absolutamente ninguno. Toda María es Gema de una luminosidad de alabastro, mejor de ópalo iluminado interiormente por una llama. Su cuerpo glorificado emana luz, una dulcísima luz que me hace pensar precisamente en una lámpara ardiente ante el Sagrario: una lámpara de cándido alabastro o, repito, de ópalo.

No veo los pies porque la túnica es tan larga que los cubre.

He aquí descrita nuestra Madre.

Me ha hecho y me hace compañía y me parece que todo a mi alrededor se haga luminoso y virginal, y luz y pureza me descienden en el corazón y con ellas un gozo que me hace llorar de beatitud.

Creo que si María dijese tan sólo una palabra mi alma desfallecería en el éxtasis, porque sólo un hilo me detiene de caer en él, y esto sólo por ver a la Bendita y sentirme besada por su sonrisa y por su mirada.

Ya es noche y digo a Jesús: "Señor, ¿no dices nada hoy?".

Él responde que mi lección hoy me la da María y que contemplarla a Ella no necesita otras palabras. En efecto el sólo verla enseña la belleza de la pureza, de la oración y del silencio. Tres grandes cosas muy poco y malamente practicadas.

En medio de mi dolor físico y moral me encuentro en la alegría, porque la luz de la más bella Estrella, de María, resplandece sobre mí y me ha sido dado mirarla.

Más tarde...

... Y María me dice sin hablar que me enseña otra cosa: a ver, incluso en los enemigos, hijos suyos. También por ellos Ella ha dado a su Hijo y los ha aceptado por hijos como nos ha aceptado a nosotros. Me hace entender que mirar a éstos con hastío es causarle dolor a Ella y hacerse distintos de Ella que miró con amorosa compasión a los que crucificaron al Hijo y a los que traspasaron su Corazón inmaculado.

20 de septiembre

Dice Jesús:

«¿Sabes por qué te he elegido? Porque eres una miseria, y estás convencida de serlo, y porque estás animada por el amor.

Yo voy buscando humildad y amor para depositar mis palabras y mis gracias y para hacer resplandecer mis misericordias, ya que el mundo necesita siempre pruebas de la misericordia para conservar un mínimo de amor y de fe en Mí.

Si la futura formación de la Iglesia y el afirmarse del Cristianismo en el mundo hubieran dado los frutos que el primer florecimiento hacía esperar, no hubiera habido necesidad de nada más.

Yo había dado a los creyentes en Mí todo cuanto les era necesario para crecer cada vez más en la Fe y en mi Doctrina. Y lo había dado en forma perfecta como Yo sólo, el Perfectísimo, podía darla. Ahora ha sucedido no que cuanto os he dado ha perdido con el tiempo su eficacia, sino que se ha menoscabado en vosotros la facultad de comprender. Se ha menoscabado porque habéis ofuscado vuestra vista espiritual con el humo de las humanas soberbias, vuestro oído espiritual con el ruido de demasiadas palabras humanas, vuestro gusto espiritual con el sabor de tanta corrupción, vuestro tacto espiritual con el abuso de demasiados contactos carnales, vuestro olfato espiritual con vuestra perversión que os empuja a preferir lo que está podrido a lo que es puro. Se ha menoscabado porque habéis aplastado vuestro espíritu bajo las piedras del sentido, de la carne, de la soberbia, del mal de mil formas. "

Había hecho manar de los Cielos -mejor, de mi Corazón que os ama- mi Doctrina, como un reguero de agua destinado a regar las flores de vuestras almas, pero vosotros habéis lanzado en él piedras y escombros, subdividiéndolo en mil y mil hilos de agua que han terminado perdiéndose sin aprovechamiento para vosotros, cristianos que más o menos habéis renegado a Cristo.

Y además, las herejías evidentes han hecho desaparecer muchas venas que, partiendo de mi Corazón, descendían a nutrir el organismo de la Iglesia Una, Católica, Romana, Universal, y gran parte del organismo se ha vuelto un miembro paralizado, muerto a la vida, destinado a llevar células gangrenosas.

Pero las pequeñas herejías individuales están -¡y cuántas!-repartidas en el núcleo de los católicos. Y son las más perniciosas, las más condenadas. Porque -piénsalo bien- porque, si a distancia de años y siglos es condenable hasta un, cierto punto el protestante, de cualquier iglesia que sea, el ortodoxo, el oriental, el cual sigue con fe lo que sus antepasados le han dejado como Fe verdadera, no es perdonable el viviente bajo el signo de la Iglesia de Roma que se crea la herejía particular de su sensualidad del sentido, de la mente, y del corazón.

¡Cuántos pactos con el Mal! ¡Cuántos! Y que Yo veo y condeno. De todo se preocupan los noventa centésimos de los católicos, de todo menos de la vida en y por mi Fe. Y entonces Yo intervengo. Intervengo con la enseñanza directa que sustituye, con sus luces y sus llamas, a tantos púlpitos demasiado helados y demasiado oscuros. Intervengo para ser el Maestro en

el lugar de los maestros que prefieren cultivar sus intereses materiales a vuestros intereses espirituales y sobre todo míos. Porque he confiado a ellos los talentos vivos que sois vosotros, almas que he comprado con mi Sangre, viñas y graneros de Cristo Redentor, no para que los dejasen inactivos e incultivados, sino para que se consumaran a sí mismo en el hacerlos producir y fructificar.

Pues bien, María. ¿Sabes quienes son los más tardíos en aceptar esta ayuda que doy para reparar los daños de la inanición espiritual por la que los católicos morís? Son justamente mis sacerdotes. Las pobres almas esparcidas en el laicado católico acogen con devoción este pan que Yo parto para las turbas esparcidas en el desierto porque tengo compasión de ellas que desfallecen. Pero los doctores de la doctrina no.

Por otra parte es lógico. Como hace 20 siglos, mi Palabra que os acaricia, pobres almas, es reproche hacia ellos que os han dejado empobrecer. Y el reproche pesa siempre, aunque sea justo. Pero ahora, como hace 20 siglos, no puedo sino repetirles: "¡Ah de vosotros, doctores de la Ley que habéis usurpado la llave de la ciencia y no habéis entrado vosotros y habéis puesto obstáculos a los que entraban!".

Aquellos que no han entrado porque vosotros habéis obstruido el camino con vuestras mezquindades y escandalizado los corazones, que os miraban como maestros, porque os han visto más indiferentes que ellos mismos ante las Verdades eternas, serán juzgados con piedad.

Mas vosotros, vosotros que habéis preferido el dinero, los honores, las comodidades, el provecho de vuestros familiares a la misión de ser los "maestros" en nombre y para dar continuidad al Cristo docente; mas vosotros que sois tan severos hacia vuestros hermanos, pretendiendo que den aquello que vosotros no dais y fructifiquen lo que vosotros no habéis sembrado en ellos, mientras sois tan indulgentes con vosotros mismos; mas vosotros que no creéis en mis manifestaciones provocadas, en el fondo, por vosotros, porque si vengo a amaestrar a los corazones esparcidos por el mundo es para reparar los destrozos provocados por vosotros, y observad que vengo más cuanto más los tiempos se cargan de herejías, también en el interior de mi Iglesia; mas vosotros que os burláis y perseguís a mis portavoces y los insultáis llamándoles "locos" y "poseídos", como vuestros lejanos antepasados me llamaron a Mí; mas vosotros seréis tratados con severidad.

Purificaos los sentidos del alma con el fuego del amor y de la penitencia, y me oiréis, veréis, gustaréis, oleréis, me sentiréis en las palabras que digo a los humildes, y que callo para vosotros soberbios, porque sólo quien tiene un corazón de niño entrará en mi reino, y sólo a los pequeños revelo los secretos del Rey, porque el más grande entre vosotros católicos no es quien se reviste con vestiduras de autoridad, sino el que viene a Mí con corazón puro, confiado como un niño, amoroso como una criatura hacia la mamá que lo nutre.

¡Bienaventurados los pequeños! Yo les haré grandes en el Cielo».

22 de septiembre

Dice Jesús:

«De mi Evangelio sale una enseñanza para vosotros, humanos tan divididos por el odio.

Ayer te he dejado tranquila para darte tiempo de cambiar el pensamiento y la mirada - también esto, sí, porque hay miradas culpables por el odio que las colma como y más que cada palabra- filtrando los movimientos de tu corazón a través de la enseñanza dulcísima de María.

Las tempestades que perturban un lago no se calman de golpe y sobre todo, calmándose,

no restituyen inmediatamente a las aguas el aspecto anterior. Lo turbio permanece por algún tiempo corrompiendo color y limpieza de las aguas y sólo cuando las olas se han calmado totalmente, hasta en la profundidad, el agua se aclara y se vuelve azul y serena como el cielo. Es lo mismo cuando el odio se lanza en un corazón con su viento de infierno. Se necesita tiempo para que el alma se depure de su tóxico anticristiano.

Considera, María, que Yo comprendo que bajo determinados agentes dolorosos es humano que surja el odio. Pero vosotros no sois solamente humanos. Más bien la humanidad es fase transitoria de vuestra vida, mientras que lo sobrehumano es lo que no conoce brevedad, porque desde el momento en el que sois creados por el Padre vosotros existís y existiréis siempre, en luz o en tinieblas, dependiendo de vuestro actuar sobre la tierra, no hasta el fin del mundo, sino en la eternidad que no tiene fin.

¡La tierra! La larga, diez y diez y diez veces milenaria vida de la tierra cristiana y la siete veces milenaria vida de la Tierra, planeta creado por el Padre, ¿qué es en mi tiempo? un instante de eternidad.

Ayer te estabas purificando y te he dejado sumergida en este trabajo necesario para todos y especialmente para mis dilecto s porque Yo no puedo permanecer donde hay odio. Recuérdalo siempre. Aunque fuera el más humanamente justo y comprensible de los odios. Y ahora hablo para ti y para todos.

La enseñanza de la que te hablo y que os da mi Evangelio, y que vosotros poco o nada meditáis, es enseñanza de alta caridad. Tres son los episodios que os la dan. Están explicados de otras maneras, pero Yo, en esta hora de odio entre las razas del mundo, os la explico a mi modo: el modo que os sería tan necesario meditar para salir de este piélago de infierno en el que habéis transformado la tierra.

El centurión que implora por su siervo paralizado, la mujer cananea cuya respuesta es grito de enorme confianza, la mujer de Poncio Pilato. Tres gentiles, tres fuera de la Ley del Padre. Pero entre los hijos de Abrahán, porque entre los vivientes en la Ley dada por el Señor a su Profeta entre los fulgores del Sinaí, ¿quién tenía un corazón semejante a estos tres corazones? Han tenido más fe en Mí que mis compatriotas, a la luz de esta fe han reconocido quien soy, y su creer no ha quedado sin premio.

Ahora quiero que esto os persuada de que en todas las razas, en todas las naciones, existen buenos, desconocidos hijos de Dios, porque es hijo mío quien cree en Mí y me busca con pureza de corazón. Ni siquiera en Israel había encontrado tanta fe cuanta encontré en estos tres corazones venidos a Mí sin que Yo les hubiera llamado materialmente. Y como estos remotos, ¡cuántos hay entre los vivientes!

No juzguéis, hijos, y no despreciéis. Solamente amad, amad a todos; tenéis un único Padre Creador, recordáoslo, por ello sois hermanos entre vosotros. Un único polvo os ha compuesto y un único soplo os ha animado.

¿Por qué, entonces, tanto odio el uno hacia el otro? No seáis duros hacia los hermanos. Mirad a Jesús, el Maestro que no falla y que no ha rechazado al centurión pagano y a la cananea, juzgada en Israel, una leprosa del alma.

Cuidad que no sea Dios quien os juzgue tales a vosotros, corrompidos como estáis de crueldad, de fraude, de lujuria y de soberbia. Limpiaos en el fuego del amor. Él es agua bendita que vuelve el alma nuevamente blanca y es toque que abre vuestros ciegos ojos, y vuestros oídos tapados, que vivifica vuestro ánimo paralizado y os hace capaces de entender lo que el Divino Espíritu dice a vuestro espíritu necesitado de tanta luz y de tanto perdón».

23 de septiembre

Dice Jesús:

«Vuelvo a una de las notas dominantes de mi hablar. Dos son las notas dominantes, María. Necesidad del amor: la primera. Necesidad de la penitencia: la segunda.

Verdaderamente el Dios Uno y Trino -que os creó dándoos un reino en el que todos eran vuestros súbditos, de donde el dolor estaba desterrado y la muerte no hubiera existido para truncar entre los estremecimientos de los moribundos y los gemidos de los supervivientes las vidas de los más queridos, sino sólo una dormición, como la de María, para atravesar, entre las apacibles nieblas de un sueño inocente, las puertas que se abrían tan fácilmente sobre el paraíso terrestre para inundado de la luz del Paraíso más alto y de la voz paterna del Señor, que tenía la alegría de estar con los hijos- verdaderamente vuestro Dios os había puesto sólo una necesidad: la del amor. Amor de hijos al Padre, amor de súbditos al Rey, amor de creados a Dios Creador.

Y si no hubierais corroído con el ácido de la culpa las raíces del amor, éste hubiera crecido potente en vosotros, sin costaros alguna fatiga. No fatiga, sino alegría para vosotros, sino necesidad que da alivio cuando se explica, así como el respiro lo es para vosotros. Y en efecto el amor estaba destinado a ser el respiro de vuestro espíritu, la sangre de vuestro espíritu.

Después ha venido la culpa ¡Oh! ¡el destrozo de la culpa! Vosotros que os horrorizáis por las ruinas de vuestros edificios, de vuestros templos, de vuestros puentes, de vuestras ciudades, y maldecís los explosivos que lo destrozan, pulverizan y lesionan todo, ¿no pensáis qué destrozo ha producido la culpa en el hombre? En el hombre, la obra más perfecta de la creación, porque no fue hecha por mano humana, sino por la Inteligencia eterna que, diré así, os ha fundido, metal sin escorias, en su misma forma y os ha sacado hechos a su imagen y semejanza, tan bellos y puros que el ojo de Dios se alegró ante su obra y se estremecieron los cielos de admiración y la Tierra cantó con voz altísima, en medio de la armonía de las esferas, por la gloria de ser el planeta que, en los orígenes del Universo, se hacía inmenso palacio del rey-hombre, hijo de Dios.

La culpa, más nefasta que toda dinamita, ha alterado las raíces del hombre. Y ¿sabes dónde estaban éstas? En el pensamiento de Dios, que había hecho al hombre [117].

La culpa ha alterado, en las raíces del hombre, ese compuesto perfecto de carne y espíritu, de carne que no era distinta, en los movimientos del sentimiento, del espíritu, siendo sólo más pesada que éste pero no contraria a él y mucho menos enemiga; de espíritu no prisionero, y prisionero oprimido en la cárcel de la carne, sino de espíritu gozoso en la carne dócil que conducía a Dios porque, molécula del espíritu de Dios, era atraído hacia Dios, como por un imán divino, mediante las relaciones de amor entre el Creador: el Todo, y el espíritu: la parte [118].

La culpa ha alterado aquel armonioso entorno que Dios había puesto alrededor de su hijo para que fuera rey, y rey feliz.

Caído el amor del hombre hacia Dios, cae el amor de la Tierra hacia el hombre. La crueldad se desencadenó sobre la Tierra entre los inferiores, entre los inferiores y el hombre, y, horror de los horrores, entre el hombre y el hombre. Aquella sangre, que debía ser sólo ardor de amor de Dios, se hizo ardor de odio y fermentó y goteó, contaminando el altar de la Tierra sobre el que Dios había puesto a sus primeros para que lo amaran amándose, y enseñaran el amor a los futuros: único rito que Dios quería de vosotros.

He aquí entonces que nació una planta de la semilla de la culpa; y fue una planta de fruto

[117] Había hecho al hombre es construcción del editor de el hombre había hecho, a lo que exactamente sigue, quizá por mano del Padre Migliorini, la siguiente anotación a lápiz: (El pensamiento de Dios ha hecho al hombre)

[118] En el sentido explicado en el dictado del 17 de agosto

amargo y de punzantes ramas: el dolor.

Primeramente el dolor sufrido como el hombre lo podía sufrir en su embrional espiritualidad contaminada: un dolor animal hecho de los primeros dolores de la mujer y de las primeras heridas causadas a la carne hermana, un dolor cruel de aullidos y maldiciones, semilla siempre de nuevas venganzas. Después, refinándose en la crueldad pero no en el mérito, también el dolor se desarrolló haciéndose más amplio y complicado.

Yo he venido a santificar el dolor, sufriendo el Dolor por vosotros y fundiendo vuestros dolores relativos con el mío infinito, dando así mérito al dolor.

Yo he venido a confirmar con mi Vida y mi Muerte la advertencia dada numerosas veces por los Profetas: lo que pide Dios para perdonar y bendecir a sus hijos, cada vez más y más culpables, no es la circuncisión material sino la circuncisión de los corazones, de vuestros sentimientos, de vuestros estímulos que el germen del pecado original vuelve siempre estímulos de carne y sangre o de la más alta lujuria: la de la mente.

Es ahí, hijos, donde debéis trabajar con hierro y fuego para señalar vuestra alma con el signo que salva: el de Dios. Es ahí, no con el hierro y el fuego de vuestras leyes crueles y de vuestras guerras malditas. Es ahí: en el lugar donde se forman las leyes y las guerras del hombre, porque es inútil decir lo contrario. Si vivierais en el signo del Señor, circuncidados espiritualmente para quitar lo que lleva toda suerte de impurezas, no seríais los que sois: insensatos, por no decir fieras. Y; nótalo, en poco se diferencian las fieras y los insensatos, porque en ninguno de ellos está la razón, o sea lo que Dios ha puesto en el hombre para hacerle rey sobre todos los seres de la tierra.

Dos son las necesidades del hombre: el amor y el dolor. El amor que os impide cometer el mal. El dolor que repara el mal.

Ésta es la ciencia que hay que aprender: saber amar y saber sufrir. Pero no sabéis amar y no sabéis sufrir: sabéis hacer sufrir, pero esto no es amor, es, más bien, odio.

¿Por qué sois sabios en el mal y tan ignorantes en el bien? ¿Por qué? ¿No os saciáis nunca de odio y crueldad? ¿Y queréis que Dios os perdone?

Volved al amor, hijos, y sabed soportar el dolor. Que si no sois tan hijos míos como para saber querer el dolor para expiar el pecado de los demás, como Yo supe y quise, sed al menos hijos hasta el punto de no maldecirme por el dolor que vosotros habéis generado y del que me acusáis.

¡Abajo vuestra necia soberbia! Aprended del publicano a reconocer que sois indignos, que os habéis hecho indignos de vivir bajo la Mirada que es protección. Arrojad lejos de vosotros la vana sed de la tierra y acercaos a la Fuente de Vida que fluye para vosotros desde hace veinte siglos. Injertaos la Vida en los corazones que mueren engangrenados en el pecado o consumidos en la indiferencia.

Llamadme a vuestros sepulcros. Soy el Cristo, el Resucitador. Sólo pido que me llaméis para acudir y decir: "Sal fuera". Fuera de la muerte. Fuera del mal. Fuera del egoísmo, fuera de la lujuria, fuera del odio maldito que os consume sin alegraros. Fuera de lo que es horror para entrar en Mí, para entrar conmigo en la Luz, para renacer en el Amor, para conocer la verdadera Ciencia, para conseguir la Paz y la Vida, que siendo mías tienen de Mí la eternidad» [119].

24 de septiembre

Dice Jesús:

[119] La escritora añade a lápiz: *Jeremías cap.* 4° *v.* 4 *y v.* 22

«Animo, María. Piensa que sufres los dolores de mi agonía. También Yo tenía muy mal los pulmones y el diafragma, y cada respiro, cada movimiento, cada latido, era un dolor añadido al dolor. Y no estaba como tú sobre una cama, sino cargado de un peso y por calles en cuesta. Y después suspendido, bajo el sol, con tanta fiebre que me golpeaba en las venas como si fueran infinitos martillos.

Pero no eran éstos los dolores más graves. La que me era más tormentosa era la agonía del corazón y del espíritu. Y mucho más tormentosa, después, la certeza de que para millones de hombres mi sufrimiento era inútil. No obstante esta certeza no ha disminuido en un átomo mi voluntad de sufrir por vosotros.

¡Oh! ¡dulce sufrir, María, porque ofrecido para reparación al Padre y por vuestra salvación! Saber que aquel signo que había quedado sobre vosotros, ofensa, que hubiera sido eterna, de la raza humana a Dios, era lavada con mi Sangre, y que mi morir os daba de nuevo la Vida. Saber que, pasada la hora de la Justicia, el Amor os habría mirado a través de Mí, Inmolado, con amor. Todo esto injertaba una vena de bálsamo en el océano de una amargura tal que a su lado es poco menos que nada la mayor de las amarguras padecidas sobre la tierra desde que el hombre existe, porque sobre Mí pesaban las culpas de toda una humanidad y la ira divina.

He dicho: "Sed semejantes a Mí que soy manso y humilde de corazón". Lo he dicho a todos porque sabía que en esta imitación estaba la llave de vuestra felicidad sobre esta tierra y en el Cielo.

Tenéis todas las calamidades que tenéis, porque no sois mansos y no sois humildes. Ni en las familias, ni en vuestras ocupaciones y profesiones, ni en el ámbito más amplio de las Naciones. La soberbia y la ira os dominan y generan tantos de vuestros delitos.

El tercer agente de delitos es vuestra lujuria; esto os parece individual, pero éste y los dos primeros implican a muchos, muchos y muchos individuos, continentes enteros, tales que trastocan la Tierra, sólo con haber alcanzado la perfección del mal en el alma de unos pocos hijos de Satanás, que le obedecen para colmar de mies malditas los graneros de su padre.

Y en verdad os digo que ahora es un momento en el que, por orden del padre de la mentira, sus hijos siembran entre las almas, que estaban creadas por Mí y que inútilmente he fertilizado con mi Sangre. Mies más abundantes de cuanto pudiera concebir toda diabólica esperanza, y los Cielos se estremecen por el llanto del Redentor que ve la destrucción de los dos tercios del mundo de los cristianos. Y decir dos tercios es todavía poco.

He dicho a todos: "Sed mansos y humildes de corazón para ser semejantes a Mí". Pero a mis benditos, amadísimos hijos, a los predilectos de mi corazón, a mis pequeños redentores, cuyo sacrificio que mana gota a gota da continuidad al fluir del manantial redentor que brota de mi Cuerpo desangrado, Yo digo, y lo digo estrechándoles al Corazón y besándoles en la frente: "Sed semejantes a Mí que fui generoso en el sufrimiento por el gran amor que todo me infundía".

Más se ama y más se es generoso, María. Sube. Toca la cumbre. Yo te espero en la cima para llevarte conmigo al Reino del Amor».

25 de septiembre

Dice Jesús:

«Puede causarte asombro el que te hable a ti, que eres célibe, de este tema. Pero tú no eres sino la "portavoz" y por ello debes sujetarte a transmitir cualquier cosa. Lo que digo ahora sirve a los demás. Sirve para corregir uno y más errores, cada vez más arraigados en el mundo.

El mundo se divide en dos grandes categorías. La primera, que es amplísima, es la de los sin escrúpulos de ninguna clase: ni humanos ni espirituales. La segunda es la de los piadosos, la cual, sin embargo, se subdivide en otras dos clases: la de los justamente piadosos y la de los pequeñamente piadosos. Hablo a la primera gran categoría y a la segunda clase de la segunda categoría.

El matrimonio no está condenado por Dios, tanto es así que Yo he hecho de él un sacramento. Y aquí no hablo ni siquiera del matrimonio como sacramento, sino del matrimonio como enlace, como Dios Creador lo ha hecho creando hombre y mujer para que se unieran formando una sola carne, que una vez unida ninguna fuerza humana puede separar, ni debe separar.

Yo, viendo vuestra dureza de corazón, cada vez más dureza, he cambiado el precepto de Moisés sustituyéndole con el sacramento. El fin de mi acto era ayudar a vuestra alma de cónyuges contra vuestra carnalidad de animales y un freno contra vuestra ilícita facilidad de repudiar lo que antes habéis elegido para pasar a nuevos cónyuges ilícitos, con daño de vuestras almas y de las almas de vuestras criaturas.

Se equivoca tanto quien se escandaliza de una ley creada por Dios para perpetuar el milagro de la creación -y generalmente éstos no son los más castos sino los más hipócritas, porque los castos no ven en el enlace sino la santidad del fin, mientras que los otros piensan en la materialidad del acto- como quien con ligereza culpable cree poder sobrepasar impunemente mi prohibición de pasar a nuevos amores, cuando el primero no ha sido deshecho por la muerte.

Adúltero y maldito es ese viviente que separa una unión antes querida, por capricho de la carne o por intolerancia moral. Que si él o ella dicen que el cónyuge es ahora para ellos causa de peso y repugnancia, Yo digo que Dios ha dado al hombre reflexión e inteligencia para que la usen, y mucho más para que la usen en casos de tan grave importancia como es la formación de una nueva familia; Yo digo aún que, si en un primer momento se ha errado por ligereza o por cálculo, es necesario después soportar las consecuencias para no crear mayores desgracias que recaen especialmente sobre el cónyuge más bueno y sobre los inocentes, llevados a sufrir más de lo que la vida conlleva, y a juzgar a los que Yo he hecho injuzgables por precepto: el padre y la madre. Digo en fin que la virtud del sacramento, si fuerais verdaderos cristianos y no los bastardos que sois, debería actuar en vosotros, cónyuges, para hacer de vosotros un alma sola que se ama en una carne sola y no dos fieras que se odian atadas a una misma cadena.

Adúltero y maldito es ese viviente que con engaño obsceno tiene dos o más vidas conyugales y vuelve al lado del otro cónyuge y al lado de los inocentes con la fiebre del pecado en la sangre y el olor del vicio sobre los labios mentirosos.

Nada os hace lícito ser adúlteros. Nada. Ni el abandono o la enfermedad del cónyuge; y mucho menos su carácter más o menos odioso. La mayoría de las veces es vuestro ser lujuriosos lo que os hace ver odioso al compañero o compañera. Lo queréis ver tal para justificar ante vosotros mismos vuestro vergonzoso obrar que la conciencia os reprocha.

Yo he dicho, y no cambio mi decir, que es adúltero no sólo quien consuma el adulterio, sino quien desea consumarlo en su corazón porque mira con hambre de sentidos a la mujer o al hombre no suyo.

Yo he dicho, y no cambio mi decir, que es adúltero quien con su modo de actuar pone en condiciones de ser a su vez adúltero el otro cónyuge. Dos veces adúltero, responderá por su alma perdida y por la que ha llevado a perderse con su indiferencia, descuido, villanía e infidelidad.

A todos éstos incumbe la maldición de Dios, y no creáis que esto sea un modo de hablar.

El mundo se quiebra en ruinas porque antes se han arruinado las familias. El río de sangre que os sumerge ha tenido los diques de contención resquebrajados por vuestros vicios singulares que han empujado a gobernantes más o menos grandes -de los jefes de estado a los jefes de pueblecitos- a ser ladrones y prepotentes para tener moneda y lustre para sus codicias.

Mirad la historia del mundo: está llena de ejemplos. La lujuria está siempre en la triple combinación que provoca el surgir de vuestras ruinas. Han sido destruidos estados enteros, naciones desarraigadas del seno de la Iglesia, grietas seculares creadas para escándalo y tormento de razas por el hambre de carne de los gobernantes.

Y es lógico que sea así. La codicia extingue la Luz del espíritu y mata la Gracia. Sin Gracia y sin Luz no os diferenciáis de las bestias y por eso cometéis acciones de bestias.

Hacedlas, si así os gusta. Pero recordad, viciosos que profanáis las casas y los corazones de los hijos con vuestro pecar, que Yo veo y recuerdo y os espero. En la mirada de vuestro Dios, que amaba a los niños y ha creado para ellos la familia, veréis una luz que no quisierais ver y que os fulminará» [120].

26 de septiembre

Dice Jesús:

«Habéis leído en mi Evangelio el envilecimiento del hijo pródigo que ha malgastado en vicios las riquezas recibidas del padre y se reduce a cuidar cerdos. Pero ¿pensáis que esto sea la mayor bajeza?

En verdad os digo que si os fuera concedido subir a mi presencia con vuestro cuerpo y vuestros vestidos y uno de vosotros subiera, por la muerte que os lo lleva, con su vestido más sucio de porquero que muriendo hubiera caído en medio a la pocilga cubierta de suciedad, no causaría tanto asco a los celestes habitantes de mi Reino y no suscitaría mi indignación cuanto lo hace el aparecer del alma de un apestado por los vicios carnales.

El primero tendría una suciedad que desaparece y que no es juzgada con rigor: fruto de su penoso trabajo atrae, más bien, sobre el honesto mayoral la bendición divina. La segunda es una suciedad que no desaparece: lepra del alma, la ha cubierto de gangrenas fétidas que la han corroído sin límite en el tiempo. Por los siglos de los siglos el vicioso impenitente tiene su alma digna de Satanás.

Y cuando digo "vicioso" no aludo solamente a ciertas formas de vicio que vosotros mismos juzgáis tales. Las juzgáis así y de todas formas las practicáis porque sois necios que no sabéis reaccionar a los estímulos del mal. No tenéis en vosotros mi Fe. Si la tuvierais venceríais la carne. Pero no la tenéis y el sentido predomina sobre el alma. Cuando digo "vicioso" aludo también a vuestros ocultos pecados de sentido, por los que hacéis del matrimonio una prostitución y destruís el motivo por el que fue creado.

Dios no hizo hombre y mujer para que llegaran a cansarse y sentir náuseas en sus vicios. Los ha hecho por una altísima razón. Cuando ha dicho: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza y démosle una ayuda para que no esté solo", con su divino Pensamiento ha supuesto que además de la parte espiritual e intelectiva, que os hace semejantes a Dios, fuerais semejantes a Él en el crear otras vidas. ¿Os dais cuenta de la sublime semejanza que os ha dado Dios? La de crear otras criaturas: creadores vosotros también, hombres y mujeres que os casáis, creadores de hombres como el eterno Dios.

Y bien, ¿qué habéis hecho con tal misión? Renegáis contra la culpa de Eva, vosotras,

---

[120] La escritora añade a lápiz: *S. Marcos cap. 10, v.* 5-16

mujeres, cuando sufrís; maldecís la culpa de Adán, vosotros, hombres, cuando trabajáis. Pero la Serpiente ¿no está aún entre vosotros, en el interior de vuestras casas, y no os enseña con su rastrero y baboso abrazo y susurro la inmoralidad que os hace repudiar vuestra misión creadora? Y ¿no es vicio éste de adherir al sentido hasta la náusea y de negarse a la paternidad y a la maternidad?

Sed continentes si teméis no tener vestidos y alimentos para los recién nacidos. La castidad no es exclusividad de los vírgenes. La virginidad es la máxima esencia de la castidad, y está depositada en el corazón de los elegidos para seguir al Cordero y para hablar un lenguaje concedido sólo a ellos. Pero si el candor de los vírgenes se tiñe con el fulgor que emanan el Verbo de Dios y la purísima Madre del Verbo, la estola de los cónyuges santos que supieron ser castos se dora con la luz que emana del más casto, bueno y santo de los cónyuges: mi padre putativo que es ejemplo de todas las virtudes conyugales.

. Sed castos en el interior de vuestras casas como fuera de ellas. Pensad que para Dios nada hay escondido. Dejad a los hijos de Satanás ciertos delitos ocultos. No seáis inferiores a las bestias que comprenden la belleza del procrear y que saben imponerse un freno cuando la estación adversa negaría nutrición a sus pequeños.

Amaos y amadme pensando no en el pequeño día de aquí abajo, sino en el día eterno, y haced que sea para vosotros de Luz plena.

Benditos desde ahora, cónyuges, que sabéis ser santos y vivir en mi Ley. En vuestro hogar toman asiento los ángeles y no rehúsan velar vuestro reposo, porque nada de vosotros ofende a estos luminosos espíritus que ven mi rostro y, bienaventurados por su Luz, no pueden mirar lo que está en absoluta antítesis con la Luz.

Y vosotros, cónyuges que no sois tales, volved al recto camino. Vuestras riquezas no aumentarán negando el surgimiento de una vida. Éstas, como en una criba sin fondo, se escaparán por mil regueros, porque otros vicios y pecados asaltarán vuestros haberes y seréis pobres en el mundo y en el Cielo por vuestra culpa.

Recordad mis mandamientos y mis palabras. A quien vive en Dios, Dios provee».

27 de septiembre

Dice Jesús:

«He dicho: "Si permanecéis fieles a mi Palabra seréis verdaderamente mis discípulos, conoceréis la Verdad y la Verdad os hará libres".

Permanecer fieles a mi Palabra quiere decir ser fieles a Cristo, porque la Palabra del Padre es Jesucristo, vuestro Redentor. Por eso permaneciendo fieles a mi Palabra permanecéis fieles a nuestra eterna Trinidad, porque si amáis al Verbo amáis también su origen y amándole a Él amáis también al Espíritu Santo que, junto al Padre, ha provisto a enviar a Cristo a la tierra para daros la Doctrina de Vida y la Redención.

He aquí por qué no es verdadero fiel quien me ama pero no ama a mi Origen y no ama a mi Hacedor: el Amor; porque es el Amor quien ha generado Cristo a los vivientes, como el Padre ha generado el Hijo Verbo [121], es el Amor quien ha generado al hombre el Redentor uniendo las dos naturalezas divina y humana en un único nudo de fuego del que ha venido al mundo la verdadera Luz.

Quien ama sólo a Uno de la Trinidad Santa y no ama a los Otros Dos, no es un verdadero fiel y falta hacia la Caridad y la Fe. Faltando hacia la Fe falta también hacia la Verdad, porque pone en duda la Verdad que Yo he venido a traeros y se niega a conocerla poniendo un

[121] E*l Hijo- Verbo* es lectura incierta en italiano. Podría leerse también *el Hijo, el Verbo*

impedimento a su inteligencia.

¿Cómo lo pone? Rechazando a Dios. Porque Dios es Caridad, y quien tan poco conoce la caridad de ser incapaz de amar lo que Dios ha hecho y lo que Dios ha donado, ¿cómo puede decir que está en Dios? Y si no está en Dios así como un hijo en el seno del padre, ¿cómo puede tener en sí la capacidad de entender el lenguaje sobrenatural del Padre?

¿Veis como la esencia de la Fe sea como un círculo maravilloso que no conoce interrupción y que os rodea con un único abrazo vital? Pero si vosotros lo rompéis violentamente por soberbia de la mente, por dureza de corazón, por el peso de la carne, entonces presenta una laguna que ninguna razón humana es capaz de colmar.

Y pasa con vosotros lo que siempre sucede. Que precipitáis fuera en el abismo abierto por vuestra voluntad que no acepta con sencillez de niños lo que la Bondad os dice que creáis, y en vuestro precipitar no os detenéis en el fango de la tierra. Ya sería una culpa, porque habéis sido hechos para el Cielo y no para ensuciar el alma con el fango de la tierra. Pero precipitáis más allá de la tierra, en los reinos de Satanás, porque quien vive separado de Dios, de su Palabra y de su Amor, mata en sí la Vida y su ser es alimento para el horrible fuego donde merodea el Odiador de Dios.

Creed también, hijos míos, que es suficiente rechazar una parte de Verdad para que en vosotros se produzca un caos. Que basta no acoger una verdad de mi doctrina para que se destroce todo el edificio de la Fe y encontraros como entre las ruinas de un edifico derrumbado, lleno de oquedades y de peligros.

¿No hace ahora el mundo moderno exactamente así? ¿No elige de mi decir lo que le resulta más cómodo y rechaza el resto? ¿No cree quizá en los puntos particulares negando los otros? Pero, hijos de mi amor, pensad. ¿Puedo Yo haber venido a deciros palabras inútiles? ¿Engañosas? ¿Imposibles de creerse y de practicarse?

No, criaturas de mi dolor. Yo no he dicho una sola palabra que sea inútil y no la digo. No he dicho una sola palabra que no sea verdadera y no la digo. No he dicho una sola palabra que sea imposible para el espíritu -digo para el espíritu que es generado por Dios, parte de Dios mismo encerrada en vosotros- que el espíritu no pueda creer. Yo no he dicho una sola palabra que vosotros no podáis practicar, basta que queráis hacerlo, porque Yo soy Inteligente, Justo, Bueno, y no doy órdenes necias, pesos superiores a vuestras fuerzas, ni tengo exigencias que por su severidad estén en contraste con la bondad.

Sedme fieles, queridos hijos. Aceptad mi Palabra sin quererla censurar, y donde no llega a entender vuestra debilidad volveos a Mí: Luz del mundo.

Por la millonésima vez Yo, Dios, os digo que no quiero vuestra destrucción sino vuestra salvación, y os tengo bajo mi abrazo como gallina clueca, temerosa de su prole porque me urge vuestra vida eterna. No salgáis de mi abrazo. Yo fiel a mis hijos y vosotros fieles a Mí.

Que hermoso será el día en que, después de habernos amado, a través de tanta distancia celeste, vendréis a Mí para siempre y nos podremos amar eternamente: luces retornadas a la Luz; vidas retornadas a la Vida; espíritus retornados al Espíritu; hijos retornados al Padre; desterrados retornados a la Patria; herederos de un Rey elevados al reino de vuestro Dios, Rey de los reyes y Señor del Universo» .

28 de septiembre

Dice Jesús:

«Un ejemplo de fe limitada y de las consecuencias que acarrea lo tenemos en Pedro.

Pedro en la pesantez de su ser no aun encendido por el Espíritu Santo y no corroborado por mi Inmolación que descendería sobre él como sobre todos -porque Yo amaba mucho a

mi generoso, impulsivo y también tan humano Pedro, en el que habían tantas dotes y tanta humanidad: verdadero campeón del hombre humanamente bueno y que para llegar a ser santo necesita injertar su bondad en la Bondad de Dios- Pedro no había aceptado totalmente mi Palabra. Su gran amor por Mí -yeso le ha absuelto de toda culpa- le llevaba a rechazar esas verdades de sangre que Yo anunciaba como reservadas para Mí.

"Señor, que esto no suceda nunca" había dicho una vez. Y aunque después de mi reproche no lo había vuelto a repetir, en el interior de su corazón se rebelaba ante la idea de que a su Señor le pudiera ser reservada una suerte tan horrible y que el reino de su Rey tuviera por palacio la cima de un monte y por trono una cruz.

Juan en cambio lo aceptaba todo; con el corazón que se le despedazaba pero también con el corazón de niño, para el que la palabra de quien le ama es verdad absoluta, inclinaba la cabeza y el corazón ante las predicciones de su Jesús y se preparaba a sí mismo, con fidelidad absoluta en su vida, a ser fiel al Maestro también en la hora de la Pasión.

Juan, el puro y devoto creyente, permaneció fiel. Pedro, que quería acoger de la Verdad las verdades que seducían su espíritu todavía demasiado amalgamado con la carne, me renegó. Y su culpa de aquel momento era una falta de valor, pero también y sobre todo una falta de fe.

Si hubiera creído fielmente en Mí, habría entendido que su Maestro no había sido nunca tan Rey, Maestro y Señor, como en ese momento en que parecía un delincuente común.

Entonces alcancé el vértice de la enseñanza porque hice de mi enseñanza no ya una teoría, sino un hecho verdadero.

Entonces asumí el reino sobre todos los que existieron, que existían y que existirían, y me puse púrpura y corona tales que no podía asumirlas más resplandecientes, porque la primera venía dada por la sangre de un Dios y la segunda era el testimonio de cuanta fuerza alcanza el amor de Dios por vosotros, de Dios que muere de martirio para quitar a los hombres de los martirios eternos.

Entonces tomé de nuevo plena y completamente mi aspecto de Señor del Cielo y de la Tierra, porque sólo el Señor del Cielo podía satisfacer al Señor Dios y sólo el Señor de la Tierra podía borrar la culpa de la Tierra; de Señor de la Vida y de la Muerte, porque ordené a la Vida que volviera a vosotros y a la Muerte que no matara más. Hablo de la vida y de la muerte del espíritu, porque ante mis ojos sólo tiene valor lo que es espíritu.

Bienaventurados, bienaventurados, bienaventurados los que saben ser verdaderamente creyentes en Mí. Siempre. Suceda lo que suceda y se muestre bajo cualquier luz. Que si una apariencia se levanta como muro escabroso y negro para amedrentar vuestra alma, pensad siempre que detrás del obstáculo, que dura poco, Dios, su Luz, su Verdad, están siempre, iguales e igualmente operantes hacia vosotros.

Pensad esto, con todo vuestro corazón y con toda vuestra mente, y sabréis actuar como verdaderos discípulos míos. Actuando así poseeréis la Verdad. Y la Verdad, que residirá como vida en el centro de vuestro ser, os conducirá a la Vida».

29 de septiembre

Dice Jesús:

«"Pedros" siempre han existido y existen tantos. Ellos quisieran de Mí dones de bienestar terreno que nunca he prometido dar, porque Yo os encamino al Cielo y no a las cosas de aquí abajo, y todo cuanto os doy de felicidad terrena es una añadidura que no merecéis y no podéis exigir, y que doy únicamente porque el noventa por ciento de los hombres es de tan carne y sangre que sin tener dones de esta tierra se rebelarían todos.

De todas formas os rebeláis, hijos ingratos, dándome la culpa del mal creado por vosotros mismos. ¡Si al menos supierais soportar con resignación el mal que es obra de vuestras malvadas acciones, de vuestras lujurias, de vuestras prepotencias y desenfrenos, de vuestros intereses y fraudes! Si supierais soportarlo diciendo: "Nos lo hemos merecido" ese mal se mutaría en bien, porque Dios tendría piedad de vuestra irreflexión.

Sí, si os viera humildes en el reconocimiento de vuestros errores, resignados a sufrir las consecuencias, filiales en el dirigir hacia Mí la mirada lagrimosa y la palabra suplicante, Yo que soy el Dios de la Misericordia y del Perdón, Yo que he venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido, y que no he perdido ni perderé en el transcurrir de los siglos -átomos de mi eternidad- mi sed de traeros salvación y bien, intervendría para salvaros aún, haciendo desbordar mi Amor y mi Misericordia sobre mi Justicia que me hiere antes a Mí que a vosotros, creedlo, pobres hijos míos, porque el deberos castigar, el deber dejar que vosotros mismos os castiguéis con sufrimientos creados por vuestro duro corazón y necio intelecto, es lo que constituye el dolor de vuestro Jesús, cuyo nombre es "Salvador" y no Justiciero, de Jesús que con tal de salvaros ha obrado, con el Padre y el Espíritu, ese milagro de indescriptible, inmensurable amor, ese milagro que ha dejado inmóviles con reverente estupor a los Cielos, que ha hecho temblar de ira a los abismos infernales y parar por una hora el curso de los astros y las leyes del universo, ese milagro que ha sido la separación de la segunda Persona de la divina Trinidad para descender: Luz eterna, Corazón de Dios, para hacerse corazón de hombre en el seno de una Virgen y luz para los hombres que habían apagado en ellos la luz.

Estos numerosos y nuevos Pedros -y nunca como ahora el mundo está lleno de ellos- cuando ven que no les doy lo que su humanidad desea, llegan a creer que Yo no soy lo que digo ser: es decir el Potente. Y ante esta creída impotencia mía, juzgan que no merece la pena seguirme y reniegan de Mí, exactamente como Pedro en aquella hora en que las apariencias estaban contra Mí.

Sin embargo, pobres hijos míos, son precisamente los momentos en los que, humanamente, parece que Yo esté ausente, aquellos en los que estoy inclinado sobre mis hijos y trabajo por ellos. Si no tuvierais en vosotros un espíritu contrario a Dios, y muchas veces ya en posesión de Satanás, sentiríais mi invisible Presencia y mi deseo de ayudaros. Pero huís de Mí. Preferís daros al amigo de un momento que seduce vuestra carne con satisfacciones dulces sólo en la superficie, pero después atosigantes en lo profundo y dañosas como un veneno mortal. Preferís daros, atados de pies y manos, al Enemigo en acecho.

Renegáis no sólo de Mí, vuestro Dios, sino de vuestra dignidad de hombres, vuestra inteligencia que os hace semejantes a Dios por encima de todos los animales creados por el Padre, únicos capaces de pensar y actuar no con el rudimental instinto de las bestias, sino con un fulgor de inteligencia que os alza a esferas muy próximas a Nosotros. ¡Oh! ¡esto sí que os hace semejantes a Nosotros, y no el conocimiento del Mal! Pero vosotros escucháis siempre el silbido de la Serpiente y queréis conocer también el Mal para ser semejantes a Dios. ¡Oh necios, necios, necios!

Dios en su esencia perfecta puede conocer el Mal, porque el mal no tiene poder sobre Dios. Pero vosotros no. Vosotros no sois perfectos y el Mal no os deja indiferentes cuando lo queréis investigar, conocer y probar. El haber masticado esa experiencia trajo la condena del hombre al trabajo, de la mujer a la maternidad dolorosa, de la raza al Dolor y a la Muerte. Pero vosotros, no persuadidos aún, queréis siempre ese alimento de infierno, que se desarrolla en vosotros cada vez más en obras malditas que aumentan dolor y muerte, fatigas, hambre y todo castigo sobre esta tierra y más allá, porque, repito, me acusáis hacedor

del mal que creáis, y me maldecís por lo que soy inocente.

Salís de Dios con ira, hijos cegados por vuestro rencor, y caéis en el barrizal de Satanás. Estáis en el barrizal hasta el cuello y no queréis agarraros a la Fe, amarra espiritual que os lanza a vosotros, náufragos, la Bondad eterna.

Si tuvierais esa Fe verdadera, como Yo os dije que deberíais tener, ninguna prueba contraria podría hacérosla perder, y venceríais los sucesos adversos porque forzaríais las puertas de la Misericordia, tan poco cerradas y que no piden sino ser abiertas y atrincheraríais las de la Justicia, abiertas para castigar vuestros delitos y que, por el amor infinito que os tenemos, deseamos cerrar.

¿ Qué debéis hacer con mis renegadores? Lo que Yo hice por Pedro. Llorar y orar para reconducirlos a Mí.

No os toca elegir un puesto en el Cielo, se lo he dicho a Santiago y a Juan y os lo digo también a vosotros. Y sabéis cuáles son las obras que hay que cumplir para merecerlo. Sólo tenéis que mirar a vuestro Jesús para saber cómo debéis actuar. Caridad, caridad, sobre todo caridad. En todos verme a Mí, vuestro Dios, servir a los hermanos como Yo os he servido hasta el holocausto de mi vida para arrancar almas a Satanás.

Almas, he dicho. Con esto no quiero decir que no debáis tener caridad también por los cuerpos de vuestros hermanos. Las obras de misericordia corporales sirven para preparar el camino a la más alta obra de misericordia que es la de dar de beber, de comer, vestir, cuidar las almas desnudas y pobres, hambrientas y sedientas de vuestros pobres hermanos, alejados de mi Redil o crecidos fuera de él, y que mueren en el desierto.

Os toca a vosotros, cristianos, y sobre todo a vosotras, mis amorosas, benditas, dilectísimas víctimas, flores vivas que exhaláis para Mí todo vuestro espíritu de flor y que viviréis como eternas rosas en el Cielo, os toca a vosotros, mis verdaderos amigos, reconducir hasta Mí a los errantes, sin juzgar si merecen ser dignos del Cielo.

No os toca a vosotros juzgar sobre el premio o el castigo. Sólo Yo soy Juez. A vosotros sólo os concierne reconducir, con mis mismas armas: oración y sacrificio, y después por último la palabra, a los pródigos a la casa del Padre; para poder colmar de júbilo el Corazón de Dios y llenar de gozo los Cielos por un nuevo pecador que se convierte, deja las tinieblas y vuelve a la Luz, a la Verdad, al Amor».

30 de septiembre

Dice Jesús:

«Es el signo que diferencia a mis verdaderos discípulos de los falsos.

El verdadero discípulo no ambiciona ser conocido como superior a los demás. Humilde como su Maestro y como mi Madre dulcísima, custodia con todo cuidado sus potencias sobrenaturales bajo un aspecto de vida común. Para él es sufrimiento el ver descubierta su verdadera naturaleza y, si fuera posible obtenerlo, quisiera que nadie se diera cuenta de ello y sobre todo que no hablara de ello.

El falso discípulo, al contrario, se auto eleva, se auto celebra y atrae la atención de todos sobre sus actos y sobre sí mismo; los unos y el otro igualmente hipócritas. Con falsa humildad se las ingenia de tal modo que obliga a los demás a verlo en la luz que a él le gusta, esto es, en una luz de santidad que en cambio es doble pecado de mentira y de soberbia. Pero, hija mía, como una flor de papel se diferencia de una flor verdadera, así el falso discípulo se diferencia del verdadero. Puede engañar a quien mira superficialmente, pero no engaña a quien se acerca a él con atención.

Además -sábelo- sobre quien es otro pequeño Yo, tanto vive en Mí y obra por Mí, hay un

signo que las almas advierten. Las almas, he dicho. Es inútil apenarse si los demás no se dan cuenta. El alma poseída por Dios exhala un perfume y una luz que son de Dios, de Dios viviente en ella. Y tú sabes que, cuando son intensos, el perfume y la luz traspasan cualquier cerrojo. Y ¿qué luz y perfume serán más intensos que los de Dios? Pues si una vista y un olfato humano, o sea limitados, logran percibir luz y perfumes aunque estén bien encerrados, ¿quieres tú que el alma, cuya sensibilidad no es humana sino espiritual, no perciba el olor de Dios y la luz de Dios viviente en un corazón?

Ya te lo he dicho otras veces, que vosotros, mis predilectos, sois luz y perfume en el mundo y embalsamáis de Mí a los hermanos y a ellos transmitís mi Luz que está en vosotros. Y entonces ¿por qué te sorprendes? Deja que el mundo diga, que el mundo bueno y también el menos bueno diga: "Tú eres una hija de Dios". También esto sirve para conducir a Mí. Sé tú "María" también en esto y di tu Magníficat. María no se exaltaba en la soberbia por las alabanzas de los demás, pero tampoco negaba las grandes cosas que Dios hacía en Ella.

Que María, o sea tú, no se exalte nunca. Como una flor bajo el sol, deja que los demás vean cómo el Sol la abraza y humildemente diga: "Soy hermosa por tu gracia", y caritativamente done a todos la alegría que Dios pone en ella con su caricia de luz y con su perfume de verdad. Y haga todo esto imitando mi silencio y el de María. ¡Santa virtud el saber callar! El silencio, María, habla más que cualquier palabra cuando es silencio de amor».

1 de octubre
19 horas

Pongo como premisa que desde ayer me he quedado tan trastornada ante la profanación del secreto de Dios en mí, que he sufrido incluso físicamente con un buen colapso del corazón que me ha atormentado desde las 10 hasta las 17 horas. Y aun he sufrido más espiritualmente.

Entiendo y compadezco la pequeña curiosidad de muchas almas y les aplico todos los atenuantes. Muchas veces, midiendo a los demás con su medida, alaban etc. etc., creyendo que esto guste a algunos como les gusta a ellos. Pero cuando estos tales están ya totalmente trabajados por el buen Dios, tienen reacciones muy distintas de las comunes. Y no gozan sino que sufren, sufren y sufren de oír ciertas alabanzas y de ver irrupciones en su secreto.

Y yo he sufrido (y sufro aún). He sufrido tanto que me habían venido unas ganas locas de no escribir nada más, resistiendo (y sufriendo por ello, naturalmente) a la querida Voz, si ésta no hubiera querido contentarme con callar para no darme ocasión de servir a los demás de curiosidad. Pero... María nunca es escuchada por Jesús en ciertas cosas. Es Él quien impera, y lo que quiere, quiere. ¡Amén!

Abro la Biblia al azar con los propósitos antedichos en el alma de poner fin a mi misión de "escritorzuela del buen Dios". Y el libro se abre en el cap. 58 de Isaías; y Jesús habla así, respondiendo a todos mis "pero" y "si".

Dice Jesús:

«Quiero, absolutamente quiero que tú seas la que grita las palabras del Señor Dios tuyo, las palabras de indignación por los pecados de este pueblo mío que no quiere convertirse a Mí, y las palabras de amor que como aceite sobre olas revueltas se derraman de mi Corazón turbado por vuestro modo de actuar y aplacan la tempestad de la Justicia ofendida para atraeros a Mí, ¡oh infelices hijos que tan atrozmente y tan diabólicamente morís en cuerpo y

alma!

Te lo he dicho infinitas veces, bajo forma de luz o de sonido y te lo he hecho entender: "Tú ya no te perteneces. Eres una célula mía y debes obedecer al Todo que soy Yo, tu Maestro y Salvador y Salvador del mundo entero. Por eso sigue adelante y nunca te permitas rechazar mi Querer. Yo me ocuparé de tutelarte a ti. Tú sigue adelante siendo mi pequeño Juan a quien me es de tanto alivio confiar mi pensamiento y encomendar mi voluntad.

Mira, María. Este pueblo mío, hecho más extranjero y rebelde que verdadero pueblo mío - porque es mío solamente de nombre, pero en realidad milita bajo otras banderas y obedece otras leyes que no son ciertamente la bandera de Cristo y la Ley de Dios- este pueblo me va buscando. Pero ¿cómo me busca?

Un día, lo he comparado con un ciego. Hoy lo comparo con un ebrio. Está en efecto ebrio por haberse saciado, hasta el embrutecimiento, de sus vicios. El ebrio es un incapaz de comprender y de guiarse. Su mente va a ciegas en las neblinas del vino y esto lo hace inferior a las mismas bestias.

¡Me busca! ¡Oh! pueblo de locos y de desleales, que habéis minado la integridad de vuestro espíritu con las fiebres de los sentidos y de los pecados y que habéis traicionado a Dios ¿cómo puedes encontrarme, pueblo que eras mío, si no te quitas el vestido de suciedad y no vuelves con el espíritu a tu Señor, pero lo haces realmente, y no por hipócrita y esporádico culto cuyo estímulo viene dado no por el amor sino por la necesidad, por el miedo, por el interés, los tres terrenos útiles sólo para vuestra parte que muere y no para el alma inmortal?

Pero si además vosotros, en vuestra jactanciosa injusticia, creéis ser vivientes en la Justicia y os auto alabáis como fieles a la ley de vuestro Dios y acusáis a Dios de no ser bueno porque os castiga por culpas que no habéis cometido, si además hacéis todo esto, Yo, la Verdad que no yerra, os digo que está más vivo uno, enterrado no desde hace cuatro sino desde hace diez veces cuatro días en el hedor de un sepulcro, que vosotros que tenéis el alma corrompida en siete y diez puntos por las gangrenas de vuestros evidentes o solapados pecados. Y los solapados no son los menos graves. Sino que con frecuencia son doblemente culpables porque huyen de la ley humana y engañan a los demás en el juzgaros por lo que sois.

Los demás: hombres. No Dios quien ve el hormiguero de gusanos que ha sustituido vuestra alma de luz, esa alma que os di y que redimí y que quiero como si fuera una parte de Mí mismo, y místicamente, lo es porque sois los miembros de mi místico Cuerpo y el más pequeño de vosotros, en la tierra, es ante mis ojos igual e incluso superior al más grande, porque Yo no miro las fangosas glorias de la tierra sino vuestro verdadero valor que viene dado por lo que sois respecto de las leyes eternas.

Vuestra injusta reprobación sube a mi trono y, si el pecado me ofende como suciedad lanzada a mi Sublimidad, vuestro reproche inmerecido e irrespetuoso es como un humo que me molesta y me fuerza a alejarme de vosotros cada vez más para esquivarlo.

¿Habéis orado? ¿Habéis frecuentado las iglesias? ¿Habéis ayunado? ¿Habéis evitado matar y robar? ¿Y qué? ¿Qué habéis hecho de más de cuanto no fuera vuestro estricto deber? ¿Y cómo lo habéis hecho?

¿Habéis orado cómo y por qué? Mal, con el alma ausente o con el alma sucia de odio, y casi siempre por vuestros intereses personales, por lo tanto egoístas. Por eso vuestra oración estaba separada de la caridad. Y ¿cómo queréis que me haya sido ofrecida por vosotros si no tenéis el áureo cáliz en el que posada para alzada a mi trono?

¿Habéis frecuentado la iglesia? ¿Cómo y por qué? Por costumbre, por hipocresía, por cotilleo. Cuanta murmuración se hace incluso en el templo santo de vuestro Dios, ante Mí

humillado en el Sacramento de amor para enseñaros qué entrega debe alcanzar el ser para ser agradable al Eterno y útil a los hermanos.

¿Habéis ayunado? ¡Ay de mí, vuestros ayunos que, cuando verdaderamente los hacéis, son tan pequeños, no por cantidad, sino por espiritualidad! Y os negáis un bocado de pan y después acontentáis la gula con la superficialidad. Vuestros ayunos hechos sin voluntad de amor, sino sólo por temor del castigo divino. ¿Pero no sabéis que es mejor ayunar de una palabra áspera que de una suntuosa comida? .

¿Habéis evitado el matar y robar? ¡Oh! no por Mí. Por miedo a vuestras cárceles. He aquí por qué. Y este miedo no siempre os detiene. Y además, ¿pero creéis que haya mucha diferencia, mentirosos en el espíritu, entre quien mata un alma arrastrándola al malo mata una reputación o roba un edificio, una mujer a un marido, un marido a una mujer, un hijo a los padres, y aquel que da una cuchillada o roba un bolso? Al contrario, en verdad os digo, que entre quien mata un cuerpo en un ímpetu de ira y quien mata un alma o una reputación. con lenta y premeditada acción, que entre quien roba un bolso y quien roba una persona a sus familiares, es mucho más culpable el culpable hacia el espíritu que no el otro. Y ésta es la verdad.

Yo quiero, para amaros y ayudaros, desgraciados hijos que por vosotros mismos os hacéis todo el mal por el que morís, que impongáis a vosotros mismos otro ayuno bien distinto, más bien otra oración, más bien otro modo de actuar. Poned en ayunas vuestros sentidos, criaturas hambrientas de toda sensualidad; sabed orar con vuestras obras más que con vuestros labios; actuad como Yo os he dicho que actuéis, Yo y ningún otro, que uno sólo es el Maestro y aquel Uno soy Yo: la Inteligencia, la Justicia, la Caridad.

¡Oh! ¡entonces cómo cambiará todo para vosotros! No seréis ya los bastardos, los extranjeros, los rebeldes de vuestro Señor, sino que volveréis a ser mis hijos, volveréis a ser mi alegría y Yo seré la vuestra. Qué lejano os parecerá entonces el tiempo en el que erais como ovejas desperdigadas que golpeaban todos los que pasaban, y a todos les era lícito reírse de vosotros y criticaros como locos que viven de la limosna que les proporciona la miseria de la que tantos se ríen.

Volved al Señor Dios vuestro. La hora es plena. Plena de todas las maneras. Cuatro son los cálices colmados. Dos divinos y dos infernales. En estos últimos hay destrucción para la tierra y muerte para el espíritu. En. los otros, divinos, hay Justicia en uno y Misericordia en el otro. A vosotros, que atraéis con vuestro actuar las olas desbordantes de los cálices infernales, os toca lograr que el otro cáliz de castigo -el divino- no se vacíe sobre vosotros, sino que más bien sea mi Misericordia la que descienda sobre el mundo que muere, sobre el hombre que muere, sobre el espíritu que muere. Ella es Vida, queridos hijos. No tardéis más en atraer mi Piedad sobre vosotros.

Venid a vuestro Salvador. En mi Corazón abierto, que habla de amor, encontráis lo que habéis malgastado: el amor. Si amáis seréis salvados. Todo es fácil para quien ama y todo le es perdonado a quien ama. Soy el Cristo que ha absuelto a la pecadora porque mucho amó. Soy aquél y no cambio. Estoy aquí, inclinado sobre vosotros, como un padre sobre el lecho del hijo enfermo y un médico sobre un paciente para salvaros aún, para salvaros siempre.

Dejaos abrazar por vuestro Dios, dejaos curar por vuestro médico, dejaos salvar por vuestro Salvador. Sólo pido esto: que os dejéis salvar por Mí viniendo a Mí con vuestra alma enferma, pero llena de buena voluntad. Mis manos que han sanado a los leprosos cuando aún no habían sido doblemente santificadas por el martirio, además de por su naturaleza de manos de un Dios, vierten de los agujeros gloriosos de sus palmas el agua que limpia y el bálsamo que hace incorruptibles.

Venid a Mí. Os exhorto a ello como Maestro. Os lo ruego como uno que os ama porque os

amo y con un amor tan grande que sólo en el Cielo podréis ver su inmensidad sin quedar demolidos.

Y tú, pequeña hija de mi Corazón, vete en paz. Porque has sabido amarme hasta el extremo, te he confiado la mayor Palabra que existe. Ella es en ti como una estrella cerrada en tu espíritu y te ilumina con luz de paz y de vida.

Permanece en lo que eres y sé bienaventurada en Mí. Mi Paz pone su bálsamo sobre todos tus distintos modos de sufrir. Te bendigo y soy Jesús».

2-3 de octubre

Veo toda la justicia de tu actuar, mi Jesús, pero siento también todo el tormento de este nuevo dolor. ¡Qué dolorosos son algunos "fiat", amor mío!

Pienso que Tú sobre tu Cruz veías, al menos la veías, a tu Madre, y que yo en cambio en mi larga agonía la he tenido tan poco cercana, poco por causas justas y poco por causas injustas, debidas a su modo de pensar. Y estaré sola, en manos de extraños, en la hora de la muerte. Pienso que Tú has asistido también a tu Padre putativo, y yo no. Por ello me viene el pensar que en esto no soy semejante al Maestro, sino que he superado al Maestro con un sufrimiento moral que Tú no has tenido.

Y miro a tu Madre que ha conocido este dolor de no asistir a su padre y a su madre... Tampoco digo: que ha conocido el de no tenerte cerca en la última hora, porque pienso que Tú habrás estado con Ella para rendirle el amoroso ministerio de acunar su último sueño como Ella acunó el primero tuyo. Pero yo no he sido acunada por mamá en el momento del nacimiento y estaré sola en la muerte.

Jesús, ¡estate cerca de mí! Nunca te he pedido que te hagas notar, porque pienso que es bonito dejarte libre de hacer como te plazca, pero ahora te lo digo, ahora te lo suplico porque no resisto mi dolor tan privado de consuelos.

¡Ayúdame, Jesús! Ayúdame a saber sufrir y a no enloquecer, porque en mi pobre cabeza, tan llena de sufrimiento y de dolor moral, Tú sabes mejor que yo lo que puede suceder. Tómamela entre tus queridas manos, Jesús.

Me has prometido [122] serme madre, padre, además de hermano y esposo. Ha llegado la hora de serlo [123].

Tómame, porque Tú ves lo que sufro...

Dice Jesús:

«Sólo pido tomar entre mis manos, esta cabeza tuya coronada de dolor y tu corazón traspasado por él.

Yo no falto nunca a mis promesas. Estoy contigo y ni siquiera te digo: "No llores" sino más bien te digo: "Llora entre mis brazos". Hay dolores que requieren lágrimas, y Yo no impido lo que es justo. Nunca. Llora y escucha. Las lágrimas se secarán al calor de mis palabras.

Es verdad que tú tienes lo que Yo no he tenido: o sea la lejanía de tu madre. Pero piensa, hija mía, que tú no eres inocente y que ella no es inocente. Yo y mi Madre lo éramos, y sin embargo estuvimos unidos y separados en la muerte. Te dije [124] que el verme, en lo alto de la cruz, era desgarro sobre desgarro para mi Madre. ¡Y éramos los Inocentes!

---

[122] En el dictado del 12 de agosto

[123] Al día siguiente, 4 de octubre de 1943, moría Iside Fioravanzi, madre de la escritora.
Nacida en Cremona en 1861, había sido profesora de francés antes de casarse, en 1893, con el suboficial de caballería José Valtorta (nacido en Mántova en 1862 y muerto en Viareggio en 1935). De carácter autoritario, fue siempre muy severa con el dócil marido y con la única hija.

[124] En el dictado del 13 de septiembre

Tu sufrimiento y el sufrimiento de tu madre no son sin un fin, María. ¿Te parece que tu Jesús pueda hacer algo inútil? ¿Te puede surgir la sospecha de que Él, que te ama tanto y ama a tu madre porque también ella es una hija de mi Redención, pueda dar dolores sin un fin santo? No, María. No me has pedido que tenga todas las misericordias con el alma de tu madre? Que sepas, entonces, que su sufrimiento sobre la tierra, en esta larga enfermedad, es para disminuir su expiar futuro, y que tu sufrimiento tiene el mismo fin.

Sé que esto te hace trizas. Pero si la aceituna no fuera triturada, ¿podría dar el aceite que nutre, que sana y que consagra?

Dije a la hermana de Lázaro: "Quien cree en Mí no morirá para siempre". No todos llegan a tener esa fe en Mí necesaria para tener rápida resurrección en la gloria de mi Paraíso.

Necesito que existan aquellos que crean, que crean no una sino siete veces, por aquellos que creen tibiamente, para dar a los tibios un último resplandor de fe, y tan absoluta, que les haga aparecer en mi presencia revestidos de este extremo resplandor. Voy mendigando heroísmos de fe y de generosidad a los obreros de la última hora, para que paguen por estos obreros que están privados de celeste moneda.

Y te lo he dicho ya [125] la primera de estas limosnas espirituales va destinada a los de la propia sangre.

Nunca te ha dicho "gracias" sobre esta tierra, con su boca mortal. Pero piensa en tu alegría futura, cuando sea el alma inmortal de tu madre la que volviéndose a unir a ti te diga: "Gracias, María, por la verdadera vida que me has dado". Será como si tu madre naciera de ti, y para la eternidad.

Deja tu corazón entre mis manos. Quisiera poder tener todos vuestros pobres corazones débiles, enfermos, heridos, doloridos, para fortalecerlos, para curados, para sanarlos, para consolarlos.

¡Si los hombres me dieran su corazón! No existiría más pecado sobre la tierra, no existirían más los vicios que os enferman carne y espíritu, no existirían más las crueldades recíprocas que hieren, no existiría más ese dolor sobresaltado de quien llora solo e incomprendido. Darme vuestros corazones sería la salvación del mundo.

Confiadme vuestros afectos, vuestros intereses, vuestras esperanzas, vuestros dolores, hijos que amo como a Mí mismo, así como os he enseñado. Ved en Mí no sólo al Señor, sino sobre todo al Amigo, al Hermano, al que os ama con un amor perfecto como perfecta es su naturaleza de Dios.

Mi pequeña discípula que sufres y escuchas, piensa que tu Maestro sufre más que tú. Consolémonos mutuamente. Yo lo soy Todo para ti y te tengo sobre el Corazón».

4 - 5 de octubre
1ª noche de huérfana

Dice Jesús:

«Una pena es más leve cuando se lleva entre dos. Yo estoy contigo.

Al mundo puede parecerle una crueldad este no dejarte tranquila ni siquiera en esta noche dolorosa. Pero dejemos que el mundo hable. Él ve, juzga y habla mal. La verdad es otra y esta verdad es también una irrefutable prueba de quién es Aquel que te habla. Prueba para los infinitos Tomases del día de hoy que no me perciben a Mí y mi Voz en tus páginas.

Sólo Dios justo y santo puede, en una hora de dolor como ésta, hacerte escribir palabras como las que escribirás. Sólo Dios. Y soy Yo.

[125] En el dictado del 17 de julio

Una de las cosas que más sorprendían al mundo pagano y conseguía nuevos y cada vez más numerosos prosélitos para la Iglesia, era la calma, la serenidad, la fortaleza de los mártires en la hora del martirio. Solamente de Dios les podía venir esta inquebrantable y serena paz. Pero el martirio de corazón no es menos atroz que el de la carne, y a los que tienen el corazón desgarrado sólo Dios puede comunicar el heroísmo de una resignación que verdaderamente es la cuarta frase del "Pater" vivida con toda la carne y el alma, la inteligencia y el espíritu.

El mundo ciego podrá incluso confundir tu calma heroica, don de tu Todo, por indiferencia. El mundo ensucia cuanto toca. Pero la suciedad no penetra en un bloque de oro o de diamante. Se os posa encima y después cae con la más pequeña ola de lluvia o de viento. .

Deja por tanto que los ciegos del mundo no vean. Los otros, en los que mi Espíritu es luz, leen ni Nombre en tu valor de martirio. Y tú, sufriendo con este valor, eres más misionera de tu Jesús que no cien predicadores de palabras no corroboradas por un hecho.

Hay una parábola mía que te presento en este momento. Es la de la higuera estéril. No llores, María. Ya sabes a quien quiero referirme. No llores.

He tenido hacia tu madre los mismos cuidados que el viñador con la planta negligente. Alábame por ello, María, porque he tenido . infinita misericordia con el alma que te era tan querida.

La hora de su juicio era mucho antes de ahora. He venido dos veces en el transcurso de estos años tuyos de dolor para observar esta planta espiritual, que ni siquiera tu orar inducía a producir frutos de vida eterna. Y las dos veces el hacha estaba ya en mi mano para abatir esa vida que se resistía a las invitaciones de la Gracia. Y las dos veces he detenido el golpe para dar ocasión a esa alma de no venir a Mí desnuda de buenas obras, realizadas con el alma reconciliada conmigo.

Soy el Jesús misericordioso y tenía piedad de ella y de ti que te consumías por ella.

He predispuesto los medios para un último trabajo. He enviado a un Siervo mío [126] para cumplir la mística fertilización de esa alma a través del Sacramento, más bien de los Sacramentos en los que mi Sangre fluye y mi Carne se hace alimento para daros salvación, perdón y vida eterna.

He cumplido todo cuanto podía cumplirse sobre esa materia, para obrar el milagro de adornar de frutos ese espíritu próximo a presentarse ante Mí. Y tú me has ayudado.

La he tomado ahora porque no podía dar más que esto y, dejándole más tiempo, la ventolera del sentimiento humano habría quemado, con el calor de sus resentimientos y de sus egoísmos, los frutos provocados por mi amor y por el tuyo.

Ella no te ha dicho "gracias". Pero Yo te lo digo por ella. Y ella, ahora, ya te lo dice, porque mi Luz le ha iluminado horizontes que su humanidad le velaba.

Hija, no llores. Lo demás vendrá después. Sigue orando y sufriendo por ella. Y espera en Mí.

Vete en paz, alma fiel. Yo no te abandono. Estás entre mis brazos que son más dulces que los de todas las madres».

5 de octubre Alba

Dice Jesús:

«He dicho: “A quien cree en Mí le haré brotar en el corazón fuentes de vida eterna". Pero ¿quizás no hago brotar, ya desde esta vida, fuentes de bálsamo que os curan a vosotros atosigados por el dolor? ¡Oh! Venid a Mí, todos los que lloráis. Creed en Mí todos los que

[126] En los días precedentes Padre Migliorini había dado la Comunión a la señora Iside, fallecida al mediodía del 4 de octubre

sufrís. Amadme, todos los que estáis desamparados.

Si cree firmemente en Mí, vuestra alma, que lucha y sufre sobre la tierra, será como pan caído en un barril de miel que lo penetra con su dulzor.

Creer en Mí quiere decir amar, quiere decir esperar, quiere decir vencer. Creer en Mí quiere decir poseer.

Poseer aquí abajo las armas para la lucha contra el Mal que avanza por todas partes y que trata de abatiros con mil asechanzas, y quiere decir poseer en mi Reino ese premio que soy Yo mismo para toda la eternidad».

7 de octubre

Dice Jesús:

«Oh tú que lloras porque la separación [127] te es dolorosa y te parece total, piensa en lo que te dice Jesús. Y verás que esa separación no es total y que el dolor disminuye.

Mi apóstol [128] dice una palabra inspirada a la que habitualmente viene dado significado referido sólo a los vivientes de la tierra. Pero tiene uno más amplio y profundo que Yo revelo a todos vosotros, hijos que lloráis, a todos vosotros dolientes que sufrís por la muerte de un dilecto.

Aquél o aquélla que ahora están muertos, ¿no se nutrieron acaso de mi Sangre y de la Carne que se ha hecho pan para los hombres? Y, si se nutrieron de ella, ¿la virtud de la Sangre y de la Carne de vuestro Salvador no permanece acaso en ellos también más allá de la muerte?

¿Y qué hace la muerte humana respecto al espíritu sobrehumano? ¿Quizás tiene poder, la pequeña muerte, de separar de Mí, que vivo eterno, parte de mis miembros, sólo porque están muertos sobre la tierra? Y vosotros ¿acaso no vivís en Mí, constituyendo esa parte de mi Cuerpo místico que vive en la tierra?

¿Acaso no son éstas verdades indiscutibles? Sí que lo son.

Sabed, sabed, vosotros los que lloráis por el dolor de un luto reciente, que aquél al que lloráis no está muerto, sino que vive en Mí. Sabed que el mismo Pan que os ha saciado el alma mientras estabais unidos en la tierra, mantiene la vida y la comunión entre vuestros espíritus vivientes aquí abajo y los que han transcendido su humanidad, vivientes en Mí.

Ningún mal puede hacer la pequeña muerte a los espíritus inmortales. La que hay que temer es la gran muerte, esa que verdaderamente os quita para siempre un pariente, un cónyuge, un amigo. La gran muerte, o sea la condenación del alma, la que separa realmente de Mí células de mi Cuerpo místico caídas en poder de las gangrenas de Satanás.

Pero por los que han muerto en mi Nombre y han nutrido en sí la vida del espíritu con el Alimento eucarístico, que no perece y que preserva siempre de la muerte eterna, no, por ésos no hay que llorar, sino alegrarse, porque han salido del peligro de morir para entrar en la Vida.

Piensa, pensad que quien se ha nutrido de Mí, difícilmente puede ser hermano de Judas, semejante a él para quien mi Pan no fue Vida sino Muerte.

Mi Pan, o sea Yo mismo hecho alimento para dar a los hombres la fuerza de conquistar el Cielo y la moneda para entrar en él, les dará entrada en el Reino de la gloria, más o menos prontamente, según su capacidad de asimilación espiritual, pero en el 99 por ciento de los casos produce siempre la salvación del alma.

Por eso, no lloréis, padres sin hijos, cónyuges sin consorte, huérfanos sin padres. No

[127] La muerte de la madre, a la que se refieren pasajes y dictados del 2-3 de octubre, del 4-5 de octubre

[128] La escritora anota a pie de página, a lápiz: S. *Pablo,* I *carta a los Corintios,* c. *10, v.* 16-17

lloréis. Yo, que no miento nunca, os digo como a la madre del Evangelio: "No lloréis".
Creed en Mí: os devolveré el ser que amáis y os lo devolveré en un reino al que no tiene acceso la triste muerte de la tierra y en el que ya no es posible la horrible muerte del espíritu.
No lloréis. Descienda sobre todos vosotros esta esperanza que es fe y mi bendición».

8 de octubre

Dice Jesús:
«Mi Misericordia es tan infinita que obra prodigios, cuya fuerza y forma veréis sólo en la otra vida, para conquistar el mayor número de almas a la Resurrección de la carne en Cristo.
No quiero que vosotros, señalados con mi Nombre, muráis para siempre. Os quiero resucitar. He muerto para poder resucitaros. He exprimido mi Sangre de mis carnes como racimo prensado para poderos resucitar. Las gotas de mi Sangre están en vosotros y anhelan volver al Corazón del que proceden.
Repito cuanto dije ayer. Pocos son aquellos en los que mi Sangre no produce un mínimo de méritos, no por culpa de la Sangre sino de su correspondencia a Ella, capaz de salvar el alma. Los Judas no son la masa, porque muchas veces, tras una vida infame vivida por un cuerpo en el que el alma fue tenida esclava, se logra un triunfo del alma sobre la materia con el hecho de que en la hora última esa alma, en los umbrales de la muerte que libera al espíritu de la carne, se vuelve a Dios de quien conservaba un recuerdo, y se refugia en Él.
Y creedme: en verdad basta un latido de amor, de intimidad y de arrepentimiento, para hacer que el baño de mis méritos descienda sobre el pecador y lo lleve a la salvación.
Mi Justicia no es la vuestra, y mi Piedad es muy distinta de la vuestra.
Cuando se vea el número de los salvados por mi Amor todo misericordia, serán proclamadas las virtudes del Cordero con voz de júbilo por todos los espíritus vivientes en su Reino. Porque vosotros sois los salvados por el Cordero que se ha hecho inmolar por vosotros. Y si los que siempre han vivido en Él y de Él, hasta el punto de no conocer el sentido, le seguirán cantando el cántico conocido sólo por ellos, los salvados por su Misericordia, en la última hora terrena, postrados en adoración de amor, le bendecirán eternamente porque Él es para ellos doblemente Salvador. Salvador de Justicia y Salvador de Amor. Por la Justicia ha muerto para limpiaros en su Sangre. Por el Amor os da su Corazón abierto para acogeros aún manchados de culpas y limpiaros en el incendio de su amor cuando, muriendo, le llamáis a Él que os ama y que os promete un Reino».

9 de octubre
1 hora

Dice Jesús:
«Por eso no os entristezcáis los que lloráis. Confiad en Mí y confiadme la suerte de vuestros amados.
El tiempo de la tierra es breve, hijos. Pronto os llamaré donde la vida dura. Sed pues santos para conseguir la vida eterna, donde os esperan ya vuestros dilectos o donde os alcanzarán tras la purificación.
La separación actual es breve como una hora que pasa pronto. Después viene nuevamente la unión de los espíritus en la Luz y, en el futuro, la dichosa resurrección, por la que no sólo gozaréis de la unión con vuestros amados, sino también de la visión de esos rostros tan queridos cuya desaparición os hace llorar como si un robo os hubiera despojado de la piedra preciosa que más queríais.

Nada ha cambiado, hijos. La muerte no os separa, si vivís en el Señor. Quien ha ido más allá de la vida terrena no está separado de vosotros. No lo puede estar porque vive en Mí como vosotros vivís. Sólo -para panera s una comparación humana- ha salido de los miembros inferiores a las partes más altas y nobles, y por eso os ama con mayor perfección porque está aún más unido a Mí, y de Mí toma perfección. Sólo los condenados están "muertos". Sólo ellos. Pero los demás "viven"

Viven, María, Entiendes: viven. No llores [129]. Ora. Pronto vendré.

El obrero, según va cayendo la tarde, apura el trabajo para finalizar la obra de su jornada e ir contento al reposo después de haber tenido digna recompensa. También cuando para una criatura cae la tarde de la vida en la tierra, es necesario apurar el trabajo para dar los últimos retoques a la obra casi terminada. Y darlos con alegría, pensando que está cercano el reposo tras tanta fatiga y que la recompensa será abundante porque mucho se trabajó.

Yo soy un Amo que retribuye bien. Yo soy un Padre que te espera para premiarte. Yo soy aquel que te ama, que te ha amado siempre y que siempre te amará. Ni una de tus lágrimas me es desconocida y no quedará sin premio. Está cada vez más en Mí y no temas. No temas que Yo te deje sola. Incluso, cuando no hablo, estoy contigo.

¿Sola tú? ¡Oh! ¡no lo digas! Tienes contigo a tu Jesús, y donde está Jesús está todo el Paraíso. No estás sola. María no estaba sola en la casita de Nazaret. Los ángeles estaban alrededor de su soledad humana. Tú, María, no estás sola. Me tienes a Mí por Padre, tienes a María por Madre, tienes a mis santos por hermanos y a los ángeles por amigos. Quien vive en Mí lo tiene todo, hija mía.

No te digo: "No llores". También Yo he llorado y ha llorado María. Pero te digo: No llores con ese llanto humano que es negación de fe y de esperanza. No llores nunca así.

Ten fe no sólo en las grandes cosas de la Fe, sino también en mis palabras secretas. Son mías, está segura de ello. Y ten esperanza en mis promesas. Cuando venga a darte la Vida verás que no has perdido a los que has llorado. Perdido es quien muere sin Jesús en el corazón.

Tú permanece en Jesús. En Él encontrarás todo lo que suspiras. Yo secaré para siempre toda lágrima de tus ojos así como ahora consuelo todo tu dolor, que no puedo evitarte porque sirve para la gloria de tu Dios y para la tuya.

El invierno de la vida pasa pronto, paloma mía, y cuando llegue la eterna primavera vendré para coronarte de flores quitándote las espinas que llevaste por amor mío».

Aún el 9 de octubre, en plena mañana y después de mi tremenda crisis y de la Comunión.

Dice Jesús:

«Están los que han venido a Mí por vía ordinaria y están los predestinados a ser cualquier cosa a mi servicio.

Entre los predestinados están los que vivieron como ángeles desde su nacimiento y los que se hicieron ángeles, por amor, después de haber sido hombres. Pero son, de todas formas, los predestinados a ser estrellas que iluminen el camino de los hermanos que van y necesitan tantas luces para caminar.

Yo soy la Luz. Luz potentísima. Y debería bastar para guiar a los pueblos por el camino que lleva al Cielo. Pero los hombres, cuyos ojos están demasiado inclinados sobre el fango, no soportan ya la Luz absoluta. Ya no la pueden acoger porque les falta el ejercicio espiritual de la mente dirigida a Dios y la confianza en Dios.

Los hombres miserables o están separados por Mí, y no me miran porque no piensan en

[129] Por la muerte de la madre

Mí, o bien están aplastados por su pequeña mentalidad que les hace ver y pensar a Dios a su medida. Por ello dicen, no humildemente sino sólo con vileza: "Soy demasiado distinto de como Dios quiere que sea el hombre, y no puedo alzar la mirada a Dios".

¡Oh! ¡Ciegos y necios! Pero ¿acaso son los sanos los que van al médico? Pero ¿acaso son los ricos los que van al benefactor? No. Son los enfermos y los pobres quienes recurren a quien les puede ayudar. Y vosotros sois pobres y enfermos y Yo soy vuestro Señor y vuestro Médico.

Inútilmente lo digo. Tenéis miedo de Mí. No teméis pecar y desposaros con Satanás, pero tenéis miedo de mirarme y de acercaros a Mí.

Y entonces, para que no muráis fuera de mi Camino, os doy las estrellas de luz suave que no son mas que emanaciones de Mí, parte de Mí que viene a vosotros de modo tal que no os induzca a necio terror. Yo: Sol eterno compenetro de Mí a mis predestinados y ellos irradian mi Luz entre vosotros y emiten corrientes de atracción espiritual para atraeros a Mí que os espero en el umbral de los cielos.

¡Ay de la tierra si llegase un día en el que el ojo de Dios ya no pudiera escoger entre los hijos del hombre los seres predestinados a ser mis portadores de Luz y de Voz! ¡Ay! Querría decir que entre los miles de millones de hombres ya no queda un justo y un generoso, porque los predestinados están entre los justos que nunca ofendieron a la Justicia, y los generosos que lo han superado todo, empezando por sí mismos, para servirme.

Tú estás entre éstos, pequeña criatura que vives de amor. Estás entre éstos. Después de tanto tormento has comprendido que sólo Yo podía ser para ti lo que tu alma quería, y has venido.

Pero Yo te había elegido antes de que existieras, para ser la voz de la Voz de Jesús Maestro. He esperado esta hora, María, con corazón de padre y de esposo, te he incubado con mis miradas, esperando paciente el momento de comunicarte mi Voluntad y mi Palabra. Nada me estaba escondido de cuanto de menos bueno habrías hecho, pero tampoco nada de cuanto habrías osado desde el momento en que te lanzaras en la corriente del amor.

"Tarde" dirás "te manifestaste, Señor". Tarde. Hubiera querido que fuera mucho antes, hija, pero he tenido que trabajar en ti como hace el orfebre con el oro bruto. Yo te he formado dos veces. En el seno de tu madre para darte al mundo, pero después en mi seno para darte al Cielo y hacerte portadora de mi Luz en el mundo. Sabía cuándo vendrías y sabía cuándo serías adulta para servir. Dios no tiene prisa porque lo sabe todo de la vida de sus hijos.

Ha llegado la hora en la que tú ya no eres una mujer, sino sólo un alma de tu Señor, un instrumento, como tú has dicho. Y cuando lo escribías [130] no sabías que mi amor se habría servido de ti así, después de tantos años de prueba. Ahora vete, actúa, habla según mi deseo. No digo mandamiento. Digo deseo, porque se manda a un súbdito y se pide al amigo, y tú eres mi amiga.

Y no tengas miedo. De nada ni de nadie. Ni las fuerzas de la tierra ni las fuerzas del infierno podrán dañarte, porque tú estás conmigo. Cuanto dices no es tu palabra; es mi palabra que Yo pongo en tus labios para que tú la vuelvas a decir a los sordos de la tierra. Cuanto haces es mi fuerza que Yo te doy para el bien de quien muere en la debilidad del espíritu.

Ya no eres la pobre María, una mujer débil, enferma, sola, desconocida, sujeta a insidias. Eres mi discípula predilecta, y Yo te juro que aunque todo el mundo se propusiera hacerte la guerra no podría quitarte lo que te he dado, porque Yo estoy contigo.

Has entendido bien. El septentrión [131] son los pueblos que ahora invaden o intentan invadir

---

[130] En la *Autobiografía*

[131] En el renglón la escritora anota a lápiz: *Jeremías cap.* 1 *v.14-16*

la tierra cristiana por excelencia: aquélla donde está Roma, sede de mi Iglesia. Castigo merecido por los prevaricadores que han inclinado la cabeza, ya señalada con mi signo, ante los ídolos de las falaces potencias extranjeras que ahora son las primeras en traer tormento.

Esta hora es de dolor para los honestos. Pero no querido por Mí. Procurad que el dolor tenga un límite. Hacedlo volviendo a Mí.

Si las cuatro fuerzas del septentrión se aliaran contra vosotros en una espantosa conjura de potencias tenebrosas, la luz se apagaría sobre vuestro suelo y la sangre de los mártires lo refrescaría con nueva sangre que gotearía sobre él.

Es necesario rezar mucho, mucho, mucho, hija de mi amor. Ya no puedo pedirte más sacrificios de afectos, porque estás desnuda como Yo en la cruz. Pero, si fuera posible, te pediría muchos más con este fin. Te ayudaré; pero dado que necesito lágrimas que sean agua bendita para esta Italia enfangada, te advierto que haré que tu pena sea acerba, para que' valga por muchos lutos, y por muchos perdones de Dios para Italia.

Di conmigo: "Señor, acepto beber el cáliz de dolor para preservar a Italia de nuevas desgracias y, en particular, de las del espíritu. Quédate conmigo, Señor, mientras que apuro mi Pasión de pequeña redentora", y Yo me quedaré siempre contigo, hasta que llegue la hora de llevarte allí donde la Pasión cesa y se inicia la gloriosa Resurrección en Mí».

10 de octubre

Dice Jesús:

«Una de las imprudencias más perniciosas y quizá la más común entre los hombres, es el prometer sin reflexionar. ¡En un primer momento cuántas promesas juradas hacen los hombres con irreflexión, y después con ligereza no las mantienen! ¡Y cuánto mal viene al mundo por ello!

Votos sagrados que no son observados por negación de la criatura a la vocación que siguió porque le vino en mente, confundiendo un sentimentalismo del corazón con la llamada de Dios. Uniones matrimoniales transformadas en sacrílegas desuniones porque ante la realidad de la convivencia el más débil e irreflexivo de los dos se hace perjuro. Desilusiones causadas a amigos que creían en vuestra promesa. Y; lo que es más grave, agitaciones mundiales producidas por imprudencias de gobernantes irreflexivo s los cuales, árbitros de sus pueblos, prometen en su nombre alianzas que son después un impuesto de sangre para el propio pueblo y para los demás, sea porque obligan a los súbditos a combatir para el aliado, o sea porque, con perjura audacia, quebrantan la alianza ya estipulada, imposible de sostenerse, y se hacen enemigos.

¿Cómo puede el hombre, dotado de una inteligencia superior, don directo de Dios, actuar con tan brutal irreflexión? Porque en él se ha herido o apagado del todo la fuerza del espíritu con el pecado que quita la Gracia.

Mira, María. Veamos juntos el episodio en el que Herodes hace degollar a mi primo y precursor. Y veámoslo a través de mi modo de ver, tan distinto del de los hombres. Desde los púlpitos de mis iglesias se habla mucho de este episodio. Pero los comentadores, irreflexivos como el mismo Herodes, se paran en lo "No lícito" y no extraen del episodio otra enseñanza, tan útil a las almas.

Dice San Marcos (cap. 6, v. 21-27) que Herodes fue el hazmerreír de la propia inconsciencia. Movido por la complacencia sensual, había jurado a la jovencita darle cuanto ella le pidiese. Y dice el evangelista que, cuando supo lo que se le pedía, se entristeció, porque en el fondo Herodes respetaba a mi primo en quien había reconocido su santidad heroica y su inteligencia sobrenatural, a la que recurría para ser iluminado. Pero la promesa

dada debe ser mantenida, especialmente si es promesa de rey, dada ante toda la corte. Y la cabeza del más santo de entre los hombres -porque fue santificado antes de su nacimiento por el abrazo de la Portadora de Dios: mi Madre santísima, llena de Espíritu Santo- cayó por necio juramento de rey.

¿Por qué Herodes pudo hacer esto? Porque la Gracia ya no estaba en él. Satanás lo tenía a merced del pecado. Y cuando Satanás tiene a un hombre, ese hombre está ciego y sordo a las luces y a las voces del Espíritu de Dios, quien es inspirador de las acciones de los hombres y no aconseja sino acciones de justicia y santidad.

¿Veis la necesidad, digo "necesidad", del vivir en gracia? ¡Oh hombres, que os afanáis por conquistar y conservar las riquezas que perecen!, ¿cómo no os afanáis por conservar en vosotros esta inmensa riqueza sobrenatural de la Gracia? De la Gracia que os mantiene en contacto con Dios y os nutre con sus luces como a recién nacidos en el seno de una madre, a través de las fibras que unen a ella.

En efecto vosotros sois los recién nacidos a la Vida del Cielo. No es esta la Vida, ésta que vivís sobre la tierra en la jornada mortal. Ésta es solamente formación de vuestro ser futuro de viviente eterno. La existencia humana es la gestación que os forma para daros a la Luz. A la Luz verdadera, y no a la pobre luz sombría de esta tierra.

Yo os llevo en Mí como madre que forma a su criatura, Yo mismo os rodeo y reparo, os nutro con mi alimento para haceros nacer inmortales en la hora de la que vosotros llamáis "muerte", y que no es sino "pasaje". Pasaje de una fase incompleta a la completa, de la segregación en espacio limitado a la libertad sin límites, de las tinieblas a la Luz, de las cohibidas caricias, al abrazo absoluto del alma con su Padre.

Esto es lo que vosotros llamáis "morir". Vosotros que, con vuestro orgulloso saber, aún no sabéis dar el justo nombre a las cosas, y como niños de pocos años llamáis a las cosas con nombres equivocados. Yo quiero enseñaros lo que es la "muerte" y quienes son los "muertos",

Muerte es separarse de Dios como el que está por nacer y antes de tiempo se separa del órgano materno y se pudre en el álveo que lo expulsa con dolor. Muertos están quienes, habiendo sido expulsados así, no se diferencian del despojo de un animal que se descompone al sol y bajo la lluvia a lo largo de un carretera de la tierra, motivo de repugnancia, para quien lo ve. Esto es lo que es "muerte". Esto es lo que significa estar "muertos". El pecado es la causa que os separa de Dios y hace de vosotros una putrefacta carne corrompida, alimento de Satanás que os ha envenenado para devoraros, presa de su hambre de devorador de almas y de enemigo de Dios, Creador de las almas.

¿Cómo podía y cómo puede el Espíritu de Luz y Caridad ser guía de Herodes y de los muchos Herodes que hay siempre sobre la tierra si su pecado les desarraiga de Dios? En verdad os digo que el pecado, que separa al hombre de la Gracia, es la base de todos los errores que se cometen sobre la tierra.

Vivid en Gracia si no queréis errar. Entonces, como criaturas sostenidas por el velo de la madre, caminad en los asuntos de la tierra y no caigáis en las trampas del mundo y del amo del mundo, que ha renegado al Amo santo y verdadero que es Dios. Entonces, como criaturas que se forman y crecen en el seno materno, alcanzaréis el desarrollo completo para nacer a la Vida de los Cielos. Entonces Yo, Sangre tres veces santa, circulo en vosotros y os nutro de Mí, tanto que el Padre mío y vuestro, estrechándoos contra el seno, ya no distingue vuestro ser de hijos de Adán y os llama "hijos". Hijos como Yo, su Verbo, porque la sangre del Verbo está en vosotros y, abrazándoos a vosotros, el Padre Santo abraza a su propio Hijo, hecho hombre para daros la Vida. Entonces el Eterno Espíritu os saluda con sus resplandores de Luz a vuestra entrada en la Vida, porque reconoce en vosotros una parte de

Sí que vuelve al Manantial divino del que ha brotado.

¡Oh! ¡día santo y feliz de vuestro nacer al Cielo! ¡Oh! ¡día que Dios Uno y Trino anhela que llegue para vosotros! ¡Oh! ¡beatitud que he preparado a los hombres!

¡Alzaos, dilectos míos! La vida de la tierra es el tiempo que os dono para crecer a la Vida verdadera y, por cuanto pueda ser largo y penoso, es un instante fugaz respecto a mi eternidad. Eternidad que os prometo y que os tengo reservada. Alegría que os he conquistado con mi dolor.

Vivid en Mí y de Mí, hijos que amo. La alegría que os espera es desmesurada como la gloria de Dios».

El mismo día [132]

Dice Jesús:

«Si temer al Señor es sabiduría y huir del mal es inteligencia, ¿qué será amar al Señor con todas las potencias del ser? Será perfección de sabiduría y de inteligencia, porque el amor es lo que depura las potencias del ánimo al punto de llevar, como consecuencia, a la perfección en todos los ámbitos.

Quien ama ha conocido la verdadera sabiduría, en medida que no puede ser aumentada porque es perfecta [133]. El amor le instruye para comprender y le conduce a obedecer, el amor le preserva del mal, el amor le hace volar en el camino del Bien. El amor, el santo amor que Dios ha querido como su principal atributo -Dios es amor- es la ciencia de las ciencias porque os hace maestros en la ciencia que da Vida: la ciencia de conocer a Dios.

Quien ama posee la verdadera inteligencia. Dios no se separa de quien lo ama. Ahora, si Dios está en vosotros, poseéis a la Inteligencia misma, y Ella os comunica sus luces, así como la llama encerrada en un cristal transluce y calienta fuera.

Y Dios es llama que vive en vosotros cuando le amáis. Vuestra naturaleza humana se deifica con el contacto. El hombre, animal dotado de razón, cae como crisálida de mariposa y entra en su lugar el verdadero superhombre que no es como lo cree el mundo: un pobre soberbio lleno de errores y de vanidad, sino un ser que, sin ser aún un ángel y no siendo ya hombre, tiene las luchas del hombre que dan el mérito y la libertad de los espíritus sobre el sentido, la luminosidad y la clarividencia, por la que se descubre la Verdad y aparece Dios -Padre y Señor- en su supraesencial Belleza.

Bienaventurados los que aman a Dios. Siete veces bienaventurados porque su amor es el compendio de toda hambre, de toda sed mística, de todas las virtudes, de cada cosa, y obtiene para ellos el premio prometido a los mencionados en el sermón de la montaña. Bienaventurados porque desde la tierra ven, gozan de Dios, anticipo de la extasiante, eterna visión, que será su vida futura y que les espera en el Cielo».

11 de octubre

Dice Jesús:

«¿Cómo me debes llamar? .¿ Cuáles son los nombres más dulces? Los del Cantar de los Cantares, hija y esposa de mi amor y de mi dolor.

Tú dices que sólo la oración y mi palabra te calman en tu sufrimiento presente. Sí, has llegado a esto que es el punto más alto que el hombre pueda alcanzar de unión conmigo. Esto ya es éxtasis.

---

[132] Sigue la anotación a lápiz: *(Job.* 28, 28)

[133] En una copia dactilográfica la escritora anota a pie de página: *de la perfección que puede ser alcanzada por una criatura.*

Porque el éxtasis no es solamente el permanecer fuera de los sentidos por la alegría de contemplar visiones de Paraíso. Es éxtasis -e incluso desde un punto de vista espiritual- mucho más profundo que el primero, este ser abstraídos del dolor moral, además que del de la vida material, pero sin perder los sentidos, al hablar conmigo o al oírme hablar [134]. Es más profundo. porque es obra producida únicamente por el amor.

El éxtasis contemplativo mucho es obra de la Voluntad de Dios, que quiere que una criatura suya tenga la visión de cosas celestiales, o para atraerla mayormente a Sí, o para premiarla por su amor. Este éxtasis, en cambio, de fusión en vez que de contemplación, es obra cumplida por iniciativa de la criatura enamorada, llegada a tal potencia de amor de no poder nutrirse, respirar, actuar más que con el amor y en el amor.

Es la "fusión". Es el ser "dos en uno". Algo que copia -con las proporciones impuestas por la naturaleza humana que por muy espiritualizada que esté por el amor siempre es humana- los inefables, indescriptibles, encendidísimos actos que regulan las relaciones entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, Tres que son Uno, tres Amores que se buscan, se contemplan, se alaban mutuamente, envueltos y apretados en un único remanso de amor incandescente que hace de los Tres distintos una Unidad inseparable.

Canta el Gloria, María, porque has llegado a la semejanza de Dios en el punto más difícil y alto, y has llegado con tu amor que ya más no puede crecer, porque ahora amas a Dios con todas tus fuerzas: tu cuerpo y tu alma, y si atravesaras este límite que has alcanzado morirías abrasada por el ardor.

¿Ves, alma mía, que tu Jesús tiene razón al decir que el amor es el fin de la perfección humana? Renuncias, penitencias, enclaustramientos, nada son respecto al amor total. Puede existir un ermitaño penitente que es pobre respecto a un viviente en la sociedad que sepa amarme totalmente, hasta el anulamiento de sus sentimientos en Mí.

¿Ves, querida alma, que tu Maestro tiene razón cuando dice que el amor es superación del dolor? Si no hubiera amado así, ¿crees tú, María mía, que habría podido soportar la Pasión? Y ¿crees que mi Madre y la tuya habría podido soportar la suya? ¿Y que los mártires hubieran resistido las torturas?

El amor no debilita el sentido doloroso del hombre, sino que le mezcla un licor de dulzura tan fortificante, que el más tremendo de los dolores se hace soportable para la criatura que lo sufre. El licor es la fuerza de Dios mismo que viene a vosotros con toda su potencia, más bien son las potencias de Dios que se precipitan en vosotros, atraídas por vuestro amor, y anulan vuestras fragilidades dándoos un vigor de luchadores celestiales.

Yo, el Victorioso, os comunico mi victoria sobre la debilidad de la carne, del corazón, y sobre la muerte. Yo vivo en el alma enamorada con una unidad inseparable como -Hombre entre los hombres- viví en unidad con mi Padre. María, la Unida a la Santa Trinidad, os comunica su potencia de amor que atrajo a Dios en Ella desde el profundo de los Cielos, y con su sonrisa os enseña a amar con la perfección que tuvo.

Ve por tanto, alma mía, las divinas y excelsas potencias y semejanzas a las que lleva el amor total.

Yo, que te he escogido para la misión de dolor y de luz, quiero verter sobre ti las olas del éxtasis del amor. Te quiero saturar de manera que tú huelas a Mí, y mucho más celestialmente que la reina Esther cuya cabeza estaba impregnada de perfumes de la tierra para gustar a su rey. Yo, en la hora en que te conviertas en reina del Reino que te he preparado y esposa unida al Esposo en el Palacio del Rey de reyes, quiero que tú estés macerada de amor, o sea de Mí mismo, hasta el punto que ya no quede nada de ti y sea Yo,

[134] Nota del editor: La frase, un poco retorcida, significa: Es éxtasis... cuando el hablar conmigo o el oírme hablar os abstrae del dolor... sin haceros perder los sentidos

sólo Yo, quien viva en ti.

Ven. Sígueme. Cada vez más cerca. Tu ojo sólo tiene que buscarme y tu oído estar atento a oírme. Tu gusto debe encontrar insípido todo alimento que no sea el mío, y tu tacto repeler todo contacto que no sea el mío. Tu olfato debe gustar únicamente la fragancia de tu Esposo, ya no escondido, sino que camina delante de ti para señalarte el camino que conduce a la bienaventuranza celestial.

Te he atraído y te atraeré cada vez más emanando olas de olores y de luces que te raptarán de las cosas de la tierra. Eres mía. Te he querido y te tengo. Ahora te tengo, y sólo un deseo tuyo, que no vendrá, podría apartarte de Mí. Pero no vendrá. Antes vendrá la llamada "muerte", o sea las bodas de tu alma conmigo.

Entonces la alegría será completa. Yo te cogeré de la mano y delante a mi Corte diré: "He aquí a mi pequeña reina cuyo vestido fue entretejido con penitencias y adornado con lágrimas, cuya corona está hecha de amor. Se ha preparado para esta hora con tanto dolor. Ahora el dolor ha terminado para ella y llega el amor libre y eterno del Cielo. Alegraos, habitantes celestes, por esta nueva hermana que ha terminado las luchas y entra en la paz" [135]».

Oraba, esta mañana a las 5,30, y tenía entre las manos las oraciones de Sor Benigna Consolata [136]. Leía el punto: "Cómo se debe hacer en estado de aridez". Todos los días leo un punto que permanece como pensamiento religioso de toda la jornada. Leía: "Llamarlo con los nombres más dulces", y he preguntado a Jesús: "¿Cuáles son los nombres más dulces para Ti?".

Me ha respondido al instante, con las palabras que he escrito. Creo que quiera hablarme del Cantar de los Cantares para llevarme al verdadero fulgor. Creo... porque a veces cambia de tema después de un punto y a mí no me queda más que ir detrás de Él.

Crea, Padre [137], que he llorado de dulzura y me he sentido envolver y encender de llamas, incluso materialmente.

12 de octubre

Dice Jesús:

«También tú, como la esposa del Cantar, has venido a Mí un poco oscura. Son rarísimas las almas que,' atraídas por mi amor, no vienen a Mí un poco oscuras. La vida del mundo quita ese candor de lirio que tiene el alma que ha salido de las moradas del Cielo para bajar a animar una carne nacida de dos amores hechos uno.

Es la tierra, la atmósfera de la tierra, no la atmósfera astronómica creada por mi Padre, sino la atmósfera moral de la tierra -ésa creada por vosotros, que por haber sido envenenados en el origen por el Espíritu del Mal lleváis en la sangre gérmenes del mal injertado a los progenitores- la que ofusca el resplandeciente candor sobre el que sólo hay una mancha que limpia mi Bautismo.

¡Oh! ¡fulgor del alma después del lavado bautismal! Si os fuera dado ver ese luminoso candor, veríais algo que arrebata vuestros sentimientos. El lirio es opaco y la perla es gris en comparación con el alma envuelta en la luz bautismal. Ésta es como la de los dos Primeros antes de la seducción de Satanás, así como era cuando el Padre se la infundió para hacerles

---

[135] Nos recuerda la frase: He terminado de sufrir pero continuaré amando, que la escritora, desde 1952, predispuso para el recordatorio de su muerte, acaecida en Viareggio el 12 de octubre de 1961

[136] Sor Benigna Consolata Ferrero (1885-1916)

[137] Padre Migliorin

semejantes a Él. y, en verdad, el alma revestida por la gracia bautismal es como un espejo que refleja a Dios, es un pequeño Dios que espera, amando, volver al Cielo donde le espera su Amor creador.

Si el hombre pensara -y por esto mi Bondad no calcula las culpas cometidas antes del uso de razón- si el hombre, ya capaz de distinguir el Bien del Mal -y nota que los instintos del sentido se despiertan después del uso de razón; primero sólo están vivos los instintos de la vida que empujan al niño a buscar la mama o el alimento, el calor de la madre o del sol, la mano de la madre o el apoyo de los objetos- si el hombre pensara en lo que hace, en lo que pierde haciendo, a qué delito, a qué hurto llega quitando a su alma el candor bautismal, qué sacrilegio cumple profanando en sí la verdadera imagen de Dios: Espíritu de Gracia, de Belleza, de Bondad, de Pureza, de Caridad infinita; si pensara en el deicidio que comete matando su alma, ¡oh! ¡no! el hombre, ser dotado de razón, no pecaría. Pero el hombre es un rey necio que, con su voluntad enferma, malgasta los tesoros de su reino y pone en peligro la posesión de su mismo reino.

Y, nota María, que no hablo en mi Nombre. No digo que pecando me ofendéis a Mí que he muerto por vosotros. Hablo sólo defendiendo los intereses y los sentimientos de mi Padre que os ha creado semejantes a Él, que os ama con perfección de amor paterno y que el hombre insulta con su desamor y defrauda en sus esperanzas, que son las de poderos estrechar contra su seno el día de vuestra entrada en la Vida.

Pocas son las almas que no vienen a Dios un poco oscuras, oscurecidas a consecuencia de la vida que no han sabido conducir con esa santa y atenta reflexión necesaria por respeto al alma que tiene derechos superiores a la carne.

Os acordáis mucho de los derechos de la carne, algo que muere y que sólo vivida como sierva del espíritu, y no dueña del espíritu, puede hacerse, a su tiempo, habitante del palacio de los Cielos. Os preocupáis de vuestra estética, de vuestra salud física, de prolongar al máximo la vida en la tierra. Pero no os preocupáis de vuestra alma, de conservarla bella, de adornarla cada vez más para añadir a su belleza creada por Dios las piedras preciosas conquistadas por vuestra voluntad de hijos absortos en el Padre al que quieren volver enriquecidos de méritos: verdaderas joyas, verdaderas riquezas que no perecen eternamente. Os preocupáis de la salud física, pero no veláis para preservar vuestra alma de las enfermedades espirituales. Os preocupáis de prolongar lo que llamáis "vivir" y que sería más justo llamar "esperar", y no os preocupáis de esperar de tal modo que os conquistéis la verdadera Vida que ya no perece.

Os preocupáis de todo en este periodo oscuro, que os parece tan luminoso, de vuestra pausa en la tierra -y que ya te he explicado [138] que es semejante a una gestación para ser dados a la Luz, a la Vida- y miráis con horror la fosa, hoyo oscuro donde este cuerpo vuestro que amáis, como idólatras que sois, vuelve a la verdad de su origen: fango. Fango del que emana una llama, una luz: el alma.

He aquí lo que da valor al cuerpo, hombres necios. El alma que es don de Dios, el espíritu que es manifestación de Dios, y que tiene un valor ante el cual los de la carne son una nada despreciable.

Pero ¿cómo podéis vosotros, que os decís cristianos, no recordar las palabras de Cristo, del Verbo, de la Verdad? ¿No he dicho Yo: "Quien querrá salvar su vida la perderá, y quien la pierda por amor mío la salvará"? ¿No he dicho Yo: "Y de qué le sirve al hombre ganar el mundo si pierde su alma. Qué dará el hombre a cambio de su alma”? ¿Acaso no he dicho: "El grano de trigo caído si no muere no produce fruto, pero si muere produce fruto

[138] En el dictado del 10 de octubre

abundante”? Y todo esto ¿no os ha abierto los ojos del espíritu?

Pero, ¿cómo puede vuestro espíritu abrir los ojos si lo habéis sepultado bajo las piedras de vuestra carnalidad? Es como un mártir lapidado. Con la diferencia de que en el mártir lapidado morirá la carne y el espíritu entrará en la gloria, mientras que en cambio vosotros lapidáis vuestro espíritu y le impedís la Luz aquí y en la Vida verdadera.

¡Y tenéis miedo de la oscuridad de la tumba para vuestra carne ya insensible como terrón de barro! De esto tenéis miedo. Sí. Pero no os horroriza condenar a la oscuridad eterna lo que en vosotros es luz y que anhela la Luz infinita. Vuestro espíritu. Y no pensáis que vosotros, buscadores sedientos de riquezas, perdéis la verdadera riqueza. Y no pensáis, hambrientos de vida, que os producís la Muerte. La muerte que no muere: la muerte del espíritu.

Os apagáis a vosotros mismos en vuestra inmortalidad de ciudadanos celestes. Mejor dicho hacéis peor aún: ponéis vuestra luz en la mano de Satanás para que haga de ella un claror tenebroso en su Reino de Tinieblas. ¡Oh! ¡profanadores! Peor que si con vuestros demoniacos descubrimientos, dirigidos al mal, lograrais desarraigar las estrellas de mi firmamento y apagar su luz de diamante vivo en un pantano pútrido.

Sabed hacer morir la carne, y no el alma, para germinar en espiga eterna. Vuestra posteridad sobre la tierra es siempre fugaz. Los siglos han destruido estirpes que parecían inmortales y de ellas sólo sobrevive el recuerdo, y de muchas ni siquiera eso. Pero lo que hacéis en el espíritu no muere. Tampoco muere en parangón a la tierra. Mirad a mis santos. Pasan los siglos y el culto hacia ellos permanece como el primer día.

Y además no trabajéis nunca por la gloria de ser conocidos sobre los altares. Esto es todavía humanidad y el verdadero santo no piensa en ella. Piensa sólo en aumentar el gozo de Dios añadiendo en los prados eternos una nueva flor de esplendor, y en satisfacer su alma que grita y se agita en él por su sed de poseer completamente a Dios.

Somos dos sedientos que se anhelan, dos amores que se buscan. Alma y Dios, Dios y alma: he aquí los dos perennes amantes. ¿Por qué impedir que Dios y el alma alcancen su fin que es unirse, más allá de la vida terrena, en la eterna morada?

Yo, la Piedad perfecta, no miro si venís a Mí "un poco oscuros" por las reverberaciones del sol terreno de vuestras tendencias. Sólo quiero que luchéis para que el sol abrasador de la carnalidad no os vuelva irreconocibles ante mi mirada y repelentes para mi ojo.

Poned un reparo alrededor del tan peligroso arder de la humanidad: que lo constituya vuestra asidua atención, vuestra ansia de ser buenos, vuestro deseo de complacerme. Esto me basta. Y si hacéis esto, ya lo hacéis todo, porque atención, voluntad, deseo, son como tres piquetas sobre las que se extiende la tienda que preserva a un corazón de lo que puede desagradar a Dios.

Que, si después una repentina tempestad desencadenada por Satanás, envidioso de Dios, arranca el reparo y permite a los nubarrones y a los rayos ensuciaros y oscureceros, Yo, que veo y sé, no os acuso de ello, sino que os justifico y acudo en vuestra ayuda.

Entonces soy Yo quien me convierto en vuestro reparo, pobres hijos. Os estrecho contra mi seno y os digo: "No lloréis. Os compadezco. Estoy aquí para limpiaros, para ayudaros. Venid. El Dios de amor os da su Sangre para limpiaros del fango, y su Corazón por asilo seguro. Venid, hombres que Satanás acecha. Cerca de Mí no viene Satanás. Levantad la cabeza hacia Dios. No os desaniméis. He querido ser tentado, como hombre, para probar lo que es la seducción de Satanás y compadeceros, no con mente de Dios, sino con experiencia de hombre, en vuestras tentaciones. No os desaniméis. Me basta con que no queráis pecar. Me basta con que no desesperéis tras el pecado. Lo primero me ofende a Mí: Dios. Lo segundo me ofende a Mí: Salvador. No hay que dudar nunca de vuestro Salvador.

Nunca. A quien tiene fe en la potencia del Salvador le está reservado todo perdón. Os lo digo Yo que soy la Verdad".

¿Ves, pequeña María, cuánto hay que decir sobre una simple frase del Cantar [139]? ¿Y te das cuenta de que tu sufrimiento ha cesado? No. No has perdido una madre. Estoy Yo que te acuno y te canto las nanas más sublimes para consolar tu corazón que. llora. Estoy Yo que te cojo de la mano y te hago pasear conmigo por los jardines eternos. Lo he prometido y lo mantengo. Te soy madre y padre, además de hermano y esposo. De tu madre me ocupo Yo: Redentor. De ti me ocupo Yo: Amor.

Vete en paz. Yo estoy siempre contigo».

13 de octubre

Dice Jesús:

«Que Yo esté contigo es acto de mi bondad. El deseo de un Dios de amor es estar con sus criaturas, y cuando las criaturas no le echan con sus traiciones Dios no se aleja. En ciertos casos, y por especiales correspondencias del alma, la cercanía es más sensible.

Pero ¡ay si el alma que goza de la bendición de la presencia sensible de Dios cayese en pecado de soberbia! Cuanto más grande es la humildad de la criatura, más desciende Dios a ella. María tuvo a Dios en sí, no sólo espiritualmente sino como Carne viva, porque alcanzó el vértice de la santa humildad.

Pero si Dios desea estar con sus criaturas, las criaturas deberían desear estar con Dios.

¡Demasiadas son las divagaciones de las almas! Corren detrás de los intereses humanos, se extravían tras las huellas del placer humano, se desvían tras engañosas doctrinas, se deslumbran con demasiados espejismos de ciencia humana. Llega la tarde de su vida y ¡se encuentran tan lejos de Mí! Cansadas, asqueadas, corrompidas, ya no les queda fuerza para acercarse al Señor. Ya es mucho si queda en ellas un residuo de nostalgias celestes y de recuerdos de Fe que les haga lanzar el grito de los antiguos leprosos: “Jesús, ten piedad de mí".

Es el grito que salva, porque nunca se pronuncia mi Nombre inútilmente. Yo, que velo esperando ser llamado, acudo al lado de quien me invoca y por mi Nombre, ante cuyo sonido tiemblan de alegría los Cielos y de terror los abismos, obro el milagro.

Pero no convendría, hijos indiferentes e imprudentes, que vinierais a Mí tan sólo en la última hora. ¿Sabéis vosotros con antelación si tendréis tiempo y manera de llamarme? ¿Y sabéis vosotros si Satanás, con astucia final, os jugará el último engaño para esconderos la cercanía de la muerte, a fin de que ésta os coja como el ladrón que os llega de improviso?

El mundo está lleno de muertes repentinas. Son uno de los productos de vuestra manera de existir. Habéis multiplicado el placer y la muerte, habéis multiplicado el saber y la muerte.

El primero os conduce a la muerte, y no sólo a vosotros que pecáis, sino también a los hijos y a los hijos de vuestros hijos, así como vosotros expiáis los pecados de los padres de vuestros padres, mediante las consecuencias de vuestras codicias y de vuestras embriagueces.

El segundo os conduce a la muerte a través de vuestro llamado "progreso", tres cuartas partes del cual son obra de la enseñanza de Satanás, porque las obras y los medios de refinada destrucción que creáis son fruto de vuestro progresar, y el otro cuarto viene por un excesivo amor a la comodidad, bajo el que se cela, además del epicureismo, también la antigua soberbia de querer emular a Dios en la velocidad, en el vuelo, y en otras cosas

[139] La escritora anota a pie de página, a lápiz: Cantar de los Cantares, cap. 1, u. 5. 3 La madre de la escritora había fallecido el 4 de octubre.

superiores al hombre y mal usadas por el hombre. Si Salomón conoció que quien aumenta el saber aumenta el dolor, y lo supo entonces, ¿qué se debería decir ahora que habéis reducido el mundo a un caos de saber al que le falta el freno de la ley de Dios y de la caridad?

Hubierais tenido tanto para estudiar sin devanaros la mente en galimatías dañinas o tras obras homicidas. En mi Universo hay páginas inmensas en las que el ojo humano podía, y Yo habría querido que fuese así, leer enseñanzas sobrenaturales y leyes de belleza y bondad. Yo lo he creado, Yo, Dios Uno y Trino, este universo que os rodea, en el que no he puesto ningún mal para vosotros.

En el universo todo obedece a una ley de amor hacia Dios y hacia el hombre. Pero vosotros no aprendéis nada del ordenado curso de los astros, del sucederse de las estaciones, del fructificar del suelo, nada que os sirva para conquistar los Cielos. Sois los únicos que no obedecéis, sois el desorden del Universo. Y pagáis vuestro desorden con continuas destrucciones, en las que perecéis como rebaños enloquecidos que se precipitan por un barranco como un estrepitoso torrente.

Miserables hombres que habéis embotado el espíritu bajo el pecado; embotado hasta el punto de no saber ya entender la armonía de las cosas universales, que cantan todas las alabanzas del Dios Creador y hablan de Él, y a Él obedecen con un amor que inútilmente busco en el hombre.

Dejad el vano deambular tras tanto saber humano, tantas hambres humanas y venid a Mí.

Mi Cruz está para algo, bien alzada sobre el mundo. Mirad esta cruz en la que un Dios se inmola por vosotros y, si tenéis entrañas de hombres y no de brutos, proceded en proporción a mi amor por vosotros.

No os he dado mi vida para que continuéis perdiendo la vuestra. Os la he dado para daros la Vida. Pero debéis querer tener esta vida eterna y actuar en consecuencia, y no imitar a los animales más inmundos viviendo en el pantano.

Acordaos de que poseéis un espíritu. Acordaos de que el espíritu es eterno. Acordaos de que un Dios ha muerto por vuestro espíritu. Teméis tanto un malestar que dura poco y no teméis el horror de la condenación cuyos tormentos no tienen fin.

Volved sobre el camino de la Vida, pobres hijos. Os lo ruega Aquel que os ama.

Y a ti, que escuchas y escribes enseño, para que tú lo enseñes a los hermanos, el modo seguro de llegar hasta Mí.

Imitar al Maestro en todas las cosas. Éste es el secreto que salva. Si Él ora, orar. Si Él obra, obrar. Si Él se sacrifica, sacrificarse. Ningún discípulo es más que el Maestro y distinto del Maestro. Y ningún hijo es diferente del Padre, si es un buen hijo.

¿No te has dado cuenta de que a los niños les gusta imitar al padre en las acciones, en las palabras, en el andar? Ponen sus pequeños pies sobre las huellas paternas y al hacer esto les parece que son adultos, porque para ellos alcanzar la perfección es imitar al padre que aman.

María mía, haz como estos pequeñuelos. Hazlo siempre. Sigue las huellas de Jesús. Son huellas sangrientas, porque tu Jesús está herido por amor a los hombres. También tú, por amor a ellos sangra por mil heridas. En el cielo se transformarán en piedras preciosas, porque serán testimonios de tu caridad, y la caridad es la gema del Cielo.

Condúceme las almas. Son tercas como cabritos. Pero si las atraes con dulzura se plegarán. Es difícil ser dulces entre tanto amargor que destila continuamente el prójimo. Pero es necesario filtrarlo todo a través del amor a Mí. Hay que pensar que, por cada alma que viene a Mí, mi júbilo es grande y me hace olvidar las amarguras que el hombre me da continuamente. Hay que pensar que la Justicia está muy airada y que para aplacarla es necesario ser, más que nunca, víctimas redentoras.

No quiero que me sigas sólo con amor. Quiero que me sigas también con dolor. Yo he sufrido para salvar al mundo. El mundo necesita sufrimiento para seguir siendo salvado.

Esta doctrina, que el mundo no quiere conocer, es verdadera. Hay que utilizar todos los medios para salvar a la humanidad que muere. El sacrificio escondido y la dulzura evidente son dos armas para vencer esta lucha de la que Yo te premiaré.

Sé, como tu Señor, heroica en la caridad, heroica en el sacrificio, dulce en las pruebas, dulce hacia los hermanos. Recibirás entonces la faz y la túnica de tu Rey, reflejarás mi Faz como límpido espejo.

Hay que saber imitar a María que llevaba a Cristo entre las gentes: Salvación del mundo».

Noche

Dice Jesús:

«Te hablo a ti para todos, para explicar las relaciones de amor entre Dios y el alma.

No en vano vengo llamado "esposo" de vuestras almas. Os he desposado con rito de dolor y os he dado mi Sangre como dote, porque por vosotras mismas sois tan pobres, que habríais sido un deshonor para la morada del Rey. En el Reino de mi Padre sólo entran los que se han desnudado de toda vestidura. Yo os he tejido el vestido nupcial y lo he teñido con púrpura divina para hacerlo aún más hermoso ante los ojos de mi Padre; os he coronado con mi corona nupcial, porque quien reina lleva corona, y os he dado mi cetro.

Verdaderamente habría querido darlo a todas las almas, pero son innumerables las que han despreciado mi don. Han preferido las vestiduras, las coronas y los cetros de la tierra, cuya duración es tan relativa y cuya eficacia es nada respecto de las leyes del espíritu.

Honores, riquezas, glorias, no las maldigo. Sólo digo que no son fines en sí mismas, sino que son medios para conquistar el verdadero fin: la vida eterna. Si vuestra misión de hombres os los confías, hay que utilizarlos, con el corazón y la mente llenos de Dios, haciendo de estas riquezas injustas motivo de victoria no de destrucción.

Ser pobres de espíritu, ganar el Cielo con las riquezas injustas: he aquí dos frases que entendéis poco.

Pobres de espíritu quiere decir no estar apegados a lo que es terrenal; quiere decir ser libres y estar desligados de cuanto es vestidura pomposa, como humildes peregrinos que van hacia la meta gozando de las ayudas que les proporciona la Providencia. Pero no gozarlas con soberbia y avaricia, sino más bien como los pájaros del aire que contentos picotean los granitos que su Creador desparrama para sus pequeños cuerpos y después cantan de gratitud, tan agradecidos están por la plumosa vestidura que les protege y no buscan más, y no se amargan airados si un día la comida es escasa y el agua del cielo moja los nidos y las plumas, sino que esperan pacientes en Quien no puede abandonarles.

Pobres de espíritu quiere decir vivir donde Dios os ha puesto, pero con el ánimo despegado de las cosas de la tierra y preocupados tan sólo en conquistar el Cielo.

¡Cuántos reyes, cuántos poderosos en riquezas de la tierra fueron "pobres de espíritu" y conquistaron el Cielo utilizando la fuerza para domar lo humano que se agitaba en ellos hacia las glorias efímeras, y cuántos pobres de la tierra no son tales porque, aun no poseyendo riquezas, las han anhelado con envidia, y muchas veces han matado el espíritu vendiéndose a Satanás por una bolsa de dinero, por una vestidura de poder, por una mesa aderezada siempre con cuanto sirve para formar el alimento para los gusanos de la corrupción de la tumba!

Ganar el Cielo con las riquezas injustas quiere decir ejercer toda forma de caridad en las glorias de la tierra.

Mateo, el publicano, de las riquezas injustas ha sabido hacer escalera para subir al Cielo. María [140], la pecadora, renunciando a .las artes con las que hacía más seductora su carne y usándolas para los pobres de Cristo, comenzando por Cristo mismo, ha sabido santificar esas riquezas de pecado. A través de los siglos, cristianos, muchos en número y bien pocos respecto a la multitud, han sabido hacer su arma de santidad de la riqueza y del poder. Son los que me han entendido. ¡Pero son tan pocos!

Mi vestidura, la vestidura que os dono, es la que Yo he impregnado con mi Sangre durante la agonía espiritual, moral y física que va desde el Getsemaní hasta el Gólgota. Mi corona es la de espinas y mi cetro es la cruz.

Pero ¿quién quiere estas joyas de Cristo? Tan sólo mis verdaderos amantes. Y a éstos los desposo con rito de alta caridad. Cuando termine el tiempo de la tierra, vendré resplandeciente para cada uno de mis amantes, a fin de introducirlos en la gloria.

Vendré, María, vendré. Por ahora es el tiempo del deseo recíproco. Porque, por mucho que pueda estar cerca de ti, incluso sensiblemente, soy siempre como el amante que da vueltas alrededor de las murallas que le impiden llegar hasta la amada. Tu espíritu se asoma por cada rendija para verme y lanza su grito de amor. Pero la carne lo tiene prisionero. Y aunque Yo entre forzando la carne, porque soy el Dueño del milagro, siempre son contactos fugaces y relativos.

No puedo llevarte conmigo. Mataría tu carne, y ésa tiene todavía un hoy y un mañana de provecho por mi causa. Todavía no se ha cumplido todo tu trabajo [141] y sólo Yo sé cuando detendré el transcurrir de tu hora terrena.

Y entonces vendré. ¡Oh alma que deseas salir de la tierra hostil! ¡Qué hermoso te parecerá el Cielo! ¡Y cuán encendidos te resultarán, comparándolos con los presentes, los abrazos del Amor!

Dices que ha cesado en ti el ansia por las adversidades que, en estos tiempos de desventura, podían turbar los últimos días de tu madre, lo que pone una veta de paz en tu sufrir de huérfana. ¡Piensa cuándo podrás decirte a ti misma que ha cesado toda ansia y todo peligro y nada podrá separarte de tu Señor! .

Ama más allá de tus fuerzas, porque Yo te he amado y te amo sobrepasando la medida.

Mi Caridad te ha lavado y vestido para no ver tu desnudez sobre la que había muchas sombras de polvo humano. Mi Caridad lo ha predispuesto todo para tu bien inmortal.

A los ojos del mundo puede parecer que haya cargado la mano sobre ti. Pero el mundo es un necio que no sabe ver las verdades sobrenaturales.

Tú siempre has sido amada por Mí con un amor de predilección. Yo he velado y velo sobre ti como el jardinero que ha creado una nueva flor de un tosco arbusto hasta entonces falto de corola, y está celoso como con un tesoro. Me has dicho que tengo una celosa prepotencia. Esto es lo que hago con los predilectos que reservo solamente para Mí.

Y si he hecho un desierto a tu alrededor, es porque he querido ponerte en tales condiciones que no tengas más lugar de atracción que el Cielo. Allí, en la otra vida, está todo cuanto amaste con tanta fuerza humana. Ya no te queda nada en la tierra y eres como un pájaro prisionero que mira al cielo, en el que sus compañeros están libres y felices, a través de las barras de la jaula, y están junto a la puertecita esperando a que se le abra para alzar el vuelo.

Vendré, tenlo por seguro. La nostalgia de ahora también sirve para adornar tu diadema. Sé constante y paciente. Descansa sin ansias sobré el amor de tu Jesús como un niño que sabe que su mamá está cerca. Él no te pierde de vista, no te deja, no te olvida. Desea, aún más

[140] María Magdalena

[141] Aún debía darse la monumental obra sobre la vida del Señor

que tú, pronunciar la palabra que libera al espíritu y lo introduce en el Reino. Después de tanto hielo, después de tanta desnudez, después de tanto llanto, vendré para darte mi Sol, para revestirte de flores eternas, para enjugar todo tu llanto.

Tú que has tenido una visión de la Luz que colma los Cielos [142], piensa lo que será entrar en ella, de la mano de tu Rey. Piensa lo que será cuando poseas la Luz, si un rayo de luz apenas entreabierto sobre ese Reino de Luz y apenas entrevisto permanece en ti como un recuerdo que te colma de gozo. Entonces, ya sin las limitaciones de ahora, Yo viviré en ti y tú en Mí, y como la esposa del Cantar podrás decir que tu Jesús es tuyo y tú suya.

Por ahora llámame con todo tu afecto. No importa que esté cerca. Me gusta oírme llamar y cuanto más me llaman antes vengo, porque no sé resistir a la voz del amor.

Vendré antes de que caiga la tarde de la edad. No volveré, ya que eras tú la que volviste a Mí, no Yo a ti, pues nunca te he dejado. Vendré. Estaba allí, como un pobre en la sombra, esperando que me dieras el corazón, que me abrieses la puerta y me hicieras entrar en ti como Rey y Esposo. Entonces vendré. Vendré para los desposorios. Está a punto de acabarse el tiempo del noviazgo mortal y de iniciarse el rito de las bodas eternas.

Todavía tengo que darte algunos retoques, viña mía, para embellecerte completamente ante mis ojos. No gimas si te hacen daño las tijeras de podar. Cuando es el tiempo de podar es el signo de que es primavera. Y vendré en la época de la primavera porque es el tiempo de los amores. El alma entra en la primavera cuando cesa para ella el invierno mortal y comienza el gozo en el jardín de Dios».

4 de octubre

Dice Jesús:

«Te he dicho que los libros de la Sabiduría deben leerse siempre con referencias sobrehumanas.

Justamente lo contrario de lo que hace el mundo, y la ciencia del mundo que no sabe elevarse a nivel sobrenatural, sino que se esfuerza por bajar lo sobrenatural de las cosas a su nivel terreno. De este modo, coge el sentido artístico de las páginas inspiradas, siente y percibe la poesía y la música, en fin, todo lo que acaricia sus sentimientos humanos, pero no se las ingenia para abrir las puertas tras las que está encerrado su espíritu, que esa humanidad niega o se olvida que posee por lo poco que se cuida de él.

Y el espíritu, oprimido como un esclavo en una cárcel oscura,. no recibe el reflejo -digo "reflejo" porque el rayo no desciende a través de las estrechas murallas de la soberbia y de la lujuria humana- ni siquiera recibe el reflejo del Sol de la Sabiduría radiante para todos y él, sepultado en el oscuro pozo de la indiferencia ante lo sobrenatural, tan lejano; ni siquiera recibe la más lejana onda de ese reflejo de luz, la más lejana vibración de esa armonía que no está hecha sólo de palabras sino de significados excelsos, y se embrutece cada vez más en una reclusión homicida.

¡Pobres espíritus encerrados en seres dominados por la triple sensualidad de la carne! Cuando una palabra sobrenatural franquea su prisión, como un eco venido de lejos, se sobresaltan, y tratan de esforzarse para hacerse oír por la carne que les oprime. Pero son vanos intentos de un débil oprimido por un gigante.

Para oír la Palabra tal cual es y para volver al espíritu como debería ser, señor de la carne no su esclavo, la humanidad debería poner el hacha al pie de bosques enteros, y abatir los árboles malignos, plantados por la imprudencia de algunos o por su pensamiento rebelde y

[142] En el escrito del 1° de julio

dejados crecer libremente, más aún, ayudados a crecer por otros imprudentes y otros rebeldes a la ley del Señor. La humanidad debería hacer esto y hacer luz. Permitir a la Luz descender desde los Cielos a los prados de la tierra donde, como la hierba que pasa, surgís, florecéis y caéis en poco tiempo. Y bienaventurados los que florecen en manera tal de ser dignos del trasplante a mi Paraíso.

Éstos son aquellos para los que no se ha apagado e interrumpido la luz del espíritu. Son los fuertes que saben resistir las. corrientes humanas. Son los fieles que saben creer incluso contra las afirmaciones humanas. Son los seguros que saben continuar sintiendo el Sol incluso tras las sombras creadas por el hombre, y nada les aparta de esta certeza. Se orientan hacia la Luz como la sensible aguja de una brújula, siguen su Sol como aves migratorias. Saben dejar casa y familiares para ir al Sol de su alma.

Y no me refiero, María, a quien entra en un monasterio. Hay criaturas que aún viviendo en familia la "dejan por mi amor" más que si se metieran tras la doble reja de un monasterio. Tú sabes algo de esto y sabes cuántas lágrimas cueste "seguirme" contra la voluntad hostil de los familiares.

"Vienen a Mí" quienes saben seguir a su Rey de Amor contra el egoísmo, la burla, la incredulidad de los parientes, quienes no se turban ni enfrían ante el asalto cotidiano de los comentarios injustos y de la indiferencia religiosa de los demás. Sino que, al contrario, los sufren y se afanan por multiplicar la Luz en ellos para. llevarla al centro de su familia oscurecida, se extenúan tutelando los intereses de Dios en el seno de la primera de las sociedades humanas: la familia, y llegan a donarme su vida con tal de lograr la Vida para los muertos de su familia: los muertos de espíritu.

¡Oh! ¡benditos! ¡bienaventurados! ¡heroicos hijos míos! Sé lo que quiere decir ir contra el dulce vínculo del amor y la áspera cadena del prejuicio familiar para romperlos y seguir la orden del Señor. Lo sé. Lo recuerdo. Y recompenso con un premio especial a los escondidos mártires del egoísmo familiar y del amor familiar, a los santos mártires de mi Amor, poderoso en ellos como la muerte y que les funde como un fuego.

La frase del Cantar: "Por la noche en mi lecho busqué el amor de mi alma sin encontrarlo" debe leerse así sobrenaturalmente:

Muchas veces y por distintos motivos llega la noche para el alma. Las necesidades de la vida, que a menudo convertís en "afanes de la vida", crean sombras crepusculares, a veces tan profundas que se parecen a una noche sin estrellas. Para probar vuestra constancia, la voluntad de Dios suscita entonces otras tinieblas nocturnas. Durante estas oscuridades "el amor de vuestra alma" se retira.

El alma, a no ser que esté completamente muerta, ama espontáneamente a Dios su Creador. Esta llama vuestra, escondida entre las opacas barreras de la carne, tiende con nostalgia al Reino del 14 oct. que vino y suspira por la unión con su Origen, aunque no os deis cuenta. Sobre la tierra el alma se encuentra perdida entre extraños y busca la cercanía del Único que le da seguridad: Dios.

Cuando Dios se retira por vuestra desidia, porque habéis creado la noche con vuestros afanes humanos, el alma sufre. Primero le viene como un aturdimiento. Pero después llega el momento en que se despierta de nuevo y entonces busca a "su amor" y sufre al sentirlo lejos por culpa de su relajación que ha permitido predominar a la carne con sus preocupaciones sin valor alguno.

En cambio, cuando es Dios quien se retira de un espíritu para probarle y permite que la noche le envuelva, entonces este espíritu vigilante se da cuenta enseguida de que su Amor le ha dejado y se levanta de golpe para buscado, y no encuentra paz hasta que no lo haya alcanzado y estrechado contra su corazón.

Este espíritu, que ha penetrado la Luz, opone a los afanes de la tierra el único afán que deberíais tener: "el de la búsqueda de Dios". Santo afán del alma enamorada, a la que corresponde el divino afán de Dios enamorado de las almas de sus criaturas hasta el punto de darse a Sí mismo para su salvación.

Ya sea que hayáis perdido mi cercanía por vuestra culpa o por mi voluntad, sabed imitar a la esposa del Cantar. Salid sin demora, buscad sin cansancio y sin titubeos, sin temor.

Si la lejanía depende de vosotros, sería vergonzoso que no tratarais de haceros perdonar siendo pacientes e insistentes en la búsqueda. Si depende de Dios, sería ofensivo que mostrarais impaciencia humana y con ésta casi reprocharais a Dios que es incensurable.

Y ni siquiera debéis tener temores. Cuando uno busca a Dios, Dios, aunque esté escondido, vela sobre él. Por eso el mundo no puede hacer ningún "verdadero" mal al buscador de Dios. Aunque se ensañe con burlas o persecuciones, pensad siempre que estas cosas tienen una duración relativa mientras que el fruto de vuestro valeroso amor no perecerá jamás.

Cuando vuestras amorosas búsquedas os concedan, al fin, reuniros con el amor de vuestra alma, estrechaos contra él con un abrazo cada vez más fuerte hasta que se convierta en fusión total e indisoluble entre vosotros y él.

Mira, pequeña esposa mía, cuando se ha llegado a este punto Jesús no se separa nunca. Basta que tú dirijas la mirada del espíritu para verme cerca. Tal como un esposo enamorado que deambula por la casa nupcial y basta que la esposa se vuelva o se asome a la puerta para vede cerca de sí o en la habitación de al lado.

¿No es agradable todo esto? ¿No te da tanta seguridad, tanta paz y consuelo?

Pues todavía no es nada. Cuando Yo atraiga tu alma, desde tu pequeña casa y de la frágil morada de carne en que está encerrada, a la morada eterna, te darás cuenta de lo que es la bienaventuranza del amor. La alegría de ahora es como una gota de miel comparada con el río de dulzura que verteré sobre ti».

Más tarde

Dice Jesús:

«Cuando el amor se ha hecho tan fuerte que ha llegado a ser "fusión", también es inútil temer las violencias humanas que destrozan la vida o la largura de la vida misma.

Cree, alma que escuchas, cree que nada es tan violento como el amor ni tan destructivo cuanto el amor. Si la espada o las flechas de los tiranos no hubieran desangrado y atravesado a mis mártires, si el fuego y la brea no les hubiera fundido e incinerado, si el agua no les hubiera hundido o las bestias despedazado, habrían muerto de todos modos, llegados a ese punto de incandescencia de amor al que les había llevado el amor recíproco entre el cristiano y Cristo. El amor abre las venas y el corazón más que una espada y una flecha, el amor consuma más que el fuego y la brea, el amor sumerge más que el agua, más que una bestia hambrienta aspira hacía Sí el Amor.

Pero esta anulación de la criatura en el Amor separa a la gema de su envoltura, abre el cerrojo al ángel encerrado en la carne, mejor dicho, al espíritu, para prevenir las objeciones de los indagadores humanos que se pierden analizando los matices y no miran el núcleo del pensamiento. Esta anulación libera al espíritu inmortal y lo hace nacer en los Cielos que le han esperado y que se abren para que entren y se cierran tras él, poniendo barreras de paz entre él y la tierra que es hostil a los santos.

Por esto os he dicho: "No temáis a quien puede matar vuestro cuerpo", porque la muerte del cuerpo es liberación del espíritu.

El Amor es inmolador como la espada y el fuego, como el agua y las fieras. Y, en vuestros días, en los que no existen las grandes persecuciones que coronaron de púrpura la Iglesia naciente, en verdad os digo que no faltan los mártires para los que la espada, el fuego y la fiera es la llama del amor.

Aquella que llamáis "Pequeña flor" [143] no es menos mártir que Inés, porque la espada que asumió la vida de la una y de la otra tiene, en el fondo, un único nombre: "el Amor". Y en el Cielo el martirio de la una y de la otra, si bien fueron consumados de forma distinta, tienen el mismo premio, porque la gloria de Dios fue el agente que les impulsó a salirle al encuentro y el amor por las almas el que les impulsó a pedirlo.

Del mismo modo es inútil temer lo prolongado de la separación. El amor la abrevia porque consuma. Un ser preso en un remolino de fuego no resiste durante mucho tiempo.

El fuego lleva rápidamente hacia el Fuego, hacia Dios Uno y Trino que es la perfección del Amor, que es el Amor mismo, y que en cada instante renueva y difunde su ardor, que va desde el Centro a los Tres y de los Tres a la Unidad con inefables, e incomprensibles para la mente humana, movimientos de amor, y después se desborda como riada de una fuente escondida y se difunde por el Universo, y lo abraza, lo fecunda, lo atrae, da la vida por él y pide recibir las vidas creadas para llevarlas a conocer el Amor, o sea a Sí mismo, con una perfección tal que ya no es la de las criaturas separadas del Creador, sino la de las criaturas que están recogidas de nuevo en el seno del Creador.

¡Oh! ¡Oh Luz beata! Amor tres veces santo, ¿por qué mi sacrificio de Dios no ha bastado para donarme todas las criaturas? ¿Por qué, al contrario, el Enemigo ha actuado de tal forma sobre la debilidad del hombre que ha hecho impenetrable mi sacrificio en casi la totalidad de las criaturas?

¡Oh! ¡Dolor del Hombre Dios, de Dios que ha dejado los celestiales resplandores para venir a la tierra con el fin de dar el Amor a los terrenos y de llevarles al Amor, y ve que su holocausto de Dios que deja los Cielos, y de Hombre que se inmola, ha sido cumplido inútilmente para millones y millones de seres!

Os alejáis del Bien, del Amor que es Bien, y morís. Morís después de que Yo os he dado la Vida. Morís por no saber amar y no quereros dejar amar por Dios.

Vosotros, que habéis conocido el amor, permaneced fieles entre los hombres infieles a Jesús, vuestro Señor y Salvador, infieles al Dios Uno y Trino, Padre, Redentor, Amor vuestro. Nunca os separéis de este camino seguro que termina en mi Corazón.

Que el amor no sea sólo la guía de vuestra vida, sino que os impulse en una carrera tan veloz que sea un vuelo hasta Mí. Volad hacia la Luz como la mariposa que la luz atrae. Está aquí para recibiros y aumenta sus resplandores de alegría porque os ve fieles.

Venid. Subid. Sólo Dios es la alegría de la criatura».

## 15 de octubre

Dice Jesús:

«La Iglesia ha aplicado a María, mi Madre bendita, las alabanzas que el esposo del Cantar dedica a su amada. Y cierto es que ninguna criatura en el mundo tiene tanto derecho como ella de que se le apliquen esas alabanzas, incluso dejando especialmente de lado la sensualidad que celebra las bellezas físicas, también grandes en María, porque su exclusión del pecado original había hecho de María una criatura perfecta como los dos primeros que había creado el Padre. Y los dos primeros, obra excelsa del Creador, tenían, además de la

[143] Sta. Teresa de Lisieux

belleza incorpórea del alma inocente, la belleza física del cuerpo creado por el Padre.

La fealdad física le vino al hombre como una de las muchas consecuencias del pecado. El pecado no lesionó sólo el espíritu. También lesionó la carne. Del espíritu, que había perdido la Gracia, vinieron los instintos contra natura, que han tenido como fruto las monstruosidades de la raza. Si el hombre no hubiera conocido el pecado no habría conocido ciertos estímulos y no habría contraído alianzas solicitantes y malditas que después le han pesado, a lo largo de los siglos, con el sello de la fealdad sobre su primera belleza original.

Y aún cuando el hombre no llegó a envilecerse con determinadas culpas, la maldad, llevada hasta la delincuencia, signó con estigmas los rostros de los malvados y de sus descendientes, marcas que todavía hoy estudiáis para reprimir la delincuencia.

Pero deberías ser vosotros, científicos que las estudiáis, los que comenzarais quitando la primera marca de delincuencia de vuestro corazón: la que os hace rebeldes a Dios, a su Ley, a su Fe. Hay que curar el espíritu, no reprimir las culpas de la carne y de la sangre. Si el hombre, curándose a sí mismo en primer lugar, cuidase la educación espiritual de los hermanos, reconociendo este espíritu que es el motor de vuestros actos y no negándolo con las palabras, y todavía más con las obras de toda la vida, la delincuencia disminuiría hasta convertirse en una manifestación esporádica de algún pobre enfermo mental.

Tanto era signo, la fealdad física, de propia o remota conjunción con el mal, que en la época mosaica, cuando por una serie de razones, que un día te expliqué 1, era necesario recurrir a un rigor y un extremismo que después modifiqué con mi doctrina de amor, el deforme venía excluido de los servicios divinos. Esa ley no había sido impuesta por la Justicia para enseñar a los hombres a faltar a la caridad contra los infelices, sino para poner un freno a la animalidad de los hombres, con el temor y el terror de que sus culpas contra natura generasen deformes excluidos del servicio divino, máxima aspiración de los hijos de Israel.

Después vine Yo, Sabiduría eterna, encarnada por vosotros, y modifiqué la Ley con el fuego de mi Caridad y a la luz de mi Inteligencia.

Habían pasado siglos y siglos desde la época de Moisés y, a pesar de todas las leyes, el hombre fornicaba con el Mal, con la Lujuria llevada hasta monstruosas aberraciones, con la Crueldad llevada también hasta realizar obras de arte de criminalidad. En los hijos de los hijos de estos millones de pecadores se señalaban las marcas de las antiguas culpas de sus padres mientras que, bajo el revestimiento de una carne poco favorecida y deformada por defectos físicos o por horribles enfermedades, palpitaba un corazón más digno de Dios que el de muchos seres físicamente hermosos.

Entonces Yo, fruto del Amor y portador del amor entre los hombres, os he enseñado a amar a los infelices para enseñaros el amor; he llamado a Mí tullidos, ciegos, leprosos, locos, y les he curado cuando convenía, siempre les he amado con amor de predilección y os he enseñado a amarles así.

Esto respondía también a una razón de alta justicia. Yo, que había venido para redimir las deformidades del espíritu y para amar hasta el holocausto vuestros espíritus deformes, para devolverles la belleza digna de entrar en el cielo, ¿cómo podía no amar a los deformados de la carne, cuya deformidad era una cruz que ya por sí misma redimía el espíritu de quien la sabía llevar?

No, el Salvador ha amado y ama a los infelices de la tierra. Y si bien no puede obrar sobre todos el milagro de volver perfectos sus miembros destinados a perecer -no puede por motivos que es inútil explicar a los hombres- puede dar, a cuantos están humillados por una enfermedad, la divina certeza de la posesión del Cielo, si saben sufrir su prueba de martirio sin dudar de la bondad del Eterno y sin rebelarse a su suerte acusando a Dios.

Que también me amen por el dolor. Yo les premiaré por su amor y los desamparados de la

tierra se convertirán en triunfadores en el Cielo.

Mi Madre, la Sin culpa, la Toda Hermosa, la Deseada de Dios, la Destinada a ser mi Madre, poseía la armónica integridad de sus miembros, en los que estaba patente el dedo modelador de Dios que la había creado a su perfecta semejanza.

La obra del artista se las ha ingeniado durante siglos para representar a María. Pero ¿cómo representar la perfección? Ésta resuma desde dentro hacia fuera. Y aunque pudierais hacer una forma perfecta con el pincel y con el cincel, no podríais infundirle la luz del alma que es algo espiritual, y que es el inefable toque divino puesto sobre una carne que es santa, toque que veis traslucir desde el interior sobre vuestros hermanos y que os hace exclamar: "¡Qué santo rostro!".

¿Cómo podéis representar a María? ¡La Toda Santa del Señor! Siempre que se ha aparecido, y después os afanáis por reproducir sus facciones, los beatos que le han visto han exclamado: "Esta obra es hermosa, pero no es María. Ella es bella de otro modo, con una belleza que no podéis reproducir y que no se puede describir".

¿Acaso tú podrías reproducir a María, tú a quien concedí ver a la Madre mía y tuya [144] como consuelo en la prueba que te era inminente, podrías acaso tú hacerlo si fueras una pintora o escritora excelsa? No. Has declarado que, también tu eficaz palabra de mujer instruida y capaz de componer es pobre, insuficiente, para describir a María. Has dicho que es "luz" para decir que es lo más hermoso e indescriptible que haya en el mundo y comparada a mi Madre, la nuestra.

Es el espíritu de María que aflora tras los velos de la carne inmaculada, lo que no podéis describir, hijos suyos y hermanos míos. Santificaos para ver a María. Aunque, haciendo una suposición, en el Paraíso sólo la vierais a Ella, ya seríais bienaventurados. Porque Paraíso quiere decir lugar en el que se goza de la visión de Dios, y quien ve a María ya ve a Dios. Ella es el espejo sin mancha de la Divinidad.

Ves, por tanto, que las alabanzas del Cantar son adecuadas precisamente a María, quien con su alma pura y enamorada, ha herido el corazón de Dios que es su Rey, pero que la complace en sus deseos de amor por vosotros, como si Ella fuese su Reina.

Quisiera que en la medida de vuestras fuerzas, así como debéis amar a Dios con todas vuestras fuerzas, os esforzarais en amar a María. Amar quiere decir imitar, por espíritu de amor, a quien se ama. Y Yo he hecho de esto un dulce mandato: "Se sabrá que me amáis cuando se vea que hacéis las obras que Yo hago". Ahora os doy el mismo mandamiento hacia mi Madre: "Se verá que la amáis cuando la imitéis".

¡Oh! ¡si el mundo se esforzara en imitar a María! El Mal, en todas sus manifestaciones que van desde la destrucción de las almas a la destrucción de las familias, y de la destrucción de las familias a la destrucción de las Naciones y de todo el globo terráqueo, caería vencido para siempre, porque María tiene al Mal bajo su calcañal virginal y, si María fuera vuestra Reina y vosotros fuerais realmente sus hijos, súbditos e imitadores, el Mal no podría ya haceros mal.

Sed de María. Automáticamente seréis de Dios. Porque Ella es el Jardín cerrado donde está Dios, el santo Jardín donde Dios florece. Porque Ella es la fuente de la que mana el Agua Viva que asciende al Cielo y os proporciona el medio para subir al Cielo: Yo, Cristo, Redentor del mundo y Salvador del hombre». [145]

16 de octubre

[144] En los escritos del 12 de septiembre y del 19 de septiembre

[145] El comentario al Cantar continúa en el dictado del 18 de octubre. También lo anota la escritora sobre una copia mecanografiada

Dice Jesús:

«Hoy quiero hablarte sobre una frase pronunciada por Mí en la cruz. Podrá parecer un intermedio discordante con el tema del que te he hablado en estos días. Pero no lo es.

Todo cuanto digo se refiere a la piedra preciosa que tenéis en vosotros: al espíritu. Porque el espíritu es el señor de vuestro ser. A menudo vosotros lo convertís en un esclavo, pero ésa es una culpa de la que daréis cuenta. El hecho de que lo oprimáis y lo matéis no cambia vuestra característica de señor de vuestro ser.

Quiero llamaros la atención sobre una frase pronunciada por Mí en la Cruz. Tú también estás en la cruz, pobre María. Y tu cruz ya habitual se ha hecho más dura y áspera con el dolor presente que te consuma la carne y la sangre y que te oprime la moral hasta quebrarla. Si fuera sólo por la muerte sufrirías menos. Pero al dolor por el fallecimiento de tu madre se une otro dolor por cómo se fue de ti sin una palabra. Tienes un nudo de lágrimas en el corazón por tu insaciada hambre de caricias, que te acompañó durante toda tu vida de hija y te acompañará durante toda tu vida de huérfana.

Dame también este sacrificio. Hay tantos hijos sin madre. ,Sin ella, porque la madre no les ama, y sin ella, porque la madre les ha rechazado.

¿Crees que los hijos del pecado, cuando salen de las nieblas de la infancia y comienzan a pensar, no sufran por su condición? La, caridad humana les da pan y cobijo, ¡oh! no mucho más, y a menudo menos de cuanto se le da a un cachorro perdido o a un animal abandonado. Pero si el cachorro y el animal son felices tan sólo con tener un alimento, un refugio y una caricia, los hijos de la mujer, que la mujer ha repudiado porque representan para ella el testimonio de su culpa, tienen una mentalidad superior a la del cachorro y del animal, tienen un alma que sufre y que puede, en su sufrimiento de bastardos extraviados fuera del nido donde nacieron, echados fuera del nido, convertirles en injustos y malos. Injustos conmigo y malos hacia los hombres, hacia los semejantes de quien les ha generado para condenarlos a un destino de vergüenza.

Sólo Yo, que soy Aquél a quien no se le escapa una lágrima del hombre y ni siquiera le pasa inobservada la necesidad del pájaro que tiene hambre, sólo Yo conozco las lágrimas y las rebeliones de estas pobres criaturas mías, que no han tenido siquiera ese mínimo de familia que está constituido por el recuerdo de los padres desaparecidos. Las lágrimas las recoge mi Amor, y las rebeliones las compadece mi Misericordia. La Justicia no es severa con estos pobres hijos generados para el llanto y la vergüenza, sino que va, con rostro severo, a juzgar a quien les ha generado para tal suerte.

Pero no es esto de lo que te quiero hablar. Para esto te pido sólo tu sufrir de hija que no ha conocido el consuelo del adiós materno. Tú me tienes a Mí como pocos me tienen. No saben verme y oírme, si no estaría con todos como contigo. Dame tu dolor de hija para que ellos sientan que tienen un Padre, que no son bastardos, que hay quien les ama. Y les ama como ningún padre de la tierra puede ni sabe amar. Hay que saber aplicar el propio dolor particular para el alivio del dolor de los demás. Y tú, que conoces la amargura de algunas situaciones, la desolación del corazón y el consuelo que sólo viene de Dios, sufre con buena voluntad para impedir ésta que es una de las más amargas, desoladas y peligrosas desesperaciones.

Y ahora hablamos de la frase pronunciada por Mí en la cruz.

Si en las palabras de la Sabiduría no hay ni siquiera una relativa al espíritu que sea inútil, ¿qué será de las palabras pronunciadas por Mí, Sabiduría divina? En la cruz completé mi misión de Redentor, pero también de Maestro.

Os enseñé el perdón perdonando a mis asesinos y a quien me ofendía como Dios y como moribundo. Os enseñé a tener fe en la Misericordia concedida a quien se arrepiente prometiendo el Paraíso a Dimas. Os enseñé a quién ir para no sentiros solos: a María que es

vuestra Madre. Os enseñé a pedir humildemente y a sufrir pacientemente también en las necesidades corporales pidiendo un sorbo para mis labios. Os enseñé a no quejaros si el sorbo es vinagre e hiel.. vinagre e hiel, María, que a menudo viene dado no sólo a los labios sino al corazón que pide amar y recibe repulsión y ofensas. Recuerda que tu Jesús ha tenido saturado el Corazón de esta mezcla realmente amarguísima.

Os enseñé a Quién invocar en los momentos en los que el dolor se precipita sobre vosotros y os parece que todos, incluso Dios, os hayan abandonado. Yo estaba, por necesidad de Redención, realmente abandonado por el Padre, pero le he invocado de todas formas. Así hay que hacer, hijos, en los momentos de prueba y de dolor. Aunque Dios os parezca lejano pedirle igualmente ayuda. Dadle filial amor siempre. Él os dará sus dones. Podrán no ser los que invocabais. Serán otros aún más necesarios para vosotros. Confiad en el Señor y Padre vuestro. Él os ama y provee por vosotros. Creed siempre en esto. Dios premia a quien cree en su Bondad.

Pero antes de pronunciar la última palabra, a la que estaba unida, junto al dolor angustioso de esa muerte, la alegría de haber conquistado la Vida para vosotros, he pronunciado la frase de la que te quiero hablar: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu".

¿Veis, hijos queridos, qué valor tiene el espíritu? Mi último pensamiento fue para él, para encomendado en las manos del Padre. El espíritu es el valor inmensurable de nuestro vivir como hombres, digo "nuestro", porque quien moría sobre la cruz era verdadero Hombre además de verdadero Dios, por ello semejante a vosotros en la humanidad. Mi último cuidado va para mi espíritu próximo a liberarse de la carne para volver al Origen del que había venido.

El espíritu del Cristo no necesitaba la piedad divina. Era el espíritu divino e inocente del Hijo del Padre y de la Inmaculada. Pero Yo os quise enseñar que sólo hay una cosa que sea preciosa en la vida y preciosa en la otra vida: el espíritu. Éste debe recibir todos vuestros cuidados durante la existencia y vuestras previsiones para la hora de la muerte.

Todo cuanto poseéis en la tierra muere con la carne. Nada os sigue a la otra vida. Pero el espíritu permanece. El espíritu os precede. Es quien se presenta al Juez y recibe la primera sentencia. Es quien removerá la carne en el momento del Juicio final y la hará revivir de nuevo para escuchar el decreto que la haga bienaventurada con ese espíritu o maldita con él.

La carne conocerá siglos o instantes de muerte antes de su resurrección, pero el espíritu sólo conoce una muerte y no resucita de ella.

¡Ay de aquellos espíritus muertos que infundirán muerte a la carne que habitaron! La "segunda muerte" que no conoce resurrección, y que es la. que debéis de temer para este cuerpo que amáis más que al espíritu, hombres necios que invertís los valores de las cosas.

Tratad de tener piedad de vosotros mismos, no desde el punto de vista humano sino desde el sobrenatural. Piedad de lo que no muere como carne, pero que puede morir únicamente como espíritu, perdiendo la Luz de Dios aquí abajo, la visión y la posesión de Dios en mi Cielo.

Tratad. Y dado que sois débiles por la carne que os tienta, porque está presa en las seducciones de Satanás, en la vida y en la muerte confiad vuestro espíritu al Potente, al Santo, al Misericordioso Dios.

Cuando os enseñé a decir: "No nos dejes caer en la tentación más líbranos del mal", ¿no os enseñé a confiar vuestro espíritu al Padre, que os ha creado y que no reniega de su paternidad como, en cambio, vosotros renegáis de vuestra filiación?

Poco puede dañar Satanás en la tierra al espíritu que se confía a Dios; al espíritu que en la agonía invoca a Dios se le ahorrarán los terrores que la Bestia suscita como última

venganza; al espíritu que expira en Dios, Dios le abrirá el Corazón, y pasará de la muerte a la vida eterna, santa, bienaventurada».

17 de octubre

Dice Jesús:

«Quiero explicarte lo que es y en qué consiste el Purgatorio. Y te lo explico Yo de manera que chocará a muchos que se creen depositarios del conocimiento del más allá y no lo son.

Las almas sumergidas en aquellas llamas sólo sufren por el amor.

Ellas no son indignas de poseer la Luz, pero tampoco son dignas de entrar inmediatamente en el Reino de la Luz; son investidas por la Luz, al presentarse ante Dios. Es una breve, anticipada beatitud, que les asegura su salvación y les hace conocedoras de lo que será su eternidad y expertas de cuanto cometieron contra su alma, defraudándola de años de bienaventurada posesión de Dios. Después, sumergidas en el lugar de purgación, son investidas por las llamas expiadoras.

En esto aciertan quienes hablan del purgatorio. Pero donde se equivocan es al querer aplicar distintos nombres a esas llamas.

Éstas son incendio de amor. Purifican encendiendo de amor las almas. Dan el Amor porque, cuando el alma ha alcanzado ese amor que no alcanzó en la tierra, es liberada y se une al Amor en el Cielo.

Te parece una doctrina distinta de la conocida, ¿verdad? Pero piensa.

¿Qué es lo que Dios Uno y Trino quiere para las almas que ha creado? El Bien.

Quien quiere el Bien para una criatura, ¿qué sentimientos tiene hacia la criatura? Sentimientos de amor.

¿Cuál es el mandamiento primero y segundo, los dos más importantes, de los que he dicho que no los hay mayores y en ellos está la llave para alcanzar la vida eterna? Es el mandamiento del amor: "Ama a Dios con todas tus fuerzas, ama al prójimo como a ti mismo".

¿Qué os he dicho infinidad de veces por mi boca, la de los profetas y los santos? Que la mayor absolución es la Caridad. La Caridad consuma las culpas y las debilidades del hombre, porque quien ama vive en Dios y viviendo en Dios peca poco, y si peca se arrepiente inmediatamente, y el perdón del Altísimo es para quien se arrepiente.

¿A qué faltaron las almas? Al Amor. Si hubieran amado mucho, habrían cometido pocos y leves pecados, unidos a vuestra debilidad e imperfección pero nunca habrían alcanzado la persistencia consciente en la culpa, ni siquiera venial. Habrían visto la forma de no afligir a su Amor y el Amor viendo su buena voluntad, les habría absuelto incluso de los pecado veniales cometidos.

¿Cómo se repara, también en la tierra una culpa? Expiándola y, cuando es posible, a través del medio con el que se ha cometido. Quien ha dañado, restituyendo cuanto quitó con prepotencia. Quien ha calumniado, retractándose de la calumnia, y así todo.

Ahora, si esto lo requiere la pobre justicia humana, ¿no lo querrá la Justicia santa de Dios? ¿Y qué medio utilizará Dios para obtener reparación? A Sí mismo, o sea al Amor, exigiendo amor.

Este Dios al que habéis ofendido, y que os ama paternalmente, y que quiere unirse con sus criaturas, os lleva a alcanzar esta unión a través de Sí mismo.

Todo gira entorno al Amor, María, excepto para los verdaderos "muertos": los condenados. Para estos "muertos" también ha muerto el Amor. Pero para los tres reinos -el que tiene el peso de la gravedad: la Tierra; aquél en el que está abolido el peso de la materia pero no el del alma cargada por el pecado: el Purgatorio; y, en fin, aquél cuyos habitantes comparten

con el Padre su naturaleza espiritual que les libera de todo peso- el motor es el Amor. Amando sobre la Tierra es como trabajáis para el Cielo. Amando en el Purgatorio es como conquistáis el Cielo que en la vida no habéis sabido merecer. Amando en el Paraíso es como gozáis el Cielo.

Lo único que hace un alma cuando está en el Purgatorio es amar, pensar, arrepentirse a la luz del Amor que esas llamas han encendido para ellas, que ya son Dios, pero que, para su castigo, le esconden a Dios.

Esto es el tormento. El alma recuerda la visión de Dios que tuvo en el juicio particular. Se lleva consigo ese recuerdo y, dado que el haber tan sólo entrevisto a Dios es un gozo que supera todo lo creado, el alma está ansiosa de volver a gustar ese gozo. Ese recuerdo de Dios y ese rayo de luz que le revistió cuando compareció ante Él, hacen que el alma "vea" la importancia que realmente tienen las faltas cometidas contra su Bien, y este "ver", junto a la idea de que por esas faltas se ha impedido voluntariamente, durante años o siglos, la posesión del Cielo y la unión con Dios, constituye su pena purgante.

El tormento de los purgantes es el amor y la certeza de haber ofendido al Amor. Un alma, cuanto más ha faltado en la vida, tanto más está como cegada por cataratas espirituales que le hacen más difícil conocer y alcanzar ese perfecto arrepentimiento de amor que es el primer coeficiente para su purgación y entrada en el Reino de Dios. Cuanto más un alma lo ha oprimido con la culpa, tanto más pesado y tardío se hace vivir el amor. A medida que se limpia por poder del Amor, se acelera su resurrección al amor y, de consecuencia, su conquista del Amor que se completa en el momento en que, terminada la expiación y alcanzada la perfección del amor, es admitida en la Ciudad de Dios.

Hay que orar mucho para que estas almas, que sufren para alcanzar la Alegría, sean rápidas en alcanzar el amor perfecto que les absuelve y les une conmigo. Vuestras oraciones, vuestros sufragios, son nuevos aumentos de fuego de amor. Aumentan el ardor. Pero -¡oh! ¡bienaventurado tormento!- también aumentan la capacidad de amar. Aceleran el proceso de purgación. Alzan las almas sumergidas en ese fuego a grados cada vez más altos. Las llevan a los umbrales de la Luz. Abren las puertas de la Luz, en fin, e introducen el alma en el Cielo.

A cada una de estas operaciones, provocadas por vuestra caridad hacia quien os precedió en la segunda vida, corresponde la sorpresa de la caridad hacia vosotros. Caridad de Dios que os agradece el que proveáis por sus hijos penantes, caridad de los penantes que os agradecen el que os afanéis por introducirles en el gozo de Dios.

Vuestros seres queridos nunca os amaron tanto como después de la muerte de la tierra, porque su amor ya está impregnado de la Luz de Dios y a esta Luz comprenden cómo les amáis y cómo deberían haberos amado.

Ya no pueden deciros palabras que invoquen perdón y den amor. Pero me las dicen a Mí para vosotros, Yo os traigo estas palabras de vuestros Difuntos que ahora os saben ver y amar como se debe. Os las traigo junto con su petición de amor y su bendición, que ya es válida desde el Purgatorio porque ya está animada por la inflamada Caridad que les quema y purifica. Perfectamente válida, además, desde el momento en que, liberados, salgan a vuestro encuentro a los umbrales de la Vida o se reúnan con vosotros en ella, si les hubierais precedido en el Reino de Amor.

Fíate de Mí, María. Yo trabajo por ti y por tus seres queridos. Conforta tu espíritu. Vengo para darte la alegría. Confía en Mí».

18 de octubre [146]

Dice Jesús:

«El secreto del alma que no quiere perder a su Amor, Dios, debe ser -ya te hablé de ello [147] - permanecer siempre unida a Dios con las potencias del alma.

Hagáis lo que hagáis, tened el espíritu firme en Mí. De este modo santificaréis todas vuestras acciones haciéndolas agradables a Dios y sobrenaturalmente útiles para vosotros. Para quien sabe permanecer en Dios todo es oración, porque la unión no es otra cosa que amor, y porque el amor transforma en adoraciones gratas al Señor hasta las acciones más humildes de la vida humana.

En verdad te digo que, entre quien está muchas horas en la iglesia repitiendo palabras con el alma ausente, y quien está en su casa, en su oficina, en su negocio, en su ocupación, amándome a Mí y al prójimo por Mí, permaneciendo unido a Mí, quien reza es el segundo y es a él a quien bendigo, mientras que el primero sólo está cumpliendo un precepto hipócrita que Yo condeno y desecho.

Cuando el alma ha sabido alcanzar esta amorosa ciencia de saber permanecer con sus potencias firmes en Mí, produce actos continuos de amor. Hasta en el sueño material me ama, porque la carne se adormece y se despierta con mi Nombre y pensando en Mí, y mientras que el cuerpo descansa el alma continúa amando.

Oh! ¡santos desposorios del alma con su Dios! Vínculo espiritual que no ve el ojo humano pero que, si pudiese vedo vería un círculo de fuego que rodea a Dios y a la criatura, y aumentando el gozo de Dios aumenta la gloria de la criatura, círculo santo que en el Cielo será aureola sobre la frente glorificada.

El alma, encerrada como está en la carne, padece a veces, de rebote, los cansancios de la carne. Las tentaciones de Satanás, faltas más o menos graves -no hablo del pecado mortal, que separa violentamente al alma de su Dios, sino que hablo de las faltas más leves las cuales, en cuanto leves, tienen como consecuencia una postración del espíritu- desilusiones, dolores, acontecimientos de la vida que provocan con las otras causas, en los menos formados en la vida del espíritu, cansancios del alma.

Pero tenéis que reaccionar ante éstos. Son como esos languideceres físicos que preceden al agotamiento de la carne. ¡Ay si no se combaten desde el inicio! Pero tres veces peor si no se combaten los languideceres del espíritu que llevan al sopor espiritual y lentamente a la muerte del alma.

Dios no ama a los perezosos, no ama a quienes prefieren sus comodidades al buen Señor. Dios castiga a los que se vuelven tibios. Se retira.

Vuestro buen Dios os llama para despertaros, os ruega que le acojáis, se os muestra fatigado por haberos cercado y os pide el corazón para ampararse en él. ¿Pero no sabéis que el tabernáculo más hermoso para vuestro Señor es vuestro corazón? El buen Dios lo intenta todo para sacaros del sueño espiritual y de la pereza espiritual. A veces incluso trata de forzar las místicas rejas del corazón e intenta entrar. Después se retira porque sólo en escasas ocasiones recurre a la violencia. Siempre os deja libres, aunque el dejaros tales sea dolor para Él, porque ve que hacéis mal uso de la libertad.

Algunas veces, más bien casi siempre, el alma advierte la venida de su Dios, siente su intento de entrar y, dado que el alma recuerda que ha sido creada por Dios, se siente estremecer de dulzura.

Vosotros oprimís el alma, no la seguís en sus deseos, pero ella se resiste a morir en

[146] La escritora añade sobre una copia mecanografiada: Continúa comentando el Cantar

[147] En los dictados del 26 de junio y del 10 de octubre

vosotros. Es la última que muere, muere después de que ha muerto la mente y ha muerto el corazón por la soberbia y la lujuria; muere sólo cuando vosotros la matáis quitándole la Luz, el Amor, la Vida, o sea Dios. Pero hasta que no está muerta, se estremece de alegría y late de amor cuando Dios se le acerca. ¡Ay de quienes no quieren secundar estos movimientos del alma! Se parecen a los enfermos que, con continuas imprudencias y desobediencias al médico, agravan cada vez más la enfermedad hasta volverla mortal.

Cuando vuestra alma se deshace de dulzura porque siente a Dios tras las rejas, seguid el movimiento del alma, dejad toda atención a la carne, poned de rodillas vuestra carne soberbia, reconoced los derechos de la reina encerrada en vosotros, de la reina que quiere seguir a su Rey y adorar la benevolencia del Rey que ha venido hasta vosotros para amar vuestra alma que teníais apartada, que ha venido para amaros, para daros la garantía de salvación también para vuestra carne, que tanto os importa pero por la que no sabéis hacer nada realmente provechoso.

Dios quiere que en la resurrección final también vuestras carnes resplandezcan de luz y de belleza sobrenatural y eterna. Resplandezcan por las obras santas cumplidas en la vida terrena, por las obras cumplidas siguiendo los impulsos del alma movida por Dios.

¡Si supierais qué enorme gracia supone cada venida de Dios Amor! Si lo comprendierais diríais a cada momento: "¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven a guiar mi alma! Sé mi Rey y mi Maestro". Si lo supierais, señalaríais cada encuentro, cada venida, entre los días más dichosos de vuestra vida de hombres. Y en verdad ningún acontecimiento es tan dichoso como el que Yo entre con mi amor en vuestro corazón para salvaros y conduciros, más allá de la vida, a la Vida verdadera, eterna y bienaventurada.

Cuando por vuestra negligencia habéis dejado pasar de largo a vuestro Maestro, afligido por vuestra indolencia espiritual; cuando el remordimiento, grito de la conciencia que nunca calla completamente, ni siquiera en los más depravados, despierta vuestra alma que habéis aturdido en la tibieza y en la materialidad, sed diligentes en la reparación. Buscad inmediatamente a Dios.

Pensad que sin Dios se vaga por caminos de muerte hasta perecer para siempre. Pensad también que Dios es piadoso y tiene entrañas de caridad con vosotros. Él escucha inmediatamente vuestro grito que lo llama y, aunque si para vuestro castigo está escondido durante algún tiempo, no está lejos. Vosotros no le veis, pero Él está cerca de vosotros con el corazón de Padre que perdona al hijo desviado y anhela estrecharlo contra su corazón.

Buscad inmediatamente a Dios. Rebasad las guardias de ronda: las insidias que el Enemigo emplaza a lo largo del camino para impedir que un alma se le escape para refugiarse en Dios. No os importe que Satanás, envidioso y cruel, os despoje por venganza.

Es mejor para vosotros entrar desnudos de humanidad en la vida eterna, ricos tan sólo de riquezas espirituales, que acompañados a los umbrales de Dios por afectos, honores, alegrías terrenas, para ser arrojados fuera porque ya lo habéis tenido todo y no merecéis más, habiendo preferido tener este "todo", que cae y os arrastra al caer, a lo único que es necesario tener: la moneda para entrar en la Vida eterna, acumulada con fatigas, esfuerzos, paciencia espiritual, brotes santos que van granando poco a poco obedeciendo mi Ley por amor, perlas místicas adquiridas con dolor sufrido por amor, rubíes eternos creados por vuestro querer ser mis hijos, contra las voces de la naturaleza carnal, contra los escarnios y las venganzas del mundo, contra las seducciones y las iras de Satanás, queridas venciéndose a sí mismos y a los enemigos de sí mismos: sean hombres o demonios, queridas triturando la carne con tal de hacer triunfar al espíritu que quiere seguir la Voluntad de Dios, queridas hasta sudar sangre viva como Yo ante la mayor de las tentaciones, el mayor de los temores, la mayor Voluntad divina que hombre alguno haya podido sufrir.

¡Si supierais qué es un vuestro "no" dicho a las fuerzas de la carne, de los afectos, de las riquezas, de los honores, para ser fieles a Quien os ama! ¡Si supierais lo que significa estar preparados para dejarse despojar aún de las cosas queridas con tal de ser totalmente de Dios!

Ciertas privaciones, sufridas con resignación si bien no con júbilo, porque aún puede uno regocijarse con la salud inmolada según los fines de Dios, pero no puede hacerlo ante una tumba que se cierra sobre un padre, una madre, un esposo, un hijo, un hermano - también Yo he sido Hombre entre los hombres y recuerdo lo que es el no volver a oír una voz querida, el no volver a ver la casa animada por un pariente y vacía de su presencia la morada de un amigo-ciertas privaciones, sufridas con resignación tienen el valor de un martirio, María, recuérdalo. Lo tienen como lo tiene el de la vida ofrecida por el adviento de mi Reino en los corazones, las fiebres, las enfermedades padecidas porque caigan las fiebres de las almas y las enfermedades de los espíritus.

El uno y el otro martirio tendrán el premio del martirio: la estola escarlata de quienes vinieron a Mí a través de una gran tribulación, cortejo de fuego que seguirá al Cordero junto al cándido cortejo de las vírgenes, el segundo a mi derecha, el primero a mi izquierda, porque estos héroes del espíritu son verdaderamente los hijos de mi Corazón desgarrado por un martirio de amor, así como los primeros son los nacidos de María que más se parecen a la Madre y al Hijo de la Madre, son los que vivieron con aspecto de hombres y sentimientos de ángeles: más allá de la carne y de la sangre.

Buscad al Señor con todos vuestros medios, con santa audacia. Buscadlo para reparar la desidia anterior. Y una vez que lo hayáis encontrado no volváis a separaros de Él.

En Él está el Bien que no muere. En Él está la Vida y la Verdad. Si permanecéis en Él no pereceréis. Si vivís en Él no moriréis, no os equivocaréis. Como la barca que entra segura en el puerto porque su piloto la ha sabido conducir, vosotros, guiados por Cristo, entraréis en el puerto de la Paz. Os lo digo Yo, que no miento.

No os resignéis nunca, hijos que amo. Sed fieles a Mí y Yo os daré la gloria».

19 de octubre [148]

Dice Jesús:

«Y ahora, alma mía, ahora que estamos al final del Cantar, te enseño las últimas artes de la ciencia de amor.

Sé pura, porque tu Amado es más puro que el lirio y que la nieve, y la esposa debe vestir las mismas vestiduras que su Señor y apreciar lo que Él aprecia. La Luz se acerca, María. Quita hasta los matices de la sombra de tu carne para ser también tú pura luz para el momento en que vendré y la Luz, Jesús, te estrechará contra el corazón para llevarte a su morada donde no existirán ya las separaciones impuestas por el estar sobre esta tierra.

Aumenta cada vez más tu belleza porque las bodas están próximas. Cíñete con los adornos de los últimos sacrificios, cíñetelos con alegría porque te han sido dados por Quien te ama con amor eterno.

Enciéndete con el fulgor del amor para dar viveza a tu aspecto espiritual. Una esposa fría, o tan sólo tibia, no es una esposa. Yo te quiero ardiente de amor total.

Sé intrépida contra todas las fuerzas del Enemigo que trata de inquietarte por envidia infernal. Lanzará inútilmente contra ti sus demoniacas cuadrigas. Mientras que permanezcas fiel, cuatro y cuatro y diez veces cuatro demonios serán menos que la brizna de hierba bajo

[148] Sobre una copia mecanografiada la escritora añade: Continúa con el Cantar

tu pie que da los últimos pasos para atravesar cuanto le separa aún de la morada de tu amor.

Nada te turbe. Sigue apoyada en Mí. Quédate así hasta el final, y tu pasaje será dulce y luminoso, como la salida de un camino semioscuro y difícil y la entrada en un prado florido y lleno de sol y de canto de pájaros. En verdad, para quien amando ha merecido la posesión del Cielo, la muerte no es más que entrada en la Belleza eterna y en la Alegría eterna.

Y dado que en el pasado no fuiste sin culpa, cancela también el recuerdo de aquellas sombras con el medio que te he enseñado. Con un amor cada vez más vivo. Vive únicamente para Mí, de Mí, conmigo. Haz que el Padre, mirándote, te vea tan unida a Mí que no pueda separarte de su Hijo. Que mi Caridad te cubra como manto nupcial bajo el que oculto los desgarros de tu vestidura.

¡Ay de vosotros si os presentarais solos ante la Justicia! Por cuanto buenos podáis ser, siempre tenéis algún daño. Pero si os presentáis conmigo ante el Padre, el fulgor del Hijo orna de tal modo vuestra alma que la vuelve hermosa, y mi fulgor nunca es tan vivo como cuando puedo presentar al Padre un espíritu que me ama y que no ha vuelto inútil, para sí, mi Sacrificio de Redentor. La Justicia del Padre no tiene corazón para afligir al Hijo, Salvador de un nuevo ciudadano de la Jerusalén santa, y con una bendición anula la deuda de ese espíritu y le abre el Cielo.

Huye de las distracciones de la tierra, aíslate conmigo. Cuando se está a punto de entrar a residir en un país extranjero se aprende su lengua para no ser incapaces de vivir en él, al menos se trata de aprender las primeras nociones de ese idioma, y es imprudente quien va sin saber ni siquiera una palabra. Le costará mucho en los primeros momentos.

En la morada eterna la Sabiduría os instruye en el primer instante, es cierto. Pero mira, alma mía, los últimos tiempos de la tierra son preparación para el Cielo. Cuando mi Bondad da todas las señales y todo el tiempo para prepararse para la Vida, cuando no sólo por obra de mi Misericordia sino por voluntad humana os viene dada la manera de proveer a vuestros últimos enseres para venir a la Vida, bienaventurado quien se prepara con un cuidado que nunca es excesivo.

Si pusierais este cuidado, todos vosotros a quienes la edad o la larga enfermedad, o la despiadada eventualidad de las guerras, ponen prácticamente en condición de morir, no habría tantas penosas esperas en el Purgatorio. Cumpliríais vuestra transformación en Mí con el amor por Mí, con un verdadero arrepentimiento por haberme afligido, con verdadera generosidad, con verdadera resignación, con todas las virtudes practicadas con buena voluntad, y no tendríais que cumplir esta labor que hace del hombre, amasijo de carne y sangre en el que el espíritu ha reinado poco, un espíritu que ha conocido la Verdad, o sea que Dios es lo único que merece todos los movimientos del ser.

Tú tienes todo el tiempo de prepararte para la Morada. Recuerda que si mucho le viene perdonado a quien mucho amó, también mucho se le pide a quien mucho le ha sido dado. Y pocos mortales han tenido cuanto Dios te ha dado con un amor de predilección.

Que nada te pese, nada te repugne, nada descuides para rematar.

los últimos detalles de tu vestido nupcial. Aunque el camino sea cada vez más pesado, piensa en tu Jesús que también encontró tan duro el último sendero que le llevaba al Gólgota. Cada víctima es un pequeño redentor: de sí mismo y de los hermanos. Y los caminos de la redención no son placenteros senderos florecidos: son cuestas pedregosas, llenas de espinos, que se recorren con una cruz sobre los hombros, la fiebre en las venas, la flaqueza en la carne moribunda, el sabor de la sangre en la boca reseca, las espinas sobre la cabeza y la perspectiva de la tortura final en el corazón.

La redención se cumple en la cumbre. Y la última pompa del rito expiatorio tiene las piedras preciosas de los tres clavos, el desgarro de las últimas dulzuras de afectos, la

soledad entre Cielo y tierra, la oscuridad no sólo en la atmósfera sino en el corazón. Después viene el sol a besar al inmolado. Pero antes están las tinieblas y el dolor.

Permanece unida a Mí, permanece unida. Cuanto más llegue la hora más unida a Mí permanece. Sólo Jesús ayuda y sólo Jesús instruye, porque ha vivido esa experiencia, instruye para sufrir el martirio de amor.

Pero como antes de sufrirlo tuve que crecer a la vida y nutrirme de la leche de mi Madre como primer sustento, y después con el alimento preparado con sus santas manos, así cada pequeño redentor debe vivir en María para formarse a ser un Cristo. Jesús es la fuerza de vuestra alma. María es dulzura. Antes de beber el vinagre y la hiel hay que tomar el vino aromático. Y éste os lo da la sonrisa reconstituyente de María. Bálsamo que me hizo feliz en la tierra, bálsamo que me hace feliz en el Paraíso, y con Dios hace feliz a todo -el Paraíso; la sonrisa de mi Madre es estrella en la vida y estrella en la muerte. Y sobre todo estrella en el dolor de la inmolación.

Yo he mirado esa heroica sonrisa desgarrada de mi Madre, único consuelo, infinito consuelo que subía hacia mi patíbulo. La he mirado para no permitir que la desesperación se me acercara. Mírala también tú. Miradle, vosotros, hombres que sufrís. La sonrisa de María hace huir al demonio de la desesperación.

Vivid unidos a María de quien sois hijos como lo soy Yo. Vive sobre el corazón de María, alma que quiero llevar al Cielo. Las manos de esta Madre que no decepciona a sus hijos están llenas de caricias para ti. Sus brazos te estrechan contra el seno que me ha llevado y su boca te dice las palabras que me han consolado a Mí.

Para que no puedas perderte en las últimas paradas en la tierra, te encierro en la morada de María. Allí no entra la agitación porque es la Madre de la Paz. Allí no entra el Enemigo porque Ella es la Victoriosa.

Que María te enseñe las sumas llamas de la Caridad, Ella que es la Hija, la Madre, la Esposa de la Caridad.

Corta todos los puentes entre el mundo y tú. Vive en Jesús y María. Recuerda que, aunque el hombre hubiera dado todos sus bienes por poseer el amor, eso no sería nada porque el Amor es algo tal que respecto a Dios -Amor de vuestra alma, auténtica finalidad de vuestra vida- todo pierde valor. Poseer el Amor es lo único que cuenta. Y el Amor se posee cuando se sabe renunciar por Él a todo cuanto se tiene.

Después vendrá la paz, María. Ahora es lucha. Pero para quien ama es lucha con coronación de victoria.

Vendré pronto para cambiar tu corona de espinas por otra de alegría. Persevera.

Pon mi sello a cada latido tuyo, a cada trabajo. Grábalo con lágrimas en las fibras de tu corazón. Yo soy Quien salvo y amo».

20 de octubre

Dice Jesús:

«El episodio de la mujer encorvada curada en sábado es precisamente el tuyo.

Tu humanidad y la de los demás te habían encorvado.

Antes estabas tan derecha, pequeña alma que caminabas por mi Camino, empujada por una fuerza de amor hacia tu Jesús de quien sobre todo habías comprendido su majestad de Mártir, y querías ser como Él en el martirio porque el Amor te había revelado que el martirio es amor profesado, confesado, cumplido a la perfección.

Después te habías encorvado. Habías inclinado hacia la tierra tu alma que antes miraba sólo al Cielo. Los cuidados y los afectos humanos habían sustituido a los cuidados

espirituales por los que te preocupabas tan sólo de los intereses de Dios y, en consecuencia, incluso sin quererlo hacer deliberadamente, por los intereses de tu alma. Los afectos humanos tomaron el lugar del amor por Mí.

Estos cuidados y estos afectos, más aplastantes que mi Cruz, porque aunque la cruz es peso también es apoyo y elevación, te habían "encorvado". Y el Insidiador de las almas, que se aprovecha de vuestras debilidades para convertirlas en medios de pecado, había trabajado sobre tu dejarte encorvar por motivos humanos.

Y has pecado ¿sabes? Sí, has pecado produciéndome tanto dolor. Mi Conocimiento sabía que era una fase transitoria, pero no habría querido que tú la vivieras. Te alejaba mucho de mi Camino y mucho del Cielo.

Ámame mucho, María; porque mi Misericordia ha obrado prodigios por ti. Te he impedido el Mal con amor de Padre, con obra de Médico y con paciencia de Dios. Por fin me has oído y te has vuelto hacia Mí. Estabas ya sobre mi Camino y querías seguirme y amarme. Pero estabas encorvada.

Tu espíritu no lograba librarse de todos los restos de tus enfermedades espirituales y de las tendencias de la carne. Durante demasiado tiempo habías estado oprimida e irritada por demasiadas cosas y, verdaderamente, la otra humanidad que te rodeaba no era por cierto cooperadora de una resurrección total. Más aún, con su modo de actuar anulaba los progresos de tu espíritu y paralizaba totalmente tus esfuerzos por resurgir. Ésta es tu única excusa.

Pero incluso esta situación quiero que la conviertas en un motivo de amor hacia Mí y de amor por tu prójimo que te ha obstaculizado tanto. Cualquier prójimo, recuérdalo. Si quien tanto te hizo llorar y te arrancó las nuevas plumas que el amor, ya conocido y practicado, te daba para volar hasta Mí, hubiese tenido, durante toda la vida, el amor de predilección que te he dado, piensa que habría sido mejor que tú. Este es el pensamiento que he tenido presente al juzgar estos espíritus torpes, y éste es el pensamiento que tú debes tener para perdonarles completamente y amarles totalmente.

Cuando te he juzgado suficientemente castigada por tu deserción, cuando he pensado que la habrías expiado, te he enderezado, alma mía. Sabía que el dolor estaba a punto de abatirse sobre ti, y con el dolor la soledad. No soy llamado "Misericordia" en vano. Soy Misericordia. Y he venido para serte Parentela, Amistad, Alegría, Todo. Pero antes te he "liberado" de los últimos vínculos que aún te obstaculizaban.

Los "jefes de las sinagogas" -existen aún y son quienes ven como vigas las pajitas de los demás y no ven sus propias vigas; quienes se creen autorizados para analizar, censurar, criticar la obra de Dios- si conocieran el momento y el motivo que he elegido para obrar el milagro se quedarían escandalizados.

¿Y qué? ¿Acaso no soy dueño de obrar cómo y cuando quiero? Y si de tu nada oscurecida he querido hacer una fuerza luminosa y operante, si de ti, miseria, he querido hacer una riqueza ¿acaso no me es lícito? Y si he juzgado que tu prueba ya había sido suficiente, y que ahora tu constancia, tu confianza, tu arrepentimiento, tu amor merecían el premio de mi ayuda y de mi amor, ¿puede haber alguien que critique mi obra?

Me gusta servirme de las nadas, que el amor y la humildad hacen tan queridas de mi Corazón, para hacer resplandecer mi Potencia. Si cogiese tan sólo a los "perfectos", ¿los pobres hombres cómo podrían tener esperanza de entrar en el Cielo?

Tomo a los débiles, los pecadores que sólo saben tener confianza, esperanza, afecto por Mí -no digo "amor", porque si amaran no serían débiles y pecadores- tomo a estos hijos que mezclan en sus imperfecciones vetas de perfección, y les convierto en luces y maestros de sus pobres hermanos más débiles y pecadores que ellos. Les inflamo de amor, les hago

hambrientos de sacrificio, acepto sus ofrendas. Llegados al estado de "víctimas", les consagro en su misión.

Todos los días son "sábado'~ para Mí. Porque todos los días sois indigentes, si se os observa desde la Perfección, pero también todos los días Yo puedo decir, si lo retengo oportuno: "Basta" a cuanto os encorva y poner a mi servicio al alma que he elegido.

Ten siempre presente tu pasado y mi obrar. Lo primero te servirá para mantenerte humilde y para limpiarte cada vez más con el arrepentimiento. Lo segundo para inflamarte cada vez más de amor.

Vive de esperanza en tu Jesús. Si te he amado tanto no seré severo contigo.

Vive de constancia. Tan sólo tu voluntad podría separarte de Mí y desplomarte en la oscuridad.

Vive de humildad. Me comunico con las almas humildes.

Vive de amor. Cuanto más me ames más exactamente me comprenderás.

Vive con la paz en tu corazón. Te la doy para consolarte».

21 de octubre

Dice Jesús:

«Vuelvo a reanudar el tema [149] de las almas acogidas en el Purgatorio. Si has aferrado todo el sentido de mis palabras, no importa. Estas páginas son para todos, porque todos tienen seres queridos en el Purgatorio y así todos, por la vida que llevan, están destinados a detenerse en esa morada. Sigo por tanto para los unos y para los otros.

He dicho que las almas purgantes sólo sufren por amor y expían con amor. Éstas son las razones de este modo de expiación.

Si vosotros, hombres inconscientes, consideráis atentamente mi Ley en sus consejos y en sus mandamientos, veis que gira totalmente alrededor del amor. Amor hacia Dios, amor hacia el prójimo.

En el primer mandamiento Yo, Dios, me impongo a vuestro amor reverencial con toda la solemnidad digna de mi Naturaleza respecto de vuestra nada: "Yo soy el Señor tu Dios".

Os olvidáis de ello demasiadas veces, hombres que os creéis dioses y, si no tuvierais en vosotros un espíritu vivificado por la gracia, sólo seríais polvo y podredumbre, animales que unís a la animalidad la astucia de la inteligencia poseída por la Bestia, que os hace cometer obras de animales, peor que de animales: de demonios.

Decíoslo mañana y noche, decíoslo a mediodía y a media noche, decíoslo cuando coméis, cuando bebéis, cuando vais a dormir, cuando os despertáis, cuando trabajáis, cuando descansáis, decíoslo cuando amáis, decíoslo cuando contraéis amistades, decíoslo cuando mandáis y cuando obedecéis, decíoslo siempre: "Yo no soy Dios. La comida, la bebida, el sueño no son Dios. Él trabajo, el descanso, las ocupaciones, las obras del genio, no son Dios. La mujer, o peor: las mujeres, no son Dios. Las amistades no son Dios. Los superiores no son Dios. Uno sólo es Dios: es mi Señor que me ha dado esta vida para que con ella merezca la Vida que no muere, que me ha dado vestidos, alimentos, moradas, que me ha dado el trabajo para que me gane la vida, la genialidad para que dé muestra de ser el rey de la tierra, que me ha dado capacidad de amar y criaturas para amar "con santidad" y no con concupiscencia, que me ha dado el poder, la autoridad para que los convierta en medios de santidad, no de condenación. Yo puedo hacerme semejante a Él porque Él lo ha dicho: 'Dioses sois', pero sólo si vivo su Vida, esto es su Ley, pero sólo si vivo su Vida, esto es su

[149] Ya tratado en el dictado del 17 de octubre

Amor. Uno sólo es Dios: ÉL Yo soy su hijo Y súbdito, el heredero de su reino. Pero si deserto y traiciono, si me creo un reino mío en el que quiero ser rey y dios humanamente, entonces pierdo el verdadero Reino y mi condición de hijo de Dios decae y se degrada a la de hijo de Satanás, porque no se puede servir a la vez al egoísmo y al amor, y quien sirve al primero sirve al enemigo de Dios y pierde el Amor, o sea, pierde a Dios".

Quitad de vuestra mente y de vuestro corazón todos los falsos dioses que os habéis colocado, comenzando por el dios de barro que sois vosotros mismos cuando no vivís en Mí. Acordaos de cuanto me debéis por cuanto os he dado -y más os habría dado si no hubierais atado las manos a vuestro Dios con vuestra forma de vida- lo que os he dado para la vida de cada día y para la vida eterna. Por ésta, Dios os ha dado a su Hijo, para que fuera inmolado como cordero sin mancha y lavase vuestras deudas con su Sangre y no hiciera así, como en los tiempos mosaicos, recaer la iniquidad de los- padres sobre los hijos hasta la cuarta generación de los pecadores, que son "quienes me odian" porque el pecado es ofensa a Dios y quien ofende odia.

No alcéis otros altares a dioses no verdaderos. Tened sólo y exclusivamente al Señor Dios vuestro, y no en altares de piedra, sino sobre el altar vivo de vuestro corazón. Servidle a Él y ofrecedle verdadero culto de amor, de amor, de amor, hijos que no sabéis amar, que decís, decís, decís palabras de oración, sólo palabras, pero que no hacéis del amor vuestra oración, la única que agrada a Dios.

Recordad que un verdadero latido de amor, que suba como una nube de incienso de las llamas de vuestro corazón enamorado de Mí, tiene para Mí un valor infinitas veces mayor que miles y miles de oraciones y ceremonias realizadas con el corazón tibio o frío. Atraed mi Misericordia con vuestro amor. ¡Si supierais qué activa y grande es mi Misericordia hacia quien me ama! Es una ola que pasa y lava cuanto constituye mancha en vosotros. Os da una estola cándida para entrar en la Ciudad santa del Cielo, en la que la Caridad del Cordero que se ha dejado inmolar por vosotros resplandece como el sol.

No utilicéis el Nombre santo por costumbre o para reforzar vuestra ira, para desahogar vuestra impaciencia, para corroborar vuestras maldiciones. Y sobre todo no apliquéis el término "dios" a la criatura humana que amáis por hambre de los sentidos o por culto de la mente. Este nombre debe decirse sólo a Uno. A Mí. Y a Mí se me debe decir con amor, con fe, con esperanza. Entonces ese Nombre será vuestra fuerza y vuestra defensa. El culto a este Nombre os justificará, porque quien obra poniendo mi Nombre como sello de sus acciones no puede cometer acciones malvadas. Hablo de quien actúa con sinceridad, no de los mentirosos que tratan de cubrirse a sí mismos y sus obras con el resplandor de mi Nombre tres veces santo. ¿Y a quien tratan de engañar? Yo no estoy sujeto a engaño, y los hombres mismos, a no ser que sean enfermos mentales, al comparar las obras de los mentirosos con su decir comprobarán que son unos falsos y sentirán desprecio y asco de ellos.

Vosotros que no sabéis amar más que a vosotros mismos y a vuestro dinero, y os parece perdido cualquier momento que no esté dedicado a satisfacer la carne o henchir el bolsillo, que sepáis, en vuestro gozar o trabajar como glotones y rudos, hacer un inciso que os permita pensar en Dios, en su bondad, en su paciencia, en su amor. Deberíais, lo repito, tenerme siempre presente hagáis lo' que hagáis; pero como no sabéis obrar manteniendo el espíritu fijo en Dios, una vez a la semana cesad de obrar para pensar sólo en Dios.

Ésta, que puede pareceros una ley servil, es en cambio prueba de cómo Dios os ama. Vuestro buen Padre sabe que sois máquinas frágiles que se desgastan por el uso continuo, y ha provisto a vuestra carne, también a ella porque igualmente es obra suya, ordenándoos que la hagáis descansar un día de cada siete para darle su justo reposo. Dios no quiere

vuestras enfermedades. Si hubierais permanecido hijos suyos, realmente suyos, desde Adán en adelante, no habríais conocido las enfermedades. Éstas son fruto de vuestras desobediencias a Dios, junto con el dolor y la muerte; han nacido y nacen como setas sobre las raíces de la primera desobediencia: la de Adán y brotan unas de las otras, trágica cadena, del germen que os quedó en el corazón, del veneno de la Serpiente maldita que. os produce fiebres de lujuria, de avaricia, de gula, de desidia, de imprudencias culpables.

Y es imprudencia culpable el querer forzar vuestro ser a un trabajo continuo para ganancia, como lo es el querer excederse en el gozo de la gula o del sentido al no querer contentaros con el alimento necesario para la vida y con la compañera necesaria para la continuidad de la especie, sino saciándoos desmesuradamente como animales de un cenagal extenuándoos y envileciéndoos como -no como bestias, que no son semejantes sino superiores a vosotros en el connubio al que van obedeciendo las leyes del orden- sino envileciéndoos más que las bestias: como demonios que desobedecen a las santas leyes del recto instinto, de la razón y de Dios.

Habéis corrompido vuestro instinto y ahora éste os lleva a preferir alimentos corrompidos, formados por lujurias en las que profanáis vuestro cuerpo: mi obra; vuestra alma: mi obra de arte; y matáis embriones de vida negándoles la vida porque los suprimís antes de tiempo voluntariamente o mediante vuestras lepras que son veneno mortal para las vidas incipientes.

¿A cuántas almas vuestro apetito sensual llama del Cielo para cerrarles después las puertas de la vida? ¿Cuántas las que apenas alcanzan el confín y ven la luz ya moribundas o muertas, y le impedís el Cielo? ¿Cuántas aquéllas a las que imponéis un peso de dolor, que no siempre pueden soportar, con una existencia enferma, marcada por dolencias dolorosas y vergonzosas? ¿Cuántas las que no pueden resistir esta clase de martirio no deseado, sino impuesto por vosotros como una marca de fuego sobre la carne, que habéis generado sin pensar que, cuando se está corrompidos como sepulcros llenos de podredumbre, ya no es lícito generar hijos para condenarles al dolor y al desprecio de la sociedad? ¿Cuántas las que, no pudiendo resistir esta suerte, se suicidan?

¿Pero qué os creéis? ¿Qué las condenaré por este delito contra Dios y contra sí mismas? No. Antes que ellas, que pecan contra dos, estáis vosotros que pecáis contra tres: contra Dios, contra vosotros mismos y contra los inocentes que generáis para llevarles a la desesperación. Pensadlo. Pensadlo bien. Dios es justo, y si pesa la culpa, pesa también la causa de la culpa. Y en este caso el peso de la culpa aligera la condena del suicida, pero carga vuestra condena, verdaderos homicidas de vuestras criaturas desesperadas.

En ese día de descanso que Dios ha puesto en la semana, y os ha dado su ejemplo de reposo -pensad, Él: el Agente infinito, el Generante que por Sí mismo se genera continuamente, Él ha mostrado la necesidad de descanso, lo ha hecho por vosotros, para seros Maestro en la vida. Y vosotros, insignificantes potencias, ¡no lo queréis tener en cuenta como si fuerais más poderosos que Dios!-. En ese día de reposo para vuestra carne que se quiebra por el excesivo cansancio, sabed ocuparos de los derechos y de los deberes del alma. Derechos: a la verdadera Vida. El alma muere si se la mantiene separada de Dios. Dadle el domingo a vuestra alma -dado que no sabéis hacerlo todos los días y a todas las horas- para que en el domingo se nutra de la Palabra de Dios, se colme de Dios, para tener vitalidad durante los demás días de trabajo. ¡Qué dulce es el descanso en la casa del padre para un hijo al que el trabajo ha mantenido alejado durante toda la semana! ¿Por qué no dais a vuestra alma esta dulzura? ¿Por qué ensuciáis este día con embriagueces y concupiscencias en vez de transformarlo en brillante luz para vuestra bienaventuranza de ahora y de después?

Y; tras el amor hacia quien os ha creado, el amor a quien os ha generado y a quien es vuestro hermano. Si Dios es Caridad ¿cómo podéis decir de estar en Dios si no tratáis de pareceros a Él en la caridad? ¿Y podéis decir que os parecéis si sólo le amáis a Él y no a los demás creados por Él? Sí, debe amarse a Dios más que a nadie, pero no puede decir que ama a Dios el que menosprecia amar a quienes Dios ama.

Por tanto amad en primer lugar a quienes, por haberos generado, son los segundos creadores de vuestro ser en la tierra. El Creador supremo es el Señor Dios, que forma vuestras almas y, dueño como es de la Vida y de la Muerte, permite vuestro nacer a la vida. Pero los creadores segundos son los que de dos carnes y de dos sangres hacen una nueva carne, un nuevo hijo de Dios, un nuevo futuro 21 oct. habitante de los Cielos. Porque estáis creados para los Cielos, y para los Cielos debéis vivir sobre la tierra.

¡Oh! ¡Qué sublime dignidad la del padre y la de la madre! Episcopado santo -lo digo con una palabra osada pero verdadera- que consagra un nuevo siervo a Dios con el crisma de un amor conyugal, le lava con el llanto de la madre, le viste con el trabajo del padre, le hace portador de la Luz infundiendo el conocimiento de Dios en las mentes infantiles y el amor de Dios en los corazones inocentes. En verdad os digo que los padres son poco inferiores a Dios sólo por el hecho de crear un nuevo Adán. Pero luego, cuando los padres saben hacer del nuevo Adán un nuevo pequeño Cristo, entonces su dignidad es apenas un grado inferior a la del Eterno.

Amad, pues, con un amor sólo inferior al que debéis tener por el Señor Dios vuestro, a vuestro padre y vuestra madre, esta doble manifestación de Dios que el amor conyugal hace ser una "unidad". Amadla porque su dignidad y sus obras son las más semejantes a las de Dios hacia vosotros: los padres son vuestros creadores terrenos, y todo en vosotros debe venerarles como tales.

Y amad a vuestra prole, padres. Recordad que a cada deber le corresponde un derecho, y si los hijos tienen el deber de ver en vosotros la mayor dignidad después de Dios y de daros el mayor amor después del amor total que debe darse a Dios, vosotros tenéis el deber de ser perfectos para no disminuir el concepto y el amor de los hijos hacia vosotros.

Acordaos de que generar una carne es mucho y nada al mismo tiempo. También los animales generan una carne y muchas veces la cuidan mejor que vosotros. Pero vosotros generáis un ciudadano de los Cielos. De esto debéis preocuparos. No apaguéis la luz en el alma de los hijos, no permitáis que la perla del alma de vuestros hijos se acostumbre al fango para que esa costumbre no la empuje a sumergirse en el fango. Dad amor, amor santo a vuestros hijos, y no necios cuidados a la belleza física, a la cultura humana. No. La que debéis cuidar es la belleza de su alma, la educación de su espíritu.

La vida de los padres es sacrificio como la de los sacerdotes y los maestros convencidos de su misión. Las tres categorías son "formadores" de lo que no muere: el espíritu, o la psique, si os gusta más. y dado que el espíritu es a la carne en la proporción de 1000 a 1, pensad qué perfección deberían alcanzar padres, maestros y sacerdotes para ser verdaderamente como debieran. Digo "perfección". No basta "formación". Deben formar a los demás, pero para formarles no deformes deben modelarles sobre un modelo perfecto. ¿Y cómo pueden pretenderlo si ellos mismos son imperfectos? ¿Y cómo pueden llegar a ser perfectos ellos mismos si no se modelan sobre el Perfecto que es Dios? ¿Y qué puede hacer al hombre capaz de modelarse según Dios? El amor. Siempre el amor. Sois hierro basto e in-forme. El amor es el horno que os purifica y derrite y os vuelve líquidos para colaros, mediante las venas sobrenaturales, en la forma de Dios. Entonces seréis los "formadores" de los demás: cuando os hayáis formado sobre la perfección de Dios.

Muchas veces los hijos representan el fracaso espiritual de los padres. A través de los hijos

se ve lo que valían los padres. Porque, si bien es verdad que a veces nacen hijos depravados de padres santos, ésta es la excepción. Generalmente al menos uno de los padres no es santo y, dado que os resulta más fácil copiar el mal que el bien, el hijo copia al menos bueno. Y también es verdad que a veces de padres depravados nace un hijo santo. Pero también aquí es difícil que ambos padres sean depravados. Por ley de compensación el más bueno de los dos es bueno por los dos, y con oraciones, lágrimas y palabras, cumple la obra de los dos formando al hijo para el Cielo.

De todas formas, hijos, sean cuales sean vuestros padres, Yo os digo: "No juzguéis, sólo amad, sólo perdonad, sólo obedeced, salvo en las cosas que son contrarias a la Ley. Vosotros tenéis el mérito de la obediencia, del amor y del perdón, de vuestro perdón de hijos, María, que acelera el perdón de Dios para los padres, y lo acelera más cuanto más sea perdón total; a los padres la responsabilidad y el justo juicio, sea relativo a vosotros, sea por cuanto corresponde a Dios, de Dios, único Juez".

Es superfluo explicar que matar es faltar al amor. Amor hacia Dios a quien quitáis el derecho de vida y de muerte hacia su criatura y el derecho de Juez. Sólo Dios es Juez, y Juez santo, y si ha permitido al hombre el crearse tribunales de justicia para poner un freno tanto al delito como al castigo, ¡ay de vosotros si, como faltáis a la justicia de Dios, faltáis a la justicia del hombre erigiéndoos en jueces de un semejante que ha faltado o creéis que haya faltado contra vosotros!

Pensad, pobres hijos, que la ofensa, el dolor, trastornan la mente y el corazón, y que la ira y el mismo dolor ponen un velo a vuestra visión intelectual, velo que os impide la visión. de la auténtica verdad y de la caridad como Dios os la presenta, para que sepáis regular con ella vuestra indignación, aunque sea justa, y no cometáis una injusticia con una condena demasiado despiadada. Sed santos también mientras os quema la ofensa. Acordaos de Dios sobre todo entonces.

y también sed santos vosotros, jueces de la tierra. Pasan por vuestras manos los horrores más vivos de la humanidad. Examinadlos con mente y con ojos llenos de Dios. Mirad el "porqué" verdadero de algunas "miserias". Pensad que aunque sean verdaderas "miserias" de la humanidad que se degrada, muchas son. las causas que las producen. Buscad en la mano que mata la fuerza que la movió a matar y recordad que también vosotros sois hombres. Preguntaos si vosotros: traicionados, abandonados, provocados, hubierais sido mejores que ése o ésa que está delante vuestra en espera de sentencia. Haciendo un examen severo sobre vosotros, pensad si no hay alguna mujer que pueda acusaros de ser los verdaderos asesinos del hijo que le suprimió, porque tras el momento de alborozo os habéis sustraído a vuestro compromiso de honor. Y; si lo podéis hacer, sed también severos.

Pero si, tras haber pecado contra la criatura nacida de vuestra insidia y vuestra lujuria, aún queréis obtener perdón de Aquél a quien no se engaña y que no olvida, aún a pesar de años y años de vida correcta, esa incorrección que no habéis querido reparar, o ese delito que habéis provocado, afanaos por lo menos en prevenir el mal, especialmente allí donde la frivolidad femenina y la miseria del ambiente predisponen a las caídas en el vicio y en el infanticidio.

Recordad, hombres, que Yo, el Puro, no he rehusado redimir a las mujeres sin honor. Y por el honor que ya no tenían, he hecho surgir de su ánimo, como flor de un suelo profanado, la flor viva del arrepentimiento que redime. He dado mi piadoso amor a esas pobres desgraciadas que un así llamado "amor" había postrado en el fango. Mi verdadero amor las ha salvado de la lujuria que el así llamado amor les había inyectado. Si las hubiera maldecido y huido de ellas, las habrías perdido para siempre. Las he amado también por el mundo, que tras haber gozado de ellas las recubre de burla hipócrita y falso desprecio. En lugar de las

caricias de pecado las he acariciado con la pureza de mi mirada; en lugar de palabras de delirio, he tenido palabras de amor por ellas; en vez de la moneda, vergonzoso precio de su beso, les he dado las riquezas de mi Verdad.

Así se hace, hombres, para sacar del fango a quien se está hundiendo en él, no se agarra uno al cuello para que sean dos los que perezcan, ni se tiran piedras para hundirle todavía más. Es el amor, siempre el amor el que salva. .

Ya os he hablado [150] de cuanto sea el adulterio un pecado contra el amor, y no lo repito, al menos por ahora. Hay mucho que decir acerca de esta regurgitación de animalidad -tanto que ni siquiera entenderíais, porque os vanagloriáis de ser traidores del hogar- pero callo por piedad hacia mi pequeña discípula. No quiero agotar las fuerzas de la criatura exhausta y turbar su ánimo con crudezas humanas porque, cercano de la meta, sólo piensa en el Cielo.

Es obvio que quien roba peque contra el amor. Si se acordase de no hacer a los demás lo que no quisiera que se le hiciera a él, y amase a los demás como a sí mismo, no quitaría con violencia y estafa lo que es de su prójimo. Entonces no faltaría al amor, como en cambio hace cometiendo rapiñas que tanto puede ser de mercancía o de dinero como de empleo. ¡Cuántos robos se cometen hurtando un puesto al amigo, una ocurrencia al compañero! Sois ladrones, tres veces ladrones, haciendo esto. Lo sois más que si robarais una cartera o una piedra preciosa, porque sin éstos aún se puede vivir, pero sin un trabajo remunerado se muere, y con ése a quien le robaron el puesto muere de hambre su familia.

Os he dado la palabra como signo de superioridad sobre todos los demás animales de la tierra. Por tanto deberíais amarme por la palabra, mi don. Pero ¿puedo decir que me amáis por la ,palabra cuando de este don del Cielo os hacéis un arma para hundir al prójimo con el falso juramento? No, no me amáis ni a Mí ni al prójimo cuando afirmáis la mentira, al contrario, nos odiáis. ¿N o pensáis que la palabra no sólo mata la carne sino la reputación del hombre? Quien mata odia, quien odia no ama.

La envidia no es caridad: es anticaridad. Quien desea descomedidamente las cosas de los demás es envidioso y no ama. Contentaos con lo que tenéis. Pensad que bajo la apariencia de alegría a menudo se encuentran dolores que Dios ve y que se os ahorran a vosotros, aparentemente menos felices de quienes envidiáis. Qué si, por otra parte, el objeto de vuestro deseo es la mujer o el marido del prójimo, sabed entonces que unís al pecado de envidia los de lujuria y adulterio. Con eso cometéis una triple ofensa a la Caridad contra Dios y contra el prójimo.

Como veis, si transgredís el decálogo transgredís el amor. Así es para los consejos que os he dado que son las flores de la planta de la Caridad. Entonces, si transgrediendo la Ley transgredís el amor, es evidente que el pecado es falta contra el amor. Y por eso debe expiarse con amor.

El amor que no habéis sabido profesarme en la tierra me lo tenéis que dar en el Purgatorio. Por eso os digo que el Purgatorio sólo es sufrimiento de amor.

Durante toda la vida habéis amado poco a Dios en su Ley. Os habéis echado a la espalda la idea de Él, habéis vivido amando a todos y amándole poco a Él. Es justo que, no habiendo merecido el Infierno y no habiendo merecido el Paraíso, os lo merezcáis ahora, encendiéndoos de caridad, ardiendo por cuanto habéis sido tibios en la tierra. Es justo que suspiréis durante miles y miles de horas de expiación de amor lo que no habéis suspirado miles y miles de veces en la tierra: por Dios, finalidad suprema de las inteligencias creadas. A cada vez que habéis vuelto la espalda al amor corresponden años y siglos de nostalgia amorosa. Años o siglos según la gravedad de vuestra culpa.

[150] En el dictado del 25 de septiembre

Estando ya seguros de Dios, conocedores de su suprema belleza por el fugaz encuentro del primer juicio, cuyo recuerdo tenéis con vosotros para haceros aún más viva el ansia de amor, suspiráis por Él, lloráis su lejanía, os lamentáis y arrepentís de haber sido vosotros la causa de tal lejanía y os hacéis cada vez más permeables a ese fuego encendido de la Caridad hacia vuestro supremo bien.

Cuando, por las oraciones de los vivientes que os aman, los méritos de Cristo son lanzados como esencia de ardor en el fuego santo del Purgatorio, la incandescencia de amor os penetra más fuerte y más adentro, y entre el resplandor de las llamas, cada vez se hace más lúcido en vosotros el recuerdo de Dios visto en aquel instante.

Así como en la vida de la tierra cuanto más crece el amor más sutil se hace el velo que cela al viviente la Divinidad, del mismo modo en el segundo reino cuanto más crece la purificación, y por ello el amor, más cercano y visible se hace el rostro de Dios. Ya trasluce y sonríe entre el centelleo del santo fuego. Es como un Sol que cada vez se acerca más, cuya luz y calor anulan cada vez más la luz y el calor del fuego purificante, hasta que, pasando del merecido y bendito tormento del fuego al conquistado y bienaventurado alivio de la posesión, pasáis de llama a Llama, de luz a Luz, salís para ser luz y llama en El, Sol eterno, como chispa absorbida por una hoguera y como candelero arrojado en un incendio,

¡Oh! gozo de los gozos cuando os encontréis elevados a mi Gloria, pasados de ese reino de espera al Reino de Triunfo. ¡Oh! ¡conocimiento perfecto del Perfecto Amor!

Este conocimiento, María, es misterio que la mente puede conocer por voluntad de Dios, pero que no puede describir con palabra humana. Cree que merece la pena sufrir toda una vida por poseerla desde el momento de la muerte. Cree que no hay caridad mayor que procurarla con las oraciones a quienes amaste en la tierra y que ahora comienzan su purificación en el amor, a quienes en vida tantas y tantas veces cerraron las puertas del corazón.

Animo, bendita a la que son desveladas las verdades escondidas. Actúa, obra y sube. Por ti misma y por quienes amas en el más allá.

Deja consumar en el Amor el estambre de tu vida. Vierte tu amor sobre el Purgatorio para abrir las puertas del Cielo a quienes amas.

Serás bienaventurada si sabes amar hasta la incineración de cuanto es débil y pecó. Los Serafines salen al encuentro del espíritu purificado con la inmolación de amor y le enseñan el "Sanctus" eterno para cantar al pie de mi trono».

23 de octubre

Dice Jesús:

«Esto te hará sufrir. Pero no puedo hablar siempre sólo para ti, pequeña esposa de amor y dolor.

Escribe para todos. La palabra de Abdías es la página de la Italia de este último siglo. No hay error ni tan siquiera en la descripción del terreno.

¡Oh Italia, Italia a la que he dado tanto y que me has olvidado y has olvidado mis beneficios! Y en ese Piemonte, donde existe un testimonio de Dios que no es inferior al del Tabernáculo mosaico -porque si en éste había dos tablas escritas por el profeta de Dios, aquí está la historia de mi Pasión escrita con tinta de Sangre divino sobre el lino [151] que la piedad ofreció para envolver mi desnudez de Inmolado- y en ese Piemonte tenía que comenzar el error que ha florecido ahora con una flor tan dolorosa y que os dará un fruto tan venenoso!

[151] La Sábana Santa, que está custodiada en la Catedral de Turín

La soberbia del corazón, el eterno pecado del hombre, vino a extraviar a tus gobernantes, Italia, a tus gobernantes para los que fue fatal el haber vencido. Siempre es fatal cuando el don de Dios no desciende a un corazón de hijo sincero, respetuoso y amante del Padre.

El don fermenta, mezclando su bien con el mal que hay en vosotros, y produce una amalgama de destrucción. Destruís primero la gracia en vosotros, después la benevolencia de Dios hacia vosotros, y en tercer lugar el fruto de esa benevolencia. En vuestro caso las victorias iniciales, mezclando la lícita causa del resurgimiento nacional con la soberbia, de la que provienen las prepotencias y los errores, han destruido ese bien que Yo os había concedido.

Enseguida os habéis equivocado. Os habéis creído seguros porque lo habíais logrado. Pero ¿no sabéis, reyes y gobernantes, que lo sois hasta que Yo lo quiera y mientras que vuestros errores no susciten mi: "Basta',? Aunque os hubierais convertidos en los más poderosos de la tierra y vuestro trono hubiera sido colocado en las cimas por donde se pasea el águila, hecho en las rocas mismas de los montes que coronan esta tierra, coronado por mis estrellas, un pensamiento de mi Voluntad podría desintegrarlo y hacer caer sus restos en un valle profundo.

Os olvidáis demasiado de que sólo Uno es Poderoso y toda potencia viene de Él. Habéis utilizado mal las satisfacciones que os he dado, como quienes utilizan mal la salud milagrosamente reconquistada por piedad divina, y habéis pensado que podíais prescindir de Mí y de mi Ley.

No sirve para nada, reyes y pueblo, el que deis un falso obsequio a mi Cruz y a mi Iglesia. Lo que hay que hacer es vivir la ley de la Cruz y respetar realmente la Iglesia. De Dios nadie se burla y no se le engaña. No debéis tentar su infinita paciencia.

Habéis cometido un error, dos errores, diez errores. Os he enviado castigos, os he enviado alegrías, os he mandado a mis santos para reconduciros al Bien. A los castigos habéis respondido con rebeliones, a las alegrías aprovechándoos de ellas para fines humanos e incluso ilícitos, a mis santos burlándoos de ellos. Habéis empeorado cada vez más. Yo aumentaba los beneficios para atraeros y vosotros sonreíais al espíritu enemigo. Sí que puede decirse que en este pueblo y en sus gobernantes "ya no queda prudencia", ya no queda "sabiduría", sino sólo soberbia, escarnio, ligereza, pecado.

Habéis puesto todo esto bajo los pies para hacer un escabel y subir. Pero las cosas de Dios no se ponen bajo los pies. Se aceptan de rodillas y con ánimo de hijos, no se usan como medios de triunfo humano. Entonces, como las piedras de un arco triunfal sacudidas por el temblor de mi ira, se desencajan, caen y os arrollan.

Y estáis derribados. Hasta las confines serán despedidos tus hijos, pobre tierra que ya no tienes la luz divina. Como rebaños golpeados en el dorso por enfurecidos pastores, tus jefes de ahora y de antes golpean a tus hijos, y dado que has querido a estos jefes de crueldad en lugar del Señor santo en cuyas manos están la bendición y la paz, y puesto que no has sabido llorar el llanto que logra el perdón y lava las culpas, las lavarás con la sangre mezclada con un llanto largo y amargo de vencida.

¿Dónde están tus amigos, tierra que no has querido a Dios por amigo? A quien traiciona está reservada la traición. Y es inútil y hace daño decir ahora: "Fue éste o fue aquél el traidor". Todos habéis traicionado. Traicionado a Dios vuestro Padre, traicionada su Palabra de Vida, traicionada vuestra conciencia. Sois otros tantos Judas. Habéis vendido por unas pocas monedas y por unas pocas mentirosas promesas a los cercanos y a los lejanos, esperando obtener un fruto con vuestro traicionar. Pero ¿cuál que no fuese veneno? ¿Cuál que no fuese muerte?

Te has regocijado de la destrucción de los demás. ¿Y por qué? ¿Por tu interés? No. Por

esto eres doblemente culpable. Has adorado al becerro que te parecía de oro y que sólo era de polvo dorado. Has servido a los precursores de la Bestia. La Bestia te da los frutos de su reino tenebroso. Muerte, destrucción, miseria, hambre, vergüenza, servidumbre, derrumbamiento de la fe, de la libertad, del honor, y si no os agarráis a la Cruz, vuestra última salvación, llegaréis a imitar a las fieras rabiosas por el hambre y por la ira: os destrozaréis los unos a los otros y creeréis hartaras matando a los siervos de Dios. Pero. no haréis más que destruir el Bien que todavía florece entre vosotros y haceros hienas con aspecto de hombre, demonios con aspecto humano.

¿Pero no oís gritar en vuestras conciencias la Voz de Dios? ¿No la escucháis tronar por los cielos llamándoos aún una vez más para salvaros? No, no la oís. Y lo que es peor, ni siquiera la oyen ya los que deberían estar acostumbrados a percibirla y conocerla. Tienen aspecto consagrado pero desconsagrado el corazón. Están sordos y si no oyen, ¿cómo pueden hacer oír?

Prestad atención, lo digo una vez más. Observad mis signos, vosotros los lectores de los libros de Dios y vosotros los simples fieles. Los signos son tremendos. Alejadlos con la Cruz. Sacad las cruces y mis imágenes. Echad a Satanás con Cristo Vencedor. Tened fe. Tened fe. Morís porque no tenéis fe. Quisiera que bendijerais cada región, cada provincia, cada ciudad conmigo Redentor. No fiestas. No es el momento. Sino verdaderas adoraciones y puras bendiciones para libraros de Aquel que os hace obsesos, a vosotros y a vuestros jefes de antes y de ahora».

Jesús me da a entender que preferiría oraciones a sus imágenes de Redentor. En esta zona al "Volto Santo" [152]. Pero sin fiestas. Ciudad por ciudad, pueblo por pueblo, aldea por aldea.

. El tener que escribir algunas páginas dolorosas es una tortura. Se me crispan los nervios. Pero ¿qué hacer?

24 de octubre

Dice Jesús:

«Aunque te disguste, escribe. Es una profecía que todavía se cumple. Y a la letra. Os sucede lo que dijo Isaías al rey Ezequías. Insisto en el pedir oraciones. Y dado que estás agotada, te digo las palabras del rey: "Haya paz y verdad en tu vida".

Descansa ahora. Estoy contigo».

25 de octubre

Dice Jesús:

«El hombre se cree que puede criticar a Dios y sus obras.

¿Por qué lo hace? ¿Sólo por inconsciencia? No, siempre por soberbia. Siempre actúa en él el veneno, uno de los tres venenos de Lucifer. En su soberbia no ha admitido la diferencia entre Dios y él, Y lo trata a su nivel.

Cierto es que Dios os llama hijos suyos, hechos a su imagen y semejanza, pero decidme, hombres, en las relaciones entre padre e hijo, aunque sólo sigan la ley de una recta conciencia ¿un hijo trata a su padre al mismo nivel? No. El amor del padre no exime al hijo de ser respetuoso hacia él. Y el gran amor del hijo, incluso por el mejor de los padres,

[152] Se llama "Volto Santo" a un antiguo crucifijo de leño que se venera en la Catedral de Lucca, en Toscana

siempre está revestido de reverencia como el del padre de autoridad. Será autoridad hecha de sonrisas y buenas palabras, pero siempre será autoridad que aconseja y guía.

Y ¿debería ser distinto para el Padre santo? Porque si un padre de la tierra merece vuestra reverencia, amor agradecido porque os viste y nutre con su trabajo, si merece vuestro respeto porque su experiencia os guía, si merece vuestra obediencia porque es la mayor autoridad que tenéis como sujetos -y así fue desde Adán- Dios, el Padre que os ha creado, que os ha amado, que ha provisto a vuestras necesidades, que os salvado a través de su Hijo en lo que no muere, el Padre que ordena todo el Universo -pensad: todo el Universo- para que esté al servicio del hombre y le dé lluvia y rocío, luz y calor, guía y camino, alimento y vestido, voz y consuelo, fuego y bebida mediante el curso de los vientos y de las evaporaciones de las aguas que forman las nubes que rocían la tierra, mediante el sol que las seca y fecunda y con sus torrentes de luz esteriliza de las enfermedades y consuela la vida, mediante los astros que, semejantes a eternos relojes y a brújulas sin defecto, os señalan la hora y la dirección de vuestro camino por tierras y desiertos, por montes y océanos, mediante las cosechas, los frutos, los animales y las hierbas, mediante los cánticos y los lenguajes de los animales vuestros servidores, mediante las plantas vivas o sepultadas desde hace milenios y las fuentes que no sólo sacian la sed sino que curan vuestros males porque ha disuelto en ellas sustancias saludables, este Padre vuestro ¿no debe ser amado, respetado, obedecido, servido? Servido, no porque seáis siervos, sino porque es dulce y justo dar lo poco que podéis dar en vuestra pequeñez a quien hace tanto por vosotros.

Y vosotros, hijos de Dios y hermanos de Cristo que os habla para enseñaros a amar, sólo tenéis que dar a nuestro Padre, santo y admirable -porque Él no necesita nada, como Señor que es del Universo que le obedece como vosotros ni sabéis ni queréis- sólo tenéis que darle amor porque Él quiere de vosotros este amor como Yo, Dios como Él e Hijo suyo santísimo, le di y le doy.

Éste es vuestro deber. Y ya os he enseñado cómo se expresa este deber. Amadlo obedeciéndole y cumpliréis con vuestro deber. Y; después de haberle amado con la obediencia a sus palabras de amor, no os arroguéis el derecho de quejaros si Él no os recompensa con creces.

¿Qué derecho tenéis? Decíoslo siempre: "Sólo hemos cumplido con nuestro deber". Decíoslo siempre: "Dios lo hizo antes que nosotros". Decíoslo siempre: "La aparente falta de premio sólo es para los sentidos. Dios no deja sin premio a quien le ama y obedece".

¿Acaso conocéis vosotros, polvo desparramado por tierra, los secretos del Altísimo? ¿Podéis decir que leéis los decretos de Dios, escritos en los libros del divino amor? Vosotros veis el momento presente. Pero ¿qué sabéis del minuto que sigue? ¿No os dais cuenta de que lo que puede ,pareceros un bien en el instante presente es un mal en el futuro, y que si Dios no os lo concede es para evitaros un dolor, un cansancio superior al que vivís? Pero aunque lo fuera, aunque lo fuera ¿os es lícito imponeros a Dios? ¿Qué habéis hecho de más de cuanto debíais? ¿No pensáis que no sois vosotros sino Dios quien siempre está en ventaja sobre vosotros, porque Él os da infinitamente más de cuanto le dais?

¡Oh Justicia que eres Bondad! ¡Oh Justicia sublime y santa que eres justa sólo contigo y misericordiosa hacia tus hijos! ¡Oh Justicia, río que no se desborda para castigar sino para difundir sus olas hechas con la santa Sangre de mis venas, fluida hasta la última gota, hecho con las lágrimas de María, hecho con el heroísmo de los mártires y de los sacrificios de los santos, río cuya corriente es Piedad y que prefiere volver a la fuente con un milagro de poder, porque tu dique es la Misericordia que es más fuerte que tu indignación, y el otro dique es el Amor, y es amor de un Dios que ha hecho baluarte de Sí mismo para proteger al hombre del castigo y conquistarle para la Vida!

Amad esta Justicia que se aflige por castigaros, amad a este Padre que cumple con su deber de padre y es benigno al no exigiros la precisión en el cumplimiento del vuestro.

Lo he dicho y lo repito: Por un verdadero acto de amor, Dios detiene hasta el movimiento de los astros, revoca el decreto del Cielo. Si la fe puede mover árboles y montañas, el amor conquista a Dios. Cada acto de amor verdadero hace resplandecer con abundantes fulgores la divina vorágine de fuego y de luz en que vivimos amándonos, conmueve los Cielos de alegría por la alegría del Dios Uno y Trino, que hace descender como de una nube celeste la gracia y el perdón incluso sobre quien no sabe amar por piedad hacia quien sabe amar.

Amad y bendecid al Señor. Sabed dar gracias del mismo modo que silbéis pedir y exigís que se os escuche. Os olvidáis demasiadas veces. La gracia de Dios se retira también porque sois tierras estériles que río saben expresar una flor de reconocimiento hacia el Padre que os cuida.

A quienes saben recordarse de que son hijos, también en la alegría, les digo bendiciéndoles: "Id en paz. Vuestra fe amorosa os salva ahora y siempre"»

Dice aún Jesús:

«Es necesario que el grano muera para que se convierta en alimento de vida. Cuando ya no sean de esta tierra entonces vendrán a saciarse del pan de la Palabra que Yo te he dado para los hermanos.

El hombre es un ser tal que sólo se rinde ante el holocausto. Yo he cosechado tras la muerte. Tú no eres más que tu Jesús. No temas. Lo que ahora parece caer sobre piedra impenetrable, germinará cuando te hayas convertido en espiga en mi Reino. Pero antes viene el trabajo de la vida y la oscuridad de la muerte.

Toda misión, para acabar con éxito, requiere lágrimas, sufrimientos, humillaciones, sacrificio. Deja que se burlen de ti. Dado que quienes más lo necesitan no quieren ni ver ni oír, acumularé tinieblas y silencio sobre ellos. Ni siquiera podrán lamentarse conmigo, porque ellos, ellos solos, han querido esto con su persistencia en la desidia del espíritu, en la soberbia del espíritu, en la negación del poder del Espíritu Santo.

¿Qué he dicho sobre quien peca contra el Espíritu Santo? ¿Y no saben que en Cristo está el Padre y el Espíritu? ¿Y no recuerdan que dije que el Consolador vendría a traer la Luz? Pero el Consolador, el Espíritu de Vida, es Uno con la Palabra del Padre y con el Padre. Negándome a Mí y a la Palabra que soy, se niega al Padre que permite a la Palabra verterse aún, se niega al Espíritu que mueve la Palabra.

No nos reneguéis. Pero ¡ay de vosotros si negáis al Espíritu que desciende con sus luces para convertir a una criatura en luz y purificar con su Fuego una carne para que pueda transmitiros las palabras de la Sabiduría! Si el instrumento es vil, Nosotros, que lo habitamos, logramos que se haga digno de ser aceptado, a él y a cuanto os dice que debe daros en nuestro nombre. No os toca juzgar. Yo escojo a los pobres y a los niños para convertidos en los dignatarios de Cristo Rey.

"Ésos" ya están juzgados, María, por su obstinación impregnada de humanidad, sólo de humanidad. Deja que los "muertos" se sepulten a sí mismos. Tú permanece en la vida y actúa. Cuando estés completamente en Ella, vendrá la glorificación y el amor sin más obstáculos» .

26 de octubre

Dice Jesús:

«Una de las cosas que deberían examinar quienes juzgan tu caso con demasiada poca fe

y con demasiada humanidad, a la que el racionalismo vuelve hostil e incrédula hacia las libres y admirables obras de Dios, es la distinta entonación de mis comunicaciones.

Debería ser una prueba. Pero, dado que no hay nada que ciegue más que la incredulidad, no hay nada que altere más la realidad divina que el espíritu del mundo, éste será un escollo contra el que se detendrán quienes no saben desplegar las velas en el mar abierto de la Fe en Dios y prefieren permanecer cerca de la tierra, en las sequedades de su ciencia racional y de su aridez espiritual. Dirán que mientras que una de las entonaciones es solemne e hierática, impregnada de antigüedad, la otra es más modesta, más humana y más moderna. Lo que a ellos les parece que no sea una justificación a tu favor es, en cambio, una prueba innegable de tu sinceridad.

Hablo a todos como Rey y Maestro, pero a ti, pequeña amada y pequeña discípula hablo antes como Esposo y Hermano que como Rey y Maestro. Más aún, contigo desaparece la realeza porque no te hablo desde lo alto de un trono, sino que desciendo a cogerte en brazos y enseñarte, porque soy Maestro, hablándote de amor.

Las personas que hablan no son dos y, sobre todo, no eres tú quien hace las dos voces. Es Uno quien habla: soy Yo. Yo Dios, Rey y Maestro de los hombres, Yo que te he elegido por mi amor, Yo, tu Esposo».

27 de octubre

Mateo 3, 11-12.

Dice Jesús:

«Hay bautismo y bautismo, hija que amo. Todos vosotros que sois católicos tenéis el Bautismo que lava el pecado original y que debería comportar las mismas consecuencias de santidad para todos, si todos mirarais al cielo en lugar de estar clavados con los ojos del espíritu y con las raíces de vuestro ser en el fango de la Tierra.

El Bautismo, sacramento instituido por Mí en lugar del bautismo de Juan el precursor, tiene en sí todos los elementos para llevaros a la santidad. Os da la Gracia, y quien tiene la gracia lo tiene todo.

Pero sois vosotros quienes no tomáis la Gracia en consideración y la tiráis como un don inútil. Entre el severo deber de ser fieles a esta Gracia, que es Dios en vosotros con todos sus dones, y el fácil compromiso con la carne y la sangre, con el dinero, con el Mal, con tal de gozar, o creer que se goza durante esos pequeños instantes de eternidad que son vuestra vida en la tierra, preferís el compromiso.

Cuando el Hijo de Dios, Aquel que os ama, viene entre las multitudes signadas con su signo indeleble, ese signo que es más glorioso que una corona real porque os da una realeza ultraterrena de hijos y herederos del Altísimo Rey, encuentra que son pocos los que han luchado contra el instinto y contra Satanás, o lavado las manchas de Satanás y del instinto con el arrepentimiento, en modo de tener terso y activo ese signo de predestinación. A esos pocos, los dilecto s de mi Corazón, Yo, Hijo de Dios a quien el Padre confiere todo poder de juicio, vengo a impartirles un bautismo de fuego ardiente, que arde y consuma en ellos toda humanidad para liberar al espíritu y hacerle capaz de recibir el Espíritu que habla.

Selección severa y elección dolorosa en su gozo. Porque quien no está limpio, quien no es mantenido o limpiado por el amor y el arrepentimiento, no puede ser aceptado como grano mío. La cascarilla estéril y vacía, la cizaña y la cuscuta dañina, los inútiles zarcillos parásitos serán separados por mi riguroso examen.

La cascarilla son los orgullosos: orgullosos de corazón y de pensamiento por su ciencia racionalizante y equivocada, los fariseos y los escribas de la actualidad. La cizaña y la

cuscuta, los rebeldes a la Ley y los envenenadores de los corazones: los corruptores, los escandalosos para los que hubiera sido mejor ser arrojados ya muertos del seno materno. Los zarcillos son los débiles, los tibios que quieren beneficiarse de la comunión de los santos pero sin esforzarse en contribuir a ella con la mínima fatiga. Son los perezosos del espíritu, los que siempre tienen necesidad de empuje, de apoyo, de calor, para vivir su pobre vida espiritual; sin los factores de las distintas ayudas, se arrastrarían por el suelo incapaces de tender al cielo y serían pisoteados por el Maligno: pisoteados digo, no recogidos. También son despreciados por él. No se cuida de ellos porque sabe que se producen la muerte del alma por sí mismos.

Elección dolorosa porque, como espiga destinada a convertirse en harina de Dios, hay que aceptar los golpes de la trilla, la inmolación de la muela de molino, la purificación de la criba, o sea, dolores, dolores, dolores, mortificaciones, ascetismo sin medida.

¡Oh! para ser harina de hostias hay que saberse hacer despojar de todas las impurezas por el amor. Nada puede obrar, tan absolutamente como el amor, esta depuración de vuestra personalidad y hacerla idónea para vivir en el Cielo.

Pero piensa, alma mía, piensa qué hermoso te parecerá mi Paraíso después de tanto dolor. Todo lo amargo que aquí bebes por amor de tu Rey lo encontrarás arriba transformado en dulzura. Todas las heridas que te han desgarrado, allí serán gemas eternas. Todo el dolor será alegría.

El tiempo pasa, pasa a cada instante. Yo permanezco y conmigo permanece mi Eternidad. Ella y Yo seremos tu don, ese que te has ganado con tu amor y con tu dolor. Una eternidad de luz y de alegría perpetua. Una eternidad con Dios, con Dios, María.

Piensa siempre esto. Anhelarás el dolor como el aire que respiras».

Más tarde, hacia la noche

Dice Jesús:

«"Ábreme, amada mía. Tu Esposo te pide entrar. He concedido besar a tu boca que tanto deseaba ser besada, a tus brazos, que tantas veces habían sido estrechados por el brazo del Amor, he concedido abrazar al Amor".

Éste es el canto de esta mañana. ¿Ves cómo Quien te dio el lirio [153] sabe darte cuanto deseas? Te he dado a Mí, Lirio nacido de María que es Lirio inmaculado. Ahora estoy junto a ti en Cuerpo y Alma, en Sangre y Divinidad. Estoy contigo como sobre un altar.

Aquí, en tu habitación, donde resplandece tu fe más que una lámpara y perfuma tu amor más que el incienso, como en el portal de Belén, he colocado mi cuna, mi pequeña cuna que me contiene á Mí, grande como en el Cielo. Incluso en el fragmento más minúsculo, Yo estoy como en el seno del Padre y a mi alrededor están los ángeles que adoran. Tu fe te hace creer esto, que seas bendita por esta fe.

Te quiero decir un secreto. La santa que amas desde la juventud: María Magdalena, ya penitente por las tierras de Francia y sola entre las rocas, sabía abstraer tanto el espíritu, preso en el torbellino del amor, que lo enviaba hasta allí donde estaba Yo en las Sagradas Especies. Y este deseo suyo de adorarme en el sacramento como me había adorado viviente en la tierra me conmovía aún más que sus penitencias.

Soy demasiado poco adorado por los cristianos, por los desconfiados que para adorarme necesitan todo un montaje. ¡Oh! ¡amadme sólo por la fuerza del amor! ¡Vedme y creedme sólo por la fuerza de la fe! Sabed que no he recibido adoraciones más vivas que la de los

[153] Probable alusión a un lirio que la escritora llamaba "del divino Sembrador", porque había nacido en un viejo cajón que se encontraba en el balcón de casa, en cuya tierra nadie había plantado nunca un bulbo. En el escrito del 10 de mayo

voluntarios recluidos o exiliados en las celdas y en los desiertos, y que no he tenido altar más digno que el pequeño Tarcisio que tiñó con su sangre los linos sagrados.

Para encontrar algo más perfecto tenéis que pensar en los raptos inefables de mi Madre inclinada sobre mi cuna o en el palpitante altar, más cándido que el lirio y luminoso de amor, de su cuerpo castísimo o de sus brazos llevándome, o su seno, almohada para los sueños del Niño Dios.

María: sé María. María adoradora del Pan vivo bajado del Cielo, de la Carne y de la Sangre del Hijo de Dios y de María, como lo fue nuestra Madre. Pídele que te enseñe sus ardores eucarísticos.

María, haz de tu casa una Nazareth y una Betania. Ya lo es porque estoy Yo, y hazla más aún con un amor total a tu Jesús eucarístico. La enfermedad no es un obstáculo para el corazón amante. Son innumerables las iglesias en las que estoy solo. Ven a ellas con tu espíritu. Suple las faltas de amor de los demás.

Aprende de Mí a decir: “Ardientemente he deseado. He deseado ardientemente venir a Ti, Jesús, que estás tan solo en tantos altares, para decirte que te amo con todo mi ser. He deseado ardientemente verte, ¡oh mi Sol eucarístico! Ardientemente he deseado consumar mi Pan que eres Tú. Por tanto deseo, ten piedad de tu sierva, Señor. Déjame ir, ¡oh Cordero de Dios!, a tu celestial altar para adorarte eternamente. Haz que yo te vea con el alma embargada en tu gloria, ¡oh mi Sol divino!, que ahora te me muestras velado por la debilidad de mi condición de viviente. Deja que te ame, como quisiera amarte, en la bienaventurada eternidad. Ábreme las puertas de la Vida, Jesús, vida mía. Ven, Señor Jesús, ven. Que cuanto es carne se consuma en la comunión de Luz, y el espíritu te conquiste, mi Único y Trino Dios, el único amor de mi alma"».

28 de octubre

Ezequiel 33, 23-33; 34, 1-30.

Dice Jesús:

«Demasiados han querido comer con la sangre. Y la sangre se les hace un nudo en la garganta. Sangre arrebatada con prepotencia, por orgullo, por ambición de poder. Demasiada sangre ha sido derramada y es derramada sobre la tierra de quien ha perdido hasta la más mínima concepción del Bien y del Mal y es un hazmerreír en las manos de Satanás, que lo agita en el aire como insignia para ofuscar y extraviar a los débiles.

Demasiado "ilícito" se ha convertido en "lícito" sólo porque es cometido por los poderosos. Pero pensad, poderosos de un momento, que el único Poderoso tiene ya el rayo en la mano para incendiar, primero, en vuestras manos los frutos que habéis robado, y después, si aún no os arrepentís, para abrasaros a vosotros.

La verdadera posesión de la tierra no les será dada a los violentos, a los' homicidas, a los corruptores, a los traidores, a los viciosos. Será de quienes vivan según mi Ley. Vosotros les podréis quitar este día terreno antes de que venga el atardecer; pero en el Día tremendo y fulgurante de mi Venida ellos os juzgarán, conmigo, a vosotros que ahora creéis lícito todo veredicto ilícito.

¡Ay de vosotros entonces, cuando tras Cristo Juez, cuya tremenda Majestad conmoverá los mundos con un temblor mucho más fuerte que el que abrió los sepulcros y desgarró el velo del Templo en el momento de mi muerte!, ¡ay de vosotros cuando tras de Mí veréis a todos los que habéis matado y torturado, cuyos dolores tendré presentes al juzgaros para la eternidad!

Por vuestra culpa caen ciudades, reinos, pueblos. Habéis querido archireinar con un

absolutismo feroz. Hago la soledad a vuestro alrededor. Permaneceréis como la columna superviviente de un palacio derrumbado. Pero acordaos de que a quien vive entre las ruinas le puede suceder que se arruine y está ciertamente destinado a la ruina. Y todavía podéis daros por contentos si al caer os acordáis de que Yo soy el Señor del mundo.

Tú, alma mía, no tiembles y no te engrías. Igualmente dañosos son el temor y el orgullo. Que las alabanzas y las burlas te dejen indiferente. Vive sólo en la idea de servir a la causa de tu Dios. Las humillaciones sufridas por causa de Dios ya son aureola.

¡Las alabanzas! ¡Oh! ¡las alabanzas de los hombres! Son la cosa más vana que exista y la que más fácilmente se desvanece en la nada. Más que una bola de aire que suba desde un fondo cenagoso, gas de fango podrido, para irrumpir en las superficies de las aguas sobre las que señala un círculo que se disuelve inmediatamente, así es la alabanza de los hombres. Siempre nace de sentimiento humano, arrastra consigo sus miasmas, rompe el espejo de la paz íntima y después no queda nada de ella. Bienaventurados quienes, como el agua que quiere permanecer pura, continúan actuando en Dios y van raudos, dejando atrás hasta el recuerdo de la alabanza inútil suscitada pasando al lado de la humanidad que es sólo tal.

Que nunca te seduzcan las alabanzas humanas. Piensa siempre que la mitad son hechas por hipocresía y la otra mitad por superficialidad. Como hoy te adulan, mañana te difaman. Piensa que hasta los más buenos, pero con una bondad totalmente humana, te escuchan por el deleite de las palabras, no por el jugo de las mismas. Les gustan los conceptos porque son armónicos y artísticos, no meditan sobre el nervio que les sostiene: “Tú eres para ellos como un cántico cantado con voz dulce y suave, ellos escuchan tus palabras pero no las ponen en práctica" [154].

Déjales. Peor para ellos. Rechazan otro don de mi paciente Misericordia y, rechazándolo, acumulan sobre sí mismos los carbones de mi Justicia, porque tuvieron quien de nuevo les llevara la Palabra, y despreciaron la ,Palabra una vez más. De nuevo se puede aplicar a esta generación la profecía de Isaías: "Oirán y no entenderán, mirarán y no verán. Porque el corazón de este pueblo se ha vuelto insensible; se han hecho duros de oídos y han cerrado sus ojos para no ver, no oír y no entender con el corazón, no sea que se conviertan y Yo les cure".

Generación adúltera y malvada, que crees con tanta facilidad en quien mata tu espíritu y rechazas a Cristo y a sus profetas que quieren darte la Vida, ¡cuántas veces, generación de los ya señalados con el signo de Cristo, lo que es un absurdo sobre vosotros desposados con el Enemigo y con la carne, cuántas veces he tratado de salvarte obteniendo, en cambio, piedras para mis profetas y la crucifixión para tu Maestro! Generación necia y traidora, generación de Judas que me vendes y cambias por un apetito inmundo, y reniegas la Luz para hundirte en las tinieblas, que te suceda lo que deseas. Tendrás la Muerte porque no quisiste la Vida, y no tendrás más signos que despierten tu somnolencia de comilona que los tremendos signos de mi ira.

"Pero cuando suceda lo que ha sido predicho, y he aquí que ya llega, entonces sabrás que en medio de ti hubo un profeta, un siervo, una 'voz' mía" [155].

Hija, escribe: "¡Ay de los pastores que se apacientan a sí mismos!" [156]. Pastores de almas y pastores de hombres. Mis sacerdotes y jefes de naciones. .

La tremenda responsabilidad de ser administradores de vidas y de Vidas sólo puede desarrollarse en santidad y justicia si permanecéis en mi Santidad y en mi Justicia. No hay

[154] La escritora añade a lápiz: v. 32
[155] La escritora añade a lápiz: v. 33
[156] La escritora añade a lápiz: v. 2

más que esto. No existe un actuar que sea siempre honesto al margen de Dios y de su Ley. Podréis regir durante algún tiempo, pero después decaéis y sois vuestra destrucción y la de los demás.

Tergiversáis vuestra misión; os apacentáis en lugar de apacentar. No os agotáis en la tarea santa y suave de robustecer y curar las almas, vosotros, los primeros pastores, y en la tarea justa y bendita de tutelar a vuestros súbditos, vosotros, los segundos pastores. Habéis perseguido o descuidado. Habéis condenado o matado. ¡Oh qué tremendo juicio os espera!

Lo repito [157]: las desesperaciones de los sujetos recaen sobre quienes las suscitan. Toda desviación, toda blasfemia, sobre quien la hace surgir. Toda agonía de las almas, sobre esos sacerdotes que sólo saben ser rigoristas y sin caridad.

¡Ay, ay, ay de vosotros poderosos! Pero siete veces ¡ay! a vosotros sacerdotes. Porque, si los primeros llevan la muerte más a los cuerpos que a las almas, vosotros sois responsables de la muerte de las almas, comenzando por las de los poderosos que no sabéis contener, o, por lo menos, no tratáis de contener con un firme "Non licet", sino que les dejáis obrar su mal a cambio de un falso obsequio que es traición a Cristo.

Os lo he dicho: "El buen pastor da la vida por la de sus ovejas". Vosotros os preocupáis de conservar la vuestra; y las ovejas, grandes y pequeñas, se han dispersado, presa de las fieras, y han muerto por haberse alimentado con pastos malsanos.

Hay que saber poner la hoz a la raíz de la gran planta dañina. Y no sopesar el peligro de que ésta o sus ramificaciones se vuelvan contra vosotros con la hoz para quitaros la vida, sino actuar para preservar la Vida más alta. Esto lo hacéis cada vez menos, y la destrucción devasta la tierra, y la destrucción devasta los espíritus.

Ahora Yo os digo: Pues bien, Yo mismo seré su Pastor. Vendré para reunir a mis ovejas. Las reuniré en mis pastos fuera de las neblinas de las doctrinas necias y perniciosas que producen las fiebres mortales del espíritu. Las separaré, mejor, se separarán por sí mismas de los cabritos y de los carneros, porque oirán la Voz que les ama. La oirán, no ya como ahora, a través de mis siervos, sino brotando como un río de Vida de la boca del Verbo, que ha vuelto a tomar posesión de su Reino.

Recogeré con piedad a mis ovejas, también a las que vuestra negligencia ha dañado. Pero fuera, fuera de mi rebaño los lobos con apariencia de cordero, los pastores holgazanes, fuera los ávidos de riquezas y de placer. Quien me sigue debe amar lo que es nítido y honesto. Quien me sigue debe tener caridad hacia el hermano y no prosperar dejando a los otros la miseria de la hierba pisada y sucia y el agua enturbiada por las intrigas humanas. Y esto va también por aquellos que en las congregaciones de laicos sólo tienden a los cargos que excitan la vanidad. Abajo la soberbia si queréis ser mis corderos, y abajo la dureza de corazón. Son los cuernos puntiagudos con los que herís y menospreciáis a los mansos y oprimís a los débiles.

Cuando haya limpiado al rebaño de cuanto es falso e impuro, durante mi periodo de Rey de la Paz, instruiré a los que queden para la última instrucción. Me conocerán como ahora sólo me conocen los elegidos. No serán doce, sino doce mil veces doce mil las criaturas convocadas al conocimiento del Rey. Caerán las herejías y las guerras. Luz y Paz serán el sol de la Tierra. Se nutrirán con el germen vivo de mi Palabra y no languidecerán más de hambre espiritual. Me adorarán en espíritu y en verdad.

. Cuando llegue la última rebelión de Satanás contra Dios, no faltarán los últimos Judas entre los convocados al conocimiento del Rey. El oro de la Ciudad eterna debe ser depurado con tres filtros para poder convertirse en incensario delante del trono del Cordero glorioso. Y

[157] Ya dicho en otros dictados, sobre todo en los del 22 de julio y del 5 de agosto

éste será el último filtro. Pero los "fieles" permanecerán fieles, conocerán que Yo estoy con ellos y que ellos son mi pueblo eterno.

Pero desde ahora, mis dilectos, alma que me amas y que amo, sabed que también antes de que Yo venga para reunir a mi rebaño y llevarlo a los eternos pastos del Cielo, vosotros sois mis amados corderos. Entraréis en mi Reino antes que los demás porque vosotros sois mi rebaño y Yo soy el Señor Dios vuestro, vuestro Pastor que encuentra sus delicias entre vosotros y que os llama a su morada para vivir con vosotros en la Paz reservada a los fieles de Cristo».

29 de octubre

Dice Jesús:

«Cuando hago decir a Sofonías que me llevaré cuanto hay en la tierra, le hago profetizar lo que sucederá en la antevigilia de los últimos tiempos, lo que Yo mismo anuncié después hablando, encubierto bajo la descripción de la ruina del Templo y de Jerusalén, de la destrucción del mundo, y cuanto profetizó el Predilecto en su Apocalipsis.

Las voces se suceden. Más aún, puedo decir que, como en un edificio sagrado elevado para dar testimonio de la gloria del Señor, las voces suben de pináculo en pináculo, de profeta a profeta antecediendo a Cristo, hasta la culminación mayor en la que habla el Verbo durante su vivir de hombre, y después, bajando de pináculo a pináculo a través de los siglos, por boca de los profetas que siguieron a Cristo.

Es como un concierto que canta las alabanzas, los deseos, las glorias del Señor, y que durará hasta el momento en que las trombas angélicas reunirán a los muertos de los sepulcros y a los muertos del espíritu, a los vivientes de la tierra y a los vivientes del Cielo para que se postren ante la gloria visible del Señor y oigan la palabra de la Palabra de Dios, esa Palabra que muchísimos han rechazado o descuidado, desobedecido, escarnecido, despreciado, esa Palabra que vino: Luz en el mundo, y que el mundo no quiso acoger prefiriendo las tinieblas.

Yo soy la cúspide del edificio de Dios. No puede existir palabra más alta y verdadera que la mía. Pero mi Espíritu está en la boca de las "palabras" menores, porque todo cuanto habla de lo que es de Dios es palabra inspirada por Dios.

La carestía y la mortandad de las epidemias serán uno de los signos precursores de mi segunda venida. Los castigos creados para corregiros y volver a llamaros a Dios obrarán, con dolorosa potencia, una de las selecciones entre los hijos de Dios y de Satanás.

Él hambre producido por los robos y las malditas guerras, queridas sin justificación de independencias nacionales sino sólo por la ambición del poder y la soberbia de los demonios con apariencia de hombres, producido por el detenerse de las leyes cósmicas, por voluntad de Dios, por lo que el hielo será áspero y prolongado, por lo que el calor quemará y no será mitigado por las lluvias, por lo que las estaciones serán invertidas y tendréis sequedad en las estaciones de las lluvias y lluvias en el tiempo de la maduración de las mieses, así que engañadas por la templanza repentina o por el frescor insólito, las plantas florecerán fuera de estación y los árboles se recubrirán, después de haber generado, de nuevas flores inútiles, que aprisionan sin fruto la planta -porque todo desorden es nocivo y conduce a la muerte, recordadlo, hombres- el hambre atormentará cruelmente esta raza perversa y enemiga de Dios.

Los animales, privados de forraje y pienso, de grano y semilla, morirán de hambre y, por el hambre del hombre, serán destruidos sin darles tiempo de procrear. Los pájaros del cielo y los peces de las aguas, piaras y rebaños, serán asaltados por todas partes para dar a

vuestros vientres el alimento que la tierra sólo producirá escasamente. .

La mortandad, creada por las guerras y las pestes, los terremotos y los naufragios, precipitará en el más allá a los buenos y a los malos. Los primeros para vuestro castigo -porque privados de los mejores empeoraréis cada vez más- los segundos para su castigo, porque tendrán el infierno por morada antes de la hora prevista.

Vosotros seréis la víctima preparada por el Señor para purificar el altar de la Tierra, profanado por lo pecados de idolatría, de lujuria, de odio, de soberbia, hombres que perecéis a miles y a decenas de miles bajo la aguda guadaña de los fulgores divinos. Caeréis unos sobre otros como la hierba segada sobre un prado en abril: las flores santas mezcladas con las venenosas, los delicados tallos con los punzantes espinos. La mano de mis ángeles escogerá y separará a los benditos de los malditos, llevando a los primeros al Cielo y dejando a los segundos a los tridentes de los demonios para pasto del Infierno. Ser reyes o mendigos, sabios o ignorantes, jóvenes o viejos, guerreros o sacerdotes no constituirá diferencia ni baluarte contra la muerte. Habrá un castigo y será tremendo.

El ojo de Dios escogerá a los destinados quitando las "luces" para que no tengan que sufrir más la neblina creada por los hombres unidos a Satanás, quitando las "tinieblas" generadoras de tinieblas porque están poseídas por el padre de las tinieblas: Satanás.

El ojo de Dios, que penetra en los palacios, en las iglesias, en las conciencias -y no hay barreras ni hipocresía que le impida ver- escudriñará en el seno de la Iglesia: la Jerusalén de ahora, escudriñará en el seno de las almas y escribirá el decreto personal para los dolientes, los indiferente, los tibios, los rebeldes, los traidores, los homicidas del espíritu, los deicidas.

No, no creáis que Dios no os hará ni bien ni mal por vuestras obras. Yo os lo juro, lo juro a Mí mismo, lo juro por mi Justicia, lo juro con triple juramento, os haré bien por el bien que hagáis y mal por el mal que hayáis realizado.

Si las impurezas de la carne y de vuestra vida de animales ponen una costra en vuestros ojos para impediros ver a Dios, a Dios nada le empaña. Dejaré caer mi mano sobre los que se complacen de estar en el barro y allí quieren quedarse a pesar de las invitaciones y los medios que les doy para salir. Serán barro en el barro, porque hacen del barro del pecado el alimento preferido para su hambre impura.

El día se acerca, hijos que habéis renegado del Padre. El tiempo de la Tierra es largo y breve al mismo tiempo.

¿Acaso no era ayer cuando gozabais de un honesto bienestar fruto de la paz y de las obras pacíficas que dan el pan y el trabajo? ¿Acaso no era ayer, vosotros que vivís en esta hora tremenda, cuando gozabais de la alegría 9.e la familia no desmembrada ni destruida, la alegría de los hijos alrededor de la mesa del padre, del tálamo: el esposo junto a la esposa, del padre inclinado sobre la cabeza de los niños como maestro y amigo? ¿Y ahora? ¿Dónde está todo eso? Ese tiempo pasó veloz como el pájaro que vuela a playas lejanas. Era ayer... ahora os volvéis y veis que un número de días, que el horror multiplica con su sangrienta intensidad, os separa de ellos. Os refugiáis en el recuerdo, pero el cúmulo de escombros y la extensión de tumbas os destruyen la dulzura del recuerdo con la realidad del presente.

¡Oh! hombres, hombres que insultáis a Dios con las voces de la boca y del corazón creyendo que os sea lícito hacerlo, oíd, hombres, la voz de Dios, desgarrada y desgarrante, que ya retumba en el mundo porque no le sirve hablaros por la boca de sus siervos y amigos, que os anuncia su ira, y que todavía os llama porque sufre al castigaros. .

Antes de que la ceguera de vuestros espíritus sea total, venid al Médico y a la Luz. Antes de que la sangre sea tanta de constituir un lago de muerte, venid a la fuente de la Vida. Reunid vuestras miserables capacidades de amor y volvedlas a Dios. El amor os perdonará por esas migajas de amor que le ofreceréis, resto de las rapiñas de la carne y de Satanás.

Deben ofrecerse a Dios las primicias y la. totalidad de los bienes. Pero dado que no habéis sabido hacer esto, hijos que me habéis costado la vida, dad al Señor grande, piadoso, poderoso, lo que aún os queda. En vuestra pobreza de espíritu, pobreza no evangélica sino humana, arrancaos del corazón la última punta, negad a la carne ese resto y dádmelo a Mí. Sé que a uno de mis dilectos le cuesta menos el sacrificio de la vida, porque el amor le embarga, de lo que a vosotros os cuesta el sacrificio de un beso. Y por vuestro esfuerzo, desproporcionado con la oferta, os daré un premio desproporcionado con el don. Os lo daré, con tal de que vengáis.

Quien trabajó bien en la última hora será admitido en el Reino como quien rigió el arado, hasta caer sobre él, desde la aurora hasta su tarde anticipada. No os lamentaréis de tener una morada distinta en el Cielo; allí no existen las mezquindades de las envidias humanas. Pero conquistad este Cielo que he creado para vosotros y que os he abierto con mi muerte de Cruz. Venid al Señor antes de que el Señor venga sobre vosotros con su majestad de Juez.

Respecto a vosotros, mis dilectos, permaneced en el camino que habéis escogido. Los vendavales y las tempestades no lograrán haceros perder la meta que soy Yo, que tengo el Corazón abierto para recibiros con el más vivo beso de amor. Dejad que caigan los reinos y los pueblos, y que lo que ahora se cree potente se convierta en cenizas y escombros, y que lo que ahora se cree con el derecho de dictar deseos y doctrinas se convierta en polvo triturado por la Voluntad y la Ley de Dios.

En mi breve reinado sobre el mundo seré Yo quien reine, Yo y el resto de mi pueblo, esto es, los fieles verdaderos, los que no han renegado de Cristo y recubierto el signo de Cristo con la tiara de Satanás. Entonces caerán las falsas deidades de los superpoderes, las doctrinas obscenas que reniegan de Dios, Señor omnipotente.

Mi Iglesia, antes de que se acabe la hora del mundo, tendrá su triunfo resplandeciente. No hay nada distinto en la vida del Cuerpo Místico de cuanto hubo en la vida de Cristo. Se dará el hosanna de la vigilia de la Pasión, el hosanna cuando los pueblos, fascinados por la Divinidad, plegarán sus rodillas ante el Señor. Después vendrá la Pasión de mi Iglesia militante, y al final la gloria de la Resurrección eterna en el Cielo.

¡Oh bienaventuranza la de aquel día en el que habrán acabado para siempre las insidias, las venganzas, las luchas de esta tierra, de Satanás, de la carne! Mi Iglesia estará compuesta entonces por los verdaderos cristianos. Entonces, en el penúltimo día. Pocos como al inicio, pero santos como al inicio. Acabará en santidad como en santidad comenzó. Se quedarán fuera los mentirosos, los traidores, los idólatras. Los que en el último día imitarán a Judas y venderán su alma a Satanás dañando al Cuerpo místico de Cristo. La Bestia tendrá en ellos sus lugartenientes para su última guerra.

Y ¡ay de quien en Jerusalén, en los últimos tiempos, se haga culpable de tal pecado! ¡Ay de quienes en ella se aprovechen de su apariencia para provecho humano! ¡Ay de quienes dejen perecer a los hermanos y dejen de hacer de la Palabra que les he confiado el pan de las almas hambrientas de Dios! ¡Ay! No haré diferencia entre quien reniegue abiertamente a Dios y quien le reniegue con las obras. Y en verdad os digo, con el dolor del Fundador por excelencia, que tres cuartos de mi Iglesia me renegará en la última hora, y tendré que amputarles del tronco como ramas muertas y corrompidas por una lepra inmunda.

Pero vosotros que permanecéis en Mí, oíd la promesa de Cristo. Esperadme con fidelidad y amor y Yo vendré a vosotros con todos mis dones. Con el don de los dones: Yo mismo. Vendré para redimir y curar. Vendré para iluminar las tinieblas, vencerlas y hacerlas huir. Vendré para enseñar a los hombres a amar y adorar al Dios eterno, el Señor altísimo, el Cristo santo, el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo. Vendré para traeros, no la paz de este

mundo, eterno destructor de la Paz, sino la Paz del Reino que no muere.

Regocijaos, mis siervos fieles. Os dice esto la boca que no miente. Ya no tendréis que temer ningún mal porque pondré fin al tiempo del mal, anticiparé este final por piedad hacia mis benditos.

Regocijaos sobre todo vosotros, mis amados de entonces. Para vosotros será todavía más solícito el adviento de Cristo y su abrazo de gloria. Ya se abren para vosotros las puertas de la Ciudad de Dios y sale vuestro Salvador para venir a vuestro encuentro a daros la Vida verdadera.

Todavía un poco y después vendré. Como para Lázaro, mi amigo, os llamaré uno a uno: "¡Sal fuera!". Fuera de esta tierra que es tumba para el espíritu encarcelado en la carne. Fuera. En la Vida y en la libertad del Cielo.

Llamadme con vuestro amor fiel. Que él sea la llama que funde las cadenas de la carne y da al espíritu la libertad de venir pronto a Mí. Pronunciad el grito más bello escrito por hombre: "Ven, Señor Jesús"».

## 30 de octubre

Sabiduría 1, 1-11.

Dice Jesús:

«Leamos juntos la Sabiduría. Comienza con la exhortación, tantas veces dicha por Mí, a todos los poderosos de la tierra para que sean más poderosos en justicia que en fuerza.

La fuerza no es un atributo de santidad. No eleva al hombre a un nivel sobrehumano. Sólo una es la fuerza que os eleva: la del espíritu. Pero ésta es la antítesis de la fuerza que amáis y admiráis como si fuera una gran cosa.

Vosotros amáis la "violencia", la "prepotencia", la. "crueldad", y a este trinomio le llamáis "fuerza" y la veneráis con temor como la fiera encadenada teme la autoridad del domador. Pero tened en cuenta que esa fuerza es común con los animales. Sólo fuerza de carne y de sangre, que os hace cometer acciones de carne y de sangre. Y por eso raramente es justicia.

Lo he dicho [158] y lo repito: "Vosotros, poderosos, sois tales mientras que Yo lo permito y no más". ¿Qué significa entonces agitar el látigo sobre quienes no tienen una autoridad específica? Despojados de esta vestidura que os llegó por herencia, si sois reyes, o por suerte y astucia si sois dignatarios, ministros, jefes de provincia, de pueblos, directores de un instituto, de una fábrica, de una oficina, de un convento ¿qué tenéis distinto de los demás? Nada.

Muchas veces vuestros inferiores merecen ese puesto más que vosotros. Merecedores humana y sobre todo espiritualmente. Pensad siempre que, aunque callen por miedo, os juzgan, y os juzga Dios, que ve vuestras acciones mejor que nadie, y vuestro ser doradas y coronadas estatuas de barro, barro negro del charco más corrompido. Los falsos y obligados obsequios con los que queréis que se os inciense, repugnan a Dios que perdona quienes están forzados a hacerlos, entre la multitud que os los da, y os maldice a vosotros y a los demás: vuestros idólatras hasta el punto de consideraros dioses y daros ese culto de honor y respeto que a Mí no me dan.

Sólo Uno es Dios. Quien ha hecho la tierra sobre la que imperáis en vuestro breve día y con vuestro necio o cruel orgullo. Si queréis ser realmente "grandes", "fuertes", tomad esta grandeza y esta fortaleza del Grande y Poderoso: de Dios, siguiendo su Palabra, permaneciendo en Él como hijos. No sois más que el último nacido de mujer respecto de

[158] En el dictado del 23 de octubre

Dios que es el Padre Creador de todos y que puede tener sobre el corazón, como perla preciosa, al pobre que despreciáis, que Él ama por su santidad, mientras que os mira con reproche a vosotros que le desafiáis desde lo alto de vuestro precario puesto.

Cuánta necesidad de luz tenéis los que gobernáis la Tierra. La luz viene de Dios. Sólo Él es el Padre y generador de la Luz. Permaneced por tanto bajo su rayo santo, seguid la Luz, no la repudiéis por las Tinieblas.

Buscad al Señor como consejero. Él no es uno de esos necios, mentirosos, interesados consejeros, que están a vuestro alrededor, adulándoos y excitando vuestros peores instintos por espíritu servil o por plan interesado de llevaros al error, para conseguir vuestra caída y sustituiros en el puesto del que habéis caído.

. Pero no tratéis de buscar a este Señor santo, que lo ve todo, con engañosas intenciones. Maldecid a quienes siempre me nombran, y conmigo a mi Providencia, para engañar a las multitudes fingiéndose corderos mientras que son lobos. Ese Nombre grande y poderoso, que retumba y resplandece como sol bendito sobre los buenos y como fulgor sobre los malvados de esta tierra y de la morada de Satanás, se convierte en sus labios blasfemos en carbón que desciende a quemar el corazón.

Yo estoy donde un hijo me llama. Pero no confirmo con mi ayuda las obras de los malvados. Pensad, hombres, que sus efímeros triunfos, que os hacen creer que Yo esté con ellos y dudar de mi Justicia, no han venido de Mí. Es su caudillo y padre: es Satanás, quien se los concede como a hijos y militantes devotos, para crearles un tormento cada vez mayor tras la muerte.

Yo estoy allí donde hay un fiel que cree en Mí. Pero éstos no son fieles. Si lo fueran, observarían mi Palabra y la Voluntad de Quien me ha mandado. En cambio éstos pisotean la primera, desobedecen a la segunda y ofenden al Espíritu Santo matando su espíritu con odio contrario al amor, con lujuria profanadora, con soberbia corruptora de almas. Son barcas sin timón presas del viento y de las malas corrientes. Van cada vez más lejos de la meta que es Dios y acaban pereciendo en el pozo del abismo.

Cuando un corazón está lleno de pensamientos de carne o de pensamientos de infierno, quintaesencia de los pensamientos de carne, ¿cómo puede entrar Dios allí con sus luces? Cuando un corazón, que ya era de Dios, se separa de Él obrando el mal, ¿cómo puede mi Espíritu continuar siendo su maestro?

Soy el Misericordioso. Compadezco y perdono. Perdono mucho. Perdono cuanto os veo cometer por debilidad humana, no lo que se hace con frío cálculo humano. Y nunca seré tan severo juez como con quien, con su pensamiento vendido a Satanás, realiza más delitos que un bandido, induce a otros a realizarlos, y sobre todo cumple el delito de los delitos: inducir los ánimos a dudar de Dios.

Hoy este delito de homicidio y de deicidio es exclusividad de muchos. Matan cuerpos y almas, y matan la idea de Dios en las almas cegándolas como órbitas vacías.

Las multitudes se dan cuenta demasiado tarde. Pero Yo lo veo en el momento en que pensáis y actuáis, y todos vosotros, sacrílegos de la carne y del espíritu, seréis juzgados con juicio severísimo».

31 de octubre

Sabiduría 1, 12-16; 2-5.
Dice Jesús:

«Hay dos tipos de muerte. Ya lo he explicado [159]. Existe la pequeña muerte, la que os separa de la tierra y libera vuestro espíritu de la carne. Y existe la gran muerte: la que mata lo que es inmortal: vuestro espíritu. De la primera resurgiréis. De la segunda no resurgiréis nunca. Seréis separados para siempre de la Vida: o sea de Dios, vuestra Vida.

Sois más necios que los animales que, obedeciendo la orden del instinto, saben controlarse en el alimento, en el emparejamiento, en el escogerse moradas, vosotros, con vuestras desobediencias continuas al orden natural y sobrenatural, os producís muchas veces a vosotros mismos la primera y la segunda muerte. Incontinencias, abusos, imprudencias, modas desviadas, placeres, vicios, matan vuestra carne como muchas armas manejadas por vosotros con delirio. Los vicios y los pecados matan después vuestra alma. Por eso Yo digo: "No vayáis a buscar la muerte con los errores de vuestra vida y la perdición con las obras de vuestras manos".

Os lo he dicho [160]: Dios, que lo ha creado todo, no ha creado la muerte. Obra suya es el sol que resplandece desde hace milenios; obra suya el mar contenido en sus límites sobre un globo que gira en el espacio; obra suya las estrellas infinitas por las que el firmamento es como un espacio sobre el que se hayan desparramado las joyas caídas de un inmenso cofre abierto; obra suya los animales y las plantas: desde los colosales como elefantes y baobab, a los más sutiles, como la dedicada plumita del musgo y el efímero mosquito del fresal; obra suya vosotros hombres, que tenéis el corazón más duro que el jaspe y la lengua más cortante que el diamante creados y sepultados por el Eterno en las vísceras del suelo, que tenéis el pensamiento más oscuro que el carbón que se ha formado en las estratos terrestres con la descomposición de milenios, que tenéis una inteligencia poderosa como el águila en los espacios pero la voluntad terca y rebelde como la de una simia.

Pero no ha creado la muerte. Ésta ha sido generada de vuestro desposorio con Satanás. Vuestro padre, en el orden del tiempo terrestre, Adán, la generó antes de generar a su hijo. La generó aquel día en que, débil ante la debilidad de la mujer, cedió a su voluntad seducida y pecó donde nunca había habido pecado, pecó bajo el silbido de la Serpiente y las lágrimas y el rubor de los Ángeles. Pero la pequeña muerte no es un gran mal cuando con ella sólo cae la carne, como la hoja que ha finalizado su ciclo. Al contrario, es un bien, porque os lleva al lugar de donde vinisteis y un Padre os espera.

Al igual que no ha hecho la muerte de la carne, Dios no ha hecho la muerte del espíritu. Al contrario, ha enviado al Resucitador eterno, su Hijo, para daros la Vida cuando ya estabais muertos. El milagro de Lázaro, del joven de Naím y de la hija de Jairo no son nada. Estaban dormidos: Yo les desperté. En cambio es grande el milagro cuando de una Magdalena, de un Zaqueo, de Un Dimas, de un Longinos, muertos en el espíritu, he hecho "vivos en el Señor".

¡Estar vivos en el Señor! No hay nada mayor en belleza, alegría, duración, resplandor que esto. Creedlo, hijos, y tratad de estar "vivos". Vivos en Dios Uno y Trino, vivos en el Padre, vivos para la eternidad.

Vosotros que llamáis infierno a la tierra, y por muy infernal que la hayáis vuelto con vuestros feroces sistemas es un paraíso respecto de la morada de Satanás, no deis a vuestro espíritu el infierno como última meta. Dad a Dios a vuestro espíritu, que es Paraíso, y dejad el infierno para los infernales, los condenados, los malditos que han rechazado la Vida, alimento repugnante para su corazón de pervertidos, y acogido la muerte de la que eran muy dignos.

Si todo acabase en la tierra, sería poco mal el aparecer malvados durante algún tiempo. Los hombres lo olvidarían pronto, porque el recuerdo es como una nube de humo que se

[159] Sobre todo en el dictado del 22 de agosto
[160] En el dictado del 23 de septiembre

disipa en seguida. Pero la tierra no lo es todo. El todo está más allá. Y en ese "todo" encontraréis que os espera lo que habéis realizado sobre la tierra.

Nada quedará sin juicio. Pensadlo. Y no dilapidéis como locos los bienes que Dios os ha dado, sino hacedlos fructificar para vuestra inmortalidad. Quienes vivieron en el Señor no mueren. Cuanto hubo aquí de dolor, humillación, prueba, para ellos se transformará en el más allá en premio, en triunfo, en alegría.

No penséis que Dios sea injusto en el distribuir los bienes de la tierra y la duración de la vida. Esto es lo que piensan quienes están ya fuera de Dios. Los vivientes en el Señor se alegran de las privaciones, de las penas, de las enfermedades, de la muerte precoz, porque ven en todas las cosas la mano del Padre que les ama y que sólo puede darles cosas útiles y buenas; las cosas que, por otra parte, me ha dado a Mí, su Hijo.

Éstos, que ya están proyectados fuera de este mundo, sólo piensan y desean la gloria de Dios, y Dios les revestirá de gloria para siempre. Los malvados serán olvidados o recordados con horror; pero a los santos, a los justos, a los hijos de Dios se les dará culto duradero y santo, porque el Señor cuida a sus dilectos, y no sólo se ocupa de darles la alegría en el Cielo, o sea, a Sí mismo, sino que hace que los hombres le otorguen verdadero honor, haciendo brillar el espíritu de un santo como una nueva estrella ante los ojos y las mentes de los hombres».

## 1 de noviembre

Sabiduría 6, desde el v. 11 en adelante.

Dice el Señor Jesús:

«Soy Yo quien ha dado a mis santos la Sabiduría de la que soy poseedor absoluto. Soy Yo quien hablo a los dilectos para que esparzan mi Sabiduría entre los hombres. Soy Yo quien bendigo con gratitud a mis elegidos que se han consumado a sí mismos para ser portadores de mi Sabiduría. Soy Yo quien les premio porque el amor a la Sabiduría es amor a Dios, no pudiendo haber conocimiento de la Sabiduría y rebelión a Dios. Quien ama la Sabiduría ama su fuente: ama a Dios. Quien ama a Dios conquista el premio.

Vosotros, por tanto, que siempre aspiráis a la gloria, aspirad a esta gloria verdadera y eterna. Dejad caer los cetros y las celebridades de la tierra y tended a conquistar la fama y la corona inmortal de la bienaventurada santidad. Esforzaos por merecer la Sabiduría y lo poseeréis todo de la tierra porque poseeréis a Dios, que hablará en vosotros, os guiará, os consolará, os elevará, os hará mis amigos y profetas del Altísimo. Entonces vosotros entenderéis, hablaréis, veréis, no con vuestros órganos y vuestras capacidades, sino con la vista y la mente de Aquel que está en vosotros como el Santo de los Santos en su tabernáculo viviente.

Seréis, oh mis hermanos queridos, como era mi Madre cuando me llevaba en su seno y Yo le comunicaba mis movimientos de amor. María, velo preciosísimo y casto para el Viviente, el Sapiente, el Santo, ya infundida de Sabiduría por su angelical pureza, fue una con la Sabiduría cuando el Amor la hizo Madre de la Sabiduría encarnada. Ni vosotros sois menos cuando conmigo Eucaristía en el corazón, y con el corazón queriendo vivir de Dios -he aquí la condición esencial-llegáis a ser uno conmigo y sabéis permanecer en Mí incluso después de la consumación de las Especies, con vuestro amor adorante.

Sedme de las "Marías". Llevad a Cristo en vosotros. El mundo necesita tener, entre tanta ciencia inútil quien comunica la verdadera Sabiduría. Y quien me tiene en sí, más aún, quien se anula en Mí, aunque no diga palabras, comunica con sus obras la Sabiduría, porque sus obras dan testimonio de Dios.

Yo después, por piedad de los ciegos y de los sordos, de los analfabetos del espíritu, doy voz y pluma en las manos y sobre los labios de quien escojo, para que el Espíritu de Dios sea oído de nuevo y se salven los desviados y encuentren la dirección justa los errantes, se levanten los caídos y confíen en Quien tiene nombre: Misericordia».

El mismo 1° de noviembre a las 12,30, tras una antiprofesión de fe de m. p. [161] que tanto me hace sufrir.

Dice Jesús:

«¿A qué compararemos a algunos pobres desgraciados? A infelices maniáticos que, mientras que fuera hay un hermoso sol y junto a ellos afectos y alimentos, se niegan a salir, nutrirse, hablar, y se esconden como bestias salvajes en su cueva, en la oscuridad, dejándose morir de inanición.

Son abismos de error, de horror, a veces de odio, que deben colmarse con la paciencia, la misericordia, el amor y el dolor. Paciencia soportando sus ideas, misericordia acercándonos aún a pesar de la repugnancia que nos da la lepra de sus espíritu, amor porque el amor es el vencedor y la medicina más poderosa de todas, y dolor porque para dar la Vida y la Luz hay que morir como hace la lámpara que arde consumiéndose y el grano que da alimento si muere.

Dadas estas cosas, basta. Las palabras son inútiles porque esas almas están ensordecidas por Satanás que les impide oír. Hay que vencer primero a Satanás, y a éste se le vence con la oración y el dolor, no con las discusiones en las que es maestro para persuadir hacia su doctrina.

Es natural que tú sufras. Cada una de esas palabras, antes de herir mis Carnes, han pasado a través de las tuyas, porque tú te has puesto entre el mundo y el Maestro para defender a tu Rey. Es el oficio de las víctimas. Pero Yo pongo un beso en cada herida y por cada una te digo: gracias, María, por tu amor. Bendita seas por esto».

Son las 16 y gozo de un raro momento de soledad.

A la fatiga de soportar las voces a mi alrededor, yo que quisiera vivir oyendo sólo la "Voz" que usted [162] sabe y que Yo amo con todas mis fuerzas, o recordando esa "Voz", hoy se ha unido la doble fatiga de oír... (la caridad hacia quien me da tan altas instrucciones me prohíbe escribir la palabra que me viene espontáneamente) diré así: palabras ignorantes. Espero que la ignorancia sea excusada por el buen Dios, Y espero que el ignorante que la ha profesado tan ampliamente sea perdonado precisamente por su ignorancia.

He sufrido tanto, que es como si me hubieran azotado. Tan palpablemente que él lo ha entendido y ha tratado de remediado trayéndome un dulce. ¡Qué amargo me resultaba ese dulce empapado de la ofensa a mi Dios Eucarístico! No pudiendo, o mejor, no queriendo hablar porque hubiera sido demasiado severa, he callado, pero yo creo que habló mi rostro.

Después, por la tarde, le he dicho a Paola [163] que necesito silencio, porque demasiadas palabras agotan mi cuerpo exhausto. Y ella lo ha dicho a los demás. Pero no es el físico el que se turba y sufre. Es el espíritu quien se molesta. Quisiera poder vivir aislada al menos 18 horas sobre 24. O por lo menos permanecer con quien me entiende, conoce y respeta la terrible, santa, suave exigencia de Dios sobre mí.

Mi Jesús me ha consolado, como usted ve, con las palabras pronunciadas a las 12,30. Pero permanece la amargura de algunas cosas oídas y de algunas constataciones hechas

[161] Sobre una copia mecanografiada, la escritora precisa: Mi primo a.E. (Giuseppe Belfanti, primo de la madre de la escritora)

[162] Padre Migliorini

[163] Hija de Giuseppe Belfanti

en relación al estado de algunas almas.

Ahora cesa la pausa de paz y, a mi vez, yo dejo de escribir.

Menos mal que Paola me dedica una fotografía con estas palabras: "Te quiero y quiero darte las gracias porque viviendo a- tu lado siento que estoy más cerca de Dios". ¡Menos mal! Si no le llevo a él donde quiero, le llevo a ella. Y puesto que es joven, y quizás sea madre de familia [164] está bien que se llene de Dios.

2 de noviembre

Continúo hoy 2 de noviembre porque ayer, entre la gente que vino y... la poco agradable visita inglesa [165], no pude escribir más.

Respecto a las impresiones padecidas durante ese penoso cuarto de hora, le diré [166] que son distintas y variadas.

La primera es que sólo orando me sentía suficientemente tranquila. Me parecía imposible que mientras que lo invocaba sobre mí, y sobre todos los que estaban recogidos alrededor de mi lecho y, con caridad aún mayor, sobre todos los demás que huían por las calles o temblaban en las casas, Él, cuyo Nombre es poderoso, no me escuchara. Tenía, y la he notado tres o cuatro veces durante la oración, la sensación de que Él me abrazase y me hiciese entender que tenía que permanecer tranquila porque estaba protegida por Él.

En mis condiciones tan graves, sería una mentira decir que el corazón no ha sufrido por ello. Si me impresiona un ruido fuerte, un grito, el choque de dos coches, el ver caerse a una persona, un altercado, una noticia, etc. etc., bien se puede pensar cómo se habrá resentido mi corazón físico por esa violenta sacudida. Pero usted ha podido constatar que, auxiliado el corazón con una enérgica inyección, moralmente no estaba descentrada.

La segunda es que desde por la mañana, después de aquella profesión anticatólica, estaba bajo la impresión, mejor dicho, la persuasión de que si los enemigos hubieran venido ese día, habría sido tremendo. ¡Efectivamente!...

Tercera: cuando acabó: el alivio pensando que había pasado la pesadilla, que me atormentaba desde hacía 20 días, de un bombardeo aéreo. Se lo mencioné en ese sueño al que quería aplicar el hecho de la muerte de aquellos 5 en la plaza Mazzini hace ahora alrededor de 15 días [167]. En el sueño había visto caer proyectiles desde lo alto sobre Viareggio y comprendía que habían venido de aviones. Pero quería creerme que todo hubiera sucedido con aquel proyectil que cayó cerca.

¿Habrá pasado ya todo? Dios lo quiera, porque le confieso que no me agrada la idea de morir sepultada viva o destrozada en un hospital. Acepto mis 5 enfermedades y estoy dispuesta a aceptar otras 5, otras 10, con todos sus desgarros, pero sólo pido que me dejen en mi casa donde tanto ha obrado Jesús por mí, y que me es sagrada por Él, porque me la ha dado Él y porque en ella han fallecido los míos.

Cuarta y última impresión: de gratitud hacia usted. Estaba segura de que habría venido, pero el vede venir me ha conmovido y tranquilizado. ¡Nunca se está los suficientemente absueltos y benditos en determinados momentos!

En esos días en que usted se encontraba ausente, yo estaba siempre con el corazón en vilo por el asunto de cualquier incidente mío particular o de algún incidente general. Sé bien,

---

[164] Paola Belfanti se casará en 1945 con Giuseppe Cavagnera y tendrá una hija. Ya viuda, morirá en Milán en 1989

[165] El primer bombardeo aéreo sobre Viareggio, acaecido la tarde del ¡o de noviembre de 1943

[166] Se dirige a Padre Migliorini

[167] Por culpa de una maniobra militar, que se desarrollaba sobre los Alpes Apuane, un proyectil, que debería haber acabado en el mar, había caído en cambio sobre la Plaza Mazzini, matando a cinco personas

por propia experiencia, que a los médicos y a los sacerdotes es muy difícil tenerles en los momentos en que son más necesarios y deseados. Y por eso me dolía que usted estuviera lejos, porque es el único que se ocupa. de mí.

3 de noviembre

Dice Jesús:

«Ayer callé para hacer posible no que descansaras, sino que obedecieras. El Padre te ha dicho que escribas tus impresiones y la manera en que me oyes. Dado que tus fuerzas y tu tiempo son limitados, si haces una cosa no puedes hacer la otra. Entonces te he dejado quieta para que pudieras obedecer. El Padre no te dio una orden, sólo expresó un deseo. Pero para los verdaderos obedientes hasta un deseo se convierte en orden.

La obediencia vale más que la palabra, aún cuando la palabra esté escrita bajo mi dictado. Porque la palabra la oís y la escribís, pero no es vuestra; la repetís, pero no es vuestra. La obediencia, en cambio, es vuestra. Es el caso de decir: "Dejadla, porque a los pobres les tenéis siempre y a Mí no siempre me tenéis". Los pobres, a quienes dar la palabra, les tenéis siempre. La ocasión de esparcir el precioso aroma de la santa obediencia, desafiando los comentarios de los demás, no siempre la tenéis.

Y sabed que la obediencia ha sido la virtud del Verbo, destinado a ser Hombre y convertirse en Redentor. El amor, el poder, la perfección, la sabiduría, son comunes a Nuestras Tres Personas. Pero la obediencia es mía, exclusivamente mía. He obedecido encarnándome, haciéndome pobre, estando sometido a los hombres, cumpliendo la misión de evangelizador, muriendo.

Por eso, cuando obedecéis, sea a los hombres en las correspondientes obediencias, sea a Dios en las grandes obediencias que implican renuncias, sacrificios de sangre y aceptación de muertes, a veces muerte atroz, sois semejantes a Mí que fui obediente hasta la muerte, que fui el Obediente por excelencia, el Obedientísimo divino.

Sólo inferior a Mí en la obediencia fue la dulce Madre que obedeció siempre, y con su amorosa sonrisa, a los deseos del Altísimo.

Tercero fue mi casto padre en la tierra, que hizo con su fuerza viril bordados de obediencia, más aún, doblegó su fuerza viril y su sentido de justicia como un hilo de seda para plegarlo a los deseos de Dios.

Por eso quien obedece, obedece a los tres más obedientes del mundo y les tendrá por amigos aquí y más allá, en el Cielo».

Y ahora me esfuerzo en describir las fases y los modos por los que me viene y escribo la palabra de la querida "Voz".

A veces, cuando es de noche, en mi duermevela -más vela que sueño, porque a la vez estoy oyendo cuanto sucede en la habitación o en la calle- oigo a la Voz decirme repetidamente una frase, como para invitarme a sentarme y escribir. Si tengo fuerzas físicas suficientes me siento y, luchando con la soñolencia y los dolores, me pongo a escribir. Entonces a la frase o a las pocas frases iniciales siguen las demás, como un hilo que se devana, y cesa el sufrimiento provocado por el contraste entre el alma tesa en la escucha, y que quisiera ser servida por el cuerpo, y el cuerpo agotado que se resiste a servir al alma saliendo del descanso para escribir.

En algunas ocasiones, en cambio, la "Voz" es tan prepotente –a veces junto con el sonido debe comunicarme una fuerza especial que dura cuanto dura la necesidad de aquélla– que debo sentarme inmediatamente y escribir o, si es de día, dejar lo que esté haciendo para

escribir.

Muchas veces advierto el acercarse del momento de adoctrinamiento, y por eso de cercanía del Maestro, como una especie de sacudida, de penetración, de infusión, no sé cómo explicarme para ser exacta. En suma, es algo que entra en mí y me da una alegría luminosa. Insisto sobre "luminosa" porque es precisamente como si de un lugar sombreado yo pasase a la templanza y la alegría del sol.

Pero esto no sucede siempre. Éstos son los momentos más altos, como lo son aquellos en los que la palabra se une con la visión de lo que Él describe (como cuando me mostró a María en su gloria en el Paraíso [168]). Generalmente es una cercanía, muy cercana. Pero siempre cercanía.

Las lecciones, después, son así.

Algunas veces, como esta mañana para el texto que le adjunto sobre una hojita separada, nada justifica ni provoca esa determinada instrucción. Por ejemplo, esta mañana yo estaba a mil leguas de ese pensamiento. No rezaba, al contrario estaba ocupada en tareas totalmente materiales ligadas a mis necesidades especiales de enferma. Digo esto para decirle cuán lejos estaba de pensar en cosas místicas. La "Voz" comenzó a hablar sin tener nada en cuenta. Después esperó a que acabase con esa ocupación tras haberme dado, por así decirlo, el primer toque. Después me empujó a escribir, me dio a entender que cogiera una media hojita, que bastaría. Yo tenía en la mano un folio 'entero, pero me lo hizo dejar. Como ve, efectivamente, ha sido suficiente.

La primera frase pronunciada mientras que no podía escribir era: "La obediencia vale más que la palabra. La obediencia ha sido la virtud del Verbo". Después, sobre ese tema inicial cuando ya podía escribir, Jesús dictó, así como las he escrito en la hojita, sus palabras.

Otras veces, en cambio, comienza su lección espontáneamente haciéndome abrir al azar el libro que Él quiere y en el que me presenta inmediatamente la frase sobre la cual desarrolla después el adoctrinamiento más o menos amplio. A veces se sirve de cualquier libro, incluso de un periódico, del que extrae enseñanza.

Están, después, los días en los que no habla, y entonces me encuentro tan infeliz que me parece ser como un niño que ya no está junto a su madre y la busca por todas partes y la llama. También yo le llamo y le invito abriendo la Biblia aquí y allá. Hay días en los que está inexorablemente callado y yo tengo inmensas ganas de llorar. Hay otros en los que, después de haberme hecho pasear arriba y abajo sin escucharme, se rinde, y entonces siento aquella sensación dicha al principio, por lo que me doy cuenta de que viene la gracia.

Note que, mientras que antes era capaz de hacer meditaciones por mi cuenta -pobres meditaciones si comparadas con las que recibo ahora- ahora soy absolutamente incapaz de hacer por mí misma. Es inútil que me esté concentrando en un punto. No saco nada y el Maestro generalmente no me explica nunca el punto que quisiera que me explicase en ese momento. Explica lo que quiere y de la forma más lejana de como yo lo habría explicado y de cómo habitualmente se explica.

De la misma forma, ya no soy capaz de interesarme por libros de lecturas. Yo, que era una lectora empedernida, ahora dejo envejecer los libros sin abrirlos. Si los abro, tras pocas líneas me canso y los cierro. Y no me canso por leer. Me canso porque son para mí un alimento insípido o desagradable.

Y así con las conversaciones habituales. Son una auténtica fatiga. Yo quisiera estar sola y callada, porque las charlas me molestan mucho y me parecen más insulsas que nunca. Debo hacer maravillas de caridad para soportar a mi prójimo que trata de hacerme compañía y con

[168] En el escrito del 12 de septiembre

su estar allí me impide la Compañía que quiero, la única que deseo y que soporta el alma: la de Jesús o de personas que, como usted, no ignoran mi secreto.

Pero ¿quiénes son estas personas? Usted, Marta, Paola y su padre [169]. Este último sólo entiende el uno por ciento, y por eso... quedan tres. Pero Marta está siempre moviéndose y por la noche está tan cansada que se desploma en el sueño. Por eso Paola y usted. Cercana a vosotros, y especialmente a usted, descanso y gozo. Pero los demás me producen cansancio y esfuerzo.

Respecto al libro de Ricciotti, desde el primer momento en que lo hojeé no me gustó. Está bien traducido como Cantar. Pero las razones del autor... son precisamente las que no puedo asimilar. Además, con la insistencia de un estribillo, la Voz me susurra: "No te ocupes de esa obra. No quiero". No dice más. Pero, viendo que insiste, me decido a decirle que no leeré más de cuanto ya he leído y, le confieso, no lo lamento porque, le repito, me parece que estoy masticando paja.

Ya hecho. He obedecido.

4 de noviembre

Respecto al deseo que usted tiene, de que le diga lo que conocía de la Sagrada Escritura, puedo asegurarle formalmente que sólo conocía los 4 Evangelios. Estos los conozco de memoria desde hace años. Después leí una vez, hace trece años o más, el Cantar de los Cantares, en una edición protestante que después entregué al entonces párroco de S. Paolino: Mons. Guidi, ya difunto. He leído, en un libro de cultura, los Proverbios de Salomón. y mi conocimiento acaba ahí.

Leer la Biblia es para mí como caminar por un mundo desconocido y que me resultaría impenetrable, porque por mi cuenta sólo entiendo el significado superficial y lo que me comentan las anotaciones a pie de página que, resalto, son distintas de las que me da el Maestro.

Cuando estaba en la escuela, me habían hecho estudiar la Historia Sagrada, en un pequeño texto adaptado a nuestra edad infantil, y ya sabe usted cómo son estos textos: reducidos a la mínima expresión. Recordaba los puntos sobresalientes, más nombres que hechos, y confieso que, si exceptuamos a Adán, Abraham, Esaú, Moisés, Lot, Ruth, Esther y algunos otros, no recordaba más. ¡Un asno, no hay más qué decir! Después, del Nuevo Testamento, además de los Evangelios, conocía esos párrafos mencionados en las epístolas y basta.

Incluso ahora que tengo la Biblia a mi disposición, porque usted se ha ocupado de ello, por orden sobrenatural no he pasado de Esther. Y le confieso que muchas y muchas páginas de los Reyes y los Paralipómenos me han hecho dormir, mientras que Tobías me ha gustado mucho. Después, el Maestro me ha cogido de tal forma que no he podido seguir adelante ordenadamente, tanto es así que me he estancado en el capítulo 13 de Job. El resto, salvo los puntos que el Maestro me explica de vez en cuando, es palabra desconocida para mí.

Repito [170] que en los días en que Jesús calla y yo le invito, con la intimidad del amor, abriendo el Libro aquí y allá, ni siquiera me paro a leer. Miro un punto y,si noto que Jesús da señal de hablar bien, y si no abro por otro hasta que habla. Si después de tres o al máximo cuatro intentos, en puntos distintos, abiertos al azar entre las 1838 páginas del Libro, entiendo que no quiere hablar, me resigno y leo por mi cuenta desde el punto en que me

[169] Padre Migliorini, Marta Diciotti, Paola Belfanti y su padre Giuseppe

[170] Ya dicho en el escrito de 3 de noviembre

había quedado, y que ahora es la página 729 [171].

No podría ser más obediente ni más explícita de esto. Y lo he sido entre los muchos obstáculos que van desde las interrupciones continúas hasta los vértigos causados por mi estado que el médico encontró ayer muy grave. El estado pulmonar y del corazón merece todos los temores humanos. Para mí, todas las alegrías sobrenaturales.

Ya sé que tengo un pulso debilísimo, tenue, arrítmico, flojo. Lo siento. Por algo he sido enfermera. Sé que la parálisis me puede sorprender de un momento a otro. Sé que los vértigos y los colapsos están producidos por anemia cerebral y atrofia cardiaca. Ya sé que respiro con la mitad del pulmón izquierdo y que el derecho es como si fuera una rama seca. Lo sé todo. Pero éstas son mis riquezas y las fuentes de mi paz.

En cuanto al pasado me confío a la Misericordia de Dios. Para el presente me confío a su ayuda. Respecto al futuro me brilla como un sol jubiloso la perspectiva de ir pronto junto a Aquél que amo. Por eso cada agravamiento no tiene un toque fúnebre, sino que suena como campana de fiesta anunciándome el acercarse de mi ingreso en la Vida.

9:30 horas
(tras haber terminado de escribir mis impresiones)

Dice Jesús:

«Has dicho bien 4. Es masticar paja, y Yo quiero que te nutras con grano genuino. La paja no nutre, llena sin nutrir. Y así sucede con mucha ciencia.

Lo que siempre es un peligro en la ciencia, es, desde luego, pernicioso cuando se trata de la ciencia de las cosas de Dios. Pero desgraciadamente es así. Los doctores de la ciencia sagrada se olvidan demasiado de lo que tratan, a servicio de quién están y de qué potencias hablan. Olvidan también a quién hablan y las consecuencias de su enseñanza que, como ondas, repercuten a lo largo tras haber afectado directamente a los primeros que la leen. Podrían ser "luces". Son humo que incluso vela la luz donde existe.

Les gusta alardear de erudición humana. En verdad te digo que, si es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que el que un rico se salve, aún será más difícil que se salve un eclesiástico humanamente [172] docto o cualquiera que trate con ciencia humana las cosas de la religión. No sólo tendrán que dar cuentas de haberse hartado, llenos hasta desbordarse, de erudición humana, negando el lugar y expeliendo cuanto es ciencia santa, sino que tendrán que responder del mal incalculable que han hecho a los demás, comenzando por los hermanos de comunidad y siguiendo con los simples fieles y hombres sencillos.

En verdad te digo que la luz que coronará la frente de un humilde creyente, que sólo sabe pronunciar sus oraciones sin otros alardes de cultura, hará enrojecer a estos que, como Epulón, han querido todos los alimentos sobre sus mesas olvidando sólo uno: la Caridad. Y la Caridad se les cerrará, será muy avara con ellos. Como ellos estuvieron cerrados y fueron avaros con Ella.

Los doctos no. han entendido el Cantar. que encubre las relaciones de amor entre Dios y la Iglesia y entre Dios y las almas. No puede ser. Sólo los amantes de Dios oyen el sonido de la octava cuerda, el sonido que produce el toque del dedo de Dios movido por el amor. Los demás tienen los oídos cerrados a esa voz celestial que es la verdadera voz reina entre las

---

[171] La edición utilizada por la escritora es: *La Sagrada Biblia,* traducción y comentario del P. Eusebio Tintori O.F.M., Instituto Misionero Pía Sociedad S. Pablo, 1942. La página 729 contiene, del libro de Job, las últimas palabras del párrafo 11, todo el párrafo 12, y los tres primeros versículos del párrafo 13

[172] humanamente es una palabra añadida con una escritura que no parece la de la escritora; pero la propia escritora la ha añadido sobre una copia mecanografiada

voces que la rodean como un coro y son voces para los sentidos humanos. No lo han entendido los doctos que hacen una nueva Babel allí donde se alza, como pilar de un místico cirio, la Palabra que para ser comprendida no necesita erudición humana sino pureza de ánimo y de amor. Y no son entendidos por aquellos a través de los cuales el Amor se hace Pan, se hace Voz, se hace Luz.

Quitaos los ribetes y las filacterias de las que tanto os pavoneáis y vestios con una simple túnica de lino puro ajustada con una banda purpúrea. Es éste el vestido de Cristo Maestro y sea también el vuestro. Pureza, oh portadores de la religión. Pureza sea vuestro vestido. Pureza de carne, doble pureza de corazón, triple pureza de pensamiento.

A quien os pide el pensamiento de Dios, no le distribuyáis un pensamiento contaminado por el vuestro separado de Dios y saturado de erudición humana. Amor, amor, amor dentro de vosotros y a vuestro alrededor. Alrededor para que lo vean las gentes, y dentro porque es la esencia de lo que está dentro lo que se irradia al exterior. Y no podéis infundir lo que no poseéis, no podéis hablar, con justa voz, de lo que no comprendéis.

Las almas no necesitan ciencia, sino luz. Para la ciencia hay ya hasta demasiados volúmenes y demasiados doctos. Dad las palabras de la Sabiduría a las gentes. Y dadlas con palabras de sabiduría tomadas de Mí.

Y ahora que hemos hablado de esto, sigue escribiendo aún sobre la Sabiduría [173]. He engarzado esta glosa en medio del comentario porque es su lugar. Te la he concedido después de la obediencia porque la obediencia me hace más benigno y más Maestro que nunca. Te quiero coger de la mano como a un niño bueno, y cuanta más alma de niño bueno tengas más te seré Padre y Maestro.

"La sabiduría custodió al primero que Dios creó. Ella lo sacó de su pecado y le dio el poder de gobernar las cosas".

Adán en el Paraíso terrestre, puro y obediente, era instruido directamente por Dios. Cuando Adán se manchó con el pecado desmereció la enseñanza de Dios. El último cuidado paterno fue dar vestidos a los dos y enseñarles como cubrir lo que ya era estímulo para los sentidos contaminados. ¿Cómo habría podido manejarse en la Tierra la primera pareja si no la hubiera guiado una fuerza espiritual?

Dios es siempre Padre, hijos que no os dais cuenta. E incluso cuando castiga, sólo castiga por bondad y con bondad. No os echa desnudos y desamparados a caminos de destrucción dejándoos solos. Si os atraéis el castigo, Él une a éste ayudas espirituales. Pero vosotros, hechos de carne y sangre, no las apreciáis. Vosotros queréis sólo lo que es alegría de vuestra carne y de vuestra sangre.

Adán no oyó más la voz del Ofendido. Pero el Ofendido no le dejó sin luces, porque le amaba como obra de sus manos, le dio luces de instinto y luces de arrepentimiento. Las primeras para su carne, las segundas para su alma. Con el arrepentimiento sincero mereció salvación y con el instinto reinó sobre las cosas.

En los hijos las luces, que no son otra cosa sino Sabiduría, fueron maestras de progreso. Menos en quien rechazando la Sabiduría escuchó al Error, esto es a Satanás, que puso en su mano el pedernal con el que se apagó la vida del inocente.

La Sabiduría instruyó al honesto para que salvase la estirpe del hombre y las razas de las bestias del castigo de las aguas abiertas sobre el mundo convertido en cloaca.

La Sabiduría impulsó a Abraham al gran sacrificio y condujo a salvación su corazón de padre, como condujo fuera del fuego venido del Cielo al justo y al obediente.

La Sabiduría no abandona a quien se encomienda a Ella con corazón puro y pensamiento

[173] Sabiduría 10 - 12

recto. Pero huye de quien quiere escogerse su sustento y su camino por sí mismo, conociendo los senderos del error y come el alimento de la muerte.

Como el sol que sale cada vez más alto en la bóveda del cielo, que resplandece y calienta cada vez más, así la Sabiduría, cada vez más alta, hizo resplandecer a los hombres que la supieron amar. Dio progreso de espíritu y progreso de inteligencia. Brilló en el milagro del Sinaí, donde dio a los hombres la Ley que no cambia. Quisiera ahora vuestra dureza abrirse ante la sangre que bebéis -porque los ríos y los mares de la tierra se han convertido en sangre, y de sangre se nutre la espiga y el racimo. que os dan pan y vino-, quisiera abrirse para volver a acoger a la Sabiduría como se abrió a los hebreos de Egipto.

También éste es un castigo de Misericordia, hijos. Sois vosotros los que lo transformáis en un castigo de Justicia. Reconocedme como Padre y no como rey inexorable. Hacedme Rey, pero rey de amor, rey de vuestra casa: padre, vuestro padre y no Juez.

¿Acaso no estáis todos -los que vivís en Mí y los que os habéis alejado de Mí- atormentados de algún modo? ¿Los primeros por el dolor producido por los hombres, los segundos por el dolor no consolado por Dios? ¿Acaso ahora no sufrís todos en la tierra? También hay hambre para los que están en terreno neutral, mortandad por contagios, sobre todos se ciernen peligros de nuevos desastres, también sobre los lejanos, sobre los más neutros de todos.

¡Venid a Mí para salvaros! Llorad no sólo lamentándoos por el bienestar material que habéis perdido, sino por el remordimiento de haber desmerecido ante Dios. Llorad, pero llorad golpeándoos el pecho, llorad sobre mis manos que, si os han castigado, lo han hecho por amor, para despertaros del sueño morboso en el que habíais caído y en el que, de permanecer en él, hubierais perecido.

Dejad de adorar a quien no es Dios, ¿Todavía no estáis persuadidos de que cuanto adoráis contra la Ley se convierte en castigo? No digáis que no lo creíais, que no lo sabíais. Hace un siglo que voy aumentando las "voces" y las apariciones, unas y otras milagros de Bondad, para haceros retornar a mi Camino. Hace un siglo que aumento el peso de los castigos para haceros retornar a mi Ley. No tomáis nada en cuenta. Y cuanto más se aleja Dios tanto más vosotros, en lugar de llamarle, os alejáis.

¿Cómo os llamaré para daros un nombre exacto? Os llamaré "Malicia" porque os habéis colmado de malicia, os habéis vendido a la Malicia.

No, no podéis acusarme de nada. No soy Yo quien os destruye. Sois vosotros que habéis cerrado las puertas al Amor que os velaba como un padre inclinado sobre las cunas de los hijos y habéis abierto las puertas a Satanás.

En mi Justicia que no puede permanecer pasiva, Yo aún soy indulgente. Os recuerdo, entre los estruendos de las desgracias, que Yo soy Dios y no hay otros fuera de Mí. Os recuerdo que Yo soy el Potente y Perfecto y vosotros el fango que es algo mientras permanece bajo la acción de la Gracia, rocío santo que impide que el fango se haga polvo. Os recuerdo que quien se aleja de Mí cae en los abusos y provoca ruina. Os recuerdo que la palabra y las promesas de los hombres son nube que pasa y que a menudo se disuelven en rayos, y que una sola es la Palabra y la Promesa que salva. La de vuestro Dios.

Y si me decís, para sostener vuestra tesis de endemoniados, que al castigar caen también los justos [174] con los culpables, Yo os digo que no soy Yo sino vosotros sus asesinos, y os pediré cuenta de esa sangre, oh raza de hienas que sólo vivís destrozando, oh razas de serpientes que pasáis estrangulando o contaminando con vuestro veneno las mentes y los corazones.

[174] La escritora anota a pie de página, a lápiz: ¿Habrá querido aludir al Justo, a su Vicario, amenazado con bombas doblemente enemigas?

No, no seré severo con quien no supo lo que era Dios. Pero con vosotros cristianos, que sois Judas, tendré una severidad implacable» .

5 de noviembre

Sabiduría 13 - 14.
Dice Jesús:
«Cuando un hombre, incluso alejado del conocimiento del verdadero Dios, conoce, por elevación del alma recta, que debe existir un Dios y eleva en su corazón un altar al Dios desconocido del que habla Pablo, este hombre está mucho más cerca de Dios de quienes, tras haber sido instruidos sobre la existencia de Dios, han querido aplicar teorías humanas a la maravillosas obras de Dios.
Aún son más idólatras y más malditos quienes adoran el propio pensamiento o el de otros hombrecillos como ellos, que, quienes adoran un astro o un animal. Éstos son salvajes e ignorantes. Los primeros en cambio son civilizados que se hacen salvajes. Semejantes a quienes se mutilan espontáneamente, ellos amputan su parte más noble y santa y la tiran como parte vulgar.
Mirad las cosas de Dios con ojos y corazón honestos. Veréis resplandecer a Dios. ¿Para qué escudriñar las leyes de las vidas y los secretos del universo. y no confesar antes que este universo y estas leyes son las pruebas innegables de Dios?
¿Ha servido acaso todo vuestro progreso para añadir un hilo de hierba al prado que os ofrece su verdor? ¿Vuestra ciencia logra acaso generar un animal saliendo de esas leyes que puso Dios cuando los creó macho y hembra? A pesar de los experimentos que os colman de vanagloria, ¿lográis acaso, no digo crea,¡' la vida, sino impedir la muerte?
No. Lográis fecundar los huevos de los animales más sencillos, entre los millones que existen. Lográis prolongar el latido de un corazón embrional. Pero no lográis hacer lo que Dios hizo: un hombre de la nada. Pero no lográis mantener el latido de un corazón que muere cuando Dios dice al polvo que vuelva a convertirse en polvo y al alma que regrese a Él. Sin la semilla no lográis que despunte ni un hilo de hierba. Con toda vuestra electricidad no lográis devolver la energía a un cuerpo apagado. Sólo lográis generar enfermedades y muertes, destrucciones y desgracias.
Y del mismo modo que esto no lo lográis, únicamente aumentando la confusión en la tierra y en las conciencias, así no sabéis ya crearos en lo íntimo esa Fe sin la cual el error es inevitable. Os desviáis. Os creáis religiones. Pero no tenéis la Religión.
Amáis a un hijo, a un marido, a un familiar más que a Dios. Si Dios se lo lleva perdéis el amor y el respeto hacia Él. Amáis, más aún, veneráis como a un dios a cualquier hombre desgraciado que se autoproclama "dios" y es tres veces más barro que vosotros, y ante él no sólo inclináis la espalda -que sería un mal menor- sino que inclináis vuestro criterio, sobre todo vuestra conciencia. Pecáis para complacerle. Si aún compadezco a los que pecan por amor desordenado hacia un familiar, no perdono a quien se vende y vende su conciencia a un poder contrario a Dios.
Hay que ser hijos de Dios incluso contra los tiranos y aceptarlo todo con tal de no quemar la propia alma ante los ídolos de barro. Cuando el hombre pierde el santo culto al verdadero Dios y cae en la idolatría de seres semejantes a él o inferiores, depravando en sí mismo la maravillosa gema que lo hace semejante a Dios, se deprava todo en él. Y no es exagerado decir que el tiempo en que estáis es un campeón de tal depravación. No falta ni una.
A mis altares, oh cristianos mentirosos que de cristianos tenéis el exterior pero no sois tales en vuestro interior, vienen muchos que no son como deberían ser. Y eso es malo para

el hombre, que debería saber no fornicar, y, si la carne con su voz de sangre le incita, escogerse una esposa sin esperar llegar a viejo, sino llevar a esta esposa un cuerpo incontaminado. Por justicia, porque es lo que quiere de ella, y por caridad porque las contaminaciones no son siempre sin peligro, más bien al contrario, junto al cuerpo que se envilece y al alma que se corrompe está la enfermedad que tan a menudo os convierte en leprosos, y esta lepra la transmitís a la compañera y a los inocentes.

Doblemente malo es para la mujer presentarse a Dios, ante el altar de Dios con juramento a un hombre, con la mancha más fea que pueda manchar a una mujer. Mintiendo a Dios, al hombre su compañero, al mundo, arrebata una bendición, una protección y un respeto de los que no es digna. Pero sobre ella la bendición se transforma en castigo, porque a Dios no se le engaña. Ladrona y adúltera, será juzgada en base a tales culpas. Ladrona, porque defrauda de su derecho a su compañero y le roba una confianza de la que no es digna, y a Dios una bendición de la que es todavía más indigna, roba a los que nacerán una madre y sus derechos, y en su alma muerta ni siquiera se produce un estremecimiento pensando en los suprimidos antes del amanecer a la vida o en los abandonados en los márgenes de la vida como cachorros errantes. Adúltera, porque quien mira a un hombre con deseo ya comete adulterio, y ella ha consumado el adulterio porque no ha sabido domar el deseo de la carne, sino saciar su hambre depravada.

Viviendo en idolatría, se os hace fácil esparcir la sangre en homicidios singulares o en homicidios colectivos como son las guerras, que casi siempre, y las de ahora todas, no son otra cosa que robos y fraudes no justificados por algún móvil. Sois ladrones de las tierras y de los derechos de los demás y homicidas de los hijos ajenos.

Sois mentirosos y estafadores en pequeños y grandes ámbitos. Ya no hay honestidad en la vida. La palabra del hombre está privada de honor y por eso tranquilamente cometéis obras de deshonor.

Estáis corrompidos. En el pensamiento, en los gustos, en las obras, en los sentidos. Corrompidos hasta el fondo. Más que los cuerpos sepultados desde hace cuarenta días. Estáis corrompidos en lo que Yo había creado incorruptible: en el espíritu, que habéis matado y convertido en un nido de gusanos que bullen pensamientos inmundos y obras repugnantes.

Corrompidos y corruptores de vuestros semejantes, pequeños y grandes. Ni siquiera respetáis ya la infancia ante la cual fornicáis indiferentemente con los hechos y con la palabra, ensuciando con vuestra podredumbre esos capullos de lirios. Éstos ya se abrirán sucios y darán cada vez más olores de muerte, porque les corrompéis cada vez más. Vuestra arte, hasta el arte, signo de vuestra realeza sobre los animales, signo de vuestra naturaleza de semidioses que habéis recibido una chispa del Pensamiento creativo de vuestro Dios creador, hasta el arte está corrompida y es corruptora y repugna a quienes, más escasos que el solitario pino montés, todavía saben acordarse del Cielo y permanecer tiesos hacia el Cielo.

Sois infieles. Infieles a Dios, a la patria, a la familia, a la esposa, a los hijos, a los parientes, a los amigos. Judas, que vendéis todo por un destello de dinero o por una sonrisa de femenina serpiente, ni siquiera sabéis lo que es la fidelidad que asegura el ánimo en honorar a Dios sobre todas las cosas y a cualquier precio, que vuelve heroico el corazón al defender la bandera, que vuelve sincero al amor hacia quien os ama y constante la amistad hacia quien se encomienda a vosotros.

Sois pendencieros. Y convertís cada ocasión en instrumento para dar ocasión de desencadenarse a vuestro instinto de fieras e hincar los colmillos en la sangre fraterna.

Sois mentirosos porque decís que amáis a Dios, a la patria y la familia, pero sólo lo decís

con los labios, preparados para traicionarlo todo y a todos si esperáis obtener una satisfacción en la tierra. Y dado que, según vuestra alma ciega, poco os puede venir directamente de Dios, hacéis de Él un trampolín de lanzamiento para conquistar la estima de los hombres nombrando a Dios, obrando con hipocresía para parecer buenos y obtener lo que codiciáis de los hombres engañados por vuestro aspecto de corderos, oh hipócritas cabritos llenos de pecado.

Sois opresores porque, no siguiendo mi ley de Caridad, es inevitable que caigáis en la ley opuesta, y creéis lícito lo ilícito con tal de que os convenga: por eso odiáis a vuestros semejantes y les oprimís y, dado que los que tienen la misma dureza de corazón que vosotros saben resistiros, oprimís a los que no reaccionan porque son los "hijos de Dios" en el verdadero sentido de la palabra.

Contaminadores de cuanto tocáis. Y la mirada, hasta vuestra mirada es contaminación, hombres llenos de apetitos obscenos. Y la palabra dirigida a seducir como el silbido de vuestro verdadero padre: la Serpiente infernal. Y el pensamiento que concibe trabajos que son venenos de las mentes y de los ojos, por lo que el estímulo de vuestro veneno desciende para turbar los sentimientos y despertar los sentidos.

Invertidos en los sentidos. Nunca como ahora se ha difundido esta característica que os hace inferiores a los animales, fruto venido de siglos de vicios. Ni vosotros la combatís, al contrario, como estáis depravados os complacéis y la explotáis para vuestras bolsas. Repugnáis a los demonios. Y no digo más por respeto hacia mi portavoz.

Esto os proporciona la idolatría del sentido y del poder que ahora practicáis con tanto ensañamiento. Y os abandonáis a ella sin pensar que, por ella y por sus frutos, seréis castigados por Aquél que os ve.

No soy un dios de carne o de arcilla que no esté siempre presente o que no tenga ojos para ver. Soy Aquél que es, y que está en todos los lugares, y desde lo alto de mi trono escudriño y observo las obras de los hombres. Soy Aquél que os ha hablado para daros la manera de comportaros. Lo que he dicho, he dicho, y no cambia con el transcurrir de los milenios. Soy el Eterno, Único Dios. Soy el Señor Dios vuestro, de quien no hay copia. Soy Único en mi Santísima Trinidad.

Malditos quienes no se ocupan de Mí y me repudian para seguir a la Bestia».

6 de noviembre

Sabiduría 15.

Dice Jesús:

«Yo sé que se os acecha y sois débiles. Lo sé y os juzgo teniendo esto en cuenta. No sería justo si no tomara en consideración vuestra debilidad y las obras del Maligno.

Lo que me vuelve severo, es que muchas veces vosotros no caéis por debilidad o por la insidia demoníaca. Caéis conscientemente. Os lanzáis al abismo por vuestra propia voluntad diciéndoos: "¿Qué me importa Dios?". Entonces es cuando os llamo "Judas". Me vendéis con mi preciosa Sangre. Me ponéis en manos de Satanás dándole vuestra alma que es mía porque la he adquirido con mi morir. Me traicionáis diciéndoos cristianos, pero cometiendo obras de anticristianos.

También Judas consumió la Eucaristía, y conmigo en el pecho fue a coger el dinero del abismo y con las manos contaminadas por ese dinero me abrazó para señalarme al enemigo. Judas os da asco. Pero ¿hacéis algo distinto vosotros que tratáis de explotar vuestra posición de cristianos para vuestros fines y no servís a los intereses de Cristo? Le servís tan poco que le dejáis para ir tras el Seductor.

¡Cuánta misericordia tendré con quienes caen sin quererlo y se arrepienten de su caída! Una, dos, diez, cien caídas sin malicia no hieren a muerte al Amor. Son rasguños recíprocos, que curan vuestras lágrimas y sana mi amor. Vosotros me decís: "Piedad, Señor" y Yo os digo: "Ven, pobre hijo, al Padre".

Seréis siempre míos mientras que el amor no se extinga en vosotros. Y he dado mi Sangre por los hijos heridos. Por tanto sed justos y piadosos con vosotros mismos como Yo lo soy. Esforzaos por conocerme y amarme para no defraudar vuestra alma de su derecho a la alegría eterna.

Volved al camino de la Vida. Mis mandamientos están en ese camino. Tratad de tenerlos presentes durante vuestra jornada. Que si la debilidad os arrastra a cometer errores ligeros, Yo os aseguro que no debéis abatiros. Mañana lo haréis mejor que hoy y pasado mañana mejor que mañana. Una planta crece lentamente. Cada día una nueva raíz, cada día una nueva hoja. Pero cuando ha crecido ¡qué hermosa es! Así es la perfección, hijos. Se conquista por grados.

¿Pero qué creéis, que daré un premio menor a quien no llegó al máximo de golpe? No, al contrario. Entre quien fue santo por mi gracia y quien quiere ser santo contra su naturaleza, Yo miraré con ojo doblemente amoroso a este héroe del amor. El premio en la eternidad es único: la visión de Dios. Pero el abrazo inicial de la unión entre el victorioso combatiente contra la carne, el mundo y el demonio, que durante la vida habrán agitado en él su serpentina esencia, mil veces troncada y mil veces resurgida, tendrá la intensidad de un éxtasis especial.

Yo os lo digo. Creedme a Mí, Verdad. ¡Con cuánta urgencia necesitáis ahora recordar esto! Morís al no recordar que sois cristianos. Mirad a Cristo. Dice la Sabiduría: "Y quien miraba ese signo, no era curado por lo que veía, sino por ti, Salvador de todos".

Esto es, oh hijos. No os curáis de vuestros males individuales y públicos porque no sabéis verme. La mera práctica religiosa no cuenta, las retorsiones crean un mal mayor, las venganzas matan antes a quien las hace que a quien las recibe [175], las protecciones caen sin protegeros. Pero si vinierais a Mí seríais salvados. En orden a la vida de esta tierra y a la del más allá.

Repito [176] mi deseo. Que se hagan muchas adoraciones a la Cruz que es el trono de poder de Jesús Salvador vuestro. Como la serpiente alzada sobre la cruz tenía poder de curar a los hebreos, así Yo, Aquel que es inmortal, alzado sobre la Cruz, tendré poder de hacer huir cuanto os asusta y atormenta, porque Yo soy el Señor de la vida y de la muerte y puedo poner vida donde la muerte ya es inminente y vencer a la muerte volviendo a llamar a la vida.

Nadie, excepto Yo, puede hacer esto. Satanás puede daros todos los poderes, pero no el de volver a llamar al movimiento vital. Al contrario, él os instruye para destrozar las vidas en odio al Dador de la vida, quien para nutriros no sólo en la vida corporal, para la que hace germinar y espigar el grano, cuanto para la vida espiritual, os da el Pan que adoran los ángeles porque es la Carne del Hijo de Dios. Os lo da pidiéndoos a cambio sólo amor y fe, y más aún, como mendigo santo os ruega que le acojáis en vosotros porque estar con vosotros es su alegría.

En vosotros ese Pan se transforma en Vida y Gracia, se transforma en Salud, en Luz, en Alegría, en Sabiduría. Todo esto os hacéis cuando sois uno con el Hijo de Dios. La Palabra del Padre habla suavemente cuando está, como el corazón, en vuestro pecho. Y mi Palabra es la que conserva para la Vida eterna a quienes no abjuran de su filiación sobrenatural.

---

[175] La escritora anota a pie de página: (¿aludirá también aquf al bombardeo de esta noche sobre el Vaticano?)

[176] Ya en el escrito del 23 de octubre

Bienaventurados los que te aman no sólo en los momentos de alegría, oh Pensamiento del Padre que el Amor hace Palabra, sino que también te bendicen antes de que haya alegría, incluso bajo las nubes del huracán, Luz que, no conoces intervalos en tu resplandecer. Bienaventurados los que saben alabarte con el llanto en los ojos y la confianza en el corazón y están seguros de tu piedad. En verdad os digo que quien con el acto de fe más hermoso sabe esperar mientras que las tinieblas amenazan con la desesperación, conocerá el Sol eterno.

Pocos, demasiados pocos son estos creyentes verdaderos. Los espíritus enfermos caen en esta noche de impotencia que surge del infierno, como hojas marchitas por el agua y arrancadas por el viento. Su peso les arrastra y, para hacer más pesada la carne, está Satanás que les tiene cegados y oprimidos para impedirles hacer un intento de elevación que sería suficiente para salvarles. El miedo, la humillación les entorpecen, el vicio les paraliza, la desesperación les quema. Son ruinas que tiemblan ante sombras vanas y no saben que deberían temblar de sí mismos, asesinos de su inmortalidad.

Las iglesias se vacían, los altares no tienen adoradores, no buscan el místico Pan, las virtudes teologales languidecen o están muertas, lo mismo que las cardinales. .

Lo que hay es rabia y caótico esfuerzo para conseguir salvación, y desprecio, desprecio, desprecio, por los hijos de la Luz; más que desprecio, deseo de opresión para apagar la Luz que les resulta tan odiosa. Pero cuanto más os desprecien y os opriman, oh hijos queridos que sois mi luz llevada a los hombres, más este pobre mundo precipitará en las tinieblas. El Delito y los delitos alzarán un muro y una barrera a la luz. Y bajo esos desagradables refugios la humanidad perecerá en una cárcel desesperada.

Rechazad si queréis los signos que os mando desde el Cielo y reíd de las advertencias ultraterrenas. Creed que todo os sea lícito. Cuando menos os lo creáis, os haré conocer un signo ante el cual precipitaréis aterrados y la cólera que ahora arrojáis contra los indefensos caerá contra vosotros.

Ese signo soy Yo. Cuando aparezca, no sobre la tierra -todavía no ha llegado la hora- sino espiritualmente a los hijos de la ira y al padre de la destrucción, vuestras armas y las suyas serán como polvo cuando cesa el viento. Y si desde la tierra, en vez de maldiciones, hubieran subido oraciones, mi aparición hubiera ya sucedido, y hubierais sido liberados, desgraciados que tembláis y no sabéis venir a quien os ama, de vuestros terrores.

Soy Yo quien vence. Soy Yo quien sabe. Y me produce gran pena veros correr de aquí a allí como ovejas asustadas siguiendo los consejos más necios, obedeciendo a quien es, además de necio, malvado. Quisiera morir por segunda vez con tal de abriros los ojos del alma y hacer de vosotros aquel pueblo santo, grande y glorioso, que Dios se había prefijado hacer cuando creó al primer padre. Quisiera crearos por segunda vez con tal de no veros tan disformes de mi Pensamiento. Pero esto es lo que hay.

Hablo a todos. Pocos me escucharán. Menos aún me comprenderán. La Sabiduría ya no es amada ni comprendida. Pero a sus fieles Ésta siempre les dará fuerza y luz en la tierra, salvación y alegría más allá de la tierra. Dará a Sí misma, y el hombre que le ha servido y merecido se encontrará entre los ciento cuarenta y cuatro mil de los que habla Juan, y suya será la Jerusalén santa donde está el trono de la Sabiduría que se inmoló para llevar a Sí a los hombres de buena voluntad».

8 de noviembre

Dice Jesús:

«Ahora y en la hora de la muerte". Es la invocación que responde al "Líbranos del mal".

Vosotros no lo pensáis, pero es así. Os he dado una Madre además de un Padre y, si pedía al Padre que os libre del Mal, ¿no le diréis a la Madre que os mantenga alejada la muerte que es un mal?

Pensad con la mente elevada en Dios y pedid con la inteligencia de los hijos de Dios. No tenéis que preocuparos tanto por el mal y por la muerte en el sentido humano de la palabra, cuanto del Mal y de la Muerte en el sentido sobrenatural, el más verdadero, porque vuestra apariencia actual cesa, y vuestra morada actual se deja, pero más allá de este día os espera un futuro en el que os convertiréis en poseedores de lo que es vuestra parte verdadera.

Y ay de vosotros si por vuestra voluntad perversa escogéis la parte maldita. La muerte del espíritu no se pone sólo una vez en presencia de vuestra alma. Gira a vuestro alrededor durante toda vuestra jornada terrena, porque el dador de la Muerte no cesa ni siquiera un minuto de asediar a su presa. No siempre os encontráis con esa vigilancia y esa fortaleza que vuelve inútiles las astucias del Enemigo. Vuestra debilidad os lleva a torpezas, vuestros apetitos carnales a deseos de alimentos en los que encontráis la muerte.

Pero tenéis una Madre en el cielo, una Madre que ve sobre vosotros la Sangre de su Hijo y que por esa Sangre os ama como auténticos hijos. Una Madre que es poderosa ante Dios por su triple condición de Hija, Esposa y Madre de Dios.

"Ahora": que María ruegue por vuestro presente de hombres, acechado por tantos peligros. "Y en la hora de la muerte": que ruegue por vosotros en el momento decisivo de la vida. "Y en la hora de la Muerte": esto es, cuando vuestro espíritu pueda perecer asaltado por el Mal.

María es la Vencedora de Satanás. La Muerte verdadera, la del espíritu, no vendrá para quienes saben rezar a la Madre por la hora de la vida, por la hora de la tierra, por la hora de la tentación y por la hora de la Muerte.

La oración de María se hace escudo contra el ardor del sentido y del demonio, como niños bajo el velo de la madre, os hace crecer en Cristo y entrar en su Reino. Y si Cristo puede hacer resucitar a los muertos a la Gracia, María, realmente amada, impide que la Muerte os separe de su Hijo».

9 de noviembre

4 Reyes 9,22 [177].

Dice Jesús:

«"¿Qué paz? Aún duran las fornicaciones de tu madre Jezabel y sus muchas hechicerías" .

Ya había dicho [178] que para obtener la paz verdadera, y no una tregua en la guerra, había que quitar de vosotros cuanto constituye fornicación con Satanás. Lo he dicho por boca de mis santos y lo he hecho decir a mi Madre. Hace decenios que repito esto y hace decenios que vosotros insistís en aquello. Os lo he 'dicho con palabra apremiante en estos últimos tiempos. Pero no habéis cambiado. Al contrario, de la fornicación con Satanás habéis hecho vuestra forma de vida cada vez más.

Lo habéis antepuesto todo a Dios. Y este Dios que invocáis en la hora de temor para vosotros es un Ente tan lejano, desconocido, que si fuerais coherentes no deberíais ni siquiera invocarlo ni blasfemar contra Él, tanto os habéis alejado. Incluso vuestras

[177] 4 Reyes está citado según la Vulgata y corresponde, en la neo-Vulgata vigente, a 2 R, porque los dos primeros libros han tomado el nombre de Libro primero de Samuel (1 S) Y Libro segundo de Samuel (2 S), Y los dos sucesivos han tomado el número de orden Libro primero de los Reyes (1 R) Y Libro segundo de los Reyes (2 R)

[178] También en el dictado del 15 de agosto

invocaciones se hacen blasfemias, porque le llamáis con los labios manchados de suciedad, porque le invocáis mientras que permanecéis aún unidos con Satanás, porque osáis mezclar su Nombre santo con vuestros planes de delito.

La Paz fue prometida a los hombres de buena voluntad. Cristo ha venido para traer la Paz. Pero si echáis a Cristo y vuestra voluntad no es buena ¿cómo podéis tener la paz? Tenéis treguas. Pero éstas sólo serán pausas entre una y otra matanza, a fin de dar tiempo para que vuestros espíritus vendidos a Satanás aprendan de él nuevas doctrinas de muerte y nuevas instrumentos de destrucción.

Muerte para las almas y muerte para las carnes. Destrucciones de los espíritus y destrucciones de las cosas. Vuestro crecimiento en Satanás es impresionante. Dentro de poco habréis alcanzado la plenitud de edad en la que no tendrá ya más que enseñaros, y entonces el Infierno podrá alumbrar a su hijo: el Anticristo, porque los tiempos estarán maduros y los hombres habrán merecido conocer el horror que precede al fin».

10 de noviembre

Dice Jesús:

«Aunque se hiciera la observación de que Yo me repito, no me muevo de mi propósito. También los pecados de los hombres se repiten, no obstante todos los avisos, con una monotonía desalentadora. Contrapongo mi Voz de justicia al sonido de su voz de culpa, para que no se diga que no he hablado y se me acuse de haberlos dejado en el error.

Desde hace 20 siglos mi Voz dice las mismas cosas y esta acusación no debiera darse. Pero el hombre, a quien le resulta muy cómodo olvidarse de cuanto pueda condenar sus fechorías, dice que esto o aquello no lo sabía. Es una excusa que lo deshonra y lo envilece porque es mentirosa y porque, en cuanto embustera, acusa a su inteligencia de ser imperfecta y a su memoria lesionada.

¿Como no recordar las enseñanzas repetidas y repetidas? Os ponéis por debajo de los animales que aprenden lo que el hombre les enseña. Vosotros, tan soberbios, ¿no pensáis que esto sólo es una gran afrenta para vuestra soberbia?

María, escribe una vez más la explicación de la parábola del sembrador [179]. Te la dictaré para una categoría especial de personas, cuyo error me entristece. En algunos error de imprudencia, en otros error de soberbia, en otros de rebelión y en la otra categoría de escándalo.

Dice la parábola que una parte de la semilla cayó junto al camino y fue picoteada por las aves. La segunda parte cayó sobre las piedras y echó raíces, pero inmediatamente se secó por falta de humedad. La tercera cayó entre espinos y murió sofocada. La cuarta, caída en buen terreno, fructificó en distintas medidas.

La Palabra de Dios es semilla de vida eterna. Pero la Palabra está acechada por muchas cosas. Dejo estas muchas cosas y hablo solamente de una, diría mortal, quizás más que el pecado mismo. Y que no se escandalice ningún espíritu pusilánime cuando digo que quizás sea más mortal que el pecado. Es verdad.

El pecador que no tiene la mente corrompida por el ácido del racionalismo, tiene noventa probabilidades de saber acoger la Palabra y volver a encontrar la Vida. El racionalista sólo tiene diez probabilidades, e incluso menos, de conservarse capaz de salvación a través de la Palabra.

El racionalismo es peor que la cizaña. Cuando se vea su obra, en el momento en que será

[179] Ya se pueden encontrar referencias con la parábola, por ejemplo, en los dictados del 5 de julio, del 24 de julio, del 25 de octubre

conocido todo lo de la tierra y de los hombres, se verá que esta herejía ha sido la más nociva porque es la más sutil y la más penetrante. Es como un gas. Lo absorbéis y os mata, pero no lo veis, a veces ni siquiera sentís el olor, o incluso, siendo agradable, aspiráis ese olor con placer. Lo mismo sucede con el racionalismo.

Las grandes herejías han tenido en sí dos cosas buenas: lo primero de todo es que fueron originadas por una fe. Equivocada, si queréis, digna de condena cuanto os parezca. Pero siempre fe. Por eso han tenido sus mártires, sus lágrimas, sus luchas para afirmarse, y ánimos rectos las han embellecido durante siglos con luces de santidad que sólo tienen en contra el haber florecido sobre un árbol malo no injertado en Cristo. La segunda cosa buena de las herejías es el gran ruido que han producido, por lo que quien no quería pertenecer a ellas sabía cómo hacer para no vincularse. Las propias luchas con la Iglesia y con los Estados eran una señal para los católicos, constituían un límite más allá del cual uno iba sólo conscientemente.

En el racionalismo falta esto y penetra inadvertidamente allí donde se cree que no pueda entrar. Entra por miles de orificios, como una serpiente. Se viste con vestiduras lícitas, más aún, admirables, y actúa bajo ellas pero contra ellas. Es un virus. Cuando uno se percata ya lo tiene difundido por la sangre y difícilmente se libra de él.

Bajo el rayo de mi Misericordia la reacción del pecado es violenta. Pero la del racionalismo es nada. Vuelve impracticable el camino hacia la gracia y la rechaza, como un espejo ustorio. Y más aún, se convierte en un ardor nocivo que termina por producirse la propia condena.

El racionalista pone las cosas de Dios al servicio de sus fines. No a sí mismo al servicio de Dios. Doblega, explica, utiliza la Palabra a la luz, pobre luz, de su mente turbada y, como un loco que ya no conoce el valor de las cosas ni de las palabras, les da significados que sólo pueden salir de uno que ha esterilizado el astutísimo obrar de Satanás.

Hay racionalistas y racionalistas.

Comenzaré por los grandes. Los "superhombres". Los que niegan a Dios. Quieren explicar la creación, el milagro, la divinidad, según sus conceptos llenos de orgullo humano.

Donde hay orgullo no está Dios. Estad seguros. Donde hay soberbia no hay Fe. Allí está Satanás, y Satanás es el más hábil de los prestidigitadores para seducir al hombre y hacer que le parezca oro puro la hojalata recogida del fango.

Estos que niegan a Dios, que creen humillarse aceptando humildemente lo que con la sola capacidad mental no saben explicar, y han matado en sí la capacidad de amar, son los gigantes del racionalismo.

No estoy dando una conferencia para los hombres y por eso no cito nombres. Los nombres los podéis poner vosotros. Para Mí son astros muertos, precipitados hecho trizas en el fango. Ya no tienen nombre o sólo tienen uno que será grabado a fuego en sus frentes perversas y en su corazón más árido que el pedernal el Día de la Justicia. Se pasan la vida devastando. Son peor que una avalancha y que un huracán, peor que la locura, peor que la fiebre. Allí donde llegan, matan.

En estos la Palabra no baja de hecho. Hay sobre ellos demasiadas cosas que obstaculizan a la Palabra. Son una de las categorías de los "Muertos del espíritu". Rebeldes y escandalosos.

La segunda categoría son los humanamente cultos. Éstos no niegan. a Dios. Pero ponen una espesura de erudición humana sobre la sencillez divina, que se ha hecho tal para que a la luz del amor puedan entenderla hasta los más humildes. Se visten como pavos reales orgullosos de su plumaje, y como éstos son hermosos sólo en apariencia: no saben caminar, no saben cantar en el camino y en las alabanzas del Señor.

Les falta el amor que es el nervio del ala para volar hacia Dios y que es la cuerda de la

cítara para bendecir a Dios. La Palabra desciende sobre ellos y echa raíces. Pero después muere porque éstas la cubren y la ahogan bajo las hojas inútiles de sus conocimientos humanos.

¿Sabes cómo oyen la Palabra? Como uno que oiga a otro hablar en un idioma desconocido para él. Oye la voz y ve el moviendo de los labios, pero no entiende nada. Se parecen también a uno que, duro de oídos, grita mientras que el otro le habla bajo. El estruendo de sus palabras acaba cubriendo la voz del otro. Su demasiada erudición crea una Babel en él. Por su demasiado saber no aceptan las luces, tan sencillas y puras, que Dios ha puesto para que el hombre vea el camino que lo lleva al Padre. Y hacen Babel y tinieblas también a los demás.

Tercera categoría, la de quienes han empedrado su propio corazón con las piedras del racionalismo de los demás, para hacerlo menos ignorante. Son los adoradores de los ídolos humanos. No saben adorar a Dios con todo su corazón, pero saben extasiarse ante un pobre hombre que se presenta como superhombre. Con su desconfianza cierran la puerta al Verbo divino, pero aceptan las explicaciones de un semejante a ellos que tenga fama de entendido.

Sería suficiente con que pidieran humildemente a la Gracia que les iluminase y les instruyera acerca del valor de esas notas, y la Gracia les haría ver que esas explicaciones, esas doctrinas, se rigen sobre puntales cuyas bases están corroídas por carcomas y moho, y que esas voces están desentonadas y difieren de las voces de Dios.

Quieren ser cultos y superhombres, y cogen el primer alimento que ven. Y los ídolos tienen pomposas vestiduras y prometen deidad para todos. Es la voz de la Serpiente: "Comed este fruto y seréis semejantes a Dios". Y éstos, en su ignorancia, comen.

Uno es el fruto que os convierte en dioses, oh hombres. El que pende de mi Cruz.

Uno es el que dice a vuestras mentes: "Effetá". Cristo.

Uno es quien fecunda el místico suelo de vuestro corazón para que nazca la semilla. Mi Sangre.

Uno es el sol que calienta y hace crecer en vosotros la espiga de vida eterna. El Amor.

Una es la ciencia que como arado abre y prepara vuestro terreno y lo dispone para recibir la semilla. Mi Ciencia.

Uno es el Maestro: Yo, Cristo. Venid a Mí si queréis ser instruidos en la Verdad.

La cuarta categoría es la de los imprudentes. Son caminos abiertos por los que pasa de todo. No se rodean con un santo muro de fe y de fidelidad a su Dios. Acogen la Palabra con mucha alegría, se abren para recibirla, pero se abren también para recibir cualquier doctrina con el engañoso pretexto de que hay que ser condescendientes.

Sí. Muy condescendientes con los hermanos. No despreciar a nadie. Pero rígidos con las cosas de Dios. Orad por los hermanos, instruidles, perdonadles, defendedles de sí mismos con un verdadero amor sobrenatural. Pero no os hagáis cómplices de sus errores. Permaneced roca contra el desmoronamiento de las doctrinas humanas. No pasa nada sin dejar una huella. Y es una gran imprudencia el poner una espada contra el corazón. Podría quitaros la vida o haceros heridas que se curan malamente y siempre dejan cicatriz.

Bienaventurados los que sólo son terreno de Dios y permanecen tales porque vigilan continuamente. Bienaventurados los que, llanos como terrones apenas removidos, no tienen piedras para los hermanos ni guijarros para la Palabra.

El amor les hace almas adoradoras de la Palabra y almas piadosas hacia quienes se han desviado lejos de la Palabra. Pero el amor es su defensa más hermosa y ninguna obra de mal puede lesionar su espíritu en el que la Palabra de la Vida crece como una gruesa espiga. Tanto más os crece, dando fruto, uno treinta, otro cincuenta, otro ciento, cuanto más intenso es el amor en ellos.

A quien lo posee en modo absoluto la Palabra se hace su misma palabra, porque no son más ellos, sino que están unidos con Dios, su amor» .

Dice Jesús:

«Pequeño Cristo que has caído bajo la cruz, levántate, toma y camina vertiendo lágrimas y sangre.

No siempre se cae por culpa. Las víctimas caen por el dolor de las culpas de los demás y por el conocimiento del fruto de ese dolor. y son las caídas más santas, las caídas semejantes a las mías por que son caídas de caridad.

María, las víctimas apoyan sobre sus débiles hombros dos cruces. La de su Jesús, que ellas quieren llevar, y la que sería el castigo de los hermanos. A las víctimas, a las que es desvelado el futuro, el océano de dolor causado por las culpas de los hombres les aparece como un mar y, a pesar del velo del llanto, les es desvelado todo el llanto futuro.

No sirve de nada cerrar los ojos, María. Es la mente la que ve porque, unida a la mía, recibe de Ella las admirables percepciones. Es un don. Pero es como el regalo que me hizo la soldadesca de Pilato para coronarme rey: es un regalo que hiere. Son espinas. Aquí son espinas. Pero sé fiel a ellas, en el más allá serán rosas.

Mira más allá del llanto, más allá de las tinieblas, más allá del océano del dolor humano, cuya ola te cubre y te empapa -porque el lugar de la víctima es parecido al rompeolas de un puerto y recibe sobre él la furia de las tempestades del mar abierto y las rompe dejándose romper- mira, más allá del horror que el mundo se crea, la tierra de paz, el amor de alegría, la vida de éxtasis que te espera.

Más allá de este tormento está tu Jesús que te espera. Más allá de estas llamas está el frescor de los jardines eternos. Allí no volverás a tener sed, hambre, cansancio y dolor. Yo te seré fuente y alimento, Yo te seré reposo y alegría. Descansarás sobre Mí oyéndote decir que te amo y pudiéndome decir que me amas. Después de esta pobre vida está el amor. Por ahora está la cruz. Aún un poco y vendré. Ahora escribe para los ojos del espíritu.

Dice Isaías: "¿Dónde debo sacudiros aún si añadís más infidelidades?". Y añade la descripción de un cuerpo desgarrado, que me han aplicado a Mí en la hora de la Pasión.

Pero no soy Yo, sois vosotros los que os habéis reducido a esto por vuestro pecado. Y si Yo estaba completamente lleno de llagas y contusiones, lo estaba sólo porque en ese momento era como vosotros sois ahora, llegados a la maestría en el pecado.

Las obras de vuestra mente (la cabeza) son obras enfermas. Es muy difícil que vuestro pensamiento sea recto. Corrompidos y comidos por la triple concupiscencia, no podéis sino generar pensamientos enfermos. Vuestras acciones y vuestras obras llevan el signo de vuestras enfermedades mentales espirituales. Y vuestros sentimientos brotados de un corazón tan enfermo como la mente, están aún más abrasados por la codicia y la soberbia. Es impropio llamarles sentimientos: son menos aún que los sentidos, creedlo hombres hambrientos de sensualismo y de egoísmo. Vuestro motor ya no es el amor. Es el interés, la satisfacción, el orgullo. Profanadores de vosotros mismos, ponéis los miembros y los órganos al servicio de vuestros deseos enfermos.

¿Dónde está vuestro espíritu? En la fosa donde se pudre lo que muere. ¡Cuánto espacio os he dado para vuestro espíritu! Y vosotros depraváis vuestro espíritu queriendo la cárcel y lo pervertís con obras dignas de ésta, y con ellas a vosotros mismos. Unos a otros os destruís y no hay bálsamo para vuestras llagas porque los que os darían ese bálsamo son oprimidos y matados por vosotros.

Alguna vez aún venís a Mí. ¿Y para qué venís? ¿Para hacerme cómplice de vuestras acciones asesinas? Dios no se brinda a matar. ¿Venís por miedo de que os maten? Y

entonces ¿por qué matáis? De nada sirve presentarme ofrendas cuando más allá del limpio altar veo chorrear sangre de vuestras manos, podredumbre de vuestros corazones, y sobre el murmullo de las falsas oraciones oigo silbar los pensamientos malvados que bullen en vuestras mentes.

Falsos cristianos, me dais asco. Cerca de mi altar me parecéis Judas. No se puede decir que sois mis fieles vendiendo a los hermanos, ni robando, ni matando, ni mintiendo, ni fornicando, ni corrompiendo. Os dije con mis postreras palabras de Maestro -y, también entre vosotros, uno no miente nunca cuando está en la agonía- lo que se debe hacer para ser mis amigos y tener cerca de sí al Padre mío y vuestro. Os he dicho que seáis puros, buenos, caritativos, obedientes, os he dicho que creáis en mi Palabra y sigáis mi adoctrinamiento, os he dicho que para morir permanezcáis unidos a Mí.

¿Habéis hecho esto? No. Y por esto morís. Yo quito la mirada de vosotros porque para Mí sois otros discípulos traidores. Y aunque es verdad que también habría querido redimir al Iscariote, porque soy el Todo Amor, no es menos cierto que, cuando me lo he visto cercano en la Mesa y cercano en el Huerto tras haber concluido el infame comercio, todo en Mí se ha agitado de repugnancia.

No os cierro las puertas de la Vida y de la Paz. Pero por el reino de la Vida y de la Paz no deben circular seres impuros. Sumergios en las cisternas benditas en las que la púrpura de mi Sangre vuelva cándidas vuestras manchadas estolas. Sumergios en las llamas del Amor sacrificando vuestros indecentes amores a un amor que os haga dignos de vuestro origen y de vuestra meta. Yo me he destruido para hacerme fuego de purificación por los pecados de los hombres.

No queráis pecar. Basta con que no lo queráis. Lo demás lo haré Yo que os amo divinamente. Decíoslo: "No queremos pecar". Y tratad de no hacerlo. Como enfermos de una enfermedad tremenda, ya superada, veréis día tras día caer la fiebre del mal y aumentar las fuerzas de la salud. Os volverá el gusto por cuanto es bueno y agradable. La serenidad, que ahora buscáis en vano mediante vuestras obscenas diversiones y vuestras ocupaciones despiadadas de egoísmo, volverá a fluir en vosotros a través de la justicia y la compasión que ejerzáis de nuevo. El ser buenos, oh hijos, vuelve al alma semejante a la del niño: confiada, jovial, ligera, en paz.

El reino de los Cielos, lo he dicho, es de quien se hace como los niños. Pero también en la tierra tendréis un anticipo de este reino bienaventurado si venís al Padre con el alma de nuevo inocente, porque Dios ama a los niños, y ante un alma que sabe hacerse niña por su amor y se vuelve pura, honesta, amorosa, fiel, abre los diques de la Misericordia haciendo fluir torrentes de gracias.

El mundo que muere necesita este lavado de Misericordia para limpiar todas las suciedades y toda la sangre, y recubrirse de bienes para las necesidades de los humanos.

La crueldad no es la que proporciona el pan y la riqueza. Creedlo. A la crueldad le falta la bendición divina, y donde ésta falta aunque sembréis grano nace cicuta y si criáis corderos se os convierten en hienas.

No, hijos. Volved al Señor y Dios repetirá para vosotros, que habéis regresado al hogar, el antiguo milagro del maná. A Dios nada le es imposible, y nada es imposible al hombre que vive en Dios».

### 11 de noviembre

Isaías 2, 2-4.
Dice Jesús:

«Dirijamos juntos la mirada a los tiempos que, como la calma de la aurora tras la noche de tempestad, precederán al Día del Señor. Tú ya no estarás. Pero te alegrarás desde el lugar de tu reposo, porque verás cercano a su fin el combate del hombre y enflaquecerse el dolor para dejar a los vivientes el tiempo de volver a templarse para la última breve convulsión de la Tierra, antes de oír la orden que reúna a todos sus vivientes y a todos los que existieron desde el tiempo de Adán en adelante.

Ya te lo he dicho [180]. Mi Iglesia tendrá su día de hosanna antes de la última pasión. Después vendrá el triunfo eterno.

Los católicos -y todo el orbe conocerá entonces a la Iglesia Romana, porque el Evangelio resonará desde los polos hasta el ecuador y la Palabra irá como una franja de amor de un lado al otro del globo- los católicos, procedentes de una lucha ferocísima de la que ésta sólo es preludio, hartos de matarse y de seguir a dominadores brutales que tienen una insaciable sed de matar y una violencia insuperable, se volverán hacia la Cruz triunfante, que habrán vuelto a encontrar después de tanta ceguera. Por encima de tanto fragor de exterminio y de tanta sangre oirán la Voz que ama y perdona y verán la Luz, más cándida que el lirio, que desciende de los Cielos para encaminarles a los Cielos.

Como una marcha de millones y millones de tribus, los hombres irán con su espíritu hacia Cristo y pondrán su confianza en el único ente de la Tierra donde no hay sed de opresión ni deseos de venganza.

Será Roma quien hable. Pero no la Roma más o menos grande y establemente grande que puedan obtener los jefes de los pueblos. Será la Roma de Cristo. La que venció a los Césares, los venció sin armas y sin lucha, con una única fuerza: el amor; con una única arma: la Cruz; con una única oratoria: la oración. Será la Roma de los grandes Pontífices, que en un mundo oscurecido por las invasiones bárbaras y embrutecido por las destrucciones supo conservar la civilización y expandirla entre los incivilizados. Será la Roma que hizo frente a los prepotentes y por boca de sus santos Ancianos supo defender a los débiles y poner el aguijón de un castigo espiritual incluso para quienes aparentemente eran refractarios a cualquier remordimiento.

Entre vosotros, oh pueblos distintos, no podéis llegar a un acuerdo duradero. Todos tenéis las mismas aspiraciones y las mismas necesidades, y como en el plato de una balanza el peso de la parte buena de uno va en detrimento del otro. Vivís para tener siempre la parte mejor, y os matáis por ello. Es una alternancia que se hace cada vez más grave.

Escuchad la voz de quien no tiene sed de dominio y quiere reinar tan sólo sobre los espíritus, en nombre de su Rey Santísimo. Llegará ese día en que, decepcionados de los hombres, os volveréis a Aquel que ya es más espíritu que hombre y que sólo conserva de la humanidad cuanto es imprescindible para persuadiros de su presencia. De su boca, que Yo inspiro, vendrá la palabra semejante a la que os diría Yo, Príncipe de la Paz. Os enseñará la perla preciosísima del perdón mutuo y os persuadirá de que no hay mejor arma que el arado y la hoz que hiere los terrenos para hacerlos fértiles y que corta las hierbas para hacerlas más hermosas. Os enseñará que el cansancio más santo es el que proviene de conseguir un pan, un vestido, una casa para los hermanos, y que sólo amándose como hermanos no se volverá a conocer el veneno de odio y de torturas de guerra.

Hijos, iniciad la marcha hacia la Luz del Señor. No os vayáis por otros sitios a tientas entre las ciegas tinieblas. Mis predilectos en cabeza, venciendo todo humano temor porque Yo estoy con vosotros, oh queridísimos de mi Corazón, los demás arrastrados por el ejemplo de mis santos, iniciad este nuevo Éxodo hacia la nueva Tierra que Yo os prometo y que será

[180] En el dictado del 29 de octubre

vuestra propia Tierra, pero transformada por el amor cristiano.

Separaos de quienes son idólatras de Satanás, del mundo y de la carne. Separaos sin desprecio. El desprecio no beneficia. Destruye sin servir para nada. Pero separaos para no ser contagiados por ellos. Amadlos con un amor de redentores, poniendo como baluarte entre vosotros y ellos vuestra fe en Cristo. No sois lo suficientemente fuertes como para poder vivir sin peligro entre ellos. Demasiados siglos de decaimiento espiritual cada vez mayor os han debilitado. Imitad a los primeros cristianos. Sabed vivir en el mundo pero aislados del mundo por la fuerza de vuestro amor a Dios.

Y nunca os dobleguéis a creer un superhombre al miserable hombre que no se distingue de los animales porque como ellos ha puesto su parte mejor en el instinto: lo único que no le haga peor que un animal. El Profeta dice: "Dejad pues al hombre que tiene el espíritu en las narices" [181]. Quiero que interpretéis en este sentido la frase. El animal privado de la respiración no es más que un despojo inmundo. Su única vida está en la respiración. Cerradas las narices a este soplo, deja de existir y se convierte en una carroña.

Hay muchos hombres que no son superiores a esto, no teniendo otra vida fuera de la animal que dura cuanto dura su respiración. El espíritu está muerto, el espíritu hecho para los Cielos. Por tanto es correcto decir que hay hombres que tienen por espíritu la respiración de sus narices y de los que es mejor estar espiritualmente lejos, para que el aliento de Satanás, y de la bestialidad que sale de ellos, no manche vuestra humanidad y la haga semejante a ellos.

Rezad por ellos, oh vosotros los benditos. Esto es caridad. Y con eso basta. Las palabras no entran en los que están cerrados a la Palabra. Y no creáis que es extraordinario quien exhala y sopla por sus narices su prepotencia y su soberbia como una bestia enfurecida. Sólo es grande quien tiene vivo el espíritu y por eso es hijo de Dios. Los demás son pobres cosas cuya falsa elevación está destinada a la gran caída y cuya memoria no sobrevive más que como recuerdo de escándalo y de horror».

12 de noviembre

Isaías 4, 2-6.

Dice Jesús:

«Cuando llegue el momento de mi Reino pacífico -y llegará porque lo he prometido y Yo no falto a mis promesas- todos los buenos que estén en la tierra vendrán a Mí. Será el periodo del que te hablé [182], el periodo en el que el espíritu habrá alcanzado esa evolución por la que espontáneamente os separaréis en dos partes. Los que viven fuera del espíritu yacerán en sus tinieblas en espera de ser tropa para el Príncipe del Mal. Los vivientes en el espíritu vendrán al séquito del Hijo santo de Dios, del Retoño del Señor, amado y bendecido por los hombres en gracia que entonces comprenderán lo que ahora comprenden algunos pocos elegidos, y comprenderán cuál sea mi gloria y la suya de hijos de Dios.

Reuniré a mis santos, porque es santo quien me ama y sigue obediente y fiel. Les reuniré desde los cuatro rincones de la Tierra. Y por su amor perdonaré las iniquidades de los hombres. La bondad de los santos apagará el rigor de la Justicia, mi amor y el de los santos limpiará con su fuego la Tierra. La Tierra será como un gran altar, pacificada consigo misma y con Dios, y sobre este altar el Maestro instruirá a los hombres en el conocimiento exacto de la Verdad, para que los buenos no vacilen cuando Satanás, furioso al ver a Cristo adorado por la humanidad, se desate para la última batalla.

[181] La escritora añade a lápiz: Cap. II v. 22

[182] Por ejemplo, en los dictados del 21 y 22 de agosto y del 28 de octubre

Lucha de espíritu contra espíritu. Satanás opondrá a mi Reino espiritual y a mi instrucción su satánica guerra a los espíritus, para extraviar a cuantos más pueda, los más débiles, y sacará de sus reservas, de sus fortalezas, donde están los que han permanecido fieles a la Bestia aún después de la derrota de la Bestia y de su ministro, a los agentes de seducción para destruir por última vez la obra de Dios, cuya destrucción inició al pie del árbol del Bien y del Mal.

La época satánica será tres veces más feroz que la época anticristiana. Pero será breve porque por los vivientes de esa hora rezará toda la Iglesia triunfante entre las luces el Cielo, rezará la Iglesia purgante entre las llamas purificadoras del amor, rezará la Iglesia militante con la sangre de los últimos mártires.

Se salvaran quienes, mientras que las tinieblas y el ardor, las tempestades y los fulgores de Satanás trastornen el mundo, sepan estar a la sombra del tabernáculo de donde sale toda fuerza, porque Yo soy la Fuerza de los vivientes y quien se alimenta de Mí con fe y amor se hace uno con mi Fuerza. Y los que se salven serán pocos, porque tras siglos y siglos de mi amor hacia el hombre, el hombre no ha aprendido a amar.

Pero nadie podrá acusarme de perderse [183]. ¿Qué más podía hacer por vosotros, oh hijos de Dios que habéis preferido ir lejos de la casa del Padre, y a veces vender vuestro linaje divino al Enemigo de Dios? No digáis que Yo, poderoso, podía impedir que el Malos acechase y podía haceros buenos con mi autoridad. Entonces hubierais tenido menos mérito que el tallito de hierba que el pie pisa sin sentirlo, porque la hierba nace de la semilla obedeciendo el decreto de Dios. Nace y crece por sí misma. Y recibe una mínima parte de cuidados del Altísimo en relación con los que vosotros recibís. El tallo recibe de Dios sol, rocío y un terrón de tierra. Vosotros tenéis la inteligencia para guiaros, tenéis la Gracia para iluminaros, la Ley para conduciros, a Mí por Maestro, mi Sangre por Salvación.

Os he dado todo y vosotros me habéis dado tan poco, ¡cada vez menos! Os he cuidado con paciencia de Dios y os habéis sublevado contra Mí. Incluso los menos culpables fueron siempre indolentes. Siempre habéis temido hacer demasiado por vuestro Dios que lo ha hecho todo por vosotros.

Por esto os vienen los castigos. Son aún llamadas de amor para convenceros de que existe Dios y que los otros dioses que servís en la fidelidad que a Mí me negáis sólo pueden daros engañosas promesas y mal seguro. De castigo en castigo, aumentado en la medida en que vosotros aumentáis la idolatría y la fornicación, llego a los grandes castigos, y éste es uno de ésos en los que no ya una hilera de mi viña, sino toda la viña está abierta e invadida, devastada y revuelta por aquel que servís y que Yo dejo que os persuada con sus dones de muerte.

Por eso os digo: "Venid a Dios, llamad a Dios con verdad de pensamiento y de corazón, y Dios se asomará al horizonte ensangrentado y Satanás torturador huirá dejándoos libres".

Pero no llamáis a Dios. Os basta con pensar en hacer del mal común un bien propio: aumentar vuestras riquezas, arrebatar poderes cada vez más altos, gozar y gozar. No os cuidáis de quien –los mejores- sufre. De Dios, menos aún. Al contrario os alzáis con desafío, osando llamarle, oh blasfemadores, para ratificar vuestros actos y pensamientos satánicos. Lo desafiáis a que se muestre porque os decís: "Dios no existe. Dios somos nosotros". Sobre vuestra lengua maldita y vuestra alma vendida ya Satanás acumula las brasas infernales y Yo las enciendo con mi furor.

Os maldigo desde ahora, serpientes con aspecto de hombre, y si recibís los anatemas de mis santos y las imprecaciones de mis buenos como si fuera pluma de pájaro que si os cae

---

[183] Sobre la línea, la escritora anota a lápiz: Cap. 5, 1-29

encima no hace daño -porque poseéis un corazón de granito-, mi maldición penetrará para atormentaros porque Yo soy quien abre los valles, quiebro los montes, separo los mares, sacudo la tierra con el deseo de mi pensamiento, y puedo penetrar en el pedernal de vuestro corazón y hacerlo añicos como si fuera una frágil bola de cristal.

Profanadores, mentirosos, inicuos, malditos seáis por todo el mal que hacéis, por todas las almas que me arrojáis en la desesperación de la bondad de Dios, que me corrompéis con vuestros ejemplos y que me robáis dañándolas de todas las maneras. Pero no teméis. Del mismo modo que seré justo y piadoso hacia los débiles que con vuestra fuerza habéis doblegado al mal, así seré justo e inexorable con vosotros. Ya desde esta tierra. Vuestro poder, vuestra riquezas robadas, destiladas del dolor de miles de hombres, se esfumarán en vuestras manos como el humo de la paja que se quema porque está demasiado sucia para conservarla. No habrá defensa que valga contra vosotros que habéis pasado la medida.

Quien tenga oídos para entender que entienda. No se extiende la mano sucia de sangre contra el candor del Santo que habla en nombre .del Santo de los Santos y contra el Santuario más elegido que el templo de Jerusalén, porque sus cimientos fueron bautizados, aún antes de ser iniciados, por la sangre de mis héroes, y sus piedras han tenido por rocío el purpúreo baño de infinitos mártires. Allí [184] está el lecho donde descansa, en espera de resurgir al lado de su Maestro, la carne de mi Piedra elegida. Y Yo os juro que ese lugar es mucho más santo de cuanto lo fuera el Templo de Salomón, y a los profanadores de ese lugar, que ya es Paraíso -entended vosotros el porqué- sucederá lo que sucedió a todos cuantos desafiaron la gloria del Señor».

13 de noviembre

Isaías 6, 6.

Dice Jesús:

«Para merecer transmitir la Palabra de Dios es necesario tener labios y corazón puros. Corazón puro, porque del corazón salen los afectos que mueven pensamiento y carne.

¡Ay de aquellos que no son puros en sí mismos y osan hablar en mi Nombre con alma de pecado! Éstos no son mis discípulos y apóstoles. Son mis ladrones. Porque me roban las almas para dárselas a Satanás.

Las almas, sean las que siguen al sacerdote con respeto y fe, sean las que desconfiadas lo observan, están sujetas a reflexionar, porque tienen una razón, sobre la conducta del sacerdote. Y si ven que quien dice: "Sé paciente, honesto, casto, bueno, caritativo, magnánimo, perdona, ayuda" es lo contrario, apresado por la ira, por la dureza, por el sentido, por el resentimiento, por el egoísmo, se escandalizan y, aunque no se alejan de la iglesia, siempre reciben un golpe. Son como topetazos que vosotros -sacerdotes no víctimas de vuestro sublime ministerio, que os hace continuadores de los Doce entre las gentes que después de veinte siglos tienen que seguir siendo evangelizadas, porque Satanás destruye continuamente la obra de Cristo y a vosotros os toca reparar las injurias de Satanás- son topetazos que dais contra el edificio de la Fe en los corazones. Aunque no se caigan, se dañan, y basta un empujón de Satanás para hacerlos caer.

Son demasiados los que entre vosotros imitan al duodécimo apóstol y por bajos intereses humanos venden partes de Mí -las almas que bañadas con mi Sangre os he confiado- al Enemigo de Dios y del hombre. El estado actual, al menos en un cincuenta por ciento -y soy muy indulgente- depende de vosotros, sal hecha insípida, fuego que no calienta más, luz que

[184] Sobre una copia mecanografiada, la escritora anota a pie de página: Roma. Porque toda Roma es Santuario por haber sido impregnada por la sangre y las virtudes de los primeros cristianos

humea y no resplandece, pan vuelto. amargo y consuelo convertido en tormento, porque a las almas, ya heridas, que vienen a vosotros buscando apoyo, les presentáis un panorama lleno de espinas: dureza, anticaridad, indiferencia, rigorismo hacia las almas que vienen a vosotros para escuchar una palabra paterna donde esté el eco de mi dulzura, de mi perdón, de mi misericordia.

¡Pobres almas! Bramáis contra ellas. ¿Y por qué no bramáis contra vosotros mismos? ¿Os apetece parecer los rivales de los anticristos del sanedrín? Pero ese tiempo pasó. Puse una losa sobre él, porque merecía que se le sepultara para que no dañase más, y erigí mi trono de Piedad y de Amor con una Mesa y una Cruz en los que un Dios se hace pan y un Dios se hace hostia para la redención de todos.

Aprended de Mí, Sacerdote eterno, cómo se es sacerdote. Ser sacerdote quiere decir ser angélicos, quiere decir ser santos. En vosotros las gentes deberían ver a Cristo con una evidencia total. ¡Ay! con cuanta frecuencia les mostráis un aspecto más parecido al de Lucifer.

¡De cuántas, de cuántas almas pediré cuenta a mis sacerdotes! Os repito el dicho de Pablo. Y creed que haríais mejor confesando abiertamente que no podéis permanecer más en ese camino en vez de vivir como vivís. Sólo vosotros adjuraríais de Mí. Permaneciendo, separáis de Mí a tantas almas. Dejad ya de una vez de lado tantas franjas y tantos cuidados.

Para cultivaros volved a los Textos y pedid a Dios que os purifique mente y corazón con el fuego de la continencia y del amor para poderlos entender como deben ser entendidos. Porque, sabedlo, habéis convertido las ardientes piedras preciosas de mi Evangelio en pedruscos opacos manchados de fango, si es que no los habéis convertido en piedras de condenación para lapidar a las pobres almas, dando a las palabras del amor tal rigidez que hiela y lleva a la desesperación.

Sois vosotros quienes merecéis esas piedras, porque si un rebaño es despedazado por los lobos, o precipita en un barranco, o pace en hierbas venenosas, ¿de quién es la culpa en el noventa por ciento? Del pastor perezoso o borracho que, mientras las ovejas peligran, se da al libertinaje, o duerme, o se ocupa de negocios y comercios.

Pedid a Dios, con la penitencia de una vida que os limpie de tanta humanidad, que un serafín os purifique continuamente con el carbón encendido junto al altar del Cordero, podría decir: del Corazón de Cordero, que arde desde la eternidad por el celo de Dios y de las almas.

La penitencia sólo mata lo que hay que matar. No temáis por vuestra carne que no deberíais amar más de lo que merece: poquísimo, y que amáis como algo precioso. Mis penitentes no mueren de esto. Mueren por la Caridad que les abrasa. Es la Caridad la que les consuma y no los cilicios y las disciplinas. Prueba de ello es que alguna vez alcanzan edades longevas y con tal integridad física que los preocupados por la carne no logran. Mis santos muertos en edad juvenil son los que ardieron en la hoguera del Amor, no los destruidos por las austeridades.

La penitencia da luz y agilidad de espíritu porque doma el gigantesco tentáculo de lo humano que os tiene clavados al fondo. La penitencia os arranca del bajo y os lanza hacia lo alto, al encuentro del Amor.

Sencillez, caridad, castidad, humildad, amor al dolor, son las cinco mayores piedras preciosas de la corona sacerdotal. Desapego de las preocupaciones, longanimidad, constancia, paciencia, son las otras pequeñas piedras preciosas. Hacen una corona de piedras preciosas puntiagudas que aprietan en un círculo el corazón. Pero es precisamente por estar así apretado, permaneciendo herido por ello, por lo que aquel corazón aumenta su resplandor haciéndose vivo rubí entre una corona de diamantes.

Ni siquiera os digo: "Tened el corazón de mi Pedro"; os digo: "Tened el corazón de mi Juan". Deseo este corazón en vosotros porque fue el perfecto corazón apostólico desde el alba al atardecer de su sacerdocio.

La mente de Pedro la infundo Yo a mis Vicarios, pero el corazón lo debéis hacer vosotros mismos. Y ese corazón es indispensable en quien es mi sacerdote: desde el altísimo Santo mío, que es cándido de alma y de pensamiento corno de aspecto y que es la Hostia mayor en esta cruenta misa que celebra la Tierra, hasta mi más pequeño ministro que parte el Pan y la Palabra en un pueblecito perdido: unas pocas casas que el mundo ignora tener sobre su superficie, pero que la Eucaristía y la Cruz hacen grande corno un palacio, más que un palacio: lo hacen semejante al mayor Templo de la. Cristiandad porque, en sagrario de oro cuajado de perlas o en uno mísero, está el mismo Cristo Hijo de Dios, y las almas que ante Él se postran -vestidas de púrpura cardenalicia y de manto real, o cubiertas con túnica humilde y vestiduras pobres- son iguales para Mí. Hijos, Yo miro el espíritu. Y bendigo allí donde hay mérito. No me dejo seducir por lo que es el mundo, corno con frecuencia hacéis vosotros.

Cambiaos el corazón, sacerdotes. En gran parte, la salvación de esta humanidad está en vuestras manos. No hagáis que en el gran Día Yo deba fulminar numerosas filas de consagrados responsables de inmensas ruinas que desde los corazones han inundado el mundo».

14 de noviembre

Isaías 8, 5.

Dice Jesús:

«Cuando hayáis hecho vuestro deber -continúo hablando a vosotros sacerdotes- os autorizo a decir lo que enseñé a decir a mis apóstoles enviados en misión por Palestina. Pero cuidad de no cansaros demasiado pronto. Yo he repetido durante tres años mi doctrina. Era Dios. Después de tres años, de doce uno me traicionó entre los que habían sido saturados de Mí. Muchos otros me abandonaron en la hora de la prueba. ¿Pretendéis ser vosotros más premurosos que Yo? ¿Más potentes? ¿Más obedecidos?

Recordad que si a los hermanos les es perdonado setenta veces siete, a los hijos espirituales -y todos los católicos son hijos para vosotros: todos sin excepción les es perdonado setenta veces setenta.

Recordaos que para vosotros no existen las diferencias de los hombres respecto a las almas. Hay más bien una inversión de los valores. El hombre admira y reverencia al honesto, al bueno, al puro. Vosotros debéis no admirar sino amar al que es infeliz espiritualmente. Cuanto más uno esté sucio y alejado de Mí, más debéis ser vosotros para él padre y luz. Ninguna repugnancia, ningún cansancio, ningún abandono, ningún miedo os está permitido. Debéis inclinaros sobre todas las miserias. Las debéis buscar para curarlas. Las debéis amar para llevarlas al Amor. Rechazados, volved al asalto; ridiculizados, aumentad vuestra caridad. Servios de las cosas humanas para llevar a las almas a las sobrenaturales.

¿Y os debo enseñar Yo las suaves astucias del amor? ¿No habéis tenido nunca un padre, una madre, hermanos, junto a los cuales habéis conquistado un amor cada vez mayor? Vuestros fieles son para vosotros hijos. ¡Oh! ¡cuánto estudia un padre para hacerse amar por un hijo! El hijo es aún un niño y el padre, cansado por el trabajo, se inclina sobre la cuna y repite las dulces palabras para después oírselas decir de su boquita inocente. Es un niño, y el padre se curva para enseñar al pequeño a dar los primeros pasos, y le muestra las flores y las estrellas, educa la mente a las primeras sensaciones, a los primeros pensamientos.

Aunque fuera un torpe, un retrasado, el padre se esfuerza por abrir la mente del hijo. Aunque fuera un caprichoso indómito, con mil astucias trata de cambiarle el corazón.

Y ¿vosotros? ¿Por qué no tenéis entrañas de padre para vuestros hijos espirituales? ¿Son ateos? No importa. ¿Son lujuriosos? No importa. ¿Son cloacas de vicios? No importa. Orad y atreveos. Hoy, mañana, y todavía pasado mañana, y siempre, siempre, sin cansaros.

Muchas veces basta saber mirar a un alma con mirada de verdadero amor para conquistarla. Muchas veces las almas no son tan malvadas como creéis. Están disgustadas, enfermas, avergonzadas. Disgustadas de lo que el mundo, y entre ellos el clero, ha sentido hacia ellas. Enfermas porque Satanás ha dominado su debilidad. Avergonzadas de estar enfermas. Desean ser curadas, pero se avergüenzan de confesar sus enfermedades.

Dadles lo que no han tenido: amor santo. Id a su encuentro. Persuadidles para que se abran sin vergüenza. Son flores reacias. Pero si les calienta el amor se abren.

¡Oh! ¡santos rocíos y benditos rayos que vosotros, sacerdotes, atraéis con vuestro sacrificio sobre las almas! Arrepentimientos y redenciones que les hacen hijos de Dios. Sacramentos y gracias que vosotros infundís y que os santifican a vosotros y a ellos. Benditos seáis por esta obra, oh siervos fieles que cuidáis mi mies y mi viña. y también benditos si os inclináis sobre las hierbas salvajes nacidas fuera de mi viña.

Hijos, no hay que dejar la patria para ser misioneros. Europa, el mundo, todo es tierra de misiones porque el hombre se ha vuelto idólatra y hereje. En verdad os digo que, por caridad hacia la patria, habría que labrar la tierra natal antes que las demás, porque de una patria cristiana procede el bienestar de la patria, ¿y ahora dónde están las naciones cristianas?

Mirad a vuestro alrededor. ¿Qué veis? Montones de ruinas y montones de víctimas. ¿Quién las ha hecho? ¿Uno? ¿Dos? ¿Cuatro individuos? No. Ellos son los agentes, los ministros del Mal que les utiliza como un rey 'despótico. Pero ellos son así porque les han dejado ser las poblaciones sobre las que imperan, encontrando en ellos el mayor exponente de sus propios sentimientos. De un pueblo privado de Dios -y ahora los pueblos están privados de Dios porque se lo han arrancado del alma sustituyéndolo por la carne, el dinero y el poder- germinan las cobras que matan por la triple hambre que les azuza Satanás.

Es inútil decir: "Ellos fueron la causa del mal actual". Decid todos, digo todos, comprendidos vosotros sacerdotes: "Fuimos nosotros", y seréis sinceros.

Ahora es más duro el trabajo en el campo baldío. Pero actuad. Volved a ser como mis primeros apóstoles. Volved a ser los héroes del sacerdocio que es la única milicia santa. Cumplid todo vuestro deber hasta la inmolación. Que si después las gentes se obstinan en perderse Yo proveeré. Vosotros recibiréis vuestro premio de todas formas, aún si venís a Mí con los brazos, rotos por el fatigoso trabajo, cargados con pocas espigas. ,

Pero, os lo ruego -y soy Dios- no os hagáis culpables de desamor. No perdono la falta de caridad. Es negación de Dios».

## 15 de noviembre

Dice Jesús:

«El Padre te mira. Como un pajarillo está caliente y seguro bajo los atentos cuidados de los padres, así estés tú bajo el ojo de Dios que te mira con amor. Piensa que eres cobijada, calentada, nutrida por el Amor.

Dios Eterno, Padre nuestro, está sobre ti. Mira y siente esta fuerza que se extiende sobre ti desde lo alto de los cielos, esta sonrisa que te colma de un gozo sobrenatural, esta luz que te calienta y te guía. Necesitas verla con el ojo de la mente para poderla convertir en tu pan cotidiano.

Se te dará otro alimento. Y muy amargo. Pero éste nutrirá de tal modo tu espíritu, que hará al amargor incapaz de matarte».

Mientras que corregía los folios mecanografiados, recibí de repente esta comunicación. La tuve en los momentos en que leía folios para nada agradables ni míos personales. Eran dictados de una severidad general y tremenda. Y al mismo tiempo tuve la visión intelectual del "amor del Padre".

Digo "amor del Padre" porque no podría decir que he visto al Eterno Padre así como veo al Hijo: humanamente. Pero también lo he visto. Y si en su momento, hablando de María Santísima [185] he dicho que he visto el cuerpo espiritualizado de María como una emanación de luz en la luz, pero siempre en forma de cuerpo, ahora podría decir que he visto una inmensa Luz, de un gozo incomparable, de la que traslucía una idea de rostro. Digo: idea, porque era como si la inmensa luz lo velase con capas y capas de resplandor para poderme hacer capaz de verlo con mi pobre ojo humano.

Un rostro tendido sobre mí y dos brazos extendidos como para protegerme o abrazarme. Nada más. Ese algo que pude entrever, era de incomparable belleza. La mirada viva de una eterna juventud y a la vez infundida de una dignidad de edad madura y de una bondad de mirada de anciano. También el semblante era majestuoso, pero sin signos de vejez o de excesiva juventud. Un rostro perfecto en edad y forma.

¡Pobres palabras mías, qué piedad me dais por vuestra insuficiencia para describir!

Lo que, además, es absolutamente indescriptible es lo que mi Jesús llama "la risa" del Padre. Es un movimiento que no tiene voz, pero que tiene en sí las palabras más consoladoras. Y yo, justo como un pajarillo que hasta aquel momento temblaba de soledad y miedo, de frío y de flaqueza, me siento penetrar por ella, calentar, asegurar.

Bendito sea el Altísimo que me permite comprender su santísima paternidad hacia la pobre criatura que soy.

16 de noviembre

Isaías 8,17-22; 9,1-7.

Dice Jesús:

«Déjalo todo y retén tan sólo a Dios, la Luz, la Gracia, el Amor de Dios. Que no te turbe nada de cuanto hay en la tierra. Eres hija de Dios. Te he hecho ver esta sublime condición para revestirte de fuerza y serenidad. Los cuidados del Altísimo, como dos brazos amorosos, están tendidos hacia ti. Llegará el momento en que se unirán para llevarte más allá de estas torpezas terrestres, llevarte a la Luz que ahora te mira con amor.

Piénsalo siempre: "Sobre mí está el Padre de Jesús que es también mi Padre. El Amor que ha unido al Padre y al Hijo me une con el Padre, y es el amor del Hijo el que me ha dado el amor del Padre. Por tanto tengo en mí a Dios Uno y Trino, porque tengo su amor". Te sentirás por este pensamiento como alzada por un águila en vuelo, y penetrarás en el fuego que te quiere inflamar completamente para hacerte digna de Él.

Y ahora adelante, mi pequeña voz. El tiempo es breve y la Palabra es mucha. Y aún mayor es la ignorancia de la Palabra. Demos a estos desgraciados todo lo que se pueda, para que no nos acusen de su ruina. El mundo perecerá de todos modos porque quiere perecer. Pero la Justicia y los justos del Señor podrán decir: "Se os ha dado todo para salvaros, incluso más de cuanto se debía, porque el amor es un pródigo que no se cansa nunca de dar".

[185] En el escrito del 12 de septiembre

Que no te abata la convicción de que es inútil el esfuerzo que realizas porque las palabras santas caen sobre almas irremovibles y cerradas como cajas fuertes. Por ese Rostro tres veces santo que la Bondad te ha mostrado [186] y que es una sonrisa de amor para ti, por ese Rostro que los hombres han forzado a retirarse tras la subida de una avalancha de delitos que después de haber devastado la Tierra se abalanzan contra los Cielos, continúa siendo mano que sirve a la Palabra.

Han escondido el Rostro de Dios. Lo niegan. No creen en Él. Lo han sustituido por lo que es su destrucción. Están a merced de las fuerzas ocultas rebeldes al signo de Dios y a éstas sirven, en ellas creen y las obedecen. Voces y voces salen de fuentes mentirosas y no hay ni una que diga la verdad o un reflejo de la verdad. Lo que escuchan son risas de demonios que se burlan del hombre y se transforman en palabras de mentira para llevarlo cada vez más fuera del camino.

Quieren conocer el futuro para organizarse. El futuro está aquí: en mi Palabra. Para evitar este presente que es peor que una pesadilla y una condena, habría que estudiar esta Palabra, saberla leer y ajustarse a sus enseñanzas morales, históricas y sobrenaturales. También para hacer menos atroz el futuro habría que estudiar esta Palabra que enseña el Bien y la Verdad.

Repito [187]: dejad a los muertos donde están. Si son bienaventurados no pueden deciros más de lo que ya os dice la Palabra, porque los santos del Señor hablan la misma lengua que el Señor. Si están condenados sólo pueden deciros las palabras de su padre, maestro y rey de mentira. ¿Y podéis creer que el Mentiroso tenga un átomo de piedad y os conceda una luz que sea luz de salvación? Pues no, al . contrario, persiguiendo su finalidad, os crea espejismos en los cuales está la fosa del abismo.

Y estáis precipitando en el abismo no teniendo ya como guía la luz de la mañana: Dios, vuestro Padre santo. Ciegos guiados por ciegos, vuestros espíritus extraviados vagan de error en error, de ruina en ruina. Chocáis unos con otros y os producís dolores siempre nuevos, y provocáis nuevas heridas y nuevas desgracias, os odiáis por el mal que os hacéis y os llenáis las manos de este odio que os fermenta en el corazón y lo lanzáis contra Dios haciéndole responsable de vuestro mal. Y el odio, no pudiendo alcanzar el Cielo, recae sobre vosotros en fuego y llamas, en hambre, muertos, desolaciones, desesperaciones, oscuridades. No habrá tregua hasta que conozcáis por vuestra cuenta que la violencia no sirve, que la sangre empacha y no nutre, que el odio no crea, sino destruye. No habrá tregua hasta que vuestros corazones se vuelvan a Dios.

Yo soy Aquel que puede daros la paz, y no con el uso de vuestras armas homicidas sino con mi santa arma: la Cruz, pero rompiendo con mi amor vuestras armas homicidas.

No precipitéis el Juicio de Dios con vuestro pasar la medida del pecado. No hagáis que sea demasiado breve la pausa entre el tiempo del Anticristo y el tiempo de Cristo, si bien es cierto que los últimos días serán abreviados por amor de los elegidos, también lo es que es necesario tener una pausa de paz a fin de templaros para la última lucha satánica.

Yo haré derribar la piedra sobre el antro de Lucifer tras la derrota de la Bestia y de sus siervos; pero vosotros, con vuestro aclamar el Mal, no proporcionéis fuerza al Demonio para remover ese cerrojo. No hagáis, con vuestros espíritus devotos a la carne ya Satanás, palancas para abrir la prisión infernal y hacer salir al Maldito por la última presa antes de que los corazones de los hombres se hayan rebautizados con la Palabra del Señor».

17 de noviembre

[186] En el escrito del 15 de noviembre
[187] Y dicho en el dictado del 11 de septiembre

Isaías 10.
Dice Jesús:
«Vosotros os hacéis instrumentos de Satanás cumpliendo obras de iniquidad.

Grandes o humildes, no os distinguís en el actuar. Sois prepotentes y ladrones. Los grandes con gran prepotencia y ladronería. Los pequeños con prepotencia y ladronería cada vez mayor de cuanto su condición hiciera pensar que pudieran permitirse, y aún no se sienten contentos y anhelan ser algo más para robar y oprimir más.

No hay categoría social inmune de culpa. Y los que de entre vosotros son honestos por ley moral o santos por amor de Dios, son vuestras víctimas mayores porque, inversores como sois de la Ley del amor, compensáis con odio a quien os da amor y bondad, sois malos con los buenos y torturadores de quien, en nombre de su Dios, no os devuelve mal por mal.

Pero aunque no os lo parezca, no penséis que quedaréis impunes. Las multitudes ven el castigo del grande y les pasa por alto el del pequeño, porque el grande que cae hace mucho ruido y el pequeño, en cambio, pasa inadvertido entre los muchos casos del mundo. Pero ya desde esta vida no quedaréis impunes. Os cojo cuando y donde menos os lo imaginéis. El resto vendrá después en la otra vida donde no habrá piedad para los duros de corazón.

Pero vosotros, vosotros que ahora sois grandes, ¿qué haréis cuando, en proporción a vuestro mal hacer, se vuelva contra vosotros la ira de Dios y de los oprimidos? ¿No ¡la sentís acechar ya sobre vosotros y aumentar como nube cargada de rayos o marea llena que supera los diques? Y cuando la nube se abra y la ola se desborde, ¿dónde iréis vosotros que habéis desparramado el odio, el dolor, la injusticia sobre vuestro camino, sembradores locos y demoníacos, usurpadores del pan y destructores del bien de los demás?

¿A que no habéis pensado, mientras que teníais el tiempo a vuestro servicio, en haceros, de las riquezas injustas, un refugio en los corazones de los hombres y de Dios? ¡Cuánto bien podíais hacer y vivir benditos y pasar benditos a la Vida de la verdadera gloria! ¿Y cómo podréis vivir, sin fe y sin amor, cuando os reduzcan como habéis reducido?

Os hacéis instrumentos de Satanás. Pero Yo, más poderoso que Satanás, cuando considero que es la hora de un nuevo diluvio, os tomo y os pongo a los unos contra los otros: naciones contra naciones y, en lo pequeño, parientes o amigos contra parientes y amigos, para hacer del hombre el castigo del hombre, castigando las culpas del hombre mediante las culpas de su semejante. ¿Oprimís? Permito que otros os opriman. ¿Robáis una patria? Permito que otros os roben la patria. Bien dice Isaías: "Bastón y vara de la cólera de Dios". Esto sois el uno con el otro cuando superáis la medida.

Estaría bien que aquellos a los que la lucha les es propicia y amiga la victoria no se creyeran predilectos de Dios para siempre y, aún menos, que se creyeran tan perfectos como para merecer de Dios todo logro humano. .

No. Si quien triunfa usa mal su triunfo lo golpearé y lo abatiré en el polvo. Yo soy el Rey y el Señor y nadie es mayor que Yo. Soy el Justo y no conozco parcialidad. Mi mirada los ve a todos con la misma luz. Igual es la cepa de la que venís, las mismas vuestras obligaciones para con Dios, vuestro Creador, y el mismo su pensamiento para todos vosotros. El más civilizado de entre vosotros para Mí es como el menos civilizado, como el salvaje que ignora todo lo que no sea su selva virgen. Escudriñador como soy de la verdad de vuestros pensamientos y de la inocencia de vuestros sentimientos, miro muchas veces con amor al salvaje que se postra adorando la forma que para él es dios y que se hace bueno por esa forma, y retiro la mirada con indignación del civilizado que niega a Dios, que conoce, con la palabra blasfema, el pensamiento negador y las obras malditas.

Cuando ha pasado la hora del castigo, digo mi "Basta" y recojo a las gentes maltratadas y

dispersas, les doy paz y pan, porque soy Padre, no lo olvidéis, y si no estuvierais ebrios de sangre o intoxicados por el deseo de beberla, siempre os daría paz y pan. Cuanto más numerosos son, entre las turbas enloquecidas, los justos de Dios, envueltos en el castigo común no para su sanción sino para vuestra redención, antes y más abundante y seguro doy el pan y la paz. Porque el Bien, para florecer, siempre necesita las lágrimas de los santos y los holocaustos de los redentores.

¡Oh! ¡bienaventurados estos cristos que ignoráis, pero que mi Corazón recoge como piedras preciosas en un cofre! ¡Oh! ¡bienaventurados estos ángeles que saben, entre el coro de las blasfemias y de las obscenidades en el que perecéis, cantar el "Gloria" y el "Sanctus" a su Dios! Purificadores, de esta tierra, de las miasmas que vuestras culpas crean, viven ardiendo como incensarios y ofrecen a Dios el fuego más sagrado: el del amor. Por éstos cumpliré todavía el milagro del perdón, el milagro de reunir los restos de mi pueblo y hacerles comprender que sólo en Dios está la salvación. Los demás, aquellos que no quieren ser mi pueblo -y recordad que Yo no mido con vuestra medida- continuarán siguiendo la insignia de su rey.

El mundo no debe morir sin que el ejército de Cristo venga recogido bajo su dirección. Dispersados, maltratados, abatidos, semejantes a la arena que el viento desparrama sobre las orillas del mar, oiréis la orden y vendréis a Mí, porque llegará un momento en el que Yo seré el Rey de estos pobres reinos sin corona y de estos súbditos sin rey. Ya veo a los espíritus de ese tiempo volverse a la llamada y venir luchando contra todos los obstáculos sembrados por siglos de error, venir hacia la Luz y hacia la Verdad. Digo "espíritus", porque sólo los que viven en el espíritu podrán conocer la Voz que les llama.

Vosotros, que ya ahora sois vivientes en el espíritu, precursores de la segunda venida de Cristo, antítesis de los precursores del Anticristo que obran en su nombre la labor preparatoria de la desolación, preparadme los caminos con vuestro holocausto. Los precursores del hijo de Satanás tienen apariencia de dignidad humana; los precursores del hijo de Dios tienen la misma corona que su Rey, y su trono y cátedra son la cruz y el dolor.

Pero como siempre, y especialmente en la hora en la que el Dolor deberá vencer al Pecado, es el dolor quien salva, es siempre el sacrificio quien redime. Y ahora el mundo, para ser redimido, necesita no tanto ser cubierto de espigas cuanto de almas heroicas, de víctimas de caridad».

## 18 de noviembre

Isaías 11.

Dice Jesús:

«Continúo hablando a mis precursores, a quienes con su holocausto preparan los caminos del Señor y no evangelizan con otra manera que no sea su vida santa.

Alegraos, oh mis siervos fieles que no os contentáis con salvar vuestra alma, sino que os ofrecéis para que la Luz venza sobre las Tinieblas y les sea dada la salvación a muchos que ahora no la ansían. Cuando sea mi hora no estaré reinando solo. Estaréis conmigo. Ya desde esta tierra estaréis conmigo durante mi Reino de amor y de paz. ¿Acaso no os prometí que estaréis donde Yo esté y que tendréis un puesto en mi Reino? Como dignatarios de un palacio, vuestros espíritus serán mi corona en la tierra, sirviéndome como luminosos ministros, y heredarán la posesión de la Tierra que he prometido a los mansos y que se convertirá en posesión de los Cielos cuando la Tierra ya no exista.

Mucho antes de esa hora, vosotros, justos, poseeréis el Cielo. Éste ya está abierto para recibiros en el momento del tránsito fuera de la cárcel actual. Pero entonces será posesión

completa, luminosa, conocida por todas las criaturas, asunción a la gloria también de la carne con la que habéis conquistado el Cielo haciéndola el principal instrumento de sacrificio por fidelidad a vuestro Dios.

Vencedores de Satanás que ha corrompido la carne, vencedores del sentido que se agita en vosotros por herencia del pecado y por instigación de Satanás, poseeréis el Universo junto a vuestro Dios y seréis espejos de Dios que aparecerá en vuestras carnes glorificadas en todo su esplendor. Seréis semejantes al Padre, oh hijos santos. Semejantes a Jesús, mi [188] Hijo santísimo. Semejantes a María, nuestra Reina.

[189] Del Padre tenéis la semejanza intelectiva y de los dos gloriosísimos Vivientes en el Cielo la semejanza humana y, dado que tener la Inteligencia es como tener la Palabra y el Amor y donde está Uno están los otros Dos de la Trinidad perfecta, vosotros, teniendo la semejanza del Padre, poseeréis esa Perfección que hizo al hombre semejante a Él y lo eligió por hijo.

Antes de ese momento seréis los dignatarios de mi Hijo, veréis el milagro de amor de una Tierra inmersa en la paz y que ha vuelto a oír a Dios, conoceréis cual habría sido el vivir del hombre si no se hubiera envilecido uniéndose con Satanás.

De ese momento no seréis privados, oh amorosos seguidores del Amor hecho carne. Lo que ahora oís resonar en vosotros, la palabra de mi Hijo a sus predilectos, lo oiréis resonar en los cuatro puntos del globo, y veréis a los hombres acudir con sed de la verdadera Ciencia. Los hombres, no los animales con apariencia de hombre, no los demonios con rostro humano, no los Judas perpetuos que venden a mi Hijo y con su mercado hieren al Amor trinitario que es indivisiblemente Uno.

Si ahora es el momento en que legiones de ángeles a las órdenes de Dios luchan contra legiones de demonios que quieren someter a la Tierra, entonces será el tiempo en que legiones de justos ararán la Tierra preparándola para la Palabra, que reinará una sola vez sobre la Tierra antes de la desaparición del mundo.

Donde está el Maestro allí están los discípulos, y vosotros estaréis porque habéis amado al Maestro más que a vosotros mismos, estaréis allí donde dé la última lección.

Y después con Él, cortejo de luz tras la Luz que sube a los Cielos, volveréis a la morada a rogar por los vivientes de la hora final y esperar la Hora del Juicio en el que todavía estaréis junto a mi Hijo, no ya Salvador sino Juez del mundo, porque el tiempo de la salvación habrá pasado y se habrá cumplido el número de los elegidos.

Triunfo en vuestro triunfo será ese momento, hijos. Y porque os amo os digo que no debéis poner medida en el deseo vehemente de conquistar la santidad, porque esa hora será tal para vosotros que miles de vidas inmoladas por ella y tesoros de la tierra dejados por ese tesoro no serían suficientes para igualar la gloria de ese momento y la beatitud de la posesión eterna de Dios».

19 de noviembre

Dice Jesús:

«El creyente se identifica con su dios y el hijo con su padre. Por tanto no es errado decir de los precursores de Satanás lo que dice Isaías en su 14° cap. y en los versículos 12-15.

¿Acaso no han querido emular a su amo y padre en el intento de proclamarse dioses y en

---

[188] Sobre una copia mecanografiada, la escritora anota: Aquí comienza a hablar Dios Padre en vez del Hijo

[189] Señalando este punto con una crucecita, la escritora anota así sobre media hojita de papel, que después cose con hilo a la página del cuaderno: No necesita, dice, más que semejanza humana, porque pareciéndose a Dios Padre se tendrá también la semejanza del Hijo como Dios. Por eso quien es a semejanza de Dios, Espíritu creador, sólo tiene que tomar la semejanza física del Dios encarnado y de su Madre que fue la creada a perfecta imagen y semejanza de Dios (explicación dada por N.S. al dictado del 18-11)

el oprimir a las gentes aquellos a quienes Yo llamo los precursores del Mal? ¿N o han hablado de Dios con una condescendencia vergonzosa, como si fueran ellos los superdioses? ¿No se han arrogado el derecho de mandar a lo que es más sagrado, a lo que incluso Dios respeta en el hombre? No sólo se han permitido el dar o quitar el permiso de vivir, sino hasta el de pensar.

El pensamiento que Yo he dado al hombre y que es libre -porque cuanto Dios os ha dado está libre de todo género 'de imposiciones y más libre habría sido, tanto que ni la carne hubiera sido un obstáculo para esa libertad si ella, en primer lugar, hubiera permanecido libre de la esclavitud de la culpa- el pensamiento es inculcado por estos superdioses de barro y de horror. Ellos no exigen obediencia a las santas leyes de amor como aquellas de las que Yo os hago amoroso mandamiento sin obligaros a seguido. Ellos imponen obligaciones crueles que os subyugan más que a los bueyes que tienen el cuello oprimido por el yugo y las narices ultrajadas por el anillo constrictor. Las imponen a todo vuestro ser y ni una de vuestras tres formas -la física, la moral, la espiritual- están exentas de esta esclavitud.

Sí, también la espiritual. Los tentáculos del Mal imperante penetran y se extienden también hacia vuestro espíritu, y a su gusto quieren o impiden que ese espíritu se dirija a Dios o a su Ley. Su perversidad de hijos de Satanás explota en las persecuciones feroces. Pero incluso cuando, quitando la máscara humana que esconde sus cabezas de serpientes infernales, no llegan a las grandes persecuciones, desarrollan, para destrozar vuestro espíritu, astucias sutiles, resquebrajaduras del edificio de la Fe, formas de vida que quieren sustituir la religión por el paganismo.

Y no siempre tenéis la fuerza de permanecer fieles, porque tenéis espíritus que no están nutridos por el amor y el Evangelio. Os plegáis a la esclavitud humana, vosotros que consideráis indigno del hombre el obedecer a los mandamientos de Dios. Y perdéis, por un hombre o por más hombres, el don más hermoso de Dios: "el libre arbitrio". Sois marionetas movidas por uno o más de un hombre. Podíais ser, en esta vida y en el más allá, seres libres del reino de Dios vuestro Padre.

Separaos, despegaos, mientras podáis, de las leyes de la Bestia, alejándoos de ella. Su destino ya está señalado. Cuando el hacha de Dios extirpe a los partidarios de la horrenda Bestia, que torturan la Tierra y que constituyen los precursores de la Unidad del Mal que perturbará la Tierra, tratad de estar muy lejos de quienes precipitan en el horno del abismo como miembros podridos de esta manifestación de horror.

A Babilonia, que ahora surge y que tendrá su apogeo de imperio, sucederá un día Jerusalén santa. Haced que en ese día y en el Día sin crepúsculo, no se encuentre sobre vosotros la marca de los poderosos de Babilonia, de los "Lucifer" menores, de los afiliados, de las excrecencias de Satanás, sino el signo santo, inconfundible, glorioso, del Hijo de Dios».

## 20 de noviembre

Isaías 22, 11-14-18.

Dice Jesús:

«Demasiadas veces no "dirigís las miradas" a Quien es vuestra Providencia. Ponéis una franja, frecuentemente inútil, a una cosa, y después decís: "Esto lo hemos hecho nosotros".

No. No sois los autores, más bien al contrario, sois los destructores porque neutralizáis los frutos que vienen de una obra cuando no destruís la obra misma con vuestras manos y vuestras mentes destructoras.

Dios os da tanto, os da todo cuanto os sirve y necesitáis para la carne y la sangre, y para

la mente y el espíritu. Vosotros en este todo, especialmente en el que está dirigido a la muerte y al espíritu, excaváis un "lago". ¡Oh! ¡sí! Un lago. Pero es un lago en el que las límpidas aguas de Dios se estancan y se corrompen porque están puestas en contacto con tantas otras cosas y al descubierto de todas las invasiones.

Así sucede con el saber, multiplicado desmesuradamente pero no elevado hacia Dios, que habéis constituido en un peligro para vosotros; así con la religión que habéis querido engalanar con tantas inutilidades, analizar con lente humana, profanar queriéndola explicar sin referencia a Dios, envilecer convirtiéndola en fórmula en vez de forma de vida.

Siempre os tengo que hacer el mismo reproche. Os creéis al mismo nivelo incluso superiores a Dios. Y habéis caído en obras que no son de hijos de Dios sino únicamente de animales racionales, los superracionales de la tierra, pero humanamente racionales. Y ya es mucho cuando sois racionales y os respetáis hasta el punto de deciros: "Tratemos de actuar pensando en el mañana". La mayor parte de las veces pensáis en el hoy y en hacer del hoy una diversión para vuestra carne tan amada por vosotros.

Ni siquiera cuando estáis entre los tormentos de un castigo salís de esta euforia malsana. Al contrario, aún más queréis vivir como animales atentos sólo a saciar el hambre y el sentido. Y entre un goce y otro os burláis de Dios en quien ya no creéis, salvo para imprecarle o implorarle en el momento en que sufrís. ¿Y por qué? ¿Qué os esperáis? No es así como se obtiene ayuda de Dios. Yo estoy con quien es honesto y fiel. Aunque sea débil le perdono y auxilio. No estoy con los escarnecedores y renegadores que saben cogerse su parte y dar a mis hijos sólo dolor y tormento.

Y tú, el primero entre mis hijos [190], fortalece tu corazón apoyando la boca en la mística fuente de mi pecho desgarrado. Así como eres mi primer heraldo, y más que heraldo mi Vicario en la tierra, el que representa al Cordero, y tiene el corazón y la palabra del Cordero, así serás un nuevo Cristo en el dolor y en el destino.

¡Cuánto dolor hay ya en el cáliz que se acerca! ¡Y no te sirve el haber bebido ya tanto y haber vivido como un justo! No te sirve porque cuanto más bebes más lo llena el dolor, porque ese dolor está destilado y ordeñado de la Fuerza que nos es enemiga, que al no poder lesionar a Cristo lesiona las carnes de sus criaturas. ¿Y qué criatura es más mía que tú, que eres manso y justo, que eres evangélico como mi Juan?

Como el Predilecto, fíjate en el Cielo hasta dejarte raptar por el ardor de la contemplación, porque la hora del dolor es cada vez más cercana y necesitas estar saturado de contemplación para poder sufrir la pasión sin doblegarte.

Permanece "Luz del mundo" en mi lugar, aunque las tinieblas se te suban encima para aplastarte. Aunque caigas mantén alzada mi Cruz que es Luz. Aunque mueras haz oír la Voz que habla del Cielo a través de ti, mi Siervo ejemplar.

Has llorado y no ha servido que conocieras el secreto de Fátima. Tus cuidados por el mundo se han vuelto contra ti como los que se procuran a un endemoniado. Pero no importa. Mi Madre está contigo y Yo con Ella.

Nosotros estamos con las grandes "voces" y las pequeñas "voces" que hablan en mi nombre y que se consumen a sí mismos para que la Voz de Cristo se oiga aún en esta tierra rebosante de demonios. Benditos seáis, grandes y pequeños portadores de la Palabra. Nosotros venceremos contra Satanás. Yo os lo digo. Y; en el momento de la victoria, mi propia Luz será vuestra luz que os hará resplandecientes como nuevos soles».

¡Oh, Padre! [191], qué sensaciones tan dulces ayer y hoy.

---

[190] Es el Papa, como se ve por las palabras que siguen
[191] Padre Migliorini

Ayer por la mañana he recibido las caricias de María Santísima. Realmente caricias, no es una forma de hablar. Trabajaba y pensaba. Naturalmente en el Cielo. Me decía que vendrá bien el día en que estaré allí arriba, no más huérfana, sola y amada más o menos bien como lo soy ahora. He sentido sobre la cabeza, sobre las mejillas, las caricias de la Virgen. Pensando cómo me encuentro ahora, sin parientes, me caían las lágrimas sobre la labor e invocaba un consuelo y el consuelo ha llegado bajo forma de caricias. No es la mano fuerte y grande de Jesús y su atraerme como amigo, por no decir como enamorado. Ha sido una caricia suave, leve, materna, de una mano pequeñita y ligera. Sobre la cabeza y sobre las mejillas. Un toque inconfundible cuyo recuerdo es mi delicia.

Esta mañana, después, hacia el amanecer, mientras estaba en duermevela y rezaba -recitaba el rosario- he dicho: "¡Oh! Mamá de Jesús, ¿qué puedo hacer por ti?". Y Ella me ha dicho: "Ámame". Basta. No me ha dicho más. ¡Pero cómo lo ha dicho! Es la primera vez que oigo la palabra de la Virgen santa. Durante todo el día de hoy estoy pensando en ese "Ámame" pronunciado con tanta dulzura como si fuera el de una madre inclinada sobre el lecho de su hija que le susurra entre los cabellos, entre un beso y otro, su deseo de madre más querido.

¡Se ha necesitado la Virgen para hacerme gustar lo que nunca he tenido en mi vida de hija!... Lo que siento no se puede describir más que con una palabra: "¡Éxtasis!".

21 de noviembre

Isaías 38,5-7-15-16-17-18-19.

Dice Jesús:

«Vosotros hombres, que reconquistáis la salud después de enfermedades de muerte, sólo os ocupáis, cuando os dais cuenta, de agradecerme por la salud física recuperada. Nunca pensáis que Yo os he dado esa prueba para haceros considerar que os espera un final tras el cual hay un inicio, así como el sol poniéndose por la tarde señala, en el fondo, que comienza el ciclo por el que vendrá una nueva aurora. Pero vuestra aurora en el más allá no es el comienzo de un día de pocas horas. Es inicio de un día eterno.

La enfermedad quiere haceros reflexionar sobre esto, y a este fin deberíais dirigir la salud recuperada. A provee¡; para dar a lo que no muere un día de paz.

Si supierais pensar sobre esto, ¡cuántas presas perdería el infierno! Pero a menudo utilizáis malla salud que os concedo y los años que añado a vuestra existencia para esta finalidad. Os impacientáis en la enfermedad, os desalentáis, muchas veces dejáis de rezar diciendo: "Es inútil que lo haga. Si ha sido Dios quien me la ha mandado, ¿para qué le pido que me la quite?". Curados, no dirigís un pensamiento a Aquel que os ha devuelto la salud. Con vuestra incongruencia y vuestra irrespetuosa ingratitud dais a Dios la culpa de enviaros la enfermedad, pero no le dais el mérito de quitárosla.

Si pensáis que Él os da el mal, ¿por qué no pensáis que debe poder daros el bien? Es justamente lo contrario, hijos. El mal, sea cual sea, tiene en un 99 por ciento origen en vosotros mismos, y el bien tiene una única fuente: Dios. Dios que inspira e ilumina a quien os cuida, Dios que os alarga los días para dar tiempo de actuar a las medicinas y aumenta las resistencias para dar al cuerpo la posibilidad de reaccionar, Dios, que con voluntad instantánea puede haceros resurgir sanos, contra toda esperanza y fuera de cualquier otra ayuda, por un inescrutable motivo suyo.

Pero antes de alegrarse por el gozo de estar curados, deberíais alegraos por la posibilidad que Dios os concede de reparar los errores precedentes a la enfermedad y trabajar para merecer la vida que no muere.

Yo obro para librar a vuestra alma de la perdición y cancelo con mi amor vuestros pecados esperando siempre en vosotros.

Vosotros... ¿qué hacéis? Devolved amor por el amor que recibís y haceros "vivos".

Ser "vivos" no quiere decir ser de este mundo: quiere decir estar en el Señor. Quiere decir poseer la Gracia y tener derecho al Cielo. Vivo no es quien respira, come y duerme con el alma muerta: éste es despojo ya podrido a punto de caer, como el higo podrido en la rama, en la fosa que tiene por fondo el infierno. Vivo es quien, aunque agonice en la carne, posee la "Vida", y aún más, a medida que cesa la vitalidad de aquí, se acerca y crece en él la "Vida verdadera". Vivo es quien, mientras respira, ya está arpegiando las alabanzas que cantará eternamente al Señor y, mientras que las tinieblas descienden sobre sus pupilas, ve cada vez más claro, con los ojos del espíritu, el rostro del Padre.

Vivo es quien al ser sanado de una enfermedad humana se siente rescatado por su Señor y a Él dedica cada movimiento.

Vivo ,es quien conoce la Verdad y quiere esta Alegría y esta Riqueza: la Verdad, por encima de todas las alegrías y las riquezas humanas. Y durante todos sus días se dedica a poseerla, porque el conocerla ha puesto en él la santa sed de conquistarla».

Más tarde

Dice Jesús:

«Esto, María, es para ti. Y para las almas enamoradas como tú. Lucas, narrando el banquete en casa de Simón, cuenta lo que utilizó la redimida enamorada para mostrarme su amor. Las lágrimas, los cabellos, el perfume.

Simón se escandaliza porque ella me tocaba. Pero podía escandalizarse quien era escándalo y rociaba su sombrío interior sobre todo lo que veía. Un puro no veía una acción digna de escándalo.

No el agua, sino las lágrima, gotas del corazón, líquido no contaminado por gérmenes impuros sino filtrado por el amor y el arrepentimiento, hecho digno de Dios y considerado precioso por Dios porque era signo de un espíritu que ha comprendido la Verdad. No los linos, sino los cabellos, seda viva que la mujer convierte en seducción y culto, y que la regenerada por la Gracia humilla haciéndola toalla para los pies de su Salvador. El perfume: uno de los instrumentos enseñados por Satanás a la mujer y que la mujer vuelta a Dios destruye haciendo bálsamo para su Señor.

Yo miraba y callaba, y ni siquiera una de esas lágrimas ardientes y arrepentidas, ni siquiera una de las caricias de los mechones que no ponían en contacto la carne aún impura con la Carne que no había conocido mancha, sino que ponían entre una y otra un velo que no podía ser despreciado por Dios, y ni siquiera una de esas gotas de nardo, menos, mucho menos perfumadas que el amor de quien las esparcía, pasaban desapercibidas. Y cada una, porque cada una era profesión de amor y confesión de error, recibía perdón y bendición.

Y mientras que la sorpresa indignada del Fariseo, a quien habría tenido mucho que reprochar, mortificaba a la arrepentida con palabras de una escandalizada y falsa especulación sobre su voluntaria, valiente, humilde profesión de arrepentimiento y de amor, Yo le daba total absolución de todo el pasado.

Estaba lavado por su llanto. Sus tinieblas eran vencidas por la Luz del amor y vencido era su hielo. María era la amada por su generosidad y confianza. Su corazón había sido su instrumento de mal, pero en su propio corazón había encontrado el camino del Bien. y el corazón había sido su maestro para encontrar un lugar en la Vida y en el Corazón del Maestro.

Le he amado mucho porque ha amado mucho; me ha amado mucho porque se lo he perdonado todo. Todo, María. Yo le perdono todo a quien me ama con todo su corazón».

22 de noviembre

Dice Jesús:

«Amémonos, oh dilecta, y hablemos de amor, porque no hay nada más dulce que esto para quien ama.

La redimida del Evangelio, como los tres Magos que adoraron mi Divinidad encarnada, humilló tres dones a mis pies: el corazón a través del llanto, la carne a través de los cabellos, la mente a través del perfume. Tú debes darlo todo del mismo modo, sin quedarte nada para ti, ni siquiera el soplo vital.

"Las potentes aguas no sirven para apagar el amor -y los aluviones no lo arrollan. Si alguno diese toda sustancia en cambio de amor, caería en gran desprecio".

Las aguas dirigidas a apagar el amor son todas las cosas de la vida, los cuidados y también las necesidades. Los aluviones, los quereres ajenos que intentan impedir que el espíritu se dé completamente a Dios.

Pero el verdadero amante no tiene en cuenta las primeras y no se asusta por las segundas. Él pone su necesidad vital sobre todo lo que para los demás constituye las preocupaciones de la vida: amar a su Dios. Espíritu absorto, y podría decir, "elevado" en Dios, vive ya proyectado fuera de lo que constituye para los demás la llamada "vida". Él, santo inversor de los valores humanos, sólo ve una finalidad para alcanzar: no su interés propio, sino el de Dios; sólo se preocupa de una cosa: conquistar la Vida sin tener en cuenta la pobre vida terrena que es flor que dura muy poco sobre su tallo. Manso, porque ya es uno con su Dios, se convierte en un león cuando debe defender su tesoro, y las persecuciones familiares y sociales no logran derribar este espíritu deificado, más bien al contrario, como las olas de un mar encrespado, le transportan velozmente hacia la orilla, al corazón de Dios.

¡Oh! bienaventurados los tormentos de mis amantes, de estos conocedores y gustadores de la Verdad, quienes, como el autor del Cantar, dicen -y no con palabras vanas sino con las palabras verdaderas de una vida vivida y consumida para este fin- que aún cuando uno diese todas sus posesiones para conquistar al Amor, aún daría poco, porque hasta el regalo del día terreno es moneda insignificante si se compara con la posesión del Amor que es infinito.

Por tanto, dámelo todo de ti, sin reservas. El hierro que se funde en el crisol sale más hermoso. El alma que funde y consuma el amor renace como flor de eternidad en los vergeles celestiales.

Te quiero allí. Pero antes debes padecer aún el quehacer de nuestros dos amores: el tuyo de criatura hacia Mí, y el mío de Dios por ti. Cuando estas dos fuerzas hayan arrebatado de ti todo tu "yo", entonces vendré para conducirte a la Paz».

23 de noviembre

Dice Jesús:

«Yo doy siempre el doble, el triple, el céntuplo, el infinito, en recompensa de lo que no dais. Porque os amo, hijos, y os juzgo con rigor templado por el amor. Así no os pago como requieren vuestras iniquidades, sino que siento la necesidad de ayudaras con más fuerza que la de castigaras, porque os veo desgraciados y sufro al veras así.

Observad mis castigos desde que el hombre existe. Veréis que siempre he tratado de salvar a quien apenas tenía un poco de bueno en sí. No eran completamente justos los que

se salvaban de los flagelos con los que castigaba al hombre que se había vuelto pecador, sacrílego, ladrón, homicida. Pero veía en ellos el esfuerzo por ser justos, y ese poco, aunque fuera mínima, de justicia, que representaba toda su capacidad de ser tales, me bastaba.

¿Puede, quizás, un padre, que tiene un hijo enfermizo pero voluntarioso, ridiculizarle porque no es un trabajador resistente, un caminante incansable, un fuerte al que nada agota? No, más aún, se las ingenia para suplir las insuficiencias del hijo, y lo hace con afanoso cuidado para que él no se dé cuenta y se aflija por ello. Y el Padre que tenéis en los cielos, el Padre santo, ¿podrá actuar de otro modo?

Yo os prevengo, pongo los auxilios en vuestras manos, y lo hago con tal cuidado que 'ni os dais cuenta y creéis que vosotros sois capaces de tanto. No, hijos. Soy Yo quien obra tres cuartos, vosotros, con vuestra voluntad, hacéis el resto.

María, ¿crees que habrías podido hacer sola lo que haces? ¡Oh! ¡pobre hija! Todavía estarías en el a, b, c del amor y en los primeros pasos del camino de perfección. Pero Yo te he cogido, te he instruido, te he llevado. Como el viento que rapta una flor al borde del camino, Yo te he alzado sobre el polvo y el barro y te he llevado a la Luz. Te llevaré a Ella cada vez más si me secundas con tu voluntad.

Pero ¿cuántos tienen recta voluntad? Pocos, demasiado pocos. Por lo que, a pesar de mis cuidados, no progresáis.

Hace veinte siglos que una "Voz" repitió lo ya dicho por Isaías: "Preparad los caminos del Señor". Pero los caminos están cada vez más obstruidos para el Señor, por vuestra mala voluntad sierva de la Bestia que os hace acumular montes de orgullo, crear barrancos de culpa, torcidos caminos de engaño, valles de desidia.

¿Cómo puede el Pastor santo recoger a su rebaño desbandado si no se han reunido antes las ovejas ante la vara de su Palabra? Heme aquí. Vengo para pacer una vez más a mis corderos y sostener a las ovejas que crían, o sea a los ministros de Cristo que os dan la leche de su Palabra.

Dejad de lado cuanto no es mi pasto. Reunios alrededor de la Cruz. Es la insignia de la victoria sobre todos los enemigos del hombre. Todos los enemigos. Los externos producidos por las guerras, pestes, hambre. Los internos, doblemente, incalculablemente destructores, producidos por el espíritu del mundo, racionalismo, triple idolatría, intrigas de Satanás.

Abrid los ojos, hombres. Quitaos de ellos la costra que tanto error os ha acumulado, y miradme a Mí. A Mí tal cual soy, con toda mi potencia de Dios Uno y Trino, Creador, Redentor, Animador vuestro.

Humillad vuestra arcilla soberbia que no es capaz de nada eterno y reconoced vuestra nada que sólo es grande si Dios la alienta estando en vuestro espíritu. Humillad vuestra inteligencia, que es mía porque Yo os la he infundido, y pensad siempre en lo que Yo soy y en lo que sois vosotros.

No se necesitan ponderosas obras de ciencia para llegar a creer. El libro más hermoso es el universo que he creado de la nada y sin ayuda del hombre. Sabed leer en él el nombre de Dios y mirando la inmensidad del firmamento comenzad a entender mi inmensidad, mirando el movimiento de los astros comenzad a entender mi poder.

Átomos de polvo sobre un granito, que gira en el espacio, que llamáis Tierra -un polvillo llevado por el soplo de Dios y que pasa veloz junto a otros infinitos polvillo s semejantes a él- ¿no sentís machacar vuestra soberbia si contempláis el firmamento tras el cual estoy Yo? Efímeros que duráis el espacio de un instante de eternidad, ¿no comenzáis a comprender mi Eternidad cuya duración es profundidad sin fondo en la que se desploman los milenios y son latidos de mi ardor?

Volved al Señor que habéis dejado. Él, en su trinitaria cualidad, volverá a ser Creador del

Bien que habéis destruido, Salvador del Bien que os ha quedado, Animador del Bien que ya no sabéis servir.

Venid. Yo os llevaré si os entregáis a Mí».

24 de noviembre

Isaías 41-42-43.

Dice Jesús [192]:

«Ante un Dios que encarna parte de Sí mismo [193] para salvar a sus criaturas culpables, el Universo se asombra de estupor y se postra en un silencio adorante antes de explotar en el cántico de las esferas y de los mundos, jubilantes por la Perfección que desciende a llevar al Amor al planeta cubierto de pecado.

El Vencedor, mi Hijo santo, ha venido para acosar las fuerzas del mal, para hacerlas huir y a traer el pacto de la alianza y la paz entre Dios y el hombre.

Él pasa aún entre vosotros y no deja más huella que la de su amor, huella que sólo los puros y honestos de corazón reconocen y siguen, porque la Paz atrae a los pacíficos, la Misericordia a los buenos, la Justicia a los justos, la Pureza a los puros. Él viene de nuevo, os coge de la mano y os dice: "No temáis porque he venido en vuestra ayuda".

En todas vuestras necesidades, en todas vuestras penas, en todas vuestras desventuras ¿por qué desconfiáis? Tenéis entre vosotros a Aquél cuyo deseo el Padre no sabe rechazar, porque mi Hijo ha superado todos mis deseos y le debo justa recompensa.

Si pensarais, oh cristianos, hijos de mi Hijo que os ha generado a la Gracia con su sacrificio de Hombre y de Dios, si supierais a cuál destino os ha elevado, deberíais, no digo adorarme y amarme durante toda la vida, sino amarme y adorarme cien y más vidas, si se os concediera revivir más vidas. Amadme, por tanto, con un gran amor y amad con igual medida a mi Verbo que ha venido para daros la Vida.

Aunque estuvierais muertos, volveríais a vivir si creyerais en Él; aunque fuerais tierra árida y sin vegetación, os cubriríais de verdor y de frescas aguas, porque donde pasa y permanece mi Hijo santo allí fluye a caudales la gracia del Señor y florece el lirio y la rosa, crecen palmas y olivos y, más altas que el cedro, las virtudes en el corazón del hombre.

Cuando veáis que de la tierra corrompida surge un santo como flor de un montón de paja podrida, cuando de una nada de hombre veáis surgir un atleta de Cristo, y brillar una luz allí donde estaban las tinieblas, y sonar una voz donde antes era silencio, e iluminar e instruir en nombre de Dios, alzad la mirada y el alma en busca de la potencia creadora del prodigio: la mía, que así como del lodo he sacado al hombre, así del hombre puedo extraer al santo, el portador de Dios, el tabernáculo de Dios, el arca santa sobre la que mi Gloria se reposa y desde la que mi Sabiduría habla a los espíritus.

No temáis acercaros a Nosotros que os amamos. No separéis nuestra Unidad amando Uno y no a los Otros. Nosotros nos amamos y estamos unidos por el amor. Haced los mismo.

El Hijo no debe haceros descuidar al Padre. Él no lo hace. Él os enseña a amarme y por sus labios santos ha hecho surgir la oración perfecta al Padre de los Cielos. El Hijo no debe haceros descuidar al Espíritu Santo. Él no lo hace. Como en los umbrales de la predicación os enseña a rezarme a Mí, Padre Santo, así en los umbrales de la Pasión os enseña a amar al Paráclito que será el Iluminador de la Verdad enseñada.

Sin el Padre no habríais tenido al Hijo, y sin el Hijo no podríais haber recibido el Espíritu.

[192] Pero sobre una copia mecanografiada, la escritora anota: Habla el Padre Santísimo. Todo el dictado es de Dios Padre

[193] La indivisible trinidad de Dios es reafirmada en la página siguiente

Sin el Espíritu no podríais comprender la Palabra y sin comprender la Palabra no podríais seguir, como justos, sus dictámenes y conquistar la posesión del Padre.

Como elipses de luz, las causas y los efectos van desde Dios: polo superior, a vosotros: polo inferior, y desde vosotros vuelven a subir a Dios. No podéis romper la parábola mística. No se parte la Unidad. Si se parte, con un amor deforme, ya no podéis volver a subir a la Perfección sin peligro, porque, con vuestro desorden, turbáis la estela de Caridad que arrastra consigo, como red divina, los espíritus de quienes han comprendido lo que es Dios y no aman a Dios, Espíritu perfecto, más que con un amor del que está excluido lo humano.

No escuchéis falsas voces que os dicen una doctrina distinta a la que ha traído el Hijo. ¿Y cómo pueden estos pregoneros de "verbos nuevos" decir palabras de Vida si la Vida no está en ellos, si son más falsos que las imágenes de los falsos dioses? No os hagáis dioses de ellos: es abominable hacerse creer tales y abominable creerlo. Uno sólo es Dios: Yo y Aquel que he mandado, que se encarnó por Amor. Los demás sólo son inicuos vendidos a Satanás y vendedores de vosotros a la Serpiente maldita.

Mirad al santo Hijo mío, a mi Cristo obediente como siervo, Él, el Eterno igual que Yo, por amor al Padre. Él es quien ha quitado la amargura de mi seno y ha reunido a los hijos que se habían separado de Mí. Mi espíritu está en Él, porque Yo soy uno con Él que se hace ministro del Pensamiento del Padre. Comparadlo con vuestros mentirosos "mesías" y ved cuán dulce y perfecto es mi Hijo, el Esperado por las gentes, el Salvador del mundo.

En Él, pleno de toda virtud llevada a la perfección, residen la Justicia y la Misericordia, pero porque es manso y santo no impone, no amenaza, no oprime. El Primogénito de todos vosotros, el Consagrado para siempre al Señor, habla con la voz de su amor, enseña con el ejemplo y redime con su sacrificio. Es como agua tibia que desciende de los cielos en abril para limpiar y reavivar flores y terreno, y llevar la vida allí donde los temporales arrancaron las frondas. Es como luz que desciende para mostrar el camino, y es tan plácida que no os percatáis de ella más que cuando la habéis perdido. Es como voz que llama para conducir a la Verdad, y no tiene sobre los labios duras palabras hacia las miserias del hombre.

Ha dejado el abrazo del Padre para hacerse embajador de mi Ley ante vosotros, y se ha inmolado a Sí mismo a una vida oscura y una trágica muerte, a fin de que fuera puesto un sello que ninguna fuerza puede quitar al pacto de alianza entre la humanidad y Dios: su Sangre, que está como firma espléndida al pie del tratado de perdón.

Ha utilizado su indestructible potencia de Dios, no anulada por su nuevo aspecto de hombre, no para reinar sino para haceros reinar: sobre el mal, sobre las enfermedades, sobre la muerte. Ha utilizado su Sabiduría no para aplastaros sino para elevaros. Ha hecho de Sí mismo moneda de rescate, camino, puente, para haceros superar los obstáculos que os cerraban el Cielo y conseguiros el Cielo.

Y Yo he tenido que hacer pesar sobre Él, el Inocente, la mano, porque eran infinitas vuestras culpas pasadas, presentes y futuras, e infinito debía ser el sacrificio ofrecido para anularlas. ¿Podéis 24 nov. medir esta masa de sacrificio? No, no lo podéis. Sólo Yo, que soy Dios, puedo conocerla. Sólo Yo conozco los sufrimientos de mi divina Criatura.

No miréis el suplicio material que duró pocas horas. El Verbo no sufrió sólo en aquel momento. Por los siglos de los siglos se ha mezclado la indescriptible riada de angustia de su dolor en su beatitud de Dios. Dolor por las ofensas a su Padre amadísimo, dolor por los desprecios a las luces del Paráclito, dolor por las ofensas al Verbo dado inútilmente a las gentes, dolor por las culpas futuras que habrían posado sus asquerosos pies sobre la santidad de su Yo santísimo, dolor por la inutilidad de su sacrificio para una buena parte de los vivientes.

No miréis los flagelos, las espinas, los clavos con que fue martirizada la Carne por los

ciegos de entonces. Mirad los tormentos espirituales que dais a mi Santo con vuestras resistencias a su suplicar.

¿ Quienes más sordos y ciegos que vosotros? Vosotros no tenéis rotos los tímpanos y las pupilas, sino roto el espíritu, por lo que la Ley sublime que mi Hijo vino a traeros, y que aún os trae, no penetra en vosotros, o si penetra sale en seguida, como de una criba desfondada.

Por lo que, como fruto de vuestra deformidad espiritual de la que sois autores voluntarios, tenéis las guerras atroces en las cuales, además de la vida. y las propiedades, cada vez más perdéis el amor y por eso cada vez más perdéis a Dios.

Pero no todos vosotros sois leprosos y endemoniados. Entre vosotros, raros como perlas en el seno de las ostras, están los fieles de mi Hijo y míos. A ellos digo: "Permaneced fieles a Nosotros y Yo os juro que estaré con vosotros. Sed los pregoneros de mi Verbo y los testigos de nuestra Justicia, de nuestra Misericordia, de nuestra Santidad. En esta vida nos tendréis cercanos y en la otra estaréis cerca de Nosotros y veréis las obras de la Divinidad. Cuando Aquél a quien he deferido todo juicio venga a dividir la mies de la cizaña y a bendecir los corderos maldiciendo los áspides y los carneros, vosotros estaréis a su alrededor, ruedas de luz festiva alrededor de la tremenda y real Luz de la Divinidad encarnada. Vosotros seréis el nuevo pueblo de Dios, el pueblo eterno sobre el que reinará mi bendito y santísimo Hijo, y anunciaréis las alabanzas a las estrellas y a los planetas, porque todo lo que ha sido hecho fue hecho para hacer trono a la Víctima, al Héroe, al Santo sobre quien no hay mancha y sobre quien se posa la complacencia del Padre, y a quien los astros y planetas deben, en la hora de su triunfo, hacer una alfombra de piedras preciosas para el Rey del mundo que pasa seguido por su cortejo de santos para entrar en la Jerusalén eterna, cuando hayan finalizado las vicisitudes de la creación con la destrucción de la Tierra y el Juicio de las Gentes"».

Al principio de este dictado he escrito: "Dice Jesús". Pero, como usted [194] ve, quien habla aquí es el Padre Santísimo celebrando al Hijo.

25 de noviembre

Dice Jesús:

«Todas las almas son creadas por el pensamiento del Padre que

manda a estas hijas suyas para animar los cuerpos generados en la Tierra. Pero el alma de la Purísima no salió sólo del Pensamiento del Padre.

Del vórtice de ardores que es nuestra Trinidad santa parten los tres amores que convergen en el centro, allí donde nuestra Divinidad se unifica y resplandece. Allí está el vértice del Amor fruto de los tres amores unidos, y para hacer una comparación humana, podría decir que allí está el corazón de nuestra santa Trinidad.

De ese corazón ha venido el alma de María. Como una chispa despedida de nuestra Voluntad de amor, Ella se generó de nuestros tres amores y de nuestros tres deseos de tenerla como hija, como madre, como esposa, y hemos puesto toda nuestra perfección en crearla porque Ella estaba destinada para ser la piedra del edificio del Templo verdadero, el arca del nuevo pacto, el inicio de la redención que, como todas las cosas de Dios, lleva el tres, signo simbólico del Dios Trino.

El primer tiempo de la redención es la creación -obra más específica del Padre- del alma sin mancha destinada a descender para habitar una carne que habría sido sagrario de Dios, y el amor del Hijo y del Espíritu Santo beatíficamente velaron su formación. El segundo

[194] Padre Migliorini

tiempo es cuando, por obra del Espíritu, Aquélla sin mancha, toda bella y pura, fundió su ardor de virgen enamorada de Dios con el ardor del Amor de Dios, y por obra del Espíritu generó a Cristo para las gentes. El tercer tiempo, cuando Cristo cumplió su misión de Redentor muriendo en la Cruz.

También entonces María estaba unida a la obra de Dios, y por obra del Hijo, se hizo Corredentora y Víctima con Él. Indisolublemente unida a Dios y a su voluntad, Ella está presente en cada momento de las etapas del camino de la Redención, y sin María no habrías tenido al Redentor.

La Madre es la flor completamente abierta en toda la púrpura de su vestidura real. Pero la Madre, para ser tal, no sólo tuvo que iniciarse en el capullo inviolado de la Virgen candidísima, sino en la semilla aún no nacida de la que después brotó el tallo, el capullo, la flor.

Al celebrar la fecha de la Concepción inmaculada de María, suave fruto de nuestro amor y portadora del Fruto de amor infinito, consagrado a vuestra salvación, que soy Yo, tened presente no sólo a María cual fue concebida, sino su origen -tres veces santa porque para crearla concurrieron nuestros tres amores -y su especial dignidad como iniciadora del perdón del Eterno hacia el hombre.

Aurora serena del día de la Redención, Ella vino a vosotros con su casto fulgor de Estrella matutina y de alma paradisíaca. Su cuna, que se prepara para recibirla precede en poco a la mía, y su sonrisa os enseña el Gloria para cantar al Eterno que, en su Caridad perfectísima, ha cumplido por vosotros los dos amorosos prodigios de la Concepción inmaculada de María y de mi Encarnación».

26 de noviembre

Dice Jesús:

«Hagamos una pausa al comentario de Isaías. Estás tan cansada, amiga mía, y tan sufriente que necesitas un consuelo y no un sobrepeso. Mis palabras, por otra parte, no desentonan del tema que tratamos. Más bien, son como un "solo" en la epopeya profética que anuncia mi venida, mi misión, mi gloria.

Así haremos un regalo al Padre que te guía y que está deseoso de oír hablar sobre María, como un niño que tiene lejos a su madre y quiere saber sobre ella para conocerla y amarla cada vez más. Y en verdad te digo que Padre Romualdo es ciertamente un "hijo" para mi Madre y mi Madre es, en efecto, "mamá" para él.

No todos sus compañeros son semejantes a él bajo el hábito que les iguala. El corazón es lo que varía. Y el corazón lo es todo. En el suyo no hay malicia, no hay soberbia, no hay dureza, no tiene sentidos y mente a lo humano. Del mismo modo que depuso el traje de paisano, del hombre, para asumir el hábito, así se despojó de la humanidad para convertirse únicamente en siervo de su Señor, portador de Cristo, luz y voz de Dios y de la Madre mía y suya.

El suyo es un corazón de niño que gobierna una mente adulta. Y si para ser amados por Mí y conquistar el Cielo hay que saber hacerse como niños, lo mismo es para ser amados por mi Madre la cual, cuando ve un corazón que la refleja en pureza, humildad, sencillez, fe, caridad, con la misma facilidad que un niño, toma ese corazón y se lo estrecha contra el Corazón sobre el que Yo dormí.

No hay un mes en el año que no lleve como piedra preciosa en el engarce de sus días una fiesta de María. Pero diciembre es mes mariano por excelencia porque contempla las dos mayores glorias de María: la Concepción inmaculada y la Maternidad divina y virginal.

Quiero desvelarte algunas ideas sobre esta maternidad.

Nada le impedía a Dios hacer nacer a su Hijo en la ciudad de Jerusalén. Capital de Palestina, centro de la fe y del poder, a la mente humana le podría parecer que fuera la ciudad más adecuada para el nacimiento del Rey de los Judíos. Pero las previsiones de Dios difieren de las de los hombres.

Jerusalén ya no era santa. Llevaba ese nombre, pero la corrupción estaba en todos sus estratos: desde el Templo hasta la Corte, desde las tropas hasta los ciudadanos. Jerusalén ya había tenido todo cuanto había querido, y como el rico Epulón, convenía darle la respuesta de Abraham: "Recuerda que tú tuviste todos los bienes". Todos menos el único necesario porque lo rechazó: "el bien de la posesión de Dios".

Soberbia, arrogancia, avaricia, dureza, ciencia humana, riqueza, lujo y lujuria. En ella había de todo. Y su vientre se hartaba de estas comidas humanas dejando morir de hambre al pobre Lázaro de su espíritu, el cual, lleno de llagas, clamaba saciarse con el alimento de Dios, pero sólo encontraba las piedras pesadas de los preceptos farisaicos en vez de la miel de Dios.

Dios se retira de donde está todo lo que no es Él y donde nadie trata de meterle en este "todo", para hacer del todo base del trono del Señor, a quien deben someterse todas las cosas de la Tierra.

Vosotros, en cambio, hacéis de las cosas de la Tierra el cúlmen de vuestro pensamiento sobreponiéndolas a Dios. Estad atentos a que no os suceda lo que le ocurrió a Jerusalén. Ya os está sucediendo porque Dios, al que ya no buscáis, se retira dejándoos en vuestro "todo" frágil y malvado, dejándoos contando vuestras riquezas malditas, falsas, demoniacas. Una sola es la moneda que tiene valor en un tesoro. Una sola. Y vosotros no la poseéis.

El don que habría hecho grande eternamente a Jerusalén le fue quitado. Sus murallas no encerraron ni el nacimiento ni la muerte de Cristo, sino sólo el delito de su condenación, contra la que se rebelaron incluso las piedras, derrumbándose con mi muerte y cayendo obedientes a la voluntad de Dios, cuando Jerusalén fue arrasada por aquellos a cuyo poder -demasiado reverenciado en vano- habían dado, como un cordero para degollar, a Jesús de Nazaret.

Esto sucede, hijos, cuando no se respeta la medida. Nace el delito y nace la consiguiente destrucción. El error que niega a Dios, sustituyéndolo por los dioses de las pasiones humanas, hace que Dios os abandone y os quite la bendición de su permanecer entre vosotros. La idolatría hacia los hombres hace que los idolatrados se transformen en ejecutores de castigos, hasta convertirse en asesinos, porque sobre los siervos, sobre los esclavos, es lícito agitar el látigo y hacer caer el flagelo. Es lícito allí donde no está viva la Ley de Cristo. Y tanto los idólatras como los idolatrados han renegado de esta Ley, por eso dan a los siervos el pan de su cárcel: destrucción y cadenas.

Cuando, como un fruto maduro que está a punto de caer de la rama, el Hijo del Hombre estaba a punto de venir a ser Luz en el mundo, la Voluntad de Aquél, respecto del cual los emperadores más poderosos son como una pajita en una viga maestra, predispuso al César para que promulgara el Edicto.

No fue la Ciudad santa de nombre pero decaída de su santidad por su malvado querer, sino la ciudad-origen en la que aún alentaba la fe de David, mi siervo, era la que debía acoger en su perímetro el prodigio del amor.

En Nazaret, la despreciada por los Judíos, quedó encinta de Mí la Bienaventurada. En Belén, la decadente según la soberbia suposición de los Judíos, María debía posar su beso de Virgen sobre el Hijo de Dios y suyo, aparecido con el resplandor de una estrella en la gruta determinada, desde hacía siglos, para recibirlo.

Dios va a los humildes. Esto os explica el porqué los elegidos para ser los anunciadores de una gracia, conocedores de una aparición, portadores de una voluntad divina, difusores de la Palabra, son generalmente los pobres -a los ojos del mundo- sobre los que Dios se posa con su Espíritu para abrir sus ojos y sus oídos al sentido superior, que ve más allá de los confines de lo humano en las regiones de Dios.

Cuando Yo quiero, y en cuanto lo quiero, puedo. Puedo aterrar a un gigante del ateísmo o del racionalismo con un solo toque de mi querer, porque soy de la estirpe de David, que derribó a Goliat, y sobre todo soy el Poder, la Fuerza, el Deseo perfecto. Con una caricia depositada sobre quien, amoroso, me tiende el espíritu, puedo abrir, con sólo un roce del pulgar, los sentidos espirituales a la vista y al oído de las cosas sobrenaturales y hacerlo capaz de "conocer a Dios" así como una esposa conoce al esposo.

Hasta mañana, hija. Vendré para traerte a María que deja la casa de Nazaret para ir a Belén. Descansa en paz».

27 de noviembre

Dice Jesús:

«Si todas las mujeres, que no sean depravadas, conocen el éxtasis de la alegría femenina pensando en la alegría de la próxima maternidad, ¿qué éxtasis habrá alcanzado mi santa Madre cuando se acercaba su sublime maternidad?

La maternidad bien entendida es vértice del amor. Más cálido que el amor que une a los hijos de una misma cuna, más casto que el amor que une dos carnes, el amor materno, cuando es justo, es el amor completo, perfecto, y el más alto de los amores de la Tierra.

Pero María no sólo era la criatura que ama a la criatura que se forma en ella y que es el fruto de un doble amor de criaturas. María amaba a Dios en su hijo, venido a Ella con su Voluntad, con su Amor, con su Obediencia, para hacerse carne de su carne.

Miraba a su vientre inviolado y lo veía sagrario del Dios vivo. Sentía latir otro corazón y sabía que era el Corazón de un Dios hecho carne. Anticipaba con su deseo el momento de hacer de sus brazos mi altar para la primera ofrenda de la Hostia de perdón. Y se juraba a sí misma amarme como sólo Ella, sin peso de culpa, podía amarme para reparar por adelantado lo que ya hacía lagrimar su ojo y sangrar su corazón: las torturas de mi misión de Redentor.

Si es costumbre de los piadosos el realizar un retiro espiritual en la vigilia de un acontecimiento importante para ellos, para poder conocer la Voluntad del Señor y ser dignos de su bendición sobre la obra que está a punto de comenzar, bien podéis comprender cómo esta Criatura, ya perfecta en la oración, se haya ceñido con místicos velos para aislarse en un retiro espiritual cada vez más creciente cuanto más cercano estaba el cumplimiento del acontecimiento.

El viaje de Nazaret a Belén fue realizado por María como si estuviese rodeada por una mística clausura abierta sólo hacia el Cielo, que se acercaba cada vez más para estar sobre Ella con todos sus resplandores, sus cortejos angélicos, sus armonías celestiales, como el velo de un baldaquino real bordado con joyas.

Ya estaba en éxtasis. Y la multitud, que veía pasar a un hombre silencioso conduciendo las riendas de un borriquito cabalgado por una joven absorta en su pensamiento interior, se apartaba porque parecía que una luz emanase de ese grupo y detrás de él quedase un perfume celestial. Y la gente no sabía explicar el porqué los más pobres de entre ellos parecieran reyes ante los cuales las multitudes se dividen obsequiosas como olas del mar surcadas por nave majestuosa.

Era la Estrella del Mar quien pasaba, era la nave portadora de la Paz que pasaba entre la guerra del mundo, era la Vencedora que pasaba por donde se había arrastrado Satanás para limpiar el camino al Verbo que venía para reunir el Cielo con la Tierra.

Pálida y mansa iba al encuentro del Amor, y no sólo como un abrazo de fuego espiritual, sino calidez de carne verdadera que era de mujer pero que era Dios, y cuando José rompía ese éxtasis penetrando respetuoso como si atravesase los umbrales de Dios, para dar a su Mujer conforto de alimento y descanso, no eran largas conversaciones, sino sólo una mirada, una palabra: "¡José!", un apretón de manos, y en José se volcaba la ola del éxtasis como de una copa colmada hasta el borde.

Las palabras estorban la atmósfera donde vive Dios. Para los justos no se necesitan palabras para persuadidos de la presencia de Dios y de los admirables efectos de su presencia en un corazón.

O se cree o no se cree. Si tenéis a Dios en vosotros creéis porque sentís a Dios, más allá de los velos de la carne, viviente en una criatura. Si no tenéis a Dios, ninguna palabra puede persuadiros de la unión de Dios con un corazón humano. La fe es la que da la capacidad de creer, y la posesión de Dios es la que da la capacidad de ver a Dios vivo en un semejante. El misterio de Dios, los por qué de Dios, no se pueden explicar con método humano. Están por encima de vuestros métodos. Sólo viviendo humildemente en lo sobrenatural podéis ver, por la rendija abierta por la Bondad, para vosotros, las relaciones espirituales y los extasiantes acercamiento s entre un alma y Dios.

Las criaturas elegidas por Dios para el éxtasis viven en una fiesta de fulgores, como centellas que danzan en un incendio, en un rugir de llamas divinas, en un fundirse de centella en llama para vivir cada vez más, encenderse y encender. Alimento que se alimenta en el Centro del Amor, ellas llevan al Amor su amor y aumentan la gloria, y de ese Amor reciben vida y gloria propias.

María tenía en sí el Fuego santísimo y era fuego. Y las leyes de la vida estaban prácticamente anuladas por este vivir de ardor. Y se anulaban cada vez más cuanto más se acercaba el incendio para transformarse en Carne recién nacida, por lo que, en el bienaventurado momento de mi aparecer en el mundo, Ella se sumió en el éxtasis, en el fulgor del Centro de Fuego del que emergió llevando en los brazos la Flor del Amor, pasando de las voces de la divina Llama a las melodías angélicas, del rutilar de la Trinidad contemplada hasta la fusión, a la visión de los coros angélicos bajados para dar a la Tierra el anuncio y la promesa de Paz, y para hacer de corona a la Madre Reina, a la Madre del Rey de los reyes, y tras haber abrazado a Dios con su espíritu arrebatado, abrazó al Hijo de Dios, su Hijo, con sus brazos que no conocían abrazo de hombre».

28 de noviembre

Dice Jesús:

«El signo característico de mi nacimiento al mundo fue la luz.

Muchas veces los hechos se caracterizan por fenómenos que vosotros nombráis y explicáis como coincidencias casuales y en cambio son los presagios, las llamadas de Dios para atraer vuestra atención, desviada tras mil cosas más o menos necesarias, sobre un hecho que marcará una época en la historia del mundo o en la vida de un individuo.

Yo era la "Luz" y la luz me precedió, me envolvió, me anunció, me condujo, y condujo a Mí a los puros de corazón.

Te he dicho [195] que parecía que una luz emanara de María mientras, en el pobre medio de los pobres, pasaba recogida por los caminos de Palestina. Otras veces te he dicho [196] que quien tiene en sí a Dios emana vibraciones de luz y de perfume no sólo espiritualmente, ya que el Tesoro interno del copón vivo que lo lleva se esparce y es perceptible a los demás. Entonces vosotros decís: "Éste tiene en sí algo que es especial. ¡Qué rostro! ¡Qué modos! De santo".

María era la Toda Santa y llevaba al Santo de los santos. Poseía por ello la perfección de la santidad humana ya de tal modo deificada de ser casi igual a la de su Dios. Poseía la Perfección divina que se había vestido de carne pidiéndole nutrirla de su sangre virgen, formarla, serle refugio por los nueve meses de su formación como hombre.

Dios se nutría de María. Dios Hombre está hecho de María, y de mi dulcísima Madre Yo he tomado las características físicas y morales de dulzura, de mansedumbre, de paciencia. El Padre me ha dejado la Perfección, pero Yo he querido asumir de la Bendita, que ha sido mi casto nido, el aspecto físico y el más precioso aspecto moral del carácter.

Siendo María la más santa de cuantas criaturas había tenido la Tierra, emanaba la santidad, no ya como una vasija cerrada de la que se filtraban moléculas de perfume, sino como astro encendido liberando éteres y rayos de potencia sobrenatural.

Si el Bautista saltó en el vientre de su madre recibiendo la onda de la Gracia que emanaba de María y fue santificado, tan potente había sido la emanación como para superar las barreras de la carne tras la cual el fruto de Zacarías y de Isabel se formaba para serme evangelizador (Evangelio quiere decir "buena noticia" y Juan dio a los hombres la "buena noticia" de mi estar entre ellos, por tanto no yerro llamándole mi evangelizador. Esto va para los desconfiados de la palabra), quienes se acercaban directamente a María no podían quedarse sin repercusión.

Dejó tras sí una estela de santidad operante y quienes se acercaron, sólo con que sus corazones no rechazaran la Gracia, se convirtieron en predestinados a la santidad. Cuando todo sea conocido por el hombre, veréis que entre los primeros seguidores del Hijo de María hay muchos de aquellos que mantuvieron alguna relación, incluso casual, con Ella, y quedaron lavados y penetrados por la Gracia que emanaba de Ella. Entonces conoceréis muchos prodigios obrados por mi Toda hermosa y Toda gracia.

María convierte ahora los corazones más duros y salva a los pecadores más obstinados, pero el ciclo de su poder no se inició el día en que -Estrella que vuelve a subir a los Cielos- Ella se elevó para descansar de nuevo sobre mi Corazón y hacer el Paraíso más hermoso para Mí, al completarlo porque ahora estaba Ella, la Madre que he amado infinitamente y a la que debo todo, como hombre, en compensación de todo cuanto he recibido de Ella. La santificación de las gentes a través de María se inició en el momento en que el Espíritu la hizo Madre y el Hijo de Dios tomó carne en su beatísimo vientre.

Pleno de esta emanación hasta el punto de ser casi semejante a la Llena de gracia, era José. Lágrimas benditas le fluían al Justo por la alegría que le inundaba, mística alegría de con templador que está inclinado sobre un milagro de manifestación de Dios. Adoración y silencio fueron las características de José santo. Respeto venerante hacia la Beata de la que era el protector natural. Y amor.

El primer amor casto de cónyuge, el amor cual debía ser el de los hombres según el pensamiento del Creador: amor sin el aguijón del sentido y sin el fango de la malicia. Un amor natural y angélico al mismo tiempo porque en el alma de Adán y de sus hijos, según el pensamiento creador, debía existir la pureza angélica del espíritu mezclada con la ternura

---

[195] En el dictado del 27 de noviembre

[196] Por ejemplo, en los dictados del 10 de junio y del 30 de septiembre

humana, y como una flor que se abre sin pecado desde el tallo que la lleva así debía, sin corrosión de concupiscencia, surgir el amor entre los cónyuges y dar hijos a los tálamos castos.

Ser castos no quiere decir prohibir la unión. Quiere decir realizarla pensando en Dios que hace de dos animales racionales dos creadores menores y, como Dios creó sin poner pensamiento de malicia en el macho y la hembra y no puso en sus pupilas luz de carne para desvelar la carne a los inocentes, así los cónyuges deberían hacer del matrimonio una santa creación dichosa de nacimientos, pero no ensuciada de concupiscencia.

El cónyuge honesto y santamente amoroso trata de hacerse semejante al otro cónyuge, porque quien ama tiende a semejarse a la criatura amada, por lo que el matrimonio bien entendido es elevación mutua, porque no hay nadie que sea completamente perverso y basta con que cada uno mejore un punto, tomando como ejemplo lo bueno del otro para subir, en mutua emulación, la escala de la santidad. Como una planta de la que brota una rama más alta que la anterior y sube hacia el azul, así es la santidad conyugal e individual. Hoy es una virtud. Mañana de esta virtud brota otra cada vez más alta, y de las virtudes humanas de apoyo mutuo se sube a las cimas del heroísmo sobrenatural.

José, cónyuge santo y casto de la Santa y Casta, como un niño junto a la maestra, aprendía día a día la ciencia de ser semejante a Dios y, porque en su corazón de justo nada obstaculizaba a la Gracia, día tras día se parecía más a su Maestra amada, semejándose así a Dios de quien María era la copia más perfecta.

En la noche santa, lo que sacudió a José, orante con fuerza tal de rodearse de una mística barrera que aislaba a su alma del exterior, fue la luz.

En la gruta, antes apenas iluminada por un fueguecillo de ramos secos que ya languidecía por falta de alimento, se había difundido una luz sosegada que aumentaba gradualmente como el resplandor de la luna que, antes cubierta de nubes, se libera y desciende claro para platear la Tierra.

En la luminosidad estaba María, aún arrodillada -porque Yo nací mientras que Ella oraba- pero apoyada sobre sus talones. Era María que con lágrimas y sonrisas besaba mi Carne de niño.

Tampoco entonces muchas palabras: la de siempre: "¡José!", y la presentación a él del Fruto de sus santas entrañas.

La Familia era la primera redimida por Dios. Reconstruida como el Eterno la había pensado. Dos que se aman santamente y que santamente se encuentran inclinados sobre un recién nacido y en el beso que se intercambian sobre esa cuna no hay sabor de lujuria, sino gratitud mutua y mutua promesa de amarse con un amor mutuo que ayuda y conforta.

Cuando entraron los primeros pastores, encontraron aún a los dos Santos así unidos en el amor y la adoración y José, hombre maduro, parecía el padre de la Virgen y del Niño, tanto se apreciaba en su aspecto esa ternura exenta de carnalidad que, desgraciadamente, sólo se ve en el ojo de un padre.

Ya estaba la Luz en la Tierra, y desde los Cielos abiertos la luz descendía a oleadas de ángeles anulando con su esplendor paradisíaco la luminosidad de los astros en la noche serena. No fue percibida por los doctos, los ricos, los saciados de placeres, pero fue lucero del alba para los humildes trabajadores que cumplían su deber.

Siempre es sagrado el deber, sea el que sea. El deber del rey que firma los decretos no es más alto que el del labrador que ara la tierra o del pastor que vela el rebaño. Es el Deber. Es la Voluntad de Dios. Por ello es siempre noble. Por ello consigue el mismo premio o el mismo castigo sobrenatural. Y no será el tener corona o vara de pastor lo que os salvará del castigo o lo que os negará el premio. A quien hace el propio deber, cumpliendo así la

Voluntad Santísima, Dios se le manifiesta y lo toma como testimonio de sus prodigios.

Y Dios fue manifestado a los pastores y los pastores fueron los llamados para testimoniar los prodigios de Dios. En la luz que ya se había hecho fulgurante porque todo el Cielo estaba sobre y en la gruta, el Emmanuel fue visible a los segundos redimidos de la Tierra: a los trabajadores. Porque Dios ha venido para santificar el trabajo después de a la Familia. El trabajo, dado al hombre como una maldición tras la culpa de Adán, se convertía en bendición desde el momento en el que el Hijo de Dios quiso convertirse en trabajador entre los hombres.

La Luz había venido al mundo. Y para contenerla no bastaba ni el miserable portal ni el campo limitado de Belén. La Luz se derramó de oriente a occidente, del mediodía al sur. Al aparecer no habló a los libertinos, resplandeciendo no pronunció palabras para los vividores. Habló a quienes, puros de corazón y anhelantes de la Verdad, humillaban su mente cultísima a los pies de Dios y se sentían átomos ante su Santidad.

La Luz se mostró a los poderosos que hacían de su potencia instrumento de conquistas espirituales, y los llamó, para que la adoraran, con un destello que colmó los cuatro puntos del firmamento. A los poderosos, porque Dios ha venido para santificar a los Poderosos después de los Trabajadores y la Familia, y con los poderosos la Ciencia. Pero Dios no se manifiesta ni cubre de bendiciones a los potentes malvados ni a los científicos ateos, sino a quienes hacen del don de la potencia y de la ciencia un medio de elevación sobrenatural, no de abuso o negación.

Dios es Rey también de los reyes y Dios es Maestro también de los maestros. La Luz encontró muchos maestros en la tierra, pero sólo se hizo llamada para los maestros deseosos de Dios. Siempre es así. La Gracia obra allí donde existe el deseo de poseerla, y obra tanto más, hasta convertirse en Palabra y Presencia, cuanto más vivo es el deseo de la posesión y del ser poseídos.

Ante el Rey de los reyes, guiados por lo único que es digno de ser huella de Dios: la luz, vinieron desde las regiones más remotas los poderosos, primer peldaño de los innumerables que, por los siglos de los siglos, habrían emprendido la mística marcha para ir hacia Dios. No fue a los potentes de Palestina, ni a quienes se creían depositarios de los secretos y de los decretos de Dios -y tales decretos y secretos se habían vuelto incomprensibles para ellos porque carecían de santidad, y los signos del Cielo y las palabras del Libro eran simples meteoritos y simples palabras ya sin significado sobrenatural-, sino a los lejanos.

Había venido como Luz en el mundo. Luz para el mundo. Luz al mundo. Llamaba a todo el mundo a la Luz. A todo el mundo.

Y lo llamo. Lo llamo desde hace veinte siglos, sin descanso. No dejo de hacer resplandecer mi Luz sobre vuestras tinieblas. Si supierais alzaros por encima de la barrera de neblina que habéis esparcido sobre el mundo, veríais el Sol divino siempre relumbrante y benigno sobre los hombres, sobre todos los hombres.

No hay que asombrarse si ya os preceden los que están más lejanos de la Roma católica. Gaspar, Melchor, Baltasar, desde tres puntos de la Tierra, sobre el paciente lomo de los camellos, vinieron a la Luz del mundo no vista por los compatriotas del Hijo de María. Africanos, asiáticos, australes, vienen a la Cruz que vosotros habéis rechazado. Y os adelantarán. En el último día, cuando el tiempo y los hombres sean iluminados en todo punto y lugar, se verá la ingrata laguna dejada por vosotros, católicos desde hace siglos, mientras que los demás: idólatras y heréticos, fascinados por Cristo, Señor Santo, habrán afluido con sus almas virginizadas por la Gracia.

¡Cuántos movimientos tenebrosos hay en el mundo civil! Es vuestra vergüenza y vuestro castigo. Nunca hubierais debido y nunca deberíais permitir que la Luz, que os fue dada por

los primeros, fuera rechazada y renegada por vosotros. Las tinieblas os matan y no las queréis abandonar. De ellas proceden, como los odiosos animales de la noche, todos los males que os atormentan y se nutren de vuestra sangre, de vuestro tormento.

Ya no me queréis. Ya no me comprendéis. Ya no me conocéis. Ni siquiera ya me conocen los de "mi casa". Y Yo a duras penas les conozco, de tanto como los han embrutecido las muchas enfermedades de la carne y de la mente.

Pero, en este primer domingo de Adviento que anuncia la venida de la Luz al mundo, Yo os ruego, oh hijos, que si ya no os atrevéis a mirarme como Redentor y Juez, porque a vuestra alma envilecida le produce miedo el Dolor y terror la Justicia, miradme, pequeño niño sobre el seno de María. Un niño sólo puede tener caricias y sonrisas. Y esto tengo para vosotros.

Piedad de mi desnudez y de mi pobreza. No de vestidos y de dinero, sino de amor. De vuestro amor. No quiero oro ni incienso. Sólo quiero vuestro amor. Lo quiero porque amarme y conocerme es Vida y Verdad. Como María me ha generado por obra del Amor, así Yo os quiero generar por medio del amor. El mío es vivo y activo, pero es necesario también el vuestro.

Venid a Mí y acogedme. Abriré en vosotros torrentes de Luz y de Gracia y os haré llegar a ser hijos de Dios como soy Yo. Benditos quienes acogen mi Luz. Yo estaré en ellos. Habitaré en ellos, en su espíritu. Porque el Verbo no necesita moradas de arcilla, sino moradas vivas: Él quiere los espíritus de los hombres como vivienda.

La gloria de Dios se ha desvelado a quienes me acogen, porque donde estoy Yo están conmigo el Padre y el Espíritu, y la gloria del Señor se desvela plena y reconfortante para ellos, y la Gracia es su vida, y como el sol desde lo alto del cielo, la Paternidad, la Hermandad, la Caridad divina están sobre ellos anticipándoles la bienaventuranza.

María, en su luminosidad extática, me ofrece a vuestro amor. Inclinad la frente ante el Amor hecho carne. Él ha dejado los Cielos para llevaros a los Cielos. Ha venido en la guerra para traeros la Paz».

Desde hace tres días se han abierto para mi alma los ríos del éxtasis, y gozo de la visión además de la palabra. Tengo el alma hecha candor y luz, porque están en mí el candor de la Madre Virgen y la Luz.

Gloria a Dios por su bondad que concede a su sierva el ver lo que han visto los ángeles y que inunda mi alma de su Paz.

La radio transmite en este momento el “Agnus Dei" de la misa dominical. Pero yo he visto al Cordero recién nacido durmiendo en el seno del Candor... y es más hermoso que la música más bella...

29 de noviembre

Daniel 9, 20-27.

Dice Jesús:

«Siempre, desde el comienzo de la oración, la gracia del Señor desciende sobre vosotros. Hablo de la oración santa, no de la necia petición de cosas inútiles, o reprobadas por Dios y por la recta moral. El Eterno, que vela por vosotros desde los Cielos no tiene corazón duro como el vuestro, que sois duros para con los hermanos e ingratos para con Dios. Él se inclina enseguida sobre vosotros, cuando con corazón, humilde, amoroso y confiado, cuando con sacrificio y constancia, pedís piedad a Dios.

Pan y consuelo, ciencia y guía os da Dios cuando os dirigís a Él. y si no se os satisface

siempre, no penséis que quedaréis sin respuesta en vuestro orar. Por alguna cosa, negada por una Inteligencia que todo conoce, vosotros recibís otros dones que no siempre apreciáis en seguida y que no agradecéis inmediatamente. Pero antes o después debéis reconocer esta Bondad inteligente que os cuida. Y si aquí no la conocéis, ciertamente será más allá de la vida terrena donde sabréis cuán grande y bueno fue para vosotros el Señor.

A Daniel que aún oraba -y su oración también podríais recitarla ahora- le habló mi ángel.

El Consolador, que es también el Anunciador, nunca está al margen de cuanto a Mí se refiere. Mensajero de Dios, espíritu obediente y amoroso, fue siempre su gozo el llevar la voluntad de Dios a los hombres y consolar a los que sufren. No dejó raudo el Cielo sólo para el anuncio beato, para consolar a José, para confortar mi tremenda agonía. Ya había ido a los profetas a llevar la palabra y a desvelar el futuro que me concernía como Mesías. Espíritu inflamado de amor aletea cerca de los deseosos de Dios y lleva los suspiros de los amantes a Dios y las luces de Dios a sus amantes.

Uno sólo podía quitar las transgresiones, el pecado y la injusticia de la Tierra, que era merecedor a de un nuevo diluvio y sólo fue inundada y limpiada por una Sangre divina e inocente. Yo, verdadero Dios hecho carne por vosotros. Corrupción, pecado, injusticia y guerra entre el hombre y Dios, habrían finalizado cuando, si bien no por la unción real, sino por unción fúnebre, hubiera sido ungido el Santo de los santos, el Inocente matado por amor hacia los hombres.

Suspiro de los Patriarcas y de todo el pueblo de Dios, el Mesías debía surgir para crear la nueva Jerusalén que no muere para siempre. La Iglesia que vive y vivirá hasta el fin de los siglos y que continuará viviendo en sus santos tras el día de esta Tierra. Y a Daniel se le da a conocer el número de los días que separaban a los vivientes del tiempo del Señor y las consecuencias de la iniquidad del pueblo que responde al prodigio de Dios con una condenación.

La condenación de Cristo señala la condenación del pueblo.

Un delito atrae siempre un castigo. Y dado que ningún delito es mayor que el de ensañarse con los inocentes y calumniar a los no culpables, ¿qué castigo podía reservarse para quien había matado al Inocente, que no fuera la destrucción total del lugar donde se había instalado la ignominia?

Los sacrificios ya son inútiles cuando se ha superado la medida. Dios es longánime, pero no es injusto. Y perdonar la obstinación en el pecar después de haber dado todos los medios para conocer el error, salir de él y volver a Dios, hubiera sido una injusticia por parte de Dios hacia los justos y hacia quienes han torturado los malvados.

Las setenta y dos semanas podrían ser, entonces, también de siglos, y al finalizarse éstas, oh hija, llegar la desolación sobre la Tierra y el abomino allí donde todo debería ser santo. Ya os habéis encaminado.

Demasiada resquebrajadura de ciencia humana corroe, como una caries, el corazón de mis ministros que no saben ser de Dios sino del mundo, y que absorben el espíritu del mundo y dan al mundo su aliento que ya no es de Cielo. Es el gran dolor de Cristo. Demasiadas regiones sin iglesias. Demasiadas iglesias sin sacerdotes. Demasiados fieles sin guía. Demasiados corazones sin amor.

Si Gabriel viniera de nuevo muy difícilmente encontraría corazones que supieran orar como Daniel y que acogiesen su palabra sin fraccionarla hasta destruirla para estudiarla y lograr negarla. ¿Y no es esto ya una abominación en la casa de Dios, allí, donde al menos sus ministros, al menos ellos, deberían ser luz de las gentes?

Estáis matando a Cristo por segunda vez. Lo matáis en vuestro espíritu. Y dentro de poco ya no seréis su pueblo, sino una tribu de idólatras. Por eso, no os quejéis de que el Cielo se

haya cerrado sobre vuestro fermento de abominación.

En verdad os digo que, si no os convertís al Señor Dios vuestro, la desolación durará hasta el final».

30 de noviembre

Miqueas 5, 1-5.

Dice Jesús [197]:

«Te fue dicha [198] la razón por la que Belén fue la predestinada de entre todas las ciudades de Judá para ser la que habría recibido al Salvador. Fue grande, no tanto por la muerte de Raquel y por el cetro que le correspondió con la estirpe de Judá [199], sino por haber acogido al verdadero Rey a quien mirarán todas las gentes, con ilimitado amor o con odio igualmente sin fin, hasta el final de los tiempos.

El Esperado de las gentes, cuyo cetro es una cruz, cuya ley son el amor y el perdón, cuya obra es la redención, allí donde Raquel había muerto dando a luz al hijo de su dolor y dando a Jacob el hijo tan querido como su mano derecha para un hombre, debía venir a la luz de Aquélla, mucho mayor que Raquel en los méritos y en el dolor, que fue hecha madre no por obra carnal sino por obra del Espíritu Santo, y dio a luz a su Unigénito por voluntad del Eterno y contra su pensamiento humano.

A la Virgen que no pensaba conocer nunca la maternidad se le dio el Hijo. El pan de la obediencia fue partido por María antes de que fuera partido por Jesús, quien, como el Padre, no fuerza a los suyos para que le obedezcan, sino que les pide adhesión de amor para darse a ellos. María, pues, dio a luz al Mesías, el Dueño del mundo, que permanecerá en su tierra (Palestina) hasta que la tierra culpable no lo arroje fuera de su seno, tiñendo sus vestiduras no ya con la sangre de la uva, sino con la Sangre divina.

Después, el Hijo del hombre volverá a subir al Cielo saliendo del sepulcro como una piedra lanzada con un arco. Pero ¡ay de aquel lugar que lo haya rechazado, y ay de aquellos corazones homicidas! Serán desolados y pasarán a la historia, a lo largo de los siglos, con nombre de deicidio, por todas las desolaciones infligidas al Santo.

Generado como Hijo de Dios desde los días de la eternidad, generado como hijo del hombre desde el tiempo marcado por Dios, El dominará no con vestidura y corona de dominio humano. Y aunque no ha reinado en la tierra de Judá y aunque la tierra de Judá lo trató como un malhechor, su reino, Yo os lo juro, vendrá también sobre ella.

A su derecha reuniré a todas las estirpes, porque a todas ha redimido mi Hijo, escogiendo de ellas a quienes tienen en sí sed de Verdad. Rey cuyo reino no tendrá fin, dominará sobre la eternidad y sobre todo cuanto existe, que Yo lo he puesto como escabel a sus pies atravesados, con su fuerza de amor.

Y bienaventurados aquellos que se conviertan a su amor o que permanezcan fieles a Él hasta el final. Éstos heredarán junto a Él la Tierra, y la Paz de la que es el Hacedor será su herencia por los siglos de los siglos».

También aquí me doy cuenta, leyendo lo escrito, de que habla Nuestro Padre.

Son las 9 de la mañana. El otro fragmento, el del 29, lo he escrito por la tarde, entre sufrimientos atroces que me estaban torturando todo el día hasta culminar en una crisis de asfixia a las 18 h.

---

[197] Pero, como anota la escritora al final del dictado, son palabras del Eterno Padre

[198] En el dictado del 26 de noviembre

[199] En el original italiano, Judá es una palabra poco legible, superpuesta a otra palabra que parece David

Desde las primeras horas de la noche Jesús me tenía en su poder, desde que me había dicho: "Busca el punto de las 70 semanas". Y le aseguro que durante el día había sufrido también por esto. Estaba como absorta. Los demás también se dieron cuenta. Y no veía el momento de que se hiciera de noche, porque sentía que Jesús me esperaba a aquella hora para hablar. Pero estaba tan cansada que le confieso, como en confesión, que he escrito sólo por la fuerza que Jesús me daba palabra por palabra. Dormía de pie. Se me cerraban los ojos. Apenas hube terminado, cerré el cuaderno sin ocuparme de más, y sólo esta mañana he entendido el sentido de cuanto había escrito mecánicamente.

¡Buen Jesús! ¡Qué secretaria atontada debo haber sido! Pero si Él está contento...

Pero fíjese también usted: no hay tachaduras ni omisión de palabras, excepto una en la segunda y una en la tercera página y en la cuarta. Signo de que, si todo estaba extenuado, hasta el espíritu, al punto de no gozar de las palabras de Jesús, su fuerza guiaba mi mano.

1 de diciembre

Dice María:

«Desde que he llevado en mí al Hijo he visto las cosas con otros ojos. En el aire que me rodeaba, en el sol que me calentaba, en el rayo de luna que descendía a mi habitación para hacerme compañía en mis meditaciones nocturnas, en el brillar de las estrellas, en las flores del pequeño huerto o de los campos de Nazaret, en el agua que cantaba en la fuente construida por José para evitarme la fatiga física y moral de salir de mi soledad casi habitual, en los pequeños corderillos con voz de niño, yo veía a mi Señor, al Padre de mi Hijo, al Esposo de mi espíritu virginal, sobre todo veía a mi Niño para quien todo ha sido hecho. Sus ojos estaban abiertos en mí y yo veía con los ojos de mi Dios que era mi Criatura.

Las virtudes aumentaban su potencia en mí como el flujo de una marea que está subiendo, y cuanto más crecía mi Criatura tanto más penetraba a su Madre su Perfección infinita, como si la potencia de sus santas carnes, que habría exhalado posteriormente durante los tres años de su ministerio, fluyese con rayos de éter para renovarme completamente.

¡Oh! ¡hija! Dios en su bondad ha hecho que se me saludase: "Llena de gracia". Pero la plenitud estuvo en mí cuando fui una con mi Hijo. Mi alma era entonces la que, una con Dios, recibía de Él la abundancia de las virtudes.

La Caridad fue la sobresaliente de aquel momento. Si antes amaba, después superé el amor de la criatura, porque amé con el corazón de la Madre de Dios. Ardí. El incendio es un velo de escarcha sobre un campo de invierno en comparación con el ardor que había en mí. Vi a las criaturas no ya con pensamiento de mujer, sino con mente de Esposa del Altísimo y de Madre del Redentor. Aquellas criaturas eran mías.

Mi maternidad espiritual comenzó entonces porque, no, no fue necesario que Simeón hablara para conocer mi destino. Yo lo sabía porque poseía en mí a la Sabiduría. Ésta se hacía carne en mí y sus palabras corrían como sangre por mi ser y afluían al corazón donde yo las custodiaba. La futura vida de mi Hijo no tuvo secretos para su Madre que lo llevaba. Y si eso era una tortura, porque era Mujer, también era bienaventuranza similar a la de mi Criatura, porque hacer la Voluntad de Dios y redimir para que los que están separados de Dios puedan volver a unirse a Él, y obtener la anulación de la culpa y el aumento de la gloria del Padre, es lo que hace la felicidad de los verdaderos hijos de Dios. Los orígenes de esta estirpe somos mi dulce Jesús y yo, su Madre, por bondad del Padre.

Cuando se ama realmente no se vive para sí sino para los demás. Cuando se posee a Dios se ama perfectamente, y cualquier otra perfección viene tras la Caridad. También se

perfeccionan los sentidos humanos, por lo que todo cuanto está a nuestro alrededor adquiere luz, voz, color distinto y, sobre todo, lleva un signo que sólo ven los poseedores de Dios: el suyo, santo e inefable; y no es necesario pronunciar palabras para orar, porque basta con que nuestro ojo se pose sobre las cosas creadas para que nuestro corazón se alce en la oración más elevada que es la fusión con el Creador.

Cantemos entonces el Magnificat por todas las cosas que el Señor ha hecho por nosotros, porque, María, cuando nos damos a Dios, Dios nos hace reinas y nos reserva su dominio, por lo que hasta la más humilde puede decir: "¡Mi alma engrandece a su Señor, que ha mirado a su sierva por quien ha hecho maravillas, y de ahora en adelante mi nombre es 'bienaventurada'!"».

2 de diciembre

Ageo 1 Y 2.

Dice Jesús:

«Siempre, cuando el hombre se ha separado de Dios y de lo sobrenatural para dedicarse a su yo y a las cosas naturales, ha disminuido para sí mismo la felicidad de poseer también lo natural.

El primero que muere es el gozo sobrenatural, esa seguridad y esa paz que nos hace fuertes en las vicisitudes de la vida, porque el hombre no se siente solo, aunque esté en un desierto, aunque sobreviva en un país destruido, porque siente sobre sí y a su alrededor el amor de un Padre y la presencia de fuerzas inmateriales pero sensibles para sus sentidos espirituales. ¡Bienaventurados quienes están en este gozo! Ésos poseen las riquezas eternas.

El segundo que perece es el bienestar natural. No miréis con ojos de envidia a quien, aunque viviente en oprobio a Dios, os parezca que tenga su plato lleno. No sabéis cuales y cuantas otras cosas falten en su casa, ni cuanto le durará lleno ese plato.
En todo caso sabed que, cuanto más crece el bienestar actual
para el rebelde ante Dios, tanto más aumenta el rigor de su más allá. Los Epulones no estarán en el seno de Abraham, sino los Lázaros que tienen el corazón rico de obras santas y de obediencia a la santa Voluntad.

Los rebeldes, y también los que no se acuerdan del Señor, viven afanándose en aumentar bolsa y granero, casas y poderes, cargos y honores. ¡Oh ilusos infelices, que cuanto más se fatigan para saciarse más les roe el germen del pecado, como hace un roedor en un saco de trigo que va siempre menguando aunque vuelva a llenarse, porque el castigo de Dios está sobre su obra!

¿ Qué tenéis hoy que habéis convertido el presente, que muere, en finalidad de vuestro vivir y ya no tenéis los ojos del espíritu para ver a Dios ni el latido del espíritu para pensar en Dios? ¿Han triunfado vuestras empresas? ¿Han aumentado vuestras riquezas? ¿Ha crecido vuestra felicidad? No. Éstas, como la llamarada de un henil, han tenido un rápido flamear que sedujo a los simples (no de espíritu) pero que duró lo que dura un fuego de paja y pereció dejando un poco de ceniza que el viento dispersaba y volvía amarga para el paladar y hostil a la vista. Vuestro aparente triunfo se os deshace en derrota y dolor y os ha envuelto a vosotros y a quienes habéis seducido.

Volved a Dios. Lo digo una vez más. Sobre los intereses particulares, e incluso nacionales, hay un interés más elevado: el de Dios. y éste debería tener preferencia siempre. Si ocurriera así, no caeríais en los errores y en los delitos, sean individuales o nacionales, en los que caéis, porque el interés de Dios no está hecho de cosas malvadas sino santas. Y donde está

la santidad no hay error y delito.

Y no sólo esto, sino que obrando así como hacéis, empujáis a Dios a castigaros en vuestros campos, en vuestros rebaños, dándoos hambre y sequía, e impedís que desde los Cielos se efunda un rocío mucho más vivificador que el rocío de la noche que cubre de perlas los brotes de los campos y hace crecer las mieses y el heno. Vosotros impedís que se os dé el rocío de la gracia en los corazones. Cristo no puede obrar en vosotros.

Es inútil decir: "Que los cielos envíen al Justo a la tierra". Él ya descendió una vez, pero vosotros habéis permanecido, y os habéis vuelto cada vez más, tierras estériles y áridos adoquines. Estáis cerrados en vuestros espíritus ceñidos por carne y sangre, matados por la carne y la sangre, y el Salvador no puede entrar para salvaros.

Y sin embargo vendré. Vendré incansablemente a tocar, individualmente, a las puertas de los corazones, y donde encuentre quien me abre entraré para convertirlo en morada de paz. Vendré, porque aún soy el Deseado por los justos de la Tierra y por los santos de la Tierra, vendré para asumir mi Reino para mi segunda venida y para mi triunfo final.

Atraeré hacia Mí al mundo de los vivientes en el espíritu y en Mí convergerán razas y naciones para ver mi gloria que se corona con una cruz. Fluirá la Paz, porque soy el Señor de la paz, fluirá como un río de leche sobre el mundo para volverlo virgen con el candor tras tanta sangre que, desde todos los continentes, grita a Dios su dolor de haber sido extraída de las venas por mano de los hermanos.

He lavado con mi Sangre la sangre de esta Tierra, desde Abel hasta el día de mi muerte. Pero después, el delito del odio humano, que es furor satánico, ha ensuciado de nuevo la Tierra, y no hay terrón de vuestro planeta que no haya conocido el sabor de la sangre. Desde estos terrones empapados de sangre humana sube una miasma que os hace cada vez más feroces. Sólo mi poder puede purificar lo que os rodea y cuanto tenéis en vuestro interior. Y cuando llegue la hora vendré para limpiaros del odio humano a vosotros y a la Tierra, para que con sus vivientes sea presentable a Dios.

La última lucha será de odio puramente satánico y entonces sólo odiarán Satanás y sus hijos. Ahora odiáis todos. Incluso los santos de entre vosotros odian, más o menos, al enemigo y al vecino. Y esto agiliza las obras de Satanás y obstaculiza las obras de Dios en los individuos o en las naciones.

No tengáis movimiento de rencor o de desprecio, vosotros que sois los más queridos para Mí, al menos vosotros. He muerto por todos, recordadlo. Italianos, franceses, ingleses, españoles, alemanes o rumanos, están igualmente teñidos por mi Sangre. Con mi Sangre os he unido a todos al cepo de la Vid divina. Entonces ¿por qué odiaros? Ni las divisiones de raza, ni las divisiones de cultos justifican vuestro rencor.

Sólo Yo soy el juez. Quien se enfurece con un semejante en nombre de la Fe o de la Patria es contrario a la Caridad y por ello a Dios. No maldeciré a los enviados a combatir porque he enseñado la obediencia a la autoridad. Pero mi anatema ya está pronunciado, y colmará de estruendo el firmamento en el día del Juicio, por aquellos que, bajo un fingido manto de patriotismo y de defensa de la Fe, se arrogan el derecho de saquear y asesinar para servirse a sí mismos.

No agitéis un estandarte en el que no creéis. No pronunciéis defensa de lo que despreciáis en el corazón. No digáis: "Soy el defensor de Dios y de la Patria, de la causa de Dios y de la Patria". Mentís. Vosotros sois los primeros que atentáis a ésta ya Aquél y que perjudicáis no a Dios, superior a vuestros atentados, sino a la Patria. Comenzad a defender a Dios en vosotros y a la Patria en vosotros, y no cambiéis la Fe y la Patria por un plato de lentejas o por treinta malditas monedas.

Destructores y mentirosos. Adúlteros de la Fe y de la Patria. Escarnecedores de la

doctrina y de vuestra mente, porque decís una cosa y hacéis otra, porque sabéis que lo que hacéis está mal, y de todas formas lo hacéis, porque adherís a una idea o a la Fe y después la traicionáis por un amor bajo, porque os mentís a vosotros y a los demás, porque destruís lo que otros han cultivado para dároslo en herencia.

¡Oh crueles, que también destruís la obra de Dios y matáis el templo de vuestro cuerpo, en el que hay un alma muerta, y el templo de Dios, porque en las iglesias son muy escasos los fieles y los ministros "vivos"!

¿Para qué sirven vuestros ritos hechos con el alma muerta? ¿No recordáis que a Dios se le ofrendan hostias vivas, perfectas y primeras? ¿Y vosotros le ofrendáis los restos, los estropeados, los muertos? Muertos porque matáis lo que tocáis con el alma muerta, estropeados porque deformáis lo que dais a Dios con el alma enferma, restos porque le reserváis a Él lo que os queda después de haberos enriquecido para vuestro gozar.

Volved a Dios. Volved a Cristo. Sacerdotes, volved para convertiros en "sacerdotes". Necesitáis su consagración, el óleo que destila del Sacerdote eterno. Sois demasiados los que habéis quedado reducidos a lámparas carentes de aceite, y los fieles se pierden porque no tienen luz en las tinieblas. Llevadle a ellos la Luz. Yo soy la Luz del mundo. Pero no podéis llevarme si no me tenéis en vosotros.

Y no maltratéis a mi portavoz si os dice esto. Bendecidlo en cambio, porque os hace conocer la verdad y os da la manera de miraros entre las llagas del alma y quitaros tanto polvo que os la ensucia. Si la verdad es amarga y os disgusta, pensad que si se os dice es por vuestra culpa. Esta verdad no había que merecerla. Era mejor. Pero dado que la habéis merecido, no os soliviantéis con mi portavoz que os la dice con lágrimas. Que si Yo le he elegido para hacer esto, es porque le amo y veo en su espíritu una morada en la que soy siempre bien recibido con el respeto del súbdito al Rey y con la sencillez del niño hacia el padre.

Yo lo he dicho: "Quien me ama hace las mismas obras que Yo hago". Porque Yo vivo en mis amantes, víctimas que se aniquilan en el amor hasta morir, y en ellos obro las maravillas de mi poder».

Inmediatamente después a mí. Dice Jesús:

«Te he tomado como a un niño pequeño y te he puesto en medio de ellos porque Dios tiene preferencia en hablar a los niños. Niños de años o niños de espíritu, porque en ellos hay sencillez y pureza para acoger las revelaciones de Dios.

Pero el día en que tú quisieras hacerte "grande" y semejante a ellos, Yo dejaría de llevarte de la mano e instruirte. Los adultos no necesitan ser conducidos, a no ser que sean ciegos, ni instruidos, porque "saben" y se jactan de ello.

¿Qué saben? Dice el Predilecto que amo y que te ama como tú le amas, su pequeña hermana, que si se escribieran todos los prodigios realizados por Cristo la tierra no bastaría para contener los volúmenes. Si es grande la hipérbole, no es menos cierto que si, desde que vine al mundo hasta ahora y desde ahora hasta el fin del mundo, se tuvieran que escribir los prodigios que realizo, los libros serían tan numerosos como las estrellas en el cielo, y también es cierto que lo que saben quienes creen saberlo todo es un puño de arena comparado con la arena de la orilla.

Las luces de Dios no están agotadas y son inagotables, y no hay ni una inútil o inexacta. Por eso quienes "saben" son semianalfabetos, de los que no puedo ser Maestro, porque en su necia soberbia creen que no necesitan un maestro y se permiten juzgar la obra de Dios que toma a un niño para instruir a los sabios.

Si te fastidian con sus farisaicas críticas y reprobaciones, responde con mi respuesta:

"¿No sabéis que debo ocuparme de los intereses de mi Padre?" y no te turbes.

Antes estabas en mis brazos. Ahora te tienen también el Padre y la Madre. Estás más segura que un niño en el seno de la madre y que un pajarillo bajo el ala materna. Pero permanece "pequeña". Siempre tendrás nuestra leche para tu nutrición.

Y los ciegos de buena voluntad, poniendo su mano en tu manita, lo que no humilla porque la ayuda de un niño nunca humilla, podrán tener guía en el camino de la Vida.

Ve en paz, descansa. Te bendigo».

He escrito este primer fragmento desde la 1 hasta las 2 de la mañana. Después me había recostado para descansar. Pero pasados pocos minutos Jesús ha vuelto a hablar. Le confieso que me resistía a salir de entre las mantas ahora que comenzaba a calentarme. Pero fue talla insistencia que me decidí y, helándome de nuevo, he escrito el segundo dictado, dedicado a mí.

Ahora son las 10 de la mañana y abriendo el periódico veo el decreto sobre los hebreos. ¿No le parece que tenga que ver con la página 6! y 7! del dictado del 2? (He puesto una señal roja en el texto que me parece que sea la respuesta divina a este decreto humano) [200].

Habrá notado que ayer era feliz... La voz de María me cantaba en el corazón y me colmaba de beatitud. Habría querido comunicarle inmediatamente esta alegría. Pero no podía. Sin embargo creo que mirándome usted ha debido entender que me encontraba inmersa en un gozo nuevo.

¡Verdaderamente el Señor es demasiado bueno conmigo!

Dice María:

«No debes entristecerte demasiado pensando en cuando me amabas poco. No eres la única. Pero yo soy la Madre y entiendo y perdono. Son las lagunas de los que aún son imperfectos. No les amo menos aunque sea poco amada. Me basta con que al menos améis a mi Hijo, y tú le amabas mucho cuando todavía me amabas poco.

En mi vida de Madre de Dios te hago observar un hecho que pasa desapercibido para muchos y que también es un índice seguro de las futuras relaciones de los redimidos de mi Jesús conmigo.

Cuando los pastores vinieron a la gruta, sólo tuvieron ojos y expresiones de amor para mi Niño. José y yo éramos figuras secundarias para ellos. Depusieron sus dones y sus ternuras a los pies del humilde lecho donde Él dormía, cuando no lo hacía sobre mi seno. Ni tampoco yo me lamentaba de que no se me alabara como a la planta que había dado al mundo la Flor del Cielo. Me bastaba con que amasen a mi Criatura y que la amasen tanto. ¡Habrían sido tantos los que después la odiarían!

De los presentes en el rito siempre nuevo de una presentación en el Templo, ninguno tuvo un gesto hacia mí. Miraban a mi Tesoro y le alababan por su belleza sobrehumana. Pero a su Madre no le daban más que alabanzas humanas. Sólo los santos reconocieron lo que era, e Isabel, Simeón y Ana vieron en mí a la Madre del Salvador, dándome con este reconocimiento la alabanza más sublime. Los primeros eran "buenos", éstos tres "santos".

El Espíritu Santo obra en el corazón de los redimidos y les da luces de conocimiento sobrenatural. El Espíritu Santo ilumina el corazón de los santos para hacerles verme. Verme en la luz de Dios quiere decir amarme en verdad. Mi Hijo santísimo obra por su parte para atraeros a su amor. Yo os amo y espero orando por vosotros.

Soy la Virgen de la espera. Desde la más tierna edad he esperado al Esperado de las

---

[200] En el cuaderno autógrafo no encontramos alguna «señal roja», por eso la escritora podría haberla hecho sobre una de las copias mecanografiadas

gentes. Soy la Corredentora que espera la hora de morir al pie de la Cruz para daros la Vida. Soy la Madre que espera vuestro verdadero amor, no el culto superficial que se limita a muchas palabras. Orar no significa decir muchas oraciones. Quiere decir amar. Quiere decir hacer hablar al propio corazón.

Yo soy la Silenciosa. Nueva Eva, os enseño el silencio. Con el hablar entró en Eva la Seducción. Con mi callar entró en el mundo la Redención. Aprended de mí la virtud del silencio, porque en el silencio interior el corazón habla a Dios y Dios al corazón. Mi silencio no era el silencio inerte de un alma muerta. Al contrario, era obrar activísimo en lo espiritual.

Cuando mi Niño estuvo en mis brazos, yo, por El que no sabía hablar porque no era más que un pequeño que sólo sabía dar vagidos -mi Hijo Dios, la Voz del Padre, la Palabra del Padre habiéndose, por amor, anientado en un niño que vage con voz de corderito- yo he pronunciado por Él la ofrenda al Padre. El primer "Pater noster" lo he dicho yo en la fría gruta de Belén manteniendo alzado entre los brazos a mi Cordero venido al mundo para ser matado y para dar vida a los muertos en el alma. El "Fiat voluntas tua" lo he dicho yo, llorando; la primera. ¿Y sabes qué quiere decir para la Madre estas palabras al Eterno?

Ahora, cuando veo que por amor a mi Hijo una criatura cumple la Voluntad divina, que sobre todo es voluntad de amor, anulo su deuda hacia mí y aumento mi amor por ella. Después Jesús me la trae. Dejo a mi Jesús el cuidado de hacerme amar. Donde está Él está también el Espíritu de Dios. Y donde está el Espíritu hay Ciencia y Luz. Por tanto es inevitable que os instruyáis también en el amor hacia mí.

Cuando después llegáis a amarme, en verdad, entonces yo vengo. y mi venida siempre es alegría y salvación».

3 de diciembre

Zacarías 3.

Dice Jesús:

«Yo soy Quien ha vencido a Satanás.

Me ha producido molestias infinitas desde que llegué al mundo, desencadenando contra mí el odio del poder ciego y ávido que siempre teme que alguien le quite sus bienes de usura, arremetiendo contra mí a la clase dirigente que carecía de méritos y que se sentía reprochada por los míos. También mi palabra era reproche. Pero cuando aún no hablaba ya hería, porque la santidad es censura para los indignos. Me suscitó enemigos y traidores y empujó a la duda a mis discípulos y amigos. Me circundó en el desierto, me aplastó con sus terrores en el Getsemaní. Y no satisfecho, todavía me roba continuamente seduciendo el corazón de los hombres.

La batalla entre él y Yo no finalizará hasta que el Hombre sea juzgado en todos sus congéneres. Y la victoria final será mía y eterna. Entonces la Bestia infernal, siempre vencida y cada vez más feroz por ser vencida, me odia con odio infinito y revuelve la Tierra para herir mi Corazón. Pero Yo soy el Vencedor de Satanás. Allí donde él ensucia, Yo paso con el fuego del amor para limpiar. Y si no hubiese continuado mi obra de Maestro y Redentor con mi paciencia inagotable, ya seríais todos demonios.

He obedecido al deseo del Padre para limpiaros del mayor pecado. El mayor pecado era desobediencia al mandato de Dios. De ahí había venido la sed de poder, soberbia y concupiscencia. Las tres Furias que os tienen siempre en su poder cuando no las sabéis aniquilar con una vida vivida en Dios. Yo he reparado con mi obediencia la desobediencia inicial.

Para limpiaros de los demás pecados he tomado sobre Mí las miserables vestiduras de

iniquidad que eran vuestras vestiduras y, para quitarles la iniquidad de toda la estirpe del hombre, las he empapado con mi Sangre y las he limpiado con ella.

Después ha venido la gloria. Pero antes fue el dolor. Después ha venido el derecho a juzgar. Pero antes fue el deber de expiar. Después fui hecho fundador del nuevo Templo en el que está la fuente santísima del Espíritu de siete formas. Pero antes tuve que ser Yo la Víctima inmolada para purificar la casa de Dios.

Y ¿qué pensáis, vosotros sacerdotes a quienes pesa el leve yugo de la observancia de vuestro deber? ¿Que me resultó fácil ser Sacerdote? ¿Y quien de entre vosotros, por mucho que le opriman los afanes, es oprimido por tormentos semejantes a los míos? Pero estas almas que os confío ¿sabéis que son la parte que me he procurado con mi morir? No hagáis que se pierdan. Arrancadlas a Satanás a costa de vuestra vida como Yo las arranqué con el precio de la mía.

Para aprender sólo tenéis que estudiarme a Mí. No es necesario ser eruditos. Sed sólo buscadores de Dios, y Dios, Yo, os iluminaré».

8 horas. A mí.

Dice Jesús:

«Mi Madre te ha hablado [201] de la sombra que le envolvió como Madre de Dios. Esto no se opone a lo que dije hace algunos días [202].

Si bien todos notaban algo especial en aquella pareja que pasaba pobremente por las calles llenas de gente, como una luz y un perfume, esto no iluminaba su ceguera y no encontraba voz para su sordera de espíritu. Era un percibir semejante a quien a través de vendas opacas siente, más que ver, el fulgor del sol sobre su cabeza vendada y oye un lejano rumor que apenas le llega al tímpano como suspiro de aire roto por un sonido tan leve que ni es palabra.

Mi Madre se ha llamado la "Silenciosa". Deberían añadirse muchos atributos a sus letanías, y habría mucho que meditar sobre ellos. Virgen silenciosa, Virgen luminosa y Madre de la Luz, Ella era y es.

Con extremada resistencia ha alzado algún velo a mis evangelistas, pero sólo aquellos velos que en su ciencia sobrenatural juzgaba útiles para mi interés. Por cuanto se refiere a Ella, silencio absoluto. Lo custodiaba todo en el corazón, como ha dicho Lucas, y de su corazón saca recuerdos para sus más amados, como perlas de un cofre.

Por tanto no debe sorprender que las muchedumbres no supieran comprender, si bien fueran santificadas por el paso de mi Madre. Como Ella ha dicho, no eran santos. Más o menos buenos, tenían a Dios lejos del corazón, y donde no está Dios no hay luz.

Tampoco [203] el que Dios haya protegido a la Bendita bajo el velo de una vida aparentemente común. Dios no ama lo que aman los humanos: las celebraciones y mucho menos las autocelebraciones humanas. Se cubre de recato y envuelve en él sus dilectos. El mundo es profanador y Satanás es más astuto cuanto más vencido. Dios preserva a sus más queridos, y a Sí mismo en ellos, de las curiosidades melindrosas y de las trampas venenosas, porque tiene mucho cuidado de sus instrumentos ya que quiere el cumplimiento de su misión. Sólo a los "Santos" les da a conocer la verdad escondida.

Tampoco debe asombrar el que María, tras mi nacimiento, apareciese aún más como una común mujer: una joven madre y nada más. Como custodia de la que había salido la Hostia

---

[201] En el dictado del 2 de diciembre

[202] El 27 Y 28 de noviembre

[203] Se sobreentiende: debe sorprender

santísima, Ella era ahora la Toda Santa por sí misma, pero ya no llevaba al Santo de los Santos. Y si se piensa que el Santo de los Santos, precisamente en el momento en que rescató con eterna soberanía la Tierra con sus vivientes, sus difuntos, sus futuros, apareció a los ojos del mundo como un malhechor torturado por sus delitos, también es lógico que la Madre, desde el momento en que se convirtió en Corredentora, y por tanto rescatadora de la Tierra, apareciese como una pobre, simple mujer. .

Había pasado el tiempo luminoso de mi formarme en Ella, y el fulgor de la alegría que había colmado en la noche el corazón de María, la gruta, los Cielos, se atenuó al alba en la que comenzó a surgir el sol de la redención, sol teñido de sangre, compuesto de dolor infinito. La aurora ya encontró a María sumergida en el pensamiento del futuro tormento. Ya había sido hecha la ofrenda en mi nombre y las dos frases más cristianas de la Tierra se habían anudado, la una con la otra, formando una cadena para ahogar al Mal: "He aquí la Esclava del Señor. Señor, hágase tu voluntad".

¡Santos, benditos labios de mi Madre, que prestaste a mi nulidad de niño el sonido virginal de las palabras perfectas! Sobre su "sí" heroico, repetido cuando la maternidad lo hacía doblemente heroico, se inclinó el Cielo venerando en Ella a la Mártir Redentora. Se iniciaron los días dolorosos de María como un collar al que se aumenta una perla día tras día. Al final estuvo el Gólgota.

Es por su largo dolor por lo que Yo os digo: “Amadla". Os bendigo cuando me amáis. Pero por el amor que dais a mi Madre os preparo una morada más resplandeciente en el Cielo».

4 de diciembre
(Inmediatamente después del sopor, a las 23:30 horas)

Zacarías 6,12-15.

Dice Jesús:

«Cuando en el cielo sereno se alza el sol por la mañana, surge por el lado del oriente. De oriente os viene la luz y avanza cada vez más y crece hasta llenar el cielo de rayos y la tierra de templanza y fiesta.

¿Hay algo más grande y hermoso que el surgir del sol cada nueva mañana? Eso os habla del Supremo Ordenador de todas las cosas, cuya potencia infinita regula el curso de los astros con pensamiento de amor hacia vosotros, sus hijos, y a quien obedecen los astros, estos inmensurables gigantes del Universo, mientras que vosotros, imperceptible polvo esparcido sobre un planeta, no de los más grandes, que gira por las ilimitadas vías del universo, no consideráis vuestro deber obedecer por respeto y gratitud hacia quien os ama y es Dios.

Página que cada mañana podéis releer, sólo con que lo queráis, con los ojos del alma, la luz que vuelve bastaría para haceros meditar durante todas las horas del nuevo día sobre la Presencia, la Potencia, la Bondad de Dios, y traerme a Mí, Luz del mundo, Sol eterno, Oriente santo, a vuestra mente.

El apelativo de "Oriente" que me dieran los antiguos de Israel no es errado. Mi aparecer en el mundo es hermoso como el aparecer del astro de la mañana, y para ese mundo, como Sol, he traído la luz iniciando la jornada de Dios oscurecida en su formación por la primera culpa, jornada que tendrá su brillante atardecer en el momento final para resucitar después eterna con todos los elegidos en el Reino de Dios.

Yo soy el Oriente de Dios, aquel que lo anuncia a las gentes: generado por Él vengo bajo Él, ni, como el sol, conozco atardecer. Estoy fijo, eterno en mi Divinidad alrededor de la cual los pueblos rotan como astros que extraen de Mí vida y luz, y no soy Yo sino vosotros

quienes conocéis la oscuridad de las tinieblas porque en vosotros, no en Mí, se pone la luz, porque vosotros os separáis de la Luz, interponiendo entre vosotros y Ella las barreras y la distancia de una voluntad no acorde con Dios o de culpas cometidas contra la ley de Dios.

Venido para anunciar al Padre, Señor eterno, y para testimoniar la Santísima Existencia, he construido el nuevo templo al Señor.

Pero no el templo material de piedras y cal que los siglos y los hombres pueden deteriorar con sus asaltos de tiempo o de guerras, sino el Templo cuya piedra soy Yo: mi Iglesia que no morirá ni siquiera con el morir de la Tierra y, como nube de incienso y fragancia de flor, subirá al lugar de Dios, ya libre como una mujer liberada de todas las servidumbres para unirse con su Fundador en bodas eternas de las que serán testigos los santos. El templo no colectivo sino singular -y por ser singular no es menos santo ni eterno que el Templo de mi Iglesia- de vuestro espíritu que Yo he reedificado después de que Satanás lo había minado con la culpa, regenerándoos a la Gracia, inundándoos con mi Sangre, instruyéndoos con mi Palabra.

Ésta es mi gloria. Haber devuelto a Dios los templos vivos de vuestras almas de nuevo consagradas, y el Padre santo me reviste de esta gloria dándome poder de Juez sobre todas las criaturas que he hecho mías al precio de sacrificio sin medida.

Yo soy vuestro segundo Creador porque he vuelto a tomar a los creados por mi Padre, vueltos cadáveres por la culpa, y les he infundido la vida, no con un soplo del aliento de Dios como a Adán -arcilla modelada que sólo el aliento efundido por Dios convirtió en carne y alma- sino con mi morir. Me he despojado de la vida para daros la Vida. Me he despojado de la veste de Dios para ceñirme veste de hombre y también ésta la he perdido por vosotros después de haber conocido todo el horror de la vida: dolores, hambre, traiciones, torturas, cansancios, agonías, muerte.

¡Oh! Redención del hombre, reparación y obsequio hecho a mi Santísimo Padre, ¡cuánto me cuestas!

Consagrador, constructor y víctima, Yo tengo el derecho de ser sacerdote supremo. Ni el Padre me niega este derecho, al contrario lo proclama por SU Justicia y Caridad, porque estoy con mi Padre en pacto de paz infinita, porque Él me es Padre y Yo le soy Hijo, y porque Yo le soy el Obediente y el Amoroso que el Amor lleva a obedecer para dar alegría y gloria al Padre santo.

Desde el momento en que -"Oriente" del mundo- he venido para traer la Luz a las Tinieblas, os he llamado con la fuerza de la Caridad y de la Palabra. Y habéis venido a Mí desde los países más lejanos porque Yo no soy un dios falso y cruel, sino el Dios verdadero y misericordioso que obra los milagros del amor para conducir bajo su signo a las ovejas perdidas fuera de su redil.

Y porque os amo con un amor incomprensible para vosotros, tan perfecto es, no sólo os salvo, metiéndoos en mi cortejo, sino que os hago mis colaboradores en la edificación del Templo que no conocerá la destrucción y en el que descansará la Gloria Trinitaria, y todos vosotros la conoceréis cual Ella es, elevados a la Vida perfecta y hechos capaces de conocer a Dios.

Yo, Verdad del Padre, os lo juro. A quienes me escuchen: Voz del Señor, les será reservada la suerte de alegría infinita de conocer a Dios»

5 de diciembre
2 horas

Zacarías 7, 4-14.

Dice Jesús:

«Yo no he venido a negar la Ley y los Profetas sino a confirmarla y a perfeccionarla modificando las imprecisiones y sobreestructuras que el hombre les había puesto, parte por la propia imperfección y parte por lo humano superior al alma.

El hombre está inclinado a entender mal. No es perfecto ni en sus sentidos místicos ni en sus sentidos naturales. Sólo viviendo en Mí perfecciona los primeros, siendo entonces Yo quien obro en él. El hombre está también inclinado a complicar las cosas porque, en su tenaz e indestructible soberbia, siempre es atraído por la seducción de retocar también la obra de Dios.

Sois dioses siendo hijos de Dios. Pero Dios siempre es el Mayor, el Perfecto, Aquel que se genera pos Sí mismo. Vosotros sois los menores, los que os hacéis perfectos si vivís en Dios y que sois generados por Dios. Entonces, por tanto, ¿por qué queréis modificar con vuestras complicaciones lo que Dios en su Simplicidad, que es uno de los signos de su naturaleza, da perfecto en su simplicidad?

Cuando me he convertido en Maestro he encontrado la Ley, tan clara y lineal en su origen, convertida en una maraña de imposiciones y un montón de fórmulas que la volvían impracticable para los fieles. Naturalmente los pesos y las fórmulas eran para los humildes. Los potentes habían creado esas fórmulas yesos pesos, pero no los llevaban.

El sacerdocio, los escribas y fariseos, me produjeron repugnancia e indignación. Y si vi entre ellos algún alma leal, que amé divinamente, vi también la multitud de los demás, más numerosa que rebaños de chivos salvajes que con su hedor apestaban con sus mercados, con sus falsedades, impiedades, durezas, la Casa del Señor, y hacían del Señor algo terrible para los pobres de la Tierra.

¿Ayunaban y se sacrificaban por Mí esos sepulcros de pestilencia? No. Para recibir beneficio humano y alabanza. Era cómodo ser Doctores de la Ley y cómodo ser del pueblo elegido en Israel. Pero no había verdad de deseo y de ofrenda para atraer al Mesías y sus bendiciones.

Y el Mesías se fue a otra parte, a la región despreciada, pero donde una Toda Santa y un Justo merecían acoger y tutelar el Germen de Dios.

Y ahora, hijos, ¿ayunáis y rezáis por las cosas de Dios? No. Vuestras privaciones naturales, que podrían ocupar el lugar del ayuno, no las soportáis con resignación, sino las convertís en fuente de odio y maldición continua, necia y sacrílega. Vuestros rezos están sucios y dañados por vuestros sentimientos interiores y son mirados por Dios como cosas inmundas puestas sobre la piedra del altar. Dios las reduce en cenizas dispersando el humo por la tierra.

Una vez más Yo vengo a repetir la forma que debéis utilizar para presentar a Dios sacrificios y oraciones, cuyo perfume puro suba desde el altar hasta el trono de Dios como holocausto de víctima perfecta.

“Juzgad según verdad, sed misericordiosos y compasivos con los hermanos, sean quienes sean, no oprimáis a las viudas y los huérfanos, a los pobres forasteros, a los humildes y débiles de la Tierra, no tengáis en el corazón pensamiento de rencor, venganza y malas obras hacia vuestros semejantes. Amad, en suma, porque el amor es el compendio de la Ley y quien ama todo lo hace, y el amor es el incienso que vuelve perfumadas las hostias de propiciación y el agua lustral que lava las piedras de vuestro altar".

No endurezcáis el corazón y el oído más de cuanto lo tengáis ya. No cerréis el corazón y el oído a la Voz de Dios que habla a través de sus "portavoces", como antaño lo endurecieron los antiguos a la Voz de Dios que hablaba a través de los Profetas.

Si no me escucháis a Mí, por justicia Yo no os escucharé a vosotros, y dejaréis de

tenerme por Dios, por Padre y Salvador. Entonces conoceréis la ira del Señor, plena e inexorable y, habiendo rechazado el Pan de la Palabra de Dios, morderéis el polvo, y como fieras sin alimento os despedazaréis el uno al otro muriendo en el horror por conocer un horror aún más tremendo y eterno».

6 de diciembre [204]

Zacarías 8, 7-12-13-16-22.

Dice Jesús:

«Salvador de las gentes, no puedo no ser Salvador de mi pueblo. Mío por la ley antigua, mío por la ley nueva.

Humanamente he salido de esa raza, y si ella se ha burlado de Mí, no me ha conocido, me ha traicionado, matado, si ella ha hecho esto teniendo el alma cargada y enmarañada con el magma de la culpa que no lava mi Sangre -siendo esta raza una rama que no quiere insertarse en el cepo de la vid divina- no es menos cierto 6 dic. que he muerto también por ella, que sobre ella tengo derechos de Rey y amor de Creador.

Con dureza y fiereza los padres de los padres de este momento han rechazado el don del Eterno y han pedido mi Sangre para saciar el hambre de su odio hacia la Verdad. Con paciencia, con inteligencia, con fuerza y con bondad les atraeré a Mí.

Las obras buenas o inicuas del hombre sirven siempre para un fin sobrenatural, porque la maldad humana es recogida por Dios y al contacto con sus manos se transforma en instrumento de bien. Dios no deja ningún intento en su previdente obrar para alcanzar la finalidad que es reunir en un único núcleo a los humanos para el último día, como desde un único núcleo se desparramaron por la Tierra dividiéndose como arroyuelos que se desbordan de la copa de una fuente.

La obra ha iniciado ya y los perseguidores que dañan y ofenden lo que es humano no saben que están creando con su iniquidad el gran día del Señor, en el que como ovejas dispersas reuniré mi inmenso rebaño a los pies de la Cruz y bautizaré de nuevo con el nombre de "corderos" a los enrudecidos hijos del rebaño que fue mío, expeliendo a quienes bajo mi signo son las víboras y los lobos de la sociedad humana.

Cuando sepáis reconocerme y llorar con corazón contrito, Yo mutaré vuestra secular condena, deicidas, en perdón y bendición, porque no pudo olvidar el bien cumplido por vuestros Padres, quienes desde el Reino oran por vosotros errantes. Despojaos, pues, también vosotros, que fuisteis los primeros en recibir el don de la Ley, de cuanto es ingrato a Dios.

Los mismos mandamientos que doy a mis nacidos del místico alumbramiento de la Cruz, lo digo también a vosotros que habéis convertido la cruz en un sacrílego patíbulo y en una fuente de condena.

Decid la verdad y servid a la Verdad. Venid a Ella. Golpearos el pecho por quienes la han menospreciado y han esperado matarla. Sólo se han matado a sí mismos porque la Verdad es inmortal en su naturaleza divina. No os arropéis con sus insignias para fines humanos. Sino que, una vez que os acerquéis a ella, amadla como esposa recién conocida. Ella es quien debe generaros para la Vida eterna. Pero no se puede generar si de dos no se hace una cosa sola persiguiendo no el placer de los sentidos, sino la santidad del fin. Sed honestos y sinceros con todos y especialmente con Dios, cuyo ojo penetra en los corazones y los traspasa de lado a lado y los ve mejor de cuanto pueda hacerlo el científico y el

[204] Pero escrito, de hecho, en el mismo día (5 de diciembre) del dictado precedente y de los siguientes

bacteriólogo cuando ven en vuestros cuerpos las enfermedades que os consumen y los gérmenes que os corroen.

Aplicad el amor a la verdad en las relaciones con Dios y con el hombre. No traicionéis. Hace ya veinte siglos traicionó uno de vuestra raza, instigado y seguido por falsos y malvados. Quitad esa injuria que os aplasta desde hace siglos, con vuestro actuar justo y leal.

Para ser amados hay que hacerse amar. Lo habéis olvidado muchas, demasiadas veces. Amad la paz. Es el signo de Cristo, que vuestros padres han matado atrayendo sobre vosotros la guerra que no tiene fin, y con pausas de tregua explota y resurge como una enfermedad insanable en el cuerpo de la Tierra y no os da seguridad y descanso. Ahora debéis aprender a amar esta paz para poder ser de Cristo y finalizar así el eterno éxodo de vuestra raza.

Cada parcela del mundo tiembla bajo vuestro pie y os aplasta. También las parcelas antiguas. Pero si Yo, Señor del mundo, extiendo mi mano y abro mi boca para decir: "¡Basta! Éstos son míos de nuevo", la Tierra no podrá perseguiros más. Las sobrenaturales tiendas del Cielo estarán sobre vosotros como protección.

Recordad cuando, por vosotros, he perseguido a los poderosos, he abierto el mar, he hecho brotar fuentes en la aridez de los desiertos y llover alimento del cielo, cuando he puesto a mis ángeles a abriros un pasaje entre los enemigos para conduciros a la Tierra que había prometido a los primeros santos de la Tierra. Siempre soy ese Dios potente y piadoso. Lo soy dos veces más ahora que no soy sólo el Padre Creador sino el Hijo Salvador, ahora que la Tercera Persona ha generado el milagro de la Encarnación de un Dios para hacerle la Víctima expiatoria de toda la humanidad.

Yo os espero para poder decir: "Paz" a la Tierra, y decir al Cielo: "¡Ábrete para acoger a los vivientes. El tiempo ha terminado!". Venid. No tengo un corazón distinto, ahora que estoy en el Cielo, del que tenía en el Gólgota cuando oraba por vuestros padres y perdonaba a Dimas».

Me dice Jesús a mí:

«He dictado este texto hoy que puedes escribirlo, en vez de mañana que no podrías hacerlo. Pon la fecha de mañana [205]. La colección de los dictados debe ser regular como el movimiento de un péndulo. Un día se entenderá mejor el porqué digo que se haga así. Ahora descansa sobre mi Corazón».

Más tarde, a las 8 horas

Dice Jesús:

«Ten paciencia, alma mía. No puedo estar sin hablarte, porque hablar a quien me ama constituye mi delicia, mi deseo, la necesidad de mi Corazón amante vuestro.

¿Has visto alguna vez cómo hacen dos esposos que se aman realmente? La esposa, mientras que está en casa, mira el reloj a cada momento, corre a la ventana, para ver si pasa el tiempo, para ver si el esposo vuelve de su oficina. El esposo, en cuanto puede, escapa para decir una palabra de amor a su esposa. Apenas le ha dejado y se le ocurre que podía decirle también esto otro para hacerla feliz, y en cuanto puede corre a decírselo. Es el amor que les apremia.

También Yo, apenas callo, siento que tengo más que decirte. Quisiera hablarte noche y

[205] Efectivamente, la fecha del 6-12, puesta al inicio del dictado, está escrita fuera de las rayas del cuaderno, resultando así dispuesta en un segundo momento

día, tenerte toda para Mí, quisiera que tú te pudieras dedicar completamente a Mí. ¡Si supieras cómo te amo!

Ahora escucha. Hace años, leyendo los escritos de mi siervo Contardo Ferrini, te preguntaste varias veces -porque eras una analfabeta en la mística- en qué consistía "la conversación en los Cielos".

Helo aquí: cuando tú me escuchas y Yo te hablo, cuando en lugar del murmullo de oraciones superficiales Yo te rapto en el fuego de las revelaciones y te ocupo de Mí, cuando tú me dices: "Ven, Jesús, a hablar a tu sierva", cuando gustas el sabor de mi Palabra que deposito en ti como en un cofre, en un ánfora, para que tú la des a los pobres y a los sedientos de la Tierra, entonces nosotros mantenemos una conversación en los Cielos.

Estabas demasiado atada a las fórmulas, como casi todos los católicos fervientes. Yo te he desligado. He lanzado tu alma fuera del océano de las circunscripciones formularias, de las pequeñeces de los preceptos, a los espacios ilimitados del místico mar de la oración. Te he envuelto, aspirado, raptado, divinizado en el fuego de la oración.

Eras un pequeño pájaro trabado. Ahora eres un águila que esparce el vuelo, domina y sube hacia el Sol y lo mira y es fortalecida. Sube cada vez más, como el águila en vuelos concéntricos. En lo alto estoy Yo, Águila eterna, que te espero para llevarte, más allá de los sentidos, al conocimiento del amor.

Obedece siempre a la llamada, con prontitud y confianza. Abandónate al viento del amor. Éste te sostiene, no te obstaculiza. Él espira para traerte a Mí de quien viene. Piérdete, gota de agua en mi infinito océano, piérdete, chispa de luz en mi inmenso resplandor. Entra a formar parte de tu Dios y Señor, de tu Esposo. Te abro todas las puertas de mis tesoros para que los poseas.

¡Te amo!».

10 horas

Dice María:

«Hablando de la Presentación en el Templo, Lucas dice que "el padre y la madre se quedaron maravillados de las cosas que se decían del Niño".

Distinta maravilla la de los dos cónyuges. Yo, a quien el Espíritu Santo había revelado todo futuro, me maravillaba sobrenaturalmente admirando la Voluntad del Señor que se vestía de carne para querer redimir al hombre y que se revelaba a los vivientes del espíritu. Me maravillaba una vez más de que Dios me hubiese elegido a mí, su humilde esclava, para ser la Madre de la Voluntad encarnada. José se maravillaba también humanamente porque no sabía más que lo que las Escrituras le habían dicho y el ángel revelado. Yo callaba.

Los secretos del Altísimo estaban como depuestos en el arca cerrada en el Santo de los Santos y sólo yo, Sacerdotisa suprema, los conocía, y la Gloria de Dios los velaba ante los ojos de los hombres con su resplandor insostenible. Eran abismos de fulgor y sólo el ojo virginal besado por el Espíritu Santo podía mirarlos. Por esto estábamos, tanto José como yo, maravillados. De manera distinta, pero igualmente maravillados.

Del mismo modo debe interpretarse así el otro pasaje de Lucas: "Pero ellos no comprendieron lo que les había dicho", cap. 22, v. 50.

Yo comprendí. Ya antes lo sabía y, aunque el Padre permitió mi angustia de madre, no me veló el significado excelso de las palabra de mi Hijo. Pero callé para no humillar a José a quien no le era concedida la plenitud de la gracia.

Era la Madre de Dios, pero eso no me eximía de ser esposa respetuosa hacia el Bueno que era mi amoroso compañero y vigilante hermano. Nuestra Familia no conoció tacha, en

ningún motivo ni campo. Nos amamos santamente preocupados de una sola cosa: del Hijo.

¡Oh! Jesús restituyó en la hora de la muerte todo consuelo, como sólo Él podía hacer, a mi José, en recuerdo de todo cuanto había recibido de ese Justo. Jesús es el modelo de los hijos, como José lo es de los maridos. He tenido mucho dolor por el mundo y del mundo. Pero mi santo Hijo y mi justo Consorte no trajeron más lágrimas a mis ojos que las de su dolor.

Cuando ya José no estuvo a mi lado, y yo fui la primera autoridad terrenal sobre mi Hijo, ya no mostré que no entendía callando. Nadie más se habría humillado al verse superado en comprensión, y en Caná hablé: "Haced lo que Él os diga" dije, porque sabía que Jesús no me niega nada y que tras sus palabras sostenidas ya estaba el primer milagro suscitado por mí y ofrecido a mí por mi Hijo, como una cándida rosa, la primera nacida sobre un rosal en primavera.

Hay que saber leer el Evangelio, María. Los hombres no lo saben leer. Yo te guiaré la mano y te lo explicaré allí donde mi Jesús no te lo explica. Soy la Madre de los dos. Quiero que mi niña conozca a su dulcísimo Jesús, nuestro Jesús, como pocos le conocen.

Cuanto más le conozcas, más le amarás. Cuanto más le ames, más feliz me harás».

### 7 de diciembre

Zacarías 9,9-10-11-13-16-17.

Dice Jesús:

«Satanás sedujo a los hijos de Dios con pensamiento de soberbia. Inyectó en los inocentes la sed de ser grandes con todas las grandezas: del poder, del saber, del poseer.

"Seréis semejantes a Dios". Hace siglos que se extinguió el silbido de la Serpiente pero el sonido, que ya no rasgaba el aire, estaba fundido con el murmullo de la sangre en el corazón del hombre. Y todavía está fundido con vuestra sangre que amáis más que a vuestra alma. Y vivís perjudicándoos alma y cuerpo por obedecer al imperativo de vuestra sangre envenenada por Satanás.

Pero os equivocáis al aplicar valor y significado a las cosas y a las palabras. Ser semejantes a Dios os lo había dado ya como dote el Padre Creador. Pero una semejanza en la que nada tiene que ver lo que es carne y sangre, sino más bien el espíritu, porque Dios es ser espiritual y perfecto y os había hecho grandes en el espíritu y capaces de alcanzar la perfección mediante la Gracia, plena en vosotros, y la ignorancia del Mal.

Yo vine para poner las cosas y las palabras en la luz justa y os mostré, con las palabras y con los actos, que la verdadera grandeza, la verdadera riqueza, la verdadera sabiduría, la verdadera realeza, la verdadera deificación no son las que vosotros creéis.

No he querido nacer en un mansión regia, no he tenido lujo en mi vida, ni corte de dignatarios, ni ministros, ni carrozas y caballos, ni cátedras ilustres, ni palacios y bienes.

He venido manso y humilde con la apariencia de un pobre niño que ni siquiera tiene el cobijo de una pobre habitación, sino una gruta, refugio de animales, para sus primeras jornadas en el mundo. He venido con la apariencia de un prófugo en comarcas extranjeras, fugitivo ante el bajo poder de los hombres, he conocido el hambre y la humillación de estar entre los sin techo que deben arrancar a pequeños mordiscos su sustento con mil humildes trabajos. He venido con la apariencia de hijo de un obrero, y pobre por añadidura: un obrero de pueblo al que los campesinos, carreteros, amas de casa, piden mangos para sus utensilios agrícolas, rayos y aros para las ruedas de sus carretas, reparaciones de maseras y de banquetas y fábrica de pobres lechos para algunos esposos, humildes como el carpintero de Nazaret, que debían construirse una casa o una cuna para el primer pequeño.

He venido con la apariencia de peregrino que no tiene piedra sobre la que apoyar la cabeza y se debe recostar allí donde el Creador le hace encontrar una, que no tiene más alimento que el dado por la caridad de quien le acoge y que tanto puede ser el pan y la sal, o el tazón de leche de cabra, o el pescado asado en las brasas de los campesinos, de los pastores, de los pescadores, como el rico banquete del Fariseo en el que los sabrosos platos me resultaban amargos porque no estaban condimentados con amor sino sólo con curiosidad, o las comidas en Betania, descanso del alma de Cristo que encontraba allí a la madre en Marta, llena de atenciones materiales, y en María, llena de adoración, y se sentía comprendido por una mente docta de amigo.

He entrado como hijo de David en la ciudad real -que, mientras que entraba, ya me expelía como si fuera un vergonzoso aborto- a caballo de una burrita que me fuera ofrecida por la generosidad de un sencillo que me había reconocido Maestro e Hijo de Dios.

He muerto desnudo y sobre un lecho de oprobio que ni siquiera era mío en su tosco leño, y he sido arreglado y sepultado con vendas y aromas adquiridos por quien me amaba y en un sepulcro ofrecido por la piedad de quien me amaba.

Fui grande porque quise ser pequeño. Recordadlo, vosotros que siendo pequeños queréis ser grandes, a toda costa, incluso con lo ilícito. Y mi Reino no tendrá ni fin ni confín, porque me lo he conquistado a costa de mi anulación total.

Si me hubierais hecho reinar en lugar de matarme primero en la Cruz y después en vuestras conciencias, habrías conocido eras de paz, largas cuanto la Tierra desde el momento en que posé mi pie de Inocente sobre ella, porque Yo soy el Rey de la paz, soy la Paz misma. Os habría dado la paz en las naciones y la paz en las conciencias, porque con mi Sangre (la sangre de la circuncisión habría bastado para redimir a la humanidad) he venido a liberaros de la fosa sin agua que Satanás os había excavado y donde perecíais y perecéis porque, a pesar de que os haya extraído de ella, allí habéis querido volver, dado que el Seductor la ha asfaltado de oro y ha pintado en las paredes de la derecha imágenes obscenas y en la de la izquierda imágenes de poder. Tres cosas que tienen para vosotros el máximo valor.

Y sin embargo Yo me he dejado extender sobre la cruz para hacer de mi martirio una flecha que perfora los Cielos cerrados y abre el paso al perdón de Dios. Y; a pesar de que me hayáis odiado, Yo continuo llamándoos para recogeros, como trompeta empuñada por un alférez, para convertiros en mi ejército pacífico que conquista los Cielos.

Venid. Antes de que llegue la hora en que no ya podáis venir, venid a Mí. Estad vestidos con mis uniformes y contraseñados con mi signo. El ángel de Dios preservó a los hijos de Israel del exterminio de Egipto por la sangre del cordero esparcida sobre las jambas y los arquitrabes; Yo: Cordero de mi Padre y Señor, salvo a mi Padre sus hijos por mi Sangre, con la que he teñido no la materia del leño y de la piedra que mueren, sino vuestra alma inmortal.

Las trompetas de la llamada universal serán vida infundida de nuevo para los signados con mi Sangre, y los huesos de los justos surgirán de entre los pliegues del suelo, donde dormían desde hace siglos, para vestirse, con júbilo, con carne perfecta porque nutrida con el Pan vivo bajado del Cielo para vosotros y del Vino exprimido de las venas del Santo que vuelve virgen vuestra alma y la hace digna de entrar en la Jerusalén del Cielo».

Dice María:

«Otro regalo de la Madre con ocasión de mi Fiesta.

Hay otras dos frases en los Evangelios que se refieren a mí y que vosotros interpretáis más o menos bien. Yo te las explico. .

Dice Mateo: "Mientras Jesús hablaba, su Madre y sus hermanos estaban fuera tratando de

hablarle. Uno dijo: 'Tu Madre y tus hermanos te buscan'. Pero Él respondió: '¿Quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos? He aquí a mi Madre y a mis hermanos: todo el que cumple la Voluntad de mi Padre'".

¿Repudio de su Madre? No. Alabanza a su Madre que fue perfecta en cumplir la Voluntad del Padre. ¡Bien sabía mi Jesús qué voluntad seguía yo! Una voluntad que había hecho mía y ante la que no retrocedía aún cuando con el pasar de cada minuto me repitiera, como golpe sobre un clavo clavado en el corazón: "Esto termina con el Calvario". Bien sabía que había merecido ser Madre de Dios por haber cumplido esta Voluntad y, si no la hubiese cumplido, Él no me habría tenido por Madre.

Por ello, entre todos lo que le escuchaban, unida a Él con un vínculo superior a la sangre, por un vínculo sobrenatural, estaba yo, la primera en tiempo y en conocimiento entre todos sus discípulos porque el Verbo me había instruido desde que le llevaba en el seno- yo era "su Madre" en el sentido que Él daba a este decir divino, y unido al reconocimiento humano de los oyentes Él me daba su reconocimiento divino de verdadera Madre, porque daba vida a la Voluntad de su Padre y el mío.

Lucas narra que mientras Jesús hablaba una mujer dijo: "Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que mamaste". A lo que mi Hijo respondió: "Bienaventurados más bien los que oyen la palabra de Dios y la cumplen".

El ser Madre de Jesús fue una gracia de la que no me era lícito gloriarme. Entre los millones y millones de almas creadas por el Padre, Él, por un decreto inescrutable, escogió la mía para ser sin mancha. No quiso el Eterno que yo me humille en el Cielo, porque me ha hecho Reina en el instante feliz en que, dejada la Tierra, he sido ceñida por el abrazo de mi Hijo, aguda nostalgia del tiempo de la separación, deseo que me consumió como la lámpara que arde. Pero si lo permitiese, yo estaría eternamente postrada ante su Fulgor para humillarme completamente en recuerdo de su decreto de benevolencia que me ha dado un alma bautizada antes que todas las almas, no con el agua y la sal, sino con el fuego de su Amor.

El que haya mamado de mi seno tampoco podía suscitarme movimientos de soberbia. Él bien hubiera podido venir a la Tierra y ser Evangelizador y Redentor sin tener que degradar su Divinidad encarnada a las necesidades naturales de un niño. Como subió al Cielo tras su Misión, así hubiera podido descender del Cielo, para iniciarla, dotado de un cuerpo adulto y perfecto, lo que es necesario por vuestra condición carnal. Todo lo puede mi Señor e Hijo, y yo no he sido más que un instrumento con el que haceros más comprensible y más persuasiva la real Encarnación de Dios, Espíritu purísimo, como Jesucristo hijo de María de Nazaret.

Ahora bien, la grandeza estaba en el haber cumplido la Palabra de Dios y afinado los sentidos del alma con una pureza total desde la infancia; y la beatitud en el haber escuchado la Palabra, que era Hijo para mí, a fin de hacerla mi pan y fundirme cada vez más con mi Señor.

"¡Oh! santa Palabra. Don entregado a los predilectos de Dios, vestidura de fuego que ciñes de esplendores, vida que te haces la Vida de aquellos a quienes te das, que Tú seas cada vez más amada por ellos como yo te amé en ardor y humildad.

Obra en estos hijos míos, oh Palabra santísima, puesto que los tomé como míos al pie de la Cruz para consolar mi desgarrada aflicción de Madre, a la que le han matado el Hijo adorado, y condúceles al Cielo por un camino de verdades resplandecientes y de ardientes obras. Condúcemelos al Corazón, en el que Tú dormiste de niño y te posaste después de muerto, en el que aún quedan gotitas de tu Sangre santísima y de mi llanto, para que a su contacto desaparezca cuanto les queda de humanos, y resplandecientes con tu Luz, entren

contigo en la Ciudad en la que todo es eterna perfección y donde Tú, ¡Hijo mío santo!, reinas y reinarás"».

Dice Jesús:

«Di al Padre que entre las razones probatorias está la de los dictados que, por su contenido, no pueden ciertamente salir de un corazón al que los acontecimientos especiales inducen a agitarse creando pensamientos contrarios a los que escribe: entre éstos que el Padre note los escritos en los días de la muerte de tu madre y recientemente el del 6 del mes en curso. Que añada esta razón a las demás. Es una prueba segura de la fuente no humana de tus escritos» .

8 de diciembre

Dice María:

«Escribe siempre Lucas, mi evangelista, que mi Jesús, después de haber sido circuncidado y ofrecido al Señor, "crecía y se robustecía lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en Él"; y más adelante repite como, ya muchacho de doce años, estaba sujeto a nosotros y "crecía en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y los hombres".

Una desviación de la piedad de los fieles ha hecho que el orden guardado por Dios hasta consigo mismo, en cuanto se refiere a su existencia de Hijo del hombre, haya sido alterado. A la leyenda le gusta convertir a mi Niño en un ser prodigioso e innatural, que desde el nacimiento haya realizado actos de hombre y por eso haya sido algo tan irregular que parece monstruoso.

Esta piedad errada no es castigada por Dios, que la ve y la Compadece y la juzga obra de un amor no perfecto en la forma, pero siempre grato porque es sincero.

Pero Yo quiero hablarte de mi Niño así como era cuando no habría podido hacer nada sin su Madre: un pequeño ser tierno, delicado, rubio, levemente rosado y hermoso, hermoso como ningún hijo de hombre, y bueno, más bueno que los ángeles que había creado el Padre suyo y nuestro. Su crecimiento fue ni más ni menos que el de un niño sano cuidado por su madre.

Era inteligente mi Niño. Mucho. Como lo puede ser un perfecto.

Pero su inteligencia se despertó día tras día siguiendo la regla común a todos los nacidos de mujer. Era como si el surgir de un sol se abriera camino en su cabecita rubia. Las primeras miradas, ya no vagas como las de los primeros días, comenzaron a posarse sobre las cosas y especialmente sobre su Madre. Las primeras sonrisas inciertas y después cada vez más seguras cuando me inclinaba sobre la cuna o lo cogía en mi regazo para darle de mamar, lavarlo, vestirlo y besarlo.

Las primeras palabras informes y después cada vez más claras. Qué beatitud ser la Madre que enseña al Hijo de Dios a decir: "¡Mamá!". Y la primera vez que dijo bien esta palabra, que nadie como Él supo decir jamás con tanto amor, y que me la dijo hasta el último respiro, ¡qué fiesta de José y mía y cuántos besos sobre la boquita en la que estaban los primeros dientecillos!

Y los primeros pasos con sus piececitos tan tiernos, rosados como el pétalo de una rosa encarnada, esos piececitos que yo acariciaba y besaba con amor de madre y adoración de fiel y que después me los habrían clavado a la cruz y los habría visto contraerse por los espasmos, amoratarse y hacerse de hielo.

Y sus caídas cuando comenzó a andar solo. Yo corría a levantarlo ya besarle las magulladuras... ¡Oh! ¡entonces podía hacerlo! Un día lo habría visto caer bajo la cruz, ya

agonizante, desgarrado, manchado de sangre y de las suciedades que le había lanzado la multitud cruel, y ya no habría podido correr a levantarlo, a besarle las contusiones sangrantes, ¡pobre Madre de un pobre Hijo ajusticiado!

Y sus primeros detalles: una florecilla cogida en el huertecito o por el camino y que me traía, un banquito arrastrado hasta mis pies para que estuviera más cómoda, el recoger un objeto que se me había caído.

Y su sonrisa. ¡El sol de nuestra casa! ¡La riqueza que cubría de seda y oro las desnudas paredes de mi casita! Quien ha visto la sonrisa de mi Hijo ha visto el Paraíso en la Tierra. Una sonrisa serena mientras que fue niño. Una sonrisa cada vez más pensativa hasta hacerse melancólica conforme se hacía adulto. Pero siempre sonrisa. Para todos. Y fue una de las razones de su atractivo divino por el que las muchedumbres le seguían encantadas.

Su sonrisa ya era palabra de amor. Después cuando a la sonrisa se unía la voz, que más hermosa no la hubo en el mundo, hasta la tierra y las espigas de trigo temblaban. Era la voz de Dios que hablaba, María. Y fue un misterio, que sólo explican las inescrutables razones de Dios, cómo Judas y los judíos pudieron, después de haberle oído hablar, llegar a traicionarlo y a matarlo.

Su inteligencia, cada vez más abierta hasta alcanzar lo perfecto, me imponía admiración y respeto. Pero estaba tan templada con la bondad que jamás humilló a nadie. ¡Dulce Hijo mío, que fuiste dulce ,con todos y especialmente con tu Madre!

Ya jovencito, yo no me permitía besarlo como cuando era pequeño. Pero nunca me faltó su beso y su caricia. Era Él quien invitaba a su Madre, de quien comprendía la sed de amor, a beber la vida besando su santa carne, a beber la alegría.

Antes de la Última Cena vino a recibir consuelo de su Madre. Y estuvo apoyado sobre mi corazón como cuando era niño. Se quiso colmar de amor de madre para poder resistir el desamor de todo un mundo.

Después lo tuve sobre el corazón ya helado y muerto en las lívidas luces del Viernes santo. Y ver a mi Niño -porque para una madre su hijo es siempre un niño, y tanto más cuando está sufriendo o muerto- ver a mi Niño hecho todo una llaga, desfigurado por el sufrimiento padecido, revestido de sangre, desnudo, desgarrado hasta el Corazón, ver quieta esta Boca bendita que sólo había proferido palabras santas, esos Ojos adorados cuya mirada era una bendición, esas Manos que sólo se habían movido para trabajar, bendecir, curar, acariciar, aquellos Pies que se habían cansado para tratar de reunir a su rebaño y que el rebaño había traspasado, fue un dolor tremendo e inmenso que inundó la Tierra para redimirla e invadió los firmamentos que se estremecieron de piedad.

Todos los besos que tenía en el corazón y que, en las separaciones forzosas de aquellos tres últimos años, no había podido darle, se los di entonces. Ni una contusión se quedó sin beso y lágrimas. Y sólo yo sé qué número alcanzaron. Los besos y el llanto fueron los primeros que lavaron su Cuerpo inerte, y no dejé de besarlo antes de verlo desaparecer bajo los aromas, el sudario, la sábana y las vendas, y por último tras la piedra rodada sobre el cierre del Sepulcro.

Pero en la mañana de la Resurrección pude contemplar el Cuerpo glorificado de mi Hijo. Entró con el rayo de sol, de resplandor inferior al suyo, y lo vi en su Belleza perfecta, mío porque yo lo había formado, pero Dios porque ya había superado la hora humana y volvía al Padre llevándome a los cielos con su Carne divina modelada en mi seno a mi humana semejanza.

Para su Madre no existió la prohibición dada a María Magdalena. Yo le podía tocar. No habría contaminado con mi humanidad su Perfección que subía a los Cielos, porque ese mínimo de humanidad que tenía, en mi condición de Inmaculada Concepción, se había

quemado como una flor arrojada en un incendio en la hoguera expiatoria del Gólgota. María-Mujer había muerto con su Hijo. Ahora permanecía María alma, ansiosa de subir al Cielo con el Hijo. Y mi abrazo lleno de veneración no podía turbar a la Divinidad triunfante.

¡Oh! ¡bendito por su amor! Que aunque después he tenido siempre presente su Cuerpo desgarrado, y el recuerdo de aquella tortura no ha perdido aún su aguijón, el recuerdo de su Cuerpo glorificado, triunfante, bello con una Belleza divina y majestuosa que es la alegría de los Cielos, fue mi perenne consuelo durante los demasiado largos días de mi vivir, y mi perenne anhelo fue acabar la vida para volver a verlo.

María, hace dos horas que ha iniciado mi fiesta [206] y te he tenido conmigo haciéndote conocer a mi Jesús. Ahora descansa mirando a Quienes te aman y te esperan, y viendo la Belleza que es el gozo de los santos».

6 horas

Dice María:

«Cuando en la ira del Viernes santo me encontré con mi Hijo en un cruce que conducía al Gólgota, no salió ninguna palabra de nuestros labios aparte de: "¡Mamá!", "¡Hijo!".

A nuestro alrededor estaba la Blasfemia, la Crueldad, el Escarnio y la Curiosidad. Era inútil, ante estas cuatro Furias, exponer el corazón con sus latidos más santos. Se habrían precipitado sobre él para herirlo todavía más, porque cuando el hombre toca la perfección del Mal es capaz no sólo del delito hacia los cuerpos sino también hacia el pensamiento y el sentimiento de su semejante.

Nos miramos. Jesús, que ya había hablado a las mujeres piadosas incitándolas a llorar sobre los pecados del mundo, sólo me miró fijamente, a través del velo del sudor, del llanto, del polvo, de la sangre, que formaban una costra en sus párpados.

Sabía que yo oraba por el mundo y que habría querido doblegar al Cielo en su ayuda aliviándole no el suplicio, porque éste debía ser cumplido por decreto eterno, sino su duración. Lo habría querido doblegar a costa de mi martirio de toda la vida. Pero no podía. Era la hora de la Justicia.

Sabía que le amaba como nunca. Y yo sabía que me amaba y que más que el velo de la Verónica piadosa y de cualquier otro socorro le habría servido de alivio el beso de su Madre. Pero también era necesaria esta tortura para redimir las culpas del desamor.

Nuestras miradas se encontraron, se enlazaron, se separaron desgarrando nuestros corazones. Y después el gentío arrolló y empujó a la Víctima hacia su altar, y lo escondió a la otra víctima que ya estaba sobre el altar del sacrificio y que era yo, Madre dolorosa.

Cuando os veo tan duros, obstinados en el pecado, y pienso que nuestro doble y desgarrante dolor infinito no ha servido para haceros buenos, pienso qué mayor dolor se necesitaba para neutralizar el veneno de Satanás en vosotros y no lo encuentro, porque no existe dolor mayor que el nuestro.

He tenido, desde el momento de mi Inmaculada Concepción, la cabeza de Satanás bajo mi calcañar sin culpa. Pero él, no habiendo podido corromper mi cuerpo ni mi alma con su veneno, ha rociado ese veneno como ácido infernal sobre mi Corazón materno y, si es inmaculado por gracia de Dios, está tan dolorido que más no se puede por obra de Satanás, que lo ha traspasado a muerte por obra de los hijos del hombre asesinos de mi Hijo desde el momento del Getsemaní hasta el fin del mundo.

La Madre te dice, mi criatura tan querida, que las ofensas que hacéis a mi Hijo suben

[206] Fiesta de la Inmaculada Concepción

como flechas hasta la beatitud del Cielo para herirme, y cada una reabre la herida del Viernes santo. Las heridas que lleva mi Corazón por vosotros son más numerosas que las estrellas del firmamento. Y no tenéis piedad de la Madre que os ha dado su vida.

Volveré a hablarte hoy porque quiero tenerte todo el día conmigo. Hoy soy Reina en el Cielo más que nunca y llevo conmigo tu alma.

Eres una niña que sabe poco de la Madre. Pero cuando sepas muchas cosas y me conozcas no como una estrella lejana de la que se ve un rayo y se conoce el nombre, no sólo como un ente ideal e idealizado, sino como una realidad viva y amorosa, con mi corazón de Madre de Dios y Madre de Jesús, de Mujer que entiende los dolores de la mujer porque no se le ahorraron los más atroces y que sólo tiene que recordar los suyos para entender los demás, entonces me amarás como amas a mi Hijo: o sea con todo tu ser».

12 horas

Dice María:

«Fue la piedad de Longinos la que me permitió acercarme a la Cruz, a la que había llegado a través de escarpados atajos, llevada más por el amor que por mi propia fuerza.

Longinos era un soldado recto que cumplía con su deber y ejercía su derecho con justicia. Por eso estaba ya predispuesto a los prodigios de la Gracia. Yo, por su piedad, le obtuve el don de las gotas del Costado y ellas fueron su bautismo de gracia, porque su alma tenía sed de Justicia y Verdad.

Los ángeles habían dicho en el alba natalicia de Jesús: "Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". En el atardecer del día mortal de Cristo, el Cristo yacente daba a este hombre de buena voluntad su Paz. Y Longinos me fue el primer hijo nacido de los dolores de la Cruz, porque Dimas fue el último redimido por la palabra de Jesús de Nazaret como Juan fue el primero, y podría decir que él, con su corazón de lirio de diamante encendido de amor, fue la luz nacida de la Luz, y las Tinieblas nunca pudieron oscurecerla.

Yo sólo había tomado este "hijo de Cristo" (el Padre Migliorini sabe lo que quiere decir en hebreo el sufijo: bar) de las manos de mi Hijo dando inicio al ciclo de mi maternidad espiritual con una flor que ya se había abierto al Cielo; de mi maternidad espiritual nacida como rosa purpúrea de las palmas clavadas al tronco de la Cruz, tan distinta de la cándida rosa de alegría de Caná, pero igualmente dada por el amor de Cristo a su Madre por los hombres, y del amor de Cristo a los hombres por su Madre que ya no habría tenido Hijo.

Un milagro de amor signó la era de la evangelización, un milagro de amor la de la redención, porque todo cuanto viene de mi Jesús es amor y todo cuanto viene de María también es amor. El corazón de la Madre no se distingue del corazón del Hijo más que en la Perfección divina.

Desde lo alto de la Cruz habían descendido lentamente las palabras, separadas en el tiempo como el batir de las horas en un reloj celestial. Y yo las había recogido todas, incluso las que menos se referían a mí, porque hasta un suspiro del Moribundo era recogido, bebido, aspirado, por mi oído, por mi ojo, por mi corazón.

"Mujer, ahí tienes a tu hijo". Y desde aquel momento he dado hijos al Cielo generados de mi dolor. Parto virginal como mi primero, este místico parto de vosotros para ÉL Yo os doy a la luz de los Cielos a través de mi Hijo y mi dolor. Y este generar, que inició con aquellas palabras, no tiene lamentos de carne destrozada, porque mi carne era inmune de pecado y de la condena de generar a través del dolor, pero el corazón desgarrado clamó sin voz con el sollozo mudo del espíritu, y puedo decir que vosotros nacéis a través del sendero abierto por mi dolor de Madre en mi corazón de Virgen.

Pero la palabra reina de aquella cruel tarde de abril era siempre una: "¡Mamá!". Sólo llamarme era consuelo para el Hijo, porque sabía cómo lo amaba, y cómo mi espíritu ascendiese sobre su Cruz para besar mi santo Torturado. Repetida cada vez con más frecuencia y más desgarradamente repetida conforme el espasmo crecía como una marea que sube.

El gran grito del que hablan los evangelistas fue esta palabra. Lo había dicho todo y cumplido todo, había confiado el espíritu a su Padre e invocado al Padre sobre su inmensurable dolor. Y el Padre no se había mostrado a Aquél en quien hasta aquel momento se había complacido y que ahora, cargado con los pecados del mundo, era mirado por Dios con rigor. La Víctima llamó a la Madre. Con un grito de desgarrado dolor que traspasó los Cielos, haciendo llover perdón, y que traspasó mi corazón, haciendo llover sangre y llanto.

He recogido ese grito en el que por las contracciones de la muerte, y de esa muerte, naufragaba la palabra en un desgarrador lamento, y he llevado en mí ese sonido como una espada de fuego hasta la mañana pascual, cuando el' Vencedor entró, relumbrante más que el sol de aquella serena mañana, tan hermoso como nunca antes lo había visto, porque la tumba me había tragado un Hombre Dios y ahora me devolvía un Dios Hombre, perfecto en su viril majestad, jubiloso por la prueba cumplida.

"Mamá" también entonces. Pero ¡oh hija!, este era el grito de su alegría incontenible, de la que me hacía partícipe estrechándome contra su Corazón y limpiando el beso de su Madre de la amargura del vinagre y de la hiel.

No te sorprenda el que en el día de mi fiesta de candor te he hablado de mi dolor. Por justicia, a cada don de Dios se contrapone un don del beneficiado. Cada elección comporta consigo deberes tremendos ya la vez suaves, que se convierten en alegría eterna cuando finaliza la prueba.

Al supremo don de la Concepción sin mancha debía corresponder por mi parte el de ser Madre del Redentor, o sea Mujer del Dolor. Y el dolor atroz del Gólgota es la corona puesta sobre la gloria de mi Concepción inmaculada».

## 9 de diciembre

Zacarías 11, 4-7-10-13-14-15-17.

Dice Jesús:

«Nunca como en este momento debo repetir a quien me representa: “Apacienta mis corderos".

Muchos de ellos se han vuelto salvajes. Pero toda la culpa no es de ellos y por esto me producen piedad.

Los había confiado a los poderosos para que los cuidasen. Había dado ya tanto a los poderosos para que no quisieran aún más y fueran buenos con los súbditos porque son potentes sólo por mandato de Dios. En realidad son grey de Dios, son hijos de Dios y deberían ser cuidados con respeto pensando en el Rey verdadero: el Eterno, de quien son pueblo.

En cambio les han usado como rebaño sin amo. Les han empujado donde han querido, les han alimentado con la comida que les ha parecido, con tal de nublarles el pensamiento y hacerles olvidar el Bien corrompiéndoles con doctrinas que Yo maldigo, se han hecho esclavos a los que se les niega hasta la libertad de pensamiento, y como ovejas les han empujado al matadero para sus fines delictivos hacia toda la humanidad. Toda. La que para ellos es "Patria" y la que es "Patria de los demás". Se han hecho ricos explotando el sacrificio de los sujetos, ladrones de los bienes de Dios y del hombre que son Alma y Existencia,

asesinos de la una y de la otra.

Pues bien: desde lo alto del Cielo, por toda la amargura que han dado como alimento a las gentes y que les lleva a desesperar hasta de Dios, por todo el hambre que sufren los cuerpos y las almas de mis hijos, por aquellos que en esta ruina permanecen siendo los corderos de Dios y ninguna pasión [207] transforma en rebeldes a Dios, como sus seductores y jefes, hijos del Mal y precursores del Anticristo, Yo vengo con mi Palabra y mi Amor para apacentar a los pobres de mi rebaño y te repito a ti que eres mi Vicario:

“Apacienta mis corderos dándoles la incansable palabra y la bendición de la que he colmado tu mano inocente, que no conoce otra sangre fuera de mi Sangre que elevas en el altar como rito de propiciación, y otro gesto aparte del que fue mío de bendecir aquellos de los que tú, como Yo, tienes piedad.

He dado dos varas a tu mano, y te aprecio porque usaste la del amor. Pero el amor, que es potente también sobre la Potencia de Dios, cae como piedrecilla lanzada contra la roca cuando se dirige a algunos que tienen la apariencia de hombre, pero son demonios con el corazón de piedra. Golpea pues con la. otra vara, y que sepan los fieles que tú no eres cómplice de las culpas de los grandes. Uno se hace cómplice también cuando no osa bramar contra sus infamias. A tu Maestro no le gustan las maldiciones y los fulgores. Pero hay momentos en los que hay que saberlos usar para persuadir no a los poderosos, cuyos ánimo poseído por Satanás es incapaz de persuasión, sino a los pobres del mundo de que Dios, y los justos de Dios, no comparten ni apoyan los métodos y las prepotencias de quien ha superado toda medida y se cree un dios mientras que es sólo una fiera inmunda.

Habla, en nombre de la Justicia que representas. Es la hora. Y que las multitudes sepan que mi Doctrina no ha cambiado y que una es la Ley, que existe un solo Dios, que su primer mandamiento es el amor, que Él, aún, como en los siglos de los siglos precedentes a mi venida, en la que he confirmado la Ley, ordena no robar, no fornicar, no matar, no coger las cosas de los demás. Dilo a los ladrones de ahora, que no se conforman con una bolsa sino que roban almas a Dios y tierras a los pueblos; dilo a los fornicadores, a los grandes fornicadores de ahora, cuya fornicación no es la animal con una hembra sino la demoníaca con la potencia política; dilo a los asesinos de ahora, que se arrogan el derecho de matar a pueblos enteros después de haber matado en otros pueblos -los suyos- la fe en Dios, cualquier forma de honestidad, el amor al bien; dilo a los insaciables de ahora que, ávidos como chacales, asaltan donde está lo que les gusta y se permiten cualquier delito con tal de coger lo que no les pertenece.

Hablar quiere decir 'dolor' ya veces 'muerte'. Pero acuérdate de Mí. Yo soy más precioso que la 'alegría' y que la 'vida', porque doy a quien me es fiel una alegría y una vida que no conoce fin ni medida. Acuérdate de Mí que supe purificar mi Casa de las suciedades y seguir de frente un solo fin: 'la gloria de mi Padre'. Esto me consiguió el odio, la venganza, la muerte, porque los que fueron tocados por mi furor encontraron un vendido que por treinta denarios me puso en su poder.

Siempre, entre los más fiables, tenemos un enemigo, un vendido. Pero no importa. El discípulo no es más que el Maestro y si Yo, sabiendo que el látigo de mis palabras, más que el látigo de cuerdas -medio simbólico más que real- me procuraba la muerte, he hablado, habla. Y si por amor hacia los hombres, y hacia ti, Yo he soportado un enemigo y un vendido y el horror de un beso de traición, tú, mi primero entre los hijos de ahora, no debes retraerte ante lo que ha sufrido el Maestro antes que tú.

Que si después, a pesar de todos los medios, la Justicia tuviera que perecer y, arrastrados

---

[207] pasión podría también leerse presión

cada vez más por Satanás, los dominadores y los dominados, por un mimetismo maléfico, se. separaran cada vez más de Dios, entonces quitaré la Luz y la Verdad. Y esto sucederá también cuando en mi morada -la Iglesia- haya demasiados que, por intereses humanos y por indigna debilidad, estén entre los dominados por los sembradores del Mal en sus distintas doctrinas. Entonces conoceréis al pastor que no se cuida de las ovejas abandonadas, al pastor inútil del que habla Zacarías.

Recuerda el Apocalipsis de Juan. Recuerda el dragón: el Mal generador del Anticristo futuro, que le prepara el reino no sólo desconcertando las conciencias sino envolviendo en sus espirales la tercera parte de las estrellas y convirtiendo a los astros en fango. Cuando esta demoníaca vendimia se produzca en la Corte de Cristo, entre los grandes de su Iglesia, entonces, en la luz reducida apenas a resplandor y conservada como única lámpara en el corazón de los fieles a Cristo -porque la Luz no puede morir, Yo lo he prometido, y la Iglesia, incluso en los periodos de horror, conservará cuanto es necesario para volverse resplandor tras la prueba- entonces vendrá el pastor ídolo, que será y estará donde quieran sus dueños.

Quien tenga oídos para entender, entienda. Para los vivos de aquel tiempo la muerte será un bien"».

Más tarde

Dice Jesús:

«Me parece haber repetido muchas y muchas veces que o se cree o no se cree, que mi tiempo no se mide con vuestra medida, que serán bienaventurados los que crean sin exigir pruebas.

Ahora añado que la profecía puede tener periodos de repetición o de aparente negación que en cambio después resultan ser tan sólo una prueba dada por Dios para la fe de los hombres.

Todas las profecías antiguas y modernas (digo antiguas aquellas desde Adán hasta mi venida y modernas las que van desde mi venida hasta el momento presente, porque vuestros veinte siglos son una fracción de hora respecto a mi Eternidad) presentan puntos en los que parecen erradas, porque según vosotros debían suceder en un determinado periodo y no se han producido. Pero el ojo de mi siervo ve con mi Ojo. Vosotros en cambio veis con el vuestro. Lo que mi siervo habla o repite en mi Nombre, y lo que vosotros creéis ya superado, puede ser aún un acontecimiento que se cumpla en el futuro. Esto para todas las profecías, hasta las de los mayores espíritus.

A quien mira con sus ojos humanos le puede parecer equivocada y contradecida por los hechos hasta la Profecía perfecta: la mía. ¿No parecería, leyendo los evangelios, que el fin del mundo va poco después de la destrucción de Jerusalén? ¿Pero cuántos siglos han pasado desde entonces? Y sin embargo el fin del mundo será precedido por los signos que digo y que vuestra ignorancia y vuestro miedo han visto cercanos ya tantas veces. Sólo Yo sé el momento en que tendrán inicio y no considero necesario decirlo. Incluso por bondad hacia los vivientes de aquel momento.

¡Ciertamente no querréis pensar que Yo, Profeta perfecto porque depositario de los secretos de la Divinidad, me haya equivocado! Como no querréis creer que se hayan equivocado Pedro, Pablo y sobre todo Juan, que se había quedado unido al Maestro incluso más allá del tiempo de mi estancia entre los hombres. ¿Y no dice Pedro: "El fin de todo está cercano',? (Pedro I epístola Cap. 4 v. 7). Y Pablo: "...Nosotros permaneceremos vivos hasta

la venida del Señor" [208], y aún: "Bien sabéis vosotros que quien lo retiene es el Señor, para que se manifieste en su momento oportuno. Porque el misterio de la impiedad ya está actuando". Parecería, pues, que el Anticristo estuviese en acción ya desde entonces, sólo que Dios no le permitiese manifestarse plenamente para ser reducido a cenizas por Mí. Y exhorta a los cristianos de entonces a permanecer firmes en la fe para resistir la iniquidad en acción. y. mi Juan, en fin, el más iluminado, aquél a quien se le dieron a conocer los Cielos con las perspectivas de los tiempos futuros conocidos sólo por Dios, y le fue abierto mi Corazón con todos sus secretos más secretos, ¿no termina el Libro tan excelso que parece escrito con pluma raptada a un arcángel: ".. .el tiempo está cerca... Sí, vengo pronto. Dice el que da testimonio de todo esto: Sí, vengo pronto"?

Ahora, por tanto, os digo a vosotros las mismas palabras de mis santos: "Ante el Señor un día [209] es como mil años y mil años como un día. No es que tarde el Señor, pero ten paciencia... Hay cosas difíciles de entender que los ignorantes y los pocos estables enredan para su perdición".

¡Oh! ¡bienaventurados los creyentes y los satisfechos sin necesidad de demasiadas pruebas, bienaventurados quienes descansan sobre la palabra del Señor aunque sea oscura para ellos y no se procuran los tormentos de Tomás, que sufrió más días que los demás por no creer en mi Resurrección, y después otros días por el arrepentimiento de no haber creído hasta haber constatado!

"Huid de las cuestiones estúpidas, las genealogías, las disputas y las batallas, pues son inútiles y vanas" como dice Pablo (a Tito v. 9 [210]). Recordad que Juan pocas líneas después dice: "... ya ahora han aparecido muchos anticristos, por lo cual nos damos cuenta que es ya la última hora... No os he escrito a vosotros (para vosotros) como a quien no conoce la verdad, sino como a quien la conoce y sabe que ninguna mentira puede venir de la verdad" (I[a] de S. Juan v. 18-21 [211]). En fin os recuerdo que quien repite las palabras de Dios o habla directamente, no lo hace por querer humano "sino inspirado por el Espíritu Santo" como dice Pedro en su II[a] epístola (v. 21) [212].

Por su cuenta mi portavoz es una pobre nada, que nunca siente tanto esta nada que es como cuando le pongo delante un punto escriturario y le digo: "Interprétalo". Entonces parece un pajarito caído en una red y asustado. Yo, que escudriño su corazón, lo veo deshacerse en estupor y temblor como el de un estudiante obligado a responder al examinador sobre lo que no sabe. Y me gusta su no saber porque me lo mantiene bajo y doblegable como un velo de seda.

Respecto a los textos, es inútil esparcidos como alimento de los reptiles, que pueden utilizados como arma nociva y contra mis pequeños cristos. Ya he dicho [213] y repito que se requiere mucha prudencia porque vivís entre reptiles venenosos. ¿Por qué queréis saciar su estúpida curiosidad? No dicto lo que dicto para vuestro entretenimiento ni para doblegarme a vuestra morbosa sed de conocimientos futuros. Cuando sabéis, ¿acaso cambiáis? No. No seáis mentirosos o ingenuos. No cambiáis. Los espíritus rectos tienen ya más que suficiente con lo que he dicho para todos sin alzar los velos más profundos. Los otros... ¡oh! ¡los otros!

---

[208] Remitiendo a este punto y al inicio de la cita siguiente, la escritora anota a pie de página: Pablo epístola 19 a los Tesalonicenses cap. 4 v. 14 (pero se trata del versículo 15) y epístola II a los Tesalonicenses cap. 11 v. 6-7

[209] Remitiendo aquí, la escritora anota a pie de página: S. Pedro III epístola (pero se trata de la 2" epístola) cap. 3 v. 8-9-16

[210] mejor: Tito 3, 9

[211] mejor: 1 Juan 2, 18-21

[212] mejor: 2 Pedro 1, 21

[213] Las disposiciones sobre los escritos valtortianos, a las que se nos remite aquí y más adelante, se encuentran en los dictados del 15 de agosto, del 23 de agosto y del 26 de octubre

Cuando no lo convierten en instrumento para dañar a muchos, lo hacen instrumento para dañarse a sí mismos, porque estudian, no acogen, estudian mi nueva Palabra, únicamente con luz y método humano. ¿Y no he dicho que este método es asesino?

He dicho -y si no me canso de repetir mi Doctrina, me canso de repetir las indicaciones respecto al "portavoz"- que sólo cuando ya no esté en el mundo será conocido todo su esfuerzo. No tengáis prisa de hacer exposiciones generales. Él no la tiene. No le importa ser conocido, admirado, por el esfuerzo y la mole de trabajo. Con lágrimas de sangre os permite usar estas páginas "tan suyas" por el bien de muchos y por mi amor. No quiere más porque Yo no quiero, y en mi "portavoz" sólo hay una voluntad: la mía.

En los dictados tenéis cofres de piedras preciosas suficientes para iluminar el mundo. ¿Por qué queréis extraer también los diamantes que sólo dentro de algunos años podrán ser manejados sin que las fuerzas del Mal se apropien de ellos para destruidos? ¿No os dais cuenta de que estáis en mano de los enemigos de Cristo?

Quien escribe es conducido. Pero quien copia [214] debe saber comprender lo que se mantiene a disposición de uno solo el cual, porque a su vez está guiado por Mí, puede entender y bendecir. Conservad, pues, para la hora que Yo señalaré, todo el trabajo de mi "portavoz" y dad a los pobres del mundo, según su condición, lo que debe ser dado. Y orad para no dejaros arrastrar de lo humano en vuestra elección.

Por hechos del día, P. M. ha podido ya notar la coincidencia y puede testimoniado. Por lo demás, repito, lo utilice como hizo el director de Benigna, que se encontraba en tiempos mejores que éstos y tenía entre las manos una materia menos explosiva, diría por el carácter del tiempo presente lleno de explosiones no tanto de pólvoras químicas cuanto de sustancias infernales.

No repitáis las preguntas porque no responderé. No queráis salir de la regla porque no lo bendeciré. Tomad vuestro trabajo y dadlo a mi Portavoz. Él os dirá los puntos que no deben ser puestos a disposición de los curiosos y los malvados. Yo le llevaré de la mano en la elección.

Los pequeños son los que sienten el peligro por instinto, como los pajarillos. Y mi "portavoz" no es menos pequeño de cuanto lo fuese Yo en el seno de mi Madre. Por esto le amo».

## 11 de diciembre

Zacarías 12-13-14

Dice Jesús:

«Mi Iglesia ha conocido ya periodos de oscurantismo debidos a un complejo de distintas cosas. No se debe olvidar que si bien la Iglesia, tomada como ente, es obra perfecta como su Fundador, tomada como conjunto de hombres presenta los fallos propios de lo que viene de los hombres.

Cuando la Iglesia -y por tal aludo ahora a la reunión de sus altos dignatarios- actuó según los dictámenes de mi Ley y de mi Evangelio, la Iglesia conoció tiempos brillantes de esplendor. Pero ¡ay cuando, anteponiendo los intereses de la Tierra a los del Cielo, se contaminó a Sí misma con pasiones humanas! Tres veces ¡ay! cuando adoró a la Bestia de la que habla Juan, o sea la Potencia política, y se dejó dominar. Entonces, necesariamente, la luz se oscureció en crepúsculos más o menos profundos, o por defecto propio de los Jefes elevados a ese trono por artimañas humanas, o por debilidad de los mismos contra las

[214] Padre Migliorini, a quien se refiere también la sigla P.M. de algunas líneas más adelante

presiones humanas.

Éstos son los tiempos en los que están los "pastores inútiles" de los que ya he hablado [215], consecuencia, en el fondo, de los errores de todos. Porque si los cristianos fueran como deben ser, tanto poderosos como humildes, no habría abusos ni intromisiones, y no sería provocado el castigo de Dios que retira su luz a quienes la han rechazado.

En los siglos pasados, han venido de estos errores los antipapas y los cismas, lo cuales, tanto los unos como los otros, han dividido las conciencias en dos campos opuestos provocando destrozos de almas incalculables. En los siglos futuros, estos mismos errores sabrán provocar el Error, esto es, la Abominación en la casa de Dios, signo precursor del fin del mundo.

¿En qué consistirá? ¿Cuando sucederá? No tenéis necesidad de saberlo. Sólo os digo que de un clero demasiado cultivador del racionalismo y demasiado al servicio del poder político sólo puede fatalmente venir un periodo muy oscuro para la Iglesia.

Pero no temáis. La profecía de Zacarías se solda, como un anillo con otro, con la de Juan. Tras este periodo de doloroso esfuerzo en el que, perseguida por fuerzas infernales, la Iglesia, como la mística Mujer de la que habla Juan, tras haber huido para salvarse refugiándose en los mejores y perdiendo en la mística (digo mística) fuga los miembros indignos, alumbrará a los santos destinados a conducirla en la hora que precede a los últimos tiempos.

Los que deban reunir a las estirpes alrededor de la Cruz para preparar la asamblea de Cristo, tendrán mano de padre y de rey. Ni siquiera una estirpe faltará a la llamada, con sus mejores hijos.

Entonces vendré Yo, y pondré todo mi poder en defensa contra todas las insidias y las astucias, los atentados y los delitos de Satanás hacia mi terrena Jerusalén -la Iglesia militante-.

Esparciré mi espíritu sobre todos los redimidos de la tierra. Y también los que ahora sufren, espiando las culpas de los padres, y no saben encontrar salvación porque no osan dirigirse a Mí, encontrarán la paz porque, golpeándose el pecho, invocarán -de una manera muy distinta a la de sus padres- sobre ellos la Sangre ya derramada, y que gotea inagotable de los miembros que sus padres han traspasado. Yo estaré como una fuente en medio de mi rebaño ya rehecho, y lavaré en Mí todas las fealdades pasadas que el arrepentimiento ya habrá empezado a borrar.

Entonces, Rey de Justicia y Sabiduría, dispersaré los ídolos de las falsas doctrinas, purificaré la Tierra de los falsos profetas que a tantos errores os han arrastrado. Me pondré Yo en lugar de todos los doctores, de todos los profetas, más o menos santos y más o menos malvados, porque el último adoctrinamiento debe ser limpio de imperfección, debiendo preparar para el Juicio final a quienes no tengan tiempo de purgación siendo convocados sin demora a la tremenda reseña.

Cristo Redentor, cuya meta es redimiros y que no deja de intentar nada para logrado, y ya está iniciando y acelerando su segundo adoctrinamiento para contrabatir con voz de verdad las herejías culturales, sociales y espirituales, surgidas por doquier, hablará con los signos de su Tormento. De mis Llagas, heridas que han matado al Hijo de Dios pero que curan a los hijos del hombre, saldrán ríos de luz y de gracia.

Estos rubíes vivos de mis llagas serán espada para los impenitentes, los obstinados, los vendidos a Satanás, y serán caricia para los "pequeños" que me aman como padre amoroso. Esta caricia de Cristo descenderá sobre su debilidad para fortificarles, y mi mano les acompañará hacia la prueba que sólo resiste quien me ama con amor verdadero. Una

[215] En el dictado del 9 de diciembre

tercera parte. Pero ésta será digna de poseer la Ciudad del Cielo, el Reino de Dios.

Entonces vendré, no ya como Maestro sino como Rey, a tomar posesión de mi Iglesia militante, ya hecha Una y Universal como la hizo mi Voluntad.

Habrá cesado para ella su afán secular. Vencido para siempre el Enemigo. Limpiada la Tierra por los ríos de la Gracia descendida por última vez sobre ella para hacerla como era en el principio, cuando el Pecado no había corrompido este altar planetario destinado a cantar con los demás alabanzas a Dios, y por la culpa del hombre convertido en base del patíbulo de su Señor hecho Carne para salvar la Tierra. Vencidos todos los seductores, todos los perseguidores que con ritmo apremiante han turbado a mi esposa, la Iglesia, Ella conocerá la tranquilidad y la gloria.

Subiremos juntos para una ultima ascensión, mis santos y Yo, a tomar posesión de la Ciudad sin contaminación, donde está preparado mi trono y donde todo será nuevo y sin dolor. Inmersos en mi Luz reinaréis conmigo por los siglos de los siglos.

Esto obtiene para vosotros Aquel que se ha encarnado por vosotros en el seno de María y ha nacido en Belén de Judá para morir en el Gólgota».

Después a mí. Dice Jesús:

«No te turbes, María. Di conmigo: "Te doy gracias, Padre santo, porque has escondido estas cosas a los poderosos y las has revelado a mí que soy pequeña".

Deja que el pensamiento de los demás haga conjeturas a su gusto. Tú sabes que la fuente de tus escritos es Dios, que esto viene de Dios. Para ti basta.

¿Trabajas por la gloria humana? No. Trabajas por mi gloria. Entonces no te ocupes ni te preocupes de las cavilaciones humanas o de las alabanzas humanas. Tu cumple con tu parte. Tu premio seré Yo. Los demás, si no saben cumplir la suya y no toman en cuenta mi don, recibirán la justa recompensa.

Permanece tranquila en tu felicidad que es el mejor signo de la procedencia de estos escritos. Tu felicidad viene de tu transformación en el Bien. Tu ángel te mira complacido porque te ve transformada en Mí. Ayuda como puedas, lo que puedas, a la obra de tu Jesús. Realiza un trabajo continuo sobre ti misma. Debes tender a la Perfección. Sufre por Lograrlo y sufre por los hermanos tan sordos a las voces del amor.

Si te he hecho aljibe de mi palabra para que beban los sedientos, debes aspirar la Palabra a costa de un sacrificio continuo. Sufrimientos de la carne, sufrimientos del corazón, sufrimientos de la mente, sufrimientos del espíritu, todo debe servirte para esta finalidad. Yo lo permito todo porque quiero que tu potencia de víctima, que con su padecer conquista almas para el Cielo, se acreciente cada vez más.

Sobre la duda que Satanás trata de inculcarte, la única arma que le queda para turbarte, la duda de que estés en el error, Yo te lo garantizo. Vive segura en Jesús.

Ve en paz. Aunque el mundo rechazara tu don, Yo no te quitaría la miel de mi Palabra, y toda ésta permanecería en ti como en un cofre real del que serías la reina absoluta. Duerme con mi bendición».

Dice Jesús:

«Cuando el Creador creó la Tierra, la sacó de la nada uniendo el gas de éter ya creado y convertido en firmamento, en una masa que rotando se solidificó como una avalancha meteórica que crecía cada, vez más alrededor de un núcleo primitivo.

También vuestra Negación (llamo negación a la Ciencia que quiere dar explicaciones negando a Dios) admite la fuerza centrípeta, que permite a un cuerpo rotar sin perder parte de sí, sino al contrario, atrayendo a todas las partes hacia su centro. Tenéis las máquinas

que, aunque sean grandiosas, repiten de manera microscópica la potencia centrípeta creada por Dios para crear los mundos y tenerlos obligados a girar alrededor del sol, eje fijo, sin precipitar fuera de las vías celestes señaladas para ellos, turbando el orden creador y provocando cataclismos de una destrucción incalculable.

La Tierra, formándose así en su carrera de proyectil nebular que se solidifica atravesando los espacios, por fuerza tuvo que raptar de éstos emanaciones y elementos procedentes de otras fuentes, los cuales y las cuales han permanecido encerrados en ella bajo forma de fuegos volcánicos, azufre, aguas y distintos minerales, que afloran a la superficie testimoniando su existencia y los misterios, que con toda vuestra ciencia no lográis explicar con exacta verdad, de la Tierra, planeta creado de la nada por Dios, mi Padre.

¡Cuántas fuerzas buenas ignoráis aún vosotros que sois maestros en el descubrir y utilizar las fuerzas malvadas! Estas últimas las pedís al Mal, y él os las enseña para convertiros en sus torturados y torturadores de vuestros semejantes en su nombre y a su servicio. Pero no pedís al Bien las fuerzas buenas, que os enseñaría paternalmente como enseñó a los primeros hombres, que también eran culpables y estaban condenados por Él, los medios de su existencia terrena y los modos para usarlos. .

Hay fuentes benéficas y jugos saludables que ignoráis aún y que os sería muy útil conocer. Y no sólo: hay algunos que conocéis pero que no queréis utilizar prefiriendo otros, verdaderas drogas de infierno, que os destrozan el alma y el cuerpo.

¿Cesan por ello, acaso, de existir esas fuentes cuyas gotas son sales disueltas, arrebatadas a los minerales encerrados en el seno de vuestro planeta y que afloran por estratos y venas del suelo hasta la superficie, glaciales o hirviendo, insípidas, incoloras, inodoras, o con sabor, color, olor sensible para vuestros sentidos? No. Éstas continúan creándose como la sangre de vuestro cuerpo, en el interior de la Tierra, por un proceso de asimilación y de transformación continua como la del alimento que se hace sangre en vuestro organismo, nutriendo los tejidos y las médulas, los órganos y las células que después son productoras de la sangre. Continúan rezumando así como el sudor sigue apareciendo a través de los tejidos. Ellas obedecen. Cuando esto dejara de darse, se producirían explosiones terrestres y la Tierra, como una caldera sin orificios, explotaría causándoos la muerte.

María, Yo quiero que tú seas como una de estas fuentes.

Yo te nutro por un proceso de asimilación conmigo, querido por mi bondad. Pero tú, sin preocuparte de si los enfermos de espíritu vienen o no a ti para beber lo que brota, que es mi Palabra, debes seguir en tu misión de fuente que se colma y se deja sacar agua, y si no sacan agua aquellos para los que se ofreció especialmente y que deberían hacerlo más, porque no la consideran saludable y santa, se desborda, y se benefician aquellos que casualmente entran en contacto con ella.

Yo alimentaré siempre en ti la fuente de mi Palabra. Me basta con que me des amor, humildad, voluntad, espíritu de sacrificio. Pero si tienes el amor ya lo tienes todo, porque éste es el generador de toda virtud. Quien ama es humilde con el amado en quien ve toda perfección. Quien ama es solícito para satisfacer al amado. Quien ama no siente repugnancia ante el sacrificio, si ese sacrificio puede servir al amado. Esto vale también para los amores humanos. Se centuplica cuando el amor es sobrehumano.

y tú que ya conoces el fruto de la humildad y del sacrificio, dos potentes imanes que me atraen con todos mis dones sobrenaturales, aumenta hasta la anulación y hasta el delirio la humildad y el sacrificio.

¡Viva las víctimas enloquecidas por el divino amor, arrebatadas en él, los vencedores del mundo que lo ponen bajo sus pies, y los conquistadores de Dios, de Cristo, Víctima

suprema!».

Oración de la Virgen al Verbo. [La escritora aquí copia el texto de la oración que aparece en el dictado del 7 de diciembre] La misma pronunciada por los fieles:

"¡Oh santa Palabra! Don entregado a los predilectos de Dios, vestidura de fuego que ciñes de esplendores, vida que te haces la Vida de aquellos a quienes te das, que Tú seas cada vez más amada con ardor y humildad.

Obra en estos hijos tuyos y de María, a los que Ella tomó por suyos al pie de la Cruz para consuelo de su Corazón de Madre a la que le mataron su Hijo adorado, y para gloria de tu divino Corazón, ¡oh Palabra santísima de mi Dios y Señor!

Condúcelos hasta tu Corazón y hasta el Corazón inmaculado de tu Madre, en el que Tú dormiste de niño y te posaste después de muerto, en el que aún quedan gotitas de tu Sangre y de su llanto materno, para que, a su contacto, desaparezca cuanto les queda de humano y, resplandecientes con tu Luz, entren contigo en la Ciudad en la que todo es eterna perfección y donde Tú reinas y reinarás, Hijo santo de Dios, encarnada Palabra del Padre".

12 de diciembre

Dice Jesús:

«Hasta el alma más deseosa de ser totalmente de Dios está sujeta a distraerse por las necesidades de la existencia.

No hay que ser esclavos de ellas para distraerse. Pues incluso siendo ya tan espirituales de ser más alma que cuerpo, mientras que la carne reviste vuestra alma como la cáscara encierra el fruto, estáis sujetos a las exigencias de la carne. Reducidas a ese mínimo que también Yo he aceptado, éstas no son una culpa sino un deber y una prudencia.

Yo no he predicado la destrucción de la carne por la carne con un ensañamiento morboso sobre ella, semejante al de algunos ascetismos en vigor en algunas religiones esparcidas por el mundo. Yo, y os lo he mostrado con el ejemplo, he enseñado que no hay que tener cuidados por la carne que muere sino por el alma inmortal; he enseñado a no temer lo que puede matar vuestro cuerpo sino lo que mata vuestro espíritu; he enseñado que si se os da a escoger entre la preservación del cuerpo y la del alma, debéis escoger siempre lo que preserva al alma. Pero no os he enseñado sólo a torturar la carne por una equivocada concepción religiosa y mucho menos por una religión hipócrita.

En verdad os digo que, aunque ayunéis con la boca, si después no ayunáis con el corazón negándoos el dañar, con las acciones, las palabras, y también los pensamientos, a vuestro prójimo, vuestro ayuno me es afrenta y es muerte de vuestra alma, porque los preceptos sin la caridad no son más que apilar piedras para la lapidación de vuestro futuro eterno.

Como os digo: "No matéis vuestra alma con las acciones de la carne", así os digo: "No matéis vuestra carne con comportamientos no santos, sino simplemente exaltados". Sed santos en el espíritu, en el pensamiento, en el sentimiento, en las obras, en la carne.

¿Cómo lograr, pues, que la vida no os distraiga y que el alma, como reina vuestra, tenga la carne súbdita en un imperio donde no exista injusticia?

Con el amor. Éste os es maestro y, como un director de orquesta, regula todas vuestras acciones las cuales, semejantes a los distintos instrumentos de una orquesta, se funden en un único sonido lleno de armonía, que puede ser una leve frase melódica, un fragmento más complejo, o incluso una sinfonía grandiosa, según vuestra potencia de amar.

Los gigantes del amor obtienen el coro pleno e imponente de una excelsa sinfonía, a la que se unen los ángeles y los santos que no ven diferentes de ellos a estos gigantes del

amor, aún vivientes sobre la tierra, pero con ánimo de serafín.

Los amantes ya saben cantar la melodía sobre la que se inclinan escuchando, preparados para unirse a ella, ángeles y santos, cuando comprenden que el ardor fiel obtiene el crecimiento del amante, y lo convierte de amante en gigante de amor.

Los solícitos del amor sólo sabrán repetir una frase melódica como reclamo del pájaro al sol que tarde en revestirlo con sus rayos de oro, porque no sabe volar alto, como alondra en fiesta de aurora, al encuentro del sol transportando el cuerpo, del que el deseo anula el peso, más allá de las propias capacidades de vuelo, y el propio canto más allá de las propias posibilidades de resistencia, hasta caer destruidos por el deseo cuando, alcanzado el bien buscado, mueren en el gozo de la unión con el rayo de oro. Pero incluso ese tímido, breve reclamo -porque es fiel y es todo cuanto puede dar esa criatura- es bendecido por Dios y preserva de contaminaciones las acciones de ese ser.

¿Quiénes son los gigantes del amor? Son las almas víctima. Vosotros las distinguís en víctimas de justicia, víctimas de expiación, víctimas de amor. ¡Pero no distingáis! La víctima siempre es víctima de amor.

Quien expía, ¿por qué expía? Por amor hacia los hermanos por los que paga la parte de la expiación que les tocaría a ellos: amor al prójimo llevado al heroísmo.

Quien es víctima de justicia ¿a quién se ofrece? A Dios ofendido para ofrecerle consuelo contra la ofensa. Amor a Dios llevado al heroísmo.

El amor es el sacrificador eterno. El que ha inmolado a Dios hecho Carne y el que inmola vuestra carne y vuestra alma haciéndola semejante a Cristo Redentor.

El alma víctima está segura, como si ya estuviese encerrada en mi eterno Reino, de ser salvada, porque cada latido, movimiento, palabra, sentimiento, acción, es santificada por el amor que la preserva totalmente de las contaminaciones humanas.

El alma víctima ora aún cuando no reza. Su vida es oración.

El alma víctima penetra en Mí y desde el centro de mi Corazón que le llama "Hermana" toma y distribuye gracias y bendiciones sobre los hermanos. No hay limitaciones para mis víctimas. Todo lo mío es de ellas, que han querido ofrecer su ser al Sacrificador eterno.

El alma víctima está tendida sobre un aguijón en cuyo vértice están dolor y amor. Dolor por no ver a Dios amado como su heroísmo de amor les ha permitido ver que Dios deba ser amado.

Su tortura, más que las enfermedades y las desgracias, son las miserias espirituales que, como ruinas de un país destruido por un enemigo, cubren los ánimos de sus semejantes cancelando en ellos la huella de Dios y sepultando su santo Nombre bajo los escombros del pecado. Más que el dolor en sí, su dolor es sentir su incapacidad de alcanzar la perfección de amor que sueñan, porque quisieran dar a Dios un don digno de su Perfección. Y si Yo he sido clavado a mi altar por tres clavos, también ellas lo están, porque mi amor, su amor y su dolor, son los tres clavos que les tienen crucificadas hasta la muerte, que no es más que exhalar el espíritu sobre mi seno tras haberlo "cumplido todo".

¡Mi amor! Océano de fuego que precipita desde lo alto de los Cielos sobre un alma y, con un continuo llegar de olas de ardor, la consuma como si fuese cera blanda tocada por una llama. Hambre insaciable que es común a los dos que se aman, y Cristo quiere devorar a su criatura para hacerla parte suya y la criatura quiere aspirar en sí a Dios para hacerle su vida.

Todo se detiene ante este dominador que pasa haciendo valer sus derechos. Existencia, inteligencia, afectos, se abren y se forman en hilera, y él procede y entra porque el amor es el rey de todas las cosas. El alma toma entonces las pasiones de su esposo de amor y las hace suyas. Para ella es tesoro de los tesoros ser día tras día martirizada con este fin y ver, con los ojos del espíritu, regresar la luz a los corazones y éstos volverse a Dios, porque el

amor convierte aún sin palabras y arrastra sin cuerda.

El amor es la fuerza que rige el universo y el amor es lo que salva el mundo. No los caudillos, ni los científicos, ni los sabios, sino los amantes son quienes saben encontrar los caminos de las victorias que conducen al Bien, arrancando con su ímpetu ardiente las cadenas satánicas que os hacen esclavos del Mal que os odia.

Y si el amor de los creyentes obtendría el milagro de tiempos mejores, que os habéis cerrado con vuestro modo de vivir, el amor de las víctimas, que es el amor más semejante a la perfección del mío, es el que pone un dique al ímpetu que sale de Satanás para destruiros en una maldición desesperada y el que abre las puertas del Perdón fundiéndolo con el fuego de su holocausto».

13 de diciembre

Comentando el salmo 34°.

Dice Jesús:

«Os hablo a vosotros, mis queridas víctimas, que necesitáis un ángel consolador que os exhorte a sufrir como Yo lo tuve porque, aunque con mi espíritu encendido de caridad amaba hacer la Voluntad de mi Padre, no estaba privado del terror y de las rebeliones de la carne ante el sufrimiento.

Tampoco vosotros, pequeños Jesús, ignoráis el dualismo entre el espíritu y la carne. El espíritu que grita: "Inmolación para obtener salvación" y la carne que gime: "¡Piedad! Quiero vivir y no sufrir". Pero Yo vengo y os doy mi Palabra también para fortalecer la carne ante el dolor.

También tengo piedad de vuestra carne, porque cuando ésta es instrumento de redención, cuando la posee el espíritu de Dios y la mueve a su gusto, como el tallo de hierba que el viento besa, no es 13 dic. materia indigna sino santa que conocerá la gloria en mi Reino.

También he santificado la carne redimiéndola con mi doctrina y con mi Sangre. Y quien vive fiel a mi doctrina y no menosprecia mi Sangre, sino que por virtud de ésta, cada vez que se limpia en ella se mejora a sí mismo, santifica también su carne y la hace aceptable a Dios.

Es la vestidura de vuestro altar. El altar es el alma en la que se inmola el espíritu. Pero cada altar debe ser revestido de linos puros para estar preparado para ser mesa mística. Una carne pura, sacrificada, embellecida por el dolor, es el mantel que reviste vuestro altar, mantel cándido, liso, adornado, en el que no es indigno que venga el Sacerdote eterno para realizar el rito con la hostia de vuestro espíritu.

No os esperéis, queridas víctimas, gratitud y comprensión del mundo.

"Vosotros estáis en el mundo y el mundo no os conoce, porque ya no sois del mundo". En esto, lo veis, sois semejantes a vuestro Maestro.

Vosotros os inmoláis por el mundo "y el mundo os mira meneando la cabeza o cubriéndoos de burla" y golpeándoos con sus perversas armas. También en esto sois semejantes a Mí.

El mundo trata de tenderos peligrosas trampas "con preguntas capciosas que parecen alabanzas y son inquisiciones adecuadas para poner en sus manos las piedras para lapidaros". Responded al mundo "con el silencio y la paciencia" y si insiste en su malvada inquisición -para persuadirse a sí mismo, y sentirse justificado; y a vosotros de que cuanto decís es blasfemia- responded: "Yo hago lo que quiere mi Padre. Mis obras son evidentes, no actúo en la sombra para dañar. Obro en la luz de la verdad. Si os parece que obro mal demostrádmelo; si no podéis, porque no hay mal en lo que realizo, ¿por qué me pegáis?". Aunque el mundo os mate Yo os daré doble vida porque seréis doblemente mártires: del mundo y del amor.

No os canséis de ser víctimas. Que las injurias y las ingratitudes del mundo, a pesar de que son como cornadas contra una frágil carroza, no os empujen fuera del camino purpúreo del sacrificio -mi camino- que se empalma con el camino real de la gloria y conduce a vuestro espíritu a la alegría de mi morada.

No digáis: "Todo es inútil". Cuando parece que la semilla ha caído en terreno infecundo porque no germina inmediatamente en tiernas hojas, entonces es cuando echa raíces para nacer después más robusta, dando un macizo de granuladas espigas. Pero vuestro llanto es el que debe rociar el terreno árido y vuestra sangre -sea sangre de las venas o sangre del espíritu, esto es el holocausto total- es la que debe nutrir el polvo sin jugos y convertirlo en tierra fecunda.

La oración es como el agua que se evapora bajo los rayos del sol y asciende y luego desciende para nutrir la tierra. Vuestra oración -y toda vuestra vida es oración- sube, bajo la acción del amor, a mi trono y pide por vuestros hermanos. Yo que lo veo, y no yerro, la bendigo y la envío a quien es digno de recibirla. Y si entre vuestros hermanos sólo tenéis enemigos del amor, o sea, de Dios y vuestro, vuestra oración, que mi bendición ha convertido en una "gracia", vuelve a vosotros y os colma de bienes celestiales.

No os canséis de llamar "hermanos" a quienes os tratan como enemigos. Los pequeños Jesús sólo saben tener "hermanos", aunque los demás no sepan tener hacia ellos más que odio enemigo. Dejad a los inconscientes, y a los conscientes satanás, realizar su obra. Vosotros haced la vuestra. Yo velo y juzgo y a cada uno doy según su mérito.

Os he hablado para desengañaros de las satisfacciones humanas de vuestra vida de víctimas. Yo, Víctima suprema, nunca tuve, durante los treinta y tres años de vida, tantas injurias como las que recibí durante las pocas horas que van desde el Getsemaní hasta mi muerte. Pero fueron precisamente esas horas las que hicieron de Mí el Redentor. Recordadlo.

Por ahora sólo debéis de esperar consuelo en Mí. Finalizada la prueba, tendréis la bienaventuranza de leer en el libro de la Vida los nombres de los salvados por vosotros y de esperar, estrechados contra mi Corazón, su agradecimiento cuando, redimidos por "nuestro" padecer, entren en la Paz».

A mí:

«No hablo para satisfacer curiosidades de supersticiones o simplemente de humanidad. No soy un oráculo pagano y no quiero que seáis paganos. Por eso no te quitaré la alegría de mi Palabra, pero sólo detendré mi Palabra sobre puntos dirigidos al espíritu sin hacer paralelismos entre éste y los acontecimientos actuales o del futuro próximo.

Quedará esta laguna como una admonición para muchos y durará mientras que Yo quiera. Pero si se hiciera un uso no espiritual de tu trabajo, te daría la indicación de escribir para ti sola y, si tú no obedecieras, te quitaría la Palabra.

El hombre corrompe todo cuanto toca. Tu Jesús está hoy inquieto y severo. No contigo, pobre alma, sino con los que no son rectos en el corazón y en el pensamiento».

### 14 de diciembre

2° misterio glorioso.

Dice María:

«Hay generosidades particulares cuya fragancia es emanada sólo por las almas que son una con mi Señor y cuyo perfume es apreciado sólo por Dios o por quien vive ya en el reino de Dios.

Es generosidad saber renunciar a la libertad y encerrarse en un convento privándose de esas alegrías humanas que Dios ha permitido y que mi Hijo ha bendecido porque entran en el campo de los diseños creadores y perpetúan, por medio de las criaturas, la obra del Creador.

Fuente eterna de nuevos espíritus, el Padre crea en el Cielo las almas. Semillas destinadas a hacer semilla, éstas se revisten de una carne y, convertidas en varón y hembra, en unión de dos carnes en una, crean en tierra nuevas vestiduras para las nuevas almas destinadas a descender a la tierra y poblarla de criaturas de Dios.

No hay alegría mayor, después de la de amar al Señor, que la de ser madre de una criatura propia y decir: "Yo te he formado, te he nutrido y llevado, te he dado mi sangre y mi leche, tus carnes son las mías y mi pensamiento es tuyo porque tú eres el pensamiento y la mira de tu madre".

Hay una maternidad más alta, pero ésa ya no es humana y está comprendida en la gran, insuperable, alegría primera entre todas, de amar al Señor, porque es el amor total a nuestro santísimo Señor el que nos hace amar a las criaturas hasta el punto de convertirnos en sus madres, preparadas para dar nuestra vida por ellas mediante nuestro dolor, con la finalidad de aumentar la gloria del Eterno aumentando los ciudadanos de su Reino.

Es generosidad ofrecerse víctimas por el mundo. Es una gran generosidad porque os hace semejantes a mi Jesús, Víctima inocente, santa, consumida por el amor. Pero existe aún una generosidad mayor: la generosidad heroica en la heroicidad general.

Dios, grande de una manera inconcebible para vosotros, compensa con ríos de delicias a las almas generosas. Se comunica a ellas con contactos espirituales. Da luces que son palabras y palabras que son luces. Da vitalidad que es descanso y descanso en su Corazón que es vitalidad. Se hace soporte del alma generosa y se une a la misma cuando ve que la generosidad de la criatura ha sido tan violenta que no ha medido las fuerzas, de modo que la criatura se doble, como mi Hijo, bajo un peso exorbitante que no rechaza, pero que pide que se le levante tan sólo un momento para poder realzarse y continuar, hasta la cumbre, porque sabe que alcanzará la alegría en el sacrificio total.

Pues bien, la heroicidad de las heroicidades en el sacrificio es cuando una criatura impulsa su amor a saber ser generosa incluso renunciando a este consuelo de recibir la ayuda y la presencia sensible de Dios.

María, yo lo he sentido. Yo sé. Yo te puedo instruir en esta ciencia del sacrificio. Porque ésta ya no es simple instrucción, es Ciencia. Quien llega a este punto ya no es un escolar: es un docente en la ciencia más difícil: saber renunciar no sólo a la libertad, a la salud, a la maternidad, al amor humano, sino saber renunciar al consuelo de Dios que hace soportables todas las renuncias, y más aún, las hace dulces y deseadas. Entonces se bebe el amargor que bebió mi Hijo y se conoce la soledad que ciñó mi Corazón desde la mañana de la Ascensión hasta mi Asunción. Es la perfección del sufrimiento. Y sin embargo, María, yo era feliz en mi sufrir. No había egoísmo en mí, sino sólo encendida caridad.

Al igual que había sabido, gradualmente, cumplir todas las ofrendas y separaciones, teniendo siempre presente en el espíritu que la ofrenda y la separación que lo traspasaban cumplían la voluntad y aumentaban la gloria de Dios, mi Señor, y el irme separando progresivamente de mi Hijo para su preparación a la misión, para su predicación, para su captura, para su muerte, para su sepultura -cosas de las que conocía su breve duración- así supe sonreír y bendecirle, sin tomar en cuenta las lágrimas del corazón, en el primer amanecer del cuadragésimo día de su vida gloriosa cuando, sin testigos como en la mañana de la Resurrección, Él vino a darme su beso antes de ascender al Cielo.

Yo, Madre, perdía al Hijo que me daba con su presencia una alegría inefable. Pero yo, su

primera creyente, sabía que finalizaba para Él la permanencia en el mundo enemigo que, aunque ya no podía dañarle, porque ya no podían alcanzarle las insidias del hombre, no dejaba por ello de serle hostil.

Que se abrieran los Cielos para acoger en la gloria al Hijo que volvía al Padre después del dolor. Que el Amor trinitario volviera reunirse sin más necesidad de la separación. Que me faltase la luz y la respiración porque el mundo ya no estaba habitado por mi Jesús y ya su aliento no estaba en el aire para santificarlo. Pero que Él, tras haber sido "Hijo del hombre", volviese a ser "Hijo de Dios" revestido de su gloria divina para siempre. Mi último "¡Fiat!" no fue menos inmediato ni generoso que el de Nazaret.

Siempre "fiat" a los deseos de Dios. Ya venga a nosotros para hacerse parte nuestra, ya se separe para subir a prepararnos la morada en su Reino. Circundarlo de amor cuando está con nosotros, vivir de amor mirando allí donde se encuentra Él, para recordarle que su sierva le ama y espera su sonrisa de invitación para morir en un arrebato de alegría, que es inicio luminoso del resplandeciente, eterno día del Paraíso. Tras haberlo acogido, servido, escuchado mientras que está con nosotros, vivir sin disminuir ni un grado en el amor porque Él ya no está visiblemente presente.

Ofrendar esta renuncia por su gloria y por los hermanos. Para que nuestra soledad se transforme en su divina compañía, y el silencio, que ahora es nuestro penar, se transforme en Palabra para muchos que necesitan ser evangelizados por el Verbo.

Nosotros tenemos los recuerdos, María. Otros no tienen nada. Nosotros tenemos la certeza de que Él trabaja para prepararnos la morada. Otros miran al tiempo como un río cuya desembocadura es la nada. Digo "nosotros" porque te uno a mis pensamientos de entonces.

Demos, da -y contigo los generosos que quieren alcanzar las cimas de la generosidad- también esta renuncia si se te solicita, para que tu tesoro sea el tesoro de muchos otros y los indigentes del espíritu sean revestidos de esa Luz, los analfabetos de espíritu de esa Ciencia porque, una vez infundidas ya no dejan de estar vivas y activas, y que la Bondad ha concedido a sus predilectos para convertirlos en sus elegidos».

## 15 de diciembre

1 Paralipómenos [216] 15, 29.

Dice Jesús:

«Escribe: ".. .Mikal.. . mirando por la ventana y viendo al rey David que saltaba y danzaba, le despreció en su corazón".

Hay demasiados semejantes a Mikal. Tienen el corazón esterilizado por el llamado: buen sentido. Son, o bien creen ser, mentes cuadradas: son tan sólo mentes áridas hechas soberanas de los corazones aún más áridos. Les rige el orgullo y, como la sangre late en las venas, en su espíritu vive y circula el orgullo y les ciega, les ensordece, les nubla. Ya no son capaces de ver y comprender lo que es gozo sobrenatural y menean la cabeza ante el éxtasis de los sencillos que el amor hace capaces de ver a Dios.

¡Ver a Dios! Alegría que es la alegría del Cielo y que Dios concede a los vivientes que le aman con todo su ser. Ver a Dios a través de las formas traídas a vuestra carnalidad para poder ser sensibles para vosotros.

David no danzaba ante el arca por el arca. Sino porque en ella veía reflejada la Faz de la Gracia, Belleza y Poder, del Altísimo. El amor produce una santa ebriedad, que fuerza al

[216] Corresponde a: 1 Crónicas

hombre a cantar y a agitarse, porque el mundo que le rodea es estrecho para su corazón que se dilata en la pasión y el mundo mismo es siempre para él yesca para una nueva dilatación, porque en todo ve impreso el signo de Dios ante el cual el hombre, preso en el torbellino tremendo y suave de la caridad, se deshace en un arrebato de alegría sobrenatural que sólo comprenden los semejantes a él. Los demás, como Mikal, lo desprecian en su corazón.

No despreciéis a los únicos que han comprendido como Dios sea superior a todas las cosas, también a la estima, a la tranquilidad, a la utilidad, que tanto os importan. Rogad al Dueño del mundo que haga a vuestro corazón capaz de amar y de entender.

Despojaos de vuestro ridículo orgullo. Vosotros no sois los depositarios de la perfección. Estos humildes, estos sencillos, estos pequeños, son los depositarios, porque poseen la Ciencia, la Verdad, la Caridad. Poseen a Dios. Es como una insignia y una voz estando entre vosotros, para que la idea de Dios no se cancele completamente de vuestros áridos corazones llenos de saber humano».

Levítico 10, 6-7.

Dice Jesús:

«A mis predilectos, que vivís encerrados en el círculo de mis brazos como dentro del recinto del antiguo Tabernáculo, os doy mi orden en estos tiempos de ira que ha llegado no por vosotros, sino por los pecados del mundo.

Cuando veis a los hombres agitarse y trastornarse en la desventura general y desasosegarse por el injusto dolor, no os unáis a ellos. Compadeced las desventuras comunes pero, reconociéndolas signo de la Justicia divina, no os abandonéis a desequilibrios humanos.

Mi Espíritu ha rozado vuestras pupilas y les ha dado una visión que no posee el ojo humano. Vosotros veis más allá de la tierra y conocéis la verdad de las cosas. Dad, pues, su nombre a esta hora, y las atenciones que requiere: expiatorias, no imprecatorias como hacen generalmente los hombres atrayendo sobre sí nueva ira del Cielo.

Que los culpables estén en duelo porque esta hora es su fruto. Vosotros, postrados ante mi gloria, bendecidla porque aún con un castigo se convoca al único y santo Dios a la humanidad perjura e idólatra, y permaneced en Mí.

El óleo del amor está sobre vosotros y desde vosotros se desborda sobre el mundo. Sois vosotros quienes lo atraéis, preciosos vasos en los que se hacen incienso los sacrificios de vuestra vida, ardientes lámparas que ningún viento turba, y tendéis vuestro espíritu encendido como llama dirigida hacia mi altar.

No os olvidéis de vuestra elección y no profanéis el signo real con contaminación humana. Permaneced en el Tabernáculo bendiciendo por quien maldice, orando por quien necesita toda misericordia. El mundo será salvado por vosotros».

16 de diciembre

"Números 23, 12-19-21.

Dice Jesús [217]:

«El verdadero siervo de Dios, ante cualquier presión de fuerzas humanas que quisieran desviarlo de los caminos del Señor, responde: "¿Puedo, quizá, decir o hacer algo distinto de lo que el Señor me ha mandado?".

La obediencia al mandato de Dios, sea. cual sea este mandato, es el signo del siervo de

[217] Pero, al menos a partir del cuarto párrafo, parecen palabras del Padre Eterno

Dios. Las exigencias divinas son infinitas y todas están justificadas por un fin de amor. A éste impondré callar, a aquél hablar, a éste aislarse, a aquel otro hacerse rector de almas. A aquél le daré visión sobrenatural y a aquel otro voz sobrenatural. Pues bien: que mis siervos hagan según mi voluntad y serán, en el mérito, iguales ante Mí.

Yo no os obligo de manera que no podáis negaros a obedecerme. No, ni siquiera a los que en mi mano son dóciles como un copo de lino preparado para ser hilado, les fuerzo a obedecer. Pero cuanto más son "míos" más fácil y querida les es la obediencia, de manera que aún a costa de su peligro -porque el mundo odia a quienes son de Dios- y su sufrir -porque el mundo hace florecer su odio en sufrimiento para mis "santos"- permanecen fieles a mi mandato.

Bocas lavadas por el amor y corazones hechos espejos de Dios por la caridad, que es su vida, ellos sólo realizan y repiten lo que Yo les sugiero. Benditos seguidores de mi Hijo, copian a su Maestro en quien la obediencia fue infinita porque era divina y porque no utilizó su naturaleza para escoger las obediencias fáciles, sino que las saboreó todas y las hizo suyas, incluso las que repugnan al hombre, criatura inferior a Dios, y que el Hijo de Dios también abrazó para seros ejemplo. .

Pero Yo, que no miento y no cambio, os juro que mi bendición está sobre éstos, porque en su corazón no hay algún ídolo, sino se erige un sólo altar: el mío, desde el que resuena -pero para ellos es voz del Padre que no atemoriza, sino como voz de un órgano celestial arrebata el espíritu a un gozo santo- mi Voluntad, para ellos sagrada como Yo mismo.

Yo estoy con estos siervos míos [218]. Y mi presencia es como el tañido de victoria del que habla el Libro, porque hace huir a todos los enemigos del espíritu y le hace un seguro conquistador del Cielo.

Tras haber entrevisto durante la vida el Rostro de Dios, benigno y sonriente, a través de los velos de la distancia y de la Voluntad, conocerán "la Estrella nacida de Jacob", mi Hijo santo, el Justo en cuya Mano traspasada he puesto el cetro de rey, la vara sagrada que en el Día del Juicio signará a los benditos y a los malditos y que para mis siervos será dulce como una caricia.

Seguid al Dominador eterno desde ahora. Él os conduce por camino seguro a la posesión del Reino de Dios tan sólo con la obediencia, de la que es ejemplo el hombre del que habla el Libro, no queráis hacer por vuestra cuenta ni el bien ni el mal, sino únicamente lo que os dice el Señor».

17 de diciembre

Deuteronomio 2 [219], 26-29-35-43.

Dice Jesús:.

«La incredulidad es una de las mayores plagas de vuestro tiempo de desventura.

No creéis en las palabras de la Fe o creéis del modo que os parece a vosotros: relativo y acomodado a vuestro método de vida.

No creéis en Dios con sencillez y firmeza. Discutís, caviláis, medís con vuestras medidas lo que es infinito y lográis llegar a negar porque no sabéis explicar.

Negáis la potencia de Dios en pleno porque no admitís que Dios puede suscitar santos hasta de las piedras y dar palabra a las almas mudas. Dios hace lo que quiere, y para confundir a los soberbios coge a los pequeños y los hace grandes, porque entra en ellos y se

---

[218] Sobre la línea la escritora añade: Cap. 24, u. 13-17

[219] Pero quizá se trata del cap. 1

convierte en su "todo".

Vosotros negáis el milagro. O sea, admitís los milagros que os convienen. Los otros, y no son menores, por el hecho de ser espirituales, decís que no pueden ser posibles. ¿Y qué? ¿Me pondríais límites? ¿Acaso os he pedido consejo y aprobación para actuar? ¿Os he pedido ayuda? No. Me basta la buena voluntad de mis siervos para suscitar el milagro, que vosotros negáis, de hacer de una nada un siervo mío. No os pido vuestra cooperación, ¡oh fariseos renegadores!, y no la necesito.

Recordadlo y sed menos incrédulos y soberbios. Bajad vuestra orgullosa cabeza y permitid así subir a vuestro espíritu. Dios, viendo que creéis en Él, humilde y tenazmente, os concederá el milagro de la transformación de vuestro corazón, lleno de trabas humanas, en un corazón que la Fe vuelve a consagrar.

No tengáis miedo de quien es vuestro Padre. Amadle y bendecidle siempre, porque Él sólo tiene para vosotros un amor infinito que todo lo compadece y perdona con sólo ver en vosotros la recta intención.

Pero ésta es la que os falta. Todas vuestras acciones llevan un germen que no es recto. Son escasas, como las perlas negras, las criaturas cuyas intenciones tienen un sólo fin: la gloria de Dios sin preocupación de la estima humana. Por esto Yo no escucho vuestras palabras devolviéndoos, con igual medida, lo que me hacéis a Mí al no escuchar mis palabras.

Y mientras que permanezcáis la generación perversa que sois, enemiga de Dios y del espíritu y amiga de la carne y de la sangre y del Incitador de la carne y de la sangre, no gozaréis de la paz verdadera. Verdadera: no ficticia como el estancarse de un mal crónico, que no es más que la secreta recogida de nuevas toxinas destinadas a desbordarse en la sangre para agravar cada vez más el mal que mata.

Vuestras paces son iguales. No son más que recogida de fuerzas y de medios para guerras futuras más demoniacas. Os lo había dicho [220] y hecho decir por mi santa Madre, por mis siervos a quienes les estaba desvelado el futuro. Pero vosotros negáis el milagro, vosotros negáis la revelación, vosotros negáis a Dios.

¿Qué no negáis vosotros? Negáis todo lo que no es fruto de vuestra soberbia, y no actuáis según las luces que vienen de lo alto sino según los ríos que salen de vuestro ser encendido por la soberbia, incitado por la prepotencia, satanizado por la triple lujuria.

Y Yo que estoy inclinado como un Padre, que soy Amor para quien me es fiel, no puedo bendecir vuestros designios de ser regidores de vuestras empresas. Y; recordadlo, quien no tiene a Dios consigo perece».

Como complemento de todo mi sufrir veo, claramente, a María Stma. vestida de negro. Completamente: velo, vestido, manto, que va con rostro de tristeza infinita como por un jardín. Digo jardín porque hay flores, pero exactamente no veo parterres. Hay flores y senderos. No veo nada más.

La Virgen se inclina para recoger flores. Añado, para explicar mejor, que parece que un huracán se hubiera abatido sobre ese lugar, porque una parte de las hierbas y las flores están rotas, y la otra parte dobladas en el barro del sendero. María recoge las rotas y las besa, aparta con el pie las dobladas en el fango, pero no las coge. Y llora.

A una pregunta mental mía responde:

«Son almas sacerdotal es con las que se han ensañado el mundo y Satanás, y se ensañan especialmente en estos tiempos.

Las rotas son los que han sido matados por el odio del mundo: los mártires de este siglo.

---

[220] Por ejemplo, en el dictado del 15 de agosto

Les recojo y les llevo al Cielo porque soy la Madre del Sacerdocio y llevo a mis hijos fuera del horror a la Luz que se han merecido. Los recojo en mi manto para verter esta santa floración al pie del trono de Dios.

Las otras son los sacerdotes que se han dejado inclinar, por utilidad humana y por quietismo, cuando no por exaltarse de orgullo, por sucesos o doctrinas que les desnudan de su armadura preservadora. Han perdido el temple que les ha infundido el carácter sacerdotal y se han hecho plegables a los vientos humanos hasta manchar su florecida seda con el fango de la tierra.

Lloro sobre el dolor de los primeros y sobre el error de los segundos. Pero mi llanto sobre los primeros se transforma en perlas eternas destinadas a su corona. Sobre los segundos no hay sino dolor que quisiera salvarles y no puede si antes ellos no lloran sobre sí mismos.

Es el dolor más grande de mis dolores de Madre universal por sus hijos que ofenden a mi Primogénito muerto para dar la vida a todos mis hijos. En estos días, en que se renueva mi gozo de Madre de Dios, el mundo encuentra el modo de cambiar mi vestido de cándida alegría en vestido de luto, matando a mis sacerdotes o a sus almas -doble muerte y sin esperanza-.

Ora y sufre para ayudar a los mártires y para salvar a los culpables».

18 de diciembre

3° misterio glorioso.

Dice María:

«Cuando el Espíritu del Señor descendió para investir con su Potencia a los doce reunidos en el Cenáculo, se efundió también sobre mí. Pero si para todos fue un conocimiento que les hizo conocedores de la Tercera Persona y de sus divinos dones, para mí no fue más que un vivo reencuentro. Para todos fue llama, para mí fue beso.

Él, el eterno Paráclito, era ya mi Esposo desde hacía treinta y cuatro años y su Fuego me había poseído y penetrado en modo tal de hacer de mi candor un cuerpo de Madre. Aún después del desposorio divino Él me había dejado colma dé Sí, ni podía añadir Perfección a la Perfección porque Dios no puede aumentarse a Sí mismo, siendo perfectísimo e insuperable en su medida y habiéndose donado a mí sin límites, para hacer, de mi carne de mujer, algo tan santo, de poder ser habitáculo para el Divino que descendía a encarnarse en mí.

Pero ahora que la obra de su donación a mí y de la mía a Él se había cumplido, y nuestro Hijo había vuelto al Cielo después de haberlo cumplido todo, Él volvía para darme su beso de gratitud.

¡Oh! ¡Cómo os enseña Dios el agradecimiento! Él, mi Señor, no dejaba de estar agradecido a su Sierva que había sido instrumento a su servicio y, mientras que yo a cada latido del corazón repetía: "Santo, santo, santo y bendito, Tú, Señor excelso", Él dejaba el Cielo una segunda vez para renovar su abrazo de Esposo y, entre el ardor y la voz de la repartida Llama, prometerme el tercer enlace sin fin en la beata morada del Cielo.

Y entonces el Cielo fue más que nunca mi meta porque, cuando se ha saboreado y vuelto a saborear el Amor, sol y tierra, criaturas y cosas, desaparecen ante nuestros ojos, y sólo queda una idea, un sabor, un deseo: el de Dios. El de tener a Dios no por instantes sino en un eterno presente».

4° misterio glorioso.

Dice María:

«Otra perla para mis predilectos. Realmente quería hablar de ello dentro de unos días, pero me doblego a un deseo porque soy la Madre. Para Navidad tendréis también esta palabra mía.

Como fue un éxtasis el nacimiento del Hijo, y del rapto en Dios volví a estar presente en la Tierra con mi Niño entre loa brazos, también mi muerte fue un rapto en Dios.

Confiando en la promesa tenida entre el esplendor divino la mañana de Pentecostés, yo pensaba que al acercarse el momento de la última vuelta del Amor para arrebatarme en Sí debería señalarse con un aumento de fuego. No me equivoqué.

Yo, por mi parte, cuanto más pasaba la vida más aumentaba en mí el deseo de fundirme con la eterna Caridad. Me estimulaba el deseo de mi Hijo y la certeza de que nunca habría hecho tanto por los hombres como cuando estuviera orante por ellos en los escalones del trono de Dios. Y con movimiento cada vez más encendido y acelerado, con todas las fuerzas del alma gritaba: "¡Ven, Señor, Jesús, ven, ven eterno Amor!".

La Eucaristía, que era para mí como rociada dada a una flor sedienta -era vida-, ahora ya no era suficiente para la incontenible ansia del corazón. Ya no me bastaba recibir en mí a mi divina Criatura y llevarla en las sagradas Especies como la había llevado en la carne virginal. Quería al Dios Uno y Trino con todo mi ser, y no bajo los velos elegidos por mi Jesús para esconder el inefable misterio, sino tal como era y es y será en el centro del Cielo.

Mi mismo Hijo me ardía en sus arrebatos eucarísticos con besos de deseo infinito, y cada vez que me venía con la potencia de su amor casi me arrancaba el alma en el primer ímpetu, y después permanecía con ternura infinita a llamarme: "¡Madre!", y yo le sentía ansioso de tenerme consigo.

No deseaba nada más. Ni siquiera estaba en mí el deseo de tutelar la Iglesia naciente. Todo estaba anulado por el deseo de poseer a Dios en la certeza de poderlo todo cuando se posee a Dios.

María, alcanza este total amor. Que todo pierda valor y ansia ante tus ojos. Cuando seas rica de esta pobreza de deseo, que es riqueza inmensurable, Dios se inclinará sobre tu espíritu para besarlo y tú ascenderás con tu espíritu al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, para conocer les y amarles durante toda la bienaventurada eternidad y para poseer sus riquezas de gracias, y disponer de ellas para los fines y los seres que están en tu pensamiento. Nunca se es tan activo por los hermanos como cuando no estamos ya entre los hermanos sino que somos luces unidas a la Luz.

El acercarse del Amor eterno tuvo el signo que pensaba. Todo perdió luz y color, voz y presencia, bajo el Fulgor y a la Voz que desde los Cielos abiertos bajaba sobre mí para llevar mi alma.

Se dice: "María se habría regocijado al ser asistida por su Hijo". Pero mi dulce Jesús estaba muy presente con el Padre cuando el Amor me dio el tercer beso de la vida, aquel beso tan divino que en él el alma expiró, recogida como gota de rocío bebida por el sol del centro de un lirio, y yo ascendí con mi espíritu cantando el hosanna en medio de mis Tres, que adoraba y adoro, como perla en un engarce de fuego, seguida por la procesión de los espíritus angélicos venidos a mi eterna navidad y esperada en los umbrales de los Cielos por el Esposo terreno, por los Reyes y por los Patriarcas de mi estirpe, por los primeros santos y los primeros mártires, y el Cielo se cerró con la alegría de tener a su Reina cuya carne, única entre todas las carnes mortales, conocía la bienaventuranza de la glorificación» .

5° misterio glorioso.

Dice María:

«Mi humildad no me permitía pensar en tanta gloria como me estaba reservada en el Cielo.

En mi pensamiento estaba la certeza de que mi carne humana, hecha santa por haber llevado a Dios, no habría conocido la corrupción, porque Dios es Vida y cuando satura de Sí a un ser es como un aroma que preserva de la muerte. Yo no sólo había estado unida con Él en casto y fecundo abrazo, sino que me había saturado en los más recónditos rincones de las emanaciones de la Divinidad escondida en mi seno y atenta a esconderse en carnes mortales.

Pero que la Bondad del Eterno hubiera reservado a su Sierva el gozo de volver a sentir en sus miembros el toque de la mano de mi Hijo, su abrazo, su beso, y volver a oír con mis oídos su voz, ver con mis ojos su rostro, experimentar de nuevo la alegría de acariciarle, no, esto no pensaba que me fuese concedido enseguida, ni lo deseaba. Me bastaba que estas bienaventuranzas le fueran concedidas a mi espíritu y con esto ya hubiera sido plena mi felicidad de bienaventurada.

Pero como testimonio de su pensamiento creador respecto al hombre, Dios me quiso en el Cielo con alma y cuerpo. Yo soy el testimonio cierto de lo que Dios había pensado y querido para el hombre: una vida inocente desconocedora de culpas, un plácido tránsito de esta vida a la Vida completa en la que, como uno que pasa el umbral de una casa para entrar en un palacio, el ser completo hubiera pasado del sol del paraíso terrestre al Sol del Paraíso celestial, aumentando la perfección de su yo, en la carne y en el espíritu, de la plena Luz que hay en los Cielos.

Ante los Patriarcas y los Santos, ante los Ángeles y los Mártires, Dios me puso a Mí asunta a la gloria del Cielo y dijo: "He aquí la obra perfecta del Creador, he aquí lo que Yo creé a mi imagen y semejanza, fruto de una divina y creadora obra de arte, maravilla del Universo que vio encerrado, en un solo ser, lo divino en el espíritu inmortal como Dios y como Él espiritual, inteligente, virtuoso, y lo animal en la más perfecta carne ante la que se inclina cualquier otro viviente de los tres reinos de la Creación. He aquí el testimonio de mi amor por el hombre, para quien creé el organismo perfecto y la suerte beata de una vida eterna en mi Reino. He aquí el testimonio de mi perdón para el hombre, a quien, en fuerza de un amor trino, he concedido la rehabilitación ante mis ojos. Ésta es la mística piedra de comparación, ésta es el anillo de enlace entre el hombre y Dios, ésta es Aquella que lleva de nuevo los tiempos a los días primeros y concede a mi ojo divino la alegría de contemplar a la Eva que Yo creé tal como la creé, y ahora más bella porque es la Madre de mi Hijo y la Mártir del Perdón. Por su Corazón, que no conoció mancha, Yo abro los tesoros del Cielo y por su cabeza, que no conoció soberbia, hago corona con mi Resplandor y la corono, porque me es Santa, para que sea vuestra Reina".

María, en el Cielo no hay lágrimas. Mas por el llanto de alegría que habrían tenido los espíritus si se les hubiera concedido el llanto -líquido que destila apretado por una emoción- hubo un destello de luces, un colorearse de resplandor en los más vivos resplandores, un arder de fuegos caritativos en un fuego más ardiente, un insuperable e indescriptible sonido de armonías, a las que se unió la voz de mi Hijo en alabanza a Dios Padre y a la Sierva de Dios bienaventurada para siempre.

María, pensaba terminar esta ilustración mía sobre los misterios de mi santo rosario -porque, sin que tú te dieras cuenta de ello, te hablé de todos y especialmente de los cándidos gozosos y de los resplandecientes gloriosos, porque para los purpúreos sólo hay un único nombre: Dolor, y son todos un único dolor- después de la Navidad. Pero vosotros que me amáis tenéis tantas penas y entendéis que, sólo olvidando la Tierra por el Cielo, esas penas se hacen soportables para vuestro corazón. Y yo os revelo las luces del Cielo.

El místico collar está terminado. Os lo doy para la Navidad de mi Hijo y con ella mi bendición y mi caricia.

Sed buenos y amadme. Yo estoy con vosotros».

19 de diciembre

Deuteronomio 5, 29; 6, 20-25.
Dice Dios Padre:
«En la manifestación majestuosa del Sinaí, Yo he dictado a mi Siervo para los hombres, para todos los hombres, las reglas que hay que observar para merecer mi bendición.
Y si muchas de las pequeñas disposiciones que han seguido al Decálogo, para hacer más seguro y fácil a los antiguos el poner en práctica el Decálogo, han caducado con el paso de los siglos y con el adviento del Cristianismo, el Decálogo ha permanecido y no cambia. No cambiará hasta el último día y, si aún fuera concedida a la Tierra una vida de milenios de milenios, el Decálogo será siempre el mismo, siempre válido, siempre justo, siempre para observarse.
Mi Hijo no ha cambiado ninguna palabra de éste, porque la palabra de Dios no puede ser retocada por nadie. El Verbo os enseña este respeto por mi palabra inmutable. Recordadlo. Él ha confirmado la Ley en sus diez mandamientos intocables. Ha sustituido, en cambio, sus partes complementarias, no acordes ya con el nuevo período, con su doctrina de amor.
La era del castigo había terminado desde el momento en que florecía sobre el mundo el Rey del amor y de la misericordia y, para aseguraros más este cambio que sustituía el rigor por el perdón, mi Hijo se consumió a Sí mismo durante tres años para predicaros amor y perdón e impulsó su sacrificio a erigirse en amonestación sangrienta en la pendiente de un monte, para que todo el mundo mirase hacia aquel centro de misericordia del que descendían, con las últimas gotas de una Sangre divina, las últimas palabras aún de amor y perdón.
El Maestro del mundo hasta el momento extremo os ha repetido, y con los hechos además de con las palabras, la perfección de la Doctrina divina. Perfección porque ha quitado al Decálogo antiguo las disposiciones más humanas de las pequeñeces mosaicas y las ha sustituido con su código totalmente de amor. Pero el Decálogo permanece. Y permanecerá. Y el mundo perece porque ya no conoce ni vive el Decálogo.
¿Dónde están ya los que, investido s de autoridad familiar, enseñen a los hijos la primera cosa y la que debe saberse más necesariamente: mi Ley? ¿Dónde los que formen a su criaturas en la gratitud y en el amor reverencial hacia Mí, narrando a las mentes y a los corazones que se abren las maravillas y las providencias de Dios por los hombres?
No me refiero aquí a otras autoridades. Hablo de la primera autoridad: la de los padres. Responsables del futuro de los hijos y, como consecuencia, de las naciones. Porque, si las autoridades de poder que os gobiernan tuvieran de frente, en todo el mundo cristiano, el número infinito de las autoridades familiares firmes en el respeto y en la educación hacia Dios y en las cosas de Dios, se limitarían en ciertos excesos que no sólo profanan a las generaciones juveniles sino que preparan días cada vez más tremendos para la Tierra, porque de seres juveniles corrompidos y ateos sólo pueden surgir delincuentes. Sea delincuencia singular o delincuencia social, será siempre delincuencia que empuja al delito, al robo, a la violencia, a la traición, a la revuelta, a todas las maldades que hacen de la Tierra un anticipado infierno y a los hombres demonios crueles los unos con los otros.
Soñad tiempos mejores. Pero -y repito palabras viejas de milenios y siempre nuevas- pero "¿quién os dará un espíritu tal de temerme y observar mis mandamientos para que vosotros y vuestros hijos seáis eternamente felices?". ¿Cómo lo podéis hacer si ya no conocéis mis mandamientos? ¿Qué dais a vuestro espíritu para que viva? Y si está muerto por falta de

alimento y de respiración, obligado a morir sin la palabra de Dios ya respirar el aire hecho pestilente por vuestros pecados, ¿cómo podéis tener el espíritu que os pido que tengáis?

El vuestro es un círculo cerrado. Un círculo de horror que os ahoga. Podéis romperlo sólo con la Cruz y con el Evangelio. Ellos os abren las puertas a la Luz de Dios, al aire, al alimento y a todo lo que es vida. Ellos os abren el camino para volver a Mí.

Mi Majestad terrible os puede causar miedo todavía porque sois como Adán después del pecado: tenéis el alma sucia y teméis el ojo de Dios. Pero Cristo no da miedo. Desde el nacimiento a la muerte Él tiene un nombre: Dulzura. Subid de nuevo a Mí a través de su Palabra y de su Cruz. Ellas os instruyen y os consagran de nuevo. Son la obra de arte del amor divino. Fuera de ellas no existe otro medio de salvación. Después de renegar de ellas sólo queda una cosa: "mi Justicia".

y mi Justicia para vosotros, reducidos como estáis, quiere sólo decir: "Castigo". Recordáoslo y proveed» .

20 de diciembre

Dice Jesús:

«Uno de los puntos en los que vuestra soberbia naufraga en el error, que además de todo degrada vuestra propia soberbia dándoos un origen que si estuvierais menos pervertidos por el orgullo repudiaríais como humillante, es el de la teoría darviniana [221].

Por no admitir a Dios, quien con su potencia puede haber creado el universo de la nada y al hombre del barro ya creado, tomáis para vuestra paternidad la de una bestia.

¿No os dais cuenta de disminuiros porque, pensadlo, una bestia por muy perfecta que sea, seleccionada, mejorada, perfeccionada en la forma y en el instinto, y si queréis también en la formación mental, será siempre una bestia? ¿No os dais cuenta de esto? Esto atestigua desfavorablemente respecto de vuestro orgullo de seudo superhombres.

Pero si no os dais cuenta, no seré Yo quien malgaste palabras para convenceros y convertiros del error. Sólo os pregunto una cosa que, tantos como sois, nunca os habéis preguntado. Y si me podéis responder con los hechos no combatiré más esta degradante teoría vuestra.

Si el hombre es el derivado del mono, que por evolución progresiva se ha hecho hombre, ¿cómo es que en tantos años que sostenéis esta teoría nunca habéis logrado, ni siquiera con instrumentos perfeccionados y métodos actuales, hacer de un mono un hombre? Podíais coger de una pareja de monos inteligentes los hijos más inteligentes y después los hijos inteligentes de éstos y así sucesivamente. Tendríais ya muchas generaciones de monos seleccionados, instruidos, cuidados con el más paciente, tenaz y sagaz método científico. Pero tendríais siempre monos. Si acaso hubiera un cambio, sería éste: que las bestias serían menos fuertes físicamente que las primeras y más viciosas moralmente, ya que con todos vuestros métodos e instrumentos habríais destruido aquella perfección con la que mi Padre creó a estos cuadrúmanos.

Otra pregunta. Si el hombre ha venido del mono, ¿cómo es que ahora el hombre, incluso con injertos y cruces repugnantes, no se vuelve mono? Incluso seríais capaces de intentar estos horrores si supierais que ello podría confirmar vuestra teoría. Pero no lo hacéis porque sabéis que no sois capaces de hacer de un hombre un mono. Haríais un feo hijo de hombre, un degenerado, un delincuente quizás. Pero nunca un verdadero mono. No lo intentáis porque sabéis de antemano que tendríais un pésimo resultado y vuestra reputación saldría

[221] El evolucionismo de Charles Robert Darwin (1809-1882)

arruinada.
Por esto no lo hacéis. No por otra cosa. Porque no sentís ningún remordimiento ni horror por degradar un hombre a nivel de un animal, para sostener vuestra tesis. Sois capaces de esto y de mucho más. Vosotros sois ya animales porque negáis a Dios y matáis el espíritu que os diferencia de los animales.
Vuestra ciencia me produce horror. Degradáis la inteligencia y, como locos, ni siquiera os dais cuenta de hacerlo. En verdad os digo que muchos primitivos son más hombres que vosotros».

21 de diciembre

Dice Jesús:
«Otro signo de mi venida fue la Paz.
Cuando nací el mundo entero estaba en paz. Era Dios. Y Dios es Amor. La guerra es odio. Era el Príncipe de la Paz. Sólo podía venir mientras había paz en la tierra.
Nuevo Adán que da inicio a la segunda generación del hombre, anulando con su martirio la generación perversa del primero, nací a la vida como el primero mientras no había lucha en el mundo. Y si, por lo que de imborrable os ha puesto Satanás, aún duraba la matanza de los animales llevada a cabo por el hombre y de los animales entre ellos -antes ni siquiera existían éstas-, los hombres entre ellos estaban en paz. Al menos entre ellos estaban en paz.
Meditad. La guerra es odio y Dios no está donde hay odio. Para merecer a Dios es necesario estar sin odio. Hacia nadie. Es inútil cualquier medio si falta Dios. Y a Dios no lo podéis tener porque odiáis con una crueldad de fieras rabiosas por el hambre.
No os digo más porque sois indignos de tener más, y hacéis de mi Bien instrumento para dañaros a vosotros y a los demás. Sólo digo esto: "La primera condición para salir de este infierno es que antes salgáis del odio que os viste y que arranquéis de vosotros el odio que es como la médula de vuestros huesos, porque sois odio dentro y fuera de vosotros"».

22 de diciembre

Deuteronomio 9-11.
Dice Jesús:
«Reconocer los beneficios que se reciben es obligación también entre los hombres y signo de corazón gentil. Vosotros juzgáis severamente a los ingratos. Y con razón.
Pero ¿entonces cómo deberá juzgaros Dios? Cuando triunfáis por un beneficio de Dios y veis prosperar vuestras empresas, ¿por qué no encontráis una palabra para Aquel que os ha dado esa alegría? ¿Por qué decís: "Yo he hecho esto',? ¿Por qué, inflados de orgullo exclamáis: "El Señor por fuerza me ha debido escuchar porque yo soy merecedor de su ayuda"? No. Si el Padre os diera por cuanto merecéis, debería pulverizaros.
Pero Él, por vosotros que sois duros de mente y de corazón, rebeldes y viciosos, sacrílegos y mentirosos, no falta a su promesa de seros Padre. Y un padre, aunque esté indignado por el modo de comportarse del hijo, nunca es menos padre, si es hombre santo y justo. Dios es santísimo y justísimo. Pues Dios no os humilla como merecéis, sino que os vuelve a llamar a Sí con voz de reproche en la que siempre está fundido el amor.
Una, dos, cien veces os llama. Con el resplandor de su potencia os hace presente que, aunque vosotros os creáis otros dioses, Él es el único Dios y sus palabras son siempre las mismas escritas en la piedra sobre el Horeb.
Vosotros, a quienes os parece más cómodo servir a un ídolo mudo e impotente (mudo e

impotente para las obras santas) despreciáis la voz y el mandamiento de Dios porque los creéis pesados y obligatorios. Pero ¡qué destino más pesado y qué dominación más opresora de la que os imponéis por vosotros mismos, creados por voluntad de los hombres, que es muy distinta de la de Dios a quien han volteado la cara y el corazón, y sólo pueden daros lo que os dan: dolor y muerte!

Ahora Yo os digo: "Orad". Entre vosotros hay aún una minoría capaz de escucharme, de orar y sufrir por el mundo. A éstos les digo: "Orad".

Es la hora de desviar el rigor del iniciado tormento con la oración y la inmolación. El dolor y la fe os hacen gratos ante el Señor Dios vuestro. Hablad pues en favor de todos. Coged a Dios con los lazos del amor. Él, a quien ninguna fuerza ata, es como un pajarito preso en la red cuando un alma le circunda de amor. Se rinde y bendice. Recordad a Dios sus beneficios, no porque Él tenga necesidad de que se los recordéis, sino para mostrar que vosotros los recordáis. Mientras que el mundo blasfema y mata, vosotros cantad el hosanna al Señor y amad. El amor es más potente que la fuerza y vence incluso al infierno. El amor todo lo vence, ¡oh mis dilectos!

El amor inclinará a Dios que se resiste por el desamor de todo un mundo, y obtendrá de Él el único milagro que os puede salvar. El amor abrirá el corazón de los hombres y les dará vista espiritual para ver su horror interno y personal que se hace horror colectivo. El amor conducirá de nuevo al hombre por los caminos de Dios. Cuando améis ya no haréis más el mal, el gran mal querido a sabiendas, como ahora lo hacéis.

No es pesado seguir a Dios. Él sólo os pide amor, obediencia y respeto por su Majestad superior a todas las autoridades terrenas. Cortad de vuestro corazón, en circuncisión espiritual, todo cuanto es eslabón de pecado que impide a vuestro corazón palpitar en el honesto latido del Bien y crecer en la santa Caridad.

Os toca a vosotros elegir entre mi bendición y mi maldición. Yo respeto vuestro arbitrio. Os describo sólo los frutos de la una y de la otra. Mi bendición os dará paz y pan, serenidad de días y prosperidad de intereses. Mi maldición os dejará vuestras guerras y destrucciones, y de sí os dará sequía o intemperies, pestilencias y hambre, porque el castigo de Dios no puede daros de qué colmar vuestros dos bajos amores: el vientre y la bolsa.

Elegid. Y no digáis que no os amo porque no impongo el bien. Demasiados entre vosotros oran a Satanás para que cumpla por ellos sus prodigios. Destruiríais el Bien si Yo os lo impusiera.

Antes es necesario que no seáis pueblo vosotros que adoráis a la Bestia, sino que sean pueblo los que se acuerdan de Dios. Entonces el Mal será equilibrado por el Bien y neutralizado por él. No sólo: sino que el bien que hacéis atraerá el Bien del Cielo siempre en medida creciente, porque Dios sólo pide derramarse en amor sobre vosotros, y conoceréis la era de paz prometida en mi nacimiento a los hombres buenos».

23 de diciembre

Dice Jesús:

«Gran enseñanza y demasiado descuidada la que se lee en el cap. 42 de Nehemías.

Vigilancia, constancia y oración. He aquí las tres armas más potentes que las flechas, las lanzas y las espadas. He aquí también la necesidad de que entre el pueblo de Dios estén los especialmente consagrados a orar por los que trabajan y no saben usar contemporáneamente las manos en las ocupaciones y el corazón en la oración.

Los jóvenes, dice el libro de Esdras, que trabajaban, incluso los que estaban ocupados en el trabajo y no en las defensas, trabajaban con la espada ceñida al costado y preparada para

la lucha. No había rebeliones al mandato que les designaba ahora para el trabajo, ahora para la defensa. Los superiores están siempre inspirados por Dios y cuando asignan una tarea deben ser obedecidos con prontitud y sin murmurar.

Todos tienen este deber. Y lo tenéis especialmente hacia Dios, Superior excelso, quien en su providencia predispone las misiones y los cambios en ellas. Ay de aquellos corazones apegados a las cosas que perecen, que se rebelan a la obediencia diciendo: "Yo me siento mejor en este estado y no quiero aquél".

¡No quiero! ¿Cómo podéis decir que no queréis? ¿Dónde está la obediencia, la sumisión, el amor a la Voluntad de Dios que se trasluce detrás de los mandatos del hombre? Sólo en una cosa os es lícito no querer. Cuando el hombre os impone cumplir el mal. Entonces debéis resistir y decir: "No" aunque ello os haga mártires.

Y vosotros que tenéis potestad de mando, sea en lo pequeño o en lo grande, oíd lo que os dice el Señor, que antes ha hablado a los sujetos a través del Libro y ahora os habla a vosotros.

Recordad que dirigir es doble peso que ser dirigidos. Es vuestro deber no haceros responsables de las ruinas de los demás. Los sujetos responden a Dios de sí mismos. Vosotros, por vosotros y por ellos. A la dignidad del cargo corresponde severidad de conducta hacia vosotros mismos. Debéis ser ejemplo porque el ejemplo arrastra, tanto en el bien como en el mal. Y de superiores malvados o simplemente perezosos sólo se pueden obtener sujetos malvados y perezosos.

Así en una comunidad como en un estado. Los pequeños miran a los mayores y son el espejo de los grandes. Recordáoslo.

Otra virtud después de la rectitud es la bondad. La bondad frena los instintos más que las cárceles y las prescripciones. Haceros amar y seréis obedecidos. Arrastraréis a la bondad siendo buenos. Pero ¡ay de vosotros si sois codiciosos, injustos, malvados! Seréis odiados, despreciados, desobedecidos incluso y sobre todo en los mandatos buenos que deis, y obedecidos, incluso más de lo que quisierais, en el copiar vuestra codicia, vuestra injusticia, vuestra maldad.

No os embriaguéis con vuestro honor de tal modo que seáis incapaces de entender a los sujetos en sus justas necesidades y en sus lamentos. Ser cabezas quiere decir ser "padres". Para esto Dios os ha dado una autoridad. No para que hagáis de ella látigo sobre los menores. No sois omnipresentes como Dios. Esto es cierto. Pero cuando se quiere se puede, por lo que se quiere. Y quien quiere saber la verdad la sabe.

Vigilancia, pues, sobre todo y todos. No necia y ciega confianza y perezoso descuido respecto a vuestros ayudantes. No todos son justos y muchos Judas están esparcidos entre las filas de los ayudantes de los jefes. No os hagáis sus esclavos mendigando su aceptación con tal de imperar. Sed justos y basta. Y cuando veis que en vuestro nombre se ejerce un despotismo culpable, procurad estar siempre en condición de libertad de obligaciones hacia vuestros representantes, de manera que les podáis reprender sin temor a que de acusados se vuelvan acusadores.

Sed honestos y justos. Honestos en no aprovecharos de vuestra condición con daño de los menores. Justos en el saber castigar a los que para ser algo han creído lícito todo sistema.

Si hacéis así siempre podréis decir a Dios: "Acuérdate de mí en el bien, porque he hecho el bien a los que Tú me has dado"».

## 24 de diciembre

Salmo 36, 21.

Dice Jesús:

«Incluso un sólo versículo de un salmo tiene una luz capaz de iluminar un gran camino.

He aquí la diferencia entre el pecador y el justo.

El primero es un vampiro que coge y destruye y nunca restituye. Destruye las obras de los hermanos y mis méritos. Se nutre de la comunión de los santos. He aquí cómo se nutre. No por su espíritu al que ningún alimento espiritual puede aprovechar porque es espíritu muerto. Se nutre para esta vida suya, porque los santos oran por él y apartan de su cabeza los castigos de Dios. Todos menos el último, porque Dios es justo y da según lo que se ha hecho. Vuelve en su condena la Sangre que es salvación porque con su vida de pecado se mofa de mi sacrificio. Es un parásito del cuerpo místico. Y acaba siendo un muerto. Una célula muerta de este admirable cuerpo. Tú sabes que en vuestro cuerpo las células muertas son la sede de enfermedades atroces. Así ocurre con estas células espirituales que se nutren del trabajo de los demás sin tener la propia actividad generante. Son gangrenas.

El justo en cambio, activo como un dios, produce continuamente, en forma menor, como un dios. Es un generador de vida. Injertado en Cristo, su Maestro, vive la Vida y la hace suya, la multiplica con su propio vivir, que por muy humilde que sea no es despreciado por Dios, que no desprecia las obras de sus pequeños sino que las acoge con una sonrisa y las hace suyas. Rico de inagotable riqueza -porque no dispone únicamente de su actividad, sino de ese inmensurable tesoro que son las obras de Cristo y de los santos- tiene compasión de todos y da sin avaricia, y su dar no se empobrece, porque más dona y más se comunica Dios en él arrastrando consigo el río de santidad del que es manantial y entrada y cuyas olas son los méritos innumerables del Verbo inmolado y de sus santos. Más crece la santidad y más aumenta la compasión, porque si crece la santidad cada vez más Dios mora en vosotros y la morada de Dios en vosotros quiere decir poseer la Caridad.

¡Oh! ¡Suerte beata! Cuando al final de la vida el justo ascienda al Cielo, le precederán, tapizando de luces su camino y cantando sus alabanzas, las obras por él cumplidas, y en su humilde y beato asombro Yo diré: "Tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, estuve desnudo y me vestiste, enfermo y me cuidaste, peregrino y me acogiste. Cuanto hiciste por los hermanos a Mí me lo has hecho y, especialmente cuando con tu dolor y con tu actuar has hecho de un hermano un santo, has añadido una luz a mi corona de Rey eterno. Por ello ahora conmigo reinarás para siempre, ¡oh mi bendito!"».

Dice Jesús:

«A los que leyendo humanamente estos dictados encuentren que Yo me repito, respondo:

A vuestra insistencia en el error contrapongo mi insistencia en el enseñar. Los buenos maestros no se cansan de repetir una explicación hasta que no están seguros de que todos los estudiantes han comprendido su explicación.

Entre los estudiantes no todos tienen la misma voluntad o la capacidad de comprender. Mejor dicho, los escolares que unen la voluntad a la inteligencia son las excepciones. Son las perlas del maestro, las que le compensan de las decepciones de todos los demás.

Yo soy el Maestro. Y sólo Yo, que además de Maestro soy Dios y tengo de Dios la facultad de verlo todo, sé cuan pocos son en mi pueblo los que escuchan, comprenden, retienen y aplican mi Palabra. Cuan pocos aquellos para los que el amor es luz intelectiva y voluntad. Porque son éstos, presos por el amor, los que comprenden y viven mi doctrina y a los que es suficiente dar una explicación una vez para que la hagan norma de vida. A los demás, embrutecidos por la culpa o entorpecidos por la pereza espiritual, es necesario que Yo les instruya sin cansancios y siempre desde el inicio para que un mínimo de luz y de doctrina sea capaz de insinuarse en ellos y brotar como plantita de Vida.

He aquí la razón de mi repetir de mil formas una única ciencia. y con este resultado: quien menos necesidad tiene de ello, porque ya es uno conmigo, la acoge siempre con nueva ansia, como si fuera siempre palabra nueva, y no se cansa de recibirla porque es para él alimento y aire de la que, como del alimento y del aire naturales, tiene siempre necesidad hasta que la pausa cesa y viene a la Vida donde la contemplación de Dios será resumen de todas las necesidades, será todo. En cambio, los que más necesitan de ella pronto se cansan y se separan. Sea porque esa doctrina es para ellos aguijón y reproche, sea porque su imperfección espiritual les entorpece, haciéndoles incapaces de notar sus necesidades y la belleza de mi Palabra.

Pero Yo hago mi deber de Maestro de todas formas. Estrecho sobre mi corazón a los discípulos fieles para quienes mi caricia es ya palabra, y consolándome en ellos, prosigo la dura tarea de hablar a los hostiles, a los inertes, a los débiles, a los distraídos».

25 de diciembre

Navidad. Nuevo dictado de María.

Dice María:

«La bienaventuranza del éxtasis navideño me ha venido como esencia de flor cerrada en el vivo vaso del corazón para toda la vida. Alegría indescriptible. Humana y sobrehumana. Perfecta.

Cuando al llegar cada tarde me martilleaba en el corazón el doloroso "recordatorio": "Un día menos de espera, un día más de cercanía al Calvario" y mi alma salía cubierta de pena como si una oleada de aflicción la hubiera recubierto, ola anticipada de la marea que me habría tragado en el Gólgota, yo inclinaba mi espíritu sobre el recuerdo de aquella bienaventuranza que había permanecido viva en el corazón, así como uno se inclina sobre la garganta de una montaña para volver a oír el eco de un canto de amor y para ver en la lejanía la casa de su alegría.

Ha sido mi fuerza en la vida. Y lo ha sido sobretodo en la hora de mi muerte mística a los pies de la Cruz. Para no llegar a decir a Dios -que nos castigaba, a mi dulce Hijo y a mí, por los pecados de todo el mundo- que era demasiado atroz el castigo y que su mano de Justiciero era demasiado severa, yo, a través del velo del más amargo llanto que mujer alguna haya vertido, he debido fijar aquel recuerdo luminoso, beatífico, santo, que se. alzaba en aquella hora como visión de consuelo desde el interior del corazón para decirme cuanto me había amado Dios, se alzaba para venir a mi encuentro no esperando, porque era alegría santa, que yo lo buscase, porque todo cuanto es santo está infundido de amor y el amor da su vida incluso a las cosas que parece que no la tengan.

María, es necesario hacer así cuando Dios nos hiere.

Recordar cuando Dios nos ha dado la alegría, para poder decir también entre el dolor: "Gracias, Dios mío. Tú eres bueno conmigo".

No rechazar el consuelo del recuerdo de un pasado don de Dios, que surge para confortarnos en la hora en que el dolor nos dobla, como tallos atravesados por un huracán, hacia la desesperación, para no desesperar de la bondad de Dios.

Procurar que nuestras alegrías sean alegrías de Dios, o sea, no damos alegrías humanas, queridas por nosotros y fácilmente contrarias -como todo cuanto es fruto de nuestro actuar separado de Diosa su divina Ley y Voluntad, sino esperar la alegría sólo de Dios.

Guardar el recuerdo de ellas incluso cuando la alegría haya pasado ya, porque el recuerdo que estimula al bien ya bendecir a Dios no es recuerdo condenable sino más bien aconsejado y bendito.

Infundir con la luz de aquella hora las tinieblas del momento presente para hacerlas siempre tan luminosas que sean suficientes para ver el Rostro santo de Dios incluso en las noche más oscura.
Suavizar lo amargo del cáliz de aquella dulzura gozada para poder soportar el sabor y llegar a beberlo hasta la última gota.
Sentir, porque se ha conservado como el más precioso recuerdo, la sensación de la caricia de Dios mientras las espinas nos aprietan la frente.
He aquí las siete buenaventuras contrapuestas a las siete espadas. Te las dono como mi lección de Navidad (pon esta fecha) y contigo las dono a todos mis predilectos.
Mi caricia para bendición de todos».

Dice el Eterno Espíritu:
«Yo soy el Amor. No tengo [222] voz propia porque mi Voz está en toda la creación y más allá de ella. Como el éter Yo inundo todo cuanto existe, enciendo como el fuego, circulo como la sangre.
Yo estoy en cada palabra de Cristo y florezco sobre los labios de la Virgen. Yo purifico y hago luminosa la boca de los profetas y de los santos. Yo soy Aquel que inspiró las cosas antes de que existieran, porque es mi poder el que, como latido, dio movimiento al pensamiento creativo del Eterno.
Todas las cosas han sido hechas por Cristo, pero todas las cosas han sido hechas por Mí-Amor, porque soy Yo quien con mi fuerza secreta moví al Creador a obrar el prodigio.
Yo existía cuando no existía nada y existiré cuando quede única mente el Cielo.
Yo soy el inspirador de la creación del hombre al que fue donado el mundo para su delicia, el mundo en el que, de los océanos a las estrellas, de las cumbres alpinas a las estrellas, está mi sello.
Yo seré quien ponga sobre los labios del último hombre la suprema invocación: "¡Ven, Señor Jesús!".
Yo soy Aquél que para aplacar al Padre infundí la idea de la Encarnación y descendí, fuego creador, a hacerme germen en las entrañas inmaculadas de María, y volví a subir hecho Carne sobre la Cruz y de la Cruz al Cielo para estrechar en anillo de amor la nueva alianza entre Dios y el hombre, como en abrazo de amor había estrechado al Padre y al Hijo generando la Trinidad.
Yo soy Aquel que habla sin palabras, en cualquier lugar y en toda doctrina que tenga origen en Dios, Aquel que sin tocar abre ojos y oídos para oír lo sobrenatural, Aquel que sin mandato os trae de la muerte de la vida a la Vida en la Vida que no conoce límites.
El Padre está sobre vosotros, el Hijo en vosotros, pero Yo, Espíritu, estoy en vuestro espíritu y os santifico con mi presencia.
Buscadme en cualquier parte que haya amor, fe y sabiduría. Dadme vuestro amor. La unión del amor con el Amor crea a Cristo en vosotros y os lleva al seno del Padre.
He hablado hoy que es el adviento del Amor sobre la Tierra, mi más alta manifestación, aquella de la que provienen redención e infusión pentecostal para la Tierra.
Mi Fuego more en vosotros y os encienda, recreándoos con Dios, en Dios y por Dios, Señor eterno, al que va dada toda alabanza en el Cielo y en la Tierra».

En la acción de gracias de la Comunión, mientras oraba en voz alta por todos nosotros y alrededor de mi cama estaban Anna y Paola [223] (Marta [224] había ido un momento hacia la

[222] La escritora añade en el renglón: (o no uso)
[223] Anna era la segunda mujer de Giuseppe Belfanti, primo de la madre de la escritora. Paola era hija de Giuseppe e hijastra de Anna

cocina), me ha arrebatado el éxtasis. He visto a María tomar al Niño de su regazo, estrechándole contra su corazón, besarle y arrullarle.

Y esto sería un mal menor. Lo malo es que he visto a Paola levantar los ojos de su misal (porque por cuanto yo leyese y por ello tuviera los ojos bajos, también veía el libro, a la Virgen y a los presentes juntos) y mirarme fijamente, y vi a Marta correr para venir cerca de mí y mirar ella también.

Intentando dominarme he ido al fondo de la oración de Pío XII al Corazón inmaculado de María y a las otras oraciones. Pero tuve la sensación de estar a punto de naufragar completamente en la beata dulzura del éxtasis, y oraba a Dios y a María que me ayudaran a seguir adelante y me escondieran de los demás en aquel estado mío. Después vino gente, se desayunó (leche y café) etc., etc.

Por fin, después de más de una hora, pregunté a Paola: "¿Por qué me mirabas?".

Y ella: "Porque te he visto cambiar la voz y el rostro. Con la voz reías y llorabas a la vez y el rostro se te había transformado".

Y Marta: "Yo he oído desde la cocina cambiar de tal forma el tono que he corrido creyendo que se sintiese mal y la he visto toda distinta".

"Distinta ¿cómo?".

"Como si estuvieras fuera de ti".

No lo he negado porque aún las lágrimas del "gozoso llanto", como dice María, me subían del corazón y sentía que de mi rostro se traslucía la luz interna.

¡Oh! ¡Padre!... Después he permanecido encendida y transfigurada, embellecida durante todo el día.

Me parecía, en la continuación de la visión que me extasiaba, ver a María levantarse del sitio de donde la he visto siempre durante estos días, al lado derecho del fondo de mi cama, y venir cerca de mi cabecera teniendo en brazos al Niño. Veía claramente el movimiento de apoyar la mano izquierda en el suelo para hacer palanca al cuerpo y el paso levemente ondeante como es usual en quien calza sandalias. Cuando estuvo cerca de mí, vi al divino Niño dormir plácido y bello apoyado su brazo derecho en el pecho de María.

Me caían las lágrimas... Después María me pasó el brazo izquierdo alrededor de los hombros atrayéndome a sí, de modo que yo estaba bajo su velo y notaba el hombro sutil y el pecho gentil contra mi cabeza y mi corazón, y sabía que al otro 'lado estaba mi Jesús apoyado igualmente en la Madre.

He estado así mucho tiempo. Pero todavía la veo aquí, en mi cabecera con el Niño en brazos. ¡Qué hermosa es, qué bondadosa, pura, querida! ¡Y qué plácido es el descanso del Niño! Una respiración de pajarillo...

¡Qué bonito es estar así! ¿Qué es el sufrimiento si nos da estas alegrías? Le he querido decir la alegría que dentro y fuera me colma y me embellece, porque es demasiado bella para tenerla sólo para mí.

Yo soy feliz. La única cosa por la que estoy tentada de enfadarme un poco con la Madre y con Jesús es por haber permitido a los demás ver mi transfiguración. Pero ¡paciencia!...

26 de diciembre

Dice María:

«A muchos, ya extasiados en las alturas místicas, les fue concedido el ver a mi santo Hijo niño, incluso de estrecharlo al corazón. Pero a pocos les fue concedido verme mientras

---

[224] Marta Diciotti

dispensaba a su Humanidad los más dulces cuidados que una madre dona a su recién nacido.

Es poner a mi devoto en la intimidad más profunda de nuestra Familia y de mi vida. Es haceros cada vez más fácil y perfecto el amor a entregar a mi Jesús, de quien podéis admirar la humildad, la delicadeza, la debilidad de recién nacido, y recibir del vagido de su boquita una de las más profundas lecciones de sacrificio y de caridad dadas por Él durante su vida terrena.

María, si lo piensas, he recorrido al contrario el camino de las visiones. De manera totalmente sobrenatural y por ello diferente a la que hubiera seguido un 'humano, quien normalmente comienza por lo más humilde para subir a lo más excelso porque su poco aliento no le permite el vuelo a grandes e inmediatas alturas. Yo en cambio, porque sé que vuestros sentidos, para ser atraídos, necesitan lo grandioso, he seguido otro camino. El mío.

He atraído y conquistado tu atención espiritual con visiones de gloriosa belleza; después, cuando te he visto prendida y enamorada de mí, te he instruido y preparado para los más íntimos conocimientos de tu Madre y para las más profundas lecciones de mi vida y de la de mi Criatura, para las lecciones base de la humildad, antídoto al veneno de Lucifer que de Adán en adelante tanto os daña y os desvía del camino de Dios.

Me he aparecido a ti, por bondad de mi Hijo, portadora de la viva Eucaristía, luego Madre del Salvador, después exaltada en el Cielo. y después de estas silenciosas visiones de luz y alegría, que semejantes a celestes redes te han circundado y llevado a mí, te he instruido. Si tu alma se hubiera rebelado a la dulce red por pesadez espiritual, te hubiera dejado. Pero tú te has envuelto en ella, haciendo de aquellas visiones tu alegría, tu deseo, tu impulso al perfeccionamiento. Y entonces, después de la Reina, te he mostrado a la Madre. Para consolarte a ti ya sin madre. Para levantarte a mi humildad. Para arrebatarte en mi alegría.

Siempre vengo cuando es el momento. Te amaba desde siempre. Pero te he pedido a Jesús cuando leí en el pensamiento de Dios que pronto ya no tendrías madre. Él ha preparado el encuentro y la unión, ¡bendito sea por ello! Y yo he venido.

¿No he recibido acaso, en el Calvario, espiritual y colectivamente mi misión de Madre? Como os recibí en Juan a vosotros, huérfanos de Cristo, a vosotros, de la Iglesia naciente que se quedó sin su Progenitor, así os tomo cuando os quedáis huérfanos de quien os era padre y madre. En la unión con el Amor y en el contacto con el corazón del Hijo, que se nutría de mi corazón, mi corazón ha tomado la inmensidad del corazón de Dios, y os amo a todos, huérfanos de la Tierra, y sólo con que lo deseéis os doy mi brazo por auxilio, mi hombro por apoyo, mi seno por reposo, mi corazón para amaros.

Y si no es dado a todos, no es por mi voluntad sino por falta de ellos, de sentir mi abrazo con el sentido de una carne hecha ya casi espíritu por el amor que os purifica, yo estoy al lado de todos los hijos que lloran porque ya no tienen madre.

Dilo a los que lloran. Diles que crean en mí no sólo como deificada Reina, sino como verdadera Mujer que no ignora la ternura materna. Di que me llamen junto a su llanto con el más amado de los nombres, el que recibí de mi Hijo, desde su niñez hasta su ascensión al Cielo y aún después: "¡Mamá!". Yo seré la "mamá".

¡Ves qué hermoso es mi Niño! ¿Comprendes por qué ya toda imagen no tiene para ti luz y valor? Tú ves mi desnuda y sublime Maternidad tal como fue, delicada como una rosa nacida. en un paisaje nevado de invierno, pura como un alba de abril, santa como un grito angélico, humilde como debía para ser la del Vencedor de la Soberbia eterna.

No puedes retener las palabras para ti desconocidas. También podría enseñártelas. Pero no quiero hacerlo. No las entenderías de todas formas y no servirían sino para las curiosidades científicas de los curiosos profanadores del misterio. Conservad la armonía en

el corazón como el sonido luminoso de un río de perlas. Y sigue siendo adoradora.
Yo estoy contigo».

Inmediatamente después.
Dice Jesús:
«Recuerda que no serás grande por las contemplaciones y las revelaciones, sino por tu sacrificio.
Las primeras te las concede Dios no por tu mérito sino por su infinita bondad. El segundo es flor de tu espíritu y es lo que ha merecido ante mis ojos. Auméntalo sin consideraciones humanas hasta el límite de tus fuerzas físicas y espirituales. Cuanto más te levantes más en alto te arrebataré.
Y no temas. Y no te aflijas si el interior se transparenta [225]. También el ver a un extasiado en Dios es santificación para los hermanos. Tú no pongas nada de ti misma. No contamines nunca este manantial de vida mística con elementos humanos. Y déjame actuar también en esto.
No te digo más. Deléitate en mi Madre»

27 de diciembre
1 hora

Dice el Apóstol:
«Juan al pequeño Juan [226]. Después del Maestro y de la Madre hablo yo también para darte una enseñanza espiritual.
Para ser predilectos hace falta hacer lo que yo he hecho por inspiración del Espíritu Santo. Fidelidad absoluta que lo acoge todo sin inquietud y sin discusión. Pureza de espíritu, de mente, de carne. Caridad heroica.
A veces Dios nos somete a pruebas que no son más que muestras del oro del alma. Estamos destinados a esta morada que yo poseo junto a mi Dios. Pero aquí no entra quien en su alma lleva aunque sea una mínima mezcla de impureza. Las pruebas son las que nos desnudan de cuanto en nosotros es impuro y hacen de nuestro espíritu un cuarzo sin escorias.
La fidelidad nos lleva a superar las pruebas sin que éstas resquebrajen nuestra fe y nuestro amor.
Yo siempre he creído en el Maestro, siempre lo he aceptado todo de El, he querido con prontitud todo lo que El quería de mí, he anulado mi voluntad y mi razón humana, que he quemado como víctimas sobre su altar, para ser hostia digna de Cristo. No he querido nada por mí mismo. Todo se lo he pedido a mi Maestro: un corazón nuevo, un pensamiento nuevo, un nuevo carácter. Que fuera suyo, como el suyo, y todo a su servicio.
Mi pureza natural la he vuelto más cándida que el lirio angélico sumergiéndola en el amor por mi Maestro. No pesa ser ángeles cuando nuestras alas reposan sobre el corazón de Cristo. Y el hacerse serafines para los que el amor ya no tiene secretos, es consecuencia natural de quienes se desposan con el Amor encarnado. Es necesario contraer este matrimonio espiritual, y no conocer nunca el horror del adulterio místico.
La Caridad es nuestra salvación, porque nos santifica arrastrándonos en sus sublimes remolinos y nos perdona de cuanto la carne comete en nosotros, contra nuestra voluntad, porque es peso rebelde que anhela lo bajo mientras que el espíritu, ya atraído por lo alto,

[225] En el escrito del 25 de diciembre
[226] El apóstol y evangelista Juan habla a María Valtorta, llamada "pequeño Juan"

anhela y sube en las adoraciones de Dios.
Mi palabra a ti, discípula, es la misma que la que decía a los discípulos de antes:
Ama. Del amor viene luz, viene vida, viene esperanza, viene fe, viene constancia, fortaleza, justicia. Todo viene del amor. Quien posee el amor posee el Espíritu de Dios. Y quien posee el Espíritu tiene en sí las siete fuentes que anulan los siete pecados que impiden la Vida en Dios.
En las Tinieblas que imperan lleva en ti encendida la Luz del mundo. Por ella obtendrás la posesión del Cielo.
La paz de Cristo esté siempre contigo».

6 horas

Dice Jesús:
«Son mis cuatro evangelistas los que, fuego desencadenante de fuego, llevan mi Voz en la dirección deseada por sus encendidos espíritus. Llevan mi Gloria a las gentes, porque me dan a conocer y con su ardor dan movimiento al trueno [227] sobre el que resplandece mi Majestad de Dios, Redentor y Maestro. Su espíritu, eterno viviente en el seno de Dios, mueve las místicas ruedas y, sin medios humanos, les da vida porque es espíritu de Vida.
A veinte siglos de distancia ¿no son ellos los que aún evangelizan y dirigen hacia Mí la masa de los hombres y la de los creyentes, y llenan del santo fragor de mi enseñanza la Iglesia Romana, resonante de mi Voz que retumba como voz de órgano bajo las bóvedas místicas del inmenso Templo de Dios que os acoge, oh cristianos no desleales, apagados o renegadores, y que se extiende ampliamente como un firmamento sobre toda la Tierra y acoge a las gentes a la sombra de la Cruz y del Sagrario?
¿No es su palabra, eco de mi Palabra descendida a sus corazones y hecha en ellos Luz por voluntad del Espíritu de Dios, la que con rumor de inmensas aguas os trae nuevamente el tono de la voz sublime de Dios?
¿No está en el rumor de sus pasos el rumor de las multitudes que su palabra ha atraído hacia Mí, semejante al rumor de la armada en camino, de la santa armada de Cristo, su Jefe y Señor, que con ellos vence las fuerzas del Infierno y conquista por ellos y con ellos el Cielo?
¿No son en su aspecto (y aquí no hago alusión al simbolismo del rostro, sino del estilo) los que os traen de nuevo, tan viva y perfecta, la cuádruple figura de Hombre divino en mi Humanidad perfecta, no distinta de la vuestra en las necesidades y en las pasiones, pero sublimada a Perfección que os enseña a qué cimas es necesario llevarse a sí mismos para ser de los Cielos y cómo el Padre os había hecho para los Cielos? ¿Mi paciencia y fuerza por las que he vencido a Satanás, a la Muerte y el Mundo, y he vencido con el amor y arrastrado como roca de mármol pario en la subida cuya cima está en el Cielo? ¿Mi valor, mi heroísmo respecto al cual el del león es nada, porque Yo no tengo el valor de quien asalta para nutrir su yo, sino el valor heroico y sublime de quien se hace asaltar y matar para hacerse alimento de vida para los lánguidos de la Tierra?
¿No es sobre todo mi Divinidad la que resplandece y destella en la Inteligencia y os trae la Luz del centro de los Cielos, y os trae la Caridad, la Sabiduría, el Conocimiento, y os trae el Dios, Uno y Trino, haciéndoos conocedores del Padre y poseedores del Espíritu, raptándoos a las alturas en las que sólo quien ha hecho de su pesadez humana una ligereza espiritual vuela como águila llamada por un amor a eternas uniones en las que ya no sois hombres

[227] Nota del editor: trueno podría leerse también trono

sino dioses?

¿No os enseñan con su permanencia inmóvil, adorando, cuando mi Voz retumba en los Cielos, la gran verdad de que no hay voz más grande que la mía, más santa y verdadera, y que toda otra voz, toda otra potencia, debe callar y pararse cuando Ella habla, para acogerla como piedra inestimable y llevarla en sí para mostrarla a las gentes y extasiarlas en Dios?

¿No descansa mi Gloria sobre ellos como su seguro trono y no resplandece mi Luz sobre estos benditos que han sembrado el Orbe de mi Palabra y lo han cristianizado y redimido instruyéndolo sobre el Redentor y Dios Jesucristo?

Nútrete, ¡oh hija dilecta!, de esta santa Palabra que ellos te traen y que Yo te dono. Porque estás destinada a repetir enseñanzas del Verbo [228] que toma tu pequeñez para aturdir a los grandes y consolar a los humildes, acepta el alimento que Yo te ofrezco y no lo rehúses. Si su materia te parece amarga e incomestible como pesado rollo de pergamino, que sepas que Yo rompo sus sellos y te desmenuzo sus partes porque te amo y te quiero nutrir de alimento santo.

Abre tu corazón y sacia su insaciable hambre, porque el corazón que ha conocido a Dios tiene insaciable hambre de Él. Mi Evangelio antiguo y nuevo será miel dulcísima para tu espíritu».

28 de diciembre

Dice María:

«El primer llanto de mi Niño ha temblado en el aire ocho días después del Nacimiento. Era el primer dolor de mi Jesús.

Él era el Cordero y como cordero fue marcado con el signo del Señor para que fuera consagrado a Él: Primogénito, según la ley divina y según la ley humana, entre todos los vivientes.

Ya había sido realizada su consagración a Dios Padre en el Cielo cuando Él se ofreció Reparador de la culpa y Redentor del hombre, cambiando su naturaleza espiritual por la de Hombre, Verbo hecho Carne por deseo de amor.

Víctima ya depositada sobre la piedra del altar celeste, Víctima santa y sin defecto, Él no tenía necesidad de otras consagraciones siempre imperfectas en comparación con la suya sublime. Pero tal era la Ley y ninguno, excepto aquellos a los cuales Dios había revelado la naturaleza de mi Hijo, conocía que el Niño de la mujer galilea fuera el Santo, el Ungido del Señor, el eterno Pontífice, el Redentor y Rey. Por ello la Ley debía cumplirse para este varón primogénito, nacido para el Señor y ofrecido a Él según su Voluntad.

Circuncidados todos, los hijos de Abraham, pero verdaderamente el signo sobre los primogénitos era el anillo que los unía a Dios y les consagraba al altar. Junto a nuestro altar no podían ser ofrecidos los que antes no hubieran ya sufrido por el Señor estos desposorios místicos. Dos veces santos los primogénitos hebreos, por la circuncisión y por la ofrenda al Templo. Infinitamente santo el Inocente que lloraba sobre mi pecho después de haber derramado las primeras gotas de aquella Sangre que es perdón.

Si los presentes al rito hubieran tenido el espíritu vivo, habrían comprendido qué Majestad se escondía detrás de aquellas Carnes infantiles, y habrían adorado a Dios aparecido entre los hombres para llevar a los hombres a Dios. Pero entonces, como ahora, los hombres tenían el corazón ocupado por lo que es precepto y no religión, intereses y no desprendimiento del mundo, egoísmo y no caridad, soberbia y no humildad. El rostro de Dios

---

[228] Maria Valtorta escribirá la obra monumental, de naturaleza evangélica, sobre la vida de Jesús

no apareció por tanto a sus ojos trasluciendo de las Carnes del Inocente.

Para conocer a Dios hay que tener como finalidad de la vida la búsqueda de Dios. Entonces Él se desvela sin más misterio, o sea, con ese poco de misterio que Él, en su Sabiduría, considera que es bondad reservarse para no abrasaros con su Resplandor, porque sábelo, María- la visión de Dios tal cual es -como sólo se concede ver en el Cielo, porque en el Cielo ya están los espíritus que la santidad ha hecho capaces de contemplar a Dios- es de una potencia tal que tan sólo puede soportarle nuestra naturaleza hecha semejante a Dios, así como un hijo puede ver siempre la potencia y la belleza de su padre sin sentirse atemorizado ni humillado.

En el Cielo, más allá de la vida humana, es donde el hombre toma su verdadera semejanza con Dios, y entonces puede mirarle y acrecentar su resplandor con el Resplandor divino, su beatitud contemplando el amor que os [229] ama.

La Sangre de mi Hijo solicitó, al gotear, un cortejo purpúreo de otra sangre inocente.

Los pies de Cristo habrían pisado corporalmente el áspero terreno de Palestina, vuelto aún más enemigo para su andar por el malvado querer humano que unía a los espinos y a las piedras del camino su perversidad, insidia, traición y delito.

El Rey de los Judíos y Rey del mundo no ha tenido bajo su pie blandas y preciosas alfombras. Incluso en el momento del breve triunfo humano -tan humano que, siendo fruto de la exaltación de la multitud por el presunto rey de los Judíos, por aquel que habría vuelto a dar notoriedad al pueblo hebreo, cayó como el ala del viento que ya no hincha la vela y se transformó en huracán- tampoco entonces tuvo más que pobres vestidos y ramos de olivo, regalo de los pobres, bajo su aún más pobre cabalgadura.

Pero lo que no veían los hombres lo veía el Hombre Dios sobre la tierra y lo veía Dios en el Cielo; y cuando mi Cristo volvió al Cielo, tras el martirio, para recibir el abrazo del Padre, sus Pies traspasados volaron veloces sobre una preciosa alfombra de púrpura viva, que había quedado como estela santa de la tierra al Cielo cuando los primeros mártires de mi Hijo -los pequeños inocentes- habían caído como manojos de espigas cortadas por el segador y como prados de capullos en flor cortados para hacerse forraje, enrojeciendo con su sangre el camino del Cielo.

Toda redención necesita precursores que la preparen. Y no tanto con la palabra cuanto con el sacrificio. La Redención, ya iniciada, tuvo en su alba el sacrificio de la inocencia eliminada por la crueldad y en su mediodía el sacrificio de la penitencia matada por la lujuria para la que ésta es un reproche.

La Sangre del Gólgota cayó entre estas dos heroicas sangres para enseñaros que el Redentor se posa entre la inocencia y la penitencia, y que la Sangre de Cristo llama a vuestra sangre a la gloria del dolor para santificarlo y para santificar al mundo uniéndose a la santísima Sangre de mi Hijo».

29 de diciembre

Dice el Padre Eterno:

«Escribe, que hay quien lo desea y piensa en esto.

Pablo de Tarso, que antes era partidario convencido del sanedrín y perseguidor encarnecido de los discípulos de Cristo, vuelto a la Luz mediante una fulguración divina y convertido en el incansable Apóstol de mi Hijo, en el Areópago de Atenas anunció a los Atenienses aquel Dios desconocido al que ellos habían dedicado un altar.

[229] os es una lectura insegura; en el original también podría leerse se

También ahora muchos altares vivos están privados de su Dios y podrían escribir sobre su desnudez religiosa al menos esta palabra: "al Dios desconocido".

Ni siquiera escriben ésta, inferiores en su paganismo a los antiguos Atenienses los cuales, insatisfechos por sus simulacros sin vida verdadera y no ofuscados por una languidez religiosa como lo estáis vosotros, sentían que por encima del falaz Olimpo de sus dioses, a los que habían prestado sus pasiones y sus vicios, había un Dios verdadero y santo, y le invocaban que se hiciera conocer con ese altar dedicado a Él, sobre el que todavía no había estatua ni nombre en espera de que la Revelación divina lo pusiese.

Pero vosotros conocéis al Dios verdadero porque Yo os lo he revelado desde hace siglos y siglos, y no contento con revelároslo, os he mandado a Dios mismo, no para una aparición aparente o para una estancia fugaz, sino revestido con Carne humana y viviente entre vosotros durante toda una vida.

Yo, a esa Perfección de la Perfección de Dios -recordad, hombres, que Dios es Caridad y el compendio de la perfección de la Caridad se encuentra en Cristo que se encarna para daros la Vida- Yo, he dado un nombre a esa Perfección descendida para operar entre vosotros. Nombre santo querido por Mí porque en su nombre está el compendio de su Perfección y de su sublime misión. Nombre sólo conocido por Dios en su verdadero significado. Nombre ante el cual la Divinidad late con el más vivo ardor, el Paraíso resplandece con el resplandor más beatífico con todos sus cortejos de ángeles y de santos, tiembla el abismo, y las fuerzas del Universo inclinan sus potencias, porque reconocen el nombre del Rey por el que han sido hechas todas las cosas.

En el nombre tres veces santo y poderoso de Jesús está el resplandor y la gloria de Dios, Uno y Trino, porque Él es el Santo de los santos en el que se encuentra, como en el Templo de Dios, Dios vivo, verdadero, perfecto como está en el Cielo, eterno y obrando como una rueda que no conoce juntura, y que no cesa en su movimiento por los siglos de los siglos precedentes al hombre ni en los siglos sucesivos al hombre. Por lo que está bien dicho en el Libro: "La casa a mi Nombre no me la edificarás tú, hombre, sino tu hijo salido de tus entrañas, ése será quien edificará una casa a mi Nombre" [230].

El Hijo del hombre, nacido de mujer de estirpe santa a Mí consagrada, concebido por obra del Espíritu Santo sin peso de carnalidad sino exclusivamente por infusión de amor, el Nacido de María que al nacer no abrió su seno virginal, así como al concebirlo nadie violó ese seno consagrado a Mí, tu hijo por la Madre, oh Humanidad, y mi Hijo por el origen divino, será Aquel que construya por Sí mismo la Casa sobre la que está inscrita la Gloria de mi Nombre.

Porque en nuestra Trinidad somos inseparables, y en el Cristo está el Padre, el Hijo y el Divino Espíritu. El Hijo no es sino la Palabra del Padre que ha tomado forma para ser vuestra Redención. Pero su anonadamiento no rompe la unión de las Tres Personas, porque la Perfección de Dios no conoce limitaciones ni separaciones.

¿Cómo podíais contener vosotros a Dios en un templo tan infinito y santo como comporta la Divinidad? Sólo Dios mismo podía ser templo para Dios y llevar su Nombre sin que ello fuese ni ironía ni ofensa. Sólo Dios podía habitar en Sí mismo y por Sí vivificar los templos del hombre, y el nombre que les ha puesto el hombre ya no es engañoso, porque ese Nombre os lo he dicho Yo.

Sólo Dios podía, ¡oh cristianos!, daros su Nombre como signo de salvación sobre todas las estirpes de la Tierra, ese Nombre que los ángeles leerán sobre la frente de quienes no morirán para siempre y, por ese Nombre, les preservarán de los flagelos de la última hora,

[230] La escritora añade a lápiz: III libro de los Reyes, cap. 8" v. 19. Corresponde a: 1 R 8, 19.

como ya ha preservado de la segunda muerte a los elegidos que cantan la santidad del Nombre de mi Hijo.

¡Ay de aquellos que reniegan de ese Nombre y le ofenden sustituyendo éste, santo, por el signo demoníaco de Satanás, o aunque sólo permitan al languidecer del espíritu olvidarlo como si una sustancia corrosiva lo cancelase de su yo que tiene Vida por ese Nombre! La Muerte, la verdadera Muerte espera a quienes desconocen el Nombre de mi Hijo, en quien he deferido todo poder y todo juicio y en cuyo Nombre se somete mi Majestad en cada milagro, como toda criatura debería someterse en el Universo en adoración santa y suave.

¡Oh! hijos de mi Hijo -que ha llevado su Nombre a enrojecerse de Sangre divina sobre el camino del Calvario y a resplandecer, única luz del mundo oscurecido, entre las tinieblas del Viernes santo, para que fuera la advertencia que, desde lo alto de una Cruz, apunta al Cielo para el que habéis sido hechos, y resplandece desde hace siglos para seguir recordándoos el Cielo, y nunca como ahora centellea para llamaros a Sí en esta ira creada por vosotros, invocada, querida, en la que perecéis entre retortijones de sangre y carcajadas de demonios- ¡oh hijos de mi Hijo!, tallad de nuevo con vuestro dolor que vuelve a Dios, con vuestra esperanza que se alza hasta Dios, con vuestra fe que rebautizan las lágrimas, con vuestro amor que vuelve a encontrar el camino de la Caridad, el santo Nombre de Jesucristo sobre el ara de vuestro corazón sin Dios, sobre el templo profanado de vuestra mente. Liberad, uno y otra, de los simulacros de un culto que os produce la muerte del espíritu. Poned en ellos y sobre ellos al Dios verdadero. Amad, cantad, invocad, bendecid, creed en el Nombre de mi Hijo.

En el Nombre del Justo, del Santo, del Fuerte, del Dominador, del Vencedor. En el Nombre de Aquél ante quien no se resiste el Padre y por quien el Espíritu efunde sus ríos de gracia santificante. En el Nombre del Misericordioso que os ama hasta haber querido conocer la vida y la muerte de la tierra y hacerse Alimento para nutrir vuestra debilidad y Sacramento para permanecer entre vosotros tras su regreso al Cielo y traeros a Dios.

Os lo juro por mi Santidad: no hay, ni hubo, ni habrá nombre mayor que Éste. En Él estoy Yo, Uno y Trino, con mi manifestación suprema de potencia y amor».

Dice aún:

«Pon la fecha de mañana. Jesucristo, hijo de David, debe haber celebrado su Nombre en el día del Profeta real del que proviene María» .

Dice Jesús:

«Y la palabra del Señor se te dirige en estos términos, aunque tú no la quieras oír porque te hace temblar el corazón de temor y de piedad, por los días que os están reservados y por los hermanos que en los días de la ira terrible no me tendrán a Mí en el corazón para su consuelo, y sólo verán el horror de Satanás y sólo oirán las blasfemias de Satanás y sólo conocerán la desesperación de Satanás.

He dejado esta laguna como advertencia para los indiscretos, mostrando y demostrando que Yo soy el Señor y Maestro al que no se le ponen limitaciones ni razones, quien no conoce limitaciones, para mostrar que soy Yo quien hablo y no tú, criatura, y te llevo conmigo donde quiero: de las revelaciones y contemplaciones de verdades eternas y visiones celestiales, a las consideraciones sobre esta hora satánica en la que se ha anulado todo reflejo del Cielo y sobre los frutos que os ahora os trae.

Pueblo mío, escucha.

Te había elegido para el más alto destino y te había confiado las piedras preciosas de mi Redención y mi Doctrina en la Iglesia, floreciente sobre tu suelo como la palma y el cedro de

los que fluyen miel y vino y donde encuentran cobijo todos los vivientes que quieran repararse en el arca verdadera de la salvación eterna.

De ti habían salido, como de un sol, rayos de una civilización perfecta porque era la Civilización de Cristo, que no se rodea de descubrimientos destinados a hacer mullida la vida y cruel el destino, sino de leyes santas, dirigidas a elevar al hombre, a levantarlo de sus miserias, a instruir su ignorancia, porque son leyes venidas de la Fuente divina de la Santidad, de la Caridad, de la Sabiduría.

Te había dado una misión similar a la mía de Luz en el mundo. Me has renegado. Nueva Jerusalén, has traicionado a Cristo y dañado a sus santos y a sus profetas, y te preparas para dañarles todavía más. Has soportado la cruz y las iglesias como arte y como medio para conseguir tus fines neopaganos. Has rechazado el Alimento para hartar de fango tu corazón.

Has querido conocer y probar todo el fango, y con el gusto corrompido como el de un animal inmundo, ahora te parece dulce en el paladar. Y los platos con que atiborras tu mesa son lujuria, prepotencia, crueldad, avidez, mentira, corrupción, satanismo. Y atraes sobre ti castigo, castigo, castigo, lo fabricas con tus propias manos y te lo infliges, invocas a quien te pierde y no llamas a quien todavía te perdonaría.

Todavía, una vez y otra vez más, he tenido misericordia de ti y te he advertido de que no transformes esta misericordia en un nuevo daño para ti usándola con un fin indigno. Y una vez y otra vez más habéis convertido el don de Dios en un pecado usándolo con fin ilícito.

Tal como dice el Profeta: "La vara ha florecido, el orgullo ha germinado". Yo os había dado un retoño de olivo para que lo cultivarais y se convirtiera en fronda de justicia y de paz, advirtiéndoos de que debíais despejar del error el terreno para que mi santo brote no se enrudeciera con el contacto impuro y no germinase en ramas y frutos de mayor culpabilidad. Pero no habéis escuchado al Señor que -Padre y Maestro- os aconsejaba, y la floración se ha hecho veneno, y el orgullo ha engendrado el delito. Y seguirá otro delito, y otros más.

Por lo que os digo: ni uno de vosotros permanecerá sin llanto. Llorará quien posee y quien está despojado. Porque quien posee perderá y quien está despojado ya no encontrará quien le vista. El hambre, la espada, la peste, apretarán vuestros cuerpos con sus sogas; la desesperación y el terror las almas ciegas.

Sí, seréis como ciegos, caminantes en las tinieblas llenas de horrores y de escombros, sabiendo que cada paso que dais puede llevaros a la traición ya la muerte, caminaréis como por un terreno sacudido por un terremoto tremendo. Y de hecho la Tierra tiembla bajo vuestros pasos porque, aunque no sea más que un planeta, es más hija del Creador que vosotros, y ve el rostro airado de Dios mirar este suelo de la misma forma que miró a los hijos merecedores del diluvio y del fuego y, en sus profundidades, se agita de temor por su castigo.

Los valores materiales e intelectuales alterados y despojados de su sustancia justa. Los conocimientos convertidos en tropiezo en vez de ayuda; se ha convertido en condena hasta el santo conocimiento de Dios, porque conociéndole le renegáis. La Luz y la Palabra se os quedan en la garganta sin poder bajar a iluminar y nutrir el espíritu, porque el lazo de vuestras perversas pasiones os impide acogerlas.

Viendo caer los ídolos de barro que habíais erigido en lugar de Dios verdadero, os daréis cuenta de haber adorado basura y no volveréis a tener fe, más fe en nada. Ni en el verdadero ni en el falso.

Y como castigo para los renegadores, los que no tienen fe, se les echarán encima los odiadores del Cristo Romano, los impíos de la Tierra, los que están cada vez más cerca de Satanás, los demoledores de la Cruz, no tanto de las cúpulas de los templos cuanto en el

interior de los corazones que llevan aún en sí mismos la huella de mi Signo.

Y tú, nuevo Pedro, vigila y vigila sin hacerte ilusiones. Cierto es que sufrir por Cristo es la mayor dignidad que exista. Pero Yo te digo: "Vigila y ora".

En los momentos de gran tempestad no sólo es necesario tener el estandarte purpúreo en alto sobre el mástil de la vela, sino que la mano de Pedro, más sana y segura que nunca, esté en el timón. El Desorientador se sirve de todo para desorientar. Y en las horas en que la tempestad arremete por todos los lados para sumergir en naufragio los valores santos, aborrecidos por los pervertidos, basta que se quite la mano de la rueda del timón un sólo instante para que se produzca una desgracia irreparable, para que con más fuerza las olas cojan de transverso la mística barca.

Vigila sobre ti para que puedas vigilar sobre los demás. Pedro, ahora más que nunca es necesario que apacientes mis corderos y mis ovejitas. Sólo quedas tú como Pastor santo, y si caes muchos corderos serán conducidos por ovejas imprudentes fuera de los pastos, y otros pastores de doctrinas malvadas se insinuarán desde el interior de mi dominio para contaminado con sus humanas -y decir humanas ya es un juicio misericordioso- presiones.

No. No es éste el momento de morir por Cristo. Éste es el momento de velar, defender, instruir, hacer de dique a cuanto quiere entrar para corromper cada vez más amplia y profundamente.

Y créeme, ¡oh Cristo en la tierra!, créeme que la plaga ya roe en lo profundo y ensombrece las mentes y los corazones y, lo que es desgracia de las desgracias, apaga las lámparas que se habían colocado en las cimas de los montes para que alumbrasen el camino a los peregrinos que buscan el Cielo. Muchas ya están apagadas, muchas humean, muchas languidecen y otras se preparan para languidecer. Si los fieles están helados, los pastores están fríos, y viene la muerte del espíritu por aterimiento. Insensible muerte que adormece en un sueño sin luz de resurrección.

Piensa en ello, ¡oh Cristo en la tierra!, nacido para tanto destino. y sin cansarte insiste, predica, exhorta, reprende, evangeliza. Son demasiados los templos en los que el Evangelio ha perdido valor y demasiados los corazones que lo que oyen del Evangelio es un sonido no verdadero que les aleja de él.

Suple tú, como el primer Pedro, las deficiencias de mis ministros, y haz que las multitudes vuelvan a oír a través de tus labios la doctrina dulce, santa y saludable de Cristo, para que los que todavía no han sido aniquilados se salven y vuelvan a ti, y regrese la paz en esta tierra en la que no hay parcela que no conozca el rocío de los mártires» .

Después de haber escrito este texto, que mi buen Jesús me dicta sin demora tras su visita, yo vuelvo a pensar en la conversación mantenida con usted acerca de esta persona que juzga que "nada bueno puede venir de Nazaret".

El Maestro se entremete: "¿Acaso te ocupas y preocupas por eso?", y yo: "No, Jesús. Para nada. Sólo pensaba". "No lo pienses siquiera. Deja que los muertos se entierren a sí mismos. Ocúpate de mi cuna. Con ella vendré a darte muchos besos eucarísticos. Esto es lo que importa: mi amor, y no el desamor de las criaturas".

“Y me parecía que Jesús me ponía las manos sobre los hombros (estando con los brazos detrás de mis hombros). Sentía claramente las dos manos largas y fuertes de Jesús que me abrazaban y sacudían un poco, atrayéndome hacia Sí con un abrazo .de amor, y veía su sonrisa dulce y majestuosa.

Ayer por la tarde, antes del sopor, cuando ya sentía que se me venía encima, tuve la visión de la Virgen y de Jesús, pero Jesús adulto, como era a su muerte. Siempre con su cándido vestido. Los dos vestidos de blanco. Pero la Virgen tenía su vestido de un blanco plateado

como el del lirio y un velo igual: así como era en las visiones de la Gruta; mientras que Jesús tenía el suyo de un blanco marfil como si fuese tela de lana.

He podido comparar bien los dos Cuerpos y los dos Rostros estando cerca el uno de la otra, al lado derecho de mi cama. Jesús junto a la cabecera, María a su derecha hacia los pies del lecho.

María era más baja de una cabeza con relación a su Hijo, de modo que la cabeza de la Virgen llegaba a la altura de los hombros del Hijo, que es muy alto. Ella es mucho más delgada mientras que Él tiene anchas espaldas y un cuerpo robusto sin ser grueso. El color del rostro es blanco marfil. Sólo los labios acentuados en su color, que sobresale sobre ese color sin color de la piel, y los ojos azules: claros en la Virgen, más oscuros y más grandes en el Hijo. Ojos de dominador, ¡pero tan dulces! Cabellos más claros en la Madre, más encendidos en el Hijo, pero siempre de un rubio tendente al color cobre y ambos finos, suaves y ondulados, que en Jesús terminan en rizo, en María no lo sé, porque el velo sólo me permite ver los de la frente hasta las orejas. No sé si los lleva sueltos, trenzados o recogidos a la nuca.

El rostro de los dos es un óvalo alargado, delgado sin ser huesudo. Más delicado y pequeño en María, porque está proporcionado con su cuerpo. Pero la frente, la nariz, la boca, la forma de las mejillas, el corte de los ojos con párpados lisos y más bien caído sobre los ojos, es el mismo. Sólo, repito, los de Jesús son más grandes y su mirada es de dominador.

Las manos, candidísimas y diminutas en María, son más viriles en el Hijo y de piel más oscura, pero la forma en los dos, en cuanto a la anchura, es marcadamente alargada.

Jesús y María se miran de vez en cuando con amor indescriptible. María mira con amor adorante. Jesús mira a la Madre con amor infinito, venerante y protector, agradecido, diría. Y también diría que se hablan con la mirada y con la sonrisa. Me miraban a mí y después se miraban. Veía con claridad el movimiento de las cabezas.

Después todo se anuló en el sopor. Pero cuando volví en mí, la primera cosa que vi fue a .mis dos Amores todavía en el mismo lugar.

Entonces, dado que estaba sola, en la oscuridad, mientras que los demás comían o hablaban (no lo sé) en el comedor, he tenido mucho cuidado de que no se notara que estaba despierta. He soportado la sed y la necesidad de que me movieran (tenía entumecido todo el cuerpo) para gustar en paz esa dulce visión. Con las manos medio entorpecidas he cogido mi rosario que tenía sobre el pecho, donde me lo apoyo siempre cuando siento que me llega el sueño o el colapso, y he comenzado a recitar el rosario. Eran los misterios dolorosos.

Apenas he comenzado con la invocación de Fátima: “Jesús, es por tu amor, por la conversión de los pecadores, por el Santo Padre y para reparar las ofensas contra el Corazón inmaculado de María. Jesús, perdón anos nuestras culpas, presérvanos del fuego del infierno, llévate todas las almas al Cielo y especialmente las más necesitadas de tu misericordia", he visto que los Dos se miraban resplandeciendo de amor mutuo. Resplandecer es la palabra justa, y apenas dice nada del fulgor de los dos Rostros.

Después, cuando recité el misterio: "La oración de Jesús en el huerto", el rostro de María miró al Hijo con amor y pena, y cogió con su pequeña mano la mano derecha del Hijo que le caía junto al costado y la besó con suma veneración. Y así en cada uno de los 5 misterios dolorosos. La gracia de ese acto es indescriptible, y también lo es la mirada que Jesús posaba sobre la cabeza inclinada de su Madre mientras que ella le besaba la mano.

No veía los estigmas. Verdaderamente, si debo decir la verdad, incluso cuando vi a Jesús

atribulado [231] vi sangre en sus manos, pero nunca la herida abierta. Por eso no puedo decir el punto exacto en que se encuentra.

Luego ha venido gente de casa y me ha interrumpido. Continuaba viendo, pero me perturbaban la paz del contemplar. Tenía el típico rostro de cuando veo y Paola [232] se ha dado cuenta y ha dicho: "¡Qué guapa estás esta tarde!".

Después he trabajado porque me sentía feliz. He hecho la "Cuna" que quiere Jesús.

Y a continuación... he sentido dolor de corazón y he tenido una enorme crisis que todavía me dura. La Vida y la Alegría se precipitan en mí con demasiada violencia, y mi cuerpo agotado se resiente de ello. Pero estoy dispuesta a morir con esa visión. ¡Vaya si lo estoy!.. .

Le he hecho [233] una descripción tan exacta que casi es una pintura. Gócela también usted. Lamento no poderla hacer ver como yo veo, pero hago todo lo posible por hacerle partícipe de los tesoros que me da Jesús. Perdone que sean más ilegibles que nunca, pero estoy entre la muerte y la vida, de tanto como he tomado y vuelto a tomar gotas, etc. etc., y apenas se levante Paola me haré poner inyecciones porque no se me pasa la crisis. He querido escribir, a pesar de mi estado, porque, si muriera, quiero que usted conozca lo que ha iluminado mis últimas horas.

Más tarde, durante el día, mientras estaba desfallecida por el sufrimiento, pensaba en cuanto decía acerca de las heridas en las manos de Jesús. Y he aquí cuanto me dijo entonces el Maestro.

Dice Jesús:

«Las heridas en las palmas, que tú no has visto porque raramente muevo la izquierda, por la costumbre contraída en el trabajo y porque es la más herida, han sido causadas así.

La idea de los verdugos era colgarme por los carpos, justo encima de las junturas de la muñeca, para hacer más segura la suspensión. y efectivamente, tras haberme extendido sobre la cruz me traspasaron la mano derecha en este punto.

Pero, dado que el constructor del patíbulo había señalado el agujero de la izquierda (acostumbraba señalar los lugares de los clavos para hacer más fácil la entrada del clavo en el compacto leño de la cruz y más segura la suspensión de un cuerpo que no se ponía horizontal sino verticalmente y sin más soporte que tres largos clavos) más distante del punto al que podía llegar mi carpo, tras haberme estirado el brazo hasta producir el desgarro de los tendones, se decidieron a hincar el clavo en el centro de la palma, entre los huesos del metacarpo.

En la Sábana Santa no se aprecia esto, porque la mano derecha cubre la izquierda.

Fue la herida, padecida al vivo, más considerable que tuve en mis miembros, porque una vez alzada la cruz, cuando el peso del Cuerpo de desplazó hacia abajo y hacia delante, el clavo rasgó mucho hacia el pulgar alargando la hendidura más que en la derecha, en la que el carpo resistió la suspensión mejor que el metacarpo. y también fue la más dolorosa, sea por estar en la zona del corazón, sea porque el clavo entrando rompió los nervios y los tendones de la mano, produciéndome una convulsión atroz que se me propagó hasta la cabeza.

Los pintores y los escultores, que por una cuestión artística me pintaron o me esculpieron con la mano derecha semiabierta y la izquierda cerrada en un puño, han testimoniado, sin quererlo, una verdad física de mi Cuerpo martirizado, porque realmente la mano izquierda se cerró en un puño en la convulsión y por el corte de los nervios rotos, y se cerró cada vez más

[231] En los escritos del 28 de junio y del 2 de agosto
[232] Paola Belfanti
[233] Se dirige al Padre Migliorini

porque la convulsión y la contracción de las fibras nerviosas fue aumentando con el paso de las horas. Fueron muchos mis espasmos en la Cruz. Un día te hablaré de ello [234]. Pero el de las manos fue uno de los más crueles.

La herida de la derecha está prácticamente escondida por la manga y es más pequeña y regular.

Cuando te aparecí como el Hombre de los dolores encaminado al Calvario, tú no has visto las heridas de las manos porque, lógicamente, no habiendo sido crucificado aún no las tenía. Sobre las manos tenía la sangre que goteaba de la cabeza coronada y de la piel lacerada por la flagelación, pero no las heridas. Te las enseñaré en un momento más adecuado para una visión de tal dolor que estos natalicios.

Respecto a esa palabra cuyo verdadero significado no comprendes, haz de saber que quiere decir: "comercio con Satanás". Éste se realiza en muchos modos, todos maldecidos por Mí. También de esto te hablaré un día. Que sepas, por ahora, que se realiza mucho en el mundo y es la causa de muchas desgracias y de castigos inexorables aquí y en la eternidad.

Ahora basta. Descansa. Yo estoy aquí y te bendigo».

## 30 de diciembre

Tobías 3, 20-22.

Dice Jesús:

«No quiero cansarte mucho porque estás agotada. Sólo dos palabras para ti y para todos aquellos a los que abate el temor.

Haced vuestras las palabras de Sara que te he conducido a leer.

Haced de ellas un pensamiento de fe y esperanza.

Mi misericordia está preparada para absolver con tal de que recurráis a ella con fe y humildad. Mi bondad se inclina más a liberaros del mal y de la desventura que a dejaros allí, con tal de que no dudéis de Mí. Mi sabiduría sabe hasta que punto puedo llevar la prueba para cada uno de mis hijos. Si rebasase esa señal sería imprudente, por tanto dejaría de ser perfecto, por tanto no sería Dios.

No temáis, os digo, no temáis. Creed en Mí y en mi nombre».

## 31 de diciembre

Dice Jesús:

«Dos reflexiones que hay que hacerse siempre, y aún más ahora que vuestros corazones, bajo el flagelo del demonio, son llevados a vacilar en la duda, primer paso hacia la desesperación. Eso es lo que quiere Satanás. A él no le importan tanto las ruinas materiales que produce, sino los efectos espirituales que éstas tienen en vosotros. Por eso conviene que Yo, Maestro, os repita una vez más 1 la lección acerca del modo de comportarse para merecer.

Dice Marcos en el capítulo 62 de su Evangelio, versículo: "Y no podía (Jesús) hacer algún milagro y sólo curó a algunos enfermos".

Con cuánto amor había ido a mi patria, sólo puede comprenderlo quien piensa en la perfección del Hombre Dios, que ha sublimado las pasiones humanas haciéndolas santas como convenía a su naturaleza. Dios no niega ni prohíbe vuestros sentimientos cuando ésos son, honestos y santos. Condena únicamente aquellos que erróneamente llamáis

[234] En la monumental obra sobre la vida del Señor

sentimientos pero que en realidad son perversiones.
Yo, pues, amaba mi patria, y en ella, con especial amor, mi pueblo. A Nazaret, de donde había partido para evangelizar, regresaba mi corazón cada día con pensamiento de amor y también volvía Yo, porque habría querido socorrerla y santificarla, a pesar de que supiera que estaba cerrada y hostil conmigo. Si prodigué por doquier la potencia del milagro, en Nazaret habría querido que esa potencia no dejase sin resolver ningún caso de enfermedad física, de enfermedad moral, de enfermedad espiritual, habría querido consolar cada miseria, iluminar cada corazón.
Pero la incredulidad de mis paisanos estaba contra Mí. Por eso el milagro les fue concedido sólo a aquellos pocos que se acercaron a Mí con fe y sin soberbia de juicio.
Vosotros me acusáis muchas, muchas veces, de que no os escucho y no os satisfago. Pero examinaos, hijos. ¿Cómo venís a Mí? ¿Dónde está en vosotros esa fe constante, absoluta, semejante a la de un niño inocente que sabe que el hermano mayor, el padre amoroso, el abuelo paciente pueden ayudarle y contentarle en sus necesidades infantiles, porque le quieren mucho? ¿Dónde está esa fe en vosotros hacia Mí? ¿Acaso no soy Yo entre vosotros extranjero como lo era en Nazaret, porque la incredulidad y la crítica me expulsaban en cuanto ciudadano?
Vosotros oráis. Queda aún quien ora. Pero mientras que me pedís una gracia pensáis, sin decíroslo siquiera a vosotros mismos, pero lo pensáis con lo profundo del espíritu: "Dios no me escucha. Dios no puede concederme esta gracia".
¡No puede! ¿Qué es lo que no puede Dios? Pensad que ha creado el Universo de la nada, pensad que desde hace milenios lanza los planetas en los espacios y regula el recorrido, pensad que contiene a las aguas en sus playas sin barreras de diques, pensad que ha hecho del barro ese organismo que sois, pensad que en este organismo una semilla y unas pocas gotas de sangre que se mezclan crean un nuevo hombre, que al formarse está en relación con fases astrales, lejanas miles de kilómetros, pero que en cambio no están ausentes en la obra de la formación de un ser, así como regulan, con sus éteres y su surgir y ponerse sobre vuestros cielos, el germinar de las mieses y el florecer de los árboles; pensad que con su sabio poder ha creado las flores dotadas de órganos apropiados para fecundar otras flores a las que hacen de intermediarios los vientos y los insectos. Pensad que no hay nada que no haya sido creado por Dios, tan perfectamente creado, del sol al protozoo, que vosotros no podéis añadir nada a tal perfección. Pensad que su sabiduría ha ordenado, del sol al protozoo, todas las leyes para vivir, y convenceos de que nada hay imposible para Dios, quien puede disponer a su gusto de todas las fuerzas del cosmos, aumentarlas, pararlas, hacerlas más veloces, tan sólo con que su Pensamiento lo piense.
¿Cuántas veces en el curso de los milenios los habitantes de la Tierra se han quedado asombrados por fenómenos estelares de inconcebible grandeza: meteoros de extrañas luces, sol en la noche, cometas y estrellas que nacen como flores en un jardín, en el jardín de Dios, y que son lanzadas a los espacios como por un juego de niños para asombraros?
Los científicos han dado ponderosas explicaciones de disgregación y de composición de células o de cuerpos estelares para volver humanos los incomprensibles brotes de los cielos. No. Callad. Decid sólo una palabra: Dios. ¡He aquí al formador de esas relucientes, rotantes, ardientes vidas! Dios es quien, como advertencia para los olvidadizos, os dice que Él es a través dé las auroras boreales, a través de los veloces meteoros que vuelven de zafiro, de esmeralda, de rubí o de topacio el éter que surcan, a través de las cometas con sus colas llameantes similares al manto de una reina celeste que cruza en vuelo los firmamento s, a través del abrirse de otro ojo estelar en la cúpula del cielo, a través del girar del sol perceptible en Fátima para persuadiros sobre la voluntad de Dios. Vuestras otras inducciones

son humo de ciencia humana y en el humo se envuelve el error.

Todo es posible para Dios. Pero en lo que os concierne sabed que a vosotros Dios exige únicamente fe para actuar. Vosotros contenéis el poder de Dios con vuestra desconfianza. Y vuestras oraciones están contaminadas de desconfianza. No calculo además los que no rezan sino blasfeman.

Otro punto del evangelio de Marcos es el versículo 13 del mismo capítulo 6°: "...y ungían con óleo a los enfermos y los curaban". En la medicina práctica de entonces el óleo tenía un papel primordial. No se puede decir que fuese más nocivo o menos eficaz que vuestras complicadas medicinas de ahora. Al contrario, seguro que era más inofensivo. Pero no era en el óleo donde residía el poder de curación para los enfermos a los que mis apóstoles hacían las unciones.

Como siempre, la pesantez humana necesitaba un signo visible. ¿Quien habría podido creer que el toque de la mano de aquellos pobres hombres que eran mis apóstoles, conocidos como pescadores y hombres de pueblo, pudiera curar? Si lo hubieran creído habrían dicho: "Sanáis por poder del príncipe de los demonios", como lo han dicho a Mí [235]. Y les habrían acusado como poseídos por los demonios. Esto no debía ser. Por eso a ellos les di el medio, humano, para ser creídos, por lo menos, empíricos. Pero el poder era Dios quien lo infundía en ellos para ganar prosélitos para su doctrina.

Yo lo he dicho: "Quienes creen en Mí podrán caminar sobre serpientes y escorpiones y realizar las obras que Yo hago" [236]. Yo no miento nunca, y puedo infundir poder divino en la mano de un niño que cree y vive en Mí. ¿No está colmada la historia del cristianismo de estos milagros? Los primeros siglos están cubiertos de ellos, y su florecimiento se ha ido disminuyendo no porque haya disminuido el poder de Dios, sino porque vosotros sois insuficientes en la tarea de ser los ministros de Dios.

Tened, tened, tened fe. Ella os salvará».

[235] Mt 12, 24
[236] Mc 16, 17-18; Lc 10, 19

Hacia las 17, Jesús me dice:

«No tenía la intención de evocarte esta visión esta tarde. Tenía la intención de hacerte vivir otro episodio de los "evangelios de la fe" 1. Pero alguien, que merece ser contentado, ha expresado un deseo. Y Yo le contento. Nota, observa, describe, a pesar de tus dolores. Tus dolores me los ofreces a Mí y la descripción a los hermanos».

Y, por lo tanto, escribo a pesar de mis dolores, que son tan fuertes que me parece tener la cabeza estrechada por una mordaza que parte de la nuca y sube hasta la frente y desciende hacia la espina dorsal: es un dolor tan terrible que he pensado que estaba por venirme una meningitis y luego me he desmayado. También en este momento el dolor es muy fuerte, pero Jesús permite que logre escribir para obedecerle. Después... que sea lo que tiene que ser.

Mientras tanto, le aseguro que voy de sorpresa en sorpresa porque, ante todo, me veo frente a africanos - árabes por lo menos - mientras que, al no tener la mínima noción de su condición social y física y de su martirio, siempre he creído que estos santos eran europeos. De Inés conocía la vida y la muerte 2, ¡pero de éstos, nada! Era como si leyera una narración desconocida.

Lo primero que he visto, antes de desmayarme, ha sido un anfiteatro más o menos como el Coliseo (aunque no tan deteriorado), en ese momento completamente vacío, a excepción de una bellísima joven morena: está allí en el medio, suspendida en el aire, mientras de su cuerpo moreno y del ropaje oscuro que lo cubre se desprende una luz beatífica que le da una apariencia radiante. Parece el ángel de ese lugar. Me mira y sonríe. Después me desmayo y ya no veo nada más.

Ahora la visión se completa. Me encuentro en un edificio que, por la ausencia de cualquier comodidad y por su aspecto severo, me parece una fortaleza destinada a prisión. No es el subterráneo de la cárcel Tulliana que ví ayer. Aquí hay celdas y pasillos sobre el nivel del suelo, pero son tan escasos el espacio y la luz y hay tantas rejas y puertas atrancadas llenas de cerrojos, que el beneficio de su mejor posición respecto a la de ayer, queda anulado por su rigor, que elimina aun la más pequeña idea de libertad.

---

1 Véase el trozo del 28 de febrero.

2 Como refiere en las visiones del 13 y del 20 de enero.



En uno de estos tugurios, está la joven morena que he visto en el anfiteatro; está sentada en un jergón que le sirve de lecho, asiento y mesa. Ahora de ella ya no se desprende luz alguna, pero emana tanta paz. Tiene en su regazo a un niñito de pocos meses, al que está amamantando. Le mece, le mima con infinito amor. El pequeñuelo juega con su joven madre y frota su carita tan cetrina contra el moreno seno materno; se prende y se desprende de éste con avidez y con súbitas risitas rebosantes de leche.

La joven es muy hermosa. Tiene un rostro regular, más bien redondo, bellísimos ojos grandes, negros y aterciopelados, boca carnosa y pequeña en la que resaltan los dientes blanquísimos y parejos; los cabellos son negros y algo rizados y están sujetados en trenzas estrechas que lleva envueltas alrededor de la cabeza. Su tez es morena, olivácea, aunque no lo es excesivamente. También entre nosotros, en Italia y sobre todo en el sur, se nota esta tonalidad, sólo un poco más clara. Cuando se levanta para pasear al niño por la celda a fin de hacerle dormir, noto que es alta y

que su cuerpo es atractivo y escultural, pues no tiene formas excesivas pero está bien modelado. Por su porte lleno de dignidad parece una reina. Lleva ropas simples y casi tan oscuras como su piel, que se deslizan en muelles pliegues a lo largo de su hermoso cuerpo.

Entra un viejo; también él es moreno. El carcelero abre la pesada puerta y le hace entrar. Luego se retira. La joven se vuelve y sonríe. El anciano la mira y llora. Por algunos instantes permanecen así.

Luego estalla todo el dolor del anciano. Suplica acongojado a la hija que tenga piedad de su sufrimiento. Le dice: "No te di la vida para esto. Te amé entre todos mis hijos como luz y alegría de mi casa. Y ahora quieres perderte y perder a tu pobre padre, que siente la muerte en el corazón por el dolor que le das. Hace meses que te suplico, hija mía. Te has obstinado en resistir y tú, que naciste en la holgura, has conocido la cárcel. Doblegué mi espalda ante los poderosos y logré que, si bien como prisionera, pudieras estar aún en tu casa. Le había prometido al juez que conseguiría plegarte con mi autoridad paterna. Ahora él se burla de mí porque ve que de esa autoridad no te importó nada. No es esto lo que tendría que enseñarte la doctrina que, según tu opinión, es perfecta. ¿Qué Dios es el que sigues, si te inculca que no respetes a quien te dio la vida y que no le ames, pues si me amaras no me darías este enorme dolor? Gracias a tu obstinación, que ni siquiera la piedad por ese pobre inocente logró



vencer, te arrebataron de tu casa y te encerraron en esta prisión. Pero ahora ya no se habla de prisión, se habla de muerte. Es atroz. ¿Morir por qué causa? ¿Morir por quién? ¿Por quién quieres morir? ¿Necesita tu Dios tu sacrificio, nuestro sacrificio, el mío y el de tu criatura, que quedará sin madre? ¿Para lograr su triunfo tiene necesidad de tu sangre y de mi llanto? Pero, ¿cómo es posible? El animal feroz ama a sus cachorros y los ama tanto más cuanto más los ha amamantado. Yo tenía esta esperanza y por eso obtuve que te permitieran nutrir a tu niño. Pero no cambias: tras haberle nutrido, tras haberle abrigado, tras haber hecho de ti almohada para su sueño, ahora le rechazas, le abandonas sin añoranzas. No te suplico por mí. Te suplico en su nombre. No tienes el derecho de dejarle huérfano. Tampoco tu Dios tiene ese derecho. ¿Cómo puedo creer que es más bueno que nuestros dioses, si pretende sacrificios tan crueles? Tú haces que no le ame, que le maldiga cada vez más. ¡Pero no, no! ¿Qué estoy diciendo? ¡Perdóname, Perpetua! Perdona a tu anciano padre, al que el dolor hace perder la razón. ¿Quieres que ame a tu Dios? Le amaré más que a mí mismo, pero quédate con nosotros. Dile al juez que obedecerás. Luego amarás al que quieras entre los dioses terrenos. Luego harás de tu padre lo que quieras. No te llamaré hija, no seré más tu padre. Seré tu siervo, tu esclavo; tú serás mi ama. Señora mía, ordena y te obedeceré. Pero ten piedad, piedad. Sálvate mientras puedas hacerlo. Ya no se puede aguardar más. Sabes que tu compañera ya ha dado a luz a su criatura y que ahora nada puede detener la sentencia. Te arrebatarán a tu hijo, no le volverás a ver. Puede ocurrir mañana, quizás hoy mismo. ¡Ten piedad, hija! ¡Ten piedad de mí y de él, que aún no sabe hablar pero que ya ves cómo te mira y sonríe! ¡Ves cómo invoca tu amor! ¡Oh, señora, señora mía, luz y reina de mi corazón, luz y alegría de tu hijo, piedad, piedad!".

El anciano está de rodillas y besa el ruedo del vestido de su hija, le abraza las rodillas, intenta cogerle la mano que ella tiene apoyada en el corazón para reprimir su congoja. Pero nada la doblega.

Responde: "Permanezco fiel a mi Señor propio por el amor que siento por ti y por él. Ninguna gloria terrena otorgará a tu cabeza blanca y a este inocente tanta dignidad como mi muerte. Vosotros alcanzaréis la Fe. ¿Y, entonces, qué diríais de mí si, por la vileza de un momento, hubiera renunciado a la Fe? Para triunfar, mi Dios no tiene necesidad de mi sangre ni de tus lágrimas. Pero, en cambio, tú tienes necesidad de la sangre y el llanto para alcanzar la Vida. Y también este ino-

196

cente los necesita para permanecer en ella. Por la vida que me diste y por el júbilo que mi hijo me ha dado, obtengo para vosotros la Vida verdadera, eterna, bienaventurada. No, mi Dios no enseña el desamor hacia los padres y hacia los hijos. Enseña el amor verdadero. Padre, en este momento el dolor te hace delirar. Pero luego la luz se hará en ti y me bendecirás. Desde el Cielo, yo te la enviaré. En cuanto a este inocente, no es que le ame menos ahora que he dado mi sangre para nutrirle. Si la crueldad pagana no se hubiera ensañado con nosotros, los cristianos, habría sido para él una madre amantísima y él habría sido la finalidad de mi vida. Pero Dios es más grande que la carne que ha nacido de mí y el amor que hay que consagrarle es infinitamente mayor. Ni siquiera en nombre de la maternidad puedo posponer el amor hacia Él por el amor de una criatura. No. No eres el esclavo de tu hija. Sigo siendo, siempre, tu hija, que te obedece en todo menos en esto: en renunciar por ti al verdadero Dios. Deja que se cumpla la voluntad humana.Y, si me amas, sígueme en la Fe. En ella encontrarás a tu hija, y será para siempre, porque la verdadera Fe concede el Paraíso y mi Pastor santo ya me ha dado la bienvenida en su Reino".

Aquí cambia la visión, porque veo entrar en la celda a otros personajes: son tres hombres y una mujer muy joven. Se besan y abrazan recíprocamente. También entran los carceleros para llevarse al hijo de Perpetua. Ésta vacila como si hubiera recibido un golpe. Pero reacciona.

Su compañera la consuela; le dice: "Yo también he perdido a mi criatura. Pero no está perdida. Dios ha sido bueno conmigo. Me ha concedido que la engendrase para Él y su bautismo se engalana con mi sangre como con piedras preciosas. Era una niña... hermosa como una flor. También tu niño es hermoso, Perpetua. Pero para hacerles vivir en Cristo, estas flores necesitan nuestra sangre. De este modo, les daremos doblemente la vida".

Perpetua coge al pequeñuelo, que había acostado en el jergón y que ahora duerme contento y saciado, y se lo da al padre, tras haberle besado levemente para no despertarle. Luego le bendice, baña sus dedos en las lágrimas que brotan de sus ojos y traza una cruz sobre la frente y otra sobre las manecitas, sobre los piececitos, sobre el pecho. Hace todo esto con tal dulzura, que el niño sonríe en el sueño como si recibiera una caricia.

Luego los condenados salen, los soldados les rodean y les acompañan a una oscura cávea del anfiteatro a la espera del martirio. Trans-

197

curren las horas rezando y cantando himnos sacros y exhortándose recíprocamente al heroísmo.

Ahora me parece que también yo estoy en ese anfiteatro, que ya he visto antes. Está abarrotado de gente de piel oscura, aunque también hay muchos romanos. La multitud rumorea sobre las gradas, se agita. A pesar del velario que han tendido de la parte en que da el sol, la luz es intensa.

Me parece que en la arena ya ha habido juegos crueles porque está manchada de sangre; hacen entrar en ella a los seis mártires, van en fila. La multitud silba e impreca. Perpetua está a la cabeza de los mártires, que avanzan cantando. Se detienen en medio de la arena y uno de ellos se dirige a la multitud.

"Sería mejor que demostrarais vuestro coraje siguiéndonos en la Fe, en lugar de insultar a gente inerme que devuelve vuestro odio rezando por vosotros y amándoos. ¡Oh, embusteros que

pretendéis ser civiles y aguardáis que una mujer dé a luz para matarla luego tanto en el cuerpo como en el alma, porque la separáis de su criatura! ¡Oh, crueles que mentís para matar, porque sabéis que ninguno de nosotros os hace daño y que menos que nadie os lo hará una madre, pues piensa sólo en su criatura! Las varas con que nos habéis azotado, la prisión, las torturas, el haber arrebatado los hijos a dos madres, no mudarán nuestro corazón; no lo cambiarán en cuanto al amor a Dios y tampoco en cuanto al amor al prójimo. Tres veces, siete veces, cien veces, daríamos la vida por nuestro Dios y por vosotros; la ofreceríamos para que llegarais a amarle. Por eso rezamos por vosotros mientras el Cielo ya se abre sobre nuestras cabezas: Padre nuestro que estás en los cielos...”. Los seis santos mártires rezan de rodillas.

Se abre una puerta baja e irrumpen las fieras; creo que son toros o búfalos salvajes por lo impetuoso de su carrera, que les hace asemejar a bólidos. Embisten el grupo inerme como si fuera una catapulta adornada por puntiagudos cuernos. Levantan los cuerpos con sus cuernos, los arrojan por el aire como si fueran harapos, vuelven a estrellarlos contra el suelo, los pisotean. Como ebrios por la luz y el clamor, huyen y luego vuelven a embestir.

Con una cornada, un toro alza a Perpetua como si fuera una pajuela y la arroja a muchos metros de distancia. Pero, a pesar de estar herida, se levanta y su primer gesto es el de ajustarse las ropas, desgarradas a la altura del seno. Sosteniendo la túnica con la mano derecha, se arrastra hacia Felicitas, que está tendida cara al cielo, con



el cuerpo desgarrado, y la cubre, la sostiene, haciendo escudo a la herida con su cuerpo. Las fieras vuelven a herir hasta que los seis agonizantes quedan tendidos en la arena. Entonces los bestiarios hacen volver a las fieras a sus cubiles y los gladiadores rematan la obra.

Pero el que le toca a Perpetua no sabe matar; no se comprende si es por piedad o inexperiencia. La hiere, pero no en el punto justo. Con un hilo de voz y una sonrisa dulcísima, Perpetua le dice: “Ven aquí, hermano, a que te ayude”. Luego apoya la punta de la espada contra la carótida derecha, dice: “¡Jesús, me encomiendo a Ti! Empuja, hermano, yo te bendigo” y vuelve la cabeza hacia la espada para ayudar al inexperto y turbado gladiador.

Dice Jesús:

«Éste es el martirio de mi mártir Perpetua, de su amiga Felicitas y de sus compañeros. Sólo era rea de ser cristiana, aunque aún era catecúmena. Mas, ¡cuán intrépido era su amor por Mí! Al martirio de la carne unió el del corazón, y así también Felicitas. Si sabían amar a sus verdugos, ¿cómo habrán sabido amar a sus propios hijos?

Eran jóvenes y felices con el amor del esposo y de los padres, en el amor de su criatura. Mas hay que amar a Dios por sobre todas las cosas. Y ellas le aman así. Se desgarran las entrañas al separarse de su pequeñuelo, mas la Fe no muere. Ellas creen, creen firmemente, en la otra vida. Saben que sólo la logrará quien fue fiel y vivió según la Ley de Dios.

El amor es ley en la ley, ya sea el amor a Dios o el amor al prójimo. ¿Qué amor puede ser más grande que el de dar la vida por quienes se ama, así como la dio el Salvador por la humanidad que amaba? Ellas ofrecen su vida porque me aman y para llevar a otros a amarme y a poseer, de este modo, la Vida eterna. Ellas quieren que alcancen la Vida de mi Reino los hijos, los padres, los esposos, los hermanos, y todos aquellos a quienes aman - por amor vinculado a la sangre o por amor vinculado al espíritu - y, entre ellos, también los verdugos, pues Yo he dicho: “Amad a quienes os persiguen” [3]. Y para guiarles a mi Reino, trazan con su sangre un signo que va de la

Tierra al Cielo, un signo que resplandece, un signo que llama.

¿Qué es sufrir? ¿Qué es morir? Es sólo un instante fugaz. En cambio, la vida eterna no acaba. Ese instante de dolor no es nada respec-

---

3 Mateo 5, 43-44; Lucas 6 ,27.



to al futuro de gozo que las espera. ¿Qué son las fieras? ¿Qué son las espadas? ¡Son algo bendito, porque dan la Vida!

La única preocupación que las inquieta - pues el que es santo debe serlo en todo - es la de conservar la pudicia. En el momento del martirio, no se cuidan de la herida sino de las ropas desordenadas pues, aunque no son vírgenes, no por eso dejan de ser púdicas. El verdadero cristianismo lleva siempre a la virginidad del espíritu. Por eso esta sublime pureza se mantiene aun donde el matrimonio y la prole han quitado ese sello que hace ángeles a los vírgenes.

El cuerpo humano lavado por el Bautismo es un templo del Espíritu Santo. Por lo tanto, no debe ser violado con modas inverecundas, con inverecundos usos. Sobre todo de la mujer que no respeta a sí misma, no puede descender sino una prole viciosa y una sociedad corrupta; de ella se aparta Dios y en ella Satanás ara y siembra sus tormentos, que os llevan a la desesperación».

2 de marzo

Dice Jesús:

«Mis mártires poseyeron la Sabiduría. También la poseyeron mis confesores. Y, además, la poseen todos los que me aman y hacen de ese amor la razón de su vida.

Esto no es evidente a los ojos del mundo. Por el contrario, el ser justo parece debilidad, parece algo que ya no se usa, como si, a través de los siglos, hubiera mudado la relación entre Dios y los fieles.

No es así. Si he atenuado el rigor de la ley mosaica y os he dado recursos de incalculable potencia para ayudaros a practicar la Ley y alcanzar la Perfección, no ha mudado la obligación de respeto y obediencia que debéis observar hacia el Señor Dios vuestro. Si Él se hizo Bueno hasta el punto de donarse a Sí mismo para haceros buenos, vosotros debéis serlo aún más y, por eso, no debéis decir: "Que se encargue Él de salvarnos; por nuestra parte, gocemos". Ésta no es sabiduría; ésta es necedad y blasfemia. Ésta es la sabiduría del mundo, es decir, un saber reprobable, no es la Sabiduría divina.

Mis mártires fueron divinamente sabios. No se dijeron a sí mismos, como el impío: "Gocemos del presente porque no se repite y, con la muerte, terminan todos los placeres. Y, para gozar, hagamos de la prepotencia un derecho; usurpemos a los débiles y a los buenos lo

que no es lícito usurpar y con el fruto de estas extorsiones llenemos la bolsa para llenar más tarde el vientre y saciar la concupiscencia de la carne y de la mente”. No se dijeron, como el impío: “Ser justos es un sacrificio, ser justos agota. La vista del justo es un reproche para nosotros. Por lo tanto, quitémosle de en medio porque su justicia nos recuerda a Dios y nos reprocha nuestro modo bestial de vivir”.

En cambio, mis mártires invirtieron la teoría del mundo y siguieron únicamente la de Dios. Debido a eso, el mundo les puso a prueba, les ultrajó, les atormentó, les mató, con la esperanza de turbar su virtud. Pero el mundo, en su necedad, no sabía que cada golpe que les daba para disgregar su alma, era como un golpe de mazo, que a ellos les hacía penetrar en Mí y a Mí en ellos con un amor que era una fusión perfecta, hasta el punto que, aun estando en la cárcel o en el circo, ya estaban en el Cielo y me veían tal como, tras el instante de dolor y de muerte, me verían por la bienaventurada eternidad.

No estaban muertos, ni destruidos, ni torturados, ni desesperados. Así como no dan muerte los sufrimientos del parto ni son destrucción, ni tortura, ni desesperación pues, al contrario, son vida que engendra vida, son un desdoblamiento de la carne - que, de una, se convierte en dos -, son la satisfacción, la esperanza de ser madre y de recibir de la maternidad goces inefables que duran toda la vida, del mismo modo, ese dolor era para ellos esperanza, seguridad, vida, que les convertía en bienaventurados.

El mundo no podía comprender a estos locos santos, cuya locura era amar a Dios con toda la perfección de que era capaz la criatura humana, lo que significaba hacer de sí voluntarias estériles - pues las únicas bodas eran las celebradas conmigo, su Dios -, convertirse en eunucos que por un amor espiritual amputaban la propia sensualidad humana y vivían en castidad como los ángeles. El mundo no podía comprender a estos locos sublimes que, aun conociendo las dulzuras del tálamo y de la prole, sabían renunciar al uno y a la otra y volar hacia el tormento, tras haber lacerado voluntariamente su corazón al abandonar a los hijos y a los consortes, por el amor hacia Mí, su infinito amor.

Mas, de este modo, salvaron el mundo. Si, a pesar de tantos ejemplos y tantos baños de sangre purificadora, os habéis convertido en las fieras que sois hoy, ¿en qué os habríais convertido sin la santa y bendita generación de mis mártires? ¿Cuánto tiempo antes habría aumentado vuestra bestialidad? Mis mártires evitaron que os precipita-



rais a Satanás mucho antes del momento fomentado por vuestra lujuria. Aún hoy os invitan a deteneros, a retomar el camino que sube, dejando de lado el sendero que precipita. Aún hoy os dicen palabras de salvación. Os las dicen con sus heridas, con sus reflexiones a los tiranos, con su caridad, con el cuidado de su pudicia y con su paciencia, su pureza, su fe, su constancia. Os explican que sólo una ciencia es necesaria, la ciencia que surge de la eterna Sabiduría.

Fueron aún más sabios que Salomón y prefirieron esta Sabiduría a todos los tronos y riquezas de la tierra. Y para obtenerla y conservarla, desafiaron persecuciones y tormentos; para no perderla, abrazaron la muerte. Amaron esta Sabiduría más que la salud y la belleza y quisieron que fuera su luz, porque su resplandor viene directamente de Dios, porque poseer esa luz significa anticiparle al alma la Luz beatífica del día eterno. La aprendieron con un corazón honesto; la comunicaron hasta a sus enemigos con la caridad. No temieron que se les privara de ella porque la participaban a las multitudes que no la poseían y Ella, que vivía en su interior, les recordaba que “dar es recibir” 1 y que, cuanto más distribuían las aguas celestes que la Fuente divina volcaba en ellos, tanto más esas aguas aumentaban hasta colmarles como cálices de una Misa santa, que el Sacerdote eterno

celebraba por el bien del mundo.

El rey sabio enumera las dotes de la Sabiduría, cuyo espíritu es inteligente, santo, único, múltiple, sutil... pero mis mártires poseyeron todas esas cualidades. En ellos estaba lo que Salomón llama "soplo de la virtud de Dios y emanación de la gloria del Omnipotente" 2. Por lo tanto, ellos reflejaban en sí a Dios como nadie en el mundo podía hacerlo; reflejaban a Dios en sus cualidades y a Mí, el Cristo Salvador, en mi holocausto.

¡Oh, cómo podrían ponerse en los labios de cada mártir las palabras de Salomón, que proclamaba que desde la juventud había amado y buscado la Sabiduría, que la había pretendido por esposa, que había querido que fuera su maestra y su riqueza 3! ¡Y cómo podéis pensar, sin temor a equivocaros, que en sus labios floreció esa plegaria para obtener la Sabiduría, que ya había florecido en los labios de Salomón 4 !

---

1 Lucas 6, 38; Hechos 20, 35.

2 Sabiduría 7, 22-30.

3 Sabiduría 8.

4 Sabiduría 9.



Y, sobre todo, ¡oh vosotros a quienes la avidez de la carne hizo retroceder a tinieblas paganas mucho más profundas de las que recibieron la Luz llevada por mis mártires!, cómo deberíais esforzaros en haceros amantes de la Sabiduría, deseosos de Ella, y en rezar para que os sea dada como guía en las empresas singulares y colectivas, de modo que no seáis más los que sois hoy, es decir, maniacos crueles que os torturáis recíprocamente y así perdéis sea la vida y las riquezas - dos cosas que os importan -, sea la salvación del espíritu que, en cambio, me importa a Mí, que perecí para salvar vuestro espíritu.

Por la Sabiduría "se enderezaron los caminos de los habitantes de la tierra y los hombres aprendieron lo que le agrada a Dios". Recordáoslo. Y recordad también que a Dios no le agrada ninguna otra cosa más que vuestro bien. Por eso, si le conocéis y seguís este camino que a Él le agrada, haréis vuestro bien tanto en la Tierra como en el Cielo».

---

5 Sabiduría 9, 18.

3 de marzo

Viernes.

Dice Jesús:

«Escribe solamente esto.

Días atrás dijiste que ibas a morir sin colmar tu deseo de conocer los Lugares Santos. En realidad, tú los ves como eran cuando Yo los santificaba con mi presencia. Ahora, después de veinte siglos de profanaciones, causadas por el odio o el amor, ya no son como eran. Por eso tienes que pensar que tú los ves y quien va a Palestina no los ve. Por lo tanto, no te entristezcas.

En segundo lugar, te quejas de que los libros que hablan de Mí, hoy te parecen insulsos mientras antes los amabas tanto. También esto es una consecuencia de tu condición actual. ¿Cómo quieres que te parezcan perfectas las obras humanas, cuando conoces la verdad de las que hice Yo? Es lo mismo que pasa con las traducciones, aun con las buenas: mutilan siempre la fuerza de la frase original. Las descripciones humanas, ya sean de lugares o de hechos o de sentimientos, son “traducciones” y, por eso, son obras incompletas, inexactas; si no lo son en las palabras o en los hechos, lo son en los sen-



timientos, especialmente ahora que el racionalismo lo ha empobrecido todo. Es por eso que para aquél a quien Yo llevo a ver y a conocer, cualquier otra descripción es fría y le deja insatisfecho y disgustado.

En tercer lugar, hoy es viernes. Quiero que revivas “mi” sufrimiento. Hoy quiero esto de ti. Quiero que lo revivas en la mente y en la carne.

Basta. Ahora sufre en paz y en el amor. Te bendigo».

4 de marzo

9 de la mañana.

Jesús me dice:

«Hoy hay que trabajar mucho para recuperar el tiempo, que no ha sido tiempo perdido, pero que ha sido empleado de otra manera, según mi voluntad 1.

Ya sabes desde la primera hora de este día, es decir, desde la una de la madrugada, en qué hecho tendré fija tu mente, porque el primero y único punto que se ha iluminado en ella te ha demostrado dónde posarás los ojos del espíritu. Y ese desconocido nombre femenino, que resuena dentro de ti como si fuera una campana que repica y no se placa hasta que recibe respuesta, te ha dicho que conocerás también eso. Mas entre mi virgen y el Maestro, debes elegir al Maestro y anteponer mi episodio a aquél.

Te haré  conocer a muchas criaturas celestes. Todas imparten su lección, que es útil para vosotros, que os habéis hecho conocedores de todo, lectores de todo, pero no de la ciencia para conquistar el Cielo.

Escribe».

Escribo, o mejor, describo.

Esta noche, entre sufrimientos enloquecedores le preguntaba a Jesús cómo había logrado soportar ese terrible dolor en su cabeza. Se lo preguntaba porque a mí me causaba un tormento tal que tenía que apretar los dientes para no gritar al mínimo rumor o movimiento del lecho; me parecía tener un corazón - que latía velozmente, estremecido por el dolor - por cada diente, por la lengua, los labios, la nariz,

---

1 Esta voluntad está expresada en el tercer punto del dictado que antecede.



las orejas, los ojos. Me parecía tener en medio de la frente una maraña de clavos que me penetraban en el cráneo; una faja de fuego y de dolor, que apretaba como una mordaza, subía desde la nuca y se difundía. Me parecía que en el parietal derecho, cada tanto un objeto pesado me daba golpes que me clavaban dicha faja en la cabeza cada vez más y me aturdía completamente. Mientras padecía e interrogaba a Jesús y en mi tormento le contemplaba desde el Huerto al Calvario, de pronto, después de la tercera caída, se produjo una pausa de alivio físico y espiritual, pues se me apareció sano, hermoso, sonriente sobre las aguas encrespadas del Mar de Galilea.

Luego volvió el tormento hasta que, hacia las dos, cesó la contemplación de la Pasión del Señor, se calmó un poco el tremendo dolor de cabeza (no crea que disminuyó mucho, ¿eh?) y resonó dentro de mí un nombre: Santa Fenícula.

¿Quién es? Una desconocida. ¿Existió realmente? ¿¡Quién sabe!? Nunca se ha oído hablar de ella. Trataba de dormir. ¡Ni por asomo! Seguía resonando ese nombre: Santa Fenícula, Santa Fenícula, Santa Fenícula.

Me he dicho: no hay caso, no podré dormir si antes no logro saber quién es. Y, gracias a que el dolor había disminuido (tras haberme abatido e inmovilizado desde las 15 hasta pasada la medianoche con espasmos tan fuertes que ni siquiera podía abrir los ojos, como puede atestiguar Paola 2) y ahora lograba moverme, cogí el índice de los santos y encontré, junto a S. Petronila virgen, S. Felícula virgen. En realidad, oí Fenícula, pero probablemente entendí mal.

Contemporáneamente con este hallazgo, vi a una joven desnuda atada a una columna de modo atroz. Luego no vi nada más.

Y ahora con obediencia escribo sin postergaciones lo que el Maestro me hace ver, aunque la cabeza me da vueltas como si fuera una perinola.

El martirio de Santa Fenícula.

Veo a dos mujeres, jóvenes, que están rezando una plegaria muy vehemente, que seguramente debe penetrar en el cielo. Una de ellas es más madura; tendrá casi treinta años, mientras la otra debe de haber pasado los veinte desde hace poco. Parece que ambas gozan de

---

2 Se trata de Paola Belfanti. Véase la nota 4 en el texto del 2 de enero

perfecta salud. Cuando terminan de rezar se levantan y preparan un pequeño altar sobre el que disponen flores y linos preciosos.

Entra un hombre, vestido como un antiguo romano, al que las dos jóvenes saludan con gran veneración. De la bolsa que guarda en su pecho, extrae todo lo necesario para celebrar Misa. Luego viste los hábitos sacerdotales e inicia el Sacrificio.

No comprendo muy bien el Evangelio pero me parece que es el de Marcos: “Y le presentaron unos niños... el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él” 3. Las dos jóvenes, arrodilladas junto al altar, rezan cada vez con más fervor.

El Sacerdote consagra la Sagrada Forma y luego se vuelve para dar la Comunión a las dos fieles; comienza por la mayor, cuyo rostro refleja un seráfico ardor. Luego le da la Comunión a la otra. Tras haber recibido la Sagrada Forma, ambas quedan postradas en el suelo, sumidas en una profunda plegaria y, al parecer, permanecen así por pura devoción.

La celebración del rito es igual que la de Pablo en el Tullianum 4, solo que el celebrante habla más bajo porque aquí se trata de dos fieles únicamente y éste es el motivo por el que entiendo menos las palabras del Evangelio. Pero cuando el Sacerdote se vuelve para bendecir y baja del altar, que está colocado sobre una tarima de madera, sólo una de las jóvenes se mueve; la otra permanece postrada. Su compañera la llama, la sacude. También el Sacerdote se inclina hacia ella. La levantan. La palidez de la muerte ya asoma en su rostro, los ojos están como apagados bajo los párpados, la boca respira con dificultad. Mas, ¡cuánta beatitud está reflejada en ese rostro!

La depositan en una especie de largo asiento, colocado junto a una ventana que da al patio, donde canta una fuente. Tratan de auxiliarla. Pero ella, reuniendo las últimas fuerzas, alza una mano, señala el cielo y dice solamente dos palabras: “Gracia... Jesús”, y luego expira serenamente.

Todo esto no me aclara qué tiene que ver el hecho con la joven atada a la columna que he visto esta noche y que, aunque era mucho más pálida y delgada, y se la veía despeinada y torturada, me parece que se asemeja mucho a la superviviente que ahora llora junto a la muerta. Y me quedo así, en esta incertidumbre, por algunas horas.

---

3 Marcos 10, 15; Lucas 18, 17.

4 Se refiere a la visión del 29 de febrero.



Sólo ahora que ya es de noche, vuelvo a encontrar a la joven que antes lloraba y que ahora está erguida junto a la fuente del austero patio, donde se han cultivado únicamente pequeños cuadros de azucenas y rosales, completamente en flor, que trepan por sus muros.

La doncella habla con un joven romano: “Es inútil que insistas, Flaco. Agradezco tu respeto y el recuerdo que conservas de mi amiga muerta. Pero no puedo consolar tu corazón. Si Petronila ha muerto, es señal de que no debía ser tu esposa. Y tampoco yo puedo serlo. Hay tantas jóvenes de Roma que estarían dichosas de llegar a ser las amas de tu casa. Yo, no; no puedo serlo. Y no por ti,

sino porque he decidido no contraer nupcias”.

“¿También tú eres víctima del necio frenesí de tantos secuaces de un puñado de hebreos?”.

“He decidido no contraer nupcias, y no creo estar loca”.

“¿Y si yo te quisiera?”.

“Si es verdad que me amas y respetas, no creo que quieras forzar mi libertad de ciudadana romana; creo que me dejarás seguir mi deseo y que retribuirás la buena amistad que siento por ti”.

“¡Ah, no! Ya se me ha escapado una. Tú no me escaparás”.

“Ella ha muerto, Flaco. La muerte es una fuerza superior a nosotros, no es una fuga que decidimos para huir de nuestro destino. Ella no se ha matado. Ha muerto...”.

“Ha muerto por culpa de vuestros sortilegios. Sé que sois cristianas y tendría que haberos denunciado al Tribunal de Roma. Pero he preferido pensar en vosotras como en esposas mías. Ahora te lo pido por última vez: ¿quieres ser la esposa del noble Flaco? Te juro que es mejor para ti entrar como ama en mi casa y abandonar el culto demoniaco de tu pobre dios, en lugar de conocer el rigor de Roma, que no permite que sus dioses sean insultados. Sé mi esposa y serás feliz. De lo contrario...”.

“No puedo ser tu esposa. Estoy consagrada a Dios, a mi Dios. Yo, que adoro al verdadero Dios, no puedo adorar los ídolos. Haz de mí lo que quieras. De mi cuerpo puedes hacer todo lo que quieras. Pero mi alma es de Dios y no la vendo por las dichas de tu casa”.

“¿Es tu última palabra?”.

“Es la última”.

“¿Sabes que mi amor puede mudarse en odio?”.

“Dios te lo perdone. Por mi parte, te amaré siempre como a un hermano y rezaré por tu bien”.

207

“Y yo haré tu mal. Te denunciaré. Te torturarán. Entonces me llamarás. Entonces comprenderás que es mejor la casa de Flaco que las necias doctrinas de que te nutres”.

“Comprenderé que el mundo necesita de estas doctrinas para no tener más a otros Flacos. Y haré tu bien rezando por ti desde el Reino de mi Dios”.

“¡Maldita cristiana! ¡Irás a la cárcel! ¡Morirás de hambre! ¡Que te sacie tu Cristo, si puede!”.

Me parece que la prisión está bastante cerca de la casa de la virgen porque el camino es breve, y que el noble Flaco es, ni más ni menos, un sabueso del Cuestor de Roma, porque cuando la visión cambia de aspecto y me lleva a la sala que ya he visto, en la que está la joven atada a la columna, veo que es un tribunal como aquél en que fue juzgada Inés 5. Hay muy pocas diferencias; también aquí hay un feo individuo que juzga y condena, al que Flaco hace de ayudante e instigador.

Han sacado a Fenícula de la prisión en que se encontraba y ahora la llevan al centro de la sala.

Se la ve agotada, sin fuerzas, pero aún conserva tanta dignidad. Debido a su debilidad y también a que ya se ha acostumbrado a la oscuridad de la prisión, la luz la deslumbra; pero, por mucho que lo haga, no le impide estar erguida y sonreír.

Se oyen las consabidas preguntas y las consabidas ofertas y luego las consabidas respuestas : "Soy cristiana. No hago sacrificios a ningún otro dios que no sea mi Señor Jesucristo".

La condenan a la columna.

Ante el pueblo, le desgarran las vestiduras y la atan de manos y pies, completamente desnuda, detrás de una de las columnas del Tribunal. Pero, para hacerlo, le dislocan la cadera y los brazos. Debe de ser una tortura atroz. Y no se detiene allí: retuercen las sogas en las muñecas y los tobillos, la golpean con varas y flagelos en el pecho y en el vientre desnudo, le atormentan las carnes con tenazas, practican otros suplicios atroces que no me detengo a describir aquí.

Cada tanto le preguntan si quiere dedicar sacrificios a los dioses. Fenícula responde con voz cada vez más débil: "No, hago sacrificios a Cristo. Los hago solamente a Él. ¿Queréis que le pierda ahora que empiezo a verle y que cada tortura me le acerca más? Cumplid vuestra obra. Que se cumpla también mi amor: ¡dulces bodas en las que Cristo

---

8 Se refiere a la visión del 13 de enero.



es el esposo y yo su esposa! ¡Que se cumpla el sueño de toda mi vida!".

Cuando la desatan, cae al suelo como muerta. Los miembros dislocados o, quizás, fracturados, ya no la sostienen, no responden a ninguna orden de la- mente. Las pobres manos, que la soga ha ceñido fuertemente hasta formar dos brazaletes de sangre viva, penden como muertas. También los pies presentan los maléolos lacerados hasta el punto de descubrir los nervios y los tendones y, por el modo innatural con que están plegados, es evidente que los han fracturado. Pero el rostro refleja una felicidad angelical y total. Las lágrimas ruedan por las mejillas, pero los ojos ríen, absortos en una visión que los extasía.

Los carceleros, o mejor, los verdugos, le dan de puntapiés y a puntapiés la empujan hacia el estrado del Cuestor, como si fuera un saco tan inmundo que no se lo puede tocar.

"¿Aún estás viva?".

"Sí, lo estoy por voluntad de mi Señor".

"¿Aún insistes? ¿De verdad quieres la muerte?".

"Quiero la Vida. ¡Oh, Jesús mío, ábreme el Cielo! ¡Ven, Amor eterno!".

"¡Arrojadla al Tíber! El agua calmará sus ardores".

Los verdugos la levantan de mal modo. La tortura que provocan los miembros destrozados debe de ser atroz. Pero ella sonríe. La envuelven en sus vestidos; por cierto, no lo hacen por pudor sino para impedir que pueda sostenerse en el agua. ¡Es un cuidado inútil! Con los miembros en ese

estado no se puede nadar. Sólo la cabeza queda fuera de la maraña de las ropas. Su pobre cuerpo, que un verdugo se ha echado sobre los hombros, pende como si ya estuviera muerta. Pero a la luz de las antorchas, que han encendido porque ya ha caído la noche, se la ve sonreír.

Cuando llegan al Tíber, la cogen y la arrojan a las aguas oscuras desde lo alto del puente, como si fuera un animal que deben suprimir; vuelve a aflorar por dos veces y luego se hunde en las profundidades sin un grito.

Dice Jesús:

«He querido hacerte conocer a mi mártir Fenícula para impartir algunas enseñanzas a ti y a todos.

En la muerte de Petronila, que era mucho mayor que Fenícula y fue su maestra y compañera, has comprobado el poder de la plegaria y el fruto de una santa amistad.

209

Petronila, hija espiritual de Pedro, había absorbido de la viva palabra de mi Apóstol, el espíritu de Fe. Petronila era el júbilo, la perla romana de Pedro. Era su primera conquista romana. Era la que, por la respetuosa y amorosa devoción al Apóstol, lo consoló de todos los dolores de su evangelización romana.

Por amor hacia Mí, Pedro había dejado su casa y a su familia. Pero El que no miente le había hecho encontrar consuelo, cuidados, dulzuras femeninas, en esta jovencita, y, según mis promesas, todo eso le había sido dado en medida exuberante, apretada, colma 6. En casa de Petronila encontraba ayuda, hospitalidad y, sobre todo, amor, tal como a Mí me había sucedido en Betania. Para bien o para mal, la mujer es igual bajo todos los cielos y en todas las épocas. Petronila fue la María 7 de Pedro, con el agregado de su pureza adolescente que el Bautismo, que recibió cuando aún la inocencia no había sido ultrajada, había elevado a perfección angélica.

Escucha, María. Petronila quería amar al Maestro con todo su ser, sin que su hermosura y el mundo pudieran turbar ese amor; por eso, había rogado a Dios que la hiciera una crucificada. Y Dios se lo concedió. La parálisis crucificó sus miembros angelicales. En la larga invalidez florecieron aún con mayor belleza, en el terreno bañado por el dolor, las virtudes y, sobre todo, el amor hacia mi Madre.

Escucha también esto, María. Cuando fue necesario, su enfermedad tuvo una pausa, para demostrar que Dios es amo del milagro. Y luego, cuando ese momento terminó, volvió a crucificarla.

María, ¿conoces acaso a alguna otra a quien su Maestro, cuando es necesario, le dice - como Pedro a Petronila -: “Levántate, escribe, sé fuerte” y que, una vez que ha cesado la necesidad del Maestro, vuelve a ser una pobre enferma en perpetua agonía?

Cuando murió el Apóstol y Petronila sanó, ésta comprendió que su vida ya no le pertenecía, que pertenecía a Cristo. No era como las que, una vez que han obtenido el milagro, lo usan para ofender a Dios; por el contrario, empleó su salud en el interés de Dios.

Vuestra vida me pertenece siempre. Yo os la doy. Tendríais que recordarlo. Os la doy como vida animal, desde el momento que os hago nacer y os mantengo vivos. Os la doy como vida espiritual con la Gracia y los Sacramentos. Tendríais que recordarlo siempre y utilizar

6 Lucas 6, 38.

7 Se refiere a María de Magdala, hermana de Lázaro y Marta de Betania.



bien este privilegio.Y cuando os restituyo la salud, cuando casi os hago renacer tras una enfermedad mortal, aún más tendríais que recordar que es mía esa vida vuelta a florecer cuando ya la carne olía a tumba. Y, por gratitud, tendríais que emplear dicha vida para el Bien.

Petronila supo hacerlo. No fue inútil que conociera mi Doctrina. Ella es como sal que protege de la maldad, de la corrupción; es llama que calienta e ilumina; es alimento que nutre y fortifica; es fe que da seguridad. Llega la prueba, el asedio de la tentación, la amenaza del mundo. Petronila ruega. Llama a Dios. Quiere pertenecer a Dios. ¿El mundo la pretende? Pues que Dios la defienda del mundo.

Cristo lo ha dicho: "Si tuvierais fe, aun tan pequeña como un grano de mostaza, podríais decir a este monte: 'Quítate y ve más allá' " 8. Pedro se lo ha repetido muchas veces. Ella no le pide al monte que se mueva. Le pide a Dios que la quite del mundo antes de que la aplaste una prueba superior a sus fuerzas. Y Dios la escucha. La hace morir en éxtasis. La hace morir en éxtasis, María, antes de que la prueba la aplaste. Recuérdalo, mi pequeña discípula.

Fenícula era su amiga o, más que amiga, era hija o hermana, dada la escasa diferencia de edad, que era de unos diez años. No se vive junto a un santo sin convertirse en santo. Como no se vive junto al depravado sin depravarse. ¡Si el mundo recordara esta verdad! Pero, en cambio, el mundo descuida a los santos o les tortura, y sigue a los demonios y, cada vez más, se convierte en demonio.

Has visto la firmeza y la dulzura de Fenícula. ¿Qué es el hambre para el que tiene por alimento a Cristo? ¿Qué es la tortura para quien ama al Mártir del Calvario? ¿Qué es la muerte para el que sabe que la muerte abre las puertas de la Vida?

Mi mártir Fenícula es una desconocida para los cristianos de hoy. Pero, en cambio, la conocen muy bien los ángeles de Dios, que la ven risueña en el Cielo, detrás del divino Cordero. He querido que tú la conocieras para poder hablarte también de su maestra espiritual y para impulsarte al sufrimiento.

Repite con ella: "Ahora sí que, en medio de estos dolores, empiezo a ver a Jesús, mi esposo, en quien he depositado todo mi amor", y piensa que también para ti he hecho surgir a un Nicomedes 9, para

---

8 Mateo 17, 20; Marcos 11, 23; Lucas 17, 6.

9 Es el nombre del presbítero que recuperó el cuerpo de la santa mártir Feliculà, cuyos datos históricos parecen corresponder a la narración sobre la mártir Fenícula, que hemos transcrito aquí. El "Nicomedes" despertado para la recuperación espiritual de la escritora es el Padre Migliorini.

salvar de las aguas de la pasión a tu "yo" que quería para Mí y para recoger lo que merece ser conservado de ti, lo que es mío, lo que puede obrar el bien en el alma de los hermanos».

5 de marzo

Dice Jesús:

«¡Oh, vosotros, los cristianos del siglo veinte, que escucháis como si fueran fábulas las narraciones de mis mártires y os decís: "¡No puede ser verdad! ¿Cómo podría serlo? ¡Al fin de cuentas, también ellos eran hombres y mujeres! Es toda una leyenda", debéis saber que no es una leyenda, sino que es historia. Si creéis en las virtudes cívicas de los antiguos atenienses, espartanos, romanos, y sentís que vuestro espíritu se exalta por el heroísmo y la grandeza de los héroes civiles, ¿por qué no queréis creer en estas virtudes sobrenaturales y no sentís que vuestro espíritu se exalta y es impulsado a una selecta imitación al escuchar la narración de las grandezas y los heroísmos de mis héroes?

Decís que, en resumidas cuentas, eran hombres y mujeres. Lo eran, por cierto. Eran hombres y mujeres. Decís una gran verdad pero os imponéis una gran condena. Eran hombres y mujeres y vosotros sois brutos. Sois seres degradados de la semejanza con Dios, de la condición de hijos de Dios; degradados a nivel de animales guiados sólo por el instinto y emparentados con Satanás.

Eran hombres y mujeres. Habían vuelto a ser "hombres y mujeres" por medio de la Gracia, así como eran el Primero y la Primera en e1 Paraíso Terrestre.

¿Acaso no se lee en la Génesís que Dios hizo al Hombre dominador sobre todo lo que existía en la Tierra, o sea, sobre todo excepto que sobre Dios y sus angélicos ministros? ¿Acaso no se lee que hizo a la Mujer para que fuera la compañera del Hombre en el júbilo y en el dominio sobre todos los seres vivos? ¿Acaso no se lee que podían comer de todo menos del árbol de la ciencia del Bien y el Mal 1? ¿Por qué? ¿Qué significado se esconde bajo la expresión "para que domine"? ¿Y cuál se oculta en el del árbol del Bien y el Mal? ¿Os lo habéis preguntado alguna vez, vosotros, los que preguntáis tantas cosas inú-

---

1 Génesis 1, 26-28; 2, 15-25; 3, 1-3.



tiles y no sabéis interrogar jamás a vuestra alma sobre las verdades celestiales?

Si estuviera viva, vuestra alma os lo diría. Os lo diría vuestra alma que, cuando vive en la Gracia, está sostenida como una flor entre las manos de vuestro ángel; vuestra alma que, cuando vive en la Gracia, es como una flor besada por el sol y regada por el rocío, porque el Espíritu Santo le da calor y la ilumina, la riega y la orna con luces celestiales.

¡Cuántas verdades os diría vuestra alma si supierais conversar con ella, si la amarais considerándola la que introduce en vosotros la semejanza con Dios, que es Espíritu, como espíritu es vuestra alma! ¡Qué espléndida amiga tendríais, si amarais vuestra alma en lugar de odiarla hasta matarla! ¡Qué grande y sublime amiga tendríais, para hablar con ella de cosas celestes, oh vosotros,

los que tenéis avidez de palabras y os arruináis recíprocamente con amistades que pueden no ser ignominiosas (aunque algunas veces lo son), pero que son casi siempre inútiles y se transforman en un vano o nocivo estruendo de palabras y más palabras, referidas totalmente a cosas terrenas!

¿No he dicho acaso: "El que me ama guardará mi Palabra y mi Padre le amará y vendremos a él y en él haremos morada" 2? El alma que vive en la Gracia posee el amor y, al poseer el amor, posee a Dios, o sea, al Padre, que la conserva; al Hijo, que la instruye; al Espíritu, que la ilumina. Por lo tanto, posee el Conocimiento, la Ciencia, la Sabiduría. Posee la Luz.

Por eso, pensad qué conversaciones sublimes podría entablar con vosotros vuestra alma. Son las conversaciones que han poblado el silencio de las prisiones, el silencio de las celdas, el silencio de las ermitas, el silencio del aposento de los enfermos santos. Son las conversaciones que han consolado a los prisioneros que esperaban el martirio; a los que vivían en el claustro buscando la Verdad; a los ermitaños, que anhelaban conocer anticipadamente a Dios; a los enfermos, que anhelaban la tolerancia - mas, ¿qué estoy diciendo? -, que anhelaban el amor de su cruz.

Si supierais interrogar a vuestra alma, ella os diría que el significado verdadero, exacto, vasto como toda la creación, de la expresión "que domine" es éste: "Para que el Hombre domine sobre todo, sobre

---

2 Juan 14, 23.



sus tres estratos: el estrato inferior, el animal; el estrato central, el moral; el estrato superior, el espiritual y para que dirija los tres a un único fin: 'Poseer a Dios' ". Poseer a Dios mereciéndole por obra de este férreo dominio que tiene sujetas todas las fuerzas del yo y las convierte en servidoras de este único fin: merecer la posesión de Dios.

Vuestra alma os diría también que Dios había prohibido conocer el Bien y el Mal porque el Bien se lo había prodigado gratuitamente a sus criaturas y, en cuanto al Mal, no quería que lo conocierais, porque es un fruto dulce para el paladar pero, cuando su zumo desciende y llega a la sangre, despierta en ella una fiebre que produce sequedad, una fiebre que mata por lo que, cuanto más se bebe ese zumo engañoso, más acucia la sed.

Vosotros objetaréis: "Pues, ¿por qué ha puesto allí ese árbol?". ¡Por qué! Porque el Mal es una fuerza que nace por sí sola, como ciertas enfermedades monstruosas en el cuerpo más sano.

Lucifer era un ángel, era el más bello de todos. Era un espíritu perfecto, inferior solamente a Dios. Y, sin embargo, en su ser luminoso nació un vaho de soberbia, que él no disipó; que, por el contrario, condensó al incubarlo. Y de esta incubación, nació el Mal. El Mal ya existía antes que el hombre. Dios había arrojado fuera del Paraíso a este maldito Incubador del Mal, a este truhán que enlodaba el Paraíso. Pero, aun así, siguió siendo el eterno Incubador del Mal y, al no poder enlodar el Paraíso, enlodó la Tierra 3.

Esta simbólica planta representa tal verdad. Dios había dicho al Hombre y a la Mujer: "Conocéis todas las leyes y los misterios de la creación. Mas no pretendáis usurparme el derecho de ser el Creador del hombre. Para propagar la estirpe humana será suficiente mi Amor, que circulará en vosotros y que, sin la lujuria de los sentidos mas con el solo palpitar de la caridad, suscitará los nuevos Adanes de la estirpe. Os lo doy todo. Reservo para Mí solamente el misterio de la formación

del hombre”.

Satanás quiso quitarle al Hombre esta virginidad intelectual y embelesó y acarició con su lengua serpentina los miembros y los ojos de Eva y suscitó en ellos agudezas y repercusiones que antes no tenían, porque la Malicia no los había envenenado. Eva “vio”. Y habiendo visto, quiso probar. La carne se había despertado.

---

3 Isaías 14, 9-21.



¡Oh, si hubiera llamado a Dios! Si hubiera corrido hacia Él para decirle: “¡Padre! Estoy enferma. La serpiente me ha acariciado y todo mi ser está turbado”. El Padre la habría purificado y sanado con su aliento puesto que, del mismo modo que le había infundido la vida, podía infundirle de nuevo la inocencia, quitándole el recuerdo del veneno y, aún más, originando en ella la repugnancia hacia la Serpiente, tal como sucede en quienes, tras haber padecido una enfermedad, sienten hacia ésta una instintiva repugnancia cuando vuelven a estar sanos.

Pero Eva no va al Padre. Eva vuelve a la Serpiente. La sensación que le suscitó es dulce para ella. “Como viese que el fruto del árbol era bueno para comer, apetecible a la vista y de aspecto excelente, lo cogió y comió de él” 4.

Y “comprendió”. La malicia ya había descendido a morderle las vísceras. Vio con ojos nuevos, oyó con oídos nuevos, los gestos y las voces de los brutos. Y los deseó ardientemente, con insano deseo.

Comenzó sola a pecar. Y llevó a cabo totalmente el pecado con su compañero. He aquí por qué sobre la mujer pesa una condena mayor 5. Por su culpa, el hombre se rebeló a Dios y conoció la lujuria y la muerte. Por su culpa, ya no supo dominar sus tres reinos: el del espíritu, porque permitió que el espíritu desobedeciera a Dios; el moral, porque permitió que las pasiones le dominaran; el de la carne, porque la envileció sometiéndola a las leyes instintivas de los brutos.

“La Serpiente me ha seducido” dice Eva. “La mujer me ha ofrecido el fruto y lo he comido” dice Adán 6. Y desde entonces, la triple concupiscencia ciñe opresivamente los tres reinos del hombre.

Sólo la Gracia consigue aflojar el apretón de este monstruo despiadado. Y hasta llega a estrangularlo y a que no se deba temer nada más, si es una Gracia viva, vivísima, mantenida cada vez más viva por voluntad del hijo fiel. Entonces, ya no habrá temor a los tiranos interiores, o sea, los de la carne y las pasiones; ni habrá temor a los tiranos exteriores, o sea, los del mundo y de los poderosos del mundo. Entonces, no habrá temor a las persecuciones, ni tampoco a la muerte.

Así lo dice el apóstol Pablo: “No temo ninguna de estas cosas ni me importa mi vida, con tal de cumplir mi misión y el ministerio que

---

4 Génesis 3, 6.

5 Génesis 3, 14-19.

6 Génesis 3, 8-13.



he recibido del Señor Jesús: dar testimonio del Evangelio de la Gracia de Dios” 7.

A mis mártires les importó cumplir su misión y el ministerio que recibieron de Mí, o sea, santificar el mundo y dar testimonio del Evangelio. No les preocupó ninguna otra cosa. Ellos habían vuelto a ser “hombres y mujeres”, no ya brutos, debido a la Gracia que vivía en ellos y que ellos tutelaban con un cuidado que no tenían por la pupila de sus ojos y por la propia vida, que consumían con risueña prontitud, porque sabían que consumían corruptibles despojos y adquirían en cambio una vida incorruptible de infinito valor. Y vivían y obraban como hombres y mujeres hijos del Padre celestial.

Como dice Pablo, ellos “no codiciaron ni oro, ni plata, ni vestidos de nadie”8; al contrario, se dejaron despojar y se despojaron voluntariamente de toda riqueza, y hasta de la vida, “para seguirme” en la Tierra y en el Cielo.

Y, como sigue diciendo el apóstol, “con sus manos proveyeron a sus necesidades y a las ajenas” 9, dieron la Vida a sí mismos y llevaron a la Vida también a los otros.

“Trabajando socorrieron a los enfermos” de esa tremenda enfermedad que es el vivir fuera de la verdadera Fe y para este fin se prodigaron con todo su ser y lo dieron todo: afectos, sangre, vida, fatigas, con el recuerdo de mis palabras, las que te dije hace tres días 10: “Dar es recibir”, “Dar es mejor que recibir”; esas palabras que hoy, cuando te he hecho abrir el Libro en el capítulo 20 de los Hechos, en el versículo 35, has leído con un estremecimiento porque te has acordado de que las habías oído hacía poco y, de prisa, has ido a buscarlas. Y cuando las has encontrado, has llorado, porque así has tenido una prueba de que quien habla soy Yo.

Sí, soy Yo. No temas. Tú ni siquiera sospechas de qué verdades te conviertes en cauce. Como la avecilla que, en la rama, canta feliz ese canto que Dios puso en su pequeña garganta desde hace miles de años, y no sabe por qué emite precisamente esas notas y no otras diferentes, y tampoco sabe que por medio de ellas dice su nombre y el nombre de su Creador, así también tú repites esa Palabra que resuena en ti y ni siquiera sabes cuán profundo es su significado.

---

7 Hechos 20, 24.

8 Hechos 20, 33.

9 Hechos 20, 34.

10 Se refiere al 2 de marzo.



Pero sigue siendo así: una niña. Amo tanto a los niños. Lo viste. Me has visto reír solamente con ellos. Para Mí eran mi alegría en cuanto Hombre. La Madre y el Discípulo eran mi alegría de Hombre-Dios y de Maestro. El Padre era mi alegría de Dios. Pero los niños eran mi jubiloso alivio en la tierra tan amarga.

Sigue siendo así: una niña. Tu Salvador, a quien tantos hombres han abofeteado, necesita refrescar sus mejillas en las mejillas infantiles. Necesita apoyar su frente en cabecitas amorosas y sin malicia.

Pequeño Juan, ven junto a tu Jesús. Y quédate siempre así, sigue siendo niña para Mí. El reino de los Cielos es de quien sabe conservar un alma de niño y acoger la Verdad con la confiada viveza de un niño.

Soy Yo, no temas. Soy Yo quien te habla y te bendice. Ve en paz, pequeño Juan. Mañana te enviaré a Juan».

6 de marzo

Dice Juan:

«Soy yo. No me temas tampoco a mí. Yo soy caridad. La he predicado tanto, la he absorbido tanto y, por eso, estoy tan fundido en Ella, que soy caridad que habla.

¡Oh, pequeña hermana!, nosotros podemos decirlo: "Nuestras manos tocaron la Palabra de vida porque la Vida se manifestó y nosotros la vimos y damos testimonio" 1.

Nosotros podemos decirlo; nosotros, los que repetimos las palabras que en su bondad, que supera toda otra bondad, nos dice nuestro amor Jesucristo y nos conduce por senderos florecidos, en los que cada flor es una verdad y una bienaventuranza celestial.

Nosotros podemos decirlo; nosotros, los que estamos saturados, como una colmena fecunda, de la dulzura que fluye de los labios divinos, de esos labios santísimos que, tras haber partido el pan de la doctrina para las turbas de Galilea, de toda Palestina, supieron consagrar el Pan para convertirlo en Carne divina y partirse a Sí mismo para nutrir el espíritu del hombre. Son esos labios infinitamente inocentes que viste sangrar, contraerse, hacerse rígidos en la Pasión y en la Muerte que sufrió por nosotros 2.

---

1 1 Juan 1, 1-3.

2 Se refiere a las visiones del 11 y del 18 de febrero.



Nosotros podemos decirlo: "Éste es el mensaje que hemos recibido de Él y que os anunciamos: Dios es Luz y en Él no hay tiniebla alguna" 3. Su luz está en nosotros porque su Palabra es Luz. Vivimos en la Luz y oímos su celestial armonía.

Ven, pequeña hermana. Quiero hacerte oír la armonía de las esferas celestes, la armonía de la luz, pues el Paraíso es Luz. La luz desborda y se expande desde el Esplendor Trino e inunda de Sí todo el Paraíso. Vivimos en la Luz y de la Luz. Ella es nuestro gozo, nuestro alimento, nuestra voz.

Canta el Paraíso con palabras de luz. Es la luz, son los destellos de la luz, los que provocan

estos acordes solemnes, potentes, suaves, que encierran gorjeos de niños, suspiros de vírgenes, besos de amantes, hosannas de adultos, gloria de serafines. No son cantos como los de la pobre Tierra, en los que hasta las cosas más espirituales tienen que revestirse de formas humanas. Aquí es la armonía de destellos lo que produce el sonido. Es un arpegio de notas luminosas que sube y baja con variante centelleo, y es eterno y siempre nuevo, porque en este eterno Presente nada adquiere la pesadez de lo viejo.

Escucha esta indescriptible armonía y sé feliz. Une a ella tu estremecimiento de amor. Es lo único que puedes unirle sin profanar el Cielo. Aún eres un ser humano, hermana, y aquí la humanidad no puede entrar. Pero puede entrar el amor. El amor te precede. Precede tu espíritu. Canta con él. Cualquier otro canto sería como el zumbido de un insecto en el gran coro celestial. El amor es ya un suspiro armónico en el dulce canto.

Que la paz de nuestro amor Jesús sea contigo».

Padre, no puedo describir la luminosidad canora que veo y oigo. Estoy embriagada por esta belleza, por esta dulzura.

Si, por acaso, una rosa inmensa, ilimitada, hecha de una luz tal que la de todos los astros y planetas es apenas como una chispa del hogar, moviera al viento del amor sus pétalos y produjera sonidos, sería algo que podría asemejar a lo que oigo y veo y que es el Paraíso sumergido en la luz dorada de la Santísima Trinidad con sus habitantes, hechos de luz adamantina.

Basta, basta. Debo callar porque la palabra humana es una blasfemia cuando intenta describir la eterna Belleza de Dios y de su Reino.

---

3 1 Juan 1, 5



7 de marzo

Por la noche.

¿A quién puedo decirle lo que sufro? A ningún habitante de esta tierra, porque no se trata de un sufrimiento terreno y, por lo tanto, no lo entendería.

Es un sufrimiento que es dulzura y una dulzura que es sufrimiento. Quisiera sufrir diez, cien veces más. Por nada del mundo quisiera dejar de padecer este sufrimiento. Pero eso no significa que yo no sufra como quien está aferrado por el cuello, o ceñido con una mordaza, o abrasado en un horno o traspasado hasta el corazón.

Si se me consintiera moverme, aislarme de todo, para poder desahogar con el movimiento y con el canto mi sentimiento - pues es un dolor que atañe al sentimiento -, sentiría alivio. Pero estoy como Jesús en la cruz. No se me consiente ni movimiento ni aislamiento y tengo que apretar los labios para que mi dulce agonía no dé pábulo a los curiosos.

¡No digo por decir que tengo que apretar los labios! En verdad, tengo que hacer un gran esfuerzo para dominar el impulso de exhalar mi grito de júbilo y de dolor sobrenatural, que bulle

dentro de mí y que sube con el ímpetu de una llama o de un surtidor.

Me atraen como un imán los ojos velados de dolor de Jesús: Ecce Homo. Erguido sobre las gradas del Pretorio, está frente a mí y me mira; lleva la corona en la cabeza, tiene las manos atadas sobre el blanco indumento de los locos, con el que han querido burlarle. Y así, en cambio, le han vestido con el candor digno del Inocente.

No habla. Pero todo en Él habla y me llama y pide. ¿Qué es lo que pide? Me pide que le ame. Eso lo sé y eso es lo que le ofrezco hasta sentirme morir, como si llevara una cuchilla clavada en el pecho. Pero me pide además algo que no entiendo. Es algo que quisiera entender. Ésta es mi tortura. Quisiera darle todo lo que puede desear, a costa de morir de dolor. Pero no lo consigo.

Su Rostro dolorido me atrae y me fascina. Cuando es el Maestro o cuando es Cristo Resucitado, es hermoso y verle me causa solamente júbilo. En cambio, este rostro me causa un amor profundo, que no es inferior al amor mismo de una madre por el hijo que sufre.

Sí, comprendo. El amor de compasión [1] es la crucifixión de la cria-

______________________________

1 Véase el dictado del 13 de febrero.



tura que sigue al Maestro hasta la tortura final. Es un amor despótico que nos impide cualquier otro pensamiento que no sea el de su dolor. Ya no pertenecemos a nosotros mismos. Vivimos para consolar su tortura y su tortura es nuestro tormento que nos mata, y no es sólo una metáfora. Y, sin embargo, cada una de las lágrimas que nos hace derramar ese dolor nos es más preciosa que una perla, y cada dolor que nos parece semejante al suyo es más anhelado y amado que un tesoro.

Padre, me he esforzado por explicarle lo que siento. Pero es inútil. De todos los éxtasis a que Dios puede conducirme, el de su sufrimiento será siempre el que ha de llevar mi alma a mi séptimo cielo. Creo que la muerte más bella es morir de amor mirando a mi Jesús doliente.

12-15 de marzo

El día 12 no hay dictado. El 13 no quise escribir. Y Ud. sabe el motivo.

El 14, aunque aún estoy malhumorada, cedo porque... porque si le dejo hablar sin fijar sus pensamientos, siento que me faltan el aire y la vida. Pero aún estoy enfadada, seguramente. Y si no fuera porque hoy es mi cumpleaños [1] y porque sus palabras son el regalo más bello para la pobre María, no cedería todavía, para ver si de este modo me hace la gracia que pido para todos.

Desde ayer por la noche Jesús va repitiendo (y ya lo decía cuando Ud. vino):

«¿No has comprendido que he permitido que conocieras la angustia de María para que sea guía y consuelo para ti en esta hora [2]?.

Envolví la pasión de mi Madre en un velo, porque es algo tan santo que no puede echarse a los puercos [3]. Y concedí las palabras de mi Madre en esa hora tremenda, inferior únicamente a la

mía del Getsemaní, sólo para el Padre 4, para que tuviera una guía al juzgar y ab-

---

1 Dado que nació el 14 de marzo de 1897, ese día la escritora cumplía 47 años.

2 Se refiere a la visión del 19 de febrero.

3 Mateo 7, 6.

4 Se refiere al Padre Migliorini, a quien se dirige a menudo.



solver las almas que el dolor hace delirar; sólo para ti, para que supieras en tu sufrimiento que la Madre te comprende porque sufrió y para que aprendieras cómo se reza mientras arde en el corazón una hoguera de dolor y cómo se doma el sentimiento que surge contra una voluntad de la que no se conocen los fines, postrándolo bajo la persuasión del espíritu de la bondad de Dios, o sea, bajo la persuasión que el espíritu inculca a la razón y al sentimiento, que impone como un yugo a estos dos rebeldes, para su bien. Y concedí las palabras de mi Madre sólo para otras pocas almas, queridas y benditas, de este "pequeño rebaño" mío.

¡Y no has entendido! Si no te conociera como tú misma no te conoces, tendría que ser severo contigo. En cambio, te acaricio y no te dejo ir, ¡oh, pobre ovejita mía envuelta en las espinas! Mira: te las quito una por una, las desenredo entre tus vellones, me pincho Yo para impedir que te pinchen a ti.

Aunque no quieres mirarme, estoy aquí. Y ya veremos quién gana».

Después, esta mañana, tras una noche de agonía que me muestra por la mañana con un aspecto poco diferente del de la niña de Jairo 5, Él dice:

«¿Ves que no puedes estar sin Mí? ¿Ves que no puedes estar sin tu Misa, cuyo Evangelio es cantado y comentado por tu Jesús, cuya bendición es dada por tu Jesús?

¡Oh, pobre, pobre María, que te encuentras tan mal en la tierra! Es imprescindible que te traiga a Mí. No eres apta para los choques brutales del mundo. Pero aún tengo necesidad de ti. Piensa en la Madre. Tuvo que quedarse aún por algún tiempo para servir a Jesús. ¿No quieres quedarte para servir a Jesús? ¡Vamos, vamos! Tus reproches son aún amor y fe, porque piensas que Jesús lo puede todo y que tu amor y tu fe total tienen que obrar el milagro.

También Marta y María, en Betania, me reprocharon que no hubiera apresurado el regreso, que me hubiera alejado mientras Lázaro estaba muriendo 6. Mas Yo las amé también por esto, porque en ese reproche había amor y fe: "Si Tú hubieras estado aquí, nuestro her-

---

5 Se refiere al episodio de la "Hemorroísa y la hija de Jairo", escrito el 11 de marzo y omitido en el presente texto por pertenecer al ciclo del Segundo año de vida pública de la vasta obra sobre el Evangelio.

6 Juan 11, 20-32.

mano no habría muerto”, dijeron las dos hermanas. Y en ese reproche era evidente su convicción de que Yo podía obrar el milagro, como era evidente su gran amor en esa confianza por la que osaban hacer un reproche, tan luego a Mí.

¡Que haya paz, paz, alma mía! ¡Que haya paz entre Yo y tú! Y a quienes podrían comentar de modo irreverente las palabras de la Madre 7, diles en mi Nombre que en esa hora, Ella era la Mujer. Diles que era la Mujer que reunía en sí todos los dolores de la mujer - esos dolores provocados en la mujer por culpa de la primera de ellas - y que debía expiarlos, como Yo había reunido en Mí todos los dolores del hombre para poder expiarlos.

Diles a quienes niegan que María haya podido sufrir porque es santa, que Ella lo sufrió todo, como ninguna de sus hermanas de sexo ha sufrido; que lo sufrió todo, excepto los dolores del parto (porque en Ella no estaba la culpa y la maldición de Eva) y los de la agonía física, por la misma razón 8. Dio a luz al Hijo de sus entrañas inmaculadas y entregó a Dios su espíritu sin mancha, tal como el Creador había decretado que lo hicieran todos los hijos de Adán, si la culpa no les hubiera injertado en el Dolor.

Diles que Yo, por ser el principal Expiador, tuve que sufrir inmensamente también el dolor de la muerte, ¡y de aquella Muerte!, aun siendo el Santo de los santos.

Diles a quienes niegan que en las horas expiatorias de la Pasión María haya podido sufrir en su alma, en su mente y en su carne, que si Yo puedo hacer participar de mis sufrimientos y marcar con mis llagas a un siervo o a una sierva míos - que son criaturas que me aman, aunque su amor es algo relativo - ¿cómo podría no haber asociado a estos sufrimientos y hacer partícipe de ellos a mi Madre, a María la Santa, a María que es la Caridad, a María que es inferior únicamente a Dios, a La que me amaba a la perfección, ya como Madre - porque, por lo inmaculado de su ser, era perfecto su sentimiento - ya como creyente, porque en su santidad me amó como nadie? De este modo, el sufrimiento del Hijo de Dios era aumentado por el valor del sufrimiento de la Llena de Gracia.

¡Oh, hombres!, Ella era Madre. Me había llevado en sí, me había engendrado, dado a luz, criado. No estaba hecha de estopa; estaba

---

7 Por lo que se refiere a la angustia de la Madre, como en la nota 2.

8 Génesis 3.



dotada de nervios y de un corazón. Era carne y no sólo espíritu. Era carne pura, mas era carne aún. Si Yo lloré, si Yo sudé sangre, ¿acaso Ella no habrá llorado, y llorado sangre?

¡Oh, hombres!, Yo era su Hijo. Yo no era el fantasma de un hombre. Yo era Carne, era su Carne. Y en esa Carne, sobre esa Carne, Ella, por su perfecta presciencia, veía abatirse los flagelos, penetrar las espinas, descender los azotes, golpear las piedras y penetrar los clavos y, por su santidad, los recibía en sí.

¡Oh, hombres!, reflexionad. ¿Decís que creéis en la Comunión de los Santos, que es la unión de

las plegarias y los sufrimientos a los méritos infinitos de Cristo, en favor de las necesidades de los espíritus, y no podéis admitir que la primera que participó en ella fue María, mi Santa y la vuestra?

¡Oh, pequeño Juan que estás enfurruñado!, di esto a los hombres que tienen una fe y unas ideas falseadas por un racionalismo que ni advierten y que, como la grama, ha invadido solapadamente hasta los espíritus que con más sincero deseo anhelan vivir en la verdad. Mas recuerda que Juan no ponía cara larga nunca, ni siquiera cuando Yo le reprendía o le desatendía y los demás rivalizaban con él.

Ve en paz. Te bendigo aunque hoy eres tan obstinada como una cabrita. ¡Sé buena! ¡Sé buena! Piensa que te he amado tanto que he hecho de ti mi portavoz. Ve en paz. Te bendigo una vez más».

16 de marzo

Hebreos 5, 7.8.12.14; 6, 1.4.6.8.

Dice Jesús:

«Quiero que tú y muchos otros consideréis una virtud de la que os ha derivado un gran bien, el bien más grande, así como de su contrario os ha venido tanto mal, el mal mayor. Ya te he hablado de ello, mas tu sufrimiento no te ha hecho recordar las palabras. Te las repito porque me urge que las conozcáis.

Dado que os amaba infinitamente, Yo quise ser vuestro Redentor. Mas no lo fui únicamente por la Sabiduría, ni por la Potencia ni por la Caridad. Éstas son tres características, tres dotes divinas, y las tres obraron en la Redención del género humano, pues os instruyeron, os conmovieron con milagros, os redimieron con el Sacrificio.

Mas Yo era el Hombre. Y, por serlo, debía poseer esa virtud cuya



pérdida había perdido al hombre, y redimiros con ella. El hombre se había perdido por haber desobedecido al deseo de Dios. Yo; el Hombre, he debido salvaros obedeciendo al deseo de Dios.

Dice Pablo que Yo, “tras haber ofrecido, en los días de mi vida mortal, plegarias y súplicas con fuertes gritos y con lágrimas para salvar al hombre de la muerte espiritual, fui escuchado por mi reverencia”. Y agrega que, habiendo alcanzado la perfección porque había aprendido (o sea, porque había cumplido por obediencia), me convertí en la causa de salvación eterna para todos los que me obedecen.

Por lo tanto, Pablo dice - con palabras que el Espíritu hace verdaderas - que Yo, el Hijo de Dios hecho Hombre, alcancé la perfección por medio de la obediencia y pude ser Redentor gracias a ella. Yo, el Hijo de Dios, alcancé la perfección con la obediencia. Yo redimí con la obediencia.

Si meditáis profundamente acerca de esta verdad, tenéis que sentir lo que siente el que está prono sobre una elevada ensenada marina y, desde allí, mira fijamente la profundidad y la inmensidad del mar y le parece hundirse en ese abismo líquido del que no conoce ni la profundidad ni los confines.

¡Es la obediencia! Es ese mar ilimitado y abismal en el que me sumergí antes que vosotros para volver a la Luz a los que habían naufragado en la culpa. Es el mar en el que tendrían que sumergirse los verdaderos hijos de Dios para ser redentores de sí mismos y de sus hermanos. Es el mar que no tiene solamente grandes profundidades y grandes olas, sino también playas bajas y pequeñas olas que parecen bromear con la arena de la orilla, esas olitas que tanto les gustan a los niños que juegan con ellas.

La obediencia no está hecha solamente de horas excelsas en las que obedecer significa morir como hice Yo, en las que obedecer significa arrancarse del lado de una Madre como hice Yo, en las que obedecer significa renunciar a la propia morada como hice Yo, al dejar el Cielo por vosotros. La obediencia está hecha también de cosas minúsculas de cada hora, que van cumpliéndose sin refunfuños a medida que se presentan.

¿Qué es el viento? ¿Es siempre un torbellino que inclina la cima de los árboles seculares y la dobla, la quiebra, la echa al suelo? No, no es sólo eso. También es viento cuando, con mayor levedad que una caricia materna, peina las hierbas del prado y el trigo en el que bro-



tan los retoños y los hace ondular apenas, como si la cima de sus verdes tallos se estremeciera de alegría al ser rozados por la brisa ligera. Las pequeñas cosas son la brisa ligera de la obediencia. ¡Son pequeñas, mas cuánto bien hacen!

Ahora es primavera. ¡Qué dulce sería esta estación, si la sangre no la manchara [1]! Las plantas, que saben amar y obedecer al Creador, están poniéndose su nuevo atavío hecho de esmeraldas y se engalanan con flores como una novia. Los prados parecen un encaje, un terciopelo bordado de flores y los bosques muestran su felpa perfumada bajo una bóveda de cimas verdes y sonoras. Mas, si no existieran los tenues vientos de abril y también las alocadas ráfagas de marzo, ¡cuántas flores quedarían sin fecundar y cuántos prados sin agua! Por lo tanto, las flores y las hierbas habrían nacido para morir sin un objeto. El viento empuja las nubes y, de este modo, riega flores e hierbas; el viento hace que las flores se besen - lleva a las plantas lejanas el beso de otras, igualmente lejanas - y en su alegre carrera de ramo en ramo, de árbol en árbol, de huerto en huerto, fecunda y hace que esas flores se conviertan en fruto.

También la menuda obediencia a todas las cosas que Dios os presenta a través de los acontecimientos del día, hace lo que el viento con las plantas y las hierbas de los prados y huertos. De vosotros, que sois flores, hace frutos, frutos de vida eterna.

¡Bienaventurados los que, atrapados en el torbellino del Amor y de su amor, cumplen el sacrificio total de sí mismos; los pequeños redentores que me perpetúan y que llegan a la obediencia suprema al beber mi mismo cáliz de dolor! Mas, bienaventurados también los que, aun sin tener el coraje de decirle al torbellino del Amor: “Te amo; heme aquí, tómame”, saben doblarse al viento leve del Amor, del Amor que sabe graduar las fuerzas del hombre, su hijo, y dar a cada uno esa presión determinada que es capaz de soportar.

¡Oh, hijos!, os parece que la prueba es muchas veces superior a vuestra fuerza. Y nunca como ahora os parece que es así. Pero eso os sucede porque os empecináis, porque sois soberbios y desconfiados. Queréis obrar por vosotros mismos y no os abandonáis a Mí. No soy un verdugo. Soy El que os ama. Soy un Padre bueno. Y si no puedo anular la Justicia, al menos aumento, para compensar, la Misericordia. Y la aumento tanto más, cuanto más crece la necesidad de Justi-

1 Se refiere a la segunda guerra mundial, que por entonces no habia terminado.



cia debido a la marea de delitos, de blasfemias, de desobediencias a la Ley, que cubre la Tierra.

Naufragáis en esa marea. Naufragáis los inocentes, los casi inocentes, los culpables, los grandes culpables. Mas, si para estos últimos la profundidad del naufragio estará en las profundidades de Satanás (y esto ya en vida porque, aunque fingen vivir en paz, están destruidos por una conciencia que les acosa y no les deja en paz), para las otras dos categorías esa profundidad estará en mi Misericordia, está en ella para los que son casi inocentes y está en mi Corazón para los inocentes. Mas, como Misericordia y Corazón ya son Cielo, para éstos, tras los consuelos que no les niego en la Tierra - como tú sabes -, ya está preparado el Cielo.

También le dije otra cosa a tu espíritu, y tu espíritu no pudo hacérsela escribir a tu carne agotada; te la repito ahora.

En toda esta enseñanza mía, no hay lección o visión que os haya dado sin seguir un diseño educativo mío, que no comprendéis o que comprendéis con atraso y de modo parcial. Si meditarais con la lucidez de la intuición, veríais que las lecciones que os doy por medio de los dictados o las contemplaciones del portavoz, están relacionadas siempre con hechos que están a punto de producirse. Lo hago para daros una ayuda sobrenatural. Suponiendo que el mundo no se degrade total y bestialmente, estas páginas harán mucho bien a las almas también en el futuro, porque contienen enseñanzas de Ciencia eterna; mas, para vosotros que vivís en esta hora fatal, son también una guía y un consuelo en las horas que estáis viviendo.

También vosotros, como los primeros cristianos de Pablo, “os habéis hecho algo débiles en entender... y aún tenéis necesidad, de nuevo, de que os enseñen los primeros rudimentos de la palabra de Dios, y estáis obligados a alimentaros con leche y no con un alimento sólido”. Os habéis vuelto niños, pero no lo sois por la inocencia y la ingenuidad, no lo sois por la fe segura, sino por vuestra incapacidad de caminar en la fe y de comprender sus verdades.

¡Habéis retrocedido tanto! Las palabras de la Justicia son sólo un sonido que resuena en vuestro oído y, a veces, ni siquiera lo percibís. No es para vosotros alimento de Vida. No puede serlo, porque no lo asimiláis. Por vuestra culpable indiferencia, por vuestra culpable simpatía hacia la culpa, vuestro espíritu está atacado de infantilismo y ya no posee ese zumo que lo hace capaz de convertir en propia nutrición el alimento robusto de los adultos en la fe. O no tenéis reli-



gión o tenéis una religión que consiste en una coreografía de formalidades y sentimentalismo.

Mas, ¿sabéis qué quiere decir: “Religión”? Quiere decir seguir a Dios y su Ley; no es sólo cantar bellos himnos, hacer bellas procesiones o bellas funciones religiosas, concurrir a prédicas elegantes, ser el miembro A o B de una determinada asociación. Todas éstas son cosas que estimulan vuestro sentimiento, y nada más. Religión quiere decir hacer del hombre-animal el hombre semidios. A través de la religión es necesario anular la animalidad en sus muy variadas formas, que van de la carne al pensamiento. ¡Abajo la gula, abajo la lujuria! ¡Fuera la avaricia! ¡Abajo la apatía! ¡Que se mate a la mentira y a la soberbia! Sed castos, caritativos, humildes, honestos; en fin, sed como Dios quiere y como Yo os he enseñado a ser. Entonces seréis adultos en

la religión, en la fe; seréis hombres verdaderamente formados, que "tenéis aleccionadas vuestras facultades al discernimiento del bien y el mal por la práctica".

Por este motivo, dejo de lado las enseñanzas elementales y vengo a instruiros sobre lo más perfecto, porque quiero llevaros a ese nivel. Seréis pocos: se tratará sólo de los que tienen sed de Justicia, sed de Verdad, sed de Saber. Mas a éstos, mis bienaventurados, les doy un pan que les ayuda a gustar cada vez mejor el otro Pan, que soy Yo-Eucaristía. También en mi vida pública hice preceder el pan de la Palabra al pan del Sacramento 2, pues Aquél siempre debe preparar para Éste. La Iglesia docente existe para eso, para perpetuar mi ministerio de Maestro y haceros capaces de extraer del Sacramento el máximo poder vital.

Mas ¡ay de quienes, tras haber sido iluminados, prefieren volver a las tinieblas! ¡Ay de los que, tras haber saboreado el alimento celestial, prefieren los bocados de Satanás! ¡Ay de los que, luego que el Espíritu Santo les dio la conciencia de la Verdad, volvieron a ser brutos, deshonrándose a sí mismos! No es posible que, tras haber precipitado, vuelvan por penitencia. Pues, si es verdad que Yo concedo abundantemente mi perdón a la debilidad del hombre, soy inexorable con quien quiere permanecer en el Mal, tras haber elegido el Mal, espontáneamente, como propio rey.

Y vosotros, a quienes hago gustar la dulzura de la palabra de Dios, que se difunde nuevamente para hacer frente a la excesiva mu-

---

2 Lucas 24, 27-31.



dez sacerdotal, a la excesiva ceniza tibia, cuando tendría que ser fuego vivo; que se difunde para neutralizar en mis noveles discípulos el veneno de Satanás, que circula por la Tierra; vosotros, por quienes levanto los velos que ocultan los secretos de mi jornada humana y los misterios del futuro siglo; vosotros, sed dignos de tal don. Convertíos en espigas lozanas y no en árida paja, lista para el fuego. Seréis espigas para el trigo eterno. Renaceréis en el Cielo.

¡Oh, la alegría de estar fuera del mundo, la alegría de estar donde está Dios! Cuando exhalé mi espíritu y pude volver a ver al Padre, experimenté una beatitud como no la había experimentado nunca por la eternidad. Y aún perdura porque ahora sé qué quiere decir estar separado del Cielo, estar separado de Dios. Sufrí en Mí todas las experiencias para poder defenderos ante el Altísimo. Mas en verdad os digo que mi misma bienaventuranza será la vuestra cuando estéis aquí, fuera del exilio, conmigo, junto al Padre, en la Patria del Amor.

¡Oh, hijos!, estaréis en la Patria del Amor, allí donde no hay más odio ni delitos, donde no hay más llanto ni terror».

Jesús me dice que escriba también esas palabras sobre la función de ciertas almas en el mundo. Lo hago aunque, por estar tan débil y atormentada, me da vueltas la cabeza como una perinola.

«¿Has comprendido ahora el por qué de los conventos de clausura, su razón de ser?

No todos tienen tiempo de rezar, visto que están tan empeñados en la vida activa. Es verdad que la actividad honesta es ya plegaria y, por eso, los que rezan mientras trabajan están justificados.

Mas son muchas las necesidades del hombre y son muchos los hombres que no rezan en absoluto. Los que viven en el claustro rezan por todos los que no quieren o no pueden rezar, de modo que cada día aporte ese número de homenajes que requiere la Divinidad (pensad que en el Cielo no existen pausas para el Gloria a Dios). Le rezan a Dios para honrarle, le rezan para aplacarle, le rezan para impetrarle. Son los brazos que están alzados sobre los que combaten, y piden por todos.

Tú, en tu casa, eres la pequeña enclaustrada que reza por todos. Mas tu caridad debe ser vasta como el mundo. Más aún: debe ser vasta como toda la Creación, debe invadir también el Cielo. O mejor: debe comenzar por él.

Rezar para elevar alabanzas y ofrecer reparaciones a Dios, que es insultado por tantos seres.

228

Rezar por quien no reza.

Rezar por la Iglesia.

Rezar por el Sacerdocio que, si no vuelve a ostentar el esplendor de un mártir como Lorenzo, os hará cada vez más propensos a la idolatría.

Rezar por la sociedad humana, para que venga a Dios si quiere salvarse.

Rezar por la Patria, para que goce de paz y bien.

Rezar por quien sufre, por quien tiene hambre, por quien no tiene un techo.

Rezar por quien duda y se siente aferrar por la desesperación.

Rezar, rezar, rezar.

Por último, rezar por ti.

No tengáis temor. Si vosotros que rezáis por todos no rezáis por vosotros, rezo Yo por vosotros al Padre. Quedaos tranquilos.

Las almas que oran en el mundo, las que saben convertir su enfermedad no en un ocio forzado sino en una actividad santa, son las pequeñas clausuras que Yo desparramo en el mundo como flores para ayudar a las grandes clausuras y para aplacar al Padre y llevar alivio a la humanidad con esta suma de incansables plegarias».

Y ahora, Padre, le diré que estoy conmovida por la bondad de Dios, de la cual ha derivado la suya. Jesús se lo ha inspirado. Yo deseaba tanto entrar en la Orden Tercera de la Dolorosa. Si no hubiera sido desde niña muy devota de S. Francisco de Asís y no hubiera sufrido muchas experiencias dolorosas con sacerdotes pertenecientes a los Siervos de María, me habría dirigido a la Orden de la Dolorosa o a la del Carmen cuando, en 1926, decidí entrar en una Orden Tercera. Porque quería ser de María aun cuando... era una cabrita, como dice Jesús [3]. Como la conocía poco, la amaba mal, pero instintivamente yo iba hacia Ella. Ahora, desde que la he visto sufrir, la amo como amo a su Hijo: "con todas mis fuerzas" [4] y, por eso, se había agudizado mi deseo de pertenecer a la Dolorosa. No lo decía, pero llevaba clavada en la garganta la espina del deseo.

Doy gracias a Jesús y a su Madre porque se lo han dicho a Ud. y le agradezco a Ud. por

haberlo comprendido. Es inútil. Ya desde el año

---

3 Lo dice así en los dictados del 4 y del 24 de junio en “Los cuadernos. 1943” y en el último párrafo del dictado del 15 de marzo de 1944.

4 Como dice al final del dictado del 8 de diciembre en “Los cuadernos. 1943”.



pasado he dicho que la Virgen Dolorosa ha obrado siempre de modo prepotente para conmigo. Ha querido que fuera guiada por un hijo suyo [5]; ha querido para su altar la labor que yo había hecho para otros altares[6]; ahora quiere que yo muera con su atavío[7].

Pues bien: esperemos que quiera de su Hijo lo que le pido para todos (la paz) y lo que le pido para mí: la salvación de mi pobre alma. Y, de este modo, también Ud. tendrá a su Fernanda Lorenzoni [8].

Y ahora basta; de lo contrario, me desmayo.

---

5 Se trata del P Romualdo M. Migliorini. Véase la nota 1 en el texto del 1° de enero.

6 Se trataba de un bordado realizado por la escritora para un mantel de altar.

7 Se refiere al atavío de terciaria de la Orden de los Siervos de María.

8 Se trata de Fernanda Paola Lorenzoni, terciaria de la Dolorosa (1906-1930).

18 de marzo

Mateo 23, 19.

Ayer, viernes, hubo sólo silencio. Hubo sólo dolor recibido como don y ofrecido como don.

Hoy Jesús dice esto:

«Una de las desviaciones de vuestro pensamiento de católicos, de cristianos en general, consiste en esto: vosotros confundís la ofrenda con el altar. Vosotros creéis que la ofrenda es más grande que el altar. Y esto les sucede también a los que entre vosotros son buenos hijos del Señor. Os hablo de esto para corregiros.

Amo mucho vuestras ofrendas de plegarias y de sacrificios y sólo cuando estéis en el Paraíso, veréis cómo las usé y cuánto bien hice con ellas.

Me ofrecéis vuestras pobres cosas siempre impregnadas de vuestra condición humana, siempre manchadas de imperfecciones. Nada tenéis, algo más bello, que ofrecerme. Aun el mejor de

los hombres, mientras sea hombre, estará sujeto siempre a ser imperfecto. Cuando estéis aquí, conmigo, ya no seréis tales.

A mis ojos vuestras acciones son imperfectas siempre. Mas Yo noto vuestro esfuerzo y el afecto, la rectitud, con que las ofrecéis. Y no las desdeño. Al contrario, las acojo con amor y las santifico, las purifico con mi contacto y, una vez que las he hecho santas y puras, las uso para el bien del mundo y para vuestro bien.



¡Oh! Yo soy un banquero honesto y bueno. No dejo estancados vuestros ahorros. No los uso para Mí o para otros, privándoos de los provechos. Por el contrario, los atesoro para vosotros y, aun gastando vuestras monedas para las necesidades del mundo, acumulo con amor el fruto de las mismas para que lo encontréis en la hora de la muerte y sea vuestra dote para entrar en mi Reino.

Pues bien, vosotros me dais vuestras pobres cosas siempre imperfectas pero muy amadas por Mí. Me las dais a Mí, porque todas las obras buenas que hacéis al prójimo y para el prójimo vuestro, me las hacéis a Mí. Así lo he dicho 1. Y dar al prójimo significa tanto dar el pan, el agua, la hospitalidad, el vestido, el consuelo, la enseñanza, el ejemplo, como dar por él la vida, ofreciéndomela por la salvación de uno o de muchos y por el triunfo del bien, de mi bien, en el mundo.

Mas, me deis lo que me deis, pensad siempre que no es por ello que obtenéis lo que pedís. Lo obtenéis por vuestro Dios. Yo soy quien os hace la gracia; Yo, que soy el altar, porque el altar representa el trono de Dios. Yo soy quien santifica la ofrenda; no es la ofrenda la que me santifica. Yo soy quien quiere y puede; no sois vosotros los que queréis y podéis.

Por eso, cuando decís en el Pater: “Fiat voluntas tua”, tenéis que pensar que también en vuestras peticiones debéis aceptar mi voluntad de escucharos y de concederos lo que pedís. Y no tenéis que decir: “Visto que he dado, debo recibir”. Habéis dado y la fe que tenéis en Mí, esta confianza en Mí, que son tan grandes que os parece imposible que Yo no intervenga para satisfaceros, es para Mí más dulce que una caricia filial. Mas, si por un motivo que no podéis entender, Yo no concedo, tenéis que darme un beso, forma de amor más profunda que la caricia, en lugar de ésta; tenéis que darme el beso de vuestra inmediata, risueña, humilde, santa obediencia y resignación a mi voluntad.

El altar es mucho más que la ofrenda que está sobre él y lo que habla es el altar. Por lo tanto, no confundáis la cosa con Aquello a lo que se da la cosa.

No quiero llamaros fariseos, porque en esta leve culpa incurrís justo vosotros, los que sois más generosos, los más deseosos de amarme con corazón honesto. En el obrar de los fariseos hay multiformes errores; en vuestra conducta hacia Dios, está solamente éste. Mas,

---

1 Mateo 25, 31-46.



puesto que os he dicho: “Sed perfectos” 2, quitaos del corazón también este error.

Una vez que hayáis depositado en el altar vuestro don, una vez que me hayáis dado a Mí,

vuestro Dios, vuestras ofrendas, dejad que el altar las eleve, dejad que Dios las consagre. Acordaos de cuando Yo hacía descender el fuego divino sobre las pobres ofrendas para que se consumieran en un sacrificio de grato aroma 3. Ningún sacerdote, ningún fuego es más que Yo, que tomo vuestro don y lo consagro y lo consumo y lo uso para lo que me parece útil, aun cuando a vosotros no os lo parece; ningún don es más bello que el que se da no sólo como forma, sino también con el pensamiento; ninguno es más bello que el don que se da y que, una vez que se ha dado, no es recordado con altanería a El que lo ha recibido. Me basta mi inteligencia para acordarme de vosotros. Me basta vuestra sonrisa, vuestro llamado: "¡Jesús!", vuestro decirme: "¡Padre!", me basta eso, para tener presente vuestra ofrenda, como si vuestro ángel la elevara a la altura de mi mirada.

¡Coraje, hijos míos!, el mundo es feroz. Pero eso pasa y no vuelve. Yo permanezco con mi bondad y, conmigo, permanece mi mundo paradisiaco, donde se os espera para que olvidéis, en el gozo eterno, todos los horrores de la Tierra».

---

2 Mateo 5, 48.

3 1 Reyes 18, 36-39.

19 de marzo

Juan 21, 19.

Dice Jesús:

«He aquí otra breve enseñanza para los que casi han llegado a la meta, pero tienen necesidad de cumplir los últimos esfuerzos para alcanzar victoriosamente la conclusión de la prueba.

He dicho: "Sed perfectos" 1. La perfección comienza a partir de las cosas más gravosas y se cumple con las más ligeras. Comienza dominando la carne, comienza enmendando el pensamiento de esas ideas que no constituyen pecado, pero que encierran la tara de una injusticia mental que no le agrada a Dios; una tara que despierta la piedad

---

1 Mateo 5, 48, como ya se ha aclarado en el dictado precedente.



de Dios, que es misericordioso, pero que no le agrada. Entonces, ¿por qué queréis venir a Mí no con las ropas envilecidas por las manchas pero, de todos modos, con un ropaje que no es fresco e intacto como el de la azucena, que se quita el polvo con el rocío matutino?

Yo soy vuestro rocío y me derramo para quitaros aun los más leves ofuscamientos de vuestra índole humana y de error, y para engalanaros con mi Gracia para convertiros en las joyas del trono del Padre. Os di mi Amor y mi Sangre. Os di mi Palabra y mi Cuerpo. Mas quiero daros aún más que la Palabra. Quiero daros mi Pensamiento.

¿Qué es el pensamiento? Es el alma de la palabra. Cuando dos seres se aman, no se contentan

con decirse las palabras necesarias, sino que se comunican también los pensamientos íntimos. ¡Oh, qué júbilo poder confiar a quien nos ama lo que, como una chispa, una música, un latido, bulle en nuestra mente, este fervor que nos diferencia de los brutos, cuyos impulsos mentales se limitan a las necesidades rudimentales de la vida!

El hombre piensa y su pensamiento engendra obras de arte, de talento, de belleza. El hombre piensa y su pensamiento es como un íntimo amigo, que colma con su compañía aun la soledad del ermitaño. El pensamiento del hombre, por su índole espiritual, se mueve libremente por todo el universo. Se sume en la memoria de las edades lejanas; se sumerge en la previsión de los tiempos futuros; estudia, contempla y medita las admirables obras de Dios en la Creación; reflexiona sobre los misterios humanos, pues cada hombre es un misterio encerrado en un ropaje mortal; un misterio que es luminoso o sombrío, según sea su ánimo santo o satánico; un misterio que sólo Dios conoce, porque Él nada ignora. Y el pensamiento del hombre, de la contemplación de las cosas y los hombres, asciende a la contemplación de Dios. Como águila veloz que se lanza cual saeta del valle a las cimas y de éstas asciende aún más para volar libremente en el cielo, para subir hacia el sol, para buscar las estrellas, así el pensamiento humano puede subir, volar libremente, sumergirse en la pureza radiosa de Dios, tras haber meditado sobre la capacidad humana; ascender a la inmensidad divina tras haber reflexionado sobre la relatividad humana; meditar sobre la eternidad divina tras haber contemplado la labilidad humana; ascender a la Perfección tras haber observado, exento de la soberbia que enceguece, la humana imperfección.

Pues bien, ¡cuán dulce es comunicar a quien se ama este pensa-



miento nuestro! ¡Cuán dulce es ofrecer a los seres más queridos las luces de este pensamiento como si fueran gemas! Es el amor del amor, o sea, el amor más puro, el elegido por sobre los demás.

Quiero daros mi Pensamiento. Quiero haceros comprender el Pensamiento oculto en la Palabra. Es como si os cogiera y os introdujera en mi Mente y os hiciera conocer los tesoros que ella encierra, para haceros cada vez más semejantes a Mí y, por lo tanto, más gratos al Padre mío y vuestro.

En el Evangelio de Juan, que es el perfecto poseedor del Pensamiento del Verbo de Dios hecho Carne, del pensamiento de su Jesús, su Maestro y Amigo, está escrita esta frase: “Entonces dijo esto para denotar con qué muerte rendiría gloria a Dios” 2.

Dice: “con qué muerte rendiría gloria a Dios”. ¡Oh, hijos! Todas las muertes denotan la gloria rendida a Dios, si se las acepta y se las padece con santidad. Que esté lejos de vosotros la santa envidia de ésta o aquella muerte. Que esté lejos el juicio humano sobre el valor de ésta o aquella muerte. La muerte es el cumplimiento de una voluntad de Dios. Aunque la ejecute un hombre feroz, que se erige en árbitro del destino ajeno y que, por su adhesión a Satanás, se convierte en instrumento del mismo para atormentar a sus semejantes y asesinarles, aunque sea maldecido por Mí, la muerte siempre significa la extrema obediencia a Dios, que ordenó la muerte del hombre debido a su pecado 3.

Conocéis tantas indulgencias y existen almas pequeñas (pequeñas no en cuanto a lo menudas, sino en cuanto a lo mezquinas) que practican una religión estrecha, fajada por las formalidades como una momia en las tinieblas del hipogeo y que, por eso, hacen la suma diaria de los días de indulgencia que obtienen con ésta y aquella plegaria. Es verdad que las indulgencias existen para que las gocéis en la vida futura. Mas, iluminaos, poned alas a vuestra alma y a vuestra religión, que

son cosas celestes. No hagáis de ellas esclavas encerradas en una oscura prisión. ¡Dadles luz y más luz, alas y más alas! ¡Elevaos! ¡Amad! Rezad para amar, sed buenos para amar, vivid para amar.

Las dos mayores indulgencias son plenarias y vienen de Dios, de Mí, que soy el Pontífice eterno. Una es la del Amor, que cubre la to-

---

2 Juan 12, 33.

3 Génesis 3, 17-19.



talidad de los pecados, los destruye en su fuego. El que ama con todas sus fuerzas consume de instante en instante sus humanas imperfecciones; el que ama no comete sino imperfecciones. La segunda indulgencia plenaria concedida por Dios, es la de una muerte resignada, una muerte deseosa de cumplir la extrema obediencia a Dios, cualquiera que sea el tipo de muerte.

La muerte siempre es un calvario, grande o pequeño, pero siempre es un calvario. Además, la muerte siempre es "grande", aunque aparentemente nada la haga aparecer así, porque Dios la adecúa a las fuerzas de cada uno (de cada uno de mis hijos, no de los hijos de Satanás), a las fuerzas que Dios aumenta en la medida de la muerte a la que está destinada su criatura. Y también es grande porque, si se cumple santamente, asume la grandeza de lo que es santo. Por lo tanto, toda muerte santa es gloria que se rinde a Dios.

¡Qué bello es ver la rosa que se abre, erguida sobre su tallo! Hela ahí: está encerrada como un rubí en su engarce de esmeralda, pero separa las láminas de dicho engarce y, como los labios que se ensanchan en la sonrisa, abre los pétalos purpúreos. Con su sonrisa de seda responde al beso del sol. Se abre. Es una aureola de terciopelo vivo en torno al oro de los pistilos. Con su color y su perfume, canta la gloria de El que la creó y luego, de noche, se inclina cansada y muere exhalando un perfume aún más penetrante, que es su extrema alabanza al Señor.

¡Qué bello es oír en los bosques, al caer la tarde, el coro de las avecillas que, antes de ir a descansar, cantan con todos los trinos de su garganta, una oración de loas al Señor, que los ha nutrido! Parece que el coro se atenúa, pero siempre hay una de ellas, la más enamorada, que lanza un nuevo gorjeo e incita a las demás a seguirla, porque el sol aún no se ha puesto y la luz es algo tan bello que hay que saludarla para que las ame y vuelva por la mañana; porque el buen Dios permite que aún se vea un grano caído en la tierra, un mosquito extraviado, un mechón de lana que llevar a los pequeñuelos o que dar a su diminuto buche que el buen Señor sacia. Y el coro prosigue hasta que la luz muere y entonces, las avecillas, con gratitud, se recogen sobre la rama como diminutos ovillos de tibieza y dejan oír aún, bajo el plumaje, un pío pío que dice: "¡Gracias, oh Creador!".

La muerte del justo es como la de la rosa, es como el sueño del pajarillo: es dulce, bella, grata al Señor. Ya sea en la arena de un circo o en la oscuridad de la prisión, entre los afectos familiares o en la sole-



dad de quien no tiene a nadie, rápida o prolongada en medio de tormentos, la muerte es siempre, siempre, siempre, gloria rendida a Dios.

Aceptadla en paz. Deseadla en paz. Cumplidla en paz. Que mi paz esté en vosotros también en esta prueba, en este deseo, en esta consumación. Que desde ahora y para este paso extremo, mi paz eterna esté ya en vosotros.

Pensad que para Mí no es diferente la muerte cruenta de Ágata de la de Liduina, ni la muerte de Teresa Martín de la de Domingo de Guzmán, ni la de Tomás Moro de la de Contardo Ferrini 4.

Ya he dicho que el que cumple la voluntad de mi Padre es bienaventurado. He dicho que es bienaventurado y que es mi hermano, mi hermana y mi madre 5. Esto he dicho, porque Yo rendí gloria a mi Padre haciendo su voluntad en la vida y en la muerte. Imitad, pues, a vuestro Maestro y Yo os llamaré: "Hermanos míos, hermanas mías"».

---

4 Se trata de: S. Ágata, que vivió en el tercer siglo y murió martirizada; S. Liduina (1380-1433), que murió por enfermedad; S. Teresa del Niño Jesús (1873-1897), que murió de consunción en la clausura; S. Domingo (1175 - 1221), fundador de los frailes predicadores, que murió agotado por las fatigas de sus viajes; S. Tomás Moro (1118-1170), que murió asesinado, y del beato Contardo Ferrini (1859-1902), que murió de tifus.

5 Mateo 12, 46-50; Marcos 3, 31-35; Lucas 8, 19-21.

22 de marzo

Dice Jesús:

«El dictado de ayer 1 induce al sucesivo.

Las familias en las que no domina Dios sino la sensualidad y el interés y, por lo tanto, las derivaciones de Satanás, no son familias; ellas son el origen de graves desgracias que, desde el interior de la célula familiar, se irradian y arruinan los grupos nacionales y, a partir de éstos, también la paz mundial. Sucede así porque están creadas sobre una base de sensualidad e interés y, por lo tanto, no se elevan hacia lo que es santo; por el contrario, como hierbas malsanas nacidas en el barro, se arrastran siempre por el suelo.

Dice el ángel a Tobías: "Te mostraré quiénes son ésos sobre los

---

1 Se trata del que comenta el episodio de la "Primera lección de trabajo a Jesús", que se encuentra en la vasta obra sobre el Evangelio.



cuales tiene poder el demonio" 2.

¡Oh, en verdad hay cónyuges que desde la primera hora de su unión están bajo el poder demoniaco! Es más, lo están ya antes de ser cónyuges. Lo están desde que toman la decisión de buscar un compañero o una compañera, pero no lo hacen con un recto fin, sino con solapados

cálculos en los que imperan de modo soberano el egoísmo y la sensualidad.

Nada hay más sano y más santo que dos seres que se aman honestamente y se unen para perpetuar la raza humana y ofrendar almas al Cielo.

La dignidad del hombre y la mujer que se convierten en padres es la segunda dignidad, después de la de Dios. Ni siquiera la dignidad real es semejante a ella, porque aun el más sabio de los reyes no hace más que gobernar a sus súbditos. En cambio, los padres atraen sobre sí la mirada de Dios y raptan a esa mirada una nueva alma, que encierran en la envoltura de la carne nacida de ellos. Casi diría que en ese momento tienen a Dios como súbdito, porque Dios crea inmediatamente una nueva alma para el honrado amor de ambos, que se une para dar a la Tierra y al Cielo un nuevo ciudadano.

¡Oh, si pensaran en el poder que tienen y al que Dios asiente inmediatamente! Los ángeles no tienen tanto poder. Pero los ángeles, a igual que Dios, están dispuestos a adherir de inmediato al acto de los esposos fecundos y a convertirse en custodios de la nueva criatura. Mas, como dice Rafael, son muchos los que abrazan el estado conyugal de modo tal que arrojan a Dios de sí y de su propia mente y se abandonan a la libido. Sobre éstos el demonio ejerce su poder 3.

¿Qué diferencia hay entre el lecho del pecado y el lecho de dos cónyuges que no rechazan el placer pero rechazan la prole? No hagamos acrobacias de palabras y de razonamientos embusteros. La diferencia es muy poca pues, si por enfermedades o imperfecciones es aconsejable o se concede el no tener hijos, en estos casos es necesario saber ser continentes y vedarse esas satisfacciones estériles, que no son más que la satisfacción de los sentidos. En cambio, si nada se opone a la procreación, ¿por qué transformáis una ley natural y sobrenatural en un acto inmoral, que falsea su finalidad?

Cuando cualquier reflexión honesta os aconseja no aumentar la

---

2 Tobías 6, 16 (vulgata).

3 Tobías 6, 16-22 (vulgata).



prole, sabed vivir como esposos castos y no como simias lujuriosas. ¿Cómo pretendéis que el ángel de Dios vele sobre vuestra casa, cuando la convertís en una cueva de pecado? ¿Cómo queréis que Dios os proteja, si le obligáis a apartar con disgusto la mirada de vuestro nido mancillado?

¡Oh, qué míseras son las familias que se forman sin una preparación a lo sobrenatural, las familias de las que se ha desterrado a priori toda búsqueda de la Verdad y donde, aún peor, se burla la palabra de la Verdad que enseña qué es y por qué existe el Matrimonio! ¡Qué míseras son las familias que se forman sin elevar ningún pensamiento hacia las alturas, que se forman estimuladas únicamente por el aguijón de un apetito sexual y de una consideración financiera! ¡Cuántos cónyuges aceptan la inevitable costumbre de la ceremonia religiosa! He dicho costumbre y lo repito, porque para la mayor parte no es más que una costumbre y no una aspiración del alma a tener a Dios consigo en ese momento. Mas, después de la ceremonia, ¡no piensan más en Dios y hacen del Sacramento un festín y del festín un desahogo de bestialidad! Pero, según mi pensamiento, el Sacramento no termina con la ceremonia religiosa; al contrario, comienza con ella y dura tanto como la vida de los cónyuges, así como el acto de profesar no dura cuanto la ceremonia

religiosa sino tanto como la vida del religioso o la religiosa.

El ángel le enseña a Tobías que, si antepone al acto la plegaria, el acto será un acto santo, bendito, fecundo de júbilos verdaderos y de prole 4.

Esto es lo que habría que hacer: ir al matrimonio impulsados por el deseo de tener prole, pues ésa es la finalidad de la unión humana, además de tener presente a Dios en toda hora. Cualquier otra finalidad es una culpa deshonrosa para el hombre en cuanto ser con uso de razón, y ofensiva para el espíritu, que es templo de Dios y huye indignado. Dios no es un carcelero opresivo. Dios es un Padre bueno, que se alegra con la honrada alegría de los hijos y que responde a los santos abrazos de los mismos con bendiciones celestiales y con la aprobación evidenciada en la creación de un alma nueva.

Mas, ¿quién comprenderá esta página? La leeréis sin advertir su sabor santo, como si hubiera empleado el idioma de un planeta desconocido. Os parecerá un tema trillado y es, en cambio, doctrina ce-

---

4 Tobías 6, 16-22; 8, 4-10 y 15-17 (vulgata).



lestial. Os mofaréis de ella vosotros, los sabios del momento. Y no sabéis que Satanás se ríe de vuestra estupidez, pues ha logrado convertir en condena lo que Dios había creado para vuestro bien, o sea, el matrimonio como unión humana y como Sacramento. Y esto ha sido mérito de vuestra incontinencia, de vuestra bestialidad.

Os repito las palabras de Tobías a su mujer, para que las recordéis y las tengáis como ejemplo, si aún podéis hacerlo porque sobrevive en vosotros un resto de dignidad humana. Las palabras son éstas: “Nosotros somos hijos de santos y no podemos unirnos como los gentiles, que no conocen a Dios” 5.

Que estas palabras sean vuestra norma pues, aunque habéis nacido allí donde la santidad ya había muerto, el Bautismo hizo siempre de vosotros hijos de Dios, que es el Santo de los santos y, por eso, podéis decir siempre que sois hijos de santos, del Santo, y podéis comportaros de acuerdo con ello. Entonces, tendréis “una descendencia en la que se bendecirá el nombre del Señor” y se vivirá en su Ley.

Y cuando los hijos viven en la Ley divina, se benefician los padres, porque dicha Ley enseña virtud, respeto, amor, y los primeros que se benefician, después de Dios, son los afortunados progenitores, los cónyuges santos, que han sabido hacer de su unión un rito perpetuo y no un vergonzoso vicio».

---

5 Tobías 4, 12.

23 de marzo

Contemplo la siguiente visión, de la que tuve una señal en la aparición de Lázaro de la que le hablé personalmente.

Un hombre se acerca al grupo de los apóstoles, reunido en una casa sumamente pobre de un lugar que ni siquiera puede llamarse poblado, dado lo insignificante que es. Ya se le concede mucho llamándolo caserío. Es un puñado de chozas miserables (que parecen estar hechas justo de barro y cañas) de un solo piso, levantadas en un terreno llano, que no presenta ningún aspecto agradable; están diseminadas a lo largo de un senderillo polvoriento que termina en un susurrante cañaveral, como se ven cerca del curso de los ríos. Las cañas no son como las nuestras; son, más o menos, como las que se ven junto a los arrozales, no sé el nombre exacto de estas hierbas que pre-



sentan un tallo largo y cilíndrico, hojas lanceoladas y una baya de un dedo de largo, que debe de ser la flor o el fruto de esta planta lacustre.

El hombre le habla a Pedro y éste se encamina hacia un segundo ambiente, seguido por dicho hombre. Entra en el cuarto, donde está Jesús sentado en el borde de un camastro, que es el único mueble de esa pieza pequeña y baja.

El hombre saluda y Jesús le responde sonriendo. Comprendo que conoce a ese hombre, porque le pregunta: “¿Qué nuevas me traes?”.

“Mis amas me mandan decirte que vayas enseguida a su casa porque Lázaro está muy enfermo y el médico dice que morirá. Marta y María te suplican. Ven, porque solamente Tú puedes sanarle”.

“Diles que estén tranquilas. No es una enfermedad que lleva a la muerte; es gloria de Dios, para que su potencia sea glorificada en su Hijo”.

“Pero está muy grave, Maestro. En su carne va avanzando la gangrena y él ya no se alimenta. He reventado el caballo para llegar más rápido aquí”.

“No importa. Es como Yo lo digo”.

“¿Pero vendrás?”.

“Iré. Diles que iré y que tengan fe”.

El hombre saluda y se va. Pedro le acompaña y Jesús se queda solo.

La primera parte de la visión llega hasta aquí. La segunda parte es ésta.

Estamos aún en la miserable choza de antes. Anochece. Ya se encienden en el cielo las primeras estrellas y, al final del sendero, las cañas ondulan en la brisa nocturna haciendo entrechocar sus extraños frutos, que suenan como pequeñas castañuelas, y sacudiendo las cintas de sus hojas, que crujen como seda.

Los apóstoles despiden a las últimas personas que aún se obstinan en permanecer allí para seguir escuchando a Jesús, y les cierran la puerta en la cara. En el interior, una lámpara de aceite ilumina las paredes oscuras, en las que se reflejan las sombras movedizas de los apóstoles, que están preparando una frugal cena.

Jesús está sentado junto a una rústica mesa; apoya el codo en la mesa y la frente en la mano. Piensa. Y, en su pensamiento, se abstrae de las palabras y los gestos de los demás.

Pedro quita el polvo de la mesa con un puñado de hojas que es-



parcen un olor ligeramente acre, y apoya un pan, una vasija llena de agua, un vaso para Jesús - que enseguida se vierte de beber, como si le ardiera la garganta tras haber hablado por todo el día a la muchedumbre - y un vaso para todos. Luego Andrés deposita en el centro de la mesa algunos peces asados y unos panes. Juan coge la lámpara, que estaba cerca de la lumbre, y la coloca también en el centro de la mesa.

Mientras todos se acercan a la mesa, Jesús se levanta. Todos rezan de pie. En verdad, Jesús reza por todos, sosteniendo el pan con las manos alzadas al cielo, mientras los demás siguen mentalmente la plegaria. Luego se sientan como pueden, porque el moblaje es muy escaso, y Jesús reparte el pan y los peces.

Comen y hablan de los hechos del día, y Juan ríe de buena gana cuando recuerda la indignación de Pedro por la pretensión de aquel hombre que quería que Jesús fuera a su casa para curar sus ovejas enfermas. Jesús sonríe y calla.

Hacia el final de la comida, Jesús parece tomar una decisión y, para anunciarla, separa las manos que había apoyado en la mesa y, abriendo los brazos (como para decir: “Dominus vobiscum” [1]), dice: “Y, sin embargo, tenemos que irnos”.

“¿Adónde, Maestro?” pregunta Pedro. “¿A casa del de las ovejas?”. Se entiende que no soporta el asunto de las ovejas.

“No, Simón. A casa de Lázaro. Volvemos a Judea”.

“Maestro, recuerda que los judíos te odian” dice Pedro.

“Hace poco querían lapidarte”, le recuerda Santiago.

“Pero Maestro, es una imprudencia”, exclama Mateo.

“¿No te importa de nosotros?”, pregunta Judas Iscariote.

“¡Oh, Maestro, protege tu vida! ¿Qué sería de mí, que sería de todos nosotros, si no te tuviéramos más?”. Juan es el último que habla claramente. Los otros siete cuchichean entre ellos y no ocultan su desaprobación.

“Paz, paz”, responde Jesús. “¿No tiene, acaso, el día doce horas? Si uno camina de día, no tropieza porque ve la luz de este mundo; pero si camina de noche, tropieza porque no ve. Yo sé lo que hago porque la Luz está en Mí. Dejaos guiar por El que ve. Y, además, tenéis que saber que hasta que no llegue la hora de las tinieblas, no po-

---

1 “Dominus vobiscum” significa: “El Señor sea con vosotros” y es el saludo que el sacerdote dirige a los fieles durante la celebración de la Santa Misa, que en la época de la escritora se decía en

latín.

241

drá ocurrir nada tenebroso. Y cuando llegue esa hora, nada podrá salvarme de los judíos, ninguna distancia, ninguna fuerza, ni siquiera el ejército de César. Pues lo que está escrito debe suceder y las fuerzas del mal ya obran en la oscuridad para cumplir su cometido. Por lo tanto, dejadme obrar y hacer el bien mientras tengo la posibilidad de hacerlo. Ya llegará la hora en que no podré mover ni un dedo, ni decir una palabra para obrar el milagro. En el mundo estará ausente mi fuerza. Será una tremenda hora de castigo para el hombre. No lo será para Mí, lo será para el hombre, que no ha querido amarme. Será una hora que se repetirá por voluntad del hombre, pues rechazará la Divinidad hasta convertirse en un ser sin Dios, un secuaz de Satanás y de su hijo maldito. Será una hora que vendrá cuando esté próximo el fin del mundo. La falta de fe imperante entonces, hará nulo mi poder de obrar milagros, no porque Yo pueda perder dicho poder, sino porque no puede ser concedido el milagro donde no hay fe ni voluntad de obtenerlo; donde el milagro sería objeto de burla, instrumento del mal; donde se usaría el bien recibido para causar un mal mayor. Por ahora, aún puedo seguir obrando milagros y hacerlos para dar gloria a Dios. Por lo tanto, vayamos a casa de nuestro amigo Lázaro, que está durmiendo. Vayamos a despertarle de ese sueño para que esté descansado y listo para servir a su Maestro” .

“Pero si duerme es provechoso. Así completará su cura. El sueño es reparador. ¿Por qué hemos de despertarle?”.

“Lázaro ha muerto. He esperado a que muriera para ir a su casa. No lo he hecho por él ni por sus hermanas; lo he hecho por vosotros, para que creáis, para que crezcáis en la fe. Vayamos a casa de Lázaro”.

“Está bien. Vayamos, pues. Moriremos todos como ha muerto él y como quieres morir Tú”.

“¡Oh, Tomás, Tomás, y todos vosotros, que en vuestro interior criticáis y refunfuñáis, debéis saber que el que quiere seguirme debe tener por su vida el mismo cuidado que tiene la avecilla por la nube que pasa. O sea, debe dejarla pasar, según la lleva el viento. El viento es la voluntad de Dios, que puede daros o quitaros la vida a su gusto y vosotros no debéis lamentaros, como no se lamenta el ave por la nube que pasa, y sigue cantando igualmente, pues está segura que, después, volverá el buen tiempo, porque la nube es un accidente y el cielo es la realidad. Y aunque parece que las nubes lo hacen gris, el cielo siempre es azul, más

242

allá  de las nubes. También sucede así con la Vida verdadera: aunque la vida humana decaiga, la Vida verdadera existe y permanece. El que quiere seguirme, no debe padecer ansiedad en la vida ni temor por la vida. Os mostraré cómo se conquista el Cielo. Mas, ¿cómo podréis imitarme, si tenéis miedo de ir conmigo a Judea, justo vosotros, a quienes no se les hará ningún mal ahora? ¿Tenéis reparos en haceros ver conmigo? Sois libres dé abandonarme. Mas, si queréis quedaros, debéis aprender a desafiar el mundo, con sus críticas, sus insidias, sus burlas, sus tormentos, para conquistar mi Reino. Vayamos”.

Así termina la segunda parte de la visión. He aquí la tercera.

Por un bello y amplio jardín que, a los lados, se transforma en huerto - aunque ahora está privado de hojas y de frutas porque aún debe de ser invierno - se entra en la morada de Lázaro. Por los senderos del jardín hay mucha gente que va y viene. Son judíos pudientes y sus cabalgaduras

están atadas en la entrada de la finca, que está rodeada por un muro y adornada con una pesada cancela de hierro, labrada como si fuera un enrejado árabe.

Al ver entrar a Jesús, algunos judíos se introducen en la vasta y bella casa que surge en medio del jardín y vuelven con una mujer álta y morena, con un perfil más bien acentuado, pero no por eso feo. Parece tener unos cuarenta años. Echa a correr hacia Jesús y le dice inclinándose y rompiendo a llorar copiosamente: “Maestro, que la paz sea contigo. Aunque para tu sierva ya no existe la paz. Lázaro ha muerto. Si hubieras estado aquí, no habría muerto. ¿Por qué no has venido antes, Maestro? ¡Lázaro, nuestro hermano, te llamó tanto! Y ahora, ya lo ves: yo estoy desolada y María llora y no encuentra consuelo y él ya no está aquí. Sabes cuánto le amábamos. Lo esperábamos todo de Ti. Pero aún ahora sigo esperando porque sé que, pidas lo que pidas al Padre, te lo concederá”.

“Tu hermano resurgirá”.

“Ya lo sé, Maestro. Resurgirá el último día”.

“Yo soy la Resurrección y la Vida. Todo el que cree en Mí, aun muerto, vivirá. Y el que cree y vive en Mí, no morirá eternamente. ¿Lo crees de verdad?”. Jesús pronuncia estas palabras con plena majestad y bondad. Tiene la mano apoyada en el hombro de Marta que, a pesar de ser alta, es mucho más baja que Él y alza levemente su rostro afligido para mirarle.

“Sí, Señor, lo creo. Creo que Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo, venido al mundo. Creo que puedes todo lo que quieres. Lo creo. Aho-



ra voy a advertir a María”.

Jesús espera en el jardín. Se acerca a una hermosa fuente, cuyo surtidor riega el cuadro que la circunda y canta al caer en la taza donde los peces, al deslizarse velozmente, producen reflejos de oro y plata. Jesús no se preocupa de los judíos; para Él es como si no existieran, ni siquiera les mira. Cuando ha entrado, tampoco ha dicho, como siempre: “Que la paz sea en esta casa”.

Acude María y se echa a sus pies, los besa mientras solloza impetuosamente. La han seguido Marta y muchos judíos, que ahora acompañan su dolor.

También María, como Marta, se lamenta: “¡Oh, Señor! ¿Por qué no has venido antes? ¿Por qué te has alejado tanto de nosotros? Sabías que Lázaro estaba enfermo. Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. ¿Por qué no has venido? Él tenía que vivir. Yo debía mostrarle que iba perseverando en el bien. ¡Ya le había angustiado tanto a mi pobre hermano! Y ahora, justo ahora que podía hacerle feliz, me le han quitado. Tú podías dejármelo. Tú podías darle a la pobre María la dicha de consolarle tras haberle causado tanto dolor. ¡Oh, Jesús, Jesús! ¡Maestro mío! ¡Mi Salvador! ¡Mi esperanza! “.

“¡No llores, María! También tu Maestro sufre por la muerte de su amigo fiel. Mas te digo: no llores. ¡Álzate! ¡Mírame! ¿Crees que Yo, que te he amado tanto, he hecho esto sin una razón? ¿Puedes creer que te he dado este dolor inútilmente? Ven. Vayamos junto a Lázaro. ¿Dónde le habéis dejado?”.

“Ven y verás”. `

Jesús aferra el codo de María y la obliga a levantarse y, sosteniéndola de ese modo, se

encamina junto con Marta, que le enseña el camino.

Van hacia el límite del huerto. En ese punto, el terreno muestra anfractuosidades rocosas, porque no es un suelo llano y su composición es calcárea, como en muchas zonas de nuestros Apeninos.

“Maestro, tu amigo está enterrado allí”, dice Marta llorando e indica una especie de portillo oblicuo - es decir, ni horizontal ni vertical - en un saliente de la roca.

Jesús observa y llora. Al verle llorar, las dos hermanas sollozan aún más fuerte, sobre todo María.

“Quitad esa piedra”, ordena Jesús.

“No es posible, Maestro”, responde Marta. “Está allí abajo desde hace ya cuatro días. Y sabes de qué mal murió. Sólo nuestro amor



podía acudirle. Ahora, ya hiede muy fuerte, a pesar de los ungüentos. ¿Qué quieres ver, su podredumbre?”.

“¿Acaso no te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios? ¡Alzad esa piedra, lo quiero!”.

Unos criados levantan la pesada piedra. Aparece una especie de galería oscura y en declive. No se ve nada más después que han levantado la tapia de esa especie de portillo.

Jesús alza los ojos, abre los brazos en cruz y reza en voz alta, mientras todos contienen el aliento: “Padre, te agradezco porque me has escuchado. Ya sabía que tú me escuchas siempre. Mas lo he dicho para quienes me rodean. Por eso he obrado como he obrado, para que crean en Ti, en Mí, para que crean que Tú me has mandado”.

Por algunos minutos queda como extasiado, en íntima coexistencia con el Padre. Su rostro se transfigura. Parece más espiritual y luminoso. Su estatura parece aún más alta.

Luego avanza hasta el borde de la galería; ya no tiene los brazos en cruz, sino extendidos hacia adelante, con la palma de las manos vueltas hacia el suelo, ¡esas largas manos de las que fluye tanto bien!, y luego, con voz estentórea y ojos que relumbran como vivos zafiros, exclama: “¡Sal, Lázaro!”.

Está erguido en la entrada de la gruta y por eso, su voz retumba en la cavidad rocosa y su eco se difunde por todo el jardín.

La emoción estremece a los presentes, cuyo rostro empalidece, cuya mirada denota estupor y atención. También las dos hermanas observan. Marta está de pie y María, de rodillas, sostiene en su mano, sin darse cuenta, una extremidad del manto de Jesús.

Una larga forma blanca se delinea en la oscura cavidad. Y el que había muerto, aún envuelto en las vendas y con el rostro cubierto, avanza hasta la entrada, mientras Jesús retrocede. El muerto avanza un paso y un paso retrocede Jesús, de modo que María se ve obligada a dejarle el manto.

Cuando el resucitado está ya en la entrada y se detiene allí, con el aspecto de una momia de

pie, espectral y macabro contra el fondo oscuro de la gruta, Jesús ordena: “Quitadle las vendas y dejadle ir. Dadle vestidos y comida”.

Marta quiere decir algo y comienza: “Maestro...”.

Pero Jesús la interrumpe exclamando: “Venid aquí enseguida. Traed una túnica. Vestidle delante de todos y dadle de comer”.

Los criados se apresuran, uno le lleva la túnica, otro suelta las



vendas, uno le da el agua y otro la comida.

Las vendas van desenroscándose como una cinta. Son metros y metros de vendas estrechas, cuyo peso recargan los ungüentos y los humores humanos. Caen al suelo como un montón de escorias. También dejan caer el lienzo que está bajo las vendas, y que queda aún prendido en las vendas subyacentes, de modo que va deslizándose despacio a medida que dichas vendas caen.

Lázaro emerge lentamente de su capullo mortal y, precisamente, parece una crisálida que perfora el capullo. Aparecen el rostro, sumamente delgado, céreo y los cabellos embadurnados por los aromas, que también le mantienen cerrados los ojos. Luego quedan libres las manos, que estaban unidas sobre el pubis.

Los criados y Marta se apresuran a asear los miembros, a medida que quedan al descubierto, por medio de una esponja impregnada en agua caliente aromatizada con algo que no conozco y que le da un aspecto róseo y opaco. Cuando Lázaro está limpio hasta la cadera y todos pueden ver que su cuerpo delgadísimo respira, Marta le viste con una escasa túnica que le llega hasta los muslos. Luego, amorosamente, le hace sentar y le desatan y lavan también las piernas. Éstas muestran cicatrices de un rojo lívido, como si se tratara de heridas apenas cerradas. Marta y los criados profieren un “¡Oh!” de asombro. Jesús sonríe.

También los judíos observan. Se acercan, aunque conservan cierta distancia por temor a contaminarse con las vendas, según me parece, y miran, miran a Jesús, que sigue sin preocuparse de ellos, como si no estuvieran allí.

Le ponen las sandalias a Lázaro y él se levanta con firmeza y por sí mismo se pone la larga túnica que le alcanza Marta. Ahora, excepto por estar tan pálido y delgado, su apariencia es como la de todos los demás. Por sí solo se lava otra vez las manos; luego cambia el agua y se lava de nuevo el rostro y toda la cabeza. Se seca. Y una vez que está bien limpio, va a postrarse a los pies de Jesús y se los besa.

Jesús le dice: “Bienvenido otra vez aquí, amigo. Que la paz y la alegría sean contigo. Vive para cumplir tu dichoso destino. Levántate, para que te dé el beso de saludo”. Y los dos se besan en las mejillas.

Luego el mismo Jesús le ofrece un trozo de pastel, untado de miel según me parece, y una manzana y le sirve vino blanco.

Los judíos se quedan atónitos al ver que Lázaro come con el ape-

tito de una persona sana. Las hermanas le acarician y dirigen amorosas miradas de adoración a Jesús.

La visión termina aquí.

25 de marzo

Isaías 7,10-16.

Dice Jesús [1]:

«Lo que mi antiquísimo hijo [2], prudentemente, no quiso hacer debido al santo temor a Dios, por lo que resistió a las tentaciones que le mandé como prueba, lo pedís vosotros ahora y no se debe a una tentación mía, sino al arranque de vuestro espíritu rebelde, guiado por las fuerzas del Mal, instigado por vuestro Enemigo, al que amáis más que a Mí, vuestro Señor Altisímo, por encima del cual no hay ningún otro.

Pedís un signo. Lo pedís con vuestro corazón impuro y con vuestros labios blasfemos. Es decir, que lo pedís de modo tal que es una mofa a mi potencia, que es la negación de mi existencia. Me provocáis para que dé un signo que me evidencie, porque dudáis de mi existencia.

También en tiempos de mi Hijo, los judíos le provocaron pidiéndole un signo de su Naturaleza [3] porque, en su interior, negaban que fuera el Hijo de Dios. Y el único signo que les demostró su deicidio fue el que se produjo después de la muerte de mi Verbo. Y nunca será perdonado el castigo de quienes fueron sordos y ciegos a los prodigios y a las palabras de mi Cristo.

No tenéis un signo de vuestro Dios porque Yo no me manifiesto a quien me niega. En cambio, tenéis múltiples signos del que adoráis como esclavos. Él, el Enemigo, multiplica sus señales y vosotros, que ya estáis próximos al tiempo de la adoración de la Bestia apocalíptica [4], os quedáis hechizados por ellas y juzgáis que el creador de tales señales es más grande que Yo, juzgáis que es el único que existe. Os preguntáis: "¿Quién es Dios? ¿Qué es?", y en vuestro interior os res-

---

1 En cambio, quien habla es el Padre Eterno, como está escrito al final del dictado.

2 Se refiere a Ajaz, rey de Judea.

3 Mateo 16, 1-4; Marcos 8, 11-13; Lucas 11, 29-32.

4 Apocalipsis 13, 1-18.



pondéis, para justificar vuestros pecados: "Dios no existe".

Yo soy el que soy [5]. Soy tan superior a vosotros, que ya ninguna manifestación mía sería comprendida por ese mundo que ha descendido a las tinieblas y a la necedad más espantosas. Lo que creéis progreso es, en realidad, vuestro retroceso hacia el crepúsculo de los primeros tiempos en

los que los hombres, al perder a su Dios y su Paraíso, se convirtieron en seres muy poco superiores a las bestias y llevaron su corrupción hasta tal punto que me decidí a exterminar la raza que provocaba mi desdén 6.

El fin será como el principio. El círculo se cierra uniendo uno al otro los dos muñones tenebrosos. El nuevo diluvio, es decir, la ira de Dios, llegará bajo otra forma. Mas siempre se tratará de ira. Fiel a mi palabra 7, ya no mandaré el diluvio, sino que dejaré que las fuerzas satánicas manden el diluvio de las satánicas crueldades.

Recibisteis la Luz. Os mandé mi Luz para que la parábola de la humanidad fuera iluminada por Ella. Os la mandé para que no pudiera decirse que quise manteneros en el crepúsculo de la espera. Si la hubierais acogido, la otra parte del círculo que unirá el camino del hombre, desde su comienzo hasta su fin, habría estado iluminada por la Luz de Dios, y la humanidad habría quedado envuelta en esa Luz de salvación que, sin dolores y sin sobresaltos, os habría conducido a la Ciudad de la Luz eterna.

Mas vosotros rechazasteis la Luz. Y Ella brilló en lo alto del círculo y luego permaneció cada vez más alejada de vosotros, que descendisteis por el otro camino sin decirle: “Señor, quédate con nosotros, pues ya llega la noche de los tiempos y no queremos perecer sin tu Luz”. Como sucede en el curso del día, ¡oh hombres!, vosotros vinisteis hacia la Luz, la obtuvisteis, mas luego volvisteis a las tinieblas. Y Ella, mi Luz, mi Verbo, se quedó como un Sol inmóvil en su Cielo, al que volvió porque de nuevo allí la condujo no por cierto la muerte, sino vuestro rechazo.

Ella, mi Luz, mi Verbo, quedó siendo Maestro sólo para los pocos que la aman y que han acogido en sí su Luz, que ninguna tiniebla puede apagar porque ellos defienden, aun a costa de su propia vida, esta Luz, que es su amor. Por este amor tan fiel que manifiestan, éstos tendrán la Vida en Mí, pues ya poseen mi Emanuel y, por eso, ya tie-

---

5 Éxodo 3, 14.

6 Génesis 6, 7.

7 Génesis 9, 11.



nen a Dios consigo. Es ese Emanuel que concibió y dio a luz la Virgen, mi allegada; es el único signo que Dios envió a la casa de David, al reino de Judas; para que tuviera la seguridad de su perduración, que habría sido eterna si mi pueblo no hubiera rechazado a mi Emanuel.

En la profecía de mi profeta está dicho: “Se nutrirá con miel y mantequilla hasta que sepa rehusar lo malo y elegir lo bueno” 8.

Por su sabiduría - que perduró en Él a pesar de su condición de Hombre en quien se había aniquilado la Naturaleza divina -, bajo la exigencia de un amor tan grande que era incomprensible para vosotros - ese amor que le impulsó a Él, que es lo Infinito, a envilecerse en la miseria delimitada de una carne mortal -, Él supo distinguir siempre el Bien del Mal. No le hacían falta años para llegar a poseer la razón y la facultad de discernimiento. Y si, para no alterar el orden, quiso seguir las fases comunes de la vida humana, bajo la apariencia de la incapacidad infantil y de la semiincapacidad adolescente, escondía los tesoros de su Sabiduría infinita.

Pero esas palabras del profeta quieren decir que se nutriría de humildad y recato hasta el momento en que llegara su hora y se convirtiera en Maestro de Israel, Maestro del mundo, Testimonio mío, Defensor de la causa del Padre y, como verdad que ya no debe estar oculta, brillara en la potencia de su Luz y de su Naturaleza mesiánica, usando la dulzura con los buenos, la severidad con los malvados, sacudiendo, inundando, fecundando los corazones, dando al hombre ese don, que Él no necesitaba, del discernimiento que le permitiera diferenciar el Bien del Mal, sin que quedara duda o sombra alguna en cuanto a ello.

Él vino para perfeccionar la Ley, para hacerla más clara con sus enseñanzas, para hacerla más fácil de seguir con su ejemplo. Vino y amó tanto el Bien y rechazó tanto el Mal, que aceptó morir para que el Bien triunfara en el mundo y en los corazones y el Mal fuera derrotado por su Sangre divina.

Ya no hubo miel y mantequilla para mi Cristo cuando llegó a la edad adulta. Hubo sólo vinagre e hiel. Hubo vinagre e hiel en la hora extrema, pero ya fue precedido por el vinagre y la hiel que, metafóricamente, predominaron en sus tres años de vida pública, en la que siempre hubo contrastes con sus enemigos y dificultades por el peso que significaban sus amigos y discípulos.

---

8 Isaías 7, 15.



Los labios de mi Cristo conservan aún la amargura de la hiel y el vinagre de esta raza arrogante. Y el Padre está entristecido por el dolor de su Hijo. Y su pena se convierte en ira por vosotros, que sois hombres que han perdido el espíritu fiel hacia el propio Dios. El Sacrificio que se repite en los altares terrenos ya no es salvación para vosotros. Mas así como en el Gólgota la Sangre del Hijo cayó sobre sus asesinos gritándome su dolor y provocando mi castigo, del mismo modo ahora cae sobre vosotros, ¡oh, hipócritas y blasfemos, viciosos que negáis, que odiáis a Dios y al hombre, vuestro hermano!, y os marca a sangre y fuego preparándoos para la condena.

La Tierra grita como una criatura aterrorizada por los monstruos que se anidan en ella; el Universo tiembla de horror al ver los delitos que pueblan la Tierra; Yo, vuestro Dios, tiemblo de ira divina por vuestra corrupción en la carne, en la mente, en el espíritu. Y ni la piedad del Salvador, ni la de la Virgen y los Santos, logran aplacar con sus plegarias mi ira.

En verdad Yo digo como en tiempos de Moisés: “Cancelaré de mi Libro a los que han pecado contra Mí y, si por una sola vez descendiera entre vosotros, os exterminaría” 9. En verdad Yo digo que hablo como a un amigo sólo a los hijos que me quedan, porque por su fidelidad han merecido mi gracia y a ellos les mostraré mi Bien y tendré misericordia de ellos. Y seré aún más indulgente que con mi siervo Moisés, pues mi Hijo santísimo os ha traído su benevolencia y ha establecido el Reino de la Clemencia; por eso Yo, sin esperar el día de vuestra venida al Cielo, haré que resplandezca en vosotros el Rostro de mi Cristo, ¡oh, fieles hijos míos, que me adoráis con santo respeto y con amor filial!

Amad ese rostro porque quien lo ama, me ama. Amadlo porque es vuestra salvación. La Estrella no surgió solamente para Jacob 10, sino para todos los que aman a Dios con todas sus fuerzas. Y la Estrella-Cristo, tras las luchas en la Tierra, me los conducirá al Cielo, donde ya está preparado el puesto para vosotros, ¡oh bienaventurados para quienes mi Verbo no se encarnó en vano y mi Cristo no murió inútilmente!».

Después de tanto tiempo he vuelto a escuchar la voz del Padre.

---

9 Éxodo 32, 33-34.

10 Números 24, 17.



Creía que era Jesús quien desde esta mañana me hacía escuchar su comentario de este trozo de Isaías, que no fue tratado en noviembre, cuando el Maestro me comentó a los Profetas 11. En cambio, era el Padre Eterno. Y me siento muy feliz, a pesar de que este dictado es muy severo con la humanidad en general.

¡Que el Padre quiera aumentar cada vez más mi amor hacia Él, de modo que también yo logre el Cielo!

Después de haber escrito este dictado me he puesto a descansar; eran ya las dos de la madrugada del 26. He visto a la Madre, pero no en una visión sino como si estuviera en mi cuarto. ¡Hacía tanto tiempo que no la veía así, para mí sola, y esto me dolía mucho! Me he dormido sintiéndola junto a mí propiamente como una mamá y me he despertado sonriéndole aún a esa dulce presencia, que todavía me acompaña.

¡Qué bella es! ¡Cuanto más se la mira y cuanto más se la ama, tanto más aumenta su belleza!

---

11 Véanse “Los cuadernos. 1943”, especialmente a partir del 11 de noviembre.

28 de marzo

Dice Jesús:

«Por leer el Evangelio tan distraídamente como hacéis, se os escapan demasiadas verdades. Y tampoco asimiláis mejor las grandes enseñanzas, que adaptáis a vuestro modo de ver actual.

En tanto, debéis saber que el Evangelio no debe adaptarse a vosotros, sino que vosotros debéis adaptaros al Evangelio. El Evangelio es como es. Su enseñanza es tal en su primer siglo de vida y será igual también en el último, aun cuando ese último siglo llegase dentro de miles de millones de años. Por entonces no sabréis vivir según el Evangelio - y, en verdad, ya sabéis hacerlo muy poco - pero no por eso el Evangelio cambiará. Él os dirá siempre las mismas verdades vitales.

Ese deseo vuestro de adaptar el Evangelio a vuestro modo de vivir es una confesión de vuestra miseria espiritual. Si tuvierais fe en las verdades eternas y en Mí, que las proclamé, os esforzaríais por vivir de modo integral el Evangelio, tal como lo hacían los primeros cris-

tianos. Y no digáis: “Pero la vida de hoy es tal que no podemos seguir a la perfección estas enseñanzas. Las admiramos pero somos demasiado diferentes de ellas como para poder seguirlas”.

También los paganos de los primeros siglos eran muy diferentes, demasiado diferentes del Evangelio y, sin embargo, supieron seguirlo. Eran lujuriosos, ávidos, crápulas, crueles, escépticos, viciosos, pero supieron arrancar de sí mismos todas estas mezquindades, supieron dejar al desnudo su alma, hacerla sangrar para arrebatarla a los tentáculos de la vida pagana y, heridos de este modo en las ideas, en los afectos, en sus costumbres, supieron venir a Mí a decirme: “Señor, si Tú quieres, puedes sanarme” 1. Y Yo les sané. Yo cicatricé sus heroicas heridas.

Ya que es heroísmo saber arrancar de sí el mal por amor de una ley que se ha aceptado totalmente. Es heroísmo mutilarse de todo lo que es un obstáculo para seguirme. Es el heroísmo que Yo he indicado: “En verdad os digo que, para seguirme, hay que dejar la casa, los campos, las riquezas, los afectos. Mas al que sepa dejarlo todo para venir a Mí, por el amor hacia mi Nombre, le será dado cien veces más en la otra vida. En verdad os digo que el que se regenere al seguirme poseerá el Reino y el último día vendrá conmigo a juzgar a los hombres”2.

¡Oh, verdaderos fieles míos! Estaréis conmigo, conmigo, como una multitud jocunda y refulgente en la hora de mi triunfo, de vuestro triunfo, pues todo lo que es mío es vuestro, es de mis hijos, es de mis amados amantes, de mis bienaventurados, de mi júbilo.

Mas, ¡oh, hombres!, hay que “regenerarse” para ser míos. Hay que regenerarse. Citando mis palabras también lo dice Juan, mi predilecto, al hablar de Nicodemo, como lo dice Mateo al hablar del joven rico 3. Hay que renacer. Hay que regenerarse. Hay que hacerse un alma nueva, ¡oh, nuevos gentiles del siglo veinte! Hay que hacerse un alma nueva despojándose de los compromisos y de las ideas del mundo, para abrazar mi Idea y vivirla, vivirla verdaderamente, integralmente.

Así lo hicieron los gentiles de los primeros siglos y se convirtieron en los gloriosos santos del Cielo y dieron civilización a la Tierra. Así tenéis que hacer vosotros si es verdad que me amáis, si es verdad que

---

1 Como le dijo el leproso, según Mateo 8, 2; Marcos 1, 40; Lucas 5, 12.

2 Mateo 19, 28-29; Marcos 10, 29-30; Lucas 18, 29-30.

3 Mateo 19, 16-30 (y también Marcos 10, 17-27; Lucas 18, 18-30); Juan 3, 1-21.



anheláis la otra Vida, si es verdad que trabajáis para civilizar la Tierra. ¡Esta Tierra que ahora es más incivil que una tribu sepultada en las florestas vírgenes! ¿Por qué lo es? Porque me rechazó. El llamarse cristianos no quiere decir ser cristianos. El haber recibido un bautismo pro forma no lo significa. Ser cristianos quiere decir ser como Cristo dijo que hay que ser, como lo repite el Evangelio.

Mas vosotros leéis poco el Evangelio, lo leéis mal, le quitáis todo lo que os molesta en las grandes enseñanzas. Y ni siquiera notáis las enseñanzas más delicadas.

Mas decidme, cuando un artista se dispone a realizar una obra, ¿se limita a desbastar el mármol si es escultor, a hacer un bosquejo si es pintor, a alzar muros si es arquitecto? Claro que no.

Tras la parte fundamental de la tarea, se dedica a los detalles. Y éstos requieren un trabajo mucho más largo que la tarea principal, pero son los que crean la obra de arte.

¡Con cuánto amor, con el cincel y el mazo, el escultor trabaja el mármol - que al profano parece ya vivo - para llevar a la perfección su obra! Parece un orfebre por lo minucioso y esmerado de su labor. Observad cómo ese rostro de piedra adquiere vida bajo la caricia (es tan diligente y leve que no puede ser más que una caricia) de la herramienta. Parece que en los ojos brilla la mirada, que la nariz se infla por la respiración, que la boca se ablanda en la curva de los tibios labios y los cabellos, ¡oh! los cabellos ya no están endurecidos en la piedra; por el contrario, parecen dóciles y aireados como si el viento los moviera y una mano amorosa los despeinara.

Mirad a ese pintor. La tela ya está acabada. Es bella, parece bella y perfecta. Pero él no se detiene. Bien, aquí se necesita una sombra azulada, casi negra, y allí un toque de carmín. En esta flor que resplandece en la mano de esa virgen se necesita una chispa de sol para que resalte aún más su candor de perla. En esta mejilla se necesita una gota de llanto para evidenciar el gozo estático, que sobrevive en medio de los tormentos. Hay que regar de rocío este campo florecido, por el que pasan y pacen los rebaños, para hacer resaltar más la seda de las corolas. El pintor no se detiene hasta que su obra es tan perfecta que hace exclamar: “¡Es verdadera!”. Y del mismo modo hacen el arquitecto y el músico y todos los verdaderos artistas que quieren dar al mundo obras de arte.

Y del mismo modo tenéis que hacer vosotros con la obra de arte de vuestra vida espiritual.

253

¿Qué creéis, que Yo, que era tan contrario a los discursos, agregué palabras sólo por el gusto de decirlas? No; Yo dije lo absolutamente necesario para llevaros a la perfección. Y si en la gran enseñanza evangélica está lo que puede dar la salvación a vuestra alma, en los toques más menudos está lo que puede llevaros a la perfección.

El primer toque se refiere a los mandos; desobedecerlos significa morir para la Vida. El segundo, a los consejos; obedecerlos significa alcanzar una santidad cada vez más solícita y acercarse cada vez más a la Perfección del Padre.

En el Evangelio de Mateo está dicho: “Al multiplicarse la iniquidad, la caridad de muchos se enfriará” 4. ¡Oh, hijos!, he aquí una verdad que se medita muy poco.

¿De qué sufrís ahora?: sufrís de falta de amor. En el fondo, ¿qué son las guerras? Son odio. Y, ¿qué es el odio? Es la antítesis del amor. Lo demás: las razones políticas, el espacio vital, las fronteras injustas, una afrenta política, son excusas, solamente excusas.

No os amáis. No os sentís hermanos. No os acordáis que provenís todos de una misma sangre, que nacéis todos del mismo modo, que morís todos del mismo modo, que todos tenéis hambre, sed, frío, sueño, del mismo modo; que todos necesitáis pan, vestidos, un techo, calor, del mismo modo. No os acordáis que Yo he dicho: “Amaos. Por el modo en que os amaréis, se comprenderá si sois mis discípulos. Amad al prójimo como a vosotros mismos” 5.

Creéis que estas palabras son embustes. Creéis que mi doctrina es la de un loco. La sustituís con muchas doctrinas humanas, doctrinas pobres o malvadas según quien las creó. Mas, aún las más perfectas de ellas son imperfectas, si son diferentes de la mía. Buena parte de ellas será de metal preciado, como la mítica estatua 6: pero la base será de fango y, al final, causará el derrumbe de toda la doctrina. Y, con el derrumbe, causará la ruina de los que se habían apoyado en ella. Mi doctrina no se derrumba. Quien se apoya en ella no se arruina; por el contrario, asciende a una

seguridad cada vez mayor: sube al Cielo, a la alianza con Dios en la Tierra, al goce de Dios más allá de la Tierra.

Mas la caridad no puede existir donde existe la iniquidad, porque la caridad es Dios y Dios no convive con el Mal. Por eso, el que ama

---

4 Mateo 24, 12.

5 Juan 13, 34-35; 15, 12.

6 Daniel 2, 31-45.



el Mal odia a Dios y, al odiar a Dios, aumenta sus iniquidades y se separa cada vez más de Dios-Caridad. Éste es el círculo del que no se sale y que se estrecha para torturaros.

Los potentes y los humildes, todos habéis aumentado vuestras culpas, habéis desatendido el Evangelio, habéis escarnecido los Mandamientos, os habéis olvidado de Dios - pues no puede afirmar recordarle el que vive siguiendo la carne, el que vive siguiendo la soberbia de la mente, el que vive siguiendo los consejos de Satanás -; habéis pisoteado la familia, habéis robado, blasfemado, asesinado, dado falso testimonio, mentido, fornicado. Habéis hecho lícito lo ilícito robando aquí un puesto, una esposa, un patrimonio; robando allí, aún más arriba, el poder o la libertad nacional y habéis aumentado vuestro latrocinio con la culpa de la mentira, para justificar ante el pueblo vuestras acciones que lo envían a la muerte. ¡Habéis engañado a esas pobres gentes que no piden más que vivir tranquilas! Y que en cambio, vosotros incitáis, con venenosas mentiras, las unas contra las otras para aseguraros un bienestar que no es lícito conseguir con el precio de la sangre, de las lágrimas, del sacrificio de naciones enteras.

Mas ¡cuánta culpa individual existe en la gran culpa de los potentes! La base de la Culpa está formada por el cúmulo de las pequeñas culpas individuales. Si cada uno viviera santamente, sin la avidez de la carne, del dinero, del poder, ¿cómo podría originarse la Culpa? Aún existirían los delincuentes, pero serían inocuos pues nadie les secundaría. Como locos aislados convenientemente, seguirían delirando tras sus obscenos sueños de abusos, pero esos sueños nunca llegarían a ser realidad. Por mucho que Satanás les ayudara, su ayuda quedaría anulada por la unión contraria de toda la humanidad santificada por vivir según la doctrina de Dios. Y, además, la humanidad tendría consigo a Dios, a Dios que es clemente con sus hijos obedientes y buenos. Por lo tanto la caridad, viva y santificante, reinaría en los corazones y desaparecería la iniquidad.

¿Comprendéis, ¡oh, hijos!, la necesidad de amar para no ser inicuos, y la necesidad de no ser inicuos para poseer el amor? Esforzaos en amar. ¡Si amarais... sólo un poquito! ¡Si comenzarais a amar! Bastaría comenzar y luego todo progresaría por sí mismo.

No puede cosecharse la mies si la espiga no madura. La espiga no puede madurar si no se forma. Y la espiga no puede formarse si no se forma el brote. Mas, si el campesino no arrojara la pequeña semilla



en el terrón, ¿podría surgir de ese surco el verde brote que, como una copa viva, sostiene la

gloria de las espigas? ¡Es tan pequeña la semilla! Y, sin embargo, rompe el terrón, penetra en la tierra, la sorbe como una boca ávida y luego alza al sol su pompa bendita de futuro pan y, sea con su color de esperanza o con su oro que murmura al viento y esplende al sol, canta la bendición a El que da al hombre el Pan y el pan. Si ya no existiera esa semilla, tan pequeña que hacen falta muchas de ellas para colmar el buche de un gorrión, tampoco tendríais la Hostia en el altar. Moriríais de hambre física y de inedia espiritual.

Poned en cada corazón una semilla, una pequeña semilla de caridad. Dejadla penetrar en vosotros. Haced que crezca en vosotros. Mudad vuestra desnuda avidez en ubérrimo florecer de obras santas, nacidas todas ellas de la caridad. La tierra, que ahora está toda cubierta de abrojos y espinas, mudaría su aspecto y su aspereza, que hoy os tortura y se convertiría en una buena y plácida morada, como una anticipación del bienaventurado Cielo. Amarse los unos a los otros ya es estar en el Cielo, porque el Cielo es solamente amor.

Leed, leed el Evangelio, leed aun sus frases más breves. Vividlo en estos toques suyos de perfección. Comenzad por el amor. Parece ser el precepto y el consejo más difícil, pero es la clave de todo: de todo el Bien, de todo el Gozo, de toda la Paz».

29 de marzo

11 de la mañana.

Dice Jesús:

«Escribe: "Contra el poder del Demonio, cada poder tiene la Cruz", y luego describe lo que verás.

Es la semana de Pasión, la que prepara para el triunfo de la Cruz. Sobre los altares, la Cruz está velada mas, para quien lo ama y lo invoca, el Crucifijo obra más que nunca en su glorioso patíbulo, detrás de su velo.

Describe».

Veo a una joven, algo más que adolescente, que está con un joven de unos treinta años. La joven es bellísima: es alta, morena, bien formada. También el joven es muy hermoso pero, del mismo modo que



en el aspecto de la joven, aun en su gravedad, hay tanta dulzura, es poco simpático el aspecto del joven, no obstante su forzada sonrisa. Parecería que, bajo una apariencia benévola, albergara un ánimo odioso y siniestro.

Está  insistiendo en sus declaraciones de afecto y afirma que está dispuesto a hacer de ella una esposa feliz, la reina de su corazón y de su casa. Pero la joven, a la que oigo llamar "Justina", rechaza estas propuestas amorosas con serena constancia.

"Pero tú, Justina, podrías hacer de mí un santo de tu Dios, visto que, como sé, eres cristiana. No soy un enemigo de los cristanos. No permanezco incrédulo en cuanto a las verdades de ultratumba. Creo en la otra vida y en la existencia del espíritu. Creo que hay seres espirituales que

velan sobre nosotros y se manifiestan y nos ayudan. Me ayudan también a mí. Como ves, creo en lo que tú crees y jamás podría acusarte, pues entonces tendría que acusarme de tu mismo pecado. A diferencia de muchos, no creo que los cristianos sean hombres que ejercitan malvadas hechicerías. Y estoy convencido de que nosotros dos, juntos, haremos cosas importantes".

"No insistas, Cipriano. No discuto tus creencias. Y también quiero creer que juntos haremos cosas importantes. Tampoco niego que soy cristiana y llego a admitir que amas a los cristianos. Rezaré porque llegues a amarles hasta el punto de convertirte en un paladín entre ellos. Entonces, si Dios así lo quiere, estaremos unidos en una misma suerte, pero en una suerte completamente espiritual, pues me niego a otro tipo de uniones: quiero conservar toda mí misma para el Señor, al fin de obtener esa Vida en la que afirmas creer tú también, y así llegar a poseer la amistad de esos espíritus que velan sobre nosotros - como tú mismo admites - y que realizan, en nombre del Señor, obras de bien".

"¡Pon atención, Justina! Mi espíritu protector es potente. Te obligará a ceder".

"¡Oh, no! Si es un espíritu del Cielo, querrá sólo lo que Dios quiere. Y Dios quiere para mí la virginidad y, espero, también el martirio. Por lo tanto, tu espíritu no podrá inducirme a algo que es contrario a la voluntad de Dios. Y si no fuera un espíritu del Cielo, nada podría contra mí, pues sobre mí se alza el signo vencedor. Ese signo está vivo en la mente, en el corazón, en el espíritu, en la carne y, por eso, la carne, la mente, el corazón, el espíritu, saldrán victoriosos sobre todas las voces que no sean la de mi Señor. Ve en paz, hermano, y que



Dios te ilumine para que conozcas la verdad. Rezaré por la luz de tu alma".

Cipriano abandona la casa mascullando amenazas que no comprendo bien. Justina derrama lágrimas de piedad mientras le ve partir. Luego se retira para rezar, pero antes tranquiliza a dos viejecitos, que seguramente son sus padres y que han acudido tan pronto como el joven se ha marchado. "No temáis. Dios nos protegerá y hará que Cipriano sea de los nuestros. Rezad también vosotros y tened fe".

La visión tiene dos partes, como si el lugar estuviera dividido en dos zonas. En una veo el cuarto de Justina y en la otra una habitación de la casa de Cipriano.

Justina reza postrada ante una cruz desnuda, trazada entre dos ventanas como si fuera un ornato y coronada por la figura del Cordero que, de una parte está flanqueada por el pez y de la otra por una fuente que parece recibir su líquido de las gotas de sangre que brotan de la garganta desgarrada del Cordero místico. Comprendo que son figuras del simbolismo cristiano en auge en esos tiempos crueles. En el aire, sobre Justina que está rezando de rodillas, veo suspendida una dulce claridad que, a pesar de ser incorpórea, tiene la apariencia de un ser angelical.

En cambio, en el cuarto de Cipriano se encuentra éste en medio de instrumentos y signos cabalísticos y mágicos; está ocupado en echar en un trípode unas substancias, que me parecen resinosas, que provocan densas espirales de humo. Sobre ellas Cipriano traza ciertos signos mientras murmura las palabras de algún rito misterioso. El ambiente se satura de una niebla azulada que vela los contornos de las cosas y hace aparecer el cuerpo de Cipriano como tras lejanas aguas trémulas. Entonces, en este ámbito se forma un punto fosforescente, que poco a poco va agrandándose hasta alcanzar un volumen semejante al de un cuerpo humano. Oigo algunas palabras, pero no comprendo su significado. En cambio, veo que Cipriano se arrodilla y hace gestos de veneración, como si le rogara a un ser potente. La niebla desaparece lentamente y Cipriano vuelve a

estar solo.

Mientras tanto, en el cuarto de Justina se produce un cambio. Un punto, que brilla y danza como un fuego fatuo, traza círculos cada vez más estrechos en torno a la joven que está rezando. Mi amonestador interior me advierte que ésta es la hora de la tentación para Justina y que tras esa luz se oculta un ser maligno que, suscitando sen-

258

saciones y visiones mentales, intenta despertar los sentidos de la virgen de Dios.

No veo lo que ella está viendo. Veo solamente que sufre y que, cuando está por ser avasallada por la potencia oculta, la vence haciéndose la señal de la cruz y repitiéndola en el aire con una pequeña cruz que lleva en el seno. Y cuando por tercera vez sufre la tentación - y en este caso debe de ser violenta -, Justina se apoya a la cruz trazada en el muro y con las dos manos levanta ante sí la otra cruz, la pequeña. Parece un luchador aislado que se defiende a la espalda apoyándose a un reparo indestructible y por delante con un escudo invencible. La luz fosforescente no resiste a este doble signo y desaparece. Justina sigue rezando.

Aquí hay una laguna pues la visión está truncada, pero la recupero luego con los mismos personajes. Veo siempre a la virgen y a Cipriano, que mantienen un intenso coloquio en presencia de muchos individuos, que se han unido a Cipriano para rogarle a la joven que ceda y se case para liberar a la ciudad de la epidemia.

Justina responde: “No soy yo quien debe cambiar idea, sino vuestro Cipriano. Él debe despojarse de la esclavitud de su espíritu malvado y entonces la ciudad estará a salvo. En cuanto a mí, ahora más que nunca permanezco fiel al Dios en que creo y a Él lo sacrifico todo por el bien de todos vosotros. Y ahora se verá si el poder de mi Dios es superior al de vuestros dioses y al del Malvado que éste adora”.

La muchedumbre se agita, una parte está contra Cipriano y otra contra la joven...

...que luego veo junto a Cipriano, ahora mucho más adulto y con los signos sacerdotales: lleva el palio y sus cabellos ya no son más bien largos, como antes, ni están adornados: ahora tiene la típica tonsura redondeada.

Están esperando el suplicio en la prisión de Antioquía y Cipriano recuerda a su compañera una vieja conversación.

“Pues bien, ahora va a cumplirse lo que, de modo diverso, profetizamos que sucedería. Ha triunfado tu cruz, Justina. Has sido mi maestra y no mi esposa. Me has librado del Mal y me has conducido a la Vida. Lo comprendí cuando el siniestro espíritu que yo adoraba me confesó que su poder no era suficiente para vencerte. Me dijo: ‘Ella triunfa por la Cruz. Mi poder queda anulado ante ella. Su Dios Crucificado es más potente que todo el Infierno reunido. Ya me venció infinitas veces y me vencerá siempre. Quien cree en Él y en su Signo

259

está a salvo de toda insidia. Sólo el que no cree en Él y desprecia su Cruz cae en nuestro poder y perece en nuestro fuego’. No quise arder en ese fuego; quise conocer el Fuego de Dios, que te hacía tan bella y pura, tan potente y santa. Eres la madre de mi alma y, puesto que lo eres, te ruego que en esta hora nutras mi debilidad con tu fuerza para que juntos subamos a Dios”.

“Hermano mío, ahora tú eres mi obispo. En nombre de Cristo, nuestro Señor, absuélveme de toda culpa para precederte, más pura que un lirio, en la gloria”.

“Yo no te absuelvo porque en ti no hay culpa, te bendigo. Y tú, perdona a tu hermano todas las insidias que te tendió. Ruega por mí, que cometí tantos errores”.

“Tu sangre y tu amor actual lavan toda huella de error. Recemos juntos: Pater noster...”.

Pero entran los carceleros y turban la augusta plegaria.

“¿Aún no os bastan los tormentos? ¿Resistís aún? ¿No ofreceréis sacrificios a los dioses?”.

“Ofrecemos a Dios el sacrificio de nuestro proprio ser; se lo ofrecemos al Dios verdadero, único, eterno, santo. Dadnos la Vida, la que queremos. Dadnos la muerte por Jesucristo, Señor del mundo y de Roma; por el rey potente ante quien César es sólo polvo mezquino; por el Dios ante el cual se inclinan los ángeles y tiemblan los demonios”.

Los verdugos, airados, les arrojan al suelo, les arrastran sin lograr separarles, pues las manos de los dos héroes de Cristo están como saldadas la una a la otra.

Así van al lugar del martirio, que parece ser una de las usuales aulas de los Cuestores. Los dos mandobles, asestados por dos musculosos justicieros, cortan las dos heroicas cabezas y dan alas para el Cielo a las almas.

La visión termina de este modo.

Dice Jesús:

«La historia de Justina de Antioquía y de Cipriano es una de las más bellas en favor de mi Cruz.

Ella, el patíbulo regado con mi Sangre, obró infinitos milagros a lo largo de los siglos. Y los obraría aún si vosotros tuvierais fe en ella. El milagro de la conversión de Cipriano, cuya alma estaba en poder de Satanás y que luego se convirtió en un mártir de Jesús, es uno de los más poderosos y bellos.



¡Oh, hombres!, ¿qué es lo que veis? Veis a una joven sola, con una pequeña cruz entre las manos y otra ligeramente trazada en el muro. Veis a una joven, cuyo corazón está convencido verdaderamente del poder de la Cruz y que en ella se refugia para vencer.

Frente a ella veis a un hombre, cuyos tratos ilícitos con Satanás le colman de todos los vicios capitales. En él albergan la lujuria, la ira, la mentira, la ceguera espiritual, el error. En él tienen lugar el sacrilegio y el connubio con las fuerzas infernales. En su ayuda acude el señor del Infierno con todas sus seducciones.

Pues bien: vence la joven. Y no basta: constreñido por una fuerza invencible, Satanás debe confesar la verdad y perder a su secuaz. La virgen fiel obtiene el triunfo no sólo para sí, sino también para su ciudad y libra a Antioquía del maleficio que, bajo forma de peste, se difunde y mata a los ciudadanos. Y obtiene el triunfo también para Cipriano que, de siervo de Satanás, se hace

siervo de Cristo. La mano de una jovencita que sostiene la cruz vence pues al demonio, al hombre y vence también la enfermedad.

Conocéis poco a esta mártir mía. Sin embargo, tendríais que representarla con su pequeña mano armada con la cruz, erguida sobre la piedra que cierra el Infierno, bajo la cual Satanás gruñe, ya vencido y prisionero. Tendríais que recordarla así, tendríais que imitarla así, visto que Satanás hoy más que nunca recorre la Tierra y desencadena sus fuerzas perversas para haceros perecer. Lo único que puede vencerle es la Cruz. Recordad que él mismo confesó: "El Dios Crucificado es más potente que todo el Infierno. Me vencerá siempre. Quien cree en Él está a salvo de toda insidia".

¡Hijos míos, hay que tener fe, fe! Es una cuestión vital para vosotros. O creéis y recibiréis el bien o no creéis y conoceréis el mal cada vez más.

¡Oh vosotros, los que creéis!, usad con veneración este signo. ¡Oh vosotros, los que dudáis!, y con la duda lo habéis cancelado de vuestro espíritu, como si ácidos corrosivos lo hubieran carcomido (en efecto, la duda es tan corrosiva como un ácido), volved a esculpir en vuestra mente y en vuestro corazón este signo que os asegura la protección divina.

Si ahora la cruz está velada para simbolizar mi muerte 1, que no lo

---

1 Durante la semana de Pasión, en las iglesias se usaba proceder de este modo, como se recuerda al principio, en el breve dictado.



sea jamás en vuestro corazón; que resplandezca en él como sobre un altar; que sea para vosotros la luz que os guía al puerto; que sea el estandarte en el que se fije vuestra mirada dichosa en el último día, cuando por ese signo Yo separaré las ovejas de los cabrones y a éstos los arrojaré a las Tinieblas eternas y me llevaré conmigo, a la Luz, a mis bienaventurados».

Luego Jesús me dice:

«Tú has probado el poder de la Cruz. No tienes dudas acerca de la veracidad de la visión, porque también tú viste huir a Satanás cuando tu mano alzó mi cruz2. ¡Mas, cuán pocos son los que creen de este modo! Y, dado que no creen, ni siquiera recurren a este signo bendito.

También esta visión debe ser incluida en los evangelios de la Fe 3. No es Evangelio, pero es Fe. Y, en el fondo, también es Evangelio, puesto que Yo he dicho: "Al que crea en Mí, le daré el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones y sobre el poder del Enemigo y nada podrá hacerle daño" 4.

Que tu fe aumente con cada latido de tu corazón. Y si éste, por cansancio, hace más lentos sus latidos, que no se haga más lenta tu creencia.

Cuanto más se acerca la hora de la reunión con Dios, tanto más es necesario aumentar la fe porque en la hora de la muerte, el astuto, feroz, adulador Satanás - que no se ha cansado nunca de turbaros con sus insidias y ha intentado plegaros con sonrisas, con cantos, con rugidos y silbidos, con caricias y uñazos - aumenta sus iniciativas para arrancaros al Cielo. Ésta es justamente la hora de abrazarse a la Cruz para que las ondas de la última tempestad satánica no os sumerjan. Luego llegará la Paz eterna.

¡Ánimo, María!, que la Cruz sea tu fuerza ahora y en la hora de la muerte.

Que la cruz de la muerte, la última cruz del hombre, tenga dos brazos: uno mi misma Cruz y el otro el nombre de María. Entonces la muerte acontecerá en la paz de los que están libres hasta de la cercanía de Satanás, porque éste, el Maldito, no soporta la Cruz ni el nombre de mi Madre.

---

2 Se trata de una probable alusión al episodio que se lee en la Autobiografía, en las págs. 273-278.

3 Son los introducidos con el breve dictado del 28 de febrero.

4 Lucas 10, 19.

262

Es necesario que muchos sepan esto, porque todos debéis morir y todos necesitáis de esta enseñanza para salir victoriosos de la extrema infamia de quien os odia infinitamente».

30 de marzo

Veo una gruta pedregosa en la que hay un jergón formado por hojas secas amontonadas sobre una rústica armazón de ramas entrelazadas y atadas por juncos. ¡Debe de ser tan cómodo como un instrumento de tortura! En la gruta hay, además, una piedra grande que sirve como mesa y otra más pequeña como asiento. En la zona más profunda de la gruta hay otra piedra; se trata de un fragmento saliente de la roca, que tiene una superficie bastante lisa, bruñida; no sé si este aspecto es natural o si es el resultado de una paciente y fatigosa labor humana. En realidad, parece un rústico altar, sobre el que está apoyada una cruz hecha con dos ramas atadas con mimbres. Además, el habitante de la gruta ha plantado una hiedra en una grieta terrosa del terreno y ha extendido sus ramos hasta abrazar y enmarcar la cruz, mientras que en dos toscos vasos, que parecen modelados en la arcilla por una mano inexperta, hay algunas flores silvestres que ha recogido en las cercanías y, justo al pie de la cruz, en una concha gigantesca, hay una pequeña planta de ciclamen silvestre, con sus hojitas lustradas y dos gemas a punto de florecer. Al pie de este altar hay un haz de ramos espinosos y un flagelo hecho con sogas anudadas. También hay una tosca tinaja con agua, y nada más.

Por la estrecha y baja abertura se ven al fondo los montes y, dada la oscilante claridad que se entrevé aún más lejos, se diría que desde este punto se divisa el mar, pero no puedo asegurarlo. Sobre dicha abertura cuelgan ramos de hiedra, madreselvas y rosales silvestres, es decir, todo el fasto vegetal de los lugares montañosos, y forman como un velo movedizo que separa el interior del exterior.

Una mujer enjuta, que lleva un rústico vestido oscuro y sobre éste, una piel de cabra que le sirve de manto, entra en la gruta apartando los ramos colgantes. Parece exhausta. Su edad es indefinible. A juzgar por su rostro ajado, se le darían muchos años, más de sesenta. A juzgar por la cabellera, aún bella, abundante, dorada, no se le darían más de cuarenta. Lleva el cabello anudado en dos trenzas que caen sobre los hombros curvos y flacos: son lo único que reluce en



medio de ese ambiente escuálido. Habrá sido hermosa, por cierto: su frente se conserva aún lisa y erguida, la nariz está bien delineada y el contorno del rostro, a pesar de estar enflaquecido por las penurias, es regular. Pero sus ojos ya no brillan, están hundidos profundamente en las órbitas y cercados por dos cárdenas ojeras: son dos ojos que han vertido muchas lágrimas. Dos arrugas como dos cicatrices esculpidas desde el ángulo de los ojos y a lo largo de la nariz, se pierden en otra arruga, típica de los que han sufrido mucho, que desciende, como un acento circunflejo, desde las fosas nasales hasta la comisura de los labios. Las sienes parecen hundidas y en su intensa palidez se diseñan las venas azules. Un pliegue de desaliento curva su boca, de un rosa palidísimo: antaño debe de haber sido una boca espléndida, pero ahora es una boca marchita en la que la curva de los labios se asemeja a la de dos alas rotas que penden. Es una boca doliente.

La mujer se arrastra hasta la piedra que sirve de mesa y apoya en ella arándanos y fresas silvestres. Luego va hacia el altar y se arrodilla, pero está tan agotada que, al hacerlo, casi se cae y tiene que sostenerse en la piedra con una mano. Reza mirando la cruz mientras sus lágrimas descienden por el surco de las arrugas hasta los labios, que las beben. Luego deja caer la piel de cabra de modo que queda cubierta solamente con su burda túnica, y coge el flagelo y los espinos. Estrecha en torno a la cabeza y las caderas los ramos espinosos y se flagela con las cuerdas, pero está demasiado débil para lograrlo; deja caer el flagelo y, apoyándose al altar con ambas manos, dice: ‘ti Oh Rabí, ya no puedo, no puedo sufrir más en recuerdo de tu dolor!”.

Reconozco su voz. Es María de Magdala. Estoy en su gruta de penitente.

María llora. Llama a Jesús amorosamente. Ya no puede sufrir más, pero puede amar aún. Su carne mortificada por la penitencia ya no resiste el agobio de la flagelación, pero su corazón aún experimenta latidos de pasión y consume amando sus últimas fuerzas. Y, por eso, con la frente coronada de espinas y la cintura estrechada por ellas, ama hablándole a su Maestro en una continua profesión de amor y en un renovado acto de dolor.

Resbala hasta quedar con la frente contra el suelo. Es la misma postura que tenía en el Calvario, frente a Jesús tendido en el regazo de María; la misma que tenía en la casa de Jerusalén cuando la Verónica desplegaba su velo; la misma que tenía en el huerto de José de



Arimatea cuando Jesús la llamó y ella le reconoció y adoró 1. Pero ahora llora porque Jesús no está.

“Maestro mío, la vida se me escapa. ¿Tendré que morir sin volver a verte? ¿Cuándo podré deleitarme con tu rostro? Mis pecados están frente a mí y me acusan. Tú me has perdonado y por eso creo que el infierno no me alcanzará. Mas ¡cuánto debo esperar en la expiación antes de vivir de Ti! ¡Oh, buen Maestro, por el amor que me has dado, consuela mi alma! La hora de la muerte ha llegado. ¡Por tu muerte desolada en la cruz, conforta a tu criatura! Tú me engendraste, no lo hizo mi madre. Tú me resucitaste más que a Lázaro, mi hermano, porque él ya era bueno y no podía más que esperar la muerte en tu Limbo. Yo estaba muerta en el alma y, por eso, morir quería decir morir

para la eternidad. ¡Jesús, en tus manos encomiendo mi espíritu! Es tuyo, porque Tú lo has redimido. Como última expiación acepto conocer, como Tú, la dureza de morir abandonada. Pero dame una señal que me demuestre que mi vida ha servido para expiar mi pecado" 2.

"¡María!". Aparece Jesús. Se diría que baja de la rústica cruz, pero ya no está moribundo y cubierto de llagas: ahora es tan hermoso como en la mañana de la Resurrección. Desciende del altar y va hacia la mujer arrodillada. Se inclina hacia ella. Vuelve a llamarla y, dado que ella cree que esa Voz resuena porque la percibe en su espíritu y sigue con la frente contra el suelo, sin ver la luz que irradia Cristo, Él la toca posándole una mano sobre la cabeza y tomándola por el brazo para ayudarla a levantarse, como en Betania 3.

Cuando ella percibe ese roce y reconoce esa mano afilada, exhala un alarido, alza su rostro transfigurado por el júbilo y vuelve a bajarlo para besar los pies de su Señor.

"Álzate, María. Soy Yo. La vida huye, es verdad. Mas Yo vengo a decirte que Cristo te espera. María no debe esperar. Todo le ha sido perdonado. Le fue perdonado desde el primer momento. Mas ahora está más que perdonado: tu lugar ya está listo en mi Reino. He venido a decírtelo, María. No le ordené al ángel que lo hiciera porque Yo doy cien veces más de lo que recibo y recuerdo todo lo que recibí de

---

1 Se refiere a las visiones del 18 de febrero, del 19 de febrero y del 21 de febrero respectivamente.

2 En los escritos de María Valtorta y, en particular, en la vasta obra sobre el Evangelio, María de Magdala, hermana de Marta y de Lázaro, está identificada con la pecadora sin nombre de Lucas 7, 36-50.

3 Véase la visión del 23 de marzo.



ti. María, revivamos juntos esa hora pasada. Acuérdate de Betania 4. Era la tarde sucesiva al sábado. Faltaban seis días para mi muerte. ¿Recuerdas tu casa? Era hermosa, envuelta en la cerca florecida de su huerto. El agua cantaba en la fuente y las primeras rosas perfumaban en torno a sus muros. Lázaro me había invitado a su cena y tú habías despojado el jardín de sus flores más bellas para adornar la mesa donde tu Maestro iba a tomar su alimento. Marta no había osado reprocharte porque recordaba mis palabras 5 y te miraba con dulce envidia, porque resplandecías de amor yendo y viniendo para los preparativos. Y luego llegué. Tú, más veloz que una gacela, precediste a los criados y corriste a abrir la cancela con tu grito habitual que parecía, siempre, el grito de una prisionera liberada. En efecto, Yo era tu liberación y tú una prisionera liberada. Los apóstoles venían conmigo. Venían todos, también el que ya era como un miembro gangrenoso del cuerpo apostólico. Pero allí estabas tú para tomar su puesto y no sabías que, al mirar tu cabeza inclinada para besar mis pies y tu mirada sincera y llena de amor, al mirar sobre todo tu espíritu, Yo olvidaba el disgusto de tener a mi lado al traidor. Por eso te quise en el Calvario. Por eso te quise en el huerto de José. Porque verte significaba estar seguro de que mi muerte no carecía de objeto y mostrarme a ti era el agradecimiento por tu fiel amor. ¡Oh María, bendita seas, tú que no has traicionado nunca, que me has confirmado mi esperanza de Redentor; tú, en quien vi a todos los que se salvaron por mi muerte! Mientras todos comían, tú adorabas. Me habías dado agua perfumada para mis pies cansados, besos castos y ardientes para mis manos y, aún no contenta con ello, quisiste romper el último vaso precioso que te quedaba y ungirme y ordenarme el cabello como una madre, y ungirme

las manos y los pies para que todo en tu Maestro perfumara como los miembros de un Rey consagrado... Y Judas, que te odiaba porque ahora eras honesta y, con tu honestidad, rechazabas la avidez de los machos, te reprochó... Mas Yo te defendí porque todo eso lo habías hecho por amor, un amor tan grande que su recuerdo me acompañó en la agonía, desde la tarde del jueves hasta la hora de nona... Ahora, por ese acto de amor que me diste en los umbrales de mi muerte, Yo vengo a devolverte amor en los umbrales de tu muerte. María, tu Maestro te ama. Él está aquí para decírtelo.

---

4 Mateo 26, 6-13; Marcos 14, 3-9; Juan 12, 1-11.

5 Lucas 10, 38-42.



No temas, no te angusties con la idea de otra muerte. Tu muerte no es diferente de la de quien derrama su sangre por Mí. ¿Qué ofrece el mártir? Ofrece su vida por amor de su Dios. ¿Qué ofrece el penitente? Ofrece su vida por amor de su Dios. ¿Qué ofrece el que ama? Ofrece su vida por amor de su Dios. Como ves, no hay diferencia. El martirio, el amor, la penitencia, cumplen el mismo sacrificio y lo cumplen por el mismo fin. Por lo tanto, el martirio se cumple en ti, que eres penitente y amante, como en quien perece en la arena. María, te precedo en la gloria. Bésame la mano y reposa en paz. Reposa. Ya es tiempo para ti de reposar. Dame tus espinas. Ahora es tiempo de rosas. Reposa y espera. Te bendigo, ¡oh, bienaventurada! ".

Jesús ha obligado a María a echarse en su jergón.Y la santa, con el rostro lavado por el llanto de su éxtasis, ha obedecido la voluntad de su Dios y ahora parece dormir con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras las lágrimas siguen brotando pero la boca ríe.

Se incorpora cuando la gruta se ilumina por un vivísimo resplandor a la llegada de un ángel; éste sostiene un cáliz que apoya en el altar y luego permanece en adoración. También María, que está arrodillada junto a su mísero lecho, está en adoración. Ya no puede moverse. Sus fuerzas van disminuyendo, pero se siente feliz. El ángel coge el cáliz y le da la comunión. Luego sube otra vez al Cielo.

Como una flor abrasada por el sol excesivo, María se dobla, se dobla con los brazos aún cruzados sobre el pecho y cae hundiendo el rostro en la hojarasca del jergón. Ha muerto. El éxtasis eucarístico ha cortado la última fibra vital.

Mientras Jesús hablaba, yo veía la escena descrita: la casa de Betania, toda florecida y de fiesta; la sala del banquete, preparada fastosamente. Veía a Marta, empeñada en los quehaceres y a María, que se ocupaba de las flores.

Y luego veía la llegada de Jesús con los doce y el encuentro con María, que le conduce a la casa; prontamente Lázaro va al encuentro del Maestro y entra con Él en la casa, en una sala que precede la del banquete. María lleva una jofaina con agua y quiere lavar ella misma los pies de Jesús. Luego cambia el agua y sostiene la jofaina hasta que Jesús termina de lavarse las manos y cuando Él le devuelve la toalla, le coge las manos y se las besa. Luego se sienta en el suelo, sobre un tapiz que cubre el piso, a los pies de Jesús, y le escucha hablar con su hermano; éste muestra a Jesús unos rollos: son obras que ha

comprado recientemente en Jerusalén. Jesús discute con Lázaro acerca del contenido de dichas obras y según me parece, le explica los errores doctrinales contenidos en ellas o las diferencias entre esas doctrinas pertenecientes a la gentilidad y las doctrinas verdaderas. Debe de tratarse de obras literarias que Lázaro, que es rico y culto, ha querido conocer. María no habla nunca. Escucha y ama.

Luego van a cenar. Las dos hermanas sirven a la mesa. No comen. Comen solamente los hombres. También los criados van y vienen transportando los platos, que son costosos y hermosos y que apoyan sobre el aparador. De allí los cogen las dos hermanas para llevarlos personalmente a la mesa, así como las ánforas, que llenan con vino. Jesús bebe agua y sólo al final acepta un poco de vino.

Pero cuando el banquete está por terminar y el ritmo de la cena disminuye para mudarse más bien en conversación, mientras pasan las frutas y los dulces, vuelve María - que había desaparecido por unos minutos - con un ánfora de alabastro cuyo cuello rompe contra la esquina de un mueble para poder extraer su contenido más fácilmente, lo coge a manos llenas y, de pie detrás de Jesús, le unge los cabellos y ordena los rizos de las puntas enroscándolos en sus dedos mechón por mechón. Parece una mamá que está peinando a su niño. Cuando termina, besa levemente la cabeza de Jesús y luego le coge las manos, las perfuma con bálsamos, las besa y sucesivamente hace lo mismo con los pies.

Los discípulos miran. Juan le sonríe a María, como para darle ánimo; Pedro mueve la cabeza pero... al fin también él esboza una sonrisa disimulada por la barba y los demás hacen más o menos lo mismo. Tomás y otro medio viejo refunfuñan en voz baja. Con una mirada indefinible pero que, por cierto, no anuncia nada bueno, Judas estalla con malhumor: "¡Qué necedad! Basta ser mujer para ser necia. ¿Para qué sirve todo ese derroche? El Maestro no es ni un publicano ni una meretriz y, por tanto, no tiene necesidad de semejantes afeminaciones. Hasta es un deshonor para Él. ¿Qué dirán los judíos sintiéndole perfumado como un efebo? Maestro, me sorprende que permitas a una mujer semejantes necedades. Si tiene riquezas por derrochar, que me las dé a mí para los pobres. Y así será más juiciosa. Mujer, te estoy hablando a ti: acábala, que me das asco".

María le mira estupefacta, se sonroja y está dispuesta a obedecer. Pero Jesús posa su mano sobre la cabeza, que la joven ha bajado, y luego la desliza hasta el hombro, acercándola ligeramente a Sí como para



defenderla. Y dice: "Déjala tranquila. ¿Por qué le haces estos reproches? Nadie debe reprochar una obra buena y ver en ella significados que sólo la malicia puede sugerir. Ella ha hecho una buena acción hacia Mí. Los pobres existirán siempre. Yo ya no estaré entre vosotros y los pobres seguirán estando. Podréis seguir prodigándoles el bien. A Mí ya no podréis, porque ya está cerca el momento en que os dejaré. Ella ha anticipado el homenaje a mi Cuerpo sacrificado por todos vosotros y ya me ha ungido para la sepultura porque para ese entonces no podrá hacerlo. Y, por cierto, mucho le dolería no haber podido perfumarme con sus bálsamos. En verdad os digo que hasta el fin del mundo y en todo lugar donde se predique el Evangelio, se recordará cuanto ella acaba de hacer. Y su acto servirá de lección para que las almas me den su amor, que es el bálsamo que Cristo ama, y cobren coraje en el sacrificio, pensando que cada sacrificio es un bálsamo que perfuma al Rey entre los reyes, al Ungido de Dios, a Aquél, del que desciende la Gracia - como este perfume de nardos se expande de mis cabellos - para fecundar los corazones hacia el amor, y a quien el amor asciende en un continuo flujo y reflujo de amor, de Mí hacia las almas mías y de las almas mías hacia Mí. Judas, imítala, si puedes, si aún puedes hacerlo. Y respeta a María y, con ella, a Mí. También respétate a ti mismo, puesto que el hombre no se deshonra aceptando un puro amor con amor puro, sino albergando hastío y haciendo insinuaciones bajo el impulso de los sentidos. Hace ya tres años,

Judas, que te prodigo mis enseñanzas, pero aún no he logrado mudarte. Y ya está cerca la hora, ¡oh, Judas, Judas!... Gracias, María. Persevera en tu amor".

Dice Jesús:

«Por mucho que una criatura pueda dar amor con total generosidad y retribuir de modo igualmente absoluto a quien la ha amado, ese sentimiento será siempre muy relativo. Mas vuestro Jesús supera todo anhelo humano, aun el más vasto, y todo límite en la satisfacción del mismo, pues es Dios, vuestro Jesús y, con mi generosidad de Dios - y de Dios bueno - Yo doy a vosotros, que sois generosos y amantes, pues dedico esta página especialmente a vosotras, ¡oh, almas que no os contentáis con obedecer el precepto, sino que acogéis el consejo y lleváis vuestro amor a heroísmos santos!

Creo el milagro para vosotros, para retribuir con un hecho jubiloso todo el gozo que me dais. Suplo Yo mismo todo lo que os falta o produzco todo lo que os necesita. Mas no os hago faltar nada a voso-



tros que, por amor mío, os despojasteis de todo hasta llegar a vivir en la soledad material o moral, en medio de un mundo que no os comprende, que os burla y que, repitiendo el antiguo insulto que otrora me dirigieron a Mí [6], a vuestro Maestro, os grita: "¡Locos!", y confunde vuestras penitencias y vuestras luces con señales diabólicas, porque el mundo sometido a Satanás cree que los satánicos son los santos, o sea, los que han puesto el mundo bajo sus pies y de él se han servido para subir aún más hacia Mí y sumirse en mi Luz.

Dejad que os llamen "locos y demonios". Yo sé que sois los posesores de la verdadera sabiduría, de la recta inteligencia y que albergáis un alma angélica en un cuerpo mortal. Yo recuerdo, sin que se me haya olvidado ni siquiera un suspiro de amor vuestro, cuánto habéis hecho por Mí y, del mismo modo que os defiendo del mundo - porque a los mejores del mundo les hago saber lo que significáis a mis ojos -, os recompenso también cuando llega la hora y juzgo que es tiempo de infundir en vuestro cáliz la dulzura.

Sólo Yo lo bebí hasta el fondo sin mitigarlo con la miel. Lo bebí sólo Yo, que tuve que aferrarme al pensamiento de los que me amarían en el porvenir, para poder resistir hasta el fin sin llegar a maldecir al hombre por quien derramaba mi Sangre y sin conocer, o más que conocer, sin dejarme llevar por la desesperación de mi condición de abandonado de Dios [7].

Mas no quiero que sufráis lo que Yo padecí. Mi experiencia fue demasiado cruel como para imponérosla y con ello no haría más que tentaros más allá de vuestras propias fuerzas. Dios nunca es imprudente. Quiere salvaros, no perderos. Imponeros horas demasiado crueles, sería llevar a la perdición vuestra alma, que cedería como una rama sobrecargada y terminaría por quebrarse y conocer el fango tras haber conocido tanto Cielo.

Nunca desilusiono a quien espera en Mí. Díselo, díselo, díselo a todos».

---

6 Mateo 12, 24; Marcos 3, 22 y 30; Lucas 11, 15; Juan 10, 20.

7 Mateo 27, 46; Marcos 15, 34.

*2 de enero de 1945*

No tengo una visión particular. Pero al amanecer, mientras digo el Rosario, con los misterios dolorosos porque es martes, Jesús me ilustra nuovamente sus sufrimientos de los 4 primeros misterios. Y todas las torturas del Getsemaní, de la flagelación - ese sufrimiento siempre atroz pero que, yo diría, es tanto más atroz cuanto más se la ve -, de la coronación con el cerco de espinas, pasan ante mí y me hacen sufrir por los sufrimientos de Jesús.

Del cuarto misterio he visto solamente a Jesús que, tambaleándose, iba subiendo por una callejuela estrecha y mal empedrada que conduce a la Puerta Judicial, uno de los consabidos altibajos de Jerusalén. Allí, para sobrepasar un fuerte desnivel, hay dos toscos peldaños. Para Jesús, que estaba exhausto e iba cargado con la larga y pesada cruz, subirlos significaba un esfuerzo enorme. Sudaba, le faltaba el aliento, parecía estar a punto de desplomarse.

Luego no vi nada más.

*10 de enero de 1945*

Tan pronto como me despierto se me presenta una visión singular.

Veo un cuarto estrecho, largo, oscuro, con el techo bajo. En uno de los lados estrechos hay una pequeña ventana; es la única. En el fondo de la pared opuesta hay una puertecita entreabierta que deja ver un mísero pasillo, iluminado apenas por la escasa luz que penetra por alguna ventanita que no veo. En ese cuarto, que más bien parece un pasillo, hay una mesa larga y rústica; no es más que una tabla espesa y lisa, del color natural de la madera que, ciertamente, se ha oscurecido por el uso prolongado; está sostenida por cuatro pares de patas: son soportes cilíndricos dispuestos de esta manera / \ en los dos extremos y en la cuarta parte de la mesa. En la pared hay un Crucifijo muy grande.

7

A esa mesa están sentados siete franciscanos: San Francisco, a quien se le ve pálido y demacrado como siempre; fray Elía, alto, bello, joven, con ojos negros y fieros y negros cabellos rizados... ¡ay! sus rasgos y, sobre todo, sus gestos tienen una semejanza muy fea con los de Judas. También fray León es joven y no muy alto, pero su rostro expresa bondad y jovialidad. Estos frailes están a uno y otro lado de San Francisco. Luego, junto a León, está fray Maseo, un fraile corpulento, calmo, más bien anciano. Además hay tres frailecillos, que me parecen novicios o conversos; están siempre en silencio, con actitud tímida y casi incómoda y están vestidos aún más pobremente que los otros cuatro, pues ni siquiera llevan manto. Están comiendo, en platos de estaño, verduras hervidas (me parece que se trata de brócoles o de repollo) y pan de un color ceniciento.

«¡Qué rico es este pan! Tiene uip sabor especial. No sé cómo decirlo, casi parece un dulce...», dice fray Elía.

Y fray Maseo le responde: «Eso es, ¡un dulce! Y, además, es jugoso como la carne. Nutre, tonifica. Es un alimento tan completo como una comida entera».

Fray León prosigue: «¡¿Y qué decir de la santa Hostia?! Jamás he sentido un sabor como ése: Es una levedad inconsútil que se disuelve en dulzura... ¡Oh! ¡es una dulzura paradisiaca!».

«Os haré conocer a la que hace este pan y estas hostias. No os fijéis en su aspecto: es rozagante y alegre, mas bajo la sonrisa afable oculta su austeridad. Es una conversa que hace

el pan y se ocupa de la comida de las monjas. Mas sé con seguridad que es bien poco el alimento que ingiere y que se trata siempre del que las otras rechazan, del que a las otras repugna. Si escasea la comida, la deja para las que son más débiles física y espiritualmente y para su hambre y su cansancio destina sólo lo que al hombre le asquea... ¡Tendríamos que llamarla Juana Bautista! En este desierto suyo de verdadera enclaustrada - desierto en sí misma, porque la clausura es desierto sólo si así se lo quiere, es decir, si en ella se sabe vivir con el Solo - se alimenta solamente de langostas y de caracoles arrancados de las verduras del huerto y luego asados en la llama. Y aun así ríe y canta como una alondra libre. Hela aquí».
Los frailes, llevados por la curiosidad, se vuelven hacia la puertecita entreabierta. Entra una monja bella, joven (tendrá unos 30 años), robusta. Sonriendo, apoya sobre la mesa una jarra de agua y una escudilla de madera. Lleva un hábito derecho, de color herrum-

8

bre, con amplias mangas; por delante y por detrás, el monjil le cae hasta el suelo. No veo cordón alguno. Ni tampoco veo un cinturón, porque lleva un pequeño manto corto, circular, que le llega a las caderas y que está ajustado al cuello por un trocito de madera. La cabeza está fajada por las vendas que le estrechan la frente - cubriéndosela hasta las cejas - y también las mejillas y que luego descienden por debajo del monjil. Por encima lleva el velo negro puesto como un manto, de este modo ~ . Tiene un rostro bello, redondo, la tez rosada; ojos negros, risueños y brillantes, y hermosos dientes, sanos y fuertes. Su estatura es normal y su aspecto robusto.

«He aquí a Sor Amata Diletta de Jesús», dice Francisco. Y luego prosigue: «A mis compañeros les gustaría saber qué sueles poner en tu pan, que es tan bueno, y cómo haces las hostias para la santa Misa, que son diferentes de todas las demás».
La monja ríe y responde inmediatamente: «El aroma me lo da mi vendedor de especias».
«Pues, ¿de qué aroma se trata?».
«De la Caridad de Él, de Jesús, mi Señor, mi Esposo».
No veo nada más. La visión termina con el rostro de Sor Amata Diletta de Jesús, que resplandece al decir estas palabras.

Mientras aún sigue hablando el P. Migliorini[1], antes de la Comunión, también habla el Maestro. Y su tono es tan imperioso que planto al sacerdote y me ocupo de Jesús. Dicta:

«Yo soy tu Superior. ¿Sientes mi Gracia en ti? ¿Me sientes en tu corazón, sientes que te apruebo? Y entonces, ¿qué pasa? ¿No soy acaso Yo el Superior de los superiores? ¿No soy Yo tu Clausura? ¿Tu amor hacia Mí y mi Amor por ti no son acaso barreras y cancelas?
¿Hay quien se empecina en la dureza de las necesidades? ¿Por qué lo hace? Lo hace por soberbia y egoísmo. ¡Oh, santa Humildad que ya fue mía! ¡Oh, santa Pobreza que ya fue mía! ¡Oh, santa Caridad que soy Yo mismo!
A ti, que sufres, te he dado una luz: Sor Amata Diletta de Jesús, que es más tuya que de los franciscanos».

---

[1] Se trata del padre Romualdo M. Migliorini perteneciente a la orden de los Siervos de María, director espiritual de la escritora desde 1942 hasta 1946. Para su biografía, véase la nota 2 del 22 de abril en "Los cuadernos. 1943".

9

Ayer por la noche Jesús me dictó esto para Sor Gabriella[2]:
«Ave, Maria Gabriella de mi Madre. No conozco un saludo más dulce.

Sí, es la “palabra de oro”. La coloco donde hay algún sufrimiento, algún sufrimiento que aún conserva algo humano... que Yo quiero abolir. Por eso lo abraso con el oro encendido de mi Caridad. A los que prefiero les doy como suerte no sólo la de ser amados sino también temidos y no comprendidos, para que así se asemejen más a Mí y para que no amen más que a Mí. Todo afecto que se da o se recibe, que humanamente se da y se recibe, es como una molécula de impureza en la amalgama de una vara de oro.
Dirás que el oro nunca es puro. Se lo une siempre a otros metales para poder elaborarlo. Ya lo sé. Añádele plata, o sea, llanto. Añádele platino, o sea, dolor. Pero nunca le añadas cobre, que es rencor. Nunca le añadas estaño, que es cansancio. Nunca, nunca, nunca le añadas hierro ni carbón, que representan el deseo de ser amada y el de ser comprendida. Si lo hicieras, ensuciarías tu oro.

Cuando seas solamente oro, platino y plata, atraerás a todos hacia ti. Créeme, Gabriella de María: les atraerás porque sólo cuando no se es más que una llama que arde por arder, sin preocuparse por quién ni tampoco por qué se arde, sólo entonces todo se vuelve para mirar la luz. ¿Y sabes por qué? Porque esa luz que arde del modo que decía tu Francisco: “Sin deseo de ser amado”, refleja el Cielo y el Rostro de Dios, se funde con el fuego que es Dios, ama todas las cosas en Dios, y por eso resplandece de Dios. Ya no es un alma que ama; es Dios que ama en un alma. Yo puedo decírtelo: entonces todo converge en nosotros. Converge “*todo*” lo bueno. También algo de lo menos bueno y menos todavía de lo malvado. Mas siempre se vuelve con estupor.

¿Estás cansada? Heme aquí. Digo siempre: “Heme aquí” cuando alguien me quiere a su lado. Sólo Yo, que aunque calle, sé, puedo aliviar el cansancio y aquietar el dolor.

---

[2] Se trata de Sor Gabriella cuyo nombre secular es Emma Federici, superiora en Camaiore de la congregación de las Pobres hijas de los estigmas de San Francisco (Stimmatine). Sor Gabriella está mencionada varias veces en este volumen. Su deseo era fundar un instituto para acoger la vocación religiosa de mujeres cuyo nacimiento no había sido reconocido legítimamente. Terminó por salir de la Congregación a la que pertenecía, pero no logró realizar su misión y se la consideró una figura discutible. Véase también los textos del 22 de junio y del 30 de diciembre en “Los cuadernos. 1944”.



¿Cuál es la guía para obrar, para obrar bien? Es el amor. Mi Juan era joven e ignorante, hasta un poco tozudo, como dices, y perezoso como son por lo general los orientales. Mas lo entendía todo enseguida porque amaba tanto que el amor suplía todo lo que faltaba. No te preguntes nunca: “¿Podré hacer esto?”. Si te lo inspiro, quiere decir que puedes hacerlo.
Lo demás te lo dirá el Amor.
Que mi paz sea contigo. Te digo aún: ¿querrías que te dijera: “Ven”? Mas Yo he caminado hoy, mañana y también pasado mañana, por años... un paso tras otro, sosteniendo la Cruz, cuesta arriba, arriba, arriba... Mira cuántos golpes... Mira cuánta Sangre...
Camina: hoy, mañana, y aún pasado mañana... las últimas horas serán las más angustiosas... Mas luego... luego tu espíritu vendrá a descansar en las manos de tu Jesús».

*16 de enero de 1945*

*A las 6 de la mañana.*

Escribo a la luz de la bujía y no sé cómo estaré escribiendo. Pero no quiero padecer lo que padecí ayer. Mientras estaba diciendo el "Veni Sancte Spiritus", se me aparece esta visión de modo tan prepotente que comprendo que es inútil insistir en rezar. Por lo tanto, sigo la visión y, al advertir que es tan compleja, comienzo a escribirla como puedo con esta luz.

De seguro me encuentro en las catacumbas. ¿En cuál? ¿En qué siglo? No lo sé.

Estoy en una iglesia de las catacumbas hecha de este modo: [croquis]

Es decir, tiene forma rectangular y termina en una vasta aula circular en cuyo centro está el altar constituido por una mesa rectangular, separada de la pared, cubierta por un verdadero mantel, o sea, un paño de lino con un ancho dobladillo en los cuatro lados, pero sin encajes o bordados.

En el muro del ábside está pintada una escena evangélica con el Buen Pastor. Por cierto, no es una obra de arte. Se ve un sendero campestre que parece de fango amarillo; más allá del sendero, a la derecha de quien mira, una mancha verdosa viene a ser el prado; al borde del prado, siete ovejas - tan apiñadas que parecen un solo



bloque y de las que sólo se ve el hocico de las dos primeras, mientras las otras parecen hatillos panzudos - van caminando por el sendero en dirección de quien mira. A su lado, hacia el fondo, está el Buen Pastor, vestido de blanco y con un manto rojo desteñido. Sobre los hombros lleva una ovejilla que sostiene por las patitas. El pintor, o mosaiquista, hizo todo lo que pudo... pero por cierto no puede decirse que a Jesús se le ve hermoso. Tiene el característico rostro de las pinturas y mosaicos de las primeras épocas del cristianismo: un rostro achatado, más ancho que largo porque se le representa de frente, con los cabellos lisos y untosos, demasiado oscuros y opacos. Ni siquiera lleva barba. Pero, a pesar de su fealdad, tiene una mirada triste y amorosa que atrae y en los labios la mueca de una sonrisa dolorosa que hace pensar.

En el punto señalado con unà pequeña cruz hay una abertura, pero es tan baja que sólo un niño podría pasar por ella sin golpearse la cabeza. Por encima de la abertura, una lápida de la altura de un hombre, indica un nicho. En la lápida está escrito el "Pax" que se usaba en ese entonces y debajo, en latín: "Huesos del beato mártir Valente". A los lados de la inscripción hay dos grafitos: una ampolla y una hoja de palma.

Al fondo de la iglesia hay otra baja abertura, indicada con el círculo, y junto a ella veo a cuatro excavadores muy robustos, armados de palas y picos. Cerca de ellos se ven dos montones de arenisca de desmonte. Deduzco que es época de persecuciones y que están listos para derribar la pared y ocultar la iglesia con esa avalancha y con los montones de arenisca ya preparados.

La iglesia está iluminada, como de costumbre, por la trémula claridad rojo-amarillenta de las lámparas de aceite. Hacia el altar, la luz es más viva. En cambio, hacia el fondo apenas es una claridad en la que se pierden los contornos de las personas que, por lo general, están vestidas de oscuro.

Sobre el altar se ve el cáliz, aún cubierto. Pero la Misa ya debe de haber empezado. Ante el altar está un viejecito de rostro ascético y palidísimo, que parece estar esculpido en antiguo marfil. La tonsura se pierde en la calvicie, que deja en torno a la cabeza sólo una corona de vaporosas canas que descienden hasta las orejas. Todo lo demás queda descubierto y la frente parece inmensa. Y debajo de ella hay dos claros ojos celestes, mansos, tristes, pero límpidos como los de un niño. La nariz es larga y fina, la boca presenta la caracterís-



tica arruga de vejez y en las mandíbulas hay muy pocos dientes. Es un rostro de santo, afilado y austero. Lo veo bien porque está vuelto hacia mí, pues está celebrando el rito del otro lado del altar. Lleva la casulla usada en esa época, es decir, en forma de pequeño manto y, por

encima, el palio y la estola.

Delante del altar (donde he puesto tres puntos) están arrodillados tres jóvenes. Los que están en los extremos llevan la casaca de los diáconos, con las mangas anchas y largas hasta más abajo del codo. El que está en el medio lleva ya la casulla, con las mangas constituidas por una pequeña capa que va desde la espalda hasta los hombros; tiene la estola en bandolera. Al ver la estola deduzco que no se trata de una escena de los primeros tiempos, pues si bien me acuerdo no la vi en las primeras Misas. Pienso que estamos al final del siglo II° o a pricipios del III°. Pero podría equivocarme porque se trata de una idea mía y en cuanto a arqueología cristiana y a ceremonias de aquellos tiempos soy una verdadera ignorante.

El Pontífice - creo que lo es, dado que lleva el palio - pasa por delante del altar para ponerse frente a los tres jóvenes arrodillados. Impone las manos al primero y al tercero mientras pronuncia plegarias en latín. Luego se coloca delante del que está en el medio, el que lleva la estola en bandolera, y también a él le impone las manos; luego, con la ayuda de uno vestido de diácono, moja los dedos en un vaso de plata y unge la frente y las palmas de las manos del joven, le sopla en el rostro, o mejor, primero sopla y luego unge las manos, se las junta y las ata con un borde de la estola del joven, que el ayudante ha desatado, y le pasa la otra parte alrededor del cuello como si fuera un yugo. Luego le obliga a levantarse y tomándole las manos atadas, le hace subir los tres peldaños que conducen al altar y le hace besar dicho altar y también un voluminoso rollo atado con una cinta roja, que supongo que sea el Evangelio. Luego lo besa a su vez, conduce consigo al joven hacia el lado opuesto y prosigue la Misa. Ahora entiendo bien que la Misa ha comenzado desde no hace mucho tiempo porque poco después llega al Evangelio (es una Misa casi igual a la nuestra y esto me confirma que estamos por lo menos a finales del siglo II°). Canta el Evangelio el sacerdote neófito (en efecto, creo que se trata de una ordenación sacerdotal). Vuelve otra vez ante el altar y los dos que aún estaban arrodillados se levantan: uno coge una pequeña lámpara, el otro el rollo del Evangelio, que le alcanza el que ya estaba sirviendo en el altar. El diácono lo desen-



rolla y lo abre en el punto exacto mientras está frente al nuevo sacerdote, a cuyo lado está el que tiene la lámpara. El nuevo sacerdote es alto, moreno, de cabellos más bien ondulados y rostro de rasgos típicamente romanos; tendrá unos treinta años y canta con hermosa voz el Evangelio de Jesús y del joven que le pregunta qué debe hacer para seguir al Señor[1]. Su voz decidida, sonora, bien entonada, colma la iglesia. Mientras entona su canto firme, hay en su rostro una sonrisa luminosa y cuando llega al «Anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme», su voz es un trino de gozo y de amor.

Besa el Evangelio y regresa hacia el Pontífice, que ha escuchado el Evangelio de pie, vuelto hacia el pueblo y rezando con las manos juntas. Ahora el nuevo sacerdote se arrodilla y el Pontífice pronuncia su homilía.

«El nuevo hijo de la Iglesia Apostólica Romana y hermano nuestro, bautizado en el día natal del mártir Valente, ha querido tomar el nombre del mártir beato, mas con la modificación que le ha dictado la humildad tomada del Evangelio; la humildad, que es una de las raíces de la santidad. Y por eso ha querido ser llamado Valentino y no Valente.

¡Mas, en verdad, es Valente! Mirad cuánto camino ha recorrido el pagano que tenía por religión el vicio y la prepotencia. Vosotros le conocéis tal como es ahora, en el seno de la Iglesia. Algunos de vosotros (especialmente los que fueron para él padres y madres que le generaron verdaderamente porque con la palabra y el ejemplo le hicieron concebir por la Santa Madre Iglesia, a fin de que ésta le diera a luz para el altar y para el Cielo) saben qué era, no como el cristiano Valente sino como el pagano anterior, cuyo nombre ni siquiera él

mismo quiere recordar, como no queremos recordarlo nosotros.

El pagano ha muerto. Y el cristiano ha renacido del agua lustral. Y ahora es vuestro sacerdote. ¡Cuánto camino ha recorrido! ¡Cuánto! Ha pasado de las orgías a los ayunos; de los triclinios a la iglesia; de la dureza, de la impureza, de la avaricia, al amor, a la castidad, a la generosidad absoluta.

Era un joven rico y un día encontró a Jesús, nuestro Señor bendito; fue llevado a Él por el corazón de los santos que, aun sin palabras, ilustran a Cristo, pues Él se revela a través del ánimo de sus

[1] Mateo 19, 16-30; Marcos 10, 17-27; Lucas 18, 18-30.



santos. Los ojos dulcísimos del Maestro se detuvieron en el rostro del pagano. Y el pagano experimentó una seducción que ningún placer le había provocado hasta entonces, una emoción nueva, cuyo nombre desconocía, que le daba una sensación indescriptible. Era algo suave como la caricia de una madre; algo honesto como el olor del pan apenas cocido; algo puro como el alba de primavera; algo sublime como un sueño ultraterrenal.

¡Oh, espectros del mundo y del Olimpo pagano!, caéis cuando el Sol Jesús besa a quien ha llamado. Os disolvéis como niebla. Huís como pesadillas demoniacas. ¿Qué queda de vosotros, de vosotros que parecíais algo tan espléndido? Queda sólo un montón de inmundas escorias mal quemadas, que aún expanden el mal olor de la corrupción.

El joven preguntó: "Maestro bueno, ¿qué debo hacer para seguirte y obtener la vida eterna?". Y el dulce Maestro divino con pocas palabras le impartió la enseñanza de la Vida: "Sigue estos dictados". ¡Oh, no podía decirle: "Sigue la Ley!", porque el pagano no la conocía. Entonces le dijo: "No mates, no robes, no jures en falso, no seas lujurioso, honra a tus parientes y ama a Dios y al prójimo como a ti mismo". ¡Eran palabras nuevas, metas nunca imaginadas, horizontes infinitos plenos de luz, de su luz !

El pagano no podía dar la respuesta propia del joven rico. No podía, porque en el paganismo existen todos los pecados y todos esos pecados estaban en su corazón. Mas quiso dar una respuesta. Y fue hacia un pobre viejo, hacia el Pontífice perseguido, y le dijo llorando: "¡Dame la Luz, dame la Ciencia, dame la Vida! ¡Dale un alma a mi cuerpo, a este cuerpo de bruto!".

Y el pobre viejo, que soy yo, tomó el Evangelio y en él encontró la Luz, la Ciencia, la Vida para el afligido mendigo. Lo encontré todo para él en el Evangelio de Jesús nuestro Señor. Y pude darle el alma. Pude evocar a la vida el alma muerta y decirle: "He aquí tu alma. Custódiala para la vida eterna".

Entonces, vuelto cándido por el baño bautismal, se dio a buscar al Maestro bueno, volvió a encontrarle y le dijo: "Ahora puedo decirte que hago lo que me has dicho. ¿Qué me falta aún para seguirte?". Y el Maestro bueno respondió: "Ve. Vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres. Sólo entonces serás perfecto y podrás seguirme".

¡Oh, entonces Valentino superó al joven de Palestina! No se fue, pues era incapaz de separarse de todos sus bienes, pero me los trajo



para los pobres de Cristo y, ya libre del pesado yugo de las riquezas que impide seguir a Jesús, me pidió el yugo luminoso, alado, paradisiaco del Sacerdocio.

Hele aquí. Bajo ese yugo, con las manos atadas, prisionero de Cristo, le habéis visto subir a su altar. Ahora partirá para vosotros el Pan eterno y saciará vuestra sed

con el Vino divino. Mas tanto él como yo, para ser perfectos a los ojos del Maestro bueno, deseamos una cosa aún. Deseamos hacernos pan y vino: deseamos inmolarnos, partirnos, exprimirnos hasta la última gota, reducirnos a harina para ser hostias. Deseamos vender la última, la *única* riqueza que nos queda: la vida, mi caduca vida de viejo, su floreciente vida de joven.

¡Oh, Pontífice eterno, no nos desilusiones! ¡Concédenos el beato martirio! Queremos escribir con sangre tu Nombre: Jesús, nuestro Salvador. Para nuestra estola, qué la imperfección humana corrompe siempre, queremos otro bautismo: el de la sangre. ¡Lo queremos para subir a Ti con la estola inmaculada y seguirte, oh Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, que los has quitado con tu Sangre! Beato mártir Valente, en cuya iglesia estamos, pídele al Pontífice eterno tu misma palma y tu misma corona para tu Pontífice Marcello y para tu hermano sacerdote».

Y no se ve nada más.

*26 de enero de 1945*

*A las 20.*

Si no estuviéramos en tiempos de toque de queda, le habría mandado a llamar[1], pues hasta tal punto me aterrorizó la aparición del demonio. Se trataba de un verdadero demonio, sin ningún disfraz especial. Era un enigmático personaje alto, delgado, con la frente baja y estrecha, rostro afilado, ojos profundos y de mirada tan perversa, irónica y falsa que poco faltó para que me pusiera a gritar pidiendo auxilio.

Estaba rezando en la oscuridad de mi cuarto mientras Marta[2]

[1] La escritora se dirige a menudo al P. Migliorini, su director espiritual. Véase la nota 1 del diario del 10 de enero de 1945.

[2] Si no se lo aclara de otra manera, este nombre se refiere siempre a Marta Diciotti, cuyos datos biográficos están en la nota 8 del diario del 10 de enero en “Los cuadernos. 1944”.



estaba en la cocina, y le rezaba precisamente al Corazón Inmaculado de María, cuando se me apareció cerca de la puerta cerrada. Era una imagen oscura en medio de esa oscuridad pero, a pesar de ello, pude ver todos los detalles de su cuerpo desnudo y feo, no por ser deforme sino por un no sé qué feroz y serpentino que traslucía de todos sus miembros. No vi cuernos ni cola ni pie bífido ni alas, todo eso con que le representan por lo general. Todo su aspecto monstruoso estaba en la expresión. Si tuviera que definirla, diría: Falsedad, Ironía, Ferocidad, Odio, Engaño. Eso era lo que decía su expresión engañosa y malvada. Se burlaba de mí y me insultaba. Pero no osaba acercarse. Estaba allí, como clavado junto a la puerta. Permaneció allí por unos diez minutos y luego se fue. Pero en tanto me invadían sudores fríos y candentes al mismo tiempo.

Mientras me preguntaba consternada por qué había venido, Jesús me dijo: «Porque tú le habías rechazado tan duramente en su principal elemento». (Mientras le rezaba a María, se me presentó insistentemente la... no sé cómo definirla porque no es una voz ni una idea ni un pensamiento y, sin embargo, es algo que dice: «Si tú no hubieras estado aquí, habría sucedido algo. No sucedió gracias a ti. Porque eres muy amada por el Señor». No sé si hago bien o mal, aunque me parece que hago bien si, cuando oigo esto, digo: «Vete Satanás. No me tientes. Porque si es Jesús quien dice

estas cosas, lo acepto. Pero no debe decirlas ningún otro para provocar en mí la complacencia hacia mí misma»). Por eso, Jesús dijo:
«Porque tú le habías rechazado tan duramente en su principal elemento: la soberbia. ¡Oh, si él pudiera hacerte caer en ese pecado!
¿Le has visto bien? ¿No has notado cómo su aspecto, casi diría su soberanía o su autoridad de padre, se evidencia y se trasluce en quienes le sirven aunque sea temporáneamente? No te fijes si en una persona se te muestra con el aspecto repugnante de un animal sucio y libidinoso, de un monstruo hinchado por el fermento, por la levadura de la lujuria. Esto sucede porque esa pobre criatura es una pocilga llena de numerosos vicios y pecados y, entre ellos, los pecados carnales son los mayores. Piensa en todos los que, de otras maneras, te han llevado a sobresaltarte y a sufrir; piensa en los que, quizás por una hora, fueron instrumentos de Satanás para atormentar un alma fiel, para causarle dolor, para llevarla a la desolación. Mientras herían ¿no tenían acaso la misma expresión de cruel despecho que viste a la perfección en él? ¡Oh, él se revela en sus siervos!
17
Mas no temas. Si te quedas junto a Mí y a María, no puede hacerte mal. ¡Oh, te odia desmesuradamente! Pero no tiene poder para dañarte. Si no quieres tu alma de vuelta para darla a ti misma, si la dejas en el refugio de mi Corazón, ¿cómo quieres que pueda hacerle mal a tu alma?
Escribe estas cosas y escribe también las otras visiones menores que has tenido. El Padre debe conocerlas todas y conocerlas tiene una finalidad. Debes saber que está llegando el tiempo de mi primavera, la primavera que otorgo a mis predilectos. En primavera, las violetas y las prímulas constelan los prados. La coparticipación en mis dolores constela en mis amigos los días de preparación para la Pasión.
Ve en paz. Para terminar de disipar tus restantes temores, te bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

Las otras visiones se produjeron hace ocho días a esta misma hora.
Vi a Jesús que, cargado con una enorme cruz, iba como hacia La Spezia (para que Ud. entienda la dirección), pero no cogía Via Fratti. Iba en diagonal, siguiendo una senda recta ideal de aquí hasta ese punto. Llevaba la túnica blanca y corta de Herodes sobre la suya, roja, y caminaba agobiado por el dolor, sudado y sollozando. Sí, lloraba de verdad. Y me decía, mientras yo estaba angustiada por verle llorar: «¿Ves? No basta el dolor de los suplicios... también tengo otros, otros dolores más fuertes. Compadéceme, alma. Tu Jesús está agobiado completamente por una suma de desventuras demasiado fuertes».
Luego, el domingo por la noche, cuando casi me había adormecido rezando el rosario de los siete dolores de María, la Madre me sacude llorando y diciéndome: «No duermas. Llora conmigo. ¿No sabes que han matado a mi Hijo?». ¡Oh, cómo lloraba mientras pronunciaba estas palabras!
En cambio, el martes por la noche tuve una enorme tristeza porque vi a mi madre... también el I° de enero la vi así. Pero ahora me parecía más angustiada, más viva pero más angustiada. Se lo explico mejor: el I° de enero la veía más o menos como el Día de Todos los Santos: sin brillo, sola, absorta, como quien está asombrada de hallarse donde está y, al mismo tiempo, apesadumbrada por ello. Me miraba pero seguía como atontada. En cambio, el martes me parecía menos atontada aunque estaba siempre en ese lugar y siempre
18
eran opacos su color y sus vestidos. Por el contrario, sus ojos tenían una expresión más viva y parecía que quería decirme algo y no podía hacerlo. Era como una invocación, una disculpa, un llamado... Si tuviera que traducir esa mirada, tendría que

deducir que me decía: «Perdóname y ayúdame. Aún tengo necesidad de ti, la tengo aquí como la tenía cuando estaba allí. Ayúdame. Estoy tan sola... No tengo más que a ti». Yo le decía: «¿Esto es lo que quieres decir, mamá?» y ella, moviendo la cabeza, decía "sí, sí" mientras sonreía tristemente, muy tristemente. Lloré y me quedé triste también yo. Vino otra vez. Le dije: «¿No bastan los sufragios?» y ella seguía diciendo con movimientos de cabeza: "sí, sí", pero al mismo tiempo me pedía algo que no entendí. Le dije: «Ya sabes que te quiero» y, aunque ella asentía, mantenía siempre esa mirada. «No conservo ningún rencor, mamá, y quisiera que estuvieras aquí todavía» y ella sonreía, pero no estaba contenta. Sufrí. No la siento tranquila.

Esto es lo que tenía que decir y que nunca había escrito porque me parecía algo sólo mío y tan triste, demasiado triste...

*4 de febrero de 1945*

Esta mañana he vuelto a pensar en su expresión cuando ayer le leía la visión.

Estaba Ud. pasmado. Se lo dije a Jesús, que estaba cerca de mí y Él me respondió: «Doy las visiones por este motivo. No puedes imaginar el inmenso gozo con que me hago luz para mis *verdaderos* amigos. Me concedo así a mi Romualdo, por amor, para su gozo, para ayudarle y porque *Yo le veo.* Yo no tenía secretos para con Juan. No los tengo para con los Juanes. Dile al anciano Juan que le otorgo mucha paz y buena pesca. Para ti no hay pesca. A ti te confío solamente la tarea femenina de trenzar las redes con el hilo que te doy. Trabaja, trabaja... Y no te enfades si no te queda tiempo para hacer nada más. *Todo* está en este trabajo. Ni te enfades tampoco si no vengo a decirte: "Que la paz sea contigo". Se saluda cuando se llega o cuando se parte. Mas cuando se está presente siempre no se saluda. La permanencia, *mi* permanencia, ya es paz en sí misma. Y para ti Yo no soy un huésped. Yo te tengo en mis brazos y no te poso ni siquiera por un momento. ¡Tengo tanto por decirte de mi tiempo mortal! Mas he aquí que hoy, para que te quedes satisfecha, te digo: "Que mi paz sea contigo"».

19

*11 de febrero de 1945*

*A las 20.*

En medio de mis sufrimientos veo estos otros sufrimientos.

Hay una especie de pozo circular de varios metros cuadrados de superficie. Debe de tener un diámetro de unos cuatro o cinco metros a lo más y una altura semejante; no hay ventanas. En el robusto muro de casi un metro de espesor está empotrada una pequeña y estrecha puerta de hierro. En el centro del techo hay una abertura circular de medio metro de diámetro al máximo, que sirve para la aereación de dicho pozo. En su piso de tierra batida el pozo presenta otra abertura, de la que llega el borbotear de aguas profundas, como si allí cerca hubiera un río, y un notable hedor, como si allí abajo pasara una cloaca que va a desembocar en el río. Es un lugar malsano, húmedo, fétido. Los muros trasudan agua, el suelo está impregnado de materias repugnantes,

pues me doy cuenta de que el orificio del techo es el desaguadero de los deshechos de la celda superior.

En esta cárcel horrible, envuelta en una densa penumbra que permite ver apenas lo esencial, hay dos personas. Una está acostada en el húmedo suelo, cerca de la pared, y está encadenada por un pie. No se mueve. La otra está sentada allí cerca, con la cabeza entre las manos. Se trata de un viejo, pues veo que la parte alta de la cabeza es completamente calva.

Arriba, en la otra celda, debe de haber más personas, porque oigo voces y traqueteo. Son voces de hombre y de mujer. Son voces de niños y de viejos mezcladas con frescas voces juveniles y sonoras voces de adultos.

De tanto en tanto cantan melancólicos himnos que, aun en su tristeza, tienen un dejo de auténtica paz. Contra esas paredes espesas, las voces resuenan como en una sala armónica. Es muy bello el himno que dice:

«Guíanos a tus frescas aguas.
Llévanos a tus huertos florecidos.
Concede tu paz a los mártires
Que esperan, que esperan en Ti.
En tu santa promesa
Hemos fundado nuestra fe.
¡Oh, Jesús Salvador!, no nos desilusiones,
20
porque hemos esperado en Ti.
Vamos gozosos al martirio
Para seguirte en el hermoso Paraíso.
Lo dejamos todo por esa Patria
Y lo único que queremos, lo único que queremos eres Tú».

Cuando este último canto se va extinguiendo lentamente, aparece una luz en el orificio y se asoma, balanceándose, un brazo que sostiene una pequeña lámpara y tras él el rostro de un hombre. Mira hacia abajo. Advierte que el hombre acostado no se mueve y que el otro que tiene la cabeza entre las manos no ve la luz, y entonces llama: «¡Diomede! ¡Diomede! Ha llegado la hora».

El que estaba sentado se levanta y, arrastrando su larga cadena, se sitúa debajo de la abertura. Dice: «Que la paz sea contigo, Alejandro».

«Y contigo, Diomede».

«¿Tienes todo?».

«Sí, todo. Priscila ha osado venir, disfrazada de hombre. Se ha rapado para parecer un sepulturero. Nos ha traído lo necesario para celebrar el Misterio. ¿Qué hace Agapito?».

«Ya no se lamenta. No sé si duerme o si ha expirado. Quisiera poder ver... para decir sobre su cuerpo las plegarias de los mártires».

«Espera. Te bajamos la lámpara. Será un gozo para él recibir el Misterio».

Con un cordón formado por cinturones anudados, bajan la lámpara hasta las manos de Diomede que, ahora que le veo bien, es un anciano de rostro afilado y austero. Tiene pocos cabellos, ojos que aún conservan una luminosa expresión y está muy pálido. Aun en su mísera situación de prisionero encadenado en esa fétida cueva, tiene la majestad de un rey. Desata la lámpara del cordón y va hacia su compañero. Se inclina. Le observa. Le toca. Y, tras haber posado la lámpara en el suelo, abre los brazos en un amplio gesto de conmiseración. Luego toma las manos ya casi rígidas del cadáver y las cruza sobre el pecho.

Son pobres manos amarillentas y esqueléticas de un viejo muerto de privaciones.

Se vuelve hacia el que está esperando cerca del orificio y dice: «Agapito ha muerto. ¡Gloria al mártir de la pútrida fosa! ».



Los de la celda superior responden: «¡Gloria! ¡Gloria! Gloria al fiel en Cristo».
«Bajad lo necesario para el Misterio. No nos falta el altar. El sostén ya no lo forman sus manos extendidas, pero lo hace su pecho inmóvil, que hasta la última hora palpitó por Jesús, nuestro Señor».

Bajan una bolsa de tela preciosa y Diomede extrae de ella un pequeño paño de lino, un pan achatado, un ánfora y un pequeño cáliz. Lo prepara todo sobre el pecho del muerto, celebra y consagra diciendo de memoria las oraciones mientras los que están arriba responden. Deben de ser los primeros tiempos de la Iglesia porque la Misa es más o menos como la de Pablo en el Tullianum[1].

Después de celebrar la Consagración, Diomede vuelve a vertir en el ánfora el vino del cáliz (que tiene una ligera forma de jarra y que quizás han elegido así para esta función); pone el Pan en la bolsa y lleva todo al punto donde el cordón está esperando para volver a llevar arriba la bolsa. Y mientras ésta va siendo alzada con la debida precaución, Diomede absuelve a sus compañeros. Entonces reinicia el canto con un coro casi exclusivamente de jóvenes voces femeninas y, mientras tanto, los cristianos comulgan.
Cuando cesa el canto, Diomedes habla:
«Hermanos, comprendo que ha llegado la hora del circo y de la victoria eterna. Para Agapito ya ha llegado. Para vosotros, será mañana. Sed fuertes, hermanos. El tormento durará sólo un instante. La beatitud no tendrá pausas. Jesús está con vosotros. No os abandonará ni siquiera cuando en vosotros ya las Especies estén consumidas. Él no abandona nunca a sus confesores. Por el contrario, se queda con ellos para recibir sin vacilaciones el alma de cada uno de ellos, lavada por el amor y la sangre. Id. En la hora de la muerte rezad por los verdugos y por vuestro sacerdote. Por mi mano el Señor os da la última absolución. No temáis. Vuestras almas son más cándidas que un copo de nieve que desciende del cielo».
«¡Adiós, Diomede!», «¡Oh tú, santo, asístenos con tus plegarias!», «Le diremos a Jesús que venga por ti», «Vamos antes que tú para prepararte el camino», «Ruega por nosotros». Los cristianos se asoman a turno al orificio, saludan, son saludados a su vez y desaparecen...

Al final vuelven a subir la pequeña lámpara y la oscuridad se

[1] Véase el diario del 29 de febrero en “Los cuadernos. 1944”.



hace aún mayor en ese antro en el que uno muere lentamente junto al que ya está muerto, entre el hedor y el profundo borboteo de las aguas subterráneas. Arriba vuelven a cantar los himnos lentos y suaves.

En cuanto a mí, no sé dónde se desarrolla la escena. Diría que acaece en Roma, en tiempos de las persecuciones. Pero no sé en qué cárcel. Ni tampoco sé quién es este sacerdote llamado Diomede, de tan venerable figura. Pero, por su misma tristeza, esta visión me impresiona más que la del Tullianum.

*12 de febrero de 1945*

Más tarde dice Jesús:

«Debes acogerles a *todos* con infinita caridad y con sutil prudencia. Si te

encerraras en ti misma, aguzarías la curiosidad. Si les rechazaras, sería anticaridad. Ya te lo he dicho: “Serás la ciudad buscada”. ¿No todos llegan con fines honestos? ¿Y con eso? Tú eres prudente y eso es suficiente. ¿Temes perder tiempo? Pues, ¿quién es el dueño del tiempo? Soy Yo. Y entonces ¿qué problemas puedes tener? Vamos, vamos, no tengas miedo, ni inquietud, ni impaciencia. ¿Has visto cuántas veces Yo he tenido que cambiar mi programa? Y se trataba de Mí... Hay que dar paz, paz y caridad para todos y, en tercer lugar, hay que tener prudencia; es suficiente».

Le diré personalmente cuál es el origen de esta leccioncilla.

*20 de febrero de 1945*

Siento que Jesús quiere presentarse con el Evangelio que vivió y no sé cómo haré para escribir tanto pues sufrí toda la noche para recordar la siguiente visión, de la que garabateé como pude las palabras que escuché, para no olvidarlas.

Es tiempo de persecuciones, pero de una de las más grandes persecuciones, porque los cristianos son torturados en masa y no individualmente. El lugar es la cávea de un Circo (¿se la llama así?). En resumen, es un local que de seguro está situado bajo las gradas del Circo y sirve como reparo para los gladiadores, los bestiarios, etc., en fin, para todos los que trabajan en el Circo. Anticipo que me equivocaré los nombres porque hace 35 años que no leo nada de historia

23

romana y por lo tanto...

Es un local amplio y oscuro, porque la luz entra solamente por una puerta que da a un pasillo (que, a su vez, lleva seguramente al interior del Circo y puede que también al exterior) y por una pequeña ventana, que más parece un tragaluz, que está al nivel del suelo del Circo y por la que llega el rumor de la multitud. En este local amplio y oscuro están amontonados numerosos cristianos de todas las edades, desde niños pequeñísimos, todavía en los brazos de las respectivas madres (hay dos que, a pesar de aparentar dos años más o menos, aún maman de los exhaustos senos), hasta viejos decrépitos.

También hay gladiadores, ya vestidos con el yelmo y esa coraza que tendría que defender y, en realidad, no defiende porque deja al descubierto partes vitales como la yugular y zonas del abdomen vecinas al hígado y al bazo. Llevan esta armadura parcial sobre la piel desnuda y tienen en la mano la corta y ancha daga, de forma semejante a la de la hoja del castaño. Son hombres hermosísimos, no tanto en cuanto al rostro sino por el cuerpo robusto y armonioso que, en cada movimiento, me permite ver el ágil vibrar de los músculos. Algunos muestran las cicatrices de viejas heridas; en otros no se advierte ninguna huella de herida. Hablan entre ellos y noto que deben de provenir de países sometidos a Roma (de seguro son prisioneros de guerra), porque emplean solamente un latín espúreo, pronunciado con voz dura y gutural, cuando se dirigen a los cristianos que, esperando la muerte, entonan sus dulces y tristes himnos.

Veo a un gladiador de casi dos metros de altura, un verdadero coloso rubio como la miel, de ojos claros entre azul y gris, de mirada mansa a pesar del reflejo metálico que produce en su rostro la visera del yelmo. Se dirige a un anciano completamente vestido de blanco, muy digno y austero; diría más aún: un anciano ascético al que todos los cristianos veneran con el máximo respeto. «Padre blanco, tendré que matarte si las fieras no lo hacen. Tal es la orden. Y me duele, porque en Panonia dejé a un viejo padre como tú».

«No te duelas, hijo. Tú me abres el Cielo. Y en mi larga vida, nadie me ha hecho un don más hermoso que el que me haces».

«También en el Cielo, donde por cierto estará tu Dios como en el mío están nuestros dioses y

en el de Roma están los de los romanos, todavía hay muerte y lucha. ¿Acaso quieres sufrir por el odio de los dioses como sufres aquí?».

«Mi Dios es uno solo. En su Cielo, reina con amor y justicia. Y el

24

que llega a su Cielo, conoce solamente el gozo eterno»,

«Ya les he oído decir esto a miles de cristianos durante esta persecución. Y le dije a una doncella que me sonreía mientras yo estaba a punto de herirla con mi daga... y a la que fingí matar pero que no maté para salvarla, porque era tierna y rubia como un joven brezo de mis bosques... mas fue inútil... No pude sacarla fuera de aquí y el día después... ese cuerpo de leche y de rosas fue arrojado a las serpientes...». El hombre calla y su rostro refleja pesadumbre.

El viejo le pregunta: «¿Qué le dijiste, hijo?».

«Le dije: "¿Ves? No soy malo. Pero ésta es mi tarea. Soy un esclavo de guerra. Si es verdad que tu Dios es justo, dile que se acuerde de Álbulo - en Roma me llaman así - y que se manifieste con todo su bien". Me dijo: "Sí". Pero hace días que murió y aún no ha venido nadie».

«Hasta que no se es cristiano, Dios se muestra sólo a través de sus siervos. ¡Cuántos de ellos te ha traído! Cada cristiano es un siervo de Dios, cada mártir es un amigo y lo es hasta tal punto que vive entre los brazos de Dios».

«¡Oh sí! me ha traído a muchos... y no sólo yo, sino también Dacio e Ilírico y otros de entre nosotros que compartimos esta triste suerte, hemos sido contagiados por vuestro júbilo... y lo quisiéramos también nosotros... Vosotros estáis encadenados... nosotros no. Pero ni siquiera nuestro aliento es libre. Si César lo quiere, encadenan también nuestro aliento matándonos. ¿Te disgusta hablarnos de Dios?».

«Es mi único gozo en la tierra, hijo mío, y es un gozo inmenso. Que Jesús, mi Dios y Maestro, te bendiga por este gozo. Álbulo, yo soy sacerdote y me he pasado la vida predicando su nombre y llevando a Él tantas criaturas. Y ya no esperaba volver a tener este gozo. Escucha...» y el viejo comienza a repetirles, tanto a él como a los demás gladiadores que se han agrupado a su alrededor, la vida de Jesús desde el nacimiento hasta la muerte en la cruz y a explicarles concisamente los dictámenes esenciales de la Fe. Está sentado sobre una piedra que le sirve de banco y habla serenamente, solemnemente; hay un absoluto candor en sus largos cabellos, en la barba mosaica, en la túnica y hay un absoluto ardor en la mirada y en la palabra. Se interrumpe solamente dos veces para bendecir a dos grupos de cristianos llevados a la arena para ser arrojados a los cocodrilos durante los juegos náuticos. Luego vuelve a hablar circundado por esos

25

robustos gladiadores - casi todos rubios y rubicundos - que le escuchan con la boca abierta.

Ese doctor de la Iglesia se llama Crisóstomo. Mas entonces ¿qué nombre le daremos a éste, que no se nombra?

Termina diciéndoles: «Esencialmente, esto es lo que hay que creer para recibir el Bautismo y el Cielo».

Las voces sonoras de unos diez gladiadores retumban en la baja bóveda: «Lo creemos. Danos a tu Dios».

«Aquí no tengo nada para rociaros, ni siquiera unas gotas de agua o de otro líquido, y ha llegado mi hora. Pero ya vais a encontrar el modo... ¡No! ¡Me lo dice Dios! Hay un líquido ya listo para vosotros».

El carcelero ordena: «¡Que todos los cristianos sean arrojados a los leones!».

Todos entran cantando en la arena; a la cabeza va el anciano sacerdote, los otros van detrás y, entre ellos están las madres, que llevan a sus pequeños dormidos sobre el pecho.

¡Cuán grande es la multitud! ¡y qué luz, qué vocerío, cuántos colores! La arena está repleta hasta lo inverosímil de gente de todas las clases sociales. En la zona en la que pega el sol, están los de bajo rango, que son los más rumorosos; a la sombra están los patricios. Togas y más togas, abanicos de avestruz, joyas, conversaciones irónicas en voz baja. En el centro de la zona en penumbra, está el podio imperial con su baldaquín purpúreo, su balaustrada, cubierta por lienzos y toda llena de flores y sus muelles asientos para el descanso del César y de los patricios y cortesanos, que son sus invitados. En los extremos de esta balaustrada humean dos trípodes de oro que expanden exóticas esencias. A los cristianos se les empuja hacia la parte soleada.

Me he olvidado de algo. En el medio de la arena hay un... no sé cómo definirlo. Es una construcción de mármol, de la que se elevan hacia el cielo sutiles e impalpables surtidores. En la plataforma de esta construcción, de forma más bien oblonga y de unos dos metros de altura, hay estatuillas de oro que representan a dioses y, delante de ellas, trípodes en los que arde el incienso.

Pues bien, los cristianos están amontonados en la zona soleada. Le haré un bosquejo como pueda. [croquis] Los leones irrumpen del punto X. En primer lugar, solo, avanza el anciano sacerdote con los brazos abiertos. Dice: «¡Oh, romanos!, que la paz y la bendición sean con



mis hermanos y conmigo. Que por este gozo que nos dais al permitirnos confesarlo con nuestra sangre, Jesús os conceda Luz y Vida eterna. Nosotros le rezamos para que así sea, porque os estamos agradecidos por la púrpura eterna con la que nos vestís con...».

Un león, que se le ha acercado arrastrándose casi aplastado contra el suelo, se le abalanza, le hace caer y le clava los dientes en el hombro. Y en un instante se enrojecen la túnica y los cabellos blancos como la nieve.

Ésta es la señal para el feroz ataque. Las fieras se lanzan en tropel con furiosos saltos sobre el rebaño de los mansos. Con un zarpazo, una leonesa arrebata a una madre uno de los niñitos adormecidos y su arañazo es tan fuerte que arranca también parte del seno de la mujer y, probablemente, desgarra su corazón, porque se desploma en la arena y muere. La fiera defiende su tierna comida con zarpazos y golpes de cola y se la devora en un abrir y cerrar de ojos. En la arena queda una pequeña mancha roja como única huella del mártir pequeñito, mientras la fiera se levanta lamiéndose el hocico.

Pero, en comparación, los cristianos son numerosos y las fieras pocas. Puede que ya estén saciadas pues, más que devorar, matan por matar. Derriban, degüellan, destripan, lamen un poco y luego se van, pasan a otra presa.

La multitud se inquieta por la falta de reacción de los cristianos y porque las bestias no son lo bastante feroces. Y por eso gritan: «¡A muerte! ¡A muerte! ¡A muerte también el intendente! ¡Éstos no son leones, son perros bien nutridos! ¡Muerte a los traidores de Roma y de César!».

El emperador imparte una orden y se hace volver a los animales a su antro. Entran los gladiadores para dar el golpe de gracia. La multitud repite a gritos el nombre de los preferidos: «Álbulo, Ilírico, Dacio, Hércules, Polifemo, Tracio» y aún otros más. No se trata solamente de aquellos a quienes habló el anciano mártir, que ahora agoniza en la arena con un pulmón casi puesto al descubierto por un zarpazo. Hay también otros, que entran por otros accesos.



Álbulo corre hacia el anciano sacerdote. La muchedumbre grita: «¡Hazle sufrir! ¡Álzale, que se pueda ver la herida! ¡Ánimo, Álbulo!». Pero, en cambio, Álbulo se inclina para pedirle algo al anciano y, cuando éste le hace un gesto de asentimiento, llama a esos compañeros que antes habían escuchado las palabras del viejo sacerdote.

No logro entender lo que hacen, si se hacen bendecir o si sucede otra cosa, porque

sus recios cuerpos forman una especie de techo sobre el viejo postrado. Pero por fin lo entiendo cuando veo que una mano senil ya vacilante se alza sobre el grupo de cabezas estrechadas la una a la otra y las rocía con la sangre que le colma la mano como si fuera una copa. Luego vuelve a caer.

Rociados por esa sangre, los gladiadores se ponen de pie de golpe y levantan la daga, que brilla a la luz. Gritan con fuerza: «Ave César, emperador. Los *triunfadores* te saludan» y luego, veloces como un rayo, se precipitan hacia la construcción que está en medio del circo, saltan sobre ella, derriban los ídolos y los trípodes, los pisotean.

La muchedumbre vocea como si estuviera enloquecida. Algunos querrían defender al gladiador preferido; otros invocan una muerte atroz para los nuevos cristianos. Por su parte, éstos han vuelto a la arena y están allí, alineados, serenos, como magníficas estatuas de gigantes, con una sonrisa nueva en el rostro intrépido. César está rodeado por sus patricios, que visten completamente de blanco, excepto algunos que llevan una franja roja; se levanta. Es un hombre feo, obeso, cínico, coronado de flores y vestido de púrpura. La multitud calla esperando su palabra. César (no sé quién es éste que tiene un rostro lascivo y achatado) tiene a todos en suspenso por unos instantes y luego, con el pulgar hacia abajo, exclama: «Que reciban la muerte por mano de sus compañeros». Mientras tanto, los gladiadores no convertidos han degollado a los cristianos moribundos con la exactitud con la que un carnicero degüella a los corderos. Y ahora se vuelven y con la misma frialdad y exactitud les cortan la garganta a los compañeros, a la altura de la yugular. Como un manojo de espigas que la hoz corta tallo por tallo, los diez cristianos nuevos, rociados por la sangre del sacerdote mártir, se visten de púrpura eterna con su propia sangre y caen boca arriba, con una sonrisa, mirando el cielo en el que ya amanece el día beato de todos ellos.

No sé de qué Circo se trata. No sé qué época del cristianismo será. No tengo datos. Veo y digo lo que veo. Nunca he pisado *nin-*



*guna* Arena o Circo o Coliseo; por eso, no puedo darle el menor indicio. Dada la enorme multitud y la presencia del César, creo que se trata de Roma. Pero no lo sé de seguro. En mi corazón queda la visión del viejo sacerdote mártir y de los últimos que ha bautizado y nada más.

*1° de marzo de 1945*

¡Es un día cuyo recuerdo no puede perderse! El Rostro velado se ha descubierto. El “Desconocido” se ha dado a conocer. El Maestro ha llamado a “María”... y María se ha vuelto Juan. ¡Mi llanto ha sido enjugado por tu beso y tu promesa!... Mi espíritu “renace” por tu voluntad.

La gente no lo sabe. Pero yo lo sé. Y Ud., Padre, lo sabe. ¿Cómo puedo dejar de celebrar esta fecha?... La celebro al servicio de Dios, bendiciendo el peso y la pena de este servicio porque... ¡oh!, esa hora del 1° de marzo de 1943 es tan grande que hasta el peso de la cruz no es nada.

*4 de marzo de 1945*

Jesús me dice:

«Ten paciencia, alma mía, por la doble fatiga. Es tiempo de sufrimientos. ¡Ni imaginas qué cansado estaba en los últimos días! ¿Ves? En el camino me apoyo en Juan, en Pedro, en Simón, también en Judas... Así es. ¡Y Yo, de quien emanaba el milagro tan sólo con rozar mi túnica, no pude mudar ese corazón! Pequeño Juan[1], deja que me apoye en ti para repetir las palabras ya dichas en los últimos días a esos obtusos malvados en los que el anuncio de mi tormento resbalaba sin penetrar. Y deja también que el Maestro haga sus horas de predicación en el triste llano del Agua Especiosa[2]. Yo te bendeciré dos veces: por tu fatiga y por tu piedad. Cuento tus esfuerzos, recojo tus lágrimas. A los esfuerzos realizados por amor de los

[1] A menudo se llama a la escritora "pequeño Juan" porque, por su espiritualidad y su misión, está cerca del gran evangelista Juan. Véase también el dictado del 15 de junio en "Los cuadernos. 1944".

[2] En la obra "El Evangelio como me ha sido revelado".



hermanos se les otorgará la recompensa de los que se consumen para hacer que los hombres conozcan a Dios. A tus lágrimas, derramadas por mi sufrimiento de la última semana, se les concederá el premio del beso de Jesús. Escribe y recibe mi bendición».

*8 de marzo de 1945*

*Por la noche.*

Tras haber escrito buena parte de la última Cena[1], me pregunto cómo puedo entender hasta las cosas más oscuras mientras habla Jesús. Y me digo: «¿También a los demás les habrá pasado lo mismo?». Defino "los demás" a los místicos y místicas de estos 20 siglos de cristianismo, a los doctores, etc.

Oigo que una voz me habla y siento que un inmenso regocijo me invade. Sin embargo, en esos momentos por cierto no estaba alegre porque sobre mí pesaba la pena de las últimas horas de Jesús y esa pena me agobiaba hasta provocarme un sufrimiento físico. La voz me dice: «¿Sabes quién soy?». Mas no lo sé. Siento solamente esa paz y veo solamente una luz clara, lunar, bellísima, que define un cuerpo, pero de modo tan inmaterial que no distingo quién es. «Soy Catalina».

Me digo: «¡Qué raro! La otra vez[2] tenía una voz diferente. Ésta es una voz cristalina, joven, aguda, pero no tiene nada que ver con la hermosa voz de la santa de Siena».

«No soy la que imaginas. También ella es doctora por obra de la divina Sabiduría. Pero yo soy Catalina de Alejandría, la mártir de Cristo, y te protejo. Y quiero decirte que también en nosotros todo se transformaba en luz bajo la luz de Jesús. Nos hemos convertido en doctores del Señor por obra sobrehumana y no por el estudio humano, para amarle así, para servirle así, para alabarle así y para hacerle amar, servir y alabar a través de esta doctrina que provenía de lo alto y que, aun siendo incomprensible para los humanos en las partes más sublimes, era simple como las palabras de un niño si la oíamos estando con Él, el Esposo. Adiós. Te he respuesto. Te amo. Eres una pequeña hermana. Que el Amor Trino sea contigo».

[1] En la obra “El Evangelio como me ha sido revelado”.
[2] Fue el 9 de noviembre de 1944. Véase “Los cuadernos. 1944”.



La luz se desvanece y la voz calla. No sucede nada más. Me duermo contenta por haber conocido a esta nueva amiga del Cielo.

*19 de marzo de 1945*

Le hablé de la visita poco agradable y de la profecía que tuve ayer noche. Y cuando Ud. entró me notó una expresión “asustada” y así me lo dijo. No sé qué reflejaba mi rostro pero por cierto estaba impresionada. Y con el pasar del tiempo el susto no me pasa.

Como Ud. sabe, no es la primera vez que Satanás me importuna tentándome con una u otra cosa. Y ahora que ya no tienta la carne, tienta el espíritu. Hace ya un año que, cada tanto, me importuna. La primera vez lo hizo en los días tremendos para mí del mes de abril de 1944, cuando me prometió su ayuda si yo le adoraba. La segunda vez fue cuando me asaltó con una aguda, violenta y larga tentación el 4 de julio de 1944, induciéndome a imitar burlonamente el lenguaje del Maestro para aniquilar a quien me había ofendido. La tercera fue cuando me sugirió que publicara como mías las palabras que me habían sido dictadas, para recibir así méritos y dinero. La cuarta fue en febrero de este año (me parece que ya estábamos en febrero) cuando se me apareció (y era la primera vez que le veía, porque las otras sólo le sentí) y me aterrorizó con su aspecto y su odio. La quinta fue ayer noche.

Éstas son las *grandes* manifestaciones de Satanás. Pero también le atribuyo *todas* las demás cosas más pequeñas que me llegan de los otros y que quieren obligarme a envanecerme, a sentirme satisfecha de mí misma o a buscar la falsedad de las apariencias o, si no, a persuadirme de que soy sólo *una enferma* y que todo es fruto de mi turbación psíquica.

También las dificultades con mis parientes, con las autoridades y hasta con los camionistas[1], las atribuyo a Satanás. Hace lo que puede, y lo hace lo mejor que puede, con tal de molestarme y provocar en mí inquietud y rebelión y llevarme a la persuasión de que rezar es inútil y de que todo es mentira.

Pero le confieso que ayer noche me turbó *mucho.* No es la primera vez que suscita en mí el temor de haber sido engañada y de tener

[1] Alude a los acontecimientos relacionados con el periodo bélico y que puede decirse que se concluyeron en febrero de 1945. Véase el diario del 24 de abril, nota 1, en “Los cuadernos. 1944”.



que dar cuentas de ello, un día, a Dios y a los hombres. Ud. bien sabe que éste es mi terror... y que, aunque Jesús y Ud., Padre mío, me confortáis siempre, ese terror resurge siempre. Pero hasta ahora se trataba de ideas “mías”, ideas instigadas por Satanás pero pensadas por mí. En cambio, ayer noche fue una amenaza explícita, directa.

Me dijo: «¡Sigue adelante, sigue adelante! Estoy esperando que llegue el momento oportuno, el último momento. Y entonces lograré persuadirte de tal modo que siempre le has mentido a Dios, a los hombres y a ti y que eres una embustera, que te invadirá el terror y la desesperación de ser condenada. Y lo expresarás con tales pa-

labras que quien te asista pensará que haces una retractación final para poder ir a Dios menos manchada por el pecado. Tú y los que estén contigo quedaréis persuadidos de ello. Y morirás en esta situación... y los demás quedarán impresionados... Sí, te espero... Espérame tú también. Nunca prometo sin mantener. Ahora tu conducta me molesta desmesuradamente. Pero luego seré yo quien te moleste. Me vengaré de todo lo que me estás haciendo... Me vengaré como sólo yo sé vengarme». Y se fue, dejándome muy mal...

Luego vino la dulce Madre, apacible y amorosa, con su túnica blanca, y me sonrió y me acarició. Mi Jesús me sonrió con su sonrisa más jubilosa. Pero tan pronto como me dejaron sola, volví a caer en mi extenuación... Y aún dura. Cuando este pensamiento me acosa, siento la tentación de decir: "No escribiré una palabra más, a pesar de cualquier presión". Pero luego reflexiono y me digo: "Eso es lo que quiere Satanás" y no obedezco a este deseo.

Es época de Pasión ¿no es verdad? Ya sea entre los que - por la idolatría tan inculcada en los hombres, aun en los buenos - adoran al portavoz, al ídolo, olvidando que éste sólo es un instrumento y que el que debe ser adorado es Dios; ya sea entre los que me escarnecen, habrá quienes esperen - de igual modo aunque con fines diversos - hechos maravillosos de parte mía, especialmente en este tiempo de Pasión. Quizás los espere Ud. mismo, como algo natural en mi caso. En Ud. se trata de una espera justa. En los otros se trata de escarnio o de idolatría. Y puedo asegurarle que *prefiero el escarnio a María Valtorta a la idolatría hacia ella.* Esto me molesta de un modo indescriptible. Me parece que me desnudan en medio de una plaza, que me despojan de mi precioso secreto... ¿qué sé yo? La verdad es que me hace sufrir. El escarnio causa menos mal si *está dirigido a María Valtorta.* Lo importante es que no dañe los "dictados" y no los haga



considerar una burla o una locura...

Pero por encima del deseo más o menos santo y honesto de mucha gente, está la voluntad, o mejor, *la bondad de Dios,* que escucha a su pobre María, a esa María que ha rezado *siempre* y que sigue rezando y diciendo: «He aquí a tu "víctima". Que recaiga sobre mí *todo* lo que quieras, pero *sin señales exteriores*». Yo no habría querido ni siquiera esta manifestación de Dios en mí, yo... Mas Él ha querido que yo fuera su fonógrafo... ¡paciencia! Pero no quiero nada más, *no, no, no.* Que me lleguen todas las enfermedades, diagnosticables o no diagnosticables si no tienen características conocidas. Que me lleguen todos los sufrimientos que me hagan padecer lo que Él padeció. Que me llegue la agonía que me haga estar curvada sobre su agonía. Pero que todo eso sea conocido sólo por Él, por Ud. - que es un padre para mí - y por mí y basta.

Si en este tiempo de Pasión desilusiono al que idolatra y al que escarnece porque no soy *materialmente* "la apasionada", le aseguro que vivo igualmente *mi* pasión. Pero más que el mayor sufrimiento físico del cuerpo transido y magullado por los golpes y el cansancio del Gólgota, de la cabeza dolorida por el cerco cruel, de los estirones y los calambres, del afán y la congestión de esta tortura, de la sed y la fiebre, de la languidez y la excitación del suplicio, "pasión" significa siempre para mí lo que llamo "mi Getsemaní", es decir, la oscuridad que aumenta, densa de fantasmas y temores... el temor y el terror del futuro y de Dios... y la cercanía del Odio y la ausencia del Amor. Esto sí que lleva a la sed, a la fiebre, a las lágrimas de sangre, a los gemidos y el agotamiento. Le aseguro que es algo tan fuerte como la hora que viví el año pasado cuando Dios me dejó sola[2]. Y aún más; puedo decirle: «Es más fuerte», porque *duele igualmente a pesar de que Dios está conmigo.*

Espero haberme explicado bien, aunque ciertas torturas se explican muy mal y se

comprenden peor, tanto por parte de quien es padre espiritual como de quien es idólatra, de quien es curioso o estudioso o escarnecedor del... fenómeno. Pero los últimos tres tendrían que experimentar por una hora lo que nosotros experimentamos... Y también tendrían que probarlo los idólatras, que puede que sientan envidia. ¡Pero no!, es mejor que no lo prueben. Los idólatras se escaparían quién sabe adónde por temor de que se repitiera otro

[2] Véase “Los cuadernos. 1944”, desde el 9 de abril al 10 de mayo.



momento semejante y los curiosos, los estudiosos y los escarnecedores llegarían hasta a maldecir a Dios... Por eso... impongamos el yugo a mis espaldas y quitemos el veneno... ¡adelante!

Señor, que se haga *tu* voluntad y no la mía. He aquí a tu sierva y a tu víctima. Que se haga de mí lo que Tú quieras. Pero, en nombre de tu bondad, te pido únicamente que me des la fuerza para poder sufrir. No me dejes sola. «Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado... »[3].

Estoy muy agitada, en medio de una tormenta como éstas de marzo que alternan momentos luminosos de sol a la oscuridad de las nubes borrascosas. Tengo la impresión de ser una pequeña barca en medio de las olas enfurecidas; a veces estoy arriba, en la cresta de las olas y en pleno sol, y otras estoy abajo, oprimida entre dos montañas de agua que parecen querer sumergirme en un tenebroso abismo. Me parece que paso alternativamente de un océano borrascoso al más plácido de los puertos y que, siempre alternativamente, me sumerjo en la hiel y en la miel. ¡Cuán grande es mi sufrimiento desde ayer por la noche!

Hay momentos en que estoy en el Cielo gracias a las breves y dulces palabras y a las beatas sonrisas de Jesús y María y por la fuerza que de ellas me deriva. Entonces digo: «¡Oh!, estoy absolutamente segura de que no he sido engañada y que no soy una pecadora» (se entiende que me refiero a los dictados y a las visiones). Pero luego hete aquí que vuelvo a precipitar en el sombrío abismo en el que resuena el espantoso fragor de las palabras amenazadoras de ayer por la noche. Y tras el Paraíso, ahora experimento el infierno. Luego vuelve a socorrerme la bondad de Jesús y de María y mi pobre alma es alzada en el sol hacia el cielo, en un estado de beatitud que me colma de dulzura. Y después nuevamente precipito en la amargura, en la oscuridad, en el espanto. Tengo miedo... Ayúdeme a superar esta batalla.

Hoy he visto a una señora que me conoce desde niña y que me ha dado su amistad materna por muchos años; luego, por una voluntad ajena a la mía, tuve que abandonarla y ahora, por fin, he podido volver a acercarme a ella. La señora me ha hablado de la Marina... y de mis dictados, de los que ha leído algunos fascículos. Como si yo no

[3] Lucas 24, 29



supiera nada, le he preguntado qué diferencia nota entre las dos personas, de las cuales una es conocida y la otra casi anónima, porque se la cree un servita o una señorita enferma, etc... Me ha respondido que, según ella, los de la M... están escritos en trance, mientras los otros son: «sublimes, pero atemorizan porque en lugar de hacer sentir la misericordia de Dios hacen sentir su justicia. Pero reconoce que encierran palabras de luminosa claridad y de una elevación espiritual que impresiona. Hay una maravillosa

oración a la Virgen». Y ha terminado diciendo: «Haz que te los den para leerlos. No pude obtener otros pero, te digo la verdad, deseo obtenerlos».

No puedo decirle si cree o no que se trata de mí o si cree que no conozco los dictados. Pero para mí ha sido como una gota de miel porque es una mujer religiosa y culta, que siempre me ha parecido muy equilibrada. Por eso, su juicio y su deseo me han confirmado que en los dictados las almas sienten a Dios.

¡Dios! ¡Dios!... Éste es mi dolor: Tener como único fin servirle y hacerle amar y temer que Él me aborrezca. Pero es tiempo de Pasión... ¡Oh! Ayúdeme porque bajo la calma aparente, soy una doliente herida.

*20 de marzo de 1945*

Habla el Padre Santísimo:

«Os parece dura la palabra que expresa la verdad. Querríais solamente palabras misericordiosas. ¿Podéis reconocer que merecéis misericordia? ¿Acaso no es misericordia también la Voz severa que os habla de castigo y os incita a arrepentiros? ¿Acaso os pentís?

Este deseo de oír solamente promesas de bondad, esta manía de recibir de Dios sólo caricias, es la desviación de la Religión. Habéis convertido en epicureísmo también este principio sublime que es la Religión referida al Dios verdadero. Pretendéis deleite de ella pero no queréis dedicarle esfuerzo. Queréis descansar en la cómoda transacción entre lo que os ordena la Religión y lo que os place. Y pretendéis que Dios se avenga a esta adaptación. En otras épocas, este vicio espiritual se llamaba "quietismo" y aún lo llaman así los doctores del espíritu. Yo soy más severo y lo llamo epicureísmo del espíritu.

Querríais recibir de la Religión, de Dios, de su Palabra, sólo lo que acaricia los sentidos, porque os habéis rebajado tanto que habéis



convertido en sensual hasta el espíritu. Por eso queréis ofrecerle sensaciones y estremecimientos completamente humanos. Parecéis los enajenados de otras religiones que, con oportunas ceremonias, provocan un estado psíquico anormal para gozar de los falsos éxtasis de sus paraísos.

Ya no comprendéis la *grande,* la *mayor* misericordia de Dios. Y llamáis dureza, espanto, amenaza, lo que es amor, consejo, invitación al arrepentimiento para obtener gracias. Queréis palabras misericordiosas. ¿Decís que las queréis para que os den las fuerzas para resurgir? No mintáis. Os gustarían porque son dulces. Pero igualmente, para los labios de Dios, vuestro sabor sería amargo como el veneno.

¿De qué sirven las palabras misericordiosas, las visiones plenas de amor que se os brindan desde hace un año como última prueba de elevación hacia Dios de vuestras almas paganizantes? A muchos les sirve para deleite, a algunos para su ruina y a un pequeño número tremendamente exiguo para la santificación. De este modo, continúa el destino de Cristo: el de ser un signo de contradicción para muchos.

Hoy hablo Yo. ¡Oh culpables más culpables que los sodomitas[1]!, hablo para demostrar que mi misericordia aún es infinita, visto que no os sepulta bajo una granizada de fuego.

Se ha dicho: "Castigas a los descarriados poco por vez, les reprendes por sus faltas y les amonestas para que se aparten de la perfidia y crean en Ti"'. ¿No han ido aumentando poco a poco estos periodos tremendos? ¿Os he dejado azotar de un modo infernal en una sola vez? No es así. Hace decenas y decenas de años que el castigo va aumentando en cuanto al modo y

la duración, dándoos de tanto en tanto una milagrosa ayuda que os liberaba de él y que usabais para preparar, por vuestra misma voluntad, un flagelo aún más cruel.
No mejorasteis nunca. ¡Oh, vosotros que escarnecéis a Dios!, siempre ha aumentado vuestra maldad y vuestra falta de fe. ¿Y ahora qué he de hacer? Si no supiera cómo os he creado, ahora me preguntaría si tenéis un alma, porque vuestras obras son peores que las de seres bestiales. ¿Os disgusta oíroslo decir? ¡Pues no obréis de modo tal de merecer estas palabras! En el Libro de la Sabiduría se leen estas palabras dirigidas a los Cananeos: "Aborrecías a los antiguos habitantes de tu tierra santa

[1] Génesis 19, 24-25.

[2] Sabiduría 12, 1-2.



porque sus obras, cumplidas con prácticas mágicas y ritos sacrílegos, eran abominables ante Ti. Mataban sin piedad a sus pequeños, comían las entrañas de los hombres y bebían la sangre en tu sacra tierra. Quisiste destruir a esos padres, verdugos de almas indefensas..."[3].

¡Oh generación de hombres de esta época!, ¿no os reconocéis en estos antepasados vuestros? Yo sí que os reconozco. Respecto a ellos, vuestra perfidia ha aumentado, se ha hecho más satánica. Pero seguís perteneciendo a esa ralea que detesto. El satanismo se ha difundido tanto hasta convertirse casi en la religión de los estados. Ya sea entre los grandes o entre los modestos, entre los cultos o entre los ignorantes, y hasta en la casa de los ministros de Dios, se quiere conocer y se cree conocer a través de magias que tienen un sello inconfundible: el sello de Satanás.

¿No realizáis los sacrificios de los cananeos? ¡Los hacéis aún peores! No inmoláis las carnes sino vuestras almas y la de vuestros semejantes, conculcando el derecho de Dios y la libertad del hombre. En efecto, habéis llegado hasta tal punto que, con la burla o con la fuerza, quebrantáis las conciencias que aún saben mantenérseme fieles, las arrojáis del trono de su fe, que las eleva a Mí, y las corrompéis con doctrinas malditas o las matáis, porque haciéndolo creéis despojarlas de la fe. No; por el contrario, de este modo las ataviáis con una fe incorruptible. Mas, que la maldición recaiga sobre vosotros porque sembráis la corrupción para arrebatar fieles a Dios.
¿Y no os reconocéis en esos antepasados vosotras, generaciones de padres que sin piedad matáis moralmente a vuestros hijos al comunicar a esos inocentes vuestra incredulidad, vuestra sensualidad, toda la cohorte de racionalismo y de bestialidad de que estáis saturados y que ahora, ahora, ahora que estos hijos ya no están sostenidos por ninguna columna espiritual, termináis de matarles en lo que les queda, es decir, en la carne, pues permitís qué de esa carne hagan mercancía como bestias lujuriosas, y es más, aprobáis satisfechos porque ese mercado os permite satisfaceros y gozar con el sacrificio de vuestros hijos?

¡No, no exagera el Libro de la Sabiduría cuando os llama verdugos de almas indefensas! Cuidáis más a la bestia que criáis para venderla y a la planta que cultiváis para obtener los frutos, que a

[3] Sabiduría 12, 3-7.



vuestros hijos. Ellos son débiles mas no los fortificáis, pues no les dais ni la religión de Dios ni, al menos, la de la honestidad cívica y del amor familiar.

Padres, ya no sois los tutores de los menores. Madres, para vuestras criaturas no

sois ángeles, sois ídolos. No cumplís el fin al que os he destinado. Abdicáis de vuestros deberes y de vuestros derechos. Me causáis horror. Sois ídolos idólatras: sois ídolos, porque carecéis de espíritu. Sois idólatras, porque adoráis lo que es todo menos espíritu. Habéis adorado al hombre; habéis permitido que se llegara al culto del cuerpo, que se *volviera* al culto del cuerpo, tal como lo practicaban los paganos cuando Cristo les encontró, o los neo paganos, que son culpables de paganismo doblemente, porque lo eran y porque siguieron siéndolo aún después de haber recibido la *verdadera* religión.

Y además, en los lutos, en las alegrías, ¿qué hacéis? Practicáis la idolatría. Veneráis, adoráis lo que es perecedero. No pensáis en el espíritu y en El que lo creó. Y eso "es un engaño para la vida humana, pues los hombres, secundando la afición o la tiranía, dan a la piedra o al leño o a la tela pintada el Nombre incomunicable"[4]. Yo, sólo Yo, soy Dios.

¿Os parece que os fustigo? Y entonces oíd: "Ni les bastó haber errado en el conocimiento de Dios sino que, viviendo en la dura guerra de la ignorancia, llaman paz a tan graves males. Ya inmolan a los hijos, ya hacen misteriosos sacrificios, ya transcurren las noches en orgías infames. No conservan puros ni la vida ni los matrimonios. Por el contrario, uno mata al otro por envidia o le humilla con adulterios. Todo es un caos de sangre, homicidios, robos, fraudes, corrupción, deslealtad, desorden, perjurio, vejación de los buenos, olvido de Dios, contaminación de las almas, inversión de los sexos, inconstancia en los matrimonios, adulterios, libertinaje, porque el abominable culto a los ídolos es causa, principio y fin de todos los males. O se dan a frenéticas juergas o vaticinan falsedades o viven en la injusticia y perjuran sin vacilar pues, dado que confían en ídolos inanimados, no temen que el jurar en falso pueda perjudicarles"[5].

Mas, ¿se trata de la Sabiduría dictada un siglo antes de Cristo o de algo dictado en los momentos actuales? ¿Y aún pretendéis pala-

---

[4] Sabiduría 14, 21.

[5] Sabiduría 14, 22-29.



bras de misericordia?

¿No habéis visto nunca a un pueblo que huye bajo una colosal granizada? Huye veloz pero igualmente el granizo le azota porque los gruesos granos les persiguen por doquier. Si tuviera que hablar según lo merecéis y os hablara como quien soy, como Dios Padre, seríais como esas gentes azotadas por una colosal granizada.

Habla la Bondad y no entendéis. Habla la Justicia y la consideráis injusta. Tenéis miedo y no os corregís. ¿Sois tontos o criminales? ¿Sois locos o endemoniados? Que cada uno se examine. ¿Y por gentes como éstas se mandó a morir al Hijo del Padre?

En verdad, si fuera posible encontrar un error en Dios, se diría que ese Sacrificio fue un error, porque su infinito valor es nulo para demasiada gente. Sí, digo que fue un error. *Un error que es testimonio de mi Naturaleza.* Sí, ¡oh, hombres que, a pesar de ser tan culpables, juzgáis que Yo no os trato con misericordia!, *porque si Yo no fuera Amor, no os habría concedido la Redención.* Sí, porque si en verdad hubiera tenido que obrar como vosotros, que pretendéis el 100 por 100 y hasta el 1000 por 100 cuando hacéis aun el mínimo bien, Yo no habría tenido que concederos la gracia jamás. Porque desatendéis, burláis, convertís en desgracias, todas las formas de gracia, empezando por la de la Sangre derramada por vosotros.

Hoy Jesús no habla y el pequeño Juan no ve. Hoy hablo Yo para deciros que hoy, como hace dos años, mi Pensamiento es el mismo[6]; para deciros que si callo es porque sé que hablar es

inútil; para deciros que la palabra es amor, que el silencio es amor, que la severidad es amor. Sólo vosotros sois desamor, en medio del amor soberano que conforma todo lo que proviene de Dios. Y ésta es vuestra condena».

Me faltaba sólo este severo dictado para terminar de abrumarme...

---

[6] Probablemente es una referencia al dictado del 23 de abril en "Los cuadernos. 1943".

*25 de marzo de 1945*

Hablo con la Madre y me lamento diciéndole: «Pero de esta manera ya no puedo pensar en ti. Escribo, escribo y escribo... y después me quedo como muerta e incapaz de decirte ni siquiera un Avemaría.

39

Ya lo ves: ¡me quedo con el rosario en la mano, justo ahora que quería hacerte más compañía en estos viernes de Cuaresma y de Pasión!».

Oigo su respuesta nítidamente: «No importa. Tú cantas el Evangelio de su Pasión y lloras sobre sus dolores y le acompañas en ellos. Y, de este modo, enjugas mucho más mis lágrimas que si me hicieras compañía directamente. ¡Oh, hija de la celeste Jerusalén!, llora por los pecados del mundo y bendice al Señor, que quiso que fueras estéril, que no probaras los gozos humanos, para merecer la gloria de ser el "pequeño Juan". Di junto conmigo: "He aquí a la doncella del Señor. Que se haga de mí lo que Él desea". Te bendigo y no te retengo. Te espero en el camino del Calvario. Ve».

*29 y 30 de marzo de 1945*

Mis gozos.

Estaba muy triste desde el mediodía del Jueves porque pensaba: "Mañana no habrá Comunión". Me causaba dolor quedarme sin mi Alimento, visto todo lo que sufro siempre, especialmente el viernes, y lo que, por lo general, significa para mí el viernes de Pasión desde hace 15 años. Pensaba: "Dos años atrás, el P. M. me trajo la Comunión al amanecer del Viernes Santo. En ese entonces yo estaba mal y por eso él podía hacerlo". Le aseguro que habría deseado estar aún peor para poder recibirla. Este sufrimiento, junto con el pesar por la reliquia de la Santa Cruz - que me fue quitada, tras habérmela donado, por una que, con Satanás, contribuyó a hacerme sufrir - constituye mi pena secreta... mi pena más profunda.

Marta había salido para hacer la visita de las siete iglesias. Yo estaba sola. Escribía. Y, mientras tanto, la desolación de María se fundía con el llanto de la pobre María...

Detiene mi pena la gozosa aparición de mi Jesús, pero no ya martirizado y sangrante, sino bellísimo, radiante en su túnica de cándido lino, tal como le veo en los momentos más jubilosos de las visiones. Viene hacia mí como si proviniese de un campo florecido y sonríe mientras sostiene algo bajo su manto blanco, que lleva cruzado sobre el pecho y las manos.

Me dice: «Pequeño Juan, en realidad quería decirte "pequeño escriba", pero no te

lo digo porque si bien es cierto que eres un ser laico que, por no bastar los sacerdotes, ilustras la verdad de mi tiem-
40
po mortal, por el contrario, no eres la criatura dura y feroz que eran los escribas de mi época. Escucha, pequeño Juan. El Padre Migliorini no puede traerte la Comunión y sufres por ello. Yo soy tu Sacerdote. Te he tenido doblada sobre mis torturas, sobre mi agonía. Es justo que te dé un premio. Mira: hace muchos años, a esta misma hora Yo me dirigía al Cenáculo para consumar la Pascua y distribuir la primera Eucaristía. Pequeño Juan, ven y toma».

Deja abrir el manto y me muestra la píxide que lleva en la mano. Dice solemnemente: «Yo soy el Pan vivo que desciende del Cielo. Quien coma este Pan, no tendrá más hambre y vivirá eternamente. Éste es mi Cuerpo, que te doy en memoria de Mí. Toma y come». Y me da una hostia muy grande. Digo que es grande porque tiene el diámetro de una vieja moneda, o sea, de un escudo. Su sabor material y espiritual es tan extraordinario que me colma de júbilo. Me acaricia y luego dice: «Ahora que has recibido tu Alimento, escribe. Mañana volveré».

Y, en efecto, esta tarde, a la misma hora, vuelve a aparecer ante mí. Yo estaba mal ya cuando Ud. se encontraba aquí; no lograba superar la crisis. Estaba pálida como una muerta, envuelta en un sudor frío, jadeaba, tenía continuos mareos y se me ofuscaba la vista. Sin embargo, escribía porque *tenía* que escribir... La Madre Dolorosa demostraba gimiendo su tormento.

Por unos instantes Jesús me aparta de tanto dolor físico y de coparticipación. Mostrando claramente el cáliz colmo de sangre roja, vigorosa, la definiría densa, casi en hervor - porque borboteaba en espumantes burbujas como si apenas hubiera salido de una arteria - Jesús me dice: «Ésta es mi Sangre, que he derramado por amor hacia vosotros. Toma y bebe». Me avecina el cáliz a los labios mientras con la otra mano me acerca a éste.

Siento el frío metal contra mis labios y en mi nariz el olor de la sangre. Pero no me causa repulsión. Adhiero mis labios al liso borde del cáliz de plata y bebo un sorbo de esta Sangre divina, que presenta todas las características de nuestra misma sangre en cuanto a fluidez, viscosidad y sabor, pero que al descender en mí provoca una delicia que me eleva a las cimas más altas del gozo. Quisiera beber más y más... porque cuanto más se bebe de esta Sangre, más se querría beber. Pero me detiene la reverencia hacia Jesús y sólo contemplo esa Sangre amada, aspiro su intenso olor, admiro el perfecto color rojo vivo. Jesús me hace beber otras dos veces... Luego se va... y
41
en mí permanecen el sabor y la fragancia de esa Sangre de mi Jesús.

Casi no quería escribir esto aquí. Prefería hacerlo en una carta que no sabía bien si entregársela enseguida a Ud. o dejarla para que fuera entregada después de mi muerte. Porque, en verdad, ciertas cosas sublimes se expresan mal y se lo hace de mala gana. Pero luego prevaleció la idea de escribir esto en un cuaderno y, por lo tanto, hacérselo saber a Ud. inmediatamente.

Me siento rebosante de una delicia sobrenatural.

*31 de marzo de 1945*
*A las 8.*

Aún perdura esa delicia sobrenatural. En mi mente está presente siempre ese cáliz, como si todavía lo estuviera viendo, y todavía siento en mi paladar el sabor inefable de

la Sangre de mi Dios... Éstas fueron mis Comuniones del Jueves y del Viernes Santo.

*1° de abril de 1945*

*Pascua de Resurrección. A las 23.*

Jesús dice lo siguiente para el Padre Migliorini, para Sor M. Gabriella y para mí: «Antes de que terminara el día de la Resurrección, me mostré a las mujeres fieles y a los amigos más queridos para que su júbilo fuera total, para que supieran que la prueba había terminado y que el Señor había resurgido, para que su fe fuera confirmada con su paz y su perdón. Antes de que termine este día, vengo a vosotros. Vengo a vosotros que habéis sabido hacer una Betania y un Cenáculo de vuestro corazón y que habéis permanecido conmigo en la Pasión.

Que la paz y la bendición sean con la una y la otra María. Que la paz y la bendición sean con su Lázaro y el mío. Que la paz y la bendición sean con quien convive con ellos en el amor hacia Mí. Creced amándome. Que la Sangre y la Palabra engendren en vosotros fuerzas siempre renovadas. Venid sin temor a las Palmas heridas. Vosotros no tenéis necesidad de tocar para creer. Pero tenéis necesidad de caricias para gustar anticipadamente el Cielo y mis manos rebo-



san de caricias para mis amigos.

Os quise conmigo en la Pasión para que, conociéndola, la amarais cada vez más, pues este conocimiento es fuerza y santificación. Gustad de él hasta obtener mi misma fuerza también en los sufrimientos por amor de Dios y del hombre. Ahora venid conmigo hacia el gozo que el mundo no puede experimentar, o sea, hacia mi gozo.

Que la paz y la bendición del Señor Resurgido sean con vosotros, ¡oh, amigos de mis Betanias, las que Yo solo conozco!».

*10 de abril de 1945*

Dado que hace tres días que descanso de los dictados, abro la Biblia[1] en un punto cualquiera, tanto para leer algo que siga siendo palabras provenientes de Dios. El libro se me abre en la pág. 769 y los ojos se detienen en los versículos 25-26-27-28-29-30-31 del salmo 17 del libro 1°[2]. Y entonces el Señor habla:

«¿No es acaso lo que puedes decir de ti?

En un tiempo no merecías mi recompensa: Yo te amaba con mi perfección, mas tú no me amabas con *tu* perfección porque, aunque en tu corazón albergaba la inclinación hacia Mí, había en él afectos más fuertes que el que me dedicabas. No merecías mi recompensa. Por cierto recuerdas ese tiempo y también Yo lo recuerdo. Acababas de salir de tu colegio completamente perfumada con el perfume de Dios como una virgen del Templo con los perfumes del incienso ritual. Y Yo ya te había elegido.

¿Quieres saber cuándo te elegí? En verdad, lo hice cuando se engendró en ti un alma, porque no hay ningún destino humano que sea desconocido para la Mente eterna. Y mi pequeña María - que mi Voluntad mantuvo viva a pesar de las infelices circunstancias de su nacimiento, que la acompañaron durante los meses en que era sólo un ángel que mamaba - fue *mía* cuando derramó sus primeras lágrimas ante el divino Depuesto de la cruz. Él te pidió a Mí. Y Yo te di con una sonrisa complacida. Y ya en el Cielo, Él repitió su exhorta-

---

[1] El texto que emplea la escritora es la *Sacra Bibbia,* traducción y comentario del

Padre Eusebio Tintori O.F.M., editado por el Istituto Missionario Pia Società San Paolo, 1942.

[2] Según el texto de la Vulgata. En cambio, según el texto hebraico es el salmo 18,25-31.

43

ción en cuanto a ti: "Dejad que los niños vengan a Mí". Y así lo dijo al Padre y al Paráclito.

*Sólo los labios de los niños quitan el dolor de sus heridas: labios de los que son niños por edad y de los que lo son porque lo quieren ser*. O sea, de los que por su amor y por obediencia al Maestro, "se hacen semejantes a niños para obtener el Reino de los Cielos"[3]. María, Virgen y Madre, Delicia de Dios, es la perfecta niña que vive jubilosa en el Reino de los Cielos. Las almas "niñas" de personas adultas son tan raras como perlas perfectamente redondeadas de asombroso grosor. Todos los adultos niños poseen un alma así, como si aún no fuera profanada, que causa la delicia de Dios y el alivio de Cristo. Y por eso el Hijo te ha querido ya desde entonces. Por cada lágrima inocente derramada, recibiste un beso suyo; por cada beso, una gracia; por cada gracia, una unión con el Divino Amor.

No es un error mirar hacia atrás para poder entonar el Magnificat y el Miserere. Tú pudiste entonar el Magnificat desde que saliste del colegio. Pertenecías por entero a Dios. En ti había un solo altar y un solo amor. El blanco lirio cuya corola se entreabría apenas, rebosaba sólo de celestial rocío y de rayos divinos. Luego llegó el mundo y con él llegaron muchos otros altares y muchos otros amores, es decir, los usurpadores de "mi" lugar. Duraron hasta que Yo lo quise. También habría podido no quererlo. Alguien dirá: "Fue un experimento peligroso". No es verdad; era necesario. Los apóstoles fueron humillados con la deslealtad hacia Cristo y durante ese periodo les dominaron todas las formas de la corrupción humana y volvieron a ser aferrados, zarandeados, acuciados por todo lo que turba al hombre. Entonces comprendieron que todo lo que habían logrado mejorar no lo habían obtenido exclusivamente por su proprio mérito, sino porque estaban con Jesús. Y, gracias a eso, en ellos quedó destrozada totalmente la soberbia, esa fuerza que corrompe al hombre. Esto es lo que debe hacerse con todos los que han sido elegidos para un destino especial, a fin de que no pierdan tal elección al no merecer más mi amor. Los que usurparon mi lugar en ti fueron cayendo uno a uno. Y únicamente tu Dios volvió a ser tu Rey, al que cantaste el Miserere de tu sabio arrepentimiento.

Hija, ahora considera el pasado y el presente. Considera aquel tiempo en que florecían tantos amores: hacia el hombre, hacia la

---

[3] Mateo 18, 1-5; Marcos 10, 13-15; Lucas 18, 15-17.

44

ciencia, hacia ti misma, y considera el tiempo actual, en el que no hay nada nuevo sino un solo amor: el amor hacia Mí. Y entonces dime, dímelo con el alma; dímelo escuchando solamente a tu alma, la única que posee una voz preciosa y verdadera. ¿No lo tienes todo ahora? ¿No lo tienes todo desde que eres mía? Los tontos, que son muchos, dirán: "¡Si no tiene nada! No tiene salud, no tiene alegría, no tiene riqueza". Pero tu alma, que ve con los ojos del espíritu, dice: "Ahora lo tengo todo, hasta lo que, aun siendo santo, es superfluo". Si puede llamarse superfluo todo lo que se aparta de lo estrictamente necesario para elevarse a Dios.

Tienes una misión especial: la de portavoz, que es un don y que no se necesita

tener para ser predilectos. Pero además, tienes el consenso de Dios para tus deseos. ¿Por qué lo tienes? Pues, porque como dice el salmo: "El Señor me ha recompensado según mi justicia, según la pureza de mis manos ante tus ojos"'.

Con los justos y los puros de corazón soy infinita y divinamente munífico. Soy bueno con los débiles, soy *perfectamente bueno* con los que saben ser fuertes por amor mío. Y, dado que soy Amor, debo esforzarme a Mí mismo para no ser débil también con los que pecan. A éstos les concedo la misericordia de mi Hijo. A mis hijos les concedo la profusión de mis dones. Y les salvo, les ilumino, les doy la libertad, les fortifico cada vez más y, llevándoles de la mano, les conduzco por mi senda inmaculada y les instruyo con mi Palabra, forjada en el Fuego del Divino Amor.

Así hago contigo, alma mía, que has puesto en Mí tu amor y toda tu confianza. No temas, ¡oh, flor de Dios! Desde las microscópicas flores de los países sumidos en los hielos hasta las flores gigantescas de los países tórridos, no hay una sola a la que Yo deje sin rocío, sin la luz y el calor necesarios para su tierna vida. ¡Y son vegetales! Entonces, ¿qué cuidados dará su Creador a las flores de mis almas? No temas, ¡oh flor de Dios, perlada con la sangre y el llanto del Hijo y de la Virgen! Te quiero mucho, por estas gemas y por tu fidelidad. Canta por siempre el Magnificat.

El Padre, el Hijo y el Paráclito están contigo».

¡Oh, Señor, Señor! Si Tú lo dices, por cierto es verdad y, por lo tanto, todo eso habrá sido necesario. Pero, ¡qué terrible fue para mí

[4] Salmo 18 (17), 25.



tu abandono del año pasado!' Tú lo ves, tú no ignoras las sensaciones de los corazones. Hay heridas que duelen al más ligero roce, aun después de haber cicatrizado. A veces hasta duelen por simpatía nerviosa cuando se las toca o se toca el miembro opuesto. Los nervios cercenados duelen aún después de que la herida se ha cerrado. De este modo tu abandono, aun ahora que has vuelto a cobijarme junto a tu corazón, es una herida que sigue doliendo porque has cercenado el nervio que me unía a Ti. No te pregunto por qué lo has hecho. Te digo solamente: «¡Sabes bien qué ha signicado para mí tu abandono! ».

Hoy me he estremecido al escribir: 10 de abril, porque hoy hace un año que Tú dejaste a tu mísera flor sin rocío, sin luz, sin calor. Por poco no me he muerto. Te lo he dado todo, y si aún tuviera algo, te lo daría. Pero no me sometas más a pruebas semejantes. Ya ves que mi mísero ser no puede soportarlas.

Es verdad, canto. ¡Canto mi Magnificat! Y también te digo: «No he merecido en absoluto que Tú hicieras en mí "cosas excelsas"». De todos modos, mi canto estará mezclado por siempre con el llanto; a igual que el niño que ha vivido una infancia desdichada no tiene la expresión serena de los niños felices, en mí siempre está presente tu abandono del año pasado. ¡Tiene razón Jesús! ¡Tiene razón María! Lo que no se soporta en "nuestra pasión" es tu abandono, ¡oh Padre!...

Mientras escribo esto, vuelve a encenderse la lucecilla que arde perennemente delante de la imagen de Jesús. Es una estrellita que, junto con mi corazón, resplandece ante mi Jesús crucificado. Hacía un año que estaba apagada... Mi celda, mi tabernáculo, mi paraíso ya no tenían luz. ¡Eso me causaba tanta congoja!...

Recibí todo de tu amor. Pero también recibí mucho de tu rigor: tinieblas, soledad y lo que tu Hijo ha definido "infierno"... Me quedé como un pajarillo que sólo por acaso logró huir de sus torturadores. Tengo miedo... Por todas partes veo redes, prisiones, torturas... Señor, ten

piedad...

5 Véase la nota 2 del diario del 19 de marzo de 1945



*12 de abril de 1945*

1

Dice Jesús:

«Escribe solamente esto. Los designios de Dios tienen una continuidad y una necesidad misteriosa, santa, que sólo en la otra vida comprenderéis claramente. A veces parecen tener una extraña incoherencia. *Os parecen* incoherentes, porque lo miráis todo con ojos humanos. En cambio, cada variación de su acaecer es una concatenación armónica y justa, de la que proviene el destino humano y sobrehumano porque, según cómo el alma se adecúa al proyecto que le propone Dios, corresponde una especie de beatitud o de condena o, simplemente, de dolorosa expiación en la otra vida y de ayudas o abandonos divinos en ésta.

La pronta obediencia y la jubilosa adhesión al designio de Dios son la señal de la formación espiritual de un corazón. En esta formación Jesucristo fue perfecto. Ya lo era como Dios, lo fue también como hombre. Y, si como Dios no podía ser alcanzado por las insidias del Tentador que inocula soberbia y desobediencia para arrebatar un espíritu al amor de Dios, como Hombre cuando vino a la Tierra, bien pudo recibir las numerosas exhortaciones del Tentador a la desobediencia. Considera, hija, a qué obediencia debía someter a Sí mismo. Ya se había impuesto el humillante yugo para Él, que era Dios, de asumir naturaleza humana. Y, con esa naturaleza, había tenido que soportar todo lo que implica tal condición. Además, al final de ese doloroso camino humano, veía la Cruz, la ignominiosa y atormentada muerte del crucifijo. No ignoraba su futuro y no se sustrajo a él.

¡Cuántas veces los hombres, aun sabiendo que de lo que Dios les propone deriva un bien para ellos y para sus semejantes, se niegan a dicha propuesta diciendo: “¿Por qué debo dejar lo que me procura provecho para dedicarme a lo que es penoso? ¿En favor de quién tendría que hacerlo?”. Pues, hijos míos, ¡tendríais que hacerlo por amor!, por amor hacia Mí. El Padre no puede pediros nada que no sea para vuestro bien, para un bien seguro, no fugaz. Si procedierais al amparo de la fe, no dudaríais del Padre. Diríais: “Si me propone esto, lo hace seguramente por mi bien. Por eso, lo haré”. Si procedierais al amparo del amor, diríais: “Él me ama. Lo amo”. Y si fuerais píos y lo que os propone el Padre fuera beneficioso para el prójimo aunque implicara un sacrificio para vosotros, lo aceptaríais ensegui-



da como lo aceptó mi Hijo para vuestro bien. Yo os daría luego un refulgente premio.

Por lo tanto, cuando consideres el aparente contraste de tu vida, o mejor, los muchos contrastes de tu vida, y todo lo que tienes, di siempre: “Ese hecho, que aparentemente está en disonancia con el siguiente y con mi momento actual, ha preparado este otro hecho. Y tengo esto porque he aceptado aquello”. Considera que, desde que has adoptado como norma no estéril de tu vida las palabras presentes en la plegaria del Hijo: “Sea hecha tu voluntad”, no sólo no te has detenido sino que has caminado, y luego has corrido y, al final, has volado hacia lo alto. Se acentuó tu voluntad, tu ansia de conocer, de mejorar, y al final aumentó tu jubilosa obediencia, pronta para mis designios.

No digo nada más. Quédate con nuestra bendición».

Creía que se trataba de Jesús y, en cambio, quien me dice esta mañana tan dulces palabras y muestra tanta piedad por mi estado físico, es el Padre Eterno.

*14 de abril de 1945*

Dice el Espíritu Divino:
«He herido tu mente con la frase: "En la íntima unión con la Sabiduría está la inmortalidad" (Sabiduría 8, 17). Ahora te explico esta verdad.
Comparemos el alma a una criatura cualquiera y la Sabiduría a un rey potente. Hasta que no sea más que un súbdito de dicho rey o solamente un ser que ve a ese rey en viaje por la Tierra, esta criatura será sólo una criatura cualquiera. Hoy vivirá satisfecha de su exiguo bienestar; mañana temblará por temor al poderío exagerado; pasado mañana estará atareada en cosas de escaso valor y el día después llorará porque verá dañados sus bienes. El rey siempre es el mismo: rico, potente, seguro de sí. En cambio, la pobre criatura nunca está segura. Mas, si el rey, desde lo alto de su carroza, baja la mirada hacia la criatura y, viéndola pulcra aun en su pobreza, se enamora de ella y dice: "Quiero llevarla conmigo, instruirla para que no haga mal papel junto a mí y luego, una vez que haya aprendido el arte de reinar, quiero hacerla mi esposa" y así lo hace, ¿esa esposa no adquirirá acaso, gracias a esta elección, las dotes de poder, de riqueza, de



seguridad de su esposo-rey?

Un alma pasa de la condición de súbdito a la de unión con el poder, cuando la Sabiduría le dice: "Ven. Sé mía" y le enseña sus verdades, la hace su esposa y se concede a ella en continuos y apasionados abrazos, revelando en el sublime tálamo toda su perfección; cuando le abre sus cofres y le dice: "Toma mis joyas. Son para engalanarte"; cuando su mano le tiende el cáliz del vino vital, que da pureza y vida eterna, diciéndole: "Bebe de mi copa para quedar preservada de la corrupción y de la muerte". Entonces, si esta alma se mantiene fiel a su elección, alcanza la inmortalidad, *la verdadera inmortalidad,* no la inmortalidad relativa que los hombres otorgan a otros hombres.

¡Cuántos de los que en su época fueron llamados "inmortales" y así se lo creyeron, ahora son sólo "desconocidos", muertos aun para la memoria! La mayor parte de los hombres hasta ignora que han vivido y entre los que les han oído nombrar ¿quiénes conocen exactamente sus obras? De seguro, las conoce sólo una exigua minoría. La verdadera inmortalidad es la que es conocida por Dios y por sus bienaventurados; es la que será proclamada en el día del Juicio Final ante los ojos de la multitud resucitada. Es la que se conquista en la unión con la Sabiduría. Es la que se conquista en la unión conmigo, porque quien convive conmigo y me ama, quien se engalana con mis gemas, quien bebe de mis aguas, camina por las sendas de la santidad y conquista la inmortalidad al conquistar el Reino de Dios.

Yo no te abandono. Si el descanso del Hijo de Dios está en medio de los corazones que le aman, mi gozo está en mantener junto a Mí a los que me aman. El Amor que se nutre de amor, que se siente sumergir en ese amor porque puede volcar sólo en pocos las olas de su bien, se expande, de modo constante y rebosante como un caudaloso río perenne, sobre las almas que le son fieles, las abraza con sus dulcísimas ondas, las eleva, las transporta, las lleva, en el vasto mar del conocimiento de Dios, hasta el golfo de la beatitud, o sea, hasta el regazo del Padre Eterno.
Quédate tranquila, quédate en paz. Sobre las ondas, la flor no hace resistencia. Navega en el

azul que quita su sed, brilla a los rayos del sol en virtud del agua que la adorna, y va hacia el mar abierto. Ve también tú del mismo modo. Te bendigo».



*15 de abril de 1945*

*Ezequiel 37, 1-14.*

Dice Jesús: «A igual que el Señor le preguntó a Ezequiel, Yo te pregunto: "¿Crees que estos huesos revivirán?"».

Yo, como Ezequiel, te respondo: «Tú lo sabes, Señor Dios», dado que entiendo el significado de la palabra "huesos", que en este caso está usada en lugar de "hombres". Es decir, entiendo que Jesús no me pregunta si resucitarán los muertos en el último Día. Eso pertenece a la fe, y sobre eso no hay ninguna duda. Pero Él llama "huesos" a la pobre humanidad actual, que es sólo materia sin espíritu. Llego a entender esto porque, como ya le he explicado muchas veces, cuando Dios se apodera de mí para convertirme en su portavoz, mi inteligencia se dilata y se eleva a una potencia que es muy superior a la que le es consentida a los seres humanos. Y por eso, "veo", "oigo", "comprendo", según el espíritu.

Jesús sonríe porque ve que he comprendido su pregunta y explica:

«Así es. Ahora la humanidad es sólo huesos, restos calcinados, densos, muertos, hundidos en los fétidos surcos de los vicios y las herejías. Ya no existe el espíritu, el espíritu que es vida en la carne y en la eternidad, el espíritu que es lo que diferencia al hombre del animal. El hombre se ha matado a sí mismo al matar la parte mejor de sí. ¿Es una máquina? ¿Es un bruto? ¿Es un cadáver? Sí, es todo esto.

Es una máquina porque cumple su jornada mecánicamente, como un dispositivo que se mueve porque debe hacerlo, visto que sus partes han sido puestas en movimiento. Pero lo hace sin comprender la belleza de lo que hace. Del mismo modo, el hombre se levanta, se acuesta, tras haber comido, trabajado, paseado, hablado, sin comprender nunca la belleza, o la fealdad, de lo que hace. Y no lo comprende, simplemente porque, al estar privado del espíritu, ya no distingue lo bello de lo feo, el bien del mal.

Es un bruto porque está satisfecho con dormir, comer, acumular grasa en su cuerpo y provisiones en su cueva, ni más ni menos que como hace el animal, cuyo único fin en la vida y cuya única alegría en la existencia son estas operaciones y que, por esta ley baja y brutal que establece la necesidad de saquear para quedar saciado, lo justifica todo: los egoísmos y los actos feroces.

Es un cadáver porque lo que permite decir que un hombre está vivo es la presencia del espíritu en su carne. El hombre se convierte



en un cadáver cuando exhala su alma. En verdad, el hombre actual es un cadáver que está en pie y se mueve por un sortilegio de la mecánica o del demonio. Pero no es más que un cadáver.

Pues bien, Yo digo: "¡Oh, áridos huesos!, infundiré en vosotros e1 espíritu y reviviréis. Haré que en vosotros vuelva a haber nervios y crezca la carne y otra vez os cubriré de piel y os daré el espíritu y reviviréis y sabréis que Yo soy el Señor". Sí, lo haré. Vendrá el tiempo en que volveré a tener un pueblo de seres "vivos" y no de cadáveres.

Mientras tanto, a los mejores, a los que no están muertos mas sólo están reducidos a esqueletos por la falta del alimento espiritual, les doy el sustento de mi palabra. No quiero que muráis de consunción. Ésta es la suculenta ambrosía que, dulcemente, os da vigor. ¡Oh, nutríos con ella, hijos de mi amor y de mi sacrificio! *¿Por qué debo ver*

*que muchos tienen hambre y que, habiendo preparado el Salvador abundante alimento para ellos, no ha sido alcanzado por los que tienen hambre?* Nutríos, poneos de pie, salid de los sepulcros. Sacudíos la inercia, apartaos de los vicios del siglo, venid al conocimiento, venid a "reconocer" al Señor vuestro Dios.

Os lo he dicho al comienzo de esta obra y a mediados de esta trágica guerra[1] y os lo repito: "Ésta es una de las guerras preparatorias de la época del Anticristo". Luego vendrá la era del espíritu vivo. ¡Bienaventurados los que se preparen a recibirla!

No digáis: "Nosotros no estaremos allí". No estaréis todos vosotros. Mas pensar solamente en sí mismos significa estupidez y anticaridad. De padres ateos nacen hijos ateos. De padres inertes nacen hijos inertes. ¡Y todos ellos, vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos, tendrán una *enorme* necesidad de fuerza espiritual en esa hora! En el fondo, es una ley del amor humano proveer al bien de los hijos y de los nietos. No os mostréis en lo que atañe al espíritu inferiores a lo que atañe a las cosas terrenas y, del mismo modo en que dais a vuestros hijos riquezas o consideráis cómo poder dárselas para que vivan días más felices que los que vosotros habéis vivido, dedicaos a prepararles una herencia de fuerza espiritual que ellos puedan modelar y multiplicar, para tener una gran cantidad de ella cuando los embates de las últimas batallas del mundo y de Lucifer flagelen de modo tan feroz la Humanidad que los hombres se preguntarán si no

---

[1] Véase, por ejemplo, en "Los cuadernos. 1943", el diario del 4 y del 19 de junio y del 21 de agosto; en "Los cuadernos. 1944", el diario del 16 de mayo y del 12 de septiembre.



sería mejor el Infierno.

¡Oh, el Infierno!: la Humanidad deberá vivirlo. Luego, para los que permanecieron fieles al espíritu, vendrá el Paraíso, vendrá la Tierra que no es tierra: el Reino de los Cielos».

*20 de abril de 1945*

Veo con insistencia los restos de un cuerpo humano carbonizado. Es un espectáculo que inspira piedad y temor. Está tan consumido por las llamas que parece una informe estatua de hierro extraída del fondo del mar. Aún se identifican en la cabeza las líneas principales de la nariz, los pómulos y la barbilla, pero en ese rostro faltan la redondez de las mejillas, la parte carnosa de la nariz, las orejas, los labios. Todo está resecado o destruido. Por ejemplo, lo están las extremidades: tanto los brazos como las piernas semejan ramos semicarbonizados, a los que el calor ha mudado de aspecto: es como si la cera revistiese los tendones que, crispados por la combustión, han hecho contraer y retorcer los pies y las manos. Naturalmente faltan los cabellos y las cejas. No podría decir si ese mísero ser que yace echado sobre los restos de un fuego que ya se ha apagado, fue un hombre o una mujer, si era joven o maduro, rubio o moreno. En cuanto al lugar, parece que se trata de los suburbios de una ciudad, un lugar donde ya empieza el campo, una zona desolada, pedregosa, lúgubre.

Miro y remiro ese pobre cuerpo abandonado en semejante lugar y se me ocurre preguntar: «¿Quién eres?».

Por muchas horas no me llega una respuesta. Pero ahora, aun encontrándome en

ese mismo lugar, lo veo animado por personas que visten a la antigua y que están preparando una formidable hoguera con fajinas mezcladas con pequeños troncos robustos, una hoguera sólida, apta para arder debidamente. Veo también que, de la parte de la ciudad, está llegando un cortejo de soldados y gente del pueblo. No sé de qué ciudad se trata, pero de seguro es una ciudad cercana al mar, que se ve brillar allá en el fondo bajo el sol del mediodía.

En medio de este cortejo va una joven; es poco más que una adolescente. La llevan a la hoguera. La hoguera estaba destinada a ella. Se dirige allí, tranquila, segura, con la misma expresión soñadora, de paz suprema, que siempre he visto reflejada en el rostro de los mártires.



Una mujer, cubierta por un velo, la sigue hasta el pie de la hoguera y allí la saluda. Por sus formas más bien abundantes y por lo poco que se ve cuando alza el velo para besar a la jovencita, se comprende que es anciana. No le dice ni una palabra. Solamente la besa llorando. Intentan rechazarla y con dureza la obligan a alejarse mientras ya las primeras llamas, encendidas en los brezos secos de las fajinas, lamen la pila. Le dicen: «¿Por qué tienes interés en esta rebelde? ¿Eres pariente suya? Vete. No se puede consolar a los enemigos de César». Con dignidad no exenta de altivez, la anciana responde: «Soy Anastasia, una dama romana, y ella es mi hermana. Tengo derecho a estar junto a ella como lo estuve junto a las hermanas de ayer. Dejadme aquí o me apelaré al emperador».

Permiten que se quede y ella mira a la jovencita, hacia la que se elevan lenguas de fuego y oleadas de humo que por momentos la envuelven. Ve que está serena y sonríe a su sueño espiritual, insensible a las llamas que la devoran comenzando por los cabellos, que arden en una humeante lengua de fuego, para pasar luego a sus vestidos... hasta que, en lugar de la blanca túnica, abrasada por las llamas, precisamente el instrumento del martirio le conforma un espléndido atavío de fuego vivo que la oculta a la mirada de la multitud.

«Adiós, Irene. Acuérdate de mí cuando estés en paz», exclama Anastasia. Y, detrás del velo de fuego, le responde la voz tranquila y juvenil: «Adiós. Ya estoy hablando de ti con...». Pero no se oye nada más que el rugiente crepitar de las llamas...

Cuando comprenden que ha llegado la muerte, los soldados y los ejecutores de la sentencia se alejan y dejan que sólo la hoguera cumpla la destrucción total.

Anastasia no se mueve. Firme en medio del ardor del fuego y del sol, que pega fuerte en esta zona tan árida, espera... hasta que llegan las sombras del crepúsculo, en las cuales brilla débilmente una que otra chispa que ha sobrevivido entre la leña de la hoguera y que parece escribir palabras misteriosas, que narran en las sombras las glorias de la joven mártir.

Entonces, Anastasia se mueve. No va hacia la hoguera sino hacia una choza en ruinas que está poco distante, perdida en medio de un campo desnudo. A la luz del primer rayo de luna, entra decidida en un pequeño huerto abandonado, se inclina sobre el pozo y llama. Su voz resuena con ecos bronceos en la cavidad del pozo. Le responden varias voces. Luego, una tras otra, van surgiendo del pozo - que debe



de estar seco - algunas sombras.

«Venid. Ya no hay nadie. Venid antes de que la ultrajen. Ha muerto como un ángel, tal como ha vivido. No he tocado las cenizas porque... le he dado todo, como el Padre de mi alma me ha ordenado. Pero... ¡oh, es demasiado horrible ver reducido a carbón un joven lirio!».

«Apártate, señora. Lo haremos nosotros por ti».

«No. Debo acostumbrarme a este suplicio. Él me lo ha dicho. Pero entonces no

estaré sola. Ella y las hermanas, en compañía de los ángeles, estarán a mi lado. Por ahora, ¡oh, hermanos de Tesalónica!, quedaos vosotros conmigo».

Van hacia la hoguera, que ahora está apagada definitivamente: es sólo un montón de cenizas desparramadas, sobre el que está posado el cuerpo carbonizado que he visto antes. Anastasia llora quedamente mientras, con la ayuda de los cristianos, envuelve en un paño precioso el cuerpo que las llamas han momificado. Luego lo depositan en una parihuela y el pequeño y piadoso cortejo se encamina costeando el borde de la ciudad y llega a una hermosa casa, muy amplia. Entran y, en el cementerio excavado en el jardín, depositan el cadáver, mientras uno de ellos, de seguro un sacerdote, lo bendice en medio de los pausados cantos de los presentes.

*24 de abril de 1945*

Por lo pronto, hago esta primera observación, si no me la olvido.

El trozo del año pasado titulado "Sepultura de Jesús"', colocado en el índice de la Pasión, que suprimimos porque nos parecía una superflua repetición, en cambio era útil para explicar varias cosas a quienes tienen deseos de conocer (honestamente) todo lo que se refiere al Señor y para explicárselo también a los que niegan la real muerte de Cristo. Hacia el final de dicho trozo se describía el modo en que había sido embalsamado el Cuerpo y envuelto luego en los paños. Y todo eso explicaba muchas cosas.

Paciencia, ya está hecho. Pero convénzase: cuando no estoy sostenida por Jesús, soy una perfecta tonta, no veo nada, no comprendo nada. Por eso, es perfectamente inútil venirme a preguntar algo des-

[1] En la obra "El Evangelio como me ha sido revelado".



pués de que mi deber ha terminado: no sé nada más, no entiendo la utilidad de un trozo. Es la nada absoluta, la absoluta oscuridad.

Esta mañana, al amanecer, se me ha indicado la causa por la cual ese fragmento fue colocado en el índice de los trozos. Y así, me he sorbido mi... medicina contra el orgullo del juicio humano. Ahora, yo haría una acotación en una hoja adjunta para explicar cómo fue preparado el Cadáver. De este modo, dicha inclusión resultaría una útil aclaración para los deseosos de saber y para los que niegan.

Y ahora vayamos adelante.

*4 de mayo de 1945*

Esta mañana Jesús ha tenido una sonrisa también para mí[1].

Mi desolación era tan completa que me había echado a llorar por varios motivos y no era el menor el cansancio que me producía escribir y escribir con la convicción de que tanta bondad de Dios y tanta fatiga del pequeño Juan eran completamente inútiles. He invocado llorando a mi Maestro y, dado que por su inmensa bondad ha venido para dedicarse todo Él a mí, le aclaré mi pensamiento. Se ha encogido de hombros como queriendo decir "deja de lado el mundo y sus historias" y luego, acariciándome, me ha dicho:

«¿Y entonces?, ¿no querrías ayudarme aún? ¿El mundo no quiere conocer mis palabras? Pues bien, digámonoslas entre nosostros, por mi alegría al repetírselas a un corazón fiel, por tu alegría al oírlas.

¡Las fatigas del apostolado!... ¡abaten más que las de cualquier otra tarea! Quitan la luz al día más sereno y la dulzura al más dulce alimento. Todo se transforma en fango y cenizas, en náusea e hiel. Pero, alma mía, éstas son las horas en que *nosotros* cargamos con el cansancio, con las dudas, con la miseria de los hombres que se consumen por no poseer lo que nosotros tenemos. Éstas son las horas en que hacemos más. Ya te lo dije el año pasado.

"¿A qué sirve?" se pregunta el alma sumergida en lo que sumerge el mundo, o sea, en las ondas que envía Satanás. El mundo se ahoga. Pero el alma clavada con su Dios en la cruz no se ahoga. Pierde la luz por un instante y queda sumergida bajo las olas nauseabundas

---

[1] El episodio que precede este dictado termina con la siguiente frase: *Nadie responde y Jesús esboza una triste sonrisa de compasión,* de modo que el presente trozo queda relacionado con el anterior.



del cansancio espiritual, pero luego surge más fresca y más bella.

Tus palabras: "Ya no sirvo para nada", son una consecuencia de dicho cansancio. Nunca servirías para nada. Mas Yo soy siempre Yo y, por lo tanto, siempre servirás para tu deber de portavoz. Naturalmente, Yo diría "Basta" si viera que mi don es ocultado con avaricia como si se tratara de un gema preciosa y maciza, o es usado imprudentemente, o que, con indolencia, no se intenta tutelarlo con esas garantías que la maldad humana obliga a usar en estos casos para proteger ya sea el don, ya sea a la criatura a través de la cual se otorga el don. Yo diría basta y esta vez sin volver atrás. Diría basta para todos, excepto que para mi pequeña alma, que hoy parece una florecilla bajo un aguacero.

¿Si te brindo estas caricias, puedes dudar de que te ame? ¡Ánimo! Me ayudaste en tiempos de guerra. Ayúdame aún, ahora... ¡Hay tanto por hacer!».

Bajo la caricia de la afilada mano y de la sonrisa tan dulce de mi Jesús, cándido como siempre cuando es completamente para mí, me he serenado.

*15 de mayo de 1945*

Esta noche se ha producido la aparición del horrible rostro del que Ud. está enterado, tal como lo veo siempre. Y ahora estoy aterrorizada por ello.

*17 de mayo de 1945*

Dice Jesús:

«Estás mal y te dejo tranquila. Te hago observar solamente cómo puede cambiarlo todo sólo una frase omitida o una palabra transcrita mal. Y tú, que escribes ahora, estás viva y puedes reparar enseguida el error. Por lo tanto, piensa y considera de qué modo 20 siglos han podido privar de algunas partes el Evangelio apostólico; partes que no son dañosas para la doctrina pero que lo son para la fácil comprensión del Evangelio. Si nos remontamos a los orígenes, descubrimos que el Evangelio es una obra surgida en el Desorden que explica muchas cosas y que se presta a los hijos del Desorden para

56

muchas otras. Y ya ves qué fácil es caer en errores de transcripción.

Quédate tranquilo hoy, pequeño Juan. Eres una flor quebrada. Ya pasaré más tarde a fortalecer tu tallo. Por hoy me sirven las lágrimas de tu herida. Dios está contigo».

*20 de mayo de 1945*

Por la noche dice el Amor eterno:

«No te he hablado directamente. Pero me has oído hablar por boca del Verbo, de la Virgen, del Apóstol y así hablé a los que buscaban a Dios, a los que estudiaban la doctrina de Dios, a los que necesitaban a Dios. Para ti era una corriente de dulzura en medio de las ondas amargas de tu vida. Para los demás era algo incluido en *lo mucho* que se recibe. Soy Espíritu de Amor. Pero también soy Justicia. Me entrego más a quien más me es inmolado. A buen entendedor...

No hay que experimentar sensualidad en el amor espiritual. Las caricias de Dios no son dones que podéis exigir. Son gracias que os son otorgadas. Y no hay que ser ávidos de ellas, como si fuerais avaros que acumulan afanosamente grandes riquezas. Y no hay que ser como los sátrapas, que transcurrían el tiempo mirando y remirando, sin ningún esfuerzo, las piedras preciosas con que los súbditos colmaban sus cofres, mientras que los portadores habían sudado sangre para arrancar las gemas de las vísceras del mar y de la tierra. Que cada uno extraiga los purísimos diamantes de la Sabiduría *con el propio esfuerzo.* No incurráis en la fácil desviación que lleva de la espiritualidad al sentimentalismo. Yo soy el Fortalecedor y quiero que mis fieles tengan fortaleza. En religión, el sentimentalismo es como la creta y el hierro de los pies de la estatua soñada por Nabucodonosor[1]. Basta que los golpee la piedrecilla de una desilusión para que todo peligre. Y si la piedra es grande, los aniquila.

¡Sed fuertes, hijos! ¡Sed fuertes! La tierra es un campo de batalla. La bienaventuranza está aquí, donde Yo estoy. Mas para alcanzarla... Es como una senda de diaspro hecho astillas. Es una tortura. Y toda tortura es un mérito. Al Hijo de Dios le tocó recorrer solamente ésa. ¿Acaso vosotros queréis una mejor? Renovaos en mi Fuego».

---

[1] Daniel 2, 31-36.

57

*21 de mayo de 1945*

*Lunes de Pentecostés, a las 11.*

La onda de dulzura que el Paráclito me había prometido ayer noche ha llegado y la he recibido con lágrimas de alegría. Ha llegado con una caricia completamente espiritual, con un soplo que era un beso ligerísimo que apenas me ha rozado la frente, y ha provocado en mí un ímpetu de amor tan profundo que mi corazón, el corazón concreto, ha sufrido por ello pero, al mismo tiempo, todo era dulzura y júbilo. Contemporáneamente, la Voz sin voz del Paráclito me ha hablado y sigue hablándome y me trae, para demostrarme el amor de Dios por mí, el lirio que me ha florecido[1], "*su*" lirio: del Paráclito y de Dios... Dice:

«De este modo eres amada... de este modo eres sostenida... (espera que yo haya escrito esto y luego prosigue). Dios es tu fuerza. Observa cuán firme es el tallo... No le falta nada, ni

siquiera las hojas, que no son inútiles sino necesarias para proteger la flor. Dios es tu tallo. Las virtudes divinas son tus hojas. Dios es tu finalidad. La flor está en la cima del tallo. Eres como el largo pistilo que se asoma del cáliz níveo, circundado por las doradas llamas de los estambres colmados de polen. Dios te ama así. Te ha creado hundiéndote en la tierra como el bulbo en el cuadro del jardín, pero te ha dado un alma, que es el centro de tu vida y, tras haber mortificado dicha alma haciéndole probar la agobiante oscuridad de la tierra, la ha llevado hacia arriba, hacia arriba, cada vez más arriba, protegiéndola con las virtudes que le ha otorgado para defenderla hasta elevarla al cándido abrazo de la Corola eterna, o sea, de nuestra Santísima Trinidad. De este modo te circunda nuestro amor: con el candor y el fuego, con la paz y el regocijo. Observa: visto que eres "nuestra" pequeña María, la que es *completamente nuestra,* tu espíritu, ese largo estilo encerrado en nuestro corazón, lleva nuestro signo: es un signo único, marcado por tres separaciones que no lo dividen sino que, por el contrario, hacen que su estigma sea tricúspide. ¡Oh María, pequeña María!...».

La Voz calla pero la reemplaza un coro resonante de angélicos hosannas sobrepasado por la jubilosa y límpida voz de la Virgen, que canta el Magnificat... ¡Y cómo lo canta! Nunca he oído este salmo

---

[1] Véase el diario del 10 de mayo en "Los cuadernos. 1943".



cantado de esta manera. Sólo Ella puede cantarlo así... No la veo. Veo solamente un inmenso y refulgente esplendor. Pero sé que es Ella y me uno a su canto con el alma...

*22 de mayo de 1945*

Para Paola[1]. Dice María:

«Para ti no existirán sólo la sonrisa y las gracias de la Madre celeste sino aún más. Su sonrisa y sus gracias velarán siempre sobre ti si sigues siendo la Paola de Jesús, la que Jesús ha querido apartar de los sitios tan lejanos y tristes, envueltos en la niebla, de los prados malsanos donde te consumías sin contento y sin provecho, para conducirla a regiones luminosas, al alimento santo con el que te has corroborado el alma sabiendo que existe la Vida, que nada está perdido, que nadie está separado para los que se aman en el Señor. Ahora sabes cómo se encuentran las almas de los vivos y las de los que "viven", como del Cielo a la Tierra se tienden los incorpóreos brazos de los espíritus para intercambiarse palabras y caricias para que sea menos triste vuestra existencia y más feliz nuestra Morada. Ahora sabes qué es la bienaventurada comunión de los espíritus, de los santos, de quienes, a pesar de haber mudado de forma y de naturaleza, no han dejado de existir y que aman como no habrían podido amar en la vida terrenal, porque aman en Dios.

Y no sólo yo, que soy la Madre de todos los hijos de mi Hijo, la Madre de todos los que sienten necesidad de amor, me inclino sobre ti, ¡oh hija!, en esta hora. También lo hace otra madre, tu madre, la que buscabas donde no podía estar, donde no podías encontrarla porque fue buena y honesta y conoció lo más grande: el perdón. Hija mía, tu madre no está ausente: mientras te bendigo, ella te besa para que tu corazón no esté triste en esta hora; para que, por lo contrario, esté sereno.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

Este dictado de la Madre me ha llegado después de la carta que me anunciaba las próximas bodas de Paola, y cuando yo acababa de terminar mi mensaje de felicidades

para la ocasión. Eran las 21 y 30. Para que escribiera este dictado, la Virgen, con decisión e insis-

---

[1] Se trata de Paola Belfanti. Véase también la nota siguiente.



tencia, me ha hecho interrumpir la carta a Giuseppe[e], que yo estaba empezando en ese momento.

---

[2] Se trata de Giuseppe Belfanti, padre de Paola y primo de la madre de la escritora.

*30 de mayo de 1945*

(Hace 40 años que recibí la Confirmación por mano del Cardenal Andrea Ferrari).

*31 de mayo de 1945*

*Corpus Domini.*

Para Sor Gabriella. Dice Jesús:
«Paz y bendición para la Gabriella de mi Madre. Haz que el corazón se dilate cada vez más, no sólo por la cruz de tu enfermedad sino por abrirse completamente a Mí. La invasión del Amor es borrascosa porque el Amor no es sólo dulzura; es lo que ya ha sido cuando era Carne, es decir, Dolor. He muerto por los treinta y tres años de dolorosa dulzura que implicó hacer la voluntad de Dios. El Amor es un cauterio que quema para sanar al espíritu de la parte humana que, como prolífica enfermedad, siempre intenta resurgir e instalarse en otras zonas para provocar daños. Yo destruyo para crear. Y cuando están destruidos todos los lazos de lo humano, el alma, ya desde la Tierra, disfruta de la libertad superior y bienaventurada de los ángeles».

Luego... luego, cogida de una oreja como se hace con una alumna negligente, se me obliga a escribir lo siguiente para la Señora A. P.[1] que, en realidad, nunca me había pedido nada directamente.

Dice Jesús:
«Por tu prudencia mereces la palabra que deseas y no pides. Que te sea dada y, con ella, que recibas también paz y bendición. Con-

---

[1] Se trata de Angelina Panigadi, amiga de la escritora ya desde la infancia, fallecida en 1960.



serva esta certidumbre como consuelo de tus últimos años: no hay ninguno entre aquellos a quienes has estado cerca por vínculos de sangre, de afecto, de amistad, de caridad hacia el prójimo, que pueda reprocharte por haber perjudicado su alma. Son

pocos los que pueden oírse decir esto. Persevera hasta el principio de la vida eterna en Mí. Encontrarás a quien amaste juntamente con Dios. Que sean contigo la paz y mi bendición; vive gozosa por mi amor».

Hacía ya cuatro días que Jesús me decía: «Escribe». Pero convertirme en distribuidora de estos mensajes está tan... poco de acuerdo con mis sentimientos que, aun sintiéndome contenta por esa señora amiga mía, no escribía. Me decía a mí misma: "Y si escribo ¿qué pasa? El mensaje escrito quedará allí, porque de seguro yo no se lo voy a dar. Entonces, tanto vale no escribirlo".
Esta mañana he merecido un lindo reproche por el que se me decía:

«Si te he aconsejado que hagas una excepción en cuanto a esta alma y que la llames a ti, es porque Yo veo en los corazones y conozco las necesidades. Te hago presente el Evangelio, donde se lee: "¡Ay de los solos!"[2]. Aún estás demasiado sola. Tienes la tutela de un sacerdote y ya esto es muchísimo, pues sirve para poner un sello de seguridad en tu misión. Pero tienes a tu alrededor a tantos que no son precisamente santos. Y, además, necesitas amigos, como los necesitaba Yo. Del mismo modo que elegí a mis amigos, elijo a los tuyos, para que cuentes con ellos. Si quiero darle un premio a esta persona que lo sabe todo perfectamente y que tiene la virtud rarísima de *saber callar*; a esta persona que pudo haberse resentido y no lo hizo, pues no manifestó resentimiento ni te lo hizo pesar y volvió tan pronto como le dijiste: "Venga"; a esta persona que tiene un "gran" anhelo en el corazón y querría satisfacerlo para ir al encuentro del "gran paso" más serena en su soledad, ¿por qué rehusas hacerlo? Hace muchos meses[3] te dije que estabas castigada por haber hecho más caso a los demás que a tu Director, que hablaba en mi nombre. ¿Quieres volver a empezar? ¿No te basta el castigo? ¿No sabes que entre "los otros" que dicen lo contrario de lo que Yo digo, también está tu yo? Claro que

---

[2] Qohèlet (Eclesiastés) 4, 10. Naturalmente, no es exacta la referencia al Evangelio, hecha por la escritora después de algún tiempo de haber escuchado el dictado.

[3] Fue el 29 de junio de 1944. Véase "Los cuadernos. 1944".



puede estar y está todas las veces en que te obstinas. Por eso mismo, escribe y luego habla con el P. M. Primero obedéceme a Mí y luego a él. Y sé extraordinariamente caritativa, caritativa de modo sobrenatural para con esta amiga que he vuelto a traerte para tu bien».

*3 de junio de 1945*

Lo escribo porque debo decirle todo, pero son cosas tristes.
Ayer oí por radio la alocución del Santo Padre dirigida al Colegio de los Cardenales. Las palabras de S. S. expresan su condena del nacionalsocialismo y su piedad hacia el pueblo alemán. Es justo que lo haya hecho porque, si habla en nombre de la Misericordia, no debe ensañarse con quienes ya han recibido su castigo, aunque estoy convencida de que los alemanes siempre serán los mismos, a pesar de toda la piedad, de todos los castigos y de todos los esfuerzos para mudar su psique. Eventualmente, aumentará su espíritu de venganza y, si los demás Estados permiten que se rearmen, la próxima vez serán peores que ahora.

Pero la condena del nacionalsocialismo, que hoy es explícita, me lleva a recordar el *gran* sufrimiento que, como portavoz, tuve en el mes de noviembre de 1943. En ese

entonces obtuve, con lágrimas y plegarias, que se modificara un dictado tremendo. Es decir, tuve una copia integral del mismo, que está entre mis papeles secretos, y otra... moderada, que figura en los dictados[1]. El reproche del Señor no recae sobre los alemanes y sus aliados sino sobre quienes, siendo depositarios de la Sabiduría y de los medios sobrenaturales de Dios, no los usan e inducen a las almas a pensar en una complicidad o en una debilidad culpable. Es un reproche que muchos pronunciaron y una conducta que resultó un arma en mano de los culpables para atemorizar y tener subyugados a su poder...

Ayer todo esto se volvió a presentar a mi memoria... e hice eco a la Voz que decía: "¡Demasiado tarde!"... Ésta es una de las tristezas.

La otra es mi breve sueño al amanecer... Fue un sueño espantoso. Me recordó las previsiones que me turbaban mucho antes de la guerra y las revoluciones de 1915, etc., etc. hasta la actual y las

---

[1] Creemos que se trata del dictado del 30 de octubre de 1943 en "Los cuadernos. 1943".



relativas consecuencias de las mismas. Hoy me parecía vivir, junto con toda la ciudad, a la espera de un hecho espantoso. Y, en efecto, hemos tenido que huir en busca de un refugio donde cobijarnos porque el cielo estaba atestado de pequeños y oscuros aviones (parecían pequeños porque volaban muy alto), cuyas intenciones no se conocían. ¿Iban a arrojar gases?, ¿bombas? ¿iban a ametrallarnos? Todos huían. Las calles se vaciaban. Yo trataba de escrutar el cielo, pero me decían: "¡Vamos, vamos, rápido, al refugio!", y todos gritaban: "Comienza el castigo". Parecían aviones rusos. Yo decía: "¡Pero si apenas acabamos de salir de una tormenta! ¿Aún no es suficiente?". Muchos me respondían: "Ésta acabará con todos. Ha llegado la hora también para la Monarquía (ésa no es una profecía, porque lo saben hasta las piedras). Todos recibirán su merecido". Me desperté aterrorizada.

Cuando parecía que la grandeza de Italia iba a ser todavía mayor y que el rey estaba a punto de ser coronado como emperador, yo soñaba siempre con las desgracias que luego cayeron sobre nosotros: ataques, refugios, huidas, etc. y, entre los enemigos, veía siempre a los rusos con sus pajarracos negros. También veía siempre que el rey, la reina y sus parientes descendían, en una fuga afanosa, entre escombros y montones de carbón mineral. No parecían huir de un ataque inminente sino porque no *podían permanecer más debido al odio del pueblo.* Mamá se burlaba de mí porque yo decía estas cosas... y yo lloraba por lo que veía. Lamentablemente, los hechos ya han confirmado lo de la Monarquía... ¡Pero Señor!, ¿no basta aún?...

*2 de julio de 1945*

*A las 12.*

Sé lo que me has hecho, Señor, llevándome contigo en tu venida a Jerusalén y a Betania, tan dulce en su melancolía y en su paz... Lo sé. Después de la visión del sábado en el Getsemaní, la verdad resplandeció ante mí improvisamente... Y tuve un sobresalto... pero no me detuve, porque te secundé en tu amoroso intento. Me llevabas muy hacia lo alto, me ocupabas completamente por días enteros, y luego me sumergías en la niebla de mis torpores para no hacerme pensar en el significado de *esos días* para mí. Por todo el mes de junio, un mes de angustias para tu pobre María, me precipitaste

por
63
completo en *tu* torbellino para que el torbellino de *mis* recuerdos no me arrollase...

¡Gracias, Dios mío! Ya ves: por temor de destruir tu piadosa tarea, ni siquiera escribí en ese entonces, cuando comprendí el motivo de esas horas tan embelesadoras de las visiones... la visión de la Madre... del niño... tu amor hacia la Madre niña, tus palabras que la evocaban, tus palabras al niño recogido por tu amor... Si yo hubiera escrito que había entendido, habría significado que mi mirada había advertido el tormento que tu amor, en cambio, envolvía en dulzuras para no hacérmelo ver y para no hacérmelo sentir... Por eso callé.

Tú eres bueno; tu bondad es *completa, total.* Eres infinitamente bueno porque eres Dios, eres perfectamente bueno como Hombre-Dios. Comprendes que los recuerdos hacen mal, que ciertas cosas turban y no quieres que la muerte o la agitación turben a tu portavoz, que ya está tan agotado, tan agotado... Por eso me has absorbido en Ti, en tu pasado de Jesús de Nazaret, peregrino y maestro en la Tierra; lo hiciste para que yo no pensara... para que no pensara en todas las fechas luctuosas para mí que se acumulan en el mes de junio... A pesar de ello, me afligía el tormento... pero estaba mitigado. Existían los sollozos de la pobre María, que en este mes de junio ha asistido a las peores tormentas de su destino, las que la han despojado de los afectos más grandes, para que no volviera a florecer sino en Ti... Existían esos sollozos, listos para estallar... pero Tú los escondías bajo tu canto... y sólo se advertían si la María-alma consideraba por un instante su parte humana.

¡Gracias, Dios mío! Hace diez años, a esta misma hora, *mi papá estaba abandonando del todo mi casa*[1]... y Tú me has traído hasta aquí, en estos días, estrechándome a tu corazón. Como haces siempre en las horas peores desde que soy tu "portavoz"... Lo hiciste cuando murió mamá[2], en los días más feroces de la guerra... y también ahora. Solamente el año pasado, en abril y en junio[3], me hiciste beber toda la amargura, debido a un designio tuyo que, a mi parecer, lleva por nombre "reparación de los momentos desesperados y alivio para los mismos". Es así, me hiciste enloquecer para salvar a otros de la desesperación. ¿Quiénes habrán sido salvados de este modo? ¿Dónde están ahora mis pobres hermanos desesperados?

---

[1] Se trata de Giuseppe Valtorta, fallecido el 30 de junio de 1935.

[2] Se trata de Iside Fioravanzi, fallecida el 4 de octubre de 1943.

[3] Ya aclarado en la nota 2 del diario del 19 de marzo de 1945.

64

Esta mañana he estado a punto de morir... Desde las siete hasta 2 las 12, es decir, hasta ahora, he soportado una crisis cardiaca... Pero ya desde ayer me estaba atenaceando la angina pectoris... Dado que no podía hacer más de lo que hice, te he amado y he ofrecido tu Sangre y mis dolores por mi papá y por mis hermanos desesperados.

*8 de julio de 1945*[1]

¿Es que, acaso, los enemigos de Cristo no siguen atacando y rodeando de asechanzas a Cristo ahora y siempre? ¿Acaso la Ciencia y la Herejía, el Odio y la Envidia, los enemigos de la

Humanidad, surgidos de la misma Humanidad como ramos envenenados de una planta sana, no hacen todo esto para que la Humanidad muera, visto que la odian más aún de lo que odian a Cristo, porque la odian activamente, privándola de su gozo al descristianizarla, mientras que a Jesús no pueden quitarle nada porque Él es Dios y ellos son sólo polvo? Sí, lo hacen. Pero Cristo se refugia en los corazones fieles y desde allí mira, desde allí habla, desde allí bendice a la Humanidad y luego... y luego se dona a estos corazones y éstos... éstos, aun permaneciendo aquí, tocan el Cielo y su bienaventuranza y arden hasta experimentar un delicioso tormento en todo lo que constituye su ser: en los sentidos y en los órganos, en los sentimientos y en el pensamiento y, en fin, en el espíritu...

Nuestros compañeros son las lágrimas y las sonrisas, los gemidos y el canto, la extenuación y, sin embargo, el imperioso deseo de vivir; más que compañeros son nuestro mismo ser porque, así como los huesos están amalgamados con la carne, y las venas y los nervios circulan bajo la piel y todo eso forma un solo hombre, del mismo modo todas estas cosas están en nosotros, en nuestra pobre condición humana y han nacido, han prendido en nosotros porque Jesús se ha dado a nosotros. Y en esos momentos - que son sólo instantes, porque si fueran eternos moriríamos abrasados y destrozados - ¿qué somos nosotros? Ya no somos hombres. Ya no somos los animales dotados de razón que pueblan la Tierra. ¡Oh, Señor!, deja que lo diga

---

[1] Para comprender el trozo siguiente, hay que tener presente que implica la reflexión sobre un episodio en el que se habla de una multitud que se agolpa en torno a Jesús, no sólo con el amor de los buenos sino también con la curiosidad de los malvados.



una sola vez, no por soberbia sino para cantar tus glorias, porque tu mirada me quema y me hace delirar... En esos momentos somos serafines. Y me asombra que no se desprendan de nosotros llamas y calor a los que son sensibles las personas y la materia, así como sucede en las apariciones de los condenados. Pues, si es verdad que el fuego del Infierno es tal que basta el reflejo que emana de un condenado para hacer arder el leño y fundir los metales, ¿qué es entonces *tu* fuego, oh Dios, que eres totalmente infinito y perfecto?

No, no se muere de fiebre, no se arde por su causa, no nos consumimos de fiebre provocada por los males de la carne. ¡Amor, tú eres nuestra fiebre! Y por amor ardemos, morimos, nos consumimos; de amor y por amor se desgarran las fibras del corazón, que no puede resistir a tanto sentimiento. Pero no me he expresado bien, porque el amor es delirio, el amor es una cascada que rompe los diques y avanza demoliendo todo lo que no es amor, el amor es el tumulto en la mente de sensaciones absolutamente verdaderas, absolutamente presentes que, no obstante, la mano no puede transcribir por lo veloz que es la mente en traducir en pensamiento el sentimiento que experimenta el corazón. No es verdad que se muere. Se *vive* con una vida diez veces más vida y con un doble aspecto, porque se vive como hombres y como bienaventurados: con la vida de la Tierra y la vida del Cielo. ¡Oh, estoy segura de que se alcanza y se supera la vida sin taras, sin menoscabos ni limitaciones que Tú, Padre, Hijo y Espíritu Santo; Tú, Dios Creador, Uno y Trino, habías dado a Adán y que es el preludio de la Vida después de la asunción a Ti; una Vida que se goza en el Cielo tras un plácido pasaje del Paraíso terrestre al celestial y un recorrido en los amorosos brazos de los ángeles, tal como fue el dulce sueño y la dulce asunción al Cielo de María para ir a Ti, a Ti, a Ti!

*Se vive la verdadera Vida.* Y luego volvemos a encontrarnos aquí y, tal como estoy haciendo

ahora, nos asombramos, nos avergonzamos de haber ido tan lejos y decimos: “Señor, yo no soy digno de tanta gracia: Perdóname, Señor”, y nos golpeamos el pecho porque tememos haber cometido pecado de soberbia y se baja un espeso velo sobre el esplendor que, apiadado de nuestros límites, no sigue brillando con consumado ardor, sino que se recoge en lo íntimo de nuestro corazón, listo para volver a llamear en toda su potencia en un nuevo momento de beatitud establecido por voluntad de Dios. Se baja el velo sobre el sagrario en el que arden los fuegos, las luces, los amores de Dios... y agotados, pero regenerados, retomamos el cami-
66
no como... embriagados por el vino fuerte y suave, que no obnubila la razón y que, por el contrario, nos impide dirigir los ojos y el pensamiento hacia lo que no es el Señor, o sea, Tú, mi Jesús, eslabón de conjunción entre nuestra miseria y la Divinidad, medio de redención para nuestra culpa, creador de bienaventuranza para nuestra alma; Tú, Hijo, que con las manos heridas pones nuestras manos entre las manos espirituales del Padre y del Espíritu para que estemos en Vosotros ahora y siempre. Amén.

Mas ¿adónde he ido mientras Jesús me encendía encendiendo a los ciudadanos de Yuttá con su mirada plena de amor? Ud. habrá notado que ya no hablo de mí o que lo hago muy rara vez. ¡Cuántas cosas podría decir! Pero el cansancio y la debilidad física, que me oprimen inmediatamente después de los dictados, y el pudor espiritual, que es más fuerte cuanto más avanzo, me persuaden, me obligan a callar. Pero hoy... he ascendido demasiado a lo alto y es sabido que el aire de la estratosfera hace perder el control... Yo he ido *mucho* más arriba que la estratosfera... y ya no he podido controlarme... Además, creo que si nosotros, los que estamos envueltos por estos torbellinos de amor, calláramos siempre, terminaríamos por estallar como proyectiles, o mejor, como calderas archicaldeadas y herméticas.

Perdóneme, Padre. Y ahora vayamos adelante.

*9 de julio de 1945*

Porque me apiado de sus ojos, Padre, vuelvo a leer lo que escribí ayer para aclarar ciertas palabras escritas de modo incomprensible. Releer este texto me desconsuela... ¡es tan inferior a lo que sentía mientras describía mi estado de ánimo! Y sin embargo, por el temor de expresarme mal y para que me ayudara a narrar lo que el Señor me hacía sentir y me diera un poco de alivio - porque también es un sufrimiento, ¿sabe? - llamé a mi San Juan. Le dije: “Conoces bien estas cosas. Las has experimentado. Ayúdame”. Y no me faltó su presencia ni su sonrisa de eterno niño bueno ni sus caricias. Pero ahora siento que mi pobre palabra es inferior, muy inferior al sentimiento que yo experimentaba en esos momentos... Todo lo humano es paja; oro es sólo lo sobrenatural. Pero el lenguaje humano ni siquiera puede describirlo.
67

*16 de julio de 1945*

Ahora tendría que decirle una cosa porque, si no, se me convierte en obsesión.
Hace unos 15 días, o tal vez más, que la Voz querida incita a mi corazón de este modo:

«Acuérdate de los hermanos separados. Acuérdate de que eres víctima también por ellos. Acuérdate de que estaban sostenidos por tu amiga Gabriella della Trappa[1]. Acuérdate de que el obstáculo de la guerra ha cesado. Acuérdate de que no sólo con la plegaria se ayuda a las almas. Acuérdate de que Yo soy el Cristo de todos y que todos los cristianos son de Cristo. *Acuérdate de que tu misión va mucho más allá de la*

*sangre y los afectos*. Eres la portadora de la Voz y la Voz se dirigía a todos. No puedes negarla. Acuérdate de que me aman con mayor veneración - como tú misma has intuido - en las otras confesiones que entre vosotros. Hay que hacer un solo paso para formar un solo Redil bajo un único pastor. Y se necesita una mano que se tienda más allá del arroyo que divide, para ayudarles a venir. La sed de Mí es muy intensa allí...».

Mas, ¿qué puedo hacer? Por esta reprensión que es como un taladro que no calla nunca en mi mente, sólo puedo perder todo el sueño que me queda. Sólo puedo perder la tranquilidad, porque no sé cómo hacer, porque me opongo a hacer, porque siento que no haciendo desagrado a Jesús. Los únicos hermanos separados que conozco, de nombre, son los de la Nashdom Abbey. ¿Cómo puedo hacer? ¿Qué tengo que decir? No sé hablar inglés. ¿Por qué Jesús pretende de mí cosas tan superiores a mi capacidad y a mis tendencias? Ayúdeme Ud. porque debe saber que, cuando Él quiere algo, lo quiere y basta; y no se calma hasta que no se le satisface.

Dice Jesús: «Visto que falta unión entre los pueblos, que haya al menos unión entre los cristianos, porque son inminentes los periodos anticristianos y es necesario que se cumpla lo antedicho».

Muy bien... pero ¿cómo hay que hacerlo?... Por lo pronto, yo ofrezco todos mis sufrimientos y dejo sólo una pizca para otros motivos. Pero parece que no es suficiente y no puedo agregar otros su-

---

[1] Se trata de sor Maria Gabriella Sagheddu, trapense de Grottaferrata (1914-1939), que se ofreció por la unidad de los cristianos y fue proclamada beata por el papa Juan Pablo II el 25 de enero de 1983.



frimientos a los que son propios de la enfermedad. Entonces, ¿qué debo hacer?

*21 de julio de 1945*

Son las 11 y mi corazón padece un nuevo dolor. Le confieso que, aunque ya desde hacía días iba percibiendo este nuevo dolor, hoy he llorado. Las lágrimas iban derramándose mientras comía sin hacer tantos aspavientos, porque no me gusta dar demostraciones que a otros no les interesan.

A través de un amigo suyo, mi tío[1] me escribe su último saludo... También este pariente ha muerto. Siempre había estado en mi corazón. ¡Estaba tan enfermo, tan necesitado de todo!, en primer lugar de afecto, de alguien que acariciara sus profundas heridas para quitarle esa acrimonia que le habían hecho nacer en el corazón sus desventuras, demasiadas desventuras y demasiado dolorosas. ¡Y yo lograba cumplir muy bien ese propósito! He sufrido también por él en estos meses en que me era imposible comunicar con los del norte. Su carta del mes de junio me había dejado muy contenta. Y enseguida pensé en hacerle un pequeño regalo... inmediatamente después, sentí que iba a ser el último... Lo recibió... y creo que será la única flor afectuosa en su cabezal fúnebre.

Las lágrimas siguen bañando mis ojos... ¡Señor!... no digo nada más. Tú ya sabes. Con este nudo de mudo dolor en mi corazón, me recuesto para dar un poco de alivio a mi cuerpo, que no quiere morir - mientras yo, en cambio, tengo tantos deseos de que llegue la muerte - y pienso en sor M. Gabriella[2]. Siento que ella tiene ganas de una dulce, de una pequeña compensación... No se convence de que hay más hiel que miel en el cáliz de Jesús.

Y, dado que advierto que se avecina la llegada de dos hermanas de su orden para suplicar en su nombre una palabra, le digo a Jesús: «¿No hay nada para ella?, de modo

que no siga pidiéndome frecuentemente si hay algo para darle». Recibo una respuesta tajante como un fusilazo: «No». Me quedo aniquilada por el efecto de ese “no” seco, que impide toda respuesta... me vuelvo hacia otra parte y

[1] Se trata de Aristide Fioravanzi, hermano de la madre de la escritora, fallecido en Bergamo el 14 de julio de 1945.

[2] Véase la nota 2 del dictado del 10 de enero de 1945.



sollozo por mi tío, mientras Marta dormita. Y hete aquí que a las 16 llegan las monjas: «¿No tiene nada que decirle a la Superiora?». Léase: nada que darle...

Habría tenido que agradecerle por Cancogni. Pero me siento abrumada por demasiadas cosas y yo también digo: «No». Pienso en lo mal que se va a quedar. ¿Qué puedo hacerle? Le escribiré una cartita de circunstancias apenas pueda. Pero el “no” de Jesús ha sido tan terminante que creo que sor Gabriella no va a recibir nada por mucho tiempo. Y eso me duele, porque me causan compasión las almas que no saben obrar por sí mismas... sin dulzuras... pues se las reservan todas para la eternidad. ¿Es acaso un modo de pensar con soberbia? Me lo pregunto y me parece que no. Es sólo la verdad.

Padre, ¿por qué se me hace cada vez más ligero el velo que envuelve las almas y las cosas? No quisiera que fuese así... En pocos meses, es la cuarta vez que digo: “Siento que éste o ésta ha muerto” y luego resulta que es verdad. Así pasó con mi médico[3], con la Soldarelli, con Annalina, con mi tío... Pienso en ellos y siento que están vivos y luego, un día, digo: “Es inútil que espere o que le escriba a él o a ella. Ha muerto”. Y han muerto verdaderamente. Ve: en el caso de sor Giovannina yo sentía que no se había ido de Roma, que no se había muerto, que no estaba paralizada o atontada o cualquier otra cosa, y sabía cuál era el verdadero nombre de este silencio. En cambio, de estos otros, de los cuales podía y debía creer que estaban vivos, sentí que habían muerto. Naturalmente, el hecho no es agradable para nada...

... Jesús vuelve a adueñarse de mí para hablarme del Evangelio.

[3] Se trata del doctor Lamberto Lapi, a cuya muerte se refiere el 29 noviembre de 1944 en “Los cuadernos. 1944”.

*23 de julio de 1945*

*Por la noche.*

Episodio de las mártires Flora y María de Córdoba.

Quizás para consolarme de la visión perdida[1] y permitir que se

[1] Se refiere a una nota comprendida en unas páginas del cuaderno, que hemos suprimido porque tratan episodios ya contenidos en la vasta obra sobre el Evangelio. En dicha nota aclara que está obligada a resumir una visión en pocos renglones *a causa de la confusión que ha habido en casa esta mañana, por lo que no he podido escribir mientras veía.*

me pase la inquietud que me invade cuando, por inconvenientes absolutamente humanos, no puedo ocuparme de mi tarea, ahora se me presenta nítidamente la extraña visión de un subterráneo que, de seguro, es la prisión de algún castillo. Se trata de un castillo musulmán, porque veo un desagradable individuo vestido de turco o de árabe, aunque más bien me parece vestido como un turco de épocas pasadas, con un largo caftán marrón, por debajo del cual asoma un atavío de tela brillante como seda, de color rojo oscuro, y una especie de amplios pantalones ceñidos al tobillo. Calza babuchas rojas sin taco, de cuero marroquí. En la cabeza lleva un sombrero marrón de forma de cono truncado, con una faja de tela de color verde esmeralda arrollada a modo de turbante. La prisión o, mejor dicho, el subterráneo - porque las ventanas están a nivel del suelo - está hecho de este modo: por una empinada escalerilla se desemboca en un bajo pasillo y, pasando por una arcada, se entra en un cuarto también bajo y, además, oscuro como un sótano. En el medio de la habitación se ve un pesado bloque de piedra en cuyo centro hay un grueso anillo de hierro. El suelo está apisonado. Tal es el lugar que no logro describir absolutamente con un dibujo.

Conducen allí a una jovencita muy bella. Tiene las manos atadas a la espalda y la empujan, casi hasta hacerla caer, por los 5 peldaños que llevan al pasillo que precede este lúgubre cuarto, donde la espera paseando nerviosamente el personaje que he descrito antes. En esa ocasión me he olvidado de decir que lleva un ancho cinturón que le sujeta las ropas y en el que está ensartada una larga y curva cimitarra con una empuñadura adornada de gemas y la vaina damasquinada en oro.

«Te lo pregunto por última vez: ¿quieres abandonar la religión de los perros hebreos y volver a la santa fe del Profeta?».

«No».

«Piénsalo bien. Sabes que en tierra de Moros no se venera más que a uno solo, a Mahoma, ¡el verdadero profeta de Alá! Y ya conoces la suerte que les espera a los apóstatas».

«Ya lo sé. Mas permaneced fieles a vuestra fe, yo permaneceré fiel a la mía. Vosotros sois fieles a la vuestra, que es falsa; yo soy fiel a la mía, que es verdadera».

71

«Haré que te quiten la vida por medio de tormentos».

«Mas no me quitarás el Cielo y sus gozos».

«Perderás la salud, la vida, la alegría, lo perderás todo».

«Pero encontraré a Dios y a su Madre, la Virgen María, y a mi madre, que me engendró para Dios».

El hombre patea el suelo con ira y ordena que la azoten con varas de hierro.

A la jovencita le arrancan los vestidos, queda desnuda hasta la cintura; las ropas se deslizan por sus flancos y le cubren las manos, dado que no se las han desatado. Le rodean el cuello con una soga como si fuera un collar y, tras haberla hecho arrodillar junto al pesado bloque, atan la soga al anillo, de modo que su barbilla toca la dura piedra; luego, dos fornidos verdugos, escogidos entre los de la escolta que la ha arrastrado hasta allí, comienzan a azotarla ferozmente en los tiernos hombros, en el cuello, en la cabeza. Cada golpe origina una ampolla sangrienta en las carnes blancas y delicadas. Cuando azotan la cabeza, la barbilla golpea duramente contra la piedra y se hiere y, por consiguiente, los dientes baten entre sí y le causan dolor. Como está arrodillada más bien lejos del bloque, con las manos atadas a la espalda y obligada a estar encorvada casi en ángulo recto, no puede encontrar alivio de ningún modo; y, además de los golpes, ya la misma posición es una tortura.

Pero el juez aún no está satisfecho y, mientras sigue controlando la tortura con los brazos cruzados y como si estuviera contemplando un agradable espectáculo, ordena que aumenten los golpes en la cabeza “para que sea más semejante a su maldito Cristo”, dice riendo

sarcásticamente.

Los verdugos golpean y golpean con las varas sutiles, casi flexibles - creo que son de metal - que, tras haber silbado en el aire, caen de plano sobre la pobre cabeza. Los cabellos se enredan en las varas y son arrancados a mechones; los que quedan van enrojeciéndose por la sangre, pues la piel se resquebraja y deja ver el cráneo, mientras la sangre cuela a lo largo del cuello, por detrás de las orejas, hasta el pecho desnudo y se detiene en la cintura, donde la absorben las ropas.

«¡Basta!», ordena el juez.

La desatan, la vuelven a vestir, la depositan en el suelo porque está medio desvanecida. El juez la zarandea con el pie y cuando la joven abre los ojos con



una mirada mansa y dolorosa, como de cordero torturado, le dice: «¿Reniegas?».

«No». Ya no es el triunfal "no" de antes pero, aun en su debilidad, es una afirmación segura.

«Ya se va a encargar tu hermano. Y será peor que yo. Llamadle y entregadla a él». Tras haberle dado el último puntapié, el juez se va...

... y la visión se concluye en un lugar nuevo que, por cierto, también en este caso es una prisión, porque hay patios con ventanas con poderosas rejas y, a través de ellas, se oyen voces que blasfeman o dicen cosas triviales mezcladas con cantos cristianos.

Ahora la joven está con otra persona de su misma edad; ambas son conducidas a una suntuosa sala, donde vuelvo a ver al juez anterior, que está circundado por otros musulmanes, probablemente siervos o jueces de rango inferior.

«¡Pues bien, aún tengo que interrogaros! Es la última vez. ¿Qué es lo que queréis?».

«Morir por Jesucristo».

«¡Morir por Jesucristo! Pero tú, Flora, ¿sabes qué quiere decir tortura?».

«Sé qué quiere decir Jesús».

«¿Sabéis que podría teneros por toda la vida entre las... (aquí escribo mujeres de mala vida, pero él ha usado una palabra fea), así como lo habéis estado en estos días? ¿Qué llevaríais entonces a vuestro Cielo? Pues, llevaríais fango y suciedad».

Habla la otra joven: «Te engañas. La suciedad se queda aquí, contigo. Yo creo firmemente que, por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, de su Madre María Santísima, de la que llevo el nombre, de todos los santos del Paraíso, el último de los cuales es mi hermano diácono, que has hecho martirizar, una vez que hayamos subido al Cielo podremos hacer germinar la semilla echada en tantos pobres corazones encerrados en una carne infame y redimir de este modo a las desdichadas hermanas entre las cuales nos has hecho vivir esperando que nos corrompieran y que se quebrara la firmeza de nuestra fe. Debes saber que, por el contrario, hemos salido de allí aún más puras y firmes y más deseosas que nunca de morir para agregar nuesta sangre a la sangre de Cristo y redimir a nuestras infelices compañeras».

«Llamad al verdugo. Que sean decapitadas».



«Que el Dios verdadero te recompense por abrirnos el Cielo y que toque tu corazón. Ven, Flora. Encaminémonos cantando».

Mientras salen, en medio de la escolta, cantan el Magnificat...

Jesús me dice: «Ahora has conocido la historia de las vírgenes y mártires Flora y María de Córdoba, en la época en que España estaba en manos de los moros; era el siglo noveno. Son santas mártires casi ignoradas. ¡Mas cuán felices son en el Cielo!».

*28 de julio de 1945*

Y ahora, para obedecerle, voy a referirme a la precipitada fuga de los espiritistas que en junio quèrían que les alquilara una habitación y que, como se la negué, se... alojaron en la casa de al lado para dedicarse a sus operaciones con el pretexto de que ambos eran cartománticos y quirománticos. Y, a pesar de que me molestan estas dos categorías, acepté el hecho hasta el 18 de julio, cuando los sufrimientos que me acosaron esa noche, absolutamente semejantes a otros de ese tipo que experimenté todas las veces en que estuve cerca de lugares o personas que se dedicaban a prácticas espiritistas, me hicieron comprender que en esa casa se hacían sesiones espiritistas.
Entonces me dije y se lo dije también a Ud., Padre: «Les voy a dar su merecido y vamos a ver quién tiene los cuernos más duros». Por lo tanto, esa noche me puse a practicar el exorcismo según la fórmula de León 13, que me dieron los Redentoristas de Nápoles. Siempre me ha parecido potente contra tempestades, bombas, caracteres... infernales y contra toda práctica espiritista.
Entonces, heme allí, arrodillada a duras penas, con mi crucecita en la mano, con toda el alma que se me escapaba del cuerpo para conducir la fórmula más allá de las dos paredes que me separaban del antro de los médium. Luego me desplomé extenuada, como me sucede siempre cuando lo hago; es como si toda la fuerza se me saliera del cuerpo dejándome desfallecida...
Seguí haciéndolo por tres noches: el 18, el 19 y el 20. Pero el 20 tuve que hacerlo sentada porque estaba más muerta que viva.
Ayer la dueña de casa de los dos fulanos me dijo que uno de los dos, precisamente el que es médium - pues el otro es su ayudante - tomó las de Villadiego «porque no ganaban más que 1.000 0 1.500 por día. ¿Qué son mil o mil quinientas liras?». En realidad, a mí me



parece que ya son algo... Y cuando le hago notar que 500 o 750 liras diarias para cada uno no son tan pocas, la señora añade: «También dijo que no se queda porque está muy molesto, no por los rumores ni por las personas de la casa, porque nosotros ni decimos esta boca es mía cuando el profesor (?!) está trabajando, sino por otras cosas que no quiso explicar. Después quiso saber un montón de cosas: quién es Ud., qué hace. Y cuando le dijimos: "Es una señorita enferma: lee, escribe, borda...", respondió: "No, yo sé qué es. Es una santa"». (Disculpe si, para reproducir exactamente lo que dijo, tengo que escribir esta palabra). Esa buena gente no entendió qué relación tengo con los trabajos del profesor (?!) ni de qué modo éste podía saber algo a mi respecto; tanto es así que me preguntaron: «¿Pero Ud. le conoce?». Respondí: «No, gracias a Dios». En cambio, he entendido perfectamente todas las correlaciones.

¡Muy bien!, se repite el episodio de 1930[1]. Lo importante es que el médium ha puesto pies en polvorosa y que el otro pronto hará lo mismo, como espero... así que en el aire, finalmente limpio, ya no quedará ese olor de azufre que mis pulmones espirituales no soportan. Ahora vamos a ver qué fastidios me causará Satanás para vengarse... Por cierto, no es que me va a ir de rositas. Como Ud. bien sabe, en 1930 me dijo por boca del médium que yo había ahuyentado: «Ud. me echa, pero hace mal. Porque el que me expulsa, encontrará dolores y dificultades en su camino...». Y, en efecto, nunca más volví a estar bien. Pero ellos tuvieron que irse a otro lado...

---

[1] Véase la "Autobiografía", en las págs. 273-278.

*29 de julio de 1945*

Dice Jesús:

«Y esto es para la Marta pequeña[1], que no debe lamentarse de que nunca hay una palabra para ella y que debe estar segura de que su Señor la ama mucho, solícitamente, y ha pensado en protegerla desde que la puso debajo de la tienda donde Él encuentra reposo. Ya te amaba desde antes, porque el amor es su aliento. Pero cuando

[1] Se trata de Marta Diciotti. Ese mismo día, fiesta de Santa Marta, la autora ha escrito un episodio, perteneciente al Evangelio, cuya protagonista es Marta de Betania.



creíste que te habías quedado sola, te amé como una familia entera y te doné la paz poniéndote junto a María. No te lamentes si no hay palabras para ti. Viiviendo junto a María, ya las tienes todas. Las cartas se escriben a los que están lejos, no a quienes viven con nosotros. Y tú estás donde Yo vivo. Sé buena. Anima tu actividad de Marta con la espiritualidad de María, que ha elegido la parte mejor[2] y que, por haberla elegido con dolor y con amor total y voluntario, ha recibido de Mí la parte superlativa. Tú te apoyas en el corazón de María y María está apoyada sobre mi corazón. Por eso, no te aflijas por demasiadas cosas, entre las que está el preguntarte si Yo pienso en ti. Descansa en el corazón de quienes te aman y ten fe. Dios no abandona a los que esperan en Él y practican la caridad. Que mi paz te acompañe».

En cambio, lo que sigue lo digo yo, me lo digo a mí misma, recordando...

Hace dos años llegaban, como hoy, mis parientes de Calabria[3], a los que di asistencia y afecto familiar y por quienes he emprendido la batalla más grande. Pero no estoy en las mismas condiciones que la Marta de Lázaro. No estoy segura de tener en las manos mi victoria, a pesar de todas las protestas de fe, etc., etc., que me escriben. De lo que estoy segura es de que sufrí mucho y sigo sufriendo y sufriré por esa causa que empezó hace dos años. Dice Jesús: «Vale la pena perder una amistad para salvar un alma»[4]. Está bien. Creo que ése es, justamente, mi caso. Y confieso que mi disgusto es *muy* relativo. Creo que cuantos menos lazos tenga, estaré más libre de volar hacia Jesús. Me refiero a los lazos del afecto humano. Siento que dichos lazos ya están tan desfibrados por el desgaste de la mezquindad y la miseria humanas, que no les queda más que una fibra ya deshilachada, una fibra que una nimiedad puede romper. De este modo, mi amor hacia los parientes se despoja de todo lo que es carne y sangre, o sea, de un placer egoísta, y se convierte en un amor espiritual áureo y doloroso que, por amor de Jesús, no abandonará a estos espíritus. Dos años de íntimo conocimiento han exprimido esta esencia del fruto de dicha vecindad...

[2] Lucas 10, 38-42.

[3] Véase “Los cuadernos. 1944”, nota 1 del diario del 24 de abril.

[4] Lo dice en el segundo de los dos episodios pertenecientes al ciclo del Segundo año de vida pública de la vasta obra sobre el Evangelio.



*10 de agosto de 1945*

Obtengo estas palabras para Sor Gabriella; las obtengo con lágrimas porque siento la intolerancia de este corazón:

«Hija, hija, hija mía, ¿no te has dejado coger por el anhelo de las grandes alturas donde se eleva la Cruz? ¿No te dije la última vez: “Que mi paz te acompañe y sea para ti sustento en tus grandes necesidades”? Te lo dije porque Yo sé lo que le toca a cada hombre; porque Yo sabía que necesitabas ese sustento; porque Yo sé que un premio grande está reservado al que cumple la voluntad de Dios; porque Yo sé qué significa la hora del Getsemaní. Por todo el dolor que hay sobre la Tierra, por toda la gloria que hay en el Cielo para los generosos, te di mi paz como sustento. Y, dado que te has dejado coger por el anhelo de las grandes alturas donde se eleva la Cruz, aprende a repetir las palabras de la Cruz, especialmente en tu caso la primera y las dos últimas, unidas por la cadena de oro de la sed de expiar por el mundo. Que la paz sea contigo, Maria Gabriella, que la paz sea contigo; una vez más, que la paz sea contigo».

*12 de agosto de 1945*

*Santa Clara de Asís.*

Veo algo que no parecerá imposible de ver pues se trata de un hecho conocido por muchísimas personas. Es el milagro que obró Santa Clara arrojando del convento de Asís a los que lo habían atacado. Ver este milagro me da una gran alegría y no me importo de los demás. Le describo lo que veo.

Es un pequeño y humilde convento, muy bajo, con el techo muy inclinado y un claustrillo que en cada piedra parece gritar: «Pobreza», la gran palabra franciscana; hay estrechos pasillos breves, oscuros, en los que se abren las puertecillas de las celdas. Miedo y dolor agitan esta pobre morada de paz. El convento resuena como una sonora colmena de voces que ruegan y gimen. Y, en verdad, este pequeño convento parece una colmena estupefacta ante una invasión. El rumor de la lucha exterior penetra en él y sus ecos feroces se uner› a los acentos de piedad.

No sé si es una profesa la que da la noticia que las hordas enemigas intentan invadir el convento o si es un habitante de Asís quien



advierte del peligro a las Clarisas. Sé que el desconcierto llega al máximo mientras todas se precipitan a la celda de la Abadesa, que reza postrada al borde de su jergón, y se alza para recibir a sus atemorizadas hijas: su rostro está céreo y extenuado, pero aun así se la ve hermosa y solemne. Escucha a sus hijas y les ordena que desciendan al coro en orden y con fe, en el silencio que impone la Regla «porque» - dice - «*ninguna circunstancia, por tremenda que sea, debe hacer olvidar la santa Regla*». Luego las sigue y entra en el minúsculo y humilde coro, más allá del cual se ve la pequeña iglesia cerrada herméticamente, oscura, iluminada sólo por dos bujías - una en la iglesia, la otra en el coro - que, ante el ciborio, resplandecen serenamente: hacia fuera, resplandecen por las almas del mundo que se acuerdan demasiado poco de Dios y, hacia adentro, por las almas de Jesús que en esa llamita perpetua ven el símbolo de sí mismas.

Rezan y se sobresaltan ante cada grito más fuerte y más cercano. Y cuando una de ellas - seguramente una profesa - entra gritando sin cuidarse del respeto debido al lugar: «¡Madre, ya están en la puerta!», las clarisas se curvan como si ya las hubieran herido de muerte.

Pero Sor Clara no reacciona así. Por el contrario, se pone de pie, va al centro del

coro y dice: «No temáis. Ellos son hombres y están allí afuera. Nosotras estamos aquí adentro y con Jesús. Acordaos de sus palabras: "No os tocarán un cabello". Nosotras somos sus palomas. Él no permitirá que las profanen los gavilanes».

Como para desmentir sus palabras, afuera el clamor del tumulto se hace aún más fuerte. Mas ella no se desconcierta. Al ver que sus clarisas están demasiado aterrorizadas como para poder vencer las dudas y el terror, se vuelve a Dios: «Mi dulce Jesús, perdona si tu pobre Clara osa poner las manos donde sólo un sacerdote puede hacerlo. Pero aquí estamos solamente Tú y nosotras. Por lo tanto, una de nosotras debe decirte: "Ven". Mis manos están lavadas por el llanto. Pueden tocar tu trono». Se dirige resueltamente al tabernáculo, lo abre y no coge el ostensorio sino un estuche semejante a una píxide que, a lo que me parece por lo poco que permite ver la escasa luz, no es de metal precioso sino de marfil o madreperla, al menos en la parte exterior. Lo toma y lo tiene en sus manos con la misma veneración con la que sostendría al Dios niño. Desciende con aplomo los pocos peldaños y, salmodiando, va hacia la puerta del convento; subyugadas, las monjas la siguen temblando.

«Hija, abre la puerta».

78

«¡Pero están allí afuera! ¿No oís los gritos y los golpes?».

«Hija, abre la puerta».

«¡Es que se precipitarán aquí adentro!».

«Abre la puerta. ¡Debes obediencia!». Clara, que antes era dulce y persuasiva, asume ahora un tono imperioso que no admite contradicciones. En estos momentos es la antigua castellana acostumbrada a ordenar y la ilustre Abadesa que exhorta a la obediencia.

Gimiendo, la clarisa abre la puerta y su temblor retarda tal operación; es el mismo temblor que agita a las demás, agrupadas detrás de la Abadesa. Cerrando los ojos, se hacen la señal de la cruz y, dispuestas al martirio, bajan el velo para morir con el rostro cubierto.

Por fin la puerta se entreabre. Los alaridos de los asaltantes se convierten en un grito de victoria; ya no usan las armas y se precipitan hacia la puerta entreabierta.

Con el rostro blanco a semejanza del estuche que lleva bien alzado como único velo de su semblante de enclaustrada, Clara da dos, tres, cinco pasos más allá del umbral. No sé si ve a los que están frente a ella, o si ve su tierra, o a sus enemigos, pero no me parece nada de eso. Sus ojos sólo adoran al Santísimo que lleva en sus manos. De ese modo, alta, delgadísima, consumida, cándida como una azucena, con su paso lento, parece más bien un ángel o un fantasma. A mí me parece un ángel, a los otros debe de parecer un fantasma. La arrogancia del enemigo se quebranta, se detiene y, al ver que Clara avanza un paso más, se convierte en una fuga desordenada.

Entonces Clara vacila, se dobla como si estuviera próxima a caer y se apresura a entrar de nuevo atravesando el umbral. «¡Bendito sea Dios! Se han dado a la fuga. Ahora... ahora sostened a vuestra madre, para que pueda volver a colocarlo en su altar. Cantad, hijas, y sostenedme. ¡Ahora vuestra madre está muy cansada!». En efecto, su rostro parece el de una moribunda, como si hubiera agotado todas sus fuerzas. ¡Pero, a pesar de ello, tiene una sonrisa dulcísima y en sus manos céreas mucha fuerza para estrechar la custodia!

Entran cantando en coro y, mientras entona el "Tedeum", Clara deposita el estuche en el tabernáculo y luego queda tendida boca arriba sobre los dos peldaños del altar como si estuviera muerta, mientras las clarisas siguen entonando el himno de gracias.

Esto es lo que veo. Y para mí, hay sólo pocas palabras de Santa Clara, pero no ya en su condición de clarisa, sino bajo su aspecto paradisiaco:

79

«Con éste (e indica el Santísimo Sacramento) se vence todo. Será la excelsa

fuerza del Paraíso y de la Tierra hasta que existan las necesidades de esta Tierra. Gracias a los méritos infinitos del Santísimo Cuerpo, aniquilado para nuestro provecho, nosotros, los santos del Cielo, obtenemos gracias para vosotros y por medio de Él vosotros obtenéis victorias. ¡Que sea alabado el Cordero eucarístico! Y que el Señor te conceda paz y bendiciones».

*17 de agosto de 1945*

Recibo una carta insultante de mi primo que, al no poder justificarse y sintiéndose aludido por la verdad que le expresé, me muerde. Sufro, no tanto por la ofensa sino porque vuelvo a reconocer en él una vez más al viejo Giuseppe, tal como le conozco desde hace 25 años. Ni Satanás ni Dios le han cambiado. Si leyera este juicio mío, se inquietaría, porque está convencido de que es la perfección en persona... ¡Y el pobre desgraciado no sabe que, de los juicios referidos a él, el mío fue el último en caer! Aún después de las severas palabras que el Señor tuvo para con ellos[1] para condenar duramente su conducta, seguí queriéndoles con un afecto *doloroso*, pero que siempre fue un afecto verdadero. Una a una fueron cayendo las ramas del árbol de este afecto bajo los metódicos hachazos de su conducta extraña y solapada, egoísta y malvada a mi respecto, y ahora el árbol está muerto, como esas plantas petrificadas de las que hablaba Jesús.

¿Si sufrí? Sí, y también lloré. Pero decidí no responder a tono. No diga que lo hice por virtud. Lo hice simplemente porque he alcanzado ese nivel de náusea y de cansancio que impide cualquier estímulo de apetito o de movimiento. ¿Si todo esto me causa molestias en mi particular condición? Me las causa inmensamente. Parece una exageración, pero mi pobre físico - ya tan torturado - y todavía más mi mente, que no está llevada a alterarse, se ofuscan ante el choque de la perversidad. Pero ya lo he dicho y vuelvo a repetirlo: si muere también este afecto, tanto mejor.

A este punto, vivo sólo para el amor sobrenatural y en cuanto a los parientes, a los amigos o, simplemente, al prójimo que golpea como una ola contra mi lecho, los amo sólo por su alma y mi único

[1] Se trata de los parientes a los que ya se ha referido el 29 de julio de 1945.



anhelo es ayudar a estas almas. Todo lo demás, o sea, rostros, acciones, atavíos, comodidades, miserias materiales, queda anulado para mí. Veo y siento las almas, sólo las almas. Y también eso es un sufrimiento. Por eso le decía esta mañana: «Le he dicho a Jesús que, si soy un obstáculo para que las almas beban a su fuente, que quite el obstáculo quitándome la vida». ¡Pero claro!, sería tan lindo irse y dejar abiertos los pozos que Jesús ha dispuesto para todos y que están restañando allí, sin que beban en ellos los sedientos.

¡Cuánto advierto la sed de las almas! Porque es cierto que hay muchas almas muertas, pero también hay muchas, muchas, muchas que tienen sed... Jesús me lo hace entender. No se trata solamente de almas de personas que saben que existe el portavoz y también los dictados. Hay otras almas encerradas en seres que nada saben de esto y que, sin embargo, van buscando, bajo el peso del propio dolor, la palabra que se convierta en su Cireneo...

*18 de agosto de 1945*

Dice Jesús:
«Para Sor Gabriella de María Inmaculada:
No soy propenso a conceder direcciones particulares y no lo hago por dureza de corazón sino por piedad hacia el portavoz y también por piedad hacia las almas. Para que se trate de auténtica fortaleza, hay que fortificarse por sí mismos. Pero en este caso se necesita una palabra y Yo la doy.
Has pronunciado la primera palabra de la Cruz por ti, a quien no comprenden y consideran con ligereza, y por Mí, que he sido ofendido en mis huérfanos, en los que toda ofensa es medicada por Mí.
Ya en tiempos de la antigua Ley se decía: “Tened piedad de la viuda y del huérfano”‘. Yo he dicho: “Yo seré el padre de los que no tienen padre y que el mundo desprecia”.

Mi corte y mi ejército han sido compuestos por humildes e infelices. En mi corte había pecadores, esclavos, campesinos, huérfanos y entre ellos no faltaban los mártires de los pecados ajenos: los bastardos. No faltaron nunca y no fueron inferiores a los demás en afirmar el Reino de Cristo entre los pueblos.

---

[1] Éxodo 22, 21; Jeremías 22, 3; Zacarías 7, 10.



¿Quién puede juzgar si el Cielo o el Sacerdocio o el Claustro son prerrogativa de quienes han sido beneficiados con una familia regular? ¿Acaso aquí se necesita partida de nacimiento y otros documentos para tener acceso al gozo del Cielo? Aquí se necesita santidad para entrar, nada más que santidad. Porque la partida de nacimiento se detiene en lo que es perecedero, no se refiere al alma. El alma no nace cuando nacéis en la Tierra. Su nacimiento se produce el día en que viene a Dios para alcanzar su paz eterna. Esto es lo que tendrían que tener presente los que están llamados a juzgar las circunstancias más delicadas. ¿Qué pensaríais de Dios si negara el Cielo a quien nació como bastardo? Pensaríais que ésa es una injusticia. Y entonces, ¿por qué negáis a estas criaturas que aspiran a Mí y que Yo aspiro a Mí, el camino que para ellas es el camino del Cielo? El niño no ha pedido nacer. El delito no es suyo. Suya es sólo la cruz. No se debe hacer caer sobre los hijos los pecados de los padres. Yo he dicho: “No juzguéis”. Lo he dicho, porque no conocéis las circunstancias por las cuales uno ha cometido una culpa. El juicio me corresponde a Mí, solamente a Mí. Y entonces, ¿por qué vosotros no sólo juzgáis, sino que en este caso hasta juzgáis dos veces: una con respecto al hijo y otra en cuanto a los padres?

En verdad, el viejo Israel, con sus fariseísmos sin caridad, resurgió más fuerte que antes, instigado por el racionalismo, que ofusca lo sobrenatural, y por el jansenismo, que hiela y pone obstáculos a las almas. Esto no es encaminarse hacia las luces del tiempo final, sino retroceder no sólo hasta las épocas precristianas sino hasta los métodos inhumanos y tenebrosos de los pueblos paganos, porque ahora se obstaculiza mi camino - ese camino hacia el cual Yo he llamado - y se erigen contra mi voluntad.

Vosotros predicáis que no es lícito oponerse a la vocación de un hijo. Se lo decís a los padres, aun cuando dichos padres tienen en el hijo todo el consuelo y la ayuda, porque decís que Dios es más que un padre. Es justo. También Yo lo dije. Mas entonces, ¿por qué me disputáis estas criaturas? Si estuvierais iluminados por el Espíritu Santo y unidos a él, tendríais que ver en este llamado toda mi misericordia. Si de dos seres de fango, que se unieron para procrear en el pecado, nace una flor que Yo reclamo para mi altar, tendríais que ver en ello toda mi potencia. En estas vocaciones

tenaces que despreciáis, tendríais que ver y sentir el signo de la paternidad de Dios, que exige sus derechos y abre sus brazos para llamar esposas de su

82

Unigénito a éstas que el mundo profanaría y que vosotros alejáis.

¡Pobres almas!, ¿las consideráis indignas de acercarse al altar, que es un *objeto,* cuando Yo no las juzgo indignas de acercarse a Mí? Esto es lo que quiero decirles a los que me ofenden a través de los inocentes que lloran y piden piedad sin obtenerla; a través de los que con superficialidad rechazáis hacia las turbias ondas del mundo y llamáis “frutos del mundo” mientras que, si tuvierais caridad, justicia y prudencia, precisamente porque son frutos del mundo tendríais que recogerlos para cobijarlos en los graneros de Dios, al abrigo de ciertos llamados y herencias que podrían destruir lo que la buena voluntad ha construido. Esto es lo que querría decir y, además, querría hacer reflexionar sobre el hecho de que estas flores - que en lo material tienen los apetitos comunes a todos los nacidos de mujer, agravados a veces por atavismos que sólo la Gracia y la convicción del amor de Dios logran retener - reciben de vosotros, además de las tentaciones del mundo, la desolación de dudar de Dios y de su bondad.

Pero sería inútil que dijera esto a los que niegan todo lo que no sea ellos mismos. Por eso te hablo a ti, Gabriella de María Inmaculada.

Tú has doblegado tu humanidad para pedir, para explicar, para soportar el no verte comprendida. Y lo has hecho con humildad. Tú te has sometido a la obediencia hacia los hombres. Y, por cierto, tu sufrimiento fue muy grande. Ahora escúchame. Yo soy mucho más que los hombres y mi sabiduría y mi justicia son perfectas.

Los que son superiores están para enseñar la virtud. Mas Yo existo para coronarla. Intervengo porque ahora ya es tiempo de hacerlo, para que tu energía no se convierta en algo no sólo inútil sino nocivo al quedar comprimida en una misión sumamente circunscripta, en la que serías una nulidad tan sólo capaz de salvarte a ti misma y siempre a punto de no lograr salvarte, porque el imprudente rumbo y la amarga experiencia de estos días crearían un estado, muy íntimo pero brioso, de desconfianza y de juicio hacia los superiores ciegos y superficiales.

No es lícito para ti contribuir, junto con los soberbios de la nueva Israel, a la ruina de los corazones. Mas recoger estos corazones para que no se pierdan, quiere decir salir del lugar al que has entrado, ser arrancada de él lacerando tus fibras, ir sola al encuentro del futuro, soportar agrias críticas y ser acusada de desamor, de soberbia, de

83

volubilidad, por los superiores, por las compañeras y por el mundo. Por uno que te entienda, mil te escarnecerán. Piénsalo. Todo esto significa conocer la tremenda soledad de quien lucha solo contra las costumbres, los prejuicios y las obstinaciones. Si recoges los corazones que Yo he llamado y a los que Yo quiero dar una paternidad, un nombre, una casa, un esposo, hijos, te aguardan reproches, burlas, horas de duda, desilusiones, estrecheces, angustias. La paternidad es la de Dios; el nombre, el de hijas de Dios; una casa: la mía; un esposo: Yo; los hijos: ésos por los cuales rezarán y trabajarán. Debe ser así porque quiero que sepan que Dios es bueno y para que nunca puedan pensar que Dios es igual a los que las condenan como objetos profanados, sin justicia ni caridad.

Recoger esos corazones quiere decir *sufrimiento en todos los momentos,* quiere decir consumirse más rápidamente y con mayor padecimiento, quiere decir estar obligada a ceder ese dulce ministerio tras haber puesto en él todo tu afecto, quiere decir conocer la responsabilidad de una *verdadera* madre que no tiene a sus espaldas una Casa Madre, ni Superiores, ni nada, *sino que es justamente como una madre privada de ayuda, que se ha quedado sola en medio de la nidada de los hijos que debe*

*criar hasta la edad viril...* Y por cierto es tremenda la angustia de una madre que muere dejando huérfanos a hijos que aún no son adultos. Es una agonía moral, y en tu caso también espiritual, insertada en la agonía física. Todo lo que has experimentado hasta ahora no es nada comparado con lo que podrías experimentar y con lo que experimentarás si dices la segunda palabra de las que te he indicado, o sea: "¡Todo se ha cumplido!".

En mi Pasión le dije al Iscariote, ese representante perpetuo de todos los que tienen la misión de causar dolor a sus semejantes: "Lo que aún te queda por hacer, hazlo pronto". En el Calvario admití que *todo se había cumplido* y no sólo por lo que se refería a Mí. También los hombres lo habían *cumplido todo respecto a lo que se debía hacer para crear esa hora.* Y también ahora *los hombres han hecho todo lo que era necesario hacer para darte tu pasión.* Ahora te toca a ti consumarla hasta poder decir: "Todo se ha cumplido para salvar estos corazones para Dios". ¿Tienes el coraje de decirlo? ¿Tienes el coraje de hacerlo? Ten presente que hasta aquí has bebido el cáliz, pero que ahora te espera la esponja con la hiel y el vinagre sobre las heridas sangrantes, en medio de la bruma, en el abandono. ¿Tendrás fuerzas suficientes para aferrarte solamente al Cielo, aunque el Cielo



te parezca lejano? Si te entregas a esta misión, conocerás la pasión en toda su compleja aspereza.

Yo no engaño, Yo expongo el cuadro con todas sus tintas para que no vengan a decir: "Yo no lo sabía" y cometan falta por no saber. Te ayudo haciéndote esta neta exposición del futuro así como, a pesar de los tiempos actuales, he promovido ayudas económicas para la obra concebida. Y también te he dado mi consuelo para sostenerte, para confortarte, para calmarte, para templar tu tenacidad con mi mansedumbre.

Todos podrán engañarte, Gabriella de María Inmaculada. Yo no te engaño. Desde hace meses te formo para esta hora. Vuelve a leer mis mensajes, los que te di contra la voluntad de todos, hasta forzándome a Mí mismo; los que te di sólo porque tú eres tú, y te encuentras en particulares contingencias que interesan a la mujer y a la monja, a la enferma llena de vida y al alma que aún no ha encontrado el equilibrio estable, que es el abandono total e ingenuo en Mí.

En el 1er escrito está dicho: "Adonde vaya la esposa de Cristo, el anillo de la caridad irá con ella".

En el 2°: "Hay dos palabras tan sublimes que Yo, el Verbo, las he dicho en los momentos más solemnes de mi vida: 'He aquí. Cúmplase'. Pero nunca fueron pronunciadas sin lágrimas".

En el 3°: "Piensa siempre: '¿Qué dirá Jesús de lo que estoy haciendo?' y, si sientes que Jesús está contento, sigue adelante sin temor".

En el 4° mi Madre ha dicho: "Ve hacia Jesús con la rosa de oro de tu caridad".

En el 5° ya te he bendecido para esta hora diciendo: "Que haya paz y bendiciones para quien con ellos convive en el amor hacia Mí. Que la Sangre y la Palabra engendren siempre en vosotros nuevas fuerzas".

En el 6°, que no te fue dado por ser demasiado severo y porque no era la hora propicia para que lo gustaras, está dicho: "Que cada uno extraiga *con su esfuerzo* los preciosos diamantes de la Sabiduría".

En el 7°: "Haz que el corazón se dilate cada vez más para abrirse completamente a Mí".

En el 8° te decía: "*Ve* con mi paz". No te lo habría dicho si no hubiera aprobado tu camino.

En el 9° te he vuelto a dar el consuelo de mi paz y te he indicado

las palabras de la Cruz.

Nunca me he desmentido como Amigo y Maestro y ahora hablo en calidad de Rey. La última vez le había dicho también a María la excelsa palabra: "Mujer, he aquí a tus hijos". Mas luego le he dicho a María: "Aún hay que derramar lágrimas antes de decirle esa palabra. Será la última para ella. Espera aún antes de escribirla".

Ahora te aconsejo aislarte con tu alma y conmigo. Te aconsejo aislarte, escucharte, contemplarte, analizarte y también contemplar a los demás y los días futuros. En el silencio las ideas se ordenan y se hacen claras como un dibujo. Y si de ellas deduces la palabra: "Ve", entonces no sigas rehuyendo.

Encomienda tu espíritu al Padre y muere como Gabriella para resurgir como Madre de los huérfanos más infelices. Entonces te diré: "Madre, he aquí a tus hijos, los hijos del dolor". Si quieres ser madre de verdad, debes saber estar erguida a los pies de la Cruz, en la cumbre del Calvario, entre las burlas y la curiosidad irrespetuosas, para acoger a los seres más infelices entre todos los humanos.

Llama esta obra: "Obra de Santa Veronica Giuliani", como para no cortar toda relación con la Orden que recuerda a mi Francisco, *que jamás rechazó miseria alguna porque había comprendido a Jesús.* Hazlo también para recordar a la que en el Calvario mereció mi Rostro estampado en el lino. Yo os daré mi Rostro impreso en el corazón, *para que seais amantes, consoladoras y expiadoras* como la primera y la segunda Verónica.

Ve en paz y que sean contigo la caridad de Dios, la gracia de Jesús, la luz del Espíritu Santo».

*19 de agosto de 1945*

Mas yo no voy con ellos[1]. Después de haber cumplido el acto de caridad de escribir a Sor Gabriella, sigo a Jesús que, desde las laderas del Carmelo se vuelve hacia mí y me dice las siguientes palabras para Sor Gabriella:

---

[1] Aquí la escritora repite una nota referida al episodio "Retiro de Jesús y Santiago de Alfeo en el Monte Carmelo", perteneciente al ciclo del Segundo año de vida pública de la vasta obra sobre el Evangelio. "Ellos" son los apóstoles, citados en el texto. Las palabras que siguen se comprenden a la luz del dictado precedente, correspondiente al 18 de agosto.



«Siempre soy Aquél que amaba a los niños. Y estas criaturas son como niños para Mí. Y me gustaría que en la nueva Casa hubiera mucho amor para el Jesús amante de los niños, aun conservando el gran amor franciscano por el Jesús recién nacido y por el Jesús de la Pasión. Por eso os he citado a las Verónicas y os las he dado como patronas».

*24 de agosto de 1945*

Esta mañana, después de la Santa Comunión, he tenido el vivo deseo de darle a Sor Gabriella un objeto sacro, pero no tenía nada en absoluto. Se me presenta Jesús,

erguido en un pequeño prado, con su blanco atavío, a la sombra de los olivos, y me dice sonriendo: «Manda a comprar enseguida cinco medallas. Las bendeciré y las mandarás a Sor Gabriella para ella y para sus hijas». «¡Pero si las jóvenes son tres!». «He dicho cinco, y que sean iguales». «¿Acaso hay dos de más para el Padre Migliorini y para Marta?». «Sí, y apresúrate, que hay que trabajar».

Mando a Marta a que vaya de prisa por las medallas. Mientras tanto disfruto de la presencia de Jesús, que sigue mirándome y sonriendo, para mí sola. Marta regresa. Deposito las medallas en la palma de mi mano y las ofrezco; Jesús, que tenía los brazos cruzados, los abre, alza la mano derecha y las bendice. Me sonríe y me bendice también a mí... y siento que me invade un gozo, una palpitación, una dulce inquietud tales que desahogaría cantando, caminando, si pudiera moverme... En cambio, estoy aquí, en mi lecho... Luego me pongo a describir lo que veo... Pero el gozo que me ha provocado Jesús, tan condescendiente, Jesús que va bendiciendo, perdura por todo el día aun en medio de los intensos espasmos de un dolor de cabeza que hasta me impide ver y que me saca de quicio.

*29 de agosto de 1945*

Siento la necesidad de señalar aquí[1] un gesto bondadoso del Se-

[1] Inmediatamente después del episodio perteneciente a la obra sobre el Evangelio.



ñor. Se trata de la muerte cristiana de mi único tío[2], a quien una serie de enormes desventuras de todo tipo, además de una enfermedad sumamente dolorosa y deprimente que duró cuarenta años exactos agravándose cada vez más, habían llevado a estar irritado con Dios.

De joven era muy devoto y practicante hasta el punto de que en casa, por broma, le llamaban "el fraile". Luego se volvió tan contrario, tan inquieto y rebelde, que llegó a rayar en el odio y quizás hasta a alcanzarlo. Eso me hacía sufrir mucho. Las cartas que le escribía a mamá, que era su hermana, eran una sarta de improperios, de agravios a Dios, de maldiciones a la vida, a esas dos desgraciadas que eran su mujer, que fue la causa primera de sus desventuras, y su hija, que le abandonó después de haberle quitado de nuestra casa para poder cumplir libremente sus... empresas. También había maldiciones para el prójimo, para los médicos y enfermeras y otras cosas por el estilo. A mí todo eso me provocaba un disgusto tan grande que hasta llegaba a convertirse en un malestar físico. Sin embargo, cuando pensaba en él, yo sentía mucha piedad y mucho afecto precisamente porque le sabía tan infeliz, infeliz hasta el punto de rechazar la *única* riqueza y el único alivio que les queda a los infelices:

[2] Se trata de Aristide Fioravanzi, de cuya muerte informa la escritora el 21 de julio de 1945, probablemente después de haberlo sabido por medio de una lacónica postal, que ha sido conservada, enviada por el "Pío Asilo" de la Congregación de Caridad de Bergamo. Vuelve a hablar de ello porque ha recibido una carta, que adjunta al cuaderno y cuyo texto transcribimos: *Asilo. Bergamo 18-8-945. Señorita, su tío murió el día* 14 *de julio a las 13 y murió cristianamente. Aquí, en el Asilo, para Navidad y para Pascuas se ha acercado siempre a los Santísimos Sacramentos;*

*además, en estos últimos meses lo ha hecho más frecuentemente. Algunos días antes de morir alcanzó a hacer la Santa Comunión una vez más. Quédese tranquila, pues se preparó bien para la muerte, la vio llegar, la deseó porque (no) podía más, dado que además de los dolores por su artritis deformante, que aumentaban día a día, tuvo una alteración intestinal que le hizo sufrir mucho y que le llevó a la tumba. Aceptó la muerte con tranquilidad y serenidad, entendió casi hasta los últimos momentos, sólo en las dos últimas horas quedó inconsciente. Siempre le asistieron amorosamente el Médico, la Hermana del pabellón y los enfermeros. También yo iba con frecuencia a visitarle, porque le conocía desde hacía varios años por el servicio que ambos prestábamos en el Hospital Mayor de la Ciudad y, por lo que me era posible dados los escasos medios, siempre he tratado de secundar sus deseos. Quédese tranquila, Señorita; la Misericordia divina le habrá acogido con bondad. Tratamos de sufragar su hermosa alma con Santas Misas, Santas Comuniones y Santos Rosarios. Rezará mucho también por Ud.; la quería mucho y sufrió inmensamente por Ud., sea porque sabía que bombardeaban la zona donde Ud. se hallaba, sea por la falta de noticias. Rece Ud. también por mí y se lo retribuiré. La saludo respectuosamente. Su devota Superiora.* Para los hechos y las personas que la escritora recuerda aquí, véase la "Autobiografía".

88

Dios. Además, yo le quería porque él había sido la causa de un gran sufrimiento y de una gracia grande para mí.

Cuando vino, ya enfermo, a nuestra casa en Voghera, su llegada fue acompañada por mis abundantes lágrimas. Él me quería mucho, pero era una persona inquieta, nerviosa y no tenía ninguna indulgencia hacia todo lo que difería de su modo de pensar. Hablaba perfectamente, con absoluto dominio, el francés, el inglés y el alemán y pretendía que yo, que entonces tenía 10 años y ya estaba muy adelantada en francés, no sólo hablara perfectamente este idioma sino que cumpliera progresos milagrosos en alemán, que yo, entre paréntesis, odiaba y apenas farfullaba. Además, quería enseñarme el inglés y le habría gustado que lo dominara en el acto. Lo comprendo porque, dado que estaba paralizado, sus días eran, de seguro, muy largos y él no sabía adaptarse al ocio. Quería colmar sus horas convirtiéndose en mi profesor de idiomas. Pero yo ya tenía que pensar en mis estudios... y si se considera que a los 16 años ya había terminado el ciclo clásico, se puede comprender cuánto debía estudiar... Pero él no entendía nada. Era un ser original, como su hermana, y cuando quería algo, no cejaba en su empeño. Y el que manifestaba una opinión contraria a la suya, debía soportar sus caprichos, sus reproches, sus acusaciones, etc., etc. Sin embargo, me quería. Me llamaba siempre «Pretty, Pobly, Darling, Mary» y con sus propias manos que, como los brazos, habían quedado libres de la parálisis que le había anquilosado los miembros inferiores, me hacía lindos cuadritos o me preparaba unos dulcecillos que yo, naturalmente, comía pero que tenían como azúcar mis lágrimas, pues no pasaba día sin que él, lamentándose y acusándome de desgano, holgazanería y testarudez, instigase a mi madre y me hiciera castigar por ella, cuya severidad aún hoy es legendaria...

Su venida agregó otro dolor a este dolor, pues me costó la separación de mi casa y de mi papá... En realidad, mi tío no tenía más que una parálisis derivada de la fractura de las últimas vértebras, causada en Inglaterra. Pero los médicos, que ven y entienden lo que pueden - en realidad, muy poco - juzgaron que, además del problema de la columna vertebral, estaba enfermo de los pulmones. Murió a los 84 años con una artritis deformante... y en los últimos 40 años no tuvo nunca problemas pulmonares... En resumidas cuentas, para los doctos

médicos tenía que estar enfermo de los pulmones y, por lo tanto, su cercanía era peligrosa para mí, dado que era aún

89

una niña. ¡Que Dios me perdone! Dado que los médicos que habían pronunciado este veredicto eran personas íntimas de mamá desde su niñez y dado que el sueño de mamá era meterme en un colegio para «mortificar mi carácter», como decía ella (concepto que papá *rebatía encarnizadamente,* y *sólo en ese caso* hacía frente a su mujer), pienso que mamá, con la complicidad de los médicos, se jugaba esta carta para obtener sus fines. Papá no tuvo tanta fuerza como para afirmar: «Entonces, que se vaya mi cuñado». Se limitó a hacerle escribir a mamá una declaración en la que decía que era *ella* quien quería mi alejamiento de casa. Esa declaración la encontré entre los papeles de familia. De ese modo, me pusieron en un colegio... Cuatro meses más tarde, ingresaron a mi tío en el Hospital Civil de Bergamo, donde también le emplearon como secretario... Pero a mí me dejaron en el colegio... y así perdí la alegría de gozar de la compañía de mi papá en los últimos meses de su integridad física y mental. Después se convirtió en un ser bueno pero... cansado, de escasa memoria y voluntad... Y no me quedó más que el consuelo de las caricias... y el tormento de verle tan disminuido.

Todo esto sucedió por culpa de mi tío. Éstos fueron los sufrimientos que me causó. La gracia fue encontrar en el colegio, como si hubiera vuelto desde muy lejos y me hubiera dado una cita de amor allí, a mi Jesús, que ya había entrevisto entre las brumas de la infancia en lo de las Orsolinas y que luego había perdido de vista. *No le perdí en cuanto a la fe, pero le perdí de vista.* Era mi Jesús doliente, que en el colegio se me mostró en todas las sonrientes y confortantes delicias de su dulcísimo Corazón, quizás porque entonces ya cargaba yo con una cruz demasiado pesada sobre mis espaldas... Y ahora soy lo que soy porque en esa época pertenecí sólo a Él, *totalmente y por largo tiempo.* En el colegio me nutrí de vida profunda y fuertemente cristiana y me enamoré *conscientemente* de Jesús en esa edad en la que ya sabía lo que quería (10-16 años); por eso, después pude resistir a todas las circunstancias que hacían presión en mi fe amorosa para derribarla y destruirla, iy sí que fueron muchas!... Desde los 18 hasta los 25 años mi fe sufrió muchas vacilaciones. Pero luego... Jesús vino por la tercera vez y ya no me ha dejado...

He aquí el motivo por el cual le quería a ese tío que ahora ha muerto. Cuando murió mi mamá - que, como de costumbre, me había acusado *anticipadamente* de que yo no socorrería ni amaría a mi tío -, me encargué inmediatamente de su cuidado. Le escribía y

90

le mandaba dinero para sus pequeños caprichos de enfermo. Hasta dispuse en el testamento que mi heredero estuviera obligado a seguir mandándole el cheque mensual por toda la vida. Y, contemporáneamente, desde mi primera carta, le expliqué muy claro mi modo de pensar, mi fe, mi amor hacia el buen Dios, mi respeto hacia la Iglesia, etc., etc. ¿Y sabe lo que terminé por decirle? Pues: "Soy así y así debes aceptarme. No juzgo tus ideas, aunque me duele saber que no tienes fe, porque sé que eso te priva del único consuelo que podrías tener. Pero te ruego que no faltes de respeto a las mías". Me entendió tan bien que se acercó inmediatamente a los Sacramentos y me mandó la hojita de su Comunión, como haría un pobre niñito que quiere demostrar que se ha portado bien... ¡Pobre tío!

Ahora la Superiora me escribe contándome que se había vuelto un ferviente cristiano y que como cristiano murió serenamente y que, hasta que pudo hablar, habló de mí con afecto. ¿Acaso no es un gesto de bondad del Señor? ¡Me apenaba tanto pensar que podía morir sin ser amigo de Dios! Y Dios me contenta, demostrándome

que no se ruega y se sufre sin obtener, y también que una franca profesión de fe puede dar un fuerte sacudón a las personas y volverlas a Dios.

¡Pobre tío, que ha muerto tan solo!... ¿También a mí me pasará así? ¡Pobre tío, que estuvo sin noticias por tanto tiempo a causa de la guerra! Pero ahora sabrá que yo experimentaba por él la misma ansiedad que él sentía por mí durante los meses de guerra y de imposibilidad de cartearnos. Ahora sabe todo y está en paz.

Y, dado que estoy dispuesta a contarle cosas mías, también le voy a referir un hecho, que no tiene relación con lo del tío, y que, en pocos días, ha sucedido tres veces. De repente, oleadas de un intenso perfume de flores y de finísimos inciensos, como el benjuí y otras resinas semejantes, inundan mi cuarto y luego, del mismo modo imprevisto, se van. Ayer las advirtió también Marta, que estaba sentada lejos de mí. Cerca de mi lecho el perfume es fortísimo. Hacía ya meses que no lo advertía.

91

*2 de septiembre de 1945*

Jesús me dice[1]:

«El punto que trata de la re-posesión de Satanás se refiere también a tu primo[2]. El demonio encontró la casa limpia y vacía y volvió con otros siete espíritus peores que el primero. Por ahora aún no ha entrado el espíritu mayor, el que lo dominó en sus siervos por tantos años. Valen para él también las frases finales de Jesús en la disputa con escribas y fariseos en Cafarnaúm: "Este segundo estado de un convertido que vuelve a pervertirse es peor que el primero. Ya no hay más posibilidad de mejoría ni de cura". Sé que causa dolor. Pero es la verdad. Te hablé de esto desde noviembre porque su caída comenzó desde que se alejó de ti. Dices: "¡Sin embargo, todos me habíais dado esperanzas!...". Sí, te las dimos para darte una hora de alivio en medio de la amargura que te rodeaba y que, en buena parte, provenía de ellos. Pero *tú le has visto siempre tal como es.* Recuérdalo. ¡Oh, hay tantos así!... ¿Quieres saber si tienes que seguir rezando? Debes hacerlo siempre. Porque es un deber rezar por los pecadores hasta que permanezcan en esta Tierra. Luego...»

Jesús no dice nada más. Mientras yo, que por muchas causas tengo el corazón oprimido, me echo a llorar.

Lloro desde ayer noche. He llorado ya antes de recibir estas palabras. Porque pienso que su egoísmo, su falso afecto y la bajeza de su ánimo han llegado al máximo y se han puesto al descubierto completamente, justo como hoy. He llorado también porque la presencia de la persona que se hospeda en mi casa - un señor de Mantua, con la misma profesión, con muchas semejanzas con mi primo en el lenguaje, en los gestos, en las actitudes - evoca en mí de modo más vivo la imagen del Giuseppe de los mejores tiempos, cuando era no sólo un pariente sino también un amigo mío, no un enemigo sin piedad alguna... Y, como a pesar de su conducta hacia mí, aún mantengo mi afecto por ellos, este doliente afecto - aturdido por los golpes que, cada vez más fuerte y de modo continuo le propinan desde hace dos años - se estremece, recuerda y sufre aún más. Ellos, en su inconmensurable soberbia, no lo creerían. Pero tampoco lo sabrán... No lo sabrán nunca. Sería inútil.

---

[1] Después del último trozo escrito el 2 de septiembre de 1945, perteneciente a la obra sobre el Evangelio.

[2] Ya ha sido mencionado en la nota 2 del diario del 22 de mayo de 1945.

92

Créame, la conducta que observan, cuyas causas y cuyos extremos materiales y espirituales conozco, es para mí más dolorosa que los sufrimientos que ahora me atormentan también las manos y me impiden descansar aun durante el sueño. ¡Pero hay que tener paciencia y seguir adelante! Con la inevitable comparación que hago entre la conducta de mis parientes y la de los que no lo son, han conseguido envenenarme hasta las gentilezas que podrían procurarme un alivio... Amén...

*8 de septiembre de 1945*

Es un día de fiesta... un día de recuerdos... y un día de comparaciones. Por eso, es un día que podría hacerme sufrir. Desde ayer, Jesús le... suministra a mi sufrimiento la anestesia de su amor sensible. Para evitar que pensara en mis problemas, humanos y dolorosos, ayer se me acercó y me sirvió de maestro hasta en materias profanas.

Voy a explicarle. Hace unos días, yo estaba hablando con mi joven inquilino[1], que está a punto de ingresar en la Facultad de Filosofía y Letras y que está atravesando un periodo muy agitado por el contraste entre su vida de Joven Católico, como era ayer, y la de hoy que... tiende a ser la de un Joven Comunista, a causa de la sugestión que obran sus compañeros y de su disgusto por las faltas del clero, que se le han evidenciado de modo brutal en estos tiempos en que hay que evacuar las ciudades, tiempos de egoísmo y ruindad. Mientras hablábamos de literatura y de filosofía, me preguntó si me gustaba Sócrates.

¿Que si me gusta? Por cierto; ya me ha gustado siempre por mí misma, pero desde que Jesús me instruye me gusta aún más, porque le entiendo mejor. Es verdad que de Sócrates poseo solamente el *Eutifrón* y la *Apología*. Pero cuando era... una borriquilla, me sirvieron para que no me degradara por mí misma. No degradarse ya es prepararse a elevarse.

El joven me trajo el *Fedón.* Tengo poco tiempo y pocas ganas para leer, tanto cosas serias como tonterías. Pero, si bien no derrocho mi escaso tiempo leyendo tonterías, logro encontrar un momento para dedicarlo a lecturas serias lo que, además, me es útil para apar-

[1] Puede que se trate del joven de Mantua mencionado el 2 de septiembre.

93

tar mi mente de la acostumbrada tarea. Pues lo que parece extraño - pero no lo es - es que, mientras deseo este trabajo con todo mi ser, cada tanto siento la necesidad de dejar vagar mi yo en otros pensamientos que no sean los sobrenaturales, como si fuera un descanso de la parte que no es espiritual, o mejor dicho, de la parte material y de la parte moral. Por lo tanto, acepté el *Fedón* diciéndome a mí misma: “Si Jesús permite que lo reciba, es señal que obtendré beneficios de su lectura”. ¡Jesús ha procedido siempre así! Ha puesto en mis manos o me ha puesto en contacto con libros o personas de las que he obtenido beneficios para mí o para ellas.

Empecé, pues, la lectura. Pero la María Valtorta que leía el *Fedón* ya no era la María Valtorta que tiempo atrás había leído el *Eutifrón.* Ahora era y es el “portavoz”. Y, debido a ese fenómeno que me sucede cuando Jesús lo quiere, las palabras se iluminan con una luz sobrenatural y se enriquecen con referencias sobrenaturales.

¿Recuerda cuando leía esos libros de Ubaldi[2] y, dado que Dios así lo quería, extraía de ellos pensamientos profundamente cristianos? Ud. ha sonreído ante esta... propiedad mía de ver, sentir, gustar, comprender solamente a Dios hasta en las obras de un

demonio. En cambio, yo me lo explico perfectamente. Es que Dios me ha puesto unas... lentes especiales, milagrosas, que anulan las palabras malvadas y las transforman en palabras buenas. Pienso en el Evangelio... "Pisaréis serpientes y escorpiones y no os harán daño"". ¡Dios es bueno!

Pero volvamos al *Fedón*: yo leía y sentía también allí la presencia de lo sobrenatural, pero no sabía gustar su verdad. Jesús vino a mi lado, a la derecha de mi lecho, cerca de la cabecera, casi a mis espaldas y empezó a señalarme con la mano derecha, mientras tenía la izquierda sobre mi hombro izquierdo, los renglones que me explicaba y de ese modo me hizo una lección hermosísima, tan hermosa que yo estaba extasiada. Me extasiaba sentirme estrechada a Él hasta sentir el calor de su cuerpo y me extasiaban sus explicaciones que resultarían sólo una copia sumamente enrevesada si yo me propusiera repetirlas. Pero, en cambio, la luz ha quedado en mí.

Recuerdo bien solamente esa frase sobre la reminiscencia de la que le hablé: «Hablé de esto en la Infancia de María. Las almas recuerdan porque provienen de la Luz y así como cuando se forma un

---

[2] Véase la nota 5 del 14 de noviembre en "Los cuadernos. 1944".

[3] Lucas 10, 19.



rayo molecular amalgama los elementos esparcidos en el éter y los lleva consigo, ellas, del mismo modo, llevan consigo partículas de la Inteligencia eterna. Y, cuanto más límpida es el alma por obra de la Gracia y cuanto más activa es por obra de la Voluntad, tanto más recuerda. No recuerda como dice el filósofo griego - que posee sólo una semirrevelación, una religión apenas vislumbrada, y por lo tanto no puede poseer la Verdad total - sino como Yo lo digo. El alma no recuerda porque revive, sino que recuerda *porque proviene de donde ya todo es conocido*». También habló del renacer, pero no me acuerdo bien. Sé que dijo que Sócrates siguió este pensamiento en línea recta hasta que pudo y que luego, al faltarle el conocimiento de la Verdad divina, perdió la vía recta y replegó hacia lo bajo en lugar de proseguir la ascensión. Recuerdo que Jesús dijo: «Sí, se vive una segunda vida, pero ya no en la Tierra. Se vive con el espíritu, en otros reinos», pero el resto se me ha olvidado.

Me gustaría que me dictara sus explicaciones porque luego ya no tendré el libro y... se me borrará todo. Pero más aún me gusta tenerle como maestro de escuela... de todo el saber. Es un maestro paciente y sagaz. Pero la alumna es una borrica y cuando Él cierra el libro, ya no sé repetir nada... Quedo sumida en el gozo... y las maldades del mundo ya no existen...

Ayer noche sonreía con los ojos cerrados, con una expresión de beatitud tal que Marta creyó que había caído en un extático sopor. No era así. Estaba bien despierta, pero oía palabras tan excelsas que llevaban al éxtasis y, en cuanto a ver, no me necesitaban ojos... Sigo estando, ahora y siempre, con el dulce Jesús a mi lado... y me siento bienaventurada... Es su regalo, su piedad hacia su María en el día de Santa María Niña.

*14 de septiembre de 1945*

Miro pasar las horas de este día de la Santa Cruz, después del tremendo sufrimiento que casi me llevó a la muerte, después de tres días de agonía, después de la Confesión y la Comunión de esta mañana, mientras aún me siento *muy* mal, con un atroz dolor de cabeza y una pesadez somnolienta en el cuerpo agotado; la carne desea-

ría solamente descanso y silencio, a la vez que el alma tiende a la Palabra.
95

Pienso que en el tremendo periodo de Compito[1] me aferré a la Cruz justo como al último apoyo para no hundirme. Pienso que, en el viaje de regreso, habría querido entrar en la iglesia de San Martín para dar “gracias” a mi Salvador. Pienso que el 10 por la mañana, mientras agonizaba, se me volvió a presentar la cumbre del Calvario con las tres cruces: una, despojada de su mártir; la otra, inclinada hacia el suelo bajo el peso del martirio, como para depositar su fruto atormentado, y la otra todavía en pie. Se me presentaron así como las vi cuando estaba muriendo Antonietta Dal Bo[2]. Pienso tantas cosas. Pienso también que el otro día Jesús, haciéndome de enfermero, me ayudó más que todos los demás pues, sin quitarme el dolor - que sólo Él sabe cuán grande es, un dolor inimaginable - me apaciguó. Pienso que, por cierto, sufría al hacerme sufrir, pero que *debía* hacerlo porque había un alma que debía ser réscatada o ayudada con este gran dolor. Y mientras Jesús me ayudaba, Satanás intentaba turbarme... y lo intenta aún. Pienso, pienso...

Se me dejaría en paz enseguida y, a lo mejor, se me ayudaría materialmente, si accediera a no escribir más lo que Jesús quiere que escriba. Pero *no puedo* hacer eso. Si los que critican o niegan o se burlan reflexionaran sobre el hecho de que esta tarea de “portavoz” no significa para mí ni una ventaja económica ni de otra especie, sino que implica sólo cansancio y sufrimientos de todo tipo y, sobre todo, si experimentaran *todo* lo que sufro y siento yo, comprenderían inmediatamente que *debo* hacer lo que hago porque Dios lo quiere y que lo hago sin obtener ningún beneficio material o moral.

---

[1] Véase, en “Los cuadernos. 1944”, el 24 de abril, nota 1.

[2] Véase “Los cuadernos. 1944”, nota 2 del diario del 4 de enero.

*16 de septiembre de 1945*

¿Podré escribir o describir por completo? ¿Qué sucederá después? Cualquiera se haría estas preguntas. Yo no me lo pregunto y sigo adelante, pidiéndole disculpas si mi escritura es más indescifrable que de costumbre.
96

*3 de octubre de 1945*

¡También hoy, con mucha paciencia por ambas partes, hemos terminado![1] Ayer tuve veintitrés interrupciones; hoy he tenido catorce. Si no fuera porque la infinita paciencia de Jesús irradia y se difunde de Él a mí, le aseguro que me volvería hidrófoba. ¡Pero Él es tan paciente! Suspende, retoma y está siempre calmo y sonriente. Ya no logro perder la paciencia por las molestas interrupciones que me obligan a cerrar el cuaderno y dejar la pluma, a lo mejor por pocos minutos, para velar el misterio que se cumple tan dulce y secretamente y ocultarlo a las curiosidades inútiles. Y ya es un considerable milagro haber hecho de mí una persona paciente... Claro que lo soy porque sé que allí está Él dictándome sin perder el hilo. Porque, en cambio, cuando estoy escribiendo una carta u otra cosa, enseguida pierdo el hilo y la paciencia aunque sólo estén hablando cerca de mí, como ha sucedido esta mañana. Marta sabe muy bien cuántas veces exclamo: «¡Silencio! ¡Cierra la puerta!» cuando estoy escribiendo por mi cuenta...

---

[1] Se rifiere al episodio que acaba de escribir en la obra sobre el Evangelio.

*4 de octubre de 1945*

Como el año pasado, Jesús me muestra en esta fecha[1] "una viejecita que no rehuye a Jesús"...

¿Comprende Ud. qué gran dolor es éste para mí? Sólo ella, sólo mi mamá, solamente ella, no acogió a Jesús... Se trata siempre del mismo dolor ¿sabe Ud.? Es un dolor más fuerte que el de la misma muerte. Es el dolor que siento siempre cuando veo un alma que rechaza al Señor, que se aparta de Él. Pero en el caso de mi mamá se acentúa todavía más porque, debido al amor que siento por ella, habría querido su total unión con mi Jesús... Por eso, no me faltaron lágrimas también este año... Y ni pregunto como el año pasado: «¿Por qué ella no te quiso?». Jesús ya me ha respuesto el año pasado[2]... Por eso lloro.

---

[1] Es el aniversario de la muerte de Iside Fioravanzi, su mamá, que falleció el 4 de octubre de 1943.

[2] Véase el diario del 27 de septiembre en "Los cuadernos. 1944".

97

Sin embargo, me llegan unas palabras no sé desde qué profundidad celeste; tampoco sé quién las dice ni quién las evidencia pero, dado que es algo tan inmaterial que es aún mucho menos tangible que las "voces" habituales, que es sólo "un pensamiento que se ilumina y aporta paz", pienso que me las trae mi Ángel custodio: «Tus padres han sido confiados a manos clementes. Tu padre reclinó la cabeza en el regazo del Apóstol al que fueron conferidos todos los poderes absolutorios y del que conoces la franca, afectuosa bondad y llaneza. A tu padre vino a acogerle Pedro, porque Pedro podía comprender muy bien la justicia de tu padre. Tiene a San José, a San Pedro... ¿y aún tiemblas por él? ¡No debes hacerlo! El Seráfico, es decir, Francisco, el amado por Jesús, aquél a quien nada se niega en el Cielo y desde el Cielo, vino a recoger el alma de tu madre entre sus palmas heridas. En verdad, tu madre le veneraba y por eso, Francisco vino. ¿Acaso no recuerdas que se dice que salva a quienes le son devotos?...».

Es verdad. Se reaviva la esperanza... ¿Y a mí quién me recogerá? ¿A mí, que estoy tan mal; a mí, a quien el tormento de Satanás roe como una carcoma? Este tormento no me da tregua. Como no puede forzarme de otra manera, me fuerza así: insinuando que quien escribe soy yo, o sea, que no es Jesús quien evoca las visiones y dicta. Sabe que, si yo pudiera persuadirme de semejante cosa, me encerraría en la desolación y en el terror de haber pecado y tendría miedo de la muerte y del Juicio. ¡Oh, cuánto me tortura! Me trastorna tanto con su voz ininterrumpida que, tan pronto como Jesús apaga las visiones y enmudece las palabras, pierdo cualquier posibilidad de gozar de todo lo que constituye mi vida, o sea, de lo sobrenatural que me envuelve y me convierte en "portavoz".

¿A vosotros, los que los leéis, os parecen tan hermosos estos episodios? Antes, también a mí me parecían así. Ahora, aparte el aspecto artístico, no tienen otro atractivo. Busco y vuelvo a buscar inútilmente las frases que, mientras eran pronunciadas, me elevaban hacia lo alto, hacia la beatitud. Pienso y vuelvo a pensar inútilmente en esas actitudes cuya dulzura, mientras las veía, me impresionaba tanto... Todo está apagado, todo es ceniza. El Paraíso - porque seguramente esto es ya un

paraíso - ha perdido sus fulgores; mejor dicho: se despliega ante mí mientras dura mi cotidiano servicio de portavoz y me inunda con toda su luz, sus cantos, su júbilo y dulzura. Luego, cuando termina la tarea, se cierra herméticamente y quedo envuelta
98
y sumergida en las tinieblas, en la oscuridad, sin más voces que las de la Duda y la Negación que provoca y escarnece. ¿Acaso no es ésta una pena enorme? Sin embargo, no quiero desesperarme ni decir: "Dejo de hacerlo porque es una obra mía". ¡No, no lo es por cierto! Yo no podría hacer esto, especialmente ahora que estoy agotada y abrumada por tantas cosas y que ignoro muchas otras; en el estado de debilidad física y de profundo dolor moral en que me encuentro, todo esto sólo podría nausearme y no escribiría nada. Materialmente, me sería imposible pensar; moralmente, me nausearía pensar...

Enciendo la radio al azar y la sintonizo en Radio Florencia, que transmite su programa de las 17 y 30. Nunca lo hago porque, a esa hora, Radio Florencia transmite solamente "palabras" y, en cambio, prefiero escuchar música y no palabras. Oigo que la locutora dice: «Dentro de poco vamos a transmitir la función desde la basílica de Asís, que terminará con la bendición impartida por el reverendísimo Cardenal Canali con la reliquia de la bendición escrita por San Francisco». Escucho: es la paz que llega a mí. Me la trae mi San Francisco, el primero que me confortó en Compito[3]...

---

[3] Se trata de la localidad en que vivió durante la evacuación. Véase el texto del 1° de mayo en "Los cuadernos. 1944".

*5 de octubre de 1945*

Acabo de salir de una crisis tremenda. Ud. mismo la ha visto y ya es suficiente. Pero quizás pueda interesarle saber que, justo cuando me sentía morir y le he pedido la Santa Comunión como Viático, no sólo se han aliviado mis sufrimientos y mejorado mi grave condición, sino que he sido confortada primero solamente por Jesús, luego por María y después, sucesivamente, por San Juan Apóstol, San Pedro Apóstol, mi Ángel de la Guarda, San Francisco y, por último, San José. Me habría gustado tanto ver también a Santa Teresita del Niño Jesús, pero no ha venido. Todos los demás se han quedado conmigo aun después de que Ud. se había ido. Jesús estaba a la derecha de mi cabecera; María, a la izquierda y decían: «Asistamos a nuestra hijita enferma». El ángel estaba en adoración. ¡Qué raro, siempre le veo junto a la Virgen! Cerca del escritorio estaba San José, de pie, con su dulcísima mirada algo melancólica. Cerca de él veía a San Pedro,
99
sentado en una silla y algo inclinado hacia adelante. Entre San Pedro y el ángel, estaba San Juan, de pie. No sé si Ud. ha notado que yo sonreía: le estaba sonriendo al pálido San Francisco que, con gran humildad, casi se escondía en un rincón junto a la puerta. Me sentía muy acudida, pero también ¡cuán grandes eran los sufrimientos! Lo importante es que, al venir mis amigos, Satanás se va.

Padre, estoy muriéndome. Sor Saviane[1] tiene razón. La corona casi está terminada y la mayor parte de mis sufrimientos ya se ha acabado. Pero, ¿por quién estoy sufriendo tanto? He ofrecido mis sufrimientos por una madre, por Sor Saviane, por Sor Gabriella, por los "hermanos separados", por el joven que vive en mi casa, y luego por Ud., por Marta, por los parientes. Pero por ninguno de éstos debo sufrir de este modo. Entonces, ¿por quién debo sufrir? He incluido en este fin también el perdón otorgado a

Giuseppe. He dicho: perdón. Lo que experimentaba antes, el aprecio, se ha perdido. Pero quiero irme sin guardar rencor hacia nadie. Estoy contenta de haber definido todo lo relativo a la casa. Cuando uno está agonizando, se le acuerda todo y todo le turba. También lo referente a Marta está en orden. Ahora todo está en orden en la Tierra. ¿Y en mi alma estará todo en orden, de modo que esté en paz al final de la vida?

El médico protesta porque escribo. Naturalmente, cree que mi tendencia a escribir es "un romanticismo de vieja solterona". Y eso le lleva a desviarse de un diagnóstico exacto. Terminará por inclinarse hacia un dictamen de histeria y en su mente este deseo mío de escribir tomará los nombres de "manía reevocatoria" o de "desahogos de mujer desilusionada" que, *al menos, quiere soñar* lo que la vida le ha negado y *se cuenta a sí misma una linda historia.* Dice que, de este modo, siempre consumo fósforo... En verdad, es Jesús el que consume su fósforo... yo no hago más que trazar signos en el papel para registrar su "fósforo". ¿Pero cómo puede decírsele esto a un médico y encaminarle hacia una justa conclusión? ¿Puede decirme Ud. cómo tenemos que hacer?

Por lo pronto, hoy descanso. Y de este modo, se va acabando la vida y tengo aún tanto por corregir y por oír...

He escrito estas páginas porque creo que era necesario escribirlas. ¿Ha visto qué caligrafía?[2]...

---

[1] Véase "Los cuadernos. 1944", nota 3 del diario del 21 de julio.

[2] Las dos páginas autógrafas correspondientes al 5 de octubre están escritas con mano poco firme.



*8 de octubre de 1945*

Dice Jesús:

«Ven María, voy a consolarte con una luz que será sólo para ti. Te comentaré un nuevo aspecto de la frase evangélica: "Pisaréis serpientes y escorpiones y nada os hará daño"[1].

El que está colmado de Mí puede pisar todas las doctrinas humanas y vivir sin daño en medio de quienes están colmados del propio veneno. Se puede interpretar también de este modo. Porque si, en realidad, en otras épocas los bendecidos por Mí estuvieron inmunizados de las mordeduras de las fieras, de los venenos y otros peligros hasta que así lo quise, los que ahora están bendecidos por Mí y viven en la atmósfera corrupta de una sociedad idólatra y endemoniada, del mismo modo están preservados de todo mal por mi voluntad. Ellos están en Mí y Yo en ellos. No queda lugar para nada más. Ningún veneno arraiga donde mi amor, *nuestro* amor - el de Jesús y el del predilecto de Jesús - neutraliza todo veneno.

Pequeña predilecta, quédate en paz. Yo recojo tus sufrimientos, tus lágrimas, tus plegarias por todos.

Te has conmovido porque cerca de Belén se ha encontrado una piedra con algunas referencias acerca de mi crucifixión. *Se trata de una piedra.* Sirve para los soberbios y nada más. La alta reevocación de mi Pasión que Yo les he dado a los hombres de fe a través de tu fatiga es mucho, mucho, muchísimo más. Pero el hombre propenso a creer en la árida e incierta piedra, será árido e inseguro ante ese documento de mi dolor que te he dado para él.

Deja de lado las piedras y aliméntate con el llanto de mi Pasión, que conoces tan bien. Que mi Pasión sea tu consuelo. Quédate en paz».

[1] Lucas 10, 19.

*13 de octubre de 1945*

Ayer noche, a las 23, mientras todos dormían y yo intentaba conciliar el sueño y descansar, se me apareció Jesús, tal como siempre aparece ante mí, es decir, con una túnica de lana blanca. En la mano derecha sostiene un cáliz de metal, alargado y más bien estrecho. Se



me acerca por el lado derecho de mi cama. Sonríe tristemente. Pero su sonrisa me da coraje, porque comprendo que su melancolía no es por mí sino que, al contrario, viene a mí para encontrar alivio. Pone su mano izquierda en mi hombro izquierdo y me atrae hacia Sí, mientras con la derecha me acerca el cáliz a los labios y me dice: «Bebe». El cáliz está lleno de un líquido que parece agua pura. Lo entreveo en el instante en que Jesús me lo tiende y me obliga a beber.

Bebo. ¡Qué amargura! ¡Oh! ¡no es por cierto el embriagador cáliz del Jueves santo, rebosante de la Sangre viva de mi Señor!, ¡de esa Sangre dulce, densa, de la que nunca habría apartado los labios![1]... En cambio, ésta es un agua de una amargura tan desagradable que ningún medicamento podría igualarla. Roe la garganta; roe el estómago, lo crispa por el disgusto; hace saltar las lágrimas; perdura como el ardor de un ácido que quema.

Jesús me hace beber solamente un sorbo... y luego aparta Él mismo el cáliz y explica: «Éste es el cáliz en que Yo bebí en el Getsemaní. Pero lo bebí todo, hasta el fondo y en el fondo está lo más amargo. Éste es el cáliz que las culpas de los hombres colman todos los días y que luego ellos tienden hacia el Cielo para que Yo beba siempre de él. Mas Yo puedo beber solamente el Amor infinito. Y entonces, se lo ofrezco a los generosos, a los predilectos. ¡Gracias por este sorbo!, ahora voy hacia otras almas dilectas. Te bendigo en el nombre del Padre, en Mi nombre y en nombre del eterno Amor». Y se va dejándome la boca y el estómago abrasados por el tóxico, pero el alma rebosante de paz.

[1] Véase el texto del 29-30 de marzo y el del 31 de marzo de 1945.